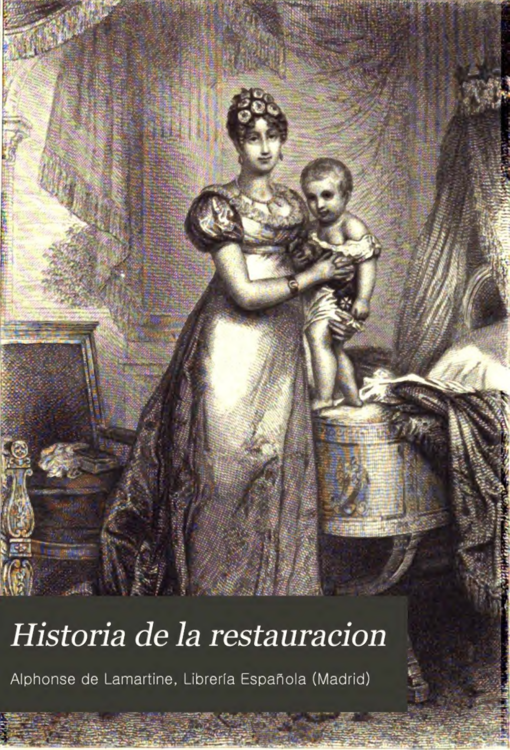


Historia de la restauracion

Alphonse de Lamartine, Librería Española (Madrid)

Digitized by Google

HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

TOMO TERCERO.

HISTORIA DE LA RESTAURACION

POR A. DE LAMARTINE.

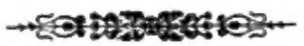
HISTORIA

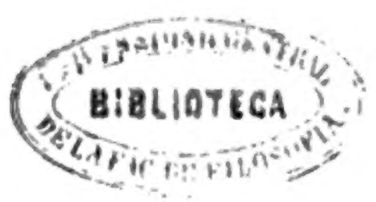
DE LA

RESTAURACION

POR

A. DE LAMARTINE.





MADRID
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE RELATORES
NÚM. 14.

BARCELONA
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE ANCHA
NÚM. 26.

1854.

PREAMBULO.

I. La rapidez del tiempo suple á la distancia. Cuando uno se encuentra separado por muchos acontecimientos del punto en que fija su pensamiento, cree que le separan de él un gran número de siglos. Desde su nacimiento, los años están llenos de vicisitudes, caidas, reinados, imperios y repúblicas. Ya no hay historia contemporánea. El dia de ayer parece haber penetrado en las sombras de lo pasado. Las perspectivas retroceden por la grandeza y la multitud de las cosas que se interponen entre la vista y la memoria.

Apenas paso de la mitad de mi vida y he presenciado sucederse en Francia diez dominaciones ó gobiernos diferentes. Desde la infancia á la madurez he asistido á diez revoluciones: gobierno constitucional de Luis XVI, primera república, directorio, consulado, imperio, primera restauracion de 1814, segundo gobierno de los cien dias por Napoleon, segunda restauracion de 1815, reinado de Luis Felipe, y segunda república: diez cataratas por las que el espíritu de moderna libertad y el espíritu estacionario ó retrógrado han intentado alternativamente bajar ó subir las pendientes de las revoluciones.

II. He palpitado con esas emociones, mi vida ha sido idéntica á la de las cosas de mi tiempo, me he contristado ó regocijado con esas caidas ó esos acontecimientos, he sufrido con esos trastornos y me he instruido con esos espectáculos. Mi tiempo ha vejetado, ha resonado, se ha hecho hombre, ha envejecido y se ha renovado en mí. He comprendido, ó creido comprender, á dónde se dirigia el mundo por la corriente de Dios. Una última vicisitud me ha colocado por un momento á la cabeza de esos movimientos, entre un gobierno que se obstinaba y una sociedad que era necesario recoger, salvar y constituir sobre nuevas bases. Nació la segunda república: esta era al menos, durante un largo período, la única base que podia unir y guiar al pueblo. Las monarquías se han hundido sucesivamente sobre él, cualesquiera que fuesen las modificaciones que para sostenerse hubiesen tratado de hacer en sus principios. Las dinastías en guerra civil por el trono, no eran ya mas que ocasiones y causas de civiles guerras entre sus partidarios en la nacion. Los derechos á la corona habian llegado á ser facciones. Solo la nacion era única, sus pretendientes estaban divididos; solo el pais podia reinar.

Para la defensa de los fundamentos de la sociedad, se necesitaba algo mas que esos esfuerzos que exigen la fuerza y la unanimidad de un pueblo. En fin, habia que hacer en sus leyes, en sus ideas, en sus relaciones de clase á clase, en su religion legal, en su enseñanza, en su filosofía y en sus costumbres, trasformaciones enérgicas, que la mano de ninguna monarquía es bastante vigorosa y desinteresada para llevar á cabo. Las revoluciones las hacen las repúblicas: es el gobierno de los pueblos levantado en las grandes esperiencias sobre sí mismos. Este siglo tiene que hacer cosas grandes y remover arduas cuestiones de civilizacion y de religion para no permanecer estacionario largo tiempo, ó para no convertirse continuamente en república. Soy, pues, republicano por el conocimiento de las cosas que deben sobrevenir, y por adhesion á la obra de mi tiempo. Sin que se me oculte ninguno de los inconvenientes y peligros de la democracia, creo que es preciso aceptarlos heroicamente. Es el instrumento que hiere y rompe la mano del hombre de estado; pero tambien es el instrumento de las cosas grandes. Es necesario renunciar á ellas, y volver á tenderse en el lecho de los hábitos y de las preocupaciones, ó aventurarse en la república. Hé aquí mi profesion de fé política.

III. Desde este punto de vista emprendo á escribir la historia de los dos reinados de la restauracion. Sin embargo, tranquilícense mis lectores, porque este punto de vista no me hará injusto. Mas bien tendré que evitar un esceso de imparcialidad en cuanto á las cosas de mi primera época. En el historiador hay dos hombres; el de sus impresiones y el de sus juicios. Mis juicios pueden ser severos, pero mis impresiones me conmueven y casi me estremecen por la restauracion. Aun cuando la condene con frecuencia, no puedo menos de compadecerla. ¿Por qué? murmuran los republicanos austeros: voy á decirlo. Porque fué la época en que el sentimiento y la imaginacion tuvieron mas cabida en la política; porque los escritores han sido despues injustos con esa fase de nuestro tiempo; porque mas bien se ha escrito la sátira que la historia de la restauracion; porque se anda fácilmente sobre lo que está derribado; porque entre el entusiasmo de la gloria servil del imperio y la utilidad vulgar del reinado de Luis Felipe, se ha pisoteado á dos príncipes, dos reinados y dos generaciones de hombres políticos, dignos de ser tratados con mas consideracion; y en fin, porque mi corazon es del partido de esa generacion olvidada, aunque mi inteligencia sea del partido del porvenir.

IV. Salia yo de la infancia, nacia para el pensamiento y era de sangre realista: habia sido mecido en la casa paterna con las narraciones domésticas de los dramas de la revolucion, que todavía estaban vertiendo sangre. Una reina jóven y hermosa arrancada de su lecho y perseguida medio desnuda, en su mismo palacio, por el puñal del pueblo en los dias 5 y 6 de octubre; sus guardias cayendo exánimes por salvarla en el umbral de su cámara á impulsos de las picas de los asesinos; una familia real huyendo con sus niños en brazos desde las Tullerías á la asamblea nacional el 10 de agosto; las torres del Temple llenas de los misterios de su cautiverio; el cadalso de un rey, de su mujer y su hermana; su hijo embrutecido por la soledad, y juguete de un feroz artesano; su hija que habia quedado sola para llorar á toda su raza en las bóvedas de una prision peor que el sepulcro, y sacada luego de su calabozo por la noche, con condicion de un ostracismo eterno; príncipes en otro tiempo célebres por su talento, su gracia y hasta su lijereza, errantes de corte en corte, de retiro en retiro, sin que se supiese en dónde ocultaban su miseria, eran cosas mas que suficientes para remover todas las fibras de un niño. Cuando el corazon es noble, siempre es del partido del infortunio. La imaginacion es el verdadero complot de las restauraciones.

V. Y luego esa restauracion coincidia con mi juventud; su aurora se mezclaba con la de mi vida y se confundia con ella. Aquella era la hora

del entusiasmo; poética como lo pasado, milagrosa como una resurreccion. Los ancianos se rejuvenecian, las mujeres lloraban, los sacerdotes oraban, las liras cantaban, los niños se maravillaban y esperaban. El imperio habia oprimido las almas. El resorte de todo un pueblo se ponia en movimiento al oir la palabra libertad, proscrita ya hacia diez años. Los republicanos, vengados por la caida del destructor de la república, abrazaban á los realistas como en una reconciliacion de que debia ser prenda la libertad. Aquella parecia ser la vuelta de la monarquía corregida por el destierro de la libertad, purificada por la espiacion. Era una época de renacimiento pacífico, intelectual y liberal para la Francia. La poesía, las letras y las artes, olvidadas, esclavizadas ó disciplinadas bajo el régimen de la policía del imperio, parecian brotar del suelo al contacto del paso de los Borbones. Parecia que respiraba ya un aire puro el mundo asfixiado durante diez años por la tiranía; se respiraba por lo pasado, por el presente y por el porvenir. Nunca volverá á ver el siglo una época semejante; no se veia el dia siguiente. A fuerza de esperanzas se olvidaban las desgracias y humillaciones de la patria. Solo los soldados de Napoleon bajaban la cabeza, deponiendo sus armas hechas pedazos, porque sus cortesanos se habian pasado ya al partido vencedor.

VI. Era natural que semejante espectáculo, y los que siguieron al primer dia de aquella restauracion, la libertad de la prensa, la libertad de la tribuna, las elecciones que difundian el movimiento y la animacion en un pueblo por largo tiempo inmóvil y mudo, los libros detenidos por la censura imperial, que salian á millares como de las catacumbas del pensamiento, los folletos, los diarios multiplicados é independientes, las relaciones del destierro y de la emigracion; los grandes escritores, los publicistas, los filósofos, las Staël, los Bonald, los Chateaubriand y los Maistre; los grandes oradores que se ensayaban en la discusion; los Lainé, los de Serre, los Foy; la vista de aquellos príncipes y princesas ante quienes la Francia componia su semblante para hacerles la patria dulce y hospitalaria; los salones, los teatros, las fiestas, las sociedades de una aristocracia anhelosa por gozar, las mujeres entusiastas, hermosas, literatas, agrupando de nuevo en torno suyo todo lo mas ilustre de la Europa, de la guerra, de la tribuna, de las letras y de las artes: era natural, repito, que las impresiones de tal período de la vida de un pueblo quedasen profundamente grabadas en la memoria de un jóven, y predispusiesen mas tarde al hombre maduro á no sé qué parcialidad de recuerdos por ese crepúsculo prestigioso de sus opiniones.

VII. Tal es, lo confieso, mi ternura ó mi debilidad de ánimo para con la restauracion. Sus faltas y sus desgracias no han alterado en mí aquellas primeras impresiones. Me he abstenido de servir y aun de amar á la monarquía sin pasado, sin prestigio y sin derecho, que en 1830 sucedió á ese gobierno de mis recuerdos. Solo al tio no se le podia perdonar el reemplazar á su sobrino. La naturaleza es por lo menos una legitimidad para los que no reconocen legitimidad política. La república podia, desde aquella época, apartar ese trono: ningun otro príncipe que el pueblo podia sentarse en él. Entonces la revolucion de julio hubiera sido un progreso, pero no fué mas que un trastorno. No reemplazó al trono, no coronó á la nacion: no hizo mas que aplazar el tiempo. Aunque jamás he hecho vacilar ni insultado al gobierno de Luis Felipe, porque temia lastimar al pais, tenia el instinto de su instabilidad. Sucede con los gobiernos como con los metales: nada falso es fuerte: una verdad es el principio vital de cada cosa. Nada habia de verdadero en aquella dignidad real mas que un trono y un pueblo igualmente engañados. Pronto ó tarde debia anonadarse, como habia nacido, con un soplo. No faltaron á ese reinado ni hombres eminentes, ni ministros, ni oradores, ni habilidad, ni talentos, ni aun virtudes privadas. Lo que le faltó fué lo que hace durar las instituciones, tanto jóvenes como viejas, el respeto. Cuando le preguntaban qué era, no podia atestiguar ni con Dios, ni con el pueblo: no podia contestar mas que una cosa: Soy la negacion del derecho divino, que hace reinar hereditariamente á los príncipes, y soy la negacion del derecho que las naciones tienen de nombrar sus reyes. Entre la herencia que habia desterrado y la eleccion nacional que habia eludido, ¿qué podia hacer? Maniobrar, negociar, dar treguas, atraer y corromper: gobierno de dos caras, que ninguna decia la verdad.

VIII. Su caida, dejando el palacio vacío, cedió el puesto al derecho absoluto, el derecho nacional, el derecho natural, el derecho que cada hombre, al venir al mundo, tiene de su parte de sufragio, de inteligencia y de voluntad en el gobierno, el voto universal. El voto universal es el verdadero nombre de la sociedad moderna en el dia. Este voto universal ha hecho de la Francia una república: no podia hacer otra cosa. En el estado de incredulidad, de anarquía y de lucha en que el principio monárquico personificado en tres dinastías se encontraba consigo mismo, entregar la Francia de 1848 á la monarquía era entregarla á las facciones. El pais debia tomar su dictadura, y la dictadura del pais es la república. La tomó, y la conservará mientras sea digno del nombre de pueblo. Porque un príncipe ó una dinastía que abdican, son reemplazados por otra dinastía ó por otro príncipe. Pero á una nacion que cansada ó incapaz de la libertad abdica, ¿quién la reemplaza? Nada mas que un vacío en la historia, nada mas que la ignominia, la esclavitud ó la tiranía. Mírase el mapa del mundo y se dice: Aquí habia un pueblo, pero ya no hay mas que una gran mancha en la dignidad de las naciones.

IX. Despues de haber pagado nuestro tributo de sinceridad al tiempo, debemos pagar nuestro tributo de reconocimiento á los escritores que han aclarado y nivelado para nosotros este camino de la historia. Debemos mucho, especialmente á dos de ellos: á Mr. Lubis, que ha sabido prescindir de sus prevenciones de corazon por los Borbones, refiriendo con valentía é imparcialidad y con luminosa apreciacion las faltas y las desgracias de su causa; y Mr. de Vaulabelle, que en nuestro concepto ha sacado sus noticias de manos hostiles; pero que ha dispuesto y escrito con concienzudo talento, y agrupado los acontecimientos con tal arte, que le señala un lugar muy notable entre los historiadores. Nosotros hemos escrito bajo otro punto de vista, porque estábamos mas distantes que ellos de las impresiones del drama; pero sin ellos no hubiéramos podido escribir. Mr. Lubis ha escrito el sentimiento de la Restauracion; Mr. de Vaulabelle el sentimiento y á veces la oposicion del liberalismo. Procuramos escribir sin espíritu de supersticion y sin espíritu de oposicion: únicamente la verdad.

HISTORIA

DE LA

RESTAURACION.

LIBRO PRIMERO.

Ojeada retrospectiva sobre el reinado de Napoleon.—Napoleon en 1813.—Su regreso á Paris.—Los ejércitos coaligados sobre el Rhin.—Convocatoria del consejo de estado el 11 de noviembre.—El consejo de estado decreta una quinta de 300.000 hombres.—Estado de la Francia militar.—Apertura del cuerpo legislativo.—Discurso del emperador al cuerpo colegislativo.—Proposicion de Francfort.—Señalamiento de un congreso en Manheim.—Eleccion de los comisarios encargados por el senado y el cuerpo legislativo del exámen é informe de las negociaciones.—Eleccion hostil y oposicion del cuerpo legislativo.—Mr. Lainé.—Mr. Raynouard.—Mensaje de Mr. de Fontanes.—Cambaceres.—Mensaje de Mr. de Lainé.—Indignacion de Napoleon.—Savary.—Supresion del mensaje del cuerpo legislativo.—Su disolucion.—Recibimiento del 1.° de enero de 1814.—Discurso del emperador al cuerpo legislativo.—Reorganizacion de la guardia nacional de Paris.—Presentacion de Maria Luisa y de su hijo á los oficiales de la guardia nacional.—Alocucion de Napoleon.—Maria Luisa.—Partida de Napoleon para el ejército el 23 de enero.—Schwartzenberg y Blucher pasan el Rhin el 31 de diciembre.—Situacion respectiva de los aliados y del emperador.—Cansancio de la Francia.—Llegada de Napoleon á Chalons el 25 de enero.

I. El reinado de Napoleon iba estrechándose. Puede definírsele en estos términos: el Antiguo Mundo reconstruido por un hombre nuevo. Daba un retoque de gloria á los siglos gastados: su genio era un genio póstumo. Fué el primero de los soldados, nó de los hombres de estado: muy perspicaz en lo pasado, era muy ciego en cuanto al porvenir. Si este juicio parece á alguien demasiado duro, con solo una ojeada puede convencerse de su exactitud. Los hombres no se juzgan por su fortuna, sino por sus obras. Tuvo en su mano la fuerza mas grande que la Providencia ha depositado en un mortal para crear una civilizacion ó una nacionalidad: ¿y qué ha dejado?... Nada mas que una patria conquistada y un nombre inmortal: fué el sofisma de la contrarevolucion.

El mundo pedia un renovador y se habia hecho su conquistador. La Francia aguardaba el genio de las reformas, y la dió el despotismo, la disciplina y el uniforme por toda institucion. A la libertad de conciencia contestó con una coronacion, un pacto simoníaco con Roma, un concordato.

La impiedad se cobijaba bajo las pompas oficiales de su culto. En vez de buscar la religion en la libertad, se engañó en ocho siglos parodiando el papel de Carlo-Magno, sin tener la fé juvenil ni la sinceridad heroica de aquel Constantino de las Galias y de la Germania. A la necesidad de igualdad de derechos, contestó con la creacion de una nobleza militar y un feudalismo de la espada: á las necesidades de la libertad del pensamiento, con la censura y el monopolio de la prensa: á la necesidad de la discusion, con el silencio de las tribunas, á cuyo pié una muda representacion del pueblo no conservaba mas derecho que el de escuchar y aplaudir á los órganos del emperador. La inteligencia yacia en la mayor languidez, las letras se envilecian, las artes estaban supeditadas, y las ideas morian con aquel régimen. Solo la victoria podia contener la esplosion de la independencia de los pueblos y del espíritu humano. El dia en que cesase de dorar aquel yugo del universo, debia parecer lo que era: la gloria de uno solo, la humillacion de todos, la ignominia en la dignidad de los pueblos, el llamamiento á la insurreccion del continente. Cesó: el espíritu humano, el genio rechazado de la revolucion, la independencia de los pueblos, el remordimiento de las nacionalidades destruidas y el orgullo de los soberanos humillados siguieron los pasos del vencido conquistador del mundo, de revés en revés hasta el otro lado del Rhin, para arrancarle no solo la España, la Italia, la Holanda, la Bélgica, la Prusia Rheniana, la Alemania, la Suiza, la Saboya, sino hasta la misma Francia, por largo tiempo instrumento y entonces campo de batalla de la última lucha de su héroe.

II. Napoleon, en los últimos años de su dominacion, habia cedido á las seducciones de su fortuna; á medida que se ensanchaba su imperio, menguaba su inteligencia y actividad. Separado de los hombres por la corte servil de que se habia rodeado, siempre cubierto, por decirlo así, con el manto de su imperio, parecia que queria olvidar su orígen, su fortuna y su genio, con la etiqueta y adulaciones del bajo imperio: el emperador habia disminuido el hombre. Su campaña de España se asemejaba á una campaña de Darío ó de Luis XIV, viéndolo todo de léjos, mandando con un gesto, y haciéndolo todo por medio de sus tenientes. Su campaña de Moscou habia abarcado el mundo sin poderle sujetar. La habia dirigido con molicie, proseguido con obcecacion, concluido con descuido, y espiado con insensibilidad. No habia un solo oficial en su ejército que no hubiera conducido y salvado mejor los restos de aquellos setecientos mil hombres, dignos de otro Jenofonte. Habia vuelto en posta desde el Berezina á las Tullerías sin mirar atrás. Parecia que todo lo cedia á la fortuna el dia en que no le concedia el universo: jugador que habia empeñado el continente, y que ya no disputaba nada despues de perdido el gran golpe. Su diplomacia no habia sido ménos ciega y vacilante que su campaña; al aventurar sus legiones hasta Moscou amenazadas por el invierno, habia contado á un mismo tiempo con la guerra y con la paz: con la guerra, para arrancar la paz al emperador Alejandro; y con la paz, para sustraer á su ejército de los azares y riesgos en que su temeridad le habia empeñado. Acostumbrado á los enervados pueblos del Oriente y Mediodía, á quienes fácilmente habia domado, se asombraba de encontrar una nacion decidida á incendiar sus hogares, ántes que dejarlos á merced de un dueño. No creia en la resistencia, y apenas creia en el clima. En el Kremlin perdió los dias que el otoño le dejaba todavía para efectuar su retirada. Sus generales

le decian: «Quedaros ahí con la flor de vuestras tropas durante este largo invierno, ó apresurar á replegaros sobre una línea de operaciones en comunicacion con vuestro imperio y vuestros refuerzos.» No supo tomar ni el partido de aquel atrevido acantonamiento, ni el de una prudente retirada. Engañado por las ilusiones de paz con que se obstinaba en adormecerse, no partió hasta que fué impelido por las primeras nieves, flanqueado por los rusos, acosado por los cosacos, estenuado por el hambre, separado de sus pocos afectos ausiliares, dejando cada noche en el camino los restos de su moribundo ejército. La Alemania, testigo de aquella fuga, se habia sustraido de su mano: sus ausiliares no eran mas que unos vencidos, y su derrota les devolvió el patriotismo. Habia estado muy fascinado con su propio prestigio, para creer en la fidelidad de sus aliados despues de los reveses. No habia entrado aun en las Tullerías, cuando los débiles restos de su ejército, cuyo mando confiara á Murat, se habian disipado, y el mismo Murat dejó el mando para ir á Nápoles á meditar su defeccion y salvar su trono.

III. Su audacia mas que su genio, pareció reanimarse en la campaña de Alemania de 1813. Dresde y Leipsick habian sido victorias y reveses dignos de su nombre. Todavía tenia la paz en sus manos, pero una paz humillante no podia satisfacer á un hombre, cuya fama de general invencible era el título para el respeto de la Europa, y para el trono absoluto de la Francia. Todavía contaba con lo imposible: habia descuidado hacer volver de España é Italia sus aguerridas legiones, temeroso de que apareciese que queria abandonar uno solo de sus pensamientos de monarquía universal. Replegarse y concentrarse era confesar que estaba vencido y que conocia su debilidad. No la conocia, ni queria hacer semejante confesion á la Francia. La habia hablado sin cesar de milagros, y la prometia otros nuevos: se los prometia él mismo efectivamente. Tanto se habia hecho ensalzar por sus aduladores, que habia concluido por creer en la divinidad de su nombre. De allí el rompimiento de toda clase de negociaciones serias con el continente, la diseminacion de sus ejércitos desde Madrid á Amsterdam, y la debilidad ó inesperiencia de sus tropas en Francia, en el momento en que los ejércitos confederados pasaron el Rhin.

IV. Entonces cesó de ser dios, y volvió á su estado de hombre. La ignominia de haber conducido los ejércitos de la Europa al suelo de la patria, por único resultado de tantas victorias compradas con la sangre francesa; el dolor de reinar sobre aquel imperio de que cada habitante podia pedirle cuenta de su hogar violado; el respeto de su nombre militar; la costumbre inveterada de los prodigios; el sufrido patriotismo de aquel gran pueblo, que al acusar á su soberano se personificaba todavía en su general; la adhesion de sus antiguos lugartenientes y de sus nuevas tropas, envanecidas de combatir á las órdenes y á la vista del genio de la guerra; las perdidas ilusiones que le dejaban ver claramente el peligro y los recursos; el campo de batalla de la Francia tan bien estudiado, y de que cada ciudad, cada aldea, cada surco iba á recordarle que combatia por el hogar nacional; en fin, aquella mujer, aquel hijo, aquel trono que podia dejarles ó perder, y la desesperacion de la naturaleza y de la ambicion en su corazon, le devolvieron cuanto habia perdido en el largo vértigo de la prosperidad. Olvidó los diez años de omnipotencia y de orgullo, arrojó su cetro y su manto, y volvió á vestir el uniforme y á empuñar la espada. Se volvió á hacer soldado para reconquistar el imperio, ó para sucumbir con toda su gloria. Aquel fue el dia de su carácter, los demás no habian sido mas que los de su fortuna. El historiador mas prevenido le aclama grande, en aquel esfuerzo supremo para retener la fortuna que se le escapaba. Se rejuveneció diez años: su alma, aletargada por el trono, triunfó de la postracion de su cuerpo. No se volvió á ver el Bonaparte de Marengo, pero volvió á verse en él otro Napoleon.

V. El imperio le habia envejecido antes de tiempo. Satisfecha la ambicion y el orgullo, las delicias de los palacios, la esquisita mesa, el muelle lecho, las esposas jóvenes, las queridas complacientes, las largas vigilias, el insomnio compartido entre el trabajo y las fiestas, la costumbre de montar á caballo que embastece y engruesa el cuerpo, habian entorpecido sus miembros y debilitado sus sentidos. Una obesidad precoz le sobrecargaba de carne; sus mejillas, en otro tiempo surcadas por músculos y por la consuncion del genio, estaban llenas, anchas y prominentes como las de Othon en las medallas romanas del imperio. Una lijera tinta de bilis mezclada con sangre ponia la piel un poco amarillenta, y desde lejos daba á su semblante como una especie de barniz de oro mate. Sus labios tenian siempre su arco ático, su gracia y su firmeza, y pasaban fácilmente de la sonrisa á la amenaza. Su barba sólida y huesosa sostenia muy bien la base de las facciones: su nariz no era mas que una línea delgada y trasparente; la palidez de las mejillas daba mayor realce al azul de los ojos. Su mirada era profunda, movible como una llama sin reposo, como una inquietud. Su frente parecia haberse ensanchado por la desnudez de sus negros cabellos, medio caidos por la humedad de un pensamiento continuo. Hubiérase dicho que su cabeza, naturalmente pequeña, se habia agrandado para dejar correr libremente entre sus sienes las ruedas y las combinaciones de una alma, de que cada pensamiento era un imperio. La carta del globo parecia haberse incrustado en el mapamundi de aquella cabeza. Pero comenzaba á debilitarse; inclinábala continuamente sobre su pecho, cruzando los brazos como Federico II. Afectaba aquella actitud y aquel gesto. No pudiendo seducir ya á sus cortesanos y soldados con la hermosura de la juventud, se notaba que queria fascinarlos por el carácter inculto, pensativo y desdeñoso aun de sí mismo, de su modelo de los últimos tiempos. Representaba la estatua de la reflexion delante de sus tropas, que le apellidadan el Padre del pensamiento. Algo de brusco y agreste en sus movimientos revelaba al hombre insular y meridional. A cada instante sobresalia su origen mediterráneo sobre el carácter frances. Su naturaleza, mas grande y mas fuerte que su papel, rebosaba en él por todas partes. No se asemejaba á ninguno de aquellos hombres que le rodeaban. Superior ó indiferente, habituado al sol, al mar, á los campos de batalla, estranjero en su palacio y hasta en su imperio; tal era en aquella época el perfil, el busto, la fisonomía esterior de Napoleon.

VI. Hacia ya dos años, desde su regreso á Paris, en otro tiempo triunfal, que repentinamente se ponia triste y taciturno. Llegaba cuando no le esperaban, como si quisiera sorprender ó anticiparse á una revolucion. De este modo volvió la noche del 9 de noviembre de 1813, vencido, pero nó desalentado. Sus ejércitos se habian desvanecido, y las tropas coaligadas tocaban ya al Rhin. Parecian detenerse como indecisas y asombradizas de sus victorias sin saber si le pasarian ó nó. La Francia no estaba en realidad protegida mas que por la sombra de sus destruidas legiones, por aquel rio, por sus plazas fuertes y las montañas de los bosques. Pero la policía del imperio era tan implacable, y el silencio de la opinion, aunque forzado, tan profundo, que la generalidad de la poblacion ignoraba la verdad hasta de los mismos hechos, y nadie se atrevia á revelar la invasion de la Europa en la Francia sino á sus mas íntimos amigos y en voz baja. El espionaje y la delacion habian llegado á ser dos instituciones del despotismo. Las fisonomías temian hacerse traicion: anunciar una derrota del emperador, hubiera sido un crimen de lesa majestad contra su fortuna. El terror de 1793 se recordaba con el gobierno de aquel hombre, que habia vivido, engrandeciéndose y tratado con los hombres de aquel tiempo. Las ejecuciones rápidas, los calabozos, las prisiones de estado, los consejos de guerra y la sangre, no eran medios de gobierno tan distantes de sus ministros, que no hubiese que temer su repeticion. Pocas semanas despues iba á vérsele en la capital de la Champaña.

VII. Napoleon dedicó el dia siguiente á su mujer, su hijo y sus confidentes. Estaba resuelto á prevenir los murmullos con la audacia y á dominar la oposicion naciente redoblando las exigencias y la tiranía con la opinion. Temeroso de ser acusado, llegaba como acusador. El 11 convocó en las Tullerías su consejo de estado, compuesto de hombres hábiles, especiales, muy versados en los negocios, rígidos con los subordinados, y flexibles con su amo. La mayor parte eran hombres de luces y de talento, pero sin carácter avezado á la resistencia: muchos de los hombres de la convencion, algunos del terror, y un corto número de regicidas. Pero aquellos se habian vendido al imperio, y renegado de la libertad de un modo que nunca podian retroceder en la revolucion. Napoleon los tenia sujetos por la apostasía: los enseñaba al pueblo como emblemas de la democracia, y como prendas de revolucion: pero él los miraba sin temor como instrumentos de dominacion, ni capaces de otro papel que el de popularizar la esclavitud. Aunque estaban bien acostumbrados á sonreirse con su amo, y felicitarse por las circunstancias, los ministros y consejeros de estado no tuvieron tiempo para componer sus semblantes. Su fisonomía y su silencio descubrian su embarazo. No sabian todavía si Napoleon queria espresiones de sentimiento ó de valor. Comenzaban tambien á acusar por lo bajo á una fortuna, que obstinándose de aquel modo, comprometia la suya propia. Estaban indecisos y taciturnos: Napoleon sabia la disposicion de sus ánimos por su ministro de policía. Resolvió asombrarlos por la rudeza de sus confesiones, y sobrepujar á sus temores con la exageracion de los desastres. La Europa armada, que seguia sus pisadas, no permitia ya disimulo. Aparentó confianza, abandono, y se quejó del destino y de los hombres. Se propuso difundir la consternacion en el alma de sus cortesanos unidos á su suerte, para que aquel temor les inspirase su valor desesperado, y los consejos que de ellos aguardaba.

VIII. Comenzó por dirigir en términos injuriosos severas ó inespe-

rudas quejas á algunos de sus ministros de segundo órden, como un sacrificio espiatorio para la cólera de los acontecimientos, y para que el rayo que caia sobre aquellos, tranquilizase y estrechase la union de los demas. Pidió que se aumentasen los impuestos: un lijero murmullo le irritó: «Los impuestos, contestó con audacia, no tienen límites: pueden seguir las proporciones del peligro de la patria. No hay mas medida que las necesidades del gobierno. Las leyes que digan lo contrario son malas leyes.» Todos callaron y aprobaron.

Propuso una conscripcion ó quinta de trescientos mil hombres, que hubiesen ya cumplido el servicio, y que hiciese cuatro años que habian vuelto á sus hogares. El silencio le reveló el asombro del consejo al oir aquel nuevo diezmo de la juventud. Solo uno, mas servil que sus colegas, se inclinó diciendo que aquella medida era necesaria para la salvacion del estado. Napoleon, para quien todo lo que no era entusiasmo parecia resistencia, frunció las cejas y se puso pálido: no queria ser solamente obedecido, queria que le aprobasen. Aparece otro aprobador, y censura intrépidamente al emperador el hablar de *fronteras perdidas*, como si la confesion de un revés fuese un atentado contra la inviolabilidad de su estrella: la evidencia de la invasion le parecia mas intolerable de confesar que de sufrir. La misma Francia conquistada debia creer aun que su dueño no podria ser vencido.

Napoleon, preparado para aquel obsequio de sus cortesanos, aparentó rechazar con desprecio aquella resistencia. «¿Por qué, dijo, esas contemplaciones con la verdad?... Es necesario decirlo todo. Wellington ha penetrado en el Mediodía: los rusos amenazan al Norte, y los austriacos y alemanes mis provincias del Este.» Luego, con un acento que remedaba al de la *Marsellesa* de 1792, que hubiera querido renovar: «¡Wellington, continuó, está en Francia!... ¡qué ignominia!... ¿y no se ha levantado en masa para arrojarle de ella?...» Como si quedase en Francia algo que pudiera levantarse como no fuese el mismo terreno. «Todos mis aliados me han abandonado, prosiguió con palabras entrecortadas, y con miradas de indignacion al cielo. ¡Los alemanes me han hecho traicion! han tratado de cortarme la retirada.... Pero ¡cuán caro les ha costado!... Nó, no haya paz, hasta que quede incendiada su capital... Un triunvirato se ha formado en el Norte... el mismo que se ha repartido la Polonia... Como si él no hubiese asegurado los fragmentos de aquella Polonia, y de la humillada Venecia al Austria. ¡Nada de tregua hasta que ese triunvirato quede deshecho!... Quiero trescientos mil hombres: formaré tres campos de cien mil en Burdeos, Lyon y Metz. ¡De este modo tendré un millon de hombres!... Pero los quiero ya formados y nó niños, que me obstruyen los hospitales y se caen muertos por los caminos.»

«Sí, señor, dijo un consejero, es necesario que nos quede la antigua Francia.» Napoleon se indignó al ver que no le comprendian, y la resignacion de su consejo á limitarse al corazon de su imperio.—«¿Pues y la Holanda?... añadió, dando con el puño en el brazo de su sillon: ¡si me viese precisado á abandonar la Holanda, preferiria volvérsela al mar!... ¡Consejeros de estado, es necesario un impulso!... ¡Es preciso que todo el mundo marche!... Vosotros sois padres de familia, sois los jefes de la nacion; á vosotros os toca ponerla en movimiento.....»

Ningun entusiasmo se manifestó en su actitud. Napoleon los miró é increpó como si hubiese oido la palabra que le atormentaba, aunque nadie la habia pronunciado: «Se habla de paz, segun creo; no oigo mas que la palabra de paz, cuando todos deberian gritar, ¡guerra!.....»

Su consejo decretó sin discusion los trescientos mil hombres. Napoleon los despidió con la entusiasta palabra de órden, pero solo le contestó el abatimiento. Con su actividad febril se ocupó en reunir en rededor de los débiles núcleos de los cuerpos que habia dejado en las orillas del Rhin, en Bélgica y en Holanda, los restos de las tropas aguerridas que tenia á mano, los destacamentos de su guardia, y los nuevos soldados que se hallaban en depósito en las guarniciones de lo interior. Pero esceptuando sus antiguas huestes, reducidas á cerca de ochenta mil hombres, todo resistia á su mano por la estenuacion é inércia del imperio. Daba órdenes á la nada, y dirigia contingentes quiméricos: contaba hombres en sus caminos militares y campamentos, y solo tenia guarismos en sus estados. Consumidas de este modo sus noches, eran infructuosas para el dia. En sus consejos, en su capital y en su palacio, se notaba el mismo movimiento que en la época en que conmovia al mundo desde el fondo de su gabinete, y ya no se movia nadie mas que el. La Francia militar habia muerto en los campos de batalla de la Alemania, de la España y de la Rusia; ya no tenia mas que su general; continuaba dirigiendo la palabra á legiones que no existian. Su palacio se habia convertido en el palacio de sus sueños: estaba solo en él con la sombra de su antigua omnipotencia y de su invencible voluntad: marchaba, y nadie le seguia.

IX. En sus palabras al senado estuvo tan imperioso como en los dias de sus victorias. Seguro de antemano del servilismo de aquellos hombres gastados por la revolucion, y envejecidos en la adulacion, les intimó su voluntad, apresurándose á convertirla en senadoconsultos. Llamó al cuerpo legislativo á Paris para el 19 de diciembre, pero temia que aquellos mudos representantes de los departamentos, que participaban mas de cerca del descontento general, no elevasen por el órgano de su presidente una voz importuna. Previó que podian elegir para presidente á un hombre independiente, y les quitó el derecho de nombrarle. Mr. Molé era el ministro de la justicia: jóven, con un nombre ilustre, de un talento precoz, de una opinion adaptada al tiempo, con un celo por la monarquía llevado hasta la paradoja del despotismo, atreviéndose á mucho para complacer, y á todo para servir, se encargó de justificar á los ojos de la opinion aquel capricho de su amo. Habló de las miradas del emperador, que podian sorprenderse con el rostro de un presidente desconocido. Alegó lo arriesgado que era para un hombre nuevo ignorar ó *infringir* la etiqueta de palacio. El imperio, en su decadencia, se adheria, como el imperio bizantino, á las últimas puerilidades del trono. No se sabia quien se envilecia mas con semejante audacia, si el despotismo ó la nacion. Jugábase con las instituciones de diez años, á los escesos del orgullo de las monarquías envejecidas, que habian vuelto al estado de la infancia. La dignidad humana se reia de su propia degradacion.

Abrióse por fin el cuerpo legislativo.

X. La nacion esperaba muy poco de aquella sombra de representacion; la constitucion la condenaba al silencio. Votar sin discusion los proyectos de ley presentados por el gobierno y sancionar decretos, eran todas las atribuciones de aquella asamblea. El mismo Napoleon habia tenido cuidado de llamarla *consejo legislativo*, y nó una representacion soberana. Seria una pretension criminal, dijo, el creer representar la nacion ante el emperador. Sin embargo, la nacion aguardaba mas del cuerpo legislativo que del senado.

Si en medio de tanta opresion podia exhalarse algun murmullo, era precisamente de allí. Aquellos hombres llevaban por lo menos á Paris la impresion de los padecimientos y humillaciones del pais. Napoleon espiaba y velaba aquellos murmullos: hasta entonces habia sido encubierto por felicitaciones perpetuas. Aquella vez pedia mas, exigia una obediencia y abnegacion supremas. Arrancándolas, podia arrancar un grito de dolor; todo lo tenia combinado con sus complacientes para sofocarle.

Para presidir el cuerpo legislativo designó un jurisconsulto eminente, Regnier, duque de Massa, hechura suya por los favores y dignidades. En la sesion de apertura se presentó con una pompa enteramente militar. Leyó un discurso, cuyas palabras de un doble sentido estaban calculadas de modo, que para el pueblo fuesen prendas de paz, y para los cuerpos constituidos como unas intimaciones de enérgica cooperacion para la guerra. Al final aparentó una abnegacion de ambicion y un espíritu de padre de familia, que hacia esperar por su parte mucha longanimidad en las negociaciones. En su acento se reconocia la sabiduría del hombre maduro, y el cansancio del soldado fatigado; se observaba además en aquel documento una melancolía que recordaba la de su juventud, y enternecia á pesar de los resentimientos.

«¡Habia concebido, dijo, y ejecutado grandes proyectos para la prosperidad y la ventura del mundo!.....» Aquí se detuvo como para dejar tiempo al pensamiento de recorrer en silencio sus reveses y de medir su caida. Despues continuó con gravedad: «Monarca y padre, comprendo muy bien cuánto contribuye la paz á la estabilidad del trono y á la de las familias. Se han entablado negociaciones con las potencias coaligadas: me he adherido á las bases preliminares que me han presentado. Abrigaba la esperanza de que antes de la apertura de esta legislatura estaria reunido el congreso de Manheim. Pero nuevas dilaciones que no pueden atribuirse á la Francia, han alargado el momento por que tanto anhelaba el mundo. Mis oradores os darán á conocer mi voluntad acerca de este punto. Se os presentarán los documentos relativos á las negociaciones.»

Salió. Sus palabras fueron recibidas con una incredulidad oculta con las apariencias de una mentida confianza. Se sabia que las negociaciones no eran mas que el velo con que la Europa y él procuraban encubrir los preparativos de una guerra decisiva. Una vez levantada contra él, la Europa no podia volver á permanecer tranquila bajo su mano. Una vez despojado, á los ojos de la Francia, de su prestigio y de sus conquistas, ya no podia gobernarla. Coronado por las victorias, las derrotas le destronaban. Lo sabia muy bien: no presentaba á la Francia la idea de la

paz, sino para arrancarla los últimos medios de guerra. No podia reconquistar su trono, sino sobre nuevos campos de batalla. Una vez vencedor, ya no le era posible detenerse. Cualquiera paz era la pérdida de un derecho para un soldado que habia poseido el continente. No era la paz en lo que soñaba, era en una segunda omnipotencia. Dos ó tres jornadas felices bastaban para devolvérsela. ¿No podia la fortuna rehacer lo que ya habia hecho?

Las negociaciones no eran serias ni en las Tullerías ni en el cuartel general de los aliados. Por ambas partes se trataba de distraer la atencion: los aliados, de la Europa; Napoleon, de la Francia.

XI. En el momento en que los ejércitos de las potencias aliadas llegaron á las márgenes del Rhin sin atreverse á pasarle, el príncipe de Metternich, ministro omnipotente del emperador de Austria, se acordó de que la emperatriz María Luisa era hija de su amo. Atravesado el Rhin, el destronamiento de Napoleon era una de las consecuencias de la victoria. La caida de Napoleon podia arrastrar en pos de sí el trono de María Luisa, lo cual era un mal para la política austriaca, que de aquel modo perderia la alianza íntima de la Francia, los beneficios de una regencia en su casa, y el patronato austriaco de un niño, emperador de los franceses. Además seria un bochorno para la familia, y desgarrar el corazon del emperador Francisco. El príncipe de Metternich, mezclado largo tiempo hacia en la corte de Napoleon, alternativamente despreciado ó acariciado por las princesas de la sangre, no participaba contra ella de las preocupaciones de los que debian últimamente á la fortuna la victoria, ni de las antipatías de la vieja Europa. Temia además la desesperacion de un hombre de talento, colocado por una negativa de convenio entre el trono y la muerte. Por fin, era diplomático y deseaba atraer hácia sí el destino. Hizo una proposicion á Mr. de Saint-Aignan, uno de los ministros mas acreditados de Napoleon en Alemania: detenido en Weymar, Mr. de Saint-Aignan fue conducido al cuartel general: Mr. de Metternich le llamó á Francfort: allí le dictó una nota en que decia á Napoleon con qué condiciones trataria con él la Europa. Los ministros de las diferentes potencias se adhirieron á las bases de aquella negociacion: Mr. de Metternich era sincero, porque estaba interesado en ella. Los demás aparentaron creer en la posibilidad de semejante paz: eran demasiado ilustrados para esperarla ó para temerla. El alma de Napoleon vencido no podia contenerse en los límites que se le trazaban.

Aquellos límites eran los de la antigua Francia. Napoleon debia renunciar á toda soberanía en Alemania, al otro lado del Rhin, en España, Italia y Holanda. A este precio se trataria, pero no se suspenderian las operaciones militares mientras estuviesen pendientes las negociaciones.

XII. A esta nota contestó Napoleon señalando á Manheim como punto en que debia reunirse el congreso. La aceptacion de una retirada general de la Europa, sobre el terreno de la antigua Francia, demasiado estrecho para sostener el imperio, anunciaba claramente que aquel congreso no era para Napoleon mas que una ilusion que dejar á su pueblo. No hacia seis meses que habia renunciado en Dresde la mitad del continente. Hizo mas: algunos dias despues se adhirió á las bases propuestas en la nota de las potencias. Las cartas y las respuestas se cruzaron con una lentitud que indicaba por ambas partes el temor de comprometerse mas estrechamente. El congreso de Manheim no llegó á abrirse. Habian pasado los dias y los acontecimientos. A estas cartas en que se fijaba un punto para tratar, era á lo que Napoleon llamaba los documentos de la negociacion: las remitió simultáneamente al senado y al cuerpo legislativo. Aquellos dos cuerpos nombraron comisiones para que informasen sobre aquellos documentos y presentasen su dictámen para que los diputados y senadores pudiesen discutir acerca de la situacion. Los ministros, los consejeros y los cortesanos se esforzaron en ganar la votacion por medio de hombres seguros, es decir, influyendo en aquellos ánimos enervados y en aquellos caractéres vencidos.

XIII. El senado nombró sin deliberar á los miembros, á quienes sus antecedentes diplomáticos y su mérito eminente parecian designar para aquel estudio de la Europa. Mr. de Talleyrand, hombre de dos caras, de las que ninguna descubria á la otra, y capaz de ocultar á la Europa lo que no se queria revelar con una declaracion ambigua de Napoleon, comenzaba á presentir la caida y buscaba con ávidos ojos un terreno nuevo, sin levantar por eso el pié del antiguo. Mr. de Fontanes, poeta elegante y mediano, orador de aparato, hábil en resistir con antiguas frases la dura voluntad de su amo, Ciceron habitual del nuevo César, pero Ciceron despues de su postracion ante la fortuna. No amaba la voluntad que confundia con la demagogia revolucionaria. Perseguido por ella en 1793, se habia guarecido bajo el sable del emperador: desde aquel asilo todo lo acometia contra la libertad: habia convertido en dignidad la lisonja. La suya era flexible, pero jamás baja. Por lo demás, tenia un juicio recto y una alma literaria, en que el oficio de adulador habia estinguido la independencia, pero nó la honradez. El general Beurnonville, antiguo soldado de las guerras de la república, especie de Dumouriez, sin la traicion. Recuerdos de libertad se mezclaban en él á la costumbre de la antigua disciplina y al espíritu militar. Mr. de Saint-Marsan, de la elevada nobleza de Turin, frances por sus servicios, pero italiano por su instinto; uno de aquellos hombres que Napoleon habia nacionalizado por su mérito, comprometido en su destino, y que despues del imperio ya no encontrarian patria. Y por último, Barbé-Marbois, anciano independiente y atrevido, deportado el 18 fructidor, libertado de la proscripcion por el consulado, y que honraba al senado con la probidad de su carácter y lo ilustre de sus desgracias. De semejantes hombres podia esperarse cierta mezcla de libertad de opinion y de deferencia, con grande decoro en el lenguaje. El senado no podia ya adular, y sin embargo todavía no se atrevia á hacer advertencias.

XIV. La eleccion del cuerpo legislativo manifestaba otro espíritu. Oprimida la opinion no se atrevia á descubrirse por medio de las palabras; pero en cambio se espresaba por el escrutinio. En él quedaron eliminados aquella vez todos los hombres serviles. Los aduladores habituales se estremecieron ó indignaron al verse separados: fuéron á quejarse á Cambaceres y al duque de Rovigo, que eran los oidos del emperador. M. Lainé, Raynouard, Gallois, Maine de Biran, Flaugergues, salieron electos por una inmensa mayoría. Aquellos nombres que hubieran sido una garantía de sabiduría y de fuerza para un gobierno templado, parecieron una amenaza á la corte del emperador. Eran independientes, luego amagaba una revolucion.

Mr. Lainé era de Burdeos: digno por su elocuencia del foro enaltecido por Vergniaud, tenia la grandeza de alma del orador girondino, sin su indolencia ni debilidad. Nacido en las Landas, hombre rural, viviendo con una medianía estoica en los campos, y lejos de las bajezas, absorto en la contemplacion de las cosas grandes, elevado por el espectáculo de la naturaleza á la adoracion del tipo divino, muy versado en la historia, imbuido de los preceptos estoicos y del desprecio de Tácito hácia los vicios de su tiempo, Mr. Lainé tenia toda su altivez,sin nada de su amargura. Era el orador y el filósofo antiguo trasplantado con la dulzura de alma del cristiano á las cosas modernas. Su valor no participaba nunca de los arrebatos de la cólera, sino de la intrepidez del deber. La naturaleza habia formado á aquel hombre y manteniéndole en reserva para dirigir el primer ataque al despotismo. No pertenecia al partido de los Borbones; era republicano por carácter y por inclinacion. Solo la razon le hizo mas tarde servir á los reyes. Para que condescendiese en acercarse á la corte, era necesario que su conciencia le manifestase á la patria en el trono. Tal era el hombre culminante de la comision. No adulo á su tumba, la venero, porque encierra un gran vestigio de la humanidad.

XV. Mr. Raynouard era de Tolosa. Una tragedia memorable, *Los Templarios*, habia hecho ilustre su nombre. Era un poeta austero, estudioso, aunque un poco áspero: sus versos participaban de la rigidez de su carácter, que era ingenuo, sencillo y elevado como su talento; nunca separaba el genio de la virtud. Hombre de un aspecto inculto, poco á propósito para agradar, ó incapaz de adular, alimentaba contra el despotismo de Napoleon el odio sordo, pero áspero, enérgico que proviene del respeto á la dignidad de una nacion. El despotismo le parecia menos una opresion, que un insulto á la naturaleza humana. Apreciado de sus colegas, hablaba con una libertad varonil, y escribia con cierta espresion de agreste dureza. Los otros tres eran hombres de oposicion filosófica y tranquila, como convenia á una oposicion sin tribuna, sin oradores y sin periódicos.

XVI. Mr. de Fontanes, confidente del emperador y relator del senado, satisfizo al trono y la nacion con una de esas frases en que la opinion encontraba la palabra *paz*, y el emperador la absolucion de la guerra. «La paz, decia el senado, es la primera necesidad de la Francia y de la humanidad. Si el enemigo persiste en su negativa combatiremos por la patria entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos.» Cuando semejantes palabras quedan selladas con la defeccion al cabo de dos meses, se conservan en la historia de los pueblos, nó como juramentos, sino como perjurios de la elocuencia.

El cuerpo legislativo fué mas lento. Los murmullos necesitaban estallar, y era muy difícil, mas estallaron por fin, á pesar de las amenazas de Regnier, duque de Massa, y de los halagos de Cambaceres. Cambaceres, uno de los convencionales que enmudecieron durante el terror, dió su voto en el proceso de Luis XVI con una ambigüedad favorable á su carácter. Despues de la convencion, se adhirió á Bonaparte con el presentimiento de la debilidad que busca un apoyo. Bonaparte aprecia-

ba su capacidad, y nada temia de su valor. Ninguno como Cambaceres sabia doblegarse á los papeles secundarios, de este modo quitaba todo motivo de envidia al primero. Napoleon le habia elevado tan alto como le fue posible, sin temor de acercársele. La subordinacion de carácter formaba en Cambaceres parte de la adulacion. Habia algo del Alcibiades envejecido en aquel príncipe de nueva fecha, archicanciller del imperio, especie de virey civil que el soberano dejaba en Paris durante sus campañas lejanas, para representarle al frente del consejo de estado y responderle de la Francia. Cambaceres aparentaba algunas ridiculeces para dar al emperador garantías contra su ambicion. Un hombre espuesto de este modo á la burla de la corte y la risa del pueblo podia ser útil, pero jamás peligroso. Cambaceres aceptaba y aun parecia que buscaba aquellas ridiculeces. Paseábase todas las tardes con el traje de la antigua corte, acompañado de dos chambelanes grotescos, descubierta la cabeza, peinados y empolvados como los retratos de sus antepasados, que adornaban las galerías del palacio real. Los estranjeros, las prostitutas y los muchachos seguian aquel grupo con la vista y la rechifla. Buscaba la celebridad de Apicio, y exigia en derredor suyo la etiqueta, las genuflexiones y los títulos de la mas antigua aristocracia. Era el genio anticuado del ceremonial en una monarquía de hombres de fortuna, pero bajo aquellas futilezas de cortesano, Cambaceres encubria una alma honrada, un carácter humano, una ciencia real y un firme espíritu de gobierno. Burlábanse de él, pero le apreciaban: hé ahí al archicanciller.

XVII. En las discusiones secretas del cuerpo legislativo no trató de negar el cansancio de la nacion, pero sí de neutralizar su espresion en el mensaje. El fantasma de la revolucion le habia hecho retroceder hasta el envilecimiento y la adoracion del despotismo. Tenia todo lo que se asemejaba á sinceridad, por no dar lugar á una libertad. Conjuró á los diputados que emitiesen sus ideas en voz baja. Convino en la necesidad general de la paz, pero negó á la comision el derecho de elevar su voz, aun para espresar un padecimiento del pueblo.

Mr. Lainé tenia la actitud modesta y reflexiva de su carácter: su semblante era sosegado, y al acercar los brazos á su pecho parecia atestiguar las concienzudas convicciones de su corazon. Su cabeza inclinada no tenia nada del reto del tribuno: su voz tenia la gravedad y el temblor nervioso de sus pensamientos. Se indignó de tantas exigencias á los órganos de un pueblo y, «Nó, esclamó al fin con dolor, nó, es preciso realizar al cuerpo legislativo, por tanto tiempo deprimido, y sacarle de su postracion: es preciso hacer oir el grito del pueblo por la paz, y es necesario que sus lamentos estallen contra la opresion.» A escepcion de una cincuentena de diputados apegados por sus dignidades al despotismo, ó cobardes que temian la cólera del emperador, todos los corazones habian hablado por la voz de Mr. Lainé. Encargáronle de redactar el informe, que fué aprobado. Era con palabras encubiertas un llamamiento á la constitucion, una tímida insurreccion de las almas contra el esceso de esclavitud, el derecho de queja, el último derecho de los pueblos revindicado, al menos por sus representantes, un recuerdo lejano de la asamblea del Juego de pelota en Versalles, pero bajo el cetro de un señor rodeado de armas, en un palacio cercado de pretorianos.

XVIII. Mr. Lainé se atrevió á decir en nombre del cuerpo legislativo: «En medio de los desastres de la guerra, se esperimenta un sentimiento de esperanza al ver á los reyes y á las naciones pronunciar á porfía el nombre de paz. Las declaraciones de las potencias convienen, en efecto, señores, con el voto universal de la Europa por la paz y con el voto tan generalmente manifestado en derredor de cada uno de nosotros en los departamentos, voto de que el cuerpo legislativo es el órgano natural.

»¿Quién puede, pues, retardar los beneficios de esta paz? Tenemos como garantía de los designios pacíficos del emperador, á la adversidad, consejo verdadero de los reyes.... Los medios que se nos proponen para rechazar al enemigo y conquistar la paz serán eficaces si los franceses se convencen de que no derramarán ya su sangre mas que para defender la patria y sus leyes protectoras.

»Pero en vano resonarian esas palabras de paz y de patria, si no se garantizasen las instrucciones que crean la una y que sostienen la otra...

»Vuestra comision opina que es indispensable que al mismo tiempo que el gobierno proponga las medidas mas prontas para la seguridad del estado, se suplique al emperador mantenga la completa y constante ejecucion de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad y de la propiedad, y á la nacion el libre ejercicio de sus derechos políticos. Esta garantía nos parece la mas eficaz para devolver á los franceses la energía necesaria para su propia defensa.

»Queremos enlazar al trono y á la nacion para reunir sus esfuerzos contra la anarquía, contra la arbitrariedad y contra los enemigos de la patria.....

»Si el primer pensamiento del emperador en circunstancias graves ha sido llamar en derredor del trono á los diputados de la nacion, ¿no es nuestro primer deber manifestar al monarca la verdad y el voto del pueblo por la paz?....»

La espresion de los *diputados de la nacion* era una revolucion completa. El 18 brumario volvia á aparecer y se vengaba con una palabra.

XIX. Era la primera vez que Napoleon encontraba un alma insurrecta contra su voluntad, desde el dia en que todo lo habia agobiado con el cetro. Hubiera valido mas que aquella queja, proferida en un grito nacional, se hubiese elevado en los momentos en que oprimia al mundo, que cuando declinaba hácia su catástrofe, en que la misma Francia caia con él. Pero Mr. Lainé no era culpable de ninguna de aquellas adulaciones cortesanas. Su alma habia sido una constante censura contra la degradacion civil en su pais: tenia el derecho de decirlo todo y á todas horas: lo decia como hombre libre y nó como tribuno. Por otra parte, las naciones, cuando se sobreponen al poder que decae no son generosas, si no lo han sido con ellas. Se aprovechan de la debilidad de sus tiranos para odiar la tiranía. Esto no es sin duda magnanimidad, pero es el destino.

XX. Napoleon conoció que no era ya Napoleon si aquella voz independiente del orador del cuerpo legislativo no era al momento disipada por el esplendor de la suya. Lanzó un grito de furor fingido ó real: hizo resonar en su consejo, en su palacio y en sus conversaciones la gravedad de aquel insulto. Se esforzó en hacer subir la indignacion oficial de sus cortesanos y de la nacion á la altura de su resentimiento. Intimó á sus ministros y á su servidumbre la órden de imitar y propagar el eco de su cólera. Todos levantaron el grito contra la insolencia de Mr. Lainé. Era entonces ministro de la policía Savary, duque de Rovigo, antiguo compañero de armas del emperador. Su mérito consistia en una ciega adhesion personal á los intereses y caprichos de su amo; aquella adhesion sin restricciones la habia esperimentado Napoleon con servicios que pierden á la misma amistad. El nombre del duque Rovigo figuraba en el proceso nocturno del duque de Enghien. Juzgado como un asesino, el jóven príncipe habia caido en los fosos de Vincennes á impulso de las balas de una comision militar nombrada por Napoleon. Habia sido arrebatado de territorio estranjero por un crímen contra el derecho de gentes. Su prision fue semejante á una traicion, y su muerte á un atentado: su sangre clamaba y clamará de siglo en siglo contra su asesino. Aunque Savary no hiciese mas que obedecer, hay obediencias que justa ó injustamente se llaman complicidades. Esa justicia ó injusticia de la opinion es la responsabilidad de los instrumentos de la tiranía. Seria muy cómodo servirla, si un acto fuese inocente por solo decir que habia sido mandado: no es así; la responsabilidad sube y baja desde la cabeza á los miembros. No se pierde nada en el pensamiento del crimen y en su ejecucion: cada gota de sangre derramada salpica el nombre, la mano y aun la gloria. Desde el primero hasta el último de los ejecutores deben dar cuenta de ella.

XXI. Savary llamó á su casa á los miembros de la comision. Tan insolente intimacion del ministro de la policía á los representantes de una asamblea nacional, se asemejaba á un mandamiento de prision. Al recibir aquella órden los individuos de la comision, deliberaron si la obedecerian ó nó. Algunos presintiendo un golpe de estado contra sus personas, opinaron que debia dirigirse un manifiesto á la nacion; que se convocase al cuerpo legislativo á sesion estraordinaria para colocarse bajo la salvaguardia de la representacion nacional amenazada. Aquel dictámen pareció estremado, y semejantes resoluciones desprovistas de la fuerza moral necesaria para sostenerlas. Mr. Lainé y sus colegas prefirieron correr solos los peligros de la situacion.

Fuéron, pues, á casa del ministro de la policía. En el semblante de aquel funcionario se veia retratado el de Napoleon: su acento era una repeticion premeditada del suyo. Estuvo amenazador como para probar los ánimos: «Los descontentos, dijo á Mr. Lainé, toman vuestro nombre como enseña de revolucion. Mi policía encuentra ese nombre en todas las tramas. No puede haber inocencia en palabras que, como las vuestras, escitan turbulencias.»

Al hablar así, el criado del emperador iba elevando la voz en tono de amenaza.

«Mi conciencia habla mas alto que vos,» le contestó Mr. Lainé. Aquellas palabras parecieron intimidar al ministro: bajó la voz y tomó el acento que acaricia despues de haber probado en vano el que consterna: «Sois hombres honrados, dijo, y me envaneceria de teneros por amigos;

pero el emperador se halla suspenso entre resoluciones estremas. Le habeis irritado: habeis querido parodiar la insurreccion de la asamblea constituyente. No puede dejaros continuar en vuestras sesiones: va á marchar al ejército, y en su ausencia le destronariais. No quiere correr ese peligro. ¡Quieren á los Borbones, me ha dicho el emperador, pero antes habrá batallas como la de Ivry!...»

Luego, dirigiéndose Savary otra vez á Mr. Lainé: «¿A dónde quereis ir á parar?....» le preguntó con una mirada que inspiraba confianza al mismo tiempo que mandaba una confesion.

«Quiero, replicó Mr. Lainé, salvar á mi patria, ó al menos exhalar gloriosamente por la nacion el último suspiro de la libertad.»—«Queríamos, añadieron sus colegas, que el emperador tendiese la mano á una nacion prosternada para levantarla....» Aquella humildad en la respuesta de los colegas de Mr. Lainé y de los representantes de la asamblea, no pareció suficiente retractacion de su audacia. El ministro les prohibió reunirse y volverse á ver.

XXII. El emperador recibió al senado. Mr. de Fontanes en el discurso que redactó, mezcló con las acostumbradas adulaciones algunas palabras de verdad, en la justa proporcion que el emperador queria tener la magnanimidad de oirla: «Unámonos, decia el orador, en derredor de esa diadema, en que el esplendor de cincuenta victorias brilla al través de pasajera nube.»

Habló tambien de paz, del poder que se afirmaba limitándose, del arte de hacer felices á los pueblos, pero sobre todo de correr á las armas.

«Ya no se trata, respondió Napoleon, de recobrar las conquistas que hemos hecho. La independencia del territorio y de la paz, hé aquí nuestro grito de union. Nuestras provincias están desmembradas: llamo á los franceses al socorro de la Francia.»

Dichas estas palabras mandó la supresion del mensaje del cuerpo legislativo y le aplazó para otra época. Savary habia manifestado su pensamiento. No queria dejar una asamblea deliberante detrás de sí. La voz de Mr. Lainé le habia parecido un eco de 1789: sabia que devolviendo la voz á un pueblo, se le vuelve el soplo de la libertad. Al dia siguiente dejó escapar el torrente de cólera que se habia acumulado en él desde la reunion del cuerpo legislativo.

Era el 1.° de enero de 1814, dia en que el ceremonial de la corte conduce al pié del trono á las corporaciones y dignatarios del pais mezclados con los cortesanos de la real persona. Los miembros del cuerpo legislativo prorogado la víspera parecieron ante el emperador para desfilar. Los detuvo haciéndoles una señal con la mano: queria que el resentimiento contra su temeridad resonase en la Francia y en toda la Europa. Aparentó un acceso mal reprimido de cólera: el afectado desórden de sus palabras, su rostro amostazado y su voz de trueno, hacian á su discurso mas semejante á una improvisacion que á un cálculo. Era lo último en efecto: lo habia meditado y arreglado durante ocho dias: era el discurso de la tiranía desvergonzada por la primera vez, queriendo abrumar por la audacia la independencia que trataba de manifestarse.

XXIII. «Diputados del cuerpo legislativo, dijo concentrando sobre ellos sus fulminantes miradas, podiais haber hecho mucho bien, y habeis hecho mucho mal.

»Las once duodécimas partes de vosotros son buenas: los demás son facciosos.

»Os habia llamado para que me ayudaseis, y habeis venido á decir y hacer lo que se necesitaba para secundar al estranjero: en vez de reunirnos, nos dividiais.

»Vuestra comision ha sido supeditada por gentes adictas á la Inglaterra. Mr. Lainé, vuestro relator, es un malvado. Su dictámen ha sido redactado con una astucia y unas intenciones que no habeis conocido ni debiais esperar. Dos batallas perdidas en Champaña hubieran hecho menos mal.

»En vuestro informe habeis colocado la ironía mas sangrienta al lado de la censura. Decis que la adversidad me ha dado consejos saludables. ¿Cómo podeis echarme en cara mis desgracias? Las he sufrido con honor, porque he recibido de la naturaleza un carácter fuerte y altivo, y si no tuviese esta altivez en mi alma, no me hubiera elevado al primer trono del mundo.

»Sin embargo, necesitaba consuelos y los esperaba de vosotros. Habeis querido cubrirme de lodo, pero yo soy de esos hombres á quienes se mata, pero no se deshonra.

»¿Pretendiais con semejantes medios realzar el esplendor del trono? En suma ¿qué es el trono? Cuatro listones de madera forrados con un pedazo de terciopelo. Todo depende del que se siente en él. El trono está en la nacion. ¿Ignorais que soy yo quien le representa sobre todos los demás?.... No puede atacárseme sin atacarla á ella. Cuatro veces he sido llamado por ella, y cuatro veces he obtenido cinco millones de votos. Tengo un título, y vosotros nó. No sois mas que los diputados de los departamentos del imperio.

»¿Es este el momento oportuno de hacerme advertencias ó representaciones, cuando 200.000 cosacos atraviesan nuestras fronteras? ¿Es el momento de venir á disputar sobre la libertad y seguridades individuales, cuando se trata de salvar la libertad política y la independencia nacional? Vuestros ideólogos piden garantías contra el poder, en el momento en que toda la Francia solo me las pide contra el enemigo.

»¿No estais contentos con la constitucion?... Hace cuatro meses que era necesario pedir otra, ó aguardar dos años despues de hecha la paz.

»Hablais de abusos y de vejaciones: lo sé tan bien como vosotros. Eso depende de las circunstancias y de las desgracias del tiempo. ¿Por qué hablar delante de la Europa armada de nuestros debates domésticos?... La ropa sucia debe lavarse en casa. ¿Quereis imitar á la asamblea constituyente y volver á comenzar una revolucion?.. Yo no imitaria al rey que entonces existia: abandonaria el trono y preferiria hacer pueblos soberanos, á ser un monarca esclavo.»

XXIV. Estas palabras faltaban al respeto á la nacion, y á la justicia á un hombre. *Tengo un título, y vosotros nó*, en la boca de un soldado, que con la espada en la mano habia usurpado todos los títulos al pueblo francés, era la burla mas insolente que jamás habia bajado del trono sobre una representacion soberana. Pero si semejantes injurias eran despreciables en la boca de un triunfador ebrio de victorias y de autoridad, adquirian, por lo menos esta vez, cierta grandeza de audacia, con los reveses que esperimentaba Napoleon. Erguíase delante del infortunio y decia su última palabra á la adversidad. Esta última palabra no era una degradacion de sí mismo, sino un reto al destino y un desprecio de la opinion. Era un atentado mas contra la soberanía y la dignidad del pueblo; pero atentado que al menos tenia mucha parte de valor. Solo á sus cortesanos les pareció sublime: la generalidad de la opininion le encontró brutal é insensato. Esperaba que hiciese un grande efecto en la imaginacion de la multitud, y solo causó un grande asombro, un grande escándalo, una gran sublevacion en la dignidad ofendida del pais. Humillaba á la nacion en el momento en que mas necesitaba realzarla. Las naciones se sacrifican algunas veces en el infortunio, jamás en la humillacion. Circulando aquel discurso de boca en boca por todos los ángulos del imperio, hizo creer en esa *mansion* celeste, que precede á la caida de los hombres estraviados. Habia querido difundir el terror en las almas de sus enemigos, y solo esparció en ellas la irritacion y el desprecio.

XX. Mas despues de haber asombrado queria enternecer. El 23 de enero, víspera de su partida para el ejército, convocó en palacio á los jefes de la guardia nacional de Paris. La escasez de tropas y la necesidad de guarnecer, al menos por algunos dias, la capital que sus maniobras podian dejar descubierta, le habian obligado á reorganizar aquella milicia cívica, que el nombre de La Fayette y los recuerdos del 89 le hacian sospechosa. Armar la guardia nacional era para él lo mismo que volver á armar la revolucion. Pero no pudiendo apelar al derecho, creia menos peligroso acudir á las armas de los ciudadanos. Además, se habia reservado el mando en jefe de aquel ejército del hogar doméstico. En su ausencia, entregó el mando al mariscal Moncey, incapaz de faltar á su deber, y tan manejable y seguro como su espada. La guardia nacional se envanecia y honraba con obedecer á un soldado antiguo, que habia participado de la gloria, pero jamás de los desafueros de la tiranía.

Napoleon presentó teatralmente la emperatriz María Luisa y su hijo á los oficiales de la guardia nacional. Aquella presentacion no tenia solo por objeto á Paris, sino tambien á Viena. Queria recordar al emperador de Austria, su suegro, que los golpes que sus ejércitos le preparaban iban á parar á su propia hija. Le enseñaba á su nieto en los brazos y por encima de la cabeza de los guardias nacionales. Aquella escena era una negociacion sorda, por la que esperaba encontrar complicidad en el corazon de Francisco II.

María Luisa era poco conocida de los parisienses y poco querida de la Francia. Arrancada de Viena como un despojo de la victoria, conquistada mas bien que pedida, sucesora en el tálamo del héroe de la emperatriz Josefina, que todavía vivia, y á quien sus gracias, su bondad superficial y su lijereza de alma hacian, por sus mismos defectos, mas popular á una nacion superficial y lijera; estranjera en medio de la Francia, hablando con timidez su lengua, y estudiando con embarazo sus costumbres, María Luisa vivia encerrada y como cautiva entre la servi-

dumbre de que el emperador la habia rodeado. Aquella corte de mujeres hermosas, recientemente tituladas, celosas por disipar todo esplendor que no fuese el de su rango y el de su favor, no dejaba entrever de la nueva emperatriz mas que la naturalidad y la torpeza propias de una mujer casi niña, pero muy á propósito para despopularizarla en su misma corte, que no era otra cosa que la respetuosa calumnia de la jóven soberana. Maria Luisa se guarecia en el ceremonial, el retiro y el silencio, contra la malevolencia que la acechaba. Intimidada por la nombradía, la grandeza y la brusca ternura del raptor en quien no se atrevia á ver un esposo, se ignora si aquella timidez podia permitirla amarle sin violencia. Napoleon la amaba por superioridad y por orgullo: era el blason de su filiacion con las grandes razas: era la madre de su hijo, la perpetuidad de su ambicion. Mas aun cuando no hacia alarde de tener favoritas, por desprecio mas bien que por virtud, se le conocian algunos caprichos pasajeros con las hermosas damas que le rodeaban. Los celos, aunque no se atreviesen á acusarle, podian enfriar el corazon de María Luisa.

El público tenia la injusticia de exigir de ella los trasportes y apasionada abnegacion del amor, cuando su naturaleza no podia inspirarla mas que el deber y el respeto para con un soldado, que no habia visto en ella mas que un rehen de la Alemania y una prenda de posteridad.

Aquella especie de violencia no la permitia desplegar sus gracias naturales, solemnizaba su fisonomía, intimidaba su espíritu y comprimia su corazon. No se veia en ella mas que una condecoracion estranjera unida á las columnas del trono Hasta la misma historia, escrita con la ignorancia de la verdad, y bajo los resentimientos de los cortesanos napoleónicos, ha calumniado á aquella princesa. Los que la conocieron la restituirán, nó la gloria teatral y estoica que se exigia de ella, sino su naturaleza. Era una hermosa jóven del Tirol, con los ojos azules, cabello rubio, el rostro matizado con la blancura de sus nieves y las rosas de sus valles, el talle flexible y esbelto, su actitud agobiada y lánguida como la de esas germanas que parecen tener necesidad de apoyarse en el corazon de un hombre, y la mirada llena de sueños y de horizontes interiores, velados con la lijera niebla de los ojos. Los labios un poco gruesos, el pecho lleno de suspiros y de fecundidad, los brazos largos, blancos, admirablemente formados, y que la caian con graciosa languidez sobre el vestido, como cansados del peso de su destino. El cuello habitualmente un poco inclinado sobre el hombro. Era la estatua de la melancolía del Norte, llevada al tumulto de un campamento francés. La supuesta nulidad de su silencio encubria pensamientos femeninos y misterios de sentimiento que la llevaban lejos de aquella corte, destierro magnífico pero muy duro. En cuanto entraba en sus habitaciones interiores, ó en la soledad de sus jardines, se volvia alemana. Cultivaba la poesía, la pintura y el canto. La educacion habia perfeccionado en ella aquellas habilidades, como para consolarla lejos de su pais, de la ausencia y tristeza á que algun dia estaria condenada. Sobresalia en todas ellas, mas para sí sola. Leia y repetia de memoria los poetas de su lengua y de su cielo. Carácter sencillo, patético, encerrado en sí mismo, mudo para lo esterior, lleno de ecos en lo interior, formado para el amor doméstico en un destino oscuro, deslumbrado sobre un trono en donde se creia espuesto á las miradas del mundo, como la conquista, nó del amor, sino del orgullo de un héroe. No sabia fingir ni durante la grandeza, ni despues de los reveses de su dueño: ese fué su crimen. Los personajes de aquella corte teatral querian el simulacro de la pasion conyugal en una cautiva de la victoria. Era demasiado natural para fingir amor cuando no tenia mas que obediencia, terror y resignacion. La historia la acusará, la naturaleza la compadecerá.

Hé aquí el retrato de María Luisa: lo he escrito delante de ella diez años despues. En la libertad y en la viudez habia desarrollado todas las gracias reprimidas en su juventud. Se la quiso hacer representar un papel: faltó la actriz, pero quedó la mujer. La historia debe devolverla lo que la parcialidad de los cortesanos de Napoleon la ha arrebatado: la gracia, la ternura y la piedad.

XXVI. Tal era la emperatriz que Napoleon presentaba á la guardia nacional de Paris, con su hijo, el rey de Roma, en los brazos. Aquel espectáculo era una elocuencia muda que conmovió el corazon de los parisienses. Recibiéronla levantando los brazos, con esclamaciones y lágrimas; la naturaleza tenia su imperio, como el orgullo el suyo. Aquellos ciudadanos armados de la capital se envanecian de ver aquella hija de los césares, confiada como un depósito á la ciudad de la revolucion. Aquella señora y aquel niño, puestos á cubierto con la espada de todos, parecian haberse convertido en aquel instante en el hogar de cada uno. Cuando el corazon desempeña su papel estraordinario en las crisis de los imperios, estalla y lo doma todo por un momento. La oposicion universal enmudeció á vista de aquella escena. La Francia se creyó un dia napoleónica, porque su corazon habia palpitado por una mujer y por un niño. Tomando Napoleon á su hijo del regazo de su madre, le abrazó, le levantó en sus brazos con los ojos humedecidos, le puso en los brazos de los oficiales que se encontraban mas inmediatos á él, y avanzando hasta el centro del inmenso círculo que los jefes de la fuerza ciudadana formaban en derredor del salon principal de palacio, les habló con aquella voz alternativamente varonil y enternecida, en que la calidad de marido y de padre cortaba la voz al soldado. Talma, el gran escultor de las estatuas vivientes, le habia visitado la víspera; pero la naturaleza en aquel momento era un maestro mas consumado é infalible que Talma. Napoleon no tenia nada que aprender en aquella escena, mas que el modo de cubrirse los ojos: su destino le cubria bastante, su corazon hablaba mejor que su papel.

Estuvo natural, heroico, familiar: no ocultó ninguna de las eventualidades de la querra, ni ninguno de los riesgos momentáneos que podia correr la capital. Esplicó que aquel peligro no seria mas que aparente, porque él volveria con sus fuerzas aumentadas por las guarniciones ya libertadas, y destrozaria al enemigo colocándole entre Paris y su ejército. «No teneis que hacer, les dijo, mas que permanecer unidos, y resistir á las tentativas que harán para separaros de mí. Os dejo á la emperatriz y al rey de Roma, mi esposa é hijo: parto tranquilo confiándolos á vuestro amor: pongo en vuestras manos lo que mas amo en el mundo.»

XXVII. En Paris produjo mucha sensacion aquella despedida; le enterneció un momento como habia enternecido al palacio. Al dia siguiente se supo que Napoleon habia salido por la noche con direccion á Chalons. Se sabia que no se presentaba en el ejército sino la víspera de la batalla; pero ya no se esperaban milagros. Las campañas de Rusia, de España y de Dresde habian amortiguado la esperanza. Escuchábase con atencion el ruido de los primeros choques: iba á abrirse la última campaña. No referiremos sus pormenores, sino sus resultados: mereceria para sí sola un historiador. Napoleon fué en ella mas grande que lo habia sido en los años de su omnipotencia. No trazaremos en esta narracion su gloria como general, sino su caida como soberano, ni nos detendremos en ella mas que lo necesario para manifestar cuánto contribuyó á la restauracion aquella caida heroica.

XXVIII. Un millon de hombres armados por el resentimiento de la Europa, concertados por el genio de la coalicion y alentados por los reveses del que durante mucho tiempo habian creido invencible, entraba por cuerpos de ejército en el territorio de la Francia. El círculo de accion que todavía tenia libre el emperador se iba estrechando cada veinte y cuatro horas. Wellington bajaba de los Pirineos sobre el Mediodía con el ejército inglés aguerrido, llevando en pos de sí como auxiliares las mejores tropas de España y de Portugal. El ejército del mariscal Soult y el del mariscal Suchet volvian precipitadamente á Francia para cubrir el territorio de la patria contra aquel reflujo de dos naciones por largo tiempo provocadas. Bulma y Bellegarde, generales austríacos, á la cabeza de cien mil hombres, contenian al príncipe Eugenio, virey de Nápoles, en el Milanesado, y atravesaban los Alpes para caer sobre Lyon, por las gargantas de la Saboya. Bernadotte, Coroliano moderno, sin tener que vengar sobre su patria los daños del primer Coroliano, se habia vendido á la coalicion por precio del trono de Suecia. Guiaba ciento veinte mil hombres de todas las naciones secundarias del Norte contra la Bélgica y el Rhin, sujetas todavía á la Francia. El príncipe Schwartzenberg, generalísimo de la coalicion, y Blucher, general de la Prusia, pasaron el Rhin la noche del 31 de diciembre, y dirigian cerca de doscientos mil hombres de varias naciones hácia el pié de los Vosges, último parapeto de las tropas francesas. Cuatrocientos mil combatientes marchaban por cuatro caminos diferentes de Alemania para reforzar á los ejércitos que habian entrado en Francia. Hasta los mismos soberanos, el emperador de Rusia, el emperador de Austria, el rey de Prusia y el de Suecia, marchaban con sus tropas, como para decir al mundo que habian abandonado sus capitales por un campamento, y que no iban á hacer una campaña, sino una cruzada unánime y suprema contra el opresor del continente.

A aquellas masas que pagaba la Inglaterra, que reclutaba el patriotismo, y á las que las mismas derrotas habian enseñado á vencer, Napoleon no podia oponer mas que los fatigados y divididos restos de sus ejércitos.

XXIX. La Francia, á pesar del llamamiento que habian hecho á su patriotismo el emperador y el senado, no se levantaba. Estaba exhausta de legiones, y queria paz y libertad. Si se levantaba, temia alzarse para el emperador y nó para la patria. Estaba resuelta á no suministrar ya mas sangre á su ambicion; el largo despotismo que habia sufrido la hacia mirar con indiferencia hasta su mismo suelo. Aun en los campos

se oia la impía palabra de desaliento llevada hasta el estremo de la imposibilidad : «¡Tirano por tirano!»... Los prefectos decretaban los alistamientos, y los gendarmes tenian que llevar los conscriptos á los depósitos, atados por los caminos. Apenas se veian libres se volvian á sus aldeas y sus chozas. Las provincias mas belicosas, como la Borgoña, el Autunés y la Bretaña, ocultaban en sus bosques bandas de *refractarios*, último recurso de sus familias, y preferian la vida vagabunda á incorporarse á sus regimientos.

XXX. Además, Napoleon durante los setenta dias que la lentitud y timidez de los aliados le habian dejado para tomar una resolucion decisiva, no habia adoptado ninguna. Hablanse repetido en el palacio de las Tullerias las incertidumbres é indecisiones de Moscou. Habia perdido las horas en deliberar consigo mismo y con los demás, en luchar con el senado y el cuerpo legislativo, y en interminables conversaciones con sus confidentes. Hacia algunos años que se habia vuelto en estremo hablador, señal de decaimiento de voluntad y de accion en los hombres que por mucho tiempo han sido felices. Perdia mas tiempo en convencer que en vencer. Y luego conocia que la opinion le abandonaba cuanto mas se esforzaba en retenerla, admirándola en sus conferencias con el primero que se presentaba, ó en los artículos dictados al *Monitor*. Tenia en sí mismo su propia publicidad : nadie hablaba libremente en Francia sino él. Su vida interior era un contínuo monólogo : hubiérase creido que trataba de pasar el tiempo. Parecia que aguardaba, ya de sus negociaciones, que aun no habia entablado, ya de su *estrella*, que no creia todavía apagada, no sé qué prodigio que le devolviese lo que habia perdido. Tenia la predestinacion de los hombres y de las cosas que caen, la inmovilidad del hombre ante la rapidez del tiempo.

XXXI. Solo le quedaba un recurso á principios de diciembre. No tenia mas que examinar con ojos serenos su situacion, y en vez de continuar diseminado por los restos de sus conquistas, replegarse y concentrarse en el corazon de la Francia. Tenia en España el ejército de Suchet y de Soult, que ascendian á cerca de ochenta mil hombres, acostumbrados al fuego y las fatigas de la guerra y mandados por generales que, como el, habian salido de la escuela de las guerras de la república. Tenia en Italia el ejército del rey de Nápoles y treinta mil hombres mezclados entonces con escelentes regimientos franceses y con oficiales superiores, tan adictos á la patria como á Murat. Cincuenta mil hombres de tropas francesas y milanesas combatian por su reino de Italia, maniobrando inútilmente al otro lado de los Alpes. La Holanda y la Bélgica, estérilmente ocupadas y á duras penas contenidas, le absorvian con sus mejores generales de segundo órden cuarenta mil hombres. En fin, habia dejado sin provision mas de ciento veinte mil hombres encerrados, fuera del alcance de su mano, en Maguncia y todas las plazas fuertes del otro lado del Rhin, como postes ó miras perdidas en unos caminos que ya no debia volver á ver. Componian entre todos trescientos veinte mil soldados hechos, aguerridos, disciplinados, bien armados, provistos de caballería y artillería, que reunidos á los ochenta mil hombres del interior hubieran formado á sus órdenes, en el corazon de la Francia, un ejército de cuatrocientos mil combatientes. Habia podido disponer de noventa dias, en una estacion favorable para la marcha y alimento de las tropas, para reunir aquellos trozos de sus fuerzas. Podia además haberlos colocado en provincias fértiles, en las orillas de los rios que rodeaban á su capital, flanquearlos con sus plazas fuertes, enlazarlos por medio de sus grandes poblaciones y depósitos de reclutas de los cuerpos, llenarlos de su presencia, animarlos con su alma y moverlos con su genio. Cuatrocientos mil hombres concentrados, colocados y puestos en movimiento de aquel modo, atacados siempre en puntos distantes de la circunferencia, siempre cercanos al centro que hubiera apoyado cada rayo de la fuerza del núcleo, habrian conservado siempre su mismo número, y muchas veces superior al de las columnas de ataque de los aliados. Cada victoria parcial de los generales enemigos hubiera sido una victoria estéril, porque ninguno de ellos se hubiese atrevido á proseguirla en el corazon de semejante masa para ir á estrellarse y hundirse al pié de las murallas de Paris. Por el contrario, la menor derrota hubiera permitido á Napoleon el lanzar cien mil hombres entre los flancos ó sobre la retaguardia del enemigo. El tiempo y la distancia que debilitan los ejércitos de agresion, habrian aguerrido, renovado y fortificado el de la Francia : la victoria decisiva con grandes resultados ó una paz segura con grandes concesiones para la patria, hubiera sido el resultado de tal resolucion. Aquel era el 92 disciplinado y aguerrido de la Francia : el patriotismo de la nacion en una sola cabeza, y sus bayonetas en una sola mano. ¿Qué no hubiera hecho un ejército desesperado, flor de los ejércitos de diez años, mandado por un héroe, y al ver bajo sus plantas el suelo y el hogar de cada ciudadano? Adoptando semejante partido, Napoleon habria sido tan prodigioso en su concentracion como en sus conquistas. Hubiera escedido al grande Federico por la inmensidad de las fuerzas de sus enemigos y del destino. Napoleon bien entrevió semejante resolucion : para tomarla no se necesitaba un genio mas vasto, sino un alma mas grande que la suya. Era preciso sacrificar su orgullo á su verdadera gloria, renunciar á sí mismo para salvar á la patria, sacrificar sus coronas de familia y las provincias poseidas, para hacer á Paris invencible. Le faltó este heroismo : disputó con la necesidad, pero ella no obedece sino al que se la anticipa. Llenó su alma de ilusiones y prestó horas al tiempo en contra suya. Fué tímido con los partidos estremos en circunstancias que exigian los últimos esfuerzos de carácter y de genio. El trono le habia rebajado : fué muy inferior al papel con que su destino le brindaba : faltó el hombre de estado, pero quedaba el soldado : reemplazó en él al general.

XXXII. Setenta mil combatientes componian el único ejército que tenia para maniobrar y combatir en el centro de la Francia contra un millon de hombres. La victoria no podia hacer nada por tan corto número : únicamente podia gastarle un poco menos pronto que la derrota. Contaba con un imposible, ó solo queria ilustrar su última lucha. Nadie sabe lo que pasó en aquella alma endurecida ya hacia algunos años en las ilusiones. Lo mas verosímil es que contaba con algunos triunfos brillantes, pero pasajeros, que hubieran servido de pretesto al emperador de Austria para negociar con él. Jamás creyó que un padre deshonraria á su yerno, ni que los reyes destronarian al vencedor de la revolucion. Por lo menos no dudaba que aunque vencido y separado del trono, no trasmitiesen el imperio á su hijo.

Llegó á Chalons el 25 de enero, revolviendo en su cabeza aquellos pensamientos. Por todas las partes del tránsito fué recibido con los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Abajo los derechos reunidos!*... El pueblo, conmovido y descontento á un tiempo mismo, manifestaba con aquel grito su entusiasmo por el guerrero, y su cansancio de la tiranía.

LIBRO II.

Campaña de 1814.—Plan de Napoleon.—Marcha del emperador sobre Saint-Dizier al encuentro de los aliados.—Napoleon se replega sobre Brienne.—Reunion de Blucher y de Schwartzenberg.—Batalla de la Rothiere.—Combate de Marmont en Rosnay.—Napoleon se traslada á Troyes.—Su permanencia y sus fluctuaciones en Troyes.—Congreso de Chatillon.—Caulaincourt.—Ultimatum de los soberanos aliados el 8 de enero.—Correspondencia del emperador y de José.—Blucher se replega hácia Chalons y marcha sobre Paris.—Napoleon se dirige sobre Champ-Aubert para detener á Blucher.—Combate de Champ-Aubert.—Batalla de Montmirail.—Batalla de Vauchamp.—Napoleon retira á Caulaincourt la autorizacion para firmar la paz.—Schwartzenberg amenaza á Paris y baja por el valle del Sena.—Napoleon corre á él.—Batalla de Montereau.—Napoleon vuelve á entrar en Troyes el 23 de enero.—Manifestacion realista.—Ejecucion del caballero de Gonault.

I. Los generales que habian quedado en las orillas del Rhin sin fuerzas suficientes, procuraron cerrar al menos las gargantas de los Vosges y de la Alsacia, avenidas de las llanuras francesas. Apurados, envueltos y comprometidos, se retiraron á paso lento hasta el otro lado de aquellas montañas. Cuatrocientos mil hombres, rusos, prusianos y austriacos, los seguian de cerca, aumentándose todos los dias con nuevas columnas que atravesaban el Rhin. Aquellos cuatrocientos mil hombres formaban dos ejércitos, uno á las órdenes de Schwartzenberg, y otro á las de Blucher. Despues de inundar todo el álveo del Rhin, la Alsacia, el Franco-Condado, los valles de los Vosges y la Lorena, dirigianse lentamente uno hácia otro para reunirse, como los ejércitos de Atila, en Troyes, capital de la Champaña. El emperador, imitándose á sí mismo como acontece á los genios gastados, resolvió interponerse atrevidamente entre aquellos dos ejércitos, dar separadamente la batalla á cada uno de ellos con aquel puñado de combatientes desesperados, separarlos lo mas lejos que le fuese posible, uno á la izquierda hácia sus plazas del Norte, otro á la derecha hácia Lyon, y aprovechar contra

cada uno de ellos, aventurados de aquel modo en lo interior, los azares de la victoria, el terror pánico de la derrota, y el entusiasmo de la insurreccion nacional ante el paso del estranjero. Aquel plan, aunque inferior al de la concentracion, inspirado á las naciones como al individuo por la lucha defensiva, habria podido concebirse, si el emperador hubiese tenido al menos una fuerza igual en la mitad ó en una cuarta parte á la de los ejércitos que marchaban sobre él. Pero el dia en que llegó á Chalons, los aliados contaban ya en Francia cuatrocientos mil soldados. Otros quinientos mil bajaban de los Alpes detrás de aquella vanguardia, de los Pirineos, de los Vosges y del Jura. Una campaña concebida de aquel modo, no era mas que una aventura heroica. Iba á prodigar el resto de la sangre de sús bravos compañeros, ilustrar una caida y á aniquilar una nacion.

Napoleon habia mandado dirigirse á Chalons los restos de su guardia y los cupos de la nueva conscripcion.

II. Las cabezas de columna del ejército ruso y prusiano, mandadas por Blucher, llegaban á Saint-Dizier. Las avanzadas del ejército austriaco de Schwartzenberg estaban junto á Langres. El emperador con el ejército francés no ocupaba mas espacio que el que mediaba entre aquellas dos ciudades y las llanuras de Paris que quedaban á su espalda. Las tropas veteranas y sus soldados bisoños le recibieron con un entusiasmo, á que el infortunio de su general parecia añadir lo que el infortunio comunica al genio, la desesperada ternura de la abnegacion. Sus gritos arrostraban la adversidad y desafiaban á la muerte. Napoleon aprovechó aquel entusiasmo que su presencia inspiraba siempre en los campamentos. Con aquel puñado de hombres se lanzó delante del ejercito prusiano para cortarle el camino de Langres, y llegar antes que él á las orillas del Marne, que aquel ejército tenia que atravesar para ir á Troyes. Ya era demasiado tarde. La mitad del ejercito prusiano habia pasado el Marne, y avanzaba en fuerza hácia la capital de la Champaña. La otra mitad se disponia á atravesar aquel rio cuando Napoleon llegó á el. Con una mirada pudo escoger entre los dos azares que la fortuna le presentaba: cortar en dos el ejército de Blucher, y diseminarle á derecha é izquierda, ó bien precipitarse á marchas forzadas sobre la cabeza de aquel ejército, llegar á la primera columa que iba delante de él hácia Troyes, atacarla, deshacerla, entrar en Troyes antes que Schwartzenberg, y colocarse de este modo como un muro impenetrable en el punto de reunion señalado para los dos ejércitos. La necesidad de anticiparse á los emperadores en Troyes, le decidió prontamente por este último partido. La timidez de su marcha, la indecision de sus primeras columnas al aventurarse en el corazon de la Francia, podia ofrecerle una ocasion de vencer. Una victoria, aunque incompleta, contra los cuerpos de ejército en que se encontraban los soberanos, podia llenarlos de asombro, y decidirlos á volver á entablar las negociaciones. El general y la política estaban de acuerdo entre sí para correr al desenlace de su destino, que estaba en Troyes.

III. Los rigores de la estacion parecian reunirse á los de la campaña: ounas continuas y frias lluvias habian puesto intransitables los caminos. Una capa de nieve y de escarcha cubria las carriladas y los barrancos en donde quedaban atascados hombres, caballos y cañones. Afortunadamente el ejército iba muy aliviado de equipajes, porque unido de corazon con el pais, en todas partes encontraba pan y forrajes. Hasta las últimas cabañas se despojaban con cordial hospitalidad para alimentar y calentar á aquellos últimos defensores del hogar francés. Pocos rezagados quedaban en los caminos: el entusiasmo escitaba á todos á no separarse de las filas y á seguir al emperador. El prestigio de sus victorias parecia haberse perpetuado con el espíritu de su guardia y de sus batallones de reserva. Aquella guardia se creia solidaria ó fiadora del emperador. Se creia obligada á sacrificar hasta su último hombre en defensa del territorio. Notábase en las rudas fisonomías de aquellos pretorianos la vergüenza de haber traido al pais al enemigo, y el ardiente deseo de arrojarle de él. Marchaban con la cabeza y los ojos bajos, y guardaban un silencio mucho mas belicoso y siniestro que su antigua alegría soldadesca. Conocíase que no solo era la victoria la que marchaba invisible delante de ellos, sino la venganza de la patria. La mayor parte de aquellos soldados curtidos en los arenales del Egipto, los calores de España y las nieves de la Polonia y de la Rusia, eran veteranos infatigables en las marchas é insensibles al fuego de cañon. Verdaderas máquinas de guerra animadas, parecia que no participaban de las debilidades ni necesidades de la naturaleza. La confianza en sí mismos, el desprecio del número y la indiferencia en el fuego, los multiplicaba á sus propios ojos.

En medio de una columna de aquellas tropas, marchaba Napoleon unas veces á pié, otras á caballo, no metiéndose en su carruaje, ó en la primera casa de un artesano que encontraba en los altos que hacia, sino para desarrollar sus cartas, trazar su itinerario, dar órdenes á sus oficiales, y dormir un poco junto á la lumbre del vivac ó de la chimenea.

IV. Se reunió pues con su vanguardia que habia ya pasado de Saint-Dizier, y lanzó sus columnas sobre Brienne. Instruido Blucher á tiempo de la aproximacion del ejército francés, aglomeró la primera mitad del ejército ruso y prusiano en aquella ciudad y en el castillo. Napoleon, en el último termino de su carrera de soldado, era llevado al punto de su partida como un ciervo perseguido por la jauría. En la escuela de Brienne habia recibido las primeras lecciones de los combates. Su oscura infancia se le aparecia al declinar su poderío y su gloria. Un abismo de acontecimientos mediaba entre ambos puntos de su vida. Parecíale que iba á combatir teniendo por testigos sus juveniles recuerdos. Aquel pensamiento, segun dicen sus confidentes, le hizo sonreir y lo inspiró confianza en su fortuna. Conocia su campo de batalla, por las huellas de sus primeros pasos grabadas en su memoria. No titubeó en atacar con una tercera parte de sus fuerzas á los sesenta mil hombres atrincherados de Blucher. Los generales rusos Saken y Alsafief estaban encargados de defender la ciudad, y los prusianos, á las órdenes del mismo Blucher, las alturas que la rodeaban, y la formidable posicion del castillo. Napoleon mandó el asalto á sus tropas sin darlas el menor tiempo de descanso, de secarse, ni comer. Estaban tan impacientes de combatir como él mismo. Era el primer gran choque en el suelo francés, y fué terrible. Napoleon ensayaba su fortuna, y le correspondió con prodigios de sus soldados. Brienne y el castillo fueron tomados por el irresistible arrojo de la guardia: el número desapareció ante la intrepidez. Blucher, segun su costumbre, se espuso como un simple soldado para hacer avanzar ó contener sus batallones. Arrollado dos veces por cargas francesas se vió separado de sus escuadrones, y se batió cuerpo á cuerpo, nó por la victoria, sino por la vida. Desprendido dos veces por medio de su sable de las manos de los ginetes franceses, solo pudo librarse por los azares de la refriega y por la fogosidad de su caballo. Antes que aquel corto dia de invierno cubriese de sombras y de nieve los diez mil cadáveres que yacian esparcidos por Brienne y sus inmediaciones, Blucher, desesperando el romper aquel muro de bayonetas, se replegaba silencioso por la orilla derecha del Aube, para unirse con el ejercito de Schwartzenberg por la parte de Bar y de Troyes.

El mismo Napoleon solo debió su salvacion á las tinieblas. Despues de apagados sus fuegos, volvió á entrar lentamente en su cuartel general, á alguna distancia de la ciudad reconquistada. Caminaba solo, un poco apartado de su estado mayor, que le dejaba entregarse libremente á sus reflexiones. Los cuerpos franceses y rusos andaban todavía mezclados por acá y por allá, como sucede despues de las batallas, cuando los combatientes se separan. Un escuadron ruso que marchaba por la falda de la colina para incorporarse con el ejército que iba en retirada, oyó las pisadas de los caballos de la escolta del emperador, la cargó y la envolvió en la oscuridad. Napoleon, cercado un momento, fué reconocido por dos ginetes rusos que inmediatamente le acometieron. El general Corbineau se arrojó entre el emperador y uno de los cosacos: el ayudante de campo del emperador, Gourgaud, derribó al otro de un pistoletazo. Acudió la escolta y los salvó á todos. Napoleon volvió á emprender el camino de su vivac, meditando sobre la esterilidad de una victoria, que le costaba cinco ó seis mil muertos y heridos, y que no producia mas que una lijera variacion de camino en el ejército enemigo.

V. Blucher y Schwartzenberg se reunieron en efecto al dia siguiente en Bar-sur-Aube. Retrocedieron juntos en número de ciento cincuenta mil hombres á atacar á Napoleon, debilitado por su primera victoria. Los aguardaba á tres leguas de Brienne, en la aldea de la Rothiere. No podia desplegar mas que cuarenta mil hombres fortificados en aquella posicion. Desesperanzado Bonaparte de vencer, y consumiendo sin ventajas el tiempo y la sangre, conservó inútilmente aquel campo de batalla, á fuerza de heroismo de sus soldados. Allí, como en otras partes, quiso hacer imposibles, en vez de amoldarse cual Turena y Federico al papel de inferioridad numérica, y estrechar el espacio en derredor suyo. La costumbre de la superioridad de sus ejércitos sobre los del enemigo, le engañaba. Combatia con un trozo de ejército, como en otro tiempo con quinientos mil soldados. Tenia todavía el genio de los combates, pero nó el de la situacion. Seis mil franceses quedaron en el campo de la Rothiere. En tres dias faltaban doce mil hombres á un ejército de setenta mil combatientes. Parecia que Napoleon, por primera vez, pedia á la noche que encubriese con sus tinieblas el dolor y la humillacion de una retirada. Durante la batalla mandó echar puentes sobre el Aube, y dejando al mariscal Marmont en retaguardia con seis mil

hombres, se aprovechó de la oscuridad para pasar el rio, y volver á tomar como á la ventura el camino de Troyes.

VI. Decimos á la ventura, porque la ocupacion de Troyes, indispensable antes de la reunion de Blucher y de Schwartzenberg, carecia ya de importancia verificada aquella, á pesar suyo, despues de las batallas de Brienne y la Rothiere. Proseguia su camino sin objeto, andaba errante por Francia, ya no marchaba. Seguiale Marmont, acosado muy de cerca por la caballeria prusiana, y precedido de veinte mil bávaros que se habian adelantado hasta Rosnay. Echó pié á tierra, é imitando heroicamente al emperador en Brienne, cayó con algunos batallones sobre el cuerpo de ejército que le cerraba el paso. Se le abrió á la bayoneta, y llegó á Arcis-sur-Aube, á la misma hora que el emperador entraba en Troyes.

VII. Apenas llegó á Troyes, se arrepintió de permanecer en aquel punto en que no podia defenderse, ni servirse de él como base de una operacion agresiva. La vana satisfaccion de entrar en una ciudad de su imperio y permanecer en ella tres dias, le costaba doce mil hombres, el cansancio de los restantes, y el alejarse veinte y cinco leguas mas de la capital, descubierta por su escursion al centro de la Champaña.

El camino de Paris quedaba espedito á los ejércitos reunidos de Blucher y Schwartzenberg, si al aniquilar los débiles cuerpos de Napoleon le hubiesen perseguido en vez de cortarle.

VIII. En los tres dias que estuvo titubeando en Troyes, recibia noticias siniestras de todas partes de su imperio. El general Maison, lugarteniente de toda su confianza en Bélgica, rechazado por la insurreccion del pais, habia entrado en el departamento del Norte, con las fuerzas escasamente necesarias para cubrirle. El mariscal Soult, el mas consumado y de mayor sangre fria de sus generales, abandonaba la direccion de Burdeos, que se le habia prevenido al entrar de España, y se replegaba pausadamente hácia Tolosa. Paris murmuraba de no oir todavia el ruido de una de aquellas victorias á que estaba acostumbrado al abrirse una campaña. Los departamentos invadidos ó amenazados no se levantaban al sentir los pasos del enemigo. Los voluntarios de 1792 no cubrian los caminos cantando la *Marsellesa*. El despotismo no hacia los milagros de la libertad: la Francia estaba fria. Comenzaba á discutirse en voz baja, qué forma de gobierno sustituiria al imperio. Algunas voces pronunciaban los nombres de los Borbones olvidados ya hacia veinte años: aquel prolongado olvido era favorable á su causa. El recuerdo lejano tiene sus prestigios, que pueden hacerse aparecer á los ojos de los pueblos como esperanzas indefinidas. Lo pasado tiene sus ilusiones como el porvenir. La poblacion jóven é ignorante no rechazaba ya la memoria de los antiguos reyes que la retrataran sus padres. Savary, ministro de la policía, decia rudamente la verdad á su amo. El imperio comenzaba á temblar bajo sus pasos. Todavia era tiempo de resignarse con la desproporcion de sus fuerzas relativamente á las desmesuradas que lo iban estrechando, y de formar en derredor de su capital un ejército de doscientos mil hombres llamándolos de las estremidades al centro. Lo quiso y no lo quiso: se dejó guiar una hora por la razon, una hora despues por la menor claridad de su estrella, un poco por la necesidad, y otro poco por la ilusion, pero siempre por la indecision. Su permanencia en Troyes no era mas que la prolongacion y el sistema de sus incertidumbres.

IX. Mr. de Caulaincourt, su negociador íntimo desde que desconfiaba de Mr. de Talleyrand, habia salido de Paris algunos dias antes que Napoleon marchase al ejército. Confidente del emperador, llevaba sobre su nombre el sello de una complicidad involuntaria, pero terrible, en el rapto del duque de Enghien. Era una de las manos de que Napoleon se habia servido para llevar la víctima al sacrificio: aquel dolor pesaba sobre Caulaincourt. Su favor, sus dignidades, su título de duque de Vicenza, su larga familiaridad con el emperador de Rusia, en cuya corte habia residido como embajador, no bastaban para borrar aquella mancha de su frente. Habia sido engañado, decia que era inocente; le creian, pero no podia perdonarse á sí mismo el haber obedecido á una órden cuyo resultado fué un crimen. No tenia refugio mas que en su conciencia delante de Dios, y ante los hombres en su adhesion al emperador. Semejante negociador debia desear ardientemente la paz, porque ella alejaba definitivamente á los Borbones. El nombre de Caulaincourt y el de Condé no podian volver á encontrarse en Francia: su regreso era su destierro. Por eso le habia escogido Napoleon: sabia que un embajador tan comprometido con la restauracion, no podia transigir con ella. Una complicidad aparente le respondia de su fidelidad á toda prueba.

X. Caulaincourt llegó á los puestos avanzados de los ejércitos coaligados, y fué detenido allí algunas semanas. Habian pasado el Rhin, las columnas avanzaban, los generales maniobraban, y las provincias iban cayendo unas detrás de otras en manos de la coalicion. Los gabinetes estranjeros querian dar tiempo á sus victorias, porque siempre habria oportunidad para abrir un congreso, cuando los contecimientos se pronunciasen mas. En fin, Mr. de Metternich, verdadero Ulises de aquel consejo de reyes, les hizo consentir en abrir un simulacro de congreso en el mismo corazon de la Francia. Los aliados escogieron la pequeña poblacion de Chatillon, en los confines de la Borgoña y de la Champaña, en la confluencia de todas aquellas corrientes de ejércitos que se disputaban el terreno de la Francia. Hicieron neutral á Chatillon, para que las vicisitudes de la guerra no perturbasen la negociacion. El 27 de enero, Caulaincourt, detenido en Nancy, recibió del príncipe de Metternich la invitacion de trasladarse á Chatillon. Allí encontró al conde Razumoski, negociador por el emperador Alejandro; al conde de Stadion por el Austria; al baron de Humboldt por la Prusia, y al lord Castlereagh por la Inglaterra. Las conferencias se abrieron el 4 de febrero, sin grandes esperanzas por ninguna de las partes. Era mas bien una conversacion oficial entre los representantes de las cortes y el de Napoleon, que una negociacion que tenia por base una tregua, y por objeto la paz. Era evidente que el verdadero plenipotenciario, invisible en aquel congreso, era la fortuna de la guerra. Los acontecimientos militares, base de las conferencias, cambiaban á cada momento. ¿Cómo habian de tener las discusiones un punto de partida y una solucion?

El mismo emperador Napoleon, á pesar de la confianza que tenia en su negociador, se guardó muy bien de darle plenos poderes y un *ultimatum* decisivo. Los primeros dias mandó á Mr. de Caulaincourt que no consintiese mas que en los *límites naturales*, y en ellos comprendia los departamentos de la orilla izquierda del Rhin, la Bélgica, Amberes, Ostende y la Saboya. Algunos dias despues le envió la autorizacion formal para consentir en la desmembracion de aquellas conquistas de la revolucion. «Concededlo todo, decia, para salvar la capital, y evitar una batalla suprema, que consumiria las últimas fuerzas de la nacion.»

XI. Los correos portadores de las resoluciones recíprocas de Napoleon y de los aliados, se cruzaban á cada momento entre Chatillon y el cuartel general francés. En la víspera ó á la conclusion de cada combate Napoleon recibia un despacho y dictaba una respuesta: combatia y trataba á un mismo tiempo. Al recibir el dia 8 el ultimatum de las potencias que exigia que el emperador despojase á la Francia de todas las provincias adyacentes, cuyo dominio poseia, acababa de combatir y de ser vencido. Estuvo encerrado horas enteras para ocultar la humillacion de aquel ultimatum, y á sus confidentes la ansiedad de sus resoluciones. Por último dejó entrar á Berthier y Maret, sus dos compañeros de campo de batalla y de gabinete, y con la carta de Caulaincourt en la mano: «Qué, les dijo, ¿quieren que firme semejante tratado, y que falte á mi juramento de no segregar nada del territorio del imperio?... Reveses inauditos han podido arrancarme la promesa de renunciar á mis conquistas, ¿pero que abandone tambien las que se hicieron antes de mí?... ¿que por premio de tantos esfuerzos, de tanta sangre y de tantas victorias deje á la Francia mas pequeña que la encontré?... ¡jamás!... ¿Qué seria yo para los franceses cuando hubiese firmado su humillacion?... ¿Qué responderia á los republicanos del senado cuando me pidiesen su barrera del Rhin?... Dios me libre de semejante afrenta!... Contestad si quereis, decid á Caulaincourt que deseche ese tratado. Prefiero correr los últimos riesgos de los combates.»

Concluidas estas palabras se arrojó sobre su lecho, y permaneció en él algunas horas sin dormir, escuchando á Maret, que le aconsejaba se resignase con la necesidad. Habiendo por fin obtenido Maret autorizacion para contestar á lo menos en términos evasivos y dilatorios, salió, redactó el despacho, le entregó al correo, y volvió á entrar en la habitacion del emperador, para anunciarle que estaba obedecido, y que el correo volaba ya hácia Chatillon.

XII. Pero el emperador, atormentado por el insomnio y buscando en sus cartas sueños mas dulces que los de su lecho de campaña, salió de él. Medio vestido estaba tendido en el suelo con las manos y la vista fijas sobre sus cartas que tenia desplegadas, midiendo las distancias con las puntas de un compás. Maret entraba con mucho silencio para no despertar á Napoleon, pero levantando éste la cabeza al oir los pasos de su ministro; «¿Ya estais aquí, le dijo con rostro animado y risueño; se trata ahora de concesiones y de protocolos?... En este momento estoy batiendo á Blucher con la vista. Avanza sobre Paris por el camino de Montmirail. Marcho, le bato mañana y pasado mañana. Si este movimiento infalible tiene el éxito que yo espero, cambiará la suerte y usaremos otro lenguaje.»

Así, en una noche y todos los dias, su pensamiento tan movible y tan indeciso como su fortuna, imprimia á sus resoluciones las vicisitudes de los acontecimientos, y hasta los reflejos fugaces de sus sueños. Su correspondencia con su hermano José, ex-rey de España, que habia

BATAILLE DE MONTMIRAIL.

Digitized by Google

Savary,

oso por
s a
s y los
propo-
uiero;

plarse
mira
. ¡La
dia
la en
o es
erá:
n la
la
pi-

ad
a v

ul-
s
vu

od
apo
o qu
« Her
neral
omen
ho

dejado en París al frente de los negocios, como tutor de la emperatriz, y para vigilar á los ministros, no es mas que un cambio de desalientos y de esperanzas que siguen la pendiente de su destino, subiendo ó bajando con sus exaltaciones ó sus abatimientos supremos: pero á través de los gritos de victoria de Napoleon, y de las adulaciones de José, domina allí el triste fondo de la realidad.

XIII. «Hermano mio, escribia el emperador el 8 de febrero, el emperador Alejandro parece que ha tomado falsas disposiciones. Podria vencerle, pero lo sacrifico todo á la necesidad de cubrir á París. Además, por el partido que yo tomo, no nos veremos en esa estremidad.»

«Señor, contestó José, no puedo disimularos que la consternacion del pueblo de París podria producir resultados funestos á la emperatriz y á las princesas. Los hombres adictos á vuestro gobierno opinan que la salida de la emperatriz de París pudiera dar una capital á los Borbones. Veo retratado el temor en todos los semblantes.»

«Hermano mio, escribia Napoleon, preparad á París para todo: llevaos los ministros, y todo lo que haya precioso, al palacio de Fontainebleau.»

Dos dias despues: «Hermano mio, la situacion de París no es tan alarmante como generalmente se cree: los que os rodean han perdido la cabeza. Los momentos son críticos indudablemente, mas sin embargo, desde que os he dejado, solo he tenido victorias. El mal espíritu de Talleyrand y de los hombres que quieren adormecer á la nacion, me ha impedido el hacerla correr á las armas, y hé ahí el resultado. Seamos confiados y atrevidos.»

«Señor, replicó José, mas cerca de la opinion en París que en un campamento, salvo el tesoro. En el patio del Carrousel están preparados los furgones para en caso de necesidad. Pensamos en llevarnos los cuadros y las estatuas del Museo. Las rogativas á santa Genoveva no reanimarán el abatido espíritu del pueblo. El fanatismo religioso inspirado al pueblo por ese recurso de los milagros, solo serviria para aumentar la indolencia y el egoismo de las masas. Nada obtendremos de los católicos mientras no devolvais la libertad y Roma al papa. He pasado el dia en reanimar las esperanzas de hombres que tienen menos firmeza que la emperatriz.

Cuatro dias despues, Napoleon, aunque demasiado tarde, se decidió á cubrir la capital, y antes de replegarse, escribió á José:

«Remitid esa carta á la emperatriz Josefina, para que escriba á Eugenio que venga á unirse con el ejército de Augereau que cubre á Lyon.»

Una semana despues hubo contraórden.

«Señor, contestó todavía José; todos nuestros recursos en París consisten en seis mil fusiles. ¿Se levanta y arma con esto un ejército de cuarenta mil hombres?.... Las cosas son mas fuertes que los hombres....» Primer grito de la necesidad reconocida. «Ceded á los tiempos, conservad lo que todavía puede conservarse. Salvad vuestra vida preciosa para millones de hombres. No hay deshonor en ceder al número y en aceptar la paz. Le habria de abandonar el trono, porque de ese modo abandonariais una multitud de hombres que se han entregado en vuestras manos. Haced la paz á toda costa....»

«Hermano mio, contestó Napoleon, el príncipe de Schwartzenberg acaba por fin de dar señales de vida. Pide una suspension de armas: ¡cobardes!.... Esos miserables al primer choque caen de rodillas. Nó, nada de armisticio hasta que no hayan evacuado el territorio. Todo ha cambiado en los aliados: Alejandro quiere tratar. El enemigo está abatido: haré una paz todavía mas digna que la de las bases de Francfort.»

«Firmad, señor, dijo José, firmad en el territorio francés invadido lo que hubierais firmado igualmente con honor al otro lado del Rhin. El enemigo os pide tregua para tener tiempo de reunir mas fuertes masas contra vos.»

«No necesitaba vuestros sermones, le respondió el emperador, para estar dispuesto á la paz si fuese posible. Los emperadores habian hecho señalar su alojamiento en Fontainebleau: ahora huyen hácia la Champaña.»

«Señor, las condiciones que me ofrecen, como á vos, son mas bien una capitulacion que una paz. Ahora que huyen deben haber cambiado sus ideas.... Vuestro boletin de hoy ha sido mal recibido por la opinion pública. Algunas de sus frases han sido interpretadas como subterfugios para eludir la paz.»

Napoleon exaltado por el buen éxito continuó: «Hermano mio, entro en Troyes, y al momento me asedian con parlamentarios para implorar la tregua. Esta tarde estaré en Chatillon-sur-Seine.... El ministro de lo interior, Mr. de Montalivet, es un miedoso: tiene formada una idea muy necia de los hombres. Ni él, ni el ministro de la policía, Savary, conocen á la Francia.....»

«Señor, escribió José, Mr. de Montalivet es en estremo celoso por vuestro servicio. Se ocupa en proporcionaros las fuerzas que pedís.»

«Hermano mio, reunid á los ministros, los grandes dignatarios y los presidentes del consejo de estado, leedles las condiciones que me proponen (la Francia en sus antiguos límites). No son consejos lo que quiero; solo deseo conocer las sensaciones.»

«Señor, he celebrado el consejo, y es de parecer que debe aceptarse todo mas bien que esponer á París. La ocupacion de esta ciudad se mira como el fin de vuestra dinastía y el principio de grandes desgracias. ¡La paz, sea como fuere!.... Ahora es necesaria: podrá cesar algun dia cuando la Francia haya respirado. Haced pues una tregua reservada en vuestro pensamiento, pues que la iniquidad de vuestros enemigos no os permite una paz justa. Quedareis para la Francia, y ella os pertenecerá: os reconocerá la Inglaterra. Salvareis segunda vez á la patria con la paz, despues de haberla salvado y hecho ilustre tantas veces con la guerra. La Francia os indemnizará en bendiciones, lo que algunos espíritus superficiales crean que habeis perdido en gloria.

»Ayer, las rentas del estado han bajado á 51 francos, mitad de su valor nominal. Macdonald se ha desmandado. Los esploradores enemigos llegan hasta algunas leguas de París. Burdeos fermenta como un foco de guerra civil. Soult se ve acometido por fuerzas inmensas. Sois todavía vencedor.... pues firmad la paz. Hareis olvidar á los franceses á Luis XII y Enrique IV. Llegareis á ser el padre del pueblo.»

«Hermano mio, he examinado la posicion del enemigo: es muy fuerte: retrocedo. Marmont se ha portado como un subteniente. La guardia moderna se derrite como la nieve. Mi guardia de caballería tambien está diezmada, mi guardia antigua se sostiene... . Mandad construir reductos en Montmartre....»

Hé aquí el continuo diálogo entre el emperador y su hermano durante las peripecias de aquella corta campaña. En él se lee la disposicion interior de su alma con sus pensamientos, y la lucha alternativa de sus ilusiones y de sus resignaciones. Su corazon se elevaba ó comprimia con el acontecimiento de cada dia. Aguardaba que se levantase la Francia, y esta no se movia. Ningun plan mas que el de la víspera, destruido por el del dia siguiente. Caos en el ánimo, fluctuacion en los pensamientos. No podia haber salvacion para él mas que en un partido razonablemente adoptado, seguido con unidad de miras y constancia de operaciones. Todos los tomaba, y en seguida los abandonaba: estos partidos á medias no podian darle mas que resultados incompletos. El número crecia, el espacio se estrechaba, corria el tiempo y la Francia se cansaba. Era la campaña de la casualidad; ningun heroismo podia corregir tan perpetua vicisitud de ideas. La gran timidez de los aliados proporcionó hechos brillantes á las armas de Napoleon.

XIV. Blucher, rechazado pero nó batido en la Rothiere, en vez de volver á caer sobre el pequeño ejército del emperador con todas sus fuerzas reunidas, se replegó sobre Chalons, para salir al encuentro de su retaguardia. Desde allí marchó rápidamente sobre París por el valle del Marne. El príncipe de Schwartzenberg se aproximó en masa á Troyes, para dirigirse con el mismo objeto por el valle del Sena. Napoleon estaba entre aquellos dos caminos y los dos ejércitos, á seis leguas de uno y otro, cerrando á Schwartzenberg el camino de Troyes á París.

Al saber por los avisos de Macdonald la invasion de Blucher en las llanuras de París, Napoleon resolvió acometerle de nuevo, batirle y volver á tiempo para atacar á Schwartzenberg en las inmediaciones de Troyes. Dirigióse á marchas dobles á Champ-Aubert. Flanqueó al ejército ruso de ciento veinte mil hombres, le derrotó, le mató cinco mil hombres, le atravesó de parte á parte, diseminó los pedazos, arrojó á unos otra vez hácia Chalons, y los otros, á las órdenes de los generales York y Saken, fueron arrollados hasta las llanuras de Meaux desde donde veian los campanarios de París. La victoria fué brillante, pero estéril. Al dia siguiente, las columnas rusas y prusianas de York y de Saken volvieron de Meaux al oir el ruido del cañon, en número de sesenta mil hombres, y tropezaron con el fatigado ejército de Napoleon en los collados de Montmirail. Los franceses no contaban mas que veinte y cinco mil combatientes, pero era la flor de la Francia, esperimentada en diez campañas, alentada por la victoria de la víspera, y que creia dar el golpe decisivo de la patria. La batalla encarnizada sobre el declive de las mesetas y las gargantas que Napoleon tenia que atravesar para acercarse á los prusianos, duró desde el amanecer hasta la noche. Un hermoso sol de invierno doraba los collados despojados de hojas. Brillaban las armas y los cañones, y se distinguian claramente los dos ejércitos y sus movimientos. El uno inmenso, reposado, sintiendo á su espalda el apoyo de nuevas é inagotables columnas; el otro imperceptible, fatigado, su-

cio con el lodo de las marchas dobles que estaba haciendo desde quince dias antes, el polvo de los vivaques y de los combates, sintiendo estrecharse y hundirse cada noche el suelo de la patria debajo de sus plantas, sin tener delante mas perspectiva, aun en caso de victoria, que un campo de vatalla inútil, y detrás un segundo ejército que combatir al dia siguiente: sin embargo, se hallaba poseido del mayor ardor. Hubierase dicho que el elevado cabo de la aldea de Marchais, avanzando sobre la llanura, cubierta de baterías y de batallones rusos y prusianos, era las Termópilas de la Francia. El emperador Napoleon se apeó del caballo á la orilla de un bosquecillo destrozado por las balas enemigas, y desde allí dirigia los ataques de sus tropas. Aquella aldea y las quintas diseminadas por las laderas de los collados de que estaba flanqueada, fueron perdidas y recobradas muchas veces por los franceses y prusianos. Numerosos espectadores que habian acudido desde Montmirail y los pueblos inmediatos, contemplaban, como desde las gradas de un circo, aquella lucha desigual del Norte y del Mediodía, en que la guerra, despues de haberse disputado el mundo, se disputaba su propia patria. Los semblantes estaban consternados, enternecidos, los brazos inmóviles: no habia allí mas que ancianos y niños, poblaciones fatigadas con diez años de insaciables quintas. Lloraban por la patria, y se interesaban por el gran capitan y por aquellos batallones diezmados, pero no se incorporaban á ellos. El cansancio habia producido la indiferencia.

XV. Al concluir el dia, los franceses, para impedir que los prusianos y rusos volviesen á alojarse en las aldeas almenadas al pié de los promontorios de Montmirail, incendiaron algunas granjas. El humo de aquellos incendios y el de las descargas flotaron largo tiempo sobre los dos ejércitos, como espesas nieblas, sin que pudiese prejuzgarse cuál seria su suerte. Pero bien pronto Napoleon, reforzado en su derecha por Marmont, salió vencedor de las gargantas, y coronó las alturas del campo de batalla. Los sesenta mil rusos y prusianos de Saken y de York se precipitaron segunda vez hácia Meaux, buscando al azar el curso del Marne, para atravesarle y cubrirse con el. Si hubiese habido un ejército de reserva al pié de las murallas de Paris habrian sido aniquilados, y Napoleon cayendo sobre Blucher, disminuido en la mitad de sus batallones, le hubiera destrozado al pié de los Vosges. Pero no podia mas que vencer, no podia ni aprovechar una victoria, ni perseguir á un cuerpo de ejército vencido.

XVI. Lo hizo sin embargo, y eso fué su pérdida. Olvidó ó aparentó olvidar que Blucher volvia sobre él por su derecha, reforzado con un nuevo ejército de cien mil hombres, por la union de los generales Kleist y Langeron, que volvian del bloqueo de Maguncia para entrar en línea. Olvidó que Schwartzenberg con otros doscientos mil combatientes quedaba á su espalda por el camino de Troyes á Paris. Dió algunos pasos en persecucion de Saken y de York. Mas á los dos dias de su victoria, Blucher con todo su ejército desembocó en Montmirail por el camino de Chalons, y se estendió hasta Vauchamp, aldea en donde Napoleon indeciso parecia aguardarle. Una segunda batalla, mas desigual, tan terrible y tan triunfante para Napoleon, se empeñó entre el ejército fresco de Blucher y los restos despedazados pero infatigables de Bonaparte. El genio de su jefe, la intrepidez de su alma inmortalizó segunda vez las llanuras de Montmirail. En vano Blucher rechazado y arrollado por todas partes se dirige desde los puestos avanzados á la retaguardia de sus columnas, poseido de ese valor de soldado que sustituye el brazo á la cabeza, y que trasforma inútilmente el general en héroe. Dos veces envuelto por los franceses, combatiendo con su mano, derribado de su caballo, levantado por sus húsares y librado por sus tenientes, regó con su sangre aquel vasto campo de batalla. Su ímpetu salvaje fué desconcertado por la mirada superior y fria de Napoleon. El segundo ejército ruso y superior, atravesando á Montmirail por entre las balas y los obuses de los franceses, se dispersó como el primero en las sombras de la noche por el camino de Chalons, por donde habia llegado. De este modo el emperador, con su mano izquierda rechazó á York y Saken á las orillas desconocidas del Marne, y con la derecha rechazó á Blucher, Kleist y Langeron á las taladas llanuras de Chalons. Paris podia respirar: Napoleon tenia algun espacio y algunos dias. Cobró impulso, pero recobró tambien su orgullo. Olvidó en Montmirail que cinco victorias en diez dias no eran una campaña, y que sus golpes no ofendian mas que en derredor suyo. La oleada distante refluia siempre para tragársele. Napoleon era vencedor, y la patria estaba perdida.

XVII. En aquel destello de fortuna se apresuró á revocar la autorizacion que habia dado á Caulaincourt á firmar la paz sobre la base de las fronteras reducidas al territorio de 1789. «He vencido; vuestra actitud debe ser la misma para la paz, escribió desde el campo de batalla á su plenipotenciario, pero no firmeis nada sin órden mia, porque yo solo conozco mi posicion.» Era evidente que reservaba toda la negociacion á su espalda, y que el congreso no era mas que una conversacion durante las marchas y las batallas: solo negociaba el cañon.

XVIII. Mientras se embriagaba así con una corta esperanza y un reducido horizonte en Montmirail, dando algunos dias de descanso á sus tropas, curando los heridos y enterrando los muertos, el ejército de los emperadores, sin encontrar obstáculo, pasaba el Sena en innumerables columnas por Nogent-sur-Seine y Montereau, amenazando á Paris por sus mas espaciosos valles y por la parte del este y del mediodía. La capital, tranquilizada un momento por el lado de Meaux, principiaba á mirar con terror por la parte de Melun y de Fontainebleau. No tenia para cubrir el Sena mas que dos veteranos de Napoleon, los mariscales Victor y Oudinot. Jefes intrépidos, pero reducidos á unos cuantos puñados de hombres, no podian mas que disputar los caminos y los puentes, por honor mas bien que por la salvacion. Replegábanse lentamente, pero con desesperacion, sobre Paris, que no les enviaba ni un soldado, dejando cada noche una parte de los suyos en el campo de batalla ó en los caminos. Su retirada, convergente á las llanuras que rodean la capital, debia conducirlos mas ó menos pronto á reunirse con el emperador, como á una última etapa, para sucumbir juntos.

XIX. Napoleon, tranquilo todo un dia por el asombro que habia causado á York, Saken, Blucher, Kleist, Langeron, los prusianos y los rusos, se puso en movimiento con un ejército un poco aumentado con los refuerzos de Marmont y de Mortier. Para aumentar su celeridad echó mano de cuantos carruajes y caballerías encontró al paso. Sus cañones, su guardia y su infantería fueron trasportados en posta: su caballería dobló las marchas. Devoraba el espacio y parecia anteponerse al tiempo. Treinta horas de dia y de noche le bastaron para atravesar el diámetro entero desde el Marne al Sena, entre Montmirail y Montereau. Al rumor de sus primeros pasos, que llegaban multiplicados por el ruido de sus últimas victorias sobre los rusos, el general austriaco Blanchi, que con treinta mil hombres habia llegado hasta las puertas de Fontainebleau, retrocedió á Fossard. La aldea de Fossard, unida á la ciudad de Montereau por una corta calzada como la calle de un arrabal, es la encrucijada del camino de Paris á Fontainebleau y de otros dos caminos que conducen desde Paris á Troyes. Uno de ellos pasa por Montereau. Atraviesa dos puentes, famosos en las guerras civiles, sobre el Sena y el Yonne, cerca de su confluencia. Napoleon mandó al general Victor, que ya estaba á sus órdenes, que se apoderase de aquellos dos puentes indispensables para su plan de atacar al dia siguiente á Blanchi en Fossard y cortar en dos al ejército austriaco, como ya habia hecho con el ruso. Victor, fatigado, obedeció perezosamente y perdió la hora dando descanso á sus batallones. Una columna wurtemberguesa destacada por Blanchi se le anticipó, atravesó á Montereau, fortificó los puentes, trepó por las elevadas riberas de creta que dominan aquella ciudad, y sobre las alturas de Surville se dispuso á cerrar á Napoleon la bajada á Montereau. Victor, desesperado y tratado con dureza por el emperador, quiso lavar con su sangre las reprensiones de su jefe. Ataca á los wurtembergueses como hombre que quiere el paso ó la muerte: procura sacrificarse. Su yerno el general Chateau cae muerto á sus piés. Al ruido de aquella lucha en las faldas de las colinas de Montereau, Napoleon apresura sus columnas y se ve cañoneado por las baterías de los austriacos cuando los creia al otro lado de los puentes. Se irrita, se obstina, lanza al asalto su guardia, precipita á los wurtemberguesos de las alturas sobre la ciudad; desde allí, con su propia mano, apunta sus cañones contra los enemigos formados en masa en las calles y los puentes. Crúzanse los fuegos: los artilleros de Napoleon ruedan á sus piés entre el cieno y la sangre. Los que sobreviven le conjuran que se ponga á cubierto y conserve un jefe y un pensamiento á la Francia: «Andad, amigos mios, les contestó sonriéndose y mirando con ojos serenos los proyectiles que removian el terreno en derredor suyo, la bala que debe matarme no está aun fundida.» De este modo aguarda la tardía llegada de sus masas. Entretanto hace vacilar con los disparos de su inexpugnable artillería al ejército que veia descubierto entre Fossard y Montereau. Al concluir el dia llega el refuerzo, lanza al general Gerard, uno de sus mejores tenientes, á la cabeza de un cuerpo de bretones contra el arrabal de Montereau para barrer la calle que conducia á los puentes. Pajol, intrépido oficial de caballería, se aprovecha del paso abierto por Gerard, y marcha á cubierto y al abrigo de los cañones del emperador hasta un recodo del arrabal que conduce á los puentes. La caballería al galope los atraviesa mezclada con los austriacos, acuchilla á los fugitivos, abre paso á Napoleon y avanza por la calzada hasta Fossard. Napoleon con sus cuarenta mil hombres que habian llegado durante la jornada, pasa los rios que cubrian á Blanchi. Victoria brillante, pero inútil. Mientras forzaba aquel paso, Blanchi, replegando rápidamente sus treinta mil hombres desde Fontainebleau hasta Sens,

frustraba el plan del emperador y se ponia en comunicacion con Schwartzenberg. Se libraba, pero huia. En Paris resonó la fama de las hazañas de Montereau. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia, consternados al ver rechazada su vanguardia, vacilaban en si avanzarian ó retrocederian. Napoleon, rápido y temerario como la sorpresa, dejó las llanuras de Paris, y persiguió á Blanchi en retirada por el camino de Troyes. El 21 hizo alto en Bray, y se alojó en la misma habitacion que el emperador de Rusia acababa de dejar, para seguir la corriente del reflujo que volvia á llevar á los aliados á la Champaña. Schwartzenberg hacia ya retroceder los bagajes hasta los desfiladeros de los Vosges. Los rusos de la guardia del emperador que le seguian en el cuartel general austriaco se retiraron á Langres. Los soberanos estaban en Chaumont. El cañon de Montereau reconquistó á Napoleon setenta leguas de espacio y de libertad de movimiento. El 23 entró vencedor en Troyes, siguiendo los pasos á los rusos de Alejandro. La ciudad libertada le recibió en triunfo. Testigo del terror del enemigo, creia ver en el regreso de Napoleon la vuelta decisiva de la victoria.

XX. El mismo Napoleon participaba de la confianza que renacia á la vista de sus invencibles batallones. Aquella vez, la paz estaba en sus manos si se hubiese apresurado á asirla. Perdió tiempo en vengarse y esparcir la irritacion en un partido á que sus triunfos habian castigado bastante, á los pocos partidarios de la casa de Borbon.

Aquel partido hasta entonces no era mas que un recuerdo. Napoleon, al herirle, pareció reanimarle. Escribió con letras de sangre el nombre de los Borbones que tenia interés en hacer olvidar, despreciando unos síntomas vanos que ninguna fuerza tenian en las poblaciones.

Durante los dias de la ocupacion de Troyes por el enemigo, algunos antiguos oficiales realistas de la emigracion, el marqués de Vidranges, el caballero Gonault, y cinco ó seis habitantes de la ciudad, deseosos de anticiparse á una opinion todavía adormecida, se presentaron al emperador de Rusia, y le pidieron la proclamacion de sus antiguos amos en el trono de Francia. El emperador dejó ver una inclinacion vaga y muda por aquellos soberanos. No quiso ni prejuzgar la opinion de su aliado el emperador de Austria, ni empeñar una palabra que tendria que retirar mas tarde, ni perder por una esperanza temeraria á hombres aventurados en lo desconocido. Contestó que los azares de la guerra eran inciertos, y que no encontraria consuelo si veia sacrificados á unos hombres de bien, por una tentativa de destronamiento de su enemigo. La diputacion realista se retiró, quizá alentada secretamente por algunos oficiales tránsfugas ó emigrados, adictos al cuartel general del emperador de Rusia. Todo se redujo á algunas escarapelas blancas y condecoraciones de la órden de San Luis, colocadas por algunos ancianos ó por sus hijos en sus vestidos y sombreros. A consecuencia de aquella tímida demostracion, el marqués de Vidranges partió para el Franco-Condado, en donde el conde de Artois se habia aventurado á presentarse bajo la salvaguardia de los austriacos. Los cómplices de su imprudencia se habian quedado en Troyes.

XXI. Napoleon, al entrar en la ciudad, pidió le entregasen los traidores, que repudiando su nombre, decia, habian hecho causa comun con los enemigos de la patria. Mr. de Gonault fué enviado á un consejo de guerra, antes que el emperador se sentase, juzgado, condenado y fusilado, á pesar de las súplicas de Mr. de Megrigny, noble del pais y escudero de Napoleon: de este modo espió con su sangre la temeridad de su entusiasmo por sus antiguos amos. Condujéronle al suplicio con un cartel al pecho, en que se leia la palabra traidor. El ruido de aquella venganza en un hombre aislado y sin cómplices, al dia siguiente de aquellas victorias que hacian á César generoso, escitó en Francia menos terror que murmullos. ¿Qué suponia la vida ó la muerte de un viejo realista culpable de fanatismo ó de ilusiones, en una querella de la Europa con su dominador, y á quien se juzgaba, nó en el campo del suplicio, sino sobre diez campos de batalla? Napoleon hubiera interesado con la indulgencia, y contristó é indignó con el rigor. No vengaba á la patria con la sangre de un hombre, sino á su dinastía. Aquel egoismo pareció cruel, é hizo recordar al duque de Enghien.

LIBRO III.

Peticion de suspension de armas por los aliados.—Conferencia de Lusigny.—Toma de Soissons por los aliados.—Blucher reune todos sus cuerpos de ejército.—Marcha sobre Troyes hácia donde estaba Schwartzenberg.—Encuentro de Napoleon y de Blucher.—Combate de Mery-sur-Seine.—Blucher abandona el valle del Sena, y se lanza sobre Paris por el valle del Marne.—Mortier y Marmont se repliegan sobre Paris.—Mortier recobra á Soissons.—Napoleon deja á Schwartzenberg, y corre sobre Blucher.—Le alcanza en la Ferté-sous-Jouarre.—Blucher pasa el Marne perseguido por Napoleon.—Blucher, cercado por el emperador, Mortier y Marmont, se escapa por Soissons, abandona el Aisne y se retira hácia Laon.—Napoleon atraviesa el Aisne por Bery-au-Bac y encuentra en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos que iban á proteger á Blucher.—Batalla de Craonne.—Batalla de Laon.—Alto de Napoleon en Reims.—Schwartzenberg marcha sobre Paris y avanza hasta Provins.—Táctica del emperador.—Regresa á Troyes para maniobrar por la espalda de los enemigos.—Terror pánico de los aliados.—Schwartzenberg retrocede hasta Troyes y Dijon.—Batalla de Arcis-sur-Aube.—Nuevo plan de campaña del emperador.—Decreto de levantamiento en masa.—Cansancio de la Francia.—Marcha de Napoleon hácia Saint-Dizier.—Tratado de Chaumont.—Concentracion de los ejércitos aliados en Chalons.—Sus vacilaciones.—Marchan sobre Paris.—Situacion de Paris y de la Francia.—Fuga de María Luisa.

I. El enemigo se apartaba por todas partes á marchas forzadas de Troyes, que habia llegado á ser el cuartel general de Napoleon. No se sabe hasta dónde le arrastraria el terror pánico que se habia apoderado de él, al acercarse el emperador y oir su nombre. Napoleon, despues de algun descanso, queria, sin perseguirle á todo trance, hostigarle sus últimas columnas estraviadas, é intimidarle lo bastante, para que su terror le diese tiempo para volver por tercera vez sobre el ejército de Blucher.

Habiendo hecho alto en Nangis el 17 por la noche en casa de un carretero, recibió como parlamentario al príncipe de Lichtenstein, enviado por el generalísimo príncipe de Schwartzenberg, para pedir una suspension de armas, con intencion, decia el príncipe de Lichtenstein, de dar tiempo á ciertas negociaciones de paz. Napoleon, afectando mas confianza en el resultado de sus victorias, de la que quizá abrigaba en el fondo de su pensamiento, se quejó de la proteccion que se daba á los partidarios de los Borbones en contra suya: «¿Se pretende hacer una guerra al trono, dijo, en vez de hacerla al conquistador? ¡El conde de Artois está en Vesoul en medio de vuestras tropas, y se le consiente!... ¡El duque de Angulema está en el cuartel general de lord Wellington, y desde allí se le deja dirigir proclamas al Mediodía del imperio, y á mis mismos soldados!... ¿Debo creer á mi suegro el emperador Francisco tan ciego ó tan desnaturalizado, que pueda conspirar al destronamiento de su propia hija, y á desheredar á su nieto?» El príncipe tranquilizó al emperador, disipó sus dudas, juró que la permanencia de algunos príncipes de la casa de Borbon en los ejércitos de la Europa no era mas que una tolerancia, ó cuando mas una posibilidad útil de diversion entre enemigos que se combaten: pero los aliados, añadió, no quieren mas que la paz, de ningun modo el imperio. Napoleon se negó á esplicarse hasta meditar por la noche. Nuevos correos podian traerle á cada hora nuevos derechos para ser exigente. Luego se durmió.

II. Nadie llegó durante la noche, mas que un segundo ayudante de campo de Schwartzenberg, que llevaba una proposicion mas espresa de abrir conferencias para un armisticio precursor de paz. Napoleon fijó el sitio en la aldea de Lusigny, entre Vendeuvre y Troyes, y envió allí á Mr. de Flahaut, uno de sus mas brillantes oficiales. Mr. de Flahaut encontró tres generales de los aliados encargados de entenderse con él acerca de los preliminares de un armisticio. Eran aquellos el general Duca por el Austria, el general Schouwalof por la Rusia, y el general Rauch por la Prusia. Mientras aquellos generales discutian las bases de una supresion de hostilidades y las zonas de la Francia sobre que deberia estenderse, Napoleon, confiando mas en un triunfo que en una negociacion, reformaba sus columnas de ataque para completar la derrota del grande ejército austriaco. Habia comenzado sus primeras marchas.

Un rumor de desastre le llamó la atencion y le puso en movimiento por su espalda: aquel rumor venia del ejército de Blucher.

Los generales York y Saken, separados de los cuerpos de ejército del general en jefe prusiano por las batallas de Montmirail y de Vauchamp, se habian precipitado en número de cuarenta ó cincuenta mil hombres en las llanuras que se abrian á su frente, perseguidos por Mortier, destacado al efecto con algunos miles de hombres: pero la victoria aumentaba su número. Eran suficientes para dispersar un trozo de ejército vencido y estraviado en un terreno enemigo. Aquellos restos procura-

ban pasar el Aisne por Soissons, para refugiarse hácia el Norte, y unirse al ejército de Bélgica. Llegaron al pié de las murallas de Soissons, al mismo tiempo que Woronzof, comandante del ejército de invasion del Norte, llegaba tambien por distinto camino. El general Rusca, que trató de defender á Soissons, quedó muerto en la brecha. Los dos ejércitos de Saken y de Woronzof se reunieron en la ciudad conquistada. Fortalecidos con aquella union, cobraron ánimo y se replegaron sobre Chalons, para reunirse con el ejército rechazado de su general en jefe Blucher. Reforzado éste por aquella casualidad, volvió á emprender con sesenta mil hombres el camino dos veces interrumpido de Troyes, para volar en socorro de Schwartzenberg. Encontró á Napoleon en Mery-sur-Seine, y un choque terrible señaló la confluencia de aquellos dos ejercitos que no esperaban encontrarse. La ciudad de Mery-sur-Seine se hundió con las balas de cañon, y se incendió con el fuego de los obuses de los dos cuerpos de ejército. Quedó como una ruina del desierto con sus paredes ennegrecidas y sus casas humeantes á orillas de su rio. Rechazado Blucher tercera vez por aquel choque inesperado, cedió, renunció á su incorporacion con los austriacos, volvió á emprender su marcha por el valle del Marne, y se lanzó sobre Paris para llamar á Napoleon hácia aquel lado para la defensa de su capital.

Mortier y Marmont, con dos débiles cuerpos de siete mil hombres cada uno, estraviados entre Paris y el Marne, se replegaban lentamente á Paris. No tenian mas objeto que ganar tiempo y dar lugar á las grandes maniobras del emperador.

III. Al oir aquel ruido, Napoleon, temblando por su capital y su gobierno, abandonó á los austriacos á sí mismos, atravesó con sus columnas descansadas todo el espacio comprendido entre Troyes y Sezanne, y se preparó á atacar nuevamente á Blucher por la espalda en las cercanías de Meaux, mientras Mortier y Marmont lo hacian de frente. Ya habia salido de Sezanne y llegaba á la Ferté-sous-Jouarre, posicion en que Blucher estaba detenido por Marmont y Mortier. El aniquilado ejército prusiano iba á ser el trofeo de aquella espedicion. Libre de él Napoleon, estaba seguro de triunfar fácilmente de los austriacos. Su ejército participaba de su esperanza: el entusiasmo aceleraba sus pasos. Dentro de algunas horas, el Marne iba á sepultar los restos de Blucher y de los rusos. Mas aquel general, presintiendo el pensamiento de Napoleon, y queriendo arrastrarle en pos de sí para alejarle de Schwartzenberg, forzó el paso del Marne y quemó los puentes antes que Napoleon pudiera darle alcance. El emperador, desde lo alto de las cumbres que descienden hácia el rio, vió al ejército prusiano desfilar en seguridad por la orilla opuesta, dirigiendo sus largas columnas por el lado del Norte.

IV. Una duda terrible le ocurrió á Napoleon. ¿Dejaria á Blucher rodear á Paris á la cabeza de un ejército intacto y difundir el terror en su capital? ¿ó perderia pasos y dias en seguirle, dejando á Schwartzenberg tiempo para volver en masa y sin obstáculo alguno sobre Fontainebleau? Paris le pareció que era el corazon del imperio que habia de cubrir. Decidióse á pasar el Marne en seguimiento de Blucher, pero perdió dos dias en restablecer los puentes, y en trasladar su ejército á la otra orilla.

Allí, buscando en la carta un punto intermedio entre Soissons y Reims, señaló con el dedo á Firmes, á donde llegó el 4 de marzo al rayar el dia. Aquel movimiento colocaba á Blucher entre Napoleon por un lado, Marmont y Mortier por otro, y Soissons y el Aisne al frente. Soissons habia sido reconquistado por Mortier, que guardaba los puentes del Aisne; Blucher ya era prisionero: Napoleon creia que ya no tenia mas que dictarle la capitulacion.

V. Pero la guerra tiene azares que desconciertan los planes mejor combinados. La insuficiencia ó la vacilacion de la débil guarnicion de Soissons habia hecho que abriese las puertas de aquella ciudad á los prusianos del Norte, en el momento mismo en que la resistencia de algunas horas ponia en manos del emperador y de sus tenientes un ejército entero prisionero. Blucher volvió á encontrar en Soissons al ejército de Witzingerode y de Bulan que le recibieron y aumentaron sus fuerzas hasta cien mil combatientes. Mas de tal modo temia un cuarto choque con el emperador, que se alejó nuevamente del Aisne, y se internó á largas marchas hácia Laon.

Otra duda para Napoleon: ¿debe proseguir ó retroceder? El impulso le arrastra, y prosigue: atravesó el Aisne por Bery-au-Bac. El 7 de marzo encontró en Craonne á los cuerpos rusos y prusianos, que marchaban desde Soissons para proteger á Blucher despues de haberle salvado. Napoleon los atacó á la bayoneta en las alturas de Craonne erizadas de baterías. Los rusos murieron sobre sus cañones, despues de barrer filas enteras de soldados franceses. Mas cedieron á los repetidos ataques de Napoleon, y huyeron en desórden hácia Laon. Blucher estaba allí ya, cansado, herido, y asombrado de tan continuada persecucion. El emperador, que no le dejaba respirar, iba á alcanzarle. El ejército prusiano se encontraba en uno de esos momentos de desaliento que producen las retiradas despues de las derrotas. La nombradía de Napoleon pesaba sobre Blucher y sus soldados. Todo presagiaba la destruccion de aquellos tres ejércitos, cuyos trozos nunca se unian sino bajo los fuegos del cañon de su vencedor.

VI. Pero un cuarto ejército llegaba en socorro de Blucher en el momento en que Napoleon se presentaba en frente de él. Era el de Bernadotte, rey de Suecia, Murat del Norte, á quien la familia de los reyes en que habia entrado hacia olvidar su patria. No le mandaba en persona: sus consejos y sus contingentes combatian por él: su espada respetaba la sangre de sus compatriotas.

Napoleon, testigo de la union de Bernadotte con los dos ejércitos de Blucher y con el de Witzingerode, no titubeó, sin embargo, en acometer á aquellos cien mil hombres, con menos de treinta mil combatientes, cansados con las continuas marchas, pero de infatigable corazon. Envió al mariscal Ney y al general Gourgaud, hombres de mucho prestigio y valor, á ocupar un desfiladero rodeado de pantanos, que protegian al ejército de Blucher: las tropas que le defendian fueron arrolladas: solo la noche suspendió la batalla.

Volvióse á empeñar al rayar el alba. A los primeros cañonazos una noticia desgraciada abruma el corazon de Napoleon sin abatirle. Marmont, sorprendido la víspera por fuerzas desproporcionadas á su debilidad, habia perdido tres mil hombres y cuarenta piezas de artillería. El emperador, consternado, oculta su pérdida y ataca resueltamente á los cien mil hombres escalonados bajo los muros de Laon. En vano sus batallones, obedientes á su voz, escalan aquellas graderías de fuego; vuelven á bajarlas hechos pedazos. El ejército francés se destruye contra aquellas masas que la disposicion de los lugares hacen inaccesibles, y que las baterías cubren con sus proyectiles. Aquel es el escollo de Napoleon: retrocede ante lo imposible. Vuelve á reunir su mutilado ejército, y se retira por la parte de Reims sin ser perseguido, errante en su propio imperio, y buscando en él, casi en vano, una ciudad que franquee el paso á su ejército. El general ruso Saint-Priest, francés, de una ilustre familia y que permanecia al servicio de Rusia desde la emigracion, ocupaba á Reims. Pereció allí disputando la entrada de la ciudad á los franceses. Cuatro mil rusos sucumbieron con él, dejando cañones y banderas en poder de Napoleon, último y estéril trofeo de un resto de lucha.

El emperador entró en Reims y permaneció allí tres dias, reorganizando sus debilitados cuerpos. Hácia cualquier punto que volviese sus miradas, no veia mas camino libre que el que pudiese abrirse por en medio de cinco ejércitos. Apenas recibia pliegos, y estaba reducido á conjeturas. Andaba á tientas por sus provincias, chocando á cada paso con un nuevo enemigo. Consecuencia deplorable y fatal de la falta de resolucion y de concentracion al principio de la campaña. Hasta su mismo heroismo se convertia contra él. Ningun genio ni ningun recurso suplen al sentido general de una situacion. La guerra ofensiva en una lucha esencialmente defensiva, le gastaba, le estraviaba y le destronaba.

VII. Durante los ocho dias gastados inútilmente en la persecucion de los cuerpos rusos y prusianos de Blucher, los austriacos, reanimados por la ausencia de Napoleon, habian refluido en irresistible masa hácia Troyes, y desde allí hácia Paris. Oudinot y Macdonald no tenian, como Marmont y Mortier, mas que unos ejércitos de puestos avanzados que oponer á doscientos mil hombres. El 16 de marzo la vanguardia austriaca estaba en Provins. Un dia de marcha la ponia al pié de las alturas de Montmartre. Un correo llevó aquellas noticias al emperador. Ya no era tiempo de cubrir la capital. Confió en la defensa de sus barreras por una ciudad de un millon de almas, y volvió á emprender el camino de Troyes, para llamar la atencion por la espalda á Schwartzenberg, por medio de la sensacion que debia producirle un ejército francés mandado por el emperador, interpuesto entre él y su base de operaciones.

Aquella inquietud obró en el ánimo de Schwartzenberg con mas fuerza y rapidez de la que Napoleon habia calculado. Al recibir las primeras noticias de la vuelta del emperador á Champaña, el ejército austriaco, como aterrado con un solo nombre, retrocedió por todos los caminos, desde Paris hasta Troyes y Dijon. El emperador de Austria, temiendo verse cercado aun en medio de sus tropas, se retiró á Dijon, Alejandro y el rey de Prusia pasaron de Troyes. Aquellos soberanos abultaban el peligro, con el recuerdo de tantas antiguas derrotas, y temiendo un lazo en el corazon de la Francia que tan fácilmente habia cedido á su paso, se ponian de acuerdo para enviar á sus plenipotenciarios del congreso de Chatillon instrucciones henchidas de paz. Si el emperador hubiera sabido á tiempo aquellos temores, podia haber firmado un convenio euro-

peo, en el mismo momento en que su imperio se desplomaba: pero lo ignoró. Asustado por su parte de las masas que cargaban sobre el, se internó hácia Arcis-sur-Aube. Allí encontró, sin que tuviese la menor noticia de ello, al ejército de Schwartzenberg. Trabóse una encarnizada batalla, contra la voluntad de ambos generales, entre las tropas austríacas y francesas. Napoleon se batió como un húsar, sin otro plan que la necesidad de combatir, y el deseo de morir ó de vencer. Allí renovó los milagros de sangre fria y de arrojo de los puentes de Lodi y de Rivoli. Los soldados jóvenes se avergonzaron de abandonar á un jefe que se esponia de aquel modo. Muchas veces se le vió lanzar su caballo al galope sobre los cañones enemigos, y volver á aparecer como inaccesible á la muerte despues del humo de las descargas. Habiendo caido una bomba encendida al frente de uno de sus batallones bisoños, que se intimidaba y no guardaba la firmeza que debiera, esperando la esplosion, Napoleon, para reanimarle, dirigió su caballo hácia el proyectil, le hizo oler la mecha, aguardó impasible á que reventase, rodó por el suelo con su mutilado caballo, y levantándose sin herida alguna entre los aplausos de sus soldados, pidió con tranquilidad otro caballo, y continuó arrostrando la metralla. Por fin llegó su guardia y restableció el combate.

VIII. La noche y las masas siempre crecientes de Schwartzenberg obligaron al emperador á encerrarse en la ciudad, y construir parapetos para defender á su ejército. Durante aquella noche contuvo ciento y cincuenta mil hombres. Aprovechóse de las tinieblas para hacer construir muchos puentes de retirada sobre el Aube. En la imposibilidad de romper aquellas masas austríacas que le cerraban el paso de París, la desesperacion le inspiró aunque tardiamente la idea que le hubiera hecho invencible, si la hubiese adoptado á tiempo. Resolvió abandonar á París y al centro de la Francia á su suerte, arrojarse sobre la Lorena, sobre el Mosa y sobre el Rhin, incorporar á sus fuerzas, facilitándolas el paso, las guarniciones de Metz, Verdun y de Maguncia, y por último, sublevar los departamentos del otro lado del Rhin, que le aseguraban eran muy adictos á su cetro. Esperaba volver á entrar con cien mil hombres en el territorio francés, arrojarse como un leon en medio de las columnas de invasion, arrollarlas, dispersarlas, batirlas en detalle, hacerlas prisioneras cuando estuviesen diseminadas entre el Rhin y el Loira, sublevar sus grandes ciudades, sus campiñas, y dar al mundo el espectáculo de un millon tragados por la tierra que imprudentemente habian pisado. Era un sueño heroico, pero no pasaba de un sueño. Para semejante campaña se necesitaba un jefe adorado, el fanatismo de una causa unanime, una nacion nueva y no gastada por la tiranía ni rendida por el cansancio. No se forman vendeanos con soldados, sino con ciudadanos, niños, ancianos, mujeres, decididos todos á morir, y para quienes las mismas derrotas son martirios. Las cartas de Jerónimo sobre el espíritu de paz, la languidez de la opinion, la desercion de los depósitos, la inmovilidad de la Francia entera al presenciar su invasion, la resignacion, la pereza y hasta las murmuraciones de sus mariscales y de sus mas fieles tenientes, decian bastante á Napoleon, que la patria no se despertaria mas que á la voz de la libertad. El general espiaba las faltas del déspota. Su guardia le seguia y moria por él, pero le seguia por espíritu de cuerpo, y por el recuerdo de su gloria comun, mas que por esperanza: eran los mártires del honor militar: seguian hasta la muerte, nó á la causa, sino al jefe y á la bandera.

IX. El resto del pueblo miraba y gemia: en vano habia Napoleon decretado levantamientos en masa, el armamento de las guardias cívicas, la insurreccion de los pueblos, el toque de rebato, el cortar los caminos y el hacer fuego al enemigo. Por todas partes en donde no resonaba su cañon, la Francia estaba muda. Todo se reducia á dos ó tres partidas formadas en la Borgoña, por tres nobles, intrépidos aventureros, el conde Gustavo de Damas, en las montañas que separan el Loira del Saona, Mr. de Moncroc en Mazon y en Chalons, y el conde de Forbin-Janson en el Autunés. Cada uno de aquellos cuerpos se componia de algunos centenares de hombres, que acosaban al enemigo por sus flancos y desaparecian despues de cortas espediciones. En las inmediaciones de los pueblos, cuando los austríacos se retiraban, algunos paisanos solian hacer fuego á los rezagados desde las orillas de los bosques. A esto se limitaba toda la insurreccion nacional decretada por Napoleon. Su nombre era un obstáculo para ella. La mayoría del pueblo estaba tan cansada de su esclavitud, que casi temia tanto su vuelta al poder, como aborrecia la invasion. Pero la nacion, sorda á la voz del jefe, se conmovia y enternecia por los soldados. Cada fusilazo del enemigo resonaba en su corazon, porque era uno de sus hijos el que caia. Napoleon creia sacar al pueblo de su inercia por medio de un golpe brillante á la espalda del enemigo. Marchó hácia el Mosa, y llegó el 23 de marzo á Saint-Dizier. Allí, un rayo de paz le recordó todavía la política.

X. Caulaincourt se veia comprometido en el congreso de Chatillon por las instrucciones contradictorias del emperador y las exigencias de los aliados, mas ó menos duras, segun las vicisitudes de la guerra. Iba á dar á su amo un supremo consejo de resignacion: no veia ya salvacion para él mas que en una pronta amputacion del antiguo imperio, para conservar al menos el trono y la Francia. Las conferencias militares de Lusigny no habian sido mas que una conversacion de algunas horas entre Mr. de Flahaut y los generales aliados. Los plenipotenciarios que se encontraban en Chatillon, despues de haber cedido algunas semanas como sus ejércitos, recibieron la noticia de que las potencias que representaban acababan de formar entre sí en Chaumont una coalicion mas irrevocable contra el emperador, obligándose solidariamente á no deponer las armas hasta que el conquistador del continente volviese á circunscribirse á los límites que la Francia habia traspasado en 1792. En aquel tratado la Inglaterra se comprometia á pagar quinientos mil hombres de los soberanos del Norte. Caulaincourt le participó aquel *ultimatum* de las potencias. Los generales y ministros que rodeaban al emperador sostuvieron con Caulaincourt varias polémicas desagradables, de esas que revelan la desesperacion de las causas perdidas. El triunfo cubre las faltas á los ojos de los cortesanos, los continuos reveses las descubren. La responsabilidad de la caida comun principia con sordas murmuraciones, y luego con reprensiones que alcanzan hasta aquel á quien lo deben todo. Acusanle de no ser ya bastante feliz para sostener su propia fortuna. La ingratitud toma entonces el acento de la compasion. Cuando comienzan á tener lástima al hombre que se hunde, no está muy distante el momento de abandonarle.

XI. Tal era el espíritu que reinaba en los vivaques de Napoleon cuando Caulaincourt llegó á ellos. Él mismo, á pesar de su fidelidad, habia llegado á ser un confidente incómodo para el emperador. Conocia sus fluctuaciones y le acusaba por lo bajo, no de sus reveses, sino de su obstinacion en la esperanza. Hacia ya mucho tiempo que Caulaincourt no esperaba. Aunque las potencias jamas habian pronunciado el nombre de los Borbones, sonaba ya en las conversaciones de los negociadores. Aquel nombre era el pensamiento reservado de la Europa, si Napoleon se obstinaba en conservarlo ó en perderlo todo. Su negociador le aconsejaba que transigiese con la necesidad. Pero Napoleon, estasiado con el nuevo plan que acababa de concebir, y viendo ya cumplido aquel cambio victorioso que corria á buscar al otro lado del Rhin, á la cabeza de sus libertadas guarniciones, se sonrió como con compasion y dijo á Caulaincourt con el acento profético á que se habia acostumbrado en la fatilidad: «Tranquilizaos, estoy mas cerca de Munich que los aliados lo estan de París.»

XII. En el momento mismo en que Napoleon, incrédulo en la adversidad, pronunciaba aquellas palabras, los ejércitos enemigos de Schwartzenberg y de Blucher, que se habian retirado de las inmediaciones de París, como ya hemos visto, por la marcha del emperador sobre Troyes, se concentraban en masas innumerables en las llanuras de Chalons para resistir al choque que temian por la espalda. Napoleon los creia en las cercanías de su capital. La presencia tan próxima de aquellas masas en Chalons, hizo titubear á Napoleon acerca de la ejecucion de su nuevo plan. Temia que aquel peso concentrado cayese sobre su retaguardia. Meditó y titubeó seis dias entre el instinto que le impelia hácia su capital, y la temeridad que le arrastraba hácia el Rhin y el Mosa.

Durante aquellos dias de incertidumbre, los aliados tambien vacilaban en Chalons. Los generales mas consumados y tímidos opinaban que todo debia temerse de un hombre como Napoleon, que era necesario replegarse juntos y en número invencible sobre su base de operaciones, y preservar á la Alemania de una visita del emperador, que les privaria de refuerzos en un pais insurreccionado. El parecer de los generales franceses tránsfugas en el campamento de los rusos, y la resolucion del emperador Alejandro, jóven, ardiente, emprendedor, y que tenia que vengar á Moscou, era precipitarse sobre París, dividir la opinion, apoderarse del corazon del imperio, halagar á la libertad, hacer esperar á los amigos de los Borbones y dejar al emperador, incomunicado con su pueblo, disiparse en su aislamiento y agitacion. Las intenciones de la Inglaterra, las insinuaciones de los partidarios de una restauracion en Francia, los resentimientos de las cortes, los odios personales de algunos diplomáticos que seguian al cuartel general, la causa comun entre los príncipes de las antiguas razas contra la de la espada, y en fin las maniobras todavía encubiertas, pero hábiles y activas de algunos realistas de lo interior, que asediaban el vivac de los emperadores, les decidieron por este último partido. El 25 los ejércitos reunidos rompieron su movimiento hácia París por los caminos que siguen el curso del Marne.

XIII. Napoleon, impulsado, segun dicen, por sus tenientes, en vez de proseguir su camino hácia Nancy, siguió de nuevo á los aliados para cortarles el camino de Paris. Perdió de este modo ocho dias, es decir, el tiempo para el de cinco victorias, y para llevar á cabo la mitad de su plan, e iba á perder otros siete ú ocho en retroceder. En esta campaña no habia, pues, resolucion mas que contra sus determinaciones anteriores. Su carácter no guardaba aquí armonía con su genio. Sus tenientes mas adictos lo vislumbraban y comenzaban á abusar de su familiaridad en cambiar de resolucion. Les convenia mas aproximarse á Paris para capitular y salvar á sus familias, sus dignidades y sus fortunas, que acometer con su jefe las aventuras de una campaña errante al otro lado del Mosa y del Rhin: deseaban el fin de aquella lucha sin esperanza. Estaban cansados, nó de combatir, sino de declinar. El espíritu del pais concluye siempre por penetrar en el ejército.

XIV. La concentracion de los ejércitos aliados en las llanuras de Chalons los habia alejado bastante de Paris, para que Napoleon, mas distante que ellos cuatro jornadas, pudiese, doblando el paso, llegar casi al mismo tiempo que las cabezas de sus columnas á las barreras de su capital. Aun suponiendo retrasos y obstáculos, era necesario que los parisienses defendiesen por lo menos dos dias las puertas de la capital. El emperador enviaba los correos uno detrás de otro á su hermano José, conjurándole que reanimase el espíritu de Paris, que armase al pueblo y á la juventud de las escuelas, y que exigiese el supremo esfuerzo de dos dias á una poblacion de tantos millares de almas. «A este precio, decia, todo se salvará. Voy á maniobrar de modo, añadia, que es posible que no tengais noticias mias en algunos dias. Si el enemigo se lanzase sobre Paris con tales fuerzas que fuese imposible toda resistencia, haced marchar en direccion del Loira á la regente, mi hijo, los grandes dignatarios, los ministros, los grandes oficiales de la corona y el tesoro. No descuideis á mi hijo, y acordaos que preferiria saber que habia caido en el Sena, que en manos de los enemigos de la Francia. La suerte de Astianacte, prisionero de los griegos, me ha parecido siempre la mas desgraciada de la historia.»

De este modo, su adversidad se elevaba ya en su pensamiento á la altura de los grandes infortunios épicos de Homero y de Virgilio. La poesía, como la religion en las almas vencidas, entraba en su vida por la adversidad.

XV. Lo que habia previsto se verificaba en Paris, mucho mas pronto de lo que creia posible. Marmont y Mortier, estenuados por las retiradas y los continuos ataques de vanguardia, andaban errantes por los alrededores de Paris. En donde quiera que sus diezmados batallones dejaban un vacío, los cosacos, atrevidos merodeadores del desierto, se precipitaban sobre las aldeas, y con el terror, el saqueo y las puntas de sus lanzas hacian huir á los consternados habitantes á Paris. Ya no se sabia nada del emperador: por la ciudad circulaban rumores siniestros. Las plazas, los baluartes, los Campos Elíseos y los patios de las casas estaban llenos de fugitivos de los pueblos, de carruajes cargados de muebles, ó de vinos sustraidos á las devastaciones de la guerra, y de animales introducidos por los labradores en el recinto de la capital. El Mediodia parecia dispuesto á separarse del imperio, y á proclamar un gobierno desconocido. Lyon, defendido un momento por Augereau á la cabeza de diez y siete mil hombres, y de algunos refuerzos de caballería que habian vuelto de España, sucumbia al reflujo del ejército de Bianchi. El curso del Saona estaba ocupado y espedito alternativamente por aquel mariscal, pero la capitulacion de Lyon le llevaba, sin utilidad alguna para Paris, hácia las montañas del Jura. Solo las provincias del Loira estaban libres: pero detrás de ellas, el Oeste de la Francia podia, de un dia á otro, responder á los movimientos realistas fomentados en Burdeos por una insurreccion que hubiera colocado á Paris entre dos guerras. José y sus hermanos Luis y Jerónimo conocieron la responsabilidad que pesaba sobre ellos. Tenian que responder de la emperatriz y de su hijo á su hermano y á la dinastía de Napoleon. Aun suponiendo que el mismo Napoleon se viese obligado á capitular, á abdicar ó á morir, la regencia y la transmision del trono napoleónico al rey de Roma era el último asilo de su fortuna. Arrojados de Madrid, de la Holanda y de Westfalia, aquellos reyes de un dia, quedarian por lo menos príncipes de la sangre imperial en Paris. Convocaron un consejo supremo, al cual llamaron á Cambaceres, los ministros, los presidentes del consejo de estado, los grandes dignatarios del imperio, los mas identificados con el nuevo régimen, y á los miembros mas comprometidos del senado. José leyó la carta del emperador en que le mandaba salvar á su esposa y á su hijo. La emperatriz asistia silenciosa y temblando á aquel consejo, en que sus cuñados iban á decidir de su suerte. Los pareceres estuvieron divididos.

Boulay (de la Meurthe), acostumbrado á los dramas revolucionarios, conocia por esperiencia la movilidad del pueblo y el poder del entusiasmo. Sabia que la noticia de la fuga de aquella princesa, descubriendo lo desesperado de su causa, haria que se hundiese el imperio. Aquel consejo heroico recordaba la resolucion de María Teresa. Pero resoluciones de esa especie no convienen mas que á dinastías arraigadas desde muchos siglos en el corazon de las poblaciones. Cuando no producen un fanatismo de abnegacion religiosa en los príncipes, sucumben en las parodias. El consejo tampoco se componia de hombres dispuestos á salvar una raza ó á morir por ella. Despues de una deliberacion lenta, templada, enteramente oficial, y que parecia destinada únicamente á descargar unos sobre otros la responsabilidad de una retirada, se separaron todos á media noche sin haber acordado nada. Nadie se atrevia á adoptar una resolucion que podia llegar á ser un crímen, si el emperador lograba todavía vencer, y pedia á sus hermanos cuenta de la capital abandonada. Atuviéronse á la carta de Napoleon que prohibia la permanencia de su mujer en Paris, en caso de un peligro estremo. Prejuzgaron el riesgo, no le declararon.

XVI. Cambaceres y José querian descargar en María Luisa la responsabilidad de la resolucion que podia salir de sus labios. Siguiéronla despues del consejo á su habitacion, y allí la asediaron con sus ambiguas instancias, para obtener de ella un deseo que los pusiera á cubierto. Sea que temiese la cólera de su marido, ó que se inclinase á permanecer en su capital, en donde se tributaba el mayor respeto á su sexo y á su rango, sea que temiese llegar á ser en manos de sus cuñados una víctima errante de la ambicion de Bonaparte, y un instrumento de guerra civil, arrojada de provincia en provincia en medio de los campamentos, María Luisa venció su timidez. Contestó con entereza á José y á Cambaceres, que aquella resolucion á ellos les correspondia, que jamás la tomaria sobre sí, que ellos eran sus consejeros obligados, y que bien debiese permanecer ó partir, no obedeceria mas órden que la que estuviese firmada por ellos. Eludieron aquella responsabilidad. La órden eventual de marcha, dada por Napoleon en su carta, permaneció pues como un testo absoluto á que la emperatriz estaba resuelta á obedecer. Preparóse la fuga: el tesoro fué cargado en los furgones, empaquetáronse los papeles secretos del emperador y los diamantes de la corona. La partida se fijó para el dia 29 de marzo.

XVII. Pero cada galope de un caballo por el patio del palacio podia anunciar un correo y traer una contraórden del emperador. La emperatriz, rodeada de las damas, cortesanos y oficiales designados para seguirla, aguardó desde el amanecer hasta mediodía la señal de la partida, que debia dar José. Este príncipe montó á caballo por la noche y fué á reconocer y animar los puestos avanzados colocados en las barreras y entradas principales de Paris. Pero la masa de la poblacion ignoraba hasta esta última demostracion de resistencia: acusaba á José de una molicie regia contraida en los tronos de Nápoles y de Madrid, en el seno de los placeres de las cortes del Mediodía.

José ni volvia ni mandaba á decir nada á la emperatriz. Los oficiales de la guardia nacional que daban el servicio de palacio la suplicaron que se quedase. Esperaban que la presencia en Paris de la hija del emperador de Austria seria una salvaguardia contra las estremedidades de una ciudad que iba á ser bien pronto sitiada. María Luisa derramando lágrimas, cedia unas veces, y otras resistia. Se veia que violentándola á no obedecer al emperador dejando á Paris, la hubieran aliviado de una grande incertidumbre, librándola de las sugestiones de los hermanos de Napoleon. Por otro lado, los hombres previsores y el partido de Mr. de Talleyrand, embarazados con la presencia de aquella princesa en las negociaciones que ya anudaban para entregar su trono á otros príncipes, apresuraban secretamente su partida. Clarke, ministro de la guerra, envió á decirla al medio dia, que no respondia ya de la seguridad de los caminos, interceptados por las bandas de cosacos, si se detenia hasta el dia siguiente. Doce coches de la casa aguardaban desde por la mañana en el patio. Una fuerte escolta de caballería de la guardia los rodeaba. María Luisa se arrancó por fin de su palacio; uno de sus escuderos llevaba en brazos al rey de Roma: aquel hermoso niño, soberbio ya por la adulacion que se anticipa á la edad, se agarraba á las barandillas de la escalera y se obstinaba en no quererse dejar desterrar de aquel trono. «No quiero marchar, gritaba; ¿cuando el emperador está ausente, no soy yo el amo?» Hubiérase dicho que presentia que entre las pompas de las Tullerías y las fúnebres bóvedas de Schœnbrunn, no habia para él mas que algunos cortos años de adolescencia y de melancolía. Los carruajes desfilaron lentamente por los malecones, como un cortejo mortuorio. Apenas algunos curiosos se detenian acá y allá para ver pasar aquel convoy dinástico. Ninguna voz del pueblo se elevó para saludar á la mujer y al hijo de Napoleon, que huian al azar, arrastrando en pos de sí las últimas pompas de la soberanía.

L'IMPÉRATRICE MARIE-LOUISE,

(et le Roi de Rome.)

LA EMPERATRIZ MARIA LUISA Y EL REY DE ROMA

Digitized by Google

Tal era la popularidad de aquel reinado, que la historia pintaba algunos años despues como el fanatismo del pueblo.

XVIII. Mientras la emperatriz seguia lentamente el camino del palacio imperial de Rambouillet, la llamada del tambor hacia acudir á los ciudadanos á la defensa de los puestos. La guardia nacional tomaba las armas, menos para combatir que para velar por la defensa de sus hogares. Pero la juventud de las escuelas, y algunos de esos hombres que el patriotismo y el peligro producen cuando los momentos son mas desesperados, volaban á las barreras y á las alturas de Montmartre. Los arrabales al verlos pasar, pedian á gritos armas. Todo faltaba: el imperio lo habia consumido todo en los campos de batalla estranjeros. La noticia de la marcha de la emperatriz y de la traslacion del gobierno, consternó y abatió los ánimos. Aguardábase en silencio el último golpe que derriba los imperios.

José volvió á entrar en Paris despues de haber visto desde léjos la especie de inundacion de tropas que cubrian las llanuras y los caminos de la capital: evitó las calles mas concurridas, y convocando secretamente á los ministros y al consejo de regencia, se preparó á seguir con aquellos últimos restos del reinado de Napoleon los pasos de la emperatriz.

LIBRO IV.

Movimiento de Napoleon sobre Paris.—Atraviesa por Troyes y Sens.—Llegada de los ejércitos coaligados al frente de Paris.—Batalla de Paris.—José manda á Marmont capitular.—Proclama de José.—Fuga de José, de Jerónimo y del gobierno.—Mortier ofrece una suspension de armas.—Última resistencia de Marmont.—Propone una suspension de armas.—Diputacion del consejo municipal á Marmont.—Capitulacion de Marmont el 30 de marzo.—MM. de Chabrol y Pasquier en el cuartel general de Alejandro.—Alejandro.—Recibe una diputacion de los parisienses.—Discurso de Alejandro.—Entrada de los ejércitos aliados en Paris.—Fisonomía de Paris.—Peticion de los maires de Paris á Alejandro.—Manifestacion realista al pasar los soberanos.

I. Mientras que Paris se resignaba, casi desarmado, á las innumerables fuerzas de que se hallaba rodeado, Napoleon calculaba con ansiedad las jornadas y las horas que le separaban de su capital. Tenia que atravesar setenta leguas con un ejército fatigado por las marchas y contramarchas, pero impaciente por volver á ver los muros de Paris y conseguir allí la última victoria. Los soldados, con los piés lastimados por los caminos y las nieves, olvidaban su cansancio y sus heridas al mirar á su emperador marchando unas veces á pié y otras á caballo en medio de ellos. La impaciencia febril de Napoleon se comunicaba con sus miradas. La ignominia de ver á la capital de la Francia amenazada pesaba sobre sus almas como los remordimientos de tanta gloria perdida. Corrian para anticiparse á la venganza del mundo, y Napoleon para recobrar su imperio. Arrojando á los canales ó quemando los equipajes que le embarazaban, andaba veinte leguas por dia. El 29 á las once de la noche llegó á Troyes, é inmediatamente despachó á Paris al general conde de Girardin, previniendo sostener la defensa para que le diese tiempo de llegar. El 30 continuó la marcha á la cabeza de los restos de su guardia, corriendo hácia Pont-sur-Yonne y hácia Moret. A cinco leguas de Troyes, mientras descansaba su guardia, el enigma de su suerte le parecia imposible de soportar. Se metió en un mal carruaje que la casualidad le presentó, y acompañado de algunos oficiales de su estado mayor, tomó el camino de Sens. Al atravesar aquella ciudad mandó llamar á los magistrados y les previno tuviesen preparadas las raciones necesarias para ciento cincuenta mil hombres, que dijo llevaba en socorro de Paris. Durante la noche siguió al galope el camino de Fontainebleau.

II. Mientras la rápida marcha de Napoleon y de su puñado de soldados hácia la capital, Paris se hallaba amenazado á tiro de cañon por los primeros cuerpos de tres ejércitos enemigos. El general ruso Bayewsky salió de Bondy con tres columnas de ataque y trepó por las cumbres de Belleville. La guardia del emperador Alejandro le seguia y le apoyaba. Las alturas de Belleville, cubiertas de grupos de casas y jardines, dominan la mitad oriental de Paris. Marmont, pegado á aquellos jardines y arrabales, defendia con la intrepidez de la desesperacion aquel último baluarte de la patria. Su artillería, rompiendo las columnas rusas, barria á Pantin y Romainville. El enemigo cedia por aquella parte. Blucher y su ejército no estaban aun á la vista de Paris. El general en jefe ruso Barclay de Tolly, no viéndole desembocar para atacar en combinacion aquella ciudad de un millon de almas, temblaba que se le anticipase Napoleon antes que efectuase su reunion con Blucher al pié de las alturas de Montmartre. El general austriaco Giulay, que venia desde Fontainebleau, tambien se retrasaba. Aquellas dilaciones podian dar tiempo para que se presentase Napoleon. Barclay de Tolly comprometió todo su ejército para rendir á Paris sin esperar á los generales Blucher y Giulay. Pero Marmont y sus soldados, reforzados con algunos voluntarios y animados con el entusiasmo que infunde la presencia de la patria, cubrió de cadáveres las cuestas de Belleville, y rechazó y contuvo á los rusos hasta el medio dia. José á caballo, recorria y alentaba á los puestos avanzados: «Defendeos, estoy con vosotros,» decia á los soldados y voluntarios. Pero aquellas palabras no aumentaban el arrojo de los batallones franceses. No conocian á José: la sombra de Napoleon hubiera guardado mejor á Paris.

Aquel príncipe, confiado en las cartas de Napoleon, creia de buena fé que Paris no estaba atacado mas que por un cuerpo aislado de los ejércitos aliados, y que los soberanos y las masas estaban ocupados en luchar por la parte de Troyes con su hermano. Un oficial francés, hecho prisionero la víspera por una banda de cosacos y conducido al cuartel general del emperador Alejandro, desengañó á José. Aquel oficial habia visto al mismo Alejandro rodeado de todas sus fuerzas á alguna distancia de Paris. «No es á la nacion francesa á la que yo hago la guerra, le dijo el emperador de Rusia, es á Napoleon. Ha llevado el fuego y el hierro á mis estados y ha incendiado mis ciudades. Id á Paris y decid que quiero entrar en el, nó como bárbaro, sino como amigo. Su suerte está en sus manos.» José al oir la narracion de aquella entrevista comprendió que toda resistencia contra semejantes fuerzas reunidas perderia á la capital sin salvar al imperio. Sin embargo, despues de haber dado la órden de parlamentar, la retiró en virtud de otras noticias. Al medio dia, el ejército de Blucher y el ejército austriaco desembocaron, uno por la parte del sud, y otro por la del norte, en las llanuras de Montmartre y del Sena. Marmont se continuaba batiendo, y cada una de sus irrupciones desde el pié de las alturas hacia retroceder al enemigo: pero unas masas se sucedian á otras. Las baterías se iban acercando y las bombas estallaban sobre las cabezas de José y de su estado mayor. Envió un ayudante de campo mandándole capitular, pero la imposibilidad de encontrar á aquel mariscal, uno de los primeros que se lanzó al fuego, y de atravesar el espacio acribillado de proyectiles que separaba á los tiradores, retardó á los parlamentarios. Óyese de mas cerca el estampido del cañon: los enemigos pasaron á la vez de Montmartre y Belleville, y podian entrar por asalto en una ciudad desarmada pasando por encima de los cuerpos de sus pocos defensores.

III. Sin embargo, José quiso engañar hasta el último momento á Paris, para que no estallase una sedicion contra el imperio, por lo menos mientras estuviesen allí los hermanos de Napoleon. Dirigió al efecto una proclama, en que presentaba á los ejércitos reunidos de los aliados como una columna estraviada que llegaba de Meaux perseguida por el emperador. Cuando el despotismo se vale de la mentira, tiene que sostenerla hasta la última hora. «Armémonos, decia, yo permanezco con vosotros. Defendamos esta gran ciudad, sus monumentos, sus riquezas, nuestras mujeres, nuestros hijos, y que el enemigo encuentre su ignominia en esos muros, que espera atravesar triunfante.» Los parisienses ociosos, esparcidos por sus baluartes y por sus jardines públicos, leyeron aquellas palabras y las creyeron por un momento. El emperador, se decian unos á otros, ataca en este momento por la espalda á esas temerarias vanguardias de la coalicion. Su cañon es el que oimos resonar: sus balas son las que caen hasta nuestros tejados: trae consigo la fortuna que por un momento le habia abandonado. Tales eran las conversaciones que en lo interior de Paris sostenian los partidarios de Napoleon, obcecados con su genio, cuando los hombres de corazon y de patriotismo morian á las últimas descargas de los rusos en las alturas de Belleville y de Menilmontant.

IV. Durante aquel momento de confianza que la proclama de José daba á la ciudad, aquel príncipe, su hermano Jerónimo y el ministro de la guerra, Clarke, bajaban de las alturas de Montmartre, se alejaban con toda la velocidad de sus caballos por los baluartes esteriores y atravesaban el bosque de Boloña para llegar á Blois. Los hombres mas comprometidos en el gobierno de Napoleon los seguian. En toda aquella

corte, ya no quedaban en Paris mas que los mariscales que defendian las puertas. El imperio no era ya mas que un cuartel general reducido á capitular para salvar á aquel grande hogar de la patria.

Mortier, atacado hácia el mediodía por las fuerzas irresistibles de dos ejércitos, ya no tenia municiones para combatir. Iba á ser cortado de Marmont, envuelto, arrollado hasta por las calles de Paris convertidas en teatro de carniceria. Maldecia y llenaba de imprecaciones á aquella sombra de gobierno, que huia dejando á sus últimos apoyos sin refuerzos, sin artilleria y sin pólvora. Por último, recibió la órden de José, y se apresuró á escribir sobre un tambor, en medio del fuego, algunas lineas al principe de Schwartzenberg. «Príncipe, decia Mortier, economicemos una sangre inútil. Os propongo una suspension de armas de veinte y cuatro horas, durante las cuales conferenciaremos para ahorrar á la ciudad de Paris los horrores de un sitio. De otro modo, nos defenderemos hasta la muerte.»

El generalisimo austríaco se apresuró á aceptar la proposicion de Mortier. El fuego cesó por aquella parte. Marmont, aunque tambien habia recibido ya la órden de capitular, continuaba defendiendose. La confusion de los movimientos, la imposibilidad de comunicarse en medio de las balas, el arrojo de los voluntarios y de los alumnos de la Escuela Politécnica que servian la artilleria, impedian entenderse. Blucher, durante aquellos últimos combates de Marmont, trepaba por las alturas de Montmartre, y desde allí asestaba sus baterías contra Paris. El mariscal, viendo la capital espuesta al fuego de los prusianos, envió al coronel Labedoyere al cuartel general de sus aliados con proposiciones semejantes á las de Mortier. Los caballos de Labedoyere y de su trompeta fueron muertos al momento que salieron á la llanura. Siete veces los oficiales que como parlamentarios trataron de atravesar el espacio que mediaba entre los dos ejércitos, rodaron con sus caballos por el suelo. Solo á las cinco de la tarde, un ayudante de campo, Mr. de Quelen, logró llegar á la aldea de Bondy, cuartel general de Alejandro y del rey de Prusia. Aquellos príncipes despidieron al ayudante de campo con una escolta hasta los puestos avanzados rusos en la Villette. Allí sobre la mesa de un bodegon, al ruido de las últimas descargas de fusileria, se firmó una suspension de armas de cuatro horas.

Cuando Mr. de Quelen hacia cesar de aquel modo el fuego, Marmont, animado por la presencia de Paris, y por la conviccion del relevante servicio que trataba de hacer á su emperador y al amigo de su juventud, se quedaba el último en la calle mayor de Belleville, disputando palmo á palmo las casas de aquel arrabal al enemigo. Rota su espada, con un fusil de tiradores en la mano, con el sombrero y el vestido atravesados á balazos, y ennegrecido el rostro con el humo del combate, el que al dia siguiente debian llamar el primero de los traidores, era el último de los héroes. Buscaba la muerte como por un presentimiento de los dobles deberes en que iba á verse colocado, y en donde su fama de fidelidad y de patriotismo iba á eclipsarse por largo tiempo para su pais. La muerte no le buscó. Mientras sus soldados guarecidos en los jardines y en las casas de uno de los lados de la calle se tiroteaban por encima de su cabeza con los rusos, que ya eran dueños del otro lado, un puñado de granaderos se arrojó á salvar á su general. Replegáronse con él paso á paso y batiéndose hasta la barrera. Uno de los brazos con cabestrillo, una mano atravesada, y cinco caballos que le mataron en la jornada, atestiguaban suficientemente, que si al dia siguiente no hizo bastante por el imperio, habia hecho demasiado aquel dia para la gloria y por la patria. Sin aquellos cuantos granaderos, el ejército no hubiera entrado en Paris mas que el cadáver de su general.

V. El silencio del cañon hizo saber á la ciudad que el armisticio estaba firmado. Las tropas, en número de diez y siete mil hombres, se replegaron detrás de los muros. El pueblo de los arrabales las recibió con lágrimas de patriotismo y de admiracion. Olvidábase su causa, y enternecia su heroismo. La Francia lo perdonó todo al valor desgraciado. El mismo Napoleon, maldecido y execrado algunas semanas antes, hubiera tenido un triunfo en su derrota, si en aquellos momentos hubiese entrado en su capital. La compasion estingue el odio; el pueblo estaba enternecido, y perdonaba. Pero la opinion del centro de Paris no perdonaba: la Francia cansada de peligros y de hacer sacrificios por su emperador, pensaba en sí misma. Preguntábanse si habian de sacrificarse á aquel hombre hasta las cenizas de la capital. Los principales ciudadanos de Paris meditaban acerca de sus intereses, su fortuna y la salvacion de sus mujeres y de sus hijos. El gobierno habia desaparecido con José, Cambaceres, Regnault de Saint-Jean-de-Angely, los ministros y los grandes cortesanos del emperador, y la opinion pública se sublevaba. Un gran número de hombres de consideracion, banqueros, comerciantes, abogados y ciudadanos, salian de sus casas, se acercaban unos á otros, se concertaban y se entendian, por su comun deseo de preservar á la patria, y comenzaban á discutir en voz alta las probabilidades de un arreglo con la Europa. El cañon enemigo habia roto el sello de los corazones y de los labios. Un murmullo general se pronunciaba por la paz necesaria á todos. Como en las revoluciones, se formaba una corriente unánime de opinion, para repudiar á un hombre que no habia sabido ni cubrir las fronteras, ni preservar el corazon mismo de la nacion en Paris. La Francia, decian, ¿debe su capital en holocausto á ese insaciable genio de la guerra? Los aliados en sus proclamas, y los soberanos que se hallaban en Bondy, en sus conversaciones, declaraban que no hacian la guerra mas que contra la ambicion de Napoleon. ¿Debia la Francia hacer suya aquella causa y perder hasta su último hombre, por un jefe que habia usurpado su trono, privándole de la libertad y agotado sus venas? Aquel sacrificio por la gloria de uno solo, ¿no era un sofismo de abnegacion, un ultraje al verdadero patriotismo? Tales eran las conversaciones de los ciudadanos al ver entrar las mutiladas columnas de Mortier y de Marmont, los carros llenos de heridos, chorreando sangre, y los cadáveres de los intrépidos voluntarios que habian caido en Montmartre por el fuego de los rusos y prusianos.

VI. Los principales de aquellos ciudadanos se agrupaban á la puerta del mariscal Marmont, y solicitaban hablarle acerca de la apurada situacion de Paris, y de los peligros de la próxima noche. El mariscal los recibió desarmado, herido y cubierto de polvo y de sangre. Su aspecto redobló la emocion de las palabras: «El honor y la fidelidad al emperador quedan ya satisfechos, le dijeron sus amigos: el ejército se ha salvado por el armisticio que le da tiempo para atravesar nuestros muros, resguardarse detrás de Paris, y dirigirse hácia el Loira: ¿pero qué va á ser de nosotros? ¿Cuál será la suerte de nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestras familias, nuestros ancianos, nuestros hogares, nuestros monumentos, y ese pueblo sin armas y sin víveres, entregado á todas las angustias del hambre, en una ciudad cercada por quinientos mil hombres? ¿Quereis que en las tinieblas de la noche que avanza con rapidez, esta capital tomada por asalto, ó abriendo sus puertas sin condiciones ni salvaguardias, llegue á ser el campo de la carniceria, el saqueo y el incendio de las irritadas hordas del Norte? ¿Colocareis vuestra egoista fidelidad de soldado y de amigo del emperador, al nivel y aun por encima de vuestros sentimientos de hombre, y vuestros deberes de ciudadano? ¿No teneis tambien esposa, parientes, amigos y conciudadanos dentro de este recinto? Los azares de la guerra ponen en vuestras manos en este momento la suerte de Paris y de la Francia. Es una responsabilidad terrible pero forzosa, que no podeis declinar sin cometer un crimen. Paris, la capital del mundo civilizado, el corazon de la nacion, no puede ser á vuestros ojos como uno de esos campos inhabitados ó incultos, que un general abandona ó tala con indiferencia, para obedecer á un plan de su jefe ó á las necesidades de una estrategia.»

VII. Marmont, convencido, convenia en la necesidad de una capitulacion para Paris, pero se escusaba con su incompetencia para tomar una resolucion de que dependeria la suerte del imperio: «Yo no soy, decia, el gobierno, ni aun el comandante en jefe del ejército, no soy mas que un teniente del emperador, un soldado de la patria. ¡Con qué título me atreveria á estipular en mi nombre condiciones, que solo á la misma patria ó al emperador toca admitir! El emperador, segun dicen, se acerca á Fontainebleau: voy á llevarle mis tropas, y hará lo que su penetracion y su autoridad juzguen mas conducente al bienestar del pais.»

Los ciudadanos respondian: «Al pais es á quien corresponde tomar una determinacion. Los ministros de Napoleon han abandonado la capital. ¡Dejaremos arruinar nuestros hogares por un supersticioso respeto á un gobierno que solo ha sabido atraer sobre nosotros la última de las calamidades!» El consejo municipal de Paris, consejo de familia que se presenta cuando los gobiernos desaparecen, se unió á los banqueros, ciudadanos y comerciantes que instaban. Marmont fluctuaba entre su deber militar y su deber civil. Obedeciendo al emperador esponia á Paris á una de esas catástrofes que hacen desaparecer del suelo á una capital. Obedeciendo al consejo municipal, y á los justos temores de los ciudadanos, perdia á su general y sacrificaba su nombre. Separado del ejército del emperador por los ejércitos estranjeros, no podia recibir mas órdenes que las de la necesidad. Cedió á los sentimientos de su corazon, capituló y abrió las puertas de Paris: en seguida mandó replegar sus tropas sobre Fontainebleau. En aquel acto, que sustituia una capitulacion á un sitio, no hubo traicion ni debilidad. ¿Qué podia hacer un general aislado habiéndose batido hasta el último estremo con diez y siete mil hombres contra trescientos mil? No fué Marmont quien hizo

aquel dia traicion á París, sino que París se la hizo á Marmont, no levantándose para su propia defensa. El corazon del imperio no palpitaba ya por Napoleon.

VIII. En la capitulacion se estipuló, que los cuerpos de ejército (así llamaban todavía á aquellos restos) saldrian de la capital el 31 de marzo por la mañana, y que las hostilidades no podrian volver á comenzar hasta dos horas despues de la evacuacion, es decir á las nueve: que la guardia nacional se someteria á las órdenes de las potencias aliadas, y por último que la capital de la Francia quedaba á la generosidad de los aliados.

La noche fué triste y silenciosa. Solo turbó el sobresaltado sueño de los ciudadanos el ruido de las ruedas de las cajas de municiones, y los pasos de los caballos de las columnas francesas, que se retiraban suspirando. Pero la noticia de que se habia firmado una capitulacion, tranquilizó á los mas tímidos. Sabian que el prefecto de París, Mr de Chabrol, y el prefecto de la policía, Mr Pasquier, se habian dirigido al cuartel general del emperador Alejandro, en Bondy, para conferenciar con los vencedores, y ponerse de acuerdo con los generales estranjeros acerca de la ejecucion de la capitulacion. El carácter de aquellos dos magistrados tranquilizaba á los ciudadanos. Eran de los que sirven con inteligencia y comedimiento á los gobiernos, pero que no hacen mayores esfuerzos de lo posible, ni oponen una resistencia desesperada á la necesidad. Mr. de Chabrol era un funcionario imparcial, muy apreciado de la capital: Mr. Pasquier, de una antigua raza parlamentaria, era uno de esos hombres, instrumentos útiles en todas las causas, con tal que sirvan para su engrandecimiento y no deshonren su carácter. Uno y otro tenian demasiado presentimiento de la catástrofe del imperio, para dejarse sepultar entre sus ruinas. Por la misma flexibilidad de sus convicciones, tranquilizaban á París. Se sabia muy bien que no se obstinaran en seguir la suerte de una causa que se hundia. Algunos ciudadanos de los mas impacientes por cambiar de amo, les acompañaron al campo de los aliados, para tantear sus disposiciones, y ver si podian husmear el desenlace. Caulaincourt que corria ya hacia muchas noches por salvar los intereses de su amo, llegaba á Bondy en aquel mismo momento para volver á agarrar el último hilo de una negociacion tantas veces desconcertada por la derrota y por la victoria. Aquellos clientes del emperador Alejandro, que iban á abogar causas tan diferentes, aguardaron á que se despertase para saber lo que la suerte iba á pronunciar por su boca.

IX. El emperador Alejandro estaba asombrado y enternecido de su victoria. Dictar leyes á las puertas de París, al pueblo que habia incendiado su capital; tener en su mano la corona ó la abdicacion del conquistador de que habia sido el amigo y casi el adulador, era para estasiar á un alma vulgar: pero Alejandro tenia una alma grande. Como las almas magnánimas, cifraba su gloria, nó en la venganza, sino en la generosidad. Las represalias contra un pueblo ó contra un hombre vencido le parecian lo que son, una perversidad del triunfo. Aunque aquel príncipe participaba de la flexibilidad de la raza griega, y del fanatismo de las razas del Norte, tenia tambien la grandiosidad teatral de las razas heroicas del Oriente. Queria imitar á la antigüedad, nó con destrozos, sino con virtudes. Aspiraba á la civilizacion; respetaba á la humanidad; adoraba profundamente á la Providencia, de la que se creia instrumento para libertar al mundo del despotismo que Napoleon hacia pesar sobre la independencia de los pueblos ya hacia quince años, y sobre las libertades del espíritu humano. Jóven, hermoso, adorado con la vista, aunque llevaba impreso en sus funciones el sello de la melancolía de un recuerdo, imponia con una sencillez majestuosa. Procuraba mas bien agradar á los franceses que vencerlos, y parecia que les pedia le perdonasen sus triunfos. Deseaba que la Francia viese en él, nó un bárbaro, sino un admirador, nó un vencedor, sino un libertador y un amigo. A aquella dulzura de carácter, á aquella gracia que se escusa de su fuerza, el emperador Alejandro reunia una adoracion exaltada á la divina Providencia. Su apasionado y caballeresco corazon se habia impregnado de dulzura y tristeza por algunas mujeres idolatradas. El cansancio de los placeres, estinguiendo en sus sentidos desde muy temprano la voluptuosidad, los habia reemplazado en su alma con un platonismo piadoso, y un amor inagotable á lo infinito. Una mujer todavía hermosa, especie de Sibila cristiana, madama de Krudener, seguia correspondencia con él. Le profetizaba el papel de Constantino de un nuevo cristianismo. En el alma religiosa de Alejandro se hallaban mezclados el fanatismo de la ortodoxia griega, las doctrinas del filósofo católico Maistre, que habia residido mucho tiempo en su corte, las luces de la filosofía racionalista de la Francia, y por último la ilustrada piedad de madama de Krudener. Grande eclecticismo, cuyo culto era vago, pero en el que Dios inflamaba su corazon. Todo papel sublime necesita grande inspiracion. Segun iba engrandeciéndose el suyo, aum ntábase aquella, y sus pensamientos se elevaban á Dios: le daba gracias por haberle concedido el triunfo, y buscaba ardientemente en su alma el santificarle ante el Ser Eterno con beneficios á la humanidad.

X. Tales eran las verdaderas disposiciones del emperador Alejandro en el momento en que se despertaba vencedor de las puertas de París. Admitió á su audiencia á los magistrados, jefes de la guardia nacional y particulares. Parecia que el conquistador era el que suplicaba: «Deploro esta guerra, les dijo; no la hago á los franceses sino al hombre que abusa de su nombre y de su sangre para oprimir á la Europa. El es quien fué á provocarme hasta el centro de mi imperio, á talar mis provincias, sacrificar mis pueblos é incendiar mis ciudades. La justicia de Dios me trae hoy al pié de los muros de donde partió la agresion. No me aprovecharé de este favor que la Providencia ha dispensado á mis armas, mas que para reconciliar á la Francia con las naciones, y devolver la paz al género humano.

El emperador prometió en seguida proteger la capital, y dirigiéndose á los jefes de la guardia nacional, les autorizó para que conservasen su organizacion y sus armas, para que en union de sus tropas velasen por la seguridad pública y doméstica.

Durante esta conversacion, su ministro Mr. de Nesselrode avisaba secretamente á Mr. de Talleyrand, que Alejandro deseaba conferenciar con él, y que cuando entrasen los ejércitos aliados en París, iria á parar á su palacio.

XI. Nada anunciaba en la fisonomía de París la consternacion de una capital que aguarda á su vencedor. Los baluartes, los arrabales y las calles, estaban llenos de una multitud inmensa, cuyos rostros espresaban mas curiosidad que tristeza. Todo es espectáculo para semejante ciudad, hasta su misma humillacion. Sin embargo, forzoso es decirlo, lo que hacia aquella humillacion menos visible, era la opinion del pueblo y de la inmensa mayoría de los ciudadanos. No era la Francia la que les parecia vencida, sino el emperador. Decian con verdad: «No es el enemigo quien triunfa de ella, nosotros somos los que le dejamos caer. Si no hubiese llevado la usurpacion de todos nuestros derechos y la tiranía de todas nuestras libertades hasta ese estremo que hace doblegarse el patriotismo ante la dignidad de hombre, la Francia, levantándose como en 1792, hubiera rechazado hasta sus capitales á esos soberanos profanadores de su suelo. Hemos sido invadidos porque lo permitimos; somos vencidos en el hombre que es nuestro jefe; pero cuando este se halle ya fuera de combate, volveremos á conseguir la victoria, recobrando la libertad, y con ella la voluntad de aprestarnos á la lucha.» Leíase además en todos los semblantes, y se leia en todas las conversaciones, el ardiente deseo de saber cuál sería la suerte que aquel dia tenia reservada á la patria. ¿Volveria á levantarse en la capital aquel poder militar que no habia podido preservarla?... ¿Cuál seria el gobierno que su caida iba á imponer ó á dejar elegir á la Francia? Aquellos pensamientos preocupaban de tal modo los ánimos, que apenas les permitian meditar sobre la inmensidad de semejantes reveses y la ignominia de la ocupacion. Las controversias de los ciudadanos entre sí, sobre las eventualidades del porvenir, y sobre la preferencia de tal ó de cual reinado, daban á París una animacion, un movimiento y un murmullo, que convertian aquel dia de degradacion en uno de fiesta ó en un espectáculo.

Solo el pueblo de los cuarteles populosos y de los arrabales llevaba retratada en su fisonomía la rabia de la patria y la consternacion del ciudadano. Aquellos hombres sencillos, estraños á los debates políticos para la eleccion de los gobiernos, no tienen mas opinion que la patria. Familias de las que salen y en las que vuelven á entrar los soldados, se interesan especialmente en las luchas, en las derrotas ó en las victorias de sus hermanos. Los soldados de Mortier y de Marmont, hambrientos, heridos, y padeciendo estremadamente, habian pasado la noche en los arrabales, y al retirarse por aquellas calles, habian inspirado en ellos una compasion muy viva de sus miserias, un odio fanático al estranjero, y una sorda indignacion contra la capitulacion que entregaba París á merced de los enemigos, y obligaba á las tropas á emprender la retirada. Algunos grupos de aquellos hombres del pueblo á quienes el rey José habia mandado distribuir picas, aunque en corto número, blandian sus armas, protestando contra la cobardía de la ciudad, y lanzaban imprecaciones contra los hermanos de Napoleon y los ministros que habian huido. Pero aquellas imprecaciones espiraban entre el silencio y la resignacion de la multitud. Nadie se armaba para defender á la capital, temiendo que se creyese se armaba en defensa de Napoleon.

XII. A las diez de la mañana, con un sol de primavera, y por entre una multitud tranquila, como si asistiese á una revista de la Europa, comenzaron á desfilar por París los ejércitos coaligados. Aquellas tropas, descansadas de marchas y de combates ya hacia muchos dias, habian

tenido tiempo de quitar de sus ropas y de sus armas las señales de las marchas y de las batallas. Los hombres, los caballos, los cañones, ostentaban gran lujo militar, y mucho oro y acero. Todos los regimientos rusos, prusianos, austriacos y alemanes, parecian que acababan de salir de sus cuarteles para que les pasasen revista sus soberanos. Doscientos cincuenta mil hombres, caballería, artillería é infantería, marchaban en columnas cerradas de treinta hombres de frente, por todas las avenidas del norte y del este de París, y penetraban por sus puertas al sonido de los tambores y músicas militares.

Algunos pelotones de cosacos y de caballería oriental del Cáucaso precedian al ejército como para abrirle paso por las principales avenidas de la capital. Al verlos, el pueblo de los cuarteles de la Bastilla se puso en conmocion, y como en señal de desafío prorumpió en el grito de ¡Viva Bonaparte!... Algunos hombres armados salieron de aquella multitud y se arrojáron sobre un ayudante de campo del emperador Alejandro, que iba á preparar su alojamiento. «¡A nosotros, franceses, gritaban desesperados, el emperador Napoleon llega!... aniquilemos al enemigo!...» El pueblo no hace caso, se interpone la guardia nacional, y levanta á algunos oficiales heridos, protegiendo al destacamento. Bien pronto aparecen en los baluartes las cabezas de las columnas.

Las calles de los paseos de árboles, los balcones y los tejados de las casas eran como otras tantas gradas de un circo, cuyos inmensos y silenciosos espectadores presenciaban el desenlace del drama europeo de diez años. El gran duque Constantino, hermano del emperador Alejandro, marchaba á la cabeza de la caballería rusa, montado en un brioso corcel. Aquel príncipe de rostro tártaro, mirada azorada, la voz bronca y el gesto soldadesco, representaba la guerra bárbara, evocada desde el fondo de los desiertos del Norte para refluir sobre el Mediodía. Pero sometido como un esclavo domado y afecto á su hermano, el gran duque Constantino imponia á sus escuadrones la disciplina y la humanidad de los dias de paz.

XIII. El emperador Alejandro, mientras su hermano conducia lentamente sus treinta mil caballos hácia los Campos Elíseos por los baluartes, habia ido con todos sus generales á reunirse con el rey de Prusia en la barrera de París para hacerle participar del triunfo, como habia participado de la victoria. Los maires de París se presentaron y le recomendaron la capital.

«La suerte de las armas me ha conducido hasta aquí, les contestó Alejandro. Vuestro emperador, que fué mi aliado, me ha engañado dos veces. Estoy muy distante de querer causar á la Francia los males que me ha hecho. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleon es mi único enemigo. Protegeré á París, respetaré sus habitantes y sus monumentos, no haré permanecer en él mas que tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional, que es la flor de vuestros ciudadanos. De vosotros depende únicamente el asegurar vuestra suerte por el porvenir.»

XIV. Alejandro con aquellas palabras indicaba bastante claramente cuál debia ser la única víctima del acontecimiento. Era evidente que Napoleon, su único enemigo, debia ser sacrificado á la paz. Pero el vencedor no lo decia.

Despues de aquellas palabras admirablemente calculadas para esplorar y prevenir la opinion contra el único obstáculo para la reconciliacion del mundo, Alejandro y el rey de Prusia guiaron lentamente sus caballos hácia la puerta de San Martin. Una numerosa y brillante comitiva de soberanos de segundo órden, príncipes y generales, les seguia. Marchaban entre un regimiento de cosacos regulares del Don, cuyo aspecto oriental asombraba la vista, y los regimientos de su guardia. Aquellas tropas, por la hermosura de los caballos, por la talla de los hombres del Norte, por la limpieza, la elegancia y riqueza de los uniformes, de los arneses y de las armas, contrastaban con la caballería flaca y los cuerpos encorvados por las marchas y los uniformes sucios con el polvo y la sangre del puñado de heroicos franceses que París habia visto la víspera por la noche atravesar sus muros. Los tambores, trompetas é instrumentos de las músicas militares llenaban las calles de sonidos belicosos, alegres para ellos, tristes para los franceses. Las calles que conducen desde las barreras al arrabal de San Martin, miradas desde los balcones, parecian un rio de acero.

En el sitio en que el ancho arrabal desemboca en los baluartes por la puerta triunfal de Luis XIV, las columnas, obstruidas por la inmensa multitud de la ciudad de París que habia acudido de todos los cuarteles del mediodía y del oeste, fluctuaron un momento como detenidas por aquel flujo del pueblo. Por último, á duras penas se abrieron paso por la avenida que conduce á los Campos Elíseos. Jamás se habia visto París inundado por semejante océano de sables, bayonetas y cañones que llenaban sus calles y sus plazas. El pueblo, tantas veces engañado por los boletines del emperador, que no le hablaban mas que de las victorias de sus armas y de las derrotas de sus enemigos, veia, en fin, con sus propios ojos la dolorosa verdad: la Francia, desarmada y extenuada; la Europa, armada é inagotable. Aquel espectáculo le desprendia del emperador. Las masas solo juzgan por sus sentidos: la fuerza visible las arrastra hácia el lado de la fortuna. La multitud, en un principio muda y consternada, comenzaba á creer en la caida completa de Napoleon. Desde el convencimiento de la caida hasta la maldicion de su fatal poder, no habia que hacer mas que una señal; y algunos realistas la dieron en efecto.

XV. Cuando los soberanos, el emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzenberg, los generales, los ministros y los embajadores, todos á caballo, llegaron á la parte de los baluartes en donde desembocan los cuarteles mas opulentos de la ciudad, varios grupos prorumpieron en los gritos de *¡Viva el rey!...* Aquel grito, ahogado desde 1791, desconocido para las nuevas generaciones, asombró al principio como un eco de otro siglo. El pueblo apenas comprendia su sentido: por largo tiempo permaneció aislado. Los mismos soberanos, aunque secretamente inclinados á aceptarle, miraron al parecer aquella manifestacion como prematura; evitaron el sonreirse y pusieron un semblante adusto. Hicieron seña con la mano á algunos nobles que le habian proferido para que suspendiesen y reservasen tan peligroso entusiasmo. Pero bien fuese sincera aquella muda recomendacion de prudencia en la actitud de los soberanos, ó ya fuese una provocacion mas delicada y mas hábil para que el pueblo espresase su voluntad, lo cierto es que no fué obedecida. Los grupos, entre los que habia muchos republicanos mezclados con jóvenes partidarios de los Borbones, quisieron arrancar á los soberanos y á su comitiva una señal de consentimiento de aquel grito. En derredor del emperador y del rey de Prusia algunos generales y ministros, menos temerosos de comprometerse que sus soberanos, alentaban visiblemente con sus miradas, su sonrisa y su gesto aquellas aclamaciones que los vengaban del imperio. A medida que el estado mayor de los aliados iba penetrando en los cuarteles de la nobleza, de los banqueros, de las artes, el comercio y el lujo, aquellos gritos iban en aumento. Los grupos que los proferian se engruesaban cada vez mas. Algunos jóvenes y mujeres, agitando pañuelos blancos, los enseñaban á los aliados como una bandera que les recordase una causa hasta entonces enmudecida. Los mas exaltados, olvidando la prudencia personal y la dignidad de un pueblo vencido, se arrojaban al pretal de los caballos de los soberanos, les abrazaban las botas, agarraban las riendas, juntaban las manos, clavaban los ojos en su rostro, y parecian suplicarles pronunciasen una palabra que les librase del yugo del imperio, y que les devolviese los reyes de sus padres. Repartian escarapelas blancas entre la multitud y ponian cintas blancas en las puntas de los bastones. Las señoras, asomadas á los balcones, respondian á aquellas voces y señales con otras exactamente iguales. Aplaudian á los realistas, se inclinaban cuando pasaban los soberanos, ponian colgaduras blancas en las ventanas y balcones, alzaban en sus brazos á los niños y propagaban con sus voces las de *¡Vivan nuestros libertadores!... ¡Abajo el tirano!... ¡Vivan los Borbones!...* Las casas no ofrecian mas que un color y una voz.

XVI. El pueblo de aquellos cuarteles parecia asombrado y como indeciso entre la humillacion de ver su capital en poder de los ejércitos y la novedad del espectáculo. Napoleon era á sus ojos el culpable de aquella invasion que profanaba el recinto de su ciudad. La actitud tranquila y afectuosa de los soberanos, la disciplina de sus tropas, la finura de los generales, la modestia de los vencedores, la maravilla de aquella capital respetada, de los hogares tranquilos, de aquellas demostraciones pacíficas, de aquellos monumentos y almacenes que habian quedado abiertos, sin que mano alguna osase atentar contra las riquezas de que estaban llenos, aquella guardia nacional armada que era el valladar para contener á las hordas del Norte, aquella policía, aquella seguridad, aquellos semblantes apacibles, aquellas señales de regocijo, aquellas banderas de fiesta en una ciudad largo tiempo amenazada, ocupada mas bien que conquistada, hacian pasar al pueblo de la consternacion al reconocimiento y al entusiasmo de su seguridad en aquel desquiciamiento de su imaginacion y de sus sentidos. El menor impulso debia conducirle á los partidos mas inesperados la víspera. Sin saber en realidad lo que significaban aquellas señales, aquellas banderas, aquellos gritos de realismo, se asoció á ellos suave y ciegamente y como por complacer a cierto desconocido, que le presentaban por solucion de aquellas incertidumbres. Sin embargo, aquel movimiento realista, concebido en algunos palacios, intentado por la mañana por algunos jóvenes y viejos de la antigua nobleza, favorecido por algunos literatos y consentido y fomentado por algunos ambiciosos, presurosos á desertar

del imperio y presentar sus servicios á nuevos reinados, no se comunicaba al pueblo sin murmullos ni resistencia. Unos se ruborizaban de manifestar su odio real y profundo contra el imperio, como un homenaje vergonzoso y exigido por sus vencedores. Otros creian que semejantes manifestaciones eran irreflexibles, imprudentes, y que quizá al dia siguiente se convertirian para Paris en listas de proscripcion. La mayor parte ignoraban por qué se entusiasmaban los realistas de aquel modo. Niños en tiempo de la república, jóvenes en el del consulado, y hombres en el del imperio, no conocian mas historia de su pais que la revolucion, las conquistas y los reveses del emperador. Los amigos de la familia ausente de los Borbones solo con mucho trabajo y como por sorpresa de la opinion consiguieron ofrecer á los ojos del emperador de Rusia una apariencia de voto nacional en favor de la restauracion. Solo una cosa era sincera y profunda en el pueblo reflexivo: el cansancio del imperio y el odio á la tiranía.

XVII. El desfilo de los ejércitos duró una parte del dia. El emperador de Rusia y el rey de Prusia, constantemente cercados y asediados por un puñado de realistas, pasaron por fin de la reserva y de la indecision á manifestaciones mas claras. Habian tenido algunas conversaciones, aunque cortas, con los hombres mas próximos á ellos. Parecia que se hallaban penetrados de la opinion que los rodeaba. Aquella opinion y aquellos recuerdos estaban representados por individuos que llevaban los mejores nombres de la monarquía ó que gozaban de la mayor reputacion en las letras: los Montmorency, los Levis, los Hautefort, los Choiseul, los Kergolay, Chateaubriand, Fitz-James, Adhemar, Noailles, Boisgelin, Talleyrand de Perigord, Juigne y Virien. Aquellos hombres suplian al número por la energía y la audacia del fanatismo por su causa. Su adhesion á los soberanos de la antigua raza de los Borbones era un culto mas bien que una simple preferencia. Querian reconquistar menos su poder que su historia con los reyes de su pasado. Por la mañana, antes que la presencia de las tropas estranjeras les asegurase el patronato de los coaligados, habian arriesgado temerariamente su vida agrupándose á pié ó á caballo en la plaza de la Concordia y enarbolando solos una enseña que el pueblo podia tomar por un signo de traicion y castigar con la muerte. Pero llevados de la impaciencia y sabiendo que en las revoluciones es necesaria una abnegacion que no vuelva la vista atrás, habian jugado la vida por su recuerdo. Muertos por el pueblo ó por Napoleon, si sucumbian no tenian mas salvacion que en la complicidad del emperador Alejandro. Era necesario arrancarsela, é iban á conseguirlo.

LIBRO V.

Napoleon en la aldea de la Cour-de-France, cerca de Paris, el dia 30 por la noche.—Encuentro de las tropas francesas en retirada, del general Belliart y del emperador.—El emperador sobre la capitulacion de Paris.—Indignacion de Napoleon.—Envia á Caulaincourt á Paris.—Infructuosa tentativa de Caulaincourt para entrar en Paris.—Su regreso al lado del emperador.—Le envia por segunda vez á avistarse con los aliados.—Napoleon se dirige á Fontainebleau.—Encuentro del duque Constantino y de Caulaincourt en las barreras.—Hace entrar á Caulaincourt en Paris.—Le recibe Alejandro.—Entrevista de Alejandro y de Caulaincourt.

I. La noche que precedió á la entrada triunfal de los soberanos estranjeros en Paris ¿qué hizo Napoleon?

Ya hemos visto, que despues de mandar la reunion de los restos de su ejército á marchas forzadas el 2 de abril al pié de los muros de Paris, salió de Troyes el 30 de marzo al rayar el alba, y que acompañado únicamente de Berthier, su mayor general, y de Caulaincourt, su negociador íntimo, se habia precipitado con toda la velocidad de sus caballos hácia Paris. Incierto de los reveses ó de los triunfos de Marmont y de Mortier, temblaba por el corazon de su imperio, por su esposa, su hijo, sus hermanos, su trono y su gloria. Esperaba que su presencia y su nombre valdrian tanto como un ejército para Paris. No pedia al tiempo mas que dos dias, y un plazo al destino. Si el tiempo y el destino se lo hubiesen concedido, sesenta mil hombres concentrados al pié de las murallas, una artillería inmensa, fáciles refuerzos, y un impulso popular comunicado por sus soldados, uno ó dos encuentros brillantes de sus armas con Schwartzenberg ó Blucher, y las negociaciones vueltas á entablar por Caulaincourt sobre la base de las de Chatillon, podian dejarle todavía, nó la grandeza, pero sí el trono. Ya no disputaba acerca de la necesidad de la paz: apresurábase á asirla despues de haberla despreciado tantas veces. Pero la paz, el imperio, el trono y la gloria, iban á escapársele á un mismo tiempo. Corria para saber cuanto antes la sentencia del destino que tantas veces habia dictado, y que entonces se convertia contra él.

II. En dos horas, el carruaje que la casualidad le habia proporcionado cerca de Montereau le condujo al galope por los caminos rurales de aquellas llanuras, por entre las aldeas de Esoune y de Villejuif, hasta las puertas de Paris. Se apartó de Fontainebleau temiendo encontrar ocupada la ciudad por los destacamentos de las tropas de Schwartzenberg. En los caminos desiertos por donde su guia le conducia, nadie pudo decirle una palabra precursora de lo que iba á saber acerca de la suerte de Paris y de sus ejércitos. La noche era muy oscura, el frio glacial, y el emperador caminaba silencioso entre sus dos últimos compañeros de fortuna. Aquel carruaje contenia al dueño del mundo que corria delante de su destino.

Detúvose en la aldea de la Cour-de-France, situada sobre la última cresta que domina el curso y el valle del Sena por un lado, y por otro el curso y el valle del Esoune. Pero la oscuridad no dejaba percibir á derecha é izquierda de aquellos dos grandes horizontes, mas que el lejano resplandor de las hogueras del vivac, que se estendian en línea por los collados de Villeneuve, Saint-Georges y de Charenton, y se prolongaban hasta las orillas del Sena, sin que el emperador pudiese saber si aquellos fuegos eran los de Mortier y Marmont, ó los del campamento enemigo.

III. Se arrojó del carruaje, y corrió á la casa de postas para informarse de lo que tanto deseaba y temia saber. Antes de encontrar á quien preguntar, vió á larga distancia algunos soldados desbandados que por la ancha calzada de la aldea se dirigian hácia Fontainebleau. Se asombra y se irrita: «Cómo, esclama, no se dirigen esos soldados hácia Paris?...» El general Belliard, uno de los tenientes mas adictos al emperador, al oir sus espresiones salió y le dió la infausta noticia de aquella marcha retrógrada. Paris ha capitulado, los enemigos entran en él mañana, dos horas despues de salir el sol, y esas tropas son los restos de Marmont y de Mortier, que se replegan sobre Fontainebleau, para reunirse con el emperador y el ejército de Troyes.

Un largo silencio fué la única respuesta de Napoleon, semejante al que sucede al ruido de un hundimiento. Allí se abisma su única esperanza. Varias veces se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor frio que la inundaba, y luego, como un hombre que reune todas sus fuerzas para igualarlas con la inmensidad de su infortunio, compuso su semblante, aseguró su voz, dominó su carácter, y aparentando contra los hombres una cólera, que solo debia dirigir contra los acontecimientos, prorumpió en vituperios é imprecaciones contra sus tenientes, contra sus ministros y contra su hermano, cuya impericia y falta de carácter habia dejado que se le anticipasen los enemigos. Paseábase apresuradamente por la espaciosa y desigual plaza que da frente á la posada, seguido de Caulaincourt, Berthier y Belliard. Se detuvo un momento, avanzó, y luego pareció titubear y retrocedió. En su marcha, unas veces rápida y otras lenta, se descubria la indecision, los arrebatos, los cambios y todos los confusos movimientos de su pensamiento. Sus tenientes se miraban y no se atrevian á mezclar sus advertencias en el consejo que celebraba consigo mismo. Despues volvió á preguntar:

«¿En dónde está mi esposa? ¿En dónde mi hijo?.. En dónde el ejército?... ¿Qué se ha hecho la guardia nacional de Paris?... ¿Y la batalla que debia sostenerse mientras hubiese un solo hombre al pié de las murallas de Paris?... ¿Y los mariscales Mortier y Marmont en dónde se hallan?...» Le contestaban y no escuchaba las respuestas. La noche es mia, esclamaba, el enemigo no entra hasta por la mañana. ¡Mi carruaje!... ¡mi carruaje! .. ¡marchemos al instante!... ¡Anticipémonos á Blucher y Schwartzenberg!... ¡Que me siga Belliard con la caballería!.. Peleemos hasta en las calles y las plazas de Paris. Mi presencia, mi nombre, la intrepidez de mis tropas y la necesidad de seguirme ó de morir despertarán de su letargo á Paris. El ejército que me sigue llegará en medio de la lucha, y atacará á los estranjeros por la espalda, mientras nosotros lo hacemos de frente. Vamos, quizá me aguarda una

fortuna en mi último revés.» Y con la voz y sus ademanes daba prisa para que enganchasen los caballos que habia pedido.

Berthier, Belliard y Caulaincourt, consternados de la estension de un desastre que no le habian revelado mas que á medias, se estremecian con la idea de una lucha de esterminio en el recinto de una capital. Aquella era la guerra antigua con sus incendios, sus matanzas y sus pueblos y ciudades borradas de la superficie de la tierra: viéronse, pues, obligados á recordarle, que el derecho de gentes y la humanidad se oponian á un designio tan estremado y funesto. Le confesaron que el ejército de Paris y los generales estaban ya ligados por un convenio que los obligaba á replegarse hácia Fontainebleau. «¡Que insensatos son, contestó Napoleon hablando consigo mismo, Jose y mis ministros!... ¿Que?... con una artilleria formidable en sus parques, no han podido colocar mas que una bateria de seis piezas en Montmartre, con escasas municiones?.... Allí debia haber doscientas piezas, ¿qué han hecho?.... Hombres sin corazon y sin cabeza, que todo lo dejan perder en donde yo no estoy.»

IV. Volvió á pedir con mas premura un carruaje y caballos para correr en ausilio de la capital. «Quiero entrar en ella á toda costa, decia, y no salir sino muerto ó vencedor.»

Pero mientras se entregaba á aquel acceso de cólera, de impaciencia y de heroismo á presencia de aquellos tres compañeros de fortuna inmóviles delante de el, iban llegando sucesivamente por el camino de Paris, generales, coroneles, soldados de la guardia de caballería, en grupos y en retirada; se detenian al oir su nombre, echaban pié á tierra y se agrupaban tristemente en derredor de su emperador. Los fue interrogando uno á uno, y por ellos supo alternativamente los pormenores de la jornada, la retirada de sus cuerpos, la pérdida de sus regimientos y la separacion de sus fuerzas. Los cadáveres de cuatro mil hombres yacian esparcidos en las afueras de Paris

Al escuchar aquellas relaciones que se confirmaban y agravaban unas con otras, Napoleon renunció por fin á volver á Paris con los restos de su ejército. Pensó en negociar todavía por un resto de imperio, antes que el enemigo ocupase su propio palacio; se acordó de que fué amigo de Alejandro, y de que era yerno del emperador Francisco. Creyó que sus títulos y la sombra de su nombre contendrian á tiempo la última profanacion de su corona. Llamó aparte á Caulaincourt, le mandó hiciese ensillar un caballo, y que antes de romper el alba estuviese en el cuartel general de los aliados. «Corred á rienda suelta, dijo á su negociador confidencial, corred: estoy entregado y vendido.... Ved si tengo todavía tiempo para intervenir en el tratado que se firme ya quizá sin mi y contra mi. ¡Os doy plenos poderes!... No perdais un minuto.... Aquí os aguardo. Volved al instante á anunciarme mi suerte.» Partió Caulaincourt y atravesó á galope la corta distancia que le separaba de Villejuif. Napoleon mandó á Belliard que hiciese vivaquear las tropas al otro lado del rio de Enossne, segun fuesen llegando. En seguida entró en la posada acompañado de Belliard y de Berthier.

V. Caulaincourt, en cuanto llegó á los puestos avanzados del enemigo, se dió á conocer y pidió en vano paso en nombre de la mision que llevaba del emperador. Vióse, pues, obligado á desistir de su empeño, y dos horas despues de su partida regresó al lado de su amo para anunciarle la inutilidad de sus tentativas. Pero nada hace desistir á Napoleon, que quiere intervenga su nombre en el tratado, ya como emperador ó como general. Un tratado en que fuesen omitidos su nombre y sus intereses, seria un destronamiento pronunciado. No dejó á Caulaincourt mas tiempo que el necesario para que tomase otro caballo, y le volvió á enviar para que tentase otro camino. «¡Miserables!... esclamaba mientras Caulaincourt se enjugaba el sudor de la frente: ¡cobardes!... No les pedia mas que se sostuviesen veinte y cuatro horas... ¡Y Marmont que habia jurado dejarse hacer pedazos al pie de las murallas de Paris!... Y mi hermano José, dando á mis tropas el ejemplo de la retirada.... Y sin embargo sabian que pasado mañana, el 2 de abril, llegaria á las puertas con sesenta mil hombres.... ¿Y mi valiente guardia?... ¿y mis colegios militares?... ¿y los entusiastas voluntarios de la guardia nacional que me habian jurado defender á mi esposa y á mi hijo?... ¡Han capitulado!... ¡Han hecho traicion á su hermano, á su pais y su soberano!... ¡Han deshonrado á la Francia en Europa!... ¡Han permitido á columnas enemigas seguidas por mi, entrar sin combate en una ciudad de un millon de almas!...

Luego, dirigiéndose á Caulaincourt. «¡Apresuraos, marchad, marchad!... Forzad la puerta del emperador Alejandro. Firmaré cuanto estipuleis con ellos. ¡En vos cifro mi esperanza!... Esta noche decide la suerte del imperio y la mia.

Despues de estas palabras entrecortadas, el emperador alargó la mano a Caulaincourt, que la estrechó entre las suyas y la llevó á sus labios. Avanzaba la noche, y Caulaincourt volvió á galopar entre las tinieblas dirigiendose por otro camino hácia Paris, cuyos fuegos veia al frente.

VI. Renunciando Napoleon por el pronto á toda tentativa armada contra Paris, montó á caballo, y volvió á tomar lentamente y en silencio el camino de Fontainebleau, palacio de su felicidad, de sus cacerias y de sus fiestas. Un grupo de oficiales generales le seguia abismado en las mismas reflexiones. El emperador llegó al rayar el alba á aquella desierta mansion de Francisco I. Como si quisiera ya amoldarse á las proporciones de su nuevo destino que iba estrechándose, y abdicar sus pompas ante su imperio, prohibió que se le abriesen las grandes habitaciones. Se alojó mas como particular que como soberano, en un entresuelo del ángulo del palacio. Los balcones daban al jardin, sombreado por aquel lado por un bosque de abetos. Una escalera con algunos escalones bajaba desde la habitacion á un parterre reservado, separado por una cerca del jardin real. Aquel parterre, cuyos arbustos apenas comenzaban á echar botones al aproximarse el mes de abril, se asemejaba mucho á los cementerios de la Córcega y de Toscana, cercados de paredes y con algunos cipreses. Aquella conformidad del sitio y de la suerte habia sin duda impulsado instintivamente á Napoleon a refugiar su destino en aquel ángulo del palacio.

Segun iban llegando las tropas de Paris por diferentes caminos y las de Troyes por Fossard, se acantonaban en la ciudad y aldeas inmediatas. Pero sigamos á Caulaincourt.

VII. Nada esperaba obedeciendo por segunda vez la órden de su amo, que la desgracia le hacia mas imperativa. A cada momento era detenido é interrogado por oficiales, soldados y amigos de Napoleon, fugitivos de Paris, que le preguntaban en dónde estaba el emperador. «Nos hemos batido por el hasta esta noche, gritaban las tropas, que se presente. Si vive, que nos digan lo que quiere, todavía estamos dispuestos á batirnos. ¡Que nos vuelva á llevar á Paris! El enemigo no entrará sino pisando el cadáver del último soldado frances!... Si ha muerto, que nos lo digan tambien, y que nos conduzcan al frente del enemigo: nosotros le vengaremos.»

Tales eran las disposiciones de las tropas, tan diferentes de las del pueblo: con los rostros tostados, los labios crispados, los ojos ensangrentados, los brazos con cabestrillos, y los zapatos destrozados por las marchas, aquellos soldados, sentados en la orilla de los fosos, ó arrastrándose por el lodo de los caminos daban por su aspecto un carácter de desesperacion y de desolacion á su adhesion por su emperador. Cuando Caulaincourt les decia que Napoleon vivia y los aguardaba en Fontainebleau, le contestaban con voz casi apagada: ¡Viva el emperador!... y volvian á emprender con mas celeridad el camino para reunirse á el.

Mientras las últimas filas de su ejercito protestaban con sus últimos acentos contra la ingratitud, los jefes civiles y militares con quienes habia compartido los despojos del mundo, se ponian de acuerdo con los vencedores, y daban su trono por rescate de sus títulos y de sus tesoros.

VIII. Los rusos estaban acampados en los caminos que desembocan en las barreras de Melun, Orleans y Chartres. Un cordon de tropas de todas las naciones rodeaba á Paris. Al amanecer, Caulaincourt se encontró en medio de aquellas tropas, prontas á apoderarse de su presa. De todos los vivaques salia un murmullo de alegría y de orgullo Los instrumentos militares y la voz de los oficiales llamaban á los soldados á la entrada triunfal en aquella capital, que el sol iba á iluminar. Aquel júbilo cubria de luto los ojos y el corazon de aquel negociador errante de Napoleon. Rechazado segunda vez por todos los puestos, se refugió durante todo el dia á una de aquellas quintas aisladas, que se elevan en medio de las espaciosas llanuras que rodean á Paris. No salió de allí hasta la caida de la tarde, en que el silencio de los tambores y trompetas le hizo comprender que los ejércitos estranjeros habian entrado ya en la ciudad. Pensaba que ocupado Paris, cesarian las prohibiciones que le habian detenido, que se le abririan las puertas y podria penetrar hasta el emperador Alejandro. Rechazado otra vez, se desalentaba é iba á emprender el camino de Fontainebleau. Una casualidad le hizo encontrar el carruaje del gran duque Constantino, hermano del emperador de Rusia que iba á atravesar las barreras. Aquel príncipe conoció á Caulaincourt que habia sido mucho tiempo embajador de Napoleon en Rusia, y le trató como á un amigo desgraciado. Le confesó que los criados de Mr. de Talleyrand, en cuya casa estaba hospedado Alejandro, habian tomado las precauciones mas serias é inflexibles, para cerrar el acceso del gabinete de los soberanos á cualquiera emisario de Napoleon. Pero vencido por las súplicas y el sentimiento de Caulaincourt, Constantino se atrevió á violar la consigna de aquella política. Le hizo subir en su carruaje, le puso con sus propias manos un ropon ruso con pic-

jes, y disfrazado de aquel modo le condujo hasta los Campos Eliseos, inmediatos al palacio de Mr. de Talleyrand. Allí le dejó solo en su carruaje custodiado por cosacos, y desde el fondo de aquel desconocido birlocho el embajador de Napoleon asistió durante una parte de la noche a la tumultuosa concurrencia de diplomáticos, generales y hombres políticos, que la hora decisiva y consejo aun no resuelto del emperador de Rusia y del rey de Prusia conducian á la puerta del palacio en donde la suerte iba á pronunciar su fallo. El gran duque Constantino, detenido por su hermano, no volvió á presentarse en la portezuela del carruaje, hasta concluirse la noche: habia por fin obtenido de Alejandro el permiso de introducir al último representante de Napoleon. Caulaincourt bajó, y con aquel disfraz, y la proteccion del gran duque, atravesó los salones llenos de enemigos de su amo: pasó sin que le conociesen y fué recibido por Alejandro.

IX. El emperador estuvo familiar, magnánimo y compasivo. Animó a Caulaincourt para que cobrase confianza, por la misma que le manifestaba. Se acordó de sus antiguas simpatias por Napoleon, y manifestó deseos de tratarle con la consideracion que los héroes se merecen despues del triunfo. No se esplicó acerca de la suerte que le reservaban, pero confesó á Caulaincourt, que su reinado y el de su hijo, inspirado por las tradiciones de su gloria y de sus conquistas, habian sido declarados incompatibles con la paz y el órden de la Europa. «¡Con que está jurada su perdida! .. dijo el embajador.—¿Y quién tiene la culpa?.. dijo Alejandro enternecido, pero inflexible, ¿quién tiene la culpa? ¡He hecho cuanto ha estado á mi alcance para evitar este estremo, para abrirle los ojos sobre el crímen y el riesgo de invadir mi imperio, un imperio cuyo soberano se honraba con el título de su amigo!.. En la candidez de mi edad, sí, habia creido mas en la amistad que en la política. Me engañó cruelmente. No importa, si su destino no dependiese mas que de esta mano, firmaria todavía la paz, poniendo por condiciones el dejar el imperio á mi enemigo. No abriga resentimiento este corazon que en otro tiempo estaba lleno de entusiasmo por él. Pero la paz del mundo exige el restablecimiento de la casa de Borbon en el trono de Francia. Estos príncipes cuentan con un partido numeroso en el consejo de los soberanos. Con esa familia, la Europa ya no tiene que temer la guerra. Talleyrand nos responde de los votos del senado, del pueblo y de los jefes del ejército. Todo nos indica el cansancio de gloria y de sacrificios, que vuestra nacion ha hecho por ese hombre, que ha abusado del entusiasmo que la inspiraba.»

X. Caulaincourt trató de convencer al emperador de Rusia, de que el supuesto deseo del pueblo de entronizar á la familia ya olvidada de sus reyes, no era mas que un artificio convenido entre algunos diplomáticos y cortesanos de lo pasado, para aparentar una opinion falsa; que los Borbones en veinte y cinco años habian retrocedido un siglo; que su largo destierro era un abismo entre ellos y la nueva Francia; que su regreso, avivando en el corazon de la antigua nobleza y del clero esperanzas estraordinarias, pero sin fuerzas, seria un motivo para nuevas luchas entre los principios populares y los monárquicos, luchas en que la monarquía, seguramente vencida, volveria á comprometer todos los tronos.

Alejandro convino en aquel peligro, pero se desentendió de aquellas objeciones, repitiendo á Caulaincourt, que los aliados ni impondrian, ni aun indicarian á los Borbones á la Francia: que se limitarian á declarar la incompatibilidad de la Europa con la dinastía conquistadora de Napoleon: que por lo demás estaban resueltos á dejar que la nacion escogiese la forma de gobierno que mas la agradase. Añadió que los grandes cuerpos constituidos por el mismo Napoleon manifestaban ya en voz alta su adhesion á la antigua casa real, basada sobre instituciones liberales y constitucionales. Por último, el emperador, cediendo como por un resto de complacencia á las reiteradas instancias de Caulaincourt, concluyó quejándose de su impotencia y de su aislamiento en el consejo de los soberanos, y prometió al embajador que al dia siguiente abogaria por la regencia de María Luisa.

Avanzaba la noche y ya iba á amanecer: el emperador, como si quisiese sancionar las esperanzas que daba á Caulaincourt con una familiaridad mas tierna, le hizo acostarse en un divan en la misma alcoba en que él dormia. Todavía no habia adoptado un partido decisivo. Cuando jóven habia sido entusiasta de Napoleon: se envanecia de haberse medido con el para con la historia: desde su infancia, formada por maestros revolucionarios, afectaba la popularidad de un príncipe muy avanzado á su siglo: ridiculizaba las cosas antiguas y los restos de la corte y de la emigracion. No era muy afecto á los príncipes de la casa de Borbon. Aquellos príncipes no habian manifestado en San Petersburgo mas que las esterioridades de la caballería de su raza, en la época en que Catalina II esperaba de ellos las temeridades del heroismo, y en que les prestaba sus subsidios y su apoyo. Además Alejandro temia en ellos á la Inglaterra, de quien eran clientes ya hacia muchos años.

Caulaincourt, encerrado todo el dia siguiente en la habitacion del duque Constantino, esperó entre el temor y la esperanza el resultado de los últimos consejos, que se multiplicaban entre los soberanos, los generales estranjeros, los partidarios de la casa de Borbon, los miembros influyentes del senado y los mariscales del emperador. Aquel dia debia fijarse la suerte de la Europa, variar el cetro de manos, abolirse el gobierno militar, y hacer surgir una dominacion, cuya gloria misma no podia alijerar el peso. Concluia el reinado de las espadas, é iba á comenzar el de las ideas.

LIBRO VI.

Alejandro en casa de Mr. de Talleyrand.—Mr. de Talleyrand.—Conferencia nocturna de los aliados.—Deliberacion.—Alejandro.—El duque de Alberg.—Pozzo di Borgo.—Mr. de Talleyrand.—Declaracion de los soberanos.—Diputacion realista á Alejandro.—Respuesta de Mr. de Nesselrode.—Propaganda realista.—La prensa.—Folleto de Mr. de Chateaubriand, Bonaparte y los Borbones.*—Estado de los ánimos.—Convocatoria del senado.—Sesion del 1.° de abril.—Formacion del gobierno provisional.—Mr. de Talleyrand.—El duque de Amberg.—Mr. de Jaucourt.—El general Beurnonville.—El abate de Montesquiou.—El consejo municipal.—Manifiesto de Mr. Bellart.*

I. El emperador Alejandro, despues de su entrada triunfal en París, fué á echar pié á tierra en casa de Mr. de Talleyrand. La situacion de aquel palacio á la entrada de los Campos Eliseos y del jardin de las Tullerías, sus espaciosas y magníficas habitaciones, sirvieron de pretesto á los ministros y ayudantes de campo del emperador, para elegir aquel alojamiento. Pero las relaciones secretas de Mr. de Talleyrand con los diplomáticos estranjeros del gabinete de Alejandro, sus inteligencias con los príncipes de la casa de Borbon por medio de Mr. de Vitrolles, negociador voluntario, intrépido y activo entre la opinion realista y los desafectos imperiales, el odio que Mr. de Talleyrand dejaba traslucir contra el emperador despues de su desgracia, su influencia en el senado, su crédito con los antiguos revolucionarios, sus relaciones de familia y de amistad con las mayores aristocracias de Francia, y en fin su reputacion casi profética de adivinacion de los acontecimientos, que habia llegado hasta tal punto, que cuando se veia que Mr. de Talleyrand se inclinaba hácia un partido, se creia ver que hácia él se inclinaba la fortuna, eran los verdaderos motivos que habian conducido á Alejandro á casa de aquel ministro de estado. Hasta el favor del jóven soberano que habia llegado á ser huésped del antiguo diplomático, era muy á propósito para aumentar la importancia que la opinion pública atribuia ya á Mr. de Talleyrand. El partido realista que sabia de antemano que de aquellas conferencias saldria la restauracion, habia tenido la habilidad de colocarlas en el hogar y bajo de los auspicios del hombre de estado, cuya voluntad queria captarse y consolidar su crédito.

II. Ya hacia largo tiempo que Mr. de Talleyrand inspiraba serias sospechas á Napoleon. Muchas veces habia pensado mandarle prender, para prevenir intrigas y defecciones, de que sus primeros reveses debian ser la señal; pero no se atrevió. Temerario y pronto en obrar contra los facciosos vulgares, hasta cruel y sin justicia ni compasion para con el duque de Enghien, el supremo pontífice y los príncipes de la casa de España, Napoleon en aquellos últimos tiempos, se habia vuelto débil y falto de resolucion para con ciertos hombres de prestigio que tenia en su corte, á los cuales aborrecia, pero toleraba. Se arrebataba, murmuraba y amenazaba: hacia de intento que resonasen muy alto los impulsos de su cólera, pero en el momento de herir le faltaba valor. Acariciaba, enriquecia, y se esforzaba en retener ó atraerse con dones escesivos ó una aparente confianza á aquellos á quienes temia mas como enemigos secretos. Hubiérase dicho, que implacable con los que tenian un poder material, era prudente con las fuerzas de la inteligencia y de la opinion, como si presintiese que su ruina vendria de la rebelion de la inteligencia contra la fuerza. Fouché y Talleyrand eran dos ejem-

plos de aquella debilidad. Temiendo en Fouché á un conspirador revolucionario, que podria en un dia dado volver á encender la chispa republicana en el senado y en el pueblo, se contentó con alejarle honoríficamente de París, y detenerle en Italia, bajo pretesto de vigilar á las cortes de Roma y de Nápoles. Temiendo en Talleyrand á un conspirador realista, que en caso de un reves podria entregarle á el y su dinastía como en rescate á la vieja Europa, no se atrevió ni aun á alejarle de París durante su campaña. Hacia que le vigilara Savary, su ministro de la policía, pero le dejaba sus dignidades, su confianza oficial, y hasta su plaza en el consejo de gobierno, entre su hermano José y la emperatriz. El voto de Mr. de Talleyrand era tan decisivo en la opinion, que al emperador le parecia menos arriesgado sufrirle como amigo dudoso, que ofenderle como enemigo declarado. Aquella timidez é indecision aceleraron su ruina política en lo interior, como habian preparado su decadencia militar en sus últimas campañas. Al envejecer, se habia vuelto el hombre de los paliativos. Era una inconsecuencia en sus principios: la tiranía que delibera y que transige, no es mas que la vacilacion de la violencia. Mr. de Talleyrand conocia el odio que le profesaba el emperador, y el secreto terror que inspiraba á su amo. Estaba, pues, decidido á anticipárselo, y espiaba la hora en que pudiese declararse sin cometer una imprudencia.

III. Creyó que ya habia sonado, y la aprovechó el dia en que José y la emperatriz salieron de París con el gobierno. Su puesto estaba en aquella corte fugitiva, y recibió la órden de seguirla á Blois. Aparentó que queria obedecer é hizo preparar con ostentacion su equipaje. Envió algunos confidentes á la barrera por donde debia salir, subió en su coche, emprendió la marcha, y fué detenido en la puerta por los cómplices que tenia allí apostados. Aquella violencia convenida, hecha á su voluntad de seguir al gobierno imperial, le pareció un pretesto suficiente para volverse á su palacio y quedarse en París. Pensaba que de aquel modo quedaba bien con Napoleon si la victoria le conducia de nuevo á su capital, y lo mismo con sus enemigos si lograban entrar primero en París. Sus relaciones con los príncipes y los soberanos, las medias palabras que habia proferido en San Petersburgo, Viena y Londres, su resistencia problemática al asesinato del duque de Enghien, á su usurpacion del trono de España, á la ambicion de territorio de Napoleon, su influencia en el senado en donde era simultáneamente el representante de la voluntad del emperador y la brújula de la oposicion, y por último, su prodigiosa reputacion de habilidad y de presciencia, debian señalarle un gran papel en la jornada que iba á decidir la suerte del mundo. Ya hemos visto que sus presentimientos no le engañaron, y que su casa habia llegado á ser el consejo de la Europa.

IV. El emperador Alejandro, el rey de Prusia, el príncipe de Schwartzenberg, representante del emperador de Austria, el príncipe de Lichtenstein, el conde de Nesselrode, ministro y confidente de Alejandro, celebraron una conferencia la noche que siguió á su entrada en París. Todavía estaban regocijados con su triunfo, y asombrados con el aspecto solemne y risueño de aquella capital, que desde la puerta de San Martin hasta las Tullerías parecia haberlos recibido mas bien como huéspedes que como conquistadores. Las aclamaciones de los realistas que les pedian un monarca de sus antiguas razas, resonaban todavía en sus oidos. Sin duda tambien sus largos resentimientos y el recuerdo de las humillaciones que les hiciera sufrir la espada de Napoleon, clamaban venganza en el fondo de sus corazones. Por otra parte, la sublevacion de la capital del imperio contra un enemigo que aun no habia rendido las armas, debia parecerles una circunstancia decisiva. De este modo, el orgullo del soberano, el culto de las viejas dinastías, la espiacion de los triunfos contra sus pueblos y la táctica mas propia para desarmar al enemigo comun, se reunian para aconsejarles secretamente la eleccion de otro gobierno para la Francia. Pero no se atrevian á hacer por sí mismos lo que deseaban. Querian dar una apariencia de libertad al voto nacional, y no aparecer sino como los testigos armados de la caida de Napoleon y de la proclamacion de otra monarquía. Pero solo la presencia de los soberanos seguidos de un millon de hombres en aquella deliberacion ofendia la independencia y la dignidad. No se delibera subyugados por la espada. Aquella actitud de la patria en el momento en que volvia á llamar á los Borbones, bastaba para manchar á la restauracion con la nota de esclavitud: mas tarde debia servir de pretesto á sus enemigos. Aquel pretesto, verdadero en la forma, era no obstante falso en la realidad, al menos en aquel momento. A escepcion del ejército y de la corte servil y militar del emperador, la Francia casi entera aspiraba á sacudir el yugo de un dueño que la oprimia ilustrándola. Si la Francia hubiese votado con completa libertad de opinion, sin hallarse rodeada del ejército de Napoleon ni de los de las potencias estranjeras, es indudable para los que se acuerdan de aquella época, que habria votado casi unánimemente la caida de Bonaparte y de su dinastía. ¿Hubiera votado la restauracion de los desterrados príncipes de la casa de Borbon, ó habria votado una república constitucional, guardadora de los principios de su revolucion de 1789? En esto es en lo que puede ocurrir alguna duda. El renaciente liberalismo era muy ardiente en un corto número de almas; pero el deseo de la paz con la Europa era mucho mas imperioso en las masas, fuera cual fuese la opinion á que pertenecian. Un gobierno que enlazaba las tradiciones con las esperanzas, que reconciliaba los tronos, y que prometia una era pacífica á las naciones, semejante gobierno, acreditado con garantías de libertad, de constitucion, de completa amnistía y de progreso para el porvenir, tenia mas probabilidades de ser votado libremente, que el imperio despopularizado por sus derrotas, y que la república amenazadora por su memoria. Es cierto, y debemos confesarlo, que la restauracion fué adoptada, hallándose el pais dominado por el estranjero, y que en la apariencia fué un gobierno impuesto por la fuerza, pero no lo es tampoco menos que en aquellas circunstancias, si la Francia hubiese estado enteramente libre, el resultado habria sido el mismo. Se la presentó como una transaccion imprescindible con la Europa, y como una transaccion de preferencia consigo misma. Fué una necesidad en un recuerdo: hé aquí la verdad. Bastaba en aquella crisis que se la pronunciase un hombre para que se precipitase por sí misma. Las intrigas realistas contribuyeron bien poco á su triunfo: lo fué de circunstancias mas bien que el de un partido.

V. En aquella conferencia, Alejandro concedió una libertad estremada á la discusion. Habló solo y con la elocuencia de una alma grande en un papel sublime. El espíritu del siglo habia penetrado en el suyo. Parecia que le difundia desde lo alto del trono, como si fuese á un tiempo mismo el genio de las monarquías y el de los pueblos. Desarrollóso ante su vista el porvenir contitucional y liberal de la Europa. Reconocíase en él al discípulo de Catalina II, Semíramis del Norte, tomando prestados sus vaticinios de la filosofía de Montesquieu y de Voltaire. Se descubria tambien en el al discípulo y amigo del republicano La Harpe, al corresponsal de los filósofos alemanes y de la escuela de madama de Stael. Repudió la conquista en nombre de la humanidad, el despotismo en nombre de la dignidad de los pueblos, y la division de la Francia en nombre de la independencia de las razas y del equilibrio europeo. «Aquí no tenemos, esclamó al tiempo de concluir, mas que dos enemigos que combatir: Napoleon, opresor del mundo, y los enemigos de la independencia de los franceses, sean los que fueren.» Dirigiéndose luego al rey de Prusia, modesto, triste y silencioso desde la muerte de su esposa la reina Luisa, la beldad de la Alemania, que sucumbió por las victorias y por los insultos de Napoleon: «Hermano, le dijo, y vos príncipe de Schwartzenberg que representais aquí al emperador de Austria, manifestad si mis palabras no son la espresion de nuestros sentimientos comunes para la Francia.

El rey de Prusia y el generalísimo contestaron con solo una inclinacion de cabeza: en seguida, y ante todas las cosas, se adoptó la resolucion de destronar al perturbador de la Europa.

VI. El duque de Alberg, confidente de Mr. de Talleyrand, pero confidente aventurado por él, para sondear el terreno, y para caer en los lazos en caso de necesidad, defendió entonces la regencia de María Luisa. Ponderó los riesgos de una nueva lucha entre la revolucion consumada, y la contrarevolucion inminente en manos de una familia por largo tiempo desterrada: la necesidad de respetar en la emperatriz á la hija de uno de los soberanos coaligados para libertar á la Europa, pero nó para hundirse en la humillacion de su propia sangre: y por último, la pasion del ejército al nombre de Napoleon, que le unia á la causa de su esposa y de su hijo. El rey de Prusia, en su inmóvil fisonomía, no daba muestra alguna de favor ni de disentimiento: el príncipe de Schwartzenberg, que como miembro de la aristocracia alemana aborrecia la soberanía de un hombre de fortuna, no podia, sin embargo, como generalísimo del emperador Francisco, combatir las consideraciones que la conferencia tenia con su soberano. Mr. de Talleyrand con su acostumbrada penetracion estudiaba con una mirada, al parecer indiferente, las impresiones que las palabras del duque de Alberg producian en el rostro de Alejandro. Le parecia vislumbrar el asombro y el sentimiento, que se marcó voluntariamente en la frente del emperador de Rusia, al escuchar la proposicion de una regencia napoleónica. Aquel príncipe no podia en efecto inclinarse á una regencia que diese para siempre un ascendiente tan paternal, tan filial y tan dominante al Austria en los consejos de Francia. Los movimientos de sus labios indicaban que diferentes veces habia contenido sus objeciones. Mr. de Talleyrand abandonó con su silencio á un confidente á quien habia comprometido: no habló ni una palabra. Sus largas relaciones con Napoleon, los títulos, los

empleos y los dones que de él habia recibido, le imponian basta en la ingratitud las esterioridades del reconocimiento y del pesar. No le convenia provocar, sino fingir que aceptaba la necesidad de aquella defeccion. Un hombre de inteligencia con él, militar intrépido, diplomático consumado, ayudante de campo del emperador Alejandro, admitido en todos los secretos de las córtes coaligadas de las que era el alma, hombre cuyo talento reunia la voluntad del corso, y la graciosa flexibilidad del griego, Pozzo di Borgo rompió con oportunidad aquel silencio, del cual podia salir una resolucion á medias.

VII. Pozzo di Borgo, compatriota de Napoleon, noble como él, y relacionado con el al principio de su carrera por una conformidad de ardor revolucionario y de juventud, que le habia señalado en su isla y conducido á la asamblea legislativa, se habia enternecido con las virtudes y desgracias de Luis XVI. Habia vuelto á Córcega convertido en un realista constitucional. Allí fomentó y sirvió la causa de la independencia de su patria, que queria sustraer de la tiranía del terror. En union del patriota Paoli solicitó la alianza con la Inglaterra. Napoleon habia perseverado en la causa contraria, y se habia hecho adepto del jacobinismo mas exaltado. De allí provino entre los dos insulares uno de esos odios que el sol del Mediodia trasmite de raza en raza con la sangre. Refugiado en Londres despues de la espulsion de los ingleses de Córcega, Pozzo di Borgo se unió allí con los enemigos mas implacables de Napoleon. Dotado del mas noble esterior, de la alocucion mas penetrante y apasionada, de las maneras mas sencillas y elegantes, militar, diplomático, publicista, hombre jovial y de negocios, Pozzo di Borgo, por solo la atraccion de su naturaleza privilegiada, se granjeó el aprecio de la aristocracia inglesa y continental. Era uno de esos hombres cuyo mérito y atractivos se presentan desde luego á la vista. Admitido al servicio de Rusia se concilió el afecto de Alejandro por la analogía de carácter. Aquel soberano le envió al lado de Bernadotte rey de Suecia. Estos dos transfugas de Napoleon asociaron su rencor contra él. Sus manos trazaron los planes políticos y de campaña para la libertad de la Europa. Moreau, antiguo rival de Napoleon, llamado de América por su consejo, no llegó hasta mas tarde. Pozzo habia seguido al emperador Alejandro a los campos de batalla de 1813 y 1814. Ayudante de campo durante el dia, y su consejero por la noche, hábil en adivinar cuando era necesario dar un golpe á la fortuna de su enemigo, señaló á Paris con el dedo á Alejandro, en el momento en que Napoleon parecia volver á tomar la ofensiva contra Troyes. El emperador le creyó, y triunfaba por sus inspiraciones. Jamás estuvo mas dispuesto á escucharlas.

VIII. Pozzo di Borgo sabia que lisonjeaba en secreto las inclinaciones de su amo, las astucias de Mr. de Talleyrand, las venganzas de Londres, y los resentimientos de los aristócratas de Viena, hablando contra la regencia: así fué que se espresó en estos términos: «Mientras que el nombre de Napoleon, dijo, pese sobre la Europa desde lo alto del trono, la Europa no quedará satisfecha ni libre. Siempre verá en el gobierno del hijo menor, el alma amenazadora de su padre. La paz necesaria á los pueblos, y gloriosa para los reyes, no estará basada en la confianza pública. La guerra renacerá siempre bajo las plantas del hombre que ha talado, humillado y sometido al continente. Si se halla presente, nada contendrá su genio impaciente por el movimiento y las aventuras. Apenas hayan vuelto á sus hogares los ejércitos aliados, cuando un acceso de ambicion volverá á apoderarse de ese hombre, que llamará a las armas á su pais, repuesto prontamente de sus descalabros, y será preciso volver á comenzar nuevas victorias que cuestan tantos tesoros y sangre humana. Si se le lleva muy lejos de la Francia, sus consejos atravesarán los mares, y sus tenientes y ministros se apoderarán de la regencia. Presentarán á su hijo como una enseña de fanatismo, y como un ídolo á sus tropas. La Francia, que en el dia aborrece al autor de su ruina, se levantará para pedirle sus soberanos. ¿Se rehusará la guerra?... ¿Y si se concede todavía guerra?... Dejar que el imperio sobreviva al emperador, no es apagar el foco incendiario de la Europa, es cubrirle con una ceniza engañosa, debajo de la cual se formará un nuevo incendio. Los partidos á medias son el descredito de los grandes pensamientos. La Europa ha hecho una cosa inmensa libertando al continente de su dominador. ¿Quiere echar á perder su obra con un desenlace que hará en lo futuro dudar de su sabiduría y de su fuerza? A los soberanos y á los hombres de estado toca decidir. En cuanto á mí, me pronuncio como la victoria: ella formó á Napoleon, y ella tambien le ha deshecho. ¿Era su único título el imperio?.... Que caiga el imperio con el hombre que le elevó. Solo á este precio pueden conservar su seguridad los tronos y los pueblos.»

IX. La opinion manifestada con tanta energía por Pozzo di Borgo, complacia demasiado al emperador de Rusia, al rey de Prusia, al príncipe de Schwartzenberg y á Mr. de Talleyrand, para que no se inclinasen como por conviccion á adoptar las poderosas razones que abrigaban en sus mismos corazones. Convínose, pues, unánimemente y sin mas discusion en que la raza de Napoleon quedase depuesta del trono.

Separado ya Napoleon, quedaban ó un Borbon, ó uno de aquellos reyes y jefes militares que la victoria y el favor de Napoleon habian elevado al nivel de los tronos. El emperador Alejandro parecia inclinarse á este último partido. Durante largo tiempo y con mucho estrépito habia rechazado la causa de los soberanos legítimos de la envejecida Francia monárquica, para no sentirse humillado al volver á aceptarla. Hacia ya diez años que habia fraternizado con los miembros de la familia napoleónica, con sus generales y embajadores; en una palabra, habia manifestado demasiado ser un hombre del siglo nuevo, para proteger y ensalzar el culto del antiguo. Creia perder en ello algo de la popularidad de príncipe sin preocupaciones, con que los hombres de la época imperial le habian lisonjeado, y que apreciaba tanto como la victoria. Aun dicen que murmuró el nombre de Bernadotte, aquel francés rey de Suecia, ligado entonces con los enemigos de su pais. Se cree que habia dado á Bernadotte nó promesas, sino esperanzas vagas, cuando le sedujo y atrajo á la coalicion madama de Stael; como del partido liberal, de que era oráculo, habia recibido tambien hospitalidad del rey de Suecia, y en su rencor contra Napoleon habia promovido varias veces en Stockolmo el pensamiento de reemplazar á Bonaparte con un príncipe de fecha reciente, popularizado por el espíritu revolucionario, de que seria la restauracion con un gobierno constitucional.

X. Mr. de Talleyrand estaba de antemano seguro del resultado casi unánime de su pensamiento. Lo leia en las palabras y en las reticencias de los que al parecer deliberaban: «No hay, dijo, con esa brevedad de oráculo que fija las ideas y corta las objeciones, no hay mas que dos principios frente á frente en el mundo: la legitimidad ó la casualidad: la legitimidad es el derecho reconocido y consagrado por el raciocinio y por la tradicion. La casualidad es la victoria ó la derrota, la fortuna, los reveses, la arbitrariedad, la revolucion, el hecho. Si la Europa quiere librarse de la revolucion, del hecho, de la casualidad, de los trastornos, debe adherirse al derecho, es decir, á la legitimidad. Entonces los decretos no serán ya simplemente la fuerza material, serán la autoridad moral de un dogma superior á las vicisitudes de los acontecimientos.»

«No hay, añadió, dirigiéndose al emperador Alejandro como para contestar á su insinuacion del nombre de Bernadotte; no hay aquí mas que dos cosas posibles, Napoleon ó Luis XVIII. El emperador no puede ser reemplazado en el trono mas que por un rey de derecho. Todo rey por la victoria ó por el talento, seria mas pequeño que él: es el primero de los soldados: despues de él, no hay en Francia, ni aun en el mundo, quien pueda hacer marchar diez hombres por su causa.» En pocas palabras desenvolvia estos pensamientos: y reasumiendolos luego en un axioma conciso, propio para grabarse en la inteligencia y para correr como un pequeño volúmen en la circulacion de las opiniones fluctuantes: «Todo lo que no sea Napoleon ó Luis XVIII, señor, añadió, es una intriga!..» Esto era colocar al emperador y al consejo en una alternativa que no dejaba lugar á la decision. Napoleon era el peligro supremo: la intriga era un paliativo indigno de la Europa. Alejandro esclamó como un hombre convencido de que Mr. de Talleyrand habia previsto lo que tenia que suceder, y que se adheria definitivamente á su dictámen.

«Pero, repuso con cierta apariencia de escrúpulo y de ansiedad, que manifestaba su respeto á la nacion francesa; somos estranjeros y no podemos disponer de ese modo del trono, no podemos por nosotros solos llamar á unos príncipes, que quizá la nacion no recibiria de nuestras manos. ¿Qué medio tenemos para conocer el verdadero voto de la nacion?..»

XI. Mr. de Talleyrand pronunció el nombre del senado, único grande cuerpo que existia entonces constituido en Paris. Aquel cuerpo carecia de mandato del pueblo, porque habia sido nombrado por el emperador. Pero era imponente por los nombres de sus individuos, y por el papel que Napoleon le habia hecho representar con cierta especie de deferencia, que el senado le pagaba con adulaciones. El senado, pues, en un momento supremo, podia figurar á los ojos de la Francia y de la Europa una sombra de representacion. Si elevaba todavía su voz, podia dar á una resolucion cualquiera, nó la autoridad de un derecho, pero sí la señal de una revolucion. Por un estraño fenómeno de flexibilidad en aquel cuerpo envilecido, y por decirlo así, domestico, del imperio, Mr. de Talleyrand estaba de antemano seguro de su complacencia para con el emperador triunfante, y de su defeccion para con el emperador vencido. Lo que mejor representaba el senado imperial eran los vicios de la nacion degradada con diez años de despotismo, la versatilidad, la

adoracion del triunfo y la infidelidad en los reveses. Mr. de Talleyrand respondió de aquel cuerpo constituido á Alejandro. Tomó la pluma de su propia mano para redactar, con anuencia de los soberanos y generales presentes á la conferencia, la declaracion á los franceses que queria hacer irrevocable por medio de una publicidad que hiciese imposible su retractacion.

«Los ejércitos aliados, escribió Mr. de Talleyrand, han ocupado la capital de la Francia. Los soberanos acogen el voto de la nacion francesa, y declaran:

»Que si las condiciones de la paz deberian contener garantías mas fuertes cuando se tratase de encadenar la ambicion de Bonaparte, deben ser mas favorables cuando, por un cambio de un gobierno sabio, la Francia ofrezca seguridad de reposo. En su consecuencia, los soberanos proclaman:

»Que ya no tratarán con Napoleon Bonaparte...» Estas eran las mismas palabras que acababa de dictar la conferencia al que tenia la pluma en la mano. Conoció que aquellas palabras podian dejarle la esperanza de recobrar el imperio en la persona de su hijo, ó de algunos miembros de su dinastía que queria comprender en la misma sentencia. Se detuvo un rato mirando al emperador de Rusia en silencio, como si preguntase á los ojos de aquel príncipe, suplicándole concluyese con una palabra mas, un sentido que le parecia insuficiente y arriesgado. Alejandro comprendió la mirada, se paseó con agitacion por el salon, miró á su vez sin hablar palabra al rey de Prusia y al generalísimo austríaco, y luego, como si hubiese tomado sobre sí la responsabilidad de aquella dinastía moderna: «ni con ningun miembro de su familia» dijo, indicando con el dedo á Mr. de Talleyrand, que concluyese la frase suspendida. Ninguno de los que asistian á la conferencia murmuró contra aquella decision de Alejandro. Mr. de Talleyrand continuó escribiendo:

«Los soberanos respetarán la integridad de la antigua Francia tal como existia en tiempo de sus reyes legítimos. Ellos pueden hacer todavía mas, porque siempre profesarán el principio, de que para la felicidad de la Europa es necesario que la Francia sea fuerte y grande.

»Reconocerán y garantizarán la constitucion que la nacion francesa se diere.

»Invitan al senado á que se designe inmediatamente un gobierno provisional, que provea á las necesidades de la administracion y pueda preparar la constitucion que convenga al pueblo frances.»

XIII. Mr. de Talleyrand que queria prevenir con una revolucion completa la llegada del emperador de Austria á Paris, y las intrigas, súplicas y remordimientos paternales que los partidarios del imperio podian remover en el corazon de aquel príncipe, envió precipitadamente á imprimir, fijar en los parajes públicos, y esparcir aquella declaracion. En cada una de sus palabras se conocia la mano de un hombre consumado en el conocimiento y en la práctica de la opinion. Los resentimientos contra Napoleon, universales entonces en el ánimo de los pueblos cansados y humillados, quedaban satisfechos con aquella destitucion. Su repugnancia natural contra la influencia del Austria durante una larga minoría, recibia allí una garantía con la esclusion de la regencia. El patriotismo quedaba tranquilizado por la integridad, y la ambicion nacional por la posibilidad en perspectiva de un aumento de territorio. Los realistas veian segura en ella la restauracion de la única raza, que podia reemplazar á la gloria, con esa legitimidad cuyo nombre pronunciaba por primera vez el pueblo. El liberalismo naciente era protegido y escitado por la promesa de una constitucion formada y discutida con entera libertad. Los nuevos intereses y las nuevas ambiciones napoleónicas quedaban apaciguadas con el llamamiento hecho al senado, que ciertamente no haria traicion mas que al emperador, y que cubriria con una amnistía y con la inviolabilidad las vidas, fortunas y dignidades del ejército y de la corte de Napoleon. En fin, el pueblo de la capital y de las provincias que temblaba por la patria, por sus hogares y por la seguridad de sus bienes y personas, era allí convidado á la paz y á la admiracion, por la magnanimidad de los vencedores, que juraban respetarlo todo, escepto un hombre.

XIV. Así es, que aquella declaracion, tan hábilmente mezclada con garantías y esperanzas para todos, fué recibida con aclamaciones por la inmensa mayoría del pais. El ejército únicamente se entristeció, pero estaba solo y gimió sin irritarse. Los jefes, que quedaban bien satisfechos, contuvieron la emocion del soldado en vez de escitarla.

XV. Apenas salieron las primeras copias de aquella declaracion del palacio de Mr. de Talleyrand y circularon por los grupos de realistas que aguardaban en las escaleras, en los patios y en la plaza, resonaron los gritos de ¡Viva el rey!... y llegaron hasta los oidos de los soberanos que todavía estaban reunidos. Algunos jóvenes de las mejores casas del arrabal de San German ansiaban que llegase la hora que la Providencia concedia á la antigua aristocracia y á la monarquía secular. Antiguos servidores de Luis XVI que habian podido escapar del cadalso y de la emigracion; periodistas oprimidos y despojados por la arbitrariedad de la policía de Napoleon, como Bertin; publicistas y escritores que no habian abandonado la causa perdida, como MM. de Chateaubriand y Ferrand; y en fin, aquella juventud elegante, audaz, movible, que arrastraba el remolino del momento, se reunieron en la primera casa que abrió las puertas á su impaciencia, para ponerse de acuerdo acerca del impulso que debia darse al acontecimiento. Tratábase de prevenir las resoluciones y vacilacion de un senado sospechoso, odioso, vendido á los restos del imperio, ó á los intereses y recuerdos de la revolucion. Pero aquellos hombres estaban tan llenos de sentimientos y tan vacíos de ideas, la fiebre del entusiasmo daba tal delirio á sus palabras, y estaban tan poco habituados á las deliberaciones y discursos, que la sesion no fué mas que un prolongado tumulto, y ninguno de ellos llegó á espresar ni á hacer adoptar un parecer comun. Solo un jóven de la gran casa de la Rochefoucault se hizo escuchar por la autoridad de su nombre, el arrebato de su entusiasmo y su actitud dominadora. El ardor de su realismo le iluminaba acerca del mayor riesgo de las revoluciones, el de discutir sin tomar un partido. «Esta hora, dijo, puede arrebatarnos la monarquía mientras nos ocupamos en aclamaciones vanas á nuestros reyes.» El conde Sosthene de la Rochefoucault propuso se nombrase una diputacion, que inmediatamente se trasladase al alojamiento del emperador de Rusia, para tomar acta de la declaracion de los soberanos, y hacerle presente el voto de la nobleza, de la inteligencia y de la fidelidad francesa, en favor de su legítimo monarca: aquella proposicion fue aprobada. Sosthene de la Rochefoucault, MM. de Chateaubriand, el mas popular é ilustre de los escritores del siglo, César de Choiseul, y Ferrand, antiguo y mediano parlamentario, pero rodeado entonces de una auréola de importancia y de una nombradía de oráculo, se dirigieron en nombre de los realistas al palacio de Mr. de Talleyrand.

XVI. Introducidos ya en él, solicitaron ver al emperador Alejandro: aquel príncipe se habia entregado ya al sueño. Su ministro Mr. de Nesselrode recibió á la diputacion en lugar de su amo. Mr. de Nesselrode era cómplice de antemano del voto que trataban de manifestar al emperador. Pero ninguno de los cuatro comisionados, fuese por emocion, timidez ó falta de costumbre en los discursos, espresó el pensamiento comun que se hallaban encargados de esponer á las potencias. Mr. de Choiseul era un soldado; Mr. de Ferrand, talento apelmazado, dogmático y tardío, balbuceaba; Mr. de Chateaubriand, talento muy á propósito y solemne, temia no encontrar, sin haberlas antes escrito y meditado, palabras en relacion con tan majestuoso momento: solo queria pronunciar palabras ilustres. Sosthene de la Rochefoucault, aunque mas jóven, habló por todos con la elocuencia de la impaciencia y del celo. Mr. de Nesselrode no deseaba mas que un pretesto para comprometer mas y mas á las potencias.

XVII. «Puedo aseguraros, les contestó aquel ministro, que me es muy conocida la voluntad del emperador. Volved á los que os envian y decidles, como asimismo á todos los franceses, que el emperador acoge su voto, manifestado hoy á su vista con tanta vehemencia, y que va á devolver la corona al que le pertenece. Luis XVIII volverá á subir al trono de Francia.»

Al oir aquellas palabras, los cuatro comisionados prorumpieron en espresiones de reconocimiento y alegría, y sus ojos se cubrieron de lágrimas. Veian entonces todos sus disgustos, las esperanzas, las ilusiones y el entusiasmo de su ancianidad ó de su juventud. Corrieron, pues, á llevar aquellas palabras, aquellas aclamaciones, sus lágrimas y su entusiasmo, á la reunion que se hallaba en casa de Mr. de Morfontaine. Los gritos, los aplausos, los abrazos y el tumulto resonaron por toda la casa. Era la esplosion reprimida de un siglo que creia salir de su sepulcro y volver á tomar posesion del mundo. No pudo apaciguarse aquel delirio, sino apagando las luces, y alejando á aquella multitud frenética de triunfo en la oscuridad que la dispersó.

XVIII. Por la noche aquellos realistas se distribuyeron los papeles: las señoras de la nobleza prepararon muchas banderas blancas, y algunos millares de escarapelas del mismo color, para repartirlas al pueblo. La prefectura de policía fué abandonada por los agentes del emperador, y ocupada por una persona de confianza de los realistas. Los periódicos, libres de las trabas de la censura, y restituidos á sus antiguos propietarios, ó bien otros nuevos creados por escritores de la situacion, cambiaron de manos, y prepararon la opinion proscripta el dia anterior en Francia. Prorumpieron en injurias y ultrajes contra Napoleon, su nombre, su gloria y sus crímenes, como venganza de una larga é insoportable opresion. Aquello fué el desbordamiento del alma irritada

de un gran partido, que despues de roto el dique, arrastraba sobre las olas de su legítima cólera las espumas, las heces y las inmundicias del corazon humano.

XIX. El primer escritor de la época, Mr. de Chateaubriand, no preservó ni su conciencia, ni su talento, de aquel desbordamiento de injurias y calumnias esparcidas sobre un gran nombre que se hundia. Ya hacia algunos meses que preveia la hora de la decadencia. Abrigaba en su corazon un justo resentimiento contra Napoleon, que tanto mas pesaba sobre su inteligencia, cuanto esta era mas elevada. Madama de Staël y todas las almas grandes y libres esperimentaban la misma compresion. Napoleon se habia declarado enemigo nato de todo pensamiento y de toda independencia, y la independencia y el pensamiento le pagaban con odio el desprecio y la opresion con que los habia tratado. Su caida iba á dejar respirar libremente las almas: era pues natural que la deseasen con ardor. Algunos Tácitos afilaban en silencio el buril que debia algun dia grabar el reinado del soldado que ponia una mordaza á la historia, como si hubiese presentido la futura venganza del espíritu humano.

Pero aquella venganza no debia degradarse hasta la calumnia: Mr. de Chateaubriand calumnió hasta la tiranía. Escribió en favor de la restauracion de los Borbones un folleto cruel contra el emperador. En él arrastraba su nombre por la sangre y el fango del sitio de los suplicios de aquel tiempo. Allí, él mismo conducia al patíbulo su reinado: cortaba piedras para que el pueblo las lanzase contra su héroe. En otro tiempo le habia alabado hasta compararle con los héroes de la Biblia, y aun le habia servido en las filas subalternas de la diplomacia. Despues del asesinato del duque de Enghien, el entusiasmo del escritor, convertido en desprecio, le habia colocado en una oposicion sorda, pero nó desmedida. Se creia proscripto y perseguido, pero no habia sido proscripto mas que de los favores imperiales, ni perseguido mas que por el afectado desprecio de su amo. Su amigo Mr. de Fontanes, favorito de Napoleon, era siempre un mediador posible y sincero entre las dos glorias á quienes amaba. La proscripcion de Mr. de Chateaubriand no era en realidad mas que una noble actitud. Gozaba en paz de su patria, de sus estudios, de su fama, y del culto que su obra del Genio del Cristianismo le habia granjeado en el partido religioso.

XX. Sea como quiera, ya hacia algunos meses que llevaba consigo su folleto inédito, como la espada que debia dar el último golpe al tirano. Aquel folleto, impreso por la noche, y entregado por trozos á los periódicos, inundó por la mañana á Paris y bien pronto á la Francia de maldiciones contra el emperador y el imperio. Napoleon estaba retratado en él con los rasgos del Atila moderno, y con los repugnantes de un verdugo, que ejecutaba con sus propias manos á las víctimas de que estaba sediento. Presentábasele en Fontainebleau atormentando la conciencia de Pio VII, y arrastrando de los encanecidos cabellos por el pavimento de su prision al pontífice mártir de su complacencia y de su resistencia al aventurero coronado. Mr. de Chateaubriand abria los calabozos para enseñar en ellos con el dedo al pueblo los tormentos, las mordazas y los silenciosos asesinatos de las víctimas. Removia todas las cenizas, desde Pichegrú hasta las de los apestados de Jaffa, para hacer brotar de ellas acusaciones, sospechas y crímenes. Era el alegato de la humanidad y de la libertad escrita por la mano de las Furias contra el gran culpable del siglo. No escaseaba á su enemigo hasta esas acusaciones viles de sórdida avaricia y de concusion que tanto ofenden y manchan, y que tan grande sensacion producen. El robo, la cobardía, el hierro, el veneno, todo le servia de arma para destruir aquella reputacion que tanto le ofendia. Aquel libro arrojado hoja por hoja á la opinion durante muchos dias era muy terrible, porque sucedia al largo silencio de la oposicion. Creíanse aquellas calumnias, porque sucedian á diez años de mentiras de la prensa oficial. Era el primer grito del siglo que habia logrado quitarse la mordaza que le pusiera la policía, y le escuchaban como una revelacion del sepulcro. Mr. de Chateaubriand, arrojando la fama de Napoleon á manera de pasto á la malevolencia del pueblo, y como un homenaje al partido realista, ejecutó una accion que no puede escusar ninguna pasion política: el asesinato de un reinado con armas emponzoñadas. Pero aquella mala accion, alabada entonces porque era necesaria, fué rechazada mas adelante por la conciencia del siglo. En aquel tiempo contribuyó eficazmente á despopularizar el imperio. Cuando Mr. de Chateaubriand se presentó á Luis XVIII, para recibir en recompensa los favores de la nueva monarquía, aquel príncipe le dijo: «Vuestro libro ha valido para mí tanto como un ejercito.» [1]

Mas por una compensacion justa, algunos meses despues, la indignacion de los bonapartistas y de los hombres imparciales, contra las calumnias y ultrajes de aquel libro, sirvieron tambien eficazmente para rehabilitar el nombre de Napoleon, y hacer que el pueblo corriese presuroso á saludarle. Solo la justicia es mortal para las reputaciones.

XXI. Sin embargo, el nombre de los Borbones, desconocido ú olvidado de los pueblos, corrió en las páginas de Mr. de Chateaubriand y en las columnas de los periódicos por todo el imperio. Al pronto causó sorpresa, luego hubo un recuerdo, y en pocas horas el asombro y el olvido se convirtieron en una especie de fé borbónica. Poco á poco, sin disputas de ningun género, fueron uniéndose todos á aquel nombre, que parecia una áncora de salvacion en la confusion y oscuridad en que habian quedado las cosas. Hubo algunos incrédulos, pero pocos ó ninguno fueron los que murmuraron. Parecia que la Providencia se declaraba con la victoria por aquel nombre. Mr. de Chateaubriand era un oráculo. Describia con rasgos arrebatadores personas imaginarias, los infortunios, las bondades, las virtudes y las gracias de los individuos proscriptos de aquella familia, cuya existencia apenas era conocida algunos dias antes. Luis XVIII era un sabio de la escuela y del poema de Fenelon, que traia desde remotos climas la política, la esperiencia, la paz y la amnistía: Cárlos X, entonces conde de Artois, el caballero heróico de la edad media, adornado con esas debilidades generosas de corazon que los franceses prefieren aun á las mismas virtudes: la duquesa de Angulema, la huerfana del Temple, la víctima propiciatoria de la revolucion, la prenda tierna y religiosa del perdon: el duque de Angulema, un segundo duque de Borgoña, preparado en el destierro para el trono por la docilidad á las lecciones de su tio y de su padre, hermanos de Luis XVI, consagrados con su sangre. El duque de Berry, un jóven Enrique IV, con sus ligerezas disimulables como prendas del valor y de la bondad del rey bearnés: los Condés, dos generaciones de héroes, cuya vida habia segado en flor y cubierto de tristeza la crueldad del tirano: el duque de Orleans, un príncipe popular, que habia hecho olvidar los crímenes de los revolucionarios de su nombre con el arrepentimiento de la inocencia, y practicado en el destierro la vida del artesano para elevarse por su solo mérito al rango de los herederos del trono.

La Francia se maravillaba, se sonreia y se enternecia con aquellas pinturas. Cada periódico, cada folleto y cada conversacion las adornaba con los matices mas adaptados á la opinion de las diversas clases de la nacion, fuertes para el Mediodía, heróicos para la Vendée, patrióticos para el Este, y liberales y reflexivos para el Norte y para Paris. De este modo una vaga é inmensa poesía de opinion precedia al regreso de aquella familia, en que todos comenzaban á ver personificado uno de sus sueños de gobierno ó de corazon.

Tal era la verdadera disposicion de los ánimos en Francia el 1.º de abril y los dias que siguieron á la ocupacion de Paris. Entre el prestigio de las esperanzas apenas se preveia la desgracia presente. Ninguna familia que hubiera vivido en aquel suelo habria podido producir aquella unanimidad de ilusion y de adhesion. El largo destierro hacia el efecto de una perspectiva lejana: aumentaba y solemnizaba las figuras.

XXII. Solo el senado comenzaba á alarmarse por un impulso que amenazaba llevar la opinion pública mas allá de los límites que su voluntad queria imponerla. El senado habia cedido mucho con Napoleon para que no fuese condescendiente con la Europa y la opinion reunidas. No era á Napoleon á quien queria disputar á la Europa: era á sí mismo. Hombres llenos de poderío, de dignidades, de honores, de aristocracia, de sueldos, los senadores del imperio esperaban conservar su ascendiente, su autoridad y sus fortunas por medio de una defeccion: traficaban con el emperador. Talleyrand les hacia hábilmente vislumbrar la esperanza de conservar sus títulos al precio de que llamasen á los Borbones, y les insinuaba su nombre sin pronunciarle.—«Aprovechad la hora, decia en voz baja al senado por medio de sus confidentes, y no comercieis con la necesidad: en el dia podeis haceros pagar vuestra adhesion á la voluntad secreta de las potencias: mañana la opinion que se va manifestando quizá os arrebatará. Quedareis confundidos en ese naufragio del que podeis salvar, si no al emperador, al menos vuestras dignidades y vuestras riquezas.» El senado en masa estaba dispuesto á escuchar los consejos del destino y de Mr. de Talleyrand. Nada prepara mejor a la traicion que la bajeza de la adulacion. Cuando no se encuentra refugio en la conciencia, se busca con gusto en la humillacion.

XXIII. Los emisarios de Mr. de Talleyrand emplearon la noche en disipar los últimos escrúpulos de los senadores. No les fué difícil hacer comprender á aquellos caractéres generalmente enervados y amoldados ya hacia largo tiempo á las circunstancias, que el interes de la patria y el suyo exigian la pronta repudiacion del vencido. En aquel momento no habia en Paris mas que un centenar de senadores. Estaban viejos, achacosos, gastados por las revoluciones y la responsabilidad de tiranía y de bajeza que habian aceptado con los decretos de conscripcion,

contribuciones y silencio que Napoleon les habia hecho aprobar durante diez años. Algunos eran príncipes improvisados de la familia del emperador, y otros pertenecian á su servidumbre: un gran número de ellos eran hombres sin significacion, escogidos por la nulidad de su talento y la flexibilidad de su carácter para que la falta de valor personal no les dejase mas que el inherente á su dignidad. Otra parte, aunque mas pequeña, estaba compuesta con arte de hombres de opiniones liberales y hasta revolucionarias, para que una apariencia de oposicion diese á la nacion la idea de una contradiccion y de una independencia que no existian. En el número de los senadores destinados á comprobar la libertad e imparcialidad del senado se contaban algunos partidarios, aunque raros, de la casa de Borbon y algunos sectarios obstinados de las instituciones republicanas. Entre los primeros figuraban Maleville, Barthelemy, Pastoret, Barbe-Marbois y Jaucourt; entre los segundos Tracy, Volney, Gregoire y sus amigos de 1789 y 1791. Apoyándose en aquellas dos fracciones igualmente hostiles al imperio, y ayudado por la fuerza de los acontecimientos que desconcertaban toda resistencia, Mr. de Talleyrand estaba casi seguro de dominar al senado. Tenia su servilismo pasado por garantía de su servilismo futuro. Hizo convocar al senado para sesion estraordinaria el 1.º de abril. Muchos miembros de aquel cuerpo, temerosos de comprometerse con lo pasado y con el porvenir, se ocultaron ó alegaron varios pretestos para no asistir á la reunion: solo se presentaron sesenta y cuatro, que eran los mas animosos, los menos adictos al imperio, los mas decididos á doblegarse, ó los mas impacientes por mudar de amo. La vergüenza de las defecciones ya no les embarazaba.

XXIV. «Senadores, les dijo Mr. de Talleyrand que queria cubrir con una apariencia de discusion una resolucion imperiosa, se trata de trasmitiros unas proposiciones. Esta sola palabra, añadió bajando la vista y fijándola en el papel que tenia en la mano, esta sola palabra basta para indicar la libertad que disfrutais en esta asamblea: ella os proporciona el medio de dar una generosa espansion á los sentimientos de que se halla poseida vuestra alma, la voluntad de salvará vuestro pais, y la resolucion de acudir al socorro de un pueblo abandonado. Aun cuando las circunstancias son graves, no pueden ser superiores al firme e ilustrado patriotismo de los individuos de esta asamblea, y seguramente todos estareis convencidos de la necesidad de una deliberacion que cierre la puerta á las dilaciones, y no deje trascurrir el dia sin restablecer la accion de la administracion, la primera de todas las necesidades, por la formacion de un gobierno cuya autoridad, establecida por la urgencia del momento, debe necesariamente ser tranquilizadora.»

XXV. Aquellas palabras, redactadas por el abate de Pradt, no disfrazaban el acto abyecto que iba á provocarse bajo la forma y la dignidad de la discusion. Era el tartamudeo de la impudencia ofreciendo el pretesto mas vil á la cobardía. Las palabras eran tan bajas como los sentimientos: fueron recibidas como habian sido escritas, y pronunciadas con rubor en los semblantes y con latidos de versatilidad en los corazones. Nadie contestó: todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Algunos palmotearon y aplaudieron con fingido entusiasmo por la misma energía de la pusilanimidad, convertida en valor cívico. Mr. de Talleyrand comprendió por aquel silencio, que la fortuna era la dueña absoluta de sus almas, y que podia disponer de ellas á su gusto para vender el imperio á sus enemigos. Sin consultar á sus colegas, designó los miembros de un gobierno provisional, elegido unicamente por él con toda premeditacion durante la noche. Un senadoconsulto, votado sin discusion á una seña de Mr. de Talleyrand, ratificó aquella eleccion. En seguida lisonjeó á los liberales del senado, recordándoles que los aliados habian pronunciado la palabra constitucion, y que era necesario promulgarla. El senado, en vista de lo avanzado de la hora, se limitó á decretar las bases. El primer artículo fué declarar la conservacion del senado: hablábase tambien en el de un cuerpo legislativo y de la libertad de las opiniones. Pero tan acostumbrados estaban al silencio, que ni siquiera hicieron mencion de la libertad de la palabra. En ella se concedia al ejército, al que querian desprender de su jefe, la conservacion de sus grados y sueldo: á los compradores de bienes de emigrados la garantía de la inviolabilidad de sus posesiones, despojos de la revolucion con que muchos senadores habian formado sus riquezas; la amnistía para las opiniones, la libertad de cultos y de escribir reservándose el formar leyes represivas para los abusos de aquellas dos libertades.

XXVI. Mr. de Talleyrand habia escogido los individuos del gobierno provisional con profunda sagacidad. Sus nombres estaban equilibrados de manera, que daban esperanzas á todos los matices de la opinion, que se queria separar desde luego de Napoleon para dársela toda entera á los Borbones. Se reservó para sí la presidencia de aquel gobierno, á título de gran dignatario del imperio, mediador tolerado por Alejandro entre los aliados y la nacion, y representante de los intereses del senado. Esta triple actitud dejaba la indecision política personificada en él. Todo podian esperarlo los partidos de un hombre semejante. A Mr. de Talleyrand seguian el duque de Alberg, ilustre por el nombre, de orígen aleman, pero francés por las dignidades, igualmente apto para volver á unirse á la aristocracia por su nacimiento, como para servir á un gobierno revolucionario por sus opiniones: uno de esos hombres cosmopolitas de carácter y de ideas, que la naturaleza ha formado para quedarse á flor de agua en todos los acontecimientos. El duque de Alberg, personaje instruido, gracioso y atractivo, era muy útil para las negociaciones de Mr. de Talleyrand; además no tenia en Francia mas ascendiente personal que su nombre. Podia prometerse á todos los partidos. Los aliados le aceptaban sobre todo, porque tenia que rescatar de ellos sus títulos de Alemania con los servicios que les prestase en Francia.

XXVII. Luego iba Mr. de Jaucourt, de un apellido de la antigua aristocracia francesa rejuvenecida por la revolucion: desde 1790 pertenecia á la escuela revolucionaria moderna de Mr. de Talleyrand y de Mr. de Lafayette. Pero tan decidido por el órden como resuelto á las reformas, Mr. de Jaucourt habia manifestado en 1791 y 1792 en los campamentos, en las jornadas de Paris y en las asambleas, el valor de un héroe y el alma de un sabio. Habia luchado de obra y de palabra contra los representantes mas populares, y contra la demagogia de los clubs omnipotentes. Preso por su audacia despues del 10 de agosto, Danton le libertó de las premeditadas matanzas de setiembre. Madama de Stael, que apreciaba su valor, participaba de sus opiniones, y á quien agradaban las gracias de su talento, le hizo escapar y le preparó un asilo en Suiza. De regreso á Francia despues de un largo destierro, encontró á su amigo Talleyrand, ministro del cónsul Bonaparte. Los resentimientos del terror le precipitaron en la nueva monarquía como un asilo contra los jacobinos. Allí encontró la seguridad, la dignidad y la fortuna. La senaduría de Florencia fué la recompensa de su adhesion. Pero la insaciable ambicion de Mr. de Talleyrand le arrastró á la desafeccion del imperio. La escesiva tiranía ó los reveses de Napoleon le cansaron de los primeros en el senado. Con la victoria habia vuelto á las deidades de su juventud, la legitimidad y la libertad constitucional. Semejante hombre, unido á Mr. de Talleyrand por quince años de familiaridad, y que en su pasado encontraba una escusa para su fogosa defeccion, convenia admirablemente á la hábil mano de su amigo. Era á propósito para arrastrar en pos de sí, y á un mismo tiempo, á la nobleza y al partido moderado de la revolucion. La amistad le enlazaba con Mr. de Talleyrand, su nacimiento en la aristocracia, sus recuerdos á la constitucion, y los favores recibidos al imperio; era pues aceptable para todos.

XXVIII. Seguíale el general Beurnonville, hombre misto tambien como Jaucourt, de noble nacimiento, de una opinion flexible, pero honrado, y de un valor célebre en los ejércitos de la república. Dumouriez, de quien habia sido teniente, le apellidaba el *Ayax francés*. Ministro de la guerra en 1793, Beurnonville habia luchado con intrepidez contra la dominacion de los jacobinos. Enviado á Bélgica en los momentos de la traicion de Dumouriez para evitarla y contener á su antiguo general en el borde de la defeccion, Beurnonville fué preso por él y entregado á los austríacos. Encerrado cuatro años en los calabozos de Olmutz fue cangeado, despues de la caida de Robespierre, con la hija de Luis XVI, presa en el Temple. Napoleon recogió aquel resto de las guerras revolucionarias, y le nombró senador. Beurnonville, sin embargo, se hallaba olvidado ú oscurecido por los compañeros del emperador en Egipto ó Italia. Sus recuerdos le decian que era mas grande por sí mismo, que aquellos favoritos de los nuevos campamentos. Su corazon le recordaba tambien los reyes de su juventud, por quienes se habia batido el 10 de agosto. La caida de Napoleon iba á volver á poner en escena su nombre y sus servicios. No podia adherirse á un gobierno que le parecia injusto é ingrato. Mr. de Talleyrand le presentaba como una prenda al antiguo ejército, como un héroe de las guerras republicanas desatendido, á quien la monarquía constitucional podia honrar sin temor. El nombre de Beurnonville tenia tres aspectos que tranquilizaban á la vez á las tres opiniones; pero su corazon pertenecia á la restauracion.

XXIX. Por último, el gobierno provisional quedaba completo con la significacion del nombre del último de sus individuos, que era el abate de Montesquiou.

Pertenecia éste á una familia, tronco de la Francia aristocrática y monárquica. Este nombre precedió en la historia al de las dos últimas razas de los reyes. Hasta los pueblos democráticos aman esos hombres que son las costumbres y los títulos de sus anales. Les parece que esos nombres ennoblecen las revoluciones populares. Su nacimiento condujo

desde luego al abate de Montesquion á las funciones mas elevadas del clero. Negociador hábil, persuasivo y frio, entre los intereses de su clase que procuraba salvar, y las exigencias de la revolucion que se esforzaba en moderar sin chocar con ella, se habia adquirido una doble influencia en la asamblea constituyente. Admitido muchas veces como árbitro, siempre respetado, entre la filosofía impaciente por vulnerar á la Iglesia, y la Iglesia disputando los últimos restos de su establecimiento temporal, desde que se consumió la revolucion, mantenia relaciones poco secretas con Luis XVIII, de quien era el principal corresponsal en París. Napoleon lo sabia y lo toleraba. Preferia una correspondencia casi pública entre Paris y Luis XVIII, á las tentativas tenebrosas y desesperadas. Mr. de Montesquion era, por decirlo así, el jefe de una conspiracion pacífica, y permitida por aquel contra quien se dirigia. Hombre mesurado en todo, apacible y de transacion, el abate de Montesquion era eminentemente propio para calmar todas las venganzas de una restauracion, y tranquilizar á los partidos demasiado comprometidos con la revolucion y con el imperio. Aquel nombre era ademas una prenda segura para los realistas. Al verle inscripto en la lista del gobierno provisional, los amigos de los Borbones no podian dudar que Luis XVIII seria la última palabra de aquel gobierno.

XXX. Tales eran los preludios de la revolucion que se preparaba en casa de Mr. de Talleyrand y en el senado: faltaba allí la voz oficial del pueblo de París: estalló por el dia. El consejo municipal, sombra del antiguo ayuntamiento, esmerada y severamente depurado y mutilado en sus atribuciones por el imperio, encerraba todavía sin embargo algunos de esos elementos de representacion municipal que personifican á las ciudades. Lo que se llamaba antiguamente el tercer estado, era el que mas dominaba en el consejo municipal. Los oficios, las artes, el comercio, la industria, el foro, la magistratura, eran y todavía son los llamados á esa representacion provincial y local, por los electores de esas diferentes profesiones, que son los mas numerosos en todas las ciudades, porque sus profesiones son allí tambien las mas generales. La aristocracia de los cuarteles y de las profesiones tiene y tendrá siempre asiento en la municipalidad. La opinion es allí media como las condiciones: la inteligencia clara y viva, pero doméstica y circunscripta á los intereses, como el instinto de los hogares y de los talleres del pueblo. Rara vez esas corporaciones toman la iniciativa en una cuestion política, pero de sus reuniones casi siempre sale la señal del peligro comun. Allí se forma y toma incremento el murmullo de los resentimientos públicos contra las persecuciones que amenazan la seguridad de los hogares. Allí enmudecen el heroismo, pero el egoismo social es apasionado y elocuente.

Un individuo, hasta entonces entusiasta y muchas veces adulador del genio de Napoleon, mientras protegia é ilustraba á la Francia, Mr. Bellart, reasumió de repente la impresion pública de terror y decepcion que se habia apoderado de París, desde que el emperador habia hecho de la Francia y de la capital el campo de batalla y la presa del estranjero. Sus victorias le habian parecido virtudes, sus reveses le parecian crímenes.

Se arrebató contra el hombre que ya no sabia dominar el destino. Propuso al consejo municipal la iniciativa del primer golpe dirigido por una corporacion instituida contra el emperador y el imperio. El prefecto de París, Mr. de Chabrol, no se atrevió á aprobar ni á oponerse. Hombre incapaz de hacer traicion, y cansado quizá de servir, se abstuvo ó hizo dimision de sus funciones. Abandonado de aquel modo el consejo á sí mismo, votó y publicó la declaracion siguiente, esplosion justa para unos, de venganza para otros, y de abandono para todos.

«¡Habitantes de París!...

»Vuestros magistrados serian traidores para con vosotros y la patria, si por mezquinas consideraciones personales comprimiesen por mas tiempo la voz de su conciencia. Ella les grita que todos los males que os agobian los debeis á un solo hombre.

»Él es el que todos los años diezma nuestras familias con la conscripcion. ¿Quién de nosotros no ha perdido un hijo, un hermano, parientes ó amigos?... ¿Por quién han muerto todos esos valientes?... Por él solo, nó por el pais. ¿Por qué causa?... Han sido sacrificados únicamente á la demencia de dejar detrás de sí el recuerdo del mas espantoso opresor que ha pesado sobre la especie humana.

»Él es el que en vez de cuatrocientos millones que la Francia pagaba en tiempo de nuestros buenos reyes, para ser libre, dichosa y tranquila, nos ha sobrecargado con mas de mil y quinientos millones de contribucion, los que todavía amenazaba aumentar.

»Él es quien nos ha cerrado los mares de los dos mundos, el que ha secado todos los manantiales de la industria nacional, arrancado de los campos á nuestros labradores y de los talleres á nuestros obreros.

»A él debemos el rencor de todos los pueblos, sin haberlo merecido, pues que, como ellos, fuimos víctimas desgraciadas, aun mucho mas que tristes instrumentos de su rabia.

»¿No es él tambien, el que violando lo que los hombres tienen por mas sagrado, ha retenido cautivo al venerable jefe de la religion, y privado de sus estados, por una detestable perfidia, á un rey aliado suyo, y entregado á la devastacion á la nacion española, nuestra antigua y siempre fiel amiga?...

»¿No es él tambien, el que enemigo de sus propios súbditos, largo tiempo engañados por él despues de rehusar ahora mismo una paz honrosa, con que al menos hubiera podido respirar nuestro pais, ha concluido por dar la órden parricida de esponer inútilmente la guardia nacional para la defensa imposible de la capital, sobre la que llamaba de ese modo la venganza del enemigo?...

»¿No es él, por fin, el que temiendo sobre todo á la verdad, ha arrojado ignominiosamente á la faz de la Europa á nuestros legisladores, porque trataron de decírsela una vez con tanta consideracion como dignidad?...

»¿Qué importa que no haya sacrificado mas que un corto número de personas á sus rencores particulares, si ha sacrificado á la Francia, ¿qué decimos la Francia?... toda la Europa á su desmesurada ambicion?

»Ambicion ó venganza, el motivo importa poco. Sea lo que quiera la causa, ya veis el efecto: ¿veis ese vasto continente de Europa, cubierto por todas partes de huesos de franceses, mezclados con los de otros pueblos, que nada tenian que pedirse unos á otros, que no se aborrecian, que las distancias eximian de querellas, y que solo ha precipitado á la guerra, para llenar la tierra con el ruido de su nombre?...

»¿Qué nos puede decir de sus pasadas victorias? ¿Qué bienes nos han producido esas funestas victorias?... El odio de los pueblos, las lágrimas de nuestras familias, el celibato forzado de nuestras hijas, la ruina de todas las fortunas, la viudez prematura de nuestras mujeres, la desesperacion de los padres y madres, á quienes de una posteridad numerosa no queda ya la mano de un hijo, para cerrarle los ojos; ¡hé aquí lo que nos han producido esas victorias!... Ellas son las que en el dia han traido á nuestro recinto, que siempre ha permanecido intacto bajo la paternal administracion de nuestros reyes, á los estranjeros, cuya generosa proteccion exige reconocimiento, cuando tan dulce nos hubiera sido ofrecerles una alianza desinteresada.

»No hay entre ellos ninguno que en lo íntimo de su corazon no le deteste como á un enemigo público, ni uno siquiera que no haya formado el voto de ver poner un término á tantas crueldades.

»Seriamos unos desertores de la causa pública, si dilatásemos el manifestar ese voto de nuestros corazones y de los vuestros.

»La Europa armada nos lo pide: lo implora como un beneficio para la humanidad, como la garantía de una paz universal y duradera.

»¡Parisienses!... La Europa armada no lo obtendria de vuestros magistrados si no fuese conforme á sus deberes.

»En nombre de esos mismos deberes, los mas sagrados de todos, abjuramos la obediencia al usurpador para ofrecerla á nuestros dueños legítimos.

»Si hay peligro en seguir este impulso del corazon y de la conciencia, desde luego le aceptamos. La historia y el reconocimiento de los franceses recogerán nuestros nombres y los legarán al aprecio de la posteridad.

»En su consecuencia:

»El consejo general del departamento del Sena, consejo municipal de París, de motu propio, y por unanimidad de sus individuos presentes, declara:

»Que niega formalmente la obediencia á Napoleon Bonaparte; y espresa su mas ardiente voto porque sea restablecido el gobierno monárquico en la persona de Luis XVIII y en las de sus sucesores legítimos.

»La presente declaracion y la proclama que la esplica, será impresa, distribuida y fijada en los sitios públicos de la capital, notificada á todas las autoridades que han quedado en París y en el departamento, y remitidas á todos los consejos generales de los departamentos.»

LIBRO VII.

Sesion del senado del dia 2 de abril.—Declaracion de destitucion.—Sesion del senado del 3 de abril.—Testo del decreto de destitucion.—Adhesion del cuerpo legislativo.—Manifestaciones de Paris contra el emperador.—Ministerio.—Progresos de la opinion.—Adhesion de los demás cuerpos constituidos.—Manifiesto del gobierno provisional.—Situacion del emperador y de los aliados.—Napoleon en Fontainebleau.—Regreso de Caulaincourt á Fontainebleau la noche del 2 de abril.—Proclama de Napoleon á su guardia el 3 de abril.—Orden del dia para la marcha del ejército sobre Paris.—Oposicion de los mariscales.—Entrevista de Napoleon y de Marmont.—Adhesion de Marmont á la destitucion del emperador.—Carta de Marmont al principe de Schwartzenberg.—Respuesta del principe de Schwartzenberg.

I. Aquella imprecacion de la corporacion municipal de Paris contra el que ya llamaban enemigo público, dió un impulso decisivo á la opinion hasta entonces muda en Paris y en los departamentos. Cuando Paris hablaba tan alto, ¿quien podia callar? Fué un eco que resonó en la Francia entera. La indignacion y el insulto se elevaron á tanta altura como el servilismo y la adulacion. Roma, en tiempo de las elevaciones y degradaciones súbitas de sus emperadores, no ofreció semejante ejemplo ni escándalo de ultrajes despues de su humillacion. Los ánimos mas rebeldes á la tiranía napoleónica, pero los mas generosos porque habian sido los mas firmes, se regocijaron con aquella venganza de la libertad pero se ruborizaron de la imprudente apostasía del pueblo.

Mr. de Talleyrand deseaba aquella esplosion, pero la queria mas lenta y tardía. Se afligió con sus confidentes de aquel rompimiento que podia permitir á las potencias pasarse sin el senado y aun sin él mismo. Estipulaba con Luis XVIII, y con Alejandro en nombre de la opinion, y hablando esta tan alto, se le anticipaba. Revelaba á los Borbones y á los aliados una fuerza de desafeccion contra el imperio, y una tendencia natural á la restauracion, que quitaba todo precio á sus servicios, y el mérito á sus negociaciones. Le subordinaba á los realistas á quienes bien queria servir, pero á los que sirviendolos queria dominarlos. Vióse, pues, precisado á instar al senado para que declarase la destitucion del emperador, que esperaba tener suspensa é indecisa como una amenaza, y como una esperanza que podia vender á los dos partidos.

II. El senado corria por su mandato al palacio de sus sesiones.

Los antiguos republicanos, á falta de realistas, á quienes Napoleon habia tenido mas cuidado de escluir del senado, se apresuraron á recuperar, aunque no fuese mas que por una hora, una sombra de soberanía nacional para abatir á sus piés la tiranía. Justa espiacion del 18 brumario, vengado al menos en una asamblea representativa, pero una asamblea cuyas puertas estaban protegidas por el estranjero. Mr. Lambrechts fué el primero que usó de la palabra. Lambrechts era un republicano belga, que habia recibido á los franceses en Bélgica como al ejército de la filosofía y de la libertad. Ministro en tiempo del directorio, habia combatido con energía la molicie de aquel gobierno, que se iba deslizando por la pendiente de las ideas monárquicas. Habia votado contra el imperio sin ocultar su mano. Sin embargo, el aprecio de la Bélgica, á la que Napoleon queria lisonjear, le habia elevado al senado. Debia morir como habia vivido, acusando hasta su último suspiro la causa de su muerte: «La vergüenza de haber visto tantas cobardías.»

Lambrechts era el amigo político de Lanjuinais, la mas pura y obstinada de las almas republicanas en el senado: de Tracy, de Gregoire y de Garat, nombre mal colocado en un senado monárquico despues de haber presidido el suplicio de un rey. Barthelemy, sobrino de un escritor filósofo, que habia cerrado el siglo XVIII con el *Viaje de Anacarsis*, en la antigüedad republicana, presidia la sesion. Barthelemy, hombre inofensivo, atractivo por sus costumbres é irreprensible en lo pasado, habia sido el único negociador monárquico, cuyos talentos empleó la república. Sus misiones en Suiza ó en las conferencias para la paz de Basilea, le habian dejado en relaciones íntimas con la emigracion. El aprecio de todos los partidos le llevó al directorio, y la eleccion de Napoleon al senado. Era uno de esos hombres con que todos los partidos se honran, y cuya autoridad se compadecen en reconocer, cuando piensan con calma. Daba aquel dia al senado la apariencia de la imparcialidad y del patriotismo.

III. Lambrechts propuso al senado un senadoconsulto concebido en estos términos: «El senado declara á Napoleon Bonaparte y á su familia destituidos del trono: absuelve al pueblo y al ejército de su juramento de fidelidad.» Aquel senadoconsulto fué votado sin una sola protesta. Los miembros del senado mas adictos á Napoleon solo protestaron con su ausencia: otros se retiraron taciturnos y avergonzados despues de haber votado: acababan de rescatar su dignidad por medio de una cobardía. Aun cuando hubiesen estado convencidos de la necesidad de deponer á su creador, se debian á sí mismos el ejecutarlo con plena libertad. Votaban la destitucion de un amo, á una seña de otros amos, y dominados por su espada. La revolucion tuvo dias mas nefastos, pero no los tuvo tan ignominiosos.

IV. Pero la forma en que aquel senado abyecto votó su propia degradacion en la del emperador, escedió á la abyeccion del acto mismo. El senado redactó por su mano los motivos que le decidian á repudiar el imperio. Lambrechts fué el encargado de reunirlos en una acta de acusacion, de la que cada palabra echaba en cara á los senadores su sufrido servilismo.

En manos de Lambrechts y de los republicanos del senado, aquellos testos de acusacion eran legítimos. Era el talion de la libertad. Pero en boca de los desertores de toda libertad, y de los cómplices de la opresion, aquellas quejas no eran mas que los crímenes de la adversidad rechazados por los cobardes sobre el vencido, para descargar de ellos sus vidas.

V. Decian: «El senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional el monarca solo existe en virtud de la constitucion y del pacto social:

»Que Napoleon Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, habia dado á la nacion motivos para contar en lo porvenir con actos de sabiduría y de justicia, pero que en seguida ha roto el pacto que le unia al pueblo frances, especialmente levantando impuestos y estableciendo contribuciones, sin la formalidad prevenida por la ley, contra el tenor espreso del juramento que prestó á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 del acta de las constituciones de 28 floreal año XII:

»Que ha cometido ese atentado contra los derechos del pueblo, precisamente cuando acababa de prorogar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir como criminal un dictámen de aquel cuerpo, al que negaba su título y su parte en la representacion nacional:

»Que ha emprendido una serie de guerras, con violacion del artículo 50 del acta de las constituciones de 22 frimario año VIII, que exige que la declaracion de guerra sea preparada, discutida, decretada y promulgada como una ley:

»Que ha espedido inconstitucionalmente muchos decretos imponiendo la pena de muerte, especialmente dos de 5 de marzo último, tendiendo á hacer nacional una guerra, que solo era motivada por satisfacer su ambicion desmesurada:

»Que ha violado las leyes constitucionales con sus decretos sobre las prisiones de estado:

»Que ha reducido á la nada la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes, y destruido la independencia de los cuerpos judiciales:

»Considerando que la libertad de imprenta, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nacion, ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policía, y que al mismo tiempo se ha servido de la prensa para llenar á la Francia y á la Europa de hechos inventados, máximas falsas, doctrinas favorables al despotismo, y de ultrajes contra los gobiernos estranjeros:

»Que algunas actas y dictámenes del senado han sufrido alteraciones al tiempo de su publicacion:

»Considerando que en vez de reinar con la única mira del interés, de la felicidad y la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleon ha llevado hasta el colmo los males de la patria:

»Por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional le obligaba á aceptar, y que no comprometian el honor francés:

»Por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le han confiado en hombres y en dinero:

»Por dejar abandonados á los heridos sin curarlos, sin socorros y sin subsistencias:

«Por diferentes medidas cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblacion de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas:

»Considerando que por todas estas causas, el gobierno imperial establecido por el senadoconsulto de 28 floreal, año XII, ha cesado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses exige un órden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y que sea tambien la época de una reconciliacion solemne entre todos los estados de la gran familia europea;

»El senado declara y decreta lo siguiente:

»Napoleon Bonaparte queda destituido del trono, y abolido el derecho de herencia establecido en su familia:

»El pueblo francés y el ejército quedan absueltos del juramento de fidelidad prestado á Napoleon Bonaparte.»

VI. La opinion pública, antes que el senado, habia ya formulado aquellas maldiciones contra la tiranía: reconocia en todo el mundo, ménos en el senado, el derecho de proferirlas. Se aprovechó de la abyeccion de aquel cuerpo, pero le despreció. En toda la Francia se elevó un murmullo unánime de indignacion contra unos senadores que añadian á su facilidad en prosternarse ante el imperio, la complacencia de sus insultos contra el hombre que habian divinizado. El poco aprecio que inspiraba el senado, desapareció: ya no se oyó mas que un grito contra su pretension de servir de órgano á la patria, y de perpetuar su autoridad por medio de la bajeza. Mr. de Talleyrand y sus confidentes conocieron que se les habian anticipado: la Francia se les escapaba de entre las manos: queria que hablasen por ella voces mas independientes. Un corto número de miembros del cuerpo legislativo acudieron espontáneamente á Paris, se reunieron, y sin deliberacion ni anuncio alguno previo de nuevos crímenes, votaron la abolicion del reinado de Napoleon Bonaparte y de su familia. El crímen estaba á sus piés, era la Francia enmudecida por la esclavitud, estenuada por la falta de su sangre, conquistada y poseida por el estranjero. La Francia oyó con mas dignidad y aceptacion la voz justa y breve de sus legisladores, y contestó á ella con el grito casi unánime de *Abajo el tirano*. Este grito produjo en Paris escenas degradantes para la dignidad de un pueblo. Las pasiones realistas procuraron escitar las pasiones populares, para arrastrarlas á saturnales contra las imágenes del reinado caido. Mujeres jóvenes, hermosas, de alta posicion social, se prestaron á indignas ovaciones á la victoria contra su patria. Presentáronse en los paseos á pié y á caballo ofreciendo flores á los bárbaros.... Hombres de nombres ilustres trataron de mutilar los emblemas en que el emperador habia asociado su nombre al recuerdo de los triunfos de la Francia. Uno de ellos ató la estrella de la legion de honor á la cola de su caballo. Otros rodearon cuerdas á la estatua de Napoleon colocada sobre su columna de bronce conquistado, y se esforzaron en derribarla aunque infructuosamente. Mas tarde se avergonzaron, nó de su rencor, sino de aquellas demostraciones que confundian el odio á la tiranía con los insultos á la gloria militar de la patria. Sin embargo, en aquellos tumultos no se derramó ni una gota de sangre. Los realistas y los republicanos solo protestaron contra la dinastía del imperio, con la alegría de espelerla.

VII. El gobierno provisional nombró un ministerio temporal como él. Sus nombramientos, esceplo uno, fueron hábiles y populares. Mr. Henrion de Pausey, esplendor y honra de la magistratura francesa, fue electo ministro de la justicia. Esto era indicar que se administraria rectamente sin complacencias ni venganzas. Anciano que habia atravesado tres reinados y el terror sin complicidad y sin debilidad, Henrion de Pausey tenia los recuerdos borbónicos y la inteligencia de la revolucion. Nadie mas propio que aquel hombre apacible, firme é inalterable, para representar á la ley y reconciliar el antiguo trono con el nuevo suelo.

Mr. Malouet, antiguo miembro de las asambleas, tanto mas fiel á las opiniones constitucionales, cuanto que en él habian sido mas meditadas y moderadas, recibió la cartera de marina. Regresaba del destierro, fiel á los Borbones, pero sin reclamaciones ni compromisos con los amigos exagerados de aquella corte, bastante adicto á Luis XVIII para serle aceptable, y bastante independiente para colocar sus consejos entre la corte de la emigracion y él. El abate Luis, satélite de Mr. de Talleyrand desde el principio de la revolucion, hombre de la escuela de Mirabeau y de Raynal, iniciado en las cuestiones de credito público, de industria y de comercio, prudente en los negocios, resuelto y apasionado en los consejos políticos, encarnizado por teoría contra Napoleon y su régimen, obtuvo el ministerio de hacienda, y la mejoró.

Mr. Anglés, hombre nuevo, formado en la escuela administrativa del imperio, fué nombrado ministro de la policía. Desconocido para la opinion, ni la comunicaba recelos ni color.

Mr. de Beugnot, uno de esos hombres de circunstancias y de recursos que todo lo encuentran á la mano, fué llamado al ministerio de lo interior. Diputado en la asamblea legislativa de 1791, defensor intrépido del rey y de la constitucion contra los jacobinos, proscripto por ellos durante su dominacion, unido al imperio por reconocimiento y por funciones que hubieran comprometido en aquella causa á un carácter ménos lijero, hombre de una flexibilidad que le hacia capaz de igualar á la carrera todos los acontecimientos de una erudicion ática, de conversacion deslumbradora y de buen corazon, aunque muy deseoso de agradar, Mr. Beugnot gustaba á Mr. de Talleyrand por su docilidad, y debia tambien simpatizar con el futuro gobierno por su complacencia. Era una tradicion del imperio, útil para la ignorancia de los emigrados, y agradable para una dinastía antigua, pero nueva en los negocios.

Mr. de Laforet, antiguo diplomático de Napoleon en los Estados Unidos, en Viena y en España, manejado en todas aquellas misiones por Mr. de Talleyrand, recibió la cartera de negocios estranjeros. La diplomacia de la Francia invadida no le dejó mas actitud que la de la espectativa. Aguardaba á Mr. de Talleyrand y le indicaba á Luis XVIII.

Por último el ministerio de la guerra se confió al general Dupont. Este general valiente y capaz, pero desgraciado, no tenia mas título para un puesto tan importante en la decadencia é indecision del ejército, que su resentimiento contra el emperador. Acababa de salir de una prision de estado: se lavaba de una mancha militar para encargarse de la direccion del ejército y de su honor, que era lo que quedaba. El general Dupont, soldado é hijo de soldado, se habia distinguido cuando jóven en las guerras de la república, se engrandeció en las del imperio, y era uno de los primeros que marchaban por las huellas de los que sus servicios y su gloria conducian al rango de mariscales de Napoleon. En un dia lo perdió todo. Cercado en España por las tropas y por las milicias del pais, dió el primer ejemplo de un ejército que capitulaba en vez de vencer: Bailen enseñó á Napoleon que no solo podia ser vencido, sino humillado. Prefirió, pues, acusar de traicion ó de cobardía á su teniente. Dupont no habia sido traidor ni cobarde, sino muy inferior al acontecimiento. Acusado al regresar á Francia, Dupont aguardaba el fallo del juicio que habia ido á arrostrar, cuando Mr. de Talleyrand, buscando entre los generales del emperador un enemigo irreconciliable suyo, llamó á Dupont. El ejército murmuró de una eleccion que le parecia una venganza ó una ofensa. El nombre del general Dupont llegó á ser una recriminacion amarga de los bonapartistas contra los Borbones. Les parecia que la emigracion y la defeccion se unian contra ellos en un solo nombre. Aquel cargo era injusto, pero bastaba que fuese posible para que Mr. de Talleyrand le hubiera evitado al gobierno de Luis XVIII. El resentimiento le ofuscó. No buscaba servicios sino rencores: se equivocó. El nombre del general Dupont fué una prenda para el regreso de la isla de Elba.

VIII. Sin embargo, el movimiento de opinion que Mr. de Talleyrand queria simultáneamente provocar y contener, lo arrastraba todo en pos de sí, y hasta á él mismo gobierno. No se contiene una ruina á medias. No se infunde á un pueblo la paciencia de la diplomacia, cuando se hunde la tiranía que le oprimia, y se precipita en un gobierno nuevo. Mr. de Talleyrand lo aprendió por primera vez: en el corto intervalo de algunos meses, debia aprenderlo tambien otras varias. Habia desencadenado la esperanza, la pasion mas delirante de los pueblos. Bien pronto iba á dejarle atrás si no se decidia á seguirle. Hombre que nada tenia que negar al tiempo, Mr. de Talleyrand se dejó vencer y llevar á la restauracion con tanta presteza y tan lejos como la opinion lo exigia; comenzó á no tomarse interés por el senado. Ya habia conseguido de él lo que queria: ingratitud para unos, insurreccion para otros, la destitucion para todos. Dejó á los demás cuerpos constituidos del estado, que manifestasen libremente y á porfía su defeccion. Aquellos cuerpos rivalizaron con el consejo municipal en insultos á lo pasado, y en prosternacion para con el porvenir. Cada hora se vió brotar una defeccion, una acusacion, un ultraje al gobierno rechazado. Cada corporacion y cada personaje parecia que se apresuraban á ostentar su ingratitud, y á dar por la energía de sus injurias una prenda contra la vuelta de la servidumbre. El mismo gobierno provisional conoció que si no tomaba la palabra, no corresponderia á aquel entusiasmo de odio. Con estas palabras concitó al ejercito y á las poblaciones á que se pronunciasen contra Napoleon.

IX. «La Francia acaba de sacudir el yugo bajo el cual ha gemido con vosotros ya hace tantos años. Solo habeis combatido por la patria: si seguís las banderas del hombre que os conduce, peleareis contra ella. Mirad cuánto habeis sufrido con su tiranía: antes erais un millon de soldados, ¡casi todos han perecido!.... La paz está en vuestras manos;

¿la negareis á la Francia desconsolada?... ¿á la Francia que os llama y que os suplica?.... Os habla por su senado, por su capital, por sus desgracias. Sois sus mas nobles hijos y no podeis pertenecer al que la ha asolado, y la ha entregado sin medios de defensa. Ya no sois los soldados de Napoleon: el senado y la Francia entera os eximen de vuestros juramentos.»

Decia á la Francia:

«Al salir de las discordias civiles habiamos elegido por jefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caractéres de la grandeza. Cifrámos en él todas nuestras esperanzas, y han sido defraudadas. No ha sabido reinar conforme al interés nacional, ni tampoco como convenia á su despotismo. ¡Solo creia en la fuerza, y ella le abruma en el dia; justa recompensa de una ambicion insensata!... Por fin, esa tiranía ha cesado: las potencias aliadas acaban de entrar en la capital de la Francia: vienen á reconciliar con la Europa á un pueblo valiente y desgraciado.

»¡Franceses!... El senado ha declarado á Napoleon destituido del trono: la patria no está ya con él. Solo otro órden de cosas puede salvarla. Hemos conocido los escesos de la licencia popular y del poder absoluto: restablezcamos la antigua monarquía, poniendo límites con leyes sabias á los diversos poderes que la componen.

»¡Que al abrigo de un trono parternal vuelva á florecer la aniquilada agricultura!.. ¡que el comercio, lleno de trabas, recobre su libertad, que la juventud no sea arrancada del hogar paterno para empuñar las armas antes de tener fuerza para llevarlas, que el órden no sea interrumpido en la nacion, y que el anciano pueda esperar el morir entre sus hijos!...¡Franceses!... unámonos: la paz va á poner término á los trastornos de la Europa. La Francia descansará y se repondrá de sus largas agitaciones, y aleccionada por la doble prueba de la anarquía y del despotismo, encontrará la felicidad en un gobierno tutelar.»

X. Los aliados inquietos instaban á la Francia para que completase por sí misma su obra. Mr. de Talleyrand comenzaba á parecerles demasiado lento y mesurado en sus actos. Ninguna victoria podia tranquilizarles completamente mientras el emperador estuviese en piè. Tampoco él se conformaba con la suerte.

Sin duda alguna, la ocupacion de su capital por los ejércitos de la coalicion, la fuga de la regencia que no encontraba en su tránsito mas que aislamiento y compasion, el abandono del senado, la formacion de un gobierno provisional, el anuncio de la próxima llegada de los Borbones, la adhesion de un gran número de poblaciones y corporaciones constituidas á la destitucion, la revolucion borbónica completamente efectuada en Burdeos, el cansancio de sus generales, que parecia no aguardaban mas que una palabra suya para relevarles de la fidelidad á sus águilas; todos aquellos desastres, todos aquellos síntomas, todos aquellos insultos del destino le dejaban muy pocas esperanzas de levantarse y salir de su abatimiento en Fontainebleau. Pero todavía podia encontrar en la desesperacion una de esas resoluciones supremas, que hacen variar el desenlace de las cosas humanas, y que son la última palabra de las almas grandes. En ningun período de aquella larga campaña se habia encontrado quizá militarmente en una actitud tan amenazadora para sus enemigos: lo conocia muy bien.

XI. El emperador de Rusia, el rey de Prusia y el príncipe de Schwartzenberg habian obrado mas bien como hombres políticos que como tácticos, al precipitarse sobre París, mientras que un general como Napoleon maniobrase todavía á su espalda y por sus flancos. Mr. de Vitrolles y los agentes realistas que les habian dado aquel consejo atrevido, habian respondido temerariamente del resultado. Pero si París hubiese estado menos enervado y sido mas afecto al imperio, de lo que sus apasionados consejeros les habian pintado, la situacion de los aliados dentro de sus muros habria sido peor que la de el emperador en Fontainebleau. Aquellos príncipes y aquellos jefes, para ocupar y contener tan grande capital, se habian visto obligados á concentrar todas sus fuerzas. Un murmullo de vergüenza ó de cólera en aquella numerosa poblacion, un insulto de los Borbones á sus aguerridos habitantes, un conflicto entre los soldados y el pueblo, una gota de sangre francesa derramada en sus calles, un cañonazo del ejercito francés que se oyese resonar desde afuera, podian convertir á Paris en el lazo, la prision ó el sepulcro de los ejércitos. Ayudado Napoleon, solo por algunas horas, por la sublevacion de la capital, y por la insurreccion patriótica de las ciudades, pueblos y aldeas en los caminos que formaban su línea de retirada, podia lanzar sesenta mil hombres concentrados, descansados é irritados, en las calles de su capital, reconquistarla en un dia y sepultar en ella á sus vencedores. Todas las tropas de Mortier y de Marmont estaban á ocho leguas de Paris, de vanguardia á las dos orillas del Essonne, entre Fontainebleau y Paris. El ejército de Napoleon habia atravesado en seguimiento de los enemigos las llanuras de la Champaña, contaba cuarenta mil combatientes, y aquella guardia imperial que valia por un ejército. Aquellos sesenta mil hombres reunidos al pie de los muros de Fontainebleau, endurecidos por la adversidad, indiferentes al fuego, que despreciaban el número, llenos de confianza en sí mismos, y de fanatismo por su emperador, pedian á voces marchar sobre Paris, la venganza y el combate. Napoleon se presentaba todos los dias á sus tropas en el patio del palacio, leia su pensamiento en sus semblantes, acogia en su corazon sus aclamaciones, y cruzaban por su mente noche y dia pensamientos semejantes á los que fueron el fundamento de su grandeza. Al verse todavía tan amado de sus soldados, no podia creerse tan aborrecido del pueblo. La patria le parecia que aun se reasumia y palpitaba en él: soñaba su resurreccion en la de la Francia.

XII. Pero le era desconocido el poder de la opinion que tanto habia despreciado, ultrajado y perseguido. Entre el ejército y la patria, habia creado un abismo de opinion. La patria, cuyo nombre habia hecho olvidar por tanto tiempo absorviéndole en el suyo, habia llegado basta tal punto de resentimiento contra él, que de todos sus enemigos, era quizá al que mas temia. Abandonada y despreciada por él, su vuelta mas bien la parecia una esclavitud, que libertad. A fuerza de doblegarle habia roto en las almas el resorte del patriotismo. La opinion de la Francia era el mas temible de los ejércitos de la coalicion del mundo contra él. Lo conocia sin poderlo esplicar. Se asombraba de no tomar resoluciones enérgicas á vista de sus tropas, al contar sus soldados y al oir el grito de sus batallones. Queria marchar: cada noche daba órdenes para el movimiento decisivo del dia siguiente, y luego las revocaba, se agitaba y quedaba inmóvil. Sentia desmayar su resolucion y su voluntad é ignoraba la causa. El peso de la opinion le abrumaba.

XIII. Mr. de Talleyrand, los realistas que cada vez le rodeaban mas y mas, y aun los republicanos unidos en aquel momento á los realistas por la mancomunidad de odio, los diplomáticos, los generales estranjeros, el senado, el cuerpo legislativo, los jefes de la guardia nacional, y en fin los ciudadanos opulentos que temblaban por su ciudad, se estremecian del peligro que corria Paris si el emperador seguia los consejos de la estremidad y de la desesperacion. Influian con toda la energía de una capital alarmada en el ánimo de los mariscales y generales de Napoleon. Por medio de sus amigos, de sus mujeres, de sus familias, por el interés sagrado de la patria, por el interés mismo de su porvenir y de su fortuna, se esforzaban en irlos desprendiendo uno á uno de Napoleon. Mostrábanles la capital incendiada en la lucha, sacrificados sus parientes, saqueadas sus casas, maldecidos sus nombres, y su responsabilidad escrita con letras de sangre si preferian un hombre á la patria, y si por servir á los últimos favores de la ambicion de un proscripto del mundo, hacian traicion al juramento de los juramentos, al que todo ciudadano presta al nacer á sus conciudadanos. Napoleon ya no era á sus ojos y á los de la Francia casi entera, mas que un hombre frenético á quien era preciso quitar las armas de la mano, para que no las emplease en un parricidio.

Una opinion tan unánime, tan íntima, tan apasionada y tan patriótica en sus términos, manifestada en todas partes y á todas horas por boca de los amigos, de los padres, de las esposas y de los conciudadanos, no podia dejar de persuadir á generales, á quienes los reveses y el cansancio tenian ya convencidos. Ya no luchaban mas que por el honor de la patria y por no cubrirse con la ignominia del abandono. El camino espedito entre sus cuerpos de ejército y las puertas de París, la necesidad de volver á ver sus familias despues de largas campañas y de conferenciar con el gobierno provisional y con los generales aislados para la demarcacion de límites y para las condiciones del armisticio, les suministraban continuos pretestos para marchar á Paris. Habia una negociacion continua y secreta entre la capital y el ejército, negociacion independiente de la que el mismo emperador continuaba con Alejandro por medio de Caulaincourt y de sus mariscales. Una situacion tan apremiante no podia menos de romperse por cualquiera casualidad. Esta se hallaba en el corazon de uno de los compañeros de armas mas antiguos de Napoleon, fluctuando entre la desesperacion de dar los últimos golpes, y segun él golpes inútiles á la patria, y el sentimiento de que se creyese abandonaba á su jefe y bienhechor. Marmont tomó uno de esos partidos mistos que solo salvan la conciencia contaminando la fidelidad. La capitulacion de Paris, medida de prudencia bajo una apariencia de traicion, habia ya comprometido á Marmont.

XIV. Aunque aquel mariscal habia combatido el último y buscado la muerte en los arrabales de Paris, algunos de sus tenientes y de sus soldados, irritados de ceder la capital del imperio por un armisticio, prorumpieron contra él en el grito de traicion al replegarse al Essonne.

El general Chastel, que mandaba una parte de su caballería, combatiente intrépido, pero obcecado por un fanatismo soldadesco, apostrofó á Marmont con el epíteto de traidor. Marmont, cuya sangre habia lavado aquel dia el honor, respondió á aquel insulto amenazando al general Chastel con sujetarle á un juicio en cuanto el ejército no estuviese al frente del enemigo. Despues de aquella capitulacion, de la retirada y de las injustas sospechas de sus oficiales y soldados, Marmont, aunque sin haber incurrido en falta y sin remordimientos, no dejaba de hallarse embarazado con el ejército y con el emperador. El infortunio hace injustos. Napoleon podia hacerle cargo de no haber reservado á su fortuna las pocas horas que pedia de defensa para llegar antes que Alejandro á Paris. Aquel mariscal, ocupado con su cuerpo de ejército en Essonne, no se habia presentado aun á Napoleon en Fontainebleau. Sin duda temia una reprension en su mirada. Corrian los dias llevándose en pos de sí las resoluciones é irresoluciones del emperador. Cada uno de aquellos dias se llevaba tambien uno de los escrúpulos de fidelidad de sus generales.

XV. Ya hemos visto que Mr. de Caulaincourt, enviado sin cesar desde Fontainebleau á Paris y desde Paris á Fontainebleau, no habia conseguido su intento de hacer, primero, que entrasen en transacciones con Napoleon, y luego, que se reconociese la regencia. La dinastía estaba ya escluida. No quedaba, pues, mas que la persona del emperador y la suerte que le reservasen, intermedia entre el trono y la destitucion completa. Caulaincourt habia vuelto la noche del 2 á Fontainebleau, á referir á su amo aquellos tristes decretos de la victoria. Napoleon, que hasta entonces habia conservado la esperanza, se indignó contra semejantes determinaciones. Aguardó que rayase el alba, reunió sus tropas en los patios y jardines del palacio, montó á caballo rodeado de sus mariscales y ayudantes de campo, y poniéndose al frente de los batallones de su guardia leyó con voz irritada y sonora una proclama que acababa de escribir para sondear su resolucion.

«Soldados, el enemigo nos ha anticipado tres marchas y se ha apoderado de Paris. Es preciso arrojarle de él. Franceses indignos, emigrados á quienes hemos perdonado, han enarbolado la bandera blanca y se han unido á nuestros enemigos. ¡Cobardes!... ya recibirán el premio de este nuevo atentado. ¡Juremos vencer ó morir! ¡Juremos hacer respetar esa escarapela tricolor que hace veinte años marcha por el camino de la gloria y del honor!»

XVI. La voz de su emperador resonó en el corazon de los batallones y escuadrones. Cierta agitacion se esparció por las filas, moviéronse los sables, los semblantes palidecieron, temblaron los labios y contestaron con largas y sordas aclamaciones, como el mujido de la cólera que comienza á hervir en el pecho. «¡A Paris!... ¡á Paris!... gritaban los soldados; que nos lleve allí nuestro emperador.» Sus ojos parecian devorar de antemano la corta distancia que los separaba de los enemigos, y que sus sables barrian las calles de la capital restituida á la patria y á su emperador. Napoleon, mirando á sus mariscales y generales agrupados en derredor suyo, parecia, al mostrarles aquel entusiasmo inestinguible de la guerra, escitado por su presencia en el alma de sus soldados, reprenderles su cansancio y los síntomas de defeccion en algunos jefes. No dudando ya del arrojo con que le seguirian sus soldados, volvió á entrar en el palacio, acompañado hasta lo interior de sus habitaciones por aquel eco prolongado de fidelidad y adhesion de las tropas. Se paseó largo tiempo solo por su gabinete con paso entrecortado, haciendo señas con la mano y actitudes de reflexion y de arrebato que revelaban que su alma luchaba con un gran proyecto. Luego se sentó, tomó la pluma y escribió la órden de que el ejército rompiese al dia siguiente el movimiento sobre Paris, y que el cuartel general se trasladase desde Fontainebleau á Essonne. Era la señal de la batalla al pie de los muros de Paris, en la cual queria perder la vida ó reconquistar lo perdido.

XVII. Aquella resolucion se traslució por la noche en palacio é hizo estremecer al ejército de venganza y de alegría. Los jefes temblaron por Paris, por la Francia y por su propio porvenir. Ninguno de ellos tenia los mismos motivos que Napoleon para esponer el fruto de toda su vida y la responsabilidad de su nombre en un golpe desesperado. Caido el imperio, les quedaba su nombradía, sus grados, sus riquezas, su nobleza, la certidumbre de ser buscados, honrados y respetados por todo gobierno que tuviese en algo la gloria y los servicios hechos á la patria. Ninguno queria manchar su nombre con una traicion, pero tampoco queria ninguno secundar lo que ellos llamaban una locura. Les convenia pues impedir á toda costa el que el emperador pusiese su fidelidad á tan dura prueba, y que se diese una última batalla, en la que seguirle seria una temeridad, y abandonarle una cobardía.

XVIII. Apenas los jefes del ejército supieron la resolucion del emperador, cuando el mismo sentimiento suscitó en ellos el mismo murmullo, y se buscaron por el instinto de un pensamiento comun, para preguntarse unos á otros acerca de sus impresiones, y para cohonestar una resistencia, convenir en unas objeciones y consejos que hiciesen vacilar el ánimo del emperador. En el mismo palacio fué donde los mariscales y los jefes de los cuerpos se reunieron y encontraron con el mismo espíritu de oposicion al plan desesperado de Napoleon. Aquella oposicion por tan largo tiempo encubierta con las fórmulas de la adhesion y la prontitud de la obediencia, estallaba por fin en sus gestos, en sus miradas y en sus esclamaciones. Un pretesto honroso mitigaba, á su modo de ver, la dureza é inconveniencia de aquel paso. Aquel pretesto era el interés del ejército de que se titulaban representantes naturales, y por el que comenzaban á negociar sin mandato, con el gobierno provisional, por medio de persona de su confianza. Ninguno de aquellos guerreros dudaba que Napoleon habia concluido y que iba á comenzar un nuevo reinado. La disciplina militar, quitando al hombre de los campamentos el ejercicio de su propia voluntad, le quita, mas que en ninguna otra profesion, la energía de carácter en las vicisitudes de los acontecimientos. Al paso que les comunica la intrepidez personal, les priva de la constancia cívica. Nada se doblega tanto ni tan pronto al viento de las revoluciones, como los generales. Siguen la noble profesion de las armas, pero la ejercen con toda clase de amos. Pasan de una corte á otra, de un imperio á una monarquía y de esta á una república, nó como cortesanos, sino como servidores, espada de dos filos que se presta ó se da á el último que ciñe la corona. En sus filas debe buscarse el heroismo del valor, pero jamás el heroismo de la independencia.

XIX. Habituado Mr. de Talleyrand á tantos gobiernos y revoluciones palaciegas, habia calculado por la complacencia que aquellos hombres tenian con Napoleon en la prosperidad, la facilidad con que le abandonarian en su caida. Así pues hacia que el general Dupont y sus agentes de confianza los sondeasen, interrogasen y casi que entrasen en convenio con ellos. Mostrábales á Napoleon condenado ya en los consejos de la Europa, y rechazado de la Francia: les preguntaba si el ejército despues de haberle sacrificado tanta sangre, debia sacrificarse tambien sobre su tumba hasta el suicidio. Hacíales vislumbrar el reconocimiento del futuro soberano que recompensaria los servicios prestados á la Francia, ó que proscribiria en ellos á los verdugos é incendiarios de su capital.

Aquellas insinuaciones tenian acceso en sus corazones ulcerados por los reveses, y que necesitaban descargar sobre uno solo la responsabilidad, los resentimientos y lo odioso de la desgracia comun. Una gloria mal sonante se unia en la idea de algunos de aquellos mariscales á una rudeza de lenguaje y una franqueza brusca de oposicion, que les daba la apariencia de una independencia varonil. Pero su complicidad en el 18 brumario, su complacencia con el imperio, su afan durante diez años de satisfacer los caprichos de la tiranía, les quitaban el derecho de tan áspero patriotismo. Solo se murmura con dignidad de los escesos de un poder á quien se ha combatido. Los hombres de los campamentos de Napoleon no pensaron en separar su causa de la suya, hasta despues de su decadencia. Era justo para él, inicuo para ellos. Cuando se ha seguido hasta en sus últimas faltas á un amo que cae, no queda mas que una verdadera escusa á sus compañeros de fortuna, y es la de caer con él.

XX. El mariscal Oudinot, ese Bayardo de la república y del imperio, adicto al emperador, pero mas adicto al ejército de que era el modelo, fué uno de los primeros que se pronunciaron contra la locura de un jefe que no sabia enternecerse al ver las llagas de la patria, y que queria arrastrar los restos de su ambicion personal por entre las llamas y la sangre de la capital. Aquella esplosion de un corazon en que el patriotismo ahogaba la fidelidad, hizo brotar de la boca y del corazon de los demás mariscales y de los jefes de los cuerpos el descontento y la desesperacion de aquella situacion, manifestados mutuamente en voz baja ya hacia largo tiempo. La conviccion de un pensamiento comun multiplicó los cargos, y aumentó la audacia de todos. Cesaron pues de disfrazar sus secretos sentimientos, y comenzaron á hablar de su propósito de desobedecer, en voz bastante alta para que llegase á oidos del emperador, y para que la certeza de la resistencia que por primera vez iba á esperimentar, evitase á sus tenientes el dolor de resistirle cara á cara.

XXI. Durante aquella primera insurreccion, en los patios, jardines y salones del palacio, el emperador, encerrado con Caulaincourt, prorumpia en lamentos sobre su ruina, en acusaciones contra el emperador de Rusia, en otro tiempo su amigo, y entonces su ejecutor, en imprecaciones contra Talleyrand y el senado, y en desprecio, incredulidad é ironías contra los Borbones, dinastía pusilánime é incapaz, decia, de gobernar á aquel pueblo nuevo. Luego, recobrando su confianza y recordando á Caulaincourt los gritos del alma de su ejército que acababa

de oir: «Mañana, le decia, marcho con sesenta mil hombres á las puertas de París: mis bravos veteranos me reconocen todavía, y no reconocen mas que á mí. El estampido de mi cañon despertará á París. Se levantará detras de los rusos mientras yo los ataco de frente. La victoria es mia, y ella será mi juez. Si los franceses despues de su libertad me juzgan todavía digno del trono, me lo devolverán.» La noche trascurrió en estas ilusiones y conversaciones.

XXII. Sin embargo, aunque el emperador aparentaba conservar sus ilusiones en presencia de Caulaincourt, tenia dudas que no queria disipar acerca de la obediencia de los generales que estaban á sus órdenes. Dudar de que le obedeciesen en aquel momento, era reconocer la rebelion. Reconocerla y no castigarla, era subordinarse al capricho de sus tenientes. Retrocedia ante aquel ruidoso escándalo: se lisonjeaba de que la noche y la reflexion reducirian á aquellos generales á su deber. Delante del mismo Berthier, su jefe de estado mayor y su confidente, se abstuvo de manifestar la menor desconfianza en cuanto á la ejecucion de las órdenes que continuaba dictando. Durmió algunas horas, se vistió muy temprano, y se asomó al balcon para presenciar el movimiento que habia mandado á sus tropas. Pero sucediéronse las horas hasta el medio dia, sin que oyese en el campamento inmediato á Fontainebleau mas ruido que el de los toques de cajas acostumbrados en un ejército en reposo. Por todas partes continuaban reinando el vacío, la inmovilidad y el silencio. Todavía no podia creer en la primera desobediencia que esperimentaba por parte del ejército. No se atrevia á preguntar, temeroso de tener que ceder ó castigar. Fingia creer, y decia á Caulaincourt y á cuantos le rodeaban que los preparativos de marcha, los carruajes, forrajes y víveres para la manutencion del ejército, habian sin duda retardado hasta hora tan avanzada el movimiento de las columnas hácia Essonne. A medio dia los destacamentos ordinarios de la guardia de palacio maniobraron en el patio para la parada. La noticia de la abdicacion de Napoleon esparcida rápidamente durante la noche por sus mariscales, como para hacerle aquella intimacion indirecta del destino por medio de la voz pública, circuló por las filas y por el palacio. Aquellos rumores llegaron hasta Napoleon y le hicieron palidecer. Temia una interpelacion mas directa de los que en sus corazones apresuraban su caida. Las trágicas escenas del Bajo Imperio y del palacio de Paulo I le ocurrian á la imaginacion. Cedia interiormente á la necesidad, pero aparentó de nuevo el mando sin contradiccion y la confianza. Montó á caballo en medio de sus generales y pasó en silencio revista á los destacamentos. La tristeza, la duda y la compasion se notaban en los rostros de todos los soldados. En aquel momento, un ayudante de campo de Marmont llegó de Essonne á escape: echó pie á tierra, entregó los pliegos, y divulgó entre los grupos que le rodeaban la destitucion del emperador por el senado. Aquella noticia pasó de boca en boca al oido de los mariscales, y á las silenciosas filas de los soldados. Irritó á unos, consternó á otros, regocijó á algunos, y ofreció al mayor número una puerta para la ingratitud y la infidelidad. La revista fué taciturna y concluyó sin los gritos acostumbrados. Era evidente para Napoleon que sus órdenes habian sido despreciadas, y que ya miraban hácia Paris titubeando entre el senado y él. Echó pié á tierra pálido y pensativo al pié de la gran escalera interior, é hizo seña con la mano á los mariscales y generales, de que no queria ser acompañado hasta su habitacion. Sus tenientes se miraron, se animaron con la vista, y sin hacer caso de la seña, siguieron detrás de él como por su acostumbrado respeto: entraron en la antesala de su gabinete.

XXIII. Dejemos por un momento esta escena todavía muda, y veamos lo que pasaba en el ejército de Marmont, vanguardia y flanco izquierdo del de Napoleon.

El senado, como ya hemos dicho, se pronunciaba de hora en hora con mas audacia contra el imperio. Beurnonville enviaba mensaje sobre mensaje á Marmont, para desprender al ejército de un jefe rechazado por la victoria y por la voz de la nacion. El Emperador por su parte, al dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, fué á visitar á Marmont y las líneas de su ejército. En aquella visita llegaron á sus oidos los rumores de traicion, y las quejas sobre la prontitud de la capitulacion de París. Habia fingido no oir nada, y bien fuese completa confianza en una amistad de veinte años y en la confraternidad de tantos campos de batalla, ó bien un hábil disimulo para mantener en la obediencia cuerpos que una sola palabra podia enajenar, manifestó á Marmont su habitual semblante. Honró en él al valor desgraciado: distribuyó grados, elogios y condecoraciones á los oficiales. Esta última entrevista del emperador y de su antiguo ayudante de campo, parecia haber adherido mas que nunca á Marmont á cumplir con su deber. El mismo emperador procuró disipar las irritadas palabras que Chastel habia proferido contra el mariscal al atravesar por París, y las atribuyó á la cólera que la retirada produce en un corazon generoso. Recomendó á ambos generales que olvidasen sus resentimientos mutuos, y al mariscal que desistiese de la formacion de causa.

XXIV. Mas apenas el emperador habia dejado el ejército de Marmont, cuando se presentaron en el campo del mariscal, y penetraron hasta él, emisarios del ministro de la guerra, de Mr. de Talleyrand, de los realistas, y sobre todo de los republicanos. Es creible que el contristado ánimo del mariscal sufriria cada vez mas con unas pretensiones revestidas con los colores de un verdadero patriotismo, y que le colocaban en la terrible alternativa de faltar á la amistad de su antiguo jefe, ó su solicitud por su patria. Mientras fluctuaba de aquel modo Marmont, el príncipe de Schwartzenberg que mandaba las fuerzas coligadas al frente de Essonne, intimó al mariscal en nombre de la paz y del nuevo gobierno de su pais, que evitase una inútil efusion de sangre, y se colocase, decia, bajo la bandera de la causa verdaderamente francesa. El comandante de la guardia nacional de Paris, el general Dessoles, antiguo teniente de Moreau, justamente resentido contra el emperador, dirigió á Marmont las mismas súplicas, en nombre de sus conciudadanos de París, de sus vidas, de sus propiedades y de sus familias. Su adhesion al nuevo gobierno nacional lo arreglaria todo. La responsabilidad de la Francia pesaba toda entera en aquel momento en un solo hombre, árbitro entre el imperio todavía armado, y la nacion suplicante á los pies del general mas allegado á ella, por su capital y por su sangre.

XXV. El mariscal no se atrevió á cargar por sí solo con el peso de una decision, con que de antemano se sentia oprimido, y hundido ante el honor, el reconocimiento y la historia. Deliberar cuando el deber militar es obedecer, era ya faltar. Como militar se condenaba; como amigo, desgarraba su alma; como ciudadano de un pais cuya suerte estaba en sus manos, hacia tal vez uno de los esfuerzos sobrenaturales, que sacrifican un deber á otro, y un hombre á la salud pública. Sea como quiera, Marmont quiso una escusa, lo cual era confesar que iba á cometer una falta. Reunió en Essonne todos los generales y oficiales superiores de su ejército, y les consultó si deberian ó nó adherirse en nombre del ejército á las proposiciones de París, del gobierno provisional y de los aliados. La situacion debia ser bien apurada y estremada á fuerza de los acontecimientos y de la opinion nacional, cuando todos se pronunciaron por la adhesion. Solo se hizo una reserva exigida por los recuerdos y por la decencia misma del abandono, y fué que se garantizase la vida y la libertad del emperador. Marmont escribió al príncipe de Schwartzenberg una carta, en que se descubrian á un mismo tiempo la resolucion, el dolor y los remordimientos.

XXVI. «He recibido, decia, la carta que vuestra alteza me ha dispensado el honor de escribirme. La opinion pública ha sido siempre la regla de mi conducta. El ejército y el pueblo se hallan libres del juramento de fidelidad al emperador Napoleon por el decreto del senado. Me hallo dispuesto á coadyuvar una reconciliacion entre el ejército y el pueblo, porque debe evitarse toda eventualidad de guerra civil, y contenerse la efusion de sangre francesa. En su consecuencia, estoy pronto á dejar el ejército del emperador Napoleon, con las condiciones siguientes, cuya garantía os pido por escrito.

Art. 1.° »Las tropas que abandonaren las banderas de Napoleon, podrán retirarse libremente á la Normandía.

Art. 2.° »Si por consecuencia de este movimiento los acontecimientos de la guerra hiciesen caer en manos de las potencias aliadas la persona de Napoleon Bonaparte, le serán garantizadas la libertad y la vida, con un espacio de terreno á un pais circunscripto, á eleccion de las potencias aliadas y del gobierno francés.»

XXVII. Se ve, pues, que la defeccion conocia todas las eventualidades que preparaba. Sabia que entregaba á Napoleon, y que estipulaba de antemano las condiciones ambiguas de su cautiverio. Efectivamente, los términos del artículo segundo lo mismo podian aplicarse á una prision que á un imperio. La mejor prueba de que Marmont hablaba como los enemigos de su soberano, de su bienhechor y de su general, es que los aliados firmaron sus palabras, y aun las estendieron, concediéndole una soberanía en el ostracismo.

«No puedo espresaros suficientemente, contestó el generalísimo de las tropas estranjeras á Marmont, la satisfaccion que esperimento al saber que os habeis apresurado á aceptar la invitacion del gobierno provisional, colocándoos bajo la bandera de la causa francesa. Los distinguidos servicios que habeis prestado á vuestro pais son generalmente reconocidos. Los poneis el sello devolviendo á la patria los pocos valientes que han podido escapar de la ambicion de un solo hombre. Aprecio sobre todo la delicadeza del artículo relativo á la persona de Napoleon, que desde luego acepto. Nada caracteriza mas la generosidad natural de los franceses, y que os distingue particularmente.»

Los aliados disfrazaban de este modo á Marmont su propia falta, con el colorido de delicadeza y generosidad, mas indulgentes que lo era consigo mismo. Apenas firmó aquel convenio pareció arrepentirse, y querer rescatar lo que tenia de cruel para con su alma, por medio de esfuerzos concertados con otros mariscales, en favor de la regencia y del imperio para el hijo de su bienhechor. Pero volvamos á Fontainebleau.

LIBRO VIII.

Abdicacion de Napoleon.—Envia á Caulaincourt y Macdonald como plenipotenciarios á Paris.—Consejo de los mariscales y de los soberanos aliados el 4 de abril.—Desaprobacion de la regencia.—Defeccion del cuerpo de ejército de Marmont.—Cena de los generales y oficiales.—Marcha del sesto cuerpo entre las lineas enemigas.—Su sublevacion al llegar á Versalles.—Su marcha hácia Rambouillet.—Marmont corre á Versalles, contiene y apacigua el sesto cuerpo.—Oracion de Marmont á su regreso al palacio de Mr. de Talleyrand.—Orden del dia de Napoleon el 5 de abril.—Regreso de los plenipotenciarios á Fontainebleau.—Napoleon quiere volver á comenzar la guerra.—Renuncia á ello.—Marcha de Caulaincourt á Paris.

I. Al entrar el emperador en su habitacion, dió en alta voz la órden de trasladar el cuartel general á Ponthierry, en el camino de Essonne. Aquello era en su pensamiento una órden tácita de que los mariscales le siguiesen con sus cuerpos de ejército. No suponia que sus compañeros de armas le abandonarian en el último combate. No creia ya en su adhesion, pero todavía creia en su honor.

Sin embargo, los mariscales que le habian seguido hasta el último gabinete á donde parecia creer retirarse, formaban al frente de él un grupo de aspecto enigmático. Indecisos entre su respeto acostumbrado y una resolucion atrevida, sus fisonomías revelaban la ambigüedad de su papel. Prontos á inclinarse si el emperador comprendia su gesto significativo, estaban resueltos á exigir si se obstinaba en no comprender nada. El largo silencio que se prolongaba entre el emperador y sus tenientes era el diálogo mas trágico de aquella escena. Napoleon observaba la mirada de sus oficiales, que tambien examinaban la suya. Todos querian ser los últimos en espresarse acerca de la situacion; Napoleon estaba muy distante de tomar la iniciativa. Sus tenientes temblaban de verse obligados á pronunciarse los primeros. La vergüenza de esperar en vano, aumentada por el deseo de manifestarse, aumentó, hasta la cólera, la impaciencia de los jefes del ejército. Resueltos á obtener y renunciando á persuadir iban á estallar.

II. «Cuento con ustedes, caballeros,» dijo por fin Napoleon, que se les anticipó con una palabra, á la que siempre habian contestado. Aquella palabra exigia otra ó por lo menos algun signo. Los mariscales, en vez de retirarse respetuosamente, como solian, para ejecutar aquella órden, se acercaron mas, y con firme ademan manifestaron su resolucion de quedarse. Napoleon se turbó, pero se contuvo. El mariscal Ney á quien tantas espediciones daban derecho á tener alguna franqueza, dijo que ninguna espada saldria de la vaina, para ejecutar un pensamiento que seria un crimen inútil é insensato contra la patria. Napoleon le dirigió una mirada llena de indignacion. Era la primera verdad que oia despues de diez años; salia de la boca de uno de sus mas heroicos compañeros, y tenia el acento de la rebelion y la amargura del abandono. Se quedó consternado y desconcertado como en el 18 brumario en Saint-Cloud, con la voz y la actitud de los representantes. Era necesario para aquel hombre, que se interpusiese un ejército entre la verdad y él: no combatia á la audacia cuerpo á cuerpo.

III. Sus tenientes Ney, Oudinot y Lefebvre apoyaron con palabras enérgicas y algo bruscas la indomable voluntad del mariscal. El semblante, el tono, el gesto, los brazos, el ademan imperioso de los oficiales, el sordo murmullo, la mirada amenazadora, las medias palabras mal contenidas en los labios, el movimiento de piés y el ruido de los sables, indicaban á Napoleon que recurririan á los mayores estremos, y que el terror que por largo tiempo habia inspirado se convertiria por fin contra él. Sin embargo, trató de recobrar su fuerza moral: levantó la cabeza que le habian hecho inclinar tan duras reprensiones, y despidiendo de nuevo á sus tenientes con un gesto: «A lo menos el ejército me seguirá, dijo con amarga sonrisa.»

—«El ejército, respondieron con mayor vehemencia los mariscales, obedecerá á sus generales.» Aquello equivalia á dirigir contra su pecho la espada que habia puesto en sus manos. Napoleon se sintió desarmado: no le quedaba mas recurso que hacer frente al último ultraje de sus compañeros de gloria, abriéndose paso por entre el grupo que le rodeaba, lanzándose á la galería que daba al patio para llamar á sus granaderos que acudiesen á vengar á su emperador. Pero allí, como en Saint-Cloud, le faltaron el movimiento, la voz y el ánimo. Cruzó los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza, pareció reflexionar largo tiempo en silencio, compuso su fisonomía para ocultar la humillacion, y con el tono de un hombre que recibe con gusto un consejo de sus amigos en vez de someterse á su voluntad por la fuerza: «Pues bien, les dijo, ¿qué os parece que debo hacer?....

—«Abdicar, contestaron con voz áspera y unánime los mariscales que se hallaban mas próximos á él.»

«Sí, no hay para vos, para nosotros y para la patria mas salida ni salvacion, que vuestra abdicacion,» repitieron los demás.

«Y hé ahí lo que habeis ganado con no seguir los consejos de vuestros amigos, cuando os invitaban á hacer la paz,» dijo el mariscal Lefebvre.

Un murmullo de aprobacion hizo conocer á Napoleon, que ya no habia esperanza ni aun escusa para aquellos corazones. Escuchó, pero aparentó no oir las palabras que abren los abismos del alma, cerrados por largo tiempo. Vió que los resentimientos de la nacion desbordaban hasta en los labios de sus últimos servidores. Ninguna compasion le manifestaba la ingratitud: la defeccion tomaba el acento del patriotismo. Las almas vulgares que mas se doblegan en tiempo de prosperidad, se erguien y vuelven insolentes en el infortunio. La rudeza militar se engalana entonces con los atavíos de la franqueza, tardía casi siempre, y que suele ser la venganza de un largo servilismo. No la escasearon á Napoleon: en algunos minutos oyó todas aquellas voces que habian estado subyugadas con la adulacion. Merecia aquel suplicio de la opinion que tanto habia oprimido: ¿pero debia acaso esperarle de mano de los suyos?...

IV. Se resignó, nó por la fuerza de los consejos, sino por la del destino que le desarmaba. «Pues bien, dijo, voy á entregaros mi abdicacion; dejadme un momento de aislamiento para redactarla.» Los mariscales se retiraron hácia la puerta del estrecho gabinete, sin perder de vista al emperador. Se sentó junto á una mesita cubierta con un tapete de paño verde, tomó una pluma, reflexionó un instante, y escribió con lentitud, como pesando las palabras y con temblorosa mano, la abdicacion concebida en los términos siguientes:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas, que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz de Europa, el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara que se halla pronto á descender del trono, dejar la Francia y aun la vida por el bien de la patria, inseparable de los derechos de su hijo, de los de la regencia de la emperatriz, y de la conservacion de las leyes del imperio.

»Hecha en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814.

NAPOLEON.»

V. «Tomad, señores, dijo á los mariscales que fueron acercándose, tomad, ¿estais contentos?...»

Sus tenientes recibieron la abdicacion de sus manos, la leyeron y se inclinaron satisfechos. Aquella abdicacion era el rescate de la patria, y su tratado personal con la Europa. Las condiciones que parecia unir á ella el emperador, les inquietaban muy poco. No se negocia sin espada y sin corona. Tenian su juramento y su libertad en la mano, y estaban decididos á no devolvérsela.

VI. En cuanto á él, aunque la escena que acababa de representarse no le dejaba ninguna ilusion con respecto á la adhesion de la ambicion al poder, aparentó creer todavía en ella, ya para lisonjearse á sí mismo, ya para cubrir con una apariencia de dignidad y de independencia la violencia que acababa de sufrir y que no queria confesar, ó bien para lisonjearlos honrándoles.

«Señores, les dijo con voz que se esforzó en hacerla tranquila y marcial, ahora es necesario ir á París á defender los intereses de mi hijo, los intereses del ejército y los de la Francia. Nombro por mis comisionados al duque de Vicenza (Caulaincourt), al mariscal príncipe de la Moskowa y al mariscal duque de Ragusa. ¿Os convienen estos hombres?... ¿Os parece que vuestros intereses se hallan en buenas manos?...»

Los generales hicieron una señal de asentimiento.

VII. Napoleon que se habia mantenido de pié en una agitacion nerviosa, desde el momento en que alargó la acta de abdicacion á sus compañeros de armas, no pudo resistir por mas tiempo al desfallecimiento que suele seguir á un violento sacudimiento de ánimo: se sentó en un canapé y procuró cobrar aliento: poniéndose luego las manos en la frente, pareció quedarse absorto en una ansiedad suprema. No se oia en el silencioso gabinete lleno de sol, mas que el penoso ruido de su respiracion. Los mariscales padecian con aquella agonía de una ambicion moribunda, pero la creian al fin vencida: se equivocaban. Aquella languidez de Napoleon encubria la última astucia de su pasion al imperio. Levantóse como poseido de un repentino arrepentimiento, y dirigiéndose hácia sus generales como para recoger y desgarrar su resignacion escrita: «¡Nó, nó esclamó, nada de regencia. Con solo mi guardia y el ejército de Marmont, estaré mañana en París.» Un grito unánime de los generales protestó con indignacion contra aquel cambio de voluntad que creian haber subyugado. El mariscal Ney le habló con la enérgica resolucion de un soldado, que no escasea la dureza á la demencia. Napoleon no pudo ya contener los ímpetus de su desesperacion ni soportar por mas tiempo la presencia de unos hombres que acababan de arrancarle hasta el respeto de sí mismo: «Retiraos» les dijo con voz de trueno. Salieron bajando la vista, y recomendándose el silencio en cuanto á la violencia de la abdicacion. Se llevaban el imperio. El emperador les importaba ya muy poco.

VIII. Apenas salieron los mariscales, Napoleon revocó otra vez su abdicacion, y llamando á Caulaincourt se la entregó como el último instrumento, con que negociase con los aliados para obtener en compensacion la regencia y el reinado de su hijo. Su corazon comprimido largo tiempo por la presencia de sus tenientes, delante de los cuales no se atrevia á manifestar su cólera, y se ruborizaba de dejar traslucir su debilidad, estalló por fin: «¡Ingratos! repitió muchas veces, ¡ingratos!... todo me lo deben y no han guardado siquiera la hora de abandonarme con decoro. ¡Menos cruel me hubiera sido caer á manos de mis enemigos, pero á impulso de las de mis amigos!... ¡Ingratos... ¡yo les he hecho lo que son: yo les he dado ese ejército que amenazan volver contra mí!...»

Y decia la verdad en cuanto á algunos hombres nuevos del ejército, pero nó con respecto á los veteranos de la república. Se habian formado un nombre antes que él, le habian gastado en su servicio, y algunos le habian empañado con su servilismo. Napoleon y ellos podian dirigirse mutuamente cargos: ellos de haberlos plegado á su tiranía: y él, de haber aceptado la complicidad y sus frutos, y de no acordarse de que eran libres hasta el dia en que estaba vencido.

IX. Se arrojó en los brazos de Caulaincourt, y lloró un momento sobre su corazon. Este no tenia mas porvenir que el de Napoleon. Aunque se habia lavado de la complicidad directa que pesaba sobre él en el asesinato del último de l s Condé, sabia que aquel recuerdo pesaba sobre su nombre y le perseguiria como una calumnia ó como una venganza en el reinado de los Borbones. El imperio no era únicamente su fidelidad, era su asilo. Se adheria á su último resto tanto como el mismo emperador. Los otros no estaban comprometidos mas que en las victorias y derrotas de Napoleon: Caulaincourt lo estaba en sus espiaciones. Pero la amistad de Alejandro que cultivó en sus numerosas misiones al lado de aquel príncipe, le hacia esperar todavía una transaccion para el emperador y proteccion para él.

Napoleon le ordenó que volviese á marchar, y nombró á Marmont y á Ney negociadores agregados cerca de los soberanos aliados. Acababa de esperimentar la dureza de Ney, pero le suponia aplacado con la abdicacion. En cuanto á Marmont, ignoraba todavía la promesa de defeccion que habia puesto en manos del príncipe de Schwartzenberg.

X. Caulaincourt, mas desconfiado porque estaba mas instruido, representó al emperador que la ausencia de Marmont de Fontainebleau retardaria quizá la accion de la negociacion, y que seria preferible nombrar á Macdonald. Maret, duque de Bassano, seguia á Napoleon en sus campamentos como secretario de estado. Tenia sobre el emperador el ascendiente que dan la presencia, la familiaridad y la costumbre: fué pues llamado y consultado. Maret, hombre de honor, no dudaba del de los demás: indicó á Macdonald y fue llamado.

Era un noble de familia irlandesa, cuyos padres habian seguido á Jacobo II á Francia. Por sus venas circulaba la sangre de la fidelidad. Sin embargo las revoluciones, como á todos los soldados, le habian conducido á servir causas diversas, pero sobre todo era fiel á su espada. Militar antes de la revolucion, general durante las guerras de la república, sirvió á las órdenes de Moreau en Alemania, de Pichegrú en Holanda, y de Championet en Nápoles, é hizo ilustre su nombre con la gloriosa retirada del Trebia, equivalente á una victoria. El 18 brumario, como todos los generales que se encontraban en París, se prestó á ayudar á Bonaparte para sorprender á la república. Napoleon le empleó, ascendió y condecoró, pero con desconfianza y reserva. Macdonald no databa de sí solo: temia en aquel teniente á un hombre que se acordaba mucho de Moreau. Macdonald le desengañó en la hora de la prueba. Aunque aquel general aconsejó la abdicacion la víspera, y aunque por la mañana formó parte del grupo de oficiales que pedian imperiosamente el cetro á Napoleon, habló con el miramiento que inspira el infortunio á los corazones generosos, y con esa independencia de los acontecimientos que da la nobleza del alma. El menos favorecido de los mariscales era el que se manifestaba mas fiel. Dado el consejo, ofreció su espada y su intervencion al emperador hasta el último estremo: Napoleon se enterneció. Habia encontrado su último amigo, en donde creia hallar el juez mas severo. Mandó llamar á Macdonald, y con cierta efusion le confió la suerte de sus últimas esperanzas, y el porvenir de su hijo. «Me he conducido mal con vos, le dijo el emperador, ¿os acordais?...—Nó, dijo Macdonald, yo no me acuerdo mas que de vuestra confianza.» El emperador estrechó la mano al soldado, y los ojos de ambos derramaron lágrimas.

XI. Los plenipotenciarios Caulaincourt, Ney y Macdonald dejaron al emperador solo y abismado en su humillacion y su dolor. Subieron en un coche y corrieron hácia París.

Algunas horas despues eran introducidos en la habitacion de Alejandro; no dudaban que aquel príncipe, convencido de los peligros de una última lucha con Napoleon, y secretamente animado contra los Borbones, se inclinase á la regencia de la emperatriz. Los negociadores se habian agregado al mariscal Marmont con quien se unieron en su campo de Essonne. Marmont comenzaba á arrepentirse de su defeccion demasiado completa, cuyo secreto todavía no se habia transpirado. Sus tropas, al mando de sus oficiales, no habian comenzado aun su movimiento hácia la Normandía. Aquel mariscal no se atrevia á confesar á sus compañeros de armas que habia tratado sin ellos. Esperaba rescindir su convenio con Schwartzenberg, ó por lo menos diferir su ejecucion hasta que Alejandro consintiese en la regencia. La casualidad completó la comenzada defeccion, y cerró la puerta á la fidelidad de aquel mariscal.

XII. Caulaincourt, cuya familiaridad con Alejandro era ya antigua, se presentó á aquel príncipe antes que los mariscales. Alejandro aparentó haber titubeado y sido arrastrado á su pesar á una liga universal contra la dinastía de Napoleon. Refirió á Caulaincourt las exigencias de Mr. de Talleyrand, del abate Luis, del abate de Pradt y del abate de Montesquieu, cuatro antiguos miembros del clero, versados en su política y las intrigas, como los eunucos de las cortes bizantinas. Le reveló la defeccion de Marmont y de su estado mayor; le confió que el general Souham que mandaba el ejército de Essonne en ausencia del mariscal, quizá á la hora en que hablaba, habia dejado ya desarmado y descubierto á Napoleon abandonando sus posiciones. Napoleon sin soldados, no era un hombre cuyo temor pudiese hacer inclinar el peso de la regencia en el consejo de los aliados. No era ya mas que un prisionero cuyas condiciones de cautiverio se le iban á dictar. Alejandro con el gracioso disimulo del carácter griego, que tanto se nota en la raza eslava, fingió al espresarse de aquel modo tanto pesar y dolor, como si todavía fuese amigo de Napoleon. Consolaba al mismo tiempo que heria: con cada palabra infundia y quitaba las esperanzas. Caulaincourt consternado creia todavía en la eficacia y el poder de la presencia de los mariscales sobre su alma: fueron pues introducidos.

XIII. El emperador de Rusia, el rey de Prusia, los generales, los diplomáticos estranjeros, los miembros del gobierno provisional y los principales agentes de Mr. de Talleyrand, los de los realistas y el general Beurnonville, asistian á aquella sesion en que iba á decidirse por última vez é irrevocablemente la cuestion del trono. Caulaincourt entregó á los soberanos el acta condicional de abdicacion. El rey de Prusia, poseido del recuerdo de la batalla de Jena, y de la venganza de una mujer adorada, cuya vida habia roto Napoleon, tomó la palabra. Dijo á los enviados de Napoleon, que ya habia pasado la hora de las transacciones; que la Francia se pronunciaba con una irresistible autoridad de opinion, contra la tiranía hereditaria del jefe que habia abusado de

ella, y que pedia sus antiguos reyes por conducto del senado y por la voz del pueblo.

Macdonald defendió con respetuosa y tranquila energía la causa de Napoleon. «Entrega el imperio por rescate del trono de su hijo, dijo; devuelve la paz al universo, y á este precio deja su espada y su título. La sangre que todavía correria por Europa, si llevase hasta el estremo la resistencia, ya no pesaria sobre el. Los soberanos que se han armado nó por la causa de tal ó cual familia coronada, sino para restituir la independencia y la paz á la humanidad, ¿pueden sin contradecirse hacer correr tales riesgos á los ejércitos y las poblaciones, por un destronamiento que no ha sido el objeto de su liga? El ejército situado aun entre París y Fontainebleau es todavía fiel y numeroso. A la voz de Napoleon, daria la mas terrible y lamentable de las batallas. ¿Conviene reducir al primer soldado del mundo á ese estado de desesperacion?»

XIV. Tales fueron las palabras de Macdonald; mas cuando dijo que el ejército estaba pronto á seguir á su general se asomó á los labios de los concurrentes una sonrisa de incredulidad que no comprendió: un cuchicheo enigmático inquietó á Macdonald y Ney. Abrióse la puerta y entró Marmont. Entonces, aunque tarde, iba de buena fé á unirse con sus compañeros de armas para interceder por la regencia, avergonzándose de ser menos leal y adicto que Macdonald y Ney, que debian mucho menos que él al emperador. Fué recibido por Mr. de Talleyrand, por los afiliados del gobierno provisional y por los generales aliados con demostraciones de cordialidad y de júbilo que desde luego le captaban la palabra. En las fisonomías se veia la revelacion de relaciones anteriores. En el ánimo del consejo, Marmont estaba ya separado de la causa del imperio. Los que la defendian palidecieron al ver la acogida y la familiaridad de los aliados. Sin embargo, no sospechaban mas que una parte de la verdad. Marmont la ignoraba enteramente. Su ejército, en cuyo nombre iba á negociar, ya no existia. Durante su ausencia, sus generales intimados por Schwartzenberg, y acosados por los emisarios de París, habian ejecutado el convenio, atravesado las líneas del príncipe de Schwartzenberg con el arma al brazo, y replegádose hácia Versalles, mas presurosos que su jefe por poner entre el emperador y ellos á París y los ejércitos estranjeros. Aquel movimiento equivalia á una capitulacion. El cuerpo de ejército de Marmont quedaba cercado por las líneas enemigas. El ejército de Napoleon quedaba sin cabeza, flanco ni línea. No era mas que un puñado de valientes, cercados y al descubierto por todas partes, en derredor del último palacio de su soberano.

XV. En el momento en que Marmont se disponia á tomar la palabra para rivalizar en aparente lealtad é intercesion con sus colegas, recibió un pliego el emperador Alejandro que abrió al momento. Era del generalísimo austriaco. Anunciaba el movimiento del ejército de Essonne: Alejandro leyó en alta voz: Marmont, que no habia mandado nada, quedó confundido. Caulaincourt, Macdonald y Ney enmudecieron. Mientras abogaban, la suerte ó la traicion habia juzgado. Un silencio de júbilo en unos, de consternacion en otros, de vergüenza en estos y de asombro en todos, reinó por largo rato en el consejo. Ya no habia que negociar, no quedaba mas que implorar. Caulaincourt y los mariscales salieron.

XVI. Trataron de consolar su fidelidad y su dolor. Beurnonville, antiguo compañero de armas de Macdonald en las guerras de la república, se adelantó hácia aquel mariscal y le alargó la mano: «No me hableis, gritó Macdonald, me habeis hecho olvidar en un dia una amistad de treinta años. Luego dirigiéndose al general Dupont, ministro de la guerra: En cuanto á vos, dijo, teniais el derecho de aborrecer al emperador; habia sido injusto con vos: ¿pero desde cuándo se venga en la patria una injuria personal?...»

Acercándose Mr. de Talleyrand al grupo de los mariscales, cuya voz resonaba con el acento de la indignacion y de la desesperacion, les rogó que bajasen la voz y recordasen que no estaban en su casa sino en la del emperador Alejandro. Macdonald le contestó con la energía de la desesperacion y del desprecio. Marmont, golpeandose la frente con ambas manos, deploraba la precipitacion de sus generales que habian obrado sin órden suya: «Daria un brazo, esclamaba, por reparar la falta de mis generales.—Decid mas bien el crimen, replicó Macdonald, y sus cabezas no le espiarán.»

XVII. La desesperacion de Marmont, aunque tardía, no era fingida. A pesar del culpable convenio de Essonne, nada tenia aun resuelto definitivamente. Se habia propuesto no ejecutarle hasta mas adelante, despues que las conferencias de París hubiesen asegurado la dignidad de su actitud, la seguridad del ejército y las condiciones personales del emperador. Pero el primer paso por la pendiente de la traicion arrastra al fondo de la ruina. He aquí los acontecimientos que Marmont no habia previsto y que pasaron durante su ausencia.

Irritado Napoleon con la violencia que acababan de hacerle sus tenientes arrancándole la abdicacion, en cuanto salieron habia vuelto á pensar en la lucha. Envió al campo de Marmont al coronel Gourgand, oficial de órdenes, jóven, y que le era adicto con todo el entusiasmo de su edad y de su corazon. Gourgand debia llevar aquel mariscal á Fontainebleau. Napoleon esperaba encontrar en él mas constancia y adhesion á sus desesperadas resoluciones, que en sus demás tenientes. Con Marmont y su guardia podia hacer frente á los jefes sublevados de los otros cuerpos, entregarles al resentimiento de los soldados, nombrar otros, volver á tomar el mando, marchar sobre París, y cambiar ó modificar la fortuna. Gourgand no encontró ya á Marmont en Essonne, porque habia marchado á París. El enviado del emperador se asombró de que un jefe de cuerpo al frente del enemigo abandonase su puesto. El coronel Fabvier, ayudante de campo de Marmont, dijo que por el ejército habia circulado ya el rumor de la abdicacion del emperador, segun cartas recibidas de los puestos avanzados, y que cada uno de los generales de division comenzaba á pensar en sí. El coronel Fabvier, fiel á su deber é incapaz de faltar al honor, corrió á buscar al mariscal, cuyo regreso estaba ya esperando: al paso encargó la mayor vigilancia y valor á los puestos avanzados. Gourgand prosiguió su mision, y desde allí fue á buscar á Mortier é invitarle á una entrevista nocturna en Fontainebleau con Napoleon, para concertar un gran movimiento sin noticia de los mariscales desafectos. Berthier, jefe de estado mayor del emperador, no viendo volver á Gourgand, envió un ordenanza al campo de Essonne, previniendo á Marmont que se presentase inmediatamente á recibir órdenes del emperador.

XVIII. Aquella nueva invitacion á Marmont, coincidiendo con el rumor siempre creciente de la abdicacion, y con la marcha de los mariscales, cuyos motivos se ignoraban, pero cuyo descontento era bien conocido, hizo creer al estado mayor de Marmont, que el emperador queria protestar por medio de una insensata renovacion de hostilidades, contra la voluntad de los jefes del ejército y los intereses de la patria. A la inquietud sucedieron la indignacion y la sublevacion. En ausencia del mariscal, se reunieron los generales Bordesoulle, Compans, Digeon, Ledru, Desessarts y Meynadier para comunicarse sus aprensiones, y se decidieron á tomar por sí un partido supremo para desarmar al emperador, y quitarle la posibilidad de derramar inútilmente la sangre de la Francia y de sus soldados. Cada uno de aquellos generales convino en reunir sus oficiales en su mesa al anochecer, y arrastrarles por medio de la conviccion ó de la disciplina, á ejecutar el movimiento que debia dejar abandonado á Napoleon. Los entretuvieron en efecto hasta media noche, como á convidados á quienes se queria obsequiar con un opíparo banquete, y cuando los coroneles trataron de retirarse para ocupar cada uno su puesto, los generales les anunciaron que el emperador habia resuelto el movimiento sobre París, y que era necesario dejar el sitio al ejército de Fontainebleau que le seguia y colocarse á vanguardia en el camino de Versalles. Toman los soldados las armas á los gritos de *¡Viva el Emperador!* y una desesperada impaciencia de venganza señala la última fidelidad de aquel cuerpo. La caballería, á las órdenes del general Bordesoulle, marcha en la oscuridad hácia París.

XIX. El coronel Fabvier, ayudante de campo de Marmont, que volvia de los puestos avanzados, encontró las columnas en marcha; maravillado hace preguntas y no puede comprender un movimiento que el general no habia mandado. Los soldados no pueden contestarle: llega por fin á los generales, que se estaban calentando en la lumbre del vivac, junto al rio Essonne, mientras las columnas desfilaban por el puente, y preguntó al general Souham la causa de un movimiento nocturno que precipitaba á las tropas en las líneas enemigas. Souham le contestó que no acostumbraba á responder de sus actos á sus inferiores. Mas como Fabvier insistiese respetuosamente: «Vuestro mariscal, le dijo Souham, se ha puesto á cubierto en París: yo no quiero pagar con mi cabeza la responsabilidad que nos ha dejado.» El general Compans se unió á Fabvier para aconsejar fuertemente la suspension de un movimiento que siempre habria tiempo de ejecutar, si se sabia que el emperador queria comprometer y sacrificar sus últimos soldados. Souham permaneció inflexible: «Nó, nó, dijo, el pié está ya levantado, y es preciso dar el paso.» El ejército continuó la marcha.

XX. La vanguardia se asombró de no encontrar ningun enemigo: la oscuridad de la noche la ocultaba las llanuras á orillas del camino. A lo lejos se oia por intervalos un rumor inesplicable. Los soldados creian que eran las columnas de derecha é izquierda de Fontainebleau que marchaban de frente con ellos. El alba les hizo descubrir las baterías, batallones y escuadrones del ejército ruso, formados en batalla á los dos lados del camino. Hacia tres horas que marchaban por entre aquellas dos filas invencibles, prontas á volverse á cerrar detras de ellos. Gran-

de fué la indignacion; mas como la vuelta era imposible, el ejército contuvo hasta Versalles su grito de furor. Solo la retaguardia, mandada por el general Chastel, reconoció el lazo á la claridad de la aurora, antes de pasar el puente de Essonne. Se detuvo y fortificó aceleradamente aquel paso para proteger al menos al emperador. En Corbeil el general Lucotte se negó á seguir al ejército de Marmont y juró morir en su puesto.

XXI. Apenas llegó á Versalles, el general Bordesoulle escribió á Marmont esplicándole los motivos que habian decidido á sus generales á emprender sin sus órdenes un movimiento que estaban resueltos á suspender hasta su regreso de Paris. En su carta se felicitaba de la unanimidad de las tropas en seguir el impulso que las habia dado. Pero mientras Bordesoulle escribia, repuestos los soldados de su asombro y esparcidos por la poblacion y las aldeas inmediatas, se agrupaban, se preguntaban, se indignaban y acusaban á sus generales del crímen de una desercion que deshonraba á aquel cuerpo, y prorumpian en aclamaciones al emperador y en imprecaciones contra los generales. El coronel Ordener reunió en su alojamiento á los demás coroneles, recibió de ellos el mando por insurreccion, y haciendo montar los regimientos á caballo, los dirigia hácia Rambouillet para marchar á Fontainebleau. La infantería, la artillería y toda la caballería tomaron espontáneamente las armas, formaron, desoyendo la voz de sus generales, y se precipitaron en pos de Ordener para volver al lado de su emperador. La ciudad, los caminos y los bosques resonaban con sus aclamaciones y gritos de furor; desesperacion de una indomable fidelidad al vencido.

XXII. Informado el gobierno provisional de aquella rebelion, y temeroso de que se estendiese á los demás cuerpos y á las poblaciones, suplicó á Marmont que arrostrase el furor de su ejército y le redujese á su deber. El mariscal corrió como á una muerte cierta, pero que al menos seria el desenlace de su falta y de la ambigüedad de su situacion. Montó uno de sus caballos mas veloces y se precipitó en seguimiento de Ordener por el camino de Rambouillet. «Deteneos, gritó al coronel, volved mis tropas á Versalles, ú os hago prender y juzgar por usurpacion de mando.—Os desafío á que lo hagais, contestó el coronel: vuestras tropas ya no lo son; no hay ley militar que las condene á obedecer á la traicion, y aun cuando la hubiese, estos soldados no son tan cobardes que la ejecutasen.»

Las voces desentonadas de los dos generales, la agitacion del grupo en medio del cual se interpelaban, y el alto que suspendió la marcha de las columnas, atrajeron en derredor de Marmont á los oficiales y soldados. Marmont, de cuya fidelidad sospechaban, pero en quien apreciaban el valor, y cuya voz reconocian, desgarra su uniforme, les muestra las cicatrices de sus heridas, les recuerda sus proezas sobre los mismos campos de batalla, se justifica de una órden que no ha dado, pero les ruega que se pronuncien entre la insurreccion y él, y les asegura que el movimiento de la noche anterior no ofrece ningun peligro para sus hermanos de armas y para el emperador por hallarse ya firmada la paz. Les pide la muerte antes que el oprobio de abandonar á su general. Los soldados mas próximos se conmueven á su voz, se arrepienten de su indisciplina, abandonan á Ordener, gritan *¡Viva Marmont!* convencen á los demás y vuelven á emprender detrás de él el camino de su acantonamiento. Marmont los arenga, los pasa revista, los pone á las órdenes de sus generales y vuelve triunfante á Paris.

Mr. de Talleyrand, los ministros y los soberanos aliados le abrazaron y colmaron de elogios: por segunda vez, dijeron, há salvado la sangre de la capital. Rodeado, servido, enlazado al fin de un banquete en casa de Mr. de Talleyrand, Marmont debió conocer en el entusiasmo de los enemigos de su amo la triste realidad de su defeccion.

XXIII. Mientras con tanta presteza pasaban aquellos acontecimientos en Paris y Versalles durante el corto intervalo de una mañana y una noche, el emperador, solo en Fontainebleau, aguardaba en vano á Marmont y Mortier, las dos últimas esperanzas de su fortuna. En vez de aquellos dos mariscales cuya fidelidad queria tantear todavía para atraerse á los demás, recibió por un despacho confidencial de Caulaincourt la copia del convenio secreto entre Marmont y los aliados. Una hora despues Gourgand y Chastel acudieron á participarle la defeccion nocturna de todo el ejército de Essonne. En aquel mismo momento recibió las actas y proclamas injuriosas del senado: se abatió de nuevo, pero volvió á reanimarse. Aunque abatido quiso competir al menos en recriminaciones é invectivas con aquel senado servil, que solo recobraba la voz contra el vencido; se encerró en su gabinete y escribió al ejército la siguiente órden del dia:

«Fontainebleau 5 de abril de 1814.

XXIV. »El emperador da las gracias al ejército por la adhesion que le manifiesta, y principalmente porque reconoce que la Francia está en él y nó en el pueblo de Paris. El soldado sigue la fortuna y la desgracia de su general, su honor y su religion. El duque de Ragusa no ha inspirado ese sentimiento á sus compañeros de armas: se ha pasado á los aliados. El emperador no puede aprobar la condicion con que ha dado ese paso: no puede aceptar la vida ni la libertad por la merced de un súbdito.

»El senado se ha permitido disponer del gobierno francés: ha olvidado que debe al emperador el poder de que ahora abusa; que el emperador es quien ha salvado á una parte de sus miembros de la borrasca de la revolucion, y quien ha sacado á otra de la oscuridad y la ha protegido contra el odio de la nacion.

»El senado se funda en los artículos de la constitucion para derribarle: no se avergüenza de hacer cargos al emperador, sin observar que como primer cuerpo del estado ha tenido parte en todos los acontecimientos. Ha ido tan lejos, que se ha atrevido á acusar al emperador de haber alterado sus actas al tiempo de publicarlas. El mundo entero sabe que no tenia necesidad de semejantes artificios. Una seña era una órden para el senado, que siempre hacia mas de lo que se le exigia. El emperador siempre ha sido accesible á las observaciones de sus ministros, y en estas circunstancias esperaba de ellos la justificacion mas indefinida de las medidas que habia adoptado. Si han mezclado el entusiasmo en los mensajes y discursos públicos, el emperador ha sido engañado. Pero los que han usado ese lenguaje deben atribuirse á sí mismos las consecuencias de sus lisonjas.

»El senado no se ruboriza de hablar de libelos públicos contra los gobiernos estranjeros: ¿olvida que fueron redactados en su seno?... Mientras la fortuna asistió á su soberano, esos hombres se mantuvieron fieles, y ninguna queja profirieron contra los abusos del poder. Si el emperador hubiese despreciado á los hombres como le atribuyen, el mundo reconoceria ahora que tuvo razones para despreciarlos. Habia recibido su dignidad de Dios y de la nacion, y solo ellos podian quitársela: siempre la consideró como una carga, y cuando la aceptó fué con la conviccion de que solo él podia llevarla dignamente.

»La felicidad de la Francia parecia consistir en el destino del emperador: ahora que la fortuna se ha decidido contra él, solo la voluntad de la nacion podia persuadirle á que permaneciese mas tiempo sobre el trono. Si debe considerarse como el único obstáculo para la paz, hace con gusto este último sacrificio á la Francia. En su consecuencia ha enviado al príncipe de la Moskowa y á los duques de Vicenza y de Tarento á Paris para entablar la negociacion. El ejército puede estar seguro de que su honor jamás se hallará en contradiccion con la felicidad de la Francia.»

XXV. Aquella alocucion á sus tropas envolvia todavía un llamamiento á la compasion, bajo la apariencia de una resignacion forzosa del imperio. A medida que la esperanza se le escapaba, se encarnizaba cada vez mas. Un carruaje cuyo ruido sonaba por el patio, llegó á desvanecer su ilusion. Se asomó al balcon para ver bajar á Caulaincourt, Macdonald y Ney, que le traian la última resolucion de sus enemigos. Su fisonomía le revelaba la tristeza é inflexibilidad del destino. Caulaincourt y Macdonald templaban la impresion por la muda compasion de su actitud. El mariscal Ney, aunque leal, llevaba retratada en sus facciones la dureza de una resolucion con que ya no debe disputarse: ya no luchaba consigo mismo. Cansado antes de dejar á Fontainebleau de una oposicion vana entre el emperador y el destino, su permanencia y sus conversaciones en Paris le habian predispuesto á no guardar consideraciones con aquella obstinacion de reinar. Le parecia la obstinacion de un hombre contra la salvacion de la patria. Dulce en un principio, obediente todavía, pero intrépido siempre, mas cansado al fin, concluyó por irritarse. Toda su adhesion pasada se convertia en cólera. No sabia disimular: sus ojos, su voz, sus piés, su gesto, sus palabras le descubrian.

XXVI. Ney, antes de presentarse al emperador, se ha preparado contra la debilidad y la adhesion, comprometiéndose con los Borbones por un acto precipitado é irrevocable. «Llegué á Paris ayer, escribió á Mr. de Talleyrand, con el duque de Tarento y el duque de Vicenza, con plenos poderes para defender cerca del emperador Alejandro los intereses de la dinastía del emperador Napoleon. Un acontecimiento imprevisto suspendió de repente las negociaciones, que parecian prometer los mas felices resultados, y desde entonces ví que para evitar á nuestra querida patria los espantosos males de una guerra civil, no quedaba á los franceses mas recurso que abrazar la causa de sus antiguos reyes: penetrado de esta verdad esta noche me he presentado al emperador Napoleon para manifestarle los votos de la nacion. Espero que mañana por la mañana me entregue él mismo el acta formal y

auténtica de su abdicacion: en el momento tendré el honor de ir á visitar á vuestra alteza serenísima.

Fontainebleau 5 de abril á las 11 ½ de la noche.»

XXVII. El lenguaje de Ney al emperador fué conforme al estado de su alma. Desde la primera palabra le quitó toda esperanza, como hombre que ni quiere discutir, ni enternecerse, ni dejar padecer á su víctima. «Pues bien, dijo el emperador, ahora la situacion es despejada. Ni para el ejército, ni para mí hay ilusion posible, ni tampoco para vosotros, añadió mirando á los dos mariscales. Se nos exige una capitulacion sin condiciones; ¿consentirá en ella el ejército? por lo que á mí hace ; jamás!...» Y enumeró las fuerzas diseminadas que podia reunir, y de las que le era mas fácil disponer : veinte y cinco mil hombres en Fontainebleau, veinte mil en Lyon á las órdenes de Augereau, otros tantos a las del príncipe Eugenio en Italia, el ejército de Suchet en Cataluña y el de Soult en Tolosa; en todo ciento cincuenta mil combatientes con el emperador á su cabeza, y la Francia insurreccionada.... Esto era mas que suficiente para disputar las cláusulas de una abdicacion. Y disputándolas con las eventualidades de la guerra, ¿no era quizá bastante para reconquistar el imperio y el honor?

En vano Macdonald y Caulaincourt procuraron obtener por la dulzura y la persuasion, lo que Ney habia querido arrancar con la brutalidad de su franqueza: en toda aquella larga noche no fué posible vencer la obstinacion de Napoleon. Combatia por su posteridad, fingia haber sacrificado lo presente, pero se aferraba en el porvenir. Su hijo, su nombre y su raza sobre el trono, equivalia á recobrar todo su pasado despues de haberlo perdido. La ansiedad de su alma llenaba el palacio de incertidumbre, turbulencia y traiciones. Todos fluctuaban en derredor suyo, como fluctuaba él mismo.

XXVIII. Caulaincourt se quedó solo con el emperador despues que marcharon los dos mariscales. La noche se pasó en quejas del destino y de los hombres. La ambicion jamás los encuentra fieles cuando no la siguen hasta el suicidio. Sus actitudes eran unas verdaderas convulsiones. Se sentaba, se levantaba, se paseaba, volvia á sentarse y hablaba á solas ó con Caulaincourt. Luego de repente, arrojando con el pié la silla en que apoyaba sus fatigadas piernas, se dirigia á los mapas que tenia estendidos, y marcaba en ellos el plan de campaña que le quedaba en la otra mitad de la Francia.

«¡Creen que la traicion de algunos cobardes es la última palabra de la Francia!» decia á Caulaincourt señalándole el curso del Sena, del Loira y del Ródano. «Nó, nó, la nacion no ha ratificado su traicion: yo llamaré al pueblo á mí: ¡imprudentes! ¿No saben que un hombre como yo no cesa de ser terrible hasta que se halla tendido en el féretro? Mañana, en una hora, al salir el sol, puedo, con un solo movimiento, deshacer todas esas tramas que urden en derredor mio.... Seguidme con la vista, Caulaincourt. Reuno en Lyon ciento cincuenta mil hombres que me quedan: pronuncio la palabra libertad que ahora resuena contra mí; escribo en mis águilas independencia y patria... Si los jefes del ejército están cansados, que reposen en la ignominia: en las charreteras de estambre encontraré nuevos mariscales y nuevos príncipes. Sus uniformes, llenos de oro, les han hecho olvidar el capote azul del soldado. Era su mas hermoso título: condecoraré á otros.»

XXIX. Mandó á Caulaincourt que tomase la pluma y escribiese á Ney y Macdonald, que acababan de marchar á Paris, libres por fin de sus juramentos y poco dispuestos á renovarlos. Caulaincourt tambien, apurada, nó su adhesion, sino su paciencia, se negó á ello, replicó y le rogó que reflexionase. «Nó, esclamó Napoleon, todo está pensado, ya no me queda la eleccion de partido. Los aliados han rechazado el sacrificio personal que queria hacerle dos dias ha. Pues bien, á mi vez retiro la abdicacion. ¡Que sea juez la espada! ¡Que corra la sangre! ¡Que caiga sobre los cobardes que han querido la humillacion del pais!»

Conociendo despues que se estraviaba pensando en cosas pasadas que no podia volver á recuperar, dejó caer la pluma en manos de Caulaincourt. Pareció ceder á la necesidad, se enterneció y aun suplicó: «Somos muy desgraciados, dijo al único espectador de sus perplejidades, ¡vos y yo somos muy desgraciados! ¡Ya lo sé! ¡ya lo sé! Id á descansar un poco, amigo mio, ¡yo no puedo hacerlo! ya volvereis.... Puede ser que la noche me ilumine.»

XXX. Caulaincourt se retiró para volver al punto que el emperador le llamase. Pero ya los palaciegos mas íntimos y los compañeros mas antiguos de Napoleon se disponian á marchar para no volver. La fortuna desaparecia del antiguo palacio de Francisco I y se presentaba en Paris con la aurora de otro reinado. Temian no llegar á tiempo. La sospecha de una fidelidad demasiado prolongada, podia llegar á ser el crimen de toda la vida y la condenacion de una ambicion que no querian abdicar con el emperador. Era evidente que Napoleon habia llegado á ser el enemigo público, el gran culpable sobre quien iban á descargar todas las quejas y todas las desgracias, y el gran proscripto de la Europa y de la Francia. Temblaban verse confundidos en aquel ostracismo. Los mariscales, escepto Macdonald, daban el ejemplo. Cuando la espada se doblaba, ¿cómo habia de resistir aquel resto de corte?... No es en los salones de los palacios en donde se templan las almas y se endurece el carácter. Solo buscaban un pretesto para revestir de cierto decoro la desercion. Napoleon se negaba á darle por su persistencia y su vacilacion. La impaciencia del abandono se convertia en cólera contra la obstinacion del amo. Los patios, los salones, las galerías y hasta la antesala del gabinete del emperador estaban llenos de grupos de sus oficiales, dignatarios y servidores, que censuraban en alta voz con severidad y hasta con desprecio su obstinacion en reinar. El ruido se oia hasta lo mas retirado de la habitacion de Napoleon. La voz de la censura se iba elevando á medida que las horas demolian los últimos restos de su situacion. Se veia obligado á abrir de cuando en cuando la puerta para prevenir con su voz alternativamente severa é imperiosa á su chambelan de servicio que impusiese silencio á aquella algarabía de la desafeccion. Hasta las mismas confianzas que tenia con sus cortesanos mas íntimos acerca de sus reveses y de sus pensamientos, eran referidas al instante en las conversaciones de palacio, y acrecentaban el descontento ó el temor. Todos procuraban comunicarse mutuamente sus proyectos de fuga para que la ingratitud personal se confundiese con la general. Ya no se avergonzaban de confesar en voz alta el abandono. Unos alegaban la inutilidad de su presencia en un palacio convertido en cuartel, y que iba á llegar á ser una prision: otros la necesidad de ir á proteger en Paris las madres, las mujeres y los hijos que se alarmaban con su aislamiento: estos enseñaban cartas de Mr. de Talleyrand y de senadores, y aquellos se acordaban de que sus nombres pertenecian antes que todo á la antigua monarquía, y no querian que á su entrada en las Tullerías notasen su ausencia; todos tenian intereses, deberes de familia y respetos de situacion, mas poderosos y sagrados que la inútil obstinacion de rodear á un soldado caido: algunos, por último, tenian complicidades que hacerse perdonar por su presteza en hacer traicion, prenda de nuevas fidelidades que ofrecer á un poder naciente. A la puerta de todas las salas, en las galerías, en las escaleras y en los patios se hacian preparativos de marcha sin el menor disimulo: la mayor parte se iban sin despedirse. A cada instante el ruido de un carruaje que rodaba por el enlosado del patio, anunciaba un abandono mas. Por la mañana el palacio estaba casi vacío: hasta los criados del emperador habian desaparecido. Cuando llamaba á un dignatario de su corte, á un oficial de su estado mayor ó alguno de su servidumbre interior, le contestaban que se habia ausentado. A cada uno de aquellos síntomas de cobardía y de fingida é interesada adhesion, se notaban en su semblante una amarga sonrisa y una impasibilidad desdeñosa. Parecia que con aquellos golpes se justificaba consigo mismo del desprecio que siempre habia profesado á los hombres: aquel desprecio le justificaba tambien de su propia degradacion. No habia amado nada; todo lo habia profanado; ¿podia contar con un corazon ó con una virtud? No encontró ninguna, ni aun entre los antiguos servidores domésticos, á quienes la familiaridad y el contínuo trato suelen adherir mas á la persona que á la grandeza. Richard habia tenido á Blondel, Luis XVI á Clery, pero Napoleon no tuvo ni aun á su mameluco. Su corte todo lo habia pervertido. Solo los soldados, los oficiales de menos graduacion, y menos allegados á su favor, se manifestaron fieles hasta la última hora: los campamentos al menos habian protegido el honor: el interés habia corrompido las cortes.

XXXI. ¡Que concluya! era por la mañana el grito general de cuantos le rodeaban. Cuando se supo que queria volver á llamar á Macdonald y Ney para romper la negociacion y retirar su palabra, la murmuracion subió hasta la insolencia y el ultraje. Las paredes de aquel palacio de sus fiestas no habian repetido tantas adulaciones en el tiempo de su gloria, como imprecaciones oian el dia de su caida. Temian, y con razon, no tener tiempo para capitular con los Borbones. Los ejércitos aliados, libres del temor de una batalla al pié de los muros de Paris por la defeccion de Marmont, que habia tambien dejado descubierto á Mortier, y por la adhesion sucesiva de los generales y cuerpos separados del emperador, habian maniobrado con libertad para cercar enteramente á Napoleon en su último asilo. Las avenidas de Fontainebleau estaban cerradas por todas partes. Los rusos se estendian desde enfrente de Paris hasta Melun y Montereau: otro ejército de Alejandro guardaba á Essonne y el paso de aquel rio. Los caminos de Chartres y de Orleans estaban interceptados por cuerpos numerosos. Todo el pais entre el Sena, el Marne, el Yonne y el Loira estaba ocupado por el grande ejército austríaco que habia seguido la retirada de las tropas francesas sobre Paris.

El debil ejército de Augereau, espulsado de Lyon y rechazado al Franco-Condado, no podia ni aun molestar la retaguardia de los austriacos. El espacio iba estrechándose en derredor del que habia devorado el mundo. Doscientos mil hombres, dispuestos ya hacia dos dias y dos noches en columnas de ataque, iban por fin á caer sobre los ultimos restos de la guardia de Napoleon.

XXXII. Sabedor de la resolucion de los aliados y de sus maniobras mandó llamar á Caulaincourt. Ya fuese sincera su demostracion de energia, ó ya quisiese aparentar que solo cedia á consejos amigos, manifestó la resolucion de desprenderse de aquel cordon de enemigos, haciendo una salida al frente de sus treinta mil hombres. Caulaincourt le hizo presente los grandes peligros que podian correr la patria, el ejercito y aun el mismo. «¡Peligros! ... esclamó Napoleon, ¿creeis que los temo?.... ¡Mi vida es una carga muy pesada de que quisiera librarme!.... No suportare largo tiempo una vida inútil y sin objeto. Pero antes de comprometer la de los demás, quiero interrogarles, quiero saber qué opinan de este partido estremo. Decid á los mariscales y generales que aun permanecen aquí, que se presenten. Quiero saber por fin si mi causa es la suya, y si la causa de mi familia no es la de la Francia. Me decidire segun su dictámen.»

XXXIII. Aquella opinion le era ya bastante conocida por las escenas decisivas de las dos primeras abdicaciones, y por la soledad que reinaba en derredor suyo. Era evidente que solo buscaba un pretesto para resignarse y aparentar que sus compañeros de armas habian ejercido una coaccion moral sobre su voluntad. Tomaba prendas ante la posteridad y ante la Francia: queria que pudiese decirse, y decir tambien él mismo algun dia: «Quiso, podia combatir y vencer todavía, pero ellos no quisieron. El trono y la patria fueron entregados por ellos, nó por mí.» ¿Cómo, á no haber sido así, un general tan consumado hubiera esperado á verse reducido á veinte y cinco mil hombres, abandonado por sus tenientes, y cercado en un bosque por doscientos mil hombres prontos á atacarle? La historia no debe aceptar como verdades el fingimiento del orgullo reducido á la estremidad. La verdad en semejante materia se halla en los actos, nó en las palabras. Los actos de Napoleon en Fontainebleau desde el primer dia, indican con evidencia el pensamiento de negociar, nó el de combatir. Sus resoluciones mas bien son actitudes de negociador, que maniobras de general ya antiguo.

XXXIV. Berthier, hasta entonces fiel, pero cansado, entró con los mariscales y los jefes de los cuerpos. En sus semblantes se hallaba retratada la tristeza y el embarazo. La palabra ya se habia pronunciado tres dias antes: no querian repetirla, sino que la repitiesen las cosas mismas. Berthier, con palabras breves y oficiales, confirmó los peligros crecientes é insuperables de la situacion. «Fontainebleau quedará completamente cercado dentro de algunas horas.—Lo sé, contestó el emperador como si le incomodase la verdad: no se trata ahora de enemigos, sino de vos y de mí. He ofrecido mi abdicacion, pero en la actualidad quieren que abdique por mi familia. ¡Quieren que yo mismo despoje á mi esposa, á mi hijo..... á todos vosotros con mi familia! ¿Lo consentireis? ¿Puedo atravesar esas líneas que me cercan, recorrer la Francia y sacarla de su letargo? ¿Puedo llegar á los Alpes, reunirme con Augereau, llamar á Soult y Suchet, alcanzar á Eugenio en Lombardía, pasar á Italia y fundar allí con vosotros un nuevo imperio, un nuevo trono y nuevas fortunas para mis compañeros, hasta que el grito de la Francia nos vuelva á llamar? ... ¿Me seguireis?....

XXXV. Los semblantes le habian contestado ya de antemano; las voces unánimes le respondieron que aquello era llevar la guerra civil de provincia en provincia por toda la Francia, y atraer los ejércitos de Europa compuestos de millones de hombres, hasta el último asilo de la independencia del pais; que la patria, ya bastante desgraciada, se convertiria en campo de batalla y de asolacion universal. Que no podia haber gloria en donde faltaba el patriotismo; que los conquistadores de la Europa no podian concluir como aventureros de la edad media, yendo á buscar tronos estranjeros despues de haber abdicado el del universo.

El emperador irritado, ó fingiendolo al menos, pidió que le dejasen solo para reflexionar.

En cuanto salieron los mariscales: «¡Qué hombres!..... dijo á Caulaincourt sentándose en frente de sus cartas. ¡Qué hombres! ¡No tienen ni corazon ni entrañas!... Mas bien soy vencido por el egoismo y la ingratitud de mis hermanos de armas, que por la fortuna. ¡Todo está consumado! Marchad y confirmad las dos abdicaciones.»

Caulaincourt partió tercera vez para Paris. Ya no quedaba mas que estipular para Napoleon y su familia condiciones mas ó menos generosas que los soberanos aliados concedian á aquella capitulacion del mundo.

LIBRO IX.

Tratado de Fontainebleau del 11 de abril.—Regreso de Caulaincourt y de Macdonald. — Napoleon se niega á firmar el tratado- — Rumores de envenenamiento.—Ratificacion del tratado.—Vida de Napoleon en Fontainebleau.—Viaje de Maria Luisa.—Su permanencia en Blois.— Lucha de Maria Luisa con los hermanos de Napoleon.—Su partida de Blois el 16 de abril.—Regresa á casa de su padre.—Ultimos dias de Napoleon en Fontainebleau.—Despedida y alocucion del emperador á su guardia.—Juicio acerca de Napoleon.

I. Los pensamientos y las revoluciones se acumulaban y cruzaban en la mente de Napoleon entregado á sí mismo. Apenas marchó Caulaincourt, cuando el emperador, por medio de un ayudante que hizo le siguiese á Paris, le escribió: «Volved; traedme mi abdicacion, estoy vencido, soy prisionero de guerra, cedo á la suerte de las armas, nada de tratado, un simple convenio debe ser suficiente.»

Por la noche, otro emisario llevó á Caulaincourt la órden de suspender toda negociacion.

Despues en otro tercer mensaje, le decia: «Os prevengo me traigais la abdicion. En todo caso, nada de estipulacion de dinero. Eso es humillante.» Siete correos en veinte y cuatro horas acosaron al negociador de Napoleon con órdenes y contraórdenes de aquella especie. Se arrepentia de haber abdicado: habia prestado su consentimiento para su destitucion y la de su familia. Preferia la condicion de vencido y la deposicion por las armas estranjeras, á un tratado y la deposicion voluntaria. Mas tarde podia acriminarse lo uno, y no protestarse contra el otro. Tenia razon entonces para quejarse en cuanto á sus proyectos futuros. Mas, como todos los hombres indecisos, solo él tenia la culpa: habia firmado dos veces su propia condenacion.

II. Su negociador en Paris y los mariscales que le ayudaban no escuchaban ya aquellas tergiversaciones de su pensamiento. Continuaban, por interés suyo, negociando para él y su familia las condiciones mas dignas de su pasada grandeza y de su seguridad futura. Su honor estaba interesado en que aquellas condiciones estuviesen al nivel del hombre cuya vida y honor habian garantizado al abandonar sus banderas. El dia 11 fue firmado el tratado en Paris por las potencias: en él se aseguraba á Napoleon una posicion intermedia entre la condicion de los reyes y la privada. Demasiado grande, si no era mas que un soldado; demasiado estrecha y amenazadora, si todavia era un monarca. Concesion al terror de su nombre ó imprudencia de la magnanimidad de Alejandro. Diocleciano, despues del imperio, no quiso mas que un jardin en Iliria, y Carlos V un convento en Estremadura. La sangre de la Francia y de la Europa borró bien pronto el tratado.

Hele aquí: hizo una pausa en el destino de Napoleon y en las calamidades de la Francia.

III. TRATADO DE FONTAINEBLEAU DEL 11 DE ABRIL DE 1814.

» S. M. el emperador Napoleon por una parte, y SS. MM. el emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, el emperador de todas las Rusias y el rey de Prusia, tanto en su nombre como en el de todos los aliados por otra; habiendo nombrado por sus plenipotenciarios, á saber: S. M. el emperador Napoleon á los señores Armando Augusto Luis de Caulaincourt, duque de Vicenza, su caballerizo mayor, senador ministro de relaciones esteriores, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de Leopoldo de Austria, de San Andres, de San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia y otras muchas: Miguel Ney, duque de Elchingen y mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, caballero de la Corona de Hierro y de la órden de Cristo: Jacobo Estéban Alejandro Macdonald, duque de Tarento, mariscal del imperio, gran águila de la Legion de Honor, y caballero de la Corona de Hierro.

»Y S. M. el emperador de Austria, el señor Clemente Winebourg-Sachsenhausen, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden real de San Estéban, gran águila de la Legion de Honor, caballero de las órdenes de San Andrés, San Alejandro Newsky, de Santa Ana de Rusia, del Águila Negra y del Águila Roja de Prusia, gran cruz de la órden de

ia de San José de Wurtzburgo, caballero de la órden de San Juan de Jerusalen y de otras muchas, canciller de la órden de María Teresa, curador de la Academia Imperial de S. M. I. y R. apostólica, y su ministro de estado, de conferencias y negocios estranjeros.

En el tratado con la Rusia están los títulos del baron de Nesselrode, y en el tratado con la Prusia los del baron de Hardeuberg.)

»Los plenipotenciarios arriba nombrados, despues de proceder á cangear sus respectivos plenos poderes, han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1.° »S. M. el emperador Napoleon renuncia para sí y sus susesores y descendientes, como tambien para cada uno de los miembros de su familia, á todo derecho de soberanía y de dominacion, tanto sobre el imperio francés y el reino de Italia, como sobre todo cualquiera otro pais.

Art. 2.° »SS. MM. el emperador Napoleon y la emperatriz María Luisa conservarán sus títulos y cualidades durante su vida.

»La madre, hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas del emperador conservarán igualmente donde quiera que se encuentren, los títulos de príncipes de su familia.

Art. 3.° »La isla de Elba, adoptada por S. M. el emperador Napoleon para lugar de su residencia, formará durante su vida un principado separado, que poseerá en propiedad y soberanía.

Art. 4.° »Todas las potencias se obligan á emplear sus buenos oficios para hacer que los berberiscos respeten el pabellon y el territorio de la isla de Elba, y para que en sus relaciones con los berberiscos sea asimilada á la Francia.

Art. 5.° »Los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, se darán en propiedad y soberanía á S. M. la emperatriz María Luisa.

»Pasarán á su hijo y su descendencia por línea directa: el príncipe su hijo tomará desde este momento el título de príncipe de Parma, Plasencia y Guastalla.

Art. 6.° »En los paises que Napoleon renuncie para sí y su familia se reservarán patrimonios ó rentas sobre el gran libro de Francia, que produzcan una renta anual líquida de 2.500,000 francos, deducidas todas las cargas. Estos patrimonios ó rentas pertenecerán en propiedad, para que dispongan de ellas como mejor les parezca, á los príncipes y princesas de su familia, y se repartirán entre ellos de modo que la renta de cada uno esté en la proporcion siguiente:

»A la señora madre, 300.000 francos.
»Al rey José y á la reina, 500.000 fr.
»Al rey Luis, 200,000 fr.
»A la reina Hortensia y su hijos, 400.000 fr.
»Al rey Jerónimo y á la reina, 500.000 fr.
»A la princesa Elisa, 300,000 fr.
»A la princesa Paulina, 300,000 fr.

»Los príncipes y princesas de la familia del emperador Napoleon conservarán ademas todos los bienes muebles é inmuebles, de cualquiera naturaleza que sean, que posean por título particular, y especialmente las rentas que disfrutan como particulares, sobre el gran libro de Francia ó el Monte Napoleone de Milan.

»La renta anual de la emperatriz Josefina quedará reducida á un millon en propiedades ó en inscripciones en el gran libro de Francia. Continuará gozando en propiedad todos sus bienes particulares, muebles é inmuebles, y podrá disponer de ellos conforme á las leyes francesas.

Art. 8.° »Al príncipe Eugenio, virey de Italia, se le dará un establecimiento conveniente fuera de Francia.

Art. 9.° »Las propiedades que S. M. el emperador Napoleon posee en Francia, ya como patrimonio estraordinario, ya como privado, quedarán incorporadas á la corona.

»Sobre los fondos colocados por el emperador Napoleon, sea sobre el gran libro de Francia, en el banco de Francia, en las acciones de los canales ó de cualquier otro modo, y de que S. M. hace cesion á la corona, se reservará un capital que no esceda de dos millones, para emplearle en gratificaciones en favor de las personas incluidas en una lista que firmará el emperador Napoleon, y que se entregará al gobierno frances.

Art. 10. »Los diamantes de la corona pertenecerán á la Francia.

Art. 11. »El emperador Napoleon devolverá al tesoro y demás cajas públicas todas las sumas y efectos que hayan sido sacados de ellas por su órden, como procedentes de la lista civil.

Art. 12. »Las deudas de la casa de S. M. el emperador Napoleon, tales como se encuentren el dia de la firma del presente tratado, serán inmediatamente pagadas con los atrasos que el tesoro público adeuda á la lista civil, segun los estados que firmará un comisionado nombrado al efecto.

Art. 13. »Las obligaciones del Monte Napoleone de Milan con todos sus acreedores, sean franceses ó estranjeros, se cumplirán exactamente sin que se haga ninguna variacion en el particular.

Art. 14. »Se espedirán los salvoconductos necesarios, para el libre viaje de S. M. el emperador Napoleon, de la emperatriz, de los príncipes y princesas, y de todas las personas de su comitiva que quieran acompañarle ó establecerse fuera de Francia, como tambien para el paso de los equipajes, caballos y efectos que les pertenezcan.

»En su consecuencia las potencias aliadas suministrarán los oficiales y hombres necesarios para la escolta.

Art. 15. »La guardia imperial dará un destacamento de mil doscientos á mil quinientos hombres de todas armas, para servir de escolta hasta Saint-Tropez, punto del embarque.

Art. 16. »Se aprestará una corbeta armada y los barcos de trasporte necesarios, para conducir al lugar de su destino á S. M. el emperador Napoleon y su servidumbre. La corbeta quedará como propiedad de S. M.

Art. 17. »S. M. el emperador Napoleon podrá llevar consigo y conservar cuatrocientos hombres para su guardia que voluntariamente se presten á ello, tanto oficiales, como sargentos y soldados.

Art. 18. »Todos los franceses que sigan á S. M. el emperador y su familia, si no quieren perder su cualidad de franceses, estarán obligados á volver á entrar en Francia en el término de tres años, á menos que no esten comprendidos en las escepciones que el gobierno frances se reserva hacer, concluido aquel término.

Art. 19. »Las tropas polacas de todas armas que se hallan al servicio de Francia, quedan en libertad de volver á su pais, conservando sus armas y bagajes como un testimonio de sus honrosos servicios. Los oficiales, sargentos y soldados conservarán las condecoraciones que les hayan sido concedidas, y las pensiones anejas á ellas.

Art. 20. Las altas potencias aliadas garantizan la ejecucion del presente tratado, y se obligan á obtener que sea adoptado y garantido por la Francia.

Art. 21. »El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones se cangearán en Paris en el término de dos meses, ó antes si fuera posible.

»Fecho en Paris el 11 de abril de 1814.

»*Firmado*: Caulaincourt, duque de Vicenza.
»El mariscal, duque de Tarento, Macdonald.
»El mariscal, duque de Elchingen, Ney.
»*Firmado*: El príncipe de Metternich.....»

Los mismos artículos fueron firmados separadamente y con la misma fecha, por parte de la Rusia, por el conde de Nesselrode, y por parte de la Prusia, por el baron de Hardenberg.

IV. Tal fue el tratado que liquidó la sangre de un millon de hombres, el imperio, el genio y la gloria de diez años. Una estrecha isla del mar de Toscana iba á encerrar al hombre que la Europa no habia podido contener. ¿Era un reposo definitivo, ó solo una pausa de aquella vida que agitaba la de su siglo?.... Eso era lo que todos preguntaban al dia siguiente de firmarse aquel tratado. Por lo tocante á Napoleon, no era evidentemente mas que una parada. En su pensamiento ya se preparaba á recobrar lo que le quitaban, por medio de lo que le dejaban. Conocia á los hombres, tenia la esperiencia de la fortuna, sabia cuál era la fuerza de su ejército, y creia en el dia siguiente de todas las cosas humanas. Para los hombres de un sentido profundo, y para él, no era dudoso que aquella aparente espiacion de su gloria iba á satisfacer prontamente los resentimientos del pueblo; que el destierro iba á ponerle á cubierto de la impopularidad de su caida; que las dificultades y las faltas del nuevo reinado iban á producir quejas, escusas y comparaciones en favor de la opinion que iba á rejuvenecer acrisolándose con el infortunio á los ojos de sus partidarios; que su gloria, cubierta con un velo, pero nó estinguida, iba á brillar desde lejos con mas esplendor y prestigio; y en fin, que aquel peñasco tan próximo á la Italia y á la Francia, llegaria á ser el refugio de todas las esperanzas de su partido, y el punto de apoyo de todas las facciones interiores. Atenas no aproximó á Temistocles á su patria, sino en su sepulcro: Napoleon era mas que Temistocles. No habia para la Europa mas que dos medios de preservarse de su genio: un destierro lejano y que no pudiese traspasar, ó el trono abatido á donde se le dejase volver á subir vencido, y en pugna con la libertad de su pais. Un tratado de paz firmado por el despues de la ocupacion de Paris, y sobre las ruinas de su imperio, le degradaba á los ojos de la Francia. Un tratado de ostracismo le engrandecia y le renovaba. Solo la ignominia mata la gloria. Alejandro se manifestó en aquel tratado magnánimo, pero sin conocimiento de la historia. O no previó nada, ó previó demasiado. Tal vez sus consejeros pensaron dejar aquella amenaza viva sobre el reinado de los Borbones.

V. Caulaincourt y Macdonald llevaron aquel tratado á Fontainebleau, sin desconocer las dificultades que iban á encontrar para hacérsele firmar á Napoleon. Pero estaban resueltos como la Europa á dejar que se cumpliese aun contra la aparente voluntad de aquel cuya suerte aseguraba. Ya estaban cansados de luchar por él y contra él : el honor y la fidelidad quedaban satisfechos. Ratificado ó nó, el tratado era en adelante la ley del destino.

Napoleon le recibió con fingida indignacion, aunque ya sabia con anticipacion todos sus pormenores, por las noticias secretas que Caulaincourt le habia enviado hora por hora. Pero convenia á su futuro papel, protestar hasta la última estipulacion. Parecia que todavía aguardaba del tiempo alguna cosa : no queria dejarle nada de cuanto pudiera tener que darle. «¿Me traeis por fin mi abdicacion,» gritó con voz desentonada al ver á su plenipotenciario. Caulaincourt, asombrado, le contestó, que la primera base del tratado habia sido naturalmente la abdicacion entregada á los soberanos, y que ya hacia largo tiempo que tenia publicidad como los demás documentos oficiales. «¿Y qué me importa á mí ese tratado? contestó Napoleon, no quiero reconocerle, ni firmarle, y no le firmaré.»

Todo el dia le pasó en disputar con sus enviados. Cansados de sus subterfugios y desalentados con su resistencia, dejaron el tratado sobre la mesa y se retiraron para que reflexionase durante la noche.

VI. Á media noche, los criados del emperador fueron á llamar á Caulaincourt, que estaba durmiendo. Este encontró á Napoleon con dolores de estómago y de nervios que le tenian pálido y postrado, y habian alarmado á sus servidores. Le asistia su primer cirujano Ivan. En su habitacion se hablaba por lo bajo de si habia ó nó intentado un suicidio tragando el veneno de Cabanis, con el que Condorcet, cuando se hallaba preso, se sustrajo del suplicio. El emperador no confesaba ni desmentia aquella sospecha, que daba un carácter trágico á una indisposicion lijera, y un pretesto para las tiernas súplicas de su amigos. Su médico se limitó á hacerle tomar algunas tazas de té, y sin mas medicamentos se alivió y volvió á dormirse. El médico, despues de conocidos los síntomas, temió tan poco las consecuencias de aquel pretendido envenenamiento, que al rayar el dia se ausentó de Fontainebleau.

VII. Al despertar, prosiguiendo Napoleon en términos ambiguos la idea de un envenenamiento que la fatalidad le habia impedido llevar á cabo : «Dios no lo ha querido, dijo, no he podido morir.» Y como sus servidores, aparentando temer que renovase aquella tentativa, le hablasen de su gloria, de su esposa, de su hijo y de la Francia, que debian hacerle amable la vida : «¡Mi hijo! esclamó, ¡mi hijo! ¡que triste herencia le dejo!...... ¡Ese niño que nació rey, no tiene en el dia ni aun patria!..... ¡Por qué no me dejan morir!

»¡Nó, señor, le respondió con ternura Caulaincourt, la Francia debe lloraros en vida!....

»¡La Francia, respondió Napoleon, me abandona!..... La ingratitud de los hombres me ha hecho volver la cabeza con disgusto.»

Y descorrió con un gesto violento las cortinas de su cama que le ocultaban los primeros rayos del sol : parecia tan lleno de vida y de poder sobre sí mismo, que solo el rayo hubiera podido anonadarle. «En estos últimos dias he sentido tal concentracion, y tal eco de los acontecimientos en mí, dijo, que he temido la demencia. La demencia, añadió, es la caducidad de la humanidad. ¡Antes la muerte!.....»

«Despues de un momento prosiguió : hoy firmaré : retiraos.»

VIII. Esta última palabra descubria bastante bien el secreto de la noche. Napoleon queria tener testigos de la violencia moral que le arrancaba un consentimiento de que se retractaria algun dia. Habia luchado hasta el suicidio, y solo habia cedido á la imposibilidad de morir. Ningun entendimiento reflexivo creyó en semejante envenenamiento. La perfecta entereza de sí mismo que atestigua la obstinada diplomacia de sus actos, de sus palabras y de su negociacion durante algunos dias, la libertad de su juicio antes y despues de la escena nocturna, la levedad de la indisposicion, la insignificancia de su tratamiento, el poco cuidado del médico y la prontitud del restablecimiento, todo indica ó una alteracion casual de su salud, ó una escena trágica para escusar la ratificacion, y para escitar la compasion y el enternecimiento del siglo. Hasta la naturaleza de Napoleon era antipática al suicidio. Su espíritu era fuerte, su alma no tenia ternura ni debilidad : solo sentia por medio de la inteligencia. Su genio matemático todo lo calculaba y no sucumbia á ninguna sensibilidad. Jamás una lágrima por la muerte de sus compañeros de armas mas queridos empañó sus ojos y su juicio. La ingratitud y el abandono le tenian irritado y humillado, pero estaba muy distante de desesperar del porvenir. Semejante hombre no se mata cuando le queda un ejército, una gloria que saborear y un imperio que reconquistar. Las mismas cláusulas de aquel tratado que disputaba una á una, manifiestan bastante que no pensaba concluir con su vida. La isla de Elba á que se dirigian sus pensamientos, y de la que ya soñaba en volver, es el contrasentido de la muerte buscada en Fontainebleau. Por otra parte Napoleon era corso : sus fibras participaban de la luz y del aire del Mediodía : el suicidio es una enfermedad del Norte.

Pero su naturaleza era teatral como su destino. Grande actor, hacia quince años en la escena de la Europa y del mundo, combinaba sus ademanes, y estudiaba su gesto y su papel. Cómico hasta en las violentas congojas de su fortuna, necesitaba en su desenlace un paso trágico: si no le hizo, le aceptó de la casualidad. Tal fué la noche de Fontainebleau.

IX. Despues de levantarse, mandó llamar á Caulaincourt, á quien podia engañar menos que á cualquiera otro, porque el amigo de los últimos dias habia sido encargado confidencialmente por él mismo de preparar las condiciones que entonces rechazaba en voz alta: «Ahora, le dijo, apresurad la conclusion de todo. En cuanto firme ese tratado, volvedle á poner en manos de los soberanos aliados: decidles que yo solo trato con ellos, y de ningun modo con el gobierno provisional, en el que no veo mas que traidores y facciosos.»

Entraron Macdonald y Ney: tomó la pluma y firmó. En su semblante se notaban las señales del malestar de la noche y de la agitacion verdadera ó fingida de su alma. Su frente, oculta entre sus manos, estaba inclinada sobre sus rodillas. Se levantó para dar las gracias á Macdonald que era quien le debia menos y el que le habia servido mas. En él se vengó noblemente de la ingrata aspereza y de la prisa de los demás en abandonarle. «Mariscal, le dijo, ya no soy bastante rico para recompensar vuestros últimos y fieles servicios: me habian engañado en cuanto á vuestros sentimientos hácia mí.—Señor, desde 1809 lo he olvidado todo, contestó Macdonald con la generosidad de un alma grande.—Es verdad, lo sé, añadió el emperador, mas puesto que ya no puedo recompensaros como quisiera, deseo tengais al menos un recuerdo mio, que os traiga igualmente á la memoria lo que habeis sido en estos dias de prueba. Caulaincourt, dijo, volviéndose hácia su caballerizo mayor, pedid el sable que me regaló en Egipto Murad-Bey, y que yo llevaba en la batalla del Monte Tabor.» Trajeron el arma oriental, y alargándosela Napoleon al mariscal: «Hé aquí el único premio, le dijo, que puedo dar á vuestra adhesion. ¡Fuisteis mi amigo!..—Señor, le contestó el intrépido guerrero estrechando el arma contra su corazon, le conservaré toda mi vida, y si tengo un hijo, será su mas preciosa herencia.—Dadme la mano, murmuró Napoleon, y abracémonos.» Napoleon y el general se abrazaron, y al separarse, sus ojos estaban humedecidos con el llanto.

X. La firma del tratado por Napoleon fué en palacio la señal de una desercion casi universal. Cada uno no tenia ya mas que pensar en su propia paz con el nuevo gobierno. Todos se apresuraban á huir : todos temian que el emperador no señalase su nombre entre los de aquellos cuya fidelidad invocase para el destierro. De todos los antiguos ministros, solo Maret quedó en su puesto de secretario de estado, al lado de su amo sin poder y sin corte.

Despues que Caulaincourt y Macdonald llevaron el tratado firmado á Paris, los soberanos aliados nombraron cada uno un comisionado para acompañar al emperador hasta el puerto del Mediterráneo por medio de la Francia: Schouwalof por la Rusia, Koller por el Austria, Campbell por la Inglaterra y Valdebong-Fruchssefs por la Prusia. Corte del destierro, encargada de vigilar, preservar y honrar al proscripto de la Europa. La irritacion del Mediodía de la Francia era entonces tal contra Napoleon, que necesitaba una salvaguardia entre su propio pueblo. Por el contrario, en los departamentos del centro y del Este, su presencia podia despertar el entusiasmo militar, y dar un jefe á la insurreccion y á la independencia de la patria. Bajo estos dos aspectos, la escolta de los comisarios y de una fuerza armada imponente era necesaria para los soberanos y el mismo Napoleon. Su muerte hubiera parecido el crimen de la Europa : su evasion y su llamamiento á las armas habria sido la renovacion de una guerra sin grandeza, pero nó sin calamidades.

Caulaincourt precedió algunas horas á la llegada de los comisarios á Fontainebleau, para preparar al emperador á la vista de aquella corte estranjera. El palacio parecia ya un sepulcro. En los patios y salones reinaban el vacío y el silencio. Solo debajo de los balcones solian verse algunos grupos de soldados, menos habituados al espectáculo de las vicisitudes y menos gastados con las compasiones humanas, que andaban errantes al derredor de las paredes y de los jardines del palacio, procurando divisar por entre las balaustradas de los parterres y balcones la figura fugaz de su general, para consolarle con sus aclamaciones. El emperador se presentaba y desaparecia por intervalos. No daba mues-

tras de animarse ni de atender á aquellos gritos. Parecia absorto en sí mismo: su cuerpo estaba sin tranquilidad como su alma.

XI. En aquel momento se paseaba solo y con lentos pasos por las calles de un parterre reservado, cubierto apenas por nacientes hojas, semejante al jardin monástico situado entre una ala avanzada y las paredes de la capilla del palacio. Las sombras del bosque forman el fondo de aquel horizonte rodeado de encinas, en donde el pensamiento se pierde en una soledad sin límites. Allí fué á donde se acercó á él su confidente. Los pasos y la voz de Caulaincourt apenas pudieron arrancar al emperador de sus ilusiones. Hubiérase dicho que era la sombra de Cárlos V, llorando el imperio en los corredores del monasterio de Yuste. Acababa de ser herido en el corazon, por una desercion muda mas sensible que todas las demás. Berthier habia partido furtivamente sin ser despedido y sin despedirse. Aquel mariscal, compañero privilegiado del emperador desde sus campañas de Italia, era el Efestion de ese otro Alejandro. Dormia en su tienda, comia á su mesa, sabia hasta el último de sus pensamientos, era el órgano de sus órdenes, su voz, su pluma, su mano, su alma. Pero Berthier alimentaba ya hacia quince años en su corazon uno de esos amores ingenuos y caballerescos que son la estrella y la fatalidad de toda una vida. Amaba á una hermosa italiana que en otro tiempo le habia hechizado en Milan, y de la que nó habian podido separar un momento su pensamiento y sus ojos, ni la guerra, ni la ambicion, ni la gloria, ni la amistad del emperador. La víspera de los combates, el retrato de aquella hermosura, divinizada por su culto, estaba colgado en su tienda al lado de sus armas, rivalizaba con sus deberes, y le consolaba de su ausencia, con la presencia imaginaria de la que adoraba. La idea de dejar para siempre aquella mujer, si el emperador exigia de su reconocimiento que le siguiese al destierro, habia estraviado el alma de Berthier. Desde la abdicacion, temblaba á cada instante que su amo pusiese su adhesion á la mas dura prueba, mandándole que eligiese entre su pasion y su deber. Se libró de ella, abandonando clandestinamente á su compañero de armas y su bienhechor. Infiel al destierro de Napoleon por fidelidad á su amor, huyó como para enlazarse mas, y fué á ofrecer su traicion á los Borbones. Todavia no se habia embarcado Napoleon para la isla de Elba, cuando ya Berthier su mayor general y su confidente militar arrastraba ya por los artesonados salones de las Tullerías, con el plumero blanco, su deferencia y su adhesion al nuevo reinado, ejemplo mas de postracion ante la fortuna. Napoleon no podia quejarse: habia querido el abatimiento de las almas. La fidelidad es una fuerza del corazon; pero al fin gemia. La ausencia de unos hombres á quienes veia á todas horas despues de tantos años, y la desaparicion de los individuos con quienes tenia mas familiaridad, le desgarraban el corazon. Sin embargo, no era mas que la dilaceracion de sus costumbres, porque se habituaba, pero no se adheria.

XII. «Y bien, dijo con una voz que se esforzaba en hacer jovial aunque estaba alterada, aludiendo á su partida, ¿quereis ejercer hasta el fin vuestras funciones de caballerizo mayor?... ¿concebis que Berthier haya partido sin despedirse de mí?... Nació cortesano, añadió con desprecio, ya vereis como antes de poco mi vicecondestable mendigará un empleo en la corte de mis enemigos.» Luego, pasando revista á todos los mariscales y dignatarios de su imperio que habian seguido á la fortuna fugitiva ya hacia algunos dias: «Estoy avergonzado por la especie humana y por la Francia, esclamó, de que unos hombres á quienes tanto he elevado, se rebajen tanto solo por su carácter. ¿Qué deben pensar los soberanos estranjeros de unos hombres, que eran el adorno de mi reinado?... ¡Acelerad, acelerad ahora mi marcha!... ¡Me aborchorno de la ignominia de la Francia!... Ved ahí á los comisarios: dadles prisa; marchemos...»

En el mismo momento en que de aquel modo acusaba á los que habia asociado á todas sus glorias, á todo su poder y á todos sus despojos, el ejército subalterno, cuyos servicios, heroismo y cuya sangre habia prodigado con criminal desprecio, y cuyos cadáveres habia sembrado por todos los caminos de Europa, se adheria á él de todo corazon. Cada minuto le presentaban en el jardin bravos sargentos ó soldados de su guardia, que iban á suplicarle les inscribiese en el número de las tropas que le dejaban con arreglo al tratado, solicitando el destierro con mas ahinco que la víspera habian procurado una mirada, una condecoracion ó un grado. Las grandes acciones vienen siempre de las masas, porque participan de la naturaleza. La naturaleza es magnánima; las cortes son egoistas; el favor corrompe.

XIII. La necesidad de hacer ratificar en Londres el tratado de Fontainebleau, prolongó por algunos dias la presencia del emperador en aquella residencia. Esos dias, que él mismo procuraba prolongar artificiosamente como para aguardar algun movimiento de la Francia en su nombre, y gozar de un resto de aparato imperial, fueron silenciosos, ociosos y tristes. El pesar y el reconocimiento trajeron de Paris algunas visitas, aunque raras: querian estar en regla con las dos fortunas: eran cortesanos que se envanecian de saludar á la una despues de haberse despedido de la otra. Pero estas consideraciones de la defeccion hácia la desgracia, fueron en muy corto número. La multitud, para satisfacer su impaciencia, no pensaba mas que en que se alejase cuanto antes aquel á quien habian deificado por espacio de diez años. Les parecia que se llevaria consigo al otro lado de los mares la reprension de su ingratitud. El nombre y la sombra de Fontainebleau estaban demasiado cerca de Paris.

Macdonald, Mortier y Moncey, soldados de una época menos servil que la del imperio, volvieron á honrar la antigua lealtad y la antigua fortuna. Los recibió con reconocimiento. Aquellos nombres contrastaban con los de aquellos cuya ausencia acusaba. ¡Cambaceres, solia esclamar, Molé, Ney, sobre todo Berthier, y hasta Fontanes!... ¡Fontanes, el proscripto recogido por el consulado!... ¡Fontanes, el favorito de su hermana!... ¡Fontanes, el poeta de la religion y del trono, el orador de la prosperidad, ahora el senador traficando con la restauracion, la destitucion de su ídolo imperial!... No podia consolarse de aquel abandono. Las letras, que tanto habia envilecido, le parecian entonces los guardadores de la virtud y del poder de los caracteres. En las filas de los grandes hombres de la filosofía ó de la poesía, es donde se encuentran ejemplos de fidelidad tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Fontanes, por su alma elevada, sus talentos áticos, y por la dignidad de su vida, hubiera debido perpetuarlos. ¡Mientras que era poderoso, habia protegido á sus rivales contra la cólera del emperador: habia defendido noblemente en Mr. de Chateaubriand y en madama de Staël la generosa independencia del talento y del corazon, y era ya uno de los favoritos del reinado futuro!... El secreto de aquella conducta de Fontanes no estaba en su corazon, sino en sus opiniones. Habia sido realista con Andrés Chenier, Delille y Roucher, por indignacion contra los crímenes de la demagogia y por una generosa compasion á los mártires de los Borbones. Habia luchado entonces intrépidamente con la sanguinaria tiranía del pueblo: habia arrostrado el cadalso y sido proscripto. Al encontrar á los Borbones, recobraba los reyes de su juventud, y las memorias de su primera fidelidad. El emperador le habia cansado: veia que volvia á sumergir la patria en la barbarie y en los desastres de las invasiones y revoluciones. Hablase inclinado al lado de la patria, pero habia olvidado al infortunio. Debia colocarse al menos algun tiempo entre Napoleon y él, para exigirle la inaccion, el silencio y el luto. Habia adulado demasiado para maldecirle; faltó al tiempo y pareció ingrato para con su bienhechor, pero solo estuvo inoportuno en las actas del senado contra Napoleon. Este le apreciaba por la elegancia activa de su lenguaje y de su talento: veia en él un literato de la corte de Augusto: no podia consolarse de verle pasarse á otra corte. Así se pasaban las horas en Fontainebleau, en recriminaciones contra la soledad que con la destitucion reinaba en derredor del emperador.

XIV. Dos dias antes del 20 de abril, fijado definitivamente para la partida, un general obstinado en detener al emperador, fué á referirle el espíritu del ejército francés replegado detrás del Loira, y pronto á renovar la lucha en su nombre. «Ya es demasiado tarde, contestó Napoleon, podia y no han querido: ¡cúmplase el destino!...» Ya no se ocupó mas que de los preparativos personales de su marcha, y de las perspectivas desconocidas de la isla de Elba, en las que se estraviaba su imaginacion. El vacío que el mundo que perdia dejaba en su alma, estaba ya lleno con aquella última y pequeña sombra de dominacion. Vivir para aquel hombre es reinar.

Pero tambien se ocupaba en recoger prendas para en caso de un cambio de la suerte. Una de las que con mas seguridad contaba, era su pronta reunion con su esposa y su hijo. Su mujer le proporcionaria en su destierro la respetuosa compasion del mundo y el favor secreto del Austria. Su hijo le aseguraba la familia y la dinastía. No dudaba ó aparentaba no dudar que los soberanos le dejarian aquellos dos consuelos del destierro y aquellos dos complementos de la libertad. Afectaba hablar y escribir de ellos, como si aquellas dos condiciones no tuviesen necesidad de ser escritas. A donde va el hombre va la familia: pero Napoleon era mas que un hombre; era un soberano y una dinastía destronada. No podia olvidar lo que él habia hecho de aquellos lazos de familia, con los príncipes de la casa de Condé, la familia real de Suecia, la de España, el duque de Enghien, Gustavo IV, Fernando VII y Pio VII, arrebatado por la noche de su palacio, para pasar lejos de los suyos una vida abatida, en el mismo sitio en donde el dirigia entonces recriminaciones. Su misma mujer, la jóven María Luisa que reclamaba con tanta confianza y derecho, ¿qué era sino una conquista de la fuerza

y un despojo de la política, arrancada á una familia que habia dado á aquella princesa como un rescate? Pero aquellas meditaciones de sus propios actos no entibiaban su ardor para recobrar la emperatriz, adornar con ella la isla de Elba, y tal vez granjearse su proteccion personal y su compasion mas elocuente y sensible al atravesar aquella Francia que necesitaba enternecer.

XV. Volvamos ahora á la fugitiva corte de María Luisa, para referir lo que pasaba en ella durante aquel largo hundimiento del imperio y del emperador.

Ya hemos visto que María Luisa salió de París tres dias antes de la ocupacion de aquella capital. Diez coches ocupados por los ministros, altos empleados de palacio y las damas de su servicio, formaban la comitiva de aquella corte en fuga, que se dirigia á paso lento hácia el antiguo palacio de Rambouillet. La princesa no solo lloraba por aquella fuga, preludio de la catástrofe de su marido, sino tambien por la desagradable necesidad en que se veia de obedecer á los consejeros imperiales, que la conducian á las estremidades desconocidas del imperio, y que pretendian hacer de ella un centro y una provocacion de guerra desesperada. Aquí su esposo, allí su padre, á su vista su hijo, afectos todos, y destinos opuestos en intereses: por cualquier parte que mirase el triunfo, ella era seguramente la víctima. En derredor suyo no veia mas que una corte vendida á su marido, de la cual habia espulsado desapiadadamente hasta la última compañera de su infancia que pudiera recordarla la lengua y la memoria de su patria, y por todas partes ojos que espiaban sus lágrimas, y que la exigian cierta actitud en poblaciones desafectas. Todo esto era mas que suficiente para llenar de amargura y tristeza el corazon de una jóven de veinte años. Cambaceres, con impasible continente, tembloroso corazon y pensamientos inciertos, seguia a los grandes oficiales de la corona.

XVI. La comitiva se detuvo una noche en la antigua soledad de Rambouillet. La falta de noticias de Paris, y el temor de ser cortados por algunos cuerpos de caballería enemiga, hizo apresurar al dia siguiente la salida para Chartres, á donde llegaron por la noche José y Jerónimo, hermanos destronados del emperador, con la reina, el ministro de la guerra Clarke, y otros funcionarios que se habian evadido de París. La emperatriz Josefina y su hija se habian refugiado aquel mismo dia en el palacio de Navarra en Normandía, patrimonio de aquella emperatriz despues de su repudiacion. Dos emperatrices, dos cortes y dos dinastías desposeidas, seguian á aquel imperio, tan lleno de grandeza como de ruinas, diez años despues de su advenimiento.

En Vendome, recibió la emperatriz la primer carta de Napoleon desde su salida de las Tullerías. Aquella carta anunciaba á María Luisa la fatal noticia de la ocupacion de París, y la tardía llegada del emperador á la Cour-de-France. Todavía respiraba guerra: alentaba á la corte fugitiva á que manifestase autoridad y seguridad, y alimentaba la esperanza, que todavía conservaba Napoleon, de la próxima y triunfal entrada en París. Durante aquellos dias de angustia, las cartas del emperador á su jóven esposa se sucedian con bastante frecuencia: mas por íntimos que debiesen ser los desahogos entre un esposo que caia del trono del mundo, y una mujer, hija de los césares y madre de su hijo, á quienes arrastraba en su caida, aquellas cartas, aunque dictadas por el emperador, no estaban escritas de su mano. Lo mas frecuente era que no estuviesen escritas ni dictadas por él, sino por sus secretarios íntimos á quienes hacia una lijera indicacion. Tanta influencia ejercia en él la seria preocupacion de su rango, que interponia la frialdad y la etiqueta oficial de las cortes, entre el corazon de su esposa y el suyo. El imperio habia ocupado el lugar de la naturaleza en aquella alma infatuada de poder. Por el rigor de aquel sentimiento de majestad y superioridad que observaba tanto en lo interior de su vida doméstica como en las ceremonias esteriores, se sentaba solo á la mesa con la emperatriz. Los asientos estaban colocados con arreglo á la dignidad de su mujer y á la suya. En las largas veladas del palacio, mientras él solo descansaba en un divan imperial, tenia en pié, enfrente de él, á sus ministros, sus mariscales, y hasta á las señoras de mas ilustre nombre y de los mayores cargos de su corte. Pequeñeces de la gloria y del rango que en vez de engrandecerle recordaban su origen, á pesar de la altura desde donde queria dominarle.

XVII. María Luisa se vió obligada á permanecer ocho dias en Blois. Los hermanos del emperador y los ministros que dirigian imperiosamente sus paradas y sus actos, trataron de hacer aquella ciudad la capital momentanea del gobierno errante. El emperador, que les inspiraba todavía, se comunicaba con ellos y con la emperatriz por medio de oficiales de su casa, que iban á Blois con diversos pretestos. El camino de Fontainebleau interceptado para una comitiva imperial, no lo estaba bastante para detener á los emisarios. Aquellas cartas parecian despertar algunas veces en el alma de la emperatriz el deseo verdadero ó aparente de reunirse con su marido. Luchaba visiblemente entre la voluntad de hacer lo que su título de esposa la mandaba, y el temor de comprometerse ella y su hijo, colocándose, como un rehen de la familia Bonaparte, en medio de un puñado de hombres de guerra, reducidos á los últimos estremos de una lucha trágica y desesperada. No atreviéndose á confesar en voz alta la repugnancia á verse rodeada de gentes adictas hasta la violencia á los intereses del imperio, ni á resistir enteramente á los hermanos de Napoleon, sin una sola confidenta en quien poder desahogar su alma, poque veia un espía en cada uno de aquellos cortesanos, su ansiedad, su insomnio, sus resoluciones contradictorias, sus lágrimas ocultas, las intimaciones de su marido que la llamaba, la voz de su hijo que la detenia, la memoria y las advertencias secretas de su padre que la mandaban aguardar, la habian producido un anonadamiento y una postracion de ánimo y de fuerzas que solo se escitaban con convulsiones, sollozos y desesperacion. No podia persuadirse que el emperador de Austria, que la profesaba un cariño tan tierno, y que la habia mandado aquella union con la autoridad de padre, consintiese jamás en destronar al marido de su hija. Se reservaba para el último momento como un mediador amado, y un negociador seguro entre Napoleon y él. Tal era aquella alma de jóven, esposa y madre, aislada y combatida por tantos sentimientos y consejos opuestos, durante la regencia de Blois.

XVIII. Con esta idea María Luisa envió al emperador de Austria, que todavía estaba en Dijon, á Mr. de Champagny, hombre de conocida y razonable adhesion, y que gozaba de alguna consideracion en los dos campos. Mr. de Montalivet, ministro moderado de los tiempos fáciles y de los trabajos diarios, sin colocacion durante aquellas borrascas, fué nombrado en lugar de Mr. de Champagny, ministro que dirigia una sombra de administracion en una sombra de imperio. Regnault de Saint-Jean d'Angely, adicto hasta el fanatismo á Napoleon, fué enviado algunos dias despues al emperador de Austria: eleccion desacertada por el mismo esceso de compromiso en la causa del imperialismo. Regnault de Saint-Jean d'Angely era de la escuela de Fontanes. Combatiente intrépido y elocuente contra los escesos de la revolucion, rayaba ya casi en despotismo: él era quien redactaba las disposiciones mas absolutas del emperador. Su nombre habia llegado á ser en aquellos últimos tiempos tan impopular como la tiranía. Fiel hasta á la autoridad que se hundia, se honraba no siguiendo á los tránsfugas, pero despopularizaba al imperio sirviéndole. No tardó mucho en marchar detrás de él Mr. de Saint Aulaire, hombre de mucha nombradía, de talento diplomático, y que se amoldaba suficientemente á las circunstancias. Por último Mr. de Beausset, jefe de palacio, especialmente adicto á la emperatriz, y mas propio para interceder que para convencer, fué tambien á esponer sus lágrimas mas bien que sus razones al emperador Francisco. Aquellos negociadores no tuvieron ningun ascendiente sobre el soberano. Habia entregado su corazon á su primer ministro Mr. de Metternich. Estaba resuelto el ostracismo: la victoria le habia pronunciado. María Luisa era sacrificada dos veces.

XIX. Sin embargo, los dos hermanos del emperador, José y Jerónimo, la tenian cautiva en el palacio de la regencia en Blois. Guardada por un destacamento de tropas de Napoleon, que preparaba una espedicion para arrebatarla, honrada en la apariencia con la majestad y autoridad de regente, presidia todos los dias el consejo de ministros, pero en realidad estaba esclavizada y vigilada por ellos y por los dignatarios cómplices de su amo.

Temblaban de que un movimiento repentino de la caballería rusa sobre Blois les quitase, con la emperatriz, la última prenda de imperio y de negociacion que tenian en sus manos. Á cada momento la suplicaban ó intimaban que dejase á Blois y les siguiese á provincias mas distantes del teatro de la guerra, y mas defendidas por el Loira. María Luisa manifestaba una repugnancia invencible á seguirlos. Desconfiaba de aquellos príncipes destronados, arrojados por la misma ruina de su ambicion á las resoluciones mas estremas. Se estremecia al pensar que en sus manos podia llegar á ser el rehen de su desesperacion y el móvil de una guerra civil: en su mismo terror encontraba ánimo. Aplazaba, negaba, exageraba la estenuacion de sus fuerzas, que, segun decia, la hacia preferible esperar su suerte, fuere cual fuese, á provocarla con nuevas fugas. Cuando las instancias la apremiaban se metia en su habitacion y hasta en la cama.

XX. La historia debe aquí dejar un lugar á la naturaleza. Es preciso decir cuáles eran los sentimientos secretos de la mujer, disfrazados con los sentimientos convencionales de la emperatriz. Por haber desconocido los sentimientos involuntarios, pero verdaderos, de aquella princesa, los desapiadados partidarios de su marido han proferido contra ella car-

gos, vituperios y desprecios desmedidos. La han acusado de no ser la heroina teatral de una ternura que no esperimentaba. Han olvidado que era mujer, y que el corazon tiene tambien su papel en el drama de semejante destino. Si el corazon no es una justificacion, no es una escusa. La justicia las tiene presentes hasta en sus condenaciones.

María Luisa no amaba á Napoleon: ¿cómo pudiera amarle? Envejecia en los campamentos y en los afanes de la ambicion. Tenia diez y nueve años. El alma del soldado era dura y fria como el cálculo, instrumento de su genio. La de la jóven alemana era delicada, tímida y pensativa como los sueños poéticos de su patria. Habia caido de las gradas de un trono antiguo, él habia subido al suyo escalando á mano armada las dinastías, que pisaba con sus piés. Aquel hombre habia sido para ella en las preocupaciones de su infancia y en las conversaciones de familia, el azote de Dios, el Atila de los reyes, el dominador de la Alemania, el asesino de los príncipes, el despojador de los pueblos, el incendiario de las capitales, el enemigo contra quien se rogaba á Dios desde la cuna en los palacios de la casa de Austria. Cedida á aquel conquistador por un contrato del miedo, despues de la repudiacion ingrata de una esposa que habia hecho su fortuna, fué vendida, nó dada. Se miraba á sí misma como el rescate cruel de su patria y de su padre. Se habia resignado como á un sacrificio: los honores del trono en que la admitian, eran las galas con que se adorna á las víctimas. Arrojada sola y sin amiga alguna en una corte de soldados de fortuna, de palaciegos revoltosos y de mujeres burlonas, de quienes no sabia ni aun los nombres, ni la lengua, ni las costumbres, toda su juventud se habia refundido en el silencio y la etiqueta. Su marido tampoco la habia tranquilizado con sus primeros actos; hasta en su ternura era poco respetuoso y algo violento: ofendia aun cuando acariciaba. Hasta en sus amores tenia una dureza imperiosa. Entre él y el corazon de su jóven esposa, se habia colocado el terror. El deseado nacimiento del hijo que le habia dado, no habia unido aquellas naturalezas tan opuestas. Conocia que no era para el emperador mas que un medio de posteridad, nó la madre de familia, sino el tronco de una dinastía. Aquel dueño no tenia las virtudes del amante, la adhesion y fidelidad á una misma mujer: sus amores, aunque pasajeros, eran numerosos. No respetaba los celos naturales en el corazon de esposa. No daba los escándalos de Luis XIV, pero tampoco tenia su delicadeza y su constancia. Las mujeres mas hermosas de su corte y de las capitales estranjeras no le apasionaban, pero satisfecho su gusto, las condenaba al desprecio. Ausencias largas y frecuentes, instrucciones minuciosas y severamente obedecidas, una servidumbre antipática, espías en vez de amigas, semblante adusto, triste y temido cuando volvia despues de algun revés, y un ceremonial ostentoso, pueril y cansado, era cuanto se la proporcionaba como placer y distraccion: nada de aquella vida, de aquel carácter, ni de aquel hombre, era á propósito para inspirar amor á María Luisa. Su corazon y su imaginacion, fuera de su centro en Francia, permanecian al otro lado del Rhin. El imperio hubiera consolado á cualquiera otra; pero ella habia nacido para la vida privada, y para las ternuras del hogar aleman.

XXI. No es estraño que una jóven contrariada de aquel modo en su naturaleza, su raza y en todos sus sentimientos, y próxima á verse libre por la victoria de su padre, no hiciese votos fervientes y sinceros contra su propio corazon para obrar en su cautiverio á gusto de sus carceleros de Blois. No sabia fingir ni aparentar contra su carácter un heroismo conyugal que no tenia Este era su único crímen; aguardaba temblando que el destino la arrojase al menos sola de una eu otra desgracia: no queria anticiparse á él.

Los dignatarios de Napoleon y sus dos hermanos, de quienes la habia rodeado para que la dirigiesen y obligasen á medidas desesperadas de política, ó á fugas arriesgadas hácia el emperador, no cesaban de proponerla aquellas medidas y aquella marcha. Escuchaba con repugnancia, se refugiaba en el silencio, se ocultaba á su porfía y se aferraba en Blois. La resistencia pasiva por un lado, la impaciencia contenida por otro, los acontecimientos que se sucedian con rapidez, las tropas estranjeras que se aumentaban en derredor de aquella residencia, debian producir un desenlace violento en aquella lucha todavía decorosa entre una jóven y sus consejeros.

XXII. El viernes 8 de abril, á una hora en que la habitacion de las señoras suele ser todavía inaccesible para los palaciegos, se oyó un rumor en la residencia de la emperatriz en Blois. En las habitaciones interiores en que la jóven princesa acababa de ser privada del sueño, mediaron conversaciones animadas, amenazas y resistencia. Las camaristas y gentiles-hombres de servicio y los guardias se asombraron y enternecieron al ver semejante movimiento en el palacio á una hora inusitada. En los patios y antesalas se formaron grupos que se preguntaban mutuamente. Hablábase de una coaccion moral ejercida con la emperatriz, para obligarla á huir con los hermanos de Napoleon hácia lo interior de la Francia ó hácia Fontainebleau. La emocion y la indignacion se pintaban en los acentos y en los semblantes. Nadie se atrevia á manifestar todavía en voz alta el escándalo de semejante violencia á una mujer estranjera, aislada, privada de todo medio de defensa para su libertad y la de su hijo.

XXIII. Mr. de Beausset, noble del Mediodía de la Francia, de carácter caballeresco, corazon lleno de respeto hácia la majestad, y de compasion por la debilidad, era jefe de palacio, y adicto con este título á la emperatriz. Las desgracias y ansiedades de aquella jóven redoblaban en él su adhesion oficial. Al oir aquel ruido, penetró contra su uso en la habitacion que precedia á la alcoba de la emperatriz. Allí supo por las damas que estaban de servicio, que Cambaceres, José y Jerónimo se hallaban con la princesa. Escuchaba el altercado cuya causa procuraba adivinar, cuando María Luisa, á medio vestir, como una mujer que acaba de ser arrancada repentinamente de su lecho, abrió la puerta de la alcoba y se dirigió precipitadamente hácia Mr. de Beausset. Sus pasos eran rápidos, sus mejillas estaban encendidas por la animacion del dolor, sus ojos humedecidos y sus facciones alteradas. La fuerza de sus impresiones prevaleció sobre su timidez ordinaria.

«Caballero Beausset, dijo con voz temblorosa á su gentil-hombre, de todos los oficiales de la casa del emperador que están aquí, vos sois á quien he conocido primero, pues que fuisteis quien me recibisteis en Brunn en el acto de mi matrimonio... ¿Puedo contar con vuestro apoyo?... Mis dos cuñados y Cambaceres están allí, dijo en voz baja, señalando con un gesto la alcoba inmediata. Acababan de decirme que es preciso dejar á Blois al instante, y que si de grado no consiento, van á ponerme á la fuerza en el coche con mi hijo.

—»¿Cuál es la voluntad de V. M...? preguntó Beausset con resolucion.

—»Permanecer aquí, contestó la emperatriz, y esperar carta del emperador.

—»Si tal es vuestro gusto, señora, repuso Mr. de Beausset, me atrevo á asegurar que todos los oficiales de vuestra casa y de vuestra guardia pensarán como yo, y que no recibirán órdenes mas que de vuestros labios. Voy á sondearlos.

—»Id, os lo suplico, murmuró en voz baja la tímida y resuelta jóven: id, y volved á decirme con quien puedo contar.»

XXIV. Mr. de Beausset encontró al salir del salon al general Caffarelli, que mandaba en palacio, y al conde de Haussonville, uno de los chambelanes de aquella corte. Ambos se indignaron. Corrieron al peristilo del palacio, y llamaron en alta voz á los oficiales de la guardia diseminados por el patio. Apenas aquellos bravos soldados se informaron de la violencia ejercida con una mujer confiada á sus armas, se pronunciaron contra ella fuertemente, y pidieron ser presentados á la emperatriz para ofrecerla su adhesion, y en caso de necesidad, su espada. Mr. de Beausset les precedió para prevenir á María Luisa. «Entrad, le dijo al verle, y repetid á los príncipes lo que me habeis oido.

—»Los oficiales de la casa y de la guardia de la emperatriz, contestó Mr. de Beausset, han declarado su firme intencion de defenderla de cualquiera coaccion que traten de imponerla, para dejar á Blois contra su voluntad.

—»Decidnos las palabras de que han usado, contestó con imperiosa obstinacion el rey José: es necesario que conozcamos el espíritu que los anima.

—»Esas palabras, contestó el jefe de palacio, no seria conveniente para vos que yo las repitiese. Escuchad el ruido que resuena por las galerías y patios del palacio: ese murmullo de indignacion os dirá mejor que yo cuanto quereis saber.»

XXV. Apenas habia articulado Mr. de Beausset aquellas palabras, cuando abrieron la puerta varios grupos de oficiales de la guardia y de palacio, se esparcieron por el salon, y prorumpieron ante la emperatriz en espresiones de adhesion hácia ella, y de cólera mal reprimida contra los opresores de su libertad.

Mudando entonces José de tono y de lenguaje, se volvió con aparente respeto hácia María Luisa, y la dijo con fingida conviccion: «Es preciso permanecer, señora; lo que yo os habia propuesto, me parecia conforme á los intereses de V. M., mas puesto que V. M. piensa de otro modo, repito que es necesario permanecer...» Los hermanos de Napoleon no se atrevieron á repetir aquella tentativa. La desesperacion de una jóven la habia vuelto el valor. La indignacion contra la violencia habia sublevado en favor suyo todos los corazones. Abandonáronse á la suerte, y aguardaron en Blois el resultado de las negociaciones de Fontainebleau.

Algunas horas despues, un comisario ruso sin escolta fue á apoderarse de María Luisa y de su hijo, en nombre de los soberanos. No bu-

Horace Vernet pinx. Colin sculpsit

ADIEUX DE FONTAINEBLEAU.

Digitized by Google

bo ni resistencia ni murmullos. Era evidente que la emperatriz estaba de antemano por su padre preparada para aquella medida de los aliados en cuanto á su persona. Cautiverio por cautiverio, preferia el de su primera familia y su primera patria. Desde aquel momento se dispersó toda su corte imperial. Los ministros, los consejeros de estado y los cortesanos emprendieron la marcha aceleradamente, nó hácia Fontainebleau, sino á Paris. Allí estaba la nueva fortuna. El ministro de la guerra se contentó con enviar su despedida al emperador, y corrió á ofrecer sus servicios al nuevo amo.

XXVI. Al dia siguiente, la emperatriz, con una escolta rusa, fué conducida á Rambouillet por Orleans. El emperador continuaba escribiendo á su mujer, previniéndola que se reuniese con él en el camino de la isla de Elba. La describia el lugar de su destierro, y la fijaba el número de gentiles-hombres y camaristas que debia llevar consigo á aquella nueva corte. No habia renunciado á ninguna de las pompas y puerilidades del trono. Hubiérase dicho que habia nacido entre aquellos aparatos de la soberanía, y que eran tan inherentes á su naturaleza, que ya no concebia mas vida que aquella. Luego preguntaba confidencialmente á Mr. de Beausset, cuáles eran las verdaderas intenciones de María Luisa acerca de su reunion con el. Despues discutia con ella las agregaciones de territorio en Luca, Piombino y Carrara, que era preciso exigir, para completar sus estados de Parma: mas lejos la recomendaba que reedificase un palacio para su hijo el rey de Roma, en cuanto llegase á Parma, en donde la decia habia muchas señoras de elevada nobleza. Aquella pretension a rodearse de aristocracia antigua con la que queria confundirse él y los suyos, le dominaba hasta en sus ruinas. Las vanidades del hombre nuevo sobrevivian á la destitucion del soberano caido. En seguida hablaba de atravesar de noche á Lyon y las grandes poblaciones, por temor de las conmociones populares que pudiera suscitar contra el el resentimiento público. Recomendaba que se llevasen algunos millones para establecerse con el esplendor conveniente en la isla de Elba. Hacia que los diamantes de la corona se estrajesen algunos, cuya propiedad reclamaba. Mandaba colocar su tesoro, compuesto de muchos millones en oro, plata y alhajas, en diferentes furgones y carruajes de la emperatriz, para sustraerlos de este modo á la confiscacion, ó á la depredacion de sus enemigos en el camino desde Paris á Italia. Pedia tres millones para sus gastos personales en el viaje que iba á emprender. El general Cambronne estaba encargado de escoltarla desde Blois hasta Fontainebleau. Se oponia á la idea de la emperatriz de permanecer en Rambouillet, y la instaba que apresurase la marcha á sus estados de Italia. Manifestaba cierto disgusto á la idea de una entrevista del emperador de Austria con María Luisa. Temia sin duda que las insinuaciones paternales no la alejasen de él para siempre. Presentia las dificultades que la permanencia de su mujer y de su hijo, como rehenes en manos del Austria, suscitarian para una restauracion del imperio de que ya se ocupaba confusamente.

XXVII. A escepcion de las órdenes concernientes á una parte de su tesoro, todas aquellas cartas eran vanas ocupaciones de sus dias ociosos en Fontainebleau. La emperatriz, impulsada, tanto por la inclinacion como por la fuerza, hácia su padre, se reunia en Rambouillet con el emperador de Austria, ponia á su hijo en los brazos de su abuelo, y tomaba el camino de Viena escoltada por los vencedores de su marido.

Pero mientras la victoria y la indiferencia alejaban de él de aquel modo á la esposa que la política le habia dado y que el imperio no habia podido adherirle, la adversidad llevaba á su lado á Fontainebleau á una hermosa jóven estranjera, cuyo amor no podian arrebatarle la derrota ni el destierro.

Entre los numerosos y fugitivos objetos de sus inclinaciones ilegítimas, Napoleon habia amado, quizá por primera vez con una pasion tierna y duradera. En la cúspide de su fortuna y de su gloria, en una fiesta en Varsovia, le chocó la belleza de una polaca, entusiasmada con su nombre. Era la jóven esposa de un noble sármata de edad ya avanzada. Brillaba por primera vez en las pompas de una corte. Adoraba en Napoleon, como entonces todos los polacos, el genio, la victoria, y la esperanza defraudada de la independencia de su patria. Sus ardientes miradas descubrian involuntariamente aquel culto. Napoleon la vió, la adivinó y la amó. Largas resistencias, combates con los deberes, desmayos y lágrimas, irritaron el gusto de Napoleon hasta la pasion. Robó á la condesa Waleski á su esposo y á su patria: la arrastró á sus campamentos y á sus capitales conquistadas. Un hijo fué el fruto de aquellos amores. Un palacio en Paris, visitado con frecuencia por la noche por Napoleon, ocultaba á las miradas del público á la madre siempre apasionada de aquel niño.

XXVIII. La adversidad la hacia su falta casi sagrada y su amor mas ardiente. Sacrificándose al desterrado, queria rescatar su debilidad por el dueño de la Europa. Escribió á Napoleon pidiéndole permiso para verle, y ofrecerle acompañarle á donde quiera que el infortunio le condujese. Consintió en aquella entrevista. La penúltima noche que precedió á la marcha del emperador de Fontainebleau, la jóven fué introducida por una escalera secreta en el salon que precedia á la alcoba de su amante. Un criado de confianza fué á anunciar á su amo la presencia de la que habia consentido en volver á ver. Napoleon, que estaba sumergido en la especie de estupor soñoliento que le absorvia desde su caida, contestó al introductor que bien pronto llamaria á la que arrostraba por él el pudor y la adversidad. La jóven llorosa aguardó en vano hasta la mitad de la noche. No la llamó á pesar de que la oia pasearse por la alcoba. Volvió á entrar el criado y le recordó la persona presente.—Que se aguarde, dijo el emperador. En fin pasó la noche y la claridad del dia amenazando revelar el secreto de la entrevista; la jóven indignada y derramando copiosas lágrimas fué conducida á su carruaje por el confidente de su último adios. Sea que Napoleon hubiese perdido el sentimiento de su propio corazon con la agitacion de su ánimo, sea que se avergonzase de presentarse abatido y prisionero delante de la que le habia amado vencedor y soberano de la Europa, no tuvo compasion de aquel sacrificio. Habiendo entrado por la mañana el confidente en la alcoba del emperador y pintádole la impaciencia, la vergüenza y la desesperacion de la condesa Waleski.—¡Ah! dijo, estoy humillado por ella y por mí. Pero han trascurrido las horas sin que conociese su duracion. Tenia alguna cosa aquí, añadió poniéndose el dedo en la frente. Hasta la desesperacion que enternece á los demás hombres, era dura y glacial en él.

XXIX. Al dia siguiente mandó llamar á Caulaincourt. Hizo algunos regalos á los oficiales de su guardia y de su casa que hasta entonces habian permanecido fieles. «Dentro de algunos dias, les dijo, estaré por fin establecido en la isla de Elba. Me he apresurado por respirar el aire mas puro.... ¡Aquí me ahogo! ¡Habia pensado grandes cosas para la Francia!.... Pero me ha faltado el tiempo y tambien hombres. La nacion francesa no sabe soportar los reveses. Un solo año de desastres la ha hecho olvidar quince de victorias. ¡Me abandonan!... ¡Me separan de mi mujer y de mi hijo!.... La historia me vengará.

Luego habló con aparente imparcialidad de los Borbones. «Entre las antiguas razas y los pueblos renovados por la revolucion hay abismos, dijo; el porvenir está cargado de acontecimientos. ¡Nos volveremos á ver, amigos mios!... Mañana me despediré de mis soldados.»

XXX. Amaneció por fin el dia siguiente. Los comisarios respetuosos hasta en su vigilancia, pidieron al emperador que fijase la hora de la marcha. Señaló la del medio dia.

La corte que le quedaba, es decir, los generales de su guardia y algunos oficiales de su casa, Belliar, Gourgaud, Petit, Athalin, Laplace, Foulier, y algunos de la servidumbre interior, se reunieron á las diez en el salon que precedia á su gabinete, con los comisarios estranjeros, pequeño y fúnebre cortejo imperceptible para un palacio en otro tiempo demasiado estrecho para sus pompas. El general Bertrand, gran mariscal de palacio, envanecido con sentir su fidelidad superior á todos los destierros, anunció al emperador. Salió con el rostro tranquilo y compuesto. Atravesó la fila de sus últimos amigos, alargando á derecha é izquierda la mano que retiró mojada de lágrimas. Ni una sola palabra turbó el silencio. La impresion era demasiado solemne para que las palabras tratasen de separarla. Toda la elocuencia, reconocimiento y dolor de aquella despedida estaba en las actitudes. La del emperador era digna del lugar, de su rango, del acto, natural, triste y reflexiva. Se veia que respetaba su propio ostracismo, y que replegaba de aquel palacio quince años de gloria y de desgracias dados á la Francia. No era como la víspera el hombre quien salia: era el imperio. Salia con la majestad de un acontecimiento.

XXXI. Atravesó á paso lento seguido de los comisarios y de sus amigos la larga galeria de Francisco I, y llegó á la meseta de la escalera principal. Miró un momento á las tropas formadas en batalla en el patio, al innumerable gentío que de los pueblos inmediatos habia acudido á presenciar aquel momento histórico para referirlo á sus hijos. Eran diversos los sentimientos en aquella multitud en que el reinado tenia mas acusadores que amigos. Pero la grandeza de la caida en unos, la compasion de los reveses en otros, y la decencia de la circunstancia en todos imponian un silencio unánime. Los insultos habrian sido una cobardía, los gritos de *¡viva el emperador!* hubieran parecido una ironía. Las mismas tropas esperimentaban algo de mas solemne y mas religioso que una aclamacion, el honor íntimo de su fidelidad hasta en los reveses, y el ocaso de su gloria que iba a desaparecer con su jefe, por detrás de los árboles del bosque y las olas del Mediterráneo. Enviaban á sus compañeros á quienes la eleccion ó la suerte habia concedido el favor dese-

ADIEUX DE FONTAINEBLEAU.

ADIEUX DE FONTAINEBLEAU.

Digitized by Google

guir al emperador á su isla. Todos tenian la cabeza baja y empañada la vista: las lágrimas corrian por sus mejillas curtidas por la guerra. Si los tambores hubieran tenido crespones negros, hubiérase dicho que el ejército hacia las exequias á su general. El mismo Napoleon, despues de dirigir una mirada marcial y severa á sus batallones y escuadrones, se enterneció algun tanto. ¡Cuántas acciones de guerra, y cuántos dias de gloria y de poder le recordaba aquel ejército!.... ¿En dónde estaban los que le componian cuando recorria con él la Europa, el África y el Asia?.. ¿Qué era lo que quedaba de aquellos millones de hombres en el cuadro de tropas que tenia á la vista?.... ¡Y sin embargo, aquel resto era fiel, é iba á separarse de él para siempre!... El ejército era él. Cuando no estuviese ya á su vista, ¿qué seria de él?... Todo lo debia á la espada, y todo lo perdia con ella. Antes de bajar vaciló algun tiempo y parecia que maquinalmente queria volver á entrar en el palacio.

XXXII. Se repuso, cobró ánimo y bajó la escalera para aproximarse á los soldados. Los tambores le hicieron los honores de mando. Con un gesto les impuso silencio: avanzó hasta el frente de los batallones, é hizo señal de que queria hablar. Callaron las cajas; inmóviles las armas y la respiracion suspendida, se oyó su voz repetida por las elevadas paredes del palacio, hasta en las últimas filas de su guardia.

«¡Oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia, dijo, me despido de vosotros. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de fidelidad y de valor.

»Con hombres como vosotros, nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra hubiera sido interminable: la guerra civil hubiera hecho á la Francia mas desgraciada. He sacrificado, pues, nuestros intereses á los de la patria. Marcho.... Vosotros, amigos mios, continuad sirviendo á la Francia; su honor era mi único pensamiento, y siempre será el objeto de mis votos.

»¡No sintais mi suerte!.... Si he consentido en vivir ha sido para servir todavía á nuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos... ¡Adios, hijos mios!... quisiera estrecharos á todos contra mi corazon.... ¡Que abrace al menos á vuestro general y á vuestra bandera!... »

Aquellas palabras enternecieron á los soldados. Estremeciéronse las filas y se movieron las armas. El general Petit, que mandaba la antigua guardia en ausencia de los mariscales, hombre de temple marcial, pero sensible, se adelantó á una señal repetida de Napoleon entre las filas y su emperador, que le tuvo abrazado largo tiempo. Ambos capitanes sollozaban. Un gemido sordo contestó en todas las filas á aquel espectáculo. Los granaderos se enjugaban las lágrimas con la mano izquierda. «¡Que me traigan las águilas!» dijo el emperador, que queria grabar en sí y en aquella enseña una memoria de César. Varios granaderos avanzaron llevando delante las águilas de los regimientos. Tomó aquellos signos amados del soldado, las apretó contra su pecho, y tocándolos con los labios: «¡Queridas águilas, dijo con voz varonil pero enternecida, que este último beso resuene en el corazon de todos mis soldados! ¡Adios otra vez, antiguos compañeros, adios!...»

Todo el ejército prorumpió en llanto. Un coche abierto en donde el general Bertrand aguardaba á su amo y amigo, recibió al emperador, que se precipitó en él cubriéndose el rostro con ambas manos. En seguida rodó hácia la primera parada de su destierro.

XXXIII. El primer imperio habia concluido. Napoleon conocia el poder de la imaginacion sobre los hombres y sabia el papel que el corazon representa en la historia. Habia ofrecido en espectáculo el suyo y el de sus tropas á la Francia y al mundo en aquella escena. Hasta a sus enemigos pareció digna de las mayores páginas de la vida de los pueblos. Habian sido necesarios quince años de victorias y de reveses para prepararla, un ejército y un heroe para representarla, un mundo para mirarla, y un destierro para hacerla mas patética. Esta es la página mas sensible del emperador. Habia sido soberano, pero nunca hombre. Al volver á la naturaleza recobró su grandeza. La despedida de su ejército le restituyó la admiracion, la compasion y el corazon del pueblo.

XXXIV. Así comenzó el primer destierro de Napoleon. Mientras se dirige hácia la isla adonde le habian relegado la venganza de la Europa y el cansancio de la Francia, juzguemos y reflexionemos un momento. La historia no es solo un drama; es tambien una justicia. Los conquistadores y los despotas tendrian mucha ventaja sobre la verdad si no se les juzgase como Napoleon lo ha sido hasta aquí mas que por la fama de su nombre y el esplendor de su gloria. Hay aduladores de nombradías como hay aduladores de poder, porque la nombradía es tambien un poder, y cuando alguno se coloca en el radio de un gran nombre cree participar de su prestigio y anonadar al mundo con la autoridad de su prestigio. Éste es el *vae victis* del historiador. Pero este poder de las nombradías de hecho es tambien un poder malo, el que debe tenerse el valor de resistir en una justa medida para que la posteridad no se doblegue como el siglo, la moral no se desmiente como la independencia, y para que la virtud tenga al menos su protesta y su testigo.

XXXV. Napoleon no es un hombre de Plutarco, sino de Maquiavelo. Su móvil no fué ni la virtud ni la patria, sino el poder y la fama. Ayudado por circunstancias que ningun hombre encontró nunca, ni aun César, y por un genio de la fuerza igual á su obra, se propuso poseer el mundo á toda costa, nó mejorarle ni engrandecerle. Este único objeto evidente de todas las acciones de su vida las rebaja y pervierte á los ojos de la verdadera política. Dios no ha dicho á ningun hombre: Harás de tí mismo tu propio objeto, harás de tí el centro de las cosas humanas, harás servir al mundo para tu uso. Por el contrario, ha dicho: Serás en cuanto de tí dependa el medio, el instrumento, el servidor de la tierra; te sacrificarás por el servicio de tu pueblo: te engrandecerás nó en tí mismo, sér pequeño y pasajero, sino en el pueblo, sér eterno, á quien habrás servido, y en el espíritu humano, mejorado y engrandecido por tus obras!... ¡He aquí el tipo!.... ¡hé aquí la verdadera grandeza!... Allí están la alta política y la gloria inmortal, porque allí está la virtud del hombre de estado, nó segun la historia, sino segun Dios.

XXXVI. Ahora bien, el pensamiento de Napoleon fué el pensamiento contrario. Su plan de vida á la inversa se halla en contradiccion con el plan de Dios en la humanidad. Apoyado en esta verdad, sólida como la conciencia, se atreve uno á juzgar lo que no ha sido mas que celebrado, sin temor de equivocarse. Siente en sí la inflexibilidad, nó del ánimo, sino de la moral y prosigue.

Hemos hablado del plan de vida general de Napoleon y hemos dicho que fué el de poseer á toda costa la tierra. Nos esplicaremos: entendemos por plan de vida, la significacion general y continua de todos los actos de un hombre de historia y la tendencia constante de su pensamiento ó de su instinto manifestada por sus costumbres. No atribuimos á esta espresion la idea de una premeditacion desde la cuna, ó de una combinacion sistemática de cada uno de sus pasos, de sus gestos y de sus palabras en todas circunstancias. El hombre no está formado de ese modo: no es una abstraccion, no es una línea matemática, es un hombre, es decir, una inconstancia, una movilidad, una inconsecuencia viviente. El plan de vida de un hombre histórico, es su carácter. Así, pues, en el carácter de Napoleon mas habitualmente revelado en sus actos y en sus pensamientos, buscamos su moralidad ó su depravacion, su pequeñez ó su grandeza, para ofrecerlas á los ojos menos deslumbrados de la posteridad. En dos palabras, su inspiracion provenia habitualmente del mundo á el, ó de el al mundo, de la abnegacion ó del egoismo. He aquí á lo que respondemos interrogando su memoria, nó para rebajarla, sino para que no pervierta al porvenir.

XXXVII. Nació en Córcega: aquella isla buscaba su independencia. Se declaró contra Paoli, libertador de su cuna: trató de buscar una patria, y escogió la mas agitada, la Francia. Presintió con una precoz sagacidad de instinto, que los grandes azares de fortuna serán ó son los grandes movimientos de las cosas y de las ideas. Hervia entonces la revolucion francesa, y se lanzó en ella; la gobernaba el jacobinismo, y le ensalzó. Aparentó los principios radicales, las exageraciones demagógicas, su lenguaje, su traje, su cólera, su popularidad. Escribió la *Cena de Beaucaire*, arenga de club en un campamento. Subia ó bajaba la revolucion segun los accesos de ardor ó de frialdad de la opinion en Paris; subió y bajó con ella, sirviendo con igual celo á los convencionales en Tolon, á los thermidorianos en Paris, á la convencion contra los demagogos, á Barrás y al directorio contra los realistas: todo por las circunstancias, nada por los principios: previó el poder, ayudó al triunfo, y se elevó indiferentemente sobre todos y por todos. Jóven de la raza y del tiempo de aquellas repúblicas italianas, que alquilaban su valor y su sangre á todas las facciones y á todas causas, con tal que los engrandeciesen. Soldado, ofreció su inteligencia y su espada al mas resuelto ó al mas feliz. En su juventud hasta entonces oscura, no se ve ningun escrúpulo de opinion, de principio, ni de virtud pública. Tampoco se ve mas en su fortuna rápida. El orígen de ello fue el favor del mas influyente de los directores, con una mujer hermosa, familiarizada con los poderosos de la época. Barrás le dió por dote el ejército de Italia; amó, es cierto, y fué amado. Pero aquel cariño no fué desinteresado, luego que ya quedó satisfecho. Parecia menos sincero porque fué dotado con un mando, que es precisamente la fecha de su genio. Le comunicó á sus tropas, esparció la juventud por los envejecidos campamentos, reformó la rutina militar, les infundió entusiasmo, é infundió en ellos la nueva táctica: inventó la audacia, ese genio de las guerras re-

volucionarias: aceleró los movimientos de los ejércitos: aumentó diez veces el tiempo por la rapidez de las marchas; desconcertó los cálculos y la prudencia de los alumnos de Federico y de Laudon: conquistó, pacificó: hace desaparecer á unos y respeta á otros: hizo pactos con el que era fuerte en la opinion de los pueblos, como Roma: arrasó sin pretesto ni compasion á lo que era debil, como Venecia: usurpó atrevidamente la autoridad, la diplomacia y el principio de su gobierno. Tan pronto proclamaba como hacia traicion: vendió el dogma de la revolucion francesa, segun la oportunidad y las necesidades de su popularidad personal en Italia y en Leoben. Aquí restableció el despotismo; allí consagró la teocracia; mas allá traficó con la independencia de los pueblos, y en otra parte vendió la libertad de las conciencias. Ya no era el general de una revolucion, ni el negociador de una república. Era el hombre que trabaja por sí y para sí, á espensas de todos los principios, de todas las revoluciones y de todos los poderes que le habian facilitado medios para ello. Desaparecieron los frutos del entendimiento humano, los del siglo XVIII, de la filosofía moderna y de la revolucion francesa. Solo aparece Bonaparte. Ya no es un siglo el que se conmueve, es un hombre que se burla de un siglo, y que se sustituye á una época. ¡Ya no hay Francia, revolucion, ni república!... ¡él, nada mas que él, y siempre él!...

XXXVIII. La revolucion, embarazada con él, le envió á que pereciese ó se engrandeciese en Egipto. A otro continente, otro hombre, pero en punto á conciencia, lo mismo. Se anunció como el renovador del Oriente, y segun decia, le llevaba la libertad europea. Primero trató de convencerle de que era necesario se dejase conquistar. El fanatismo mahometano era un obstáculo para su dominacion; en vez de combatirle, le lisonjeó. Se declaró en favor de Mahoma contra las supersticiones europeas. Se valió de las religiones como medios de policía y de conquista. El negociador que se prosternó ante el papa en Milan, se inclinó ante el Profeta en el Cairo. La lejanía da prestigio á proezas contra una raza enervada, proezas exageradas por la fama, pero que recuerdan la poesía de las cruzadas. Lo que buscaba allí era la nombradía y la imitacion de Alejandro. Así fué, que al primer revés en San Juan de Acre abandonó la conquista, el imperio y sus sueños asiáticos, y dejó á su ejército sin refuerzos y sin probabilidad de una capitulacion. Pasó á bordo de un buque velero, y volvió á donde estaba la realidad; se anticipó al rumor de sus reveses, y sorprendió la popularidad. Miró á la república, vió que ya habia pasado la hora de los peligros anárquicos, que los poderes se iban regularizando, que los ejércitos mandados por sus rivales triunfaban, y que el gobierno democrático, comprado á tanta costa por la nacion, llegaria á ser, si le dejaba, un obstáculo para la ocupacion de un soldado. Conspiró á mano armada contra aquel gobierno que le habia entregado su fuerza para que le defendiese: unió la astucia á la fuerza; corrompió á sus compañeros de armas, engañó á los directores, violó la representacion, desgarró las leyes con sus bayonetas, y se apoderó de su patria. La Francia era un pueblo: ya no fué mas que un hombre, y ese hombre era él...

XXXIX. Consumado ya aquel crimen antinacional y antirevolucionario, fue preciso hacerle sancionar por la opinion: habia dos; una republicana y progresiva, que impelia al mundo hácia adelante, por la corriente de la verdad, de la libertad y de la virtud cívica, y otra contrarevolucionaria y retrógrada que procuraba conducir á las instituciones y el espíritu humano á la esclavitud, las preocupaciones y los vicios de lo pasado. No apareció la verdad de cada una de ellas, sino su fuerza. Vió que la verdad estaba con la libertad, pero que la fuerza estaba en la contrarevolucion. Se precipitó en ella porque le llevaba á un trono. Esplotó el cansancio, compró la venalidad, intimidó á la cobardía, favoreció las apostasías del dia y colmó con grados y con autoridad la ambicion del gobierno militar, el menos liberal de todos los poderes. Reinó, por fin, en su pais, que desapareció á su vez bajo el trono en que él se colocó.

XL. Para que aquel trono se sostuviese le era necesario un principio. Todavía podia escoger: podia hacer á su reinado el de las ideas de raciocinio: podia aclimatarlas en el mundo moderno por medio de la monarquía. Podia ser en la filosofía y el espíritu de civilizacion moderna, lo que Carlo-Magno fué con respecto al cristianismo, el imitador y organizador armado, de la idea naciente y desarmada. El mundo moral á semejante precio hubiera, si no escusado, comprendido al menos la usurpacion militar. Desde el primer dia rechazó aquel gran papel de un genio fundador de una idea. Declaró la guerra y la tiranía á todas las ideas, escepto las que ya habian caducado. Maldijo el pensamiento de palabra ó por escrito, como una rebelion del raciocinio contra el hecho. Dijo: el raciocinio es el mal supremo y el origen de todo daño. Impuso silencio á la tribuna, la censura á la imprenta, trabas á la publicacion de obras, y el terror ó la adulacion á los escritores. Blasfemó contra la luz: cerró la boca al menor murmullo de una teoría. Desterró á cuantos no le vendian su palabra ó su pluma. Solo honró en las ciencias á las que no piensan, las matemáticas. Si hubiera podido, habria suprimido hasta el alfabeto, para que no subsistiesen entre los hombres mas que los números, porque las letras espresan el sentimiento del alma humana, y los guarismos no espresan mas que fuerzas materiales. Su odio á la filosofía y á la libertad, le exaltó hasta el ateismo de la inteligencia humana. En cada suspiro presentia una revolucion, un obstáculo en cada pensamiento y una venganza en cada verdad. Negó hasta la libertad á las conciencias, entró en convenios con Dios, en quien no creia, celebró un concordato con la Iglesia, profanó la religion aparentando honrarla. Hizo del sacerdote un magistrado civil y un instrumento de servidumbre encargado de suavizarle las almas: puso en el catecismo al imperio como un culto del estado, y al emperador al lado de Dios. Destruyó una por una todas las verdades civiles conquistadas y promulgadas por la asamblea constituyente y por la república: la igualdad con un nuevo feudalismo, las herencias domésticas con las substituciones y los mayorazgos: niveló las costumbres con los títulos, la democracia con una nobleza hereditaria, la representacion nacional con un cuerpo legislativo subordinado y mudo, y con un senado del Bajo Imperio, encargado de votarle la sangre del pueblo, y por último las nacionalidades con dinastías de su raza, impuestas á los tronos. Convirtió en irrision y en tiranía todas las instituciones de la independencia de los pueblos, de que no se atrevió á borrar el nombre: rehizo lo pasado comenzando por sus vicios, y lo restituyó todo entero á sus adoradores, con condicion de que aquel pasado fuese él.

XLI. Sin embargo, un reinado necesita un espíritu: le buscó. De todos aquellos principios con que un fundador puede hacer estables sus instituciones, libertad, igualdad, progreso, luces, conciencia, eleccion, raciocinio, discusion, religion y virtudes públicas, eligió el mas personal y el mas inmoral de todos, la gloria ó la nombradía. No queriendo convencer, ni ilustrar, ni mejorar, ni moralizar su patria, dijo para sí: La deslumbraré; de este modo fascinaré el mas noble y fácil de seducir de todos sus instintos, la gloria ó la vanidad nacional. Fundaré mi poder ó mi dinastía sobre un prestigio. Todas las naciones tienen una virtud ó un orgullo: el orgullo de la Francia será mi derecho.

XLII. El principio de la fama le condujo inmediatamente al de conquista: la conquista exige la guerra, y esta los destronamientos y las pérdidas de las nacionalidades. Su reinado no fué mas que una campaña, y su imperio un campo de batalla tan vasto como la Europa. Colocó el derecho de los pueblos y de los reyes en su espada, y la moralidad en el número y en la fuerza de sus ejércitos. Nada de lo que le amenaza es inocente, nada de lo que le sirve de obstáculo es sagrado, nada de cuanto le precede en fecha debe ser respetado; queria que la Europa datase de él.

XLIII. Destruyó la república con el pié de sus soldados: arrolló el trono de los Borbones en el destierro. Envió á prender en la oscuridad como un asesino al mas intrépido y confiado de los príncipes militares de aquella raza, el duque de Enghien, que se encontraba en país estranjero. Le mató en los fosos de Vincennes, por no sé qué presentimiento de crimen, que le hacia mirar á aquel jóven como el único competidor armado del trono contra él ó contra su raza. Conquistó la Italia que se habia perdido, la Alemania, la Prusia, la Holanda reconquistada despues de Pichegrú, la España, Nápoles, reinos y repúblicas. Amenazó á la Inglaterra, acarició á la Rusia para adormecerla, dividido en pedazos el continente, distribuyó los pueblos, elevó tronos para toda su familia, y gastó diez generaciones de la Francia para crear un patrimonio imperial ó real á cada uno de los hijos ó hijas de su madre. Su fama, que crecia sin cesar con esplendor y estruendo, produjo en la Francia y en la Europa ese vértigo de gloria, que les ocultaba la inmoralidad y el abismo de semejante reinado. Dió el impulso, y le siguieron hasta el delirio de la campaña de Rusia. Se introdujo en un torbellino de acontecimientos tan inmensos y tan acelerados, que tres años de faltas no le dejaron caer. La gloria que le elevó, le sostuvo en el vacío de los demás principios que habia despreciado. La España devoró sus ejércitos: la Rusia sirvió de sepulcro á setecientos mil hombres, y Dresde y Leipsick se tragaron los restos. La Alemania irritada se le separó: la Europa entera le cercó y le persiguió desde el Rhin hasta los Pirineos, con una multitud de pueblos. La Francia estenuada y desafecta le miró combatir y decaer, sin que un solo brazo se levantase á defender su causa. No tenia contra el mundo mas que un puñado de hombres, y á pesar de eso no caia: todo estaba aniquilado en derredor de su trono, pero le quedaba su fama, que estaba siempre suspendida encima de él.

XLIV. Como diplomático fué sumamente hábil cuando tuvo que ser-

vir á su ambicion y preparar su reinado. En su campaña de Italia combatió con una mano y negoció con otra. Se burló atrevidamente de las instrucciones del republicanismo radical de la convencion. Hizo un tratado con el Piamonte vencido, que pudo destruir. Aumentó el ejército republicano contra el Austria con los contingentes de una monarquía. Hizo un convenio con el papa, á quien tenia encargo de arrojar de Roma. Alistó en su partido las costumbres, los respetos y hasta las supersticiones de los pueblos. Trató con Módena por algunos millones, é hizo que le pagase sueldo el tesoro de los príncipes. Trató tambien con Nápoles y Toscana para dividir á sus enemigos, y combatirlos uno á otro como el Horacio antiguo. Adormeció á Venecia mientras necesitó su neutralidad, y en cuanto ya no la temió, la insultó y atropelló. Encendió el fuego del entusiasmo revolucionario y de la independencia en Milan. Vendió en seguida Venecia al Austria, y á ese precio compró la sombra de paz que queria ofrecer á la Francia para hacerse popular. Hasta allí su diplomacia fué la de Maquiavelo, pero de un Maquiavelo patriota que al menos hacia traiciones útiles á su pais.

XLV. Mas apenas subió al trono, todas aquellas negociaciones fueron vértigos tan funestos para sí mismo, como para la sólida grandeza de su patria. Amenazó á la Inglaterra, á la cual no podia acercarse ni por tierra ni por mar: se declaró su enemigo eterno é impotente. De este modo se granjeó un odio de Aníbal contra su nacion y contra su dinastía. Puso al continente á sueldo de aquella potencia, y el comercio del universo bajo su pabellon.

Se enajenó la Alemania independiente por la ambicion de territorio, y patrimonios de familia que no le daban mas que príncipes y ningun apoyo. Rehusó á la Rusia el imperio de Oriente, asegurando para sí el de Occidente. Declaró que su poder era incompatible con cualquiera otra potencia independiente, aunque estuviese en los confines del universo. Se declaró aspirante á la monarquía universal, es decir, el enemigo comun de todos los tronos y de todas las nacionalidades. De este modo, con sus propias manos, colocó á la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Prusia y al mundo, en la liga de la especie humana contra él.

Combatió: su fama y su talento le dieron la victoria. Hizo paces falsas, cortas, precarias, amenazadoras para los que habia subyugado á medias, paces que dejaban respirar, pero que desarmaban.

En la espectativa de una nueva guerra premeditada con la Rusia, cometió la locura de entregarla el Imperio Otomano, privándose así del único y grande aliado que le quedaba en el dia de la lucha.

Conquistó á Viena y restableció la monarquía austriaca: vió que la Hungría aspiraba á la independencia, y la dejó sujeta á aquella monarquía.

Conquistó á Berlin, y no borró del mapa á la Prusia. Vió á la desmembrada Polonia palpitar de patriotismo, pudo resucitarla con un gesto, hacerla aliada de la Francia, el puesto avanzado de sus ejércitos, la árbitra del Norte y de la Alemania, el dique de la Rusia, y vendió sus pedazos á las potencias vencidas, para comprar de ellas favores y consideraciones de antiguas razas para su dinastía.

Vió á la España arrojarse en sus brazos, aceptar sus decisiones arbitrales, implorar su tutela, asociarse á la Francia con el pacto natural y eterno de las razas del Mediodía contra las razas conquistadoras del Norte. Prefirió humillarla á atraerla, y conquistarla para su hermano.

En fin, se arrojó con un millon de hombres al centro de la Rusia, para invadir temerariamente el Norte, para no poseer mas que nieve y cenizas. La Alemania, que dejó imprudentemente armada é irritada á su espalda, volvió á cerrarse y quedó preso en el lazo que él mismo se habia preparado. Parecia que no se habia propuesto mas que un objeto en su política, ya hacia diez años, el de reunir á todos los pueblos indignados contra él. Hacer de la Francia el enemigo irreconciliable del género humano, era su proyecto en lo esterior. ¡Genio del egoismo que llega á ser el genio de la ruina!

XLVI. Por fin capituló, ó mas bien la Francia lo hizo sin él. Emprendió solo, atravesando su patria conquistada y sus provincias asoladas, el camino de su primer destierro. Tuvo por acompañamiento los resentimientos y los murmullos. ¡Qué queda detrás de él, de su largo reinado!... porque por esa señal Dios y los hombres juzgan el genio político de los fundadores. Toda verdad es fecunda, la mentira es esteril. En política, lo que no crea, no es. La vida la juzga el que sobrevive. Dejó la libertad encadenada, la igualdad comprometida por instituciones póstumas, parodiado el feudalismo sin poder existir, la conciencia humana vendida, la filosofía proscripta, fomentadas las preocupaciones, el talento humano disminuido, la instruccion materializada y concentrada únicamente en las ciencias exactas, las escuelas convertidas en cuarteles, la literatura degradada por la policía ó envilecida por la bajeza, la representacion nacional pervertida, abolida la eleccion, esclavizadas las artes, agotado el comercio, aniquilado el crédito, muerta la navegacion, reanimados los odios internacionales, el pueblo oprimido pagando con sus contribuciones y con su sangre la ambicion de un soldado, pero disfrutando con el nombre engrandecido de la Francia, de las miserias y degradaciones de la patria. ¡He ahí al fundador, hé ahí al hombre!... ¡Un hombre en vez de una revolucion!... ¡Un hombre en lugar de una patria! ¡Un hombre en lugar de una nacion!... ¡Nada despues de él!... Nada en derredor suyo mas que su sombra esterilizando todo el siglo XVIII representado en él solo! Se hablará siempre de su gloria personal, pero jamás se dirá de él lo que se ha dicho de Augusto, de Carlo-Magno y de Luis XIV, el siglo de Napoleon. No hay siglo, no hay mas que un nombre, y ese nombre no significa para la humanidad mas que él mismo.

XLVII. Falso en instituciones, porque remonta; falso en política, porque envilece; falso en moral, porque corrompe; falso en moral, porque oprime; falso en diplomacia, porque aisla; no fué verdadero mas que en guerra, porque derramó bien la sangre humana. Pero el que la economiza ¿qué es? Su genio individual será grande, pero es el genio del materialismo; su inteligencia era vasta y clara, pero era la inteligencia del cálculo. Contaba, pesaba, media; no sentia, no amaba, no compadecia: era una estatua, mas que un hombre. De aquí su inferioridad con respecto á Alejandro y César. Mas bien recuerda al Aníbal de la aristocracia. Pocos hombres ha habido de un temple tan frio. Todo era sólido, nada se conmovia en aquel pensamiento. Se conoce aquella naturaleza metálica hasta en su estilo. Quizá es el mayor escritor de las cosas humanas despues de Maquiavelo. Muy superior en cuanto á la narracion de sus campañas á César, su estilo no es únicamente el de la palabra escrita, es tambien el de la accion. Cada palabra de sus páginas es, por decirlo así, la huella del hecho. No hay letra, ni sonido, ni color entre la cosa y la palabra, la palabra es él. La frase concisa, pero como esculpida, recuerda aquellos tiempos en que Bayaceto y Carlo-Magno no sabiendo escribir su nombre en las actas de su imperio, mojaban la mano en tinta ó en sangre, y aplicándola sobre el pergamino, la marcaban en él con todas sus articulaciones. No era la firma, sino la mano del héroe, la que se tenia continuamente á la vista. Así sucede con las páginas de sus campañas dictadas por Napoleon. Todo es allí movimiento, accion y combate.

XLVIII. Aquella fama de que habia formado su moralidad, su conciencia y su principio, la mereció por su naturaleza y por su inteligencia de la guerra y de la gloria. Tambien inundó con ella el nombre de la Francia. Obligada esta á aceptar su tiranía y sus crímenes, debió tambien aceptar su gloria con severo reconocimiento. No podia separar su nombre del suyo sin disminuirle. Aquel nombre se incrustó en sus males y en su grandeza. Quiso nombradía, y él se la dió. Pero lo que sobre todo le debe es un gran ruido.

XLIX. Aquel eco que se continúa en la posteridad y que se llama impropiamente gloria, fué su medio y su objeto. ¡Que goce de él en buen hora! ¡Hombre de ruido, que resuene á través de los siglos! Pero que ese ruido no pervierta la posteridad ni falsee el juicio del pueblo. Ese hombre, una de las mas vastas creaciones de Dios, emprendió, con una fuerza que no ha sido dada á ningun hombre, acumularla en el camino de las revoluciones y de las mejoras del entendimiento humano, como para detener las ideas y hacer retrogradar las verdades. El tiempo le ha atravesado, y las ideas y las verdades han vuelto á seguir su curso. Admírasele como soldado, se le mide como soberano y se le juzga como fundador de pueblos. Grande por la accion, pequeño por las ideas, nulo por la virtud: hé ahí el hombre.

LIBRO X.

Los Borbones.—Luis XVIII.—Su vida en la corte de Luis XVI.—Su carácter.—Su talento.—Su conducta durante la revolucion.—Su fuga de Paris.—Su permanencia en Coblenza.—Tratado de Pilnitz.—Manifiesto de los príncipes franceses.—Fisonomía de la corte del conde de Provenza en la emigracion.—Sus opiniones.—Su impopularidad en la emigracion.—Popularidad de su hermano el conde de Artois.—Carta del conde de Provenza á Luis XVI.—Guerra contra la república.—El conde de Provenza, regente.—Sus intrigas en Francia y la Vendee.—Su manifiesto despues de morir Luis XVI.—Su vida en Verona.—Deja á Verona y se dirige al ejército de Condé.—Sus negociaciones con Pichegrú.—Abandona el ejército de Condé.—Sus aventuras y su vida en Alemania.—Se retira á Mittau.—Se ve obligado á marchar de allí.—Su regreso á Mittau.—Pasa á Inglaterra.—Le recibe el duque de Buckingham.—Se retira á Hartwell.—Mr. de Blacas.—Vida y meditaciones de Luis XVIII en Hartwell.—La Inglaterra y Luis XVIII en 1813.

I. Mientras Napoleon se dirigia de aquel modo á su primer destierro, adonde bien pronto tendremos que seguirle, los príncipes de la casa de Borbon se acercaban á Paris. Iban á ocupar ó rodear aquel trono que la guerra les devolvia despues de restablecido por otro, y que la revolucion y la contrarevolucion, unánimes entonces, iban bien pronto á disputarse. La Francia no conocia de ellos mas que el nombre.

Antes de referir su advenimiento, su ensayo de reinado y su segunda caida, diremos de que príncipes y princesas se componia entonces la familia real, tan proscripta ya hacia veinte años de la memoria como del suelo. Diremos tambien con que espíritu volvian á entrar en el reino de sus padres aquellos miembros de la familia soberana, y con que espíritu los contemplaba la Francia y saludaba su regreso.

II. La familia real se componia de siete príncipes y de cinco princesas: el rey Luis XVIII; su hermano el conde de Artois; los dos hijos de este último príncipe, el duque de Angulema y el duque de Berry; el príncipe de Condé; su hijo el duque de Borbon y el duque de Orleans.

Las princesas eran: la duquesa de Angulema: la duquesa de Orleans, viuda de Felipe Igualdad; la duquesa de Orleans, esposa de Luis Felipe de Orleans; la señorita de Orleans, hermana de Luis Felipe; la duquesa de Borbon, y además los hijos de Luis Felipe, duque de Orleans, la princesa Luisa y el duque de Chartres.

En aquella vuelta al hogar comun de la antigua Francia, despues de tantos años de adversidades y de luto, despues de tantas mutilaciones del trono real y de sus ramas por el hacha revolucionaria ó por el asesinato de Vincennes, en aquella tardía reparacion de las proscripciones, en aquel asombro de los palacios que volvian á ver á sus primeros dueños, en el júbilo de los criados al recibir á sus antiguos amos, y la inesperada felicidad de aquella familia que volvia á pisar, entre el ruido de las aclamaciones y de las esperanzas públicas, aquel suelo por el que tanto debia haber suspirado, en todo eso, repetimos, habia tal simpatía, aun para los corazones estraños á inmerecidos infortunios y á reparaciones interesantes, semejante efusion de la sensibilidad popular asociándose á aquellas impresiones reales. Tal enternecimiento en el aspecto del pais, todo esto reunido, parecia formar en cierto modo un espíritu nacional, y que la imaginacion del pueblo participaba de las adversidades y felicidades de una familia. Ese es el poder de la naturaleza, cuando se la encuentra con la política; es el prestigio de los recuerdos, cuando por un instante se confunde con las esperanzas; es la renovacion de las tradiciones en los corazones, cuando estas se hallan personificadas en razas que vuelven de un largo destierro; es la compasion que se venga; es la consagracion popular de las restauraciones. No tienen mas que estos dias, pero son simultáneamente hermosos como lo pasado y el porvenir. El dia siguiente vuelve á producirlas nuevas dificultades y nuevos peligros, porque se las pide un imposible, la fusion de ideas y de intereses que se rechazan, de lo que fué y de lo que ya no puede ser, de lo que está por venir y de lo que ya ha pasado, del prestigio y de lo real, de la memoria y del tiempo. Pero no nos anticipemos al porvenir de la familia real. No se descubria en su regreso; iba precedido de un inmenso poder que era el poder del sentimiento.

III. Luis XVIII rayaba en los sesenta años de su edad, época de la vida en que el entendimiento ha llegado á toda su madurez, y en que el cuerpo no pierde todavía su vigor en las razas fuertes. Era hermano de Luis XVI, el Cárlos I de la Francia. Su padre era el Delfin, hijo de Luis XV, príncipe que no habia hecho mas que vislumbrar el trono, y que no parecia destinado á llevar á él mas que oscuras virtudes. Luis XVIII, antes del asesinato de su hermano Luis XVI, llevaba el título de conde de Provenza. Casó siendo todavía jóven con Josefina de Saboya, hija de Victor Manuel III, rey de Cerdeña. No tuvo hijos y perdió á su esposa en la emigracion. Este príncipe, que con rara felicidad ha desempeñado uno de los papeles mas difíciles en la historia, merece ser examinado. Su inteligencia se hallaba á la altura de las circunstancias, si bien su carácter era inferior á su obra. Si hubiese sabido mantenerse habria fundado. Estudiemos su vida, porque ella nos esplica su reinado.

IV. El conde de Provenza, solitario y reservado en la corte de su hermano Luis XVI, se habia rodeado de una pequeña corte aparte que convenia á su carácter estudioso, familiar y un poco afeminado. Su alma carecia de virilidad como su cuerpo. Aunque demasiado jóven, se notaba en él algun recuerdo de aquella sagacidad y penetracion de los eunucos soberanos de sus soberanos en las cortes griegas de Bizancio: Narses que habia nacido en las gradas de un trono y que gustaba como ellos de desenlazar y desenredar los nudos de la política en las misteriosas intrigas de un palacio, acariciando en lo interior el favor de las cortes y en lo esterior la popularidad de la opinion, ambicioso de deseos, pero modestos y contenidos, encubriendo sus tramas con el rigor del ceremonial y con las puerilidades de la etiqueta, rodeándose de filósofos, literatos, cómicos, artistas y aun aparentando pasion á las mujeres, pero sin amar en ellas mas que su flexibilidad, su gracia y su malignidad de espíritu, buscaba la amistad de los hombres á falta de amor, y esperimentaba la necesidad constante de apoyar su alma en un favorito. Tal era el carácter primitivo del conde de Provenza.

V. Creia con razon que tenia un talento muy superior al de su hermano Luis XVI, y al superficial e irreflexivo de su otro hermano el conde de Artois. Dejaba con mucho respeto al primero el goce, las consideraciones y la responsabilidad del trono. Aparentaba encubrir su superioridad con una verdadera adhesion, y con fingida indiferencia del poder. Manifestándose muy á las claras, hubiera temido ofuscar con su mérito. nó á Luis XVI, incapaz de recelar rivalidades, sino á la jóven y hermosa reina María Antonieta, princesa seductora, celosa é incapaz de dominacion. El conde de Provenza dejaba con mas trabajo á su segundo hermano el conde de Artois, ídolo de la reina, de la corte y de la juventud, el imperio de la gracia, de la lijereza y del favor público. No pudiendo igualarle, procuraba diferenciarse de el con sólidas superioridades. Desempeñaba el papel de un sabio precoz y censurador en una corte fútil y un pais mal gobernado. Estudiaba la historia, la política y las teorías de economía y de gobierno de los imperios: escribia mucho y sobre todas materias. Cultivaba además toda especie de literatura. Tenia la ambicion de talento y el apetito de gloria. Hacia insertar poemas en las publicaciones de aquel tiempo y representar dramas en los teatros populares de Paris, con el nombre de sus amigos y servidores. Gozaba como el emperador romano de sus triunfos en la escena, y de su rango al lado del trono. Se rodeaba de filósofos, teóricos y censores del reinado y del culto. Les permitia que dejasen traslucir sus críticas contra los ministros, sus miras acerca de la reforma del reino, y su complicidad de talento y de voluntad contra la tendencia general de la nacion, que prorumpia en murmuraciones contra el gobierno y en entusiasmos precursores de una revolucion. Pero nunca permitia que aquellos murmullos y entusiasmo traspasasen los límites del respeto esterior al culto y al trono. Aunque escéptico en religion y revolucionario en administracion, miraba á la Iglesia y á la monarquía como dos ídolos populares, cuya divinidad podia ponerse en duda, sin quitar nunca de la vista del pueblo aquellos dos simulacros. Hasta en sus convicciones se observaba etiqueta y ceremonial; creia en el derecho divino de la costumbre. Toda reforma que llegaba hasta su raza le parecia un sacrilegio.

Presentia una revolucion. Creia que su hermano no podia luchar con su siglo. Pensaba que su debilidad le conduciria á la abdicacion, que el conde de Artois se perderia con su futilidad en la corriente del mundo, y que reconstituida la Francia bajo un nuevo plan monárquico se refugiaria en su propio reinado. No conspiraba, no deseaba; aguardaba. Sin embargo, amaba al rey su hermano, como era capaz de querer á cuanto le era superior.

VI. Los apuros del tesoro, las disipaciones de la corte, la negativa del clero y de la nobleza á contribuir á las necesidades del erario, las amenazas de la opinion pública manifestada por los escritores, los murmullos del pueblo, la buena fé y la confianza del rey en la cooperacion de la nacion, hicieron que fuese convocada la asamblea de los notables. El gran consejo íntimo y oficioso del pais en derredor de su rey. El conde de Provenza se manifestó en él al pueblo, como un príncipe popular y novador. Se colocó contra la aristocracia al lado del número, de la justicia y del derecho. Su actitud, sus votos, sus palabras, prometieron á la vez un tribuno y un moderador de la revolucion: su nombre adquirió una inmensa popularidad. La respiró con embriaguez y jamás consintió abdicarla voluntariamente, mientras aquella popularidad no le exigió mas que sacrificio de ideas. Mas bien pronto la asamblea constituyente comenzó á minar los apoyos seculares del trono. El clero y la aristocracia sucumbieron á manos del tercer estado ó de la mayoría nacional. El conde de Provenza habia favorecido la supremacía de aquella mayoría numérica de la nacion, votando porque el pueblo tuviese una representacion proporcionada, nó á su unidad como órden del estado, sino á su masa como poblacion. Por aquel voto se nacionalizó mas: se declaró del partido de Mirabeau, fué popular, pero queria permanecer príncipe.

VII. Los ultrajes directos al trono le advirtieron que la revolucion avanzaba hasta la monarquía, pero esperaba que al menos respetaria al monarca. Contaba todavía con su propia popularidad. Vituperó la emigracion prematura. Dejó á su hermano, el conde de Artois, huir de Versalles, pasar al estranjero, correr desde Turin á Viena y San Petersburgo, para formar con la nobleza militar de Francia y las cortes de Europa una cruzada contra la revolucion. El conde de Provenza, mas firme, mas fiel y mas político, siguió á su hermano Luis XVI arrebatado de Versalles por la sublevacion de los dias 5 y 6 en Paris. El pueblo le respetó, le aclamó y le dió muestras de afecto en el palacio del Luxemburgo. Parecia un conciliador entre la corte y la revolucion.

Pero bien pronto perdió su popularidad. La sospecha de una conspiracion contrarevolucionaria tramada por el marqués de Favras, oficial de la guardia, recayó sobre él. Favras habia sido encargado de negociar empréstitos considerables para su antiguo amo. Al mismo tiempo habia urdido, sea con el consentimiento tácito, ó sin noticia del conde de Provenza, una conspiracion que tenia por objeto deshacerse de los tres jefes de la revolucion, Lafayette, Necker y Bailly, quitar al rey del poder de los que le custodiaban, conducirle á Peronne, y nombrar al conde de Provenza regente del reino. Favras, acusado, preso y sentenciado, murió sin revelar ningun cómplice. Se llevó al sepulcro el enigma de la complicidad ó de la inocencia del hermano del rey. Pero antes de morir, prorumpió en maldiciones contra un cómplice poderoso que le abandonaba á su suerte. La opinion pública completó justa ó injustamente la revelacion, y nombró al conde de Provenza. El misterio quedó envuelto en el féretro de Favras. Pero el conde de Provenza temiendo las consecuencias de semejante acusacion, las previno por medio de una justificacion tímida y atrevida al mismo tiempo ante el consejo comunal de Paris. Se dirigió á él con grande aparato, y habló allí como acusado ante los jueces del pueblo. Refirió sus relaciones con Favras, especificó su naturaleza, separó los negocios financieros encargados á aquel caballero, de las empresas contrarevolucionarias que hubiera podido fraguar de su propia cuenta. Se produjo con el acento de la franqueza y la persuasion de la verdad. Hizo mas, proclamó en alta voz sus principios revolucionarios: «Desde la asamblea de los notables, dijo, en que me declaré por la doble representacion del pueblo, no he cesado de creer que se hallaba próxima una gran revolucion; que el rey, por sus intenciones, sus virtudes y su rango supremo debia ser su jefe, y que la autoridad real debia ser el antemural de la autoridad nacional. ¿Tengo derecho para ser creido bajo mi palabra?.....» La multitud envanecida de ver al hermano del rey reconocer su jurisdiccion é implorar su absolucion, le aplaudió estrepitosamente y lo volvió en triunfo á su palacio. Pero el perdon de Favras que habia ido á pedir, no le fué concedido.

VIII. Los peligros iban en aumento. Los príncipes de la casa de Condé y las tias del rey iban abandonando sucesivamente el suelo de la Francia. Divulgóse el rumor de la próxima partida del conde de Provenza. El pueblo se dirigió á su palacio para asegurarse de su presencia. Mandó abrir las puertas, se presentó, conversó familiarmente con las mujeres que iban al frente de aquella muchedumbre, y las juró no abandonarlas jamás. «Pero y si el rey partiese?... le preguntó una de ellas.—Para ser una mujer de talento; la contestó el príncipe, me haceis una pregunta bien necia.» De este modo eludió la contestacion, y dió á entender por su acento, que si su hermano llegaba á abandonar el trono, no seria él su sucesor, porque no ambicionaba subir á él.

Toda la conducta y el talento de este príncipe se hallaban comprendidos en aquellas palabras.

IX. Manifestó obstinacion, reserva y valor en los dias de la conmocion en que invadiendo el pueblo las Tullerías, ultrajó al rey y á la reina, concentrando toda su cólera contra el monarca. Protegia y consolaba á su hermano. En medio del tumulto le recitaba aquellos versos en que su favorito Horacio alaba la tranquilidad y serenidad de los campos en oposicion con las agitaciones de los palacios y de los negocios públicos. Las desgracias de María Antonieta le habian reconciliado con ella: la admiraba á fuerza de compasion. Era el confidente de su hermano y de su cuñada. Aparentando á los ojos del pueblo la firme resolucion de no abandonar su puesto de ciudadano y de heredero eventual del trono, se preparaba á salvar su cabeza de manos de la revolucion. Mientras que fingia buen semblante á las sospechas y alarmas del pueblo, abria por detrás de sí secretamente la puerta de la emigracion. Mas político que intrépido, su valor era menos emprendedor que su espíritu. El rey le participó que meditaba su fuga para el 20 de junio. El conde de Provenza corrigió como gramático la declaracion que Luis XVI dejaba sobre su mesa, protestando contra los actos que la nacion hiciese sin él. Bien sabida es la suerte de aquel príncipe y su familia detenidos en Vincennes, y conducidos encadenados á Paris para reinar y morir. El conde de Provenza, mas hábil, mas afortunado ó menos perseguido, consiguió lo que á su hermano se le frustró. Él mismo escribió con una curiosa puerilidad de artista, mas bien que con una dignidad de rey, esta página de evasion. Es un comentario un poco grotesco de la huida y del miedo. Al leerla escitaria la risa, si detrás del fugitivo no estuviese el cadalso. Habia tomado sus medidas con habilidad y astucia, virtudes femeniles que jamás faltaron á aquel príncipe, en los embarazos ó peligros de sus diversas situaciones.

X. Su favorita madama de Babbi, mujer cuyo talento apreciaba en mas que sus gracias, y su amigo el conde de Avaray, fueron sus únicos confidentes. El conde de Avaray lo preparó todo para la fuga. Concluidos los preparativos, el príncipe fue á las Tullerías como tenia de costumbre, afectó tranquilidad de ánimo, permaneció con el rey y la reina hasta las once, se despidió del rey, la reina y de su hermana Isabel que contenian sus lágrimas por no descubrir nada, se dejó acompañar por sus cortesanos hasta su palacio y su habitacion, hizo que le desnudase su ayuda de cámara que se acostaba á los piés de su cama y de quien desconfiaba, se metió en el lecho, corrió las cortinas por un lado, se salió por el otro sin hacer ruido, entró en un gabinete que comunicaba con un pasillo, de allí fué á un retrete en donde el conde de Avaray le aguardaba con un disfraz, se tiñó las cejas, se puso una peluca, se puso una ancha escarapela tricolor en un sombrero redondo, bajó al patio de palacio en donde le aguardaba un coche, encontró en el malecon una silla de posta, subió en ella con su amigo con nombre y pasaportes ingleses, salió de las barreras sin infundir sospechas, y corrió por el camino de Soissons. Allí se rompió un eje del carruaje y retardó su fuga. Afectó un acento ingles, conversó con los ociosos que rodeaban el carruaje, los engañó, jugó con el peligro, se confió, aunque poco crédulo, á una imágen milagrosa que le habia dado la víspera su hermana Isabel, llegó á Maubeuge, última puerta francesa antes de la Bélgica, á fuerza de oro hizo dar vuelta al postillon á la ciudad fronteriza, la pasó, y arrancando de su sombrero la escarapela tricolor, gozó por fin del placer de arrojar aquel signo de su opresion y de su terror. Cuando llegó á Mons, estrechó en sus brazos á su libertador, el conde de Avaray, y se arrodilló para dar gracias al cielo por su libertad: luego mezclando sus recuerdos escénicos y literarios, á las felicitaciones que se dirigia á sí mismo por su salvacion, parodió versos de ópera y aplicó su sentido trágico á las circunstancias mas grotescas de su disfraz. ¡Ay!... mientras se estasiaba con la alegría de su propia seguridad, su esposa, cuya suerte ignoraba, corria los mismos riesgos por otro camino, y el rey, la reina, sus hijos, sus hermanos, alcanzados en el camino de Varennes, iban á pagar con su libertad y su vida aquel dia que á él le devolvia la seguridad en suelo estranjero.

XI. Madama de Babbi le esperaba en una fonda de Mons: á pesar de la ansiedad acerca de la suerte de su familia, no olvidó la delicadeza de la mesa ni las dulzuras del vino. Al dia siguiente partió para Namur apuntando en su libro de memorias las particularidades de la mesa y del hospedaje, puerilidades de príncipes que conservan hasta en la adversidad el culto de su persona á que les han habituado sus córtes. En fin, cerca del Luxemburgo un nuevo accidente suspendió el curso de su carruaje. Se sentó como un califa disfrazado en un tronco de árbol en el umbral de una choza; allí dió limosna á una vieja estropeada y á una jóven hermosa extenuadas de hambre y de cansancio. Su liberalidad lo descubrió: las mujeres se arrojaron á sus piés, y las recomendó

que rogasen al cielo por el rey de Francia y por su hermano.— «¿Su hermano?... dijo el conde de Avaray á las aldeanas señalando al príncipe, hele ahí.— Y hé aquí á mi libertador, esclamó el príncipe arrojándose en los brazos de su confidente.»

Con esta escena teatral, dice el conde de Provenza que terminó su viaje, y volvió á entrar en la vida política.

XII. Refugióse en Coblentza en el palacio del elector de Tréveris, Wenceslao, príncipe de Sajonia, hermano de su madre. Coblentza, centro de la emigracion, llegó á ser el campamento, la corte y el congreso de los príncipes y de la nobleza, que procuraban unir la Europa entera á su causa y librar á Luis XVI de las garras de la revolucion. Aquel príncipe, despues de haber sido detenido en Varennes y llevado preso á las Tullerías, aunque con la apariencia de un respeto constitucional, no era mas que el instrumento pasivo de la nacion. Sus hermanos y partidarios reunidos en Coblentza no obedecian ya sus órdenes. Obraban aun contra sus instrucciones y su voluntad, no mirando mas que por el interes de su propia causa, y aprovechando contra la Francia revolucionaria cuantas enemistades y temores podian suscitar en Alemania. «Si vuestros opresores nos hablan en vuestro nombre, escribia el conde de Provenza al rey cautivo, no los escucharemos. Si es por parte vuestra, escucharemos, pero seguiremos derechos nuestro camino. Así, si los que os rodean quieren que nos comuniqueis órdenes ó instrucciones, no os molesteis, estad tranquilo por vuestra seguridad. Nuestra existencia está consagrada á serviros, trabajamos para ello con ardor, y todo va bien. Nuestros enemigos tienen demasiado interes en vuestra conservacion, para cometer un crímen inútil que acabaria de perderles.»

XIII. El emperador de Austria, el rey de Prusia y los príncipes de Alemania, firmaron á vista y por inspiracion de los príncipes franceses el tratado de Pilnitz, en que con las armas en la mano tomaban la causa de Luis XVI como la de todos los tronos. Los príncipes franceses, creyéndose ya los árbitros de su pais, redactaron y publicaron un manifiesto que puede considerarse como el ultimatum de la aristocracia desterrada. Intimaron á Luis XVI que negase su sancion á la constitucion que la rebelion de sus pueblos queria arrancarle.

Aquel manifiesto, tan impotente para salvar al rey como para intimidar al pueblo, no detuvo ni á Luis XVI, ni á la nacion. «No espereis ya nada mas que del estranjero, escribió entonces el conde de Provenza á su hermano, solamente ahí puede encontrarse el ausilio. Os hallais rodeado de hombres que solo quieren haceros traicion ó destruiros.» Conforme a estas palabras, dos ejércitos franceses se formaban en las fronteras compuestos de emigrados, uno en Coblentza á las inmediaciones del conde de Provenza y del conde de Artois, y otro en Worms á las órdenes de los tres príncipes militares de la casa de Condé. Pero el conde de Provenza que no tenia nada de soldado, y sí todo de diplomático, parecia mas apto para reinar que para combatir. Sin tomar todavía el título de regente del reino, ejercia en realidad sus funciones. Su derecho eventual á la corona y su edad le hacian á propósito para ello. Su talento, superior al del conde de Artois, le hacia el hombre de estado, el negociador y el publicista de la emigracion. La pequeña y fugitiva corte que el destierro y el odio a la revolucion habia formado en derredor suyo, atraia á su consejo todos los escritores de la irritada Francia y de la Europa. Sus conversaciones, sus escritos y su liga contra los nuevos principios, aguzaron bien pronto el espíritu inteligente y activo del conde de Provenza, en el sistema y las polémicas de la guerra de ideas. Aquel fue el punto de reunion y el orígen de la escuela monárquica aristocrática y paradojica de los Maistre, Entragues, Bonald, Montlosier, Chateaubriand y Burke. La monarquía, mas atacada en el espíritu de los pueblos que en los campos de batalla, conoció la necesidad de interrogarse, justificarse á sí misma y defenderse por medio de la palabra, los libros, los folletos y los periódicos. Tan pronto llamó en su ausilio á la razon y á la tradicion, como á los sofismas y preocupaciones. Entre los escritores, unos deificaron al gobierno teocrático, y colocaron la aristocracia, la monarquía, los establecimientos y riquezas de la Iglesia, en el rango de los dogmas: otros refugiaron su fé monárquica en la educacion servil del gobierno absoluto y hereditario, y en el desprecio manifiesto á los pueblos. Algunos fijaron la vista en los diferentes sistemas de gobierno que regian en Europa, adoptando de cada uno de ellos lo que les parecia mas análogo á sus pensamientos; confundieron aquellos principios en una especie de conciliacion general de intereses y de cartas, y presentaron la monarquía aristocrática, democrática y representativa de la Inglaterra, como el tipo de las instituciones. El conde de Provenza, por la naturaleza de su situacion y de su talento, se inclinó alternativamente á cada una de aquellas teorías, segun le atraia prosélitos ó le proporcionaba argumentos y fuerzas para su causa; teócrata con los príncipes de la Iglesia, aristócrata con la nobleza, era constitucional y liberal con los partidarios de la constitucion inglesa. El príncipe, que no tenia mas que la esterioridad de la fé, se prestaba sin violencia á toda especie de sistemas. La única cosa en que creia profundamente era en sí mismo, en su sangre, en su tradicion, en su derecho y en su necesidad. Adoptaba todo cuanto le era útil. Pero en el fondo su inteligencia era muy pronta, y su tacto demasiado ejercitado para no reconocer que estaba efectuándose una grande revolucion en el espíritu humano, que aquella revolucion, despues de haber trasformado las ideas, trasformaba las cosas, y que el príncipe que comprendiese mejor la naturaleza, la direccion y la moderacion de aquel movimiento en Francia, seria el heredero de aquellas tempestades y el genio del siglo. Se burlaba por lo bajo de aquellas preocupaciones de la emigracion, que por su papel se veia obligado á aplaudir en voz alta. Ya combinaba en su pensamiento y en sus conversaciones los planes eventuales y diversos de una restauracion monárquica y constitucional, que algun dia seria llamado á intentar.

XIV. Así es, que la emigracion le amaba poco y desconfiaba de él. Se acordaba de sus temeridades populares en la asamblea de los notables y en los estados generales: solo le tributaba los honores debidos á su rango, y reservaba todo su entusiasmo para el conde de Artois. Aquel príncipe jóven no tenia bastantes ideas para balancear entre muchos sistemas. Una invencible repugnancia á todas las concesiones del trono que llamaba debilidades, una parodia brillante y esterior de la antigua caballería, su edad, sus gracias, su arrojo, sus palabras lijeras y vacías, su aturdimiento y hasta su irreflexion, le hacian el ídolo de la emigracion. La representaba admirablemente por sus preocupaciones, su confianza, su desprecio y sus ilusiones: se adheria á él como á su propia imágen.

El conde de Provenza no abrigaba envidia contra su jóven hermano, mas favorecido que él por la opinion del ejército de Coblentza: conocia su lealtad y su bondad. Sabia de antemano que la irreflexion de su talento traspasaria bien pronto aquella superficie de resoluciones temerarias. Las inclinaciones del conde de Provenza, su obesidad y sus dolencias precoces, le impedian el aspirar nunca al papel heroico de soldado de la causa de los reyes. Con mas recelo veia la estremada popularidad del príncipe de Condé, del duque de Borbon, su hijo, y del duque de Enghien, su nieto, en el ejército de Worms. Aquellos tres príncipes parecia que atraian á su campo toda la nobleza. Eran de raza heroica, valientes, nacian soldados, y eran muy allegados al trono: victorias demasiado independientes y demasiado personales podian entregar la Francia á sus nombres.

XV. Habiendo obligado la asamblea nacional á Luis XVI á que llamase á sus hermanos y á los príncipes de su familia, cuya presencia en medio de los ejércitos contrarevolucionarios ofendia y turbaba á la patria, el conde de Provenza contestó por todos: «He leido vuestra carta, decia aquel príncipe al rey, con el respeto debido á la letra y firma de vuestra majestad. La órden que contiene de que me traslade al lado de vuestra real persona, no es la libre espresion de vuestra voluntad; mi honor, mi deber y hasta mi ternura me prohiben obedecerla.» Formó su guardia y confirió el mando de ella al conde de Avaray, su amigo y compañero de fuga. La emperatriz de Rusia, Catalina II, decidida á defender la causa de la nobleza y de los reyes que su predileccion por los filósofos tanto habia destruido, acreditó un enviado cerca de los príncipes. Escribió á la nobleza emigrada que iba á socorrer á Luis XVI, como Isabel de Inglaterra habia ausiliado á Enrique IV. «Al abrazar la causa de los reyes en la del de Francia, no hago, decia, mas que cumplir con un deber del rango que ocupo en la tierra.» La Francia contestó á aquellas amenazas y demostraciones de los príncipes, declarando al conde de Provenza destituido de sus derechos á la regencia. Comenzó la guerra revolucionaria: los príncipes se separaron de las operaciones y se retiraron á espaldas de los ejércitos, para quitar á las hostilidades el carácter de una guerra de restauracion. Fué blanda, vacilante, mezclada de triunfos incompletos, de reveses inmensos y de retiradas ignominiosas. Solo los príncipes de Condé y su cuerpo de ejército tomaron en ella una parte un poco activa. Los condes de Provenza y de Artois continuaron fomentándola en las cortes, y apenas se presentaron en los campamentos. Dumouriez los contuvo en los desfiladeros del Argonne. El duque de Brunswick, comandante en jefe de los ejércitos prusianos combinados, se replegó al ver los batallones franceses. Al saber aquella retirada, un grito unánime de indignacion y de traicion salió del ejército de los emigrados y del consejo de los príncipes. Les quitaba á Paris, la Francia y la restauracion. Era el primer paso retrógrado de la Europa, ante el genio revolucionario de la Francia. Dumouriez, vencedor en Verdun por la táctica, lo fué en Jemmapes por el valor. El conde de Provenza, huyendo de la insurreccion de la Bélgica, volvió á pasar el

Rhin, y se resguardó en Dusseldorf. Su hermano y él habian abierto un empréstito de algunos millones en Holanda, con lo que pagaban su servidumbre, su guardia y su corte. Allí siguieron con la vista y con el corazon el drama fúnebre que la revolucion ejecutaba en Paris: el 10 de agosto, la prision de la familia real en el Temple, la proclamacion de la república, el proceso y la ejecucion de Luis XVI. El conde de Provenza tomó entonces el título de regente que la misma emigracion le habia disputado hasta entonces. Reconoció por rey al niño preso y lentamente sacrificado en el Temple: dió una satisfaccion á los amigos de su hermano el conde de Artois, nombrándole lugarteniente general del reino, desmembracion penosa pero política de la autoridad ideal que aquellos dos príncipes iban á ejercer en el destierro. Reconocido por el ejército de Condé y por la emperatriz de Rusia, se rodeó de un consejo y nombró ministros. Imitó un reinado en el estranjero. A cada golpe trágico que la convencion descargaba sobre los individuos de la familia real, dirigia proclamas solemnes al ejército de Condé y á la Europa. Fomentó con todas sus fuerzas las turbulencias, insurrecciones y las guerras civiles del Mediodía y de la Vendée. Acogió á todos los negociadores distinguidos, y á todos los aventureros de partido, que se lanzaban entre las dos causas, menos para servirlas que para servirse de ellas. Su corte y su consejo fueron un foco perpetuo de planes, de quimeras, de conspiraciones reales ó supuestas, de corrupcion de los generales, de venalidad de los tribunos y de movimientos del pueblo con que los hombres de intriga entretuvieron la ociosidad de las cortes desterradas. Allí adquirió la costumbre y la aficion á las relaciones secretas, á las confidencias subalternas, á las intrigas de diplomacia, de policía, de gobierno, de favoritismo doméstico y de trabajo corporal que luego le acompañaron al trono. Conservó tambien allí esa actitud real y esa distancia entre él y la multitud, que no dejó violar jamás sino á algunos cortesanos. Conocia el prestigio del alejamiento para las cosas y para los hombres; constantemente se apartó de las miradas y del acceso para ser mas imponente. Estudió asiduamente la historia de su pais y de su raza para personificar en sí los reinados, los reyes, las grandezas de su casa, y para recordar un dia á la Francia en sí solo, todo lo mas ilustre, ó por lo menos todos los recuerdos de su raza. Se revistió sin interrupcion del aparato del trono, no dudando que seria llamado á él por las vicisitudes de las cosas humanas, y no queriendo que el reinado le encontrase un solo dia falto de dignidad. Poco buscado, y menos amado, imponia respeto á los demás, por el que se tenia á sí mismo: tal fué este príncipe desde que llegó á Coblentza hasta el fin de su largo destierro.

XVI. Este destierro le condujo á Verona, á Mittau, y por último á Inglaterra, espulsado del continente por las victorias de los franceses y por el terror de las potencias, á medida que la revolucion ocupaba mas espacio en el suelo de la Europa, y que intimidaba mas á los reyes. Durante estas diversas paradas de la emigracion, Luis XVIII, entonces rey por muerte del delfin, creyó tener muchas veces en sus manos los hilos de la contrarevolucion en Paris. Sus agentes, sus emisarios y sus corresponsales le lisonjeaban á menudo con la esperanza de atraerse á Danton, de dirigir á Robespierre, ejercer influencia en Tallien, supeditar al comité de Clichy, poner la república en manos de un nuevo Monk, Pichegrú, negociar con Barrás la traicion del directorio y el restablecimiento de la dignidad real, y por último, con la de preparar á Bonaparte para que llamase al monarca legítimo despues de establecer la monarquía con su espada. A escepcion de Mirabeau que vendió nó su conciencia, sino sus servicios por un puñado de oro, y de Pichegrú que permitió se le acercasen los negociadores de traiciones, pero que quizás pensó nunca en llevarlas á cabo, todos aquellos mercados, todas aquellas negociaciones solo tenian realidad en los sueños de aquellos oficiosos corredores de venalidades imposibles. Vendian diariamente lo que no podian entregar. De este modo adquirian confianza, misiones, títulos y oro del gabinete de Luis XVIII, y subsidios, la mayor parte engañosos, del gobierno inglés. Suponian tráficos de opinion y de conciencia en Paris, entre ellos y los hombres influyentes de la revolucion. Penetrando hasta el fondo de aquellas negociaciones y corrupciones elevadas á la proporcion de tramas políticas por sus autores, se descubria hasta la evidencia que no eran mas que intrigas y supercherías para darse importancia y saciar la ambicion. Jamás Danton, Tallien y Barrás escucharon seriamente á aquellos supuestos mediadores entre ellos y la monarquía desterrada. Las revoluciones no se venden como las cortes. Arrastran á los hombres que trafican con ellas, en vez de ser arrastradas por ellos. Esos grandes y apasionados movimientos de las opiniones y de las masas se debilitan algunas veces, pero nunca se hacen traicion. Nadie posee una revolucion, y la revolucion posee á todo el mundo. Puede contenérselas en la hora del cansancio y del desfallecimiento, pero jamás se las corrompe. ¿Y de qué serviria corromper á los jefes y á los que las manejan? Ellos mismos obedecen á la opinion reinante, y son conducidos por el torrente del tiempo. Muerto Mirabeau, hundido Danton, guillotinado Robespierre, separado Tallien, deportado Pichegrú y depuesto Barrás, ¿la revolucion pasó de sus manos á las de la monarquía? Nó: al venderla á Luis XVIII, aquellos hombres no le hubieran vendido mas que sus cabezas, su honor y una sombra. Solo se levantó la Vendee, pero se levantó por sí misma. Ni los emisarios de Luis XVIII ni el oro de los ingleses fueron los que sublevaron á los bretones, fue el doble fanatismo de sus costumbres y de su fé. Murieron por su Dios y nó por intrigantes. Las memorias de los agentes de intrigas han engañado á la historia con respecto á este particular. Profundizando su exámen, cualquiera se convencerá de que ni Entragues, ni el marqués de la Maisonfort, ni Fauche-Borel, ni Brottier, ni sus corresponsales de Paris, tuvieron en su mano las defecciones revolucionarias que creian tener y con las que traficaban en la corte.

XVII. El rey trató con mas juicio de entablar correspondencia con Charette, el héroe de la Vendée, el Anibal de la república. Su misma carta manifiesta que Charette habia sublevado á su pais sin aguardar la señal ni el beneplácito de la autoridad real. «En fin, caballero, le escribió de su propia mano el rey, he encontrado ya el medio que tanto deseaba de tener con vos una comunicacion directa. Puedo hablaros de mi admiracion, de mi reconocimiento, de mi ardiente anhelo por reunirme con vos, y de participar de vuestros peligros y de vuestra gloria. Lo cumpliré, aunque para ello tuviese que derramar toda mi sangre. Pero hasta que llegue este feliz momento, la inteligencia entre el que por sus proezas es el *segundo fundador de la monarquía*, y el que por su nacimiento está llamado á gobernarla, seria de la mayor importancia. Mi voz debe hacerse oir en donde quiera que el pueblo toma las armas por su Dios y por su rey. Si recibís esta carta la víspera de una batalla, dad como señal del combate la voz de *¡San Luis!*..... y como la de reunirse, *¡el rey!*.... Principiaré á estar entre vosotros el dia en que mi nombre se asocie á uno de vuestros triunfos.»

El rey, su hermano y los príncipes, no estuvieron allí jamás mas que en el nombre. Divididos los jefes por falta de una autoridad superior que redujese sus rivalidades á la unidad de accion, los paisanos cansados de derramar su sangre por un rey y unos príncipes invisibles, se desgarraron despues de desgarrar las entrañas de la patria, y sucumbieron. Ninguna restauracion puede hacerse con las armas sin tener por jefe á un heroe. Los Borbones no eran mas que reyes.

XVIII. Luis XVIII y su hermano, prontos siempre á presentarse en el campo de batalla de la Vendée en donde morian por ellos, no combatian en él mas que con sus manifiestos y proclamas. Luis XVIII sobresalia en el talento de la paz. Sus cartas á los soberanos reprendiéndoles su ingratitud y cobardía para con los príncipes de su raza, sus declaraciones á la Europa en las grandes crisis de su destierro, sus comunicaciones á Bonaparte pidiéndole el trono y prometiéndole el reconocimiento y la gloria, y en fin las alocuciones dirigidas desde el destierro á su pueblo para recordarle á su rey, son dignas, por el estilo, de su rango, de la elevacion de su alma y de su infortunio. Se complacia en reinar al menos de aquel modo por medio de una correspondencia con su siglo.

Ninguno de los cortesanos fieles, pero medianos que le rodeaban, era capaz de redactar aquellos documentos. Los escribia solo respetando su papel ante la posteridad, y su talento de literato ante sí mismo. Ningun rey, desde Dionisio de Siracusa, ni desde Federico de Prusia, habló ni escribió mejor desde el destierro, ni desde el trono.

XIX. El manifiesto que publicó en aquella época con motivo de la muerte del delfin, y de su propio advenimiento al trono, es una muestra en su estilo y de sus miras. «Al privaros, decia á sus pueblos, de un monarca que solo ha reinado en la prision, pero cuya infancia prometia un digno sucesor del mejor de los reyes, los impenetrables decretos de la divina Providencia nos han trasmitido con la corona la necesidad de arrancarla de las manos de la rebelion, y el deber de salvar á la patria, que una revolucion ha colocado al borde de su ruina. La esperiencia os ha hecho conocer de un modo terrible vuestras desgracias y sus causas. Hombres impíos y facciosos, despues de haberos seducido con mentidas declamaciones y falaces promesas, os arrastraron á la irreligion y la rebelion. Desde aquel momento os ha inundado por todas partes un diluvio de calamidades. Fuisteis infieles al Dios de vuestros padres, y ese Dios justamente irritado os ha hecho sentir el peso de su cólera. Fuisteis rebeldes á la autoridad que habia establecido para gobernaros, y un despotismo sangriento, una anarquía no menos cruel, sucediéndose alternativamente, os han despedazado sin cesar con un furor siempre creciente. Vuestros bienes llegaron á ser presa de los bandidos en el momento en que el trono lo era de los usurpadores. La esclavitud y la tiranía os han invadido en cuanto la autoridad real cesó de cubriros con

su égida. Propiedad, seguridad, libertad, todo ha desaparecido con el gobierno monárquico.... Es preciso volver á esa religion santa que habia atraido sobre la Francia las bendiciones del cielo: es necesario restablecer el gobierno que durante catorce siglos fué la gloria de la Francia y las delicias de los franceses, que hizo á vuestra patria el mas floreciente de los estados, y á vosotros el mas feliz de los pueblos. Los implacables tiranos que os tienen esclavizados son los que únicamente retrasan ese dichoso momento. ¡Despues de haberlo arrebatado todo, nos pintan á vuestros ojos como un vengador irritado!... Conoced el corazon de vuestro rey, y confiadle el cuidado de salvaros.

»No solo no miraremos como crímenes unos simples errores, sino que hasta los crímenes que estos hayan producido, serán veniales para nosotros. Todos los franceses que abjurando opiniones funestas acudan al pie del trono, serán bien recibidos. Los que dominados todavía por una cruel obstinacion, no se avengan á la razon y al deber, serán nuestros hijos... ¡Somos franceses!.. Los crímenes de algunos malvados no pueden envilecer este título.... Hay sin embargo delitos (que no pueden borrarse de nuestra memoria ni de la de los hombres), hay delitos cuya atrocidad pasa los límites de la clemencia (eran los regicidas): á esos monstruos, ¡no podrá la posteridad nombrarlos sin horrorizarse!.... La Francia entera pide que caiga sobre sus cabezas la espada de la justicia. El sentimiento que nos hace restringir la venganza de las leyes á límites tan estrechos, es una prenda segura de que no consentiremos venganzas particulares... ¿Quién se atreveria á vengarse cuando el rey perdona?....»

XX. Despues del tratado de Basilea que desarmaba á la Prusia y á la España, solicitó del gobierno inglés recursos de hombres y armamentos, que le permitiesen, decia, reconquistar su reino.

Escribió al duque de Harcourt, su enviado en Londres, una carta, llena á un mismo tiempo de destreza y de arrojo, con la doble intencion de escusarse de no haberse presentado en la Vendée, como prometiera á Charette, y con la de pedir de un modo estrepitoso á la Inglaterra un ejército que sabia muy bien le habia de negar.

«Mi situacion, decia, es semejante á la de Enrique IV, escepto que él tenia muchas ventajas con que yo no cuento. ¿Estoy como él en mi reino? ¿Estoy á la cabeza de un ejército dócil á mi voz? ¿He ganado la batalla de Coutras? Nó; me encuentro en un rincon de la Europa, y una gran parte de los que combaten por mí no me han visto jamás. Mi inactividad forzada da á mis enemigos motivos para calumniarme, y aun me espone á juicios desfavorables por parte de los que me permanecen fieles... ¿Puedo conquistar de este modo mi reino?... Os dirán que las ventajas de mi hermano el conde de Artois, á quien se permite bajar hasta la Bretaña, son decisivas, y que me conducirá á mis estados. Dios es testigo, y vos lo sabeis, querido duque, vos que conoceis el fondo de mi corazon, de que oiria con efusion el grito de los israelitas «¡Saúl ha muerto mil hombres, y David diez mil!» Pero mi júbilo como hermano, no salva mi gloria como rey. Y lo repito, si no adquiero gloria personal, mi reinado podrá ser tranquilo por efecto del cansancio general, pero no podré construir un edificio duradero.... No creais que hace hablarme así la sangre de Enrique IV que circula por mis venas.... Nó; he reflexionado: mi vida no es indispensable para la monarquía. Tengo un hermano y sobrinos que pueden reinar despues de mí. Si fuese muerto, lejos de desanimar este incidente á mis fieles súbditos, mis vestidos, teñidos con mi sangre, serian la mas arrebatadora de las enseñas.... Me separan del ejército de Condé, que en este momento permanece inactivo... ¿Qué me queda? La Vendée. ¿Quién puede llevarme á ella? el rey de Inglaterra. Decid á sus ministros en mi nombre, que les pido mi trono y mi sepulcro.»

XXI. Este lenguaje trágico y teatral estaba hábilmente combinado para imprimir en el ánimo de los vendeanos la conviccion de un heroico deseo de combatir con ellos, y para adornar á los ojos del mundo con palabras decorosas á su papel una inaccion que debia presentarse forzada para que no pareciese voluntaria. Nada impedia entonces á un príncipe desesperado correr á donde acudia sin obstáculo alguno el último noble de su reino. La Vendée estaba aun en su apogeo, y la Inglaterra la suministraba en aquel mismo momento millones, refuerzos, municiones y escuadras. Pero Luis XVIII no tenia de Enrique IV mas que su sutil y elocuente inteligencia. No habia sido criado ni educado para las aventuras, los peligros y las privaciones de la guerra civil. Político consumado, el trono, el estudio y las dulzuras de la vida eran sus campamentos, y la pluma su espada. Se escusaba atribuyendo á la fortuna el alejamiento de los campos de batalla, que tanto convenia á la molicie de sus inclinaciones.

XXII. Entonces llevaba el título de conde de Lila. Permanecia encerrado en su residencia con cinco ó seis cortesanos, elegidos por la amistad mas que por el mérito. Desde muy temprano se vestia y ceñia la espada con todo el rigor de la etiqueta real. Pasaba la mañana solo ocupado en leer su numerosa correspondencia ó en escribir á sus agentes en todas las cortes. Se complacia en engañarse á sí mismo acerca de la vaciedad de sus ocupaciones con la apariencia del gobierno. Al medio dia daba audiencias, y encantaba á los que le visitaban, especialmente á los literatos, con la gracia y la solidez de su conversacion. Cuidaba de su nombradía como de su persona. Se ocultaba de las miradas del pueblo y se rodeaba del misterio que produce el respeto de la opinion. Salia rara vez, y siempre en coche: por la noche se limitaba al pequeño círculo de sus amigos, y hacia que le leyesen, ó leia él mismo, las obras notables y los periódicos de aquel tiempo. El conde de Avaray, gentil-hombre que le era muy adicto desinteresadamente, gobernaba su casa y servidumbre. El rey habia perdido á su esposa durante el destierro, y habia casado á su sobrina, hija de Luis XVI, con su sobrino el duque de Angulema, y la trataba como á una hija querida. Adornaba su trono y enternecia su adversidad con aquella víctima y huerfana del regicidio. Sobrellevaba su desgracia con majestad. Vivia con una pension de ochenta mil reales mensuales que le daban los Borbones de España: la mayor parte de aquella suma la empleaba en el pago del sueldo de sus amigos y servidores. Aun en aquella indigencia habia conservado la costumbre de hacer limosnas regias. No queria que un rey manifestase nunca su mano al pueblo sin algun beneficio, por mínimo que fuese el don, y guardaba con una estremada escrupulosidad de actitud y de lenguaje la dignidad de su sangre y de su rango.

XXIII. Intimidada Venecia por Bonaparte, insinuó al rey su huésped que dejase á Verona, ciudad de los estados venecianos de tierra firme: «Marcharé, contestó con desdeñosa indignacion á los enviados encargados de notificarle aquella órden; marcharé, pero exijo dos condiciones: la primera que se me presente el *Libro de oro*, en donde se halla inscripto el nombre de mi familia, para que yo le borre para siempre con mi mano; y la segunda que se me devuelva la armadura que mi abuelo Enrique IV regaló á vuestra república.»

Espulsado de Venecia se presentó un momento en el ejército de Condé, y pasó revista á sus nobles. Escribió á Pichegrú, general del ejército de la república con quien sus agentes le habian hecho creer que tenian concluidas negociaciones: «La historia, le decia, os ha colocado ya en el rango de los grandes generales, y la posteridad confirmará el juicio que la Europa ha formado de vuestras victorias y virtudes. Desde el primer dia habeis sabido unir el valor del mariscal de Sajonia al desinterés de Turena y á la modestia de Catinat. No os separais en mi memoria de esos nombres tan gloriosos en nuestros fastos. Vuestra gloria eclipsará la suya, porque tengo la confianza de que cumplireis los altos destinos que os aguardan. El príncipe de Conde os ha manifestado ya hasta qué punto estoy satisfecho de las pruebas de adhesion que me habeis dado; pero lo que no ha podido espresaros como lo siento, es la impaciencia que esperimento de publicar vuestros servicios y daros las mas brillantes muestras de mi confianza. Si los acontecimientos os obligan algun dia á dejar vuestra patria, teneis señalado vuestro puesto entre Condé y yo.»

Aquella negociacion con Pichegrú apenas era una tentativa de corrupcion de algunos agentes interesados en hacer creer su importancia y en esplotar la credulidad de las cortes desterradas. Pichegrú no dió mas que esperanzas muy vagas. Verosímilmente él mismo se valió de aquellos agentes para conocer y prevenir las disposiciones de los generales enemigos: no hizo ninguna promesa ni escribió jamás una palabra: tampoco ejecutó ninguna de las medidas convenidas, segun los agentes, con el príncipe de Condé. Los medios de restauracion que se le proponia por la derrota de sus tropas y por la traicion de su propia gloria, eran tan ineficaces como ridículos. No podia concebirlos mas que un insensato. Pichegrú titubeaba y era desafecto á la convencion, pero era hábil y político. Dejó vislumbrar algunas predisposiciones, verdaderas ó falsas, favorables al restablecimiento de la dignidad real, en sus sospechosas conversaciones con los oficiosos mediadores de los príncipes. Mas no por eso dejó de batir y dispersar al ejército austriaco y al de los príncipes. Si acaso pensó en el papel de Monk, desempeñó el papel de general de la república. La historia debe desgarrar esas páginas calumniosas: hubo intrigas, pero nada de traicion. Cuando despues de cierto número de años se acude á testimonios verídicos, se concluye siempre por reconocer que la verosimilitud es en todo el mejor síntoma de la verdad.

XXIV. Despues de un simulacro de campaña durante pocos dias con el ejército de Condé, campaña que se redujo á algunas marchas y contramarchas en derredor de Friburgo, á las orillas del Rhin, el rey pretestó que aquella retirada podia producir muchos peligros, entre ellos

el de ser envueltos por Pichegrú, para dejar bruscamente el ejército. Cuando llegó á Dillingen, pequeña poblacion del electorado de Tréveris, á orillas del Danubio, fué, segun dicen los escritores de la emigracion, víctima de un asesinato misterioso. Un tiro de carabina, disparado por casualidad ó con criminal intento, pasó rozándole la cabeza, cuando se hallaba tomando el fresco en el balcon de su posada, en medio de sus cortesanos. Aquel atentado sin motivo, en una ciudad alemana de los estados de su tio, en donde ninguno tenia interés ni odio contra un príncipe fugitivo, reemplazado en caso de morir por otros seis príncipes de su sangre, sirvió al menos de ocasion para una espresion real que manifestaba la sangre fria del príncipe. El conde de Avaray se precipitó con los duques de Grammon y de Fleury al lado del rey, y manifestándole su espanto de que la bala hubiese pasado tan cerca del sitio de la vida: «Pues bien, amigos mios, dijo sonriéndose el príncipe, si la bala hubiese tocado una línea mas abajo, el rey de Francia se llamaria en este momento Cárlos X.» Por el ejército de los emigrados se divulgó la noticia de aquel crimen frustrado, con sus circunstancias, la sangre fria y las palabras del rey. «¡Qué placer, escribió el rey al príncipe de Condé, que placer hubiera sido para mí el recibir esta herida en el campo de batalla de Frisenheim! Decid de mi parte á mis valientes compañeros de armas, que estoy en estremo reconocido al sentimiento que han manifestado al saber mi accidente. En todos tiempos, en todas partes y en todas circunstancias tendrán en mí un padre!...» El rey necesitaba un pretesto, y aquel conato de asesinato le era muy útil para alejarse, sin parecer sospechoso, por sus riesgos personales. Daba un carácter trágico é interesante al drama siempre teatral de la dignidad real.

XXV. Aquel drama le sirvió de motivo para internarse mas en Alemania, y retirarse á Blankenburgo, pequeña poblacion en las montañas del ducado de Brunswick. Allí, alojado estrechamente, como un huésped de paso, en la modesta casa de un fabricante de cerveza, rodeado de sus dos jóvenes sobrinos los duques de Angulema y de Berry, de su sobrina, sus ministros, sus empleados superiores, sus cortesanos, sus amigos, de su capitan de guardias, los duques de Villequier y de Fleury, el conde de Avaray, el conde de Cossé, comandante de la guardia suiza, el marqués de Jancourt, el duque de la Vauguyon, el mariscal de Castres, sus gentiles-hombres, sus capellanes, y de todo el aparato eclesiástico y cortesano de que iba acompañado, representaba en pequeño la corte y la etiqueta de Versalles. Diferente de Dionisio de Siracusa que enseñaba á los niños en Corinto, no sabia mas oficio que el de rey, y le ejercia aun entre los aldeanos de Brunswick: hubierase dicho que su largo destierro no era mas que la repeticion de un reinado. La misma solemnidad presidia á cada uno de sus actos y de sus pasos. Las ceremonias del culto, la hora de levantarse, los consejos, las comidas, la tertulia y el juego, estaban distribuidos con la etiqueta uniforme de los palacios. Desde allí daba y retiraba los poderes á todos sus comisionados en las provincias. Reinaba idealmente en sus estados cuyo mapa tenia siempre á la vista. Alentaba á sus ejercitos con proclamas, y á los jefes con palabras. Escribia con un estilo cargado de ilusiones épicas al mariscal de Broglie hablando de su hijo que se habia distinguido á orillas del Rhin: «Las antiguas crónicas refieren que el Cid era el último de los hijos de don Diego de Vivar, y que le sobrepujó, segun cuenta toda España. Adios, mi querido mariscal.»

XXVI. Desanimado de conseguir la restauracion por medio de las armas, el rey creia lograrla con la intriga. En Francia habia ocurrido una reaccion contrarepublicana. Pichegrú, que habia llegado á ser miembro de la representacion, pero siempre soldado, prometia un general contra el directorio al comité contrarevolucionario de Clichy. El rey y sus amigos no dudaban que la caida de la república á impulsos de los conspiradores no fuese la señal de una restauracion. Entre la Francia y él, no veia al pueblo y al ejército; no veia mas que al directorio. Barrás, con un movimiento brusco y decidido, previno á los conspiradores, y con ausilio de los republicanos los obligó á espatriarse. El golpe de estado del 18 fructidor, absuelto porque era un golpe defensivo, salvó á la república, y alejó las esperanzas del rey. Barrás no podia dar un mentís mas solemne á las ambiciones y venalidades con que los agentes de Luis XVIII suponian haberle encadenado. Hizo prender, juzgar y fusilar á los mas osados de aquellos negociadores. El rey atribuyendo aquellos reveses, hijos de la fuerza de las cosas, á la impericia de su ministro, el duque de la Vauguyon, mudó el ministerio, y depositó su confianza en el mariscal de Castres y en Mr. de Saint-Priest. Ya puede calcularse la influencia que ejerceria sobre las opiniones en Francia, sobre el gobierno de Paris y las maniobras de los ejércitos en el continente, el cambio de dos ministros de un reinado oculto en casa de un cervecero de Blankenburgo. Mas no por eso el rey dejó de proseguir su política ideal, afectando representar su papel desapercibido de soberano de la Francia en los asuntos de la Europa, que apenas sabia el lugar de su retiro. Largo sueño de rey.

XXVII. Fingió creer que todos los diputados proscriptos en Paris el 18 fructidor eran víctimas adictas á su causa. «Si sabeis el sitio, escribia á uno de sus agentes en Lyon, á donde se han retirado algunos de vuestros dignos colegas, sed mi intérprete para con ellos. Decidles que tienen parte en los sentimientos que acabo de espresaros. Añadidles que este revés no abate mi inalterable constancia, ni mi tierno afecto hácia ellos, y que tengo la dulce y firme confianza de que su decidida adhesion á los verdaderos principios de la monarquía no será ya alterada.»

Las victorias de la Francia en Italia, y el tratado de paz entre la república y el Austria en Campo-Formio, obligaron á la Alemania á negar cobardemente la hospitalidad á la fugitiva corte del rey. La Rusia le ofreció un asilo en Mittau, capital de la Curlandia, en donde aquel príncipe fué recibido como un monarca. Paulo I, irritado entonces contra la Francia, se vengaba coronando solo al soberano rechazado por su pueblo, y vendido por la Europa. Se encargó de pagar el sueldo de su guardia, le rodeó de un ceremonial respetuoso, le construyó un palacio, y le juró constante amistad y alianza. El palacio, situado fuera de la ciudad, á la orilla de un rio, y junto al camino de Rusia, era un asilo melancólico, pero majestuoso, conveniente á un soberano proscripto. Un subsidio de seiscientos mil francos ofrecido al rey por la generosidad de Paulo I, agregado á otro casi igual de la corte de España, le permitió dar mas ensanche á su corte, y recobrar las pompas del trono. Diputaciones de la Vendée y de los comités realistas, verdaderos ó supuestos, del Mediodía y de Paris, fuéron á recibir sus órdenes. Tomó una parte verbal en todas las transacciones de aquel tiempo. Aparentó, en consideracion al carácter religioso de sus partidarios en el Oeste de la Francia, el confundir su causa con la de la Iglesia, y revindicar el título y los sentimientos de rey cristianísimo. Cuando el papa Pio VII fué arrebatado del Vaticano por los franceses, y encerrado por ellos en la Cartuja de Florencia, el rey le escribió una carta que hizo esparcir por Francia y por Europa: «Permitid, decia el rey al pontífice perseguido, que la voz de un hijo tierno y respetuoso se eleve hasta vos para espresaros lo que siento yo mismo. Mi tristeza seria menos profunda si los atentados cometidos contra vuestra santidad lo hubiesen sido por otros que no fuesen franceses. Pero, santísimo padre, son hijos estraviados que desconocen en mí á su propio padre: no es estraño que hayan desconocido tambien al padre comun de los fieles. Dignaos no acusarlos, y mucho menos á la Francia. Ella es y será siempre el reino cristianísimo, como vuestra santidad será siempre el sucesor de san Pedro. Los únicos culpables son los tiranos que oprimen á mi pueblo. No confundais sus víctimas con ellos, y dirigid vuestras oraciones al cielo, mas agradables que nunca al Señor en estos dias de tribulacion y de prueba, en favor de esa nacion que esperimenta de un modo tan terrible los efectos de la cólera celestial.»

Era precisamente el momento en que la Francia, reuniendo todas las fuerzas procedentes de la revolucion, y haciendo un esfuerzo armado, subyugaba la Italia occidental, poseia á Roma, destronaba á Nápoles, conquistaba la Bélgica y la Holanda, dictaba la paz á la Prusia y al Austria, la alianza á la España, y se presentaba por todas partes próspera y victoriosa. Solo el rey protestaba en nombre de lo pasado contra la fortuna de la Francia.

Souwarow al pasar por Mittau para combatir en Italia, se presentó á Luis XVIII, y le juró vencer ó morir por su causa. El Trebbia y Zurich desmintieron las promesas del salvaje lugarteniente de Paulo I.

XXVIII. Sin embargo, todo se le escapaba nuevamente en Francia, y todo cedia en Europa al ascendiente que Bonaparte habia heredado de la revolucion. La Vendée se pacificaba: Jorge, uno de sus últimos combatientes, fué á Paris y vió en secreto á Bonaparte: «No podeis permanecer en Morbihan, le dijo el primer cónsul, pero os ofrezco el grado de general en mis ejércitos.—Dejarais de apreciarme si le aceptase, contestó Jorge; he prestado juramento á la casa de Borbon, y nunca le violaré.» Despues de esta negativa partió para Inglaterra con Mr. Hyde de Neuville, cuya fidelidad llegaba hasta la muerte, pero nó hasta el crimen. Feliz Jorge si no hubiese vuelto para deshonrar su nombre con empresas indignas de un soldado.

XXIX. Las llanuras de Marengo habian llegado á ser para Bonaparte las de Farsalia. Habia vuelto de ellas como César vencedor del estranjero, dueño de su pais. Luis XVIII le escribia por conducto del abate de Montesquieu, para inducirle á que fuese el restaurador de la monarquía. Bonaparte contestó con el establecimiento de su propio trono y con la conquista de la Europa. Hizo á Paulo I un cargo por la hospitalidad que concedia la Rusia á los Borbones. Paulo I cedió ó al entu-

siasmo por Bonaparte, ó al terror de sus armas. Luis XVIII, espulsado en el rigor del invierno de su residencia de Mittau, tuvo que sufrir durante una larga fuga la intemperie de aquel clima glacial y la severidad de la suerte. Su sobrina, la duquesa de Angulema, se vió precisada á vender sus diamantes para aliviar la indigencia de su tio. La Prusia le recibió en Varsovia; pero bien pronto á intimaciones imperiosas de Bonaparte, el rey de Prusia le hizo proponer que renunciase al trono de Francia, recibiendo en compensacion una amplia indemnizacion territorial en Italia.

»No confundo á Bonaparte, contestó noblemente Luis XVIII, con los que le han precedido. Aprecio su valor, sus talentos militares, le agradezco muchos actos de administracion, porque el bien que se haga á mi pueblo me será siempre grato: pero se equivoca si cree hacerme transigir acerca de mis derechos. Lejos de eso, los establecerian sus proposiciones, si esos derechos fuesen cuestionables.

»Ignoro cuáles son los designios de Dios acerca de mi raza y de mí, pero conozco las obligaciones que me ha impuesto por el rango en que me ha hecho nacer. Como cristiano, cumpliré esas obligaciones hasta mi último suspiro. Hijo de san Luis, sabré á imitacion suya respetarme hasta en cadenas: sucesor de Francisco I, quiero al menos poder decir como él: todo lo hemos perdido menos el honor.»

XXX. No podia honrarse al infortunio con palabras mas enérgicas. Eran á un mismo tiempo un sentimiento y una venganza. Decian á los reyes que le abandonaban, que su adversidad era menos cobarde que su poder.

En vano le amenazaron con la indigencia y la proscripcion europea. «No temo la pobreza, contestó, si es necesario comeré si es preciso pan negro con mi familia y mis fieles servidores; pero nunca me veré reducido á ese estremo. Tengo otro recurso de que poder usar mientras tenga amigos poderosos: cuando este me falte haré conocer mi situacion á la Francia, la tenderé la mano, nó al gobierno usurpador, ¡eso nunca! sino á los que me conservan fidelidad en sus corazones, y bien pronto seré mas rico que en la actualidad.»

Bonaparte replicó á aquellos actos y á aquellas palabras con el asesinato del duque de Enghien. Luis XVIII protestó contra el imperio. «Ese nuevo acto me impone la confirmacion de mis derechos, escribió en una declaracion pública. Responsable con mi conducta á todos los reyes cuyos tronos han sido derrocados por los mismos principios, responsable á la Francia, á mi propio honor y á mi familia, creeria hacer traicion á la causa comun, si guardase silencio en esta ocasion.»

Devolvió á la corte de España que habia reconocido al emperador, las insignias de sus órdenes, y el subsidio que habia recibido de aquella parte de su familia que aun permanecia coronada. «Con mucho sentimiento, escribia al rey de España, os devuelvo el *Toison de oro*, que vuestro padre, de gloriosa memoria, me habia confiado. No puede haber nada comun entre mí y el gran criminal que la audacia y la fortuna han colocado sobre mi trono, desde que ha tenido la barbarie de teñirle con la sangre inocente de un Borbon, el duque de Enghien. La religion puede conducirme á perdonar á un asesino, pero el tirano de mi pueblo debe ser siempre mi enemigo. En el siglo presente vale mas merecer un cetro que empuñarle. La Providencia, por razones incomprensibles á nuestra inteligencia, puede condenarme á concluir mis dias en el destierro; pero ni la posteridad ni los contemporáneos podrán decir, que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar el trono de mis antepasados.»

XXXI. Por única respuesta á aquellas palabras verdaderamente regias, la Prusia hizo poner presos en sus fortalezas á uno de los consejeros del rey, Imberto Colomés, y al conde de Precy, intrépido defensor de Lyon contra la convencion. El rey de Suecia era el único que en Europa no calculaba la fuerza sino el derecho de los tronos. Luis XVIII y su hermano el conde de Artois fuéron á Colmar en sus estados, á conferenciar con aquel príncipe, vengador caballeresco pero impotente de los reyes. Despues de aquella entrevista redactó una nueva declaracion á sus pueblos, en la que admitia por fin una transaccion política entre el derecho absoluto de las soberanías legítimas, y el derecho de representacion de los pueblos. Aquella declaracion tenia dos objetos: negociar con el espíritu de un siglo que arrastraba á las opiniones muy lejos de las preocupaciones del derecho divino de las monarquías, y captarse la opinion en Inglaterra, que no podia armarse mas que por reyes constitucionales.

XXXII. El asesinato de Paulo I y el advenimiento del emperador Alejandro al trono de Rusia, devolvian por un momento á Luis XVIII el asilo de Mittau. Desde allí hacia penetrar todavía en Francia por medio de sus agentes, las quejas de sus infortunios, y los nuevos principios que contaba fuesen el alma de su gobierno. «¿Qué mas quereis que diga á mis pueblos?... escribia á sus mediadores ocultos en París. En Europa creen que no hay que hacer nada por mí. Por otro lado, mis amigos en Francia me acusan de abandonarlo todo. Colocado entre ambos partidos, en vano les dirijo la palabra. ¿Qué instrucciones puedo daros?... Se pide que hable de nuevo: ¿y á quién?...¿y con qué lenguaje? ¿No está comprendido todo en mi declaracion de Colmar?...¿Se trata de tranquilizar á los militares?... Conservacion de grados, ascensos proporcionados á los servicios, abolicion del privilegio de la nobleza en la clase de oficiales... ¿Se trata de lo civil?... Conservacion de los empleos. ¿Se trata del pueblo? Abolicion de la conscripcion, del impuesto personal. ¿Se trata de los nuevos propietarios de bienes nacionales?... me declaro el protector de *los derechos y de los intereses* de todos. ¿Se trata de los culpables?... prohibo las persecuciones, anuncio la amnistía, abro la puerta del arrepentimiento á todos. Si alguna vez me encuentro en el caso de Enrique IV de rescatar mi reino, entonces daré poderes: pero en este momento, ¿qué puedo?...

XXXIII. El jóven Alejandro al partir para la campaña de Jena, fué á visitar á su huésped á Mittau. Ambos soberanos se presentaron mutuamente como amigos, y conversaron largo tiempo á solas. La edad, los achaques de Luis XVIII, su esperiencia del infortunio, y la superioridad de su talento, daban al rey desterrado la actitud de un padre que aconsejaba á su hijo. Alejandro, enternecido, se prometia servir por medio de sus armas aquella causa abandonada del mundo y recogida en sus estados. Pero volviendose contra él la victoria, le hizo mudar de pensamiento y desear verse libre del embarazo de aquella hospitalidad que le hacia sospechoso á Napoleon. El sentimiento de aquel abandono pesó desde entonces sobre el alma de Alejandro. Se avergonzó de su debilidad, y el remordimiento que por ello esperimentaba sin saberlo, le hizo abandonar la causa de las monarquías antiguas, para arrojarse enteramente en los brazos de la amistad de Napoleon. Desde eso dia, aquel príncipe tuvo cierta repugnancia a la restauracion de los Borbones.

XXXIV. El rey lo comprendió, y se alejó de un asilo en que la amistad no honraba ya la hospitalidad. El rey de Suecia le prestó una fragata para transportarle á Inglaterra, en donde desembarcó con todos los suyos. El gobierno británico, cansado de las intrigas de la emigracion, y de los ausilios siempre inútiles, que habia dado á sus empresas en la Vendée, vió con disgusto el desembarco del rey en el suelo inglés. Temió comprometerse por su causa mas de lo que convenia á sus intereses y sus miras políticas sobre el continente. Quiso confinarle á Escocia en el antiguo palacio de Holy-Rood, el San German de los soberanos destronados. El rey, que habia desembarcado en Yarmouth, declaró que volveria á arrostrar todos los destierros del continente, antes que consentir en una residencia forzosa en Holy-Rood. Reclamaba los simples derechos de todo ciudadano particular en el territorio libre de la Inglaterra.

El marques de Buckingham le ofreció su palacio de Gosfield-Hall, en el condado de Essex. Allí vivia como huésped, independiente de la aristocracia inglesa, sin que el gobierno abrazase su causa, ó reconociese su título de rey. El estudio, la familia y las distracciones campestres dulcificaron allí sus aspiraciones al trono, y tuvo que conformarse con la fortuna de Bonaparte. Desalentaba sus esperanzas, pero no cansaba la apacible obstinacion de Luis XVIII en creer en su vuelta. Bien pronto aquella fortuna se quebrantó con su propio peso. El rey vió que la decadencia seria tan rápida como la elevacion. Se aproximó á Londres para asistir desde mas cerca á los movimientos eventuales de la política. Se estableció en el condado de Buckingham en el palacio de Hartwell, posesion agreste y modesta de un particular ingles, Mr. Sée. La fortuna de aquel príncipe, disminuida con la falta de subsidios de España y Rusia, que noblemente habia renunciado, no escedia del mediano pasar de un hidalgo de lugar. Aquella corte casi indigente aborraba las cosas de lujo, para aliviar la miseria de sus compañeros de destierro de Inglaterra. Llegó á ser el oscurecido centro de todos los principes proscriptos de la casa de Borbon. Desconocido en Inglaterra, el rey estaba olvidado en Francia. Todas sus relaciones con sus partidarios eran interceptadas con motivo de la guerra, ó descubiertas por la policía de Bonaparte. Su amigo el conde de Avaray, obligado por su quebrantada salud á buscar un aire mas templado en Madera, dejó su puesto en el corazon y en el gobierno del rey al conde de Blacas. Aquel príncipe necesitaba un favorito en la prosperidad, nó porque hubiese nacido sensible, sino porque era teatral, y queria que mediase cierta distancia entre el público y su persona. Necesitaba un confidente en la adversidad, porque tenia constantemente algun proyecto político, y le era indispensable una mano que anudase y desenlazase sus negociaciones. Por lo demás, era fiel y perseverante en sus amistades: convertianse en costumbres para él, llegaban á serle amadas y tiernas, y las

imponia á su familia y á los que le rodeaban. Queria que se respetase y se consintiese en la autoridad de los favoritos, su propia autoridad. El conde de Avaray, hombre de suma dulzura, modestia é indulgencia, habia templado aquella especie de reinado del favoritismo, con la gracia y la abnegacion de su carácter. El conde de Blacas estaba mas envanecido con el rango que la amistad del rey le habia elevado, y hacia sentir mas su peso.

El papel que fue llamado á representar en la restauracion, exige que nos detengamos en este nombre.

XXXV. Era un noble de una familia, soberana en otro tiempo en el Mediodía, pero cuyo nombre, olvidado ya hacia muchos años, se habia confundido con los de las familias nobles pobres de la Provenza, y sin títulos ilustres. Emigrado, ocioso en Alemania, puesto en contacto con Luis XVIII, por el conde de Avaray, su protector, dotado de hermosa presencia, ventaja necesaria para un príncipe que se decidia por la vista; implacable contra una revolucion en que solo veia la insolencia del pueblo contra la nobleza y un sacrilegio del siglo contra los reyes, el conde de Blacas fué empleado por el rey en algunas negociaciones confidenciales cerca de las cortes estranjeras. A su regreso quedó definitivamente en la casa del príncipe desterrado, y ayudó al conde de Avaray en sus trabajos y en el servicio de su amo. La muerte de Mr. de Avaray, á quien reemplazaba, hizo naturalmente que fuese promovido á su rango y funciones de primer ministro. Tenia la familiaridad, y obtuvo la confianza; bien pronto llegó á poseer la amistad sin límites de su amo: no la merecia mas que por su honor y fidelidad. Adicto en su interior y aun desinteresado, pero soberbio en lo esterior, viendolo todo en el rey y nada en la Francia; con el talento suficiente, pero mediano, sin cultura, herméticamente cerrado á las ideas que hacia un siglo trabajaban el mundo; incapaz de comprender á su tiempo por medio de la inteligencia, incapaz de flexibilidad por dureza de carácter; llevando á un destierro oscuro y á un reinado de transaccion, todo el orgullo y altanería de las antiguas córtes absolutas, cortesano de Luis XVI despues de una revolucion, presentando el cetro á un pueblo nuevo como se presenta el yugo á un pueblo vencido; tan estraño á los sentimientos y costumbres de la Francia revolucionaria, como esta era estraña á aquella aristocrasia póstuma; duro con los servidores inmediatos al rey; oneroso y antipático á su familia, con toda la fidelidad, pero con todo el egoismo de un favoritismo envidioso, no dejando que se acercasen y amasen á su amo, colmado de sus títulos, de sus dones y munificencias, labrándose una fortuna espléndida con sus favores, pero compensando todos estos vicios de situacion con una adhesion fanática á la monarquía, y con su constancia en la desgracia, tal era el favorito tan agradable á Luis XVIII en su retiro de Hartwell, y tan funesto en su palacio.

XXXVI. Luis XVIII, siguiendo con la vista desde Hartwell los reveses de Napoleon, suspendió toda maniobra activa durante los últimos años del imperio, dejando obrar la ambicion de Napoleon, y que cayese sobre el el reflujo de la Europa. Solo leia los periódicos franceses con una inteligencia que la edad y la paciencia habian aguzado, y que distinguia, aun bajo la adulacion de la prensa vendida a la policía del imperio, los síntomas de la ruina y de la desafeccion. Cuanto mas seguro estaba de la caida, menos presuroso se manifestaba en precipitarla. No se le ocultaba la debilidad de la Europa victoriosa, dispuesta hasta el último momento á sacrificar la causa de los Borbones á la paz. Tampoco se le escapaban las dificultades de su propio reinado, pero la fé que tenia en la necesidad de la sangre, formaba una religion de su ambicion. El restablecimiento de un Borbon en el trono de Francia, le parecia un deber del mismo Dios. Aguardaba su hora como una justificacion de la Providencia: iba por fin á sonar. Su hermano el conde de Artois le disputaba y devoraba, decia, aquel reinado, aun antes de que estuviese asegurado.

XXXVII. Los años, el destierro, las lecciones de la esperiencia, las luces del estudio, el manejo de los negocios y de los grandes proyectos, y sobre todo, la residencia en Inglaterra, suelo clásico de la política, habian aumentado, madurado y consumado aquella inteligencia. En aquel pais de un pueblo libre, de aristocracia liberal, y de monarquía que discute, se respira con el aire la política. Luis XVIII se habia impregnado en ella: sus ideas se habian modificado. Despues de los largos rodeos de Coblentza, Verona y Mittau, habia vuelto del absolutismo, de la teocracia y de la emigracion, á su punto de partida de 1789. Habia comprendido que para concluir con la conquista y el despotismo de Napoleon era preciso un reflujo de la Europa, mas para estinguir la revolucion era necesaria la libertad. Solo que la media en su pensamiento con la medida de concesiones muy limitadas y siempre revocables, hechas por una autoridad real, superior, anterior, y colocada como un dogma sobre la esfera de las borrascas y de las discusiones.

En aquella época de 1813, la Inglaterra casi entera confirmaba al rey en sus pensamientos. La indignacion contra el terror, la compasion hácia sus víctimas, el asesinato de los príncipes y de las mujeres, la larga anarquía, las doctrinas del jacobinismo último, la lucha desesperada contra Bonaparte, habian llevado la opinion de la Inglaterra á manos de los torys, es decir, de la monarquía y la aristocracia ligadas con la gran masa del pueblo, contra los escesos y despotismo de la revolucion. El espíritu británico era el alma de la Europa, sublevada contra la tiranía de la Francia. Mr. Pitt, en su largo y grande ministerio, habia sido el ministro de aquella reaccion contrarevolucionaria, el Aníbal del patriotismo europeo antifrancés. Su partido le sobrevivia. Los hombres de estado de Inglaterra vivian con su alma y con sus tradiciones. El principio monárquico prevalecia por todas partes en Londres sobre el principio popular. La opinion casi unánime alentaba á los Borbones á creer en su santa legitimidad. El partido wigh ó popular era repudiado como fautor de los desórdenes del continente, y como que preparaba á la misma Inglaterra la anarquía y la demagogia de la Francia. Mr. Fox y sus amigos, unidos sin eleccion y sin medida, con los demócratas y aun con los demagogos de 1791 y 1793 de Paris, habian asustado y escandalizado á su pais con una proteccion elocuente, pero escesiva, á los hombres y á los actos reprobados por la conciencia de la Inglaterra. Habian hecho de la revolucion francesa en sus mas siniestros períodos, un medio de tribuna y un elemento de popularidad: habian jacobinizado el partido popular en la Gran Bretaña; por lo mismo, le habian debilitado y estrechado. Es carácter de los oradores y de los partidos ingleses, mezclarse, sin comprenderlos suficientemente, en los asuntos nacionales y políticos del continente. Mr. Fox, al tomar aquella tintura del jacobinismo de Paris, se habiá unido por mucho tiempo á la causa de la revolucion constitucional y republicana. Aquel hombre, mal juzgado en el continente, no tenia de hombre de estado mas que la palabra. Hombre de oposicion y de popularidad antes que todo, eco debilitado de Mirabeau en el parlamento británico, rival impotente de Mr. Pitt, la verdadera personificacion de las opiniones é intereses de su pais, le habia fatigado sin vencerle. El buen sentido inglés habia sostenido á Mr. Pitt contra la oposicion de Fox, tribuno de fama, ídolo del club. Aquella disposicion pasajera de la opinion de la Inglaterra, en el momento en que Luis XVIII meditaba sobre su próximo gobierno en los jardines de Hartwell, era eminentemente propio para engañarlo sobre el espíritu de la Europa, y para inspirarle en el principio monárquico que abrigaba en sí, una fé exagerada, de que la Europa no participaria por mucho tiempo.

XXXVIII. Sin embargo, sus ideas eran mas avanzadas que todas las que le rodeaban en su soledad. Único hombre reflexivo, y exento de las preocupaciones de corte y de cuna de su hermano, de sus sobrinos y de sus cortesanos, tenia una mirada á la altura del horizonte que se abria para él. Mas aislado, hubiera sido mas libre y mas fuerte: los que le rodeaban, le molestaban para pensar. Por complacencia y por debilidad se veia obligado á fingir con su familia y servidumbre mas odio y desprecio á la revolucion, de lo que efectivamente sentia. En el fondo, estaba muy inclinado á perdonar una revolucion que le restituyese el trono, y que se entendiese con él para consolidarle por el poder del nuevo espíritu. Su entendimiento se habia rejuvenecido con la reflexion, á medida que su cuerpo envejecia con los años. Era un rey de lo pasado, pero era un hombre del siglo. Tenia recuerdos de rutina, y presentimientos de genio. La Providencia parecia haberle amoldado y reservado á propósito para enlazarse lo pasado con el porvenir, para concebir una restauracion, y para frustrarla nó por falta de inteligencia, sino por la falta de su nombre.

En su esterior se advertia la lucha que sostenia su espíritu con aquellas dos naturalezas y tendencias. Su traje era el del antiguo régimen, estravagantemente modificado por las variaciones que el tiempo habia introducido entre los hombres. Llevaba botas de terciopelo que le llegaban hasta mas arriba de las rodillas, para que el roce del cuero no hiriese sus piernas doloridas con la gota, y para conservar el calzado militar de los reyes cuando montaba á caballo. Jamás dejaba su espada, aunque estuviese sentado: signo de la nobleza y de la superioridad de las armas, que queria tuviesen siempre presente los nobles de su reino. Las insignias de sus órdenes militares cubrian su pecho, y caian en ambos cordones azulados sobre su chaleco blanco. Su casaca de paño azul parecia participar por el corte, de las dos épocas que se reunian en él, medio de corte, medio de ciudad. Dos pequeñas charreteras de oro brillaban en sus hombros, para recordar que el rey es general por su nacimiento. Su cabello, peinado con mucho arte, y rizado hasta las sienes por los hierrecillos del peluquero, estada sujeto en la nuca por una cinta de seda negra que flotaba sobre su espalda. Estaba empolvado de

blanco á la usanza de nuestros padres, y de este modo ocultaba la blancura de las canas, con la nieve artificial del tocador. Un sombrero de tres picos, adornado con una escarapela y un plumero blanco, descansaba sobre sus rodillas ó en sus manos. Parecia que queria conservar en toda su persona la impresion de su orígen y de su tiempo, para que al verle el nuevo siglo, remontase sus pensamientos y sus miradas hasta el pié del trono, y para que el ceremonial impusiese respeto por el asombro. Por lo general estaba sentado: andaba poco, y siempre apoyado en el brazo de un cortesano ó de un servidor.

XXXIX. Pero si el traje antiguo y las enfermedades de la parte inferior del cuerpo recordaban la vetustez del siglo trascurrido, y la edad ya avanzada del hombre, no sucedia lo mismo con sus facciones. La serenidad del rostro asombraba: la hermosura, la nobleza y la gracia de las facciones atraian las miradas. Hubierase dicho que el tiempo, el destierro, las fatigas, las enfermedades, y la obesidad, solo se habian adherido á los pies y al tronco del cuerpo para hacer resaltar la constante y vigorosa juventud del rostro. Al examinarle no cansaba el mirarle. Su elevada frente estaba un poco inclinada hácia atrás, como una pared que se arruina, pero la luz campeaba en ella como la inteligencia en un espacio ancho y combado. Sus ojos, de azul celeste, eran grandes, su órbita oval en los ángulos y levantada en la cúspide, luminosos, brillantes, húmedos, y respiraban franqueza. La nariz era aguileña como en todos los Borbones: la boca entreabierta, risueña y delgada; las mejillas llenas, mas sin que por eso estuviese borrada la delicadeza de sus contornos, ni la flexibilidad de los músculos. Su rostro tenia el colorido sano y la frescura viva de la adolescencia. Eran las facciones de Luis XV en toda su belleza, iluminadas por una inteligencia mas esparcida y por una reflexion mas concentrada en el semblante. No le faltaba tampoco majestad: la fisonomía hablaba, interrogaba, contestaba, y reinaba. La mirada penetraba los pensamientos y los sentimientos del alma. La impresion de aquellas facciones quedaba grabada en la memoria. No habia necesidad de oirle nombrar para reconocerle. Cualquiera que viese aquel rostro, á la vez pensativo y sereno, dominante y apacible, severo y atractivo, no diria: es un sabio, un filósofo, un político, un pontífice, un legislador, un conquistador, porque su reposo y majestad alejaban toda semejanza con esas profesiones, que empalidecen y arrugan las facciones; diria: ¡es un rey!... pero un rey que no ha esperimentado todavía las inquietudes y el cansancio del trono, es un rey que se dispone á reinar, y que ve por el lado mas lisonjero el trono, el porvenir y los hombres. Tal era el rey en Hartwell, la víspera del dia en que la Providencia iba á buscarle al destierro para ceñirle la corona.

LIBRO XI.

El conde de Artois.—Su carácter.—Su situacion en la corte y en Francia en 1789.—Su fuga de Versalles.—Sus viajes por Bélgica, Italia, Alemania y Rusia.—El conde de Artois y el conde de Provenza en Coblentza.—Su situacion respectiva en la emigracion.—Guerra contra la Francia.—El conde de Artois se retira á Inglaterra.—Sus manejos.—Parte para desembarcar en Bretaña.—Se queda en la Ile-Dieu.—Su regreso á Londres.—Carta de Charette.—Tentativa de los emigrados de Londres contra el primer cónsul.—Muerte de madama de Polastron.—Dolor del conde de Artois.—Influencia de aquella muerte en el carácter y la política del conde de Artois.—El duque de Angulema.—El duque de Berry.—La duquesa de Angulema.—Su vida en el Temple.—Muerte de su hermano.—Sale de su prision y pasa á Alemania.—Su matrimonio en Mittau.—El duque de Orleans.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—El duque de Enghien.—Su carácter.—Su amor.—Su vida en Ettenheim.—Napoleon le manda espiar.—Rapto del duque de Enghien.—Le conducen á Estrasburgo.—Su carta á la princesa Carlota.—Su diario.—Es conducido á Paris y encerrado en Vincennes.

I. El conde de Artois era mas jóven que su hermano Luis XVIII, pero aunque hubiera vivido un siglo, su talento habria sido mas jóven todavía. Aquel príncipe tenia una de esas naturalezas que no maduran jamás, porque solo tienen las cualidades y defectos de la primera edad. En su adolescencia el conde de Artois habia sido el ídolo de su familia, de la corte y de Paris. Su belleza, sus gracias, la indiferencia de su carácter, la frivolidad de su talento, que correspondia mas á la medianía de los que le rodeaban; un corazon franco y bondadoso, una liberalidad pródiga, un carácter leal, una fidelidad de palabra caballeresca, la pasion á las mujeres, vicio tolerable y que con frecuencia honra á los héroes, la apariencia mas que la realidad de las inclinaciones militares, sus agudezas y la futilidad que sus aduladores llamaban genio francés, habian granjeado mucho partido á aquel jóven príncipe en la aristocracia. Trataron de que formase contraste con su hermano el conde de Provenza. Cuanto mas favorable se mostraba éste á las reformas del reino y á las intenciones populares de Luis XVI, mas se declaraba el conde de Artois adversario desdeñoso de las concesiones y el conservador obstinado de los vicios y vetusteces del gobierno. Aparentaba no ver en la revolucion que iba tomando incremento, mas que una de esas emociones pasajeras de la plebe, con las que se debe combatir y nó discutir. Ninguna de las ideas que se generalizaban habia penetrado en su alma. Aquellas ideas suponian en efecto inteligencia, y él no reflexionaba jamás.

II. Echado á perder por la corte, adulado por un pequeño círculo de jóven aristocracia, tan fútil é irreflexiva como el, presentado al ejército y á la nobleza como el príncipe que los reuniria bajo la bandera de la monarquía absoluta, y que bien pronto desgarraria con la punta de su espada todas las ilusiones liberales de la nacion y las concesiones del trono, aquel príncipe no veia la revolucion. Continuaba cazando, representando, amando y criticando á la corte, se alimentaba con el viento de la opinion contrarevolucionaria, é incitaba á Luis XVI á que diese los golpes de fuerza ó de audacia que sus consejeros le inspiraban.

La revolucion, que habia medido desde lejos la impotencia de aquel aturdimiento en un príncipe jóven, le perdonaba por desprecio sus antipatías contra ella: no le temia bastante para aborrecerle. Le olvidaba ó le confundia en segunda línea. Mirabeau, el duque de Orleans, Barnave, el partido constitucional y el partido jacobino, estaban convencidos de que en aquel príncipe no habia recursos ni peligro serio para la revolucion. Le perdonaban por indiferencia. La reina y su corte íntima, los Polignac, los Rezenval, Lamballe, Vandreuil, Coigni, Adhemar y Fersen, fomentaban en secreto el heroismo de las ideas del conde de Artois y de la juventud que le rodeaba. El rey le queria, pero no le consultaba. El conde de Provenza se compadecia de su jactancia. Unos y otros deseaban que se alejase de la corte para que se llevase la impopularidad que atraia sobre el rey su hermano. El partido decidido contra las innovaciones lo deseaba mas vivamente para hacer de aquel jóven príncipe el embajador de la monarquía absoluta y de la aristocracia francesa en Europa, para agrupar en derredor suyo á los emigrados en las fronteras, y para colocarle, como él mismo se colocaba de antemano, cual héroe libertador del trono, en el lugar del vengador de la osadía de la nacion.

III. El sentimiento de antipatía que le profesaba el pueblo de Paris, las primeras conmociones populares, la sesion del Juego de pelota, la toma de la Bastilla, el ministerio de Mr. Necker impuesto á la corona, la prevision de los ultrajes y de los peligros de la corte, no tardaron en decidirle á adoptar el partido desesperado de la emigracion y de la guerra á su pais. Huyó de Versalles á fines de 1789, fué á Bruselas, luego á Turin á casa de la familia de su esposa, solicitó socorros y subsidios de la corte de Cerdeña, agrupó algunos cuantos nobles descontentos en derredor suyo en Chambery, en la última frontera, esparció algunos agentes y provocaciones en Lyon y en el Mediodía, salió mal en todas partes, volvió á pasar los Alpes, tuvo conferencias en Mantua con el emperador de Austria, para inclinarle á una liga de reyes contra su pais, no obtuvo mas que promesas, y despues de largas dilaciones, marchó por fin á San Petersburgo al lado de Catalina II. Aquella princesa, que habia vislumbrado de una mirada el alcance de los principios revolucionarios sobre los pueblos, buscaba un héroe que oponer á los tribunos. Lo que habian dicho del conde de Artois, de su intrepidez, de su impaciencia por los combates, habia hecho esperar á la emperatriz que el conde de Artois seria el Macabeo de los tronos. Le recibió como al futuro libertador de la monarquía en el Occidente, le dió subsidios, le animó y le preparó contingentes de tropas para la coalicion, en que procuraba hacer entrar á la Prusia y al Austria. Le regaló con solemnidad una espada guarnecida de diamantes, y le dirigió palabras que realzaban el

precio de aquel don, y le daban la significacion de una declaracion de guerra á la Francia. No tardó en reconocer que el jóven príncipe no tenia mas que el corazon y el esterior de un héroe, y que su inteligencia, evaporada por la vida de la corte, y enervada por las adulaciones de sus palaciegos, se consumiria en movimientos sin objeto y en jactancias estériles para la causa comun. Catalina, despues de haberle visto, no esperó ya nada de él.

IV. El conde de Artois recorrió de ese modo todas las cortes de Europa, dejando en ellas la impresion de su gracia, de su lijereza, de su lealtad, y tambien de su insuficiencia. Se replegó á las orillas del Rhin y fué el héroe de Coblentza. La emigracion aumentada por el terror á cada nuevo acceso de la revolucion, y convertida bien pronto en moda entre la nobleza, en la corte y en el ejército, se agrupó en derredor suyo, con todos sus temores, sus amenazas y sus locuras. Era el príncipe que convenia á sus ilusiones: reinaba en ella por derecho de ceguedad y de imprevision: gozaba la popularidad que da la mancomunidad de causa y de vértigo. Rodeábase allí de todas las impopularidades y doctrinas, que el sentimiento de su incompatibilidad con la nacion obligaba á abandonar la patria. Era la corte de la vejez y de la juventud. Los emigrados viejos hablaban, escribian é intrigaban por él, y los jóvenes le ofrecian con la mayor abnegacion sus brazos y sus vidas. Aquella pequeña Francia, fugitiva en el estranjero, se creia bastante fuerte para luchar cuerpo á cuerpo con la revolucion, y para someter la Francia á aquel nuevo Coriolano.

V. Las intrigas y amenazas del conde de Artois comprometian á Luis XVI con su pueblo y agravaban inmensamente sus embarazos y sus peligros en Paris. El jóven príncipe escitaba á todas las potencias del Norte y del imperio germánico á la guerra, mientras el rey, rehen de la Francia en las Tullerías, negociaba la paz. Aquel desgraciado monarca no desconocia que la guerra exigida con hábil obstinacion por los jacobinos y girondinos, daria un acceso mas decisivo á la revolucion aletargada, y que los primeros reveses de la Francia serian el testo de todas las acusaciones y de todos los ultrajes contra su familia y contra él. Solo Robespierre, mas político entonces que los jacobinos, y mas honrado que los girondinos, resistia el impulso universal hácia la guerra, y parecia secundar al rey en su deseo de conservar la paz. Y era porque Robespierre tenia una teoría, y los jacobinos y girondinos no tenian mas que intereses y ambiciones. El obstinado tribuno, que mas tarde debia hacer uso de la hacha, temia á la espada. Conocia con la exactitud del instinto, que si la guerra era desgraciada, aniquilaria la revolucion, y que si era feliz, no tardaria en volver al ejército contra la asamblea nacional, crearia las popularidades militares, las mas peligrosas de todas para una democracia, y haria que las armas dominasen las ideas. Pero el rey y Robespierre no podian por sí solos contener al conde de Artois; los emigrados, los jacobinos y los girondinos que creian tener un interes en la guerra, sacrificaban al rey. Por último estalló.

VI. El conde de Artois se la dejó hacer al príncipe de Condé, al duque de Borbon, y al jóven duque de Enghien que habia nacido soldado. Se habia reunido en Coblentza con el duque de Provenza, de mas edad, mas serio y mas reflexivo que él. Estos dos príncipes, que recelaban uno de otro, y que no querian perder el prestigio con sus partidarios, se dividieron en partes casi iguales las pretensiones y la autoridad, que en nombre de Luis XVI se arrogaban en el estranjero. Ambos tuvieron su corte, su política algunas veces comun, pero con mas frecuencia separada, y sus agentes y sus intrigas en Francia y en todas las cortes. Desde aquella época en que la restauracion no era mas que un sueño lejano, los publicistas, los palaciegos y los enviados del conde de Artois se distinguian de los del conde de Provenza, por un desacuerdo de tiempo mas incurable, y de odio irreconciliable contra los principios populares y contra las concesiones hechas á la revolucion.

VII. La guerra fue blanda. Despues de la tentativa de invasion de la Prusia en Francia, la retirada del duque de Brunswick, las victorias de Dumouriez, el 10 de agosto y la prision y muerte de Luis XVI, el conde de Artois quedó abandonado en el continente. No queriendo permanecer subordinado á su hermano, continuó viajando por Europa, y por último, se retiró á Inglaterra con el vano título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dió para satisfacer su ambicion y su necesidad de aparente actividad en los negocios. Desde allí, rodeado de los mismos amigos que tan mal le habian aconsejado en su juventud, no cesó de urdir tramas de restauracion realista en la Vendée, en Bretaña y en Normandía. Pero sus cortesanos nunca le permitieron que desembarcase él mismo. Testigo de las insurrecciones, de los sacrificios y los prodigios de Charette, la Rochejaquelein, Lescure y sus intrépidos y obstinados soldados, se limitó á enviarlos de cuando en cuando armas, subsidios, proclamas y emisarios. Un Enrique IV, ó un Gustavo Wasa francés, podia entonces haber dado tal unidad, tal impulso y tal entusiasmo á la guerra contra la convencion gastada y cansada, que si no hubiese vencido la restauracion, la monarquía habria al menos sucumbido con gloria.

VIII. Por último, el gobierno inglés, odiosamente calumniado por la emigracion en los socorros que la prodigaba sin tasa, consintió en llevar al conde de Artois á las costas de Francia con una escuadra, y con fuerzas regulares dignas de un pretendiente. El valor y el talento del general Hoche desconcertaron ó impidieron el desembarco de la vanguardia en Quiberon. El conde de Artois, invocado por los ejércitos realistas de Bretaña, despues de pasar muchas semanas á vista de la costa ó de la Ile-Dieu, pareció temer al suelo que le llamaba. Se dejó conducir á Londres por el almirante inglés, con una fingida apariencia de violencia hecha á su valor, sin haber puesto el pié en el territorio frances que hacia tantos años estaba amenazando con su presencia. Los emigrados á su regreso prorumpieron en invectivas contra el gobierno ingles, á quien acusaban de haberles querido entregar á los republicanos. La ingratitud oscureció durante algun tiempo la verdad, mas apareció por fin: el príncipe habia carecido de prudencia al solicitar una espedicion de desembarco, ó de resolucion no desembarcando para reunirse con Charette y los ejércitos vendeanos. Charette indignado no pudo contener su cólera: escribió que sabria morir por los que no sabian combatir.

He aquí la carta en que hizo avergonzar á los tímidos consejeros del conde de Artois por su abandono: en la guerra civil, la cobardía es un crimen mas.

«Señor: la cobardía de vuestro hermano todo lo ha perdido. No podia presentarse en la costa mas que para perderlo ó salvarlo todo. Su regreso á Inglaterra ha decidido nuestra suerte. Dentro de poco no podré hacer mas que morir inútilmente por vuestro servicio.

» Soy con el mas profundo respeto de vuestra majestad etc.»

IX. Otras tentativas igualmente infructuosas se hicieron por aquella pequeña corte despues de la caida del directorio y del advenimiento de Bonaparte al poder. Aquellas tentativas en que tomaron parte Jorge y sus amigos, Pichegrú y los suyos, y que costaron la libertad á los jóvenes Polignac, no tenian mas que el carácter aislado y desesperado de los golpes de mano. El honor y la compasion del conde de Artois alejan de él hasta la sombra de complicidad en la composicion de la máquina infernal, y en el rapto á mano armada del primer cónsul que Jorge premeditaba en Paris. Pero si los que rodeaban al conde de Artois no tenian ningun contacto con asesinos, le tenian con los intrépidos aventureros de restauracion, que no habiendo podido conquistar la Francia trataban de sorprenderla.

X. Cansado el príncipe de esperanzas defraudadas en la tierra, hacia ya algun tiempo que se habia refugiado en esperanzas celestiales. Una pérdida cruel y vivamente sentida lo separó de repente del mundo. El motivo, la energía y la perseverancia de su mudanza de vida, descubrieron en él un poder de amar, y una constancia de resolucion, que nadie sospechaba en la molicie é inconsistencia de sus costumbres: probó que si hubiera sido mejor inspirado por los que le rodeaban, habria podido mostrar el heroismo de la política, como mostraba el del amor y de la piedad.

El jóven príncipe se habia inclinado en la sociedad de la reina, á una cuñada de la condesa Julia de Polignac, favorita de aquella princesa. La jóven, de una hermosura que rivalizaba con la de la condesa de Polignac, estaba casada con el conde de Polastron. Los amores del conde de Artois y de la condesa comenzados en las fiestas de Trianon, habian continuado en el pais estranjero. El conde de Artois, estasiado con la ternura y las gracias de aquella mujer completa, habia renunciado por atractivo y por fidelidad á todas las pasiones lijeras que su hermosura personal hiciera concebir en su adolescencia. No vivia mas que para madama de Polastron. Era para él la ternura viva y el recuerdo adorado de la juventud, de la corte y de la patria. Una enfermedad de languidez agravada por el clima brumoso de la Inglaterra, atacó á madama de Polastron. Vió acercarse lentamente la muerte en toda la frescura de sus gracias, y en medio de las delicias de una pasion correspondida. La religion la consoló como habia consolado á la Valliere: quiso hacer partícipe de aquellos consuelos é inmortalidad á su amante. Se convirtió á la voz de aquel mismo amor que con tanta frecuencia y tan deliciosamente le habia apartado de pensamientos graves. Uno de sus capellanes, que despues fué el cardenal de Latil, recibió en la misma habitacion de la hermosura arrepentida las confesiones y remordimientos de los dos amantes. «Juradme, decia madama de Polastron al jóven príncipe, que yo seré vuestra última falta y vuestro último amor sobre la tierra, y que despues de mí, no amareis mas que al único objeto de que no puedo

tener celos, Dios.» El príncipe lo juró con el corazon y con los labios. Madama de Polastron, consolada, llevó con su último abrazo su corazon al cielo. El conde de Artois, de rodillas al pie de la cama de su querida, repitió aquel juramento á su sombra, y le guardó toda su larga vida hasta el sepulcro, aunque era jóven, hermoso, príncipe y rey todavía querido. Desde aquel dia fue otro hombre.

XI. Pero aquella probidad de corazon que encontró en el amor, y la piedad que sacó de la muerte, no hicieron mas que cambiar la naturaleza de sus debilidades. Sus nuevas virtudes hicieron desde aquel dia para el, el efecto de sus antiguas faltas. Estrecharon su inteligencia sin elevar su valor. Le entregaron enteramente á influencias eclesiásticas, que esplotaron piadosamente su conciencia como otros habian esplotado sus ligerezas. Su política no fue mas que una ciega adhesion á la restauracion temporal de la Iglesia, a cuyos ojos no era menos culpable la revolucion, que á los del trono y de la aristocracia: quiso rescatar las incredulidades de su juventud, por los servicios á la fe de su edad madura. Dedicó de corazon su reinado futuro á aquel pensamiento. Conservó á su lado como consejeros practicos á los obispos emigrados de su corte, que habian sido testigos de su dolor, y habian bendecido su despedida de la mujer que amaba. Mr. de Latil y Mr. de Couzée, el uno futuro cardenal, y el otro ya obispo de Amiens, el abate de Bouvans y otros miembros del clero refugiados en Londres, influyeron cada vez mas en política. Su intimidad recordaba la corte desterrada y devota de Jacobo II en San German. El trono y el altar fueron las dos únicas palabras de órden de sus consejos y sus agentes. Creyó que la proteccion divina, la sinceridad de su fe y la santidad de sus designios, aseguraban su causa, le dispensaban de toda sabiduría humana, y harian triunfar por medio de milagros, la política del rey confundida con la de Dios. Los pensamientos mundanos y la política terrestre de su hermano Luis XVIII le parecian casi una concesion á la impiedad del tiempo, y una aceptacion funesta de las doctrinas filosóficas y revolucionarias del siglo XVIII. Vivió en Londres en una esfera aparte de amistad, prácticas piadosas y de oposicion anticipada al reinado. Espiaba con la vista el momento en que el imperio se hundiria completamente, para entrar el primero en Francia por la brecha de los ejércitos estranjeros, para adelantarse á su hermano, para justificar su reputacion de príncipe militar y emprendedor, y para tomar con el nombre de lugarteniente general del reino, una iniciativa, un papel y un partido, que le asegurasen una grande influencia en la restauracion. El carácter circunspecto y solemne de su hermano, las enfermedades que le condenaban á la inaccion, el título de rey que le prohibia aventurarse en los campamentos, dejaban al conde de Artois y á sus hijos aquella delantera que querian tomar á la córte de Hartwell. Su juventud, su noble y elevada estatura, su fisonomía regia que recordaba á Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, su hermosa mirada, su acento marcial y franco, y su gracia para montar á caballo, le hacian eminentemente propio para granjearse las miradas del pueblo, y para ser el programa viviente de una restauracion.

XII. Este príncipe tenia dos hijos, el duque de Angulema y el de Berry. El duque de Angulema era uno de esos hombres de talento mediano, de corazon escelente, modesto en sus pretensiones, valiente de sangre fria, y en quien jamás se hubieran notado mas que virtudes, si no hubiese sido puesto en escena por su nacimiento en papeles demasiado elevados para sus cualidades oscuras. Jamás habia tenido juventud. Llamado de los campamentos de la emigracion por su tio Luis XVIII para casarse con la hija de Luis XVI, habia vivido casi siempre á la vista del conde de Provenza, y bajo el imperio de su mujer, mas inteligente y dominante que él. Desde muy luego habia aceptado aquellas dos superioridades. Subordinado de corazon á la sabiduría magistral del rey y á la ferviente piedad de su mujer, pensaba como el uno y obraba como la otra. No era propio por su naturaleza mas que para el papel de discípulo obediente de un maestro que admiraba, y de esposo fiel de una mujer que habia sido su primero y único amor. Luis XVIII se complacia en formarle para el trono que debia ocupar algun dia. Era el Telémaco dado por el destierro á aquel sabio, y del cual queria modelar un rey: pero la naturaleza no se prestaba á ello: no habia puesto en el duque de Angulema, mas que la materia de un hombre honrado. Hasta su esterior desmentia desgraciadamente su papel de príncipe hereditario, destinado á fascinar las esperanzas del pueblo en derredor del trono de un anciano. Hijo de una princesa de la casa de Saboya, llevaba en sus facciones y en su trajo, yo no sé qué sello de esas naturalezas inteligentes que se encuentran en los elevados valles de aquellos Alpes. Aquella marca no era de ningun modo la espresion de su talento, que por el contrario era sano, reflexivo y estudioso; era la desgracia de su fisonomía. Sus ojos se cerraban al mirar como si temiesen la luz. Su sonrisa era convulsiva y en contradiccion con sus pensamientos; su cabeza se movia como si estuviese mal unida al cuerpo, y cuando andaba lo hacia como un pato, fijando la vista en la punta de los piés. Balbuceaba cuando hablaba, y todo le intimidaba menos la espada, porque era soldado de nacimiento. Amaba los campamentos, pero estos no podian quererle sino á fuerza de conocerle y apreciarle. Vivia en Hartwell, dócil á su mujer y al rey: sus opiniones eran constitucionales.

XIII. El duque de Berry tenia el carácter, la naturaleza y los gustos mas opuestos. Era turbulento y brusco como un príncipe abandonado á su exuberancia y á sus estravíos: poseia la vivacidad y las cualidades de la juventud, aumentadas por la independencia precoz y por la adulacion de los cortesanos de su padre. Siendo casi niño, se habia señalado en el ejército de los príncipes por un valor temerario y arrebatado que le habia hecho amar de la juventud noble emigrada. La ociosidad le habia llevado á Londres, y allí vivia en los placeres y con los amoríos de su raza y de su edad. No tenia la reflexion del duque de Angulema, las doctrinas políticas de su tio, ni la devocion de su padre. Rodeado de amigos y de queridas, recordaba la juventud de Cárlos II, mezclando la frivolidad y los placeres con las aventuras del destierro: pero no tenia las gracias seductoras de aquel príncipe. De corta estatura, grueso de cuerpo, ancho de espaldas como Duguesclin, corto de cuello, cabeza gruesa, facciones comunes, y movimientos sin gracia, sus rasgados y espresivos ojos azules, recordaba la raza de los Borbones, y su sonrisa su bondad. Se le creia dotado de un talento inculto. Su generosidad compensaba sus arrebatos y sus rudezas: ofendia, pero reparaba pronto las ofensas. Habia nacido soldado, le gustaba manejar las armas, los caballos y las tropas, pero no sabia seducirlas. Su mano era en todo como su espíritu, demasiado brusca y áspera, pero su valor era impetuoso. Habia nacido para derramar su sangre por un trono y por una patria en otro sitio que en el pórtico de un teatro, y á impulsos del puñal de un asesino.

XIV. La duquesa de Angulema era el lazo que unia á la córte del conde de Artois y á la severa de Hartwell. Era hija de Luis XVI, la huérfana abandonada en los calabozos del Temple, despues del asesinato de toda su familia, y de la larga agonía de su hermano el rey niño y martirizado Luis XVII. Ni en la antigüedad ni en los modernos tiempos, ha habido destino trágico comparable á la vida de aquella princesa. La he seguido, en la *Historia de los Girondinos*, desde su cuna en Versálles hasta el suplicio de su tia, madama Isabel, á quien su madre María Antonieta la habia encomendado al salir de su prision para subir al cadalso. Me remonto á este momento para seguirla rápidamente hasta la época en que iba á acercarse al trono. La compasion de la Francia y de la Europa no la habia perdido de vista desde que se alejó. Las desgracias, los calabozos, el luto, los suplicios, las lágrimas de aquella jóven que pagaba por su raza males de que estaba pura, víctima de una revolucion que devoraba á su padre, su madre, su tia, su hermano, y que la dejaba sola en las bóvedas de una cárcel llena de sus sombras, entraban por mucho en los recuerdos y en el interés que atraian la imaginacion de la Francia hácia los Borbones ausentes. Pareciales á los corazones generosos que pesaba con su nombre un remordimiento sobre la patria, y que el pueblo francés la debia una secreta espiacion. Cuando la naturaleza ultrajada habla tan alto en las almas de los hombres, de las mujeres, de las madres, de las hijas, y de las generaciones jóvenes, la naturaleza ocupa su lugar en la política. La duquesa de Angulema era el sentimiento en la causa de la restauracion.

XV. Al dia siguiente en que su tia madama Isabel, jóven hermana de Luis XVI, subió al cadalso á los veinte y nueve años de su edad, en medio de las muestras de respeto de sus cuarenta compañeras de suplicio que la besaban la mano antes de entregar su cuello al verdugo, la jóven princesa que tenia menos de quince años, preguntaba por su tia y por su madre á todos los carceleros, sin sospechar que las hubiese separado la muerte. Las creia en otra prision ó detenidas por el interrogatorio de un tribunal: esperaba ver abrir la puerta del Temple, y que volviesen á su soledad y su ternura. Los carceleros no fueron bastante crueles para desengañarla. Solo prolongándose el tiempo y la ausencia la hicieron perder sus ilusiones. Pidió que la enviasen los vestidos y la ropa blanca que las dos víctimas se habian dejado en los armarios de su habitacion. Los carceleros se turbaron, y comenzó á sospechar que su madre y su tia ya no necesitaban ropas en la tierra. Prorumpió en llanto sin desesperar sin embargo de su regreso. Aquella esperanza fué amortiguándose todos los dias y todos los meses, y la contristada fisonomía de los carceleros acabó de completar la revelacion.

Su madre y su tia al salir de la prision, la dijeron: Si no volvemos, pide al ayuntamiento de Paris una mujer para que te asista en el calabozo, para que no te quedes sola con los hombres. Las obedeció por deferencia, sin esperanza de que la dureza de sus guardadores accediese

á su pretension. La contestaron en efecto que no necesitaba ninguna mujer para adornarse entre aquellas paredes. Fingieron temer que el aislamiento y la desesperacion la condujesen al suicidio, que su tierna piedad miraba como el mayor de los crímenes. La quitaron los cuchillitos que servian entonces para limpiar el polvo de la frente de las señoras, las tijeras, las agujas de hacer media, y hasta los mas inocentes utensilios de hierro y de acero necesarios para las labores mujeriles, con los que por lo menos hubiera podido entretener la ociosidad de su soledad, ó componer sus destrozados vestidos: la recogieron hasta un eslabon con el que podia encender luz para pasar las noches y el insomnio: hasta la luz pareció un alivio del cielo demasiado indulgente para la jóven cautiva. La prohibieron encender la estufa con que calentaba su encierro.

XVI. No tenia mas consuelo que el sueño, la vista del cielo á través de las rejas, y algunas visitas al Delfin su hermano, preso en un cuarto inmediato, y ya muy decaido por la enfermedad, y la ferocidad de sus guardas. Los que la llevaban y volvian eran algunas veces clementes y tiernos, pero con mas frecuencia beodos y brutales. La vista y la conversacion de su hermano no hacian mas que aumentar su consternacion.

Aquel niño de once años, que al entrar en la prision era hermoso como su madre, habia enflaquecido y marchitádose prematuramente, desde que habia pasado del regazo de María Antonieta y de las rodillas de Luis XVI á manos de unos fanáticos pagados para matar en el a lo que llamaban el cachorro del trono. Habíanle enseñado las canciones obscenas y los ultrajes populares contra su propia familia, y obligado á que su inocente mano firmase contra su madre una deposicion incestuosa cuya impía significacion no comprendia, y le habian embrutecido para quitarle su candor infantil y su inteligencia.

«Aquel pobre niño, escribia su hermana, estaba acurrucado en su infecta habitacion entre inmundicias y harapos: no barrian mas que de mes á mes. El niño que habia ido perdiendo sus sentidos, tenia horror á aquel sitio, y vivia como un ser inmundo en un albañal. Solo entraban allí cuando le llevaban la comida, que se componia de pan, lentejas, y un pedazo de cecina en una cazuela de barro, sin vino ni fruta. Despues de la muerte de Robespierre se dulcificaron un poco aquellas brutalidades, pero sin embargo, todavía eran insoportables.»

XVII. «Le encontramos, dice Harmand, representante del Mosa, en un cuartito pequeño sin mas mueble que una estufilla de porcelana que comunica con la pieza inmediata. En aquel cuarto tenia la cama. El príncipe estaba sentado á una mesita cuadrada, sobre la que habia esparcidos varios naipes, unos doblados en forma de cajitas, y otros en la de castillos: cuando entramos estaba ocupado con sus cartas. No suspendió su juego: el traje que vestia era como el de los marineros, de paño de color de pizarra, y en la cabeza no tenia nada: á los pies de la cama habia un jergon, que servia de lecho á un zapatero de viejo llamado Simon, que la municipalidad de París habia colocado al lado del niño, antes de la muerte de Robespierre. Bien sabido es que ese tal Simon se burlaba cruelmente del sueño del preso: sin consideracion á una edad para la que el sueño es una necesidad tan imperiosa, durante la noche le llamaba varias veces.—Héme aquí, ciudadano, respondia el niño mojado de sudor ó transido de frio.—Acércate que te toque, replicaba Simon. Acercábase el pobre niño y el brutal carcelero le solia dar un puntillon que le hacia rodar por el suelo, diciéndole: véte á acostar, lobezno... Me acerqué al príncipe. Nuestros movimientos no parecian hacer ninguna impresion en él. Le invitamos á que anduviese, hablase y se distrajese, y que contestase á un médico que la convencion iba á enviarle. Escuchaba con indiferencia, parecia comprender, pero no respondia nada. Nos dijeron que desde el dia en que los comisarios del comun habian obtenido de su ignorancia infames deposiciones contra sus padres, en que habia comprendido las desgracias y los crímenes de que le habian hecho instrumento, habia tomado la resolucion de no proferir una palabra por temor de que no abusasen de él... Tengo el honor de preguntaros, señor, le replicó Harmand, si deseais un perro, un caballo, pájaros ó uno ó muchos compañeros de vuestra edad que traeremos á vuestro lado. ¿Quereis bajar ahora al jardin ó subir á las torres?... Ni una palabra, ni una seña, ni un gesto, aunque tenia la cabeza vuelta hácia mí y me miraba fijamente. Aquella mirada, añade el comisario, tenia tal carácter de resignacion y de indiferencia, que parecia decirnos; despues de haberme hecho deponer contra mi madre venis sin duda á exigir que declare contra mi hermana. Me haceis morir: ya hace dos años se va estinguiendo mi vida, ¡qué me importan ahora vuestras caricias: acabad con vuestra víctima!... nosotros le suplicamos se pusiese de pie: sus piernas eran largas y delgadas, los brazos lo mismo, el cuerpo corto, y el pecho hundido, los hombros altos y estrechos; solo la cabeza era hermosa en todo su conjunto, la piel blanca pero sin vigor, los cabellos largos, rubios y rizados. Andaba con mucha dificultad: despues de haber dado algunos pasos se sentó en su silla, apoyando los codos sobre la mesa. La comida que se le llevó en una escudilla de barro encarnado consistia en algunas lentejas, seis castañas asadas y un cubierto de estaño sin cuchillo y sin vino. Mandamos que le tratasen mejor é hicimos que le trajesen algunas frutas. Le preguntamos si le gustaban la fruta y las uvas, no contestó y lo comió sin hablar. Cuando comió las uvas le preguntamos si queria mas; guardo el mismo silencio: preguntamos si aquel silencio tan obstinado databa efectivamente del dia en que le habian arrancado con violencia la monstruosa declaracion contra su madre, y nos aseguraron que desde aquel dia el niño habia cesado de hablar. El remordimiento habia precedido á la inteligencia.»

XVIII. La jóven princesa, cuya prision estaba contigua á la de su hermano, le veia algunas veces, por condescendencia de sus carceleros. Le veia empeorarse, y ella moria tambien con dos agonías. Bien pronto el niño caminó á la muerte, como una planta privada de aire y de sol.

«La convencion, dice ella, al saber su próximo fin, envió una diputacion para que hiciese constar su estado. Los comisarios se compadecieron y mandaron se le diese mejor tratamiento. Lorenzo, hombre de un carácter mas humano, que habia reemplazado al zapatero Simon, hizo bajar de mi cuarto una cama al tabuco ocupado por mi hermano. La suya estaba llena de insectos; bañaron al niño, le limpiaron la inmundicia de que estaba cubierto y le dejaron completamente solo. Lorenzo preguntado por mí acerca de la suerte de mi madre y mi hermana, cuya muerte ignoraba, me respondió con aire de compasion y de misterio, que no podia darme ninguna noticia acerca de eso.

»Al dia siguiente unos hombres con banda que vinieron á visitarme y á quienes hice la misma pregunta, me respondieron con el silencio, y añadieron que hacia mal en recordar la reunion con mis padres, porque estaba bien allí.—¿No es horroroso, les dije, estar separada de mi madre y de mi tia ya hace un año, sin tener noticias suyas?—¿No estais enferma? dijeron aquellos hombres.—Nó, les contesté, ¿pero hay enfermedad peor que la del corazon?—Esperad, me dijeron al retirarse, en la justicia y en la bondad del pueblo frances.—¿Era aquello compasion ó ironía?

XIX. Así trascurrian los dias, los meses y los años, para la cautiva del Temple, que solo tenia diez y seis. A principios de noviembre, la convencion, mas clemente, envió un hombre de corazon sensible á Lorenzo para cuidar al niño. Aquel hombre, llamado Gonin, tuvo un cuidado paternal. Permitióse por fin al niño tener luz por la noche en su prision, y Gonin pasaba con el las horas para distraerle. Le hizo bajar algunas veces á un salon del piso bajo de la torre, cuyas ventanas sin claraboya dejaban penetrar el sol y ver las hojas, y luego al jardin para que pasease, pero el golpe de la muerte ya estaba dado. Gonin podia dilatar la muerte, pero nó reanimar la vida en aquella víctima de cuatro años de soledad y de abandono. El invierno trascurrió de un modo bastante uniforme. Permitieron á la princesa que encendiese luz á discrecion en la prision y la llevaron los libros que habia pedido, para que conversase al menos con los hombres y con Dios. La negaron únicamente contestar á las preguntas acerca de sus padres.

A principios de la primavera, la autorizaron para que subiese de cuando en cuando á la plataforma de su torre desde donde podia ver el horizonte de París y los campos inmediatos con entera libertad. ¡Que pensamientos la ocurririan al ver los tejados del Louvre, de las Tullerías, de las catedrales y de los palacios de sus padres! La estenuacion de su desgraciado hermano iba agravándose: ya no era permitido á la jóven princesa verle ni cuidarle; solo sabia por los carceleros la languidez y el progreso de la enfermedad de aquel pobre niño, de quien no la separaba mas que un techo.

XX. Espiró por fin sin agonía, pero sin haber proferido una palabra, en 9 de junio de 1795, al medio dia. Los médicos que le asistieron en sus últimos momentos, no le habian visto jamás antes de la hora suprema. En sus certificaciones á la convencion no pudieron decir mas que una cosa, y fué que les habian presentado un niño enfermo con el nombre de hijo de Luis XVI, cuyo niño habian visto morir. No parece que la jóven princesa fuese admitida á ver á su hermano en los últimos meses de su existencia, ni durante la enfermedad, ni despues de muerto. De aquí, suposiciones y conjeturas que no han sido justificadas ni desmentidas, acerca de la sustitucion de un niño mudo y enfermo por otro en la torre del Temple; sobre la evasion del verdadero hijo de Luis XVI, y sobre la existencia de un rey legítimo pero desconocido, que durante largo tiempo preocupó las imaginaciones amigas de maravillas. Aunque estas suposiciones fuesen inverosímiles, no eran sin embargo imposibles, para desanimar las credulidades ó las ficciones. Podia admitirse

que convencionales poderosos, creyendo adquirir algun dia un título para el reconocimiento de los tronos como partidarios adictos à la familia real, encubiertos con el uniforme de los guardas del Temple, hubiesen llegado á reemplazar en el calabozo un niño con otro y encerrar su piadosa sustitucion en el secreto del feretro.

Pero que aquel niño así libertado de las cadenas, en una edad en que los recuerdos son ya inveterados en el corazon, no recordase jamás las circunstancias de sus primeros años y de su evasion; que los agentes de aquella sustitucion de persona no hubieran revindicado jamas el mérito de su abnegacion: que la jóven princesa á quien al encontrarla su hermano habria dado mil testimonios irrecusables de su identidad por sus facciones, por su memoria, por las confianzas de una vida de once años confundida con la de su hermana, no hayan hablado nunca, serian milagros de silencio, de discrecion, de imposibilidad moral mas asombrosa que el mismo prodigio de la evasion. El silencio de tantos agentes de aquella libertad, y el silencio del mismo niño libertado, desmienten semejante suposicion. Para admitirla sería necesario admitir otras inverosimilitudes, mas improbables que la misma libertad. Seria necesario que los instrumentos de aquella sustitucion hubiesen muerto todos antes que sonase para ellos la hora de revelarla. Sería preciso que al morir no hubiesen confiado su precioso secreto á ningun individuo de su familia ni a ningun amigo. Seria indispensable que el niño libertado hubiese muerto antes de haber proferido una sola palabra acerca de su existencia anterior. Se necesitaria que las personas á quienes fué entregado aquel niño, bien en Francia ó en el estranjero, no hubieran hablado de aquel misterioso deposito. Todo esto es posible, sin duda alguna; pero de una imposibilidad tan estremada y tan contra la naturaleza, que la existencia de Luis XVII puede servir de pábulo á la imaginacion y de testo para sueños, pero jamas para las serias investigaciones de la historia. Es uno de esos enigmas que los hombres forjan eternamente y que no pueden ser resueltos mas que por la probabilidad o por Dios.

XXI. La princesa bendijo aquella muerte al llorarla: Dios libraba por fin á su hermano y su rey de su largo suplicio. Ella concluyó en silencio el suyo. Desde el dia en que la convencion no temio ya á ningun pretendiente en el Temple, permitió á la compasion pública que se aproximase á ella. Nueve dias despues de la muerte de Luis XVII, la ciudad de Orleans salvada en otro tiempo por una jóven heroica, se atrevió á interceder por la inocente hija de Luis XVI. Aquella ciudad envió diputados á la convencion para reclamar la libertad de la jóven princesa y su traslacion al seno de su familia. «Porque ¿quien de nosotros, dijeron los diputados de la ciudad de Orleans, querria condenarla á habitar en unos sitios humeantes todavia con la sangre de su familia?» Nantes imitó aquel ejemplo. Charette habia pedido tambien en nombre de la Vendee como condicion de la pacificacion de aquellas provincias, que la hija de Luis XVI fuese entregada á sus parientes. El comité de seguridad general, compuesto desde la caida de Robespierre de hombres saciados é indignados de proscripciones, permitió á los guardas del Temple que la dejasen bajar por la primera vez al jardin. Paseábase allí seguida del único compañero de sus cuatro años de soledad, el perro de su padre Luis XVI que aquel príncipe dejó confiado á su cuidado al marchar al cadalso. Varias señoras de la antigua corte adictas á la princesa antes de su infortunio, y que habian podido escapar del patíbulo y de los calabozos de la revolucion, madama de Chantereine, madama de Mackan, madama de Tourzel, y su hija la señorita Paulina Tourzel, compañera de los primeros juegos de la princesa, obtuvieron permiso para visitarla. El infortunio habia añadido en aquellas tiernas almas de mujer el respeto á la compasion. Los balcones de las casas contiguas al jardin de la prision se llenaban como los primeros dias del cautiverio del rey de semblantes amigos, y desde allí llovian flores y versos sobre la jóven cautiva. Los folletos, los periódicos, hablaban de ella á la opinion pública, dulcificada ó arrepentida. «La hija de Luis XVI tiene por fin libertad, decian aquellos diarios, de pasearse por los jardines del Temple. Dos comisarios vigilan sus pasos. Se acercan a ella con consideracion y la tratan con el respeto que inspira el recuerdo de lo que fué y el triste espectáculo de lo que es en el dia. Una cabra que se la permite mantener á su lado es el objeto de sus cuidados: el manso animal la sigue con fidelidad. Pero sobre todo un perro es el inseparable compañero de la jóven princesa y parece que la tiene mucha inclinacion. Es el perro del rey, que ahora no tiene amo, pero que todavia le quiere en la persona de su hija.»

XXII. Mr. Huc, antiguo servidor del rey, alquiló uno de los balcones que daban al jardin. Cantó como Blondel, servidor de otro rey cautivo, palabras consoladoras á la hija de su amo. Por medio de señales logró hacer llegar á sus manos una carta de su tio Luis XVIII. La princesa pudo contestar con connivencia de los comisarios que cerraban los ojos. Charette la trasmitió por aquel medio los votos y la adhesion de su ejército. Todo anunciaba el fin de su cautiverio. El 30 de julio, la convencion despues de oir el dictamen de su comité de salud pública y de seguridad general, decretó que la hija de Luis XVI fuese cangeada al Austria por los representantes y ministros que Dumouriez habia entregado al príncipe de Coburgo en el acto de su defeccion: Drouet Semonville, Maret, de otros prisioneros importantes del Austria. No dejó mas huellas de su cautiverio y de sus lágrimas en la prision, que las dos líneas grabadas por ella en la piedra de su ventana en los largos ocios de su reclusion. «Padre mio, vela sobre mi desde los cielos ... Dios mio, perdonad á los que han hecho morir á mi padre.»

XXIII. El 19 de diciembre de 1795 á media noche, el dia de su nacimiento, salió de su prision. El ministro de lo interior Benezech, para evitar la emocion del pueblo, la condujo á pié desde el Temple hasta una calle inmediata en donde le aguardaba su coche, que siguió por senderos desiertos y apenas trillados hasta entonces por los alrededores del baluarte, y se detuvo en un terreno solitario detrás de la puerta de San Martin. Allí recibió á la princesa una silla de posta ocupada por madama de Souce, sub-aya de los principes, y por un oficial de gendarmería. El ministro aumentó el precio de la libertad por el respeto y la compasion que manifestó en sus palabras y preparativos. La jóven princesa no pudo contestar mas que con el llanto. Dejaba detrás de sí con sus cuatro años de juventud trascurridos en la oscuridad de un calabozo, los cadáveres de su padre, de su madre, de su tia, de la princesa de Lamballe, de su hermano, de princesas de su corte y de todo cuanto habia conocido y amado desde la cuna. Las ruedas de su carruaje no le parecian bastante rápidas para huir de una tierra que habia bebido tanta sangre y devorado tantas víctimas, viudas, mujeres, niños, inocencia y virtud, por el crímen de la corona. La agonía del hijo de Luis XVI, los suplicios de su hermana, el cautiverio de su hija, serán largos remordimientos para el corazon del pueblo, y fúnebres manchas sobre la revolucion. Han sido necesarios cincuenta años de una revolucion mas pura, para devolver su inocencia á la libertad. Aquellos suplicios inmerecidos, aquellas decapitaciones de mujeres, aquellos sacrificios lentos de un niño y una jóven, aquellas agonías de cuatro años, peores que el hacha á vista de una nacion famosa por su generosidad, hacen temblar á la mano que lo refiere. ¿Será acaso cierto que la estremada civilizacion se confunde en esos sacrificios humanos con la estremada barbarie? Nó, sin duda; ese pueblo salia de una larga ignorancia y se vengaba en inocentes. No habia aprendido aun que las venganzas salen de las venganzas, y que Dios no concede una libertad duradera mas que á la justicia y á la magnanimidad del pueblo.

XXIV. El nombre de Sofía ocultaba el suyo verdadero, pero no ocultaba su rostro. La semejanza de aquella jóven con el semblante de María Antonieta, grabado en las miradas del pueblo, la hizo descubrir tres veces en el camino. Pero allí no habia ya, como en Varennes, guardias nacionales para conducirla á la prision, no habia mas que miradas humedecidas para admirarla y manos amigas para aplaudir su libertad.

XXV. La belleza habia triunfado del dolor y de la reclusion. La fuerte savia de los Borbones habia desarrollado sus encantos en la oscuridad del Temple. Cabellos ondeantes, cuello flexible, talle esbelto, ojos azules, facciones á la vez majestuosas y delicadas, el colorido de la adolescencia en un rostro antes de tiempo madurado por la soledad, la altivez que da la sangre, esa tristeza que infunde el recuerdo y aquella alma desolada en un semblante radiante de juventud, escitaban y fijaban las miradas. No podia mirársela sin ver cuánto habia atravesado su destino y lo que todavia la esperaba. Era la aparicion trágica de la revolucion escapando del hacha de los verdugos, teñidos los pies con la sangre de los suyos y librándose de la muerte en el destierro. En todas partes fue recibida con esta impresion. En Alemania se arrodillaban cuando pasaba, y creian ver en ella una resurreccion de todos aquellos sepulcros.

Su tio el emperador de Austria la tenia preparada una habitacion; toda la familia imperial salió á recibirla a la puerta de palacio. Fué tratada allí como archiduquesa: tenia entonces diez y siete años. La intencion del emperador era casarla con su hermano el archiduque Carlos, el héroe del Austria. Se acordó de que su padre Luis XVI la habia destinado para su primo el duque de Angulema, hijo del conde de Artois, y quiso obedecer su última voluntad. Partió para Mittau adonde el rey su tio la llamaba para aquella union de familia. Se arrojó á sus pies y se los abrazó como si hubiese encontrado en él á un padre. Aquel príncipe la presentó al duque de Angulema como un esposo destinado por el cielo. En seguida la llevó al abate Edgeworth que habia recibido las últimas oraciones y el último arrepentimiento de Luis XVI, y que no le dejó hasta el pié ensangrentado del cadalso. Pocos dias despues, aquel ve-

nerable sacerdote, santificado á sus ojos por la circunstancia que le recordaba, bendijo su union con el jóven duque. Aquel matrimonio fué estéril. El hacha con su terror, el cautiverio con sus tormentos, habian herido la posteridad del trono hasta en aquel último vástago.

La duquesa de Angulema siguió en todas sus vicisitudes, los destierros y las mudanzas de patria y de fortuna de su tio. Aquel príncipe la amaba por sentimiento y por política, se adornaba á los ojos de la Europa con aquella hermosura, aquella juventud y aquella piedad: la llamaba su Antígone. Presentábase apoyado en el brazo de su sobrina como un monarca protegido desde el cielo por el ángel del consuelo. Vivia á su lado en el palacio de Hartwell, acordándose de la Francia con amargura, pero del trono y de la patria con el orgullo y la majestad inherente á su sangre.

XXVI. El duque de Orleans, hijo de Felipe Igualdad, habia separado su causa y su vida de la rama primogenita de los Borbones. Adicto á la revolucion por su padre, educado y aguerrido por Dumouriez, habia combatido al lado de aquel general en Jemmapes contra los emigrados. Habia seguido á su jefe en su traicion y en su defeccion contra la convencion, y pasádose al enemigo con Dumouriez y su estado mayor. Emigrado a su vez, su nombre y sus opiniones le habian impedido buscar un asilo en el campo de los príncipes ó en la corte de los emigrados. Habia vejetado en Suiza y en América con un nombre supuesto y desempeñando funciones vulgares. Su talento comun, pero sagaz, se habia aguzado con las dificultades de la vida. Habia vencido los obstáculos que su nacimiento y sus antecedentes oponian á su fortuna, á fuerza de reserva y de contemporizacion; tan pronto príncipe como ciudadano segun la hora y el pais, se habia hecho tan aceptable á la libertad como á la corona. Durante el reinado de Bonaparte, fué á reconciliarse con los Borbones, y á desaprobar las defecciones y votos de su padre. Durante la guerra de la independencia, pasó á España, ofreciendo como Moreau, su espada contra Napoleon. Los Borbones y las cortes españolas temieron aceptar el ausilio de un príncipe de su sangre, que les hubiera obligado á guardar demasiado reconocimiento á un pretendiente eventual á la corona. El duque de Orleans marchó á Sicilia, en donde la proteccion de los ingleses y el parentesco del rey le hicieron obtener la mano de una princesa de la casa de Nápoles. En derredor suyo crecia una jóven familia: parecia haber olvidado la Francia. La caida de Bonaparte y las confusas esperanzas de hacer papel en una restauracion, le hicieron acercarse. Sus opiniones encubiertas como su alma y su origen ambiguo, le hacian tan á propósito para defenderla como para combatirla. Luis XVIII y el conde de Artois, desde su visita en Londres, no veian en el duque de Orleans mas que un príncipe honrado, hombre esclusivamente dedicado al cuidado de su familia. Pensaban que devolviendole su rango de primer príncipe de la sangre y su inmensa fortuna, se adheriria sin peligro á una monarquía, que todo tenia que perdonárselo a su nombre. La apariencia engañaba hasta la misma sutileza de Luis XVIII. El duque de Orleans era probo en sus actos, mas que verdadero en su abnegacion. No debia conspirar, sino aguardar. Esperar, en ciertas situaciones es conspirar.

XXVII. El príncipe de Condé y el duque de Borbon su hijo, aunque distantes del favor de Luis XVIII, y mas queridos en los campamentos que en la corte, vivian en Londres con la actitud de primeros soldados de la monarquía.

Desde el gran Condé y Rocroy, el heroismo de la sangre de los Borbones parecia haberse perpetuado en aquella raza. Era la única mano de la familia que no queria empuñar mas que la espada. La gloria militar de su abuelo era para ellos una segunda nobleza, que preferian hasta á su parentesco con el trono.

El príncipe de Condé, antiguo guerrero de la escuela de Federico II, se habia formado contra aquel príncipe en la guerra de los siete años. Aun los mismos reveses se le convertian en gloria. Los cañones salvados por el en Rosbach, adornaban sus magníficos jardines de Chantilly. Luis XV pasaba por haber amado, entre otras mujeres, á la princesa de Hesse, madre del príncipe de Condé. El favor que constantemente manifestó á su hijo, hacia creer en un parentesco mas próximo y querido que el de familia. Aquel príncipe habia cifrado desde luego su felicidad y su orgullo en no conceder nada á las ideas de la revolucion. Le parecia cosa muy inferior á su raza el hablar al pueblo de otro modo que con la espada en la mano. Desde 1789 habia emigrado con su hijo, el duque de Borbon, y su nieto el duque de Enghien, y habia plantado la seña de la monarquía en las orillas del Rhin. La nobleza francesa se le habia reunido como su jefe, la Alemania le habia adoptado, el ejército habia tomado su nombre, y habia llegado á ser el campo de la aristocracia armada en tierra estranjera, que procuraba reconquistar su patria al lado de los ejércitos del Austria y de la Prusia. Despues de las campañas de 1792 y 1793, desgraciadas para la coalicion, el ejército del príncipe de Condé pasó á sueldo de la Inglaterra. Habia quedado reunido, pero inactivo al frente de los ejércitos de la república, espiando la guerra civil para mezclarse en ella, y la guerra estranjera para aprovecharla. Lleno de valor, de indisciplina y de inesperiencia, al mando de tres jefes intrépidos, el ejército de Condé no habia podido conseguir resultados decisivos. El nombre de los Condé se habia allí engrandecido, la contrarevolucion no habia adelantado un paso en las fronteras. Aquella existencia era grande para el príncipe de Condé. Trataba con las cortes de la Alemania, procuraba armar tramas con Pichegrú, hablaba á la república como de igual á igual, y por su fama y su popularidad en la emigracion contrabalanceaba con el rango y el título del conde de Provenza y del conde de Artois. Sostenia ampliamente su noble representacion militar con los subsidios que la Rusia, la España, la Alemania y el Austria suministraban para el sueldo de su ejército.

Conquistada la Alemania, aquel cuerpo de ejército pasó á sueldo del gobierno británico, se diseminó por España, Vendée y Rusia, por todas partes, y volvió á entrar indigente en Francia. El príncipe de Condé y su hijo se retiraron á Inglaterra á una magnífica casa de campo, en donde se entregaron á la caza, pasion favorita de su familia. Allí el príncipe se casó por fin con la hermosa princesa de Monaco, á quien habia amado y arrebatado antes de la emigracion, mezclando de este modo el amor con la guerra y el destierro, como el gran Condé.

XXVIII. El duque de Borbon, su hijo y su lugarteniente en el ejército, le igualaba en intrepidez. Enamorado este príncipe á los quince años de su prima, hermana del duque de Orleans, la habia robado del convento en donde se hallaba encerrada. El duque de Enghien, su hijo, era el fruto de aquellos amores precoces. La duquesa de Borbon, su esposa, se habia separado luego de el, y vivia en Inglaterra en una libertad profana, mezclada con sentimientos piadosos. El duque de Borbon habia asombrado al ejército republicano en la campaña de 1792, por temeridades y proezas de vanguardia, que habian hecho de él el Roldan ó el Murat de la emigracion. Desde el asesinato del duque de Enghien, aquel príncipe, sin porvenir para su casa, se habia abandonado á una molicie y á una indiferencia melancólica, que solo se reanimaban con el sonido de la trompa de caza en los bosques de la Inglaterra. La gloria misma no le parecia digna de un esfuerzo desde que aquella gloria debia morir con su nombre.

Lo que faltaba á aquellos dos Condé, era el duque de Enghien su hijo y nieto, su recuerdo y su porvenir. En la perdida de aquel príncipe habia que llorar dos generaciones. La revolucion y el campo de batalla le habian respetado, la ambicion le habia sacrificado.

Es preciso decir por que acontecimiento faltaba aquel príncipe al completo regreso de los Borbones ausentes desde 1789, por que su falta era mas sensible a la imaginacion y al corazon de la Europa, que lo habria sido su presencia. El sentimiento del crimen á cuyo impulso aquella víctima habia desaparecido, tenia mucha parte en el interes que inspiraba su familia, y en la antipatía que generalmente se tenia a su asesino. Dios ha formado el corazon del hombre de manera, que una sola mancha de crimen borra en el todo un disco de gloria, y la justicia se venga para siempre con un implacable desprecio.

XXIX. El duque de Enghien, como acabamos de decir, era el primero y único fruto de los amores del duque de Borbon, de edad de quince años, y de su prima Batilde de Orleans. Aquella princesa habia sido arrebatada por el del convento despues del matrimonio, á pesar de las dos familias que querian separar á los amantes. La poesía se habia apoderado de aquel drama de corte, y le habia popularizado en la escena por medio de la música y de los versos. Aquella union demasiado prematura, no fue feliz mucho tiempo. La duquesa de Borbon habia sido objeto de nuevas ternezas con motivo de un respetuoso duelo entre su marido y el conde de Artois, por una indiscrecion en un baile de máscaras. El duque de Borbon adoraba á su hijo, y le daba una educacion guerrera aun antes de la edad competente, como un niño de los campamentos, en las tiendas y campañas de la emigracion. La naturaleza habia anticipado en aquel jóven príncipe la varonil inclinacion á los combates. Habia nacido soldado, no respiraba mas que heroismo, no queria deber mas que á su espada, y á su sangre derramada, sus grados en el ejército de su abuelo de quien era ayudante de campo, y el respeto de sus compañeros de armas y de destierro. Su hermosa figura, mezcla de la gracia femenina de los de Orleans y del marcial entusiasmo de los Condé, sus ojos azules, su nariz anguileña, el óvalo español de su rostro, la franqueza de sus labios y de su gesto, el juvenil colorido de sus facciones, su corazon de igual y de amigo con los jóvenes de su edad, su gracia á caballo, su gentileza á pié, su arrojo

en el fuego, su ardor en el placer, le habian hecho el favorito del ejército. En vano su abuelo y su padre le recomendaban en las acciones de puestos avanzados a la prudencia de los veteranos: no podian contenerle. Tenia impaciencia de derramar su sangre por la causa en que habia sido alimentado: ya habia atravesado tres veces por entre las balas y los sables de los republicanos. A los veinte y dos años, el duque de Enghien tenia ya el instinto ejercitado de la guerra, y la ojeada de un general. Mandaba la caballería del ejército

XXX. Cuando el licenciamiento del ejército de Condé, condujo una parte de él à Rusia. La jóven princesa Carlota de Rohan, á quien amaba y tenia voluntariamente espuesta á sus riesgos en los campos de batalla, le acompañó en aquel viaje y á la vuelta. El amor que la profesaba y la pasion á los combates, le impidieron seguir á su abuelo y su padre, á su retiro de Londres. Quiso vivir aislado, lejos de las cortes, pero siempre á vista de la Francia, y cerca del teatro de la guerra por si llegaba á encenderse. Recorrió la Suiza con la compañera de su juventud, y volvió á fijarse con ella en Ettenheim, pueblecillo del pais de Baden. Descansaba allí en la oscurid d, el amor y los trabajos campestres, de los siete años de combates y de actividad que le habian madurado antes de tiempo. Algunos amigos de su casa que habia dejado su padre, y algunos ayudantes de campo de sus guerras, vivian retirados en la misma aldea, y participaban de sus sencillas é inocentes distracciones.

XXXI. Avergonzándose de su inaccion, hubo un momento en que concibió la idea de entrar al servicio en uno de los ejércitos de las potencias. Su padre le escribió recordándole su sangre. «Eso no es para vos, mi querido hijo, le escribia el duque de Borbon, jamás ha tomado ese partido ninguno de los Borbones. Todas las revoluciones del mundo no impedirán que seais hasta el fin de vuestra vida, lo que sois y lo que Dios os ha hecho. Penetraos de esta idea. Al principio de la guerra, que me atrevo á creer he hecho como cualquiera otro, he rehusado admitir ningun grado en el servicio estranjero. Lo mismo debeis hacer. Otra conducta os haria quizá aliado de los rebeldes de la Francia, y podria esponeros á combatir la causa de vuestro rey..... Aquí tendreis una vida oscura en vuestro interior, aguardando el complemento de vuestra gloria. A Dios. Recibid un abrazo.»

XXXII El príncipe obedeció á su padre. Estraño á las intrigas, y conceptuándose á cubierto de todo peligro en los estados del gran duque de Baden, se entregaba en los bosques de aquel príncipe á la caza, su diversion predilecta. Se ha dicho que arrebatado por la imprudencia de su edad, por el sentimiento de su inocencia y por el instinto del desterrado, que goza hasta con el peligro de pisar el suelo de la patria, pasaba algunas veces el Rhin, y asistia de incógnito á las representaciones del teatro de Estrasburgo. Pero ese rumor, divulgado sin pruebas por sus asesinos como una escusa, ha sido desmentido despues de el suceso, por los amigos que no le abandonaban.

Sea como quiera, su abuelo el príncipe de Condé se alarmó de aquel atolondramiento, cuya noticia habia llegado hasta él en Londres. «Se asegura, escribió á su nieto, que habeis hecho una escursion á Paris, aunque otros dicen que á Estrasburgo. Es necesario convenir, en que eso es arriesgar inútilmente vuestra vida ó vuestra libertad, porque en cuanto á vuestros principios, estoy tranquilo: se hallan grabados en vuestro corazon tan profundamente como en los nuestros. Me parece que ahora podriais confiarnos lo pasado, y decirnos, si eso es cierto, lo que habeis observado en vuestro viaje.... A propósito de vuestra seguridad, que á todos nos es tan querida, estais demasiado cerca de Francia, tened cuidado, no descuideis ninguna precaucion para ser advertido á tiempo, y retiraros con oportunidad, no sea cosa que se le pase por la cabeza al cónsul el haceros arrebatar.... No creais que hay valor en aventurarlo todo en punto á esto. Seria una imprudencia imperdonable á los ojos del universo, y que tendria consecuencias desastrosas.... Asi, pues, os lo repito, guardaos, y tranquilizadnos contestándonos que conoceis perfectamente la necesidad de precauciones que os conjuramos tomeis, y que podemos estar tranquilos en cuanto á vos.»

XXXIII. «Seguramente, mi querido papá, contestó el duque de Enghien, es necesario conocerme muy poco para haber podido decir, ó tratar de hacer creer que he puesto el pié en el suelo republicano, de otro modo que en el rango y en el lugar en que la *casualidad* me ha hecho nacer. Soy demasiado orgulloso para inclinar cobardemente la cabeza; el primer cónsul podrá quizá conseguir el matarme, pero jamás me hará humillar: puede viajarse desconocido por los ventisqueros de la Suiza, como lo he hecho en la estacion última; pero cuando vuelva á entrar en Francia, no tendré necesidad de ocultarme. Puedo, pues, daros mi palabra de honor mas sagrada, de que jamás me ha ocurrido ni me ocurrirá una idea semejante. Os abrazo, mi querido papá, y os ruego que nunca dudeis de mí ni de la ternura que os profeso.»

XXXIV. Poco tiempo despues, los complots de Jorge, de Pichegrú, y el proceso de Moreau, sembraron de sospechas y de sangre los primeros pasos de Napoleon hácia el imperio. Creia amenazada su vida por la triple complicidad de los jacobinos, de los emigrados y de sus rivales de gloria Moreau y Pichegrú, impulsados al crímen por la envidia de su omnipotencia. Aquel fue el tiempo en que hombres de la policía, vendidos y traidores á un tiempo mismo á los dos partidos, entraban en Londres en conspiraciones ocultas, y las aumentaban con mentiras para subirlas de precio en Paris. Todo eran sordos rumores, lazos encubiertos, recelos, prisiones, juicios, sentencias de muerte y ejecuciones en derredor del futuro emperador. Aquel reinado usurpado á la monarquía y á la libertad, iba á rodearse de los terrores que él mismo sentia, y queria evitar el asesinato con el suplicio. El alma de Napoleon, que no habia manifestado en Saint-Cloud el valor civil en el mismo grado que el militar en los puentes de Lodi y de Arcola, afectaba la ferocidad de su ambicion. Queria abrir detrás de sí tal abismo entre el poder supremo y la destitucion, que ni el pueblo ni la Europa pudiesen dudar de su obstinacion en reinar ó morir. Su resolucion tomaba en él el carácter de la irrevocable fatalidad. Queria que el mundo se convenciese de ello á toda costa, para desalentar a sus enemigos y rivales, y quitarles hasta el pensamiento de atentar contra su futura dinastía. He aquí cual era el verdadero estado de su alma, cuando delaciones de policía mal redactadas y peor interpretadas le hicieron presumir que el duque de Enghien y el general Dumouriez renovaban contra él en Ettenheim las conferencias de Jorge, de Pichegrú y de Moreau en Paris, y que la pacífica mansion del príncipe era un foco de tramas y asesinatos premeditados contra él. Mandó al instante á su policía, que aclarase por medio de un espionaje aquellas sospechas que nada justificaba. Parecia que tenia prisa por sorprender el nombre de un Borbon en un crímen, y deshonrar la casa cuyo sitio queria ocupar y la herencia sobre el trono de su pais. De todos aquellos príncipes refugiados en tierra estranjera, tal vez no habia mas que uno solo que por su pasion á las armas, su popularidad en los campamentos, su carácter y su filiacion de héroe pudiese hacerle temer en el porvenir, un competidor ó un vengador. Al designarsele la fortuna en aquellas circunstancias, parecia entenderse con sus intereses, sus previsiones y sus sospechas. Aquellas disposiciones que le ayudaban á encontrar un culpable, le apresuraban quizá á herir. Se dice, y nada lo desmiente ni lo confirma, que Mr. de Talleyrand, su ministro entonces de negocios estranjeros, lisonjeando sus terrores como habia lisonjeado su audacia, le animó nó á encruelecerse, sino á sorprender la supuesta conspiracion, y á violar osadamente el derecho de las naciones y de la paz, haciendo arrebatar al príncipe en territorio estranjero. Mr. de Talleyrand jamás ha manifestado en su larga vida la execrable indiferencia de la sangre, y mucho menos de las pasiones crueles. Sus vicios eran de otra naturaleza; era demasiado suave para ser inflexible, pero tambien demasiado servil para resistir. Puede creerse que manifestó por la seguridad del primer cónsul un celo que no conocia escrúpulos. No puede admitirse que aconsejó el crímen y la muerte. Irreconciliable únicamente con la Iglesia por sus costumbres y su matrimonio, irreconciliable con los Borbones por sus servicios á sus enemigos, debia naturalmente inclinar á su amo á romper irrevocablemente con unos príncipes, de que él mismo no esperaba perdon. A eso se limitó sin duda toda su complicidad. Napoleon en Santa Elena se la ha atribuido toda entera, luego á otros, y despues la ha revindicado para sí mismo en un codicilo mas cruel que el asesinato. Pero la aberracion es el carácter de los remordimientos. Cuando pesa el crímen, se echa al azar sobre otras manos, y cuando por fin la verdad le vuelve á restituir, y no se puede menos de recogerle, se revindica y constituye el orgullo. Es el último subterfugio de la conciencia, la última forma del delito.

XXXV. El cónsul comenzó desde aquel dia á hacer trazar por su policía en derredor de la morada del príncipe, el círculo de averiguaciones, vigilancia y emboscadas en que meditaba encerrarle. El 4 de marzo de 1804, el prefecto de Estrasburgo por órden de Real, prefecto de policía en Paris, conferenció con el coronel Charlot, comandante de la gendarmería. Procuraron juntos buscar los medios para disipar la oscuridad que reinaba en la casa del príncipe y entre los que le rodeaban. Aquellos dos funcionarios fijaron la vista en un sargento inteligente y amaestrado en aquella especie de esploraciones, por la costumbre de perseguir y espiar á los criminales. Se llamaba Lamothe.

Era natural de Alsacia y hablaba el aleman. Se dirigió á Ettenheim con el pretesto de un tráfico cualquiera: reconoció los caminos, los sitios, el pequeño palacio gótico que habitaba el príncipe, la casa sepa-

rada de la aldea, en que residian la princesa Carlota y el príncipe de Rohan, su padre. Despues de trabar conversacion con los habitantes del pais, y de hablar de su supuesto comercio, preguntó con aparente indiferencia á los aldeanos por el duque de Enghien, su comitiva, el género de vida que observaba en aquel retiro, por los refugiados franceses que habitaban con el ó en derredor suyo y en fin, por las relaciones mas ó menos frecuentes que tenia con personas estrañas al pais.

XXXVI. Lamothe volvió al dia siguiente á Estrasburgo, y en su relacion al coronel Charlot, decia: «Primero fuí á la aldea de Capel, á cierta distancia de Ettenheim. Conversando allí con el maestro de postas, supe que el duque de Enghien estaba siempre en Ettenheim, con el general Dumouriez y el coronel Granstein que hacia poco habian llegado de Londres. Cuando llegué á Ettenheim, me confirmaron la presencia en la aldea del príncipe y del general Dumouriez. Me dijeron que el príncipe habitaba en el palacio inmediato á la aldea, que siempre estaba de caza, y que no tenia á su lado mas que un secretario. Que Dumouriez y el coronel Granstein vivian separados y en casas diferentes; que la correspondencia del príncipe era mas activa que de costumbre; que era adorado en el pais; que no se trataba de modo alguno de su marcha á Londres. Se acercaba la noche y mi mision estaba concluida.» El resto del parte concierne á otros datos que Lamothe estaba encargado de recoger acerca de la baronesa de Reisch, y los emigrados en el inmediato pueblo de Offemburgo, foco de intrigas y de correspondencia de los emigrados en las orillas del Rhin.

XXXVII. Aquella relacion exacta acerca de los pormenores de la vida y de la residencia del príncipe era inexacta en cuanto á los nombres. El acento aleman del aldeano de Ettenheim habia desnaturalizado la pronunciacion del nombre del coronel de Thomery, emigrado francés, ayudante de campo del príncipe, y habia derivado de el el nombre del general Dumouriez. Este se hallaba entonces en Hamburgo, y el príncipe jamás habia tenido la menor relacion con aquel general residente en Londres y á quien miraba como un traidor á su casa, y como traidor á la república. El coronel Charlot se apresuró á remitir las noticias de su espía al general Moncey, comandante en jefe de la gendarmería en Paris, por la correspondencia de aquel cuerpo. Aquella correspondencia se dirigia entonces de brigada en brigada, con mayor rapidez que la de los correos.

Moncey llevó aquella relacion al primer cónsul, antes que el prefecto de policía Real hubiese recibido el parte del prefecto de Estrasburgo que contenia las mismas noticias. Bonaparte, al leer el nombre de Dumouriez, creyó tener el hilo de la trama en que se creia envuelto. Mandó llamar á Real, jefe de la policía: «¿Y qué, le dijo en tono de reprension al verle entrar, me dejais ignorar que Dumouriez está en Ettenheim con el duque de Enghien, y que los dos organizan allí complots militares á cuatro leguas de la frontera?...»

Real se escusó con el retraso de la correspondencia del prefecto de Estrasburgo. Por la noche recibió el parte que confirmaba la narracion de Charlot. La comunicó al primer cónsul y á Mr. de Talleyrand, presente á la conversacion. Convencidos los tres de la realidad de la noticia, y conociendo la importancia, la audacia y el genio agitador de Dumouriez, se asombraron é indignaron del silencio de las autoridades próximas al Rhin y de Massias, enviado de la república. «Es preciso, dijo Mr. de Talleyrand, dejar que los emigrados conspiradores se encuentren en ese foco del Rhin, y prenderlos allí.»

La opinion de la complicidad del duque de Enghien en las conspiraciones que entonces agitaban sordamente á Paris, se confirmó cada vez mas en el ánimo del primer cónsul, de su ministro y de su policía. Mil coincidencias concurrieron á fortificarla é irritarle mas.

XXXVIII. Jorge, á quien se buscaba vanamente en Paris ya hacia tres semanas, fué acechado y sorprendido la noche del 9 de marzo. Salió de su retiro, subió en el cabriolé de Leridant, uno de sus cómplices, y observó que le seguian cuatro agentes de policía. Tomó las riendas, quitándoselas á Leridant, y dirigió su caballo á galope por las calles que bajan desde el Luxemburgo hácia el Sena. Los agentes, sin aliento, se encarnizan en su persecucion. Mira por la ventanilla del cabriolé y se ve muy próximo á ser alcanzado. Vuelve las riendas, prepara sus pistolas y hace fuego á los dos primeros agentes que se presentan. Mata al uno y hiere mortalmente al otro; se defiende puñal en mano de los otros dos y de los ausiliares que se reunen para desarmarle. Derribado en fin por un sombrerero llamado Tomás, y rodeado por la multitud, fué maniatado y conducido al depósito de criminales. Interrogado por Real, confesó que habia ido á Paris para arrebatar al primer cónsul á viva fuerza, pero de ningun modo para asesinarle: que habia tenido relaciones con Saint-Rejant, el maquinador de la calle de San Nicasio, pero que al fabricar Saint-Rejant la máquina infernal, se habia escedido de sus instrucciones, que no eran otras que reclutar cierto número de hombres resueltos y montados, para atacar la escolta de Bonaparte en una de sus escursiones fuera de la ciudad, y llevar aquel dictador prisionero á Londres: que nada habia aun preparado para aquella empresa, y que para consumarla se aguardaba la próxima llegada á Paris de un príncipe.

XXXIX. Aquel príncipe, en la mente de Bonaparte y de la policía no podia ser otro que el duque de Enghien. Otra declaracion de Leridant confirmaba aquella falsa apariencia. Aquel conspirador, amigo de Jorge, decia haber visto en Chaillot acudir á la casa en donde Jorge vivia desconocido, á un jóven, cuyo nombre callaba, elegantemente vestido, de hermosa presencia, maneras aristocráticas, y que habia creido que aquel jóven era el príncipe que aguardaban los conjurados. Hasta mas tarde no se supo que aquel hombre cuyo esterior misterioso tanto habia chocado á Leridant, era el conde Julio de Polignac, confidente del conde de Artois, el mismo cuya fatal adhesion á su amo produjo despues la ruina de la monarquía.

Los confidentes y ministros del primer cónsul escitaron su cólera al oir aquellas confusas revelaciones, y le impelieron á que contestase con una guerra de emboscadas á otra del mismo genero, y á un asesinato con otro. Era anticiparse á su indignacion y servir su pensamiento.

XL. El 10 de marzo convocó un consejo íntimo, al cual fueron llamados Cambaceres, Lebrun, sus dos colegas en el consulado, Mr. de Tayllerand, Fouché y Regnier, ministro de la justicia. Este espuso el asunto, hablando siempre de la falsa suposicion de complicidad del duque de Enghien en los complots enteramente distintos de Jorge, Pichegrú, Moreau, Saint-Rejant, del conde Julio de Polignac, de los corresponsales de los príncipes de Londres, y de la suposicion igualmente falsa de la presencia del general Dumouriez en Ettenheim. Todo es sospecha para el miedo, y todo es prueba para la sospecha.

«Se atribuye, decia la esposicion de los hechos, al primer cónsul el pensamiento de una complicidad personal en esas tramas urdidas contra el, y la premeditacion del papel de Monk: es necesario que se sincere desmintiendo solemnemente á esos conjurados. Se trata de un asesinato contra él y contra toda la república: es necesario que el gobierno desconcierte esas conspiraciones, y se apodere de ellas en donde quiera que estén. El gran duque de Baden no podrá quejarse de la violacion de su territorio, si consiente en él á sabiendas atentados contra la Francia; y si no es así, no podrá menos de aplaudir una justicia que evita un crímen tramado en su casa.» A Cambaceres le repugnaba la violacion del territorio estranjero: «Si es cierto que el príncipe va con frecuencia á Estrasburgo, ¿por qué no se le observa y se le prende en fragante violacion de su destierro sin atentar contra el derecho de las naciones?» Regnier, ministro de la justicia, aunque habia leido el informe, apoyó contra él el dictamen legal y moderado de Cambaceres. Mr. de Talleyrand contestó que semejante partido tenia dos inconvenientes graves: el primero dar tiempo para que se trasluciese la resolucion del gobierno, con lo que los conspiradores evitarian el riesgo de ir á Estrasburgo; y el segundo el de no ocupar en Ettenheim sus papeles, mas importantes que sus personas, puesto que en ellos debia encontrar la clave de los complots mas peligrosos y secretos contra la Francia. Aquel dictámen fué aprobado, y resuelta la espedicion contra Ettenheim. Además, se concertó otra espedicion simultánea y de la misma naturaleza á Offemburgo, otro foco presunto de los mismos complots, á orillas del Rhin.

XLI. Apenas entró Bonaparte en su habitacion fijó la vista en dos hombres de cabeza y de corazon de entre los que le rodeaban, á quienes pudiese confiar con seguridad aquella doble espedicion. Eligió para la espedicion de Offemburgo al general Caulaincourt, su ayudante de campo, y para la de Ettenheim al general Ordener, comandante de los granaderos á caballo de la guardia de los cónsules.

Caulaincourt, noble de Picardía, era hijo del marqués de Caulaincourt, teniente general de los ejércitos del rey antes de la revolucion. Su madre estaba adicta á la corte de madama la condesa de Artois. El jóven Caulaincourt, destituido como noble de sus primeros grados á los diez y seis años en el ejército republicano, se habia hecho soldado para continuar la carrera de las armas. Aquella inclinacion á las armas y á la patria no le habia librado de las persecuciones del terror aun contra la aristocracia mas oscura. Habia permanecido algunos meses en los calabozos. Un carcelero antiguo, criado de su familia, le ayudó á fugarse. Debia conocer mejor que otro el precio de la libertad, y serle repugnante la mision que una fatal confianza iba á hacer pesar sobre él. Valiente y diplomático á un mismo tiempo, recibió bien pronto sus grados en los campos de la Alemania y de la Italia. Bonaparte habia enaltecido su nombre, su valor y su talento. Le sacó un momento de los campamentos

para enviarle con una mision á Rusia, y á su regreso le nombró uno de sus ayudantes de campo.

Ordener no era mas que uno de aquellos simples soldados de 1792, que habia ascendido de grado en grado, y de proeza en proeza hasta el rango mas elevado del ejército. Bonaparte, testigo de uno de sus actos de resolucion y de energia, en una accion, le confirió el mando de los granaderos á caballo de su escolta. Era uno de esos hombres á quienes la disciplina doblega á toda orden en que ven un deber militar, y que no raciocinan acerca de la obediencia. Ninguno de los recuerdos de su familia, de las preocupaciones de su infancia, podia hacerle titubear para poner la mano sobre un Borbon.

XLII. A las diez de la noche despues de aquel consejo, Bonaparte envió á llamar a Caulaincourt y Ordener, como asimismo á su secretario particular Menneval. Este jóven estaba enterado de todos sus pensamientos. De alma apacible, de corazon honrado y de mano segura, Menneval escribio con el escrúpulo de la conciencia la relacion circunstanciada de aquella noche, de cada personaje, presente ó ausente: cada sílaba, cada hora en el cuadrante de la péndola, son un testimonio en pro ó en contra de los actores del oscuro drama que iba á representarse para la posteridad.

«A las diez de la noche, dice Menneval, me vinieron á buscar de parte del primer consul. Le encontré en una pieza contigua á su gabinete con muchos mapas á sus pies, que habia arrojado al suelo, y buscando otra carta del Rhin. Despues de encontrarla la estendió sobre una mesa y comenzó á dictarme instrucciones para el ministro de la guerra Berthier. Mientras que escribia, anunciaron al mismo Berthier y poco despues al general Caulaincourt. El primer cónsul hizo tomar la pluma á Berthier, y siguiendo en la carta el camino que era necesario tomar para llegar á Offemburgo y Ettenheim, concluyó de dictarme sus instrucciones que decian:

Paris 10 de marzo de 1804.

AL MINISTRO DE LA GUERRA.

«Servios, ciudadano general, dar órden al general Ordener, que pongo á vuestra disposicion, para que esta misma noche se traslade en posta á Estrasburgo. Viajará con un nombre supuesto.

»El objeto de su mision es dirigirse á Ettenheim, cercar la ciudad y arrebatar al duque de Enghien, Dumouriez y un coronel inglés. El general de division de Estrasburgo, el cuartelmaestre, que ha ido á reconocer á Ettenheim y el comisario de policia, le darán todas las noticias necesarias. Hará salir de Schelestadt trescientos dragones del regimiento núm. 26 que se trasladarán á Rheinán en posta. Además de la barca deben procurar que haya allí cinco barcos capaces de poder pasar en sola una noche los trescientos caballos. La tropa tomará pan para cuatro dias y se proveerá de cartuchos. Ademas se les agregaran treinta gendarmes.

»En cuanto al general Ordener haya pasado el Rhin, se dirigirá directamente á Ettenheim, á la casa del duque y á la de Dumouriez. Despues de su espedicion regresará á Estrasburgo.»

Bonaparte dictó aquí las instrucciones mas minuciosas con respecto á las medidas que debia tomar el general Ordener para que no se le escapase su presa, y para llevarla con seguridad y secretamente á Paris; luego se ocupó de Caulaincourt.

XLIII. «Dareis órden, escribió al ministro de la guerra, para que el mismo dia, la misma hora, doscientos hombres del regimiento núm. 26 de dragones se dirijan á Offemburgo á las órdenes del general Caulaincourt para cercar la ciudad y arrebatar á la baronesa de Reisch y á otros agentes del gobierno ingles.

»Desde Offemburgo el general Caulaincourt dirigirá patrullas hácia Ettenheim, hasta que sepa que el general Ordener ha conseguido su objeto. Ambos se prestarán ausilios mutuos.

»Al mismo tiempo, el general que manda en Estrasburgo, hará pasar el Rhin á trescientos hombres de caballería, y cuatro piezas de artillería ligera ocuparán el espacio que media entre los dos caminos de Offemburgo y Ettenheim.

»El general Caulaincourt llevará treinta gendarmes. El general de la division, el general Ordener y el de igual clase Caulaincourt celebrarán un consejo.» De este modo las dos espediciones eran simultaneas y estaban combinadas de manera que cada uno de los generales encargados de ejecutarlas tenia conocimiento de la espedicion de su colega y le ausiliaba en caso de necesidad.

Escritas aquellas instrucciones llegó Ordener. Bonaparte hizo que le leyesen las instrucciones generales, á fin de que se penetrase bien del sentido de su mision, luego le entregó cartas para el general Laval de la division de Estrasburgo, un pasaporte con nombre supuesto y una libranza de doce mil francos contra su tesorero. La carta para el general Laval, no era mas que la repeticion mas esplicita de las instrucciones que acababan de leerse. Insistia en el consejo que deberian celebrar juntos los tres generales para combinar mejor la espedicion á la vez diversa y comun. El general Ordener, decia aquella carta, está prevenido de que el general Caulaincourt debe partir con él para obrar por su lado. He entregado, añadia Bonaparte, doce mil francos para los dos.

XLIV. Ordener partió en la misma noche del 10 al 11 de marzo, llegó á Estrasburgo el 12. En cuanto llegó se avistó con el general Laval, el coronel de gendarmes Charlot y el comisario de policía. Resolvieron hacer preceder la espedicion nocturna por un escrupuloso reconocimiento del sitio. Un agente de policia llamado Stahl y un sargento de gendarmeria llamado Pfersdoff, naturales ambos de la orilla alemana del Rhin y conocedores de los caminos y de las costumbres, partieron al instante, anduvieron toda la noche y llegaron á las ocho de la mañana á Ettenheim.

Dieron vueltas con una indiferencia afectada, pero que encubria mal su curiosidad, al rededor de la casa del príncipe para enterarse bien de las avenidas. Su rostro, desconocido de los criados del duque, sus pasos sin objeto y sus miradas escudriñadoras infundieron sospechas. El ayuda de cámara del príncipe escondido detras de un balcon observó aquellos dos estranjeros que daban vuelta á las tapias y que examinaban con detencion el sitio. Llamó á otro de los criados de la casa nombrado Cannone, para comunicarle sus temores. Este era un antiguo soldado compañero del príncipe desde su infancia, que habia combatido con el en todas sus campañas y que le habia salvado la vida en Polonia resguardandole con su cuerpo y su sable. Creyó haber visto en alguna parte á Pfersdoff y reconocer en él un gendarme disfrazado. Cannone corrió á advertir al príncipe la presencia sospechosa de aquellos dos observadores, y las conjeturas que formaba sobre la fisonomia de uno de ellos. El príncipe, con la indiferencia de su edad, despreció aquellos síntomas de espionaje. Sin embargo, un oficial de su ejército llamado Schmidt estaba en aquel momento a su lado, salió, se acercó á Stahl y Pfersdoff, les preguntó sin afectacion y aparentando seguir el mismo camino que ellos, los acompañó por espacio de mas de una legua, pero viendo en fin que tomaban un camino que se internaba en Alemania en vez de seguir el del Rhin, se tranquilizó y volvió a tranquilizar á los criados de Ettenheim.

Pero el amor no se tranquiliza tan fácilmente como la amistad. Sabedora la princesa Carlota de Rohan de la aparicion de aquellos hombres junto á la casa del principe, concibió presentimientos, le suplicó que no despreciase aquellos indicios, y se alejase por algunos dias de una mansion en que tan ostensible y criminalmente era espiado. Por amor hácia ella, mas bien que por temor, el duque consintió en ausentarse dos ó tres dias. Se convino en que partiria al dia siguiente á una cacería distante en los bosques del gran duque de Baden, durante la cual se disiparian ó confirmarian las sospechas de la querida. Pero aquel dia siguiente no debia amanecer en Alemania para el.

XLV. Caulaincourt partió de Paris algunas horas despues que Ordener y llegó á Estrasburgo el 14 de marzo. No se sabe lo que pasó entre Ordener, Laval y él, como ni tampoco si se celebró el consejo prevenido en las instrucciones del primer cónsul. Sea como quiera, todas las disposiciones relativas á la mision separada de los dos generales se cumplieron con la simultaneidad y exactitud de medidas administrativas ó militares que debian asegurar su ejecucion. La noche del 14 el general Ordener acompañado del general Fririon, jefe de estado mayor, del general Laval y del coronel de gendarmes Charlot, se dirigió hácia la barca de Rheinan sobre el Rhin. Allí encontró á la hora prefijada los trescientos dragones del 26, los quince pontoneros, los cinco barcos, y en fin los treinta gendarmes á caballo destinados á allanar el domicilio y á prender á las personas en una espedicion, menos de soldados que de lictores. Atravesaron el Rhin en silencio en medio de la noche. La columna que no se percibió durante el sueño de los aldeanos alemanes de la orilla derecha, guiada por diversos caminos llegó á Ettenheim al rayar el dia. Los espias que Ordener y Charlot habian llevado consigo enseñaron con el dedo á los gendarmes las casas que debian embestir. El coronel Charlot hizo cercar primero la en que se suponia que habitaba Dumouriez y que ocupaba efectivamente el general emigrado Thomery; luego corrió con otro destacamento de tropas á cercar y á asaltar la casa en que se hallaba designada la principal presa en Paris. Ordener con sus dragones formó un cordon de caballería al rededor de la poblacion, para que ninguna evasion ni resistencia pudiese defraudar la venganza del primer cónsul.

XLVI. El duque de Enghien que habia pasado la noche en casa del príncipe de Rohan Rochefort al lado de la princesa Carlota, y que la habia prometido ausentarse algunos dias para dar tiempo á que se desvaneciesen ó aclarasen los complots que temia contra su seguridad, se preparaba a cumplirla su promesa. Iba á marchar en cuanto saliese el sol, para aquella cacería de algunos dias acompañado de su amigo el coronel Grunstein. Ya se habia levantado, se estaba vistiendo y preparaba sus armas. Grunstein, contra su costumbre, se habia acostado en casa del príncipe para hallarse mas pronto á escoltarle. Aquel compañero de sus guerras y de sus cacerías se hallaba tambien á medio vestir, cuando el ruido de los caballos, la vista de los dragones y de los gendarmes dispertaron á todos los de la casa.

Feron, el criado mas allegado al príncipe, entró en la alcoba de su amo y le anunció que el patio y el jardin estaban cercados como todas las salidas por soldados franceses, y que el comandante intimaba en alta voz á los criados que abriesen las puertas, declarando que en caso de negativa, las haria romper á hachazos. «Pues bien, es preciso defendernos,» esclamó levantándose á medio vestir el intrépido jóven. Al decir estas palabras se arrojó sobre su escopeta de dos cañones, cargados ya con bala para la caza, mientras que su criado Cannone animado de la misma resolucion le alargaba un fusil. Frunstein tambien armado entró en la habitacion, y los tres se dirigieron hácia los balcones para hacer fuego. El príncipe apuntaba al coronel Charlot, que amenazaba la puerta y al cual iba á dejar tendido en el umbral, cuando divisando Grunstein por todas partes una multitud de cascos y de sables, y que otro destacamento de gendarmes se habia ya hecho dueño de una de las salas del palacio, puso la mano sobre el cañon del fusil del príncipe, levantó el arma, y mostrando con un gesto al duque de Enghien lo inútil de la resistencia contra semejante masa, le impidió tirar. «Monseñor, le dijo, ¿estais comprometido?—Nó, contestó el duque.—Pues entonces, no intenteis una lucha imposible: estamos rodeados de tropas, mirad por todas partes las bayonetas.»

XLVII. Al oir aquellas palabras el príncipe, volviendose para contestar, vió á Pfersdoff, á quien reconoció por el espía de la antevíspera, que se precipitaba en la habitacion con carabina en mano. El coronel Charlot los seguia, y sus soldados prendieron y desarmaron al príncipe, Grunstein, Feron y Cannone. El duque, pronto á marchar como ya hemos visto y perdido únicamente por algunos minutos, vestia un traje de cazador tirolés, llevaba en la cabeza una gorra con galon de oro y su calzado eran unas botas de gamuza. Su varonil hermosura y la intrepida espresion de sus facciones, redoblada por la emocion de la sorpresa y por la resolucion de la lucha, asombraban á los soldados. En medio del tumulto de semejante escena y del ruido de los pasos y de las armas en la casa, un ruido de lo esterior vino á infundir por un instante esperanzas al príncipe y á sus criados. Gritos de fuego salian de la aldea, y repitiéndose de casa en casa como una señal de alarma de voces humanas, se abrieron las ventanas y las puertas se cubrieron de habitantes despertados por la invasion de los franceses; viéronse correr á los artesanos medio desnudos, volar al campanario para tocar las campanas y llamar á los paisanos á la venganza. El coronel Charlot los hizo prender; arrestó igualmente al montero mayor del duque de Baden, que al oir el ruido se dirigia á la casa del príncipe. Charlot le dijo que todo aquello era cosa convenida entre el primer cónsul y su soberano. Al oir aquella mentira se calmó la agitacion de los habitantes, se resignaron con la tristeza pintada en el semblante y con gestos de desesperacion, con la desgracia de un jóven que se habia hecho adorar de ellos.

XLVIII. Aquellos gritos salian de los habitantes de la casa, en donde la gendarmería habia buscado á Dumouriez y no habia encontrado mas que al general Thomery, ayudante de campo del príncipe. El coronel Charlot, convencido del error producido por una conformidad de nombres, fué á preguntar á los patrones de Mr. de Thomery si el general Dumouriez habia en efecto ido al pais en cualquier época, y fue unanimemente desengañado. Dumouriez era desconocido a todo el mundo como tambien al mismo príncipe, cuyo cómplice se le suponia en la orilla alemana del Rhin.

Charlot volvió á entrar en el palacio con Mr. Thomery. Arrestó igualmente al caballero Jacques, secretario del príncipe, aunque la órden no hacia mencion de él. Se apoderó de cuantos papeles encontró en las habitaciones, los empaquetó y selló, y envió a advertir al general Ordener que todo estaba concluido, y que ya no habia mas que quitar á los dragones de sus puestos de observacion al rededor de Ettenheim, y formar la columna para volver á pasar el Rhin.

XLIX. Arrancaron al príncipe de su domicilio, sin permitirle despedirse de la que quedaba anegada en llanto. Mientras que Ordener replegaba y reunia sus dragones, colocaron al duque de Enghien y á sus compañeros de prision á algunos pasos de la aldea, en un molino llamado la Tejería, por detrás del cual corria un riachuelo profundo, ancho y rápido. El caballero Jacques, secretario del duque, se habia resguardado varias veces de la lluvia en aquel molino: se acordó de que una puerta de la habitacion en donde estaban los presos mezclados con los gendarmes daba á la esclusa del molino, que separaba la casa de una pradera y un bosque inmediatos. Con una mirada llamó á su lado á su amo, e inclinándose sin afectacion á su oido: Abrid esa puerta, le dijo en voz baja, atravesad el torrente, quitad el tablon, yo obstruiré la puerta con mi cuerpo mientras huis, y estais salvo.»

El príncipe se fué en efecto aproximando insensiblemente hácia la puerta, dirigió con viveza la mano al picaporte, y la empujó hácia el lado en que sonaba el ruido de la piedra y del agua. Pero ¡oh disposicion de la Providencia!.... El hijo del molinero, asustado al ver entrar los soldados en casa de su padre, habia huido un momento antes por aquella puerta, y temeroso de que los gendarmes le persiguiesen, habia corrido el cerrojo. Advertido por el movimiento del príncipe, el comandante mandó colocar allí dos centinelas.

L. Sentóse entonces tristemente el duque en la choza, pidió que se le permitiera enviar uno de sus criados al palacio para buscar su perro, y traerle vestidos y ropa blanca. Se accedió á su peticion, y se autorizó á los criados que no quisiesen seguirle para que regresasen libremente á Ettenheim. Todos suplicaron á los gendarmes que les permitiesen participar de la suerte de su amo, fuese cual fuese. Charlot y Ordener, impacientes por volver á pasar el Rhin con su presa, antes que informado el pais del rapto se conmoviese y sublevase, no dieron tiempo á los criados de Ettenheim para que proporcionasen un carruaje al príncipe. Colocaron al duque de Enghien y sus dos oficiales en una carreta rodeada de un peloton de gendarmes, y les hicieron adelantarse á los dragones que al galope los alcanzarian en el camino. Durante el tránsito, los amigos del preso observaron señales de inteligencia en la fisonomía de uno de los oficiales de su escolta. Creyeron comprender que les indicaba la travesía del Rhin en barco, como una ocasion de fuga, arrojándose al rio. Pero faltaron oportunidad y audacia á aquel amigo desconocido.

LI. Cuando llegaron al rio colocaron al duque de Enghien en el barco que ocupaba el general Ordener. Informado el príncipe por uno de los pasajeros, que aquel general era el jefe de la espedicion, trató de entablar conversacion con él para saber los motivos de su rapto. Hasta le recordó, para interesar la lealtad del soldado por la conformidad de la profesion de las armas, que habian combatido uno contra otro, en tiempo en que Ordener no era todavía mas que coronel del décimo regimiento de cazadores á caballo. El general, embarazado con una situacion tan diferente, ó temeroso de enternecerse con semejantes recuerdos, afectó no acordarse de aquella circunstancia, y cortó la conversacion con el silencio.

LII. El general, al saltar del barco dejó al príncipe encargado á la custodia del coronel Charlot y marchó solo á Estrasburgo, en donde anunció él mismo al general Laval y al prefecto el buen resultado de la espedicion. El duque de Enghien le siguió á pie en medio de los gendarmes, como un criminal vulgar que aguarda el carcelero. Se detuvo á almorzar en la aldea de Plosheim; durante el desayuno llevaron un carruaje preparado al efecto de antemano. El coronel Charlot y el sargento Pfersdoff, los dos genios maléficos del duque, uno el ojo, y otro la mano de su perdida, subieron con él, y le llevaron rapidamente á Estrasburgo.

El príncipe trató en el camino de continuar la conversacion que habia interrumpido el silencio de Ordener, y trató de descubrir los motivos de su rapto. El coronel Charlot le contestó, que en su concepto, el primer cónsul veia en él un cómplice de las tramas de Jorge, Pichegrú y Moreau: «¡Que odiosa suposicion! esclamó el príncipe, ¡cuán contrarios son semejantes complots á mi modo de obrar y de pensar! Nadie aborrece mas esa clase de medios. Admiro personalmente el genio y la gloria del general Bonaparte, aunque en mi calidad de príncipe de la casa de Borbon, mi deber y mi honor sean el combatirle con armas leales.

»¿Qué creeis que quieren hacer de mí? añadió dirigiéndose al coronel de gendarmería. Si me destinan á la prision, prefiero mil veces una muerte pronta; y recordando al coronel que habia estado á punto de hacerle fuego cuando sus soldados iban á prenderle: Si fuese condenado á un largo cautiverio, dijo, sentiria no haberme defendido, y no haber decidido mi suerte con las armas en la mano.» La conversacion recayó despues sobre Dumouriez, y habiendo preguntado el oficial a su prisionero si era cierto que hubiese tenido ó debido tener relaciones con aquel general: «Jamás ha puesto Dumouriez los piés en Ettenheim, dijo el príncipe. Como la Inglaterra debia de un momento á otro diri-

girme comunicaciones, seria posible que el gobierno británico hubiese elegido á Dumouriez, para traérmelas sin noticia mia. Pero en ese caso yo no le habria admitido, por ser inferior á mi rango, y porque no tengo carácter para entenderme con esa gente.»

LIII. El coronel Charlot llegó á las cinco de la tarde con su prisionero á Estrasburgo. Mientras órdenes superiores decidian el destino que debia darse al príncipe, y se le preparaba una habitacion en la ciudadela, colocó al duque de Enghien en su propio alojamiento. El duque, aprovechando un momento en que estaba solo con su huésped, aventuró algunas palabras propias para inspirarle el pensamiento de favorecer su evasion. Charlot fingió no comprenderlas, y cerró su corazon y sus oidos á las súplicas del príncipe. Un instante despues paró á la puerta un coche de alquiler, y el duque de Enghien fué conducido á la ciudadela.

Caulaincourt y Ordener, de regreso en Estrasburgo, dieron parte al ministro de la guerra y de negocios estranjeros, de las circunstancias y resultado de sus operaciones. Caulaincourt, en cuanto supo que el duque de Enghien estaba preso, dirigió al gran duque de Baden la tardia peticion de estradicion que le habia remitido Mr. de Talleyrand, para que la violacion del territorio de aquel príncipe pareciese únicamente efecto de la precipitacion, y nó una premeditacion de hostilidad y desprecio á la Alemania.

LIV. El duque de Enghien entró á las siete de la noche en la ciudadela. Un diario de sus actos y de sus pensamientos que llevaba puntualmente aquel jóven, que se le encontró en el momento de su muerte, y que aunque luego fué inutilizado, quedó, sin embargo, copiado por los depositarios, refiere desde aquel instante hora por hora los secretos de su prision. El mayor Mechin, comandante de la ciudadela, lo recibió, dice, con las consideraciones debidas á la desgracia y al rango. Era, añade, un militar de formas decentes y suaves. Como el mayor no habia tenido tiempo para preparar al duque un alojamiento conveniente, le ofreció su propio salon, é hizo tender colchones en el suelo para su prisionero y su comitiva. El preso, abrumado con el cansancio y con las emociones del dia, escribió algunas líneas en su diario, y en seguida se tendió vestido en una de aquellas camas. Su amigo Grustein se colocó en el colchon mas inmediato, y preocupado siempre con el temor de que la acusacion no encontrase algun fundamento en los papeles ocupados en Ettenheim, preguntó en voz baja al príncipe si no habia nada en aquellos papeles de que pudiesen prevalerse contra él. «Nó, le contestó en voz alta el preso, esos papeles no contienen mas que lo que todo el mundo sabe acerca de mi nombre y de mi situacion. Acreditan que me he batido bien hace ocho años, y que estoy pronto á batirme todavía. No creo que quieran mi muerte. Me encerrarán en alguna fortaleza como un rehen. Mucho trabajo me costará acostumbrarme á esa vida.»

LV. El sueño interrumpió aquella conversacion y aquellos pensamientos. Durmió con la tranquilidad de la juventud y la seguridad del valor. Al dia siguiente 16 de marzo al salir el sol, el comandante fué á saber de su prisionero, y á conversar con él. El príncipe protestó de nuevo que era enteramente estraño á toda conjuracion contra la vida del primer cónsul, y que proyectos de aquella clase habian horrorizado siempre á su conciencia y á su honor. «Soldados de mi sangre, dijo, se baten, pero no asesinan.» El comandante, que parecia regocijarse con la inocencia de su jóven cautivo, le aseguró que no dudaba, si era así, que su prision fuese únicamente de algunos dias.

Alentado el duque de Enghien por la bondad de aquel oficial, y pensando en la inquietud que debia tener por su suerte la jóven de que era amado, solicitó del comandante Mechin permiso de escribir á la princesa Carlota de Rohan á Ettenheim. El mayor le contestó que no podia prometerle dirigir la carta por sí mismo, pero que la entregaria á su jefe el general Laval, comandante de la division, y que si la carta no contenia mas que noticias de su viaje, y espresiones de afecto, no dudaba que el general la haria llegar á su destino. Con esta esperanza, el príncipe escribió una larga carta, en que se desahogaba y contenia á la vez con palabras encubiertas, y por temor á miradas enemigas é indiferentes, la secreta ternura que rebosaba su corazon y que le ocupaba desde su rapto, mas que el temor de su propia suerte.

«EN LA CIUDAD DE ESTRASBURGO.

»Viernes 16 de marzo de 1804.

LVI. »Me prometen que esta carta os será fielmente entregada. Hasta este momento no he podido obtener el permiso de tranquilizaros acerca de mi suerte. No pierdo un momento en hacerlo, suplicándoos que tranquiliceis á cuantos me aprecien de los que os rodean. Temo que esta no os encuentre en Ettenheim, y os hayais puesto en camino para venir aquí. La felicidad que esperimentaria al veros, no igualaria con mucho al temor de haceros participar de mi suerte. Conservadme vuestra amistad y vuestro interés. Puede serme muy útil, porque os será fácil interesar en mi desgracia á personas de suposicion. He pensado que tal vez habriais ya partido. Por el buen baron de Ichhterlzheim habreis sabido la manera con que he sido arrebatado, y habeis podido juzgar por la mucha gente que para ello se ha empleado, que hubiera sido inútil toda resistencia: no se puede nada contra la fuerza. He sido conducido por Rheinan y el camino del Rhin. Me guardan consideracion y atenciones: puedo decir que escepto la libertad, porque no se me permite salir de mi habitacion, estoy tan bien como es posible. Todos estos caballeros se han acostado conmigo, porque así lo he deseado: ocupamos una parte de la habitacion del comandante, y me están preparando otra en la que estaré mañana y estaré mucho mejor. Hoy por a mañana deben examinarme á presencia mia, los papeles que me fueron ocupados y sellados con mi sello. Segun lo que he visto, encontrarán cartas de mis padres, del rey, y algunas copias de las mias. Todo esto, como ya sabeis, no puede comprometerme mas de lo que mi nombre y mi modo de pensar han podido hacerlo durante la revolucion. Creo que todo se enviará á Paris, y me aseguran, que segun lo que digo, estaré libre dentro de poco tiempo. ¡Dios lo quiera! .. Buscaban á Dumouriez que suponian entre nosotros. Sin duda creian que habíamos tenido conferencias, y se halla complicado en la conjuracion contra la vida del primer cónsul. Mi ignorancia de todo esto me hace esperar que podré obtener mi libertad, mas sin embargo, no nos hagamos todavía ilusiones. Si algunos de estos caballeros quedan libres antes que yo, tendré un gran placer en enviárselos, hasta que logre otro mayor. La abnegacion de mis gentes me hace con frecuencia derramar lágrimas: podian librarse, no los obligaban á seguirme, pero lo han querido. Tengo á Feron, José y Poulaix: el buen Milof no me ha abandonado un paso. Todavía no he visto esta mañana mas que al comandante, hombre que me parece honrado y compasivo, al mismo tiempo que rígido en el cumplimiento de sus deberes. Espero al coronel de la gendarmería que me ha prendido y que debe abrir los papeles á presencia mia. Os suplico encargueis al baron cuide de la conservacion de mis efectos: si debo permanecer mas tiempo enviaré á pedir mas de los que tengo: espero tambien que los patrones de estos caballeros tendrán tambien cuidado de los suyos. El pobre abate Wembern y Miguel son de nuestra conscripcion y han venido con nosotros. Os suplico hagais presentes mis respetos á vuestro padre. Si obtengo uno de estos dias enviar uno de mis criados, lo cual deseo mucho y solicitaré, os comunicará todos los pormenores de nuestra triste situacion. Es necesario esperar. Si sois bastante bondadosa para venir á verme, no vengais hasta despues de haber estado, como deciais, en Carslruhe. ¡Ay!... además de vuestros negocios y de las insoportables dilaciones que acarrean, ahora tendreis tambien que hablar de los mios: el elector habrá tomado sin duda interés, pero os suplico que no por eso olvideis los vuestros.

»Adios, princesa, ya hace largo tiempo que conoceis mi tierno y sincero cariño: libre ó prisionero, siempre será el mismo.

»¿Habeis participado nuestra desgracia á madama de Ecquevilly?»

FIRMADO: L. A. H. DE BORBON.»

LVII. El príncipe entregó aquella carta abierta al comandante. Pocos instantes despues, el general Laval, comandante de la division, entró con el general Fririon, su jefe de estado mayor. Este, que habia concurrido al rapto de Ettenheim, fué reconocido por el prisionero. Anunciaron al duque que le preparaban otro alojamiento en la ciudadela. La conversacion fué corta y mesurada: el frio semblante de los generales impidió al príncipe hablarles de la carta que acababa de escribir, y que tanto deseaba hacer llegar al corazon que le amaba.

Se le condujo con sus compañeros á la parte de la ciudadela que acababan de destinarle. Su nueva habitacion comunicaba con la de MM. de Thomery, Jacques y Schmidt. Separaron á Grunstein, su amigo particular, cuya energía y empresas parecian temer mas. Fué alojado en otra ala del edificio diferente á la en que habitaba el prisionero.

El coronel Charlot y el comisario general de policía reconocieron sus papeles, los clasificaron y los enviaron á Paris con un correo estraordinario. Si solo se hubieran leido aquellos testimonios de su vida, y si se hubiese buscado su inocencia, la habrian encontrado allí. Despues de aquella operacion quedó solo y escribió en su diario:

«Tendré que aburrirme aquí semanas y tal vez meses. Mi pesar no

aumenta á medida que reflexiono sobre esta cruel situacion. Si dura esto mucho, creo que la desesperacion se apoderará de mí!..... ¡Son las once!..... Me acuesto, pero estoy agitado y no podré dormir. El mayor Mechin ha venido á verme despues de estar acostado, y procura consolarme con palabras tiernas.»

Viernes 16 de marzo.

«.......................................He bajado á casa del comandante: por la noche me acuesto en su salon en unos colchones en el suelo. Los gendarmes ocupan la antesala. Hay dos centinelas en la habitacion..... uno á la puerta..... He dormido mal.

»Van á mudarme de habitacion: tendré que pagar la comida y probablemente la lumbre y la luz. Los generales Laval y Fririon vienen á verme: su saludo es frio. He sido trasladado á otro pabellon, á la derecha segun se viene de la ciudad: puedo comunicarme con Thomery, Jacques y Schmidt, pero ni yo ni mis gentes podemos salir. Sin embargo, me aseguran que me permitirán pasear por un jardinito que hay en un patio á espaldas de mi pabellon. A mi puerta hay una guardia de doce hombres y un oficial. Despues de comer me separan de Grunstein á quien han dado una habitacion sola al otro lado del patio. Esta separacion aumenta mi desgracia.... Esta mañana he escrito á la princesa, y por medio del comandante he enviado una carta al general Laval. No he tenido contestacion: le pedia me permitiese enviar uno de mis criados á Ettenheim: sin duda me lo negarán todo. Son por todos lados estremadas las precauciones para que no pueda hablar con nadie. Si dura mucho, me voy á desesperar. A las cuatro y media vienen á registrar mis papeles, los leen superficialmente, y luego forman legajos separados. Segun tengo entendido serán remitidos a Paris... Será necesario aguardar semanas y tal vez meses... Cuanto mas reflexiono en mi situacion, mas se aumenta mi pesar....» El 17 de marzo escribió en cuanto se levantó: durmiendo y despierto siempre le ocupaba un mismo pensamiento, el de la que le seguia con el corazon desde Ettenheim.

«No sé nada de mi carta ... Tiemblo por la salud de la princesa, una palabra de mi mano la devolveria la calma. ¡Cuán desgraciado soy!.... Acaban de hacerme firmar el proceso verbal de la apertura de mis papeles.... Pido y obtengo añadir á ellos una nota, que prueba que jamás he tenido otra intencion que servir y hacer lealmente la guerra.»

Aquella nota, referida despues por los que la leyeron, decia, que jamás habia entrado, y era verdad, en ningun complot contra la vida de Bonaparte; que adoraba á la Francia y que admiraba el genio del primer cónsul; que no podia creer se le imputase como un crímen á él, príncipe que habia salido de Francia á los catorce años con su abuelo y su padre, y que no conocia mas que los deberes de hijo, de nieto, de soldado y de miembro de la familia de los Borbones, el haber sostenido con las armas en la mano los derechos de su raza y de su sangre.

LVIII. Mientras el príncipe escribia aquellas nobles líneas, el comisario de policía Popp, que acababa de abrir sus papeles, pedia al gobierno grados y ascensos para Charlot y Pfersdoff en recompensa del celo que habian manifestado en aquel atentado, exagerando los peligros que habian corrido, por el fuego que el duque de Enghien les hacia cuando forzaban su puerta en Ettenheim.

El general Ordener por su parte escribia al primer cónsul. «Os remito el proceso verbal y los papeles del duque de Enghien. Segun se vayan reconociendo los de los demás individuos, los enviará el general Caulaincourt. Aunque mi mision está cumplida, aguardaré vuestras órdenes para mi regreso á Paris...»

Satisfecho el príncipe al saber que sus papeles, que no contenian indicios de ningun crímen, le precedian en su marcha á Paris, escribió el 17 por la noche en su diario. «Esta noche me han prometido que recibiré permiso para pasearme por el jardin, y aun por el patio, con el oficial de guardia y mis compañeros de infortunio, y he sabido que mis papeles han sido enviados á Paris por un correo estraordinario. He cenado y me acuesto muy contento.»

Mientras su corazon se abria de este modo á la confianza, el telégrafo de Paris respondia al de Estrasburgo que habia anunciado á Bonaparte el buen resultado del rapto. Un correo estraordinario que habia salido de las Tullerías, mandaba á los generales Laval y Caulaincourt, que hiciesen salir inmediatamente en posta al principal prisionero para Paris, y que los demás fuesen dirigidos sucesivamente en los carruajes públicos.

LIX. El ejecutor de aquella órden, el coronel Charlot, se presentó á media noche en la ciudadela con una silla de posta. Despertado el soñoliento príncipe á la una de la mañana, fué arrastrado solo al carruaje; como era consiguiente se alarmó de una marcha repentina, cuyo objeto no se le indicaba. Durante la jornada, apuntó en sus notas:

«Domingo 18 de marzo.

»A la una de la madrugada han venido á sacarme de la cama. No me han dado mas tiempo que el indispensable para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros y á mis criados. Marcho solo con dos oficiales de gendarmería y dos gendarmes. El coronel Charlot me ha dicho que vamos á casa del general de division Laval, que ha recibido órdenes de Paris. Mas allá en la plaza de la iglesia, he encontrado un carruaje de posta con seis caballos. Me han obligado á entrar en él: el teniente *Peterman* ha subido á mi lado, el cuartelmaestre Blitendoff en el pescante, dos gendarmes dentro y otro fuera.»

No conocia la Francia, ignoraba el nombre de las puertas de Estrasburgo, y la direccion de los caminos porque le llevaban. Sus guardas eran muchos. Por la mañana, el teniente Peterman le anuncia por fin que se dirigian a Paris. Entonces tuvo un acceso de alegría: «¡Ah! dijo al teniente, no dudo que el primer cónsul quiere verme: un cuarto de hora de conversacion con el lo desvanecerá todo completamente.» Muchas veces le ocurrió esa idea. Estaba tan inocente de los crímenes que le atribuian, que no dudaba que el sentimiento de su incompatibilidad se comunicase al instante a todo el que leyese en su alma: por otra parte, jóven, amante y soldado, suponia en todo el mundo la generosidad de que se encontraba poseido. Sus miradas se fijaban con placer en el camino; parecia que no podia saciarse con la vista de su patria. Su reconocimiento hacia Peterman era tan vivo, que se sacó del dedo una de las sortijas, y rogó á su guarda que la conservase en recuerdo de aquel viaje. Peterman no se atrevió á contristarle rehusándola.

Escoltado el carruaje de parada en parada, por gendarmes al galope corriendo dia y noche, llegó el 20 de marzo a las tres de la tarde á las puertas de Paris cerca de la barrera de la Villette. Por temor de alguna conmocion en la ciudad á vista de aquel carruaje escoltado y misterioso, se dirigió á los baluartes desiertos que circuyen esteriormente á Paris, y luego por la calle de Sevres le condujeron por el arrabal de San German al palacio del ministerio de negocios estranjeros, que entonces estaba situado en el palacio Galefoi, en la esquina de la calle de Bac y de la de Grenelle. Abrieron la puertecilla y el prisionero iba á saltar al patio cuando una contraórden le detuvo en el estribo. Hiciéronle entrar en el carruaje, cerraron la puertezuela, y mandaron al postillon que no desenganchase los caballos y que esperase órdenes que habian ido á buscar no se sabe dónde. Sin duda Mr. de Talleyrand fué él mismo á las Tullerías á anunciar la llegada del prisionero y á recibir aquellas órdenes, porque paró á la puerta del palacio un coche, y salió conduciendo alguno que habia bajado por la escalera. Despues de media hora de esperar en silencio, los postillones que habian permanecido á caballo recibieron órden de dirigirse por los baluartes esteriores á Vincennes. El carruaje que ya era esperado, atravesó el puente levadizo de la fortaleza y se detuvo en el patio á las puertas del jefe de batallon Harel, comandante de Vincennes.

LX. El comandante Harel, antiguo sargento de los guardias franceses, protegido de los jacobinos, que le habian ascendido, destituido en el 18 brumario por el primer cónsul, descontento del gobierno consular, incitado con este motivo por los conspiradores Cerachi, Arena y Dernerville, cuyas insinuaciones habia despreciado y denunciado sus proyectos, habia recibido como una reparacion el mando de aquella prision de estado.

El primer cónsul previendo el drama de que iba á ser teatro Vincennes, quiso enterarse por sí mismo de la seguridad de las paredes y de los carceleros. Una nota escrita por su órden á Harel, el 16 de marzo, en cuanto se supo en Paris el rapto de Ettenheim con las dos palabras al márgen *urgente* y *reservado*, le pedia un estado de las habitaciones, de las tropas, de los obreros, de los habitantes libres del palacio y hasta de los criados, con noticias exactas de cada uno de ellos. Real escribió además á Harel el dia 20: «El duque de Enghien llegará esta noche, y el primer cónsul ha mandado que su nombre y cuanto le pertenece permanezca secreto... En fin, el mismo dia, pocos instantes despues, Real en otra instruccion decia á Harel: «Un individuo, cuyo nombre no debe ser conocido, será conducido á ese castillo... la intencion del gobierno es que no se le haga ninguna pregunta acerca de su persona ni de los motivos de su prision; vos mismo debeis ignorar quien es... Solo vos debeis hablar con él y no le dejareis ver á nadie. Es probable llegue esta noche.»

LXI. Apenas acababa Harel de leer aquel pliego, cuando el carruaje que no se esperaba hasta la noche, habiendose anticipado por su rapidez á la hora de la oscuridad que se deseaba para que no fuese advertida su entrada en Vincennes, se detuvo á la puerta del alojamiento de

Harel. Bajó el príncipe transido de frio con el viento y la lluvia. Harel, compadecido al verle temblar, le invitó á subir á su cuarto donde se calentaria en la chimenea. «Con mucho gusto, dijo el príncipe dándole las gracias, veré con placer la lumbre, y tomaré tambien algun alimento porque no he comido en todo el dia.» Una pobre religiosa que educaba á los hijos de madama Harel y que vivia fuera del castillo, bajaba la escalera del comandante cuando éste la subia seguido de su prisionero. Oyó el diálogo y se apartó á un lado para dejar pasar al jóven. Estaba pálido, dice, y parecia muy cansado, su estatura era elevada y su aire noble y distinguido: vestia un largo redingot de uniforme de paño azul, y en la cabeza llevaba una gorra de paño con doble galon de oro.

Harel dejó al príncipe calentarse á la chimenea: uno de sus antiguos camaradas de guardias francesas nombrado Aufort, y que mandaba entonces la brigada de gendarmería de Vincennes, era amigo íntimo de Harel. Entrevió al príncipe, ayudó á Harel á prepararle el alojamiento, y fué á una hostería de la aldea á pedir la cena para el prisionero. Concluidos aquellos preparativos y reanimado el príncipe por la lumbre del hogar del comandante, Harel le condujo á su alojamiento definitivo que era un cuarto del pabellon llamado pabellon del Rey. Allí habian llevado apresuradamente lumbre, algunos muebles, una cama, una mesa y sillas. Las paredes lisas y algunos vidrios rotos por las golondrinas de las torres, atestiguaban la precipitacion de un mueblaje que no habia habido tiempo para concluir.

LXII. El príncipe, tratado con finura y bondad por Harel, no pareció de modo alguno triste ni dominado de presentimientos al establecerse en su habitacion, antes bien se manifestó sereno y casi alegre. Conversó con el comandante con todo juicio: le dijo que en su infancia, poco tiempo antes de la revolucion, habia estado con su abuelo el príncipe de Condé á visitar el castillo de Vincennes: que entonces no pensaba que algun dia seria del número de aquellos pobres prisioneros á quienes tanto compadecia, y que aun le parecia acordarse de aquel cuarto, y reconocerle como una de las habitaciones que habia recorrido: mirando luego por las ventanas las copas de las encinas y los caminos que se pierden en el bosque que rodea la fortaleza, admiró tan hermoso sitio. Habló de su pasion por la caza, y dijo que si durante su cautiverio se le permitia cazar por aquellos bosques, daba su palabra de honor de no escaparse. Por lo demás, no parecia preocupado por el resultado de su rapto, y repitió á Harel lo que habia dicho á Paterman: «Esta prision no puede durar mas que algunos dias, solo el tiempo necesario para reconocer un error y mi inocencia.»

LXIII. Durante aquellas conversaciones mas bien de un viajero que descansa, que de un prisionero que gime, un jóven llamado Turquin, que servia en la hostería de Vincennes, llevó la cena pedida por Aufort. El príncipe se acercó á la mesa é iba á sentarse, cuando viendo sobre el mantel unos cubiertos de estaño sucio en vez de ser de plata, esperimentó una repugnancia involuntaria, y sin hacer ninguna observacion se volvió hácia la ventana y comenzó á dar paseos á lo largo y á lo ancho sin mirar la cena. Harel lo notó, y se apresuró á enviar á su cuarto por su propio cubierto. Entonces se sentó el duque y pareció recobrar el apetito. Su perro, que habia tenido á sus piés ó á su lado durante todo el camino, colocó la cabeza sobre sus rodillas. Dió al pobre animal una parte de la cena que habia sobre la mesa, y mirando á Harel: «Presumo, le dijo, que no hay indiscrecion en que dé una parte de mi comida á mi perro.»

Concluida la cena, el príncipe escribió una carta á la princesa Carlota, y la guardó en su bolsillo por cualquiera acontecimiento.

Luego se acostó y durmió con un profundo sueño, como un hombre que tiene seguridad de despertar, y que confia tener muy feliz el dia siguiente.

LIBRO XII.

Napoleon en la Malmaison.—Sus preparativos para la muerte del duque de Enghien.—Interrogatorio del duque de Enghien.—Su juicio.—Su condenacion.—Su ejecucion.—Llegada de la princesa Carlota á Paris.—Juicio de la conducta de Napoleon.

I. Pero no dormian en el palacio de la Malmaison, en donde el primer cónsul, para recogerse en sus pensamientos, en los ratos de ocio, y para gozar de las primeras delicias de la primavera se habia retirado ya hacia ocho dias. Aquellos dias y aquellas noches, todo se volvia agitacion, cólera, consejos, órdenes espedidas á los generales y ministros revocadas por otras, vigilias, idas y venidas de correos y de confidentes de Paris á aquel retiro y de aquel retiro á Paris. Era evidente que allí se fraguaban resoluciones trágicas y una precaucion de estado, un terror á la Europa, una advertencia superior á los numerosos conspiradores, una venganza, tal vez un crímen y bien pronto un remordimiento.

En aquella mansion fué en donde parecia aguardar un acontecimiento desconocido á todos, que recibió por el telégrafo el 15 de marzo por la noche, la noticia de haberse verificado el rapto. Sus pensamientos hasta entonces endurecidos por la cólera, comenzaron á moverse. Se sintió como embarazado con su triunfo y con su presa. Al momento escribió á Real: «Venid esta noche á las diez; un carruaje os esperará en el puente de Neuilly para acelerar vuestra llegada.»

Al dia siguiente 16, á consecuencia de las entrevistas con sus consejeros, creyéndose seguro entonces de suministrar pruebas de una criminalidad indudable para la opinion, concibió la idea de hacer juzgar al príncipe por un tribunal supremo nacional, con todas las garantías de la defensa y publicidad. Despues se fijó en la de un gran tribunal militar compuesto de los principales generales que tenian asiento en el senado. Murat, cuñado del primer cónsul y gobernador de Paris, parece haber sido el encargado de las primeras proposiciones de aquel plan. Murat, de carácter soldadesco pero heroico, sintiendo con su jóven esposa una prision, que no podia menos de ensangrentar y manchar el poder naciente y hasta entonces puro de su cuñado, se habria inclinado al menos por el modo de ejecucion mas magnánimo. Decimos *ejecucion* y nó *juicio*, porque todo juicio supone en los jueces el derecho de juzgar. Ahora bien, ningun francés tenia el derecho de juzgar á un príncipe, que no habia cometido un crímen en Francia; que residia desde la edad de catorce años en un pais estranjero y cuyo rapto era una ilegalidad europea y un atentado contra el derecho natural y de gentes.

II. Murat mandó llamar al coronel Preval, jóven militar, famoso por su talento de esposicion y de palabra en los consejos de guerra, y que mandaba el segundo regimiento de coraceros de guarnicion en San German, situado á las puertas de Paris: le dijo que el primer cónsul habia fijado en él la vista para que fuese el relator de un negocio de estado en que se hallaba complicado un elevado personaje. El coronel Preval preguntó el nombre del culpable, y habiéndole contestado Murat confidencialmente que era el duque de Enghien, Preval con un noble instinto de consideracion no aceptó las funciones que se le imponian en aquel proceso. «He servido antes de la revolucion, dijo, en el regimiento del jóven príncipe. Mi padre y mis tios servian antes que yo á las órdenes de los Condé, y el papel de acusador de su tio y de su nieto despedazaria mi corazon y deshonraria mi espada.» Murat opinaba y comprendia lo mismo que el jóven oficial, y no podia vituperar en otro una repugnancia que habria respetado en sí mismo. Comunicó, pues, su negativa al primer cónsul, y ya no se volvió á hablar del gran tribunal militar de estado. El temor de remover demasiado profundamente la opinion realista, sublevado por la lentitud y solemnidad de largos debates que resonarian en la Vendée, el presentimiento del apasionado interés que se adheria á un jóven príncipe arrebatado por la violencia de su asilo, y á quien se volvia por fuerza á su patria para que le sirviese de sepulcro, influyeron sin duda tambien en la forma del juicio. Se necesitaba prontitud, secreto silencio, cubrir con un velo á la víctima, y dar el golpe de modo que cuando resonase no fuese ya tiempo de pedir gracia. Todas estas condiciones del crímen político se encontraban en una comision militar sin formalidad, sin publicidad, sin lentitud, nocturna, rápida, instantánea que juzgase é hiriese con una palabra bajo las bóvedas y en los fondos de una prision de estado. Bonaparte se fijó en este modo conforme á algunas venganzas y á aquellas precauciones de estado del consejo de los Diez, y de los calabozos sin eco de Venecia. El genio trágico del italiano respiraba todo entero en aquel tribunal, en aquellos jueces y en aquella ejecucion nocturna. Solo que Venecia no juzgaba de aquel modo mas que á sus ciudadanos, y no enviaba á arrebatar sus víctimas, que vivian sin desconfianza en la inviolabilidad del asilo estranjero.

III. El 17, el primer cónsul recibió en la Malmaison los pormenores circunstanciados de la doble espedicion de Ordener y Caulaincourt. De este modo supo que la presencia de Dumouriez en Ettenheim era una quimera: el parte del coronel Charlot lo decia testualmente. Este coro-

nel esplicaba la confusion de nombres entre Thomery y Dumouriez: ninguna sospecha fundada podia quedarle ya en cuanto á esto al primer cónsul.

El 18 recibió Mr. de Talleyrand el parte de Caulaincourt sobre su mision paralela en Offemburgo, y sobre sus comunicaciones diplomáticas á la córte de Baden. Los papeles ocupados en casa del duque de Enghien llegaron por el mismo correo: Mr. de Talleyrand los llevó á la Malmaison. El príncipe no podia tardar en seguir á aquellos correos, á aquellos pliegos y á aquellos documentos justificativos de su supuesto complot que le precedian á Paris. Desde el 15 por la noche, Bonaparte habia mandado á sus oficiales en Estrasburgo que hiciesen salir inmediatamente al duque de Enghien para Paris. La órden que llegó por el telégrafo fué ejecutada por la noche como ya hemos visto: pero desde aquel momento el cielo brumoso de las montañas de la Alsacia impedia al telégrafo anunciar á la Malmaison la marcha del prisionero. Solo se calculaba por conjeturas que llegaria en la tarde ó en la noche del 20 de marzo.

El primer cónsul preparó todo en la mañana de aquel dia siniestro, para que el juicio y la ejecucion esperasen á la víctima á hora fija en Vincennes. La rápida sucesion de deliberaciones, mensajes y actos consignados con esta fecha, en la mañana del 20 de marzo, prueban que el pensamiento de Bonaparte pendia con una impaciencia y puntualidad febriles hácia el mas rápido y trágico desenlace en la noche siguiente. Diríase que temia los remordimientos de la reflexion, y que decidido á no arrepentirse no queria tomarse tiempo para deliberar.

IV. Todo se apresuró en aquella fecha y en aquellas horas. Escribió primero al ministro de la guerra encargase á Murat, gobernador de Paris, el nombramiento de vocales de una comision militar para juzgar al duque de Enghien.

Hizo redactar á Real un informe sobre las supuestas conspiraciones en que el príncipe se habia mezclado, segun las engañosas revelaciones de los esploradores de la policía en el Rhin y en Londres. Hizo reasumir aquellas acusaciones conjeturales en un decreto del gobierno, en que se afirmaba que el príncipe formaba parte de los complots fraguados por la Inglaterra contra la seguridad esterior é interior de la república.

Hizo que Real, director de la policía secreta, escribiese en aquel mismo dia á Murat primero y á Harel despues, para que el príncipe fuese conducido y recibido en Vincennes. Al medio dia recibió á Mr. de Talleyrand, y conferenció con aquel ministro en los jardines.

Su hermano José Bonaparte, al oir los rumores que circulaban, corrió desde Morfontaine á la Malmaison. Josefina, esposa del primer cónsul, fué la primera que le recibió, le participó la prision del jóven príncipe, le dijo que temia los consejos de aquel maldito cojo (Mr. de Talleyrand), y suplicó á su cuñado que hablase á su marido, le aconsejase la indulgencia, y sobre todo que no le dijese que ella le habia prevenido, para que no le pareciese que su opinion habia sido supeditada por el enternecimiento de una mujer.

José, bien dispuesto por su propio corazon y por sus amigos y patronos de Morfontaine, madama de Stael, Mateo de Montmorency, Mr. de Jaucourt, bajó al jardin, é interrumpió la conversacion del cónsul y Mr. de Talleyrand: este se retiró. Bonaparte confió á José su resolucion de hacer juzgar al duque, como cómplice de conjuraciones contra él. José trató de disuadirle y le suplicó se acordase de que el príncipe de Condé, gobernador de la Borgoña durante su infancia, le habia favorecido y asistido con su proteccion en el colegio de Autun, y que á él debia su admision en el cuerpo de artillería: «¿Quién nos hubiera dicho entonces, añadió José enternecido, que tendríamos que deliberar un dia sobre la vida ó la muerte de su nieto, único heredero de su nombre?» Bonaparte inflexible contestó que el duque de Enghien era uno de los jefes de los complots de Jorge contra su propia vida, y que no habia inviolabilidad para unos Borbones que iban á conspirar tan cerca de las fronteras. Cortó la conversacion para leer un despacho telegráfico de Estrasburgo, que habiendo aclarado el horizonte le participaba la salida del príncipe para Paris. A las cuatro, un nuevo despacho de Paris le noticiaba la llegada del prisionero al ministerio de negocios estranjeros. Sin embargo, Murat con arreglo á sus órdenes de la víspera habia nombrado la comision militar: no habia entresacado los jueces con la parcialidad de un hombre que manda una condenacion. La casualidad y las graduaciones los habian designado. Eran Hullin, que mandaba los granaderos de infantería de la guardia de los cónsules, presidente; Guiton, coronel del primer regimiento de coraceros; Bazancourt, del 4.º; Ravier, del 18; Barrois, del 96; Rabbé, de la guardia municipal, todos oficiales de la guarnicion de Paris. El mayor de la gendarmería de Autencourt era relator. La desgracia de Murat era el tener que buscar jueces en las filas donde no se discute la obediencia, en donde se dejan mandar y juzgar, como se dejan mandar morir, y en donde no se sabe hacer distincion entre una sentencia y un juicio.

Al punto que aquellos jueces de un desterrado que no habia contravenido voluntariamente á ninguna disposicion, que solo la fuerza habia sometido á su jurisdiccion, fueron designados por el gobernador de Paris, el primer cónsul les hizo prevenir que se dirigiesen á casa de Murat para que se les enterase de su comision. Mandó al ministro de la guerra que hiciese reunir en la barrera de San Antonio mas inmediata á Vincennes, una brigada de la infantería acuartelada en aquel arrabal. A aquella brigada de fuerza imponente y desproporcionada para toda circunstancia ordinaria, debia agregarse una legion de gendarmería, de que era coronel el general Savary, ayudante de campo del cónsul. Savary, actor seguro y principal, ojos y manos del primer cónsul en aquel acontecimiento, debia, durante la corta duracion del juicio, mandar en jefe la brigada de tropas de línea, la legion y hasta la fortaleza. Harel desaparecia ante aquel supremo ejecutor de los designios de su amo. Savary recibió la órden de presentarse por la tarde en casa del gobernador de Paris y darle conocimiento preliminar de las medidas concertadas en la Malmaison y el ministerio de la guerra para las disposiciones militares que le concernian en el plan general de la noche.

Maret, que regresaba de la Malmaison á Paris, recibió de manos del primer cónsul una copia de las mismas disposiciones para el jefe de la policía, Real. Este, segun se dice, debia ir tambien por su parte á interrogar al prisionero á su llegada á Vincennes. Se ha forjado sobre esta órden dada á Real y sobre las circunstancias accidentales é improbables que impidieron su efecto, un sistema de escusa ó de atenuacion del crímen que espondremos mas adelante. Tomadas aquellas medidas sobrevino la noche y la Malmaison esperó.

V. Savary salió de la Malmaison á las cinco, y recibió de Bonaparte en su gabinete y en su propia mano las instrucciones que enviaba á Murat. Al llegar á casa de este, Savary encontró mas abajo de la cochera á Mr. de Talleyrand que salia de palacio. Subió á casa del gobernador de Paris: sea que Murat estuviese realmente malo aquel dia, ó que repugnase como á su mujer el acto odioso conocido de antemano de ambos, ó bien que no quisiese aceptar la responsabilidad futura de ninguna intervencion activa ni directa en una crueldad capaz de empañar algun dia su fama, rechazó sobre la enfermedad verdadera ó falsa su inmovilidad en el acontecimiento. Se presentó como en estado de no poderse tener en pié ni de velar personalmente la ejecucion de las órdenes militares. Se limitó, pues, á decir á Savary, á quien no queria: «Debeis saber las órdenes de que sois portador, ejecutadlas en lo que os concierne.»

Salió Savary y se dirigió al cuartel de la gendarmería de que era coronel, la reunió, la dirigió á Vincennes y luego marchó á la barrera de San Antonio para tomar, en virtud de las órdenes del cónsul, el mando de la brigada de infantería que le fue conferido en la Malmaison. A las ocho de la noche llegó á Vincennes con aquella fuerza, formó la brigada de infantería en la esplanada que da frente al bosque, é hizo entrar la legion de caballería en el patio, colocando puestos de gendarmes en todas las salidas, con órden de impedir toda comunicacion con lo esterior bajo cualquier pretesto que fuese. Aquella consigna indica bastante que no se esperaban contraórdenes de Paris ni de la Malmaison.

VI. En el mismo momento Hullin, presidente de la comision militar, acudió con el relator y jueces designados en casa de Murat para recibir sus instrucciones. Murat les mandó dirigirse á Vincennes, y les entregó la órden oficial que los constituia en tribunal. El último párrafo de aquel decreto decia: Se reunirán inmediatamente en Vincennes para juzgar al procesado con arreglo al acuerdo del gobierno y segun los cargos manifestados en él. Aquellos oficiales fueron marchando sucesivamente á Vincennes: su reunion en casa de Murat, la redaccion de las órdenes, su salida de Paris, la travesía de la barrera de San Antonio al castillo, habian invertido horas. La noche estaba ya avanzada cuando se reunieron en casa del comandante Harel, el cual dispuso para juzgar á un huésped el mismo salon en que le habia dado hospitalidad. El presidente Hullin distribuyó á sus colegas las piezas de la acusacion. Segun las fórmulas dió órden al comandante Harel para que fuese á buscar al prisionero y le llevase á la pieza contigua al salon para ser interrogado por el fiscal de la comision militar. Mientras se cumplian aquellas formalidades, los jueces se pusieron á hablar junto á la lumbre: Savary y algunos de los que habitaban en el castillo andaban por las escaleras, por las habitaciones del comandante, y hasta por aquel salon convertido bien pronto en pretorio. Todo estaba taciturno; pero sin murmurar. Cuando se ve de ese modo y á cierta distancia el anverso de un asesinato, el juez que se estremece, la víctima que duerme, ¿no se truecan en el pensamiento los papeles? ¿Y no se preferiria mil veces ser el condenado

que el ejecutor? Pero en los tiempos dominados por la esclavitud se encuentran instrumentos para todo.

VII. Mientras se hacian aquellos preparativos de muerte en la Malmaison, en París, y tan cerca de su cabeza en Vincennes, el duque de Enghien, que se habia acostado con la mayor confianza, dormia con el profundo sueño del cansancio, la juventud y la inocencia al lado de sus jueces, sentados ya para condenarle. Savary habia colocado en su antesala un teniente y dos gendarmes, y les dió órden de que condujesen al preso al consejo reunido en casa del comandante del castillo.

Eran las once de la noche, cuando el teniente Noirot y los dos gendarmes Thesis y Lerma entraron en la habitacion del jóven que dormia. Bajo su uniforme aquellos hombres abrigaban un corazon tierno. Despues confesaron cuán costoso les fué interrumpir de aquel modo por un mandato de muerte, la única felicidad que puede disfrutar un preso, y cuánto hubieran deseado prolongar al menos algunos minutos el reposo ó los sueños de aquel jóven príncipe soldado como ellos. Pero el tribunal y Savary aguardaban.

Despertaron sin precipitacion y sin palabras duras ni adusto semblante al príncipe, que leyó la compasion en sus miradas y en su acento. Se vistió con el mismo traje que la víspera, se puso sus botas y su gorra de camino en la cabeza, porque ignoraba si se le llamaba para una comparecencia ó para una marcha. Permitió á su perro, que dormia á sus piés, que le siguiese. Atravesó, acompañado del teniente y los gendarmes, las escaleras, los corredores y los patios, y fue introducido en la pieza contigua al salon de Harel, en donde se encontró frente á frente con el fiscal Autencourt. Era entonces media noche, como lo acredita la fecha del interrogatorio: le acompañaba Jaquin, jefe de escuadron de gendarmes.

VIII. A las preguntas del fiscal, contestó que se llamaba Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, natural de Chantilly, Versalles de los Condé.

Que habia salido de Francia en una época que apenas recordaba, con su abuelo el príncipe de Condé, y su padre el duque de Borbon.

Que habia andado por Europa con su familia, y hecho despues la guerra en el ejército de su abuelo: que habiendo sido licenciado aquel ejército, se retiró á las montañas del Tirol, visitó la Suiza como simple viajero, y que por último, habiendo pedido al príncipe de Rohan permiso para habitar en sus estados del ducado de Baden, se habia fijado en Ettenheim:

Que jamás habia estado en Inglaterra, y que sin embargo se sostenia con el subsidio que aquella potencia pasaba á los príncipes refugiados, única pension con que contaba para vivir:

Que razones íntimas y su aficion á la caza eran los motivos principales de que prefiriese la residencia de Ettenheim:

Que como era natural, mantenia correspondencia con su abuelo y su padre, únicos lazos que tenia en tierra estranjera:

Que en 1796, tenia el grado de comandante de la vanguardia del ejército de Condé:

Que nunca habia tenido la menor relacion con el general Pichegrú: que aquel general habia manifestado deseos de verle, pero que se felicitaba de no haberle visto, segun los medios viles que se decia habia empleado aquel general, siempre que semejante acusacion fuese cierta:

Que tampoco conocia á Dumouriez.

Que habia escrito algunas veces á Francia á varios amigos y compañeros de armas que le apreciaban, y que aquellas correspondencias no eran de la clase de las que le podian arruinar.

El príncipe, despues de aquellas respuestas sobrias, claras y francas como su alma, debia firmar el interrogatorio con los oficiales y gendarmes presentes: pero dirigiéndose al fiscal Autencourt, le manifestó el deseo de tener una entrevista con el primer cónsul. Ya hemos visto que desde el momento de su prision habia cruzado por su mente aquel pensamiento. No creia que podia existir una sombra entre la mirada del héroe y la del soldado, y que encontrándose se comprenderian. Autencourt le aconsejó que escribiese de su mano aquel deseo al pié del interrogatorio, pues que aquel documento iba á pasar al consejo de guerra. El príncipe tomó la pluma y escribió.

«Antes de firmar el presente proceso verbal, suplico con instancia el tener una entrevista con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar y el horror de mi situacion, me hacen esperar que no se me negará mi peticion.»

IX. El fiscal, dejando al duque solo con sus guardias, llevó aquel documento al consejo. Los jueces le leyeron, recibieron las impresiones que parecia imponerles la colocacion artificiosa de las preguntas redactadas en el decreto del gobierno, y conferenciaron brevemente acerca del deseo manifestado por el acusado, de ver al primer cónsul. Algunos opinaron que debia suspenderse el juicio hasta que se trasmitiese aquel deseo á la Malmaison y se recibiese la respuesta. Una hora y un gendarme montado eran suficientes para ello. Si despues debia pronunciarse un fallo de muerte, todavía precederia á la aurora. El hombre que conocia el pensamiento íntimo del gobierno, dijo que aquella suspension y aquel recurso de una comunicacion directa con Bonaparte, no le parecia que debian entrar en las miras del primer cónsul. El consejo negó la peticion del príncipe y acordó que fuese inmediatamente juzgado.

X. Abrieron la puerta y se encontró de repente en presencia de sus jueces. Para satisfacer el tenor literal de la ley, que exigia una falsa apariencia de publicidad, el tribunal, que juzgaba por la noche bajo la consigna de una legion de gendarmería y las bóvedas de una prision de estado, dejó introducir en la sala y sus inmediaciones á algunos oficiales y habitantes del castillo. Todos se enternecieron al ver la dignidad modesta y firme, y sobre todo la actitud intrépida del prisionero. En su memoria quedó grabada la última hora del duque de Enghien, para honor de su raza y para la justicia de la posteridad.

El presidente Hullin era hombre de estatura y fisonomía soldadesca, que habia nacido en las montañas de la Suiza: antes de la revolucion, marchó á París como artesano, entró en clase de criado en casa del marqués de Conflans, se mezcló en las escenas revolucionarias del 14 de julio, fué uno de los vencedores populares de la Bastilla, luego voluntario, y se señaló en los campamentos por su intrepidez. Oficial muy apegado á su grado, y de carácter pasivo, era un órgano muy bien elegido para la impasibilidad de semejante tribunal. No añadia nada por su rigor al de tal mision, ni cercenaba nada de la indulgencia, por la responsabilidad. Sentia mucho el tener que juzgar, pero lo hacia sin tener en cuenta quién era el que estaba delante de él, de dónde venia, y si un rapto en país estranjero era suficiente para formalizar una acusacion segun la conciencia, segun la humanidad y segun la ley.

Dirigió una por una al acusado las mismas preguntas del interrogatorio, que ya habian sido contestadas. El príncipe respondió con la misma precision y sinceridad. Rechazó lejos de sí, con noble indignacion, la suposicion de complots contra la vida del primer cónsul, y de la complicidad con los conjurados Jeorges, Pichegrú y otros. Se pronunció con toda la altivez de su alma contra una especie de guerra, que haria que la victoria se asemejase á un crimen. La energía y la franqueza de su acento hacian fuerte impresion en los oidos de los espectadores, así como la evidencia convencia á su ánimo.

«Pero sin embargo, caballero, le dijo Hullin, ¿cómo nos persuadireis que ignorabais tan completamente como decis, lo que pasaba en Francia, cuando todo el mundo lo sabia, y que con vuestro rango y nacimiento, que tanto cuidais de recordarnos, habeis podido permanecer indiferente á unos acontecimientos de tanta importancia y cuyas consecuencias debian ser para vos? Por la manera con que nos contestais, parece que desconoceis vuestra posicion: tened cuidado, porque esto puede llegar á ser serio, y las comisiones militares juzgan sin apelacion.»

Aquellas palabras ¿eran una impaciencia del juez, que exigia en la confesion un pretesto para tranquilizar su conciencia, ó eran una advertencia al acusado para que variase su defensa y apelase, nó á la justicia, sino á la gracia? Hullin lo ha pretendido despues: entonces nada lo reveló. El juicio por la noche, la precipitacion de las medidas, el olvido de las formalidades, la aparente publicidad, el número y la actitud de las tropas que estaban sobre las armas, y la insinuacion de Savary en no insistir en una entrevista con el primer cónsul, anunciaban bastante, que se habia tomado un partido de pronta é irrevocable ejecucion. El príncipe, confesando complots imaginarios, hubiera hecho traicion á su inocencia y á la verdad, sin que ninguna confesion hubiera prolongado sus horas que ya estaban contadas en la Malmaison.

XI. Se quedó pensativo un momento con las manos sobre los ojos, y luego dijo: «Solo puedo, caballero, repetiros lo que ya he dicho. Al saber que la guerra estaba declarada, he solicitado entrar al servicio de la Inglaterra. El gobierno inglés me contestó que no podia acceder á mi solicitud, pero que permaneciese en las orillas del Rhin, en donde tenia que representar un papel, y aguardaba: he aquí, caballero, todo cuanto puedo deciros.»

Hullin refiere que los jueces se esforzaron indirectamente y por varias veces, en hacer que el acusado abandonase aquella franqueza, que segun ellos no les permitia absolver, é inducirle á confesiones ó alteraciones de la verdad, ó á escusas á que no quiso recurrir. «Veo, dijo el príncipe, sensible á aquellos indicios de clemencia, veo con reconocimiento las honrosas intenciones de los individuos de la comision, pero no puedo valerme de los medios que pareceo ofrecerme. No desconozco mi peligro, pero no quiero alejarle por medio de ningun subterfugio in-

digno. Solo deseo una entrevista con el primer cónsul...» Todo estaba dicho.

Hullin mandó retirar al acusado. Savary, los oficiales de la legion de gendarmería y de línea y los espectadores, se retiraron tambien para que los jueces fallasen en silencio y secreto. La deliberacion no duró mas tiempo que el necesario al decoro del acto, para dar una apariencia de que los jueces habian reflexionado. ¡Por unanimidad declararon la criminalidad del acusado, por unanimidad la pena, y por unanimidad la muerte!...

«Que se traslade cualquiera, dice el presidente de aquel tribunal, al tiempo en que vivíamos: nombrados jueces, nos era preciso fallar so pena de ser juzgados nosotros mismos.»

Olvidaron que no hay juez sin acto justiciable, que no le habia entonces, sino un desterrado arrastrado á su presencia con la bayoneta al pecho.

Olvidaron que debian ser juzgados en efecto por la equidad del mundo, por su conciencia, y por Dios.

El príncipe no tuvo defensor. Hullin no atribuyó la falta de defensa del acusado que todas las leyes civilizadas le conceden, á la negligencia de Autencourt. Ninguno de los jueces recordó aquel deber al presidente. El príncipe no quiso pedir uno, ó ignoraba que la ley le pedia por el.

XII. En cuanto se pronunció la sentencia, y aun antes de redactarla, Hullin hizo poner en conocimiento de Savary y del capitan fiscal la condenacion de muerte, para que tomasen las medidas que les concernian para la ejecucion. Hubiérase dicho que el tiempo parecia tan corto al tribunal como á los que aguardaban su fallo, y que un genio invisible acumulaba unos sobre otros los actos, las formalidades y las horas, para que el sol no viese nada de la obra de la noche. Hullin y sus colegas que habian quedado en el salon del consejo, redactaron al azar el fallo que acababan de pronunciar. Breve, nada conforme á la práctica, ó reasumiendo todo un interrogatorio en dos preguntas, aquella sentencia terminaba con la órden de que se ejecutase en seguida.

XIII. Savary no habia aguardado que se escribiese aquella órden, para preparar su ejecucion. Ya habia señalado el sitio. Como el patio y la esplanada estaban llenos de tropas, por hallarse ocupados por la brigada de infantería y la legion de gendarmería, no habia espacio en que el fuego de un peloton no corriese el riesgo de herir á algun soldado y á algun espectador. Temíase tambien sin duda dar demasiada publicidad al asesinato en medio de un ejército, la distancia del sitio de la ejecucion al de la sepultura, y la compasion y el horror de las filas á vista del mutilado cadáver de aquel jóven. El foso del castillo evitaba aquellos riesgos y aquella ignominia: cubriría el asesinato como cubriría la víctima: fué pues elegido. Harel recibió órden de entregar las llaves de las escaleras y de las rejas, que bajando desde las torres daban paso á los cimientos del castillo, de que indicase las salidas y los sitios, y de que proporcionase un sepulturero que abriese la huesa, mientras el que debia ocuparla respiraba todavía. Despertaron á un pobre jardinero del palacio llamado Bontemps, le manifestaron cuál era su encargo, y le dieron una linterna para que atravesase el laberinto de los fosos y pudiese llevar á cabo su obra. Bontemps bajó con su pala y su azadon al fondo del foso, y al ver que por todas partes estaba la tierra seca y dura, se acordó de que el dia anterior se habia comenzado á abrir, al pié del pabellon de la Reina, en el ángulo que formaba la torre, una zanja para echar en ella escombros. Dirigióse al pié de aquella torre, tomó con sus pasos la medida del cuerpo de un hombre, y concluyó de abrir en la tierra removida de antemano el sepulcro de un cadáver. El duque de Enghien, por entre el murmullo de las tropas, podia oir desde su ventana, los sordos y acompasados golpes del azadon que preparaban su último lecho. Savary al mismo tiempo hacia bajar y formar lentamente en los fosos, los destacamentos de tropa que debian asistir á la ejecucion militar, y cargar las armas al piquete designado para ella.

XIV. El príncipe estaba muy distante de sospechar en sus jueces ni tal rigor, ni tanta precipitacion. No dudaba que aun cuando la comision le condenase á muerte, no fuese una ocasion de magnanimidad para el primer cónsul. Habia amnistiado á los emigrados cogidos con las armas en la mano. ¿Cómo dudar que el que habia perdonado á desterrados oscuros y culpables, no se honraria con la justicia ó con la clemencia para con un príncipe ilustre, querido de la Europa é inocente?

Despues de su interrogatorio le habian vuelto al cuarto en que dormia: entró en él sin manifestar ninguna de las angustias que los acusados esperimentan en la espectativa ó incertidumbre de sus fallos. Con sereno semblante y espíritu tranquilo, conversaba con los gendarmes y jugaba con su perro. El teniente Noirot, que le custodiaba, habia servido en otro tiempo en un regimiento de caballería, mandado por un coronel amigo del príncipe de Condé. Habia visto al duque de Enghien siendo niño, acompañar algunas veces á su padre á las revistas y ejercicios del regimiento. Recordaba al príncipe aquel tiempo y las circunstancias de su juventud. El duque se sonreia con aquellos recuerdos y los repasaba en su memoria con otros de su infancia, que se confundian con los de Noirot. Se informaba con una curiosidad llena de interés de la carrera de aquel oficial, de sus campañas, de los combates á que habia asistido, de los ascensos que habia obtenido, del grado que tenia y de los que esperaba, y de la aficion que tenia al servicio. Parecia complacerse en aquella conversacion sobre lo pasado con un valiente oficial que le hablaba con el lenguaje y el corazon de un hombre, que sin la severidad del deber, queria poder enternecerse.

XV. Un ruido de pasos que avanzaba lentamente hácia la habitacion, interrumpió aquel dulce y postrer desahogo del cautiverio. Era el comandante de Vincennes, Harel, acompañado del jefe de la gendarmería de la aldea, Aufort. Este, que era amigo de Harel, habia permanecido por tolerancia en una de las piezas de la habitacion del comandante, despues de haber encargado la cena del príncipe, y desde allí habia oido ó visto todas las escenas de aquella noche. Harel, enternecido y temblando por la mision que iba á desempeñar, permitió á Aufort que le siguiese y ausiliase en su mensaje al prisionero.

Saludaron respetuosamente al príncipe: ninguno de ellos tuvo valor para decirle la verdad. La actitud abatida y la voz consternada de Harel revelaban á los ojos y al alma del príncipe un funesto presentimiento del rigor de sus jueces. Creia que iban á buscarle únicamente para que le leyesen su sentencia; Harel le invitó de parte del tribunal a seguirle. Le precedió con una linterna en la mano, por los corredores, pasadizos y patios que era necesario atravesar para llegar á la torre llamada del Diablo. En aquella torre se hallaba la única escalera y puerta que daba á la profundidad de los fosos. El príncipe pareció vacilar dos ó tres veces al penetrar en aquella torre sospechosa, semejante á una víctima que olfatea la sangre, que se resiste y que vuelve la cabeza al pasar la puerta de un matadero.

Savary, mientras el prisionero bajaba al lugar del suplicio, y los destacamentos y el piquete se preparaban, estaba de pié calentándose en la chimenea de Harel en la sala del consejo. Hullin, despues de haber concluido su proceso verbal de condenacion, estaba sentado junto á la mesa, vuelta la espalda á Savary. Esperando que la sentencia fuese suavizada por la clemencia y omnipotencia del primer cónsul, comenzaba en su nombre y en el de sus colegas una carta á Bonaparte, manifestándole el deseo del acusado de que le concediese una audiencia, y suplicándole mitigase una pena, que solo el rigor de sus funciones les habia obligado á imponer. «¿Qué haceis ahí... le dijo el hombre de Bonaparte aproximándose á Hullin — Escribo al primer cónsul, contestó el presidente, participándole el deseo del condenado y el voto del consejo.» Savary quitando la pluma de la mano al presidente: «Vuestro encargo ya esta concluido, dijo, lo demás me corresponde á mi.»

Hullin cedió al ascendiente del general que mandaba soberanamente en el castillo. Se levantó con sentimiento al verse arrebatar el privilegio de pedir una gracia, privilegio habitualmente ejercido por los tribunales y por las comisiones. Creyó que Savary le revindicaba para sí mismo. Se quejó á sus colegas de un despotismo que dejaba en su conciencia un remordimiento desgarrador, y se dispuso á volver con ellos á Paris.

XVI. Harel y Aufort precedian en silencio al duque por las gradas de la estrecha escalera, que bajaba como una poterna por entre las gruesas paredes de aquella torre. El duque, por el horror de aquel sitio, y por la altura de los escalones, muchos de los cuales se hallaban enterrados en el suelo, principió á comprender que no le llevaban á presencia de sus jueces, sino á la de asesinos, ó á encerrarle en una mazmorra. Tembláronle todos sus miembros, y retirándose convulsivamente, se dirigió á los guias que le precedian, y con voz sofocada les dijo: «¿A dónde me llevais? ¡Si es para sepultarme vivo en uno de esos calabozos, prefiero morir ahora mismo!...»

«Señor, le contestó Harel volviéndose, seguidme y armaos de todo vuestro valor.» — El príncipe le comprendió á medias, y le siguió.

XVII. Salieron de la escalera por una puerta muy baja que daba á los fosos. La comitiva anduvo largo tiempo á oscuras siguiendo el pie de las elevadas paredes de la fortaleza, hasta el basamento del pabellon de la Reina. Cuando volvió el ángulo de aquel pabellon que encubria otra parte de los fosos, oculta por las murallas, el príncipe se encontró de repente frente á frente con los destacamentos de tropas colocadas para verle morir. El piquete de fusileros destinado á su suplicio, estaba sepa-

rado de los demás soldados, y sus armas brillaban á algunos pasos de él. Algunos faroles que llevaban varios hombres, iluminaban los fosos, las murallas y el sepulcro. El príncipe se detuvo á una señal de sus guias: vió con una mirada su suerte y no palideció. Una lluvia menuda y glacial caia de la encapotada atmósfera. Un triste silencio reinaba en el foso: solo se oia á alguna distancia los cuchicheos y los pasos de un grupo de oficiales y soldados que se apiñaban hácia los parapetos y el puente levadizo del bosque de Vincennes.

XVIII. El ayudante Pelé, que mandaba el destacamento, se adelantó con los ojos bajos hácia el príncipe. Tenia en la mano el fallo de la comision militar que leyó con voz apagada pero inteligible. El príncipe la escuchó sin debilidad y sin hacer ninguna observacion. Parecia haber recogido en un momento todo su valor y todo el heroismo militar de su raza, para manifestar á sus enemigos que sabia morir. Dos solos pensamientos le ocuparon al parecer durante el momento de silencio que siguió á la lectura de su condenacion á muerte: uno, el de acudir á la religion en su último suspiro, y otro el hacer llegar su pensamiento á la que iba á dejar sobre la tierra.

Preguntó si podian darle el consuelo de ser ausiliado por un sacerdote, pero allí no le habia. En algunos minutos pudo hacerse llegar al cura de Vincennes, pero era preciso aprovechar la noche que estaba ya muy adelantada y que debia cubrirlo todo. Los oficiales mas cercanos al condenado, le hacian señas de que era forzoso renunciar á aquel consuelo. Una voz que salió entre tinieblas de un grupo, dijo con ironía: «¿Quieres morir como un capuchino?» El príncipe levantó la cabeza con indignacion.

Entonces se volvió hácia el grupo de oficiales y gendarmes que le habian precedido, y preguntó en alta voz, si habia alguno entre ellos que quisiese prestarle el último servicio. El teniente Noirot salió del grupo y se acercó á él: su paso denotaba su intencion. El príncipe le habló algunas palabras en voz baja. Volviendose entonces Noirot hácia la tropa: «Gendarmes, dijo, ¿alguno de vosotros tiene tijeras?» Los gendarmes buscaron en sus cartucheras, y pasaron de mano en mano al príncipe un par de tijeras. Se quitó la gorra, cortó uno de los rizos de sus cabellos, sacó una carta de su pecho, se quitó una sortija del dedo, lo envolvió todo en un papel, y entregó aquel pequeño paquete, su única fortuna, al teniente Noirot, encargándole en nombre de su situacion y de su muerte, que lo dirigiese á la jóven princesa Carlota de Rohan, en Ettenheim.

Confiado de aquel modo el último mensaje del amor, se recogió un momento con las manos juntas para orar por la postrera vez, y en voz baja encomendó su alma á Dios. Luego anduvo cinco ó seis pasos para colocarse en frente del peloton cuyas armas veia brillar. Un gran farol colocado en el pretil del foso, reflejaba sobre él, y con su claridad permitia dirigir sus tiros á los soldados. El piquete se retiró algunos pasos para medir la distancia, y el ayudante dió la voz de ¡fuego!... El jóven príncipe, como si hubiese sido herido por un rayo, cayó en el suelo sin vida y sin lanzar un solo grito. El reloj del castillo daba las tres de la mañana.

Hullin y sus colegas aguardaban en el vestíbulo de la habitacion de Harel sus carruajes para volverse á Paris, y hablaban con amargura de la negativa de Savary á entregar su carta á su amo, cuando oyéndose en el foso de la puerta del bosque una detonacion inesperada, les hizo estremecer, y les dió á conocer que los jueces no deben contar mas que con su justificacion y su conciencia. Aquel estruendo les persiguió toda su vida: el duque de Enghien ya no existia.

Su perro, que le habia seguido al foso, ahullaba y se precipitaba sobre su cuerpo. Costó mucho trabajo separar de él al pobre animal, que fué entregado á uno de los criados del príncipe, y llevado á la princesa Carlota, único mensajero de aquella tumba en donde yacia el que no cesó de llorar.

XIX. Le colocaron vestido en la huesa abierta debajo de la muralla, y enterraron con él su oro, su reloj, sus sortijas, sus joyas y la cadena que llevaba al cuello: solo le estrajeron del bolsillo su diario de viaje. Hullin se le dirigió á Real para que lo entregase al primer cónsul.

Savary volvió con sus tropas á Paris antes de amanecer. El ayudante de campo, Murat, y el general Brunet testigo consternado de los sucesos de aquella noche, fué á dar cuenta de ellos al gobernador de Paris. Murat derramó lágrimas, y tuvo una especie de presentimiento de la suerte idéntica que le esperaba, tan valiente pero ménos inocente, en la playa del mar de Nápoles.

Savary, al hacer desfilar sus batallones por el camino de Paris, encontró á Real, que segun decia, iba á interrogar al duque de Enghien, y que al parecer se quedó confundido al saber una ejecucion tan pronta. Ambos corrieron, sin atravesar Paris, á la Malmaison, á dar parte de la ejecucion al primer cónsul.

Sobre esa suposicion de que Real llegó demasiado tarde á Vincennes, á consecuencia de un sueño fatal y de una confusion de órdenes mal interpretadas, se ha fundado despues un sistema de escusas, segun el cual deberia atribuirse aquel crimen á la casualidad. Ese sistema puede disculpar á Real, pero de ningun modo al primer cónsul. ¿Cómo se hubieran podido acumular tantos preparativos, y acelerar tantos instrumentos de juicio y de suplicio en una sola noche, si no se hubiera querido la condenacion y la ejecucion? ¿La vida ó la muerte del último de los Condé, arrebatado á mano armada y muerto en un foso, que iba á asombrar y sublevar á la Europa, era un acontecimiento tan insignificante en la fama y en la política de Bonaparte, próximo á subir al trono, que permitiese á un ayudante de campo como Savary, defraudar impunemente su justicia ó su clemencia? ¿Bonaparte era hombre para tolerar que sin su consentimiento se jugase con semejante sangre? Y si así hubiese sido, ¿habria aceptado tan odiosa responsabilidad? ¿Hubiera sufrido y recompensado á los autores? No; todo indica que una mano oculta apresuró la ejecucion, y que solo queria hacer pesar cierta incertidumbre sobre una casualidad que habria desconcertado su clemencia, para conseguir á un mismo tiempo el efecto de la muerte y la popularidad del perdon.

Savary fué el primero que llegó á la Malmaison. El primer cónsul, que no acostumbraba á madrugar, habia tenido el insomnio de la espera, y tal vez de los remordimientos. Al rayar el dia, ya estaba en su gabinete con su secretario Menneval. Savary le dió cuenta de lo ocurrido por la noche y del encuentro tardío de Real. Este se presentó á su vez, y refirió la mala inteligencia efectiva ó calculada, que le habia impedido llegar á tiempo á Vincennes. En lugar de la esplosion de represiones, de indignacion y de cólera, que aquella ejecucion debia producir en una alma semejante, al saber que se habia esparcido una mancha sobre su vida, y frustrado su virtud, el primer cónsul los escuchó en silencio, sin dar muestra alguna de emocion ni de sentimiento, y les dijo: «Está bien.»

Su favor no cesó de honrarles y engrandecerles despues.

XX. Al dia siguiente, en el momento en que el comandante Harel pasaba el puente levadizo del castillo para ajustar la cuenta con el hostalero de Vincennes que habia suministrado la cena al duque de Enghien, una silla de posta con cuatro caballos, en la que iban una señorita y un caballero de alguna edad, paró en la posada y preguntó si habia sido conducido el dia anterior á la fortaleza un preso de distincion. Con la respuesta que les dió el niño que habia servido al príncipe, pero que ignoraba su nombre, los viajeros bajaron del carruaje, y durante largo tiempo miraron con humedecidos ojos las torrecillas y torreones. Mas tarde se dijo que era la princesa Carlota, que desde las orillas del Rhin habia acudido á implorar gracia por el que amaba, ó á encerrarse con él en la prision. Solo llegó á Paris para saber su muerte y llorar su eterna separacion.

XXI. El primer cónsul habia dicho:—Está bien.—La conciencia, la equidad y la humanidad protestaron contra aquella satisfaccion del asesinato, que se aplaudia á sí mismo. En su testamento de Santa Elena se atribuyó aquel crimen á él solo: ¡que lo guarde todo entero!...... Hizo desaparecer millones de hombres por mano de la guerra, y la necia humanidad, parcial contra sí misma por lo que llama gloria, se lo ha perdonado. Mató á uno solo, cruel y cobardemente, en las tinieblas de la noche, por medio de la conciencia de jueces prevaricadores, y por las balas de ejecutores pagados, sin esponer siquiera su pecho, nó como guerrero, sino como asesino. Ni los hombres, ni la historia le perdonarán esa gota de sangre: se le ha elevado un sepulcro en las bóvedas construidas por Luis XIV para los inválidos, en donde las estatuas de doce victorias formadas en el granito, que constituyen uno solo con las macizas pilastras que sostienen el templo, parecen reunir los siglos en derredor de la urna de pórfido que contiene sus huesos. Pero entre las sombras, y sentada en medio de su sepulcro, hay una estatua invisible que empaña y entristece á todas las demás, la estatua de un jóven arrancado por sicarios nocturnos de los brazos de la que amaba, del asilo inviolable en que vivia con confianza, y asesinado al resplandor de una linterna, al pié del palacio de sus padres. Se van á visitar con fria curiosidad los campos de batalla de Marengo, Austerlitz, Wagram, Leipsick y Waterloo, se atraviesan con ojos enjutos, y luego se enseña en el ángulo de un muro, junto á los cimientos de Vincennes, en medio de una zanja, un sitio cubierto de ortigas y de malvas, y se dice: ¡Allí est.. ¡Se lanza un grito, y se concibe una compasion eterna por la víctima, y un resentimiento implacable contra el asesino!...

Ese resentimiento es una venganza por lo pasado, y es tambien una

leccion para el porvenir. Que los ambiciosos soldados, tribunos ó reyes, piensen que si hay genizaros para servirlos, y aduladores para escusarlos mientras reinan, hay tambien una conciencia humana despues de ellos para juzgarlos, y una compasion para aborrecerlos. ¡El asesino no tiene mas que una hora: la víctima tiene la eternidad!...

LIBRO XIII.

Los Borbones dejan la Inglaterra.—Indiferencia de la Francia y de los aliados para con los Borbones en enero de 1814.—El conde de Artois entra en Francia.—Su situacion entre los aliados.—Desembarco del duque de Angulema en España.—Sus proclamas.—Orden del mariscal Soult.—Actitud de Wellington.—Conspiracion realista en Burdeos.—Entrada del duque de Angulema en Burdeos.—El duque de Berry en Jersey.—Dualidad del partido realista en Paris.-Discusiones entre el senado y el abate de Montesquiou, comisario de Luis XVIII.—Reconocimiento de Luis XVIII como rey de Francia por el senado, el 6 de abril de 1814.—Salida del conde de Artois de Nancy.—Su entrada en Paris.—El senado le reconoce como lugarteniente del reino.—Recibimiento del senado y cuerpo legislativo por el conde de Artois.—Nombra su consejo de gobierno.—Mr. de Vitrolles.—Convenio del 23 de abril.—Diputacion del conde de Brujas y de Pozzo di Borgo á Luis XVIII.—Partida de Luis XVIII de Hartwell el 18 de abril.—Su entrada en Londres.—Su llegada á Douvres.—Su discurso al príncipe regente.—Marcha á Francia.—Desembarco en Calais.—Pasa por Boloña, Montreuil, Abbeville y Amiens.—Hace alto en Compiegne.—Diputacion de los mariscales de Napoleon.—Discurso de Berthier.—Diputacion del cuerpo legislativo.—Conferencia de Luis XVIII y de Alejandro.—El emperador de Austria y el rey de Prusia marchan á Compiegne.—Banquete de los soberanos.

I. Tal era la familia de los Borbones, con sus ancianos hombres de edad madura, sus príncipes jóvenes, sus presentes y sus ausentes, sus víctimas y sus recuerdos, que formaban parte de su nombre en el pensamiento, en la memoria de la Europa, en el momento en que Napoleon dejaba á Fontainebleau.

Los síntomas de su decadencia, y las esperanzas de su ruina no habian dejado á los miembros de aquella familia indiferentes, ni inactivos, durante la campaña de Paris. La política de Luis XVIII en Hartwell se habia preparado á disputar y recoger la herencia del trono que el imperio iba á dejar vacante. Aquel príncipe ilustrado, sufrido y codicioso de antemano del reinado que se aproximaba á él, no queria que su dinastía intentase en el continente aventuras desproporcionadas á sus fuerzas. Sabia que la suya consistia en su nombre, en el principio hereditario del poder, á que la Europa victoriosa tendria que recurrir para fundar alguna cosa análoga á ella misma en Francia. Se presentaba como un dogma, no como un pretendiente. La palabra legitimidad, que tan bien espresaba aquel principio y aquel dogma, habia sido adoptada y popularizada por Mr. de Talleyrand, pero la habia inventado Luis XVIII en Hartwell. La impaciencia del conde de Artois y de su pequeña y caballeresca corte, no se avenia á aquella lentitud. Aquel príncipe y sus amigos ardian en deseos de lanzarse en medio de los acontecimientos y de los aliados en Francia, para aprovechar las circunstancias, para volver á formar en lo interior, si era posible, un ejército de príncipes, para estrechar á los gabinetes de los soberanos coaligados en sentido de sus intereses, para disuadirles de la paz con Napoleon, y sobre todo para substituirse por cualquiera demostracion de opinion realista á la regencia de María Luisa, á la proclamacion de un segundo imperio en la persona de Napoleon II, ó á las empresas republicanas del senado, que despues de haber vendido su ambicion al despotismo, podia tratar de perpetuarla vendiéndola á la república.

II. Luis XVIII, que tenia igualmente la lijereza y el arte de reinado ó de importancia de su hermano, habia contenido, en cuanto le fué posible, con decoro, la impaciencia de pasar al continente, que devoraba el alma del conde de Artois. Aquel pensamiento era muy prudente. Los Borbones, para ser fuertes y populares en Francia, en el caso de una restauracion, necesitaban ser llamados por la nacion, como unos salvadores despues de la conquista, nó el ser presentados, patrocinados ó impuestos por mano de los conquistadores. Eso seria una mancha que se estenderia sobre todos sus reinados y que falsearia su posicion. Confundidos por la nacion con sus reveses y con los ejércitos estranjeros, pareceria, aunque injustamente, que aquellos príncipes tenian parte en sus dolores y en sus humillaciones. Pero pensamientos tan sabios y previsores no entraban en los cálculos precipitados y superficiales del conde de Artois. La política de aquellos dos hermanos era ya tan opuesta en la tierra del destierro, como debia serlo en el suelo de la patria. Se querian, pero no se asemejaban: Luis XVIII le parecia al conde de Artois un pedagogo sedentario y pedantesco, mal desimpresionado de las doctrinas filosóficas y revolucionarios de 1789, una especie de jacobino coronado. El conde de Artois á los ojos de Luis XVIII, era siempre un héroe teatral de Coblentza, un corazon bondadoso, un talento fútil, un político preocupado, un hermano comprometedor y peligroso, una edad madura sin madurez y una juventud y aturdimiento con canas. Pero la causa y las esperanzas comunes los unian y los obligaban á aparentar que convenian en sus designios. Luis XVIII no podia, pues, ejercer sobre su hermano mas influencia que la del título, de la edad y de los consejos, sin compelerle con una autoridad que hubiera ofendido y dividido á la familia ante los realistas emigrados y ante la Europa.

Entre los príncipes jóvenes, uno, el duque de Berry, parecia seguir la política acelerada y emprendedora del conde de Artois: el otro, el duque de Angulema, de espíritu modesto, reflexivo y subordinado, era obediente á las inspiraciones de su tio Luis XVIII. La duquesa de Angulema igualmente venerada de las dos cortes de Hartwell y de Londres, víctima de la revolucion, no tenia mas política que sus lágrimas y sus resentimientos contra los perseguidores de su padre. Todo lo que databa de la época de su suplicio la parecia demencia ó crímen. No se la podia escusar de unas preocupaciones, que estaban, por decirlo así, santificadas en ella por la piedad filial y por la sangre de la familia. Pero aquella princesa poseia mas que ningun individuo de su familia esa virilidad de corazon y esa intrepidez que habia recibido de las venas de María Teresa. Se esforzaba en comunicar el heroismo á su marido.

III. Luis XVIII cedió, mas bien que consintió con conviccion, á las instancias del conde de Artois y sus sobrinos para dejar la Inglaterra, y para aventurarse en el continente en el cúmulo de acontecimientos que la coalicion iba á producir en la Francia. El gobierno británico concedió pasaje á aquellos príncipes á 14 de enero de 1814 en buques de guerra. Partieron con la vaga esperanza de volver á encontrar un trono, entre los restos que la política y la guerra iban á esparcir por su país. Entonces no eran llamados por ningun partido. La Vendée dormia, el Mediodia esperaba, la opinion estaba en espectativa, el centro se armaba y el ejército se batia. Paris dominado por la corte imperial, por los funcionarios, por la policía y por la guardia nacional, pueblo armado indiferente á las cuestiones del trono, adicto al patriotismo y al órden, no ofrecia ninguna probabilidad, de hacer demostraciones en favor de la dinastía olvidada. Unicamente se comenzaba á murmurar, acá y allá, el nombre de aquella raza desterrada que en otro tiempo habia gobernado el pais y que aparecia en la lontananza de los sucesos que amenazaban, como una resurreccion, ó como la última posibilidad de la Providencia. Apenas algunos corresponsales tímidos de Luis XVIII le daban de cuando en cuando noticias generales sobre el estado de los ánimos. En algunos salones de Paris y algunos palacios, se lisonjeaban misteriosamente con la restauracion de la dinastía de sus corazones. Urdíanse algunas tramas realistas con mas ilusion que realidad: eran mas bien intrigas que conspiraciones, sueños mas bien que empresas, esplotados por la importancia y por la vanidad de algunos aventureros de opinion. Hé aquí á la Francia en 1814. Los ejércitos estranjeros no ofrecian tampoco mas garantías á los proyectos de los tres príncipes de la casa de Borbon: iban a jugar un albur.

IV. El conde de Artois y sus dos hijos se repartieron el continente y las diferentes fronteras de la Francia. El conde de Artois resolvió lanzarse en medio de los ejércitos ruso, austriaco y prusiano, que amagaban el Norte y el Este de la Francia. Envió á su hijo primogénito el duque de Angulema á España, para que acompañase al ejército anglo-español y avanzaba al Mediodia y al Oeste. El duque de Berry, su segundo hijo y el mas temerario en sus resoluciones, se dirigió á la isla inglesa de Jersey, para pasar á una barca, y abordar á Normandía, en donde, segun las noticias pueriles y falaces de los agentes realistas de Hartwell, encontraria á su desembarco un ejército de cincuenta mil hombres ya regimentados, en cuyas filas ondeaba la bandera blanca. La tierra estranjera hace siempre crédulos á los pretendientes, porque

la esperanza de volver á ver la patria, forma siempre la mitad de las ilusiones que sus interesados agentes les hacen concebir.

V. El conde de Artois desembarcó en Holanda con una pequeña corte que se fué aumentando en el camino, y se componia de MM. Trogoff, de Wals, de Escars, de Polignac, de Bruges y su consejero mas asiduo el abate Latil: remontó el Rhin por la orilla alemana, y penetró en Francia por la Suiza. En ninguna parte se anticipó á la invasion austríaca: los generales de aquel ejército ni le opusieron obstáculo ni le ausiliaron: le dejaron entrar en las poblaciones que ocupaba, desapercibido como un simple emigrado. Intimidado el pueblo con la invasion estranjera, no hizo demostracion alguna á su paso. Algunos nobles en corto número y con estremada circunspeccion, fueron acudiendo uno á uno desde las ciudades y provincias inmediatas á presentarle su fidelidad y á ofrecerle planes de poblaciones imaginarias indiferentes hasta allí á su nombre. Despues de una corta permanencia en Pontarlier se trasladó á Vesour. El recuerdo de las dudosas intrigas en Fauche-Borel y Pichegrú, le hacian creer que los departamentos del Franco-Condado se levantarian á su aproximacion con el doble fanatismo del catolicismo español y del realismo emigrado. El príncipe se desengañó tristemente desde los primeros pasos: veíanle pasar con la mayor indiferencia. Los comandantes austriacos le disputaron las puertas de Vesour: solo le permitieron entrar como simple viajero, y se le prohibió tomar ningun título que pudiere prejuzgar la cuestion del trono en Francia. Algunas visitas que recibió en una fonda de la ciudad, fueron la única acogida de la poblacion. El congreso de Chatillon, que negociaba todavía con los plenipotenciarios de Napoleon, enfriaba los ánimos y hacia que reinase la soledad en derredor de un príncipe, que podia ser monarca hoy y proscripto mañana.

VI. Esperó mas de los ejércitos rusos que ocupaban la Lorena, y les pidió proteccion franca y apoyo para su causa. Los generales rusos eludieron con dureza su pretension: pero concluyeron por autorizarle para que fuése á Nancy, pero solo, sin escarapela, sin condecoraciones y sin mas título político; con condicion de que no se habia de alojar en ningun edificio público. El conde de Artois así desnacionalizado marchó á Nancy. Allí recibió hospitalidad en casa de un simple ciudadano, estableció un pequeño centro de negociaciones secretas con los generales de las potencias, y de maniobras mas tenebrosas con los ambiciosos descontentos de la sociedad de Mr. de Talleyrand, y con algunos realistas de París. El baron de Vitrolles fue el agente mas activo, el mas persuasivo é intrépido de aquella corte errante. Penetró hasta el emperador Alejandro; infundió en el ánimo de aquel príncipe la fe de una inmensa causa realista, que no existia mas que en sus deseos. Minó en su alma y en la de sus ministros la idea de la omnipotencia de Napoleon en el corazon de los franceses; corrió desde París á Nancy, desde Nancy á Saint-Dizier, desde el conde de Artois á Mr. de Talleyrand, de Mr. de Talleyrand á Foucher, de este á los realistas, de los realistas á los republicanos, insinuando á estos una mision, arrancando á aquellos una palabra, interpretando aquí el silencio, el lenguaje, arriesgando su libertad por los caminos entre los dos ejércitos, y primero importuno, bien pronto útil, á la vez necesario á todos, llegó á reunir casi en sí solo los hilos de una triple negociacion realista, de que habia tomado la iniciativa con su activa y temeraria resolucion.

VII. El conde de Artois desanimado, y próximo á ser envuelto en Nancy por el ejército francés, temiendo la suerte del duque de Enghien, se preparaba á salir otra vez de Lorena cuando Mr. de Vitrolles fué á suplicarle que no violentase la fortuna y se mantuviese en la línea de los acontecimientos, aun á costa de algunos riesgos y humillaciones. Comunicó al príncipe la resolucion atrevida y decisiva, que los consejos de Pozzo di Borgo y los suyos habian hecho tomar al emperador y á Blucher de marchar á todo evento y directamente sobre París. El príncipe no debia esperarlo todo de una capitulacion de París, arrancada en ausencia del emperador, del embarazo de los soberanos en proclamar un gobierno para la Francia, del celo de sus amigos, de la hábil connivencia de Mr. de Talleyrand, de la complicidad de Foucher, del cansancio del pais, de la impaciencia de venganza del partido republicano, pronto á transigir con una constitucion liberal, y en fin, de la movilidad de la Francia.

VIII. El conde de Artois permaneció y se fué aproximando paso á paso á la capital á medida que los estranjeros le abrian el camino. Monsieur de Vitrolles, detenido un momento por los franceses, y fugado despues, volvió á París y no cesó de tener á su nuevo amo al corriente de las sordas maniobras que urdia por su causa, con los allegados de Mr. de Talleyrand, con los republicanos y con los realistas de la alta aristocracia del arrabal de San German. Mr. de Vitrolles tuvo arte para hacer creer al ejército de los aliados que era el representante de una fuerza interior irresistible, y á los diferentes partidos de la capital, que tenia la palabra de las potencias en favor de los Borbones. Fue el emprendedor múltiple de tres ó cuatro conspiraciones que fraguó el solo. Él las concibió, él las anudó y las combinó; y despues de haber persuadido á todos que existian, las dejó abandonadas á los acontecimientos que no podian menos de favorecerlas. Fué la conspiracion de Malet con los ejércitos de la Europa detrás de ella, para dar realidad á los sueños de tres hombres que del seno de una prision habian sepultado al imperio y supuesto un gobierno.

IX. El duque de Angulema se encontraba poco mas ó menos en la misma perplejidad en la frontera de España. Habia desembarcado en San Juan de Luz con algunos ayudantes de campo, y seguia el flujo y reflujo del ejército inglés sin que lord Wellington le diese fuerza ni le alentase. Desde el cuartel general de aquel ejército, el jóven príncipe lanzaba proclamas á los Pirineos y al litoral del Océano. «He llegado, decia, estoy en Francia, vengo á romper vuestras cadenas y á desplegar la bandera blanca. Unámonos, franceses, y marchemos juntos á derrocar la tiranía. ¡Mi esperanza no quedará defraudada: soy hijo de vuestros reyes, y vosotros sois franceses!...»

El mariscal Soult, que mandaba el ejército francés opuesto al de Wellington, contestaba á aquellos medios de enganche con alocuciones á sus tropas, que rechazaban con desdeñosa indignacion aquellas provocaciones á la defeccion del ejército.

«¡Soldados... les decia el teniente todavía fiel de Napoleon, el general que manda el ejército contra el cual nos batimos diariamente, tiene la imprudencia de provocaros á la sedicion! ¡Habla de paz y os llama á la guerra civil!... ¡Tiene la infamia de escitaros á que hagais traicion á vuestros juramentos al emperador! ¡Esta ofensa solo puede vengarse con sangre! ¡A las armas!... ¡Condenemos al oprobio y á la execracion pública á todo francés que favorezca los insidiosos proyectos de nuestros enemigos! ¡Combatamos hasta el último enemigo de nuestro augusto emperador y de nuestra patria!... ¡Odio á los traidores!... ¡Guerra á muerte á los que intenten dividirnos!... ¡Contemplemos los prodigiosos esfuerzos de nuestro grande emperador y sus señaladas victorias, y muramos con las armas en la mano, antes que sobrevivir á nuestro deshonor!»

X. Aquellas quejas de Soult contra Wellington eran injustas. El general inglés permanecia inflexible á las exigencias de los amigos del duque de Angulema, y se negaba con prudente y severa lealtad á reanimar la causa de los Borbones, por temor de tener que abandonarla despues de haberla comprometido. La correspondencia secreta de aquel general con su gobierno, con los conjurados de Burdeos y con el mismo duque de Angulema, revelada despues, manifiesta una probidad de carácter, y una reserva de promesas que honran su mando. Wellington era en la frontera del Mediodía, el general del gobierno inglés. Este gobierno era el que ménos comedimiento tenia que guardar con el emperador. La insurreccion de los Pirineos, de Burdeos y de Tolosa, podia servir eficazmente á sus planes militares. La bandera blanca enarbolada en las provincias, bajo la confianza de que la Inglaterra apoyaria aquella causa, podia quitar departamentos enteros y aun cuerpos de ejércitos al mariscal Soult. Wellington no quiso comprar aquellas ventajas á precio de mentiras, ni aun de reticencias acerca de sus verdaderas intenciones. No queria esponer á los realistas á provocaciones de insurreccion, que despues los entregarian á la venganza de Bonaparte. No cesó de escribir á su gobierno, disuadiéndole de aquellas incitaciones al realismo. «Veinte años han trascurrido, decia al primer ministro, desde que los Borbones han abandonado la Francia. Estos príncipes son mas desconocidos á ella, que los de cualquiera otra casa real de Europa. Indudablemente es necesario para la paz del mundo, el que la Europa espulse á Bonaparte, pero importa muy poco que sea reemplazado por un príncipe de la casa de Borbon, ó por cualquiera otro de una casa coronada.» No escribia con ménos franqueza y severidad al duque de Angulema, prohibiéndole toda palabra que pudiera presentarle á las poblaciones francesas como apoyado por él.

XI. Durante cinco meses enteros, el duque de Wellington permaneció obstinado en la misma frialdad, y el duque de Angulema, en los puestos avanzados con el mismo desaliento. El ejército inglés calculaba sus pasos hácia Burdeos, por los progresos que las armas de Alejandro y de Blucher hacian en el norte. El genio infalible de Wellington, fué siempre y por todas partes la prudencia. Avanzar poco, no retroceder jamás, morir en la posicion tomada, y no dejar á la fortuna mas que sus azares, es la grandeza de ese Aníbal ingles. Burdeos le llamaba en vano: no le escuchaba.

Aquella gran ciudad estaba impaciente por sacudir el yugo de Napoleon: Burdeos era simultáneamente la ciudad de los girondinos y de los

vendeanos. Revolucionaria, liberal, intelectual como los amigos de Vergniaud; real, entusiasta, temeraria como Charette y la Rochejacquelein, era el nudo del Oeste y del Mediodía. Burdeos era además una ciudad comerciante, la mayor escala de las colonias francesas, y el puerto de la marina mercante, estancada entonces en sus aguas; esportaba para Lóndres y la Bélgica los vinos de la Gironda, é iba á buscar á Santo Domingo los ricos cargamentos de azúcar y café. Por todos estos títulos, Burdeos era la ciudad de oposicion al gobierno de Bonaparte. Aquel gobierno de guerra y de despotismo, habia muerto el pensamiento, acriminado la elocuencia, mutilado la libertad, vendido la Luisiana, despreciado ó perdido las colonias, cerrado los mares, aniquilado el comercio marítimo, y reducido á Burdeos á la penuria y la humillacion. Todas las clases de la poblacion, marinos, comerciantes, abogados, agricultores; todas las opiniones, revolucionarias ó realistas, profesaban allí el mismo odio á la férrea dominacion de Napoleon. Burdeos aspiraba á la caida de su despotismo como á su propia resurreccion. Ninguna ciudad podia escogerse mejor para centro de una conjuracion sorda, y para foco de una esplosion decisiva contra un imperio que pesaba sobre las afecciones en la Vendee, sobre las opiniones en la Gironda, y sobre los intereses del litoral de toda aquella costa bloqueada del Océano.

XII. Aquella conjuracion se habia organizado desde los desastres de la Rusia, entre un corto número de habitantes de Burdeos de todas clases, y algunos nobles vendeanos. Aquellos conspiradores á cara descubierta, no necesitaban confiar sus secretas miras á la multitud. Estaban seguros de que les seguiria por sí misma el dia que conviniese que estallase. Los corazones de la generalidad, conspiraban casi unánimemente. La guerra nacional no tenia mas que mudar su bandera, para ser el ejército de una sublevacion. Las autoridades municipales de la ciudad y Mr. Linch, maire de Burdeos, se entendian con Mr. de la Rochejacquelein, hermano del héroe de la Vendée, y con los emisarios del duque de Angulema. ¡Cosa estraña!... el mismo general inglés era el que comprimia la esplosion de Burdeos; el comité realista de aquella ciudad, le habia enviado muchas diputaciones, solicitando que avanzase con confianza y ocupase la ciudad. Se negó á ello. Lord Beresford, general de su vanguardia, recibió por fin órden de aproximarse á la ciudad, pero al mismo tiempo, lord Wellington le encargó severamente que se abstuviese de toda escitacion á la insurreccion contra el gobierno imperial, y de todo compromiso con la causa aventurada de los Borbones. Lord Beresford, mas seducido que su general por las instancias del duque de Angulema, y por el entusiasmo de Burdeos, se aproximó con quince mil hombres á la ciudad, y toleró la presencia del duque de Angulema en su cuartel general. Al acercarse, estalló la conspiracion. El comisario de Luis XVIII, Mr. de Saint-Germain, se dirigió acompañado de toda la juventud realista del pais, á la casa de ayuntamiento, confirmó al maire Mr. Linch, y al consejo municipal en sus funciones, que llegaban á ser soberanas, por ausencia de las autoridades imperiales que habian huido. Recibió sus juramentos al rey.

Al dia siguiente, 12 de marzo, siguiendo á sus magistrados, fué á presentarse al duque de Angulema, que avanzaba con el ejército inglés. Las autoridades, al verle, arrancaron los signos del imperio, que hasta entonces habian llevado, las arrojaron al suelo, y enarbolaron la bandera blanca. «Tened, cuidado, les dijo Beresford, os perdeis tal vez repudiando á Napoleon. Todavía se negocia con él en el congreso de Chatillon. Pero vosotros sois los amos; vuestras resoluciones no me incumben: tomo posesion de vuestra ciudad en nombre de las potencias beligerantes.»

XIII. El duque de Angulema marchaba aislado á cierta distancia de las columnas inglesas rodeado de la juventud de Burdeos y de la Vendée. Aquel acompañamiento, entusiasmó á la poblacion con los gritos de ¡*viva el rey*! El duque respondia á las aclamaciones del pueblo, con las promesas que mas halagaban al pais: «¡Nada de guerra! Nada de conscripcion! Nada de impuesto sobre los vinos!» La bandera blanca enarbolada repentinamente en todos los edificios públicos, y que ondeaba en los balcones de todas las casas, sabido el regreso de la dinastía desterrada. Mr. Lainé, á quien su valor y la cólera de Bonaparte habian grangeado el aprecio y la popularidad de la Gironda, hombre que agradaba á los republicanos por sus opiniones, á los realistas por su odio á la tiranía, y á todos por su elocuencia y su virtud, fué investido de la autoridad soberana en nombre de la revolucion consumada. Aquel golpe conmovió al Mediodía, y rechazó en el interior del imperio.

XIV. Pero no alteró á lord Wellington. En vano provocaron á este general Mr. Linch, el duque de Angulema y los realistas de las dos provincias, se negó á tomar bajo su responsabilidad los movimientos voluntarios, que le suplicaban sostuviese enviando algunas tropas á las provincias sublevadas. Reprendió á lord Beresford lo complaciente que habia sido con la causa realista. Rechazó con inflexibilidad las pretensiones del duque de Angulema: «Contra mi opinion y mi modo de ver contestó aquel príncipe despues del 12 de marzo, estas personas de la ciudad de Burdeos han creido conveniente proclamar rey á Luis XVIII. Esas personas no se han tomado ningun trabajo, no han suministrado un óbolo, ni levantado un solo soldado para sostener su causa, y ahora porque se ven en peligro, me acusan de no ayudarlas con mis tropas, no se si traspaso la línea de mis deberes prestando á vuestra causa la menor proteccion y apoyo... es necesario que el público sepa la verdad. Si de aquí á diez dias, no habeis desmentido la proclama del maire de Burdeos, que me atribuye el deber de proteger la causa de los realistas, la desmentiré yo mismo públicamente.» Pero mientras que lord Wellington se conducia con tanta severidad, los acontecimientos de París impulsaban á la Francia y á los aliados á derrocar completamente el imperio.

En cuanto al duque de Berry, desengañado bien pronto de la supuesta insurreccion de Normandía que debia salirle á recibir á la ribera y conducirle en triunfo hasta las puertas de París, se quedó en el peñasco de Gersey, á vista de la Francia, temiendo un lazo de la policía de Bonaparte, en cada nueva insinuacion de desembarco que recibia del Oeste, sosteniendo una correspondencia insignificante con los agentes subalternos del realismo en París. No salió de la isla ni corrió á París hasta que la revolucion estuvo consumada y sentado en el trono su tio Luis XVIII.

XV. Hemos dejado fluctuante á París, despues de la entrada de los aliados, entre los diferentes partidos que la caida irremediable y universalmente aclamada entonces de Napoleon dejaba á la Francia. Hemos visto al pequeño número de realistas que habia salido de las grandes familias ó de los salones literarios y liberales de la capital, reunirse en los baluartes el dia de la entrada de los soberanos, pronunciarse por la vuelta de los Borbones, y afanarse, sin oposicion y sin apoyo, por parte de la poblacion, igualmente desafecta al Imperio que en hacer creer en su fuerza á los estranjeros por la energía de su entusiasmo. Despues cada hora fueron adquiriendo mas consistencia y audacia. París y la Francia se encontraban en uno de esos momentos de postracion y de fluctuaciones, frecuentes en la vida de las naciones, en que algunas manos activas, intrépidas y concertadas, bastan para imprimir un impulso inesperado y general á las cosas.

Mr. de Talleyrand, el abate Luis, el abate de Pradt, arzobispo de Molinas, capellan del emperador, adulador, luego insultador de aquella fortuna, carácter ingenioso, turbulento, y que en su versatilidad no se respetaba á sí mismo; Mr. de Vitrolles, el duque de Alberg, Mr. de Jaucourt, los propietarios del *Diario de los Debates*, Laborie, insaciable de intrigas; los dos Bertin, amigos de Mr. de Chateaubriand, habituados desde 1789 á las peripecias revolucionarias, y de una superioridad de táctica y de talento que les hacia unos verdaderos hombres de Estado de la opinion; el abate de Montesquiou, el mismo Mr. de Chateaubriand, que con una página hacia inclinarse entonces al destino; Mateo de Montmorency, gran nombre y grande alma; Sosthene de la Rochefoucauld, su yerno, adicto hasta la pasion; todo el partido de Mad. de Stael; algunos gefes del partido republicano que habian sobrevivido á la tiranía en el Senado; la jóven aristocracia, y la jóven literatura, ansiosas de precipitarse con la impetuosidad de la edad y de la sangre en las novedades con nombres antiguos; y en fin, el partido siempre madrugador de los hombres que miran de que parte sopla el viento y que se apoderan de las primeras horas de un reinado para ocupar las avenidas del favor y del poder, eran los principales motores del movimiento favorable á la restauracion.

Sin embargo, dos campos se divisaban ya en el partido realista: el de los que querian llamar a los Borbones como amos, y el de los que querian admitirlos con condiciones y obligarles á que asociasen á su reinado á los hombres del Imperio, el Senado y los principales constitucionales, para que su regreso no fuese ni la ruina de su fortuna política, ni la apostasía de la revolucion.

XVI. Este último partido que dirigia Mr. de Talleyrand y al que conseguia hacer que se inclinase el emperador Alejandro, contenia de intento el impulso de la opinion realista, y negociaba unas veces abierta y otras secretamente con Luis XVIII, que todavía estaba en Hartwell, para obtener de el garantías y concesiones. Se apoyaba en la sombra de aquel Senado, arruinado de antemano en el espíritu de la nacion, y que en vano se esforzaba en conquistar un poco de aprecio, interponiéndose como representante de las libertades que habia vendido, entre el monarca y el pueblo. Era demasiado evidente que no representaba mas que su propia ambicion, y todas las ignominiosas bajezas del reinado de Napoleon. La hipocresía del Senado en aquel momento supremo no era mas

que otra bajeza que le envilecia en vez de popularizarle en el pais. La constitucion que reclamaba como condicion del llamamiento de los Borbones, no era mas que la estipulacion de sus sueldos y honores. Habia vendido la libertad y queria volverla á vender: el pueblo no se engañaba. Solo cuatro ó cinco grandes caractéres se habian hecho en aquel cuerpo superiores á la corrupcion general, y procuraban encontrar entre las ruinas del imperio, algunos cimientos de la antigua libertad.

XVII. El Senado preparó en algunos comités, las bases de la declaracion de principios que queria hacer aceptar preliminarmente á todo gobierno, todavía no nombraba á los Borbones. Queria antes de nombrarlos, que Luis XVIII se esplicase y declarase con qué títulos y condiciones reivindicaba el trono. El abate de Montesquion, comisario confidencial de aquel príncipe en el senado y en el gobierno provisional, insistia en que los senadores reconociesen desde luego al rey. Mr. de Talleyrand fluctuaba, daba palabras á los dos partidos, aconsejaba resistencias á estos, concesiones á aquellos y era necesario á todos. En comunicacion diaria con los senadores, en correspondencia secreta con Hartwell, en relaciones mas mesuradas con el conde de Artois en Nancy, por medio de Mr. de Vitrolles, en intimidad con el emperador Alejandro, con Pozzo di Borgo, Mr. de Nesselrode y Mr. de Metternich, arrastrado por los acontecimientos y variando con las horas solo era fiel á un interes, el de su importancia y su porvenir. La narracion de aquellos dias que transcurrieron en Paris entre la caida de Napoleon y la entrada de los Borbones, no seria otra cosa que la narracion de las fluctuaciones de aquella larga y fastidiosa intriga para hacer creer á los Borbones que el senado tenia el poder de conceder el imperio, y al senado que los Borbones entraban en composicion con él. Nada de todo esto era cierto. Los Borbones tenian que transigir para ser duraderos con el espíritu del siglo, que salia jóven é impaciente de entre los restos del derrocado despotismo. Pero un movimiento irresistible impedia á la Francia hácia ellos por el sentimiento de su necesidad. No dependia del senado el detener aquel movimiento, como tampoco dependia de Mr. de Talleyrand el acelerarle. Napoleon era la antipatía de la Europa, la república era el terror de las aristocracias y de los tronos, la regencia de María Luisa era la tela del Austria. El duque de Orleans, desconocido entonces, era una usurpacion de familia, la mas sospechosa y peligrosa de todas las usurpaciones para las dinastías. La particion de la Francia era el crímen contra las nacionalidades, un crímen imposible. La necesidad de paz, la impaciencia de librar al territorio de la ocupacion estranjera, el disgusto de la gloria, la aniquilacion de la riqueza y de la poblacion, la influencia de los gabinetes estranjeros que no encontraban sérias garantías de reconciliacion sino en los príncipes legítimos, la imposibilidad de dejar indefenso un pueblo conquistado, los recuerdos, los terrores y las esperanzas, todo conducia á la Francia política á la restauracion. El ejército no resistia, y sus gefes adoptaban á los nuevos príncipes. Los hombres se vanaglorian de la obra de Dios, cuando pretenden haber creado semejantes movimientos. No hacen mas que seguirlos: la accion individual desaparece en esas grandes impulsiones instintivas de las épocas y de los pueblos. Los Borbones en 1814, podian llamarse la Providencia. Volvian hácia todos y contra todos, con el reflujo de una revolucion, que habia concluido su círculo de vicisitudes y desbordamiento.

XVIII. Las discusiones de un pacto entre la nacion y los Borbones, entre Mr. de Montesquion y los senadores, no fueron mas que las puerilidades dogmáticas de un cuerpo que nada representaba, y de un ministro que no representaba mas que sombras. Versaron sobre el preámbulo de una revolucion que declarase, que era obra de la nacion ó el don de la corona. Por lo demás, estaba de acuerdo en la naturaleza de las instituciones de que debia rodearse la nueva monarquía. El sistema representativo dividido en dos cámaras, la libertad de cultos, del pensamiento de discusion, que habia llegado á ser el derecho comun de las monarquías constitucionales, eran igualmente admitidos por los dos partidos. Cada uno cedió algo, nó en los principios, sino en los términos Encubriéronse con la vaguedad ó la reticencia los artículos en que no estaban de acuerdo. Con auxilio de esas composiciones mútuas de Mr. de Montesquion y del senado, éste llamó el 6 de abril, «al trono de Francia á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y despues de él á los demás miembros de la familia de los Borbones segun el órden antiguo.»

Pero en la misma carta que Mr. de Montesquion dirigió á Hartwell participando al rey el acta del senado, prevenia de antemano á aquel príncipe contra el carácter obligatorio de la constitucion que se le imponia. «Esa constitucion, decia á su amo, no puede ser un obstáculo para vos, ¿dónde están los títulos, dónde el mandato del senado? Publicad al entrar en Francia un real decreto y conceded vos mismo privilegios á la nacion. Tratad, nó con ese senado despreciable, sino con algunos de sus miembros accesibles á todas las promesas de ventajas personales. La nacion quiere lo antiguo.»

XIX. Luis XVIII, con la circunspeccion que caracterizaba su política, dejaba sábiamente que se gastasen en Paris aquellas intrigas impotentes, seguro de antemano de recoger el fruto del cansancio general, y de dictar condiciones que su presencia prematura le hubiera obligado á consentir. Aguardaba, reflexionaba, discutia consigo mismo ó con sus favoritos, y aplazaba su ambicion. Seguro del trono, parecia gozar con su perspectiva, sin apresurarse á acercarse á él: se hacia desear como una solucion y esperar como un misterio. Sabia que la impaciencia de cada dia aumentaba su fuerza y que el impulso de la nacion hácia él, seria igual á la perplejidad en que se consumia.

XX. Las disposiciones del conde de Artois eran enteramente contrarias. Aquel príncipe creia que era necesario sorprender á la nacion en vez de esperar. Menos inteligente que su hermano, se imaginaba que el movimiento de la Francia hácia los Borbones, era una pasion y no una razon. Se lisongeaba de que su presencia conduciria aquella pasion hasta el delirio, y que conquistaria la Francia con una mirada. Los que le rodeaban y sus corresponsales de Paris, le mantenian en esta ilusion. Veian en él al representante de la aristocracia y de la dignidad real segun sus corazones, el príncipe de su juventud, el Cárlos II de sus sueños, y el carácter incorruptible para las novedades. No consideraban á Luis XVII mas que como un príncipe, el conde de Artois era por sí solo á sus ojos la restauracion.

Seducido aquel príncipe por las adulaciones del partido aristocrático que le habia rodeado desde su juventud, se daba mas importancia y movimiento de la que convenia á un príncipe de segundo rango. Habia tomado, como para rejuvenecer su antiguo papel durante la emigracion, el título de lugarteniente general del reino, que Luis XVIII le dejaba por tolerancia, pero que no le habia dado. Aquel título, medio usurpado, medio concedido, atribuia al conde de Artois todas las funciones y determinaciones reales en ausencia de su hermano. Luis XVIII no veia aquella omnipotencia ejercida en su nombre y sin su consentimiento, sin recelos ni inquietud. Temia que consejos interesados y ambiciosos, hiciesen afectar al conde de Artois una autoridad sobre la opinion, que mas tarde molestaria á su propio reinado. Temia que su hermano despopularizase de antemano su regreso con algunos actos ó palabras que ofendiesen el espíritu nuevo. Confiaba en su conciencia, pero nó en su talento ni en su solidez. Pero lo que temia sobre todo era que el conde de Artois fuese supeditado por las influencias eclesiásticas y su infatuacion por la nobleza emigrada. Luis XVIII sabia bastante de la Francia para comprender que la libertad de cultos y la igualdad de las condiciones eran las dos pasiones de la revolucion, que habian sobrevivido al terror y al despotismo, y que presentar á la Francia á la casa de Borbon entre un obispo reclamando los privilegios de sus altares y un noble reclamando los privilegios de su nacimiento, era introducir dos sombras funestas en los primeros pasos de la revolucion.

XXI. Poco seguro el conde de Artois del recibimiento que tendria en Paris, habia permanecido hasta entonces en Nancy. Mr. de Talleyrand, viendo que la indecision calculada del gobierno provisional, no podia prolongarse, y que la opinion comenzaba á quejarse de que sacrificaba los intereses de la Francia á los del senado, abandonó secretamente la causa de aquel cuerpo, y escribió por fin por medio de Mr. de Vitrolles al conde de Artois suplicándole fuese á encargarse del gobierno en calidad de lugarteniente de su hermano. Aquel príncipe se puso en marcha al momento: atravesó la Lorena y la Champaña entre el entusiasmo de las poblaciones que veian en él un libertador, y á los gritos de paz y de abolicion de la conscripcion y de los impuestos. En el camino recibió el proyecto de constitucion votado por el senado como condicion del reconocimiento de su poder, se desdeñó de contestar á aquella acta ó discutirla. Pensó y con razon, que la desacreditada voz del senado, seria sofocada á su entrada en Paris por las reclamaciones del pueblo que reconoceria en él al heredero de un trono anterior.

Cuando llegó al palacio de Livry, á las puertas de Paris en casa del conde Cárlos Damas, uno de sus oficiales, recibió la visita de Mr. de Talleyrand. Este habia encargado á Mr. de Chaiseul una nota del gobierno provisional, en que le indicaba con qué títulos seria investido del poder al entrar en el palacio de sus padres. «Las pretensiones del senado, decia Mr. de Talleyrand, son inadmisibles: el hermano del rey y su representante, no pueden dividir la autoridad con una comision del senado. El ejercicio puro y simple de la autoridad de lugarteniente general es peligroso. El gobierno propone que el hermano del rey sea nombrado por un decreto del senado, jefe del gobierno provisional.» El príncipe no se detuvo por aquel compromiso, no contestó. La impacien-

cia de Paris exaltada por los realistas, de que participaba el pueblo que no comprende nunca mas que las ideas sencillas, le abria las puertas á pesar del senado y de los escrúpulos del gobierno provisional. La multitud se precipitaba hácia Livry para ver al príncipe. Mr. de Talleyrand, el gobierno, las autoridades, las corporaciones constituidas y los mariscales se dejaban guiar por uno de esos impulsos que ninguna política puede domar y contener. El presidente del gobierno provisional recibió al príncipe en la barrera de Bondy. Las palabras que se cruzaron entre Mr. de Talleyrand y el príncipe, fueron vagas como meras congratulaciones. Nada prejuzgaba acerca de las condiciones propuestas entre el príncipe y el pueblo, bien fuesen desechadas ó aceptadas. El conde de Artois fué recibido en calidad de Borbon y conducido á las Tullerías como á casa de sus padres.

XXII. La alta nobleza y los principales ciudadanos de Paris acudieron á caballo á la barrera, para acompañar al hermano del rey. Los Damas, Luxembourg, Crillon, Mortemart, Rohan, Montmorency confundidos con los generales y mariscales del imperio, Ney, Marmont, Oudinot, Moncey, Kellermann Nansouty, precedian ó seguian al príncipe: unos, como el mismo conde de Artois, adornados con la escarapela blanca: otros llevaban todavía la tricolor con que habian combatido. La guardia nacional á caballo, que acababa de formarse espontáneamente, se habia adornado la víspera con aquel signo agradable á los Borbones. Blandia sus sables por encima la multitud, á los gritos de ¡ *Viva el rey*!.... El conde de Artois era objeto de todas las miradas y de todos los entusiasmos. Aquel príncipe montaba con gracia un caballo magnífico. Conservaba á pesar de los años, y de las huellas de un largo destierro, esa serena hermosura de su fisonomía, y esa dulce altivez de espresion, unida á la apariencia de vigorosa juventud, que hacian se le mirase como el ídolo de la corte, y el modelo esterior de la aristocracia. Tenia todos los dones que atraen las miradas, y que conmueven el corazon de la multitud. La restauracion de una familia real ausente no podia presentarse de un modo mas gracioso é imponente. El nombre de Borbon, la tristeza del destierro, la alegría de la vuelta, la sombra de Luis XVI su hermano, le rodeaban de un respeto, de un prestigio, de un enternecimiento de recuerdos, que hacian que todas las cabezas se inclinasen ante el. Sus amigos hacian circular entre la multitud una palabra que no habia dicho, pero que habia sido admirablemente inventada para abrirle los corazones y prepararle los aplausos. «Vuelvo á ver á mi pais y soy feliz. Nada ha cambiado en Francia; no hay sino un francés mas.»

Por entre las oleadas del pueblo se dirigió hácia la catedral, para dar gracias al Dios de sus padres, antes de volver á pisar el umbral de su palacio. Todo Paris le acompañó hasta las Tullerías. En el momento en que echaba pié á tierra en el patio, se desarrolló en la parte mas elevada del edificio el pabellon blanco. El príncipe volvió á ver con un júbilo mezclado de lágrimas sus habitaciones y sus jardines, llenos á sus ojos de la grandeza de su raza, de las gracias de la reina, de las angustias, de la muerte y del cautiverio de Luis XVI, de los tumultos de la Convencion, y de los trofeos del Imperio. Al volver á entrar en la mansion paternal, la hallaba vacía de todos los suyos, y llena de las dificultades, de los peligros y de las catástrofes del trono. Entre semejante vuelta y un eterno destierro, no se sabe qué hubiera preferido el corazon de un hombre vulgar. El corazon del príncipe se distrajo bien pronto de la naturaleza, por las exigencias de los partidos, los cuidados del gobierno, y los opuestos consejos de la revolucion y de la contrarevolucion, como tambien por las perspectivas de la ambicion.

XXIII. El emperador Alejandro, que hasta entonces habia habitado el palacio de Mr. de Talleyrand y pronunciado en última instancia las medidas del gobierno provisional, dejó al instante aquella residencia del gobierno, y fué á habitar, como simple general estranjero, el palacio del Elíseo. Fué á visitar al conde de Artois á las Tullerías, donde ambos príncipes conversaron sin testigos. El emperador Alejandro, convencido ya por Mr. de Talleyrand y por los hombres del imperio, aconsejó al príncipe las transacciones constitucionales, únicas que podian hacer popular y durable la restauracion. El senado, vencido por la exaltacion popular, se presentó en palacio y reconoció el título de lugarteniente general del reino. El conde de Artois contestó con promesas vagas de constitucion, pero sin comprometer formalmente á su hermano. El discurso que leyó á la diputacion del senado, redactado por Foucher en casa de Mr. de Talleyrand, y exijido por el emperador Alejandro, encerraba el testo de todas las libertades y garantías nacionales, reivindicadas por el partido republicano que habia llegado á ser el partido liberal.

El mismo dia recibió á los miembros del cuerpo legislativo que se hallaban en Paris. El presidente de aquella asamblea Felix Faulcon, omitió en sus palabras al príncipe todo cuanto podia asemejarse á una intimacion ó á una condicion de garantías constitucionales. El conde de Artois, frio con el senado, fué cordial con el cuerpo legislativo. Aparentó ver en los miembros de la representacion nacional los verdaderos órganos del pais.

XXIV. Tres dias despues el conde de Artois compuso su gobierno, que era una prolongacion del provisional y tomó la forma de un gran consejo de estado reunido en rededor del príncipe para ayudarle con sus consejos y administrar en su nombre. Aquel consejo de gobierno se componia de Mr. de Talleyrand, del mariscal Moncey, del mariscal Oudinot, del duque de Alberg, del conde de Jaucourt, del general Bernonville, del general Dessoles y del abate de Montesquiou. El baron de Vitrolles, hasta entonces mediador oficioso entre el príncipe y los partidos dominantes en Paris, fué nombrado secretario del consejo con el título de secretario de estado. Alojado en las Tullerías al lado del príncipe, verdadero ministro personal del conde de Artois en medio de aquellos ministros desconocidos ó sospechosos, Mr. de Vitrolles, útil al príncipe en el consejo, útil al consejo junto al príncipe, apoyándose en sus servicios prestados á la corona como agente activo de la restauracion, y otras en sus antecedentes con Talleyrand y Foucher, desempeñó durante algunos dias el papel de un hombre necesario. Cuando pasados algunos meses de aquellos acontecimientos Mr. Vitrolles subió al poder, tranquilizaba al príncipe por su adhesion á los constitucionales, por sus relaciones secretas con ellos y á los realistas por su fervor. Hombre de accion mas bien que de reflexion, sin raices en ninguno de los partidos, obligado á adularlos á todos para que aceptasen su dominacion, Mr. de Vitrolles era un buen esplorador de las emboscadas en que podia caer un príncipe nuevo al entrar en un mundo desconocido, pero era un mal consejero para trazarle una línea política en grande escala. Servidor mas que ministro, demasiado adicto para ser independiente, teniendo necesidad de todos sin poder dominar á nadie, hizo fluctuar á su amo durante algunas semanas, entre el imperialismo, el liberalismo y el absolutismo, y despues le arrastró despechado á esa oposicion sorda y á esas maniobras ocultas que falsearon la vida política del conde de Artois, embarazaron el reinado de su hermano y perturbaron fatalmente el suyo.

XXV. El lugarteniente general del reino se apresuró á nombrar comisarios generales con encargo de que hiciesen reconocer en todas las provincias la autoridad del rey. Aquellos comisarios fueron elejidos en su mayoría entre los hombres de la familiaridad del príncipe: algunos de entre los mariscales y generales que primero se habian presentado al nuevo poder. En ninguna parte encontraron resistencia. La Francia entera recibió con el entusiasmo de la esperanza el regreso de los Borbones. Solo el ejército permaneció triste y silencioso, pero sus murmullos no estallaron jamas en sediciones. Pasó del emperador al rey con el decoro de sus pesares pero con la unanimidad y con la disciplina de su patriotismo. Conocia que la nacion habia pagado demasiado cara su gloria y que debia desaparecer para que se completase la paz. Las ordenes del gobierno le alejaron de las provincias ocupadas por el estranjero y le confinaron momentáneamente detras del Loira.

XXVI. Diez dias despues de la salida de Napoleon de Fontainebleau, Mr. de Talleyrand concluyó con las potencias aliadas una suspension de hostilidades, por la cual quedaba enteramente desarmada la Francia. Concedíase á los aliados las plazas fuertes con cuantas armas, municiones y artillería contenian; era una capitulacion completa de un pais vencido. Sin prejuzgar nada sobre las condiciones ulteriores de la paz que debian ser ejecutadas, los soberanos prometian hacer que sus tropas evacuasen las fronteras de la Francia tales como existian en 1792, en cuanto las tropas francesas evacuasen las plazas y territorios que todavía ocupaban en Europa. Un murmullo general acojió aquella capitulacion de la Francia firmada por el conde de Artois, como primer acto de su advenimiento. De este modo, sus consejeros le hacian el ejecutor de los rigores de la invasion y de las humillaciones de la conquista. Sin duda, una nacion cuya capital estaba ocupada por doscientos mil hombres no podia discutir libremente las condiciones de su paz: pero podia no ratificarlas tan despojadoras é ignominiosas por la mano de su propio gobierno. El conde de Artois mejor aconsejado, no hubiera debido entrar en Paris sino para realzar á la Francia y no para firmar con el nombre de un Borbon, severidades, ruinas y desarmes, que eternamente le serian censurados. Creyóse ver en aquel acto al genio de Coblentza, dando la mano al estranjero y vendiendo la Francia para rescatar un trono: pero no era mas que lijereza é irreflexion. La nacion descontenta fingió ver en ello una complicidad. Aquel acto despopularizó en pocos dias al príncipe, á sus consejeros y á su gobierno. Volviéronse las miradas hácia Luis XVIII. Se comprendió la prudencia de aquel príncipe que habia dejado hacer aquella necedad á su hermano, y que iba á en-

trar para protestar contra aquella precipitacion y debilidad. Mr. de Talleyrand podia dar otros consejos al príncipe, pero sobre todo necesitaba dar prendas. Sospechoso á los emigrados, y odioso á los obispos que rodeaban al conde de Artois, útil pero repugnante á aquella corte, era preciso comprar con ámplias concesiones diplomáticas el apoyo de que tenia necesidad en el consejo de los soberanos estranjeros. Puede creerse que vendió el favor á la Europa que le hacia necesario en las Tullerías.

XXVII. Su correspondencia con Hartwell se iba estrechando de dia en dia. Habia destruido en Paris las pretensiones del senado: la opinion era contraria á aquel cuerpo. No era hombre para luchar infructuosamente contra la opinion: entonces preparaba el camino al rey y queria adquirir títulos á su reconocimiento. Las exigencias constitucionales se debilitaban diariamente. Habia servido con demasiada sutileza á la contrarevolucion y al despotismo de Napoleon, para que se hallase dispuesto á conceder prendas de libertad. Para él, la mejor constitucion seria la que le garantizase su ascendiente sobre los nuevos príncipes, su fortuna y su dignidad. Luis XVIII le habia conocido antes de la revolucion, le habia seguido con la vista durante el directorio y el imperio. No temia en el un obstáculo, por el contrario veia un complaciente obligado de su gobierno. Sabia que las restauraciones necesitan de hombres flexibles mas que ninguna otra clase de revoluciones, porque conservando los principios, varian únicamente los intrumentos de reinado. La versatilidad y la ingratitud son virtudes de circunstancias en los ministros que quieren pertenecer á dos reinados. Mr. de Talleyrand habia tomado osadamente su papel, y ninguno tenia mas habilidad, mas audacia e inflexibilidad para sostenerle. Pertenecia al antiguo regimen por su nacimiento, á la revolucion por su sacerdocio repudiado, al imperio por sus dignidades, á la Europa, por su defeccion al imperio, á la restauracion por su complicidad en las maniobras que habian sublevado al senado contra el emperador, y á todos los partidos por la facilidad con que se dejaba llevar del viento. Era el tipo de la veleidad, el modelo e instrumento de las inconstancias que un soberano restaurado debia pedir á los caracteres, á las leyes y á las costumbres de una revolucion sofocada. Así, pues, Luis XVIII acariciaba desde lejos á Mr. de Talleyrand. No le apreciaba ni lo queria, pero le comprendia. Mr. de Talleyrand era á sus ojos una preciosa casualidad de las circunstancias, un resúmen de todas las habilidades, para hacer pasar una nacion por matices graduados desde un principio á otro. Hombre predestinado por su naturaleza para encontrarse á tiempo en el zaguan de las Tullerías, para despedir á la dinastía caida y para introducir á la futura, antiguo con los antiguos, moderno con los modernos, prenda para los vencidos y cómplice para los vencedores, era el hombre de todos.

XXVIII. Luis XVIII escuchaba de este modo, desde su retiro de Hartwell, todas las voces que le llegaban de Francia, unas invocando el principio de la soberanía del pueblo, otras pidiendo el establecimiento de las órdenes y estados generales, algunas la antigua constitucion, como si jamás hubiesen existido en Francia otras constituciones que las costumbres modificadas por el azar y dadas por el poder y por la voluntad del rey, y algunas otras, en fin, un despotismo franco, santificado por el derecho de nacimiento, por la tradicion y por la religion: todos, al menos en aquellos diversos pensamientos, reconocian la conveniencia ó la necesidad de los Borbones: «Y qué, decia entonces M..... que defendia entonces el derecho divino, á los que imponian condiciones para la vuelta del rey, qué, ¿vendreis con vuestro pedazo de papel en la mano á persuadirnos que el príncipe que llega no es nuestro rey?—Es preciso asegurar el porvenir, aseguraba Foucher, en un mensaje dirigido al conde de Artois. El cielo y la tierra resuenan con las aclamaciones, los trasportes de la alegría universal son la espresion de todas las almas. Es preciso garantías para todas las opiniones, para todos los intereses. Un legislador de la antigüedad de los mas nombrados por su sabiduría, Solon, despues de largas agitaciones, que la ciudad de Minerva fuese purificada toda entera como un templo cuyos mármoles era necesario lavar; sacó en procesion las estátuas de los dioses por todas las calles y plazas; puso la reconciliacion y la paz pública bajo la garantía del cielo..... el reino seguirá el ejemplo de Cárlos II, que despues de haber prometido el olvido á todos, no perdonó á nadie, mezcló el espectáculo de los cadalsos con el de los regocijos, y preparó una nueva destitucion á la familia de los Estuardos. Creo conocer el espíritu de la Francia, la Francia entera se halla dispuesta á agruparse en derredor del trono de los Borbones, si una constitucion real y nacional garantiza todos los derechos.» Los realistas puros, replicaban que la mejor constitucion era el alma de un buen rey.

XXIX. El abate Montesquiou, ministro confidencial de Luis XVIII, miembro del gobierno provisional, unido con Mr. de Talleyrand por política, con los realistas por sentimiento, colocado en el centro de aquel tumulto de opiniones diversas, y que procuraba descubrir el espíritu general de la situacion en medio de aquellos opuestos pareceres, escribia á Hartwell «mi opinion y la de Mr. de Talleyrand es que el rey al entrar en Francia publique simplemente un real decreto, en el que declare su soberanía, sin dejarse poner trabas por una constitucion, que despues el rey proclame y reconozca los derechos de la nacion, y la reunion de los cuerpos legislativos. El estado de la Hacienda me decide á ello.»

El conde de Artois, evidentemente embarazado con las concesiones que habia hecho por su precipitacion de entrar en Paris y gozar de las primicias del gobierno, no daba ni luces ni consejos al rey su hermano. Parecia que temia comprometerse con unos consejeros que habrian desagradado en Hartwell, ó que hubieran podido oponersele mas tarde, cuando su carácter le condujese á resistir las concesiones. Se contentó con enviar al rey el conde de Brujas, uno de sus ayudantes de campo mas familiares, para invitar á su hermano á que fuése á ceñirse la corona. El conde de Brujas manifestó al rey el verdadero y secreto pensamiento del conde de Artois, que no era otro que el de los emigrados y el de los publicistas del antiguo regimen, que miraban todo reconocimiento de derechos de la nacion y de los actos revolucionarios como una abdicacion parcial y una degradacion anticipada de la dignidad real del derecho divino. El rey en el fondo propendia hácia este dogma, no por conviccion, sino por costumbre de nacimiento y por respeto á su raza; mas por política se inclinaba á una transaccion aparente entre los derechos del pueblo y el de su soberanía. Solo que queria que aquel reconocimiento fuese concedido por el y no arrancado por las circunstancias, y que el orígen enteramente real y los términos soberanos de aquella transaccion entre el trono y el pueblo, fuesen tales que todo pareciese un don de la corona, y que ese don condicional pudiese ser suspendido ó retirado, si alguna vez la nacion pretendia ponerse al nivel del trono ó elevarse sobre el.

Mientras que el conde de Brujas llegaba á Hartwell para llevar al rey las inspiraciones absolutistas de su hermano. Pozzo di Borgo, ayudante de campo del emperador Alejandro, y amigo de Mr. de Talleyrand, le escribia allí en nombre de las potencias aliadas, para infundir en el ánimo de aquel príncipe las inspiraciones constitucionales que prevalecian en el consejo de los soberanos y de los diplomáticos en Paris. Luis XVIII tenia, pues, que decidirse en la tierra estranjera por uno de los dos grandes pensamientos que ya se combatian en Francia y que iban á disputar el triunfo durante todo su reinado. Prudente, reflexivo, negociador y contemporizador, como envejecido en las intrigas y vacilaciones de un largo destierro, aquel príncipe escuchaba, se inclinaba alternativamente hácia los dos partidos, daba esperanzas, meditaba palabras de oráculo, de sentido doble y profundo, pero no se decidia con irrevocable franqueza por ninguno de ellos. Su elevada razon le inclinaba á los acomodamientos con el tiempo y con la opinion pública: Mr. de Blacas y la duquesa de Angulema, el uno, espíritu retrasado y estrecho, y la otra princesa ulcerada y enérgica, le retenian en la supersticion de su soberanía absoluta.

Con estas disposiciones de ánimo, dejó, en fin, su mansion campestre de Hartwell, el 18 de abril, y atravesó por Londres para volver á entrar en su reino.

XXX. La Inglaterra toda entera parecia mirar la restauracion de los Borbones, como un triunfo nacional largo tiempo preparado, esperado por el pueblo de la Gran Bretaña. La nacion inglesa convenida á la voz de Burke y de sus oradores por la muerte trágica de Luis XVI, de la reina y de la familia real, testigo indignado y enternecido del suplicio de tantas víctimas sacrificadas por el terror, era constitucional por instinto y realista por compasion. La historia de la revolucion francesa, continuamente referida y comentada en Londres por los escritores realistas refugiados, habia llegado á ser allí una poesía de desgracia, de crímen, de trono y de cadalso. El hogar de los ingleses habia sido generoso, pródigo y hospitalario para la nobleza francesa y emigrada y reconocida entonces. El gobierno ingles habia contemplado desde lejos los prodigios de intrepidez de los aventureros y de los héroes realistas de la Vendee, los habia socorrido con sus auxilios y sus escuadras, habia combatido en seguida diez años la usurpacion del continente por Napoleon en Portugal, España, Alemania y Sicilia: estaba envanecida por la libertad del mundo, llevada á cabo por la obstinacion de su política, de su tesoro y de sus ejércitos. La caida de Napoleon y su reemplazo en el trono de Francia por un hermano de Luis XVI parecian á los ingleses una de las mayores obras de su historia. Su corazon se exaltaba de júbilo y de orgullo, al ver á aquel sabio, por largo tiempo su huesped, y entonces rey, salir de su oscura morada de en medio de su isla para ir

á recibir de sus manos el trono de sus padres y volver á ocupar su lugar á la cabeza de las antiguas razas coronadas. La ciudad de Londres se habia adornado y se agrupaba por los caminos y calles que atravesaban Luis XVIII y la duquesa de Angulema, desde las puertas del jardin de Hartwell hasta el palacio del príncipe regente. La entrada del rey en Londres fué tan solemne y tan régia como en su propia capital. La embriaguez del pueblo fué aun mas completa, porque en ella no se mezclaba el sentimiento de la ocupacion del pais por tropas estranjeras, ni los sordos presentimientos de la division de los partidos. El príncipe regente salió á recibir al rey de Francia á las puertas de Londres y al dia siguiente le acompañó hasta Douvres, para saludarle y despedirle como rey en su último paso por la playa inglesa.

«Suplico á vuestra alteza real, respondió el rey á las felicitaciones del príncipe regente, que os digneis admitir mis mas vivas y sinceras acciones de gracias por las felicitaciones que acaba de dirigirme: se las doy muy particulares por las continuas atenciones de que he sido objeto, tanto por parte de vuestra alteza real como por la de cada uno de los miembros de vuestra ilustre casa, á los consejos de vuestra alteza real, á ese glorioso pais y á la constancia de sus habitantes, atribuiré siempre despues de la Divina Providencia el restablecimiento de nuestra casa en el trono de nuestros antepasados, y ese feliz estado de cosas, que permite cicatrizar las llagas, calmar las pasiones y devolver la paz, el reposo y la felicidad de todos los pueblos.»

Estas palabras que el reconocimiento inspiraba al desterrado, pero que la dignidad de rey de Francia prohibia á sus labios, fueron mas tarde el remordimiento de su reinado y el testo de patriotismo contra su casa. La Francia no solo estaba en ellas olvidada, sino humillada.

XXXI. Luis XVIII se embarcó en Douvres el 14 de abril en el navío *Real Soberano*, escoltado por la fragata *Jason*, entre las salvas de la artillería de la costa y de la escuadra, que saludaban desde el mar y desde la ribera, la partida de aquella dinastía desterrada, que iba á volver á encontrar una familia, un pueblo y un trono. El estrecho estaba cubierto de barcas y buques empavesados, que acompañaban al navío que llevaba la antigua monarquía á Francia. La bandera blanca ondeaba en todos los mástiles, y los aplausos y hurras se renovaban á cada oleada. Una mar tranquila, un viento suave y un sol sereno favorecian aquella manifestacion del júbilo de dos pueblos impacientes por reanudar la paz, de que aquel rey parecia ser el símbolo. La dulzura que debia esperimentar el alma del desterrado parecia haberse esparcido por la de toda la Inglaterra. Estaba envanecida de haber conservado y de restituir aquel soberano á su pais. En medio del canal, el navío que conducia al rey, pasó del acompañamiento naval de los ingleses, al de las barcas y buques franceses. Encontró á su patria que se avanzaba hácia él por medio de las olas, y entró triunfante en el puerto de Calais. Los cañones de la costa francesa, respondian desde la aurora á los de Douvres. Las dunas, los cabos, las lenguas de tierra que se internaban en el mar, las murallas y torres de Calais, estaban cubiertas de un inmenso pueblo, que aguardaba al rey como su salvador y su esperanza. Ninguna division existia en aquel momento en los ánimos ni en los corazones. Los que no tenian recuerdos ni afecto á la antigua monarquía, la miraban sin repugnancia: un murmullo de alegria salia de entre aquella multitud que habia abandonado sus hogares. Hasta la tierra misma y las murallas, con el sonido de las campanas y el estruendo de los cañones parecia participar de aquella emocion de los hombres. Luis XVIII, enternecido hasta derramar lágrimas, y hábil en calcular sus sinceras espresiones, dirigia á las diputaciones y á los curiosos que rodeaban el buque palabras felices de esas en que el sentimiento brota de las circunstancias para volar de boca en boca. Se apoderaba de su nueva patria por la oportunidad de sus respuestas, y fijaba por decirlo así, el entusiasmo, espresándole. La naturaleza parecia haberle formado para semejantes momentos: era el genio natural de aquellas solemnidades.

XXXII. De pié sobre la elevada proa del navío, apoyado en los fieles compañeros de su proscripcion, rodeado de la nueva Francia que habia salido á recibirle, alargaba los brazos hácia la ribera y luego los estrechaba contra su corazon, elevando sus miradas al cielo, como para abrazar á su patria. Tenia á su lado á la duquesa de Angulema, hija de Luis XVI, á quien la Francia debia en amor y compasion la sangre de su padre, de su madre y de su tia: el príncipe de Condé, el duque de Borbon, cuya fisonomía contristaba la sombra del duque de Enghien, su hijo y nieto, y convertia la vuelta en un visible duelo. El pueblo inmóvil de emocion respondia á cada gesto con aclamaciones y lágrimas. El rey, al poner el pié en tierra, quiso primero, siguiendo el antiguo uso, dar gracias al Dios de sus padres, para imprimir un carácter mas religioso al abrazo del pueblo y del soberano. Sentado en una carretela al lado de la duquesa de Angulema, atravesó por entre la multitud, que se inclinaba, para dirigirse á la iglesia de Calais. Hizo allí oracion en una piadosa actitud ante los altares de sus padres. El resto del dia se empleó en los recibimientos y ceremonias del regreso. Las poblaciones del Norte de la Francia, se apresuraron á enviar diputaciones á Calais. Aquel pais frio, reflexivo y sensible, habia conservado mejor que las regiones lijeras de la Francia, la memoria de la monarquía y la compasion á la familia real. El general Maison, que mandaba el ejército del Norte, soldado que se habia señalado en la última guerra por la energía y el patriotismo mas obstinados, habia acudido desde Lila con una parte de sus tropas, para ofrecer las primeras bayonetas y los primeros homenajes del ejército. Al dia siguiente escoltó al príncipe á su salida de Calais. El rey recibió á aquel representante del ejército frances y á sus soldados, como si hubiesen servido su propia causa, sirviendo la de la patria á las órdenes de otro jefe. Manifestó con los oficiales y la tropa la confianza que inspira la lealtad, y les dirigió palabras que borraban todos los recuerdos menos el de la gloria. En todo el camino hasta Paris, en Boloña, Montreuil, Abbeville y Amiens, encontró el mismo pueblo, el mismo enternecimiento en los semblantes, el mismo anhelo en las poblaciones, y la misma unanimidad de esperanza. Conoció por el júbilo universal y espontáneo de su patria que era dueño de aquel pueblo, y que no se le venderia muy caro el trono en Paris. Era evidente para él y para todos, que si el pais confiado y versátil hubiera estado solo al frente de su rey, este habria dictado voluntariamente y sin obstáculos las condiciones del nuevo pacto entre el trono y el pais: el emperador Alejandro, estipulaba por la libertad en aquel momento, mas que ella misma.

XXXIII. Correos de Paris se unian al rey de hora en hora en el camino y llevaban las noticias, las impresiones y las disposiciones públicas, por mensajes confidenciales del abate de Montesquiou y de Mr. de Talleyrand. En cada parada parecian aflojar las exigencias de Mr. de Talleyrand, y sus consejos, en un principio rigurosamente constitucionales, llegaban á ser mas flexibles y acomodaticios. Sin embargo, todavía le invitaba á que no entrase en Paris sin haber publicado una proclama real, tranquilizando á la nacion por lo pasado, y de naturaleza que decidiese y fijase la opinion y el juramento del ejército. El rey siguió aquellos consejos y determinó hacer alto en Compiegne antes de entrar en su capital, ya para dar tiempo á la reflexion, ya para combatir con Mr. de Talleyrand sus palabras y sus actos, y para dar con la misma lentitud de su marcha, mas dignidad y solemnidad á su regreso, y aumentar la impaciencia de su capital con la aparente vacilacion de su ánimo. Tal vez tambien el hombre privado prevaleció en esto sobre el soberano, y aquel príncipe quiso fortalecer sus ojos y su corazon en la antigua mansion y seculares bosques de una posesion de sus abuelos, querida á su juventud, fijando algunos dias sus miradas en los árboles, las aguas y las torres, en donde habia pasado sus primeros años, antes de sumergirse en el palacio de las Tullerías, lleno de los cuidados del trono, de recuerdos, de lágrimas y de sangre.

XXXIV. Los mariscales de Napoleon y sus confidentes mas íntimos, se habian apresurado á adelantarse al rey en Compiegne, para asegurarse de las primeras miradas, y apoderarse los primeros del reinado. El mariscal Berthier, que durante doce años no habia dejado la tienda ó el gabinete del emperador; el mariscal Ney, su mas intrépido teniente en todos los campos de batalla, de quien el emperador habia dicho: «Tengo trescientos millones en oro en los sótanos de mi palacio, y los daria por rescatar la vida de semejante hombre» fueron los que mas presurosos se manifestaron en prestar homenaje á su sucesor. El mariscal Ney, á caballo con sus compañeros en derredor de la carroza real, y agitando su espada por encima de la cabeza, gritaba mostrando el príncipe á la multitud: «¡Viva el rey! ¡Mirad aquí, amigos mios, al verdadero, al legítimo rey de la Francia....» ¡Esos guerreros tan intrépidos en el fuego, suelen mostrarse débiles de corazon en las mudanzas de las cortes! El pueblo se asombraba de tanta versatilidad en tanto heroismo. Comenzaba á sospechar, lo que despues ha tenido tantas ocasiones de reconocer, que la costumbre de reconocer á todos los poderes no crea la constancia en el corazon de los hombres de guerra, y que las revoluciones que tienen que combatirlos la víspera, los encuentran al dia siguiente sus mas complacientes servidores.

El rey aparentaba apreciar á aquellos inconstantes que no engañaban su sagacidad: cubria con decoro sus adulaciones para alentar á otros. Juzgaba del pais por los representantes del ejército, pero se equivocaba. Los hombres del 18 brumario y del Imperio, habian perdido el derecho de comerciar con la libertad. Quedaban ciudadanos en las clases civiles y oscuras de la poblacion.

El mariscal Berthier á título de jefe del estado mayor general, y de mas antiguo de los mariscales presentes dirigió un discurso al rey. Ilu-

biérase creido oir la voz de la antigua monarquía rindiendo el homenaje de la inviolable fidelidad al heredero no interrumpido de la antigua raza: «Vuestros ejércitos, señor, le dijo, de que vuestros mariscales son el órgano en el dia, se conceptuan dichosos en ofreceros su adhesion.» En seguida presentó todos los tenientes de Napoleon al rey, indicándole nombres que aquel príncipe habia oido repetir durante largo tiempo como los mas implacables apoyos de la causa enemiga.

El rey, preparado para aquel recibimiento, y que habia grabado en su memoria las principales acciones de guerra en que aquellos compañeros del emperador se habian hecho ilustres, dirigió á cada uno de ellos las palabras y recuerdos que mas debian lisonjearles. Encadenó por el orgullo á los que solo exigian ser encadenados por el favor. Al fin de la audiencia fingió no poderse sostener por el peso de la edad y de los achaques. Su servidumbre se adelantó para ayudarle, pero apartándoles el rey con un gesto, y asiéndose de los brazos de los mariscales con una afectacion de abandono y de confianza llena de astucia y de gracia: «Sobre vosotros señores, les dijo sonriéndose, quiero apoyarme en adelante. Acercaos y rodeadme; habeis sido siempre buenos franceses; espero que la Francia ya no tendrá necesidad de vuestra espada; pero si alguna vez, lo que á Dios no plazca, nos vemos obligados á sacarla, aunque este enfermo, marcharé con vosotros.» Aquellas palabras y aquel gesto enternecieron hasta la embriaguez á unos hombres que no querian mas que ser conmovidos para justificar la prontitud de su interesada adhesion con la apariencia de un impulso del corazon.

XXXV. Una diputacion del cuerpo legislativo se habia anticipado al rey á Compiegne. El presidente y el orador de aquella diputacion era Mr. Bruys de Charly, diputado del Saona y Loira, hombre de una figura imponente, realista de corazon, de una adhesion razonada pero tradicional á la sangre de los Borbones y á los principios de la monarquía templada. «Sí, dijo al rey, con una voz cuya fuerza y emocion enternecian: ¡llegad, descendiente de tantos reyes! ¡Subid al trono en que nuestros padres colocaron á vuestros augustos antepasados, y que somos muy felices en veros ocupar hoy dia! Todo cuanto habíamos esperado en vano lejos de vos, nos lo trae vuestra majestad. Venis á enjugar todas las lágrimas y á cicatrizar todas las heridas.

«Os deberemos mas todavía; este regreso va á cimentar las bases de un gobierno sabio y prudentemente balanceado. Vuestra majestad no quiere entrar mas que en el ejercicio de los derechos que bastan á la autoridad real. La ejecucion de la voluntad general confiada á vuestras manos paternales, no será por eso menos respetable y segura.»

El rey sabia, por su correspondencia y por los periódicos, que la nacion no veia en el senado mas que el apoyo del despotismo repudiado del imperio, y que favorecia mas á los miembros del cuerpo legislativo, de donde habian salido las primeras voces de independencia. Tuvo la presencia de ánimo de apoyarse, desde las primeras palabras, en el cuerpo legislativo contra el senado ausente. Reconoció formalmente en su contestacion á los individuos del cuerpo legislativo como los representantes de la nacion, y no temió comprometer su prerogativa, hablándoles de la union necesaria de su poder con los diputados del pais, para asegurar la fuerza de las leyes, y la felicidad pública.

XXXVI. El efecto producido por aquella primera entrevista del soberano con los representantes del ejército y de la nacion, la emocion que lo apasionaba todo, la adulacion que todo lo encorvaba y los consejos de los que le rodeaban, tanto antiguos como modernos, parecieron suficientes al rey, para arrostrar las exigencias de aquel senado, medio sumiso y medio rebelde, que ni habia enviado mensaje ni diputacion á su nuevo amo. Luis XVIII se decidió á tomar posesion de su trono, sin condiciones ni estipulaciones con aquel poder débil, exijente y aborrecido. El emperador Alejandro, acosado mas que nunca por los hombres de la corte imperial, dueños del senado, y que querian conservar aquella prenda de seguridad y de influencia en el nuevo reinado, cedió á sus instancias, y partió para Compiegne, para llevar por sí mismo á Luis XVIII, y apoyar con su crédito omnipotente, las pretensiones del senado.

Luis XVIII vió llegar á Alejandro con disgusto. Sabia que la popularidad con que le habian embriagado en Paris los imperialistas, habia fascinado su juicio, y que tomaba en su capital la actitud de negociador imperioso entre la nacion y los Borbones. No ignoraba la repugnancia que el jóven emperador habia manifestado á su familia en los primeros dias de la restauracion. Se acordaba que aquel soberano habia recordado con orgullo y hasta con ostentacion la amistad de Napoleon. En fin, esperaba pretensiones imperiosas, ó una proteccion humillante de Alejandro: su política y su orgullo estaban igualmente alarmados. Este era el motivo secreto de su fluctuacion en marchar á Paris despues de tantos dias de marcha y de su prolongada permanencia en Compiegne. Pero en el sentimiento de su dignidad y en el recuerdo de su sangre, encontró el penoso valor de resistir á un negociador coronado y de no complacer al que le devolvia un trono: desde el primer dia fué rey.

XXXVII. Luis XVIII recibió con frialdad al Czar. Despues de los primeros cumplimientos los dos soberanos se retiraron á lo interior del palacio y tuvieron á solas una larga y seria conferencia. Alejandro insistió en persuadir al rey que los derechos tradicionales de su sangre, y los misterios del derecho divino de las coronas estaban ya descubiertos y rechazados por la opinion: que convenia reinar en virtud de un nuevo título y de un llamamiento voluntario de la nacion, espresado por el senado, en cambio de una constitucion aceptada de manos de aquel poder del estado: que la fecha del reinado de los Borbones debia rejuvenecerse y confundirse con la fecha de la caida del imperio: que la necesidad y la prudencia imponian al rey el reconocer, á lo menos de hecho, la existencia de los gobiernos que habian regido la Francia ya hacia veinte y cinco años; y que si las familias reales tenian intrigas, las naciones nó. En fin, aumentó desmesuradamente á los ojos del príncipe desterrado, la importancia de aquel pequeño grupo de hombres ambiciosos de que estaba rodeado en Paris, y que segun él tenian la opinion y la corona en sus manos ofreciéndola en cambio de una constitucion dictada por ellos, y retirándola en cambio de una constitucion emanada del monarca. En una palabra, pareció poner el trono y la entrada en Paris á precio de las condescendencias que proponia al rey, justas unas, tímidas é impolíticas otras.

XXXVIII. Luis XVIII le escuchaba con impaciencia, é interrumpia con libertad, y le contestó con imperturbable firmeza: «Estoy asombrado de tener que recordar á un emperador de Rusia, le dijo, que la corona no pertenece á los súbditos, ¿con qué título un senado, instrumento y cómplice de todas las violencias y locuras de un usurpador, poblado de sus mas serviles y criminales hechuras, dispondria de la corona de Francia? ¿Acaso le pertenece? Y aun cuando efectivamente le perteneciese ¿la ofreceria libremente á un Borbon? ¿No hay en su seno hombres viciados en la revolucion de 1783, y manchados con la sangre de un Borbon decapitado? Soy demasiado ilustrado, para dar al derecho divino la significacion que las supersticiones religiosas y populares le atribuian en otro tiempo; pero ese derecho divino que ni para vos ni para mí es mas que una ley del buen sentido pasado en política inmutable por la transmision hereditaria del derecho de soberanía, ha llegado á ser tambien una ley de la nacion, violada por diez años y seguida por diez siglos. La muerte de mi hermano y de mi sobrino me han trasmitido ese derecho; y en virtud de ese título estoy aquí y la Europa me está llamando, para restablecerse en mí nó un nombre, nó una raza, sino un principio. Yo no tengo otros que presentar á la Francia ni los quiero tampoco. La aceptacion de otro título, haria desaparecer en mí éste. Soy rey y entonces seria un mendigo del trono. ¿Y qué otro derecho tendria yo fuera del que la sangre ha hecho circular por mis venas? ¿Qué soy yo? un anciano enfermo, desgraciado, proscripto, reducido largo tiempo á pedir una patria y un pedazo de pan en tierras estranjeras; tal era yo hace pocos dias, pero este viejo, este proscripto era el rey de Francia, y he ahí por que V. M. se halla aquí; hé ahí porque una nacion entera que no me conoce mas que de nombre, me ha llamado al trono de mis padres. Acudo á su voz, pero vuelvo rey de Francia en donde todavía no soy mas que un proscripto.

«Vos mismo, añadió dirigiendo á Alejandro una mirada como de muda reprension por lo inconducente de su demanda, ¿en virtud de qué título mandais á esos millones de hombres cuyos ejércitos habeis conducido para libertar mi trono y mi pais?» Alejandro conoció la fuerza de aquella interrogacion y se limitó á negar la omnipotencia de los hechos consumados y los consejos imperiosos de las circunstancias. Pero Luis XVIII no se rindió á aquellas razones que, segun él, rompian el cetro en sus manos, y le dejaban á merced de un cuerpo que si hoy era obediente mañana podia ser sedicioso. «Nó, dijo, yo no mancillaré con una cobardía el nombre que llevo y los pocos dias que me restan que vivir; no compraré un favor movible de opinion á precio de un derecho sagrado mio, de mi casa y de mi principio. Sé que debo á vuestras armas victoriosas la libertad de mi pueblo: pero si esos importantes servicios debiesen poner á vuestra disposicion el honor de mi corona, apelaria á la Francia y me volveria al destierro.»

XXXIX. La Francia entonces casi unánimemente habria contestado al llamamiento del rey, proclamándole nuevamente. La marcha de Luis XVIII, hubiera sido la señal de nuevos obstáculos, de graves agitaciones para los aliados. Alejandro se intimidó á su vez: se limitó á recordar al rey los compromisos medio consentidos por el conde de Artois su hermano, á su entrada en Paris. Luis XVIII no los desmintió, pero fingió satisfacerlos por la promesa de una declaracion ó de un decreto que los

confirmase de su libre y espontánea autoridad, en vez de aceptarlos como una ley de los aliados y una condicion de su pueblo.

Alejandro salió de aquella conferencia vencido y asombrado. Habia creido encontrar un anciano de espíritu debil, sediento de trono, y que se conceptuaria muy dichoso en recobrarle á cualquier precio. Pero encontró un talento superior, una fé obstinada, una elocuencia magestuosa, un carácter inflexible, un rey que todavía podia rechazarse, pero que una vez sentado en el trono se colocaria por su legitimidad al nivel y aun por encima de sus libertadores.

El emperador de Austria y el rey de Prusia llegaron mas tarde á Compiegne y no renovaron con Luis XVIII las tentativas de Alejandro. Aquellos soberanos, menos supeditados por los jóvenes cortesanos del imperio; por los antiguos restos de la revolucion, estaban mas dispuestos por su carácter y por el de sus ministros á sostener la autoridad personal del rey, que á debilitarla con tímidas concesiones. Alejandro les era sospechoso sino de complicidad con la revolucion, al menos de juventud y de debilidad con los revolucionarios. Aquel mismo dia se reunieron en la mesa los cuatros soberanos y sus principales tenientes. Bernadotte, ese rey de Suecia antiguo jacobino que habia llegado al trono y que combatia contra su patria por conservar su corona, asistia tambien á aquel banquete. Uno de los augustos convidados habiendo hablado al rey con la libertad propia de un banquete, de aquella movilidad de francés que le precipitaba con la misma facilidad en la insurreccion que en la servidumbre: «Haceos temer, señor, dijo Bernadotte á Luis XVIII, y os amarán: salvad únicamente con ellos el honor y las apariencias: tened guantes de terciopelo y manos de hierro.» Aquellas palabras han quedado como un dogma para los ambiciosos.

LIBRO XIV.

Proyecto de declaracion real propuesta por el senado á Luis XVIII.—Su negativa.—Se traslada á Saint-Ouen.—Diputacion del senado.—Discurso de Mr. de Talleyrand.—Declaracion de Saint-Ouen.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Su acompañamiento.—Va á la catedral.—Su entrada en las Tullerias.—Nombra sus ministros.—Mr. de Ambray.—El abate de Montesquion.—El abate Luis.—Monsieur Benguot.—El general Dupont.—Mr. Ferrand.—Mr. de Talleyrand.—Mr. de Blacas.—Memoria de Fouché á Luis XVIII.—Creacion de la guardia del rey.—Carta de 1814.—Oposicion de Mr. de Villele.—Tratado de Paris.—Marcha de los aliados.—Formacion de la cámara de los pares.—Apertura de las cámaras el 4 de junio de 1814.—Discurso del rey.—Discursos del canciller de Ambray y de Mr. Ferrand.—Mensage de la cámara de los pares y del cuerpo legislativo.—Decreto sobre la observancia del domingo.—Proyecto de ley sobre la imprenta.—Discurso del abate de Montesquion.—Informe de Mr. Raynouard.—Adopcion de la ley por el cuerpo legislativo y la cámara de los pares.—Medidas rentísticas presentadas al rey por el abate Luis.—Ley de restitucion de las rentas y bienes no vendidos.—Esposicion motivada de Mr. Ferrand.—Informe de Mr. Bedoch.—Discursos de Mr. Lainé y del mariscal Macdonald.—Adopcion de la ley.—El general Excelmans y el mariscal Soult.—El duque de Orleans en el palacio real.—El duque y la duquesa de Angulema en la Vendée.—El duque de Berry.—El conde de Artois.—El príncipe de Condé.—El duque de Borbon.—Vuelta de la Francia á los Borbones.—Situacion de Luis XVIII.—Partida de Mr. Talleyrand para Viena.—Congreso de Viena.

I. Sin embargo, el emperador Alejandro volvió á Paris, y refirió la impresion que le habia causado la firmeza de Luis XVIII y su negativa. El senado temblaba, vacilaba y retrocedia: Mr. de Talleyrand iba perdiendo cada dia terreno en su papel de mediador confidencial de las exigencias de unos, y la obstinacion de los otros, y engañándolos á todos. Planes dulcificados y enmendados de constitucion se sucedian vanamente unos á otros en el Luxemburgo, en los salones de aquel ministro. El diplomatico conservó el tono festivo con los puritanos del senado, para prepararlos á los sacrificios por la duda esparcida de antemano en su consejo: «Vais les decia, á habéroslas con un rey que es un hombre superior: esperad á verle discutir vuestra constitucion; preparaos al honor de entrar en controversia con el.»

Los senadores sometieron al fin á Mr. de Talleyrand un proyecto de declaracion real en que hacian prometer á aquel príncipe conservar el senado, á cuyas luces reconocia que debia el haber vuelto á su reino. Mr. de Talleyrand fué a Compiegne á presentársele al rey, bien seguro de que no seria aceptado. Pero aquel príncipe, tan inflexible á las insinuaciones del negociador como lo habia sido á las intimaciones de Alejandro, respondió con altivez á Mr. de Talleyrand: «Si aceptase una constitucion de mi pueblo, en la sesion en que jurase observarla vos estariais sentado y yo de pié.» Solo la actitud del que presta un juramento ante el que le impone, le parecia al rey la refutacion mas enérgica del papel subalterno que las pretensiones del senado querian señalar á la corona. Meditaba otro para ella: queria confundir la majestad de un descendiente de Luis XIV y la prudencia de un político del siglo XIX, y á pacificar una revolucion sin conocerla, en una sabiduría que emanase del trono, no por sugestion sino por inspiracion. Pero el temor al emperador Alejandro y el deseo de gastar la resistencia de aquel príncipe por medio de la contemporizacion le impidieron entrar inmediatamente en la capital. Queria acercarse á ella paso á paso, á fin de aumentar el deseo del pueblo por la impaciencia. Los realistas que á cada momento iban á referirle los sentimientos de aquel pueblo decian al rey que al aproximarse estallaria un movimiento irresistible de opinion á pesar del emperador de Rusia y del senado, y que una aclamacion echaria por tierra las barreras facticias que querian elevar entre la nacion y el. Se trasladó al palacio aislado de Saint-Ouen, antigua morada de Mr. Necker, en la llanura de San Dionisio, á las puertas de Paris, como si hubiese querido, con la eleccion de aquel lugar de conferencias, recordar á la nacion un ministro popular que él mismo se habia sostenido en otro tiempo en la convocatoria de los Estados generales del reino. La necesidad de preparar su entrada régia en Paris fué el pretesto de una mansion inesplicable al pié de los muros de su capital. El verdadero motivo fué una última negociacion con Alejandro y con las resistencias de opinion que le disputaban el poder supremo.

II. Pero aquella aproximacion era una amenaza á la que el senado, á la vez apremiado y contenido por Mr. de Talleyrand, no resistió. Apenas se estableció el rey en Saint-Ouen, cuando todos los realistas, ó que aparentaban serlo, acudieron á aquella residencia. Paris se despoblaba de impaciencia, de emocion y de curiosidad hácia Saint-Ouen. El senado se apresuró á enviar una diputacion encargando á Mr. de Talleyrand que usase la palabra en su nombre. Esta, que no tenia otra mision mas que la de salvar las apariencias, se procuró que fuese tan flexible y tan agradable al rey, como reservada y digna para el senado. Pero se conocia ya en ella la resistencia que se cansa y las pretensiones que capitulan con la fuerza refugiándose en el sentimiento.

«Señor, decia Mr. de Talleyrand en nombre de la diputacion del senado, todos los corazones sienten que ese beneficio no podia deberse mas que á vos: así, todos se precipitan á vuestro paso. Hay júbilos que no pueden fingirse, y el de que ois los trasportes es verdaderamente nacional.

»El senado profundamente conmovido con ese patético espectáculo, y dichoso en confundir sus sentimientos con los del pueblo, viene como él, á depositar al pié del trono los testimonios de su respeto y de su amor.

»Señor, calamidades sin número han desolado el reino de vuestros padres. Vuestra gloria se ha refugiado en nuestros campamentos; los ejercitos han salvado el honor francés; al subir al trono sucedeis á veinte años de ruinas y de desgracias.

»Esta herencia podria asustar á una habilud comun; la reparacion de tan gran desórden exige la abnegacion de un grande valor; son necesarios prodigios para curar las heridas de la patria; pero somos vuestros hijos y los prodigios están reservados á vuestros cuidados paternales.

»Cuanto mas difíciles son las circunstancias, tanto mas poderosa y reverenciada debe ser la autoridad real. Hablando á la imaginacion con toda la brillantez de los antiguos recuerdos, sabrá conciliarse todos los votos de la razon moderna, prestándola las mas sabias teorías políticas.

»Una carta constitucional unirá todos los intereses al del trono, y fortificará la voluntad primera con el concurso de todas las voluntades.

»Vos sabeis mejor que nosotros, señor, que semejantes instituciones tan bien esperimentadas en un pueblo vecino, son un apoyo y nó unas barreras para los monarcas amigos de las leyes y padres de los pueblos.

»Si, señor, la nacion y el senado, llenos de confianza en la alta sabiduría y en los magnánimos sentimientos de vuestra majestad, desean

sean con ella que la Francia sea libre para que el rey sea poderoso.»

El rey, afectando una majestad silenciosa, como un espíritu en que la resolucion ya no delibera, se limitó á contestar con una de esas vagas «gracias» que todo lo dejan esperar y temer. No hizo ninguna alusion á los términos ambigüos y políticos con que Mr. de Talleyrand habia envuelto las pretensiones espirantes del senado. Aquel silencio correspondia bastante á el por su desprecio, y como si hubiera querido arrostrarlos ó desafiarlos mas, hizo publicar algunas horas despues la famosa declaracion de Saint-Ouen, *ultimatum* de la corona á la revolucion. Aquella declaracion recordaba en todo la de Luis XVI cuando este príncipe quiso eludir tardiamente los estados generales anticipándoseles por concesiones al siglo. Pero Luis XVI hablaba solo y sin fuerza la víspera de una revolucion que no queria esperar. Luis XVIII hablaba en medio de un millon de bayonetas europeas dueñas del suelo de la patria, al corazon de un pueblo fatigado de veinte y cinco años de luchas y sobre las ruinas de un imperio, que pedia á la autoridad real, no la libertad sino la vida. El emperador Alejandro, que habia tenido noticias por la mañana de aquel proyecto de declaracion, exigió en términos imperiosos la modificacion de algunos artículos.

Aquella declaracion se espresaba así:

«Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, á todos los que las presentes viesen, salud.

»Llamado por el amor de nuestro pueblo al trono de nuestros padres, iluminado por las desgracias de la nacion que somos llamados á gobernar, nuestro primer pensamiento es invocar esa confianza mutua tan necesaria para nuestro reposo y nuestra felicidad.

»Despues de haber leido con la mayor atencion el plan de constitucion propuesto por el senado en su sesion del 6 de abril último, hemos observado que sus bases eran buenas, pero que un gran número de artículos llevan el sello de la precipitacion con que han sido redactados, y que no pueden, en su forma actual, ser leyes fundamentales del estado.

»Resuelto á adoptar una constitucion liberal, deseoso de que sea sabiamente combinada, y no pudiendo aceptar una que es indispensable rectificar, convocamos para el dia 10 del mes de junio del presente año al senado y al cuerpo legislativo, comprometiéndonos á presentarles el trabajo que hayamos hecho con una comision elegida del seno de ambos cuerpos, y á dar por base de esta constitucion las garantías siguientes:

»El gobierno representativo será conservado tal como existe en el dia, dividido en dos cuerpos, á saber: el senado y la cámara de los diputados de los departamentos.

»El impuesto será libremente consentido:

»La propiedad pública é individual asegurada:

»La libertad de imprenta respetada, salvo las precauciones necesarias para la tranquilidad pública:

»La libertad de cultos garantida:

»Las propiedades serán inviolables y sagradas: la venta de los bienes nacionales permanecerá irrevocable:

»Los ministros, revocables, podrán ser acusados por una de las cámaras legislativas, y juzgados por la otra:

»Los jueces serán inamovibles: el poder judicial independiente:

»La deuda pública será garantizada: las pensiones, grados y honores militares serán conservados, como tambien la antigua y moderna nobleza:

»La legion de honor, cuya condecoracion determinaremos, será conservada:

»Todo francés será admisible para los empleos civiles y militares.

»Y en fin, ningun individuo podrá ser molestado por sus opiniones y sus votos.»

III. Una inmensa aclamacion del pueblo saludó aquella declaracion de principios, que se fijó con profusion en todas las esquinas de Paris, como un preámbulo de reinado. Era la revolucion legitimada por la autoridad real, el tratado de pacificacion entre lo pasado y el porvenir, la amnistía mutua del rey al pueblo y del pueblo al rey. No se disputó acerca del orígen de donde provenia aquel reconocimiento de la revolucion. Poco le importaba en aquel momento á la nacion, que aquella constitucion bajase del trono ó saliese del pueblo, con tal que garantizase sus conquistas al siglo y sus intereses al país. La popularidad de Luis XVIII todo lo arrastró en la corriente de la pública alegría. Los realistas, únicos que habian conservado en su destierro los sofismas, los sistemas ó las supersticiones de la dignidad real sin contrapeso, murmuraban sordamente contra una sabiduría que llamaban por lo bajo cobardía. Aquellos murmullos de algunos atrasados en el siglo, solo servian para aumentar el aprecio público del rey. Cuanto mas los obstinados cortesanos del príncipe muerto repudiaban á aquel príncipe, mas le adoptaba la nueva nacion.

El rey se aprovechó con habilidad de aquel movimiento apasionado de asombro y de entusiasmo, para volver á entrar en la ciudad y en el palacio de sus padres. Todo un pueblo estaba de pié para anticipársele y volverle á ver.

IV. El 3 de mayo de 1814, la llanura de Saint-Ouen, la colinas de Montmartre, las avenidas de Paris y las orillas del Sena, estaban cubiertas como las gradas de un circo de un gentío inmenso, y de las tropas que habian salido de las aldeas y arrabales para asistir á la entrada del rey en su capital. Lo despejado del cielo, un sol radiante y un verdor de primavera, parecian asociar la naturaleza á aquella multitud para solemnizar una de las épocas mas asombrosas de la vida de una nacion, la primera entrevista de un pueblo y de un rey, la reconciliacion de una corona proscripta y de una revolucion pacificada, la libertad, en fin, del suelo de la patria por la mano desarmada de un sabio.

El rey salió á las once de los jardines de Saint-Ouen, en donde dejaba el grato recuerdo de su permanencia, las huellas de sus meditaciones, y de que hizo mas tarde un homenaje monumental á una favorita de la amistad. Un inmenso y suntuoso cortejo á caballo formado de los príncipes de su casa y de los hombres notables de las dos épocas; emigrados, soldados de la república, cortesanos de Hartwell, cortesanos de las Tullerías, generales estranjeros, mariscales del imperio, nombres consulares de todas las fechas de la historia de los treinta últimos años, nombres ilustres de la antigua monarquía, ministros, administradores, diplomáticos, escritores ú oradores célebres, confundidos en grupos por la reconciliacion de las circunstancias y por el milagro de los acontecimientos, precedian, seguian y rodeaban el coche descubierto del rey tirado por ocho caballos blancos de las caballerizas del emperador. Los uniformes y los trajes de aquella comitiva de todas fechas, de todos los reinados de todos los ejércitos, atestiguaban el encuentro de todo un pueblo y de toda la Europa, en aquel recibimiento unánime de un soberano por largo tiempo ausente que volvia á representar, confundir y unir dos tiempos. Ningun príncipe era mas apropósito que Luis XVIII para personificar aquella reconciliacion y para presentar paternalmente al viejo siglo que se hacia acoger de nuevo.

Su edad imponia por la madurez de los años sin ofrecer todavía ningun otro signo de decadencia, que sus cabellos blancos, apariencia de sabiduría sobre un rostro todavía jóven: los achaques de sus piernas, se encubrian á la multitud por un manto que le caia sobre las rodillas. Pero aquel rey sentado, cuya vida forzosamente sedentaria, y cuyos padecimientos eran bien conocidos, era un símbolo de reconciliacion y de paz. Aquella misma enfermedad, interesando por aquel anciano parecia ofrecer una prenda de reposo, pasion unánime en aquel momento de la Francia. Su fisonomía marcada de una fina inteligencia, el brillo y la firmeza de sus miradas que caian desde arriba sobre aquella multitud, como la de un pensamiento acostumbrado á mirar sin asombrarse á su pueblo; la curiosidad y el asombro natural de sus ojos que procuraban reconocer al través de las alteraciones de veinte y cinco años los horizontes, las campiñas, las paredes, los monumentos de su juventud; las preguntas que dirigia de cuando en cuando á los personajes de su séquito mas afortunados que él y que no habian jamás abandonado la patria; aquella alegría íntima y triste del regreso, mezclándose en sus facciones á la dignidad de una entrada triunfal; su traje estranjero que recordaba el tiempo y el destierro; aquella princesa á su lado, la duquesa de Angulema, á quien la patria arrepentida no podia devolver mas que un nombre, pero no una familia, que habia desaparecido en la borrasca; las lágrimas involuntarias que luchaban con la felicidad, en los ojos de aquella huérfana del cadalso; el anciano príncipe de Condé, veterano de las guerras monárquicas, debilitado de cuerpo por cerca de un siglo de combates, debilitado de inteligencia y de memoria por el destierro, y paseando sus miradas de niño por aquella pompa de que era objeto que apenas parecia comprender; el duque de Borbon, su hijo, con el rostro y el corazon enlutado como si siguiese el cortejo fúnebre del duque de Enghien en vez de seguir el triunfo de la corona; el conde de Artois, sonrisa y popularidad caballeresca de la dinastía, á caballo al estribo de la carroza, que parecia presentar su hermano al pueblo y el pueblo á su hermano; sus dos hijos los duques de Angulema y de Berry, herederos futuros del trono, uno modesto y reflexivo, y afectando otro la rudeza marcial de los oficiales del imperio; el brillo de las armas, el movimiento de los caballos, la ondulacion de los penachos, el valladar viviente del pueblo y de los soldados; las casas llenas de mujeres y niños hasta en los tejados; los balcones adornados con banderas blancas, las palmadas, las prolongadas aclamaciones, que espiraban y renacian á cada giro de las ruedas de la carroza real, la

... murmullos de algunos atrasados en el siglo, solo servian para aumentar el aprecio público del rey. Cuanto mas los obstina-

con banderas blancas, las palmadas, las prolongadas aclamaciones, que espiraban y renacian á cada giro de las ruedas de la carroza real, la

LOUIS XVIII.

Digitized by Google

lluvia de flores que caian desde los balcones y cubrian el suelo, los instrumentos músicos, el redoble de los tambores, las salvas de artillería en Montmartre y los Inválidos, que interrumpian los cortos silencios de la multitud y eran como el rechazo de las emociones de un millon de hombres; todos aquellos aspectos, aquellas miradas, aquel ruido, aquel asombro, y aquellos sentimientos de la multitud, daban á la entrada de Luis XVIII en Paris un carácter tan patetico y sensible, que borraba hasta la misma pompa de una entrada triunfal. La naturaleza tenia mas parte en ella que el ceremonial. Habia algo de padre en el rey, de piedad filial en aquel pueblo y de lágrimas sinceras en ellos. Volvian á verse despues de una larga separacion, procuraban reconocerse mutuamente, presentirse, esperaban unos en otros y deseaban amarse: el corazon de un rey y el de un pueblo, no palpitaron quizá nunca tan cerca uno de otro. La tradicion monárquica recobraba un trono, el destierro una patria, la revolucion una consagracion, lo pasado un olvido, el porvenir una prenda, las ideas un árbitro, la patria la independencia, y el mundo la paz.

El rey recibió en la puerta de San Dionisio las llaves de Paris de manos de Mr. de Chabrol, prefecto en tiempo de Napoleon. Se las devolvió con una palabra de confianza, como para imprimir a su gobierno una significacion de amnistía por todos los servicios prestados bajo otra bandera, y para dar una prenda de inmutabilidad a todos los funcionarios del imperio. El cortejo avanzó desde allí, por los cuarteles mas populosos de Paris hasta la catedral. Fue recibido como sus abuelos á la puerta de aquel templo del viejo culto, y de la vieja dinastía por el clero, que le presentó el agua lustral y los símbolos de la soberanía. «Hijo de san Luis, dijo á los sacerdotes que le recibieron en el santuario, imitaré sus virtudes.» Atribuyó tambien el fin de las desgracias de su raza á la proteccion de Dios y de su Madre, como para avivar desde la primera palabra las piadosas costumbres de Luis XIII y las ceremonias queridas á la credulidad del antiguo pueblo. Político con los políticos, creyente con los creyentes, rey de las dos edades que se volvian á encontrar bajo aquellas bóvedas en el. Despues de los cánticos de alegría que la Iglesia consagra a las victorias ó á la felicidad de las naciones, el rey y los príncipes volvieron á subir en el carruaje, y atravesaron por entre las oleadas del pueblo las calles y malecones que separan la catedral del Louvre. La fisonomía del príncipe, y la de la duquesa de Angulema, se entristecian segun iban aproximandose á las Tullerías en donde se habia preparado su mansion. El rey no habia visto aquel palacio desde el dia de la partida de Luis XVI y de la reina para Varennes, víspera de su cautiverio y de su largo suplicio; la duquesa de Angulema, desde la mañana del 10 de agosto cuando habia huido dando la mano á su padre, al oir el ruido de asalto que derribaba las puertas pasando por encima de los cadaveres de sus defensores. Las aclamaciones de aquella multitud, que parecian darle una reparacion de su familia sacrificada, se confundian en su memoria con los clamores de las grandes sediciones, que en otro tiempo habian sitiado su infancia en aquellos mismos patios. Al pasar por enfrente del antiguo palacio de San Luis, la conserjería, no pudo ver sin desfallecer las lumbreras y las rejas del calabozo de su madre. Al bajar del carruaje en la puerta de las Tullerías, cayó desmayada en brazos de sus servidores y la trasladaron medio muerta á su habitacion. Allí pasó encerrada el resto del dia entre Dios y el recuerdo de su estinguida familia. La era necesaria la soledad y la oracion, para hacerla tolerables aquellas grandezas cuyos reveses conocia, y aquellos triunfos cuyos cambios presentia.

V. El rey recorrió los salones de palacio, llenos todavía de todo el lujo y de todas las pompas militares del imperio. No habia habido tiempo para borrar de las paredes las cifras coronadas de Napoleon, ni para quitar las estatuas, los cuadros y los retratos, en los que durante diez años habia contemplado su imagen y su gloria. Luis XVIII se sentia bastante fuerte y glorioso por sus antepasados para mirar sin cólera y sin envidia aquellos vestigios de un soldado de la victoria. De este modo parecia adoptar todo cuanto habia decorado á la Francia, aunque fuese contra él. Aquella magnanimidad de su derecho tranquilizaba y enterneció á los guerreros de la corte de Napoleon, que le introducian en el palacio de su gefe. Manifestábanse envanecidos de verse adoptados por aquella monarquía de los siglos pasados, que parecia dar antigüedad á sus nuevos títulos. Prosternábanse ante el tiempo, para que este mezclase sus nombres recientes, á los antiguos nombres de la monarquía. Dos cortes rivalizaban en adulaciones, unas naturales, y serviles otras, y se confundian para recibir en el palacio al rey y su familia. Luis XVIII, pareció olvidar á sus servidores, para no ocuparse mas que de los nuevos. Su corazon estaba con la emigracion, pero las sonrisas eran el imperio y la revolucion. La estátua de su abuelo Enrique VI que habia vuelto á ser colocada en el puente nuevo para que la viese al pasar por el, y que habia saludado al atravesar el rio, parecia haberle inspirado su sonrisa y sus palabras. Hábil inconsecuencia de los soberanos reconciliados con sus súbditos, que sacrifican los amigos por conquistar á los enemigos.

VI. En cuanto la noche disipó aquella turba de cortesanos y aquella multitud ebria de esperanza, el rey retuvo á su lado á Mr. de Talleyrand y compuso su ministerio. Las circunstancias no permitian perder un momento para reinar. La Francia estaba conquistada, y era necesario tratar en su nombre de rescate y libertad. Los ánimos fluctuaban y estaban ansiosos por saber la significacion del nuevo gobierno: la palabra era difícil. Un acto ó un nombre, podian convertir el entusiasmo en desafeccion. Si la ambicion inquieta, y el imperialismo descontento tenian sus exigencias, la opinion realista tenia sus arrebatos, la emigracion sus ceptibilidades y sus ambiciones, la duquesa de Angulema sus repugnancias, y el conde de Artois y su corte, sus audacias contrarevolucionarias y sus pretensiones. El rey, de acuerdo con Mr. de Talleyrand, buscó nombres sepultados largo tiempo hacia en la oscuridad y en el retiro, cuyo mérito era ministerio, cuyas opiniones eran un secreto, y cuya sabiduría é imparcialidad presuntas desarmaban la envidia y tenian al menos el prestigio de lo desconocido. Aquellos nombres fueron tomados en su mayor parte de la antigua magistratura parlamentaria. Como si el rey al escoger aquellos hombres intermedios entre los plebeyos y los patricios, hubiese querido tranquilizar á la aristocracia y á la clase media, y dejar su favor indeciso entre la antigua y la nueva nobleza. Nombró canciller de Francia y ministro de la Justicia á Mr. de Ambray. Este antiguo fiscal general del parlamento de Paris, se habia distinguido antes de la revolucion en el ejercicio de sus funciones, por un talento que la memoria y el largo retiro habian exagerado. No habia emigrado. La revolucion y las persecuciones le habian respetado en su retiro en Normandía, como uno de esos hombres que se doblegan bastante en las circunstancias, y que desaparecen en las revoluciones de su pais, para ser respetados y tolerados por todos los partidos. Su título para las funciones de canciller con que el rey le investia, era el ser yerno del antiguo canciller de Luis XVI, Mr. de Barentin, especie de herencia de los elevados cargos de la corona, á la que Luis XVIII se atentaba estrictamente, como á una de las tradicciones sagradas de la dignidad real. Mr. de Ambray era inferior á su tiempo: propio únicamente para honrar la justicia con virtudes personales, pero incapaz de elevar sus funciones hasta la altura de un sistema político adoptado á una transicion de genio entre dos reinados. Formular y firmar las órdenes de la corte, era toda su aptitud y toda su adhesion. Pasaba por haber sostenido una correspondecia secreta con Hartuell, durante el reinado de Napoleon, como tambien su suegro monsieur de Barentin. Aquellas especies de correspondencias conocidas y toleradas por la política de Napoleon, porque eran evaporaciones sin riesgo de las opiniones realistas, y revelaban al mismo emperador los pensamientos inofensivos de los últimos partidarios de los Borbones, eran sin embargo un título para el reconocimiento del rey, que pagaba á su advenimiento al trono. Aquella adhesion le parecia meritoria, aunque no hubiese corrido peligro. Era bien fácil hacer creer á la nacion y á la Europa, que no lo debia todo á la fuerza de las cosas, sino que tambien tenian alguna parte en su regreso, sus hábiles y secretas negociaciones de Hartwell. De este modo recompensaba mas fidelidad de la que presumia.

VII. El abate Montesquiou, otro de sus corresponsales íntimos, y su verdadero negociador entre la opinion y él, fué nombrado ministro de lo interior. Mas propio para la corte que para los negocios y la administracion, el abate de Montesquiou tenia demasiada flojedad para un hombre de estado. Bordeando entre dos ideas y dos épocas sin satisfacer ni irritar á ninguna de ellas, tenia el único mérito de los espíritus fluctuantes, el de su debilidad. El abate Luis, hombre consumado en hacienda y apasionado contra el despotismo imperial, adicto á Mr. de Talleyrand por analogía clerical, y por analogía de repudiacion del sacerdocio, fué llamado al ministerio de Hacienda, arruinada por Bonaparte y por la invasion. Se necesitaba en él, genio, actividad, audacia é iniciativa. El abate Luis, que habia estudiado en la escuela de Mirabeau, de Necker y de Calonne, los misterios del crédito y los milagros de la confianza, entraba con animo firme, y mano atrevida. No desesperaba al encargarse de un tesoro exhausto, y que tenia que hacer frente á exigencias insaciables del estranjero y de la emigracion. Evocó del seno de aquellas ruinas el verdadero genio de la hacienda, la probidad del gobierno: encontró la riqueza en la prodigalidad del reembolso.

Mr. Beugnot recibió la direccion general de policía, verdadero ministerio de la opinion, el mas importante de todos para un príncipe nuevo,

que debe conocer á fondo el espíritu de los partidos para tratar con ellos. Mr. Beugnot, hombre de un talento general y de una flexibilidad llena de gracia, parecia indicado por su carácter y sus antecedentes para aquellas difíciles funciones. Engañó todas las esperanzas: demasiado superficial para ver bien, demasiado adicto para aconsejar bien, era demasiado flexible para resistir á los caprichos de la corte.

VIII. Un hombre envuelto en una de esas nombradías misteriosas, ocultaba mucha nulidad, bajo mucha consideracion, fue encargado de las postas: era este Mr. Ferrand. Aquel era entonces un segundo ministerio de la policía, formado por el emperador para el espionage de las opiniones. Mr. Ferrand, antiguo parlamentario como Mr. de Barentin y Mr. de Ambray, había emigrado. Cansado del destierro había vuelto á entrar en su patria á principios del imperio. Semejantes hombres no inquietaban á Napoleon. Adoradores y restos del antiguo régimen, les perdonaba fácilmente sus sentimientos en favor de sus dogmas. Aquellos hombres como Mres. Fontannes, Montlosier, Molé, Ferrand y Bonald, formaban la teoría de su despotismo. Cuando no podia atraerlos á su trono, los enaltecia en la opinion. Eran aliados que respetaba y que acariciaba en el campo de los Borbones. M. Ferrand había escrito un libro titulado *Espíritu de la Historia*, larga y fastidiosa paradoja contra todas las novedades y libertades del espíritu humano. Aquel libro, adoptado por la universidad del imperio como un catecismo de la servidumbre razonada, y encomiado por la nobleza y por el clero como una dedicacion de lo pasado, había formado á su autor una de esas glorias cubiertas con un velo que nadie levanta, y ante las que todo el mundo se inclina por solo su palabra. Luis XVIII parecia que participaba tambien de aquel culto á la autoridad de Mr. Ferrand. Era Montesquieu de las circunstancias que introducia en el consejo, y á quien encargaba meditar la constitucion.

En fin, Mr. de Talleyrand, como hombre de la necesidad y de la doble tradicion revolucionaria y monárquica, recibió el ministerio de negocios estranjeros, y la presidencia del consejo de ministros. Su gracia, su indiferencia, su negligencia que todo lo dejaba flotar, menos su fortuna; sus palabras de doble interpretacion, sus sonrisas á las dos opiniones, su deferencia para con el rey, y su crédito con Alejandro, lo hacian el centro aceptado, el auxiliar y la esperanza de todo el consejo.

IX. El rey no reservó á la amistad mas que una plaza, la mas humilde en la apariencia, pero la mas importante en el fondo. Fue esta el ministerio de la casa real, verdadera maría del palacio, sucesion del gran mariscalato del Imperio, establecido por Napoleon en favor de sus mas íntimos servidores, ministerio del favoritismo en el reinado de un príncipe que no podia pasarse sin un amigo. Aquel ministerio, olvidado ó concedido por Mr. de Talleyrand, fue dado á Mr. de Blacas, sucesor del conde de Avarey en el corazon del rey. Era la intimidad de Hartwell, trasportada á las Tullerías, y trasformada en poder político. Aquel ministro, que tenia abierta ó cerrada la puerta del gabinete del rey, que recibia á los demas ministros, que reasumia su trabajo, que examinaba sus comunicaciones al príncipe, que era el único que oia y trasmitia la palabra al rey, no tardó en absorberlo todo. La responsabilidad y la constitucion fueron borrándose ante la costumbre y el carácter. La verdad no pudo atravesar sin un pasaporte de Mr. Blacas. Imbuido de una fidelidad supersticiosa hácia su amo, estraño al pais, nuevo en los negocios, y despreciador de la opinion toda libertad y severidad de lenguaje le hubiera parecido un atentado de lesa majestad contra su soberano.

El conde de Artois, humillado de las lijerezas que habia cometido, empeñando la palabra de su hermano al senado, y entregando las plazas fuertes á los aliados, se retiró al pabellon de las Tullerías que le estaba señalado, con sus hijos y su pequeña corte de emigrados revoltosos, de obispos implacables, nuevos aventureros del antiguo régimen, y malos consejeros de su debilidad. El rey le colmó de honores casi reales, de munificencias, de crédito, de guardias, casi rey por las pompas de su casa, pero separado respetuosamente del gobierno, del que el rey sabia que era tan ambicioso como incapaz. Los favoritos del hermano del rey, comenzaron desde aquel dia á infundirle la oposicion, el descontento y las intrigas contra el sistema pacificador de la corona, y á agitar sordamente el palacio, el gobierno y la familia real. Dos espíritus parecia que habian entrado con una sola familia en las Tullerías, y se dividian ya la nacion.

X. Fouché, impaciente por señalarse á los ojos del nuevo monarca, y lavar la sangre de Luis XVI, con servicios audazmente ofrecidos, hizo presentar al rey una memoria en la que desde los primeros dias trazaba á aquel príncipe el camino, en que segun decia, seria seguido por la nacion. Su título de antiguo ministro de la policía, la ambigüedad de su papel durante los últimos años del imperio, su desgracia y su relegacion á Italia, y hasta su misma traicion, hacian preciosos sus consejos, al rey y á Mr. Blacas. El ministro confidencial y el príncipe los leyeron con atencion, y formaron de ellos la línea de sus principios políticos. La audacia y la rudeza de aquellos consejos, les dieron mas autoridad en el ánimo del rey. Creia poder fiarse de un hombre que despreciaba en la apariencia el complacer, y que no temia adular con la adulacion peor de todas, que se encubre con la insolencia, el servilismo, y que sazona la ambicion con verdades.

«Queremos, de buena fé, decia Fouché en aquella memoria que encontró el rey sobre la mesa de su gabinete al levantarse, queremos de buena fe y de todo corazon el restablecimiento de los Borbones. Todos sabemos que su reinado no puede ser ni tan duro, ni tan dispendioso, ni tan molesto como el de Bonaparte; estamos persuadidos de que el gobierno con sabiduría, justicia y moderacion, cicatrizará una parte de nuestras heridas. Tenemos que espiar infidelidades con respeto á él. Pero tal es la confianza que tenemos en su bondad hereditaria, tal es el arrepentimiento que nos conduce hácia ellos, que nadie ha buscado ni en el territorio ni fuera de él, ningunos competidores, ni ha vuelto á subir pacíficamente al trono de sus mayores sin que haya derramado una gota de sangre ni una lágrima.

»Porque queremos de buena fé que los Borbones se restablezcan en el trono de Francia debemos desear que no escuchen á los consejeros estúpidos ó pérfidos que les impelen á ser el alma de un partido, mas bien que los padres de la nacion, á demoler la obra que encuentran hecha y á atacar las ideas establecidas á riesgos de encender las pasiones, inflamar y agriar los amores propios y esparcir en los ánimos una desconfianza general cuyas consecuencias serian incalculables.

»Seguramente si la nacion se estravía, conmueve y lanza á torbulencias, solo tendrán que atribuir su desgracia á ellos mismos. Las tiendas están llenas de sus libelos y constituciones. Bonaparte, que no era mas liberal en materia de concesiones, nos dejó sin embargo, dos garantías, el jurado y la representacion nacional, nuestros actuales juristas no quieren mas, pero afortunadamente el rey será menos realista que esas gentes. Tiene bastante entendimiento y un alma bastante elevada; su gusto, sus estudios en las ciencias y en la literatura le han puesto en relacion con demasiados hombres instruidos para que sea preciso temer que su reinado haga retrogradar al siglo XIX. La guerra que en nuestros dias se hiciese á las ideas liberales, costaria mas cara á la Francia que la revocacion del edicto de Nantes; en todo caso seria mas peligrosa para los que la declarasen que para los que la sostuviesen.

»Ademas de los seiscientos mil ciudadanos que han vuelto al seno de sus familias despues de haber servido victoriosamente como militares, contamos todavía quinientos mil sobre las armas. Otros muchos hombres han participado mas próxima ó remotamente de sus opiniones ó sus escritos, de los acontecimientos de la revolucion y del reinado de Bonaparte. Casi todos tienen energía y elevacion en su carácter. Todos esos hombres que se creen elevados por los acontecimientos y las ideas de su siglo, no sufrirán que se burlen de lo que han hecho. No vituperarán á los que han seguido otro camino; pero que tampoco se los vitupere.

»La familia de los Borbones vuelve á subir al trono en las circunstancias mas favorables. La fuerza de la guerra nos habia llegado á ser insoportable, deseábamos la paz. La conservacion de cuatrocientos mil hombres que hubieran perecido este año se debe al regreso de esos príncipes. Pero preservados de un escollo que la candidez y la lijereza de nuestros libelistas no les han dejado ver, Napoleon se cree todavía un coloso en su isla de Elba: nuestros enemigos le tienen aun en reserva como un espantajo que sirve maravillosamente á su política, y de que sabrian hacer uso contra nosotros si tuviésemos la imprudencia de dividirnos y dejarles descubrir una parte que no estuviese agrupada en derredor del trono. No tenemos mas que un medio de aniquilarlos y defraudar los cálculos de los que tan preciosamente los conservan, y es el de sofocar entre nosotros todos los gérmenes de la guerra civil, todos los amores propios, toda clase de servicios, toda clase de gloria y de ilustracion. Este es el modo de evitar los descontentos, los rencores, las venganzas, los odios y las querellas de religion y de política: eso es obrar como si no hubiese habido revolucion en Francia, y no perder nunca de vista que Bonaparte sería el refugio natural y el alma de todos los partidos que se separasen de la causa del rey.»

XI. Mientras que Luis XVIII meditaba aquellas ideas de Fouché, comunes á Mr. de Talleyrand y al emperador Alejandro, el entusiasmo del antiguo partido realista, que al volver á recobrar su jefe natural en el trono creia deber encontrar tambien el antiguo órden de cosas, se exaltaba hasta el delirio y comenzaba á ser gravoso á la sabiduría del

rey. Aquel príncipe tan ilustrado y tan amigo de transacciones en materia de gobierno estaba dominado por sus tradiciones y sus costumbres. No veia trono sin nobleza ni restauracion sin esos cuerpos privilegiados a quienes las largas guerras de la república y el imperio habian quitado los grados esclusivos del ejército, y á quienes queria devolver al menos la guardia de su persona y los altos empleos de palacio. El mismo Napoleon habia dado aquel ejemplo, aquel pretesto al rey con la formacion de su guardia imperial, pretorianos del imperio y privilegiados de la victoria de que estaba rodeado. El primer pensamiento de Luis XVIII habia sido confiarse á aquella fuerza escogida del ejército frances, y entregar su trono y su familia á la lealtad de aquellos intrépidos soldados; pero le disuadieron de ello. La frialdad de algunos regimientos de aquella guardia imperial formados al tiempo de su entrada en Paris, pareció una señal de descontento y un presagio de sediciones y de traiciones. Apresuráronse á alejar á aquellos regimientos sin disolverlos, destinándolos á los departamentos del norte de la Francia, y se pensó en sustituirlos por otra guardia personal del rey. Ademas era necesario satisfacer las promesas hechas en la emigracion á los compañeros de adversidad del príncipe. Era necesario dar grados y sueldos á los oficiales y soldados del ejército de Condé y del de los príncipes que habian vuelto indigentes á su patria, en donde habian encontrado vendidos sus bienes: y por último era preciso, reservando las altas dignidades de la monarquía para los grandes nombres, crear para los mariscales y generales tránsfugas del imperio cierto número de dignidades militares que les conservase con su nuevo amo, los honores y tratamientos de la alta servidumbre de palacio, á que se habian atenido mas que á su fidelidad.

La guardia real del rey de Francia correspondia á todas las necesidades de la situacion.

XII. El rey volvió á crear su guardia tal como existia en tiempo de Luis XVI, antes de las reformas que aquel monarca hizo con paternal economía en aquel lujo armado. Guardias de corps, caballos lijeros, mosqueteros, alabarderos, cien suizos, guardias de la puerta y guardias del conde de Artois. El grado de oficiales que tenian los soldados de aquellos cuerpos, los privilegios de guarnicion de corte y de palacio, los caballos de mano, los brillantes uniformes, la residencia esclusiva en la capital ó pueblos inmediatos á ella, el sueldo de teniente de caballería que disfrutaban los simples guardias, la familiaridad diaria con el rey y los príncipes, las cacerías, los viajes, y en fin, la esperanza de ver salir de aquel plantel de jóven nobleza todos los jefes y oficiales del nuevo ejército monárquico, y sobre todo, la aficion á las novedades y el desinteresado entusiasmo de aquella juventud realista hácia el reinado de unos príncipes que habian ocupado el trono en tiempo de sus padres, produjeron un movimiento irresistible en Paris, é hicieron que en pocos dias se alistasen algunos millares de jóvenes de las familias mas nobles y mejor acomodadas de la Francia. No hubo una casa ilustre de la antigua aristocracia, ni un palacio del arrabal de San German, ni una quinta de las provincias, ni una casa regular en los departamentos, que no suministrase un hijo para aquel alistamiento voluntario de la guardia del rey. En pocas semanas quedaron aquellos cuerpos completos, montados, armados, disciplinados é instruidos. Asombraron á Paris por la elegancia de su uniforme, la brillantez de sus armas y la insolencia de su valor. La inclinacion á las armas y la tradicion del valor personal, familiares en la nobleza de las provincias y trasmitida de padres á hijos, la hermosura y el vigor de aquellas razas militares y caballerescas, trasformaron en un momento aquella escogida aristocracia en una especie de guardia pretoriana. Admirados de Paris, envidiados del ejército, frecuentemente burlados y desafiados por los oficiales de Napoleon, aquellos jóvenes rivalizaban en insolencia y valor con aquellos veteranos que censuraban sus privilegios, sus opiniones ó su juventud. Ejercitados de este modo en los combates ó asaltos de la esgrima, como los otros lo estaban en las batallas y en las victorias, tuvieron todos los dias numerosas reyertas con los soldados del imperio, mataron é hirieron un gran número de adversarios, e hicieron bien pronto respetar su espada. Pero aquel germen de preferencia y de division entre los dos ejércitos introdujo desde luego la discordia y el odio en el antiguo ejército. La necesidad de economías, que no alcanzaron á la corte y á los nuevos cuerpos militares, pesaron sobre el inmenso cuadro de oficiales de Napoleon, desproporcionado para las fuerzas del ejército en pie de paz. Quince ó diez y seis mil oficiales de todas graduaciones, reducidos á medio sueldo, llevaron a todas las ciudades y aldeas el descontento de su carrera interrumpida y de su combatida existencia. Mas cerca del pueblo que la nobleza, aquellos oficiales á medio sueldo, que habian salido de las familias mas humildes, y mezclados con las poblaciones rurales, comenzaron la impopularidad de los Borbones, y llegaron á ser el gérmen activo de una sorda conspiracion militar y popular, en que la democracia y el despotismo debian unirse contra la restauracion y la libertad.

Luis XVIII, con política imparcialidad, escogió los gefes de las tropas de casa real entre los mariscales del imperio y los grandes nombres de la antigua monarquía. Los mariscales Berthier y Marmont y los duques de Luxemburgo y Havre fueron nombrados capitanes de guardias. Los mosqueteros y caballería lijera de la guardia fueron tambien mandados por generales de la época imperial. El conde de Artois, el príncipe de Condé y el duque de Orleans volvieron á tomar sus antiguos títulos de coronel general de los suizos, de la infantería, de los dragones y de los húsares. El ejército envejeció con todas las tradiciones del antiguo estado militar de Francia y con todos los oficiales de la emigracion, del ejército de Condé ó de la marina, que la revolucion, el destierro, el cansancio o la edad habian hecho salir de las filas, ya hacia veinte años. Los grados, las pensiones, las condecoraciones militares se remontaron una cuarta parte de siglo para recompensar en lo pasado servicios dudosos, fidelidades sospechosas, incapacidades ridículas y pretensiones justificadas unas veces y otras nó. Los títulos, los honores y el tesoro estuvieron á merced de los veteranos de la restauracion. Paris ofrecia el estraño espectáculo de un siglo desenterrado, que salia del olvido con sus nombres, sus opiniones y sus trajes, para arrancar ó mendigar los favores de otro siglo. El ridículo comenzó á luchar con el respeto, mostrando al pueblo aquel vetusto cortejo de fidelidad y de mendicidad, á la puerta de los ministros y del palacio de los Borbones. El mismo rey se reia, pero mandaba á sus ministros que prodigasen las indemnizaciones y los favores útiles u honoríficos, para sofocar en derredor suyo los murmullos de ingratitud de los realistas, y para ser dueño de su política entregándoles sus tesoros.

El general Dupont, que el rey habia conservado en el ministerio de la guerra para ser el ejecutor del licenciamiento, redujo el ejército á doscientos mil hombres. Era bastante para un pais que mantenia en aquel momento ochocientos mil soldados estranjeros, y que negociaba una paz como se implora una capitulacion. Pero la transicion de una monarquía universal que pagaba y reclutaba un millon de hombres, á otra limitada y pacífica, que debia pagar los atrasos de sus conquistas y las indemnizaciones de su gloria, pesaba fatalmente sobre la nacion. Se hacia cargar injustamente con aquel peso al nuevo gobierno, inocente de la ambicion de Napoleon y de la penuria de la Francia.

XIII. Hasta la paz, primera promesa del rey, sufria lentitudes y dificultades que impacientaban á la opinion pública. Las provincias ocupadas por las tropas estranjeras sufrian mucho y quedaban consumidas. Paris estaba humillado con la vista de los ejércitos del Norte, acampados en sus jardines y en sus parques. Pero la faccion bonapartista y senatorial, que cada vez asediaba mas á Alejandro, le hacia imponer como primera condicion para la paz, la proclamacion de una carta constitucional, garantía de su pasado, prenda de su porvenir. El rey se decidió por fin á designar comisarios en proporcion casi igual, entre los hombres de su confianza personal, tanto del cuerpo legislativo como de los antiguos senadores, para fijar las bases de la constitucion y deliberar su testo. Eran el abate de Montesquiou, su ministro íntimo y confidencial; Mr. Ferrand, su teórico dogmático, defensor de su prerogativa absoluta; Mr Beugnot, negociador de sus concesiones: y Mres. Barthelemy, Barbe-Marbois, Boissy de Anglas, Fontanes, Garnier, Pastoret, Semonville, el mariscal Serrurier, Blancart de Bailleul, Bois-Savary, Chabaud-Latour, Clausset de Cousergues, Duchesne, Duhamel, Faget de Baure, Felix Faulcon, Lainé y Ambray, canciller de Francia, la mayor parte realistas puros, algunos hombres de fructidor, proscriptos por su realismo prematuro ó por su oposicion heróica á los escesos revolucionarios; otros, como Mr. Lainé y sus colegas, querian una libertad moderada, con una dignidad real antigua; todos enemigos del regimen imperial y favorablemente dispuestos á la reconciliacion de la nacion y de la familia de los Borbones. Era una especie de conferencia diplomática encargada de preparar los preliminares de aquel gran tratado de pacificacion entre las razas y las ideas que se combatian ya hacia treinta años, el concilio del trono y de la libertad moderna. Pero el rey se reservaba la facultad de admitir ó desechar y firmar ó nó las cláusulas de aquel tratado. Queria que aquella carta le perteneciese, aun despues de haberla promulgado.

Algunas sesiones, apresuradas por la imperativa impaciencia del emperador Alejandro, que declaraba que sus tropas no dejarian á Paris antes de la promulgacion de la Carta, bastaron para la discusion y redaccion de aquel documento. El rey le firmó con la reserva formal y repetida de que aquel derecho de la nacion era un don y una concesion del trono, reservándose, como lo habia hecho en Compiegne, el volver á

traer á su origen la omnipotencia de que abandonaba una parte.

Hé aquí el tratado de paz entre los Borbones y la nacion, cuya sabiduría ninguno negó entonces, que nadie creyó revocable, que bastaba á la autoridad del trono y á la libertad del tiempo, y que sirvió de base moral para el sólido restablecimiento de la monarquía tradicional y temporal, y que habria soportado todavía largo tiempo aquel gobierno apoyado en dos derechos y en dos épocas, si la impaciencia del rey contra las agitaciones del pueblo, no hubiese minado las bases bajo su propia monarquía.

DERECHO PÚBLICO DE LOS FRANCESES.

«Todos los franceses son iguales ante la ley, sean cuales fueren sus títulos y su rango.

»Están obligados á contribuir indistintamente en proporcion de su fortuna, á sostener las cargas del estado.

»Todos son igualmente admisibles para los empleos civiles y militares.

»Queda igualmente garantida su libertad individual: nadie puede ser perseguido ni preso, sino en los casos previstos por la ley, en la forma que ella prescribe.

»Todos pueden profesar su religion con igual libertad y obtener para su culto la misma proteccion.

»Sin embargo, la religion católica, apostólica, romana, es la religion del estado.

»Los ministros de la religion católica, apostólica, romana, y los de los demás cultos cristianos serán dotados por el tesoro real.

»Los franceses tienen el derecho de publicar y hacer imprimir sus opiniones, conformándose á las leyes que deben reprimir los abusos de esa libertad.

»Todas las propiedades son inviolables, sin ninguna escepcion de las que se llaman nacionales, porque la ley no hace ninguna distincion de ellas.

»El estado puede exigir el sacrificio de una propiedad, por causa de interes público legalmente justificado, prévia indemnizacion.

»Están prohibidas las pesquisas de votos y opiniones hasta la Restauracion. Se recomienda el mismo olvido á los tribunales y ciudadanos.

»Queda abolida la conscripcion. La forma del reemplazo del ejército de mar y tierra, será fijada por una ley.

FORMAS DEL GOBIERNO DEL REY.

»La persona del rey es sagrada é inviolable. Los ministros son responsables. Solo al rey pertenece el poder ejecutivo.

»El rey es el jefe supremo del estado, manda las fuerzas de mar y tierra, declara la guerra, hace los tratados de paz, de alianza y de comercio, nombra todos los empleados de la administracion pública, espide los decretos, y forma los reglamentos necesarios para la ejecucion de las leyes y la seguridad del estado.

»El poder legislativo se ejerce colectivamente por el rey, la cámara de los pares, y la de los diputados de los departamentos.

»El rey propone las leyes.

»La proposicion de la ley, puede presentarse á voluntad del rey, á la cámara de los pares ó á la de los diputados, escepto la de los impuestos, que debe presentarse primero á la de los diputados.

»Toda ley debe ser discutida y votada libremente por la mayoría de cada una de las dos cámaras.

»Las cámaras tienen la facultad de suplicar al rey que proponga una ley sobre cualquier objeto, é indicar lo que les parezca conveniente que la ley contenga.

»Esta peticion podrá hacerse por cada una de las dos cámaras, despues de haber sido discutida en sesion secreta: hasta pasados diez dias, no será remitida á la otra cámara por la que la haya propuesto.

»Si la proposicion es adoptada por la otra cámara, se presentará al rey: si es desechada, no podrá volver á ser presentada en la misma legislatura.

»Solo el rey sanciona y promulga las leyes.

»La lista civil para la duracion de todo el reinado, se fijará en la primera legislatura despues del advenimiento del rey.

DE LA CÁMARA DE LOS PARES.

»La cámara de los pares es una parte esencial del poder legislativo.

»Será convocada por el rey, al mismo tiempo que la cámara de los diputados de los departamentos. La legislatura de una, comienza y concluye al mismo tiempo que la de la otra.

»Toda asamblea de la cámara de los pares que se celebre fuera del tiempo de la legislatura de la cámara de los diputados, es ilícita y nula de derecho.

»El nombramiento de los pares de Francia pertenece al rey. Su número es ilimitado. Puede variar sus dignidades, nombrarlos vitalicios ó hereditarios segun su voluntad.

»Los pares tienen entrada en la cámara á los veinte y cinco años, y voz deliberativa á los treinta.

»La cámara de los pares será presidida por el canciller de Francia, y en su ausencia por un par nombrado por el rey.

»Los miembros de la familia real, y los príncipes de la sangre, son pares por derecho de nacimiento: tendrán su asiento inmediato al del presidente: pero no tendrán voz deliberativa hasta los veinte y cinco años.

»Los príncipes no pueden tomar asiento en la cámara sino por una órden del rey, manifestada para cada legislatura por un mensaje, bajo pena de nulidad de cuanto se haga en su presencia.

»Las deliberaciones de la cámara de los pares, serán secretas.

»La cámara de los pares conoce de los crímenes de alta traicion, y de los atentados contra la seguridad del estado, que serán espresados por una ley.

»Ningun par puede ser preso sino por órden de la cámara, ni juzgado mas que por ella en materia criminal.

DE LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS DE LOS DEPARTAMENTOS.

»La cámara de los diputados, se compondrá de diputados elegidos por los colegios electorales, cuya organizacion será determinada por las leyes.

»Cada departamento tendrá el mismo número de diputados que ha tenido hasta ahora.

»Los diputados serán elegidos por cinco años, de manera que la cámara se renueve cada año por quintas partes.

»Ningun diputado podrá ser admitido en la cámara si no acredita tener cuarenta años y pagar una contribucion directa de mil francos.

»Los electores que concurran al nombramiento de diputados no pueden tener el derecho de sufragio, si no pagan una contribucion directa de trescientos francos, y si tienen menos de treinta años.

»Los presidentes de los colegios electorales serán nombrados por el rey, y de derecho, miembros del colegio.

»La mitad por lo menos de los diputados, será elegida entre los elegibles, que tengan su domicilo político en el departamento.

»El presidente de la cámara de los diputados, será nombrado por el rey entre una lista de cinco miembros presentada por la cámara.

»Las sesiones de la cámara serán públicas, pero la peticion de cinco diputados bastará para que se reuna en secreta.

»No puede hacerse enmienda alguna en una ley, si no ha sido propuesta ó consentida por el rey, y si no ha sido remitida y discutida en las oficinas.

»La cámara de los diputados recibirá todas las proposiciones de impuestos: hasta despues que hayan sido admitidas aquellas proposiciones, no pueden enviarse á la cámara de los pares.

»No podrá establecerse ni cobrarse ninguna contribucion, si no ha sido votada por las cámaras y sancionada por el rey.

»La contribucion territorial solo puede votarse por un año. Las contribuciones indirectas pueden serlo por muchos años.

»El rey convocará cada año las dos cámaras: puede prorogar y disolver la de los diputados de los departamentos: pero en ese caso debe convocarla de nuevo en el plazo de tres meses.

»Durante la legislatura y en las seis semanas que la precedan ó sigan, no se podrá proceder contra ningun diputado.

»Ningun miembro de la cámara puede, durante la legislatura, ser preso ni perseguido criminalmente, escepto en caso de fragante delito, sin que la cámara haya concedido la autorizacion para ello.

»Toda peticion á cualquiera de las cámaras, debe ser presentada por escrito. La ley prohibe presentarse personalmente en la barra.

DE LOS MINISTROS.

»Los ministros pueden ser miembros de la cámara de los pares ó de la de los diputados. Tienen entrada en ambas cámaras, y deben ser oidos cuando lo pidan.

»La cámara de los diputados tiene el derecho de acusar á los minis-

tros y pasar la acusacion á la cámara de los pares, que es la que debe juzgarlos.

»No pueden ser acusados mas que por traicion ó por confusion.»

DEL ÓRDEN JUDICIAL.

«La justicia emana del rey, y se administra en su nombre por jueces que nombra é instituye.

»Los jueces nombrados por el rey son inamovibles.

»Los tribunales ordinarios que en la actualidad existen, serán conservados. No se variará nada, sino en virtud de una ley.

»La actual institucion de los jueces de comercio, será conservada.

»Igualmente lo serán los jueces de paz. Estos, aunque nombrados por el rey, no son inamovibles.

»Nadie podrá ser separado de sus jueces naturales.

»En su consecuencia, no podrán crearse comisiones ni tribunales estraordinarios. En esta denominacion, no se comprenden las jurisdicciones prebostales, si se conceptua necesario su restablecimiento.

»Los debates en materia criminal serán públicos, á menos que la publicidad sea peligrosa para el órden y las costumbres, en cuyo caso el tribunal lo declarará así.

»La institucion de los jurados será conservada. Las variaciones que una larga esperiencia acredite que son necesarias, no podrán afectuarse sino por medio de una ley.

»Queda abolida la pena de confiscacion, y no podrá ser restablecida.

»El rey tiene el derecho de indultar y conmutar las penas.

»El código civil, y las leyes actualmente existentes que no sean contrarias á la presente carta, quedan en su fuerza y vigor, hasta que sea legalmente derogado.

DERECHOS PARTICULARES GARANTIDOS POR EL ESTADO:

«Los militares en activo servicio, los oficiales y soldados retirados, las viudas, oficiales y soldados pensionados, conservarán sus grados, honores y pensiones.

»La deuda pública queda garantida. Toda especie de obligacion contraida por el estado con sus acreedores es inviolable.

»La nobleza antigua volverá á tomar sus títulos, y la nueva conservará los suyos. El rey puede hacer nobles á su libertad, pero solo se concederán rangos y honores, sin ninguna exencion de las cargas y deberes de la sociedad.

»La legion de honor queda conservada. El rey determinará sus reglamentos interiores y su condecoracion.

»Las colonias serán regidas por leyes y reglamentos especiales.

»El rey y sus sucesores jurarán en el solemne acto de su consagracion, observar fielmente la presente carta constitucional.

»Dada en París el 4 de junio del año de gracia 1815, y de nuestro reinado el diez y nueve.

»*Firmado*: LUIS:

y mas abajo

»El ministro secretario de Estado,

«*Firmado*: EL ABATE DE MONTESQUION.»

XIV. Esta acta es la fecha de las verdades políticas, pasadas entonces al estado de derecho comun entre el espíritu de los pueblos y las pretensiones de los reyes. A escepcion de la libertad sincera y seria de las conciencias inconciliable con una religion de estado que paga uno ó dos cultos y proscribe los demás, todas las libertades constitucionales estaban proclamadas y garantidas en ella. Era el acta del nacimiento del nuevo régimen, bautizado con la sangre en los cadalsos y en el campo de batalla ya hacia veinte y cinco años, en contraste con el antiguo régimen que se hundió en 1789. Era un Enrique IV, repudiando su antigua fé por un trono, y confesando los nuevos dogmas. La autoridad real, triunfante en la apariencia, estaba sometida por su mismo regreso. Adoptaba los derechos, las costumbres, la lengua y las instituciones de los vencidos.

Aquel acto satisfizo á la Francia. Solo se elevaron dos murmullos, pero fueron sofocados por el consentimiento general. Uno, de los antiguos realistas, manifestando por un hombre que despues ha llegado á ser célebre é importante, Mr. de Villele, noble de Tolosa, imbuido en el espíritu feudal y absoluto del mediodia. El otro, de Carnot, de Fouché, de los amigos de madama de Staël, y de los cortesanos despedidos del despotismo imperial, los unos sinceros en su receloso liberalismo, y otros afectando precipitarse en las doctrinas constitucionales mas exigentes, para vengarse de su despotismo perdido.

XV. Mr. de Villele se atrevió á escribir: «El cansancio general permitirá tal vez al hacer marchar, durante algun tiempo, esta obra de egoismo y de imprevision; pero al primer choque todo se hundirá y volveremos á entrar en una revolucion.

»Conservemos las instituciones que nos convienen: tengamos la sabiduría y el noble orgullo de creer que son tan buenas para nosotros, como las de nuestros vecinos lo son para ellos, y no nos creamos reducidos á tener que ir á buscar fuera de nuestra casa el modelo de nuestra constitucion.

»Las luces han hecho grandes progresos en Francia: la riqueza y la instruccion, se hallan esparcidas en todas las clases: el deseo de ver convertido el mérito en gloria y provecho de nuestro pais, se halla grabado en todos los corazones. Hagamos en el régimen que nos gobierna las variaciones que el tiempo nos indique, y restablezcamos cuanto sea susceptible de ser restablecido. Seamos sóbrios en innovaciones: la declaracion del rey que nos ocupa, está calcada casi enteramente sobre la constitucion propuesta ya por el senado. *Esa obra no es, pues, la del rey*, es la de un cuerpo, que, como toda la Francia sabe, no tenia facultad para hacerla.

»¿No han hecho bastantes ensayos entre nosotros los hombres por quienes nos hemos dejado dirigir largo tiempo? ¿No hemos sacrificado por sostener las funestas ideas de esos empíricos, bastantes riquezas y generaciones? ¿Qué ha resultado de su ciencia y de la confianza que hemos tenido en sus promesas? la devastacion del mundo y la invasion de nuestra patria. .. Las instituciones políticas no se vacian en un molde, y no pueden fundarse en teorías: ya hemos hecho una larga esperiencia. Volvamos á la constitucion de nuestros padres, á la que es conforme á nuestro carácter nacional, que está en el sentido de nuestras opiniones, y se halla grabada con rasgos indelebles en el corazon de todos los franceses: las partes de nuestra organizacion que han padecido, nos costarán menos de reparar, que nos costaria el restablecer las nuevas instituciones: la esperiencia y la opinion pública exigen la primera de estas medidas y se unen para hacer que se desechen las otras.»

XVI. Aquellos murmullos se perdieron en la impaciencia de ver el suelo de la patria evacuado por los ejércitos estranjeros. El 30 de mayo, el cañon de los Inválidos anunció á la Francia que se habia firmado el tratado preliminar de París entre los soberanos aliados y el gobierno del rey. El conde de Artois, le habia prejuzgado demasiado con el convenio del 23 de abril. Aquel príncipe habia soltado todas las prendas para una negociacion mas favorable en manos de la Francia. Luis XVIII y Mr. de Talleyrand no tuvieron mas que ratificar aquel acto precipitado. Era preciso presentir los próximos tratados de Viena, en que la Europa anti-francesa y monárquica iba á reconstituirse todavia con las armas en la mano, y en que la Francia, en la apariencia mas independiente y respetada, no tendria mas que el honor de deliberar sobre su propio abatimiento.

El tratado de París decia: «Que habria paz y amistad perpetuas entre el rey de Francia, el emperador de Austria y sus aliados:

»Que la Francia volvia á entrar en los límites de 1791, escepto algunas variaciones en las fronteras de sus departamentos del Norte, de Sambre y Mosa, de la Mosela, de la Sarre y del Bajo Rhin, escepto tambien la conservacion de Mulhouse, Aviñon, Montbelard, y la subprefectura de Chambery:

»Que la libertad de navegacion del Rhin, garantizada á todos los estados ribereños, seria arreglada por el futuro congreso:

»Que la Holanda colocada bajo la soberanía de la casa de Orange, recibiria un aumento de territorio:

»Que todos los estados de Alemania, serian independientes y estarian unidos por un lazo federativo:

»Que la Suiza permaneceria independiente:

»Que la Italia, escepto los paises que se devolverian al Austria, se compondria de estados soberanos:

»Que la isla de Malta y sus dependencias serian posesiones británicas:

»Que la Francia recobraria sus antiguas colonias, menos las islas de Tabago, Santa Lucía, la isla de Francia, Rodrigo, las Sechelles, que cedia á la Inglaterra, como tambien los fuertes y establecimientos que dependian de ellas:

»Que la Francia se abstendria de toda especie de fortificacion de los territorios que recobraba en las Indias, y que no podria tener en ellos mas número de soldados que los necesarios para mantener el buen órden:

«Que el derecho de pesca en el gran banco y en las costas de Terranova, y en el golfo de San Lorenzo, seria devuelto á la Francia:

«Que la Francia partiria con las potencias aliadas todos los buques armados ó sin armar que se encontrasen en las plazas marítimas cedidas por ella:

«Que aquella particion tendria lugar en la proporcion de una tercera parte para las potencias de que aquellas plazas llegaban á ser una propiedad, y las dos terceras partes para la Francia, que renunciara además todos sus derechos sobre la escuadra del Texel:

«Que ningun individuo perteneciente á los paises cedidos ó restituidos, podria ser perseguido por sus actos ú opiniones políticas anteriores al tratado.»

Este tratado comprendia además en artículos adicionales la anulacion de los otros dos de 1805 y 1809 en favor del Austria: el concurso de la Francia con la Inglaterra para la abolicion del tráfico de negros: el pago de los debitos á los prisioneros de guerra: la promesa de un próximo tratado de comercio: la anulacion en favor de la Prusia de los compromisos patentes ó secretos que aquella potencia hubiese contraido con la Francia desde la paz de Basilea: con la Rusia el nombramiento de una comision encargada del exámen y liquidacion de creditos del duque de Varsovia con el gobierno francés.

Aquel tratado contenia cinco artículos, por los cuales la Francia se obligaba á reconocer de antemano la distribucion que los aliados pudiesen hacer entre sí de los territorios abandonados por ella, y consentia en el aumento de territorio á la Cerdeña, y en la libre navegacion del Rhin y del Escalda.

XVII. Un grito de censura se elevó y se ha prolongado hasta el dia contra aquella condescendencia de la Francia, que cedia una pequeña parte de sus colonias, privándose de toda concurrencia armada con los ingleses en las Indias, y en fin, consintiendo ceder Malta á la Inglaterra, esa fortaleza del Mediterráneo. Eso era olvidar la situacion de la Francia desarmada, prosternada y conquistada por un millon de invasores victoriosos: era exigir de sus derrotas mas de lo que se habria exigido de sus victorias: era echar en cara á Luis XVIII la espiacion fatal e imperiosa de las faltas del emperador. ¿Que hubiera podido y qué podia hacer la Francia sin él? ¿En que su presencia en el trono de sus padres aumentaba el rescate de la patria que una ambicion de que estaba inocente habia entregado maniatada á la Europa? ¿Aun cuando Luis XVIII no hubiera estado en Paris, la Francia habria sido mas libre y mas fuerte para discutir sus condiciones? ¿Los soberanos y sus ejercitos habrian concedido a la Francia sin gefe, ó a la Francia, bajo la tutela de una regencia austriaca, ó á la Francia combatiendo detras del Loira y en las mesetas de sus montañas del centro con sus últimas armas, condiciones mas suaves que las que concedia á un rey de su sangre y de su principio, restaurador de la monarquía moderada? ¿El mismo Napoleon, en el apogeo de su fuerza y de su gloria, no habia cedido aquellas colonias, vendido el inmenso imperio de la Luisiada, trocado á Venecia con el Austria, garantido la desmembracion de la Polonia al Austria y la Rusia, y dejado la isla de Malta y la Sicilia á los ingleses? El bonapartismo, único culpable de todos aquellos reveses, los rechazaba con iniquidad sobre los Borbones; el liberalismo repetia sus quejas sin comprenderlas: la oposicion contra la restauracion, comenzaba entonces, como todas las oposiciones sistemáticas, por la ingratitud y la mala fe.

XVIII. En virtud de este tratado, las islas Jónicas, Hamburgo y Magdeburgo, fueron evacuadas por sesenta mil franceses, y restituidas á las potencias. Volvieron aquellas tropas de sus inútiles fortalezas, en donde la imprevision y la fluctuacion de Napoleon las habia tenido encerradas, mientras pedia en vano batallones á la aniquilada patria, para defender su suelo. Mr. de Talleyrand, que queria autorizarse mas tarde con gratificaciones diplomáticas, segun costumbre, á los negociadores de tratados de territorio, distribuyó siete ú ocho millones a los diplomáticos europeos, signatarios del tratado de Paris. Mr. de Metternich, ministro de Austria, lord Castlereagh, plenipotenciario del gobierno británico, Mr. de Nesselrode y Mr. de Hardenberg, uno en nombre de la Rusia, y otro en el de la Prusia, recibieron cada uno un millon. Los ministros de las potencias secundarias recibieron sumas considerables, proporcionadas á la importancia de las córtes que representaban. Aquel rescate, ofrecido y aceptado por precio de la paz, la hizo mas pronta, pero mas humillante. Como procedimiento, era ignominiosa, como mercado, era ventajosa al pais, porque cada dia de ocupacion costaba mas de ocho millones á la Francia.

XIX. Los soberanos salieron de Paris y dieron órden á sus ejércitos de evacuarle al dia siguiente de firmarse el tratado. El emperador Alejandro fue á gozar de su popularidad triunfal en Lóndres, antes de trasladarse á sus estados. El rey de Prusia y el emperador de Austria, volvieron a pasar el Rhin. Bernadotte, rey de Suecia, que favorecido por Alejandro habia, durante algun tiempo, alimentado la necia esperanza de suceder á Napoleon, por precio de su parte de hostilidades contra su propia patria, se retiró vencedor pero confuso ante los remordimientos de su conciencia y la reprobacion de sus antiguos amigos. Moreau y Bernadotte habian sido castigados de diferente modo por sus faltas contra la patria, con la muerte el uno, y el otro con la victoria; pero los dos con la reprobacion del patriotismo.

XX. El rey se preparó a su primer acto de reinado constitucional, la apertura de las Cámaras.

El silencio de la carta habia borrado al senado del número de los poderes públicos. Los senadores, inquietos ó consternados, imploraban individualmente el favor de ser llamados á la cámara de los pares. Cincuenta y cuatro senadores fueron escluidos de ella por mano del rey, en memoria de actos ú opiniones á los cuales habia prometido olvido, nó favor. Los principales eran, Cambaceres, Chaptal, Chasset y Fouché, á quien un favor secreto no eximió de la responsabilidad del regicidio: el tio del emperador, el cardenal Fesch: Francisco de Neufchateau, poeta precoz de los últimos años del reinado de Luis XVI, castigado por su entusiasmo sucesivo por la república y el despotismo del Imperio: Garat, que habia entregado á Luis XVI al verdugo, aunque llorando sobre la víctima: Gregoire, que se defendia de toda complicidad en aquel voto, pero que confesaba su culto perseverante por la república: Rœderer, intrepido defensor del trono constitucional el 10 de agosto, pero cuyo nombre era injustamente proscrito con los recuerdos mal trasmitidos de aquella jornada, y con las quejas contra el ayuntamiento de Paris, y en fin, Sieyes, el primer profeta de la revolucion de 1789, el legislador que habia concedido la cabeza de un rey á la saña implacable del pueblo, el director que habia tramado su propia destitucion con la ambicion de Bonaparte y preferido el despotismo como antídoto de la monarquía. Todos aquellos hombres se retiraron por un momento, pero con títulos, honores y sueldos que no tenian otras persecuciones que el olvido. Entre los mariscales, el rey no escluyó mas que a los que databan de las guerras de la revolucion y de la república: Brune, á quien un murmullo injusto y odioso acusaba de haber prestado su mano para las matanzas de setiembre y la decapitacion de la princesa de Lamballe, favorita de la reina, que habia ido a buscar la muerte por ser consecuente con la amistad: Davourt, antiguo noble, que repudió su raza, y adquirió sus grados en el ejercito plebeyo de 1792: Jourdan, el vencedor de Fleurus, republicano por conviccion y por respeto á sus propias proezas: Soult, el mas consumado de los tenientes del emperador, sospechoso de una ambicion personal que se elevaba hasta los tronos y que acababa de prolongar la lucha en Tolosa por una batalla, dada segun se decia, mas por su popularidad que por la patria: y en fin Victor, elevado desde la clase mas oscura del ejército al rango de los mariscales, y que despreciado entonces por los Borbones, debia vengarse bien pronto de aquella injusticia con la fidelidad, venganza de los bravos.

XXI. El clero y la alta nobleza volvian á entrar con ámplia proporcion en la política y en el privilegio de la Iglesia y del nacimiento, por la puerta de la patria. Todas las grandes sillas episcopales, las altas dignidades, y los grandes nombres de la antigua aristocracia y de la antigua corte, volvian á encontrar su restauracion hereditaria en aquel cuerpo del estado. Era un renacimiento indirecto y constitucional de lo mas ilustre de la nacion, en el nuevo ennoblecimiento de las familias seculares ó históricas. Allí volvian á encontrarse con cierto orgullo patriótico los nombres de los Perigord, Luzerne, Clermont Tonnèrre, como obispos de las principales mitras de Francia, y como antigüedad ó gloria, los nombres de los Elbeuf, Monthazon, la Tremouille, Chevreusse, Brissac, Richelieu, Rohan, Luxembourg, Grammont, Mortemart, Noailles, Saint Aibnan, Aramont, Harcourt, Fitz-James, Brancas, Ducas, Vanguyon, Choiseul, Coigny, Rochefoucauld, Croy, Montmorency, Levis, Maillé, la Force, Saulx-Tavannes y de Seze, al lado de los Ney, Berthier, Suchet, Massena, Oudinot, Serurier, Mortier, Perignon, y de los hombres que habian rejuvenecido la gloria militar ó civil de la Francia.

XXII. Convocado el cuerpo legislativo, no tenia necesidad de eliminaciones del modo que estaba compuesto. El único regicida que todavía formaba parte de aquella representacion nacional subordinada á las inspiraciones del imperio por medio de sus prefectos, se retiró espontáneamente por decoro, al ver el hermano de Luis XVI, para que ningun recuerdo siniestro contristase el oido ni las miradas del nuevo soberano. La Francia entera participaba entonces de aquel sentimiento: no renegaba de las obras de su revolucion, pero hubiera querido borrar de su suelo y de su historia, las huellas de sus discordias y de sus venganzas,

para que su paz no fuese turbada por ningun fantasma escapado de sus tumbas.

La sesion de apertura estaba señalada para el 4 de junio de 1814. Luis XVIII, acompañado de todos los príncipes de su casa, se trasladó allí con toda la pompa de los sucesores de Luis XIV. Cuanto mas consentia en conferenciar con aquel parlamento nacional, tanto mas queria que brillase la majestad de la corona en medio de las armas, y que mediase una inmensa distancia entre su grandeza y la representacion del pueblo. Deslumbrados los ánimos como los corazones, estaban dispuestos á saludar en aquel prestigio. No disputaban con el sentimiento que agrupaba á la nacion en derredor de aquel anciano legislador. El emperador habia acostumbrado la vista al aparato de las armas: todos se conceptuaban felices en saludar la pompa de las leyes. Una multitud inmensa, comparable á la que recibió al monarca al dia de su entrada en París, estaba apiñada en las dos orillas del Sena, para ver desfilar la regia comitiva y bendecir al rey por las instituciones que iba á confirmar. Las tribunas del cuerpo legislativo estaban llenas de lo mas escogido de la Francia y de la Europa. Los pares y los miembros del cuerpo legislativo estaban reunidos en el salon, en el que se habia preparado el trono.

Cuando se presentó el rey, las bóvedas del palacio resonaron con un aplauso unánime: unos saludaban al monarca restablecido, y otros esperaban con ansiedad oir de sus labios la primera consagracion de la libertad. El rey, elevando aquel dia su actitud á la altura de la majestad de los siglos personificados en su nombre, y esparciendo sobre el grupo de familia y de dignatarios que le rodeaban, el esplendor real y dominante de su inteligencia, se sentó en el trono, y con una dignidad mezclada de ternura, se inclinó al escuchar las aclamaciones de los legisladores que se mantenian en pié. Las lágrimas de las señoras y de los ancianos, compañeros de su largo destierro, corrian abundantemente en las tribunas, á vista de aquella nueva coronacion del que habian seguido errante y abandonado. Ante la unanimidad de aquel sentimiento, desaparecia la diferencia de opiniones políticas.

XXIII. Luis XVIII, quiso escribir solo, y sin cooperacion de ninguno de sus ministros, el discurso que tenia que pronunciar. Príncipe literato, veia con júbilo y orgullo en aquella solemnidad la ocasion, rara para un rey, de hacer brillar el talento de que la naturaleza y el estudio le habian dotado. Además, sabia que el corazon es la verdadera fuente de la elocuencia: el suyo estaba enternecido por lo pasado, y confiaba en el porvenir: ninguno de sus ministros ó de sus servidores hubiera podido encontrar en sus reflexiones el acento patético, elevado y verdadero, que el hermano de Luis XVI encontraba en su alma. El rey habia meditado sus palabras, pero dejaba hablar á sus sentimientos. Sus blancos cabellos, su mirada majestuosa y tierna, su semblante paternal, su pronunciacion llena de inflexiones en las que se descubria el corazon, el sonido de su voz grave y vibrante, conmovia las almas, porque él mismo estaba conmovido, y sus palabras se grababan en el oido y en la memoria. Un profundo silencio, parecia que anticipaba las palabras en sus labios. Hubiérase dicho que todo un pueblo aguardaba en cada pensamiento la revelacion de su suerte.

XXIV. «Señores, cuando por primera vez vengo á este recinto y me veo rodeado de los grandes cuerpos del estado, de los representantes de una nacion que no cesa de prodigarme las mas señaladas pruebas de su amor, me felicito de haber llegado á ser el dispensador de los beneficios que la divina Providencia se digna conceder á mi pueblo.

»He celebrado con la Rusia, el Austria, la Inglaterra y la Prusia, una paz en que se hallan comprendidos sus aliados, es decir, todos los príncipes de la cristiandad. La guerra era universal y la reconciliacion lo es igualmente.

»El rango que la Francia ha ocupado siempre entre las naciones, no ha sido transferido á ninguna otra, y la ha quedado sin menoscabo alguno. Cuanta mas seguridad adquieren los otros estados, mas se aumenta la suya, y por consiguiente su verdadero poder. Lo que no conserva de sus conquistas, no debe mirarse como cercenado de su fuerza real.

»La gloria de los ejércitos franceses no ha sufrido el menor ataque: los monumentos de su valor subsisten, y las obras maestras de las artes nos pertenecen ya por derechos mucho mas estables que los de la victoria.

»Las vias del comercio, por tanto tiempo cerradas, van á quedar libres: el mercado de la Francia no estará ya abierto, únicamente abierto á las producciones de su suelo y de su industria: aquellas de que la costumbre ha formado una necesidad, ó que son indispensables para las artes que ejerce, le serán suministradas por las posesiones que recobra. Ya no se verá reducida á carecer de ellas ó á obtenerlas con condiciones onerosas. Nuestras manufacturas van á volver á florecer, nuestras ciudades marítimas van á renacer, y todo nos promete que una larga tranquilidad en lo esterior, y una felicidad duradera en lo interior, serán los ópimos frutos de la paz.

»Sin embargo, un recuerdo doloroso turba mi alegría. Habia nacido, y me lisonjeaba permanecer toda mi vida el súbdito mas fiel del mejor de los reyes, y ocupo en el dia su lugar... pero al menos no ha muerto completamente, vive en ese testamento que destinaba para instruccion del augusto y desgraciado niño á quien yo debia suceder... Fija mi vista en esa obra inmortal, penetrado de los sentimientos que la dictaron, guiado por la esperiencia, y ayudado por muchos de vosotros, he redactado la carta constitucional, cuya lectura vais á oir, y que fija sobre bases sólidas la prosperidad del estado.

XXV. La voz del rey se habia debilitado en este último párrafo de su discurso. Aquellas alusiones á un hermano muerto en la creacion de la libertad, cuya idea le hacia sonreir, y que le sacrificó, como para castigarle por su virtud; á una reina, á un niño, heredero de tantos tronos, y luego de tantos cadalsos de su raza; aquella resurreccion de la dignidad real que salia del destierro como del sepulcro, en las personas de los parientes mas cercanos de las víctimas; aquel testamento evangélico de Luis XVI, elevado por la mano del rey su hermano y su vengador como una bandera de paz entre los dos partidos; aquel perdon que descendia del cielo en la última voluntad de un mártir del pueblo para inspirar á aquel mismo pueblo la confianza, y tambien el perdon á su dinastía; aquel trono en que creia verse sentados dos reyes, uno para inspirar y el otro para reinar; aquella princesa huérfana, la duquesa de Angulema, que asistia desde una tribuna á aquellas reparaciones de la Providencia, inundando con sus lágrimas el velo con que enjugaba sus ojos, y conteniendo con suma dificultad sus sollozos; todos aquellos recuerdos, todas aquellas escenas, todas aquellas emociones, añadian á la elocuencia del discurso, la elocuencia de los ojos, memorias, compasiones, y el estremecimiento de los oyentes. En fin, presentábase una prenda de libertad sancionada por la corona, admitida por el pueblo, pagada con la sangre, y regada por las lágrimas de aquella escena, simultáneamente trágica, política y santa, cuyos actores eran un pueblo y un rey. Un largo silencio lleno de reflexiones, de júbilo y de tristeza, sucedió á los aplausos que habian cubierto las últimas palabras del rey.

El canciller Ambray tomó la palabra para leer el discurso que iba á comentar y motivar la carta. Calmáronse las emociones naturales, y las susceptibilidades políticas volvieron á ocupar prontamente el lugar de los sentimientos. Aquel discurso, inhábil, dogmático, paradójico, lleno de reservas en las concesiones, que quitaba á la corona con una mano, lo que parecia que se daba á la libertad con la otra; que heria á la revolucion; que desafiaba y provocaba, esforzándose en vano en conciliar los dogmas absolutos de la antigua monarquía feudal con los dogmas racionales de la monarquía de consentimiento nacional; que borraba veinte y cinco años de la historia; que suponia á la patria emigrada como el trono; que databa el reinado de los Borbones, no desde el llamamiento del rey por la Francia, sino desde la muerte de Luis XVII en los calabozos del Temple, y que escitaba en fin la controversia en donde debia sofocarse con la unanimidad de la reconciliacion, confundiendo el derecho de las dos épocas y de los dos principios, enfrió los corazones, secó las lágrimas, irritó los ánimos, y produjo murmullos.

Circularon por toda la asamblea, y á pesar del respeto y la ternura que todos querian manifestar al rey, le advirtieron el disgusto general, cuando el canciller llamó torpemente á la carta un simple decreto de reformas. Redobláronse, cuando llamó estravíos y teorías culpables á los perseverantes esfuerzos de una nacion, para crear un nuevo órden, conforme al desarrollo de las ideas y de los derechos de una civilizacion mas perfecta. Subieron de punto y se prolongaron mas sensiblemente, cuando Mr. de Ambray, remontando su pensamiento hasta mas allá de los estados generales de 1789, llamó á los pares y representantes los *notables* del reino. El rey pudo presentir la próxima é inevitable lucha de los dos principios, entre los que queria interponer su sabiduría personal, y que iba á despertar la imprudente provocacion de los teóricos de la antigua monarquía. Aquellas palabras eran concesiones á su hermano el conde de Artois, y á los publicistas de la emigracion, que querian reconquistar en nombre del derecho imperecedero ó infalible del trono, un pueblo para quien Luis XVIII debia ser por el contrario reconquistado.

XXVI. Mr. Ferrand, uno de los teóricos mas imperiosos y menos entendidos, habló tambien antes de hacerse lectura de la carta. Habló de las funestas desviaciones que habian interrumpido las cadenas de los tiempos: llamó á la carta un don y nó un derecho, una concesion y nó una conquista del tiempo: ofendió, inquietó y contristó las almas que

solo deseaban espansion. Pero la lectura de la carta y de los principios é instituciones que en adelante iban á regir las relaciones entre el trono y el pueblo, borró todas aquellas irritaciones pasageras, y devolvió á todos la completa seguridad con la posesion de la libertad. Atribuyéronse á aquellos consejeros poco diestros las palabras que al dar retenian. Atribuyóse al rey solo la sabiduría y la consagracion de los principios de la carta. Todos encontraban en ella alguna de las verdades por la que habian consumido su inteligencia ó su sangre. Aquel símbolo del nuevo siglo meditado, escrito y adoptado por un príncipe sin preocupaciones y sin resentimiento, se conciliaba todo el amor que se profesaba á los mismos principios. Luis XVIII, al salir del palacio, era verdaderamente el rey de todas las convicciones y de todos los corazones: reuníanse en su cabeza las bendiciones y las aclamaciones de dos siglos. Siguiéronle á su palacio, y resonaron hasta la noche, por los patios y jardines de las Tullerías. Habia conquistado la Francia presentándola su imágen en aquel código de nuevas instituciones.

«Mi corona está allí, dijo al contemplar desde un balcon de las Tullerías aquel pueblo entusiasmado de volver á encontrar sus ideas en su rey; Enrique IV la conquistó con las armas, yo la he conquistado con mis meditaciones en Hartwell. He ganado mi batalla de Ivry.»

XXVII. Los murmullos que habian estallado en la sesion de apertura, al oirse las palabras de Mres. Ambray y Ferrand, ministros restrictivos de las concesiones reales, agitaron ligeramente las primeras reuniones de ambas cámaras. Los proyectos de contestacion al discurso de la corona, de los dos cuerpos, solo hicieron algunas alusiones. Parecia que se temia turbar la armonía que la Francia entera deseaba entre los representantes del pais y el representante hereditario del poder real. Confundiéronse las disidencias en cuanto al orígen y revocabilidad de la carta en circunlocuciones ambiguas que dejaban espacio entre las pretensiones del pueblo y los derechos del trono.

«Señor, decia la cámara de los pares, los fieles súbditos de vuestra majestad, vienen á deponer al pié del trono, el tributo del mas justo reconocimiento, por el doble é inapreciable beneficio de una paz gloriosa á la Francia, y de una constitucion regeneradora. La carta que vuestra majestad acaba de hacer publicar, consagra de nuevo el antiguo principio constitutivo de la monarquía francesa, que establece sobre un mismo fundamento, con admirable armonía, el poder del rey y la libertad del pueblo. La forma que vuestra majestad ha dado á la aplicacion de ese inalterable principio, es un brillante testimonio de su profunda sabiduría y de su amor á los franceses: así se desarrollará la fuerza de la monarquía, y se aumentará cada vez mas, como la gloria personal de vuestra majestad: despues que hayamos tenido la dicha de ser gobernados largo tiempo por ella, la posteridad se apresurará á unir el nombre de Luis XVIII al de sus mas ilustres predecesores.»

Los diputados adoptaron la misma reserva, y no disputaron ningun entusiasmo ni ninguna lisonja anticipada al rey.

«Señor, decian los legisladores, la carta constitucional promete á la Francia el goce de esa libertad política, que elevando á la nacion da esplendor al trono, y los beneficios de la libertad civil, que haciendo amable la autoridad real á todas las clases, convierte la obediencia en mas suave y segura. La duracion de estos beneficios parece debe ser inalterable, cuando llegan en el momento de una paz, que el cielo concede por fin á la Francia. El ejército que ha combatido por la patria y por el honor y el pueblo á que ha defendido, reconocen á porfía que esa paz firmada en la capital al primer mes del regreso de vuestra majestad es debida á la augusta casa de Borbon, en derredor de la cual se agrupa toda entera la familia francesa, con la esperanza de reparar sus desgracias.

»Sí, señor, todos los derechos, todos los intereses y todas las esperanzas se confunden en la proteccion de la corona. Ya no se verán en Francia mas que verdaderos ciudadanos, que solo se ocuparán de lo pasado para buscar en él útiles lecciones para el porvenir, y dispuestos á hacer el sacrificio de sus encontradas pretensiones y de sus resentimientos. Los franceses, igualmente llenos de amor por su patria y por su rey, no separarán jamás en su corazon estos nobles sentimientos, y el rey que la Providencia les ha devuelto, uniendo estos dos grandes resortes de los estados antiguos y modernos, conducirá súbditos libres y reconciliados a la verdadera gloria y á la felicidad que deben á Luis el Deseado.»

XXVIII. Mr. Lainé, primera voz de la libertad y primer precursor de una restauracion constitucional, fué nombrado presidente del cuerpo legislativo. Aquella eleccion espresaba en un solo nombre el doble pensamiento que dominaba á la cámara de los diputados, la voluntad de un gobierno libre, y la aceptacion de los Borbones. Principiaron sus trabajos las dos cámaras. Notábanse en ellos, la inesperiencia y la fluctuacion de un pueblo que habia perdido ya hacia largo tiempo el uso de las discusiones políticas, y que no conociendo ni sus derechos ni sus límites, aventuraba comprometerlos ó escederse. El rey atento y aun no definitivamente decidido acerca de las atribuciones que pensaba conceder á las dos cámaras, vigilaba desde su gabinete los primeros debates con recelosa solicitud. Los cortesanos le asustaban con la oposicion. Los realistas, llenos de recuerdos y de terrores, no habian comprendido nunca nada de aquella division de soberanía, cuya oscilacion entre un rey y un pueblo, constituye el gobierno mixto y representativo de la Inglaterra. Cada independencia les parecia un insulto, cada derecho nacional una rebelion, cada discurso un indicio de lesa majestad. El rey, mas ejercitado y mas firme, los tranquilizaba, y se esforzaba en moderar por una parte la audacia, y por otra los temores de aquella nueva forma de gobierno. Pero ninguno de sus ministros era capaz por su sagacidad ó su elocuencia, de habituar la tribuna ó el consejo, al mecanismo del régimen representativo. Mres. de Ambray y Ferrand no eran mas que unos retóricos; Mr. de Talleyrand, hombre de gabinete, de pasillo y de salon, no tenia en su carácter, ni ese vigoroso valor que lucha, apoyado en convicciones fuertes contra los tumultos de una asamblea, ni ese talento radiante y fulminante que los subyuga, ni ese acento en lo voz, que es la dominacion del orador público. Amigo silencioso de Mirabeau, siempre se habia mantenido á espaldas de aquel gran discutidor en la asamblea constituyente. Solo fué adquiriendo prestigio en la opinion, cuando la tribuna fué derribada por el despotismo, y se habian adquirido nombradías, no á buena luz, sino con el artificio y el misterio de las habilidades de corte. Afectaba despreciar aquel ruido vano de las discusiones públicas, y tener en su mano algunas conciencias y ambiciones de las dos cámaras. Olvidaba y hacia olvidar al rey, que la Francia habia pasado en un dia por la promulgacion de la carta, del gobierno del silencio al gobierno de la opinion.

Bajo sus órdenes, Mr. Beugnot, hombre del mismo carácter daba á la policía las atribuciones de la justicia y de la ley. La censura de los periódicos y de los libros, herencia del imperio, se egercia por Mr. Beugnot bajo las inspiraciones del abate de Montesquion. Un jóven, célebre despues en varios reinados, Mr. Guizot, dirigia en el ministerio de lo interior aquella parte de la administracion, y aspiraba por la vigilancia arbitraria del pensamiento, á una vida de publicidad y de tribuna que debia desmentir sus primeros años. Uno de los choques del gobierno y de la opinion, fue producido imprudentemente por Mr. Beugnot, con motivo de una órden de la policía sobre la observancia obligatoria y escrupulosa del domingo. El rey creyó debia rendir aquel homenaje al clero, cuya restauracion miraba como una consecuencia de la de su propio trono. Olvidaba que la revolucion era en el fondo mas bien religiosa que política. Las conciencias, mas susceptibles que las opiniones, querian la restauracion de la Iglesia católica con la libertad, como las opiniones querian la restauracion del trono con la constitucion; pero un acta de represion ó de compresion sobre las conciencias, parecia un síntoma de dominacion de un solo culto privilegiado, y un atentado contra la razon y la tolerancia del siglo. Un grito de indignacion elevó la multitud, que hizo retroceder á los ministros y advirtió al rey. Despreciada y desobedecida la órden, quedó en desuso desde el primer dia: la tentativa de Mr. Beugnot, espiró entre el ridículo. Sin embargo, bastó para irritar á la nacion contra la Iglesia, y para esparcir en la oposicion naciente un gérmen de descontento y de agitacion que despopularizó algun tanto la corona. La cámara de los diputados amenazó con promover leyes que garantizasen á un mismo tiempo la conciencia, la opinion y la discusion por medio de la libertad de la prensa. El gobierno advertido ó intimidado por aquellas proposiciones, se apresuró á presentar una ley acerca del pensamiento, por temor de que la cámara no le quedase libre. Los ministros especialmente encargados de presentar y defender aquella ley, decian bastante por sus nombres cual seria su sentido. Eran los miembros del consejo mas antipáticos á toda inteligencia de la libertad: Mr. Beugnot que prendia á los impresores, Mr. Ferrand que maldecia la imprenta, y Mr. de Blacas que veia la revolucion en la independencia del juicio. Parecia que Mr. de Talleyrand habia querido burlarse de sus colegas, enviándolos á sostener con fuerzas tan desiguales, en unas asambleas exaltadas y elocuentes, la lucha del espíritu de corte contra el espíritu de libertad.

El abate de Montesquion, ministro de lo interior, menos nuevo que los demás en las discusiones de las asambleas deliberantes, leyó un discurso que hacia presagiar toda la ley. Habia sido meditado por Mr. Royer-Collard, indeciso todavía entre su pasado y su porvenir, y redactado por Mr. Guizot, servidor oficioso de un gobierno, en donde queria hacerse lugar por su talento.

«Señores, decia Mr. de Montesquion, ya lo sabeis, no son vanas sutilezas, sino el resultado de una triste esperiencia: la libertad de im-

prenta proclamada con frecuencia en Francia desde hace veinte y cinco años, siempre se ha convertido ella misma en su mayor enemigo: la causa, se dirá, era la efervescencia de las pasiones populares, y la facilidad con que se podia impeler á un pueblo, incapaz todavía de juzgar los escritos y de preveer sus consecuencias... Pero ¿han desaparecido aquellas causas?... ¿Nos podemos lisonjear de que ya no volverán á obrar?... Nosotros no nos atrevemos á creerlo así. La silenciosa esclavitud que sucedió á la turbulencia de los primeros años de la revolucion, no nos han formado mejor para la libertad; las pasiones que no han podido manifestarse durante aquel intervalo, estallarian hoy fortalecidas con otras nuevas. ¿Qué opondríamos á la esploracion? Casi la misma inesperiencia y mayor debilidad... Tal es la naturaleza de la libertad, que para saber hacer uso de ella, es necesario haberla disfrutado. Dadla, pues, toda la estension necesaria para que la nacion aprenda á servirse de ella; pero ponedla tambien algunas barreras para salvarla de sus propios escesos.

»En estos principios se apoyan las bases de la ley que se os propone: los artículos de que se compone no son mas que su desarrollo. Al pediros que señaleis algunos límites á la libertad de imprenta, no se os pide que violeis un principio, sino el que se aplique como conviene á nuestras costumbres. El rey no os propone nada que no sea rigurosamente necesario para la salvacion de las instituciones nacionales y para la marcha del gobierno. Lo que sobre todo se trata de contener es la publicacion de escritos de pequeño volúmen, que mas fáciles de esparcir y de ser leidos con avidez, pueden hacer peligrar el órden público.

»Todo escrito de mas de treinta páginas de impresion podrá imprimirse libremente y sin exámen de censura prévia.

»Lo mismo será, cualquiera que fuere el número de páginas, con los escritos en lenguas muertas y lenguas estranjeras: cartas pastorales, catecismos, devocionarios y alegatos en derecho firmados por un abogado.

»Si dos censores por lo menos juzgan que el escrito es infamatorio, ó que puede turbar la tranquilidad pública, ó que es contrario al artículo 11 de la carta, ó que ofende á las buenas costumbres, el director general de librería podrá mandar que se suspenda la impresion.

»Al principiar cada legislatura de la cámara se formará una comision de tres pares y tres diputados, elegidos respectivamente de su seno y de tres comisarios del rey.

»No podrá ejercerse la profesion de impresor ni librero sin obtener título real y prestar juramento. Las imprentas clandestinas serán destruidas, y sus dueños ó depositarios incurrirán en la pena de seis meses de prision y 10.000 francos de multa.

»La falta de declaracion antes de la impresion y la de depósito antes de la publicacion, serán castigadas cada una con una multa de 1.000 francos por primera vez y 2.000 por la segunda. Los que tomen un nombre supuesto ó varien las señas de su domicilio, pagarán la multa de 6.000 francos sin perjuicio de la prision marcada por el código penal.

»Todo librero á quien se ocupe una obra sin nombre de impresor será condenado á una multa de 2.000 francos, que se rebajará á 1.000 si el librero señala al impresor.»

Por último, la ley debia ser revisada en el término de tres años para introducir en ella las modificaciones que la esperiencia acreditase que eran necesarias.

XXIX. Aquella ley de circunstancias que desde el primer dia desmentia una de las promesas de la carta mas queridas á la nacion, pareció un atentado contra la misma carta, de que era la única garantía la libertad de pensar y de escribir. La prerogativa de la opinion concluia con la de la policía. La cámara y el pais contuvieron á duras penas su indignacion. Los periódicos y los folletos, despreciando á la policía, esparcieron por todas partes los murmullos, la ironía, las quejas y la cólera contra los ministros. Los escritores mas moderados y favorables á los Borbones, Dussault, Benjamin, Constant y Suard, discutieron la severidad y la demencia de la ley. La cámara de los diputados nombró para redactar el informe á Mr. Raynouard, escritor realista y liberal, amigo y cómplice de Mr. Lainé en su rebelion contra el despotismo imperial. Una multitud inmensa que manifestaba la ansiedad pública, ocupaba las inmediaciones y lo interior de la cámara de los diputados el dia en que Mr. Raynouard debia presentar su trabajo á la camara para que fuese discutido. La fuerza armada tuvo que intervenir para hacer evacuar las tribunas: la multitud y el tumulto hicieron suspender la sesion hasta el dia siguiente.

XXX. Una fuerza imponente aseguró aquella vez la reunion de los diputados y la calma de la deliberacion. Mr. Raynouard leyó su informe: era digno de aquel hombre de bien. Sabia sacrificar á sus opiniones hasta su inclinacion á los Borbones.

Habló en medio de un silencio que atestiguaba el interés de la curiosidad pública. Despues de una teoría sabia y fuerte de la libertad reglada de la primera de las facultades humanas, la de pensar, y de la primera de las prerogativas políticas, la de discutir el gobierno, Mr. Raynouard concluia pidiendo se desechase la ley de la censura y del silencio. Fué muy aplaudido. Abrióse la discusion con la impaciencia de opiniones, que no quieren esperar ni la victoria, ni la derrota. Duró cuatro dias. En ella se dijo cuanto era posible sobre las ventajas y peligros de la libertad completa ó de la restriccion del pensamiento, á consecuencia de una revolucion que habia escitado los resentimientos, y que todavía hervia. La asamblea en masa temblaba ante el poder que iba á desencadenar. Aquella reunion de hombres cansados de revoluciones, tímidos de ideas, indecisos de doctrinas, acomodados por un largo silencio á las costumbres del despotismo, y que no se habian sublevado contra él, hasta el dia en que vieron que se desplomaba sobre ellos, no tenian ni la inteligencia, ni el carácter, ni la audacia de una asamblea por largo tiempo libre. La inmensa mayoría cedió á las razones de prudencia alegadas por Mr. de Montesquiou. Solo ochenta diputados, entre los que se hallaban todos los hombres de mas nota en la revolucion y la literatura, Dupont (del Eure), Dumolard, Darbach, Raynouard, Gallois y Lainé, protestaron contra aquella debilidad y aquel aplazamiento de la opinion libre. La ley fué adoptada.

Boissy de Anglas y Lanjuinais, en la cámara de los pares, combatieron con energía y elocuencia aquella ley servil. Aquellos dos veteranos de la tribuna, que habian sido los mas intrépidos contra la demagogia, y contra la tiranía del pueblo en la convencion, fueron los mas inflexibles contra la arbitrariedad del monarca á quien amaban. Mr. de Talleyrand guardó silencio, bien porque conociese su impotencia en la tribuna, ó porque quisiese, temeroso de la indecision del resultado y de la impopularidad de la ley, permanecer tambien indeciso, enigmático y libre para sacrificar sus colegas á la opinion, si la opinion exigia aquel sacrificio. Los hombres de la corte y de la emigracion sostuvieron las doctrinas que habian mamado con la leche, y maldijeron en la libertad del pensamiento, la causa de su ruina y de su destierro. La ley fue aprobada por una mayoría insignificante. Aquella independencia dió á la cámara de los pares, la popularidad que el senado habia perdido.

XXXI. Las cámaras se ocuparon en seguida de la hacienda, que tenia contra sí una deuda de mas de mil millones, producida por las guerras de Napoleon. El abate Luis, ministro hábil y de sangre fria, se atrevió á evocar el crédito público, que todo lo salva cuando todo está perdido. Indicó la amortizacion de la deuda pública, medida pueril en sí misma, pero satisfactoria para los prestamistas. Sin turbarse á vista de la enormidad de los sacrificios, preparó no solo el presupuesto de gastos del ejército, de la administracion y de la corte, sino la liquidacion pronta y completa de las reparaciones é indemnizaciones que el emperador habia dejado sin pagar á la nacion, como el rescate de su gloria y de sus reveses. Aquel ministro habia propuesto osadamente al rey la venta de un gran número de bosques nacionales, resto de las propiedades del clero. La Iglesia habia usurpado tres veces en trece siglos la propiedad de todo el suelo de la Francia. Luis XVIII, al principio de la revolucion, habia aplaudido la redencion del territorio invadido por aquel feudalismo de las conciencias. Pensaba como Mirabeau, y como se pensaba generalmente en 1789, que corporaciones inmortales, célibes, y siempre crecientes, no debian poseer mas que sueldos del estado proporcionados á su servicio, ó las limosnas con que la piedad de los fieles les contribuyese voluntariamente, y que la propiedad territorial debia reservarse para las familias, manantial de la poblacion. Pero Luis XVIII, supeditado durante su destierro por su hermano y por los obispos que componian la corte del conde de Artois, cedia entonces á escrúpulos de política, mas bien que de conciencia, que estaba muy distante de tener en 1789. Por el interés de su reinado, queria restablecer, en cuanto la revolucion se lo permitiese, el establecimiento eclesiástico: no queria que su hermano, la duquesa de Angulema, los obispos que habian vuelto de la emigracion, y los teóricos puritanos del antiguo régimen de que estaba llena su corte, tuviesen que echarle en cara su parte de despojo y de profanacion en los bienes que aun quedaban á la Iglesia. En vano Mr. de Talleyrand y el abate Luis le instaban para que consintiese en la venta de aquellos montes: aparentaba no entenderlos, y solo contestaba con el silencio. Era evidente que queria que las cámaras le obligasen á ello, por lo menos en la apariencia. En fin, habiéndole uno de sus confidentes renovado un dia las instancias de su gabinete para que aprobase formalmente aquella medida, «Jamás, caballero, le contestó el rey con el acento de la indignacion, obtendrán de mí ese consentimiento: la venta de los bienes de la Iglesia no es tan solo un despojo, es un sacrilegio.» Aguardaron, pues, una hora mas

favorable para arrancarle una aprobacion que estaba en su corazon, pero que no queria saliese de sus labios.

XXXII. La nacion se mostró pródiga en reparaciones, indemnizaciones y dotaciones para con la corona y los príncipes. Un voto espontáneo y unanime de las cámaras señaló una suma de treinta y tres millones al rey para el gasto anual de su casa. Además pagó treinta millones de deudas que habia contraido durante su destierro, como tambien las del conde de Artois y de los príncipes. Además le devolvió los bienes de la corona.

El rey se ruborizaba de tener para sí y su familia una renta tan cuantiosa, mientras los emigrados despojados y proscriptos por su causa, veian sus campos y sus casas en manos de los compradores de bienes nacionales. La mendicidad de aquellos defensores del trono era un cargo para él, habiéndose levantado sobre sus ruinas. Deseaba con anhelo ventilar y terminar aquel litigio entre los antiguos y los nuevos poseedores. Habia cedido á las exigencias del tiempo, aun durante la emigracion, prometiendo en sus declaraciones reales, que nunca pondria en duda la validez de aquellos contratos entre los compradores de los bienes del clero y de los emigrados, corriendo un velo sobre lo pasado. Pero queria devolver, y tenia razon en quererlo, al menos á las familias proscriptas, lo que aun quedaba intacto de sus despojos en manos de la nacion. Pareciale odioso en el reinado de un Borbon, el que el tesoro público se aprovechase de las heredades, rentas y montes confiscados á aquellas familias, por el crímen de fidelidad á los Borbones. Aquello era conveniente, político y justo, todos lo reconocian como él, escepto la recelosa clase de los nuevos adquirentes, que temblaban con solo oir el nombre de emigrados, y que en el principio de la no enagenacion de los bienes de los proscriptos veian condenada la posesion de los bienes confiscados. Aquellos compradores eran ricos, en gran número, y se hallaban diseminados por toda la superficie del territorio: la naturaleza de sus bienes la habia adherido mas apasionadamente que las demás clases, á los principios y aun á las violencias de la revolucion, únicos títulos de su propiedad. Se habian adherido en seguida al imperio con toda la masa de sus bienes, adquiridos escandalosamente por precios insignificantes, pero de que la distancia de los Borbones era una garantía. Turbaban al país con sus inquietudes, compraban los periódicos, interesaban al pueblo en sus quejas, esparcian la alarma, y presentaban por todas partes el fantasma de la contrarevolucion. Una palabra difundia en ellos el terror pánico, y esto los ponia furiosos. Tocar á su causa era tocar á la misma causa de la revolucion. El pueblo que los habia visto enriquecerse de una manera rápida y frecuentemente odiosa, les queria poco. El sello de la proscripcion y de la sangre, que todavía estaba visible en sus heredades y en sus casas, los hacia impopulares entre los aldeanos. Las casas antiguas ocupadas por ellos llamaban á sus primitivos dueños, con ese grito de los recuerdos, de las costumbres y de la naturaleza, consagracion de la propiedad por el sentimiento. Pero su causa, aunque impopular, estaba de tal modo confundida con la del derecho de la revolucion y del patriotismo, que la opinion de las masas, aunque contraria á los compradores, protegia el principio de su posesion. Además de eso, aquellas propiedades habian mudado de dueño por la trasmision hereditaria despues de veinte y cinco años. Lo que habia sido injusto en su origen, se habia hecho legítimo con el tiempo.

XXXIII. El rey se aprovechó del entusiasmo que se habia apoderado de la Francia, para obtener de las cámaras, la parte de reparacion debida á las familias proscriptas, que habian vuelto con él. Hizo presentar una ley que restituia á los antiguos propietarios las rentas y bienes no vendidos que hasta entonces se hallaban en manos de la nacion. Aquella ley, prudentemente motivada, no hubiera producido ningun murmullo. Por el contrario, habria tranquilizado á los compradores, consagrando por disposiciones formales la amnistía del tiempo sobre sus propiedades. El poco tacto, la ambigüedad y las reticencias de Mr. Ferrand, redactor del preámbulo de la ley, difundian la alarma, la controversia y la irritacion en los ánimos. Aquella mano echó á perder la obra: otra mas política y mas sabia, la de Mr. de Villele, debia emprenderla y llevarla á cabo mas tarde con honra de la nacion, y con provecho de la riqueza pública y del derecho de las familias.

«Cuando despues de esperimentar las borrascas de la revolucion de que no ofrece ejemplo la historia, decia Mr. Ferrand, una gran nacion vuelve al fin al puesto de un gobierno sabio y paternal, la felicidad general que esperimenta, puede, durante largo tiempo, hallarse mezclada de desgracias individuales.... esa es una consecuencia de los inconvenientes que con demasiada frecuencia van unidos á las leyes que reemplazan á otras revolucionarias: no pueden tener el sello único y puro de una equidad rígida y absoluta. Meditada segun los principios, redactada segun las circunstancias, son algunas veces arrastradas por estas, cuando no quisieran separarse de aquellos. El soberano que se resigna á tan grandes sacrificios es el único que puede saber cuanto le cuesta, y solo un pensamiento puede suavizarlos, y es el de que, identificándose con todos sus súbditos, destruye todas las denominaciones revolucionarias que habian dividido la gran familia. Tales han sido las máximas que el rey ha seguido constantemente desde su regreso. Es bien reconocido en el dia que los regnícolas, como esos fieles franceses arrojados pasajeramente á estranjeras playas, deseaban con ansia un cambio feliz aunque no se atreviesen á esperarle. A fuerza de desgracias y de agitaciones, todos se encontraban en un mismo punto; todos habian llegado á él, unos siguiendo la línea recta sin separarse de ella, y otros despues de haber recorrido mas ó menos las fases revolucionarias en medio de las cuales se han hallado. La ley que os presentamos, señores, reconoce un derecho de propiedad que siempre existia, legaliza su reintegro, pero en esto mismo, el rey ha querido emplear una gran reserva.»

Aquella controversia tan temerariamente suscitada de las dos patrias, los dos patriotismos, y las dos propiedades, produjo un incendio en la opinion. La cámara de los diputados contestó al imprudente ministro que habia emitido doctrinas tan escesivas, por medio de consideraciones que no lo eran menos aunque en otro sentido. Mr. Bedoch, diputado moderado, fué el encargado de redactar el dictámen sobre aquella proposicion del ministro. Aquel dictámen rechazaba con desprecio ó indignacion las temeridades y ultrajes de Mr. Ferrand.

«Vuestra comision, decia Mr. Bedoch, no entrará en la imprudente investigacion de los sacrificios y pérdidas recíprocas, de los errores y de las faltas comunes. ¿De qué serviria reconocer las relaciones que existen entre los acontecimientos mas opuestos en la apariencia, que el descubrir, por ejemplo, que los mayores atentados han sido quizá consecuencia de las primeras ó imprudentes resistencias? El rey ni tiene ni puede tener en el fondo de su corazon mas deseo que el de cumplir sus promesas. Ha declarado que todas las propiedades eran inviolables y que los derechos adquiridos debian ser conservados. ¿No se puede esperar que llegue una época que permita disminuir las escepciones contenidas en el proyecto de ley que nos ocupa? ¿Qué sirve dar á unos esperanzas que jamás podrán realizarse, ó inspirar á los otros temores mal fundados? Nó, el preámbulo de Mr. Ferrand, no es la espresion de la voluntad del rey, digámoslo francamente, el ministro ha sustituido la acrimonia de sus sentimientos particulares á los sentimientos del monarca.

»Pero ya es demasiado, señores, el insistir en el discurso de Mr. Ferrand. Al presentaros las reflexiones de vuestra comision, he hecho cuanto de mí ha dependido para conciliar los miramientos debidos al carácter del ministro de estado, con la voluntad firme y formalmente espresada por vosotros, á quienes algunos queriais pedir la supresion de un discurso tan amenazador para la seguridad pública.»

La discusion fué agresiva por parte de los emigrados, y dura y cruel por parte de los hombres de la revolucion; los primeros disputaban el derecho á la patria; los otros las indemnizaciones y los consuelos á la desgracia. Todo iba envenenándose, cuando un hombre que templaba siempre la justicia con el sentimiento, cuyo corazon engrandecia su talento, Mr. Lainé, levantándose de la silla de la presidencia con la emocion de un hombre honrado, subió á la tribuna y esclamó con la imparcialidad de la historia. «Vuestra comision al negarse á reconocer hasta el derecho de indemnizacion y de reparacion ¿cree añadir algo á la tranquilidad de los compradores? Seguros ya por el tiempo, por una larga posesion, todavía mas por la palabra real, ¿no lo están por la carta constitucional que por decirlo así ha prestado sus términos á la religion al decir que las propiedades en otro tiempo nacionales serian en adelante inviolables y sagradas?... ¿Quereis ahora prohibiros de antemano, y privar á vuestros sucesores de la posibilidad de ser justos, del derecho de ser caritativos? ¿Por que la mayor parte de vosotros, pues creo leer en vuestros corazones os habeis negado á esa módica indemnizacion, último sosten de los desgraciados que han vuelto á entrar en su patria y que hasta este dia han sido sostenidos por el estranjero? No ha sido mas que en consideracion á la indigencia del país. Pues bien, si nuestra patria llega algun dia á un estado mas próspero, la union de los franceses, los progresos de la industria, ¿cómo es posible que esa numerosa clase de hombres que han creido defender á su patria y á su príncipe dejasen de encontrar algun socorro? En esta misma tribuna ha pronunciado alguno ayer el siniestro augurio de una guerra posible. Si alguna vez nos atacan los enemigos, los emigrados se reunirán con nosotros, como sus hijos con los nuestros para defender el territorio amenazado; y sin embargo, la mayor parte de ellos, á quienes nada quiere

darse, no tendrian que defender mas que á su rey y á los compradores de sus propios bienes. Despues de haber combatido, despues de haber derramado su sangre por su rey, por su patria, por los nuevos propietarios, no os pedirán nada, sin duda alguna; pero si juzgais á propósito la causa de su indigencia y de su desgracia, escuchad la voz del reconocimiento y de la humanidad ¿podriais escuchar en la ley una declaracion, que os prohibiese á vosotros mismos y á vuestros sucesores esos sentimientos? Nó, señores, no temo que la asamblea haya agotado en lo presente, y mucho menos para el porvenir, los tesoros de la justicia, y aun, me atreveré á decirlo, los tesoros de la misericordia nacional.»

Estas palabras restablecieron por un momento la serenidad en las almas con la justicia y la piedad. La elocuencia habia hecho desaparecer todo el peso del odio; toda la cámara se levantó aliviada de aquellas controversias y votó casi por unanimidad aquel acto á que Mr. Lainé habia restituido su carácter, la magnanimidad.

XXXIV. El mariscal Macdonald, el mas fiel y el mas independiente de los generales de la república y de los tenientes del emperador, fué mas lejos en la cámara de los pares. Fué el primero que concibió el pensamiento y tuvo la valentía de proponer una gran medida de reparacion, que estinguiese para siempre aquella guerra civil de las propiedades entre los franceses de las dos fechas. Su opinion meditada y escrita de concierto con los realistas políticos y previsores de las dos cámaras, ensanchó el horizonte de la indemnizacion que Mr. Lainé habia iluminado como un relámpago. «Los fieles defensores de la monarquía, vuelven á presentarse entre vosotros, dijo el mariscal, protegidos por la ancianidad y la desgracia; son una especie de cruzados que han seguido el oriflama á tierra estranjera y nos cuentan esas largas vicisitudes y esas tempestades que les han arrojado al puerto á donde nunca creyeron abordar. ¿Quién de nosotros podria abstenerse de alargarles la mano en señal de tierna amistad?...

»¡Pero cuántas mudanzas se han efectuado en esa Francia por tan largo tiempo deseada! ¡Cuántas destrucciones se han consumado! ¡Cuántos monumentos destruidos, cuántos otros elevados sobre sus ruinas! ¡Cuántos sueños dorados desvanecidos en un solo dia despues de haber sido por tantas noches los consuelos del destierro! Examinemos nuestros corazones, señores, para juzgar á nuestros semejantes. Coloquémonos con el pensamiento en la posicion que yo describo, y en vez de participar de las quejas vulgares sobre la acogida de unos hermanos que hemos vuelto á recobrar, reconozcamos á unos franceses por la calma y el desinterés de la mayor parte de ellos y por la nobleza de su actitud.

»¿Importa á la tranquilidad pública que la varien? Entonces es necesario variar las relaciones de otro modo, nuestros campos estarian sembrados de agitaciones secretas indeterminadas para los que las esperimentasen é involuntarias para los que fuesen la causa. El regreso de una sola familia desterrada será en una comarca objeto de la curiosidad y de las conversaciones domésticas. Al dia siguiente llegará á ser motivo de afecciones de algunas, y al inmediato el de alarma de otros muchos. Las narraciones y las suposiciones correrán de boca en boca. Una vez puestos en juego los intereses de la propiedad y de la estimacion pública se hablará á las pasiones, entrarán en efervescencia cuando un anciano eche una dolorosa mirada sobre su antiguo patrimonio, ó bien aparente apartar la vista de él. En este cuadro, señores, ya lo veis, no escito ni las imprudencias ni las provocaciones. No supongo ni resentimientos ni temores en su origen, pero establezco que unos y otros nacerán por un hecho que está fuera de la autoridad del rey y de la vuestra.

»Sostengo que este hecho, tendrá, si no las tiene ya, las consecuencias mas desastrosas para la tranquilidad pública; ahora bien, como este hecho (la existencia de los antiguos propietarios á presencia de los compradores de sus bienes) no puede ni debe cesar de ser, deduzco naturalmente la consecuencia de que es preciso zanjar la dificultad en vez de intentar vanamente vencerla y cambiar el estado presente por otro nuevo; en una palabra, atreverse á dar á conocer el abismo abierto entre nosotros, atravesarle y lanzarnos armados con toda la generosidad, todos los recursos de la nacion en un amplio sistema de indemnizaciones. Si es posible será adoptado; tengo para ello por garantes el corazon del rey, los nuestros, los de todos los franceses, y la única gloria que nos queda que contestar, la union entre todos los ciudadanos.

».....No temo proclamarlo, yo no encuentro nada en el proyecto de ley, que tienda á borrar el recuerdo de aquellas calamidades que han conmovido la sociedad, diseminado las familias; cambiadas las propiedades esperaron los franceses hasta el carácter nacional. Nó, señores. El proyecto de ley no llena este objeto tan deseado, y si me es lícito espresarme con la franqueza de un soldado, las discusiones provocadas en la cámara de los diputados y que han resonado en toda la Francia, nos han alejado de él. ¿Qué debia hacerse, por el contrario, para aproximarnos? Dos operaciones bien distintas: por la primera, devolver á las familias que han sufrido el secuestro ó la confiscacion todos los bienes raices que existen en manos del gobierno; esta medida resulta de la ley. Para obtenerla no era necesario discusiones declamatorias: la justicia hablaba por sí sola. La segunda ni aun siquiera ha sido indicada en el proyecto de ley, pero se espera de vuestra sabiduría. La humanidad, la justicia, la salvacion de la Francia y el deseo de su rey exigen que se cicatricen todas esas llagas; han vuelto á abrirse por discursos imprudentes. Si muchos millones de compradores de bienes nacionales están inquietos por la direccion que algunos individuos tratan de dar á la opinion pública y se regocijan de sus alarmas; abrigan la quimérica esperanza de que temores hábilmente infundidos en los ánimos tendrian de nuevo los despojos contra los cuales se hubiera estrellado todo el poder del gobierno mas fuerte de que hasta ahora haya hecho mencion la historia ¿y qué los espectadores de su rápida caida están aun estupefactos para no haber meditado sobre sus causas? ¿Ignoran acaso que ni las constituciones, ni las leyes, ni los años, no defienden á los gobiernos contra la masa de los intereses sociales? Ignoran que cuando esos intereses se hallan en un peligro inminente al primero que alcanzan es al gobierno...

»Lejos de mi la idea de concurrir á aumentar las cargas públicas para satisfacer á disposiciones de una proporcion mas elevada. Puedo asegurar, sin temor de ser desmentido, que soy aquí el intérprete de mis compañeros de armas; todos reclamarán conmigo vuestra justicia para los derechos y necesidades de esos valientes; pero ninguno solicitará que vuelvan esas munificencias, cuya duracion ha amenazado su mismo esceso. No pertenecerian á nosotros los recuerdos de la pasada fortuna. Seremos felices cuando el rey y cuando sus compañeros de desgracia, sean defendidos aquí por su respetable jefe: cuando los que han padecido nuestros largos y memorables trabajos, no tengan deseos que formar, ni privaciones que sufrir: seremos dichosos tanto como somos fieles y adictos, cuando los hombres encanecidos en el arte de la guerra, se asocien á la gloria que hemos conservado á sus banderas; cuando podamos estrecharlos en nuestros brazos como á nuestros padres de quienes hemos sido dignos discípulos, y cuando tranquilas nuestras provincias y libres nuestras ciudades de toda especie de disensiones políticas, no presenten á las miradas del rey, mas que franceses satisfechos de lo presente, que han olvidado lo pasado, y ricos para el porvenir, tales son, señores, nuestros mas fervientes votos; vosotros participais tambien de ellos indudablemente, y con esta seguridad me he atrevido á ocuparme de un trabajo que me es enteramente estraño.

»Y si despues de prestar á este lijero bosquejo el apoyo de vuestras luces, le haceis digno de llegar a ser el objeto de una proposicion al rey, merecereis eternamente la gratitud nacional, por haber contribuido á la alianza inseparable de la gloria con los mas nobles infortunios, de la justicia con la generosidad, y de la paz pública con la felicidad del monarca.»

La proposicion del mariscal Macdonald, aprobada unánimemente por la cámara alta, recibió muchos aplausos, pero no produjo ningun voto. Era una tentativa sobre la opinion. El mariscal solo queria presentarla á la meditacion de los partidos, como un gérmen de paz que debia madurar. La ley fué votada como una tendencia á una indemnizacion mas completa.

XXXV. Aquella discusion habia tranquilizado por un momento la animacion que renaciera entre los hombres del destierro y los de la revolucion: una circunstancia accidental, volvió á encender inopinadamente aquel fuego. Confundió en una misma causa la república y el imperio, la oposicion revolucionaria y la oposicion bonapartista, las susceptibilidades de la gloria y la irritacion de la libertad. Fué el primer síntoma de esa efusion, que un odio comun iba á efectuar entre los liberales y bonapartistas. Un guerrero leal, intrépido, cuyo nombre era querido al ejército y al pueblo, y que se habia hecho ilustre con recientes proezas, fué la causa involuntaria: hablamos del general Excelmans.

Este general habia sido compañero de armas y caballerizo mayor del rey de Nápoles, Murat. Fiel á la amistad y al reconocimiento, el general, que se encontraba entonces en Paris, escribió sin ninguna intencion hostil contra los Borbones, una carta de congratulacion á su antiguo amigo por la conservacion de su trono. Aquella carta, que manifestaba sentimientos no de odio al nuevo gobierno, sino de un pesar muy natural por un pasado tan grato á los soldados, fué interceptada á un viajero, y Mr. de Blacas la entregó al rey. El monarca no vió en ella mas que

el inconveniente de una correspondencia secreta de un oficial superior con un rey estranjero enemigo de su casa, y no acriminó aquella ligereza mas de lo que merecia la falta. Solo encargó al general Dupont ministro de la guerra, que recomendase al general Excelmans, que en lo sucesivo tuviese mas reserva en sus relaciones. Aquel negocio quedó concluido al parecer con semejante indulgencia, y conmovió el tierno y generoso corazon del general.

Mas algunos dias despues, el mariscal Soult, que por su victoria de Tolosa, su autoridad en el ejército y su repentina y estrepitosa adhesion á la nueva corte habia llamado la atencion del rey, fué ministro de la guerra y quiso imprimir en el ejército, con un ejemplar, el vigor de su mano, y la severidad de su disciplina. Esperó poder introducir el espíritu de los campamentos en la administracion militar, y enseñar á los generales que no habia constitucion ante el cetro y ante su espada. Desterró de su propia autoridad ministerial á una ciudad de departamento al general Excelmans. Este en un principio no resistió con insubordinacion. Se contentó con representar al rey, y al ministro, que no tenia mas residencia que Paris ó los campamentos, que su esposa estaba próxima al parto y no podia seguirle, y concluia pidiendo algunos dias para obedecer la órden de destierro. Aquella reclamacion respetuosa, en que el mariscal Soult enriquecido por la guerra, habia visto alusiones ofensivas á su persona, por la misma afectacion con que el general Excelmans hacia resaltar su pobreza, irritó mas al ministro. No quiso que aquella tentativa de resistencia á una órden arbitraria quedase impune, y alentase á otros en el ejército. Mandó al general Maison, gobernador de Paris, que arrestase á Excelmans: Maison obedeció. Excelmans cerró su puerta, desafió á los soldados enviados para forzar su morada, se armó con la ley y con su espada, y declaró que haria fuego con sus pistolas al primer oficial ó soldado que se le aproximase. El destacamento de tropa y de gendarmes enviado para prenderle, titubeó al ver la temeraria intrepidez de un hombre, amado y célebre por su valor. Excelmans, atravesando las filas fué á refugiarse en casa de un amigo suyo, y á arrostrar desde allí el descontento de la corte.

El acto de aquel Sidney militar, conmovió á Paris y á la Francia. Escribió á la cámara de los diputados, poniendo su persona amenazada, su domicilio allanado, y su esposa custodiada por soldados, bajo la proteccion de la ley y de los diputados del pais. Aquel fué el primer llamamiento á la constitucion. La opinion contestó á él con entusiasmo, la cámara con debilidad. La costumbre del servilismo contraida por los diputados en tiempo del imperio, los hacia vacilar todavía en reconocer y ejercer unos derechos en oposicion con la voluntad de la corte. Un cuerpo que ha servido al despotismo, no es á propósito para inaugurar la libertad: los actos pasados son un cargo para su independencia presente; recuerda demasiado la subordinacion para elevarse á la dignidad. Tal era aquel cuerpo legislativo imperial, mal colocado en una monarquía representativa. El rey le despreciaba, los realistas le aborrecian, y los liberales no tenian ninguna confianza en él. Gastado aun antes de nacer, fue disuelto en noviembre de 1814, y prorogado hasta el mes de mayo de 1815. La nacion, mas atenta á la corte que al parlamento, no hizo el menor caso de aquel interregno de su representacion.

XXXVI. Mientras aquella legislatura trascurria y se terminaba en medio de la indiferencia pública, Luis XVIII restablecia el esplendor tradicional de la antigua corte. Acababa de borrar con magnanimidad lo pasado, y de conceder la amnistía hasta á la familia real restituyendo al duque de Orleans, hijo de Luis Felipe. Igualdad, los inmensos bienes de su casa incorporados al patrimonio de la corona, mas cuidadoso en aumentar las dotaciones y la pompa de la casa real, que en prevenir las rivalidades del trono. El genio del duque de Orleans, flexible para la corte, y acariciador para la popularidad, su origen, la complicidad de su nombre en los actos mas reprobados de la revolucion, sus relaciones fácilmente anudadas con los amigos de su padre que aun existian, el peligro de añadir á todos aquellos medios de candidatura á la corona aquella omnipotencia de corrupcion y de clientela que un príncipe ambicioso encuentra en unos bienes desmesurados, no contuvieron á Luis XVIII. Creia en la sinceridad y en el arrepentimiento del duque de Orleans. Se acordaba del homenaje que aquel príncipe habia ido á prestar en Londres á la rama primogénita, y del retiro con que vivia en Twykenham, á orillas del Támesis. Pensaba que un hombre de aquel carácter, jamás seria peligroso en Francia durante su reinado, que su mismo nombre le abrumaria, y que le llevaria en la oscuridad de un padre de familia, entre las reconvenciones de los realistas, y la desconfianza de los republicanos. Sus hijos, despues de su muerte partirian su herencia, y aquella fortuna, distribuida en muchas porciones, dejaria de ser peligrosa para la corona. Pero el duque de Orleans, en cuanto llegó á Francia, desmintió aquellas previsiones del rey. Habia desempeñado sobre los demás príncipes de la familia real y de la casa de Condé, el doble papel que le asignaban su nombre y su situacion. Príncipe en las Tullerías, gozando del respeto que su sangre real le aseguraba, hombre popular en el palacio real, apoderándose de las preferencias de la opinion que por instinto se dirigian hácia él; reservado en su conducta, cortesano del rey, y sobre todo de la opinion liberal, esplicándose siempre con medias palabras, pero dejando entrever y penetrar en sus reticencias un secreto desprecio hácia la corte, y un grato recuerdo en todo lo que pertenecia á la revolucion, asociándose con una hábil adulacion á los pesares y á la gloria del ejército, eligiendo los jefes de su guardia entre los generales jóvenes de Napoleon, su sociedad íntima con los escritores y oradores de la libertad, irreprensible en la apariencia para la corte, gracioso y atractivo para la oposicion naciente, parecia que la fomentaba en el mismo palacio de Orleans, cuna de la revolucion.

XXXVII. Los demás príncipes recorrian la Francia para mostrarse al ejército y al pueblo, y recogian al paso el entusiasmo de la ancianidad emigrada y de la jóven nobleza realista. El duque y la duquesa de Angulema estaban en Burdeos. Llevaban á aquella ciudad, la primera que habia enarbolado el pendon de su causa antes de la capitulacion de Paris, el reconocimiento de su familia. Atravesaron rápidamente la Vendée por entre aquellas heroicas poblaciones, que se ponian en pié, para saludar á la hija de Luis XVI. El respeto que aquella infortunada princesa inspiraba en aquellas comarcas, participaba mas del culto que del realismo: el martirio del padre habia divinizado á la hija. Tímida y silenciosa, la duquesa no se espresaba mas que con lágrimas, reprimia como una debilidad de su rango todo impulso de sensibilidad en público, y agradaba sin seducir. Su marido, príncipe modesto y estudioso, pero desprovisto de esos dones que popularizan á los herederos del trono, no prometia al pais mas que la sabiduría y la meditacion. Aquellas virtudes sin esplendor, no le granjearon mas que aprecio, pero jamás pasion. Sin embargo, su modestia agradaba al ejército. Le hablaba con ese sério respeto que realza á unas tropas humilladas por los reveses. En presencia de los oficiales se conducia como un hombre que va á recibir lecciones, no á dárselas á los maestros de la guerra, y que desea ser adoptado por unos valientes desgraciados.

El duque de Berry, príncipe mas turbulento, recordaba la juventud de Cárlos II, sin poseer su gracia ni su atractivo. Afectaba al frente de las tropas las maneras y el tono del emperador, sus familiaridades con el soldado y sus rudezas con los generales. Creia adular al ejército tomando sus defectos por modelo y por gloria. Se habia rodeado de los oficiales mas calaveras ó insolentes del estado mayor de Napoleon, mezclados con algunos amigos de su infancia, que habian vuelto con él de la emigracion. Palabras poco comedidas, escenas violentas, gestos bruscos y frecuentemente ofensivos, revistas continuamente pasadas con la severidad de un discípulo de Federico II y con el desprecio de un antiguo soldado hácia las tropas nuevas, ocurrencias mas brutales que soldadescas, conducta muy lijera, amoríos que se perdonan á los Enriques IV, pero que se vituperan en los príncipes en quienes la gloria no encubre las debilidades, y una agitacion perpetua sin mas objeto que llamar la atencion pública, hacian á aquel príncipe, aunque bueno, valiente y generoso, un motivo de burla, de antipatía popular, y de desafeccion militar, entre la opinion pública y los Borbones. Sin embargo, tenia virtudes, talento pronto, el valor de sus abuelos, pasion á la gloria, la franqueza del soldado, la reparacion magnánima y espontánea de las ofensas que habia hecho, la fidelidad en la amistad, la prodigalidad en el amor, y gusto é inteligencia en las artes: habria agradado á los franceses si no se hubiese apresurado tanto en agradar, y al ejército si no hubiera afectado con tan grande estremo las maneras de soldado. La impaciencia, la brusquedad, su continente ó ademan soldadesco, y la superioridad del rango entre los generales sus maestros, lo echaba á perder todo. Al dia siguiente le era preciso reparar las faltas de la víspera. En cada una de sus visitas á las guarniciones, y de sus revistas en Paris, adquirian nueva impopularidad su casa y su causa.

XXXVIII. El conde de Artois, padre de aquellos dos príncipes, era ya en Paris lo que habia sido en Versalles en 1789, y lo que fue en Inglaterra, el cetro y la esperanza de la contrarevolucion. Rodeado de todo el alto clero, de toda la emigracion y de toda la nobleza, era la corte de lo pasado descontenta y exigente, al lado de la corte política y conciliadora de su hermano. Parecia que se preparaba á heredar las faltas que Luis XVIII le dejaria que reparar. Sin embargo, en lo esterior no manifestaba ninguna oposicion formal al gobierno. Se habia contentado con tener en él un ojo y una mano en la persona de Mr. de Vitrolles, á quien habia hecho nombrar secretario de estado del consejo de minis-

tros. Pero la influencia íntima de Mr. de Blacas, y la esterior de Mr. de Talleyrand, redujeron bien pronto á la nulidad la accion de Mr. Vitrolles en los negocios. Un espíritu censurador, sordas intrigas, relaciones misteriosas con Fouché y Barrás para pedir á la revolucion el secreto del espíritu revolucionario, espionages de alta policía, planes eventuales de gobierno, ligas de periódicos, escitaciones y escritos ultra-realistas, subsidios de corte devorados por escritores aduladores y famélicos, formaban toda la política del hermano del rey. La duquesa de Angulema, que como las mujeres, no tenia mas que instintos por política, se inclinaba á la corte del conde de Artois. Era demasiado piadosa para desear la venganza; pero habia sufrido y llorado mucho para no tener un horror secreto á cuanto le recordaba la sangre de su padre y de su madre. Bien queria perdonar á la revolucion, pero no queria verla. Compadecia al rey su tio, por verse obligado á valerse de las manos sospechosas ó manchadas á sus ojos, de los hombres de la república y del imperio. Comprendia la necesidad, mas no podia aparentar un semblante risueño; refugiábase en la habitacion de su suegro el conde de Artois, y cuando se presentaba en la del rey se revestia de su dignidad y de su silencio glacial. Se tomaba por orgullo lo que no era mas que memoria y desolacion. De este modo se enagenaban los corazones, que no tenian la justicia de perdonarla su aversion.

XXXIX. El anciano príncipe de Condé vegetaba en el palacio Borbon, en medio de una corte compuesta de antiguos servidores y soldados veteranos de su ejército, que contrastaban con el nuevo, y que conseguian grados, favores y prodigalidades del tesoro. Su hijo, el conde de Borbon, rodeado de algunas señoras y amigos compañeros de su mala suerte, se refugiaba en el palacio de Chantilly, y procuraba distraer sus desgracias, con incesantes cacerías en sus bosques natales.

Se ve pues, que á escepcion del rey, ninguno de aquellos príncipes de la casa de Borbon que habian vuelto á entrar en Francia, estaba formado por la naturaleza ó por la educacion para reconquistar por el ascendiente de la popularidad, el corazon del pais. Lo que el duque de Orleans reconquistase en la oscuridad, no seria para los Borbones. Habia separado ya su causa de la dinastía: pensaba en un porvenir, pero un porvenir para él solo.

XL. La Francia sin embargo, no manifestaba ningun despego á la familia real. Los recientes reveses tenian abatidas las opiniones. Contentábanse todos con respirar un momento entre dos borrascas; íbanse cicatrizando las llagas, descansaban de las agitaciones, plegábanse con facilidad al tiempo, aguardaban buen porvenir, se extasiaban con la idea de una larga paz, y se envanecian con la libertad devuelta á la tribuna, y con la discusion discretamente permitida á los periódicos. Los imperialistas participaban de los empleos de la corte, de los grandes mandos militares, las magistraturas y prefecturas, con los elevados nombres de la antigua nobleza: los republicanos gozaban de la caida de aquella larga tiranía del Cromwell de la libertad francesa, y no exigian de los Borbones mas de lo que republicanos envejecidos pueden exigir á un rey. Los realistas se rodeaban de recuerdos, compasiones reales, leyendas del *Temple*, de la *Consergería*, del *cadalso* del rey y de la reina, de ceremonias espiatorias consagradas á la memoria de las víctimas de la causa real, Luis XVI, la reina, Luis XVII, madama Isabel, Pichegrú, Moreau, confundidos á propósito en un mismo culto de recuerdos, para que la opinion del pueblo viese partidarios de los Borbones en todos los que habian conspirado contra la tiranía de Napoleon. Exhumábanse del cementerio de la Magdalena, sepultura de los ajusticiados, los restos del rey y de María Antonieta, medio consumidos por la cal viva, para hacerles unas exequias regias en San Dionisio. Los generales y mariscales, los dignatarios del imperio, las corporaciones constituidas, las academias, los escritores y los poetas, se apresuraban á concurrir á aquellas ceremonias, maldecian aquellos crímenes y lavaban de ellos al ejército y la nacion. Lisonjeaban con sus imprecaciones y sus lágrimas á una raza real, cuya causa habian olvidado ya hacia veinte y cinco años. Confundíanse en aquellas solemnidades con la antigua aristocracia y la emigracion, para confundirse tambien en los favores que eran su premio. Hubiérase dicho que ya no existia en Francia un solo hombre de aquella nacion, de aquellas asambleas, de aquella república ó de aquel imperio, que habian visto aquellos tiempos, aquellas guerras, aquellos tribunales y aquellos suplicios. La Francia entera parecia datar del regreso de los Borbones. Los mismos regicidas rechazaban sobre el terror y la calamidad de los tiempos los votos de muerte en el juicio de Luis XVI, ó en el del duque de Enghien que cada uno se afanaba en negar y esplicar á su manera. No se contentaban con la amnistía: aspiraban á las atenciones y favor del rey. Querian forzar la entrada de las Tullerías, para encontrar con los príncipes que habian vuelto á ocupar aquel palacio, el premio de los servicios sospechosos que habian prestado á Napoleon, y de sus complicidades con los hombres mas siniestros de la república.

XLI. Luis XVIII no tenia mas que moderar el celo de sus antiguos amigos, y la impaciencia de los nuevos: ninguna oposicion tenia que combatir. La única dificultad consistia entonces, en distribuir en su palacio sus sonrisas y sus favores con bastante imparcialidad y medida entre la antigua y la nueva corte, para que el descontento de la vanidad ofendida, no hiciese imprudentemente prevalecer la una sobre la otra, y para que la antigua y la nueva Francia, estuviesen igualmente satisfechas de su acogida, y creyesen que poseian su confianza. Empleaba en eso un arte y una diplomacia consumada. Los hombres nuevos se creian necesarios á su lado, y los antiguos conocian que eran preferidos. Solo las señoras, mas envidiosas que los hombres, se quejaban con amargura, unas de verse confundidas con las advenedizas de la revolucion ó del imperio, y las otras de verse despreciadas por las de la antigua corte. A las primeras les costaba mucho trabajo el perdonar una restauracion, que las recordaba el poco tiempo que contaban en las filas de la nobleza. Las segundas despreciaban una política que las humillaba, y las recomendaba la igualdad con rivales de títulos y de rangos, que solo reconocia por condescendencia al rey. Todas llevaban á su sociedad los desprecios de su antiguo orgullo, y la cólera de sus humillaciones. La opinion estaba pacificada, la vanidad volvia á crear los partidos.

XLII. El tratado preliminar de París, no era mas que un bosquejo de la paz general, y el reglamento particular de las relaciones de la Francia con las potencias. Un congreso debia arreglar en Viena las relaciones definitivas de todas las naciones entre sí, y volver á formar, por decirlo así, el mapa de la Europa. Mr. de Talleyrand parecia dispuesto á dejar á otros las responsabilidades y embarazos del gobierno interior que se le escapaba de las manos desde que el rey todo lo abarcaba por medio del imperioso Mr. Blacas, y por el espíritu indolente de Mr. de Montesquiou. Partió para Viena. El papel que acababa de representar en la obra de la restauracion, su crédito con el emperador Alejandro, su intimidad con los principales diplomáticos europeos, su gran fama de habilidad, y en fin, la confianza de Luis XVIII, y el mandato de representar ante todos los tronos el derecho, la independencia y la dignidad de aquel trono antiguo, de que los soberanos no podian querer la humillacion, puesto que habian querido su restablecimiento, colocaban á Mr. de Talleyrand en una de las posiciones mas elevadas, en que puede hallarse el plenipotenciario de un pueblo vencido en presencia de sus vencedores. El conocimiento de su carácter, su aficion á la intriga, su ambicion, su nacimiento, sus relaciones de revolucionario con los nuevos príncipes, de restaurador de la legitimidad con los príncipes legítimos, la corruptibilidad que se presumia en su carácter, que si no le hacia seducible por el oro de las cortes, le hacia, segun decian, complaciente á sus seducciones, y accesible á sus recompensas en títulos, en posesiones y sueldos para él y para su familia, contribuia á que Mr. Talleyrand fuese en Viena el móvil y el árbitro de aquel manejo europeo. Desde el tiempo de Carlo Magno, jamás se habia visto la Europa á merced de una reunion de príncipes y de hombres de estado. Su dominador estaba abatido. Los restos que habian escapado de sus manos, estaban sobre la mesa del congreso. Un millon de hombres todavia armados estaban prontos para ejecutar sus resoluciones. Las nacionalidades hechas pedazos, y los pueblos que durante la cuarta parte de un siglo habian pasado de una dominacion á otra, aguardaban en silencio su suerte. El congreso podia á su arbitrio restablecer la antigua Europa ó crear otra nueva. El primer partido era evidentemente el mas conforme al espíritu de una liga de príncipes, armados para protestar contra las convulsiones de una revolucion, y contra las invasiones de una monarquía universal: era mas conforme tambien al interés de aquellos príncipes que no podian consagrar la legitimidad de su corona, sin consagrar con la misma mano la legitimidad de las nacionalidades. Pero las largas guerras de la república y del imperio; los tratados separados entre Napoleon y las potencias que habia trastornado, las concesiones de territorio hechas á unas á espensas de las otras; los servicios prestados por Suecia ó por Nápoles que habia que recompensar; las infidelidades de algunas potencias germánicas, como la Sajonia, que habia que castigar; el engrandecimiento de la Rusia que habia que satisfacer en Polonia, los subsidios de la Inglaterra que habia que ir pagando lentamente en el continente ó en los mares, hicieron inclinar al congreso hácia el segundo partido. Una nueva distribucion de territorio, calcada en cuanto fuese posible sobre los límites antiguos, y consagrada por las antiguas soberanías restauradas, pero sin consideraciones ni escrúpulos, las pequeñas potencias ya borradas de la carta, y de los señalamientos

de poblaciones ó territorios, arbitrariamente dadas y quitadas á las grandes potencias y á las potencias secundarias, para establecer, no una justicia apoyada en los derechos, sino un equilibrio aproximado, basado en las fronteras naturales y en el cálculo numérico de los súbditos: tal fué el espíritu general del congreso de Viena.

Se ha censurado injustamente á Mr. de Talleyrand, el no haber obtenido para la restauracion mas que su emancipacion, sus límites antiguos y la incorporacion de la Saboya, frontera importante y nueva, que completaba la Francia por el lado de la Suiza y de la Italia. Esta reconvencion era irrisoria en boca de los bonapartistas, que acababan de capitular en Paris, y de atraer sobre su patria la invasion de la Europa. ¿Era acaso del derecho de sus perdidas conquistas, de la Francia invadida, del imperio derruido, del territorio agotado de hombres y de oro, de lo que un negociador podia prevalerse en nombre de los Borbones, para reivindicar en nombre de la Francia una parte de los despojos del mundo? ¿Y en virtud de qué derecho, en nombre de qué fuerza, hubiera Mr. de Talleyrand dictado la ley á la Europa victoriosa? El emperador estaba encadenado en la isla de Elba, el ejército habia desaparecido, la Francia exhausta de sangre y la Europa armada é irritada. Era demasiado para la restauracion obtener en nombre de los Borbones, la entrada en el consejo de los soberanos, la discusion libre de sus intereses, la evacuacion de su territorio, la paz sin humillacion, las fronteras de Luis XIV, y además una provincia quitada por las potencias á la casa de Saboya para aumentar y fortificar á la Francia. Esta fué la obra de los Borbones y el mérito de Mr. de Talleyrand. Si los tratados de Viena pesan sobre la Francia, la justicia histórica debe descargar su peso, no en la debilidad de los Borbones, sino en la ambicion del imperio.

XLIII. El congreso se prolongó todo el invierno de 1814 á 1815. Sus largos debates interiores, no ofrecen ya interés en el dia mas que por sus resultados. En medio del concierto general de las potencias aliadas, se suscitaban luchas sordas, repulsas, afinidades y preferencias, que agrupaban á la Europa en alianzas naturales para contrabalancear otras alianzas de situacion. Mr. de Talleyrand, que desde su juventud habia presentido, como Mirabeau, la feliz fatalidad de una alianza de la Francia y de la Inglaterra para la independencia del continente, y para la causa del principio creciente de la libertad del mundo, añadió á aquella alianza natural la del Austria, alianza menos indicada y menos permanente para la Francia. El 3 de enero firmó un tratado particular ofensivo y defensivo entre aquellas tres potencias. La condicion secreta de aquel tratado era el destronamiento de Murat y la restitucion del trono de Nápoles á la casa de Borbon, que los ingleses habian sostenido en Sicilia, que el Austria preferiria á una soberanía napoleónica y guerrera en Italia, y que Luis XVIII, como gefe de la casa de Borbon, debia naturalmente desear en Nápoles como complemento de su propia restauracion. Asegurado con el resultado que fortificaba con un triunfo de familia su crédito en el ánimo de Luis XVIII, Mr. de Talleyrand concedió fácilmente la humillacion de la Sajonia, la tercera particion de la Polonia, el aniquilamiento de la confederacion del Rhin, sueño desvanecido con la omnipotencia del imperio, que era la única que podia darla una sombra de realidad; comprendió con exactitud, que la mas comprometida é ilusoria de las alianzas, seria la liga de la Francia con cinco ó seis pequeñas potencias germánicas, que envolverian sin cesar la política francesa en sus discusiones impotentes entre sí, y con los grandes estados de Alemania, sin poder jamás aprontar una fuerza real y preponderante. Las alianzas solo son dignas entre potencias iguales, y no son útiles mas que con estados importantes. Las demás no son alianzas, sino protecciones onerosas. Mr. de Talleyrand mostró en el desprecio de lo que se llama estados secundarios de Alemania, un golpe de vista superior al vulgo, y el genio reflexivo de un negociador. Su correspondencia con Luis XVIII, durante aquel periodo de su vida, manifiesta la superioridad instintiva y la libertad de su entendimiento.

Todas las cuestiones sometidas al trabajo de Viena estaban resueltas. Los soberanos se preparaban á volverse á sus estados y licenciar sus tropas. Las fiestas consumian en Viena los últimos dias del invierno: todo anunciaba al mundo una larga era de paz. Solo Murat temblaba en su trono, y se preparaba en silencio á disputárselo á la Inglaterra, al Austria y á la casa de Borbon.

LIBRO XV.

Renacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la imprenta.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de Paris.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffitte.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouché.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás.

I. Aquella paz, aunque tan reciente, tan cansada de veinte y cinco años de guerra, y tan cargada de problemas desconocidos y que tenian que resolverse por aquella reconciliacion forzada de la revolucion y de la restauracion, comenzaba á reanimar en Francia el pensamiento, el talento y las artes, sofocadas por el largo despotismo, y que renacian con el mismo soplo de la libertad.

Aquella época era el despertar del espíritu humano. En aquella época de la restauracion, muchos hombres de que vamos á hablar, no habian todavía escrito sus obras, ni conquistado su nombradía. No obstante, no nos limitaremos á la historia literaria de aquel momento; la seguiremos en el porvenir para dilatar el horizonte de aquel renacimiento del pensamiento.

El siglo XVIII habia sido interrumpido en sus pensamientos, en sus obras y sus artes, por una catástrofe que dispersó á sus filósofos, sus poetas, sus oradores y sus escritores. La emigracion, el terror y el cadalso, habian diezmado la inteligencia. Condorcet y Champfort se habian dado la muerte. Andrés Chenier y Rorcher, habian caido á los golpes del hacha. Mirabeau habia muerto de cansancio en la revolucion, y tal vez de angustia ante las perspectivas que no podian escaparse á su penetracion. Vergniaud habia desaparecido en la borrasca, dichoso con librarse del espectáculo del crimen por el martirio de la elocuencia á que aspiraba. Delille habia huido lejos de su patria, y cantado á los desterrados en Polonia y en Inglaterra: el abate Raynal habia envejecido en el arrepentimiento y en el desaliento de sus esperanzas. Parny habia convertido sus amores en cinismo y se habia puesto á sueldo de los publicanos. La filosofía y la literatura en Francia á fines del reinado de Napoleon habian sido condenadas al silencio, ó disciplinadas y alineadas como batallones por medio del sable. Habíase extenuado la naturaleza en los hombres á principio del siglo para preparar y completar la revolucion. Completada esta, el pensamiento que la habia producido parecia haberse asustado de sí mismo, al ver que seria aniquilado con su alumbramiento.

Bonaparte, que aspiraba á la tiranía y que aborrecia el pensamiento porque es la libertad del alma, se habia aprovechado de aquella extenuacion y de aquel cansancio del espíritu humano para ponerle una mordaza, ó para enervar la literatura. Solo habia favorecido las ciencias matemáticas, porque los números miden, cuentan y no piensan... De las facultades humanas no honraba mas que aquellas de que podia formarse dóciles instrumentos. Los geómetras eran sus hombres, los escritores le hacian temblar. Era el siglo del compás. Únicamente toleraba la literatura lijera y fútil que distraia al pueblo y que incensaba á la tiranía. Hubiera hecho callar por medio de su policía á toda voz cuyo acento varonil hubiera producido vibraciones en una de las cuerdas graves del corazon humano. Permitia las rimas que atruenan los oidos, pero la poesía que exalta el alma, nó. Habiendo escrito el jóven Cárlos Nodier una oda en las montañas del Jura, que respiraba sentimientos muy elevados para el servilismo de aquel tiempo, se vió obligado á proscribirse antes que sufrir la proscripcion que le esperaba.

II. Era preciso que la tiranía de Napoleon fuese bien rigurosa para que la vuelta del antiguo régimen pareciese que reanimaba la libertad y el soplo del alma. Así sucedió en efecto. Apenas fué derrocado el imperio cuando comenzaron á pensar escribir y cantar en Francia. Los Borbones, contemporáneos de la literatura de su país, se gloriaron de volverla á traer con ellos. El régimen constitucional devolvia la palabra á dos tribunas. Apesar de algunas leyes preventivas ó represivas, la libertad de imprenta hizo respirar las letras. Todo cuanto callaba volvió á recobrar la voz. Los ánimos humillados por la compresion, la socie-

dad hambrienta de ideas, la juventud impaciente de gloria intelectual, se vengaban de su largo silencio por un torrente repentino y casi continuo de filosofía, historia, poesía, polémica, memorias, dramas, obras artísticas y de imaginacion. El siglo de Francisco I está lleno de originalidad; el de Luis XIV está lleno de gloria; ni uno ni otro tuvieron mas entusiasmo ni movimiento que los primeros años de la restauracion. La esclavitud todo lo habia acumulado en las almas durante veinte años. Estaban llenas y rebosaban: la historia les debe sus páginas. Aquellas no son únicamente los anales de las guerras ó de las cortes, son especialmente los anales del espíritu humano.

III. Durante aquellos años de opresion habian madurado grandes talentos, que volvian á aparecer en toda su libertad y esplendor. Madama de Staël y Mr. de Chateaubriand dividian entre sí ya hacia veinte años la admiracion de la Europa y la persecucion de Napoleon.

Madama de Staël, hija de Mr. Necker, talento precoz alimentado en la tertulia de su padre con la lectura y la conversacion de los oradores, de los filósofos y de los poetas del siglo XVIII, habia respirado la revolucion en su cuna. Hija de la Helvecia, trasplantada á la corte, su alma y su estilo participaban de aquel doble orígen, era republicana de imaginacion y aristócrata de costumbres. Habia en ella algo de Rousseau y de Mirabeau, era pensadora como el uno y oradora como el otro. Su verdadero partido en política era el girondino. De mas talento y de alma mas generosa que madama Roland, era un grande hombre con las pasiones de mujer. Pero aquellas pasiones tiernas y fuertes daban su talento á las cualidades de su alma, el acento, el calor y el heroismo del sentimiento. Napoleon la creyó mas peligrosa á su tiranía que Lafayette, y la desterró muy lejos de Paris. Aquel ostracismo convirtió á su casa, situada á orillas del lago de Ginebra, en la última mansion de la libertad. Las obras de madama de Staël, poéticas unas veces y políticas otras, aunque proscriptas ó mutiladas por la policía, siempre habian dejado traspirar en Francia y en Europa durante el reinado del imperio, el fuego del corazon, el entusiasmo del espíritu, las aspiraciones de la libertad y el odio santo al embrutecimiento y á la esclavitud. Aquella mujer habia sido la última de las romanas en tiempo de ese César que no se atrevia á herirla, que no habia podido envilecer. Amigos fieles y generosos, tanto hombres como mujeres, se honraban con su amistad: Mateo de Montmorency, madama Recamier, los filósofos alemanes, los poetas de Italia y los hombres de estado liberales de la Inglaterra. Durante los últimos años del reinado de Napoleon, en que su caida acelerada le hacia mas implacable, madama de Staël huyó hasta el centro del Norte. Desde allí promovia la insurreccion de las cortes y de los pueblos contra el opresor del espíritu humano. A su caida volvió á presentarse en Paris triunfante sobre las ruinas de su enemigo. El mundo armado la habia vengado sin querer. Deseaba ella que aquella victoria de las naciones contra la conquista, fuese tambien la victoria de la libertad contra el despotismo. Madura por los años y por la esperiencia de las cosas humanas, habia perdido la aspereza de las ideas republicanas que habian fanatizado su juventud en 1791 y 1792. Tenia recuerdos agradables de los Borbones. Esperaba mucho de una restauracion probada como ella por el cadalso y por el destierro, y que conciliaria en rededor del trono las libertades representativas con las tradiciones del sentimiento nacional. Su tertulia en Paris era una de las fuerzas de la restauracion. Su elocuencia convertia á los viejos republicanos, los jóvenes liberales y las almas fluctuantes á un régimen constitucional, á imitacion de la Inglaterra, que devolviese la independencia á las opiniones, la tribuna á los oradores y el gobierno á la inteligencia. Luis XVIII, con la elevacion de sus ideas, por su gusto literario y por su admiracion hácia ella, la consolaba de los desprecios y brutalidades de Napoleon. Trataba á madama de Staël como aliada á su corona, porque representaba al espíritu europeo.

IV. Era feliz entonces por su corazon, y gloriosa por su talento. Tenia dos hijos. Un varon que no revelaba el talento de su madre, pero que prometia todas las cualidades sólidas y modestas del patriota y del hombre de bien; y una hija que despues casó con el duque de Broglie, que se asemejaba al mas hermoso y puro pensamiento de su madre, encarnado bajo una forma angélica para elevar al cielo la mirada y para representar la santidad en la hermosura. Apenas todavía en el medio de la vida, con esa juventud renaciente, que renueva la imaginacion, esa savia del amor, madama de Staël acababa de casarse con el último ídolo de su cariño. Se preparaba á publicar sus *Consideraciones sobre la revolucion*, que habia visto de tan cerca, y la narracion personal y apasionada de sus *diez años de destierro*, y en fin, un libro sobre el genio de la Alemania, en el que habia derramado y filtrado gota á gota todos los tesoros de su alma, de su imaginacion y de su religion, cuyo libro vió simultáneamente la luz pública en Francia y en Inglaterra, y llamó la atencion de la Europa. Su estilo, especialmente en este libro, sin perder nada de su juventud ni brillantez, parecia haber adquirido un resplandor mas elevado y eterno, al acercarse al último tercio de la vida y á los altares del pensamiento. Aquel estilo ya no solo pintaba y cantaba, sino adoraba. Sus páginas respiraban el incienso de un alma: era Corina convertida en sacerdotisa, y entreviendo desde el borde de la vida al Dios desconocido, en el fondo de los horizontes de la humanidad.

Entonces fué cuando murió en Paris, dejando un gran vacío en el corazon de su siglo. Fué el J. J. Rousseau de las mujeres, pero mas tierna, mas sensata y mas capaz de grandes acciones que el genio de dos sexos, uno para pensar y otro para amar; fué la mas apasionada de las mujeres y el mas varonil de los escritores en un mismo ser. Nombre que vivirá tanto como la historia y la literatura de su país.

V. Mr. de Chateaubriand era entonces el único hombre que podia contrabalancear la nombradía de aquella mujer. Enemigo como ella de Bonaparte, porque hay una guerra natural entre el genio del pensamiento y el de la opresion, la caida de aquel soldado que todo lo ofuscaba, permitió que volviesen á aparecer aquellos dos escritores.

Mr de Chateaubriand, noble breton, que nació en las playas del Océano, mecido con el murmullo de los vientos y de las olas de su patria, y arrojado en seguida por la casualidad de su nacimiento mas bien que por sus opiniones inciertas, á los campos errantes de la emigracion, luego á los bosques de América, y despues á las nieblas de Londres, era el *Osian* francés. Tenia en su imaginacion el colorido, la inmensidad, los gritos, las quejas y lo infinito. Su nombre era una harpa eólia, que producia sonidos que encantaban los oidos, conmovian el corazon, y que el entendimiento no puede definir: era el poeta de los instintos mas bien que de las ideas, el recuerdo y el presentimiento de lo indefinible y el murmullo misterioso de los elementos. Aquel hombre habia resonado en todas las almas y conquistado un inmenso imperio, nó sobre la razon, sino sobre la imaginacion de los tiempos.

VI. Como todos los grandes talentos, habia nacido de sí mismo. Solo, ocioso y miserable en Londres, durante los últimos años de la república escribió un libro escéptico como un pensamiento y como las ruinas de que el hundimiento de la Iglesia y del trono habia cubierto el mundo. Se habia dicho: no es eso; el mundo no quiere ya dudar, porque tiene necesidad de esperar, devolvedle la fé. Jóven, melancólico, inclinado á las creencias, indiferente á la naturaleza de las emociones con tal que se le convirtiesen en aplausos y en gloria, despues de haberle conmovido á él mismo, quemó su libro y escribió otro. Esta vez fué el *Genio del cristianismo*. La filosofía habia vencido: la revolucion habia minado y sacrificado en su nombre: los filósofos eran acusados de todas las calamidades del tiempo. Habian llegado á hacerse impopulares como son malditos de los fieles, los que arruinaron el templo. Mr. de Chateaubriand emprendió la obra de reconstituirle en la imaginacion: quiso ser el *Esdras* de la Iglesia destruida y de los adoradores dispersos.

VII. Un filósofo piadoso tenia una obra grande y santa que desempeñar con un plan semejante. La filosofía religiosa y luminosa habia avanzado de siglo en siglo penetrando rayo por rayo en las sombras de los templos; habia hecho palidecer las supersticiones, evaporar los ídolos y difundido mas luz, mas razon, y por consiguiente, mas divinidad sobre los altares. Una filosofía impía, cínica, materialista se habia mezclado en los últimos tiempos en la obra indicada, y la habia viciado y pervertido. Remontarse á las fuentes del cristianismo, y purificar los corazones; mostrar á los hombres de nuestro tiempo lo que Dios habia mezclado de santidad, de virtud y de eficacia en las doctrinas del cristianismo, lo que la ignorancia, la fuerza, el fraude y la barbarie habian producido de supersticioso, de idolatría, de vicios y de corrupcion: dar á Dios lo que era de Dios y á los hombres lo que era de los hombres, al tiempo pasado lo que debia morir con él, y al porvenir lo que debe durar y vivificar el alma humana, haciéndola respirar una idea mas pura de la divinidad é impregnando los cultos, la legislacion, la política y todas las obras sociales de una mas perfecta santidad; era la obra de una grande razon, de una grande imaginacion, removiendo con mano respetuosa, pero libre, las ruinas del santuario antiguo para levantar el nuevo santuario. Mr. de Chateaubriand estaba dotado de una razon bastante ilustrada para esta empresa, y de un grande genio para llevarla á cabo. El cristianismo hubiera tenido su Montesquieu con la poesía además.

VIII. En vez de esta obra, Mr. de Chateaubriand habia hecho en su libro, como Ovidio, los *Fastos de la religion*. Habia exhumado nó el genio, sino la mitología y el ceremonial del cristianismo. Habia cantado sin eleccion y sin crítica sus dogmas y sus supersticiones, su fé y sus credulidades, sus virtudes y sus vicios. Habia hecho el poema de todas las

vulgaridades antiguas y de todas sus instituciones envejecidas y decaidas, desde la dominacion política de las conciencias por la espada, hasta las riquezas y poderío de la Iglesia ; desde las aberraciones del ascetismo monacal, hasta sus ignorancias beatificadas ; y hasta los engañosos prodigios populares inventados por el celo y perpetuados por la rutina del clero rural para reducir la imaginacion en lugar de santificar el espíritu de los pueblos. Mr. de Chateaubriand lo habia divinizado todo. Su libro era el relicario de la credulidad humana.

IX. Habia tenido el mas feliz acierto, mediando dobles razones para el buen éxito ; en el escritor por su genio y en la opinion por sus tendencias. La revolucion habia trastornado y desorientado todo el espíritu humano. Los temblores de tierra producen el vértigo : viendo el pueblo hundirse al mismo tiempo el trono, la sociedad y los altares, creyó llegado el fin de los tiempos. El hierro y el fuego habian destruido los templos, la impiedad habia perseguido la fé, el hacha habia herido á los sacerdotes , la conciencia y la oracion se habian visto obligadas á ocultarse como los crímenes ; el Dios doméstico habia llegado á ser un secreto entre el padre, la madre y los hijos ; la persecucion habia excitado la compasion del pueblo hacia el sacerdocio , la sangre habia santificado á los mártires, las ruinas de los templos cubrian el sol y parecian acusar á la tierra de ateismo El mundo estaba además triste como despues de las grandes conmociones. Una inquieta melancolía habia sobrecogido las imaginaciones ; buscábase el oráculo que señalara al genero humano su porvenir. Mr. de Chateaubriand mostró el altar antiguo y la religion de la cuna ; recordó la oracion de rodillas delante de la madre, los ancianos sacerdotes encanecidos en la proscripcion , aparecidos y errantes sobre las tumbas de los antepasados volviendo á traer de las chozas el Dios desterrado ; el sonido de la campana, el himno de alabanza, el misterio, la esperanza, el consuelo y el perdon. El corazon estaba de su parte. Aceptóse por profeta del porvenir al poeta que bordaba de tantas flores sagradas humedecidas con santas lágrimas la mortaja del pasado. Jamás la poesía habia logrado una conversion semejante de los corazones por la magia de la imaginacion y por la elegancia del sentimiento. Aquel libro admiró al mundo como una voz salida del sepulcro. Se admiró, se tuvo en la memoria; se oró con fervor, se derramó llanto, ya no se discutió mas : la Francia habia sido profundamente convencida. Desde aquel dia Mr. de Chateaubriand llegó á ser el hombre necesario de todas las restauraciones. Habia restaurado el cristianismo y á Dios en las almas ; ¿cómo no habia de restaurar la monarquía y á los reyes en su palacio? Querido á la Iglesia que él habia rejuvenecido con sus lágrimas, querido á la aristocracia cuya proscripcion habia santificado, querido á las mujeres por la ternura de sus poemas en que , la religion no luchaba con el amor mas que para divinizar la pasion , y querido en fin á la juventud, que percibia por primera vez en esta poesía, notas en las cuales Dios y la naturaleza resonaban como nuevas cuerdas añadidas al instrumento lírico del corazon del hombre; reinó su nombre sobre el santuario, sobre el hogar doméstico, sobre la cuna de los niños , sobre la tumba de los padres, sobre el presbiterio del lugarcillo, sobre el castillo de la aldea, sobre el lecho de los esposos y sobre el sueño del jóven. La poesía se habia perdido en el ateismo : él la encontró en Dios. La poesía será una de las potestades reales de este mundo, mientras que la imaginacion sea una mitad de la naturaleza humana.

X. Mr. de Chateaubriand habia vuelto á entrar libremente en Francia para publicar allí su libro. Bonaparte, que era tambien el poeta del pasado en accion, queria una mano bastante rica de colorido para dorarle las instituciones y los perjuicios que habia fundado su poder. Su genio vasto peronó creador, no era otra cosa que el genio mismo de las restauraciones. Aspiraba á restablecer en sí á Carlo Magno, el creador de un tiempo al fin de otro tiempo, el décimo siglo al fin del siglo XVIII. Se engañaba en la fecha y queria que el espíritu humano se colocara ocho siglos antes. Mr. de Chateaubriand y Bonaparte se convenian mutuamente; su idea era una misma. Mr. de Chateaubriand era el Napoleon de la literatura.

XI. El escritor no resistió las primeras gracias del conquistador; fué nombrado secretario de embajada en Roma , capital del catolicismo restaurado, donde un tio de Bonaparte el cardenal Fesch, se hallaba de embajador. Este empleo subalterno satisfizo por largo tiempo al hombre de genio que reinaba por el talento sobre su patria, rompió por mezquinas quejas con el embajador, sencillo y de escaso talento. Napoleon desconfiaba de toda grandeza natural que no ensalzase la suya. Afectó tratar á Mr. de Chateaubriand como un hombre inferior , y le nombró ministro plenipotenciario en *Sion*, pequeña villa del Valais perdida en un valle de los Alpes. Demostraba á un mismo tiempo favor é ironía en una mision semejante y en la residencia que se señalaba á aquel hombre. *Era otro* Ovidio entre los sármatas; puede muy bien creerse que Mr. *de Cha*teaubriand se resintió con tal nombramiento.

El asesinato del duque de Enghien que produjo la indignacion de la Europa en aquella época, le suministró una noble venganza. Envió la renuncia de sus funciones de ministro plenipotenciario á Napoleon. Era este acto una declaracion de guerra de honor contra el crimen. Aquella dimision nada tenia de injuriosa mas que la fecha. Todavía Mr. de Chateaubriand siguió desde aquel dia haciendo paso á la fortuna de Bonaparte. A pesar de todo , no le rehusó algunas frases de adulacion en la época de su eleccion para la academia francesa, como un preliminar de la reconciliacion. El emperador respiró el incienso pero separó la mano que se le dispensaba. Distraido por la guerra; olvidó al grande escritor que á su lado parecia el árbitro esclusivo en las letras. Mr. de Fontanes, su amigo y uno de los familiares del emperador, le escudaba contra toda persecucion real. Gracias á este intermediario los dos grandes rivales en celebridad , podian aun volver á unir sus respectivas fortunas. Los síntomas de la decadencia de Napoleon, hecha mas inevitable por el esceso mismo de su tiranía, sorprendiendo y haciendo impresion á Mr. de Chateaubriand, preparó en silencio la última arma con que queria herirle en la ocasion oportuna. Era el libelo titulado: *De Bonaparte y de los Borbones*. Le llevó por espacio de muchos meses con un puñal oculto entre el forro de su vestido. Aquel libelo una vez descubierto, hubiera podido ser su sentencia de muerte. Era mas que una conjuracion, era un ultraje. Aquel libro poderoso pero odioso, pues que calumniaba al hombre hiriendo al tirano , habia elevado á Mr. de Chateaubriand al rango de los favoritos mas acreditados de la restauracion. Habia llegado á ser el hombre consular de todos los partidos realistas. Sostenia por medio del periodismo aquello que mas convenia á su dominacion, ya el realismo implacable , ya el liberalismo mas acariciador, unas veces el antiguo regimen sin contrapeso, y otras una capciosa conciliacion, sirviéndole de eco el *Diario de los Debates* y el *Conservador* , de escuela la juventud aristocrática, de móvil la ambicion y la personalidad, alguna vez vencido y alguna otra vencedor, pero seguro siempre de volver á encontrar el favor del público , afectando la persecucion y apelando á su genio.

XII. Mr. de Bonald, talento bien inferior , pero carácter bien superior á Mr. de Chateaubriand , disfrutaba por entonces de un nombre igual; pero su popularidad misteriosa no traspasaba los límites de una escuela y de una secta. Era el legislador religioso del pasado, encerrado en el santuario del tiempo.

Mr. de Bonald , era la mas noble figura que el antiguo régimen podia presentar al nuevo. Hidalgo de provincia, cristiano de fé, patriota de corazon, realista por conviccion, borbonés honrado y fiel, habia reivindicado su parte de proscripcion y de indigencia durante la emigracion. Habia andado errante por los campos y pueblos del estranjero con con su mujer y sus hijos, alimentados con su trabajo. Habia estudiado la historia, las costumbres, las regiones, las revoluciones de los pueblos en sus catástrofes mismas ocurridas á su vista. Como Arquímedes habia escrito y calculado en medio del asalto de los hombres y del incendio europeo. Su religion era sincera y sumisa, como á un órden recibido de lo alto y no discutido. Prestaba toda su filosofía á los libros santos, creia en la revelacion política como en la revelacion cristiana. Se remontaba siempre de escalon en escalon hasta el oráculo primitivo, Dios. Su teocracia no admitia ni la duda ni la rebeldía , pero como en todas las fees sinceras y cordiales, no tenia cabida en él ni el esceso, ni la violencia. Era indulgente y dulce como los hombres que creen haber llegado á descubrir de un modo cierto é infalible la verdad. Se acomodaba á los tiempos, á las costumbres y á las circunstancias, pero nunca á la autoridad. Habia en su carácter toda la moderacion posible; hubiera sido el ministro mas sabio de una restauracion prudente, paciente y mesurada. Poseia el conocimiento de su opinion , y la costumbre de meditar y de escribir le habian dado el don de la palabra. Tenia mucha elevacion y mucha serenidad, para ser orador parlamentario ú orador popular; mas bien que hablar, pensaba en la tribuna. Sus libros y sus opiniones escritas, formaban un dogma en el partido monárquico y religioso. Su estilo sencillo , meditado y fluido , era la imágen de su espíritu. La inteligencia honrada y candorosa, encontraba en él un suavísimo y dulce recreo, que inclinaba á combatir las propias convicciones, cuando la buena fé hacia reconocer el error poniendo de manifiesto la verdad. Era, pues, la confidencia del hombre de bien.

XIII. Mr. de Fontanes era reputado despues de la muerte del abate Delille, como el poeta que habia sobrevivido á la escuela antigua del siglo XVII. Su nombre gozaba de una inmensa autoridad encubierta en el misterio. Se hablaba de continuo de poemas que jamás publicó. Mr. de Chateaubriand, su protegido en la época de que necesitaba de protector, su amigo despues, sentia hácia Mr. de Fontanes la admiracion que rehusaba á la multitud de poetas de su tiempo. No se conocian de él mas que

algunos fragmentos elegantes, puros, didácticos, sin originalidad, sin calor, pero correctos; era, pues, un talento que desarmaba á la crítica, pero que ni apasionaba ni producia entusiasmo. Mr. de Fontanes sobresalia en esa elocuencia de grande aparato que Napoleon le hacia desplegar en las grandes ceremonias de su reinado, como la pompa del imperio. Habia sido el orador de corte, y el poeta monárquico desde el consulado hasta la restauracion. Habíase precipitado en el nuevo reinado con mas conato y actividad que conveniencia. Poeta para los políticos, político para los poetas, elevado por el favor de dos reinados á las mas altas dignidades del gobierno, gozaba de una consideracion presente, y de una gloria futura, envuelta en su prestigio, inviolable para la crítica, agradable á la corte, acariciado por los hombres de estado, presentando de tiempo en tiempo á las academias y á los hombres de letras sus versos como una deferencia y su talento como un favor.

XIV. La filosofía del siglo XVIII no tenia mas que viejos y escasos adeptos que habian sobrevivido á la revolucion. La filosofía católica estaba representada por dos hombres de un genio poderoso y de un estilo sublime. Aunque de diferente edad y de distinta patria, aparecian juntos al mismo tiempo sobre el horizonte del nuevo siglo.

El uno, el conde José de Maistre, era un noble saboyano, emigrado como Mr. de Bonald, que habia pasado en Rusia los largos años de la revolucion. Era ya bastante avanzado en edad cuando la caida de Napoleon le restituyó su patria. Volvió á ella con las mismas ideas que profesaba veinte años antes. Los trastornos de la Europa, que él habia contemplado desde el fondo tranquilo de su retiro, no le parecian sino la venganza del cielo y la merecida espiacion del abandono de las doctrinas antiguas por el espíritu moderno. No discutia como Mr. Bonald, ni cantaba como Mr. de Chateaubriand, profetizaba con los cabellos encanecidos, con la autoridad y la rudeza de un hombre que llevaba la luz y los rayos de Dios. Su rica y fuerte naturaleza le habia predispuesto maravillosamente para este papel, ó por mejor decir, para que obrara en consecuencia de lo que podia en él considerarse como una fé viva. Creia firmemente cuanto decia. Era un hombre de la Biblia mas que del Evangelio: tenia las audaces imágenes, los relámpagos y prolongados estremecimientos de los oráculos de Jehovah. No retrocedia ante ninguna paradoja, ni aun ante el verdugo y la hoguera. Queria que la autoridad de Dios sobre los espíritus estuviese armada como la de los tronos sobre los hombres. Obligar para salvar, cortar para sanar, é imponer, en fin, la tiranía de la fé por los lictores y la espada, hé aquí la doctrina que se atrevia á presentar á un mundo enervado por el escepticismo y que habia llegado á ser tolerante, al menos por la incertidumbre en la verdad. El escándalo de este reto de un filósofo absoluto al género humano, atrajo la atencion pública hácia sus obras. El género particular de su estilo hizo que las leyesen aun aquellos mismos que le reprobaban. Aquel estilo desprovisto de todas las galas afeminadas del último siglo, tenia la temeridad, la grandeza y hermosura salvaje de un elemento primitivo: recordaba los *Ensayos de Montaigne*. Pero era un *Montaigne* ébrio de fé en lugar de perplegidad y de duda, conociendo poco las cosas de su tiempo, y encontrando en esta misma ignorancia la sencillez de su dogma y la violencia de su conviccion. Las *Tardes de San Petersburgo*, primer libro de este Platon de los Alpes, admiraban á los hombres de letras y calmaban á los hombres de fé. Nadie imaginaba entonces que una secta religiosa se apoderaria de las atrevidas doctrinas del conde José de Maistre, hombre tan dulce y tan tolerante como terribles eran sus imágenes, y que haria de su libro el código de una doctrina de terror.

XV. El otro, Mr. de Lamennais, era un jóven sacerdote desconocido hasta entonces en el mundo, nacido en la Bretaña, que fué creciendo en la soledad y en las ilusiones, lanzado por el disgusto de las pasiones y por la fuerza de la persuasion al pié de los altares mismos donde habia creido encontrar la fé y la paz. No habia encontrado realmente ni lo uno ni lo otro, y su vida debia ser en adelante la larga peregrinacion de su alma en mil otros cultos de ideas. Pero entonces era ardiente, implacable, y su celo le devoraba bajo la forma de su genio. Aquel genio recordaba á la vez á Bossuet y á Juan Jacobo Rousseau. Lógico como el uno, pensador como el otro, mas florido y mas punzante que los dos. Su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion* era uno de los mas elocuentes llamamientos que pudo salir del templo para convocar á la juventud, por la razon y por el sentimiento. Íbanse desuniendo aquellas páginas como si hubieran caido del cielo sobre un siglo desorientado y sin vida. Mr. de Lamennais era entonces mas que un escritor, el jóven apóstol que rejuvenecia una fé.

XVI. Otra escuela filosófica se agitaba al lado de la de los filósofos sagrados: era la del moderno platonicismo, de esa revelacion por la naturaleza y por la razon, que Juan Jacobo Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, Ballanche, Jouffroy, Keratry, Royer Collard, Aimé Martin, discípulo piadoso, continuador de los *Estudios sobre la naturaleza*, habian sustituido poco á poco á aquel materialismo compañero del ateismo, crímen, vergüenza y desesperacion del espíritu humano. Los filósofos alemanes y escoceses la habian elevado en alas de la imaginacion del norte hasta la altura de la contemplacion y del misterio. Un jóven nutrido y como apasionado por aquellas revelaciones naturales, orador y escritor político, comenzaba á revelarlas á la juventud: era Mr. Cousin. Con una elocuencia grave, mística, confidencial y á media voz como los secretos del otro mundo, atraia en su derredor los espíritus ávidos de creer despues de tanto dudar. Su palabra prometia siempre; era, por decirlo así, el eterno crepúsculo de una eminente verdad. Esperábase sin cesar verla brotar mas visible y mas completa de sus discursos ó de sus páginas. La imaginacion concluia lo que la filosofía habia solo bosquejado. Un concurso parecido al que en otro tiempo rodeaba á *Abelardo*, inundaba los pórticos de las escuelas. No se salia iluminado, pero sí entusiasmado! El filósofo no habia desenvuelto los misterios que solo Dios revela alternativamente á la inteligencia piadosa de la humanidad, pero habia cumplido el único fin de la filosofía sobre la tierra, habia elevado el alma de la generacion y hecho volver sus miradas á Dios. Estábase ya bien lejos del cinismo y del embrutecimiento de las ideas del imperio.

XVII. La historia es la política retrasada de las naciones en reposo, y comenzaba grandes obras: Mr. Agustin Tierry, aquel benedictino homérico, creaba en la historia una restauracion. Hacia revivir en los relatos llenos de erudicion y atractivos como el arte, las costumbres y las figuras de nuestras primeras razas; los orígenes, las leyendas y la emancipacion del tercer estado. Mr. de Segur referia en estilo épico la campaña de Napoleon en Rusia, y aquella sepultura de setecientos mil hombres en la nieve; Mr. Thiers los anales de la revolucion francesa, en que su clara inteligencia ponia de manifiesto la luz de los hechos; Mr. Guizot las consideraciones dogmáticas que ajustaban los acontecimientos á las teorías; Mr. Michaud, las cruzadas, esa epopeya del fanatismo cristiano; Mr. de Barante, crónicas que rejuvenecian la Francia en la sencillez de sus primitivas edades; Mr. Michelet las primeras páginas de sus relatos, llenos entonces de la credulidad candorosa de la juventud; Mr. Daru, la grandeza y la caida de Venecia; Lacretelle, todo el siglo XVIII, al cual habia asistido, moderado y puro.

XVIII. El imperio, que habia impuesto el silencio ó la bajeza á los escritores, dejaba no obstante un gran número de hombres eminentes ó notables en los diversos órdenes de la literatura. El viejo Dulcis vivia aun: volvia á traer á los Borbones la fidelidad de sus antiguos recuerdos que habian sobrevivido á su republicanismo. Inflexible á los favores del imperio, aceptaba los de Luis XVIII, su primer patrono. Raynouard, amigo de Mr. Lainé, alma desinteresada, corazon libre y voz independiente, añadia trajedias severas á su bella trajedia de *Los Templarios*. Chenier, constante en la inconstancia general, protestaba en versos enérgicos por la filosofía y por la libertad. Habíasele acusado de haber asesinado á su hermano durante el terror; lavaba en sus lágrimas de indignacion semejante calumnia á su ternura. Lemercier, espíritu bizarro, asociado á un corazon noble y recto, habia conservado tanto su fidelidad á la república, que jamás se prosternó ante el imperio. Briffault, despues de haber ensayado la escena francesa con dramas vaciados en el molde Voltaire, renunciaba por la lijera gloria de los salones á los austeros trabajos del trájico, y esparcia como Boufflets su espíritu y su gracia al viento. Casimiro Delavigne cantaba en estrofas latinas y griegas los reveses de la patria en las *Messeniennes* y los preludios de su vida de poeta. Hugo, niño aun, balbuceaba ya estrofas que hacian enmudecer á las viejas cuerdas de la poesía de tradicion. Soumet, tierno como Andrés Chenier en la elegía, y armonioso como Racine en la epopeya, fluctuaba entre las dos escuelas. Millevoye modulaba un canto divino en sus labios. Vigny meditaba las obras de recogimiento y de originalidad y que recuerdan un alma solitaria. Sainte Beuroc conversaba en términos escasos de espresion pero tiernos con los amigos de su juventud á quienes habia de criticar mas tarde. Andrieux, Guiraud, Etienne, Duval, Parseval Grandmaison, Viennet, Esmenard, Saint Victor, Campenon, Baour-Lormian, Michaud, Pougerville, Julio Lefévre, Emilio Deschamps, Berchoux, Cárlos Nodier, Senancourt, Javier de Maistre, el hermano del filósofo Montlosier, Genoude, Mr. de Frayssinoux, predicador, Teletz, madama Dufrenoy, madama Desbordes Valmore, madama Cottin, madama Tastu, madama de Genlis, la señorita Delphine Gay, y despues madama Girardin, cuyo talento debia ilustrar dos nombres, y varios otros cuya memoria se perdia ó comenzaba á figurar en el siglo, asistian á la declinacion del imperio y á la aurora de la restauracion. La naturaleza que parecia haberse esterilizado, distraida con la revolucion, la guerra y el despotismo, volvió á mostrarse mas productiva que

nunca. Era la vejetacion de una nueva savia por largo tiempo comprimida, el renacimiento del pensamiento bajo todas las formas del arte moderno. Una nueva era de la poesía, de la política y de la religion debia refugiarse en aquel hogar donde la paz y la libertad habian reavivado el calor. Reconocíase à la Francia en el momento que habiendo sido vencida por el frenesí de la ambicion de su jefe, volvia à tomar el cetro de la inteligencia cultivada y de la opinion en el mundo.

XIX. La vuelta de la familia de los Borbones y de una aristocracia que habia siempre patrocinado, honrado y cultivado las letras, contribuyó poderosamente à aquel movimiento de la inteligencia. La sociedad francesa volvia á formarse con los miembros de ella que habian sido dispersados en los salones de Paris. Aquella sociedad es al espíritu humano lo que el calor es à los cuerpos animados. La conversacion es en Francia, como era en Atenas una parte del genio del pueblo. Las catástrofes de la revolucion, las proscripciones y los destierros, por otra parte las guerras sin termino, la dispersion de la aristocracia francesa al estranjero, à las provincias ó à los castillos, y en fin, la policía inquisitorial del sombrío despotismo, la habia muerto ó por lo menos amortiguado despues de veinte años. Las desgracias públicas eran el solo objeto de la pública atencion en los últimos años del imperio. La conversacion se reanimó con la restauracion, con la corte, con la nobleza, con el descanso y con la libertad. El régimen constitucional que suministraba continua materia à la controversia de los partidos, la seguridad de las opiniones, la animacion y la licencia para discutir, la novedad misma de aquel régimen político que permitia pensar y emitir con entera libertad las ideas en un pais que acababa de sufrir diez años de silencio, aceleraba mas que en ninguna otra época de nuestra historia aquel torrente de ideas y aquel murmullo regulador y viviente de la sociedad de Paris. Tenia su morada principal en los ricos cuarteles del arrabal de San Germau y de la carretera de Autin.

XX. El primer centro de aquella sociedad renovada era el gabinete mismo del rey. Luis XVIII habia vivido familiarmente antes de la emigracion con los escritores graves ó festivos de su juventud. Los largos ocios de la emigracion, la vida sedentaria y estudiosa à que la enfermedad de sus piernas le condenaba, habian aumentado en él el gusto à la conversacion y á las conferencias. Es el placer de todos aquellos que imposibilitados de salir à buscar fuera el movimiento de las ideas, se esfuerzan por retenerle en derredor de sí. La naturaleza le habia dotado y la lectura le habia enriquecido con todas las dotes necesarias para la conversacion, ya naturales en su familia. De tan claro talento, que ningun hombre de estado ni versado en las letras, Mr. de Talleyrand mismo, tan afamado por su ciencia y por su firmeza, le sobrepujaba, ni tampoco los políticos en elocuencia, los poetas en citas ni los eruditos en memoria. Complacíase sobremanera en dar todas las mañanas audiencias prolongadas é íntimas à los hombres mas eminentes de sus consejos, de sus academias, de sus cuerpos políticos, de su diplomacia y à los estranjeros notables que llegaban à Francia. Las mujeres ilustres y celebradas eran asimismo admitidas y buscadas. De este modo gozaba del trono. Descendia de él para parecer mas grande à todas las familiaridades de la conversacion. Tenia una complacencia en admirar y hacerse agradable à sus interlocutores; reinaba por el atractivo; se sentia y hacia conocer al hombre de talento por la escelencia de su dominacion. Era su cetro personal á él, y no le hubiera cambiado por el de su nacimiento. Su bella presencia, su mirada penetrante, el sonido de su voz grave y modulado, su gesto franco y afable, su dignidad respetuosa para consigo y para con los demás, el interés mismo que inspiraba por su enfermedad prematura, aquella necesidad en fin de un brazo siempre pronto à ausiliarle para efectuar cualquier movimiento, la fortuna de poder conferenciar con el y observar durante la conversacion los bellos rasgos de su caracter; todo en fin producia en el alma de los hombres admitidos en su presencia, un sentimiento de respeto hácia el príncipe, y de sincera admiracion hácia el hombre. El talento y la naturalidad habian subido al trono y descendian de él con el hombre eminente que le ocupaba. Durante los recibimientos oficiales de la tarde, observaba con cada uno la mas oportuna conducta. Su presencia de ánimo era igual à su talento. Representaba exactamente la antigua dignidad real en un pueblo nuevo; procuraba confundir dos épocas y lo conseguia, parecia querer tanto al hombre de la nueva Francia como al rey de la Francia antigua; hacia olvidar la elevacion de su rango con su talento y elevacion de ánimo.

XXI. Mr. de Talleyrand asociaba consigo à los diplomáticos, á los hombres eminentes de la revolucion y del imperio, atraidos por él al nuevo reinado, los oradores y escritores jóvenes cuya voluntad queria captarse. Como todos los hombres superiores à aquello que forma su ocupacion, consagraba largos ocios al placer, al juego y à la conversacion. Amaba y cuidaba de las letras en medio del tumulto de los negocios. Ninguno como él presentia el genio hasta en los hombres oscurecidos é ignorados. Aquel gran ministro à quien se suponia sin mas tiempo que el necesario para el despacho de los negocios de la corte y de la administracion, trataba de todo, hasta de las mas grandes cosas con negligencia, dejaba mucho al acaso, que siempre trabaja, y pasaba noches enteras leyendo à un poeta, escuchando un artículo ó conversando con personas de uno y otro sexo ociosas pero de talento. Tenia un exacto golpe de vista para los hombres y para las cosas, y era distraido y cuidadoso al mismo tiempo; de conversacion concisa, pero perfecta. Sus ideas, si así puede decirse, se desprendian gota à gota de sus labios, pero cada palabra encerraba un gran pensamiento. Generalmente se le ha atribuido grande inclinacion à los epígramas y chistes de que él carecia. Su conversacion no tenia ni la malignidad ni la licencia que el vulgo se complacia en atribuirle: era por el contrario comedido, abandonado en su lenguaje, natural, un poco tardo de espresion, pero sumamente preciso. Tenia sobrado talento para necesitar afectarle. Sus palabras por lo comun algo escasas y oscuras, contenian sin embargo multitud de reflexiones de gran peso.

XXII. Madama de Staël atraia al rededor de sí à todos los hombres que habian vuelto de la emigracion sin el horror de 1789 y la antipatia contra el nombre de su padre. Su sociedad se componia de algunos republicanos puros y constantes de la Gironda ó de Clichy, de los restos del partido constitucional de la asamblea constituyente; de los nuevos realistas y de los oradores, poetas, escritores y periodistas de todas las épocas. Era su casa el centro de todas las opiniones y de todos los talentos combinados y amalgamados en su salon por la bondad de su alma y por su genio tolerante. Ella daba estimacion à todo porque lo comprendia todo. Era tambien universalmente apreciada, porque sus opiniones nunca habian sido sino efecto del entusiasmo, y aquel entusiasmo era la temperatura ordinaria de su corazon y de sus palabras. Su conversacion era una oda continua. Deseábase estar à su lado por presenciar aquella continua y vehemente esplosion de elevados conceptos y de sentimientos magnánimos espresados por la elocuencia inofensiva de una mujer. Al separarse de ella, esperimentábase una decidida pasion por la libertad, por el genio y por las grandes perspectivas de la imaginacion. Aquella luz reflejaba à toda la Europa. Madama de Staël era el Mirabeau de la conversacion y de las letras. No solo removia en sus improvisaciones la revolucion de la Francia, sino la revolucion de la imaginacion humana. Un delirio sublime se apoderaba de sus oyentes. El mundo moderno no habia visto, desde las sibilas, la encarnacion del genio varonil en las delicadas formas de una mujer. Era la sibila de dos siglos à la vez, del siglo XVIII y del siglo XIX, de la revolucion en su cuna y de la revolucion próxima à su tumba.

XXIII. Otra mujer, hija de un girondino heroico, la duquesa de Duras, abria mas esclusivamente su casa à los realistas, à los hombres de corte, à las mujeres hermosas ó instruidas de la época, á los escritores ó à los políticos de la escuela monárquica. Aquel salon estaba consagrado al entusiasmo de madama Duras y de Mr. de Chateaubriand, su oráculo y su amigo. Reunia en derredor de él y para él à todos los admiradores de su talento y à todos los servidores de su ambicion política. Hallábanse allí mezcladas y confundidas las letras y las intrigas de estado, los versos y los rumores con los discursos. Academia y conciliábulo à un mismo tiempo, aquella reunion recordaba los salones de la Fronde, en donde el amor y la poesía, las mujeres y los ambiciosos entraban en los complots y en las intrigas de la corte. Madama de Duras escribia con gusto y con pasion. Tenia bastante fuego para reconocer y adorar el talento de los demás. Una niña en toda la flor de la hermosura, la señorita Delfina Gay leia allí sus primeros versos.

XXIV. En el arrabal de San German, palacio de la princesa de la Tremouille, en otro tiempo princesa de Tarento, era el punto de reunion de la antigua política y de la antigua literatura que habian vuelto con la alta aristocracia del destierro. Allí no se consentia nada de lo que transigiese con el tiempo. El mismo Luis XVIII era allí sospechoso de alianza con los hombres y las ideas de la revolucion. Allí era donde tenian su público Mr. de Feletz, Mr. de Bonald, Mr. Ferrand, Mr. de Maistre, Mr. Lergare y los escritores implacables con las novedades. Allí era tambien donde los oradores del realismo exaltado y de la emigracion irreconciliable acudian à combinar su oposicion, criticar à las Tullerias y aspirar al reinado del conde de Artois, rey anticipado de las cosas rancias.

Otros dos salones mas poblados, mas jóvenes, se abrian en el mismo cuartel à los hombres literarios ó parlamentarios que se encontraban ó se buscaban para reflejarse mutuamente su brillo ó para prestarse la fuerza de opinion. Dos mujeres jóvenes, hermosas y llenas de

gracias los atraian á ellos: madama la duquesa de Boglie, y madama de Saint-Aulaire, reunidas por la edad, por la aficion á la cosas intelectuales, por los mismos amigos, por la opinion y por la amistad.

XXV. Madama de Boglie era hija de madama de Staël, habia sido educada por ella en el entusiasmo del genio. Pero su entusiasmo mas piadoso que el de la madre era especialmente el de la virtud: la piedad santificaba la melancólica belleza de sus facciones, era el himno interior de una hermosa alma revelada, era una figura angelical del pensamiento. Su marido, el duque de Boglie, aristócrata de nacimiento, imperialista por educacion y liberal por convencimiento, tenia todas las condiciones de importancia, en un reinado y en una época que participaba de aquellas tres clases de opinion. No podia, pues, dejar de ser buscado por los tres partidos que aspiraban á popularizarse con su nombre y con su mérito. Una oposicion elocuente en una monarquía parlamentaria era la que le convenia, semejante á los Grey, los Sheridan, Holland y Fox, esas grandes familias patricias que adquirieron en la tribuna el favor de los plebeyos. Aquella reunia á los amigos de madama de Staël: los estranjeros de alto nacimiento ó de elevada ilustracion, los oradores de la oposicion de las dos cámaras, los escritores y publicistas de la jóven generacion, algunos republicanos de teoría que se acomodaban al tiempo y aplazaban sus esperanzas, Mr. de La Fayette contemporizador y sufrido como el pedestal de una columna, solian acudir tambien allí. Era una atmósfera de descontento sin cólera con la actitud mas bien que con el encarnizamiento de las oposiciones. Mr. Guizot hacia allí sus ensayos para la tribuna con sus folletos políticos que dogmatizaban demasiado para conmover. Tenia en sus labios el silencio de la premeditacion, en sus ojos el ardor de la voluntad. No podia vérsele sin un presentimiento. Mr. Villemain, el Fontenelle del siglo, disertaba allí con un indiferente escepticismo propio de la superioridad. Mr. Montlosier adaptaba sus paradojas aristocráticas á las pasiones de la democracia: reinaba en aquella reunion la mayor tolerancia. Los hombres y las opiniones, la juventud, la larga perspectiva de las cosas y de las ideas, la literatura, la poesía, la elocuencia, la gracia de los modales, todo lo dominaban y templaban. Eran las ilusiones de una aurora de gobernantes, un salon de girondinos antes de su triunfo y de su pérdida. Muchos hombres, guiados de la ambicion y condenados á la gloria ó á la desgracia se reunian allí y luego se separaban para emprender diversos caminos. Hubiérase dicho que era un arco antes del combate.

XXVI. Los mismos hombres y mujeres se veian en casa de madama de Saint-Aulaire, amiga de madama la duquesa de Boglie, y como ella, en el esplendor de su vida, de su hermosura y de su talento. Pero aquella tertulia menos política, admitia á todas las superioridades adquiridas, á las esperanzas de la literatura y de las artes: al entrar allí desaparecian los partidos. El elevado nacimiento y las opiniones realistas se confundian con las doctrinas liberales y los nombres de una celebridad reciente. Allí no se buscaba mas que la distincion personal y la elegancia de las ideas. Era el congreso del talento nacional centralizado en un palacio de París por los encantos de una mujer eminente. Mr. de Talleyrand, la duquesa de Dino, su sobrina, favorita estranjera, hermosa y silenciosa como una estrella del cielo de Osian; Mr. de Barante, Mr. Guizot, Mr. de Villemain, Mr. de Saint-Aulaire, Mr. de Forbin, Mr. Beugnot, talento erudito, anecdótico y universal, los Berlin, contenidos y observadores, los Cousin, Sismondi, filósofos, historiadores, publicistas y poetas, cambiaban perpetuamente entre sí las emulaciones y los aplausos, esos preludios de gloria, á que la juventud aspira en el murmullo de los labios de las mujeres admiradas. Creíase uno trasladado al segundo nacimiento de un siglo XVII ampliado y ennoblecido por la libertad.

XXVII. Otra mujer notable por su atractivo y por su talento gracioso y serio, madama de Montcalm, hermana del duque de Richelieu, reunia mas esclusivamente á los hombres políticos y los escritores del partido moderado de la restauracion. Allí se oia á Mr. Laine, hombre de candor antiguo; Mr. Pozzo di Borgo, orador, guerrero, diplomático, verdadero Alcibíades ateniense, desterrado largo tiempo en los dominios de Prusia, y que volvia á confundir en su pais su doble papel de embajador de un soberano estranjero y de ciudadano de su patria; Capo de Istria destinado por los encantos de su talento á seducir á la Europa en favor de la Grecia y á morir al tratar de resucitarla; el mariscal Marmont que llevaba en sus facciones la tristeza de una defeccion del deber y de la amistad, por lo que habia creido una obligacion superior á toda amistad y á todo reconocimiento, la humanidad, y que decia á Luis XVIII al interceder por el mariscal Ney su compañero de armas: «Me la debeis, porque yo os he dado mas que la vida.» Mr. Hyde de Neuville, realista liberal, que se esforzaba en retener en un mismo amor el caballerismo y la libertad, ese caballerismo de los pueblos que no conseguia unir mas que en su corazon. Mr. Molé, retrato de un hombre de estado, jóven y pensativo á lo Van Dyck, pero que llevaba en sus labios demasiadas sonrisas para demasiadas fortunas; Mr. Pasquier, de nacimiento parlamentario, de inteligencia cultivada, de aptitud universal, palabras flúidas, de convicciones amplias, fiel tan solo á las elegancias del talento y á la aristocracia de los sentimientos; Mr. Monier, hijo del célebre constituyente de aquel nombre, por mucho tiempo secretario íntimo de Napoleon, respetuoso siempre á su memoria, adicto á los Borbones porque eran el gobierno necesario para su patria, espíritu justo, estudioso, modesto, infatigable, que tenia en su corazon el culto de la amistad y del reconocimiento, la burla sarcástica en la sonrisa, y la seriedad del hombre de estado en la conversacion. Aquella reunion, en que las letras se mezclaban todas las noches con la política, era la escuela de los hombres de estado.

XXVIII. Mr. Casimiro Perier, Mr. Laffitte y algunos otros hombres nuevos é influyentes, recibian al otro lado del Sena los restos de la república y del imperio. Los ambiciosos aplazados y los descontentos comenzaban á formar el núcleo de aquella oposicion acerba en que los pesares del despotismo y las aspiraciones á la república, por una contradiccion que la pasion comun esplica, se confundian con el nombre de liberalismo en su animosidad contra la aristocracia y los Borbones. Allí comenzaba á brotar la fama, primero encubierta y bien pronto popular, de uno de los fenómenos mas estraños de la literatura francesa, Beranger, tribuno que cantaba. Como todos los espíritus independientes, Beranger habia sentido el peso de la tiranía, y aquella alma de poeta habia protestado en verso contra la opresion. Su genio, eminentemente plebeyo en el acento, aunque de elegancia aristocrática, era republicano como su alma. El imperio hubiera debido sublevarle como la grande apostasía del ejército de la república, pero Beranger, mas patriota todavía que republicano, mas sensible á las ruinas de su patria que á las de su opinion, no habia visto mas que la sangre de los valientes y el incendio de las chozas de su pais durante la invasion. Su compasion y su cólera le habian arrebatado á pesar de su repugnancia contra el imperio Habia olvidado al tirano de un pueblo y no habia visto mas que el jefe guerrero de una nacion, y luego para los corazones generosos la caida absuelve. Chateaubriand habia valido un ejército á los Borbones: Beranger iba á valer un pueblo al bonapartismo; Rouger de Lisle en 1789 habia hecho marchar batallones á la frontera con solo la marsellesa: Beranger iba á conducir millares de almas á la oposicion con sus poemas cantados.

XXIX. Casimiro Delavigne, Etienne, Jouy, Benjamin Constant, Lemercier, Arnault, todos los poetas disciplinados, dotados y premiados por el imperio, que repugnaban á la aristocracia y á los Borbones, frecuentaban aquellos salones plebeyos. Allí se notaban ya nacientes fortunas de talento que acariciaban aquella opinion y que se predestinaban á sí mismos á llegar á ser los escritores, oradores y hombres consulares de la clase media bajo el cetro del duque de Orleans. En este número se contaban Mr. Thiers y Mr. Mignet, dos jóvenes del Mediodía, unidos por la amistad y por la esperanza, y que comenzaban á distinguirse por algunos buenos trabajos en historia y en política Remontaban a la revolucion para tomar mejor su curso y su direccion hácia nuevas revoluciones.

Muchos periódicos luchaban en nombre de dos grandes opiniones que comenzaban á dividir la Francia. Pero las luchas estaban todavía muy lejos de tener aun la acrimonia, la cólera y las injurias que se prodigaron algunos meses despues la *Minerva*, sátira Menippea de la revolucion, y el *Conservador*, abierto á todas las quejas, resentimientos y exageraciones de los realistas. La opinion pública, todavía dulce y conciliadora, requeria, como la censura, cierta moderacion y cierta elegancia aun en las hostilidades de los dos partidos. Hasta entonces no se combatia mas que con epigramas, pero bien pronto debia combatirse con venganzas.

XXX. No era el partido republicano, sino el napoleónico y militar el que comenzaba la guerra con la precipitacion, la imprudencia y la animosidad de un partido que no aceptaba su derrota. La emperatriz Josefina, que habia sido repudiada, vivia retirada y honrada de todos en la Malmaison, estraña, nó á las lagrimas, sino á las implacables amarguras de su decaida grandeza. La reina Hortensia, hija de aquella emperatriz y del marqués de Beauharnais, no habia podido conformarse con el retiro y la oscuridad que la imponian la repudiacion de su madre, la separacion de su marido Luis, hermano de Napoleon, rey de Holanda, y en fin la caida del emperador, único autor de todas aquellas fortunas que arrastraba en pos de sí. Acostumbrada á la adoracion de la corte imperial, que su título de cuñada de Napoleon, y la predileccion de aquel soberano la aseguraban, la reina Hortensia quiso gozar

de ella despues de él. Empleó la magia de su nombre, el prestigio de sus recuerdos y la influencia de sus gracias sobre el emperador Alejandro, para que aquel príncipe obtuviese ó exigiese en su favor de Luis XVIII el título de duquesa de Saint-Leu, la conservacion de sus riquezas, y su residencia en París, ó en su palacio de Saint-Leu. Habia llegado á ser para la juventud militar del imperio, el ídolo tolerado del napoleonismo, adorado todavía bajo la figura de una mujer hermosa, jóven y apasionada. Todos los oficiales jóvenes de la guardia del emperador, los poetas y los escritores que permanecian fieles á aquella gloria, ó que querian dedicarse al culto de una grandeza mas bien eclipsada que desvanecida, se reunian en casa de la reina Hortensia. De allí salian contra los Borbones y sus servidores, aquellos cantos populares, elegías de la gloria, aquellas burlas, aquellos epigramas, aquellas caricaturas y aquellas palabras de odio y de desprecio, que circulaban entre el pueblo y el ejército para propagar en ellos la conspiracion del desprecio. De allí salian tambien los últimos suspiros de la pasion filial de una jóven, por el que la habia dado su grandeza y su poder, y las primeras insinuaciones de regreso partian para llegar á Napoleon en la isla de Elba, y enterarse de los síntomas de la conjuracion militar que se urdia en su favor, bajo la esterioridad de un culto puramente filial. En aquel cenáculo del culto imperial, el amor, las letras, la poesía, las artes, las intimidades de sociedad, la confianza de la conversacion, los recuerdos de lo pasado y los estravíos de la memoria, participaban menos de la literatura que de la conspiracion.

XXXI. Pero mientras que aquella oposicion de familia, de mujeres, de oficiales jóvenes y de cortesanos sin amo, elevaba de este modo en casa de la reina Hortensia en Saint-Leu una corte contra otra, una oposicion mas reservada, mas patriótica y mas nacional, se iba formando en París por los escritos de Carnot y de Fouché repartidos con profusion al pueblo.

Carnot, republicano de los antiguos tiempos, tanto mas firme cuanto era mas moderado y paciente en sus miras, habia atravesado en una oposicion fria y austera el reinado de Napoleon. No habia vuelto á ofrecer sus servicios hasta el momento supremo en que se hundia aquel despotismo, y en que podia confundirse la causa de la patria con la del emperador, por el peligro de la invasion. Habia defendido á Amberes como el baluarte de la Bélgica y del norte de la Francia amenazada. Cuando volvió á París con una gloria modesta, midió la profundidad de los reveses y de los riesgos de la Francia. En aquellos mismos reveses veia alguna esperanza para el renacimiento de la libertad constitucional. Olvidó sus propios intereses de partido para acoger á la restauracion, sino con justicia, con favor. Sin duda Carnot llevaba en su nombre la mancha indeleble á los ojos del hermano de Luis XVI, de su voto de muerte en el juicio de aquel rey, y la mas indeleble todavía de su responsabilidad nominal en las sangrientas proscripciones del comité de salud pública. Habia tomado asiento en él, al lado de Robespierre y de Saint-Just. Pero todo el mundo sabia en Francia, que aquella aparente complicidad de Carnot encubria una profunda enemistad contra sus sanguinarios colegas, y que en aquel comité del gobierno no era el hacha de la convencion, sino la espada que cubria las fronteras de la patria. Acordábanse además de que Carnot, algunos meses mas tarde habia sido proscripto como partidario de la moderacion revolucionaria, y aun como sospechoso de complicidad con los que conspiraban para el restablecimiento de una soberanía constitucional. Solo pudo librarse de los hombres estremados de la convencion con la fuga y el destierro voluntario. Jamás consintió en doblegarse á Bonaparte. Carnot, por todos estos títulos, gozaba entonces de cierto ascendiente sobre todos los partidos, de la indulgencia de los realistas, del aprecio de los moderados, y de popularidad entre los republicanos. Su voz era un oráculo.

XXXII. Atrevióse á hacerla oir, con tan varonil libertad, que alarmó á los unos, y con una audacia que puso en cuidado á los otros. En su manifiesto imputaba el asesinato de Luis XVI, nó á los republicanos, sino á los realistas. «La inviolabilidad de la persona real no debió contener á los jueces: Luis XVI ya no era rey cuando fué juzgado: por otra parte, ¿aquella inviolabilidad no tenia límites? ¿Protejería lo mismo al soberano legítimo que al usurpador? ¿Deberá mirarse como inviolables á los príncipes para quienes no hay nada sagrado ni inviolable? La fuerza es lo que todo lo decide. No es estraño que los jacobinos tuviesen razon primero, luego el directorio, enseguida Bonaparte, y en fin los Borbones, cuya familia habia tenido ya razon durante nueve siglos. Mas puesto que está reconocido que no hay buen derecho sin la fuerza, es preciso hacer de modo que los Borbones no pierdan la suya, y además, que una parte de esa misma fuerza no se vuelva contra la otra.

»Perdonarlo todo, conservar á cada uno sus empleos, sus honores, dejar en el senado á hombres que no sabian adular, no escluir de los destinos subalternos á los que hubiera podido estraviar un amor escesivo á la libertad, honrar á los militares y no aparentar que se les perdonaban sus victorias impías, he aquí lo que debia hacerse. ¿Y qué se ha hecho? Se ha hecho de cuantos llevaban el nombre de patriota una poblacion enemiga en medio de otra, á la que se ha dado indiscretamente una preferencia muy marcada. Si quereis presentaros en el dia en la corte con distincion, guardaos muy bien de decir que sois uno de esos veinte y cinco millones de supuestos ciudadanos, son veinte y cinco millones de rebeldes, y que esos enemigos fueron siempre amigos. Decid que habeis tenido la felicidad de ser chuan, ó vendeano, ó transfuga, ó cosaco, ó inglés, ó en fin, que habiendo permanecido en Francia, no habeis solicitado empleos de los gobiernos efímeros que han precedido á la restauracion, mas que para venderlos mejor y hacerlos caer mas pronto: entonces pondrán vuestra fidelidad en las nubes, recibireis tiernas felicitaciones, condecoraciones y respuestas afectuosas de toda la familia real.»

XXXIII. Fouché, quiso á imitacion de Carnot, pero con otras miras, recobrar sobre la opinion una especie de ministerio de policía. Esparció un gran número de cartas amenazadoras para los Borbones, manuscritas unas é impresas otras. En ellas hablaba al rey como plenipotenciario de la revolucion, trataba de igual á igual con la corona, despreciaba, acusaba y ultrajaba á los hombres de la corte de Luis XVIII, hacia resonar en sus oidos las amenazas de un segundo terror, solo acariciaba al rey, y ponia el mercado en la mano á la restauracion.

Las cartas de Fouché produjeron en la opinion un efecto diferente pero inmenso. Todos apreciaban á Carnot y despreciaban á Fouché. Pero al mismo tiempo le suponian con grande habilidad. Creíase que era el dictador secreto del partido revolucionario, porque tomaba osadamente su tono y su actitud. En su mano se veian los hilos de todas las antiguas policías, que nunca se habian roto enteramente, ni aun en su destierro. No se le sospechaba capaz de hablar tan alto, si no estuviese apoyado. Median aquella fuerza por su audacia. Sabíase además, que tenia conferencias secretas é intimidades políticas con algunos hombres de la familiaridad oculta del conde de Artois, y con el mismo Mr. Blacas. Comenzaba tambien á entenderse con los bonapartistas. Aquel triple papel, que no podia esplicarse mas que por la importancia que aquellos diversos partidos daban á aquel hombre, hacia que las cartas de Fouché fuesen para unos un escándalo, para otros un enigma, y para odos un acontecimiento.

XXXIV. El rey no se incomodaba con aquellos síntomas. Escuchaba sin cólera, y miraba sin prevencion á los hombres mas comprometidos en el partido republicano. No los consideraba como irreconciliables con el establecimiento de su casa en Francia. Aceptaba, y aun buscaba todas las ocasiones de entrar en relaciones confidenciales con ellos, y parecia que no solo atendia, sino que daba crédito á sus consejos. Aquellos hombres, por su parte, se acordaban de cierta complicidad de ideas de aquel príncipe con ellos al principio de la revolucion, y procurando confirmar en su corazon la amnistía política que les debia por cierto favor secreto y personal, se acercaban á él ocultamente, y no cesaban de responderle de la revolucion, si consentia en dejarse dirigir ó solamente iluminar por ellos.

XXXV. Tal era Barrás, uno de los restos mas notables de la república, uno de los héroes del 9 thermidor, salvador de la convencion contra los jacobinos de Robespierre, miembro preponderante del directorio ejecutivo, autor de la fortuna de Bonaparte, derribado por el soldado á quien habia elevado, convertido en enemigo del usurpador de la república y del trono, pero regicida, y por este título odioso, aunque necesario á los Borbones. El instituto de un odio comun contra Bonaparte, y de la defensa comun contra el partido de aquel emperador desterrado, debia unir á la corte y á Barrás. Este antiguo director era de nacimiento ilustre. La nobleza de su orígen deja siempre cierta afinidad de inclinacion entre un noble y el mismo trono que ha derribado. La sangre lucha contra las opiniones, triunfa de ellas algunas veces, pero al menos siempre vuelve á los recuerdos de la primera vida. Luis XVIII y el conde de Artois tuvieron por medio de Mr. de Blacas y de Mr. de Brujas conferencias indirectas con Barrás. Aquellos antiguos revolucionarios y los emigrados procuraban de buena fe entenderse, pero no hablaban la misma lengua, y no se comprendieron. Las conferencias entre la corte, Fouché y Barrás quedaron sin resultado para el gobierno. Los negociadores se ofrecieron recíprocamente lo que ya no les pertenecia. Fouché y Barrás, la revolucion que ya hacia mucho tiempo se les habia escapado: el rey y Mr. de Blacas, la emigracion y la contrarevolucion que ya no les era posible dominar. Un movimiento sordo, instintivo y general, llevaba ya por su lado á cada uno de aquellos partidos. Uno

solo, con probabilidades de vida, surgia de entre los dos é iba á sumergirlos con la mas repentina é irresistible revolucion militar de que conservan memoria los anales del mundo. Porque cuando César pasó el Rubicon para ir á aniquilar la república, conducia doscientos mil romanos contra Roma. Napoleon no iba á llevar mas que su nombre y la sombra de sus victorias para derribar la obra de la Europa y reconquistar su patria.

LIBRO XVI.

Napoleon al partir de Fontainebleau.—Su viaje.—Su encuentro con Augereau.—Acogida que halla en las poblaciones del tránsito.—Su desembarco en la isla de Elba.—Aspecto de la isla.—Vida de Napoleon en Porto-Ferrajo.—Sus intrigas.—Sus pensamientos.—Manifestaciones de Murat á Napoleon.—Entrevista de este con Fleury de Chaboulon.—Decídese á penetrar en Francia.—Preparativos.—Su salida de la isla de Elba.—Travesía.—Sus ocupaciones en el mar.—Dicta las proclamas al ejército y al pueblo.—Incidentes del viaje.—Dicta el manifiesto de la guardia al ejército.—Su desembarco en el golfo Juan el 1.° de marzo de 1815.—Pasa por delante de Antibo.—Atraviesa las poblaciones de Cannas, Grassa, Diña y Gap.—Hace alto en la Mura.—Napoleon en el puente de Vizille.—Seduce á un batallon del ejército real.—Defeccion de Labedoyere.—Entrada de Napoleon en Grenoble.—Entusiasmo de los campesinos.—Marcha sobre Lyon.—Luis XVIII tiene noticia del desembarco de Bonaparte.—Preparativos de defensa.—Partida de los príncipes á incorporarse con el ejército.—Situacion equívoca del duque de Orleans.—Convocacion de las dos cámaras.—Proclama de Luis XVIII.—Orden del dia del mariscal Soult.—Protestas del mariscal Ney.

I. Volvamos á Napoleon, á quien hemos dejado el 20 de abril á medio dia en el momento de subir á un carruaje, con los ojos humedecidos por las lágrimas y quebrantado el corazon, despues de haber dirigido á su guardia un sencillo y sublime adios. Partia para aquel destierro, todavía régio, de la isla de Elba, que la imprevision de los gabinetes europeos le habia señalado como un observatorio cercano á las costas de Francia y de Italia, y desde el cual podria oir el mas leve murmullo y acudir al menor llamamiento de la fortuna y de sus partidarios.

No partia como Diocleciano ó Cárlos V, como esos príncipes cansados del imperio y hastiados de las grandezas humanas, que solo abandonan el trono cuando la ambicion los abandona, y que no dirigen atrás su vista sino para deplorar los años que han perdido buscando la felicidad en la dominacion de los hombres. No iba ilusionado como ellos á buscar la paz en los jardines de Salona ó la santidad en un monasterio; marchaba vencido, humillado, abandonado; rendido é irritado, fingiendo apenas y con gran trabajo una resignacion forzada á la ingratitud y á la cobardía de sus lugartenientes; acusando á su pueblo, maldiciendo á sus hermanos, echando de menos á su mujer, sus hijos, sus palacios, sus coronas; incapaz de plegarse á una condicion privada por espléndida que fuese y habiendo desde tan jóven y por tan largo tiempo contraido tal costumbre de mando, que para él vivir era reinar, y dejar de reinar era mas que morir. No partia, pues, sin esperanza de vuelta y sin haber urdido ya en su pensamiento, y con sus pocos adictos los primeros hilos de la trama que un dia ú otro esperaba arrojar desde su isla sobre el continente. Los príncipes de sangre real y nacidos en el trono abdican á veces con sinceridad, porque llevan consigo y encuentran, por decirlo así, su grandeza en su nombre y en su sangre, pero los que han llegado al imperio por medio de la gloria jamás abdican de buena fé, porque al descender del trono no hallan mas que su oscura condicion y la consideran como una humillacion de su orgullo. Tal era Napoleon: no le bastaba la gigante fama que llevaba al destierro y que debia acompañar á su nombre en la posteridad; queria vivir con la omnipotencia y morir en la altura régia á que habia subido. El dolor y la vergüenza de su caida eran ya en su espíritu una involuntaria y perpetua conspiracion.

II. Habia enviado delante, de parada en parada, para que protegiese su paso y embarcarla consigo, la columna de su guardia que llevaba á la isla de Elba como una guardia de honor segun el tratado, y como una vanguardia de guerra segun los proyectos de Napoleon. Sabia lo que vale un núcleo de soldados fieles en los azares de la guerra y especialmente en los vaivenes de las revoluciones. Un destacamento de mil quinientos hombres escogidos, representacion del ejercito frances, podia ser en un dia determinado el mas seguro apoyo de su causa y el mejor sosten de sus banderas. La imprudencia de los aliados y de los Borbones le habian dejado todavía este resorte poderoso.

III. Acompañaban á Napoleon los comisarios de las potencias para garantizar al propio tiempo su seguridad y su partida hasta el sitio del embarque, que debia verificarse en Frejus para evitar el paso por las grandes poblaciones de nuestros puertos. Allí le esperaba la fragata inglesa la *Indómita*.

Su viaje fué melancólico, silencioso, rápido. Habia que temer igualmente al atravesar la Francia, el obstinado fanatismo de sus partidarios en las provincias militares del centro, y el fanatismo del odio en las poblaciones del mediodía. La marcha de los destacamentos de su guardia parecia una fúnebre comitiva conduciendo al sepulcro los restos de su gloria y de su emperador. Una muchedumbre, indecisa en sus sentimientos, amante de la paz y respetuosa hácia aquellas reliquias de nuestros ejercitos; un silencio lúgubre, un murmullo de compasion en los unos y de resentimiento en los otros, y algunos escasos gritos de ¡Viva Napoleon! bajo los balcones de las posadas donde se alojaba el emperador, señalaban tan solo su paso á través de aquellas comarcas arruinadas por sus guerras y orgullosas con su gloria. Despues de estas últimas muestras de emocion alrededor de su morada, disipábanse los grupos del pueblo y las calles quedaban desiertas y silenciosas hasta la partida. Se evitó atravesar durante el dia la ciudad de Lyon, cuya gran poblacion, aunque diezmada por la muerte de la industria y del comercio y ocupada entonces por los estranjeros aliados contra Bonaparte, conservaba de este un recuerdo de agradecimiento por el culto restablecido, por sus edificios reconstruidos despues del sitio de la Convencion, y por las turbulencias revolucionarias sofocadas bajo su despotismo. Esta ciudad, una de las menos ilustradas de Francia, porque su genio mercantil y rutinario se consagra esclusivamente al lucro, era tambien la que mejor se acomodaba á un régimen de silencio y de arbitrariedad bajo una dictadura militar. Napoleon pasó la noche en uno de sus arrabales, bajo la vigilancia y proteccion de un cuerpo de cosacos. Acababa de dejar á los rusos dueños de su capital y volvia á hallar en el centro de su imperio las bárbaras colonias del Norte, como una venganza del destino y un visible remordimiento de Moscou. A su salida de Lyon se dejaron oir algunos gritos injuriosos que fueron tomando cuerpo de pueblo en pueblo y de parada en parada, á medida que iba avanzando hácia el mediodía, viéndose mas de una vez obligado, para librarse de ellos, á ocultarse á las miradas del pueblo y á burlar la vigilancia de las turbas, tomando asiento en los carruajes de los comisarios estranjeros. Un encuentro mas penoso le esperaba entre Viena y Valencia. Subiendo á pié una pendiente del camino, se halló con el coche del mariscal Augereau que volvia de Paris. Augereau, antiguo soldado de la revolucion, conservaba la rudeza propia de aquella época. Al encontrar á su emperador vencido, desterrado, humillado, no se acordó mas que de su antigua rivalidad con este favorito de los ejércitos, hoy tan cruelmente castigado por la suerte. Se apeó del coche y se acercó á Napoleon con mas familiaridad de la que debe mostrar un alma generosa con el infortunio, aun cuando sea merecido. Olvidando los veinte años de respeto que habia tenido como subordinado al jefe de la Francia, para trasladarse á la época en que era igual á aquel á quien debia tantos empleos, títulos, honores y fortuna, empezó por tutearle echándole en cara sin miramiento alguno su ruinosa y loca ambicion. Ya en una reciente proclama, dirigida á sus tropas, habia Augereau vituperado la conducta del emperador por no haber sabido morir como soldado. Napoleon ofendido, pero indulgente, aparentó al principio haber olvidado este ultraje y no ver en Augereau mas que un antiguo amigo disgustado por el infortunio. Pero continuando el mariscal en lanzar sus diatribas con la rudeza y obstinacion de un soldado descortés, el emperador se despidió de él y volvió á subir á su coche con el corazon oprimido. Sus mismos generales eran el eco de las injurias que le asestaba el mundo. Trataban de adquirir popularidad con el nuevo

gobierno por medio de la aspereza de su lenguaje y la audacia tardía de su aptitud delante de Napoleon. Augereau, sin descubrirse siquiera y cruzadas las manos sobre la espalda, respondió al adios de su general con un simple movimiento de cabeza como una despedida desdeñosa á la fortuna caida.

IV. En Valencia, ciudad de guarnicion, en cuya escuela de artillería habia pasado los mas estudiosos y bellos años de su juventud, entró de dia y reconoció, nó sin emocion, los paisajes, los sitios, las casas y los nombres de las familias, que traian á su memoria los mas lejanos recuerdos. Volvia humillado y vencido á aquel mismo horizonte de donde habia salido para tantas victorias y grandezas. Cerráronse sus ojos y su memoria se remontó por un instante con sus compañeros de viaje hácia las cosas, los sueños y las ternuras de otro tiempo. Allí vió por primera vez la bandera blanca de los Borbones en los edificios y la cucarda blanca en el morrion de los soldados. Este signo visible de un poder que no era el suyo, pareció confirmarle en la caida de su dominacion, y apartó con dolor sus ojos. Pero como si esta ciudad se honrara de haber en otro tiempo educado y alimentado dentro de sus murallas al hombre del siglo, Valencia no injurió su abatimiento con ninguna muestra de alegria ó de malignidad. Contempló muda su paso y sin dirigirle otra reconvencion que su silencio.

V. Pero saliendo de Valencia, donde su nombre tenia el influjo de un recuerdo local y de inmensos favores prodigados entre las principales familias durante su reinado, encontró el Mediodia en actitud amenazadora, poseido de indignacion y fanatismo contra su nombre. La memoria de las persecuciones de las Cevenas, las causas religiosas convertidas y perpetuadas en causas políticas, las matanzas de Aviñon, las insurrecciones de Marsella, la toma de Tolon por los ingleses, el carácter altanero y vivo del pais donde el fuego del sol parece inflamar los corazones, habian dejado en estas provincias causas de agitacion fáciles de remover en los partidos. Las masas menos reflexivas y mas sensuales que en el Norte de la Francia, conservaban mas que en ninguna otra parte la apasionada supersticion de las antiguas razas. La entrada de los Borbones en Paris habia sido considerada por el pueblo realista de estas comarcas, como una victoria personal de su partido sobre el partido contrario. El nombre de Napoleon representaba entre ellos todo lo que mas aborrecian. No veian en su caida una venganza y seguridad bastantes contra la vuelta posible de su dominacion; y solo con la muerte podian apagarse el odio y el temor que inspiraba. Hacia algunos dias que se agitaba el populacho al rumor de su próximo paso por Orange y Aviñon. Si no se fraguaba el crímen, preparábase al menos el ultraje, y se queria hacer salir de Francia á Napoleon acompañado de las imprecaciones del Mediodía. Instruidos de estas disposiciones del pueblo, los comisarios no hubieran conseguido facilitar su marcha, á no poner á cubierto la impopularidad de su cautivo, anunciando su llegada á las poblaciones á horas distintas de las en que se verificaba, y valiéndose de la oscuridad de la noche para encubrir su tránsito. Uno de los correos que precedia á su coche, al llegar á Orgon halló á la multitud reunida en la plaza delante de la casa de postas, rodeando una efigie de Napoleon colgada de una horca y amenazando realizar el infame suplicio en la persona del tirano, é inmediatamente volvió á advertir á los comisarios de las disposiciones de aquella plebe. Detúvose la marcha, fingieronse contraórdenes, engañóse á la ciudad acerca del momento de la llegada del emperador, y la multitud impaciente se dispersó. Napoleon disfrazado de correo, envuelto en una capa y calado un sombrero que le ocultaba completamente, atravesó á favor del crepúsculo por entre los últimos grupos que esperaban su coche en la plaza, y pudo escuchar los murmullos, maldiciones y amenazas de muerte que lanzaban contra su nombre. En la posada del *Abrazo*, donde se detuvo para esperar á los comisarios, se vió obligado á vestir un nuevo disfraz para atravesar la ciudad de Aix, donde tenia que luchar con los mismos resentimientos. Los gritos de *¡abajo el Corso; muera el tirano!* le perseguian incesantemente. En Aix la conmocion era tan violenta, que las autoridades hubieron de tomar el partido de cerrar las puertas de la ciudad, para impedir que la poblacion se lanzase con las armas en la mano al camino por donde debia pasar el emperador. Por medio de un rodeo se alejó su coche de las murallas, continuando dentro de ellas el tumulto, cuyo rumor oia el emperador mientras que remudaban sus caballos para llevarle hasta el mar. Llegó, en fin, con seguridad al castillo de Luc, donde le esperaba su hermana la princesa Paulina Borghese para embarcarse con él, deseosa de participar de su destierro, así como habia participado de la elevacion, del esplendor y de los restos de su fortuna.

Al siguiente dia, 28 de abril, la fragata *Indómita* le recibió á su bordo, sustrayéndole así á la compasion de los unos, al furor de los otros y al pensamiento de todos. En pocos dias habia conocido toda su impopularidad. Volvió á recobrar su sangre fria desde el momento en que las olas se interpusieron entre él y el continente, ocupándose de su nueva morada con la tranquilidad de ánimo de un hombre que necesita olvidar penosos recuerdos y dar descanso á su alma en la perspectiva de una vida oscura y exenta de toda ambicion.

VI. Bien pronto las negras montañas de la isla de Elba le diseñaron en el horizonte del Mediterráneo los límites de su nuevo imperio. Desembarcó con su guardia en medio de la admiracion y de las muestras de júbilo de la pequeña poblacion de aquella isla; y como un hombre que tomaba todavía por lo serio su reinado, montó á caballo y recorrió las fortificaciones; las examinó del mismo modo que lo hubiera hecho con los muros de Gibraltar, de Malta ó de Amberes, ordenando en ellas reparos y armamentos. Se persuadió de que en caso de guerra con una ó varias potencias de Europa, podria permanecer siete ú ocho meses sobre aquella roca fortificada naturalmente por sus olas, por sus escollos y por los desfiladeros de sus montañas. En seguida recorrió rápidamente los sitios accesibles de su nuevo asilo, acompañado de sus oficiales y de los inspectores de minas, é improvisó, galopando siempre, los planes de los establecimientos que fingia querer plantear para fomentar la agricultura, la esportacion del hierro, el comercio y la marina. Los habitantes se maravillaban de aquella actividad de espíritu, que no parecia fatigado por la lucha con el mundo; y concibieron esperanzas de riqueza y de nombradía para su pequeña patria: la fama de un grande hombre, identificada á la vida de aquellos isleños, debia atraer y fijar allí la atencion del mundo y del porvenir. Para la historia un lugar es un hombre, y el nombre de Napoleon iba á engrandecer la isla de Elba.

VII. Esta isla está situada á algunas horas de navegacion de la de Córcega, isla natal del emperador. En ella volvia á encontrar el horizonte de su infancia, el cielo, el aire, las olas, la aspereza y la majestad de los contornos que señalan á los navegantes las cimas de Cerdeña, de Córcega, de Ponza, de Piombino, de Santellaria y de Caprea, cadena de montañas submarinas que como otros tantos escollos gigantescos guarnecen las costas de Francia, de Italia y de España, tan solo interrumpidas por anchos espacios que dan paso á las grandes vias marítimas de occidente á oriente. Estas islas fueron en todo tiempo por su separacion del continente, por su inaccesibilidad y por el carácter áspero y salvaje de su configuracion, lugares de ostracismo, de prision ó de destierro para los pueblos primitivos de la costa oriental de Italia. Sus habitantes, amalgama de colonias árabes, griegas y romanas, conservan con un genio natural, enérgico y aventurero como sus mares, huellas de su antiguo origen. El ardimiento de los romanos, la imaginacion de los griegos, el genio marítimo y pastoril de los árabes, se reflejan enteramente en sus costumbres, unidos á la melancólica gravedad de las colonias insulares que aun conservan despues de mil años el recuerdo de la perdida de su patria. Todos estos caractéres se encuentran en la tierra y en los habitantes de la isla de Elba. Esta, que no es mas que una masa de hierro cubierta de rocas desportilladas por los vientos y de una capa de tierra acumulada en los intersticios de las colinas, solo forma algunos estrechos valles entre las montañas y pequeñas ensenadas que dan entrada á las aguas. La naturaleza y el cultivo han trazado en estas sinuosidades y en la pendiente de los ribazos que miran al mar de Italia algunos campos de labor y jardines, sombreados de olivos y regados por pequeños arroyos. En una de aquellas ensenadas ofrece la ciudad de Porto-Ferrajo á la vista de los navegantes su rada, su puerto y sus fortificaciones.

VIII. Pocos dias bastaron al emperador, deseoso de tomar posesion de su reducido estado, para establecerse con su casa, su guardia y su hermana Paulina en las habitaciones del antiguo castillo y en las casas principales de la ciudad. Apresuróse á ordenar construcciones de recreo para sí y para su comitiva, y cuarteles para sus mil y quinientos soldados. Armó la milicia de la isla, la revistió y animó de cierto patriotismo, como si quisiera todavía figurar una soberanía y una nacionalidad. Rodeado de todas sus costumbres y de todas las delicias de sus palacios de Francia, no habia hecho en apariencia mas que cambiar de trono, ya porque quisiese desorientar desde los primeros dias las sospechas de la Europa bajo el manto de una ambicion saciada á tan poca costa, ya porque se considerara bastante grande en sí mismo para conservar sin incurrir en el ridículo, las etiquetas y vanidades de un gran imperio sobre una roca despoblada del Mediterráneo, ó ya mas bien porque quisiera desempeñar conforme á su carácter, algo teatral, la comedia del poder del trono, á la faz de los suyos y del continente.

Así pasaron para Napoleon el otoño de 1814 y el invierno de 1815. El lujo se amalgamaba con la sencillez y las fiestas con el aislamiento

en su residencia. Los restos de su inmensa fortuna y los primeros rendimientos de la dotacion que se habia asegurado, parecia haberlos consagrado al embellecimiento de la isla y á la adquisicion de una pequeña flota destinada, decia, al servicio comercial y militar de sus nuevos súbditos. La dió un pabellon como á una potencia naval, dispuesta á sostener su rango y hacerse conocer y respetar en el Mediterráneo. Los objetos artísticos, los muebles, los libros, los diarios de Europa, llegaban incesantemente de Genova, de Liorna y de Paris, pudiendo decirse que sobre aquella isla estaban fijas las miradas del mundo. Los viajeros ingleses, para quienes la curiosidad es una pasion que ni se detiene ante la instancia ni respeta el mas escondido misterio, llegaban de Londres, de Roma, de Napoles y de Toscana, para contemplar al hombre cuya rencorosa cólera habia hecho temblar á su isla durante tanto tiempo y aprisionado a la Inglaterra en su Oceano. Ni en las riberas de la Grecia, ni en el Asia, ni en la Italia hallaban monumento alguno ni ruina que visitar tan respetable como aquel Prometeo del Occidente. Vanagloriabanse hasta de haberle visto, y se alababan en sus correspondencias y en sus diarios de una palabra ó de un gesto que su importuna adulacion arrancaba al heroe. Londres y Paris eran el eco del menor paso, de la menor espresion de Napoleon. Afectaba recibirlos con desembarazo y con gracia como un hombre que ha renunciado á las armas y al odio, y solo pide un asilo á todos los corazones y un resto de prestigio á todos los ánimos. La princesa Paulina Borghese, la mas bella y querida de las mujeres de su tiempo, habia trasladado su corte y atraido sus admiradores á la isla de Elba. Embellecia el destierro de su hermano, le animaba con sus encantos, le enternecia con su fidelidad en la desgracia, y su amabilidad y finura daban mayor realce á la concurrencia de sus salones. De este modo, ocultando bajo la apariencia de la voluptuosidad y de los cuidados fútiles un objeto mas grave y político, iba con pretesto de visitar á sus hermanos, de la isla de Elba á Roma y á Nápoles y vice-versa. Negociadora sin importancia y á cubierto de toda sospecha, su ligereza misma la ocultaba á los ojos de todo el continente.

IX. Entretanto Napoleon, que encubria hasta á sus dos ayudantes Bertrand y Cambronne los pensamientos que habia concebido desde Fontainebleau, miraba al parecer desinteresadamente, pero en realidad con atencion, á la Europa, á la Francia y al congreso de Viena. En su destierro no tenia mas confidente que á sí mismo, pero habia quien velaba por él en el continente, y se cruzaban escritos misteriosos entre él y sus antiguos servidores de Paris, signos que él solo sabia descifrar, y cuya importancia y significacion no estaban al alcance ni aun de los mismos emisarios que bajo diferentes pretestos les llevaban á su destino. Además de los príncipes y princesas de su familia, estaban en Paris tres hombres que habian concertado con Napoleon en Fontainebleau los medios de tenerle al corriente de los sucesos, de advertirle, caso de que le amenazara algun nuevo peligro, y de señalarle el momento oportuno para su vuelta, si alguna vez la fortuna volvia á abrirle las puertas de la Francia. Estos tres confidentes, silenciosos pero vigilantes, eran Maret, que no tenia otra política que la voluntad del emperador; Savary, de tal modo ligado á este por las simpatías y por los compromisos, que su vida y su honor estaban identificados con los de su general y de su amigo, y Lavalette, á quien un reconocimiento laudable aunque escesivo encadenaba con ciega obediencia al destino de su bienhechor. Otros hombres mas oscuros pero no menos útiles, y algunas mujeres de la antigua corte imperial, apasionadas de los recuerdos de orgullo ó de amor de su marchita juventud, se agitaban, concertaban y conspiraban en torno de los principales motores de la intriga, y los escritores asalariados ó privilegiados de la antigua policía ministerial, fomentaban esta conspiracion. El secreto era facil de guardar en atencion á las pocas personas que jugaban en él; porque era una conspiracion tácita, sin correspondencia, sin armas, sin testigos, sin soldados; una conjuracion basada en los afectos del corazon, y en la que el ejército entero tomaba parte sin saberlo; he aquí las únicas conspiraciones fecundas en resultados; se sospecha de ellas, se las toca, se las ve venir, pero no se las puede contrarestar. Tal era la conspiracion bonapartista de Paris, durante los nueve meses del destierro de Napoleon.

X. Napoleon habia leido mucho la historia mientras que preparaba para ella las mas brillantes páginas de los tiempos modernos. Ayudábale á ello su genio natural, como á todo hombre predestinado por su naturaleza á remover ó dirigir los acontecimientos. Su alma italiana tenia los instintos, la sagacidad profunda y analítica, la prontitud en el cálculo, la perspicacia de Maquiavelo. Esta política exaltada entonces por su ambicion, y la acumulacion de sus pesares, hacia que no perdiese de vista ninguna de las dificultades y contrariedades de los Borbones; veíalos presa suya en pocos meses con el partido exigente del antiguo régimen, con el partido irreconciliable de la revolucion, con el partido destronado y con el imperio, pues no podia habituarse á la pequeñez de la Francia despues de haber recorrido, vencido y poseido la Europa. Desde su isla oia los murmullos de los cuarenta mil oficiales, condenados sin sueldo á vivir en la ociosidad en sus aldeas y en la oscura condicion de sus familias natales. Sabia que el tesoro, abrumado de deudas por sus guerras y por la ocupacion, no podria satisfacerlos ni emplearlos durante la paz. Escuchaba tambien las recriminaciones de todos aquellos pueblos arbitrariamente destrozados en el congreso de Viena, despues de haber sido agrupados en nacionalidades formidables, y obligados á someterse á la miserable y añeja dominacion de las antiguas casas reinantes. No se le ocultaba la dificultad en que se hallaban tanto los Borbones como los demás soberanos, para poder licenciar en un momento los inmensos ejercitos que habia sido preciso armar contra él. Contaba con la pronta y febril inoculacion de las doctrinas liberales evocadas del seno de la Alemania para lanzarla á la independencia. Esperaba la esplosion de este liberalismo, que consideraba como la enfermedad mortal del mundo moderno, porque se atrevia a hacer frente al poder absoluto de los tronos, y se levantaba despues de su caida como el alma del siglo despues de la tiranía del pasado. Descubria los primeros síntomas de esta tormenta en los diarios de oposicion mordaz aunque tímida de Paris; en las conmociones de Milan, donde la juventud aclamaba tumultuosamente la libertad en los teatros. En el enterramiento de Madlle. Raucourt, artista de Paris, donde el pueblo habia escarnecido á los sacerdotes y profanado el templo; en las exequias de Luis XVI en San Dionisio, en que las turbas de los arrabales habian renovado contra el conde de Artois las vociferaciones y los símbolos sanguinarios de 1793. Contemplaba con secreto júbilo estos primeros sacudimientos de la Europa, esperando que despues de haberse aprovechado de aquel movimiento de los ánimos contra los antiguos tronos, volveria á conquistarle por medio de su despotismo soldadesco y plebeyo. El descontento de los demás no le infundia escrúpulos acerca de los medios, ni le intimidaban las dificultades con que hubiera de luchar. La ociosidad pesaba sobre su alma, que habia por tanto tiempo soportado el peso del mundo y al presente ocupada tan solo por los pesares, pareciéndole preferibles los riesgos mas azarosos, á la certeza de consumirse en aquella prision en medio de la energía y con toda la virilidad de sus facultades.

XI. Sabia tambien que los soberanos reunidos en Viena y sus ministros, empezaban á inquietarse, instigados por Mr. de Talleyrand, con las sordas agitaciones que la vecindad de Napoleon sembraba en Francia. Un pais humillado por la conquista y ansioso de vengar su humillacion; un ejercito licenciado en parte y en parte sobre las armas, cuyo corazon pertenecia á su antiguo general; un pueblo entusiasta por las innovaciones; partidos incompatibles; frecuentes comunicaciones entre la isla de Elba y Paris; he aquí lo que preocupaba vivamente al congreso. La Inglaterra hablaba de la necesidad de alejar á Napoleon de la Francia y á esta de Napoleon, y se trataba de saber qué isla del Océano, fácil de observar y de bloquear, ofrecia mas seguridades para la relegacion de aquel peligro público. La isla de Ponza aparecia sobre el Mediterraneo, sobre el Oceano la de Santa Elena. Estos rumores, á que daban mayor cuerpo las relaciones de los confidentes de Napoleon, hacian temer á éste que se anularan las concesiones de Paris, y que su principado se convirtiera en prision, pareciendole mil veces preferible la muerte. Además, entre el poder y la muerte alcanzaba á ver todavía todos los azares de una invasion del continente, y todos los tratados que esta invasion podia arrancar á las potencias. La Italia le parecia otra Francia mas fácil acaso de conmover, de conquistar y de conservar que su primer imperio. La sangre de aquel pais corria por sus venas, hablaba su misma lengua, participaba de su genio, su nombre resonaba allí como un nombre toscano; allí habian reinado sus hermanos, y allí reinaba en la actualidad su cuñado Murat, quien podria prepararle el camino con un ejército de sesenta mil hombres. Otras veces se recreaba en sus primeras perspectivas de un imperio europeo fundado en Oriente; pensando con razon que un conquistador de su nombre, divinizado por la imaginacion de los árabes, al frente de algunos millares de soldados y reclutando en la Siria y el Egipto las colonias flotantes como la arena de sus desiertos, podria renovar los prodigios de los diez mil, y ser Alejandro en el Oriente despues de haber sido Napoleon en el Occidente. Su acalorada imaginacion se deleitaba con las aventuras que preparan las grandes revoluciones. Casi todas las semanas llegaban de las costas de Italia, bajo pretestos de asuntos comerciales, algunos emisarios fieles que pasaban noches enteras encerrados con el, sin que llegara á noticia de sus mismos generales ni de sus tropas, y con su propio entusiasmo escitaban mas y mas el entusiasmo de Napoleon.

La princesa Paulina Borghese acababa de regresar de una de sus escursiones á Nápoles. Habia visto á Murat y habia sido depositaria de sus confianzas y de las lagrimas de su arrepentimiento. Manifestó al emperador los remordimientos de su antiguo compañero de armas, y los ruegos de aquel rey, amenazado por el congreso, para que Napoleon se aventurara á lanzarse en el continente, complicando de esta manera los designios de la Europa para poder dar alguna garantía á su propio trono, en cuyo caso el tomaria la iniciativa. En efecto, Murat nada ignoraba del tratado secreto firmado en Viena entre la Inglaterra, el Austria y la Francia para destronarle, y sabia que el ejercito de treinta mil hombres reunido bajo frívolos pretestos en Chambery por el mariscal Soult, no tenia en realidad otro objeto que echarse sobre Nápoles: por consiguiente, nada iba á perder en el juego.

XII. Napoleon no esperaba mas que una señal de París, y la recibió. Mr. Fleury de Chaboulon, uno de los jovenes auditores de su consejo de estado, formado segun sus inspiraciones y plegado á sus deseos para hacer de el un instrumento de su despotismo, llegó bajo un pretesto especioso á la isla de Elba durante la noche, animado del celo que devoraba entonces la impaciente ambicion de aquella juventud, y fue introducido en la cámara del emperador. No se sabe si este emisario habia recibido instrucciones de Savary, de Lavalette, de Maret, o si en su entusiasmo obraba por sus propias inspiraciones. Lo cierto es que se franqueó al emperador y este á aquel, aunque no tan esplicitamente, porque si bien tenia necesidad de instrumentos y agentes en Francia, temia verlos convertidos en espías de sus designios. Así es que su actitud y su lenguaje se resentian de la impaciencia y de la reserva que luchaban en su ánimo. El emperador habia tan solo conocido á este joven entre las oscuras filas de su consejo de estado.

«Y bien, señor, le dijo despues de haberse retirado el mariscal Bertrand: habladme de París y de la Francia. ¿Me traeis cartas de mis amigos?—Nó, señor, respondió el auditor.—¡Ah! ya veo que me han olvidado como los demás; esclamó el emperador para hacer creer á su interlocutor que carecia de relaciones con el continente.—Jamas sereis olvidado en Francia, dijo el emisario.—¿Jamás? replicó Napoleon; os equivocais: los franceses tienen otro soberano, y su deber y su bienestar les prohiben que piensen en mí. ¿Que juicio se forma de mi en París? Se fraguan mil fabulas y mentiras; tan pronto se supone que estoy loco, como que estoy enfermo: se dice tambien que se me quiere trasladar á Malta ó Santa Elena. Pero no importa: tengo víveres para sostenerme durante seis meses, cañones y valientes que me defiendan: yo les haré pagar bien cara su vergonzosa tentativa... Pero nó, no puedo creer que la Europa quiera deshonrarse armándose contra un hombre solo que no quiere ni puede hacer daño, y el emperador Alejandro es demasiado amante de la gloria para consentir en un atentado semejante. Un tratado solemne me garantiza la soberanía de la isla de Elba: estoy aquí como en mis estados, y mientras yo no trate de promover disturbios á mis vecinos, nadie tiene derecho de venir á turbarme la paz.... ¿Os he conocido en el ejercito? ¡Desgraciados! Esponed vuestra vida por los reyes, sacrificadles vuestra juventud, vuestro reposo, vuestra felicidad, para que ignoren despues hasta si os han visto!... ¿Cómo se juzga en Francia de los Borbones?—No han realizado las esperanzas que hicieron concebir, dijo el emisario.—Tanto peor, replicó el emperador; yo creia tambien cuando abdiqué que los Borbones, aleccionados y corregidos por la desgracia, no volverian á incurrir en las mismas faltas que los condujeron á la perdicion en 1789. Esperaba que el rey os gobernaria como su padre, único medio de hacerse perdonar su subida al trono apoyado por los estranjeros; pero desde que han vuelto á poner el pie en Francia, no han hecho mas que necedades. Su tratado del 23 de abril me ha causado una indignacion profunda: de una plumada han despojado á la Francia de la Belgica y de las posesiones que habia adquirido desde la revolucion: la han hecho perder los arsenales, las flotas, los almacenes, la artillería y el inmenso material que yo habia acopiado en las fortalezas y puertos que ellos han entregado. Talleyrand es el autor de esta infamia, merced al dinero que le habrán dado. La paz es fácil con semejantes condiciones, y si yo hubiera querido suscribir como ellos á la ruina de la Francia, no estarian hoy sentados en sus tronos. Pero, añadió con vehemencia, antes me hubiera cortado la mano derecha. He preferido renunciar al trono mas bien que conservarle á espensas de mi gloria y del honor francés.... Una corona deshonrada es una carga horrible.... Mis enemigos han publicado por do quiera que yo me habia negado tenazmente á hacer la paz; y me han presentado como un miserable loco á los ojos de la Europa, ávido de sangre y de matanza. Este lenguaje convenia en gran manera á sus designios. Cuando se quiere matar al perro, es necesario hacer creer que está rabioso. Pero la Europa sabrá la verdad; yo la haré conocer cuanto se ha dicho y cuanto ha pasado en Chatillon; arrancaré con mano vigorosa la máscara á los ingleses, á los rusos y á los austriacos, y la Europa pronunciará su fallo. Ella dirá de qué lado estuvieron la alevosía y el deseo de verter sangre. Si yo hubiera estado poseido del vértigo de la guerra habria podido retirarme con mi ejercito al otro lado del Loira y saborear á mi placer la guerra de las montañas. Pero no quise, porque estaba cansado de las carnicerías. Mi nombre y los valientes que me permanecieron fieles, hacian todavía temblar á los aliados hasta en mi misma capital. Me han ofrecido la Italia en pago de mi abdicacion; la he rehusado, porque despues de haber reinado en Francia no se debe reinar en otra parte. He escogido la isla de Elba y se han dado por muy contentos de mi eleccion. Esta posicion me convenia, porque me permitia vigilar a la Francia y á los Borbones. Todo cuanto he hecho ha sido siempre por la Francia, y por ella y nó por mí hubiera querido elevarla á la altura de la primera nacion del universo. En cuanto á mi propia gloria, nada me queda que desear, y mi nombre durará tanto como el de Dios. Si yo no hubiera tenido que pensar mas que en mí, habria ansiado al descender del trono volver á entrar en la clase ordinaria de la vida; pero he debido conservar el título de emperador para mi familia y para mi hijo... ¡Mi hijo! que despues de la Francia es lo que mas amo en el mundo...

»Los emigrados saben perfectamente todo esto y quisieran hacerme asesinar. Todos los dias descubro nuevas emboscadas y nuevas tramas. Han enviado á Córcega uno de los sicarios de Jorge, un miserable, que los mismos diarios ingleses han denunciado á la Europa como á un vampiro, como á un asesino. Pero que se ande con cuidado, porque si yerra el golpe yo sabré darle caza. Le enviaré a buscar por medio de mis granaderos, y le haré fusilar para escarmiento de los demás.

»Los emigrados serán siempre los mismos. Mientras que solo se trataba de hacer genuflexiones en mi antecámara, tuve a mi disposicion mas de los que quise; pero cuando fue necesario mostrarse hombres de honor, se retiraron como unos... Gran falta cometí abriendo las puertas de la Francia á esta raza antinacional, que á no ser por mí se hubiera muerto de hambre en el estranjero. Pero los motivos que me impulsaron a ello eran poderosos, porque quise reconciliar a la Europa con nosotros y quitar todo pretesto á la revolucion.

»¿Que dicen de mí los soldados? —Jamas pronuncian vuestro nombre sino con respeto, admiracion y dolor.—¿Con que todavía me aman? ¿Y qué dicen de nuestros reveses?—Los consideran como resultado de la traicion.—Pero se equivocan: á no ser por la infame defeccion del duque de Ragusa, los aliados estaban perdidos. Yo era dueño de la retaguardia y de todos sus pertrechos. Ni uno solo se hubiera escapado, y les hubiera regalado el vigésimonono boletin. Marmont es un miserable que ha perdido á su pais y entregado á su príncipe. Su convenio con Schwartzenberg basta por sí solo para deshonrarle. Si no hubiese comprendido que entregandose comprometia mi persona y mi ejercito, no habria tenido necesidad de estipular garantías para mi libertad y para mi vida. No es esta la única traicion que ha cometido: ha intrigado con Talleyrand para quitar la regencia á la emperatriz y á mi hijo la corona; ha engañado y burlado infamemente á Caulaincourt, Macdonald y demás mariscales; en fin, no bastaria toda su sangre para espiar el daño que ha hecho á la Francia... Yo arrojaré su nombre á la execracion de la posteridad. Mucho me alegro de saber que mi ejercito ha conservado el sentimiento de su superioridad y que atribuye nuestros infortunios á sus verdaderos autores. Veo con satisfaccion, por lo que acabais de decirme, que es exacta la opinion que yo me habia formado de la situacion de Francia: la raza de los Borbones no se halla ya en estado de gobernar. Su gobierno, bueno para los nobles, para el clero y para las viejas condesas de otros tiempos, es impotente para la actual generacion. Habituado el pueblo por la revolucion a intervenir en los asuntos del estado, no consentirá jamás en volver á hundirse en su antigua nulidad y convertirse nuevamente en víctima de la nobleza y de la Iglesia. El ejército nunca será de los Borbones, porque nuestras victorias y nuestras desgracias han establecido entre él y yo un lazo indisoluble: solo conmigo puede encontrar la venganza, el poder y la gloria; con los Borbones no puede esperar mas que injurias y reveses. Los reyes solo se sostienen ó por el amor de sus pueblos ó por el temor, y los Borbones no son amados ni temidos. Ellos mismos se arrojarán del trono; pero aun pueden conservarse en él largo tiempo. Los franceses no saben conspirar...

»Sí, su gobierno debe tener por enemigos á todos los hombres que sientan correr la sangre nacional en sus venas. ¿Pero cuál será el termino de todo esto? ¿Se cree que haya una nueva revolucion? ¿Que hariais si espulsabais á los Borbones? ¿Proclamariais la república?—¡La república, señor! nadie piensa en tal cosa; tal vez se estableceria una

regencia.—¡Una regencia; ¿y por qué? ¿He muerto yo por ventura?—Pero, señor, vuestra ausencia...—Mi ausencia nada importa: en dos dias me pondria en Francia si la nacion me llamara. ¿Creeis que haria bien en volver? —No me atrevo, señor, á resolver por mí mismo una cuestion semejante, pero...—No es eso lo que os pregunto: responded sí ó no.—Pues bien, sí, señor.—¿Lo creeis así? —Sí, señor: estoy convencido, lo mismo que vuestros amigos, de que el pueblo y el ejército os recibirian como á su libertador y abrazarian con entusiasmo vuestra causa.—¿Con que mis amigos opinan que debo volver?—Habíamos previsto que V. M. me interrogaria acerca de este punto, y he aquí testualmente la respuesta: Direis al emperador que no nos atrevemos á decidir una cuestion tan importante; pero que puede considerar como un hecho positivo é incontestable que el gobierno actual está perdido en el espíritu del pueblo y del ejército; que el descontento ha llegado á su colmo y que se cree que no podrá luchar por mucho tiempo contra la animadversion general. Añadireis que el emperador ha venido á ser el objeto de los pensamientos y de los deseos del ejército y de la nacion.»

XIII. El emperador pareció escuchar por primera vez esta relacion de un hombre enterado de la situacion de la Francia, y abismado en sus reflexiones despidió al interlocutor.

A los dos dias le volvió á llamar; y despues de haberle hecho jurar la mas esquisita discrecion acerca de lo que tenia que confiarle: «Desde hoy me perteneceis, le dijo: terminad el relato que teneis encargo de hacerme acerca de las disposiciones de la Francia. Ya que yo he sido la causa de sus males, quiero repararlos. Murat es nuestro: ha vuelto á conquistar su noble corazon; llora las faltas que ha cometido contra mí, y está pronto á corregirlas; su cabeza no es grande, pero tiene brazo y corazon: su mujer le dirigirá. Me prestará su marina si tengo necesidad de ella. La Francia me llama. Partid y decid cuanto habeis visto á los que os han enviado. Estoy decidido á arrostrarlo todo por asociarme á sus deseos y á los deseos de la patria. Partiré de aquí con mi guardia el 1.° de abril ó acaso antes. Decidles que fortifiquen el buen espíritu del ejército. Si la caida de los Borbones precediese á mi desembarque, espresad á nuestros amigos que no quiero regencia, sino que nombren un gobierno interino compuesto de las personas que os designare. En cuanto á vos, volveos á Nápoles, y de allí á Paris. Esta noche á las nueve hallareis un guia y caballos á las puertas de la ciudad, y á media noche un falucho, preparado sin noticia del comandante de Porto-Longon, os conducirá á Nápoles.»

Y volviendo á llamar al emisario que salia:—«¿Cuáles son, le dijo, los regimientos que se encuentran en el Mediodía, en el litoral y en el camino de Paris? Escribidme los nombres de los oficiales que los mandan; tomad esta clave que pondrá vuestras noticias á cubierto de la curiosidad de la policía.»

XIV. El emisario partió y ejecutó las órdenes de Napoleon, esperando el dia 1.° de abril como la época fijada por el emperador. El consejo secreto de los bonapartistas de Paris velaba en el silencio de la ansiedad sus esperanzas y temores. Nadie estaba en el secreto esplícito de sus resoluciones definitivas, porque Napoleon les dejaba vagar á merced de su espíritu, creyendo acertadamente que las circunstancias, mas bien que los hombres, deciden la hora de los hechos importantes y que los sucesos se improvisan mas bien que se premeditan. Su costumbre era la de dejar obrar al acaso y al momento.

XV. Entretanto una estraña actividad y síntomas misteriosos de algun importante designio llamaban la atencion de los habitantes de la isla de Elba. Durante la noche arribaban faluchos sin cesar y embarcaban correspondencias para Italia; habíanse acumulado en los almacenes provisiones y víveres; Napoleon y sus generales pasaban frecuentes revistas á los granaderos de la guardia; inspeccionábanse las armas y en las filas de sus soldados corria el rumor de una próxima espedicion á Italia. La idea de volver á ver bien pronto el continente no podia menos de halagarlos confiando en el genio y en la fortuna de su emperador, y no dudando de la victoria desde el momento en que éste les diera la señal de alguna empresa meditada y combinada por él. El risueño continente de Napoleon, sus conversaciones familiares y sus francas caricias les disponian, sin que aquél dejara traspirar sus intentos, á hacerlo todo y á esperarlo todo. Napoleon ocultaba sus resoluciones á los ojos de los estranjeros que visitaban la isla, y entre los cuales sospechaba podian hallarse espías bajo una indiferencia resignada y bajo la actividad, sin objeto, de un hombre que trata de distraer sus pesares. Multiplicábanse á su alrededor las reuniones, las tertulias y las fiestas, y hasta los mismos comisarios inglés y francés, encargados de observar la costa de Italia desde Liorna y Génova, acudian á participar de estos placeres y mantenian á sus respectivos gobiernos en la mas ilusoria seguridad.

XVI. Sea que el emperador hubiese querido engañar á sus mismos amigos al fijar para 1.° de abril la espedicion que meditaba, ó mas bien que una impaciencia propia de su carácter se hubiese apoderado instantaneamente de él y héchole intolerable el largo plazo que habia fijado en su principio á su pensamiento, lo cierto es que sorprendió á la Europa, y tal vez á sí propio, adelantando precipitadamente el término marcado. Sabia que los pensamientos largo tiempo esperados suelen abortar, y que al asombro se debe una gran parte del éxito en las conjuraciones.

La noche del 26 de febrero asistió con la frente serena, el ánimo aparentemente desembarazado y conversando con soltura, á un baile que la princesa Paulina Borghese daba á los oficiales de su ejército, á los estranjeros y á los principales habitantes de la isla. Habló largo tiempo sobre asuntos diversos con algunos viajeros ingleses que la curiosidad habia conducido á esta fiesta desde el continente. Se retiró tarde, acompañado únicamente de los generales Bertrand y Drouot. «Mañana partimos, les dijo en un tono que parecia rechazar toda observacion y ordenar la obediencia muda. Es preciso tomar durante la noche los buques que se hallan anclados, y que el comandante del bergantin *Inconstante* reciba la órden de pasar á bordo, de tomar el mando de mi pequeña flota y de disponer todos los preparativos para el embarque de las tropas; que mi guardia quede embarcada durante el dia de mañana, y que ningun buque pueda salir de los puertos ó de las bahías de la isla hasta que estemos nosotros en el mar. Que hasta entonces nadie, escepto nosotros, tenga conocimiento de mis designios.»

Los dos generales pasaron el resto de la noche ocupados en los preparativos para la ejecucion de las órdenes que acababan de recibir. Resonaba todavía en el silencio de la noche el sarao de la princesa Paulina, y ya los pensamientos del emperador habian salvado el mar y todo se hallaba dispuesto para la partida. Los oficiales y las tropas recibieron al salir el sol, sin admiracion y sin vacilar, la órden de prepararse para el embarque. Tenian la costumbre de obedecer sin pensar y de confiarse al nombre que era para ellos sinónimo de providencia. Ya muy entrado el dia la chalupa del bergantin *Inconstante* llegó á tomar á su bordo al emperador, quien saltó á ella saludado por el cañon, por las aclamaciones del pueblo y por las lágrimas de su hermano, siendo recibido en el bergantin por cuatrocientos granaderos de su guardia. En los tres pequeños buques mercantes, secuestrados la noche anterior, se acomodó el resto de las tropas, cuyo total ascendia á unos mil hombres. La seguridad del éxito animaba la fisonomía de Napoleon, y esta confianza se reflejaba en el rostro de sus soldados. El mar le era propicio, y parecia que le secundaba en todas sus empresas: le habia llevado de Córcega á Francia, de Tolon á Malta y Alejandría, burlando la escuadra de Nelson, de Alejandría á Frejus por en medio de los cruceros ingleses. Al volver de Egipto, solo y fugitivo de su ejército, acudia al llamamiento de su fortuna, y al embarcarse en la isla de Elba con los restos de sus compañeros de glorias iba á tentarla de nuevo. Contaba con ella, y en efecto, no se equivocaba: la fortuna no debia abandonar aun á su favorito.

XVII. El canal comprendido entre la isla de Elba y las costas del continente debia estar surcado de cruceros franceses ó ingleses para observar al cautivo de la Europa. Pero la Francia habia descuidado esta precaucion, y el comandante del crucero inglés, distraido de su deber y de su puesto por el amor, tenia anclada su fragata en la rada de Liorna, y habia marchado á Florencia para asistir á los espectáculos donde esperaba encontrar á la mujer célebre por su hermosura, objeto de su pasion. El mar, pues, estaba libre. Al poner del sol un postrer cañonazo dió á la escuadrilla de Napoleon la señal de levar áncoras. La pureza del cielo, lo apacible de las aguas y un viento dócil y favorable, parecian conspirar de mutuo acuerdo con aquel puñado de hombres que iban á buscar el imperio ó la muerte al otro lado de los mares. La música de los batallones respondia con himnos guerreros á las señales de despedida de la costa, hasta que la escuadra y los ecos de aquella desaparecieron en las tinieblas. «¡La suerte está echada!» esclamó Napoleon apartando sus miradas de las montañas de la isla, que se hundian en el horizonte, y fijándolas en el mar de Italia. Rodeado despues de sus generales pasó revista á las tropas embarcadas. Los cuatrocientos granaderos del *Inconstante*, doscientos hombres de infantería de la guardia, doscientos cazadores corsos y cien polacos, embarcados en seis buques pequeños, de todo porte, y veinte y seis cañones á bordo del bergantin, componian la escuadra y el ejército. Una sola fragata que hubiera salido á su encuentro habria bastado para derrotar la flota; pero nadie pensaba en el peligro, y todos contaban con un milagro. Bertrand, Drouot y Cambronne hacian oir á los soldados el mismo tono de voz y presentaban la misma fisonomía tranquila que en los dias en que rodeaban al emperador en sus revistas del Carrousel. Notábase en la actitud y en la mirada de los soldados cierta resolucion semejante á

la que los animaba en los dias de batalla, y sus ojos parecian ver á lo lejos el gran pensamiento que los guiaba. Acomodábanse respetuosamente á la aptitud y á las palabras de su emperador, sin que nadie tratara de pedirle cuenta de sus designios. Su deber consistia en obedecer sin replicar.

XVIII. Pero Napoleon dando rienda á sus secretas impresiones y queriendo asociarlos á su proyecto por medio de la confianza: «Soldados, les dijo, vamos á Francia, vamos á Paris.—¡A Francia! á Francia! respondieron á una voz los cuatrocientos granaderos agrupados sobre la cubierta del bergantin: ¡Viva la Francia! ¡viva el emperador!»

El emperador bajó al entrepuente. Los soldados, vestidos con los mismos uniformes que la campaña de 1814 y el tiempo habian gastado y desgarrado, se ocupaban en coser y remendar sus girones. Querian volver á presentarse en su patria con el aspecto de un dia de parada. Cambiaban entre sí á media voz esas reflexiones imprevistas, esos recuerdos del hogar doméstico y esas chanzas sencillas é irónicas, peculiares de los ejércitos franceses. Napoleon aprovechó las horas de la noche para dictar á sus generales las proclamas al ejército y al pueblo, que debian precederle en su tránsito á Paris. Él mismo habia redactado y escrito con detenimiento estas proclamas militares y políticas a la vez, última espresion y principal medio de su empresa. Habia pesado maduramente todos sus términos; pero no queriendo confiar á secretario ó confidente alguno el misterio de su proyecto de embarco, habia escrito de su mismo puño y letra dichos documentos. No sin dificultad acertaba a leer su propia escritura rápida, truncada y confusa como el pensamiento que se acumula sobre el pensamiento en una rápida sucesion de ideas, y descifra con trabajo el sentido y las palabras consignados en el papel. No obstante, consiguió leer á traves de las enmiendas y llamadas, y dictando á la vez a varias personas, empezó por la proclama al ejército, siempre y en todas partes su primer pensamiento.

AL EJÉRCITO.

«Soldados: no hemos sido vencidos: dos hombres salidos de nuestras filas han hecho traicion á nuestros laureles, á su pais, á su príncipe, á su bienhechor.

»Aquellos á quienes hemos visto durante veinte y cinco años recorrer la Europa entera para suscitarnos, enemigos que han pasado su vida combatiendo contra nosotros en las filas de los ejércitos estranjeros, maldiciendo nuestra hermosa Francia, ¿intentarian mandar y encadenar nuestras águilas, ellos que jamás han podido sostener sus miradas? ¿Toleraremos que recojan el fruto de nuestros gloriosos trabajos, que se apoderen de nuestros honores y de nuestros bienes, que calumnien nuestra gloria? Si durase su reinado todo se perderia, hasta el recuerdo de aquellas memorables jornadas.

»¡Con qué animosidad las desnaturalizan y tratan de envenenar lo que el mundo admira! Si aun quedan defensores de nuestra gloria es entre los mismos enemigos, á quienes hemos combatido en los campos de batalla.

»Soldados: he oido vuestra voz desde mi destierro, y llego á vosotros á través de todos los obstáculos y de todos los peligros.

»Vuestro general, llamado al trono por la eleccion del pueblo y alzado sobre vuestros paveses, vuelve á vuestras filas: venid á reuniros con el.

»Arrancad esos colores proscriptos por la nacion y que por espacio de veinte y cinco años han servido de enseña á todos los enemigos de la Francia, y poned en su lugar la escarapela tricolor que llevabais en vuestras grandes jornadas. Debemos olvidar que hemos sido los señores de las naciones, mas nó sufrir que ninguna de estas intervenga en nuestros asuntos. ¿Quien osaria llamarse nuestro amo, ni quién tendria poder para ello? Volved á enarbolar las águilas que teniais en Ulma, en Austerlitz, en Jena, en Eylau, en Wagram, en Friedland, en Eckmühl, en Essling, en Smolensko, en la Moskowa, en Lutzen, en Wurtchen y en Montmirail. ¿Creeis que pueda soportar su vista ese puñado de franceses hoy tan arrogantes? Volverán á los lugares de donde han venido, y allí, si quieren, reinarán como suponen haber reinado durante diez y nueve años.

»Vuestros bienes, vuestra posicion y vuestra gloria, y la gloria, la posicion y los bienes de vuestros hijos, no tienen enemigos mas encarnizados que esos príncipes que nos han sido impuestos por los estranjeros. Sí, ellos son los enemigos de vuestra gloria, y como tales les condena la relacion de tantas acciones heroicas como han enaltecido al pueblo francés combatiendo contra ellos por sustraerse á tan afrentoso yugo.

»Los veteranos de los ejércitos de Sambre-et-Meuse, del Rhin, de Italia, de Egipto, del Oeste y del grande ejército, se encuentran humillados, afrentadas sus honrosas cicatrices, calificadas de crímenes sus victorias. Estos valientes no serian mas que unos rebeldes, si como suponen los enemigos del pueblo, habia soberanos legítimos al frente de los ejércitos estranjeros. Los honores, las recompensas y las simpatías están reservados para los que han servido contra la patria y contra nosotros.

»Soldados: venid á formaros bajo las banderas de vuestro jefe: su existencia está identificada con la vuestra; sus derechos no son sino los derechos del pueblo y los vuestros; su interés, su honor y su gloria, no son otros que vuestra gloria, vuestro honor y vuestro interés. La victoria marchará á paso de carga, y el águila adornada con los colores nacionales volará de uno en otro campanario hasta las torres de Nuestra Señora. Entonces podreis mostrar con orgullo vuestras cicatrices; entonces podreis vanagloriaros de vuestros hechos; sereis los libertadores de la patria.

»En vuestra ancianidad, rodeados y apreciados de vuestros conciudadanos, os escucharán con respeto la narracion de vuestras hazañas, y podreis decir con orgullo: Yo tambien formaba parte de aquel gran ejército que franqueó dos veces las murallas de Viena, las de Roma, de Berlin, de Madrid y de Moscou; que ha lavado la mancha arrojada sobre Paris por la traicion y la presencia del enemigo. ¡Honor á estos valientes soldados, gloria de su patria, y eterna vergüenza a los franceses criminales, sea cualquiera el rango que debieran a la fortuna, que combatieron hace veinte y cinco años con el estranjero para desgarrar el seno de la patria!

Firmado, NAPOLEON.

El gran mariscal con atribuciones de general del grande ejército.

Firmado, BERTRAND.»

Pasó despues á ocuparse del pueblo. En la proclama que le dirigió, se comprenden todas las acusaciones y recriminaciones malignas que sus amigos de Paris vertian hacia siete meses en las hojas imperialistas ó revolucionarias. Despues de haberse erigido por espacio de veinte años en patricio para sujetar al pueblo, se presentaba ahora como plebeyo que quiere vengar al pueblo de los ultrajes de la aristocracia. Sila se trasformaba en Mario. La empresa que iba á acometer y llevar á cabo, estribaba en el juego de estos encontrados papeles, que se escluian mutuamente, y que bajo la máscara del plebeyo dejaban ver al restaurador de todas las aristocracias, y bajo el manto del hombre de la libertad al conservador de todas las dictaduras.

AL PUEBLO.

«Franceses: la defeccion del duque de Castiglione entregó la ciudad de Lyon á nuestros enemigos. El ejército cuyo mando le habia yo confiado, se hallaba por el número de sus batallones y el ardimiento y patriotismo de las tropas que le componian, en estado de derrotar la division austríaca que le hacia frente y de llegar hasta la retaguardia del flanco izquierdo del ejercito enemigo que amenazaba á Paris.

»Las victorias de Champoubert, de Montmirail, de Château-Thierry, de Vauchamp, de Mormant, de Montereau, de Craonne, de Reims de Arcy-del-Aube y de Saint-Dizier; la insurreccion de los valientes paisanos de la Lorena, de la Champaña, de la Alsacia, del Franco-Condado y de la Borgoña, y la posicion que yo habia tomado á espaldas del ejército enemigo, aislándole de sus almacenes, de sus parques de reserva, de sus convoyes y de todos sus equipajes, le habian colocado en una situacion desesperada. La posicion de los franceses no podia ser mas fuerte, y el centro del ejército enemigo estaba perdido sin remedio; hubiera hallado su tumba en aquellas vastas comarcas que devastó bárbaramente cuando la traicion del duque de Ragusa entregó la capital y desorganizó el ejército. La estraña conducta de estos dos generales, que hicieron á la vez traicion á la patria, á su príncipe y á su bienhechor, cambió la suerte de la guerra; tal era la situacion del ejército contrario, que al terminarse la accion que tuvo lugar delante de Paris, se encontraba sin municiones por la separacion de sus parques de reserva.

»En tan críticas y solemnes circunstancias mi corazon se conmovió profundamente, pero mi alma conservó toda su arrogancia, y sin consultar otro interés que el de la patria, me desterré á una solitaria roca en medio de los mares, porque mi vida os era y debia ser útil todavía. No permití que participase de mi suerte el gran número de ciudadanos que querian acompañarme, por creer que su presencia podia ser beneficiosa á la Francia, y solo llevé conmigo un puñado de valientes necesarios para mi guardia.

»Elevado al trono por vuestra eleccion, todo cuanto se ha hecho sin intervencion vuestra es ilegítimo. Desde hace veinte y cinco años tiene la Francia nuevos intereses, nuevas instituciones y una nueva gloria, que únicamente pueden ser garantidos por un gobierno nacional y por una dinastía creada en estas nuevas circunstancias. Un príncipe que reinase sobre vosotros, que se sentara sobre mi trono por la fuerza de los mismos ejércitos que han talado nuestro territorio, en vano trataria de apoyarse en los principios del derecho feudal, y solo podria asegurar el honor y los derechos de un corto número de individuos, enemigos del pueblo y condenados por él hace veinte y cinco años en todas nuestras asambleas nacionales. Vuestra tranquilidad interior y vuestra consideracion en el esterior se perderian para siempre.

»Franceses: desde mi destierro he escuchado vuestras quejas y vuestros votos; reclamais el gobierno de vuestra eleccion que es el solo legítimo; acusais mi indolencia; me echais en cara que antepongo mi reposo á los grandes intereses de la patria.

»He atravesado los mares arrostrando toda clase de peligros, y llego en medio de vosotros á reconquistar mis derechos que son los vuestros. Quiero ignorar siempre cuanto se haya hecho, escrito ó dicho desde la toma de Paris, por algunos individuos mal aconsejados; esto en nada influirá en el recuerdo que conservo de los importantes servicios que me han prestado, porque hay acontecimientos de tal naturaleza, que son superiores á la organizacion humana.

»Franceses: no hay nacion alguna por pequeña que sea, que no haya tenido el derecho de sustraerse y no se haya sustraido en efecto á la deshonra de obedecer á un príncipe impuesto por un enemigo momentáneamente victorioso. Cuando Cárlos VII volvió á entrar en Paris y derribó el trono efímero de Enrique VI, confesó que debia su corona al esfuerzo de sus valientes y nó al príncipe regente de Inglaterra. Yo tambien me honraré siempre de deberlo todo únicamente á vosotros y á los valientes del ejército.

Firmado, NAPOLEON.»

Su acento y su fisonomía al dictar estas exhortaciones al pueblo, se hallaban en perfecta consonancia con sus palabras: su mirada, su actitud y el tono de su lenguaje revelaban la indignacion contra los opresores de la libertad y de la igualdad, en términos de que pudiera decirse que repetia delante de sus generales y secretarios las escenas populares que queria representar en el continente.

XIX. Este trabajo duró parte de la noche. Despues de dictadas las dos proclamas, se llamó á cubierta á todos los marineros y granaderos que sabian escribir, y acto continuo dieron principio á sacar miles de copias para distribuirlas con profusion al pueblo en el momento del desembarco.

Durante la noche habia cesado el viento, de modo que al rayar el dia la escuadrilla se hallaba tan solo á seis leguas de distancia de la isla de Elba, doblando lentamente el cabo de San Andres. La calma inquietaba á Napoleon, que deseaba el viento de la mañana para ser conducido á la costa de Francia. La pequeña isla desierta de Capraia, mansion de los cabreros de Piombino, parecia encadenar el bergantin. Una ó dos velas se alcanzaban á ver á lo lejos, y no podian menos de infundir sospechas á un cautivo que tenia al mundo por vigilante y enemigo. Los oficiales de marina propusieron que se virase de bordo para regresar á Porto-Ferrajo y esperar un viento mas favorable; pero el emperador se opuso á ello e hizo arrojar al mar los equipajes de su pequeño ejército para alijerar los buques y hacerlos mas sensibles á la brisa.

Hácia el medio dia se levantó un poco el viento solar y llevó la escuadra á la altura de Liorna. Una fragata se presentó á sotavento y desapareció; pero un bergantin de guerra francés, el *Céfiro*, mandado por el capitan Andrieux, se adelantaba á toda vela hácia la línea de la escuadrilla. Los granaderos, seguros de arrollar ó de vencer, suplicaron al emperador les permitiera abordar al buque francés, hacer que enarbolase la bandera tricolor y viniese á aumentar la espedicion; pero Napoleon no quiso arriesgar el porvenir de su empresa y el secreto de su espedicion á los azares de una victoria insignificante y pueril, y ordenó á los granaderos que pasasen bajo cubierta, se ocultasen y guardasen silencio. A las seis, los dos bergantines se hallaban al alcance de la voz, cruzando en sentido opuesto. Los dos comandantes, que se conocian, cambiaron algunas palabras por medio de sus bocinas, y el capitan Andrieux, sin sospechar cosa alguna, pidió noticias del emperador Napoleon, oculto tras el oficial que mandaba el *Inconstante*, tomó en sus manos la bocina y respondió que estaba bueno. La direccion opuesta que llevaban no tardó en alejar uno de otro á los dos bergantines. El viento siguió enfrescando hasta el amanecer, hora en que se alcanzó á ver un navío de 74 cañones con rumbo hácia la escuadra. La inquietud volvió á apoderarse de la tripulacion; pero bien pronto las velas del navío desaparecieron del mar como una nube: no se habia dignado informarse de aquellas siete pequeñas naves mercantes derramadas por el horizonte. Restablecida la serenidad, el emperador volvió á reunir á los generales sobre cubierta, y les dijo: «Ahora es preciso que hableis á vuestros compañeros de gloria. Vamos, Bertrand, tomad la pluma y escribid una proclama á vuestros hermanos de armas.» Bertrand se escusó alegando su inaptitud para encontrar espresiones dignas del objeto y adecuadas á las circunstancias. «Pues bien, escribid, dijo Napoleon; yo hablaré por vosotros.»

Y dictó la siguiente proclama de la guardia al ejército.

«Soldados: se oye el toque de generala y nos ponemos en marcha; corred á las armas; venid á uniros á nosotros, á vuestro emperador y á vuestras águilas.

»Y si esos hombres, hoy tan arrogantes y que han huido siempre á la vista de nuestras armas, se atreven á hacernos frente, ¡qué mejor ocasion de verter nuestra sangre y de cantar el himno de la victoria!

»Soldados de la séptima, octava y décimanona divisiones militares, guarniciones de Antibo, de Tolon y de Marsella: oficiales retirados, veteranos de nuestros ejércitos: á vosotros está reservado el honor de dar el ejemplo. Venid con nosotros á conquistar el trono, paladion de nuestros derechos, y la posteridad podrá decir un dia: Los estranjeros, ausiliados por traidores, impusieron un vergonzoso yugo á la Francia; pero alzáronse los valientes, y los enemigos del pueblo y del ejército desaparecieron y fueron aniquilados.»

Esta minuta fué copiada como las precedentes por todos los de la tripulacion, recibiendo cada soldado varias copias para distribuirlas por el camino á los regimientos franceses.

XX. Las costas de Antibo aparecieron á la proa de los buques, y fueron saludadas con un grito unánime. «¡Viva la Francia! ¡Vivan los franceses!» gritaron marineros y soldados alzando en el aire sus gorras y sombreros, como si estas voces y muestras de entusiasmo hubiesen podido hallar eco en el horizonte. «Tomemos la escarapela tricolor, dijo Napoleon, para que la patria nos reconozca.» Todos los soldados arrancaron de sus gorras de pelo y arrojaron al mar la escarapela de la isla de Elba, blanca y amaranto sembrada de abejas, reemplazándola con la cucarda tricolor, que conservaban como reliquia de sus campañas.

Una noche apacible tendió su manto sobre los mares, y al despuntar el crepúsculo matutino del dia 1.° de marzo, la escuadrilla, impelida hácia tierra por la brisa del oeste, entraba á velas desplegadas en el golfo Juan. Napoleon, supersticioso como todos los hombres que han esperimentado los milagros del destino, veia en aquella tierra simbolizado un pensamiento. Era la playa que le habia recibido á su vuelta furtiva y triunfal de Egipto; la que le habia conducido al trono y debia, segun él, volver á llevarle otra vez mas pronto y con mas seguridad. Su destino tenia menos que hacer: sabia el camino y solo necesitaba seguir sus huellas.

XXI. El falucho que llevaba á bordo al general Drouot, adelantaba una media hora á la escuadrilla, y fué el primero que echó el ancla en la playa desierta y silenciosa, saltando en tierra el general y sus soldados, conducidos por los botes del falucho. Una dudosa claridad iluminaba apenas el horizonte, é ignorando los soldados de Drouot que el bergantin y demás buques les seguian de cerca, se vieron asaltados de un repentino terror al contemplar la sombra del *Inconstante*, abultada por la niebla, avanzando hácia la playa; y suponiendo una sorpresa ó una asechanza de mar, tomaron el bergantin por un navío de guerra que venia á interceptar la costa al emperador, é inmediatamente se lanzaron al falucho para marchar en ausilio de su general; pero en el momento en que desplegaban sus velas, el emperador en persona les dirigió su saludo desde la proa del bergantin, y tranquilizó sus ánimos. Echáronse las anclas á los buques y Napoleon hizo desembarcar sus tropas sin obstáculo alguno. A las cinco tocaba él mismo el suelo de Francia, llevado en brazos de sus granaderos y recibido por sus aclamaciones. Habiase establecido su vivac á alguna distancia de la playa, en un bosque de olivos. «He aquí un presagio feliz, dijo señalando aquellos árboles de paz: no dejará de realizarse.»

XXII. Al aspecto de los buques, al ruido del desembarco, al eco de las aclamaciones, á la vista de aquellos uniformes que evocaban los mas gratos recuerdos del pueblo, abriéronse algunas de las chozas de los contornos, y varios paisanos atónitos é indecisos se acercaron tímidamente al campamento de Napoleon. Los soldados les tendieron los brazos señalándoles al emperador é invitándoles á fraternizar con ellos; pero los paisanos manifestaron mas vacilacion y terror que entusiasmo. Solo uno de entre ellos, antiguo militar, se adelantó hasta el emperador y le

pidió permiso para unirse á su batallon. «Este es el primero, dijo Napoleon á sus oficiales; los demás seguirán su ejemplo, porque su corazon es mio.» Sin embargo, aun cuando afectase tal confianza, se hallaba evidentemente conmovido viendo la lentitud é indecision del pueblo de aquella costa para venir á agruparse a su alrededor. Se hallaba en Francia, y veíase mas aislado que en Elba.

Mandó llamar á uno de sus oficiales ordenándole que marchara á la cabeza de un destacamento de veinte y cinco hombres á la ciudad de Antibo, próxima á la playa donde habia desembarcado; que hiciese un llamamiento á la guarnicion y al pueblo en nombre del emperador, que enarbolase allí la bandera tricolor y trajera consigo los soldados. El oficial partió lleno de confianza.

XXIII. Pero ya algunos paisanos realistas habian llevado al general Corsin, comandante de la ciudad, la noticia del desembarco de Napoleon en la playa con un puñado de hombres. Sin vacilar entre sus recuerdos y sus deberes, el general Corsin tomó sus medidas para impedir todo contacto entre sus tropas y los emisarios de Napoleon. El destacamento enviado por el emperador, en vez de limitarse á parlamentar al pié de las murallas, entró temerariamente en la ciudad á los gritos de *¡Viva el emperador!* que fueron contestados por el pueblo con los de *¡Viva el rey!* y por la guarnicion con la frialdad y el silencio. El general Corsin mandó alzar inmediatamente el puente levadizo despues de la entrada del destacamento, cuyos soldados, así como el oficial que los mandaba, quedaron hechos prisioneros en la ciudad. Napoleon inauguraba su empresa con un descalabro, y se estrellaba contra sus mismos soldados. ¿Dónde estaba aquel entusiasmo insurreccional con que le habian halagado sus emisarios de Paris? Pero no era tiempo de reflexionar: ó confesarse vencido ó marchar adelante.

Entretanto sus mismos soldados murmuraban y se avergonzaban de dejar á sus camaradas comprometidos, prisioneros y acaso fusilados en la primera poblacion, cuya fidelidad se habia querido tentar, y pedian á grandes gritos ir á libertarlos entrando al asalto en Antibo. Napoleon, que conocia el valor del tiempo y no queria perder las horas ó los dias á las puertas de una ciudad, cuya ocupacion no podia tener influencia alguna en el resultado de su empresa, calmó la impaciencia de sus soldados, enviando por medio de otro oficial un mensaje al general Corsin, con órden espresa de no penetrar en la ciudad y de limitarse á entrar en conferencias con la guarnicion. «Decidles, encargó á su emisario, que estoy aquí, que la Francia me llama, que las guarniciones de Lyon y de Grenoble corren á paso de carga á unirse conmigo, y que les intimo que vengan á formarse bajo mis águilas.»

El oficial partió y regresó sin haber podido ejecutar sus órdenes, porque estaban cerradas las puertas y desiertas las murallas. La Francia se replegaba ante Napoleon. Aparentó mirar con indiferencia aquel síntoma, que no podia menos de consternarle interiormente, y se propuso reconquistar con el tiempo lo que habia perdido por la impopularidad de su nombre al dar el primer paso. Proveyó de bastimentos á sus tropas, levantó el campo, y á las once de la noche se puso en marcha con cuatro piezas de artillería. Los polacos de su guardia, casi todos desmontados, llevaban sobre sus espaldas las sillas y equipo, y Napoleon iba comprando por el camino cuantos caballos encontraba para remontar su caballería.

Decidido á no penetrar por el centro de la Provenza, y evitar el tránsito por las grandes ciudades de Tolon, Marsella, Aix y Aviñon, cuya adhesion á los Borbones le era bien conocida, así como su animosidad contra él, como habia tenido lugar de esperimentarlo en su viaje al destierro, se determinó á seguir el flanco de las montañas de la orilla izquierda del Ródano, esperando de este modo llegar á Grenoble y á Lyon, antes que el mariscal Massena, que mandaba en el Mediodía, pudiese cerrarle el paso ó salirle al encuentro. Al rayar el dia llegó á Cannas, pasó de aquí á Grassa y pernoctó en la aldea de Cernon, distante veinte leguas de la playa. Las poblaciones que habia atravesado manifestaron mas bien sorpresa que simpatías hácia él. El dia 3 se detuvo en Bareme, el 4 en Diña y el 5 en Gap; pueblos belicosos de las montañas, que se exaltaron algun tanto al oir el nombre de Napoleon. Este mandó acampar su pequeño ejército fuera de la ciudad, reservándose únicamente para su seguridad seis polacos de á caballo y cuarenta granaderos. Durante la noche hizo imprimir las proclamas dictadas á bordo del bergantin, que inmediatamente se derramaron por todos los puntos del camino y campiñas cercanas propagadas por los habitantes de Gap. Las autoridades de esta ciudad desarmada se habian retirado al acercarse Napoleon; tan solo el *maire* y algunos consejeros municipales se pusieron en contacto con su tropa para proveerlo de víveres, pero absteniéndose severamente de toda manifestacion de entusiasmo y basta de acogida. Napoleon trató de engañar á los habitantes del Delfinado espresando un reconocimiento que estaba muy distante de sentir. «Ciudadanos, decia su proclama, las muestras de adhesion que he recibido de vosotros, no han podido menos de conmoverme. Teneis razon en llamarme vuestro padre, porque he consagrado la vida al honor y á la felicidad de la Francia. Mi regreso disipa vuestras inquietudes; garantiza la conservacion de todas las propiedades, la igualdad entre todas las clases. Estos derechos de que habeis gozado durante veinte y cinco años, y por los que tanto suspiraron vuestros padres, están hoy identificados con vuestra existencia.» A las dos del 6 salió de Gap entre la afluencia de una muchedumbre, arrastrada por la curiosidad mas bien que por la solicitud y el entusiasmo. Cinco dias llevaba de marcha Napoleon, y aun no habia reclutado un solo hombre: el pueblo acudia, miraba, se maravillaba, pero no le seguia. Todos comprendian al parecer que Napoleon jugaba un azar, y que su empresa revelaba acaso mas temeridad que genio.

En el mismo dia hizo alto en Corps. El general Cambronne marchó á la cabeza de una vanguardia de 40 hombres á ocupar el pueblo de la Mura. El *maire* de Sisteron se negó á suministrarle víveres; pero los mismos habitantes le proveyeron de ellos y presentaron una bandera tricolor á su destacamento. A poca distancia de la ciudad hallóse el general frente a un batallon que habia venido de Grenoble para cortar el paso al emperador. Cambronne quiso parlamentar, pero no fue escuchado: entonces se replegó y envió á uno de sus ayudantes para que diese cuenta á Napoleon del obstáculo que allí se presentaba. Napoleon reanimó á sus tropas, fatigadas por una larga marcha entre la nieve y las rocas de los Bajos Alpes. La proximidad del peligro devolvió el arrojo á sus soldados. A la llegada de estos el batallon del 5.º de línea y las dos compañías de zapadores que se habian opuesto al paso de Cambronne se replegaron á tres leguas de distancia sobre una division de 6.000 hombres destacada de Chambery, é hicieron alto mas allá de Vizille, a la entrada de un desfiladero encerrado entre las montañas y un lago. Napoleon se detuvo y pasó la noche en la Mura, pero no durmió. El encuentro ó choque que debia tener lugar al siguiente dia entre su pequeño ejército y el ejército real, iba á decidir de su existencia. Sin embargo, al salir de la Mura afectó aquella tranquilidad que es siempre en la frente del jefe el presagio de la victoria. Para él el éxito estaba en Grenoble, y un ejército le disputaba el paso. Retroceder de Vizille era retroceder de un imperio, y el conquistador habria sido considerado como un capitan de aventureros, obligado á huir y buscar un asilo entre las rocas y las nieves de los Alpes. Es de advertir que Napoleon no habia abandonado únicamente al acaso la decision de esta marcha sobre Grenoble; sino que contaba tambien con pocos pero importantes ausiliares de probada fidelidad, que trabajaban por su parte en allanarle los obstáculos y abrirle las puertas.

XXIV. Napoleon habia enviado á Grenoble desde la playa de Antibo á su físico Emery, portador de varias cartas é instrucciones, con órden de tomar el camino mas corto y menos sospechoso, y dar aviso de la marcha del emperador á un jóven de aquella ciudad, llamado Dumoulin, fanático por la gloria militar y el patriotismo popular, intrépido, activo, inteligente y dispuesto á todo por realzar en el emperador el ídolo de su imaginacion, en fin, uno de esos caracteres con que dota siempre la fortuna al genio de la revolucion para preparar el camino á otros hombres de intrepidez mas calculada. Animaba á Dumoulin un celo desinteresado, y el torbellino que queria desencadenar le arrastraba á la vez consigo; poseia la discrecion del conjurado, la astucia del negociador, la fogosidad del guerrero.

En el mes de octubre de 1814 habia ido á avistarse con Bonaparte en Porto-Ferrajo, y en su entusiasta adhesion le habia hecho presentir la de los habitantes de Grenoble, ofreciendole al mismo tiempo su brazo y su fortuna. «Nos volveremos á ver,» le habia dicho el emperador al despedirse de él. Vióselo treinta años despues, y ya próximo á la ancianidad, lanzarse rejuvenecido con sus recuerdos de Grenoble, en las primeras filas del pueblo, el 24 de febrero de 1848, y subir á la tribuna como á un asalto para hacer pasar todavía al imperio por la brecha de la república.

XXV. Emery llevaba tambien cartas para Maret y Labedoyere, jóven coronel del regimiento que se hallaba en Grenoble, y de quien Napoleon tenia motivos para creer por varias correspondencias que podria contar con su cooperacion.

Al salir de la Mura el emperador formó su vanguardia de cien hombres escogidos de entre lo mas florido de la tropa que se hallaba á las órdenes de Cambronne. Adelantóse éste hácia un puente poco distante de la Mura y se halló con un nuevo batallon que le cerraba el paso y que se negó á admitir al parlamentario enviado por aquel con proposiciones de paz. Advertido de ello el emperador, despachó nuevamente á uno de sus

oficiales, el jefe de escuadron Raoul, para que se avistase con el batallon que se negaba á franquear el camino; pero amenazado por las descargas de dicha tropa, regresó sin haberse hecho oir. Napoleon conoció que habia llegado el momento de aventurar su propio ascendiente á la vista de sus antiguos soldados: dividió su columna mandándola hacer alto, y se adelantó al paso de su caballo, casi solo, al frente de su ejército. Los paisanos diseminados por los campos, ú ocupados en sus faenas á los lados del camino, parecian permanecer neutrales entre las dos causas, observando únicamente con indiferente curiosidad la atrevida contienda en que se disputaba el dominio del mismo pueblo. Algunos gritos aislados de *¡Viva el emperador!* se alzaban de vez en cuando de entre los grupos populares, y otros le animaban en voz baja á tentar el último estremo. Era uno de aquellos momentos solemnes en que el pueblo parece contener la respiracion para no turbar con su aliento el decreto indeciso del destino que va á pronunciarse, y en que el platillo de la balanza, pronto á inclinarse hácia una de las dos causas, va á arrastrar consigo al mundo entero bajo el lijero peso del mas insignificante azar. Un grito puede hacer estallar á una nacion, el silencio rechaza á la osadía; una bala partiendo por acaso del fusil de un soldado puede destruir una empresa con la vida de un grande hombre en el pecho que la ha concebido.

Tal era en aquel momento la situacion muda y suspensa de los dos ejércitos, de Napoleon y del pueblo.

XXVI. En aquel instante supremo, Napoleon se mostró á la altura de su genio. El hombre tan débil del 18 brumario que retrocede desconcertado y casi desmayado en los brazos de sus granaderos; el hombre tan perplejo en Fontainebleau al ver la insolencia de sus mariscales sublevados; el hombre trastornado y abatido despues en el Elíseo bajo el poder de los lejisladores y de los traidores, se presenta naturalmente y con la calma del heroe ante las bayonetas del 5.° de línea. Bien fuese porque sus confidentes de Grenoble le hubieran hecho creer que poseia el afecto de este batallon; bien porque el hábito de las batallas le hubiera familiarizado con la muerte; ya en fin, porque desde su salida de la isla de Elba hubiera concentrado toda su energía, previendo aquel instante supremo, y juzgando que su empresa bien valia la pena de esponer su vida; no vaciló un momento y continuó tranquilamente su marcha, aproximándose hasta cien pasos de distancia de las tropas formadas en batalla sobre el camino. Echó pie á tierra, dió las riendas a uno de sus polacos, cruzó los brazos sobre su pecho, y se adelantó con paso mesurado como un hombre que marcha al suplicio. Era el fantasma de la imaginacion del pueblo y del ejército que se alzaba repentinamente, como saliendo de la tumba, entre las dos Francias. Vestia el mismo traje bajo el que las memorias, las leyendas y las pinturas le habian dado á conocer a todo el mundo; el sombrero militar, el uniforme verde de los cazadores de la guardia y sobre este el redingote de paño ceniciento, desabrochado, botas altas y espuelas que sonaban al compás de sus pisadas. Su actitud revelaba una profunda reflexion y la calma imperturbable del hombre que no duda ver obedecidas sus órdenes. Bajaba por una pendiente inclinada hácia el sitio que ocupaba el regimiento contrario, acompañado únicamente de aquel prestigio sobrenatural que le rodeaba y sin que nada impidiera contemplar aquella animada figura que se destacaba vigorosamente sobre el fondo del camino y el azul del horizonte. ¿Se atreverian á disparar contra aquel hombre los mismos soldados que reconocian en el á su antiguo ídolo? Eso hubiera sido asesinar, nó combatir. Napoleon habia calculado de antemano este reto de la gloria á la humanidad y al corazon del soldado frances, y no se habia equivocado; pero era necesario ser un gran genio para intentarle, y un Napoleon para cumplirle. A larga distancia de él permanecian formados los granaderos, inclinando hácia tierra las bocas de sus fusiles en señal de paz.

XXVII. El comandante del 5.° regimiento, violentando acaso los sentimientos del corazon por cumplir con su deber, ó conociendo de antemano la resolucion de sus soldados de no disparar contra el emperador, quiso solamente intimidar al ejército de este con un ademan imponente y dió á su batallon la voz de fuego. Los soldados aparentaron obedecer y apuntaron á Napoleon; pero éste sin detenerse ni manifestar alteracion, se adelantó hasta colocarse á distancia de diez pasos de los fusiles asestados contra su pecho, y alzando aquella voz majestuosa que mandaba las evoluciones en los campos de revista ó de batalla: «Soldados del 5.° de línea, dijo pausadamente descubriendo su pecho y presentándole á las bocas de los fusiles, si hay alguno entre vosotros que quiera matar á su emperador puede hacerlo. ¡Heme aquí!»

XXVIII. Nadie respondió; todos quedaron inmóviles y en silencio. Los soldados que no habian siquiera cargado sus fusiles, temiendo herir hasta sin intencion, habian hecho ademan de obedecer y ser fieles á la disciplina, creyendo de este modo haber cumplido con su deber. Ahora ya podian dar espansion á sus corazones.

En efecto, dejóse oir en el batallon un lijero murmullo, y algunos soldados retiraron sus fusiles, ejemplo que siguieron sucesivamente los demas. Varios oficiales se separaron y tomaron el camino de Grenoble temiendo verse envueltos en la emocion de sus compañías; otros se enjugaron los ojos, y seducidos por el movimiento de los soldados envainaron las espadas. El grito de *¡Viva el emperador!* dado por el batallon, fué contestado á lo lejos por los granaderos de la guardia, con el de: *¡Viva el 5.° de línea!* Rompiéronse las filas, los soldados se precipitaron en union con el pueblo al rededor del emperador que les tendia los brazos, y los soldados de éste corrieron tambien á confundirse con los grupos del 5.° regimiento. Era la union de las dos Francias estrechandose en un abrazo de gloria; la sedicion involuntaria de los corazones. Napoleon habia vencido presentándose desarmado y por la sola influencia de su nombre. Desde aquel instante estaba reconquistada la Francia, hecha la prueba y dado el ejemplo. Las tropas podrian permanecer fieles á sus deberes hasta tanto que Napoleon se presentase ante ellas; entonces al deber sucedia el entusiasmo. El ejemplo del 5.° regimiento valia para el emperador tanto como la defeccion de diez ejércitos.

XXIX. Solo un ayudante del general Marchand, comandante de Grenoble, protestaba con calor contra la defeccion de las tropas y procuraba reducir á los soldados a su deber. Algunos polacos de la guardia del emperador que reemplazaban á su alrededor e igualaban en fanatismo á los mamelucos que aquel trajo de Egipto, corrieron á todo galope en persecucion de dicho ayudante para castigarle por su fidelidad al deber, pero no consiguieron darle alcance. El emperador reprendió familiarmente á los soldados del 5.° por haberse atrevido á asestar los fusiles contra su pecho; mas estos le contestaron sonriendo y haciendo sonar las baquetas dentro de los cañones.

Formadas en círculo las tropas, Napoleon las arengó en estos términos: «Vengo acompañado tan solo de un puñado de valientes, porque cuento con vuestra cooperacion y la del pueblo. El trono de los Borbones es ilegítimo, puesto que no está cimentado en las simpatías de la nacion: es contrario á la voluntad nacional, porque se halla en contraposicion con los intereses de nuestro pais y en armonía únicamente con el interes de un escaso número de individuos. Preguntad á vuestros padres, interrogad á estos valientes paisanos, y sabreis de su boca la situacion verdadera de las cosas. Os dirán que se ven amenazados por la vuelta de los diezmos, de los privilegios, de los derechos feudales y de todos los abusos de que los habian librado vuestras victorias.»

XXX. Las dos columnas reunidas emprendieron el camino de Grenoble, sirviendo el 5.° de línea de vanguardia á los granaderos de Napoleon, dando con su defeccion el ejemplo á las tropas que aun se mantenian fieles á sus deberes. A pocos pasos de la Mura encontró el emperador á un jefe de escuadron llamado Rey, enviado por los conjurados de Grenoble, quien le dió las mayores seguridades acerca de los ejércitos de Chambery y de aquella ciudad reunidos por Soult para oponerse á su marcha. «No teneis necesidad de armas, le dijo el emisario, bastará vuestro látigo para alejar toda resistencia de vuestro camino: el corazon de las tropas es vuestro en todas partes.»

Napoleon estaba bien seguro de que presentándose en nombre de la revolucion se conquistaria tambien el afecto del pueblo en aquella cordillera de montañas del Delfinado, de donde habia partido el sacudimiento de 1789. Vizille, uno de los primeros cráteres de aquel volcan de la libertad y de la igualdad, le esperaba como el restaurador de la revolucion. En ella hizo su entrada triunfal, rodeado de las poblaciones rurales que entusiasmadas con su nombre olvidaban su larga tiranía para ofrecer su brazo contra la restauracion, reservándose para mas tarde poner coto a los escesos de aquella. Napoleon aceptaba como un ausilio provisional para sus designios, aunque con repugnancia, aquellas aclamaciones en que su nombre se confundia por primera vez con el de la revolucion. Un grupo de paisanos de Vizille se adelantó al emperador llegando hasta las murallas de Grenoble. Los gritos y la agitacion de aquella turba penetraban en la ciudad y en los cuarteles tentando y corrompiendo la fidelidad de las tropas. El ayudante del 7.° regimiento, mandado por Labedoyere, se presentó á Napoleon durante su parada en Vizille, anunciándole que aquel coronel habia salido de Grenoble á la cabeza de su regimiento, nó para batirle, sino para reforzar su ejército.

XXXI. El emperador no quiso dejar resfriar la llama del entusiasmo, que por todas partes le precedia y devoraba cuanto hallaba al paso. A la caida de la tarde se puso en marcha para Grenoble, contando con la noche y con la confusion para alarmar la ciudad, que empe-

zaba ya á escaparse de las manos de su comandante el general Marchand.

Seis mil hombres se hallaban allí reunidos en un fuerte reducto, que dominaba el valle de Chambery y de Lyon y el paso del Ródano, y que el emperador no podia dejar impunemente tras de sí sin esponerse á ser perseguido y abrasado por sus fuegos hasta su llegada á Lyon. Las llaves de Grenoble eran las llaves de la Francia; por eso se habian concentrado allí las fuerzas de Vienne, Valencia y Chambery; pero estas fuerzas, desmoralizadas por la noticia de la defeccion del 5.° de línea en la Mura y por el espíritu del Delfinado, no ofrecian ningun sólido apoyo á las autoridades reales. El grito de *¡viva el emperador!* resonaba en las calles desde la mañana y empezaba á ser repetido en los cuarteles. El pueblo hacia jurar á los soldados que no dispararian sobre sus hermanos. Únicamente los oficiales resistian por decoro al torrente de la opinion, y trataban de contener a sus tropas: pero pocas horas despues se vieron en la precision de sacarlas de la ciudad, como última esperanza, para ponerlas al abrigo del contagio. El 4.° regimiento salió con su coronel al camino de Chambery, y Labedoyere llevó el suyo al de Vizille. Sea que Labedoyere hubiera preparado de antemano su defeccion, sea que tácitamente lo hubieran presentido los soldados, es lo cierto que llevaban escondidas en las cajas y bajo sus uniformes las escarapelas tricolores.

En la noche de su tránsito de Vizille á Grenoble oyó el emperador una confusa gritería y continuadas aclamaciones hácia el sitio donde se hallaba su vanguardia: eran los campesinos de los alrededores de Grenoble, que acompañaban al regimiento de Labedoyere, seducido y seductor á la vez. A la luz de las antorchas que alumbraban la escena, vióse al jóven coronel de aquel cuerpo precipitarse en los brazos del emperador, ofreciéndole su espada y su regimiento; y como si hubiera sentido despues remordimientos por su imprudencia y una voz secreta que le echaba en cara su falta, trató al menos de hacer redundar á esta en provecho de la libertad, espresándose como hombre que estipula sus condiciones en favor de la patria, poniéndola al mismo tiempo bajo el dominio de un amo. El emperador, sin atender á la impetuosidad de estas palabras, estrañas a su oido, acogió a Labedoyere como hombre que no regatea las condiciones del mando. Todo se perdona al cómplice cuando la omnipotencia es el premio de la complicidad.

Pocos momentos despues llegó Dumoulin y ofreció al emperador 100.000 francos y su vida.

Prevenido confidencialmente de la vuelta de Bonaparte, habia enviado un espreso á Paris con despachos del emperador para el duque de Bassano, hecho imprimir clandestinamente las tres proclamas dictadas en alta mar, preparado á Labedoyere, y conferenciado con MM. Chanrion, Fournier, Renaud, Boissonnet, Beranger y Champollion-Figeac, activos propagandistas del entusiasmo que empezaba a despertarse en Grenoble. Napoleon le entregó un diploma de capitan, condecorándole por su propia mano con la cruz de la legion de honor, y en la noche de su llegada á Grenoble le admitió á una conversacion familiar, en la cual el hombre que iba por segunda vez á sentarse en el trono habló por largo tiempo con Mr. Champollion-Figeac de sus recuerdos de Egipto y de las catorce dinastías sepultadas bajo las pirámides.

XXXII. Ya se alcanzaban á ver desde las murallas de Grenoble las antorchas que alumbraban la marcha y el triunfo nocturno del ejército, y los clamores de aquella muchedumbre, armada y desarmada, llegaban hasta los oidos del prefecto y del general. Este no tenia mas medios de defensa para la ciudad que las murallas y las puertas, y habia dado órden de que se cerrasen. Napoleon estaba resuelto a no echarlas a tierra sino por el esfuerzo de la multitud que le rodeaba. Algunos batallones, fieles todavía, aunque vacilantes é inmóviles, estaban formados en batalla al rededor de las murallas, desde donde podian escuchar los cantos patrióticos, las escitaciones del pueblo y de sus camaradas del 5.° y 7.° regimiento y las exhortaciones de Labedoyere y de Dumoulin. Las llaves de las puertas habian sido depositadas en casa del general. El pueblo de dentro respondia al pueblo de afuera con gritos de impaciencia animándole á forzar la entrada. Al pie de las murallas se hallaban los granaderos de la isla de Elba con las armas al brazo. Los zapadores de Labedoyere se adelantaban ya para derribar las puertas, cuando fueron detenidos por el emperador, que no queria dar a su triunfo por medio de una violencia material la apariencia y ociosidad de un asedio. Los habitantes de la ciudad lo conocieron, rompieron las puertas y llevaron sus despojos en homenaje á los pies de Napoleon, quien entró en la ciudad por aquella brecha voluntaria, á la luz de las antorchas, en tanto que el general Marchand y las autoridades reales favorecidos por las tinieblas salian en el mayor aturdimiento por la puerta de Lyon. Las oleadas del pueblo condujeron al emperador á su alojamiento en una posada de la ciudad que se hallaba á cargo de uno de los veteranos de su ejército. Toda la noche se pasó en una serie de aclamaciones que resonaban bajo sus ventanas. El pueblo y los soldados, confundidos en una misma falta y en un mismo delirio, gozaron en la mayor fraternidad de los banquetes y de las diversiones hasta rayar el dia.

XXXIII. «¡Todo está ya decidido! esclamó Napoleon, dando por primera vez descanso á su espíritu desde su desembarco de la isla de Elba, ya estamos en Paris.»

En efecto, Grenoble, provisto del inmenso material de un ejército, en comunicacion con Chambery, donde la direccion iba apoderándose tambien de ocho mil hombres de las tropas reunidas contra Murat; unido á la Saboya y á la Italia, defendido de la Provenza por desfiladeros fáciles de cerrar tras de sí; inmediato á Lyon y á los departamentos del Loira y del Este, donde en caso de necesidad encontraria su causa partidarios en poblaciones naturalmente marciales; era una base de operaciones muy á propósito para la guerra civil, y formidable para el ejército que los Borbones pudieran reunir en Lyon. Todos los obstáculos de la empresa estaban vencidos, y solo necesitaban obrar la política y el genio militar, cualidades que Napoleon poseia en grado bastante para luchar con superioridad contra todos los generales, formados en su época, que el rey opusiera á su marcha. Estos pensamientos halagaron su imaginacion y concedió á su ejército un descanso de 24 horas en Grenoble. Al siguiente dia recibió á todas las autoridades y miembros de los cuerpos constituidos de la ciudad y de los alrededores, que por sumision, por simpatía ó por miedo, acudieron á ofrecer sus respetos al vencedor. Pasó revista á las tropas de la guarnicion, y agregándolas á su ejército, las envió aquella misma tarde de vanguardia por el camino de Lyon. Su defeccion era un ejemplo que queria hacer marchar delante de él para quitar desde luego toda fuerza y pretesto á la resistencia. La noticia de haber atravesado la Provenza y de la sumision de Grenoble debia influir en Lyon, y sometida esta ciudad, tenia abierto delante de sí el camino de Paris.

Salió de Grenoble, como habia entrado, rodeado de su batallon sagrado de la isla de Elba, y oprimido por las oleadas de una multitud que le allanaba el camino. Los paisanos de aquella parte del Delfinado, pueblo voluble, entusiasta, guerrero, próximo a las fronteras, amante del soldado, se dejaban tambien arrastrar por aquella corriente de armas que conducia al emperador hácia Lyon. Pernoctó en la pequeña ciudad de Burgoing, situada á mitad del camino entre Grenoble y Lyon. Burgoing, su espaciosa plaza y la campiña inmediata ofrecieron durante la noche el espectáculo, el tumulto y los fuegos de un campamento de paisanos y soldados, entusiasmados por traer consigo á su ídolo, y ansiosos de imponérselo á la patria. La sedicion se revelaba bajo la disciplina. El emperador, testigo de este espectáculo, se avergonzaba de una ovacion que costaba tanto á su dignidad y á la moralidad del ejército; pero entonces aquella peligrosa ebullicion de la plebe y de los pretorianos le era necesaria; mas tarde trataria de refrenarla. Entretanto se manifestaba halagado por las familiaridades de aquella turba, donde el respeto estaba atenuado por la popularidad.

Lyon se presentaba delante de su ojos, aquella gran ciudad, donde habia concentrado el gobierno sus esperanzas y sus fuerzas. Lyon debia en su concepto sentenciar la causa y servir de ejemplo á Paris. Si Napoleon se estrellaba contra sus murallas, no le quedaba otro recurso que replegarse á los Alpes y dirigir su invasion hácia la Italia. Allí le esperaba el Austria, y allí le seguiria la Francia: las llanuras de Marengo, cuna de su poder y de su fama, se convertirian en la tumba de su crimen y de su demencia.

Remontémonos al dia en que Viena y Paris supieron la noticia del inesperado desembarco de Napoleon en la playa de Antibo y á las circunstancias que coincidian con dicho desembarco.

XXXIV. Luis XVIII fué el primero que supo la noticia. Un despacho del mariscal Massena, que mandaba el Mediodia, llevado por un correo á Lyon y trasmitido por el telégrafo á Paris, anunciaba que Bonaparte habia desembarcado el 1.° de marzo cerca de Cannas con mil doscientos hombres y cuatro piezas de artillería; que habia seguido el camino de Grenoble por las faldas de las montañas; que se habian tomado todas las medidas militares para detenerle; que la opinion se habia pronunciado unánimemente contra aquel atentado a mano armada, y que la tranquilidad pública continuaba inalterable en todos los puntos, á escepcion de los que se hallaban a su paso.

El rey leyó todo esto sin que su semblante ni el tono de su voz revelaran la menor emocion indigna de su autoridad, é hizo llamar al mariscal Soult, ministro de la guerra. Este, acostumbrado á mirar la guerra como hombre inteligente y nó como aventurero, no pudo dar crédito á la realidad de un desembarco y de una invasion apoyada únicamente

por un puñado de hombres, contra un ejército y una nacion. Manifestóse primero incrédulo y despues confiado, tomando sobre sí la responsabilidad de cuanto pudiera ocurrir. El rey, mas suspicaz, mas político y ejercitado en las estrañas y repentinas peripecias de la fortuna, demostró la misma calma, pero mas penetracion y prudencia. Persistió y dijo al mariscal, «que aquella aparente locura de un desembarco con fuerzas tan desiguales para la empresa, debia ocultar inteligencia con otros cómplices en el ejército y en París, y que la primera condicion para prevenir semejante peligro, era creer en él.»

Reunióse el consejo de ministros, al que asistieron por órden del rey su hermano el conde de Artois, y el duque de Berry. Mr. de Blacas y Mr. de André calificaron de accion loca la empresa de Napoleon, y hasta felicitaron al rey por aquel atentado sin consecuencias ni probabilidad de éxito, que revelaba la impaciencia de un ambicioso caido, y que iba á entregar, en fin, al conspirador y á su causa al desprecio de la Europa y en manos de los Borbones. La indignacion pública se alzaba unánimemente contra tal audacia, porque un solo hombre venia á turbar la paz tan querida y de que hacia tan poco tiempo se gozaba. Aquel hombre era tratado en las conversaciones como enemigo público. El rey, sin embargo, perseveró en considerar con toda seriedad aquella invasion del enemigo de su raza. Decidióse inmediatamente la concentracion de tropas en Grenoble y Lyon; la formacion de otros cuerpos en el Franco-Condado, para cerrar á Napoleon todos los caminos de París, guarnecer el Mediodía con un tercer ejército, y llamar á las armas á la Vendee, que correria á formarse bajo las banderas de su antigua causa. El conde de Artois, como heredero y el mas interesado en el trono, recibió el mando del ejército principal de Lyon, el duque de Berry el del ejército del Franco-Condado, el duque de Angulema, que se hallaba en Burdeos, el de un cuerpo de doce mil hombres reunidos en Nimes que deberia cerrar á Napoleon por flanco y retaguardia si se aventuraba á adelantarse hácia el Ródano, y en fin, el duque de Borbon, hijo del príncipe de Condé, recibió el mando de la Bretaña. La presencia de todos estos jefes de la dinastía de los Borbones al frente de los ejércitos y en el centro de las poblaciones, debia, segun el consejo de ministros, contrarestar toda idea de defeccion en las tropas y la adhesion de las poblaciones neutrales á la causa del emperador. El mariscal Soult puso á las órdenes de estos príncipes á generales ilustres y entendidos para que dirigieran su inesperiencia y dieran ejemplo de fidelidad á los soldados. El mariscal Macdonald, el hombre fiel á sus deberes para con Napoleon en Fontainebleau, el hombre fiel á sus deberes contra Napoleon desde que hubo prestado otro juramento, recibió órden de tomar el mando de Lyon por el conde de Artois.

XXXV. Un solo príncipe quedaba en París, y era el duque de Orleans. Popular, porque aunque de una manera vaga, se le juzgaba de la oposicion; que halagaba á los generales mas fanáticos del bonapartismo, solicitando ó acogiendo el favor público de cualquiera parte que viniera, este príncipe, ya sospechoso á los Borbones de la familia reinante, no habia parecido inspirar bastante seguridad para confiarle un mando especial. Se temia que mostrara, ó bien demasiada tibieza contra el enemigo comun, ó que volviera sus ojos hácia las guerras de la república y la bandera tricolor. Un hombre mas sagaz, Mr. de Vitrolles, conoció que aquel príncipe seria tan embarazoso en París, en caso de alarma de la capital, como peligroso en un ejército. Reflexionó además, que seria muy prudente emplear aquella popularidad sospechosa en los intereses de la causa comun, y comprometerla á lo menos contra los partidarios de Bonaparte, obligándola á declararse contra él. La opinion de Mr. Vitrolles fué adoptada, y el duque de Orleans recibió la invitacion de acompañar al conde de Artois á Lyon.

XXXVI. Él príncipe entrevió la desconfianza bajo la confianza aparente que le alejaba de París, subordinándole al conde de Artois. Conoció el lazo en aquel mando que le colocaba enfrente de Napoleon, obligándole á optar entre el favor de los bonapartistas y su deber como príncipe de la sangre. Hubiera querido vacilar; su genio natural é instintivo era el de aparecer como moderador é intermediario de las tres opiniones en que se dividia la Francia. Militar con los generales de Bonaparte, liberal con los republicanos, legitimista monárquico con los realistas, tenia demasiado apego á los secretos favores de las dos opiniones, para olvidarse de cuanto iba unido á su nombre en las eventualidades de las conspiraciones militares y de las esperanzas republicanas. El no conspiraba, pero su pensamiento veia á lo lejos la revolucion futura. Verdaderamente intachable, de corazon noble, de ánimo irresoluto, comprendió que necesitaba decidirse y se decidió por el partido que le tocaba de mas cerca; por el rey y su familia. Pasó á las Tullerías é insinuó á Luis XVIII que podria ser mas útil en París ó á la cabeza de un ejército que en Lyon; pero conociendo que ya estaba tomada la resolucion del gabinete, se resignó con celosa actividad al papel que se le habia impuesto. Se franqueó al rey revelándole las desleales insinuaciones que los partidos hostiles á la casa reinante le habian hecho, halagando su ambicion al trono, para tener de su parte su criminal cooperacion, y concluyó aconsejando al rey con la desinteresada conviccion de un príncipe que tenia presentes las faltas de su padre, y cuya causa se hallaba identificada con la de la dinastía reinante y la legitimidad. Partió algunas horas antes que el conde de Artois, pero acompañado de ayudantes y generales elegidos casi todos de entre los jóvenes oficiales del imperio; comitiva que formaba el mas estraño contraste con la del conde de Artois y de los príncipes de la casa real.

XXXVII. El conde de Artois se puso en camino á media noche acompañado del mariscal Macdonald y del conde Carlos de Damas, su inseparable gentil hombre. El príncipe no dudaba de que el entusiasmo realista, cuya atmósfera hacia diez meses que respiraba en las Tullerías, haria levantar ejércitos tras de su huella en defensa de la causa; y halagado por estas ilusiones llegó á Lyon. El rey no participaba enteramente de ellas; conocia que se preparaba una lucha entre el espíritu militar y el patriotismo civil, y que para combatir la atraccion del ejército hácia su antiguo jefe necesitaba tener de su parte el apoyo de la nacion, y convocó las cámaras a pesar de la oposicion de su consejo de ministros, que temia dar demasiada importancia á un hecho que calificaba con el nombre de aventura, y complicar la crisis haciendo jugar en ella al parlamento. Sin embargo, era un acto legal y muy prudente que llamaba al país á su propio socorro, y hacia doblemente odioso á los ojos del pueblo el atentado de Bonaparte, presentando á este armado no solamente contra el trono, sino tambien contra la carta y la representacion nacional. El mismo rey redactó la proclama que convocaba á los pares y diputados, y cuyo contesto era el siguiente:

«Habíamos aplazado la apertura de las cámaras para el 1.° de mayo, y entretanto preparábamos los asuntos de que debian ocuparse. La marcha del congreso de Viena inducia á creer que se estableceria una paz sólida y duradera, y nos entregábamos sin descanso á todos los trabajos que pudieran asegurar la tranquilidad y el bienestar de nuestros pueblos. Esta tranquilidad ha sido turbada, y este bienestar ha sido comprometido por la malevolencia y la traicion. El efecto de las prontas y acertadas medidas que tomemos, confundirá á los culpables. Lleno de confianza en el celo y en la adhesion de que nos han dado pruebas las cámaras, nos apresuramos á convocarlas á nuestro alrededor.

»Si los enemigos de la patria han fundado su esperanza en las divisiones que tratan de fomentar los defensores legales que sirven de apoyo á aquella, echarán por tierra esa criminal esperanza con la fuerza que presta la union.»

El mariscal Soult, ministro de la guerra, publicó al siguiente dia una órden enérgica, y en apariencia irrevocable, en la que el antiguo lugarteniente de Bonaparte reprobaba la tentativa de éste hasta con palabras injuriosas, y rompia para siempre con los recuerdos de su vida anterior. El mariscal Soult obraba con sinceridad cuando tan adicto se mostraba á los Borbones, de la misma manera que habia de obrar algunas semanas despues declarándose partidario del emperador.

«Soldados, decia el héroe de Tolosa y el último combatiente por la causa de Napoleon; ese hombre que no ha mucho abdicó á los ojos de toda la Europa un poder usurpado de que tan fatal uso habia hecho, Bonaparte, ha vuelto á pisar el suelo francés, que ya no debia ver mas.

»¿Qué es lo que quiere? La guerra civil. ¿Qué es lo que busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? ¿Acaso entre los soldados á quienes ha engañado y sacrificado tantas veces haciendo infructuoso su valor? ¿Acaso en el seno de esas mismas familias á quienes todavía llena de espanto su nombre?

»Bonaparte nos hace una injuria creyendo que podamos abandonar á un soberano legítimo y amado para participar de la suerte de un aventurero. ¡Y el insensato lo cree! Su último acto de locura lo da á conocer así.

»Soldados: el ejército francés es el mas valiente de la Europa, y será tambien el mas fiel.

»Agrupemonos al rededor de la bandera de las lises á la voz de ese padre del pueblo, digno heredero de las virtudes del gran Enrique. El mismo os ha trazado los deberes que teneis que cumplir, y ha puesto á vuestra frente á ese príncipe, modelo de los caballeros franceses, cuyo feliz regreso á nuestra patria ha arrojado al usurpador y que hoy va á destruir con su presencia su sola y última esperanza.

»París 8 de marzo de 1815.

El ministro de la guerra

MARISCAL, DUQUE DE DALMACIA.

XXXVIII. Esta órden del dia no bastó á disipar las sospechas de los realistas acerca de la sinceridad del mariscal Soult, y la exageracion misma de los términos en que se espresaba, daba mayor realce á los ojos de aquellos á la inverosimilitud de sus sentimientos respecto á su antiguo jefe.

El mariscal Ney, elevado al mando del ejército del Franco-Condado, rivalizaba con Soult en indignacion. Los recuerdos vivos aun de las escenas de Fontainebleau; las frecuentes intimaciones que habia dirigido a Napoleon despues de su derrota para que abdicase; su solicitud por ser uno de los primeros en incorporarse á la comitiva del conde de Artois en Paris, y á la corte de Luis XVIII en Compiegne; los resentimientos que suponia debia abrigar Napoleon por esta conducta, y la verdadera indignacion que le causaba aquel crímen contra la patria donde podia sucumbir la Francia, llevaban á Ney hasta ultrajar á Napoleon. Presentóse en palacio el dia antes de su marcha para el ejército, y al despedirse del rey le prometió la victoria y juró entregarle á su enemigo vencido y encadenado. El rey le vió partir con esperanza: tanta cólera no podia mentir. En efecto, el mariscal Ney no mentia al hablar asi; si la ingratitud estaba en sus palabras, en su corazon no abrigaba la traicion, pero era esencial en él la debilidad, y su destino era la defeccion. Los príncipes y los pueblos no debieran fiar demasiado en estas febriles exaltaciones: solo la calma es el sello de las resoluciones verdaderas.

LIBRO XVII.

La noticia de la vuelta de Napoleon produce un estupor general en Paris. — Impresiones diversas. — Intrigas bonapartistas en Paris y en el ejército. — Desconfianzas de la corte. — Separacion del mariscal Soult del ministerio de la guerra. — Nombramiento de Bourrienne para el ministerio de policia. — Intrigas de Fouché. — Su entrevista con el conde de Artois. — Conspiracion orleanista en el ejército. — Drouet de Erlon. — Lefebvre-Desnouettes — Los hermanos Lallemand — Manifestaciones del partido constitucional. — La Fayette. — Mensajes de la cámara de los pares y de los diputados. — Manifiesto y discurso del rey. — Alocucion del conde de Artois á Luis XVIII. — Discurso de Mr. Lainé. — Las cámaras declaran la guerra á Napoleon á propuesta de Mr. Barrot. — Protesta de Benjamin Constant.

I. Entretanto la noticia del desembarco de Bonaparte se habia derramado por Paris y las provincias, nó con la rapidez que debia esperarse, sino sorda y misteriosamente Reinaba en el pais profundo silencio; ningun partido parecia dar señales de alegria: todos se hallaban sumisos en el estupor. Hasta el ejército, colocado por este acontecimiento en la alternativa de su inclinacion ó su deber, sentia verse obligado á decidirse ingrato si abandonaba á Napoleon, perjuro y parricida si le entregaba la patria. Por su parte los funcionarios públicos temblaban al considerar su posicion, sospechosos á los realistas si moderaban su lenguaje, y tal vez proscriptos por Napoleon si le exageraban. La nobleza, la clase media, el comercio y la agricultura, que empezaban á reponerse de su postracion con el ausilio de la paz, se estremecian al pensar que una nueva convulsion de la Europa podia volver á traer la guerra á sus hogares y tierras. Las madres á quienes las conscripciones habian arrebatado á sus hijos, veianles de nuevo arrancados de sus brazos para ir á morir á las fronteras ó al estranjero. Los emigrados, que habian vuelto á su patria con los príncipes, presagiaban nuevos destierros. Los propietarios de bienes nacionales, garantidos por la carta, conocian que la invasion del emperador traeria consigo una nueva restauracion mas irritante y vengativa, que no respetaria los derechos ni la posesion de aquellos bienes. Los orleanistas, partido todavía encubierto, pero de gran prevision, no podian menos de mirar con enojo la formacion de un segundo imperio que venia á entorpecer sus ambiciosas miras. Los liberales y republicanos, todavía confundidos, perdian con una restauracion mezquina y fecunda en nuevas concesiones, la esperanza de constituir un gobierno representativo ó de fundar una república duradera cuando el pueblo se hubiera habituado á la soberanía bajo la dulce tutela de un rey prudente y esperimentado. Únicamente los realistas exaltados se mostraban gozosos en el delirio de su confianza, no dudando de que se abriria la tierra para sorber aquel puñado de sectarios con que Bonaparte pensaba asaltar el trono, y persuadidos de que, castigado de su crímen, se verian libres para siempre de la sombra importuna del imperio y de la gloria que continuamente se reflejaba en las canciones del pueblo y en los cuarteles de los soldados. Pero su afectada alegría iba acompañada de cierta inquietud que infundia el espanto en sus corazones. De tan profundas y encontradas impresiones resultó una consternacion muda, una sorda agitacion, una tristeza siniestra, semejante á la presion de la atmósfera antes de la tempestad. La Francia vivia, hablaba, caminaba, pero no respiraba. Una maldicion general se alzaba del fondo de todas las almas contra aquel hombre, á quien nadie habia llamado, y que venia á colocar su causa personal entre la Europa y la Francia, entre el trono y la nacion, entre la paz y la guerra, y en fin, entre todos los partidos, para comprometerlo, arruinarlo y trastornarlo todo. Tal era en realidad entonces el espíritu público: pululaban los descontentos y todos los corazones se aliaban contra el enemigo comun.

Únicamente en Paris y en las plazas militares, algunos pocos conspiradores y descontentos, privados de su importancia ó de sus grados por la caida del imperio, se felicitaban en secreto, devoraban las noticias, ocultaban sus esperanzas y se reunian en pequeños grupos para concentrar sus tramas y desfogar su entusiasmo. Pero aquellos conciliábulos se escondian en las sombras, avergonzados de su escaso número y temiendo presentarse á insultar la tristeza general con su escandalosa alegría, que se revelaba tan solo en los semblantes. El horizonte de la Francia se presentaba muy encapotado, y á juzgar por los síntomas, lo que infundia temores no era una revolucion, sino una conspiracion.

II. El consejo de ministros, informado por su policía de la supuesta existencia de focos bonapartistas en Paris, en casa de la reina Hortensia y de los principales partidarios del imperio, formó una lista de prision en la que estaban comprendidos como conjurados Fouché, el mariscal Davoust, Gerard, Mejean, Etienne, escritor ingenioso y satírico, Savary, Real, Arnauld, Norvins, Bouvier-Dumolard, Maret, Sieyes, Excelmans y Flahaut. El mariscal Soult, á pesar de la actividad y celo exagerado que habia manifestado para sofocar la tentativa, contando con la energía y fidelidad del ejército, pareció sospechoso á los realistas por esta misma exageracion. Imputósele la traicion de Labedoyere, la defeccion de los regimientos y los primeros reveses de la causa realista en Grenoble. Empezó á circular y á tomar consistencia el rumor de que Soult habia escalonado por la ruta de Napoleon regimientos seducidos de antemano, y reunido treinta mil hombres en Chambery para que el emperador reclutase mas fácilmente durante su viaje las fuerzas con que habria de presentarse al frente de Paris. Pero la fidelidad de la guarnicion de Antibo; la lealtad del mariscal Massena, que tenia el mando del Mediodia y que organizaba su ejército para derrotar al emperador antes de su entrada en Lyon; la inútil aunque inesperada resistencia del general Marchand en Grenoble; y en fin, la causa verdadera de la reunion de treinta mil hombres en los Alpes, en virtud del tratado secreto de Viena para destronar á Murat, todas estas circunstancias contribuian á destruir la culpabilidad imputada á Soult. El rey estaba persuadido de la completa sinceridad de su ministro de la guerra, como se lo manifestó al separarse de él; pero obligado á quitar hasta el pretesto de una sospecha á los defensores de su causa, creyó deber sacrificar á Soult á las circunstancias, y nombró para reemplazarle á Clarke, de orígen irlandés, unido por mucho tiempo á Napoleon como ayudante, como negociador y como ministro; pero que escedia entonces en entusiastas demostraciones en favor del trono y en la enérgica oposicion contra su antiguo general, á los mas ardientes consejeros de la emigracion; hombre estremado, aunque sincero, y que no cambió de opinion desde el momento en que se consagró al servicio de los Borbones. Al propio tiempo el rey separó á Mr. de André cuya policía torpe y descuidada, habia dejado urdir la trama que envolvia á la Francia, sin dar al gobierno ningun aviso importante. Entró á reemplazarle Bourrienne, antiguo secretario particular de Bonaparte, versado en el conocimiento íntimo de su carácter y de sus secretos, destituido por el emperador por sospechas de haber abusado de la posicion que ocupaba en su gabinete, y por consiguiente animado contra él de un odio profundo, que era para los realistas la mas segura prenda de la fidelidad del nuevo ministro.

III. Bourrienne envió algunos agentes de policía para detener á Fouché, pero éste consiguió burlar su vigilancia por medio de la astucia

y se ocultó en París. Algunos dias antes Fouché habia tenido una entrevista secreta con el conde de Artois, en casa de la princesa de Vaudemont, amiga de Mr. de Talleyrand. El príncipe, hermano de Luis XVI, habia vencido su repugnancia y sus recuerdos hasta descender á una entrevista familiar con un regicida: veia que todo se desplomaba á su alrededor y se inclinaba hácia la revolucion para aprender en ella los medios de dominarla. Fouché dió al conde de Artois consejos vagos y retrospectivos, que abrazaban todo un sistema de gobierno, pero que no podian corregir las faltas pasadas y que llegaban demasiado tarde. Consistian en echarse en brazos de la revolucion para escapar del imperio. ¿Pero hubiera jamás la revolucion aceptado por jefes á sus enemigos naturales? Tambien Luis XVI habia escuchado muchas veces consejos parecidos y hasta habia tratado de ponerlos en práctica; pero no por eso dejó de subir al cadalso en brazos de la revolucion. El fin oculto de los consejos de Fouché era el de presentarse como hombre necesario; se entendia con los Borbones, contemplaba á Bonaparte, escitaba al partido orleanista, halagaba á los republicanos y conspiraba á la vez con todos los partidos.

En medio de sus sordas maquinaciones para hacerse á la par temible é indispensable, no habia contado con el desembarco de Napoleon. Hacia algunas semanas que habia tenido noticia de una conspiracion puramente militar, en la que habia entrado cierto número de coroneles y generales que mandaban cuerpos de tropas en los departamentos, y cuyas reuniones se celebraban en París en una casa aislada de los Campos Elíseos, la del general Berton.

Hainguerlot, banquero de París y depositario de cuantiosas sumas pertenecientes á Jerónimo Bonaparte, era el encargado de suministrar los fondos necesarios para llevar á cabo la conjuracion. El mariscal Davoust, sondeado por los conjurados, se negó á secundar sus planes, desconcertando ó aplazando de esta manera el movimiento. Tratábase de enviar una fragata á la isla de Elba para arrebatar y traer al emperador, insurreccionar las tropas y caer con ellas sobre París.

Frustrado este proyecto por la falta de unanimidad entre los jefes para prestarse á una restauracion pura y simple del despotismo imperial, surgió un nuevo pensamiento entre los descontentos del ejército, que consistia únicamente en reemplazar al jefe que debia sustituir á los Borbones, y se designó al duque de Orleans, aunque sin contar con su beneplácito. Su nombre mas simpático á la revolucion y popularizado algun tanto por Dumouriez en las guerras de la república, su título de príncipe de la casa reinante, sus riquezas, sus halagos á los generales del imperio, y sus anticipos pecuniarios á los antiguos hombres de la revolucion, le presentaban como candidato involuntario á las revoluciones hechas en su nombre, que le comprometian entonces y mas tarde debian coronarle. Los jefes principales de la conspiracion orleanista del ejército eran: el general Drouet de Erlon, comandante de la guarnicion de Lila y de la importante division del Norte, el general Lefebvre-Desnouettes, coronel de los cazadores á caballo de la guardia imperial y los dos hermanos Lallemand, generales á cuyas órdenes se hallaban los cuerpos de tropas diseminadas por los departamentos que se estendian desde Lila á París. No se ocultaba á Fouché, informado de esta conspiracion y cómplice tácito de ella, que los soldados y el pueblo nada alcanzarian á comprender de aquel levantamiento de las tropas, faltándole el nombre soldadesco y popular de Napoleon, y que el nombre de un Borbon restituido á otro Borbon era uno de esos cambios que comprenden los hombres de estado pero ininteligibles y fuera del alcance de las masas. En su consecuencia se convino en que se sublevaria la guardia, la tropa de línea y el pueblo del Norte y del Centro al nombre del emperador, entrando en París bajo esta aparente bandera; pero que se vigilaria mas que nunca al cautivo de la isla de Elba, y que despues de haber destronado y espulsado á los Borbones de la rama primogénita por este medio, concluiria la revolucion militar y liberal coronando al duque de Orleans. Era una conspiracion de diplomáticos bajo la máscara de una conspiracion de soldados.

V. Así las cosas y no aguardando los generales mas que la señal de París para obrar, el emperador que estaba al corriente de todo y que temia ver frustrados sus planes por el duque de Orleans, quiso á todo trance sobreponerse á esta nueva rivalidad y precipitó su salida de la isla de Elba antes del momento prefijado y antes que se cerrara el congreso de Viena. Las confidencias de Napoleon en Santa Elena atestiguan que las sospechas que habia concebido de la ambicion y popularidad del duque de Orleans, fueron la causa verdadera de esta precipitacion. Temia verse adelantado en la usurpacion por un nombre que hubiera podido ser en el ejército un terrible contrapeso al suyo.

Pero al tomar el emperador esta resolucion precipitada que debia impedir por medio de su presencia en el suelo francés á los generales conjurados la proclamacion de cualquiera dinastía que no fuese la suya, Fouché, instruido en la noche del 5 del desembarco de Bonaparte, antes que llegase á noticia del público, resolvió adelantarse á su vez al emperador y arrojar un tercer elemento de guerra civil, de confusion y de duda en el pueblo. Mandó llamar aquella misma noche á uno de los generales Lallemand, que se hallaba en París, y ocultándole la noticia del desembarco de Napoleon, le dijo que la corte habia descubierto los hilos de la conspiracion militar de que Lallemand formaba parte, que los generales comprometidos iban á ser presos, juzgados y condenados, y que su salvacion consistia únicamente en la celeridad y en la audacia: adelantarse al golpe ó recibirle.

VI. El emisario de Fouché partió inmediatamente para Lila, dió la señal á Drouet de Erlon y á Lefebvre-Desnouettes, combinó su sublevacion con la de estos, y tomó el camino de Cambray, acompañado de Lefebvre, para llevarla á cabo.

En la misma noche Drouet de Erlon trató de engañar á su ejército para no verse precisado á luchar con la fidelidad de algunos de sus oficiales, y anunció á los jefes que acababa de estallar en París una insurreccion y que habia recibido del ministro de la guerra la órden de trasladarse á aquel punto con todas sus tropas. Las poblaciones veian con asombro y sin comprenderlo el movimiento de aquellas columnas de infantería y caballería, adelantándose en silencio hácia la capital.

Entretanto que Drouet de Erlon continuaba de este modo su misteriosa marcha hácia París, Lefebvre-Desnouettes y los dos generales Lallemand llegaban á Cambray, daban á sus regimientos las mismas esplicaciones falsas, y los conducian por medio de un rodeo á la ciudad de la Fere, con el intento de apoderarse de un arsenal importante que pondria armas, artillería y municiones en manos de los conjurados. El proyecto quedó no obstante aplazado para el siguiente dia; pero habiendo el general D'Aboville concebido sospechas durante la noche acerca de un movimiento de tropas tan inusitado y enigmático, se negó resueltamente á permitir la entrada en el arsenal á los dos generales, en cuyo propósito fué secundado por la guarnicion de la Fere. Lefebvre y los hermanos Lallemand no se atrevieron á presentar un combate cuya indecision ó lentitud hubiera puesto de manifiesto su crímen á los ojos de sus propios soldados, y volvieron á tomar el camino de Noyon, donde su jefe el general Drouet de Erlon les habia dado órden, decian, de reunirse con él para formar un campamento de 20.000 hombres.

Durante estos dos dias de marchas, contramarchas, emboscadas y subterfugios se habia derramado por el Norte la noticia del desembarco de Bonaparte y hacia mas sospechosos aquellos movimientos de tropas hácia París. Las poblaciones del Norte, lejos de dejarse arrastrar, como se habia supuesto, por el nombre del emperador, demostraban su antigua fidelidad hácia los Borbones y toda su antipatía contra el despotismo, vigilando ellas mismas á los soldados, nó para secundarlos en la insurreccion, sino para contenerlos en su deber; la conspiracion se sostenia fluctuante como un ejército próximo á desbandarse.

VII. Pero un nuevo contratiempo iba á disolverla completamente. Decíase que el duque de Orleans en su última entrevista con el rey habia revelado á este príncipe las culpables esperanzas que fundaban en él los conjurados militares del Norte y las insinuaciones que se le habian hecho para que coadyuvara á sus designios, ó lo menos con su silencio. Ignórase hasta qué punto pudieron ser esplícitas tales revelaciones; pero es lo cierto que apenas el duque de Orleans salió de París, acompañado del conde de Artois, para trasladarse á Lyon, cuando el rey envió inmediatamente al mariscal Mortier á Lila, confiriéndole el mando general de la ciudad y de todas las tropas del Norte de la Francia. El mariscal Mortier era un militar inaccesible á la intriga, fiel á Bonaparte hasta su abdicacion, fiel á los Borbones desde que habian llegado á ser los soberanos legales de su país, y siempre fiel á sí mismo y á su dignidad.

Dirigíase á toda prisa á Lila, cuando la casualidad quiso que encontrase á mitad de camino la columna del general Drouet de Erlon. Sorprendido el mariscal de aquel movimiento de tropas sin órden espresa que le justificase y de que solo él tenia derecho á disponer en lo sucesivo, manda parar su carruaje, echa pié á tierra, se da á conocer á sus compañeros de armas, interroga á los oficiales y soldados, interpela al general Drouet de Erlon, que turbado y confuso apenas acierta á balbucear algunas palabras, le hace detener sin resistencia por sus propias tropas y se repliega con ellas á Lila en cuya ciudadela queda Drouet encerrado por su órden.

VIII. Al mismo tiempo entraban en Noyon Lefebvre-Desnouettes y sus cómplices los dos generales Lallemand, esperando encontrar á de Erlon en dicho punto. Sus tropas, recelosas ya por la incomprensible marcha que se las habia obligado á hacer y por la tentativa de la Fere

en que se habia tratado de complicarlas, empezaron á dirigirse mil preguntas, y por último, acabaron de exasperarse viendo que no se hallaba en Noyon la columna de Drouet. A pesar de esto, los generales consiguieron arrastrar la caballería hasta Compiegne, donde Lefebvre intimó al 6.º regimiento de cazadores que guarnecia la ciudad, que se incorporara á sus escuadrones y le siguiera a Paris. El regimiento, alucinado como los de Lila, montó á caballo en sus cuarteles y se puso en marcha con los cazadores de la guardia. A poco rato uno de los oficiales de Erlon y el general Lallemand que se habian quedado atrás, se adelantaron á todo escape y anunciaron con sigilo á Lefebvre-Desnouettes que habia sido descubierta la conspiracion y detenido y preso Drouet por sus mismos soldados. Al oir esta noticia los tres generales conjurados, Lefebvre y los hermanos Lallemand, emprendieron la fuga internandose en los bosques. Lefebvre consiguió escapar, pero los Lallemand fueron reconocidos y detenidos en su marcha. Las tropas volvieron á ocupar sus acantonamientos y protestaron por medio de leales esposiciones del error en que se les habia hecho incurrir y de su fidelidad al gobierno constituido.

Esta conjuracion, sofocada á mitad de su curso, resonó en toda la Francia, conmoviendo primero, pero tranquilizando en seguida la capital. Fue un verdadero enigma para todos. El rey, que conocia su verdadero sentido, merced á las confidencias del duque de Orleans, aparentó equivocarse y no ver en ella mas que una tentativa bonapartista, abogada por la fidelidad y el buen espíritu de la antigua guardia imperial. Por su parte Napoleon despues de su triunfo afectó creer que las remuneraciones que concedia á los jefes de aquel movimiento, eran la recompensa de la intrepidez y arriesgado celo en favor de su causa; guardandose muy bien de confesar que otro nombre á mas del suyo habia tenido fuerza bastante para sublevar una parte del ejército. Fouche guardó silencio, y consecutivamente hizo creer á los realistas que el habia sido completamente estraño á aquella trama, á los orleanistas que la habia urdido por ellos y á los bonapartistas que los habia preparado fuerzas.

IX. Mientras estos movimientos rápidos y confusos á las estremidades del reino y los acontecimientos de Grenoble y de Lyon tenian suspensos e indecisos los ánimos, los partidos constitucional, liberal y republicano, únicos que habian conservado en Francia bastante independencia y patriotismo para colocarse temerariamente en frente del despotismo armado y al rededor del nuevo trono con tal que éste les libertase de la vuelta de la esclavitud, no vacilaban en declararse contra Bonaparte. Mad. de Staël los reunia e inflamaba con su inspiracion, y hacia hervir en sus pechos el odio y la indignacion contra la insurreccion militar que amenazaba á las ideas con un segundo reinado de los pretorianos. La Fayette, libertado por Bonaparte de los calabozos de Olmutz, y que era deudor á éste de su reconocimiento personal, nunca ni en ninguna época habia fluctuado entre su reconocimiento y sus opiniones. Ocioso y olvidado en su opulento retiro, el reinado de Bonaparte le habia eclipsado completamente, y hacia diez años que solo se hablaba de el como de un monumento historico de la edad pasada que no puede tener cabida ni brillo en la edad nueva: su pensamiento se alimentaba únicamente con los recuerdos de la importancia, revolucionaria y patricia á la vez, de su antigua posicion. Habia llegado á gozar de una popularidad demasiado grande para avenirse á desempeñar un papel subalterno, y su fama de republicano no le permitia degradarse consagrando sus servicios á un despotismo afortunado. La inaccion y la oscuridad, despues de tanto movimiento y tanto brillo, eran para él intolerables y espiaba la ocasion de volver á presentarse en escena. Solo la libertad podia abrir una puerta á sus deseos, y Bonaparte venia á cerrarla. Su odio contra el emperador, podia únicamente medirse por su avidez de gloria y por el orgullo de sus recuerdos. El advenimiento de los Borbones, á los que tantas humillaciones tenia que hacer olvidar y tantos perdones que pedir, no le habia repugnado tanto como la vuelta de Napoleon. Habia ofrecido sus homenajes al rey y al conde de Artois, porque veia en Luis XVIII un príncipe, cuyo carácter le era bien conocido, y á quien unas veces habia favorecido y otras abandonado en sus cábalas, ambiciones y alianzas en compañía de Mirabeau en 1789 y 1790. Sabia que el espíritu de aquella época renaceria con una restauracion templada y parlamentaria, y que el nombre de La Fayette se rejuveneceria con las ideas de aquel tiempo. Tal vez esperaba volver á apoderarse ayudado de las asambleas y del pueblo, de aquella dictadura equívoca ejercida por Necker, despues por él y despreciada por Mirabeau, que eleva á un hombre, nó ya sobre su propia gloria, sino sobre el terror de una corte y sobre las ráfagas del aura popular. Quizá tambien en su aficion á algunas imitaciones de América y de Inglaterra, soñaba con las federaciones de provincias ó de poderes, que habian sido las aspiraciones de su juventud. Era un hombre mas capaz de imitar que de innovar en política, pero de conciencia imperturbable y que llevaba la personalidad hasta la altura del heroismo.

X. Corrió á Paris á la primera noticia del desembarco de Napoleon, sin manifestar desaliento cuando la desanimacion se apoderaba de todo su partido. Agrupabanse á su alrededor Benjamin Constant, de raza y de pensamiento germánico, semi-letrado, semi-político, semi-orador, semi-realista y semi-republicano, antiguo admirador del genio de madama Staël, antiguo tribuno en la época del consulado, celebridad indefinible, pero á la que su misma oscuridad daba mayores proporciones; el duque de Broglie, jóven patricio, amante del estudio y de gran porvenir, y á quien su nombre, su fortuna y el patrocinio de Mad. Staël, con cuya hija se habia casado, rodeaban de una consideracion anticipada; Mr. de Argenson, nombre ilustre en la administracion monárquica de Francia, antiguo ayudante de La Fayette durante la dictadura popular de París, liberal por filosofía mas bien que por ambicion, secretario evangélico y popular á la vez, dispuesto á consagrar su vida al nivelamiento posible de los derechos y al nivelamiento imposible de las existencias; hombre de la mejor buena fe en las utopías, poco á propósito para obrar, pero cuyas quimeras mismas eran virtudes. Mr. Flangergues, y algunos individuos menos importantes del cuerpo legislativo, asociados á varios monárquicos constitucionales del año 89, como Lally-Tollendal y los amigos de Mirabeau, formaban tambien parte de aquella reunion, que se pronunciaba resueltamente contra el imperio y solo pedia al rey que la confiase el ministerio para responderle del país. Estos hombres, fascinados por sus recuerdos, olvidaban que quince años de régimen militar y de corrupcion habian sumido en el marasmo á la Francia, y que ya no habia un pueblo que respondiera á su llamamiento sino un soldado que conculcara todos los principios.

XI. En efecto, se habló durante dos dias de poner el trono bajo la proteccion de este partido, resto del partido de Necker y de La Fayette y de los que se llamaban hombres populares. Mr. Ferrand, añeja incapacidad, Mr. D'Ambray, magistrado sin clientela; Mr. de Montesquiou, negociador sin autoridad, y Mr. de Blacas, desconocido en el país, estraño á los hombres y á las ideas en una revolucion, hablaron de retirarse ante la inmensidad del peligro que los amagaba. Tratóse de sondear á Lainé, Lally-Tollendal, D'Argenson, Benjamin Constant y La Fayette; pero semejante cambio de ministros en medio de la crisis no podia asegurar al rey la fidelidad del ejército: hubiera únicamente evitado algunos disgustos al corto reinado de aquel príncipe y dado mas dignidad á la resistencia. Aplazose para mejor ocasion la formacion de un ministerio en armonía con el espíritu de las cámaras que acababan de reunirse.

XII. Ambos cuerpos legislativos se mostraron dignos y á la altura de la gravedad de las circunstancias, é inspirados por el entusiasmo de la indignacion contra el violador de la patria y el enemigo de la libertad que empezaba a consolidarse. No se levantó una sola voz que directa ó indirectamente manifestase la mas pequeña simpatía en favor de una restauracion de la gloria por medio de la violencia.

«Señor, dijeron los pares en su mensaje del 10 de marzo: habeis reunido á vuestro alrededor vuestras fieles cámaras. La nacion no ha olvidado que antes de vuestra feliz vuelta el orgullo de un hombre se atrevia á disolverlas y condenarlas al silencio, cuando su sinceridad podia infundirle temores. Tal es la diferencia que hay entre el poder legítimo y el poder tiránico. Vuestra ilustracion, señor, ha dado á conocer que la carta constitucional, monumento de vuestra sabiduría, aseguraba para siempre la fuerza de vuestro trono y la garantía de vuestros súbditos.»

«Señor, dijeron los diputados: los representantes del pueblo francés conocen que se les prepara la suerte humillante reservada á los desgraciados súbditos de la tiranía. Cualesquiera que sean las faltas cometidas, no es este el momento oportuno para examinarlas. Todos debemos reunirnos contra el enemigo comun y procurar que la crisis por que atravesamos redunde en favor de la seguridad del trono y de la libertad pública.»

El rey usó en sus manifiestos el lenguaje del sentimiento y de la libertad. «Despues de 25 años de revoluciones, decia, habiamos conducido á la Francia á un estado próspero y tranquilo, y para consolidarle y hacerle duradero dimos á nuestros pueblos una carta que aseguraba la libertad de nuestros súbditos. Esta carta era la norma ordinaria de nuestra conducta, y en la cámara de los pares y en la de los diputados hemos hallado los ausilios necesarios para cooperar con nosotros al sostenimiento de la gloria y de la prosperidad nacional. El amor de nuestros pueblos era la recompensa mas dulce de nuestros trabajos y la mejor garantía de sus felices resultados. A este amor apelamos llenos de

confianza contra el enemigo que acaba de manchar el territorio francés y quiere renovar en él la guerra civil: todas las opiniones deben reunirse contra él. Todo aquel que ame sinceramente á la patria, todo el que conozca lo que vale un gobierno paternal y una libertad garantida por las leyes, no debe tener mas que un solo pensamiento, el de esterminar al opresor que no quiere patria ni libertad. Todos los franceses, iguales por la constitucion, deben serlo tambien para defenderla... Ha llegado el momento de dar un ejemplo sublime: y así lo esperamos de una nacion libre y valerosa, que nos hallará siempre dispuestos á dirigirla en esta empresa á la que va unida la salvacion de la Francia. Se han tomado medidas para detener al enemigo entre Lyon y Paris, y confiamos en la eficacia de nuestros medios siempre que la nacion le oponga el invencible obstáculo de su abnegacion y su firmeza. Nó; la Francia no saldrá vencida en esta lucha de la libertad contra la tiranía, de la fidelidad contra la traicion, de Luis XVIII contra Bonaparte.»

Hasta los ministros, que tan hostiles ó ambiguos se mostraban algunos dias antes, prometieron en cambio de la adhesion que los representantes demostraban al rey, todas las garantías constitucionales: libertad del pensamiento, libertad electoral, rebaja de los impuestos, franquicia de los puertos, libertad de comercio, sancion á la inviolabilidad de la carta; todo se ofreció, todo fué aceptado y jurado. Reinaba entre los tres poderes el mas íntimo acuerdo. El infortunio y el peligro parecian dar mayor valor al gobierno paternal que se esperaba de aquel rey refugiado en el corazon de su pueblo. El rey, que ya habia conmovido las almas, quiso tambien enternecer los ojos, y se trasladó en medio de todos los suyos á la cámara de los diputados. Todo Paris se apiñaba en derredor de su comitiva para hacer llegar á sus ojos ó á sus oidos el ademan ó el grito del último de los ciudadanos. Aquel entusiasmo en favor de la desgracia sobrepujaba en demostraciones patéticas al entusiasmo escitado por el emperador en sus triunfales entradas en Paris. Luis XVIII se mostró tierno, noble y majestuoso en su aptitud y en sus palabras: la dignidad real no tuvo nunca un mas fiel intérprete. Luchaba contra la violencia de la gloria á la faz de su pueblo y de la Europa con las armas de su ancianidad, de su corazon y de su derecho.

«Señores, dijo dando á su rostro la espresion de una profunda calma y un acento patético y dulce á su voz: en este momento crítico en que el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino y amenaza la libertad de él, llego en medio de vosotros á estrechar los lazos que nos unen y constituyen la fuerza del estado. He vuelto á ver mi patria, la he reconciliado con todas las potencias estranjeras, que serán sin duda alguna fieles á los tratados que nos han devuelto la paz. He trabajado por el bienestar de mi pueblo y he recogido y recojo todos los dias las pruebas mas palpables de su amor. ¿Cómo podria yo terminar mejor mi carrera á los sesenta años de edad que muriendo por su defensa? Nada temo por mí, pero temo por la Francia. El que viene á arrojar entre nosotros la tea de la guerra civil, arrastra tambien en pos de sí el azote de la guerra estranjera: viene á poner nuestra patria bajo su yugo de hierro; viene, en fin, á destruir la carta constitucional que os he otorgado; esa carta mi mas hermoso título á los ojos de la posteridad, esa carta en la que está vinculado el amor de todos los franceses y que yo juro aquí conservar. ¡Agrupémonos á su alrededor, y que sea nuestro estandarte sagrado! Los descendientes de Enrique IV serán los primeros que acudirán á guarecerse bajo su sombra. Si el concurso de ambas cámaras presta á la autoridad la fuerza necesaria, esta guerra verdaderamente nacional probará por su dichoso término lo que puede un gran pueblo unido por el amor de su rey y la ley fundamental del estado.»

XIII. El alma de la monarquía moderna parecia haber hablado por boca del rey, despertando el sentimiento de la libertad en todos los corazones. Un grito unánime resonó en todo el recinto: *¡Viva el rey! ¡Guerra al usurpador!* Para los unos era este el usurpador del trono, para los otros el usurpador de la patria, y para todos el usurpador de la voluntad nacional que queria darse libremente sus leyes, pero que no queria aceptar la libertad misma por medio de la violencia y de la espada. La naturaleza humana es patética. La escena, los actores, las palabras y el auditorio tenian en aquel momento el carácter del drama antiguo. Los espectadores de las tribunas sollozaban, y agitábanse en todas las manos pañuelos blancos que se alzaban hácia la bóveda como un presagio de victoria al rey y á los diputados. No habia en aquel instante uno solo entre la multitud que no se sintiera dispuesto á sacrificar su vida por salvar al pueblo y al trono de la opresion armada que caia sobre la patria.

XIV La discrecion de Luis XVIII era una garantía de la sinceridad de sus palabras, y por eso todo el mundo creia en ellas; pero una parte de la poblacion abrigaba alguna desconfianza acerca de la sinceridad de su hermano y de su familia en la aceptacion de la carta. La familia real habia celebrado reuniones, en las que se habia deliberado sobre la naturaleza de los compromisos que debian contraerse con la nacion. Los recuerdos, las esperanzas y los escrúpulos tuvieron que ceder ante la inminencia del peligro comun. El conde de Artois, que habia llegado de Lyon en el dia anterior, se adelantó hácia el rey, como arrastrado por la fuerza comunicativa del entusiasmo, y en medio del profundo silencio de la asamblea, maravillada por tan inusitado proceder, dijo con voz conmovida dirigiéndose á su hermano: «Señor; no ignoro que al tomar la palabra en presencia de V. M. me separo de las reglas ordinarias, pero suplico a V. M. que escuse mi falta, y me permita espresar aquí en mi nombre y en el de mi familia que participamos unánimemente y de todo corazon de los sentimientos y de los principios de que se halla animado el rey.» Volviéndose despues hácia la asamblea, y estendiendo la mano como para dar mas fuerza al juramento que iba á prestar: «Juramos, dijo con una voz exenta de todo disimulo; juramos vivir y morir fieles al rey y á la carta constitucional.» A estas palabras rompiéronse los diques que comprimian aun el entusiasmo en los pechos de algunos diputados liberales y de los patrióticos oyentes, que repitieron á una voz el mismo juramento. El conde se dirigió hácia su hermano, haciendo ademan de inclinarse para doblar ante él la rodilla, pero el rey le levantó y le tendió la mano como si hubiera recibido su juramento en nombre de la nacion: el conde Artois la besó depositando en ella al mismo tiempo algunas lágrimas de emocion. Los descalabros sufridos en Lyon le habian persuadido que no existia mas refugio para él y su familia que en la proteccion de la nacion y de la libertad.

XV. La misma asamblea, dominada de una invencible emocion, tomó parte con un sentimiento nacional en aquella escena tan tierna, por medio de un diálogo individual y animado: «A nosotros toca morir, esclamaban los representantes estendiendo sus manos hácia el rey; á nosotros toca cubrir con nuestros cuerpos á vos, á la patria y á las leyes; á nosotros satisfacer la deuda de la Francia para con un príncipe que solo ha tenido presente su amor al pais, y que ha comprometido la paz de sus últimos dias por venir á asegurarnos la libertad. ¡Sea el rey nuestro único pensamiento! ¡Vivamos y muramos por el rey!

Luis XVIII y su familia salieron de la cámara escoltados por un pueblo entero y seguidos hasta las Tullerías por el eco universal de su popularidad.

Mr. Lainé, que presidia la sesion, saltó de su silla despues de la salida del rey, y cediendo á las inspiraciones de su alma, fácil de conmover, y de su elocuencia, fácil de brillar y de manifestarse en concepciones elevadas, invocó al genio de la libertad, de la patria y de la concordia para que hiciera brotar ejércitos de la tierra y de la noble cólera de todas las almas. Recordó los felices presagios y los prósperos principios de un reinado, interrumpido en su aurora por la perversa ambicion del despotismo irritado al ver que el mundo se le escapaba de entre las manos. «La Europa, esclamó, ha visto con asombro la profunda paz que ha traido consigo la restauracion. Desafio a la historia á que muestre una época de nuestros anales, en que la libertad de la nacion haya sido mas respetuosamente acatada por la autoridad del trono. Apenas la ilustracion del rey empezaba á estudiar como nosotros y con nosotros los medios de perfeccionar nuestras nacientes instituciones, cuando una inesplicable aparicion ha llevado la consternacion á todos los ánimos. ¡Oh Dios! qué de calamidades lloverian sobre nuestro desgraciado pais, si ese hombre llegara á triunfar de la inerme voluntad de un pueblo! ¡El alma mas estoica tiembla al considerarlo, porque el incendio de Moscou brilla todavía en la memoria de todos, y yo he visto reflejarse sus lúgubres resplandores hasta en las columnas del Louvre!... Pero nó, no es posible! la Francia no dejará perecer á su rey ni á su libertad!...»

XVI. Los unánimes aplausos que acompañaron á las palabras de Mr. Lainé, dieron á conocer que en ellas estaban comprendidos y simbolizados los pensamientos de todas las almas. La asamblea declaró nacional la guerra y confirió al gobierno la dictadura absoluta, conociendo que habia pasado el tiempo de las deliberaciones y que la representacion nacional solo tenia un puesto y un papel que desempeñar en tan graves circunstancias; rodear al soberano manifestando con su presencia que la nacion estaba de su parte, desafiar hasta el último momento y con la majestad santa del pais la invasion de Bonaparte, y esperar en sus bancos la victoria ó la esclavitud. Un diputado de la Lozera, padre de un orador célebre despues en los anales de su pais, Mr Barrot, invocó en una proposicion que fue aprobada, los principios de la revolucion en favor del trono.

«Considerando, decia dicha proposicion, que la nacion se levantó en masa en el año de 1789 para conquistar, de acuerdo con su rey, los

derechos naturales é imprescriptibles que pertenecen á todos los pueblos; que las constituciones, que aceptó libremente en 1792, en el año V y en el año VIII, la aseguraban el goce de estos derechos; que la carta de 1814 no es mas que el desarrollo de los principios sobre que estaban basadas aquellas constituciones; considerando que desde 1791 han sido derrocados todos los gobiernos que han desconocido los derechos de la nacion, y que ninguno puede sostenerse mas que siguiendo la línea de los principios constitucionales; que Bonaparte los habia desconocido y conculcado todos, quebrantando los mas solemnes juramentos; que el voto general y espontáneo habia llamado al trono á una familia que la Francia estaba acostumbrada á venerar y á un príncipe que en tiempo de nuestra regeneracion cooperó eficazmente para llevarla á cabo, uniendo sus esfuerzos á los de su augusto hermano: la cámara de los diputados declara nacional la guerra contra Bonaparte.»

XVII. Al siguiente dia, Benjamin Constant, órgano del partido constitucional, é inspirado por el genio de madama Staël, arrancaba á la antigüedad sus acentos mas vigorosos y sus sangrientos buriles á la historia, para elevar la reprobacion del pais contra Bonaparte á la altura de la historia y del peligro público. ¡Elocuente y vano alarde de estoicas resoluciones que brotaban entonces de la pluma del escritor y que pocos dias despues se habian borrado ya del corazon del hombre!

«Vuelve á aparecer ese hombre teñido en nuestra sangre; vuelve á aparecer ese hombre acosado no ha mucho por nuestras maldiciones unánimes. ¿Y qué es lo que quiere, él que ha llevado la devastacion á todas las regiones de Europa; él que ha sublevado á las naciones estranjeras contra nosotros; el que haciendo pasar á la Francia por el oprobio de una invasion, ha sido causa de que perdamos hasta nuestras conquistas anteriores á su dominacion? ¿Qué es lo que quiere? ¡Reclama su corona! ¿Y cuáles son sus derechos? ¿La legitimidad hereditaria? La corta ocupacion de doce años y la designacion de un hijo como sucesor, no pueden compararse á siete siglos de un próspero reinado. ¿Alega en su favor el voto del pueblo? Pues bien, á él apelamos; á ese voto que se ha levantado unánimemente de todos los corazones para espulsar á Bonaparte. Promete la victoria, y por tres veces ha abandonado vergonzosamente sus tropas en Egipto, en España, en Rusia, entregando á sus compañeros de armas á todas las calamidades del frio, de la miseria y de la desesperacion! Promete la conservacion de las propiedades, pero ni aun puede cumplir esta palabra cuando todas las riquezas del universo le parecen pocas para recompensar á sus satélites. Sí, nuestras propiedades son las que quiere absorver. Hoy vuelve pobre y sediento de riquezas sin tener nada que reclamar ni ofrecer. ¿Quién prestaria oidos á sus pérfidas seducciones? La guerra intestina, la guerra esterior; hé aquí los presentes que nos trae. Su aparicion, que es para nosotros la vuelta de todas las calamidades, es tambien una señal de esterminio para la Europa. La libertad constitucional, la seguridad y la paz se hallan del lado del rey; del de Bonaparte la esclavitud, la guerra y la anarquía. Promete clemencia y olvido, pero esas frases no tienen en sus labios otra significacion ni ofrecen mas garantía que la del desprecio. Sus proclamas son las de un tirano caido que anhela reconquistar el cetro: es un aventurero que esgrime su sable para escitar la codicia de sus soldados; es un Atila, es un Gengis-Kan, mas terrible y mas odioso que aquellos, que hace todos sus preparativos para regularizar la matanza y el pillaje. ¿Qué pueblo del mundo se haria mas acreedor al menosprecio que el nuestro si tendiéramos los brazos al tirano? Vendríamos á ser la befa de la Europa, despues de haber sido el terror de sus naciones. Volveríamos á someternos á un amo que nosotros mismos hemos cubierto de oprobio: nuestra esclavitud ya no tendria escusa; nuestra degradacion no tendria límites, y envueltos en abyeccion tan profunda, ¿que nos atreveríamos á decir á ese rey llamado por nosotros mismos al trono, y á quien hubiéramos podido dejar en la emigracion? porque las potencias hubieran respetado la independencia del voto nacional. ¿Qué diríamos á ese rey que nuestra espontánea resolucion ha devuelto á este pais, cuando su familia habia sufrido ya tanto? Le diríamos: Habeis creido en la sinceridad de los franceses; os hemos rodeado de homenajes y tranquilizado con nuestros juramentos; habeis abandonado vuestro asilo; habeis venido en medio de nosotros solo y desarmado; mientras que no existia peligro alguno, mientras que disponiais de los favores y del poder, han sonado incesantemente en vuestros oidos las ardientes aclamaciones del pueblo; pero vos no habeis abusado de su entusiasmo. Si vuestros ministros han cometido graves faltas, vos habeis sido bueno, noble y sensible; un año de vuestro reinado no ha hecho verter tantas lágrimas como un solo dia del reinado de Bonaparte. Mas vuelve á aparecer éste en el confin de nuestro territorio, vuelve á aparecer este hombre teñido con nuestra sangre y perseguido poco ha por nuestras unánimes maldiciones; se presenta dejando escuchar sus amenazas, y ni los juramentos nos detienen, ni nos enternece vuestra confianza, ni vuestra vejez nos inspira respeto; habeis creido hallar una nacion y no habeis encontrado mas que un rebaño de esclavos! Nó, parisienses, no será tal nuestro lenguaje, por lo menos no lo será el mio. Yo he visto que la libertad podia desarrollarse bajo la monarquía; yo he visto al rey unirse á la nacion: no iré, nó, miserable tránsfuga, á arrastrarme de un poder á otro, á cubrir la infamia bajo la máscara del sofisma y á balbucear sacrílegas palabras por conservar una vida de oprobio y de vergüenza!»

LIBRO XVIII.

Situacion de la Francia.—Actitud del ejército y del pueblo de Lyon.—Los príncipes en Lyon.—Entrada de Bonaparte en esta ciudad.—Decretos y proclamas.—Su salida de Lyon.—Pasa por Villafranca y Macon.—Defeccion de Ney.—Llegada de Napoleon á Chalons-del-Saone, á Avallon y á Auxerre.—Su entrevista con el mariscal Ney.—Su paso á Montereau.—Orden dada al general Gerard.—Llegada de Bonaparte á Fontainebleau.

I. Por una parte veíase á Paris, espresion de los sentimientos de toda la Francia, estrechándose al rededor de su rey, de la paz, de la representacion nacional, de la libertad y de su independencia, negándose unánimemente á entregarse como premio de la incursion de un héroe convertido en cabecilla sedicioso; y por otra á Napoleon, que habia llegado impunemente hasta Grenoble, rodeado por todas partes, aunque de lejos, por diferentes cuerpos de ejército, cuyos generales no se atrevian á caer sobre él por temor de que sus tropas todavía fieles se dejaran arrastrar por el torbellino que rodeaba á Napoleon, perdiéndose para la nacion y para el rey; Massena en el Mediodía, Macdonald en Lyon, el duque de Angulema y sus generales á la orilla derecha del Ródano, Ney en Besanzon y en Lons-le-Saulnier, el duque de Berry delante de Paris, Mortier en el Norte, mas bien en observacion armada y espectante, que en movimiento; un pueblo ente inmóvil, estupefacto, indignado, pero indeciso y dispuesto á dejarse, nó ya arrastrar, sino subyugar por la marcha irresistible de los sucesos y por la primera victoria de una de las dos causas: tal era entonces la situacion de la Francia. La caida de Lyon le dió el primer sacudimiento decisivo. Volvamos á Bonaparte, á quien dejamos acampado en Bourgoing, en medio de las llanuras del Delfinado, y sigamos la narracion de la jornada que puso en sus manos la segunda capital de la Francia.

II. Apenas el conde de Artois y el duque de Orleans habian tenido tiempo de llegar á Lyon, cuando empezó á circular por Paris un boletin, en el que se anunciaba que Bonaparte acababa de ser rechazado de las murallas de aquella ciudad hasta mas allá de Grenoble por el duque de Orleans á la cabeza de una division de 20.000 hombres. Exaltáronse un momento los ánimos con esa nueva maniobra de la policía ó rumor aventurado de la esperanza, y ya nadie temió pronunciarse contra el vencido. Sin embargo, la noticia carecia de todo fundamento.

El duque de Orleans llegó á Lyon algunas horas antes que el conde de Artois, hallando en dicho punto reunidos dos regimientos, uno de infantería y otro de caballería, con mas otro regimiento de línea que acudió de las montañas del Loira. Se organizó á peticion de los príncipes una guardia nacional de á caballo, animada por aquella especie de entusiasmo que se evapora en vanas aclamaciones. La guardia nacional permanente se componia de 20.000 hombres: eran los hijos de aquellos mismos que prefirieron sepultarse bajo las ruinas de su ciudad á sufrir la tiranía de la convencion. De todas las poblaciones vecinas acudieron voluntarios para agregarse á sus filas. Suponíase que el gobierno haria converger inmediatamente sobre aquel punto el ejército del Mediodía á las órdenes de Massena, el de Nimes, mandado por el duque de Angulema, y con especialidad el ejército de Ney, cuyas avanzadas llegaban ya hasta el Ródano por el departamento de Ain; ante cuyas fuerzas reunidas debia necesariamente estrellarse el mezquino ejército de Bonaparte en Lyon. Esta confianza reanimaba por do quiera el valor de los

ánimos; las ciudades no daban señal alguna de sedicion, y las campiñas silenciosas y consternadas permanecian en espectativa. Cierto que Napoleon gozaba de algun prestigio en ellas, pero su popularidad, por mas que se haya dicho despues, era mas bien histórica que actual; se le queria de lejos y se le temia de cerca, porque á los ojos de aquellos moradores estaba personificada la guerra en Napoleon, y el pais estaba ya cansado de guerras. Además su derrota le habia despojado de aquel atributo de invencible que le rodeaba en otro tiempo y que tanta parte tiene en las victorias. Si Lyon hubiera estado desguarnecido de tropas, su defensa hubiera podido intimidar ó detener algunos dias al emperador.

III. Pero la frialdad con que recibieron los regimientos al duque de Orleans y al conde de Artois empezó á hacer vacilar á la poblacion, y á su vez esta duda comunicó á las tropas, catequizadas ya por los emisarios de Napoleon, mas altanería y desden en presencia de los príncipes. El duque de Orleans era desconocido para ellas, y parece que se encontraban allí mas bien cumpliendo con un deber de su situacion, que procurando dar animacion al ejército; pero el conde de Artois demostró mas energía, pasó revista, se mezcló con los soldados, habló á los oficiales y trató de arrancar esas aclamaciones que son los juramentos de la emocion y que comprometen á las tropas, pero no obtuvo mas que el silencio, frias palabras y algunos gritos de: *¡Viva el emperador!* que los jefes no se atrevieron á castigar; temiendo que estallase la defeccion si se aparentaba sospecharla. El mariscal Macdonald, muy querido de los soldados, recorrió las avenidas de la ciudad por las orillas del Saone y del Ródano para reconocer las posiciones, disponer las fuerzas y poner á cubierto la ciudad contra el ejército del emperador, ya bastante próximo. Adelantóse con una pequeña escolta por el camino de Bourgoing, y al escuchar los gritos que precedian á la vanguardia de Napoleon, al contemplar la fisonomía de sus propios soldados y la consternacion ó complicidad de los arrabales, se persuadió de que no habia esperanza alguna de combatir fuera de las murallas, y que la última posibilidad de éxito se hallaba en la defensa mas ó menos prolongada del paso del Ródano, esperando la llegada de Ney y de Massena, con cuyos refuerzos quedaria encerrado el emperador entre Grenoble y Lyon. El mariscal dió órden de cortar los puentes que establecen la comunicacion entre la ciudad y los arrabales, y ya los zapadores se disponian á obedecer cuando los grupos de aquellos barrios, que rodeaban á las tropas desde la mañana, se opusieron enérgicamente á la intercepcion de la ciudad y arrancaron las hachas de manos de los soldados. Hubo, pues, que contentarse con levantar en los puentes algunos parapetos.

Macdonald llegó entonces á la plaza de Bellecour, donde las tropas estaban formadas en batalla desde por la mañana, para reunirse con los príncipes, que perplejos é irresolutos no se atrevian á dar una voz de mando á sus tropas.

IV. Manifestáronse no obstante obedientes á la voz del mariscal, cuya fidelidad á Bonaparte en el acto de su abdicacion le habia granjeado la popularidad de hombre probo y honrado. Varios escuadrones de caballería, algunos batallones y piezas de artillería marcharon en silencio á ocupar las posiciones que se les habian señalado delante de los puentes y sobre los malecones que daban frente al Delfinado. Era el último acto de obediencia y de disciplina; pero los corazones habian ya pasado el Ródano. Los soldados silenciosos y taciturnos escuchaban el confuso clamoreo de los primeros destacamentos del ejército de Grenoble, que resonaba en las campiñas de la orilla opuesta y en los tumultuosos arrabales de la Guillotiere donde clavaban las águilas de Napoleon.

V. El emperador salió de Bourgoing aquella mañana, en medio de su columna y precedido de un fuerte destacamento fatigado de aquel viaje de 120 leguas hecho en siete jornadas, y de las diversas emociones, azares y contratiempos que habia esperimentado desde su desembarco. Apeóse del caballo y montó en un coche descubierto, continuando su marcha con suma lentitud y estrechado por la turba flotante del populacho que se agita y conmueve al mas lijero impulso. Aquellos hombres, confundidos con los soldados y adornados con ramos de boj y de acebo, únicos laureles del Norte, interpolaban sus cánticos de victoria con atronadores vivas al emperador, que eran contestados por invitacion ó por terror en todos los pueblecillos, caseríos y viviendas del tránsito. Llevaban cantando y haciendo frecuentes libaciones las mochilas, armas y bagajes de los soldados, dando así á su marcha el carácter de una inmensa orgía, realzada únicamente por el nombre del héroe que era objeto de ella, por un noble sentimiento de gloria y de patriotismo militar, y por las curtidas y graves fisonomías de las tropas, avergonzadas de tanta indisciplina y orgullosas con su caudillo.

VI. Por las secretas comunicaciones que tenia el emperador con Lyon, á pesar de hallarse interceptados los caminos, supo que los esfuerzos del conde de Artois, del duque de Orleans y de Macdonald habian conseguido cerrarle el paso de los puentes, y que Ney no tardaria en avanzar desde Bourg hácia el Alto Ródano; en vista de lo cual resolvió sorprender á Macdonal y adelantarse á Ney pasando el rio por Mirivel; y dió orden al mariscal Bertrand para que se trasladase á esta pequeña ciudad, situada á dos leguas mas abajo de Lyon, y reuniera las embarcaciones necesarias para el paso del rio. Consistia su plan en separarse un momento de Lyon, que se hallaba muy defendido por su izquierda; dar la vuelta por Mirivel á la elevada meseta donde se halla el arrabal de la Cruz-Roja y que separa á manera de una península el Ródano del Saone; ganar este último rio; apoderarse de sus dos orillas y encerrar de este modo á los príncipes y sus tropas en Lyon, mientras que su vanguardia iria á provocar á la defeccion al numeroso ejército de Ney en el camino de Bourg y de Macon, no dudando de que lograria atraerle á sus banderas y crear así en el corazon de la Francia una mezcla y confusion de ejércitos y causas, á favor de la que podria proseguir su espedicion hácia Paris. Pero al saber que las tropas lijeras que habia enviado delante de sí á la Guillotiere, habian sido recibidas con las aclamaciones del arrabal y que este respondia de que los puentes no serian cortados, volvió á llamar á Bertrand y apresuró su marcha sobre Lyon, presentándose á las cuatro de la tarde á la vista del malecon del Ródano.

VII. A tal tiempo conducia Macdonald hacia aquel punto dos batallones de infantería para defender la entrada del puente por la parte del arrabal. Pero no bien los húsares de Napoleon, alentados é impelidos hasta el puente por los grupos que les rodeaban, se presentaron al frente de los batallones de Macdonald, cuando las tropas de éste, que habian permanecido fieles hasta entonces, abrieron sus filas á los paisanos y soldados, se confundieron con ellos en un estrecho abrazo, y abandonando á su general, ellos mismos se arrojaron á las fortificaciones para allanar el camino á la sedicion. En vano Macdonald; consternado á vista de semejante acto, hizo los mayores esfuerzos para reducir á sus soldados á la senda del honor, ya que no á la del deber: su voz y sus lágrimas se perdieron en medio de la confusion y del tumulto. Dos húsares polacos, embriagados con el vino de los arrabales, saltaron los últimos parapetos de la barricada y echaron á correr, sable mano, en persecucion del mariscal, que logró escapar con vida, gracias á la velocidad de su caballo, perdiéndose de vista en las calles de la ciudad para tomar el camino de Paris.

VIII. A los gritos de la gente de los arrabales; á la vista de los húsares polacos; á la aparicion de los granaderos de la guardia que pasaron el puente, empezaron á desordenarse las tropas apostadas en los malecones, comunicando su sacudimiento á los regimientos de reserva acampados en la plaza de Bellecour al rededor de los príncipes. El duque de Orleans desapareció protegido por algunos de sus oficiales menos sospechosos á los fanáticos partidarios del emperador, y el conde de Artois, amenazado por los gritos y ademanes de los soldados, escapó á galope escoltado por un solo ginete de aquella guardia nacional que habia jurado en la misma mañana morir en su defensa. Los dos príncipes fugitivos montaron en sus coches, que tenian dispuestos fuera de los arrabales, en el camino de Paris, y que les condujeron en la mayor consternacion hácia las Tullerías.

IX. Ya tenia Napoleon abierta la Francia por aquella via hasta Fontainebleau. Las tropas que le precedian ó seguian en su marcha desde Grenoble, fueron entrando sucesivamente en Lyon desde las cuatro hasta las siete. Los malecones, las plazas y las calles se veian inundados por la poblacion móvil y tumultuosa de la ciudad, y por los soldados, cuya agitacion podia suplir al entusiasmo. La guardia nacional de Lyon aceptó la ley del destino, y se armó únicamente para defender las propiedades, mas queridas que las opiniones para aquel pueblo laborioso. Un bosque de bayonetas cubria la ciudad iluminada como para un festejo público; lo mismo y acaso con mas sinceridad se habria iluminado si Napoleon se hubiera estrellado contra sus murallas. Pero la Francia se habia acostumbrado diez años hacia á sufrir las exigencias del ejército, y Lyon aparentaba adorar á sus opresores. El emperador, no obstante, aguardó como lo habia hecho en Grenoble y en las demás ciudades á que cayera la noche para verificar su entrada en Lyon, bien porque le causase algun embarazo presentarse rodeado de sediciosos á quienes detestaba, aunque procuraba entonces animar, bien porque temiese el brazo de un asesino y no quisiera morir antes de consolidar su triunfo.

Hizose conducir á la casa del arzobispo de Lyon, espléndido palacio de su tio el cardenal Fesch, inundado ya por la multitud de sus generales y consejeros, que se habian adelantado á su entrada victoriosa y aparentando una confianza paternal en el pueblo que acababa de conquistar,

se negó á admitir otra guardia que la de los ciudadanos armados la víspera para combatir contra el. Los oficiales de la guardia nacional de á caballo se presentaron á ofrecerle una guardia de honor en los patios. «No, les contestó con irónica y noble indignacion propia del corazon de un soldado; no quiero á mi lado soldados que han abandonado á su príncipe el conde de Artois cuando se había confiado á su honor y fidelidad.»

X. Despues de haber recibido á las autoridades y cambiado algunas palabras con el maire realista, Mr. Farges, consagró el emperador una gran parte de la noche á dictar nueve decretos, por los cuales volvia á tomar posesion del imperio. Hasta allí había contemporizado con las circunstancias, pero esta última victoria dió á su aptitud un carácter decisivo. Abrazando resueltamente el imperio en Lyon, sembraba el terror en París con la certeza del triunfo. Parodiar en Lyon el reinado, era combatir delante de la capital.

En el primer decreto restablecia todas las autoridades que se hallaban funcionando en 1814 y separaba á todas las que los Borbones habian instituido en su lugar.

Por el segundo espulsaba del ejercito á todos los emigrados que habian vuelto con el rey.

Por el tercero abolia la bandera blanca, color de la monarquía, y todas las condecoraciones distribuidas por el rey entre sus parciales.

Por el cuarto reconstituia la guardia imperial, falanje de modernos pretorianos, verdadero patriciado militar destinado segun sus designios a reemplazar á los antiguos patriciados ó á renovar los strelitz [1] y los genízaros.

Por el quinto confiscaba todos los bienes pertenecientes á los príncipes de la familia real.

Por el sesto abolia la antigua nobleza y restablecia su nobleza personal.

Por el séptimo condenaba al ostracismo á todos los emigrados que habian vuelto á su patria con los Borbones y secuestraba sus bienes.

Por el octavo anulaba todas las promociones hechas por el rey en la orden honorífica y lucrativa de su legion de honor, que aquel habia convertido, con notable detrimento de las costumbres austeras de una democracia, en una institucion que estimulaba á la vanidad y nó á la virtud y el mérito.

Por el noveno disolvia la cámara de los pares y la de los diputados, anulaba la carta y prometia la convocacion de un *Campo de mayo*, especie de estados generales de la nacion que deberian deliberar acerca de las modificaciones oportunas en las leyes fundamentales del imperio.

Dueño de la segunda ciudad del reino y de un ejército considerablemente aumentado dentro de los muros de aquella, arrojó la máscara republicana con que hasta allí habia encubierto sus designios, y dejó ver la tiranía en toda su desnudez. Habia dado al pueblo el nombre de ciudadano, que recordaba la dignidad y la igualdad de la democracia, pero abandonó esta fórmula desde el momento en que creyó no necesitar de ella para lisonjear á la nacion, y dirigió sus decretos y proclamas á los franceses. Los republicanos, seducidos por un instante, empezaron á murmurar y á mostrarse algo mas reservados, conociendo que el destierro solo habia inspirado por un dia el lenguaje de la libertad.

XI. El dia 13, despues de puesto en marcha su ejército por el camino de Borgoña, salió de Lyon y penetró en Villafranca. El desórden y el tumulto, mas bien que el entusiasmo, le precedian y acompañaban en aquel camino de Lyon á Macon, el mas poblado de todos los de Francia. En vano los partidarios de Bonaparte trataban de hacerle concebir ilusiones acerca de la naturaleza de aquel movimiento popular que le rodeaba; la curiosidad, la emocion y un terror secreto de lo que habria de suceder, dominaban sobre el fanatismo de algunos sectarios y paisanos procedentes de las montañas. La turba parásita, proletaria é irresponsable, era la única que hacia resonar sus aclamaciones en derredor del coche de Napoleon ó á la vista de los uniformes de sus granaderos. Pero todo aquel que tenia que perder en los azares de aquella revolucion una industria, una posicion ó un hijo, se refugiaba en el silencio ó se alejaba. En la noche del 14 llegó el emperador á Macon, en cuya ciudad esperaba un gran recibimiento, pero se equivocó.

XII. Macon tenia la fama de una ciudad revolucionaria, y habia suministrado actores y víctimas al drama de 1789 y 1793. Las ideas republicanas, ahogadas y perseguidas por Napoleon, constituian el fondo de las opiniones en todas las clases que no pertenecian á la nobleza ó á la emigracion. El fanatismo imperial no tenia prosélitos en aquella poblacion compuesta esclusivamente de realistas y republicanos. Ciudad plebeya, pero nó servil, Macon, lo mismo que el mismo vecindario de sus ricas campiñas, habia lamentado la ocupacion estranjera, pero tambien aplaudió con entusiasmo la caida de la tiranía. Napoleon lo tenia presente, é infundiale temor aquel pueblo sombrío y altanero. No pudo menos de notar el aislamiento y el silencio en que le dejaban sus moradores, abandonando á sus tropas en el parador donde se habia apeado, como un pueblo que tolera pero no sanciona un atentado á la patria. Unos cuantos grupos de muchachos atraidos por el aliciente de algunas monedas, hombres cubiertos de andrajos y mujeres sospechosas, dieron bajo su balcon algunos gritos aislados que no encontraron eco en lo restante de la poblacion. Napoleon abrió sus balcones, echó una mirada desdeñosa, y se retiró diciendo al maire, á quien habia mandado llamar: «¿Es, pues, este populacho todo lo que teneis que enseñarme?» Y pasando del desden á la cólera, reprendió ásperamente á las autoridades por haber dejado penetrar al enemigo dentro de sus murallas en 1814, como si la ocupacion de aquellas ricas provincias, indefensas contra el ejército de Schwartzenberg y de Bianchi, fuerte de 180.000 hombres, no hubiera sido el resultado de la ambicion é imprudencia de Bonaparte. Respondiósele que unos pocos voluntarios, desarmados pero sin apoyo, no podian triunfar de los mismos ejércitos invasores á los que sus heroicos soldados, mandados por él mismo, se habian visto obligados á ceder la Francia y el imperio, y que las faltas del gobierno disculpaban por lo menos las faltas del pueblo. Cierto es que todos hemos cometido yerros, dijo Napoleon con menos aspereza y acariciando al orador de la ciudad con su ademan familiar; olvidemos, pues, nuestras culpas comunes, y no pensemos en lo sucesivo mas que en la salvacion y en la felicidad de la Francia.

XIII. Desde Macon espidió sus proclamas, redactadas en Grenoble y Lyon, al mariscal Ney, cuya vanguardia y ejército permanecian inmóviles á pocas leguas de allí, y como vacilando en cerrar a Napoleon el camino de París. Incierto de las disposiciones de su antiguo lugarteniente, no le hizo ningun otro signo de inteligencia; sabia que era hombre de honor y no queria insultar su lealtad proponiéndole una traicion á sus nuevos señores los Borbones; pero suponia que la rapidez de su triunfo, la entrega de Grenoble y de Lyon y su marcha sin obstáculo hácia Paris, serian para el mariscal y sus tropas circunstancias bastantes para ponerlos de su parte, y que la corriente de esta misma gloria arrastraria consigo á su antiguo compañero y á sus batallones.

XIV. Y en verdad que no se equivocaba al aventurar tales conjeturas acerca de la defeccion involuntaria, de la debilidad y complicidad pasiva de su antiguo compañero de armas. Ney, débil de corazon para con la amistad, y de una imaginacion quebrantada por todos los reveses de fortuna, no era mas que el héroe de los campos de batalla; carecia de resolucion en los consejos; manifestábase indeciso en las situaciones apuradas, y cambiaba tantas veces de opinion cuantas tenia que adoptar un partido. El honor cedió esta vez ante la gloria, esa gloria aislada é incorruptible del hombre privado. Su perplejidad desde el desembarco del emperador alteraba su calma, y se acrecentaba á cada paso que daba su jefe acercándose á su propio ejército. Su irresolucion y sus dilaciones, aunque no calculadas por la perfidia, perdian el tiempo, la causa de los Borbones, la Francia, y su carácter mismo. Tal vez si hubiera salido con su ejército del Franco-Condado á marchas forzadas para acudir á Lyon y unirse á los príncipes, hubiera impedido la sumision de esta ciudad y dado á Massena y al duque de Angulema el tiempo necesario para envolver entre tres fuegos á los seis mil hombres de Napoleon. Tal vez si despues de la toma de Lyon hubiera llevado su ejército al camino de Borgoña, bien por Macon, bien por Chalons y Dijon, habria interceptado al emperador este paso á Paris; y si se hubiera replegado sin combatir á Lens, Melun, Fontainebleau y al ejército de reserva del duque de Berry cerca de la capital, habria podido oponer la frente de la Francia armada delante de París á las columnas débiles y confusas de Napoleon, y salvar todavía, si no la carta y el trono, á lo menos el honor de su país y de su propia fidelidad. Pero Ney era la personificacion de la situacion falsa y equívoca del ejército francés, y debia ser á la vez el cómplice, el culpable y la víctima de aquel ejército que ni sabia aplaudir un atentado que rechazaba la conciencia del país, ni resistir á su pasado, ni libertar la patria, ni salvar su honor, ni cumplir con su deber.

XV. El mariscal Ney, llamado á París, como ya hemos dicho, por el mariscal Soult, á las primeras noticias del desembarco de Bonaparte, se apresuró á llegar sin saber todavía el motivo de su llamamiento. Al apearse del coche en casa de su cuñado Gamot, supo por boca de éste aquel suceso que corria de boca en boca, y no pudo menos de exaltarse á vista de tal audacia y del crimen de aquella invasion. «¿Que viene á

(1) Guardia de infantería de los antiguos monarcas moscovitas, y principal elemento de su poder, así como los genízaros lo eran de los emperadores turcos. (N. del T.)

hacer ese hombre, esclamó; ese hombre que solo puede traernos la guerra civil? Si no contara con nuestras divisiones, ¿se hubiera atrevido á poner el pié en el suelo francés?» Y preocupado con estas ideas voló á avistarse con el rey y juró en presencia de las personas de su corte llevar á Bonaparte cautivo y encadenado en una jaula de hierro; espresion fatal en boca de un antiguo amigo, débilmente negada despues pero comprobada en el proceso. Salió de las Tullerías y partió para Besanzon, puesto el mas importante de su mando militar donde manifestó la misma resolucion, aunque en términos menos duros, y haciendo manifestaciones de dolor acerca de la oposicion fatal entre el deber y la seduccion de la antigua gloria, en que colocaba al ejército la presencia de Napoleon.

Pareciéndole que Besanzon no era una posicion militar bastante próxima al camino de Napoleon, dirigió sus tropas y trasladó su cuartel general á Lons-le-Saulnier, y sus avanzadas á Poligny, á Dole y á Bourg, dispuesto igualmente á marchar sobre Lyon ó sobre Dijon segun los acontecimientos. Mr. de Bourmont y el general Lecourbe mandaban bajo sus órdenes las divisiones de su ejército. Bourmont, antiguo general vendeano, que habia pasado al servicio del emperador despues de la pacificacion de la Vendée, y cuya ambicion aventurera habia sacado partido sucesivamente de las dos causas; realista por honor, soldado por carácter, dudoso de antecedentes, conocido á la vez en los ejércitos de la Bretaña y en los ejércitos de Napoleon; conocedor de las circunstancias, flexible á los acontecimientos, á la necesidad y á la victoria; Lecourbe, soldado valiente, táctico, rudo, pero licencioso; antiguo lugarteniente de Moreau en sus campañas de Alemania; general en jefe despues de aquél, cubierto con la gloria de la república, desairado por Bonaparte durante su reinado, endurecido por el aislamiento y por el desden de su señor, afiliado á los Borbones por resentimiento y por patriotismo; escelente jefe para oponerle á la vuelta de Bonaparte.

Las disposiciones de las tropas no eran unánimes: en tanto que los oficiales, en quienes el honor era antes que sus sentimientos, parecian resueltos á cumplir con su deber, los soldados manifestaban algunas señales de predileccion, mas bien que de sublevacion, en favor del emperador. El soberano ascendiente del nombre de Ney y su ejemplo podian rivalizar hasta con el ascendiente del nombre de Napoleon. Las autoridades de los cuatro departamentos eran adictas á los Borbones, y los guardias nacionales entusiasmados todavía con la vuelta de la paz, de la libertad y de los Borbones, estaban bien mandados y dispuestos á secundar la fidelidad de las tropas.

XVI. El mariscal envió á Macon un oficial disfrazado, Mr. de Rochemont, para observar la actitud y el espíritu del pueblo durante el viaje del emperador; y Bertrand por su parte habia dirigido emisarios á Lons-le-Saulnier, portadores de proclamas y de actas del emperador. Ney se veia envuelto, asediado y arrastrado en sentido opuesto por los rumores, las noticias y las palabras que llegaban del ejército del emperador al suyo. Sus resoluciones formaban en su alma una lucha perpetua, siguiendo la alternativa de los acontecimientos que se sucedian y de las conversaciones con sus generales, que buscaba con avidez como un hombre que no hallando apoyo en sí mismo, trata de buscarlo en los demás. Los oficiales enviados por Napoleon decian que el Austria y la Inglaterra estaban de acuerdo con el emperador, que todo se habia arreglado en el congreso entre Talleyrand y la Europa, y que si llegaba á correr la sangre de la guerra civil, sobre él solo y sobre su obstinacion á un honor mal entendido, deberian caer las desgracias de la patria. Durante la noche se distribuian secretamente entre los regimientos águilas y coronas de laurel para disponer la condecoracion del tumulto militar. Los soldados, á quienes la inmovilidad deja corromper, testigos de la indecision de su jefe, y atribuyendo su vacilacion, ya al temor de hacer frente al ejército del emperador, ya á una secreta complicidad, se pervertian mas y mas. Su conmocion misma obraba tambien sobre el mariscal, que pasaba los dias en la agitacion y las noches en el insomnio, temiendo ver á su ejército sublevado espontáneamente ó ser el cómplice de su insurreccion.

En la noche del 13 al 14 llamó sucesivamente á Bourmont, Lecourbe, Faverney, Clouet y Dugrivel, comandante de la guardia nacional de Lons-le-Saulnier, á los que reveló en parte el desasosiego de su espíritu, tratando de provocar involuntariamente en sus confidentes una resolucion que alentase la que él habia ya secretamente formulado en una proclama á las tropas, pero que no se habia decidido aun á ejecutar. Lecourbe se manifiesta inflexible á toda transaccion con el honor; Faverney se indigna; Clouet habla de retirarse antes que ceder á una sedicion de los soldados, y Dugrivel responde de la guardia nacional; Bourmont es el único que segun la declaracion cuya verdad afirmó el mariscal delante de Dios pocas horas antes de su muerte, lee la proclama, la discute sin asombro y tranquilamente, dejando divagar el ánimo del mariscal sin atreverse á proponerle una resolucion enérgica; recibe la órden de reunir al dia siguiente las tropas, y la ejecuta sin réplica.

XVII. No obstante, todavía era un enigma para los generales confidentes del mariscal, para sus ayudantes y en apariencia para él mismo, el motivo de aquella revista general de las tropas. Lo mas probable es que queria sondear el espíritu de aquellas por su actitud en una formacion solemne, ó que esperaba que su defeccion ruidosa, espontánea e irresistible, motivara la suya, y que el grito del ejército sofocase el de su propia conciencia: escusa buscada de antemano, nó para la traicion, sino para la debilidad. Tal era la revista del 14 en Lons-le-Saulnier.

XVIII. Formadas todas las tropas en cuadro en la espaciosa plaza de armas de la ciudad, presentóse el mariscal en medio de ellas, rodeado de su estado mayor, y ostentando sobre el uniforme la gran placa de su condecoracion con la efigie de Bonaparte. Sus generales, sus oficiales, los soldados y las autoridades presentes le observaban con silenciosa ansiedad. Aquella inusitada reunion de tropas no podia tener otro objeto que hacer una manifestacion de constancia ó de defeccion á su honor. Todo el mundo permanecia en espectativa; pero la generalidad de los espectadores no podian creer que la señal y el grito de infidelidad saliesen del corazon y de los labios de aquel á quien apellidaba el ejército el valiente de los valientes. El mismo Ney parecia esperar, vacilar y provocar con su dilacion algun movimiento de impaciencia de parte del ejército que evitase y cubriese su falta. Mas tarde confesó que hubiera deseado la muerte en semejante perplejidad de ánimo, y reprendió á Bourmont y á Lecourbe por no haberle arrancado la vida en el acto, porque al peso de los remordimientos habria preferido la pronta espiacion de su crimen militar.

En fin, despues de esperar inútilmente que un grito de los soldados, ya en favor del rey, ya en favor de Bonaparte, rompiese el silencio que parecia agobiar á aquella multitud, y creyendo leer en la fisonomía de los soldados que la obediencia podria sobreponerse al deber, tomó el funesto partido de iniciar la insurreccion que esperaba y de mandar la defeccion, temiendo aparentar que obedecia á ella. Como sucede siempre en un acto contra el deber, ni siquiera trató de moderar por medio de la decencia la forma y las palabras por las que declaraba su infidelidad, sino que pasando sin graduacion ni propiedad de la fidelidad á la injuria, insultó la causa de que desertaba.

«Soldados, dijo sacando del pecho un papel que ocultaba desde el dia anterior y que habia leido por la noche á Bourmont y á Lecourbe, suponiendo ser una proclama enviada de Lyon ó de Marsella, y sobre la que daba su parecer; soldados, la causa de los Borbones está perdida para siempre, y el trono va á ser ocupado por la dinastía legítima adoptada por la nacion francesa: únicamente al emperador Napoleon, nuestro soberano, es á quien corresponde reinar sobre nuestro hermoso pais. Que la nobleza de los Borbones tome el partido de espatriarse otra vez, ó que consienta en vivir en medio de nosotros, poco nos importa: la causa sagrada de la libertad y de nuestra independencia no sufrirá su funesto influjo por mas tiempo. Han querido envilecer nuestra gloria militar, pero se han engañado, porque es el fruto de hechos heroicos que jamás podremos olvidar. Soldados: ya ha pasado la época en que se gobernaba á los pueblos ahogando sus derechos. La libertad triunfa, en fin, y Napoleon, nuestro augusto emperador, la asegura para siempre. Que esta causa tan noble sea de hoy mas la nuestra y la de todos los franceses, y que todos los valientes que tengo la honra de mandar graben en su corazon esta verdad.

»Soldados: os he conducido muchas veces á la victoria; ahora voy á conduciros á la falanje inmortal que el emperador Napoleon lleva á Paris, donde entrará dentro de pocos dias, y donde habrán de realizarse para siempre nuestra esperanza y nuestra felicidad. ¡Viva el emperador!

»Lons-le-Saulnier, 13 de marzo de 1815.

»El mariscal del imperio

PRINCIPE DE LA MOSCOWA.»

XIX. El entusiasmo de las tropas permitió apenas al mariscal acabar la lectura de la proclama. Un prolongado grito de *¡Viva el emperador!* salió de entre los soldados, y el tumulto militar rompió las filas y violó toda disciplina. Los oficiales fieles é indignados que no querian asociarse al delirio de aquel motin armado, eran colmados de injurias y amenazas por sus propios soldados. El pueblo realista de la ciudad y del Jura presenciaba este escándalo en la mayor consternacion. El comandante de la guardia nacional, Dugrivel, quiso hacer una enérgica manifestacion del horror que le causaba la deslealtad de aquel ejército;

rompió su espada al frente de las tropas, en presencia del mariscal, y arrojó los pedazos á los piés del tribuno de la sedicion. Lecourbe se alejó triste y murmurando á través de las oleadas de la poblacion del Jura, que respetaba en él su propia gloria. Los republicanos, amigos de Rouget de l'Isle, el cantor de la *Marsellesa*, retirado en Lons-le-Saulnier, su patria, se unieron á los realistas para deplorar aquella traicion á la libertad y el sacrificio de la patria á un hombre. Clouet, Faverney y casi todos los oficiales del estado mayor del ejército y de los voluntarios de la provincia, se separaron con dolor del mariscal y marcharon á ocultar en sus hogares ó en Paris el pudor y la desesperacion de aquel ejército, anonadado á la voz de su general. Bourmont permaneció mudo y obediente, sin dar ningun signo ostensible de aprobacion ó de condenacion á su jefe durante las primeras horas, y contentándose con lamentarse en union de los partidarios del rey. Hasta se presentó en el banquete civil y militar que las tropas dieron al mariscal despues de la revista, y que santificó con su sedicioso júbilo la jornada de la defeccion. Los soldados, testigos y cómplices de estas faltas de disciplina recompensadas en sus jefes, se derramaron tumultuosamente por la ciudad y prolongaron durante la noche los desórdenes y francachelas de la insubordinacion. Semejante ejemplo corrompia mas que diez derrotas al ejército francés. La sedicion del pueblo se reprime por medio del soldado, la sedicion del soldado por el jefe; pero la sedicion del jefe no puede corregirse, y trae en pos de sí la descomposicion del cuerpo social y los desastres de la patria.

XX. La defeccion de Ney arrebataba toda resistencia á los Borbones, franqueaba todos los caminos de Paris al emperador, le ponia á cubierto de toda persecucion de los ejércitos todavía fieles del Mediodía, é iba á engruesar sus fuerzas en el camino de Auxerre con todos los regimientos del ejército del Franco-Condado, que Ney se apresuró á conducir tras sí para reforzar y hacer invencible el del emperador

Bonaparte habia augurado perfectamente en Macon acerca de la versatilidad de su antiguo general: «Lisonjeadle, habia dicho á Bertrand; no le acaricieis porque creeria que le temo.» En aquella ciudad recibió un emisario de los conjurados de Paris, encargado de hacerle un relato verbal sobre las medidas civiles y militares, tomadas por el rey y por las cámaras para oponerle una resistencia nacional. «El rey, le dijo el confidente, está seguro de la guardia nacional, y de la numerosa y valiente juventud que forma su guardia militar, y ha jurado esperaros y desafiaros en las Tullerías.—Si quiere esperarme, respondió el emperador, acepto; pero dudo que lo haga; él se adormece con las baladronadas de los emigrados; pero cuando yo me halle á veinte leguas de Paris, lo abandonarán todos, como los nobles de Lyon abandonaron al conde de Artois. ¿Qué ha de hacer con los hombres envejecidos que le rodean? La culata de uno de mis granaderos les haria huir á centenares. La guardia nacional grita de lejos, pero cuando yo esté en las barreras se callará; no es la guerra civil su profesion. Id, volved á Paris, decid á mis amigos permanezcan inmóviles, y que dentro de diez dias mis granaderos montarán la guardia en las puertas de las Tullerías.»

XXI. El 14 pernoctó en Chalons-del-Saona, ciudad turbulenta que se habia señalado por su resistencia á la invasion, digna de los recuerdos de San Juan de Losna, y la única entre todas las comarcas de Francia á quien las largas guerras del imperio habian favorecido con el tráfico interior de las mercancías acumuladas allí por el bloqueo continental. Así es que fué recibido como el genio de la guerra y de la fortuna del pais. El pueblo le hizo entrega de los cañones y cajas de artillería dirigidas de Paris al ejército de Ney contra Bonaparte. Los voluntarios de los cuerpos francos, que algunos meses antes habian combatido hasta con temeridad á las columnas del ejército austriaco, bajo las órdenes de tres caballeros de aquellas provincias, Mr. de Moncroc, Mr. de Forvin-Fauson y Mr. Gustavo de Damas, verdaderos vendeanos de la patria, recibieron al presentarse á él su recompensa en algunas palabras de recuerdo y de gloria. La clase media y la magistratura de la ciudad se mantuvieron en un alejamiento, reserva y frialdad que parecieron á Napoleon un signo repulsivo del pensamiento de la Francia. Quejóse de la ausencia del *maire*, y envió á uno de sus confidentes para que fuera á rogarle se presentase á prestar juramento, afectando temer por él el resentimiento de la poblacion despues de su partida. «Nó, respondió aquel magistrado inflexible, rodeado de los consejeros municipales que participaban de su firmeza; yo admiro á Napoleon como guerrero, le he servido como emperador, pero he prestado con toda la Francia, y despues de su abdicacion, juramento á otro soberano Mientras este soberano exista y defienda sus derechos en Francia, no violaré la fidelidad que le he jurado.»

El emperador, obligado por su situacion á castigar el deber y á animar la sedicion, destituyó á aquel honrado funcionario.

XXII. Napoleon avanzaba con toda la rapidez que podia imprimir á su columna de la isla de Elba para desconcertar la resistencia con la prontitud en el obrar. En dos dias lluviosos hizo su ejército el largo camino de montañas desde Chalons-del-Saona á Avallon. Hallábase en el centro de aquella mesa de la Alta Borgoña, en cuya raza móvil, altanera y marcial, acostumbrada á la guerra por su carácter y por el trascurso de los siglos, habia encontrado numerosos é infatigables soldados, y donde fué recibido como en un campamento por los paisanos entusiasmados por su nombre y sus banderas. Las mujeres mismas disputaban á los hombres la guardia de su alojamiento. Durante la noche llegó un oficial de estado mayor del ejército de Ney á participar al emperador la confirmacion de la esperada defeccion de Ney. El emperador leyó la proclama, hizo en ella algunas correcciones por su propia mano para adoptarla á sus planes y al espíritu de los departamentos y de Paris, y la mandó imprimir y propagar delante de sí por el camino de Auxerre. Aquella defeccion conocida y comentada en tales términos le valia la exaltacion de sus partidarios, el desaliento de sus enemigos, y allanaba cuantos obstáculos pudieran oponerse á su paso. Ney anunciaba á Bertrand en la carta que contenia á su proclama que marchaba á reunirse con el emperador en Auxerre.

XXIII. El emperador no halló al mariscal en dicho punto y se inquietó algun tanto por su irresolucion. El prefecto de Auxerre, cuñado del mariscal, fue el primero entre los magistrados de los Borbones que no se retiró ante Napoleon y que le reconoció por su soberano. Pero esta defeccion civil de un pariente de Ney, asociado sin duda á las ideas y á la fortuna de éste, no bastaba para tranquilizar al emperador. ¿Qué hace? ¿Por qué tarda? ¿Qué puede detenerle? exclamaba á cada instante. Conocia que la suerte de su empresa estribaba todavía en una irresolucion ó en un arrepentimiento de su cómplice. Por fin, á las ocho de la noche llega Ney y pide, como para castigarse á sí mismo de la aspereza de su lenguaje en Fontainebleau y de sus protestas en favor de los Borbones, que se le permita y conceda tiempo suficiente para recoger sus ideas y escribir su justificacion antes de presentarse delante del emperador. «No tengo necesidad de que se justifique, respondió éste al prefecto, al anunciarle la llegada de su cuñado; decidle que todo está olvidado, que siempre le he querido, y que lo mismo esta noche, que mañana, están mis brazos abiertos para él.» A primera hora de la mañana, estrechó al mariscal entre sus brazos. «No quiero justificacion ni esplicacion entre nosotros, le dijo con acento conmovido; para mí sois siempre el valiente entre los valientes.—Señor, respondió el mariscal agobiado con el ruido que habia hecho en Francia la promesa de llevar á su emperador y amigo en una jaula de hierro; los diarios han publicado versiones infamantes acerca de mi conducta, pero yo las desmiento; mis hechos y mis palabras han sido siempre las de un buen soldado y un buen ciudadano.—Lo sé, y por eso, dijo Napoleon, nunca he dudado de vuestra adhesion á mi persona.» Pero Ney temblando ya de que su acto culpable pareciese un servilismo interesado y personal hácia un hombre, y conociendo la necesidad de tomar la iniciativa en la interpretacion de su conducta y de cubrir su falta con los colores del patriotismo: «Señor, esclamó interrumpiendo el pensamiento del emperador y levantando la voz; habeis tenido razon, V. M. podrá contar conmigo siempre que se trate de la patria; por ella he vertido mi sangre y estoy dispuesto á verter hasta la última gota.» El emperador comprendió el acento, el ademan, la intencion y el embarazo en la audacia de estas palabras; é interrumpiendo á su vez al mariscal, temeroso de que se dejara llevar mas allá de donde convenia manifestar en público, dijo á Ney: «Tambien á mí me ha conducido á Francia el patriotismo. He sabido que la patria era desgraciada y vengo á librarla de los Borbones. La traigo todo cuanto espera de mí.—V. M., replicó el mariscal, puede contar con nuestra cooperacion. Con la justicia se hace lo que se quiere de este pueblo. Los Borbones se han perdido por haber descontentado el ejército: esos príncipes, continuó, que nunca han sabido lo que era una espada desnuda, humillados y celosos de nuestra gloria, y que trataban sin cesar de humillarnos á su vez. Todavía me indigno cuando pienso que un mariscal de Francia, que un viejo guerrero como yo, tuvo que arrodillarse delante del duque de Berry (y acompañó el nombre del jóven príncipe con un epíteto injurioso), para recibir el abrazo de caballero de San Luis....! ¡Esto no podia permanecer así, y si vos no hubierais acudido, nosotros mismos los hubiéramos espulsado...!» El emperador comprendió que el mariscal, fuera de sí, queria lavar en injurias contra los Borbones, la injuria que pocos dias antes habia dirigido á los Borbones contra él. Dió, pues, un nuevo giro á la conversacion, y preguntó á Ney cuál era el espíritu de su ejército. «Escelente, señor, respondió el mariscal; he creido ser ahogado por las tropas al descubrir vuestras águilas.—¿Quiénes son vuestros generales? volvió á preguntar Napoleon.

—Lecourbe y Bourmont.—¿Estais seguro de ellos?—Respondo de Lecourbe, pero no estoy tan seguro de Bourmont.—¿Por qué, pues, no se encuentran aquí?—Han manifestado alguna indecision, y los he dejado atrás. —Hacedlos detener, lo mismo que á todos los oficiales realistas, hasta mi entrada en Paris: no quiero ser inquietado por ellos en mi triunfo. Estaré allí el 20 ó el 25, si, como espero, llegamos sin combatir. ¿Creeis que se defiendan los Borbones?—Creo que nó, respondió Ney. Ya conoceis al pueblo de Paris que habla mucho, pero obra poco.—Esta mañana he recibido noticias de mis corresponsales de Paris, dijo el emperador, y segun ellas, los mios están prontos á sublevarse. Temo que estalle una lucha entre ellos y los realistas, y no quisiera que una sola gota de sangre manchase mi vuelta. Las comunicaciones con la capital están abiertas, escribid á Maret y demás amigos, que todo se abre delante de mis pasos, y que llegaré á Paris sin haber disparado un tiro.»

Labedoyere, cuya defeccion, señal de todas las demás, habia precedido á la de Ney, y cuya alma se veia ya atormentada por los mismos remordimientos, asistia á esta conversacion y cubria tambien como su jefe la turbacion y ambigüedad de su situacion con alardes de patriotismo. Napoleon los dejó para escribir á la emperatriz, á fin de echar á volar la idea de un acuerdo entre el Austria y él, que no existia. Despues de haber espedido á Viena los correos que no debian llegar jamás, hizo embarcar en el rio á su presencia á los soldados de la isla de Elba, fatigados por tan largo viaje, y algunos regimientos destinados á servirle de vanguardia hasta Fontainebleau y Melun. Mandó detener á los correos de Paris y abrir los despachos y cartas familiares, á fin de conocer por tales confidencias el estado y las esperanzas de los ánimos en Paris. Supo por aquellas correspondencias que habia sido proscripta en persona y que su vida podia correr peligro al acercarse á Paris. Dejó á sus oficiales el encargo de redoblar la vigilancia á su alrededor; pero inquieto por la exaltacion de sus soldados, que ardian en deseos de batirse con las tropas reales, y temiendo que una vez encendida la guerra podia serle menos favorable que la admiracion y el pánico que combatian por él, dictó para el general Cambronne, jefe de su vanguardia, estas palabras: «General Cambronne; os confio mi mas hermosa campaña: todos los franceses me esperan con impaciencia, y no hallareis en todas partes mas que amigos: no dispareis un solo tiro, porque no quiero que mi corona cueste una gota de sangre á los franceses.»

Y acto continuo emprendió su marcha por el camino de Montereau.

XXIV. El duque de Berry habia tomado posiciones con el ejército real, que debia esperar y batir á la columna del emperador, en la mesa de Montereau, donde algunos meses antes habia dado Napoleon su última y afortunada batalla contra los austriacos, y en las frondosas alturas que cubren el camino de Fontainebleau sobre la orilla opuesta del Sena. Enviáronse á Montereau algu[nos] cortos destacamentos de la casa militar del rey, poco numerosos pero [ad]ictos y valientes, que como vínculo de fraternidad fueron agregados y confundidos con los regimientos de infantería y caballería del antiguo ejército. Las tropas tan temerariamente aventuradas fuera de Paris y próximas á las águilas que fascinaban la vista y al corazon del soldado, permanecian en actitud pasiva é inmóvil. El regimiento de húsares que cubria la calzada y puerto de Montereau, no bien alcanzó á ver los esploradores de Cambronne, cuando dió el grito de *¡Viva el emperador!* arrancó sus escarapelas blancas, tendió las manos á los soldados de la isla de Elba, y uniendo á la defeccion el ultraje, se arrojó á galope sable en mano sobre algunos cientos de caballeros de la casa del rey, sus camaradas de campamento, cambiando con aquella bizarra juventud algunas estocadas y pistoletazos, y se colocó á la cabeza del ejército rebelde al que tenia el encargo de batir. Todos los regimientos apostados en los dos caminos de Melun y Fontainebleau siguieron la corriente de la sedicion, é iban incorporándose al ejército del emperador á medida que éste se adelantaba hácia sus posiciones. Los oficiales, los coroneles y los generales, arrastrados tambien por la defeccion, fueron cómplices forzados de sus tropas. Los emisarios, casi todos oficiales polacos, se habian apostado en todas las ciudades y pueblos donde paraban los cuerpos. Aquella raza nómada y turbulenta no tenia nada que respetar en la dignidad de la patria, nada que perder en su ruina. Guerreros y valientes, los hombres de aquella nacion adoraban en Bonaparte el dios de la guerra, y fomentaban en los cuerpos la agitacion que es peculiar á su genio natal. Ellos fueron los instrumentos mas activos de la desorganizacion, lo mismo en Lyon que en Montereau. Mas adelante se los encuentra mezclados en todos los tumultos de nuestras revoluciones, verdaderas teas militares ó civiles, segun que la revolucion es civil ó soldadesca: las revoluciones son su patria.

XXV. Napoleon no pudo menos de manifestar su alegría cuando recibió la noticia de la dispersion del primer cuerpo que le cerraba á la derecha la mesa de Melun y los desfiladeros del bosque de Fontainebleau á la izquierda. Queria vencer, pero consideraba como una doble victoria vencer sin combatir. De este modo veria la Europa que su empresa no era un atentado, sino la espresion del voto nacional. Nombró á Gerard, uno de los generales que se le habian agregado en su viaje, comandante de la vanguardia en reemplazo de Cambronne, á fin de que sus compañeros de la isla de Elba se presentasen ante las murallas de Paris, rodeados y precedidos por sus camaradas de Francia, dando así á su marcha el carácter de una comitiva y nó el de una campaña. Gerard recibió órden de eludir todo combate, aun cuando fuese parcial, contra las tropas del rey. La desorganizacion combatia por él con mas seguridad y menos sanguinariamente.

«Se me afirma, decia el emperador en su carta al general Gerard, que sabedoras vuestras tropas de los decretos de proscripcion contra mí, han resuelto pasar á cuchillo por via de represalias á cuantos realistas encuentren al paso. Os advierto que no encontrareis mas que franceses, y os prohibo combatir. Procurad calmar el ardor de vuestros soldados, desmintiendo los rumores que los exasperan, y decidles que no quisiera entrar en mi capital al frente de ellos si sus armas se hubieran teñido de sangre.»

En Fossard, pueblecillo poco importante y casa de postas en el camino de Fontainebleau, recibió correos de Lyon portadores de las noticias de la sublevacion del Mediodía contra él, de la formacion del ejército de Massena en Marsella y de la marcha del duque de Angulema sobre Valencia y Lyon para interceptarle la retirada por aquel punto y reconquistar las provincias que habia cruzado. Pero Napoleon despreció estos peligros lejanos y aceleró su marcha hácia Paris, seguro de que los ejércitos que se le oponian se disolverian por sí mismos cuando las provincias estremas supieran su triunfo en el centro del imperio.

A poca distancia de Fossard, la caballería del duque de Berry, formada en batalla en el camino de Fontainebleau, que se habia mostrado hasta entonces obediente y fiel á sus deberes, rompió las filas desoyendo la voz de sus jefes, y marchó espontáneamente á reunirse con el emperador. El coronel Moncey, hijo del mariscal de este nombre, adicto á Napoleon por reconocimiento, pero mas adicto por pundonor á su deber, consiguió libertar al regimiento de húsares que mandaba de la seduccion de los demás cuerpos, y se alejó con él atravesando los campos del camino para sustraerle al torbellino general, retirándose hácia Orleans. Los soldados siguieron á su coronel que se avergonzaba de aquel crímen del ejército; pero el amor que profesaban á su valiente jefe, solo pudo obtener de ellos la neutralidad. Cuando se alejaban del camino por donde debia pasar Napoleon, se volvian para gritar: *¡Viva el emperador!* á fin de hacer comprender á Moncey la lucha de sus sentimientos entre Napoleon y él, y que si su corazon les encadenaba á su coronel, su afecto secreto era para el emperador.

XXVI. El camino de Fontainebleau á Paris por el bosque, tan fácil de defender, quedaba, pues, descubierto por falta de defensores. De parada en parada estaban colocados algunos guardias de corps, únicos con cuya fidelidad se podia contar, encargados de llevar á la corte las noticias de la defeccion creciente y bien pronto general.

El emperador dió tiempo al ejército del rey para incorporarse á él, y para que se adelantaran los granaderos de la isla de Elba á Fontainebleau y á Melun. Al caer la noche montó en su carruaje y emprendió su marcha escoltado únicamente por doscientos caballos al mando de los coroneles Germanouski y Luchamp y del capitan Raoul. Algunos polacos, semejantes á los germanos, favoritos de los emperadores y á quienes lanzaban contra el pueblo de Roma, caminaban á los lados del coche con los sables desenvainados. Multitud de antorchas alumbraban esta comitiva. Comenzaba á rayar el dia cuando entró en medio de las aclamaciones de su escolta en el gran patio solitario de aquel mismo palacio de Fontainebleau, testigo de su abdicacion pocos meses antes. La fisonomía de Napoleon no manifestaba asombro, ni terror, ni alegría: parecia que entraba en el palacio de sus padres. El edificio estaba desierto é inhabitado, desamuebladas las habitaciones que habia ocupado en los dias de su gloria, los sirvientes ausentes ó dormidos, é interrumpidas todas las costumbres domésticas por aquel corto destierro. Mientras que se preparaban á toda prisa sus departamentos y su lecho, recorrió los jardines, las salas y las galerías del castillo para ver los cambios que el tiempo ó los nuevos príncipes habian hecho en su morada predilecta, aprobando ó condenando tales innovaciones delante de sus compañeros de la isla de Elba, como si los Borbones hubiesen sido huéspedes temporales ó intrusos en el palacio de Francisco I. Instalóse por aquella noche en las pequeñas habitaciones donde habia sufrido los rigores de la suerte, y donde ahora saboreaba las delicias de su vuelta.

Dictó órdenes de viaje á los cuerpos del ejército para la jornada del siguiente dia, que pensaba pasar aun en aquella residencia, y se acostó bajo la vigilancia de aquellos mismos soldados alojados en los patios de donde habian partido para acompañarle en su destierro.

LIBRO XIX.

Indignacion de Paris contra Napoleon.—El conde de Artois pasa revista á la guardia nacional.—Noticias de la marcha de Napoleon.—Demostraciones realistas de Paris.—Consejo del rey y de los ministros.—Decreto para la clausura de las sesiones de las cámaras.—Partida del rey en la noche del 20 de marzo.—Proclamas de MM. de Chabrol y de Bellart.—El general Excelmans.—Entrada de Napoleon en Paris.—Ovacion militar.—Frialdad de los parisienses.—Entrevista de Napoleon y Cambaceres.—Creacion de su ministerio.—Manifiesto del consejo de estado.—Adhesion de Benjamin Constant.—El emperador organiza su casa militar.—Revistas.—Fuga de Luis XVIII.—Su llegada á Lila.—Defeccion de la guarnicion.—El rey sale de Lila y se establece en Gante.—El conde de Artois en Bethune.—Traslédase á Bélgica.—Entrada del ejército imperial en Bethune.—Alzamiento de la Vendée.—El ejército de Bonaparte detiene la insurreccion.—El duque y la duquesa de Angulema en Burdeos.—El duque parte hácia el Mediodia al saber el desembarco de Bonaparte.—Consejo celebrado por la duquesa de Angulema.—El general Clausel marcha sobre Burdeos.—Combate del puente del Dordoña.—Defeccion de la guarnicion de Blaye.—Entrevista del general Clausel y de Mr. de Martignac.—Capitulacion de Burdeos.—Resistencia de la duquesa de Angulema.—Defeccion de las tropas.—Sale de Burdeos la duquesa.—Pasa á Inglaterra y marcha á Gante á reunirse con Luis XVIII.—Protesta de Mr. Lainé.—Operaciones del duque de Angulema en el Mediodia.—Defeccion de una parte de su ejército.—Combate de Montelimar, de Loriol y del puente del Drome.—El ejército real se restablece en Valencia.—Replégase á Puente-Espiritu-Santo.—El duque de Angulema bloqueado en Lapalud.—Capitula.—Es detenido por Grouchy y conducido á España.—Carta de Napoleon á Grouchy.

I. No participaba la poblacion de Paris del entusiasmo puramente soldadesco que arrastraba al ejército entero tras de Napoleon. A medida que éste se acercaba, amenazando doblegar la voluntad nacional bajo el peso de la amotinada falanje de sus soldados, desarrollábase en todas las almas el sentimiento cívico con mayor energía é indignacion, y esta indignacion contra la violencia de un dictador armado que pretende sojuzgar al pais por medio de la fuerza, se convertia en adhesion cordial, en entusiasmo y en conmiseracion hácia el rey. Deplorábase unánimemente la suerte de aquel príncipe inerme y amenazado, que no tenia otro baluarte que oponer al genio de la guerra y del despotismo para disputarle un pueblo y un trono, que las instituciones, las leyes y los derechos antiguos, rejuvenecidos por un nuevo pacto en armonía con el espíritu y las costumbres de la época. Sus cabellos blancos, su ancianidad, su constancia, sus desgracias pasadas, las de los príncipes de su familia, y especialmente de la duquesa de Angulema, á quien debia alcanzar su catástrofe ó su destierro, despertaban un sentimiento de ternura en todos los corazones. El juramento de combatir y morir por el rey era universal y sincero. Todas las opiniones, desde el republicanismo hasta la supersticion por la antigua estirpe de los reyes, se amalgamaron, animadas por diversos fines, para maldecir al perturbador de la Europa. Los diarios, los cafés, los establecimientos públicos, los jardines, las plazas y las calles no tenian mas que una voz para acusarle. Las gentes se acercaban sin conocerse y se dirigian preguntas, seguras de antemano de que hablaban á un enemigo de Bonaparte. Los alumnos de los colegios que traen á Paris y manifiestan en las grandes crisis los verdaderos síntomas de la opinion de sus familias y provincias, y que comunmente son los primeros que se dejan arrastrar por el brillo de las innovaciones, se habian levantado espontáneamente contra el enemigo de la libertad organizándose en batallones activos é intrépidos de voluntarios para defender á Paris, á la carta y al rey. En sus filas se contaban sin escepcion todos los hombres que se distinguieron mas tarde por su nombre y su talento en las letras, en las ciencias, en el foro y en la tribuna; y la profesion de fé del patriotismo y del liberalismo de su vida entera era el arma que tomaban para defender las Termópilas de la constitucion. Odilon Barrot, digno hijo de tal padre, formaba en la primera fila de aquellos voluntarios que habian solicitado salir de Paris y ser los primeros en presentarse ante las bayonetas de los soldados de Napoleon, resueltos á desafiarlos, á que inmolasen la flor de la juventud de la Francia, ó á morir para protestar por medio del crimen mismo de su muerte contra la esclavitud de su patria.

II. El mismo entusiasmo por la libertad rebosaba en todas las filas de la guardia nacional. Los ciudadanos que la componian, todos ellos hijos, jefes ó padres de familia, cuya mayor parte se sostenian con el ausilio de su trabajo ó de su industria, y obligados á permanecer en sus hogares para proteger á sus mujeres é hijos, no podian, como la juventud rica é independiente de las aulas, alejarse de la capital para una larga campaña. Pero si las tropas reunidas en Villejuif hubieran cumplido con su deber, el emperador habria encontrado á las puertas de Paris la poblacion en masa de la capital en pié delante de él para disputarle la patria. El conde de Artois, comandante general de la guardia nacional, la revistó el 17; al escuchar los gritos que se alzaron de las filas, al ver los voluntarios que salieron de ellas y las lágrimas que se derramaron bien podia asegurarse que en cada uno de los hogares de Paris y de los arrabales se encerraba un enemigo de Napoleon. Los guardias de corps, los mosqueteros y los caballos-lijeros de la casa del rey, que ascenderian entre todos al número de 4.000, acudieron tambien á Paris abandonando los puntos de guarnicion ó de residencia: todos eran fieles adictos á la causa del rey, todos deseaban ardientemente batir al ejército del emperador sin reparar el número y la superioridad de las fuerzas. Eran los hijos de toda la nobleza y alta clase media de Francia, y llevaban inoculado en su sangre el honor y la fidelidad á los Borbones. Muchos de ellos habian servido en los cuerpos escogidos de Napoleon; pero no hubo uno solo que se mostrase débil ó vacilante al frente del peligro, y el único disgusto que manifestaban era por su inaccion en Paris. Rodeaban con una muralla de corazones el palacio de las Tullerías; llenaban los cuarteles del malecon de Orzay y de la Escuela militar y acampaban en los Campos Elíseos, pidiendo á grandes voces que se los permitiera salir al encuentro de los regimientos insurreccionados para dar al rey ó á los príncipes una prueba de su valor ó lealtad; pero el rey, que ya consideraba como perdida su causa, no consintió en que se derramara inútilmente por ella la sangre de tantas familias sacrificadas en las personas de sus hijos. Luis XVIII era el único que no se alucinaba cuando todos los que le rodeaban se adormecian con engañosas ilusiones.

III. El palacio de las Tullerías era un semillero de falsas noticias y de esperanzas de un próximo triunfo. Los capitanes de guardias, el duque de Blacas y los ministros se manifestaban serenos y confiados; y el duque de Feltre decia á los jóvenes oficiales de la casa militar del rey al cruzar por la sala de los Mariscales: «Ocho dias hace que no dormís; ahora ya podeis entregaros al descanso; yo tambien pienso dormir esta noche con la misma tranquilidad que hace tres meses. El general Marchand ha entrado en Grenoble, se ha apoderado de la artillería y marcha con su ejército en seguimiento del usurpador, en cuyas tropas va cundiendo la desercion á toda prisa. Lyon ha sacudido el yugo tan luego como la guarnicion ha evacuado la ciudad, y el mariscal Ney se adelanta con 30.000 hombres para atacarle por los flancos. El ejército situado delante de la capital es incorruptible: Napoleon se estrellará en Paris.» Tales eran las noticias que propagaban y exageraban por todas partes y á las que se daba entero crédito. Pero una hora mas tarde podia leerse en la consternacion de todos los semblantes que acababan de llegar á la ciudad noticias mas verídicas. La ansiedad ó la satisfaccion oprimian ó dilataban alternativamente los corazones, pudiendo decirse que Paris vivió un siglo en aquellos ocho últimos dias de espectativa y de confusion. Pero nada debilitó su entusiasmo por la causa de los Borbones, identificada en aquel momento con la causa de la patria y de la libertad; porque se temia que la entrada de Bonaparte en la ciudad de la revolucion hiciese retroceder un siglo las instituciones que habian sido restituidas al pueblo poco tiempo antes.

IV. Mr. de Blacas especialmente, mas ajeno que cualquiera otro á la verdadera opinion del ejército, á quien solo conocia por los diarios ingleses hostiles á su espíritu é incrédulos respecto á su fanatismo, no podia persuadirse de que Bonaparte se atreviera jamás á desafiar la antipatía nacional que tan claramente se revelaba en los habitantes de Paris, en las cámaras y en las Tullerías; y continuaba tranquilizando al rey, y burlándose de las siniestras predicciones que los hombres mejor

informados hacian dia y noche. «No se atreverá, les decia; el rey de Francia, rodeado de su pueblo, de los representantes del pais y de la nobleza, no será atacado en las Tullerías por un soldado proscripto del trono y del pais.» El mismo Luis XVIII se atrevia apenas á creer en semejante audacia, y hablaba de esperar sobre su trono y con la antigua arrogancia á Bonaparte y sus satélites y desafiarles con la autoridad de la vejez y del derecho. Mr. Lainé, hombre de temple cívico, cuyos modelos solo podrian hallarse en Plutarco, animaba con su impasible heroismo á los representantes y los hacia jurar que moririan sobre las gradas del trono, agrupados en derredor del rey constitucional.

El mariscal Marmont aconsejaba tambien medidas desesperadas de valor. Enviar los príncipes al ejército de Ney, cuya defeccion se ignoraba todavía; sublevar el Franco-Condado por una parte y la Vendée por otra; hacer un llamamiento al Mediodía para que pusiera en marcha sus tropas mandadas por el duque de Angulema; fortificar las Tullerías; defenderse en ellas con las armas y las leyes; y contar con una insurreccion unánime de la capital que hundiria al agresor bajo la reprobacion del pueblo entero: tales eran las resoluciones que la fidelidad del mariscal inspiraba al rey. Sucedíanse los consejos de unos á otros, y nada indicaba en la actitud del rey la desesperacion de su causa ni el pensamiento de abandonar á Paris y mucho menos á la Francia.

V. En la noche del 19 al 20 de marzo se disiparon las últimas posibilidades y esperanzas de resistencia al recibir las noticias de la defeccion total de las tropas del ejército real, de los coraceros en Melun, de los lanceros y húsares en Fossard; la retirada de los guardias de corps, acometidos y perseguidos por sus compañeros de armas, y la entrada nocturna de Napoleon en Fontainebleau. Los generales todavía fieles llamados á consejo, declararon que la sedicion militar habia inutilizado los últimos recursos de defensa, y que desde aquel momento estaban abiertas las puertas de Paris para el ejército de Napoleon. El rey vacilab aun, y siguió por todo el dia en su indecision, porque no podia creer que una nacion como la Francia, tan altiva, tan libre y tan adicta como se mostraba á su causa, diese á la historia el ejemplo de entregarse espontáneamente á unos cuantos soldados acaudillados por un jefe sobre quien pesaba la proscripcion de la Europa. Asi es que hablaba todavía de resistencia y se negaba á hacer ninguna clase de preparativos de fuga, cuando ya los batidores del ejército de Napoleon estaban á las puertas de Paris, y cuando los regimientos acampados de reten en Villejuif habian ya pisoteado las escarapelas blancas para adoptar los colores del imperio. Los voluntarios de las escuelas, los mosqueteros y los guardias de corps, recibieron de sus oficiales hácia mitad del dia la órden de formar en batalla en la plaza de la Concordia, Carrousel y Campos Elíseos, bajo pretesto de marchar á Melun para entrar en accion con las tropas de Bonaparte. Halagados por la esperanza de pelear, acudieron unánimes al llamamiento aquellos valientes realistas cuya sangre hervia de impaciencia en sus pechos ansiosos de derramarla por la causa de sus padres. Toda la noche la pasaron á la inclemencia incomodados por la lluvia y el lodo, en los diferentes puestos que se les habian señalado. Los paisanos de todas condiciones que los rodeaban, no cesaban de manifestar su indignacion contra el ejército y contra Bonaparte. Procuraban avivar el entusiasmo de los voluntarios, les encendian fuego, les llevaban víveres y les pedian armas; no habia entre ellos mas que un solo corazon.

VI. Mientras que en las plazas públicas y en las filas de los defensores del trono tenian lugar estas demostraciones esteriores, unánimes y sinceras, habíase convocado un consejo, que debia ser el último, en el palacio de las Tullerías, donde acudian á reunirse en presencia del rey, del príncipe y de la duquesa de Angulema, los ministros, los mariscales, los generales, el presidente de la cámara de los diputados, Mr. Lainé, y todos los consejeros públicos ó privados de la corona. Ninguno admitia ni aun la suposicion de que el rey saliese de Francia. Evacuar á Paris para impedir una escision sangrienta en la que perecerian á la vez la patria y la monarquía legítima, y retirarse con los cuerpos de la casa militar, los voluntarios y las tropas del Oeste y del Norte, á una provincia y plaza fuerte, fiel á la causa de la monarquía, donde se concentraria la nacion, esperando la decision de la Europa: tal era la idea dominante en todos los ánimos y el sentimiento de todos los corazones. Unos propusieron la Rochela, ciudad rodeada por un lado de provincias adictas, y por el otro del Océano, que facilitaria las comunicaciones y refuerzos de Inglaterra; otros se decidian por el Havre, Calais, Dunkerque ó Lila. El rey eligió esta última como ciudad inexpugnable, en contacto con la Bélgica y que dominaba el departamento del Norte, aquel semillero de soldados, aquella Vendée paciente y reflexiva de las antiguas provincias flamencas. Lila encerraba una fuerte guarnicion de tropas contenidas en su deber por las ideas realistas de los habitantes, y estaba mandada por el duque de Trevisa, inaccesible á la corrupcion y respetado por las tropas, que veian en él el modelo del soldado, el hombre de los campamentos republicanos, el camarada de sus campañas del imperio y el tipo de la lealtad bajo la nueva monarquía. Un hombre de tales circunstancias al frente de aquella provincia, y dueño de una formidable ciudadela, podia sostener al rey en Francia.

VII. El duque de Orleans á su regreso de Lyon fué enviado por órden del rey á Lila, para mostrar á las tropas del Norte, sacadas la mayor parte de la antigua guardia imperial, un príncipe de la familia de los Borbones que tuviese en sí algo del carácter de la revolucion. El príncipe, que habia sido ayudante de Dumouriez en aquellas provincias durante las guerras de Bélgica, creia que el pueblo se acordaria de su juventud y se entusiasmaria con su nombre. Preciso era que el duque de Orleans hubiese dado al rey en sus conferencias de las Tullerías, irrecusables pruebas de su lealtad, para que en tal apuro consintiese el gobierno en enviarle en medio de las mismas tropas que Lefebvre-Desnouettes, los Lallemand y Drouet de Erlon habian querido conducir á Paris para coronarle. Por lo demás, su espedicion á Lyon le habia hecho renunciar á toda esperanza seria por entonces, y probablemente pensaba mas en sembrar su futura popularidad en el ejército, que en hacer una resistencia larga y victoriosa al enemigo de su estirpe.

El duque de Borbon no alcanzaba en la Vendée mas que sumisiones y acatamientos. Aquellas provincias no habian tenido tiempo de armarse, y los sucesos marchaban con mas rapidez que su entusiasmo.

VIII. En la noche del 19 de marzo redactó Luis XVIII el preámbulo del decreto por el que mandaba se cerrasen las sesiones de las cámaras, á fin de que al entrar en Paris el vencedor, no hallase en la asamblea nacional un instrumento de poder, un pretesto para imponer la obediencia legal á la patria ó un medio de esclavizarla. Al mismo tiempo convocaba á una nueva sesion de los cuerpos legislativos mientras que durase la invasion de la capital, en cualquiera de los puntos del reino donde fijara el rey su residencia: «Podriamos, decia Luis XVIII, y decia la verdad, podriamos aprovecharnos de las fieles y patrióticas disposiciones de la inmensa mayoría de los habitantes de Paris para disputar á los rebeldes la entrada en nuestra capital, pero nos estremecemos al considerar las incalculables desgracias que traeria sobre Paris un combate dentro de vuestras murallas. Iremos mas lejos á reunir fuerzas; iremos á buscar, nó súbditos mas amantes y adictos que los ciudadanos de Paris, sino franceses colocados en posicion mas ventajosa para declararse en favor de la buena causa. Confiad en que muy pronto regresaremos á este pueblo á quien traeremos por segunda vez la esperanza, el bienestar y la paz.»

Autorizó tambien al baron de Vitrolles, mas apto por su actividad y por su audacia para conspirar que para gobernar, para que se trasladase como delegado á Tolosa, á fin de sostener y avivar en el Mediodía de su patria los focos de resistencia é insurreccion contra Bonaparte.

IX. El pueblo de Paris ignoraba todavía la resolucion de marcha tomada en las Tullerías, esperando una postrer tentativa de combate, y una salida del duque de Berry ó del conde de Artois durante la noche á la cabeza de ocho ó diez mil hombres de la casa militar del rey, voluntarios y varios regimientos de granaderos, húsares y cazadores de la guardia real, formados de los restos de la guardia imperial, pero de acrisolada fidelidad al rey y á los príncipes. Antes de la caida de la tarde fueron revistados, asi como los guardias de corps, agrupándose al rededor de los príncipes y mariscales una inmensa multitud que exhortaba á los regimientos á esperar bien de la Francia; y como si el pueblo hubiera ya presentido la partida nocturna del rey, invadia tambien los jardines, los patios y los malecones que rodeaban al palacio, dirigiendo sus miradas y estendiendo sus manos hácia los balcones de los aposentos del príncipe, tratando de alcanzarle á ver á través de las vidrieras, y atendiendo á los menores movimientos de las personas que iban y venian por el interior, y á las señales y preparativos que pudieran revelar el pensamiento de una partida en los movimientos de caballos, coches ó escoltas, al rededor de la morada del rey. Al espirar el dia empezó á circular un vago rumor de que el rey habia resuelto no abandonar un pueblo que le daba tantas muestras de lealtad. La multitud se retiró silenciosa á sus casas, esperando que tomase otro rumbo la fortuna y pusiese á salvo lo que al parecer estaba ya perdido. El rey se aprovechó de aquel momento de soledad y de silencio para alejarse. Durante el dia hubiera sido imposible la partida, porque el entusiasmo y el delirio del pueblo le hubieran disputado el paso. Nunca habia mostrado Paris tan vehemente y acalorado entusiasmo en favor de la desgracia; todos los ánimos se hallaban agobiados con la idea de las catástrofes del siniestro reinado que iba á inaugurarse con la salida del rey.

X. Los coches secretamente enganchados entraron á media noche

en los patios, y á su vista los oficiales de la guardia nacional y los ciudadanos armados que estaban de servicio en palacio, se lanzaron en confusion á las salas y escaleras del alcázar como para oponerse á la partida. Mariscales, generales, oficiales, funcionarios públicos, jóvenes entusiastas por la vuelta del rey ó compañeros suyos de destierro, ciudadanos ligados al rey por la carta, hombres del antiguo régimen arrastrados allí por el sentimiento y por la conformidad de las desgracias; cortesanos, magistrados, comerciantes, pares y diputados dispuestos que habian quedado alerta para velar por el soberano de sus esperanzas y de su pensamiento con el corazon y con la espada, se derraman en confusion irritados, desesperados y llorosos por las galerías y pórticos por donde debia pasar la monarquía pacífica y liberal para alejarse de nuevo de la Francia. Un murmullo melancólico, sordas imprecaciones contra el violador de la patria, sollozos mal comprimidos se escapaban de todos los pechos; los semblantes, pálidos de emocion, parecian mas lívidos y febriles á los reflejos de las antorchas de viaje, conducidas por los pajes y domésticos. El rey se presenta por fin, y á su vista elévanse infinitas aclamaciones, y unos tienden sus brazos, otros doblan la rodilla y otros inclinan hácia el suelo su frente. El rey se adelanta con trabajo, apoyado en el brazo del duque de Blacas y rodeado de los príncipes y de sus mas íntimos amigos. Su semblante no revela temor, pero lleva el sello de las desgracias de su casa y de su patria; sus miradas se fijan con dulzura y majestuosa tristeza en todas aquellas fisonomías que reconoce y á las que saluda con un lijero movimiento de cabeza; sus ojos se humedecian al considerar las calamidades de su pueblo. Atraviesa sin proferir palabra aquella hilera de servidores, familiares, cortesanos y simples ciudadanos, que se abre y se cierra á su paso. Unos se avalanzan hácia sus manos á besarlas, otros tocan los faldones de su casaca como para retener una impresion de su persona, y todos prorumpen en gemidos y se anegan en lágrimas, como si asistieran al funeral del reinado ó á la agonía de un padre del pueblo. Al pie de la escalera miles de espadas se cruzan sobre su cabeza como para hacer el juramento de defenderle ó de vengarle. Al tiempo de montar en el coche dirigió al pueblo estas palabras: «Perdonadme, hijos mios; perdonadme la espresion dolorosa de una separacion que me es tan sensible como á vosotros, pero necesaria para la Francia. Quiero conservaros para mí, y conservarme para vosotros. No tardaré en volveros á ver. Dios sabe bajo qué auspicios.» El duque de Berry y el conde de Artois le ayudaron á subir al coche, cerraron la portezuela y se inclinaron viéndole alejarse. El rey no habia querido llevar consigo escolta alguna hasta San Dionisio, temiendo llamar la atencion por su tránsito. Las calles que atravesó ignoraban que aquel coche se llevaba un reino. Un solo oficial de guardias de corps á caballo seguia al carruaje del rey á alguna distancia. La crudeza de la estacion, la noche oscura y tempestuosa, la lluvia que azotaba los cristales, las ráfagas del viento que silbaban en las calles de París, y en fin, el cielo encapotado de marzo, parecian participar de la tormenta de aquella corte, de aquella capital y de aquel pueblo.

Los suizos de la guardia, que habian sido enviados en la vanguardia del ejército del duque de Berry, hácia Melun, como un cuerpo mas incorruptible, porque era estraño á las discordias civiles de la nacion, y mas fiel, porque tenia que vengar la sangre de sus padres y hermanos derramada el 10 de agosto de 1792, recibieron órden de replegarse hácia San Dionisio, para proteger el paso del rey. El prefecto de Melun, faltando á su juramento lo mismo que el de Auxerre, habia ofrecido su departamento á Napoleon; de modo que el rey solo tenia abiertos los caminos del Norte y del Oeste.

XI. Al mismo tiempo los regimientos de la guardia real y los guardias de corps, formados en batalla en la plaza de la Concordia, se pusieron en movimiento á las órdenes del mariscal Marmont que habia recibido de los príncipes el mando del ejército destinado á cubrir la retirada del rey y seguirle á marchas forzadas hasta reunirse con él en Lila. Aquellas tropas ignoraban la partida del rey y creian que se las conducia á Melun para batir las columnas de Bonaparte. Nada supieron del suceso de la noche ni del destino que habia de dárselas hasta que llegaron á la puerta de San Dionisio, desde donde tomaron el camino del Norte. La poblacion de París, despertada por el choque de los caballos y de las armas, acudia solícita á su paso desde todas las puertas y ventanas iluminadas por la ansiedad de los habitantes: los hombres, los niños y las mujeres les dirigian hermosas despedidas, recomendándoles el cuidado del rey, y les bajaban vino y provisiones de viaje, como si todas las familias de París hubieran reconocido á sus hijos ó hermanos en aquella juventud.

Los arrabales, ordinariamente tan agitados á los síntomas de las revoluciones, se manifestaban tan taciturnos y afectados como los cuarteles ricos de la ciudad. Sus moradores, empobrecidos por las largas guerras y aniquilados por las conscripciones, empezaban á sentir los bienes del trabajo y de la industria, consecuencia de la paz. A pesar de todo amaban al ejército y no veian con tanta indignacion como la clase media su deslealtad y el olvido de sus deberes al escuchar la voz de su antiguo caudillo; pero preveian las calamidades y humillaciones que traeria sobre el pais una segunda invasion de la Europa para reprimir aquella invasion de la gloria. En fin, el pueblo se manifestaba sensible á las grandes escenas de la patria, y la naturaleza, mas bien que la política, obraba sobre él en aquel momento. Un rey abandonado por su ejército, vendido por sus generales, desposeido del trono y proscripto de aquella patria donde habia creido terminar sus dias; su avanzada edad, sus cabellos blancos, sus enfermedades, su familia tal vez sin asilo en Europa dentro de breves dias; aquella princesa que no podria ya llorar sus recuerdos de prision y de cadalso sobre la tumba de su padre; aquella bella y fiel juventud de la casa militar del rey que se desterraba de sus familias por seguir al padre de la patria; aquella noche terrible, la aspereza de la temperatura, la tempestad, la lluvia, las antorchas cuya luz reflejaba en las armas; todos esos objetos pavorosos, siniestros, casi fúnebres, enternecian al pueblo y parecian á sus ojos presagios de solemnes calamidades sobre aquella ciudad de donde Napoleon espulsaba la monarquía, la paz y la naturaleza. Tal fué la partida del rey y de su ejército en la noche del 20 de marzo.

Apartémonos por un instante de estas escenas y volvamos á Fontainebleau, donde todas estas calamidades eran triunfos, y todas estas tristezas alegrías.

XII. Mr. de Lavalette, uno de los cómplices mas activos de Napoleon en París y que se habia apoderado durante la noche de la administracion de postas, espulsando á Mr. Ferrand, envió un correo á Fontainebleau, que llegó allí por la mañana, con la noticia tan vivamente deseada de la partida del rey. Napoleon bendijo su fortuna que de este modo le ponia á cubierto, si no del riesgo, á lo menos de la odiosidad de entrar á mano armada y rompiendo las puertas á cañonazos en la capital y en el palacio. Mandó llamar á sus jefes y revocó la órden dada el dia anterior de reunir su ejército en Essonne. Madama Amelina, mujer bulliciosa, ansiosa de fama, complicada en todas las intrigas de la familia Bonaparte y que bajo la lijereza de su sexo ocultaba las tramas de aquella conjuracion, le escribia animándole á que precipitara su llegada á la capital. «A París esta noche, esclamó Napoleon; el rey y los príncipes han emprendido la fuga; esta noche dormiré en las Tullerías.» ¡A París! repitieron sus cortesanos y compañeros de la isla de Elba. ¡A París! gritaron tambien de regimiento en regimiento y de uno en otro puesto todas sus tropas. Los granaderos de la isla de Elba y los fogosos polacos, que se habian comprometido á bordo del *Inconstante* á hacer una entrada triunfal y soldadesca en París, olvidando sus fatigas manejaban con lijereza sus armas, recorrian los arreos de sus caballos, apoderábanse de todos los carros y coches que hallaban en el camino, dejaban á los paisanos y muchachos de las aldeas que llevasen sus mochilas, y querian llegar de dia á las puertas de la capital, á fin de dar mayor esplendor á su vuelta victoriosa.

Napoleon contuvo su arrojo y les prohibió que continuasen su camino. Mas político que impaciente, conocia que el aspecto de su guardia y el tumulto que rodearia á aquellos granaderos y polacos henchidos de jactancia, darian á su entrada en París la apariencia de una conquista humillante de la capital por sus soldados, y quiso que le precedieran y acompañaran los cuerpos del ejército distribuidos por su camino, tránsfugas voluntarios de la causa de los Borbones. Queria especialmente aguardar la caida del dia, como lo habia hecho en Grenoble y en Lyon, ya porque sospechase algun lazo, ya porque la indignacion del pueblo le hiciese temer la desesperacion de un motin ó el arma de un asesino. Toda la mañana del 20 de marzo la ocupó en recibir las felicitaciones de sus afectos de París, solícitos en acudir á reclamar el pago de sus servicios, y en dar algunos paseos para matar el tiempo por la biblioteca, las galerías y los jardines del castillo de Fontainebleau. No subió al coche hasta la hora en que el sol empezaba á declinar, y atravesó con una pequeña escolta, pero por medio de una hilera de soldados y paisanos en marcha, las colinas del bosque, testigos de su lujo y de sus cacerías en otro tiempo. Su viaje á París no fué mas que una inmensa sedicion triunfal, en que la indisciplina y la embriaguez del soldado rivalizaban con la turbulencia de la poblacion de aquellas ciudades y aldeas en desórden. La noche tendió sobre París su manto aun antes de que Napoleon alcanzase á ver sus campanarios. Habia hecho esparcir la noticia de que no llegaria hasta el dia siguiente.

XIII. La ciudad, despues de la partida del rey, permaneció durante toda la noche y siguiente dia 20 de marzo en el interregno y en la inmovilidad del estupor, que siguen, así en los pueblos como en los hom-

bres, al golpe de los grandes acontecimientos. Aquella masa inmensa y agitada de la poblacion de una gran capital estaba gobernada únicamente por esa fuerza instintiva de cohesion que sostiene un momento á las sociedades despues de haberse conmovido sus cimientos. Este fenómeno, que se observa siempre en las revoluciones cortas inesperadas, tiene tambien otra causa, á saber: la incertidumbre de lo que va á suceder, y el temor que todos los hombres y todos los funcionarios abrigan durante algunas horas de perder sus fortunas y sus puestos declarándose con demasiada precipitacion en favor de la causa que tal vez no triunfará: tal fué Paris durante aquel dia de espectativa. Bonaparte estaba próximo á entrar en las Tullerías, pero nadie podia persuadirse de que el rey saliese de Francia, y que aquella monarquía, acompañada de un ejército por comitiva, de los suspiros y lágrimas de una nacion, y que se acogia al seno de las provincias mas realistas, se veria reducida á mendigar dentro de muy pocos dias un asilo en pais estranjero.

XIV. Nada turbaba la tranquilidad de la poblacion. La autoridad ya no existia, pero el pueblo se contenia por sí mismo, como suspenso entre dos sentimientos iguales. El prefecto de Paris, aquel mismo Mr. de Chabrol, á quien el rey habia conservado en el puesto donde le halló y que Bonaparte iba á encontrar á su vez, tenia aun las riendas de la administracion municipal, confundida por escepcion con la administracion del departamento. Sin imitar el cobarde ejemplo de los dos prefectos nombrados por Luis XVIII, que habian prosternado sus departamentos delante del enemigo del rey, dirigió al pueblo una atrevida proclama, en la que le recordaba su reciente entusiasmo á la llegada de aquel príncipe pacificador y le echaba en cara de antemano su ingratitud é infidelidad si desmentia los sentimientos tantas veces jurados á los Borbones ante un soldado rebelde á su patria y á su misma abdicacion. Estampó su nombre al pié de la proclama entregándole así anticipadamente á la proscripcion. El pueblo la leyó en las esquinas de Paris durante todo el dia 20 en medio de los aplausos y de las lágrimas. Tambien el consejo municipal, autoridad esclusivamente popular, dirigió por su órgano, Mr. Bellard, hombre enérgico aunque exagerado, otra proclama llena de retos, injurias ó imprecaciones contra el usurpador de la carta, de la nacion y del trono; pero Mr. Bellard no esperó, como Mr. Chabrol y Mr. Lainé, la llegada del soldado á quien desafiaba, y se proscribió él mismo despues de publicado su documento. Los ministros habian seguido al rey ó se habian retirado por diversos caminos. El prefecto de policía Bourrienne, tránsfuga de la amistad de Napoleon á la policía de los Borbones, habia emprendido la fuga para evitar la venganza de su antiguo señor ofendido. Los principales sectarios de Napoleon empezaron á mostrarse, aunque sin estrépito, durante el dia, y apoderarse, bien por audacia como Mr. de Lavalette, de las postas, bien por una prudente transaccion con Mr. de Chabrol, de los elevados empleos del gobierno en Paris, para evitar los desórdenes y las calamidades de una anarquía. El conde de Montesquiou, cuya familia pertenecia casi toda á la causa de Napoleon, por los muchos favores que habia recibido bajo su reinado, tomó el mando de la guardia nacional en reemplazo del general Dessolles, que recordaba á Napoleon el odio de Moreau, su antiguo compañero de armas y de reveses. La guardia nacional convocada para aquella tarde en el jardin de las Tullerías, en el patio del alcázar y en el Carrousel, se habia reunido sin saber si se la llamaba para protestar contra la invasion de la ciudad ó para saludar la vuelta del dictador. Compuesta casi en su totalidad de realistas, esforzábase en acallar el grito de su indignacion; incierta hasta el último momento de si recibiria ó rechazaria las primeras columnas que intentaran ocupar las Tullerías en nombre de Napoleon; decidida, por último, á entregarlas al ejército y á su jefe en la imposibilidad de defenderlas; pero deseando que el atentado político de que se lamentaban todos los buenos ciudadanos se efectuara al menos en órden sin deshonrar el palacio y sin manchar la ciudad de sangre, manifestaba en su agitacion y sordos murmullos el disgusto y encontradas sensaciones que reinaban en sus filas.

XV. Tales eran las disposiciones de la guardia nacional, compuesta en su mayor parte de la clase media de Paris. Los cómplices militares de Napoleon, oficiales licenciados á medio sueldo, habian sido citados en masa á San Dionisio hacia algunos dias, para pronunciarse cuando fuera tiempo, seducir la fidelidad de las tropas, y repetir en Paris la defeccion de Labedoyere y de su regimiento en Grenoble y la del general Brayer, comandante tránsfuga de Lyon. Contenidos hasta entonces en San Dionisio por los guardias de corps, los voluntarios de las escuelas, los suizos y los regimientos de la guardia, que habian pasado allí la noche y cuyas últimas columnas no se pusieron en marcha hasta la mañana del 20 de marzo; aquellos oficiales reunidos para formar el núcleo de la sedicion militar, no se pronunciaron hasta mitad del dia. El general Excelmans, soldado intrépido y aventurero, verdadero tribuno militar formado por la naturaleza para conmover á las tropas; dotado de una elevada estatura, de una fisonomía franca y marcial y de un alma ardiente que le inspiraba su elocuencia de fuego, era quien tenia el mando de aquella falanje en que estaban simbolizados el descontento, la humillacion y la venganza del ejército acampado á las puertas de Paris. Los numerosos soldados licenciados de los alrededores, orgullosos al ver otra vez sus jefes y sus banderas y animosos de presentarse á participar de la gloria participando de la revolucion, se habian apiñado al rededor de aquel batallon de oficiales. La plebe móvil y tumultuosa de los arrabales de la capital, turba envilecida siempre por su miseria, y siempre dispuesta á seguir la corriente de las sediciones, se habia incorporado tambien á los precursores de Napoleon en San Dionisio. Adornados con sus escarapelas, sus banderas, sus condecoraciones imperiales, sus uniformes conocidos y amados por el pueblo; con ramos de laurel en las manos y águilas clavadas en altas picas, se lanzaron á los gritos de *¡Viva el emperador!* que iban repitiéndose por su tránsito, en los grandes arrabales de Paris que desembocan de Charenton en San Dionisio y de la Villette en los boulevards. Por todo el camino fueron reclutando hombres, mujeres y muchachos, sin mas opinion que la curiosidad, sin mas objeto que el tumulto ni otro domicilio que la calle. Aquella comitiva, aunque numerosa y efervescente, no conseguia sublevar á la masa laboriosa y sedentaria del pueblo: era una columna de invasion, mitad soldadesca, mitad demagógica, que atravesaba la ciudad sin mezclarse con ella. La tristeza, el escándalo y hasta el despecho se dejaban ver claramente en todos los semblantes, en los barrios donde los soldados y el populacho hacian resonar sus gritos y á cuyo tránsito se cerraban las tiendas y ventanas. Paris vencido, pero nó resignado, protestaba por medio de la soledad y del silencio.

XVI. La multitud curiosa y voluble de los arrabales del este, del oeste y del mediodía de Paris y los pocos partidarios que contaba el emperador en los barrios interiores, se habian acumulado desde por la mañana, guiados por el solo instinto de los grandes espectáculos y por la curiosidad de ver á aquel hombre que movia al mundo, entrar en el palacio de su gloria llevado en brazos de sus queridos granaderos. Aquella escena, una de las mas patéticas de la historia, no podia dejar de atraer millares de espectadores. Hasta los mismos que habian visto con alegría caer al gran gladiador del circo europeo, deseaban verle levantarse del polvo, aunque no fuese mas que para verle otra vez caer y morir. El Carrousel rugia como un mar de hombres, de donde salian oscilaciones, murmullos y algunos clamores opuestos de *¡Viva el rey! ¡Viva el emperador!* Los gritos de reprobacion contra éste eran, sin embargo, los que dominaban durante la mañana; pero á medida que el dia iba declinando y que se aumentaba la impaciencia, principal pasion de las masas, se aumentaban con ella los gritos de *¡Viva el emperador!* Los mas indiferentes y hostiles pocas horas antes, acababan por llamar al gran actor para que llenase la escena por tanto tiempo sola, y concluyese el drama suspendido por tan largo rato. Tal es el pueblo: apenas podian las verjas resistir al empuje de aquellos veinte mil afortunados.

XVII. A tal tiempo desembocaba por los postigos del Carrousel la columna de paisanos, soldados y oficiales á medio sueldo, especie de tribu popular mandada por Excelmans, y abriéndose paso por entre la multitud á los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Abajo los Borbones!* decidió los ánimos de aquella gente indecisa que rompió en estrepitosos aplausos. La columna de Excelmans, precedida por algunos coraceros á caballo, reclutados en San Dionisio, y seguida de dos piezas de artillería, se adelantó hacia la verja para hacer abrir sus puertas y apoderarse del palacio donde queria instalar á su emperador. La guardia nacional se negaba á entregarle á no ser á Napoleon en persona; pero Excelmans se acercó y parlamentó con los jefes de la guardia cívica, quienes juzgaron mas prudente entregar el palacio á un general bonapartista, jefe de la sedicion popular, pero enérgico y respetado por sus cómplices, que recibir el asalto de las masas irresponsables, miserables y turbulentas que llenaban la plaza. Entre todas las sediciones parecen las menos temibles para los hogares de los ciudadanos las sediciones militares, porque reina en ellas cierto órden que templa la furia de la anarquía, y un resto de disciplina obliga á los mismos indisciplinados á someterse á un jefe. Excelmans penetró con su caballería, sus cañones y su batallon de oficiales sin tropas; cerró las verjas, se apoderó de las puertas del palacio é hizo desplegar en la cúpula del torreon de las Tullerías una ancha bandera tricolor como para señalar el domicilio del jefe y del ejército que le habian paseado por toda la Europa. La guardia nacional, juzgando que ya nada tenia que hacer en lo sucesivo al rededor de aquella morada que acababa de ser conquistada por la sedicion, se dispersó poco á poco, y sus individuos, unos guardando su escarapela

blanca, otros adornándose con la del ejército, y la mayor parte no tomando ni una ni otra, se retiran contristados á sus hogares para esperar lo que aquella noche decidiese de la patria.

La multitud se dispersó tambien sin agitacion ni violencia á sus casas, cansada sin duda de ver burlada su curiosidad despues de tantas horas. Solo quedó en el Carrousel y sobre el malecon un corto número de grupos diseminados, compuestos de los mas fanáticos ó de los mas adictos, para desempeñar el papel del pueblo ausente en la escena preparada por los conspiradores bonapartistas para pregonarla al siguiente dia á la Francia y á la Europa.

XVIII. Largo tiempo hacia ya que las tinieblas cubrian á Paris: el emperador habia detenido ó apresurado su marcha para no llegar antes de la noche á la capital, y para llegar, no obstante, el 20 de marzo, aniversario del nacimiento de su hijo. Sin mas creencia religiosa que la política, que se burla de la fé de los pueblos, Napoleon abrigaba, sin embargo, la vaga supersticion del acaso, que él apellidaba estrella, y cuyo culto celebraba por esas coincidencias de fechas que se llaman aniversarios. Las mas rebeldes inteligencias se ven subyugadas á aceptar y adorar el misterio y el infinito: el hombre que no cree en Dios, cree en el destino.

Napoleon, despues de haberse adelantado á sus granaderos de la isla de Elba, á los que mandó hacer alto en Essonne por el motivo que ya hemos indicado, continuó su marcha hácia Paris, escoltado por algunos oficiales, soldados de á caballo de los diferentes regimientos que habia ido dejando tras sí y un centenar de sus polacos de la isla de Elba, verdaderos mamelucos del Norte, consagrados á su culto, y cuyos uniformes, fisonomías, voces y ademanes, comunicaban por su tránsito el entusiasmo á la vez guerrero y servil de que se hallaban animados hácia Bonaparte. Sus generales y amigos habian salido á caballo á su encuentro, gozosos de volver á hallar un amo para llegar á ser por su medio los amos del imperio, y rodearon su coche de viaje, en cuyo interior se le alcanzaba á ver pálido y febril, á la luz de las antorchas que los soldados agitaban delante de los caballos. De este modo entró en Paris, como en un vivac despues de un dia de batalla. Un profundo silencio y una melancólica soledad reinaban en las calles, en los baluartes nuevos y en los malecones por donde cruzó para llegar al puente de Luis XVI, avenida de su palacio. Algunos grupos rezagados del pueblo, que le esperaban desde la aurora en la estremidad del puente y en el malecon de las Tullerías, saludaron su coche con algunos vivas aislados. El carruaje entró á galope en la bóveda de la galería del Louvre que desemboca del malecon en el patio y se detuvo al pié de la escalera del pabellon de Flora.

XIX. Allí se vió inmediatamente rodeado de su pueblo, el pueblo de sus campamentos y de su corte. Los tres ó cuatrocientos militares de todas armas y graduaciones, generales, oficiales, subalternos y soldados, no bien oyeron rodar el coche cuando se precipitaron delante de los caballos, á las portezuelas y á las ruedas, como los adoradores de la India bajo el carro de su ídolo, y abriendo el coche con la violencia del fanatismo, sacaron al emperador sobre sus brazos entrelazados y le llevaron á la luz de las antorchas y á los gritos de delirio y de frenesí, de grada en grada, y á través de las salas y departamentos, hasta el gabinete y alcoba de Luis XVIII, donde todo atestiguaba la precipitacion de una partida nocturna, y donde se veia aun la huella de las lágrimas derramadas por el rey y sus servidores al pronunciar sus tiernas despedidas. En medio de aquella embriaguez, concentrada esclusivamente en un corto número de familiares interesados en su triunfo y en el interior de sus habitaciones, Napoleon y sus compañeros de la isla de Elba no pudieron menos de sentir una impresion de tristeza y de amargo disgusto al notar la soledad y el silencio de la capital. Despues de haber atravesado el mar y la Francia, precipitado su marcha, levantado un ejército y hecho frente á la Europa, ¿no merecia otra acogida que la frialdad y el horror del pueblo, el aislamiento y la noche?

XX. No cesaba de tranquilizarse á sí propio y á sus cortesanos y cómplices contra tal injuria, repitiendo mil veces y con afectada confianza á cuantos llegaban á felicitarle, las mismas espresiones, síntomas de las inquietudes de su alma, palabras que queria evidentemente imprimir como una contraseña en los labios de todos: «No sois vosotros, no son vuestras maquinaciones y simpatías las que me traen aquí, sino las personas desinteresadas, los oficiales y soldados que lo han hecho todo; el pueblo y el ejército, á quien todo lo debo.» Notábase claramente que la idea de su invasion pesaba sobre su política, y que queria desde un principio, y aun á riesgo de descontentar á los cómplices de su vuelta, atribuir esta únicamente al pueblo. Mas si este no protestaba con su oposicion cívica, lo hacia en general con su dolor y su alejamiento. Jamás se vió en los anales de la historia mayor audacia en la usurpacion de un trono, ni tan cobarde sumision de una nacion á un ejército. Aquel dia perdió la Francia una parte de su carácter, la majestad de su ley, la libertad de su respeto. El despotismo soldadesco quedó sustituido á la opinion, los pretorianos se burlaron del pueblo, y el bajo imperio de Roma representó en la Galia una de esas escenas que envilecen la naturaleza humana y degradan á la historia. La única escusa de aquel acontecimiento pudiera encontrarse en la humillacion á que se habia acostumbrado el pueblo en diez años de gobierno militar, en el fanatismo que diez años de prodigios habian inoculado en el ejército, y en el carácter heroico y sobrenatural de que estaba rodeado su ídolo. Pero no tardó este mismo héroe en espiar su atentado contra la nacion que acababa de robar, hallando en su propio palacio la humillante necesidad de transigir con sus cómplices; las exigencias de las opiniones, que debia captarse por medio de continuos sacrificios; la obligada division del poder con sus enemigos secretos; las ambiciones, las maniobras, las intrigas y las traiciones del palacio de los césares. Habia querido reinar á toda costa, y mas bien que á imponer el reinado iba á mendigarle; á comprar la adhesion de todos por medio de concesiones vergonzosas; á temblar delante de aquellos á quienes otras veces hacia estremecer una de sus miradas; á ser esclavo de los mismos que habia venido á encadenar; á sufrir las quejas, contradicciones, veleidades é insolencias de los cuerpos políticos, y á acogerse á los campamentos, donde no encontraria ya la victoria, por huir de una corte donde no encontraba la seguridad. La primera noche que pasó sin conciliar el sueño en las Tullerías, inauguró la venganza de su triunfo y la espiacion de su fortuna.

XXI. El derecho de conquista no podia satisfacer á la Francia, que habia ya gustado los beneficios de la libertad: por lo tanto era preciso que Napoleon diese algun carácter á su gobierno. Una dictadura brutal y desenmascarada hubiera sublevado todos los ánimos; pero sin dictadura ¿cómo disolver en el interior los partidos y hacer frente á la Europa, mas coaligada que nunca contra él? Habia engañado á la Francia con insinuaciones y mentiras propaladas á sabiendas acerca del acuerdo que suponia existir entre el Austria y él, y de la correspondencia simulada que fingia sostener con la emperatriz María Luisa en Viena. Semejante artificio, mas digno de un cómico que de un héroe, habia podido muy bien alucinar durante su espedicion á unos cuantos soldados rudos y á algunos paisanos ignorantes; pero estos ardides iban á ponerse de manifiesto ante la opinion ilustrada de Paris y á disiparse las ilusiones mentirosas con que se habia entretenido al pueblo. No tardaria en verse que el único beneficio reportado á la patria por la vuelta de aquel hombre, tan deseado otras veces y hoy tan funesto, seria la necesidad de un reclutamiento general de toda la fuerza militar de Francia, y el gravámen de un gran impuesto para pagar aquel inmenso ejército. Para obtener de la nacion semejantes sacrificios, era indispensable ofrecerla alguna de esas grandes compensaciones que pueden servir de contrapeso, si no en lo presente, á lo menos en lo futuro, al oro y á la sangre de los pueblos. Necesitaba evocar la revolucion insultada, pisoteada y proscripta por él, y ofrecerla bajo el imperio de la necesidad cobardes arrepentimientos é imprudentes concesiones que, á pesar de todo, nunca podrian satisfacerla ni tranquilizarla viéndolas caer de la mano de su mas implacable enemigo. Para que la revolucion aceptase siquiera momentáneamente tales arrepentimientos y concesiones, era necesario darla garantías, y estas garantías solo se encontraban en aquellas personas cuyos nombres habian conservado mas simpatías con el espíritu revolucionario; esto es, los antiguos republicanos. Pero entregar el gobierno despótico en manos de los republicanos, era entregarse él propio á merced de la revolucion. Despues de haberse servido del emperador para vencer y rechazar á la Europa, aquellos hombres se servirian de las instituciones representativas y del pueblo para estrechar ó aniquilar al emperador. Por otra parte, aun cuando este diese á los republicanos participacion en sus consejos, los republicanos no podrian fiarse de aquel á quien debian secundar, porque despues de haberse servido de ellos para llamar al pueblo á las armas, la victoria daria al jefe venturoso de los ejércitos un ascendiente tal, que no podria ser contrabalanceado por una constitucion en Paris, y que á su vuelta triunfal de la frontera romperia indudablemente con las cosas y los hombres con quienes habia necesitado contemporizar por unos cuantos dias. La situacion del emperador en Paris, y de los republicanos, cuya alianza tenia que solicitar, consistia en un doble juego de observaciones, intrigas, astucias y traiciones, en el seno mismo del gobierno y del palacio: el emperador halagaria á los republicanos para utilizar su popularidad revolucionaria, deshaciendose de ellos cuando consolidara su triunfo; los republicanos por su parte halagarian al emperador para tener á su favor la popularidad militar, deshaciendose de él tan luego

como les desembarazase de los Borbones y de la coalicion. El genio italiano de Bonaparte y el maquiavélico de Fouché representaban esta encontrada situacion. ¿Qué gobierno podia esperarse de esta mutua intriga, sino un gobierno débil y equívoco? El emperador lo conoció bien pronto y se humilló bajo el peso de la falsa situacion que habia querido arrostrar tan temerariamente para su carácter y dignidad. Conferenció en secreto con sus antiguos consejeros de mas confianza; tomó parecer de todos ellos, divagando entre la dictadura que le enajenaba las simpatías del pueblo, y las concesiones que le arrebataban su propio ascendiente, y se decidió á confiarse al tiempo y á lo que él llamaba su estrella, que no era otra cosa que la accion de una alta inteligencia sobre su destino, y que no podia ya lucir en semejantes tinieblas. Se resignó á ceder ante todos basta que pudiera levantarse con altivez, coronado por la victoria y arrollar á todos delante de sí. Su naturaleza, aunque imperiosa en el triunfo, se mostraba dócil en las adversidades; sabia amoldarse á las circunstancias y adoptar las formas de todas las opiniones, como lo habia hecho al principio de su carrera en Tolon en tiempo de Robespierre, y en Paris en la época de Barrás; en una palabra, sabia imitar á cierta clase de animales, que no pudiendo ya defenderse luchando, se fingen muertos y se libran de la rabia de sus enemigos, abandonándose como un cuerpo inerte á su compasion ó á su desprecio.

XXII. Antes de amanecer mandó llamar á Cambaceres, aquel vice-emperador á quien dejaba siempre en Paris durante sus ausencias, como personificacion de la prudencia y representante de la etiqueta del imperio. Admirábase de que todavía no se hubiera presentado, y auguraba mal de una tardanza que consideraba en aquel hombre, modelo de discrecion, como un fatal presagio del destino. Cambaceres, genio erudito, metódico, profundo y sagaz hasta rayar en timidez, ocupaba siempre el puesto principal entre las capacidades de segundo órden, faltándole un solo el carácter para ser colocado entre las primeras. Era uno de esos hombres que se ocultan detrás de otro hombre mas grande que ellos, buscando en sus asociados la superioridad con el mismo cuidado que ponen los demás en buscar la inferioridad. Arrojado en la primera revolucion por su mérito como jurisconsulto mas bien que por su origen atestado de tradiciones, habia logrado, merced á su reserva y silencio, eximirse de los grandes compromisos de la época del terror. Su voto equívoco ó negativo en el proceso de Luis XVI ni le presentaba como completamente inocente á los ojos de los Borbones, ni le imputaba el crímen de regicida. Acogido á la amnistía bajo el reinado de aquellos, gozaba de su seguridad, placeres y riquezas. No habia conspirado por la vuelta del emperador, y tal vez no habia uno solo entre los antiguos dignatarios del imperio que hubiera manifestado mas terror ante aquel desembarco en Cannas que debia ponerle involuntariamente en escena y decidirle á pronunciarse en pro ó en contra de su antiguo colega de consulado. Era demasiado versado en los negocios y esperimentado en el gobierno para abrigar ilusiones sobre el desenlace final de aquella trágica aventura. Sabia que los milagros no se repiten; que la Francia de 1814 agobiada, rendida y descontenta, no podria soportar por mucho tiempo el peso de un segundo imperio; que la espada del despotismo no puede soldarse despues de rota, y que la coalicion europea desafiada en su victoria no retrocederia desde Paris á Berlin, á Viena, á Moscou y á Madrid ante el prófugo de la isla de Elba. Para la vista perspicaz de Cambaceres el gran imperio era la representacion de un drama, y el segundo imperio no podia ser mas que una parodia breve y trágica de aquél, inventada por la impaciencia y terminada por una insurreccion nacional en Paris ó por una derrota en el campo de batalla. No queria por ningun título tomar parte activa en un gobierno que su recto juicio condenaba de antemano; pero aunque el aceptar le causaba grande repugnancia, carecia de valor para rehusar. Su pasado y su timidez le encadenaban forzosamente al emperador.

XXIII. Cambaceres convenia mas que otro alguno á Napoleon para dar á la inauguracion de su gobierno el sentido indeterminado, medio revolucionario, medio despótico, bajo el que trataba de ocultar sus verdaderos designios. Por su origen convencional no tenia que prestar juramento con los hombres de la convencion que la necesidad debia llevar al ministerio, y por su apego proverbial al emperador no tenia que jurar con los bonapartistas. El emperador se declaró á él con toda confianza sin ocultarle ninguno de los misterios ó turbaciones de su ánimo. Cambaceres le manifestó con franqueza que la empresa de una restauracion del gobierno militar á los pocos meses despues de la pérdida del continente y de la invasion de la Francia por el enemigo, le parecia una tentativa superior á los humanos alcances; que los Borbones habian desconocido indudablemente la situacion de la Francia, y que mas bien habian tomado posesion que reinado en las Tullerías, pero que la suma de esperanzas de libertad y de paz que habian dado por su vuelta á aquel pais agobiado, sobrepujaba en mucho á la suma de descontentos que habian creado; que la Francia habia vuelto á respirar la atmósfera de la libertad y se manifestaria inquieta, suspicaz, exigente y difícil de tranquilizar; que los partidos, bien lejos de hallarse enervados como en los dias del consulado, se hallaban en todo vigor, enardecidos y atizados por la prensa y la tribuna; que no encontraria ya el senado ni el pueblo de 1814; que sus mismos mariscales colmados de favores por los Borbones y cansados de la guerra, no se manifestarian ya tan dóciles y entusiastas como antes; que el prestigio de su fuerza habia sufrido un golpe mortal por algunos de ellos en Fontainebleau, y que negociarian con sus servicios; que la insurreccion que acababa de estallar en el ejército contra sus oficiales habia relajado la obediencia y disciplina de las tropas; que los enormes gastos hechos al fin del último reinado, al principio del de los Borbones y para indemnizar al estranjero invasor, harian temerario ó violento cualquier aumento sobre el impuesto ó sobre el crédito; que el poder disputado por los republicanos y por los imperialistas careceria de unidad y concierto y crearia facciones hasta en el seno del consejo encargado de contener tantas facciones á la vez; que todo habia envejecido en pocos meses y especialmente el mismo Napoleon, y que le suplicaba le dejase en la oscuridad donde se habia refugiado.

XXIV. Pero Napoleon rechazando todos estos pretestos y refutando todos sus terrores, aunque sin negar las dificultades, se manifestó seguro de vencerlas por poco tiempo que se le concediese. «Una victoria, dijo á Cambaceres, nos devolverá en un dia todo cuanto se ha perdido en un año de reveses y de ausencia: el primer cañonazo despejará la atmósfera. Además, yo no soy ya el mismo hombre; he meditado y aprendido mucho en la escuela de la adversidad y del aislamiento. La indiferencia con que miró la Francia mi caida me ha hecho conocer que este pais tenia ó creia tener necesidades que no satisfacia mi gobierno. Yo puedo acomodarme á las tendencias constitucionales que se manifiestan en el mundo desde que la Europa está cansada de guerras. Yo tambien estoy cansado y envejecido; nada tengo que añadir á la gloria militar de mi nombre, y puedo encarnar mi dinastía en las costumbres y en las ideas de la época dando tambien una carta, ó mas bien que una carta un código de las nuevas ideas de que mi hijo será despues de mí el mas firme defensor. Tengo la ventaja sobre los Borbones de que el pasado no me liga ni me compromete en sus ruinas. ¿Por qué no he de ser yo el Carlo-Magno de lo que llamais las ideas liberales? Mi genio es apto para todo.»

Olvidaba que un genio gastado en el despotismo y que se ha rebelado contra las ideas de su siglo, solo es apto para rehacer la esclavitud ó para engañar á la libertad.

XXV. Cambaceres se dejó, nó ya convencer, sino doblegar, y aceptó un favor que no se atrevia á rechazar. Fué, pues, nombrado ministro de justicia y volvió á tomar el título de archicanciller del imperio. Gaudin se encargó de la hacienda; Mollien del tesoro; Decres de la marina y Davout de la guerra. El emperador no apreciaba mucho á este mariscal, cuya fama era anterior á la suya, que habia conservado la elevacion de su cuna unida á la rudeza de los campamentos; poco dócil para plegarse á las exigencias del soberano, independiente, brusco, republicano, pero hombre activo, imponente por su nombre y necesario en una crisis como la que se preparaba al ejército por la vuelta de Napoleon. Venciendo tambien las mismas repugnancias nombró para el ministerio del interior á Carnot, uno de los hombres que desde el 18 brumario habia formado el mas estraño contraste con el servilismo general de los caractéres. Bien porque estuviese cansado de la ociosidad en que languidecia su aptitud militar, bien porque el peligro de la patria prevaleciera á sus ojos sobre la aversion que le inspiraba el usurpador de la revolucion y el restaurador de los tronos, Carnot, republicano en tiempo de la convencion hasta sacrificar su fama en las proscripciones del comité de salud pública; proscripto despues como realista pero siempre republicano, y protestando contra el consulado y el imperio cuando todo el mundo se humillaba ante Napoleon; Carnot habia vuelto á ingresar en el ejército y defendido el baluarte de Amberes en la última campaña de 1814. Aunque regicida, habia aplaudido la vuelta de los Borbones á condicion de que esta vuelta fuera la de las ideas populares de 1789. Habia despues hecho frente á la emigracion victoriosa por medio de cartas al rey, donde la severidad de los consejos iba unida al respeto hácia Luis XVIII; cartas que habian rodeado á Carnot de una inmensa popularidad en los partidos republicano y liberal. El emperador conoció la fuerza que podria dar á su causa la adhesion de un hombre semejante: hizo llamar á Carnot y trató de seducir su patriotismo poniéndole á la vista los inminentes peligros á que la patria tendria que

hacer frente en el interior y en el esterior. «Sois el hombre necesario, le dijo; yo he renunciado al despotismo, y me considero vencido por la razon aunque vencedor por las armas. La revolucion de que vos y yo somos hijos necesita de un nombre para defenderse en el esterior, como yo necesito del vuestro para reconciliarla conmigo en el interior. Hagamos cada uno un generoso sacrificio, yo de mi sistema de gobierno demasiado absoluto y personal para las nuevas necesidades de la época, y vos de vuestra antipatía contra mí; unámonos los dos. Sed el intermediario entre la opinion y yo; triunfemos juntos del realismo dentro y de la coalicion fuera. Os ofrezco en prenda el ministerio del interior y en recompensa la victoria en las fronteras y la concesion de una constitucion liberal bajo mi dinastía, la única aceptable para vuestros amigos.»

Carnot se dejó alucinar por sus recuerdos y esperanzas, y olvidando que un hombre político debe á su pais todos los sacrificios de ambicion, pero jamás el sacrificio de sus opiniones y de su constancia, porque la fuerza del hombre político está en sus opiniones y nó en sí mismo, aceptó la oferta. Aun hizo mas, porque á su vez dió en prenda al emperador una parte de la dignidad de su carácter aceptando al propio tiempo uno de los títulos de ridículo feudalismo con que Napoleon habia lisonjeado pródigamente la vanidad de sus cortesanos y soldados. Carnot, hecho conde del imperio, prestó su juramento; el austero republicano de la convencion, que habia borrado los títulos de la antigua nobleza con las leyes puritanas de la igualdad, basadas en la sangre de los cadalsos. Sin duda creyó deber aceptar esta puerilidad como garantía para con el partido bonapartista, que desconfiaba de él, hasta que pudiera encadenarle á su dinastía por medio de alguna merced contrarevolucionaria. Pero todo hombre libre que entra en el palacio de un déspota para transigir con sus principios, sale de allí envilecido con las dádivas. Carnot, revestido mas bien que condecorado con aquel título, perdió al entrar en el ministerio del interior la independencia que constituia su popularidad y la austeridad que le prestaba su fuerza, dando el ejemplo de la flexibilidad del cortesano á aquellos á quienes queria inspirar el rudo patriotismo del republicano. Desde aquel momento quedó conquistado para servir á la causa dinástica de aquel á quien habia tratado de conquistar para la causa de la libertad.

XXVI. Caulaincourt, último agente de Bonaparte en Fontainebleau, condenado por su nombre y por sus antecedentes á manifestar su fidelidad hácia aquel, aun cuando preveia con dolor la inutilidad de sus servicios, tomó á su cargo el papel imposible de negociador entre la Europa y el imperio; recibió el ministerio de negocios estranjeros.

Maret volvió á ocupar el puesto de secretario de estado, ministro universal y personal de Napoleon, mano activa, infatigable y mecánica, de aquella cabeza que lo hacia todo. Maret, cuya limitada capacidad y escesiva confianza que tenia con Bonaparte, le hacian poco á propósito para inspirar grandes resoluciones, era un instrumento mas bien que un hombre pensador: una de esas individualidades tales como convienen al poder absoluto que no quiere ser ilusorio sino obedecido. Al volver á hallar á Maret, el emperador echaba de menos á Berthier, el Maret de sus campamentos. «¿Dónde está? ¿dónde está? repetia con frecuencia á sus amigos; ¿por que desconfia de mí? yo le perdonaré su precipitado abandono y su deferencia hácia los Borbones, que son los dioses de su juventud, porque Berthier ha sido siempre realista. Le abrazaré y colocaré otra vez en su puesto de jefe de estado mayor bajo mi tienda de campaña, y no le impondré mas castigo que obligarle á comer en nuestra compañía con su nuevo uniforme de capitan de las guardias de Luis XVIII.» Pero Berthier, fiel por simpatía á su antiguo general y á los Borbones por pundonor, habia huido á Alemania para ponerse á cubierto de la fascinacion que Bonaparte ejercia sobre él; allí luchando entre su inclinacion y sus deberes, aquel hombre valiente y entendido en los campamentos, vacilante en las resoluciones, de acrisolada probidad, y que cruzó la revolucion y el imperio sin empañar su nombre mas que con las nobles debilidades de la amistad y del amor, debia hallar en una muerte enigmática el refugio contra su angustiosa perplejidad.

XXVII. Mr. Molé, jóven patricio, obligado á figurar bajo los dos reinados, que inspiraba confianza á la aristocracia por su nombre, á Bonaparte por sus doctrinas y á todos por su celo en servir á los gobiernos, dejó á Cambaceres el ministerio de justicia que ocupaba bajo la monarquía caida, y volvió á encargarse de la direccion general de caminos y obras públicas, como pretesto para una adhesion de que no trataba de hacer alarde. Real, iniciado en los misterios é intrigas de la política imperial, desde el consulado, recibió un ministerio de contra-policía personal, bajo el título de prefecto de policía de Paris. El ministerio de policía general del imperio estaba destinado para Fouché á despecho del mismo Napoleon.

XXVIII. Fouche era uno de los hombres necesarios para Bonaparte á su vuelta. Jefe y negociador á la vez entre los diversos partidos de la Francia, habia sabido colocarse y sostenerse en una situacion tan ambigua, que ofrecia á los bonapartistas el apoyo de la revolucion, garantizaba su seguridad á los republicanos, y mantenia en sus esperanzas á los partidarios de los Borbones y respondia á todos de su inmediata cooperacion. Napoleon le temia, dudaba de él, le miraba con aversion, pero le juzgaba necesario. Era uno de esos instrumentos que sirven, pero que pesan á la mano que les maneja y la desgarran cuando pretenden arrojarlos. Bonaparte se habia servido ya dos veces de él desde el consulado como ministro de policía. Fouché habia sido su corruptor oficial de las opiniones republicanas que trataba de asociar á su poder. Dos veces, creyendose bastante fuerte para no necesitar de aquel ministro, le habia despedido con enojo, aunque colmado de honores y sin atreverse á retirarle resueltamente su favor, temiendo su irreconcibiable enemistad, y dos veces volvió á reponerle á pesar suyo y como obligado por circunstancias difíciles á recurrir á su superior inteligencia. La gravísima crisis por que tenia que pasar le hacia indispensable su cooperacion por última vez, y se resolvió á tolerarle hasta el momento en que pudiera deshacerse de el para siempre.

Fouche por su parte conocia y odiaba á Napoleon; pero mal avenido con la ociosa oscuridad de la vida privada y arrastrado á tomar parte en todas las escenas, se apresuró á entrar en el nuevo drama que el acaso le ofrecia, bien para hacerle caminar al desenlace, siempre que le ofreciera poder y fortuna, bien para complicarle si se prestaba á la intriga, su pasion dominante, ó bien para concluirle cuando viera al primer actor medio vencido, y presentarse ante la Francia y la Europa como árbitro de los acontecimientos. Semejante papel estaba en perfecta consonancia de aquel hombre cuya vida entera no habia sido mas que un gran juego con las opiniones. Salido de la revolucion, habia mostrado el ardiente fanatismo del jacobino, y su nombre y su carácter conservaban el trágico recuerdo de aquella época; bajo la máscara del cortesano se veia fácilmente al procónsul, pero en su mismo papel de procónsul revolucionario precedido del hacha del terror, habia mas bien simulado que procurado saciar el furor de la época, y mas bien habia inspirado terror que cometido crímenes en el uso de sus cargos. Bien por humanidad natural, bien por presentimiento de la reaccion que sigue casi siempre á las proscripciones, habia hecho muchas amenazas, pero descargado pocos golpes; así es que se habia granjeado amigos hasta entre las víctimas. Tan luego como la revolucion perdió su carácter sanguinario, se apresuró Fouché á lavar con sus manos las manchas, á repudiar el terrorismo, á maldecir la anarquía, á declararse partidario de la unidad y la fuerza en el gobierno y á servir al poder contrarevolucionario con el celo de un convertido que trata de hacerse perdonar, y de un revolucionario que ha perdido la memoria de su pasado. Merced á este mismo celo, habia llegado á elevar su fortuna hasta la altura á que puede subir una ambicion subalterna bajo el despotismo, pero esperaba elevarse mas todavía, y hasta á dictaduras sin ejemplo, cuando el despotismo, por segunda vez derrocado, diera acceso á todos los azares de la ambicion. No tanto aspiraba al poder y á la fortuna como á la intriga y á la actividad; hubierase dicho que aquel hombre se veia perseguido por los remordimientos de los primeros años, y que necesitaba para calmar sus recuerdos de un movimiento perpetuo y de las complicaciones de la intriga. La naturaleza, la soledad y la reflexion le habian dado una verdadera superioridad sobre todos sus ambiciosos rivales, escepto Mr. de Talleyrand. Salido como éste de la Iglesia, Fouché habia empezado por el claustro, escuela del egoismo y del disimulo para aquellos que no eran conducidos por la vocacion de la santidad y del ascetismo. En aquellas almas monacales, aisladas de la familia y secuestradas del mundo, se desarrollaban generalmente en los tiempos modernos las grandes ambiciones y sutilezas cortesanas, como se desarrollaban y formaban en la antigüedad entre los eunucos del palacio de Roma y de Bizancio. Las pasiones del ánimo abrasan á los hombres á quienes faltan las pasiones del corazon; tal era Fouché. Pocos dias antes de la fuga de los Borbones se habia avistado con el conde de Artois y Mr. de Blacas, como ya hemos dicho, y cambiando con el ministro y amigos de Luis XVIII palabras de secreta inteligencia. «¡Salvad al rey, les dijo al separarse de ellos; yo me encargo de salvar la monarquía.»

XXIX. No bien se habia instalado Napoleon en las Tullerías, cuando Fouché salió del retiro á que se habia condenado por huir de las pesquisas de los Borbones y del arresto simulado que se habia intentado contra él, y acudió á presentarse á su antiguo señor, y se ofreció en apariencia al servicio de su causa y persona. «Os era deudor de mi dignidad, títulos y fortuna, esclamó afectando el entusiasmo de un hombre libre de graves peligros y cuya gratitud es la mas segura prenda de su fidelidad; ahora os debo la libertad y acaso la vida. Yo soy quien ha

dado la señal á las tropas del Norte y quien las ha hecho dirigirse hácia Paris, para intimidar á los Borbones con una doble insurreccion contra su causa, obligarlos á retirarse de Paris y á dejaros la capital, centro de toda la Francia; yo el que sabiendo despues que aquel movimiento concertado tambien por otros iba á convertirse en una proclamacion del duque de Orleans, hice abortar aquella empresa para que esta nueva candidatura al trono no viniese á complicar vuestras dificultades y retardar vuestra espedicion á Paris.

El emperador, precisado tambien á ocultar toda desconfianza bajo la aparente seguridad y abandono del hombre afortunado, no se manifestó exigente acerca de las pruebas de abnegacion de Fouché, correspondiendo con su aparente credulidad á la estratagema de su antiguo ministro. Se felicitó de volver á hallar en una de las crisis mas graves de su vida un servidor tan apartado de las cosas y de los hombres y tan á propósito para procurarle el apoyo de los republicanos, su única esperanza; y dió á Fouché el solo ministerio político de aquel reinado que no debia ser hasta la victoria mas que una astuta negociacion con las opiniones: el ministerio de la policía general del imperio. Napoleon se creyó dueño de Fouché y de su partido por este medio, que tal garantía daba a la revolucion; y Fouché se creyó á su vez dueño del emperador por medio de un ministerio que ponia á su disposicion el secreto de todos los partidos y la dominacion del consejo.

XXX. Era preciso dar impulso á la opinion indecisa por medio de un gran acto de adhesion de los principales hombres políticos que por no pertenecer á las cámaras, permanecian en Paris, y dar al nuevo reinado su significacion oficial por medio de un pomposo programa de gobierno. El emperador convocó á los consejeros de estado del imperio, cuya mayor parte eran todavía la víspera consejeros de estado de la restauracion; hombres de talento, de fama, de méritos especiales y administrativos, pero cuyos caractéres se habian doblegado por espacio de veinte años á todas las vicisitudes de los sucesos y á todas las inconsecuencias de abnegacion; quienes redactaron inmediatamente un manifiesto donde la monarquía y la república luchaban en una ambigüedad de términos que dejaban esperarlo todo sin definir nada. Todos firmaron dicho documento, que establecia entre los Borbones y ellos el abismo de un reconocimiento auténtico de los derechos de Napoleon. Algunos de ellos manifestaron alguna repugnancia á aceptar los derechos de la nacion aunque débilmente consignados en el manifiesto, y se abstuvieron de firmar unas doctrinas que preveian habrian de disgustar mas tarde á Napoleon, reservándose esclusivamente para la soberanía personal y absoluta del jefe del estado. Aduladores mas hábiles que sus colegas se atrevieron á resistir al deseo oficial de Napoleon para halagar mejor sus secretas inspiraciones. De este número fué Mr. Molé que habia escrito, siendo todavía jóven, la Teoría del poder absoluto, y no quiso desmentir sus convicciones despues. El emperador no podia irritarse contra aquellos que, ansiosos de gobierno desde la revolucion, adoraban en un hombre aquel poder social que ya no trataban de buscar en el pueblo.

«Señor, dijo Mr. de Fermont, orador del consejo de estado y acostumbrado á arreglar sus discursos á las solemnidades del palacio, al subir el emperador al trono donde le habia elevado el pueblo, restablece á éste en sus derechos mas sagrados. No hace mas que recordar para su ejecucion los decretos de las asambleas representativas sancionados por la nacion, y vuelve á reinar por el único principio de legitimidad reconocido y consagrado por la Francia hace veinte y cinco años, y al que se habian ligado todas las autoridades por medio de juramentos de que solo hubiera podido eximirlas la voluntad del pueblo.

»El emperador es llamado á asegurar de nuevo por medio de las instituciones (y á ello se ha comprometido en sus proclamas al pueblo y al ejército) todos los principios liberales; la libertad individual, la igualdad de los derechos, la libertad de la prensa y la abolicion de la censura, la libertad de cultos, la votacion de los impuestos y de las leyes por los representantes de la nacion legalmente elegidos, las propiedades nacionales de cualquier origen que sean, la independencia é inmovilidad de los tribunales, la responsabilidad de los ministros y de todos los agentes del poder.

»Para mejor consagrar los derechos y obligaciones del pueblo y del monarca, las instituciones nacionales deben ser revisadas en una gran asamblea de los representantes ya anunciada por el emperador.

»Hasta la reunion de esta gran asamblea representativa, el emperador debe ejercer y hacer ejercer, conforme á las constituciones y leyes existentes, el poder que estas le delegaron, de que no ha podido ser despojado, que no ha podido abdicar sin el asentimiento de la nacion, y que el deseo y el interés general del pueblo francés le ponen en el deber de volver á aceptar.»

El emperador contestó en estos términos: «Los príncipes son los primeros ciudadanos del estado, y su autoridad mas ó menos lata segun el interés de las naciones que gobiernan. La soberanía misma no es hereditaria sino porque lo exige el interes de los pueblos: fuera de estos principios no reconozco legitimidad. He renunciado á las ideas del gran imperio para cuya formacion no habia hecho otra cosa que echar las bases hace quince años; y en lo sucesivo el bienestar y la consolidacion del imperio francés serán el objeto de todos mis pensamientos.»

XXXI. Pero de todas las inconsecuencias y humillaciones de carácter que señalaron el dia siguiente á la entrada de Napoleon en Paris, la mas memorable y misteriosa por la magnitud misma de la inconstancia y del escándalo, fué la de un hombre, célebre despues, á quien el espíritu del partido con que todo transige, perdonó hasta aquel mentís á sí propio: este hombre se llama Benjamin Constant. Hemos citado la protesta llena de indignacion y casi romana que habia publicado la víspera de la llegada del emperador contra aquella invasion soldadesca que hacia descender á la Francia al servilismo del Bajo Imperio, y que condenaba á los buenos ciudadanos al ostracismo voluntario ó al suicidio de Caton. Despues de tales palabras, Benjamin Constant parece que debia ser el último de los hombres que pudiera venderse ó entregarse al despotismo victorioso, á menos de entregar él mismo la palabra humana á la irrision de todo aquel que respete á un hombre en su palabra. Sin embargo, Benjamin Constant no salió de Paris el 20 de marzo, bien porque no hubiera dado él mismo gran importancia á su protesta como un hombre que arroja al viento la palabra sin creer en ella, bien porque hubiera formado la resolucion pasajera de desafiar á la tiranía á quien habia provocado, bien porque estuviera seguro de antemano de ser mas acreedor al perdon y reportar mas ventajas por el valor mismo que su pomposa oposicion daria á su defeccion. Otros dicen que un amor insensato hácia una mujer célebre por sus encantos é intachable por sus costumbres, Mad. Recamier, le hacia imposible el destierro. Otros creen que encadenado de mucho tiempo atrás á madama de Staël, cuya oposicion á Bonaparte habia cedido por triunfo de éste, y que tenia que reclamar algunos millones del estado y granjearse amigos y favor en el palacio, se dejó arrastrar por otros motivos que influyeron en su ánimo voluble y en su conciencia lijera. Otros en fin lo atribuyen á la vanidad de pasar por hombre que valia la pena de ser conquistado y cuya conquista decidia de la de su partido. Nadie supo los motivos, aunque todos conocieron el hecho.

XXXII. Benjamin Constant pasó al palacio despues de alguna resistencia. El emperador, que habia leido su imprecacion, se proponia por medio de su entrevista con aquel escritor y de las distinciones prodigadas á un enemigo, dar un notable ejemplo de amnistía á las opiniones libres otras veces perseguidas, y recibió á Benjamin Constant como Augusto á Cinna. Ni en sus labios, ni en su semblante dejó revelar el desprecio y el odio que profesaba á Mad. de Staël, á su amigo y al liberalismo medio republicano, medio constitucional, el mayor obstáculo á su reconciliacion con la Francia: aparentó abrir su corazon completamente á Benjamin Constant, y le suplicó que aceptase el cargo de consejero de estado.

«La nacion, dijo, ha reposado por espacio de diez años de toda agitacion política y hace un año que descansa de la guerra. Este doble reposo ha creado en ella una necesidad de actividad. Desea ó cree desear tribuna y asambleas: no siempre han sido estas sus aspiraciones. Tan pronto como he llegado al gobierno se ha arrojado á mis piés, como no habreis olvidado, vos que tratasteis de hacer la oposicion. ¿Dónde estaba vuestro apoyo, vuestra fuerza? En ninguna parte. Si hubiera querido, habria tomado toda la autoridad con que se me brindaba... Hoy todo ha cambiado: un gobierno débil y contrario á los intereses nacionales ha acostumbrado á estos á ponerse en defensa y á escatimar la autoridad. Parece que resucita la aficion á las constituciones, á los debates y á los discursos; pero, sin embargo, no os hagais ilusiones; solo la minoría es la que opina así. El pueblo, ó si quereis, la multitud, estrechándose á mi tránsito, precipitándose desde lo alto de las montañas, me llama, me busca, me saluda. Desde Cannas aquí, no he conquistado, sino reinado... no soy únicamente, como se ha dicho, el emperador de los soldados, lo soy tambien de los paisanos y de los plebeyos de la Francia.... Por esto y á pesar de cuanto ha pasado, veis al pueblo volver hácia mí; porque hay simpatías entre nosotros. No así con los privilegiados: la nobleza me ha servido; ha corrido en tropel á mis antecámaras; no hay puesto que no haya aceptado y pedido; he tenido á los Montmorency, los Noailles, los Rohan, los Beauvau, los Mortemart; pero nunca ha habido analogía: el caballo hacia corbetas, y aunque estaba bien dirigido, yo le sentia relinchar. Con el pueblo es otra cosa: su fibra responde á la mia. Yo he salido de las filas del pueblo, y mi voz tiene sobre él gran poder. Ved sino esos conscriptos, esos hijos de campesinos: yo no les halagaba sino que les trataba con aspereza; sin

embargo, no dejaban de rodearme y de gritar: *¡Viva el emperador!* porque entre ellos y yo existe la misma naturaleza; porque me consideran como su apoyo, como su salvador contra los nobles.... No tendria mas que hacer una seña, ó mas bien apartar los ojos, y los nobles serian degollados en todas las provincias: ¡tan bien se han conducido hace diez y ocho meses!... Pero no quiero ser el rey de una horda de anarquistas: si hay medios de gobernar con una constitucion, enhorabuena... Yo aspiré al imperio del mundo, y para asegurármele necesitaba un poder ilimitado; pero para gobernar la Francia sola puede que valga mas una constitucion... ¡He querido el imperio del mundo! ¿Y quién en mi puesto no le hubiera querido, cuando el mundo me convidaba con él, cuando soberanos y súbditos se arrojaban afanosos bajo mi cetro? A pesar de la poca resistencia que he hallado en Francia, he encontrado, sin embargo, mas en algunos franceses oscuros y desarmados que en todos esos reyes, hoy tan arrogantes porque no tienen por rival un hombre popular que pueda igualarlos... Ved, pues, lo que os parece posible y comunicadme vuestras ideas. Discusiones públicas, ministros responsables, libertad de la prensa, todo esto quiero. La libertad de la prensa sobre todo; seria un absurdo sofocarla. Tales son mis convicciones sobre este punto... Yo soy el hombre del pueblo; si el pueblo quiere la libertad, yo se la doy. He reconocido su soberanía, y es necesario que atienda á su voluntad y hasta á sus caprichos: nunca he querido oprimirle por mi gusto. Yo tenia grandes proyectos, pero ya está echada la suerte. Ya no soy ni puedo ser un conquistador: se lo que es posible y lo que no lo es. Mi mision está reducida á enaltecer á la Francia y darla un gobierno que la convenga... Yo no aborrezco la libertad, y aunque la he apartado cuando obstruia mi camino, la comprendo y me he alimentado con sus máximas... Está, pues, destruida la obra de quince años, y no puede volverse á empezar. Serian precisos veinte años y sacrificar dos millones de hombres... Además, yo deseo la paz, y solo podré obtenerla á fuerza de victorias. No quiero halagaros con falsas esperanzas, y aunque permito decir que hay negociaciones, estas no existen. Preveo una lucha difícil, una guerra larga, y para sostenerla es preciso que me apoye la nacion; aunque creo que en recompensa exigirá la libertad. Pues bien, la tendrá... La situacion es nueva, pero yo solo pido que me ilustreis con vuestros consejos. Yo voy envejeciendo, y á los 45 años no se obra ni se piensa como á los 30. Puede convenirme el descanso de un rey constitucional, y convendrá mucho mas todavía á mi hijo.»

XXXIII. Así se halló ligado á la causa de Napoleon uno de los hombres que habian prometido á la Europa la mas tenaz resistencia á una segunda tiranía. Benjamin Constant tenia demasiada penetracion para confiar en tales promesas, y aparentó dar crédito á las palabras de Bonaparte, pero no consiguió hacer partícipe de esta credulidad á persona alguna de su partido. Reservado y ambiguo, quiso contemporizar con su antigua causa y la que acababa de abrazar; pero inútil para ambas y perjudicial para sí propio, no llevó á Napoleon mas que su nombre desacreditado por su inconsecuencia, embarazos en su consejo y poco despues transacciones con el partido contrario. Madama de Staël entró en negociaciones con el emperador, impulsada únicamente por la suerte de sus hijos; pero sin decidirse abiertamente, é indecisa entre la indignacion por tanta osadía y la admiracion por tanta dicha.

XXXIV. Napoleon entretanto, dándose por contento de haber separado á aquel tribuno equívoco de la causa liberal, completó la organizacion de su gobierno dando á sus enemigos puestos insignificantes y reservándose los nombramientos para los grandes empleos de la guerra y de la policía que le garantizaban en los partidos importantes del imperio el antiguo espíritu y la antigua fidelidad personal de sus cortesanos. Mr. de Montalivet, ministro del interior por largo tiempo, se encargó de la administracion de la lista civil; Mr. de Champagny, antiguo ministro de negocios estranjeros, de la direccion de obras públicas, y Savary adquirió con el mando de la gendarmería una segunda policía inquisitorial y ejecutiva, mas militar y mas íntima que la de Fouché. La libertad de los ciudadanos estaba de nuevo á merced de una órden repentina del emperador. Reorganizó despues su estado mayor con los mismos generales y edecanes que le componian un año antes. Lauriston fué el único que rehusó por decoro una confianza que los favores de los Borbones le prohibian aceptar, y fué reemplazado por Labedoyere, á cuya defeccion queria dar el emperador un carácter de gloria sin conseguir por ello engañar la conciencia pública ni la del mismo Labedoyere. Este jóven coronel, conociendo su falta contra la fidelidad militar, queria al menos darla el colorido del patriotismo y justificarla con el desinterés. «El emperador nada me debe, respondió á las primeras palabras que le fueron dirigidas de parte de aquel á quien habia entregado su regimiento y su patria: no quiero dar á entender que me he unido á su causa por el cebo de las mercedes, porque la he abrazado únicamente por consideraciones á la libertad y á la patria. Si lo que he hecho puede ser útil á mi pais, me bastará el honor de haberle servido; yo nada quiero del emperador.»

Pero Napoleon queria violentar la conciencia pública recompensando pródigamente lo que ella reprobaba. Además temia separar á los militares jóvenes de su causa que queria identificar con la causa de la patria. El contagio de la libertad, que no le ofrecia ningun peligro inmediato en los puestos civiles, le causaba alguna inquietud en las filas del ejército, y queria sofocarle en su origen bajo el peso de las mercedes y de las recompensas. Así es que insistió por tres dias consecutivos por persuadir á aquel jóven á quien en otro tiempo hubiera enviado á un castillo. Labedoyere acabó por ceder, pero conservó hasta en su elevado puesto la inquietud, el disgusto y el rudo lenguaje de un hombre descontento de sí mismo.

La corte de Napoleon volvió á poblarse con la misma facilidad que sus ejércitos. Los miembros de aquella alta nobleza que habian pasado del palacio de Luis XVI al palacio imperial y de este á los cargos elevados de la casa de los Borbones, volvieron á consagrarse al servicio de la nueva corte. Razas ilustres, ornamento de las cortes, que parecian esperimentar la necesidad de servir tanto como las cortes esperimentan la de ser servidas. Pero ¡cosa estraña! mientras que Napoleon les devolvia sus empleos en el palacio de las Tullerías, purgaba escrupulosamente su casa de todos los pobres domésticos asalariados, que habian pasado, por ganar su subsistencia, del servicio de sus moradas imperiales al de las casas reales de los Borbones; como si hubiera querido castigar en las condiciones humildes del pueblo las infidelidades y apostasías que santificaba en los rangos superiores de la nacion. ¿Estimaba tan poco á aquellos cortesanos de familias nobles para recompensar en ellos los vicios que castigaba en las demás gerarquías? O mas bien ¿su propia superioridad le enorgullecia en tal manera que consideraba como un honor la deslealtad de sus cortesanos cuando era él la única causa......? Los esclavos voluntarios, dice Tácito, producen mas tiranos que los tiranos esclavos.

Para engañar mejor la opinion del pueblo acerca de las relaciones que aparentaba sostener con la emperatriz María Luisa, cautiva voluntaria de su padre en Viena, Napoleon nombró damas del palacio de la emperatriz á las mujeres de sus principales ministros ó de sus mas íntimos amigos, cuyos títulos recibieron ó volvieron á tomar las señoras de Maret, Caulaincourt, Savary y Duchatel. Estos nombres ocupaban el puesto donde se suponia esperar un dia y otro á la hija del emperador de Austria y á su hijo. Demasiado sabia Napoleon que á nadie de cuantos le rodeaban engañaba de este modo; pero actor consumado del trono, conocia el poder de la ilusion sobre los pueblos, y no desdeñaba el desempeño de estos papeles mentirosos para prolongar en la opinion de la multitud la creencia de su inteligencia secreta con las potencias y las esperanzas.

Bertrand, compañero fiel de sus adversidades, volvió á encargarse en las Tullerías de las funciones de gran mariscal de palacio que habia desempeñado honorariamente en la isla de Elba, y Drouot, uno de los dos generales que le habian seguido al destierro, fué nombrado mayor general de su guardia: Bertrand mas cortesano y entremetido; Drouot mas tímido y reservado en su adhesion al emperador, y entrambos dignos por diferentes méritos de ser los dos Efestiones de aquel nuevo Alejandro.

Los granaderos de la antigua guardia y los soldados de caballería y de línea que habia abierto las puertas de Francia á Napoleon y que continuaban alojados en el patio de aquel palacio á donde habian conducido en triunfo á su emperador, parecian olvidados por este y murmuraban sordamente de un olvido tan semejante á la ingratitud. Todas las atenciones, todos los cuidados, todos los favores se reservaban para los oficiales y soldados que separándose de la causa de los Borbones habian entregado el trono y la Francia á Napoleon. El ejército del duque de Berry entró en París poco despues que aquél, y pedia á grandes voces que le dejaran al menos saludar al emperador ante quien habia rendido sus armas. Le mandó formar en la plaza del Carrousel, montó á caballo y le revistó muy despacio en medio de los gritos frenéticos de los batallones y escuadrones que creian saludar en él á la victoria y saludaban su propia muerte.

«Soldados, les dijo con la energía de la resolucion que merced á ellos habia llevado á cabo: he venido á Francia con 600 hombres, porque contaba con el amor del pueblo y con los recuerdos de los veteranos. Mis esperanzas no han salido fallidas y os doy por ello las gracias. La gloria de nuestra empresa pertenece toda al pueblo y á vosotros, y á mí solo me está reservada la de haberos conocido y apreciado.

»Soldados: el trono de los Borbones era ilegítimo porque habia sido

alzado por manos estranjeras, porque habia proscripto el voto de la nacion espresado en todas nuestras asambleas nacionales, y en fin, porque solo garantizaba los intereses de un corto número de hombres orgullosos cuyas pretensiones están en oposicion con nuestros derechos.....

»Soldados: solo el trono imperial puede garantizar los derechos del pueblo, y sobre todo el mas vital de nuestros intereses, el de nuestra gloria. Soldados: vamos á ponernos en marcha para espulsar de nuestro territorio á esos príncipes ausiliares del estranjero. La nacion no solo nos secundará con sus votos, sino que seguirá nuestro impulso. El pueblo francés y yo contamos con vuestro apoyo: no queremos mezclarnos en los negocios de las naciones estranjeras, pero ¡ desgraciado del que se mezcle en los nuestros!»

XXXV. Apenas cesaron las aclamaciones del ejército del rey y de la multitud que presenciaba aquella escena, cuando otra mas militar y patética se ofreció á los ojos de los espectadores. De entre los batallones de granaderos de la isla de Elba formados en batalla delante del Louvre y que se distinguian por sus uniformes desgarrados por el uso y sucios con el polvo del viaje, vióse salir un grupo de oficiales de todas armas y graduaciones procedentes de aquel ejército del destierro, curtidas las fisonomías por el sol de Italia y enrojecidos por el polvo del Mediodia sus sombreros y calzado: á su frente marchaba el general Cambronne. Una música militar marcaba sus pasos al compás de las estrofas lentas y graves de la *Marsellesa*, repetidas á lo lejos por la multitud, como si el emperador hubiera querido que fuesen acogidos aquellos pretorianos de su causa por un saludo á la revolucion á quien llamaba en su ausilio. Llevaban las antiguas águilas de la guardia imperial y del ejercito, reservadas ó buscadas para aquel dia; desfilaron majestuosamente por delante del ejército silencioso y se formaron en cuadro al rededor de su emperador. Napoleon los recibió con un semblante en el que se veian pintados la emocion y el reconocimiento; y haciendo despues abrir el cuadro por el lado del ejército, se adelantó hácia el frente de las tropas y el grupo de oficiales de la isla de Elba; tendió su mano como para llamar la atencion de las tropas formadas en batalla hácia aquel puñado de hombres, sus leales camaradas de destierro, y esclamó:

»Soldados: hé aqui los oficiales del batallon que me ha acompañado en mi adversidad: todos son amigos mios, todos eran queridos de mi corazon: siempre que les veia me representaban los diferentes regimientos del ejercito, porque entre estos seiscientos valientes hay hombres de todos los regimientos. Todos me recordaban aquellas grandes jornadas, cuya memoria me es tan grata, porque todos están cubiertos de honrosas cicatrices, recibidas en aquellas batallas memorables. Al consagrarlas mi afecto no hacia otra cosa que consagrarle á todos vosotros, soldados del ejército francés. Vuelven á traeros esas águilas que deben ser vuestro vínculo de fraternidad: al dárselas á la guardia se las doy á todo el ejercito.

»La traicion y otras circunstancias fatales habian tendido su velo fúnebre sobre ellas; pero gracias al pueblo francés y á vosotros vuelven á aparecer en todo el esplendor de su gloria. Jurad que se presentarán siempre do quiera que las llame el interés de la patria, y que se humillarán ante sus miradas los traidores y los que pretenden invadir nuestro territorio.»

«Lo juramos,» respondió á una voz el ejército. *¡Viva el emperador!* fue el juramento del grupo. *¡Viva el emperador!* fué el eco de la multitud.

Los granaderos, revistados á su vez y atraidos á la adhesion de Bonaparte con promesas y grados, empleos en los palacios imperiales, pensiones, gratificaciones y ascensos escepcionales en el ejercito, se apaciguaron y participaron de la alegría militar de aquella solemnidad. El emperador se apeó del caballo en sus brazos y subió las gradas de la escalera principal para encerrarse en su gabinete y prepararse á la obra esclusiva de su reino reconquistado; la guerra.

XXXVI. Aquel gabinete de las Tullerías, donde dos gobiernos enemigos acababan de sucederse cuatro veces en tan pocas semanas, era la imágen de la instabilidad y de la rapidez de las fortunas. El rey habia salido de allí tan inopinadamente y con tal turbacion y prisa, que las paredes, los muebles y las mesas conservaban el recuerdo de su presencia y de sus pensamientos. Allí se veia la holgada poltrona á que le sujetaban todo el dia, tanto sus enfermedades como sus conferencias, estudios y consejos. Habia hecho llevar de Artovel, su retiro campestre por tantos años, una mesita de estudio que apreciaba mucho, como uno de esos recuerdos del destierro que dan mayor realce al goce de la dicha presente trayendo á la memoria los recuerdos de la adversidad. Una cartera olvidada por sus sirvientes sobre la mesa, contenia sus mas íntimos secretos de familia y del corazon, las cartas de los príncipes, las de la duquesa de Angulema, algunos de sus planes de gobierno, las mas misteriosas confidencias de los hombres de los diferentes partidos que le hacian revelaciones ó que le ofrecian su adhesion, algunas estampas y algunos libros de devocion, recuerdos de su mujer ó de Luis XVI, reliquias amadas, adorno indispensable de la habitacion del rey cristianísimo. La baja malignidad de algunos cortesanos del emperador, solícitos por lisonjear al vencedor haciendo mofa del vencido, habia colocado sobre la chimenea algunas imágenes cínicas é injuriosas, de las que el odio de los conspiradores bonapartistas arrojaba pródigamente al pueblo, y donde la ancianidad, la naturaleza y la desgracia se veian escarnecidas por viles dibujantes.

El emperador las hizo apartar de su vista disgustado: la victoria le habia elevado demasiado para que no conservase en su alma el sentimiento de su rango, de su dignidad y su triunfo. Tambien separó los objetos de devocion diciendo: «El gabinete de un monarca francés no debe parecerse al oratorio de un monje, sino á la tienda de un general.» Hizo estender sobre las mesas los mapas de sus campañas, así como tambien el de la Francia, y contemplando con tristeza los límites de la nueva nacion: «¡Pobre Francia!» esclamó con acento de amargura y de condenacion á sus sucesores; acusacion que refluia toda entera sobre él, porque él tambien habia recibido de la república fronteras mas dilatadas que las de 1814, y despues de haber desgarrado con su propia espada el mapa de tantas provincias para agregarlas á su dominio, habia concluido por reducir la patria á tan estrechas proporciones sobre el globo, y hasta por borrar las fronteras de la Francia, atrayendo la invasion al centro de su mismo palacio. Pero el hombre declina siempre sobre otros sus faltas y sus reveses, persuadido de que acusando evitará la acusacion.

Conoció que debia un sacrificio á la necesidad y una compensacion á la gloria, que ya no traia como otras veces á su vuelta á la patria; y firmó un decreto que restituia al pais la libertad de la prensa y del periodismo. Nadie estaba mas persuadido que él de que semejante libertad es incompatible con la autoridad de un gobierno absoluto, y que al firmarla firmaba tambien la abdicacion temporal de su propio poder y de su propia seguridad; pero contaba con el primer aturdimiento de aquella libertad que no habia adquirido aun bastantes hábitos de publicidad para perjudicarle. Contaba especialmente con la emocion del patriotismo amenazado que la guerra iba á dar á la Francia y que separaria la atencion de las polémicas de gobierno; y en fin, contaba con próximos triunfos que le devolverian la dictadura y le permitirian luchar de nuevo con el pensamiento por medio de la policía. Además de que no le quedaba medio de obtar: los hombres de la revolucion, á quienes se habia visto obligado á llamar en su ayuda, reclamaban imperiosamente esta garantía que les daba con repugnancia, pero asestado por la necesidad. Se habia aventurado en un azar, y tenia que aceptar temporalmente sus condiciones. Aquella prenda fué la que mas le costó y la que mas escatimó á sus nuevos consejeros.

XXXVII. Durante estos primeros actos é indecisiones de Napoleon, que fluctuaba entre el régimen absoluto, única forma de gobierno que podia avenirse con aquella voluntad tan fuerte y rebelde á los obstáculos, y el gobierno constitucional, que era el solo que podia legitimar su invasion; ¿que hacia el rey fugitivo?

Luis XVIII, precediendo á su ejército y acompañado únicamente de Berthier, Mr. de Blacas y algunos individuos de la casa civil y militar, emprendió el camino de Lila, donde le esperaba el mariscal Mortier, y á donde le precedian Macdonald y el duque de Orleans. Los cuerpos de tropas, separados del emperador por la distancia, y con los que aquel príncipe contaba todavía para incorporarlos con el ejercito del Norte, se sublevaban consecutivamente á pesar de la fidelidad de los mariscales á quienes se habia encomendado el mando El mariscal Victor, á pesar de su enérgica lealtad, cedia en Champagne al irresistible atractivo del ejemplo sobre sus soldados; Oudinot, igualmente fiel, se veia arrollado en Metz por la sedicion; y Mortier contenia no sin esfuerzo el ejército puesto á sus órdenes en Lila, contando los dias que el levantamiento dejaba todavía á la seguridad del rey, de la que habia respondido. La presencia del duque de Orleans, en quien la corte habia fundado sus esperanzas, no producia efecto alguno sobre las tropas, que hablaban de espulsar de Lila á aquel príncipe estraño para ellas, ó de apoderarse de el para ofrecerle al emperador como una garantía de su firme adhesion. Por su parte el príncipe, temiendo comprometer aquel porvenir personal y desconocido que aparentaba siempre separarle de los príncipes de su linaje, halagaba el sentimiento patriótico de los generales y oficiales, contemporizaba con el movimiento bonapartista, acariciaba la bandera tricolor y resignábase á una retirada momentánea que su penetracion le demostraba inevitable, y sin hacer traicion al rey ni á sus de-

beres, se ocupaba mas de popularidad futura que de los apuros del momento.

El ejército particular del rey, compuesto de sus guardias de corps, mosqueteros, caballos lijeros, voluntarios de París y regimientos de granaderos de á caballo de la guardia, seguia rápidamente al rey por el camino de Lila. El mariscal Marmont tenia el mando de dichas tropas bajo las órdenes del conde de Artois y del duque de Berry, su hijo.

XXXVIII. El pueblo de aquellos departamentos acudia en masa al tránsito de los príncipes y de aquella noble juventud, que caminaban entre dos hileras de habitantes de las ciudades y campesinos de Picardía y de Flandes, cuya indignacion contra el emperador y adhesion á los Borbones formaba un notable contraste con las provincias del Este y del centro. Aquel pueblo del Norte, menos voluble y mas reflexivo, sin participar del fanatismo de la Bretaña, abrigaba un profundo sentimiento de fidelidad y de preferencia hácia los Borbones. Mas próximo á las fronteras y mas espuesto á las devastaciones y humillaciones de la guerra, se inclinaba por la paz que veia simbolizada en aquellos príncipes. Menos lijero y mas justo que las poblaciones del centro de Francia, aquel pueblo sentia tambien mas compasion hácia el rey. Su corazon rebosaba de emocion y sus ojos de lágrimas á vista de aquella comitiva armada, muy semejante á un cortejo fúnebre que acompañaba á aquel príncipe pacífico, vendido por su ejército, espulsado de su capital por una sedicion militar y que llegaba á pedir un asilo á sus últimas ciudadelas. Por todos los puntos de su tránsito resonaba el prolongado y triste grito de *¡Viva el rey!* que se renovaba de aldea en aldea, de pueblo en pueblo. Los paisanos rehusaban aceptar el precio de los servicios, alojamiento y víveres pedidos por aquel pequeño ejército, poniendo gratuitamente á disposicion de los hombres desmontados, heridos, enfermos, niños, ancianos y mujeres, que seguian á las columnas, los caballos y los carros destinados á la agricultura, y prodigándoles en fin los mas afectuosos cuidados. La entrada de los regimientos en las ciudades ó en las aldeas donde pasaban la noche, tenia la apariencia de una escena de familia, y en todas las casas, desde las mas ricas hasta las mas menesterosas, entregaban cuanto poseian á las tropas del rey: «Devolvednos ese rey de la paz y la libertad, esclamaban los huéspedes en el acto de la despedida; nosotros guardaremos para él nuestros hijos y nuestros corazones.» La estacion indecisa entre el invierno y la primavera, la lluvia fria y constante, la escabrosidad de los caminos, el cansancio de los caballos, la falta de resistencia de aquellos hombres novicios, el mando del mariscal Marmont relajado, mal obedecido y confuso, las frecuentes alarmas en los flancos y retaguardia de las columnas, producidas por los regimientos de Napoleon, que seguian á alguna distancia al ejército real, todo esto daba á la marcha de aquel pequeño ejército mas bien la apariencia de confusos pelotones que de columnas regulares. Los carros, atestados de niños y de ancianos, quebrantados por las inusitadas fatigas de un largo viaje; los carruajes de lujo y de corte que conducian á las madres, mujeres é hijas de los ministros, generales y emigrados; los furgones y piezas de artillería mezcladas con los equipajes; los domésticos, edecanes y monteros de la casa de los príncipes, interrumpian, dificultaban y detenian á cada paso el órden y la marcha de los cuerpos. El conde de Artois y su hijo el duque de Berry, espuestos á la intemperie del cielo, inundados de agua y cubiertos de lodo, marchaban á caballo al lado de las columnas, conversando familiarmente con los jóvenes de aquella nobleza, á todos los que conocian de nombre y personalmente. El pueblo, al verlos, se descubria, inclinaba y los seguia con sus miradas de compasion y con sus gritos atenuados por el respeto que les inspiraba el infortunio. Una tierra tan querida y generosa debia dejar profundas impresiones de pesar y de esperanza en el corazon de ambos príncipes. La voz general del ejército era que se marchaba á Lila, donde el rey, reforzado y rodeado de otras divisiones del Norte, de la Normandía y de la Bretaña, haria frente sobre aquel suelo de la lealtad á las tropas de Napoleon.

Así es que los primeros destacamentos tomaron al salir de Amiens el camino de Lila; pero varios correos espedidos de esta última ciudad y que galopaban hácia París, les encontraron é hicieron retroceder para tomar el camino de Bethune. Estas contraórdenes consternaron á los príncipes é hicieron conjeturar al ejército que se desvanecia la postrer esperanza de los realistas, y que habia desaparecido el último refugio del suelo francés donde pudiera esperar el rey la reaccion de la Francia.

XXXIX. No carecian de verdad tales rumores. Luis XVIII habia llegado lleno de confianza á Lila y habia resuelto disputar esta ciudad y provincia á la invasion de su competidor, esperando un cambio de fortuna. La ciudad entera, cuya poblacion se hallaba aumentada en un duplo por la concurrencia de las ciudades y campiñas inmediatas, acogió al rey con un entusiasmo que lo triste de su situacion aumentaba mas y mas. Todos juraban defender dentro de sus murallas hasta la muerte, el trono y la familia de los Borbones. La guardia nacional de Lila, acostumbrada á los asedios, á los apuros y á los triunfos del patriotismo durante las guerras de la revolucion, no hacia un vano juramento: el rey hubiera encontrado en ella batallones dignos de medirse con todos los peligros. La ciudad estaba enorgullecida de añadir á su historia el título de capital momentánea de la monarquía y de rivalizar un dia con Orleans por la vida y la gloria de un príncipe superior á Cárlos VII. El rey la revistó y se persuadió de la seguridad del asilo que le ofrecian semejantes corazones. Pero cuando se presentó al frente del ejército, por mas esfuerzos que hiciesen los ciudadanos para comunicar su generoso entusiasmo á los regimientos, estos permanecieron frios, taciturnos, silenciosos, en la aptitud de una resignacion pasiva á la disciplina, pero con el ademan de soldados que saben contener su impaciencia, mas que no prometen fidelidad. Conocíase que su corazon no estaba ya allí, y que su pensamiento habia franqueado ya el camino de París. Ni el ejemplo, ni la voz, ni los ademanes del mariscal Mortier, de Macdonald, de Berthier y de los generales que rodeaban al rey, pudieron arrancar una aclamacion de aquellas tropas que parecian contenidas por el temor de engañar al rey con un juramento que deseaban prestar á otro.

El príncipe no pudo equivocarse á vista de semejante actitud, y lágrimas de indignacion mal reprimidas saltaron de sus ojos. Quejábase de su suerte y compadecia á aquella multitud tan constante y adicta, pero que iba á ser dominada por el ejército salido de su seno para imponerla de nuevo el despotismo y la guerra. Esforzóse, no obstante, en esperar aun, y entró en el palacio que se le habia dispuesto con el firme propósito de no salir de él. «Si las tropas, dijo al mariscal Mortier, quieren ir á incorporarse con mi enemigo, abridlas las puertas y que me abandonen. La guardia nacional y mi casa militar que me sigue, bastarán para mi defensa en el suelo francés.»

XL. Pero la llegada de algunos guardias de corps y regimientos suizos de la guardia, que habian seguido su camino desde Amiens á Lila, y para los cuales iban á abrirse las puertas de la ciudad, decidió la insurreccion de las tropas de línea de la guarnicion. Conocieron el peligro que habia en entregar al ejército del rey la ciudadela y las murallas de una plaza de guerra que les seria preciso reconquistar algunos dias despues al precio de la sangre de la guerra civil, y manifestaron tumultuosamente en los cuarteles la resolucion de oponerse á la entrada de aquellos destacamentos de la guardia del rey. Un consejo, compuesto del rey, del duque de Orleans, del mariscal Mortier, de Berthier, de Macdonald y del duque de Blacas, deliberó, en vista de los síntomas precursores de la escision, acerca del partido que debia tomarse, y se resolvió evacuar inmediatamente la ciudad. El rey esperaba hallar un asilo menos imponente, es verdad, pero mas seguro en Dunkerque, ciudad fiel y fortificada, defendida por la parte de tierra por sus murallas, y abierta por el mar á los socorros de los ingleses, en caso de apuro; y abandonó á Lila aquel mismo dia, escoltado por algunos ginetes de su guardia, y acompañado de los mariscales y del duque de Orleans. Este último, sin embargo, volvió á entrar casi al punto en la ciudad con Mortier, bien para procurar todavía retener el ejército en su deber, bien para fraternizar algunas horas mas con los generales que merecian su aprecio. Volvió á salir despues de la ciudad, se alejó del rey y de los príncipes, y pasó á Inglaterra para separar su causa de la de su familia á los ojos del pais y atestiguar con su aislamiento que no queria mezclarse en la guerra civil y europea que iba á destrozar su patria: príncipe previsor y entendido que queria, es verdad, aprovecharse de las ventajas de su nombre y de la cooperacion de la Europa por su causa, pero que no queria que se le echasen un dia en cara y redundasen en perjuicio de su futura popularidad las victorias obtenidas sobre su patria.

XLI. Entretanto el rey, acosado por el rumor de las defecciones que lo seguian y le precedian de una en otra ciudad, supo al llegar á Ostende que se habia interceptado á su ejército en el camino de Dunkerque, y que el conde de Artois y su casa militar se hallaban en el de Bethune, no habiendo ya otro refugio que la Bélgica. El mariscal Berthier le aconsejó que se embarcase para Inglaterra, persuadido de que el emperador no se detendria ante la frontera belga, sino que perseguiria á Luis XVIII como habia perseguido al duque de Enghien hasta en los hogares del estranjero. El rey se resistió con energía pareciéndole que el atravesar el mar era confesar la desesperacion de su derecho y de su causa, y despachó á Mr. de Blacas juntamente con su hermano el conde de Artois, que se hallaba entonces á la estremidad de la frontera, para que pidiesen hospitalidad al rey de los Paises Bajos. Este soberano, príncipe ambicioso, equívoco, egoista, sin miramientos de ninguna clase hácia el infortunio, concedió con frialdad y dureza el asilo que se le demandaba,

como si experimentase un secreto placer al ver la decadencia y humillacion de la casa de Borbon, cuyo trono habia codiciado en sus insensatos pensamientos. El gobierno de los Paises Bajos señaló la ciudad de Gante, poblacion aristocrática, vacía y estraviada, por residencia esclusiva para el rey y las reliquias de su corte. Berthier, despues de haber cumplido su deber hasta la frontera, se despidió de aquel príncipe para marchar á Alemania, lejos igualmente del rey, á quien habia escoltado fielmente hasta el destierro, y de Napoleon, á quien no queria combatir ni servir. Luis XVIII, humillado, mas no desalentado por la aspereza del rey de los Paises Bajos, se estableció en Gante.

XLII. El conde de Artois, el duque de Berry, Marmont y su ejército, estrechados de cerca por los regimientos destacados en su persecucion, ó que les acosaban por los flancos, hollando todas las plazas fuertes de la Francia, cerradas ante sí, se internaron en la de Bethune, última ciudad armada de la frontera francesa, para esperar allí noticias del rey. Entraron en ella en la tarde del 23 de marzo, sin que el espectáculo de su retirada y lo desesperado de su causa debilitasen en nada el entusiasmo de los habitantes de Bethune y campiñas inmediatas, por la causa del rey. La ciudad, bloqueada ya por algunos costados, y desprovista de víveres y municiones, no podia ofrecer un largo asilo á aquel pequeño ejército aprisionado en sus murallas. Despues de un corto descanso para dar algun aliento á los hombres y á los caballos, el mariscal Marmont dió la órden de partida á las cuatro de la tarde, con objeto de dirigirse por sitios no frecuentados, y por los únicos senderos que quedaban libres, hácia la frontera belga, para poner al menos en seguridad á los príncipes. Pero en el momento en que empezaban á verificar su salida las columnas en pos del conde de Artois y del duque de Berry, se formaron en batalla delante de la puerta un regimiento de coraceros y otro de cazadores franceses, para disputar el paso á las tropas del rey. A la aparicion de aquellos regimientos sucedió un momento de indecision. Los guardias de corps y los granaderos de la guardia real franquearon las puertas, sable en mano, y se formaron para combatir al frente de los coraceros y cazadores de Napoleon. El ardor era igual por ambas partes. Oyéronse algunos tiros, á cuyo estruendo se encabritó el caballo del conde de Artois, y se inclinó despues, haciendo creer á los guardias de corps que el príncipe habia sido herido por una bala perdida. Un grito de cólera y de indignacion salió de las filas, suponiendo un atentado contra la vida de los príncipes lo que solo era efecto de la casualidad. El combate iba á principiar, cuando Marmont, recobrando toda su energía ante la idea de una lucha civil, se arrojó en un caballo blanco entre los dos ejércitos, seguido del duque de Berry y de varios oficiales del ejército real, y adelantándose á las tropas de Napoleon, les enseñaron los numerosos batallones y escuadrones que se formaban tras de ellos en el glacis de la plaza y les intimaron que se retirasen para franquear el paso á los príncipes franceses. Los cazadores y coraceros se retiraron en efecto, y emprendieron el camino de Arras volviendo á entrar los príncipes en la ciudad seguidos de sus escuadrones.

XLIII. Conociendo Marmont que el ejército real y los príncipes podian ser envueltos durante la noche por fuerzas mas numerosas, persuadió al conde de Artois y al duque de Berry á aprovecharse del resto de la tarde y la noche para ganar en seguridad la frontera, y así se resolvió. Los príncipes dirigieron una proclama al ejército en la que le manifestaban que su deber estaba cumplido y que se le dispensaba de sus juramentos; que el rey obligado á refugiarse en pais estranjero, no tenia otra cosa que ofrecer á sus fieles soldados mas que los azares peligrosos y desconocidos del destierro; que les dejaba en libertad para que regresasen al seno de sus familias ó le siguiesen á su retiro, y que los príncipes agradecidos á ellos, solo les pedian una escolta para ponerlos á cubierto de los insultos del ejército francés durante aquella noche, y para facilitarles en caso de necesidad el camino hácia la frontera belga. Los guardias de corps y granaderos se disputaron aquel último servicio para acompañar al conde de Artois y á su hijo, y Marmont tomó el mando de su escolta. Lo restante del ejército se quedó en Bethune. Formáronse grupos de aquellos jóvenes en los cuarteles y plazas públicas, donde algunos oradores puestos en pié sobre furgones ó cajas de artillería, debatieron con la proclama de los príncipes en la mano, la cuestion de la emigracion ó de la capitulacion con el nuevo soberano de la patria. Algunos insistieron en que el honor les ordenaba el cumplimiento de sus deberes, así dentro como fuera de la frontera; otros invocaban el patriotismo que les prohibia levantar jamás su brazo contra el pais natal, cualquiera que fuese el poseedor ó usurpador de su trono. Este último parecer prevaleció entre la generalidad. Siguieron á los príncipes deplorando su suerte, y despues de haberlos escoltado hasta los límites del territorio, volvieron á entrar por la mañana en Bethune para participar de la suerte comun de los vencidos. Solo un corto número de antiguos guardias del rey, ó hijos de emigrados agregados á aquellas tropas, siguió la fortuna de los príncipes espatriados, y formó la guardia del rey en Gante.

Bethune se sostuvo por espacio de dos dias sin abrir sus puertas á las tropas del emperador, que iban acumulándose al pié de sus murallas; pero no tardaron mucho en confundirse los dos ejércitos, merced á una benigna y decorosa capitulacion, volviéndose á hallar y abrazándose compatriotas, amigos y hermanos. El ejército real fué licenciado, los guardias de corps entregaron sus caballos, conservaron sus armas, y fueron ingresando en el seno de sus familias, prohibiéndoseles únicamente su entrada en Paris. De este modo se desvaneció la causa real en el Norte de la Francia.

XLIV. En la Vendée tampoco habia tenido tiempo para desarrollarse. El duque de Borbon, que reasumia el interés y la compasion unidos al nombre de padre del duque de Enghien, carecia de las circunstancias necesarias para dar á la guerra en aquellas provincias el carácter novelesco y aventurero que da animacion á las guerras civiles. Los generales del ejército de Napoleon que le acompañaban ó mandaban en Angers, Saumur, Nantes y la Rochela, trataron de formar ejércitos regulares y asalariados mas bien que reunir paisanos insurreccionados por el entusiasmo, perdiéndose de esta manera el tiempo que Bonaparte aprovechaba en su escursion. Antes de verificarse los armamentos ya habia triunfado completamente Napoleon. El duque de Borbon se internó entonces en Anjou. Augusto de La-Rochejaquelein, que gozaba de gran prestigio entre las poblaciones realistas, consigue sublevarlas é identificarlas con la causa del príncipe, y comunica su ardor, no entibiado por la sangre de los suyos, á los departamentos vecinos. Suzannet, Sapinaud, d'Autichamp, La-Rosiere y Caunel, antiguos jefes de la guerra vendeana, organizan la insurreccion de sus cantones. Pero la prolongada sumision tiene amortiguados los corazones, se han disipado las ilusiones de la primera guerra, falta ya la unanimidad para la defensa de su causa predilecta, la revolucion y la gloria han penetrado con el tiempo en el espíritu del pueblo, las ciudades abrigan el sentimiento patriótico, las campiñas están fatigadas, y el entusiasmo ya no existe. Las columnas de Bonaparte se adelantan en todas direcciones hácia la Vendée, é intimidan á los sublevados. El príncipe puede encontrar apenas su seguridad allí donde habia esperado encontrar su venganza; el desaliento general se apodera de él, y acompañado de algunos amigos leales vaga de castillo en castillo, caminando únicamente de noche para acercarse al mar, y se embarca para España. La Vendée, sorprendida ó aletargada, solo alienta ya en el corazon de La-Rochejaquelein y de algunos otros jefes que velan para espiar la hora de la insurreccion, que no ha sonado para el duque de Borbon. Los caminos y las poblaciones de Paris á Burdeos y á Tolosa están abiertos ya para Bonaparte, y amenazan llevar refuerzos á los ejércitos destacados contra el duque de Angulema, que todavía se sostiene en el Mediodía.

XLV. Aquel jóven príncipe, en apariencia el menos popular y militar de su familia, inspirado por el sentimiento de su deber y por el alma varonil de la duquesa de Angulema, su esposa, demostraba en aquel trance de la fortuna, la calma, la inteligencia y la osadía que honran á las causas perdidas cuando no las levantan.

La noticia del desembarco de Bonaparte sorprendió á los duques de Angulema en Burdeos en medio de los festejos preparados á la hija de Luis XVI para celebrar la visita de gratitud que habia querido hacer á la ciudad donde por primera vez volvió á hallar su esposo la patria de 1814. Hicieron su entrada en la ciudad el 5 de marzo en una barca triunfal, saludados por la artillería de los fuertes y de los buques de la rada. La ciudad de Burdeos, que habia dado su nombre á la diezmada faccion de la Gironda, guardaba contra la revolucion el resentimiento de la sangre vertida de los girondinos. Bonaparte la habia cerrado los mares, manantial de su riqueza, con el bloqueo continental; proyecto suicida que empobrecia los puertos y el comercio de su propio imperio por perjudicar al comercio inglés, sin conseguir otra cosa que hacerle variar de mercado, y darle mas ensanche haciéndolo trasladarse á la América, á las Indias y á la China. Todas estas razones hacian que Burdeos se manifestase adicta, tanto por simpatía como por interes, á la restauracion. El temor influia tambien en ello, porque era la primera ciudad que habia desertado de la causa de Napoleon, y la vuelta de éste la convertiria en blanco de su venganza. Las mujeres y las jóvenes bordelesas se ofrecieron á arrastrar la carroza de la duquesa de Angulema, ídolo de su entusiasmo y veneracion, al desembarcar en los muelles de la ciudad. Las calles estaban alfombradas de flores como para el tránsito de una ceremonia religiosa, y colgadas las fachadas de ricas telas segregadas de los adornos de los salones. El príncipe marchaba á caballo, rodeado de una guardia de honor compuesta de toda la juventud de

la ciudad y provincias vendeanas, cuya capital era en aquel momento la ciudad del 12 de marzo. Sucedíanse unos á otros los festejos sin que se debilitase el entusiasmo del pueblo ni el reconocimiento de ambos esposos. Hasta el ejército, á las órdenes del general Decaen, parecia participar de aquel sentimiento de fidelidad que embriagaba todos los ánimos, manifestando en todas las revistas, por medio de aclamaciones, el júbilo de que se hallaba poseido. La presencia de la víctima del Temple parecia santificar aquel delirio y hacer una religion de la monarquía. Nadie podia persuadirse de que en aquel mismo momento surcaba Bonaparte las aguas del Mediterráneo sobre tres débiles barquichuelos, trayendo la defeccion y la ruina á una causa que era en Burdeos la causa de todos los corazones.

XLVI. En la noche del 9 al 10 de marzo, en medio de los preparativos que hacia la ciudad para celebrar el aniversario del 13 de marzo del año precedente en que se habia verificado la restauracion en Burdeos, llegó un correo espedido de Lyon por el mariscal Macdonald en el momento de la catastrofe del conde de Artois, que llevaba al duque de Angulema la noticia del desembarco y de las primeras tentativas de Bonaparte. Al propio tiempo recibia del rey y de su padre la autorizacion para reunir todas las tropas de la ribera derecha del Ródano, ponerse en comunicacion con el ejército de Massena, que operaba en la orilla izquierda, y cortar, perseguir y derrotar á Napoleon, mientras fuera detenido al pie de las murallas de Lyon. Los duques no podian creer en el mal exito de su causa en un pais que tantas muestras les dispensaba por do quiera de acogida y de afecto. Encerraron, no obstante, en sus pechos el secreto de aquellas noticias para no turbar con inquietudes la fiesta que les ofrecia el comercio de Burdeos, y se presentaron con semblantes que ocultaban sus presentimientos bajo la tranquilidad aparente del ánimo y la engañadora serenidad de las palabras. Pero el príncipe abandonó el sarao a media noche y partió sin dilacion á ejecutar las órdenes del rey, seguido únicamente del duque de Guisa, oficial de sus guardias, compañero de su infancia, hombre de buen consejo, de resolucion caballeresca, de un nombre celebre en las letras y en la guerra, de un esterior que captaba las simpatías en las cortes y en los campamentos, y que servia de ayudante al duque de Angulema, que gozaba de su familiaridad y merecia toda su confianza. El príncipe fué comunicando á todas las divisiones que se hallaban á su paso la órden de concentrar en Nimes todas las tropas disponibles.

XLVII. La duquesa, que se habia quedado en Burdeos para reanimar con su paciencia la fidelidad y el arrojo de aquella ciudad y provincias realistas y enviar en caso de necesidad refuerzos voluntarios al ejército de su marido, reunió á la mañana siguiente á su alrededor á los oficiales superiores de los cuerpos que componian la numerosa guarnicion de Burdeos, y les manifestó con entereza los servicios que el rey esperaba de ellos y la fidelidad que ella tambien esperaba de sus tropas. Conmovidos, pero nó turbados, los generales y coroneles no vacilaron en responder de sus soldados como de sí propios. El espíritu del pais parecia haberse inoculado en ellos, y el entusiasmo del pueblo ponia á cubierto al ejército de todo movimiento sedicioso. Los realistas de la Vendée y provincias intermedias, La-Rochejaquelein, Ravez, Peyronnet, Martignac, Gauthier, de Segur y Montmorency se estrecharon y acudieron unánimes y solícitos al lado de la princesa, como otra Gironda realista, formaron consejos, abrieron subsidios, reclutaron voluntarios, armáronse para combatir á la vez con sus resoluciones y sus brazos, y preludiaron durante aquellos dias de prueba para su patria los diversos renombres que debian adquirir mas tarde en los ejércitos, en las cámaras y en los ministerios de la monarquía. El baron de Vitrolles, revestido de poderes ilimitados por el rey en Tolosa y portador de los mismos poderes para la duquesa en Burdeos, llegó de París con las confidencias mas graves de la corte. Animó el espíritu público con el ardor que devoraba al suyo, y asistió á un consejo de defensa donde la duquesa habló con energía; el general Decaen, comandante del ejército y de la ciudad, con lealtad, y Mr. Lainé con el heroismo y la calma del hombre que identifica la opinion con la conciencia. No se ocultaba la dificultad de mantener á las tropas, anteriormente leales, en una aptitud que empezaba á quebrantarse á cada paso que daba Napoleon hácia delante. No se decidian á alejarlas de la princesa por temor de que su fidelidad zozobrase lejos de su presencia, ni á retenerlas en Burdeos temiendo que su sublevacion dominase la ciudad. Se las tenia en continuo movimiento, en revistas, en espectáculos, para que la agitacion les impidiera corromperse, y el contacto con la poblacion les hiciera avergonzar de ser menos adictas á una mujer que á sus recuerdos y á sus predilecciones de soldados.

XLVIII. El dia 26 corrió entre los regimientos la voz de que se desconfiaba de ellos, y se trataba de desarmarlos y hacerlos evacuar las fortificaciones; rumor que sembrado artificiosamente por los partidarios ocultos de Bonaparte, enviados á la poblacion, sirvió de pretesto á las tropas para manifestar su descontento. Las ilusiones de los realistas acabaron de disiparse al notar los síntomas de desafeccion que se manifestaron en una gran revista que pasó el general Decaen con objeto de desvanecer las dudas de los soldados. Anuncióse una próxima sedicion en la guarnicion de Blaye cerca de Burdeos. Algunos soldados habian arrancado ya de sus morriones las chapas que contenian la cifra del rey para reemplazarlas con las águilas que deseaban ardientemente volver á poseer. A los gritos de lealtad respondian con el silencio, y los semblantes hacian traicion á los corazones. Un batallon que habia recibido la orden de marchar á Blaye con un destacamento de guardias nacionales para contener la defeccion de las tropas de aquella ciudadela, se negó rotundamente á obedecer. Bonaparte acababa de nombrar gobernador de aquellas provincias al general Clausel, hombre entendido y militar arrojado. Aunque sin tropas en el momento que aceptó esta mision, adelantóse con algunos batallones que organizaba en su marcha, y sin detenerse ante el gran número de voluntarios realistas del ejército todavía indeciso de Decaen, ni ante la presencia de la duquesa, intimaba á las ciudadas vecinas á que reconociesen su poder y la soberanía del nombre del emperador. Clausel, aunque solo disponia de un puñado de soldados, hablaba ya como vencedor imitando la confianza de Napoleon, sembrando falsas noticias, poniéndose en comunicacion por medio de mensajes nocturnos y señales convenidas con los corruptores del ejército de la duquesa, hablando de ésta en sus proclamas, de su valor, de sus desgracias y de sus ilusiones como hombre que no trata de insultar á la debilidad y al infortunio, sino que manda en nombre de la fatalidad. Guerrero á propósito para empresas semejantes, marchaba con doscientos hombres y ochenta caballos contra un ejército de diez mil hombres, ante una ciudad de cien mil almas y ante una poblacion de tres millones de paisanos sublevados. Pero su larga esperiencia de las revoluciones y de las guerras civiles le habia enseñado lo que puede la audacia y la celeridad de un núcleo de tropas compactas contra fuerzas vacilantes y diseminadas: para el existia entre unas y otras la misma diferencia que entre la bala y la pólvora. Además tenia Clausel cierto carácter de hombre político, á propósito para atreverse á todo contra las leyes y á arriesgarlo todo á los azares. Pero contaba especialmente en aquella campaña con el impulso secreto del corazon del ejército, á quien iba nó ya á hacer frente sino á seducir, y que le respondia de su cooperacion.

XLIX. Decaen y el consejo militar de Burdeos, no atreviéndose á aventurar á las tropas de línea en un choque con la pequeña columna de Clausel, destacaron un cuerpo de quinientos voluntarios de la guardia nacional, para cerrarle el paso del puente del Dordoña, que disputado encarnizadamente por los bordeleses, perdido y recuperado varias veces en el trascurso de algunas horas, quedó por fin en poder de los realistas, que enarbolaron en él la bandera blanca sobre los cadáveres de unos cuantos granaderos de Clausel. Mas en tanto que los bordeleses alcanzaban en nombre del rey esta primera victoria, sublevábase al ruido del cañon la numerosa guarnicion de la ciudadela de Blaye, salia de las murallas desoyendo la voz de sus jefes y llegaba á poner á disposicion de Clausel un ejército que le prometia rendir al de Burdeos. El desventurado general Decaen, gobernador de la ciudad, estrechado por la princesa á que hiciera marchar sus tropas ó las obligara á evacuar la poblacion, ni podia obedecer ni sabia resistir, y convencido de la inutilidad de una lucha, en la que sus armas se habian roto en sus manos, y del riesgo de una sedicion en medio de una batalla, tanto para la ciudad como para la duquesa misma, aconsejaba tímidamente la capitulacion recomendada por la necesidad, á cuya propuesta se indignaron los voluntarios y la guardia nacional. Mr. Lainé propuso un plan de defensa por los ciudadanos solos, que igualaba á la resolucion de su alma y al heroismo de Zaragoza. La duquesa se estremecia de vergüenza y de desesperacion á la idea de abandonar sin combatir una patria, donde todos los corazones latian por su causa y donde solo faltaban las armas á los brazos de sus adictos.

L. Entretanto Mr. de Martignac, jóven oficial de voluntarios bordeleses, que unia á la elocuencia el ardimiento, habia tenido una conferencia con Clausel mas allá del puente del Dordoña para conocer los designios de aquel general y tratar de detener su marcha á la ciudad. Clausel habló con deferencia de la duquesa de Angulema y con miramiento del príncipe, de quien habia recibido poco tiempo antes en Tolosa los honores y condecoraciones que en vano prodigaban los Borbones á los lugartenientes de Napoleon. Se manifestó apesadumbrado al considerar los peligros á que se veria espuesta en su retirada una mujer obligada á huir de la insurreccion militar de la ciudad. Manifestó á Mr. de Martignac

que Burdeos era una mina próxima á estallar, que las tropas estaban de su parte, que las correspondencias entre su ejército y el de Decaen cruzaban los aires por medio de señales de inteligencia, y que penetraria en dia y hora determinada en la ciudad y en las fortificaciones. En este mismo sentido escribió á la duquesa una carta imperiosa y respetuosa á la vez, rogándola que no se aventurara á comprometerse en una lucha inútil y ofreciéndola las consideraciones y honores debidos á su rango, á su sexo y á su carácter. Mr. de Martignac se encargó de este mensaje y remitió la carta á la princesa, quien la leyó con la impasibilidad de un alma acostumbrada desde la cuna á los insultos de la suerte y la comunicó á sus consejeros y á los oficiales de la milicia cívica. Un grito general de indignacion brotó de todas partes, la poblacion entera corrió á las armas, y reuniéronse tumultuosamente el estado mayor y consejo general del departamento, el consejo municipal, las autoridades y los ciudadanos. Llamóse al general Decaen para saber cuáles eran los medios de defensa con que contaba; pero no se atrevió á responder de nada una vez empeñado el fuego entre sus soldados y los de Clausel. Mr. Lainé juró por la dignidad de su patria que «la historia de Burdeos y de Francia no se veria deshonrada por el abandono de una princesa, hija de María Teresa, que imploraba la defensa de los franceses, y se veia obligada á huir ante la sedicion de algunos pretorianos.» Mr. de Martignac aseguró: «que los guardias nacionales que habia dejado en el puente del Dordoña, antes que permitir entrar en la ciudad á los invasores moririan en su puesto.»

Era media noche, Mr. de Martignac partió á llevar á Clausel la respuesta negativa de la ciudad á tiempo que los batallones de aquel general habian forzado el puente y se adelantaba por él la columna. Antes de rayar el dia se presentaria Clausel con sus tropas en la orilla derecha del Garona en frente de Burdeos, para escitar desde allí á la insurreccion al ejército de Decaen. A estas noticias el consejo de la ciudad y el de la duquesa se resolvieron á aceptar las condiciones ofrecidas por el general, pidiéndole únicamente un plazo de 24 horas para que la princesa pudiera verificar dignamente su salida y para el honor y la seguridad de la poblacion. Clausel consintió en ello, y permaneció inmóvil en la orilla derecha del rio sin desplegar la bandera tricolor, como muestra de respeto hácia la nieta del rey.

La resolucion de los consejos no podia avenirse en manera alguna con la energía de carácter de la princesa, como claramente se traslucia en su semblante y en su actitud desdeñosa. El pueblo al tener noticia de aquellas condiciones, avergonzado tambien como ella, estalla en imprecaciones contra la cobardía de sus jefes y la perfidia de los soldados. La guardia nacional sale en tumulto de sus casas y se arroja espontáneamente á las puertas de la ciudad, y Donnadien, uno de los mas intrépidos y osados generales de Bonaparte, y que empleaba el mismo ardor é igual audacia en defensa de los Borbones, se ofrece á tomar el mando. La sangre va á correr entre la ciudad y Clausel; y entre la ciudad y la guarnicion. Interrogado de nuevo el general Decaen, responde definitivamente que sus tropas no dispararán un tiro contra sus hermanos del ejército de Clausel. Crece la indignacion contra él, y se le echa en cara su impotencia y se le acusa de connivencia y de perfidia. «¿Cómo es posible, esclama la duquesa, que unas tropas de quienes me respondiais ayer, se nieguen hoy á combatir por su rey, por su bandera, por la ciudad que les está confiada y por mí? Nó; seria una cobardía y un crímen que no creeré hasta verlo palpablemente. Mandad formar los regimientos en los cuarteles, y yo iré á juzgar por mí misma de las disposiciones y del espíritu de vuestros soldados.» En vano los generales, inquietos por aquella resolucion que podia provocar el ultraje de una soldadesca indócil y mal contenida por los jefes, tratan de disuadirla de su propósito: la princesa sin escuchar otra cosa que la voz de su corazon, corre á los cuarteles de San Rafael, penetra entre las filas, manda formar el cuadro y arenga á los oficiales y soldados con una voz varonil, conmovida, suplicante y entrecortada por los sollozos.

«Oficiales y soldados, les dice: ya conoceis los acontecimientos que agitan á la Francia. Un usurpador, seguido de amotinados, viene á arrebatar la corona á mi tio y á vuestro rey, á quien habeis jurado defender. Burdeos se ve amenazada por un puñado de tropas rebeladas. La guardia nacional, los ciudadanos, el pueblo entero están decididos á rechazar el asalto de esas turbas armadas. Ha llegado el momento de que manifesteis que los juramentos de los soldados franceses son algo mas que vanas palabras. Vengo ante vosotros á recordároslos y á juzgar por mí misma de vuestras disposiciones. ¿Os hallais resueltos á defender conmigo la ciudad y á mantenerla en su lealtad al rey? Responded con franqueza, hablad con libertad; porque quiero mas una negativa que una traicion: hablad.»

LI. A tal intimacion inclínanse las frentes, apártanse las miradas y permanecen inmóviles los labios. La princesa aguarda, observa, se ruboriza, siente desfallecer su esperanza, recobra su valor en medio de la desesperacion y quiere tentar el último esfuerzo, puesto que ya se ha perdido todo. «¿Ya habeis olvidado, esclama con acento de reproche y de indignacion, los juramentos que aun no hace mucho renovabais entre mis manos? Si hay, pues, algunos de entre vosotros que los recuerden y permanezcan fieles á su honor y á su rey, que salgan de las filas y lo digan.» Unas cuantas espadas se levantaron por encima de las filas, de los oficiales, como para ofrecerse á la defensa. La princesa paseó por ellas su mirada triste, aunque no desanimada, y dijo: «Pocos sois; pero no importa, sois valientes, y al menos sé con quienes puedo contar.» Los soldados, silenciosos é inmóviles, contemplaban sin dejarse conmover aquella escena: el nombre de Napoleon hacia en sus ánimos un terrible contrapeso á la voz de la naturaleza. La princesa se retiró con la humillacion en la frente: los oficiales, confusos, procuraban encubrir su frialdad con atenciones, jurando que nadie osaria ofender impunemente á la persona de una mujer heroica y desgraciada, confiada á su lealtad; que la sangre de sus amigos seria tan sagrada para ellos como la de la duquesa misma, y que el ejército no permitiria que se insultase á la guardia nacional. «No se trata de mí, replicó la duquesa olvidando sus propios peligros, sino del rey. Responded por última vez; ¿quereis servirle ó nó?—No combatiremos contra nuestros hermanos: no aceptaremos la guerra civil ni obedeceremos mas que á la patria,» respondieron los soldados. La duquesa salió de allí indignada, aunque nó vencida, é hízose conducir al segundo cuartel.

LII. De allí fué rechazada por el tumulto, la sedicion y los gritos de *¡Viva el emperador!* que llegaron desde lejos á sus oidos. Quiso no obstante arrostrar hasta el último punto su fortuna, y se trasladó al tercer cuartel, situado en el castillo, en cuyo patio penetró atravesando las bóvedas y los puentes de la ciudadela, acompañada de un corto número de oficiales y ciudadanos sumidos en la mayor consternacion. Las tropas formadas en batalla, mal contenidas por sus oficiales, murmuraban de la consigna que las aprisionaba dentro de aquellas murallas y golpeaban el pavimento con la culata de sus fusiles. La presencia de aquella princesa que iba á solicitar ó importunar su fidelidad sofocada en sus pechos, los impacienta y alborota; pero sin desconcertarse á vista de su actitud, les dirige la palabra en estos términos: «¡Cómo, pues! ¿será posible que no encuentren eco mis palabras en este regimiento de Angulema, en este regimiento á quien yo tenia orgullo en dar mi nombre? ¿Tan pronto habeis olvidado las distinciones de que habeis sido colmados por mi esposo, por aquel á quien llamais vuestro príncipe?... ¿Y á mí, en cuyas manos habeis renovado tantas veces vuestro juramento de fidelidad; á mí, que os he dado vuestras banderas; á mí, á quien llamais vuestra princesa? ¡Qué! ¿no me reconoceis ya?..» Los soldados conmovidos se avergonzaban de tales reproches, á que todos sus recuerdos daban mayor fuerza y colorido. Pero varios oficiales, que se hallaban en inteligencia con Clausel, sofocaron aquel primer impulso de sus corazones por medio de ademanes de desaprobacion. Los soldados miraron á sus oficiales y se mostraron inaccesibles á la generosidad para con aquella mujer. La princesa apartó las manos de su frente y lloró delante de las tropas. «¡Oh Dios! esclamó como si quisiera reconvenir al cielo y á los hombres. ¡Pero es muy cruel espatriarse otra vez despues de veinte años de infortunio y de destierro! ¡Y sin embargo, desde la emigracion ó desde las gradas del trono, yo no he dejado de hacer votos por la felicidad de la patria! Porque yo soy francesa, añadió con la vehemencia de un sentimiento que rompe sus diques. Sí, yo guardo mis juramentos; yo creo en el honor aunque no soy mas que una débil mujer, y vosotros, ¡apartaos! ¡no sois franceses!»

El regimiento de Angulema se contuvo á pesar de esto; y el 62.° de línea respondió á la guardia nacional con vociferaciones y amenazas que recaian tambien sobre la princesa. Solo un oficial de aquel regimiento, indignado al ver los ultrajes del cuerpo, desenvainó su espada, se colocó al lado de la duquesa de Angulema, y esclamó como desafiando á sus soldados: «¡Ah! esto es ya demasiado; yo al menos sostendré mi juramento, yo no os abandonaré.» Los gritos fanáticos de *¡Viva el emperador!* respondieron á aquel acto de audacia; los soldados rompieron las filas y aparentaron querer arrojarse sobre el grupo de los realistas; pero la duquesa, aunque provocada á huir, permaneció en pié y sin desalentar, retando á aquella turba amotinada, hasta que al toque de un redoble volvieron las tropas a rehacer sus filas. La princesa se alejó llevando consigo la desesperacion de su causa y la tristeza de un segundo destierro cuya duracion solo Dios podia saber.

LIII. Al entrar en su palacio encargó á Mr. de Martignac, el negociador de la víspera, que llevase al general Clausel sus recomendaciones en favor de Burdeos: «Le direis que hubo un tiempo mas feliz en que

yo le distinguia entre los generales por su inteligencia y por su valor, y en que me daba las mayores pruebas de afecto y de reconocimiento. Decidle que solo le pido en nombre de aquel recuerdo que trate con deferencia á la ciudad que le entrego, y á quien amo tanto. Lo que haga en favor de Burdeos lo consideraré como hecho en favor mio.»

Entretanto la guardia nacional y el pueblo, animados de un sentimiento cívico, habíanse formado para combatir, y pedian á grandes voces que se les condujese á los cuarteles, que se les entregasen las fortificaciones y se les colocara en los puestos avanzados. La duquesa se presentó ante el frente de batalla á los ciudadanos, y puesta en pié en su carretela descubierta, para dejar en los ojos de todos la impresion de su quebranto, y persuadir con su presencia tanto como con las palabras: «Vengo, esclamó, cuando el eco de las aclamaciones dejó oir su voz, vengo á pediros la última prueba de afecto; prometedme obedecer todo cuanto os ordene.—Lo juramos, gritó la multitud que esperaba recibir la órden de ataque. «Pues bien, volvió á decir la princesa; acabo de visitar ó interrogar á las tropas, y me he convencido de que se hallan enteramente de parte de nuestros enemigos, sin que mi presencia, mi voz y mis represiones hayan podido reducirlas á su deber. Aventurar una batalla equivaldria á sacrificaros á vosotros y vuestros hijos por una causa vendida. Bastante habeis hecho por el honor de vuestra ciudad y de vuestra causa. Resignaos y guardad para el rey mi tio, amigos fieles, tiempos mas felices. Yo tomo sobre mí toda la responsabilidad y os mando que depongais las armas. «Nó, no, respondieron millares de voces; queremos morir por la libertad del pais, por el gobierno que hemos sido los primeros en proclamar, por el rey y por vos.» Las tropas rompieron sus filas y se estrechaban en derredor de su carruaje, manifestando en su semblante, en su voz y en sus ademanes el entusiasmo de que se veian inflamadas. Abalanzábanse á las manos de la hija de Luis XVI y formaban una bóveda de espadas sobre su cabeza: el pueblo clamaba venganza contra aquellos soldados amotinados y mezclaba sus lágrimas con las de la princesa. Clausel y sus tropas veian y oian desde la ribera opuesta del Dordoña el tumulto y los gritos de aquella multitud entusiasmada que revelaba la violencia que hacia el ejército á la nacion y al honor. Los cañones asestados contra la ciudad, y amenazando á aquella turba, se preparaban á hacer fuego sobre ella. La duquesa volvió á su palacio arrastrando consigo á aquella falange poseida de dolor y de indignacion, y reunió á los generales para darles la órden de capitular. «Os entrego la plaza, les dijo; vosotros, señores, respondeis de la vida de este pueblo.» Los jefes la prometieron interponerse entre las tropas y la poblacion.

LIV. Pero mientras que daban tales seguridades de las disposiciones pacíficas de sus regimientos, oyóse una descarga de fusilería casi bajo las ventanas del palacio: era una parte de la guardia nacional que hacia fuego sobre un batallon dudoso, que se disponia á tomar venganza del asesinato. Los heridos eran trasportados á vista de la princesa, y en vano se interponian los oficiales para evitar la carnicería. Los regimientos forzaban las puertas de sus cuarteles para arrojarse sobre el pueblo, y se formaban en batalla en las plazas públicas. La bandera tricolor, enarbolada por Clausel en la orilla derecha, aparecia en el mismo instante en los fuertes de la ciudad. La noche tendia su manto sobre aquella escena de traicion, de violencia, de luto y de muerte; y aprovechándose de las tinieblas, salió la duquesa silenciosamente de la ciudad que queria retenerla por fuerza, y donde su presencia iba á ocasionar el derramamiento de sangre entre los ciudadanos y el ejército. Una escolta de guardias nacionales de á caballo y de personas adictas la condujo á Panilhac, donde se embarcó al rayar el dia en una chalupa preparada que la trasladó á un buque de guerra inglés.

No bien habia pasado á bordo, cuando el rio se vió cubierto de barcas atestadas de guardias nacionales y de paisanos que querian seguirla hasta en los mares, y enviarla en sus últimas miradas la tierna despedida de aquella parte de la Francia. «¡Adios! gritó la hija de Luis XVI enjugando el copioso llanto que corria de sus ojos é inclinándose hácia los botes de sus defensores y amigos: cuando vuelva no dejaré de reconoceros.» El viento impetuoso que se levantaba, arrebató las últimas aclamaciones de la patria. El agitado mar parecia querer arrojar á la princesa hácia los puertos de Francia, y su frágil corbeta navegó algunos dias sin poder echar el ancla en la costa de España. Desembarcó por último, en el puerto de Pasages, donde recibió del rey de España la invitacion de pasar á Madrid y aceptar su cordial hospitalidad; pero creyendo necesaria su presencia al rey á quien habia consolado y dirigido en el destierro hacia tantos años, quiso reunirse con él, volvió á embarcarse, sufrió nuevas borrascas, llegó en fin á Plymouth y de allí pasó á Londres hospedándose en la casa del duque de Chartres, embajador de su tio cerca del gobierno británico: poco despues pasó á Gante á reunirse con el rey. Aquella princesa heroica estaba condenada á luchar desde su cuna con el infortunio, y aunque la naturaleza la habia negado algunos de los encantos de su sexo, que conquistan el afecto de los hombres, habia heredado de su madre el valor que sabe desafiar á la suerte. «Es el único hombre de su raza,» esclamó Napoleon vencedor, al saber por Clausel la conducta, el esfuerzo y el heroismo de la duquesa de Angulema en Burdeos; pero se equivocaba, porque el duque de Angulema, esposo de aquella princesa, manifestaba entonces en otra parte del Mediodía que si en aquella familia no estaba vinculado el genio y la fortuna de un gran capitan, poseia al menos en él el corazon de un soldado.

LV. Despues de la partida de la duquesa, Mr. Lainé, presidente de la cámara de los diputados, se negó á huir para sustraerse á la venganza de Napoleon que dos veces le habia proscrito sin haber podido intimidarle. Aquel ciudadano que reasumia en sí la violencia hecha á la representacion nacional, creyó que su cabeza debia responder á la tiranía de la dignidad de la patria vencida, y publicó é hizo fijar en todas las poblaciones de Francia la protesta siguiente:

«En nombre de la nacion francesa, y como presidente de la cámara de sus representantes, declaro que protesto contra cualquier decreto por el que pretenda disolver las cámaras el opresor de la Francia. Declaro en consecuencia que todos los propietarios están dispensados de pagar contribuciones á los agentes de Napoleon Bonaparte, y que todas las familias deben abstenerse de suministrar hombres para su ejército, bien sea por via de conscripcion ó de reclutamiento de cualquiera clase. Y pues que de una manera tan humillante se atenta á los derechos y á la libertad de los franceses, el deber ordena á éstos sostener individualmente tales derechos. Dispensados tanto tiempo ha de sus juramentos hácia Napoleon Bonaparte, y ligados por sus votos á la patria y al rey; cubriríanse de baldon á los ojos de las naciones y de la posteridad si no hicieran uso de los medios de que pueden disponer los individuos. La historia que asegura su eterno reconocimiento hácia los hombres de todos los paises libres que han negado toda cooperacion á la tiranía, arroja un baldon indeleble sobre los ciudadanos que olvidan su dignidad de hombres hasta el punto de someterse á sus despreciables satélites. Persuadido de que los franceses conocen y aprecian bastante sus derechos, he creido cumplir con un deber sagrado haciendo publicar esta protesta que en nombre de los ilustres colegas á quienes presido y de la Francia representada por ellos, será archivada en lugar á cubierto de la cólera del tirano para los efectos oportunos.

»Como el duque de Otranto, que se apellida ministro de la policía, haya ultrajado mi dignidad hasta el punto de darme á entender que puedo permanecer con seguridad en Burdeos y dedicarme á las tareas de mi profesion, declaro que si su amo y sus satélites no me respetan lo suficiente para hacerme morir por mi pais, yo los desprecio demasiado para aceptar sus humillantes proposiciones. Quiero que sepan que despues de haber leido el dia 20 de marzo en la sala de las sesiones la proclama del rey en el momento en que entraban en París los soldados de Bonaparte, he venido al pais que me ha honrado con sus sufragios, y que sigo en mi puesto á las órdenes de la señora duquesa de Angulema, dedicado á conservar el honor y la libertad de una parte de Francia hasta que toda ella se vea completamente libre de la mas vergonzosa de las tiranías que haya jamás amenazado á un gran pueblo. Nó, nunca me someteré á Napoleon Bonaparte; y el que se enorgullece con el título de jefe de los representantes de la Francia, aspira tambien al honor de ser en su pais la primera víctima del enemigo del rey, de la patria y de la libertad (lo que espero no sucederá) si se viera reducido á la impotencia de contribuir á defenderlos.»

LVI. El duque de Angulema que salió de Burdeos como se ha visto el 10 de marzo, reunió prontamente consigo todos los regimientos y voluntarios que podia concentrar el valle del Ródano despues del rápido tránsito de Napoleon, para reanimar la causa del rey, reconquistar a Grenoble, Lyon y la Borgoña, y marchar en su seguimiento á París. Sus fuerzas militares eran escasas, pero la intrepidez de los voluntarios suplia al número, y la sucesiva defeccion de las tropas parecia redoblar su fidelidad. El príncipe concentrando su pequeña division en Sisteron y Puente-Espíritu-Santo, precipitó sus operaciones, deseoso por una parte de recuperar á Lyon, é inquieto por otra de la actitud indecisa de Massena, cuyo formidable ejército ocupaba Marsella, la Provenza y Aviñon, y podia envolver entre dos fuegos á los realistas. Todas sus fuerzas se componian de doce á trece mil hombres, contando en ellas tres regimientos que á su paso por Marsella habia arrastrado consigo, procedentes de las tropas de Massena replegado á Tolon, y tres mil voluntarios de aquella ciudad que habian marchado con los regimientos á incorporarse con los sobrinos del rey. Las dividió en dos cuerpos, con-

fiando el mando del primero al general Loverdo, que tenia á sus órdenes á los generales Gardanne y Ernouf. El duque de Angulema mandaba el segundo cuerpo, llevando por jefe de estado mayor al general Aultanne. La columna de Loverdo, fuerte de siete mil hombres con seis piezas de artillería, encargada de maniobrar sobre la orilla izquierda del Ródano, seguia el mismo camino que habia llevado Napoleon al caer desde Antibo sobre Grenoble, y avanzaba sin encontrar obstáculo alguno durante los primeros dias. Pero los generales bonapartistas y la guardia nacional, que habian franqueado al emperador las ciudades y provincias de Lyon, Grenoble y del Delfinado, y que temian la venganza de los Borbones, se armaban en masa para contener la reaccion del Mediodia.

A los alrededores de Gap encontró Loverdo las primeras columnas de aquellas masas y los primeros batallones que acudian de Grenoble para disputarle el paso por los desfiladeros. Gardanne y dos de los tres regimientos de Massena, el 58 y 80 de línea, en lugar de combatir se pasaron al emperador, dejando así descubiertos á los voluntarios del Mediodia, vendidos y dispersados antes de poder entrar en combate; y Ernouf y Loverdo se replegaron á Marsella quedando de este modo disuelta el ala derecha del ejército real.

El duque de Angulema, sin desalentarse por aquella defeccion, á las que tantas otras le habian preparado, continuó su marcha hácia adelante, defendida su derecha por el Ródano. Detenido en Montelimart por el general Debelle á la cabeza de una division de voluntarios bonapartistas, reunidos al toque de alarma, consiguió una brillante victoria debida á la intrepidez del conde de Escars, comandante de su vanguardia. Este triunfo y lo desprovisto de tropas que habia dejado el emperador el valle del Ródano, eran para el duque de Angulema y su ejército presagios de la inmediata ocupacion de Lyon. El príncipe encomendando á los voluntarios mandados por el coronel Magnier, la seguridad de la orilla derecha, atravesó el rio y pasó á recuperar en la orilla izquierda la posicion abandonada á los bonapartistas por la defeccion de sus regimientos. Despues de un brillante combate en Loriol, alcanzó al ejército imperial fortificado en el paso del Droma, cuyas posiciones defendidas por artillería, batallones de línea, caballería, gendarmería y numerosos cuerpos de guardias nacionales de las montañas del Delfinado, parecian inexpugnables. El príncipe manifestó sin alteracion y sin jactancia el valor del soldado y el golpe de vista del jefe, y se trasladó al puente para reconocerle bajo los fuegos de los bonapartistas. En tanto que los ametrallaba con dos baterías de cañones y de obuses, mandó pasar el rio á nado á un batallon de voluntarios con órden de atacarlos por el flanco, al mismo tiempo que él forzaria el puente con el 10.° regimiento de línea de su ejército. A pesar de las instancias de sus oficiales, que trataban de contener su ardimiento y se arrojaban á la brida de su caballo, lanzóse á galope sobre el puente atestado de muertos y de heridos á la cabeza de veinte y cinco cazadores. Todo cedió y fué arrollado ante su temerario arrojo; los gritos de *¡Viva el rey!* que resonaban hácia la derecha, y la bandera blanca desplegada en las colinas, hicieron reünir desordenadamente á los batallones del emperador hácia el camino de Valencia. El ejército real pasó el Droma, y se adelantó sin obstáculo hasta Valencia, donde asentó su cuartel general, esperando la llegada del general Ernouf, que habia ocupado á Sisteron el 27 de marzo y que debia avanzar hácia Grenoble por la falda de los Alpes.

Al siguiente dia envió un destacamento para que ocupara á Romans, quedando con esto dueño del paso del Isere y de las avenidas de Grenoble y de Lyon; pero la defeccion de Gardanne con sus regimientos, que habia dejado su derecha descubierta, la indecision de Massena, la ocupacion de Aviñon por regimientos enemigos, el levantamiento de la orilla izquierda del Ródano, provocado por los oficiales de reemplazo, la acumulacion de batallones que iban entrando en Lyon, la aproximacion del general Chabert, que habia salido de Grenoble con los regimientos seducidos, la del general Piré que le cerraba la orilla derecha del Isere, la salida de Grouchi de Lyon al frente de un ejército de línea, los aprestos de Nimes para destacar dos regimientos á Puente-Espíritu-Santo y cortarle la retirada hácia Provenza, las noticias de Paris y de Burdeos, la defeccion y el abandono general de los regimientos á escepcion de uno solo, el 1.° que se mantenia fiel á sus deberes; todas estas circunstancias y la no menos poderosa consideracion de que iba á sacrificar á una causa perdida y á una gloria inútil la vida de aquel puñado de voluntarios leales, decidieron al príncipe á contemporizar con la necesidad, y se retiró á Puente-Espíritu-Santo. Los batallones que habia dejado en aquel punto, acababan de ser atacados y puestos en dispersion por el ejército de Nimes, mandado por el general Gilly, á quien el príncipe habia destituido como sospechoso al pasar por aquella ciudad. Gilly, desertor é irritado, habia organizado un cuerpo de tropas para cortar al príncipe la retirada ó darle alcance en su marcha hácia Lyon. Oíase en todas las montañas el toque de sonada, llamando á las armas á las Cevennas y á los paisanos protestantes de aquellos valles, donde las persecuciones intestinas han dejado cierto espíritu de venganza que fermenta á cada nuevo trastorno político. El príncipe se vió obligado á detenerse bloqueado por todas partes en Lapalud. Escitábanle á que se sustrajera del cautiverio y tal vez de la muerte preparada á los príncipes de su linaje, como lo demostraba la desdichada suerte del duque de Enghien, ofreciéndole guias seguros que le conducirian al Piamonte por los senderos de las montañas, pero se indignó á la idea de no participar de la suerte de los valientes comprometidos por su causa, resuelto á salvarlos ó á morir con ellos. Gilly le propuso un convenio honroso, que fué discutido y firmado por el baron de Damas, su jefe de estado mayor en el ejército real. El príncipe se trasladó en persona á Puente-Espíritu-Santo, para acordar su ejecucion.

Entraba en la poblacion bajo la fé de un tratado que le garantizaba la libertad y la retirada, pero fué mandado detener por el general Grouchy que habia llegado á la ciudad poco antes y se negaba á reconocer la capitulacion de Gilly. El emperador informado por el telégrafo de que habia caido en sus manos tan buena presa, autorizó á Grouchy para que le condujese á Cette en calidad de prisionero, y le hiciera embarcarse para España. Grouchy se apresuró á ejecutar este mandato temiendo una contraórden, que en efecto no tardó en llegar, aun cuando ya no era tiempo, porque el duque navegaba hácia Barcelona. El mismo emperador, al dar aquella dudosa contraórden, no podia tener por objeto el deseo de retener entre sus manos á un enemigo vencido que hubiera embarazado sus planes políticos; su prision hubiera sido un reproche y su muerte un crímen. Napoleon no podia tener interés en exacerbar la animosidad de las familias reales contra él. Su carta á Grouchy es severa, pero digna: héla aquí:

«Señor conde de Grouchy: la ordenanza del rey del 6 de marzo y el tratado firmado el 13 en Viena por sus ministros, podrian autorizarme á tratar al duque de Angulema de la misma manera que dicha ordenanza y declaracion querian que se me tratase á mí y á mi familia. Pero consecuente con las disposiciones que me movieron á ordenar que los miembros de la familia de los Borbones pudiesen salir de Francia libremente, deseo que deis las órdenes oportunas á fin de que el duque de Angulema sea conducido á Cette para su embarco, y que procureis poner á cubierto su seguridad y preservarle de cualquiera falta de miramiento. Cuidareis únicamente de retener los fondos arrebatados de las cajas públicas y de pedir al duque de Angulema que se obligue á la restitucion de los diamantes de la corona que son una propiedad de la nacion.

»Dad en mi nombre las gracias á la guardia nacional por el celo y patriotismo que ha desplegado y por la adhesion de que me ha dado pruebas en tan críticas circunstancias.

»Palacio de las Tullerías 11 de abril de 1815.

NAPOLEON.»

El ejército del duque de Angulema, intrépido y bien dirigido, salió victorioso en tres combates donde la sangre y el valor personal del príncipe vindicaron de su descrédito militar el nombre de los Borbones. Pero vendido por sus propios regimientos, á escepcion únicamente del 1.°, modelo de constancia; bloqueado por tres ejércitos y envuelto entre poblaciones hostiles, se vió diezmado despues de la capitulacion por los asesinatos de los protestantes, preludio de los asesinatos católicos. De la campaña del duque de Angulema en el Mediodia no quedó mas que una gloria estéril para su causa, el recuerdo y profundo aprecio de su nombre en el corazon de las tropas y haber cumplido noblemente el deber de disputar al menos la Francia á aquella espada que lo avasallaba todo, menos el honor.

LIBRO XX.

Estado de los ánimos en Francia despues del 20 de marzo.—Conducta ambigua de Napoleon.— Aspecto del congreso de Viena.— Recomposicion de la Europa por el congreso.—Politica de Mr. de Talleyrand.— Sábese en Viena la evasion de Bonaparte de la isla de Elba, su marcha por el territorio francés y la fuga de Luis XVIII.—Indignacion de los soberanos contra los Borbones y la Francia.—Lucha de Mr. de Talleyrand con los aliados.— Conferencia del congreso del 13 de marzo.— Discurso de Talleyrand.—Declaracion del 13 de marzo.— Convenio de guerra del 31.

I. La calma reinaba en Francia esperándose la decision de la Europa en presencia del importante cambio verificado en tan pocos dias. Las comunicaciones, cuidadosamente interceptadas por la policía del emperador, no dejaban penetrar del esterior noticia alguna que pudiera disipar las esperanzas de paz que alimentaban los ánimos que Napoleon habia hecho concebir en su tránsito de Cannas á Paris y que se estendian por las poblaciones rurales, merced á los escritos de sus parciales y rumores de sus agentes. Suponiase que la rapidez de aquella revolucion desconcertaria todas las resoluciones del congreso; que por mediacion de María Luisa y su hijo se anudarian las relaciones de familia entre Napoleon y el emperador de Austria: que Mr. de Metternich, familiarizado por tanto tiempo con la corte imperial, suscribiria á nuevas transacciones de conciencia con el dominador de la Francia; que el emperador Alejandro sentiria renacer en su corazon la antigua amistad hácia Bonaparte; que las potencias secundarias de la Alemania, descontentas y humilladas por la parte insignificante que se les habia dado en los despojos del imperio francés, y del servilismo á que las condenaba el ascendiente de las grandes monarquías del Norte, se colocarian por resentimiento al lado de la Francia, y últimamente, que el rey de Nápoles, Murat, infiel por un momento á la causa de su cuñado y protector, aprovecharia la ocasion para reconciliarse con el emperador que le garantizaba al mismo tiempo su propia seguridad, y arrojaria el peso de la Italia en la balanza de la guerra ó de la paz. Hasta se creia que la Inglaterra, descontenta por la oposicion contra lord Castlereagh y que se quejaba amargamente por boca de los oradores de la escuela de Fox, de ver en el continente sacrificados sus intereses á la causa de los reyes sostenida por sus subsidios, amasaria su odio contra Napoleon, que habia abjurado gran parte de sus errores y sufrido la dura leccion del destierro. Todas estas consideraciones que los publicistas y confidentes de las esperanzas de Napoleon ofrecian sincera y artificiosamente á la opinion pública, empezaban á calmar las alarmas suscitadas por la vuelta del emperador. La imágen de la Europa entera coaligada de nuevo para anonadar á aquel hombre que volvia otra vez á desafiarla en el seno de su patria exánime, se presentaba con formas tan terribles que se queria alejarla de los ánimos como una de esas calamidades supremas que el pensamiento se niega á discutir por temor de verse envuelto entre sus fuegos. Tambien Napoleon trataba de alucinarse aunque carecia de toda esperanza, y la confianza misma que se veia precisado á aparentar á los ojos de la nacion para ocultarla las calamidades que por causa suya habrian de caer sobre ella, le obligaba á contemporizar con la Europa en sus palabras y actitud, haciendo mas equívoca su situacion. No queria dar pretesto alguno á una agresion de las potencias haciendo aprestos militares demasiado precipitados, y mucho menos empeñándose en una guerra ofensiva. Su carácter y su política se hallaban en él en perfecta contradiccion; el hombre que debia á la audacia todas sus victorias, se veia encadenado por la prudencia. Necesitaba aparentar que creia en la imposibilidad de la guerra y permanecer ocioso é inmovil cuando necesitaba mayor actividad y energía.

Aquel genio absoluto, á quien una afortunada aunque loca temeridad encadenaba al lazo de su ambicion, se veia condenado á persuadir á la Francia que no tendria que sufrir una guerra por su causa, ó hacer ver á la Europa que se habian sofocado sus instintos belicosos, y prepararse silenciosamente entretanto al asalto del mundo, con cautela y con disposiciones incompletas que no podian corresponder á la gravedad de los peligros. Tal era el secreto de sus ansiedades, de sus tergiversaciones, de sus dudas, de sus infinitos consejos y de su vacilacion en aquellos dias de espectativa en que gastando el tiempo gastaba sus fuerzas. Las Tullerías no veian ya en él el hombre de otras veces y maravillábase la Francia de aquel cambio de carácter. Cuando se esperaban violentos arranques de resolucion, de fuerza y de actividad, no se veian mas que dudas, vacilaciones é incertidumbre: el hombre faltaba á las circunstancias porque las circunstancias faltaban al hombre: ¡leccion terrible para el orgullo humano! Los hombres mas grandes se empequeñecen cuando luchan contra las situaciones falsas. César se mostró débil, irresoluto y contemporizador en Roma despues de haber vencido á su patria por medio de un crímen, y el puñal que acabó con su vida, puso fin al mismo tiempo á la indecision de su conducta para con el senado y el pueblo. Napoleon empujado á la soberanía por el oleaje de una sedicion militar, no era ya el Napoleon de la esperanza, sino el hombre de la decepcion para la patria y para sí propio.

II. Al salir Napoleon de la isla de Elba, hallábase reunido todavía el congreso de Viena, y al poner el pié en las arenas de la playa de Cannas esclamó. «¡Ya está disuelto el congreso de Viena!» esclamacion que reasumia todas sus esperanzas. Lisonjeábase de haber desconcertado á la Europa con su evasion, y queria que aquella frase corriese delante de él por la Francia para halagar á la nacion con el mismo presagio. Aquel presagio le engañó como engañan todos los augurios, producto de los sentimientos apasionados del hombre y nó de la realidad de los hechos. Los adictos corresponsales que tenia en Viena, le habian persuadido de que la coalicion se veia embarazada con su mismo triunfo; que los pueblos estaban llenos de indignacion contra la particion arbitraria de sus despojos distribuidos entre los vencedores; que las cortes, celosas entre sí, no podian ponerse de acuerdo acerca de la inmensa distribucion de los territorios reconquistados; y finalmente, que su regreso á Francia, y su restablecimiento en el trono, producirian un terror general en los soberanos y los ministros, y le permitirian elegir á su placer las alianzas entre tantos enemigos. Creia tambien que Mr. de Talleyrand, hombre que no luchaba mucho tiempo ante los ofrecimientos de fortuna, le tendria de su parte despues de algunas victorias y borraria en Viena con sus servicios secretos sus defecciones de Paris; y se proponia sondearle tan luego como pudiera enviar un agente de su confianza á aquella corte.

III. Nunca desde que la Europa se constituyó en nacionalidades, en monarquías y en repúblicas, se habia reunido en una sola capital para celebrar congreso una asamblea tan imponente de emperadores, reyes, generales y diplomáticos; porque nunca tampoco habia tenido la Europa, profundamente desquiciada, conquistada, dividida y reconquistada, que operar una tan vasta reconstruccion de sus elementos. Mas de cien mil estranjeros, interesados ó espectadores de los grandes debates que iban á ocupar á los soberanos, á los diplomáticos y á los pueblos, se habian ido reuniendo en Viena desde el mes de setiembre hasta el de marzo. Todos los soberanos del Norte se habian trasladado allí desde Paris despues de evacuada la Francia por sus ejércitos, y habian llamado tambien á sus familias, sus ministros, sus cortes y sus generales para que asistiesen al triunfo, recibiesen los homenajes y realzasen ó embelleciesen los festejos de aquella victoriosa pacificacion del Occidente. Veíase allí al emperador Alejandro, jóven y modesto Agamenon de aquella corte de reyes; á la emperatriz Isabel, su mujer, de una belleza melancólica como el aislamiento en medio de la grandeza; á su hermano el gran duque Constantino, cuya rudeza salvaje, pero leal, hacia resaltar hasta en la dureza de sus facciones y en lo brusco de su lenguaje el contraste del calmuco con el carácter elegante, gracioso y flexible del griego, entre él y su hermano Alejandro. Acompañaban al emperador, le dirigian y negociaban por él sus principales consejeros, Mr. de Nesselrode, Mr. de Stakelberg, Mr. Capo de Istria, destinado á morir mas tarde por la regeneracion de la Grecia su patria, y Pozzo di Borgo. Venian despues el rey de Prusia, siempre desconsolado por la muerte de aquella hermosa reina insultada por Napoleon, y colmado de dolor por la humillacion de la Prusia; sus dos hermanos, los príncipes Guillermo y Augusto de Prusia; el príncipe de Hardenberg y el baron de Humbolt, políticos consumados de aquella corte; el rey de Dinamarca, hijo de aquella desgraciada reina Carolina Matilde, cuyas trágicas aventuras habian causado una viva impresion en el Norte; el rey de Baviera, el rey de Wurtemberg, y el de Sajonia adorado de sus súbditos, y á quienes tanto hicieron padecer su infidelidad á la Alemania y su adhesion mas honrosa que patriótica á Bonaparte; todos los príncipes soberanos del Norte y de Italia; lord Castlereagh, primer ministro de la Gran Bretaña; el duque de Wellington y Blucher, destinados por la suerte á des-

cargar el último golpe al poderío de Napoleon; el príncipe de Talleyrand con todo un gabinete de diplomáticos franceses, entre los que se contaban el duque de Alberg y el conde Alexis de Noailles; y últimamente el emperador de Austria, trasladado á su retiro de Schœnbrunn, el Versalles campestre de Viena, para dejar los palacios de su capital á los emperadores, reyes, cortes, consejos, estados mayores y guardias de sus huéspedes coronados.

El emperador de Rusia habia autorizado para que le acompañara á Viena al príncipe Eugenio Beauharnais, único representante de la abatida preponderancia de la familia de Napoleon, y que estraño á aquella reunion de soberanos y generales vencedores de su causa y de su dinastía, cultivaba la amistad de Alejandro, quien por su parte buscaba la popularidad hasta en la amistad de sus enemigos. Encontrábaseles todos los dias en las calles y paseos de Viena conversando con la intimidad de dos compañeros de armas, lo cual no podia menos de causar recelos á los soberanos por la posibilidad de que el emperador Alejandro se inclinase á la causa de Napoleon.

IV. Para dar á los festejos y á las negociaciones de paz el lujo y aparato de la fuerza armada, habian retenido los soberanos al rededor de Viena veinte mil granaderos escogidos entre los diversos ejércitos. Las tropas componian una fuerza de sesenta mil hombres, que se reunian fuera de las murallas para ejercitarse en las maniobras. La guardia noble del emperador de Austria, aumentada con la caballería voluntaria de toda la nobleza de sus provincias militares, le rodeaba de un esplendor marcial, que no habia vuelto á verse en Viena desde las guerras con los turcos, ó desde los formidables armamentos de Wagram.

Todos los gastos de aquella inmensa hospitalidad eran costeados esclusivamente por el emperador. Los ministros y altos funcionarios de su palacio tenian todos los dias mesas espléndidas para los innumerables convidados. Habíanse llamado á Viena todas las compañías dramáticas de Alemania, Italia y Francia, para que diesen representaciones en sus diversos idiomas, y allí habian acudido tambien todos los grandes artistas de Europa para eternizar por medio de la pintura y del cincel las imágenes de los reyes y de sus cortes, de los hombres ó de las mujeres celebradas por su fama ó por sus gracias y atractivos. El viejo príncipe de Ligne, testigo en otro tiempo de las fiestas de Catalina en Crimea, genio guerrero, hombre de estado, escritor y poeta, especie de Alcibíades del Occidente, era el que presidia los festejos, olvidando en medio de ellos sus años y popularizándolos con sus cartas, sus versos y sus sales. Solo el palacio de Viena contenia dos emperadores, dos emperatrices, dos príncipes herederos, cinco príncipes soberanos y varias princesas. La mesa imperial costaba cien mil francos diarios, y la hospitalidad de la corte de Viena mientras la duracion del congreso, subió á la cantidad de cuarenta millones. Setecientos ministros ó enviados de las diferentes cortes y naciones del globo participaban de los obsequios de la monarquía austriaca realzada de tanto abatimiento por tanta fortuna. El príncipe de Metternich inspiraba soberanamente á su soberano, no solo representaba la confianza absoluta y constante del emperador Francisco II, sino tambien el poder aristocrático de los estados austriacos, la práctica esperimentada de los negocios desde su juventud y el genio de la diplomacia. La emperatriz María Luisa, reconquistada en París por el emperador su padre, no habia partido aun para los estados de Parma, que se la destinaban como compensacion del imperio, y obligada por su decoro á ausentarse de los festejos celebrados para solemnizar las victorias obtenidas sobre su esposo, vivia apartada con el rey de Roma su hijo, en una ala retirada del palacio de Schœnbrunn. La reina destronada de Nápoles, Carolina, hermana de la reina de Francia María Antonieta, vivia en el mismo retiro y aislamiento. Habia acudido al congreso para reclamar el trono de Nápoles ocupado todavía por Murat; aquel trono que ella habia escandalizado con tantos vicios, disputado con tanta constancia y distinguido á la vez por tanto valor y tantos crímenes. Habíasela garantizado su devolucion por un tratado secreto celebrado entre el Austria, la Francia y la Inglaterra, pero la muerte se le arrebató por última vez. Abrevióse el luto para no interrumpir los saraos, cacerías, banquetes, revistas y espectáculos en que consumian el tiempo las cortes, mientras que los plenipotenciarios consumian el dia en las deliberaciones. Para cimentar su indisoluble amistad, los príncipes se entregaban mutuamente el mando de los regimientos de su guardia, y en sus espediciones á caballo se tenian unos á otros el estribo, como lo habia hecho Federico el Grande con José II. La etiqueta estaba allí reasumida en la solicitud de la familiaridad.

V. Ya hemos dado cuenta en otra parte de los actos políticos del congreso. Los príncipes con una prudencia recomendada por la conservacion de su equilibrio, habian tomado por base la restauracion en armonía con las ideas constitucionales de la nacion con respecto á Francia, y para la Europa la restauracion de las antiguas dinastías reinantes y de los antiguos límites de los estados con las modificaciones naturalmente inherentes á la fuerza de las circunstancias, á los cambios consumados, á los intereses y á la ambicion de las grandes potencias.

Tal habia sido la agregacion de la Saboya á la Francia, identificadas por su idioma y sus costumbres; la de Génova al Piamonte, la de las provincias polacas, separadas por las antiguas reparticiones, á la Prusia y al Austria, y la del gran ducado de Varsovia y resto de la Polonia á la Rusia con el título de reino aparte y constitucional. La Inglaterra era la única que no habia pedido ninguna agregacion de territorio en indemnizacion de los subsidios y de la sangre que habia dado para la reconquista del continente; contentándose muy acertadamente con la paz que la dejaba el monopolio de los mares. La resolucion del congreso de acercarse en todo lo posible al *statu quo* mas bien que á la guerra, y de reconocer con muy cortas escepciones el derecho de antigua posesion y la legitimidad de trasmision de soberanía, dió á sus trabajos, por mas que despues se haya dicho otra cosa, un carácter de sencillez general que contribuyó á facilitar y abreviar sus decisiones. Los dos principales contrastes que resaltaban en aquella rectificacion universal de las soberanías eran la Suecia y Nápoles, aquella dejada á Bernadotte por respeto á la libre eleccion del pueblo sueco, y el segundo á Murat en recompensa de su culpable neutralidad y hasta de su cooperacion en la última guerra. Murmurábase contra la disolucion de algunas potencias secundarias, arbitrariamente reducidas ó aglomeradas; pero era evidente que habia pasado la época de las pequeñas potencias, de las nacionalidades subordinadas, incapaces de defenderse por sí mismas, y de las federaciones municipales sin peso y sin accion en el mundo. Por la conducta misma de Bonaparte, que habia lanzado masas contra masas, las nacionalidades tendian mas y mas á organizar en fuertes individualidades de raza, de nacion y de gobierno, para poder resistir por sí propias al peso de individualidades nacionales ya creadas por aquellas grandes medidas. Las decisiones del congreso no eran una combinacion de anarquía europea, sino una inspiracion de paz que no se sostiene sino por el equilibrio. El tiempo ha venido á confirmar esta verdad, y se ha visto que las revoluciones interiores de los estados no han podido producir la guerra. Se han hundido las constituciones, han desaparecido los tronos en 1830 y 1848; pero se han conservado los contrapesos tales como los habia distribuido el congreso de Viena, y la inmovilidad geográfica de la Europa ha prevalecido sobre las oscilaciones del espíritu europeo. Mr. de Talleyrand tomó una parte muy activa en aquella obra del congreso, aun cuando desempeñaba en apariencia el papel de vencido.

VI. Al arrojar á París en una resolucion pronta y meritoria á los ojos de las potencias el principio de legitimidad y restauracion de los Borbones, entre la Francia vencida y los príncipes victoriosos, Talleyrand habia conquistado su confianza y merecido bien de ellos. Aquel desertor notable de la política de Bonaparte á su causa, les abrió el acceso de París. La habilidad sucesivamente atrevida y astuta con que habia sabido ir conduciendo en Francia la opinion pública de Napoleon á un gobierno provisional, de un gobierno provisional á un senado, de un senado á una constitucion nacional, y de una constitucion nacional á una carta realista y á una proclamacion absoluta de los Borbones, le aseguraba el reconocimiento de los soberanos reunidos en Viena. Representante ahora de aquella estirpe real y antigua y del principio de legitimidad inviolable de los tronos, en el que los príncipes mismos fundaban su seguridad, Mr. de Talleyrand hacia causa comun con ellos, y en nombre de esta causa comun tenia el derecho de reclamar todas las concesiones necesarias para dar fuerza y dignidad á la restauracion en su patria. No trataba, pues, con ellos como vencido; sino como igual. Se habia pasado con su principio al lado de las soberanías seculares, y era forzoso que estas le aceptaran como principal interesado en un consejo de reyes donde se trataba de él y con él. No tardó mucho en adquirir entre ellos la preponderancia que le daba su carácter do quiera que se trataba de manifestar el tino acertado y la sutileza del talento.

VII. Lejos de mostrarse embarazado en su actitud ante los negociadores de la Europa triunfante: «Os traigo mas de lo que teneis, les decia; la idea de un derecho inmutable. Vosotros no teneis mas que fuerzas, yo tengo un principio, la legitimidad y santidad de las coronas, la inviolabilidad de las tradiciones en los tronos.» Abarcando de una ojeada los secretos pensamientos de las potencias que componian la coalicion para vencerse, pero que iban á observarse mutuamente con inquietud despues de haber vencido, comprendió Mr. de Tayllerand que el inmenso ascendiente de la Rusia no tardaria en pesar sobre el Austria en Alemania y sobre Inglaterra en Oriente. No tardó en dar cuerpo á estas sospechas, y formando liga con la Inglaterra y el Austria se aseguró la

cooperacion de Mr. de Metternich y de lord Castlereagh en todas las cuestiones en que la Rusia se mostraba demasiado exigente contra la Francia. De este modo, el emperador Alejandro le habia servido en París para influir sobre el emperador de Austria contra la regencia de María Luisa y reconocimiento del rey de Roma; y en Viena se valia del emperador de Austria y de la Inglaterra para influir sobre el emperador Alejandro contra el favor que este príncipe demostraba á los bonapartistas. Alejandro, irritado aunque ya tarde al conocer la doble conducta y el ascendiente de Mr. de Tayllerand, se maravillaba de una aptitud que él mismo habia dejado tomar algunos meses antes al primer ministro de Luis XVIII: «Talleyrand, decia, desempeña aquí el papel de ministro de Luis XIV.»

VIII. Mr. de Talleyrand se acercaba entonces á esa edad en que el espíritu consagrado á los grandes pensamientos, conserva aun todo su vigor, y en que los años dan además al hombre su autoridad y su pasado: habia cumplido 62 años, y llevaba con desembarazo el peso de su edad y su nombre con arrogancia. El desden, aunque sin altaneria, que manifestaba hácia las preocupaciones del vulgo, le impedia avergonzarse de las contradicciones que la opinion pudiera notar ó señalar en su designio; y para quitar á los demás la tentacion de echarle en cara su pasado, le demarcaba con toda exactitud. Presentábase como hombre que no se entrega á ningun gobierno para ser enaltecido ú honrado, sino que engrandece y honra á los gobiernos consintiendo en servirlos y causa su ruina cuando los abandona. Notábase todavía en él un cierto reflejo de la grandeza y del poderío del imperio, y creíase ver á la par en aquel hombre el genio bueno y malo de Napoleon. Los hombres del Norte y del Mediodía, reunidos en su presencia en el congreso de Viena, miraban con respeto á aquella reliquia de una monarquía caida, que ocupaba un puesto y que ilustraba con sus consejos á las monarquías antiguas. Lo desenvuelto de su aptitud, lo despejado de su talento, la lijereza de las maneras al tratar de las cosas mas graves, el atractivo de su fisonomía, la sencillez bajo la que ocultaba su figura, la gracia de las narraciones, el sentido profundo de las frases, el silencio frecuente que hace desear la palabra, la elegancia casi regia de su vida, su gusto por las artes, sus vastos conocimientos en literatura, sus envidiados salones, su lujosa prodigalidad, la esplendidez de su casa, su mesa esquisita y el poderío mismo de la moda, daban al representante de la Francia una gran autoridad entre aquellas gentes donde reinaban el espíritu y la imitacion de la Francia. Todo esto habia contribuido á constituir á Mr. de Talleyrand en Viena en árbitro á la vez de la elegancia y de la política.

Primer ministro á la par que embajador, se habia dado á sí propio sus instruciones sometidas á Luis XVIII, antes de salir de París. Este príncipe le apreciaba poco, pero le temia: el hombre que ha dado una corona á su amo, es un servidor importuno. Mas aun cuando el ánimo de Luis XVIII se hallase prevenido de mucho atrás contra Mr. de Talleyrand, es lo cierto que el rey y el ministro se comprendian y admiraban involuntariamente á través de las susceptibilidades y de las desconfianzas. Su carácter, y casi sus inclinaciones eran iguales: ambos profesaban principios aristocráticos, aunque con las tolerancias revolucionarias y las complicidades filosóficas del siglo XVIII; ambos trataban de ocultar bajo la amabilidad y el abandono un estremado egoismo; y ambos trataban de agradar, pero para dominar. Hombres instruidos, los dos tenian su orgullo en comprenderse desde una altura superior á los alcances del vulgo, pero se rechazaban de cerca, el rey temeroso de ser ofuscado por el talento de su ministro, y éste temiendo verse humillado por la autoridad del rey.

Aquellos dos rivales se entendian mucho mejor de lejos, y un deseo mutuo de hacerse admirar y aplaudir, daba intimidad, frecuencia y erudicion á su correspondencia. El rey gustaba de escribir porque descollaba en esas cartas lijeras y concisas donde se manifiesta sin dejarse sondear el talento, y Mr. de Talleyrand se plegaba con estudiada complacencia á aquella aficion del rey. Tan perezoso de manos, como activo de cabeza, y profesando el principio de no escribir jamás él mismo sus despachos para poder juzgar mejor la obra de una mano estraña, encomendaba á sus secretarios y confidentes especialmente á Mr. de Besnardier, el cuidado de redactar todos los documentos oficiales y toda la correspondencia con los ministros en París, y se reservaba las cartas confidenciales para el rey, cartas llenas de retratos, caractéres y anécdotas acerca de los príncipes y plenipotenciarios del congreso, diario secreto de todas las cortes de Europa, donde tenian un lugar preferente á las negociaciones los detalles de la vida privada de los soberanos. De esto modo asistia Luis XVIII con los ojos y el talento de uno de los hombres mas ilustrados y penetrantes de Europa, á los actos, á las intrigas, á los placeres y hasta á los amores de aquella reunion de reyes.

IX. La destitucion de Murat del trono de Nápoles habia llegado á ser uno de los objetos principales de la correspondencia política entre Mr. de Talleyrand y el gabinete de las Tullerías. El rey Fernando de Borbon, relegado al trono de Sicilia, habia enviado negociadores al congreso para reclamar su reino; y Murat por su parte sostenia en él al príncipe Cariati, al duque de Campo-Chioro, al duque de Rocca Romana y al general Filangieri, para que espiasen á los agentes de Fernando y recordasen al congreso los compromisos que habia contraido con la coalicion y la recompensa que se le habia prometido. Pero la presencia de un soberano ascendido por la conquista y colocado por la mano de Napoleon en el puesto de un rey legítimo, se avenia mal con el principio de la legitimidad con los intereses del Austria y con el orgullo de la casa de Borbon en Francia y España, para que los negociadores de Murat pudieran abrigar fundadas esperanzas. La hora de aquel príncipe habia sonado en la mayoría de las potencias, y el temor de la protesta del emperador Alejandro era lo único que retardaba la ejecucion de la sentencia, esperándose solo la disolucion del congreso para dejar á la Francia y á la Inglaterra en libertad de llevar á cabo el destronamiento de Murat. Estas distintas negociaciones entre potencias rivales, las contiendas sobre el desmembramiento de la Sajonia y sobre la cesion de la Polonia á Alejandro, y los aprestos militares sostenidos ó aumentados por la Rusia, por el Austria y por la Prusia, empezaban á anublar los ánimos, y habia un secreto presentimiento de que aquel congreso, reunido para la paz general, abortara guerras entre las mutuas potencias. Mr. de Talleyrand era el único á quien no alarmaban aquellos síntomas, despues de haber ligado la Francia á la Inglaterra y al Austria, juzgando que cualquier division de la Europa seria favorable á la Francia proscripta en otro tiempo por la unanimidad del continente.

La continua zozobra en que tenia á Francia la proximidad del lugar de destierro de Napoleon, empezaba tambien á ser objeto de las conferencias y tratábase de buscar un asilo mas seguro en mares apartados. Pero las diferencias relativas á Napoleon, Sajonia y Polonia, habian apartado de la isla de Elba la atencion de los soberanos y sus ministros sin decidir cosa alguna.

X. Tal era la situacion del congreso próximo á terminarse y disolverse y acaso á hacerse la guerra la noche en que llegó á Viena un correo de Liorna dirigido á lord Castlereagh, y portador de la primera noticia del embarco de Napoleon en la isla de Elba y de su salida en tres buques lijeros. Ignorábase todavía en Liorna hácia qué punto dirigiria su pabellon, aunque la creencia general era de que desembarcaria en Italia ó en Oriente.

El príncipe de Talleyrand lo ignoraba todo aun cuando abandonaba su lecho en la mañana siguiente. A imitacion de los soberanos, cuya etiqueta aparentaba seguir al levantarse de la cama, se vestia en presencia del círculo de sus amigos y secretarios de embajada, cuando su sobrina la jóven y hermosa princesa de Curlandia, favorita y encanto de su casa, se presentó en la mayor turbacion y le entregó secretamente un billete del príncipe de Metternich. Mr. de Talleyrand, que tenia las manos mojadas con los perfumes que le derramaban sus ayudas de cámara y que habia entregado su cabellera á merced de los peluqueros que se ocupaban en peinarla y empolvarla, rogó á su sobrina que abriese y leyese ella misma el billete, pero al hacerlo palideció: «¡Dios mio! esclamó la jóven turbada mas bien con la interrupcion de los festejos de la Europa donde alcanzaba la palma su hermosura, que por la conmocion de los imperios; Bonaparte ha salido de la isla de Elba, ¿qué será de mi fiesta de esta noche?»

Mr. de Talleyrand con la impasibilidad propia de las almas elevadas no arrojó una sola esclamacion de sorpresa ni manifestó el menor desconcierto en su mirada, en su sonrisa ni en sus ademanes, y con aquella voz grave y pausada que daba tanto prestigio á sus palabras: «Tranquilizaos, sobrina mia, dijo á la jóven; vuestra fiesta se verificará.» Comprendió prontamente que Napoleon se habia equivocado, que habia cedido á la impaciencia del destierro mas bien que á las inspiraciones de las circunstancias, y que la Europa desafiada en su triunfo y en medio de su fuerza no le entregaria por segunda vez el continente para que le subyugara, merced á sus divisiones. Mr. de Talleyrand no apresuró en sus mas insignificantes pormenores la ceremonia cotidiana de su atavío. Pero mientras que los soberanos, los ministros, las cortes y la ciudad entera hablaban con terror ó con menosprecio de aquellos buques que llevaban, no se sabia á qué playas, el enigma de la suerte de la Europa, él se encerró con Mr. de Metternich y lord Castlereagh durante una parte del dia, y se aseguró del pensamiento secreto de aquellas dos potencias. No le costó gran trabajo demostrar á un genio político tan esperimentado como el del príncipe de Metternich, que dejar ganar tiempo á un hombre como Napoleon, equivaldria á entregarle de nuevo la

Europa y sus tronos, y escuchar una sola de sus proposiciones era lo mismo que abdicar en nombre de todos los reyes. Por la noche escribió á Luis XVIII excitándole á que desconfiase del ejército, que no contase mucho con la Francia, que la disputase sin destrozarla, pero que no dudase de sus aliados. Pero las confidencias de Viena sabian que se fraguaba en Paris y Nápoles una conspiracion militar, cuyos hilos tenia Hortensia Beauharnais, y que su hermano Eugenio Beauharnais habia tenido noticia por las imprudentes manifestaciones del emperador Alejandro de los vagos proyectos de alejar á Napoleon del continente, relegándole á mares mas lejanos; que Eugenio habia advertido de esta amenaza á Napoleon, y que el suelo de la Francia estaba minado bajo los piés de los Borbones por los hombres reunidos al imperio por interés, descontento ó esperanza; que Mad. Krudener, mujer entusiasta y mística, especie de santa Teresa del Norte, que fascinaba el alma tierna y supersticiosa de Alejandro, habia predicho la vuelta de Napoleon á Hortensia, al encontrarse ambas en los baños de Bade. Decia al rey al propio tiempo que lo único de que habia que desconfiar y prevenir era la adhesion del jóven emperador de Rusia por la familia de Napoleon, hácia la que demostraba una generosidad en oposicion con su carácter de soberano y que se inclinaba hasta á un sentimiento de parcialidad en contra de los Borbones. Sin embargo, las razones de estado de Mr. de Nesselrode y el aborrecimiento de Mr. Pozzo di Borgo, ambos influyentes en sus consejos, debian tranquilizar al rey acerca de sus resoluciones. Seguro de Mr. de Metternich, seguro de la Inglaterra y seguro de la Prusia ofendida en su gloria y en la persona de su reina, no dudaba Mr. de Talleyrand en responder al rey del congreso.

XI. Cinco dias llenos de misterios y de conjeturas pasaron en Viena sin que ninguna noticia del Mediterráneo ó de las costas de Italia llegase á aclarar las dudas acerca de la direccion de la escuadrilla que llevaba el destino invisible de la Europa, y este silencio empezaba á tranquilizar los ánimos, inclinándose todos á creer que el Oriente habria llamado la atencion aventurera de Napoleon en su decadencia á la manera que la habia seducido en su juventud; aquella region de los ensueños, donde las mas encantadoras visiones pueden tomar una forma corpórea sobre aquellas poéticas riberas. Mr. de Talleyrand empleó, no obstante, aquellos cinco dias en influir por medio de sus amigos sobre el ánimo del emperador Alejandro y hacerle ver en el regreso de su enemigo vencido un reto insolente á su gloria y un mentís á la paz y á la reconstruccion del continente y de los tronos de que la Providencia le habia hecho el mas glorioso instrumento. El emperador Alejandro justamente indignado por las sospechas de connivencia ó de debilidad que la Francia, el Austria, la Prusia y la Inglaterra podian hacer recaer sobre su lealtad, rompió en el instante sus relaciones con Eugenio Beauharnais, sospechoso de haber abusado de la amistad para sorprender las resoluciones del congreso. Aquel príncipe, inocente de toda deslealtad, pero adicto de corazon á Bonaparte por reconocimiento é identidad de fortuna, dejó á Viena para retirarse á los estados del padre de su esposa, permaneciendo neutral entre la Europa y el que le habia servido de padre, y dando con su reserva una prueba bien clara de que podria merecer su asentimiento el atentado contra la Europa, pero nó complicidad.

XII. Los festejos, suspendidos un momento, volvieron á derramar en Viena la aparente serenidad, el lujo y el esplendor de una capital pacífica. Esperábase que algun buque de Génova ó de Trieste llevase la noticia del desembarco de aquel puñado de aventureros en alguna isla del Archipiélago, en Grecia, en Siria ó en Egipto; pero nadie, á escepcion de Mr. de Talleyrand, creia en la audacia de un desembarco en Europa. La noticia de la entrada de Napoleon en el territorio de Francia se difundió en una noche de baile en casa del príncipe de Metternich. Las cartas del Mediodía daban cuenta de los primeros pasos de Napoleon en el suelo francés sin encontrar resistencia, de la admiracion ó complicidad de las tropas, de la indecision de las poblaciones, de la marcha triunfal á través de la mitad del imperio, de la defeccion de Labedoyere, de la caida de Grenoble y de Lyon, de la inmovilidad problemática del mariscal Ney, de los incesantes esfuerzos con que iba engruesándose su ejército, de que Paris se veia amenazado, de la sublevacion de Drouet de Erlon y de Lefebvre-Desnouettes en el Norte, de la indignacion y el estupor de la capital, del desconcierto del gobierno, del abatimiento de las cámaras y de la firmeza del rey, que se veia retenido en su palacio como en un lazo, reducido á capitular ó huir ante el tribuno de sus propios soldados. La palidez y la consternacion se derraman en todas las frentes; la guerra y sus horrores se leen en todas las miradas. Sollozan las mujeres, reúnense los hombres en grupos para comunicarse sus conjeturas, y todos los ojos se dirigen hácia los soberanos para interrogará sus fisonomías. El emperador Alejandro parece el mas irritado: adelántase hácia Mr. de Talleyrand, como para echarle en cara las faltas de sus señores, cuyas debilidades en favor de la emigracion habian en opinion de aquel soberano desquiciado y preparado la Francia á la entrada de Napoleon. «Bien os habia yo dicho, esclamó Alejandro, que esto no podia durar.» Mr. de Talleyrand, no queriendo negar ni confesar el cargo, se inclina sin responder como quien acepta una triste verdad. El rey de Prusia hace un signo de cabeza al duque de Wellington para ir á concertar sus preparativos con el generalísimo de la Inglaterra, su mas íntimo aliado. El duque atraviesa la sala, sigue al rey y sale con él del alojamiento del príncipe de Metternich; primer paso de Waterloo. El emperador de Austria y el príncipe de Metternich abandonan bien pronto la fiesta suspendida y siguen al rey de Prusia y al emperador Alejandro. Toda la noche se pasó en consejos secretos que debian volverse á abrir al siguiente dia.

XIII. Las primeras deliberaciones de los soberanos fueron turbulentas y severas. Echáronse en cara, vencidos por la fuerza de una verdad que les amenazaba á todos, su morosidad y sus divisiones despues de la conquista de Paris, su debilidad en no perseguir hasta reducir al cautiverio al agitador del mundo, que la Providencia habia puesto en sus manos en Fontainebleau; su tolerancia para con los partidos, á los que habian dejado armados y en lucha con los Borbones, y en contemporizacion con el ejército francés, cuyo licenciamiento debieron haber exigido, y con la Francia, á quien no habian aliviado de armas ni de impuestos. «Ved, señor, esclamó el emperador de Austria dirigiéndose á Alejandro, las consecuencias de vuestra proteccion á los liberales y bonapartistas en Paris.—Verdad es, respondió el czar, agobiado bajo el peso de su falta; mas para reparar mis yerros pongo mi persona, mi valimiento y mis ejércitos al servicio de V. M.» La cólera de los soberanos y ministros contra Napoleon se trocaba en resentimiento contra la Francia misma, cómplice por connivencia ó servilismo de Bonaparte. Mientras que subsistiera aquel foco de guerra y de revolucion, ni habria paz duradera para las naciones ni seguridad para las coronas. Una guerra europea á muerte contra la Francia, que habia decapitado á Luis XVI y coronado dos veces á Napoleon: tal era el clamor unánime de los soberanos y de sus consejos, en tanto que se trataba á media voz de una conquista rápida antes de dar lugar á la nacion para suministrar nuevos ejércitos á Bonaparte, y dividirla despues en pequeñas porciones, á fin de que no pudiesen volver á reunirse jamás los miembros de aquel gran cuerpo para alterar el equilibrio del mundo. Los Borbones no habian sabido reinar, y por lo tanto se les debia abandonar á su mala suerte y destruir un imperio que no podian reducir á la obediencia en el interior ni reprimir su ambicion en el esterior. Estos pensamientos mal contenidos, fomentados por la irritacion de los ánimos, por el odio de la aristocracia y por la ambicion de las potencias limítrofes, predominaron algunos dias en los conciliábulos de los soberanos. La situacion de Mr. de Talleyrand era humillante, porque ya no representaba mas que á una monarquía impotente y á una nacion temida del mundo. Un diplomático menos enérgico y consumado hubiera desfallecido; pero él supo colocarse á la altura de aquella catástrofe y luchó por espacio de ocho dias en sus conferencias con una constancia desesperada, que desconcertó á los enemigos de la Francia y de los Borbones: dió tiempo á una prudente reaccion y salvó del odio general á la Francia y á la restauracion. Aquellas luchas de un hombre solo contra la fortuna y contra la Europa fueron largas, desiguales, encarnizadas, y muchas veces quedó derrotado en ellas.

XIV. «Nó, nó, decia Alejandro á sus confidentes; yo estoy cansado de la guerra, y no puedo consagrar el tiempo de mi reinado y las fuerzas de mi imperio á levantar en Francia una dinastía que no sabe reinar ni combatir. Arréglense ellos con sus reinos y entre sí, que yo no volveré á desenvainar la espada por su causa.» De este modo el desaliento y la neutralidad de la Rusia, retirándose con desprecio de la contienda para dejar que la fortuna decidiese por sí sola entre la Francia y las potencias limítrofes, ó la declaracion de guerra á muerte y desmembracion del pais despues de la victoria; tales eran los estremos por que podia optar Mr. de Talleyrand al ver el encono de los unos, la indiferencia de los otros y la indecision de todos; pero supo arrastrar aquella coalicion, formada por los desaires, las acusaciones y los retraimientos de todas las cortes, con una constancia de alma y tan enérgica actitud y lenguaje que elevó su genio á la altura de las dificultades.

La historia ha calumniado de mil maneras á Mr. de Talleyrand; los hombres de la restauracion, porque habia desertado de la aristocracia y de la Iglesia; los imperialistas porque habian presentido la caida y repudiado las ruinas de Napoleon, y todos, en fin, porque no se habia encadenado á ningun gobierno como un esclavo palaciego, sino que les habia juzgado al servirlos, y abandonado cuando los gobiernos no podian

ya servirle á él. Y semejante fallo es exacto. Él nos demuestra en el carácter de Mr. de Talleyrand tanta inferioridad y abnegacion, como superioridad de talento en política; y decimos en política, porque nadie hubo mas leal y generoso que él en el trato social. Su sociedad doméstica y familiar era tan firme, como inconstante su sociedad política y sujeta á los vaivenes de los acontecimientos. Pero á través de las ondulaciones de su carrera pública tuvo siempre dos puntos fijos al rededor de los cuales giró su larga vida; el deseo de salvar á la patria y el de sostener ó restablecer la paz del mundo por medio de un equilibrio formado por la Francia y la Inglaterra unidas por su elevada civilizacion. Las tres grandes épocas de su vida revelan estos pensamientos fijos, conformes en un todo con los hechos memorables de su siglo: en 1790 cuando se unió á Mirabeau para trasformar la monarquía y nivelar la Iglesia, sin romper con la Gran Bretaña, y sin dejar á los jacobinos dueños de la anarquía y de la guerra; en el congreso de Viena cuando contuvo el solo la Europa dispuesta á echar sobre la Francia la responsabilidad del reto de Napoleon; y últimamente, en 1830 cuando arregló en las conferencias de Londres la transaccion entre la Europa y la Francia acerca de la Bélgica, y obligó con su energía é inteligencia á que se moderase la revolucion y que la Europa se resignase á la paz. Bien puede asegurarse que si Mr. de Talleyrand hubiese vivido en la apurada y violenta crisis de la revolucion de 1848 hubiera seguido igual marcha y contenido la guerra, gloriosa á veces para la Francia, pero siempre fatal para la democracia. La semana que siguió en Viena á la noticia de la invasion de Bonaparte fué para él un siglo por su actividad y por sus resultados.

XV. Mr. de Talleyrand carecia de la aptitud del orador: no tenia el fuego ni la resistencia, ni el lleno de voz que realzan al tribuno y que dominadas las ideas y las pasiones arrastran los ánimos y los sentidos, persuadidos ó subyugados por la palabra. La superioridad de su inteligencia estaba en la meditacion, y su influencia en la sagacidad; obraba sobre los hombres en la conversacion ó en las deliberaciones por su interes, nó por su entusiasmo. Profundo investigador y hábil corruptor del corazon humano, atraia á su partido el alma y las simpatías de aquellos á quienes queria convencer. Su elocuencia no estaba en sus labios, sino en el alma de sus oyentes; y los instintos secretos de cada uno, bien escrudiñados y descubiertos, eran los cómplices de su palabra. Nunca trataba de persuadir sino las cosas que ya estaban demostradas de antemano; pero su táctica consistia en elevar á su auditorio y hacerle pensar interiormente mas de lo que decia: hé aquí porque le bastaban las frases aisladas, las reflexiones lacónicas y las insinuaciones encubiertas. Desgarraba una parte del velo que ocultaba el fondo de las cosas, hacia que se dirigieran allí las miradas de sus interlocutores, y les dejaba meditar despues: el silencio y la reflexion hablaban luego por él.

Esta especie de elocuencia, que supone una agudeza de talento y una penetracion de instinto casi iguales al genio, convenia especialmente á un auditorio de reyes y de ministros, en una cuestion donde tenian fijo su oido y atento su orgullo todas las ambiciones y todas las rivalidades; y era tambien muy á propósito para una reunion donde se debe hacer pensar en todo, pero no todo debe decirse. El hábito de la sociedad de los reyes, de las cortes y altas aristocracias, entre las que habia pasado su vida Mr. de Talleyrand, le daba á la vez el respeto y la libertad con que debian conducirse los agentes de Francia en tan importantes discusiones. Empleaba todo el dia en visitar separadamente á los príncipes y ministros, cuya parcialidad trataba de captarse por medio de consideraciones fundadas en sus propios intereses, asistia por la tarde á las conferencias y hacia trabajar por la noche á Mr. de Besnardiere en la redaccion de las notas, que revisaba el por la mañana y presentaba oficialmente á los diversos gabinetes. Hábil como Mirabeau en hacer discurrir á otros por él mientras obraba, y en reunir las fuerzas de diversas inteligencias, á la manera que se reunen las de cuerpos diferentes para multiplicar su propia fuerza, presentaba en unas cuantas palabras sus ideas á sus secretarios para que las desenvolviesen; recibíalas elaboradas de sus manos y las estudiaba para servirse de ellas en la discusion. Las capacidades ante quienes hablaba, Mr. de Mettlernich, lord Castlereagh, lord Wellington, Mr. de Nesselrode, Capo de Istria, Mr. de Hardenberg y el mismo emperador Alejandro, se hallaban á la altura de su vasta inteligencia. Todos eran hombres consumados en la práctica de los negocios. El auditorio era digno de aquellas cuestiones de estado, y además se hallaba dispuesto por una prevencion personal á escuchar al diplomático que sabia agradar y mover al propio tiempo. Todo era persuasivo en él, hasta sus antecedentes. Cierto que representaba á los ojos de algunas tolerancias imperdonables con la revolucion francesa y con la monarquía universal de Napoleon; pero un desertor de tanta importancia era el hombre mas á propósito para ilustrar á los soberanos y á las cortes acerca de los riesgos del campo enemigo, cuyas opiniones, fuerzas y flancos vulnerables conocia mejor que nadie. Además ¿no era un revolucionario convertido y un cómplice irreconciliable en adelante con Napoleon, á quien habia vendido ó abandonado? Y por último, ¿no era un miembro de la aristocracia europea, que llevaba por prenda de su sinceridad los recuerdos y el orgullo de su nombre á aquel areópago de monarcas y de aristócratas? La naturaleza, el nacimiento, la vida, las costumbres, las faltas mismas, y mas que todo la superioridad de su inteligencia, daban á Mr. de Talleyrand uno de los principales papeles en aquella suprema crisis del congreso. A pesar de algunas insinuaciones de Bonaparte que llegaban hasta él, pero que era demasiado astuto para aceptar, sabia Talleyrand que en aquellas conferencias jugaba no solamente la suerte de la Francia y de los Borbones, sino tambien su fortuna, su ostracismo y su cabeza; porque la venganza de Napoleon triunfante le seguiria á todas partes; y estos grandes intereses personales daban mayor animacion al interés político de su negociacion. Habia puesto á los Borbones en el trono por mano de la Europa, pero nada habia hecho si no conseguia sostenerlos en él.

Las cortes vacilaban á pesar de los esfuerzos de Talleyrand que persuadia pero no conseguia arrastrarlas á su causa. Cada nuevo correo que llevaba á Viena la noticia de los triunfos de Napoleon y la versatilidad aparente de la Francia, hacia renacer la indignacion en los ánimos, y destruia al dia siguiente sus progresos de la víspera. Los generales con especialidad, mas indignados que los plenipotenciarios, se oponian á cualquiera otra política que no fuese la de la pronta invasion y dominacion definitiva de aquel pueblo rebelde á la paz; y los soberanos, arrastrados por la popularidad con que se miraba la guerra en sus ejércitos todavía reunidos y orgullosos con los recuerdos de sus triunfos, no se atrevian á resistir á los vengativos arranques de la Alemania y de la Rusia. Todos los proyectos de declaracion en favor de los Borbones, presentados sucesivamente por Mr. de Talleyrand, fueron desechados ó aplazados, inclinándose la mayoría en las conferencias á la adopcion de resoluciones muy contrarias. Los dias pasaban y la Europa no podia permanecer muda por mas tiempo, ni los tronos indecisos; el silencio hubiera parecido irresolucion y la irresolucion debilidad ó desacuerdo en aquellos instantes en que Napoleon se preparaba á apoderarse del trono. Señalóse, pues, el siguiente dia 13 de marzo para el término preciso de las conferencias y para la votacion de una resolucion definitiva.

XVI. Mr. de Talleyrand empleó la noche del 12 en estender la declaracion que queria hacer firmar á los soberanos, aunque se hallaba casi desalentado al ver la inutilidad de los esfuerzos que hasta allí habia hecho para arrancar aquella prenda á la Europa. Al salir de su casa para trasladarse al palacio del congreso, dijo á su secretario Besnardiere y á su sobrina que se hallaban á su lado y eran testigos de las ansiedades que preceden á una hora suprema en la vida de los hombres de estado. «Marcho sin esperanza alguna; voy á tentar los últimos esfuerzos. Si sucumbo, la patria está perdida y los Borbones y yo no tendremos siquiera un palmo de patria por destierro. Sé que estareis impacientes por saber cuál sea nuestra suerte dentro de algunas horas, pero el secreto cierra las puertas del lugar de las sesiones, y no podré enviaros recado alguno durante el dia. No obstante, salid á los balcones y sabreis el resultado algunos minutos antes. Fijad vuestra vista en mi carruaje á la hora en que regrese vencedor ó vencido; si ha sucedido esto último permaneceré encerrado é inmóvil, pero si consigo una declaracion favorable agitaré en la mano, fuera de la portezuela, un papel en que estará consignado nuestro triunfo. De este modo sufrireis algunos minutos menos de angustiosa incertidumbre.» Dichas estas palabras salió de su casa dirigiendose al palacio del congreso.

XVII. La sesion se abrió muy temprano y siguió hasta la mitad del dia en polémicas y disposiciones generales que parecian presagiar una declaracion hostil á Luis XVIII y á su plenipotenciario. Mr. de Talleyrand, reuniendo toda la fuerza de inteligencia y de persuasion, y valiéndose sobre todo de esa ruda franqueza, cualidad eminente de los hombres que no pretenden engañar sino convencer, abandonó la habitual sobriedad de su lenguaje estendiéndose pausada y solemnemente en importantes consideraciones, como un hombre que juega el último albur con la fortuna y que no quiere arrepentirse un dia de no haberlo dicho todo. «Comprendo, decia con voz sorda, pero penetrante, la indignacion de las potencias, de sus ministros y de sus ejércitos contra el hombre que ha roto el equilibrio del mundo, y contra la nacion francesa y su gobierno que le entregan al parecer por segunda vez el trono de donde le habíamos arrojado. ¿Debe recaer esclusivamente sobre los Borbones y sobre nosotros la culpa de semejante atentado? y al decir estas palabras dirigió sus miradas á los plenipotenciarios de Alejandro. ¿Han

sido, por ventura, los Borbones, fué la Francia, hemos sido nosotros los que hemos firmado el tratado de Fontainebleau? ¿Fueron los Borbones, fué la Francia, fuimos nosotros los que confinamos al desterrado de la Europa á un ostracismo tan peligroso, mas peligroso acaso que un imperio, porque debia ser para él la ocasion perpetua de amenazarlos á todos? ¿Hemos sido nosotros los que le colocamos á vista de nuestras costas y de las costas de vuestra Italia, los que le dimos núcleo de ejército para que pudiera desde allí ofrecer incesantemente al resto de las tropas la imágen y la fascinacion de gloria y de fidelidad para seducirlas y arrastrarlas en un momento dado? ¿Somos nosotros los que hemos declarado su independencia en la isla de Elba haciendo de un prisionero un soberano? ¿Somos nosotros los que le hemos dejado los millones y las armas, elementos ciertos de una perpetua conspiracion? ¿Somos nosotros los que hemos atado las manos á los príncipes de la casa de Borbon, y arrojando el peso de la Europa sobre sus deliberaciones en Paris el año último, los impusimos como ley la tolerancia para con los miembros de la familia imperial de que hoy recogen el fruto? ¿Somos nosotros los que han halagado á los cómplices de Napoleon, persuadiendo con tal conducta al ejército de que su antiguo jefe tenia alianzas ó favores en las cortes? Nó: seamos justos; estas faltas no son de la Francia ni de los Borbones, sobre quienes hoy las arrojais; estas faltas, vosotros mismos lo confesais, son las de vuestra magnanimidad y las de vuestra imprudencia. ¿Era posible que un pais ofrecido de tal manera á la tentacion de un partido militar ambicioso, con un jefe libre á su disposicion á poca distancia de sus playas, dejase de sufrir mas tarde ó mas temprano el atentado contra su trono y su libertad? Lejos de nosotros el pensamiento de condenar esa grandeza de alma que ha tratado á un vencido casi como vencedor; pero no se nos acuse al menos á nosotros mismos de imprudencias generosas, que hemos podido admirar, pero nó prevenir, y de que somos víctimas al presente.

Alejandro y sus consejeros demostraron con su silencio que asentian á la exactitud de la observacion; los plenipotenciarios austríacos, inglés y prusianos, oian con secreta complacencia aquellos apóstrofes que ellos habian dirigido anteriormente á la parcialidad bonapartista de Alejandro. Este príncipe, concienzudo y modesto, conocia sus yerros, y solo trataba de repararlos combatiendo de nuevo en union de la Europa; pero Mr. de Talleyrand queria que en su reparacion separase de Bonaparte á la Francia y á los Borbones, y que presentándose á una segunda campaña contra el emperador, se negase al destronamiento de Luis XVIII y á la desmembracion de la Francia, y abordó de lleno esta fase de la cuestion.

XVIII. «¿Dónde está, dijo, la culpa de la casa de Borbon en esta calamidad que gravita sobre ella antes que sobre el mundo? ¿No ha seguido vuestros consejos? ¿No ha concedido su amistad al imperio? ¿No ha tratado de distraer el espíritu de conquista por medio del espíritu de libertad formulado en la carta que vosotros mismos la habeis inspirado? ¿No ha dispensado su confianza y colmado de honores á los generales de Napoleon? ¿No ha hecho todos sus esfuerzos para atraerse el ejército que habia combatido contra vosotros? ¿Podia el rey cambiar en un dia el espíritu de ese ejército acostumbrado á otro jefe, estirpar sus recuerdos y sofocar su fanatismo en favor de un hombre que se habia identificado con él? ¿Podia hacerlo tampoco la nacion, inerme y sorprendida por la defeccion general de sus tropas? ¿No sabeis vosotros lo que es un pueblo sin armas contra una milicia organizada? Las insurrecciones nacionales contra los gobiernos militares necesitan mucho tiempo, al paso que basta una hora para las insurrecciones armadas. Bonaparte ha caido sobre la Francia con la rapidez del rayo. ¿Y castigareis á un pueblo por haber sido herido por él, cuando ninguna fuerza humana podia detenerle en doce dias? Y si castigais á la Francia, desmembrándola despues de conquistada, ¿cómo podriais poneros de acuerdo en la distribucion de los despojos? ¿Ni qué poder encadenaria jamás bajo su mano los miembros siempre vivos, siempre palpitantes, y tendiendo siempre á reunirse, de una nacion formada por los siglos, y que arrastraria en su sacudimiento á los mismos estados á que la hubierais incorporado? No solo tendriais que temer en Francia el espíritu revolucionario; tendriais que contener y combatir á la vez los dos fuerzas mas incomprensibles del mundo político; el espíritu revolucionario y el espíritu de independencia; doble volcan que abriria sus cráteres hasta en vuestras mismas posesiones hereditarias. Ved la Polonia: en ella el espíritu de independencia sostiene perpetuamente el espíritu de revolucion. La revolucion circunscripta á la Francia hariais que se desbordase por toda la Europa. La desmembracion de la Francia, caso de que fuera posible, seria la ruina del continente.»

Los hombres de estado que escuchaban estas palabras eran bastante ilustrados para comprenderlas.

XIX. «Pero, continuó Mr. de Talleyrand, oigo decir aquí todos los dias que no se trata de los despojos de la Francia, sino de reducirla á la imposibilidad de dañar, de debilitar sus fuerzas y ocuparla indefinidamente y entregarla al dominio de soberanos de mano mas vigorosa y de nombre menos impopular que el de los Borbones. Y ahora pregunto á los hombres que como yo hayan tratado de cerca á Luis XVIII, si la Providencia concede á la familia de los reyes y al gobierno difícil de los pueblos un príncipe tan esperimentado por los años como el rey de Francia, tan ejercitado en las revoluciones, tan conocedor del espíritu de su época, tan penetrado del sentimiento innato de la monarquía, y al mismo tiempo tan hábil para doblegar la dignidad de esta á las opiniones y á las necesidades de un pueblo indócil. ¿Quién pues, escepto el usurpador de ese trono, se atreveria á reemplazarle en él? La Francia necesita una espada ó un derecho; quebrantareis la espada, pero ¿dónde estará el derecho si esclois la casa de Borbon? Y si dejais de reconocer el derecho de la legitimidad de los reyes en Francia, ¿qué será del vuestro en Europa? ¿Qué será de ese principio, ó mas bien de esa religion de la legitimidad, que hemos vuelto á encontrar bajo las ruinas de veinte años de revolucion, de sacudimientos, de conquistas, y que ha venido á ser la base de las naciones, el fundamento de los tronos, la inviolabilidad de los reyes? ¿Cómo ha de renacer en los pueblos, desconcertados ya por tantas vicisitudes, esa fé que vosotros les habriais enseñado á menospreciar? Aun cuando la casa de Borbon hubiera envejecido y no ofreciera hoy mas que soberanos enervados para el trono, todavía se veria la Europa condenada á coronarlos ó á perecer, porque la Europa es ahora la legitimidad, y la legitimidad es la casa de Borbon. Ella os es deudora de su restablecimiento en el trono de Francia, y vosotros le sois deudores de la seguridad moral de todos los tronos. Pero la casa de Borbon no ha degenerado; cuenta con un vástago tan sabio como Luis XVIII, para medirse con las dificultades de una restauracion, y la naturaleza la concederá príncipes para que se perpetúe en los descendientes de Enrique IV. ¿Qué diria el mundo si la Europa armada contra la revolucion destronara con su propia mano la dinastía inmolada por la revolucion y santificase la república y el regicidio?

XX. «Nó; hay dos cosas imposibles para la Europa, representada por el deber y la prudencia de sus jefes hereditarios reunidos aquí par dictar al mundo su voluntad y su suerte futura; la desmembracion de la Francia y el destronamiento de los Borbones; la una seria un crimen contra los pueblos, el otro un crímen contra los tronos. ¿Cuál es, pues, lo posible? Lo que es justo y prudente: en primer lugar, separar la causa de la nacion francesa de la del emperador; declarar la guerra personal y esclusiva á Bonaparte y la paz á la Francia; cortar de este modo los vuelos á Napoleon, presentándole como el solo y único obstáculo para la reconciliacion de los pueblos, y desarmar á la Francia no confundiendo su causa con la causa de su opresor. En segundo lugar, declarar que bien sea en el trono, en las provincias ó en el destierro mismo, la Europa no reconoce la soberanía sino en el rey y en la casa de Borbon.

Estas consideraciones larga y estensamente desenvueltas, arrastraron por último las convicciones por la fuerza de la razon; y los soberanos y sus ministros firmaron unánimemente la declaracion preparada por Mr. de Talleyrand con algunas lijeras enmiendas y modificaciones hechas por los plenipotenciarios. Hé aquí su contesto:

«Las potencias firmantes del tratado de París, congregadas en Viena, informadas de la evasion de Napoleon Bonaparte y de su entrada en Francia á mano armada, se creen en el deber de hacer por su propia dignidad y por el interés del órden social, una solemne declaracion de sus sentimientos á vista de semejante suceso.

»Bonaparte al romper el convenio que le habia relegado á la isla de Elba, ha destruido el único título legal al que iba unida su existencia; y al reaparecer en Francia con proyectos de turbaciones y trastornos, se ha enajenado la proteccion de las leyes, y ha manifestado á la faz del mundo que no puede existir paz ni tregua con él.

»Las potencias declaran en consecuencia que Napoleon Bonaparte se ha colocado fuera de las relaciones civiles y sociales, y que como enemigo y perturbador de la paz del mundo, se ha entregado á la vindicta pública.

»Declaran al mismo tiempo que emplearán todos los medios y reunirán todos sus esfuerzos para poner á la Europa á cubierto de cualquier atentado que amenace sumergir de nuevo á los pueblos en los desórdenes y calamidades de las revoluciones.

»Y aunque íntimamente persuadidas de que la Francia en masa se agrupará en derredor de su legítimo soberano, y aniquilará instantáneamente la postrer tentativa de un delirio criminal é impotente; todos los soberanos de Europa, animados de los mismos sentimientos y guiados por los mismos principios, declaran que si, contra todo cálculo, pu-

diera resultar de este acontecimiento cualquier peligro real, estarian prontos á suministrar al rey de Francia y á la nacion francesa ó á cualquier otro gobierno atacado, tan pronto como lo pidan, los ausilios necesarios para restablecer la tranquilidad pública y hacer causa comun contra todos aquellos que quieran comprometerla.

» Viena 3 de marzo de 1815. »

XXI. Mr. de Talleyrand salió triunfante de la conferencia agitando con su mano al acercarse á su casa la señal de la victoria.

La indecision que habia suspendido hasta allí las determinaciones de los soberanos y de sus ministros, se trasformó en una formidable actividad de preparativos. Las divisiones de tropas, que aun permanecian organizadas y sobre las armas, solo esperaban la órden de ponerse en marcha. Los soberanos firmaron entre sí un tratado solidario, ofensivo y defensivo, contra el usurpador del trono de Francia, por el que se obligaba el Austria á armar trescientos cincuenta mil hombres, á las órdenes del generalísimo, príncipe de Schwartzenberg, que habia tenido el mando de sus ejércitos en la campaña precedente; la Inglaterra y la Prusia reunidas, ponian en pie de guerra doscientos cincuenta mil hombres, que formarian dos distintos ejércitos, aunque obrando de concierto, mandado el uno por Blucher y el otro por el duque de Wellington; y el emperador Alejandro doscientos mil hombres bajo sus órdenes inmediatas. Agregando á este número las tropas ausiliares, compuestas de españoles, suecos é italianos, ascendian las fuerzas de aquel formidable armamento á cerca de un millon de hombres, todos aguerridos, vencedores y dirigidos por jefes á quienes las últimas victorias llenaban de confianza y ardimiento, y que iban á emprender de nuevo el camino de Francia por la temeridad de un solo hombre; inciertos todavía de la suerte de Luis XVIII, de quien sabian únicamente que habia salido de París. Las potencias estipulaban en el convenio de guerra que el rey de Francia formaria parte principal de aquella coalicion, cuyo objeto esclusivo era la defensa de su trono garantido por la Europa, y que agregaria á las fuerzas combinadas los ejércitos franceses leales á su causa. De este modo Mr. de Talleyrand hacia figurar en primer término á aquel príncipe espulsado de su capital, errante ya en un pais estranjero y que se habia visto amenazado el dia antes con el abandono y el desprecio del congreso, y envió correos por diversos caminos para que llevaran al rey la noticia del buen éxito de su negociacion. Bien puede decirse que Mr. de Talleyrand coronó dos veces á su soberano: papel peligroso para un súbdito.

LIBRO XXI.

Reservas de lord Castlereagh en el convenio de guerra.—Manifestaciones de Napoleon al embajador de Austria.—Tentativa de la reina Hortensia cerca de Alejandro.—Carta de Napoleon á los soberanos.—Esposicion de Caulaincourt á Napoleon.—Respuesta del consejo de estado á la declaracion de los aliados.—Mision de Mr. de Montroud para Mr. de Talleyrand y del baron de Stassaert para la emperatriz.—Intrigas de Fouché con los aliados.—Desconfianza del emperador.—Entrevista de Mr. Fleury de Chaboulon con Mr. de Werner en Bale.—Sospechas de Napoleon contra Davout.—Levantamiento de Murat en Italia.—Ojeada sobre su vida.—Su familia, su infancia.—Sus principios en el ejército.—Su casamiento.—Sus triunfos] en Italia.—Su conducta en el proceso del duque de Enghien.—Su espedicion á España.—Sube al trono de Nápoles.—Su carácter y su vida.

I. La política de Inglaterra, obligada por la naturaleza de sus instituciones liberales á responder de todos sus actos ante la opinion de un pueblo libre, no permitia á su ministro en Viena, lord Castlereagh, firmar el tratado ofensivo y defensivo en los mismos términos adoptados por la Rusia, la Prusia, el Austria y la Francia. El respeto esterior de la nacion británica á la independencia de las demás naciones impedia á sus ministros confesar la intencion formal del restablecimiento de la casa de Borbon en el trono de Francia. Era preciso que el gabinete pudiera responder al parlamento cuando se le pidiera cuenta de sus estipulaciones, que el único objeto de sus armamentos y subsidios era la seguridad de Inglaterra, la libertad del continente y la guerra contra Napoleon. Por esta causa solo se adhirió á los tratados y al convenio de guerra en términos ambiguos, cuya significacion todos comprendian, pero no podian censurar en el fondo. Declaró, pues, que solo se unia á la coalicion para proseguir la guerra contra el enemigo comun y nó para imponer á la Francia un gobierno determinado.

Esta reserva era necesaria para su responsabilidad ante el parlamento inglés. Por un estraño impulso de la opinion y uno de esos contrasentidos inesplicables, pero peculiares de todas las opiniones en los paises libres, existia en la cámara de los comunes un partido poco numeroso, aunque elocuente, que apoyaba con apasionada parcialidad á los bonapartistas; partido que sacrificaba el patriotismo al deseo insaciable de popularidad, que es la manía general de los oradores, y la buscaba hasta en el nombre de Napoleon, el enemigo de su patria. No obstante, los ministros ingleses, seguros de las buenas disposiciones de la mayoría y del unánime asentimiento de la nacion, se comprometieron á depositar en las cajas de la coalicion un subsidio de guerra de 125.000,000 de francos para sostener una parte de las tropas.

II. Mientras que se firmaban tales resoluciones en Viena, y los ejércitos combinados recibian sus órdenes de marcha, y se separaban los soberanos para incorporarse á sus tropas y volver á reunirse en las fronteras francesas; seguia Napoleon lisonjeando á la Francia y á sí propio con la esperanza de la inaccion de la Europa y de la pronta ruptura de la coalicion, y no descuidaba lo mas mínimo para tomar una sombra ó un pretesto de negociacion. Sus manifiestos al pueblo y a las potencias eran los de un príncipe pacífico que pretende tranquilizar ó adormecer á sus enemigos. Adelantábanse ya á través de la Alemania los ejércitos coaligados; los navíos ingleses apresaban en ambos mares los buques de Napoleon, y sin embargo éste aparentaba no escuchar aquellos rumores de guerra, y aun redoblaba sus demostraciones de paz.

La prolongada permanencia en París del baron de Vincent, embajador de Austria cerca de Luis XVIII, daba alguna apariencia de verosimilitud á los rumores alimentados por Napoleon acerca de sus supuestas relaciones secretas con el emperador Francisco, y de la connivencia de Mr. de Metternich en su regreso á Francia. Pero tales rumores no eran sino artificios de la policía, y el baron de Vincent solo continuaba en París por carecer de pasaporte para salir de Francia. El emperador encargó, no obstante, á Mr. de Caulaincourt, su ministro de negocios estranjeros, que se avistara con aquel embajador; pero Mr. de Vincent se negó á toda conferencia oficial con el ministro de un gobierno al que no reconocia. Consintió, por último, en encontrarse con Mr. de Caulaincourt en una conversacion casual en casa de madama de Souza, esposa del embajador de Portugal en Francia, francesa de nacion, célebre en el mundo literario, ligada en otro tiempo á Mr. de Talleyrand y madre de Mr. de Flahaut, uno de los jóvenes oficiales de Napoleon que gozaba de mayores simpatías en la corte y el ejército: mujer, en fin, que participaba del genio de madama de Genlis y de madama de Staël, instrumento de fortuna política para los hombres á quienes consagraba su celebridad. Habíase ofrecido hacia largo tiempo á favorecer la política de Napoleon, en cuya causa estaba interesada por ambicion y por convencimiento.

El baron de Vincent no tenia autorizacion alguna para responder en nombre de su soberano á Mr. de Caulaincourt; hallábase incomunicado con Viena, y solo podia, por lo tanto, manifestar sus conjeturas. Sin embargo, conocia muy á fondo la firme resolucion de su corte de no esponer jamás á la Alemania y á la Italia á pasar por un segundo reinado del conquistador de Milan y de Viena, para afirmar al ministro de negocios estranjeros que era imposible toda negociacion con el emperador de Austria. Manifestóse algo mas reservado con respecto á la regencia de María Luisa, combinacion que acaso podria intentar el Austria por el interés que la ofrecia la minoría del rey de Roma, manejado desde Viena por medio del ascendiente que ejerceria el emperador tanto sobre él como sobre su madre. Consintió en encargarse de una carta de Napoleon para la emperatriz; obtuvo sus pasaportes, partió á Viena y entregó la carta al emperador Francisco, quien ocultó el contenido á su hija. Inquieto al ver las tentativas que hacian los agentes franceses en Viena, segun se decia, para arrebatar á María Luisa y al rey de Roma y conducirlos á París, el emperador creyó á su hija poco segura en la residencia aislada de Schœnbrunn y la hizo pasar á Viena y alojarse en su propio palacio.

La princesa, cuya traslacion á París hubiera aumentado mas y mas las complicaciones de la coalicion, temia tanto como su padre las tentativas de los agentes de Napoleon, y apreciaba mas la libertad en su patria y una soberanía en Italia, que verse esclavizada en el trono de Fran-

cia. Su corazon no pertenecia ya á Napoleon, y conservaba en toda su fé el amor á la Alemania.

III. Napoleon, desalojado de todas sus posiciones por los agentes oficiales de las potencias, recurrió á los emisarios secretos para entablar proposiciones, que mas bien que esplicaciones, parecian escusas; y encargó á la reina Hortensia Beauharnais, residente entonces en Alemania, que invocara la antigua amistad del emperador Alejandro para intentar una reconciliacion. La reina Hortensia contaba con el favor personal con que el jóven soberano del Norte la habia distiguido en París en 1814. «Ni paz, ni tregua con él, respondió Alejandro; todo, escepto Napoleon.» Valióse tambien de su hermano José, que habia ocupado por poco tiempo el trono de España, y retirado á la sazon al castillo de Prangni en el lago de Génova, desde donde su actividad é inmensa fortuna habian contribuido, segun se decia, á multiplicar las intrigas entre Francia y la isla de Elba; pero no obtuvo de el otra respuesta que el silencio. El emperador se decidió por último á hablar por sí mismo, y dictó á Mr. de Caulaincourt la carta siguiente para cada uno de los soberanos, de quienes Napoleon habia sido árbitro por tanto tiempo y ahora ambicionaba ser hermano.

«Mi señor hermano: en el trascurso del mes anterior habeis tenido noticia de mi regreso á Francia, de mi entrada en París y de la fuga de los Borbones. Preciso es que sepa V. M. ahora la verdadera naturaleza de estos sucesos. Son el resultado de un poder irresistible; el resultado de la voluntad unánime de una gran nacion que conoce sus deberes y sus derechos. La dinastía impuesta por la fuerza al pueblo francés no podia convenirle. Los Borbones no han querido asociarse á sus ideas ni á sus costumbres, y la Francia ha debido por tanto separarse de ellos. Necesitaba un libertador: y yo volé á su socorro rompiendo el aislamiento que me habia impuesto. Llegué, y no bien hube pisado sus playas, cuando me ví arrebatado por el amor de mis pueblos hasta el seno de mi capital.

»La primera necesidad de mi corazon, es la de pagar tan escesivo afecto con el sostenimiento de una honrosa tranquilidad. La felicidad de los franceses exigia el restablecimiento del trono imperial, y mi mas halagüeño pensamiento es hacerle al mismo tiempo útil para la consolidacion del reposo de la Europa.

»Bastante gloria han conquistado una en pos de otra las banderas de las diversas naciones, y las vicisitudes de la suerte han traido consigo bastantes triunfos y reveses. Hoy se abre á los soberanos un palenque mas noble, y yo soy el primero en lanzarme á él. Despues de haber ofrecido al mundo el espectáculo de los grandes combates, será mucho mas dulce no alimentar de hoy mas otras rivalidades que las de las ventajas de la paz, ni mas lucha que la lucha santa de la felicidad de los pueblos.

»La Francia se complace en proclamar francamente este noble objeto de sus aspiraciones; y celosa de su independencia establece como principio invariable de su política el mas absoluto respeto á la independencia de las demás naciones. Si tales son, como confio, los sentimientos personales de V. M., se habrá asegurado para mucho tiempo la tranquilidad general; y la justicia asentada en los confines de los diversos estados, bastará por sí sola para guardar sus fronteras.

NAPOLEON.»

»París, 4 de abril de 1815.»

IV. Las fronteras se hallaban de tal modo cerradas á todos los mensajes de Napoleon, y la Europa le habia retirado de tal manera las manos oficiales ú oficiosas de París, que el ministro de negocios estranjeros no consiguió hacer llegar á las cortes de Europa una sola de dichas cartas. Convencido, en fin, el emperador de que eran vanas sus tentativas de seduccion ó de division respecto á las potencias, y que seria mucho mas digno confesar su aislamiento que ocultarle algun tiempo mas bajo la máscara de negociaciones fingidas y ridículas, se decidió á hacer publicar en sus diarios el grito de alarma por boca de su ministro Caulaincourt, que aparentaba revelarle con sentimiento una verdad que ya nadie ignoraba y escitarle á echar mano de medidas enérgicas á vista de la actitud de la Europa.

«Señor, le decia Caulaincourt en su esposicion pública; en todas las partes se manifiestan á la vez síntomas alarmantes. Amenaza prevalecer en las potencias un sistema inconcebible, el de prepararse al combate sin admitir la esplicacion preliminar con la nacion á quien parece quieren hacer la guerra.

»Estaba reservado á la época actual el espectáculo de una sociedad de monarcas, prohibiéndose simultáneamente toda la relacion con un estado poderoso, y negándose á admitir sus amistosas esplicaciones. Ninguno de los correos espedidos de París á las diferentes cortes ha conseguido llegar á su destino: el uno no ha podido pasar de Estrasburgo; otro, espedido á Italia, se ha visto obligado á retroceder desde Turin; el tercero, destinado á Berlin y al Norte, ha sido detenido en Maguncia y maltratado por el comandante prusiano que se ha apoderado de sus despachos.

Cuando de esta manera se levanta una barrera casi impenetrable entre el ministerio francés y sus agentes del esterior, entre el gabinete de V. M. y el de los demás soberanos, vuestro ministerio, señor, solo puede juzgar de las intenciones de los gobiernos estranjeros por sus actos públicos.

»En Inglaterra se han dado órdenes para aumentar las fuerzas británicas de mar y tierra. La nacion francesa debe, por lo tanto, estar alerta en todas partes: puede temer una agresion continental y debe vigilar al propio tiempo toda la estension de sus costas contra la posibilidad de un desembarco.

»En Austria, en Rusia, en Prusia, en todos los reinos de la Alemania y de la Italia; y en fin, en todas partes se dispone un armamento general.

»En los Paises Bajos ha sido detenido cerca de Tirlemont un convoy de ciento veinte individuos de tropa y doce oficiales, prisioneros franceses que volvian de Rusia!

»En todos los puntos de Europa simultáneamente se disponen tropas y armamentos, se mueven los ejércitos ó se preparan á marchar.»

V. La publicacion de esta nota no causó ninguna sorpresa en el ánimo de los hombres ilustrados; pero la masa de la nacion, siempre halagada por la policía con esperanzas de paz ó de secreta inteligencia con el Austria, se estremeció en unas provincias de estupor ante la necesidad de la guerra, en otras de cólera contra los artificios con que habia querido adormecerla Napoleon, y en otras, especialmente las del Centro y de todas las fronteras del Este, de patriotismo y marcial exaltacion contra el estranjero. La Vendée empezó á conmoverse, y los jefes desconcertados al pronto por la partida del duque de Borbon, reunieron á los mas intrépidos de sus soldados para organizar un ejército auxiliar de aquella coalicion que tenia al rey por objeto y jefe á la vez. Para contrabalancear en el ánimo del pueblo el mal efecto que producia por do quiera la declaracion de las potencias, mandó el emperador á sus amigos del consejo de estado que redactasen una refutacion oficial de las inculpaciones que contra él dirigia la Europa, y una enumeracion de las suyas contra la Europa: en cuyo documento se amalgamaron con tanta osadía y artificio la causa de la Francia, la de la revolucion y de Bonaparte, aunque tan separadas y á menudo tan opuestas desde el 18 brumario, que parecia levantarse la nacion por sí propia cuando se levantaba en favor de Napoleon.

«El consejo de estado, decian los presidentes de este cuerpo, ha examinado la declaracion del 13 de marzo. La comision, al ver en ella consignadas ideas tan antisociales, se inclina á considerarla como uno de esos documentos apócrifos de que echan mano los malvados para estraviar los ánimos y producir cambios en la opinion pública.

»...Decimos que tal declaracion es obra de los plenipotenciarios franceses, porque no es posible que los de Austria, Rusia, Prusia é Inglaterra hayan formado una acta que se apresurarian á desaprobar sus respectivos soberanos y naciones.

»Solo ellos han podido aventurarse á la confeccion y publicacion de un documento como la supuesta declaracion del 13 de marzo, con la esperanza de detener la marcha del emperador y engañar al pueblo francés acerca de los verdaderos sentimientos de las potencias estranjeras.

»Esta nacion valiente y generosa se subleva contra todo lo que lleve el sello de la cobardía y de la opresion, exáltanse sus afecciones cuando ve amenazado ó víctima de una escandalosa injusticia al objeto de sus aspiraciones; y el asesinato á que parecen provocar las primeras frases de la declaracion del 13 de marzo, no encontrará brazo para llevarle á cabo ni entre los veinte y cinco millones de franceses, cuya mayoría ha seguido, custodiado y protegido á Napoleon desde el Mediterráneo á su capital, ni entre los diez y ocho millones de italianos y los seis millones de belgas ó ribereños del Rhin, y los numerosos pueblos de Alemania, que en esta solemne crisis solo han pronunciado con respeto el nombre de Napoleon, ni entre los miembros de la nacion inglesa, indignada, cuyos honrosos sentimientos desaprueban el lenguaje que se atribuye á los soberanos.

»Los pueblos de la Europa son ilustrados y saben juzgar los derechos de Napoleon, de los príncipes aliados y de los Borbones.

»Saben que el convenio de Fontainebleau es un tratado entre soberanos, que su violacion y la entrada de Napoleon en el territorio francés

es una simple infraccion de un acta diplomática, y como tal solo podia ocasionar una guerra ordinaria, cuyo resultado no puede ser otro en cuanto al individuo, que la derrota ó el triunfo, y en cuanto á las posesiones, su conservacion ó su pérdida, su acrecentamiento ó su disminucion, y que todo pensamiento, toda amenaza, todo atentado contra la vida de un príncipe en guerra con otro, es una cosa inaudita en la historia de las naciones y de los gabinetes europeos.

»...Y sin embargo, ¿qué ha hecho Napoleon? Ha garantizado su seguridad á los hombres de todas las naciones, insultados por la infame mision de que se les queria hacer cómplices. Se ha mostrado generoso, moderado y protector aun para aquellos mismos que habian pregonado su cabeza.

»Cuando habló al general Excelmans, al dirigirse contra la columna que seguia de cerca á Luis Estanislao Javier; al general conde de Erlon, que debia recibirle en Lila; al general Clausel, que marchaba á Burdeos; donde se encontraba la duquesa de Angulema; al general Grouchy, que lo hacia para sofocar las conmociones civiles suscitadas por el duque de Angulema, siempre y en todas partes dió órdenes el emperador para que las personas fuesen respetadas y puestas á cubierto de cualquiera agresion, riesgo ó violencia en el territorio francés y en el punto de abandonarle.

»Las naciones y la posteridad juzgarán de qué parte ha estado en tan graves circunstancias el respeto á los derechos de los pueblos y de los soberanos, á las reglas de la guerra, á los principios de la civilizacion y á las máximas de las leyes civiles y religiosas, y fallarán entre Napoleon y la casa de los Borbones.

»Si despues de examinada la supuesta declaracion del congreso bajo este punto de vista, se la considera en sus relaciones con los convenios diplomáticos y con el tratado de Fontainebleau del 11 de abril, ratificado por el gobierno frances, se hallará que la violacion es imputable á aquellos mismos que la echan en cara á Napoleon.

»El tratado de Fontainebleau ha sido violado por las potencias aliadas y por la casa de Borbon en lo concerniente al emperador y su familia y á los derechos e intereses de la nacion francesa.

»Qué debia hacer Napoleon? ¿Debia consentir en la violacion completa de los compromisos contraidos con él, y resignándose á la suerte que se le preparaba abandonar á su fatal destino á su esposa, á su hijo, á su familia y á sus leales servidores?

»Una resolucion semejante parece superior á las fuerzas humanas, y sin embargo Napoleon hubiera podido aceptarla, si la paz y el bienestar de la Francia hubiera sido la recompensa de este nuevo sacrificio hecho por el pueblo francés á quien se envanece de deberlo todo, á quien todo lo atribuye, y al único á quien quiere responder de sus actos y consagrar su vida.

»Solo por la Francia y por alejar de ella las calamidades de una guerra intestina, abdicó la corona en 1814. Devolvió al pueblo francés los derechos que habia obtenido de él, y le dejó en posicion de que eligiera libremente un nuevo soberano y fundase su libertad y su bienestar en instituciones protectoras de una y otro.

»Esperaba que la nacion conservaria todo cuanto habia adquirido durante veinte y cinco años de combates y de glorias, y el ejercicio de su soberanía en la eleccion de una dinastía y en la estipulacion de las condiciones con que seria llamada al trono.

»Esperaba del nuevo gobierno el respeto á la gloria de los ejércitos, á los derechos de los valientes, y la garantía de todos los intereses nuevamente creados.

»Bien léjos de esto, se ha rechazado toda idea de soberanía del pueblo.

»Se ha rechazado igualmente el principio sobre que se apoyaba la legislacion pública y civil desde la revolucion.

»La Francia ha sido tratada como un pais revolucionario, reconquistado por las armas de sus antiguos señores y sometido nuevamente á la dominacion feudal.

»Se la ha impuesto una ley constitucional tan fácil de eludir como de revocar, y en la forma de simples ordenanzas reales, sin consultar á la nacion ni oir siquiera á las corporaciones ilegales, fantasma de representacion nacional.

»La violacion de la carta solo ha sido contenida por la timidez del gobierno, y sus abusos de autoridad limitados únicamente por su falta de energía.

»La dislocacion del ejército, la dispersion de sus oficiales, el destierro de algunos, el envilecimiento de los soldados, la supresion de sus dotaciones, la privacion de sus sueldos de retiro, la reduccion de las asignaciones de los legionarios, el menosprecio de los ciudadanos designados de nuevo con el nombre de tercer estado, el proyectado y ya en parte consumado despojo de los poseedores de bienes nacionales, la depreciacion de los que habia necesidad de vender, la reaparicion del feudalismo con sus títulos, privilegios y derechos, el restablecimiento de los principios ultramontanos, la abolicion de las libertades de la iglesia anglicana, la anulacion del concordato, la restauracion de los diezmos, la naciente intolerancia de un culto esclusivo, la dominacion de un puñado de nobles sobre un pueblo acostumbrado á la igualdad. Hé aquí lo que los ministros de los Borbones han hecho ó trataban de hacer por la Francia.

»En tales circunstancias abandonó el emperador Napoleon la isla de Elba.

»No ha traido la guerra al seno de la Francia: ha venido, por el contrario, á sofocar la guerra que los propietarios de bienes nacionales, que constituyen las cuatro quintas partes de los propietarios franceses, se hubieran visto obligados á declarar á los nobles sus opresores, y la que hubieran tenido que sostener los protestantes, judíos y miembros de las diferentes sectas religiosas contra sus tiranos.

»Ha venido á libertar á la Francia, y como libertador ha sido recibido en ella. Ha llegado casi solo, ha recorrido doscientas veinte leguas sin obstáculos ni combates, y ha vuelto á sentarse sin resistencia en medio de la capital y de las aclamaciones de la inmensa mayoría de ciudadanos, en el trono abandonado por los Borbones, que no han podido armar en su defensa un solo hombre ni en el ejército, ni en la guardia nacional, ni en el pueblo, para tratar de sostenerse en él.

»Y sin embargo, ¿que es lo que quiere Napoleon vuelto á colocar al frente de la nacion que le habia ya elegido tres veces y que acaba de designarle la cuarta por medio de la acogida que le ha hecho en su tránsito y su llegada triunfal, de esta nacion por la que, y para la que únicamente quiere reinar? Lo que desea el pueblo frances: la independencia de la Francia, la tranquilidad interior, la paz con todos los pueblos, y la ejecucion del tratado de Paris del 30 de mayo de 1814...»

VI. Mientras que la Francia, ya desengañada de sus ilusiones, discurria acerca del manifiesto del consejo de estado, donde luchaban en un estilo ambiguo que queria contentar á tan encontradas opiniones, el espíritu liberal de Benjamin Constant, el espíritu republicano de Carnot y el espíritu servil de los cortesanos del emperador; se esforzaba éste en conseguir por medio de la corrupcion de los sentimientos lo que no habia podido alcanzar por medio de la seduccion de los gabinetes estranjeros.

Habia en Paris uno de esos hombres indefinibles, de problemática existencia, que se valen de su ingenio como de un salvoconducto para afiliarse las causas mas opuestas, que pueden aparentar servirlas á todas igualmente, que saben captarse las simpatías, y que disipan las sospechas por su misma volubilidad. Este hombre era Mr. de Montrond, amigo inseparable de Mr. de Talleyrand y que habia lisonjeado la aficion de éste al juego y á los placeres para hacerse dueño de sus secretos. Mr. de Montrond, conocido por tales títulos de todos los hombres influyentes en los gabinetes europeos, podia naturalmente pasar en Viena por un confidente llamado de Paris por Mr. de Talleyrand para ponerle al corriente del estado de la opinion y de las determinaciones de los realistas. Ni su presencia ni su nombre podian infundir recelo alguno á la policía alemana, escudado como estaba con la amistad de los agentes franceses. A esta doble apariencia debió ser distinguido por el emperador, que le hizo portador de palabras de reconciliacion y de promesas, de honores y de elevados puestos para su antiguo ministro, si queria separarse de la causa de Luis XVIII, abandonada, decia, por la fortuna, unirse como Ney, el ejército y el pueblo á su causa propia, combatir en la confederacion las antipatías de los estranjeros contra él, y volver á Francia donde su gratitud le colmaria de bienes y títulos superiores á todas sus anteriores mercedes. Napoleon sabia que de todas las seducciones con que podia poner á prueba la fragilidad de Talleyrand, la mas irresistible era la de las riquezas, porque en la adquisicion y prodigalidad de estas estaban representadas á la vez las tres principales pasiones de aquel hombre de estado, á saber: el valimiento, los placeres y la generosidad. Mr. de Talleyrand, que ya no podia añadir fama alguna á su nombre, habia concentrado su existencia en dos pensamientos: el poder, para vivir en la elevacion; la riqueza, para vivir en la abundancia. Tal era la filosofía de su vida privada. Pero las negociaciones que el directorio y el emperador le habian encomendado, las recompensas obtenidas de las potencias contratantes, y las larguezas de los príncipes cuyas reclamaciones al congreso habia favorecido en la distribucion de territorios y de indemnizaciones, se habian anticipado á las ofertas de Napoleon.

VII. Mr. de Montrond llegó efectivamente á Viena bajo la salvaguardia de la amistad confidencial de Mr. de Talleyrand, cuyo nombre le

franqueó las puertas de la Alemania. Habituado á leer en la fisonomía de su protector el pensamiento secreto á que debia cooperar, comprendió á las primeras palabras y á la primera sonrisa que se habia adivinado su mision, pero que llegaba tarde. La Europa se habia adelantado á Mr. de Montrond, y ya estaba firmado el tratado de 25 de marzo; Mr. de Talleyrand tenia tras sí la causa del mundo y un millon de hombres. «Llegais demasiado tarde, dijo á Mr. de Montrond; la Europa y yo hemos tomado ya nuestra determinacion; así, pues, quedaos con nosotros, y no os engañeis en la eleccion de fortuna como el emperador se ha engañado en la eleccion de tiempo.» Mr. de Montrond, á quien Mr. de Talleyrand hizo leer la declaracion y los convenios, se abstuvo de entrar en negociaciones con el embajador, y se le hizo salir de Viena por temor de que tratase de entablar comunicaciones secretas con María Luisa, para lo que se le suponia tambien autorizado.

El báron de Stassaer, belga de nacion, y menos sospechoso á causa de su origen, se encargó igualmente de llevar á Viena una mision secreta de Bonaparte para la emperatriz, y que fracasó, merced á la vigilancia de Mr. de Metternich. Todos los hilos que trataba de anudar el emperador se rompian entre sus dedos. Conocíase que su hijo tenia en sus manos un medio de negociacion entre la Francia y él, lo mismo que entre él y la Europa; porque abdicando en él hubiera amortiguado el odio de los liberales en Paris y al propio tiempo los terrores de la Europa. Aquel niño cautivo en el palacio de Viena era el objeto de todos sus pensamientos y la desesperacion de sus ambiciosas miras.

VIII. Pero mientras que Napoleon hacia vanas tentativas de negociacion y avenencia con las potencias, Fouché sostenia con los enemigos relaciones mas sordas y equívocas. Sus funciones de ministro de policía le autorizaban para tener ojos, manos y palabras en todas partes bajo pretesto de ilustrar al emperador acerca de las tramas de las potencias y de los partidos hostiles á su causa. Sus agentes cruzaban todos los caminos é introducíanse en todas las cortes. La secreta inteligencia en que habia estado antes de la partida del rey con el conde de Artois, con Mr. de Bruges, confidente de aquel príncipe, y con Mr. de Blacas, y las medias palabras que hacia cambiar indirectamente con Mr. de Talleyrand, ponian á cubierto á los agentes de Fouché de toda sombra de sospecha á los ojos de las cortes de Gante y de Viena, que nada malo podian esperar de un hombre que en el fondo de su alma odiaba á Bonaparte, impuesto á éste por el partido revolucionario y que prestaria forzosamente su apoyo á sus enemigos cuando sus ejércitos le hubieran dado el primer sacudimiento, para precipitar su caida. Napoleon, rodeado de lazos, tenia forzosamente que sospechar traiciones en todas partes sin pararse á profundizarlas; y la casualidad le hizo descubrir una de aquellas tramas urdidas en su propio gabinete, pero que el descaro de Fouché supo revestir todavía de cierta apariencia de sinceridad.

La policía secreta del emperador le informó un dia de que habia llegado á Paris un agente de Mr. de Metternich; que habia tenido una conferencia nocturna con Fouché; que era portador de una carta en cifra, dirigida por el primer ministro austriaco al ministro de policía; que en ella comprometia Mr. de Metternich á Fouché á que enviase cautelosamente un negociador á Bâle el dia 1.º de mayo; que el gabinete austriaco enviaria por su parte un agente confidencial provisto de una señal convenida para ser reconocido; y que ambos agentes puestos de este modo en contacto en una ciudad neutral, establecerian entre Mr. de Metternich y Fouché el acuerdo que uno y otro necesitaban para las eventualidades de su política.

El emperador, consternado é irritado á la vez, no quiso dejar á Fouché tiempo para preparar su respuesta y encubrir sus trabajos de zapa por medio de una contramina. Hízole llamar al instante y le preguntó en el trascurso de la conversacion si habia recibido alguna manifestacion del Austria; pero Fouché eludió la respuesta. El emperador, convencido por el silencio de la infidelidad de su ministro, le despidió sin dejar entrever sus sospechas y se desahogó en esclamaciones de indignacion en presencia de sus familiares mas leales, hablando nada menos que de hacer prender inmediatamente á su ministro y hacerlo juzgar por delito de alta traicion. Pero despues, á manera de un hombre precisado á transigir con la necesidad y que para ocultarse á sí propio su debilidad busca motivos de duda, aplazando su convencimiento, resolvió asegurarse por sí mismo de la perfidia ó inocencia de Fouché, antes de descargar un golpe que habria de alcanzar con grave daño de Napoleon á todo el partido revolucionario vendido á Fouché. Por la noche llamó á uno de los auditores de su consejo de estado y el mismo á quien hemos visto en la isla de Elba portador de las escitaciones de sus confidentes para la ejecucion de su proyecto y que habia entrado despues en la secretaría de las Tullerías; Mr. Fleury de Chaboulose. Hízole patente la trama sospechosa de Fouché y le encargó que fuése á recoger las pruebas á Bâle, adelantándose al emisario que debia enviar su pérfido ministro para ponerse de acuerdo con Mr. de Metternich.

IX. «Id al instante á buscar á Caulaincourt, le dijo, que os entregará un pasaporte para Bâle. Allí os encontrareis, por medio de la señal de reconocimiento que tambien os confiará Caulaincourt, á Mr. de Werner, el agente de Metternich. Metternich es incapaz de cometer un crimen; no se trata, pues, de un asesinato, pero sí probablemente de un principio de intriga previendo la posibilidad de mi ruina, y de una inteligencia entre Fouché y las potencias para reemplazarme en el trono. Ante todo poned en claro este misterio y despues aprovechaos de la entrevista con el agente secreto del gabinete austriaco para poner de mi parte el influjo del Austria. Escudriñad los pensamientos de aquella corte y ved, sobre todo, si en el caso de que yo sucumbiera en el campo de batalla podria ser aceptado el príncipe Eugenio Beauharnais, mi hijo adoptivo para la regencia y tutela del rey de Roma.» El agente partió.

X. Llegado á Bâle, encontró ya allí á Mr. de Werner, á quien se dió á conocer por medio de la señal convenida tomada de la correspondencia interceptada á Fouché; díjole que se presentaba en nombre de este ministro y le rogó que se franqueara á él sin desconfianza alguna, como en efecto lo hizo el enviado de Metternich. «El príncipe, dijo, tiene formada una alta opinion del talento y carácter de Fouché; le cree demasiado previsor para entregarse al aventurero que turba al presente la paz de Europa; está persuadido de que si ha consentido en volver á tomar parte en los consejos de Napoleon ha sido únicamente por alejar de su patria las calamidades de la guerra estranjera y civil; y no duda que en la caida de Bonaparte y en el restablecimiento de los Borbones verá el único medio de pacificar el mundo. El asesinato seria un crimen tan indigno de la causa como del honor de un hombre de estado tal como Mr. de Metternich. Un solo medio conviene al derecho de la Europa y es la fuerza. Este medio le tiene en su mano; pero hay un hombre que por su ascendiente sobre los partidos en Francia podria alejar la triste necesidad de la fuerza y evitar los arroyos de sangre que van á correr de nuevo por la ambicion de uno solo; y ese hombre es Mr. Fouché.—¿Habeis entablado ya con él algunas relaciones? preguntó el enviado de Bonaparte.—Nó, replicó Mr. de Werner; y para hacerle algunas manifestaciones á este tenor me envia aquí el príncipe de Metternich. Fouché es el único que puede en su entender indicar los medios pacíficos de un arreglo entre la Europa y la Francia. Sabemos que la opinion pública se subleva contra la usurpacion de Bonaparte, y que su causa no cuenta con otro apoyo que el del ejército, y que el pueblo, intimidado y sorprendido, no ha tenido tiempo para alzarse contra aquel y se manifiesta receloso, humillado y lleno de indignacion. Los datos que tenemos patentizan unánimemente que Napoleon va perdiendo cada dia mas terreno en la opinion pública. Un hombre tan esperimentado y entendido como Fouché tiene en sus manos un poderoso medio de accion entre la Francia y Bonaparte y entre la Francia y nosotros, y con esta palanca de la opinion pública puedo remover los ánimos, las cosas y hasta al emperador mismo. No cree en la posibilidad de hacer reinar á los Borbones envejecidos y faltos de popularidad; pero los aliados no tratan de imponer un rey determinado á la Francia, lo que quieren únicamente es separar á Napoleon.» Los enviados debatieron entonces entre sí los nombres del duque de Orleans, de Eugenio de Beauharnais, y las diversas formas de federacion, de monarquía y de regencia que podria aceptar la Francia para librarse de Napoleon y de la necesidad de la guerra. No habian querido mas que sondearse mutuamente, y asi es que todo se concretó á hipótesis y vagas eventualidades. Una sola cosa resaltaba claramente de aquella entrevista, á saber: que todo era posible, escepto Napoleon.

XI. A su regreso á Paris el emisario secreto dió cuenta al emperador de su entrevista, de la esperanza que se fundaba en las opiniones de Fouché, pero tambien de la incertidumbre acerca de sus verdaderas disposiciones, y por consiguiente de su inocencia. «Ya lo sé, dijo el emperador. El mismo Fouché ha venido á participarme la tentativa de negociacion entablada por mi interés, aunque sin mi intervencion, en Bâle. Está sediento de intrigas, pero limpio de traicion en este negocio. Id á verle y decidle que posee toda mi confianza. Por lo demás, nada tenemos que esperar de los aliados. Si el Austria tuviera decision bastante para coligarse conmigo, salvaríamos entre los dos al mundo de la preponderancia de la Rusia que ha aprendido, siguiéndome, los caminos de Alemania y de Francia; pero está ya dominada por Alejandro, que es el que reina en Europa y á quien yo podria contrabalancear: hasta despues de haberme perdido no sabrán lo que yo valia. Mas yo venderé bien cara mi vida á esos hombres que quisieran tenerme en una jaula de hierro para mostrarme al mundo encadenado como una fiera. Todavía no me

tienen en sus manos y yo les haré ver lo que puede el leon cuando despierta; aun cuando demasiado saben que todavía no me han abandonado las fuerzas. Si yo me ciñera mañana el gorro encarnado de 1793, serian anonadados todos.»

Esta idea de trocar su papel de soberano despótico por el de tribuno de la revolucion y de reanimar á la demagogia á la que habia encadenado, se manifestaba á cada instante en sus conversaciones. Conocíase que batallaba entre dos pensamientos, tan imposible el uno como el otro: volver á apoderarse por medio de la victoria de la tiranía que se habia gastado entre sus manos, ó hacerse aceptar como jefe de una revolucion estinguida y que no le devolveria jamás su confianza hasta tanto que tuviera necesidad de una tribuna y de soldados para proteger á sus tribunos.

Fouché, al saber por boca del confidente de Napoleon el envio de un agente á Bâle para espiar ó hacer imposible su propia negociacion, no pudo ocultar su resentimiento contra el emperador cuyas sospechas le ofendian. Aparentó, sin embargo, que si habia obrado con tanto misterio solo habia sido por asegurar un secreto incompatible con la habitual locuacidad del emperador, y volvió á enviar al mismo agente á Bâle haciendole portador de una carta suya para el príncipe de Metternich; carta destinada de antemano por Fouché á una publicidad evidente, y en la que aparentaba demostrar al príncipe de Metternich la necesidad indispensable de Napoleon para la conservacion del órden en Francia y del equilibrio europeo. De este modo se sostenia Fouché en espectativa con todos los partidos, sin dar la preferencia á ninguno, pero resuelto á hacer triunfar á aquel por quien se declarasen los acontecimientos.

El agente pasó nuevamente á Bâle y entregó la carta de Fouché á Mr. Werner que le esperaba, y que se limitó como la primera vez á escuchar en silencio las palabras del gobierno de Napoleon; admirándose, no obstante, de la persistencia de Fouché en encarecer la necesidad del sostenimiento de Napoleon despues de las comunicaciones recibidas, decia, por aquel ministro, de Mr. de Montrond á su vuelta de Viena. Napoleon al saber, cuando regresó su emisario, que Mr. de Montrond habia hecho manifestaciones á Fouché y que éste nada le habia dicho de ello, no dudó ya de que su ministro tramaba alguna tenebrosa intriga. «Estoy convencido de que me vende, esclamó con aquella incontinencia de lenguaje que hacia algunos años le dominaba y dejaba entrever sus pensamientos. Se que tienen intrigas en Londres y en Gante, y estoy pesaroso de no haberle espulsado antes que viniera á participarme sus relaciones entabladas con Mr. de Metternich. Ahora falta la ocasion y el pretesto, y propalaria por todas partes que yo soy un tirano que lo sacrifica todo á sus sospechas.»

De esta manera Napoleon, asediado de dudas y cercado de lazos, se veia obligado para recuperar el imperio á fingir, sostener á los enemigos en sus consejos y contemporizar con la traicion.

XII. Tambien concibió sospechas de su ministro de la guerra el mariscal Davout, que habia enviado á Londres un agente secreto para comprar fusiles á causa de la dificultad de proveerse prontamente de ellos para los armamentos en los arsenales franceses. El emperador vió en aquella negociacion para la adquisicion de armas un pretesto de Davout para encubrir una negociacion con los Borbones, y le supuso cómplice de Fouché, aunque sin atreverse á manifestar claramente sus sospechas. Davout jamás habia adulado á Napoleon durante su prosperidad, y como Macdonald, le habia permanecido fiel en sus reveses. Oficial antes de la revolucion, soldado de la república, general del imperio, guerrero y patriota bajo todos los gobiernos, su ruda franqueza respondia de la lealtad de sus servicios. Defendia en Napoleon, amenazado por la Europa, el suelo y la independencia de su pais sin tener en cuenta para nada sus antipatías ó preferencias políticas. Nadie mas á propósito que Davout por su misma independencia de los favores de Napoleon para organizar y movilizar sus ejércitos. Las sospechas de Napoleon le ofendieron, sin hacerle apartar de su deber; pero estas sospechas indujeron poco despues al emperador á retirar á Davout su confianza y á renunciar á todas las ventajas que podia esperar de los servicios y del crédito de su ministro en el ejército. Negóse obstinadamente á dar á aquel mariscal el empleo de su mayor general en la campaña que iba á inaugurarse. En vano le instaba Davout para que diera á Massena, anciano pero animoso todavía, el ministerio de la guerra y la comandancia de la guardia nacional de Paris. «Massena, decia Davout, será muy á propósito por su nombre y por su ascendiente en la capital y en el ministerio, donde no se necesita tanta actividad y energía como en los ejércitos; dadme el segundo puesto, pero el mas útil, porque será donde necesitareis mayor celo y fidelidad.» Pero el emperador, rodeado de sospechas y creyendo ver perfidias hasta en la abnegacion, se manifestó inflexible y dejó tras sí á Davout no atreviéndose á tenerle al lado en su tienda. Davout se quejó de su alejamiento del campo de batalla; y el ejército que confiaba en él porque no habia servido á los Borbones durante el interregno de su emperador, desconfió de los demás mariscales de que se rodeó Napoleon. Las sospechas que éste concebia en su corte y que le harian vacilar en la eleccion de los funcionarios, introdujeron tambien la duda y la indecision en sus mismos ejércitos.

XIII. Mientras que de esta manera divagaban las esperanzas de Napoleon entre las negociaciones imposibles y una guera inevitable, ocurrió en el Mediodía de Italia un suceso independiente de su voluntad y contrario á su política de espectacion. Aquel acontecimiento precipitaba el desenlace de los proyectos y daba al Austria y potencias coaligadas el pretesto que necesitaban para colorar á los ojos de sus pueblos y ejércitos la agresion resuelta contra la Francia y especialmente contra el emperador. Murat llamaba á la Italia á las armas y se lanzaba de la capital al frente de su ejército.

Para comprender semejante tenacidad del rey de Nápoles, cuñado y ayudante de Napoleon, aliado despues de sus enemigos para conservar la corona; arrepentido luego de su defeccion y conociendo su aislamiento en el trono, despues de la caida de su bienhechor y amigo; mas adelante cómplice y agente secreto de la restauracion del imperio en la isla de Elba, y por último, contraventor de las insinuaciones de Bonaparte dando antes de tiempo la señal y el motivo de la guerra general para volar en su ausilio antes de ser llamado; es necesario conocer á fondo la naturaleza, carácter, situacion y política de Murat: uno de esos reyes afortunados cuya alma abrigó las mas altas aspiraciones de gloria, cuyo brazo llevó á cabo las mayores hazañas y en cuya vida se encuentre las mayores aventuras; héroe casi fabuloso de aquella época en que Napoleon fué el Carlo-Magno y Murat el Rolando.

XIV. Murat era hijo de un simple labrador que tenia una posada de campo en la Bastida, pueblecillo del Mediodía de Francia, á la falda de aquellos Pirineos cuyos naturales fuertes, inteligentes y aventureros respiran de cerca el genio caballeresco de la España y recuerdan hasta en el alma de los campesinos la nobleza plebeya y la altivez de la sangre de Enrique IV. Existen en el Mediodía de la Europa, lo mismo que en España, en Escocia y en Oriente, ciertas tribus donde la nobleza pertenece á todas las clases, donde el mendigo conoce la dignidad de su origen á causa de la elevacion de su alma. A estas tribus pertenecia el jóven Joaquin Murat. Su tierna edad, su oficio de pastor, su costumbre á las prácticas campestres y en las rudas faenas agrícolas de su familia; ocupado sucesivamente, como sus hermanos, ya en el campo, ya en la posada de su padre; su pasion por los caballos que adiestran como los andaluces y los árabes, los naturales de aquellas comarcas; su destreza en dirigirlos, su solicitud en cuidar del alimento de los viajeros que ingresaban accidentalmente en las caballerizas de su padre, todas estas cualidades le disponian desde muy temprano á las inclinaciones y á las prácticas del ginete. Su familia bien acomodada aunque campesina, le hacia recibir en la aldea y en la pequeña ciudad vecina de Cahors la instruccion propia de un niño á quien se destinaba bien al sacerdocio, bien á las profesiones compatibles entonces con los jóvenes de su clase. Su inteligencia viva y despejada se prestaba del mismo modo á los ejercicios de la imaginacion que su cuerpo á los de la vida campestre ó militar. Su estatura era elevada, pronunciadas sus facciones, su cuello elevado, sus brazos ágiles aunque fuertemente unidos á su espalda, sus piernas bien dispuestas para montar á caballo y bien arqueados sus piés para trepar por la pendiente de las montañas. Su franca y risueña fisonomía, sus ojos azules, su nariz aguileña, sus labios graciosos, su tez sonrosada y sus cabellos castaños, largos y sedosos naturalmente rizados y flotantes sobre sus mejillas ó echados sobre el cuello á manera de los vascos, le atraian la atencion y captaban las simpatías de todos. La naturaleza habia escrito en el esterior de aquel jóven alguna cosa de heroico, y le reservaba para estraños sucesos, opinion de que participaban su madre y hermanos. Hacíase querer de sus camaradas por su corazon sensible, servicial y tierno para todos, que alejaba de él todo sentimiento de envidia.

XV. La aficion al caballo y á las armas no tardó en prevalecer en el alma de Murat sobre la vocacion sacerdotal á que le destinaba su familia, violentando á la naturaleza. Aquel ardor y energía no podian detenerse en el santuario ni en la vida tranquila y ociosa del levita; así fué que á la edad de quince años y á pesar de sus parientes sentó plaza en el de 1787 en el 12.º regimiento de cazadores. La Europa se hallaba en paz y sufrió durante cinco años sin impaciencia ni disgusto la suerte de simple soldado de que le consolaban sus armas y su caballo. La guerra de 1792 llamó á su regimiento á las fronteras y dió ocasion al jóven soldado para distinguirse por su valor y aptitud, y ascendió en un solo año á los grados de cabo y aposentador, y á la terminacion de aquel fué

nombrado oficial. La emigracion dejaba desiertas las filas y vacantes las plazas de oficial. Vióse capitan en 1793 y ascendió en muy pocos años de hazaña en hazaña al grado de jefe de brigada. Napoleon, que le habia distinguido constantemente en la primera campaña de Italia, le nombró en Milan su ayudante de campo, le devolvió en amistad y en cariño todo lo que el jóven Murat le daba en admiracion y en lealtad, le agregó á su fortuna, llevóle consigo á Egipto, fué testigo de sus cargas de caballería contra los mamelucos, comprendió la electricidad comunicativa que su valor inspiraba á las tropas, vió personificado en él el arrojo y el entusiasmo del ejército, le condujo á Francia cuándo volvió á este pais á fascinar y avasallar al directorio, y le confió la osada mision y el hecho de armas de Saint-Cloud el 18 de brumario. Sabido es que Murat, á quien habia dejado Bonaparte con sus granaderos á la puerta del palacio, mientras que él entraba en el consejo de los Quinientos para apostrofarle y disolverle, recibió en sus brazos á Bonaparte rechazado, desconcertado y casi desmayado; le puso á caballo, devolvió la audacia á sus resoluciones, inspiró á sus soldados el arrojo, encubrió su turbacion, enmendó su retirada y completó su fortuna y su crimen dispersando á bayonetazos á la representacion desarmada. Desde aquel dia Bonaparte agradecido vió en Murat un sustituto suyo, y resolvió tanto por simpatía, como política, agregar á sí aquel compañero de armas que secundaba do quiera felizmente sus proyectos; y aquellos dos guerreros amalgamaron su vida para doblar por este medio su fuerza. Murat fué nombrado comandante de la guardia de los cónsules. Pero no era la ambicion un lazo bastante fuerte para encadenar á Murat á la fortuna de su amigo convertido en jefe de la república; y el amor acabó de acercar sus corazones y sangre. El jóven oficial amaba á una de las hermanas de su general, Carolina Bonaparte. Frisaba apenas en la edad de la adolescencia; era de una belleza menos griega y clásica á los ojos de los estatuarios que la que tuvo despues la princesa Paulina Borghese, pero de mas graciosos atractivos, de una alma mas elevada, de una mas cultivada inteligencia y de mas alta ambicion. Murat temblaba á la idea de pedirla por esposa, temiendo una negativa fundada en su humilde nacimiento y en su carencia de fortuna; pero Bonaparte se la ofreció admitiendo su valor en cambio de las riquezas de que carecia y su favor en reemplazo de la sangre. Murat, el mas enamorado y feliz de los hombres, dió su corazon á la hermana y al hermano su reconocimiento y abnegacion, confundiéndose de este modo las dos familias y las dos fortunas.

XVI. Poco despues mandaba la caballería en Marengo, recibia un sable de honor por sus hazañas, estaba encargado del mando en jefe del cuerpo de tropas francesas que marchaba á los Estados Romanos, restablecia al papa en Roma, espulsaba á los napolitanos, entraba como pacificador en Nápoles y concluia la paz con el rey de las Dos Sicilias. A su regreso pasó á visitar á su humilde familia y á presentarse con el esplendor de la gloria en la aldea de su padre, pero con una modestia y afectuosidad que se atraia las simpatías de todas las personas que habian sido testigos de su primitiva oscuridad. Nombrado por Bonaparte gobernador de Paris, supo llenar sus funciones con un lujo y esplendidez que hacian presagiar el imperio. Facilitó el camino del trono á su cuñado y cooperó á todos sus designios, pero Bonaparte le conocia lo bastante para exigir de él cosa alguna que pudiese amenguar la nobleza de su corazon ó empañar su nombre: encomendaba á Murat la concesion de sus gracias, y encargaba á los demás de sus medidas de rigor.

Era la época en que Bonaparte, dejándose llevar de un maquiavelismo que le hacia creer en la necesidad de los crímenes útiles, arrebataba de un pais neutral y hacia juzgar y sacrificar en una noche al jóven é inocente hijo de los Condé. Murat no tomó parte alguna directa ó indirecta en aquel trágico suceso; y si bien es cierto que su puesto de gobernador de Paris y los vínculos de familia que le unian á Napoleon dieron lugar á que se creyera que se habia manchado en la sangre de aquel príncipe, semejante suposicion no tuvo otro fundamento que la calumnia de la ignorancia.

Informado por los rumores del palacio y por madama Bonaparte, de que se fraguaba alguna trama siniestra contra un príncipe de la familia de los Borbones, hizo intervenir á su jóven esposa para disuadir á Bonaparte de cualquier medida que traspasara los límites de la prudencia y pusiera en peligro la seguridad de su gobierno; pero no estuvo iniciado en ninguna de las circunstancias que precedieron al atentado. Sus funciones de gobernador de Paris le daban atribucion para designar los miembros del consejo de guerra, como lo hizo por órden del ministro de aquel ramo, nó arbitrariamente, sino por su graduacion y entre los jefes de cuerpo de la guarnicion de Paris. Era natural que creyera en la absolucion, é indudable que esperaba una conmutacion de pena en el caso de condenacion. Enfermo en realidad, ó aparentando estarlo durante aquellos dias funestos, para retirar toda su cooperacion de aquel suceso, se concretó á enviar á Vincennes el dia del fallo y á la hora de las diez de la noche al jefe de escuadron Brunnet, su ayudante de campo, y al coronel Ravier del 18.° regimiento, para que fuésen á darle cuenta de la sesion del consejo de guerra tan pronto como fuese terminada. El ayudante y el coronel ignoraban completamente, lo mismo que todo Paris, la llegada del duque de Enghien á aquella fortaleza y el objeto del consejo de guerra al que tenian la mision de asistir: y durante el tránsito se interrogaron recíprocamente aunque sin poder comunicarse uno á otro sus conjeturas. No llevaban ningun mensaje, carta ni encargo verbal del gobernador de Paris para los jueces ú oficiales superiores del castillo, reduciéndose únicamente su mision á enterarse de lo que pasaba y referirlo á su general. Los dos oficiales no supieron el nombre del prisionero hasta llegar á los patios de Vincennes; asistieron al fallo y á la ejecucion precipitada que le hizo mas bárbaro y odioso, y antes de rayar el dia emprendieron consternados su marcha hácia Paris. El jefe de escuadron Brunnet, general despues, jóven de veinte años, de corazon puro y alma sensible, entró en la alcoba de Murat, donde todavía se hallaba acostado este en compañía de su esposa, y refirió cuanto habia visto. Murat y Carolina prorumpieron en esclamaciones de sorpresa y de horror al escucharlo, porque aunque enterados del proceso, no creian seguramente en la ejecucion. Las lágrimas de ambos esposos corrieron confundidas con las del ayudante: no es así como recibe un cómplice la noticia de un crimen. Murat no solo se hallaba inocente de aquél, sino que su perpetracion le llenó de horror y de vergüenza por la gloria de su cuñado.

XVII. Despues de la proclamacion del imperio recibió la investidura de gran almirante, dignidad de corte que le colocaba entre los grandes señores feudales del imperio, que Napoleon pensaba crear á imitacion de Carlo-Magno. Pero su verdadera dignidad era la guerra, y en ella siguió constantemente al emperador y mandó la caballería en todas las grandes campañas de 1800 á 1808. Napoleon le dió la soberanía del gran ducado de Berg, principado de la orilla derecha del Rhin, arrebatado como despojo á la Prusia; pero soñaba con una soberanía mas grande, y el emperador alimentaba sus esperanzas para escitar mas y mas su energía. Murat recibió el encargo de conducir á Madrid un ejército francés so pretesto de pacificar la España, destrozada por las disensiones de la familia real, pero cuyo verdadero objeto era espulsar á los Borbones y dar un trono mas á su dinastía. Murat, á la vez negociador, general en jefe, protector aparente de la corte, ejecutor interesado de los pensamientos de Napoleon; conspirando y combatiendo por sí mismo, subyugó á Madrid insurreccionado, se interpuso entre el padre y el hijo en el palacio de Aranjuez, obligó á abdicar al anciano rey y comprometió á su jóven sucesor á trasladarse á Bayona, donde la perfidia de Napoleon, que le prometia un trono, le aguardaba para darle una prision. La España, viuda de su familia real y ocupada por las tropas francesas, podia ser un buen donativo. Murat le aguardaba para sí: bastante arrojo, bastantes servicios y bastantes ardides le habia costado. Pero Bonaparte, mal aconsejado por sus ambiciosos allegados, la dió á su hermano José, ya rey de Nápoles, prometiendo á Murat el trono de éste como compensacion. Murat, engañado, descontento y desesperado por haber conquistado y ensangrentado la España para otro, concibió un resentimiento profundo por una falta de favor que consideraba como un ultraje, y cayó enfermo con aquella especie de hipocondría que es la consecuencia de la defraudacion de las grandes ambiciones. Negóse á ver al emperador, se encerró en un amargo aislamiento y recibió, en fin, el trono de Nápoles, nó como un reino sino como una injuria de su bienhechor. Tomó posesion de él en 1808, espulsó á los ingleses de la isla de Caprea, desde donde su pabellon ofendia la vista del nuevo monarca. Desvaneció á su pueblo con su gloria, se le atrajo por su amabilidad, y le gobernó con tal bondad y acierto, que se hizo acreedor al cariño de la Italia. Su corte brillante con el lujo de las armas, de las fiestas y de los placeres, fué una continua embriaguez de guerra, de ambicion y de amor.

XVIII. Aunque rey, no era mas que un vasallo coronado de Napoleon, cuyo nombre habia añadido al suyo en señal de adopcion por una parte, y de clientela por la otra. Continuaba sirviendo en clase de mariscal del imperio y de comandante general de la caballería francesa en las campañas del emperador, sin que la corona hubiera quitado nada á su intrepidez. Siempre era el primer soldado á caballo del imperio: el fuego le exaltaba, pero la dulzura de su corazon le inspiraba no obstante repugnancia hácia la sangre. Cuando cargaba á la cabeza de sus escuadrones no queria la muerte de los enemigos, sino su fuga y la victoria. Su arrojo era un torbellino que todo lo dispersaba, pero que no destruia. Al atacar no usaba de sable ni siquiera de una espada de combate, y la única arma que ceñia cuando montaba á caballo, era una da-

ga romana ancha y corta, inútil para el ataque y para la defensa contra las largas espadas de los ginetes enemigos. Esta daga de puño de nácar, artísticamente incrustrado de piedras preciosas, estaba adornada con los retratos de la hermosa reina Carolina su esposa, y de sus cuatro hijos. Una sola vez, y en un peligro estremo, desenvainó aquella arma, nó para herir, sino para animar á su escolta á arrojarse con él sobre un peloton de ginetes de que se veia rodeado. Acostumbraba á decir al conde de Mosbourg, su amigo y ministro, que habia administrado su hacienda con un talento y fidelidad dignos de un imperio mas dilatado, y que conservaba su memoria con el desinterés de la amistad: «Cuando repaso mi vida de soldado, de general y de rey, mi mas dulce consuelo es no haber visto jamás caer á un hombre muerto por mi mano. Podrá ser que en tantas cargas impetuosas en que yo lanzaba mi caballo al frente de los escuadrones, algun pistoletazo disparado al acaso haya herido ó muerto á algun enemigo; pero yo no lo he sabido. Si un hombre hubiera muerto delante de mí y por mi mano, su imágen habria estado siempre presente ante mis ojos y me perseguiria hasta la tumba.»

Así el guerrero moderno sabe hermanar la sensibilidad del corazon con la impetuosidad del arrojo: desea la victoria en su conjunto, pero las circunstancias de la carnicería le inspiran lástima y horror.

XIX. La campaña de Napoleon en Rusia arrancó por última vez á Murat de las delicias de su corte de Nápoles. Causábale repugnancia aquella guerra orgullosa y sanguinaria, en que Napoleon iba á jugar la vida de dos millones de hombres y la dominacion del continente por una estéril conquista imposible de sostener; pero Murat no podia escuchar de lejos el estruendo del cañon y el eco de la gloria de sus antiguos rivales de fama sin precipitarse con ellos en los campos de batalla. Incorporóse al emperador en su marcha; le suministró algunos regimientos napolitanos que queria ocupar en la gran guerra, y tomó el mando en jefe de ciento cincuenta mil hombres de caballería, la mas inmensa reunion de caballos que hubiera cruzado jamás la Europa desde las invasiones de Asia. El emperador le abrazó y dividió con el como otras veces su tienda, tratándole como ayudante, amigo, cuñado y rey á la vez. Murat hizo casi solo toda la campaña al frente de las vanguardias contra un enemigo que se replegaba siempre despues de los primeros encuentros. El rey de Nápoles parecia ansioso de combates y de gozar de sus últimos resplandores de gloria: desde el Borístenes hasta Moscou solo hubo fuego para él, y se figuraba que aun no se arriesgaba bastante atendiendo á su insaciabilidad de gloria. Los cosacos, cuyo torbellino se organizaba y disipaba incesantemente á su alrededor y que le reconocian de lejos por los lujosos adornos de su traje, jugaban el sable con Murat como en un circo oriental. Aproximábanse á él y le llamaban su *hetman* francés, como los mamelucos, encantados de su valor, le llamaban su *bey* en Egipto y recibian presentes y regalos de Murat.

XX. Aquella pasion por el lujo militar que esponia la vida de Murat á los golpes del enemigo, era una parte de su prestigio sobre los soldados: su traje formaba parte de su carácter, y le daba popularidad en los campamentos. Para él el brillo era la imágen de la gloria. Hombre del Mediodía, amaba como el Cid la pompa española, caballos gallardos, las armas preciosas y los vestidos deslumbrantes y de variados colores de los árabes. Su uniforme era únicamente el capricho deslumbrador de su imaginacion. Usaba generalmente botas de tafilete encarnado, cayendo en anchos pliegues sobre el tobillo y adornadas de espuelas de oro; un pantalon blanco ajustado á la pierna, que dibujaba la hermosura varonil de sus formas; una veste de brocado, una túnica corta, ceñida á la cintura, guarnecida de pieles y festonada de alamares de oro, y un peinado sumamente alto, como el que usaban los caballeros de Francisco I; dos ó tres penachos y una garzota flotante y que centellaba sobre su sombrero. Este atavío hacia de él un héroe de teatro, si bien se le perdonaba aquella guerrera ostentacion, porque el arrojo aventajaba al fausto, y la escena tenia lugar en medio del fuego y de la sangre. Napoleon se sonreia algunas veces con sus generales de aquel aparato algun tanto pueril de su cuñado, pero agradábale su misma exageracion porque contrastaba con su propia sencillez, otra especie de prestigio con que él fascinaba tambien los ojos de los soldados.

XXI. Mientras que Napoleon, vencedor casi sin combatir y encerrado en el lazo de Moscou, perdia el tiempo vacilando entre una marcha hácia adelante, una paz insegura y una retirada imposible; Murat vivaqueando fuera de las murallas, á la cabeza de sus treinta mil ginetes, hacia sus batidas por los campos para descubrir ó rechazar de Moscou al enemigo. Bien conocidos son los desastres de aquella retirada, donde el ejército de Napoleon, detenido por la indecision de éste, tuvo que luchar diezmándose en aquellos desiertos de nieve, contra los hombres y los elementos. De quinientos mil hombres y ciento cincuenta mil caballos que habian pasado el Borístenes algunos meses antes, apenas volvieron á pasarle en el rigor del invierno sesenta mil hombres dispersos y algunos centenares de caballos. Nunca desde el ejército de Jerjes se vió una tan larga y completa derrota á impulso de los elementos, y sembrando de cadáveres de hombres y de animales una estension de quinientas leguas de desiertos. Semejante espectáculo no debilitó el alma de Murat, que habia presagiado aquel suceso, y le desafió como un hombre que queria abandonar su vida ó conservar al menos su nombre. Despues de haber echado mano hasta de su último caballo de batalla y cuando casi toda su caballería habia sucumbido en los combates y en la nieve, reunió los pocos hombres que le quedaban en derredor del emperador, y tomó el mando del batallon sagrado que reemplazaba su guardia; cuerpo poco numeroso, pero escogido, tristes reliquias de un formidable ejército donde los generales hacian las veces de oficiales, y los coroneles y jefes de escuadron completaban las filas de los soldados. Abandonado, en fin, por el emperador, que partió precipitadamente para anteponerse en Paris á la noticia de sus desastres y prevenir el efecto de aquella derrota, Murat recibió la mision imposible de detener aquella corriente de dispersion y de reorganizar en el centro de la Alemania enemiga un ejército que no era ya otra cosa que un peloton de hombres desmoralizados y diezmados por los elementos. Murat no pudo resistir tampoco, y despues de haber intentado vanamente hacerse obedecer por unos jefes, cuya desobediencia tomaba mayor incremento con la ausencia de Napoleon, y por soldados que ya no escuchaban mas que el grito de la salvacion individual, Murat, impelido tambien secretamente por su solicitud acerca de la suerte de su trono en Nápoles, abandonó aquella sombra de ejército confiado por el emperador á su mando, y partió sigilosamente para su reino encomendando el cuidado de organizar á las tropas al príncipe Eugenio Beauharnais.

XXII. Napoleon indignado, no pudo disimular á los ojos de la Francia su secreta cólera contra su cuñado y amigo, y le insultó por su propia mano en una nota publicada con este objeto en los periódicos. «La falta de salud del rey de Nápoles, decia Napoleon, ha debido obligarle á abandonar el ejército, cuyo mando ha tomado el príncipe Eugenio. El virey de Italia está mas familiarizado con la administracion civil y posee toda la confianza del emperador.» Lo cual equivalia á decir que Murat no era ya acreedor á ella; y en efecto mucho tiempo hacia que se habia debilitado aquella confianza. El emperador sabia que Murat y su corte estaban asediados, lo mismo que Bernadotte, por las insinuaciones del Austria y de la Inglaterra, á las que prestaba demasiada atencion por el interés de su propio trono; y que Fouche, delegado á Nápoles, daba á la reina Carolina, esposa de Murat, y aun á éste mismo, consejos maquiavélicos para entrar en negociaciones de paz separadamente con las potencias y retirar su causa de la causa desahuciada de Napoleon.

Bonaparte no pudo contenerse al notar por último, aquellas insidiosas maniobras de una corte vasalla de la suya y de una defeccion intentada en su propia familia. Mas obrando como tenia de costumbre cuando queria aparecer fuerte en medio de su debilidad, dió rienda antes de tiempo á su cólera e hizo sentir á Murat el peso de sus ultrajes, ya que no el del castigo por su falta. «No quiero hablaros, escribia imprudentemente á aquel mismo á quien habia hecho rey, y dádole la independencia con la corona: no quiero hablaros de mi desagrado al saber la conducta que habeis seguido despues de mi partida del ejército; porque es una consecuencia de la debilidad de vuestro carácter: sois un buen soldado en el campo de batalla, pero fuera de allí no teneis fuerza ni energía. ¿Sois tal vez de los que piensan que el leon está ya muerto y que se pueden impunemente repartir sus despojos...? ¡Si formais semejante juicio os equivocais completamente...! Me habeis causado todo el mal que habeis podido desde mi partida de Wilna. El título de rey os ha trastornado la cabeza... ¡Si quereis conservarle, conducíos bien...!»

XXIII. Semejantes espresiones dirigidas á un hombre altanero, pero sensible, eran muy á propósito para envenenar mas bien que seducir su corazon, Murat humillado volvió ofensa por ofensa. «Habeis causado, dijo, una herida profunda á mi honor, y no está en mano de V. M. el curarla: habeis ultrajado á un antiguo compañero de armas que os ha sido constantemente fiel en medio de los peligros, que ha contribuido en gran parte á vuestras victorias, que ha sido uno de los mas fuertes apoyos de vuestro poderío, y que supo reanimar vuestro desfallecido valor el 18 de brumario.

»Decís que teniendo la honra de pertenecer á vuestra ilustre familia, no he debido hacer nada que pudiera comprometer sus intereses ó empañar su brillo; por toda respuesta os diré, señor, que nuestra familia

ha recibido de mí tanto honor como el que me habeis dispensado con el matrimonio de vuestra hermana.

»Aunque ciñe mis sienes la corona, echo mil veces de menos aquellos tiempos en que, simple oficial, tenia superiores, pero no me hallaba bajo el poder de un amo. Ascendido al trono, pero tiranizado en esta elevada posicion por V. M. y dominado en mis pensamientos, he anhelado mas que nunca las dulzuras de la independencia y de la libertad. De este modo atormentais y sacrificais á vuestras menores sospechas á aquellos que siempre os han permanecido mas leales y que mas os han servido en la brillante carrera de vuestros triunfos: de este modo habeis sacrificado Fouché á Savary, Talleyrand á Champagny, Champagny á Bassano y Murat á Beauharnais, que tiene á vuestros ojos el gran mérito de la obediencia muda, y el mayor aun, porque es mas servil, de haber anunciado tranquilamente al senado el repudio de su madre.

»Por lo que á mí hace, no puedo menos de conceder á mi pueblo algun alivio por medio del comercio y necesito reparar los daños que le causa la guerra marítima.

»De cuanto dejo dicho relativamente á V. M. y á mí, resulta que se ha alterado recíprocamente la antigua confianza. Vos, señor, obrareis como os parezca mas oportuno; pero cualesquiera que sean vuestras faltas, contad siempre con la lealtad de vuestro cuñado

»JOAQUIN.»

XXIV. Esta correspondencia injuriosa, inspirada en parte y en parte dulcificada por los consejos de la reina Carolina, hermana del emperador, pero mujer ambiciosa y que dominaba á Murat, dejó el encono en los corazones bajo las apariencias de una amistosa reconciliacion entre ambas cortes. Napoleon, al ponerse en marcha para inaugurar en Alemania la campaña de 1813, escribió á Murat para ofrecerle de nuevo el mando de su caballería. La situacion de Murat era muy crítica á vista del llamamiento de su antiguo jefe que iba á ofrecer sus últimas batallas en aquel suelo testigo de su lucha de diez años, á sucumbir tal vez tratando de volver á enseñorearse de la victoria, pero acaso tambien á reconquistar á Viena y Berlin, á conseguir la sumision de sus enemigos y una paz poderosa y formidable. Tan doloroso era para Murat abandonar á su antiguo bienhechor vencido, como arriesgado descontentar á su cuñado vencedor. En tal incertidumbre, sus ministros le aconsejaban que permaneciese neutral y en observacion en Nápoles. «¿No habeis hecho bastante, le decian, por el reconocimiento y por la gloria? ¿No es ya tiempo de que penseis en vos, en vuestra familia y en vuestros estados, cuya ruina es inevitable si tomais parte en la guerra?»

Murat, comprometido ya secretamente con el Austria y la Inglaterra por medio de un tratado que le aseguraba la posesion de la Italia, sufrió por largo tiempo los tormentos de la incertidumbre entre su trono, sus deberes secretos, sus deberes públicos para con la Francia, y su honor de guerrero, de cuñado y de amigo. La imprudencia que habia cometido, prestando oidos al Austria y aliándose con ella faltando á sus deberes, pesaba sobre él; é intimidábanle igualmente las miradas de Napoleon y del mundo, las sospechas de los generales franceses, de su corte y de su ejército. Creyó que podria conciliar en sí mismo el carácter de general y de soberano: como guerrero y general del emperador se decidió á partir para el ejército y á combatir todavía con él; y como rey creyó poder reanudar despues de la guerra sus convenios particulares con el Austria; haciendo de este modo traicion á las dos causas por no haberse decidido por una y combatiendo con su brazo en favor de Napoleon mientras que con el pensamiento combatia en contra. ¡Triste y vergonzosa situacion en que la seguridad personal no sale mejor librada que el honor!

XXV. El mariscal Ney, su fiel competidor de gloria, y sus amigos de Paris, le escribieron manifestándole que su tardanza escandalizaba al ejército. El conde de Mosbourg y la reina le estrecharon para que se pusiese en marcha, viéndose por lo tanto precisado á confesar el tratado secreto firmado entre él y lord Bentinck, verdadero virey de la Inglaterra en Sicilia. Aquel acto tenebroso habia sido llevado á cabo como si se hubiera tratado de forjar un crimen, en la isla solitaria de Ponza sobre la costa desierta del estado romano. La reina ambiciosa y acostumbrada al disimulo, aparentó aprobar en público una falta que condenaba en secreto, y ayudó á su marido á conciliarlo todo aconsejándole que partiese, pero encomendándole á ella la regencia y prometiéndole hacer marchar á Italia el ejército en su calidad de regente y como á su pesar, á una señal convenida. El rey embarazado con sus mismas astucias, partió al siguiente dia para la campaña de Dresde, dejando tras sí aquel cúmulo de intrigas sin resolver; situacion complicada mas y mas por la ambicion de su mujer y las rivalidades de poder que sostenia con los consejeros de la reina.

No bien hubo partido el rey, cuando lord Bentinck, considerando su marcha como una ruptura de los convenios secretos y una hostilidad al propio tiempo, abandonó la isla de Ponza y consideró como no ratificado el tratado.

XXVI. Entretanto Murat, arrastrado por su antiguo entusiasmo, volaba a Alemania á reunirse con el emperador que le recibió en sus brazos como un amigo reconciliado, y le vió combatir á su lado en Dresde y en todos los campos de batalla de aquella última campaña, como lo habia hecho en las mas memorables jornadas de su vida militar. A la cabeza de treinta mil ginetes cayó sobre el ejército coaligado bajo las murallas de Dresde, rechazando á los prusianos, austriacos y rusos. Treinta mil prisioneros fueron el fruto de las hazañas de Murat que volvia á presentarse á los ojos del emperador y del ejército con toda la energía de su antiguo heroismo. Pero aquellas victorias produjeron bien pronto á Napoleon el levantamiento general de la Alemania y la derrota de Leipsick. Murat volvió á retirarse mas indeciso que nunca á sus estados: veia hundirse el apoyo de su vida y queria buscar uno nuevo en sí mismo.

Apenas llegó á Nápoles reunió en consejo secreto á sus mas íntimos confidentes y deliberó con ellos acerca de la fidelidad ó infidelidad que debia guardar á su bienhechor, cosas que no admiten otras deliberaciones que las del honor y la opinion. Se decidió que era preciso conformarse con las circunstancias y sacrificar la amistad á la política y al trono. Fouché, que habia conservado siempre la preponderancia que da una inteligencia elevada sobre los ánimos fáciles de subyugar, llegó apresuradamente de Roma para conferenciar en secreto con Murat, bajo pretesto de retenerle para la causa de Napoleon. Creese que los consejos privados estaban en contradiccion con las resoluciones públicas y que Fouche presentó á Murat como inminente la caida de Napoleon y le hizo considerar que en ella iria envuelta la ruina del rey de Nápoles si no procuraba buscar otro apoyo. No bien volvió Fouché á emprender su viaje para Roma, cuando llegó á Nápoles hácia mitad de diciembre el conde de Niepperg, jóven militar diplomático tan esperimentado en las intrigas de las cortes como en la táctica de los campamentos; conferenció con el duque de Gallo, antiguo agente de Fernando y adicto entonces á Murat; siendo el resultado de aquellas conferencias un tratado entre el Austria y el rey de Nápoles que se firmó el 11 de enero de 1814. Por él se colocaba Murat en el número de los enemigos de la Francia para que la coalicion le conservara la corona: prometia suministrar treinta mil hombres que operarian en Italia, y el Austria se comprometia á dar sesenta mil. Ambos ejércitos deberian ser mandados por el mismo Murat y obrar de concierto en sus movimientos contra el virey Eugenio Beauharnais, que tenia el mando del ejército frances en Milan. El premio de esta defeccion era para Murat el trono de Nápoles, abandonado por el rey Fernando, y cuya posesion le garantizaban las potencias coligadas para sí y para su dinastía; herencia que el tiempo no podia sancionar porque era el resultado de la ingratitud y de la ceguedad. La Inglaterra intervino tambien en el tratado y prometió una actitud inofensiva en Italia contra Murat.

XXVII. Apenas se firmó el tratado, cuando se esparció la noticia por toda la Italia y estalló en la península el grito de independencia, sofocado hasta allí en todos los corazones italianos. Murat alentaba aquel movimiento de la opinion que debia segun sus planes convertirle nó ya en un ausiliar del Austria, sino en libertador de la Italia y soberano de aquella dilatada nacion á la que iba á devolver la libertad y la unidad, realizando los dorados sueños de la Italia. Pero su situacion le impedia dar ensanche á su mismo pensamiento. Las guarniciones de Napoleon en Florencia, Roma y Ancona desconfiaban de él; el Austria le observaba con inquietud, y la Inglaterra se reservaba contenerle dentro de los límites del tratado que le aseguraba el reino de Nápoles. Intentó burlar la vigilancia de aquellas potencias con la rapidez y el carácter equívoco de sus movimientos. Tranquilizó al general Miollis, gobernador de Roma, y al de Ancona, Barbou; y penetró con sus columnas por los Estados Romanos bajo pretesto de pedir únicamente que se le permitiera el paso. Los generales franceses se encerraron en las ciudadelas; y Murat, estrechado por los austriacos al cumplimiento de su promesa, ordenó á sus tropas que forzasen las posiciones de aquellas ó hiciesen evacuar las plazas fortificadas. Poco despues salió él mismo de Nápoles á la cabeza de una segunda columna de veinte mil hombres, pero sin dinero ni víveres y esperando en el acaso, las simpatías y la insurreccion para procurárselos. Mientras que de este modo se adelantaba hácia Bolonia, capitulaban las ciudades de Roma, Ancona y Civita-Vecchia, retirándose sus guarniciones en libertad á Francia. Al propio tiempo verificaba lord Bentinck un desembarco de tropas inglesas con destino a

Genova y en cuyas banderas se leia: «Libertad ó independencia de la Italia.»

Todo anunciaba un choque próximo entre los napolitanos, austríacos é ingleses coligados y el príncipe Eugenio, que ocupaba todavía la Italia Baja en nombre de Napoleon con cincuenta mil hombres de tropas francesas é italianas aguerridas bajo el mando de aquel leal virey.

XXVIII. Pero bien fuese por repugnancia á hacer la guerra á sus antiguos compañeros de armas, bien por desconfianza del Austria, bien, en fin, porque esperase alguna gran insurreccion nacional de la Italia que le hiciera dueño del campo y mejorase las condiciones de su tratado; lo cierto es que Murat, estacionado en Bolonia con la mitad de su ejército, consumia los dias, impacientaba al Austria, inspiraba recelos á los ingleses en Genova y parecia detenerse á mitad del camino de su defeccion para ver de qué lado se declaraba la fortuna mas allá de los Alpes, lisonjeando á todos y hasta al mismo Napoleon de haber enarbolado por su interes la bandera de la independencia. Pero los pueblos de Italia no le ofrecieron su apoyo, viendo en aquellos estranjeros unos instrumentos de la dominacion francesa que ya les era insoportable, porque para gran parte de los desdichados pueblos la libertad no es otra cosa que una alternativa de esclavitud, y la tiranía presente es siempre la mas aborrecida. Murat, osado y temido á la vez, organizaba la administracion de las provincias ocupadas por sus dos ejércitos, como si estuvieran destinadas á formar en breve una vasta unidad italiana bajo su cetro. Por el contrario, los ingleses y austríacos difundian por do quiera las promesas de la restauracion de los antiguos estados distintos é independientes bajo los príncipes de la casa de Saboya, de la casa de Este, del gran duque de Toscana y del papa, prisionero entonces en Fontainebleau. En la incertidumbre de su suerte próxima, las poblaciones permanecian espectadoras al parecer desinteresadas de la escena: únicamente la ciudad de Nápoles, abierta de nuevo al comercio inglés y entusiasmada con la esperanza de llegar á dominar los estados rivales, se exaltaba con los triunfos prometidos á su rey.

XXIX. Pero la prolongada inmovilidad del rey de Nápoles en Bolonia dejaba resfriar el arrojo, y sofocaba las belicosas disposiciones del ejército. Los generales franceses le abandonaban para no declararse cómplices de una guerra parricida contra su patria, y los generales napolitanos, aunque fieles, aguerridos y formados en la escuela de las grandes campañas, se subordinaban con bastante repugnancia á un soberano, que si bien es cierto poseia los dotes del guerrero, le habian visto siempre sometido á las inspiraciones y caprichos de un grande hombre; y lo asediaban de continuo con sus disensiones y consejos. Murat cedia y resistia alternativamente, y la fuerza de sus resoluciones se debilitaba al pasar por tantas manos. Nadie acertaba á comprender con claridad las causas, el objeto y los resultados de aquella espedicion, y la ambigüedad de la política daba un carácter de incoherencia á las determinaciones. Los generales intimaban al rey para que se esplicase; lord Bentinck exigia de él que le entregase Liorna como prenda de la independencia de la Toscana, y por otro lado el papa, libertado por Napoleon de su cautiverio á fin de restablecer en Roma la silla del catolicismo europeo, se encaminaba hácia su capital, atravesando las poblaciones de Italia, embriagadas de júbilo y prosternadas ante él. Acercábase el pontífice á Bolonia y aun dudaba Murat si le recibiria como á sacerdote que va á reclamar su iglesia ó como á soberano que va á reclamar sus estados. Sorprendido en esta indecision por la llegada del papa, Murat se vió obligado á aparentar que participaba del entusiasmo general escitado por el cautivo de Napoleon y demostrarle bien un respeto esterior que se avenia mal con su secreta ambicion de dominará Roma. Murat escoltó al papa hasta Cesena.

XXX. Al propio tiempo que los carbonarios de Nápoles, sociedad misteriosa que mas tarde se hizo célebre por la esplosion de 1820 y el alzamiento revolucionario de Nápoles y el Piamonte, pero á la sazon agitada por las inspiraciones de la reina Carolina, esposa del rey de Sicilia, Fernando, ponian en conmocion las Calabrias, proclamaban la caida de Murat, el restablecimiento de la casa de Borbon y se apoderaban de aquellas dos provincias, las mas belicosas del reino de Nápoles. Estas noticias y los últimos triunfos de Bonaparte en Champagne, exagerados por la distancia, decidieron por de pronto á Murat á reconciliarse y unirse con el príncipe Eugenio Beauharnais, para cuyo efecto envió desde Bolonia á Milan emisarios de confianza que entraran en negociaciones con aquel príncipe; pero fueron rechazados como agentes de un traidor. Esta repulsa, unida á las vivas instancias de los comisionados inglés y rusos, que le asediaban sin descanso, obligaron á Murat á atacar á los franceses, á los que acometió en efecto derrotándolos y haciéndoles replegar á Reggio, donde los tuvo bloqueados. Pero en lugar de completar su triunfo y recoger el fruto de la victoria, concedió una capitulacion á las tropas encerradas en la ciudad, prometiéndolas volver á emprender el camino de Milan, y dando cuerpo de este modo á los recelos que inspiraba á los austríacos.

Se adelantó, sin embargo, hácia Plasencia, en tanto que el conde Bellegarde, que mandaba las tropas austríacas, amenazaba á Milan.

XXXI. Tal era la situacion de Murat procurando devorar los dias y las semanas en una espectativa cuyas eventualidades todas le alarmaban igualmente; cuando recibió un correo de París cerca de Plasencia el 13 de abril de 1814 á medio dia. Hallábase en aquel instante paseando en compañía del general Coletta por el jardin de una quinta inmediata á la poblacion, donde habia sentado su cuartel general, y confiaba las ansiedades de su alma, sus designios contradictorios y sus remordimientos al general Coletta, hombre de buen criterio, elevado talento y resolucion, pero napolitano adicto antes que todo á su patria. Murat abrió la carta de que era portador el correo, la leyó en silencio, palideció, se alejó súbitamente de Coletta, dió algunos pasos en diversas direcciones á manera de un hombre herido de un golpe mortal, alzó sus manos al cielo, fijó despues tristemente sus ojos en la tierra, y aproximándose luego á Coletta y algunos otros generales de su comitiva, desconcertados á vista de tales estremos, les notificó la toma de París, la derrota y cautiverio de Napoleon en Fontainebleau y la caida irremisible del imperio. El llanto que corria de sus ojos demostraba que para él habia desaparecido el enemigo, el déspota y el tirano, y que solo veia en Bonaparte un amigo que acababa de sucumbir á los golpes de la fortuna y que en su caida llevaba consigo la idea de la deslealtad de Murat, á quien contaba en el número de sus enemigos. Los generales no pudieron contemplar su emocion sin esperimentar un sentimiento de lástima y de doloroso enternecimiento.

XXXII. Una hora despues, bien fuese por carecer de valor para proseguir en union con los aliados la derrota de los franceses en Italia, bien porque pensase en su propio trono y familia, á quien podian alcanzar súbitamente en Nápoles los efectos de semejante catástrofe, ordenó á sus tropas la suspension de todas las hostilidades y se retiró á Bolonia desconcertado y en el mayor desaliento. Desde allí, despues de dar órden para que regresase el ejército á sus estados, y dejado al general Carrascosa, uno de sus mejores ayudantes, en las Marcas con seis mil hombres, se puso en marcha para la capital á la que encontró tranquila y leal; siendo recibido como vencedor por la reina, la corte y el pueblo, que trataban de sofocar con multiplicados festejos las sordas tristezas y secretos temores que se abrigaban en todas las almas previendo la próxima caida de aquella monarquía vasalla de Napoleon. Los miembros de las antiguas monarquías no tolerarian por largo tiempo, ni mucho menos protegerian aquella usurpacion sin apoyo de Napoles, al propio tiempo que Fernando reclamaba un trono, y el principio de legitimidad de las coronas venia á ser el derecho público de Europa. Por otra parte, los servicios prestados por Murat en la última campaña á la coalicion eran tan interesados, tan dudosos y de tan escasa importancia, que podian autorizar para tratarle bien como amigo, bien como enemigo de los aliados. Su trono vacilaba como su conciencia, y ni siquiera le quedaba el consuelo de los reveses, el de haber permanecido fiel á una causa vencida. Los remordimientos le atormentaban en su adversidad.

XXXIII. Aparentó no dar cabida en su alma á semejantes temores para quitar á los pueblos todo pretesto de abandono. Inquieto por las resoluciones del congreso de Viena, y por las contemplaciones de Mr. de Talleyrand para con los Borbones de Sicilia, cuya restauracion debian querer á todo trance los Borbones de Francia, á fin de robustecer el principio de su legitimidad; Murat envió á Viena dos embajadores: el duque de Campo-Chiaso y el príncipe Cariati, que fueron recibidos con desconfianza, escluidos de las conferencias, y reducidos á desempeñar el papel de observadores de quienes se recela, y de importunos reclamantes de un trono dado ya secretamente á otro competidor. Sospechosos para las cortes legítimas, y odiosos para los franceses bonapartistas, aquellos súbditos no podian ocultar á su soberano los peligros que lo amenazaban. Bien pronto supieron ó sospecharon la existencia del tratado secreto concluido entre la Inglaterra, la Francia y el Austria para la espulsion de Murat del trono de Nápoles. Murat se negó obstinadamente á ceder su corona, creyendo que con el amor de su pueblo, el número y el ardimiento de su ejército, la fuerza natural de sus fronteras y el patriotismo italiano reanimado á su voz, podria desafiar á la Inglaterra, al Austria y á la Francia y conquistar su trono en el pais mismo donde la habia fundado.

Conociendo que solo la libertad podria conciliarle las simpatías del pueblo napolitano, mas ilustrado entonces, y amante de las instituciones representativas que ningun otro de la Italia, prometió á sus súbdi-

de una constitucion, organizó entretanto consejos deliberantes que daban á su gobierno todavía absoluto, una apariencia de intervencion nacional; redujo los impuestos; declaró los puertos francos y el comercio libre; separó con sentimiento y por complacer el espíritu del pueblo, á todos los franceses que ocupaban algun puesto en sus ejércitos, y los colocó en la administracion. Trató de captarse la popularidad hasta por medio de la ingratitud, organizó fuertes milicias cívicas, aumentó el ejército, prodigó el lujo y los espectáculos, procuró ocultar bajo la apariencia de la seguridad y del esplendor los peligros é inquietudes de que se hallaba devorado. Los teatros, las cacerías, las revistas y el brillo de su corte llamaban la atencion de la Europa. Parecia que aquel monarca se apresuraba á gozar de las delicias de un trono que se desplomaba bajo sus plantas.

XXXIV. Sordas intrigas se cruzaban tambien en el palacio de Nápoles bajo aquellas esterioridades de confianza y de paz. La princesa Paulina Borghese, hermana de la reina de Nápoles y de Napoleon, acababa de llegar de la isla de Elba y concertaba una reconciliacion entre Murat, todavía rey, y el emperador desterrado. Las simpatías y el interés personal del rey de Nápoles le presentaban como ventajosa, y le hacian desear la vuelta de Napoleon á Francia. Queria rehabilitar su pasado y asegurar su porvenir, y no tardó mucho en comprender que le valia mas arrostrar con Bonaparte los azarosos riesgos de la guerra, que sufrir las tolerancias á tanto precio compradas y tan mal garantidas de la Europa. Infiel una vez por un arranque de cólera y un interes mal entendido á su deber y á sus sentimientos, reconocia entonces que su deber, sus sentimientos y sus intereses le ordenaban una fidelidad absoluta al autor de su fortuna y jefe de su dinastía. Desde lo alto del terrado de su palacio contemplaba incesantemente aquel mar que ceñia la isla de Elba y desde el cual unas cuantas velas podian de un momento á otro trasportar á sus costas ó á las costas de Francia al hombre á quien habia vendido y á quien entonces buscaban sus ávidas miradas. Pero el emperador, noticioso de su arrepentimiento por su hermana Paulina, si bien habia perdonado á Murat y enviádole á decir que estuviera dispuesto y en espectativa, no tenia sin embargo bastante confianza en la fortaleza de su carácter para lanzarse á Italia á merced de su cuñado. Cierto que allí hubiera encontrado un ejército, pero aquel ejército tenia que atravesar la Italia y vencer al Austria antes de atravesar los Alpes para llevarle á Francia, lo cual no podia avenirse con los planes de Napoleon, que hacia consistir principalmente el éxito de sus proyectos en la celeridad y en la sorpresa. Murat aparentaba hallarse absorvido por los festejos de aquella estacion del año. Hallábase rodeado de sus amigos y generales en los salones de la reina el dia 4 de marzo, cuando un mensajero del emperador le llevó la noticia de su desembarco en Cannas y de su marcha á París. Murat, sin participar á su corte la noticia que acababa de recibir, condujo á la reina á una habitacion retirada del palacio para ponerse de acuerdo con ella acerca del lenguaje y actitud que convendria usar antes de hacer público aquel suceso. Despues de haber pasado largo tiempo encerrado con ella, volvió á presentarse en el salon con la fisonomía radiante de júbilo, anunció á sus cortesanos el desembarco de Napoleon, y se retiró inmediatamente para reflexionar y reunir consejo.

XXXV. Pero aun cuando ya hubiese tomado de antemano su partido, y solo tratara de consultar á sus consejeros para hacerlos partícipes de su opinion, fingió recibir la nueva de aquel rompimiento de la evasion de Bonaparte con la misma indignacion que sus enemigos, y espidió durante la noche cartas á todos los gabinetes en las que juraba observar neutralidad y permanecer fiel al tratado con el Austria.

La reina, los amigos de aquella princesa en la corte, los ministros y los consejeros de Murat, no vacilaron en disuadirle de cualquier movimiento contra las potencias y de toda mancomunidad con la empresa de Napoleon, pero se mostró sordo é impetuoso como en el campo de batalla; enumeró sus fuerzas y se dejó fascinar por sus ilusiones de popularidad en Italia.

«La Italia espera una señal y un hombre, dijo; tengo ochenta mil soldados aguerridos, batallones de milicia provincial, una guardia nacional, guarda-costas y dos mil estranjeros; todos los paises bañados por el Pó me llaman y me ofrecen armas y batallones de voluntarios. Los generales del antiguo ejército de Eugenio en Milan, y los del Piamonte, me escriben que están prontos á rebelarse á mi llegada, y á formar bajo mis órdenes la liga de la independencia italiana. El congreso ha descontentado con sus actos á todas las poblaciones de uno y otro lado de los Apeninos; Génova está indignada; humillada Venecia; el Piamonte colocado de nuevo bajo el yugo de los sacerdotes y de los nobles por la envejecida casa de Saboya, gime bajo su doble opresion; el Milanesado sufre la antigua esclavitud bajo los procónsules del Austria; Roma y sus provincias vuelven á caer bajo la tiranía sacerdotal, que embrutece y encadena á su pueblo, emancipado poco antes.»

XXXVI. En vano se le hizo reflexionar sobre la desigualdad de sus fuerzas contra los ochocientos mil hombres de la coalicion prontos á caer sobre los Alpes despues de haber aniquilado á Napoleon en Francia; la Inglaterra amenazando sus costas, la Sicilia preparando en sus propias ciudades la contrarevolucion, las Calabrias mal comprimidas bajo el brazo de su policía y dispuestas á sublevarse, en tanto que él combatiria por la independencia de la Baja Italia: nada fue bastante á contenerle. Hacia ocho meses que conspiraba solo y sin mas cómplices que sus secretos pensamientos; tenia provistos sus arsenales y su tesoro para una campaña, organizados sus ejércitos, dispuestas sus plazas fuertes y nombrados sus generales. Seguro de perderlo todo si aguardaba inmóvil á que la Europa pusiera en práctica sus proyectos, se decidió á jugar el todo por el todo, y sin dejar á sus consejeros ni á sus pueblos tiempo para reflexionar declaró la guerra el 15 de marzo de 1815, sin esperar siquiera la noticia de los triunfos definitivos de Napoleon y de su entrada en Paris.

Se reservó el mando en jefe de su ejército, que dividió en dos cuerpos; el primero, compuesto de su guardia, á las órdenes de los generales Pignatelli y Strongoli Libron, se componia de doce mil hombres, y el segundo mandado por los generales Carrascosa, Ambrosi, Lechi, Rosetti, Coletta y Millet, bajo las órdenes del rey, llegaba á treinta mil combatientes. El primer cuerpo se adelantó hácia Roma pidiendo al papa que le permitiera el paso, pero el romano pontífice no tuvo á bien acceder á la demanda. El ejército continuó no obstante avanzando hácia la ciudad, y el papa abandonó á Roma y se refugió en Génova. El rey marchó sobre Ancona con el segundo cuerpo.

A la noticia de los estraños movimientos del rey de Nápoles, pero cuyo objeto no podia ocultarse al congreso de Viena por su coincidencia con la invasion de Francia, se apresuró el Austria á reforzar con nuevas tropas su ejército del Milanesado, cuyo mando confirió al general austriaco Frimont. Aquella division, defendida por el Eridano y á las órdenes de entendidos generales, se estendia desde Milan á Cesena y ascendia á un total de sesenta mil hombres. La Toscana se hallaba guarnecida por otra division mandada por el general Nugent.

XXXVII. Murat hace derramar por todas partes numerosas proclamas en que escitaba á los italianos á armarse por la emancipacion de su patria y la libertad constitucional que les promete bajo la tutela de su espada. El primer choque entre Murat y los austriacos mandados por Bianchi tuvo lugar en los llanos de Bolonia, en cuya ciudad, foco de la ilustracion y del liberalismo italiano, entró triunfante por segunda vez. Desde allí se adelantó hácia el Tanaro, rio que desagua en el Pó y que se pasa por medio de un puente en San Ambrosio. Mientras que su vanguardia, al mando de Carrascosa, atacaba aquella posicion erizada de cañones y hacia pasar el rio á nado á uno de sus cuerpos para circunvalar á los austriacos, Murat, arrastrado por su natural impetuosidad, se arroja con veinte y cuatro ginetes de su guardia en medio del fuego, atraviesa milagrosamente el puente sin ser herido, y animando á sus columnas arrolla y dispersa á derecha é izquierda al enemigo; persigue á los austriacos hasta Módena, y se hace dueño de esta ciudad, casi al mismo tiempo que caia Ferrara en poder de sus generales. El rey de Nápoles embriagado con estas primeras victorias engrandecidas por la fama, se trasladó á Bolonia para celebrar su triunfo y esperar el primer cuerpo de su ejército, mandado por Pignatelli y Libron, que llegaba todavía á Florencia.

XXXVIII. Las operaciones de aquel cuerpo, cuyo mando se hallaba dividido entre dos generales desacordes entre sí, habian sido tardas ó inciertas. En lugar de acelerar su marcha por medio de la Toscana para ponerse á la altura del rey, habian perdido dias y ocasiones de vencer al general Nugent y se hallaban casi bloqueados en Florencia. Su inmovilidad privaba á Murat de su reserva, de su guardia y de la flor de su ejército. Las proclamas de aquel príncipe para sublevar la Italia no tenian eco en el país, ni llegaban á su ejército voluntarios ni subsidios. Nadie fiaba á un estranjero la independencia de su patria; y tirano por tirano, se preferia al que tenia mas probabilidades de encadenar la victoria. Desde los Alpes á los Apeninos, todo el territorio permanecia silencioso y en calma. Los toscanos y los modeneses se unieron á los austriacos contra los napolitanos.

Murat desconcertado á vista de esto, llamó á sus generales á Bolonia; conferenció con ellos, quejándose de la aptitud de la Italia y de la falsa situacion en que se hallaba colocado, y resolvió replegarse á Ancona para concentrar todas sus fuerzas mas cerca de las fronteras y esperar la batalla en lugar de ofrecerla. Semejante espectativa en una guerra de invasion y de sorpresa equivalia á una derrota. Dió órden á su guardia

para que saliese de Florencia y fuéra á reunirse con él en las faldas de los Apeninos por Arezzo y Borgo San Sepolcro hasta Ancona. El rey, despues de algunos encuentros en que quedó unas veces derrotado y otras victorioso, llegó á Imola seguido por dos ejércitos austríacos; el uno, mandado por el general Neipperg, marchaba en persecucion de Murat por la antigua via Emiliana, mas inmediata al Adriático; el otro, á las órdenes de Bianchi, se adelantaba por Florencia. Ambos se reunieron en el Apenino, formando un total de cincuenta mil hombres. Pero Murat esperaba batirlos separadamente y habia elegido por campo de batalla la posicion de Macerata donde procuraba llegar en breve. Necesitaba veinte dias de marcha para replegarse desde Bolonia á Macerata con todas fuerzas. Gracias a su fortuna y destreza y á pesar de la persecucion de Neipperg, consiguió en fin llegar el 30 de abril á Macerata, donde encontró a su guardia en el sitio y hora designados, que recibió á su rey y general con víctores y aclamaciones de feliz presagio. La batalla en aquel terreno, elegido desde tan lejos por Murat, debia decidir de la suerte de la Italia entera, que seria el premio del vencedor.

XXXIX. Los napolitanos no contaban mas que con veinte y cinco mil hombres, pero eran dueños del punto de reunion entre los ejércitos de Bianchi y de Neipperg, pudiendo por consiguiente batirlos uno despues de otro, ó imposibilitarlos al menos de combinar sus movimientos. Murat se encargó de batir á Bianchi con diez y seis mil napolitanos de sus mejores tropas, y dejó á Carrascosa, su mas entendido general, con once mil para hacer frente al ejército de Neipperg. Empeñó el combate con arrojo; desalojó á las tropas de Bianchi de sus posiciones avanzadas y las hizo retroceder hasta Tolentino, teniendo que detenerse con sus columnas á causa de la noche. Embriagado con aquella primera jornada, espidió correos para anunciar á la reina de Nápoles una victoria que solo habia alcanzado á medias, y comunicó á Carrascosa la órden de atacar decididamente á Neipperg.

El dia amaneció cubierto con las espesas nieblas de la primavera que dan á aquellos valles la apariencia de un mar agitado y tempestuoso y roban completamente á las miradas las campiñas y paisajes. A favor de la noche y de las nieblas consiguió Bianchi reunir, sin que Murat se apercibiese de ello, todos sus cuerpos dispersos el dia anterior y que aun no se habian incorporado a las columnas. Tan pronto como la brisa de la mañana disipó algun tanto los pardos celajes de la bruma, el rey de Napoles á caballo y dispuesto á proseguir su victoria, alcanzó á ver las colinas de Tolentino cubiertas y resplandecientes con los reflejos de veinte y cinco a treinta mil bayonetas, y dos fuertes columnas destacadas de las montañas, que se adelantaban en el llano á manera de triangulo, y formaban las vanguardias de Bianchi. Murat se quedó consternado: echó una angustiosa mirada sobre el corto número de sus tropas, y se arrepintió de haber destacado á Carrascosa con el resto; pero conociendo tambien que la indecision equivaldria á confesar su inferioridad y que la última esperanza estaba en un arranque desesperado de osadía, acometió á las posiciones avanzadas de Bianchi é hizo retroceder á sus tropas hasta las montañas. Satisfecho con el descalabro que este primer choque habia hecho sufrir á los austríacos, no se atrevió á acometer con fuerzas tan desiguales á las masas de Bianchi atrincheradas en la falda de las montañas. Dos horas pasaron los ejércitos en el silencio y la inmovilidad, frente á frente uno de otro, y separados por un ancho intervalo; dos horas de angustia para el rey y sus generales, que solo esperaban la venida de la noche para poder ocultar al enemigo sus maniobras, reunirse con Carrascosa y buscar en otro terreno la salvacion ó la victoria.

XL. Pero Bianchi al ver su indecision y escaso número de fuerzas, cayó con todas las suyas sobre los napolitanos. El choque fué terrible y horroroso el combate. Murat se manifestó en aquella ocasion en toda la entereza de su genio como rey, como general y como soldado. Ya dirigiendo sus batallones, ya cargando á la cabeza de sus escuadrones, socorriendo á los unos, reanimando á los otros, viendo caer sucesivamente heridos ó muertos á su lado sus mas valientes edecanes; buscando, en fin, la muerte en todas partes, difundió el terror entre los austríacos, rompió sus cuadros, apagó sus baterías, rechazó su caballería, y sosteniéndose hasta la noche en aquel campo de batalla en que se hallaban tendidos mas de dos mil cadáveres, obligó al prudente Bianchi á dejar indecisa la batalla y retirarse á sus posiciones de la mañana para tomar aliento y concentrar allí sus fuerzas.

XLI. No bien empezaban á retirarse los austríacos del campo de batalla, cuando enviaba Murat un ordenanza tras otro para pedir refuerzos á Carrascosa, que obedeciendo aquellos mandatos se quedaba descubierto delante de Neipperg por resguardar á su rey. Acercábase una de las columnas procedentes de la division de aquel, al mando del general Majo, y Murat salia á su encuentro para arengarla y señalarla su puesto de combate en la batalla del dia siguiente, cuando fué detenido en su marcha por dos correos que llegaban de Nápoles. El uno era portador de la noticia de la insurreccion general de las Calabrias, cuya capital se hallaba tambien en poder de los insurgentes que enarbolaban la bandera de Fernando; el otro le daba cuenta de los descalabros sufridos por sus reservas en los Abruzzos, de la toma del desfiladero de Introdocco por doce mil austríacos, de la derrota y disolucion de las guardias cívicas, de que los enemigos tenian abierto el camino de Nápoles por Capua, de los riesgos que corria la capital, lo mismo que la reina y sus hijos, y en fin de la crítica y apurada situacion del reino.

Al escuchar semejantes noticias, Murat, estrechado ya por los peligros del dia y los que le esperaban al siguiente, siente que le abandonan sus fuerzas y renuncia á una lucha estéril sobre un suelo estranjero mientras ve que sus propios estados se le huyen de entre las manos. Decídese ante todo á volar en ausilio de su trono y familia: ordena la retirada, recorre al galope todos los cuerpos, dispone las columnas, aguarda la caida de la noche, y tomando el mando de la vanguardia, disputa con encarnizamiento el paso de los desfiladeros de Macerata á los austríacos que le persiguen. Vióselo varias veces echar pié á tierra y ayudar á los zapadores en medio de la metralla enemiga, á trasportar las gruesas piedras y troncos de árboles con que parapetaba el desfiladero contra los caballos y artillería de Bianchi. El resto de la noche la pasó en Macerata, esperando la llegada de las demás columnas á las que habia citado para aquel sitio.

XLII. Al despuntar la aurora aquellas columnas no existian ya; todas las legiones que se hallaban fuera de los alcances de Murat, atacadas aisladamente por los austríacos, cercadas por Neipperg y Bianchi, derrotadas por fuerzas superiores, ó desbandándose por sí mismas bajo el pánico terror de una retirada nocturna, se habian disuelto completamente; solo los generales y jefes llegaron á incorporarse con el rey. Las primeras horas de la mañana se ocuparon en reunir algunos de sus restos. Carrascosa que habia salido de Ancona con seis mil hombres se incorporó á Murat, quien dió órden á las tropas para que inmediatamente se pusiesen en marcha para sus estados, señalándoles sus puestos y guarniciones en las plazas fuertes, en Civita y en Pescara; dirigiéndose él casi solo hácia los Abruzzos para disputar desde allí la entrada en sus estados con las fuerzas que esperaba poder organizar todavía.

Mientras que tenian lugar estos combates y retiradas, cundia en Nápoles la desorganizacion y el espanto. Los calabreses se adelantan hácia la capital, el comodoro inglés Campbell cruzaba el golfo con una formidable escuadra y amenazaba bombardear la ciudad y el palacio si no se le entregaban los buques y arsenales para desarmar á un enemigo declarado de los aliados. La reina deliberaba bajo el cañon de los ingleses con sus ministros; reinaba en la ciudad una agitacion estraordinaria. El cardenal Fesch, tio de Napoleon, así como la hermana de este la princesa Paulina Borghese, huian del palacio y de la ciudad. Por último, la reina comisionaba al príncipe Cariati para que negociara en secreto con el almirante inglés la cesion del puerto y de los arsenales, á condicion de que se pusiera un buque á su disposicion para embarcarse con su familia y tesoros é ir á tratar de la paz á Inglaterra.

Admitidas tales condiciones, cesó la agitacion en Nápoles, que era consecuencia únicamente del terror.

Mientras tenian lugar estos desastres, llegaba Murat casi solo y por caminos estraviados al palacio real de Caserta, donde tuvo noticia de la insurreccion de las tropas que guarnecian á Capua y en que tenia fundadas sus últimas esperanzas. Seis mil soldados, atropellando á sus oficiales, forzando las puertas y abandonando las murallas se habian dispersado por los campos é introducido en la capital el desaliento y la consternacion. El rey Fernando se hallaba en Messina aguardando únicamente la noticia del descalabro de Murat para pasar el estrecho y volver á entrar en el reino de sus padres. Murat, encomendando al general Carrascosa los restos fugitivos de su ejército y al general Coletta, comandante de la artillería, la mision de ajustar una paz pronta y á cualquier precio: «Sacrificadlo todo, les dijo, escepto vuestra patria. Quiero soportar yo solo el peso del infortunio.» Cambió despues de caballo y tomó al galope la direccion de Nápoles, donde llegó por la noche. Subió, sin que nadie tuviera noticia de su regreso, la escalera del palacio, entró en la habitacion de la reina y precipitándose en sus brazos: «Todo se ha perdido, señora, esclamó; solo me restaba morir y no he sabido hacerlo.» Al contemplar á su esposa y á sus hijos se agolpaban á sus ojos las lágrimas. «¡Nó, no se ha perdido nada! esclamó la reina, manifestando en su varonil intrepidez que corria por sus venas la sangre de Napoleon: no se ha perdido nada, porque aun os queda el honor y á nosotros la constancia en la adversidad.

XLIV. Pasaron juntos algunos instantes para concertar secreta-

mente su partida por caminos diferentes y los sitios donde debian reunirse; y consagraron el resto de la noche á conversar con sus mas fieles amigos y discurrir acerca de las eventualidades del porvenir. Al dia siguiente Murat salió disfrazado de aquel palacio donde habia vivido feliz y soberano, y se trasladó solo al pequeño puerto de Puzzoles, célebre por los crímenes de Neron y el asesinato de Agripina; desde donde una barca pescadora le condujo á la isla de Ischia, sitio de recreo en otro tiempo y de despedida al presente. Los isleños no abusaron de su infortunio; bien lejos de eso, manifestaron la compasion que les inspiraba y le dieron por algunos dias una hospitalidad segura rodeándole de respeto y atenciones. El afecto que habia merecido de los napolitanos, hizo mas cruel á la par que dulce su partida. De Ischia salió para la costa de Francia en un barco mercante fletado por sus amigos de Nápoles, y acompañado de algunos de sus adictos mas constantes que querian participar de los nuevos riesgos y desgracias que debia correr su soberano.

XLV. Al tiempo que Murat se embarcaba en Ischia, ignorante de la suerte que le aguardaba en Francia y de si seria recibido por la venganza ó por el perdon de Napoleon, el pueblo de Nápoles se amotinaba á las puertas de su desierto palacio. La reina y sus hijos, acompañados de tres ministros leales, adictos de corazon á la próspera y adversa fortuna de aquella familia, el conde de Mosbourg Zallo y el general Macdonald se acogian á un navío inglés para ponerse á cubierto de los insultos del populacho. La tempestad los obligó á detenerse en la rada al pie de las ventanas mismas del palacio, desde donde escuchaban las aclamaciones con que saludaba su capital la entrada de los austriacos. Por último, navegando hácia el Adriático, el buque que llevaba á la reina de Nápoles encontró al que conducia á Nápoles al rey Fernando. La infeliz esposa de Murat tuvo que abandonar la cubierta y bajar á ocultar su humillacion á lo interior de la nave para no presenciar las salvas y honores tributados al príncipe legítimo que iba á tomar posesion de su trono.

Tales eran los acontecimientos imprevistos, repentinos é inoportunos que acababan de tener lugar en Italia con la rapidez del pensamiento, sin anuencia y contra los planes actuales de Napoleon; acontecimientos que daban lugar á declaraciones de guerra suspensas hasta entonces y que hicieron decir despues muchas veces al emperador: «La estrella de Murat era matar dos veces mi causa, la una abandonándome, y la otra declarándose en mi favor antes de tiempo.» La fidelidad desgraciada no habia conseguido siquiera echar un velo sobre la infidelidad. El que observa fielmente sus deberes, jamás se engaña en la eleccion de tiempo, así como el hombre de honor nunca equivoca el camino.

LIBRO XXII.

La Francia abandona á Napoleon al saber la noticia de los tratados de Viena. —Situacion de la corte de Luis XVIII en Gante.—Llegada del conde de Artois y del duque de Berry.—Sospechosa conducta del duque de Orleans.—Luis XVIII forma su consejo de gobierno.—Los validos de Luis XVIII y del conde de Artois.—Mr. de Blacas, Mr de Bruges.—Mr. de la Maisonfort.—Consejos de Barrás, de Fouché, de Mr. de Blacas y de Mr. de Talleyrand.—Dudas de Luis XVIII —Descontento de la corte contra Mr. de Blacas.—Llegada de Mr. de Chateaubriand y de Mr. Guizot á Gante.—Situacion de Marmont en la corte.—Consejo privado del conde de Artois.—Mr. de Maubreuil.—Nuevas indecisiones de Luis XVIII.—Fisonomía de la corte de Gante.—Informe de Mr. de Chateaubriand al rey —Intrigas de Fouché en Vendée.—Su carta á Fauche-Borel.—Insurreccion de la Vendée.—Desembarco de Luis de La Rochejaquelein en Chollet.—Negociaciones de Suzannet con Fouché.—La Rochejaquelein recibe municiones de la flota inglesa. — Oposicion de La Rochejaquelein á la negociacion.—Sus últimas luchas.—Victoria del general Estéve.—Muerte de La Rochejaquelein.—Combate de La Roche-Serviere.—Muerte de Suzannet.—Pacificacion de la Vendée.

I. Tan pronto como penetraron en Francia las resoluciones del congreso de Viena, la opinion indecisa y tímida hasta entonces se conmovió por do quiera, descubriéndose con terror las desastrosas consecuencias de la vuelta de Napoleon y de la infidelidad del ejército. Apareció la guerra despues de aquellos pocos dias de ilusion que los amigos del emperador y el emperador mismo habian dado á la Francia para adormecer el espíritu del pais. La perspectiva que se presentaba á la imaginacion de todos los hombres pensadores, era la de una segunda guerra universal cuyas ventajas serian las derrotas, cuyas victorias serian el aniquilamiento de la nacion, y despues de cualquiera de estas dos eventualidades vendria un despotismo mas duro, mas implacable que el primero. Desde aquel dia la opinion empezó á abandonar abiertamente á Bonaparte; el pais marchó por una parte, el ejército y la corte imperial por otra, de modo que la separacion fué completa. El pueblo, agitado unas veces por los republicanos, otras por la desesperacion del patriotismo, flotaba entre dos aguas. Los hombres de ambicion, de inteligencia y de porvenir no titubearon ya en desertar á tiempo de una causa desesperada, y en pronunciarse contra Napoleon tan abiertamente como la seguridad lo permitia, manifestando en público su sentimiento hácia el reinado legal, constitucional y pacífico que acababa de ser interrumpido por tantas traiciones y violencias, y volviendo sus miras y sus pasos hácia la córte de Gante. Puédese decir que en realidad habia entonces dos gobiernos, uno en las Tullerías y otro en Bélgica: el primero representaba el bonapartismo y el ejército, el segundo la Europa y la opinion dominante en Francia.

II. Luis XVIII habia permanecido solitario en la casa particular donde habitaba en Gante, hasta que la declaracion del congreso, comunicada á aquel príncipe por Mr. de Talleyrand, le devolvió una corte, un núcleo de ejército, y una sombra de gobierno. Entonces todos los caminos de Bélgica se vieron llenos de guardias de corps, de oficiales de su servicio, de jefes vendeanos, de ministros, de publicistas, de escritores, de diplomáticos, de emisarios secretos, de consejeros oficiosos de jóvenes y de ancianos servidores de la causa real que iban á ofrecer su adhesion, su brazo, su espada, su pluma, sus consejos, y á formar la comitiva de aquella fortuna decaida en la apariencia, pero cuya vuelta al poder preveian cercana. Así todos querian á poca costa haber participado de la desgracia durante algunos meses, para tener derecho á la prosperidad durante un largo reinado. La corte del destierro contaba con la decision de mayor número de personas y con mas nombres ilustres que la vacilante corte de las Tullerías. En el palacio del emperador se respiraba un ambiente de contagiosas catástrofes; la esperanza y el porvenir se hallaban al lado del rey.

III. El conde de Artois y su hijo el duque de Berry se habian reunido con el rey en Gante, y fueron á habitar en una hostería de la plaza mayor de esta ciudad, inmediata á la morada de Luis XVIII. El duque de Berry mandaba el cuerpo de guardias, los soldados de todas armas y los voluntarios que iban aumentándose diariamente, todo lo cual formaba el ejército del rey que ascendia ya á tres ó cuatro mil hombres y se hallaba acantonado en Alost. El duque de Angulema habia permanecido en España para estar mas inmediato á Burdeos, a donde le llamaban tantas simpatías; la duquesa de Angulema habia salido de Londres para Bélgica; el príncipe de Condé estaba en Bruselas. Solo el duque de Orleans aparentaba no querer abandonar la Inglaterra, y su ausencia llamaba la atencion.

Este príncipe, que abandonando á Lille habia sido fiel á la prudencia ambigua que inspiraban sus palabras y actos despues de la restauracion, permanecia en una estricta relacion con su familia y con las eventualidades de porvenir que reservaba para sí ó para su familia. En una carta de despedida al ejército, que escribió al mariscal Mortier, decia: «Soy demasiado buen francés para sacrificar los intereses de la Francia, y una vez que nuevas desgracias me obligan á abandonarla, parto á sepultarme en el retiro y el olvido. Os retiro las órdenes que os habia trasmitido. Os recomiendo hagais cuanto vuestro recto juicio y vuestro patriotismo os sugiera en provecho de los intereses de la Francia.»

Esta carta, en la que un primer príncipe de la sangre parecia desentenderse de la causa del jefe de su casa y retirarse al olvido en vez de unirse al rey, habia herido vivamente á Luis XVIII y á la familia real. Era conocido que así en Lille como en Paris el duque de Orleans habia dejado harto á las claras separar su causa de la de la casa reinante «Ved la rama primogénita que acaba, le dijo un oficial superior del ejército; Bonaparte se gastará pronto, y las miradas irán naturalmente á fijarse en vos; que no haya entre los partidos y vos servicios contra la Francia en los ejércitos que van á obrar; vivid aislado y dejad lo demás al tiempo.»

Estas palabras trazaron al parecer la conducta del príncipe, y la Europa no se admiró menos que el rey de aquella sospechosa actitud. Informado el duque de Orleans de tales cargos, quiso sincerarse, y al

efecto escribió al duque de Wellington, justificándose de su reserva. «Difiero sobremanera de vuestra alteza, le contestó sinceramente Wellington, acerca del modo como debe conducirse el rey. Es indudable que el rey debe ponerse en persona al frente de una causa en que mas que nadie está comprometido. Comprendo los motivos que os tienen alejado de la corte de Gante, pero si se presenta el pueblo, vos mirareis precisamente como un deber el ofreceros al servicio del rey.»

El duque de Orleans parecia ser el mas preferido de entre los príncipes de su casa por Bonaparte y favorecido de intento por el emperador, ora para mostrarse generoso, ora para con estas distinciones sembrar el orgullo y la discordia en la casa de Borbon. La duquesa de Orleans, su madre, princesa inofensiva y sin influencia política, habia obtenido de Napoleon el permiso de residir en Francia y trescientos mil francos de indemnizacion anual. La duquesa de Borbon, hermana del duque de Orleans, habia obtenido el mismo permiso y una pension casi igual sobre sus bienes vendidos. Estas escepciones en favor de la casa de Orleans hacian creer en Gante y en Viena que existian mutuas inteligencias entre Napoleon y el duque de Orleans. No existian relaciones, pero la actitud del príncipe daba márgen á desconfianzas sobre sus miras futuras. Esperaba indudablemente una eventualidad para él en el porvenir.

IV. Al llegar á Gante Luis XVIII, su gobierno estaba reducido á un solo ministro que era Mr. de Blacas. Valido temible para Francia, sospechoso á la Europa, responsable injustamente á los ojos de todos, menos á los del rey, de las faltas ó imprevisiones que habian destronado á su soberano, Mr. de Blacas era el hombre mas á propósito para despopularizar hasta el infortunio y el destierro del rey. Fiel, exacto, puntual, asiduo, sombra de su señor, hombre formado por la naturaleza y por la educacion mas bien para la real servidumbre de la edad media que para los consejos políticos de los tiempos modernos, incapaz de agradar á nadie mas que al rey, reservado, soberbio, desdeñoso en lo esterior, tanto mas altanero con su nacimiento cuanto que pertenecia á esas familias antiguas, pero nó ilustres, cuya aristocracia consistia solo en su antigüedad; de un talento aferrado en tristes doctrinas, despreciando la revolucion y negándola en vez de comprenderla y temerla, lleno de preocupaciones sobre el pasado, rebelde al presente y sin querer comprender el porvenir, nadie como él predestinado á un mismo tiempo al odio de los cortesanos y del pueblo. Trataba en fin de borrar sus defectos por medio de una ilimitada adhesion á la majestad y al rey.

V. Si Mr. de Blacas hubiera tenido el tacto de las cosas y de los hombres, no habria dudado un momento en renunciar el ministerio al salir de Francia y en conservar al lado del rey únicamente el papel de amigo. No podia ignorar que todo el mundo acusaba á su imprevisora conducta de la vuelta de Napoleon, y que su retirada habria satisfecho á la animadversion pública que existia contra su nombre.

Pero el alma de Mr. de Blacas abrigaba una suficiente dosis de indiferencia para hacer frente á todas las opiniones, y sobrada obstinacion para no decaer aun cuando se hubiese derrumbado el trono sobre que se apoyaba, y por lo tanto permaneció impasible. El rey, que solo en él tenia entera confianza, le oponia con arrogancia á la Europa y á su corte, lo cual era un reto para su orgullo y una costumbre para su amistad. En nada cedió al clamor general que se alzaba hasta en su mismo palacio y en su propia familia contra Mr. de Blacas. El rey, privado de sus resortes de gobierno, jamás tuvo tanta necesidad de aquella policía misteriosa y de aquella mano que dirigia todas las intrigas de los partidos y de las cortes, que fué su esclusivo gobierno durante veinte años. Mr. de Blacas que manejaba en su nombre los hilos de aquel laberinto, era el iman de todos esos aventureros que olfatean las causas perdidas para venderles sus inútiles servicios Aquella policía que los ministros de Bonaparte habian ilustrado sin cesar y en la que tenian siempre dobles cómplices, costó al rey sumas considerables en cambio únicamente de ilusiones y mentiras. Mr. de Blacas, como hemos dicho, manejaba los resortes con mano proba pero inhábil; su vicio no era la intriga, sino el orgullo; pero el orgullo que se doblegaba ante un solo señor para alzarse mas majestuoso ante una corte.

VI. El rey no obstante, á pesar de su apasionado abandono por Mr. de Blacas, tenia necesidad de contentar á Mr. de Talleyrand, su ministro esterior y su negociador con la Europa, pues la suerte de su dinastía se hallaba aun entre las manos de este diplomático, que con una sola palabra en Viena podia perderla ó salvarla. Para inspirar confianza á Mr. de Talleyrand, el rey, pocos dias despues de su llegada á Gante, nombró á Mr. de Jaucourt, amigo particular y confidente íntimo de aquel, ministro interino de negocios estranjeros. Clarke fué nombrado ministro de la guerra; el abate Luis, adicto tambien á Mr. de Talleyrand, ministro de hacienda; Beugnot, ministro de marina; Beurnonville y Lally-Tollendal, ministros de estado; Chateaubriand, embajador en Suecia, vano título que le condecoraba lo bastante para que tuviera tan solo el derecho de presentarse en aquella corte y un voto en su política. Tal fué el gran consejo de gobierno de que se rodeó el rey para aparentar que reinaba aun desde el fondo de su aislamiento, y para representar moralmente un reinado ideal.

El conde de Bruges era para el conde de Artois en Gante lo que el conde de Blacas para el rey, un amigo, un favorito, un jefe de su consejo. Estos dos hombres sentian la necesidad de entenderse y de concertarse á menudo entre sí para mantener la armonía entre el rey y su familia y para conservar de este modo su propia dominacion que su declarada rivalidad hubiera comprometido. Mr. de Bruges tenia menos instinto de corte y mas talento político que Mr. de Blacas: era menos escrupuloso en cuanto á opinion, no estaba tan infatuado con el antiguo régimen, y se resistia menos á prestar á la revolucion sus consejos y sus agentes para aprender de ella á dominarla y corromperla.

Mr. de Blacas tenia por confidentes á Mr. de Pradel, hombre honrado que tenia á su cargo toda la servidumbre de palacio, y al marques de la Maisonfort.

El marqués de la Maisonfort era uno de esos restos de la emigracion que habian pasado su vida en las vicisitudes, en los placeres, en aventuras campestres y palaciegas y en conspiraciones. Hombre del genero de Rivarol y de d'Entragues, redactaba con facilidad y talento manifiestos de la corte errante á la Francia ó á las potencias, pasaba desde San Petersburgo á Londres encargado de misiones por Mr. de Blacas ó por el rey, estaba relacionado con los ministros y los embajadores de las potencias, afectaba tambien importantes relaciones en Francia con los jefes de partidos, se dejaba persuadir ó se persuadia á sí mismo de las supuestas complicidades de Barrás ó de Fouché con los realistas, urdia continuamente tramas de restauracion con frecuencia imaginarias, creyendo ó fingiendo creer que manejaba los hilos de ellas, era negociador activo de aquella diplomacia oficiosa, hábil para sobreescitar y alimentar la esperanza en el ánimo de Mr. de Blacas y del rey, aun cuando el mismo desconfiaba de ella, pero de este modo se creaba y mantenia cierta importancia en los gabinetes estranjeros, en Londres, y en la corte de Hartvell, en donde se le consideraba como un negociador ó un activo confidente de la futura restauracion. Era sobre todo un escritor fácil y de genio, un carácter amable y frívolo, un vástago rejuvenecido de la literatura y de la filosofía escéptica de la corte de Luis XV, pero que sabia tomar, cuando lo necesitaba, de Burke ó de Pitt las máximas y las severas apariencias de la alta filosofía político. Habíase relacionado en San Petersburgo con el conde de Maistre, ministro de Cerdeña en Rusia, especie de profeta político paradoxal, absoluto, raro, pero sincero, cuyo genio retrógrado facilitaba una opinion verdadera á cuantos querian afectar profundidad aun en lo mas superficial. Tal era el marqués de la Maisonfort, uno de los hombres mas agradables, mas seductores, mas volubles que la naturaleza, la ambicion y la literatura hubieran podido formar para entretener y divertir á una corte errante.

VII. Ya hemos referido que Barrás y Fouché, dos regicidas amnistiados, deseando añadir el favor de la restauracion á la amnistía, habian uno y otro ofrecido sus consejos y sus servicios al rey antes del desembarco de Bonaparte en Cannas. Barrás, descendiente de una antigua casa de Provenza, tenia lazos de parentesco con Mr. de Blacas, lo cual facilitó una entrevista entre estos dos hombres, en interés del rey. Barrás dió tardíos consejos y Mr. de Blacas los habia trasmitido. Mr. de Talleyrand, desde Viena, habia aconsejadó á Luis XVIII que escuchara mas bien á Fouché, cuya esperiencia mas reciente y mas consumada de las intrigas bonapartistas podia mejor ayudarle á descubrirlas. Fouché, separado por Mr. de Blacas y por los consejos de Barrás, conservaba un vivo resentimiento, por lo cual se adhirió al conde de Artois con quien habló antes de su salida de Paris. Fouché, que despues de su vuelta llegó á ser ministro de Napoleon, daba, pues, secretamente grandes esperanzas á la corte de Gante.

Pero entre los numerosos concurrentes que asediaban aquella corte, se habian formado dos distintos y enconados partidos: uno que sostenia á Mr. de Blacas y otro vendido á Mr. de Talleyrand y á Fouché. Este ministro, con pretesto de instruir al gabinete de las Tullerías de las maniobras de la coalicion, mantenia numerosos agentes en Gante, en Bruselas, en Londres. Bonapartista en Paris, borbónico en Bélgica, sus agentes se esforzaban en convencer al rey de lo bien dispuesto que se hallaba Fouché en favor de su causa; dándoles aun mas importancia á estos los agentes de Mr. de Talleyrand, que aconsejaban al rey confiara en la destreza y en el interés que por él se tomaba Fouché.

Mr. de Blacas y su partido aconsejaban lo contrario, desconfiando tanto de Mr. de Talleyrand como del ministro de Napoleon. Decian al rey que Fouché y Talleyrand jugaban con tres barajas, que servian á Napoleon hasta el momento en que la victoria le volviera la espalda, que adormecian á la corte de Gante con falsas esperanzas, mientras que pensaban en el duque de Orleans que estaba refugiado en Londres; que sus agentes estaban en correspondencia con aquel príncipe ambicioso y reservado, y que se habian entablado ocultas negociaciones entre Fouché, Talleyrand, Pozzo di Borgo y sir Carlos Stuart, embajador de Inglaterra en Viena, para dar el trono al duque de Orleans tan pronto como se le arrebataran á Bonaparte. Luis XVIII, muy perspicaz sobre todo cuanto pudiera amenazar su trono, desconfiaba del duque de Orleans y veia con inquietud una candidatura á la corona en su retiro afectado y en su aislamiento en Londres. No dejaba asimismo de tener algun recelo con respecto á Mr. de Talleyrand, pero conocia la necesidad de tener contento á un ministro que tan útil le habia sido en Viena y á quien una ingratitud podria hacerle pasar á sus enemigos. Flotaba, pues, á merced de los sucesos y de las opiniones, aparentando no oir los murmullos de su pequeña corte.

VIII. El desencadenamiento de aquella corte era unánime contra los dos favoritos unidos en aquel momento, Mr. de Blacas y Mr. de Bruges. Aumentábase diariamente este descontento segun iban llegando de Paris hombres de distintas opiniones, que se habian repartido las influencias en 1814 y que iban á buscarlas aun en el destierro.

Era de este número Mr. de Chateaubriand, quien sostenido por el duque Mathieu de Montmorency, cuyo apoyo buscaba entonces, pretendia absorver con el brillo de su talento las influencias de la familiaridad y de la costumbre. Tratábanle mas como poeta que como hombre de estado, y los ministros estranjeros, los cortesanos y los hombres de negocios se vengaban de su superioridad de talento abandonándole á la gloria de las letras. Mr. Bertin el mayor, amigo de Chateaubriand, hombre de un golpe de vista seguro, penetrante, ejercitado por su larga carrera de periodista, ofrecia al rey ese raro tacto de la opinion, que es el alma de la política constitucional. Mr. de Lally-Tollendal, hombre de tribuna, mas bullicioso que elocuente, que debió en otro tiempo un gran triunfo oratorio al enternecimiento de un hijo litigando él mismo para rehabilitar á su padre, luego amigo de Mr. de Necker, emigrado despues, y cuyo carácter teatral siempre en escena, era mas susceptible de efecto que de accion. Mr. Guizot, engrandecido mas tarde por las letras, por la tribuna, por los triunfos y por los desastres públicos, fué nombrado en 1814 ministro del interior por el abate Montesquiou, que adivinó y supo emplear su aptitud para este cargo, continuando empleado aun despues de la vuelta de Bonaparte; ora hubiese apreciado mal el suceso de 20 de marzo en los primeros momentos, ora supusiera que la opinion sorprendida no soportaria largo tiempo un segundo imperio y que el porvenir estaba en Gante, no tardó en dirigirse á este punto, encargado, segun él decia, de una mision confidencial de Mr. de Montesquiou, de Mr. Royer-Collard, y de algunos hombres de los partidos filosóficos de Paris, para aconsejar al rey los programas liberales, mas poderosos que los ejércitos de Napoleon. Escribió bajo la direccion de Mr. de Bertin en el *Monitor de Gante*, junto con Mr. de Lally-Tollendal, Mr. de Chateaubriand y Mr. Roux-Laborie, el genio mas entremetido de aquella época. Estaba ligado por opinion y amistad en Gante con Mr. Mounier, hijo del antiguo presidente de la Asamblea nacional, jóven muy honrado y de una gran disposicion, y con Mr. Angles, prefecto de policía. Mr. Guizot llamaba ya la atencion en aquel entonces por una ambicion que iba mas lejos que su fama, y por una confianza de sí mismo que era la fé de su mérito. Inspiraba celos á Mr. de Blacas, quien decia al comisario general de policía del rey de los Paises Bajos, encargado de vigilar la residencia de Luis XVIII: «¿Qué viene á buscar aquí ese jóven? No sé qué mision secreta ha traido para el rey; él ha prestado juramento á Napoleon despues de nuestra salida de Paris, y á pesar de eso Carnot no ha querido darle cabida en el ministerio; por lo cual me parece que no le trae aquí la fidelidad sino la necesidad.» El rey, advertido por Mr. de Blacas, rehuia su trato sabiendo que estaba ligado con el abate Luis, con Mr. de Jacourt y con todo el partido de Mr. de Talleyrand. El conde de Artois le rechazaba, porque le creia adicto á Mr. Royer-Collard, en que este príncipe solo vió siempre un jansenista y un conspirador.

IX. El mariscal Marmont siguió al rey á Gante en donde continuaba mandando, á las órdenes del duque de Berry, las tropas fieles. Estraño a los partidos que dividian aquella corte vivia en un aislamiento y una tristeza que atestiguaban el dolor de su situacion; nadie veia en él un traidor, juzgándole todos como un hombre á quien una falsa situacion lo habia estraviado de la senda de su vida. Derramaba lágrimas de indignacion y de dolor cada vez que llegaba á sus oidos alguna de las acriminaciones que Napoleon lanzaba contra él ante Europa, en las arengas y en las proclamas á sus soldados. Advertíase en la desesperacion que le causaban, que aquellas acusaciones conmovian su alma, y que nunca se ahogaron en su pecho los sentimientos que profesaba á su antiguo jefe. Considerábasele como una víctima mas bien que como un cómplice de acontecimientos superiores á sus fuerzas, y se le compadecia.

Los amigos de Mr. de Talleyrand y éste mismo, por el contrario, soportaron impávidos las acusaciones é invectivas de Bonaparte, honrábanse con sus imprecaciones como hombres políticos, calculando el odio que inspiraban por el mal que habian hecho á un enemigo adicto. El rey trataba con miramiento á Marmont, y el conde de Artois preferia con mucho al mariscal Soult, á pesar de las injustas acusaciones de traicion que los realistas de su corte esparcian contra él. Este príncipe estaba convencido de que Soult no habia hecho traicion. Ocupábanse mucho en Gante de las disposiciones flotantes del mariscal Ney que mandaba en Lille, no ignorándose que este mariscal afectaba cada vez mas rechazar de su conducta toda sospecha de connivencia con el emperador antes de su inesplicable defeccion. Decia en alta voz que el no veia en Napoleon sino un jefe útil para la defensa del territorio, pero que sus recuerdos y sus opiniones le arrastraban hácia la república. En Gante se le consideraba como un hombre anonadado por circunstancias superiores á sus fuerzas, que trataba de justificarse de una debilidad con una inconsecuencia, y que no serviria bien una causa que habia abrazado mal.

X. El consejo privado del conde de Artois, bajo la direccion de Mr. de Bruges, se componia de Mr. de Vaublanc y de Mr. Capelle, dos hombres del imperio que se habian pasado el año anterior al partido vencedor de los realistas, y permanecido fieles á los vencidos despues del 20 de marzo. Antiguo miembro de las asambleas deliberantes, conocido por una elocuencia enfática y por un valor igual á las circunstancias, que habia seguido todas las oscilaciones de la revolucion, aunque sin traspasar jamás los límites de la justicia y de la honradez; proscripto en 1793, vuelto despues de las proscripciones, unido á Bonaparte por gratitud y por ideas de órden monárquico, prefecto mucho tiempo durante su reinado, Mr. de Vaublanc aspiraba a merecer en el reinado de los Borbones un rango mas elevado que el que ocupara en tiempo del imperio. Estaba convencido de su elocuencia y su aptitud para el gobierno, y habia comunicado esta creencia suya al conde de Bruges y por conducto de este al conde de Artois. Prometia á este príncipe subyugar las cámaras con sus palabras y á la oposicion con su arrojo, animándole contra la impericia de Mr. de Blacas y contra la inmoralidad de Mr. de Talleyrand. Desatendido por el primero, despreciado y ridiculizado por los amigos del segundo, considerado por los hombres nuevos como una cabeza infatuada con su propia importancia, Mr. de Vaublanc solo contaba entonces con una influencia secreta y subalterna. Recomendó además al conde de Artois otro consejero, que como él habia pertenecido á las filas de la administracion imperial, y que empezaba á tomar sobre aquel príncipe un ascendiente que mas tarde debia ser funesto.

Era aquel Mr. Capelle, antiguo prefecto de Florencia y de Ginebra en tiempo de Napoleon, favorito de su hermana Elisa Bacciochi, gran duquesa de Toscana, hombre cuyos oscuros principios nadie conocia, jóven aun, de una singular belleza, de una fisonomía que aparentaba sencillez, á propósito para servir en segunda línea y que no ambicionaba la primera, constante en sus afectos y honrado y fiel en sus opiniones. El conde de Bruges favorecia el naciente influjo de estos hombres con su príncipe, no creyendo que llegara á ser tal que contrarestara el suyo, pues si bien eran escelentes para servir, eran incapaces para dominar. Roux-Laborie, uno de los fundadores del *Diario de los Debates*, y de los agentes mas activos de Mr. de Talleyrand en 1814, habia abandonado este partido, agitándose entonces en derredor del conde de Artois. Cada cual flotaba entre uno y otro príncipe, segun sus preferencias ó conjeturas. Reinaban en aquella pequeña ciudad todas las intrigas, todas las vicisitudes y todas las circunstancias de las grandes cortes, porque era general el presentimiento de que el favor en Gante era la fortuna en Paris.

XI. Hormigueaban allí los espías y los aventureros de todas clases, viéndose con espanto llegar hasta una persona cuyo nombre siniestro habia infundido el terror en el alma de Napoleon en Fontainebleau, y cuya presencia en Gante le infundia entonces en el alma de los príncipes; este hombre era el conde de Maubreuil.

El conde de Maubreuil era un noble breton, de elevada alcurnia, de

una vida sospechosa, de un carácter corrompido y de un brazo que se juzgaba capaz de venderse hasta para el crímen. Habia sido paje de la reina de Westfalia, cuñada de Napoleon, esposa de Jerónimo Bonaparte. Bien fuese porque la miseria le impulsara á ello ó bien por resentimiento de un amor atrevido rechazado por aquella mujer virtuosa, Maubreuil, con algunos aventureros cómplices suyos, detuvo á la reina de Westfalia, fugitiva en el mes de marzo de 1814, en el camino de Fontainebleau, y le quitó sus alhajas y oro con pretesto de restituirlo al tesoro de la corona. Tenia, en efecto, órdenes del gobierno provisional y de los aliados que ponian á su disposicion las fuerzas militares de los puntos en que las pidiese. Vuelto á Paris y perseguido de la opinion pública por este hecho, Maubreuil supuso que Mr. Roux-Laborie, confidente de Mr. de Talleyrand, y el mismo Mr. de Talleyrand, le habian encomendado la mision de apoderarse de Napoleon á mano armada; á esto añadia el público la mision de deshacerse del emperador, cuya version odiosa y sin fundamento adoptaron los enemigos de los Borbones. El emperador y sus amigos aparentaban creer en el asesinato, e imputar á los príncipes y á sus ministros las baladronadas de aquel aventurero. El rey y el conde de Artois hablaban de tal hombre y de sus supuestas revelaciones, con el desprecio debido á la calumnia Jamás manchó su pensamiento la idea del asesinato de un enemigo, y antes por el contrario creian que aquel hombre cuyo realismo turbulento y sospechoso podia deshonrar su causa, no fuese en Gante el instrumento de algunas tramas que tuvieran por objeto atentar á sus dias. Roux-Laborie, que efectivamente habia tenido relaciones con Maubreuil en el asunto del robo del tesoro de la reina Westfalia, la que suponian se llevaba los diamantes de la corona, temia la venganza de Maubreuil, razon por la cual se le obligó á alejarse de la residencia del rey.

XII. Mr. de La Rochejaquelein, comandante de los granaderos de la guardia del rey, nombre heroico, aspecto marcial, alma vendeana, hijo de una raza cuya sangre toda deseaba el momento de derramarse por la causa de los reyes, se resistia, á pesar de su valor, á encender de nuevo la guerra civil en su provincia. Negábase por patriotismo á las locas instancias de los fanáticos de ambas cortes para que abandonase su regimiento que adoraba en él y marchara á la Vendee, pero cedió al fin, menos por conviccion que por honor, y partió con el remordimiento y la idea de que iba en busca de una muerte infructuosa. Los embajadores de las cortes estranjeras, y entre ellos el conde de Goltz que lo era de Prusia, se indignaban ostensiblemente de su lentitud; pues la guerra civil, segun ellos, debia preceder y motivar la guerra esterior.

Los ministros estranjeros se hallaban divididos así como los cortesanos de la corte desterrada: todos, sin embargo, estaban de acuerdo en su desprecio por la emigracion, que no habia sabido, decian, ni ganarse el afecto de la nueva patria, ni dominarla. Mr. de Blacas despopularizaba á sus ojos al rey, y el conde de Bruges al conde de Artois, inclinándose hácia los hombres nuevos tales como Mr. de Richelieu, Mr. de Montesquiou, Mr. Mounier, Mr. Guizot y Mr. Anglés, quienes á lo menos parecian comprender la nueva Francia. La Inglaterra y el Austria se declaraban por Mr. de Talleyrand y aconsejaban al rey se entregara completamente á su sagacidad. La Rusia y la Prusia daban ya la preferencia al duque de Richelieu, cuyo nombre, cuya independencia, imparcialidad y honradez, le presentaban á su vista como el restaurador designado de la monarquía constitucional en Francia: Mr. de Talleyrand habia llegado á serles sospechoso y odioso despues del tratado secreto que habia arreglado y firmado en Viena entre la Francia, el Austria y la Inglaterra.

Esta liga del Mediodía inquietaba al Norte. El baron de Vincent, emperador de Austria, y sir Carlos Stuart, embajador de Inglaterra en Gante, inclinaban al rey con todos sus esfuerzos hácia Mr. de Talleyrand. La Inglaterra premeditaba un ministerio en que el duque de Richelieu que le aseguraba de la revolucion, estuviera asociado con Mr. de Talleyrand que aseguraba de una alianza con ella. Tal era el movimiento y la indecision de la política en Gante cuando se presentó allí el mismo duque de Richelieu, enviado por el emperador Alejandro, para contrabalancear el ascendiente de los amigos de Mr. de Talleyrand.

Este, aun cuando tuvo buen cuidado de rodear al rey de sus amigos personales, aun no se atrevia á presentarse en Gante, de donde le tenian separado á propio intento para que su presencia no hiciera estallar entre Mr. de Blacas y él una disension funesta á la causa comun. Cuando llegó á Bruselas Mr. de Talleyrand, ni aun siquiera se le permitió que ocupara la casa en que la corte habia residido en aquella ciudad inmediata á Gante. Ofendióse, pues, de aquella poco favorable acogida, que le desacreditaba, decia, con las potencias, y se presentó muy raras veces en la corte.

En cuanto al duque de Richelieu, modesto, sin ambicion, causándole repugnancia mas bien que gusto los negocios, desterrado hacia veinte años de su patria, nacionalizado en Rusia, fundador, gobernador y creador de Odessa, mas soldado que político, solo aspiraba á ver la casa de Borbon consolidada en Francia, sobre instituciones conformes con el genio de la época, y á volverse á sus desiertos. Solo la idea de los servicios que pudiera exigir de él la casa de Borbon y las terminantes órdenes del emperador de Rusia le retenian en Gante. La conformidad de carácter y de ideas le unió desde los primeros dias con Mr. Mounier, hombre de su mismo temple, y como él mas dichoso con poder ser útil, que deseoso de dominar.

XIII. Interiormente manifestaba el rey en Gante la misma superioridad en la fortuna que habia manifestado en Verona, en Mittau, en Hartwell y en las Tullerías. Ni la edad, ni las enfermedades, que aumentan los peligros de la fuga y los rigores del destierro, parecian afectar su serenidad; siendo tal la conviccion que tenia de su derecho, que achacaba á la adversidad todos los percances de su situacion. Reinaba por do quiera que llevaba su nombre, y en nada habia cambiado sus hábitos, escepto el no vivir en el palacio. El abate Luis, su ministro de hacienda, habia llevado muchos millones de la lista civil, los cuales bastaban para atender á los gastos de su casa y al pago de sus tropas durante algunos meses. No habia ni lujo, ni miseria; continuaba todas sus costumbres religiosas, de familia, de consejos, de paseos en carruaje, con la regularidad de horas y de etiqueta que se habia complacido en observar hasta entonces. Robaba, como en Paris, algunas horas á los negocios para consagrarlas á pasatiempos familiares y ejercicios literarios. Escribia y gozaba en la amistad. Conocia que la Europa se agitaba por su causa, y así es que no precipitaba movimiento alguno para no manifestar impaciencia de recobrar su reinado. Recibia con agrado y franqueza á los numerosos huéspedes que acudian de todas las partes de Francia para ofrecerle sus servicios ó su fidelidad. Veia diariamente á los ministros estranjeros, y escuchaba con curiosidad las noticias de la policía acerca de los forasteros notables ó sospechosos que llegaban á su corte. Le agradaba principalmente ocuparse de estos negocios ó de asuntos literarios ó científicos con el baron de Eckstein, encargado por los aliados del cargo del ministro provisional de policía en Gante. Apreciaba á este jóven oficial danes de nacimiento, frances por inclinacion, célebre luego por las ciencias y las letras, y le llevó de nuevo consigo á Francia despues de la segunda restauracion haciéndolo adquirir la nacionalidad agregándole al ministerio de estado.

XIV. El conde de Artois no estaba tan tranquilo, y soportaba con menos impasibilidad la lentitud de una inaccion forzosa. Harto halagado este príncipe en su juventud por su gracia, tenia necesidad de favoritos que le adulasen siempre exagerándole su superioridad sobre su hermano. Deseaba tener una política particular, y por decirlo así reinar anticipadamente. De esto dimanaba, así en el estranjero como en Paris, su perpetua agitacion, su oposicion franca ó secreta, su camarilla rara vez de acuerdo con la del rey, punto de apoyo de mil ambiciones y de mil intrigas, trabas de un gobierno constitucional en que el príncipe que gobierna tiene dos oposiciones que contentar en vez de una; incapaz de toda clase de imprudencias.

El duque de Berry, su hijo, se acostumbraba al mando, inspeccionaba las tropas y reprendia ásperamente á los perezosos, tales como Bourmont, Clouet, y otros que aguardaban al último momento para unirse á sus banderas. Vivia familiarmente con la jóven nobleza en aquel nuevo ejército de Conde, entregándose á los inocentes placeres de su edad, como un futuro de Carlos II de Francia, y se abstenia de la política por miedo de desagradar á su tio tomando partido entre el y el conde de Artois. De este modo trascurria el tiempo, ora esperando el choque de los ejércitos de Europa que avanzaban sobre las fronteras de Francia, ora una esplosion actual y espontánea de la Francia contra Napoleon y el ejército, ora una insurreccion de la Vendée, cuyos jefes iban á todas horas á pedir á la Rochejaquelein que diese la señal á sus paisanos.

XV. La única ocupacion entonces de aquella corte era la de negociar con las potencias, tratar de corromper á Paris con sus propios elementos, y hablar á la opinion por medio de proclamas en que desde lejos se manifestaba al pueblo el alma del rey. El gobierno puramente moral de Luis XVIII consistia solo en su palabra, por lo cual era preciso hacerla oir todos los dias y que penetrase por do quiera en el corazon de los franceses admirados, y arrepentidos ya de su debilidad é imprevision.

Esta propaganda realista fué la que creó el *Monitor de Gante*, periódico de guerra, redactado por MM. de Chateaubriand, Bertin, Lally-Tollendal, Beugnot, y que recibia con frecuencia las inspiraciones del mismo rey. Mr. de Chateaubriand, poco grato á Luis XVIII, que temia la ambi-

cion y la resistencia en donde quiera que imaginaba hallar la fuerza y el resplandor del genio, despachaba, no obstante, en el consejo. Encargado durante algunas semanas del ministerio de lo interior, en ausencia de Mr. de Montesquiou, redactó en esto concepto un manifiesto al rey, destinado á presentar á los ojos de la Francia y de la Europa el cuadro verdadero de las circunstancias y de las opiniones, desfigurado por las proclamas y por el venal periodismo de Paris. Este escrito era á un mismo tiempo el manifiesto del rey y del pueblo, que acusaba á un solo hombre y á su ejercito de las calamidades del mundo.

«Señor, decia Mr. de Chateaubriand, Bonaparte, colocado por una estraña fatalidad entre las costas de Francia e Italia, ha bajado, como Genserico, *allí donde le llamaba la cólera de Dios*. Esperanza de cuantos habian meditado y cometido algun crimen, ha llegado, y lo que es mas, ha conseguido su intento: hombres colmados de vuestros dones, y en cuyos pechos se ostentan vuestras órdenes, han besado por la mañana la real mano que han vendido por la tarde. Además, señor, el último triunfo que corona y va á terminar la carrera de Bonaparte, nada tiene de maravilloso, pues no es una verdadera revolucion, sino una invasion pasajera. No existe un cambio real en Francia, no se han alterado las opiniones; lo que vemos no es el resultado inevitable de un largo encadenamiento de causas y de efectos. Es cierto que el rey se ha retirado un momento: pero la monarquía ha permanecido entera. La nacion, por el testimonio de sus lagrimas y de sus sentimientos, ha demostrado separarse del poder armado que le imponia leyes.

»Estos súbitos trastornos son frecuentes en todos los pueblos que han tenido la terrible desgracia de sucumbir bajo el despotismo militar, y de ello nos suministran bastantes ejemplos las historias del Bajo Imperio, del imperio otomano, del Egipto moderno y de las regencias berberiscas. En el Cairo, en Argel, en Tunez, aparece diariamente algun bey proscripto en las fronteras del desierto; unos cuantos mamelucos se unen á él y le proclaman su jefe y señor. El déspota avanza entre el ruido de las cadenas, entra en la capital de su imperio, triunfa y muere. Os presentasteis vos, señor, y los estranjeros se retiraron. Bonaparte vuelve y los estranjeros van á volver á entrar en nuestra desdichada patria. En vuestro reinado, los muertos encontraron sus tumbas, los hijos fueron devueltos á sus familias: en el suyo veránse de nuevo los hijos arrancados del seno de sus madres, los huesos de los franceses esparcidos por los campos; á vos, señor, os sigue el consuelo, él lleva en pos de sí las desdichas y penas.

»Vos no habeis hecho sino edificar, y Bonaparte lo ha destruido todo. Vuestras leyes, aboliendo la conscripcion y la confiscacion, no consentian el destierro ni la prision arbitraria: dejaban al cuidado de los representantes del pueblo la imposicion de contribuciones; vuestras leyes, en fin, aseguraban á los hombres, con justo derecho, la libertad civil y política. Aparece Bonaparte, y con él vuelve la conscripcion y no se respetan las fortunas: se disuelven las cámaras de los pares y de los diputados: se cambia, modifica y desnaturaliza el impuesto por la voluntad de un solo hombre: se retiran, ó cuando menos, se ponen en duda las gracias concedidas á los defensores de la patria; el tirano se apodera así una á una de las victimas á quienes en sus primeras proclamas prometia olvido y tranquilidad. Cuéntanse ya numerosos secuestros, prisiones, destierros y no pocas leyes de proscripcion: trece victimas se hallan ya escritas en una lista de muerte. Vos mismo, señor, estais proscripto, ¡vos y los descendientes de Enrique IV, y la hija de Luis XVI! ¡Vos en este momento no podriais, sin riesgo de la vida, pisar ese suelo en donde enjugasteis tantas lágrimas, en donde devolvisteis tantos hijos á sus padres, en donde no derramasteis una sola gota de sangre y al que llevasteis la paz y la libertad! Cuando V. M., despues de veinte y tres años de desgracia, volvió á subir al trono de sus abuelos, halló ante sí a los jueces de su hermano. ¡Y viven aun estos jueces! ¡Y vos les habeis conservado como á las víctimas el derecho de ciudadanos! ¡Y son esos quien hoy fulminan contra vuestra sagrada persona, contra vuestra augusta familia, contra vuestros fieles servidores, decretos de muerte y de proscripcion! ¡Y todos esos actos en que la violencia, la injusticia y la hipocresia van unidas á la ingratitud, se consumen en nombre de la libertad!

»El nuevo gobierno de la Francia empleando los medios mas odiosos, ha hecho buscar todos los papeles y se han hallado en un armario reservado de uno de vuestros ministros cartas que debian revelar importantes secretos. Ahora bien, ¿qué han descubierto al público esas cartas confidenciales, desconocidas, ocultas, que con tan poco talento han publicado? Dar á conocer que vuestros ministros, aun cuando difiriendo en algunos pormenores, estaban completamente de acuerdo en que solo se podia reinar en Francia por la carta y con la carta, y que amando y queriendo los franceses la libertad, era necesario seguir las costumbres y las opiniones del siglo. Así es la verdad, señor; y no dejaré pasar esta oportuna ocasion de hacer la solemne protesta de que todos vuestros ministros, todos los miembros de vuestro consejo son inviolablemente adictos á los principios de una prudente libertad. Séanos lícito el proclamar con el respeto profundo y sin límites que profesamos á vuestra corona y á vuestras virtudes, que estamos dispuestos á derramar nuestra última gota de sangre, á seguiros hasta el fin del mundo, á dividir con vos las tribulaciones que al Todopoderoso plazca enviaros, porque creemos ante Dios que vos mantendreis la constitucion que habeis dado á vuestro pueblo, y que el voto mas ardiente de vuestra alma regia es la libertad de los franceses. Si de otro modo hubiera sido, señor, todos hubiéramos muerto á vuestros piés en defensa de vuestra sagrada persona, porque vos sois nuestro dueño y señor, el rey de nuestros abuelos, nuestro soberano legítimo: en fin, señor, si solo hubiéramos sido vuestros soldados, habríamos dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros.»

XVI. Esparcíanse estos manifiestos en toda la Francia por la propaganda natural de las poblaciones realistas, y por la facilidad con que la policía de Fouché dejaba su circulacion en interes del movimiento. Estos partidos, exacerbados crecian en importancia, y preparaban uno ú otro desenlace que él queria manejar y que conmovian la opinion. Verdades de esta naturaleza, jamás se presentan impunemente á un pueblo. Napoleon parecia aislado con su ejército en medio de la Europa, y todas estas acusaciones justas recaian sobre ambos con mas fuerza que las balas de la coalicion. No bastaba aun esto á la corte de Gante y á Fouché. La una queria obras, el otro queria solo conmover los ánimos. La impaciencia de los realistas y la política agitadora de Fouché se pusieron de acuerdo, aunque sin concertarse, con el deseo de sublevar la Vendee.

Este ministro revelaba á uno de sus agentes superiores en aquellas provincias su pensamiento secreto, si bien encubierto bajo el velo de un interés patriótico, á fin de prever la eventualidad de una derrota del emperador. «No se trata, se atrevia á escribir Fouché á Fanche-Borel, de hacer armar únicamente las poblaciones unas contra otras, pues esto no conduciria á nada. Lo que importa es que en caso de que caiga lo existente nos encontremos preparados para prestar á los verdaderos principios de la revolucion la ayuda que el emperador no puede darla, y que el rey de Gante á pesar de su perspicacia no se atreverá jamás á aprobar. No es necesario que la Vendée llegue á hacerse temible, pero no seria malo que se presentase en cierto modo dispuesta á rechazar la fuerza con la fuerza. De este choque que no producirá sino conmociones y jamás una insurreccion, nacerá necesariamente el debilitamiento progresivo de los dos partidos hostiles. Entonces nos encontraremos perfectamente dispuestos para establecer un órden de cosas mas conforme con nuestros deseos. El duque de Orleans es un medio de composicion entre los estremos; Dumouriez lo habia imaginado durante largo tiempo. La Europa se arma contra el emperador; sucumbirá inevitablemente, pues ya empieza á sentir el frio de la muerte. La rama primogénita no ofrece seguridad á los intereses revolucionarios, por lo cual debemos arrojarnos en otros brazos. El duque de Orleans se halla bien dispuesto, y aceptará la corona con las condiciones que se le impongan; tiene ambicion y muy buenos antecedentes. Trabajad, pues, en la Vendée, no la dejeis tranquila, pero no tomeis jamás medidas completas; guardaos siempre de incendiar nuestros buques en uno ú otro campo. Hay un fondo de odio en todos los corazones; conmovedlos con la palabra si es posible, pero jamás con la accion; este es el medio mas seguro de debilitarlos y de acabar con ellos. Fatigad á los soldados con marchas inútiles; desmoralizad á los generales; escuchad á los oficiales vendeanos; favoreced la marcha de los que deseen dirigirse sentimentalmente á Gante. Hablad de mí como de un hombre que ha abjurado sus errores aceptando francamente la monarquía y que estima á los realistas; decid que cuento con numerosos amigos entre ellos, pero sobre todo evitad por todos los medios posibles, que el Oeste pueda recurrir á una insurreccion. Los ejercitos combinados del Anjou, del Poitou, de la Bretaña y del Maine, podran marchar sobre Paris cuando haya salido Napoleon y cambiar por medio de un golpe atrevido de mano todos nuestros mejor concertados planes. Una hipótesis semejante tiene tambien sus imposibilidades, pero tratándose de una revolucion, es preciso preverlo todo, y yo no quiero llegar a este punto para encontrarme vencido de repente por algunos paisanos imbéciles. Guerra, pues, parcial si es necesario, pero guerra de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, jamás de ejército á ejército. Conmociones en todas partes, insurreccion en ninguna, y principalmente, que nunca los generales tomen sobre el ánimo de los vendeanos un imperio que podria llegar á ser funesto á las consecuencias que espero sacar de todo este embrollo. Poneos de acuer-

do con Lagarde, *que ejerce las funciones de prefecto* en el Mans, y que posee toda mi confianza.»

XVII. Estas insinuaciones de Fouché favorecian las insurrecciones anárquicas de aquellas provincias, pero les ofrecian inciertas eventualidades que dejaban de corresponder á las pasiones, á la adhesion y á los intereses realistas. Las guerras civiles no llevan consigo ni estas indecisiones, ni estas espectativas. La Vendée solo podia alzarse con sus verdaderos jefes y su antigua bandera. Odiaba el nombre de Orleans, cómplice á sus ojos del asesinato de Luis XVI, mas que el nombre de Bonaparte, que les habia devuelto la nacionalidad, la religion y la gloria. La mayor parte de sus mas valientes jefes habian servido como La Rochejaquelein y Bourmont en las grandes campañas del imperio. Solo el nombre de los Borbones llevaba ventaja al de Bonaparte en el corazon de los vendeanos.

Ya hemos visto que la rapidez de la marcha de Bonaparte sobre Paris, la sorpresa de los jefes y la indecision de los príncipes habian desconcertado la tentativa del duque de Borbon el 20 de marzo para insurreccionar el Oeste de la Francia; pero el pensamiento de esta insurreccion no se habia estinguido en el alma de los jefes del Oeste ni en la del rey en Gante, antes por el contrario era fomentada diariamente por los embajadores estranjeros. La Rochejaquelein era la persona mas designada por su nombre y por su valor para dar la señal, y el impulso y la victoria á un pais lleno de recuerdos y regado con la sangre de su familia. La guerra vendeana de 1793 á 1799 habia hecho de los nombres de La Rochejaquelein y de Charette el grito de guerra de la Vendée. Era esta una familia nacionalizada por la comunidad de sacrificios, de heroismo y de sangre vertida, en el corazon de los vendeanos.

Antes de la revolucion, habitaba en el castillo de la Durbelliere, no lejos de Nantes. El jefe de la familia, Luis de La Rochejaquelein, habia emigrado con tres hijos en 1791 y refugiadose á Tournai. Su segundo hijo Luis de La Rochejaquelein, siendo aun casi niño hizo la campaña de los príncipes en Alemania; se embarcó en seguida con su padre y sus hermanos para Santo Domingo, en donde combatió bajo las órdenes de su padre en las diferentes guerras de aquella colonia, hasta que arrojados de la isla juntamente con los ingleses, padre é hijos se retiraron á la Jamaica. La guerra y la patria les llamaban á Europa; el jóven Luis pasó al continente á servir en un regimiento de linea inglés. El padre, embarcado algun tiempo despues para Europa, fue atacado en la mar por un corsario frances: durante el combate, una bala de cañon le medio llevó el brazo izquierdo; con el sable que tenia en la mano derecha acabó de cortarle, y arrojando su miembro al mar prosiguió combatiendo, hasta que acribillado de heridas, hecho prisionero, separado de los suyos y consumido por el dolor, espiró invocando á su patria.

XVIII. Vuelto á Francia su hijo Luis despues de la pacificacion de su provincia, casó con la viuda del marqués de Lescure, uno de los héroes cristianos de aquella guerra, que recibió el martirio con la muerte. Viviendo en sus posesiones, doblemente popularizado por el nombre de su hermano, muerto en la primera guerra, y por el de Lescure, memoria santificada en el corazon de los paisanos poitevinos, Luis de La Rochejaquelein trabajó con los realistas de Burdeos en la defeccion de esta villa al imperio, y en el reconocimiento del duque de Angulema, con quien fué á unirse á España. Luis XVIII, en recompensa de tanta adhesion, le dió el mando de los granaderos de caballería de la guardia real, cuerpo escogido, compuesto de los mejores y mas intrépidos soldados de la guardia de Napoleon; y se hizo querer de tal modo de su regimiento, que le condujo todo entero á Gante en pos del rey.

XIX. A la Rochejaquelein, tan reflexivo como intrépido, le repugnaba un levantamiento parcial, inoportuno, que no podia tener otro resultado que el de concentrar las desgracias de la guerra civil en su provincia, mientras que la suerte de la Francia se decidiria en un mas vasto campo de batalla. Pero su hermano Augusto La Rochejaquelein que habia permanecido en la Vendée, le escribia no poderse contener por mas tiempo la impaciencia de la insurreccion, que ya en el bosque de la Roche-Serviere, teatro de la encarnizada lucha del primer Charette, otro Charette sobrino de aquel y heredero de su valor, La Roche-Saint-André y Goulaine se tiroteaban contra las tropas del emperador; que Autichamp, acusado de lentitud en otro tiempo, y Suzannet formaban sus campamentos movibles designando los puntos de reunion preparándose á estallar el mejor dia.

El rey, á pesar de Mr. de Blacas que contaba poco con estos arriesgados heroismos de las guerras intestinas, envió á Luis de La Rochejaquelein á Londres para solicitar un subsidio de guerra para un contingente de ochenta mil vendeanos, ausiliares de la coalicion asalariada por la Inglaterra. La Rochejaquelein atravesó el mar y obtuvo el subsidio y los buques necesarios para trasportarle á él y á sus granaderos al Bajo Poitou. El levantamiento habia estallado el 15; el dia siguiente, 16 de mayo, La Rochejaquelein llegó á la costa de Saint-Gilles, desembarcó sus soldados, sus municiones, sus subsidios, y publicó la proclama de guerra siguiente.

«¡Vendeanos! aquí teneis armas. El rey os ama y me envia en nombre de las naciones de Europa que admiran vuestro valor. Acordaos cuántas veces mi hermano os ha conducido á la victoria; yo no haré mas que repetiros sus palabras que inflaman vuestros corazones: ¡Si avanzo, seguidme! ¡si retrocedo, matadme! ¡si muero, vengadme! Bonaparte no ignora que vuestro alzamiento será la señal de su perdicion, él mismo es quien os ha dado el título de gigantes. La Europa tiene los ojos fijos en vosotros y acude á sosteneros. El rey ha dicho: yo deberé mi corona á los aldeanos.»

Apenas escuchó estas palabras, Mr. de Suzannet, primo de La Rochejaquelein, se presenta con cuatro mil paisanos ya insurreccionados en Saint-Gilles; Charette y todos los jefes le siguen, é informan al jóven general de que Mr. de Autichamp y su hermano Augusto de La Rochejaquelein, cada uno á la cabeza de una tropa de insurgentes, combinan sus movimientos para arrojar de la Vendee los soldados del emperador y combaten ya en aquel intante.

XX. Los sucesos confirmaron sobre la marcha estas noticias. Augusto de La Rochejaquelein, al frente de tres mil paisanos casi sin armas ni municiones, fanatizados por el cura de Aubiers, que habia bendecido su victoria ó su muerte, acababa de caer en Maulevrier sobre el 26.° regimiento de linea dispersándole y persiguiéndole hasta Chatillon, donde estas tropas alentadas por su coronel y posesionadas de una altura habian detenido á los vendeanos. Pero los numerosos heridos trasportados á Chollet despues de la retirada infundieron la consternacion en esta ciudad.

A la noche siguiente de esta victoria, Augusto de La Rochejaquelein informado del desembarco de su hermano, se dirigió á Saint-Gilles para armar su gente, al propio tiempo que Sapinaud, otro jefe acreditado, al frente de tres mil paisanos se dirigia con la propia intencion por distinto camino. En vano el general Travot les ataca para arrebatarles sus municiones, pues salen triunfantes y consiguen unirse en Saint-Gilles con Luis de La Rochejaquelein y sus granaderos. Las campiñas de la costa se sublevan entusiasmadas al rumor de estos triunfos, y varios correos llevan las noticias aumentándolas á Londres y Gante, de modo que el gabinete inglés y el rey creen á la insurreccion victoriosa.

XXI. Reunidos los jefes dos dias despues en Pallnau se conciertan para nombrar un general; la division y la independencia de los mandos perdieron la primera guerra; la union y la obediencia deben asegurar el triunfo de la segunda. Reúnese un consejo de guerra, en el cual Suzannet y Sapinaud, aunque sintiendo la falta de un príncipe que quitase todo pretesto á las rivalidades, consienten generosamente en reconocer por su superior á La Rochejaquelein. En cuanto al asentimiento de Augusto de La Rochejaquelein no podia ser dudoso, pues un hermano no debia ser rival del otro. Autichamp, que se hallaba ausente combatiendo lejos de allí, era el solo que faltaba en el consejo; pero La Rochejaquelein, proclamado general por unanimidad, le escribió dándose á reconocer como tal. Decidióse en seguida á marchar sobre Borbon-Vendée, y el 20 por la tarde el ejército bajo sus órdenes penetró sin obstáculo en Aizenay.

Todo presagiaba la victoria para el dia siguiente: el ejército real tranquilo por su número, por sus armas, por sus municiones, por sus jefes y por su entusiasmo, descansó en esa seguridad que inspira la presunta consternacion del enemigo. A las tropas imperiales las creian asombradas, en retirada y replegándose para concentrarse en las ciudades fuertes; pero nada de esto era así.

El general Travot, á quien una larga esperiencia de los vendeanos habia acostumbrado á su impetuosidad y á sus faltas, forma una columna de ataque, atraviesa oculto el pais montañoso, aguarda la hora del sueño, y en medio de las tinieblas de la noche divide su tropa en dos cuerpos y se presenta inesperadamente á las puertas de Aizenay. Contesta con el grito de *¡Viva el rey!* al *¡Quién vive!* de los centinelas adormecidos, lanza al propio tiempo sus dos columnas por dos puertas al centro de la ciudad, sorprende á los vendeanos en sus vivacs, en las plazas, en las calles y en las casas en donde descansaban tranquilamente, y les fusila, les acuchilla, les dispersa ó les hace prisioneros. Los que intentaban contestar al fuego, se mataban unos á otros en medio del desórden; los jefes apenas tienen tiempo de montar á caballo para rehacer sus tropas; los mas intrépidos y entre ellos el cuñado del general La Rochejaquelein, Beauregard, mueren por cubrir la derrota. Charette espira

atravesado por cinco balas, y colocándose un pañuelo sobre su pecho para detener un momento su vida con su sangre; «¡Soldados, dice, juradme antes que muera, obedecer á La Rochejaquelein!» Saint-André, uno de aquellos jóvenes jefes, herido y conducido delante de Travot obtiene clemencia de este general que une la humanidad al valor. «¿Os han obligado á servir sin duda?» le dice Travot para inspirarle una respuesta que le permitiera libertarle. «No señor, contestó el jóven, he seguido voluntariamente mi bandera.—¿Pero á lo menos, os hallabais sin armas cuando fuisteis hecho prisionero?—Sí, general, contestó Saint-André, es verdad, porque se me habian hecho pedazos batiéndome contra vosotros.»

XXII. El ejército de La Rochejaquelein sintió desfallecer su confianza por esta derrota al principio de una guerra de entusiasmo; mas sin embargo, este jóven general consiguió rehacer sus restos. Los paisanos contaban con un cambio de fortuna para el ejército de Antichamp que debia combatir y vencer en aquellos momentos en el Anjou. Antichamp, en efecto, operaba en los antiguos dominios de Cathelineau, de Bonchamp y de Stofflet, pais en que todo paisano era soldado ó hijo de soldado de la antigua guerra. Todos los jefes de los chuanes que sobrevivian á Jorge, y todos los hijos de familias militares de la provincia, servian bajo sus órdenes: los Caqueray, los La Haie, los Beauveau, los Walsh, los Clermont, los La Vauguyon, los La Guesnerie, los Scepeaux, los Kersabiec, los Vandreuil. Diez ó doce mil paisanos de sus feligresías seguian á sus jefes ó á los hijos de sus antiguos jefes. La Vendée parecia haber cobijado durante quince años aquellos alistamientos; los gritos de guerra salian á la vez hasta de las chozas mas miserables é instigaban a Antichamp á que cayera sobre la division amenazada de Travot y á que se apoderase de Chollet.

Bien fuera esa táctica funesta á las insurrecciones en que la sola táctica consiste en la prontitud, ó bien fuese el terror inspirado á sus planes por la noticia de la derrota de Aizenay, lo cierto es que Antichamp evitó un choque con las fuerzas de Travot, dándolas tiempo de evacuar á Chollet y de retirarse. Entró, pues, en Chollet, nó como vencedor que se apodera del campo de batalla, sino como táctico que ocupa una posicion no disputada. Allí se le unió La Rochejaquelein, quien acababa de formar su estado mayor, compuesto de Mr. de Tinguy y de la Roche-Saint-André, habiendo nombrado como su principal lugarteniente á Canuel, antiguo general de la convencion contra los vendeanos y que despues abrazó su causa. La esperiencia de Canuel debia organizar lo que La Rochejaquelein levantaba. Antichamp reconoció, como los demás jefes, la supremacia de La Rochejaquelein y la mision que le habia conferido el rey.

XXIII. Durante estos preliminares de guerra en la orilla izquierda del Loira, Audigné formaba catorce legiones de insurgentes en la orilla derecha, las cuales tenian por jefes á los Coislin, los Vaudemont, los Menard, los Turpin, los Narcé, los Beaumont, nombres todos ya ilustres por las antiguas guerras y muy gratos por sus recuerdos á los paisanos.

El general Tranquille, respetado por su moderacion en los estremos de la guerra civil, y Embrugeau, se fortificaban en el interior del pais de los chuanes, y empezaban á romper el fuego en todos los encuentros. Gauthier, Charnacé, Champagne, levantaban bordas por sus flancos, y Atanasio Charette, de Sol de Grisolles, general y negociador de la antigua época, los Cadoudal, el conde de Marigny, envejecido en los campos de batalla de la Bretaña, todos tomaban á un tiempo las armas. Todo presagiaba una lucha de cien mil hombres en comunicacion con el mar, dueños bien pronto de la corriente del Loira, dominando á Nantes, amenazando á Angers, y comunicando á la Normandía el ejemplo y el movimiento de la insurreccion propagados hasta el corazon del imperio. Las administraciones y los destacamentos del emperador se retiraban de los paises sublevados, implorando á voces prontos refuerzos de tropas de línea. «No bastan cuarenta mil hombres, escribian; los pueblos enteros corren á las armas, solo queda una esperanza, la de dividir á los jefes Antichamp y La Rochejaquelein, que ya han tenido un choque entre sí bastante brusco en Nantes hace dos meses cuando la tentativa del duque de Borbon, para que hayan olvidado sus mutuas ofensas. Aislar á toda costa la Vendée del mar, por donde recibe armas, y del pais de los chuanes, que le prepara soldados, hé aquí el plan que el gobierno del emperador debe adoptar y ejecutar sin tardanza.»

XXIV. La Rochejaquelein, por su parte, queria precipitar los acontecimientos, marchar á la costa para ponerse allí en comunicacion con la flota inglesa y el almirante Hotham, quien debia llevar armas y municiones, uniéndose en seguida, pasando el Loira, al ejército de Marigny y de Sol de Grisolles para lanzarse en masa sobre París. Antichamp consiente en este plan, y de todas partes se ponen en marcha hácia la costa; las divisiones de Sapinaud y de Augusto de la Rochejaquelein se encuentran en Soulans, pero las divisiones de Antichamp faltan al punto designado. Luis de La Rochejaquelein, á pesar de sus incompletas fuerzas, espera tener tiempo para comunicarse con la escuadra que está á la vista á unas dos leguas. Envia á Roberto de Chastaignieres para anunciar su presencia al almirante Hotham y convenir con él la hora y el sitio de desembarque de los subsidios, de las municiones y de la artillería. La Rochejaquelein, en fin, preparó todo lo necesario para proteger con fuerzas imponentes contra Travot el desembarco convenido.

XXV. Mientras se hacian estos preparativos, Suzannet, uno de sus tenientes, habia abandonado al frente de cuatro mil hombres, restos de los ejércitos del antiguo Charette, los paises aguerridos por aquel recuerdo. Al llegar á Lamotte-Foucrand, supo Suzannet que seis mil hombres de tropas imperiales ocupaban á Chollet y le amenazaban por el flanco si proseguia su marcha; así es que en vez de avanzar sobre la costa envió á pedir refuerzos al general en jefe. La Rochejaquelein tuvo, pues, necesidad de desprenderse de algunos miles de hombres para cubrir y prestar fuerzas á su amigo. Gabriel Duchaffault, uno de los jefes del ejército de Suzannet, llega de allí á poco al cuartel general y llama á La Rochejaquelein, á Lamotte-Foucrand, para recibir, dice, comunicaciones decisivas que cambian la faz de las cosas. Negociábase en aquellos momentos en vez de obedecer á La Rochejaquelein, espuesto solo al enemigo por la causa comun.

He aquí el sentido de aquella negociacion, en que la lealtad de algunos jefes engañados produjo la ruina de la empresa y del general.

XXVI. Habia entrevisto el emperador con un justo terror el efecto de una insurreccion general del Oeste del imperio, mientras que con fuerzas divididas combatia él la coalicion en el Norte. No eran aquellos ya los tiempos en que la convencion podia vencer á un tiempo la Vendée y la Alemania; el despotismo gastado y rechazado no podia renovar los prodigios del patriotismo y de la revolucion. Fouché se encargó de suspender por medio de negociaciones y promesas una guerra fratricida cuyos triunfos ó reveses debian costar torrentes de sangre á ambos partidos, sin decidir la gran causa entre la Europa y Napoleon.

Su nombre tenia cierta popularidad en el Oeste por las numerosas amnistías y restituciones de bienes que habia concedido como ministro de policía, despues de la primera guerra. Como sus agentes abundaban por todas partes, encontró medio de llamar á su despacho á un noble vendeano, antiguo combatiente de los ejércitos de aquel pais en tiempo de Bourmont, llamado Mr. de Malartic. Representóle la inutilidad y los desastres de una insurreccion que no podia causar sino desgracias por doquiera. Le manifestó el estado de las fuerzas escogidas ó de preferencia que el general Lamarque dirigia con una inteligencia digna de Hoche, su modelo, sobre las provincias para abogarlas en su generosa sangre. Hizo mas; le abrió su corazon, le comunicó su correspondencia con la corte de Gante, le confió su doble cargo de ministro del emperador y de partidario de una restauracion preparada como refugio á la Francia, merced á sus cuidados para preservar á la patria del aniquilamiento. Si Napoleon sucumbe, desígnale como confidente de sus designios cerca del gobierno de Luis XVIII, á los Anglès, los Mounier, los Argout y los Guizot. El rey mismo, le dice, convencido de que los aliados no obrarán antes de seis semanas, sabe que Bonaparte tendria tiempo suficiente para destrozar las fuerzas vendeanas, y les manda reservarse para su causa. Mr. de Malartic, convencido por tales confidencias, por las cartas y los nombres que le fueron manifestados, se encarga de marchar á la Vendée con otros dos realistas, garantes de su lealtad á los ojos de su partido: MM. de la Beraudiere y de Flavigny.

Parten efectivamente, y apenas llegados al Mans se franquean con Mr. de Bordigné. «Fouché es nuestro, le dicen; hé aquí órdenes de Napoleon á sus prefectos y generales para suspender con nuestro aviso todo género de hostilidades.» Bordigné se admira y suspende su marcha para la Vendée. Malartic, La Beraudiere y Flavigny atraviesan el Loira y por entre los ejércitos bajo la salvaguardia de las autoridades, y van á encontrar á Suzannet al castillo de La Chardiere; pídenle una entrevista en su campamento, y le comunican por escrito el objeto de su mision. Suzannet les dirige a La Rochejaquelein y Canuel, quienes rehusan enérgicamente escucharlos; Antichamp, sin embargo, menos fogoso, admite á los tres negociadores de Fouché en su campamento de Tiffauges, oye su proposicion, y se admira de su confidencia, pero se niega á responder á ella antes de haber consultado á sus oficiales, y su acuerdo de consejo de guerra resuelve someter toda conferencia con ellos á las resoluciones de su jefe La Rochejaquelein.

En estas dudas, Suzannet, que se inclinaba á la paz, permanecia inmóvil, y aquellas negociaciones divulgadas entre los jefes y los solda-

dos hacian vacilar las resoluciones y los caractéres. Los cuerpos de Travot y de Lamarque reforzados con los guardias nacionales de las ciudades y de los pueblos patriotas, avanzaban en considerable número hácia el Marais y el mar. Veinte y cinco mil hombres divididos en cinco columnas, estaban escalonados en el territorio vendeano, detrás de los cuerpos insurgentes, cortando de este modo el ejército realista del Morbihan. Solo quedaba libre á La Rochejaquelein el espacio que mediaba entre el mar y Suzannet. Tenia aquél bastantes fuerzas para vencer aun, pero aquellas fuerzas se disolvian bajo su mano. Los paisanos, en cuyas filas habian sembrado hábilmente la desconfianza, repetian que su general en jefe solo se mantenia cerca de la orilla para abandonarlos refugiándose en la escuadra inglesa.

Todos estaban ya desanimados de una guerra que carecia de fanatismo religioso, del entusiasmo realista, de la persecucion de la espropiacion y del cadalso. Aquellos eran otros tiempos, y los tiempos hacen los hombres.

XXVII. La Rochejaquelein, no obstante, concentra su ejército en Sainte-Croix-de-Vie para cubrir el desembarco y se traslada él mismo á bordo del navío del almirante Hotham, el *Magnífico*, en donde es recibido por aquellos valientes soldados incapaces de traicion, con los honores debidos á un general de la misma causa. La escuadra envia á la orilla en todas las lanchas, los cañones, la pólvora, los fusiles, las balas y los subsidios prometidos. El ejército se arma en medio de los gritos de júbilo y de reconocimiento. La Rochejaquelein espera á sus oficiales para dividir entre sus campamentos aquellas prendas de victoria; pero trascurren tres dias sin que hagan el menor movimiento hácia él, hasta que el tercero un correo le lleva una carta colectiva de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp. Estos tres generales le escribian en un estilo embarazoso «que sus campamentos rehusaban seguirles ó se desbandaban; que la presencia de un príncipe de la casa de Borbon era necesaria para devolver el impulso y la constancia á los paisanos aterrados por la derrota de Aizenay, y que le pedian se replegara prontamente sobre su propio pais para concurrir á la defensa comun.»

Otra carta separada y mas amistosa de Suzannet confirmaba, aunque en términos mas suaves, aquellas resoluciones de los generales, hablándole de las conferencias habidas entre Malartic, La Beraudiere, Flavigny y otros jefes; por último, pronunciaba la palabra de una próxima suspension de armas.

XXVIII. A consecuencia de estas negociaciones, ni consumadas ni negadas aun, acababan de dispersarse por sus aldeas quince mil paisanos de los campamentos de Suzannet, de Sapinaud y de Autichamp. Lamarque avanzaba á favor de este desarme; mezclaba la política á la guerra, suspendia las hostilidades y prohibia los rigores con las reuniones inofensivas. Solo La Rochejaquelein quedaba espuesto entre la mar y el enemigo con mil doscientos valientes jóvenes oficiales y paisanos adictos hasta la muerte á su causa. La indignacion exaspera su alma, y en una órden del dia lanza á sus ejércitos en retirada un grito de cólera y de desesperacion. Destituye á Sapinaud y á Autichamp y á Suzannet, echándoles en cara la bajeza de su transaccion con los devastadores de la Francia y del mundo, y nombra en su lugar á MM. de Civrac, Duchaffault y Duperrat, olvidando que la guerra civil proclama á sus jefes y no los recibe de nadie. Su confianza crece con el peligro, y anuncia aquel mismo dia al rey que la Vendée, purgada de algunos traidores, será mas fuerte que antes de aquella mancha de pacificacion, y que no pasarán ocho dias sin que cincuenta mil hombres se hayan unido á su bandera. Efectivamente, el toque á rebato dispuesto por sus órdenes se oyó en todos los campanarios, y Duperrat rehizo las feligresías para proteger el convoy de municiones y armas que llevaba los ausilios de guerra á la Vendée.

XXIX. Tambien aquel mismo dia Suzannet y Sapinaud celebraban con pompa en sus campamentos los funerales de Charette, muerto en Aizenay, segun llevamos dicho. Una columna de mil quinientos hombres del ejército de Travot, pasa tranquila bajo el fuego de los vendeanos, ocupados en llorar á su jefe. Suplícanle á Suzannet que ataque á aquella columna; pero éste en vez de responder hace tomar un camino distinto á sus paisanos. Duchaffault desobedece, y seguido de Lemaignan y de Chabot, se lanza en persecucion de los imperialistas, les hace un fuego horrible y los persigue hasta Legé; siendo estos los últimos disparos de la insurreccion en lo interior de las tierras. Solo el Marais no se desarmaba completamente.

Entretanto La Rochejaquelein, amenazado por el flanco y la retaguardia por los dos generales de Travot, Grosbon y Esteve, se deslizaba al abrigo de los peñas. El rio de Vie le separaba del cuerpo de Grosbon y se tiroteaban de una á otra orilla. Grosbon, atisbado por un vendeano desde las ventanas de una torre, cae muerto en medio de de su columna. La Rochejaquelein recibe en aquel momento cuatro enviados de los campamentos de Sapinaud, de Suzannet y de Autichamp, MM. de Tinguy, de La Roche-Saint-André, de Goulaine y de Martray. Estos jóvenes, en nombre de su ejército, tienen la osadía de pedir cuenta á su general en jefe del título que le confia el mando general, y de las municiones de que se ha apoderado para su ejército personal. La Rochejaquelein que no tenia otros títulos sino su nombre y el consejo de guerra de Sain-Gilles, elude la respuesta, les invita á la concordia y les confiere á ellos mismos algunos mandos: reconocen, pues, al hombre á quien acababan de insultar y marchan á obedecerle.

El general Esteve á la cabeza de una columna de dos mil hombres alcanza al ejército durante la noche. La Rochejaquelein vuelve caras, cae sobre Esteve al rayar el dia y le hace retroceder en desórden hasta los fosos empalizados que sirven de almenas á los soldados de Esteve que fueron rehaciéndose. Desde estas alturas acribillan á los paisanos y habiendo caido muerto uno de los jefes realistas, dispérsanse los suyos consternados lanzando el grito de: *Sálvese el que pueda*. La Rochejaquelein y su hermano Augusto permanecen solos a descubierto, llamando, conjurando y animando á sus soldados: el segundo cae herido de un balazo en la rodilla al pié de su caballo muerto. Llévansele sus amigos, y Luis de La Roquejaquelein permanece aun impávido, esperando que su constancia y su ejemplo podrán contener la derrota. De pie sobre un cerro elevado agita su sombrero colocado sobre la punta de su sable para enseñar el enemigo á sus paisanos del Marais que vuelven á su voz. Solo algunos pasos le separan de los soldados de Esteve; su actitud, su gesto y sus palabras le hacen reconocer por un jefe, así es, que el general de la gendarmería de París, Lupin, manda á sus gendarmes que apunten al general y estos hacen fuego. La Rochejaquelein cae muerto en brazos de los suyos que le vengan con la victoria como quiso ser vengado su hermano. Pero esta victoria se cambia en luto para su ejército, y la Vendée, levantada apenas, sucumbe con él.

Un jóven poeta que se habia escapado del colegio de Fontenay para seguirle, ansioso antes de tiempo de la poesía de los combates y fanatizado por su nombre, combatia á su lado, precipítase sobre su cuerpo para cubrir ó reanimar á su general, y allí sobre el pecho de La Rochejaquelein, es destrozado por cien balas, y el bardo muerto es sepultado con su héroe.

XXX. Así en la flor de la vida desapareció el autor y la víctima de esta guerra. Lloráronle ambos campos; sus paisanos en Vendée, las tropas de línea en que tenia muchos camaradas y amigos, sus granaderos en Bélgica, todos en fin, al saber su muerte, confundieron sus lágrimas. Su hermano al dia siguiente, ignorando el trágico resultado, pero sabiendo la defeccion de sus divisiones, se lanza á caballo con los cabellos sueltos, recorre las aldeas vecinas de su morada, arroja el grito de angustia y de venganza á la puerta de las chozas mas miserables, hace tocar á rebato, arenga, suplica, amotina á los paisanos de su pais. La multitud enternecida se arma á su voz esclamando: «¡A salvar á los nuestros!»

Pero ya no era tiempo: La Rochejaquelein yacia sepultado en el campo de batalla, honrado con el luto de dos ejércitos y vengado por los remordimientos de sus generales. Su cuerpo entregado á sus soldados fué conducido á la aldea de Perier. Mas tarde la Vendée levantó una cruz fúnebre sobre un montecillo en medio de los campos en que habia exhalado el último suspiro. Allí se leen estas palabras: «Sobre este cerro fué muerto y sepultado Luis de La Rochejaquelein.» Cultívanse en aquel sitio gran número de siemprevivas, flores salvajes petrificadas en el monumento de los héroes. Mad. de La Rochejaquelein quedaba viuda por segunda vez con otro hijo, de los cuales el mayor contaba apenas doce años. Uno de ellos debia conservar el esplendor de ese nombre que la revolucion ha engrandecido al lado de los nombres mas poéticos de nuestra historia.

XXXI. Augusto de La Rochejaquelein su hermano, restablecido de su herida, inmola sus resentimientos á su causa, se reune á Suzannet sin dirigir un solo cargo á este general, negándose á aceptar el mando en jefe que se le ofrecia para contentarle, cuya eleccion quedó aplazada. Andigne en la orilla derecha conserva su fuerte organizacion, no oye sino con reserva á los emisarios de Fouché y continúa hostigando á Lamarque. Este general jóven, impaciente de gloria, hábil en palabras y pronto en obras, espera conquistar el grado de mariscal de Francia con sus brillantes triunfos en Vendée. No da tregua alguna á Andigne; cada dia presencia un nuevo combate en que los prodigios de valor individual de ambas partes recuerdan aquellas hazañas de guerra de cuerpo á cuerpo de la antigüedad. De Sol de Grisolles, á la cabeza de los heroicos estudiantes del colegio de Vannes, limpiaban el Morbihan, Cadoudal la costa, los realistas se fortificaban en Auray en número de mil

combatientes. Atacados en aquel mismo campo en que estaban sepultadas las víctimas de Quiberon, triunfan y perdonan á sus prisioneros cuyos padres no perdonaron á los suyos en tiempo de la convencion.

Los vendeanos despues de haber oido las proposiciones de pacificacion de Fouche, se avergüenzan harto tarde de firmarlas. Dan á Sapinaud el mando supremo y se concentran en La Roche-Serviere para combatir. Lamarque les presenta la batalla despues de haberles ofrecido la paz. Suzannet manda; quisiera economizar la sangre de sus soldados, pero su ardor le arrebata á él mismo. Desesperado por la muerte de La Rochejaquelein de que el se acusa, busca la muerte en espiacion. Herido dos veces y muerto su caballo, lánzase sobre el de su ayudante de campo para arrojarse de nuevo en medio del fuego, donde al fin sucumbe, espirando en los brazos de La Roche-Saint-André. Lamarque cae entonces sobre los restos de este ejército sin jefe. Autichamp corre á La Roche-Serviere, toma el mando, resiste á Lamarque y á Travot reunidos, y ve diezmarse en su derredor á toda su juventud antes que ceder la ciudad y la victoria. Lamarque ofrece de nuevo la tregua ó la paz.

XXXII. Acéptase al fin una conferencia, y los jefes, en cuyo número aparece Augusto de La Rochejaquelein, se reunen en un pueblo en las cercanías de Chollet en donde les convoca Sapinaud. Unos se obstinan en continuar la guerra; otros, y de este número era Autichamp, insisten en contener el inútil derramamiento de sangre. Divídese el ejército; la mayor parte de aquellos soldados, acostumbrados á la vida aventurera y turbulenta de la guerra civil, se indignan con la molicie de sus generales, prorumpiendo en cargos amenazadores al rededor del salon en que se delibera. Sin embargo, la repugnancia de la mayor parte de las poblaciones á ensangrentar el suelo patrio, las derrotas de Aizenay y de La Roche-Serviere, la muerte de La Rochejaquelein, la ausencia de los príncipes inmóviles en Gante mientras que se sacrificaban por ellos en Bretaña, las fuerzas y las negociaciones de Lamarque, las palabras secretas de Fouche, la certeza de un próximo juicio por medio de otras armas en los llanos de la Bélgica, todo impulsó á la mayoría del consejo hácia la paz. Esta fue firmada por treinta y seis jefes en nombre de sus cuerpos de ejército, permaneciendo solo sobre las armas el Morbihan. La Vendee paciente é inmóvil aguarda el decreto del destino.

LIBRO XXIII.

Situacion de Napoleon.—Trabajos de Napoleon y de Benjamin Constant.—Acta adicional.—Decreto de convocacion de las cámaras.—Las confederaciones.—Manifiesto de los confederados á Napoleon.—Respuesta del emperador.—Ratificacion del acta adicional por el pueblo.—El campamento de mayo.—Manifiesto de los electores á Napoleon.—Discurso del emperador.

I. Para obtener de la Francia el tiempo y los esfuerzos que iba á necesitar una guerra á muerte, Napoleon se veia obligado, como hemos visto, á cambiar de naturaleza y á halagar los instintos de libertad que habia no solo sofocado sino hasta insultado durante su primer reinado. Este modo de obrar, cuya hipocresía era evidente, rebajaba á aquel gran carácter á valerse de artificios y á concesiones que envileciaa la omnipotencia misma. El soberano que necesita implorar la obediencia, no se halla á la altura del pueblo que la consiente: el hombre en quien se sospecha engaño para reinar, no reina, representa solo en el trono un doble papel que provoca la desconfianza y el menosprecio.

Tal era la situacion de Napoleon en medio de las exigencias liberales, revolucionarias ó republicanas de los consejeros populares de que se habia rodeado. Les acariciaba, les temia, esforzábase en seducirlos, aceptando unas veces una conversion sincera á las ideas demócratas y constitucionales, y convirtiéndoles otras á sus verdaderas miras por la perspectiva de una dominacion dividida con ellos. Cuantos la observaban no podian reconocer ya al hombre de las libres resoluciones. Su alma sucumbia bajo el peso de su falta, su dignidad bajo el de los arreglos, y hasta su genio bajo el de la irresolucion. Escatimaba la libertad á hombres que le escatimaban el poder, al propio tiempo que aparentaba abandonarlo todo al destino y al pueblo, esperando adquirirlo todo de nuevo con el prestigio de un nuevo Marengo.

II. Benjamin Constant, su enemigo durante mucho tiempo y entonces el confidente de sus mas secretas incertidumbres, se admiraba de encontrar tan variable, tan indeciso y tan flexible un carácter formado en tan larga serie de tiranías. No dejaba de conocer cuánta necesidad tenia Napoleon de la fuerza material para aparecer tan firme de voluntad. «En nuestras entrevistas y en las que tenia entre sus consejeros y sus ministros, dice refiriendo aquellos misterios del palacio imperial despues del 20 de marzo, advertíase que aquella naturaleza resuelta en las formas, era en el fondo entonces vacilante y hasta carecia de toda decision. Bonaparte empezaba por mandar; pero como hombre que teme ser desobedecido, tenia necesidad de convencer. Inquietado en estos últimos tiempos por continuas incertidumbres, no era necesario contradecirle para hacerle titubear, bastaba guardar el silencio de la desaprobacion.»

Era preciso preparar la constitucion que debia presentar á sus asambleas, para que su vuelta llevase al parecer cuando menos alguna institucion á la patria. Aquel era para Napoleon el motivo perpetuo de sus indecisiones y sus consejos; cambiaba de parecer veinte veces al dia. No dar nada era despopularizarse; dar mucho era perderse. Benjamin Constant, genio teórico y absoluto, como las abstracciones de Alemania; pero ablandado y domado por su defeccion y por sus ambiciones interesadas ante el emperador, era iminentemente apto para servir, por un lado, aquellas falsas apariencias de concesiones liberales de que Napoleon tenia necesidad de adornar su vuelta; por otro, la reserva secreta de autoridad de que no queria desprenderse á fin de permanecer despota, aunque aparentando constitucionalismo.

Estos dos hombres se convenian mutuamente: el uno consultaba por necesidad, el otro aconsejaba por el bien parecer; pero ni el uno consultaba, ni el otro aconsejaba únicamente. Bastaba que el pueblo estuviese satisfecho de las apariencias, pues no se buscaban instituciones, sino pretestos.

III. El partido popular ó republicano, sin embargo, habia admitido formalmente las vagas promesas de libertad que como un incentivo el emperador habia arrojado á su paso. De todas partes le dirigian ya en folletos, en periódicos ó en correspondencia, proyectos de constitucion. El emperador los hojeaba sin cesar á fin de hallar en ellos ideas bastante populares para afectar la opinion, y harto vagas para no encarecer su poder. «Mirad, decia á Benjamin Constant, manifestándoselos en sus audiencias, aquí teneis de todas especies.» Unos eran proyectos de república con una presidencia hereditaria, dando al pueblo la satisfaccion del nombre y á la familia de los césares la perpetuidad del imperio; otros, declaraciones de los derechos naturales del hombre, colocadas como límites estremos á las usurpaciones del poder supremo. Estos, imitando á Venecia, pedian un consejo de los diez censores y un dux encadenado por una inquisicion de estado; aquellos, una convencion nacional y un ejecutor supremo y perpetuo de sus derechos, como lo habia imaginado Marat, un tirano obedeciendo á una tiranía superior á la nacion y á él. Sonreia, pues, con aquellos vanos esfuerzos de los revolucionarios de transaccion para conciliar en su persona el reinado del pueblo y el reinado de un soberano del pueblo.

El mismo Benjamin Constant, encargado de prepararle un proyecto de constitucion, no podia reconcentrar bastante el ánimo de Napoleon. El emperador aceptaba todas las fórmulas vulgares y generales en que las asambleas deliberantes, desde 1789, habian encerrado las imágenes significativas casi como si fueran ideas. Pero se negaba obstinadamente á aceptar la soberanía y la eleccion del pueblo, ora temiese que aquella soberanía consultada formalmente, le negara una nueva investidura, ora quisiese conservar para sí aquel título y aquel derecho preexistente de imperio, por el cual se levantaba por sí mismo.

«Nó, nó, decia á sus consejeros que le hablaban de hacer datar su nuevo reinado de un nuevo contacto entre la nacion y él; nó, no es eso lo que yo comprendo; me quitais mi pasado, mas yo quiero conservarle. ¿No son nada para vosotros mis once años de reinado? ellos le dan algunos derechos: el pasado la Europa lo conoce; es preciso que la nueva constitucion se refiera á la antigua, pues de este modo tendrá la sancion de muchos años de gloria y de triunfo.»

IV. Sus consejeros le respondian «que tenia mas necesidad de popularidad que de recuerdos; que si su pasado glorificaba á la Francia militar, humillaba á la Francia civil; que era necesario para reconquistar otro imperio, rejuvenecer su título y templarle de nuevo en la libertad.» Sordo á estas objeciones, que le degradaban á él mismo del trono

levantado con su propia espada para consolidarle sobre un trono mas amplio, pero que le parecia inferior por ser condicional, Napoleon continuaba inflexible. Benjamin Constant, interlocutor complaciente de sus entrevistas, y redactor ambiguo del pensamiento del soberano, cedia siempre, habiéndose colocado por su brusca transicion de una dinastía á otra, en la imposibilidad de resistir.

Se convino en que la antigua constitucion imperial en que el despotismo se adorna con el nombre de la constitucion, no seria revocada de modo alguno, y que para satisfacer á la vez su orgullo y su necesidad, Napoleon presentaria tan solo un suplemento adicional á aquella constitucion, suplemento que daria una representacion mas formal y algunas libertades mas positivas á la Francia. La confiscacion misma, esa pena que agrava al ostracismo y la muerte en manos de la tiranía, no quedó abolida en aquel código, en el cual si bien se hallaba inscripta la soberanía del pueblo, estaba limitada en el artículo que la reconocia. Por último, hasta el modo de aceptar aquella constitucion era irrisorio, pues no era votada, sino impuesta. Aun hacian mas, suponiéndola insolentemente aceptada de antemano, y poniéndola á ejecucion antes de haberla sometido al pueblo.

«¡Cómo! esclamó el emperador en el consejo de estado, en el que algunos republicanos se indignaban tímidamente de aquellas fórmulas, de aquellas concesiones incompletas, ¡se me quiere hacer marchar por un camino diferente del mio! ¡Se me debilita, se me encadena! ¡Quiérese hacerme abolir la confiscacion de los bienes de los culpables! ¡La Francia me busca y no me encuentra ya! ¡La Francia se pregunta qué ha sido del brazo de hierro de su emperador! La opinion á mi llegada era escelente, ahora es execrable. ¿Cómo se atreven hablarme de bondad, de justicia y de derechos naturales? La única ley es la necesidad, la única justicia es la salvacion pública. ¿Quiérese que los hombres á quienes he colmado de bienes se sirvan de ellos para conspirar contra mí en el estranjero? Eso no puede ser, ni será. Cada frances, cada soldado, cada patriota tendrá derecho de pedirme cuenta de las riquezas dejadas á sus enemigos. Luego que haya sido hecha la paz, entonces deliberaremos. ¡A cada dia hay que darle su ley y á cada hombre su naturaleza; la mia no es por cierto la de un ángel! ¡Nó; es preciso que vuelva á encontrarse el antiguo brazo del emperador!»

Estos arrebatos, que se renovaban á cada objecion, sometian todos los ánimos. La larga costumbre de obedecer nos hace incapaces de resistir: aquellos hombres tímidos que vendian al imperio afectando disputar la libertad, salieron vencidos y esclavizados de aquellas conferencias. Habian entrevisto en los trastornos del ánimo indomable de Napoleon la segura vuelta del despotismo, el dia en que se atreviera á sacudir los débiles lazos de que ellos figuraban rodearle. El ojo de Napoleon habia brillado de cierto modo y su voz articulado ciertos acentos que descubrian en perspectiva un segundo 18 de brumario. Hasta el mismo Benjamin Constant quedó aterrado, empezando desde entonces á arrepentirse de su pacto y á temer que recayera sobre su nombre la responsabilidad de una complicidad. Al salir del palacio, fué á confiar sus angustias á Mr. de Lafayette, su amigo, y á saber, por decirlo así, desde cuándo empezaba su dolor. Lafayette, despues de haber saludado la vuelta de los Borbones, se esforzaba, como Benjamin Constant, en asegurar á Napoleon algunas esperanzas de volver al año 89, ó mas bien, Lafayette espiaba ya la hora de la caida de Napoleon para levantarse con una popularidad y una dictadura aseguradas en el retiro.

«Conozco que he entrado en una senda sombría y dudosa, dice Benjamin Constant á Lafayette, empiezo á temer el haber intentado una empresa fuera del alcance de mis fuerzas al intentar ligar á este hombre por medio de una constitucion. Veo reaparecer al emperador con ideas que me alarman, pero al mismo tiempo le agradezco la atencion que me tiene; quizás este reconocimiento me quitará contra mi gusto algo de mi imparcialidad. ¿Quién puede responder de sí mismo cuando se halla cerca del poder? Acordaos de lo que os digo en este momento, vigilad á ese hombre, y si alguna vez os parece que marcha hácia el despotismo, no creais nada de cuanto os diré en lo sucesivo; no me confieis nada, pero obrad sin mí y contra mí mismo.»

Estas precauciones tomadas contra la tiranía, en los momentos en que se trabajaba en su favor, ponian á Benjamin Constant en relacion con los dos partidos á la vez; tenia escrúpulos hácia los unos, y miramientos y complicidades hácia los otros; su confidencia era una traicion que el inspiraba sin querer nombrarla por miedo de merecer el nombre de traidor. Lafayette era bastante contemporizador para comprender fácilmente á su amigo. Las cosas humanas, cuando los caractéres de Benjamin Constant se mezclan en el drama, flotan entre Tácito y Moliere y hacen estallar la risa al lado de la sangre.

V. Napoleon no oponia menos resistencia á la creacion de una cámara de *pares* que sustituyen á un senado que á la de una representacion electiva independiente. Todas las tribunas le ofuscaban. «¿Qué será una cámara de pares? decia él con un aplomo que avergonzaba á sus consejeros; herirá el orgullo de mi ejército. ¿Dónde están los elementos de una aristocracia representativa en Francia? Las antiguas fortunas me son enemigas, las nuevas son vergonzosas. Cinco ó seis nombres ilustres no bastan; de aquí á ocho años mis pares de Francia no serán á los ojos de la nacion sino soldados ó gentiles hombres. En mi institucion solo se verá un campamento ó una antecámara de mi palacio.»

VI. Mas con la reciente versatilidad de sus pensamientos y con la obstinacion de sus instintos de privilegios sociales volvia un momento despues á las instituciones hereditarias. «Una constitucion, decia, apoyada sobre una aristocracia vigorosa se parece á un buque. Una constitucion sin aristocracia es como un globo perdido en los aires. Se dirige un buque porque tiene dos fuerzas que se equilibran; el timon encuentra un punto de apoyo en las ondas, pero un globo es el juguete de una sola fuerza, le falta el punto de apoyo, le arrebata el viento y su direccion es imposible.» Dirigia de nuevo sus miras siempre con sentimiento hácia la antigua nobleza francesa que habia entrado toda entera en la senda de la restauracion. Lisonjeábase de reconquistarla aun del mismo modo que habia seducido á los familiares de la corte al principio de su primer reinado. «Preciso será que yo vuelva á ella alguna vez y ella á mí, decia suspirando; pero los recuerdos están demasiado recientes, por lo cual esperaremos hasta despues de la batalla; los tendré si soy el mas fuerte, y mientras tanto, dejémosles las puertas abiertas en una cámara aristocrática, donde despues de titubear algun tanto acaben siempre por entrar.»

VII. La opinion, testigo de estas dudas y de estos subterfugios, recibió con indignacion el *acta adicional* á las constituciones del imperio. El emperador quedó consternado y nadie le agradeció su debilidad, que él por su parte no dejó de sentir bastante. Una franca tiranía no hubiera al menos carecido de audacia y de dignidad. «Cómo, decia á sus confidentes el dia despues de la promulgacion, ¿la nueva constitucion no ha sido bien acogida en la opinion pública?—Es que no creen bastante en ella, replicó Benjamin Constant obstinado en llevar adelante su obra, hacedla ejecutar, señor, y la creerán.» El emperador dudó aun no pudiendo desechar del todo sus escrúpulos. «Cómo, dijo á su vez, ¿hacer ejecutar una constitucion que aun no ha sido aceptada....? ¿Qué dirá el pueblo?—Cuando el pueblo vea que es libre, repuso el confidente, que tiene representantes y que vos deponeis la dictadura, conocerá que no jugais con su soberanía.» Reflexionó un momento, y luego como si se inclinara al primer consejo que le daba, dijo: «En último resultado, teneis razon: cuando el pueblo me vea obrar de este modo y desarmarme del poder absoluto, me creerá quizá mas seguro de mi fuerza, y sobre todo, no sera malo el intentarlo.» Diciendo esto empezó á pasearse en su gabinete y dictó el decreto que convocaba á las cámaras.

VIII. La Fayette habia vuelto á su retiro de Lagrange, no distante de Paris, para presentar su nombre á la candidatura prevista. Benjamin Constant, triunfante, le escribia como si hubiera conseguido una victoria de la libertad sobre el despotismo. «Al fin, decia el consejero que hacia á dos caras al veterano de la constitucion de 1791, ha aparecido el decreto. ¡Dentro de tres semanas la nacion tendrá su constitucion! ¡Vais á ser elegido! Vuestra eleccion será un gran paso hácia el órden representativo; no dejo, sin embargo, de tener alguna inquietud: si la cámara se divide y los colegios electorales nos envian muchos enemigos, no faltarán tormentos. Escribidme si os hallais satisfecho.»

»Sí, respondió La Fayette, estoy contento, la convocacion inmediata de una asamblea de representantes me parece el único medio de salvacion, y me mezclaré hoy con mas gusto en los negocios que lo hubiera hecho hace algunos dias.»

Volvia de nuevo á sus reflexiones: presentia las luchas, las abdicaciones ó las violencias; sabiendo por esperiencia que ninguna tiranía resiste á la turbulencia de una asamblea sino echándola por tierra. Fiel á su papel, estaba resuelto á colocarse de parte de la asamblea, ya para combatir, ó ya para sufrir la tiranía con el pueblo. Su nombre, largo tiempo olvidado, debia reanimar á los republicanos ó á los constitucionales entre quienes su carácter habia flotado siempre durante la primera revolucion.

IX. Entretanto conmovian profundamente el pais las amenazas de invasion, las promesas de libertad, la promulgacion de una constitucion que nombraba el pueblo, el patriotismo natural á las masas, el frecuente reemplazo del ejército, las confederaciones espontáneas de los departamentos que se organizaban y formaban para defender el territorio, la convocacion de las cámaras, el movimiento de las elecciones que agita-

ba los diferentes partidos, los guardias nacionales movilizados cuyas entusiasmadas columnas atravesaban los departamentos del centro para trasladarse á las plazas fuertes de las fronteras, las vagas esperanzas que los republicanos, engañados por los nombres de Carnot, de Fouché y de Thibaudeau, fundaban en la gran solemnidad del campo de mayo y en la cual se esperaba confusamente ver á Napoleon abdicar el imperio y revestir tan solo la dictadura militar para salvar á la patria, hacer la paz y dejar la república á la Francia. Napoleon halagaba estas esperanzas y Fouché dejaba propagar estos rumores, el uno para encontrar una fuerza momentánea, y el otro para preparar decepciones irritantes contra el emperador.

La gente del campo y de los arrabales se armarian entretanto como para una defensa suprema de la patria; estos confederados, dejando la herramienta de su oficio por las picas de la Bastilla, recordaban las siniestras agitaciones que habian precedido y seguido al terror. Napoleon no se atrevia á animarles ni castigarles, pero no podia disimular la repugnancia á toda fuerza indisciplinada, pues la imágen del 10 de agosto de que habia sido espectador en su juventud se alzaba incesantemente ante sus ojos. Apasionado por los campamentos le horrorizaban los tumultos en las ciudades, y solia decir á los que le rodeaban: «Nó, jamás seré el Santerre de ese pueblo despues de haber sido su Napoleon.»

X. El emperador se veia reducido á contemporizar con aquel entusiasmo que le asustaba; pronto á aparecer ante los representantes de la nacion, queria presentarse dignamente á los diputados republicanos y á la Europa. Los confederados de los arrabales empezaban á murmurar de que no se diesen armas, y pedian á voces desfilar delante de él. Aquellas inmensas columnas de pueblo de todos los oficios que la industria, el trabajo, la miseria, hasta el vicio mismo, no hacian insensibles á los nobles instintos del patriotismo, se encaminaban con las manos vacías ó armados de fusiles y de picas, desde los arrabales de San Marcelo y de San Antonio hácia la plaza del Carrousel. Sus fisonomías á la vez tristes y resueltas, sus brazos caidos, su paso militar, sus diferentes armas, sus vestidos humildes ó andrajosos en que se veia impresa la huella de la usura del trabajo ó la de la indigencia, recordaban las columnas revolucionarias que los grandes demagogos amotinaban desde 1789 á 1794 contra las Tullerías ó la convencion. Pero estas columnas iban á ofrecer su vida á la patria y Napoleon no podia menos de admirarlas, aun temiéndolas, porque aquel era el orígen de su ejército. He aquí el mensaje que aquellos hombres llevaban al emperador:

«Os hemos acogido con entusiasmo, porque sois el hombre de la nacion, porque sois el defensor de la patria, y porque de vos esperamos una gloriosa independencia y una gloriosa libertad.... Ah señor, ¡que no hubiéramos tenido armas cuando los reyes estranjeros, envalentonados con la traicion, avanzaban hasta las puertas de Paris! ¡Con qué ardor hubieramos imitado á esa valiente guardia nacional, reducida á obrar por sí misma y á correr ante el peligro sin direccion alguna! Nuestra comun resistencia os hubiera dado tiempo de llegar para libertar á la capital y destruir al enemigo. Conocíamos esta verdad, os llamábamos con toda nuestra alma, y vertíamos lágrimas de rabia al considerar nuestros brazos inútiles á la defensa comun.... La mayor parte de nosotros hemos hecho la guerra de la libertad y de la gloria bajo vuestras órdenes; todos somos antiguos defensores de la patria; la patria debe volver con confianza las armas á aquellos que han derramado su sangre por ella. En su nombre, señor, dadnos armas; en vuestras manos juramos no combatir sino por su causa y la vuestra. No somos instrumento de ningun partido, agentes de ninguna faccion..... *¡Viva la nacion! ¡Viva la libertad! ¡Viva el emperador!*

XI. Napoleon abandonó sus habitaciones al oir su voz, les pasó revista aceptando sonreirle aquellas familiaridades del pueblo que le inspiraban secretamente mas terror que confianza, y contestó á sus gritos de *¡Viva el emperador!* con el de *¡Viva la nacion!* grito que habia ahogado en sus labios durante tantos años.

«Soldados confederados de los arrabales de San Antonio y San Marcelo, les decia, he vuelto solo porque contaba con el pueblo de las ciudades, con los habitantes del campo y con los soldados del ejército, cuya adhesion al honor nacional me era bien conocida. Vosotros habeis justificado mi confianza; acepto vuestra oferta y os daré armas.... Vuestros brazos robustos y fuertes para los trabajos mas penosos son mas á propósito que ningunos para el manejo de las armas. En cuanto al valor, sois franceses....

«¡Soldados confederados! si existen hombres nacidos en las altas clases de la sociedad que hayan deshonrado el ejército francés, el amor de la patria y el sentimiento de honor nacional se han conservado intactos en el pueblo de las ciudades, en los habitantes del campo y en los soldados del ejército. Me llena de júbilo vuestra vista. Confio en vosotros. *¡Viva la nacion!*»

XII. Despues de esta revista, el emperador, á solas con sus mas íntimos confidentes, sintió mas profundamente que nunca el abatimiento de su situacion. En vez de aquellos quinientos mil hombres que al principio de sus grandes guerras acudian desde los estremos del imperio á ponerse bajo su mando, solo habia visto el fantasma de aquella plebe indigente y turbulenta que las revoluciones sacuden en el fondo de las capitales sin un gobierno regular. Aquella plebe que le aclamaba entonces podia sepultarle al dia siguiente. «Si yo hubiera sabido, dijo á Mr. Molé, hasta dónde habia de verme obligado á descender, hubiera permanecido en la isla de Elba.» Prohibió dar armas á aquella multitud porque toda fuerza indisciplinada le inquietaba tanto para su poder como para la seguridad de la patria. Despreciaba aquellos levantamientos espontáneos del pueblo, terrible en la esplosion, pero incapaz de constancia. «Los motines populares, decia, hacen revoluciones, solo los ejércitos hacen conquistas.» La cancion de la *Marsellesa*, que los confederados repetian en coro al dispersarse en sus barrios, era para él el toque de rebato de un 10 de agosto. Sentia temblar al imperio al ruido de aquellas canciones que en otro tiempo habian salvado la patria. El corto número de aquellos confederados y de los voluntarios le daba á conocer suficientemente que aquel movimiento era mas revoltoso que nacional. Todo le indicaba cada dia mas que la opinion descontenta ó recelosa de las clases superiores del pueblo se alejaba de él.

XIII. Los registros abiertos en todas las municipalidades del imperio para la aceptacion de la constitucion promulgada permanecian casi en blanco; apenas un millon de sufragios provocados por los agentes del gobierno ó inspirados por el temor habian ratificado el acta adicional, y hasta algunos miles protestaron en los mismos registros en nombre de la majestad ó de la república. Mr. de Kergorlay y Mr. de Rosambo, dos hombres dignos, como Mr. Lainé, de desafiar la tiranía porque tenian la constancia de sufrir la persecucion, publicaron atrevidamente su profesion de fe política contra la usurpacion de la soberanía nacional. El emperador, á fin de combatir estas protestas y para inspirar la eleccion de los representantes de los colegios electorales, nombró veinte y dos comisarios estraordinarios y les distribuyó las principales divisiones del imperio, eligiendo á aquellos hombres de opiniones flexibles, que despues de haber dado prendas á la revolucion habian adoptado su causa y que por consiguiente le pertenecian por derecho de participacion á su pasado. La revolucion podia reconocerles, y el bonapartismo se fiaba de ellos. Eran estos, MM. Sussy, de Gerando, Bampon, Bedoch, Dumolard, Pommereuil, Roederer, Miot, Vatry, d'Alphonse, Pontecoulant, Boissy d'Anglas, Cafarelli, Francais, de Nantes, Quinette, Coster, Thibaudeau, Maret, Marchand, Colcher, Arrighi, Charles, hombres inseguros del papel que iban á desempeñar, demasiado sospechosos de complacencia por el soberano á los ojos de los republicanos, harto imbuidos de liberalismo á los de los fanáticos del imperio, unos personalmente adictos al emperador, otros á Carnot, los mas hábiles admitidos en la confianza de Fouché, y todos titubeando entre fidelidades, ambiciones ó temores contradictorios. Su mision, acogida con frialdad en los departamentos, solo aprovechó á la oposicion á quien se vieron obligados á halagar viendo que no podian vencerla; así es que no produjo efecto alguno sobre la opinion.

XIV. El emperador trató de impresionarla fuertemente con una de aquellas escenas á la vez imperiales, populares y militares que la convencion le traia á la memoria. Para el 1.° de junio, convocó á Paris á los representantes, á los electores y á las diputaciones de todos los cuerpos del ejercito. Aquello era una segunda coronacion mas popular, con que á los ojos de la nacion y de la Europa queria consagrar su título al imperio, y dió á esta solemnidad todas las pompas de la guerra, de la religion y de la paz.

El teatro elegido para esta inmensa reunion del pueblo y del ejército, fué el campo de Marte, circo moderno construido por la revolucion de 1789 para las grandes confederaciones populares. Una multitud, mas ávida de espectáculo que atraida por el entusiasmo, cubria desde la aurora las gradas de césped de aquel circo.

Cincuenta mil hombres del ejército, dispuestos ya para marchar á Bélgica, llenaban aquel espacio como para una última revista antes de la postrer campaña. Entre este pueblo y este ejército no existia en aquel momento aquella concordia que une al ciudadano al soldado en los tiempos ordinarios.

El ejército tenia un remordimiento hácia el pueblo, y el pueblo un resentimiento contra el ejército. Pero estos soldados eran los hijos de aquel pueblo y su defeccion la escusaba su entusiasmo por su jefe y su heroismo, además iban á combatir y quizás á perecer en breve por

aquel suelo sagrado: su próxima suerte enternecia á la multitud haciendo que se le disimulara su falta. Pero el resentimiento iba aun mas allá, pues en los grupos se acusaba solo al emperador de haber ido á probar su fidelidad yendo al campo de Marte á contemplar en el mas bien al hombre histórico que al hombre popular, y parecia existir ya el presentimiento unánime de su proxima y definitiva desaparicion. El campo de mayo era en aquel dia una gran escena, y en el ánimo del mayor número una de las últimas de las tragedias del siglo.

El pueblo y el ejército estaban silenciosos.

XV. En el centro del campo de Marte se alzaba una pirámide de anchas gradas, terminando en su cumbre por una plataforma que sostenia un trono. Los mariscales, los generales, los cortesanos, los electores de los parlamentos se mantenian de pié sobre las gradas de aquella pirámide y las tropas de todas armas formaban un vasto cuadro á su alrededor. Aquella era la ostentacion visible del emperador á todo un pueblo y á todos sus soldados, esperándosele para saludarle con una última mirada y una suprema aclamacion.

Se presentó acompañado de sus hermanos Luciano y Jerónimo Bonaparte, y el pueblo que esperaba un jefe militante cuyo varonil aspecto se hallaba grabado en sus ojos con el traje de guerra, se quedó admirado al verle revestido lo mismo que sus hermanos, de largas túnicas blancas, imitando el traje sacerdotal y afeminado de las majestades de Egipto. Aquellos vestidos antiguos que ocultaban bajo sus pliegues hombres modernos, y cambiaban en reputacion teatral las diferentes impresiones de la realidad, desconcertaron la vista y las ideas. El actor ocultaba al grande hombre; estaban jugando á aquel juego de la etiqueta imperial que juzgaban ya arrinconado con el viejo imperio en los guarda-ropas del palacio. Lo que se buscaba en Napoleon en aquel momento, era el soldado preparándose para su última lucha con el mundo, y nó el hombre nuevo cubierto de fajas y de diademas de la antigua monarquía. El sombrero, la casaca, el calzado de guerra, la espada del general, hubieran producido una sensacion mas profunda porque era mas positiva; aquella circunstancia no requeria la pompa, sino la sencillez. Queria recordar al soberano y traia á la memoria al hombre. Los soldados no le reconocian bajo aquellos vestidos, y el pueblo desdeñaba aquella superchería que reflejaban sus miradas. El orgullo de la clase habia aconsejado mal al emperador y á su familia. En fin, los cuchicheos de sorpresa y de burla disputaban las aclamaciones á la muchedumbre.

XVI. Trescientos oficiales de sus tropas, agitando en los aires las banderas de sus regimientos que tenian en sus manos, le saludaron con prolongados gritos de *¡Viva el emperador!* Se habia construido un tablado para colocar un altar y hacer bendecir aquellas banderas á presencia del ejército y del pueblo. El cardenal Cambaceres, arzobispo de Rouen y hermano del archicanciller, celebró los misterios al aire libre, como para asociar á aquellos juramentos al dios de los pueblos. Terminado el sacrificio, uno de los electores, elegido por el sonoro timbre de su voz (Mr. Dubois d'Angers), leyó el manifiesto que los electores reunidos en Paris habian redactado para aquella circunstancia.

Este manifiesto, espresion no contradecida del pequeño número de ciudadanos que habian asistido á los colegios electorales (hubo departamentos, como el de las Bocas del Ródano, en que los diputados fueron nombrados por ocho ó diez electores), decia así:

«Señor: el pueblo francés os habia concedido la corona y vos la habeis depuesto sin su consentimiento; sus sufragios acaban de imponeros el deber de volverla á tomar.

»Un nuevo contrato acaba de formarse entre el trono y la nacion. Reunidos de todos los puntos del imperio al rededor de las mesas de la ley en donde hemos ido á inscribir el voto del pueblo, este voto, único origen del poder legítimo, imposible nos es dejar de hacer resonar la voz de la Francia cuyos órganos inmediatos somos nosotros, dejar de decir, en presencia de la Europa al jefe augusto de la nacion lo que ella espera de el, lo que él debe esperar de ella.

»¿Qué quiere la liga de los reyes aliados? ¿Qué motivos hemos dado á su agresion? Nosotros no queremos el jefe que ellos quieren imponernos, y si el que no es de su agrado. Se atreven á proscribiros personalmente, á vos, señor, que dueño cien veces de sus capitales les habeis asegurado con generosidad sobre sus conmovidos tronos. Aun cuando hubieran proscripto al mas desconocido de nuestros ciudadanos, deberiamos defenderle, pues lo mismo que vos, se encontraria bajo la égida de la ley y de la nacion.

»Se nos amenaza con una invasion; y sin embargo, estrechados en fronteras que no son las nuestras, que durante largo tiempo y antes de vuestro reinado la victoria y la paz misma habian hecho retroceder, nosotros no hemos salvado ese estrecho recinto por respeto á tratados que vos no habeis firmado, pero que habeis ofrecido respetar. ¿No temen recordarnos aquellos tiempos y aquel estado de cosas tan diferentes en otra epoca y que podrian muy bien reproducirse aun? ¿Seria esta la primera vez que hubiesemos vencido á la Europa armada contra nosotros?

»Señor, nada es imposible, nada se escusará para asegurarnos el honor y la independencia, esos bienes mas queridos que la vida; nada quedará por intentar, todo se llevará á cabo por rechazar un yugo ignominioso. Con las naciones hablamos, y ¡ojalá nos escuchen sus jefes! Si aceptan vuestras ofertas de paz, el pueblo francés esperará de vuestra administracion fuerte, liberal y paternal, motivos para consolarse de los sacrificios que le cuesta la paz; si tan solo se le deja la alternativa entre la guerra ó el oprobio, la nacion entera se alza por la guerra, todo francés es soldado; dispuestos estamos para libertaros de vuestras ofertas, harto moderadas quizás, y que vos habeis hecho para librar á la Europa de un nuevo trastorno.....

»Los tres poderes legislativos van á empezar sus trabajos animados de un solo sentimiento. Confiados en las promesas de S. M., os encomendamos, así como á nuestros representantes y á la cámara de los pares, el cuidado de revisar, de perfeccionar, de consolidar aunados, sin precipitacion, sin violencia, con sabiduria y madurez, nuestro sistema constitucional y las instituciones cuyas garantías deben ser. Señor, un trono alzado por los ejércitos estranjeros, se ha hundido instantáneamente con vuestra presencia, porque vos nos traiais del retiro, fecundo en grandes pensamientos solo para hombres grandes, todos los elementos de nuestra verdadera gloria, todas las esperanzas de nuestras verdaderas prosperidades.»

Los heraldos proclamaron en seguida la aceptacion por el pueblo francés de la constitucion promulgada por el emperador. Un redoble de tambor impuso completo silencio á la muchedumbre, y levantándose Napoleon, dijo:

»Emperador, cónsul, soldado, todo lo debo al pueblo. En la prosperidad, en el infortunio, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono, en el destierro, la Francia ha sido el objeto único y constante de mis pensamientos y de mis acciones...

»Franceses, al atravesar en medio de la alegria pública las diferentes provincias del imperio, he debido contar con una paz duradera... Mi pensamiento se fijaba entonces todo entero en los medios de aumentar nuestra libertad con una constitucion en armonía con la voluntad y el interés del pueblo; para ello he convocado el campo de mayo.

»No he tardado en conocer que los principes que han desconocido todos los principios, destrozado la opinion y los mas caros intereses de tantos pueblos, quieren hacernos la guerra. Meditan el acrecentamiento del reino de los Paises Bajos, dándole por fronteras todas nuestras plazas fronterizas del Norte, y conciliar las diferencias que les dividen aun distribuyéndose la Lorena y la Alsacia.

»Ha sido necesario prepararse á la guerra.

»Sin embargo, debiendo correr personalmente los azares de los combates, mi primer cuidado ha debido de ser el de constituir sin demora la nacion. El pueblo ha aceptado el acta constitucional que me ha parecido presentarle.....

»¡Franceses! vais á volver á vuestros departamentos.

»Decid á los ciudadanos que las circunstancias son críticas, que con union, energía y perseverancia saldremos victoriosos en esta lucha de un gran pueblo contra sus opresores; que en las generaciones venideras examinarán severamente nuestra conducta, y que una nacion lo ha perdido todo cuando ha perdido la independencia! Decidles que los reyes estranjeros á quienes he puesto en el trono y que me deben la conservacion de su corona, los cuales en tiempo de mi prosperidad han deseado mi alianza y la proteccion del pueblo francés, dirigen hoy sus tiros contra mí. Si yo no conociera que es á la patria á quien dirigen estos tiros, pondria á su disposicion esta existencia contra la que se muestran tan encarnizados. Pero decidles tambien á los ciudadanos, que mientras los franceses me conserven los sentimientos de amor de que me dan tantas pruebas, será impotente esa rabia de nuestros enemigos.

»¡Franceses! mi voluntad es la del pueblo; mis derechos son los suyos; mi honor, mi gloria, mi felicidad no pueden ser sino el honor, la gloria y la felicidad de la Francia.»

Poniendo en seguida su mano sobre los santos Evangelios juró la constitucion en manos del pontifice. Arrojando en seguida su manto imperial, apareció ante sus tropas con el traje militar bajo el que tanto se complacian en verle en los campos de batalla y dirigiéndose á la guardia nacional del imperio, prosiguió diciendo:

«¡Soldados de las tropas de mar y tierra, os confio el águila imperial

de los colores nacionales! ¡Jurad defenderla á costa de vuestra sangre contra los enemigos de la patria! ¡Jurad que ella será siempre vuestra señal de combate! ¡Juradlo!»

Una voz sorda, unánime y prolongada que salió de los escuadrones y batallones, repitió: *¡lo juramos!* Un grito de ¡*Viva el emperador*! recorrió entonces todas las masas del pueblo. Napoleon, vistiendo de nuevo su blanca túnica sembrada de abejas, subió lentamente los escalones de la pirámide al pié de la cual habia hablado, sentóse majestuosamente sobre el trono que le aguardaba en la cúspide de la plataforma, y desde allí contempló por última vez su imperio reasumido en aquellos mariscales, en aquellos dignatarios, en aquel ejército y en aquella multitud.

Las armas, los penachos, los uniformes, las águilas, las banderas agrupadas, resplandecian, agitadas por el viento, en los cuatro frentes de la pirámide imperial, y parecian reunir en una sola todas las glorias, todas las grandezas de aquel imperio que el rayo amenazaba tan de cerca. Las músicas de todos los regimientos forman una inmensa orquesta lanzando á los aires el eco de tantos campos de batalla y de tantas victorias. Moviéronse las tropas, dividiéronse en columnas semejantes á rios de acero, y pasaron por delante de la pirámide saludando al emperador con un continuado grito.

Napoleon bajó de su trono y fué entregándoles con su propia mano las banderas. A cada regimiento dirigia una de esas frases que hacen palpitar la fibra del corazon en el cuerpo de cada soldado: á éste le recordaba Arcole, á aquél Marengo, al uno Egipto, al otro Austerlitz, á todos una de aquellas campañas en que bajo sus órdenes, el regimiento habia hecho brillar su número en el catálogo del ejército. Cuando la guardia imperial, verdadero rayo de sus campos, se adelantó la última cubriéndole con sus fanáticas aclamaciones, pareció conmoverse mas á su aspecto que cuando se sentó en el trono, y les dijo con voz natural: «Soldados de mi guardia imperial, ¿jurais sobrepujaros á vosotros mismos en la campaña que va á abrirse? ¿Jurais perecer antes que consentir que el estranjero venga á dictar leyes á la patria?—¡Lo juramos!» respondieron á una sola voz veinte y dos mil hombres, y cumplieron su juramento.

XVII. Tal fué la ceremonia vana y puramente teatral que el emperador hizo esperar desde dos meses al pueblo, como uno de esos acontecimientos misteriosos de donde debian dimanar nuevos destinos para la Francia. Una escena cómica y una revista, ni mas ni menos. La decepcion fue general é igualmente los murmullos: los realistas esperaban una abdicacion y una convocacion del pueblo, á quien se le concederia el libre voto sobre el género de gobierno que le convendria adoptar despues de la guerra. Las masas esperaban que el emperador, desestimando su queja con la coronacion de su hijo, de acuerdo con el Austria, quitaria de este modo todo pretesto á la guerra. Los republicanos esperaban que el dictador se proclamaria solo general, y que no conservaria de sus atributos imperiales sino la espada para defender á la patria amenazada, confiando los destinos interiores á la república. Todos se miraban con muestras visibles de decepcion preguntándose si para aquella representacion de corte era para lo que se les habia convocado desde tan lejos, aquella cita del pueblo francés.

Los murmullos siguieron á la decepcion, y la audacia de las palabras y de los escritos recordó los dias del directorio. Napoleon habia decaido ya evidentemente en la opinion de las clases políticas; solo las clases soldadescas y populares le permanecian aun adictas, porque veian en el nó el poder, sino la patria.

LIBRO XXIV.

Reunion de las cámaras.—Lanjuinais presidente de la cámara de los representantes.—Descontento del emperador.—Mocion de Mr. Dupin sobre la negativa de juramento.—Apertura de las dos cámaras.—Entrevista de Napoleon y de La Fayette.—Discurso del emperador á las cámaras.—Contestacion de las cámaras.—Respuesta del emperador.—Rompimiento de Napoleon y de Fouché.—El emperador forma su consejo de gobierno.—Fuerzas respectivas del emperador y de los aliados.—Plan de campaña de Napoleon.—Su salida de Paris.—Papel y carácter de Fouché.—Llegada de Napoleon á Avesnes.

I. A los dos dias de celebrado el campo de mayo se reunieron la cámara de los pares y la de los representantes. El emperador veia con terror estos nuevos poderes públicos emanados de una eleccion á consecuencia de un llamamiento revolucionario y por la vez primera frente á frente de él. Ni los nombres de los representantes nombrados en mayoría por sus partidarios en los departamentos, ni los nombres de los pares nombrados por el mismo le tranquilizaban suficientemente. Existian reputaciones republicanas mal estinguidas, como la de La Fayette, entre los representantes; habia en la cámara de los pares nombres realistas á los cuales no se habia atrevido á negar esta investidura, aun cuando desconfiase secretamente de ellos. Allí, como en otras partes, su política habia sido vencida por su situacion. Obligado á acariciar á todos los partidos, habia diezmado el suyo, y al dia siguiente del campo de mayo confesaba estas fluctuaciones de su alma.

«El temor de mi tiranía desorienta á todo el mundo, decia á las personas de su confianza. Los hombres deseosos de figurar se instituyen en abogados del pueblo; de consejeros se convierten en censores; de censores se convierten en sediciosos; de sediciosos se convierten en rebeldes; en este caso preciso es que el príncipe sufra su yugo ó que se deshaga de ellos.» Descubríase en estas palabras al discípulo de Maquiavelo, reduciendo el deber del príncipe al solo deber de reinar, y no queriendo que nadie brillara en el mundo sino él.

II. La cámara de los pares atestiguaba con la escasez de las ilustraciones que la componian, las numerosas negativas que Napoleon habia recibido de las personas que debian formar parte de aquel alto cuerpo. Unos preveian ya que tal favor seria de allí á poco una señal cierta de proscripcion; otros no se atrevian aun á mezclar sus antiguos nombres á aquellos nombres nuevos. Macdonald, fiel á la causa que habia abrazado, aun estando vencido, rehusó aquella dignidad con una respetuosa obstinacion, resintiéndose el emperador vivamente de aquella negativa que era una acusacion muda contra su vuelta. La cámara de los representantes eligió por su presidente á Lanjuinais, eleccion que indicaba de antemano el espíritu de aquella asamblea. Lanjuinais, patriota intrépido, uno de los autores del decreto de prescripcion, que el año anterior habian ofrecido el trono á los Borbones contra una carta prenda de libertad, era uno de esos hombres á quienes no se podia ni intimidar ni corromper. Sus opiniones estaban en su conciencia, y se podia estar seguro de que jamás haria pacto ni con la tiranía, ni con la dominacion estranjera. Habia desafiado con su valor y una elocuencia digna de la antigüedad á la convencion y al pueblo en los dias del terror. Girondino, hombre de corazon y de honradez, habia mas que ningun otro soportado su suplicio, del cual se escapó, como los héroes se libertan de la muerte, arrostrándola con el mas sublime desprecio de la vida.

Al emperador no le agradaban estos caracteres tan inflexibles á los halagos como á las amenazas, y conocia que su poder se embotaba en semejantes corazones.

Sus cortesanos habian hecho todas las tentativas posibles en la asamblea para que los representantes no eligieran aquel especie de Caton de la revolucion. Hubieran querido que recayera la presidencia en Luciano el hermano del emperador que presidia el 18 de brumario el consejo de los *Quinientos*, y el que con su complicidad, su elocuencia y su valor habia ayudado tanto á Napoleon á subyugar aquella asamblea.

Luciano era el único de los hermanos del emperador que no aceptó un trono en recompensa de su sangre, ora porque conservase en el alma el sentimiento republicano de sus primeros años, ora porque tuviese el orgullo de no deber nada de su fortuna sino á sí mismo, ora porque el amor que alimentaba hácia una mujer bella y de carácter, casada contra la voluntad de su hermano, le retuviese en una desgracia honorífica para el. Luciano no habia salido de Roma, donde habitaba, sino al rumor de la vuelta de Napoleon. El infortunio y el peligro le habian reconciliado con el emperador y habia acudido con la esperanza de poderle ayudar una segunda vez. Conservaba en su alma las tradiciones de la república mezcladas á los sentimientos fraternales hacia un soberano del imperio que tan de cerca interesaba á su corazon. Esta doble situacion le daba á la vez la confianza de los republicanos y la del emperador: ningun negociador hubiera sido mas apto para la reconciliacion entre la libertad y el templado reinado de su hermano; pero la asamblea repugnaba á un hombre que tenia significacion harto napoleónica. Era, pues, evidente que presentia de antemano los inmediatos dias

en que tendria necesidad de optar por segunda vez entre un hombre y la patria, y que no queria tener ningun lazo indisoluble con el soberano.

En vista de esto desechó á Luciano.

III. El emperador vió una ofensa y una amenaza en la severa eleccion de Lanjuinais, espresándose con indignacion y cólera en lo interior de palacio, pero no se atrevió á manifestar su resentimiento muy á las claras, ocultando su irritacion bajo una franqueza brusca. «Se me asegura, le dijo, en su audiencia oficial, que sois partidario de los Borbones; otros me dicen que sois mi enemigo personal; otros en fin, que amais antes que nada á la patria.

»Vos podreis juzgar la fe que doy á estos diversos fallos sobre vos en las felicitaciones que os dirijo con motivo de la eleccion que la asamblea ha hecho para que la presidais.»

Mr. de La Fayette que tenia una significacion mas republicana, habia casi partido con Lanjuinais el sufragio de sus colegas; esta eleccion y estos escrutinios revelaban a Napoleon todos los corazones. El imperio carecia ya hasta de la mayoría misma en la opinion de los electores, los mas favorables de todos los ciudadanos á la causa de Napoleon.

Un síntoma mas amenazador reveló existir en la asamblea reservas mas severas aun. Mr. Dupin, orador político, célebre despues en tantos reinados y repúblicas, notado ya por su elocuencia forense en aquella época, y Mr. Roy, persona importante por su fortuna y por el crédito de su nombre en Paris, se opusieron con energía á la pretension de hacer prestar juramento á los representantes, á menos que este juramento, prescrito por el decreto del emperador, no fuese ratificado por una ley. Llenó de indignacion á los imperialistas este primer atrevimiento de soberanía nacional y de oposicion, que Mr. de La Fayette habia concertado en secreto con unos cuantos diputados á los cuales habia intentado de influir. «¡Cómo! esclamó Boulay de la Meurthe, uno de los consejeros de estado mas obstinados en el imperio, ¿es preciso decirlo con franqueza? ¡Pues bien! existen en Francia dos partidos: el uno el partido nacional, que es el que comprende la gran masa del pueblo, y no tiene otras miras que la independencia y el honor de la nacion; el otro, al que se puede dar el título de faccion del estranjero.» A estas palabras siguieron murmullos de cólera, y descubrióse en esta insinuacion la voluntad concebida anticipadamente de quitar toda libertad á la oposicion confundiéndola con la traicion. «Sí, prosiguió con mas calor Boulay de la Meurthe, sí, existen franceses bastante viles, bastante corrompidos para llamar en su ausilio á los ingleses, á los prusianos y á los rusos. Los Borbones son los jefes de esta faccion; ellos son los que con la ayuda de las bayonetas estranjeras quieren imponernos de nuevo un pacto humillante. Es preciso, por lo tanto, pronunciarnos fuertemente; es preciso hacerlo con unanimidad. En cuanto á mí, declaro que mañana en presencia del emperador y de ambas cámaras, en la sesion de apertura, juro obediencia á las constituciones del imperio y fidelidad al emperador.

La oposicion se apoderó de los corazones al escuchar esta declaracion para volver á aparecer con mas oportunidad en los dias críticos. La mocion de Mr. Dupin fue desechada.

IV. El emperador abrió las cámaras al dia siguiente, y entre los representantes encargados de salir á recibirle en el peristilo, reconoció como un presagio fatal á La Fayette, a quien no habia visto hacia diez años. La Fayette, despues de su vuelta de las prisiones de Olmütz, habíase presentado con frecuencia en las Tullerías. El emperador hallaba su nombre harto revolucionario para una monarquía; pero le habia tratado con la distincion que exige un nombre célebre y desgraciado, y hasta concedido numerosos favores por su mediacion. Desde entonces habia vuelto á su retiro aguardando á los acontecimientos. El emperador le dirigió la palabra con aquella afabilidad que acecha el aparecimiento en los labios de una palabra benévola: «Hace doce años que no os he visto, me parece,» le dijo á La Fayette en tono de reconvencion. «Efectivamente, señor, hace doce años,» contestó con frialdad La Fayette sin añadir una sola palabra de agradecimiento á esta seca respuesta. El emperador pasó, y La Fayette que le observaba, le halló, dice, con el aspecto inquieto y despreciador de un despota irritado y receloso. A su salida el emperador intentó de nuevo entablar conversacion con La Fayette diciendole: «Os encuentro rejuvenecido; la soledad de los campos os ha tranquilizado. —Sí, señor», contestó La Fayette con igual laconismo. El futuro republicano no queria que una mera sonrisa le comprometiese con el usurpador de la libertad.

V. «Hace tres meses, dijo el emperador á las cámaras reunidas, las circunstancias y la confianza del pueblo me revistieron de un poder ilimitado. Hoy vengo á cumplir el deber mas imperioso de mi corazon, dando principio á la monarquía constitucional. Los hombres son demasiado impotentes para asegurar el porvenir; solo las instituciones fijan el destino de los pueblos..... Las nuestras no están arregladas, debiendo ser una de nuestras mas importantes ocupaciones la de reunirlas y coordinarlas. Este trabajo recomendará la época actual á las generaciones venideras.

»Una coalicion formidable de reyes se opone á nuestra independencia. Sus ejércitos llegan á nuestras fronteras. En los mares ha corrido ya la sangre hallandose en completa paz, y es muy posible que mi primer deber como príncipe, me llame bien pronto á la cabeza de los hijos de la nacion para combatir por la patria. El ejército y yo cumpliremos con nuestro deber. Vosotros, pares y representantes, dad á la nacion el ejemplo de la confianza, de la energía, del patriotismo, y como el senado de los grandes pueblos de la antigüedad, estad prontos á perecer antes que sobrevivir á la deshonra y á la desgracia de la Francia. La causa santa de la patria triunfará!»

Las cámaras contestaron a este discurso, mas bien con desconfianza contra la tiranía que con impulsos de guerra. Napoleon, herido con aquellas sospechas, les respondió con severa tristeza: «No os de las consecuencias de la prosperidad de lo que hoy tenemos que defendernos. Los estranjeros quieren hacernos pasar bajo las Horcas Caudinas. Esta misma noche partiré para el ejército. ¡Que la constitucion sea nuestra estrella polar en estos momentos de tormenta! Toda discusion pública que tienda á disminuir directa ó indirectamente la confianza, seria una desgracia para el estado. No imitemos al ejército del Bajo Imperio, que amenazado de todas partes por los bárbaros, se adquirió el menosprecio de la posteridad ocupándose en discusiones abstractas en tanto que el ariete destrozaba las puertas de la ciudad! Ayudadme á salvar la patria.»

VI. Leia en los rostros de los representantes y los pares el presentimiento de las agitaciones y de las infidelidades que iban a aprovecharse de su ausencia si la guerra dejaba un intervalo entre su salida y su vuelta victoriosa. Sabia que Fouché, maniobrando con los realistas en Gante y con los republicanos de la asamblea en Paris, no ofrecia ninguna seguridad á su gobierno. Hubiera querido deshacerse de el, pero no se atrevia á quitar aquella prenda que el habia dado á las opiniones liberales. Su cólera se aumenta con su debilidad, y pocas horas antes de su salida para el ejército, dijo á Fouché: «No ignoro que sois un traidor, y podria enviaros al suplicio, cosa que todo el mundo aplaudiria: otros se encargarán de hacerlo; quereis dominarme, pero yo os probaré que ni el peso de un cabello inclinais la balanza de mi destino!» Semejantes palabras, dirigidas a un hombre á quien se le dejaba dueño de Paris y de la Francia despues de haberle ultrajado y amenazado sin herirle, atestiguaban el delirio de la impotencia. Ellas hubieran hecho un traidor de este ministro á no haberlo sido ya; Napoleon no podia ya dominarse, pero Fouché, por el contrario, afectó no ver en aquellas acusaciones y en aquellas violencias sino el humor injusto de un soberano exacerbado por lo crítico de la situacion. «El emperador me maltrata, dijo al salir con una indiferencia aparente á uno de sus confidentes que sabia lo era tambien de Napoleon; se exaspera con la resistencia, me acusa de sus dificultades y no conoce bastante que solo la opinion pública me presta la fuerza. Mañana podria derribar veinte y cinco cabezas que me entregase la opinion; pero no podria hacer detener impunemente veinte y cuatro horas á un solo hombre de los que la opinion protege contra el.» Estas palabras, que Fouché sabia iban á ser referidas al emperador, contestaban con una amenaza implícita á una amenaza abierta. Ellas querian decir á Napoleon: vos no sois lo que creeis ser aun; la opinion no está ya de vuestra parte, y yo estoy mas sostenido por ella que vos mismo. Véase á qué conviccion real habia descendido un hombre que solo habia subido al trono para sentirle vacilar y hundirse bajo sus piés.

VII. Trató de neutralizar los peligros de aquella situacion de Paris y de las cámaras durante su ausencia, formando, como en 1814, un consejo de gobierno igual ó superior al consejo de ministros para luchar con Carnot ó con Fouché. Su hermano José, antiguo rey de España, obtuvo la presidencia de este consejo, augurio de debilidad y de ruina como lo fué en 1814. El emperador esperaba mas de su hermano Luciano, carácter cuya resistencia y fuerza habia esperimentado en el 18 de brumario, y le nombró miembro de este consejo, en el cual hizo entrar á sus mas adictos partidarios de ambas cámaras y del consejo de estado, tales como Defermon, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, Boulay (de la Meurthe), Merlin (de Douai), hombres todos salidos de la revolucion, pero comprometidos de tal modo con el imperio, que para ellos no habia amparo y honor ni en la república ni en la restauracion. El emperador, para esplicar aquella creacion, verdadera irregularidad inconstitucional en un gobierno responsable, aparentó decir que sus ministros no tenian la suficiente costumbre de las discusio-

nes parlamentarias ni el suficiente don de la palabra para presentarse ante las cámaras, y que era necesario darles ausiliares en aquellos oradores del consejo de estado acostumbrados á la tribuna. Pero nadie se engañó acerca del verdadero motivo de aquella medida, que no era otro sino el miedo que tenia de su propio ministerio, de Carnot y de Fouché principalmente. No queria que aquellos dos hombres, apreciados de antemano del partido liberal, acrecentasen su popularidad á costa de la suya hablando en ambas cámaras. Queria, sobre todo, contrabalancear uno de aquellos gobiernos con el otro en el caso de que la desafeccion y los manejos de Fouché amenazasen su poder mientras él combatiera fuera de Paris. Esta misma prudencia le debilitaba, porque descubria en él la sospecha contra las cámaras y el sentimiento de su poca fuerza. Este consejo de gobierno, puramente personal, dominado por su familia, no era sino un motivo de recelo para la opinion, de encono para la asamblea y de desconfianza para sus ministros. Prudencia inhábil, que aconsejaba desconfiarse manifestando desconfianza ella misma.

VIII. El emperador admirablemente secundado por el mariscal Davout, su ministro de la guerra, examinó con él aquella noche por última vez el conjunto de las fuerzas que tenia preparadas para hacer frente á la Europa. El aspecto que presentaba aquel cuadro no le ofrecia las mayores seguridades, pero contaba con uno de aquellos golpes casuales de la guerra que su genio militar sabia cambiar en certidumbre siempre que desconcertaba al enemigo obrando el primero.

La Francia, segun hemos visto, no se habia levantado en masa: todo el Mediodía habia permanecido inmóvil, en espectativa de los sucesos; el Oeste fermentaba, pero era de odio contra Napoleon y de afecto por los Borbones. El gobierno se guardó mucho de incomodar aquellas provincias pidiéndolas sus hijos para combatir contra el rey; era bastante conseguir su neutralidad. La Alsacia, el Franco-Condado, el Centro, los departamentos inmediatos de Paris habian únicamente suministrado algunos batallones de voluntarios movilizados y de antiguos soldados eximidos del servicio para formar las guarniciones de las plazas de guerra. El Norte, tierra patriótica y belicosa, estaba dividida entre su predileccion por los Borbones y su generosa pasion por la independencia del territorio; la patria tenia allí numerosos defensores, el emperador pocos partidarios. Paris contaba en sus arrabales treinta ó cuarenta mil confederados; pueblo y artesanos pedian á voces jefes y armas, y entre los cuales un gobierno mas francamente popular hubiera podido reclutar nuevos batallones de 1792; pero Napoleon temblaba armar la revolucion armando aquella parte del pueblo.

Pensaba en la vuelta, y no queria dejar ó hallar en su capital un ejército de entusiasmo que podia muy bien servir de punto de apoyo á opiniones hostiles á su gobierno; preferia desarmar la patria de aquella fuerza convulsiva que armar la libertad. Además, creia poco en la solidez de esos levantamientos en masa, en presencia de tropas disciplinadas y aguerridas como aquellas contra quienes iba á combatir. Cien mil hombres de antiguos soldados de línea y de su guardia, acostumbrados á su mando, tan fáciles de manejar como su pensamiento y tan resueltos como su alma, le parecian preferibles á aquellas nubes de hombres que producia el suelo un dia de entusiasmo y que devoraba un dia aciago. No contaba, pues, sino con su ejército regular, pero amenazado por una parte y otra á la vez, no podia reunir sus tropas en un solo punto sin debilitar todos los demás, y si intentaba hacer frente á todos, era débil e insuficiente por do quiera.

Por esta razon tomó el partido de reunir todas sus fuerzas activas bajo su mando, y de no dejar á sus generales sino nombres y sombras del ejército que solo podian servir para tranquilizar algunos dias la vista ó imaginacion de la Francia.

IX. El mariscal Suchet, hombre frio, pensativo, gastado en la administracion de la guerra, imperturbable en medio de los sucesos, inesperto en la guerra de montaña, natural de Lyon, rodeado de aprecio, querido en las provincias que iba á defender, no tenia mas que siete ú ocho mil soldados de línea y doce ó quince mil guardias nacionales móviles para cubrir sesenta leguas de la vertiente de los Alpes sobre la Francia, la Saboya, el Jura, la Ginebra, y para cerrar las gargantas del monte Cenis, el Simplon y el monte Ginebra. Tan luego como hubiera sido rechazado de aquellas vertientes de los Alpes, debia replegarse sobre Lyon, Macon, Chalons y defender la línea del Saona. Lyon, cambiado en plaza de guerra, se fortificaba detrás de Suchet para dar un punto de apoyo á su ejército contra las invasiones de los dos caminos del Mediodía.

Le Courbe, antiguo amigo y émulo de Moreau, postergado desde algun tiempo en la desgracia y en la inaccion, habia vuelto á hallar en la estremidad del peligro la confianza forzada de Napoleon. General republicano, que gozaba en el Jura, su patria, la antigua popularidad de su nombre. Le Courbe recibió el mando de esta provincia montuosa, intermediaria entre el Rhin y los Alpes, entre la Alsacia y el Saona. Consistia todo su ejército en algunos batallones que á su voz se habian reunido en el pais y que habia concentrado en Befort, los cuales, si bien fuertes detrás de aquellos muros, eran incapaces de entrar en línea de batalla. Tal era el nombre de un ejército y de un general que ocupando su puesto en el mapa, podia imponer desde lejos al estranjero; pero no era en el fondo sino una reunion precaria y confusa, elementos para crear un ejército si los sucesos le dejaban tiempo para organizarle é instruirle.

Le Courbe ligaba de este modo, mas bien por una ficcion que por una realidad, el ejército de Suchet al ejército del Rhin. Molitor y Rapp, dos de los mas intrépidos y de los mas consumados generales del imperio, mandaban este ejército del Rhin. Su nombre ocultaba la debilidad de aquel ejército, que no era sino un punto avanzado, compuesto de unos diez mil soldados y de algunos miles de valientes voluntarios alsacianos, apostados en la abertura de las gargantas que atraviesan aquel baluarte nacional de los Vosgos y de las montañas de Alsacia, desde Huningue hasta las líneas célebres de Weissemburgo, Termópilas de la Francia.

El mariscal Brune ocupaba á Marsella con algunos regimientos, mas bien para contener que para defender aquella parte realista y efervescente del Mediodía.

El general Clausel, emprendedor, negociador, hábil á la vez para manejar un puñado de hombres ó para atraerse una poblacion, mantenia á Burdeos apenas reconquistada á la duquesa de Angulema, observando desde allí con inquietud los apenas amortiguados movimientos de la Vendee. No pedia absolutamente á aquellas provincias esfuerzos por la causa repudiada de Napoleon, y sí solo tiempo para que esta causa ó la de los Borbones se ventilase en otra parte.

El general Decaen contenia á Tolosa con igual corto número de fuerzas y con las mismas demoras.

El general Lamarque, mas inmediato á Paris y al Norte, observaba al Oeste á la cabeza de diez y ocho mil hombres. La tregua con los vendeanos le permitia, en caso de necesidad, replegarse sobre el ejército del emperador y cubrir á Paris por la Normandía.

Obsérvese, pues, que á escepcion de esto diez y ocho mil hombres de Lamarque, necesarios aun para intimidar al realismo en el Oeste, el emperador no podia separar un solo hombre de los débiles campamentos que cubrian la Francia, ya fuese para llamarlo á su apoyo, ó ya para replegarse sobre ellos en caso de desastre. Su suerte y la de la Francia se hallaban completamente en el *grande ejército*.

X. Este mismo no era sino un mero nombre para un soberano y para un general que habia conducido setecientos mil soldados á Rusia y trescientos mil á Austerlitz y á Wagram. Sus partes oficiales y sus periódicos hacian, sin embargo, subir aquel ejército á doscientos ochenta mil hombres, en cuyo número se contaban cien mil guardias nacionales voluntarios movilizados de las provincias del centro y de Paris, y sesenta mil de tropas de línea, cuya quinta y armamento habia él dispuesto, y que colocaba como ejército de reserva entre Laon y Paris. Como estos alistamientos no se habian verificado, ni estaban prontos aquellos armamentos, el ejército de reserva solo existia en su imaginacion.

Aquellos doscientos ochenta mil hombres quedaban, pues, reducidos á ciento veinte mil, dispuestos sucesiva y sordamente entre Paris y la Bélgica para salir de aquellos acantonamientos á la primera señal del emperador, y venir á formar bajo su mando una de las mas formidables líneas de batalla en los campos de Fleurus y Jemmapes, primer escollo de la coalicion.

Este ejército se componia de cinco cuerpos de infantería, cuatro de caballería y de trescientos cañones. Drouet d'Erlon habia concentrado bajo su mando el primer cuerpo de infantería en Valenciennes, Reilli el segundo en Maubeuge, Vandamme el tercero en Marienburgo, Gerard el cuarto en Rocroy, y Lobau el quinto en Avesnes.

El mariscal Grouchy mandaba la caballería, compuesta de treinta mil caballos, y á sus órdenes, Excelmans, Milhaud, Pajol y Kellermann mandaban cada uno una de las cuatro divisiones de esta caballería. La guardia imperial, que contaba aun veinte y dos mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, completaba el grande ejército. Allí se encontraban todos los generales, todos los coroneles y todos los oficiales cuyos nombres se habian engrandecido durante veinte años entre el humo de las batallas; todos los cuerpos á quien su firmeza habia dado renombre, todos cuantos soldados escogidos quedaban de nuestras victorias y de nuestros desastres, el núcleo, el corazon y el brazo de aquella Francia militar levantada en 1792, aguerrida en veinte campañas,

inaccesible á la intimidacion del número, y llena de confianza en sí misma y en su jefe, orgullosa con su nombre, ardiendo en deseos de vengar sus reveses, que habia acudido á la voz de su emperador aceptando con entusiasmo el desafío de la Europa, resuelta á demostrar á la Francia que si habia faltado á la patria imponiendola por su defeccion un jefe á quien la patria ya no queria, el ejército sabria á lo menos legitimar su falta con su constancia en defenderle. Cada soldado hacia, por decirlo asi, su causa personal de la causa de Napoleon. El espíritu que animaba al grande ejército no era solo el del patriotismo, era el de la colera y tambien el del remordimiento. Con semejantes hombres, Napoleon podia desafiar á la vez á la Europa y á la Francia, porque cada uno de aquellos soldados se identificaba en su causa y se personificaba en su general.

XI. Las fuerzas de la coalicion se dividian en tres ejércitos principales reforzados aun entre si por cuerpos de ejército secundarios. Estas tres columnas, partiendo de tres puntos de la circunferencia, tendian por su direccion á reunirse sobre la Francia y á concentrarse sobre Paris despues de haberla atravesado. Un cuarto ejercito, el de los rusos, mas retrasado por la distancia, formaba la reserva de aquel levantamiento en masa de la Europa.

El príncipe de Schwartzenberg mandaba el ejercito del Alto Rhin, compuesto de doscientos sesenta mil hombres, casi todos austriacos ó de los estados hereditarios del imperio. El ejercito prusiano, compuesto de cien mil combatientes, avanzaba sobre el Meuse, mandado por Blucher ya vencedor. Tomaba el nombre de ejército del Bajo Rhin y por su derecha tocaba con la Bélgica. El ejercito ingles, holandes y belga, contaba tambien cerca de cien mil hombres, pero de diferentes razas y sin uniformidad de idioma y de genio: ingleses, belgas, hannoverianos, holandeses, alemanes, especies de contingentes mistos sumamente difíciles de manejar y de mover. Lord Wellington, tan escelente administrador como gran general, negociador y soldado á la vez, investido con el prestigio y la autoridad de su campaña de siete años en España, mandaba en jefe aquel ejército de ausiliares.

El ejército ruso de reserva contaba ciento ochenta mil hombres, que se hallaban á las ordenes del general Barclay de Tolly, y debia atravesar el Rhin en frente de Rapp y de Molitor, entre el ejército austriaco y el ejercito prusiano, tan pronto como estuviera en línea en aquellas dos alas de la coalicion.

Por último, sesenta mil alemanes, italianos y piamonteses, mandados por el general Frimont, estaban sobre las armas al pié de los Alpes y empezaban á salvarlos enfrente de Suchet.

En todo sumaban setecientos mil combatientes; la Suiza además, abierta á la coalicion, descubria á la Francia, ofreciendo treinta mil ausiliares á los enemigos. Gobierno tímido y venal que reclama el apoyo del mas fuerte en sus contiendas personales, y que en los peligros de sus vecinos se coloca siempre del lado del vencedor.

Ciento veinte mil hombres contra setecientos treinta mil para defender una nacion dividida que tenia la mitad de su corazon con su soberanía legítima en los campos enemigos: tal era, pues, la situacion de la Francia el dia en que Napoleon iba á combatir á pesar de ella, y menos por ella que por sí.

XII. Jamás hubo mayor necesidad de adhesion, de consejos y de ánimo para sostener su resolucion y secundar sus grandes designios; pero jamas igualmente hubo mayor falta de todo.

El príncipe Eugenio, su hijo adoptivo, que gozaba del aprecio y de la confianza del emperador de Rusia en Viena, y que aguardaba toda su fortuna del congreso, se habia retirado á Alemania, en la córte del rey de Wurtemberg, su suegro, para contemplar desde allí, sin mezclarse en ella ni aun de pensamiento, la última lucha del protector de su juventud.

Murat, aquel rayo de los campos de batalla que multiplicaba por sí solo el ímpetu de la caballería francesa, y que conseguia la victoria despues de las acciones cargando siempre á galope, se habia embarcado como fugitivo durante la noche en un buque de cabotaje en la playa de la pequeña isla de Ischia, seguido tan solo de su sobrino y el valiente duque de Rocca-Romana, el paladin napolitano.

Habia desembarcado en Cannes y vivia retirado en las cercanías de Tolon, ocultando su vergüenza, implorando su perdon á Napoleon y estremeciéndose al escuchar, sin lanzarse en ella, el estruendo de la guerra: era por lo tanto el mas desgraciado de los amigos, el mas humillado de los hombres. El emperador lo habia hecho escribir por conducto de Fouché, que consentia en ignorar su presencia en aquella Francia que habia vendido con su debilidad; que le prestaba asilo, pero que le prohibia presentarse en su corte ó en su ejército. Merecido rigor, aunque funesto, que privaba de un heroe al ejército y de un amigo al emperador. La amargura de los remordimientos de Murat habia suficientemente castigado su estravío y su falsa política; queria reconquistar su perdon con sus hazañas.

Lannes habia muerto; Bessieres habia sido arrebatado por una bala de cañon; Duroc habia caido herido á los piés de su amigo; Berthier, aquel incansable Efestion de los vivaques del emperador, habia huido á Bamberg para no hacer traicion á Luis XVIII y para no escuchar el llamamiento de su antiguo soberano.

Marmont en Gante se adheria mas y mas á la única causa que le restaba por servir para no hacer traicion á uno y á otro.

Ney, descontento de sí mismo, inquieto é irritado con frecuencia, hacia recaer sobre el emperador los resentimientos que esperimentaba contra la ambigüedad de su alma y de su situacion.

Oudinot y Macdonald se separaban para permanecer fieles á los Borbones, cuya causa les habia dicho que abrazaran el mismo Napoleon; Massena habia envejecido; Bernadotte se hallaba en las gradas de un trono dando sus consejos y sus tropas á los enemigos de la Francia.

El mariscal Soult, aquel Welington frances, á la vez gran administrador de guerra y hombre nacido para el mando, se habia retirado á cierta distancia cuando la vuelta de Napoleon, como para espiar los servicios que habia ofrecido á la causa realista durante su ministerio en el reinado de los Borbones. Habiendole llamado el emperador, el mariscal acudió de nuevo á su voz y fué nombrado para el destino que dejaba vacante Berthier, mayor general, es decir, segundo del emperador en la campaña que iba á abrirse.

¿Mas cómo la confianza y la intimidad necesarias entre el pensamiento y la obra podian encontrarse reunidos entre un general que acababa de publicar proclamas insultantes contra su antiguo jefe que solo debia á la fortuna la vuelta de su general?

Todo era aislamiento ó misterio al rededor de Napoleon, en su estado mayor ó en sus consejos. Aquel año de ausencia habia corrompido cuanto le rodeaba; el mismo vacío encontraba en su palacio que en su cuartel general. Faltaban ya las intimidades domesticas, las verdaderas afecciones, las esperanzas no existian en corazon alguno, y hasta el de Josefina, esposa repudiada, pero honrada aun, habia sucumbido á los adversos golpes de 1814, y murió en la Malmaison, durante el destierro de la isla de Elba. María Luisa y su hijo estaban prisioneros de la Europa en Schœnbrunn; las hermanas del emperador, descendidas de los tronos á que él las habia elevado, estaban errantes en estranjeros asilos.

Hortensia Beauharnais, reina depuesta de Holanda, y á quien amaba como á una hija con todos sus recuerdos de sus mejores dias, habia, segun decian, secundado poderosamente su vuelta, alejandose despues para que la segunda caida del imperio no envolviese á toda su casa entre sus ruinas. Sus ministros, unos permanecian indiferentes, otros eran enemigos secretos.

Aquel segundo trono le aislaba de su corte, de su ejército y de la Francia, así como del imperio; hallabase frente á frente con la fortuna.

El mariscal Davout, á quien habia elegido para ministro de la guerra, hombre de ruda franqueza pero de muchos conocimientos y de leal corazon, era el único que le quedaba personalmente adicto. Davout era uno de esos caractéres que no se prosternan ante la grandeza, pero que resisten á los contratiempos. Habia disgustado con frecuencia al emperador con sus murmullos y sus duros consejos en las últimas campañas de Rusia y de Alemania, pero la desgracia no le habia lanzado en la senda de la ingratitud, así es que no obtuvo empleo de los Borbones en 1814. Davout suplicó con vivas instancias al emperador en aquella misma noche que le nombrase su mayor general en lugar del mariscal Soult.

«Soult, dijo al emperador, tiene talentos que reconozco y admiro como todo militar; no sospecho de su fidelidad á la nueva causa que ha abrazado, porque es hoy la causa de la patria; es uno de esos hombres que cambian con los acontecimientos sin hacer traicion á la que han abrazado mientras es la causa de su pais; pero el ejército, testigo de sus recientes vicisitudes y de sus claras demostraciones de amor hácia el partido borbónico, le verá con recelo entre él y vos, en presencia de la causa que servia ayer y que podrá muy bien volver a servir mañana. Las sospechas de traicion, debilidad ó duda de los ejércitos, dominará, á su aspecto, en el ánimo de los generales y de los cuerpos; se ejecutarán con menos confianza aquellas ordenes sospechosas de doble sentido, y la desconfianza llevará consigo la desobediencia ó la irresolucion. Yo soy quizás menos ilustre, pero apareceré mas esclusivamente adicto á vuestra causa y á la del ejército. Este me agradece el no haber servido á su humillacion durante vuestra ausencia. El ministerio de la guerra es un puesto importante y superior al de mayor general, pero no me

importa descender con tal que mis servicios puedan ser mas útiles; además la Francia está donde vos os hallais. El ministro de la guerra tiene pocas medidas que tomar durante la campaña, la Francia nada tiene que disponer, todo está en los campos de batalla; nombrad en mi puesto á un anciano, á Massena, por ejemplo, que aunque entorpecido por la edad, su nombre es popular en París como el recuerdo de nuestra victoria. Añadidle el mando en jefe de los guardias nacionales de la capital, y de este modo Massena os responderá del interior y de París, mientras que vuestro genio y mi celo responderán de los campos y de las fronteras.»

Estas palabras causaron impresion al emperador, pero permaneció inflexible; temblaba por París, en donde queria dejar un general enérgico y seguro para contrarestar á sus enemigos. Permaneció Davout á pesar suyo, y Soult continuó en su puesto de mayor general.

Inauguró sus funciones con una órden del dia al ejército, denegacion panegirista de las proclamas antinapoleónicas con que algunas semanas antes habia adulado á los Borbones é insultado el reinado del emperador, ora porque despreciase aquellas vanas fórmulas con que los cortesanos saludan unos despues de otros á las revoluciones consumadas, ora porque el servilismo comun de la época estuviese mas inveterado aun en los militares que en los ciudadanos.

XIII. Dos planes de campaña se presentaban á la imaginacion del emperador en 1814. Esperar al enemigo en el corazon de la Francia concentrando fuertemente el ejército francés al rededor de París, ó salirle al encuentro antes de que hubiese salvado las fronteras, combatir en un campo de batalla á uno ó dos de sus ejércitos que ocupasen una vasta circunferencia, vencerle, cortarle de sus demás ejércitos, volver á caer con todas las fuerzas disponibles sobre otro cuerpo de coaligados, batirse de nuevo en número casi igual con el enemigo, aislado de este modo, y desconcertados por la derrota de sus ausiliares, pasar al tercero, romper el centro, conmover los ánimos, aprovecharse del desaliento de los débiles, arrojar á los vencidos, ofrecer treguas, negociar paces separadas, afirmar y asaltar á la Francia con la noticia de su victoria.

El primero de estos planes, casi seguro en 1814, si el emperador hubiese replegado al mismo tiempo sobre el interior de la Francia los ejércitos perdidos é inútiles que tenia en España, en Italia, en las guarniciones de Alemania y en Holanda, era eminentemente funesto en 1815. No existiendo ya aquellos ejércitos, el emperador se hallaba reducido á sí mismo; la Francia abatida y descontenta, algo mas que amenazada en todas partes por los ejércitos coaligados, hubiera vuelto á admitir sin ellos la bandera blanca y el gobierno del rey. Napoleon, ahogado por setecientos mil hombres al rededor de París, hostigado en el Loira por los departamentos realistas del Oeste, se hubiera encontrado prisionero en su propio imperio. Este plan podia muy bien ser militar, pero no era evidentemente político, causando admiracion que un genio tan penetrante como el del mariscal Soult se le hubiese aconsejado al emperador. Se equivocó en los años. El emperador le rechazó y siguió el suyo, aprobado por todos los demás generales de su consejo; es cierto que fracasó, pero fué por la suerte de las armas; el primero hubiera fracasado por la naturaleza de las cosas. En aquel plan faltó la fortuna, pero nó el genio.

Concentrar el grande ejército sobre las orillas del Sambre, conducirle resueltamente sobre Charleroy, atacar á los prusianos en el punto en que su ala derecha se unia con la izquierda del ejército de Wellington, arrojarles sobre Luxemburgo, penetrar en Bélgica, maniobrar en pais casi llano, dejar un cuerpo imponente en frente de Blucher para prevenir que su ejército refluyese sobre el emperador, lanzarse hácia la izquierda y marchar sobre Bruselas y sobre Wellington, destrozar el ejército ingles, volver en seguida victorioso sobre los dos ejércitos del Bajo Rhin y del Rhin central, combatir y vencer otra vez á la coalicion, conmovida en aquellos dos ejércitos, tal era este plan, el único que correspondia al estado interior de la Francia, al número desproporcionado del ejército francés, á la diseminacion del enemigo, al genio natural del emperador y de sus soldados, y al genio, en fin, de la impetuosidad y de la desesperacion.

XIV. Poco antes de amanecer el dia 12 de junio de 1815, salió Napoleon del palacio de los Tullerías para no volver á entrar jamás en él, recomendando aun la union, el celo y la energía á sus confidentes, y caminó sin detenerse hasta Avesnes, último punto fronterizo de la Francia por el lado de la Bélgica. Dejaba en pos de sí los cuidados, las sospechas, las resistencias, las infidelidades, las traiciones de que no se habia visto libre un instante durante aquel reinado de obstinacion que se escapaba de sus manos en el interior, una asamblea dudosa en la cámara de los pares, una asamblea hostil en la cámara de los diputados, unos ministros hostiles tambien ó conspiradores, un pais debilitado, una capital turbulenta; pero á pesar de todo esto, se arrojaba lleno de confianza en brazos de su ejército, de su verdadero pueblo y de su verdadera capital. El ejército iba á devolverle todo si conseguia una victoria, victoria con la cual él contaba para desatar el nudo gordiano en el esterior y para dominar completamente en el interior. La víspera de su marcha habia reasumido su pensamiento al contestar á uno de sus familiares que le aconsejaba deshacerse de Fouché antes de partir. «Yo marcho al ejército, le respondió. Si pierdo la partida ¿para qué sirve derramar la sangre de este hombre? su muerte no tiene objeto alguno; si por el contrario salgo ganancioso, el correo que traiga la noticia de mi victoria, será portador al mismo tiempo de la órden de su prision y formacion de causa; entonces los pregoneros, al anunciar al dia siguiente por las calles el triunfo de nuestros ejércitos, harán conocer al mismo tiempo al pueblo la sentencia y ejecucion de Fouché como *traidor á la patria*, y esta noticia se perderá entre los gritos de victoria, quitando así todo el motivo á la murmuracion.»

De este modo no temia reconocer que uno de sus ministros era mas poderoso que él ante la opinion, y que esta opinion protegia contra el á sus mas poderosos enemigos. Su dictadura no era mas que un nombre, su gobierno desde su vuelta no era en realidad sino un triunvirato en que el partido del imperio estaba ya subordinado á los otros dos; el partido de la patria personificado en Carnot, y el partido de la intriga representado en Fouche. Obligado á contar con el uno y amenazar al otro sin atreverse á herirle, corria por segunda vez á llamar en su ausilio al partido militar, y á hallar de nuevo en las llanuras de la Bélgica aquel pavés de la gloria, de donde despues de tres años de derrotas le habian hecho descender hasta el nivel de sus cómplices de 1815. Era emperador aun en el nombre, pero menos soberano que Fouché.

Conocia éste las disposiciones del emperador y la suerte que le esperaba, si Napoleon vencedor reconquistaba el ascendiente que el queria disputarle. No puede menos de reconocerse que manifestaba una rara audacia y una intrepidez enérgica en su papel, respondiendo diariamente de sus intrigas con su cabeza, la cual podia caer al primer movimiento de venganza y de cólera de Napoleon. Parecia haber formado su carácter en las tragedias de la convencion, y que jugaba con la muerte, suspendida de la palabra del soberano, del mismo modo que habia jugado con los suplicios pendientes de un gesto de Robespierre. De cuantos sobrevivian de aquella época, solo él aparecia orgulloso y temerario. Lanzado por su atrevida maniobra, por una parte entre la tiranía que queria renacer, y la libertad que queria revivir; por otra entre Napoleon, dispuesto á sacrificar la patria á su interés, y la Francia que no queria inmolarse toda entera por un hombre, Fouché intimidaba al emperador, halagaba á los republicanos, tranquilizaba á la Francia, hacia seña á la Europa, sonreia á Luis XVIII, negociaba con las cortes, se correspondia por medio de gestos con Mr. de Talleyrand, y tenia todo en suspenso con su actitud. Representaba un papel céntuplo, difícil, humilde y elevado al mismo tiempo, pero inmenso, y en el cual la historia no ha fijado hasta ahora bastante la atencion; papel falto de nobleza, pero nó de patriotismo ni de valor, en que un súbdito se colocaba al nivel de su señor, un ministro sobre su soberano, y un antiguo procónsul del terror aun mas alto que los reyes á quienes habia llevado al suplicio, y á quienes iba á llamar ofreciéndose á su reconocimiento; árbitro del imperio, de la restauracion ó de la libertad, lo era todo por medio de la falsía. La historia no nos ofrece otro papel semejante sino en los eunucos, dueños de sus señores en tiempo del Bajo Imperio de Bizancio, ó en los alcaides del palacio de los reyes de nuestra primera raza. El cardenal de Retz, en los tiempos modernos, tuvo algo de este genio de la intriga aplicado á los negocios de estado: pero Fouché era un cardenal de Retz mas trágico, que tenia que habérselas con hombres y con acontecimientos mas imponentes que los de la Fronda, y que conmovia tronos, congresos é imperios, valiéndose de los mismos resortes que su modelo empleaba para conmover facciones solamente. La historia, al condenar á Fouché, no podrá negarle durante aquel período de los cien dias, una audacia en la situacion, una superioridad en el manejo de los partidos, y una grandeza en la intriga que le colocarian á la altura de los primeros hombres de estado de su siglo, si para la historia moderna pudiera haber verdaderos hombres de estado sin dignidad de carácter y faltos de virtud.

Napoleon, que se habia detenido algunas horas en Soissons y en Laon para echar una mirada á las fortificaciones de aquellas dos ciudades, apoyo eventual de una retirada, llegó el 13 á Avesnes, centro de su grande ejército, creyéndose allí de nuevo emperador en medio de las aclamaciones de sus soldados.

LIBRO XXV.

El 14 de junio —Orden del dia del emperador á su ejército.—Sus disposiciones.—Posicion de los ejércitos ingleses y prusianos.—Plan de Napoleon —15 de junio.—El ejército pasa la frontera.—Marcha del general Gerard sobre Charleroy.—Defeccion de Bourmont.—Paso del Sambre.—Entrada de Napoleon en Charleroy.—Llegada de Ney.—Combate contra los prusianos.—Nuevas disposiciones del ejército francés.—16 de junio.—Ordenes á Ney.—Napoleon encuentra á Blucher mas allá de Fleurus —Nuevas órdenes.—Batalla y victoria de Ligny.—Inaccion de Wellington en Bruselas hasta el 15.—Combate de los Cuatro Brazos.—Doble movimiento de Drouet d'Erlon.—Desconfianzas del ejército francés.—Orden de Napoleon á Ney.—17 de junio.—Marcha del emperador contra los ingleses.—Nuevas órdenes — Grouchy persigue á los prusianos y se detiene en Gembloux.—Napoleon en los Cuatro Brazos.—Encuentro del emperador y de Ney.—Campo de batalla de Waterloo.—Napoleon se detiene en Planchenoit.—Sus disposiciones.—Primera órden á Grouchy —18 de junio.—Marcha del ejército francés contra los ingleses.—Entusiasmo del ejército á la vista de Napoleon.—Situacion respectiva de los ejércitos francés é inglés.—Segunda órden á Grouchy.—Ataque contra el ejército inglés.—Asalto y combate de Hougoumont.—Ataque de Ney contra el centro de los ingleses en el Monte San Juan.—Toma de la Haie-Sainte.—Aparicion del ejército de Bulow á la derecha de Napoleon.—Tercera órden á Grouchy —Toma de una parte del Monte San Juan.—Pánico del ejército inglés.—Resistencia de Wellington.—Carga de la caballería inglesa sobre la artillería de Ney.—Carga de los coraceros de Milhaut en la plataforma del Monte San Juan —Esperanza de victoria.—Fuga de los paisanos y heridos hácia Bruselas.—Pánico de Bruselas.—Situacion de la batalla.—Inaccion del mariscal Grouchy.—Su marcha sobre Wavres.—Llegada de Bulow á Saint-Lambert.—Combate de Planchenoit. — Carga de la caballería francesa contra los ingleses.—Asalto de la guardia.—Llegada de Blucher.—Abatimiento de Napoleon.—Derrota del ejército francés.—Conclusion.

I. Napoleon no quiso dejar que decayese de nuevo el entusiasmo que su presencia esparcia siempre en sus campos, en los cuales su aparicion significaba en todos tiempos una batalla y una victoria, y llevaba desde Paris para sus soldados una de aquellas *órdenes del dia* que dictaba con antelacion á sus jefes de estado mayor, y que era su dialogo con sus ejércitos. Nadie mejor que el conocia el lenguaje de esas arengas escritas que se dirigen á las grandes masas disciplinadas. Su nombre desde luego les imprimia el porvenir; hacia coincidir con supersticioso cuidado el dia de su llegada al ejército y de los combates que queria dar, con uno de los aniversarios de aquellas grandes batallas, que eran la Iliada de sus campos, como si hubiese querido intimar á la fortuna de que no se faltase á sí misma aquella vez, dándole una victoria mas, el mismo dia en que ya le habia destinado para vencedor.

«¡Soldados! decian aquellas órdenes del dia, hoy es el aniversario de Marengo, de Friedland, que decidió por segunda vez del destino de Europa; entonces, como despues de Austerlitz, despues de Wagram, fuimos generosos; creimos en las protestas y en los juramentos de los príncipes que dejábamos en el trono; hoy, no obstante, coaligados entre sí, atentan á la independencia y á los derechos mas sagrados de la Francia; ellos han comenzado la mas injusta de las agresiones; marchemos, pues, á su encuentro. Ellos y nosotros, ¿no somos por ventura los mismos hombres?

»¡Soldados! ¡En Jena contra esos mismos prusianos, hoy tan arrogantes, erais uno contra tres! ¡En Montmirail uno contra seis!

»Los sajones, los belgas, los hannoverianos, los soldados de la confederacion del Rhin, sentian el verse obligados á prestar su apoyo á la causa de los príncipes enemigos de la justicia y del derecho de todos los pueblos; ellos saben que esta coalicion es insaciable; despues de haber devorado doce millones de polacos, otros tantos de italianos, y un millon de sajones y seis de belgas, querrá devorar estos estados de segundo órden de Alemania.

»¡Insensatos!... Un momento de prosperidad les ciega, pero la opresion y humillacion del pueblo francés están fuera de los límites de su poder. Si entran en Francia, en Francia encontrarán su tumba.

»¡Soldados! tenemos que hacer marchas forzadas, tenemos batallas que dar y peligros que correr, pero con la constancia, la victoria será siempre nuestra; quedarán reconquistados los derechos, el honor y la dicha de la patria.

»¡Para todo francés en cuyo pecho lata un corazon, ha llegado ya la ocasion de vencer ó morir!»

II. El ejército repitió estas palabras con un decidido entusiasmo, y cuanto mas aislado se encontraba en Francia, mayor era el orgullo que sentia en combatir solo por la patria que queria vengar, y por el emperador á quien habia coronado. Ardia en deseos de rescatar su falta con la victoria, hasta tal punto que hubiera desafiado á la coalicion entera. Solo un pensamiento animaba á viejos y jóvenes soldados: no era ya el valor de la esperanza que Napoleon habia inspirado á aquellas bandas en Italia, en Egipto y en Alemania, sino que era el valor menos fogoso, pero mas resuelto de la desesperacion. Los generales y oficiales eran los solos que calculaban el número de enemigos que iban a tener que combatir, pero los soldados no contaban con eso, y habian olvidado los años de 1812, 1813 y 1814; el nombre del emperador borraba para ellos todos los recuerdos, creyendo que en el destierro habia adquirido la invencibilidad. Aquel no era á sus ojos el hombre de Moscou, de Leipsick, de Fontainebleau, era el hombre de Marengo y de Austerlitz; estaban seguros, por lo tanto, de añadir un nombre inmortal en el catálogo de las jornadas del imperio.

Pero le faltaban a Napoleon la mayor parte de sus principales generales esperimentados, hallándose casi todos sus cuerpos de ejército mandados por generales valientes, ilustres, pero de segundo órden, y cuyos nombres no fascinaban ya la imaginacion de las tropas. Cierto es que el mariscal Soult se hallaba con el emperador, mas su nombre inspiraba cuando menos tanta desconfianza como respeto á los oficiales superiores del ejército; era evidente que la restauracion le habia alterado. Ya no se veian mariscales al frente de los cuerpos, á escepcion de Grouchy, y Napoleon, que lo conocia muy bien, llamó á Ney, retirado y descontento en sus posesiones de Condreux, y á Mortier.

Dió á éste el mando de los veinte mil hombres de su guardia imperial; y á los demas mariscales, envejecidos unos, desafectos ó gastados por la guerra otros, no les perdonó el emperador la frialdad que habian empezado á demostrar en los últimos años. «Ya tienen bastante, esclamaba, ahora necesitan suntuosos palacios y camas de pluma en vez de la paja de nuestros vivaques; preciso es reemplazarles con jóvenes que aun no haya yo enriquecido.» Olvidaba, sin duda, que es imposible hacer renacer una época pasada: no existia ya la primera generacion de la guerra que la revolucion habia producido.

Ney y Mortier llegaron al mismo tiempo que el al cuartel general: Mortier, intrépido y frio como el deber; Ney, fluctuando entre su ardor y sus arrepentimientos, siempre el primer soldado del ejército francés, pero mas á propósito en lo sucesivo por la inquietud de su corazon para precipitarse en la muerte que para asegurar la victoria.

Los dos ejércitos enemigos que Napoleon tenia delante, eran, como dejamos dicho, á la izquierda el ejército de lord Wellington, compuesto de cien mil hombres, mandado bajo sus órdenes por el príncipe de Orange, lord Hill y lord Uxbridge.

El ejército prusiano de Blucher, de cerca de ciento treinta mil hombres, al mando de los generales Ziethen, Pirch, Thielman y Bulow.

Estos dos ejércitos, que reunian doscientos treinta mil hombres contra ciento veinte mil, no se hallaban de modo alguno preparados al combate del 14 de junio, puesto que mediaba entre ellos una distancia de muchas leguas.

Aguardaban con cierta negligencia que los demás ejércitos de la coalicion y la reserva rusa estuviesen en línea, y que la entrada de los austriacos de Schwartzenberg en Francia les diese la señal de avanzar. Aquellos dos ejércitos no sospechaban los proyectos del emperador, é ignoraban no solo su llegada á Avesnes sino hasta su salida de Paris, creyendo que no se habia movido un soldado en los acantonamientos franceses, y que aun tenian á su disposicion muchos dias antes de obrar; así es que no se hallaban concentrados ni para la marcha ni para el combate; esta ignorancia profunda de los dos ejércitos prusiano é inglés, dos dias antes de la batalla, atestiguaba que el secreto de los planes del emperador y de su gabinete no se habia traslucido, y

que Fouché, que se preparaba en caso adverso á entregar al hombre en la persona de Napoleon, no entregaba á lo menos en él al general y la sangre de los soldados de la Francia. Así es la verdad.

III. Napoleon, que habia formado todo el plan en Paris, se confirmó en la exactitud de sus concepciones militares al acercarse al campo de batalla. El abandono y la diseminacion de los cuerpos del ejército de Wellington, que tenia necesidad de dos ó tres dias para concentrarse sobre su izquierda, daba al emperador estrictamente el tiempo necesario para llegar, combatir y rechazar al ejército de Blucher antes que el ejército inglés estuviese á distancia del primer combate. El carácter impetuoso, temerario, la arriesgada intrepidez de Blucher, cualidades preciosas en un general de vanguardia, y funestas en un general de evoluciones, servian en aquella circunstancia al emperador, quien presentia, segun el carácter de Blucher, que el ejército prusiano, arrebatado por la fogosidad de su jefe, careceria de prudencia, no se replegaria sobre Wellington sin combatir, y que aceptaria solo una batalla con fuerzas iguales y hasta inferiores antes que aparecer dudoso ó contemporizador ante los franceses. El genio lento, seguro y templado de Wellington, por el contrario, le tranquilizaba por parte de los ingleses. El emperador estaba cierto por las noticias de sus espias en Bélgica, que este general no se aventuraria en ir al socorro de Blucher antes de haber reunido, concentrado y dispuesto todos sus cuerpos diseminados: necesitaba para esta operacion cuarenta y ocho horas, y mas de dos marchas para atravesar oblicuamente las diez y seis leguas que separaban á Bruselas del cuartel general de Blucher.

Era llegado el tiempo de dos victorias y de una campaña para el genio improvisador de Napoleon, la fortuna le presentaba desde el primer dia su evolucion favorita sobre todas las demás, y que habia empleado en todas sus guerras, la irrupcion repentina con todas sus fuerzas reunidas al centro del campo enemigo, como para separarle en dos cuerpos, derrotarle y destrozarle con sus dos brazos, mientras que él solo pudiera resistirle con uno. Este golpe de desesperado atrevimiento, que casi siempre tenia buen éxito para él, exigia tropas aguerridas, sólidas e imperturbables como él mismo ante dos fuegos. Pero esta vez las tenia en aquel grande ejército, todo elegido, y en el cual podia decirse que cada batallon tenia una sola alma atenta á la conclusion de aquella suprema lucha; no titubeó, pues, un momento.

IV. El 13 de junio, una hora despues de su llegada á Avesnes, los oficiales de estado mayor corrieron de aquí para allí distribuyendo á los diferentes jefes de cuerpo del grande ejército la órden de moverse, de marchar á las diferentes posiciones fronterizas y de acampar en ellas. Este era el preludio de movimiento, y el mismo emperador, acercándose al centro de su linea, trasladó la tarde del 14 su cuartel general á Beaumont, espidiendo desde allí durante la noche la órden general de movimiento á cada cuerpo y cada division del ejército. La hora, la direccion y el objeto de cada uno de estos movimientos habian sido calculados sobre el mapa, midiendo las distancias con el compás y en vista de las dificultades ó ventajas del camino; de manera que cada cuerpo, segun el mayor ó menor espacio que tenia que atravesar, partiese desde el vivac á horas distintas para apoyar siempre á los cuerpos de derecha é izquierda y para llegar al mismo tiempo al punto dado. Vasta linea de batalla en marcha dispuesta á combatir á cada paso que se atrevia á dar en el territorio enemigo.

El general Gerard, en virtud de esta órden de movimiento, debia partir el primero desde las cercanías de Philippeville y converger hácia Charleroy; una asombrosa defeccion señaló el primer paso de aquel cuerpo de ejército que avanzaba: el general Bourmont mandaba una de las divisiones de Gerard. Hemos visto la irresolucion de aquel antiguo jefe vendeano en el momento en que el mariscal Ney, cuyo segundo era, fluctuaba el mismo en Lons-le-Saulnier entre su deber y su debilidad: mas sin embargo, habia abandonado al mariscal durante su marcha á Paris, avergonzándose de marchar así contra la causa de sus primeras armas. Pero despues de la entrada de Bonaparte en Paris, Bourmont, indeciso un momento, habia solicitado de nuevo un mando en el grande ejército, á lo cual se resistió Napoleon porque desconfiaba de él, nó como soldado sino como realista.

A pesar de todo, las instancias del mariscal Ney y las seguridades de Gerard, que habian respondido de él al emperador, vencieron aquellos presentimientos de Napoleon.

Bourmont recibió el mando de la tercera division de Gerard, y era sin duda demasiado valiente para haber premeditado en aquel mando la idea de una traicion; pero su indecision le habia puesto, como á Ney dos meses antes, en una de esas situaciones ambiguas mas fuertes que los caractéres débiles, en que el corazon se halla de una parte, el honor de otra, y en que el hombre falta á los dos á la vez y á sí mismo por no trazar con energía su marcha y su situacion. El arrepentimiento de su afiliacion en la causa del emperador sorprendió á Bourmont, al ver su antigua bandera mezclada con las banderas de la coalicion. Se estremeció con la idea de que pudiese ser confundido por el rey, á quien habia servido, y por sus antiguos compañeros de guerra vendeanos con los generales de Napoleon que les disputaban el pais y el trono. No queria hacer traicion y desertó en presencia del enemigo.

Semejante abandono, sin tener la intencion de hacer traicion, no hacia otra cosa, en efecto, pues sembraba la incertidumbre y la sospecha en el ejército que Bourmont abandonaba en el momento de combatir. Hacia ver á cada soldado un traidor en su general, á cada general un traidor en su compañero de armas, conmovia el campo francés, animaba al enemigo y despertaba la desconfianza en todos los corazones.

Seguido del ayudante comandante Clouet, oficial de un conocido realismo, que no tenia ni los compromisos personales, ni las responsabilidades de mando de Bourmont, seguido tambien del jefe de escuadron Viloutrois, oficial á quien Napoleon habia ofendido, y de sus tres edecanes; Bourmont, acompañado como Dumouriez de una escolta de caballería, salió de su campo al rayar el dia como para reconocer al enemigo. Llegado á cierta distancia de sus columnas, despidió á su escolta, entregó al oficial que la mandaba cartas para el general Gerard, y lanzándose al galope hácia los puestos avanzados de los prusianos con sus oficiales, desapareció á los ojos de su escolta asombrada, por entre las filas de la caballería prusiana.

Al cabo de pocas horas, Bourmont se reunió con el general Blucher, contra el cual maniobraba por la mañana.

No se sabe si le comunicó el órden de marcha del emperador del que él tenia conocimiento como comandante de una division francesa, pero su presencia sola advertia suficientemente á Blucher del movimiento de Gerard sobre Charleroy, prevenia á los prusianos del mismo modo contra toda sorpresa por el 1.º cuerpo, les advertia con aquel movimiento parcial el movimiento general á que debia corresponder, y presentaba con algunas horas de anticipacion el pensamiento del emperador al enemigo.

Blucher acogió á Bourmont, y este tránsfuga corrió á presentarse en Gante, donde fue recibido por los realistas de Luis XVIII con recelo y frialdad, pareciendo á unos que llegaba harto pronto para su honor y á otros demasiado tarde para su fidelidad. Allí languideció en un aislamiento, primera pena de los actos que no se esplican por sí mismos. Reconquistó luego el favor de los Borbones, la direccion del ejército, la victoria en la espedicion de África, la escusa, la gloria y la grandeza, pero jamás el aprecio. Su nombre queda indeciso ante la historia entre una flaqueza y una defeccion.

V. Gerard, consternado al saber la desercion de Bourmont, corrió á arengar á sus tropas conmovidas, y envió á advertir al emperador de un acontecimiento que podia desconcertar sus planes descubriéndoles. El emperador, en efecto, mandó á Gerard suspender su movimiento directo sobre Charleroy, y seguir otra marcha para engañar á Blucher. Tormentosa fué esta noche en el campo del emperador por la sospecha que esparció el terror pánico en la imaginacion de las tropas.

La jornada del siguiente dia 15 desvaneció sin embargo aquellos malos presentimientos del ejército, que pasó victoriosamente el Sambre, bajo el fuego de las avanzadas prusianas atacadas por todas partes, y se avanzó mas allá de Charleroy sobre las colinas del Sambre que sirven de escalones á la llanura de Fleurus. El emperador entró con la guardia á las once, precedido de Reille y de Erlon al frente de otros dos cuerpos.

El mariscal Ney, llegado á Paris en el mismo momento que el emperador á Charleroy, recibió el mando general de estos dos últimos cuerpos que componian unos cuarenta mil hombres, con la órden de escalar aquellas alturas, atacar vigorosamente á Ziethen, incomodarles en el centro del ejército prusiano, é ir á apoderarse inmediatamente de la posicion llamada de los Cuatro Brazos, para observar desde allí á Wellington, mientras que el emperador con la masa del grande ejército combatiria al ejército de Blucher.

«¿Conoceis bien esa posicion? dice el emperador á su lugarteniente.—Sí, señor, afirmó el mariscal; allí es donde yo he hecho mis primeras campañas hace veinte años. Los Cuatro Brazos son la llave de cuanto se domina sobre este vasto campo de evoluciones.—Pues bien, concentrad en él vuestros cuarenta mil hombres de Reille y de Erlon; fortificad allí vuestro ejército por medio de trabajos de defensa, y apresuradles para que á media noche esa posicion ocupada é inespugnable me responda de los ingleses.—Confiad en mí, respondió Ney; dentro de dos horas estaré en los Cuatro Brazos con mis cuarenta mil hombres, si los ingleses no me han tomado la delantera.» El mariscal, que recobraba todo su

LIBRO XXV.

El 14 de junio.—Orden del dia del emperador á su ejército.—Sus disposiciones.—Posicion de los ejércitos ingleses y prusianos.—Plan de Napoleon.—15 de junio.—El ejército pasa la frontera.—Marcha del general Gerard sobre Charleroy.—Defeccion de Bourmont.—Paso del Sambre.—Entrada de Napoleon en Charleroy.—Llegada de Ney.—Combate contra los prusianos.—Nuevas disposiciones del ejército francés.—16 de junio.—Ordenes á Ney.—Napoleon encuentra á Blucher mas allá de Fleurus.—Nuevas órdenes.—Batalla y victoria de Ligny.—Inaccion de Wellington en Bruselas hasta el 15.—Combate de los Cuatro Brazos.—Doble movimiento de Drouet d'Erlon.—Desconfianzas del ejército francés.—Orden de Napoleon á Ney.—17 de junio.—Marcha del emperador contra los ingleses.—Nuevas órdenes.—Grouchy persigue á los prusianos y se detiene en Gembloux.—Napoleon en los Cuatro Brazos.—Encuentro del emperador y de Ney.—Campo de batalla de Waterloo.—Napoleon se detiene en Planchenoit.—Sus disposiciones.—Primera órden á Grouchy.—18 de junio.—Marcha del ejército francés contra los ingleses.—Entusiasmo del ejército á la vista de Napoleon.—Situacion respectiva de los ejércitos francés é inglés.—Segunda órden á Grouchy.—Ataque contra el ejército inglés.—Asalto y combate de Hougoumont.—Ataque de Ney contra el centro de los ingleses en el Monte San Juan.—Toma de la Haie-Sainte.—Aparicion del ejército de Bulow á la derecha de Napoleon.—Tercera órden á Grouchy.—Toma de una parte del Monte San Juan.—Pánico del ejército inglés.—Resistencia de Wellington.—Carga de la caballeria inglesa sobre la artilleria de Ney.—Carga de los coraceros de Milhaut en la plataforma del Monte San Juan.—Esperanza de victoria.—Fuga de los paisanos y heridos hácia Bruselas.—Pánico de Bruselas.—Situacion de la batalla.—Inaccion del mariscal Grouchy.—Su marcha sobre Wavres.—Llegada de Bulow á Saint-Lambert.—Combate de Planchenoit.—Carga de la caballeria francesa contra los ingleses.—Asalto de la guardia.—Llegada de Blucher.—Abatimiento de Napoleon.—Derrota del ejército francés.—Conclusion.

I. Napoleon no quiso dejar que decayese de nuevo el entusiasmo que su presencia esparcia siempre en sus campos, en los cuales su aparicion significaba en todos tiempos una batalla y una victoria, y llevaba desde Paris para sus soldados una de aquellas *órdenes del dia* que dictaba con antelacion á sus jefes de estado mayor, y que era su diálogo con sus ejércitos. Nadie mejor que él conocia el lenguaje de esas arengas escritas que se dirigen á las grandes masas disciplinadas. Su nombre desde luego les imprimia el porvenir; hacia coincidir con supersticioso cuidado el dia de su llegada al ejército y de los combates que queria dar, con uno de los aniversarios de aquellas grandes batallas, que eran la Iliada de sus campos, como si hubiese querido intimar á la fortuna de que no se faltase á sí misma aquella vez, dándole una victoria mas, el mismo dia en que ya le habia destinado para vencedor.

«¡Soldados! decian aquellas órdenes del dia, hoy es el aniversario de Marengo, de Friedland, que decidió por segunda vez del destino de Europa; entonces, como despues de Austerlitz, despues de Wagram, fuimos generosos; creimos en las protestas y en los juramentos de los príncipes que dejábamos en el trono; hoy, no obstante, coaligados entre sí, atentan á la independencia y á los derechos mas sagrados de la Francia; ellos han comenzado la mas injusta de las agresiones; marchemos, pues, á su encuentro. Ellos y nosotros, ¿no somos por ventura los mismos hombres?

»¡Soldados! ¡En Jena contra esos mismos prusianos, hoy tan arrogantes, erais uno contra tres! ¡En Montmirail uno contra seis!

»Los sajones, los belgas, los hannoverianos, los soldados de la confederacion del Rhin, sentian el verse obligados á prestar su apoyo á la causa de los príncipes enemigos de la justicia y del derecho de todos los pueblos; ellos saben que esta coalicion es insaciable; despues de haber devorado doce millones de polacos, otros tantos de italianos, y un millon de sajones y seis de belgas, querrá devorar estos estados de segundo órden de Alemania.

»¡Insensatos!... Un momento de prosperidad les ciega, pero la opresion y humillacion del pueblo francés están fuera de los límites de su poder. Si entran en Francia, en Francia encontrarán su tumba.

»¡Soldados! tenemos que hacer marchas forzadas, tenemos batallas que dar y peligros que correr, pero con la constancia, la victoria será siempre nuestra; quedarán reconquistados los derechos, el honor y la dicha de la patria.

»¡Para todo francés en cuyo pecho late un corazon, ha llegado ya la ocasion de vencer ó morir!»

II. El ejército repitió estas palabras con un decidido entusiasmo, y cuanto mas aislado se encontraba en Francia, mayor era el orgullo que sentia en combatir solo por la patria que queria vengar, y por el emperador á quien habia coronado. Ardia en deseos de rescatar su falta con la victoria, hasta tal punto que hubiera desafiado á la coalicion entera. Solo un pensamiento animaba á viejos y jóvenes soldados: no era ya el valor de la esperanza que Napoleon habia inspirado á aquellas bandas en Italia, en Egipto y en Alemania, sino que era el valor menos fogoso, pero mas resuelto de la desesperacion. Los generales y oficiales eran los solos que calculaban el número de enemigos que iban á tener que combatir, pero los soldados no contaban con eso, y habian olvidado los años de 1812, 1813 y 1814; el nombre del emperador borraba para ellos todos los recuerdos, creyendo que en el destierro habia adquirido la invencibilidad. Aquel no era á sus ojos el hombre de Moscou, de Leipsick, de Fontainebleau, era el hombre de Marengo y de Austerlitz; estaban seguros, por lo tanto, de añadir un nombre inmortal en el catálogo de las jornadas del imperio.

Pero le faltaban á Napoleon la mayor parte de sus principales generales esperimentados, hallándose casi todos sus cuerpos de ejército mandados por generales valientes, ilustres, pero de segundo órden, y cuyos nombres no fascinaban ya la imaginacion de las tropas. Cierto es que el mariscal Soult se hallaba con el emperador, mas su nombre inspiraba cuando menos tanta desconfianza como respeto á los oficiales superiores del ejército; era evidente que la restauracion le habia alterado. Ya no se veian mariscales al frente de los cuerpos, á escepcion de Grouchy, y Napoleon, que lo conocia muy bien, llamó á Ney, retirado y descontento en sus posesiones de Condreux, y á Mortier.

Dió á éste el mando de los veinte mil hombres de su guardia imperial; y á los demás mariscales, envejecidos unos, desafectos ó gastados por la guerra otros, no les perdonó el emperador la frialdad que habian empezado á demostrar en los últimos años. «Ya tienen bastante, esclamaba, ahora necesitan suntuosos palacios y camas de pluma en vez de la paja de nuestros vivaques; preciso es reemplazarles con jóvenes que aun no haya yo enriquecido.» Olvidaba, sin duda, que es imposible hacer renacer una época pasada: no existia ya la primera generacion de la guerra que la revolucion habia producido.

Ney y Mortier llegaron al mismo tiempo que él al cuartel general: Mortier, intrépido y frio como el deber; Ney, fluctuando entre su ardor y sus arrepentimientos, siempre el primer soldado del ejército francés, pero mas á propósito en lo sucesivo por la inquietud de su corazon para precipitarse en la muerte que para asegurar la victoria.

Los dos ejércitos enemigos que Napoleon tenia delante, eran, como dejamos dicho, á la izquierda el ejército de lord Wellington, compuesto de cien mil hombres, mandado bajo sus órdenes por el príncipe de Orange, lord Hill y lord Uxbridge.

El ejército prusiano de Blucher, de cerca de ciento treinta mil hombres, al mando de los generales Zielben, Pirch, Thielman y Bulow.

Estos dos ejércitos, que reunian doscientos treinta mil hombres contra ciento veinte mil, no se hallaban de modo alguno preparados al combate del 14 de junio, puesto que mediaba entre ellos una distancia de muchas leguas.

Aguardaban con cierta negligencia que los demás ejércitos de la coalicion y la reserva rusa estuviesen en línea, y que la entrada de los austriacos de Schwartzenberg en Francia les diese la señal de avanzar. Aquellos dos ejércitos no sospechaban los proyectos del emperador, é ignoraban no solo su llegada á Avesnes sino hasta su salida de Paris, creyendo que no se habia movido un soldado en los acantonamientos franceses, y que aun tenian á su disposicion muchos dias antes de obrar; así es que no se hallaban concentrados ni para la marcha ni para el combate; esta ignorancia profunda de los dos ejércitos prusiano é inglés, dos dias antes de la batalla, atestiguaba que el secreto de los planes del emperador y de su gabinete no se habia traslucido, y

que Fouché, que se preparaba en caso adverso á entregar al hombre en la persona de Napoleon, no entregaba á lo menos en él al general y la sangre de los soldados de la Francia. Asi es la verdad.

III. Napoleon, que habia formado todo el plan en Paris, se confirmó en la exactitud de sus concepciones militares al acercarse al campo de batalla. El abandono y la diseminacion de los cuerpos del ejército de Wellington, que tenia necesidad de dos ó tres dias para concentrarse sobre su izquierda, daba al emperador estrictamente el tiempo necesario para llegar, combatir y rechazar al ejército de Blucher antes que el ejército inglés estuviese á distancia del primer combate. El carácter impetuoso, temerario, la arriesgada intrepidez de Blucher, cualidades preciosas en un general de vanguardia, y funestas en un general de evoluciones, servian en aquella circunstancia al emperador, quien presentia, segun el carácter de Blucher, que el ejército prusiano, arrebatado por la fogosidad de su jefe, careceria de prudencia, no se replegaria sobre Wellington sin combatir, y que aceptaria solo una batalla con fuerzas iguales y hasta inferiores antes que aparecer dudoso ó contemporizador ante los franceses. El genio lento, seguro y templado de Wellington, por el contrario, le tranquilizaba por parte de los ingleses. El emperador estaba cierto por las noticias de sus espias en Bélgica, que este general no se aventuraria en ir al socorro de Blucher antes de haber reunido, concentrado y dispuesto todos sus cuerpos diseminados: necesitaba para esta operacion cuarenta y ocho horas, y mas de dos marchas para atravesar oblicuamente las diez y seis leguas que separaban á Bruselas del cuartel general de Blucher.

Era llegado el tiempo de dos victorias y de una campaña para el genio improvisador de Napoleon, la fortuna le presentaba desde el primer dia su evolucion favorita sobre todas las demás, y que habia empleado en todas sus guerras, la irrupcion repentina con todas sus fuerzas reunidas al centro del campo enemigo, como para separarle en dos cuerpos, derrotarle y destrozarle con sus dos brazos, mientras que él solo pudiera resistirle con uno. Este golpe de desesperado atrevimiento, que casi siempre tenia buen éxito para el, exigia tropas aguerridas, sólidas e imperturbables como él mismo ante dos fuegos. Pero esta vez las tenia en aquel grande ejército, todo elegido, y en el cual podia decirse que cada batallon tenia una sola alma atenta á la conclusion de aquella suprema lucha; no titubeó, pues, un momento.

IV. El 13 de junio, una hora despues de su llegada á Avesnes, los oficiales de estado mayor corrieron de aquí para allí distribuyendo á los diferentes jefes de cuerpo del grande ejército la órden de moverse, de marchar á las diferentes posiciones fronterizas y de acampar en ellas. Esto era el preludio de movimiento, y el mismo emperador, acercándose al centro de su línea, trasladó la tarde del 14 su cuartel general á Beaumont, espidiendo desde allí durante la noche la órden general de movimiento á cada cuerpo y cada division del ejército. La hora, la direccion y el objeto de cada uno de estos movimientos habian sido calculados sobre el mapa, midiendo las distancias con el compás y en vista de las dificultades ó ventajas del camino; de manera que cada cuerpo, segun el mayor ó menor espacio que tenia que atravesar, partiese desde el vivac á horas distintas para apoyar siempre á los cuerpos de derecha é izquierda y para llegar al mismo tiempo al punto dado. Vasta línea de batalla en marcha dispuesta á combatir á cada paso que se atrevia á dar en el territorio enemigo.

El general Gerard, en virtud de esta órden de movimiento, debia partir el primero desde las cercanías de Philippeville y converger hácia Charleroy; una asombrosa defeccion señaló el primer paso de aquel cuerpo de ejército que avanzaba: el general Bourmont mandaba una de las divisiones de Gerard. Hemos visto la irresolucion de aquel antiguo jefe vendeano en el momento en que el mariscal Ney, cuyo segundo era, fluctuaba el mismo en Lons-le-Saulnier entre su deber y su debilidad: mas sin embargo, habia abandonado al mariscal durante su marcha á Paris, avergonzándose de marchar asi contra la causa de sus primeras armas. Pero despues de la entrada de Bonaparte en Paris, Bourmont, indeciso un momento, habia solicitado de nuevo un mando en el grande ejército, á lo cual se resistió Napoleon porque desconfiaba de él, nó como soldado sino como realista.

A pesar de todo, las instancias del mariscal Ney y las seguridades de Gerard, que habian respondido de el al emperador, vencieron aquellos presentimientos de Napoleon.

Bourmont recibió el mando de la tercera division de Gerard, y era sin duda demasiado valiente para haber premeditado en aquel mando la idea de una traicion; pero su indecision le habia puesto, como á Ney dos meses antes, en una de esas situaciones ambiguas mas fuertes que los caracteres debiles, en que el corazon se halla de una parte, el honor de otra, y en que el hombre falta á los dos á la vez y á si mismo por no trazar con energía su marcha y su situacion. El arrepentimiento de su afiliacion en la causa del emperador sorprendió á Bourmont, al ver su antigua bandera mezclada con las banderas de la coalicion. Se estremeció con la idea de que pudiese ser confundido por el rey, á quien habia servido, y por sus antiguos compañeros de guerra vendeanos con los generales de Napoleon que les disputaban el pais y el trono. No queria hacer traicion y desertó en presencia del enemigo.

Semejante abandono, sin tener la intencion de hacer traicion, no hacia otra cosa, en efecto, pues sembraba la incertidumbre y la sospecha en el ejército que Bourmont abandonaba en el momento de combatir. Hacia ver á cada soldado un traidor en su general, á cada general un traidor en su compañero de armas, conmovia el campo francés, animaba al enemigo y despertaba la desconfianza en todos los corazones.

Seguido del ayudante comandante Clouet, oficial de un conocido realismo, que no tenia ni los compromisos personales, ni las responsabilidades de mando de Bourmont, seguido tambien del jefe de escuadron Viloutrois, oficial á quien Napoleon habia ofendido, y de sus tres edecanes; Bourmont, acompañado como Dumouriez de una escolta de caballeria, salió de su campo al rayar el dia como para reconocer al enemigo. Llegado á cierta distancia de sus columnas, despidió á su escolta, entregó al oficial que la mandaba cartas para el general Gerard, y lanzándose al galope hácia los puestos avanzados de los prusianos con sus oficiales, desapareció á los ojos de su escolta asombrada, por entre las filas de la caballeria prusiana.

Al cabo de pocas horas, Bourmont se reunió con el general Blucher, contra el cual maniobraba por la mañana.

No se sabe si le comunicó el órden de marcha del emperador del que él tenia conocimiento como comandante de una division francesa, pero su presencia sola advertia suficientemente á Blucher del movimiento de Gerard sobre Charleroy, prevenia á los prusianos del mismo modo contra toda sorpresa por el 4.° cuerpo, les advertia con aquel movimiento parcial el movimiento general á que debia corresponder, y presentaba con algunas horas de anticipacion el pensamiento del emperador al enemigo.

Blucher acogió á Bourmont, y este tránsfuga corrió á presentarse en Gante, donde fué recibido por los realistas de Luis XVIII con recelo y frialdad, pareciendo á unos que llegaba harto pronto para su honor y á otros demasiado tarde para su fidelidad. Allí languideció en un aislamiento, primera pena de los actos que no se esplican por sí mismos. Reconquistó luego el favor de los Borbones, la direccion del ejército, la victoria en la espedicion de África, la escusa, la gloria y la grandeza, pero jamás el aprecio. Su nombre queda indeciso ante la historia entre una flaqueza y una defeccion.

V. Gerard, consternado al saber la desercion de Bourmont, corrió á arengar á sus tropas conmovidas, y envio a advertir al emperador de un acontecimiento que podia desconcertar sus planes descubriéndoles. El emperador, en efecto, mandó á Gerard suspender su movimiento directo sobre Charleroy, y seguir otra marcha para engañar á Blucher. Tormentosa fue esta noche en el campo del emperador por la sospecha que esparce el terror pánico en la imaginacion de las tropas.

La jornada del siguiente dia 15 desvaneció sin embargo aquellos malos presentimientos del ejército, que pasó victoriosamente el Sambre, bajo el fuego de las avanzadas prusianas atacadas por todas partes, y se avanzó mas allá de Charleroy sobre las colinas del Sambre que sirven de escalones á la llanura de Fleurus. El emperador entró con la guardia á las once, precedido de Reille y de Erlon al frente de otros dos cuerpos.

El mariscal Ney, llegado á Paris en el mismo momento que el emperador á Charleroy, recibió el mando general de estos dos últimos cuerpos que componian unos cuarenta mil hombres, con la órden de escalar aquellas alturas, atacar vigorosamente á Ziethen, incomodarles en el centro del ejército prusiano, é ir á apoderarse inmediatamente de la posicion llamada de los Cuatro Brazos, para observar desde allí á Wellington, mientras que el emperador con la masa del grande ejército combatiria al ejército de Blucher.

«¿Conoceis bien esa posicion? dice el emperador á su lugarteniente.—Sí, señor, afirmó el mariscal; allí es donde yo he hecho mis primeras campañas hace veinte años. Los Cuatro Brazos son la llave de cuanto se domina sobre este vasto campo de evoluciones.—Pues bien, concentrad en él vuestros cuarenta mil hombres de Reille y de Erlon; fortificad allí vuestro ejército por medio de trabajos de defensa, y apresuradles para que á media noche esa posicion ocupada é inespugnable me responda de los ingleses.—Confiad en mí, respondió Ney; dentro de dos horas estaré en los Cuatro Brazos con mis cuarenta mil hombres, si los ingleses no me han tomado la delantera.» El mariscal, que recobraba todo su

valor en la accion, se separó del emperador para ejecutar estas órdenes.

VI. Apenas Ney se separó del emperador, cuando este mismo, inquieto por la inmovilidad de su vanguardia en las cuestas de Fleurus, salió á caballo de Charleroy, seguido de una parte de la guardia imperial, para decidir la retirada demasiado lenta de Ziethen, que retrasaba su movimiento sobre Blucher. Llegado á los terraplenes, manda al general Lecourt tomar los escuadrones de servicio que le escoltaban, y desalojar á Ziethen. Lecourt obedece, lanza sus escuadrones, dispersa á los diez mil prusianos, pero cae muerto en medio de su victoria.

Esta pérdida causó mucho sentimiento al emperador, quien volvió lentamente á Charleroy para apresurar de nuevo sus últimas columnas retrasadas por el escarpado paso del Sambre. El dia tocaba á su termino; retraido Gerard por la contraórden que habia exigido la defeccion de Bourmont, llegaba apenas al otro lado del Sambre, y tomaba allí la posicion indicada. Napoleon, antes de comprometer mas adelante el grande ejército sobre las colinas y las mesetas de Fleurus, aguardaba tranquilamente á que el mariscal Ney le enviase la noticia de la ocupacion de los Cuatro Brazos.

VII. Este mariscal, aun cuando no habia llegado á los Cuatro Brazos disputados á su vanguardia por un solo batallon belga del príncipe Bernardo de Sajonia-Weimar, se creia tan seguro de llegar allí al dia siguiente, que escribió al emperador haber llegado ya. Suspenso un momento por el ruido de la artillería del emperador, que se oia hácia Fleurus, Ney detuvo sus columnas para que el emperador las tuviera á la mano en caso de necesidad. Así que dejó de oirse el cañon continuó su movimiento, pero llegó la noche, y las tropas estaban además fatigadas por dos dias de marcha. Ney, segun hemos dicho, creyendose seguro de ocupar sin resistencia los Cuatro Brazos al dia siguiente, del mismo modo que lo habia hecho la víspera, habia adelantado el suceso, haciendo decir al emperador que ya se hallaba en aquel punto. Mas tarde se verán las fatales consecuencias que tuvieron en las operaciones de los dias sucesivos aquella inexactitud involuntaria de Ney y aquellos retrasos en la ejecucion literal de sus órdenes.

El emperador empleó la noche en Charleroy introduciendo en las relaciones de su estado mayor con sus diferentes cuerpos de ejército, una innovacion que debia dar al parecer mas unidad á sus movimientos, pero que quitaba algo á la rapidez de la comunicacion de las órdenes en el campo de batalla. Dividió todo el grande ejército en tres masas; ala derecha, ala izquierda y centro, como un ejercito en accion; el ala izquierda, compuesta de cuarenta mil hombres al mando del mariscal Ney, teniendo á sus órdenes á Reille y Erlon para la infantería, y á Kellermann y Lefebvre Desnouettes para la caballería. El ala derecha, al mando del general Grouchy, secundado por Vandamme y Gerard para la infantería, Excelmans, Pajol y Milhaud para la caballería; por último, el centro mandado por el mismo emperador, con Lobau, comandante de infantería, y unos veinte mil hombres de su guardia imperial. Cada uno de estos ejercitos contaba sobre cuarenta mil combatientes.

Esta medida, que parecia natural y sencilla al empezar una campaña en que cada dia seria una accion, aflojó los lazos directos que habian estrechado hasta entonces las relaciones entre la tienda del emperador y las tiendas secundarias de su ejército. Descontentó á los generales de estas divisiones, subordinándoles á mariscales que juzgaban ser iguales á ellos, y quitándoles algo de su responsabilidad y de su gloria.

Hasta la mañana del dia 16 no salió de Charleroy, despues de haber mandado la órden al mariscal Grouchy que mandaba su ala derecha, de marchar sobre la posicion de Sombref, y de instalarse en ella con Vandamme y Gerard, sus tenientes. Informado al mismo tiempo del retraso que Ney habia tenido el dia anterior en ocupar los Cuatro Brazos, le escribió reiterándole la órden de apoderarse de aquella posicion lo mas pronto posible, y de enviar desde allí algunas avanzadas sobre el camino de Bruselas, para observar los movimientos de Wellington; en fin, que cubriese el espacio entre los Cuatro Brazos y Sombref, punto á donde dirigia á Grouchy y á donde él mismo iba á concentrarse al ponerse el sol.

No contento, sin embargo, con estas órdenes comunicadas por su mayor general Soult, el emperador dictó á Mr. de Flahaut, uno de sus mas íntimos y de sus mas valientes edecanes, una instruccion mas detallada y mas confidencial al mariscal Ney. Esta instruccion le descubria la idea de hacerle avanzar con sus cuarenta mil hombres sobre Bruselas, tan luego como hubiera batido ó rechazado á los prusianos hasta Gembloux.

«Bruselas, le decia, será la prenda de la campaña, y esta capital ocupada, desconcertará á Wellington y á los prusianos á la vez. Estad preparado al primer aviso que tengais de mí, para lanzar vuestras ocho divisiones segun el partido que yo tome mañana, quizá esta tarde, tal vez dentro de tres horas.» Segun su idea, este partido dependeria de la mayor ó menor solidez que encontrase en los batallones de Blucher.

Apenas hubo partido Mr. Flahaut, el mariscal Soult escribió de nuevo á Ney por medio de otro oficial, para decirle que Blucher estaba en Namur, que sus disposiciones hacian temer que él no dirigia sus masas sobre los Cuatro Brazos, y para dar al mariscal la division de Kellermann como refuerzo, en el caso de que tuviera que resistir aquellas masas. En estas órdenes se sienten las pisadas de un ejército que avanza en las tinieblas. Pero ni los temores de Soult acerca de la presencia de los prusianos en los Cuatro Brazos, ni las esperanzas del emperador trasmitidas á Ney por Flahaut, tenian el menor fundamento. Blucher habia engañado á todos con su rapidez y su resolucion; partió la víspera de Namur, y habiendo presentido al emperador, concentró ochenta mil hombres sobre Sombref, punto de union, previsto por el, de Grouchy y de Napoleon.

Al entrar en Fleurus á las dos el emperador, en donde le aguardaban sus avanzadas, se llenó de consternacion al verse precedido en Sombref por el ejército prusiano todo entero, al cual no esperaba sino dos dias despues. Bajó del caballo, atravesó sus centinelas y sus puntos avanzados, subió interiormente á lo alto de un molino de viento que dominaba la desnuda llanura de Fleurus, y contempló el solo las innumerables bayonetas que cubrian aquella llanura á poca distancia de donde se encontraba.

Todos sus planes de la víspera y de aquel dia se veian frustrados por aquella concentracion y por aquella inesperada presencia de Blucher, que interceptaba el camino de Sombref, á donde habia querido adelantarle. Es verdad que por otra parte la batalla aislada contra los prusianos que él iba buscando se presentaba por sí misma; así es que aceptó á un mismo tiempo la contradiccion de la fortuna y el favor que le brindaba en cambio. Varió, pues, su plan y modificó instantáneamente todas sus órdenes. Vandamme y Gerard recibieron la órden de volverse sobre Fleurus; Ney de atacar cuanto se hallara á su alrededor en los Cuatro Brazos y de replegarse en seguida sobre el emperador, para caer con todo el peso de sus cuarenta mil hombres sobre el ejército de Blucher. «De este modo le atacareis por retaguardia; este ejército es perdido si obrais vigorosamente. La suerte de la Francia está en vuestras manos; así, pues, dirigios sobre Bry.»

Bry era una aldea situada á la izquierda de Fleurus. Un oficial voluntario, arriesgado é intrépido, el marqués de Forbin-Janson, que habia mantenido solo la guerra en Borgoña en 1814, con un cuerpo franco levantado á su costa, fué encargado por el emperador mismo de llevar el anterior aviso. «Dentro de tres horas, dice, recomendando á Mr. de Forbin la celeridad, la suerte de la guerra puede quedar decidida; todo depende de la prontitud y de la energía del mariscal Ney.»

Tenia éste, inclusa la caballería de Kellermann que Soult le habia prestado, cerca de cincuenta mil combatientes.

VIII. Entretanto avanzaba el dia sin que el emperador, que queria dejar á Ney el triunfo de recibir y ejecutar sus órdenes, diese á su ejército impaciente la señal del combate. Tenia delante de él cien mil prusianos del ejercito de Blucher, el centro mas allá de Bry, las dos alas en la aldea de Saint-Amand y de Ligny. Los franceses, reunidos en masa enfrente y mas allá de Fleurus, solo contaban cincuenta mil combatientes; bien es verdad que entre ellos se hallaba la guardia imperial y lo mas escogido del ejército mandado por el mismo emperador. La confianza centuplicaba su fuerza y ardor; un ejército en tal disposicion no se cuenta por los brazos sino por los corazones: es cuanto cree ser, y el ejército francés se creia invencible, devorando con la vista el espacio que mediaba entre Fleurus y Saint-Amand. El emperador despues de calcular el tiempo que necesitaria Ney para acercarse á él, dió al fin á Vandamme y á Gerard la órden de tomar á Saint-Amand.

Este largo pueblo, situado en una pequeña colina inclinada en la parte de Fleurus, cubierto de avenidas, de vallados y de verjeles, de charcas, de cotos, de barrancos, entre los cuales corrian algunos arroyuelos, ocultaba á los prusianos á nuestra vista y ofrecia tantas fortificaciones naturales como chozas, granjas y casas se veia separadas unas de otras.

Vandamme, sin que le detuviera la artillería prusiana cuyas humeantes baterías disparaban sobre la llanura, avanzó á la cabeza de su division de infantería y llegó hasta los primeros árboles que ocultaban á los enemigos: en seguida, en medio de los gritos de *¡Viva el emperador!* lanzándose al asalto de aquellas posiciones sucesivas erizadas de cañones y bayonetas, recibió el fuego de los prusianos en sus diezmadas filas, sin detener un momento su marcha, desapareció á la vista del ejército francés entre aquella nube de árboles y de humo, tomó uno á uno

todos los reductos del pueblo, comprometió á los prusianos á batirse hasta en las casas convertidas en campo de batalla, atravesó la plataforma cargándoles á la bayoneta, y les precipitó en el barranco al otro lado de Saint-Amand. Hallábase ya sobre el terraplen de Bry, mas allá del pueblo, cuando Blucher, observando desde lejos destrozada de tal modo su ala derecha, lanzó nuevos batallones sobre Vandamme, guiándolos y animándolos él mismo con su arrojo, y rechazó á la infantería de Vandamme hácia el barranco, obligándola á volver á la vertiente de Saint-Amand y á contentarse con ocupar contra el ejército prusiano aquella fortaleza natural de donde acababa de desalojarle.

IX. Mientras que Vandamme comprometia de este modo la batalla en la izquierda, el emperador, observando desde la ventanilla del molino los progresos de su ala izquierda, hacia llamar al general Gerard, que acababa de entrar en la línea con los doce mil que mandaba. Le reconvino con una amistosa ironía la falsa confianza que habia tenido, á pesar suyo y de Davout, en la fidelidad de Bourmont, de quien Gerard y Ney habian respondido tan temerariamente. En seguida, cogiéndole con una mano y enseñándole con la otra la torre de la iglesia de Ligny en lo alto del llano hácia la derecha, le dijo sonriendo. «General de mi cuarta division, ya veis ese campanario al otro lado de ese torrente cuyas esplanadas se hallan cubiertas por la izquierda de Blucher; esa es vuestra direccion: corred á tomar esas posiciones al enemigo.» Gerard vuelve á montar á caballo, se dirige á galope hácia su division, y atravesando en medio del estruendo de las músicas militares la llanura que separa á los dos ejércitos, se lanza como Vandamme al asalto de Ligny.

Un hondo barranco delante de las casas erizadas de baterías y de batallones defendia las avenidas de Ligny, consideradas inespugnables. Gerard salvó el barranco llenándole con sus muertos y del enemigo. Sus obuses y los de los pusianos incendiaban las granjas y las primeras casas que forman la ancha avenida del pueblo, y se combatia al través de las llamas que de calle en calle separaban á los contendientes. Así los prusianos como los franceses tomaron y fueron desalojados cuatro veces del pueblo por medio de cargas sucesivas Gerard, que cree observar la mirada impaciente del emperador, conduce de nuevo en persona sus batallones al fuego. Cercado en una de estas cargas por un escuadron de lanceros prusianos, su caballo, á quien se le enredaban los piés en el rastrojo de un campo de trigo, cae y va á parar á una zanja: su escolta y sus oficiales levantan á su general sin cesar de combatir para cubrirle contra las lanzas enemigas. Su ayudante de campo, Lafontaine, mata á los ginetes que peleaban encarnizadamente contra aquel grupo de oficiales, y despues de haberse roto su sable siguió aun batiéndose con el pedazo que le quedó en la mano. El general Saint-Remy, herido de dos lanzazos, cae al lado de Gerard: el ayudante de campo, Duperron, se sacrifica tambien por salvarle; le da su propio caballo y se esfuerza en libertarle del peso del suyo que le oprimia en el fondo de la zanja.

¡Vanos esfuerzos! Gerard iba á ser cogido ó muerto en medio de aquel puñado de oficiales luchando desesperado para defenderle, cuando el hijo del mariscal Grouchy, que mandaba un regimiento de cazadores á las órdenes de Gerard, divisa aquel grupo, acude á todo escape, ataca y dispersa á los prusianos y salva á su general. Ligny, que estaba ardiendo, queda al fin en poder de los franceses. El encarnizamiento de los combatientes lo habia cambiado en un monton de cenizas y de cadáveres. El mismo Blucher, al retirarse, reconoció que en sus muchas campañas jamás habia visto disputar y conseguir la victoria con un encarnizamiento tan vigoroso. Cuatrocientas bocas de fuego se contestaban de una línea á otra al través de la llanura, cubriendo el foso por encima de las cabezas de los combatientes, de balas, de tierra, de árboles destrozados y de lienzos de murallas.

Las reservas de Vandamme habian trabado batalla por el lado de Ligny, y aquel era el momento de socorrerlas y de decidir la jornada: eran las cinco. El emperador tenia consigo veinte mil hombres de su guardia, que no se habian movido hasta entonces; los dirigió para caer sobre el centro del enemigo. De repente los detiene á mitad del camino por una contraórden cuyo sentido no comprenden los soldados y que el mismo parece vacilar al darla.

En el momento de ir á comprometer de esta manera á sus últimas tropas, tiene noticia por los edecanes de Vandamme que este general ha divisado á través del humo, desde lo alto de la torre de Saint-Amand, un cuerpo de unos treinta mil hombres que avanza por su izquierda en direccion de Bry. Vandamme creyó al pronto que este ejército es un ala del de Ney que acude á atacar por el flanco y la retaguardia al enemigo, segun el plan conocido del emperador; pero de allí á un instante habia visto á aquel inesplicable ejército cambiar el camino que le acercaba á él, detenerse como indeciso, retroceder y desaparecer, en fin, detrás de una altura que se divisaba en el horizonte. Comunica aquellas noticias al emperador, el cual permanece asimismo indeciso y asombrado, y aguarda dos horas la esplicacion de aquel enigma. Si es un ala de Ney, es preciso esperar; si es una columna inglesa escapada á la vigilancia de este mariscal, es necesario reservar contra ella su centro y su guardia.

Espera inútilmente, pues nada vuelve á aparecer. El dia va á acabar y es preciso declararse vencido ó completar la victoria, porque al dia siguiente podrian redoblarse las fuerzas de los prusianos, cuyo fuego de artillería ha debido advertir sin duda á Wellington. Vuelve á montar á caballo y hace salvar el llano de Fleurus á sus veinte mil combatientes. Al llegar á la altura de la línea de los prusianos, los divide en tres columnas: una en el centro en donde él permanece y las otras dos dirigidas oblicuamente, una sobre Vandamme con los coraceros, los granaderos de caballería y los dragones de su guardia para desalojar el terraplen de Bry, el ala derecha de Blucher, y la otra sobre Gerard en Ligny.

X. Estas tropas, irritadas por la larga inmovilidad que se les habia impuesto, se lanzan sobre aquellas dos alturas para sostener y vengar sus alas. El general Gerard, jóven oficial predilecto del emperador, anima á sus columnas con todo el fuego de su alma, sube á la esplanada del barranco, detrás de Saint-Amand, de donde Vandamme habia bajado por la mañana, carga á las masas prusianas que cubren á Bry, las desordena, las dispersa, las derrota en todas direcciones, y cae victorioso herido de dos balazos en el pecho. Sus columnas pasan sobre su cuerpo por el impulso que él les habia dado.

Blucher mismo, siempre mas soldado que general, ve su derecha desordenada y diezmada; reune apresuradamente algunos escuadrones de su caballería de reserva, y cae sobre los coraceros y los dragones de la guardia. Su caballo es herido de un balazo y se revuelca sobre su ginete. Los escuadrones franceses, volviendo á galope sobre los prusianos, le confunden entre la nube de humo de sus cargas con los cadáveres de hombres y de caballos que cubren la tierra, y pasan y repasan varias veces al lado del general enemigo enredado bajo de su caballo muerto, sin conocerle. Una última carga de dragones prusianos fué á librarle de aquel conflicto: salta sobre el caballo de uno de sus dragones y vuelve á unirse á su reserva, despues de haberse libertado milagrosamente por dos veces de caer prisionero.

El ejército francés, victorioso por todas partes sobre sus alas, avanzaba haciendo una conversion sobre su centro. Blucher habia perdido todas sus líneas fortificadas, y veinte mil muertos de su ejército cubrian las pendientes y el llano de Fleurus. Empezaba á oscurecer, y hallándose separado de Wellington en los Cuatro Brazos por los cuarenta mil hombres de Ney, mandó la retirada general desapareciendo entre las tinieblas. Detúvose á dos leguas de Ligny, en el pueblo de Gembloux, en donde encontró al ejército de Bulow, su colega, que llegaba de Liege y que le cubrió durante la noche.

Napoleon, vencedor, pero sin otro fruto de su victoria que el campo de batalla y la gloria de su primer triunfo, pernoctó en Ligny en medio de su ejército. La ausencia de Ney, el temor de aventurar el ejército contra Blucher y el cuerpo de ejército misterioso que Vandamme le habia designado por la tarde, le impidieron perseguir al enemigo y hacer un solo prisionero. Pero el rumor exagerado aunque legítimo de la derrota del ejército prusiano, era para él en Francia y en Europa un despojo que valia mas que diez mil prisioneros. En esta batalla, llamada de Ligny, habia reconquistado su nombre.

XI. Napoleon no supo hasta el dia siguiente las causas de la inaccion de Ney, cuya cooperacion debia acabar y utilizar su victoria, y el misterio de aquel cuerpo de ejército percibido á lo léjos, cuya presencia habia hecho variar sus resoluciones durante el combate: en otra época quizá hubiera acusado y hasta castigado aquella inaccion; pero en las contemplaciones que usaba actualmente con sus generales, se limitó á lamentarla sin hablar palabra.

El mariscal Ney, que habia llegado como hemos visto inopinadamente á Avesnes al mismo tiempo que el emperador, sin estado mayor, sin oficiales de confianza, sin ayudantes de campo, sin equipajes, sin caballos, recibió el mando inesperado de un cuerpo numeroso, cuyas posiciones apenas conocia, en un pais que se habia borrado de su imaginacion hacia veinte años No conocia tampoco á los oficiales generales que mandaban aquellos diferentes cuerpos, así es que necesitaba algunos dias para estudiar los lugares, las tropas y los caracteres Aquella ignorancia de las cosas y de los hombres quitaba á su golpe de vista algo de su rapidez y de su seguridad; puede decirse que aun no manejaba su ejército. Quizá tambien el peso de su falsa situacion con respecto al emperador y á sus colegas, despues de su doble falta en Fontainebleau y en Lons-le-Saulnier, influyese aun sobre su ánimo Debia te-

mer mas que otro alguno el menor descalabro, pues la calumnia hubiera ofrecido al emperador y al ejercito el indicio de una traicion. Debia ser prudente hasta rayar en escrupuloso, cuando su carácter era la temeridad y la audacia. Un hombre por grande que sea, solo lo es por su naturaleza; cuando su naturaleza se halla neutralizada por las circunstancias, ya no hay hombre. Este era el mariscal Ney despues de su desgracia. Su conducta antes y durante la batalla de Ligny se resiente de esta debilidad, y si hubiera empleado en los Cuatro Brazos la mitad de la prevision y de la constancia que en la retirada de Beresina, quizá no hubiese ocurrido la batalla de Waterloo. Ligny habria empezado y concluido una de las mas decisivas campañas del emperador.

Ney, segun llevamos dicho, al acercarse el dia 14 á los Cuatro Brazos, escribió al emperador que se hallaba allí antes de llegar. Durante aquella noche, imprudentemente perdida y que pasó vivaqueando á distancia de unas dos leguas en Gossolies, diez mil holandeses y belgas del principe de Orange se adelantaban protegidos por el bosque de Nivelles, llamado por otro nombre el Bois-de-Bossu, que cubria entonces su posicion en los Cuatro Brazos, y ganaron por la mano á los franceses. Al amanecer del dia siguiente el mariscal hizo atacar las avenidas de aquella posicion á donde iban á parar cuatro grandes calzadas que podian distribuir en cuatro direcciones los ejércitos y sus convoyes. La brigada mandada por el general Foy, ya ilustre en la guerra, pero mas aun de allí á poco en la tribuna, atacó resueltamente las alturas. Mas conforme las columnas de Ney se aumentaban y encarnizaban en el ataque, la resistencia inesplicable para el mariscal de un enemigo que solo contaba la víspera mil quinientos hombres, y ocho mil aquella mañana, se iba haciendo mas formidable. El mismo Ney empeñó en la accion sucesivamente hasta la mitad de su ejercito, esto es, cerca de veinte mil combatientes, que rechazados á cada paso con nueva energia refluian sobre él. El mariscal reconoció al fin, demasiado tarde, que habia perdido las diez y ocho horas decisivas en una campaña en que los momentos creaban ejércitos á un enemigo sorprendido, pero inagotable. Entonces se convenció de que ya no luchaba contra un punto avanzado, sino contra un ejercito entero esparcido en los Cuatro Brazos por las sombrias avenidas del bosque de Nivelles.

XII. El duque de Wellington, menos escusable de su negligencia que el mariscal Blucher, cuyas columnas no se hallaban aun en linea cuando el emperador pasó el Sambre, como hemos visto en Ligny, á donde Bulow y su cuerpo de ejército no llegaron sino despues de la batalla, permanecia ocioso é indolente en Bruselas. Mal instruido de las reuniones y de los movimientos del emperador hasta el último momento, pero informado de su genio, que consistia en la sorpresa y en la rapidez, el duque de Wellington contaba aun con dos semanas de preparativos y de inaccion. Creia que el emperador se imitaria á sí mismo, replegándose, como en 1814, de posicion en posicion en el interior de la Francia; que tomaria sus plazas fuertes para base y reductos de su ejercito de operacion; que disputaria el paso de los rios, y que, concentrado, en fin, en los llanos inmediatos de Paris, á donde se le reunirian todos sus refuerzos del este, del oeste y del centro, allí solo aceptaria una de esas grandes batallas que, como las de Wagram, de Dresde ó de Jena, deciden de la suerte de un trono á la vista de una capital.

Escribia al emperador Alejandro despachos conjeturales, en que discutia, con arreglo á estos datos, el plan de la invasion combinada de la Francia por los aliados. Entretanto dejaba sus tropas diseminadas en Belgica, para ayudar á un pais amigo, descansar tranquilamente en sus acantonamientos. Él mismo, con su estado mayor, sus generales y sus regimientos de preferencia, preludiaba la guerra con fiestas y placeres en Bruselas, fiestas de que él estaba ávido y que no temia acostumbrasen á la molicie á sus oficiales.

Militar moderno, por carácter, por principios y por las voluptuosas costumbres contraidas en las Indias, en Portugal y en España, como Federico II ó como Turena, no pensaba antes de la hora en la disciplina y en el espiritu de sus compañeros de armas. Permitia á sus generales, á sus jóvenes oficiales y á sus soldados las mismas distracciones y escesos que se permitia á sí mismo. Severo únicamente con la puntualidad y la intrepidez durante la accion, creia que el soldado, espuesto á arriesgar su vida á la suerte, debe anticipar á la guadaña, siempre cerca de su cuello, los cortos placeres del corazon ó de los sentidos robados á la fatiga y al peligro de los campos de batalla. Los severos ingleses le echaban en cara el que con su sobrada indulgencia dejaba corromper en sus estados mayores las costumbres de la juventud militar, y el que tratase á los hombres como los indos á los elefantes que los embriagan para hacerlos mas belicosos.

XIII. La noche del 14, en que Napoleon salvaba el Sambre, disputaba los puestos avanzados de los prusianos y avanzaba con ciento ocho mil hombres sobre Ligny y sobre los Cuatro Brazos, indicando ya á Ney el camino de Bruselas, una fiesta dada por la duquesa de Richemond reunia en sus salones, animados por la música y el baile, á los príncipes, diplomáticos, generales y oficiales del ejercito inglés. El duque de Wellington, mientras la música despedia sus armoniosos sonidos, hablaba, recostado en el antepecho de una ventana, con el duque de Brunswick, uno de los generales de su cuerpo de ejército, cuando uno de sus ayudantes de campo se acercó á él, y hablándole en voz baja, le comunicó despachos que acababan de llegar al cuartel general. El duque de Brunswick, de una familia militar, á quien despues de 1772 cada campaña parecia profetizar la muerte de uno de sus miembros en el campo de batalla, se levantó tan sobresaltado al oir la inesperada noticia de la invasion de Napoleon en Belgica, que dejó caer sobre la alfombra, sin acordarse de él, á un niño que tenia medio dormido sobre sus rodillas. Wellington palideció, concentrando en su alma su sorpresa y su imprevision.

La noticia circuló en un instante entre los convidados; calló la música, interrumpiéronse los bailes, las mujeres enmudecieron y empezaron á temblar por aquellos á quienes amaban; los diplomáticos y los príncipes se agruparon para comunicarse rápidamente sus primeras ideas; los oficiales salieron, y Wellington, en fin, desapareció para enviar al momento á todos los cuerpos las órdenes de direccion y de marcha que les correspondia. Con su presencia de ánimo, con su decision y prontitud, enmendó la falta que habia cometido olvidándose de Napoleon, desmoralizando las filas de su ejercito, y no ocupando las posiciones que cubrian á Bruselas. Una hora despues de recibido el despacho, los oficiales volaban en todas direcciones para reunir sus tropas; las mas inmediatas corrian á tomar las armas; la caballería, la artillería, los trenes, los convoyes, atravesaban á paso redoblado las calles de Bruselas, para trasladarse al bosque de Nivelles, y para llegar á los Cuatro Brazos, en caso de que la debil brigada del duque de Sajonia-Weimar se sostuviese aun, ó para reconquistarlos si los habia perdido.

Dadas y ejecutadas las órdenes necesarias, Wellington sale el último de Bruselas y se dirige á todo escape, seguido de su numeroso estado mayor de todas las naciones, á los puestos avanzados para reconocer el peligro. Aun no habian sido conquistados los Cuatro Brazos, y esto le dió grande aliento: el príncipe de Orange, como ya hemos visto, se lo habia anticipado, situando ocho mil belgas y holandeses en linea de batalla para sostener al duque de Sajonia-Weimar y á sus débiles batallones.

Desde lo alto de la esplanada que se inclina de la linde del bosque hácia los Cuatro Brazos, Wellington, ya pie á tierra, descubre con la ayuda de su anteojo las masas francesas que parecian titubear y aumentarse al pié de la posicion. «He combatido largo tiempo contra los ejércitos franceses en España, dice á sus oficiales, conozco el carácter de sus columnas, y observo que esa no es un ala arriesgada para reconocer una posicion ó para hacer una diversion, sino un ejército mandado por un mariscal en persona: sus numerosos oficiales de estado mayor anuncian la presencia de un jefe importante ó tal vez del mismo emperador. Si él ataca, somos perdidos; nuestras fuerzas son insuficientes contra tales masas. ¡A pesar de todo, es preciso sostenerse aquí y perecer hasta el último soldado! ¡Este es el todo de la guerra, esta es la llave de la posicion!»

Al terminar estas palabras, afirmó su resolucion con un ademan que indicaba en el suelo el sitio de la tumba ó el pedestal de la victoria. El príncipe de Orange, sus generales y sus oficiales se penetraron de su idea y se decidieron á no abandonar sino con la vida aquella linde del bosque sobre la llanura. Despues veremos cuántos sucumbieron para no desmentir á su general.

XIV. Volviendo á montar á caballo despues de este reconocimiento, envia generales sobre generales, correos sobre correos, para apresurar la marcha de los cuerpos que habia mandado llamar durante la noche. «No se trata, repetia á todos, de esperarse los unos á los otros, de marchar por cuerpos, por divisiones, ni aun por regimientos, sino batallon por batallon, compañía por compañía; los que antes se hallen dispuestos, los mas inmediatos, los mas intrépidos. ¡Hacedles no que marchen, sino que acudan como á un incendio!»

Wellington, aguardando la vuelta de sus oficiales y el resultado de sus órdenes, se sentó pensativo en la orilla de la esplanada que baja del bosque á la calzada de Namur, contando los minutos y temblando que avanzasen las masas francesas desplegadas ante su vista, lo cual les daria indudablemente la victoria. Ney permaneció inmóvil, y de este modo trascurrieron dos largas horas. El general inglés Picton, anunciado á Wellington por el galope de los oficiales que le precedian, desembocó al fin por el bosque á las tres, siguiéndole el duque de Brunswick, á la

cabeza de su cuerpo de ejército ausiliar y poco despues el duque de Nassau. A las cuatro, cincuenta mil hombres escogidos de infantería, caballería y artillería, cubrian ya los Cuatro Brazos, defendidos la víspera por un solo batallon y aquella mañana por ocho mil hombres, que Ney hubiera podido conquistar solo con hacer una marcha, y que dos dias mas tarde debian costar un ejército y un imperio á la Francia.

XV. El mariscal, que habia diferido hasta entonces su ataque, pareció comprender la importancia de aquella posicion en el número de tropas que los aliados desplegaban para conservarla. Ataca con sus veinte y cinco mil hombres, escala las primeras pendientes del bosque, hoy desmontados, que se avanzaban mas allá de los Cuatro Brazos en la llanura, y nada resiste al ímpetu de sus tropas y al suyo. En pocos momentos las tropas del duque de Nassau fueron atacadas en las alturas, y los cazadores y lanceros franceses cargaron y deshicieron á los regimientos del duque de Brunswick, cayendo este príncipe en una de las cargas, herido por la muerte de los valientes, cuyo presentimiento habia tenido á la vista en su conversacion con Wellington.

Kellermann, saliendo á todo escape contra un regimiento escocés, formado el cuadro para hacer una fortaleza con su cuerpo en los Cuatro Brazos, mata al coronel y toma la bandera. Ney, animado por el fuego, galopando por entre la metralla y las balas para hacer subir á los Cuatro Brazos á sus regimientos, creia ya tenerles por suyos. Dos nuevas divisiones inglesas acudieron al fuego, y á una señal de Wellington cubrieron de nuevo la posicion. Sesenta mil combatientes rechazaron los ejércitos franceses á bastante distancia, y los hicieron mantenerse en su primera línea. Ney temblaba y miraba sin cesar del lado de Frasnes para ver desembocar los veinte mil hombres de Erlon, á quien enviaba órdenes y mas órdenes para que acudiese á él: pero el dia avanzaba y nada se divisaba en el horizonte.

Labedoyere, el último que habia llevado á Erlon la órden de dirigirse sobre los Cuatro Brazos, volvió al fin á eso de las cinco, diciendo que ya no habia encontrado á Erlon en Frasnes. Este general de Ney habia abandonado la direccion de los Cuatro Brazos desde el medio dia, y vuelto á tomar el camino de Ligny. El mariscal al recibir esta nueva palideció y tembló de rabia: nada puede hacer ya por sí, pues su infantería y su caballería, comprometidas y diezmadas despues de tres horas de combate, se hallan incapaces de renovar el asalto contra un ejército que aumenta á cada instante. Solo se conservan intactos dos regimientos de coraceros mandados por Kellermann, los cuales apenas bastan para cubrir el ejército, si los ingleses lanzan su caballería en la llanura. Las baterías levantadas precipitadamente por Wellington á la espalda del bosque, no cesan de lanzar la metralla y las balas sobre sus regimientos. «¡Veis esas balas, dice á Labedoyere; quisiera que todas me entrasen en el cuerpo!» Esta desesperacion del desdichado mariscal le inspira un último esfuerzo, desesperado como su corazon. Parte á galope hácia donde estaba Kellermann, y con suplicante acento le dice: «¡Otro esfuerzo mas, querido general! Arrojaos con vuestros dos regimientos al centro del ejército inglés abriéndoos paso á toda costa, yo voy á haceros sostener por Piré, que rehace sus regimientos: la patria os lo pide!»

«¡A la carga!» grita sin deliberar Kellermann á sus coraceros, y cae como el rayo en el centro de los ingleses á quienes destroza. Atravesando irresistiblemente las dos líneas, apaga los fuegos de las baterías y penetra hasta la línea fortificada de los Cuatro Brazos. Los vallados y las murallas de aquella línea, cubiertos de una infantería de reserva, destrozan á Kellermann y á sus regimientos. Su caballo, herido, cae revolcándose en la sangre con su ginete; los ingleses le rodean, pero un grupo de sus soldados le liberta. Una columna de infantería francesa, penetrando por la brecha que la caballería de Kellermann ha abierto en las dos líneas de los ingleses, llega casi hasta los Cuatro Brazos. Wellington lanza desde arriba contra ella la guardia inglesa y la division de Altem. Estas fuerzas frescas é irresistibles atacan la infantería francesa. Ney renuncia á lo imposible; envia de nuevo al general Delcombe en busca del ejército de Erlon, resuelto á intentar aun el escalamiento, en recobrando aquel cuerpo que creia estraviado.

XVI. Pero no lo estaba ciertamente. Hemos visto que la mañana del dia en que el emperador se preparaba atacar á Blucher, habia enviado á Labedoyere al mariscal Ney para llevarle la órden escrita con lapiz, de replegarse sobre Ligny, en donde iba á pelear el grande ejército, á fin de arrollar la izquierda de Blucher y de cortarle el camino por donde podia reunirse con los ingleses. Napoleon creia entonces, por la palabra de Ney, que este mariscal era dueño de los Cuatro Brazos.

Labedoyere, al pasar por Frasnes, pueblo inmediato entre Ligny y Ney, habia encontrado á Erlon con sus veinte mil hombres levantando el campo para seguir á Ney á los Cuatro Brazos, y le manifestó la órden escrita del emperador que llevaba para Ney. Erlon al leer aquella órden, é interpretando la que iba á recibir de su jefe Ney, se apresuró á adelantar al mariscal marchando hácia Ligny; pero equivocó el camino al principio de su movimiento, y se encontró á la altura de Fleurus, punto muy á la espalda del campo de batalla del emperador. Al cabo rectificó su marcha y volvió a colocarse en batalla al frente de los prusianos por la parte de Bry.

Allí fue donde le divisó Vandamme dando aviso al emperador de la proximidad de un nuevo ejército cuya bandera ignoraba. Erlon habia esperado allí la llegada de Ney ó una órden del emperador, inmóvil é inútil á los dos ejércitos, cuando nuevas órdenes de Ney, llevadas por Delcombe, le intimaban volver precipitadamente á los Cuatro Brazos. Obedece sin calcular que una feliz desobediencia salvaba al emperador y arruinaba á Blucher, replegase sobre Ney en medio de la oscuridad, y llega á las diez de la noche á las cercanías de los Cuatro Brazos. Por la falta de Ney, por la ignorancia del emperador que debia juzgar cumplida su órden del 13, y por la fatal obediencia de Erlon, veinte mil hombres de tropas escogidas y cincuenta piezas de artillería habian faltado á la vez á las dos batallas, errando un dia y una noche en medio del estruendo del cañon desde un campo á otro, siendo causa á un mismo tiempo de una derrota en los Cuatro Brazos y de una victoria no concluida en Ligny. ¡Desgraciada consecuencia de una falta agravada por otras desdichas! Ney por su inexactitud en ocupar la víspera los Cuatro Brazos; Erlon por su duda entre órdenes contrarias; y Labedoyere, por haber comunicado anticipadamente á Erlon la órden del emperador que llevaba para Ney, llevan la responsabilidad de esta jornada.

XVII. A pesar de su vigorosa resistencia á los asaltos de Ney, Wellington no se hizo ilusion sobre los resultados de la doble batalla de Ligny. En su correspondencia con el duque de Berry sobre el campo de batalla, se ve que no se exagera los triunfos del emperador contra los prusianos, pero al mismo tiempo que no se oculta sus propios peligros para el dia siguiente: «Ayer hemos tenido, decia á aquel príncipe á quien tenia al corriente de los menores acontecimientos, á fin de que éste informase á su tio, Luis XVIII, y que procurase su seguridad en Gante; hemos tenido una doble batalla muy sangrienta: yo cerca de los Cuatro Brazos; los prusianos cerca de Sombref. Yo tenia poca gente y ninguna caballería, mas sin embargo, he contenido y rechazado al enemigo. Los prusianos han sufrido mucho; se han retirado durante la noche, debiendo yo replegarme del mismo modo para quedar en línea con ellos. Yo he sido perseguido muy poco y los prusianos completamente nada. Bulow y su cuarto ejército de treinta mil hombres se les han reunido: en cuanto á mí, cuento en este instante con casi todas mis fuerzas.

»Puede suceder que el enemigo vuelva por Hal, aun cuando el tiempo es horrible y los caminos están impracticables, y á pesar de que yo he situado al príncipe Federico de los Paises Bajos con un cuerpo de ejército entre Hal y Enghien. Si esto sucede, advertid al rey que se refugie á Amberes; es preciso preverlo todo cuando se quiere economizar la sangre de un ejército. Que parta el rey para Amberes, nó por falsos rumores, sido cuando haya recibido la noticia segura de que el emperador ha entrado en Bruselas antes que yo.»

XVIII. Mientras que Blucher reorganizaba sus batallones y se cubria con el ejército de Bulow en Sombref, mientras que Wellington se replegaba hácia Waterloo y se establecia enfrente de este pueblo en un campo de batalla escogido y estudiado, en comunicacion distante, pero libre con lo quedaba del ejército prusiano; el emperador, aunque victorioso, se entristecia con una victoria imperfecta; dichoso preludio, pero terrible, de una batalla mas decisiva. Admirábanse sus soldados de no haber visto terminada la jornada por uno de esos grandes desarrollos de reserva ó de alas que en las grandes batallas envolvian ó dispersaban al ejército enemigo. No les quedaban sino un campo de batalla cubierto de veinte mil prusianos y de doce mil franceses muertos ó espirantes en los campos de Ligny y de Saint-Amand. Solo tenian ante sus ojos la noche y la llanura desierta de donde Blucher habia desaparecido para volver á presentarse sobre su izquierda: los cuarenta mil hombres del ejército de Ney habian casi fenecido: todo eran sospechas, abismos ó problemas en su imaginacion. Acusaban de traicion á sus jefes mas decididos. Soult, mayor general del emperador, les parecia un genio malo espiando la fortuna bajo su propia tienda, ó dando perezosamente órdenes tardías cuya falta de ejecucion hacia casi inútiles su valor y su sangre. A cada paso circulaba de vivac en vivac un nuevo rumor anunciando una defeccion imaginaria en las filas. La conmocion del ánimo del soldado producida la víspera por la desercion de Bourmont, se reflejaba de unos cuerpos en otros del ejército. Tan pronto

era Soult quien entregaba al emperador, tan pronto Vandamme que se pasaba al enemigo, tan pronto el general Mauriu que arengaba á sus dragones para conducirlos al rey. Nada era verdad, todo parecia probable. El emperador, interpelado con frecuencia por los soldados, apenas conseguia tranquilizarlos. El valor era el mismo, la desesperacion le redoblaba si se quiere; pero la confianza, esa base de los ejércitos, estaba perdida. La noche se pasó en esas conversaciones entrecortadas por los sentimientos de las pérdidas del dia y de las sombrías previsiones del siguiente. Era la noche del 17 al 18 de junio.

XIX. De vuelta el emperador en Fleurus, no se durmió sobre la victoria; no se hizo ilusion sobre este triunfo, pero se apresuró á aumentarle en sus boletines á los ojos de la Francia, y á espedir á Paris dos relaciones exageradas de la destruccion del ejército prusiano. Importábale herir la imaginacion de sus enemigos en el interior y tener á la asamblea de los representantes bajo la opresion de una de esas victorias que habian sido en todos tiempos su negociacion con los partidos. Se hallaba reconquistado su prestigio, y Paris indeciso se someteria como siempre á la fortuna. Solo el no creia ya en ella con la fe que queria y debia inspirar á sus amigos y enemigos.

Lamentábase amargamente de Ney, á quien acusaba interiormente de dos errores; el primero, de no haber atacado á los ingleses por la mañana cuando aun se hallaban debiles, y de no haberles abordado con todas sus fuerzas sino despues de haberles dejado muchas horas, para reunirse en masa en los Cuatro Brazos: el segundo de haber llamado á Erlon á sí en el momento en que este general con sus veinte mil hombres se hallaba á la vista de Ligny é iba á completar aquella victoria.

Aun estaba fluctuando durante toda aquella noche entre las incertidumbres de su doble situacion. ¿Debia llamar á Ney para acabar en Sombref la derrota de los prusianos? ¿Debia abandonar á estos á su suerte é ir él mismo á unirse á Ney en los Cuatro Brazos para dar allí la batalla a los ingleses?

Se detuvo en la última resolucion, y envió órden á Ney de atacar de nuevo á Wellington al amanecer, previniendole que un refuerzo sacado de su propio ejército, compuesto de dos divisiones de infantería, los coraceros de la guardia y la caballeria lijera mandada por el conde de Lovau, iba á marchar por el camino de Namur a Bruselas para sostenerle en su ataque. En su consecuencia, trasmitidas estas órdenes desde Fleurus á los diferentes cuerpos, encontraron á las tropas fatigadas de los combates de la víspera, siendo esto causa de que se ejecutaran con dificultad y lentitud. Perdieron muchas horas; los caminos estropeados por las aguas, el desaliento de unos, la negligencia de otros, hicieron pesados y tardíos los movimientos de aquellos dos ejércitos separados por largas distancias, de modo que las columnas no se pusieron en marcha hasta el medio dia.

XX. El emperador mismo, esperando siempre noticias de Ney para decidirse, no salió hasta muy tarde de Fleurus en su carruaje de campaña para recorrer el campo de batalla de Ligny. Llegado que hubo á Saint-Amand, montó á caballo, y recorrió las posiciones disputadas la víspera, ocupadas aun por los regimientos que las habian tomado. Estos regimientos le habian saludado con aclamaciones que cubrian el luto de los muertos y apagaban los lamentos de los heridos. Su ejercito y el se estrechaban en un primer triunfo.

Echó pié á tierra y estuvo sentado largo tiempo sobre la mochila de uno de sus granaderos, rodeado de los generales y coroneles de su guardia, hablando familiarmente de las hazañas de la víspera y de los preparativos de la jornada. Esperaba la vuelta de los destacamentos que habia enviado á Ney para que le dieran cuenta de las operaciones de su lugarteniente. Vueltos aquellos y habiendo dicho á Napoleon que Ney aun no habia atacado á las once, el emperador comprendió que este mariscal titubeaba aparentemente con tropas harto débiles ante el ejército inglés reunido y tomó en seguida su resolucion, que fué la de atacar al enemigo mas inmediato, dejando á la distancia y á la suerte el cuidado de cubrirle de una vuelta de los prusianos. En seguida dictó sus órdenes al mariscal Soult.

XXI. El grande ejército dividido en Charleroy en tres alas se compuso entonces solo de dos. La una bajo sus órdenes inmediatas reuniendo el ejército de Ney al que habia combatido en Ligny; el otro, al mando del general Grouchy; el primero de cerca de ochenta mil hombres, y el segundo de treinta ó cuarenta mil, formando un total de ciento quince mil combatientes. El emperador, obligado á dividir aquel ejercito en dos cuerpos separados y que iban á perderse de vista durante largo tiempo, calculó que ochenta mil hombres dirigidos por su genio, animados con su espíritu, sostenidos con su presencia, bastaban para vencer al ejército de Wellington, aislado ya de los prusianos y compuesto de cuerpos ausiliares e incoherentes, de entre los cuales algunos, como los belgas, se batian con repugnancia contra los franceses. Mandó al mariscal Grouchy seguir de cerca á los prusianos en su retirada, no perderles de vista y maniobrar entre ellos y el grande ejército, de modo que cubriese siempre á éste contra una contramarcha repentina de Blucher, y que retrasase al mismo tiempo, todo cuanto pudiese, la reunion de este general con el ejército inglés. Debia, pues, dirigirse sobre Wavres.

La lluvia incesante, los caminos cocenagados, el cuidado de los heridos, los murmullos de la tropa, las mismas causas que habian hecho perder á Ney y al emperador la mañana del 17, enfriaron el movimiento de Grouchy. Con trabajo puso en marcha su pesado ejército hácia Wavres, y no llegó á Gembloux, pueblo intermedio un poco hácia la derecha, hasta la caida de la tarde. Los prusianos, abandonados por el emperador en Saint-Amand, y tan lentamente perseguidos por Grouchy, tenian de este modo treinta horas para rehacerse, concentrarse, reparar sus pérdidas con el ejército de Bulow, concertar sus movimientos con Wellington y ocultar su direccion á Grouchy y al emperador.

El dia 17, siguiente al de una primera victoria, fué perdido enteramente para los vencedores, y útil solo á los vencidos. Los elementos conjurados parecian unirse á los enemigos para arrebatar á los franceses el fruto de la victoria. Los llanos estaban inundados por una lluvia de tres dias; el terreno resbaladizo impedia la marcha de los caballos y de los infantes; las nubes, sumamente bajas, ocultaban detrás de las menores ondulaciones de aquellas llanuras los movimientos de los prusianos y de los ingleses; en fin, el aspecto siniestro del cielo se imprimia en el corazon del soldado.

El emperador solo á eso de las dos, saliendo del grupo de generales y oficiales que le rodeaban, pidió su caballo, y llevando consigo la guardia y la masa del grande ejercito, dejó solo en Saint-Amand y en Ligny al general Girard por retaguardia con los restos de su division, diezmada la víspera en el asalto de Saint-Amand, y él marchó sobre el pueblo de Marbois y sobre los Cuatro Brazos.

XXII. ¿Qué ocurria durante este largo tiempo perdido en el campamento inglés? Ney habia titubeado aun, y dado á Wellington de este modo el tiempo necesario para replegarse sobre las alturas del bosque de Soignes, que dominan el llano y el pueblo de Waterloo, acercándose por lo tanto á Blucher, para apoyarle en caso de necesidad, ó para apoyarse en él cubriendo al mismo tiempo, aunque débilmente, el camino de Bruselas. Pero Wellington, para engañar á Ney ó para retrasarle, habia dejado al general inglés Uxbridge con una fuerte retaguardia en los Cuatro Brazos. Ney, creyendo siempre que el ejército entero de Wellington se hallaba en aquella posicion, aguardó fuerzas para verificar el ataque de Fleurus, ordenado por el emperador. Así perdió la ocasion de hacer volver al ejército ingles por Hal, como lo temia Wellington, y de abrir al emperador el camino de Bruselas Lord Uxbridge solo evacuó Cuatro Brazos á la vista de las primeras columnas del ejército del emperador.

Al acercarse éste por la tarde á los Cuatro Brazos, admirábase de no ver llegar á su general, inmóvil y mudo en medio de su cuerpo de ejército. Sin esperarle mas, mandó á sus generales Erlon y Reille pasar los Cuatro Brazos y avanzar rápidamente sobre el camino de Bruselas. Ney apareció al fin desconcertado por sus errores y vacilante sobre la cuenta que de su conducta debia dar al emperador, quien le dirigió los cargos que sus generales estaban acostumbrados á oir de él, y que daban tanto aprecio á sus elogios, dejando á los generales reprendidos el honor y el deseo de reparar sus faltas. El mariscal respondió que habia temido comprometer temerariamente el ala izquierda, sola contra el ejercito inglés todo entero que el creia aun en los Cuatro Brazos, y privar así al emperador de una tercera parte de su ejército, que le seria muy necesaria quizás contra Blucher.

Napoleon pareció quedar satisfecho con estas esplicaciones, pues no parecia aquel el momento de privarse, con una aspereza intempestiva, del nombre, del corazon y del brazo de Ney. El ejército siguió rápidamente las huellas de los ingleses hácia el bosque de Soignes. El general de la caballeria lijera, Subervie, cargó á la retaguardia inglesa al frente de la caballeria de la guardia, en presencia de Napoleon. Aquel general, republicano por convencimiento y de corazon, como Foy y algunos generales fieles á su primera causa, olvidaba su predileccion de la juventud en el campo de batalla, para pensar solo en la patria y en la gloria, patrimonio comun de todos los gobiernos. El emperador conocia sus opiniones y las toleraba á causa de sus servicios. Llegó, pues, siguiendo á Subervie hasta la orilla del inmenso bosque de Soignes, en donde desaparecian las últimas columnas del ejército de Wellington en retirada, é hizo alto en Waterloo.

XXIII. Algunos tiradores franceses, que por órden de Napoleon em-

pezaron á ganar las pendientes que suben desde el llano hácia los primeros árboles del bosque, se vieron detenidos por el fuego de una batería de cincuenta piezas, que dieron á conocer al emperador se detenia allí el enemigo. «Hubieran sido necesarias dos horas mas de dia, esclamó con dolor, para quitar ese estorbo y precipitar al enemigo hácia el camino de Bruselas.» La estrella de Ney les habia arrebatado aquel tiempo, no quedándole ya sino el suficiente para acampar sus tropas y para estudiar el campo de batalla del dia siguiente, el cual recorrió á caballo tan pronto al paso como al galope. Él mismo ha referido en Santa Elena las impresiones de aquella tarde y de aquella noche.

La llanura desigual, como las de los Paises Bajos que se acercan al centro del Alemania, era uniforme y contraida á la vista por las lluviosas nubes que anegan los horizontes bajos. Elevábase al principio insensiblemente, partiendo de la aldea de Waterloo, cubierta de grandes árboles destrozados por las balas y cortados despues; subia en seguida una pendiente algo escarpada, atravesada por el camino de Nivelles, yendo al fin á parar á la estensa linde del bosque de Soignes. Los cerros de árboles se adelantaban en ciertos parajes, formando una especie de islas sombrías en los campos cubiertos de nieves; en los rasos veianse esparcidas algunas chozas agrupadas. Los habitantes y los rebaños abandonaban silenciosos la víspera aquellas viviendas y aquellos pastos, que la suerte de la guerra iba á elegir al dia siguiente para campo de batalla á dos ejércitos. Enfrente del ejército francés estaba Waterloo y el Monte San Juan; sobre la derecha, Ohaim y Saint-Lambert; mas distante, y fuera del alcance de la vista, Wavres, lugar de señales del ejército de Grouchy; á la izquierda, en las tierras, la granja y el antiguo castillo fortificado de Hougoumont, Braisne-la-Leud, la Haie-Sainte, la granja de Caiyon, la de la Bella-Alianza, la casa de Escocia, Ottignies, Moustiers; un poco detrás, el pueblo de Planchenoit, dominando el ancho y profundo valle que separaba la vertiente de las plataformas ocupadas por el ejército francés de la vertiente opuesta de Waterloo, y de las plataformas del bosque de Soignes, donde acampaba Wellington.

Napoleon detuvo al ejército en estas vertientes. Las demoras de aquel dia medio perdido, la proximidad de la noche, que solo dejaba ya una ó dos horas á las operaciones del general, la lasitud de los hombres y de los caballos, inundados de lluvia y atollados hacia dos dias en los surcos trasformados en lagunas por las incesantes avenidas, la necesidad de ponerse en comunicacion mas inmediata con el ala derecha de Grouchy, marchando á la ventura por detrás de los montecillos de Wavres; la necesidad de reposo y alimento de las tropas fatigadas de marchas y combates, y sobre todo, los misterios del bosque de Soignes, ocultando detrás de aquella cortina de árboles, ora una simple retaguardia ó el ejército inglés todo entero, obligaron al emperador á contener su impaciencia, y á pedir á lo que quedaba del dia y á la noche tiempo, ideas y conocimiento de los sucesos que le interesaban, antes de esponer su último ejército y su última fortuna en una batalla.

XXIV. Estableció su cuartel general en el pueblo de Planchenoit, centro de su posicion, observatoriamente dispuesto por la naturaleza y elegido por el golpe de vista de un general consumado para tenerlo todo á la mano, verlo y dirigirlo todo en el campo de batalla que aquel pueblo dominaba por todas partes. Con una mirada recorrió el emperador su propio ejército y las llanuras entre Waterloo y Planchenoit: y por último, toda la vertiente y toda la linde del bosque de Soignes, en que el ejército ingles deberia maniobrar el dia siguiente.

Sus noticias sobre Wellington y Blucher eran confusas, carecia de informes y no tenia por bases sino simples conjeturas. Inclinábase, sin embargo, á creer que Blucher, mas vigorosamente perseguido por Grouchy que lo que lo era, hubiera puesto el Dyle entre los restos de su ejército en retirada y este mariscal; que Wellington, demasiado débil ante su propio ejército, y desde luego demasiado prudente para no fiar nada al acaso, habria atravesado el bosque de Soignes durante la tarde y la noche para ir á recoger y fortificar á Blucher del lado de Bruselas; que en consecuencia Grouchy, libre al dia siguiente, volveria á él por su derecha; que atravesarian juntos el bosque, siguiendo las huellas de los ingleses, y que se daria la batalla un dia ó dos mas tarde, bajo los muros de la capital de Bélgica.

Los pueblos habian quedado tan desiertos por los habitantes asustados, el espíritu de la poblacion en las provincias belgas por donde atravesaba le era tan poco favorable, y el servicio de sus espías tan contrario por la antipatía contra su causa, que solo recibia noticias de la casualidad ó de su talento. Los oficiales de su estado mayor y el mismo mariscal Soult no le daban sino opiniones en vez de noticias. Sus puestos avanzados y sus esploradores no podian aventurarse sino a unos pasos de su ejército. Cuatro ó cinco leguas de llanura, de valles, de desfiladeros, de montecillos, sin cuerpos intermedios de comunicacion, le separaban de su ala derecha y de Grouchy. Ney, descontento y tímido á consecuencia de sus faltas precedentes, no se atrevia á afirmar y á aconsejar nada, por el temor natural de incurrir en la responsabilidad terrible de la suerte del ejército todo entero para con la patria y el emperador.

Napoleon se hallaba entregado á sí mismo en medio de un estado mayor, cuya costumbre no tenia, muy jóven ó muy viejo, muy moderno ó muy antiguo. Carecia de instrumento, y hasta carecia de retirada para un caso adverso; este ejército, aventurado ó destruido, no habia salvacion para él ni para cuanto le rodeaba: no podia retroceder sino para precipitarse en la ruina. Un peso semejante comprime los resortes del alma, hasta la de un héroe, y para conservar toda la libertad y todo el poder de su genio, necesita el hombre cierta latitud del destino en pos de sí. Él no tenia ya ninguna, y esta era su falta: habia incurrido temerariamente en ella al abandonar la isla de Elba; era uno de esos estremos que quieren ir mas allá aun del genio humano y hasta los favores de la fortuna, un hombre, en fin, que iba contra su pais y contra la Europa.

XXV. Sin embargo, preciso es reconocerlo, la víspera de Waterloo, su espíritu, igual á su suerte, no desfalleció un momento. Tuvo la sangre fria, la libertad, la reflexion, los ímpetus, la actividad de sus mejores dias de guerra; fué cuanto pudo esperarse de él. Aun cuando hacia diez y ocho horas que no habia tomado descanso ni alimento, veló constantemente mientras que sus tropas se secaban, comian y dormian al rededor de los fuegos de sus vivacs, apagados sin cesar por las brumas de la noche.

Despues de haber espedido á Grouchy, á quien creia acampado en Wavres, un oficial con órden al mariscal de enviarle durante la noche una division de siete mil hombres para apoyar la derecha en los desfiladeros de Saint-Lambert, mientras que el grande ejército combatiria á Wellington en Waterloo, el emperador salió á pié de su vivac á mitad de la noche, acompañado solamente del mariscal de su palacio, Bertrand, oficial que habia reemplazado á Duroc en su compañía y en su estima. Recorrió la línea de sus principales guardias: el bosque de Soignes que tenia delante de sí, parecia á través de los árboles incendiado por la multitud de fuegos nocturnos del ejército inglés. Ya no le quedó duda alguna acerca de la presencia de todas las fuerzas de Wellington al dia siguiente.

Desde la linde del bosque, hasta los pueblecillos de Braisne-la-Leud, de la Bella-Alianza, en la Haie-Sainte, todo era fuegos y vivacs. Por todas partes reinaba el mas profundo silencio. El emperador avanzó hasta ponerse detrás de un espeso matorral que servia de circuito y de empalizada natural al castillo de Hougoumont, avanzada fortificada del ejército ingles. Eran entonces las dos y media de la mañana. Desde allí oyó, prestando atencion al menor ruido, el paso de una columna enemiga que marchaba en la oscuridad, creyendo un momento que Wellington aprovechaba la noche para levantar su campo, y que aquella columna era su retaguardia, subiendo desde la llanura hácia el bosque para libertarse, antes de que amaneciera, de la persecucion de los franceses. La lluvia que caia á torrentes apagaba el ruido de aquellos pasos en la oscuridad. El emperador no dedujo nada de este ruido ni de este silencio: algunos oficiales, enviados por él mas adelante como esploradores, volvian á decirle que todo estaba tranquilo en el ejército inglés. A las cuatro, le presentaron sus avanzadas un paisano que habia seguido de guia á una brigada de Wellington que iba á ocupar su posicion en la estrema izquierda. Dos desertores belgas, que acababan de abandonar su regimiento, repitieron que nada indicaba en el ejército enemigo la intencion de una retirada.

XXVI. Napoleon, en los comentarios que bosquejó mas tarde sobre sus campañas, asegura que su corazon se llenó de grande júbilo al saber que lord Wellington le esperaba, y que al tener la seguridad que se daba la batalla, creyó tener la certeza de obtener al fin la victoria. Volvió, hablando con una envidia denigrante, á ocuparse de la supuesta pericia del general inglés, que se atrevia á desafiar al ejército de Napoleon en las orillas de un vasto monte, que, en caso de descalabro, no ofrecia sino un solo camino á su retirada. Puede creerse en la sinceridad de la alegría de Napoleon, puesto que solo iba á combatir con el ejército aislado de Wellington, en vez de los ingleses y prusianos reunidos que podia tener que arrostrar mas lejos cerca de Bruselas; esta era una última felicidad que le ofrecian la rapidez y la audacia del general ingles. Pero en la situacion de Wellington, la eleccion del campo de batalla en Waterloo era una prueba mas de aquel genio decidido, enérgico y prudente á la vez, que caracteriza todas las campañas de este general, así en las Indias y en España, como en Bélgica.

Wellington, como principal general de la coalicion, tenia que combinar dos necesidades en su táctica: no retroceder, por temor de descubrir y entregar á Bruselas, y combatir al fin con el mas grande general del ejército mas aguerrido de los tiempos modernos. Situándose en las últimas plataformas del bosque de Soignes, como en las Termópilas de la Bélgica, llenaba el primer deber. Al combatir en las orillas de un bosque fortificado en todas las avenidas, y por su propia impenetrabilidad, se procuraba á la vez todas las ventajas de la victoria, si la victoria era posible contra Napoleon, y todas las ventajas de una retirada, si la derrota era inevitable. Podia disputar de árbol en árbol el inmenso espacio montuoso, inaccesible á las masas de la artillería y á la caballería del emperador. Ningun otro camino que el de Bruselas, que él ocupaba, podia permitir á los franceses vencedores arrojarle y hacer prisioneros á sus cuerpos en caso de derrota. La formidable artillería de que estaba armado, defendiendo de posicion en posicion aquel camino único, debia dar á su ejército, aun en el caso de ser vencido, el tiempo de replegarse, recomponerse y de unirse á los prusianos á la salida opuesta del bosque. Waterloo por lo tanto era un admirable campo de batalla, á la vez ofensivo y defensivo, para un general que no arriesgaba nunca su fortuna á un solo golpe. El acontecimiento lo demostró; de sentir es que Napoleon no lo haya reconocido él mismo con mas desinterés de gloria, y que haya consagrado obstinadamente su inteligencia á probar que su vencedor era indigno de medirse con el. Las protestas no cambian los sucesos y deprimen los personajes históricos. Es preciso considerar su fortuna, lo mismo cuando se muestra severa, que cuando se muestra complaciente. El genio debe justicia al genio aun en un adversario; esta denigracion no es patriotismo, y ni ha engrandecido al uno ni degradado al otro.

XXVII. Las tropas de Napoleon estaban vivaqueadas en el barro, y la caballería y artillería no podian maniobrar en las tierras, por lo muy mojadas que se hallaban. El dia empezaba á puntar, las nubes se desgarraban algun tanto sobre el bosque al soplo matinal; uno que otro rayo de sol brillaba sobre los matorrales y las mieses; ¡último sol que habia de alumbrar á tantos miles de hombres sacrificados antes de acabarse el dia, nó á la causa de la humanidad, sino á la causa y la ambicion de uno solo!

Un oficial de Grouchy, que salió de Gembloux, y nó de Wavres, á las dos de la tarde, entregó al emperador al siguiente despacho de aquel mariscal: «Persigo á los prusianos. Se retiran delante de mí por tres caminos: el uno, que parece conducir á una parte de ellos al ejército de Wellington, por Wavres; el segundo que va hácia Perwes, en el centro de la Bélgica: el tercero hácia Namur, á la derecha. Han perdido veinte mil hombres. Blucher está herido en el brazo; pero á pesar de su herida manda aun.» Estas noticias tranquilizan al emperador. Ya nada tenia que temer despues de estos informes sino un solo cuerpo del ejército prusiano, que se inclinaba hácia su derecha, del lado de Wavres; pero Grouchy, á quien creia á la vista de este cuerpo, le respondia de él.

Recobró su serenidad y esperó mas allá de Planchenoit á que un sol de verano afirmase el terreno y permitiese obrar á caballería y artillería. Al dar las ocho, los generales que iban acudiendo sucesivamente á su alrededor, anunciaban la retirada de las aguas y la consolidacion del terreno. Solo algunos parecian temer que este retrato forzoso del ataque á causa del mal tiempo de aquella noche y de los dias anteriores, pudiera hacer que se les escapara el ejército inglés. El mariscal Ney fué á recibir sus últimas instrucciones. «El ejército enemigo es superior al nuestro en mas de una tercera parte, dice con serenidad Napoleon á sus generales, mas no por eso dejamos de tener noventa probabilidades contra diez de obtener hoy el triunfo. —No hay la menor duda, esclama Ney, si Wellington fuera tan tonto que nos esperase; pero ya su ejército está en completa retirada, y yo vengo á anunciar á V. M. que sus columnas desaparecen una á una en el bosque. —Habeis visto mal, contestó Napoleon con la seguridad del genio que ve mas con la inteligencia que el hombre ordinario con los ojos. Habeis visto mal; Wellington no tiene ya tiempo de ordenar su retirada, es ya muy entrado el dia, nosotros estamos muy cerca y se espondria á una perdida segura. Él ha echado la suerte, y estaes ya nuestra en adelante.» Y al pronunciar estas palabras de buen augurio dirigidas al corazon de sus generales para inspirarles esa confianza que es la mitad de la victoria, pidió su caballo de batalla, recorrió á galope todas las posiciones, volvió á su punto de observacion, reflexionó un momento sobre las disposiciones que el terreno y los obstáculos levantados por el enemigo le inspiraban, y dictó su órden de batalla al mariscal Soult. Sus secretarios de campaña hacian con rapidez las copias, y sus ayudantes de campo salian á llevarlas a los jefes de los diferentes cuerpos.

XXVIII. Pocos momentos despues, el ejército entero sobre las armas, dividido en once columnas, desembocó de las gargantas y de las alturas que rodean á Planchenoit y se desplegó en frente del bosque de Soignes. La disposicion de los ribazos por donde se dirigia le hacia parecer á los ojos de los ingleses mas numeroso de lo que era; pudiendo suponerse además que las gargantas y alturas ocultaban aun algunas reservas á la vista del enemigo.

Napoleon le habia dispuesto en seis triángulos cuya base eran las colinas de Jemmapes y cuyos brazos oblicuos amenazaban á lo lejos las escarpaduras del bosque de Soignes; disposicion de genio que daba solidez al centro y movilidad á los estremos, que permitia además á cada lado de los triángulos, estendiendose, tocar el costado del triángulo inmediato, y formar de este modo una linea almenada, pero continua ante el enemigo. Una profunda meditacion habia inspirado á Napoleon este plan en presencia de fuerzas superiores.

No bien el ejército hubo ocupado los diferentes puestos que se le habian designado en medio de los sonidos de las músicas militares, empezó Napoleon á recorrer, seguido de su estado mayor, todos aquellos triángulos de bayonetas, de sables y de cañones entre los gritos de *¡Viva el emperador!* como para infundir en la mirada y en el alma de cada uno de aquellos ochenta mil combatientes la impresion y la causa viva del general por quien iban á vencer ó morir. Su vista iba á ser para unos el precio de su muerte, para otros la escitacion á la victoria. Un solo corazon latia entre aquellos hombres y el: cuando se va á arriesgar el todo por un solo hombre, por él se muere ó se vive. El ejército era Napoleon.

Jamas lo fué tanto como en aquellos momentos. La Europa le repudiaba, mas el lo adoptaba con idolatría haciéndose voluntariamente el gran mártir de su gloria. Napoleon debió creerse mas que un hombre, mas que un soberano en semejante caso, porque sus súbditos solo saludaban en él el poder, y la Europa su genio, pero su ejército saludaba el pasado, el porvenir, la victoria ó la derrota, el trono ó la muerte con su jefe. El ejército estaba resuelto á todo, hasta al sacrificio de sí mismo, para devolverle su imperio ó para hacer ilustre su última caida. Cómplices en Grenoble, pretorianos en Paris, víctimas en Waterloo, tal sentimiento en los generales y oficiales de Napoleon no tenia nada de conforme con las costumbres y hasta con los vicios de la humanidad. Su causa era su causa, su crimen el crimen suyo, su poder tambien era su poder, su gloria asimismo la suya. Pero la adhesion de aquellos ochenta mil soldados era mas victoriosa, porque era mas desinteresada. ¿Quién habia de conocer sus nombres? ¿Quién les pagaria las gotas de su sangre? Aquella llanura no conservaria ni aun sus huesos. La grandeza de Napoleon era haber inspirado una adhesion semejante, esperimentarla hasta la locura era la grandeza de su ejército. Esta grandeza, esta adhesion, este desinterés de su propia sangre, este sacrificio de sí mismo, nó á la patria sino á un hombre, le absolvia aquel dia de su falta. A través de su sangre que iba á derramar, desaparecia su defeccion á la Francia; solo se veia su espiacion y su martirio.

Los soldados parecian comprenderle. Habia en las aclamaciones el lúgubre acento de los funerales, en la fisonomía la palidez y el sello de una resolucion trágica, en las miradas la tristeza de un adios. Faltaba ya, como en las primeras batallas de Italia, de Egipto ó de Alemania, la alegría francesa del valor; veíase tan solo la gravedad romana de los soldados de Cesar la víspera de Farsalia.

Un ejército semejante bien mandado lo podia todo contra diez ejércitos, lo mismo vencer que morir.

XXIX. El emperador, en medio de aquellas aclamaciones que resonaban hasta en el ejército inglés, salió á galope despues de la revista, seguido de los escuadrones de su guardia imperial hácia la colina central y elevada que habia elegido la víspera para observar durante la batalla. Era esta una colina de suaves pendientes por todos los lados que se juntaba á la aldea de Planchenoit como una especie de isla prolongada en la llanura, un poco hácia adelante de las alas del ejército, semejante á uno de esos *tumulus* romanos en donde los consules y emperadores establecian en sus campamentos el pretorio del ejército. La granja del Gros-Caillon, en que el emperador habia dormido algunos instantes en las primeras horas de la noche anterior, se hallaba algunos pasos hácia la izquierda; la granja de la Bella-Alianza, a igual distancia sobre su derecha. Esta colina lleva el nombre de Vessemonde. El camino real de Charleroy á Bruselas sigue las ondulaciones de la cresta de estas alturas, luego, descendiendo el barranco que separaba los dos ejércitos, sube á las aldeas del Monte San Juan y de Waterloo, antes de salvar las últimas escarpaduras sobre las que va á perderse en las sombras del bosque de Soignes, campo principal de Wellington. A poca distancia de la granja de la Bella-Alianza, este camino de Charleroy á Bru-

selas, arteria principal de nuestro ejército, estaba cortado en el fondo del barranco por un camino trasversal profundamente encajonado, que va desde Wavres al bosque de Nivelles, camino sinuoso oculto con frecuencia por las inflexiones del sol, bajo las cortinas de los árboles y en las corrientes de agua llamadas los desfiladeros de Saint-Lambert. En estos desfiladeros, que podian ocultar el misterio de la batalla, fué donde el emperador dió cita á la division pedida á Grouchy. Desde la colina de Vessemonde abarcaba con una mirada toda la vasta escena en que el primer cañonazo iba á llamar á doscientos mil hombres.

Molestado hacia algunos dias por una irritacion, consecuencia de los insomnios y de las agitaciones de su alma, lo cual le hacia insoportable la silla de su caballo, se apeó tan pronto como hubo elegido el cerro desde donde queria combatir con la vista y el pensamiento. Hizo tender una espesa cubierta de paja sobre el terreno algo fangoso aun por las últimas avenidas, para establecerse allí con sus planos, sus anteojos, sus estados de tropas, su jefe de estado mayor Soult, y sus oficiales. Una casa aislada á pocos pasos de allí, llamada la casa de Escocia, suministró la paja, los bancos y la mesa para aquel último vivac diurno.

Antes de descubrir al enemigo su plan de batalla con un primer movimiento mandado á sus tropas, miró largo tiempo de nuevo el terreno que ocupaba el ejército de Wellington.

XXX. Este general, rodeado del príncipe de Orange, de los oficiales del duque de Brunswick, muerto la antevíspera al frente de su cuerpo de alemanes, de los tenientes generales ingleses sir Tomás Picton, sir Jorge Cooke, Byng, Maitland, Macdonald, lord Seltown, Woodford, y de un gran número de oficiales generales voluntarios de todas naciones, ansiosos de combatir en una jornada tan memorable á las órdenes del general mas consumado de la coalicion, observaba por su parte como se desplegaban las once columnas del emperador por las vertientes de la Bella-Alianza, y terminaba sus disposiciones de defensa en vista de los ataques que le hacian presumir el aspecto de los sitios y la naturaleza de las tropas en la mente del emperador. Dos ejércitos mandados por dos grandes generales en tal espectativa y alternativa, son dos atletas que se miden largo tiempo con la vista y que tratan mutuamente de engañarse con sus ademanes, antes de acercarse y de combatir á muerte. El general Vicent, embajador de Austria en Paris, militar de la escuela del archiduque Carlos; Pozzo di Borgo, ayudante de campo de Alejandro, enemigo personal de Napoleon, hábil como compatriota suyo para adivinarle y comprenderle; un gran número de diferentes diplomáticos ó príncipes estranjeros se honraron sirviendo de edecanes á Wellington, quien á cada instante les daba órdenes para ir á rectificar sus alas para que avanzasen ó se replegasen sus avanzadas. Desde el cerro donde estaba el emperador se le veia correr de Hougoumont á Waterloo y á la Haie-Sante, y volver á galope hasta el umbroso terraplen del bosque en donde el general en jefe se preparaba al asalto de aquellas posiciones.

XXXI. Lord Wellington, cuyas reservas apenas se divisaban en las plataformas del bosque de Soignes, ocupaba con su principal ejército un estenso terraplen que orillaba el bosque fortificado naturalmente por una cuesta escabrosa que separaba aquel terraplen del profundo camino real de Charleroy. Hacia frente de este modo á la aldea de Warterloo, compuesta de unas treinta granjas y chozas ocultas por elevados arbustos y los pastos inmediatos á las habitaciones. Ocupaba á la vez y vigilaba á un mismo tiempo desde arriba aquella aldea, centro de su campo de batalla. Las guardias inglesas, cuerpo de preferencia puesto á las órdenes de sir Jorge Cooke, formaban una division de su ejército. Sus tropas, para comunicar entre sí, tenian la ventaja del sólido camino de Charleroy á Nivelles que pasaba debajo del terraplen de Soignes y que unia entre sí á sus principales posiciones. Su derecha, compuesta del primer regimiento de guardias mandado por el general Maitland, y avanzado hácia el emperador, estaba cubierto con el barranco de Braisne. Su izquierda, formada del *coldstream* y del tercer regimiento de guardias, á las órdenes del general Byng, se elevaba sobre una altura que dominaba á Ter-la-Haie. Al frente de su centro derecho, la antigua casucha, resto del castillo de Hougoumont, con sus jardines rodeados de fosos, sus muros aspillerados, sus patios empalizados, sus árboles y sus aguas estancadas, le daban un apoyo á la vez amenazador é inespugnable contra las impetuosidades de las cargas francesas. La granja de la Haie-Sainte ofrecia, delante del centro de su izquierda, la misma solidez á aquella ala avanzada de su ejército. Esperaba además, en caso de necesidad, tener comunicacion por el estremo de esta ala izquierda con las tropas que Blucher podia dirigir, al oir sus cañonazos, sobre el ala derecha de Napoleon.

Tal era la entendida y fuerte disposicion del general inglés á las diez de la mañana del 18 de junio. En ella se reconocia el genio sensato y reflexivo del militar que, habiendo tenido que pelear en España durante siete años con fuerzas desiguales contra las masas y el atrevimiento de los ejércitos del emperador, habia hecho siempre intervenir á la naturaleza contra la impetuosidad y el número de los hombres, y fortificado su campo de batalla á semejanza de los romanos. Seguro de sus tropas, así como estas lo estaban de la prudencia de su general, su guerra, casi por todas partes defensiva, oponia escollos de hierro y fuego á los batallones descubiertos que le hacian cara. No derrotaba, pero gastaba á su enemigo con impotentes ataques que se estrellaban en la solidez de sus atrincheramientos, hasta tanto que este enemigo, cansado y diezmado, refluyese, por decirlo así, sobre sí mismo, abandonando el campo de batalla. Guerra humana y económica de la sangre de su propio ejército; guerra en que la paciencia es el genio del general, y en que la impasibilidad es el heroismo del ejército. Pero se necesitaba para semejante táctica un ejército como el inglés, formado, acostumbrado y conducido durante diez y seis años por Wellington, un ejército en el que cada general se habia identificado por una larga confianza con su jefe, en el que cada batallon era una muralla que reparaba con sangre fria sus brechas bajo el fuego de la artillería, y en el que cada soldado era un ciudadano que llevaba impresa en su alma la causa de la Gran Bretaña.

Tal era el ejército de Wellington; y aun cuando solo constaba de treinta y siete mil hombres de tropas inglesas, imprimia su ejemplo y su solidez al resto de sus ausiliares, no tan aguerridos, de que se componia.

Un *tumulus* piramidal de tierra cubierta de césped y coronado con el leon de Bélgica, se alza hoy en el sitio que ocupaban en aquella hora lord Wellington y el estado mayor de la coalicion. ¡Allí estuvo el alma de Waterloo!

XXXII. Napoleon, contra su costumbre, parecia titubear largo tiempo y dejar perder las horas de mañana cuando el soldado con el descanso de la noche, fortificado además con el alimento y animado con la esperanza que brilla con el sol, se halla mas impetuoso que al acabar el dia. Aguardaba sin duda allá en su interior á la division ausiliar de Grouchy, á quien habia llamado la víspera por el oficial espedido desde Planchenoit á Wavres. Como no recibiera respuesta alguna, escribió un segundo despacho á Grouchy mientras que el ejército se desplegaba sobre sus dos flancos. «Ayer he recibido vuestra comunicacion de Gembloux, en la que no me hablais sino de dos columnas prusianas: mis noticias son de que una tercera se dirige á Wavres. Voy á atacar al ejército inglés en Waterloo á orilla del bosque de Soignes. Dejad á las columnas prusianas que se internan por vuestra derecha; seguid á la que se dirige sobre Wavres, acercaos á mí é instruidme de todos vuestros pasos.» Un oficial acompañado de algunos caballos partió á la ventura para trasmitir esta órden á Grouchy.

No bien este oficial se hubo perdido de vista, cuando el emperador mandó el ataque. Los tiradores, como una cortina destinada á cubrir el movimiento del ejército con las nubes de humo de su fuego, se estendieron por grupos en la llanura. El general Reille se precipita con sus divisiones al ataque del castillo de Hougoumont, centro avanzado de la izquierda inglesa. El recinto de Hougoumont se hallaba defendido por un destacamento de infantería lijera, á las órdenes del coronel Macdonald y de lord Seltown. Macdonald tomó rápidamente las medidas de defensa que su posicion le permitia; pero el asalto de los franceses fué tan impetuoso que Wellington, al ver á las fuertes columnas que asaltaban á Hougoumont, condujo allí sus mejores tropas. Destacó de la division de Byng el *coldstream*, segundo regimiento de guardias mandado por el coronel Woodford, para enviarle al socorro de Macdonald. Woodford tomó el mando general de las fuerzas que defendian á Hougoumont en el momento mismo en que los franceses iban á penetrar en él, y contuvo el ataque de Reille sobre Hougoumont, que no era mas que una ficcion, pues el emperador se esperaba aquel movimiento de su adversario. Aquel ataque tenia por objeto llamar la atencion y las fuerzas de los ingleses sobre su izquierda, á fin de debilitar su centro y de separar el ejército en dos, arrojando la izquierda sobre Grouchy, mientras que Reille y Erlon, que mandaban entre Bossomme y Hougoumont, destrozaban la derecha. El Monte San Juan, plataforma elevada y central del ejército inglés, era en el fondo el único objeto del emperador. Desde la distancia en que estaba situado, no podia medir con precision la altura de las pendientes que llegaban hasta la cima de aquella plataforma, fortaleza natural de Wellington. La espesura de mieses que cubrian los campos, los árboles, los arbustos, la distancia que todo lo igualaba á la vista, no le permitian calcular con exactitud el nivel del terreno. A derecha é izquierda, pendientes mas accesibles y cómodas hubieran conducido sus columnas al asalto del campamento

inglés; pero en aquel dia fatal, todo, hasta el horizonte le engañaba. Los uniformes encarnados de los batallones y escuadrones de Wellington en batalla sobre aquellas pendientes del Monte San Juan, esparcian anticipadamente sodre aquellas colinas un color de sangre, presagio de la que iba á inundar algunas horas despues aquellos escarpados sitios.

XXXIII. El fuego desigual y estendido de los tiradores de ambos ejércitos iba en aumento á medida que se acercaban é iban entrando mayor número de ellos. Esto no era sino la mutua provocacion que anima y arrastra á los combatientes; el cañon no tronaba aun. A las once se oyó sobre la izquierda en el momento en que las divisiones de Reille embestian el castillo de Hougoumont. Cuatrocientas piezas de artillería en línea á ambos lados del radio de Waterloo, parecian contestarse simultáneamente á aquella señal. El estampido atronador de aquellas baterías hiende y separa las nubes que hasta entonces coronaban las alturas: un sol de verano brilla un momento en un puro cielo; pero bien pronto la espesa humareda de las descargas, estendiéndose desde Hougoumont hasta los desfiladeros de Saint-Lambert, trepa á las pendientes y cubre el bosque como una niebla entrecortada por los resplandores de cien mil relámpagos. Ochenta bocas de fuego en batería delante de Hougoumont contestan á las baterías inglesas situadas detrás y sobre aquel castillo, que arrasaban las columnas de ataque de Guilleminot, jefe del estado mayor, y de Jerónimo Bonaparte, en otro tiempo rey de poca fama, aquel dia intrépido soldado. A pesar del mortífero fuego de la brigada inglesa, que defiende de árbol en árbol el bosque que guarece á aquel castillo, Jerónimo Bonaparte, Guilleminot y Reille toman aquel bosque sembrado de cadáveres. Pero llegados á los muros, á los fosos, á los vallados que sirven de recinto á aquella fortaleza, caen las columnas francesas, retroceden, vacilan, avanzan, retroceden aun bajo la metralla de cuarenta piezas de artillería y las descargas de los batallones emboscados en los patios, en los jardines y detrás de las murallas. Reille refuerza sus columnas á proporcion de la resistencia inesperada que esperimenta. Wellington se traslada á galope con sus ayudantes de campo al estremo de la plataforma que domina á Hougoumont, inspira con su presencia y ademanes la intrepidez á sus generales y hace acudir al general Byng con la última brigada de la guardia inglesa. Al pié de los muros, en los jardines de Hougoumont, se traba un combate terrible, largo y encarnizado que presenta diferentes aspectos. Siete veces penetran los franceses por las brechas hasta los patios, y siete veces son rechazados á la bayoneta por los granaderos de la guardia. Por último los obuses, mas mortíferos que los hombres, incendian las granjas, los edificios rústicos, las mieses y las maderas. Las fuertes murallas del castillo resisten al fuego. La reverberacion del incendio y el humo que la envuelve hacen intolerable la ocupacion. Ninguno espera salir con vida. Los oficiales y soldados heridos conducidos á las granjas, parecen allí ahogados: solo la capilla se liberta de las llamas. Al ver esta señal que les parece una proteccion divina, las tropas adquieren nuevo valor y juran resistir hasta la muerte. No hay vencidos ni victoriosos, escepto el fuego que lo devora todo. Los ingleses, inmóviles sobre las cuestas que dominan el edificio, no retroceden sino hasta el alcance de las llamas, y solo el incendio les separa de los franceses. Dos mil quinientos hombres de ambas partes hallan la muerte y la tumba bajo aquellas cenizas.

Un oficial de Reille va á anunciar al emperador aquella resistencia. Tiende la vista sobre un plan de Hougoumont desplegado ante él, é indica con el dedo el sitio de una batería de ocho obuses al lado del castillo. «Que se refugien ahí, al abrigo de los muros, dijo con indiferencia, y que acabe todo.»

XXXIV. El emperador habia oido y observado desde lo alto aquella refriega, sin parecer admirarse mucho de su resultado. Sus verdaderas miras no se dirigian allí, sino, como ya hemos dicho, al Monte San Juan, centro de Wellington y corazon de la lucha. Llama á Ney hasta entonces inactivo. «Hé aquí, le dice, señor mariscal, un dia y un negocio digno de vos; os confiero el mando del centro; á vos os toca ganar la batalla.» Despues enseñándole con un ademan el Monte San Juan, le manda subir á aquel centro del ejército. Ney, recobrando toda su confianza y toda la energía de sus dias mas gloriosos, parte á galope para ir á formar sus columnas, y para escalar la posicion indicada á la primera señal del emperador.

Las tropas francesas se lanzan y rodean por todas partes el recinto del castillo. La caballería en el ímpetu de su carga llega á un terreno elevado que domina la parte posterior de Hougoumont. Cae muerto el caballo del general Cubieres, y el mismo general debe solo la vida al comandante inglés Woodford. El general sir Jorge Cooke, que manda toda la division inglesa, pierde un brazo en el último asalto de la guardia imperial. Al ver el peligro, Wellington lanza la palabra suprema: *¡op guards!* (¡arriba, guardias!), que electriza al ejército inglés y reune en rededor de sí todo cuanto ha sobrevivido á aquella carnicería. Woodford mantiene su posicion en Hougoumont desde el medio dia hasta las ocho de la noche.

El incendio de Hougoumont sin embargo no habia amortiguado el combate por esta parte. Reille y su cuerpo, despues de haber atacado, tenian que mantenerse y defenderse á su vez. Los regimientos escoceses, desalojados del castillo y fortificados entonces con dos brigadas de refresco, cubiertas por las baterías de Wellington, amenazaban destrozar nuestros batallones y desordenar nuestro centro. Quinientas bocas de fuego acercándose á cada descarga, destrozaban con sus balas y proyectiles la tierra, los árboles, las mieses y los combatientes. Cada palmo de terreno, cada escalon de las dos vertientes asaltadas una despues de otra, ocupadas un instante, y desalojadas un momento despues, se convertian en campo de una nueva carnicería. Los caballos derribados, los armones que estallaban al lado de los obuses, los cadáveres mutilados de los caballeros é infantes, cubrian la tierra é inundaban los surcos de sangre en la estension de una legua cuadrada, sin que ni el fuego, ni el hierro, ni la suerte de tantos valientes pudiesen hacer retroceder un paso á ninguno de los dos ejércitos. Los cadáveres de los ingleses, escoceses y franceses que caian en sus puestos, ocupaban aun las posiciones vacías de combatientes.

La Haie-Sainte, tomada por los franceses, no les procuró sino cadáveres y murallas calcinadas. Erlon y sus divisiones, mas inmediatas á Napoleon por su izquierda, se traban insensiblemente arrastrados por el peligro de los cuerpos de Reille. Su artillería cubre con el fuego los cerros que están enfrente de él, pero sus balas se pierden en las colinas con las cuales Wellington ha cuidado de cubrir sus regimientos, mientras que la artillería inglesa, disparando sobre las columnas francesas obligadas á descubrirse para abordarle, deshacen filas enteras de Erlon.

XXXV. En aquel momento, Ney, que acababa de llegar á su puesto enfrente del Monte San Juan, aguarda una última órden del emperador. El general Drouot, que llega de Bossomme, le saca al fin de su impaciencia. «Marchad á decir al emperador, esclama Ney despidiendo á Drouot, que voy á corresponder á cuanto espera de mí, y que el Monte San Juan va á dar su nombre á una de las mas inmortales victorias del ejército.»

Al llegar Drouot á donde estaba el emperador, le encuentra preocupado con otra idea. Su anteojo dirigido sobre los desfiladeros lejanos de Saint-Lambert y hácia las desnudas plataformas que dominan estos desfiladeros por detrás y por la derecha, creia distinguir un punto negro en el horizonte, inseguro sobre si aquel punto era móvil ó fijo, y si era un bosque, una nube ó un cuerpo de tropas en posicion. Volviéndose hácia el mariscal Soult, su jefe de estado mayor general, le da el anteojo, le hace observar y le pregunta qué le parece lo que ve. «Es un cuerpo de siete á ocho mil hombres, responde el mariscal; probablemente el destacamento que V. M. ha pedido á Grouchy.» Pero aquel cuerpo estaba tan inmovil y tan confuso á la vista, que los numerosos oficiales de estado mayor del emperador, mirando uno despues de otro hácia el mismo punto, afirmaban los unos que era un bosque, los otros una de esas nieblas que la repercusion del aire por las descargas de artillería hace rodar á lo lejos por las colinas. En tal incertidumbre, el emperador dió órden al genneral Subervie, cuyos escuadrones se hallaban los mas inmediatos á Saint-Lambert, de que se destacara del ala derecha y fuése con tres mil caballos hácia las plataformas de Saint-Lambert, en observacion, dispuesto á combatir al cuerpo misterioso si era prusiano, ó á precederle y guiarle á Waterloo si era francés.

Apenas Subervie y Domont habian conducido su caballería al punto y á la distancia que habia designado el emperador, un prisionero prusiano, sorprendido por una patrulla á caballo entre Wavres y Saint-Lambert, era conducido ante Napoleon, y declaraba que el cuerpo de ejército divisado en lontananza era la vanguardia de un ejército de treinta mil hombres, que el general prusiano Bulow, lugarteniente de Blucher, concedia al ejército de Wellington. El prisionero declaró al mismo tiempo que Blucher y el resto del ejército prusiano habian dormido la noche antes en Wavres y no habian visto ni adelante ni atrás el ejército de Grouchy.

XXXVI. Conmovido el emperador y buscando en vano cómo esplicarse aquella presencia de un cuerpo prusiano sobre su derecha, y la desaparicion completa de Grouchy, escribió al instante un tercer despacho á este mariscal. «La batalla está trabada en este momento sobre la línea de Waterloo. Maniobrad rápidamente en direccion mia y caed sobre las tropas que intentan molestar mi izquierda. Acaba de anunciár-

temo que Bulow debe atacar mi flanco. Creemos divisar este cuerpo sobre las alturas de Saint-Lambert. No perdais un momento en reuniros á mí y en destrozar á Bulow.»

El oficial que llevaba esta órden partió á la ventura en la direccion en que presumia encontrarse con el ejército de Grouchy. Domont y Subervie no bien hubieron llegado á las alturas de Saint-Lambert, enviaron á advertir al emperador que el cuerpo divisado era en efecto un cuerpo prusiano, y que lanzaban destacamentos sobre sus alas en busca de Grouchy. El emperador, recibiendo unas tras otras estas comunicaciones, no sabia esplicarse el silencio y el vacío que escuchaba y veia por la parte de Wavres, en donde el cañon de Grouchy hubiera debido ya sonar á retaguardia de Bulow. Inquieto, aunque confiando aun en la evolucion de Grouchy, que á cada momento podia llegar á su noticia, se resolvió no obstante á descubrir un poco su línea hácia la derecha, para hacer frente á las eventualidades con que la aproximacion de Bulow le amenazaba por el lado de Saint-Lambert. Envió órden al conde de Lobau, uno de sus jefes de confianza, para que dejase la posicion que ocupaba enfrente de la izquierda de los ingleses, y se trasladase con diez mil hombres cerca de las gargantas de Saint-Lambert, á una posicion que le permitia, en caso de necesidad, resistir á treinta mil. Lobau obedece, quitando de este modo diez mil combatientes á la lucha empeñada y quedando inútil para la victoria en un punto intermediario de observacion, en donde no podia ni combatir ni maniobrar contra Wellington.

Esta prudencia sensible y quizá escesiva del emperador en un momento en que el tiempo y la celeridad podian compensar el número, debilitó su ejército, disminuido ya con el cuerpo de Grouchy, trece mil soldados y escelentes generales. La línea de batalla contaba solo con sesenta mil hombres contra noventa mil. Sin embargo, no le inquietó aquella inferioridad aumentada por un esceso de prevision; pero volviéndose, despues de espedidas estas órdenes, hácia el mariscal Soult, que aun no habia dejado la pluma, y prosiguiendo en su lenguaje geométrico el cálculo de las probabilidades de victoria ó de derrota que habia enumerado por la mañana antes de la batalla, le dijo: «Esta mañana tenia unas noventa probabilidades contra ciento en nuestro favor; la llegada de Bulow nos rebaja treinta, de modo que aun nos restan sesenta contra cuarenta. Si Grouchy repara la falta que ha cometido ayer deteniendose en Gembloux, y si envia su destacamento con prontitud, la victoria será aun mas decisiva, porque el cuerpo de Bulow será derrotado completamente.»

Admirable sangre fria de un genio matemático de la guerra, que á fuerza de manejar las masas sobre el mapa y sobre el terreno, reducia la victoria ó la derrota á un mecanismo de números y de maniobras, independientemente de los azares que se reserva la Providencia, y del carácter de los combatientes que aumenta ó disminuye los ejércitos por el sentimiento. No entraba, como debia, en su cálculo la resolucion que Wellington habia comunicado á sus ingleses y escoceses de vencer ó morir en su puesto sobre los escarpados sitios en que les habia clavado.

XXXVII. Durante estas peripecias del cuartel general, Ney, que las ignoraba, formaba el centro del ejército en tres columnas, bajaba á paso de carga á la cabeza de ellas las pendientes de la Bella-Alianza para lanzarse desde abajo al asalto del Monte San Juan. Los generales Durutte, Donzelot y Marcognet mandaban cada cual una de estas columnas. Durutte atacaba por varias partes la izquierda de los ingleses; Donzelot anunciaba con el fuego de treinta piezas de artillería su aproximacion hácia la derecha, para salvar del otro lado de Hougoumont las colinas del bosque de Soignes; Marcognet mandaba la columna del centro. Ney vuela de una á otra allí adonde cree el peligro. Los tres choques son irresistibles. Durutte toma todas las aldeas fortificadas entre Monte San Juan y el estremo derecho. Marcognet rompe las dos brigadas de los generales Perpoucher y Picton, cayendo este último herido de muerte en los brazos de sus soldados. Los belgas se repliegan en derrota; la primera línea de los ingleses se dispersa y vuelve á subir hácia las plataformas. Donzelot rechaza igualmente de la Haie-Sainte á los batallones de Byng hácia las esplanadas superiores de Hougoumont. Gritos de victoria salen y se corresponden en las tres columnas francesas, los cuales resuenan, en los intervalos del fuego, hasta en los bagajes del ejército inglés y del ejército belga, que creen la batalla perdida. Los heridos que se trasportan del campo de batalla; las balas rasas del general Marcognet que destrozan los árboles del bosque y que surcan el camino de Bruselas, empiezan á poner en desórden á aquellos grupos de no combatientes, embarazo y necesidad de los campamentos. Huyen y van sembrando el terror que no tarda en aumentarse con los equipajes en el camino de Bruselas. El emperador apercibe esta conmocion y cree ver en ella el síntoma de la derrota. Ney, mas inmediato, llama á la artillería de reserva que se habia quedado en la Bella-Alianza, para acabar aquella derrota comenzada. La artillería baja al galope la pendiente de la Bella-Alianza sobre la derecha y por detrás de Ney; pero como los terrenos estaban sumamente blandos por la inundacion de la víspera, se metian las ruedas hasta los ejes, y todos los esfuerzos de los hombres y de los caballos no eran suficientes para sacar del fango las cureñas. Ney, esperando sus cañones, prosigue su marcha hácia el Monte San Juan combatiendo siempre; toca á los últimos cerros y se cree vencedor.

XXXVIII. Wellington, á caballo en medio de su estado mayor, al pié de un árbol corpulento, objeto al que cien veces se habian dirigido las balas de la artillería francesa, ve el desastre de esta sin mas ausilio que el suyo propio en la hondonada, y sale á galope hácia dos de sus regimientos de dragones formados en batalla sobre la orilla de la escarpadura. Hace quitar las barbadas de las bridas de los caballos, á fin de que el animal, arrebatado á la vez por la cuesta y por el peso sin que la mano del ginete pudiera ni aun involuntariamente detenerle, se precipite con un ímpetu irresistible sobre la caballería francesa, maniobra desesperada, digna de los numidas contra los romanos, y que la talla e impetuosidad del caballo británico hacian mas desesperada aun. Hace distribuir aguardiente á los soldados para exaltar al hombre con fuego mientras el clarin exalta al caballo, y el mismo los lanza á todo escape por las pendientes del Monte San Juan.

Estos dos regimientos, precipitados como un alud sobre los cuadros de infantería francesa escalonados detrás del mariscal Ney, los atravesaron con la fuerza de un peñasco arrancado por su base, llegaron hasta las baterías francesas atolladas en el fondo del valle, acuchillaron á los artilleros sobre sus piezas, cortaron los tiros, derribaron las cureñas y apagaron por todo lo que faltaba de dia el fuego de aquella artillería. El coronel Chandon murió sobre sus piezas. El mariscal Ney, testigo desde lo alto de este desastre de su artillería y del destrozo que los dos regimientos ingleses habian hecho en sus cuadros, lanzó contra ellos los regimientos de coraceros del general Milhaut. Los coraceros cargaron con menos ímpetu, pero con igual valor y con caballos mas dóciles a los dragones arrebatados por enormes caballos á quienes no bastaba el freno para dirigirlos en la carrera. La mitad de los dragones perecieron en estas cargas; el resto diezmado y mutilado fué conducido por los coraceros á las alturas. La artillería quedó vengada, pero habia sufrido el golpe.

XXXIX. Ney, sin embargo, avanzaba lentamente, pero siempre con sus columnas de ataque. Al llegar á los atrincheramientos empalizados, hace cargar á los hannoverianos que los guarnecian por los coraceros de Milhaut y por su caballería lijera. Esta masa de caballería arrolla á los hannoverianos, quedando muerto el general Ompteda que los mandaba, y el mayor general ingles Ponsonby, enviado para reemplazar a los hannoverianos con tres regimientos de dragones, muere tambien sobre su caballo atravesado de siete lanzazos. Ney salva, bajo una nube de balas, las últimas escarpas que orillan las esplanadas del Monte San Juan. Al pié de estas escarpas, como al pié de los muros de una fortaleza, franceses, ingleses, oficiales, soldados, hombres y caballos, unos tratan de subir, otros de precipitarse, todos piensan en herir, mézclanse bajo los proyectiles de doscientas bocas de fuego de la artillería de Wellington, se descargan su fusil á boca de jarro, se acuchillan, se atraviesan, se dividen entre sí; estos formando murallas con los cadáveres de los hombres y de los caballos muertos, aquellos sirviendoles estos mismos despojos de gradas sangrientas para defender ó escalar las escarpas. Ney, que á través del humo ve los primeros uniformes franceses ya en la orilla de la plataforma, cree segura la victoria y envia a decir al emperador que un postrer esfuerzo de la reserva va á dejar por suyo el campo de batalla, observándose ya que los ingleses en desórden empiezan á hacer desfilar sus bagajes sobre Bruselas.

«¡Ya son mios!» esclamó el emperador. Su fisonomía, su gesto, su voz triunfan en medio de su estado mayor aliviado del peso de tan larga ansiedad. Vuelve á montar á caballo, se dirige á los generales de su guardia, ordenándoles formar sus columnas y volar al socorro de Ney. Mientras corre por el valle de un lado á otro animando á sus reservas impacientes, ve con profunda pena caer á su lado muerto por una bala de las baterías inglesas, al general de artillería Devaux; pero el calor de la accion no le da tiempo para deplorar aquella pérdida, vuelve á su puesto y se apea de nuevo para observar la ejecucion de las órdenes dadas á sus reservas y los últimos triunfos de Ney.

El entusiasmo de la victoria aparece al fin en sus facciones; pasease con los brazos cruzados al lado de los planos de la batalla estendidos á sus pies, con la vista fija en la inmóvil humareda del Monte San Juan

que ni avanza ni retrocede á pesar del trueno incesante que sale de aquella nube detrás de la cual parece considerar de antemano la suerte de la jornada y la de la Europa, ya visible para él solo. El mariscal Soult, estatua de bronce, guerrero cuya sangre fria no se altera jamás ni con el entusiasmo ni con el desaliento de la guerra, sigue cojeando al emperador, recibe á medias palabras sus impresiones, trasmite sus órdenes, y sostiene su confianza participando á su vez de ella. Los enemigos son desalojados de todas las líneas desde Haie-Sainte hasta el Monte San Juan, y el ejército francés cubre por todas partes con sus columnas, sus cuadros, y sus reservas ya formadas, las pendientes que se alcanzan con la vista del bosque de Soignes. Amortiguase el fuego de la artillería inglesa y con sus prolongadas intermitencias parece atestiguar los fuegos sucesivamente apagados por el sable de los coraceros de Ney. Rossomme, cuyos oficiales en su mayor parte se hallan ocupados en llevar órdenes superiores á las reservas y á la guardia, presenta el aspecto de un vivac alegre y tranquilo despues de las fatigas de una victoria y á cuyo general solo le resta proseguir y acabar los resultados.

Detrás del ejército ingles, al otro lado del bosque, todo por el contrario anuncia el desórden y el principio de una derrota. El camino de Bruselas y las lindes de los campos laterales se hallan cubiertos de heridos que se arrastran regando el suelo con su sangre ó de los que son conducidos á los hospitales de sangre en las chozas inmediatas. Una columna inmensa de campesinos consternados, de mujeres, de niños y de ancianos, llevando por delante sus rebaños y seguidos de carros cargados con sus ajuares; soldados, oficiales y generales heridos por las balas; caballos medio muertos en las orillas de las zanjas; asistentes apresurándose á salvar los equipajes de sus amos: todo esto en un espacio de cuatro leguas forma una sola columna huyendo desde el campo de batalla hácia las puertas de la capital. El cañon que truena desde las once de la mañana acercándose y multiplicándose, conmueve el aire y los corazones en las calles de Bruselas. Todos los habitantes de la ciudad corren á las plazas públicas á informarse de los sucesos, y el rumor de una victoria de Napoleon que entrega la Bélgica á sus ejércitos y por tercera vez va á hacer de sus ricas campiñas la arena sangrienta de la Europa, se estiende de boca en boca. El pueblo está consternado, los príncipes, la nobleza, los ricos desamueblan sus casas y huyen con sus familias por los caminos de Amberes.

XL. Tal era á las seis de la tarde el diferente aspecto que presentaban las dos causas á espaldas de los dos ejércitos.

Wellington, en el centro, estrechado en su último campo de batalla, entre la linde del bosque y la pendiente del Monte San Juan, medio escalada por Ney y tomada bien pronto por la terrible guardia de Napoleon; sus cuerpos ya diezmados; millares de muertos abandonados en pos de sí en las vertientes de la Haie-Sainte, de Hougoumont y de Waterloo; once de sus generales muertos á sus piés, entre ellos su amigo y su brazo derecho, el general Picton; en fin, de sus diez y siete ayudantes de campo, ocho muertos ó heridos á su alrededor; Blucher, vencido y estraviado lejos de él en los llanos de Namur; Bulow, á quien habia esperado todo el dia, y á quien ni aun habian logrado ver los oficiales que enviaba de hora en hora á observar el horizonte por el lado de Wavres.

Pero la fortuna de Wellington, desvanecida enteramente en cuanto le rodeaba, se hallaba toda en sí mismo y en la inmutable voluntad de morir ó vencer que habia sabido comunicar á su ejército. Despues de cansar ó matar siete caballos, Wellington monta el octavo, corre de brigada en brigada para imprimir con sus órdenes el movimiento, el impulso, la confianza, la intrepidez, el desprecio de la muerte, el deber, frio heroismo, pero invencible de los pueblos libres, y vuelve en seguida á ocupar su puesto de combate, bajo la elevada encina de Waterloo, á fin de que sus oficiales le encontraran al buscarle, cuando una nueva faz de la batalla exigiera alguna decision ó algun socorro. Allí permanecia sufriendo las balas que llovian sobre las ramas del árbol, inmóvil, no esperando la victoria, sino la noche. Porque la noche, entonces su única esperanza, podia solo conducirle á los prusianos á traves de las tinieblas y de los desfiladeros de Saint-Lambert.

Pero la noche no llegaba, y las columnas de la guardia se movian ya para escalar el terraplen del Monte San Juan á la vista de Wellington, y no se divisaba siquiera á los prusianos.

XLI. Por una estraña y quizá fatal casualidad de los combates, pues la vista de aquel cuerpo paralizó su alma, diseminó sus fuerzas y detuvo su brazo que iba á dar el último golpe, y que tenia tiempo de darle, el emperador fué el primero que vió á los prusianos, bien lejos y en bastante corto número aun, detrás de las colinas de Saint-Lambert. Hé aqui lo que, sin tener de ello noticia Napoleon ni Wellington, habia pasado durante aquellas incertidumbres á los ejércitos de Blucher y de Grouchy.

Este, como llevamos dicho, habiendo perdido de vista, por su involuntaria lentitud, á Blucher en Gembloux, no supo al dia siguiente por dónde perseguirle. Esta duda dió tiempo á Blucher para reorganizarse en Wavres y advertir á lord Wellington que iba á acercarse á él por la parte de Bruselas y á dirigir desde luego hácia aquel lado los treinta mil hombres intactos de Bulow. En su consecuencia se convino en que el primero de los dos generales aliados que fuese atacado por el emperador aceptaria la batalla y resistiria sin retroceder un paso, esperando al otro que llegaria durante el combate para atacar por el flanco al ejército del emperador.

Este convenio era el secreto de la obstinada resolucion de Wellington en resistir á todo trance en la estrecha vuelta del bosque. Blucher, advertido la noche del 18 por los despachos del general ingles, marchaba desde el amanecer para llegar á la línea de Waterloo, atravesando la inmensa distancia que de ella le separaba la víspera. Wellington lo presumia así sin saberlo. La incertidumbre acerca de las posiciones ocupadas por el emperador, impedia á Blucher y á Bulow toda comunicacion por medio de correos con aquel general; todo era conjeturas y oscuridad entre ellos. Blucher, sin embargo, se hallaba ya á cuatro leguas del campo de batalla, precedido por los primeros cuerpos de Bulow, marchando con precaucion y deteniéndose á menudo para escuchar el cañon de Waterloo, cuya direccion trataba de adivinar, y para no traspasar la línea, temiendo ser cortado por el ala derecha de Napoleon. Este ejército se arrastraba lentamente, mas bien que marchaba, por entre aquellas gargantas profundas, inundadas, estrechas y fangosas que coronan los altos cerros de la Chapelle.

Allí era adonde el emperador habia mandado, por conducto de tres mensajeros enviados la víspera y por la noche á Grouchy, que se apostara primero un destacamento de siete mil hombres, y despues que se aproximara él mismo con todas sus fuerzas para ponerse en comunicacion y en línea con él. La fatalidad, la distancia, la incertidumbre de la direccion que habia de seguirse para encontrar á Grouchy, y la imprudencia del mayor general en confiar á oficiales aislados órdenes tan importantes, hicieron que se estraviaran estos despachos. El mariscal Grouchy no tenia noticia alguna del emperador; vagaba por su parte, ejecutando la órden que habia recibido de seguir á Blucher, buscando á los prusianos sin encontrarlos, temiendo del mismo modo hacer falta al emperador si se alejaba demasiado hácia Namur, que dejar á los prusianos rehacerse y librarse de su derrota si les abandonaba antes de tiempo para acercarse á Napoleon. Situacion complicada y fatal que la ignorancia ha considerado como traicion ó impericia, y que no era sino la ejecucion literal de las órdenes de Napoleon, la irresolucion forzada de un general muy separado de su centro, que temia lo mismo seguir ó infringir mas de lo necesario una órden imprudente.

XLII. Verdad es que los generales de Grouchy, y entre ellos Excelmans, soldado atrevido y militar consumado, precediendo á Grouchy en la persecucion de los prusianos, le habian dado la noticia de que Blucher y Bulow se inclinaban hácia Wavres para reunirse con los ingleses. Tambien es cierto que los demás generales de este mariscal, Gerard y Rumigny, y los coroneles del ejército, al hacer alto el 18 á medio dia en el pueblo de Walain entre Wavres y Gembloux, habian oido la artillería de Waterloo desde un kiosco del jardin de su patron, esclamando al calcular la intensidad del fuego: «¡Es el cañon de Wagram!» Advertido el mariscal, fué á escuchar las incesantes detonaciones, é interrogado el patron, indicó este el bosque de Soignes como el sitio de donde salian los disparos. El general Gerard, lleno de impaciencia, dijo al mariscal: «¡Marchemos hácia el fuego!» Valazé, acudiendo con un guia del pais, esclamó tambien señalando la direccion del Monte San Juan. «¡Ahí es donde se da la batalla!» El guia confirmó la esclamacion de los generales y dijo al mariscal que él se encargaba de conducir á aquel sitio al ejército en tres horas. El fogoso coronel Briqueville, lo mismo que Excelmans, que Gerard y que Valazé, dijo: «¡Corramos al fuego!»

Los mismos dragones, agrupados al rededor de sus oficiales, pedian marchar hácia ese ruido que llama al hombre de guerra, é indicando con el gesto las lijeras nubes cenicientas que sobre las colinas se elevaban lentamente en el horizonte, afirmaban ser las columnas de humo de la pólvora blanqueadas por el sol ó impelidas por el viento. Grouchy, viendo que el emperador no le llamaba, y temiendo cometer una falta si abandonaba al enemigo por la parte de Wavres, contuvo su impaciencia de proseguir su marcha paralela á Napoleon en vez de dirigirse hácia él. Solo Excelmans, arrastrado por el verdadero instinto de la guerra, avanzó con sus dragones hasta el Dyle y quiso hacerles atravesar el rio; pero llamado por una órden del mariscal, debió renunciar á su audacia y ahogar su presentimiento. Este presentimiento hubiera

quizá salvado á Napoleon, á quien perdió la pasiva obediencia de Grouchy. Pocas horas despues, Berthesene, general de la division de Vandamme, al acercarse á Wavres, divisó desde las alturas el fuego por el lado de Waterloo y columnas prusianas que se dirigian hácia él, envió un aviso á Grouchy, el cual contestó: «Decid al general que esté tranquilo; que estamos donde debemos; que hay noticias del emperador, y que sus órdenes son de que marchemos sobre Wavres.»

En aquel momento, que serian las cuatro de la tarde, fué cuando el mariscal recibió la segunda órden del emperador, con nueve horas de retraso á causa del estravío del oficial portador de ella. Por la duracion de la batalla y por la intensidad del fuego, hubiera Grouchy podido interpretar la necesidad probable que Napoleon tenia de su ala derecha, y acercarse mas directamente que por Wavres; pero no lo hizo, y los resultados probaron que obró mal: en vez de esto mandó á Vandamme que atacase á Wavres, lo cual no era sino perder un tiempo inútilmente. El general Gerard, de la division Vandamme, cuando recibió la órden de tomar el pueblo defendido por una débil retaguardia detrás de los muros, se volvió hácia uno de sus ayudantes de campo, Mr. de Rumigny, y le dijo con amargura: «Cuando un hombre de corazon es testigo impotente de cuanto aquí pasa desde esta mañana; cuando recibe órdenes semejantes á estas, y cuando el deber le obliga á obedecerlas, solo le resta hacerse matar.» Un cuarto de hora despues caia herido de un balazo en el pecho, al pié de los muros de Wavres, y recibido en los brazos de sus soldados, iba á consumirse en una lenta agonía, deplorando nó perder la vida, sino lo inútil que era para el ejército y la patria aquella sangre derramada. No cabia traicion en el alma de Grouchy, general intrépido y consumado, comprometido mas que otro alguno en la causa de Napoleon por su lucha contra el duque de Angulema en el Mediodía, y por la recompensa que habia recibido por ella del emperador, elevándole á la dignidad de mariscal de Francia. Su falta fue la de no obedecer al emperador obedeciendo á la órden mas imperiosa de la inspiracion y del fuego. El mismo emperador cometió una falta mas grave aun, separándose demasiado de un ala tan necesaria á su ejército en presencia de dos ejércitos, que cada uno de ellos podia competir con el suyo. Habia confiado mucho en la derrota de los prusianos la víspera, y no menos en la derrota de los ingleses por la mañana. Despreciar á su enemigo es la prenda del triunfo al principio de la lucha de pueblos contra pueblos; es la asechanza del vencedor despues de las dilatadas campañas en que él mismo ha enseñado la guerra á sus rivales.

XLIII. En el momento en que se lanzaban las reservas para sostener á Ney, el emperador, que solo pedia una hora á su fortuna y que creia tenerla, oye en los intermedios del fuego de su artillería del Monte San Juan descargas lejanas por el lado de Saint-Lambert, mas no se inquietaba por ello, y apenas aparta un momento su vista del punto de ataque en donde Ney aguardaba sus refuerzos dispuestos á unírseles al pie del terraplen. Creia que aquellas descargas no era otra cosa que el encuentro fortuito, hácia su estrema derecha, entre las divisiones de Grouchy y las vanguardias de Blucher. No dudaba ya tener tiempo de acabar una victoria antes de empezar otra. El humo iba acercándose, se aumentaba el estruendo y los oficiales que llegaban á escape á su cuartel general le desengañaron á su pesar. La division de Grouchy solo existia en su mente, no habia recibido la órden; ninguna noticia llegaba del ejército de este mariscal, y así los llanos como las colinas de Wavres estaban desiertos y silenciosas. «¡Grouchy! ¡Grouchy! esclamaba á cada instante Napoleon, ¿dónde está? ¿qué hace? Enviad oficiales que se le adelanten; apresurar su marcha; debe hallarse cerca de nosotros al pié de las colinas de la Chapelle ó hácia Dyle.»

Le contestaban únicamente enseñándole las dilatadas columnas negras de los prusianos y sus banderas que no queria reconocer, á pesar de que el águila negra estaba bien á la vista de su estado mayor. Ya estas columnas, de treinta mil hombres cuando menos, desembocaban y descendian de las gargantas de Saint-Lambert, arrollando los tres mil hombres de caballería lijera y marchando á paso de carga contra las tropas del conde Lobau que cubrian la derecha de Planchenoit. Al ver esto el emperador prescribe de nuevo la órden de ataque general que ya habia dado; abandona á Ney á sí mismo con la izquierda, el centro y la reserva ya en accion; y se queda con Lobau para cubrir su campo de batalla contra los prusianos, que iban aumentándose.

Ya no puede dudar que Grouchy se ha quedado á retaguardia. Bulow y de allí á poco Blucher á quienes se divisan en lontananza, llegan en masa al centro del drama y van á desenlazarle con la destruccion de Lobau, si Grouchy no llega inmediatamente sobre ellos. Pero aun le halaga la esperanza de que este general haya seguido ó costeado al ejército prusiano, y cada cañonazo que oye detrás de Planchenoit le retumba en el corazon como la voz de su ala derecha.

Lobau entretanto, colocado entre Planchenoit y Bulow, combate con una intrépida seguridad al ejército prusiano, y le contiene casi una hora al pié de la iglesia y en el cementerio de Planchenoit. Pero mientras que la sesta division se dedicaba con Lobau á contener á aquel desbordamiento de un ejército nuevo, los prusianos afluian siempre y se arrojaban con una formidable artillería por las pendientes mas avanzadas sobre Planchenoit, hácia nuestro centro, batiendo desde allí la casa-escuela y el observatorio mismo desde donde el emperador gobernaba con la vista la lucha de los tres ejércitos. Los proyectiles estallaban sobre su cabeza y destrozaban los árboles y los muros que rodeaban su cuartel general. La urgencia del peligro sacándole de la atencion que prestaba al asalto de Ney, hace á Napoleon suspender el movimiento ya comenzado hácia el Monte San Juan por su nueva guardia y la dirige á paso de carga hácia el conde Lobau para apoyarle. Ney, impaciente, se vuelve y ve á sus refuerzos tomar otra direccion; se detiene, reflexiona, vacila, y conoce que la victoria ó la derrota del ejército dependia en adelante de él solo. Reune en aquellas críticas circunstancias á su inagotable valor para arriesgar el todo por el todo: espide órdenes sobre órdenes mandando que acudan á él cuantas reservas divisa en posicion sobre su izquierda ó detrás de sus columnas; dase la carga en todos los puntos y un torrente de soldados se precipita hácia el Monte San Juan.

XLIV. Apenas podia respirar el ejército inglés en medio de dos asaltos, y Wellington, inmóvil sobre su caballo herido, miraba con intrepidez, aunque con cierto desaliento, aquel ímpetu del ejército frances hácia él solo, cuando el cañon de Bulow, retumbando de repente al pie de las colinas de Planchenoit, que aun le ocultaban los prusianos, le llevaba al fin un socorro tan largo tiempo y tan enérgicamente esperado: «¡Adelante, amigos mios! esclama blandiendo su espada en presencia de sus tropas, bastante tiempo hemos estado á la defensiva, ahora nos toca tomar la ofensiva.» A su voz se forma una columna inglesa, y precipitándose sobre la izquierda de las columnas de Ney, corre á asaltar la Haie-Sainte, para caer en seguida sobre el espacio intermedio entre el emperador y Ney. La Haie-Sainte, almenada y defendida por la artillería francesa, rechaza la columna. Ney dirige los lanceros y cazadores de su cuerpo de ejército sobre sus flancos y arrollan los regimientos ingleses que vuelven á subir destrozados: les persiguen sable en mano, y salvando las últimas pendientes de la plataforma, menos inaccesibles por la izquierda, se forman de nuevo así que lo hubieron verificado. Cargan á las baterías inglesas establecidas en la orilla de la plataforma, matan á los artilleros sobre sus piezas, dejan atrás las baterías apagadas, y van á acuchillar á los cuadros de infantería de reserva inglesa hasta en el campamento en donde se creian seguros detrás de sus fuegos. El mismo Ney se lanza á la cabeza de los coraceros al socorro de su caballería, cuyos victoriosos gritos oye sobre la plataforma. Defiéndese allí un momento espada en mano, mas bien como un soldado que ha subido el primero al asalto, que como un jefe; y por un momento abriga la esperanza de que su temeridad, su prontitud, su arrojo y el exito conseguido decidirán al emperador á prestarle su guardia y á olvidar á los prusianos. Pero el emperador, abarcando el conjunto y previendo que á una victoria incompleta de su general seguiria una retirada necesaria y una decepcion del heroismo de sus tropas, murmura contra la temeridad de Ney. El mariscal Soult que abunda en las mismas ideas del emperador: «Nos compromete, dice, como en Sierra; quiere ir mas allá de lo que nos permiten nuestros medios; nos arrastra hácia un solo lado, cuando necesitamos acudir á todos.—He ahí un movimiento prematuro, que podrá costarnos caro,» esclama Napoleon que admira y condena al propio tiempo la intrepidez de su general.

XLV. Mientras pasaba este corto diálogo en el cuartel general, Ney, que habia avanzado demasiado, retrocede en efecto al choque de toda la caballería de Wellington, que arroja al mariscal y á sus columnas al pié de la montaña y hasta detrás de la segunda línea. Napoleon lo ve, teme que este reflujo rompa su centro y manda á Kellermann, á Milhaut y á Guyot, que reunan todas sus divisiones de coraceros á los lanceros, dragones, cazadores y granaderos á caballo de la guardia, y apoyen á Ney que va cediendo. Aquella gran masa de caballería pesada, la mas aguerrida y la mas temible de Europa, en número de diez mil caballos, cae al galope sobre la caballería inglesa desplegada para esperarla. Pero Wellington no contaba con el encuentro; al acercarse los escuadrones franceses en medio de los gritos de *¡Viva el emperador!* los regimientos ingleses forman dos masas, se repliegan á derecha e izquierda y descubren sesenta bocas de fuego en la batalla que empiezan á ametrallar á los escuadrones de la guardia. Las primeras filas cubren la plataforma

de cadáveres; sálvanla las segundas, apagan de nuevo los fuegos de la artillería inglesa, caen sobre los cuadros de Wellington, ciudadelas vivas situadas por él de manera que pudiesen cubrirse las unas á las otras. Por entre el fuego de aquellos cuadros penetran hasta las últimas reservas de Wellington, las cargan sin destrozarlas, vuelven á formarse despues del ataque para recobrar su ímpetu al lanzarse sobre los demás cuadros, que rompen á veces, perdiendo sus caballos, que caen al tropezar con las puntas de las bayonetas de sus enemigos. Despues de cada carga, el cuadro inglés se despliega en forma de abanico para dar mas superficie á su fuego y recibir con mas solidez otro encuentro. La brigada del mayor general de Wellington resiste de este modo once cargas; algunos regimientos ingleses y escoceses quedan reducidos á una tercera parte, y permanecen en sus puestos, resueltos á dejarse matar hasta el último peloton, antes que renunciar á la victoria. Una division escocesa de cuatro mil hombres queda reducida á cuatrocientos combatientes, y al pedir refuerzos al general en jefe, contesta lord Wellington: «Que perezca, pero que no se mueva de su sitio, pues solo la noche ó Blucher pueden procurarnos refuerzos!» La division se resigna y obedece.

Wellington, el príncipe de Orange, lord Hill, Pozzo di Borgo, Alava, general español voluntario, acuden respectivamente de un regimiento á otro para animarlos, se retiran un instante al centro del cuadro, reciben la carga, y se abren en medio del fuego, primero un paso y despues otro, llevando por do quiera la resolucion y el ejemplo. «Firmes, hijos mios, que no flaquee ninguno de vosotros, repite Wellington en todos los cuadros; si abandonamos el campo de batalla, ¡qué dirá de nosotros la Gran Bretaña!» Este era el grito de guerra de Nelson en Trafalgar: «La Inglaterra tiene fija su vista sobre cada uno de sus soldados.»

Desesperábase, sin embargo, viendo sucumbir de este modo á sus intrépidos compañeros de armas. «¡Gran Dios, decia mirando desaparecer lentamente el dia, y viendo la tardanza de Blucher, habremos de ver destrozar tantos valientes!» Nunca estuvieron los franceses tan encarnizados en la victoria, ni los ingleses tan impasivos en la derrota; se conocia que disputaban por última vez la presa del mundo. El mundo moderno jamás habia visto un encuentro tan temible de dos naciones, cuerpo á cuerpo en un espacio tan reducido. Por todas partes no se veia otra cosa que sangre, cadáveres, caballos, cureñas, cañones y armas hechas pedazos. El mismo Ney, olvidando que era general, y abandonando á cada regimiento á su instinto, combatia sobre su caballo muerto agitando su tricornio con la mano izquierda, y blandiendo su espada rota con la derecha.

El general Lesourd, herido de seis sablazos, baja de su caballo, en tanto que sus dragones se rehacen para dar una nueva carga, se hace cortar el brazo y restañar la sangre, vuelve á montar y acomete á la cabeza de los suyos. ¡Ambos ejércitos respiran solo la muerte, no viven sino para herir y ser heridos! Jefes, soldados, hasta los mismos animales parece que ya se han despedido de la existencia, y que solo buscan, como en un circo mortal, sucumbir con mas gloria sobre el cadáver del enemigo.

El príncipe de Orange, digno general de Wellington aquel dia, y del trono que disputaba con las armas en la mano, se ve cercado con un corto número de combatientes, por un escuadron de coraceros franceses, que tenian ya los sables levantados para herirle. El septimo batallon belga ve su peligro, se precipita sobre los coraceros á la bayoneta, los destroza, se abre camino entre ellos, y liberta á su príncipe hereditario. Este, arrancando entonces de su pecho la condecoracion que le adornaba, la arroja en medio del batallon, y esclama: «¡Para todos vosotros, hijos mios! Todos habeis conquistado la gloria y mi trono.» Un grito de *¡Viva el príncipe de Orange! ¡Viva el rey de nuestros hijos!* sale del batallon libertador.

XLVI. Pero los diez mil coraceros franceses recorrian y devastaban sin cesar aquel campo de batalla, por el que corrian arroyos de agua y sangre, y en el que veinte mil caballos de ambas partes formaban con sus continuos movimientos una especie de barro encarnado. Wellington, separado un momento de la pelea, y vuelto á su puesto debajo de la encina, ve únicamente á su lado tres ayudantes de campo, hallándose los demas heridos ó moribundos. Contempla algunos instantes con su anteojo aquel torbellino de cargas, y observa que las balas de sus cuadros se embotan contra las corazas de los ginetes franceses. Hace correr de fila en fila á sus intrépidos escoceses la órden de dejarse atacar sin hacer fuego, de herir el pecho de los caballos con la punta de las bayonetas, de deslizarse hasta debajo de los animales, y de desjarretarlos con el cuchillo corto y ancho de aquellos hijos del Norte. Los escoceses obedecen, y cargan á pié á la caballería francesa. Tres horas enteras duró aquella refriega, en la cual quedaron fuera de combate de doce á quince mil hombres de ambas naciones, sin que unos ni otros ganaran un palmo de terreno. Los heridos y muertos cubrian aquel campo fangoso, y los que sobrevivian, se estrechaban á la voz apagada de los oficiales. Ney, que habia vuelto á montar en el caballo de uno de sus ginetes, tan pronto iba de un lado á otro arrebatado por el flujo y reflujo de la pelea, ora hasta las reservas inglesas, ora hasta el borde de la plataforma; el menor refuerzo de tropas frescas le hubiera dado la victoria y franqueado el camino de Bruselas. Ya una de sus baterías le barria de lejos y lanzaba balas rasas al centro de la columna de fugitivos: pero nada conmovia aquellas brigadas, que renovaban sin cesar con la imperturbable flema del Norte la maniobra de desplegarse y volverse á estrechar al acercarse sus escuadrones.

XLVII. El mismo Napoleon, bien porque creyese en aquel momento conseguida la victoria por el general, ó bien porque la seguridad de vencer le diese la imparcialidad de alabar á su enemigo, admiraba desde lo alto, á traves del humo, la siniestra belleza de aquel espectáculo, la solidez, las evoluciones, la precision de los fuegos y de las maniobras de los ingleses. «¡Que tropas tan valientes!» decia con el acento de un generoso entusiasmo y de una magnánima piedad al mariscal Soult, que se hallaba de pie a su lado, sobre el cerro desde donde aquellos dos guerreros contemplaban el Monte San Juan. «¡Qué tropas tan valientes! Maniobran con una constancia y un arrojo admirables; es preciso confesar que los ingleses se baten bien; nosotros les hemos acostumbrado. Son dignos rivales nuestros, ¡pero no tardarán en emprender la fuga!» «La caballería francesa nos rodeaba como si hubiera sido la nuestra,» escribia el mismo Wellington pocos dias despues, en sus narraciones de la batalla. Mas á pesar del arrojo de Ney, de Kellermann, de Guyot, de Milhaut, de Lesourd, que mandaban la caballería, faltaba una direccion compacta á aquellas cargas diseminadas, y que diese á aquellos regimientos aglomerados el peso, la consistencia y el irresistible ímpetu de hombres y de caballos, con la cual en otro tiempo un gran ginete hacia á esta masa de caballería, árbitra del resultado de las batallas. Murat faltaba á aquellos escuadrones; su golpe de vista, su valor y su espada faltaban al emperador.

Murat en aquel momento se hallaba en Tolon, ignorado, oculto, arrepentido, llorando su falta, implorando en vano salir á campaña para lavar su error en sangre y sufriendo interiormente porque sus regimientos iban á cargar y á morir sin él! Todos los militares convienen en que la ausencia de Murat dió el triunfo á Wellington en aquellas últimas cargas de caballería del Monte San Juan. El mismo Napoleon, aunque descontento de aquel rey de las derrotas, no pudo menos de repetir diferentes veces: «¡Ah! ¡Que no estuviera ahí Murat!»

XLVIII. La ausencia de este héroe, la invencible impasibilidad de los ingleses, la estoica constancia de los escoceses, el poco resultado de las sucesivas y generales cargas de los franceses, el cansancio de hombres y caballos despues de combatir sin cesar por espacio de tres horas en terrenos resbaladizos que agotaban las fuerzas de los animales bajo un sol de verano aumentado por la llama de las descargas y por la respiracion de hombres y caballos; en fin, las baterías de reserva de Wellington, reconquistadas por sus artilleros despues del reflujo de los escuadrones franceses, que vomitaban metralla sobre estos, habian separado á los combatientes y arrojado de nuevo á Ney y su ejército á las orillas de la plataforma que en vano intentara subir.

Al ver esto Napoleon, cesó de titubear; el peligro de Ney le arrastró á él mismo: hizo llamar al general Petit con los cazadores de infantería de su guardia, y le confió el cuidado de cubrir su derecha hácia Planchenoit. Tranquilizado un instante en cuanto á este punto, hizo formar una columna de ataque con los granaderos de infantería de su guardia, columna invencible que lanza al socorro de su caballería para sostenerla sobre la plataforma, contra las repetidas cargas de Wellington.

Los seis mil granaderos se precipitan arma al brazo á los gritos de *¡Viva el emperador!* y Wellington los contempla con el terror del prestigio de este cuerpo inmortalizado en tantos campos de batalla. Conoce que es preciso operar sobre tales soldados, nó como contra hombres sino como contra un elemento, y les aguarda al frente de una batería, de una batería de cuarenta bocas de fuego, cuyos artilleros tienen la mecha encendida. Suben, se acercan, y la batería rompe el fuego. Así que la humareda del bronce se remonta en los aires y deja profundizar la vista en las pendientes, divisan los ingleses el movimiento de la negra columna que se estrecha y avanza siempre muda, siempre compacta, siempre con el arma al brazo, sin disparar un tiro, sin precipitarse, pero sin decaer tampoco lo mas mínimo. A la segunda descarga, la misma oscilacion, el mismo apiñamiento, el mismo silencio solo se observa que aquel inmenso batallon se replega sobre sí mismo como un reptil inmenso que se concentra en sus escamas, cuando ha sentido el hierro en su

cabeza. A la tercera descarga los ingleses, inclinados sobre la orilla del barranco, observan aun. La columna se halla reducida á una mole inmóvil de hombres, diezmados por aquellas tres descargas de metralla; dos de los batallones yacen tendidos sobre la pendiente al lado de sus fusiles cargados aun; los otros dos vacilan, deliberan y retroceden al fin ante aquel escollo de fuego, para ir á buscar otra subida á fin de tomar aquellas inabordables alturas. Pero Wellington, cubriendo todo su ejército con doscientos cañones, les aguarda por do quiera detrás de igual baluarte de bronce.

XLIX. Napoleon palidece, duda al fin de la victoria, conoce demasiado tarde la necesidad de vencer completamente en algun punto si no quiere un momento despues ser vencido en todas partes. «¡Mi caballo!» grita arrojando una postrer mirada sobre los prusianos contenidos pasivamente por Erlon. Llévanle su hermoso caballo persa tan blanco como un cisne, el cual montaba siempre cuando entraba en accion para que sus tropas pudieran reconocerle desde lejos, y porque era tal su sangre fria que la detonacion de los obuses no le causaba la mas leve impresion. Muchos años ha sobrevivido á su amo este hermoso animal siempre arrogante y dócil, é irguiendo la cabeza al oir el nombre de Waterloo como si recordase su gloria.

Monta en él Napoleon, y sale á galope, rodeado del grupo de sus oficiales, y seguido á cierta distancia por los escuadrones de escolta de su guardia de caballería: dirígese hácia su izquierda, en donde su hermano Jerónimo, y Guilleminot y el general Reille están reunidos en masa al rededor de la Haie-Sainte y del castillo de Hougoumont. Ya Ney empezaba á retirarse y á bajar otra vez en confusion de las plataformas ante la artillería y la caballería reunidas de Wellington. Ya era llegado el momento.

El emperador recorre los batallones y escuadrones que le restan en el centro y la izquierda de la llanura: los anima y les indica con la mano el humo del Monte San Juan. Un nuevo ejército entero, resto de su artillería, de su caballería y de su guardia, se forma á la voz de sus generales. Apenas formado, se lanza él mismo, espada en mano, á las primeras filas de la columna de frente de su guardia, y separando con el gesto á derecha é izquierda á los generales y oficiales que tratan de cubrirle: «¡Atrás todo el mundo!» grita, y marcha el primero al asalto de las pendientes mas escarpadas y mas terribles de las plataformas. Un triste silencio le rodea; todos conocen que va en busca de su destino, y creen que si no le concede el triunfo, á lo menos le pedirá la muerte. Sus facciones, siempre tranquilas, parecen sin embargo, concentrar en su impasibilidad y en su silencio esa gravedad que es el solo ardor permitido al que manda. Todo es silencio en pos del emperador, á quien dejan entregado á sus pensamientos porque conocen que lucha con su destino. Marcha así algunos momentos al alcance de doscientas piezas de artillería del ejército inglés, que no disparan aun por temor de perder sus fuegos. En seguida volviendose hácia su ejército y colocándose un poco á la izquierda, al lado de un cerro que le resguarda de las balas de cañon: «¡Adelante, adelante!» grita animando con la vista, con la voz y con los ademanes á sus tropas, á medida que pasan delante de él. *¡Viva el emperador!* repitieron unos detrás de otros, con el gesto del entusiasmo desesperado, los generales, los oficiales, los soldados, precipitándose á la carrera y á descubierto bajo el fuego horroroso de las baterías.

Ney, con el rostro ennegrecido por la pólvora, el uniforme enlodado y hecho pedazos en la refriega, el brillo del contento y de la victoria en la mirada, vuela al frente de la guardia, y rehaciendo á sus tropas que habian cobrado nuevos ánimos, dirige él mismo aquel ataque general al asalto del ejército inglés. Las doscientas bocas de fuego de Wellington, las trescientas piezas de artillería del ejército francés, retumban en los promontorios mas elevados de la Bella-Alianza, cubriendo como una bóveda de proyectiles el ejército de Ney y de Napoleon, mientras que intenta tomar las plataformas bajo aquel fuego horroroso. Un oficial corre á anunciar al emperador que los belgas y los alemanes que forman la izquierda de Wellington por el lado de Saint-Lambert, se repliegan en desórden hácia el Monte San Juan, seguidos de una columna de humo.

«¡Es Grouchy! ¡es Grouchy! esclama el emperador. ¡Al fin llegó! ¡triunfamos! Corred, dice á Labedoyere que estaba á caballo á su lado, corred á noticiar al mariscal y á las tropas esta fausta nueva que redoblará su valor.» Labedoyere parte á escape y de batallones en batallones llega hasta donde está el mariscal, esparciendo por do quiera la noticia de la aproximacion de Grouchy. «*¡Viva el emperador!* contestan por todas partes los soldados. La victoria es nuestra.» Y suben con nuevo é indecible ardor aquellos tramos de fuego.

El gozo del emperador fué corto y engañoso; mero juego de la suerte que le presentaba hasta el último momento el reflejo de la victoria, para que su derrota fuese mas amarga y completa. Aquel no era Grouchy sino Blucher que desembocaba al fin por los desfiladeros de Saint-Lambert, que Grouchy habia intentado en vano ocupar atacando su retaguardia por el lado de Wavres. El viejo guerrero, mas temerario que Grouchy, y por esta misma razon hija de las circunstancias estremas, mas afortunado, oyó el cañon de Waterloo y se dijo á sí mismo: «Mi puesto es donde combate Napoleon, la victoria ó la derrota estarán allí solo donde él se halle vencedor ó derrotado; acudamos á aquel sitio sin ocuparnos de un combate parcial con su general.» Y siguió á Bulow. Tendia ya la noche su negro manto, y como los alemanes y belgas conducidos hácia Papelotte por Wellington usaban aun los uniformes franceses de 1813, la vanguardia de Blucher, engañada por los colores de aquellos uniformes habia hecho fuego sobre aquella ala estraviada de Wellington, creyendo destrozar á los franceses. Sorprendidas aquellas tropas empezaron á retirarse, y hé aquí la causa del error y la alegría del emperador, que bien pronto iba á cambiarse en desesperacion.

L. Entretanto la confianza inspirada al mariscal por las palabras de Labedoyere comunica un impulso irresistible al asalto de aquel tercero y último ejército. La artillería y las líneas desplegadas de la infantería inglesa dirigen en vano su fuego sobre las columnas y los cuadros del ejército francés, cuyos regimientos, aunque diezmados, se precipitan bajo los cañones y las bayonetas. La metralla les espera y acribilla al acercarse; el caballo de Ney, atravesados los ijares por una bala de cañon, cae por segunda vez debajo de su ginete. Levántase el mariscal y espada en mano marcha al combate en medio de sus infantes. Cae muerto el general de la guardia imperial, Michel, y herido el general Friant. Ambos ejércitos, separados solo por cadáveres, se atacan de nuevo cuerpo á cuerpo; y la pelea, entre el humo de las descargas, es tan confusa, tan compacta, tan encarnizada, que ni la voz, ni el golpe de vista de los generales pueden ya distinguirla, ni menos dirigir los movimientos.

Reina la muerte en derredor de Wellington; sus últimos compañeros de la jornada, Vincent, Álava, Hill, lo creen todo perdido; él solo tiene una esperanza. «¿Que órdenes teneis que dar?» le pregunta su jefe de estado mayor con voz incierta y que parece aconsejar la prevision de una retirada. «Ninguna, responde el general.—Pero podeis morir y es preciso comuniqueis vuestro pensamiento al que habria de reemplazaros.—¡Mi pensamiento, replicó el general; no tengo otro que el de sostenernos aquí hasta que no quede un solo hombre!»

LI. Mientras Wellington legaba de este modo su pensamiento sobre el campo de carnicería, el general Friant se levantaba herido, se acercaba ya á caballo al emperador, que continuaba situado al abrigo del barranco, y le decia que triunfaban en las plataformas, y que la llegada de la antigua guardia iba á terminarlo todo. Aquella antigua guardia, formada en columnas flanqueadas por batallones en cuadro á derecha é izquierda con una brigada á retaguardia, acababa de formarse y subia lentamente las colinas, seguida de su artillería para dar el golpe decisivo. Aquellos viejos soldados, tan seguros de sí mismos como de su general, tranquilos, graves, de imponentes rostros, silenciosos como la disciplina, desembocaban sucesivamente por entre las sinuosidades del terreno á cuyo abrigo se hallaba el emperador con su hermano Jerónimo, su ayudante de campo Drouot, Bernard, Labedoyere, Bertrand, su gran mariscal de palacio, y los principales oficiales de su corte militar. Napoleon les halagaba con su gesto y una sonrisa, á lo que ellos contestaban agitando en el aire sus gorras de pelo y blandiendo sus armas al grito de *¡Viva el emperador!*

Admirábanse, sin embargo, de que en la estremidad de un combate semejante, Napoleon se hallase tan lejos del campo de batalla, al abrigo de la muerte que tantos miles de hombres arrostraban por él, y esperaban verle desembocar á galope del barranco y lanzarse en medio de ellos como en sus gloriosos dias. Los heridos volvian á bajar y pasaban delante de él á centenares, regando las colinas con su sangre. Oia sobre su cabeza el choque de los batallones. Su hermano Jerónimo, avergonzándose de su propia seguridad cuando tantas vidas se sacrificaban por la suya, murmuraba entre dientes contra aquella inmovilidad del emperador. «¿Qué aguarda para presentarse junto á sus soldados? decia á Labedoyere. ¿Tendrá jamás ocasion mas hermosa para vencer ó morir?»

Enviado de allí á poco él mismo por el emperador á la cabeza de una columna, Jerónimo voló al combate y á la muerte con la heroica intrepidez de un simple granadero. Napoleon, que no lo creia todo perdido aun, no queria con razon arriesgar contra una bala al fin de una victoria, la Francia, el imperio y su persona misma. Otros han dicho que se

imaginacion y su cuerpo debilitados por los desvelos y las incomodidades físicas, le mantuvieron en un decaimiento y una insensibilidad tales, que parecia mas bien aguardar impasivo de los sucesos su propia suerte, que tratar de asegurarla con su energía. Empero sus soldados hacian esfuerzos sobrenaturales para arrancar al destino el éxito de la jornada.

LII. La antigua guardia, en la que inútilmente abria brecha la artillería inglesa, abordaba la cumbre del Monte San Juan; todo lo arrollaba delante de sí. El príncipe de Orange, al animar sus tropas recibe un balazo que le atraviesa el hombro. Los cuadros ingleses reciben el ataque en sus flancos y se vuelven á abrir, como por la mañana, para dar paso á la metralla de los cañones ocultos entre las masas. La guardia retrocede á su vez, y pelotones enteros acuchillados se destacan y pasan por delante del abrigo del emperador. Óyense algunos gritos de rabia, y la palabra traicion sale del grupo desalentado.

Napoleon no puede resistir á aquel espectáculo, y por tres veces impele su caballo para ir él mismo á sostener ó á lanzar de nuevo á su antigua guardia, pero tres veces Bertrand y Drouot, sus amigos, se arrojan á las bridas de su caballo para ponerle á cubierto de los proyectiles enemigos. «¿Qué vais a hacer? señor, le dicen aquellos valientes oficiales. Pensad que sois vos la salvacion de la Francia y del ejército. Si pereceis aquí, todo perece con vos.» Cedió el emperador, y volvió á ocupar su puesto, desde donde no podia ver ni ser visto hasta el fin de la pelea.

Acababa de saber y aparentaba ignorar la llegada de Blucher sobre su flanco derecho. Queria, con razon, dejar al ejército comprometido en las plataformas, el tiempo de vencer allí antes de volverle contra otro enemigo. Pero los generales, que con tan estéril encarnizamiento combatian en las plataformas, acababan de saber tambien, casi al mismo tiempo que él, la llegada de los prusianos. Esparcióse el rumor entre soldados rendidos ya por nueve horas de lucha, y exasperados por una resistencia que no habian encontrado nunca en sus pasadas guerras. Ausentes de su emperador, viendo acabar el dia, y no descubriendo por premio de su victoria sobre los ingleses sino nuevos ejércitos que atravesar ó vencer en pos de ellos durante la noche, aguardaban á cada instante el toque de llamada de Napoleon, y conocian que los ingleses redoblaban su ardor con la certeza de ser bien pronto reforzados por los prusianos. Las reservas de caballería de la guardia real inglesa, conservadas hasta entonces por Wellington como un último recurso, cargaron con la energía y el vigor de un ejército que ha refrescado sus fuerzas con el reposo y la esperanza. El mismo Wellington montó el octavo caballo, y sable en mano cargó como un soldado en medio de sus mas fogosos ginetes. Once de los veinte y dos generales que mandaban por la mañana á sus órdenes, se hallaban muertos ó tendidos sobre sus capotes en la orilla del camino de Bruselas. Los franceses se observaban, se preguntaban con inquietas miradas, volviendose hácia el lado en que habian dejado al emperador, y diciendo: «¿Pero á qué aguarda? ¿qué es lo que quiere ese hombre? ¿su genio se ha eclipsado con él? ¿ha perdido el juicio?» Cuando un ejército llega á este estado, solo la persona, la voz, el heroismo de su jefe, puede devolverle su confianza. Los murmullos durante la accion, son los presagios de la derrota. No se presentó Napoleon.

LIII. Wellington á la cabeza de los regimientos 42.° y 5.° de su caballería, cae sobre el flanco de los cazadores de la guardia imperial los destroza y persigue acuchillandolos. Esta carga irresistible de dos regimientos de refresco, sobre una tropa que se desordena y dispersa, es la señal de una retirada general en el frente de las divisiones francesas. El ejército inglés lanzando tres *hurra*, avanza en cinco columnas con su artillería en los intermedios, sobre el ejército de Ney, que vuelve a bajar destrozado de las alturas para tomar nuevamente sus primeras posiciones. Al mismo tiempo la caballería inglesa se precipita en una sola masa sobre la línea francesa, apenas reforzada; dos brigadas atraviesan por entre ella, y van á deshacer con su ímpetu la caballería francesa, aun intacta, que se hallaba sobre la izquierda para observar á los prusianos.

Blucher avanzando en tropel, hace replegar de posicion en posicion al ejército de Erlon, hácia el lado de Waterloo, y amenaza cortar la retirada á la guardia imperial y á Ney.

El instinto de la derrota se apodera del ejército, un grito de ¡*Sálvese el que pueda!* arrojado por hombres desmoralizados, hace creer á los soldados que están vendidos, y se desbandan precipitándose en confusas masas para volver á ganar el campamento que ocupaban por la mañana. La voz de los oficiales, las reprensiones de los generales, la presencia misma del emperador, delante del cual pasaban huyendo, nada puede detenerles. Las colinas del Monte San Juan quedan cubiertas con sus despojos.

Napoleon ve volver destrozado completamente aquel ejército que era su única esperanza algunas horas antes. «Todo está perdido,» esclama. Contempla un momento aquel desastre, palidece, balbucea algunas palabras, vierte lágrimas, las primeras que habia derramado en un campo de batalla, oprime al fin los ijares de su caballo, y se lanza él mismo para intentar rehacer sus soldados.

Aquella corriente de hombres, sorda á su voz, le arrastra á él mismo. El cañon enemigo apaga sus palabras. Las balas rasas del Monte San Juan, la caballería de Wellington, los disparos de la artillería de Blucher, que alcanzan ya hasta el camino, precipitan aquellas oleadas de hombres como un torrente; las tinieblas de la noche, en fin, le oculta á las miradas y á las acusaciones de sus soldados.

LIV. No tardaron mucho los prusianos en subir las colinas hasta la altura de Planchenoit que el ejército tenia por la mañana á su retaguardia. Al ver esto, los cuerpos aun intactos que advierten hallarse cortados, abandonan sus banderas para buscar en la fuga su salvacion personal. Nadie manda, nadie obedece. El mayor general mismo, abandonado del ejército, huye tambien á la ventura. Todos veian que el camino del Sambre iba á ser interceptado por Blucher; el instinto de salvacion individual, esa única idea de ejércitos que perdiendo su cohesion creen haberlo perdido todo, impelia á todo el mundo en confusion hácia este rio.

Algunos cuerpos de la guardia imperial intentaban solos aquí y allí una resistencia corta y desesperada. El cañon de los prusianos deshacia sus últimos cuadros en el llano; la caballería precipitándose en pos de ellos desde las alturas, acuchillaba á su vista á las bandas dispersas. Regimientos enteros arrojaban sus armas y sus mochilas; los artilleros cortaban los tiros de los caballos y dejaban sus piezas en los barrancos; los soldados que conducian el material y los bagajes abandonaban sus carruajes ó se servian de ellos para huir á campo travieso ó hácia Charleroy.

El primer regimiento de la antigua guardia, mandado por el general Cambronne, uno de los comandantes de los granaderos de la guardia del emperador en la isla de Elba, protegia solo aun aquella fuga con una intrépida retaguardia contra la caballería inglesa. Sus fuegos de fila mantenian á distancia á dos ejércitos cansados de sostenerse despues de la victoria. Los prusianos é ingleses estrechaban por tres lados á aquellos dos batallones, admirando y compadeciendo su inútil sacrificio, de tal modo que suspendiendo el fuego de su artillería lijera y las cargas de sus escuadrones sobre aquel peloton de héroes, envian parlamentarios al general Cambronne para proponerle que depongan las armas. El general, herido ya de seis sablazos en la retirada, responde con una de estas trivialidades de un sentido sublime y de espresiones cínicas, que el soldado comprende y que los historiadores convierten despues en frases de parada; leyendas pueriles cuando el heroismo se halla en el acto y nó en la palabra. El general Cambronne y su regimiento rehusan toda capitulacion y toda la piedad del enemigo, dejando que el cañon destroce los últimos cuadros que presentaban alguna solidez. De este modo lograron contener un momento la persecucion dando tiempo para que el emperador mismo pudiese abrirse paso á través de la multitud, hácia la cabeza del ejército.

LV. La llegada de la noche le ocultó, así como á su estado mayor, á las miradas de los ingleses y prusianos que tan cerca se hallaban de él. Al verse en aquel camino entre los desbandados restos de su ejército, Napoleon pensó un momento sepultarse con Cambronne en aquel último trozo del campo de batalla. Vuelve las riendas de su caballo hácia este puñado de valientes, seguido de Soult, de Flahaut, de Labedoyere, de Bertrand, de Drouot y de Gourgaud, que se le habian reunido, y que sable en mano le abren difícil paso á través de la derrota. Desplegase el cuadro ante él, y le saluda aun con un triste y último grito de: ¡*Viva el emperador*! Sublime adios del ejército correspondiendo en presencia de la muerte al adios de Fontainebleau.

Melancólico y silencioso, el emperador parece estar resignado y aguardar en aquel sitio la bala que infundadamente predijo en Arcis-sur-Aube, y que podia solo absolver é ilustrar su última falta contra su patria. La espesa masa de fugitivos desembocando de todas las colinas y de todas las gargantas de Waterloo hácia aquella hondonada, é interpuesta en aquella confluencia entre la caballería inglesa y la guardia, embarazaba al enemigo. Los regimientos de caballería pesada de Wellington no podian atravesarla; atacaba sin precipitacion aquellas masas desarmadas que huian delante de ellos como un rebaño que se deja atropellar por los pies de los caballos, por falta de espacio para desparramarse.

Napoleon divisa delante de él algunas piezas de artillería francesa abandonadas y desmontadas á la orilla del camino. «Levantad y haced

disparar esas piezas,» dice á Gourgand. Y Gourgand obedece ayudado por los granaderos de la guardia. Coloca algunos cañones en batería y hace fuego sobre la caballería inglesa. Estos fueron los últimos disparos de la batalla.

Una de estas balas le llevó una pierna al general Uxbridge que mandaba aquellos regimientos y que se habia hasta entonces mantenido ileso en medio de una carnicería de doce horas. Fué el duodécimo de los generales ingleses heridos ó muertos en la jornada. Su caida y su sangre aterran y contienen un momento la persecucion; y su caballería entonces ardiendo en deseos de vengarle, carga con nuevos brios.

El emperador manda reformar el cuadro é impele su caballo para lanzarse entre las filas; pero Soult con mas sangre fria echa mano á la brida y detiene el caballo. «¡Ah señor! ¿no es ya bastante dichoso el enemigo?» Bertrand, Drouot, Flahaut y Labedoyere conjuran á Napoleon que no entregue con su persona el ejército y la Francia á la muerte y al cautiverio. Cede y renuncia al fin á la muerte del héroe, para participar de la suerte eventual de sus últimos batallones. Allí estaba la tumba, habia dicho Jerónimo. Para él la vida era la muerte lenta. Los hombres que mueren en su apogeo, aun en el apogeo de sus reveses, dejan en pos de sí una compasion que aumenta su gloria. Tres veces habia él demostrado que no era de estos hombres, en Moscou, en Fontainebleau, en Waterloo. Obstinóse en vivir y esperar cuando la gloria estaba en la desesperacion. Santa Elena le aguardaba con sus miserias y angustias para castigarle de su mortal engaño.

Cambronne sucumbió con todos los soldados de su regimiento bajo la metralla y el sable del enemigo, para procurar algunos minutos mas á la fuga de Napoleon y la inmortalidad á la guardia imperial. La caballería pasó únicamente sobre muertos ó heridos. Al dia siguiente los aldeanos no retiraron sino cuerpos mutilados de aquel campo de muerte. Aquello fué las Termópilas de la guardia.

LVI. La luna, astro funesto para los fugitivos, se alzó para iluminar la persecucion. Los dos ejércitos inglés y prusiano se confundieron en la confluencia en donde Cambronne solo retrasaba su reunion al pié de las alturas de la Bella-Alianza. Wellington y Blucher, el uno vencedor cansado por trece horas de sangre y fuego, el otro ardiendo en deseos de terminar la victoria á que solo habia asistido de lejos, se encontraron en el sitio mismo donde Napoleon habia dormido la noche anterior y colocado su tienda sobre la meseta de Bossomme. Apeáronse ambos generales y se abrazaron atribuyéndose modestamente el uno al otro la gloria de la jornada. Pertenece á Wellington, que todo lo arrostró y todo lo llevó á cabo en aquel dia: Blucher no hizo mas que presentarse y tarde aun; pero su presencia imposibilitaba toda retirada de Napoleon. La victoria era de Wellington, de Blucher la derrota, que tomó á su cargo. «Mis valientes soldados, le dice el generalísimo inglés, no han economizado su sangre, y sus fuerzas deben estar agotadas despues de trece horas de combate. Son mis hijos y quisiera darles algun respiro. ¡Han hecho milagros!» Blucher al oir esto estrechando entre las suyas las manos del general y bañándolas con lágrimas de admiracion, le responde de la noche y toma sobre sí la responsabilidad de la persecucion. Conoce á todos sus jefes de division y les manda lanzar contra la Francia hasta el último hombre y el último caballo de su ejército. «¡Hijos mios! esclama volviendo á montar á caballo y haciendo desfilar por delante de él sus regimientos, que esta noche acabe con el enemigo, para que el alba de mañana solo nos ofrezca el camino que conduce a París libre y espedito.»

Wellington vuelve á bajar de las plataformas, y va á detener su ejército, haciendole prorumpir en tres aclamaciones de victoria antes de hacer alto. Quince mil muertos, diez mil prisioneros y cien piezas de artillería, eran ya el trofeo de Wellington en Waterloo. Blucher iba á completar el resto. Napoleon, que no sabia vencer á medias, no sabia tampoco salvar nada de la derrota. Los ojos se arrasan de lágrimas al describir tales desastres; pero la historia que falta á la verdad no hace sino añadir la vergüenza á la derrota. La gloria de la Francia no consiente mentiras. Un hombre lo habia perdido todo. El ejército, cortado por su imprudencia, huia en medio de las tinieblas, preguntándose si estaba muerto ó prisionero.

LVII. Acosada por el cañon de los prusianos y por el sable de la caballería lijera de Blucher, una inmensa corriente de soldados dispersos, de generales sin cuerpos, de oficiales sin tropas, de caballos sin ginetes, de bagajes, de trenes, de armones desfondados, se precipitaba sobre el camino y á través de los campos que separan, por dos leguas de colinas y llanuras, á Waterloo de Jemmapes. Napoleon, á quien no era facil ver en la oscuridad de la noche, seguia aquel torrente y se esforzaba en adelantarle. Empero reconocido de tiempo en tiempo por la blancura de su caballo, por su capote gris y por el brillo de los uniformes de su débil escolta de generales, los soldados se decian en voz baja: «¡El es! ¡El emperador! ¡No ha muerto!» Y respetaban con su silencio el luto de su alma y la humillacion de su descalabro.

Un paisano belga, que servia de guia á Napoleon y á su estado mayor, precipitó al mismo tiempo á todo el ejército en pos de sí en el estrecho desfiladero de un solo puente para atravesar el Dyle, mientras que diferentes vados mas inmediatos hubieran facilitado el paso del rio á todo el ejército. Los prusianos, que le seguian de cerca, le acribillaron en aquel puente, apoderándose de sesenta cañones que intentaban defenderle. El general francés Duhesme sucumbió en la retaguardia á manos de un húsar de Brunswick. «Nuestro duque murió ayer combatiendo contra tí, dice el húsar á Duhesme atravesándole el pecho de una estocada, ¡tu sangre por la suya!»

Costó gran trabajo al emperador atravesar él mismo este puente con su comitiva; todos sus equipajes y su coche en el que llevaba su espada y sombrero de comandante cayeron en poder del general Ziethen, y fueron los trofeos de Blucher. Muchos soldados y oficiales prefirieron la muerte al cautiverio, se fusilaron unos á otros para librarse con la muerte voluntaria de la vergüenza de la derrota.

Nueve veces, durante la noche, los restos del ejército intentaron resistir y establecer sus vivacs en puntos de fácil defensa, pero otras tantas los prusianos, animados por Blucher, cayeron sobre aquellos atrincheramientos y dispersaron aquellas masas sin jefes y casi sin armas. El general Pelet y algunos otros generales, con un puñado de valientes granaderos, protegian solos el camino contra las cargas de la caballería; pero la noche, sin embargo, no fué bastante profunda ni bastante larga para sustraer á los desdichados fugitivos de la muerte. De ciento veinte mil hombres que habian pasado el Sambre cuatro dias antes, cuarenta mil escasos volvian á pasarle antes de amanecer el quinto.

LVIII. Napoleon, desembarazado al fin despues del puente de Jemmapes de la multitud que retardaba su carrera, atravesó, sin ser conocido, por Charleroy, lleno ya de fugitivos y heridos, y no se detuvo hasta una legua mas allá de esta ciudad, pasado un puente del Sambre. Bajóse allí del caballo, y por la primera vez desde la mañana anterior, tomó algun alimento. Mientras reparaba sus agotadas fuerzas, deliberó un instante con sus oficiales acerca del partido que le restaba tomar.

Permanecer en el ejército, recoger los restos, llamar á Grouchy, hacer levantar á su espalda el Norte y París, evocar el patriotismo hasta la desesperacion, resistir por do quiera, replegarse lentamente sobre su capital concentrando allí medios de defensa que disputarian el centro del territorio ó que arrancarian un tratado de la coalicion: tal era el partido que aconsejaba el heroismo del soldado, y que aconsejaban tambien Flahaut y Labedoyere. Abandonar el ejército á su suerte, anticiparse en París al rumor de su derrota, sorprender á la asamblea de los representantes, asombrar y adelantarse á las facciones dispuestas á aparecer, disolver la cámara, tomar una nueva dictadura, disputar el imperio abandonando el territorio, ocuparse de su reinado y nó de las fronteras: tal era el instinto que le arrebataba hácia París, como despues de Moscou, como despues de Leipsick, como despues de Soissons y Reims en 1814. Ninguna consideracion, ninguna prediccion de sus jóvenes oficiales, pudieron prevalecer sobre la idea que le dominaba. Vió el trono en lugar de ver la salvacion de la independencia nacional y de su ejército.

Los generales Petit, Pelet y Morvan, que á la cabeza de dos batallones de diferentes armas protegian la persona del emperador, apenas podian contener un momento á los prusianos, ya á la vista del otro lado del puente. Napoleon, como en Arcis-sur-Aube, subió en un mal cabriolé de posta, ocultándose detrás de las cortinas de cuero, á las miradas de los soldados que llenaban el camino, y de los paisanos que contemplaban la derrota en medio del estruendo del cañon de Blucher que forzaba el puente del Sambre y que profanaba la frontera. Los caballos, menos veloces que su pensamiento, le arrebataron á galope hácia París por Philippeville.

LIX. Tal fue la batalla de Waterloo, perdida, nó por el ejército que jamás se mostró mas incansable, mas dispuesto a sacrificarse, ni mas arrojado, sino por cuatro faltas: la lentitud de Ney la antevíspera en ocupar los Cuatro Brazos; la indecision de Grouchy en marchar á donde el estruendo de la artillería debia anunciarle la batalla; la demasiada distancia que dejó Napoleon entre el ejército y su ala derecha, mandada por Grouchy; por último, y principalmente, las siete horas que perdió Napoleon la mañana de la batalla, enfrente de Wellington, horas que dieron a los prusianos el tiempo de llegar al campo de batalla, y al ejército frances un segundo enemigo á sus flancos antes de haber vencido el primero. De estas cuatro faltas, dos pertenecen á los generales

del emperador, dos al emperador mismo, ninguna á sus tropas. Desconócese su genio y su resolucion, cuando se separa de una tercera parte de su ejército por un espacio inmenso y desconocido á su derecha, sin comunicacion ni aun verbal con aquella ala; cuando titubea hasta las once de la mañana en dar el asalto al Monte San Juan, y en quitar á Wellington la esperanza de ser reforzado por los prusianos que ya se divisaban en el horizonte, pero que aun distaban tres horas del campo de batalla. Deja á Ney, casi vencedor á espaldas del Monte San Juan, aguardar tres horas la masa del ejército y la guardia imperial, en vez de aprovechar la brecha abierta por el mariscal en el ejército inglés, lanzar allí su centro y su reserva, y arrollar á Wellington, que apenas podia ya sostenerse, antes que Blucher estuviese al alcance de poder evitar la derrota de los ingleses. Desconócese, en fin, su impulso decisivo de las batallas, en su inmovilidad de diez horas en la plataforma de Bossomme y en su impasible inercia en el recodo del barranco del Monte San Juan, mientras que su ejército entero se inmolaba subiendo á la brecha abierta por Ney, y solo esperaba la presencia y el ejemplo de su emperador para sobreponerse á el mismo y al destino. Una sola de estas faltas era suficiente para perder á un ejército cualquiera; todas reunidas perdieron al ejército francés. Debemos añadir, para ser justos, que Wellington y su ejército se igualaron en arrojo con los primeros generales y los primeros soldados de Francia. El general inglés tuvo el verdadero genio de las luchas desesperadas, la resolucion de no ser vencido. Sus tropas tuvieron asimismo el verdadero genio de la defensiva, la obediencia pasiva hasta la muerte. Los escoceses cubrieron, sin retroceder un paso, el puesto en que se les encargó morir.

LX ¿Por qué decae de aquel modo el genio militar de Napoleon el dia en que decide su suerte aquella espada que habia vencido al mundo? ¿Por qué no es ya el hombre de Marengo y de Austerlitz? Porque su suerte se saca temblando por última vez de la urna del destino: porque siente á sus espaldas una patria engañada, tres meses antes, por su ambicion de reinar, patria á quien debia en reparacion la victoria y ante la cual temblaba volverse á presentar vencido. Porque estaba en el borde de un precipicio y su alma, titubeando entre su papel de general y de soberano, le hizo faltar al mismo tiempo á uno y á otro.

Estaba escrito, ha dicho despues volviendo á hablar con amargura sobre esta caida. ¡Sí, estaba escrito en el libro de sus faltas! Sí, la caida estaba escrita en el precipicio que el mismo habia abierto sublevando el ejército contra el pais, y no teniendo que presentar contra la Europa y contra la Francia al propio tiempo sino aquel ejército único que temblaba perder, y que perdió por no haberse atrevido á arriesgarle cuando Ney le necesitaba. Durante aquella jornada, nunca llegó á combatir sino con la cuarta, la tercera parte, la mitad de sus fuerzas, aguardando, suspendiendo, lanzando y conteniendo á la vez sus columnas, enviando una á una sus alas, sus vanguardias, su centro, su caballería, sus reservas, su guardia imperial en fin, como otras tantas alas aisladas, para que se arrojasen, destrozasen y debilitasen contra el escollo de fuego del Monte San Juan, que sus fuerzas unidas hubieran sin duda alguna inundado, antes de la llegada de Blucher, si hubiese empezado la batalla con el dia y dado á su ataque la fuerza de su ejército entero, la rapidez de su golpe de vista y el impulso de su presencia.

Fué vencido sin poder esplicarse á sí mismo su derrota y achacándola á la traicion; pero no fué vendido sino por su genio, porque veinte mil cadáveres de sus generales, oficiales y soldados atestiguan la fidelidad hasta la muerte. Aquellos valientes no faltaron al hombre; por el contrario, el hombre les faltó á ellos. No dirá la historia que desfalleció el ejército frances, sino su jefe. El ejército no fué vencido, sino sacrificado. De este modo, al contrario de las jornadas históricas que elevan ó disminuyen á un pueblo, la derrota de Waterloo es para la gloria de la patria tanto como un triunfo. La Europa teme lo mismo á soldados que saben morir de tal modo, y á un ejército que se sepulta en su propia sangre. Causó temor al mundo el nombre frances; para la Francia, fué un dia de luto, nó una humillacion; para Napoleon solo fue una batalla locamente aventurada y conducida con calma, un combate entregado á sí propio, una fortuna buscada á ciegas en un diluvio de sangre, una fama eclipsada, una gloria comprometida, una patria entregada, un imperio perdido. ¡Esto fue Waterloo! La posteridad no pedirá cuenta á la Francia sino á Napoleon.

LXI. Nada quedaba ya indeciso en los acontecimientos despues de esta derrota; la victoria habia pronunciado el fallo. La guerra empezaba y acababa en un solo dia; pues que despues de Napoleon ya no quedaba ejército, y despues de los restos de aquel ejército fugitivo hácia Francia ya no habia pueblo. No era aquel el pueblo que habia vuelto a llamar á Napoleon y que habia hecho de su causa la suya; era Napoleon que habia embaucado al ejército con el prestigio de su gloria. Aquel ejército destruido, la nacion afligida, devastada, debilitada, pero inmóvil, permanecia, por decirlo así, á la vez afectada y presa del vencedor. La guerra concluia con la causa del hombre en cuyo interés se habia intentado. A la nacion no la quedaba otra cosa que sufrir los desastres y espiar inocente la debilidad que tuvo en ceder á la violencia de los pretorianos de la isla de Elba y de consentir que jugasen en ella, sus leyes, su paz, su carta y su gobierno contra la ambicion y la gloria de un hombre.

Por esta razon pasaremos casi por alto las impotentes resistencias conque los débiles destacamentos de Suchet, de Lecourbe, de Rapp, de Grouchy mismo, intentaron apenas contener el desbordamiento de un millon de hombres que el Sambre, el Rhin y los Alpes arrojaban de nuevo sobre el Norte, los Vosges, la Alsacia, el Jura, Lyon, la Borgoña y los llanos de Paris. La suerte de la Francia estaba decidida, la de los Borbones no era dudosa, solo la de Napoleon era incierta aun.

Huia por la noche hácia la capital, derramando lágrimas, sintiendo vivir, aspirando aun á reinar, ensordecido con el ruido de los cañones de Waterloo, asombrado de su caida, creyendo apenas en ella y revolviendo en su alma y en su imaginacion todas las peripecias, todas las vicisitudes, todas las humillaciones, todos los desalientos, todas las esperanzas y todos los cambios de su fortuna y de sus ideas.

LIBRO XXVI.

Alto de Napoleon en Philippeville.—Despachos al consejo de ministros.—Carta á su hermano José.—Sale de Philippeville y se detiene en Rocroy.—Deliberacion del estado mayor del emperador en Rocroy.—Llegada de Napoleon á Laon.—Boletin de la batalla de Waterloo.—Disposicion de los ánimos en Paris.—Impresion que causó en Paris la noticia de la derrota.—Llegada de Napoleon á Paris.—Napoleon en el Eliseo el 20 de junio.—Entrevista de Napoleon con Caulaincourt y con sus hermanos.—Consejo de ministros.—21 de junio.—Intrigas de Fouché.—Actitud de La Fayette.—Su discurso á la cámara de representantes.—Adopcion de sus proposiciones por la cámara.—Resistencia del emperador.—La cámara nombra una comision encargada de protegerla.—Temores de la cámara.—Concurso del pueblo al rededor del Eliseo.—Napoleon y Luciano.—Irresolucion del emperador.—Mensaje del emperador á las cámaras.—Sesion de ambas cámaras.—Consejos de Luciano á Napoleon.—Abatimiento de Napoleon.—Intervencion de Benjamin Constant entre las cámaras y Napoleon.—Su entrevista con el emperador en el Eliseo.

I Napoleon se detuvo algunos instantes en Philippeville, para dar desde allí órdenes de retirada á los generales que habia dejado detrás de sí, entregados al azar de la derrota y de la persecucion. En aquella corta parada se le unió Maret, su secretario de estado, y sus demás secretarios del despacho que habian escapado con trabajo del campo de batalla. Sus carruajes, sus papeles, sus vestiduras imperiales, todo cayó en poder de Blucher.

No pudo contener sus lágrimas al ver otra vez á Maret, antiguo testigo de su prosperidad y entonces de su desdicha. La anterior impasibilidad de su rostro habia desaparecido con la rapidez y el cúmulo de reveses. Ya no existia el soberano, y solo se presentaba el hombre sin avergonzarse de manifestar su alteracion en el esceso de su infortunio. Aquel enternecimiento no le rebajaba á los ojos de Maret, de Bertrand y de sus confidentes íntimos. Habia mas grandeza en aquella confesion de su condicion humana, que en la hipócrita afectacion de estoicismo con que se revistiera durante tanto tiempo y que enseñando el rostro no disfrazaba el corazon, desconcertaba el interés y rechazaba la piedad. Eran aquellas las lágrimas de Aquiles.

II. Se encerró un momento con el mismo secretario que cuatro meses antes fué á incitarle en la isla de Elba á la conquista del imperio, prometiéndole el entusiasmo de la Francia y la victoria sobre la Europa. Aquellos dos hombres no se atrevian á confesar uno á otro su

arrepentimiento, obstinándose en la lucha aunque abatidos y desarmados. Napoleon dictó con rapidez dos despachos á su confidente. Era el primero, dirigido á su consejo de ministros en Paris, una especie de boletin lleno de reticencias, de semiconfesiones, de confusion voluntaria en los hechos y en los resultados de la jornada, que manifestaba un revés, pero nó aun la desesperacion. Los términos de este relato estaban arreglados para provocar la energía de sus ministros en las medidas estremas destinadas á reparar aquella ruina, intimidando aun no obstante á Fouché, La Fayette, Manuel, los republicanos ó realistas de la cámara, con la apariencia de un ejército, que no existia ya, y con la continuacion de una campaña en lo sucesivo.

El segundo, puramente confidencial, dirigido á su hermano José, descorria el velo, confesaba el desastre, desahogaba la desesperacion en el seno confidencial de la familia, invocaba la adhesion doméstica y fraternal que el hombre abatido encuentra siempre en el momento supremo en sus allegados, unidos á su grandeza ó á su ruina, tanto por su interés como por los afectos del corazon. En resúmen, Napoleon, sin embargo, intentaba de buena fé ó artificiosamente hacerse ilusion á sí mismo para infundir el aliento de esta ilusion á su hermano:

«No está todo quizá perdido: le decia; creo que rehaciendo mis fuerzas, me quedarán aun ciento cincuenta mil hombres. Los confederados me proporcionarán cien mil, y mis depósitos cincuenta mil; así, pues, reuniré un total de trescientos mil soldados, que podré oponer inmediatamente al enemigo. Engancharé á la artillería los caballos de regalo, sacaré cien mil conscriptos, les armaré con los fusiles de los realistas y de los cobardes, haré levantar en masa el Delfinado, el Lyones, la Borgoña, la Lorena y la Champaña; pero es preciso que me ayuden y que no me aturdan. Voy á Laon en donde encontraré sin duda algunas fuerzas. No tengo noticias de Grouchy; si no ha sido cogido puedo en tres dias tener cincuenta mil hombres disponibles, con los que yo entretendré al enemigo y daré á Paris y á toda la Francia el tiempo necesario para cumplir con su deber. ¡Todo puede repararse aun! Escribidme la impresion que este horrible desastre habrá producido en la cámara. Creo que los diputados se penetrarán de su deber en esta grave circunstancia, y que se me unirán para salvar la Francia. Preparadles á secundarme dignamente.»

En seguida, tomando la pluma de las manos de su secretario, añadió de su propio puño debajo de esta carta:

«¡Valor y resolucion!

NAPOLEON.»

III. Esta carta era el artificio supremo de la desesperacion que prodiga las falsas apariencias para sostener algunas horas mas el decaimiento de su partido. Hablaba de trescientos mil hombres reunidos en pocos dias en Paris, de cien mil confederados, de cien mil soldados jóvenes, de una artillería equipada y conducida con los caballos de regalo, y no tenia un solo batallon para proteger su alto de Charleroy. Ignoraba si aun existia Grouchy, si Ney estaba muerto, prisionero ó fugitivo, en las plataformas de Waterloo, si Suchet y Lecourbe habian sido ya sumergidos con su puñado de voluntarios y veteranos por los austriacos y los rusos. Los cien mil confederados, de los cuales no se habia atrevido á armar uno solo, no eran otra cosa que una multitud flotante que pululaba en los arrabales de la capital, útil para los motines y para alborotar, pero de ningun modo para disciplinarse y pelear en campaña.

Aquel Paris y aquellas provincias, levantados en masa, no le procuraron en 1814, cuando su lucha desesperada, sino algunos centenares de hombres agrupados en cuerpos francos en las montañas, y á su vuelta de la isla de Elba algunas canciones patrióticas y algunos gritos animosos á la espulsion de los Borbones. La cámara de los diputados con su actitud le asustaba aun antes de la batalla: ¿qué seria despues de la derrota? Sus propios ministros le vendian aun siendo poderoso, ¿qué harian despues de verle vencido? Solo les restaba entregarle. Aun cuando estas medidas estremas de levantamiento en masa de la patria hubieran sido realizables, atendida la mala disposicion de los ánimos y la desafeccion general, se necesitaban meses y meses para llevarlas á cabo. El gran administrador de ejército lo sabia mejor que nadie. No contaba con tres dias, ¿pues qué esperaba? Nada. Era por lo tanto un engaño ó un delirio. El cañon de Waterloo le habia arrebatado su gran tacto de las cosas y de los hombres. Tendiendo los brazos hácia todos los lados para hallar un apoyo en su caida, no encontraba sino sueños que se esforzaba en que los demás los aceptaran como realidades, cuando hasta él mismo no creia ya en ellos. Desde aquel dia no vivió ya el emperador sino con los fantasmas de su imaginacion. Para él desapareció el mundo positivo.

IV. Satisfecho de que su pensamiento y sus ilusiones le hubiesen antecedido á Paris, se acostó por la vez primera despues de la noche del 17, en un mal lecho de posada, y se durmió. Durante su lijero sueño, uno de los carruajes del mariscal Soult, libertado del pillaje, entró en Philippeville, amenazado ya de cerca por los prusianos, dispertáronle y se apresuró á salir de la ciudad con una débil escolta de descientos soldados de todas armas, que á consecuencia de la batalla habian ido entrando aisladamente en aquella plaza fuerte, y reuniendose á la voz de algunos oficiales para proteger la marcha del emperador. El mariscal Bertrand subió con él en el coche del mariscal Soult. Otras dos sillas de posta seguian á la del emperador, conduciendo detrás de él sus restos de corte y de estado mayor: Maret, Drouet, Dejean, Corbineau, Flahaut, Labedoyere, su caballerizo Mr. de Canisy y su ayudante de campo Mr. Pissi.

La semifúnebre comitiva se detuvo en Rocroy para que refrescasen los caballos, y para tomar algun alimento. Aquellos cortesanos y oficiales, pálidos á causa de la emocion, irritados los ojos por los insomnios y las lágrimas que habian vertido, empolvados, ennegrecidos por la pólvora y manchados de sangre, se representaban mutuamente á sí mismos la siniestra imágen del desastre que habian provocado insurreccionando el ejército contra su patria. A algunos pasos del emperador se ocupaban del partido que les restaba tomar en aquel caso estremo, para reparar ó dominar el destino.

«Es necesario, esclamaba Labedoyere, mas responsable que ninguno otro de las calamidades de la situacion; es necesario que el emperador sin detenerse un instante, sorprenda á Paris y á la asamblea, que hará ceder todo á su resolucion. Es necesario que en llegando se arroje en el seno de la representacion nacional, que confiese la inmensidad del desastre, y que como Felipe Augusto, prometa morir como soldado, dejando la corona al mas digno. Seducidas por su ascendiente las dos cámaras, harán en union con el, prodigios de patriotismo y energía para salvar el imperio.—Las cámaras, replicaba el secretario íntimo de Napoleon que habia estendido los despachos que este le dictara, le ofrecerán á él en sacrificio á la Europa para salvarse ellas mismas; vos no conoceis á los hombres ni á los tiempos.

«En ese caso, contestó Labedoyere irritado: si las cámaras se aislan del emperador, todo está perdido: dentro de ocho dias el enemigo se hallará á las puertas de Paris, y al noveno los Borbones entrarán en la capital. ¿Que será entonces de la libertad y de todos aquellos que han abrazado la causa nacional? En cuanto á mí, está ya resuelta mi suerte; seré fusilado el primero.» El recuerdo de su falta le predecia su suplicio.

Mr. de Flahaut, formado en la escuela de Mr. de Talleyrand, de imaginacion serena y despejada, á pesar de su ardor juvenil, no se hacia ninguna de las ilusiones de Labedoyere. Se atrevia á contradecir hasta las miras de Napoleon y á desconsejar su entrada en Paris. Adivinaba á los hombres y presentia las debilidades, preludio de los ultrajes. «Si el emperador entra en Paris, decia Mr. de Flahaut, está perdido. No hay otro medio de salvarse y salvar á la Francia, que el de tratar con los aliados y reconocer su derrota. Pero ¿quien sabe, añadia, si le queda siquiera una sombra de ejército, base de toda negociacion, y si a estas horas la mayor parte de sus generales no han presentado ya, como en 1814, su sumision á los Borbones? Este jóven conocia perfectamente la intrepidez de los jefes militares al frente del enemigo, pero tambien su desaliento ante los sucesos: soldados admirables, hombres de opinion mas inconstantes que la fortuna, siempre van al lado del vencedor, jamás al lado de la desgracia.

La mayoría apoyaba el parecer de Mr. de Flahaut. La opinion, decian que no ha perdonado al emperador el haber abandonado al ejército en Egipto, en España, en Moscou, en donde al menos no se comprometia la Francia, ¿qué hará despues de Waterloo, en donde solo él podia intentar proteger con su presencia la nacion arriesgada y perdida por él?

La aproximacion de un cuerpo de caballería prusiana que se adelantaba hácia Rocroy, interrumpió aquella conversacion y la del emperador con Maret. Apremiáronle para que partiese y llegó á Laon indeciso todavía. Algunos guardias nacionales, y paisanos le recibieron á las puertas de la ciudad con los gritos de *¡Viva el emperador!* doloroso contraste para él y sus compañeros de infortunio, entre el entusiasmo y la derrota. Aun se ignoraba por allí el esceso de nuestros reveses. Supo en Laon que su hermano Jerónimo, el mariscal Soult y algunos generales habian logrado reunir tres mil hombres de los restos del grande ejército.

«Me quedo en Laon, dice Napoleon; la gendarmería y la guardia nacional van á recorrer el campo y á reunir los doce mil hombres. Yo me

pondré á su cabeza, esperaré a Grouchy y daré tiempo á París para que vuelva en sí y se levante.» Algunas reflexiones lo disuadieron de aquel proyecto; flotaba á merced de todos los vientos y ya no era él aquel Napoleon de otras veces. «Pues bien, les dice, supuesto que lo creeis mas prudente, iré a París; pero lo hago con sentimiento porque mi verdadero puesto es este; desde aquí podria comunicar mis ideas á París y mis hermanos harian el resto.»

Antes de partir, se retiró á una habitacion separada con Maret y Fleury, su secretario, y dictó para la Francia el boletin público y oficial de la batalla. Era una segunda edicion del de Moscou, un grito de manifiesta desesperacion á la Francia, para darle la energía de la misma desesperacion. Llamó á sus oficiales para que escucharan su lectura y le rectificasen si advertian la omision de alguna circunstancia.

«Hubiera podido, les dice antes de empezar á leer, hacer recaer las desdichas de esta jornada sobre el mariscal Ney, pero no lo he hecho; no hay por que lamentarse despues del daño.» A pesar de la franqueza que reinaba en este boletin, ocultaba, sin embargo, á los parisienses la sorpresa y el saqueo de los equipajes y coches del mismo emperador. Mr. de Flahaut insistió en que nada se ocultase en el boletin, ni aun aquel despojo personal abandonado al enemigo. «Cuando atraveseis por París, le dice á Napoleon, verán muy bien que os han cogido vuestros equipajes, y os acusarán de haber ocultado tal vez perdidas mas importantes. Es preciso no decir nada ó decirlo todo.» El boletin rectificado marchó a su destino: el emperador le siguió de cerca a París.

V. Desde la salida de Napoleon, París se hallaba en una impaciencia que suspendia todo movimiento político en los ánimos y hasta en las cámaras. Conocíase que la suerte de la nacion, de la libertad, del emperador y de los Borbones iba á pronunciarse en un campo de batalla. Las camaras se entretenian en sesiones insignificantes y en discusiones preliminares sin resultado, entre las veleidades de soberanía representativa y los hábitos de servilismo contraidos por el cuerpo legislativo del antiguo imperio. Mr. Roy, hombre importante en París por sus conocimientos, por su moderacion y su opulencia, acusó al ministro de negocios estranjeros, Caulaincourt, de no haber sometido á la cámara de representantes el informe y la declaracion de guerra del gobierno del emperador á las potencias, y declaró la guerra ilegal y atentatoria á los derechos de la nacion. Boulay de la Meurthe, uno de los hombres de la revolucion mas obstinadamente adictos á Napoleon, se indignó de tamaña audacia y atenuó el acto de Caulaincourt. Fouché, empezando á intrigar con la opinion de los representantes que queria atraerse á su persona por medio de contemplaciones y del sentimiento de su superioridad, les hizo leer una esposicion alarmante sobre el estado de los partidos en el interior. Este documento entristecia los ánimos y parecia destinado por el astuto ministro á contrabalancear, en la opinion de la Francia, el entusiasmo que una primera victoria del emperador podia escitar entre los partidarios de su causa.

Fouché presentaba allí la guerra civil contenida apenas como pronta á estallar en toda la Francia, hasta en donde el emperador se hallaba triunfante. Nada era verdad en aquel cuadro desolador. La nacion estaba descontenta, inquieta, pero no pensaba en conspirar. No obstante, en los momentos en que el espíritu público fluctúa entre todo genero de temores, los fantasmas producen el efecto de realidades. Fouché necesitaba infundir terror en los ánimos para intimidar á la vez al emperador con el pais, y al pais con el emperador. Todo respiraba la perfidia oculta bajo celosas apariencias en las palabras del ministro de policía. La noticia de una victoria del grande ejército apenas bastaria á contrabalancear la siniestra impresion que aquellos manejos habian causado en las camaras y en París.

VI. Tal era la disposicion general de los ánimos el 18 de junio. Todos creian caminar sobre un terreno minado. Dábase oido á los rumores mas insignificantes, abultándolos cada cual á su manera, y todo era de esperar como en esos momentos de presentimiento fatal y silencioso que preceden á las grandes catástrofes de la naturaleza. Parábanse las gentes en la calle para saber noticias del Norte, cuando un murmullo vago e incierto en un principio, que adquirió bien luego incremento y circuló con la rapidez del pensamiento por los boulevards, en los parajes públicos, en la bolsa, en las puertas y en los salones de ambas cámaras, esparció primero la noticia, luego los detalles de una gran victoria conseguida por el emperador el 16 de junio en Ligny, sobre los prusianos. No tardaron las salvas de artillería de los Inválidos, precisamente por una estraña coincidencia á la misma hora en que cuatrocientas bocas de fuego aniquilaban en Waterloo al ejército francés, en confirmar al pueblo el primer triunfo de sus armas. Sentíanse conmovidos, se felicitaban sintiendo ese noble orgullo de una nacion militar que sabe que su nombre ha adquirido nuevos laureles que añadir en la historia á los ojos de las demás naciones con una victoria mas. Pero aun este mismo gozo presentaba cierta tristeza y desconfianza en la fisonomía del pueblo. Cada cual conocia que aquella guerra de un solo ejército contra la Europa entera, cuyas fuerzas y resentimientos no se agotaban nunca, no era de esas que se deciden en un solo dia y en un solo campo de batalla. Los bonapartistas trataban en vano de hacer que todos participasen del escesivo júbilo que ellos fingian esperimentar, exaltando la estrella de Napoleon. Los realistas permanecian incrédulos, el vecindario triste, las cámaras inquietas y el pueblo frio. Las noticias comunicadas al público por el gobierno en los dias 19 y 20 eran vagas e incompletas, sin dar á entender una victoria decisiva. Se sabia que el grande ejército debió encontrarse el dia despues en frente de los ingleses, esperándose nuevos encuentros y una prolongada campaña.

VII. Al amanecer el dia 21, un rumor estraño circuló por la ciudad. ¡Todo estaba perdido! ya no existia el grande ejército. Un dia solo habia bastado para hacerle desaparecer, y la Francia quedaba abierta á doscientos mil prusianos, ingleses, alemanes, holandeses y belgas, que marchaban hácia París sobre los cadáveres de cuarenta mil valientes soldados franceses inmolados en las plataformas de Waterloo. El resto se hallaba cortado, disperso ó fugitivo. El mismo emperador, fugitivo tambien, habia llegado á París en las tinieblas de la noche, dirigiéndose al palacio del Elíseo. Allí ocultaba su derrota y su desesperacion como si se condenara él mismo á no volver á entrar en las Tullerías, aquel palacio de su poder y de su gloria, del cual acababa de precipitarle tan terrible golpe.

Un lamento general recorrió la ciudad á medida que los habitantes fueron saliendo de sus casas para asegurarse de la realidad del desastre. Hablábase en voz baja y cada cual se esforzaba en dudar aun; pero á las ocho ya se habia confirmado todo. El luto, el terror, la compasion, la secreta alegría de algunos mal encubierta bajo el fingido dolor de sus palabras, el ansia sobre todo de lo que iba á sobrevenir, se veian manifiestamente en las fisonomías de unos y otros. Precipitábanse hácia los jardines públicos y los barrios inmediatos al Elíseo, para ver entrar y salir á los ministros, á los cortesanos consternados, y para escuchar cuantos rumores salian de aquel misterioso palacio, cuyas puertas estaban guardadas por veteranos y granaderos de la guardia imperial.

VIII. Al salir de Philippeville, el emperador tomó un camino indirecto, y viajó con una intermitencia calculada de rapidez y lentitud para que coincidiese con la oscuridad de la noche su llegada á París, en donde sus hermanos, advertidos por un correo, le habian hecho preparar las habitaciones del Elíseo.

El Elíseo, mansion casi regia oculta al estremo de la ciudad en el fondo de un jardin bajo los árboles de los Campos Elíseos, á los cuales da su nombre, perteneció á Mad. de Pompadour, aquella reina de los vicios elegantes, de las artes y de las voluptuosidades de Luis XV. Despues de la muerte de la favorita, este príncipe volvió á comprar aquel palacio, dedicado desde entonces á la hospitalidad de los príncipes y soberanos estranjeros que iban á visitar á París y la corte. Murat le habitó despues de su casamiento con la segunda hermana de Napoleon, primer cónsul. Era una especie de hospedería real primero, luego nacional, mas tarde imperial, que participaba á un mismo tiempo de la soberanía y de la vida privada; era en fin un descanso entre la oscuridad y el trono. Napoleon al dirigirse allí, parecia reconocerse de antemano medio caido del imperio y decir á sus enemigos por medio de aquella incierta morada, que si no abdicaba aun, esperaba ya la posibilidad de hacerlo. Descendia un grado hácia el destronamiento forzado ó voluntario. Hallábase una grande analogía de situacion en la eleccion de aquel palacio, síntoma de modestia y de dolor. Desarmaba de este modo el encono público y parecia escitar la opinion á la indulgencia y hasta á la piedad.

La piedad, en efecto, se habria despertado al verle entrar furtivamente en aquel último asilo de su poder. Al resplandor de unas cuantas antorchas con que alumbraban un corto número de servidores, se lanzó desde el coche al peristilo del Elíseo, cayendo en los brazos de Caulaincourt que lo aguardaba allí desde la entrada de la noche.

Caulaincourt era el único ministro cuya mirada no le heria en aquel momento, menos como ministro que como amigo, y que ya habia sido testigo de su agonizante poder en Fontainebleau. Estos son los hombres que la amistad reserva al orgullo caido en la humillacion y á la prosperidad que fracasa en sus faltas. Caulaincourt se enternecia volviendo á ver tan cambiado al mismo á quien viera partir seis dias antes, con la esperanza de dominar aun la Francia reconquistada y la intimidada Europa.

Las prolongadas vigilias; la ansiedad de dos batallas; la fatiga de tantas horas á caballo ó en pié en medio de su ejército; el peso incalculable del inesperado sentimiento de una derrota anticipada; los remordimientos de sus propias faltas como general en una batalla decisiva perdida por la irresolucion; el espectáculo de la mas siniestra derrota que habia presenciado en su vida, porque la de Moscou pudo ser imputada á los elementos, pero la de Waterloo solo á él; las consecuencias de aquel suceso sobre la Francia y su destino; la alegría de sus enemigos y el desaliento de sus amigos; la audacia acrecentada de aquellos hombres que espiaban en París sus triunfos ó sus reveses para medir por ellos su humildad ó su altanería; la incertidumbre, esa doble carga de la imaginacion, que tan pronto le hacia inclinarse hácia su ejército, como hácia París; su arrepentimiento de no haber tomado uno de estos partidos, cuando acababa de decidirse por el otro; la primera humillacion de un hombre que se ha visto otra vez abatido, pero nunca degradado; la indecisa actitud de las cámaras; el enemigo que le seguia á marchas forzadas, y que no dejaria aun á su misma ansiedad el tiempo de reflexionar con sangre fria; la enfermedad, en fin, que lo agrava todo, y que quitaba en aquel momento á su cuerpo la fuerza y la calma para soportar la agitacion de su ánimo; todas estas circunstancias reunidas habian envejecido á Napoleon diez años en solas tres noches.

Caulaincourt creia ver nó al emperador, sino á su sombra. Su abatida cabeza se mecia sobre sus hombros, de su pecho salia una voz sepulcral y respiraba con dificultad. Solo podia andar apoyándose en el brazo de su ministro. «¡Me ahogo aquí, dice á Caulaincourt arrojándose en un divan y poniéndose la mano sobre el corazon!... ¡El ejército ha hecho prodigios!... ¡Un terror pánico se apoderó de él!... ¡Todo se ha perdido!... ¡Ney se ha conducido como un loco!... ¡Ha hecho que me asesinen mi caballería!... ¡No puedo mas!... ¡Un baño! ¡Una cama! Necesito algunas horas de reposo para coordinar mis ideas y poder ocuparme de los negocios.»

IX. Mientras que le preparaban el baño, desahogo que acostumbraba tomar hasta en los campamentos, continuaba divagando de un asunto en otro como un hombre que reconoce con un golpe de vista todos los horizontes de su destino. «Reuniré mañana las dos cámaras en sesion imperial. ¡Les pintaré los desastres del ejército, pidiéndoles los medios de salvar la patria!... ¡Despues partiré de nuevo!...» Creia ver en el ánimo de Caulaincourt las dispersas ideas que se agitaban en el suyo. La fisonomía de Caulaincourt estaba entristecida sin duda porque las juzgaba evidentemente impracticables.

«Señor, le respondió, vuestros desastres se han traslucido ya, las cámaras son secretamente hostiles, los ánimos tienden á resoluciones amenazadoras contra vos, y no hallareis en las cámaras por cierto las disposiciones con que contais; yo he deplorado vuestra presencia en París, pues el ejército era vuestro único asilo, vuestra sola fuerza, vuestra sola seguridad quizá!...»

«El ejército, repuso Napoleon; ya no tengo ejército, sino una banda de fugitivos. Puede que tal vez encuentre hombres, pero ¿cómo armarles? No tengo fusiles.... Sin embargo, con la union todo puede repararse. Espero que los diputados me secundarán, que conocerán la responsabilidad que va á pesar sobre ellos!.. Vos les juzgais mal, la mayoría es francesa. Solo tengo en contra mia á La Fayette, Lanjuinais, Flaugergues y algunos otros. No me quieren, lo sé.... Les estorbo.... ¡Querrian obrar por sí mismos! ¡Mi persona aquí les contendrá!...»

Caulaincourt respondia con un gesto de incredulidad á aquellos estravíos de la esperanza, cuando José y Luciano, los dos hermanos del emperador, advertidos de su llegada, corrieron á arrojarse en sus brazos. Repitióles las mismas confesiones, las mismas quejas del ejército, los mismos desalientos que habia dejado desbordar de su imaginacion delante de Caulaincourt, y ellos le contestaron con la misma incredulidad. Entró en su baño y en él se durmió algunas horas. Durante este sueño, los ministros y los cortesanos, despertados por el ruido de su vuelta, acudieron uno á uno á las antecámaras del Elíseo, y mezclándose con los oficiales y edecanes, compañeros de armas y de la comitiva del emperador, recibieron las siniestras impresiones de la batalla y produjeron el desaliento y los murmullos de París. Las palabras caida y abdicacion se cambiaban en voz baja aun entre los amigos hasta entonces mas obstinados de Napoleon. El infortunio introduce la severa franqueza hasta en los palacios. Napoleon parecia perdido para todos, menos para él mismo. La ambicion que fuera durante tanto tiempo su fuerza, constituia entonces su debilidad; rehusaba comprender lo que los hombres de mas cortos alcances comprendian.

X. Al despertarse, convocó su consejo de ministros á que Maret leyera delante de ellos el relato de la batalla de Waterloo. Los rostros se hallaban consternados. Fouché mismo afectaba enternecerle la suerte del emperador. «Son grandes nuestras desgracias, dice Napoleon despues de acabada la lectura, yo he venido á repararlas, imprimiendo un fuerte impulso á la nacion y al ejército. Si la nacion se levanta, será aniquilado el enemigo; si se me disputan los recursos, todo está perdido. El enemigo está en Francia, necesito para salvar la patria un gran poder, una dictadura temporal... Podria tomarla en interés de la patria, pero es mas nacional que me sea otorgada por las cámaras.»

Estas palabras formaban tal contraste con las disposiciones, los murmullos, las severidades de París, de las cámaras, de la opinion, y con la situacion de un hombre que, despues de haber perdido una vez el imperio y haber privado de su último ejército á la Francia, volvia á entrar sin un resto siquiera en su capital, rodeado de un millon de enemigos, que nadie respondia á aquellas insinuaciones de dictadura. Encogiéronse de hombros dejando ver la imposibilidad en el silencio.

Carnot, como en 1790, aparentó pensar mas en la patria que en la libertad; no habló de dictadura, pero sí de medidas desesperadas de salvacion pública: levantamientos en masa; estado de sitio en París; armamento del pueblo; luchar al pie de las murallas; retirada detrás del Loira; levantamiento del pais detrás del enemigo. Fascinado por sus recuerdos, Carnot no comprendia que un pueblo que combate por sí mismo, por su regeneracion y por su independencia, no ofrece al patriotismo de los demás adhesiones sino un pueblo agotado de sangre, harto de gloria, enervado con el despotismo, á quien se trata de armar en favor de una tiranía de que ya está cansado.

Caulaincourt habló del concurso necesario de las cámaras. Fouché, que no creia en él, le hizo esperar. Decrés manifestó ásperamente la desafeccion é hizo temer la pronta insurreccion de los diputados. Regnault de Saint-Jean-d'Angely, hasta entonces dócil y complaciente á las ideas de despotismo, habló con su acostumbrada elocuencia de la necesidad de un gran sacrificio.

«¿Qué quereis decir, repuso el emperador, es mi abdicacion lo que quieren?—Sí, señor, contestó Regnault de Saint-Jean-d'Angely, me atreveria hasta añadir, para que V. M. no se haga ilusion por la falta de sus consejeros, que si vos no presentais la abdicacion, pudiera ser muy bien que fuese pedida imperiosamente por las cámaras.»

Luciano, lleno aun de los recuerdos de su antigua elocuencia en el 18 de brumario y de su nuevo celo por su hermano, se indignó de las suposiciones de Regnault de Saint-Jean-d'Angely. «Ya me he hallado otras veces, dice con un altivo desden de la opinion de los cuerpos deliberantes, en estremos terribles, y siempre he visto que cuanto mas críticas son las circunstancias, tanta mas audacia debe desplegarse para dominarlas. Si las cámaras se niegan á socorrer al emperador, él salvará sin ellas á la patria; que tome solo la responsabilidad de la Francia y que se proclame dictador.»

Carnot apoyaba siempre la idea, sin decidirse sobre el título que habia de darse al poder estraordinario. El emperador reasumió entonces con energía y con una varonil elocuencia de hombre de estado su pensamiento, el de sus consejeros y el de las circunstancias. Trazó sobre el mapa de Francia una campaña imaginaria que rechazaba al estranjero, reconquistaba la gloria, violaba la libertad para asegurar la independencia y salvaba la patria. El auditorio conmovido olvidó al escucharle que el dictador no tenia ya pueblo, ni el príncipe trono, ni el orador tribuna, ni el héroe ejército, y que las facciones dividian el interior, los enemigos estaban á las puertas de la patria y la noche se gastaba en brillantes sueños.

En efecto, ya asomaba la aurora y la urgencia del peligro precipitaba á los representantes hácia la cámara.

XI. Fouché, antes de pasar al Elíseo, habia hecho advertir á sus afiliados: Manuel, abogado de importancia, célebre despues; Jay, Flaugergues, Dupin, D'Argenson, La Fayette; unos, instrumentos de los manejos del ministro; otros, misteriosos amigos de la libertad, deseando adquirir una popularidad eclipsada sobre las ruinas de un hombre que habian soportado quince años y que proyectaban empujarle hácia el abismo, tan pronto como la gloria disipada le entregase á su odio y envidia. «Todo está perdido, les habia insinuado Fouché, el emperador no tiene ya ejército; pensad en la salvacion de la patria y en velar sobre la libertad.»

Desde aquel momento, entabló él mismo negociaciones secretas con lord Wellington, á fin de ser á la vez el inspirador de la mayoría antibonapartista en las cámaras, el negociador de la Francia con el hombre á quien la victoria de Waterloo hacia árbitro de las condiciones de la Europa, el vigilante de Napoleon en el Elíseo, y el jefe omnipotente del consejo de ministros; cuádruple papel que ejecutaba Fouché con tanta destreza cuanta habia desplegado para adquirirle, y que despues

de haberle hecho el maquinador del drama, lo hacia tambien dueño del desenlace cualquiera que fuese.

Aquel juego de elevada intriga rayaba al mismo tiempo en tragedia por los peligros personales de que estaba rodeado. Así es que Fouché arrostraba solo y sin mas apoyo que su naturaleza la venganza de Napoleon, si éste adquiria nuevamente su vigor aun algunas horas; el furor del pueblo, si el pueblo llegaba á convencerlo de traicion; los resentimientos de los republicanos de la cámara, si los republicanos se apercibian de que les sacrificaba á los Borbones; en fin, la ingratitud de los realistas mismos, si despues de que les hubiera entregado á Paris y el trono, olvidaban el beneficio para acordarse solo del regicida. Ningun hombre político de los tiempos modernos, inclusos Maquiavelo, Retz, Shafterbury, Talleyrand, se atrevieron á tender, atar y desatar los hilos de una trama semejante, á riesgo de caer él mismo en sus propias redes. Ninguno poseyó en igual grado la intrepidez necesaria para esponer su cabeza, arrostrar el odio, desafiar las sospechas y despreciar la muerte en las maquinaciones que á cada paso podian estallar sobre su cabeza. Hallábase sostenido, forzoso es reconocerlo, no solo por esa alegría de la superioridad que hace despreciar las cosas y los hombres, sino tambien por el sentimiento de prestar un inmenso servicio á su patria, arrancándole por medio de una capitulacion mas humana á los estremos en que el bonapartismo, que le habia hecho su víctima, queria obligarlo a que se inmolara toda entera por Napoleon.

XII. Los diputados advertidos ya, se concertaron antes de ir á la cámara. La Fayette se disponia á continuar su tarea de 1789, interrumpida por la república, por la emigracion, por el imperio y por el prolongado aislamiento en que habia vivido; tarea incompleta por su perpetua ambigüedad, pues todo lo empezaba y nada concluia; programa vivo, preludio eterno, espíritu vacilante que halagaba al propio tiempo á la monarquía constitucional y á la república, como para buscar por ambas partes la popularidad que tanto gustaba de acumular, y de la que no sabia hacer uso alguno decisivo cuando la habia conquistado; hombre á la vez útil y perjudicial á la libertad, ayudandola maravillosamente á destruir y sirviendola de estorbo para reedificar; aristócrata con los demócratas y demócrata con los aristócratas, intachable como la conciencia, animoso como la ambicion, vago como una esperanza, incierto como el espacio que media entre dos épocas distintas, no atreviendose permanecer en la una, ni pasar del todo á la otra, genio en fin de transiciones á quien se llamaba al momento que era necesario llenar un vacío ó precipitar un reinado.

Conocia que le llamaban los acontecimientos como en 89, en 91 y despues en 1830, y acudió para ver si el suceso no se personificaba por casualidad en su nombre, lleno del constante presentimiento que tenia siempre de sí mismo. Colocarse en nombre de la patria perdida y de la libertad amenazada, en atrevida rivalidad con un déspota medio derribado ya, era una actitud que debia incitar á La Fayette. La tomó, pues, con presteza y energía; pero empezó sondeando las fuerzas que podian quedar á Napoleon y echando mano de la desafeccion, del desaliento, de la infidelidad y de la ingratitud que reinaba en torno suyo.

Vió á Carnot y le halló inflexible en la resolucion de salvar la patria por medio del emperador. La ilusion de Carnot no era la de un político; no se salva una nacion por medio del hombre que acaba de violentarla, de esclavizarla, de arriesgarla por su interés propio y de perderla en un campo de batalla. Así se la destruye mas bien; pero la ilusion de Carnot tenia á lo menos el mérito de la constancia.

Vió á Fouché y le encontró animadísimo por la defeccion de las cámaras contra un vencido que no podia sino atraer las últimas animosidades de la Europa y las mayores calamidades sobre la patria, sin tener en lo sucesivo medios de salvar á su pais, ni de salvarse á sí propio.

La Fayette corrió á la cámara y se preparó con sus discursos para dar el grito de alarma á los republicanos, á fin de separar su causa de la de Napoleon. Allí encontró animados de la misma predisposicion á Lanjuinais y Dupont de l'Eure, menos ambicioso de fama que de patriotismo; al jóven Dupin, que aparecia por primera vez en la vida política; á Manuel, intérprete de Fouché, indeciso largo tiempo como su patrono entre el bonapartismo y el orleanismo, una restauracion revolucionaria de los Borbones ó la república; á Sebastiani, compatriota, pupilo cómplice de Napoleon en el 18 brumario, favorito de Napoleon en los campamentos, luego desafecto, irritado, murmurando contra su antiguo bienhechor y acariciando á los Borbones, hombre resuelto y político que hablaba poco, se atrevia á mucho, calculaba con exactitud, marchaba siempre adelante y no retrocedia jamás; á Jay, D'Argenson, Flangergues; á todos los veteranos de la revolucion de 89, que aspiraban á recobrar la libertad perdida, y á todos los jóvenes educados bajo el despotismo, impacientes por salvar á su pais del yugo del sable y á su alma de la esclavitud.

Estos hombres constituian, si no la mayoría, á lo menos el pensamiento de la cámara, siendo muy reducido el número de los bonapartistas. La mayor parte, ó sean los restantes, se componia de hombres nuevos, desconocidos antes, desconocidos despues en los consejos de la nacion, sin crédito en la opinion pública, que habian aprovechado la ocasion del 20 de marzo para solicitar candidaturas populares en un accidente político del cual se separaron los hombres de razon. Se plegaban á las circunstancias, carecian de apoyo en ellos mismos y en el pais, y eran tan á propósito para sostener al vencedor como para abandonar al vencido. La eleccion confusa, precipitada y popular, de que salian medio napoleonistas, medio revolucionarios, les dejaba en libertad de servir locamente á Napoleon, ó de insurreccionarse frenéticos contra él, bajo las apariencias del espíritu republicano. Una asamblea semejante convenia sobremanera en aquella circunstancia á los manejos de Fouché y á la popularidad póstuma de La Fayette, á propósito para servir, para hacer traicion, y sobre todo para ceder á todos los vientos de la guerra, de la intriga y de los sucesos.

XIII. La Fayette, al celebrarse el campo de mayo, habia ya hecho insinuar á Carnot y á Fouché poderse aprovechar aquella reunion del pueblo, de la guardia nacional y del ejército en el campo de Marte, para sublevar la ciudad contra el emperador, y para precipitarle del imperio desde lo alto del trono levantado para aquella ceremonia. Carnot se negó por fidelidad, y Fouché porque no juzgaba prudente este medio. La ocasion se presentaba mas segura en el Eliseo. Desde donde se podia precipitar á Napoleon, despojado de su gloria y separado de su ejército, era desde lo alto de la tribuna, afectando el valor de Bruto, y señalando con los ademanes al emperador vencido que amenazaba aun á la asamblea con su dictadura.

La Fayette subió á la tribuna, y con él parecia volver á subir toda la revolucion por la primera vez despues de 1789. Su aspecto era imponente; adelantábale el pensamiento y las miradas le seguian. Grande, noble, pálido, de facciones poco animadas, de un mirar incierto que parecia ocultar misterios, de un gesto raro, moderado, cariñoso, de una voz debil y sin acento, mas acostumbrado á los cuchicheos confidenciales que á las esplosiones del alma, de una elocuencia sobria, estudiada, elegante, en que se descubria la memoria mas que la inspiracion; La Fayette no era un político, ni un soldado, ni un orador, era una figura histórica sin animacion, sin color, sin vida, pero no sin prestigio, destacada del fondo de un cuadro de otro siglo, y reapareciendo en la escena en el siglo actual. Nadie sabia lo que iba á decir. Del mismo modo podia con una palabra asegurar mas y mas á Napoleon aquellos revolucionarios indecisos, que arrancarles á su ruina.

«Cuando por la primera vez, dice, despues de tantos años, alzo una voz que los viejos amigos de la libertad reconocerán aun, me siento llamado á hablaros de los peligros de la patria que vosotros solos al presente podeis salvar.

»Se han esparcido rumores siniestros que han sido despues confirmados desgraciadamente. Es llegado el momento de reunirnos todos en derredor del antiguo estandarte tricolor que es el de la libertad, de la igualdad y del órden público. Ese solo es el que tenemos que defender contra las pretensiones estranjeras y contra las tentativas interiores. Permitid á un veterano de esta sagrada causa, que fue siempre estraño á todo espíritu de faccion, someteros algunas resoluciones preliminares cuya necesidad, así lo espero, no podreis menos de reconocer.»

Un silencio de reflexion y significativo en toda la asamblea, sucedió á estas palabras. De acento templado, envolvian una intencion mortal para Napoleon, y estaban impregnadas de esa elocuencia que servia para significar al auditorio y al alma de la Francia lo que debia decirse aun. Aquel hombre, *veterano de la libertad*, volvia á aparecer en escena, llevaba consigo á la tribuna la revolucion contra el despotismo vencido. Aquella *antigua* bandera tricolor se diferenciaba solo en un epíteto de la bandera tricolor imperial, prostituida á la gloria de un hombre, suficientemente designado en los colores de la revolucion. Aquellas *tentativas interiores*, que era necesario prevenir, indicaban bastante la dictadura de Napoleon sin nombrarla. Se habia arrojado el guante, el hombre estaba ya herido, y el emperador y el imperio presentados ocultamente como enemigos públicos ante la representacion nacional, ante la patria, ante la Europa, ante los republicanos, ante los patriotas, ante los realistas mismos. El patriotismo todo entero del pais separaba, con La Fayette, su símbolo de la causa de Napoleon. ¿Qué le quedaba entonces? los realistas implacables, una familia impopular y un débil partido personal vencido.

La Fayette, dichoso y aplaudido mas aun con el corazon que con las

manos, parecia haber tenido oculto en su alma aquel minuto por espacio de quince años. ¿Era por ventura él quien debia herir el primero aquella ruina de gloria, él, libertado de las cadenas de Olmutz y vuelto á la libertad, á la patria y á la familia por la intervencion de Napoleon? Mas debió costarle á él que á los que solo tenian que agradecer á Bonaparte su odio. Pero las ideas carecen de reconocimiento y el patriotismo de debilidad en el corazon. La Fayette habia debido mucho á Luis XVI, y no vaciló en ser su guardador en las Tullerías y en Varennes; debia tambien algo á Napoleon, y no titubeó en ser su verdugo. La naturaleza y la política ¿tienen acaso leyes diferentes? A la conciencia de los hombres toca pronunciar el fallo.

XIV. Despues de este preámbulo, La Fayette leyó las siguientes proposiciones:

Artículo 1.° «La cámara de los representantes declara que la independencia de la nacion se halla amenazada.

2.° »La cámara se declara permanente. Cualquier tentativa para disolverla es un crimen de alta traicion; el que se haga culpable de esta tentativa será traidor á la patria y juzgado como tal.

3.° »El ejército de Lille y los guardias nacionales que han combatido y que combaten aun en defensa de la libertad, de la independencia y del territorio de la Francia, han merecido bien de la patria.

4.° »El ministro del interior deberá reunir el estado mayor general, los comandantes mayores de las legiones de la guardia nacional parisiense, á fin de acordar los medios de armamento y de aumentar todo lo posible esa guardia cívica cuyo patriotismo y celo, esperimentados desde hace veinte y seis años, ofrecen una segura garantía á la libertad, á las propiedades, á la tranquilidad de la capital y á la inviolabilidad de los representantes de la nacion.

5.° »Los ministros de la guerra y de relaciones esteriores, de policía y del interior, quedan invitados á presentarse inmediatamente en el seno de la asamblea.»

XV. Respiró la asamblea al escuchar estas palabras. Una mano acababa de librarles de la incertidumbre que hacia veinte y cuatro horas pesaba sobre sus almas. Aplaudiendo á La Fayette y votando sus proposiciones, escapaba á los estremos de la crisis que no queria soportar hasta el fin, apareciendo sublevarse contra la dictadura y la tiranía. Una actitud heróica encubria una resolucion cobarde; siempre es así como los cuerpos políticos significan su retirada ó su defeccion. Puede esperarse el heroismo de un hombre, jamás de una asamblea. Un hombre que se contradice, lleva siempre sobre su nombre la marca de su debilidad; un cuerpo carece de nombre y arroja su nombre y responsabilidad sobre el tiempo. La Fayette fué el ídolo de la irresolucion pública.

Todo el mundo pone su responsabilidad al abrigo de su nombre. Se admitió, con la precipitacion del peligro, la impresion de sus proposiciones adoptadas, á fin de que el pueblo, conmovido por los peligros de la libertad, olvidase los peligros de la patria y pensase en sí mismo en vez de pensar en su ejército y en su emperador. La palabra dictadura, sinónimo de tiranía en Francia, desde que Danton, Robespierre, Vergniaud, la habian ejercido tantas veces en la tribuna y hecho de ella la acusacion mortal de todos, quedó en la imaginacion pública como un crimen sin nombre.

XVI. Napoleon mientras tanto continuaba hablando á su consejo de ministros y á sus partidarios de planes quiméricos de levantamiento en masa de la Francia, y de ideales operaciones militares. La exaltacion que se esforzaba en crear al rededor suyo, se apoderaba hasta de él mismo, entusiasmándose, como le sucedia con frecuencia en sus últimos años, con sus propias palabras.

«Sí, repetia, la presencia del enemigo en el país espero que volverá á los representantes el sentimiento de sus deberes. La nacion no les ha enviado para derribarme sino para sostenerme. ¡No les temo! Por mucho que hagan, yo seré siempre el ídolo del ejército y del pueblo. Con una palabra mia, la cámara será inmolada. No tiemblo por mí, sino por la Francia. Si disputamos entre nosotros, nos cabrá la suerte del Bajo Imperio. El patriotismo de la nacion, su odio contra los Borbones, su adhesion á mi persona, nos ofrecen aun inmensos recursos; no hay que desesperar todavía de nuestra causa.»

En los momentos en que así se estraviaba su alma perdiendo tiempo y palabras, Regnaul de Saint-Jean d'Angely, representante á la vez, y consejero del emperador, vino turbado de la cámara, refirió la audacia de La Fayette, su discurso, los aplausos que le habian ratificado, la adopcion de sus proposiciones, que revindicaba el gobierno de la asamblea, la declaracion de permanencia de la cámara, declaracion en todos tiempos equivalente á la dictadura del poder legislativo, evocando la autoridad única y suprema en nombre del peligro público; en seguida, puso sobre la mesa las proposiciones adoptadas. Leyólas el emperador encendiéndosele el color del rostro, que palideció luego, retratándosele asimismo sobre la frente y los labios la contraccion de la amargura, y afectando tanto desprecio como cólera esperimentaba, «Bien pensé yo, dijo, que era necesario disolver esa gente antes de mi salida. Se acabó. ¡Van á perder la Francia!» Haciendo recaer de este modo sobre la representacion nacional la pérdida de la patria, la cual queria achacar á todo el mundo, para libertarse del grande peso que de antemano le abrumaba. Acto continuo, levantando de repente la sesion, y cediendo como en Fontainebleau al primer síntoma de levantamiento de la opinion contra él «Veo, añadió en voz baja, pero bastante alta, sin embargo, para que fuesen escuchadas sus palabras y referidas á sus enemigos, con objeto de prevenir la idea de mayores violencias, veo que Regnault no me habia engañado. Pues bien, si es necesario, abdicaré.»

Pero como si se arrepintiera de haber aventurado tan pronto su última espresion al oido de Fouché y de los que espiaban sus actos, continuó: «Es preciso, sin embargo, antes de ceder en nada, ver lo que resultará contra mí de esta empresa. Volved á la asamblea, Regnault, decid que estoy deliberando con mis mariscales; que el ejército, despues de una señalada victoria, ha dado una gran batalla; que todo marchaba bien; que los ingleses habian sido derrotados y les habíamos cogido sus banderas, cuando la traicion sembró un terror pánico; que se reune mi ejército; que he dado órdenes para contener la derrota; que he venido á Paris para ponerme de acuerdo con mi gobierno y con las cámaras, y que me ocupo en este momento de la salvacion pública, que reclaman las circunstancias.»

Carnot partió al mismo tiempo para el Luxemburgo, encargado de hablar del mismo modo á los pares de Francia, que á pesar de ser hechuras de Napoleon, no estaban menos conmovidos que los diputados.

XVII. La cámara, en vista de la proposicion de La Fayette, mandó llamar á su seno los ministros para que dieran cuenta de la situacion. Esto era ya contar con el gobierno prescindiendo del emperador, quien se indignó de semejante pretension; prohibió el que obedecieran sus ministros, y luchó por una fórmula de reinado como lo habia hecho por el reinado mismo. No se atrevió á resistir ni á ceder completamente, pero como para ocultarse á sí mismo su forzada condescendencia, volvió la oracion por pasiva y encargó á sus ministros de un mensaje en nombre suyo para la asamblea.

Inquieto por el ostensible desaliento que se notaba en el rostro y en las palabras de Caulaincourt y de Davout, desconfiando de Fouché, temiendo la debilidad de unos y la traicion de otros, no encontraba en sí el impulso, la elocuencia y el valor cívico necesarios para arrostrar las miradas, los murmullos, los tumultos de una asamblea, para dominarla con la grandeza de alma, ó para sucumbir ante ella con la majestad de la desgracia. Permaneció encerrado todo el dia entre los muros del Elíseo ó en las sombras de su jardin, y encargó á su hermano Luciano de intentar á su favor aquel ascendiente de la palabra, que habia una vez cambiado en victoria su decaimiento personal en 18 de brumario.

Luciano estaba admirablemente indicado para aquella mision, por su republicano tacto de las grandes asambleas, por su elocuencia revolucionaria, por las prendas que habia dado á la libertad, y por la intrepidez de su alma. La austeridad de su prolongado destierro voluntario, su abstenimiento de toda complicidad en la tiranía durante la dominacion de su familia, su patriotismo, mayor que su ambicion, su vuelta á Paris en el momento en que la adversidad de Napoleon le recordaba que era de su sangre, y en que los peligros de la nacion le recordaban que era francés; en fin, aquel papel dramático, heróico y tierno de abogar á la vez por una corona que habia desdeñado, por un hermano que le habia proscripto, por una patria que iba á perecer, daban á Luciano la inspiracion, la confianza y la pasion de las circunstancias. No se halla en los anales de familias históricas de Plutarco una reunion mas trágica de sucesos, de situacion, de parentesco y de política. Luciano, que poseia el instinto de la antigüedad y del drama, lo conocia así, esponiéndose con júbilo á los tumultos y hasta á los puñales en favor de su hermano. Este dia le elevaba en su juicio sobre todos aquellos reyes de la suerte, satélites de su caida.

XVIII. Pero gastábase el dia en tan mezquinas disputas del emperador con su destino, y en rencillas de etiqueta y de atribuciones con las cámaras. No se mendiga la dictadura en momentos tan decisivos, ni se puede apoderarse de ella por medio de algunas bayonetas, sino que se arrebata al entusiasmo de una asamblea con su presencia. Cada minuto que perdia Napoleon en vanos proyectos, lo ganaba la asamblea por el atrevimiento de sus enemigos, por la impaciencia, la acritud y los murmullos de la masa movible.

Apenas Regnault de Saint-Jean d'Angely salió del salon, despues de haber aceptado su encargo y prometido una pronta comunicacion de

las medidas proyectadas por el emperador, cuando un representante, Felix Desportes, subió á la tribuna é hizo votar por aclamacion el nombramiento de una comision administrativa de cinco individuos encargados de proteger la asamblea. Esto era proclamar á la faz de la nacion que se creia amenazada, y que llamaba á los ciudadanos para que se previnieran contra el conciliábulo del dictador. «¿Dónde están sus ministros? decia Jay, el confidente de Fouché, ¿por qué no se presentan? ¿qué les detiene? Si resisten al mandato de la asamblea, que esta desobediencia caiga sobre su responsabilidad.»

El mismo Fouché decia estas palabras por boca de Jay. Encadenado en el Elíseo como en otro tiempo Petion en las Tullerías, por su empleo oficial y por la voluntad del emperador, habia deslizado una esquela escrita con lápiz en manos de uno de sus adictos, y solicitado de Jay que la cámara hiciese una mocion imperiosa que le libertara de su sujecion al consejo. Otros proponian arrancar el mando de la guardia nacional al emperador, confiándole á La Fayette.

No se atrevieron á votar de buenas á primeras esta medida, que fué aplazada mas bien que desechada. Reiteróse á los ministros la órden de comparecer y hablar. La Fayette estaba impaciente, queria precipitarlo todo, y todo lo aceptaba; pero algunos republicanos, mas desinteresados ó mas tímidos, se avenian mal con aquella impaciencia, y juzgaban útil no proceder tan pronta y enérgicamente contra el emperador, para dejar por algunos dias un jefe al ejército, y á la patria un negociador con la espada en la mano. El prudente y contemporizador Dupont de l'Eure participaba sus escrúpulos á La Fayette.

«Comprenderia vuestra precipitacion, le decia, si os juzgaseis bastante fuerte para contener al estranjero con una mano y á los realistas en el interior con la otra. ¿Qué quereis? ¿qué esperais?—No temais nada, le contestó La Fayette con aquella sonrisa tranquila, espresion habitual de un hombre que alcanza mas de lo presente, y que se complace en el reflejo de su fé ó de sus ilusiones; no temais nada, desembaracémonos por el pronto de ese hombre, y todo se arreglará por sí mismo.»

La Fayette tenia bastante conocimiento de los sucesos para comprender que el hombre mas funesto para la libertad era el que la habia destruido. Se juzgaba harto capaz para creer que la Francia pondria en sus manos la solucion de la crisis en que agonizaba, que su nombre inspiraria al propio tiempo entusiasmo á la libertad, moderacion al estranjero, respeto á los Borbones, y que podria ser el arco iris de una reconciliacion europea y constitucional, de la que, como en 1789, seria el árbitro ó el dictador.

Sebastiani renovó la proposicion de llamar á todos los comandantes de la guardia nacional al seno de la asamblea. Este cómplice del 18 de brumario afectaba temer mas que ningun otro la renovacion de aquella jornada en la cámara. Queria rescatar su complicidad pasada desconfiando de su antiguo general y con un celo exagerado por la representacion nacional. En el alma vengativa de los corsos, la injuria borra mil beneficios recibidos. El emperador con sus manifiestos desdenes habia convertido á Sebastiani de favorito en enemigo. Su proposicion multiplicó las alarmas sinceras ó aparentes de la cámara.

La tribuna permanecia desocupada; agrupábanse los diputados hablando á media voz, como hombres que aguardan una tormenta. El menor ruido de puertas, el mas leve rumor en los pórticos, el mas pequeño movimiento en las tribunas, les hacia temblar. Se esperaban una invasion tumultosa de los confederados que vociferaban desde el amanecer al pié de los muros del jardin del Elíseo, ó un asalto de las tropas que desbandadas y llenas de irritacion empezaban á ir entrando en Paris.

XIX. La noche se acercaba, y ni Napoleon ni la cámara se atrevian á tomar una resolucion decisiva. Todo lo dejaban al tiempo, y el tiempo lo ganaba el enemigo. El pueblo de los arrabales y los confederados sin armas se agrupaban confusamente al rededor del Elíseo, como para escitar al emperador á una energía que le sacase de su abatimiento ó para asistir á su caida. Este pueblo, sobre el que tanto habia pesado su tiranía y que tanto maldijo su nombre, entregándole su revolucion, su libertad, sus impuestos y su sangre, parecia que solo se acordaba entonces de su gloria. El pueblo es grande, y yo no sé por qué natural analogía ama la grandeza hasta en la esclavitud. El pueblo tiene mas corazon que inteligencia; la multitud por este órgano es patética y se interesa conmovida en el drama personificado en un hombre; por último, el pueblo es curioso, pasion que domina á las masas. La vida es una escena cuyos desenlaces gustan contemplar de cerca. No de otro modo puede esplicarse las reuniones de aquel pueblo de los arrabales de Paris al rededor del Elíseo, durante aquella lenta agonía del poder, del alma y del genio del emperador. Parecíale oir y sentir á través de los muros del Elíseo, las angustias y los latidos del corazon de su héroe. Los árboles de los Campos Elíseos, los tejados de las casas inmediatas, las verjas mismas del recinto del palacio se hallaban coronadas por una multitud atenta, triste, silenciosa, que trataba de espiar desde lejos los movimientos del interior de las habitaciones por las ventanas abiertas y que gritaba *viva el emperador* cada vez que Napoleon aparecia en el umbral de sus salones ó se paseaba reflexivo ó hablando por los anchos paseos de su jardin. Triste y magnánimo adios de un pueblo que olvida su suplicio en favor de su gloria, y que perdona á su héroe el haber sido su opresor.

Napoleon hablaba en secreto con Luciano, y daba sus instrucciones reservadas á este negociador, sin que de ello tuvieran noticias los ministros, en aquella parte del jardin donde los dos hermanos paseaban lentamente á la vista del pueblo.

XX. Tranquilo Luciano despues de quince años de hallarse retirado de los negocios, de frecuentar en la soledad las antigüedades, y de emplear tanto tiempo en los estudios á que se habia dedicado en Roma, creia hallar aun en los franceses de 1815 la resolucion y la energía de los hombres de 1792. Ignoraba hasta qué punto de debilidad y de abatimiento, la prolongada esclavitud, la corrupcion, la sed de placeres, el cansancio de luchar, la indiferencia del yugo, la flexibilidad á todas las opiniones, habian degradado las almas y los caracteres en la parte política de la nacion. Contaba aun con los grandes elementos de otra época, é intentaba reanimar la inspiracion y la confianza de su hermano. Recorria con él las adhesiones, las dictaduras, las abdicaciones despues de reconquistado el territorio, los tronos restituidos como frivolidades indignas, las liberalidades devueltas, las repúblicas restablecidas, las naciones salvadas coronadas luego por la mano de su libertador, los nuevos títulos inventados por el reconocimiento de los pueblos, las nobles ambiciones de la virtud cívica en lugar de las ambiciones vulgares del poder, el alma de un héroe pasando á el alma de una nacion, animándola con su patriotismo, levantándola con sorpresa de entre los pies del enemigo, conduciendola á la victoria y sometiendose luego á su fallo, dispuesto á aceptar lo mismo una nueva coronacion que un destierro inmortal. Mas para todo esto se necesitaba un momento de audacia, una responsabilidad suprema, sin mirar las consecuencias, una violacion de las formalidades legales, una insurreccion del heroismo contra la apatía y la ingratitud de una asamblea, una sublevacion animosa del ejército y del pueblo, una oposicion á la tribuna con espada en mano, un estado escepcional, una puñalada, si era preciso, arriesgada en cambio de un segundo 18 de brumario. Hé aquí lo que aconsejaba Luciano.

Napoleon, por el contrario, cansado por quince años de una agitacion continua, enervado por una larga prosperidad, habituado á ser obedecido sin dificultades, admirado de los primeros murmullos contra su autoridad, harto de gloria, gastadas sus fuerzas, envejecido por el imperio, sin creer en el entusiasmo porque él le habia sustituido con la ambicion, halagado tanto tiempo por el triunfo, temiendo invocar la libertad en el seno del pueblo por miedo de que se le presentase bajo las formas de la revolucion y de la venganza, buscando en sí propio su voluntad sin hallar mas que sus irresoluciones; rechazaba toda empresa y á nada se atrevia. Hubiera querido que le trajeran de la asamblea su usurpacion ya realizada. Él, que tanto habia despreciado la perplejidad y el fatal desaliento de Luis XVI, bajando uno á uno los escalones del trono hasta el suplicio, imitaba la apatía de aquel desgraciado príncipe en presencia de la revolucion. Deliberaba en el momento de obrar; gastaba el tiempo en consejos, daba órdenes que sobre la marcha eran revocadas, queria y se arrepentia de haber querido. Hablaba de fuerza y se debilitaba con tantos obstáculos. Amenazaba, despreciando su popularidad, su omnipotencia y su ejército, á la representacion nacional impopular, desarmada y pensativa, que se hallaba cerca de él, y temblaba, en fin, delante de cinco ó seis tribunos oscuros, delante del fantasma de La Fayette evocando el fantasma de la libertad.

XXI. El pueblo, testigo de su abatimiento, no comprendia aquella lentitud y se impacientaba por la prolongacion de aquellos consejos. El instinto revelaba á la multitud que si quedaba un medio de salvar la patria, estaba en una resolucion y en un hombre. Asombrábase de que este hombre le faltase y se faltara á sí mismo. Le animaba, le intimaba, y le apresuraba con sus gritos, pidiéndole al propio tiempo órdenes, jefes y armas. Empero aquellos rumores y aquellos rostros le impedian meditar con libertad, y le hacian pasar veinte veces, en una hora, desde el imperio á la abdicacion.

Luciano, por el contrario, se esforzaba haciendo señales de inteligencia á los confederados reunidos en tropel al pié de los muros, en animar aquellas demostraciones y hacerlas penetrar en el alma abatida de su hermano, en provecho de sus enérgicos consejos. «Mirad, le decia, mirad ese pueblo que acude de los arrabales, foco de patriotismo, im-

pulsado por un instinto lleno de desinterés, porque en vos contempla en este momento el pais y la independencia. ¡Oid sus gritos! ¡Os piden armas! ¡Os suplican que deis un jefe á esa multitud! Lo mismo sucede en todo el imperio. ¿Abandonais la Francia al estranjero y el trono á las facciones?»

Nada triunfaba de las incertidumbres de Napoleon, que inclinaba la cabeza bajo el peso de la fatalidad. A todo se habia atrevido su próspera fortuna, pero conocia al fin que nada puede el hombre con la fortuna adversa. Se confesaba vencido por la opinion, mas nó por el enemigo.

«¿Soy yo por ventura mas que un hombre, respondia con amargura á Luciano, para atraer á la union y poner de acuerdo conmigo á quinientos representantes estraviados?» Despues encubriendo con un tardío escrúpulo de virtud su inaccion contra la cámara, que amenazaba una hora antes y que iba á amenazar un momento despues: «¿Soy yo, añade, un miserable faccioso para encender inútilmente la guerra civil? ¡Nó, jamás!... Inténtese atraer á las cámaras, lo deseo!... ¡Todo lo puedo con ellas!... ¡En mi propio interés podria hacer mucho sin ellas, pero nó salvar la patria!... ¡Consiento en que bajeis vos mismo á presentaros á ella! Os prohibo, sin embargo, al salir de aquí arengar á ese pueblo que me pide armas. ¡Me hallo dispuesto á intentarlo todo por la Francia, nada para mí.» Olvidaba que habia intentado el reclutamiento del ejército en Grenoble, para reconquistar el trono, y Waterloo para conservarle.

«Id, continuó diciendo á Luciano y á sus ministros, y hablad del interés de la Francia que debe ser tan querido á todos sus representantes; á vuestra vuelta tomare mi resolucion.»

Partieron, pues, dejándole entregado á sus perplejidades. Era evidente que contemporizaba con la necesidad que ya le amenazaba en la cámara; pero la contemporizacion, signo de debilidad, animaba á los mas tímidos á abandonarle, y á los mas atrevidos á amenazarle á su vez.

XXII. Los diputados entre sí decian entonces en alta voz, lo que por la mañana murmuraban en voz baja. La Fayette, Manuel, Roy, Dupin, Duchesne y Lacorde, hablaban de proscripcion y de arresto. La presencia de Luciano y de los ministros hizo cesar las conversaciones y devolvió la actitud deliberativa á la asamblea. Luciano pidió se evacuara el salon y el público de las tribunas, para que la deliberacion tuviera el secreto que exigia la gravedad de las comunicaciones que el gobierno iba á hacer en nombre del emperador.

Evacuáronse en efecto las tribunas. Era de noche, y el sepulcral resplandor de las antorchas iluminaba solo el recinto. Su aspecto tribunario recordaba los dias de la libertad; su nombre la usurpacion del poder en Saint-Cloud y los años del despotismo. La adhesion tardía, pero ardiente, que manifestara á su hermano desde el 20 de marzo, le hacia sospechoso y amenazador á la cámara. Despues de haber visto en él durante largo tiempo un Caton de la familia imperial, se admiraban de tanta complicidad en el interés de un segundo imperio, creyéndole fatigado de su estoicismo y dispuesto á merecer su perdon del emperador por medio de servicios ambiciosos. La conducta de Luciano despues del desembarco de Cannas, justificaba estas sospechas. El hermano absorvia en él el ciudadano. Impulsaba su raza á los tronos, como si la perdida de los tronos por su familia le hubiera enseñado el precio de ellos. Era, pues, un órgano mal elegido por Napoleon para defender su causa ante una asamblea harta de las ambiciones de aquella tribu de reyes.

No obstante, la asamblea se admiró de la moderacion y resignacion del mensaje que Luciano leyó en nombre de su hermano. Napoleon se adelantaba á los deseos de ambas cámaras, invitándolas á unirse á él para preservar á la Francia de la suerte de la Polonia ó del yugo de los Borbones. Proponíalas nombrar cinco comisarios que se entenderian en su nombre con sus ministros sobre los medios de salvar la patria y de tratar la paz con las potencias coaligadas.

Esto era la capitulacion de la Francia despues de la derrota del emperador, pero con la esperanza, si no de salvar el poder nacional y la gloria de las armas, á lo menos salvar los restos del trono imperial para Napoleon. De esto se hubiera perdido la paz turbada por la empresa del 20 de marzo, la sangre de treinta mil soldados, los tesoros, los armamentos, la inviolabilidad de las fronteras, el renombre del ejército y de su jefe; pero la dinastía de Napoleon se habria salvado para la Francia, con la perspectiva de los odios que aquella misma dinastía acababa de reanimar y perpetuaria contra la nacion. Semejante proposicion, reflexionada un solo momento por la opinion pública, prevenida é irritada, envolvia la sencillez de una locura ó la insolencia de una burla. Se la podia muy bien imponer á la fuerza, pero era un sueño el esperar poder hacerla prevalecer por medio de la discusion.

A medida que Luciano avanzaba en la lectura del mensaje, iban creciendo los murmullos, que al fin estallaron cuando bajó de la tribuna. La cámara manifestó su cólera é indignacion con el desprecio, y Luciano y los ministros se quedaron confundidos al verse envueltos entre los apóstrofes de los diputados de todos los bancos.

«¡Cómo! decian, el autor de nuestros desastres ¿no halla en su alma otra inspiracion que la de reinar aun sobre nuestros despojos y sobre los cadáveres de nuestros hijos? ¿En vez de inmolarse generosamente en aras de la patria medio anonadada por su causa, nos invita á acabarla de sacrificar en interés de su raza? ¡No ha sabido vencer! ¡No ha sabido quedar en el campo de batalla! ¡Solo ha sabido huir! ¡Y sin duda en nombre de su derrota, de su debilidad y de su fuga, se atreve aun á pedirnos que le ayudemos, como si en lugar de representantes soberanos del pueblo, no fuéramos sino los cómplices sucios de un faccioso destrozado!»

Jay, inspirado por la vista de Fouché, se lanza á la tribuna en medio de aquellas imprecaciones, para reasumirlas con la conveniencia premeditada de una resolucion parlamentaria. «Hablaria, dice, aun cuando debiera sufrir la suerte de aquellos magnánimos representantes de la Gironda que sellaron con sangre su valor al protestar contra la esclavitud de la convencion; pero antes de hacerlo, pido que nos digan los ministros aquí presentes, si en la situacion actual la patria se halla en estado de resistir á los ejercitos de la Europa, y si la presencia de Napoleon no es un obstáculo insuperable para las negociaciones y para la paz.»

XXIII. Una aprobacion casi unánime en los bancos de la asamblea, y un silencio significativo y acusador en el de los ministros, sucedieron á aquel apóstrofe. Fouché vacilante, y como si afectara confesar su irresolucion, sube á la tribuna y dice que nada tiene que añadir á lo que ya ha oido la cámara acerca de los asuntos esteriores é interiores. Esto era autorizar al orador y provocar la insurreccion de los ánimos con las alarmas que el silencio aumentaba cada vez mas.

Jay comentó elocuentemente el silencio de Fouché y demostró que en el despotismo militar estaba el origen de todas las calamidades de la patria. Acusó á Napoleon de ser el único obstáculo para la reconciliacion de la Francia con la Europa. Preguntó si una nacion que habia agotado su heroismo y su sangre en diez años de una guerra injusta contra todas las nacionalidades del continente, y pronta á sucumbir ella misma, nó por falta de valor sino de combatientes, al reflujo de los pueblos, debia sepultar consigo su territorio, su nombre y sus generaciones futuras en la causa de un hombre á quien todo lo habia sacrificado, escepto el último aliento. En seguida, dirigiéndose á Luciano que inmóvil y consternado escuchaba estas palabras: «¡Y vos, príncipe, le dijo, vos que habeis demostrado en todas ocasiones un carácter noble, volved á donde está vuestro hermano! Decidle que la asamblea de los representantes aguarda de él una resolucion que le honrará mas en lo futuro que todas sus victorias. Decidle que abdicando el poder puede salvar la Francia; decidle tambien que el caso es urgentísimo, y que mañana, dentro de una hora quizá, no será ya tiempo...»

Concluyó proponiendo á la cámara que enviase comisionados al emperador para pedirle su abdicacion, y en caso de que rehusara hacerlo, que se le declarase destronado. Luis XVI, antes de su derrota del 10 de agosto, no habia sufrido tantos rigores de la suerte ni tan espresas órdenes de la asamblea legislativa. La revolucion se vengaba del largo tiempo que Napoleon la habia tenido oprimida.

Aquello no era mas que una represalia de la asamblea nacional, porque Jay sabia que la víspera de su marcha á Waterloo, el emperador franqueándose con uno de sus confidentes indiscretos, esclamó: «Que miren lo que hacen, porque me canso ya de soportar su insolencia y no puedo sufrirles mas. ¡Marchemos! ¡Una victoria, y yo les haré volver á su obsequiosidad ordinaria! ¡Otra mas y les envio á sus casas!» Sin embargo, el orador se espresaba con bastante arrojo, porque el emperador vivia y reinaba aun á pocos pasos de la tribuna, mientras que él le fulminaba aquella intimacion. Napoleon al caer podia vengarse aun, y reconquistar con esta venganza nó el poder de salvar su trono y la Francia, sino el de herir á un enemigo.

XXIV. Luciano, testigo de los aplausos que por do quiera respondian á la idea de abdicacion ó á la declaracion de destronamiento, recobra nuevamente valor en aquel caso desesperado, y confia no poco en su antigua esperiencia de la movilidad de las asambleas, que las eleva y abate en una misma hora. Lánzase, pues, á la tribuna. Invoca el sagrado nombre de la patria, la confunde con el de aquel que acaba de perderla, echa en cara á la Francia su abandono é ingratitud, y á los franceses el no haber hecho bastante por la causa de su hermano. Atestigua con el entusiasmo que acaba de coronarle por segunda vez, y con los juramentos del campo de mayo; evoca el patriotismo y presenta el

carácter nacional degradado por una cobarde condescendencia del pais, haciendo de Napoleon vencido el rescate de una capitulacion ignominiosa. Los murmullos y los apóstrofes mas insultantes contestan solo á las acriminaciones de Luciano.

La Fayette las rechazó con algunas palabras terribles que hacia dos meses pronunciaba en voz baja la conciencia de la opinion pública, y que necesitaban para divulgarse un momento oportuno y un orador popular. «¡Cómo! dijo, ¿sois vos quien nos acusais de no haber hecho bastante por vuestro hermano? ¿Habeis olvidado, por ventura, nuestros sacrificios? ¿Habeis olvidado que los esqueletos de nuestros hijos, de nuestros hermanos, atestiguan por todas partes nuestra fidelidad, asi en los arenales del Africa, como en las márgenes del Guadalquivir y del Tajo, en las orillas del Vístula y en los helados desiertos de la Moscovia? ¡Desde hace diez años, tres millones de franceses han perecido por un hombre! ¡Por un hombre que aun quiere luchar hoy con nuestra sangre contra la Europa!—¡Si, sí! esclaman los representantes, con la vengadora conciencia de una nacion sacrificada. ¡Basta, continúa La Fayette, basta para un hombre! ¡Ahora lo que debemos es salvar nuestra patria!»

Veinte oradores se disputan la tribuna para apoyar la tardia imprecacion de La Fayette. Las asambleas son implacables cuando vuelven en si. El terror que inspiraba un golpe atrevido y desesperado de Napoleon les aconsejaba no perder tiempo, y todo cuanto Luciano y los ministros pudieron obtener de los representantes fué una corta demora para consultar á la cámara de los pares y concertar las resoluciones de ambos cuerpos, esperando mas aun de aquellos senadores nombrados por el emperador mismo, que de los diputados elegidos por el pueblo.

Luciano y los ministros corrieron al senado y hallaron en él efectivamente, nó mas confianza, pero mas consideraciones hácia el emperador. Aquella primera discusion fué tranquila y en ella reinó la dignidad. La mucha esperiencia de aquellos hombres versados en los acontecimientos, les hacia comprender que no era necesario ya precipitar violentamente á Napoleon, que por sí mismo iba á sucumbir ante la fuerza de los sucesos, y que un vencido bastante osado para tomar en su derrota el título del poder supremo, no hallaria en su dictadura de veinte y cuatro horas sino el cadalso del dia siguiente. Luciano pasó en seguida al Elíseo para participar á su hermano las disposiciones de ambas cámaras.

No se intimidó Luciano por la sublevacion de los representantes: la actitud de la cámara de los pares le habia confirmado en la desesperada resolucion de desafiar á la cámara de diputados, de disolverla y de apoderarse de su dictadura. Se esforzó en convencer á su hermano que su único medio de salvacion era la audacia. «En los casos estremos se puede todo cuanto se quiere,» le dijo. Pero Napoleon, á quien agradaba oir aquellos consejos de fuerza, última adulacion de su omnipotencia, aplazaba de hora en hora su ejecucion.

XXV. Esperaba al parecer que una casualidad estraña tomase la responsabilidad del suceso, ó que pasándose el tiempo en aguardar ó deliberar, no le quedaba otro recurso que someterse á su destino, escusa que se procura la debilidad para no confesar su inercia. Él, que conocia bien el valor del tiempo, y que sabia que, así en la revolucion como en la guerra, dejarse adelantar es dejarse vencer, no se hubiera condenado dos dias con sus noches á la inmovilidad á no hallarse resignado á la abdicacion. Salvaba las apariencias para con sus hermanos, sus amigos y hasta para con él mismo, indicando su apatía una resignacion encubierta con un resto de tímida voluntad. Negociaba con la fortuna, salvaba el honor, y se reservaba el poder decir algun dia: «Si las cámaras me hubiesen comprendido y secundado, hubiera salvado mi trono y mi patria.»

Era, sin embargo, en el fondo, harto político y no menos soldado para hacerse las ilusiones que queria aparentar mas tarde delante de sus adoradores. ¿Qué hubiera hecho Napoleon con algunas horas mas de imperio á la vista de un millon de hombres que animados por tres años de represalias de la victoria salvaban en aquel momento las fronteras de un pais agotado de esfuerzos, de un ejército disuelto, de una capital descontenta, de una representacion nacional insurreccionada, de un competidor al trono que prometia la libertad y la paz, de las provincias del Este y del Norte conquistadas, y de las del Oeste y Mediodía prontas á levantarse por la causa del rey? ¡Una segunda capitulacion para el y su familia! ¿Merecia esto el promover otro 18 de brumario de los arrabales contra la ciudad y de algunos soldados dispersos contra la nacion? No lo manifestaba á Luciano, pero él lo conocia en su interior; todo lo que deseaba era el derecho de quejarse. Principiaba en el Elíseo aquella interminable conversacion y aquel eterno ataque contra los hombres del 20 de marzo y contra la Francia, que despues continuó en Santa Elena.

XXVI. Benjamin Constant, su acusador primero, despues su cómplice y consejero el 20 de marzo, manifestó en aquellas dos últimas jornadas la misma indecision que habia manifestado algunas semanas antes. Este cortesano, que alternaba entre la popularidad y el favor de la corte, tenia que salvar un hondo abismo para que se le perdonara su repentino entusiasmo por el emperador, despues de su inconcebible defeccion. Waterloo era para el una derrota personal. No pudiendo creer tan pronto en el eclipse total de la estrella de Napoleon, á la que tan temerariamente habia ligado su responsabilidad de hombre político y de inteligencia, acudió de los primeros á palacio para aconsejar medios de fuerza.

Queria impeler á Napoleon hasta el último estremo, porque su caida iba á precipitarle á él mismo Pero este cortesano moderno no era uno de esos hombres que resisten largo tiempo á una situacion, y que se sepultan bajo sus ruinas.

Las reiteradas narraciones de la derrota y del anonadamiento completo del ejército, la frialdad, los murmullos, y bien pronto la sublevacion casi unánime de la opinion pública, la revolucionaria disposicion de las cámaras y el disponerse La Fayette, Sebastiani y sus amigos á apresurar la abdicacion ó el destronamiento, no tardaron en conmover á Benjamin Constant, haciéndole pasar en pocas horas de la dictadura á la resignacion. Entonces se interpuso como mediador oficial entre las cámaras y Napoleon, para manifestar celo á unas y adhesion al otro.

XXVII. Con su presencia en el jardin del Elíseo interrumpió la conversacion del emperador con Luciano, y empleando un lenguaje opuesto al que habia tenido la víspera, trató al parecer de preparar á Napoleon á un sacrificio que reclamaba así su gloria como su patriotismo.

«Os comprendo, le contestó el emperador. ¡Quieren que abdique! ¿Pero han calculado las consecuencias de esta abdicacion? ¿No se agrupa el ejército en torno mio y de mi nombre? Si yo abdico, desaparece el ejército en dos dias, porque este ejército no entiende vuestras sutilezas. ¿Creen, por ventura, que los discursos de la tribuna evitarán la dispersion de las tropas? Haberme rechazado cuando desembarqué en Cannas, ya lo comprendo, mas no puedo concebir cómo hoy se me abandona. No se derriba impunemente un gobierno en presencia casi del enemigo; los discursos no hacen mella en los cañones. Hubiera habido valor en derribarme hace quince dias, pero hoy formo parte de lo que ataca la Europa, de lo que debe defender la Francia. Entregándome se entrega á sí misma, confiesa su debilidad, y se declara vencida; ya no es la libertad quien me destruye, es Waterloo.»

Prosiguiendo luego con mas energía, y aparentando como un negociador que exagera sus condiciones para obtener las mas ventajosas posibles, intenciones que no abrigaba su alma: «¿Y con qué títulos, añadió, me exige la abdicacion la asamblea? ¿Cuál es su deber? el mio es disolverla.»

El emperador se animaba. La multitud apiñada en derredor del Elíseo, creyendo divisar en los gestos de su héroe la resolucion de apelar á su popularidad y á su patriotismo contra la asamblea y contra el estranjero, redobló sus intermitentes aclamaciones como para escitarle á la energía. Aquella multitud se componia, sobre todo, de hombres cuyo traje atestiguaba su indigencia.

«Ya lo veis, dijo el emperador á Benjamin Constant señalando á aquellos desinteresados amigos de sus últimos momentos, no son por cierto aquellos á quienes he colmado de honores y riquezas los que me siguen en mis infortunios. ¿Qué me debe ese pueblo? Nada. Pobre le he encontrado y pobre le dejo, pero el instinto de la patria le ilumina, y el pais habla por su boca; solo necesito pronunciar una palabra, y la cámara de los diputados no existirá dentro de una hora. Mas nó, añadió, no vale tanto la vida de un hombre; no he vuelto de la isla de Elba para inundar de sangre á Paris.» Estas últimas palabras eran sinceras.

La historia debe esta justicia á Napoleon, que ora por horror natural hácia los escesos populares cuyo sangriento espectáculo habia dejado un recuerdo siniestro en su alma despues del 10 de agosto, los asesinatos de setiembre y los cadalsos; ora por la repugnancia de soldado hácia toda fuerza indisciplinada; ora por respeto hácia su nombre en el porvenir, se negó constantemente á su vuelta, y cuando su caida despues del 20 de marzo, á formar un ejército del populacho contra la nacion. Prefirió sucumbir á levantarse un momento con semejantes ausiliares. Retrocedió, abandonando su isla y arrostrando á los Borbones y á la Europa, ante la sangre de las sediciones y ante el crímen contra la civilizacion. Siempre fué César, jamás Graco; nació para el imperio, nó para la turbulencia de las facciones.

LIBRO XXVII.

Veinte y uno de junio.—Reunion de la cámara de los representantes y de los ministros.—Declaracion de la comision.—22 de junio.—Sesion de la cámara de los representantes.—Abdicacion del emperador.—Proposicion de Mr. Dupin y de Mr. Mourgens.—Manifiesto de la cámara de los representantes al emperador.—Respuesta del emperador.—Sesion de la cámara de los pares.—Su manifiesto al emperador.—Contestacion de éste.

I. Durante estas entrevistas con Benjamin Constant, á las cuales el emperador asistia al parecer como filósofo y espectador, cual otro Diocleciano, al despojo de la majestad imperial sobre él mismo, se decidia su suerte en las Tullerías. Los individuos de la comision nombrada aquella mañana por las dos cámaras para concertarse con los ministros sobre las medidas de salvacion pública, se hallaban allí reunidos. Eran estos Fouché, Davoust, Caulaincourt, Carnot, Cambaceres, Lanjuinais, La Fayette, Dupont de l'Eure, destinado mas tarde para presidir la caida de la monarquía, que ni siquiera habia premeditado, y el nacimiento de la segunda república; Flaugergues, Grenier, Dupin, Boissy D'Anglas, siempre á la altura de los peligros de la patria; Thibaudeau, en fin, tan enemigo de la república como de los Borbones.

Luciano, flotando entre las irresoluciones de su hermano y el progresivo ascendiente de La Fayette, se mostró débil y dispuesto á transigir. La Fayette fué político en las formas é implacable en las resoluciones.

Los peligros, que se aumentaban á medida que corrian las horas, la ausencia del emperador y su abatimiento ya conocido por las confidencias de sus consejeros, templaban las pasiones y las medidas. Despues de una deliberacion nocturna, pacífica y razonada, la comision decretó: «Que la salvacion de la patria exigia se intentasen negociaciones directas por las dos cámaras con las potencias aliadas.»

Esto era destituir al emperador, nó todavía del trono sino del gobierno. El tiempo le encargaria del resto. La Fayette, Lanjuinais y Fouché, se atrevieron á pedir mas y se quejaron de que la comision no imponia terminantemente la abdicacion.

II. Dormia Napoleon mientras que sus enemigos y sus propios ministros le despojaban así en las Tullerías. Causaba asombro en derredor suyo aquella apática indiferencia. No dominaba ya como en otro tiempo el cansancio ó el sueño, decia Benjamin Constant; su fuerza de accion parecia haber llegado á su término. Al despertar se manifestó descontento é irritado; pero sin rebelarse contra aquellas resoluciones. Todo lo dejaba á merced de sus familiares, como queriéndose libertar del peso de resoluciones fuertes por su propia voluntad.

La cámara de los representantes y la de los pares abrieron sus sesiones con el dia. Pedíase á gritos, y antes de todo, la comunicacion inmediata de las deliberaciones tomadas durante la noche por la comision de las Tullerías, admirándose de no recibirla. Aquella lentitud era para los recelosos el indicio de una lucha trabada en el Elíseo contra la cámara. No era, sin embargo, sino la irresolucion del emperador.

Diez mil hombres de todas armas habian entrado durante la noche en París reanimando sus esperanzas. Los arrabales se agitaban en su nombre; los confederados se hallaban reunidos en grupos numerosos bajo las ventanas desde antes de amanecer. Luciano se dirigió por la mañana á la habitacion de su hermano y enumeró los recursos que le quedaban aun. Grouchy, que habia escapado intacto á la persecucion de los prusianos, pasó con cuarenta mil hombres por Namur y se aproximaba hacia París para reunirse con los restos de Waterloo organizados por Ney y por Jerónimo; las reservas de la guardia imperial orgullosa de su nombre é incorruptible á los esfuerzos de la asamblea; quince ó veinte mil confederados que podian armarse en aquel mismo dia y unirse á las tropas de línea, si no para combatir al enemigo, al menos para dominar á París. Era necesario, decia Napoleon, salir al momento del Elíseo, descanso incierto á los ojos de la opinion, entre el imperio y la constitucion, ir á instalarse en las Tullerías, convocar allí el consejo de estado y los ministros, volver á tomar las riendas del gobierno y suspender ambas cámaras, en las que volveria á encontrar despues esa obediencia ó cobardía de las asambleas insolentes para el que contemporiza con ellas, y serviles ante quien las domina. Parecia que estos consejos de Luciano reanimaban por el momento el abatimiento moral de Napoleon.

Pero ya sus mas adictos amigos de la víspera, Regnault de Saint-Jean d'Angely, Baudeau, su mismo hermano José, habian pasado á partidos menos ardientes y advertian en secreto á La Fayette y á los agitadores de la cámara de las fluctuaciones belicosas del Elíseo. José y aquellos consejeros moderados se jactaban de una transaccion entre la gastada ambicion de Napoleon y la oposicion de las cámaras, por cuyo medio el emperador abdicaria en favor de su hijo y daria á José la regencia y tutela del rey de Roma. Creíase obtener á este precio la paz de las potencias aliadas, la sancion de las cámaras, y que la Francia abandonase á los Borbones. Fouché y sus confidentes entretenian con estas ilusiones en las cámaras y en el consejo á los partidarios mas comprometidos de Napoleon y los desviaban de este modo de su causa, aparentando salvar el honor y los intereses del partido napoleónico. Manuel era el encargado de trasmitir esta diplomacia de Fouché, adormeciendo de este modo las últimas palpitaciones del imperialismo y de la energía militar en la cámara y en el pueblo.

«La abdicacion, decia Fouché delante del emperador, concilia á la vez los intereses del emperador, como padre, como jefe de dinastía, y los intereses de la patria, descubierta y desarmada por el desastre de Waterloo. Así no queda pretesto á la guerra, y si los aliados, satisfechos con la retirada voluntaria del único hombre que era, segun ellos, incompatible con la tranquilidad de la Europa, continúan las hostilidades, las cámaras indignadas de esta perfidia y de este ultraje á la independencia de las naciones, armarán á la Francia entera en pro de la causa de sus ciudadanos.»

Caulaincourt y Maret, harto perspicaces para creer en los escrúpulos de los aliados vencedores y en la insurreccion nacional en favor de un hijo adoptivo del Austria; pero demasiado políticos para impulsar al emperador y á la capital á estremos de sangre y fuego en que todo pereceria, inclusa la patria, se contentaban con estas razones y autorizaban al emperador á debilitarse con su misma debilidad. Paseábase reflexivo en el salon del consejo, escuchándolo todo sin resolver nada, tan pronto aprobando con una palabra como refutando con un gesto, y buscando al parecer en la opinion contradictoria de todos una decision que no hallaba en sí mismo. Regnault de Saint-Jean d'Angely aguardaba en vano esta decision que habia él prometido á los diputados, para presentarla en la tribuna: esta decision no salia de los labios del emperador.

III. Los representantes cansados de aguardar entretenian su impaciencia con tumultuosas conversaciones, en que la fatiga se convertia en amenazas é invectivas contra aquel hombre que no sabia, decian ellos, ni vencer, ni reconocer su derrota, ni reinar, ni bajar del trono. El presidente Lanjuinais no podia contener la cólera y los murmullos, hasta que en fin, al medio dia concedió la palabra al general Grenier, relator de la comision de las Tullerías. Este general leyó la comunicacion, que se halló insolente en un momento en que las cámaras iban á fallar entre la salvacion del pais y las lijerezas de un solo hombre, obstáculo á la vez para la independencia del territorio, para la libertad de la representacion.

El relator baja de la tribuna en medio de los clamores de la cámara irritada. Legrand, jóven representante de la Creuse, sube á ella para enumerar los peligros de la patria; pero distintos clamores que salian de los bancos imperialistas le hacen bajar y le acusan de sembrar la alarma: otro diputado propone una declaracion á las potencias que deberian llevar cinco comisarios negociadores concebida en términos satisfactorios para la paz de la Europa. Duchesne, representante del Isere, quiere descorrer el velo, y habla de Napoleon como del único obstáculo á las negociaciones. Iba á concluir proponiendo la abdicacion, cuando Regnault de Saint-Jean d'Angely, advertido por Lanjuinais de la conveniencia de una resignacion voluntaria mas decorosa para el trono, se lanza á la tribuna, interrumpe al orador y anuncia en la cámara que antes de tr horas el emperador se esplicará por medio de un mensaje conforme con las ideas de todos.

Indignanse contra esta dilacion, y se disputan las horas y los minutos á aquel á quien no se ha disputado ni la Francia, ni el trono, ni la sangre de la patria. «Solo nos queda un partido que tomar, esclama Du-

chesne, que habia permanecido en la tribuna, y es el de comprometer al emperador á que pronuncie su abdicacion, en nombre de la patria agonizante y de la salvacion del estado.—¡Sí, sí, gritan en todos los ángulos de la asamblea, que abdique! ¡que abdique! si quiere evitar que se le destituya.—¡Esperad, dice Lanjuinais, la salvacion está en el mensaje que medita el emperador!—La salvacion de la patria, contesta una voz atronadora, no está sino en la abdicacion.» La Fayette, que ve ya conmovido al despotismo, se levanta para darle el último golpe. «Si la abdicacion se difiere, yo propondria, dice, la destitucion.» Los aplausos sonaron en todo el salon; el general Solignac, uno de esos hombres que conocen la conveniencia del decoro en las escenas nacionales, y que conservan su dignidad hasta á los vencidos, se arrojó en medio de aquella impaciencia de La Fayette para pedir aun una hora mas. La Fayette, Sebastiani, Dupin, Duchesne, Lacoste, Girod de l'Ain, Roy y Manuel querian á todo trance precipitar el desenlace. Aunque con dificultad, se concedió aquella tregua de una hora, suspendiéndose.

Aun no habia trascurrido aquel tiempo y los representantes con la vista fija en el reloj del salon espiaban el movimiento de la aguja que ya iba á marcar la hora, é intimaban al presidente que abriese de nuevo la sesion. «¡La acusacion! ¡La acusacion! ¡Que se le declare fuera de la ley! ¡La prision inmediata!» gritaban muchos sin piedad. Una carta confidencial de Fouché á Manuel, y comunicada por este representante á sus colegas, anunció que Napoleon dictaba en aquel momento su abdicacion.

IV. Napoleon, indeciso siempre, como la víspera, como aquella noche y por la mañana, hacia tres horas que estaba recibiendo las distintas noticias que le llegaban de las cámaras y del ejército. Rodeado de sus ministros, de sus consejeros íntimos, de sus hermanos, y de la distinta multitud que se agolpaba al Elíseo, y cuyo rumor sordo penetraba hasta en el interior de sus salones, iba y venia sin cesar desde su gabinete al jardin y desde el jardin á su gabinete, unas veces solo y otras acompañado de uno de sus confidentes cuyas inspiraciones escuchaba. A cada instante se esperaba verle declarar una resolucion definiva, pero no hacia sino incurrir en mil contradictorias, cansando de este modo á la fortuna, á sus consejeros, á sus hermanos y hasta á él mismo con su indecision mucho mas que con cualquiera partido resuelto y enérgico que hubiese tomado.

«Ya lo veis, decia á sus ministros, nada está perdido, aun me quedan tropas numerosas.» Mandaba á Davout que presentara á la cámara una relacion satisfactoria del estado del ejército, convencido de que aquel cuadro de su fuerza impondria á la asamblea. «Ni aun se han dignado escucharme,» le decia tristemente Davout volviendo á entrar en el Elíseo.

Por último, le anuncian que la cámara le concede solo una hora. El emperador, que tantas veces habia ya abdicado en discusion delante de su consejo, se indigna contra la intimacion mas que contra el hecho. «¡Cómo, esclama, emplean la violencia!..... Pues bien, no abdicaré....» Al escuchar estas palabras, sus ministros, y Fouché principalmente, temen que el orgullo humillado no le devuelva la energía de la desesperacion. Mirábanse unos á otros. «¡Nó, repitió, no abdico!.... La cámara no es otra cosa que una reunion de jacobinos, de ambiciosos á quienes hubiera debido denunciar ante la nacion y disolverla antes de ahora!.... Pero aun puede repararse el tiempo que he perdido.»

Turbáronse sus consejeros: Regnault de Saint-Jean d'Angely, uno de los hombres que mas dejaban hablar al corazon en los negocios, y cuya adhesion era la menos sospechosa al emperador, le conjura patéticamente á que dé tregua á las ilusiones pasajeras, y que no entre en lucha con una asamblea que le presentará á él como único obstáculo para obtener la paz que tan necesaria habia llegado á hacerse para la nacion. «¡No os sacrificasteis una vez por el bien general en 1814, le dijo; sacrificaos la segunda! ¡Es la única contestacion digna de vos, que podeis dar á vuestros reveses y á vuestro pais!—¡Jamás me he negado yo á abdicar! murmuró el emperador; pero quiero que se me deje reflexionar tranquilamente sobre ello. Sin embargo, cuando yo haya abdicado, prosiguió, como si se arrepintiera ya de aquella concesion forzosa arrancada á su emocion, no tendreis ejército y al cabo de ocho dias el enemigo estará en Paris!» Al hablar así, su mirada y su acento parecia que preguntaban á los ministros y á los generales testigos de aquella lucha interior tan obstinada, tan larga y tan indecisa; pero ni las miradas ni las actitudes de los circunstantes le contestaban sino con la incredulidad y el abatimiento. Entonces volvia á pasearse por los sitios mas retirados de los jardines del Elíseo.

V. Pero los gritos de: *¡Declárese á Napoleon fuera de la ley!* respondian ya en la asamblea á las últimas voces de: *¡Viva el emperador!* que debajo de las ventanas de su palacio se cansaban en provocar una energía consumida en palabras. Lanjuinais le envió el comandante de la guardia para que se apresurase á remitir su mensaje, si no queria que la cámara pronunciase su destitucion y le acusara formalmente. Habianse ya tomado las medidas para prender á Napoleon, en medio del débil grupo que le rodeaba, por los hombres resueltos de la cámara, y los que habian de ejecutar esta órden esperaban ya en las antecámaras del Elíseo que se les diera la señal. Una obstinacion mas prolongada podia ensangrentar la escena. El momento tomaba el carácter siniestro de la deposicion de los emperadores romanos. El puñal podia cortar el nudo que aun ligaba á un hombre y á un pais.

Pasó Napoleon á un gabinete retirado, al estremo del ala izquierda del palacio, y ayudado por su hermano Luciano dictó lentamente, pesando bien todas las palabras, su última abdicacion.

«¡Franceses! decia el emperador, al empezar la guerra para sostener la independencia nacional, contaba yo con la reunion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades, y con el concurso de todas las autoridades nacionales. Tenia fundadas esperanzas de alcanzar el triunfo y habia hecho frente á todas las declaraciones de las potencias contra mí. Las circunstancias me parece que han cambiado, y por lo tanto me ofrezco en sacrificio al odio de los enemigos de la Francia; ¡ojalá sean sinceros en sus declaraciones, y en no haber aborrecido realmente sino mi persona!

«¡Mi vida política ha terminado! y proclamo á mi hijo, con el título de Napoleon II, emperador de los franceses.

»Los actuales ministros formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El grande interés que profeso á mi hijo me obliga á invitar á las cámaras que organicen sin retraso la regencia por medio de una ley.

»Unios todos para salvar la patria y ser una nacion independiente.

»NAPOLEON.

»Palacio del Elíseo 22 de junio de 1815.»

Su secretario, Fleury de Chaboulon, recibió de mano de Napoleon el manuscrito de Luciano, para sacar varias copias. Las que este secretario entregó poco despues al emperador dejaban ver aun las señales de algunas lágrimas. Napoleon lo conoció, y lanzando á aquel jóven, confidente en otro tiempo de sus esperanzas y entonces de su humillacion una mirada llena de amargura: «¡Ellos lo han querido!» le dijo; rechazando así, con un postrer consuelo del orgullo, la temeridad de su vuelta y las consecuencias de Waterloo sobre un pueblo que no habia provocado ni su ambicion, ni su desastre.

VI. Maret, al leer el acta de abdicacion, parecia temer que no satisfacieran á las potencias los términos en que el emperador declaraba que bajaba del trono. «¿Qué quereis decir? repuso Napoleon.—Que los aliados, contestó Maret, exigieran tal vez la renuncia de vuestros hermanos á la corona.—¡Ah! Maret, esclamó el emperador, celoso hasta el último momento de las eventualidades de su dinastía, ¿quereis, pues, deshonrarnos á todos?» Napoleon en los momentos en que todo lo perdia, pensaba aun haber fundado un imperio para los colaterales de la humilde casa de su padre. El genio no preserva ni aun á los mismos grandes hombres de las ilusiones y las pequeñeces de la medianía. Un niño no hubiera esperado en aquella ocasion lo que el emperador aparentaba esperar del destino.

Con su abdicacion en la mano, entró en el gabinete donde se hallaba el consejo, y entregó las dos copias á sus ministros. Fouché obtenia al fin el fruto tan largo tiempo disputado á su impaciencia. Afectó compasion, recibió el acta con respeto de las manos del emperador, y acompañado de Carnot, de Caulaincourt y de los demás ministros, la llevó á la asamblea. Carnot y Caulaincourt, aunque reconociendo la necesidad de aquella capitulacion, permanecian fieles y enternecidos. Esto aliviaba su conciencia como ministros, pero nó sus corazones: en su actitud y en su rostro manifestaban el luto, uno de la independencia de la Francia y otro del destronamiento de su amigo.

VII. Pero estos sentimientos personales de luto y de enternecimiento hácia el hombre no penetraban en la asamblea, ó á lo menos los sofocaba el temor de una última tentativa de Napoleon para volverse a apoderar del imperio. Mientras que el emperador discutia los términos y las formas de su abdicacion, se multiplicaban en la cámara los gritos de destronamiento. Uno de aquellos hombres á quienes la inconstancia y la sensabilidad comun arrojan por do quiera que se verifique un cambio de fortuna ó un acontecimiento lastimoso, Mr. de Laborde, que habia llorado de buena fé al estrechar las manos de Luis XVIII cuando salió de las Tullerías, corrió desde la asamblea al Elíseo para advertir con la

misma emocion al emperador, que el tiempo apuraba y que era necesario prevenir el voto de la asamblea, si no queria que aquel voto fuera un ultraje. Laborde se habia cruzado en el camino con los ministros sin reconocerlos. «¡Tienen mucha prisa! esclamó enojado Napoleon; decidles que se tranquilicen, pues ya hace un cuarto de hora que les he enviado mi abdicacion.»

Fouché habia ya subido á la tribuna con el acta de abdicacion en la mano. La vista de aquella hoja de papel que contenia la obediencia del emperador á la cámara y al destino, lo calmó todo. No le fué difícil á Fouché prevalerse de la compasion que un gran pueblo debe á un grande hombre y á un gran sacrificio, y el acta fué escuchada en silencio. Hay palabras que en un momento apagan las iras de una reunion de hombres, pero hay tambien hombres que con meditada prevision de los cambios posibles, se lanzan en los sucesos para terminarlos y justificarlos con actos irrevocables, legistas de la fortuna que cambian en leyes los derechos de la suerte. De este número fué en aquel dia Mr. Dupin.

Se lanzó á la tribuna con una deliberacion escrita en la mano, y propuso, temiendo que el autor de la abdicacion no pudiese retirarla algun dia como habia hecho con la de Fontainebleau, aceptar aquel acto por un voto auténtico de la cámara, á fin de que interviniendo en el contrato ambas partes, la nacion y el emperador, la una no pudiera retirarla sin la participacion de la otra. Mr. Dupin, jóven y partidario de las formas, ignoraba aun que no son estas sino la victoria ó los reveses lo que confirma ó revoca tales abdicaciones de imperio. Pidió que se creara una comision encargada de preparar una constitucion nueva, y de hacerla jurar por el *príncipe* elegido por el pueblo. Esta palabra, que indicaba á los últimos partidarios del imperio el pensamiento de otra dinastía, escitó murmullos á que los enemigos del imperio no podian responder en aquel momento. Las circunstancias hablaban y obraban bastante de prisa para ellos.

Otro representante, Mourgens, pidió que se declarara vacante el trono y constituyente la asamblea. Nuevos murmullos en las filas de los partidarios de la dinastía del emperador. Uno de ellos pidió que se leyera el artículo del acta del campo de mayo que proscribia para siempre del trono á los Borbones, con objeto de hacer avergonzar á la nacion de una tan pronta retractacion de sí misma. Lanjuinais se opuso á esto bajo pretesto de que esta acta era sobrado conocida. Regnault de Saint-Jean d'Angely, recobrando su antigua elocuencia, profanada á menudo por el servilismo de la adhesion, logró enternecer aun á la cámara con el contraste entre la grandeza y el abatimiento de la fortuna del emperador. Eludió hábilmente por medio de concesiones oratorias las proposiciones de Mr. Dupin y de Mr. Mourgens, admitiendo solo la mitad de sus decretos. La asamblea, satisfecha de lo que habia conquistado en una hora, votó, á peticion de Regnault de Saint-Jean d'Angely, una esposicion de respetuoso conocimiento al emperador, que fué llevada en seguida al Elíseo por su presidente y sus secretarios. Votó además el nombramiento de una comision de cinco individuos elegidos en ambas cámaras, para ejercer provisionalmente el gobierno y confirmar á los ministros de Napoleon en sus funciones. Los individuos de aquella comision fueron Carnot, Fouché y el general Grenier por la cámara de los diputados: por la de los pares, Quinette y Caulaincourt.

VIII. Entretanto el emperador, abandonado en el Elíseo, á medida que el poder que desertaba de él pasaba á las cámaras, á las comisiones, á sus propios ministros, aguardaba con una resignacion que no carecia de esperanzas, los actos de representacion nacional concernientes á él. Luciano, Regnault y sus afiliados, le noticiaban de cuarto en cuarto de hora las alternativas emociones de la cámara.

Llegaba la noche, y nada le indicaba aun si la pasaria libre y activo en un palacio, ó en la prision de un soberano destronado. Todos sus pensamientos y los de sus hermanos se concentraban entonces en la destitucion ó el mantenimiento en el trono de sus hijos y de su dinastía. Luchaba solo por la ambicion de su familia, y destronado como estaba, creíase vencedor aun, si impedia que la Francia destronase al menos su nombre.

IX. Al fin le anunciaron la diputacion de la cámara de los representantes, que en su mayor parte se componia de enemigos suyos. Aun cuando disfrazaran el destronamiento bajo las apariencias del respeto, el acto de ofrecerle las felicitaciones de la Francia por una abdicacion salvadora, se parecia mas á una burla que á un homenaje.

Nadie ignoraba que aquella abdicacion, disputada por él y arrancada por las amenazas de la opinion, habia sido mas bien conquistada que obtenida, y que antes bien era un sacrificio á la fuerza que un sacrificio á la patria. Él mismo lo sabia mejor que nadie. Dueño, sin embargo, de su fisonomía y de su actitud, tomó con grandeza el papel que la necesidad le daba, y que el disfrazado respeto de la cámara le permitia tomar. Delante de Lanjuinais, de La Fayette y de Fouché, dejar traslucir el resentimiento ó la humillacion era una doble caida.

Se revistió aparentemente de la mas voluntaria resignacion y del patriotismo mas desinteresado; se despojó de toda pompa como Diocleciano en Salona, y habló como hombre á quien los acontecimientos le interesaban únicamente por la felicidad de su pais.

X. Se hallaba solo, en un salon poco alumbrado, cuando Lanjuinais, seguido de sus colegas, fué introducido á su presencia. Despues de escuchar con semblante impasivo la lectura de la declaracion honorífica y respetuosa de la cámara, respondió con el acento grave y la reflexiva lentitud de un hombre que sin vanidad alguna busca solo las espresiones en su corazon.

«A mi vez, dijo á Lanjuinais, os agradezco vuestros sentimientos, deseo que mi abdicacion pueda hacer la felicidad de la Francia, pero no lo espero, continuó con cierta incredulidad severa, porque dejo al estado sin direccion política. El tiempo perdido en derribarme, añadió en tono de reconvencion y mirando á los diputados republicanos, se hubiera podido emplear en poner á la Francia en estado de vencer al enemigo. Recomiendo á la cámara que refuerce inmediatamente los ejércitos.» Triste decision de un general que acababa de perder los últimos ejércitos de Francia, y que solo habia podido levantar en pro de su causa en tres meses de dictadura absoluta, quince mil hombres con que reforzar sus antiguas columnas. «El que desea la paz, debe prepararse á la guerra. No pongais esta gran nacion á merced de los estranjeros.» Y el enemigo, siguiendo al que esto decia, se hallaba á las puertas de Paris. «En cualquiera posicion que me encuentre, seré siempre dichoso si lo es la Francia. A ella recomiendo mi hijo. Espero no olvidará que por él solo he abdicado.» Paternal palabra, pero personal, que desmentia con poca maña el desinterés que afectaba. «Tambien, añadió, he hecho este gran sacrificio por el bien de la nacion.» En seguida, para inculcar mejor su verdadero pensamiento en el ánimo de la Francia, concluyó diciendo: «Con mi dinastía solo puede la Francia esperar ser libre, dichosa é independiente.»

El jefe y el héroe de aquella dinastía hablaba así al entregar la Francia invadida, devastada y esclavizada por las represalias de la Europa, á una cámara de representantes que no podia optar sino entre la ruina del pais ó una capitulacion con la victoria. Napoleon en aquel momento no pensaba engañar á ninguno de los enemigos ó de los patriotas imperiales que le escuchaban; pero pensaba en la posteridad, que los satélites de su despotismo debian trabajar treinta años para corromper con los testos que él les preparaba. Presentia el poder del sofisma sobre los pueblos. Su genio manifestó adivinar las aberraciones de los partidos. Fué grande por su conocimiento de la pequeñez del pueblo francés; sublime por su desprecio á la humanidad.

Ni una sola de las inconsecuencias de este discurso se escapó á los individuos de la diputacion, enemiga respetuosa del emperador, pero ninguno se las hizo notar; la conveniencia y el infortunio lo prohibian. Bajaron la vista para que no pudiese leer en sus ojos ni un asentimiento ni una refutacion de aquellas últimas quejas que la victoria concede a los vencidos, y se retiraron silenciosos para trasmitir aquellas palabras á la asamblea. Esta suspendió la sesion durante la noche para dejar obrar al tiempo y á la comision de gobierno.

XI. La cámara de los pares, sin embargo, compuesta en gran parte de amigos personales de Napoleon, no suspendió sus tareas. Una sesion nocturna disputaba allí aun la corona y el imperio á la necesidad. Los hermanos del emperador, Luciano, José y Jerónimo, su tio el cardenal Fesch, sus antiguos ministros, sus altos dignatarios, sus consejeros de estado, sus embajadores, sus generales, sus cortesanos, enriquecidos durante diez años con sus generosidades y engrandecidos con los títulos y dotaciones que les prodigara, representaban ante todo el partido desesperado de su fortuna. El emperador contaba aun, nó con su reconocimiento (habia harto viciado el corazon humano para fundar esperanzas en sus virtudes), sino en intereses ligados á los suyos. El destronamiento de su dinastía era para todos una caida personal. La ratificacion de la cámara de los pares era constitucionalmente necesaria al acta de la cámara de los diputados, que acababa de instituir un gobierno nacional en vez de un régimen imperial, voto secreto del emperador y de su familia. Este iba á protestar y combatir.

XII. Luciano, el mas intrépido, el mas elocuente, el menos impopular de aquella corte, subió á la tribuna á las diez de la noche. Intentó sorprender con un voto de aclamacion y de entusiasmo á aquellos hombres enervados ya por el sentimiento de la decadencia del pais que ya no les ayudaba, y cuya mayoría pensaba solo en que se le perdonara

el 20 de marzo por la monarquía que quisiera imponerlos la derrota de Waterloo.

«Se trata, esclamó bruscamente Luciano à la manera de los oradores antiguos ó de los tribunos de la convencion y de los clubs, dirigiendo la palabra á un pueblo á quien se arrebata fácilmente con la voz y con los ademanes, se trata de saber aquí si la Francia es una nacion independiente y libre. El emperador ha abdicado: *¡Viva el emperador!* Este es el grito de la Francia y de la monarquía. Todo interregno es una anarquía. Esta es la ley del estado; que la cámara de los pares, que ha jurado fidelidad á esta ley y al emperador, que no ha mucho ha renovado su juramento en el campo de mayo, declare con un movimiento espontáneo y unánime ante los franceses y estranjeros, que reconoce por emperador á Napoleon II. Yo soy el primero á dar el ejemplo. Juro fidelidad al emperador Napoleon II.»

XIII. Luciano habia creido hablar á un pueblo y hablaba á cortesanos. Su aclamacion espiró fria, aislada y sin eco en sus labios: su premeditada escena de la antigüedad ó de la revolucion fracasó en un siglo estragado con tantos dramas y esperimentado en quince años de esclavitud. Su improvisacion fué acogida con risas y murmullos.

Mr. de Pontecoulant, hombre grave, sensible, respetuoso con la desgracia, pero inflexible con los arrebatos que podian perder su patria, acostumbrado desde 1789 á las revoluciones y á las asambleas, sucedió á Luciano y esparció la calma patriótica de su palabra mesurada sobre la intempestiva provocacion de este.

«Lo que no habria dicho en la prosperidad del emperador, esclamó Pontecoulant, lo digo hoy que se halla herido por la desgracia. He recibido de él beneficios y honores, todo se lo debo, y le he permanecido fiel hasta que me ha librado de mis juramentos; pero se nos propone un acto inusitado, una temeridad sin deliberacion. ¿Quién sois vos que acabais de hablar así? Ese príncipe estranjero ¿es francés? Quizá lo sea por sus talentos y por los servicios que en otra época prestó á la libertad. Yo quiero reconocerle francés; pero ¿le reconoce la constitucion? Nó, la constitucion no ve en el sino un príncipe romano, y Roma no forma ya parte del territorio desde 1814. ¿Que quiere? Que se proclame á Napoleon II. ¿Quien es Napoleon II? Un niño, un soberano cautivo en Viena. ¿Y es ese el soberano que habríamos de reconocer como dueño de la Francia? Los senadoconsultos declaran un príncipe cautivo desnacionalizado. Seria necesaria una regencia; ¿cuál habria de ser? ¡La que vos proclamarais!

«Continuar el imperio sin el emperador al dia siguiente de Waterloo, dijo Mr. Boissy d'Anglas, seria una locura. ¡Al bajar del trono, el emperador arrastra el imperio con el!»

El asentimiento general á estas palabras de Boissy d'Anglas y de Pontecoulant, lleno de desesperacion el alma del jóven soldado, cuya complicidad en Grenoble habia acarreado, con el ejemplo, la defeccion del ejército, la ruina de la patria. No le quedaba otra cosa que la causa de Napoleon. Su caida echaba por tierra su fama, su ambicion y tal vez podria amenazar su vida. Agitábase sobre su asiento, sin que pudieran contenerle los consejos de sus compañeros inmediatos, mas desinteresados y reflexivos que su juventud, hasta que al fin se lanzó á la tribuna.

Era Labedoyere. Leíase en sus hermosas facciones el vértigo de sus remordimientos. Los hombres juiciosos de la asamblea deploraban su presencia en una tribuna en que aquel jóven tenia necesariamente que elegir entre la confesion humillante de una defeccion militar, y la obstinacion insensata en la pérdida de su pais. Ya habia hablado aquella mañana en favor de Napoleon II, refugio de los bonapartistas vencidos.

XIV. «Declaro nula la abdicacion del emperador, dijo con acento de injuriosa indignacion contra sus colegas, si no proclamais á Napoleon II.» Algunos murmullos de incredulidad le respondieron: «¿Y quien se opone a ello?» el orador prosigue con actitud mas amenazadora; «adoradores de todos los poderes que saben abandonar á un monarca con la misma habilidad que demuestran en halagarle!» Olvidaba que él mismo abandonó á los Borbones, protectores de su familia, despues de haber recibido de ellos grados y honores. «Sí, yo he visto á esos hombres, continuó en medio de las muestras de impaciente desden de sus colegas, á quien queria imponer silencio con sus injurias; yo he visto á esos hombres arrastrarse á los piés del soberano afortunado y abandonarle en la desgracia! ¡Rechazan á Napoleon II porque desean cuanto antes recibir la ley de los estranjeros á quienes ya dan el nombre de aliados y amigos!» La cámara se indignó al escuchar estas palabras. «¡Pues bien! yo dudare nuevamente, prosiguió animándose el jóven general con la resistencia, si Napoleon II no es proclamado, el emperador debe desenvainar la espada! ¡Se pondrá al frente de cien mil hombres! ¡Todos los corazones generosos se le unirán! ¡Se verá rodeado de esos valientes guerreros cubiertos de heridas y que aun conservan para él la última gota de su sangre!» Luego, volviéndose hácia algunos generales y mariscales mas impasibles que el y que su pensamiento, indicándoles á la opinion pública, esclamó: «¡Desgraciados de esos viles mariscales que ya le han abandonado y que tal vez en este instante mediten nuevas traiciones!» El escándalo de aquella acusacion de rebeldía en boca de un hombre que el mismo habia hecho traicion á sus deberes, anunció la tormenta en la asamblea. «La nacion, continuó Labedoyere, seria indigna del emperador si le abandonara segunda vez en sus infortunios!»

Al oir estas palabras, muchos diputados se levantaron para protestar contra aquel supuesto abandono harto desmentido con la sangre de treinta mil franceses, derramada por el en Waterloo, y que por su causa corria aun al pie de los baluartes de Paris. «¡Pues que! ¿no le hemos abandonado ya una vez? contestó el jóven militar admirado de que asi se le desmintiera, ¿no estamos dispuestos á abandonarle otra? ¡Hace pocos dias que, en presencia de la Europa, jurabais defenderle! ¿Qué se han hecho aquellos juramentos? ¿Dónde está aquel loco entusiasmo? ¿Dónde aquellos miles de electores órganos de la voluntad del pueblo? Napoleon volverá á encontrarlos, si, como yo pido, se declara que todo frances que deserte de sus banderas, será juzgado con todo el rigor de las leyes! ¡que su nombre sera infamado! ¡su casa arrasada! ¡su familia proscripta! ... ¡Así se acabarán los traidores y esos manejos que han ocasionado las últimas catastrofes de las cuales tal vez algunos de los autores se sienten entre nosotros!....» Labedoyere aludia con el pensamiento y la mirada al mismo mariscal Ney, que en la sesion de por la mañana consternó á la asamblea y refutó al orador confesando exageradamente los desastres de Waterloo, como si de este modo reparase su defeccion en Lons-le-Saulnier, sirviéndole de preliminar á su reconciliacion con los Borbones cuya vuelta habia presentado como inevitable. Empero estas imprecaciones y este delirio de Labedoyere invocando suplicios sobre las cabezas de supuestos traidores, como para apartar el golpe de la suya propia, encolerizaban á unos, impacientaban á otros e indignaban á todos.

Gritos unánimes reclamaron la severidad del presidente y la reparacion de aquellos ultrajes. «No, nada escucho,» contestó al tumulto general.

Valence, envejecido en los campos de batalla, se levantó para darle un consejo paternal, pero se negó á escucharle; Massena, encanecido en las victorias y siempre fiel á la Francia, le gritó: «¡Jóven, os olvidais de vos mismo!—Se cree aun en el cuerpo de guardia,» dijo con desden el anciano Lameth, que reconocia en aquellos apóstrofes los impotentes furores de la convencion que él arrostrara en otro tiempo.

Labedoyere, cuya voz ahogaba la indignacion de la cámara, paseaba lentamente su mirada sobre todos los miembros de la asamblea.» Está visto, dijo esforzando cuanto pudo la voz, que jamás se escucharán en este sitio sino palabras de sumision.» Al oir esta injuria colectiva, la asamblea, como si fuera una sola persona, se apresura á rechazarla y á devolvérsela con el desprecio al orador. «Sí, repitió en un tono insolente que agravaba su apóstrofe, sí, hace diez años que en esta cámara solo se han escuchado voces envilecidas!»

Lo escesivo del tumulto interrumpió por si mismo la deliberacion.

XV. El conde Segur pidió en terminos mas atentos y mas moderados que el gobierno tomase el título de regencia. A aquellos hombres les pareció que la nacion habia de tal manera olvidado sus propios títulos, que no podria regirse sino bajo el nombre de un soberano, aun cuando se halle ausente. Maret apoyó á Segur en pro de la dinastía que les llevaba á su esterminio; Lameth se opuso á la obstinada sujecion de la patria á una familia que condenaba á esta misma patria á sepultarse con una dinastía. El rey José, á quien se le hizo entrever el título de regente, insistió en vano. Flahaut y Maret se encarnizaron en aquella herencia que por lo menos salvaba el resto de la familia.

La asamblea tan solo decidió el nombramiento de dos individuos, sacados del seno de aquella, para completar el gobierno provisional.

La diputacion de la cámara de los pares, presidida por uno de los oradores que mas habian adulado al emperador en sus buenos tiempos, Lacepede, se presentó, muy entrada la noche, á las puertas del Elíseo, para anunciar á Napoleon que hasta sus partidarios le abandonaban, y que solo su familia ó su servidumbre habia sostenido el principio de su dinastía. Al salir de sus aposentos la comision de la cámara de los diputados, se encontró en el umbral con la de los pares; este fué el último golpe que recibieron las obstinadas esperanzas de Napoleon. Tenia fé en la elocuencia de Luciano, en el número de sus parientes, de sus servidores, de sus cortesanos que llenaban el recinto de la asamblea. Creia

encontrar allí á lo menos un punto de apoyo legal contra la movilidad y la independencia de los representantes; pero desengañado á las primeras palabras de Lacepede, no le fué posible disimular su cólera.

«No he abdicado sino por mi hijo, dijo con un tono amenazador, repitiendo los términos de su ayudante de campo Labedoyere; si las cámaras no le proclamasen, mi abdicacion seria nula..... ¡Permaneceré escudado con todos mis derechos!......»

Estos derechos de un solo hombre que disputaba frente á frente á la nacion el fallo que acababa de pronunciar, eran los que se habia adquirido con las bayonetas de algunos soldados el 18 de brumario, y recobrado el 20 de marzo escitando con maña el entusiasmo del ejército; pero la cámara de los pares, hija de estos dos manantiales, no podia oponerle derechos mas santos y le escuchaba en silencio.

«¡Segun la marcha que emprende el gobierno, añadió, vendrán los Borbones!..... ¡Muy pronto derramareis lágrimas de sangre!.... Vendrá el duque de Orleans, pero no os lisonjeeis, pues no le quieren los ingleses. ¿El mismo Orleans querrá subir al trono antes que la dinastía reinante haya abdicado?.... Esto seria una usurpacion.»

Discutia ya bajo el imperio de la necesidad. Aquel que tan á menudo invocaba el destino como derecho supremo, sufria tambien murmurando sus reveses. El destino era Waterloo y la consecuencia inevitable de una derrota sobre un imperio que solo tenia por base despues del 20 de marzo una victoria del ejército sobre el pueblo, vengada, desgraciadamente para la patria, con una derrota del ejército por el estranjero. El príncipe sucumbió á las consecuencias. La espada lo habia hecho todo: rota la espada, todo venia abajo: imperio, hombre, nacion.

LIBRO XXVIII.

Veinte y cuatro de junio.—Nómbrase á Fouché presidente de la comision de gobierno.—Formacion del nuevo ministerio.—Política de Fouché.—Manuel.—Sesion de la cámara de los representantes.—Adóptase en ella la mocion de Manuel.—25 de junio.—Parte el emperador de Paris.—Dirígese á la Malmaison.—Su proclama de despedida al ejército.—Se envian cinco plenipotenciarios para negociar la paz.—Entrevista de Fouché y de Mr. de Vitrolles.—Entrevista de Napoleon y de Benjamin Constant.—Consejos de los amigos de Napoleon para elegir el lugar de su destierro.—Adopta la América.—Le vigila la comision de gobierno.—Oposicion provisional de la comision á la partida de Napoleon.—Estancia en la Malmaison.—Instancias de la comision á Napoleon.—Le da pasaporte.—Napoleon le rehusa.—Proposicion de Excelmans á Napoleon.—Llegada de los aliados á Compiegne.—Propone Napoleon ponerse al frente del ejército.—Rehúsalo la comision de gobierno.—Encuentro de Mr. Flahaut y de Davout.—Napoleon y Maret.—Situacion crítica de Napoleon.—Su partida de la Malmaison.—Su despedida.—Su viaje.—Su detencion en Rambouillet.—Sus esperanzas.—Insinuaciones de Excelmans á Doumesnil.—Pasa Napoleon por Chateaudun, Tours y Poitiers.—Tumulto de Saint-Maixent.—Llega á Niort.—Aclamaciones del pueblo.—Llega á Rochefort el 3 de julio.—Renueva Napoleon su proposicion á la comision de gobierno.—Diversos consejos para la fuga de Napoleon.—Su vacilacion.—Respuesta de la comision de gobierno á su proposicion.—Embárcase Napoleon el 8 de julio en la fragata la Saale.—*Aléjase de Rochefort.—Visita la isla de Aix.—Entrevista de Mr. de Las-Cases con el capitan Maitland á bordo del* Belerofonte.—*El capitan de la* Medusa *propone forzar la línea del crucero inglés.—Repulsa de Napoleon.—Desembarca en la isla de Aix.—Su indecision.—Repulsa de la proposicion del capitan Baudin.—Unos alféreces de navío se ofrecen á conducirle á América.—Napoleon acepta.—Parte.—Es retenido por su comitiva.—Segunda entrevista de Las-Cases, Rovigo y Lallemand con el capitan Maitland.—Deliberacion sobre su partida.—Napoleon se decide á partir en el* Belerofonte.—*Su carta al príncipe regente de Inglaterra.—Sus instrucciones á Gourgaud.—Partida de Gourgaud de Las-Cases para Inglaterra.—Auséntase Napoleon de la isla de Aix.—Su despedida de Becker.—Embárcase en el* Belerofonte.—*Recibe la visita del almirante Hotham —Ancla el* Belerofonte *ante Torbay.—Únesele Gourgaud.—Se hace á la vela y entra en la rada de Plymout.—Reúnese en consejo el ministerio inglés para tratar de la suerte de Napoleon.—Es declarado por los aliados prisionero de guerra y conducido á Torbay.—Exígenle su espada.—Su despedida.—Su dolor al saber la capitulacion de Paris.—Se embarca en el* Northumberland.—*Su protesta contra la Inglaterra.—Partida para Santa Elena.*

I. En adelante los sucesos iban á dominarlo todo, y Fouché iba á gobernar tan solo por los sucesos. En esta misma noche fué nombrado presidente de la comision de gobierno por los votos de Carnot y de Quinette, reunidos al suyo propio que se dió para quitar el ascendiente de la presidencia á Caulaincourt, ó á Carnot, cuya fidelidad ó flaqueza por Napoleon temia. Nombró á un hermano de Carnot para el ministerio de lo interior, para el de negocios estranjeros a Mr. Bignon, genio mas erudito que político, y al que era tan fácil halagar como engañar. Pelet de la Lozere, hombre honrado, patriota y conciliador, prenda de moderacion para todos los partidos que era preciso calmar, obtuvo el ministerio de policía; Boulay de la Meurthe, influencia napoleónica que habia que utilizar y anular á la vez encomendándole un puesto poco político, el de justicia, y el mando en jefe de la guardia nacional se dió á Massena que acababa de manifestar su independencia en la cámara de los pares, y cuyo nombre se enaltecia por su inmaculada gloria militar.

Empleóse el resto de la noche por la comision de gobierno y los ministros en la mas grande concentracion posible de los restos del ejército al rededor de Paris á fin de dar tiempo y una base militar á las negociaciones que se iban á entablar. Para un talento tan perspicaz y generalizador como el de Fouche no eran en realidad estas negociaciones mas que un tributo rendido á las apariencias y a las susceptibilidades del pais. Demasiado se le alcanzaba que no se negocia mas que entre fuerzas iguales, ¿pero dónde estaban las fuerzas? Aniquiladas de un solo golpe en Waterloo. Los agentes confidenciales de Fouché pululaban ya en la corte de Luis XVIII y en el cuartel general de Wellington. Dar á entender al rey que iba á sonar para el la hora de volver, convencer á Wellington de que solo el podia abrir para el rey y los aliados las puertas de Paris sin nueva efusion de sangre; persuadir á Mr. de Talleyrand, y por su medio al gabinete del rey, que el solo tambien podia pacificar la Francia; adormecer las cámaras, fascinar, engañar ó avasallar á la comision de gobierno; despedir al emperador, y en fin, presentar por su propia mano, mano regicida, el pueblo al rey y el rey al pueblo; tal fue desde este primer dia el objeto a que se dirigieron los actos todos, públicos ó secretos de Fouche. Nunca ministro alguno emprendió tarea mas ardua y peligrosa ni la llevó á término con mas audacia y habilidad. Fouche contaba con la medianía de las inteligencias y ductilidad de caracteres que le rodeaban, y al propio tiempo con la impaciente ambicion de reinar, por cuyo impulso se amoldaba Gante á su voluntad. Y no se engañó al confiar, aun escesivamente, en la nulidad de unos, el servilismo de otros y el ansia de una corte desterrada, por subir al trono. Sirviéronle todos los vicios y todas las ambiciones, porque para utilizarlas habia esperimentado de antemano su influencia sobre los animos, teniendo el humillante valor de contar con su ausilio.

II. Pero ofreciase una dificultad. Sabiendo al despertar el emperador, apegado al Elíseo, que Grouchy se avanzaba incólume sobre Paris, y que se reorganizaban fuerzas importantes á las órdenes de Excelmans y otros generales enérgicos entre Paris y Wellington, se arrepentia ya de una abdicacion demasiado precipitada, y fomentaba por medio de sus últimos partidarios una nueva discusion en la cámara de los representantes. Si se proclamaba la regencia, se arrogaba de nuevo el poder en nombre de su hijo; si se rechazaba, reintegraba de nuevo el imperio, alegando la falta de cumplimiento á la condicion que habia impuesto, segun él, á su abdicacion.

Hace, pues, reproducir al abrirse la sesion la proposicion de proclamar á Napoleon II mejor dirigidos los esfuerzos de la cámara. Regnauld de Saint-Jean d'Angely, Boulay de la Meurthe, Defermon, consejero de estado, émulos de Fontanes y Cambaceres, estaban seguros de triunfar de la irresolucion de sus colegas. Instruido Fouché de esta tentativa, que podia desconcertar sus planes, vaciló un momento entre combatirla á cara descubierta ó desconcertarla por medio de una aparente indiferencia. Necesario era escoger entre el peligro de una reinstalacion de Napoleon en el trono y al frente del ejército, si la cámara rehusaba el proclamar á su hijo, y el riesgo mas lejano de romper las negociaciones con las potencias y retardar la vuelta de Luis XVIII, si la camara proclamaba de antemano la soberanía de Napoleon II. Dispuesto para ambas eventualidades, se decidió á esperar el giro que al oir á los orado-

res, tomase la cámara, vacilante en pro ó en contra de la dinastía de Napoleon.

Manuel, á quien Fouché se habia confiado, se preparaba á apoyar con su acreditada elocuencia, con sus discursos patrióticos y fascinadores, el pensamiento político del hombre que maniobraba por fuera en este conflicto de tantas y tan encontradas opiniones. Jóven, nuevo, con una reputacion naciente y pura, sereno y mesurado para resolver, dotado de gran valor y de un golpe de ojo penetrante, de un patriotismo casi republicano, que le ponia al abrigo de toda sospecha de connivencia con los Borbones, Manuel era en la cámara mas que un simple orador; era ya el preludio de un hombre de estado. Aunque al principio de su carrera, gozaba de gran crédito entre sus colegas y de mas aun fuera de la cámara. Distinguíanle con su amistad especial La Fayette y Sebastiani. Enemigo de Napoleon por el instinto de un alma elevada y libre, habíase unido, nó esclavizado, á Fouché y á los liberales cansados de sufrir el yugo, por el deseo de hacer surgir ó la república ó el gobierno constitucional de las ruinas de aquel despotismo militar. Tal era la situacion de la asamblea el 25 de junio al medio dia.

III Habiendo insistido Mr. Dupin, impelido por el afan de facilitar el acomodamiento con los Borbones y dar vado á las negociaciones con los aliados, que su esquisito tacto y el conocimiento de las circunstancias le indicaban como la necesidad y la salvacion comun, en que el nuevo gobierno prestase juramento de fidelidad tan solo á la nacion, fué su mocion la señal de una lucha cuyo éxito, cualquiera que fuese, podia devolver á Napoleon el cetro ó la espada por algunos dias.

Defermon preguntó imperiosamente que quién tenia carácter para recibir semejante juramento, y que si no habia un emperador. «Sí, le contesta el partido de los bonapartistas; tenemos emperador; queremos á Napoleon II. Es nuestro soberano por las leyes fundamentales, y á este solo nombre el ejército y la guardia nacional se agruparán en rededor de la patria.—Sí, sí» insisten de nuevo aumentadas las voces con ese poderoso eco que presta el patriotismo á todas las mociones que llevan el sello de un arrogante desafío al estranjero. Este eco se prolonga y hace estallar al fin en la sala el grito de *¡viva el emperador!* Teme Beranger que una aclamacion de bravura se tome por una proclamacion meditada de un nuevo imperio, y reclama una noche de reflexion. La cámara, mas serena, aplaude. Indígnase Boulay de la Meurthe de esta indiferencia. «La Francia está perdida, si aparentamos siquiera dudar que el poder ha recaido en el hijo del emperador, esclama, reprochando la desidia de sus colegas. Rodeados de muchos intrigantes, de muchos facciosos fuera de este recinto, prosigue el orador de Napoleon aludiendo á Fouché, á los realistas, á los republicanos y á La Fayette, quisieran hacer declarar vacante el trono para instalar en el á los Borbones. La Francia seria otra Polonia; los estranjeros se repartirian sus girones. Existe una faccion orleanista » Óyense murmullos de incredulidad, y Boulay continúa: «Sí; me consta que esta faccion existe, y que obra de acuerdo con los republicanos. Si el duque de Orleans aceptase el trono, seria para devolvérsele á Luis XVIII. Precaved esas intrigas, destruid esas maquinaciones, proclamad á Napoleon II emperador de los franceses.»

IV. Aplaúdese á Boulay, y otros oradores de la misma opinion le secundan. Mouton Duvernet, uno de los generales mas comprometidos en la defeccion del 20 de marzo, se propasa á decir que no habrá francés que no corra á las armas para servir al jóven emperador. Esta palabra de corte escita el adormecido orgullo de la representacion, y Flaugergues, indignado del servilismo de las espresiones, esclama: «Todos, generales y emperador están al servicio de la nacion.» Regnault de Saint-Jeand d'Angely repite y amplifica lo dicho por Defermon, y Dupin le sucede en el uso de la palabra.

«Si el mismo Napoleon, dijo con una fuerza de argumentacion que no daba lugar á réplica, hubiera creido poder ser útil á la nacion, ¿hubiese dejado á otro el honor de salvarla abdicando? ¿Cómo esperar de un niño lo que un héroe no espera hacer en nuestro bien por sí mismo?» La fraccion del Elíseo quiere acallar su voz, pero él continúa con grande impasibilidad: «¿Podrá un niño cautivo lo que su padre, libre y soberano, reconoce por su abdicacion no poder ejecutar? ¿Pregúntase que quién pondremos frente al enemigo? Yo os contestaré en el acto.—¡La nacion! La nacion, que precede y sobrevive siempre á sus gobernantes.»

Dupin, cuyo pensamiento flotaba, segun se dice, hácia el duque de Orleans, habia llevado á la cámara demasiado lejos para lo que acomodaba á Fouché. Este ministro, que hubiera sido favorable algunas semanas antes á este espediente, tenia el buen juicio de reconocerle imposible despues de Waterloo. Esta batalla devolvia inevitablemente el cetro al príncipe y al principio de la legitimidad. La corona, ofrecida al duque de Orleans, hubiera sido un obstáculo mas á la pacificacion de la patria, un desafío sin fuerza á la Europa, una prolongacion de las calamidades públicas. La vana proclamacion de Napoleon II no ofrecia estos inconvenientes, pues no teniendo mas valor que el de una protesta impotente, desarmaba momentáneamente á los bonapartistas y al ejército, y daba espacio para emanciparse con el alejamiento del emperador, de la amenaza y las alarmas de su presencia en Paris. Fouché apresuró este desenlace con el mismo ardor que hubiera empleado la víspera en alejarle, y para ello subió á la tribuna su órgano Manuel.

V. Fué su discurso largo, razonado, sorteando todas las opiniones con esa aparente justicia que concede á cada partido su parte de honor para obtener en cambio atencion y asentimiento. Analizólos sin desalentarlos, segregando ante todo el partido de los orleanistas que Dupin habia hecho presentir. «El peor de los riesgos, dijo al concluir, entre tantas opiniones que nos dividen, es dejar en descubierto y sin defensa a la patria, por nuestras vacilaciones. Pronunciémonos por Napoleon II.» Despues de esta conclusion que entusiasmó al partido bonapartista, leyó el orador un proyecto de declaracion en este sentido, pero cuyo ambiguo é indeciso testo se asemejaba mas bien al aplazamiento de reconocimiento de otro gobierno, que á la proclamacion del de Napoleon II. Las asambleas esquivan con placer una cuestion estrema por medio de uno de esos giros ó recursos utilizables para todos los partidos. Manuel habia salvado sencillamente el honor de los partidarios obstinados del emperador, consumando en realidad su derrota.

Fouché, vencido en apariencia, triunfó. Obligado el emperador á manifestarse satisfecho, se vió en la necesidad de ceder el puesto al supuesto gobierno de su hijo, alejándose del Elíseo y de Paris. Ya el representante Duchesne pedia en la tribuna que se le intimase la partida De todas partes recibia avisos siniestros del peligro que corria prolongando su estancia en el palacio. Ora fuesen maniobras secretas de la policía de Fouché para intimidarle, ó meticuloso celo de sus adictos para preservar su vida, no cesaban de asediarle con la perspectiva de calabozos, raptos, puñales ó venenos, acibarando su ánimo con crueles sospechas.

El estado no podia en verdad soportar impunemente dos señores, teniendo el enemigo en lo esterior y las facciones en lo interior. El Elíseo estaba desierto. Un veterano solo custodiaba la puerta que podia ser forzada por la mas pequeña conmocion en los partidos. El emperador comprendió la necesidad de abandonar una capital inquieta con su presencia, y que despues de haberle acogido le abandonaba en su aislamiento.

VI. Hizo quemar á su presencia por sus ayudantes y secretarios cuantos papeles habia recibido desde el 20 de marzo, y cuyo contenido pudiera servir de base para acusaciones de complicidad en su regreso. Solo reservó su correspondencia familiar.

El 25 al medio dia partió del Elíseo para la Malmaison, mansion donde trascurrieron un dia sus mas hermosos años de poderío, de gloria y de felicidad, llena á la sazon del duelo de su fortuna y de los amargos recuerdos de su primera mujer la emperatriz Josefina Beauharnais, que acababa de morir allí. Su hija política, Hortensia de Beauharnais, á la que habia querido hasta el estremo de ceñirla la corona de Holanda, y de destinar el imperio á su hijo, le habia precedido y le aguardaba en la Malmaison. Esta mujer, á la que habia protegido en la infancia y hecho reina, pero á cuya madre repudió, solicitó de Luis XVIII, despues de la primera restauracion, el título de duquesa de Saint-Leu y la facultad de residir en el suelo patrio. Despues habia conspirado para el regreso de Napoleon, sosteniendo el fanatismo del imperio, por ambicion ó por sensibilidad en el ánimo de los oficiales jóvenes que la rodeaban; pero fiel al menos á su desgracia, se dedicaba con abnegacion á endulzar las tristes horas de la separacion, y le ayudaba á descender menos rudamente de la cumbre de los tronos á donde él la llevó en otro tiempo. La madre le habia franqueado el camino de la omnipotencia, la hija le franqueaba el del destierro.

VII. Los lugares impregnan el alma de recuerdos. El emperador, á quien sus mas entusiastas y lisonjeros biógrafos, sus mas constantes secuaces representan dominado desde Waterloo de una especie de estupor moral atestiguado por tanto descaecimiento, tanta incertidumbre, irresolucion y sobresalto desde el campo de batalla hasta su salida del Elíseo, pareció recuperar en la estancia donde se deslizó su juventud el temple de alma que le era habitual, la fuerza de resolucion y el vigor físico. «No habia aprendido bastante, dice su secretario íntimo é historiador doméstico, á luchar contra la adversidad.» Acogido en la cuna por la prosperidad y llevado en sus alas hasta el pináculo de la humana felicidad, habia estudiado á medias la influencia de los sucesos sobre los grandes hombres, pues le faltaron los castigos y las decepciones.

Entre los muros de la Malmaison hallóse en la morada de su gloria, en el pensil de su recreo, en la soledad y el silencio de su retiro, en el goce de la solicitud y la ternura de una hija adoptiva. Dejó volar su fortuna hácia París á la ventura, impelida por el soplo de Fouché y de los sucesos sin echar una mirada atrás, y dedicando los primeros dias en su totalidad al olvido de lo presente y á lejanas memorias, su alma se dilató aliviada del peso del mundo y de su propio destino. Así el hombre: feliz llevando, y feliz tambien dejando cuando el peso es abrumador. Sus confidentes y Hortensia le hallaron tal como siempre le habian ideado.

VIII. Sin embargo, un dia y una noche pasados en aquel lugar tan lleno de sus recuerdos del consulado, le evocaron el de aquel ejército en que habia sido el héroe, y no quiso abandonar la patria sin dirigir por última vez á sus compañeros de armas un adios mas triste y eterno que el de Fontainebleau. El eco de su voz en los campos le era grato aun despues de haber abandonado el mando y el imperio. Encerróse en su gabinete y escribió una proclama para el ejército de París. Pero en esta proclama resaltaba todavía demasiado el acento del emperador y el tono habitual de la soberanía, para que no pareciese á sus confidentes una retractacion de la abdicacion y una amenaza al gobierno y á las cámaras. Se lo hicieron notar y se vió obligado á reconocerlo. El acto por sí solo pecaba de osado en un hombre que no era mas que un ciudadano sin título y un general sin mando. Podia tolerarse en consideracion á la novedad de la vida privada para un hombre que durante veinte años no habia tenido otra persona á su nivel; mas era preciso que no se agravase por el tono dominador que no convenia al soberano destronado. Modificó dócilmente las espresiones tildadas, y remitió su proclama, así modificada, á los periódicos de París.

«Soldados:

«Cuando cedo á la necesidad que me fuerza á alejarme del valiente ejército francés, me acompaña la lisonjera certidumbre de que justificará los elogios que nuestros mismos enemigos no pueden rehusarle, prestando los eminentes servicios que la patria espera de él

»Soldados: aunque lejos de vosotros, yo seguiré vuestros pasos. Conocedor de todo el ejército, no habrá cuerpo alguno al que no tribute la debida justicia por el valor que haya desplegado cuando obtenga algun señalado triunfo sobre el enemigo. La calumnia se ha ensañado contra nosotros. Hombres indignos de apreciar vuestras hazañas, han visto en las pruebas de adhesion que me habeis dado, un celo del que yo era el solo y personal objeto; enséñenles vuestros futuros hechos de armas, que al obedecerme servíais ante todo y sobre todo á la patria, y que si alguna parte tengo en vuestro afecto lo debo á mi ardiente amor por la Francia, nuestra madre comun. Soldados, algunos esfuerzos mas, y la coalicion se disuelve. Napoleon os reconocerá en vuestras operaciones.

»Salvad el honor, la independencia de los franceses: sed hasta el fin tales como os he conocido durante veinte años, y sereis invencibles.»

IX. Esta proclama estaba en demasiado desacuerdo con las circunstancias para que pudiese producir tambien grande eco en el ejército. Era el lenguaje de la victoria en boca del jefe vencido y abatido. Prometer la disolucion de la coalicion á costa de algun corto esfuerzo á un pueblo cuyo ejército sin jefe estaba desorganizado, y cuyo emperador acababa de arrojar su espada, y de entregar el cetro á sus enemigos, era una irrision que solo podia respetarse en el hombre á quien el esceso de la adversidad robaba el genio. El gobierno, á quien trasmitió el Elíseo esta proclama, la recibió con desden y no permitió que se publicase.

El emperador, que preguntó repetidas veces al dia siguiente qué efecto habia producido su proclama, y supo por sus ayudantes la indiferencia con que la recibieron Fouché y sus colegas, se vió obligado á devorar en silencio este ultraje. Era la vez primera que aquella voz cuya vibracion habia estremecido al mundo no hallaba en París un eco que la repitiera.

X. Apenas habia partido el emperador para la Malmaison, cuando Fouché y los miembros de la comision, secundando en esto los deseos de las cámaras y la opinion pública, nombraron plenipotenciarios encargados de ir á negociar una suspension de hostilidades ó la paz al cuartel general de Wellington y de Blucher. Estos plenipotenciarios fueron hábilmente escogidos entre los hombres importantes de ambas cámaras que se habian demostrado mas hostiles á Napoleon y á su familia despues de sus reveses, y que al propio tiempo daban en la apariencia mayores garantías de independencia por sus antecedentes y por sus opiniones patrióticas. Eran Sebastiani, diplomático y militar á la vez, adicto mucho tiempo al emperador, á la sazon separado de él, resentido, aliado á la alta aristocracia borbónica por la casa de Coigny por haberse casado con una hija de ella, y demasiado inteligente para dejar de comprender que entre Luis XVIII y Napoleon no habia mas que quimeras é imposibilidades.

D'Argenson, hombre honrado y patriótico, sin repugnancia contra los Borbones, de los que su elevada cuna le hacia cliente natural, pero bastante independiente de carácter para sacrificar en caso de necesidad su misma cuna á sus opiniones casi radicales; por lo demás, hombre muy fácil de engañar por sus virtudes.

Pontecoulant, corazon honrado, de sereno juicio, alma sin fanatismo y sin preocupaciones, antiguamente partidario de la corte, mas tarde de la revolucion moderada, algun tiempo del imperio, y siempre del honor, norte constante de todas las acciones de su vida; nadie era mas capaz que él de sacar á salvo la dignidad de su patria, aun cediendo á la fuerza de las circunstancias y aceptando una restauracion liberal que no repugnaba á su nombre ni á sus recuerdos.

Laforet, antiguo embajador de la república y de Napoleon, convencido de la necesidad de la paz, y capaz de negociarla, establecidas las bases de la negociacion.

La Fayette, en fin, uno de los hombres que mas se habian encarnizado contra Napoleon abatido para impedir que se repusiese, engañado, despues de la caida de este, en la vaga esperanza que concibiera de erigir sobre sus ruinas una república, cuyo pensamiento aplazaba sin dificultad para otros tiempos; paciente siempre, siempre engañado, espiando en todo momento su hora y habiendo afectado en esta negociacion ilusoria una especie de papel que, aunque insignificante, no repugnaba á la importancia de su nombre.

Benjamin Constant, amigo de La Fayette y de Sebastiani, desorientado á la vez en la oposicion liberal, á la que habia hecho traicion, y en el favor imperial que se derrumbaba á sus piés, fué nombrado secretario de este congreso de negociadores, lo cual era para este hombre de tantas caras un medio hábil de aparentar servir á la vez un resto de la causa napoleónica en la causa de la patria y de la paz. Interpuesto á los ojos de los patriotas, entre la Francia y el estranjero, surgia así de las ruinas del 20 de marzo y de Waterloo por medio de una capitulacion en la que al menos apareceria que habia por su parte estipulado en favor de la libertad. Su perspicacia y su inteligencia eran demasiado elevadas para que contemplase bajo otro aspecto este simulacro de negociacion.

XI. Las instrucciones dadas á estos negociadores por la comision de gobierno, se cifraban en que la base de su negociacion habia de ser la integridad del territorio francés, la esclusion de los Borbones, el reconocimiento de Napoleon II. En el caso de que no se consiguiera que los aliados aceptasen estas tres bases, debian los negociadores concentrar todos sus esfuerzos en la obtencion de un armisticio. La primera parte de estas instrucciones no era en realidad mas que una letra muerta destinada únicamente á adormecer por algunos dias lo poco que quedaba de pasion bonapartista en las cámaras y el pueblo. El armisticio era la única cosa seria. Si no se obtenia, atestiguaria al menos á las cámaras que Fouché y sus colegas habian concentrado sus esfuerzos para conseguir una negociacion en favor del hijo de Napoleon; si se obtenia, daba á la Francia un apetitivo de la paz, por la que ansiaba demasiado para estar dispuesta á renovar la guerra al espirar las treguas, y daba espacio para que los gérmenes del imperialismo se aniquilasen en París, para que los de restauracion se desarrollasen, y se trabajasen en este sentido los ánimos.

No se engañaba Fouché á sí mismo por esta fingida esperanza de exito, que en su mente no cabía respecto á una negociacion imposible; pero engañaba á todos los partidos: al imperialista, al republicano, al liberal ú orleanista. Todo hace creer que á escepcion del ministro de negocios estranjeros Bignon, y de D'Argenson, hombre fácil de engañar por su mucho candor, los otros negociadores estaban en el secreto y no tendian en realidad mas que á un objeto, al armisticio. Cuanto se ha escrito antes y ahora sobre las supuestas esperanzas que habia en el éxito de esta negociacion, es una ilusion que estos diplomáticos han querido prolongar mas allá de los sucesos para halagar al partido bonapartista ó al orleanista en Francia. La verdad histórica está en la voluntad de los aliados y en la de Fouché. Ni los aliados vencedores, ni Fouché vendido por el interés de su ambicion á Luis XVIII, querian otra cosa que la restauracion de la casa de Borbon.

XII. Fouché conducia á la vez una negociacion triple: oficial con los aliados, por medio de los negociadores cuya mision acabamos de referir; confidencial con lord Wellington, á quien comprometia á influir sobre la corte de Gante, para obtener las declaraciones mas liberales que fuera posible en favor de la Francia; íntima, en fin, con Luis XVIII, cerca del cual quiso enviar á Mr. de Vitrolles, para compelerle á lanzarse

entre su pueblo y los estranjeros. Mr. de Vitrolles, al que hemos visto desempeñar el papel de negociador voluntario y oficioso en 1814 entre los realistas de Paris y el conde de Artois, habia adquirido cierta importancia por su actividad y su habilidad para insinuarse entre todos los partidos en la corte del conde de Artois. Encargado por el rey, poco antes del 20 de marzo, de promover en Tolosa la insurreccion contra el emperador, lo iba consiguiendo cuando fué aprisionado por el general Chartran, conducido á Paris para ser juzgado y encerrado en Vincennes. Sus relaciones con Caulaincourt y con Fouché sirvieron para devolverle la libertad, á instancias de su esposa, así que abdicó el emperador. Fouché le encargó que fuése á invitar á Luis XVIII que precipitase su regreso á Francia, el mismo dia en que nombraba negociadores cerca de las potencias para la espulsion de los Borbones.

«Ya veis, le dijo, que las dificultades de la situacion son supremas. Yo aventuro mi cabeza diariamente hace tres meses por la causa de la Francia, de la paz y del rey. La cámara acaba de proclamar á Napoleon II, lo cual es un paso hácia los Borbones. Esto era inevitable; pero ese nombre imposible tranquiliza á los hombres sencillos y sistemáticos, que se imaginan, como mi colega Carnot, que la salvacion de la Francia y de la libertad estriba en esa quimera de imperio liberal en manos de un niño prisionero de la Europa. Es necesario dejarles pasar algunos dias con esta ilusion, los que basten para desembarazarnos de Napoleon; Carnot y sus amigos se pagan de palabras vanas, con tal que suenen en sus oidos los nombres de patria y libertad. Despues de este período de los flamantes partidarios de Napoleon II, vendrá el de los partidarios del duque de Orleans. Este príncipe, añadió Fouché, aumentando con intencion á los ojos de Mr. de Vitrolles la importancia de esta faccion, cuenta aquí numerosos adeptos.»

La verdad era que esta faccion, muy escasa á la sazon, solo tenia valor en algunas reuniones de diplomáticos e imperialistas que trataban de conciliar á toda costa su defeccion al imperio con su repugnancia á los Borbones. Así, pues, no causaba seria inquietud á Fouche; pero le servia para enaltecer el precio de sus servicios al rey, exagerando los obstáculos que se creaba voluntariamente para hacer alarde de vencerlos en pro de la causa real.

Alarmado Mr. de Vitrolles por esta falsa confidencia de Fouché, rehusó ir á Gante, para permanecer en Paris y vigilar en interés de Luis XVIII y del conde de Artois las supuestas intrigas del partido de Orleans. No queria otra cosa Fouche, porque teniendo bastantes intermediarios confidenciales entre él y los príncipes en Gante, sabia perfectamente que Mr. de Vitrolles no dejaria de hacer valer en su correspondencia con el conde de Artois lo peligroso que era el partido orleanista y el mérito que contrarestándole contraia Fouché. Mr. de Vitrolles solo exigió á este ministro que le respondiese de su libertad y su cabeza si permanecia en Paris.

«¡Vuestra cabeza! respondió Fouché sonriéndose, ¿cómo podria garantirosla, cuando yo mismo no estoy seguro de la mia? Lo mas que puedo hacer es prometeros que las dos caerán juntas.» Mr. de Vitrolles, hombre de gran aptitud para la diplomacia secreta y las dobles confidencias, recibió de Fouché numerosos pasaportes para Gante, destinados á sus agentes, y la invitacion de venir á conferenciar todos los dias sobre los intereses del rey.

XIII. Antes de partir para el cuartel general de los soberanos, fué Benjamin Constant á despedirse del emperador, y habiéndole preguntado que asilo pensaba escoger en el mundo para acabar sus dias lejos del trono, le contestó el emperador con tono de grande indiferencia por su propia suerte: «Aun no estoy decidido; la fuga me repugna; y por otra parte, ¿que inconveniente puede haber en que permanezca aquí? ¿Que quereis que hagan los estranjeros de un hombre desarmado? Viviré en este retiro con algunos amigos que permanecerán adictos, nó á mi poder, sino á mi persona.»

Napoleon se complacia en describir esta vida pacífica e indiferente, como si la pasada grandeza no ofreciese con su actual estado contraste notable, y fuera cosa llana el descender de la altura del trono á la vulgaridad de la vida privada.

«Si no se me quiere dejar aquí, ¿á dónde exigen que vaya? ¿A Inglaterra? Mi permanencia allí será ridícula ó alarmante, pues aun cuando estuviese tranquilo, lo cual no se creeria, hasta se sospecharia que la niebla me condujese á vuestras costas, se me declararia fuera de la ley, comprometeria á todos mis amigos, y á fuerza de decir: ¡ahí está! ¡ya llega! me darian la tentacion de venir..... La América seria mas conveniente, y en su suelo podria vivir con dignidad; pero lo repito, ¿que tengo que temer permaneciendo aquí? ¿Qué soberano podria perseguirme sin envilecerse? Al uno he devuelto la mitad de sus estados, y ¡cuantas veces el otro me ha estrechado la mano felicitándose de ser el amigo de un grande hombre!..... Además, lo pensaré, continuaba; no quiero luchar con la fuerza abierta..... Vine á Paris para combinar nuestros últimos recursos.... Se me abandona con la misma facilidad que se me recibió..... ¡Pues bien! que borren, si es posible, esta doble mancha de debilidad y lijereza! Cúbranla al menos con alguna lucha, con alguna gloria! Hágase por la patria lo que no se quiere hacer por mí! Pero no lo espero, añadia con el acento de la incredulidad. Hoy me entregan para salvar la Francia, segun dicen: mañana me entregarán la Francia para salvar sus vidas.»

XIV. Felicitándole despues otro interlocutor por la partida de los plenipotenciarios, que iban á presentar á las potencias el reconocimiento de su dinastía como *ultimatum* de la Francia: «Nó, le contestó, los aliados tienen demasiado interés en imponeros á los Borbones para que consientan en coronar á mi hijo. El nombre de los plenipotenciarios desmiente sus instrucciones. La Fayette, Pontecoulant y Sebastiani son enemigos mios, han conspirado contra mí; los enemigos del padre no pueden ser amigos del hijo. Por otra parte, las cámaras obedecen a Fouché. Si ellas me hubieran dado lo que á el prodigan, yo habria salvado la Francia. Mi sola presencia al frente del ejército hubiera hecho mas que todas vuestras negociaciones.» Olvidaba que el mismo habia abandonado á ese ejército, en el que su presencia, efectivamente, hubiera podido servir aun para combatir ó negociar. «Solo yo, repetia sin cesar, podria repararlo todo; pero vuestros gobernantes preferirian lanzarse en el abismo á salvarse conmigo.»

Estos gobernantes eran, sin embargo, todos los hombres del 20 de marzo, sus ministros, sus mariscales, sus lugartenientes, sus partidarios, que habian aventurado con él y por él el último ejército de la Francia. Pero la ambicion no se satisface jamás si no se la sacrifica hasta la patria.

La afectacion de que hacia alarde considerándose en perfecta libertad de prolongar su estancia en la Malmaison, tenia evidentemente por objeto el esperar todavía alguna reaccion á su favor. En las conversaciones reservadas con sus confidentes mas íntimos, Caulaincourt y Maret, hablaba ya de retirarse á Inglaterra para reclamar la hospitalidad de un pais libre. Maret le disuadió.

Caulaincourt le aconsejó que, en el caso de adoptar este partido, no perdiese momento para asegurar el exito, embarcándose en un barco contrabandista para abordar á las costas de Inglaterra, y conseguido esto, que se presentase ante el primer magistrado del lugar donde desembarcase para invocar la proteccion que la Inglaterra otorga á todo estranjero que pisa su suelo. Habiendo oido á ambos volvió á meditar y pareció que se inclinaba á optar por la America. Envió á pedir al ministro de marina la lista de los buques americanos que habia anclados en nuestros puertos, y se la remitieron.

«Llamo, señor, muy especialmente vuestra atencion, le decia el ministro en la carta que contenia estas noticias, sobre un buque americano estacionado en el Havre; su capitan se halla en mi antecámara, su coche enganchado á mi puerta; va á partir, respondo de él, aguarda vuestras órdenes: mañana, si quereis, estareis en alta mar bajo un pabellon secreto, al abrigo de los ataques de vuestros enemigos.»

Caulaincourt, interesado como miembro del gobierno en librar á la Francia del peligro á que la esponia la presencia de su señor, y comprometido como amigo de Napoleon y por su propio honor á responder de su seguridad, insistió vivamente en que el emperador aprovechase esta ocasion providencial para alejarse. «Sé muy bien, le contestó Napoleon con injusta acritud, que se querria verme ya en camino para desembarazarse de mí y hacerme caer en manos de mis enemigos.» Un gesto de indignacion y reproche que hizo Claulaicourt, dió márgen á que el emperador le dijese que no pensaba en él al pronunciar tales palabras. «Y sobre todo, ¿que tengo que temer? repitió de nuevo á su antiguo ministro, á la Francia cumple el protegerme.»

XV. Entretanto las cámaras instaban para que el gobierno alejase en él la rémora á las negociaciones, el pretesto para la agitacion de Paris, el tribuno todavía peligroso del ejército. Instado á su vez el emperador por el gobierno, contestó que estaba pronto á embarcarse para los Estados Unidos con su familia, si se le facilitaban dos fragatas. El ministro de marina dió al instante las ordenes para que se armasen, y Mr. Bignon, ministro de negocios de estranjeros, reclamó salvoconductos á lord Wellington.

Pero el gobierno y las cámaras, en vista de la vacilacion de Napoleon, y temiendo, segun los multiplicados indicios que recibian de la Malmaison, que tanta indecision y tanta lentitud fuesen táctica premeditada para consumir tiempo y espiar la ocasion de hacerse arrebatar por un cuerpo de ejército, ó para ponerse personalmente al frente de un movimiento militar que renovaria el incendio y echaria abajo las cámaras, se

decidieron á hacerle vigilar por un comandante militar de su residencia, cohonestando solo á medias la cautividad con los honores tributados á su antiguo rango.

El general Becker, cuñado del general Desaix, muerto en Marengo al decidir la primera victoria de Napoleon, recibió la órden de apersonarse en la Malmaison y de tomar el mando de la guardia del emperador, dándola el carácter de guardia de honor responsable de la seguridad del príncipe destronado. Mas al propio tiempo se le impuso el deber de impedir que el nombre ó la persona del emperador sirviese para escitar turbulencias.

Davout, ministro de la guerra é investido del mando en gefe del ejército despues de la abdicacion, intimó al general Becker las órdenes á la vez respetuosas y severas, anejas á semejante mision. Adicto Napoleon, pero mas aun á su patria y á sus deberes de soldado, recibió estas órdenes con sentimiento y las cumplimentó de una manera conveniente y leal. Napoleon no podia dejar de comprender su verdadera significacion, y desde luego vió en ellas la primera amenaza de los estremos á que podian arrojarse las cámaras, sus enemigos y aun sus amigos en el gobierno, si prolongaba su indecision. Indignóse al pronto, como en Fontainebleau y en el Elíseo, pero luego se doblegó aparentando la mayor indiferencia y hasta cierta indulgencia, como si hubiese querido ocultar á sus propios ojos la situacion á que se hallaba reducido, dando á entender que mandaba cuando se veia compelido á obedecer. Sus allegados llegaron á temer en cosas mas siniestras: hablábase de una órden de detencion y de prision de estado.

Gourgaud, jóven apasionado, cuya adhesion se aumentaba con la adversidad, como es propio de almas nobles, juró traspasar al primero que osara poner la mano sobre su señor. Todo era llanto en el cuarto de la reina Hortensia.

XVI. Enternecido Becker á la vista del emperador, avergonzado de su mision de rigor, y no siendo dueño de la emocion que escitaba en su corazon sensible la prespectiva de esta decadencia, se acercó á Napoleon con respetuosa compasion. Parecia pedirle perdon de la severidad y los contrastes de la fortuna. Napoleon le llevó a los jardines, y con el abandono de la familiaridad le preguntó lo que pasaba en Paris. Becker le contestó con esa adulacion respetuosa que la compasion autoriza para con la adversidad irremediable. Mas á pesar de todo no pudo dejar de decir á su antiguo general, que si no hubiese abandonado su ejército despues de Waterloo, hubiera podido, si no vencer, intimidar á la vez á Paris y al estranjero, ya al frente de sus fuerzas, ya detrás de los muros de Strasburgo, y dando tiempo á los negociadores asegurar su herencia á su hijo y mejores condiciones á la Francia. «Esperaba otra cosa de las camaras de Francia, contestó por escusarse el emperador; pero me he apercibido demasiado pronto de que todo estaba gastado y desmoralizado. » Becker tomó el mando de la residencia del emperador.

Al dia siguiente conferenció de nuevo con Napoleon, que habia variado de modo de pensar durante la noche, y no hablaba mas que de partida. Envió á Savary para activar cerca del gobierno el armamento de las dos fragatas. Fouché le dijo que ya estaban prestas, pero que no permitiria que saliesen á la mar hasta que llegasen los salvoconductos, pues no queria deshonrar su memoria por una imprudencia que se calificaria de asechanza y traicion, si las fragatas fuesen apresadas con Napoleon al salir del puerto. El mismo Carnot se impacientaba de estas alternativas del emperador, que tan pronto instaba como repulsaba, y contestó con acritud á Savary: «Aquí no se quiere poner obstáculos á su partida; lejos de eso, lo que se desea es tomar medidas para que no vuelva jamás.» Caulaincourt por su parte rogó á Savary que persuadiese al emperador de la conveniencia y necesidad de que partiese sin mas dilacion. «Decidle, añadió, que yo se lo suplico, y que por mucho que se apresure todavía tardará.«

XVII. En la noce del 27, abrumados Fouché y sus colegas por la doble responsabilidad que sobre ellos pesaba por la presencia de Napoleon, funesta á la patria si se escapaba, funesta á su reputacion si caia en manos del enemigo, ordenaron al ministro de marina que se apersonase en la Malmaison á manifestar al emperador que las fragatas puestas á su disposicion estaban prontas, y que se le suplicaba se embarcase aun antes de recibir los salvoconductos. Una hora despues se revocaba esta órden.

A consecuencia de los progresos de los aliados al rededor de Paris y de la Malmaison, y de los ingleses por la costa, dió Fouché órden al ministro de la guerra, Davout, para enviar al general Becker gendarmes y tropas para vigilar la residencia de Napoleon y prevenir su evasion. Becker, á tenor de estas nuevas órdenes, que estrechaban el cautiverio del emperador, estaba autorizado tan solo á escoltarle sin perderle de vista á la isla de Aix, donde debia embarcarse, ó permanecer vigilándole hasta que el mar quedase libre, ó hasta que fuesen otorgadas las seguridades pedidas á los ingleses para su fuga por mar. Fouché, Davout y el gobierno alejaron al mismo tiempo de la Malmaison, bajo diferentes pretestos de servicio militar ó civil, á los oficiales del cuarto del emperador que podian secundar sus designios de resistencia al destierro, y fomentar en su ánimo, ó entre las tropas vecinas, ideas de levantamiento contra la abdicacion.

Diezmada así su corte, tanto por las medidas del gobierno como por esa soledad natural que se va creando en torno á las desgracias sin esperanza, no se componia mas que de los hombres mas irremediablemente comprometidos en su vuelta de la isla de Elba; Maret, Lavalette, Flahaut, Gourgaud, Bertrand, Montholon, Savary, Las-Cases. Este último, antiguo emigrado de una familia cortesana, no era mas que un simple chambelan admitido en la servidumbre de honor del palacio, y mas tarde en el consejo de estado despues de su regreso del estranjero. Ninguna complicidad tenia en la nueva tentativa de imperio. Mas inclinado por su nacimiento y relaciones á los Borbones que al nuevo reinado, era un voluntario de la desgracia imperial. Hombre de estudio, familiarizado con la historia, sabia que la mas oscura lealtad recibia de los grandes hombres á quienes se dedicaba en los reveses memorables, un reflejo de grandeza y de inmortalidad. Meditaba ser un dia el historiador de este destierro, sobre el que el mundo y la posteridad iban á fijar para siempre la vista. Halagando este pensamiento, aspiraba á obtener un lugar en el infortunio de Napoleon, como otros y él mismo lo hubieran solicitado en su prosperidad. Noble cortesano, que habia obtemperado al imperio por ambicion, é iba á lisonjear al destierro por la vanidad de la adhesion! Solo conocia de vista al emperador en los palacios, y el emperador no le conocia mas que de nombre.

XVIII. El general Becker manifestó al emperador cuán rigurosas eran las órdenes que acababa de recibir. Pero repugnándole este papel de carcelero que le obligaban á desempeñar estas órdenes, fue á Paris para saber en qué se apoyaban, ú obtener que se dulcificasen por los mismos individuos del gobierno. Dióselo de nuevo la órden de apresurar la partida de Napoleon y de acompañarle á la isla de Aix, en la rada de Rochefort, recibiendo un pasaporte en que Napoleon estaba incluido como su secretario. Temianse las emociones del pueblo en pro ó en contra del emperador durante el viaje. ¿Tenia Becker instrucciones secretas para esta eventualidad? Se ignora. Este general demostró en el delicado y complejo cumplimiento de sus deberes, tal mesura y tal lealtad, que conciliaron siempre en él los sentimientos del militar obediente á su patria y del hombre sensible respetando su dignidad y la dignidad de la desgracia. A su regreso á la Malmaison comunicó las órdenes de partir y el pasaporte al emperador. «Héme aquí vuestro secretario, dijo con resignacion el prisionero.—Sí, señor, replicó Becker enternecido, pero á mis ojos siempre sois mi soberano.»

XIX. Aparentóse hacer los preparativos para la partida; pero todo denunciaba en Napoleon que estos preparativos y esta resignacion eran simulados, y que se aguardaba un pretesto para insurreccionarse contra la necesidad. El emperador habia podido muy bien desprenderse hasta la Malmaison de los lazos que le adherian al imperio, pero no podia resolverse á romperlos de hecho ausentándose. Confiaba en algo, ó imprevisto y desconocido, esperaba lo imposible. Aproximábanse cada dia mas á él los primeros cuerpos del ejército de Grouchy, rechazado por los prusianos y los ingleses.

Un general de caballería osado, intrépido, cuya sola patria eran los campos de batalla, para quien no habia mas gobierno conocido que el emperador, meditaba arrebatar á su antiguo general, proclamarle de nuevo entre sus escuadrones, rodearle de ochenta mil hombres que, pobres restos de la última campaña, andaban esparcidos, y encomendar otra vez á su genio la lucha á muerte contra el estranjero mas allá del Loira. Era Excelmans, cuya falta contra la disciplina y arresto inmediato por Soult y desgracia popular, hemos visto durante la primera restauracion.

Excelmans envió á la Malmaison uno de sus coroneles llamado Senecer para inclinar el ánimo de Napoleon á tomar parte en este acto de noble desesperacion. «El ejército del Norte, dijo el coronel en nombre de su general, está intacto y adicto aun con pasion á vuestra persona. Es fácil reunir á este núcleo de tropa cuanto reste de patriotismo y de gente armada en Francia. Nada hay desesperado con tales tropas al mando de tal jefe.» El emperador reflexionó, y cual lo habia hecho constantemente durante cuatro meses, apenas se vió en presencia de su esperanza, cuando la abandonó por otra, se retrajo á vista de los obstáculos y se redujo á la resignacion. «Dad gracias á vuestro general, dijo al enviado de Excelmans, pero decidle que no puedo aceptar su propo-

sicion. *Necesitaría que la Francia me sostuviese, pero está desconcertada; nadie lo quiere ya!* ¿Qué haria yo solo con algunos soldados contra la Europa?» De este modo confesaba con la sinceridad de un soldado lo que no cesaba de negar en el lenguaje oficial del hombre político á la faz del gobierno, de las cámaras y del pueblo. A estos afirmaba que él solo podia salvarlo todo dándole animacion y vida, al paso que declaraba á Excelmans que nada podia hacer ya por la patria, por el ejército y por sí mismo. Habia ya adoptado dos lenguajes, uno para el esterior, otro para la intimidad. Su objeto era aparecer víctima del abandono de los hombres, cuando no era mas que juguete de la imperiosa necesidad de las circunstancias; así engañaba á la historia, pero no se engañaba á sí propio.

XX. Entretanto el enemigo iba á bloquearle y acampaba ya en Compiegne. Un destacamento de caballería podia atravesar el Sena y arrebatarle. Oíase el cañon desde sus mismos jardines. A este ruido pareció que se reanimaba, pidió sus armas y caballos, como si la resolucion de morir con los que morian tan cerca de él y por él, triunfase al fin en su ánimo de la languidez en que hacia tantos dias que se adormecia. Llamó al general Becker á su gabinete. Sentíase poseido de la fiebre del soldado que oye tronar el cañon. «¡El enemigo en Compiegne y en Senlis! le dijo con desesperado acento, mañana estará á las puertas de Paris. No puedo concebir la ceguedad del gobierno, preciso es ser insensato ó traidor á la patria para dudar de la mala fé del estranjero. Estas gentes, añadió aludiendo á las cámaras y al gobierno, no entienden un ápice sus negocios.»

Al hablar así, esperaba oir una palabra de aprobacion al general Becker, pero éste se callaba, no queriendo inculpar al emperador por estos desastres, ni dar pábulo en su mente á ideas que podian agravarlo todo. El emperador aparentó comprender que este silencio significaba aquiescencia á sus opiniones, y continuó: «Todo está perdido, ¿no es así? Pues bien: ya en este caso, que me hagan general. Mandaré el ejército; voy á estender la peticion.» Luego tomando por adelantado y de repente el tono de quien manda, y que impide toda objecion con la autoridad del acento: «General, dijo; vais á ser portador de mi carta al gobierno. Marchad al instante. Ahí teneis un coche. Esplicadles que mi intencion no es volver al poder; que solo quiero batir al enemigo, aniquilarle, forzarle, venciéndole, á mejores condiciones, y que obtenido este resultado, proseguiré mi camino. Marchad, general. Cuento con vos.» Y como si hubiese querido tentar la infidelidad de Becker con la perspectiva de un gran favor, precio de su complacencia, añadió al despedirle: «Ya no os separareis de mí.»

XXI. No sabia Becker qué continente tomar, pero dominado por el ascendiente de aquella voz que estaba acostumbrado á obedecer, no se atrevió á resistir de frente, y partió para cumplir una mision de cuya inutilidad nadie estaba mas persuadido que él. Al llegar á las Tullerías presentó tímidamente el mensaje de su prisionero al gobierno reunido.

«Al abdicar el poder, decia en este mensaje, no he renunciado al mas noble derecho de un ciudadano; al derecho de defender mi país. La proximidad de mis enemigos á la capital no deja la menor duda acerca de su intencion y de su mala fé. En tan graves circunstancias, ofrezco mis servicios como general, considerándome aun como el primer soldado de la patria.»

Esta carta, fútil en el fondo, aunque noble en los términos, denunciaba bastantemente la intencion completamente popular con que se habia escrito. ¿Quién podia dudar que el enemigo á quien Napoleon mismo habia hecho frente en el suelo estranjero, concluiria su victoria conculcando al agresor sobre el suelo francés? ¿Dónde estaba, dónde se notaba la mala fé de Wellington y de Blucher vencedores, que no habiendo consentido armisticio alguno avanzaban sobre Paris? Y finalmente, ¿cómo podia Napoleon tener mas ascendiente sobre la fortuna siendo general y al frente de los restos del ejército por él mismo abandonados dias antes, que el obtenido siendo á la vez emperador y general, á la cabeza de sus cuerpos de ejército intactos, belicosos, reunidos y sujetos á su sola voluntad?

Fouché recibió, como presidente, la carta de manos del tímido Becker, la leyó en voz alta ante el consejo con el acento y el gesto de quien se siente importunado por un demente, y arrojándola despues sobre la mesa, dijo: «¿Se burla este hombre de nosotros? ¿Sin duda, añadió fijando en Becker una penetrante mirada que denunciaba sus sospechas, esta carta no es mas que una especie de deferencia hácia las cámaras, y á estas horas se ha evadido ya de la Malmaison, pasa revista á sus soldados y les arenga contra nosotros?» Becker juró que el emperador aguardaba su vuelta y su respuesta.

Deliberóse en breves palabras. Solo Carnot se inclinó al principio á aceptar el antiguo pensamiento de reintegrar al emperador, por un momento, al frente del ejército. Fouché demostró que Napoleon era la única causa de la guerra; que su presencia al frente de las tropas equivaldria á desafiar de nuevo á la Europa, y serviria de invencible obstáculo á toda ulterior transaccion en beneficio del mismo ejército y de la patria. Añadió que en el carácter de Napoleon no era creible un desprendimiento duradero del poder, y que si obtenia bastantes probabilidades para remontarse por tercera vez á su trono, arrastraria en su última é inevitable caida al ejército, á la capital, al país y á la integridad misma de la patria.

Carnot, Caulaincourt, Davout y todos los miembros del gobierno, reconocieron sin vacilar la solidez de las consideraciones producidas por Fouché, y para atenuar la dureza de la repulsa y convencer á Napoleon por medio de un hombre de cuyos sentimientos y palabra no dudaba, se encargó el mismo Carnot de reproducir en la Malmaison estas mismas consideraciones con menos sequedad, aunque con la misma perentoriedad.

XXII. Creyendo, ó aparentando creer el emperador en el consentimiento del gobierno, se habia vestido, durante la corta ausencia de Becker, reunió sus ayudantes, se despidió de Hortensia é hizo ensillar sus caballos de batalla que le esperaban á la entrada del palacio.

Entrególe Becker la respuesta del gobierno, y despues de leerla, arrojándola con desden, dijo: «Ya lo sabia de antemano: estas gentes no tienen energía. Ea, pues, general, añadió dirigiéndose á Becker como si estuviese seguro de él, toda vez que sucede lo que me pensaba, partamos inmediatamente! partamos!!»

Mas embarazado en cada momento, Becker adoptó el partido de estarse quieto y callar. El emperador llamó á Mr. Flahaut, mas jóven, mas decidido á ceder en todo al emperador ó á imponerlo todo en su nombre, y ordenóle que corriese á Paris para concertar decididamente con el gobierno su marcha al ejército. Mr. de Flahaut obedeció. Al entrar en las Tullerías se encontró con el mariscal Davout, ministro de la guerra, hombre de campamentos, leal hasta los límites en que la lealtad se convertia en traicion á su patria. Davout, firme en sus resoluciones, rudo en su lenguaje, rechazó enérgicamente la tentativa de Flahaut, diciéndole con el acento y la impaciencia de un marcado disgusto: «¿Con que vuestro Bonaparte no quiere partir? Pues preciso es que se decida, porque su presencia lo complica y lo perturba todo, y con él no podemos negociar ni combatir. Si acaso se lisojea en creer que le volveremos á proclamar señor y jefe, decidle que se engaña; que parta al instante, ó de lo contrario nos veremos en la dura necesidad de arrestarle; y si es preciso, para salvar la patria y el ejército, yo mismo le prenderé.»

El ayudante del emperador contestó al mariscal, que le respetaba demasiado á la vez que se respetaba á sí propio, para dar cuenta al emperador de tales amenazas procedentes de uno de sus lugartenientes, que ocho dias antes recibia sus órdenes y hacia alarde del mayor celo en su servicio. Davout le replicó con la autoridad de un ministro de la guerra sobre un subordinado, y le mandó marchar á Fontainebleau á esperar órdenes. «De ningun modo iré, contestó Mr. de Flahaut, no abandonaré bajo pretesto alguno al emperador, y conservaré hasta el último momento la fidelidad que otros le han jurado.—Pues yo os castigaré, esclamó Davout.—Y yo á mi vez os quito el derecho de hacerlo, replicó el jóven ayudante, porque hago ahora mismo dimision de mi empleo, y desde este instante solo tengo de obedecer á lo que exija mi honor.»

XXIII. En la fisonomía del ayudante de campo notó desde luego el emperador las huellas de su dolor; pero á pesar de esto, quiso saber todos los detalles y el ayudante se los refirió. «¡Que venga, esclamó Napoleon, dispuesto estoy y si es preciso á entregarle mi cabeza!» En seguida despidió á los escuderos, hizo retirar los caballos y fué á lo mas intrincado de los jardines á exhalar sus quejas entre sus últimos cortesanos.

«Esos hombres están desvanecidos con su papel de soberanos, dijo á Maret; conocen que colocándome al frente del ejército no serian mas que mi sombra. En su necia importancia y en su orgullo apenas pueden sufrirme. Pero todo lo perderán.» ¡Cómo si no estuviese ya perdido todo!

De vez en cuando hacia alarde, ó afectaba ceder al impulso de ciertas inspiraciones de energía despues de estrañas debilidades, como Tiberio negociando con el senado, ya por medio de la resignacion ó por la insolencia. «¿Y por qué les he de dejar reinar?» esclamaba con nerviosa é irritable impaciencia; yo he abdicado á favor de mi hijo; si mi nombre ha de perderse, quiero acabar con él mejor sobre el campo de batalla, y nó aquí en la inaccion. Lo mejor que puedo hacer en pro de mi hijo y por mi honor, es lanzarme entre mis soldados. Mi aparicion electrizará al ejército y aterrará al enemigo.»

Sin recordar que la víspera habia desechado, despues de meditarlo, este mismo medio que le ofrecia la heroica temeridad de Excelmans, continuaba: «Sabiendo los enemigos que no he reaparecido en la lid

mas que para aniquilarlos ó morir, os concederán cuanto les pidais por libraros de mí. Si, por el contrario, me dejais aquí enmohecer la espada, os despreciarán y os vereis obligados á recibir humildemente á Luis XVIII. Por último, si vuestros cinco emperadores, aludiendo á los cinco miembros del gobierno, no me aceptan para salvar la Francia, obraré sin su consentimiento, y con solo presentarme, Paris y el ejército me recibirán por segunda vez como libertador.—Así será, señor, contestaba Maret, acostumbrado á creerlo todo posible en la omnipotencia de su amo; pero si la cámara os declarase fuera de la ley... si la fortuna no fuese favorable, ¿qué seria de V. M.?»

«Vamos, replicaba el emperador, tan dócil en ceder aparentemente á los consejos de la amistad, como á rebelarse de nuevo contra el destino, veo que es preciso ceder!.. Teneis razon, no debo tomar sobre mí la responsabilidad de una resolucion tan trascendental. Debo esperar que la voz del pueblo, de las cámaras y de los soldados me llame... Y como si hubiese aguardado en el instante ese imaginario grito de la opinion pública, decia: Pero, ¿cómo no me ha llamado aun Paris? ¿No se apercibén de que los enemigos para nada tienen en cuenta mi abdicacion?.. Ese infame Fouché os engaña! La comision, engañada á su vez, se deja conducir á ciegas por él. Dia llegará en que sufrirá cargos bien amargos!... Solo hay en ella dos personas que valgan algo, Caulaincourt y Carnot; pero están mal asociados. ¿Qué pueden estos dos hombres decididos y leales contra un traidor, dos imbéciles y dos cámaras que giran segun el viento que sopla en las regiones del poder? Todos vosotros, tan necios como torpes, ¿creeis en las promesas y en la generosidad de los estranjeros? ¿Creeis que os van á dar el príncipe que deseais? ¡cuánto os engañais! Alejandro obedecerá á los ingleses, y el Austria no tendrá mas voluntad que la de Alejandro!...»

XXIV. Algunos generales de los que se hallaban mas comprometidos por los sucesos de marzo, y que mas temian la vuelta de los Borbones, recurrieron á él pidiéndole recursos para salvarse, y aunque en cantidades no muy crecidas, se los facilitó por medio de Hortensia, que temia que semejantes exigencias refluyesen en perjuicio de la seguridad de su suegro.

Por medio de uno de sus secretarios íntimos, á quien habia comisionado para inquirir noticias, supo que el enemigo llegaba ya por tres puntos diferentes á los muros de Paris, y que era tiempo de pensar en su seguridad personal. «Mañana ya nada tendré que temer, contestó al que le daba aquella nueva; he dispuesto partir esta misma noche, pues estoy hastiado de mí mismo, de Paris y hasta de la Francia entera: preparaos por lo tanto á seguirme.» El secretario pretendió escusarse con su edad y con los achaques de su madre, y Napoleon hizo como que se daba por satisfecho de tales escusas, que se multiplicaban sin cesar en torno suyo.

«No necesito mas que un viento favorable y que la suerte me proteja, decia con acento resuelto y ánimo resignado; me dirigiré á América, allí me cederán algunas tierras, ó bien las adquiriré y me dedicaré á su cultivo; de este modo acabaré por donde el hombre ha empezado, y viviré del producto de mis tierras y de mis ganados.» Y habiéndole ocurrido á su confidente presentar algunas objeciones con motivo de la inmediacion de los Estados Unidos de la Europa: «Pues bien, le repuso, marcharé á Méjico á ponerme á la cabeza de los independientes, y atravesando mares y ríos, no me detendré hasta encontrar un asilo contra el odio y la persecucion de los hombres. Y á la verdad, ¿qué quereis que haga? ¿He de dejarme acaso prender por Wellington como si fuera un chico, para dar mayor realce al triunfo que le aguarda en Londres? No me queda otro partido que el de retirarme: lo demás queda á cargo del destino. Yo podria tambien darme la muerte diciendo como Aníbal: Vamos á librarles del terror que les inspiro! Pero el suicidio es digno solamente de almas débiles y de mezquino temple. En cuanto á mí, podré decir que cualquiera que sea la suerte que me esté reservada, nada haré jamás por anticipar mi fin natural un solo momento!...» Sirva esto de refutacion á la farsa de suicidio que sus aduladores trataron de hacer creer que tuvo lugar en Fontainebleau.

XXV. Savary, á quien no habia tratado bien despues de su regreso de la isla de Elba, y que intentaba recobrar el aprecio de sus servicios sin reserva y por medio de la mas pertinaz y desinteresada fidelidad, le aconsejaba por su parte, nó que se diese la muerte por su propia mano, sino que fuese á buscarla ante las descargas de las artillería que resonaban por toda la Francia.

Hallábase ya la Malmaison cercada por todas partes por las tropas de Blucher, el cual habia dicho á Wellington: «Como consiga hacerle prisionero, podeis contar que le hago ahorcar al frente de mis columnas!» Aquel general, á quien animaba una energía salvaje, ardia en deseos de vengar á la reina de Prusia, víctima de los implacables golpes de Napoleon y del aniquilamiento de su patria; mas Wellington, que sabia respetar á sus enemigos haciéndoles la guerra, no podia menos de indignarse de tan vergonzosas represalias. El emperador, así que tuvo noticia de que el peligro avanzaba, mandó reconocer si los puentes de Bezons y de Pecq que defendian la Malmaison, estaban cortados, y resultando del reconocimiento hallarse practicables, los oficiales de su casa y las tropas al mando de Becker adoptaron diferentes disposiciones defensivas en torno de su residencia, á fin de poder resistir á un golpe de mano, trascurriendo la noche toda en medio de tales agitaciones.

Serian las tres de la mañana, cuando los amigos que aun le quedaban en la cámara de diputados y en el gobierno, vinieron á anunciarle que los aliados se negaban á dar los salvoconductos y pasaportes pedidos por Fouché, y que apenas le quedaria tiempo suficiente de librarse del cautiverio apelando á la fuga; mas á pesar de esto, todavía pidió le concedieran algun tiempo, prometiendo emprender su marcha en todo el dia.

El general Becker recibió órden de no permitirle volver atrás una vez que se hubiese alejado, y el comandante de marina en Rochefort recibió asimismo instrucciones previniéndole que no le permitiera volver á pisar el suelo francés despues de haberse embarcado para la isla de Aix.

Los historiadores han tratado de presentar esta órden y el conjunto de circunstancias que precedieron á la salida de Napoleon de la Malmaison, como otros tantos lazos tendidos por los miembros de la comision y por el mismo Fouché con el objeto de perderle; mas tales acusaciones se hallan desmentidas por los hechos. Vióse al gobierno, no solo desear, sino hacer todo lo posible por apresurar la marcha de Napoleon, que era un obstáculo á la vez para la paz, para la guerra, y para que el pais pudiese moverse libremente, desde su llegada al Elíseo hasta el 29 de junio. Aquellos diez dias perdidos por Napoleon en dar pábulo á sus ideas de dictadura, de abdicacion, en volver á poner sus miras en el imperio, en inventar dilaciones calculadas, en irresoluciones, en contestaciones con el gobierno y consigo mismo, le hubieran servido para proporcionarle los medios de una fuga con la mayor seguridad. Es de notar tambien que una vez entabladas por el gobierno negociaciones por el enemigo triunfante, no le era posible, mientras existian aquellos tratos ó quizá despues de terminados, permitir que Napoleon, única causa de la guerra, volviese á entrar en el mismo territorio que habia abandonado libremente, renovando en consecuencia la guerra despues de una capitulacion cuya primera condicion consistia en su alejamiento. No fué por cierto culpa de las cámaras si Napoleon estuvo fluctuando por espacio de tantos dias entre todos los partidos, dejándose escapar el poder de las manos en Paris, permitiendo que el enemigo avanzase en masa y á marchas forzadas sobre la capital, y que las tropas ligeras de Wellington y de Blucher ocupasen á Compiegne, á Senlis, y sitiasen á la Malmaison.

Los miembros del gobierno tenian sobre sí una triple responsabilidad: libertar á las negociaciones de la persona y de la presencia del emperador; prevenir por su parte, despues de la abdicacion, cualquier tentativa de dictadura militar que volviese á poner en cuestion hasta la misma existencia de Paris y la integridad del territorio nacional; y por último, impedir que el emperador, hecho prisionero por el enemigo en la Malmaison, no apareciese como entregado por la Francia, teniendo en ese caso la paz por deshonrosa. En la ansiedad á que la obstinacion de Napoleon habia reducido el 29 de junio al gobierno, colocado como se hallaba bajo el fuego de los cañones del enemigo, no le quedaba evidentemente otro partido que tomar que el de poner al abrigo la persona de Napoleon en la isla de Aix, en disposicion de hacer uso de las fragatas que se le tenian preparadas y de los recursos para una evasion por mar que un partido le ofrecia, prohibiéndole, hasta que verificase su embarque, el regresar al suelo continental de la Francia. Y no fue tampoco la perfidia del gobierno la que dilató su salida de la Malmaison por tanto tiempo, ni la que hizo que se aumentasen las dificultades para una fuga; fué tan solo debido á su propia voluntad, hasta el punto de llegar á hacerse imposible, como se va á demostrar. La historia no debe convertirse en eco complaciente y engañoso de las acusaciones de la familia y de los servidores de Napoleon, ni deshonrar á la nacion por lavar la mancha que un grande hombre se echó á sí mismo con sus irresoluciones de espíritu. Nadie hizo traicion á Napoleon durante las supremas circunstancias de su partida, mas que él mismo, que queriendose aferrar mas y mas á la orilla, llegó á faltarle esta.

XXVI. Todavía trascurrió todo el dia 29 en vaga espectativa, en aguardar sin esperanza, en volver inútilmente los ojos hácia Paris y hácia todos los demás puntos del horizonte, en dar paseos por los jardines, en conversaciones con sus familiares, en continuas despedidas á su

familia y amigos. A eso de las cinco de la tarde vinieron á avisarle que los dos carruajes mandados preparar por el general Becker aguardaban ya en el parque. Abrazó entonces á la reina Hortensia que se deshacia en lágrimas, se despidió de los oficiales y soldados de su guardia por medio de un triste ademan, y conforme iba marchando por la avenida del parque á cuya estremidad se hallaban los dos carruajes, volvióse diferentes veces para contemplar aquella grata mansion de su juventud, de su dicha y de su gloria, subiendo por fin en uno de los carruajes con el general Becker, su gran mariscal de palacio, Bertrand y Savary. En otros dos coches que debian tambien dirigirse á Rochefort, aunque por diferente camino, marchaba su comitiva, compuesta de Gourgaud, de la esposa del general Bertrand y de sus hijos; de Mr. y de Mad. de Montholon, de Mr. de Las-Cases, de su jóven hijo Manuel y una numerosa cohorte de criados. Napoleon, Becker, Bertrand y Savary habíanse quitado sus uniformes, y llevaban sencillos vestidos de viaje a fin de no llamar la atencion de los curiosos y evitar reuniones en el camino. Solo Gourgaud marchaba con su grande uniforme en una berlina de gala del emperador, con el objeto de que la atencion del pueblo, escitada por aquel lujo y aparato, se fijase únicamente en aquel carruaje, y evitar de este modo los peligros del camino, si la perfidia de los enemigos del emperador los hubiesen acaso preparado, ó bien si la espontánea emocion de los pueblos hacia á sus habitantes que se agolpasen hacia su señor.

Las poblaciones por donde Napoleon habia forzosamente de pasar, apenas se hallaban pacificadas por completo de las insurrecciones realistas en contra suya, por cuya razon Becker deseaba precipitar la marcha todo lo posible, ya para asegurar cuanto antes el depósito que le estaba confiado, ya tambien para declinar en breve la responsabilidad que pesaba sobre su alma. Mas al llegar á Rambouillet, Napoleon quiso pasar allí la noche, conservando siempre, aun en el camino para el destierro, la ilusion que sostenia en su mente hacia diez dias, sin poder llegar á persuadirse de que la Francia dejase partir á su héroe sin volver á llamarle. Durante el largo insomnio que sufrió en Rambouillet, su imaginacion no se ocupó mas que de sus ilusiones de llamamiento del pueblo, del ejército, de las cámaras acosadas, segun él, desde su marcha de los mayores remordimientos y de un vivo deseo de detenerle. Pasó la noche prestando el oido con la mayor atencion á cuantos rumores se dejasen sentir en la poblacion, y haciendo ir diferentes veces al general Gourgaud á escuchar desde el camino de la Malmaison si en el silencio de la noche se sentia el ruido de los pasos de los correos que incesantemente aguardaba por aquella parte.

Excelmans, con efecto, habia llegado en la noche del 29 á Vincennes con dos divisiones de dragones, siempre dominado de la misma idea que habia ya comunicado al emperador por conducto de su ayudante de campo el coronel Sencier. Aquel general, lejos de desanimarse con la primera negativa de Napoleon, trataba de vencer su indecision, y al efecto confió su proyecto al general Doumesnil, comandante de Vincennes, que le anunció la marcha de Napoleon. Entonces Excelmans ya no pensó mas que en ilustrarse á sí propio por medio de un golpe de audacia contra los prusianos.

XXVII. Como durante aquella noche ninguna nueva se recibió de Paris, el emperador no consintió en abandonar á Rambouillet hasta el dia siguiente, 30, al medio dia. Hubiérase dicho que trataba de saborear hasta el último instante los recuerdos de su grandeza y del imperio que aquella augusta mansion le traia á la memoria. A eso del medio dia emprendió la marcha hácia Chateaudun, donde se habia estendido la voz de que Napoleon habia perecido en un encuentro con los prusianos. Mientras mudaban los caballos fué reconocido por la mujer del maestro de postas, que no desplegó sus labios y derramó copiosas lágrimas al reconocerle. Atravesó despues á Tours y á Poitiers sin detenerse, y en Saint-Maixent se vió rodeado su carruaje por un grupo amenazador, mas el general Becker consiguió abrirse paso por medio de un oficial de la gendarmería á quien el tumulto atrajo á la plaza. Por fin, ya de noche llegaron á Niort.

Napoleon, tranquilo respecto á su seguridad, al verse en una poblacion en la cual habia concentrado algunas tropas de observacion contra la Vendee, quiso detenerse allí otro dia, y pasó la noche en la casa de postas. Apenas se despertó abrió la ventana complaciéndose en dejarse reconocer por los húsares que estaban limpiando sus caballos en la plaza. El grito de «viva el emperador», que era la palabra de órden de las tropas por do quiera, puso en movimiento á todo el pueblo y atrajo á sus habitantes al pié de aquella ventana. El prefecto acudió al punto y le hizo aceptar su propia casa, y así el pueblo como la tropa no cesaron en todo el dia de aclamarle con el mayor ardor y decision. Nada se temia entonces de su ambicion, y solo se acordaban de su gloria. Durante el dia se ocupó en recibir á los oficiales, á los funcionarios públicos y demás habitantes que se apresuraban á saludar en él al héroe caido.

No faltaron algunos oficiales que le animaron á ponerse á su cabeza para emprender de nuevo la resistencia, dejándose bien conocer cuánto le complacian tales instancias y los deseos que abrigaba de que los sentimientos de aquellos soldados llegasen á propagarse entre el pueblo. Así es que dió órden al general Becker para que despachase un correo á fin de informar al gobierno del entusiasmo que se habia despertado entre las tropas á su sola presencia, que le hacia temer que á su partida estallase una abierta resistencia, y por último, á fin de anunciarle que por noticias llegadas de Rochefort, se sabia que el paso de la rada se hallaba cerrado para los buques por los cruceros ingleses. «El gobierno, repetia incesantemente, desconoce el espíritu que anima á la Francia; se ha apresurado demasiado á alejarme de Paris. Si hubiera adoptado mis últimas proposiciones, otra faz presentarian las cosas. Aun conservaria yo toda mi influencia en los asuntos públicos, y mi nombre hubiera servido de centro de reunion.» Finalmente, mandó tambien al general Becker que al escribir al gobierno le ofreciese como general de un ejército que defenderia á Paris.

Becker obedeció en silencio, dándole esta última muestra de su condescendencia, y con objeto tambien de hacer mas llevaderos los dolores é ilusiones de su prisionero.

XXVIII. Habiendo llegado por fin á Rochefort el 3 de julio por la mañana, se apeó en la prefectura marítima. Su aspecto, durante toda la marcha, con referencia al general Becker, fué digno y tranquilo, permaneciendo siempre en silencio, sin que se oyese mas ruido que la respiracion de aquellas cuatro personas que ocupaban el carruaje. Parecia hallarse agobiado bajo el peso de una idea, abismado en sus pensamientos y sin apartar la mente de las eventualidades que pudieran acarrear un cambio de fortuna, circunstancia que solo de cuando en cuando dejaba traslucirse por el escaso número de palabras que se escapaban entre sus meditaciones.

La poblacion de Rochefort, á la cual habia Gourgaud advertido de su llegada, rodeaba la casa de su alojamiento, guardando un respetuoso silencio, interrumpido á veces por generosas aclamaciones que servian de alivio á su infortunio. Las dos fragatas que le aguardaban hallábanse ancladas en la rada, á un tiro de cañon de la isla de Aix, pero los vientos se presentaban contrarios y los ingleses permanecian ocupando las salidas de la rada. Los comandantes de marina y los oficiales de las fragatas se reunieron en consejo en la prefectura á fin de deliberar acerca de las posibilidades ó de los peligros del embarque y de la salida del puerto. Las probabilidades del riesgo, sin aparecer enteramente contrarias, no dejaban de ser de consideracion. Tratóse tambien de emprender la evasion de la rada por medio de buques lijeros, á propósito para burlar la persecucion de la escuadra inglesa, ó bien valiéndose de una embarcacion dinamarquesa que se habia ofrecido á defender al emperador con su pabellon y con su rapidez. Finalmente, se le propuso asimismo al emperador el trasportarse por tierra hasta el rio de Burdeos, en donde el valiente y decidido capitan Baudin se proponia recibirle á bordo de su fragata *la Bayadera*, jurando por su honor y pericia conducirle á los Estados Unidos.

El emperador, que asistia en persona á aquellos consejos, tomaba parte en las discusiones, oia todas las resoluciones, tomaba en su consecuencia disposiciones que á poco rato abandonaba por otras; dejaba, en fin, trascurrir las horas fluctuando siempre sus decisiones conforme á la instabilidad que dominaba su espíritu. ¿Seria por ventura calculo ó irresolucion? ¿Era que aun aguardaba el último llamamiento de Paris, ó titubeaba en colocar al Océano entre su pasado y el? La opinion de los testigos de aquellas jornadas, perdidas á la vez para su salvacion y para su poder, es que él esperaba sin probabilidades de esperanza, y que creia que todo lo ganaba queriendo detener el tiempo.

XXIX. El gobierno habia por fin contestado al despacho de Becker dictado por Napoleon, en los siguientes términos: «Napoleon deberá embarcarse sin retardo alguno. Si se hubiera hecho desde luego, sabemos por el prefecto de Rochefort que su salida no habria ofrecido obstáculo alguno. Ponemos, pues, su persona bajo vuestra responsabilidad, *debiendo hacer uso hasta de la fuerza* si fuere necesario, y guardándole siempre el respeto debido. Por lo tanto dispondreis se embarque inmediatamente. Respecto al ofrecimiento que hace de sus servicios, nuestros deberes para con la Francia y nuestros compromisos con las potencias estranjeras no nos permiten aceptarlos, por lo cual no volverá á hablarnos de ellos.»

La severa impaciencia que se desprende de las palabras de aquel despacho firmado por Caulaincourt y Carnot, de cuya adhesion al emperador no podia dudarse, prueba suficientemente hasta qué punto habian

llegado á hastiarse sus mejores amigos de tan continuas irresoluciones. La amistad misma no podia menos de rebelarse contra tan ciega importunidad de esperanza. Davout habia escrito tambien al general que mandaba las fuerzas del departamento para que prestase su ausilio á Becker en caso necesario, con el fin de obligar á Napoleon á embarcarse. Veíase, pues, que la capitulacion de Paris, terminada con el enemigo en aquel mismo dia, no permitia ya en manera alguna al gobierno contemporizar con el caido emperador.

Becker, con la lealtad que le era propia, manifestó á Napoleon las órdenes que acababa de recibir. «Y bien, ¿qué es lo que pensais hacer?» preguntó el emperador al general. «Mi posicion no es á la verdad la mas á propósito para dar consejos, repuso el general conmovido; mas, sin embargo, si alguno me es permitido aventurar, es el que adopteis una pronta resolucion, y que cualquiera que ella sea la lleveis á cabo en el instante, porque es fácil que el nuevo gabinete trate de enviar otros ejecutores de sus órdenes, y en ese caso cesarian de todo punto los poderes que se me confiaron por el gobierno provisional, y os veriais quizá amenazado de nuevos ó ignorados peligros. —Mas en ese caso, replicó Napoleon, como queriendo leer en el ánimo de Becker, ¿vos nunca seriais capaz de entregarme?—No ignorais, contestó el general, que sabria vender cara mi vida por proteger y asegurar vuestra fuga, pero los comandantes de las fragatas, puestos ya á las órdenes de Luis XVIII, no reconocerian para nada las mias.—Está bien; disponed, pues, las embarcaciones necesarias para trasportarnos á la isla de Aix,» dijo el emperador.

Reunidos á poco los buques en el muelle, el emperador se embarcó en la fragata *la Saale*. El prolongado grito de despedida que resonó desde la orilla, fue solo contestado por el golpear de los remos que le separaban del continente. El viento habia arreciado, y el mar parecia agitarse por momentos, así que la travesía de Rochefort á la isla de Aix fue larga y trabajosa. El emperador permaneció á bordo de la fragata *la Saale*, y en ella pasó la noche acompañado de Becker, Bertrand, Savary y Gourgaud.

Eran las ocho de la noche; hora en que Luis XVIII, lanzado por Napoleon el dia 20 de marzo, se instalaba en el palacio de las Tullerías despues de haber atravesado las calles de Paris rodeado de las aclamaciones del pueblo que saludaba en él el advenimiento de la paz.

XXX. El 9 al amanecer verificó Napoleon su desembarco en la isla de Aix. Así el pueblo como el regimiento de marina que guarnecia la isla, ocupaban toda la costa formando una gran masa ávida por contemplarle, y lanzando al aire mil aclamaciones. El destierro parecia mas bien un triunfo al contemplar el inmenso gentío que coronaba los buques, las orillas y los campos. El emperador revistó el regimiento, y despues de haber recorrido la isla como saboreando los últimos goces del mando, regresó á su fragata. Allí aguardaba el prefecto marítimo con una reciente instruccion del gobierno relativa á su embarque, en la cual se calificaba de alta traicion el acto de un nuevo desembarco en territorio francés. El emperador, rehusando siempre las ofertas aventuradas hechas para salvarle, por el capitan Baudin, por el navío dinamarqués y por los jóvenes oficiales de la marina, que se comprometian á hacerle atravesar por entre los cruceros valiéndose para ello de lijeras embarcaciones, resolvió trasladarse á bordo del *Belerofonte*, al mando del capitan Maitland, el cual se hallaba anclado en la isla de Oleron con un bric, cuyos buques componian todo el crucero inglés. Encargó á Mr. de Las-Cases que fuese á parlamentar con el capitan Maitland y á exigirle garantías de seguridad para el caso de que el emperador se refugiase á su bordo.

«No me es posible obligarme á nada, contestó el capitan Maitland; todo cuanto podré hacer en vuestro obsequio, es dar parte de nuestra entrevista al almirante Hotham, mi jefe superior, que se halla con el grueso del ejército en la bahía próxima de Quiberon, y os ofrezco trasmitiros la respuesta.» Habiendo además preguntado Mr. de Las-Cases al capitan Maitland, si permitiria el paso á las fragatas ó á otro cualquier buque neutral conduciendo á bordo al emperador Napoleon, el capitan le manifestó que atacaria á las fragatas siempre que fuesen enemigas, que haria prisionero á Napoleon, y que en el caso de que éste montase un buque neutral, detendria al buque y someteria á la decision de su gobierno la suerte que habia de caber á Napoleon. Dejó tambien entrever sus recelos de que se llevase á efecto la idea de trasladar á Napoleon á los Estados Unidos, é indicó á Las-Cases la de pedir un asilo a la Inglaterra, mas sin aventurar nada en este último caso, respecto á la resolucion que pudiera adoptar su gobierno en la cuestion de la libertad ó cautiverio de Napoleon.

XXXI. Las-Cases, á su regreso, dió cuenta al emperador del resultado de su entrevista, y su ánimo no pudo ménos de desmayar en alto grado. Entretanto, y apenas tuvo lugar la conversacion mencionada, el buque y el bric se reunieron viniendo á colocarse ambos á la salida de la rada, con la mira, á no dudarlo, de cortar la retirada á las fragatas, caso de intentar la fuga durante la noche. El capitan de una de estas, *la Medusa*, sintiéndose impulsado por la gravedad de las circunstancias y por la importancia del depósito que se le confiaba, propuso forzar el paso á todo trance, debiendo para ello adherirse al costado del *Belerofonte* y perecer si era preciso bajo el fuego de sus cañones antes que permitirle maniobra alguna, mientras que *la Saale*, combatiendo al bric hasta destruirle, lograse poner al emperador en alta mar. Napoleon rechazó desde luego tan arriesgada empresa que habia de costar la vida á toda una tripulacion para conseguir su fuga. Prolongóse, pues, durante la noche su interminable indecision, sin que pudiera ocultársele por otra parte que el resultado de tan continuas dudas vendria á ser al fin la inevitable capitulacion de su persona, puesto que la escuadra reunida al almirante Hotham, avisada oportunamente por Maitland, iba á cercar la rada durante la noche. A pesar de todo, aun volvió á surgir en su mente, ó por lo menos así lo quiso hacer creer, la idea de aprovechar las ofertas del capitan de *la Bayadera* para atravesar el Océano, y al efecto comisionó al general Lallemand á fin de ponerse de acuerdo con aquel, volviendo tambien á oir las proposiciones del capitan dinamarqués. Pocas horas despues de esto mandaba embarcar sus equipajes y bagajes en las goletas de carga para ser trasportados á bordo del buque ingles, al cual por fin se decidió á trasladarse el mismo. En el curso de aquella misma noche, sin embargo, pensó otra vez de distinto modo, y volvió á desembarcar en la isla de Aix, instalándose en la casa del director de ingenieros.

Los dias entretanto iban trascurriendo con mayor rapidez que sus pensamientos. Lallemand volvió de su comision, repitiendo siempre las mismas seguridades y las mismas instrucciones por parte del capitan Baudin, mas como Napoleon se veia otra vez en tierra, no parecia sino que esta le retenia á su pesar; así, pues, volvió á rehusar de nuevo las ofertas de *la Bayadera*, solicitadas dos veces por él mismo. Entonces pareció decidirse por las proposiciones que le hicieron algunos jóvenes alféreces de navío que pretendian armar dos playeros ó barcos pescadores anclados en la rada, y con su ayuda conducirle, costeando a gran distancia de los cruceros ingleses despues de haber atravesado el Océano. Compráronse con efecto los barcos, se armaron las tripulaciones, se arreglaron los bagajes, y todo quedó preparado en la apariencia para embarcarse antes de la aurora.

Becker anunció al emperador hallarse todo dispuesto á eso de la media noche. «Voy allá,» respondió Napoleon disponiéndose á bajar á la playa. Las lágrimas y los lamentos de las personas de su séquito que se veian separadas de él en aquellas pequeñas embarcaciones, llegaron entonces á sus oidos. Por do quiera no se oia mas que esta palabra: «La Inglaterra.—¿Así lo quereis? esclamó Napoleon en el instante, pues bien, iremos á Inglaterra!» Aquel pequeño grano de arena consiguió hacerle vacilar y decidirle á cambiar de resolucion.

Todavía quiso conceder una noche mas á aquella vaga esperanza que alimentaba desde su salida de la Malmaison, pero esa noche no trajo mas de nuevo que la aparicion de la bandera blanca de los Borbones, flotando en Rochefort y en todos los demás puntos de la costa. Volvió á enviar de nuevo á Las-Cases, á Savary y á Lallemand al *Belerofonte*, y su capitan les manifestó que se hallaba autorizado por su gobierno para recibir á bordo á Napoleon y su séquito, pero que él no podia garantizar de modo alguno si obtendrian ó nó pasaporte ó salvoconducto para pasar desde Inglaterra á los Estados Unidos. «Esto no me ofrece garantía alguna,» respondió Napoleon despues del regreso de Lallemand. Mientras esto tenia lugar, el capitan dinamarqués insistia por su parte en que se le diese á él la preferencia. Napoleon quiso entonces volver a oir los consejos de sus amigos, los cuales, con la única escepcion de Lallemand, le rogaron encarecidamente que se pusiese en manos de la caridad británica antes de esponerse á correr los azares del mar y de ser arrojado por las olas á otras playas desconocidas y quizá inhospitalarias. Por fin cedió al impulso de tales consejos, muy conformes en verdad con sus propias resoluciones, y encerrándose en su habitacion escribió al príncipe regente de Inglaterra la siguiente carta, en la que se observaba al par que el acento de Mario á Minturnes, esa entonacion tan natural en un alma grande que lucha contra los últimos reveses de la suerte.

«ALTEZA REAL:

»Víctima de las facciones en que se halla dividido mi pais y del odio de las grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política y vengo como Temístocles a acogerme al hogar británico. Me pongo

bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de V. A. R., como del mas poderoso, del mas constante y del mas generoso de mis enemigos.

NAPOLEON.»

Esta carta, dictada entre la patria que le negaba un trono, y el Océano que le negaba el recurso de la fuga, y á la que puede muy bien llamarse el epitafio de su vida política, es digna de inscribirse en la postrera página de su decadencia. Allí está reasumido con una dignidad triste y tranquila todo cuanto habia sido hasta entonces y lo que consentia ser en lo sucesivo. Dueño de la Europa, implorando la hospitalidad de la única isla que el Océano habia preservado de su dominacion, hacia un llamamiento á la lealtad y á la generosidad de un enemigo, llamamiento que no debió ser desechado si la Inglaterra hubiera tenido en mas la grandeza moral de su hospitalidad que la seguridad política del mundo. La Inglaterra acaso hubiera cometido tan generosa imprudencia á haber podido obrar por *sí sola*, pero formaba parte de esa cruzada europea contra el hombre que habia subyugado y dominado al continente, y la grandeza de alma puede tal vez esperarse de una corte, mas nunca de una coalicion. Los actos colectivos son mucho mas implacables que los individuales, porque nadie carga en ellos con la responsabilidad ante el género humano. Un hombre de estado puede á veces dejarse llevar de su corazon; un congreso de reyes no escucha mas voz que la de la política. La venganza aconsejaba represalias, la política autorizaba á los soberanos para no fiarse ya de un hombre que habia roto el tratado de Fontainebleau y habia vuelto á apoderarse con espada en mano de ese mismo territorio y de ese trono á que él mismo habia renunciado en aquel tratado.

Pero lo que nunca podrá á la verdad ser bastante deplorado por honor á la majestad y á la moralidad de la historia, es que la Inglaterra no haya sabido responder con un asilo magnánimo á la carta de Napoleon. La grandeza y la elevacion del alma constituyen la soberana prudencia, y jamás ha engañado su virtud.

XXXII. Gourgaud fué el encargado de conducir á Londres esta carta, llevando además instrucciones á fin de hacer todos los esfuerzos imaginables para obtener una audiencia del príncipe regente, á quien se suponia de ánimo leal, aunque algo débil; debia exigir para Napoleon una residencia en el campo y á una distancia no muy apartada de Londres; que él por su parte se obligaba á vivir como hombre privado y á adoptar el nombre de *Muiron* ó de *Duroc*, nombres ambos de dos compañeros de armas muy queridos y que ya no existian, con los cuales reemplazaba el suyo propio llevado de una especie de supersticion sostenida por su recuerdo, demostrando en esto un tierno sentimiento que le honraba sobremanera, y por último, deberia hacer presente que se hallaba dispuesto á aceptar la vigilancia de una comision que residiria cerca de él.

Por medio de una segunda carta dirigida en nombre del emperador al capitan Maitland, por el mariscal de palacio Bertrand, se le hizo saber á dicho jefe que Napoleon se trasladaba á bordo del *Belerofonte* á las cuatro de la mañana. Gourgaud y Las-Cases, encargados de entregar aquellas cartas, partieron durante la noche para ponerlas en manos del capitan Maitland, embarcándose al efecto en un lijero buque que debia conducirles á las costas de Inglaterra con objeto de cumplir su mision.

La noche del 15 al 16 de julio fué tambien para Napoleon una nueva serie de irresoluciones, de ansiedades, de dudas y de ruegos por parte de los decididos marinos que habian jurado librarle del desleal asilo que iba á reclamar de sus enemigos. Luchando estaba todavía con sus dudas, cuando vino Becker á anunciarle la llegada de Mr. de Bigny, capitan de fragata y sobrino del abate Luis, procedente de Gante á donde habia ido acompañando al rey, y el cual, segun decian, venia encargado de apoderarse de la persona de Napoleon si aun persistia en prolongar por mas tiempo su permanencia en una isla francesa, por cuyo solo hecho se hallaba fuera de la ley.

Vistióse Napoleon como para asistir á una de las mas grandes solemnidades de su vida, y habiendose embarcado con el general Becker y sus oficiales en una lancha, pasó en seguida á bordo de un bric francés que le aguardaba para conducirle hasta la escuadra inglesa. Becker, que se hallaba á su lado, le pidió permiso para no abandonarle hasta el momento en que fuése á dejar la embarcacion francesa. «No os movais, general, respondióle el emperador con esa delicadeza de sentimientos que prueba la solicitud de un hombre de honor por la buena fama del encargado de su custodia; no os movais, y pensemos antes que todo en la Francia; si me seguís hasta el *Belerofonte*, quizá podria creerse que erais vos quien me entregaba á los ingleses, cuando por un efecto de mi propia voluntad paso yo mismo á bordo de los cruceros de aquel pais; no quiero, pues, que pese en manera alguna sobre la Francia la mas lijera sospecha ó apariencia de semejante traicion.» Despues tendiendo su mano á Becker, le dijo estas palabras: «Dadme un abrazo, general, y recibid las mas sinceras gracias por todo lo que habeis hecho por mí; solo siento no haberos conocido antes. Adios...» Becker, conmovido y sin poder contener sus lágrimas, le abrazó deseándole mejor suerte que la que cabia a su patria.

XXXIII. El bric se dirigió rápidamente hácia el *Belerofonte* á bordo del cual fué recibido el emperador por el capitan Maitland, por sus oficiales y demás soldados de la tripulacion con el aparato y respeto debidos á su dignidad, á su nombre y á su desgracia. El bric se alejó en seguida haciendo resonar en el espacio el postrer grito de *viva el emperador*, y en aquel mismo instante vióse aparecer la bandera blanca sobre todas las embarcaciones surtas en la rada.

El segundo imperio habia terminado. Napoleon, colocado sobre la cubierta de un buque de guerra inglés, veia desaparecer al propio tiempo que sus colores los últimos vestigios de su aparicion en el continente, dudando en su interior si aquel puente que hollaba con sus plantas seria mas bien una prision que un asilo.

El almirante Hotham, persona que reunia á las mas distinguidas maneras un ánimo muy digno y elevado, siendo, por decirlo así, el verdadero tipo de la aristocracia naval de Inglaterra, tanto por su presencia como por sus sentimientos, pasó pocos momentos despues á bordo del *Belerofonte*, y habiendo pedido al emperador, que á la sazon se hallaba ya en su cámara, el oportuno permiso para ofrecerle sus homenajes, tuvo con él una respetuosa entrevista. Al siguiente dia fué recibido á bordo del navío almirante, haciéndosele todos los honres debidos á un soberano que visita su propia flota. Terminada aquella recepcion, regresó el emperador al *Belerofonte*, haciéndose á la vela para Torbay, donde se reunió con Gourgaud, al cual no le habia sido permitido bajar á tierra, ni desempeñar por consiguiente su mision cerca del príncipe regente. El *Belerofonte* echó anclas en la rada de Plymouth á las órdenes del almirante Keith, quien supo dispensar al emperador el mismo respetuoso recibimiento de que habia sido objeto en la escuadra del almirante Hotham. La curiosidad que se despertó en los ingleses de contemplar, á bordo del buque que conducia al fugitivo emperador de los franceses, el monumento de una de las mas grandes vicisitudes de la suerte, era causa de que así de dia como de noche la rada de Plymouth se viese cubierta de una nube de lanchas y embarcaciones. Aquel tan decidido empeño tenia todas las apariencias del entusiasmo, puesto que los hombres se inclinan á prestar su admiracion á todo lo grande, cuando ha desaparecido el temor que aquello mismo pudiera inspirarles. Napoleon habia caido en poder de la Inglaterra, y bastaba esto solo para atraer sobre sí las miradas de todos. El espectáculo de aquella maravilla de la fortuna forma por sí solo una época en la vida.

La carta de Napoleon al príncipe regente habia sido puesta en manos del consejo de ministros de Londres, mas este no se creyó con derecho á deliberar por sí solo acerca de la suerte de su enemigo, que habia venido á parar á manos de la Gran Bretaña por efecto de las vicisitudes de la guerra sostenida en union con sus aliados. No pudiendo, pues, considerar á Napoleon sino como prisionero de la coalicion y confiado en depósito á la Inglaterra, declinaron aquellos ministros la responsabilidad de una decision, de un cautiverio ó de una hospitalidad en el suelo británico.

Solo la necesidad fué la que arrojó á Napoleon, una vez vencido, y cuando hasta la tierra huia de entre sus pies, a bordo de uno de los buques de aquella nacion. Si por ventura él se hubiese rendido sobre el campo de batalla á un oficial ruso, prusiano ó austriaco, ¿hubieran acaso reconocido en el rey de Prusia, en el emperador de Rusia ó en el de Austria, el derecho de disponer por sí solos del enemigo comun? Claro es que nó, y hé aquí por lo tanto el motivo de haberse consultado á las potencias aliadas, las cuales acordaron hacer la siguiente declaracion:

«Artículo 1.° Las potencias signatarias del tratado de 8 de marzo último, consideran á Napoleon Bonaparte como su prisionero.

»Art. 2.° Su custodia queda confiada especialmente al gobierno británico.

»Art. 3.° Las potencias nombrarán comisarios con el encargo de residir en el mismo punto que el gobierno británico designe como residencia de Napoleon Bonaparte.»

Al cumplir de este modo la Inglaterra con el deber de no disponer por sí sola de la suerte de un prisionero colectivo, aceptó, sin embargo, tres cargos á cual mas odiosos, que mancharán para siempre su historia: el haber entregado á la Europa un refugiado no aprehendido sobre el campo de batalla, sino despues de haberse dirigido voluntariamente á

pedir hospitalidad en aquel suelo; el de ser la encargada de vigilarle en su destierro, y por último, el de elegir el punto de su prision. Hé aquí, pues, á la Inglaterra, á ese campeon del mundo, convertida en carcelera y echando sobre sus hombros los rigores, las distancias y las maldiciones del cautiverio. Su gloria no pudo menos de resentirse de ello, pues si bien es verdad que el acto de otorgar la hospitalidad, mas generoso en sí mismo, hubiera sido ménos recomendable á los ojos de las potencias sin ofrecer tanta seguridad para lo futuro, tambien hubiera sido mas humano para las generaciones y mas majestuoso para la historia.

XXXIV. Los seis dias que trascurrieron en la rada de Plymouth, empleólos Napoleon en formar conjeturas sobre su suerte, en lanzar ojeadas á las costas de Inglaterra, y en contemplar el efecto de su popularidad entre sus enemigos, que llegaba hasta el punto de disputarse el momento de poder distinguir su perfil que se delineaba en la popa del *Belerofonte*. Esta curiosidad era para él la medida de su grandeza, gozándose de este modo en el espectáculo de sí mismo. Su ánimo parecia que iba recobrando toda su calma con el reposo, y á pesar de haber llegado al colmo de su ruina, todavía en aquella ruina se vislumbraba un resto de su gloria.

El dia 7 de agosto fué conducido á Torbay en el *Belerofonte*, y allí fué recibido por el almirante Cockburn á bordo del *Northumberland*. Exigiéronle que entregara su espada como un prisionero de guerra, lo cual no pudo menos de indignarle, abochornándose mas bien por sus enemigos que por sí mismo. Los almirantes, sin poder ocultar el sonrojo que sentian, se decidieron por respetar la susceptilidad de aquel guerrero, habiendo sido desarmados únicamente Bertrand, Savary, Lallemand, Gourgaud y demás compañeros de armas. Napoleon, antes de dejar el buque que le habia conducido hasta allí en compañía de sus amigos, y de trasladarse al *Northumberland*, se vió en la sensible precision de deshacerse de una parte de su comitiva. Hasta el mismo Savary fué comprendido en esta disposicion, permitiéndole solo la permanencia á su lado de Bertrand y su familia, Las-Cases y su hijo Mr. y Mad. de Montholon, Gourgaud, y aquellos de sus criados de mas confianza. Despidióse, pues, por última vez de todos los demás, y como recibiese en aquel mismo momento la capitulacion de París, marchó á encerrarse solo en la cámara del buque, donde se le oyó desahogarse en profundos gemidos. Napoleon, á quien nadie habia visto jamás derramar una sola lágrima, ni sobre los cadáveres de cuatrocientos mil hombres enterrados entre las nieves de la Rusia, ni á la vista del desastre de Leipsik, ni al perder el imperio en Fontainebleau, ni finalmente en los campos de Waterloo, Napoleon, pues, lloró de vergüenza al pasar su vista por los detalles de la segunda ocupacion de París, y al verse obligado á separar de sí al corto número de amigos y compañeros de su destierro, arrebatados de su lado por la crueldad de sus enemigos. Por lo demás, ya á la sazon sabia el emperador que el punto señalado para su residencia era la isla de Santa Elena.

Despues de haber luchado largo rato para ocultar sus lágrimas, mas sin poder sofocar completamente sus gemidos, consiguió recobrar toda la majestad propia de su desgracia, y se trasladó á bordo del *Northumberland*, nó sin dejar antes firmada la siguiente protesta, primera represalia de su infortunio contra el gobierno inglés; y como, por decirlo así, aquel es su llamamiento á la historia, en esta es donde debe quedar consignada para siempre.

«Protesto desde aquí solemnemente, dijo en aquella acta dirigida á los tiempos venideros, protesto á la faz del cielo y de los hombres contra la violacion de mis sagrados derechos, al disponer por la fuerza de mi persona y libertad. Yo he venido libremente á bordo del *Belerofonte*, y no soy prisionero sino huésped de la Inglaterra.

»Desde el punto en que pisé el costado del *Belerofonte*, me coloqué bajo la proteccion del pueblo británico. Si el gobierno al dar sus órdenes al capitan de aquel buque para que me recibiese á su bordo con comitiva, solo trató de tenderme un lazo, ha cometido una traicion y ha deshonrado su pabellon.

»Si este acto llegase á consumarse, en vano pretenderán ya los ingleses hablar de lealtad, de sus leyes ni de su libertad. La fé británica habrá desaparecido con la hospitalidad del *Belerofonte*.

»Apelo al juicio de la historia; ella dirá que un enemigo que por mas de veinte años hizo la guerra al pueblo inglés, vino libremente en medio de su infortunio á buscar un asilo bajo sus leyes. ¿Ni qué otra prueba mas evidente podia él dar á esa nacion de su aprecio y de su confianza? ¿Cómo correspondió, sin embargo, la Inglaterra á tanta magnanimidad? Fingió al pronto tender su mano hospitalaria al enemigo, y cuando le vió entregarse de buena fé, entonces le inmoló.

NAPOLEON.»

El 8 de agosto durante la noche, desplegó el *Northumberland* sus velas al viento que debia impelerle con direccion á Santa Elena, y á la salida del sol del dia siguiente, aun se distinguian á lo lejos las costas de la Francia. Napoleon fijó en ellas sus ojos por largo tiempo, y esclamó al perderlas ya de vista: «Adios, tierra de valientes!» Pronunciadas estas palabras, entregóse ya el prisionero á esa vida ociosa é indolente, propia de los que hacen por mar una travesía que suspende toda accion y adormece el pensamiento.

Dejémosle, pues, bogar hácia su isla, y anudemos otra vez la relacion de los sucesos, de cuyo objeto nos hemos distraido por el interés que inspira esa gigantesca fortuna de un grande hombre, que, aun vencido, sabe sobreponerse á su destino, siquiera su corazon palpite con mas fuerza en semejante situacion bajo el inevitable imperio de las cosas humanas.

FIN DE LA PRIMERA RESTAURACION.

HISTORIA

DE LA

SEGUNDA RESTAURACION

POR

AQUILES DE VAULABELLE.

HISTORIA

DE LA

SEGUNDA RESTAURACION

POR

AQUILES DE VAULABELLE.

CAPITULO I.

Luis XVIII despues de la batalla de Waterloo.—Esfuerzos de la corte y de los ministros para conseguir la destitucion de Mr. de Blacas. — Mr. de Talleyrand. — El rey sale de Gante y se dirige á Mons: nuevos ataques contra Mr. de Blacas: este acaba por retirarse.—Parte del duque de Welligton al rey; este entra de nuevo en Francia por Bavay y llega á Cateau; primer manifiesto á los franceses. — Luis XVIII pasa á Cambray; segundo manifiesto á los franceses.—Llega el rey á Roye. — Nuevos esfuerzos realistas de Mr. de Vitrolles; Mr. Ouvrard; encargo de Fouché á Mr. de Vitrolles y al mariscal Grouchy; Mr. de Vitrolles llega al cuartel general de Davoust, establecido en la Villette: llegada de dos diputaciones de las cámaras: Mr. de Vitrolles, Mr. de Laguette-Mornay, los generales Freissinet y Dejean: tumulto promovido en el cuartel general. — Tres individuos de la comision de gobierno disponen el arresto de Mr. de Vitrolles: esposicion de diez y siete generales á la cámara de los representantes: conferencia celebrada en la cámara de los pares.— Conferencias en Etrées y en Louvres entre los individuos de la comision de armisticio y el duque de Wellington: los comisarios ofrecen entregar la persona de Napoleon: el armisticio es rechazado. — Renuncia Blucher á atacar la parte septentrional de Paris y se traslada á la orilla izquierda del Sena por los puentes de San German y de Maisons: critica situacion del ejército prusiano: fuerzas del ejército francés: Davoust retiene á nuestras tropas detrás de sus atrincheramientos. — El general Excelmans ataca á los prusianos y les destruye dos regimientos. — Consejo de gobierno en las Tullerias: consejo de guerra en la Villette: queda autorizado Davoust para entregar á Paris. — Primera proposicion de Davoust: insolente contestacion de Blucher: segunda proposicion de Davoust: contestacion del general Ziethen, que exige que el ejército francés se rinda como prisionero de guerra — El general Tromelin es enviado á Blucher y el coronel Macirone á Welington.—Conferencia celebrada en Saint-Cloud para tratar de la rendicion de Paris. — Segunda capitulacion de esta capital — La cámara de los representantes y la capitulacion: el pueblo quiere defenderse: resistencia del ejército: perplejidad de la comision de gobierno: el ejército emprende la marcha para Orleans: exasperacion de los soldados. —Lastimosa actitud de la cámara de los representantes: sus tres constituciones: los prusianos verifican su entrada triunfal en Paris, echan de las Tullerias á la comision de gobierno y cierran la cámara de los pares. — Mr. Decazes manda cerrar la cámara de los representantes: Mr. de Lafayette; desempeño de su mision con los soberanos aliados; su regreso: los ingleses. Los ingleses y los prusianos ocupan á Paris

Convencidos de la derrota del ejército inglés en la meseta de Mont-Saint-Jean, en la tarde del 18 de junio estaban esperando Luis XVIII, su hermano y sus ministros el último aviso de los agentes realistas de Bruselas para fugarse y embarcarse en Ostende, cuando llegó por último la noticia de la victoria del duque de Wellington. Grande fué el alborozo que produjo tan inesperada nueva, pues no solamente el rey, sino tambien sus servidores y sus huéspedes, de cualquiera clase y condicion que fueran, consideraban la imprevista victoria de los ingleses y de los prusianos como enteramente decisiva para la causa real y para los aliados. «La jornada del 18 ha terminado de la manera mas feliz para los aliados decian los ministros de la corte desterrada en el *Diario de Gante* del dia siguiente, la tenaz y sangrienta lucha que habia empezado el dia 15. La audacia del usurpador, sus planes de agresion, tan bien y por tanto tiempo meditados, ejecutados con la terrible actividad que le caracteriza y marcados con el temor de un desastre irreparable, con la frenética ferocidad de sus cómplices, con el fanatismo de sus soldados y con un valor digno de mejor causa, todo ha cedido al genio del duque de Wellington y al ascendiente que ejerce la verdadera gloria en una funesta celebridad. El ejército de Bonaparte, que solo puede calificarse de nombre entre los ejércitos franceses desde que es el terror y el azote de la patria, ha sido vencido y casi de todo punto anonadado.

El cañon de Waterloo acababa de derribar un lienzo de la frontera francesa. Luis XVIII resolvió penetrar por esta brecha en pos de los ejércitos aliados enarbolando de nuevo, en una de las ciudades del departamento del Norte, la bandera realista que tres meses antes queria levantar en las murallas de Lila y luego en las de Dunkerque. Y no se crea que le indicaran únicamente este partido los intereses generales de su causa, pues tambien se lo aconsejaban de una manera unánime los ministros estranjeros que residian á su lado. No atreviéndose sin embargo á salir de Gante antes de conocer la marcha adoptada por Blucher y Wellington, pasó tres dias esperando noticias ciertas del camino que llevarian sus tropas. No dejaron de ocurrir algunos sucesos durante este tiempo: acababan de despertarse las intrigas y las cuestiones de privanza, que á tantos debates dieran márgen algunas semanas antes, con una actividad y con un entusiasmo que acrecia la esperanza de la perspectiva que no podia menos de ofrecer el regreso á las Tullerías; cada cortesano deseaba la mejor parte en las ventajas de corte y en los beneficios ministeriales que prometia la nueva situacion; Mr. de Blacas y el favor esclusivo que el rey continuaba otorgándole oponian obstáculos á todas las ambiciones, de suerte que su persona y su crédito fueron el blanco de todos los ataques. El conde de Artois y sus allegados, los individuos del ministerio y hasta los enviados estranjeros se unieron para solicitar que se le destituyera, pero sin fruto, porque sus esfuerzos se estrellaron constantemente en la obstinada confianza de Luis XVIII, y este, en cuanto supo en la tarde del dia 22 que las tropas aliadas se aprestaban á entrar en Francia por Avesnes y por Cateau, salió de Gante con su favorito en direccion á Mons.

Grande era el influjo de Mr. de Talleyrand en estas luchas intestinas Despues de haber puesto su firma al pié del acta final del congreso, 9 de junio, salió inmediatamente de Viena y llegó á Bruselas, en donde se detuvo para solicitar de Luis XVIII, como prenda de satisfaccion y de deferencia, un insignificante favor de corte que el rey negó por consejo de Mr. de Blacas, y aunque anunció desde luego la resolucion de dimitir el título de ministro de negocios estranjeros, contento con esta amenaza, interesó en su causa á lord Wellington y á los representantes de los soberanos en Gante, y acometió la empresa de derribar a Mr. de Blacas. Con este objeto entabló una correspondencia muy activa con los otros individuos del consejo, y al saber su mal éxito y la salida

del rey para Mons se apresuró á llegar á esta ciudad antes que todos. Luis XVIII pasó por Grammont y Ath, y llegó á Mons en la mañana del 23, donde fue recibido por Mr. de Talleyrand que guardando el mas profundo silencio sobre la cuestion de favoritismo se contrajo á la parte que le cumplia desempeñar de presidente del consejo é hizo que se ocupaba esclusivamente en la necesidad y en los medios de preparar el regreso del rey. En cambio Mr. Pozzo di Borgo, Mr. de Vincent y sir Carlos Stuardo, que llegaron entre la comitiva de Luis XVIII, reiteraron sus ataques haciendo observar al rey que sus cortes no podian menos de esperimentar alguna inquietud y descontento al verle entrar con el hombre á quien Francia y Europa acusaban de los errores y faltas que tres meses antes precipitaron la caida del gobierno real. Por su parte el duque de Wellington, secundando estos ataques, remitió al rey un parte donde decia «que en la situacion presente la monarquía necesitaba un hombre de talento práctico; que el único á propósito y que se hallara en estado de comprender todas las dificultades de la situacion que empezaba á asomar era Mr. de Talleyrand, y finalmente que sin indicar las elecciones que debian hacerse creia muy importante manifestar al rey la utilidad de separar de su consejo á los hombres que se habian hecho impopulares á los ojos de Francia.» Esta lucha duró todo el dia 23, mas aunque Luis XVIII se sentia conmovido, no parecia muy dispuesto á ceder. «En vano seria, decia la víspera Mr. de Blacas al conde de Bruges, que todas las potencias de Europa exigiesen que se me destituyera, porque yo continuaré al lado del rey con solo quererlo.» Amedrentado sin embargo por el clamor universal que se levantaba, el favorito creyó que le seria imposible resistir por mucho tiempo, y en consecuencia determinó presentar espontáneamente su dimision; pero tal vez Luis XVIII no hubiera aceptado todavía este sacrificio si al preguntar por el estado de los ánimos en Francia á una diputacion de habitantes de la ciudad de Lila, que iban á saludarle, no hubiera oido de uno de ellos esta respuesta: V. M. es deseado con impaciencia, pero, señor, os decimos la verdad; Mr. de Blacas es muy impopular, y la opinion pública se ha pronunciado contra él de una manera tan decisiva que si V. M. entra en Lila con semejante hombre, los gritos de *viva el rey* alternarán con los de *abajo Blacas*. Luis XVIII, movido de una declaracion semejante, aceptó la dimision del ministro, habiendo tenido lugar aquella noche misma la audiencia de despedida. El rey, á lo que se dice, derramó algunas lágrimas, y Mr. de Blacas, aprovechando aquel momento de ternura, manifestó á Luis XVIII que se retiraba sin fortuna y que solicitaba de S. M., no para sí, sino para sus hijos, una prueba de munificencia tanto mas fácil en cuanto el rey no necesitaba ya los fondos que tenia depositados en Lóndres. — Teneis razon, contestó Luis XVIII, ya no los necesito, y por consiguiente tomadlos todos. Esta contestacion proporcionó á Mr. de Blacas un capital de mas de veinte y cinco millones de reales.

Al llegar á Mons, el rey manifestó la intencion de continuar el viaje al otro dia, intencion que no pudo menos de amedrentar á Mr. de Talleyrand. Falto de resolucion en presencia de las circunstancias difíciles, sin tener la facultad de concebir una idea fija hasta que quedase asegurada la marcha de los acontecimientos, en sus conversaciones con sus colegas y con los ministros estranjeros el príncipe de Benevento calificaba de indiscrecion y de calaverada de grandes consecuencias el inmediato regreso á Francia. «Todavía no hay nada dispuesto para verificarlo, decia á cada paso, es necesario primeramente examinar lo que puede suceder, es preciso esperar.» Sobrado cortesano sin embargo para chocar de frente con la voluntad del amo, no era este por cierto el lenguaje de Mr. de Talleyrand ante el rey, pues decia que si la resolucion del rey era digna de un nieto de Enrique IV, no le parecia muy conducente que verificase su entrada por los departamentos del Norte, cubiertos como estaban de fortalezas guarnecidas por tropas imperiales. El pais que mas simpatizaba con la dignidad real, añadia, son las provincias del Mediodía, donde la poblacion estaba unánime, donde saldria del polvo un ejército realista que proporcionaria al rey una fuerza propia, de suerte que por lo menos el rey se veria rodeado esclusivamente de franceses.—Improvisando en esta coyuntura proyectos imposibles, el príncipe de Benevento aconsejó formalmente á Luis XVIII que pasara al Rhin, que atravesara una parte de Alemania y de Suiza y que fuera á establecerse en Lyon.

En este punto Luis XVIII recibió un parte del duque de Wellington que le aconsejaba que pasara inmediatamente la frontera y que fuéra á reunírsele en Cateau. Indignado este príncipe por la fuerza que se habia hecho á sus sentimientos, aceptó con entusiasmo este consejo, y el dia 24 por la mañana emprendió la marcha sin otra compañía que el canciller y el ministro de la guerra, de suerte que Mr. de Talleyrand, los otros individuos del consejo y los ministros estranjeros quedaron en Mons. El rey tomó el antiguo camino romano, llamado Calzada de Brunequilda, que le condujo primeramente á la villa de Bavay y por la noche á Cateau, donde recibió al duque de Wellington y en donde se detuvo. Luis XVIII habia echado por este camino, porque sobre ser el mas directo le evitaba la necesidad de pasar á la vista de una de nuestras plazas fuertes de primer órden.

Mientras esperaba en este punto el progreso de los dos ejércitos aliados para pasar adelante, aprovechóse el rey de su permanencia en Cateau para anunciar su llegada al reino. Esta primera proclama, pacto comun del príncipe y de Mr. Dambray, estaba concebida en estos términos:

PROCLAMA REAL.

»Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, á todos nuestros fieles vasallos, salud.

»En cuanto nos vimos en la necesidad de salir momentáneamente de nuestro reino, merced á la mas criminal de las empresas, secundada por la mas inconcebible de las deserciones, os hicimos presentes los peligros que os amenazaban si no os apresurabais á sacudir el yugo del tirano usurpador.

»No hemos querido unir nuestros brazos ni los de nuestra familia á los instrumentos de que se ha servido la Providencia para castigar la traicion; pero ya que los poderosos esfuerzos de nuestros aliados han disipado los satélites del tirano, nos apresuramos á entrar de nuevo en nuestros estados para restablecer la constitucion que hemos dado á Francia, reparar por todos los medios que están á nuestro alcance los males consiguientes á la revuelta y á la guerra, recompensar a los buenos, *ejecutar las leyes vigentes contra los culpables*, y finalmente llamar al rededor de nuestro trono paternal á la inmensa mayoría de los franceses, que tan dulces consuelos nos han producido con su lealtad, con su valor y con su decision.

»Dado en Cateau-Cambresis, dia 25 del mes de junio de 1815 y del 21 de nuestro reinado.

»Firmado:

«Luis.

»Por el rey, el ministro secretario de estado y del despacho de la guerra,

Duque de Feltre.»

Muy impolítico era por cierto un manifiesto en que Luis XVIII, al pisar el territorio de la monarquía que tres meses antes le rechazara, ponia en las nubes el triunfo de los estranjeros, aliados suyos, pronunciando únicamente palabras de cólera y de venganza contra la parte de la poblacion que aun estaba armada contra él; pero sin duda parecerán mas estrañas estas palabras si se considera que el rey que se producia en términos tan amenazadores no tenia á la sazon otros súbditos que los habitantes de un villorrio, ni mas consejeros que el ministro de la guerra y el canciller. Este último habia despachado dos correos á Mons para invitar á los ministros, menos á Mr. de Talleyrand, que pasaran á Cateau, como tambien para suplicar á los representantes estranjeros que fuéran á reunirse con el rey, pero esta diligencia fué de todo punto infructuosa, porque los primeros contestaron que no abandonarian á Mr. de Talleyrand sin separar nunca sus intereses de los propios, y los segundos hicieron declarar á Luis XVIII que habian recibido de su corte la órden de comunicarse con él por medio de su representante en el congreso de Viena, esto es, del príncipe de Benevento, en quien habia la Europa depositado enteramente su confianza. Esta polémica quedó resuelta por una carta que escribió lord Wellington á este último. En esta carta, fechada en Cateau el mismo dia de la llegada de Luis XVIII, decia el duque á Mr. de Talleyrand, «que sentia muy mucho que sus colegas y él no hubiesen acompañado al rey, y que por consiguiente les suplicaba que sin pérdida de tiempo fuéran á saludarle.—Si yo os hubiera visto, añadia el duque, ó si vosotros hubieseis conocido el estado de los negocios cuando aconsejasteis al rey que se abstuviera de entrar en Francia, no dudo que hubierais dado un consejo del todo diferente á S. M. y que le hubierais acompañado.» No titubeando por mas tiempo Mr. de Talleyrand, ni los individuos del consejo que habian quedado con él, ni los ministros estranjeros, pasaron la frontera y fuéron á Cambray para aguardar á Luis XVIII.

A pesar del corto número de soldados que habia en Cambray, el gobernador no quiso acceder á la intimacion de los primeros cuerpos aliados que el dia 23 por la tarde se presentaron á la vista de la ciudad. Habiendo contestado de la misma manera á las intimaciones que el dia siguiente 24 reprodujo el enemigo, cuyas fuerzas tomaban incremento, si así vale decirlo, de hora en hora, se dispuso inmediatamente el

asalto en muchos puntos. Facilitó la escalada la parte realista de la poblacion, de suerte que los hombres entregaban escalas á los soldados aliados, entretanto que las mujeres daban la mano á los acometedores para ayudarlos á pasar los parapetos: así es que despues de una breve resistencia la guarnicion, poco numerosa para contener un entusiasmo tan vergonzoso, abandonó la ciudad y se retiró á la ciudadela, rindiéndose el dia siguiente 25. A la noticia de este triunfo, Luis XVIII salió de Cateau el dia 26 por la mañana, y al llegar á Cambray al medio dia se vió recibido por las autoridades debajo de un arco de triunfo, y entró en la ciudad precedido de una numerosa multitud de señoritas vestidas de blanco, que iban sembrando de flores el camino. Entretanto Mr. de Talleyrand, los individuos del consejo que habian quedado con él y los ministros estranjeros, aguardaban al rey en el palacio que se habia preparado para alojar al príncipe.

Entre los primeros partes entregados por Mr. de Talleyrand á Luis XVIII, habia una nueva carta del duque de Wellington. Este general, despues de manifestar al rey que Blucher y él continuaban avanzando sin hallar obstáculos de ninguna especie, de suerte que esperaba verle restablecido en el trono dentro de pocos dias, añadia: «Importa muy mucho que preceda á S. M. algun documento que despues de anunciar sus intenciones de *perdon* y *olvido*, prometa gobernar segun el espíritu de la carta.» Al contestar Luis XVIII á su ministro que habia prevenido ya los deseos del duque de Wellington, le presentó su declaracion de Cateau-Cambresis. Este documento, comunicado por el príncipe de Benevento á los otros individuos del consejo y á los ministros estranjeros, fué declarado insuficiente y peligroso por unanimidad. Ninguna cuestion se ha resuelto todavía, decian los últimos: la prudencia mas vulgar aconseja al rey que defienda los intereses creados, que inspire confianza á todos los partidos, y que en vez de hacer temer su regreso haga desearle. Sometidas al rey en muchas audiencias, estas reflexiones acabaron por triunfar del resentimiento y de la indignacion que en él habian producido la fuerza que se hiciera algunos dias antes á sus afectos privados y los esfuerzos con que se pretendiera sujetarle al esclusivo influjo de Mr. de Talleyrand: así consintió, despues de dos dias de debates, en sujetarse á la direccion política de este último, otorgándole la presidencia efectiva de su consejo. Anulóse el manifiesto de Cateau-Cambresis, y en su lugar se redactó una nueva declaracion que en concepto de sus autores debia atraer la inmensa mayoría de la parte influyente ó tímida de la poblacion á la causa real, haciendo caer las armas de las manos de la mayor parte de los jefes militares que habian tomado parte en los últimos acontecimientos. Esta declaracion, que en algunos puntos arguye cierta habilidad en los consejeros de Luis XVIII, estaba concebida en los términos siguientes.

El rey á los franceses.

«Acaban de abrirse ante mí las puertas de mi reino. Vuelo á reunir á mis súbditos estraviados, á suavizar los males que habia querido prevenir, á interponerme otra vez entre los franceses y los ejércitos aliados, esperando que las consideraciones de que puedo ser objeto, redundarán en provecho de mis súbditos. Este es el concepto esclusivo en que he tomado parte en la guerra, pues nunca he permitido que apareciese en las filas estranjeras ningun príncipe de mi familia, y he procurado siempre contener el entusiasmo de los servidores que pudieron colocarse en torno de mi persona.

»Restituido al seno de la patria, me complazco en hablar de confianza á todos mis pueblos. Cuando me presenté por segunda vez, hallé los espíritus agitados y arrastrados por el ímpetu de pasiones contrarias; donde quiera veia obstáculos y dificultades; mi gobierno *debia cometer algunas faltas*, y es posible *que las haya cometido;* pues hay momentos en que son insuficientes las intenciones mas puras, hay momentos en que estas mismas intenciones *alucinan*. Solo la esperiencia podia advertir lo conveniente, y esta esperiencia *no se echará en olvido*, pues deseo todo lo que puede contribuir á la salvacion de Francia.

»Mis vasallos han conocido, por medio de crueles pruebas, que el principio de la legitimidad de los soberanos es una de las bases fundamentales del órden social y la única en que pueda fundarse una libertad prudente y bien ordenada, cuando se trata de un pueblo grande. Yo me habia anticipado á consagrar en mi carta esta doctrina, que es precisamente la misma que acaba de proclamar la Europa entera, y me propongo añadir á la propia carta todas las garantías que pueden asegurar sus beneficios.

»La unidad del ministerio es la mas fuerte que puedo ofrecer; por lo demás, sé que existe, y que la marcha franca y segura de mi consejo es suficiente para afianzar todos los intereses y para calmar todas las inquietudes.

»En estos últimos dias se ha hablado del restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales; mas no hay necesidad de refutar una fábula inventada por el enemigo comun. Nadie espera ciertamente que el rey de Francia rebaje su dignidad hasta el punto de rechazar mentiras y calumnias; el resultado de la traicion arguye con evidencia el orígen de donde procede, y si los compradores de bienes nacionales han concebido algunos temores, bastaba con la carta para tranquilizarlos. Yo mismo he propuesto á las cámaras, y hecho llevar á cabo la venta de los mismos bienes, y esta prueba de mi sinceridad es enteramente irrecusable.

»Todos mis vasallos me han dado recientemente iguales pruebas de amor y de lealtad: quiero manifestarles la profunda gratitud que les profeso, y escoger entre los franceses de todas las clases á los que deben estar cerca de mi persona y de mi familia.

»Solo quiero escluir de mi presencia á los hombres que con su nombradía son una calamidad para la Francia, y un objeto de espanto para Europa. Verdad es que en su trama distingo á muchos de mis súbditos estraviados y algunos culpables.

»Yo, que nunca he prometido en vano, como sabe muy bien la Europa entera, prometo perdonar á los franceses estraviados por todo lo ocurrido desde el dia en que salí de Lila, en medio de tantas lágrimas, hasta que entré en Cambray en medio de tantas aclamaciones.

»Los anales del mundo no ofrecen ejemplo de la traicion que ha hecho correr la sangre de mis hijos. Esta traicion ha traido al estranjero al corazon de Francia: cada dia me revela un nuevo desastre, y así por la dignidad de mi trono como por el interés de mis pueblos y por el reposo de Europa, no me es posible perdonar á los autores ó promotores de tan horrible trama. Me propongo reunir inmediatamente las dos cámaras, y en ellas serán designados los culpables á la vindicta de las leyes.

»Franceses: tales son los sentimientos que os profesa el que no se ha dejado trocar nunca por el tiempo, ni rendir á la desgracia, ni arrastrar de la injusticia.

»El rey, cuyos ascendientes han reinado sobre los vuestros por espacio de ocho siglos, vuelve ahora para consagrar sus dias á vuestra defensa y á vuestro consuelo.

»Dado en Cambray á 28 del mes de junio del año de gracia 1815, y del 21 de nuestro reinado.

Firmado: Luis.

Y mas abajo:

Por el rey, el ministro secretario de estado y del despacho de negocios estranjeros.

Príncipe de Talleyrand.

Amnistía y olvido de todos los hechos posteriores á la entrada de Luis XVIII en Lila (23 de marzo); reservas hechas á las dos cámaras para castigar únicamente á los autores y promotores del restablecimiento del 20 de marzo; completa seguridad para los compradores de bienes nacionales; profundo respeto para todas las libertades consignadas en la carta; responsabilidad formal de los ministros; unidad en el ministerio y en la administracion; reparacion de las *faltas* cometidas: hé aquí los compromisos que contrae y proclama formalmente Luis XVIII en este manifiesto: mas no es maravilla que todas estas promesas se vieran olvidadas y conculcadas al otro dia, pues esto es precisamente lo que sucede con el programa de un gobierno naciente. Ninguna de estas promesas escitó siquiera la indignacion del conde de Artois y de los cortesanos, imperialistas recobrados ó antiguos emigrados, que se arrogaban el título de *realistas verdaderos*. Todos se desencadenaban en aquella coyuntura contra el influjo de los ministros aliados, no porque ofendieran su orgullo las desgracias ó los hechos vergonzosos de la invasion, sino porque la monarquía transigia con los revolucionarios, porque otorgaba una capitulacion honrosa á la revuelta. Tal era el crímen que echaban en rostro á los representantes de los soberanos; tal era el dolor y el ultraje que recibian de la intervencion estranjera. Luis XVIII oia todos estos gritos de cólera sin hacerles caso; anheloso principalmente por recobrar su corona, habia comprendido que los consejos de Wellington y de los ministros aliados eran una guia mas segura para conseguirlo que las ciegas preocupaciones de su hermano y de sus cortesanos, y aun que sus inspiraciones personales. El dia 29 el rey recibió un nuevo parte del generalísimo inglés para que saliese de Cambray en direccion á Roye, á donde llegó efectivamente este príncipe el dia 30. Estando en esta pequeña ciudad, recibió la carta que escribiera Fouché el dia 24, y fueron á saludarle las notabilidades políticas que habian salido de París á su encuentro. Contábase entre estas notabilidades á los mariscales Gouvion Saint-Cyr y Macdonald, por quienes supo Luis XVIII la salida de Napoleon para Rochefort.

Condenado por la desgracia de su situacion á ajustar cada uno de sus pasos á la marcha de los ejércitos aliados, el rey tuvo que esperar de nuevo hasta que el duque de Wellington le participase que podia continuar su viaje. Desde la salida del emperador, el restablecimiento de la monarquía se cifraba enteramente en la posesion de Paris, pues era indudable que sus puertas podian quedar cerradas por mucho tiempo en tanto que las defendieran un ejército numeroso é impaciente de vengar su derrota y una poblacion de setecientos mil habitantes, entre los cuales se veia una juventud enérgica y anhelosa por el campo de batalla. No podian abrirlas ciertamente los partidarios del rey, puesto que no se los veia en parte alguna, habiendo sido impotentes todos los esfuerzos que hiciera el baron de Vitrolles desde el dia 24 para provocar una manifestacion realista; mas no por esto dejaban de estar seguros del triunfo Blucher y Wellington. «Tengo para mí que la conclusion será precisamente la misma que deseamos, *sin necesidad de disparar un tiro*, escribia Wellington al conde de Liverpool; espero estar en Paris en 1.° de julio.» No se hacia el general inglés ilusion alguna sobre la impotencia del partido de los Borbones, ni contaba con otros ausiliares que con el desórden introducido en la defensa nacional, con la caida de Napoleon, con la inercia de las cámaras, con el desaliento del ejército, con la torpeza de sus caudillos, y particularmente con la complicidad del jefe del gobierno.

No habia querido Fouché divulgar á Mr. de Vitrolles la tentativa que hiciera con Davoust en favor del restablecimiento de los Borbones, en el consejo celebrado en las Tullerías el dia 27, porque si la tentativa tuviera mal resultado, desde luego quedara de manifiesto su influjo ó su habilidad. En el decurso de los dos dias siguientes á su entrevista con el príncipe de Eckmuhl, Mr. de Vitrolles esperó inútilmente el mensaje que el duque de Otranto habia prometido de una manera tan positiva á las dos cámaras, porque el amigo que estaba encargado de comunicarle inmediatamente esta noticia no salió de las tribunas del palacio legislativo ni el dia 27 ni el 28: así es que cada noche se retiraba sin saber nada nuevo. Sin embargo, la rapidez con que se iban acercando las tropas aliadas disminuia de hora en hora, si así vale decirlo, las probabilidades de una restauracion alcanzada por una autoridad nacional. No pudiendo menos de impacientarse á la aparicion de los prusianos ante San Dionisio el dia 28, Mr. de Vitrolles se quejó amargamente á Fouche por semejante demora, en la entrevista que tuvieron en la noche de aquel dia, é insistió vivamente para que no se retardase por mas tiempo la proposicion que debia hacerse en favor del restablecimiento de los Borbones. Aseguró de nuevo Fouché hacerlo pronto, y Mr. de Vitrolles se retiró. Pocos instantes despues se presentó al representante de Luis XVIII un antiguo proveedor llamado Mr. Ouvrard, que ha adquirido cierta celebridad contemporánea por sus especulaciones rentísticas y políticas, y le manifestó que al otro dia acompañaria al mariscal Grouchy á los generales aliados para solicitar una suspension de armas. «Como en estos casos suelen otorgarse ciertas ventajas así á los generales como á los estados mayores, añadió Mr. Ouvrard, mañana os traeré para estos la cantidad de dos millones, por cuyo medio podrá facilitarse la negociacion. —Estoy dispuesto á hacer todo lo posible para acelerar la llegada del rey, contestó Mr. de Vitrolles, pero no quiero encargarme de vuestros millones, y me parece que siempre llegaremos á tiempo de entregarlos si los aliados consienten en tratar. Y luego no me siento muy inclinado á comprometerme en semejantes cuentas. —Es que no tendreis que dar ninguna. —Razon de mas para no aceptar cantidad alguna.» Y retiróse el antiguo proveedor.

El dia siguiente muy de mañana Fouché envió á su secretario para que esplicará á Mr. de Vitrolles el paso de Mr. Ouvrard. Este secretario le refirió que al llegar el dia anterior á la vista de Paris con el ejército del Norte, el mariscal Grouchy habia consentido en ir al encuentro de Blucher y de Wellington para que se comprometieran á suspender las hostilidades y detener *su marcha*, en cuanto proclamasen las cámaras el restablecimiento de los Borbones; que se habia creido indispensable para el buen éxito de la negociacion, el concurso de Mr. de Vitrolles, y que este último recibiria del duque de Otranto una carta para Davoust, nombrado generalísimo de las tropas francesas, para obtener las órdenes y los pasaportes necesarios al cumplimiento de su mision. «El mariscal Grouchy está dispuesto, añadia el secretario de Fouché á Mr. de Vitrolles, y el mariscal Oudinot, encargado de acompañaros á la Villette, que es el cuartel general del ejército, os está esperando.» Inmediatamente Mr. de Vitrolles fué á ver al duque de Otranto, el cual le entregó la carta anunciada por su secretario. El mariscal Grouchy habia partido ya para la Villette, á donde fué con el duque de Reggio el representante de Luis XVIII, y entrambos se encaminaban á este arrabal en el momento mismo en que entraba en las Tullerías el general Becker para pedir á Fouché y á sus colegas en nombre del emperador la autorizacion competente para llevar al ejército francés contra el enemigo.

Acababa de llegar Davoust á su cuartel general cuando se le presentaron el mariscal Oudinot y su compañero de viaje.

Despues de haber recibido de Mr. de Vitrolles la carta de Fouché, se puso á leerla, pero interrumpió varias veces la lectura, como si no acertara á comprenderla. En efecto, fiel á la reserva sistemática que se habia propuesto en sus escritos, contraíase Fouché á presentar al mariscal algunas consideraciones vagas sobre las dificultades de la situacion y sobre la posibilidad de utilizar el celo patriótico del conde de Grouchy para alcanzar alguna solucion pacífica; mas no parecia sino que en vez de emitir una opinion, el duque de Otranto pedia consejo. «No alcanzo el sentido de esta carta, dijo finalmente Davoust á Mr. de Vitrolles; el mariscal Grouchy acaba de manifestarme que está encargado de una mision relativa á los generales aliados, de la que el duque de Otranto apenas me habla, de suerte que ni me dice lo que debo hacer ni lo que quiere. —El señor marqués de Grouchy ha recibido seguramente del presidente del gobierno algunas instrucciones verbales, contestó Mr. de Vitrolles, y pues lo único que necesita son poderes, entregadle la carta, que con ella los tendrá suficientes. —Es verdad, replicó Davoust; mandádsela inmediatamente.» Mr. de Vitrolles, á quien Davoust no reconocia, puesto que sin duda le creia empleado de Fouché, aceptó el encargo de buen grado. Mientras estaba escribiendo, acercóse el generalísimo al duque de Reggio, que hasta entonces estuvo departiendo con el mariscal Grouchy ó con los oficiales generales que llenaban el salon, y le dijo el nombre de su atento copista. Al momento Davoust se acercó á este último, se escusó como pudo y le rogó que le siguiera al piso superior, en donde podrian hablar con libertad; pero no bien hubieron entrado en aquella pieza, que estaba completamente desamueblada y que hasta carecia de sillas, fué un ayudante de campo para anunciar al mariscal la llegada de una diputacion de las dos cámaras. Bajó Davoust, pero Mr. de Vitrolles no quedó solo por mucho tiempo, pues á poco resonó bajo la presion de muchos y pesados piés la escalera de madera que llevaba al piso bajo, abrióse al mismo tiempo la puerta, y entró el mariscal seguido de una doble diputacion de la cámara de los pares y de la cámara de los representantes.

En cuanto supo, en la víspera del 28, la llegada del ejército del Norte á la vista de Paris, la cámara de los representantes se habia apresurado á dirigir á los soldados un voto de felicitacion en que les participaba que habia enviado á los soberanos algunos plenipotenciarios «encargados de tratar en nombre del pueblo francés,» y en que les invitaba á reunirse á la voz de sus jefes y del gobierno, prometiéndole al mismo tiempo mostrarse en medio de ellos si necesario fuese. Este voto fue aceptado por la cámara de los pares, y en consecuencia se encargó á dos diputaciones que lo llevaran al otro dia al cuartel general. No pudiendo oir las tropas su lectura, por estar diseminadas en sus vivaques, acordóse que la recibiese en su nombre el príncipe de Eckmuhl. Cuando se vieron reunidas las dos diputaciones y el generalísimo en el cuarto en donde acababa de entrar el mariscal, se puso á leer la felicitacion en voz alta y animada uno de los representantes, llamado Mr. de Laguette-Mornay, hombre de corazon y de patriotismo que habia perdido un brazo en el campo de batalla de Wagram. Davoust escuchó esta lectura con la gravedad mas solemne, y probando á contestar dijo: «El ejército queda reconocido á los elogios de las cámaras. Siempre estará dispuesto á seguir la senda del honor.» No acertaba el mariscal á decir estas dos frases, como si no pudiera dar con las palabras que buscaba. No estaban menos embarazados sus oyentes; mas hé aquí que de repente vuelve el rostro y asiendo del brazo á una persona que tenia á las espaldas la presenta á las dos diputaciones y dice: «Señores, estamos negociando, y aquí tenemos al Sr. baron de Vitrolles que me ha enviado el duque de Otranto para facilitar un tratado con los aliados y con los Borbones.» A tan imprevista aparicion y anuncio quedaron estupefactos los concurrentes y enmudecieron de sorpresa, siendo Mr. Laguette-Mornay el primero que rompió el silencio en estos términos: «¡Cómo! tratar con los Borbones! Señor, esclamó dirigiéndose á Mr. de Vitrolles, tambien yo soy noble, pero no quiero Borbones, porque los detesto. —No se trata aquí de sentimientos particulares, contestó el representante de Luis XVIII, sino de lo que cumple al interés de Francia.» Continuó el altercado, y al oir aquella especie de contienda y el estrépito que andaba arriba, los oficiales generales que se habian quedado en el piso bajo se echaron en el cuarto llenándole en un momento. Al oir el nombre de Mr. de Vitrolles, algunos de los recien llegados quedaron al parecer sobrecogidos de una violenta irritacion y prorumpieron por todas partes en esclamaciones confusas, pero los que mas animados se mostraron eran el general Dejean, ayudante de campo del emperador, y el gene-

ral Freissinet. «No, fuera Borbones; no queremos Borbones, esclamaba el general Freissinet.—¿Y qué importa lo que quiere cada uno de nosotros, contestaba Mr. de Vitrolles? Trátase únicamente de saber si mañana se llevará á Paris á sangre y fuego.—Aun cuando se tratase de negociar, quisiéramos saber primeramente á quién dispensamos nuestra confianza; quisiéramos elegir á nuestros apoderados,» decia á su vez el general Dejean echando á andar precipitadamente al rededor del grupo en cuyo centro estaba Mr. de Vitrolles. No se crea sin embargo que la hostilidad fuese unánime, como que muchos individuos de ambas cámaras dirigian miradas punto menos que conciliadoras á Mr. de Vitrolles. Davoust, que desde el principio de los debates redoblaba inútilmente sus esfuerzos para restablecer la conciliacion y la calma, acabó por llevar al representante de Luis XVIII á un aposento contiguo, donde le manifestó su disgusto, instándolo para que terminase su operacion. Bajó Mr. de Vitrolles al salon de las oficinas del estado mayor general, en donde habia quedado solo el conde Guilleminot, que por cierto era mas prudente ó mas político que sus camaradas. Este general recibió á Mr. de Vitrolles con mucha cortesía y atencion, ofreciéndole sus buenos oficios, que eran enteramente inútiles, porque la mision del representante de Luis XVIII podia darse por abortada. El mariscal Grouchy habia desaparecido, lo mismo que el mariscal Oudinot, que durante el tumulto habia quedado en el piso bajo, de suerte que Mr. de Vitrolles tuvo que volver solo á Paris.

Estos hechos debian quedar ocultos á los ojos del público, mas no dejaron de surtir un doble resultado.

El dia siguiente por la mañana el general Grenier, uno de los individuos del gobierno provisional, general distinguido y hombre tan atento como tímido, supo los principales pormenores de la escena de la Villette, los refirió á Carnot, y este le prometió que exigiria esplicaciones positivas á Fouche. En 18 de fructidor, cuando Carnot era individuo del directorio, sus colegas se habian visto ya en la necesidad de incluirle entre los conspiradores condenados á la deportacion por la conspiracion realista de Pichegrú y de la minoría de los dos consejos, sin tener en consideracion la calidad de director de la república. Despues de un trascurso de 18 años Carnot era tambien individuo del gobierno é instrumento de una nueva conspiracion borbónica, pero luego que la comision dió principio a sus discusiones, interpeló con indignacion á Fouché por haber puesto en libertad á Mr. de Vitrolles, por la significacion que podia tener su presencia en el cuartel general de Davoust y por la carta que le habia encargado el duque de Otranto. Contestó Fouché, sin conmoverse, que la detencion de Mr. de Vitrolles era una medida arbitraria á que debia poner coto en calidad de presidente del gobierno, y que si bien era verdad que habia remitido un oficio poco importante al general en jefe, no acertaba á darse cuenta del objeto que podia tener en un hecho tan sencillo la admiracion de su colega. «Remitir esta carta á Mr. de Vitrolles ó á otra persona, decia Fouché, es una circunstancia del todo indiferente: lo importante era que llegase á su destino, y el resultado es que Davoust la ha recibido.—Pero Mr. de Vitrolles es un realista acérrimo, esclamó Carnot.—Me consta muy bien, replicó Fouché haciendo una relacion interminable de los esfuerzos de Mr. de Vitrolles para establecer en Tolosa el centro de un gobierno real del Mediodía.—Todo esto, repuso Carnot interrumpiéndolo, propende á confirmar mis sospechas; Mr. de Vitrolles conspira por Luis XVIII, no hay que dudarlo, y acaso no es él solo, añadió fijando la vista en Fouché. —¿Quereis acaso decir que yo conspiro con él? esclamó este último no pudiendo dominar una lijera emocion. Si así es, acusadme ante la cámara. ¿Quién lo impide? Pero tened entendido que sabré defenderme. —Yo no quiero decir que esteis de acuerdo con Mr. de Vitrolles, contestó Carnot, pero sí creo que no hay un realista mas peligroso, pues me parece que ha *pervertido* á un valiente mariscal, al mismo Davoust. —¡Qué! esclamó Fouché, ¿el mariscal tambien? Pero á este no es tan fácil prenderle; id á verificarlo sino en su cuartel general.

Carnot estuvo algunos instantes sin contestar. Desde la formacion del gobierno provisional era aquella la primera vez que se atrevia á declararse contra el duque de Otranto, pero este esfuerzo debia ser el último, porque sus colegas continuaban inmóviles y silenciosos como siempre. Propuso por último que se prendiera al representante de Luis XVIII, y aunque Fouché no quiso consentir en ello y el duque de Vicenza se abstuvo de emitir su voto, el general Grenier y el baron Quinette juntaron su voz á la de Carnot y quedó resuelta esta medida. Dictóse inmediatamente la órden oportuna, que fué remitida al prefecto de policía para que la cumplimentara; pero Fouché participó á Mr. de Vitrolles lo que ocurria, y este pudo ponerse en salvo, sin interrumpir, sin embargo, la remision de los partes que con el ausilio de MM. Pasquier y Royer-Collard enviaba cada dia á Luis XVIII. Tres dias despues Davoust y Fouché terminaban sin su concurso la obra política que habia concebido y entablado en el mismo acto de salir de la cárcel. Mientras en las Tullerías se decidia la prision de Mr. de Vitrolles, el hecho que la motivara producia un resultado muy diferente en el cuartel general. No podia ser mayor la agitacion que reinaba entre la mayor parte de los generales acantonados en la Villette ó en las cercanías: durante una parte de la noche del 29 y toda la mañana del 30, muchos andaban buscándose y refiriéndose los diversos incidentes de la singular escena que acababa de ocurrir en el cuartel general. Podíase conocer finalmente el término fatal á donde debia parar la caida de Napoleon y la increible inercia á que se abandonaban el gobierno y el jefe del ejército desde el dia de la abdicacion. En todos los hechos se revelaba la traicion, pero ¿quienes eran los culpables? Sea que todos estuvieran convencidos de la buena fe del príncipe de Eckmuhl, sea que se dejaran llevar del respeto que inspiraban sus antiguos servicios y su título, lo cierto es que nadie se atrevia á acusarle en alta voz; mas en cambio todos indicaban á Fouché como al principal autor de la trama. Este es el traidor, decian todos; mas aunque comenzaron por aprobar la propuesta del general Dejean, que queria enviar dos batallones á las Tullerías para prender y fusilar inmediatamente á Fouché, en seguida concluyeron por rechazarla. Emitiéronse tambien otras opiniones diferentes, pero todos se contentaban con hablar, como si temieran obrar. Acordóse por último publicar una manifestacion alarmante contra los príncipes desterrados, y el general Freissinet se encargó de redactar, en contestacion al voto que la víspera se habia leido de la cámara de los representantes, una declaracion que diera á conocer á Francia los verdaderos sentimientos del ejército, é infundiera á los colegas del duque de Otranto y á las cámaras las fuerzas necesarias para rechazar toda transaccion con los Borbones y para imprimir un impulso enérgico á la defensa nacional Cuando el general Freissinet hubo dado de mano á su trabajo, se dirigió con muchos de sus colegas al general en jefe solicitando su aprobacion y su firma, no precisamente como una prueba, sino para comprometer de una manera irrevocable á Davoust. En las circunstancias que este último se habia creado la víspera á presencia de sus subordinados, no le era fácil declinar una propuesta semejante, porque con ello hubiera justificado ó por lo menos despertado las sospechas. En consecuencia firmó, y á continuacion firmaron diez y siete generales. El mariscal se encargó de remitir el mismo dia aquel manifiesto á la cámara de los representantes, y aunque los firmantes aguardaron con impaciencia los diarios del dia siguiente, 1.° de julio, pronto echaron de ver que no se habia leido en la cámara ningun manifiesto. Presentáronse algunos generales á Davoust para dirigirle las reconvenciones oportunas, pero despues de haberse escusado con la negligencia de un subalterno, prometió Davoust remitir el manifiesto en aquel mismo dia Tampoco recibió la cámara comunicacion alguna durante la sesion diurna, pero en el momento en que los representantes abrian la sesion vespertina y en el acto de sentarse en su sillon Mr. Dupont de L'Eure, que era uno de los vicepresidentes, cierto individuo, cuyo nombre ignoraba, le entregó el manifiesto suplicándole que se abstuviera de leer la firma del mariscal Davoust. Tomó el documento Mr. Dupont de L'Eure, y reclamando silencio leyó con voz fuerte el manifiesto siguiente:

REPRESENTANTES DEL PUEBLO.

»Estamos en presencia de nuestros enemigos, y juramos en vuestras manos y á la faz del mundo defender hasta el último suspiro la causa de nuestra independencia y del honor nacional. Hay un empeño en sujetarnos al cetro de los Borbones, pero la inmensa mayoría de los franceses rechaza el restablecimiento de estos príncipes, y en el momento que se autorice su regreso, tened entendido, representantes, que se habrá firmado el testamento del ejército que por espacio de veinte años ha sido el *paladion* del honor francés. Sabido es que en la guerra, especialmente cuando es tan duradera, se esperimentan triunfos y desastres, y así como en el triunfo se nos ha visto grandes y generosos, en los desastres sabremos morir sin humillarnos.

»Ninguna garantía ofrecen los Borbones á la nacion. ¿De qué manera han correspondido á los sentimientos y á la generosa confianza con que los habíamos acogido, olvidando todos los males que nos habian causado con su empeño tenaz en arrebatarnos los derechos mas sagrados? ¡Nos han tratado como rebeldes y vencidos! Representantes: estas reflexiones son terribles, porque son ciertas. La historia inexorable contará algun dia lo que han hecho los Borbones para sentarse de nuevo en el trono de Francia, pero tambien dirá cuál ha sido la conducta de este ejército esencialmente nacional, y la posteridad podrá resolver quién mejor ha merecido la estimacion del mundo.

»Campo de la Villette, 30 de junio de 1815, á las tres de la tarde.»

Firmado : el mariscal ministro de la guerra, príncipe de ECKMUHL; el teniente general, general en jefe del primer cuerpo de caballería, conde de PAJOL; el teniente general baron FRESSINET; el teniente general y comandante del ala derecha del ejército, conde de ERLON; el teniente general comandante de los granaderos de la guardia, conde ROGUET; el mariscal de campo, comandante del tercer regimiento de los granaderos de la guardia imperial, conde HARLET; el general comandante interino de la division de cazadores, PELET; el mariscal de campo comandante del segundo regimiento de granaderos de infantería de la guardia imperial, baron CHRISTIAN; el mariscal de campo, baron HENRION; el teniente general BRUNET; el mayor GUILLEMAIN; el teniente general baron LORCET; el teniente general AMBERT; el mariscal de campo MARIO CLARY; el mariscal de campo CHARTRAN; el mariscal de campo CAMBRIEL; el mariscal de campo JEANNET; el general en jefe VANDAMME. »

Estrepitosos y duraderos fueron los aplausos que arrancó esta lectura. Al proclamar los nombres de los firmantes, Mr. Dupont (de l'Eure) cargó el acento con intencion marcada en el nombre de Davoust; por cuyo motivo el individuo que le habia entregado el manifiesto se acercó pocos instantes despues y le dijo en tono de reconvencion · Sin embargo, señor presidente, os habia suplicado que os abstuvierais de pronunciar el nombre del mariscal.—¿Qué quereis decir? ¿Quien sois vos? replicó Mr. Dupont de l'Eure, y el diputado salió del salon precipitadamente sin replicar. Los aplausos tributados en la cámara á la enérgica protesta que acabamos de reproducir, formaban el mas singular contraste con una escena que habia tenido lugar el dia anterior en el palacio de los pares. En efecto, á 30 de junio y a la misma hora en que diez y siete generales, por la mayor parte simples generales de tropa, ejuraban á la faz del mundo defender hasta el último suspiro la causa de la independencia y del honor nacional,» una parte de los mariscales que se hallaban á la sazon en Paris estab.n reunidos en el salon de sesiones de los pares con otros muchos jefes militares, esperando que se abriera la discusion. Brindoles Cambaceres, lo mismo que los otros pares presentes, a trasladarse á un salon vecino, y cuando todos estuvieron reunidos, Cambaceres anunció que muchos pares habian deseado aquella conferencia íntima y amistosa para ocuparse en la situacion política e ilustrarse mutuamente sobre los medios de salvar el pais. Tomó inmediatamente la palabra el mariscal Soult, comenzó por trazar el cuadro mas alarmante de la desmoralizacion de nuestro ejército, exageró luego las fuerzas del enemigo, insistiendo en la ocupacion de la aldea de Aubervilliers por las tropas de Blucher, y añadió que siendo dueños de este punto los prusianos se hallaban en estado de atacar nuestra línea de defensa, que podian romper esta línea indudablemente, y que el enemigo entraria en Paris al mismo tiempo que las tropas francesas. Despues de haber sentado de esta suerte la imposibilidad de una defensa, el mariscal concluyó diciendo que era preciso avistarse desde luego con los generales aliados y prevenir por este medio las desgracias consiguientes á la toma de una ciudad á viva fuerza. Esta opinion, apoyada por muchos generales que se hallaban presentes, fue sostenida entre otros por los mariscales Ney, Grouchy y Mortier.

No fueron del mismo parecer el mariscal Lefebvre ni los generales Gazant y de Laborde, los cuales sostuvieron que podian y debian defenderse, pero todavía pasó mas adelante el individuo mas viejo de la reunion, un anciano cuyo corazon y patriotismo no habian alterado los años ni las fatigas, el general conde Dejean, pues se manifestó sorprendido al observar que unos hombres que por su estado debian mostrarse resueltos eran los primeros en dar ejemplo de debilidad y de pusilanimidad. Estas palabras provocaron un rumor general, y no parecia sino que la conferencia iba á ser borrascosa, cuando el duque Decres manifestó que aquella reunion era ilegal y que por consiguiente lo mas acertado era restituirse al salon de las sesiones. Trasladáronse inmediatamente á este salon, y la sesion empezó como siempre con la lectura de algunas comunicaciones remitidas por el gobierno ó por la cámara electiva.

Aunque la mayor parte de los pares no veian el remedio de salvacion para Francia sino en una pronta sumision á los generales aliados, la mayoría de los representantes estaba muy lejos de abandonarse al mismo desaliento. Y es que esta mayoría no habia perdido ninguna de sus ilusiones, de suerte que en los sentimientos reales de la mayor parte de sus individuos no habia la contradiccion que al parecer suponia la acogida que acababan de dispensar á un manifiesto anti-realista de algunos de los jefes del ejército reunido á la sazon á la vista de Paris: este ejército era precisamente el de Waterloo, y habiéndosele incorporado la guarnicion de la capital y varios destacamentos en cuyas fuerzas nos ocuparemos mas adelante, contaba con una fuerza de mas de cien mil hombres. Muy numerosos eran los individuos de la asamblea que rechazaban enérgicamente á los Borbones, pero víctimas de las ilusiones mas groseras y tan confiados en las promesas de Fouche como en las declaraciones de los soberanos, estaban firmemente convencidos de que los aliados, indiferentes á la causa de los príncipes proscritos, dejarian á Francia en estado de darse el gobierno que le cumpliese. Inútil se suponia cualquiera cuestion que tuviese por objeto averiguar la forma de este gobierno futuro: así todas las preocupaciones tendian únicamente á formular la constitucion que podria imponerse. Para redactar esta constitucion, que estaba confiada á una comision muy numerosa, se habian empleado muchos dias de trabajo asiduo; pero por fin quedaba ya terminada la obra, y el proyecto de los comisarios se habia distribuido la víspera á la asamblea. Todo el pensamiento de la mayoría se cifraba en la discusion de este proyecto, compuesto de ciento y cuatro artículos, puesto que lo consideraba como el interés esclusivo y la salvacion del pais, á la que debian subordinarse todas las otras cuestiones. Inútiles eran las formas con que los diarios y el mismo gobierno anunciaban que á pesar de la abdicacion, el rey de Prusia y los emperadores de Rusia y Austria continuaban su marcha, pues la cámara suponia que los plenipotenciarios encargados de pedir la paz á aquellos monarcas sabrian detenerlos y hacerles caer las armas de la mano. Verdad es que no se tenia noticia alguna de Mr. de Lafayette ni de sus colegas; verdad es que ni siquiera se sabia la direccion que habian tomado, al paso que Blucher y Wellington continuaban avanzando y estendiéndose á la vista de Paris, de suerte que, no obstante la salida del emperador, podian intentar un ataque á viva fuerza antes de recibir á tiempo la orden de emprender las hostilidades; pero ninguna de estas circunstancias parecia alarmante; creíase que los cinco comisarios á quienes cuatro dias antes se habia dado el encargo de concluir un armisticio con los dos generales aliados sabrian ganar el tiempo necesario para esperar, y luego no se ignoraba que á la sazon debian hallarse en el cuartel general de Wellington.

Eran estos comisarios los condes Andreossy, de Valence, Boissy d'Anglas, MM de Flaugergues y de Labesnardiere, que habian salido el dia 28, ó sea, el siguiente á su nombramiento, con unas instrucciones redactadas por Mr. Bignon, ministro interino de negocios estranjeros. Estas instrucciones contenian las bases en que debia fundarse la negociacion, y estas bases eran las siguientes: la ocupacion del territorio por los dos ejércitos aliados no podia traspasar la línea del Soma, línea que colocaba a los aliados á unas treinta leguas de Paris; pero si Blucher y Wellington se negaban á aceptar este límite, los comisarios estaban autorizados para ofrecer una línea trazada entre el Soma y el Oise, línea que pondria al enemigo á veinte leguas de distancia de la capital, quedándoles espresamente prohibido otorgar otra distancia mas corta. Si los generales aliados exigian además la ocupacion de algunas plazas fuertes, los comisarios tenian poder suficiente para cederles una sola fortaleza, debiendo sin embargo tener en cuenta que esta cesion tendria lugar durante el armisticio hasta la paz y despues de su ratificacion por todas las potencias interesadas. Finalmente por lo que hace á las proposiciones ó insinuaciones de los generales aliados sobre el futuro gobierno de Francia, los comisarios debian contraerse á escucharlas y participarlas á la comision ejecutiva.

Al describir estas instrucciones, Mr. Bignon creia sin duda imponer á los comisarios una marcha segura, pero olvidaba que un pais invadido no puede negociar sin resistir. El gobierno sin embargo, lejos de sentar su planta en parte alguna, dejaba que los aliados continuaran avanzando sin oponerles siquiera un simulacro de defensa, sin disputarles un solo paso, sin colocar un soldado en ninguno de los puentes que tenian que atravesar, siendo de tal naturaleza la prevision de nuestros gobernantes y de sus ministros, que las bases fijadas para el armisticio quedaban destruidas antes que los comisarios pasaran las barreras de Paris. En efecto, estos debian exigir que el enemigo se detuviese á veinte leguas al menos de la capital, mas apenas dejaron á sus espaldas á San Dionisio cuando chocaron con la cabeza de las columnas prusianas. Marchaba con su vanguardia Blucher para esperar y recibir á los comisarios en Noyon, con arreglo al parte de Mr. de Lafayette y de sus colegas, y aunque los comisarios probaron á hablarle, no solamente se negó á recibirlos y mucho menos a escuchar sus proposiciones, sino que por un momento acarició la idea de retenerlos como prisioneros. No obstante despues de haberse deshecho en injurias contra Francia, contra su gobierno y contra sus agentes, dignóse permitir al conde Andréossy y á sus colegas que atravesaran el ejército para que fuéran á avistarse con el duque de Wellington, á quien no pudieron alcanzar hasta el dia siguiente, 29, en Etrées, en el acto en que Blucher, que habia continuado su marcha, se estaba apoderando de Aubervilliers y se alojaba al pie de la línea de defensa de Paris.

En cuanto oyó que le pedian un armisticio, Wellington declaró que

ya habia rechazado una proposicion semejante de Mr. de Lafayette y de sus colegas, y que por consiguiente se atenia à su primera contestacion; pero añadió que si continuaba su marcha era porque la decantada abdicacion le parecia solamente un *lazo*. Manifestáronle los comisarios que Napoleon habia abdicado de una manera muy positiva, de suerte que á la sazon debia ya de haber salido de la Malmaison, y que en caso que todavia estuviera en ella, les sobraban medios al gobierno y á las cámaras para desembarazarse de él, puesto que podian ENTREGARLE, *por ejemplo, á Inglaterra ó al emperador de Austria*. «No estoy autorizado para ocuparme en una combinacion semejante, contestó el duque, pero estoy seguro que si va á Inglaterra, el príncipe regente lo retendrá para disponer de su persona, de acuerdo con los aliados, y que el emperador de Austria hará lo mismo. Por lo demás, añadió, si deseais acabar de esta suerte con Bonaparte, podeis mandármelo inmediatamente á mi ó al príncipe Blucher, que es en mi concepto lo mas acertado.»

Replicaron los comisarios que la proximidad de las tropas prusianas habia obligado probablemente á Napoleon á salir de su retiro. «Si Napoleon ha partido, añadieron, ¿consentireis en suspender las operaciones?—No es Bonaparte nuestro único adversario, respondió el duque, pues tiene ciertos allegados que son enemigos no menos abiertos de los aliados: así que, antes de suspender mis operaciones es preciso que se establezca en Francia un gobierno que presente á Inglaterra y á Europa ciertas garantías muy sólidas de paz.—¿Y cuál será la combinacion que pueda satisfacer á los aliados? preguntaron los comisarios.—Yo no estoy autorizado por mi gobierno y menos por los aliados para discutir este punto, respondió el duque: lo mas que puedo hacer es emitir mi dictámen como simple particular. La restauracion de Luis XVIII es lo que mas seguridad ofrece á Europa, pues cualquier otro gobierno no puede menos de acarrear nuevas é interminables guerras. Los que han destruido el gobierno del rey son Bonaparte y el ejército, y pues Bonaparte ha desaparecido y el ejército está derrotado, lo mas natural y mas sencillo es restaurar al rey, restablecerle sin condiciones y confiar en la fuerza de la constitucion para las reformas sucesivas. Esta restauracion sin condiciones será mas noble, y si quereis creerme, hacedla sin demora, porque de esta suerte evitais la apariencia de sucumbir á la fuerza y á las vicisitudes de la guerra.»

Apresuráronse los comisarios á protestar de los vehementes deseos que abrigaban de ver restablecido á Luis XVIII, asegurando que estos eran precisamente los deseos del gobierno provisional. «Dudamos sin embargo, añadió uno de ellos, que las cámaras consientan en el restablecimiento del rey sin exigir de S. M. un compromiso formal sobre los dos puntos siguientes: responsabilidad de la administracion y devolucion de la iniciativa de las leyes al poder legislativo, no únicamente á la corona.—Tengo razones para creer, contestó el duque, que la intencion positiva del rey es componer un ministerio cuyos individuos sean responsables; tampoco dudo que el rey dejará á las cámaras la iniciativa de las leyes, si el pueblo francés desea esta garantía; pero, no puedo menos de repetirlo, esta opinion es solamente personal mia, porque no estoy autorizado para tratar en este punto.» Y luego añadió: Por lo demás, todo esto es muy secundario; son cuestiones *de poca monta*. Si deseais realmente restablecer al rey, creedme, hacedlo en el acto y sin condicion.»

En este momento un ayudante de campo entregó al duque un parte que acababa de llegar. Apresuróse el duque á abrirle, y vió que era una carta del representante inglés en la corte de Luis XVIII, sir Cárlos Estuardo, que remitia á Wellington un ejemplar de la proclama de Cambray. Despues de haber leido este manifiesto, le entregó á los comisarios diciéndoles que en aquella declaracion Luis XVIII anunciaba precisamente los mismos cambios y garantías que deseaban, y aunque los comisarios al leer el documento aprobaron muchos de sus pasajes, reclamaron con energía contra los párrafos en donde Luis XVIII anunciaba la intencion de escluir de su presencia á ciertas personas, de castigar á los autores del regreso de la isla de Elba y de convocar otras cámaras diferentes de las que á la sazon existian. Prometió el duque remitir acto continuo sus observaciones y sus quejas á Mr. de Talleyrand, y los despidió para ir á escribir el parte. En cuanto lo hubo concluido, le leyó al general Andreossy y á sus colegas, anunciándoles que obligado á seguir el movimiento de sus tropas iba á partir para Louvres, en donde podrian encontrarle.

Desde el principio de esta conferencia los comisarios no pronunciaron jamás el nombre de Napoleon II, sino para asegurar al duque que al proclamar los derechos de este niño, las cámaras se proponian únicamente acallar el descontento del ejército. En el acto de separarse de Wellington, le preguntaron si los aliados quedarian satisfechos con el nombramiento de una regencia encargada de gobernar en nombre de este jóven príncipe, y en este caso si suspenderian las operaciones. «No por cierto, respondió el duque.—¿Y si se llamase al trono á un Borbon que no sea el rey, como el duque de Orleans, por ejemplo? añadieron los comisarios.—Me es imposible responder á unas preguntas *tan vagas*, dijo el duque: yo he manifestado mi parecer como simple particular: ahora vosotros debeis reflexionar sobre lo que mejor os cumpla.»

Con esto quedó terminada la conferencia. Uno de los comisarios fué á ver otra vez á Wellington en el acto en que este general salia de Etrées, y le manifestó que tanto el como sus colegas sentian vivamente no haber alcanzado una contestacion mas esplícita sobre el último punto que le habian indicado, porque le consideraban de la mas alta importancia; pero el duque prometió que se esplicaria mas adelante y partió. No tardaron los comisarios en volver á Louvres: recibiólos Wellington á media noche, y para responder á las nuevas preguntas que dirigian sobre la elevacion del duque de Orleans al trono, dijo: «Desde la otra vez que nos vimos he examinado este punto, y tengo para mí que no hay inconveniente en manifestaros mi parecer, aunque siempre como simple particular. Europa, en mi concepto, no puede creer en la conservacion de la paz sino con la condicion de mantener á Luis XVIII en el trono de Francia. Cualquiera otra persona que se entronizara, por alto que fuera su rango y sus prendas, sería *un usurpador*, y por consiguiente se vería en la necesidad de obrar como tal, distrayendo la atencion del pais sobre la ilegitimidad de su título por medio de la guerra y de las conquistas estranjeras. No es posible por tanto que las potencias consientan en el nombramiento de otro rey, y os declaro en lo que me concierne que haré uso de todo mi influjo para que los soberanos rechacen la combinacion de que hablais, á menos que mi gobierno me mande lo contrario.»

Despues de haber escuchado atentamente, los comisarios replicaron que alcanzaban perfectamente los motivos espuestos por el duque, y algunos añadieron: y *teneis razon*.

Al otro dia, 20, el duque se dirigió á Blucher y le comunicó todos los pormenores de esta doble entrevista. Los dos generales acordaron continuar las operaciones, en tanto que no supieran oficialmente que Napoleon habia salido de Paris, á menos que *se les entregara* la persona del emperador. Redactóse en este sentido una contestacion, y se la trasmitió á los comisarios, que quedaban en Louvres esperando el regreso de Wellington en el discurso del mismo dia. Este no los recibió por tercera vez hasta el dia siguiente por la mañana, 1.º de julio; como quiera los comisarios le entregaron dos documentos, á saber, uno de Davoust, que pedia la suspension inmediata de las hostilidades, y otra del baron Bignon, que anunciaba que dos dias antes, 29, á las cinco de la tarde, el emperador habia salido para Rochefort. «El ministro de la guerra os propone un armisticio, le dijeron; queda destruido el principal obstáculo, puesto que Napoleon va á embarcarse para los Estados Unidos, y por consiguiente deseamos saber cuáles sean vuestras condiciones.—El príncipe Blucher y yo, respondió Wellington, no podemos consentir en armisticios sino con las condiciones siguientes: que nosotros *conservemos nuestras posiciones*, que el ejército francés salga de Paris para retirarse al otro lado del Loire, y que la custodia de la capital quede esclusivamente á cargo de la guardia nacional hasta que el rey disponga lo contrario.»

Los comisarios hicieron algunas objeciones sobre la retirada del ejército, pero el duque declaró que era enteramente inútil insistir en este punto, porque estaba resuelto, como Blucher, á continuar las operaciones, en tanto que hubiese en Paris un soldado francés. Siendo imposible toda réplica, quedó terminada la conferencia. Despidiéronse de Wellington nuestros negociadores, y pocas horas despues pasaban la barrera de Paris en el acto en que Blucher, que habia resuelto continuar su marcha sin atacar las trincheras levantadas al norte de la capital, acababa de rodearla pasando á la orilla izquierda del Sena, y tomando en frente del bosque de San German una posicion que le esponia á una derrota completa.

Hemos dicho que el emperador, muchas semanas despues de su regreso de la isla de Elba, habia levantado en ambas márgenes del Sena fortificaciones de campaña, donde trabajaban cada dia muchos destacamentos de la guardia nacional y los numerosos voluntarios que suministraban los liceos, las escuelas y todas las clases de la poblacion. Estas fortificaciones ó reparos avanzados corrian bajo la direccion del general de ingenieros Haxo, y las de la orilla derecha se componian de dos líneas de defensa; la primera se apoyaba á la derecha en unos reductos construidos en el parque de Berry, seguia las eminencias que se encumbran al norte de la capital é iba á juntarse á la izquierda con la ciudad de San Dionisio, que sobre estar fortificada se hallaba además cubierta por inundaciones. Las alturas de Belleville y de Romainville,

centro y puntos salientes de esta linea, estaban coronadas por un sistema de fortificaciones continuas que volvian á juntarse por las dos estremidades, á saber, á la derecha en los reductos del parque de Bercy y en la fortaleza de Vincennes por otras fortificaciones establecidas en las alturas de la Espina y delante del cementerio del Padre Lachaise, como tambien por una doble caponera practicada en la calzada que corre desde la barrera del Trono hasta Vincennes, calzada muy alta que dominaba las cercanías, y que estaba sostenida por dos buenas murallas de cal y canto; luego á la izquierda y en la ciudad de San Dionisio, por medio del canal que junta esta reducida plaza con el arrabal de La Villette, canal que entonces se estaba construyendo, pero que se concluyó pronto, de suerte que la tierra echada en ambas orillas formaba del lado de Paris una muralla, y en la márgen izquierda una especie de camino cubierto. La cabeza de todos los puentes estaba cubierta por unas medias lunas establecidas en las diferentes calzadas que atravesaban el canal. La segunda linea se componia de reductos construidos en las eminencias de Chaillot, de la Estrella y de Montmartre, y continuaba por una serie de fortificaciones cerradas, á espaldas de los atrincheramientos levantados en los terreros de Chaumont y en las alturas de Belleville y de Romainville.

La linea de defensa de la orilla izquierda del Sena no presentaba mas que el tercio de la estension que cogia la de la ribera derecha; y al paso que debia apoyarse en los reductos levantados en frente de Bercy por la derecha, terminaba por la izquierda en unas fortificaciones establecidas en frente de la barrera de la Escuela Militar y en las alturas de Passy.

Para evitar en la artillería la confusion de calibres que tan fatal habia sido en la campaña de 1814, el emperador no se habia contentado con separar los parques destinados á la defensa de ambas orillas, puesto que habia adoptado calibres diferentes en cada orilla del Sena; así el parque destinado al servicio de la orilla derecha, que se habia reunido en Vincennes, contenia esclusivamente los calibres de 4, de 8, de 16 y de 24; el parque de la orilla izquierda estaba colocado en los Inválidos y se componia de piezas de 6, de 12 y de 18. — Desempeñaban este servicio varios generales, coroneles y oficiales de artillería y dos batallones de artillería de marina, procedentes de las costas del Océano, y cuya fuerza sumaba 1.600 hombres; catorce compañías de artillería de línea, que contaban 1.500 hombres, y veinte compañías de línea suministradas por la guardia nacional y por los voluntarios de la Escuela Politécnica, de los liceos y de la escuela de veterinaria de Charenton, de suerte que formaban una fuerza de 5 ó 6000 artilleros ejercitados que podian servir muy fácilmente mil piezas de artillería. Estaba ya reunido desde mayo todo el material de defensa, compuesto de cuatrocientas piezas de hierro de 24, de 18, de 12 y de 6, suministradas por los arsenales de artillería y llegadas por la via del Havre, además de 600 piezas de campaña y de bronce que tenian el mismo destino; porque no solo se habia dispuesto cada reparo avanzado de manera que pudiese colocarse en batería la artillería de campaña, sino que tambien se habian organizado 20 baterías de tiro que formaban 4 reservas de 5 baterías cada una, y que estaban ya dispuestas á ser trasladadas á todos los puntos mas amenazados de las dos orillas del Sena. El dia 1.° de junio, ó sea doce dias antes de la salida del emperador para la campaña de Bélgica, quedaban completamente reunidos y armados con 600 piezas de artillería todos los reparos de la orilla derecha.

Del lado por donde llegaban las tropas de Blucher y de Wellington, Paris no solo estaba defendido por reductos y por trincheras que por su armamento y su fuerza podian desafiar todos los ataques de los cuerpos que avanzaban por el camino de Bélgica, aunque fuesen muy considerables, sino que además habia bajo los muros de esta capital un ejército francés muy valiente y temible por su número. Este ejército se componia de las fuerzas siguientes:

1.° *Ala derecha* del ejército de Bélgica, traida de Wavres por el mariscal Grouchy (3.° y 4.° cuerpos de infantería, 1.° y 2.° de caballería) . . . . 33.000 h.

2.° Tropas de la guardia imperial, 1.°, 2.° y 6.° cuerpos de infantería, y 3.° y 4.° cuerpos de caballería, procedentes de Waterloo y reunidos en las cercanías de Laon. . . . . 30.000 »

3.° Soldados llegados aisladamente á Paris despues de la batalla del 18 é incorporados á sus regimientos á la llegada de las tropas; unos. . . . . 5.000 »

4.° Depósitos de Paris; guardia imperial (Paris, Ruel, Courbevoie etc.) . . . . 6.000 }
Infantería de línea. . . . . 4.000 } 10.000 »

5.° Depósitos de infantería, término jurisdiccional de Paris. . . . . 4.000 »

6.° Depósitos de los departamentos del Soma, del Aisne y del Oise, replegados en Paris en virtud de la marcha de los aliados. . . . . 3.000 »

7.° Artilleros de marina y de línea y voluntarios destinados especialmente á la defensa de las fortificaciones de Paris. . . . . 5.000 »

8.° Reclutas de la clase de 1815 llamados por un decreto espedido en 23 de junio y reunidos en Paris: unos. . . . . 4.000 » (1)

9.° Tiradores de la guardia nacional, reunidos en regimientos (confederados). . . . . 12.000 »

10.° Guardia nacional de Paris (doce legiones armadas y equipadas).

Total. . . . . . . 106.000 h.

Artillería: traida de Laon. . . . . 150 cañs.
Baterías de campaña reunidas para la defensa de Paris en Vincennes y en los Inválidos. . . . . . . 400 »
Artillería gruesa. . . . . 600 »

Total. . . . . 1.150 cañs.

El dia 29 por la mañana todas las fuerzas reunidas á la vista de Paris ascendian á ciento y seis mil hombres, entre los cuales se contaban veinte y cinco mil de artillería de tiro, cuando el emperador, que todavía estaba en la Malmaison, reclamaba el mando del ejército. Estas fuerzas imponentes eran las que Blucher iba á atacar con tropas fatigadas, faltas de provisiones, destituidas de municiones, y cuya fuerza apenas ascendia á cincuenta mil hombres (2).

Cuando el feldmariscal prusiano atacó á Aubervilliers el dia 29, su objeto, como dijo él mismo, consistia en reconocer el espíritu del ejército francés y esperimentar á nuestras tropas. La aldea estaba defendida por un solo batallon francés; mas aunque este opuso una resistencia heroica, tuvo que ceder al número, y en consecuencia se retiró en buen órden á espaldas de la línea de atrincheramientos formada por el canal. Para completar la esperiencia, el general prusiano se estendió delante de nuestras líneas y desplegó cuarenta mil hombres, y renovando una práctica de las guerras de la edad media, *ofreció la batalla*, fanfarronada que podia costarle muy cara, pues tenia á la vista de sus regimientos á setenta ó setenta y cinco mil hombres dispuestos á aceptar el reto. Imposible le fuera á Wellington restablecer la desigualdad de las fuerzas; así es que el dia 29 aun no habia pasado el Oise, porque Blucher hubiera salido derrotado. Afortunadamente para este general, nuestro ejército permanecia inmóvil, porque Davoust le contuvo detrás de sus trincheras; pero las obras de defensa que Blucher pudo examinar y las relaciones de muchos reconocimientos practicados en diferentes puntos del primer recinto le demostraron que los reparos levantados en la orilla derecha del Sena, hacian inespugnables por aquel punto las avenidas de Paris. Informado por los emisarios despachados á Luis XVIII ó al duque de Wellington de que la orilla izquierda quedaba abierta, sin que por ello se inquietasen ni dictasen las menores disposiciones la comision de gobierno ni el nuevo jefe del ejército, resolvió atacarla. Cualquiera general mas prudente hubiera titubeado á la vista de las dificultades y del peligro de semejante empresa, aun en las favorables condiciones que acarreaba la complicidad del duque de Otranto, pues en efecto, se trataba nada menos que de ir á buscar en el Sena y á muchas leguas

(1) Mucho mayor hubiera sido el número de los reclutas que se presentaron en Paris, apesar del breve tiempo trascurrido desde la fecha del decreto, si todos los prefectos hubiesen desplegado la misma actividad que el del departamento del Mosa. Este prefecto, que era Mr. Cochelet (posteriormente cónsul general en Egipto), no quiso perder el tiempo publicando circulares ó remitiendo sus órdenes por la via gerárquica de costumbre, pues en cuanto recibió el decreto despachó correos en todas direcciones mandando á los alcaldes de los pueblos que anunciaran por pregon la órden relativa al alistamiento y la de la partida de los reclutas. Algunos dias despues, habiéndose acercado un cuerpo de ejército bávaro, que le obligó á huir de Bar-de Duc y replegarse a la capital Mr. Cochelet halló en Paris á los quinientos ó seiscientos reclutas de su departamento, que sin coaccion alguna y en virtud de un simple aviso verbal acababan de llegar á marchas forzadas. Este entusiasmo era general entre la juventud urbana y rural de las dos terceras partes de Francia; y sin embargo todos los que resultaron complicados en los vergonzosos hechos de 1815 quisieron cohonestar sus actos con la falta que se observaba de adhesion y de patriotismo en el grueso de la poblacion.

(2) Cinco dias despues las fuerzas francesas en Paris se vieron aumentadas con quince mil guardias nacionales de Borgoña y de Champaña, que desfilaron por el puente de Austerlitz y vivaquearon en el Campo de Marte: pero ya estaba firmada la capitulacion.

de distancia mas abajo de Paris, un paso libre, es decir, un puente que el enemigo le entregase ó que se hubiese olvidado de destruir; pero aun suponiendo que se pudiese pasar el rio, era preciso además atravesar cuatro ó cinco leguas de un terreno muy quebrado, cubierto de bosques y defendido por muchas aldeas y cabañas sembradas en todos los caminos. En una palabra, las tropas prusianas tenian que describir una curva de mas de diez leguas de estension, cortada por un rio erizado de pasos difíciles y defendido por un ejército de doble número, que ocupaba una posicion central y que podia en cualquier tiempo arrojarse en masa sobre unos cuerpos que tenian que marchar á cierta distancia unos de otros ó aislados. Confiando Blucher en la desorganizacion en que sabia que se hallaban el gobierno y los poderes públicos, tomó consejo de su audacia [1]; pero pocas horas despues de su demostracion contra nuestras líneas de la orilla derecha, se replegaba á Stains, Pierrefitte y Willetaneuse, y dejando el cuerpo de Bulow delante de San Dionisio para ocultar su movimiento á la guarnicion y contenerla si le atacaba, hizo tomar á los cuerpos de Pirch y de Thielmann la direccion de Argenteuil. Siguieron por la noche las tropas de Ziethen, y el dia 30 por la mañana Blucher se hallaba personalmente en Argenteuil. Esta aldea no tenia sobre el Sena puente ninguno, y el feldmariscal estaba incierto del punto á donde debia dirigirse, cuando recibió la noticia de que uno de sus destacamentos se habia apoderado del puente de San German.

Hemos dicho anteriormente que al llegar á Bourget, Blucher habia destacado á la orilla derecha del Sena una columna volante encargada de apoderarse del emperador en la Malmaison. Esta columna, compuesta de un regimiento de húsares y dos batallones de infantería lijera, y mandada por el mayor Columb, dió la vuelta á San Dionisio, y dejando á Argenteuil á la izquierda, presentóse sucesivamente delante de los puentes de Bezons y de Chatou, cuando Napoleon, que todavía estaba en la Malmaison, esperaba el resultado de la mision del general Becker para el gobierno provisional. Hallando incendiados aquellos puentes, prosiguió sus investigaciones el mayor Columb, continuó bajando la orilla derecha del Sena, llegó delante del puente echado sobre el rio, al pié de San German, en la aldea de Pecq, y no viendo custodiado este paso se apoderó de él. Pocos momentos despues llegaba un corto destacamento de infantería francesa para establecerse en aquel punto importante, pero creyó conveniente retirarse, porque los prusianos eran demasiado superiores en fuerza para que nuestros infantes probasen á luchar; y aunque era bastante tarde, sabiendo el mayor Columb que solo distaba una legua y cuarto de la Malmaison, se puso inmediatamente en estado de llegar á este punto. Habiendo sin embargo sabido que hacia dos ó tres horas que Napoleon habia salido de una manera indudable de esta residencia, el mayor llamó á sus húsares, que ya se habian puesto en marcha, y quedó en su posicion.

A la noticia de que sus tropas habian ocupado el puente de San German, Blucher dirigió inmediatamente á este punto los cuerpos de Pirch y de Thielmann; y para evitar la lentitud del paso y la acumulacion de tropas, trasmitió al cuerpo de Ziethen, que avanzaba por Sannoiss la órden de encaminarse á Sartrouville y pasar el rio en Maisons, cuyo puente, igualmente intacto, carecia de medios de defensa. Por la noche del dia 30 los tres cuerpos pasaron el Sena en parte, movimiento que acabó de efectuarse durante la noche y el dia siguiente 1.° de julio, Blucher estableció numerosas vanguardias en la orilla derecha del rio, mandando á dos regimientos de caballería que ocupasen á Versalles. Nó porque esta atrevida marcha surtiese buen resultado se hacia menor el peligro: en caso de ataque, Blucher se hallaba acorralado en el bosque de San German, sin tener retirada ninguna y sin hallarse en estado de recibir el menor ausilio de Wellington que continuaba en Louvres, y que estaba separado de su aliado por dos dias de marcha y por dos repliegues del Sena. En el decurso del mismo dia se vislumbraron los peligros de semejante posicion.

Despues del ataque de Aubervilliers, el general gobernador de San Dionisio conoció el movimiento retrógrado de los prusianos y su marcha en direccion á Argenteuil y á Sannois, y sus primeras noticias quedaron confirmadas por algunos reconocimientos que se hicieron durante la noche y la mañana del dia siguiente hácia Stains, Epinay y Pierrefitte. Ciertos oficiales despachados á La Villette, advirtieron inmediatamente á Davoust; y aunque el mariscal al principio no hizo caso de semejantes noticias, sucediéronse en el cuartel general en el decurso del dia 30 repetidos avisos sobre la atrevida marcha de los prusianos en direccion á San German, de suerte que por veinte conductos diferentes se supo el movimiento que habian practicado al oeste de Paris. Difundióse por segunda vez la mas profunda agitacion entre los generales acampados al norte de la capital; todos alcanzaban el resultado decisivo ó infalible de un ataque contra los prusianos, en la posicion en que los colocaba la increible temeridad de su general en jefe, y decian que con quince mil hombres, apoyados por los voluntarios y los confederados, bastaba para guardar las líneas de Montmartre y de Belleville, de suerte que desplegando la guardia nacional en las alturas, no era imposible trasportar las tropas de línea al otro lado de las trincheras y rechazar ó contener á Wellington si se presentaba. Segun este cálculo, quedaban de setenta á ochenta y cinco mil hombres que desembocando por los puentes de Neuilly y de Saint-Cloud, que estaban todavía en nuestro poder, podian arrojarse en masa contra los prusianos, acorralarlos y destruirlos. Esto era precisamente lo que se decia delante de todos los regimientos y en medio de todos los grupos de oficiales. Al momento empezó á circular por todas las bocas la palabra traicion y con voz tan alta en torno del cuartel general, que Davoust empezó á inquietarse. La presencia de Mr. de Vitrolles en sus oficinas y sus propias declaraciones realistas habian obligado al príncipe de Eckmuhl á firmar el mismo dia 30 un manifiesto vehemente contra el regreso de los Borbones á quienes queria llamar: el movimiento de Blucher en la orilla izquierda del Sena obligó al mariscal algunas horas despues á disponer un ataque contra las mismas tropas aliadas con quienes se empeñaba en tratar. Davoust prometió acorralar á los prusianos el dia siguiente, y entretanto hizo pasar por la noche los regimientos que componian los cuerpos 3.° y 4.° de infantería á la orilla izquierda: el general Excelmans, que desde el dia anterior estaba acampado con su cuerpo de dragones en Montrouge y en Gentilly, recibió al propio tiempo del mariscal la órden verbal de dar principio al movimiento, y Davoust le anunciaba además que las tropas de los cuerpos 3.° y 4.° estarian encargadas de sostenerlo.

En la mañana del 1.° de julio, al saber Excelmans que los dos regimientos de Brandeburgo y de Pomerania, que eran los mejores del ejército prusiano, habian ocupado á Versalles, resolvió atacarlos. El generalísimo dividió en dos columnas la fuerza que tenia á sus órdenes y que constaba de unos mil y quinientos caballos: la primera, formada por los cuerpos 5.°, 15.° y 20.° de dragones y el 6.° de húsares, tomó con él el camino de Versalles por Velizy; la segunda, compuesta del 1.° y del 6.° de cazadores y de un batallon del 44.° de infantería de línea que consintió en prestarle el general Vichery, comandante interino del 4.° cuerpo, debió dirigirse por Ville de Avrai á Rocquencourt, situada en mitad del camino que hay entre Versalles y San German, habiendo recibido la órden de embarcarse y de sostener el choque del enemigo cuando se replegase despues de haber sido espulsado de Versalles.

No habiendo tropas francesas en ninguna parte, los prusianos, sin detenerse en esta ciudad, habian continuado su marcha para examinar las avenidas de Paris. Hallólos Excelmans á una legua y media de sus acantonamientos, á la otra parte de Fontenay-de-las-Rosas y á la altura del bosque de Verrieres, y poniendo á la frente de su columna los cuerpos 5.° y 15.° de dragones, estos dos regimientos se arrojaron sobre el enemigo, cargando por su parte en flanco el 2.° de dragones y el 6.° de húsares á la columna aliada. Atacados y rechazados por todas partes, los prusianos volvieron la espalda, atravesaron á Versalles sin detenerse, y tomando el camino de San German, perseguidos siempre por Excelmans, cayeron, al llegar á Rocquencourt, en el destacamento que permanecia emboscado. Recibidos á quema ropa por el fuego del batallon del 44.°, atacados de frente por el 1.° y 6.° de cazadores y acometidos en su retaguardia por los dragones y por los húsares, todos fueron muertos ó cayeron prisioneros, de suerte que la destruccion de estos dos regimientos no podia ser mas completa.

Continuando su carrera, Excelmans llegó á las nueve de la noche á la aldea de Marly, situada á media legua de San German, en donde creia encontrar uno de los dos cuerpos de infantería, cuya marcha por Sevres habia sabido al ir á Rocquencourt; pero en vez de regimientos franceses se encontró con el cuerpo entero de Thielmann. Su batallon de infantería era un sosten demasiado insignificante para una lucha contra aquellas nuevas tropas, por lo que procuró replegarse y regresó á sus acantonamientos, en donde se le participó que las fuerzas de que, si así vale decirlo, debia él formar la vanguardia, habian principiado efectivamente su movimiento, pero que despues de una marcha de una legua se habian detenido, por haber recibido una contraórden espedida en las circunstancias siguientes.

El paso de Blucher á la orilla izquierda completaba el ataque de la capital y obligaba á Fouché á precipitar los acontecimientos. La situacion era sobrado violenta para que pudiese prolongarse sin peligro: la inobediencia de un solo general, el entusiasmo de algunos regimientos,

(1) General Muffling *Historia de las campañas de los ejércitos anglo-bátavo y prusiano en 1815.*

cualquier movimiento de la poblacion, el menor incidente militar podian llevar á las manos á los dos ejércitos, que por otra parte no estaban separados por ningun atrincheramiento ni linea de defensa, destruyendo todo el aparato de traicion tan laboriosamente construido por el duque de Otranto. Su obra se hacia tambien mas visible á medida que se iba acercando á su desenlace, y comenzaban á producirse las acusaciones con una violencia que no podia serle indiferente; así es que no solamente habia sabido Fouché, durante el dia 30, la proposicion del general Dejean para que le prendieran y fusilaran, sino que tambien uno de estos hombres nobles y honrados que tan raros fueron en aquellos tristes dias, el antiguo ministro de estado Defermon, le echó en rostro aquella misma noche en las Tullerías, en presencia de sus colegas y en voz muy alta, el tenebroso tráfico que estaba haciendo con la sangre y con el honor de Francia. Resuelto alcanzar su objeto, pero atento como siempre á reservar á sus ineptos ó involuntarios cómplices la iniciativa y la responsabilidad de los actos que queria consumar, Fouché convocó en las Tullerías, en la mañana de 1.º de julio, un gran consejo de gobierno, compuesto de sus cuatro colegas, de todos los ministros, del presidente y de los cuatro vicepresidentes de la cámara de los representantes, del presidente y de los secretarios de la cámara de los pares, de los mariscales Soult, Massena y Lefebvre, y de los generales Gazan, Evain y Mouton-Duvernet, debiendo tambien formar parte del mismo Davoust, como jefe de nuestras fuerzas militares. Habiendo llegado este algunos momentos antes de la hora señalada para abrirse la sesion, participó á Fouché la demostracion que se habia dispuesto contra los prusianos, y esta noticia amedrentó al duque de Otranto, que en consecuencia esclamó: Esta imprudencia es imperdonable, porque puede echarlo todo á perder. ¡Qué! ¿atacar á los aliados en el mismo momento en que nos estamos reuniendo para escogitar los medios de salvar la patria sin efusion de sangre? Es preciso dar inmediatamente contraórden, señor mariscal. —Pero acaso es tarde, contestó Davoust, porque Excelmans y su caballería deben de haber dado principio á sus ataques. —Pues es fuerza que los suspendan: por otra parte siempre es posible salir de semejantes pasos por medio de la caballería. Como quiera, no hay que titubear. No tituboó ciertamente Davoust, puesto que espidió inmediatamente la contraórden.

A las diez se reunió el consejo. Habiendo sabido la víspera Carnot y el general Grenier el objeto de la reunion, habian recorrido durante una parte de la noche y por la mañana toda la línea de las fortificaciones. Esta inspeccion, sugerida por Fouché, le permitió abrir la sesion sin otros preparativos que una invitacion á Carnot para que redactase el dictámen y emitiese su parecer. Carnot se produjo en estos términos.... «Que los reparos avanzados de la orilla derecha del Sena eran suficientes para poner por aquel lado á Paris á cubierto de cualquier ataque, pero que la orilla izquierda quedaba de todo punto descubierta, dejando libre campo a las empresas del enemigo; que los prusianos, en virtud de los movimientos verificados dos dias antes, habian conseguido trasportar el grupo de sus fuerzas á aquel punto, y parecian estar dispuestos á atacar; que sin duda era fácil rechazarlos, pero que podrian volver á la carga, despues de haberse incorporado con el ejército ingles ó atrincherado-e en la serie de eminencias que se estienden á la izquierda de Sevres, hácia Meudon, y á la derecha hácia Saint-Cloud, que en una posicion semejante los otros ejércitos de la coalicion tendrian tiempo de llegar, completar el ataque de Paris, reducirle por hambre, cortar la retirada á nuestras tropas y forzarlas ó rendirlas á discrecion.

» Este dictamen era una amarga crítica de la inercia de la comision del gobierno y del jefe del ejército desde la abdicacion, pues efectivamente no podia comprenderse por qué razon estaba sin el menor reparo la orilla izquierda. Los trabajos de la orilla derecha, aunque abarcaban una estension tres veces mas dilatada, habian sido obra de seis semanas, y no es creible que el enemigo hubiese pasado los puentes de San German y de Maisons si se los hubiese defendido, sin que tampoco fuera imposible disputar las avenidas de Versalles, y luego las de Meudon y de Saint-Cloud. Ninguno de los individuos de la reunion concibió una sola de estas reflexiones. Fouché rompió el silencio diciendo que, segun lo que acababa de oir, parecia imprudente, para entrar en tratos, esperar que los aliados nos hubiesen avasallado para dictar la ley, y que era preciso aprovecharse de la ausencia de los soberanos y de las fuerzas que llevaban consigo para obtener del príncipe Blucher y del duque de Wellington algunas condiciones aceptables.... ¿En dónde están las negociaciones? preguntó por fin uno de los representantes que se hallaban presentes á la sesion; ¿qué es pues lo que hacen los plenipotenciarios enviados á los soberanos y los comisarios nombrados para concluir el armisticio?

Fouché respondió que el gobierno no tenia noticia alguna de Mr. de Lafayette ni de sus colegas, y que en cuanto á la comision de armisticio, iba continuando sus negociaciones con el duque de Wellington, pero que segun buen discurso, acabarian seguramente por no entenderse. El duque, dijo, ha declarado positivamente que los soberanos exigen el restablecimiento de Luis XVIII.... Entonces es inútil tratar, esclamaron inmediatamente Mr. Dupont de l'Eure, el conde Thibaudeau y el mariscal Lefebvre: así solo debemos pensar en combatir. —Inútil es, replicó Fouché, porque una resistencia prolongada no produciria otra cosa que retardar nuestra caida y usurparnos el medio de una sumision voluntaria, autorizando á los Borbones para mostrarse implacables. ¿Pues á qué disimularlo? Europa los quiere; las naciones están de acuerdo unas con otras, y nosotros tendremos que sufrirlos. Si tratamos con el príncipe de Blucher y con el duque de Wellington, no nos comprometemos con Luis XVIII, este tendrá que conservar entrambas cámaras, dejando á la frente del ejército á los generales que actualmente se hallan en activo servicio, y yo sé que todavía se considera muy feliz en verse restablecido con estas condiciones. —Por estrañas que pareciesen estas declaraciones, fueron acogidas con confianza y entusiasmo por la mayor parte de los ministros, de los representantes y de los pares que las escuchaban, porque les parecian una garantía suficiente la reputacion de habilidad del duque de Otranto, sus relaciones con la mayor parte de los ministros estranjeros, y la atencion con que le habian tratado en 1814 el emperador Alejandro y el rey de Prusia. Deseando con impaciencia salir de la crisis á costa de una sumision que al parecer debia dejarles sus títulos, sus honores, sus condecoraciones y sus haberes, procuraban convencer á los individuos de la reunion que dudaban de la realidad de los resultados prometidos por Fouché, y que estrañaban su resistencia. El mismo Fouché, dirigiéndose a estos con muestras del mas vivo interes, les decia: —Me afligís por cierto; no os comprendo; en las situaciones difíciles la obstinacion no vale nada, pues únicamente se sale de ellas por medio de la prudencia y de la moderacion. Dejádmelo á mi cargo, que todo irá bien.—Inútil es prolongar este debate, dijo un individuo que por la confianza que tenia en las promesas de Fouché, era enérgico partidario de una sumision inmediata. Olvidamos que únicamente se trata de resolver si es ó no es posible defender á Paris. —Teneis razon, replicó Fouché, y volviéndose á Massena le preguntó su parecer.

Massena, cuya energía moral y cuyas facultades militares habian disminuido muy mucho bajo el peso de las fatigas y de los años, respondió que por nada en el mundo se encargaria de la defensa de Paris.

Preguntado á su vez el mariscal Soult, reprodujo la declaracion que habia hecho dos dias antes en la cámara de los pares, repitiendo que si la orilla izquierda no podia defenderse, tampoco presentaban suficiente garantía los reparos de la ribera derecha, desde la ocupacion de Aubervilliers por las tropas prusianas; que era probable que en caso de ataque la línea del canal que hay en San Dionisio y la Villette acabaria por verse forzada, y que entonces entraria el enemigo juntamente con nuestros soldados en Paris.

El mariscal Lefebvre combatia este dictámen en los mismos términos que lo habia combatido en la cámara de los pares, sostuvo que los reparos de la orilla derecha eran suficientes para una larga defensa, y preguntó si era posible establecer algunos atrincheramientos en la orilla izquierda, y cuánto tiempo seria preciso para levantarlos.

Nadie hubo que pudiese responder á estas preguntas. La mayoría del consejo estaba resuelta firmemente á la sumision, y aunque no se le ocultaba la precipitacion ni la vergüenza de una resolucion semejante, las preguntas del mariscal Lefebvre le proporcionaron el medio de sustraerse á la responsabilidad que entrañaba aquella medida. Muchos individuos se apresuraron á declarar: que en efecto les parecia imposible que el consejo pudiese emitir opinion alguna sin tener una respuesta positiva sobre las dos preguntas hechas por el duque de Danzick; que semejantes preguntas no competian á la mayor parte de los individuos de la asamblea, y que por consiguiente su solucion debia reservarse para un consejo compuesto esclusivamente de militares.

La práctica que llevaba de 25 años en los negocios habia dado á conocer á Fouché el valor real de las comisiones. En efecto, no se le ocultaba que semejantes reuniones suelen pasar el tiempo en debates inútiles, de suerte que pueden considerarse como el ordinario recurso de los gobiernos y de los jefes resueltos á no decidir nada ó que están animados de malos designios, siendo tambien el partido peor el que adoptan, si es que sus individuos lleguen á adoptar alguno. No oponiéndose, pues, á una reunion de un consejo de guerra especial, decidió su convocacion inmediata, y abandonando la asamblea al duque de Otranto y á sus colegas el cargo de plantear los problemas que el consejo tendria que resolver, se separó inmediatamente. Cuando queda-

ron solos, los individuos de la comision de gobierno tomaron el acuerdo siguiente:

«1.º de julio de 1815. La comision de gobierno ha tenido á bien decretar lo siguiente:

»Art. 1.º El mariscal príncipe de Eckmuhl reunirá esta tarde en La Villette un consejo de guerra, convocando á los oficiales generales que se hallan á la frente de los diferentes cuerpos del ejército y que crea susceptibles de ilustrar la deliberacion, como tambien á los oficiales generales que mandan en jefe la artillería y el cuerpo de ingenieros.

»Art. 2.º Se invita á todos los mariscales que se hallan en Paris, como tambien al teniente general Gazan, para que concurran al consejo y tomen parte en la deliberacion.

»Art. 3.º La deliberacion tendrá por objeto la resolucion de las siguientes preguntas:

»1.ª ¿Cual es el estado y el armamento de las trincheras, así de la orilla derecha como de la orilla izquierda?

»2.ª ¿Puede el ejército defender todas las avenidas de Paris, sin esceptuar las de la orilla izquierda del Sena?

»3.ª ¿Puede el ejército sostener el combate en todos los puntos á la vez?

»4.ª En caso de una derrota, ¿puede el general en jefe reservar ó reunir suficientes medios para oponerse á una entrada á viva fuerza?

»5.ª ¿Hay municiones suficientes para muchos combates?

»6.ª Finalmente ¿puede responderse de la suerte de la capital, y por cuánto tiempo?

»Art. 4.º y 5.º Se tomará acta de la deliberacion; firmarán esta acta los señores mariscales y oficiales generales que se hallen presentes, y se la remitirá, sin levantarse la sesion, á la comision de gobierno.»

La naturaleza de los términos en que estaban concebidas estas preguntas indicaba que aunque las respuestas correspondientes entrañaran el sentido mas favorable, no podian asegurar absolutamente la posibilidad de una larga y enérgica resistencia nacional á los invasores, y que si las respuestas eran negativas ó siquiera incompletas implicaban la necesidad de una sumision inmediata y absoluta. La única pregunta que podia hacerse era la siguiente: puesto que los prusianos están reunidos en la orilla izquierda, y los ingleses continúan acampados en la derecha, de suerte que los dos ejércitos se hallan separados por mas de un dia de marcha y por un doble repliegue del rio, ¿es bastante fuerte el ejército francés para atacar y arrollar á los prusianos, forzando en seguida á los ingleses á alejarse de Paris? Verdad es que en este caso la respuesta no podia menos de ser afirmativa, y que en consecuencia la lucha se prolongaba, pero la inmensa mayoría de las personas oficiales, pertenecientes al órden civil ó militar, aspiraban únicamente á un resultado, que era la conclusion de la lucha.

A las diez de la noche se reunió el consejo de guerra, en el cuartel general de La Villette, bajo la presidencia de Davoust. La reunion era muy numerosa, puesto que concurrieron á ella todos los mariscales que se hallaban presentes en Paris, sin esceptuar á los que se habian abstenido de concurrir por la mañana á la reunion de las Tullerías; pero por la mayor parte estaban resueltos á combatir toda idea de resistencia, aconsejando la capitulacion. Aunque la comision de gobierno habia circunscrito el objeto del debate al exámen de las seis preguntas indicadas, el mariscal Soult abrió la discusion manifestando que la cuestion política debia dominar á la cuestion militar, y que el consejo debia decidirse no tanto por razones tomadas de las reglas ordinarias de la guerra, como por motivos de interés público y por una exacta estimacion de las circunstancias actuales y de los acontecimientos ulteriores. «Suponiendo que Paris pueda defenderse por espacio de veinte dias ó de un mes, si se quiere, decia, y que la inmensa estension de su recinto permita la entrada de provisiones suficientes, ¿cuál será el resultado de la resistencia? Los ejércitos ruso y austriaco habrán tenido tiempo de llegar, y Francia, en la necesidad de sufrir la ley que querrán imponerle los soberanos, no podrá esperar de los Borbones las garantías que podrian obtenerse por una sumision voluntaria. Apresurémonos, pues, á bienquistarnos con Luis XVIII. Esta opinion fué apoyada con vehemencia por el príncipe de Eckmuhl, el mariscal Grouchy, Vandamme, y otros muchos mariscales ó generales de division, que decian; «La salvacion consiste únicamente en una sumision inmediata al rey;» de suerte que si todos entraron en el consejo con la escarapela tricolor en el sombrero, todos hubieran salido gustosamente del salon con la escarapela blanca.

Algunos individuos, aunque en corto número, y por la mayor parte simples generales de tropa, respondieron: «No se trata de saber si debemos bienquistarnos ó nó con Luis XVIII, pues no es esto á quien tenemos delante, sino los prusianos y los ingleses. Cuando Paris haya caido en poder de Blucher y de Vellington, ¿quién nos asegura que los Borbones darán á Francia las garantías que esperais? Si el rey estuviera acampado á la vista de los muros de Paris, si nos diera á conocer sus intenciones y proyectos, si despues de haberlos discutido nos pareciesen una prenda suficiente de seguridad privada y de libertad pública, podríamos abrirle las puertas; pero ¿someterse á ciegas y sin condiciones? Contais con las promesas de los soberanos, pero ¿quien nos responde de su cumplimiento? Lo cierto es que han proclamado que dejarian á Francia en libertad de elegir el gobierno y el jefe que mejor les pareciese, y ¿por ventura no ha anunciado esta mañana el duque de Otranto que á pesar de esta seguridad exigian el restablecimiento de Luis XVIII? Y luego, ¿por que desesperar de la salvacion de Francia? Todavía nos quedan recursos inmensos; podemos defender á Paris por mucho tiempo, y mientras nosotros resistiremos en esta capital, no será difícil llamar á toda la Francia á las armas, organizando el levantamiento en masa de los patriotas de todos los departamentos. Cuando los aliados nos vean resueltos á sostener nuestra independencia, preferirán respetarla á correr el riesgo que producen las vicisitudes de una guerra nacional por intereses que no son los suyos. Debemos defendernos, debemos resistir, y esta es una condicion indispensable para hacer posible cualquier tratado.»

Ni los mariscales, ni los generales envejecidos en la carrera estaban resueltos á luchar: juzgando á Francia con arreglo al mundo en que vivian, y segun sus ideas, replicaban que el levantamiento en masa era imposible, que la poblacion, estenuada y cansada de guerras, aspiraba únicamente al reposo, y que aun suponiendo que llegaran á sublevarse algunos departamentos, ni siquiera habia fusiles para armarlos. Oponiendo finalmente á este cansancio general y á la penuria de hombres y de material el millon de soldados de la Europa armada, mostraban devastada y desmembrada á Francia: obstinándose en ver delante á los Borbones, y no al enemigo, concluian como siempre con la necesidad de la sumision. «No conoceis al rey,» repetia á cada paso el mariscal Soult, que por el solo hecho de hallarse mas comprometido con los Borbones, creia que nunca defenderia su causa con sobrado celo. «Luis XVIII sabrá reparar sus faltas y olvidarlas todas,» añadia Davoust.

Uno de los objetantes manifestó al príncipe de Eckmuhl que aquellas afirmaciones formaban un estraño contraste con el lenguaje de la protesta que habia firmado dos dias antes. Turbado el mariscal por la presencia de algunos testigos, pronunció algunas palabras con tono balbuciente, y acabó por manifestar claramente que su firma habia sido sorprendida. Corrian entretanto las horas; avanzaba la noche, y la discusion, estraviada por todos aquellos debates políticos, solo habia tocado por incidencia algunos de los hechos especiales que formaban el objeto de las seis preguntas establecidas por el gobierno provisional. Persuadidos de que la deliberacion no surtiria resultado alguno, muchos de los generales objetantes, ya porque estaban cansados de tantas discusiones, ya porque se dejaran llevar de su repugnancia, acabaron por retirarse; su ejemplo fué imitado por algunos otros, y solo quedaron al rededor de Davoust los partidarios mas tenaces de una capitulacion. Apresuróse el mariscal á someter á su exámen las preguntas que debian resolverse, mas aunque por la mayor parte estaban decididos á rendirse, ninguno queria cargar con la responsabilidad de semejante medida, y así es que las respuestas que aprobaron arguyen cierto embarazo y coaccion. Estas respuestas se hallaban concebidas en los términos siguientes:

«*Primera pregunta*. (Estado de las fortificaciones.)—*Respuesta*. El estado y el armamento de las trincheras en la orilla derecha del Sena, aunque incompletos, son en general bastante satisfactorios; pero las trincheras de la orilla izquierda pueden considerarse como nulas.

»2.ª (Si el ejército puede cubrir y defender á Paris.)—R. Sí puede, pero no sin restriccion, pues no debe esponerse á la falta de víveres y de retirada.

»3.ª (Si el ejército, atacado en todos los puntos, puede impedir que el enemigo penetre en la ciudad.)—R. No es fácil que el enemigo ataque al ejército por todos los puntos á la vez; pero si lo hiciese, no podria ser mucha la resistencia.

»4.ª (Si en caso de derrota puede impedirse una entrada á viva fuerza.)—R. Ningun general puede responder de las consecuencias de una batalla.

»5.ª (Si hay municiones suficientes para muchos combates.)—R. Sí.

»6.ª (Si se puede responder de Paris y por cuánto tiempo.)—R. No puede asegurarse nada en este punto.»

La copia del acta que contenia estas vagas contestaciones y que es-

taba fechada en La Villette, á las tres de la madrugada del dia 2 de julio, fué remitida inmediatamente á la comision de gobierno [1]. Al comunicarla á sus colegas, Fouché la comentó con arreglo al sentido de una sumision inmediata y absoluta. Lejos de hacer observacion alguna, Caulaincourt, Carnot, el general Grenier y el baron Quinette, que siempre se dejaban convencer fácilmente, á propuesta del duque Otranto autorizaron á Davoust para capitular.

Dos dias antes el príncipe de Eckmuhl habia hecho por primera vez una proposicion oficial en las circunstancias siguientes.

A 30 de junio muchos individuos de la cámara de los representantes, entre los cuales se contaba el coronel Bory de Saint-Vincent, fueron á visitar á los diferentes cuerpos acampados al norte de Paris, y al dia siguiente, 1.° de julio, el coronel dió cuenta de aquella inspeccion en la asamblea. Su relacion, que es un cuadro animado, curioso y especialmente fiel, de la actitud y de los sentimientos del ejército, contenia los siguientes pasajes:

«Nos hemos trasladado á La Villette, en donde se encontraba el cuartel general del príncipe de Eckmuhl: una partida prusiana ocupa algunas aldeas que se descubren á lo lejos. Hemos penetrado hasta las cercanías de sus garitas, y hemos hallado una multitud de guardias nacionales y de confederados que iban á tirotear por su cuenta, familiarizándose con los peligros que se estaban desviviendo por arrostrar: estos intrépidos parisienses nos han manifestado varias quejas porque no se les dan armas ni cartuchos, encadenando de esta suerte su valor. En todas partes nos han acogido con entusiasmo; los soldados, así los veteranos como los bisoños, se nos agrupaban en torno gritando: *Viva la libertad, viva Napoleon* II, *abajo los Borbones*. Difícil fuera, señores, hacer una descripcion del cuadro que hemos presenciado en Belleville: todos los veteranos de la guardia nos han visto pasar en silencio, con la inquietud pintada en todos los semblantes: hace algunos dias que circulan en el ejército rumores calumniosos contra nosotros: la alarma y la desconfianza que han sembrado donde quiera nuestros enemigos interiores, la aparente incertidumbre de nuestras deliberaciones inducen al ejército á temer que las palabras de *salvacion nacional* y de *patria* oculten algun lazo en nuestra boca; pero cuando aseguramos á las tropas que estais resueltos á morir por la causa de nuestros derechos, por todas partes retumbó una esplosion de alegría, prenda segura de la victoria, y es imposible que los gritos de *viva la independencia nacional*, *viva la libertad*, *viva Napoleon* II, en que prorumpian los soldados y los oficiales, enajenados al ver en sus filas la escarapela tricolor, no hayan resonado hasta en el campo de los enemigos. Y si el entusiasmo del ejército llegó á su colmo, no fue menos estrepitoso el de la poblacion entera de los arrabales, de suerte que el que haya sido testigo de la escena que presenciamos ayer, puede responder altamente de la seguridad de Paris.

»Una mano parricida pesa sobre nosotros y sobre las negociaciones, y á ella debe atribuirse este sistema fementido de desaliento y de ambigüedad de que sereis infaliblemente víctimas si no abris los ojos. No os alucineis: si se os impone la rama primogénita de los Borbones, el jefe de esta rama no puede hacer bien, aunque lo quiera, porque le atarán las manos los que le rodean. Seguramente se nos harán algunas promesas, pero dejarán de cumplirse en cuanto se pueda. Todos los que se han batido por espacio de veinte y cinco años en defensa de la libertad, especialmente los que han luchado en las últimas circunstancias, serian considerados como rebeldes, porque tanto sus triunfos como su infortunio serian considerados como títulos de proscripcion; acaso se les negaria, hasta en el seno de nuestros hospitales, el lugar que se daria á los mismos que les hubiesen herido, y sus nobles heridas serian á los ojos del amo otros tantos emblemas de ignominia [2]. Nuestros enemigos suponen que los hombres de la revolucion son muy cobardes, y cifrando sus esperanzas en las Vendees reales, no piensan que tambien habria Vendees patrióticas.»

Todos estos esfuerzos y predicciones fueron inútiles y perdidas, puesto que no se entabló discusion alguna, y la cámara permaneció silenciosa esperando el dictámen de su comision de constitucion.

(1) La copia remitida á la comision de gobierno no llevaba otra firma que la de Davoust. No hacia mencion de nombre alguno, ó iba acompañada de una misiva fechada á las cuatro de la mañana. No sabemos si el mariscal se habia contraido á recoger los diversos pareceres sin pedir firmas, ó si estas firmas se habian puesto en realidad, y por consiguiente tampoco sabemos si en este caso el mariscal se quedó con el original. Así no podemos asegurar otra cosa sino que si el original existe no fué comunicado á la comision, supuesto que no se le halla en ninguno de los archivos públicos.

(2) Seis dias despues eran echados efectivamente los heridos franceses de muchos hospitales de Paris, entre otros del hospital general, para colocar en su lugar los soldados ingleses y prusianos.

En este discurso, que es el mas patriótico y el mas verdadero de cuantos se hayan oido jamás en la cámara de los representantes, Mr. Bory de Saint-Vincent no se contraia á señalar la *mano de Fouché* á la desconfianza del pais y á hacer justicia de las mentiras que esparcian los individuos del gobierno y los mismos generales superiores sobre la nulidad de nuestras fuerzas y la incapacidad de oponer resistencia al enemigo: el coronel referia además á la cámara que hallándose en casa del príncipe de Eckmuhl en el acto de llegar la noticia de una suspension de armas entre el mariscal Suchet y los generales austriacos que tenia en frente, Davoust se habia apresurado á anunciar este armisticio á Blucher y á Wellington en una carta escrita á la vista de los representantes y de los generales que se hallaban presentes en el cuartel general, y en la que decia á los dos generales aliados: «Príncipe ó milord, recibo del señor duque de Albufera un parte de que os incluyo copia. Yo salgo garante con mi honor de este armisticio. Todas las razones que teneis para continuar las hostilidades quedan destruidas, puesto que Napoleon ha abdicado y vosotros no podeis tener de vuestro gobierno otras instrucciones que las que tienen del suyo los generales austriacos. En consecuencia pido formalmente á vuestra alteza (ó á V. S.) que cese inmediatamente las hostilidades, y que procure concluir un armisticio entretanto que llega la decision del congreso. No puedo creer, príncipe (ó milord), que quede sin efecto mi peticion, porque en este caso, cargariais con una responsabilidad demasiado grande á los ojos de vuestros nobles compatriotas.... Recibid, príncipe (ó milord), el *testimonio de mi consideracion mas distinguida*.»

Hemos manifestado ya en que momento recibió esta carta el duque de Wellington, y cuál fué la respuesta que dió verbalmente este general á los cinco comisarios franceses que á la sazon estaban á su lado. Despues de haber recibido el duplicado que le correspondia, Blucher remitió al príncipe de Eckmuhl esta contestacion escrita:

«En mi cuartel general, 1.° de julio de 1815.

»Señor mariscal: no es exacto que hayan desaparecido todos los motivos de la guerra que se está haciendo entre las potencias aliadas y Francia, porque Napoleon haya abdicado, pues solo lo ha hecho condicionalmente y en favor de su hijo, al paso que las decisiones de las potencias reunidas escluyen del trono no solamente á Napoleon, sino tambien á los individuos de su familia.

»Si el general Frimont se ha creido con poderes suficientes para concluir un armisticio con un general *enemigo* que le hacia frente, no creo que sea esta una razon competente para que yo deba hacer otro tanto. Continuaremos nuestra victoria, pues Dios nos ha dado para ella suficientes recursos y voluntad.

»Señor mariscal: tened cuenta con lo que haceis; no condeneis *otra* ciudad á la desgracia, pues no ignorais cual seria la licencia del irritado soldado si vuestra capital fuese tomada por asalto.

»No cargareis seguramente con las maldiciones de Paris como con las de Hamburgo.

»Queremos entrar en Paris para proteger á los hombres de bien contra el saqueo con que se ven conminados por la chusma. Solo en Paris puede concluirse un armisticio satisfactorio, y no puedo creer, señor mariscal, que desconozcais la situacion en que nos hallamos con respecto á vuestra nacion.

»Tengo la honra de reproducirme con *arreglo á la urbanidad convenida*, señor mariscal, vuestro seguro servidor

BLUCHER.»

Bien se puede echar de ver la insolencia ó el insulto que entrañaba cada palabra de esta carta, que llegó á manos de Davoust despues del consejo celebrado por la mañana del dia 1.° de julio en las Tullerías. Además el recuerdo de las *maldiciones* de Hamburgo, invocado por Blucher, era un ultraje sangriento y una alusion grosera, por cuyo medio Blucher se constituia en eco brutal del resentimiento promovido en Alemania por la larga y enérgica defensa de aquella plaza, uno de los mas brillantes títulos militares de Davoust. Es claro que en semejante coyuntura se le echaba en cara su honor y su probidad. ¡Tan odiosas eran las calumnias que el general prusiano arrojaba audazmente al rostro de un mariscal de Francia, que le hacia frente con cien mil soldados! Davoust no solamente devoró esta humillacion, sino que tambien es de creer que ni siquiera la sentia, puesto que al mostrar la carta de Blucher á los generales que fueron á visitarle en el trascurso de aquel dia, la interpretaba como un nuevo motivo de sumision inmediata. Sin embargo despues de haberla leido, uno de los interlocutores esclamó: «¡Qué! señor mariscal, ¿y estos son los términos en que se atreve á escribiros Blucher? Sin duda estais resuelto á contestar á cañonazos» pero Davoust guardó silencio. Bien puede colegirse que esta carta no

influyó en manera alguna en las opiniones del consejo que se celebró en La Villette; el resultado que surtió este consejo fué uno solo, á saber, que cuando la comision de gobierno revistió á Davoust, en la mañana del 2 de julio, con la autorizacion competente para ofrecer á los aliados la rendicion de París, este mariscal, en vez de escribir á Blucher, le envió el general Revest con el encargo verbal de pedir á los generales prusianos algunas horas de armisticio para tratar de la capitulacion. El general Revest se vió primeramente detenido por las avanzadas prusianas y presentado luego al general Ziethen, el cual, habiendo oido las proposiciones de que estaba encargado, no quiso que pasara mas adelante y le envió de nuevo al príncipe de Eckmuhl con la carta siguiente:

2 de junio de 1815.

Sr. general: El general Revest me ha manifestado verbalmente vuestra peticion relativa á un armisticio para tratar de la rendicion de la ciudad de París.

En consecuencia debo declararos, Sr. general, que no estoy autorizado bajo ningun concepto para aceptar un armisticio, de suerte que *ni siquiera me atrevo* á esponer esta peticion á S. A. el príncipe Blucher; pero no tengo inconveniente en acordar una suspension de armas si los diputados del gobierno declaran á mi ayudante de campo el conde Westphalen, que quiere *entregar la ciudad* y que *el ejército quiere tambien rendirse*.

En este caso lo participaré á S. A. el príncipe Blucher para entrar en tratos sobre los otros artículos.

ZIETHEN.

Si la historia careciese de semejantes documentos, nunca llegarian á creer las generaciones futuras que los generales de un ejército que apenas contaba una fuerza de cuarenta y cinco á cincuenta mil hombres, se atrevieran á sujetar la rendicion de París y de sus setecientos mil habitantes á la condicion insolente de que los cien mil intrépidos soldados que debian defenderla consintieran, no ya en retirarse, sino en rendir las armas.

Diez y seis años antes (marzo de 1800), salian del Cairo de nueve á diez mil franceses, echados por el genio de la Francia revolucionaria á mil y ochocientas leguas de distancia de la madre patria, en el camino de las Indias inglesas y en el punto que parte términos entre Africa y Asia, con objeto de bajar el valle del Nilo en direccion á la costa y embarcarse para Europa. Su regreso estaba afianzado por una capitulacion, y en este concepto habia entregado ya su jefe, el general Kleber, al comodoro inglés y visir turco, que firmaran el tratado de El-Arych, una parte de los puertos y de las plazas en que estribaba su fuerza y su seguridad. Cuando se aprestaba dicho jefe á continuar su marcha, presentóse un teniente de la marina inglesa, con un parte en que el comandante de las fuerzas navales inglesas del Mediterráneo, que era el almirante Keith, anunciaba «que en virtud de las nuevas órdenes de su soberano no podia consentir en capitulacion alguna con las tropas francesas de Egipto, á menos que estas tropas se rindiesen como prisioneras de guerra.» Permaneciendo inmutable, no obstante una infraccion tan odiosa de la fé jurada, Kleber mandó á su reducido ejército que se detuviese. Habia delante de aquel ejército ochenta mil turcos que le obstruian el camino del mar, y á sus espaldas una capital de medio millon de habitantes, que alentados por su movimiento de retirada, acababan de empuñar las armas y declararse en completa rebelion. «Vuestra contestacion ¿cuál es? preguntó el enviado del almirante Keith al general francés.—Mañana la tendreis,» respondió Kleber. El dia siguiente por la mañana leyó Kleber la carta del almirante inglés á todos los destacamentos del ejército, añadiendo estas solas palabras: «Soldados, á semejantes insolencias no se contesta sino con victorias: aprestaos pues á combatir.» Pocas horas despues los nueve mil franceses ganaban la batalla de Heliópolis derrotando y dispersando á ochenta mil turcos, y al cabo de pocos dias estaban al otro lado del desierto sirio los pocos osmanlíes que habian podido sustraerse al fuego y al hierro de nuestros soldados, rendia las armas el Cairo y Egipto quedaba conquistado de nuevo [1].

Si los regimientos procedentes de Waterloo estuvieran al mando de otro Kleber y tuvieran noticia de la insolencia prusiana, tal vez no pudieran reproducir los prodigios de Heliópolis, pero por lo menos hubieran ahorrado á Francia una parte del dolor y de la mengua á que se iba á sujetarla. A la lectura de la carta de Ziethen hubieran prorumpido en un solo grito cien mil voces: cien mil soldados, lanzándose al campo como un solo hombre hubieran derrotado á los prusianos, espulsado á los ingleses, intimidado á la coalicion y restituido á Francia la actitud que cumple á un pueblo grande cuando quiere tratar. Muy diferente fué la impresion que esperimentaron el duque de Otranto y el príncipe de Eckmuhl, puesto que quedaron consternados al ver la carta del teniente de Blucher. Envióse inmediatamente al general Tromelin al cuartel general prusiano para suplicar á Blucher que moderase sus exigencias, entretanto que Fouché encargaba al coronel Macirone, antiguo ayudante de campo de Murat, que fuéra á avistarse con Wellington y le suplicase que interviniese en este asunto.

Desde que habia empezado á acercarse el ejército inglés, Mr. Macirone era el agente que solia emplear Fouché en todas sus comunicaciones con Wellington, y siempre que atravesaba el ejército prusiano, le presentaban á Blucher ó á su jefe de estado mayor, el general Gneizanau, que descargaban en él el mal humor que les ocasionaban aquellos frecuentes mensajes al duque de Wellington, quejándose de ello como de una falta de deferencia y de respeto á los prusianos [1]. La nota que llevaba contenia solamente algunas de aquellas frases insignificantes y vagas que sabia prodigar el duque de Otranto en todas sus comunicaciones escritas, pero su mision verbal era en cambio mucho mas esplícita, puesto que consistia en pedir al general inglés *lo que deseaba ó aconsejaba que debia hacerse* [2]. Detenido, sin embargo, por espacio de un dia y dos noches, primeramente por la guardia de nuestro ejército y luego por las avanzadas inglesas, Mr. Macirone no pudo llegar á Gonesse, que entonces era cuartel general de Wellington, hasta el 4 de julio por la mañana, ó sea, cuando quedaba ya terminada la negociacion que iba á solicitar.

El mismo duque de Wellington ha manifestado posteriormente que no habia creido en la realidad de la abdicacion. Juzgando de la situacion de Francia y de sus intereses con arreglo á los principios de la razon mas vulgar, no queria suponer que el dia siguiente de una derrota y en presencia de una invasion hubiesen consentido seriamente las cámaras, no ya en destronar á Napoleon, sino en dejarle con la espada envainada por algunas horas siquiera. De pronto creyó que la abdicacion era un lazo que tendian el emperador y sus allegados á sus enemigos interiores y esteriores, y luego que la caida de Napoleon no acarreaba la de Francia, porque la nacion quedaba siempre con sus inmensos recursos, con sus cuatrocientos batallones de guardias nacionales movilizados, que formaban una fuerza de doscientos cincuenta mil hombres, con sus cuatro cuerpos de observacion del *Jura*, del *Var*, de los *Pirineos* y del *Mediodia*, con sus tres ejércitos del *Rhin*, de los *Alpes* y de la *Vendée*, que reunian unos cien mil hombres, y con el valiente ejército de Bélgica, que estando apoyado en París podia dirigir en cualquier tiempo un ataque desesperado contra Blucher. Así es que avanzaba lentamente y conservando reunidos constantemente todos sus regimientos. Inquietábanle los arriesgados movimientos de Blucher, y por esto se esforzaba en contenerle en cada parte, pero su descontento subió de punto, cuando en la mañana del dia 2 Blucher le dió á conocer la contestacion que habia dado á la primera propuesta de Davoust. Temiendo que una contestacion tan insolente contribuyese con las exigencias de su aliado á retardar el momento de la sumision ó imprimir una energía inesperada á la resistencia, el duque dirigió acto continuo el parte siguiente al feldmariscal prusiano.

«Gonesse 2 de julio de 1815.

»Seria muy arriesgado atacar á París con las fuerzas que tenemos á nuestras órdenes vos y yo, y aun estoy convencido *de que es imposible hacerlo por este lado* (por el norte) *con alguna esperanza de buen éxito*. Por tanto seria conveniente que el ejército que mando atravesara *dos veces* el Sena y se estableciera en el bosque de Bolonia para atacar, pues es

(1) El mariscal Davoust formaba parte, como gefe de brigada, del ejército de Oriente y pertenecia al cuerpo de ejército que militó particularmente en Said (Alto Egipto) á las órdenes de Desaix, no debiendo omitirse que fué uno de los generales que en el consejo de guerra celebrado en el campo de Salamieh en 1º de pluvioso del año 8' (20 de enero de 1800) declararon unánimemente la necesidad de una convencion para que el ejército pudiera regresar á Europa. Llevado de su impaciencia, habia salido ya de Egipto cuando Kleber empezó la batalla de Heliópolis, y habia pasado á bordo de un bergantin ragusés que traia á Francia á Desaix, á su ayudante de campo Savary (que posteriormente fué duque de Rovigo) y á los oficiales superiores Rapp, Colbert, Clement, etc.

(1) Dos años despues Mr. Macirone publicó en Inglaterra una relacion circunstanciada de la conducta que observó como medianero. Esta relacion titulada *Interesting facts etc by Mr. Macirone* fué impresa en Londres en 1817.

(2) Parte de Wellington al conde Bahurst, núm. 979 de la mencionada coleccion.

probable que en este caso, aun suponiendo favorable el resultado, nuestras pérdidas serán muy considerables.

»Verdad es que es preciso espouerse á semejantes pérdidas cuando lo exige la necesidad, pero tengo para mí que por ahora no hay tal necesidad. Dentro de pocos dias tendremos el ejército del mariscal príncipe de Wrede, y con este ejército á los soberanos aliados, los cuales manifestarán cuál es el partido que debe tomarse; pero si nos parece preferible podemos arreglarlo todo consintiendo en el armisticio propuesto.

»Las condiciones á que en mi concepto puede sujetarse este armisticio, y las únicas con que consentiré concluirle, son las siguientes:

»1.° *Que permanezcamos nosotros en las posiciones que actualmente estamos ocupando.*

»2.° Que el ejército francés se retire de París y vaya á establecerse al otro lado del Loire.

»3.° Que la custodia de París quede encargada á la guardia nacional hasta que el rey (Luis XVIII) disponga lo contrario.

»4.° Que se señale un plazo para romper este armisticio.

»Verdad es que de esta suerte *no puede cabernos la vanagloria de entrar en París á la frente de nuestros ejércitos victoriosos*, pero, como he manifestado ya á V. A., *dudo que tengamos actualmente los medios necesarios para salir bien librados de un ataque contra París*; y ya que tenemos que esperar la llegada de las tropas del mariscal príncipe de Wrede para verificar este ataque, creo que encontraremos á los soberanos dispuestos como el año pasado á respetar la capital de su aliado, es decir, á no entrar enteramente en la ciudad, ó á entrar en ella en virtud de un armisticio semejante al que podemos firmar hoy mismo.

»Ruego encarecidamente á V. A. que se sirva examinar las razones espuestas y que me participe su resolucion.

WELLINGTON [1].»

¡Vanos temores! No era exagerada la idea que Blucher se habia formado de la pusilanimidad de los hombres en cuyas manos habian caido entonces los destinos de Francia. Pocas horas despues debia llegar á oidos de Wellington que en el momento mismo en que consideraba la ocupacion de París como un resultado imposible para el y para Blucher, los jefes de nuestro gobierno y de nuestro ejército, impacientes por alcanzar el fin de la lucha y por entregarlo todo, diputaban á dos agentes á su cuartel general y al de su aliado para ofrecerles precisamente la rendicion de la capital. Mas afortunado ó mas hábil que Mr. Macirone, el general Tromelin habia atravesado fácilmente las avanzadas francesas y prusianas, y ya hacia rato que estaba conferenciando con Blucher cuando este último recibió la carta de Wellington. Sea que Mr. de Tromelin hubiese manifestado á Blucher la exageracion de sus pretensiones y los peligros de su situacion, sea que hubiese triunfado de su tenacidad por medio del todo ó de una parte de los dos millones de que no habia querido encargarse Mr. de Vitrolles tres dias antes, sea que hiciera alguna impresion en su ánimo la carta del duque, ó todos estos motivos reunidos, lo cierto es que el feldmariscal se contrajo finalmente á exigir que nuestros cien mil soldados le entregaran las armas, dignándose contentarse con la posesion de París y con la retirada de nuestro ejército á cuarenta leguas de esta capital. De todos modos el resultado era mayor que el que esperaba Wellington. El general Tromelin salió del cuartel general prusiano para manifestar estas condiciones á Fouché y á Davoust, entretanto que se encargaba al oficial ingles portador del parte que acabamos de reproducir, que anunciara á su general el resultado de la conferencia, invitándole á nombrar un comisario que le representase en la negociacion.

No aguardó ciertamente Wellington este mensaje para aproximarse á Blucher. Temeroso de los peligros á que se hallaba espuesto por su posicion aislada el ejército prusiano, como tambien de los ciegos arrebatos de su jefe, determinó comunicarse con él trasladando una parte de sus fuerzas á la orilla izquierda; pero permaneciendo fiel á su sistema de circunspeccion, y deseando conservar reunidos sus cuerpos, sin esponerlos á una marcha de ocho ó nueve leguas delante de un enemigo que podia atacarlos cómodamente, mandó buscar en el Sena un paso menos distante de su cuartel general que los puntos por donde habian atravesado el rio los prusianos. De todas las aldeas situadas en la ribera derecha y colocadas fuera del alcance de la artillería de San Dionisio, la mas cercana á Gonese era Argenteuil, por lo que resolvió echar un puente en esta poblacion. El Sena en aquel sitio es ancho y profundo, de suerte que la operacion podia ser estorbada con el menor esfuerzo de nuestras tropas ó con la presencia de un corto destacamento; pero lo cierto es que por la noche quedaron terminados de un modo inesperado los trabajos á que se habia dado principio en la tarde del 2, sin que se hubiese presentado á inquietar á los pontoneros ingleses ni uno solo de los cien mil soldados á cuyo cargo estaba la defensa de la capital de Francia. Inmediatamente pasaron á la orilla izquierda muchos regimientos, á que siguieron otros en la mañana del siguiente dia, 3 de julio; á eso de las doce las tropas inglesas ocupaban á Villeneuve-la-Garonne, Asniere, Courbevoie y Suresne, y no tardó el mismo Wellington en trasladarse por este medio al cuartel general prusiano. A las diez de la mañana Blucher habia recibido la contestacion del gobierno provisional; Fouché, sus colegas y Davoust consentian en todo, de suerte que no faltaba otra cosa que señalar el punto en que debia celebrarse la conferencia. Cuando estuvieron reunidos, Blucher y Wellington designaron el palacio de Saint-Cloud. ¡Singular destino! este palacio, donde iba á consumarse la ruina irrevocable del imperio y de la dinastía de Napoleon, habia sido quince años antes el teatro de las jornadas de brumario que entregaron el poder supremo al general Bonaparte: el mismo sitio donde iba á decidirse el restablecimiento de la antigua raza real, debia ser testigo de la caida que sufrió quince años despues, julio de 1830, el poder de la rama primogenita de los Borbones. Testigo del advenimiento de dos gobiernos y de dos dinastías, estaba destinado el mismo palacio y en el mismo espacio de tiempo á ser testigo de su doble caida.

A las cuatro de la tarde del mismo dia, 3 de julio, Mr. Bignon, como ministro de negocios estranjeros, Mr. de Bondy, prefecto del Sena, y el conde Guilleminot, jefe del estado mayor del ejército; llegaron con amplios poderes de Davoust para tratar, nó en nombre y con arreglo á los intereses de Francia, sino á nombre del ejército y por el interés esclusivo de París. Aunque estaban presentes, Blucher nombró representante suyo al general mayor baron de Muffling, y Wellington al coronel Hervey, dando inmediatamente principio á las conferencias.

Los comisarios franceses han guardado siempre el mas profundo silencio sobre los pormenores de aquella transaccion, y probablemente continuarian estos ignorados si no hubiesen referido los incidentes esenciales de la discusion el duque de Wellington en dos partes [1] y el general Muffling en un escrito militar [2].

La transaccion debia ser dominada por un principio previamente convenido. No se trataba de concluir un *tratado*, sino una simple *suspension de armas*, y siendo esta convencion esclusivamente *militar*, es claro que no podia contener ninguna estipulacion *política*. Mr. Bignon y sus dos cólegas llegaron con un proyecto redactado sobre dicha base, y aunque el primer artículo, que establecia una suspension de hostilidades entre los dos ejércitos, fué admitido sin discusion, el artículo segundo dió márgen á un breve debate. Mr. Bignon, á quien pertenecia sin duda la redaccion del proyecto, estipulaba la evacuacion de París por el ejército frances, sin indicar el punto á donde debia retirarse, pero Blucher y Wellington exigieron que nuestras tropas fueran á establecerse al otro lado del Loire. «El objeto de los dos mariscales, ha dicho el plenipotenciario prusiano Muffling, consistia: 1.° en colocar al ejército francés en una posicion que no le permitiera ejercer ningun influjo en el gobierno; 2.° en retener al gobierno en poder de los aliados y no permitir que saliera de París; 3.° en quitar al ejército francés *todos los medios que pudieran hacerle militarmente peligroso á los aliados*; 4.° en evitar á los soberanos aliados todos los obstáculos que pudieran oponerse á las medidas que adoptasen despues de la capitulacion.

Segun estos principios, era necesario insistir en que el ejército francés pasase el Loire; por cuyo motivo los dos mariscales declararon que la suspension de armas debia estar basada en esta condicion, que el ejército frances podia tomar posicion en donde quisiera, pero que en este caso seria posible que se le atacara inmediatamente. [3]»

Semejante amenaza surtió el resultado que se esperaba: el conde Guilleminot, MM. Bignon y Ponti consintieron en el acto en retirarse al otro lado del Loire. Los artículos siguientes hasta el 10 reglamentaban esclusivamente los pormenores relativos á la salida del ejército de París, á su marcha y á la entrega de la capital y de sus reparos avanzados á las tropas inglesas y prusianas, pero todos fueron admitidos sin oposicion. El artículo 10 estipulaba en términos generales «que los dos ejércitos aliados protegerian á las autoridades *existentes*,» pero como que esta redaccion suponia al parecer la existencia de dichos poderes, dijo Blucher: «Este artículo es político; por lo que

(1) Parte núm. 970, *del* [illegible] ya citado.

(1) Partes 983 y 997 de la *coleccion* ya citada.

(2) *Campaña de los ejércitos anglo-bátavo y prusiano* en 1815 por el general mayor baron de Muffling.

(3) Campaña citada, pag. 56 y siguientes.

no podemos admitirle. —¿Acaso quereis derribar á las autoridades vigentes? preguntó Mr. Bignon. No, replicó Blucher, porque esto no nos compete; pero no debemos hacer estipulacion alguna que no sea únicamente militar.» El duque de Wellington habló en el mismo sentido, pero propuso que se estipulára, por via de transaccion, la proteccion de las autoridades exisentes mientras existiesen. Lejos de asegurar la conservacion de los poderes existentes, estas palabras suponian en cierto modo su próxima desaparicion, mas no por esto dejaron de satisfacer á nuestros comisarios, por lo que quedó adoptada la proposicion del duque. En el mismo artículo Mr. Bignon añadia que Paris estaria exento de alojamientos militares, lo mismo que en 1814; y aunque el duque de Welington no hizo en este punto objecion alguna, Blucher esclamó que en su concepto esta condicion era no solamente *política*, sino tambien «indecente,» pues parecia inconcebible que los habitantes de Paris se atreviesen á reclamar una exencion de esta naturaleza, cuando los ejércitos franceses se habian alojado con tanta comodidad y por espacio de muchos años en Berlin; por cuyo motivo quedó borrada la exencion.

El artículo 11 estipulaba el respeto de las propiedades públicas, haciendo especial mencion del Museo, pero Blucher se negó á consentir en esta escepcion, diciendo que tomaria del Museo todo lo que fuese prusiano. Consintieron los comisarios en permitir que Prusia se llevara de dicho establecimiento todos los cuadros de origen prusiano ó procedentes de los departamentos franceses de la orilla izquierda del Rhin y de las provincias alemanas que cedieron á esta monarquía los tratados de Paris y de Viena, pero pidieron la conservacion de los restantes. Levantóse Wellington y dijo que si en una cuestion semejante no tenia Inglaterra interés alguno, no sucedia lo mismo con Holanda, con Bélgica y con muchos principados de la confederacion germánica, cuyas tropas formaban parte de su ejército. «Y luego, añadia, tampoco podemos comprometer á los otros soberanos, que seguramente tienen que hacer reclamaciones semejantes.» Quedó borrada por tanto la voz *Museo*; pero inmediatamente despues Blucher exigió que á las palabras *las propiedades públicas* que encabezaban el artículo, se añadieran las siguientes: *á escepcion de las que se refieren á la guerra*. Quedó tambien admitida esta adicion, pues á juicio de los comisarios la entrega de Paris á los aliados envolvia igualmente la entrega de la artillería y de las municiones que formaban el armamento de la plaza, pero no queria contentarse Blucher con nuestro material de guerra. «Habíanse elegido de intento las espresiones, ha dicho tambien Muffling, para dejar á los soberanos la libertad de destruir, si lo creyesen conveniente, los monumentos erigidos en memoria de las guerras pasadas.» En efecto, cinco dias despues Blucher enviaba sus minadores al puente de Jena.

El artículo 12 afianzaba á los habitantes de Paris la seguridad de sus personas y de sus propiedades, como tambien el goce de sus derechos y libertades, cualesquiera que fueren sus opiniones políticas, pero este artículo no fué el blanco de objecion alguna, por cuyo motivo fué admitido sin que tomara la palabra ninguno de los concurrentes. Era sin duda indiferente que al enseñorearse de una capital defendida por un ejército mas numeroso que los sitiadores y que se entregaba sin disparar un fusilazo, Blucher y Wellington hicieran la promesa de no sujetar á los habitantes á las leyes inglesas y prusianas, de no prender á ningun ciudadano por unas opiniones que nada interesaban á sus gobiernos ni á ellos mismos, de no saquear ninguna tienda, de no incendiar ninguna casa y de no matar á nadie; pero seis meses despues presentaron ciertos juristas que habrain intervenido en tan tristes acontecimientos, esta cláusula esencialmente *militar*, convenida para un hecho especial y que únicamente obligaba á las tropas sitiadoras con respecto á la ciudad sitiada, como una proteccion suficiente contra la venganza de la restauracion, como una reserva digna de la gratitud pública, como una estipulacion de suficiente fuerza para poner á las dos cámaras, al gobierno provisional y á los jefes del ejército á cubierto de la ignominia que les acarreaba una transaccion tan indigna.

Adoptáronse igualmente sin debates el artículo 13 relativo á las mercancías que llegasen para el surtido de Paris; el artículo 14 que estipulaba el cumplimiento del anterior hasta *la conclusion de la paz*, y el artículo 15 que arreglaba la interpretacion de las dificultades que pudieran originarse entre los contrayentes. El artículo 16 del proyecto declaraba que la convencion era *comun á todas las potencias coligadas*, pero Wellington y Blucher lo rechazaron, diciendo que no tenian facultades para comprometer á los otros. Despues de un breve debate nuestros plenipotenciarios aceptaron esta concesion insignificante, de manera que la convencion fué declarada comun á todos los ejércitos aliados, *con tal que la ratificaran* las potencias de que dependiesen estos ejércitos. Los dos últimos artículos eran puramente reglamentarios, y fueron por consiguiente admitidos sin discusion, de suerte que el testo definitivo de la convencion resultó concebido en estos términos:

CONVENCION MILITAR.

«En esta fecha, 3 de julio de 1815, los comisarios nombrados por los generales en jefe de los respectivos ejércitos, á saber:

»El baron Bignon, ministro de negocios estranjeros; el conde Guilleminot, jefe de estado mayor general del ejército francés, y el conde de Bondy, prefecto del departamento del Sena, revestido con plenos poderes del príncipe de Eckmuhl, general en jefe del ejército francés, *por una parte;*

»Y el mayor general baron de Muffling, revestido con plenos poderes de S. A. el feld mariscal príncipe de Blucher, general en jefe del ejército prusiano, y el coronel Hervey, revestido con plenos poderes de S. E. el duque de Wellington, general en jefe del ejército inglés, *por otra parte;*

»Han acordado lo siguiente:

»Artículo 1.° Habrá *suspension de armas* entre los ejércitos aliados, mandados por S. A. el príncipe de Blucher y S. E. el duque de Wellington, y el ejército francés situado bajo los muros de Paris.

»Art. 2.° El ejército francés se pondrá mañana en marcha para situarse *al otro lado del Loire*. Dentro de tres dias quedará Paris enteramente evacuado, y dentro de ocho dias se habrá ya ejecutado el movimiento que debe terminarse *al otro lado del Loire*.

»Art. 3.° El ejército francés llevará consigo todo su material, su artillería de campaña, sus cajas militares, caballos y efectos de regimientos sin escepcion alguna. Tambien llevará consigo todas las personas adictas á los depósitos y las que pertenecen á los diferentes ramos de la administracion del ejército.

»Art. 4.° Los enfermos y los heridos, como tambien los empleados de sanidad que sea necesario dejar con ellos, quedarán bajo la proteccion especial de los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano.

»Art. 5.° Los militares y los empleados á que alude el artículo anterior, podrán reunirse con los cuerpos á que pertenecen, en cuanto se hayan restablecido.

»Art. 6.° Podrán permanecer en Paris las mujeres y los hijos de todos los individuos pertenecientes al ejército francés. Las mujeres casadas podrán salir de Paris é incorporarse con el ejército, llevándose todos los objetos de propiedad suya ó de propiedad de sus maridos.

»Art. 7.° Los oficiales de línea, empleados con los confederados ó con los tiradores de la guardia nacional, podrán incorporarse en el ejército ó regresar á sus casas ó á su pais natal.

»Art. 8.° A las doce de la mañana, 4 de julio, se verificará la entrega de San Dionisio, Saint-Ouen, Clichy y Neuilly.

»Pasado mañana, 5, á la misma hora, se verificará la entrega de Montmartre.

»El tercero dia, 6, se verificará la entrega de todas las barreras.

»Art. 9.° La guardia nacional y el cuerpo de la gendarmería municipal continuarán con el servicio de la ciudad de Paris.

»Art. 10. Los generales en jefe de los ejércitos inglés y prusiano se obligan á respetar y hacer respetar *por sus subordinados* á las actuales autoridades, *mientras estas existan*.

»Art. 11. Serán respetadas las propiedades públicas, *á escepcion de las que se refieren á la guerra*, tanto si pertenecen al gobierno como las que dependen de las autoridades municipales. Las potencias aliadas no intervendrán bajo ningun concepto en su administracion ni en su direccion.

»Art. 12. Serán igualmente respetadas las personas y las propiedades individuales. *Los habitantes* y en general *todos los individuos que haya en la ciudad* continuarán disfrutando de sus derechos y libertades, sin ser vigilados por los empleos que desempeñen ó hayan desempeñado ni por su conducta ú opiniones políticas.

»Art. 13. Las tropas estranjeras, lejos de oponer obstáculos de ninguna especie á la entrada de las mercancías en la capital, protegerán la llegada y la libre circulacion de los artículos destinados para ella.

»Art. 14. La presente convencion será observada y se tomará por regla de las relaciones mutuas *hasta la conclusion de la paz*. En caso de rompimiento deberá denunciarse en la forma de costumbre, con diez dias al menos de anticipacion.

»Art. 15. Si en la ejecucion de algun artículo de la presente convencion se suscitaren dificultades, su interpretacion deberá ser favorable al *ejército francés* y á la *ciudad de Paris*.

»Art. 16. Queda declarada comun á todos los ejércitos aliados la

presente convencion, *con tal que la ratifiquen* las potencias de que dependen estos ejércitos.

»Art. 17. Mañana, 4 de julio, á las seis de la mañana, se cangearán las ratificaciones en el puerto de Neuilly.

»Art. 18. Entrambas partes nombrarán comisarios que velen en la ejecucion de la presente convencion.

»Dado y firmado en Saint-Cloud, en triplicado, por los mencionados comisarios en los dias y año susodichos.

»BARON BIGNON.—CONDE DE GUILLEMINOT.—CONDE DE BONDY.
BARON DE MUFFLING.—F B. HERVEY

»Aprobada y ratificada la presente *suspension de armas* en Paris, á 3 de julio de 1815.

»BLUCHER.—WELLINGTON.

»Aprobado, el mariscal PRÍNCIPE DE ECAMUHL.»

Tal es la convencion militar, ó para hablar mas exactamente, la *suspension de armas* que entregó la ciudad de Paris y la Francia entera, no precisamente á los Borbones (pues estos príncipes no estaban presentes, ni tampoco se trataba con ellos, porque todavía no existia su gobierno), sino á los ingleses y á los prusianos.

Por lo que hace á Fouché, ni siquiera se habia curado de hacer intervenir su nombre en aquel acta indigna, porque queria que recayera toda la responsabilidad en el único que la ratificó, por ser tambien el único que habia otorgado los poderes, es decir, en Davoust; pero teniendo que alucinar al público sobre el valor real de esta capitulacion, como jefe que era del gobierno, el duque de Otranto habia dictado al jefe del ejército la eleccion de los plenipotenciarios, indicando tres hombres que por sus títulos oficiales ofrecian una aparente garantía á los intereses generales del pais y del ejército. No se limitaron á esto solo sus tareas, pues borró del tratado la palabra *capitulacion*, que era su verdadero título y el que llevaba antes que fuese ratificado, y en su lugar puso *convencion*. La muchedumbre, cualquiera que sea la clase á que pertenece, no reflexiona nunca: ateniéndose constantemente á las palabras, víctima infatigable de todos los charlatanes políticos y considerando únicamente la superficie de las cosas, acoge siempre con una confianza increible todas las mentiras, por groseras que sean, con que los hombres acreditados esplotan su ignorancia é incredulidad. Es probable que el público oficial, los ricos ó personas influyentes y las clases medias no leyeron de la convencion de Saint-Cloud mas que el título y las firmas, supuesto que nunca se levantó una voz en el gobierno, ni en ninguna de las dos cámaras, ni en la prensa, que protestase contra la falta absoluta, no ya de garantías, sino de simples promesas en favor de los derechos y de la independencia del pais. Aun en el dia, que han trascurrido ya treinta años, apenas hemos visto uno ó dos escritores que aventurasen una reconvencion tímida contra un acta que los mismos Borbones creyeron humillante y cuyos resultados probaron inútilmente á atenuar; no debiendo tampoco omitirse que esta reconvencion se reducia á cierta crítica en los pormenores, puesto que al hablar de los diferentes artículos los calificaban de *condiciones*. ¡Condiciones! ¿en dónde están estas condiciones? Todas las estipulaciones, desde el primer artículo hasta el último, ¿acaso disponen otra cosa que la salida que debia verificar de Paris el ejército francés y la entrega de esta capital á las tropas aliadas? ¿quien puede encontrar en ellas, no precisamente una palabra, sino un rayo fugitivo de una idea que tenga por objeto la garantía de los intereses generales de la patria? ¿en dónde están estas decantadas reservas en favor de las libertades y de los derechos del pais, como del honor y de la independencia nacional ¿NI SIQUIERA APARECE EN ELLOS el nombre de Francia, y en el artículo 15 se dice formalmente *el ejército y la ciudad de Paris*, como los únicos objetos que motivaran el acta. Y ¿qué garantía obtuvo tambien este mismo ejército, que era la principal de las partes contratantes y que por la superioridad de sus fuerzas sobre la de sus dos adversarios podia dictar la ley en vez de recibirla? Ninguna. No solamente no se estipula su conservacion como fuerza organizada, no solamente no se le aseguran los grados alcanzados en los últimos campos de batalla como precio de su sangre, sino que tampoco se ocupan en protegerlo los hombres encargados de tratar en su nombre contra la cólera que debia perseguirlo, precisamente por sus servicios y por su sangre, quedando sumidos en el olvido hasta los derechos sagrados de las viudas y de los huérfanos de los oficiales y de los soldados muertos en Ligny, en los Cuatro Brazos y en Waterloo. «El ejército francés se retira á cuarenta leguas de distancia de Paris, al otro lado del Loire, abandonando esta capital al príncipe Blucher y á Wellington:» tal es la capitulacion en toda su desnudez. Verdad es que podian cubrirse siquiera todos estos sacrificios y humillaciones con una apariencia de pasion y de lucha política; pero ni habia lucha, ni asomaba en parte alguna la opinion realista: el general de un ejército de cien mil hombres y los individuos del gobierno entregaban voluntariamente la capital y el imperio de Francia, sin intervencion de ningun partido, á dos generales enemigos que apenas contaban ochenta mil hombres, y que al estipular por su cuenta ni siquiera comprometian á los otros jefes de la coalicion. Tan completos eran sin embargo el abandono y la imprevision, como que el mismo dia siguiente los soberanos aliados tenian fuerza y derecho para exigir la disolucion de los cien mil hombres que iban á retirarse sin combate, para sujetar la nacion francesa á las leyes mas rigurosas de la conquista, para abandonarla á la larga y sangrienta venganza del nuevo gobierno, para consumirla con una ocupacion militar de muchos años, con un diluvio de requisiciones y con unas contribuciones de guerra que ascendian al pié de dos mil millones, y finalmente para extenuarla con unos tratados que debian encerrarla en límites mucho mas estrechos que los de 1814. ¿Que condiciones podian imaginarse peores para provocar una resistencia enérgica ó una defensa desesperada? ¡Ojalá que por lo menos quedara ileso el honor, aun en el acto de sucumbir!

La convencion que entregaba la ciudad de Paris á los aliados, no fue conocida hasta el 4 de julio. La mayor parte de la poblacion quedó sorprendida al leer esta noticia en el *Monitor;* pues así los ciudadanos como los soldados, lejos de sospechar siquiera la existencia de las negociaciones entabladas desde el dia 30 de junio, estuvieron esperando por espacio de dos dias una batalla que alejara de la capital á los ejércitos inglés y prusiano. Los mas de los habitantes habian salido de sus casas para saber el resultado de esta batalla, anunciada por todos los periódicos y por todos los que rodeaban á Fouché y á Davoust; muchas calles, especialmente en los barrios apartados, estaban completamente desiertas; las puertas de las casas y las ventanas de los primeros pisos quedaban cerradas, y únicamente se abria de vez en cuando tal cual ventana de los pisos superiores cuando el paso grave y monótono de las gruesas patrullas de infantería que marchaban sin tambor, ó el galope de un caballo de ordenanza interrumpian el habitual silencio del barrio: solo entonces se asomaban algunas mujeres, observando la actitud y la direccion de los soldados. En cambio la muchedumbre era muy numerosa en el centro de la ciudad y en todos los sitios públicos; los baluartes estaban atestados de curiosos pertenecientes á la parte tímida de las clases medias y agrupados generalmente al rededor de muchos gabinetes de lectura que se improvisaban y en donde quedaban de manifiesto á los ojos de los transeuntes varios periódicos de todas las opiniones, folletos de circunstancias y mapas de las cercanías de Paris, que eran á la sazon el teatro de la guerra. Aumentaban la circulacion en aquella línea unos treinta ó cuarenta mil aldeanos, derramados desde la calle de la Paz hasta la del arrabal del Temple y por las calles vecinas; las mas de aquellas buenas gentes permanecian junto á sus carretas cargadas de muebles y de colchones, en donde se asentaban los ancianos, los niños y las mujeres: al sur y al oeste de Paris, en los terrenos baldíos y en los huertos que dominaban las cercanías del Sena y la llanura de Grenoble, en las azoteas de las casas situadas en aquellas cercanías, en las torres de algunas iglesias, y hasta en los terrados de las torres de Nuestra Señora habia otros curiosos mas atrevidos formando apiñados grupos, que estaban esperando inútilmente la batalla prometida de una manera tan positiva, al paso que continuamente se estaban presentando en las avanzadas una multitud de confederados y de jóvenes guardias nacionales que anhelaban vivamente por alternar en el combate con nuestros soldados. «Esto no se comprende, decian los guardias nacionales al restituirse al seno de sus familias; dos ó tres dias hace que el ejército debe marchar contra los prusianos, y sin embargo no marcha; á cada paso llegan contraórdenes, y se nos dan esperanzas para el dia siguiente; los soldados están furiosos, y todos dicen que se nos vende.—No sabemos si hay traicion, añadian los militares retirados y los antiguos empleados en los diferentes ramos del ejército que se hallaban presentes; pero sin duda ocurre algo que no comprendemos: fuerza es que Blucher sepa de cierto que no será atacado, porque de lo contrario no quisiera aventurarse, como se aventura, delante de San German: bastaria con emprender la marcha para destruirle, para cogerle toda la gente y todos los cañones.» Otros habia que decian: «Ahora acabo de hablar con *tal* empleado, que acababa de salir del palacio del duque de Otranto, y dice que los salones estaban llenos y que el duque de Otranto iba diciendo á todos los concurrentes: *Recomendad la calma y la tranquilidad, que estamos tratando, y todo se arreglará.*» Finalmente otros añadian que no solamente circulaba en el ejército la palabra *traicion*, sino tambien en Paris y en todas las bocas. En efecto, deseando introducir en todos los ánimos un desórden moral y una desconfianza

favorables á su disolvente empresa, Fouché mandó á su policía que señalara como otros tantos traidores á los jefes del ejército, á los individuos de ambas cámaras, á sus colegas de la comision de gobierno y aun á él mismo. A cada paso salian de sus oficinas muchos agentes de todos los ramos, revestidos con sus trajes, que se derramaban por las calles de Paris y por todas las filas del ejército sembrando las noticias mas odiosas y los rumores mas alarmantes: ciertos individuos, vestidos con el uniforme de zapadores bomberos, se mezclaban con los soldados, asegurándoles que todos los generales trataban de venderlos é induciéndoles por consiguiente á la desercion [1]. A los generales se les decia que así las cámaras como el gobierno querian únicamente conseguir el perdon y el favor de los Borbones sacrificando al ejército y á sus jefes; y á los empleados de todas clases como á los individuos de entrambas cámaras se les anunciaba que entre las tropas de todas las armas reinaba la desorganizacion mas completa, de suerte que los soldados se negaban á batirse y desertaban á compañías enteras. Verdad es que no siempre se daba crédito á semejantes rumores y calumnias, mas no dejaban de sumergir á una parte de la poblacion en una incertidumbre y en un desaliento que le inducia á desear un arreglo, cualquiera que fuese; así es que los habitantes ricos ó influyentes, entre los cuales dominaba la opinion realista, sea que tuvieran noticia de los hechos, sea que no ignorasen las relaciones del duque de Otranto y del príncipe de Eckmulh con Mr. de Vitrolles, consideraban las comunicaciones del gobierno y las discusiones de ambas cámaras como un sainete político, desempeñado por algunos tontos sujetos á la hábil direccion de Fouché, esperando con seguridad el desenlace, que no podia tardar. A 3 de julio por la mañana, cuando no quedaba acordada aun la capitulacion, leíase en un diario, que era el órgano de la clase medio, la siguiente noticia, que llevaba la fecha del dia anterior, domingo 2 de julio: «Los ejércitos se hallan á la vista uno de otro en nuestras murallas y al rededor de las mismas; la lucha se ha empeñado en veinte puntos diferentes, y en medio de este estruendo Paris está completamente, tranquilo prescindiendo del bullicio que suena de vez en cuando en ambas cámaras. La concurrencia era hoy en los paseos públicos la misma que de costumbre, y los trajes tambien han sido los mismos que suelen usarse los domingos. En las Tullerías particularmente las mujeres llenaban la alameda, al paso que los hombres sentados en grupos en el *tresbolillo*, se ocupaban en las noticias del dia, trasmitiéndose las gacetas con tanta tranquilidad como si se tratara de los debates del parlamento de Inglaterra ó de los asuntos de la India [2].»

Creemos en honor de los ociosos de Lóndres ó de Calcuta, que no afectaran á buen seguro una negligencia tan odiosa si se vieran rodeados por dos ejércitos enemigos y protegidos en sus pasatiempos por un ejército nacional, oyendo el estruendo de la artillería que diezmase las filas de sus generosos defensores, supuesto que no habia lucha en veinte puntos diferentes, sino tan solo en algunos puntos cualesquiera, para ocultar la obra que se estaba concluyendo con Blucher y con Wellington y engañar la impaciencia de nuestros regimientos, sobremanera irritados al hallarse á la vista de los prusianos sin hacer nada. Estos ataques, confiados á débiles destacamentos y dirigidos contra fuerzas considerables en algunos puntos sin importancia, acababan por verse siempre rechazados, sin otro resultado que la muerte de algunos valientes oficiales y soldados, que creyendo morir por la mas noble y mas santa de las causas eran sacrificados con el objeto esclusivo de asegurar el término de una transaccion indigna.

Ninguna sorpresa causó la capitulacion entre las clases á que pertenecian las personas que iban á paseo por las Tullerías; mas no dejaron de recibir la noticia con cierto entusiasmo, creyendo que por fin habia terminado aquel sainete que empezaba ya á hacerse fastidioso. La clase media y los comerciantes de poca fortuna la acogieron sin murmurar, lo que se esplica diciendo, que para los habitantes de esta categoría, la interrupcion de los negocios, la circunstancia de estar cerradas las tiendas en muchos barrios y la suspension de las funciones teatrales, motivada por la ausencia de los actores pertenecientes á la guardia nacional, eran sacrificios de intereses ó de costumbres que no podian sobrellevar por mas tiempo. A este propósito no debemos pasar en silencio que se ha calumniado á esta clase, suponiendo que solicitaba una transaccion indigna, puesto que lejos de amedrentarla una defensa enérgica, sin duda coadyuvara con nuestros soldados á hacer uso de sus fuerzas y de sus recursos, si se empeñara á las puertas de Paris ó á la entrada de los arrabales una lucha seria. Verdad es que permanecia inerte, pero es porque deseaba la conclusion de una guerra de la que compartia únicamente la incertidumbre y los sacrificios, es decir, que deseaba la accion ó un resultado. Lo que parece increíble es que la capitulacion produjera un entusiasmo tan completo en la cámara de los representantes: al abrirse la sesion del 4 de julio recibió dicha transaccion de la comision de gobierno, y no bien quedaba terminada su lectura cuando subió á la tribuna Mr. Garat, antigno senador y uno de los que habiendo provocado la caida de Napoleon en 2 de abril de 1814 daban á Alejandro los títulos de *Restaurador de la libertad francesa*, y *héroe ciudadano*. Dijo, pues, Mr. Garat: «La cámara puede observar en el documento que acaba de leerse el grande interés con que ha procurado el gobierno concluir una capitulacion honrosa....—¡*Una capitulacion!* esclaman inmediatamente muchos individuos con acento de indignacion ¿Una capitulacion? Nó, Francia no capitula jamás. —El orador se ha equivocado seguramente, replica un diputado; es probable que ha querido decir una *convencion*.» Mr. Garat bizo una señal de consentimiento, y entonces se tuvo una prueba del estraño poder de las palabras. Paris capitulaba sin duda: cualquiera que sea el nombre que se atribuya a la rendicion, esta era una capitulacion, y aunque no alteraba su significado el título que se le daba de convencion, este cambio de palabras trocaba el carácter de la medida en concepto de una cámara imbécil, de suerte que la alegría sucedió inmediatamente á la indignacion. Mr. Garat continuó diciendo: «No podia esperarse ciertamente un tratado mas ventajoso; pero mis colegas, añadió levantando la voz, no son únicamente individuos de una nacion, sino tambien ciudadanos de una nacion libre, y en este concepto las circunstancias actuales exigen de nosotros muchas consideraciones.» Las consideraciones que hizo valer Mr. Garat propendian á poner de manifiesto la necesidad de aprovecharse de la capitulacion para imitar á los ingleses, cuya historia refirió, sin embargo de ser bastante larga, proclamando, á su ejemplo, un *bill de derechos* que fuese para la libertad, «el foco destinado á alumbrar todas las incertidumbres.»—Tengo la mas alta confianza en las potencias aliadas, particularmente en la nacion inglesa, puesto que con el hecho de imitar sus instituciones sociales le dispensamos una honra á que no puede menos de mostrarse reconocida. Robustecido con esta confianza en el reconocimiento británico, Mr. Garat concluyó su discurso proponiendo la adopcion de una especie de formulario constitucional compuesto de trece artículos.

Al proyecto de constitucion en 104 artículos, comunicado á la cámara cinco dias antes, el 29, manoseado muchas veces, y remitido continuamente á la comision, no le faltaba otra cosa que la última mano del informante, que era el diputado Manuel. Temiendo sin duda que con la discusion del sumario constitucional de Mr. Garat dejara de presentarse y adoptarse la obra á que se habia dedicado con tanta laboriosidad, Manuel manifestó que la proposicion sometida á la cámara formaba un doble empleo con la constitucion en 104 artículos, añadiendo que su informe estaba ya concluido y que por consiguiente podia darse principio desde luego á la discusion, y acabó pidiendo que se remitiera el nuevo proyecto á la comision de que era informante. Aunque muchos individuos apoyaron este dictámen, no faltaron otros que lo impugnaron, y entre estos últimos se contaba Mr. Durbach, el cual manifestó que no porque la asamblea constituyente adoptara la *declaracion de los derechos del hombre* dejó de producir la *constitucion* del 91. Aunque este ejemplo no tenia una aplicacion oportuna, porque la asamblea constituyente duró cerca de cuatro años, al paso que los representantes no podian contar con una existencia de cuatro dias, la cámara adoptó la observacion de Mr. Durbach, y el proyecto de Mr. Garat fué remitido á una comision especial. Tomó la palabra despues de esta votacion el general Solignac, y dijo: «Acabais de oir la lectura de la convencion que se concluyó ayer por la noche con los generales aliados: esta convencion reclama para los defensores de la patria un testimonio marcado del reconocimiento nacional y de los representantes del pueblo, pues es preciso tener presente que esta convencion, que el dia anterior parecia imposible de conseguir, se debe á la actitud imponente del ejército; así pido que se declare que el ejército ha merecido bien de la patria.—*Un individuo*: La proposicion es insuficiente; en el momento en que el ejército se separa de nosotros....—*Muchas voces*: Nó, no, el ejército no se separa de nosotros.» Pocos momentos antes la cámara se habia negado á reconocer como capitulacion el tratado de Saint-Cloud, y á la sazon no queria que nuestras tropas se separasen de ella retirándose á cuarenta leguas de distancia. El orador, que se hallaba entonces en la tribuna, confesó que efectivamente no habia tal separacion, y concluyó pidiendo «que se presentase al ejército una diputacion para declararle

[1] Algunos generales, especialmente el conde Excelmans, advertidos por sus soldados, hicieron arrestar muchos de aquellos supuestos zapadores bomberos, remitiéndolos al estado mayor de la plaza de Paris, en donde probablemente recobraron la libertad.

[2] *Diario de los Debates* del 3 de julio.

de nuevo que los representantes quedaban unidos íntimamente con él (1). Acto continuo la proposicion del general Solignac fué remitida con esta enmienda á una comision, la cual presentó un proyecto de alocucion que fue adoptado por la cámara. Nombróse en seguida la diputacion encargada de llevar á las tropas esta alocucion que en sustancia decia: «que habiendo leido la capitulacion concluida con los generales aliados, la cámara daba un voto de gracias al ejército.» Cuando la cámara, doce dias antes, habia obligado á Napoleon á bajar del trono, encargó á la mesa que fuera á dar gracias al emperador por un sacrificio que arrebataba a Francia el único brazo que podia salvarle: consiguiente consigo misma, esta asamblea iba á cumplimentar a nuestros soldados por una capitulacion que alejaba a cuarenta leguas de distancia del lugar de sus sesiones á las tropas que constituian toda su fuerza y seguridad, dejándola completamente a merced de los aliados.

¿Sera que en aquellos dias de demencia y de sarcasmo quedaban extinguidos el patriotismo y la inteligencia, como una espiacion amarga de nuestros dias de gloria y de grandeza? No por cierto: Francia no era cómplice de sus gobernantes, sino su víctima: así es que protestó por la voz del pueblo y de los soldados, porque así en 1815 como en 1814 y en 1792, el buen sentido y el alma de la nacion estaban acorralados en el seno de las masas y del ejército. Está reservada á la juventud y a las clases laboriosas, en las grandes crisis políticas, la gloria de juzgar con mas acierto los intereses de la patria que las clases mas favorecidas, alcanzando el porvenir á mayor distancia que los hombres llegados a la edad del reposo. Exenta de preocupaciones personales, y estraña á todo cálculo de ambicion o de fortuna, la masa del pueblo no considera en semejantes ocasiones su interes ó su bienestar como el barómetro de la política y de sus resultados. Para ella el enemigo es siempre el enemigo: antes de tratar piensa en combatir, y para decirlo en una palabra, su guia consiste esclusivamente en el corazon. En las crisis supremas de la vida de las naciones como en la vida del individuo, los instintos del corazon y las inspiraciones generosas constituyen la verdadera inteligencia, y en estas circunstancias especialmente puede decirse que la voz del pueblo es la voz de Dios. El pueblo habia desestimado la abdicacion exigiendo que Napoleon se pusiera de nuevo á la frente del ejército; por lo que era muy natural que desechara igualmente la capitulacion y que redoblara sus esfuerzos para rasgarla (2).

San Dionisio, Saint-Ouen, Clichy y Neuilly, á tenor del artículo 8.°, debian entregarse á los aliados el dia 4 por la mañana, y estas posiciones estaban ya en poder del enemigo mucho tiempo antes que recibiese la cámara la comunicacion oficial de la convencion de Saint-Cloud; pero todavía tardaron mas los parisienses en tener noticia de semejante acta, puesto que no la recibieron hasta que tuvo lugar el regreso de los confederados y de los guardias nacionales que andaban sueltos. Al principio nadie queria creer absolutamente semejante nueva, mas aunque los curiosos procedentes de las eminencias situadas al norte de Paris aseguraban inútilmente que en el campanario de la abadía de San Dionisio ondeaba desde la mañana una inmensa bandera blanca, indicio positivo de la entrega de dicha plaza a los aliados, los mas tenaces tuvieron que rendirse á la evidencia por las noticias llegadas de la cámara. Entonces fue cuando estalló la cólera en todas partes: mientras la cámara aplaudia la entrega de Paris á los ingleses y á los prusianos, á las tres de la tarde se esperimentó una conmocion rapida y violenta que agitó todos los barrios situados al norte y al este de los baluartes. Óyense de repente numerosas descargas de mosquetería; retumban do quiera los gritos de *á las armas*; fórmanse grupos, y muchos ciudadanos ó simples soldados mezclados con la muchedumbre proponen que se rechace la capitulacion y que se organice la resistencia. No debiendo entregarse hasta el dia siguiente los terreros de Chaumont, Montmartre y las eminencias de Belleville y de Romainville, que todavía estaban ocupadas por nuestras tropas, proyectan ocupar estas fuertes posiciones, estableciendo en ellas el centro de una defensa desesperada. Sobreviene una circunstancia que acrecienta la exaltacion de los ánimos: el estruendo de los disparos se habia ido estendiendo sucesivamente hasta llegar poco á poco á las calles vecinas á las barreras, de suerte que no tardó en oirse en las eminencias que dominan á esta parte de Paris. Los soldados apostados en aquellas colinas contestaban con repetidas descargas á los fusilazos de los ciudadanos, y estas esplosiones, síntomas de una protesta comun, anuncian al parecer que el ejército está dispuesto á secundar la resistencia de los habitantes, que en consecuencia salen en grupos de los arrabales en direccion al Palacio Real y á las Tullerías á los gritos de ¡viva el emperador! ¡á las armas! ¡abajo los traidores!» Ciérranse las tiendas á su acceso, difúndese la alarma por todas partes, y al recibir la noticia de estos sucesos, el gobierno convoca inmediatamente la guardia nacional. Massena, general en jefe de esta guardia, publica una órden en la que recuerda «que instituida únicamente para velar en la seguridad de las personas y de las propiedades debe impedir todas las reuniones tumultuosas y acallar todos los gritos que pudieran escitar disensiones.» Al mismo tiempo andan recorriendo todas las calles los agentes de policía anunciando que los operarios, los confederados y los soldados se reunen con objeto de pegar fuego en los barrios opulentos y de aprovecharse del desórden consiguiente, para saquear las tiendas y las casas. Estas indignas calumnias, siempre reproducidas en las conmociones públicas, y siempre bien recibidas, surten el apetecido resultado; en un instante se juntan de quince á veinte mil guardias nacionales que marchan contra los grupos, que los disipan, y que dirigiéndose á la línea de los baluartes y hácia los arrabales ocupan en numerosas masas los principales puntos de comunicacion, de suerte que el movimiento queda de repente interrumpido.

No era tan facil paralizar la irritacion del ejército. Cogidos de improviso, los destacamentos que en la noche del 3 al 4 habian tenido que entregar los puestos avanzados, no opusieron ninguna resistencia, pero los cuerpos que en la noche del 4 al 5 recibieron la órden de evacuar la linea comprendida entre Clichy y la calzada de Vincennes se negaron a obedecer, porque la escitacion de la víspera habia degenerado en exasperacion. «No nos retiraremos, esclamaban los soldados: hemos jurado defender a Paris, y le defenderemos! se nos vende, pero nosotros no queremos ser traidores!» Por lo demás, en todas partes dominaba la cólera, así en las filas de los soldados como entre los oficiales de todas las graduaciones. Refiérese que muchos generales se reunieron para escogitar los medios de romper la transaccion impía de Saint-Cloud y de lavar su mancha en la sangre de los ingleses y de los prusianos. La primera pregunta que se hizo fue relativa a la direccion del movimiento, pero todos declararon unánimemente á Davoust exonerado del mando, y al tratarse del nombramiento del jefe que debia sucederle, la reunion fijo la vista en Vandamme, por el antiguo renombre que se habia granjeado por su decision y por su energía. En consecuencia se le propuso el mando supremo; pero como Vandamme no era ya el mismo que antes, sino el firmante de la deliberacion que habia decidido el tratado de Saint-Cloud y estaba sujeto por consiguiente, ya antes de la batalla de Waterloo, al influjo de veinte años de guerras y de fatigas y de una ambicion satisfecha, se negó á aceptar el nombramiento. Hiciéronse otras proposiciones, pero todas fueron igualmente rechazadas. ¡Y sin embargo tal vez bastara entonces con un hombre ó con un nombre para realzar á Francia, ó siquiera para salvarle el honor! Lo cierto es que este hombre no pareció en parte alguna. Resueltos á no ceder, pero no atreviéndose tampoco a cargar con una inobediencia que no podria escusarse en una órden emanada de una autoridad superior aunque usurpada, ó en una coaccion material, los generales hicieron insinuar á las tropas que reclamaran sus sueldos atrasados. Este pretesto fue acogido con entusiasmo: el tesoro estaba exhausto, el gobierno carecia de crédito y de recursos, y por consiguiente la reclamacion podia retardar la salida del ejército y producir el rompimiento de la capitulacion. Grande fué el miedo que se introdujo en las Tullerías. Davoust, asegura un escritor contemporáneo, propuso tomar los fondos depositados en el Banco y distribuirlos á las tropas; pero los colegas de Fouché rechazaron esta medida como un atentado. El gobierno invocó el socorro de los principales banqueros, diciéndoles que se trataba de salvar á Paris. Situado entre el ejército enemigo que estaba resuelto á atacar á viva fuerza, y el ejército francés que exasperado por la derrota buscaba una coyuntura para tomar una venganza sangrienta, Paris se veia amenazado con incalculables desgracias. Un hombre hubo tan solo que movido de estas consideraciones osara arrostrar las contingencias de un reembolso incierto; Mr. Laffitte aceptó la propuesta que inútilmente se hiciera al Banco y á los otros capitalistas (1), y dió dos millones. No se tranquilizaron los soldados al cobrar sus haberes; por lo que redoblando los esfuerzos se suplicó á los generales mas populares que empleasen su influjo para vencer una resistencia tan obstinada. Uno de estos jefes era el general Drouot, que disfrutaba especialmente de una reputacion de patriotismo y de lealtad mejor sentada y mas merecida que otro cual-

(1) El *Monitor* no cita el nombre de este representante, pues se contrae á decir *un miembro*.

(2) Despues de haber permanecido un mes en Paris en medio de los ministros, entre los empleados superiores y entre los hombres políticos de que estaban atestados los salones á donde concurria cada noche, lord Wellington decia de aquel mundo privilegiado: «Verdad es que son muy pocos en Francia los verdaderos patriotas, y todavía mas pocos los grandes [illegible] (Carta del 5 de setiembre de 1815 al general Dumouriez.)

(1) Depósito de 200000 francos en rentas del 5 por 100.

quiera, y que reunia además el mando de la guardia. Esta guardia obedeció á su ascendiente abandonando sus posiciones y poniendose en marcha en direccion al Loire, y aunque los otros regimientos del ejército titubearon, al fin siguieron el mismo ejemplo, bien que llenos de indignacion, habiendo habido no pocos soldados que al atravesar los arrabales de Paris descargaban los fusiles al aire gritando *¡viva el emperador! abajo los traidores*, y cubriendo de imprecaciones el nombre de Davout. Los unos rompian las armas, otros se rasgaban el uniforme, pero el resultado fué que en la noche del 5 al 6 todos los cuerpos estaban en marcha hácia Orleans.

En medio de aquellos incidentes, que para la inmensa mayoria de la poblacion parisiense pasaron desapercibidos, de suerte que no tuvieron otros testigos que los habitantes de algunos barrios apartados, las cámaras continuaban discutiendo y el dia 5 por la mañana se reunió la cámara de los representantes á la hora de costumbre. Veinte y cuatro dias antes, 11 de junio, Napoleon decia á una diputacion de aquella asamblea: «No imitemos el ejemplo del bajo imperio, que acosado por los bárbaros en todos sentidos, se hizo la burla de la posteridad ocupandose en discusiones abstractas en el momento en que rompia el ariete las puertas de la ciudad. Ayudadme á salvar la patria.» En vez de ayudar al emperador á salvar la patria, la cámara le habia precipitado del trono; y en cuanto á las discusiones abstractas, el simple análisis de su sesion del 5 manifestará los medios de que se valia para evitarlas.

El objeto indicado del debate era la mezquina constitucion que el dia anterior habia propuesto Mr. Garat: y el proyecto se componia de una serie de definiciones metafísicas, concebidas en los términos siguientes: «I. Todos los derechos emanan del pueblo, y la soberanía del pueblo se compone de la reunion de los derechos individuales.—II. Siempre que los poderes están reunidos en una sola mano ó en un solo cuerpo, hay despotismo, de suerte que el principio mas necesario para el establecimiento y la conservacion de la libertad consiste en la division de los poderes. —VIII. La libertad de cada individuo no tiene mas límites que la libertad de los otros individuos. —IX. Lo que hay mas sagrado en la libertad individual es la libertad de conciencias y de cultos. —X. Se enseñarán en una universidad los elementos de todas las ciencias y de todos los ramos del talento, del gusto y de la imaginacion, y se establecerá para todas las clases del pueblo una instruccion primaria, indispensable para el conocimiento de los derechos y de los deberes del hombre etc. El artículo primero fué adoptado despues de una discusion bastante breve, sustituyéndose las palabras *derechos individuales* con las de *derechos de todos los ciudadanos*; mas el artículo segundo dió márgen á un debate muy largo y animado: un individuo propuso que en vez de la palabra *division* de los poderes, se pusiera la de *equilibrio*; otro pidió que se dijera *separacion*; otro estuvo por *sabia combinacion*; y todas estas espresiones fueron impugnadas y defendidas con entusiasmo, de manera que los representantes estuvieron disputando mas de una hora, sin que dejasen de traer á colacion á Blackstone, á Rousseau, á Montesquieu y á la constitucion inglesa. Corrian entretanto las horas, y poco satisfecho sin duda al ver que sus colegas perdian el tiempo en argucias que no permitirian discutir con oportunidad la constitucion de los 101 artículos de que era informante, Manuel no pudo menos de quejarse por unos debates «en que la *ideologia* dominaba los *intereses positivos*.» Levantóse Mr. Garat al oir la palabra ideologia y manifestó con acento solemne que Napoleon se habia apoderado de la dictadura declamando igualmente contra los ideólogos; mas en el acto de estallar muchos gritos que interrumpiendo aquel debate personal llamaron á la votacion, subió á la tribuna Mr. Dupin y pronunció algunas palabras sobre el conjunto del artículo; sin que por esto dejaran de continuar con mas fuerza todavía los gritos que llamaban á la votacion. «Si nadie puede combatir el proyecto, esclama este representante, la asamblea no hace una declaracion de derechos, sino una declaracion de violencia.

Una voz: Y entretanto se van acercando los ingleses.

«Aunque estuvieran aquí, contesta el orador con toda la fuerza de sus pulmones, yo pediria la palabra para emitir mi opinion, y la emitiria.»

En efecto, los ingleses, acampados en el bosque de Bolonia, tenian centinelas avanzadas á pocos pasos de distancia de la barrera de la Estrella, al paso que los prusianos coronaban las alturas de Montmartre y de Belleville. Los hombres que en semejantes circunstancias amenazaban con razonar en frente del enemigo sobre la *division*, el *equilibrio*, la *separacion* ó la *sabia combinacion* de los poderes, sin duda creian imitar el heróico estoicismo de los senadores de la antigua Roma en presencia de los galos victoriosos, pero ni siquiera podian compararse con los griegos del bajo imperio. Cuando los frailes de Constantinopla, legistas del imperio de Oriente, discutian y se injuriaban en los últimos momentos de su decrepitud para resolver si la luz aparecida á Jesucristo en el monte Tabor era *creada ó increada*, Mahomet II estaba derribando las puertas de la ciudad; pero por lo menos aquellos charlatanes, sin destronar al jefe del imperio, sin aplaudir la retirada de sus defensores, y para decirlo en una palabra, sin abrir las puertas de la ciudad al enemigo, se contraian á sus ridículas disputas, permitiendo que el último Constantino buscara la muerte con las armas en la mano en las murallas de su capital entreabierta. —No todos los diputados afectaban sin embargo pretensiones de heroismo á lo antiguo. Algunos abogados de provincia creian encumbrarse á la altura de los mas famosos convencionales engolfándose en la metafísica política, hablando de libertad, de derechos de ciudadano y de salvacion de la patria, y considerando que habian derribado á un soberano. Sin inferir á la convencion, indirectamente siquiera, la injuria de compararla con la legislatura de los cien dias, recordaremos que los primeros coligados se hallaban á treinta leguas de Paris cuando la convencion proclamó la república y tomó la dictadura desplegando unos esfuerzos gigantescos que obligaron á los mismos coligados, batidos y espulsados del territorio, á aceptar la paz que les impuso un ejército frances acampado á treinta leguas de Viena.

No fué menos larga y confusa la discusion á que dió márgen cada uno de los trece artículos de la constitucion de Mr. Garat. Por espacio de muchas horas se estuvieron desarrollando todas las teorías ó consignando todas las definiciones que nos legó la antigüedad ó que vemos establecidas por los publicistas y por el diccionario sobre la libertad pública, la libertad individual, la libertad religiosa, y la inviolabilidad real, y habiéndose procedido á las cinco de la tarde á la votacion decisiva, quedó adoptada la obra de Mr. Garat con el título de *declaracion de derechos* por 321 votos contra 12. El presidente suspendió la sesion emplazando á los representantes para las siete de la tarde.

Envidiando sin duda la fortuna de Mr. Garat, muchos diputados salieron del salon con el proyecto de consignar su nombre en una declaracion cualquiera; por cuyo motivo, así como la cámara habia adoptado una *declaracion de derechos* antes de comer, dos individuos propusieron despues de comer una *declaracion de principios*: la asamblea oyó la lectura del proyecto presentado, y acto continuo se nombró una comision que debia dar su dictámen en la misma sesion. Al cabo de media hora subió á la tribuna como informante Mr. Romiguieres, abogado de Tolosa, y leyó su obra, y habiendose procedido inmediatamente á la votacion de cada párrafo, todos fueron adoptados. Procedióse en seguida á la votacion sobre el conjunto; proclamó el presidente su resultado, y al instante se apoderó de la asamblea un entusiasmo inesplicable, de suerte que todos los diputados se levantaron tendiendo los brazos, reuniendose, abrazandose y hasta vertiendo lágrimas...... Arrebatados por la comun emocion, los espectadores se abrazan llorando en las tribunas, y en todas partes resuenan estas esclamaciones: *Viva la nacion, viva la libertad, viva la independencia, muera el despotismo.—¡Que venga el enemigo; nada nos importa la muerte!* ¿Cuál era la causa inesperada de semejantes trasportes? ¿Eran por ventura aquellos gritos los de la victoria? ¿acaso habia el ejército recobrado la ofensiva, batiendo y destrozando al enemigo y restituyendo á Francia su pasada gloria ó su perdida independencia? No por cierto. Lo que entusiasmaba á la cámara era una votacion inútil y sin resultado posible, como que al otro dia quedaba de todo punto olvidada; ¡el presidente acababa de proclamar que la cámara adoptaba *por unanimidad la declaracion de principios!*

Reunióse de nuevo la cámara el dia siguiente, 6 de julio, dia que á tenor de la capitulacion debian entregarse las barreras á los ingleses y á los prusianos. Acampados en parte en el bosque de Bolonia y en parte en San Dionisio y en los arrabales de La Chapelle y de La Villette, los ingleses tomaron posesion de las barreras situadas por aquel lado, pero sin traspasarlas. Blucher debia entrar en Paris por las barreras de la orilla izquierda del Sena, situadas mas abajo de esta capital y en frente de la llanura de Grenelle; y aunque ya por la mañana se habian adelantado fuertes destacamentos prusianos tomando posesion de las verjas de entrada, el grueso de sus fuerzas permanecia á la otra parte del muro. A cada paso parecia que iban á ponerse en movimiento, pero estuvieron inmóviles durante todo el dia, de suerte que los representantes no se vieron turbados en su reunion. Aprovechándose de aquel rato de

huelga, puesto que no habia proposicion alguna á la órden del dia, Manuel propuso que se leyera el dictámen que ya hacia dos dias que estaba concluido, y que se discutiera la constitucion en 104 artículos que se le confiara despues de la jornada de 22 de julio. Siendo otras tantas constituciones separadas la *declaracion de derechos* y la *declaracion de principios* que se habian votado la víspera, parecia cuando menos inútil discutir otra acta constitucional, puesto que nadie estaba interesado en acumular constituciones, y no habia poder ni autoridad que debiera, no ya consultarlas, pero ni siquiera leerlas. Poco sin embargo le importaban á la cámara estas pequeñeces; así aceptó las proposiciones que se le hicieron para pronunciar ó escuchar discursos, emitir ideas ó dar votos. En cuanto Manuel hubo leido su informe y su proyecto, se abrió el debate, y aunque podia creerse que la cámara, apremiada por las circunstancias, precipitaria la discusion, lo cierto es que no hubo una sola palabra ó una sola sílaba que no provocasen una lucha de definiciones y de sutilezas que á buen seguro hubieran apurado la paciencia de cualquiera otra asamblea. Discutióse con entusiasmo si el monarca, los pares y los diputados representaban en conjunto ó separadamente al pueblo, ó, por mejor decir, á la nacion; discutióse el ejercicio y los límites del derecho de gracia, como tambien la facultad de levantar un monumento en honor del monarca durante su reinado; pero la cuestion eminente fué la del derecho de gracia, puesto que subieron á la tribuna unos veinte oradores que discurrieron en este punto con singular abundancia y vivacidad. Al tratar del juramento impuesto al soberano, un individuo, cuyo nombre no se cita en el *Monitor*, pidió que la cámara jurase antes que todo fidelidad y obediencia á la constitucion que estaba discutiendo; «pues no sabemos, dijo, lo que podria suceder en el espacio de *diez años*.» En este dia, 6, adoptó la cámara cincuenta y dos artículos, difiriendo para el dia siguiente, 7, la discusion de los restantes, que empezaban en el título de la *cámara de los pares*, que formaba la segunda seccion del capítulo cuarto. El dia 7 era precisamente el que habia escogido Blucher para verificar su entrada solemne en Paris.

La demora de veinte y cuatro horas que habia sufrido la entrada del general en jefe prusiano, dependia de una circunstancia que no debe pasar desapercibida para la historia. Verdad es que hemos calculado en unos cincuenta y cinco mil soldados las fuerzas que tenia Blucher en frente de Paris, pero esta suma, tomada de los escritores militares prusianos, mas bien era nominal que real. A la espalda del ejército habia de doce á quince mil hombres de todas armas que se entregaban al saqueo y á la devastacion en las aldeas y en los caminos, y como que Blucher deseaba imponer á la poblacion de Paris desplegando todas las fuerzas que pudiera, no quiso entrar en la capital francesa con los cuarenta mil hombres que quedaban, sin que tampoco deba omitirse que no se creia á la sazon bastante fuerte para provocar impunemente la insurreccion de los campos en donde sus soldados se abandonaban al robo, á la violencia, al asesinato y al incendio. En consecuencia destacó en la noche del 5 al 6 tres regimientos de caballería á Compiegne, á Senlis y á San German para que recogieran é incorporasen inmediatamente en sus respectivos cuerpos todas las partidas de malhechores, y esta persecucion tuvo un éxito tan completo, que por la mañana del 7 Blucher pudo juntar de cuarenta y seis á cuarenta y ocho mil hombres que entrando por las barreras de Grenelle y de la Escuela Militar cruzaron el Campo de Marte, y pasaron á los muelles de la orilla derecha del Sena por el puente de Jena. Estas tropas marchaban en columna cerrada; tocaban los clarines, los ginetes iban con sable en mano, y los cañones tenian encendidas las mechas. Publicóse por la mañana una órden del dia que mandaba á los soldados de todas armas que trataran á los franceses con una gravedad solemne y con una seriedad imponente, en lo que no fué desobedecido ciertamente Blucher, como que en todos los semblantes estaba impresa la cólera, y por las sombrías miradas que echaban los prusianos á nuestros monumentos, no parecia sino que el esplendor de Paris se habia formado con sus despojos, y que la ciudad de que tomaban posesion estaba condenada á perecer. Siguió la columna los muelles de la orilla derecha hasta la plaza de Greve, en donde se detuvo la division de Steinmeitz para ocupar la casa consistorial y los barrios vecinos, al paso que las otras divisiones continuaron su marcha hasta llegar al puente de Austerlitz. La division de Jagow, encargada de ocupar los distritos 10, 11 y 12, pasó el puente, y el resto de la caballería, de la infantería y de la artillería, haciendo un cuarto de conversion á la izquierda, siguió la orilla del canal de la Bastilla, atravesó la plaza de este nombre y recorrió toda la línea de los baluartes interiores hasta los Campos Elíseos, en donde la columna hizo alto á las cinco de la tarde despues de haber atravesado dos veces á Paris en toda su longitud. La division de Pirch II se dirigió inmediatamente á la alcaldía del primer distrito, de la que se apoderó. Durante esta larga marcha resonaron los gritos de *¡Viva el rey, vivan los aliados!* mas estos gritos fueron raros, porque los realistas refrenaron por dos razones el entusiasmo y la alegría en que deseaban esplayarse, á saber, por el continente hostil é irritado de los prusianos, que rechazaban á culatazos no solamente á los hombres, sino tambien á las mujeres de este partido que se precipitaban á su paso para saludarlos y estrecharles la mano, y luego por la actitud amenazadora de la multitud que se hallaba en los principales puntos de la carrera permaneciendo inmóvil y silenciosa al lamentable espectáculo de la humillacion nacional y del triunfo del estranjero.

Mientras cincuenta mil prusianos paseaban en triunfo sus cañones y sus estandartes por las calles de una capital de setecientos mil habitantes, la cámara de los representantes continuaba discutiendo su tercera constitucion, é interrumpia un debate interminable sobre los pares para escuchar la relacion de los comisarios que habia nombrado para que fuera á dar las gracias, segun la votacion verificada dos dias antes, á los cien mil soldados que se retiraban al otro lado del Loire. Esta relacion, presentada por Mr. Paultre de Lavernaye (del Yonne), contenia los pasajes siguientes:

«Señores: la comision que salió á las doce de anteayer ha encontrado una parte del ejército en Lonjumeau: el general Dandaels, comandante del cuartel general del príncipe de Eckmuhl, se ha apresurado á publicar en cada cuerpo vuestras declaraciones; por la tarde nos trasladamos al alojamiento del príncipe de Eckmuhl, situado á cierta distancia de Lonjumeau, y le hemos entregado los diferentes documentos que llevábamos. El general Guilleminot nos convidó á presenciar por la noche y en Etampes el desfile del centro del ejército, y siguiendo este consejo nos hemos trasladado á casa del general Drouot, que ha ido con nosotros al estremo de la ciudad, en donde hemos disfrutado de un espectáculo tan interesante como inesperado.

»En efecto, ¿quién de vosotros, señores, hubiera creido, segun las relaciones recibidas por el gobierno y trasmitidas á la cámara, hubiera dudado que la guardia imperial habia sucumbido casi del todo? Pues bien, señores, nosotros os aseguramos por nuestro honor que hemos visto desfilar á catorce mil hombres de esta guardia intrépida, seguidos de *setenta y dos piezas de artillería* perfectamente montadas, y al mostrar nuestra sorpresa al mismo tiempo que nuestra satisfaccion al señor general Drouot, este no ha podido menos de deplorar con nosotros la exageracion que habia estraviado la opinion pública sobre los resultados de la batalla de Mont-Saint-Jean.

»Seguian á la guardia mas de *treinta mil* nuevos valientes no menos resueltos á defender con su sangre los principios que habeis consagrado: estos 14.000 hombres componian el *centro* del ejército, pero no hemos podido ver las columnas de la *izquierda* ni las de la *derecha*, compuestas de los cuerpos de los generales d'Erlon, Reille, Lefebvre-Desnouettes, Excelmans y otros que, segun ha manifestado el general, están animados de escelentes disposiciones.»

He aquí confirmados todos los pormenores que habia dado el coronel Bory de Saint-Vincent en la sesion del 1.° de julio, dos dias antes de las conferencias de Saint-Cloud. Esta relacion que condenaba completamente á todos los hombres que habian intervenido en aquellos tristes sucesos, sin esceptuar á la misma cámara, no fué parte para divertir á la asamblea del debate promovido sobre los pares, debate que duró toda la sesion y que inmediatamente fué continuado con nuevos brios. ¿Serán hereditarios los pares? Tal era la pregunta que entusiasmaba y dividia la cámara. Manuel, decidido por la dignidad hereditaria, estaba pronunciando un discurso en apoyo de esta opinion, cuando un ugier dejó en la mesa del presidente y en nombre del gobierno provisional el mensaje que resultó de los hechos siguientes.

El dia siguiente á la capitulacion, pretestando la necesidad de ponerse de acuerdo con el duque de Wellington sobre las consecuencias *políticas* de la capitulacion, Fouché fué á visitar á dicho general en Neuilly. El duque de Otranto entró en el consejo de Luis XVIII, en virtud de una negociacion, cuyos pormenores referimos en el capítulo siguiente, y el mismo rey le anunció su nombramiento de ministro de policía, en una audiencia que le concedió el dia 6 por la noche, de suerte que Fouché reunia desde el dia anterior el cargo de ministro de policía de los Borbones al de jefe del gobierno provisional. Además de las dificultades que se oponian á la prolongacion de semejantes circunstancias, era preciso sacar de las Tullerías á sus huéspedes transitorios para colocar el dia siguiente al nuevo amo. Fouché no disponia de ninguna fuerza realista, porque los Borbones no contaban en Paris con un solo destacamento armado por su causa: así tuvo que valerse de los prusianos para derribar el triste poder de que continuaba siendo presidente. En la ma-

ñana de este dia 7, Blucher salió del puente de Jena, mandando á la division de Henkel que ocupara las Tullerías y espulsara la comision ejecutiva: el grueso de esta division se estableció en el jardin, y en el patio de palacio se colocaron dos batallones de infantería con un escuadron de caballería y una batería de artillería. Hallábase á la sazon Fouché conferenciando con sus cuatro colegas, Carnot, Caulaincourt, Grenier y Quinette, hablándoles de Luis XVIII y soltando pullas contra este príncipe, contra su hermano, contra sus sobrinos y contra sus partidarios, cuando se presenta un oficial superior prusiano, abriendo las puertas del salon, anunciando que lleva la órden de hacer evacuar los aposentos y dejando en la mesa de la comision un papel firmado *Blucher* que exigia una contribucion de guerra de cien millones. Prorumpen en quejas los colegas de Fouché y el mismo Fouché, manifestando que esta medida y la requisicion de Blucher son contrarias á la letra y al espíritu de la capitulacion que afianza las propiedades públicas, y por consiguiente los palacios, y que confia esclusivamente á la guardia nacional el servicio *interior* de Paris; pero el oficial contesta que estas reclamaciones no le conciernen en nada, que está obligado á cumplir las órdenes recibidas, y que está resuelto á ejecutarlas. «Nos retiraremos, dice Fouché, pero despues de haber consignado en un mensaje á las cámaras la violencia que se nos hace.» Este mensaje, que fué redactado y dirigido en el acto al presidente de cada una de ambas cámaras, estaba concebido en los términos siguientes:

MENSAJE DE LA COMISION DE GOBIERNO.

«Señor presidente, hasta ahora hemos tenido razones para creer que los soberanos aliados no estaban acordes en la eleccion del príncipe que debe reinar en Francia, y nuestros plenipotenciarios nos han manifestado á su regreso la misma opinion.

»Sin embargo en las conferencias que celebraron ayer con el presidente de la comision, los ministros y los generales de las potencias aliadas declararon que todos los soberanos se habian obligado á restablecer en el trono á Luis XVIII, y que este debe verificar su entrada en la capital esta misma noche ó mañana.

»Las tropas estranjeras acaban de ocupar las Tullerías en donde reside el gobierno.

»En semejante situacion tenemos que limitarnos á hacer votos por la patria, y no siendo ya libres nuestras deliberaciones nos creemos obligados á separarnos.

»Paris 7 de julio de 1815.

»Firmado:

EL DUQUE DE OTRANTO.—GRENIER.—QUINETTE.
CARNOT.—CAULAINCOURT.»

«Hasta ahora hemos tenido razones para creer que los soberanos aliados no estaban acordes en la *eleccion del príncipe que debe reinar en Francia*,» decian á las dos cámaras los individuos del gobierno provisional, como si Francia hubiese degenerado hasta el estremo de esperar que el estranjero le diera un amo. ¿Es posible que al pié de esta declaracion indigna se lean los nombres de unos hombres tan probos como Carnot, Caulaincourt y el general Grenier? ¿Será que nuestra flaca naturaleza obligue al hombre que interviene en los asuntos públicos á perder el sentido moral y el sentimiento patriótico, á medida que se encumbra su posicion, de manera que al llegar á lo alto de la escala social se halle despojado de las virtudes que constituian su vigor y su fuerza antes de subirle? No parece sino que suministra una prueba de esta sospecha la historia de la doble caida del gobierno imperial, pues ¿cuántos son sus mariscales, dignidades, empleados y ministros que hayan permanecido firmes y puros?

Cuando los cinco individuos del gobierno se levantaron para retirarse, despues de haber consignado sus nombres al pié del mensaje, llegóse á ellos el oficial prusiano con la órden de Blucher en la mano; pero Fouché, continuando en el desempeño de la parte que se habia impuesto, tomó el papel, depositóle en la mesa del consejo y dijo en tono de sarcasmo: «Esta demanda de cien millones es un legado que hacemos al buen rey Luis XVIII.» Sus colegas se restituyeron á su domicilio, pero él volvió á tomar posesion del ministerio de policía, y pocos momentos despues se dirigió al palacio de Talleyrand, en donde se hallaban convidados á comer por el presidente del consejo todos los individuos del nuevo ministerio de Luis XVIII para concluir los arreglos concernientes á la entrada que debia verificar al dia siguiente.

Hemos manifestado ya en qué ocasion llegó á la cámara de los representantes el mensaje de la comision ejecutiva. Manuel estaba hablando, pero no se detuvo; establecióse el mas profundo silencio, el presidente leyó aquel documento, que anunciaba la entrada de Luis XVIII, que debia verificarse por la noche ó al dia siguiente, y la cámara escuchó sin manifestar aprobacion ni desaprobacion. Concluida la lectura, Manuel continuó su discurso sobre la dignidad hereditaria de par, y todos los escritores manifiestan que en aquella ocasion la cámara mostró el mas sublime desden.

Estos mismos pares, por cuya conservacion abogaban los representantes y cuya organizacion estaban discutiendo tan tenazmente, continuaban en sus puestos, siquiera discretamente, sin decir nada. Reuniéronse aquel dia, aunque en muy corto número, como siempre, segun la costumbre que tenian todas las tardes, para preguntarse mutuamente si habia alguna proposicion á la órden del dia, para emitir su voto si lo reclamaba el gobierno provisional ó la cámara de los representantes, ó para retirarse si estos dos poderes no tenian necesidad de su concurso. El presidente de esta reunion era Cambaceres. «¿Hay alguna cosa á la órden del dia? preguntó un individuo.—Nó, respondió el presidente.—En este caso, replicó el par, podremos retirarnos.—Creo que no tardaremos en recibir un mensaje, dijo inmediatamente el conde Boissy-d'Anglas que acababa de llegar de las Tullerías.—Pues entonces podemos esperar,» replicaron los doce ó quince individuos de que se componia la reunion. Despues de un rato presentóse el mariscal Lefebvre, y dijo á sus colegas: «Me parece que ocurre algo estraordinario; los prusianos están en el jardin.—Decid mas bien que están en el patio, replicó uno de sus vecinos.—¿Y por qué no se han cerrado las verjas? esclamó el conde de Valence.—Al menos es preciso cerrar las puertas del salon, porque de lo contrario tambien entrarán, añadió otro individuo.—Voy á mandar que las cierren,» contestó Cambaceres. Los prusianos que acababan de invadir el palacio para hacerle evacuar pertenecian á la division de Jagow, que subiendo los muelles de la orilla derecha con el ejército habia pasado el puente de Austerlitz para ocupar los tres distritos de la orilla izquierda. Algunos instantes despues llegó el deseado mensaje, que anunciaba la disolucion del gobierno provisional. Leyóle Cambaceres; y no habiendo pedido la palabra ningun par, el presidente levantó la sesion y todos los individuos se retiraron silenciosamente.

Entretanto la cámara de los representantes continuaba discutiendo con entusiasmo sobre los pares. Despues de cinco horas de encarnizada lucha procedió la asamblea á la votacion, que acarreó los mas estrepitosos aplausos. Triunfó Manuel; la dignidad imperial de par, que los prusianos acababan de destruir para siempre, quedaba declarada hereditaria, y habiendo pedido algunos diputados que se suspendiera la sesion hasta el dia siguiente, una parte de la cámara insistió con energía para que continuase la discusion de los 50 artículos que todavía faltaban. «Sí, sí, continuemos; declarémonos en sesion permanente; acabemos la constitucion; esperemos al enemigo,» esclamaban muchas voces. A pesar de la violencia de las reclamaciones, el presidente levantó la sesion y la declaró suspendida hasta las ocho de la mañana del dia siguiente.

Cuando Manuel, que durante la lectura del mensaje del gobierno provisional permaneció en la tribuna, habia continuado su discurso interrumpido por la llegada de aquel documento, habia concluido con algunas palabras que aludia á la disolucion de la comision ejecutiva. «Señores, esclamó, una de dos: ó los ejércitos aliados os dejarán en vuestras sesiones con su solemne tranquilidad, ó bien os arrancará la fuerza á este santuario. ¿Tendreis acaso que temer esta desgracia? Si así sucede, digamos como aquel célebre orador cuyas palabras han resonado en todos los ámbitos de Europa: «Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.» Esta declaracion, que en semejantes circunstancias y en nombre de tales gentes era una parodia ridícula, fué recibida con cuatro salvas de aplausos. Es necesario tener presente que los representantes no se hallaban en aquel sitio por la voluntad del pueblo, pues en el acto de la abdicacion el pueblo, de cuya inteligencia y patriotismo carecian, los hubiera espulsado sin duda á la mas leve señal del emperador, y además las bayonetas no fueron absolutamente necesarias para poner fin á su existencia, puesto que lejos de hacerse uso de la fuerza, ni siquiera se les dispensó la honra de un simulacro de violencia. En la noche del 7 al 8 Mr. Decazes, que en la tarde del dia anterior habia tomado posesion de la prefectura de policía en nombre del gobierno real, encargó á uno de sus agentes que se trasladara al palacio, que mandara cerrar todas sus puertas, que se apoderase de todas las llaves, y que colocase algunos guardias nacionales de la legion 10.ª en las avenidas del edificio, dándoles por consigna que no dejasen acercar á nadie. Estas órdenes fueron cumplidas inmediatamente, de suerte que cuando á las ocho de la mañana del siguiente dia, 8 de julio, se presentaron los diputados mas entusiastas para entrar y discutir los últimos 50 artículos de la tercera

constitucion, hallaron cerradas las puertas. Verdad es que algunos protestaron en voz alta y en medio de la calle, pero los otros se retiraron en silencio; los guardias nacionales que se hallaban presentes, y algunos transeuntes que fueron testigos de aquella escena, echaron á reir á carcajada suelta soltando algunas pullas insolentes. Entre los diputados que fueron víctimas del desastre hubo uno que permaneció en pie, junto a una de las verjas esteriores, y que sin querer retirarse probaba á parlamentar con los guardias nacionales que se estaban paseando por el jardin. Este diputado era Mr. Lafayette, que despues ha referido lo siguiente: «Se me dijo á través de las verjas que habia órden de no dejar entrar á nadie (1). Dos dias hacia que Mr. de Lafayette se hallaba de regreso; y habiendo manifestado ya por nuestra parte las estrañas y primeras diligencias relativas á su mision, no es inútil dar á conocer su miserable resultado, que dió origen á una mentira brillante y oficial.

Al salir de Laon el general y sus cuatro colegas creian encontrar á los soberanos en Heildelberg ó en Manheim, porque así se lo habian manifestado los ayudantes de campo de Blucher, pero los soberanos no se detuvieron jamás en su marcha contra Francia, porque la noticia de la abdicacion les habia impreso una actividad inusitada. Al llegar á Kaysairslautern nuestros plenipotenciarios supieron por el mariscal Barclay de Tolly que el cuartel general de los aliados habia pasado ya la frontera y debia hallarse en Weissemburgo. En consecuencia volvieron á entrar inmediatamente en Francia; pero dicho cuartel general habia salido ya de Weissemburgo, de suerte que Mr. de Lafayette y sus colegas no pudieron alcanzar á los soberanos hasta llegar á Haguenau en 30 de junio. La confianza de Mr. de Lafayette en el éxito de su mision estribaba principalmente en una plática que habia tenido un año antes con el emperador Alejandro en los salones de madama de Stael. Asi es que en el acto mismo de llegar escribió al czar solicitando una audiencia, pero no recibió contestacion alguna, y creyendo que su carta se habia estraviado por la negligencia de algun subalterno, resolvió presentarse personalmente á la residencia imperial.

Recibióle el primer ayudante de campo, príncipe Sergio Troubetskoi, que le manifestó que Alejandro no podia escucharle, pero habiendo Mr. de Lafayette redoblado sus instancias, el príncipe Sergio hizo uso de palabras no muy comedidas y obligó á nuestro plenipotenciario á retirarse. Habíanse establecido sin embargo algunas relaciones entre los otros miembros de la comision y los ministros que acompañaban á los soberanos, y sea por curiosidad, sea por una sombra de atencion al pueblo en cuyo nombre se presentaban los comisarios, lo cierto es que se acordó celebrar una conferencia mas bien militar que política. Los ministros estranjeros se negaron á asistir á la conferencia, mas no dejaban de hallarse representadas en ella las cuatro cortes, á saber: el Austria por el general conde Walmoden; Rusia, por el general conde Capo de Istria; Prusia, por el general Knessbeck, é Inglaterra por el general Sir Carlos Stewart. Cuando se hallaron reunidos los generales estranjeros y nuestros comisarios, Mr. de Lafayette tomó la palabra y espuso sucintamente que la mision de que estaban encargados él y sus cólegas tenia principalmente por objeto la conclusion de un armisticio, para dejar á Francia y á los aliados el tiempo necesario para ponerse de acuerdo y tratar de la paz. Confirmando esta declaracion, Mr Laforest añadió «que la conservacion de la independencia y de la libertad francesas era el único voto y el único objeto de los poderes que habian obligado á Napoleon á abdicar; que estos poderes no habian prejuzgado ninguna cuestion de gobierno ni de dinastía; que no habian contraido compromiso alguno, y que Francia, cuyos derechos y territorio habian prometido respetar los soberanos aliados, los enviaba para conocer los medios de que se podia echar mano todavía para poner coto á las calamidades de la guerra.» Los generales estranjeros y los comisarios franceses estaban sentados en frente formando dos líneas paralelas; pero cuando Mr. de Laforest hubo concluido de hablar, sir Carlos Stewart, que en varias ocasiones habia manifestado ya su impaciencia, acercó su silla algunos pasos y le dijo: «Acabais de decirnos que la cámara de los representantes ha obligado á Bonaparte á abdicar, y que se está ocupando en redactar una constitucion para el soberano que resulte elegido, pero ¿qué derecho tiene semejante asamblea para deponer y elegir reyes?— Yo puedo preguntaros, milord, respondió inmediatamente Mr. de Laforest, ¿qué derecho tenia el parlamento inglés en 1688 para deponer á Jacobo II y llamar á su yerno Guillermo?» El general Stewart se abstuvo de contestar, pero continuó diciendo: «Y este ejército de que nos hablan, ¿es por ventura otra cosa que una reunion de traidores armados que han infringido los juramentos que habian prestado á su legítimo soberano?—¿Y con qué nombre llama V. S. al ejército inglés que en Hounslow abandonó el campo de Jacobo II para pasarse completamente al del príncipe de Orange?» replicó Mr. de Laforest. Dejando tambien sin respuesta esta pregunta, el general Stewart concluyó diciendo «que no comprendia que las cámaras y el ejército se tomaran la libertad de manifestar sentimientos de aversion ó de preferencia, cuando no faltaban en Francia soberanos legítimos.—Sea lo que fuere, replicó al momento Mr. Boyer d'Argenson, lo cierto es que la aversion existe, y que si los soberanos imponen á Francia el restablecimiento de Luis XVIII, tendrán que permanecer en el pais para mantenerle en el trono.» Los colegas del general Stewart habian guardado el mas profundo silencio, permaneciendo á sus espaldas como simples testigos de la conferencia; y aunque uno de ellos aventuró una observacion, y los otros imitaron su ejemplo haciendo algunas preguntas, el comisario ingles los iba interrumpiendo, á medida que tomaban la palabra, con las siguientes ó semejantes frases: «Mas vale no preguntarlo.—Esta pregunta es inoportuna.—Ruego que me permitais hacerla yo.» Hízose por último otra pregunta que apuró la paciencia del general Stewart, de suerte que este se levantó repentinamente y dijo á sus colegas: «Señores, si quereis tratar con los franceses, debo advertiros que será sin Inglaterra, porque yo carezco de suficientes poderes.» Con estas palabras quedó terminada la conferencia. En aquella misma noche Mr. de Lafayette y sus colegas recibieron una nota verbal que en sustancia decia: «que á tenor del tratado de alianza, ninguna de las potencias contratantes podia tratar de paz ó de armisticio sino de comun acuerdo, y que por consiguiente las tres cortes de Rusia, de Prusia y de Austria declaraban que no podian entrar á la sazon en negociacion alguna, y que los gabinetes se reunirian tan pronto como fuese posible.» Esta notificacion estaba fechada en Haguenau en 1.º de julio y firmada por los generales Capo de Istria, Knessbeck y Walmoden. Habiendo hecho preguntar uno de nuestros plenipotenciarios si la comision podia permanecer en el cuartel general y seguir á los soberanos, se le contestó con una negativa, y al otro dia muy de mañana nuestros comisarios eran llevados con escolta á Basilea. Esto fué lo ocurrido, ni mas ni menos. No es cierto, como se ha supuesto, que los plenipotenciarios hicieran una declaracion en favor del príncipe de Orange ni del rey de Sajonia, ni siquiera llegó á pronunciarse el nombre del jóven príncipe imperial, y si se trató claramente del duque de Orleans, no tanto se verificó en la entrevista oficial cuyos pormenores esenciales acabamos de referir, como en algunas conversaciones privadas que la precedieron ó siguieron. Estando de regreso en Paris en la noche del 4 de julio, los plenipotenciarios se esforzaron en travestir el papel ridículo que acababan de representar, escudando su amor propio con una nota publicada en el Monitor del dia siguiente 5, y cuyos principales párrafos eran los siguientes:

«Han regresado ya los plenipotenciarios. Se han suspendido las conferencias *principiadas* en Haguenau hasta que el ministro de Inglaterra reciba el poder competente, y entonces *se continuarán* en Paris, á donde *llegarán en breve* los soberanos aliados y sus ministros. Los soberanos aliados, FIELES Á SUS DECLARACIONES, manifiestan *disposiciones altamente liberales* y la *resolucion* en que se hallan de abstenerse de imponer á Francia *ninguna forma* de gobierno, dejándola *perfectamente libre* en este punto.»

No era posible llevar á mas alto punto el desprecio de la verdad y del buen sentido. La imposibilidad moral ó el embuste que se revelaba en cada uno de los asertos de aquella nota, acarrearon algunas dudas; pero Mr. de Pontécoulant, en la cámara de los pares, y MM. de Lafayette y Sebastiani en la de los representantes, no titubearon en salir garantes de la sinceridad de las indicadas declaraciones (1).

1 Memorias del general Lafayette, t. v pág. 478

(1) En el mensaje dirigido por el gobierno provisional á las cámaras para anunciarles su disolucion, se mientan y reproducen las aserciones de la nota del *Monitor* sobre la mision de los plenipotenciarios. En una carta escrita en Paris por el duque de Wellington al conde Bathurst, tres dias despues de haberse insertado la nota en el *Monitor*, 8 de julio, se lee lo siguiente, relativo al mensaje y á las aserciones de la misma nota:

«Cuando Fouché fué á verme el dia 6, participándome el regreso de los comisarios enviados á los soberanos aliados, me leyó su dictamen, que en mi concepto era una esposicion enteramente falsa de lo ocurrido, no solamente con el ayudante de campo del príncipe Blucher en Laon, sino tambien con las personas que habian designado los soberanos para conferenciar con los comisarios. Manifesté esta opinion al duque de Otranto, y mientras estaba departiendo con él en este asunto, entraron el príncipe de Talleyrand, el general Pozzo di Borgo y sir Carlos Estuardo, de suerte que no se trató ya de otra cosa antes de comer.

»Acabada la comida llegó lord Castlereagh, y continuó la misma conversacion en presencia de las mismas personas. Manifesté al duque de Otranto la carta original que habia recibido de lord Stewart, que contenia la narracion de lo ocurrido con los comisarios franceses y la nota verbal que se les habia entregado. Manifestéle tambien las cartas origi-

Despues de haber exigido de los guardias nacionales que le abrieran las puertas del jardin de la cámara, como llevamos dicho, Mr. de Lafayette determinó retirarse. Tenia á la vista el resultado de la crisis que habia promovido, y podia contemplar su obra: París estaba en poder de los estranjeros; para llegar al palacio legislativo como para restituirse á su domicilio habia tenido que atravesar muchas líneas de soldados aliados; en todas las esquinas habia una guardia ó un centinela prusiano; á la entrada de los puentes y en la plaza habia cañones prusianos asestados con la mecha encendida. Aun hay mas: en la tarde de aquel mismo dia el autor de la *declaracion de permanencia* presenció como espectador ocioso el desfile de la comitiva de Luis XVIII, que á las cinco de la tarde fué á tomar posesion del mismo palacio de las Tullerías, de donde los prusianos habian espulsado la víspera á los individuos del deplorable gobierno creado en la noche del 23 de junio.

Las generaciones futuras examinarán severamente nuestra conducta, habia dicho siete semanas antes Napoleon en su discurso del Campo de Mayo [1]. Treinta años han trascurrido desde que se pronunciaron estas palabras, y todavía esperan esta severa justicia los hechos y los hombres de 1815, porque las desgracias y humillaciones de aquella época han estado cubiertas hasta el dia por un triple velo. Alucinada por las pasiones nacidas de la lucha, y engañada por la ignorancia ó por las mentiras de los oradores y de los escritores contemporáneos, la memoria pública no ha podido conservar de la doble caida del imperio y de los dos advenimientos de la restauracion sino recuerdos inexactos ó incompletos: confundiendo los actos y los hechos, ha descargado esclusivamente en uno ó dos nombres el peso que debe gravitar en muchos, y viendo, si así vale decirlo, un solo acontecimiento en dos catástrofes de aparente semejanza, no ha acertado á distinguir estas catástrofes, en cada una de las cuales hubo sus actores propios, sus hombres leales y sus culpables.

Dos capitulaciones sufrió la ciudad de París. Ninguna fortificacion habia la primera vez, en 1814, que pusiera á cubierto esta capital, y á pesar de haber trascurrido dos meses desde que se habian encargado de su defensa, José Bonaparte y los generales Clarke (duque de Feltre) y Hullin dejaron libres todas sus avenidas y abiertas todas sus salidas. Llevado únicamente por las vicisitudes de una retirada á las alturas de Belleville en el momento en que le estaban atacando ciento y cuarenta mil soldados aliados, Marmont sostuvo desesperadamente la lucha por espacio de un dia entero con doce ó trece mil hombres, y no quiso retirarse hasta que se hubieron fugado José y Clarke, hasta que ya se vieron rechazados á la entrada de los arrabales interiores las reliquias que mandaba, y hasta que hubo muerto mas enemigos que soldados contaba á sus órdenes.—En 1815 París estaba cubierto en las dos terceras partes de su recinto por fortificaciones coronadas de artillería, y en sus muros habia un ejército de mas de cien mil hombres que los defendian: Davoust, general de este ejército, no tenia en frente otro enemigo que dos cuerpos aliados cuya fuerza ascendia á ochenta mil hombres, y sin embargo rindió la ciudad sin condiciones ni combate, ¡y sin embargo el anatema público se ceba esclusivamente en el nombre de Marmont, con motivo de la doble caida de París!

Cuando el senado proclamaba el destronamiento de Napoleon en 2 de abril de 1814, seis meses hacia que el enemigo habia pasado la frontera; la invasion victoriosa se habia enseñoreado de una parte de nuestras provincias, y tres dias hacia que ocupaban la capital francesa doscientos mil soldados aliados; pero cuando la cámara de los representantes obligaba al emperador á bajar del trono en 22 de junio de 1815 entregando el gobierno á Fouche, aun no habia pisado el suelo nacional un solo enemigo, y sin embargo á los catorce dias Blucher estaba paseando sus cañones y sus estandartes á través de las calles de París.—La preocupacion pública no ha hecho la misma justicia á aquellas dos asambleas; porque si el senado, justamente perseguido por los contemporáneos, sucumbió á impulsos del menosprecio general, si su corrupcion y su bajeza han llegado á ser un proverbio, en cambio la cámara de los representantes, la asamblea que deshonrara por siempre nuestra nacion, si pudiera ser deshonrada una nacion por los poderes que en ella pesan en los tiempos azarosos, obtuvo entre los contemporáneos el renombre de cámara heroica, y aun en el dia esta cámara, que debe considerarse como una de las mayores afrentas y desdichas de nuestra historia, es reputada por muchos como una asamblea dotada constantemente de inteligencia y de patriotismo.

En una y en otra época entraron los Borbones en pos del enemigo, y este restablecimiento deplorable, que con sus duras condiciones acarreó la desgracia de esta familia, fué verdaderamente el signo fatal é indeleble que imprimió el destino en la frente de todos sus príncipes; pero precisamente porque marchaban en pos de los prusianos y de los ingleses no pudieron Luis XVIII ni los suyos entregar la Francia á Blucher y á Wellington, ni abrir á estos dos generales la senda y las puertas de la capital francesa. En efecto, muy diferentes eran las manos á quienes estaba encomendada esta tarea; pero cuando la rama primogénita de los Borbones tuvo que ir de nuevo, quince años despues, á espiar en una tierra estraña la falta de su origen ¿cuáles fueron los hombres políticos que se presentaron en la escena? ¿cuál fué el influjo que dispuso del destino de nuestra olvidadiza y crédula nacion?

Cuéntase que al cabo de quince dias del restablecimiento de Luis XVIII, el dia siguiente al decreto de 24 de julio, Carnot, que era uno de los proscritos, preguntó á Fouche, á tenor del artículo 5.º adónde debia ir, y le dijo: «¿Adónde quieres que vaya, *traidor*?—Adonde quieras, *imbécil*, respondió el ministro de policía de Luis XVIII. Los epítetos con que se calificaban los dos individuos del gobierno provisional caracterizan la parte que cupo desempeñar á los mas de los hombres políticos que intervinieron en los hechos ocurridos desde el regreso de Napoleon al Elíseo, en 20 de junio, hasta la segunda capitulacion, pudiendo por tanto decirse que los que no fueron traidores obraron como insensatos. No debemos omitir sin embargo que fueron muy pocos los que mancharon su nombre con una traicion calculada y con la falta de probidad, de suerte que, como sucede en la mayor parte de los acontecimientos humanos, el carácter dominante fué una inepcia increible, secundada por la mas deshonrosa pusilanimidad. Por desgracia la pusilanimidad y la inepcia surtieron en aquellos tristes dias el mismo resultado que la traicion: la vindicta de la historia califica igualmente de culpables ó cómplices de la segunda invasion á los imbeciles y cobardes como á los traidores, á los hombres que exigieron la abdicacion y que paralizaron la resistencia como á los que solicitaron ó aplaudieron la capitulacion, y todos por consiguiente están sujetos, antes que los Borbones, á la responsabilidad moral y política de las humillaciones, de los sufrimientos y de los largos suplicios que siguieron.

CAPÍTULO II.

Luis XVIII sale de Roye, llega á Arnouville, y en seguida pasa á San Dionisio.—Mision de Mr. Macirone para el duque de Wellington; en-

---

nales que habia recibido del príncipe de Metternich y del conde de Nesselrode, para que pudiesen convencer á sus colegas de la falsedad de la relacion de los comisarios; y V. S. conocerá cual hubo de ser mi sorpresa al leer la carta dirigida por el gobierno provisional á las dos cámaras en 7 del corriente (el mensage de disolucion), pero cuyo contenido no puede concebirse sino con recordar que en todas las épocas de la revolucion francesa sus mismos autores apelan sin escrúpulo al embuste para cohonestar ó paliar la adopcion ó el abandono de tal ó cual opinion política, creyendo al propio tiempo justificado el embuste, si contribuye al objeto que requieren las circunstancias.» Núm. 979, *Coleccion* citada.

(1) Este discurso fue pronunciado en los términos siguientes:

«Como emperador, como cónsul y como soldado, todo lo debo al pueblo. En la prosperidad, en la desgracia, en el campo de batalla, en el consejo, en el trono y en el destierro, siempre ha sido Francia el único y constante objeto de mis pensamientos y de mis acciones.

»Franceses: al atravesar en medio del regocijo público las diversas provincias del imperio he contado con una larga paz.... Mi alma se fijaba enteramente en los medios de fundar nuestra libertad, por medio de una constitucion conforme con la voluntad y con el interés del pueblo, y en consecuencia he convocado el Campo de Mayo.

»Desde luego ha llegado á mi noticia que los príncipes que han conculcado todos los principios, despreciando la opinion y los mas caros intereses de tantos pueblos, quieren hacernos la guerra. Sé que desean aumentar el reino de los Paises Bajos, darle por barreras todas nuestras plazas fronterizas del norte y conciliar las diferencias que todavía los dividen repartiéndose á Lorena y á Alsacia.

»Fuerza ha sido aprestarse para la guerra.

»En la necesidad de correr personalmente los riesgos de las batallas he tratado antes que todo de constituir sin demora á la nacion. El pueblo ha aceptado el acta constitucional que le he presentado.....

»Franceses: al volver á vuestros departamentos, decid á los ciudadanos que las circunstancias son críticas; que con union, con energía y con perseverancia saldremos victoriosos de la lucha de un gran pueblo contra los opresores, y que las *generaciones venideras examinarán severamente nuestra conducta*, porque todo lo pierde un pueblo con su independencia. Decidles que los reyes estrangeros á quienes he entronizado ó que me deben siquiera la conservacion de su corona, y que al contemplar mis prosperidades solicitaban mi alianza con la proteccion del pueblo francés, dirigen ahora sus ataques contra mi persona; y si en realidad no fuera la patria el blanco de estos mismos ataques, desde luego les abandonara esta existencia contra la que tan enérgicos se muestran. Mas no: decid tambien á los ciudadanos que en tanto que los franceses me profesen el amor de que tantas pruebas me presentan, impotente será siempre la rabia de nuestros enemigos.

»Franceses: mi voluntad es la voluntad del pueblo; mis derechos son los del pueblo; mi honor, mi gloria y mi ventura no pueden ser otra cosa que el honor, la gloria y la ventura de Francia.»

trevista en Gonesse; memorandum del duque para Fouché; nota de Mr. de Talleyrand.—Entrevista de Wellington y de Fouché en Neuilly; esfuerzos del general inglés para hacer entrar al duque de Otranto en el ministerio, y en estos esfuerzos le secundan los realistas. Fouché es presentado á Luis XVIII por Mr. de Talleyrand; su nombramiento para el ministerio de policía; composicion definitiva del ministerio; primeras disposiciones. Aspecto de Paris el dia 8 de junio; entrada del rey; discurso de Mr. de Chabrol. Luis XVIII en las Tullerías; bailes en el jardin.—Los prusianos intentan volar el puente de Jena. Saqueo del Museo, de las galerías y de las bibliotecas de todos los palacios imperiales.—Cuadro de ocupacion de Paris por los prusianos y por las otras tropas aliadas. Cuadro de la ocupacion de los departamentos; un millon y ciento cincuenta mil soldados estranjeros cubren el territorio; requisiciones; miseria de los habitantes; prefectos destituidos y trasladados á Prusia.—Resistencia de los campesinos de Alsacia, de los Vosges, de Lorena y de Champaña.—Los aliados exigen la disolucion del ejército; decreto relativo á su reorganizacion.—El ejército del Loire; proclama de Davoust; este hace presentar al rey la sumision de las tropas; abandono de la escarapela tricolor.—Decreto de proscripcion del 24 de julio; pormenores.—Davoust es reemplazado en el mando del ejército del Loire por el mariscal Macdonald; dislocacion de las tropas. —Resistencia de las plazas fuertes; sitios de Longwy, del fuerte de Rodemack y de Huninga; sublevacion de la guarnicion de Estrasburgo; licenciamiento definitivo del ejército.—Primeras negociaciones diplomáticas; nota de lord Castlereagh; exigencias de los aliados; nota del duque de Wellington; mapa de Francia levantado por los ministros aliados; entrevista de Luis XVIII con Alejandro y con el duque de Wellington; espresion del rey, nota de Rusia; ultimatum de los aliados.—Convocacion de la cámara de los diputados; nombramiento de los presidentes de los colegios electorales; Fouché; elecciones.—Reorganizacion de los pares; eliminaciones; nombramiento de nuevos pares.—Llegada de los duques de Angulema; caida de Fouché, que en consecuencia sale de Francia; caida de Mr. de Talleyrand.—Formacion del nuevo gabinete presidido por Mr. de Richelieu. Vuelven á continuar las negociaciones: nuevas exigencias de los aliados; Mr. de Richelieu quiere retirarse; nuevas notas; protocolo secreto del 2 de octubre.—Apertura de las cámaras; discurso del rey.—Tratado y convenciones del 20 de noviembre; tratado de la Santa Alianza; carta de Mr. de Richelieu.

Luis XVIII salió de Roye luego despues de haber recibido el parte que le dirigiera el duque de Wellington, cuando su primera conferencia en Etrees con los individuos de la comision de armisticio. Tomó el rey el camino de Gonesse, que era el cuartel general del duque, y como que este último ocupaba la casa principal de la villa, Luis XVIII fué á establecerse á un cuarto de hora de distancia, ó sea, en el castillo de Arnouville, en donde permaneció tres dias. A 3 de julio el ejército inglés pasó el Sena y estableció su campamento en el bosque de Bolonia, por lo que Wellington trasladó su cuartel general al castillo de Neuilly, y el rey salió de su nueva residencia para San Dionisio, que nuestros soldados habian entregado en la mañana del dia anterior á un destacamento de tropas británicas. Estando en Roye y en Arnouville, Luis XVIII habia provisto ya algunos empleos; de suerte que Mr. de Beugnot habia recibido en Royo la direccion general de correos, pero tanto los arreglos ministeriales como la negociacion entablada por el duque de Wellington para hacer entrar á Fouché en el nuevo gabinete debian terminar en San Dionisio. Esta negociacion requiere por nuestra parte algunos pormenores preliminares.

Continuaba en Gonesse el cuartel general del duque, cuando Mr. Macirone, agente de Fouché, y que, como llevamos dicho, se habia visto retenido por espacio de un dia y dos noches en las avanzadas de nuestro ejército y luego en las avanzadas inglesas, pudo por fin el dia 4 continuar su camino y entregar á Wellington la nota que le habia entregado el duque de Otranto. A la sazon llegaba de Saint-Cloud el general inglés y referia á Mr. de Talleyrand, á sir Cárlos Estuardo, al general ruso Pozzo di Borgo y al conde de Goltz, ministro de Prusia, los pormenores de la capitulacion. Resultaba que la nota de Fouché, redactada el dia 2 por la noche, llevaba un atraso de cuarenta y ocho horas, pues decia: «El ejército resiste porque está inquieto, y si se le dan garantías no tendrá inconveniente en someterse. Las cámaras están en oposicion por la misma causa: si quereis obtener las simpatías de todos, ofrecedles á todos garantías.—Todo está dispuesto por lo que hace al ejército, y si quereis enteraros de la capitulacion que acaba de apuntarse, aquí la teneis, dijo Mr. de Talleyrand á Mr. de Macirone, mostrándole la convencion de Saint-Cloud. Faltaba pues únicamente desempeñar la parte del gobierno provisional y de las cámaras; por lo que Wellington dictó á Mr. de Macirone la nota siguiente: «Creo que habiendo declarado los aliados que el gobierno de Napoleon no era legítimo, sino usurpado, toda autoridad emanada del mismo debe considerarse como nula y de ningun valor; así lo único que falta que hacer en las cámaras y en la comision provisional consiste en presentar inmediatamente su dimision y declarar que no han cargado con la responsabilidad del gobierno sino para asegurar la tranquilidad pública y la integridad del reino de S. M. Luis XVIII.» Todos los diplomáticos presentes, incluso Mr. de Talleyrand, tomaron copia de esta nota, que fué firmada por todos, sin esceptuar al mismo Mr. de Macirone.

En este memorandum lord Wellington hablaba, no con el tono de un negociador político, sino como jefe de un ejército victorioso; pero Mr. de Talleyrand, temiendo sin duda que unas formas tan absolutas en vez de acarrear la sumision provocasen la resistencia, dictó á Mr. de Macirone una segunda nota concebida en estos términos: «El rey otorgará íntegramente la antigua carta, sin abstenerse de abolir la confiscacion, como tambien la convocacion inmediata de los colegios electorales para formar una nueva cámara, la libertad de imprenta, la unidad del ministerio, la iniciativa recíproca de las leyes, por mensaje de parte del rey y por propuesta de parte de las cámaras, y finalmente el establecimiento de la dignidad hereditaria de par.» Esta nota llevaba las mismas firmas (1). Todas las personas que firmaban estas garantías suponian en los poderes todavía reinantes en Paris un poder que realmente no tenian, supuesto que la rendicion de esta capital y la retirada del ejército les quitaban á dichos poderes toda su fuerza: así puede decirse que su existencia era puramente nominal, y que bastaba con un soplo para derribarlos; pero era de tal naturaleza el prestigio que habia dejado en todos los ánimos la inmensa energía que habian sabido desplegar el gobierno imperial y las asambleas de la revolucion, que por el solo hecho de existir todavía en la capital francesa dos cámaras deliberantes y una comision ejecutiva, compuesta de hombres que en tiempo del imperio habian ocupado varios puntos políticos ó militares de la mas alta importancia, creíase que lo mas acertado era transigir con la comision y con ambas cámaras.

Despues de la conferencia cuyos pormenores esenciales acabamos de espresar, el duque de Wellington envió de nuevo á Mr. Macirone á Fouché, encargándole que le manifestara que al otro dia, 5 de julio, estaría en Neuilly, y que le recibiria á la hora que mejor le cumpliese. Fouché fué efectivamente el dia 5 por la tarde: MM. de Talleyrand, Pozzo di Borgo, de Goltz y sir Cárlos Estuardo habian acompañado al general inglés y estaban á su lado cuando llegó el duque de Otranto. Preguntóle Wellington si habia tomado en cuenta las medidas indicadas en su memorandum de la víspera; mas en vez de contestar directamente, estendióse Fouché en largas consideraciones sobre las dificultades de la situacion. La revolucion, decia, era todavía fuerte y poderosa; los partidarios de la dignidad real, al contrario, son débiles, carecen de influjo, inspiran antipatía á la masa de la poblacion, y desde el 20 de mayo he tenido que valerme de toda mi esperiencia y de la confianza que me dispensan todos los partidos para sustraer á los realistas á la cólera que habian procurado sus amenazas y sus concusiones. Añadia Fouché que la capitulacion no entregaba la ciudad de Paris al rey, sino á los aliados, y que no era posible el restablecimiento de Luis XVIII, sino con el ausilio de un hombre que por sus antecedentes ofreciera suficientes garantías á las pasiones y á los intereses revolucionarios y que por su posicion dominase á los otros partidos.—Estos elogios que se prodigó á sí mismo y este cuadro poco favorable á la causa de la monarquía, fué cuanto pudo recabar del duque de Otranto el duque de Wellington. Como quiera, á las cuatro de la madrugada los negociadores se separaron (2); mas no se crea que esta conferencia fuese de todo punto estéril, pues confirmó al general inglés en un proyecto que habia concebido ya á su entrada en el territorio. Dos dias antes, estando en Arnouville y encontrando á Mr. de Vitrolles, que iba á aquel punto para saludar á Luis XVIII, le habia dicho: «Para el rey la cuestion es puramente de cosas, la escarapela tricolor, y de personas, ó sea, Fouché.—Hubiera comprendido perfectamente la conservacion de la escarapela tricolor en 1814, contestó el baron de Vitrolles; pero hace un año que la escarapela blanca es el honor de la dignidad real, como que la llevan todos los realistas; con ella lucha la Vendée; las provincias del mediodía enarbolan la bandera blanca, y ¿mandareis ahora nuestras *casacas encarnadas* para hacerla quitar? Por lo que hace á Mr. Fou-

(1) *Interesting facts etc. by Fr. Macirone.*

(2) Parte del duque de Wellington al conde Bathurst, núm. 979 de la *Coleccion* citada.

ché, no es ciertamente el hombre que os imaginais, pues he tenido ocasion de juzgarle. Como quiera, lo cierto es que nunca ha querido hacerse ilusiones, pues siempre ha manifestado que todo su deseo se reducia á vivir decentemente en Francia con una fortuna proporcionada á su rango.—Bien puede hacerse alguna concesion sobre las cosas, replicó el duque, pero no sobre las personas: Fouché es indispensable en el nuevo gabinete.» La importancia que cifraba el generalísimo inglés en la entrada de este personaje en el consejo de Luis XVIII, dependia de una situacion que todavía queda desconocida.

No todas las cuatro potencias contribuian á la guerra contra Francia con una suma igual de sacrificios. Austria, Prusia y Rusia aprontaban sus soldados, pero Inglaterra suministraba soldados y dinero, siendo sus subsidios los que en gran parte sufragaban el gasto comun. El objeto de la alianza era la caida de Napoleon y el restablecimiento de Luis XVIII; pero Napoleon habia caido ya, y por el solo hecho de subir otra vez al trono Luis XVIII, cesaba el estado de guerra, é Inglaterra veia por último el término de las terribles cargas que estaba sobrellevando por espacio de veinte años con gran perjuicio de su poblacion, siendo tanto mas vehementes los deseos que abrigaba el gabinete de Lóndres para obtener este resultado, en cuanto no esperaba ver indemnizados mas largos sacrificios con ningun aumento territorial. Los tratados de 1814 le habian otorgado todos los puntos marítimos y todas las posesiones coloniales que pudiera codiciar, de suerte que no tenia absolutamente nada que esperar; pero no era esta la situacion de las tres grandes potencias continentales, pues nada les importaba, despues de la jornada del 18 de junio y de la rendicion de París, que concluyera ó continuara la crisis. En efecto, sabian que el sueldo de sus tropas estaba asegurado, aunque estuvieran mucho tiempo con las armas en la mano, porque si llegaban á faltarles los subsidios ingleses, no dejaria de indemnizarles en abundancia la Francia vencida ó invadida. Lo que en concepto de aquellas tres cortes podia equilibrar los beneficios posibles de la prolongacion de un estado de guerra á la sazon sin peligro, no era ciertamente el sistema que les inspiraban los Borbones: el Austria era del todo indiferente; Alejandro, que, como llevamos dicho, se habia indignado por la conducta de Mr. de Talleyrand en el congreso de Viena, no habia perdonado todavía el tratado secreto del dia 3 de enero; Prusia se mostraba abiertamente hostil, y lo único que exigia como consecuencia de la victoria era el desmembramiento de Francia. Blucher, como hemos visto, se ocupaba ya en imponer contribuciones de guerra de cien millones. «Ya yo sabia que los aliados no obraban en favor del rey, ha dicho lord Wellington, y que los prusianos especialmente no deseaban la restauracion (1).» En semejante estado bien se deja conocer que Inglaterra tenia grande interés en precipitar el regreso de Luis XVIII á París y en ver entronizado este monarca antes que los soberanos tuvieran tiempo de discutir la oportunidad ó las condiciones de su restablecimiento, y este es el orígen de los numerosos partes que dirigia Wellington al rey para que siguiese á su ejército paso á paso, como tambien de la preocupacion constante de este general en escogitar los medios mas propios para abrir inmediatamente á Luis XVIII las puertas de las Tullerías. «Ni las cámaras ni el ejército querian rey, ha dicho tambien lord Wellington; muchas provincias de Francia se habian rebelado contra él, y las restantes, sin esceptuar al mismo París, defendian su causa con mucha frialdad; de manera que si yo no hubiese interesado á Fouché en la restauracion del rey, S. M. habria tenido que permanecer en San Dionisio hasta la llegada de los soberanos, quedando por consiguiente menoscabadas su autoridad y su dignidad, si es que alguna vez hubiese llegado á entronizarse de nuevo. Por esto aconsejé á S. M. que tomase á Fouché á su servicio (2).» Luis XVIII recibió este consejo, en el cual dominaba la conviccion de la profunda impotencia del partido realista, el dia 6, es decir, el siguiente á la conferencia de Neuilly, cuyos pormenores llevamos consignados; y aunque al principio Luis XVIII no queria acceder á semejante consejo, porque Fouché era uno de aquellos hombres á quienes el jefe de los Borbones anunciaba escluir por siempre de su presencia, presentándole en su proclama de Cambrai como un objeto de dolor para Francia y de terror para Europa, los realistas llevaron al general inglés un socorro inesperado, es decir, no los realistas mas condescendientes, sino los mas tenaces y mas obcecados en el culto que profesaba á las preocupaciones de la antigua monarquía. Los mas de los personajes que rodeaban á Luis XVIII en San Dionisio no eran procedentes de Gante, sino de París, y Fouché, por una maniobra de policía bastante hábil, habia colocado dos dias antes en las barreras que llevan á San Dionisio una multitud de gentes que debian dar suelta á la cólera del pueblo de los arrabales contra la capitulacion, contra los Borbones y contra sus partidarios, estimular la animosidad que reinaba contra los peregrinos realistas que iban á reunirse con Luis XVIII, arrancar las escarapelas blancas y las cintas tambien blancas que estos llevasen, y sin poner obstáculos á su salida no permitirles el regreso. El duque de Otranto obtuvo el resultado que esperaba. Maltratados á su salida de París, rechazados á su regreso, obligados á permanecer en San Dionisio, que á la sazon estaba atestado de gente y en donde era imposible hallar albergue, y anhelando además por el restablecimiento del rey, los cortesanos invocaban á voz en grito el influjo y el socorro de Fouché contra la exasperacion popular y contra las barreras que veian cerradas: comparando la situacion, en el estado en que acababan de ponerla los acontecimientos, con la que existia el mismo dia siguiente á la batalla de Waterloo, ponian en las nubes el inmenso talento y la habilidad del hombre de quien decian que en menos de quince dias habia causado tan prodigiosa mudanza, pues creian que si no fuera por él, no pudiera contarse con la seguridad del rey ni con la salvacion de Francia, de suerte que este hombre era esclusivamente en su concepto el que habia impedido una gran batalla, y que por consiguiente era tambien el único que despues de haber salvado á París podia dar fin y remate á su empresa. «Todas las pasiones intervinieron en este asunto, ha dicho un testigo ocular, así la religion como la impiedad, la virtud como el vicio, el realista como el revolucionario, el estranjero como el francés (1).» No era tan necesario el socorro del duque de Otranto como creian aquellos realistas amedrentados. Fouché reproducia con el duque de Wellington y con los realistas el papel que habia representado con sus colegas de la comision de gobierno y con los individuos de una y otra cámara; el poder de que se envanecia sobre los primeros era tan poco importante como los compromisos de Luis XVIII y las promesas de los soberanos con que habia alucinado á los segundos. Era posible que el rey entrase inmediatamente y con una sencilla escolta; y así se habia empeñado en asegurarlo Mr. de Vitrolles, aunque en vano, porque los tímidos que poblaban entonces la mansion real y todo el vulgo de cortesanos que no llevan á los príncipes otro socorro que protestas vanas y una mano tendida para recibir ó pedir, acusaban la presuncion del antiguo cautivo de Vincennes, á quien no se escuchaba siquiera. Cedió Luis XVIII á todos estos clamores, y en la tarde del dia 6, cuando el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand se disponian á regresar á Neuilly, en donde debia encontrarlos el duque de Otranto, el rey les dijo: «Id y participad á Mr. Fouché que acepto sus servicios. Yo le recibiré si lo juzgais necesario, pero no olvideis que al autorizaros para tratar con él os entrego mi conciencia (2).»

Al llegar á Neuilly, el duque y Mr. de Talleyrand hallaron á Fouché que los estaba esperando, y despues de comer (3) se lo llevaron á San Dionisio. Mr. de Talleyrand presentó al duque de Otranto á Luis XVIII, y no fué ciertamente uno de los espectáculos mas estraños de aquella época, tan fecunda en contrastes, la vista de aquel antiguo fraile, viudo de una primera mujer y padre de tres hijos, entrando apoyado en el brazo de un antiguo obispo, igualmente casado, en el gabinete del rey cristianísimo, hijo primogénito de la Iglesia y rey que con haber visto á su hermano y predecesor condenado á muerte por aquel mismo fraile, iba á tomar á este por consejero y ministro. Breve fué la entrevista: Luis XVIII pidió al duque de Otranto algunas noticias generales sobre la situacion de París. Diólas Fouché en pocas palabras, prometiendo para el dia siguiente una memoria circunstanciada sobre la situacion, y entonces el rey le dijo: «Conozco, caballero, los servicios que me habeis prestado, pues el duque de Wellington ha querido que no los ignorase. En consecuencia os he designado para el ministerio de policía, y espero que en él me prestareis nuevos servicios;» con cuyas palabras quedó terminada la audiencia. En el acto de retirarse, Fouché parecia haberse librado de un peso enorme, pues por mucha audacia que tuviera, no habia podido dominar cierta agitacion al presentarse al hermano de Luis XVI. Observólo Mr. de Talleyrand y viendo lisonjeada su vanidad de gran señor con este signo de debilidad vulgar, dijo al salir á su nuevo colega, con un acento de burlesca superioridad: «Duque de Otranto, me parece que estais conmovido.» Fouché entró muy tarde en París, y viéndose precisado á alucinar á sus colegas de gobierno sobre el objeto real de sus dos viajes á Neuilly, cohonestó esta doble ausencia con cierto colorido de utilidad política. La convencion de Saint-Cloud era un acta

(1) Carta del duque de Wellington al general Dumouriez, núm. 998 de la *Coleccion citada*.

(2) *Idem*.

(1) Mr. de Chateaubriand *De la monarquía segun la Carta*.

(2) Estas cínicas palabras conservan una notoriedad histórica que no nos permite pasarlas en silencio.

(3) Esta es la comida á que se alude en la carta dirigida dos dias despues, 8, por lord Wellington al conde Bathurst, y de la que hemos continuado algunos fracmentos en el capítulo anterior.

esclusivamente militar, segun decia, de suerte que se habia visto en la necesidad de arreglar con Wellington la cuestion de gobierno. La víspera, 5 de julio, antes de partir para su primera entrevista, habia hecho redactar públicamente tres proyectos de convencion suplementaria para someterlos al general ingles, y todos estos proyectos estaban concebidos en terminos diferentes, pues solo tenian comun la estipulacion de amplias garantias en favor de la libertad y de la independencia nacional, no debiendo omitirse que en uno de ellos estaba tambien consignada la esclusion de la rama primogénita de los Borbones. No eran pocas las personas que estaban esperando el regreso de Fouche, y cuando este se presentó, todos parecieron dudar del éxito de sus negociaciones: «He alcanzado cuanto he pedido, y aun mas que me atrevia á esperar, esclamó; el duque de Wellington es un hombre admirable; todas las garantias están concedidas.» Disolvióse la muchedumbre. El secretario de Fouché, cuando estuvo solo con él, le preguntó cuál era de los tres proyectos de transaccion el que el general ingles habia firmado: «¡Que! le dijo sorprendido Fouche, diez años hace que estais trabajando conmigo, ¿y sin embargo me haceis semejante pregunta? no os creia ciertamente de tan pocos alcances; ¡garantias! bastante he procurado abstenerme de mentarlas á Wellington, porque el vencedor hace siempre lo que quiere.»

Resuelta definitivamente la entrada de Fouche en el consejo, ocupóse Mr. de Talleyrand en completar la reorganizacion del gabinete. Deseando obtener la unidad prometida en la proclama de Cambrai, el príncipe de Benevento quiso escojer hombres que como el y como Fouche hubiesen tomado parte en los hechos de la revolucion y del imperio, pero que tambien hubiesen soltado alguna prenda en favor de la monarquia. El baron Luis quedó en hacienda; el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, sucedió en el ministerio de la guerra al duque de Feltre, cuyo efímero ministerio reveló una completa debilidad é incapacidad cuando tuvo lugar el regreso de la isla de Elba; el conde de Jaucourt, encargado interinamente de la cartera de negocios estranjeros durante la permanencia de Mr. Talleyrand en Viena, sucedió en el ministerio de marina a Mr. Beugnot, que conociendo su insuficiencia se habia hecho encargar la direccion general de correos. Hasta entonces Mr. Dambray habia reunido el título de canciller de Francia y presidente de la cámara de los pares con el cargo de ministro de justicia; pero la carga era demasiado pesada para aquella inteligencia débil que no conocia absolutamente la administracion de este departamento, ni tampoco los negocios mas generales: por lo que Mr. de Talleyrand quiso dar á la justicia otro ministro. El dia anterior, Fouche habia propuesto á Mr. Mole, que durante los últimos meses del imperio se habia visto revestido con la toga de supremo juez; pero no podia olvidarse que al dia siguiente al 20 de marzo Mr. Molé fué nombrado consejero de estado y director de puentes y calzadas, habiendo figurado tambien en la lista de los pares de los cien dias; por cuyo motivo Mr de Talleyrand habia titubeado hasta que la casualidad le presentó el dia 7 el hombre que buscaba: tal era Mr. Pasquier, último prefecto de policía en tiempo del imperio, director general de puentes y calzadas bajo la primera restauracion, y uno de los mas activos colaboradores de Mr. de Vitrolles durante los quince dias que acababan de trascurrir. Mr. Pasquier discurria con sutileza y de un modo infatigable, y podia citarse como uno de estos genios cómodos que, indiferentes á todas las opiniones y á todas las causas políticas, saben bienquistarse, pudiendo y pueden mostrarse tanto mas fáciles á las mas opuestas alianzas, en cuanto no tienen necesidad de violentar sus convicciones. Este hombre iba á recordar sus recientes servicios á Mr. de Talleyrand y solicitar que se le restableciera en la direccion de puentes y calzadas, siendo de advertir que despues del regreso de la isla de Elba no habia pedido nada, ó por mejor decir, no habia alcanzado nada. Despues de haberle escuchado, Mr. de Talleyrand le dijo que era preciso que Mr. Molé continuara con la direccion indicada, y que lo necesario no era una simple direccion, sino la cartera de justicia. Semejante cambio fué aceptado sin vacilar. «Pero es indispensable que al propio tiempo os encargueis interinamente del ministerio de la gobernacion,» añadió Mr. de Talleyrand. Quejóse Mr. Pasquier por el peso de tanta carga, pero Mr. de Talleyrand le replicó: «Esto será solamente por algunos dias, es decir, hasta la llegada del emperador de Rusia, á quien no puedo menos de hacer algunas concesiones.»

Si la presencia de Mr. de Talleyrand y de Fouché en el nuevo gabinete satisfacia los intereses y las miras de Inglaterra y del duque de Wellington, el influjo de las otras potencias aliadas no contaba en él ningun representante; pero es indudable que al sustituir su accion á la que habia ejercido Rusia un año antes, lord Wellington y su corte tenian derecho á pretender la parte mas decisiva en el segundo restablecimiento de la monarquía, pues si 1814 habia sido obra de Rusia, 1815 lo era principalmente del gobierno inglés y del general de su ejército. Acercáronse sin embargo las tropas rusas y austriacas, y asi el czar como Francisco II, arrastrados por la impaciencia de llegar, se iban adelantando á sus soldados. Habiendo encontrado un general á estos dos emperadores en Nancy, habia manifestado á Alejandro que no dejaba de ser peligroso el internarse en Francia con una simple vanguardia de caballería lijera: «Nos conviene mucho llegar cuanto antes á Paris y observar lo que pasa en esta ciudad, respondió el emperador, porque no estamos muy satisfechos de lo poco que de ella sabemos.» Mr. de Talleyrand tenia ya ciertas sospechas de este disgusto, si es que no tuviera de el un conocimiento cierto, y para recobrar la amistad del czar habia resuelto abrir la entrada del consejo á dos hombres que poseian la confianza y el afecto de Alejandro: tales eran Mr Richelieu, que por mucho tiempo habia estado al servicio de Rusia y que en 1814 habia recobrado la calidad de ciudadano francés y el conde Pozzo di Borgo, natural de Córcega, ayudante de campo del emperador y que renunciando al servicio ruso hubiera recobrado igualmente su título y sus derechos de regnícola. Mr. de Richelieu estaba ausente, pero á pesar de esta circunstancia y la de no haber sido consultado, Mr. de Talleyrand le revistió con el título de intendente de palacio, título que estaba vacante desde la dimision de Mr. de Blacas. El ministerio de la gobernacion fué destinado al general Pozzo di Borgo juntamente con un puesto en la cámara de los pares. Hallábase Mr. Pozzo en San Dionisio, y no estuvo en manos de Mr. de Talleyrand el que dejara de hacerse inmediatamente oficial esta medida, que arguye toda la irreflexion y la incapacidad política de este personaje. Antes de aceptar dichos títulos, Mr. Pozzo quiso esperar la llegada de su soberano. Como quiera, acordados definitivamente estos dos nombramientos, quedaban solamente dos puntos para completar la administracion superior: la prefectura de policía y la gran cancillería de la legion de honor, que estaba vacante desde la mañana del mismo dia por la dimision del titular, el conde de Bruges, que al saber el nombramiento de Fouché habia ido á decir al rey: «En las actuales circunstancias V. M. necesita seguramente empleos que proveer, y por consiguiente pongo el mio a su disposicion.» El mariscal Macdonald sucedió á Mr. de Bruges, y se aplazó para algunas horas despues el nombramiento del prefecto de policía.

Los individuos de la nueva administracion habian acordado reunirse todos en Paris en la tarde del 7 é ir á comer á casa de Mr. de Talleyrand, para determinar en comun los pormenores de la entrada del rey para el dia siguiente, como tambien las últimas medidas que debian tomarse para que desapareciese todo vestigio del gobierno que acababa de caer. Sabemos ya que en la misma mañana del dia 7 y en el decurso del mismo dia las tropas prusianas disolvieron, á instancia de Fouche, la comision ejecutiva presidida por el mismo, como tambien la cámara de los pares. Reservóse para el nuevo prefecto de policía el cargo de cerrar la cámara de los representantes, que se estaban ocupando en su tercera constitucion. Habiendose negado MM. Angles y Mounier á aceptar este puesto que se les habia ofrecido, para no hallarse, segun decian, á las órdenes de un personaje como Fouche, el baron Luis propuso á un hombre que estaba en íntimas relaciones con una señora de su familia, que se habia carteado con él cuando estaba todavía en Gante: tal era Mr. Decazes. Jóven, ambicioso, pero sin nombre, Mr. Decazes tenia que crearse una fortuna política, y despreciando los escrúpulos de Mr. de Mounier y Angles, se apresuró á aceptar y prometió que la cámara de los representantes no existiria ya el dia siguiente, habiendo manifestado ya por nuestra parte los medios de que hizo uso para conseguir su objeto. En esta reunion del dia 7 por la tarde se tomaron otras medidas, á saber, que todos los empleados del órden administrativo y judicial, y todos los oficiales y comandantes de la guardia nacional que se hallaban en activo servicio el dia 1.º de mayo de 1815 recobrasen su cargo, y que se restableciese al general Dessoles en el mando general de la guardia nacional de Paris. Estas dos resoluciones que se supusieron decretadas en San Dionisio y que se insertaron en el *Monitor* del dia siguiente, retrataban, si así vale decirlo, el estado oficial de los hechos en la situacion en que se hallaban la víspera del 20 de marzo. Lo único que faltaba era que llegasen los huéspedes á las Tullerías, en donde entró Luis XVIII el dia siguiente, que era el 8.

Muy singular era el espectáculo que ofrecia Paris el dia 8 de julio: en los jardines públicos, así en las Tullerías como en el Luxemburgo, en todas las plazas, sin esceptuar el atrio mismo de la iglesia de Nuestra Señora, no se veia otra cosa que vivaques de infantes y ginetes prusianos, cajas, galeras y otros instrumentos de guerra; en las estremidades de cada puente cañones cargados; guardias enemigas en los principales puntos de concentracion; centinelas inglesas ó prusianas en todas partes; en las calles principales y en los baluartes una muchedumbre numero-

sa, inquieta y á veces agitada, que divagaba ó que se detenia sin objeto; fuertes patrullas de guardia nacional que se cruzaban en todos sentidos y cuyos individuos llevaban todavía la escarapela tricolor prendida en un gorro de pelo ó en un shako; la bandera tricolor enarbolada en las ventanas de los edificios públicos y en todos los cuerpos de guardia; finalmente en la puerta de la casa de los alcaldes, en todas las esquinas, en las paredes de muchas casas, hasta en el tronco de los árboles de los baluartes se veian mezcladas y confundidas la proclama real de Cambrai, la declaracion de derechos, la declaracion de principios de la cámara de los representantes, los acuerdos del gobierno provisional y las órdenes del dia de Massena. La autoridad no parecia en parte alguna, y hasta podia creerse que todos los gobiernos habian desaparecido, pues todavía ignoraban los habitantes que en la noche del dia anterior se habia instalado un prefecto de policía de institucion real, y que por una audacia que creemos sin ejemplo el jefe de los poderes que acababan de entregar París y Francia á los ingleses y á los prusianos, continuaba en su palacio como ministro de policía del gobierno que sucedia al suyo.

Tal era el aspecto que ofrecia París cuando á las tres y media se oyeron repentinamente varias descargas de artillería que despertaron la atencion de la muchedumbre. Detiénense los ciudadanos, míranse y pregúntanse unos á otros, y á poco recorren á galope la línea de los baluartes varios ginetes y oficiales de estado mayor de la guardia nacional, anunciando que aquellas salvas son la señal de la llegada del rey. A esta noticia la muchedumbre se conmueve; á las banderas tricolores suceden banderas blancas; los guardias nacionales, quitando del shako ó del gorro la escarapela de tres colores, la sustituyen con la escarapela blanca, y muchos destacamentos de esta misma guardia se dirigen con el grueso de los transeuntes á la calle del Arrabal de San Dionisio.

Entraba Luis XVIII por la barrera de este nombre, en un coche cerrado, llevando al estribo de la derecha al conde de Artois á caballo y con uniforme de guardia nacional, y al estribo de la izquierda al duque de Berry. Iba en pos de ellos un grupo numeroso de notabilidades militares, entre los cuales se observaba á los mariscales Marmont, Victor, Oudinot, Macdonald y Gouvion Saint-Cyr, los generales Clarke (duque de Feltre), Maison, Dessoles y Villate. Componíase la comitiva de guardias de corps, otras muchas compañías de la casa militar, mosqueteros, caballos ligeros y gendarmes, algunos granaderos de á caballo de La Rochejaquelein y un corto número de voluntarios reales, estando tendida la carrera por la guardia nacional. El cabildo municipal, dirigido por el prefecto, Mr. de Chabrol, que habia recobrado su cargo en virtud del decreto publicado por la mañana, recibió al rey á la entrada de la carrera, acercóse á la portezuela del coche real y leyó un discurso que empezaba de esta manera: «*Cien dias* han trascurrido desde el momento fatal en que S. M., viéndose forzado á sustraerse á los mas caros afectos, salió de su capital en medio de las lágrimas y la consternacion pública.» Desde luego se deja ver que esta espresion era tan falsa como todos los cumplidos que se dirigen á las personas reales, porque Luis XVIII habia salido solo de las Tullerías, en medio de las mas profundas tinieblas, sin que lo supiera ningun habitante de París, y aun puede decirse la mayor parte de los habitantes de palacio, de suerte que no la hubiéramos reproducido si sus primeras palabras no hubieran dado al gobierno imperial de 1815 el nombre con que comunmente se le designa. Para escuchar al prefecto, el rey habia bajado el vidrio de la portezuela, y volvió á levantarle con vivacidad despues de haber contestado con algunas palabras vagas arrellanándose en el fondo de su coche y no parecia sino que procuraba sustraerse al triste espectáculo de aquella capital conquistada y de aquel pueblo humillado. Las aclamaciones eran muy raras á su paso, la masa de los espectadores permanecia silenciosa, y todos los semblantes aparecian inquietos ó tétricos; pero la escena cambió por completo cuando Luis XVIII se hubo instalado en las Tullerías; porque el jardin, que hacia dos dias que estaba cerrado y que habia vuelto á abrirse en aquel dia, se vió invadido inmediatamente por una multitud de mujeres pertenecientes á las clases ricas ó elevadas, que al saber la entrada del rey en sus aposentos, se abandonaron á un entusiasmo que rayaba en delirio. Los numerosos corros que se formaron inmediatamente debajo de las ventanas de Luis XVIII y del conde de Artois, los cantos de alegría y los gritos de triunfo que se oyeron por todas partes, recordaban entonces las vergonzosas manifestaciones del 31 de marzo de 1814.

Difícilmente podian alucinar al jefe de los Borbones aquellos bailes y aclamaciones sobre las deplorables circunstancias de su regreso, porque la conquista estendia su implacable rasero hasta en su regia morada: en el jardin y en los patios habia tropas prusianas; en la plaza del Carrousel un campamento prusiano; en torno de palacio, y aun debajo de las ventanas del cuarto real algunos cañones prusianos asestados y con la mecha encendida. El arco de triunfo del Carrousel, abandonado á los proveedores del campamento, quedaba convertido en un matadero. Finalmente á la entrada de la noche, habiéndose asomado Luis XVIII á la ventana de su gabinete para contemplar las demostraciones que continuaban haciéndose en el jardin, le llamaron la atencion unos fuegos que brillaban á lo lejos del lado del Sena, bajo los arcos del puente de Jena, y preguntó qué venian á ser aquellas luces. No tardó ciertamente en recibir la contestacion: aquellas luces eran las de los minadores prusianos que se estuvieron ocupando por espacio de diez dias en abrir diferentes conductos de mina en los machones para volar el puente. Tampoco se le ocultó que Blucher habia condenado igualmente á la destruccion el puente de Austerlitz y la columna de la plaza Vendome.

Inmediatamente Luis XVIII mandó advertir á los ministros, los cuales se reunieron é invocaron en aquella misma noche la intervencion del duque de Wellington. Comprendió el duque el peligro de aquel acto salvaje. No siempre se conmueve la multitud ante el abuso moral ó político de la conquista. ¿Quién podia prever la emocion y la cólera de que dejaria llevarse al oir la esplosion de las minas prusianas y al presenciar el espectáculo de la destruccion de aquellos monumentos, símbolos de un pasado glorioso, únicas prendas de la grandeza francesa, que todavía quedaban en pié? No obstante lo avanzado de la noche, Wellington escribió á Blucher suplicándole que difiriese la destruccion por algunas horas y anunciándole que se avistaria con el al otro dia; pero su visita no surtió resultado alguno, porque Blucher declaró que aquella medida lo era de guerra y que interesaba esclusivamente á su ejército y á su soberano. A eso de medio dia Wellington reiteró sus instancias en un largo parte, en que decia: «Esta destruccion, lejos de ser un acto puramente militar, está enlazado con el conjunto de nuestras operaciones: así es que tiene una importancia política, y si hasta ahora hemos marchado de concierto, dirigiendo todos los hechos de comun acuerdo, ¿por qué no podemos continuar ahora de la misma manera? Lo único que pido es que retardeis vuestro proyecto por uno ó dos dias, y ciertamente que no puede calificarse de irrazonable semejante demanda. Esperad la llegada de los soberanos, y si estos acuerdan la destruccion de los puentes, no insistiré en mis objeciones (1).» En vano se habia apresurado por su parte el ministerio á publicar por la mañana (9 de julio) un decreto que imponia al puente de Jena el nombre de puente de los Inválidos, y al puente de Austerlitz el de puente del Jardin del Rey; porque esta satisfaccion, lejos de detener á los sitiadores prusianos, que habian taladrado ya tres machones, aplicaron á ellos algunos hornillos, de los cuales se incendiaron dos, produciendo un sacudimiento que dislocó dos machones en sus partes inferiores. La destruccion debia consumarse con otra tentativa, pero afortunadamente para el gobierno real el dia siguiente (2) llegaron los soberanos, y habiendo intervenido Alejandro con el rey de Prusia, á invitacion de Luis XVIII, se salvaron los puentes y la columna de la plaza Vendome. Apenas terminado este debate, el rey y su consejo tuvieron que luchar con nuevas violencias.

Al dia siguiente de haberse entregado la ciudad de París á los ingleses y prusianos, el ministro de los Paises Bajos habia solicitado del duque de Wellington la restitucion de los cuadros del mismo que pertenecian á Holanda y á Bélgica cuando estas dos naciones fueron conquistadas ó incorporadas á Francia. Estas reclamaciones fueron objeto, por consejo del duque, de una nota oficial dirigida á lord Castlereagh, que á su vez la sometió al exámen de los ministros aliados reunidos en conferencia, y aunque esta nota, remitida por estos ministros á Mr. de Talleyrand con una súplica para que la apoyara, quedó sin contestacion, mientras que el ministro neerlandes procedia por medios diplomáticos, Blucher, invocando no sé qué promesas de Luis XVIII en Gante y la positiva voluntad de su soberano, instalaba dos batallones prusianos en los patios y en las galerías del mismo, arrebatando militarmente todos los cuadros que habian pertenecido á los antiguos departamentos franceses del Rhin ó de los pequeños estados alemanes que los tratados de Viena habian incorporado á Prusia. Inducido por el ejemplo, el ministro de los Paises Bajos solicitó de Wellington, como general de las tropas de su soberano, una fuerza armada suficiente para hacerse igualmente justicia por su mano; pero Wellington, metódico y formalista como siempre, sometió esta exigencia á los ministros de las cortes aliadas, los cuales la aprobaron. Remitióla el duque á Mr. de Talleyrand, y aunque este prometió contestarle al otro dia, no lo hizo; por lo que Wellington fué á avistarse otra vez con el presidente del consejo é hizo valer especialmente la importancia de los hechos ocurridos cuando se trató de semejantes restituciones en las conferencias de Saint-Cloud. Mr. de Talleyrand contestó

(1) Parte núm. 978 de la *coleccion* citada.
(2) Parte núm. 980 de la *coleccion* citada.

que el gobierno provisional no tenia facultades para contraer compromisos en nombre de la monarquía; que si los agentes de este gobierno habian considerado oportuno abandonar unos objetos artísticos cuya posesion habia afianzado en favor de Francia el tratado de paz de 1814, el rey, procurando con mas ahinco por la dignidad de su corona y por los intereses del reino, no podia ratificar este sacrificio, y finalmente que no habiéndose armado los soberanos contra Francia, sino contra Napoleon, el resultado que debian acarrear necesariamente el destronamiento de este último y la dispersion de sus allegados era el restablecimiento de las cosas en el estado en que se hallaban antes del dia 20 de marzo, dejando por consiguiente en el mismo todas las riquezas que este poseia despues de haberse firmado el tratado de París.

El duque de Wellington replicó que no podia admitir bajo ningun concepto que con el regreso del rey debieran considerarse los acontecimientos de los tres últimos meses como no ocurridos, y que además le parecia sobremanera injusto que los soberanos consintieran en dejar á Francia en posesion de unas propiedades públicas de que habia despojado á sus propios súbditos la fuerza ó la conquista, y finalmente que era preciso aprovechar aquella coyuntura *para dar una gran leccion de moral al pueblo francés* (1). Mr. de Talleyrand dió fin á la discusion manifestando que el rey no daria órden alguna, que el duque podia hacer lo que mejor le cumpliera, y que en este punto tenia que entenderse con Mr. Denon, que era el director del Museo. Al otro dia presentóse á Mr. Denon el coronel Freemantle, ayudante de campo del duque, pero Mr. Denon declaró que no entregaria cuadro ninguno; por lo que Wellington participó á Mr. de Talleyrand que á las doce del dia siguiente se presentaria un destacamento de tropas inglesas para apoderarse de los cuadros que reclamaba el ministro de los Paises Bajos, añadiendo que hacia al ministerio francés responsable de los desórdenes que este hecho pudiera acarrear. No sobrevino, sin embargo, ningun desórden, porque tampoco hubo necesidad de la fuerza: los prusianos estaban todavía en el Museo y tenian abiertas todas sus puertas, de suerte que los agentes del ministro de los Paises Bajos cumplieron sus deseos con solo presentarse, habiendo servido únicamente sus soldados para defender y embalar los cuadros. El feliz resultado de esta tentativa estimuló á los agentes de las otras potencias, que en consecuencia invadieron las galerías, y aunque Mr. Denon probó á contener aquel diluvio de reclamaciones, invocando el apoyo del gobierno, mandó contestarle Mr. de Talleyrand que semejante debate le habia ocupado demasiado tiempo, que era preciso contemporizar con las circunstancias, y que todas aquellas cuestiones relativas á la entrega ó custodia de cuadros no era un asunto que valiese la pena. Indignado de semejante descuido y lijereza, Mr. Denon hizo dimision de su empleo, lo que fué ciertamente una desgracia, porque el Museo fué saqueado completamente, de suerte que no solamente fueron arrebatados los cuadros cuya posesion estaba afianzada por unos tratados que toda la Europa habia reconocido, sino tambien otros muchos que se habian adquirido á precio de dinero. Además de esto, tan torpes eran las manos á que abandonara este despojo la falta de vigilancia, que se rompieron ó deterioraron muchas telas ó mármoles inestimables, no debiendo omitirse, por repugnante que parezca, que uno de los estranjeros que intervinieron en aquellos hechos odiosos á título de comisario de algunas potencias, era un artista eminente que debia una parte de su fortuna á la proteccion del jefe del gobierno imperial y de los individuos de la familia de Napoleon, el escultor Canova. Dotados de un carácter veleidoso, entusiastas y no pocas veces codiciosos, no siempre poseen en alto grado el sentimiento moral y el respeto de su dignidad personal los hombres que mas se distinguen en la carrera de las nobles artes. Sin embargo, Canova era italiano y por consiguiente podia hallar en esta circunstancia una disculpa de que carecian los escritores realistas que contestaban en los periódicos y con tono de burla á las quejas á que habian dado márgen aquellas usurpaciones. Estas quejas eran por cierto muy vehementes; en todos los sitios públicos y en todas las reuniones privadas se levantaba la voz contra un abuso tan insolente de la victoria, que no se estendia solamente á los objetos preciosos del Museo, puesto que los comisarios aliados buscaban y despojaban igualmente las otras colecciones públicas, como bibliotecas ó colecciones de medallas ó de piedras grabadas, visitando los mismos palacios reales, sin que se sustrajeran á tan indignas investigaciones, por increible que parezca, los cuartos habitados en las Tullerías por Luis XVIII y por los individuos de su familia (2). Por un contraste de que ofrece un ejemplo continuo el estudio de la historia, la pérdida de las estatuas y de los cuadros arrebatados por el enemigo concitó particularmente la cólera entre las clases al parecer mas desinteresadas en aquellos escesos, es decir, entre las clases medias y entre las clases trabajadoras.

El saqueo del Museo ha quedado grabado en la memoria del pueblo de Paris como uno de los mas amargos recuerdos de la segunda invasion, y este recuerdo ha sido en el mas profundo que la memoria de sus sufrimientos materiales, que en verdad fueron muy terribles.

El ejército inglés no ocupaba ciertamente el interior de Paris, en donde contaba con un corto número de guardias. El grueso de este ejército estaba acampado en el bosque de Bolonia, y únicamente habia algunos destacamentos que ocupaban los dos arrabales de La Villette y de la Chapelle-Saint-Denis; pero Blucher, al contrario, no se contrajo á establecer todos sus soldados entre las posiciones, sino que se envanecia de hacerles esta carga tan pesada y tan costosa como le era posible. De ordinario lo único que se suministra á los militares alojados es la cama que pueden suministrar los habitantes, y el fuego necesario para aderezar los víveres que proporciona la administracion del cuerpo ó del ejército; pero en 5 de julio se espidió en Saint-Cloud una órden del dia que establecia para la cama y sustento de cada prusiano ciertas reglas que hacian exorbitante aquella carga (1). Menos intolerable fuera, sin embargo, si Paris no hubiese tenido que alojar y sustentar otro ejército que el de Blucher, pero lo cierto es que los ejércitos mandados por Alejandro y por el emperador de Austria no tardaron en juntarse con los cincuenta mil prusianos procedentes de Bélgica. Habia en Paris inmensos y numerosos cuarteles vacantes, y aunque era muy fácil colocar en ellos á los recien llegados, todos quedaron sin ocupar, porque todos los soberanos y generales de ejército quisieron imitar á Blucher. El número de hombres señalados á cada casa era de diez lo á menos, y no pocas veces de muchos mas, de suerte que algunas habitaciones estaban atestadas de soldados; mas para no acumular ejemplos, nos contraemos á manifestar que Mr. de Montalivet, antiguo ministro de la gobernacion, tenia que alojar y mantener á cincuenta hombres y cincuenta caballos (2). Verdad es que en esta distribucion eran objeto de un mismo privilegio los antiguos empleados del imperio; pero por mucho que fuera el esmero con que se hiciese la eleccion, era difícil que no compartieran aquella carga muchos realistas, que en consecuencia se producian en amargas quejas, esclamándose contra una injusticia tan notoria y alegando su amor al rey y á los aliados como el derecho que debia eximirlos de las cargas de la invasion. Lejos de interpretarla en este sentido, los prusianos no hacian distincion alguna entre sus huéspedes de los diferentes partidos, de suerte que tanto los voluntarios realistas como los confederados tenian que sobrellevar sus exigencias. Los jefes daban á los soldados el ejemplo de la brutalidad mas insigne: el general Thielmann, que estuvo alojado algunos dias en el palacio del mariscal Ney, se apoderó de los coches y caballos de la mariscala, arrebatando hasta los arneses que habia en las caballerizas. No siempre llevaba en paciencia el pueblo semejantes escesos: así es que tuvieron lugar algunas represalias, entre las cuales las hubo muy sangrientas, que obligaron á los soldados que estaban alojados en una misma casa á adoptar medidas escepcionales de seguridad, reuniéndose por la noche en un aposento y colocando á la puerta un centinela. Los temores que argüian estas precauciones indujeron, algun tiempo despues, á los generales aliados á retirar los soldados de los barrios mas populosos, pero aunque el ayuntamiento les ofreció sus cuarteles desiertos, no quisieron ocuparlos, pues decian que no querian tener encerradas sus tropas; así es que la ciudad tuvo que construir en el jardin del Luxemburgo, en

(1) Carta del duque de Wellington á lord Castlereagh, núm. 997 de la coleccion citada.

(2) Todas las galerías y todas las bibliotecas de los antiguos palacios imperiales fueron saqueadas no solamente por los comisarios aliados, sino tambien por los generales de todas las naciones. El emperador habia alcanzado de la Cámara de los representantes la biblioteca de Trianon, pero no le fué posible llevarse de ella un solo volúmen, por haber sido sobrado tardía la concesion (2 de julio), puesto que los ministros prusianos la reclamaron como propiedad privada de Napoleon. El general Thielmann se llevó algunas de las mejores obras de la biblioteca de Fontainebleau; y habiendo pedido el bibliotecario un documento que pusiera á cubierto su responsabilidad, Thielman le entregó un papel, cuyo contenido era el siguiente. *Recibo de Mr....* (sigue la lista de las obras), *y me las llevo como un recuerdo de la campaña de* 1815.

(1) La cama de los soldados prusianos debia componerse de una almohada, un colchon, una manta de lana y dos sábanas de lienzo: la racion diaria consistia en dos libras de pan de candeal, una de carne, una botella de vino y una cantidad proporcionada de manteca, de arroz, de aguardiente y de tabaco. No eran de peor condicion los caballos, puesto que su racion diaria se componia de nueve libras de avena, seis de heno y seis de paja.

(2) Insertóse en los periódicos del 16 un *aviso* para anunciar al público que el gran canciller de la legion de honor (mariscal Macdonald) no podia recibir en audiencia hasta nueva órden, porque el palacio de la legion estaba lleno de soldados prusianos alojados militarmente.

medio de las principales plazas, y en los muelles mas anchos, unas barracas espaciosas y sólidas de madera, verdaderos cuarteles rodeados por un cordon de centinelas y cuyas avenidas estaban defendidas por cañones cargados.

Ineficaz era casi siempre contra los abusos de la conquista el socorro que ofrecian á los ciudadanos las autoridades constituidas de la capital, que tambien carecian de apoyo y de fuerza. La guardia nacional y los gendarmes, que eran las únicas fuerzas francesas organizadas, estaban subordinadas, por órden de Blucher y de Wellington, á la direccion superior del general prusiano Muffling, nombrado gobernador de Paris; pero no habia ciertamente que contar con este general, que era el hombre en quien habia depositado Blucher su mas íntima confianza, para detener el diluvio de requisiciones que cada dia y á cada hora iban haciendo muchos oficiales de estado mayor á las casas consistoriales, exigiendo palacios para sus generales, ó mesas, muebles y subsidios pecuniarios para los oficiales de sus respectivos cuerpos. Para contestar á semejantes demandas, formuladas en cien dialectos diferentes y con maneras generalmente brutales, el prefecto se vió en la necesidad de crear una oficina en donde se hablaban todas las lenguas de Europa; pero por mucha que fuera la diligencia con que procuraban satisfacerse las reclamaciones, impotentes eran el celo y el poder de Mr. de Chabrol y de sus empleados para cumplir con todas las exigencias. Blucher se mostraba personalmente intratable: habiendo exigido de la autoridad municipal el pago de los cien millones que habia impuesto á Paris por via de contribucion de guerra y cuya demanda habia quedado en las oficinas de la comision de gobierno en el momento de disolverse, el duque de Wellington le escribió dos partes para moderar su impaciencia, manifestándole «que si el ejército prusiano tenia derecho á disfrutar las ventajas de que le hacian digno sus vicios y su valor, no era justo que en una alcanza general todos los beneficios que resultaban de las operaciones comunes redundaran en provecho de una sola parte [1].» Blucher amenazó con apoderarse de todas las cajas públicas y de todos los fondos depositados en el tesoro y en el Banco, y así lo hiciera seguramente sino fuera por la llegada de los soberanos. Conservándose sin embargo el principio de la contribucion, el sacrificio quedó reducido á menores proporciones; Paris aplacó la cólera de los prusianos con diez millones, y para hacer la burla mas amarga, el encargado de percibirlos fué, como gobernador de la ciudad, el general Muffling, uno de los que habian firmado la capitulacion. De dicha suma debian pagarse cuatro millones á las 48 horas, y los restantes dentro de los ocho dias siguientes. El general Muffling instaló inmediatamente en las casas consistoriales, por via de discrecion, un oficial y cien soldados, que hasta el dia del finiquito se presentaron cada mañana en el gabinete del prefecto haciéndole memoria de la deuda y amenazándole con llevarle á Prusia sino la pagaba. Cuando salian del gabinete de Mr. Chabrol, los cien soldados y el oficial invadian las salas de las sesiones del cabildo municipal, apoderándose, si asi vale decirlo, de cada uno de sus individuos, renovando sus exigencias y sus amenazas, y permaneciendo muchas horas sin querer retirarse. Esta contribucion no fue obstáculo para que se impusieran otros impuestos en especie: la municipalidad del 10.° distrito recibió una demanda de diez mil pares de zapatos, y no habiendo accedido á esta exigencia, inmediatamente fueron invadidas y saqueadas muchas tiendas y casas. Habiendo probado á oponerse al saqueo uno de sus individuos, se vió al momento detenido y amenazado con ser encerrado en una fortaleza prusiana; y como presentan á sus instancias á Mr. de Chabrol, el cual le remitió á Mr. de Talleyrand, el primer ministro le echó en cara su resistencia y le aconsejó que se fugara ó que se escondiera para ganar tiempo [2]. Verdad es que las tropas inglesas no se hacian tan pesadas á la poblacion, por el solo hecho de estar acampadas en gran parte en el bosque de Bolonia, mas no por esto abrigaban menos deseos de cometer escesos: la ciudad de Paris les suministraba mucha leña, pero á pesar de su abundancia no pudo sustraerse el bosque á la devastacion, como que todos los árboles fueron derribados, y en algunos puntos quedó destruido por completo. Quejóse Mr. de Chabrol de tan salvaje dilapidacion en una memoria que Mr. de Talleyrand remitió á Wellington; mas este general, no contento con negar los hechos, se indignó por la audacia del empleado que se atrevia en tales términos á impugnar la disciplina de sus tropas, y pidió por consiguiente su destitucion. Mr. de Talleyrand estaba dispuesto á ceder, pero Mr. de Chabrol apeló al consejo de los ministros y al rey, y se vió conservado en su puesto.

La presencia de los soberanos ofrecia al menos en Paris un recurso, que no siempre era desatendido, contra los escesos de sus generales y sus soldados, y las autoridades hallaban en la proteccion inmediata del gobierno una especie de fuerza moral, de que carecian en cambio los empleados y las administraciones de los departamentos, donde no habia nadie que pudiera interponerse entre la poblacion y los invasores, de suerte que se ejercia en toda su fuerza el derecho de conquista. La primera víctima fué la ciudad de Versalles, pues aunque sus habitantes no habian resistido, nuestras tropas habian destruido dos regimientos prusianos á breve distancia de sus muros: así cuando Blucher entró en ella, abandonó muchas calles al saqueo, despojando enteramente numerosos edificios y destruyendo, entre otros, la fábrica de armas, de la que se salvaron únicamente las cuatro paredes [1]. Todos los habitantes recibieron al propio tiempo la órden de entregar sus armas bajo pena de muerte, y además de los dos millones que se impusieron á la ciudad y al departamento, fué preciso suministrar todos los objetos necesarios al equipo, al uniforme, y aljaez de mil y seiscientos hombres de infantería, de seis cientos hombres de caballería y de doscientos artilleros. Estas exacciones y rigores se estendieron con la invasion, cuyas tropas, engrosadas continuamente, alcanzaron en poco tiempo las estremidades mas apartadas del reino; porque si los cuerpos traidos por Alejandro y por el emperador de Austria eran los únicos que habian seguido al principio á las tropas de Blucher y de Wellington, no tardaron en pasar la frontera francesa nuevos contingentes de todos los estados de Europa. Estos estados hubieran permanecido neutrales en parte si hubiese continuado la lucha que se principió el dia 15 de junio, y aun es probable que algunos de ellos hubieran acogido ó solicitado nuestra alianza; pero por el solo hecho de quedar terminada la guerra y entregada impunemente Francia por sus jefes militares y por sus gobernantes, no resistia en ningun punto; no hubo príncipe alguno, por poco poderoso que fuese, que no concibiese deseos de aprovecharse de la derrota de esta nacion que por tanto tiempo se ha visto señora de los otros pueblos, y que no se envaneciera de pisar la tierra estranjera como vencedor y llevarse á su capital ó á su palacio sus trofeos ó una parte de sus despojos. Cada dia, desde el momento de la rendicion de Paris, se anunciaba la llegada de nuevas tropas: hoy se sabia que desembarcaban en Amberes y en Ostende algunas divisiones inglesas, y luego cundia la voz de que pasaban el Rhin ó el Mosa varias columnas de landwerh prusiana, bávara, sajona, danesa ó hanoveriana; en suma, la Europa entera se arrojaba sobre nosotros. Los mismos españoles se sintieron arrastrados de este impulso general, presentándose para intervenir en aquel inmenso banquete. Fernando VII reunió los pocos soldados que le quedaban en su esquilmado reino, componiendo dos reducidos ejércitos que penetraron en nuestro territorio por Navarro y por el Rosellon. Cerca de tres meses duraron estas invasiones, y todavia continuaron algunas en el mes de octubre, de suerte que en esta fecha, á escepcion de algunos departamentos situados al otro lado del Allier y del Loire y ocupados por nuestras tropas: Francia presentaba el aspecto de un inmenso campamento en donde se hallaban agrupados por naciones cerca de un millon y doscientos mil soldados fanáticos y pertenecientes á todos los pueblos de Europa. Para evitar la confusion y la acumulacion de tropas, los soberanos y sus generales se habian repartido nuestras provincias: Wellington con sus ingleses, sus holandeses, sus belgas y sus hanoverianos ocupaba el Henao, el Artois, el Cambresis y la Picardía con todos los departamentos comprendidos entre Paris y la frontera belga; Blucher y el general inglés habian conservado sus cuarteles generales en dicha capital; el Sena separaba los dos ejércitos, y los acantonamientos de los prusianos se estendian entre este rio, el curso del Loire y el Océano, es decir, á Normandía, al Maine, á Anjou y á Bretaña; los bávaros, wutembergeses, los hesseses y los austriacos se habian repartido las dos Borgoñas, el Nivernais, una parte del Borbones, el Lionés y el Delfinado, otro cuerpo de ejército austriaco, que habia bajado por los Alpes, se estendia por la Provenza y por una parte del Languedoc; los rusos se

(1) Partes 977 y 980 de la *coleccion citada*.

(2) El general Muffling desempeñaba no solamente el gobierno, sino tambien la policía superior de Paris, y para dar á conocer su conducta basta con citar el hecho siguiente. A 7 de octubre (tres meses despues de la entrada de Luis XVIII) tuvo lugar una riña delante del puente de Nuestra Señora, en la esquina de la calle Planche-Mibrey, entre algunos soldados aliados y varios trabajadores franceses. A las doce y media de la tarde del siguiente dia, 8, rodearon el barrio tres batallones prusianos con tres piezas de artillería, mandados por el general Pfuel, impidieron la circulacion, y despues de haber tomado sus posiciones descargaron las armas y los cañones en presencia de la muchedumbre. En seguida el general Pfuel hizo llamar á los propietarios y principales inquilinos de las casas mas notables, y despues de una sumaria instruida en mitad de la calle se llevó prisioneros á siete ú ocho. Este bloqueo duró mas de una hora.

(1) Todo el material de la fabricacion y todas las armas elaboradas fueron trasladadas á Prusia. Los numerosos carros en que iban aquellos despojos pasaron el Mosa en Lieja á 31 de julio.

habian reservado la Champaña y la Lorena, y finalmente la Alsacia quedaba abandonada á los badeses y á los sajones. Entre todas estas provincias habia muchas que nunca habian estado sujetas á la coyunda de conquistador alguno: así, era aquella la primera vez, desde el orígen de nuestra historia, que los prusianos paseaban sus estandartes victoriosos á través de nuestras antiguas ciudades normandas y bretonas, y que los húngaros pisaban como señores el suelo de nuestro litoral mediterráneo. Los prusianos avanzaban hasta los últimos límites de Morbihan y de Finisterre, surcando con el pie de sus caballos los campos que cubrian los despojos de los insurgentes vendeanos y de los chuanes, lo mismo que los de los soldados patriotas, envolviendo en la misma cólera y en el mismo desprecio á los realistas como á sus adversarios, registrando escrupulosamente los edificios públicos de cada ciudad y aldea, recogiendo como otros tantos trofeos todas las banderas tricolores que ondeaban en los campanarios, que flotaban en las puertas de las casas de los alcaldes y de los cuerpos de guardia, y que estaban destinadas á figurar en forma de fasces en las ceremonias públicas, y llevándose finalmente hasta las banderas de las corporaciones y de las iglesias (1).

Si nuestras poblaciones hubiesen tenido que soportar únicamente la carga impuesta de ordinario por el paso y por la permanencia de las tropas, hubiera sido menos intolerable; mas no parecia sino que cansada por una lucha de veinte y cinco años, Europa deseaba mas que todo enriquecerse y acomodarse, y que el objeto principal de cada príncipe, al invadir á Francia, consistia en hacer la fortuna de sus generales, renovando á costa nuestra el uniforme, el armamento y el equipo de sus soldados.

Ademas de los gastos ordinarios de la ocupacion, todos los departamentos y ciudades sufrieron requisiciones de casacas, zapatos, camisas, sillas de montar, galones y aun espuelas (2), de manera que en el departamento de las Ardenas las requisiciones de esta naturaleza ascendieron á mas de siete millones. En el mismo acto de llegar á Orleans, los prusianos impusieron á la ciudad una contribucion de guerra de seiscientos mil francos pagaderos antes de la noche, so pena de ejecucion militar. Advertidos por la municipalidad, los principales habitantes de la ciudad presentan hasta sus alhajas; pero no habiendo producido este sacrificio mas que una parte insignificante de dicha suma, destinada, como se decia, para Blucher, sale para París una diputacion compuesta de MM. Pilté-Grenet, Doyen y Tassin-Baguenault, con objeto de reclamar una reduccion; los tres orleaneses se presentan al general en jefe prusiano, que estaba fumando, casi ebrio y agachado en la alfombra de su dormitorio, y le esponen su demanda; pero Blucher se encoleriza, los colma de injurias, y por último consiente en una rebaja de ciento y cincuenta mil francos, pero con la condicion de que hicieran un regalo de cuarenta mil francos á su secretario particular. Esta contribucion de cuatrocientos noventa mil francos, que la municipalidad pudo satisfacer con la ayuda de un empréstito, marca la entrada de los prusianos; pero el dia de su salida, el general Steinaecker, gobernador de la ciudad, que habia pedido que el consejo municipal le votase una espada de honor, se negó á admitir la espada y les exigió en su lugar una partida de napoleones en oro y un reducido presente de ciento veinte y cuatro francos en plata. Los prusianos entraron en Orleans á 13 de julio y salieron á 10 de agosto, pero luego entraron los bávaros, y por último los rusos y los ingleses; los veinte y siete dias de su ocupacion habian costado á la ciudad mas de dos millones, debiendo advertirse que no se incluyen en esta suma los gastos que tuvo que sufragar cada habitante para mantener á los soldados, que estaban alojados de diez en diez ó de doce en doce en todas las casas, y no debiendo tampoco omitirse que la municipalidad tuvo que satisfacer hasta muchas cuentas de clavos, de suelas, de medicamentos y de vendajes (3).

Además no solamente los aliados se llevaban la artillería, las armas, las municiones, y las provisiones de las plazas de guerra cuyas puertas se les abrian, sino que las mismas ciudades abiertas tenian que entregar sus armas blancas y de fuego, porque en todas partes se desarmaba el pueblo, y para decirlo en una palabra, no quedaron esceptuadas siquiera las escopetas de caza. En París los aliados no se contentaron con arrebatar todo el material que formaba el armamento de aquella capital, puesto que habian exigido la entrega de diez y ocho mil fusiles en mal estado, que el gobierno hizo reparar á su costa y que les entregó el dia 14 de agosto en Vincennes, con ochenta piezas de artillería que se hallaban depositadas en esta fortaleza.

Los aliados se aprovechaban del menor incidente, como de un pretesto para imponer una contribucion de guerra. Al atravesar el departamento del Ain en direccion á la Italia en los últimos dias de julio, el cardenal Fesch se detuvo un dia en Bourg, donde dijo misa, y al salir de la iglesia fué acogido con los gritos de *viva el emperador*. Para castigar estos vivas sediciosos, el general austriaco impuso á la ciudad una multa de sesenta mil francos, que los habitantes tuvieron que pagar á las veinte y cuatro horas. El segundo regimiento de la guardia wurtembergesa, que hacia cinco semanas que estaba acantonado en la villa de Cheroy, situada en el departamento del Yonne, y en las aldeas vecinas, agotó en breve tiempo todos los recursos de aquellos pueblos, y habiendo recibido la órden de partir, el coronel que estaba alojado en casa del alcalde de Cheroy manda prender á este empleado y le declara prisionero hasta que pague un rescate de dos mil cuatrocientos francos. En tanto que dos individuos del consejo municipal se dirigen á Sens para reunir este rescate, el mismo oficial convoca á los alcaldes de todos los pueblos en donde habia destacamentos, y aunque estos se apresuran á obedecer, se ven detenidos á medida que van llegando, y encerrados en una granja, con la mano derecha atada al pie izquierdo por los soldados, que al propio tiempo les anuncian que no recobrarán el libre uso de sus miembros y de su persona hasta que hayan entregado al coronel cuatrocientos, quinientos ó seiscientos francos, segun la importancia de cada aldea. Algunos pueblos tardaron en verificar el pago, por lo que nuestros alcaldes continuaron presos y encerrados por espacio de tres dias y tres noches. Finalmente satisfechos todos los rescates, el regimiento se halló ya en disposicion de ponerse en marcha, pero antes de verificarlo tiene lugar otra requisicion que despoja á los campesinos en provecho de la tropa, de todos los caballos, ganados, granos y forrajes que les quedaban.

Al ver tan múltiples y exageradas exacciones, muchos campesinos abandonaban sus viviendas; los mas pobres se refugiaban en los bosques con sus muebles y ganados, al paso que los mas ricos se retiraban á las ciudades. Troyes entre otras vió acudir al recinto de sus muros á las autoridades municipales de muchos pueblos del departamento del Aube; pero esta desercion se observaba especialmente en las aldeas situadas en los caminos mas concurridos. La cólera de los soldados aliados se cebaba en las casas abandonadas, que en consecuencia quedaban arruinadas é incendiadas, al paso que se destruian las plantaciones, y los caballos devoraban las cosechas. «El estrago no puede ser mayor, decia Fouché al rey en una memoria fechaba á primeros de setiembre y destinada á los soberanos aliados; la ruina, la devastacion y la destruccion no pueden ser mas completas, como si no hubiera que esperar paz ni composicion. Los habitantes emprenden la fuga á la vista de los soldados indisciplinados; los bosques están llenos de infelices que van á buscar en ellos el último asilo; perecen las mieses en los campos; la desesperacion se resistirá en breve á la voz de la autoridad, y esta guerra, emprendida para el triunfo de la moderacion y de la justicia, competirá con la barbarie de aquellos invasores deplorables y

(1) Estos singulares trofeos, pacíficas conquistas de la ocupacion, fueron reunidos en gran número en el principal salon del arsenal (*zeughaus*) de Berlin. Los prusianos los muestran diariamente á los estrangeros como otros tantos despojos arrebatados á nuestras tropas, mas no dejan de abstenerse de decir en que batallas.

(2) Los diarios del 3 de octubre de 1815 publicaban una lista de las provisiones que exigieron los bávaros en el solo departamento de los Vosges. Esta lista comprendia una porcion de artículos, de los que citaremos los siguientes: cada oficial debia recibir cuatrocientos francos en dinero para gastos de equipo, pero los objetos correspondientes al equipo de los soldados eran en especie, y consistian en ciento y cincuenta mil varas de paño, cuatrocientas de encerado, doscientas mil de lienzo para camisas y cincuenta mil para forros, cuarenta y cinco mil de diversos galones para húsares y tambores, nueve mil de cordon, doscientas y cincuenta onzas en galones de oro y plata, ciento y quince mil docenas de botones de asta, de metal y de hueso, diez mil docenas de broches, cascos, shakos, gorras de pelo, mochilas, pieles de becerro y de carnero, medias, botas, espuelas etc.

(3) El comisario prusiano que iba cada mañana á la caja municipal para cobrar el sueldo diario de las tropas tomaba *cada vez* para sí una partida de doscientos francos, para remunerarse, como decia á Mr Crignon de Bellevue, que era el recaudador, por el trabajo de cobrar. Y para que no se crea que semejantes robos fuesen privilegio esclusivo de los agentes de los comisarios prusianos, referiremos el hecho siguiente. Deseando uno de los mas fogosos realistas de Orleans festejar á aquellos estrangeros, convidó á los principales oficiales á comer en una quinta que poseia en las orillas del Loire. Concluido el banquete el oficial que tenia á la derecha le preguntó la hora; apresuróse el huesped á sacar un magnífico reloj de repeticion para satisfacer á su pregunta, y habiéndolo tomado el prusiano só pretesto de examinarlo, se lo metió en el bolsillo diciendo que se quedaba con aquella *fruslera* para tener un recuerdo de su huésped. Este último tambien hacia uso de una hermosa tabaquera de oro que, seguramente por vanidad, dejaba sobre la mesa; pero el otro oficial, que tenia á la izquierda, viendo la desaparicion del reloj, se apoderó de la tabaquera diciendo que se llevaba aquel *cofrecito* para regalarlo á su mujer, que se habia quedado en Berlin. No tardó en hacerse contagioso este ejemplo, puesto que no hubo convidado que no se metiera en el bolsillo su respectivo cubierto.

sobradamente célebres que la historia recuerda con horror.» Para colmo de degradacion, los empleados nombrados por el nuevo gobierno tenian que permanecer espectadores silenciosos de aquellos males intolerables, sin que se les permitiera quejarse, porque la queja era castigada como un insulto y un ultraje á los soberanos aliados. Verdad es que hicieron algunas reclamaciones tres prefectos, que al parecer debian hallarse á cubierto de toda violencia por el estrecho parentesco que los unia con tres individuos del gabinete de Luis XVIII: tales eran el baron de Talleyrand, prefecto del Loiret y primo hermano del presidente del consejo; Mr. Pasquier, prefecto del Sarthe y hermano del ministro de justicia; y Mr. de Gasville, prefecto del Eure y yerno del canciller Dambray; pero lejos de defenderlos su posicion elevada ni sus alianzas, no parecia sino que la insolencia de la proteccion que otorgaban los aliados á la restauracion de la monarquía los habia escogido para hacer en ellos un ejemplar. En efecto, todos tres se vieron arrebatados de su domicilio á la fuerza, estrañados del reino con escolta y trasportados á Prusia, en donde estuvieron detenidos cerca de dos meses. Por lo demás, los generales y los soberanos obraban en todo como pudieran hacerlo en su casa. A 7 de julio, el conde de Olonne, antiguo emigrado, general mayor al servicio de Prusia y gobernador militar de Nancy, anunció en una proclama dirigida á los habitantes, que todos los que se atreviesen á perturbar la tranquilidad pública ó que se permitieran el menor insulto contra el soldado aliado, serian presos en el acto y juzgados militarmente con todo el rigor de las leyes rusas. El dia 2 de agosto se oyó una salva de cien cañonazos que despertó todos los ecos de París; cada uno de sus habitantes tuvo que doblar la racion de los soldados alojados militarmente en su casa, y por la noche aparecieron iluminados muchos edificios públicos, era que se celebraba el aniversario del nacimiento de S. M. prusiana. Y no se crea que aquella humillacion y afrenta durase algunos dias ó semanas, sino muchos meses. París y no pocos departamentos del este y del centro sufrian todavía la presencia del estranjero en los primeros dias del año 1816, y como veremos mas adelante, la ocupacion de nuestros departamentos del norte se prolongó hasta 1818.

No estaba sin embargo perdido todo, ni aun despues de la rendicion de París, porque Francia tenia aun un ejército bastante numeroso, cuya fuerza se habia aumentado hasta ciento y sesenta mil hombres por la incorporacion de los diferentes cuerpos que se hallaban diseminados en las partes meridional, oriental y occidental del reino, sin contar las guarniciones de las fortalezas de primer órden, y treinta mil marineros que formaban veinte regimientos de infantería. Los estranjeros, cualquiera que fuese su número, hubieran estado menos insolentes y se hubieran visto obligados á contar con semejante fuerza si el jefe que la mandaba hubiese comprendido su mision, é interviniendo entre Francia y los aliados hubiese contestado á las brutales exigencias de los soberanos amenazándoles con una nueva lucha, porque todas las probabilidades eran favorables. ¿En donde estaban sino las tropas de España, cuando sujetada por las tropas de Napoleon se sublevó para recordar su independencia? Al principio la bandera de insurreccion ondeaba tan solo en Cartagena y en Cádiz; la capital y todas las ciudades mas populosas se mostraban sumisas; los españoles adictos al gobierno de José y mezclados en nuestras filas eran bastante numerosos, y sin embargo la insurreccion consiguió espulsarnos. Se ha dicho que España no tenia que combatir con otros enemigos que con las tropas imperiales, pero lo cierto es que España se encontraba sin soldados, al paso que Francia contaba para la lucha con un ejército apoyado en numerosas y formidables fortalezas y con una poblacion que sobre ser tres veces mas crecida que la nacion española, se hallaba mucho mas aguerrida y no menos resuelta. Y no se crea que nos entreguemos á suposiciones gratuitas. «En 1815, ha dicho el mismo Mr. de Lafayette, no se faltaron á sí mismos el ejército ni la poblacion, sino algunos jefes militares y el gobierno provisional, que faltaron á la pueblo y al ejército.» Aunque abandonados á sus propias fuerzas, los campesinos de Alsacia, de Lorena y de los Vosges probaron entre otros á detener la invasion, pero vieron incendiadas sus aldeas, y no pocos destacamentos de aquellas buenas gentes, cogidos con las armas en la mano, fueron conducidos como prisioneros de guerra á Vurtemberg, á Baviera y á Prusia. En Chalons el pueblo y los alumnos de la escuela de artes y oficios defendieron por sí solos la ciudad contra los rusos; á las puertas mismas de París, si así vale decirlo, en Chateau-Thierry los rusos no pudieron pasar el Marne hasta despues de haber triunfado de la resistencia de los habitantes de las cercanías. La marcha de los aliados quedaba interrumpida á cada paso por los insurrectos de los departamentos del este y del centro; algunos de estos destacamentos, entre otros el cuerpo formado en los Vosges por el coronel Brice, que era uno de los oficiales mas valientes y mas entendidos de nuestro ejército, no consintieron en deponer las armas hasta despues de haber causado al enemigo pérdidas considerables, y hasta que al ver la inutilidad de la lucha consiguieron de los generales aliados las condiciones que les plugo imponer; de suerte que las poblaciones de nuestros campos no carecian de valor y de patriotismo, pudiendo darse por cierto que con la mas leve señal y con un solo punto de apoyo hubieran empeñado y sostenido una lucha formidable. No ignoraban los soberanos que el ejército del Loire podia dar una y otro, y habiendo previsto el peligro se apresuraron á conjurarle cubriendo el territorio de Francia con sus tropas, encerrando el antiguo ejército imperial en medio de un millon y ciento cincuenta mil soldados y exigiendo su inmediata disolucion. Esta disolucion habia sido el objeto de la primera nota de los aliados al consejo de Luis XVIII.

«Vencido por los ejércitos de Europa, ha dicho lord Wellington, el ejército francés fué disuelto de comun acuerdo de los soberanos (1).» Esta es la resolucion que significó el conde de Nesselrode al gobierno real en una nota escrita en nombre de todas las potencias y en la que decia: «El tratado de alianza concluido en Viena á 25 de marzo ha sido dirigido contra Bonaparte, contra sus allegados y particularmente contra el ejército francés, que ha turbado muchas veces la paz de Europa con una ambicion desordenada y con una sed insaciable de conquistas. Decididos por la necesidad de la paz universal, el emperador de Rusia y sus aliados exigen el licenciamiento de este ejército como una condicion imperativa, no solamente por el interés de S. M. T. C., sino tambien para el reposo de todos los pueblos.» En efecto, Luis XVIII era bastante desgraciado para creerse tan interesado como los aliados mismos en el licenciamiento del ejército que todavía se hallaba armado por la causa nacional, pues esta causa, merced á las circunstancias, no era por cierto la causa de los Borbones, y los soldados, resueltos á sostenerla, lejos de ser defensores del gobierno real, eran unos adversarios que importaba quitar de delante. En el acto de salir de Lila en 23 del mes de marzo anterior, el rey habia espedido un decreto que en el artículo quinto conminaba con el licenciamiento á todos los oficiales y soldados que obedeciendo las órdenes militares ó los decretos de conscripcion del gobierno llamado imperial tomasen parte en la revuelta y se pusiesen al servicio del usurpador. En 16 de julio, ocho dias despues de la segunda entrada de Luis XVIII en las Tullerías, salió otro decreto, motivado por el mismo artículo quinto, que disponia la disolucion del ejército, reorganizándole de la manera siguiente: infantería, ochenta y seis legiones departamentales de tres batallones cada una; caballería, un regimiento de carabineros, seis de coraceros, diez de dragones, veinte y cuatro de cazadores y seis de húsares; artillería, ocho regimientos de á pié y cuatro de á caballo; cuerpo de ingenieros, un regimiento.—No era tan fácil ejecutar esta doble medida como disponerla, porque á la sazon el ejército del Loire aun no se habia sometido, de suerte que su bandera continuaba siendo la tricolor: así el gobierno creyó conducente abstenerse de publicar este decreto hasta que Davoust le hubiese preparado los medios indispensables para la disolucion.

El príncipe de Eckmuhl habia dejado en París á los generales Haxo, Gerard y Kellermann en calidad de comisarios del ejército, y por consiguiente medianeros entre el mismo y el gobierno. El resultado de las primeras comunicaciones que entablaron estos comisarios despues de la segunda entrada de Luis XVIII, fué una proclama de Davoust al ejército, fechada en Orleans el dia 11 de julio, y en la que decia el mariscal á sus tropas:

«Los comisarios aseguran que no hay que temer reaccion alguna, que las pasiones serán neutralizadas, que los hombres y los principios serán respetados, que no habrá destituciones arbitrarias en el ejército ni en otra clase alguna de la sociedad, y finalmente «que el ejército será tratado cual cumple á su honor;» tales son las propias espresiones de los comisarios. Como prueba y garantía de lo que dicen, anuncian que se ha nombrado ministro de la guerra al mariscal Saint-Cyr, que el duque de Otranto es ministro de policía, y que si este acepta dicho cargo es porque está seguro de que el gobierno marchará por la senda de moderacion y de prudencia de que el mismo Fouché ha dado ejemplo constantemente.

»Con semejantes condiciones el interés nacional exige que el ejército se reuna francamente al rey, haciendo de buen grado y con energía modesta los sacrificios consiguientes, y si nuestras desgracias se agravasen, el ejército continuará unido y subsistente como el centro y el punto de reunion de todos los franceses, sin esceptuar á los realistas mas exagerados. Unámonos, pues, estrechemos nuestros lazos, no nos se-

(1) Parte de Wellington á lord Castlereagh, núm 907 de la coleccion citada.

paremos jamás, y seamos franceses, pues no ignorais que este sentimiento, que siempre me ha dominado de una manera esclusiva, no me abandonará nunca hasta mi último suspiro. A este título reclamo vuestra confianza, y estoy tan seguro de merecerla como de alcanzarla.»

Esta proclama, que reproducia todas las ilusiones y promesas á que debe atribuirse la entrega de Paris sin condiciones y sin combate, y en la que Davoust declaraba que «el interés nacional exigia que el ejército se reuniera francamente al rey,» era la preparacion de otra medida mas decisiva. Cuatro dias despues, 15, los tres comisarios entregaron la siguiente esposicion á Gouvion Saint-Cyr para que la pusiera en manos del rey.

«Señor: Penetrado de los males de la patria, y deseando con toda la vehemencia de que es susceptible atajarlos y prevenir la guerra civil, el ejercito que se halla á las órdenes del mariscal príncipe de Eckmuhl nos ha diputado á V. M. para manifestarle el deseo que le anima de someterse á ella, induciendo con su ejemplo á los vasallos estraviados por lo estraordinario de las circunstancias.

»Lleno de confianza en los generosos sentimientos de V. M., se lisonjea de que recibireis bondadosamente su sumision, y no duda que echando un velo sobre lo pasado no cerrareis vuestro corazon á ninguno de vuestros hijos.»

Este paso suponia tambien el abandono de la escarapela tricolor, y efectivamente no se hizo esperar mucho este cambio de bandera. Dos dias despues, 17 de julio, el mariscal publicó en su cuartel general, establecido en las cercanías de Orleans, otra proclama que anunciaba á las tropas la sumision hecha en nombre de las mismas y en el suyo propio por los generales Kellermann, Gerard y Haxo, y luego decia:

«Soldados, á vosotros os cumple completar esta sumision con vuestra obediencia: enarbolad la bandera y la escarapela blanca. Se que os pido un gran sacrificio, porque hace veinte y cinco años que llevamos estos colores, pero sin duda lo hareis, porque es un sacrificio que nos exige el interés de la patria.

»Soldados, soy incapaz de daros una órden que no este basada en estos sentimientos ó que este en pugna con el honor... Conservad para la patria un ejercito valiente y numeroso (1).»

Verdad es que el ejército murmuró, pero tambien es verdad que obedeció. Desde luego se dejó ver que esta sumision y cambio de bandera ponian al gobierno en libertad de publicar el decreto del 16, pero los ministros estaban meditando en una medida que retardó esta publicacion. «Los aliados se burlarán de vosotros; no tardareis en derramar lágrimas de sangre,» habia dicho Napoleon al bajar del trono, y esta prediccion se cumplió mas pronto que seguramente habia creido el mismo emperador. Diez dias despues de haberse sometido el ejército del Loire al gobierno real, salió un decreto, en virtud de los hechos siguientes, que introdujo el estupor y la consternacion entre sus jefes.

Al exigir la disolucion del ejército, los soberanos, sus generales y sus ministros se manifestaban altamente sorprendidos al ver que el gobierno no perseguia ni castigaba los hechos de los últimos cuatro meses, y se quejaban de que ni siquiera se formase causa á un solo general. «No es Bonaparte el único culpable de la infraccion del tratado de Paris, decian; Bonaparte ha caido, y por consiguiente nada tenemos que temer por su parte; pero todavía conserva algunos partidarios entre sus cómplices, y es necesario castigarlos ó desterrarlos, no solamente porque así lo exige el interés de la monarquia, sino tambien el de toda la Europa.—Si no os atreveis á castigarlos en razon de su número, decian los oficiales rusos, nosotros nos encargaremos de hacerlo y los trasportaremos á Siberia.—Si no se castiga á todos los caudillos de la constitucion, añadian los representantes ingleses, no tardaremos un año en ver de nuevo trastornada la Europa.» Tanto los estranjeros como los realistas creian que el regreso de la isla de Elba y la jornada del 20 de marzo eran efecto de una vasta conspiracion militar, tramada por una faccion revolucionaria y antisocial cuya existencia amagaba la civilizacion y todos los tronos; y por un singular enlace de las ideas, así los coligados como los enemigos del antiguo régimen personificaban este partido revolucionario en la comision de salvacion pública y en Napoleon. En cuanto se suscitó este asunto, todas las diputaciones de los departamentos fuéron á felicitar á Luis XVIII por su restablecimiento, al paso que los cuerpos constituidos y los diarios de Paris, sin esceptuar los periódicos ingleses y alemanes, arrastrados por el ejemplo de algunas imaginaciones exaltadas ó caractéres veleidosos, como Mr. de Chateaubriand y otros escritores, pusieron el grito en el cielo contra los peligros de una clemencia intempestiva, reclamando ejemplares y garantías. Atendida la promesa que hiciera quince dias antes Luis XVIII en su proclama de Cambrai, podia creerse que tan apasionadas reclamaciones no hubieran existido. «Prometo yo, que nunca he prometido en vano, decia el rey en 28 de junio, perdonar á los franceses estraviados, esceptuando únicamente á los autores é instigadores de la trama, que serán designados por las dos cámaras á la vindicta de las leyes.» Estas cámaras ni existian ni estaban convocadas siquiera; así el hecho de proscribir por un simple decreto era una doble infraccion de tan solemne promesa; y luego ¿cuáles eran los nombres que debian proscribirse ó los culpables á quienes debia castigarse? todos los ministros sabian que el desembarco de la isla de Elba no era efecto de conspiracion alguna; no debiendo omitirse que entre ellos habia uno que habia conspirado antes del 20 de marzo; que habia sido ministro de policía durante los cien dias y jefe del gobierno siguiente, y que sabia mejor que nadie que el regreso de Napoleon fué un acontecimiento imprevisto que trastornó ciertos planes del todo estraños á su restablecimiento. Es pues evidente que la dificultad era grande, pero los representantes estranjeros iban multiplicando las notas en nombre de sus soberanos y haciendose de cada vez mas apremiantes. El ministerio encargó á Fouché que calmara aquella fiebre de proscripcion, poniendo de manifiesto las dificultades como la inutilidad de los castigos, á cuyo objeto el duque de Otranto remitió á los ministros de las cuatro grandes potencias en 20 de julio una memoria de la que trascribimos los siguientes pasajes, que son ciertamente los mas notables:

«..... No se habia observado con bastante eficacia (antes del 20 de marzo) que era imposible terminar una revolucion de veinte y cinco años sin precauciones, sin miramientos y sin conciliaciones, de suerte que muchas desgracias deben atribuirse á esta falta de prevision. ¿A que negarlo? un celo imprudente y exagerado por las reglas y las máximas de la antigua monarquía hizo cometer muchas faltas á los realistas y aun á algunos ministros del rey, resultando en consecuencia ciertas inquietudes de varias especies, cierta mudanza en la opinion y cierta indiferencia en el gobierno.

»No pudiendo sustraerse á sus cálculos esta oposicion moral, que era conocida de toda la Europa, no necesitó Bonaparte otros impulsos para echarse en medio del descontento general y de aquellos elementos de discordia. Así como hubieran podido hacer abortar sus proyectos las peligrosas contingencias de una conspiracion y del secreto indispensable, tambien pudo contar de una manera bastante cierta con el estupor que produce siempre una gran novedad, y con la irreflexion ó impulso de los ánimos cuando se ven repentinamente sobrecogidos por una empresa audaz é inesperada.

».... De las muchas investigaciones que se han hecho, resulta que nadie tuvo noticia de conspiracion alguna que acarreara y precediera á la llegada de Bonaparte á las costas de Provenza, y antes de acusar á nadie en este punto ¿no debiéramos acusar primeramente á los ministros del rey que no acertaron á sospechar ni prevenir la partida de la isla de Elba? Todo lo que ha ocurrido despues del desembarco ha sido el deplorable resultado de la precipitacion y de la ceguedad de los primeros impulsos. Desde luego se deja ver que no fué ni pudo ser un puñado de soldados el que protegió á Bonaparte en la ciudad de Lyon en medio de un pueblo de cien mil almas. Algunos hay que en aquella época penetraron mas que los otros, pero el uno dirá que no pudo resistir al impulso de los oficiales y de los soldados; el otro probará que se vió abandonado de sus tropas ó arrastrado en su movimiento, y el resultado de los esfuerzos que se hiciesen para convencer á un culpable de importancia seria el reconocimiento de la inocencia ó el descubrimiento de millares de cómplices. Tampoco es posible ocultar que semejantes pesquisas parecen todavía mas odiosas en medio de las desgracias públicas: á tan inútiles venganzas se contestaria con las magnánimas declaraciones de los soberanos; á nadie podria persuadirse que estos las exigen, de suerte que todas serian imputadas esclusivamente al rey, sin que tampoco se echara en olvido que el mismo Bonaparte observó cierta moderacion en los últimos momentos de su peligroso poder. ¿Y qué podria contestarse cuando se dijera que «el trono debia preservar á Francia del regreso de Bonaparte con un celo siquiera igual al que debia desplegar Francia para preservar al trono.»?

(1) En esta proclama del 17 de julio como en la del 11, Davoust anunciaba al ejercito que los vendeanos habian ofrecido hacer causa comun con él contra la invasion. Llevado de su credulidad de costumbre, el mariscal habia creido seguramente que las protestas de algunos realistas aislados eran la espresion de los sentimientos de los insurgentes del oeste, siendo así que los antecedentes de este partido y su reciente sublevacion desmintieron semejante propuesta. De manera es que en cuanto fueron conocidas las protestas muchos jefes vendeanos se apresuraron á protestar contra cualesquiera reuniones no ordenadas por el rey, y los dias del 3 de agosto publicaron una carta del general y de los principales oficiales de tercer cuerpo del ejercito vendeano, entre otros, que rechazaban hasta la idea de una alianza tan singular.

»Finalmente si queremos descartarnos de ocho ó diez individuos, porque apenas llegarian á este número, no tenemos que hacer otra cosa que esperar algunos momentos, porque estos individuos acabarán por retirarse espontáneamente. Como quiera, bastaria con un aviso de la policía para alcanzar el objeto sin destruir la seguridad ni comprometer la clemencia.»

No era posible plantear el problema en mejores términos, referir mas exactamente los hechos ni esponer unas reflexiones mas justas y verdaderas. ¿Y quién podia hacerlo con mas autoridad y mas perfecto conocimiento de causa? A la respuesta de los ministros estranjeros, de que sus amos exigian sin demora castigos ejemplares por una de estas cobardes condescendencias que marcan tan frecuentemente la carrera de los ambiciosos y de los políticos inmorales, Fouché se propuso hacer redundar en provecho de su adhesion y de su lealtad á los Borbones el acta que acababa de declarar inútil, impolítica y odiosa; encargóse de designar á los proscritos, y el dia siguiente presentaba á sus colegas una lista de ciento y diez nombres, donde aparecian confundidos en estraña mescolanza varios mariscales, antiguos ministros, diputados que habian intervenido en sentidos opuestos en las ocurrencias de los cien dias, algunos personajes que no habian salido á la escena política desde los tiempos del consulado, otros que en 1814 habian cesado en su activo servicio, y finalmente otros cuyo nombre era completamente desconocido, sin que jamás hubiese figurado en un acta ó en un hecho político de alguna cuenta. Se ha dicho que la inscripcion de estos últimos fué dictado por un sentimiento de venganza personal, y otros han sido de parecer que Fouché se habria propuesto sacrificar cómplices oscuros: lo cierto es que á Mr. de Talleyrand le pareció muy chocante la profunda insignificancia de los últimos nombres, de suerte que no pudo menos de soltar una carcajada diciendo: «Duque de Otranto, vuestra lista contiene, á mi ver, muchos inocentes.» En cambio Fouché habia inscrito religiosamente los nombres de los generales que habian conspirado con él en favor del duque de Orleans cuando el desembarco de la isla de Elba; de los que él mismo habia arrastrado á la calaverada militar del 11 de marzo, que le valió la cartera de la policía imperial; de la mayor parte de los ministros y empleados superiores que habian servido á su lado y á sus órdenes, entre otros el prefecto de policía colocado bajo su direccion inmediata, no solamente antes, sino despues de la abdicacion, y que tan notable servicio le habia prestado cuando su primera intriga con Mr. de Metternich; de los individuos mas influyentes de la cámara de los representantes que le habian subido al poder, y entre los cuales se contaba á MM. Lanjuinais y Flaugergues, á quienes el mismo Fouché nombró un mes despues presidentes de colegios electorales. Por último, como decia tambien Mr. de Talleyrand, á ninguno de sus amigos habia olvidado el duque de Otranto en aquella lista de muerte ó de destierro, sin esceptuar á los colegas mas dóciles que tenia en el gobierno provisional, Caulaincourt y Carnot. Por un contraste que puede esplicarse con una falta completa de percepcion moral ó con una profunda indiferencia del mal y del bien, que es mucho mas comun de lo que generalmente se cree entre los hombres que anhelan con vehemencia por una existencia grande ó por una encumbrada posicion política, con la misma mano con que escribia su lista de proscripcion firmaba Fouché pasaporte á los proscritos, facilitando á muchos de ellos y de los fondos de policía el dinero necesario para que pudieran espatriarse, y á pesar de ser un viejo miserable, ajado y decrépito, preparaba las fiestas de su segundo casamiento con una jóven interesante de familia aristocrática, la señorita de Castellane (1).

Muchas fueron las reclamaciones que provocó en el consejo la lista de Fouché. Los puestos mas elevados, que el dia anterior estaban ocupados todavía por muchos proscritos, habian establecido relaciones de varias clases entre ellos y la mayor parte de los individuos del gabinete, que por consiguiente determinaron interponer su influjo para que se borrasen algunos nombres. Este primer ataque redujo á ochenta el número de los proscritos, mas no dejaron tambien de tener sus protegidos los soberanos estranjeros que habian provocado aquella medida y aun el mismo rey. Luis XVIII, á lo que se dice, borró el nombre de Benjamin Constant; el czar hizo tambien borrar el de Caulaincourt y trasladar á la segunda categoría al general Piré que se hallaba en la primera, y en breve quedó reducida la lista á los nombres de los jefes militares que mas se habian comprometido cuando el regreso de la isla de Elba, y de los hombres que no pudieron ó no quisieron solicitar ninguna de las intervenciones á la sazon influyentes. Finalmente, en el último consejo celebrado se contrajo la lista á cincuenta y siete nombres, á saber: 19 para la 1.ª categoría y 38 para la 2.ª; y á 24 de julio, diez y seis dias despues de la traslacion de la memoria cuyos principales pasajes hemos reproducido, Fouché refrendaba y remitia al *Monitor* el decreto siguiente:

«Deseando castigar un atentado sin ejemplo, aunque graduando la pena y reduciendo el número de los culpables, á fin de conciliar el interés de nuestros pueblos, la dignidad de nuestra corona y la tranquilidad de Europa con los deberes de la justicia y con la completa seguridad de todos los otros ciudadanos indistintamente;

»Hemos declarado y declaramos, mandado y mandamos lo siguiente:

»Art. 1.º Los generales y oficiales que hicieron traicion al rey antes del 23 de marzo, los que han atacado á Francia y al gobierno á mano armada, y los que se han apoderado del poder por medio de la fuerza serán detenidos y presentados á los consejos de guerra competentes en sus divisiones respectivas, á saber:

»Ney, Labedoyere, Lallemand el mayor, Lallemand el menor, Drouet-d'Erlon, Lefebvre-Desnouettes, Ameil, Brayer, Gilly, Mouton-Duvernet, Grouchy, Clausel, Laborde, Debelle, Bertrand, Drouot, Cambronne, Lavalette, Rovigo.

»Art. 2.º Los individuos siguientes:

»Soult, Alix, Excelmans, Bassano, Marbot, Felix Lepelletier, Boulay (del Meurthe), Mehee, Freissinet, Thibaudeau, Carnot, Vandamme, Lamarque (general), Lobau, Harel, Piré, Barrère, Arnault, Pommereul, Regnault (de Saint-Jean-d'Angely), Arrighi (de Padua), Dejean hijo, Garrau, Real, Bouvier-Dumolard, Merlin (de Douay), Durbach (1), Dirat, Defermon, Bory de Saint-Vincent (2), Felix Desportes, Garnier (de Saintes), Hullin, Mellinet, Cluys, Courtin, Forbin-Janson, hijo primogénito, y Lelorgne Dideville, saldrán de la ciudad de Paris dentro de tres dias y se retirarán al interior de Francia, en los puntos que les indique nuestro ministro de policía general, en donde permanecerán sujetos á su vigilancia hasta que las cámaras determinen cuáles son los que deben salir del reino y cuáles los que deben entregarse á la accion de los tribunales.

Art. 3.º Los individuos que resulten condenados á salir del reino podrán venderse los bienes y las propiedades en el espacio de un año, disponiendo de su producto y sacándole de Francia. Entretanto podrán recibir su renta en el estranjero, con tal que justifiquen haber obedecido el presente decreto.

»Art. 4.º Las listas de los artículos 1 y 2 se contraen esclusivamente

(1) Este casamiento se celebró seis dias despues de haberse publicado el decreto de proscripcion.

(1) La inscripcion de Mr. Durbach debe seguramente atribuirse al pormenor siguiente. El dia mismo de la capitulacion, Mr. Durbach y el general Solignac se presentaron muy de mañana en casa de Mr. Dupont (de l'Eure) y le dijeron que deseando tener una esplicacion seria con Fouché, le suplicaban que como vicepresidente de la cámara se sirviera concurrir á la entrevista. «Jamás he puesto los piés en casa del duque de Otranto, le contestó Mr. Dupont (de l'Eure), ni tampoco le he hablado sino en reuniones oficiales; pero si os conviene mi presencia para tratarle como merece, os acompañaré.» Estos tres personajes sorprendieron á Fouché en el acto que estaba acicalandose, y Mr Durbach que era un coloso alsacio cuya voz en los instantes de animacion adquiria un formidable volúmen, se acercó á Fouché y esclamó «Duque de Otranto, corren nuevas muy estrañas, pues aseguran que nos estais vendiendo.— Y yo espero que no dareis crédito á ninguno de semejantes rumores mi querido señor de Durbach, contestó Fouché sin volver el rostro siquiera y la mas tranquila sonrisa, ¡yo venderos! añadió sonriéndose.— A mí me parece imposible, replicó Mr. Durbach; esto es lo que digo á mis amigos. Y luego basta con reflexionar que aun cuando quisierais, no podeis hacerlo, porque ¿quién es en resumidas cuentas el duque de Otranto? ¿Acaso este duque imperial no es el mismo Fouché de Nantes, el Fouché convencional, el regicida, el procónsul de Lyon, el primero que seria ahorcado si se entronizara de nuevo á los Borbones? Y por fin, añadió Mr. Durbach con voz mas fuerte y fijando la vista en Fouché: ».El duque de Otranto no ignora que si nos entregase á los Borbones, su vida nos responderia de su traicion!» Fouché continuó sonriéndose sin dejar de acicalarse. »Señor de Durbach, dijo á este último cuando hubo concluido su amenaza, me complazco en reconocer que no me he equivocado, siempre me habeis parecido hombre de valor y de inteligencia. Sí, lo que decís es muy cierto: seria preciso que fuera yo muy insensato para que pensara en el restablecimiento de los Borbones. Y luego yo seria mas culpable que otro cualquiera, puesto que sé de qué son capaces: los conozco mejor que nadie.» É inmediatamente Fouché se puso á referir las anécdotas mas singulares de todos los individuos de la familia real «¿Qué tal? dijo Mr. Durbach á Mr. Dupont (de l'Eure) cuando estuvieron fuera, ¿qué os parece del duque de Otranto? — Me parece, respondió este último, que continúa burlándose de vos, y si quereis saber en un todo mi opinion, añadió haciendo alusion á la estremada flaqueza que comunicaba á Fouché el aspecto de un esqueleto, jamás he visto bribon mas feo.»

(2) No se ha olvidado sin duda la acusacion de traidor que muy directamente levantó Mr. Defermon á Fouché, ni el discurso de Mr. Bory de Saint-Vincent, que designaba la mano del duque de Otranto á la desconfianza de las cámaras y del pais.

á las designaciones nominales en ellos contenidas, sin que por ninguna razon ni pretesto puedan estenderse jamás á otros individuos sino en la forma y con arreglo á las leyes constitucionales que solo se derogan espresamente para este caso particular.

«*Firmado*: LUIS.

»*Por el rey*,

»El ministro secretario de estado y del despacho de policía
»DUQUE DE OTRANTO.»

Siendo tan formal y tan precisa la declaracion de este último artículo podria creerse que ya no era posible continuar las proscripciones; pero el hecho es que esta declaracion fué en realidad una nueva mentira, porque lejos de cerrar irrevocablemente la puerta á las venganzas, el decreto de 24 de julio inauguró una época de reaccion.

No todos los hombres condenados por Fouché al destierro, á la ruina y á la muerte, conservaron igualmente la inteligencia y el valor hasta el último dia, porque muchos, perdiendo su sangre fria el dia siguiente de la batalla de Waterloo, coadyuvaron poderosamente al buen éxito de la invasion introduciendo el terror en el regazo de los poderes públicos y aconsejando ó exigiendo la abdicacion, al paso que los otros contribuian con todas sus fuerzas á la fatal convencion de Saint-Cloud. Sabido es el efecto que produjo en la sesion de la cámara de los pares del 22 de junio el discurso del mariscal Ney: Regnault de Saint-Jean-d'Angely, MM. Durbach, Thibaudeau, Merlin (de Douai), Felix Desportes y el mismo duque de Bassano, ¿por ventura no se contaban entre los que mas habian insistido para que Napoleon entregase su espada á las dos cámaras y al duque de Otranto? ¿quién habia desplegado mas entusiasmo ó complacencia que los mariscales Soult y Grouchy y los generales Carnot y Vandamme, para restablecer á Luis XVIII y para entregar la ciudad de Paris á los ingleses y á los prusianos? Sin duda tenian que dar cuenta muy severa los mas de los hombres que acabamos de nombrar: pero si Francia podia justamente reconvenirles por haber facilitado el triunfo de los aliados y precipitado la caida de su independencia, no competia ciertamente á los Borbones el derecho de castigarlos. La restauracion, falta como siempre de inteligencia, procedió contra sí misma: el rigor del decreto de 24 de julio cubrió con una especie de amnistía á muchos de los hombres en el comprendidos, precisamente por haberle dictado los aliados á un poder que les debia su triunfo; la persecucion hizo olvidar las faltas, y los culpables aparecieron á los ojos de los irritados contemporáneos como víctimas ó como mártires.

La mayor parte de los generales proscritos se hallaban en el ejército del Loire, y aunque todos hubieran podido combatir y dictar condiciones en vez de sufrirlas, llevados de la confianza que tenian en un olvido completo de lo pasado y en la fé de las promesas que á cada paso y en cualesquiera circunstancias les daban formalmente Fouché y Davoust, nunca titubearon un punto en aconsejar la capitulacion, en aceptarla, y en paralizar la resistencia de sus oficiales y la cólera de sus soldados. Y luego ¿qué hechos ó qué actos podia echarles en cara el gobierno real que no se los hubiesen impuesto Fouché como jefe del gobierno provisional, y Davoust, como ministro de la guerra ó generalísimo? ¡De estos dos hombres el uno, ministro de Luis XVIII, los proscribia, y el otro, continuando en el mando del ejército, se sustraia á la proscripcion! En su proclama del 11 de julio, el mariscal les aseguraba que no habia que temer reaccion ni destitucion alguna, de suerte que hasta el último dia los estuvo engañando continuamente como cómplice de Fouché. A la lectura del fatal decreto se levantaron en torno de Davoust una infinidad de quejas, reconvenciones y demandas, y viéndose obligado á probar á sus camaradas y subordinados que se habia hecho culpable con ellos precisamente porque le habian engañado, el príncipe de Eckmulh escribió al ministro de la guerra Gouvion Saint-Cyr una carta de la que trascribimos los siguientes pasajes:

«Acaba de publicarse un decreto con una lista de proscripcion que se pregona y se vende públicamente en Paris. Es evidente que van á añadirse á todas las calamidades que pesan en nuestra desgraciada patria las venganzas y las proscripciones; pero entre estas últimas las hay contra las cuales no puedo menos de reclamar personalmente. En el artículo 1.° veo los nombres de los generales Gilly, Grouchy, Clausel y Laborde; pero si estos generales han sido incluidos en dicha lista por la conducta que observaron en el puente del Espíritu Santo, en Lyon, en Burdeos y en Tolosa, el error no puede ser mas grave, puesto que se contrajeron á cumplimentar las órdenes que yo les habia dado en calidad de ministro de la guerra, y por consiguiente en vez de sus nombres debe continuarse el mio. También veo en esta lista el nombre de Dejean hijo: no sé si este nombre se refiere al general Dejean, hijo del inspector general de ingenieros; pero si se consigna semejante nombre en una lista de proscripcion, no hay razon para que dejen de consignarse todos, porque este general no se hallaba siquiera en activo servicio en 20 de marzo, de suerte que no ha figurado en ningun acto (1).»

Estas reflexiones hubieran debido hacerse veinte y cuatro dias antes; pues una vez concluida la capitulacion, esta acta indigna no podia menos de surtir todos los resultados que habian anunciado los generales de contrario parecer y que el mariscal habia negado con tan tenaz energía. Si los generales en cuyo favor reclamaba conservaron la libertad y la vida, todo lo debieron á la fuga y á la espatriacion, porque los otros fueron condenados á muerte, y aunque algunos vieron conmutada su pena en detencion perpetua, Labedoyère, Ney, Mouton-Duvernet, como decimos mas adelante, fueron pasados por las armas. Davoust, instrumento de todas aquellas desgracias, conservó sus títulos, sus honores y sus pensiones, y no tardó la restaurada monarquía en remunerar con un manto de par los servicios que habia prestado bajo el gobierno provisional. Mas valiera por cierto la proscripcion.

No era fácil que se prolongara la permanencia del príncipe de Eckmuhl en el ejército, puesto que se habia colmado ya la medida de las ilusiones que habia conservado en todas las filas de la tropa; pero su posicion no podia sostenerse bajo ningun concepto despues de la publicacion del decreto de 24 de julio. Así lo comprendió el príncipe, y en consecuencia por el mismo correo encargado de llevar al ministro de la guerra la carta cuyos pasajes acabamos de reproducir, ofreció su dimision, que fué aceptada por el gobierno. Davoust llegó de regreso á Paris en el acto en que se estaban fugando los mariscales y los generales proscritos, unos hacia las montañas de Auvernia y de las Cevenas, y los otros á los puntos mas próximos de la frontera: el mariscal Macdonald, que el gobierno le dió por sucesor, trasladó á Bourges el cuartel general del ejército, y en los dias 1 y 2 de agosto se publicaron dos órdenes que dieron á conocer á las tropas este doble cambio. En estas dos órdenes Macdonald no hablaba todavía de licenciamiento, y se contraia á manifestar que iba a *estender* el ejército para aligerar á los habitantes de la carga de los alojamientos militares. Esta medida fué el principio de la disolucion, puesto que se dislocaron las brigadas y las divisiones; los regimientos de un mismo cuerpo ó de una misma arma fueron dispersados á grandes distancias unos de otros, y se descartaron de ciertos regimientos, batallones ó escuadrones enteros. Interrumpidas finalmente las relaciones publicóse el decreto relativo á la reorganizacion del ejército (12 de agosto), y empezaron á licenciarse destacamentos y regimientos completos, dividiendo las reclamaciones y aislando los murmullos y la resistencia.

En tanto que dos antiguos generales de los ejércitos republicanos é imperiales, el uno como ministro, y el otro como general, se ocupaban en anonadar el último ejército del imperio, la artillería de las potencias aliadas se esforzaba en derribar las plazas y los fuertes, últimos asilos de la independencia francesa, que todavía se defendian en medio de nuestro invadido territorio por el valor de sus guarniciones. Continuaba ondeando en sus murallas la bandera tricolor, empuñada por algunos valientes como la última protesta contra la humillacion de la patria, no debiendo omitirse, en honor de los hombres, que en 1815 se armaron como simples guardias nacionales ó soldados de línea para la defensa del suelo nacional, que entre aquellos fuertes y plazas no hubo una siquiera que abriese voluntariamente sus puertas al enemigo, porque todas contestaron á cañonazos á las intimaciones de los aliados. «De todas partes recibimos noticias á cual mas triste, decia el *Diario de los Debates* del 14 de julio: los estados mayores y los gobernadores militares de las ciudades, con tal que puedan guarecerse en alguna muralla, consuman y agravan el crímen de su rebelion con una resistencia desesperada. Tampoco faltan algunos que pretenden cohonestar su conducta con el celo de una lealtad hipócrita, diciendo que se niegan á rendirse á unos ejércitos enemigos.» Verdad es que las plazas de primer órden, como Metz, Estrasburgo y Lila, no tuvieron que defenderse siquiera, porque el enemigo, no atreviéndose á sitiarlas, se contentó con bloquearlas; mas en cambio se vieron atacadas vigorosamente y se defendieron con energía Arras, Condé, Valenciennes, Maubeuge, Avesnes, Landrecies, Le Quesnoy, Rocroi, Mezières, Givet, Mariemburgo, Landau, Longwy, Thionville, Montmédy, Auxonne, Grenoble y todas las otras plazas del norte. Algunas hubo que obli-

(1) Efectivamente, nada tenian que echar en rostro los Borbones al general Dejean; mas en cambio Fouché tenia que castigar en este general al hombre que en 29 de julio y en La Villette habia propuesto que le prendieran y lo fusilaran.

garon al enemigo á contentarse con su sumision á Luis XVIII y con la sustitucion de la bandera blanca á la tricolor; y ninguna sucumbió sin hacer pagar cara su derrota. Longwy, entre otros, sin mas guarnicion que sus habitantes y seiscientos guardias nacionales movilizados, se defendió por espacio de cerca de tres meses contra veinte y cuatro mil prusianos mandados por el príncipe de Hesse-Homburgo. Esta plaza habia sufrido dos sitios: en 12 de julio algunos centenares de militares retirados y de voluntarios, organizados en cuerpos francos del Mosela, dirigidos por el general Mériage y por los coroneles Viriot y Yung, habian derrotado á los sitiadores, despues de haberles muerto ochocientos ó novecientos hombres, herido á muchos soldados y tomado muchas baterías de grueso calibre, de suerte que los prusianos no pudieron continuar sus operaciones hasta que el gobierno de Luis XVIII hubo disuelto aquellos cuerpos francos (1). El fuertecito de Rodemack, situado entre Luxemburgo y Thionville, contenia tan solo un débil destacamento de guardias nacionales; mas esta pequeña guarnicion rechazó todos los ataques que le dirigieron los prusianos en 25 de junio, y mas de un mes despues, en 31 de julio, sufrió el último asalto. Cerca de Brianzon (Altos Alpes) habia otro fuerte sin guarnicion, y viendo que iba á caer en poder del enemigo, los habitantes de Saint-Chaffre, que es un pueblecito vecino, hombres y mujeres, niños y viejos corren á encerrarse en el con la resolucion de defenderlo: el enemigo invadió sus desiertas casas y amenazó con incendiarlas si no abandonaban el fuerte; mas sin embargo de no tener otra fortuna que aquellas casas, los heroicos campesinos contestaron gritando: *incendiadlas*. En efecto, la pobre aldea fué pasto de las llamas, pero el fuerte quedó conservado para Francia. La resistencia de Huninga se hizo notable por algunas circunstancias.

A 25 de junio se recibió la noticia de la batalla de Waterloo, y al momento su gobernador, el general Barbanegre reunió la guarnicion anunciándole la derrota. Todos los soldados juraron conservar la plaza para Francia ó sepultarse bajo sus escombros, y estos valientes, que eran ciento treinta y cinco, estaban divididos de esta suerte: cien artilleros, treinta soldados de línea y cinco gendarmes. Al saber el desastre del 18 de junio, los habitantes de Basilea se echaron en las aldeas francesas de la frontera, saqueando, devastando e incendiando las casas y los establecimientos rurales y llevándose las mieses, las provisiones y los muebles de los desgraciados campesinos en muchos carros de que tiraban ellos mismos. Deseando poner coto al saqueo, Barbanègre se echó sobre Basilea, cuyos habitantes invocaron el ausilio de veinte y cinco mil austriacos que acababan de penetrar en Suiza á las órdenes del archiduque Juan. Habiendo éste atacado á Huninga, abrió brecha en 14 de agosto, dió principio al bombardeo con ciento y treinta piezas de artillería, distribuidas en diez y ocho baterías, y pronto quedó reducido Huninga á un monton de ruinas. Refugiáronse los heridos, los viejos, los niños y las mujeres de la ciudad en un cuartel que Barbanègre habia hecho reparar con esmero; los habitantes de armas tomar se ocupaban en apagar los incendios ó trabajaban en las reparaciones de la plaza; los niños y las mujeres arrostraban la muerte llevando municiones en las murallas, y la guarnicion estaba noche y dia sobre las armas afanándose para presentar constantemente algunos hombres en los puntos mas amenazados.

Habiéndose volado el dia 22 un depósito de municiones en el reducto Custino, situado á unos trescientos metros de distancia del casco de la poblacion, replegáronse inmediatamente los tres artilleros que defendian aquel punto con dos cañones; y aunque probaron á tomarle unos cuatrocientos ó quinientos austriacos, volvieron los tres artilleros con algunos camaradas de refuerzo y espulsaron al enemigo. Continuó en consecuencia el bombardeo, y el dia 23 el archiduque intimó la rendicion á la plaza. Contestó Barbanègre ofreciendo enarbolar la bandera blanca y reconocer á Luis XVIII, mas no por esto no dejo de continuar el bombardeo hasta el dia 26, en que se acordó un armisticio. Aprovechándose de esta tregua, el general francés pasó revista á la guarnicion que, ocupada sin descanso y enteramente en el servicio de los cañones, no habia podido reunirse una vez siquiera desde el principio del sitio, y viendo que las dos terceras partes de los individuos habian muerto ó se hallaban fuera de combate, de suerte que no era posible prolongar la defensa, consintió en capitular, pero con el derecho de salir de la plaza con todos los honores de la guerra é ir á incorporarse con el ejército del Loire. El dia 27 por la mañana se reunieron en el glasis de la plaza el ejército austriaco y la poblacion entera de Basilea y de los pueblos suizos de aquella frontera para presenciar la salida de Barbanègre y de su tropa, y no tardaron en presentarse las reliquias de la guarnicion, que por espacio de once dias hiciera frente á todo un ejército. Abrian la marcha dos tambores, seguia luego un peloton de infantería de línea, el general con algunos oficiales de estado mayor, dos pelotones de artilleros y los cinco gendarmes, formando un total de cincuenta hombres. al ver un destacamento tan corto todas las filas enemigas prorumpieron en gritos de admiracion, y el archiduque Juan abrazó á Barbanègre manifestándole la simpatía que le inspiraba su resistencia. Con semejante pueblo y con tan valientes soldados ¿habia algo imposible para Francia, aun despues de la batalla de Waterloo?

Concluyóse durante el mes de noviembre el licenciamiento del ejército del Loire y el de las guarniciones de las plazas fuertes, sin que se esperimentase mas que un hecho de resistencia contra tan doloroso sacrificio. La guarnicion de Estrasburgo, mandada por el general en jefe, conde Rapp, era numerosa, y hacia mucho tiempo que no habia recibido ninguna paga. A últimos de agosto llegó la órden relativa al licenciamiento, que, segun se decia, mandaba despedir á cada individuo aisladamente, sin armas ni dinero, y entregar diez mil fusiles á los cuerpos aliados encargados del bloqueo de la plaza: alármanse y se agitan los ánimos á semejantes noticias, y el dia 2 de setiembre por la mañana se presenta al general en jefe una numerosa diputacion de cabos y sargentos para preguntarle respetuosamente sobre el cobro de los atrasos. Al oir que no hay fondos para satisfacerlos, los sargentos y cabos se reunen en la plaza de armas y se retiran luego á sus cuarteles: pocos instantes despues todos los regimientos toman las armas y proclaman por jefe á Dalhousie, sargento mayor del séptimo regimiento de infantería lijera; este se encarga inmediatamente del mando supremo, reemplaza con sargentos, cabos y aun simples soldados á los oficiales generales de la guarnicion, á los oficiales superiores y á los simples oficiales de cada regimiento, coloca fuertes piquetes en todas las puertas de la ciudad para que no dejen salir á ningun habitante, establece otros en el arsenal, y en frente de las casas del recaudador general y del pagador de la division, cerca el alojamiento del general en jefe, asestando á la entrada principal seis piezas de artillería cargadas de metralla y con la mecha encendida; cubre de cañones y de obuses con sus correspondientes arcones la plaza de armas, é interrumpe súbitamente las comunicaciones de la ciudad con el esterior, de suerte que podia decirse que Estrasburgo quedaba reducida á un estrecho bloqueo por su misma guarnicion. Fijóse en todas las esquinas una órden que llevaba la firma de la guarnicion y que no tardó en dar á conocer el objeto de la revuelta, pues en ella se declaraba que la guarnicion queria cobrar los haberes devengados, y que por consiguiente no soltaria las armas ni abandonaria las puertas de la ciudad hasta que se le hubiesen satisfecho sus alcances.

Todas las cajas públicas estaban exhaustas; por lo que el ayuntamiento se reunió é impuso á los habitantes un empréstito forzoso de unos setecientos mil francos, que debian satisfacer á las doce del dia 4. Durante aquellos dias la agitacion estuvo reducida al interior de las casas, porque en el esterior nunca se alteró el órden; circulaban de dia y de noche por todas las calles numerosas patrullas de infantería y de caballería que disolvian los grupos, que acallaban el menor grito y que arrestaban á todos los soldados que hallaban embriagados, para que se les aplicase el condigno castigo: ninguna novedad se introdujo en el servicio militar, así en los cuerpos facultativos como en las tropas de línea, y se redobló la severidad y la vigilancia en la custodia de los puntos esteriores y delante de las avanzadas enemigas: no parecia sino que los sargentos y soldados, que en aquellos dias se vieron encumbrados súbitamente al cargo de jefes de compañía, de batallon, de regimiento ó de cuerpo, estaban habituados de mucho tiempo á las funciones que les confiaron las circunstancias. Ningun indicio se veia ni á la frente de los destacamentos, ni en las plazas, ni en las calles, que indicase el cambio ocurrido en el mando sino la falta completa de uniformes con charreteras; todos los oficiales quedaban consignados en sus alojamientos, y así el general Rapp como los principales jefes estaban custodiados con centinelas de vista. Por último á las doce del dia 4 quedaban satisfechos los setecientos mil francos, y al momento los furrieles de las compañías, con presencia de los libros de contabilidad de cada cuerpo, comenzaron á distribuir aquellos fondos entre los oficiales, sin esceptuar á los mismos generales, luego entre los sargentos y cabos, y finalmente entre los soldados. Concluida esta operacion, que se verificó

(1) Un abogado de Metz, llamado Mr. Frantz de Sarrelouis, servia como capitan en uno de estos cuerpos (el 2.º), que él mismo habia armado y equipado en gran parte á su costa con los doscientos mil francos que constituian toda su fortuna. Por este raro ejemplo de patriotismo fué perseguido, condenado á muerte y ejecutado en efigie en 1816, de suerte que no pudo regresar á Francia hasta despues de la revolucion de 1830, á la que pidió inutilmente no ya una recompensa, sino una indemnizacion de sus sacrificios

con el mayor órden y regularidad, publicóse una nueva proclama firmada por la guarnicion, que anunciaba que las tropas quedaban satisfechas. Dirigióse luego cada regimiento á la plaza de armas, en donde desfiló al son de la música militar, en presencia de Dalhousie y de su estado mayor improvisado; retiráronse todas las guardias despues del desfile, restituyéronse los cañones á sus parques, abriéronse de nuevo las puertas de la ciudad y todas las comunicaciones, los oficiales recobraron su mando, y de este suerte pudo verificarse el licenciamiento.

Los males inherentes á la guerra no solian ser tan fatales á las poblaciones bajo el antiguo regimen como los desórdenes producidos por el licenciamiento de los soldados que despues de la lucha se retiraban á sus hogares; pues siendo por la mayor parte mercenarios que no tenian ningun afecto al suelo ni interés en el pais y que consideraban la existencia de los campos como la libertad, aquellos soldados ociosos continuaban su vida de pillaje, siendo la plaga de los campos y de las ciudades. Por un contraste que honra altamente al nuevo estado social creado por la revolucion, en 1815 quedó disuelto y licenciado un ejército de doscientos mil hombres, sin que se levantara el menor tumulto ni desórden que arguyese la repentina mudanza introducida en la posicion de aquella masa de hombres jóvenes y energicos. Naturales del pais é hijos de propietarios de labradores, de artesanos ó de proletarios, los soldados que componian aquel ejercito patriótico tomaron el camino del hogar paterno con el amargo recuerdo de nuestra estinguida gloria y de nuestra perdida grandeza, sin que dejase de animarles el profundo resentimiento que inspira el triunfo del estranjero. No era posible que esta cólera que retumbaba en el fondo de todos los corazones, abandonase á la generacion militar ni á la juventud de 1815 á través de los años venideros: así es que sus sacudimientos refluyeron contra la segunda restauracion, y quince años despues estalló la esplosion brillante, aunque sobrado pasajera, que produjo las jornadas de julio de 1830.

Los soberanos consideraban la disolucion del ejercito como el preliminar indispensable de las transacciones futuras, pues no querian tratar con el nuevo gobierno hasta despues de haber desarmado á Francia: así es que trascurrieron cerca de seis semanas sin que se pronunciara la palabra negociacion. No se crea sin embargo que se perdiera el tiempo, puesto que los ministros de las diferentes cortes se reunieron cada dia en conferencias secretas para discutir los sacrificios que podrian imponernos, al paso que Mr. de Talleyrand, que se habia reservado la direccion esclusiva de las relaciones diplomáticas con los aliados, probaba á neutralizar á aquellos conciliábulos amenazadores, esforzandose en dividir por segunda vez á la coalicion y conjurar por medio de tratados particulares las disposiciones contrarias que cada potencia pudiese consignar en un tratado general. Seis meses antes se habia hecho en Viena el mismo trabajo, del que resultó el tratado secreto del 3 de enero; pero las circunstancias eran muy diferentes, porque las cuestiones que dividian entonces á las cuatro cortes estaban resueltas, al paso que todas cuatro potencias tenian el mismo interés, que era debilitar á Francia, y la misma voluntad, que era la de tomar grandes precauciones contra los nuevos esfuerzos de la revolucion armada.

Rusia era la única potencia que podia observar una conducta moderada, no solo por su situacion geográfica, sino por la necesidad en que se hallaba de neutralizar el escesivo engrandecimiento que atribuian á Prusia y al Austria los tratados de 1814 y el reciente de Viena, de suerte que Francia en cierto modo era para Rusia una aliada necesaria, que por consiguiente debia ser grande y fuerte. Es pues evidente que de todos los gabinetes coligados el de San Petersburgo era precisamente el gabinete con quien debian aliarse los Borbones con vinculos mas estrechos, siendo tambien el que tenia mas derechos al reconocimiento de estos principes, pero tan poco inteligente se habia mostrado como político en Viena Mr. de Talleyrand, como que ninguna corte podia quejarse mas que Rusia de la diplomacia y de los diplomáticos de la restauracion. Los últimos sucesos enconaban todavía mas el resentimiento de Alejandro, supuesto que el ejército que acababa de triunfar de Napoleon no era ruso, sino inglés; al nombre del czar habia sucedido en los boletines de victoria el del inglés Wellington, y en los consejos de Luis XVIII dominaba el influjo de este general y el de su gobierno, que por la jornada del 18 de junio se habia hecho preponderante. El descontento de Alejandro se manifestó el mismo dia siguiente de su llegada. Sabido es que Mr. de Talleyrand, deseando recobrar su benevolencia, habia reservado la carrera de la gobernacion para el ayudante de campo Pozzo di Borgo y dado la intendencia de palacio al duque de Richelieu, pero el conde Pozzo rehusó la cartera que se le reservaba, al paso que Mr. de Richelieu, que habia llegado de Bruselas pocos dias despues que el czar, tampoco quiso admitir el título ministerial de que le habia revestido el jefe del gabinete. Mr. de Talleyrand creyó neutralizar los efectos de aquella indignacion, redoblando sus caricias y sus promesas á los representantes de Inglaterra. Al anunciar al gobierno real, en 25 de julio, el levantamiento del bloqueo de los puertos franceses en una nota especial y completamente estraña á las negociaciones que Mr. de Talleyrand aguardaba con impaciencia, lord Castlereagh decia «que su corte le habia mandado que invitara al rey de Francia á aplicar toda su atencion al comercio de esclavos, y que se lisonjeaba de que este monarca, restablecido en su trono con tanta generosidad, conservaria la abolicion del tráfico sin reserva ni restriccion.» El dia 30 Mr. de Talleyrand contestó «que el rey habia espedido las órdenes competentes para que dicho comercio cesara por parte de Francia desde luego, en todas partes y por siempre; que la abolicion del tráfico no se oponia al voto de sus vasallos, y que por consiguiente la satisfaccion de S. M. seria mayor á la idea de que podria complacer en este punto al pueblo inglés.»

¿Qué eficacia podian tener estas declaraciones filantrópicas y este trueque de cumplidos contra la pasion y la cólera que dominaban entonces contra nosotros á las demás potencias coligadas? Inglaterra no tenia en el consejo comun otra voz que la suya, voz por cierto muy equívoca, puesto que dejaba que los aliados se ocuparan sin oposicion en sus planes de desmembramiento, que nos cercenaban nada menos que la quinta parte de nuestro territorio. Los estados que mas codiciosos se mostraban eran los mas pequeños de nuestras fronteras: el reino de los Paises Bajos, creacion reciente y esclusivamente inglesa, reclamaba como adyacente de Belgica los departamentos formados por el antiguo Henao, por Flandes y por Artois; los diferentes estados de la confederacion exigian que se incorporasen á los estados germánicos todos los departamentos que dependian antiguamente del imperio de Alemania, entre los cuales se contaban los de Alsacia y del Franco Condado; Prusia queria estender sus fronteras hasta Champaña; Cerdeña reclamaba á Saboya con muchos distritos franceses limítrofes; finalmente Austria exigia la Lorena, y el que generalmente se encargaba de indicar y de motivar en las conferencias los sacrificios que debia imponernos la coalicion victoriosa, era su representante Mr. de Metternich, el cual decia: «Siglos hace que el sistema constante de Francia consiste en aumentar el número de sus fortalezas y disminuir las de sus vecinos por medio de la demolicion ó de la conquista, debiendo atribuirse sus principales triunfos á semejante sistema, que le da todas las ventajas de la ofensiva y de la defensiva. Francia tiene tres líneas de plazas fuertes, y por consiguiente no es irrazonable exigir que abandone la primera línea, pues con las otras dos líneas podrá considerarse todavia como la potencia mejor redondeada y defendida de Europa. La cesion de esta primera línea es tanto mas necesaria, añadia, cuanto que la mayor parte de los estados vecinos suyos se ven con una amenaza permanente, no se hallan en estado de subvenir á los enormes gastos de construccion de cierto número de fortalezas, y no tienen otro medio de poseer las plazas que requiere su defensa.» En aquellas conferencias preliminares, Mr. de Metternich resumia las bases del nuevo tratado en los términos siguientes: 1.º confirmacion del tratado de Paris del 30 de marzo de 1814, por lo que hace á las disposiciones que no modificase el nuevo tratado; 2.º cesion de los distritos que antiguamente formaban parte de Belgica al rey de los Paises Bajos; de Saboya al rey de Cerdeña, y de cierto número de plazas y de muchos departamentos del este á Prusia, al Austria y á la confederacion germánica; 3.º demolicion de las fortificaciones de Huninga con la prohibicion de restablecerlas jamás; 4.º contribucion de seiscientos millones para indemnizarse de los gastos de la guerra; 5.º Otra contribucion de doscientos millones para construccion de nuevas plazas fuertes en los paises limítrofes de Francia; 6.º Ocupacion de una parte de los departamentos del norte y del este, durante siete años, por ciento y cincuenta mil hombres mantenidos á espensas de Francia y mandados por el general que nombrasen los aliados.

Grande era la diferencia que habia entre estas severas condiciones y las solemnes declaraciones de respeto que habian hecho los moderados de ambas cámaras y los jefes del ejército en favor de Francia, de su independencia y de sus derechos para combatir toda idea de resistencia. Nunca calificará la historia con bastante energía las mentiras oficiales de los manifiestos publicados en Viena; pero seria preciso una ignorancia completa de la naturaleza humana para suponer que el dia siguiente de la conquista el vencedor se halla en estado de cumplir las promesas de la víspera. Los soberanos se dejaron llevar del resentimiento de sus pueblos, escitado durante tan largo tiempo por la ocupacion francesa, y de la cólera de sus generales y ministros; y aunque la moral los obligaba á rechazar aquellas sugestiones de odio y de venganza, lo cierto es que faltaron á la debida lealtad; mas, ¿acaso eran por esto menos culpables

aquellos sugetos egoistas, poltrones ineptos, que con la fé de las vanas promesas del enemigo habian precipitado del trono á Napoleon, encadenado el valor de nuestros soldados y entregado á Francia sin condiciones ni combate?

A pesar del misterio de que procuraban rodear sus conferencias los ministros de la coalicion, no dejó de penetrar su secreto un personaje á quien habia elegido Mr. de Talleyrand para que negociase con el baron Luis: este personaje era el duque Dalberg. Mr. de Talleyrand invocó la intervencion del duque de Wellington y le dijo: «Todo se esponeá perderlo Inglaterra con un desmembramiento, porque el aumento de poder que reclaman Prusia y Austria á espensas de Francia altera el equilibrio europeo.» Despues de haber titubeado, Wellington remitió á la conferencia una nota en que decia «que de las medidas propuestas por el Austria, por Prusia y por los Paises Bajos, resultaria una alteracion muy notable en la balanza de Europa, á la que, por confesion de todas las potencias, debia contribuir Francia con un peso considerable; que la separacion de muchas provincias de este reino seria favorable ciertamente á los que se aprovecharian de aquellos despojos, pero que en cambio seria perjudicial á otros estados; que no bastaba debilitar á esta monarquía cercenándole porciones importantes, pues además era preciso saber á quién se las daba; que el reino de los Paises Bajos, que los aliados se proponian asegurar mas que todos, no tenia un ejército bastante numeroso para ocupar plazas de tan considerable recinto, por ejemplo, como Valenciennes; y que por consiguiente era de parecer que en vez de arrebatar muchas plazas de la Flandes francesa, se fortificaran algunas ciudades fronterizas de los Paises Bajos.»

Esta nota no era suficiente por su naturaleza para modificar las resoluciones acordadas, puesto que no era otra cosa que una comunicacion privada donde el duque de Wellington advertia á los ministros aliados que no hablaba como órgano de su gobierno, sino como persona privada y en un punto aislado: así es que lejos de tomarle en cuenta, la conferencia dió principio á la construccion de un mapa donde figuraban Alsacia, Lorena, Henao, Flandes y muchas partes de Champaña, del Franco Condado y de Bugey (1) como cercenadas de Francia. Mr. Dalberg pudo adquirir una copia de este mapa, y la mostró á Luis XVIII con una serie de diarios alemanes en donde figuraban todos los hechos relativos á Lorena y Alsacia con el título de Alemania. Luis XVIII consideraba sus derechos y su título con un respeto que constituia su dignidad, de suerte que creia ser la personificacion de la patria: por esto sintió ofendido su orgullo á la idea de verse despojado, porque en su concepto disminuir el territorio de Francia era despojarle, y en consecuencia pidió una entrevista á Alejandro y al duque de Wellington. «Milor, dijo á este último cuando estuvieron reunidos, al entrar de nuevo en Francia creia reinar en el reino de mis padres, y aunque parece que me he equivocado, no puedo quedarme sino precisamente con esta condicion: ¿creeis, milor, que vuestro gobierno consentirá en recibirme si vuelvo á pedirle asilo?» Estas palabras del viejo rey entrañaban cierta grandeza que no pudo menos de conmover á Alejandro, y este esclamó: «Nó, nó, no perderá estas provincias V. M.; no lo consentiré.»

Al otro dia el conde Capo d'Istria, que habia sucedido en la conferencia al conde Nesselrode, ponia á la vista de los otros ministros aliados, en nombre de Rusia, una nota que contenia estos pasajes:

«Se han conseguido los primeros objetos de la alianza, á saber: la sustraccion de Francia al yugo de Bonaparte y el restablecimiento de Luis XVIII en su trono. Ahora los aliados tienen derecho á exigir de Francia garantías morales y reales, pero no pueden exigir el derecho de conquista, y si la guerra se emprendió para adoptar el tratado de Paris como base de las estipulaciones del congreso de Viena, no es compatible con el fin de la guerra la modificacion del tratado de Paris. Si se atacase la integridad de Francia, seria preciso renovar todas las estipulaciones de Viena, proceder á nuevas distribuciones territoriales, y combinar un nuevo sistema de equilibrio. Los aliados han reconocido durante la usurpacion de Bonaparte al rey de Francia, que acaban de restablecer en su trono por la fuerza de sus ejércitos; y no solamente su justicia, sino tambien sus propios intereses exigen por consiguiente que robustezcan la autoridad de este monarca ayudándole con el concurso de todo su poder á fundar esclusivamente la forma de su gobierno en un interés general y nacional.» El ministro ruso concluia proponiendo que se renovase el tratado de Viena del 25 de marzo como garantía de la tranquilidad de Europa contra cualquier ataque de Francia, que se tomase en esta misma Francia una posicion militar, conservándola todo el tiempo que se creyese necesario para la completa estabilidad del gobierno real, y que se pusiera á los pueblos limítrofes en estado de resistirle, por medio de una línea de fortalezas opuestas á las plazas fuertes de Flandes, de Lorena y de Alsacia.

No obstante el rigor de las medidas de seguridad indicadas para asegurar la sumision de Francia, esta nota manifestaba otra firmeza y otra clase de socorros que la del duque de Wellington. Por ella se sustraia Francia á la desmembracion, precisamente porque Rusia queria conservar el tratado de Paris, y aunque en el estado de sujecion y de profunda impotencia en que se hallaban Luis XVIII y su gabinete, este hecho era un beneficio de mucha cuenta, Mr. de Talleyrand queria tambien anularle. Pocos dias despues de la remision de la nota del duque de Wellington, Mr. de Talleyrand, dominado con tantemente por la idea de destruir la union de las potencias, creyó conducente amenazar á los aliados con una insurreccion nacional. Apelando á la práctica de estos medios vulgares y á la guerra de miserables intriguillas que constituian todo su ingenio y toda su política, hizo cundir la voz entre las cancillerías y entre los estados mayores militares de las potencias de que se preparaba un levantamiento general. Los rigores de la invasion y las severas exigencias de los soberanos, decian los confidentes del ministerio, están sembrando la indignacion en todos los ánimos; el mediodía y la Vendée están armados y dispuestos á juntarse con los restos de las antiguas tropas imperiales, y no pocas veces se ha planteado en el consejo la cuestion de la retirada del rey y de su gobierno al otro lado del Loire. Contribuyeron al objeto de estos rumores dos relaciones de Fouché á Luis XVIII sobre el estado de Francia, sobre los estragos de la ocupacion y sobre la exasperacion de los departamentos invadidos, relaciones que alcanzaron una publicidad que en gran parte debe atribuirse á Mr. de Talleyrand. No se hacian ilusion alguna los estranjeros sobre las fuerzas reales de Francia; sabian que le quedaban todavía bastantes fuerzas, y que le bastaba con sublevarse, aunque vencida, para echar de su territorio á los invasores, y esta idea no dejó de infundirles alguna inquietud; pero el resultado de estos temores y amenazas fue precisamente el que debia esperarse de la prevision mas vulgar, puesto que en vez de desunir las potencias robustecieron su alianza. Sin abandonar el principio de su nota, consintió Rusia en permitir que se sustrajeran mucha plazas de nuestra frontera del norte y del este; pero los otros estados, modificando sus pretenciones, renunciaron al desmembramiento de nuestras provincias, y poniéndose de acuerdo todas las potencias, determinaron publicar un ultimatum. A 16 de setiembre los ministros aliados, divulgando el secreto de sus deliberaciones á Mr. de Talleyrand y á sus dos negociadores adjuntos, significaron sus pretensiones por medio del ultimatum, que establecia las condiciones siguientes: «Se cederán á los Paises Bajos y á los estados alemanes la comarca y la plaza de Condé, los territorios y las plazas de Philippeville y de Mariemburgo, la comarca y la plaza de Givet, y las plazas y territorios de Sarrelouis y de Landau; el fuerte de Joux pertenecerá á la confederacion helvética, y el de la Esclusa al rey de Cerdeña, que entrará de nuevo en posesion de toda la Saboya; serán demolidas las fortificaciones de Huninga; Francia renunciara á tener guarnicion en Monaco y pagara seiscientos millones como contribucion de guerra, con otros doscientos millones para levantar fortalezas opuestas á las suyas; finalmente los diez y ocho fuertes y plazas fuertes francesas espresados á continuacion (cuyos nombres se designaban), estarán ocupados durante siete años por ciento y cincuenta mil hombres de los ejércitos aliados, pagados y mantenidos por Francia.»

Mr. de Talleyrand y sus dos negociadores adjuntos contestaron á este ultimatum, dos dias despues, 18, con una larga nota redactada por Mr. de La Besnardière, uno de los empleados superiores del ministerio de negocios estranjeros. Invocando contra las cesiones de territorio exigidas por las potencias el principio que en todos sus tratados y manifiestos habian proclamado, á saber, que no hacian la guerra contra Francia, sino contra Napoleon Bonaparte, los negociadores decian: «No habiendo habido conquista, todas las cesiones territoriales son improcedentes.» Sin embargo penetrados de la profunda impotencia de una razon semejante para modificar las condiciones que dictaba la Europa victoriosa á la vencida Francia, se apresuraban á añadir: «Mas á pesar de las dificultades inherentes á cualquiera cesion territorial en las actuales circunstancias, S. M. consentirá en el restablecimiento de los antiguos límites, en los puntos en que se vió engrandecida la antigua Francia por el tratado de 30 de mayo de 1814. Consentirá igualmente en el pago de una indemnizacion, como tambien en una ocupacion provisional, con tal que se establezca en una negociacion particular el tiempo, el número de fortalezas y la estension de los paises que deben ocuparse, pero el rey declara desde luego que no puede consentir bajo ningun concepto en una ocupacion del reino por siete años. S. M. se lisonjea de que los soberanos, aliados suyos, no tendrán inconveniente en establecer ne-

(1) El antiguo Bugey forma parte del departamento del Ain.

gociaciones sobre estos tres principios, conservando en el cálculo de las cuotas el espíritu de moderacion y de justicia que los anima.»

Al aceptar el principio de una cesion territorial, del pago de una indemnizacion de guerra y de la ocupacion de Francia por un ejército aliado, Mr. de Talleyrand admitia las principales condiciones del ultimatum de los aliados, de suerte que, como confesaba él mismo, solo se trataba de un cálculo de cuotas; pero ¿cuáles eran estas cuotas? ¿Debian contentarse los aliados con el abandono de las reducidas comarcas situadas allende los antiguos límites, á que contraian nuestros negociadores los sacrificios de esta naturaleza? Dos dias despues, 20 de setiembre, los firmantes del ultimatum replicaron en este punto especial:

«La necesidad de exigir garantías para lo venidero se ha hecho mas sensible y mas urgente que en tiempo del tratado de Paris. En 1815 las cortes aliadas no pueden contentarse con lo que podia satisfacerlas en 1814: la línea de demarcacion que al parecer debia asegurar la tranquilidad de los estados vecinos á Francia en la época del tratado de 30 de mayo, no puede corresponder á las justas pretensiones que forman en el dia, y estos son los poderosos motivos que inducen á las cortes aliadas á reclamar de Francia algunas cesiones territoriales. Estas cesiones no perjudican por su naturaleza la integridad sustancial de Francia, que no por ello dejará de ser uno de los estados mejor redondeados y fuertes de Europa y uno de los mas abundantes en todo género de recursos para resistir los peligros de una invasion. Los abajo firmados no pueden concebir fácilmente en qué se funda la distincion esencial entre el antiguo y el nuevo territorio, pues no es posible suponer que en las transacciones actuales haya querido reproducirse la doctrina de la supuesta inviolabilidad del territorio francés (1), porque por el solo hecho de erigir en principio que Francia disfruta del privilegio esclusivo de no perder jamás un solo palmo de terreno de sus antiguas posesiones, ni por las desgracias de la guerra, ni por los arreglos políticos, quedan destruidas todas las ideas de igualdad y de reciprocidad entre las potencias. Todos estos motivos inducen á los plenipotenciarios abajo firmados á persistir en el ultimatum que han presentado al rey de Francia.»

Los acontecimientos ulteriores no dejaron á Mr. de Talleyrand el tiempo de contestar á esta nota, porque cuatro dias despues de haberla recibido cayó el ministerio de que era jefe, sin otro esfuerzo ni sacudida que la próxima apertura de la nueva cámara de diputados.

Esta cámara fue convocada á 13 del mes de julio anterior por un decreto que fijaba para el 14 de agosto la reunion de los colegios electorales de distrito, debiendo reunirse los colegios de departamento dentro de los ocho dias siguientes. Cada colegio de distrito elegia un número de candidatos igual al de los diputados que debia nombrar el departamento, y el colegio de departamento procedia á la eleccion definitiva escogiendo entre dichos candidatos. Los diputados podian ser elegidos á veinte y cinco años. Por último el artículo 14 del mismo decreto sujetaba á la revision del poder legislativo, en la legislatura próxima, los artículos 16, 25, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45 y 46 de la carta, es decir, todas las disposiciones de este pacto relativas á la propuesta y á la discusion de las leyes, á la composicion de los colegios electorales y á la eleccion de los diputados. Trece dias despues, 26 de julio, se publicó un nuevo decreto que nombraba los presidentes de cada uno de los colegios electorales. Estos presidentes, candidatos que sujetaba el gobierno al voto de los electores, eran la verdadera imágen del ministerio, es decir, que presentaban la mas estraña mescolanza de individuos de la antigua nobleza reconciliados con el imperio, de empleados del imperio reconciliados con la monarquía, de magistrados y jueces que habian tomado parte en las ocurrencias de los cien dias. Entre ellos habia un número bastante crecido de individuos de la cámara de los representantes, como MM. Lanjuinais, Flangergues, Roy, Tripier, Dupin y hasta el general Foy, que mandaba una de las divisiones de infantería del segundo cuerpo en Waterloo. Ocupado en sus relaciones con los estranjeros y en sus tentativas de transacciones diplomáticas, Mr. de Talleyrand habia abandonado las elecciones á Fouché, porque en su concepto esta operacion pertenecia en cierto modo á la policía política, para la que bastaba con la habilidad del duque de Otranto. Pocos hombres ha habido seguramente que hayan llevado á tan alto punto como Fouché el arte odioso de esplotar todas las malas pasiones humanas, para penetrar los secretos agenos y para descubrir las intrigas y las tramas políticas; nadie sabia tender un lazo y engañar de una manera tan completa: mas esta habilidad constituia toda la inteligencia del duque de Otranto, pues por lo demás, la organizacion moral de este personaje tenia muchos puntos de contacto con la de Mr. de Talleyrand. Irreflexivo y negligente como este, en todos los asuntos de administracion general y de gobierno estraños á la policía propiamente dicha mostraba Fouché una incapacidad que no advirtió jamás el alucinado público, de suerte que no pudiendo nadie suponer una insuficiencia, siquiera relativa, en un hombre tan afamado, siempre se buscaban designios secretos y cálculos profundos en unas medidas que por lo comun era efecto de una imprevision vanidosa y de una ligereza increible. Muchos presidentes de colegios electorales no quisieron ir á su destino sin pedirle instrucciones, pero Fouché apenas los escuchaba, pues ocupado únicamente en sí mismo, suponiéndose celoso revolucionario, exaltando su esperiencia el poder que ejercia en la opinion y sus propios servicios, y echando pullas generalmente groseras sobre los príncipes y sobre el gobierno de que era ministro, despedia á los que iban á visitarle diciéndoles estas palabras: «Haced todo lo posible para ser elegido; hé aquí todas las instrucciones que puedo daros.»

Fouché, Mr. de Talleyrand y sus colegas estaban tranquilos, porque siendo el cuerpo electoral á que acababan de apelar el mismo cuerpo electoral del imperio, creian que los mismos elementos producirian el mismo resultado, de manera que en su concepto la gran mayoría de la cámara se compondria de propietarios y de empleados dóciles cuya oposicion se contraeria constantemente á la benigna hostilidad de la cámara de la primera restauracion. La esperiencia sin embargo debia desengañarlos.

Cuando se reunieron los colegios electorales en 14 de agosto, la invasion cubria nuestras provincias. Las cargas de la ocupacion oprimian hasta las aldeas mas insignificantes; estaba generalizada la desorganizacion; haciánse destituciones en masa en todos los ramos del servicio público; anunciábase la purificacion de los tribunales y de los cuerpos constituidos de todas las clases; el reciente decreto de 24 de julio aparecia como una amenaza de proscripcion á los empleados de cualquier régimen, y la noticia de las horrorosas matanzas que ensangrentaban las mas populosas ciudades del mediodía difundia el terror en todos los ámbitos del reino, de suerte que todos los ciudadanos temian por su posicion ó por su fortuna, y comenzaban á temblar por su libertad ó por su vida. Natural era que el voto de cada elector fuese un acto de sumision á las pasiones del partido que la invasion hiciera dominante, no solamente por la impresion terrible que causaban dichas circunstancias, sino tambien porque en la mayor parte de las ciudades en donde se verificaban las elecciones el sufragio de los electores estaba sujeto á la presencia de los soldados aliados. Acaso los electores hubieran resistido en muchos colegios á semejantes impresiones si pudieran abrigarlos con el poder del número ó con la proteccion é influjo del gobierno; mas no solamente era muy reducido en cada colegio el número de electores, que generalmente se componia de los propietarios mas ricos y de los empleados del distrito, sino que tampoco aparecia el gobierno en ninguna parte, no debiendo omitirse que su accion era todavía nula, supuesto que en el acto de las elecciones la inmensa mayoría de los prefectos y subprefectos contaba muy poco tiempo en el ejercicio de su cargo, y algunos habia que aun no llevaban ocho dias de residencia. Viéndose pues aislados, abandonados á sí mismos y obligados á deponer su voto pasando, si así vale decirlo, bajo las bayonetas de unos estranjeros fanatizados, los electores olvidaron los intereses generales para ocuparse esclusivamente en sus intereses de seguridad privada y de conservacion personal: además no habiendo en aquellas reducidas asambleas un solo individuo que no hubiese dado algun testimonio de adhesion ó de entusiasmo á los poderes anteriores, todos redoblaron sus esfuerzos para echar en olvido sus antecedentes; exagerando su celo por la nueva religion política, y cediendo á la necesidad de mostrarse fogosos realistas y de crearse un título á la confianza ó por lo menos al perdon del nuevo régimen y de sus mas exaltados partidarios, hicieron recaer la eleccion en los antiguos emigrados ó adversarios recientes del gobierno imperial, que se pronunciaban con mas entusiasmo contra la revolucion y contra sus leyes, ó que aplaudian con mas fuerza el triunfo de la invasion. En 15 de agosto habian presentado ya sus candidatos todos los colegios del distrito: el 22 procedieron los colegios de departamento á la eleccion definitiva, y el 24 quedó nombrada la cámara realista de 1815.

Mientras el antiguo cuerpo electoral del imperio imponia á Francia en aquellos dias azarosos una cámara de composicion y de pasiones escepcionales como las circunstancias que la habian producido, Mr. de Talleyrand diezmaba y reorganizaba la de los pares. En 24 de julio se habia promulgado un decreto que borraba de la lista de los antiguos pares los nombres de todos los individuos que aceptaron de los cien dias esta dignidad, y en 17 de agosto se espidió otro decreto que hacia

(1) Esta era la doctrina que oponia Napoleon en el congreso de Chatillon a las demandas que se hacian para la restitucion de Bélgica y de los departamentos de la orilla izquierda del Rhin.

entrar en la cámara noventa y cuatro nuevos individuos. Por mas que se haya dicho, ninguna idea política esclusiva influyó en la formacion de aquella lista; los nombramientos no tuvieron nada de sistemático, pues solo se necesitaban pares, y pares se eligieron por consiguiente entre las notabilidades del imperio como entre las del antiguo régimen, habiéndose visto elegidos muchos por la sola circunstancia de ser ricos. El consejo habia procedido del modo siguiente: al fin de cada legislatura Mr. de Talleyrand se ocupaba muchos dias en dictar algunos nombres, y sus colegas añadian otros, siendo muy natural que los unos inscribiesen á sus parientes, y otros á sus amigos ó personas recomendadas: al otro dia se aumentaba la lista con nuevos nombres, y de esta suerte se procedió hasta que se obtuvo un número de pares casi igual al que se creia necesario para llenar los vacíos que dejara la muerte ó la eliminacion del 24 de julio. Mr. de Talleyrand mandó que se estendiera en seguida el decreto de nombramiento y lo presentó al rey, quien firmó sin mirarlo siquiera. Estos nombramientos argüian la lijereza y las contradicciones que se observan en todos los actos de Mr. de Talleyrand; así Mr. Boissy D'Anglas, uno de los pares eliminados en 24 de julio, por haber aceptado de los cien dias esta dignidad, figuraba entre los nuevos elegidos, y aunque tres semanas despues vió borrado su nombre, al fin acabó por verle restablecido. Igualmente se hallaba comprendido en aquella lista de nombramientos Mr. Molé, que además de haber pertenecido á la cámara imperial de los pares era consejero de estado; pero este personaje se justificaba del título de consejero de estado diciendo que se habia negado á firmar la alocucion del 26 de marzo protestando contra la usurpacion y contra el usurpador, al paso que para disculparse por su título de par manifestaba que habia ido á tomar las aguas precisamente para no concurrir á la cámara. Finalmente tambien recobró su asiento entre los pares de la monarquía un hombre que Fouché habia inscrito en la primera lista de proscripcion que sometió al consejo: tal era Mr. Lanjuinais, que por ser presidente de la cámara de los representantes no habia podido figurar entre los pares imperiales. Como quiera, poca importancia atribuia Mr. de Talleyrand á todas estas cuestiones de personas, pues lo que ocupaba especialmente su atencion y lo que constituia su gloria y su orgullo consistia en asegurar para siempre el esplendor y la permanencia de la institucion. Considerando que el derecho hereditario afianzaba para los pares esta doble condicion de esplendor y de existencia secular, espidió en 19 de agosto un decreto que hacia hereditaria para lo sucesivo la dignidad de par. Al refrendar este decreto, Mr. de Talleyrand creyó haber echado los cimientos de la eternidad.

La introduccion de unos cien nuevos individuos aseguraba al ministerio el concurso de la cámara de los pares, mas este concurso no era suficiente, porque si bien la correspondencia de los prefectos aseguraba que el gabinete podia contar igualmente con el apoyo de los diputados, de suerte que Mr. de Talleyrand permanecia tranquilo sobre su posicion ministerial, quince dias despues de las elecciones tropezó por primera vez en ciertas dificultades nacidas de la composicion misma del gabinete.

Sabida es la pertinacia con que los cortesanos trabajaron para que Fouché entrase en el ministerio; pero no debe olvidarse que echaron en olvido los meritos del duque de Otranto, que es lo que sucede siempre, desde el dia en que este personaje dejó de ser útil. El dia 6 de julio, cuando aun se hallaba detenida la monarquía á las puertas de París, levantáronse al rededor de Luis XVIII muchas voces que proclamaban á Fouché como al ministro necesario; al cabo de dos meses este personaje se veia acogido con el epíteto de *regicida*, no solamente al atravesar los cuartos de las Tullerías, sino tambien en el mismo gabinete del rey, cuya puerta secreta acababa de abrir á Mr. Decazes el falso rumor de una tentativa de envenenamiento contra Alejandro. Mr. Decazes deseaba la cartera de policía, y aprovechándose de sus relaciones directas con Luis XVIII y de su favor naciente para derribar en la imaginacion del amo á su superior gerárquico, recordaba continuamente los antecedentes revolucionarios del duque de Otranto, su profunda inmoralidad y sus numerosas traiciones, de suerte que llegó á inspirar á Luis XVIII las mas serias inquietudes por su poder y aun por su vida. Este terror no traspasaba, sin embargo, los umbrales del gabinete real, ni amenazaba todavía la posicion del ministro, puesto que permanecia concentrado entre el rey y el prefecto de policía, cuando en 8 y 11 de setiembre llegaron á las Tullerías los duques de Angulema despues de un viaje de cuatro semanas por las provincias del mediodía.

De aquellos dos individuos de la familia real, el uno habia permanecido durante la mayor parte de los cien dias en España, y el otro en Inglaterra. Al regresar á Francia, unas tres semanas despues que el rey, el duque por los Pirineos y por Tolosa, y la duquesa por el Havre, estuvieron algunos dias en París, y á 15 de agosto partieron entrambos para Burdeos. Sea que el lamentable espectáculo del furor de la invasion impusiera silencio en aquellos primeros dias á sus repugnancias personales, sea que no quisieran añadir dificultades á las que rodeaban al jefe de su raza y á sus consejeros oficiales, lo cierto es que durante dicha permanencia la hija de Luis XVI y su marido se abstuvieron de protestar contra la presencia de Fouché en el gabinete; mas no hicieron lo mismo la segunda vez, porque animada sin duda por la exaltacion realista de los departamentos que acababa de recorrer, la duquesa contestó al anuncio de la visita de los ministros, que no pudiendo conservar su sangre fria á la vista de los hombres que habian enviado á su padre al cadalso, no recibiria al duque de Otranto. Difícil era la posicion de Fouché despues de una declaracion semejante: además empezaba ya á divulgarse el terror secreto del rey, y aunque el gabinete no podia por consiguiente sostener al ministro de policía sino á riesgo de su propia existencia, no era hombre Mr. de Talleyrand para un sacrificio de tal cuenta. Así es que estando una noche en el consejo, despues de no sé qué discusion, pronuncia repentinamente el nombre de los Estados Unidos en donde habia estado durante la emigracion; describe con entusiasmo la riqueza de su suelo, la magnificencia de sus virginales selvas y el caudal de sus rios; elogia especialmente la belleza del rio Potomac y la amenidad de sus riberas, y volviéndose hacia Fouche, le pregunta si la posicion de embajador en aquella tierra afortunada no le parece la mas feliz que puede desear un hombre político. En ella, decia, no hay que temer las tempestades que están asolando á la vieja Europa, y hasta la forma republicana del gobierno debe halagar á un antiguo amigo de la república: «Duque de Otranto, añadió, esta posicion es envidiable, y si la deseais os la puedo proporcionar.» Escucharon sorprendidos los ministros, y Fouché, en quien estaban fijas todas las miradas, quedó tan admirado como sus colegas, pero respondió con estas solas palabras: «¿Será por ventura que querais libertaros de mi presencia?» Nada respondió Mr. de Talleyrand.

Dos dias despues Mr. Talleyrand se vió precisado á tomar una medida decisiva. Para cumplir con mas desahogo los deberes de su doble ministerio, Mr. Pasquier habia nombrado á Mr. de Barante y á Mr. Guizot secretarios generales, de la gobernacion el primero, y de justicia el segundo. Mientras Mr. de Barante, que era una especie de administrador literato, escribia circulares, y mientras el segundo, cuyo arrebatado carácter ocultaba un gran fondo de ambicion, se esforzaba en hacer olvidar su título de protestante espurgando las audiencias y los tribunales con el mas alto rigor y celo, Mr. Pasquier pasaba el tiempo firmando y recibiendo visitas. A la sazon iban llegando los individuos de la nueva cámara, y entre los muchos que visitaban al ministro interino de la gobernacion, habia Mr. Lainé, que habia sido presidente de la cámara de los diputados en tiempo de la primera restauracion y que por consiguiente ejercia mucho influjo. Preguntóle el ministro cuáles eran las disposiciones de la nueva asamblea con respecto al gabinete, y Mr. Lainé respondió: «Lo que domina en todos los diputados á quienes he visto, es un odio profundo contra la revolucion y contra los revolucionarios. La presencia de Fouche en el gabinete les parece una monstruosidad, de suerte que si el ministerio se presenta á la cámara con el duque de Otranto, este lo arrastrará sin duda en su caida.» Amedrentado Mr. Pasquier se apresuró á manifestar esta amenaza á Mr. de Talleyrand, que sin titubear entabló inmediatamente una negociacion con Fouché, y en consecuencia este entregó á 19 de setiembre su dimision al presidente del consejo, recibiendo en cambio el título de embajador en la reducida corte de Dresde. Cinco dias despues, 24, agitado Fouché, no por el remordimiento, porque estos hombres no le conocen, sino por el miedo; confundido por la idea de la cólera que habian suscitado sus actos durante los tres últimos meses, y creyendo ver á cada paso el brazo de una víctima ó de un vengador que le amenazaba, se disfrazó para fugarse silenciosamente de París y no dejó tan misteriosas precauciones hasta despues de haber pasado la frontera.

Se ha ponderado por mucho tiempo la habilidad de Fouché. A los ojos de la muchedumbre, que siempre es indulgente con el vicio afortunado, la odiosa destreza del duque de Otranto protegia su deslealtad; pero la falta de probidad no siempre es buena consejera. Despues de Waterloo, Fouché tuvo en su mano los destinos de Francia, y si su inteligencia fuera tan alta como su reputacion, fácilmente hubiera podido si no restituir á Francia su pasada gloria, por lo menos alejar la invasion é imponer á los aliados una paz que afianzase nuestros derechos y nuestra independencia; pero de todos modos si la patria debia sucumbir, podia hacerla caer con honra. La misma derrota hubiera mostrado entonces cierta gloria, que acaso compensara los antecedentes del duque de Otranto; mas este hombre prefirió entregar á Francia al ene-

migo en cambio de un título ministerial, que era el salario de su traicion. Dos meses conservó apenas este título, como por un justo castigo del cielo, y poco tiempo despues el cínico autor de las proscripciones se vió proscrito por una ley llamada de amnistía y murió abandonado de todos en el destierro. ¡Estraña habilidad la que no salva la vida de la proscripcion, ni la muerte de la indiferencia de los contemporaneos, ni el nombre del menosprecio de la posteridad!

La dimision del ministro de policía y la vacancia del ministerio de la gobernacion dejaban al gabinete con cinco ministros; pero lejos de creerse imposibilitado de abrir la legislatura con un gabinete incompleto y casi descompuesto, Mr. de Talleyrand creia que la dimision de Fouché desarmaria las pasiones de la nueva cámara. Este sacrificio sin embargo no podia satisfacer las exigencias de los diputados, que siendo por la mayor parte antiguos emigrados ó notabilidades aristocráticas de provincia y de ciudades subalternas, llegaban de sus departamentos con la conviccion sincera de que la revolucion, que habia causado la ruina de sus familias ó la suya propia, era la fuente de todas las desgracias de Francia, inclusas las dos invasiones de los aliados. Considerando el segundo restablecimiento de Luis XVIII como el triunfo que por tanto tiempo habian esperado del principio monárquico sobre el principio revolucionario, proclamaban que este triunfo, resultado de los esfuerzos de toda la Europa, seria tambien estéril si la monarquía cifraba su seguridad y su fuerza en las instituciones y en los hombres de la república y del imperio. Con la conservacion de estos hombres é instituciones, decian, en 1814 los Borbones hicieron inevitables las ocurrencias del 20 de marzo; pero esta leccion no debe echarse en olvido, pues el rey está obligado, so pena de una nueva catástrofe, á comprender que solo los monárquicos pueden servir lealmente á la monarquía. Esclusivos sin embargo, lo mismo que todos los partidos estremos, impacientes por entrar en posesion de los altos cargos políticos del gobierno y de los empleos lucrativos de la administracion, solo reconocian por realistas á sus amigos y á sí mismos, de suerte que su severidad media con el mismo rasero á todos los individuos del ministerio. Reconvenian á Mr. de Jaucourt por su antiguo título de senador; al baron Luis por su antigua calidad de cura y por haber contribuido, como diácono asistente al obispo de Autun (Mr. de Talleyrand), á la misa de la primera confederacion; á Mr. Pasquier por haber sido prefecto de la policía imperial, y al conde Gouvion Saint-Cyr por haber militado en las guerras revolucionarias, de suerte que para ellos el mariscal no era otra cosa que un oficial de fortuna. Estos cuatro ministros, decian los nuevos diputados, tendrán tan buenas intenciones como se quiera; pero sea que los arrastre la fuerza del hábito, sea que los domine la memoria de sus antecedentes, lo cierto es que todos sus actos están impregnados, sin que lo adviertan ellos mismos, de cierto carácter revolucionario: así es que la mayor parte de los prefectos que nombra Mr. Pasquier son prefectos del imperio: así es que el abate Luis continúa procediendo, como ministro de hacienda, á la venta de los bosques del clero, sin que su rigor fiscal establezca diferencia alguna entre los emigrados y los jacobinos; por último así es que el ministro de la guerra disuelve compañías de mosqueteros pardos y negros, de caballos ligeros y de gendarmes que componen la *casa roja* para crear una guardia real hecha á imágen de la guardia imperial (1). La antigua monarquía no tuvo guardia real, reclamaban los diputados que habian servido en el ejército de los príncipes y en el de Condé, ¡y en cambio nuestros reyes tenian casa roja! No faltaban algunos que con este motivo predecian una nueva revolucion y un nuevo destierro á Gante: como quiera, lo cierto es que estas preocupaciones y odios con que se veian perseguidos MM. Jaucourt, Luis, Pasquier y el mismo mariscal Saint-Cyr, á pesar de las prendas que daba desgraciadamente á la segunda restauracion, indican el concepto que Mr. de Talleyrand merecia de los nuevos electos, de suerte que si se calificaba de monstruosa la presencia del regicida Fouché en el consejo del rey, se proclamaba como un escándalo la de Mr. de Talleyrand, antiguo obispo casado. Mr. de Talleyrand se convenció de esta disposicion hostil el dia siguiente á la dimision del duque de Otranto, pues mientras iba visitando con esta dimision en la mano á los individuos de la familia real para recibir un parabien que se le negaba, sus allegados divulgaban estrepitosamente la noticia entre los diputados que se hallaban reunidos en la biblioteca del palacio legislativo. «Mr. de Talleyrand ha obtenido la dimision de Fouché, esclamaban acercándose á los diputados.—Corriente, contestaban estos, pero ¿y Mr. de Talleyrand? ¿cuándo presentará la suya?» Resuelto á arrostrar la violencia de la tormenta, el primer ministro creyó triunfar de las pasiones de los nuevos electos oponiéndoles la autoridad y la positiva voluntad del rey.

(1) Decreto de 1.° de setiembre.

En tiempo de la primera restauracion Luis XVIII no intervenia en el gobierno ni en la administracion del reino sino con su firma. Sabido es además que cada ministro era dueño absoluto en su ministerio, de suerte que ninguno de ellos daba cuenta de sus actos sino al inesperto Mr. de Blacas; y aunque no fue ni mas activa ni mas directa la intervencion del rey á su regreso de Gante, habia sin embargo una diferencia, porque todos los asuntos se discutian en el consejo, y las reuniones de los ministros, sobre ser frecuentes y casi cotidianas, no se celebraban en las Tullerías, sino en casa de Mr. de Talleyrand y bajo su presidencia. Los acuerdos del consejo quedaban convertidos en decretos y sometidos á la aprobacion de Luis XVIII, el cual firmaba sin hacer observacion alguna y comunmente sin mirar siquiera; mas no se crea que el rey abandonase á sus consejeros la absoluta direccion de los asuntos públicos precisamente por sistema político, como se ha supuesto, ó por respeto á la responsabilidad ministerial, que era una ley peculiar del régimen establecido por la carta, sino tan solo por la edad, por el estado físico y por los hábitos de su real persona. Dotado de una obesidad estraordinaria y creyendo amenazada continuamente su vida por una conmocion sanguinaria, Luis XVIII evitaba las emociones y los esfuerzos: acostumbrado á la calma mas profunda por el ocio del largo y pacífico destierro de Hartwell, y condenado al reposo por su misma obesidad como por sus numerosos achaques, procuraba huir la fatiga y el hastío de los negocios, porque tampoco estaba en su mano debatirlos. ¿Qué conocimiento podia tener de ellos el hombre que habia llegado á los sesenta años sin practicarlos? «Arregladlo como os parezca:» tal era la contestacion que solia dar á todas las dificultades, fueran graves ó insignificantes, que le proponian sus ministros ó sus mas íntimos allegados. Cuanto mas difíciles eran las circunstancias, mayores eran los deseos del rey por abandonarse á su natural inercia, de suerte que todos los obstáculos corrian á cargo de sus consejeros. Además nunca habia presentado la situacion un aspecto mas alarmante desde su segundo restablecimiento: temblaba Francia bajo los piés de la invasion; reinaba la anarquía en todos los ramos; el estranjero manifestaba las pretensiones mas exorbitantes, y para colmo de desgracia el gobierno iba á hallarse frente á frente con una cámara cuya parte mas fogosa anunciaria la intencion de destruirlo y reedificarlo todo. Conociendo Mr. de Talleyrand á su amo, creyó que en semejantes circunstancias triunfaria de los hábitos y de la voluntad de Luis XVIII amenazándole con la retirada de todo el gabinete, pues se imaginaba que este príncipe resolveria vencer este nuevo obstáculo sosteniendo al ministerio contra la cámara. En la tarde del 21 de setiembre Mr. de Talleyrand divulgó el proyecto á sus colegas, y haciéndose acompañar por MM. Dalberg y Luis, que eran sus negociadores adjuntos con los aliados, se dirigió inmediatamente á las Tullerías. Introducido en el gabinete del rey, Mr. de Talleyrand trazó el cuadro de las dificultades que se oponian á las negociaciones con los soberanos aliados, añadió algunas palabras sobre el espíritu poco favorable de la nueva cámara, y concluyó diciendo «que el ministerio no podria continuar con la direccion de los negocios si no se presentaba á la cámara con el apoyo personal y particular del rey, y si S. M. no manifestaba su firme voluntad de sostenerle contra todos, en razon de la gravedad de las circunstancias.»

La perspectiva de una lucha futura contra la cámara entristeció á Luis XVIII, que en sus maneras poco sueltas revelaba cierto descontento. Sin embargo es probable que hubiera accedido á la solicitud del presidente del consejo si este último no se hubiera estralimitado diciendo: «Que si sus colegas y él no obtenian el apoyo que esperaban, se verian obligados á deponer sus carteras á los piés del rey.»

A estas últimas palabras el mal humor de Luis XVIII degeneró en irritacion, pues considerando como una amenaza aquel anuncio de dimision colectiva que iba á sorprenderle sin pedirla, creyó profundamente ofendida su personalidad. ¿Por ventura no era mas acertado consultar su voluntad y esperar? Por espacio de algunos instantes fijó la vista en el techo, y al fin bajó los ojos y pronunció lentamente estas palabras: «Pues bien, si el gabinete presenta su dimision, nombraré otros ministros.» De pronto Mr. de Talleyrand quedó cortado y replicó: «¿Con que el rey acepta nuestras dimisiones?» Pero viendo que Luis XVIII no respondia, Mr. de Talleyrand se retiró. Quedaba derribado el ministerio.

«¡Estamos perdidos!» esclamó Mr. de Talleyrand al salir del gabinete del rey, porque juzgando de todo con arreglo á sus propios actos, todo le parecia el resultado de miserables intrigas y de mezquinas tramas. Mr. de Talleyrand sin embargo no era víctima de maquinacion alguna, sino de sí mismo, puesto que acababa de caer en sus propias redes. Cuando se presentó á Luis XVIII con MM. Dalberg y con Luis, el soberano abrigaba con respecto á su primer ministro y á sus colegas la

misma indiferencia que tenia por la mañana y en los dias anteriores; y aunque, como lo confesó en seguida, no pudo menos de indignarse al ver que Mr. de Talleyrand le ponia *el contrato en la mano*, cuando se vió sin ministros echó de menos á aquel personaje. No fué muy duradero este sentimiento, pues en cuanto quedó formado el nuevo gabinete, Luis XVIII, atribuyéndose una voluntad y energía de que por cierto carecia, se felicitaba por sus nuevas elecciones y decia con una especie de orgullo «que al cabo se habia quitado de delante á Mr. de Talleyrand.»

Los mas de los escritores, el mismo Talleyrand y sus amigos han supuesto que su retirada del ministerio debia atribuirse esclusivamente á las exigencias de los aliados, y el público ha dado acogida á semejante fábula, dejándose llevar de su credulidad de costumbre. Lejos estaba de ser Mr. Talleyrand tan escrupuloso, pues no habia titubeado en firmar el acta de armisticio de 23 de abril de 1814 y el tratado de París del 30 de mayo, que imponian mayores sacrificios á Francia. Y luego el nuevo tratado estaba casi concluido, puesto que Mr. de Talleyrand habia aceptado todas sus bases sin disputar otra cosa que las cuotas y sin que le faltara mas que mayor espacio de tiempo para concluirle. Por lo demás, no dejó de verse recompensado en su caida, porque Luis XVIII, accediendo á sus reiteradas instancias y á las súplicas del duque de Richelieu, que fué quien le sucedió, quiso remunerar los servicios de Mr. de Talleyrand con el título de gran chambelan de su casa y con un sueldo anual de cien mil francos. Mr. de Talleyrand debia verse reducido á este cargo palaciego durante la segunda restauracion, y es muy probable que nunca jamás se hubiera restablecido de su desgracia política, que por espacio de quince años no pudo ser mas completa, si no fuera por la revolucion que enarboló la bandera tricolor y cuyo caballo de batalla fué la anulacion de los tratados impuestos por la invasion. ¡Cosa admirable! El hombre que en 10 de abril de 1814 habia levantado de nuevo la bandera blanca, el que firmara la monstruosa conclusion de armisticio, el tratado de París y los de Viena, se vió acogido y encargado de la direccion de los negocios en virtud de una resolucion contraria al espíritu de dichos tratados y á la significacion de dicha bandera; el hombre que la fatalidad introdujo en todos los hechos vergonzosos ó culpables de 1814 y de 1815, fué para el estranjero el representante y el órgano del movimiento político que se promovió para vengar semejantes crímenes y vergüenzas. Mas afortunado que Fouché, no dejó sus huesos en una tierra estranjera, y no solamente fué hasta el fin de su vida el consejero ó el amigo de los reyes, sino que tambien tuvo sus admiradores, sus discípulos, y ¿podrá creerse? ¡hasta sus envidiosos! Lo cierto es que murió lleno de dias, de riquezas y de honores, y absuelto por la Iglesia, porque en su hora suprema, no pudiendo engañar á los hombres, ¡quiso mentir á Dios, solicitando las oraciones de la Iglesia y atreviéndose á morir como cristiano (1)!

Mr. Decazes, cuyas relaciones con el rey eran cada dia mas íntimas, fué de los primeros ó el primero que pronunció el nombre de Richelieu para la formacion del nuevo gabinete. Hijo de un agente de negocios de Liorna, á quien Mr. de Richelieu, despues de borrarle de la lista de los emigrados, bajo el consulado, habia confiado el arreglo de algunos asuntos privados en el departamento de la Gironda, Mr. Decazes, á la vuelta de este antiguo señor en 1814, se apresuró á recordarle estas relaciones y solicitar su proteccion. El nombre de Mr. de Richelieu fué acogido favorablemente por Luis XVIII. Hombre de nacimiento distinguido, estraño á todo compromiso de partidos y habiendo recibido ya, en el anterior gabinete, un puesto que no habia querido aceptar, Mr. de Richelieu tenia otro derecho á la eleccion del rey. Habiendo sido gobernador, por espacio de muchos años, de una de las provincias mas importantes del imperio ruso, poseia la estimacion y la confianza de Alejandro. Nadie se creia pues en posicion mas favorable para desarmar el rigor y las pretensiones que Mr. de Talleyrand no habia podido vencer; pero esta larga permanencia en Rusia, que á juicio de Luis XVIII constituia parte de la fuerza de Mr. Richelieu, era para este último un motivo de desconfianza de sí mismo y de resistencia á la proposicion que se le habia hecho de dirigir la nueva administracion, la que de pronto rehusó; pero rendido al fin por las instancias del rey y por las súplicas de sus amigos, se decidió á ello, y reservando para sí el ministerio de negocios estranjeros y la presidencia del consejo, eligió por colegas, para hacienda, al conde Corvetto, de origen genovés, que habia sido mucho tiempo consejero de estado bajo el imperio, y que en punto á hacienda era reputado por muy diestro; para la gobernacion, al conde de Vaublanch, antiguo prefecto imperial, prefecto por entonces de las Bocas del Ródano, á quien su reciente emigracion en Gante era una recomendacion para con los realistas; para guerra, al duque de Feltre, último ministro de la guerra del imperio y de la restauracion, el cual siguió al rey á Bélgica y desplegó por los Borbones el celo mas exagerado; para justicia á Mr. Barbé-Marbois, presidente que habia sido por espacio de muchos años del tribunal de cuentas y cuyas opiniones parecian estar garantizadas por la proscripcion que sufrió en 18 fructidor, juntamente con Pichegru y los demás realistas de los dos consejos; para marina al vizconde Dubouchage, antiguo oficial de esta arma, y ministro que habia sido de este departamento en tiempo de Luis XVI. En fin Mr. Decazes fue naturalmente designado para el ministerio de policía, que hacia mucho tiempo era el objeto de toda su ambicion. Estos nombramientos, decretados en 25 de setiembre, se publicaron al dia siguiente 26 en el Monitor.

Se dice que la eleccion de Mr. de Richelieu habia sido indicada por Alejandro. Nada de esto. Alejandro, lejos de intervenir en este nombramiento, de que no tuvo noticia hasta despues de haberse decidido, compadeció, al contrario, al nuevo presidente del consejo: «Toma sobre sí un cargo muy difícil y muy pesado,» respondió cuando se le dió la noticia. Es verdad que la primera visita de Mr. de Richelieu fué al czar, á quien dijo «que no debia disimular á S. M. I. que únicamente habia aceptado la direccion de los negocios con la esperanza de un apoyo franco y directo de Rusia;» cuyo apoyo le fue prometido como lo esperaba y conociéndose inmediatamente sus efectos.

Mr. de Talleyrand, en la última nota que trasmitió á la conferencia, consentia en una cesion territorial, limitada á las fronteras que tenia Francia en 1790; á la ocupacion del territorio por un ejército de 150 000 hombres, pero por menos de siete años; y al pago de una indemnizacion, de cuyo importe, fijado por los aliados en 800 millones, debia tratarse todavía. Se sabe que cuatro dias antes de la caida del príncipe de Benevento, los aliados, discutiendo únicamente la primera cuestion, declararon persistir en su ultimatum de 16 de setiembre. Mr. de Richelieu, desde que se volvieron á entablar las negociaciones, obtuvo un primer alivio: los aliados consintieron en dejar á la Francia las plazas de Conde, de Givet y de Charlemont, los fuertes de Joux y de la Esclusa, y rebajaron cien millones el importe de la contribucion de guerra. La nota en que se anunciaban estas modificaciones no decia nada acerca del tiempo de la ocupacion; pero obligados á esplicarse persistieron en exigir un espacio de siete años. Mr. de Metternich, valiéndose de la fermentacion de los ánimos y de la necesidad de dar al rey el tiempo de formar un ejército fiel y fuerte, se mostraba sobre todo inflexible. Mr. de Richelieu consentia en un plazo de tres años; porque una ocupacion de esta duracion, decia él, seria una carga aun demasiado pesada para Francia, y el rey podia contar antes de este tiempo con un ejército fuerte y decidido. La conferencia, cediendo á la intervencion de Rusia, transigió, y fijó el máximum de la ocupacion en cinco años, con obligacion de examinar, al fin de los tres primeros años, si tendria ó nó lugar la evacuacion inmediata del territorio. Mr. de Richelieu debia pensar que los sacrificios exigidos por los aliados habian por fin llegado á su término, pero se engañaba. Los setecientos millones de contribucion de guerra

(1) Mr. de Talleyrand dejó unas *Memorias*, que en su testamento confia á su sobrina madama de Dino y á Mr. de Bacourt, pero mandando que no las publicaran hasta treinta años despues de su muerte. Los únicos escritos de esta naturaleza que merecen alguna confianza son aquellos cuyos autores escriben y publican en vida sus recuerdos entre los hombres que han intervenido en los hechos que refieren; porque si estos escritos acusan, los interesados pueden defenderse; y si mienten, pueden ser desmentidos, y en este caso la verdad está en el silencio y en las refutaciones. Mr. de Talleyrand no ha querido sujetar los suyos á semejante prueba, y es muy posible que haya tenido para ello muy buenas razones. Como quiera, habiendo fallecido en 1838, claro es que en 1868 habrán desaparecido todas las personas citadas en estas *Memorias*, y no teniendo ya entonces quien pueda contradecirlo, podrán mentir á su salvo contra el autor y sobre los contemporáneos, de manera que no merecerán una confianza completa. No queremos decir con esto que carezcan enteramente de crédito, porque lo que atrae á la muchedumbre no es tanto el mérito del libro como el nombre del autor, y es evidente que el nombre de Mr. de Talleyrand, escrito en la cubierta de su publicacion póstuma, basta para asegurarle una aceptacion inmensa. Tampoco se nos alcanza que Mr. de Talleyrand, convencido como estaba de la ignorancia pública, no preparase su nueva subida á la direccion de los negocios durante los ratos de ocio de la restauracion con algun relato fantástico de los acontecimientos del directorio, del consulado y del imperio, por cuanto por el solo hecho de estar en relaciones con todas las personas de que tenia que hablar por la circunstancia de que los estaba viendo continuamente y de que vivia entre ellos, no le era posible dejar de mentir, y que todavía abrigaba la esperanza de alcanzar una gran posicion política, de suerte que se hallaba en la necesidad de adular á todos los hombres influyentes y de callar ó desnaturalizar los hechos que pudiesen ofender la vanidad ó irrogar perjuicios á los intereses ó á la honra de los soberanos estrangeros, de sus sucesores ó de sus ministros, la muchedumbre se hubiera precipitado sobre sus cuadros de fantasía, acojiéndolos sin duda como la última espresion de la verdad histórica. Este título fundado en la credulidad del público es el único que se echa ménos en la carrera de Mr. de Talleyrand.

no representaban en concepto de las potencias amotinadas contra nosotros, sino los gastos de la primera campaña, y todas, escepto Rusia, creian además que debian reintegrarse de todas las pérdidas ocasionadas por los ejércitos franceses desde 1792, no habiendo príncipe, por pequeño que fuese, que no presentase su estado de gastos. Un duque aleman, que tenia un ejército de cincuenta mil hombres, reclamaba un millon; la ciudad de Brema exigia tres, la de Lubech cuatro, el Austria y la Prusia trescientos, y el total de estas reclamaciones suplementarias ascendia á setecientos treinta y cinco millones mil quinientos francos, que añadidos á los setecientos millones por indemnizacion de guerra, hacia subir á millon y medio solo el importe de nuestros sacrificios pecuniarios.

Mr. de Richelieu, abrumado, desmayó, y resistiendo á las súplicas del rey, quiso retirarse. Luis XVIII hizo el último esfuerzo con Alejandro, en el cual intervino tambien el czar, y el Austria, que se hizo mas condescendiente por una corta ausencia, pensada ó involuntaria, de Mr. de Metternich, que hasta entonces no habia cesado de escitar la pasion y la cólera de todos los estados alemanes, con el fin de arrancarnos la Alsacia ó cuando menos la Lorena, primera herencia de los antepasados de su señor, el Austria, decimos, moderó sus pretensiones; la Prusia se calmóigualmente, y se decidió que además de los setecientos millones por indemnizacion de guerra, se distribuirian cien millones entre todos los demás estados, escepto las cuatro grandes cortes, habida proporcion con los contingentes dados por ellos á la coalicion. Se acordó dar á comisarios especiales el cuidado de reconocer y liquidar los cargos y data de toda especie, públicos ó privados, que la república y el imperio habian podido contratar con las diferentes potencias ó sus representantes, durante la ocupacion de sus estados por nuestras tropas. El gobierno frances debia pagar todos sus créditos en plazos fijados ulteriormente. Con la nueva de esta transaccion, que no imponia á la Francia, por las reclamaciones anteriores á 1814, sino las deudas reconocidas por una comision mista, las potencias de segundo órden y todos los pequeños estados levantaron el grito: sus representantes decian que se les habia prometido demasiado; que habian sido engañados indignamente y que se les sacrificaba. Las cuatro grandes cortes no hicieron caso de estos clamores; y el 2 de octubre, un protocolo secreto determinó las condiciones definitivas del tratado, no dejando sin arreglar sino los detalles de ejecucion relativos: 1.° á la ocupacion y mantenimiento de las tropas que permaneciesen en Francia; 2.° al modo y á los términos del pago de los setecientos millones de contribucion de guerra; y 3.° á la formacion de las comisiones encargadas de examinar las reclamaciones de las diferentes potencias ó de sus representantes, por hechos anteriores al tratado de Paris de 30 de mayo.

«Luego que los comisarios nombrados por las cuatro cortes y por la Francia para estos diferentes trabajos, los habrán terminado, decia el artículo final, los señores plenipotenciarios se reunirán para examinar sus resultados, para decretar definitivamente el arreglo y para firmar el tratado principal, así como las diferentes convenciones particulares.» Este protocolo secreto estaba firmado: por el Austria, por el baron de Weissemberg en reemplazo de Mr. de Metternich; por la Francia, por el duque de Richelieu; por la Inglaterra, por lord Castlereagh y el duque de Wellington; por la Prusia, por el príncipe de Hardemberg y el baron de Humboldt, y por la Rusia, por el príncipe de Razoumowski y el conde Capo d'Istria.

Esta base del tratado definitivo, y cuyas disposiciones todas se hallan reproducidas en el acta del 20 de noviembre, que podremos analizar luego, este protocolo secreto, en cuanto no dejaba á Francia nada que esperar ni aguardar, permitia á Luis XVIII satisfacer al fin la impaciencia de los diputados, reunidos ya muchas semanas antes en Paris, y abrir la sesion. Esta solemnidad, suspendida tres veces por consecuencia del estado siempre incierto de las negociaciones y del cambio de ministerio y fijada primero para el 25 de setiembre, despues para el 2 y últimamente para el 7 de octubre, tuvo lugar el último dia indicado. De los tres soberanos estranjeros, el rey de Prusia fué el único que asistió: los emperadores de Austria y Rusia, cansados sin duda de una permanencia de casi tres meses, habian salido de Paris algunos dias antes inmediatamente despues de concluida la base del tratado; por lo demás no habia cambiado nada el ceremonial de costumbre. Luis XVIII fué recibido á su entrada en la sala por numerosos gritos de *viva el rey! vivan los Borbones!* y fué á colocarse en el mismo sitio en que se habia visto Napoleon cuatro meses antes. Sentóse en el mismo trono, que estaba cubierto con otra tela diferente saludó á la asamblea, se cubrió y pronunció un discurso cuyos esenciales pasajes son los siguientes:

«Las pruebas de amor que me ha dado mi pueblo aun en los mas críticos momentos han aliviado mis penas personales, pero todavía pesan en mi corazon las de mis vasallos, de mis hijos.

»Para concluir con este estado de incertidumbre, mas intolerable que la guerra misma, he ajustado con las potencias que despues de haber derribado al usurpador ocupan actualmente una gran parte de nuestro territorio, una convencion que arregla nuestras relaciones presentes y futuras con ellas.

»Se os comunicará este convenio sin restriccion en cuanto reciba su última forma.

»Señores, vosotros y la Francia entera conocereis la profunda pena que he debido esperimentar al ajustar un convenio semejante; pero la salvacion de mi reino hace necesaria esta gran revolucion. He dispuesto que en este año ingrese de mi tesoro en el del estado una porcion considerable de mis rentas, y apenas ha tenido noticia de esta medida, mi familia me ha ofrecido un don proporcionado. Tambien he dispuesto que se proceda á semejantes reducciones en las consignaciones y gastos de todos mis servidores sin escepcion alguna, y estaré siempre dispuesto á asociarme á los sacrificios que imponga á mi pueblo el imperio de las circunstancias.

»Me es enteramente grato y me inspira la mas completa confianza el hecho de veros reunidos en torno de mí, y estoy persuadido de que nunca perdereis de vista las bases fundamentales de la felicidad del estado: union franca y leal de las cámaras con el rey, y respeto á la carta constitucional.

»Juro mantener, y todos vosotros, empezando por mi familia, jurareis obediencia á esta misma carta, en que he meditado detenidamente antes de otorgarla, y á la que me inclina mas y mas cada dia la reflexion; y aunque sin duda es susceptible de mejoras, lo mismo que todas las instituciones humanas, ninguno de nosotros debe echar en olvido que en cambio de la ventaja de mejorar hay el peligro de innovar.»

Despues de nuevos aplausos y nuevos gritos de *¡viva el rey!* se empezó á prestar el juramento, cuya formalidad presentaba una solemnidad no acostumbrada. La carta era en gran parte obra de Alejandro; si él no habia dictado todos sus términos, al menos él fué quien la impuso al rey Sea conviccion, sea amor por su propia obra, el czar, en 1815, veia aun en la carta una prenda de seguridad y de duracion para el gobierno real, y atribuia sobre todo á los temores inspirados á la Francia sobre el mantenimiento de esta acta, la vuelta de la isla de Elba y el segundo destierro de los Borbones. Un compromiso formal de Luis XVIII en favor de este pacto, y un nuevo juramento de fidelidad de todos los miembros de su familia, habia sido la condicion de su apoyo con los otros coligados. Como acabamos de ver, Luis XVIII habia cumplido su palabra en la última parte de su discurso; el conde de Artois, los duques de Angulema, de Berry, de Orleans y el príncipe de Condé, cuando se concluyó la arenga real, renovaron á su vez el juramento de obediencia prestado ya por ellos en la sesion real del 16 de marzo anterior, y en seguida lo prestaron los pares y diputados. Muchos incidentes, testimonio de las pasiones que fermentaban en el seno de estos poderes, vinieron á turbar esta parte del ceremonial: cuatro pares, MM. de la Bourdonaie-Blossach, Julio de Polignac, de Viomesnil y el arzobispo de Talleyrand-Périgord, á quienes la libertad de cultos inscrita en el acta constitucional parecia sin duda una concesion sacrílega, añadieron á su juramento la restriccion siguiente «salvo lo concerniente á la religion católica.» Un diputado de Tarn-y-Garonne, Mr. Domingon, queriendo imitarles, dijo: «pido á mi señor y mi rey la palabra para...» pero el duque de Richelieu no le dejó acabar, interrumpiéndole para anunciar que nadie, en presencia del rey, podia hablar sin el permiso del monarca, y que la ceremonia debia continuar.

«Os comunicarán la convencion, habia dicho Luis XVIII, luego que haya recibido su última forma», la cual retardada por las dificultades inseparables de la multiplicidad de detalles que habia que arreglar, se hizo aguardar seis semanas. En fin, el 25 de noviembre, el duque de Richelieu se presentó en la cámara de los diputados, y dió comunicacion á esta asamblea del tratado y de las convenciones que habian intervenido entre la Francia y las cuatro grandes cortes aliadas. Todas estas convenciones, como igualmente el tratado, eran fecha del 20, cuyo rápido análisis es el siguiente:

Tratado principal entre la Francia y cada una de las cuatro grandes cortes. — Las fronteras de Francia serán las mismas que en 1790, salvas algunas modificaciones indicadas en el tratado, y que fijan fuera de los límites señalados por el tratado del 30 de mayo de 1814, los territorios y las plazas de Philippeville y de Mariemburgo; el ducado de Bouillon; Sarrelouis y el curso del Sarre; Landau y todo el territorio situado sobre la orilla izquierda del Lauter, menos Weisemburgo que divide este rio y que queda para la Francia; muchos pueblos del

pais de Gex, con el territorio necesario para establecer una comunicacion entre el canton de Ginebra y el resto de Suiza, con toda la antigua Saboya. La Francia renuncia además á tener guarnicion en el principado de Mónaco (art. 1.º), como igualmente á todos sus derechos de propiedad sobre las ciudades y distritos mencionados (art. 2.º). Las fortificaciones de Huninga serán demolidas, sin poderlas restablecer ni reemplazar por otras obras á una distancia menor de tres leguas de la ciudad de Basilea (art. 3.º). La indemnizacion pecuniaria que ha de pagar la Francia está fijada á setecientos millones de francos (art. 4.º). Un ejército de ciento cincuenta mil hombres, mantenidos á espensas de la Francia, y cuyo general en jefe nombrarán las potencias aliadas, ocupará las plazas de Condé, Valenciennes, Bouchain, Cambrai, el Quesnoy, Maubeuge, Landrecies, Avesnes, Rocroi, Givet, Charlemont, Mézières, Sedan, Montmédy, Thionville, Longwi, Bitche, y la cabeza del puente del fuerte Luis. El máximum de esta ocupacion militar queda fijada en cinco años, pudiendo concluir antes de este término si, al cabo de tres años, los soberanos aliados convienen en reconocer que han cesado de existir los motivos que obligaron á tomar esta medida (art. 5.º). Las tropas estranjeras que no formen el ejército de ocupacion, evacuarán el territorio francés en los términos del art. 9 de la convencion militar aneja al presente tratado (art. 6.º). En todos los paises que cambiarán de señor, se concederá á los habitantes un plazo de seis años para disponer de sus propiedades y para retirarse adonde les acomode (art. 7.º). Todas las disposiciones del tratado de Paris relativas á los paises cedidos, se aplicarán á los territorios cedidos por el presente tratado (art. 8.º). Las dos convenciones unidas al presente tratado, y relativas á las reclamaciones de las diferentes potencias y de sus representantes contra la Francia, tendrán la misma fuerza y valor que si estuviesen insertas testualmente (art. 9.º). Se entregarán respectivamente los prisioneros de guerra (art. 10º). El tratado de paz del 30 de mayo de 1814 y el acta final del congreso de Viena de 9 de junio de 1815 quedan confirmados y mantenidos en todas aquellas disposiciones que no han sido modificadas en el presente tratado (art. 11). El presente tratado y todas las convenciones adjuntas se ratificarán en el plazo de dos meses (art. 12 y último).

Artículo adicional.—Las potencias contratantes se obligan á reunir todos sus esfuerzos para asegurar la abolicion universal y completa del comercio de negros del Africa.

Artículo separado entre la Francia y la Rusia solamente.— El rey de Francia se compromete á enviar sin dilacion á Varsovia uno ó muchos comisarios para proceder al exámen y á la liquidacion de las pretensiones recíprocas de la Francia y del antiguo ducado de Varsovia.

Convenciones.—La primera convencion, en diez y seis artículos, es relativa al pago de la indemnizacion de setecientos millones; y el artículo primero estipula que esta suma se pagará de dia en dia, por porciones iguales, en el trascurso de cinco años.

Segunda convencion llamada militar.—Esta convencion, en nueve artículos, arregla todos los detalles de la ocupacion: y el artículo noveno estipula la evacuacion del territorio por todas las tropas que no sean de la ocupacion, en un plazo de veinte dias despues de firmado el tratado.—Un artículo adicional á esta convencion estipula, entre Francia y los demas estados contratantes, la recíproca entrega de los desertores.

La tercera convencion, en veinte y seis artículos, es relativa á las reclamaciones de los gobiernos estranjeros y de sus representantes contra la Francia. Estas reclamaciones comprenden los libramientos ó préstamos en especie hechos á las tropas francesas; los atrasos debidos á los militares ó empleados de los departamentos que quedaban estranjeros á la Francia; las indemnizaciones debidas por restitucion de fondos confiados á la administracion de correos que estaban en descubierto, por la falta de goces de bienes señoriales cedidos en arriendo, por posesion de terreno ó demolicion de edificios etc., cuyo exámen está confiado á comisarios liquidadores que nombrarán las partes. Como garantía del pago, la Francia se obliga á inscribir inmediatamente en el gran libro de la deuda pública y á nombre de los comisarios estranjeros y de dos comisarios franceses, una renta de tres millones quinientos mil francos por un capital de setenta millones.—Un artículo adicional fija inmediatamente en cuatro millones doscientos cuarenta y siete mil doscientos francos la indemnizacion debida á los condes de Bentheim y Steinfurt.

Una carta y última convencion, concluida con sola la Inglaterra, estipula el reembolso de todos los valores mobiliarios é inmobiliarios embargados ó confiscados á súbditos ingleses desde 1.º de enero de 1793, entre otros el reembolso del capital ó intereses de todas las rentas que poseian aquellos, y esto prescindiendo de los diferentes decretos de reduccion que han podido sufrir esta clase de valores. Una renta de tres millones quinientos mil francos por el capital de setenta millones debe inscribirse igualmente en el gran libro á título de garantía antes del 1.º de enero de 1816 y á nombre de los dos comisarios ingleses y de los dos comisarios franceses.—Un artículo adicional estipula además el reembolso de los derechos de aduana que pagan los buques mercantes ingleses llegados á Burdeos en virtud de un decreto dado por el duque de Angulema á 21 de mayo de 1814 (1).

Mr. de Richelieu terminó estas pesadas comunicaciones declarando «que no existia ninguna condicion secreta accesoria.» Mr. de Richelieu no engañaba á la cámara, y ademas el secreto era inútil. ¿Que consideraciones tenian que guardar los soberanos? Licenciado el ejército del Loire entonces mismo, la Francia no tenia un soldado; doce mil estranjeros armados cubrian su territorio, y la violencia de las reclamaciones de la coalicion podia ejercerse á las claras. La demolicion de las murallas de Huninga y la prohibicion de no restablecerse jamás, condicion la mas vergonzosa quizá de estas transacciones, se halla inscrita entera en el tratado. Se ha supuesto que los aliados nos habian prohibido, en la organizacion de nuestro ejército, el uso de ciertas armas, citando la lanza, mas este rumor no tiene el menor fundamento. El 30 de agosto, tres meses antes de la conclusion del tratado, por una órden del mariscal Gouvion Saint-Cyr, acerca de la organizacion de la caballería, se decidió precisamente la creacion de veinte y cuatro escuadrones de lanceros, cuya formacion y armamento se verificó al mismo tiempo que el armamento de los demás cuerpos del nuevo ejército. Este error proviene sin duda de haberse formado escuadrones interpolados con el arma de cazadores á caballo, en lugar de formar regimientos separados; pero esta especie de amalgama de dos armas hasta entonces distintas, consistia únicamente en una teoría particular del mariscal Saint-Cyr sobre el mejor uso del arma de lanceros (2). El único hecho de estas transacciones en que no se inició oficialmente al público, fué la entrega de sumas considerables á los principales generales de la coalicion y á los diplomáticos firmantes de los tratados. En 1814 Mr. de Talleyrand habia hecho dar ocho millones á los firmantes de la convencion de armisticio de 23 de abril y del tratado de paz del 30 de mayo, se distribuyó casi otro tanto en 1815, y Blucher recibió para sí solo cerca de tres millones. Estos fondos se sacaron de una contribucion de guerra de cien millones impuesta á todo el reino por decreto de 16 de agosto

Las cargas materiales impuestas á la Francia por el tratado y por las convenciones del 20 de noviembre fueron principalmente cargas pecuniarias. Estas convenciones y este tratado no hicieron perder á la Francia, bajo el punto de territorio, sino cuatro plazas de segundo órden y algunos distritos cuya poblacion ascendia á quinientos treinta y cuatro mil habitantes (3), siendo el acta de armisticio de 23 de abril de 1814 y

(1) Estamos convencidos de que jamás ha llevado nadie á mas alto punto que los aliados, especialmente Inglaterra, la codicia de los resarcimientos y el cuidado de las reclamaciones. No condenaremos ciertamente la solicitud de la corte de Londres por los intereses privados de sus súbditos, pero no podemos ménos de observar que por un contraste, que puede citarse como la amarga crítica de nuestros negociadores y de nuestros gobernantes, no se mientan en aquellos tratados las reclamaciones de los súbditos franceses á Inglaterra ó á las otras potencias coligadas. Treinta años han trascurrido desde que se hicieron, y aunque hace un cuarto de siglo que Francia ha cumplido con sus compromisos, lo cierto es que aun no se han despachado las solicitudes de nuestros paisanos, que por espacio de doce años sufragaron los gastos de los súbditos ingleses que quedaron prisioneros en virtud del rompimiento del tratado de Amiens (1802), y no precisamente para que se les pague, sino para que siquiera sean reconocidos sus créditos

(2) El decreto de 16 de julio, relativo á la disolucion y reorganizacion del ejército, creaba veinte y cuatro rejimientos de cazadores de á caballo. El decreto de 30 de agosto siguiente organiza la caballería creando un escuadron de lanceros en cada regimiento de cazadores, y el artículo 17 del mismo esplica las razones que tenia el mariscal Saint-Cyr para la formacion de lanceros por escuadrones.

(3) Esta suma de 534.000 habitantes se subdivide de este modo: departamento del Norte, 27.000; de las *Ardenas*, 78.000; del Mosela, 322.000, del *Bajo Rhin*, 27.000, del *Monte Blanco* (Saboya), 180.000. La cesion de Sarrelouis, que es una de las plazas que se cedian por este tratado, fué una verdadera pérdida para Francia, porque su importancia no consistia en el número de sus habitantes, que eran solamente cuatro mil, sino en su patriotismo. Creemos que no hay en Francia una sola ciudad, sin esceptuar á la mas populosa, que pueda aducir sus pruebas de nacionalidad con el ausilio de una *hoja de servicios* como esta de 1792 á 1815 Sarrelouis ha dado á Francia 1 mariscal, Ney, 5 tenientes generales Grenier, Pablo de Favart, gobernador de Lila cuando el sitio de 1792, de Chertmont, Renauldt y Muller; 6 generales de brigada, Toussaint Grenier (Jorge), Jeannet, Schobert, Houtz y Thierry, 10 coroneles, 12 tenientes coroneles, 67 capitanes, 34 tenientes, 55 subtenientes, 3 comisarios de guerra, un contador general de postas del ejército, 12 empleados en las administraciones del ejército y mas de 200 cabos y sargentos, entre los cuales hay muchos amputados y la mayor parte condecorados. Esta ciudad tan francesa, fundada por Luis XIV, es actualmente prusiana.

el tratado de 30 de mayo siguiente los que privaron à la Francia de todas sus conquistas de la república y del imperio, y que la han puesto en el estado en que la vemos hoy.

Es un error igualmente que en un acta de que se habló mucho en aquella época y que llamó la atencion pública, tanto mas cuanto que sus términos eran mas oscuros y su sentido menos concebible, es un error decimos, que en el tratado de la Santa Alianza los contemporáneos hayan visto el sostenimiento de la coalicion de los cuatro grandes estados contra la Francia. No podia darse á este documento la calificacion de tratado, pues siendo obra comun del czar y de una iluminada alemana, la baronesa de Krudner, cuyo misticismo habia seducido el alma del pensador Alejandro, manifiesto religioso mas bien que transaccion política, este estraño pacto era para el emperador de Rusia el resultado de una situacion de espíritu que debe esplicar sin duda la misma grandeza de la conducta de este soberano desde los tres últimos años. Su alma parecia plegarse bajo el peso de su fortuna; no parecia sino que saciado de los bienes que la suerte puede prodigar al hombre, no quedándole deseo que formar, ni esperanza que perseguir, buscaba en una esfera mas elevada que la esfera política un alimento á la actividad que le quedaba. Un cuarto de siglo hacia que estaban asolando á Europa la guerra y sus consecuencias; á Alejandro le cautivó sin duda la idea de que llegaria á ser el Mesías de una nueva era de paz y de felicidad. Siendo pontífice supremo de su pueblo y soberano temporal al mismo tiempo, tomó de la religion la base de la nueva política, de donde se siguió aquella declaracion de caridad y de fraternidad universal, que por una contradiccion burlesca, el rey de Prusia y los emperadores de Rusia y Austria firmaron el 26 de setiembre á la misma hora en que nuestras provincias eran víctimas de todos los furores de la invasion. Mr. de Metternich se opuso por de pronto á la aceptacion, por su señor, de este manifiesto místico cuyo sentido no alcanzaba; la oscuridad de los términos le parecia que ocultaba algun lazo, y despues de muchos dias de reflexion, convencido de la profunda insignificancia del tratado, lo sometió por fin á la firma de Francisco II. El duque de Wellington, en desquite, se obstinó en acceder á ello, respondiendo á todas las instancias del czar, que el pensamiento de S. M. I. no seria comprendido en su parlamento; que era imposible que el príncipe regente se adhiriese á un tratado sin base y cuyo objeto preciso era difícil definir. Luis XVIII firmó sin hacer la menor observacion, y siguieron su ejemplo todas las potencias de segundo órden (1). No se ha de buscar en esta declaracion hecha personalmente á algunos soberanos y desnuda de las formas ordinarias de la diplomacia, no se ha de buscar en esta declaracion, decimos nosotros, en la cual falta la firma de la Inglaterra y en la que se encuentra la del rey de Francia, el acta que mantuvo contra nosotros la coalicion de los cuatro grandes estados; esta coalicion, consagrada primeramente por el tratado de Chaumont del 1.° de marzo de 1814, y despues por el tratado de Viena del 25 de marzo de 1815, recibió una nueva sancion y se continuó por un tercer tratado, convencion especial, dividida en siete artículos, fechada igualmente en 20 de noviembre de 1815 y firmada solamente por los representantes de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia. Este tratado reproduce todas las estipulaciones de los dos tratados precedentes, que dejamos analizados en su lugar: en cuanto al tratado confirmativo del 20 de noviembre de 1815 solo daremos el artículo 6.° concebido en estos términos: «Con el fin de asegurar y facilitar la ejecucion del presente tratado y consolidar las íntimas relaciones que unen hoy dia á los cuatro soberanos para la felicidad del mundo, las altas partes contratantes han convenido en renovar en épocas determinadas, sea bajo el auspicio inmediato del soberano, sea por sus ministros respectivos, las reuniones consagradas á los grandes intereses comunes y al exámen de las medidas que, en cada una de las épocas, se crean mas saludables para el reposo y tranquilidad de los pueblos, y para el sostenimiento de la paz europea.» Las reuniones anunciadas en este artículo fueron los congresos de Aquisgran, de Troppau, de Laybach y de Verona. Añadiremos que el nuevo tratado de cuádruple alianza se comunicó oficialmente al gabinete de las Tullerías por una nota firmada por los ministros de las cuatro potencias coligadas, nota que es un distinguido testimonio de los temores que inspiraba á estas potencias una nueva esplosion de la opinion y de las fuerzas revolucionarias francesas, y que prueba cuán importante era en su concepto el sostenimiento de la carta como medio de transaccion entre todos los intereses, como prenda de la paz y tranquilidad interior. Alarmados por las pasiones de que se dejaba llevar el partido realista, sobre todo en el mediodía, y hasta en la nueva cámara, sus ministros decian: «Lejos de temer que S. M. Cristianísima preste oidos á consejos imprudentes ó apasionados que tiendan á mantener el descontento, á renovar las alarmas, á reanimar los odios y las divisiones, los gabinetes aliados están completamente confiados en las disposiciones tan sabias como generosas que el rey ha anunciado en todas las épocas de su reinado. Bien saben ellos que S. M. opondrá á todos los enemigos del bien público y de la tranquilidad de su reino su adhesion á las leyes constitucionales, su voluntad muy pronunciada de ser el padre de todos sus súbditos, sin distincion de clase ni de religion. No de otro modo puede coronar un éxito completo los votos formados por los gabinetes aliados para la conservacion de la autoridad constitucional de S. M. Cristianísima, para la felicidad de su pais y la conservacion de la paz del mundo; no de otro modo puede recobrar la Francia el lugar eminente á que es llamada en el sistema de Europa.»

Cuando, diez y ocho meses antes, sin necesidad, sin mas interés que el de ventajas personales considerables, Mr. de Talleyrand, por mucho tiempo ministro de la república y del imperio, habia, con una sola plumada, vuelto á traer á la Francia á sus fronteras de 1792, entregando á la coalicion todos nuestros departamentos de la Bélgica y de la orilla izquierda del Rhin, cincuenta y tres plazas fuertes, trece mil bocas de fuego, treinta navíos de alto bordo y un número proporcionado de fragatas y buques de guerra de todos tamaños, arsenales, astilleros, almacenes, cuyo valor ascendia á millon y medio, su mano no titubeó, su espíritu permaneció tranquilo y su cara risueña. Aunque Mr. de Richelieu no habia vuelto de su emigracion hasta 1814, era un hombre honrado y leal, que despues de haber firmado el tratado que acabamos de analizar, escribió la siguiente carta: «11 de noviembre: Todo está concluido. Yo estampé ayer mas muerto que vivo mi nombre en este fatal tratado; pues aunque habia jurado no hacerlo y se lo habia dicho al rey, este desgraciado príncipe me ha suplicado llorando que no le abandone, y desde este momento no he vacilado. Creo firmemente que en este punto cualquiera hubiera hecho lo mismo, pues que la Francia espirante bajo el peso que la oprime, reclamaba imperiosamente una pronta libertad, que, segun se me ha asegurado, empezará desde mañana, y se efectuará sucesivamente.» Sí; el peso era sofocante, como lo decia Mr. de Richelieu, que conservaba sin embargo, en esta época de su vida, la cólera y las pasiones de su partido. Un millon y quinientos mil soldados estranjeros, cubriendo la superficie de nuestro territorio, se abandonaban á todos los escesos de la violencia y de la fuerza, aniquilando hasta el mas pequeño pueblo, y consumiendo todos nuestros recursos. Esta carga, que no bajaba de dos millones y medio por dia, sufrió la Francia por espacio de cinco meses y nos costó cerca de cuatrocientos millones, de modo que cuatrocientos millones por esta ocupacion, setecientos millones por contribucion de guerra, las indemnizaciones por reclamaciones anteriores á 1814 que ascendian á mas de trescientos millones, la ocupacion de diez y ocho plazas fuertes por espacio de tres años por ciento cincuenta mil hombres, cuyo sueldo y ma-

(1) Tres meses y medio despues de su conclusion apareció por primera vez el *Tratado de la Santa Alianza* en el *Diario de Francfort*. El *Monitor* del 6 de febrero de 1816 reprodujo su testo, cuyos pasajes mas importantes son como siguen.

«*En nombre de la Santísima é indivisible Trinidad*, SS. MM. el emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de Rusia, en virtud de los grandes acontecimientos que han tenido lugar en Europa en el decurso de los tres últimos años, habiéndose convencido íntimamente de la necesidad de establecer las bases que deban adoptar las potencias sobre las sublimes verdades que nos enseña la eterna religion del Dios Salvador.

»Declaran solemnemente que la presente acta tiene por objeto esclusivo manifestar á la faz del mundo su resolucion inalterable de tomar por regla de su conducta los preceptos de esta santa religion.

»En consecuencia SS. MM. han convenido en los artículos siguientes:

»Art. 1.° Ateniéndose á las palabras de la Escritura Santa, que mandan á todos los hombres que se consideren como hermanos, los tres monarcas permanecerán unidos por los vínculos de una fraternidad verdadera é indisoluble; y considerándose como compatriotas se prestarán en cualquiera sitios y ocasiones asistencia, ayuda y socorro.

»Art. 2.° En consecuencia no habrá entre dichos gobiernos ni entre sus súbditos otro principio vigente que el prestarse ausilios recíprocamente, manifestarse por medio de una benevolencia inalterable el afecto mútuo de que deben estar animados, y considerarse todos como individuos de una misma nacion cristiana. En consecuencia los tres príncipes aliados se miran á sí mismos como delegados de la providencia para gobernar tres ramas de una familia, y confiesan que la nacion cristiana de que forman parte ellos y sus pueblos, no tienen real y verdaderamente otro soberano que aquel á quien pertenece únicamente en propiedad el poder, por ser tambien el único que reune todos los tesoros del amor, del saber y de la providencia infinita, es decir, Dios, nuestro divino salvador J. C., el verbo del Altísimo, la palabra de vida.

»Art. 3.° Todas las potencias que quieran confesar solemnemente los principios que han dictado esta acta, serán recibidos con tanto afecto como zelo en esta Santa alianza.

»Hecho por triplicado y firmado en Paris, á 26 de setiembre del año de gracia 1815.

«Francisco, Federico Guillermo, Alejandro.»

nutencion importaban igualmente cerca de cuatrocientos millones (1), en todo cerca de dos mil millones; los sacrificios de la guerra, nuestra gloria oscurecida y nuestra independencia perdida, hé aquí el resultado de las solemnes promesas hechas por los soberanos aliados; he aquí el producto de la pusilanimidad crédula de nuestra clase media y de los poderes que la representaban. ¿Quién era, pues, el que despues de Waterloo conocia mejor los intereses de la Francia? ¿Eran acaso estos poderes y estas clases resueltas à someterse y entregarlo todo, ó el pueblo y el ejército que querian la defensa y pedian el combate?

Pero los inmensos sacrificios de dinero, de territorio y de honor no eran solamente los que ocasionaban á la Francia los deplorables poderes que la dominaron despues de Waterloo; la invasion de 1815 costó sacrificios de sangre, como vamos á referirlo, sangre preciosa, que estuvo clamando contra los Borbones por espacio de quince años, y que hoy mismo debe deturbarles en su último destierro.

CAPITULO TERCERO.

Reaccion realista.—Departamentos: Asesinatos de Marsella.—Asesinato del mariscal Brune en Aviñon; causa formada á los asesinos.—Asesinatos de Nimes y de Uzés: incidente promovido en la cámara de los diputados.—Asesinato de los generales Lagarde y Ramel.—Proceso de los hermanos Faucher de La Reole: su sentencia y ejecucion.—Paris: proceso y ejecucion del general Labédoyère.—Proceso y evasion del conde Lavalette.—Proceso del mariscal Ney en un consejo de guerra y en la cámara de los pares: su condenacion, voto de cada juez, ejecucion.—Muerte de Murat.

La rápida noticia del desastre de Waterloo llegó hasta los ámbitos del imperio, siendo recibida por las manifestaciones mas opuestas. En los departamentos del este, entre las patrióticas poblaciones familiarizadas por la presencia del estranjero con la lucha y con el estruendo de las armas, en Grenoble, por ejemplo, los mismos habitantes que habian mirado con antipatía el gobierno de los cien dias por el recuerdo del despotismo imperial, enarbolaron inmediatamente la escarapela tricolor, y presentándose á las autoridades pusieron sus personas y sus fortunas al servicio de Francia y del emperador. En el mediodía, en Marsella, por ejemplo, que es un pais en donde no están muy desarrollados el instinto militar y el sentimiento nacional, en donde dominan las pasiones individuales y los afectos y resentimientos locales, el anuncio del desastre fué contestado con los gritos de *viva el rey*, con el saqueo y con muchos asesinatos.

La noticia de dicha derrota cundió el domingo 25 de junio en la capital del departamento de las Bocas del Ródano. Por la mañana Marsella estaba tranquila y parecia desierta: los propietarios y los principales comerciantes abandonaron sus casas para trasladarse à las numerosas quintas que rodean la ciudad, al paso que el resto de los habitantes cuajaba todas las iglesias. A eso del medio dia un grupo de ociosos reunidos en una plaza principió con algunos gritos de *viva el rey*, pero no tardaron en multiplicarse y estenderse los gritos; varias gentes del pueblo y algunos mercaderes de segundo órden recorrieron las calles anunciando la derrota del emperador y el regreso de Luis XVIII; formáronse reuniones considerables que se detuvieron ante los cuerpos de guardia ocupados por tropa de línea, provocándola con injurias y aclamaciones realistas. Inmóviles detrás de sus armas empabellonadas, los soldados responden á semejantes injurias y gritos con el canto de la Marsellesa. Acude el general Verdier, gobernador de la ciudad y comandante general de la guarnicion, y atravesando los grupos al paso de su caballo, confirma imprudente la derrota é invita á la muchedumbre á la calma y á la moderacion; pero en vez de moderar las enardecidas pasiones este lenguaje casi tímido y la actitud pasiva de los soldados, las exaltan. Creyendo fácil y sin peligro la sublevacion, se sublevan; un jóven se arroja en una de las guardias con una pistola y al grito de *armas abajo*, pero muere de dos balazos. A la noticia de esta doble esplosion se derraman por todos los barrios varios tambores tocando generala; suena el rebato en todas las iglesias; lánzase en masa á las calles la poblacion de Marsella, que no tarda en verse engrosada por algunas de aquellas partidas de voluntarios realistas que habia organizado el duque de Angulema tres meses antes y que acuden precipitadamente de los campos vecinos.

En las poblaciones del mediodía hay mas estrépito que resolucion. El general Verdier tenia á sus órdenes un regimiento de infantería, algunos escuadrones del 14.º de cazadores, una batería de artillería y una numerosa multitud de oficiales entusiastas y valientes que se hallaban en situacion de reemplazo; mas aunque estas fuerzas eran suficientes para contener la revuelta, porque bastaba con hacerle frente, sin dar muestras de temerla, sea por miedo de inmiscuirse en un cambio político, resultado probable de la abdicacion del emperador, de la que habia tenido noticia por la mañana y que podia acarrear en definitiva el restablecimiento de los Borbones, sea por falta de seguridad ó de energía, el general Verdier tomó un partido desgraciado, pues abandonando los dos fuertes que dominan á Marsella, dió á las tropas la órden de evacuar la ciudad y retirarse á Tolon, que era el cuartel general del mariscal Brune. Verificóse aquella misma noche la retirada, sin otra oposicion que la de tal cual fusilazo disparado á bastante distancia, de suerte que algunos ginetes del 14.º, que se hallaron aislados en la ciudad, pudieron atravesarla á galope á los gritos de *viva el emperador*, é incorporarse con sus camaradas. A la llegada de la noche, Marsella estaba sin guarnicion; los sublevados quedaron dueños de la ciudad, y este fácil triunfo los entusiasmó de tal modo que al verse victoriosos anhelaron por vencidos. Echándose en consecuencia muchas cuadrillas en las casas señaladas como bonapartistas, derriban las puertas, echan abajo los tabiques, y arrojan por las ventanas los muebles que no pueden llevarse por demasiado pesados. Despues de haber saqueado las casas asesinan á los propietarios, entretanto que otras partidas invaden un barrio pobre y aislado, en donde se hallaban reunidos los restos de aquella colonia de mamelucos y de orientales que habian llegado de Egipto con Napoleon y con el ejército francés. No habiendo nada que robar en casa de aquellas pobres gentes que habian elegido á Francia por patria, se pusieron á degollarlas, persiguiendo por las calles, por las plazas y hasta en las casas de los otros habitantes á los que se fugaban. Ni la edad ni el sexo ponian á los individuos á cubierto de la rabia de los verdugos; muchas mujeres y niños fueron degollados en el puerto mismo; sin que tampoco pudiera hallarse un asilo en el mar, porque los carabinazos alcanzaban á los fugitivos en medio de las olas. Una egipcia, herida mortalmente al escaparse á nado, desapareció en el acto de gritar *viva Bonaparte*; Por algunos momentos se le vió agitar sus manos sobre el agua, como si quisiese concluir por signos el grito comenzado. El furor del asesinato se estendió bien pronto á los transeuntes, y todo individuo considerado como bonapartista era inmediatamente asesinado y herido. El dia 26 por la mañana los riachuelos que atravesaban las calles estaban enrojecidos por la sangre, y los robos, mas bien que los crímenes, espantaron á los ciudadanos. Temerosos por sus casas, por sus almacenes y por sus tiendas, la mayor parte de los propietarios, negociantes y mercaderes tomaron las armas á las primeras horas de esta segunda jornada, y fueron contra los ladrones: fue preciso luchar para obligar á estos á abandonar la presa; pero por la tarde se habia restablecido casi la tranquilidad, ó al menos ya no se robaba. Marsella acababa de dar la señal de matanza: las principales ciudades del mediodía iban á imitarla, é inmediatamente iba á caer en medio de la antigua ciudad de los papas, el mariscal del imperio con quien habian idoá incorporarse en Tolon el general Verdier y la guarnicion de Marsella.

Cuando Napoleon, despues de la capitulacion del duque de Angulema en el puente del Espíritu Santo, quiso enviar al mediodía un hombre de talento y de valor que pudiese con un corto número de soldados hacerse obedecer de las ardientes poblaciones aun agitadas por la última tentativa de la guerra civil, vaciló entre los cuatro ó cinco mariscales reunidos á su causa. Por lo cual dijo: «Escribid al mariscal Brune; este es un hombre con quien puedo contar seguramente, pues tiene un alma fuerte.» Entre todos los mariscales el que menos se veia en las Tullerías era Brune, como despreciador de las solicitudes é indiferente á los favores que comunmente suelen ser su premio. Hallándose adornado de todas las cualidades que constituyen un guerrero de primer órden, tan distinguido diplomático como buen administrador, habia prestado los servicios mas distinguidos à la Francia; pero de un carácter modesto y noble al mismo tiempo, de un genio aplicado y de una inteligencia cultivada, no tenia ni amor al ruido, ni aquellos defectos brillantes que llaman la atencion de la multitud y dan la popularidad. Su nombramiento de jefe del cuerpo de observacion del Var, le causó una fuerte impresion y de que él mismo no acertaba á darse cuenta; así es que otros lo hubieran rehusado; pero él lo aceptó. Mostrándole á su amigo suyo la respuesta que contenia su aceptacion: «No sé, le dijo, pero me parece que acabo de firmar mi sentencia de muerte.—Entonces ¿por qué consentís?—Porque la Europa está sobre las armas y nos amenaza; cualquiera que sea el punto que me señale el emperador, mi deber es presentarme en él.»

(1) El sueldo y la manutencion de los 150 000 soldados aliados que se dejaron en Francia figuran en cada uno de los tres años siguientes por 130 millones.

Al tiempo de salir de su casa, cayó en la escalera y se hirió gravemente en la espalda, y dijo: Siniestros son estos presagios; un romano diferiria su partida.—¿Por qué no la retardais? le respondieron otra vez:—«No debo hacerlo, replicó con tristeza, porque el interes del pais debe vencer todas mis repugnancias, pero voy á mi ruina.»

No defraudó Brune las esperanzas de Napoleon, pues que con menos de siete mil hombres consiguió defender la frontera del Var, y conservar el órden en Marsella y en el resto de la provincia. Tan firme como bondadoso no permitió ninguna reaccion, de modo que nadie, durante su gobierno, tuvo que sufrir ni de qué quejarse. Por lo demás, su trabajo no fué pesado sino despues de la llegada de los regimientos que el general Verdier habia llevado á Tolon. La noticia de la matanza de Marsella habia exasperado las tropas, pero Brune, dominando su cólera, impidió toda venganza: aun hizo mas á mediados de julio, pues habiendo recibido la noticia de la capitulacion de París y la entrada del rey, despreciando las amenazas de los jefes de algunas bandas de voluntarios realistas, como tambien los insultos de los realistas de su gobierno, proclamó sin vacilar á Luis XVIII, y con su ascendiente decidió á los oficiales y soldados que estaban á sus órdenes á sustituir la escarapela blanca á la escarapela tricolor. Concluida la sumision, el mariscal entregó su mando al marqués de la Rivierre, representante del gobierno real en el mediodía, y con un pasaporte firmado por este último, salió para París la noche del 31 de julio al 1.° de agosto. Cuando llegó su coche á la administracion de correos, fué rodeado por un grupo de realistas que colocados á la entrada de cada ciudad, en cada puente que comunicaba con las principales calles, ejercian en aquella época en todo el reino una policía de vigilancia tanto mas severa cuanto que era el voluntario resultado de un zelo político mas ardiente. Habiéndole pedido su pasaporte, y pronunciando los visitadores en alta voz su nombre, se reunió una multitud considerable que dirigiendo al pronto injurias contra él, no tardó en lanzar una lluvia de piedras sobre su coche. Felizmente los caballos estaban enganchados y echaron á galope, poniéndose de este modo el mariscal fuera de todo acometimiento; sus ayudantes de campo, advertidos por este primer peligro, insistieron en dejar el camino del valle del Ródano, y tomar el de Gap y de Grenoble. Despreciando Brune este consejo como una precaucion indigna de un soldado, continuó el itinerario que se habia trazado, y á las nueve de la mañana del 2 de agosto entró su coche en Aviñon. Apeóse el general para desayunarse en la fonda del Palacio Real, que lo era tambien del Correo y que se halla situada á breve distancia del muelle del Ródano, en la plaza llamada del Ousle, á pocos pasos de la puerta del mismo nombre.

Hemos hablado anteriormente (1) de las odiosas calumnias publicadas por los escritores ingleses contra Napoleon: sin embargo, los periodistas y libelistas, pagados por el gabinete británico, no se contentaban con presentar al emperador como un asesino ó infatigable amenazador, sino que aun le daban por cómplices la mayor parte de sus mariscales. El escritor Goldsmith, entre otros, á falta sin duda de reproches que dirigir a Brune, le acusó de ser uno de los asesinos de la princesa de Lamballe, y de haber paseado por las calles de París la cabeza de aquella desgraciada. Discutir semejante calumnia seria hacer un ultraje á la memoria del mariscal, quien ni siquiera se hallaba en París cuando las jornadas de setiembre: no obstante cuanto mas grosera y estúpida era la acusacion, tanto mayor crédito debia hallar en aquel ciego bando del partido realista, que no veia entonces mas que bebedores de sangre o pícaros en todos los hombres que tomaron parte en la lucha de la revolucion contra la Europa ó contra la antigua monarquía. Semejante rencor fué escitado por un gran número de realistas de Marsella y de Provenza, cuando dos meses hacia que Brune se hallaba en medio de ellos; así pues, este rumor que repitió el populacho, levantó un grande murmullo en la multitud de ociosos, gente del pueblo, ó mozos de cordel, estacionados junto á la puerta del Ousle, cuando un jóven llamado Soulié, despues de haber preguntado á algunas personas de la fonda, arrojó el nombre del mariscal á la curiosidad de los grupos reunidos ya en torno de los carruajes. El señor Soulié no se contentó en semejante ocasion con repetir las calumnias del inglés Goldsmith, eco lisonjero de los rumores que tenian su orígen á un mismo tiempo en los insultos recibidos del mariscal en Tolon, y en el temor de justas represalias por las matanzas de que eran entonces teatro el Languedoc y la Provenza; añadia ese jóven, que Brune solo habia dejado su mando para ir á ponerse al frente del ejército del Loire y volver para castigar el mediodía. Al oir esto se levantan gritos furiosos contra el mariscal; la turba se arroja sobre sus caballos y los desunce.

El nuevo prefecto de Vaucluse, Mr. de Saint-Chamans, habia llegado la mañana misma á Aviñon y se detuvo igualmente en la fonda del Palacio Real; los ayudantes de campo del mariscal invocaron la autoridad del prefecto, y habiéndose uncido de nuevo los caballos, el mariscal pudo partir. Pero al tiempo que su carruaje sale de la plaza y echando por la puerta del Ousle gana el muelle del Ródano, el populacho se lanza por calles desviadas, para cogerle la vuelta á la puerta de París, punto en donde el camino se separa de las murallas de la ciudad, y en donde habia un apostadero de guardias nacionales, mandado por el jóven Verger, hijo del procurador del rey. Por mas prisa que se dieron los que salieron corriendo de la plaza del Ousle, eran aun en muy corto número cuando el mariscal llegó delante del apostadero, para oponer á su paso un grave obstáculo. Brune iba pues á escapárseles, pero los guardias nacionales le detienen pidiéndole el pasaporte. El mariscal presenta el permiso de Mr. de Rivierre; el señor Verger lo examina, y citando las palabras de no sé que reglamentos, declara que no dejará pasar al mariscal á menos de llevar el visto bueno del gobernador militar de la ciudad. En vano hacen observar los ayudantes de campo, que la dignidad de su jefe le dispensa tan insignificante formalidad, buena á lo mas, para los oficiales de tropa o los soldados que viajan con una simple carta de radio en vano muestran la muchedumbre que va reuniéndose, y hacen presentes los peligros de una detencion que á cada minuto va siendo mas temible, el señor Verger se obstina en su necesidad de las formas, retiene el permiso, y luego lo envia al gobernador militar. A poco, advertidos de la posicion del mariscal, llegan Mr. Puy, corregidor de la ciudad, el nuevo prefecto y Mr. de Balzac, con el objeto de facilitar su marcha por segunda vez. Ya era tarde; el motin engrosado incesantemente era por demás impetuoso, y, á pesar de las órdenes y súplicas de Mr. Puy, obligó á los postillones á conducir de nuevo á la ciudad el carruaje. Para volver á la plaza del Ousle se tropezaba en el muelle, que estaba encerrado entre el Ródano y las murallas de la ciudad; ese trecho recorrido al paso, en medio de una muchedumbre inmensa, delirante, y que se embriagaba con sus propios gritos, fué señalado por las mas odiosas escenas; llenóse de injurias e insultos al mariscal, y llovieron piedras sobre su carruaje: «¡Muera! muera! gritaba el populacho. No le dejeis entrar en Aviñon! ¡Que muera aquí mismo! ¡al Ródano! ¡al Ródano!» En fin, el mariscal pudo llegar delante de la fonda; el carruaje llega precipitadamente al patio; se cierran las puertas de improviso, á pesar de los esfuerzos de algunos furiosos, que pusieron sus brazos entre las dos hojas á riesgo de romperse los huesos; atrancáronse las puertas por la parte de adentro para inutilizar los sacudimientos de la muchedumbre, y el corregidor, el prefecto y el subprefecto que quedaron en la plaza, se pusieron en fila delante de las puertas.

Ya en este momento se tocaba á generala por las calles; pero al paso que llamaba á las armas á la guardia urbana, hacia acudir á la plaza del Ousle cuanta gente vagabunda ó fanatizada se encerraba en Aviñon. Bien pronto de mil y quinientos á mil y ochocientos individuos, armados de hachas, sables, picas y fusiles, llenan la plaza ó invaden las ventanas y aun los tejados de las casas vecinas. Gritos de muerte continúan elevándose del seno de la muchedumbre, y gran parte de ellos armados de carabinas ó fusiles y apostados en todos los puntos desde donde pueda dominarse el asilo del mariscal, tienen clavado el ojo en todas las aberturas de la fonda, dispuestos á hacer fuego á la menor tentativa de salida ó evasion. Ni un solo soldado encerraba Aviñon, pues el marqués de Rivierre habia alejado de ella la guarnicion pocos dias antes, y de las treinta mil almas que componen la poblacion de la ciudad, un centenar de guardias nacionales fué la única fuerza que el llamamiento del tambor hizo acudir cerca de las autoridades, alineadas siempre delante de la fonda. Este destacamento era mandado por Mr. de Montagnat, habitante en Aviñon, quien en el año anterior habia protegido el paso del emperador al dirigirse á la isla de Elba, contra el furor de algunos bandidos agolpados en torno de su carruaje. Las opiniones realistas de Mr. de Montagnat no habian podido hacerle perdonar este acto de valor: su vista escitó el coraje de la muchedumbre: «Ha salvado á Bonaparte, gritaba esta, y ahora quiere salvar á otro enemigo del rey! Ya le guardaremos nosotros! ¡abajo Montagnat!» El mayor Lambot, comandante general del departamento, pareció en este instante en la plaza montado á caballo: realista como M. de Montagnat y M. Puy y como estos valiente y honrado, corria á probar si podia salvar la víctima. «¿Qué intentais hacer? gritó echando su caballo en medio de los grupos mas furiosos: ¿cometer un crimen? asesinar al mariscal? Tendreis que pasar sobre mi cuerpo para llegar hasta él,» y poniendo

(1) Aludo el autor á la historia de la primera restauracion, cuyos hechos quedan igualmente consignados en la historia de la restauracion por Lamartine (N. del T.)

pié á tierra fué á colocarse á su vez delante de la puerta. En este instante habia llegado á su colmo la exasperacion de la muchedumbre contra Mr. de Montagnat; el mayor temiendo un crímen, invitó á este valiente ciudadano á que se retirara, pero él contestó con una negativa; hasta que una órden formal le obligó por fin á alejarse y ceder su mando á Mr. Hughes, jefe de un batallon de línea, que se hallaba entonces con licencia en Aviñon. Pero apenas habia tomado éste el puesto de Mr. de Montagnat al frente del peloton, cuando se le echa encima una turba de encolerizados, le derriban y le pisotean. Mr. Puy se precipita en su defensa, entonces el coraje de la muchedumbre se vuelve contra él: «Pues qué, gritan cien voces, sufriremos aquí un corregidor de los cien dias! y aun se atreve á ponérsenos delante! Óyense amenazas de muerte. El mayor y el prefecto obligan á Mr. Puy á que se retire, y este se decide á hacerlo. Enardecida mas y mas la muchedumbre, golpea la puerta; algunos individuos armados de hachas se obstinan en romperla. El mayor coge al mas robusto y lucha con él. Este furioso, especie de coloso, derriba al mayor, que anda rodando por el suelo, y vuelve á atacar de nuevo la puerta. Probando á intervenir Mr. de Saint-Chamans, es herido por el hacha en el dedo. Mientras tanto, el mayor se levanta otra vez y manda al comandante Hughes, repuesto á la cabeza del destacamento, que cargue á la bayoneta á estos miserables y se establezca delante de la puerta, con sus hombres alineados á seis de fondo. Ejecutada la órden, los guardias nacionales rechazan á los agresores, y Mr. de Saint-Chamans, cansado y fatigado, aprovecha esta ocasion para retirarse á su vez.

Eran ya cerca de las dos; las autoridades luchaban desde las diez de la mañana. Tân continuos esfuerzos parecian haber fatigado la plebe, ó por lo menos los gritos no tenian ya la misma fuerza. El mayor Lambot y el subprefecto, que habian permanecido solos delante de la fonda, con los guardias nacionales y su comandante, esperaban que iria calmándose por fin tan horrible tormenta, y que al caer de la noche podria el mariscal volver á emprender su camino; pero de repente una lluvia de aclamaciones y aplausos parte de las ventanas y de todos los puntos elevados que dominan la plaza; las miradas de todos los que en ella se hallan, se dirigen hácia el techo de la fonda, y se oye gritar: «Han entrado por el tejado!» Al mismo tiempo estalla un fuerte ruido en el interior. Presagiando el mayor alguna catástrofe, quiere entrar; llama violentamente á la puerta; desembarázanla de sus parapetos; pero al momento de precipitarse en el patio, dos tiros que parten del piso superior le anuncian que ya es demasiado tarde. Unos cuarenta individuos de los mas encarnizados, entre los cuales se hacian notar el tafetanero Fargés y el esportillero Guindon, dice Roquefort, habian tomado efectivamente el partido de escalar los tejados, y una vez encaramados en lo mas alto, habian bajado á las galerías interiores. Dos de ellos penetran en el aposento de Brune, que estaba entonces en pié, teniendo en la mano muchas cartas de la mariscala, que volvia á leer para suavizar sus largas horas de agonía. Los dos bandidos reconocen á su víctima por su elevada talla y por su pálido y bello semblante: el mariscal sin embargo permaneció tranquilo á su aspecto: «¿Qué me quereis? les dijo.» Uno de ellos por toda respuesta se adelanta pistola en mano y aprieta el gatillo; el mariscal le rechaza el brazo, y la bala da contra la pared. «Ahora vas á ver como era menester tirarte,» grita al instante el otro miserable, descargando contra el mariscal una carabina cuya bala toca y atraviesa la parte inferior de la cabeza. El mariscal cae: estaba muerto. Los asesinos salen inmediatamente de la habitacion y asomándose uno de ellos á una de las ventanas que dan á la plaza, anuncia que Brune ha dejado de existir. Esta noticia es acogida por gritos de alegría; la muchedumbre palmotea, y advertidas las autoridades, no tardan en llegar para instruir el sumario del atentado cometido. Este sumario, en donde debia consignarse como la fonda fué allanada, y como el robo siguió al asesinato, contenia la deposicion de los testigos, Mr. Didier, cerrajero, y Mr. Bondon, carnicero, quienes se atrevian á afirmar que la muerte del mariscal era el resultado de un suicidio. Luego que las autoridades de Aviñon por una indigna debilidad hubieron autorizado con sus firmas esta culpable mentira, el cuerpo fué amortajado y encerrado en un grosero ataud, para ser conducido á la capilla del cuartel de caballería (1). Pero el asesinato de Brune no bastaba á la rabia de sus verdugos. Cuando el modesto féretro, que encerraba los restos del glorioso soldado, cuya espada habia salvado la Francia en Berghem, y conquistado la Holanda y la Suiza, salió de la fonda y apareció en la plaza, la horda de salvajes que desde por la mañana se estaba cebando en esta noble vida, se precipita sobre el ataud, lo hace pedazos, desgarra la mortaja, se apodera del cadáver y lo arrastra por el suelo hasta llegar al puente; luego, despues de nuevos ultrajes, lo lanza al Ródano, donde aun le persigue con sus insultos y sus gritos. Por una odiosa burla, dos disparos de arma de fuego saludaron el momento en que el cuerpo desaparecia entre las olas.

Al precipitar los asesinos en el Ródano el cuerpo del mariscal, esperaban que el rio llevaria la víctima al Mediterráneo y que este sepultaria para siempre, en el fondo de sus abismos, las pruebas del asesinato; mas el Ródano iba escupiendo á trechos el cadáver sobre sus riberas, y ya sea pasion política, ya sea cobardía, cada vez que aparecia el cadáver en alguna orilla, los ribereños devolvian al rio el sangriento depósito. Únicamente como á unas diez y ocho leguas distante de Aviñon, entre Tarascon y Arles, en frente de la hacienda llamada *Mas de las Torres*, perteneciente al baron de Chartrouse, rechazado de nuevo el cadáver por el Ródano, pudo permanecer en la arena de la playa, donde estuvo por muchos dias. Se dice que un guardacampos, antiguo soldado sin duda, cuya atencion fue despertada por el vuelo de una multitud de aves de rapiña atraidas por la presencia de aquellos lamentables restos, cayó furtivamente en la arena, y protegido en su piadoso acto por la noche y la soledad, cubrió con un poco de tierra al ilustre general con cuya mirada se habia encontrado acaso, cuya voz tal voz oyera en uno de aquellos dias de batalla en que Brune dilató la gloria y la grandeza de su pais. Advertido Mr. de Chartrouse por las confidencias de alguna gente de su posesion, dispuso, á fines de 1815, que se depositara el cuerpo en otra parte donde no estuviese espuesto á que el rio en una de sus avenidas se llevase otra vez su presa. Así pues, aprovechando las espesas tinieblas de una larga noche de invierno, el jardinero del *Mas de las Torres*, llamado Berlaudier, y un pobre pescador cuyo nombre sentimos ignorar, sacaron el cuerpo de su primer asilo y fueron á ocultarlo á un *foso* que servia de cercado al jardin de la hacienda, donde abrieron un hoyo sumamente profundo en que lo dejaron enterrado. Dos años permaneció en aquel lugar ignorado, guardándose por largo tiempo el secreto de tan piadosos cuidados, cuidados que eran un crímen en aquella época de furiosa reaccion, y que se hubieran castigado con las persecuciones y el destierro. Sin embargo, las largas y continuas pesquisas de la viuda, la dieron á conocer el lugar en donde reposaba la víctima. A instancias de aquella, Mr. Chartrouse pasó á la Provenza, y en la noche del 5 al 6 de diciembre de 1817, ayudado por Berlandier y otros dos criados, provistos de linternas y otros instrumentos necesarios, procedió á una nueva exhumacion. Desenterrado el cuerpo por segunda vez, fué colocado en una caja que el mismo Mr de Chartrouse llevó á Paris, y por fin el 24 pudo la mariscala poseer tan tristes y caras reliquias. Invitado Mr. de Chartrouse á volver al dia siguiente para recibir las gracias, el propietario del *Mas de las Torres* fué recibido por criados vestidos de luto; el portal y la escalera estaban entapizados de negro: introducido en un salon adornado con el mismo aparato de luto, M. de Chartrouse halló en él á la mariscala, rigurosamente vestida de viuda, y rodeada de algunos amigos y parientes de su esposo. Levantóse al percibirle, presentole á cada una de las personas que estaban presentes, y manifestándole delante de todos su reconocimiento, le invitó á asistir á la comida de los funerales. En esta reunion la mariscala anunció su resolucion de vengar la memoria de su esposo. Con todo esto, aun tuvo que esperar dos años mas, no por falta de jueces, pues nunca deja de haber hombres revestidos con este título, sino por falta de justicia. En fin, abandonando en 19 de marzo de 1819 el retiro en que hasta entonces habia vivido, fué á solicitar la autorizacion de Luis XVIII para perseguir á los asesinos de su esposo. Esperaba que los compañeros de Brune, sus hermanos de armas, los antiguos mariscales del imperio, se honrarian en acompañarla á las Tullerías: pero temiendo todos la desaprobacion de la corte y del partido realista, le rehusaron este servicio; uno tan solo, el mariscal Suchet, cediendo á repetidas instancias, consintió por fin en dar la mano á la noble mujer y conducirla á presencia del rey. Su peticion enviada á M. de Serres, guardasellos, fué acogida por este ministro, y en 24 de febrero de 1821, seis años despues del asesinato, el tribunal de *asises* de Lyon entabló el juicio. Los acusados, protegidos por sus numerosos cóm-

(1) Este sumario, instruido por M. Piot, juez de instruccion, en presencia de M. Verger, procurador del rey, del prefecto y de otras autoridades, está fechado en 2 de agosto, á las 6 de la tarde, y contiene este pasaje: «El cuerpo estaba tendido boca á bajo, el rostro nadaba en sangre; el cadaver estaba aun caliente y tenia dos heridas de figura circular, una en la parte anterior de la laringe, penetrando el cuello de parte á parte y correspondiendo á otra herida situada en la espalda y entre la tercera y cuarta vértebras cervicales. Esas dos heridas han sido causadas por un solo disparo de arma de fuego, y la bala ha fracturado, á su paso, no solo el cuerpo de las vértebras, si que tambien las arterias yugulares y carótidas, *lo cual ha debido ocasionar al sugeto una muerte pronta.*

plices y por algunas autoridades, aun de entre las del mediodía, no pudieron ser habidos; con todo, el asesinato fue probado, pero el asesino permaneció impune: Guindon, dice Roquefort, *fué* condenado á muerte por contumacia. No fué el ministerio público, tan pródigo comunmente en arrestos, pesquisas y persecuciones criminales, quien tomara la iniciativa del proceso; el condenado y la parte civil estaban solidariamente obligados al pago de los gastos de tan largos y costosos autos; pero Guindon nada poseia. Brune, jefe íntegro, y una de las glorias mas puras de nuestros ejércitos, era pobre; la mariscala se presentó para redimir con su propia fortuna esta última deuda de su esposo, y el gobierno tuvo la poca delicadeza de admitir su precio.

Sin embargo, la memoria de Brune estaba vengada de la odiosa imputacion de suicidio que el *Monitor* y todas las hojas realistas se apresuraron á reproducir; la mariscala habia llenado su objeto y volvió de nuevo á su retiro. El valor de esa mujer heroica no se desmintió una sola vez; siempre tranquila y con dignidad, asistió religiosamente á los debates del tribunal *d'assises* y estuvo presente en todas las sesiones. Cuéntase que cumplimentada durante el proceso por una persona que admiraba su energía, se levantó, y llevando al que la visitaba, junto á su aposento, á una pieza en donde todo era sombrío y severo, descorrió un velo que ocultaba un objeto cuidadosamente conservado: eran los restos del mariscal. «Aquí, permanecerá dijo con voz conmovida, pero firme, hasta el dia en que habré vengado su memoria y hecho castigar á sus asesinos. Solo pido á Dios que me deje vivir lo suficiente para que pueda encerrar en su tumba el fallo vengador; cumplido este deber, podré ya dormir junto á él en nuestra cama de tierra.»

Mientras que en la ribera izquierda del Ródano, en medio de una ciudad de treinta mil habitantes, cuya inmensa mayoría, encadenada por la mas deshonrosa cobardía, permanecia por espacio de cuatro horas inmóvil espectadora de la lucha de sus autoridades contra algunos centenares de bandidos, mientras un mariscal del imperio caia bajo las balas de asesinos armados en nombre de la política; de la otra parte del rio, en Nimes, otras víctimas perseguidas en nombre de la religion, pagaban igualmente con su vida la caida del gobierno imperial y el triunfo de los coligados.

Al mismo tiempo que entraba en Paris el jefe de los Borbones, acudieron al mediodía cierto número de individuos revestidos con el título de comisarios del rey, ya fuese por el duque de Angulema durante su corta campaña del mediodía, ya por los ministros de Luis XVIII mientras su permanencia en Gante; estos comisarios se habian apresurado á llamar por segunda vez á las armas los destacamentos de voluntarios realistas licenciados despues de la convencion de La Palud. Uno de ellos, el conde Renato de Bernis, llevó su destacamento al departamento del Gard. Arles, Beaucaire y algunas otras ciudades del valle del Ródano le suministraron en pocos dias algunos miles de antiguos voluntarios, á cuya cabeza se dirigió contra Nimes, en donde continuaba flotando la bandera tricolor, sostenida por el general Gilly y algunas compañías del 13.° de línea. Engrosados en el camino por un tropel de gente estraña á toda opinion política, á quien atraia la esperanza del pillaje ó del asesinato, aquellas gavillas cercaron la ciudad. A pesar del corto número de soldados de que podia disponer el general Gilly, hubiera dado buena cuenta de semejante atropellamiento de gentes, si la rendicion de Paris y el restablecimiento del gobierno real no hubiera hecho inútil toda resistencia. Firmóse una capitulacion; en 15 de julio la ciudad enarboló la bandera blanca; al otro dia, 16, se entregaron á los voluntarios todas las guardias, y los soldados del 13.°, á tenor de un imprudente artículo del tratado, depusieron las armas y salieron de los cuarteles para retirarse de la ciudad. Los voluntarios se forman en dos filas para que pase entre ellos la reducida guarnicion, la dejan avanzar por las calles, y al verla ya sin defensa, descargan sus armas contra los infelices soldados, los persiguen y los arrojan al camino de Uzes, en donde aparecen otros bandidos que estaban emboscados y los fusilan á quemaropa. Dirígense luego los voluntarios al cuartel de la gendarmería, espulsan á los gendarmes y saquean la caja, échanse á vuelo todas las campanas de la iglesia tocando á rebato, y á esta señal se arrojan á la calle muchos miles de furiosos, penetrando en la casa de los habitantes señalados como bonapartistas y degollando á los propietarios. Por espacio de dos dias Nimes ofreció el aspecto de una ciudad tomada por asalto; pero pasado el primer impulso de la rabia, se dió una especie de organizacion al saqueo y á la matanza; procedióse metódicamente; cometiéronse cada dia cierto número de robos y de asesinatos previamente determinados; ensanchóse luego el círculo de las operaciones, y las ejecuciones se fueron estendiendo de la capital á los pueblos subalternos y á los caseríos situados en un radio de cinco leguas. Tal dia se destinaba al saqueo ó al rescate de una aldea; tal otro dia se pegaba fuego á una casa de campo; el dia siguiente se iba á arrancar una viña, á cortar olivos ó á arrebatar los granos de alguna granja; otras veces se hacian batidas en los distritos señalados como refugio de los proscritos; allanábanse las casas, las ruinas y hasta los mas ocultos rincones, y se daba caza á los hombres como pudiera darse á las fieras. Aquellos bandidos, capitaneados por unos sugetos llamados Servan, Truphemy ó Truphemo, y Jaime Dupont, conocido tambien con el nombre de Trestallas ó Trestaillons, no se limitaban á devastar, sino que se estendian á robar; nunca perdonaban á los pobres, pero á veces la fortuna los hacia indulgentes, de suerte que muchos de los proscritos, señalados como víctimas, rescataron su vida á precio de cantidades enormes. No fué tan feliz Mr. Francisco Saussine, antiguo capitan del 11.° de línea, que era completamente sordo, que estaba acribillado de heridas, que hacia catorce años que se habia retirado del servicio y que poseia una casa codiciada por la hermana de Trestaillons. Truphemy mató al capitan en 1.° de agosto, en mitad del dia, delante de una de las puertas de Nimes, y Trestaillons espulsó de la casa á la viuda, instalando en ella á su hermana.

No era el único móvil de aquellos robos y asesinatos la pasion política, pues en ellos intervenian en gran parte los odios producidos por la rivalidad de dos comuniones religiosas que hacia mucho tiempo que estaban en lucha y que se hallaban frente á frente una con otra. De trescientos veinte y cinco mil habitantes que contaba la poblacion de Gard, los ciento y quince mil eran protestantes. Al restituir á estos la igualdad de derechos políticos y civiles y la completa libertad de su culto, la revolucion habia derribado las barreras que antes de 1789 imponian una posicion diferente á las dos comuniones; el imperio las habia conservado en una obediencia comun; pero los acontecimientos de 1814 reanimaron las divisiones antiguas, porque siendo el regreso de Luis XVIII, en concepto de los católicos, el restablecimiento de la antigua monarquía, el culto romano debia recobrar su pasada supremacía y echar otra vez á los protestantes en la inferioridad civil y política de donde los habia sacado la revolucion. Restableciéronse inmediatamente con una pompa y ostentacion que ofendian el amor propio de los disidentes las procesiones y todas las ceremonias esteriores del catolicismo, que estaban prohibidas por las leyes en los pueblos habitados por ciudadanos de sectas diferentes; elevóronse al propio tiempo al gobierno y á las cámaras algunas peticiones, que se pregonaban en todas las casas, para impetrar el restablecimiento de los jesuitas, y en todas las plazas y encrucijadas se reunian una multitud de artesanos católicos que cantaban varias canciones diciendo en su estribillo «que era preciso lavarse las manos en sangre de protestantes.» Alarmados por estas amenazas que daban á conocer la marcha del gobierno real, los protestantes celebraron el regreso de la isla de Elba con un entusiasmo que echando el resto á la cólera del partido vencido en la persona de los Borbones, hizo todavía mas profunda la línea que separaba los dos partidos; de suerte que los realistas, que eran enteramente católicos, perseguian á los partidarios de la jornada de 20 de marzo y de las instituciones nacidas de la revolucion, no precisamente porque fueran adversarios políticos, sino mas bien por ser adversarios religiosos. Este doble fanatismo debia naturalmente imprimir á la reaccion una violencia y una duracion escepcionales, comunicando á la venganza un carácter particular. Así es que generalmente los asesinatos se suspendian en los domingos y en las solemnes festividades de la Iglesia, aunque no dejaban de recobrar lo perdido los asesinos en los otros dias. En 15 de agosto, aniversario de la Asuncion de la Virgen, se derraman por las calles las mujeres de todos aquellos bandidos, acometen á las mujeres calvinistas, casadas ó solteras, las echan en tierra, les descubren la parte posterior del cuerpo, no sin grandes aplausos de los hombres que presencian unas escenas tan odiosas, y echando mano de un palo guarnecido con hierro en forma de flores de lis y llamado palo real, imponen públicamente á sus víctimas un castigo ignominioso. No se contraian las autoridades á ser testigos de aquellos actos abominables, porque tambien los estimulaban y procuraban justificarlos. Al dar cuenta al gobierno del asesinato de los infelices soldados del 13.° de línea, Mr. de Bernis, comandante de voluntarios realistas, escribia lo siguiente: «La guarnicion ha capitulado, y han perecido algunos soldados, mas no era posible prevenir ni prever esta desgracia.» Los asesinatos principales se cometieron en tiempo de Mr. de Calvières, y al referir aquellas matanzas en el diario oficial del departamento, este empleado las presentaba como el efecto natural de los desórdenes provocados por los protestantes, de las riñas promovidas entre los bonapartistas y los amigos del rey, y de ciertos combates de que salian vencedores los realistas. Los empleados que mas se indignaban se contraian á decir: «Es mucha lástima,» no debiendo omitirse que todos los actos de la administracion estaban impregnados del carácter

de tan escandalosa parcialidad. De los cien millones que impuso el decreto de 16 de agosto por via de contribucion de guerra, cupieron al departamento de Gard novecientos y cuarenta mil francos; pero los católicos formaban las tres quintas partes de la poblacion, componiendo el resto los protestantes, fuera de algunos judíos establecidos en Nimes y en otras muchas ciudades, y por consiguiente los judíos pagaron doscientos mil francos, los protestantes seiscientos mil, y los católicos ciento y cuarenta mil solamente. Ningun empleado observó sin embargo una conducta tan criminal como Vallabrix, subprefecto de Uzès.

A la noticia de las primeras matanzas de Nimes, un tal Graffan, habitante de Uzès, se pone á la frente de algunos bandidos, asalta las casas de los protestantes mas ricos de aquella pequeña ciudad, mata á los propietarios, echa las mujeres por las ventanas y se lleva ó destruye todas las alhajas y muebles. Habiendo en consecuencia quedado desiertas las casas de los principales religionarios, merced á la muerte ó á la fuga de sus habitantes, Graffan busca nuevas víctimas, y al saber que acaban de encarcelar á seis protestantes como bonapartistas, corre á la cárcel y manda al alcaide que se los entregue. Niégase el alcaide á semejante demanda; pero intimidado por las amenazas de Graffan y de su gavilla, consiente en ir á ver lo que dispone el gobernador militar de la ciudad. Este hombre, cuyo nombre sentimos no poder indicar, manda entregar los prisioneros; Graffan se apodera de dos de aquellos desgraciados, los conduce á la plaza de la Esplanada, y los degüella debajo de las ventanas del subprefecto, que á la sazon estaba en casa. Vuelve á la prision por dos veces consecutivas, y otras tantas hace sufrir á dos presos la misma suerte y en el mismo sitio. En esto sabe Graffan que en el calabozo hay otros dos protestantes, acusados igualmente de bonapartismo; acude inmediatamente por ellos; y aunque el alcaide resiste diciendo que el gobernador habia autorizado solamente para entregar seis presos y no ocho, Graffan ocurre al gobernador y al subprefecto, los cuales le autorizan verbalmente para hacerse entregar los dos presos. El alcaide desesperado declara que no quiere obedecer mas al subprefecto ni al gobernador, y que está resuelto á repeler la fuerza con la fuerza, y á esta amenaza retrocede Graffan.

Estos asesinatos, perpetrados con el concurso de las autoridades en mitad del dia y en medio de una ciudad de seis mil habitantes, difundieron el terror en los pueblos vecinos. Salieron entretanto de Nimes algunas gavillas armadas, y se pusieron á recorrer los campos robando, secuestrando ó degollando á los colonos y labradores protestantes; de modo que los habitantes de muchas aldeas se aparejaron para rechazar á los asesinos ó bandidos. Los de San Mauricio impetraron del subprefecto de Alais el permiso de defenderse, y enarbolaron al propio tiempo, para mayor seguridad, la escarapela y la bandera blancas; pero habiendo considerado Vallabrix, que era el subprefecto, semejantes precauciones como el carácter de una rebelion, en 25 de agosto dió á Graffan la órden de marchar contra los supuestos rebeldes. Envanecido con esta mision, Graffan marcha á San Mauricio con un destacamento de treinta hombres, llega al pueblo durante la noche, contesta con una descarga cerrada al *quién vive!* de un guardia nacional que estaba de centinela y que fué muerto en consecuencia, se apodera de seis habitantes, los conduce en triunfo á Uzès, y dirigiéndolos á la plaza de la Esplanada los fusila debajo de las ventanas del subprefecto, que tambien en aquella sazon estaba en casa, á pesar de sus escarapelas blancas y de sus protestas de realismo, en el mismo sitio en donde habian tenido lugar las ejecuciones anteriores. Este asesinato, que valió á Graffan el renombre de Cuatro Tallas, era consecuencia de otros asesinatos cometidos en Nimes con motivo de la eleccion de los diputados.

Los electores protestantes eran muchos, y si por la mayor parte sobrecogidos de terror se habian fugado ó escondido, á mediados de agosto comenzaron a salir de nuevo. En efecto, hacia algunos dias que Nimes estaba mas tranquila; las autoridades publicaban proclamas brindando á los fugitivos á restituirse á sus hogares, y el prefecto provisional acababa de abrir las puertas de las cárceles á muchos religionarios que él mismo hacia detener; pero los promotores secretos de las matanzas no quisieron que sus adversarios tomaran parte en las operaciones electorales, fijadas para el dia 22 de agosto. Renuévanse los saqueos en los dias 19, 20 y 21; diez y seis personas mueren asesinadas y son llevadas al muladar, entre las cuales se cuentan algunos presos á quienes recientemente se habia dado suelta, y estos asesinatos surten el efecto que esperaban sus autores, supuesto que no se presenta á deponer su voto ni un solo protestante, quedando elegidos diputados MM. de Calvières, Renato de Bernis y el abogado general Trinquelague, uno de los mas celosos protectores de Cuatro Tallas y de sus cómplices.

Por espacio de dos meses no se levantó una sola voz en la prensa ó el seno de los poderes públicos contra unos atentados que se cometian en el acto de celebrarse una eleccion general y en medio de una ciudad de cuarenta mil habitantes. Verdad es que á 23 de octubre se hizo un ensayo de protesta en la cámara de los diputados. Estábase discutiendo un proyecto de ley que conferia á los prefectos el derecho de prender ó desterrar por sospecha política á todos los individuos que se les señalaran como sospechosos; pero Mr. Voyer d'Argenson, invocando el ejemplo de Inglaterra cuando sus ministros pidieron en 1795 la suspension del Habeas-Corpus, reclama que se instruya una sumaria sobre la situacion interior del reino: «Sin este exámen no podemos votar, dice: ¿acaso basta con hechos aislados ó con relaciones parciales para convencerse de la necesidad de semejante medida? Los unos hablan de clamores sediciosos, los otros de provocaciones á la revuelta, y otros anuncian el asesinato de algunos protestantes en el mediodía....» A estas últimas palabras se levanta en masa la cámara, óyense palabras de cólera en todos los puntos del salon, y resuenan en todos los bancos los gritos: «Es falso; al órden.» Piden la palabra muchos diputados, entre los cuales se distingue el abogado Bellart. «Todavía se cree en el campo de Mayo,» esclama un diputado aludiendo á la presencia de Mr. d'Argenson en la cámara de los cien dias, á pesar de que nadie habia insistido en ella con mas energía para la caida de Napoleon. «Dejemos al orador que se esplique, »dice el presidente. «No, replican muchas voces: semejantes mentiras indignan; es imposible contener la irritacion.» En vano manifiesta Mr. d'Argenson desde la tribuna «que él no asegura nada, que sus palabras aluden solamente á ciertos rumores vagos que cree infundados,» porque la cámara se pone furiosa, y á sus instancias el presidente llama al órden al orador.

Cuando los poderes públicos acallaban las quejas con tanto calor, cuando los hombres mas intrépidos, como Mr d'Argenson, se veian en la necesidad de declarar que creian infundados los rumores relativos á los espantosos asesinatos que se dirigian contra una clase entera de ciudadanos y de los cuales era testigo la poblacion de todo un departamento, difícil era que los asesinos no se creyeran autorizados á perpetrar nuevos crímenes. Amedrentado por la audacia que podia infundir á Cuatro Tallas y á los suyos el increible incidente parlamentario que acabamos de referir, Mr. d'Arbaud-Jouques, sucesor de Mr. de Calvieres en el cargo de prefecto de Gard, llamó á los austríacos. La presencia de las tropas aliadas, que en el resto de Francia era una carga intolerable y una desgracia, fué una proteccion en el departamento de Gard, puesto que contuvo por un momento á los bandidos nimeses; pero cuando á fines de octubre se replegaron las tropas austríacas hácia los Alpes, á tenor de los arreglos diplomáticos, los asesinatos se reprodujeron en mayor escala. Finalmente el prefecto, ausiliado por el general Lagarde, que era el nuevo comandante de la division, se atrevió á prender á Cuatro Tallas y algunos de los suyos, y no teniendo un apoyo material contra sus numerosos cómplices, invocó el recurso moral del duque de Angulema, que á la sazon estaba viajando por los departamentos vecinos á los Pirineos. El duque entró en Nimes á 5 de noviembre, y este príncipe, que estaba dotado ciertamente de un corazon bondadoso, se esforzó por espacio de dos dias en restablecer la confianza entre los protestantes, escuchó sus quejas, recibió á sus pastores, los sentó á su mesa, y mandó que se abriesen de nuevo sus templos, que hacia muchos meses que estaban cerrados; pero no permanecieron ociosos los protectores de Cuatro Tallas, supuesto que se presentaron á solicitar su libertad un número bastante crecido de mujeres, entre las cuales habia las principales señoras de la ciudad, secundadas por los notabilidades del clero católico. «Es preciso dejar libre la accion de las leyes contra los asesinos y los incendiarios,» contestó el duque. Este salió de la ciudad el dia 7 recomendando al general Lagarde que protegiese con energía á los protestantes, como tambien el libre ejercicio de su culto. En efecto, á 12 de noviembre tuvo de nuevo lugar la apertura de sus templos, que se habia fijado para despues de cinco dias; y aunque pudo darse principio á las ceremonias, de repente se oye un ruido lejano que anuncia la proximidad de las gavillas católicas, destroza las ventanas un diluvio de piedras, echando abajo las puertas del templo, y una muchedumbre desenfrenada invade aquel santuario cogiendo y maltratando á los ministros, apaleando y golpeando á los hombres y pisoteando á los viejos y á las mujeres. Acude el general Lagarde con algunos soldados que debian formar parte de uno de los regimientos del nuevo ejército, penetra á caballo entre los grupos y procura tranquilizarlos; pero no bien ha pronunciado algunas palabras cuando se deja ver un hombre que se apodera de las riendas de su caballo, á tiempo que un tal Boivin, sargento de la guardia nacional, se acerca con una pistola, la asesta al general y la descarga contra su pecho. Aunque herido de gravedad, el general puede mantenerse en pié, y con el ausilio de los soldados logra contener á la muchedumbre: apresúrase á volver el duque de Angule-

ma, que á la sazon estaba en Tolosa, entra en Nimes el dia 17, y su presencia pone coto á aquellas escenas abominables. Si despues de la partida del príncipe las persecuciones condenaron á destierro ó entregaron á la accion de los tribunales á un gran número de supuestos bonapartistas, cuyo crimen era su título de protestantes, al menos no se derramó sangre sino por mano del verdugo.

Acaso parezca increible que pudieran cometerse tantos crímenes en una ciudad populosa, cabeza de division militar y asiento de una audiencia, particularmente cuando en realidad eran muy poco numerosos los bandidos que por espacio de cinco meses esparcieron el terror en el departamento de Gard. Sin embargo no habia nadie que ignorase sus nombres, y sus reuniones se celebraban publicamente en una casa designada á los ojos de la muchedumbre con esta inscripcion, colocada á la puerta y en letras gigantescas: *Los Borbones ó la muerte.* Verdad es que compensaba su poco número su mucha audacia; pero lo que le daba mas fuerza era la complicidad de los individuos ricos ó distinguidos de la clase católica, y especialmente la proteccion de las autoridades administrativas y judiciales, porque, por amarga que sea una confesion semejante, lo cierto es que en tiempo de reaccion política suele faltar la proteccion de la justicia a los que mas la merecen. Arrastrados por la cobardía general, sus intérpretes, lejos de luchar contra las pasiones dominantes, se constituyen dóciles instrumentos de las mismas; su accion, en vez de mostrarse tutelar, secunda la fuerza y la violencia, y poniendo al servicio del partido victorioso la espada que les confia la ley para que defiendan al débil contra el poderoso, hieren casi siempre de una manera esclusiva á los vencidos y á los proscritos. Ningun tribunal suspendió sus audiencias en aquellos dias de luto: muy al contrario, las persecuciones eran mas numerosas que de costumbre, y cada dia se sentaban en los bancos de los acusados, no los católicos ladrones, sino los protestantes robados, no los verdugos, sino las víctimas. A estas les pedia cuenta la justicia de las injurias que habian proferido contra los ladrones y los asesinos, de los golpes que habian descargado para defender sus bienes ó su vida, de las quejas en que habian prorumpido en favor del gobierno y de las leyes bajo cuyo imperio vivieron tranquilos por mucho tiempo, y finalmente de los lamentos que habian espresado contra el régimen que les acarreaba la ruina y la persecucion. Los jueces permanecian inexorables á la noticia de aquella resistencia, de aquellas quejas y de aquellos lamentos, denunciados por Cuatro Tallas y por sus cómplices, que en semejantes ocasiones eran acusadores y testigos, porque los consideraban como vias de hecho, como conatos sediciosos y como proyectos de rebelion, sin que tampoco hallasen penas bastantes severas en nuestros códigos para los infelices acusados. En cambio si aparecia Cuatro Tallas ó alguno de los suyos como acusado de robos o asesinatos, pronto se veia absuelto con grande aplauso de la muchedumbre, y luego llevado en triunfo por las principales calles de la ciudad; de suerte que el mismo sargento Boivin, aunque confesó su crimen, quedó absuelto por haber obrado en caso de legítima defensa. Tal era la vergonzosa sumision de la justicia y de la policía á las pasiones personoficadas en aquellos bandidos, como que mucho tiempo despues de 1815, y aun en 1817, podian estos últimos poblar todavía las cárceles á su capricho. No se crea sin embargo que Nimes fuera el teatro esclusivo de semejantes escándalos, porque la impunidad que acababa de proteger al sargento Boivin, cubrió tambien en Tolosa á los asesinos del general Ramel.

Este general era el mismo comandante de los granaderos de la guardia de ambos consejos, que fué condenado á la deportacion con Pichegrú, por haber sido su cómplice en 18 de fructidor. Habiendo sido nombrado por la segunda restauracion gobernador militar de Tolosa, no le fué posible, á pesar de sus servicios y de su proscripcion, sobreponerse á las enemistades que se granjeó con los esfuerzos que hizo repetidas veces para reprimir los escesos de los realistas de aquella ciudad. Conociendo que era necesaria su intervencion en una nueva escena de desórdenes promovidos en 17 de agosto, penetra entre los grupos, pero al instante le rodea la muchedumbre separándole de la escolta, y el único soldado que le quedaba muere asesinado en el acto de cubrirle con su cuerpo. Al momento se levantan cien voces acusando al general como al asesino de su defensor; cógenlo cien brazos, y le derriban acribillándole de heridas. Al verle libre de la presencia de sus asesinos que le creian muerto, algunos habitantes le trasladan al cuarto de un operario; cunde en breve la voz de que todavía respira, cerca en consecuencia la casa la muchedumbre, y á pesar de las declaraciones del cirujano, que se asoma a la ventana para anunciar que esta herido de muerte, derriba las puertas, invade el cuarto de Ramel y acaba de matarle.

No debia Burdeos ir en zaga á Marsella, á Aviñon, á Nimes y a Tolosa. Aquella ciudad tuvo tambien sus sacrificios humanos, habiendo sido las víctimas ofrecidas dos generales hermanos que durante una vida de mas de medio siglo no se habian separado nunca, que habian nacido en un mismo dia y que en un mismo dia debieron morir.

César y Constantino Faucher eran hijos de un oficial que tuvo que dejar el servicio por razon de sus heridas y que fué sucesivamente secretario de la embajada de Turin, encargado de negocios en la república de Génova y secretario general del gobierno de Guiena. Estos hermanos gemelos, que habian nacido en la Réole á 12 de setiembre de 1760, entraron á la edad de quince años (1.º de enero de 1775) en el cuerpo de caballos lijeros de la casa real, en el mes de agosto de 1780 pasaron como oficiales al mismo regimiento de dragones, y su semejanza era tan perfecta que sus mismos parientes no acertaban á distinguirlos, de suerte que para evitar las continuas equivocaciones de sus camaradas y de sus subordinados tenian que llevar una flor diferente en el ojal. Habiendose retirado del servicio en tiempo de la revolucion, desempeñaban todavía cargos públicos en la jornada del 21 de enero, merced á la eleccion de sus conciudadanos; pues César era presidente y comandante de la guardia nacional del distrito, y Constantino era alcalde de la Reole, pero hicieron dimision de sus cargos. No fué larga sin embargo su inaccion, porque cuando la convencion llamó á los pueblos á las armas en virtud de los desastres militares de 1793, acudieron á las filas del nuevo ejército. Habiendo entrado como simples voluntarios y á la edad de treinta y tres años en uno de los cuerpos dirigidos contra la Vendée, ascendieron rápidamente por la inteligencia y el valor que desplegaron en todos los encuentros: cada grado fué el premio de una accion brillante; cada promocion tuvo lugar en el campo de batalla, y ascendiendo entrambos al mismo paso recibieron el nombramiento de generales de brigada en un mismo dia y por el mismo hecho. En el último encuentro Constantino se vió desmontado y herido, al paso que César recibió doce heridas, despues de haberlo sido diez y seis veces por el acero ó por las balas de los vendeanos; por lo que se habian retirado á Saint-Maxent esperando su restablecimiento, cuando el representante del pueblo Laignelot, atendiendo á una denuncia de su departamento, mandó en 1.º de enero de 1794 que se presentaran al tribunal revolucionario de Rochefort. Acusábanlos de haber elogiado á Luis XVI anunciando la muerte de este soberano como empleados de la república, y habiendo públicamente llevado luto, confesáronlo paladinamente los acusados, y fueron condenados á muerte. La sentencia los halló tan tranquilos é intrépidos como en el campo de batalla, y aunque muy debilitados por los sufrimientos y por las enfermedades, entrambos quisieron ir á pie al lugar del suplicio haciéndose sostener en la carrera y hasta al pie del cadalso. Ya se preparaba César á subir los escalones, cuando el representante del pueblo Lequinio mandó suspender la ejecucion, porque su sentencia habia sido revisada y anulada por otro tribunal. Viéndose absueltos, los dos hermanos se hicieron trasportar á la Reole; pero no pudiendo continuar en servicio activo por el número y por la gravedad de sus heridas, alcanzaron la licencia. Este reposo involuntario redundó en provecho de su pais natal, porque la fortuna de los generales les permitió comprar cereales á larga distancia en 1794 poniendo á la Réole á cubierto del hambre, al paso que interponiendo su influjo en favor de muchos proscritos obtuvieron la libertad de los unos, la restitucion de los bienes de los otros y la cancelacion de muchos nombres inscritos en las listas de los emigrados. En tiempo del consulado César recibió el título de subprefecto de la Reole, y Constantino el de individuo del consejo general del departamento, pero entrambos ofrecieron su dimision cuando la elevacion del primer cónsul al imperio, y regresaron al seno de la vida privada, en la que continuaban todavía cuando tuvo lugar la invasion de 1814. Pareciéndoles adversarios del gobierno de Napoleon, los realistas de Burdeos les hicieron algunas proposiciones; pero los dos hermanos no solamente contestaron que querian permanecer estraños á cualquier movimiento que no tuviera por objeto combatir al enemigo, sino que tambien ofrecieron á las autoridades imperiales encargarse de la defensa de una parte de la orilla derecha del Garona, y tanto por este ofrecimiento, que sin embargo no fué aceptado, como por la contestacion que habian dado á los realistas bordeleses, los dos hermanos merecieron de la primera restauracion el renombre de revolucionarios y de bonapartistas incorregibles. La conducta que observaron en la época de los cien dias dió mas fuerza á esta doble acusacion, pues no solamente celebraron entrambos la jornada del 20 de marzo, sino que César, nombrado individuo de la cámara de los representantes, y Constantino, elegido alcalde de la Réole, hicieron uso de todo su influjo para dirigir la opinion de todos sus conciudadanos en favor del emperador y de una resistencia encarnizada á la invasion. Finalmente las íntimas relaciones que tenian con el conde Clausel debian

series fatales, porque estas relaciones eran un nuevo crimen á los ojos de los realistas bordeleses.

Despues de la batalla de Waterloo se declaró en estado de sitio el departamento de la Gironda, y en consecuencia se confirió á Constantino el mando de los dos distritos de la Réole y de Bazas. A 12 de julio se supo en Burdeos la entrada de Luis XVIII en las Tullerías, pero el general Clausel no recibió la noticia de la sumision del ejército del Loire, junto con las primeras órdenes del ministro de la guerra Gouvion Saint-Cyr, hasta el dia 21 por la mañana; entre estas órdenes habia una, fechada el dia 16, que mandaba que cesaran inmediatamente en sus funciones todos los generales nombrados en virtud del estado de guerra ó del estado de sitio, añadiendo que la bandera tricolor se sustituyera con la blanca; por cuyo motivo habiendo Constantino Faucher recibido copia de esta órden en la noche del 21, hizo quitar la bandera tricolor y poner en su lugar la blanca, al amanecer del 22, en presencia del teniente de gendarmería, que era la única autoridad militar de la Réole. Muchas horas hacia que estaba terminada esta operacion y que el subprefecto tenia en su poder el acta que lo justificaba con la declaracion escrita por los dos hermanos, de que cesaban inmediatamente en todas sus funciones, cuando acertó á atravesar la ciudad un destacamento del 11 de línea, que iba de Tolosa á Burdeos y que se componia de veinte y tres hombres. Estos soldados llevaban todavía la escarapela tricolor en el chacó, y no pudiendo contener la indignacion que les causaba la vista de las banderas blancas que ondeaban en la subprefectura y en la alcaldía, echan abajo los estandartes realistas con el ausilio de algunos negros pertenecientes á un batallon colonial formado despues del dia 20 de marzo, las rasgan, las arrojan á las llamas, y continúan su marcha. Despues de su partida volvieron á enarbolarse las banderas blancas, y por la noche ya nadie se acordaba del desórden; pero pronto llegó la noticia á Burdeos, aunque, si va á decir verdad, no se trataba ya de un acto de cólera de algunos soldados, puesto que la exageracion habitual á las poblaciones del mediodía daba al incidente las proporciones de una revuelta. Los generales Faucher, decian los noticieros, se hallan sublevados en la Réole y se niegan á reconocer la autoridad real. Dos dias despues, 24, llegó á la Réole un destacamento numeroso de voluntarios bordeleses de á caballo mandado por Mr. Jonhston, y aunque observó lo contrario de lo que se le habia dicho, puesto que reinaba en la ciudad la mas completa calma y ondeaba en todos los edificios la bandera blanca, no por esto dejaron de precipitarse los voluntarios por las calles, con sable en mano y á los gritos de: *¡Abajo los bribones Faucher! ¡abajo los generales de la Réole! mueran los generales de la Réole!* Seis dias duraron aquellos gritos y carreras; mas el dia 30, cansado sin duda de un papel tan ridículo, Mr. Jonhston volvió á partir con su destacamento. Durante este tiempo los generales permanecieron en su casa con sus criados y con algunos vecinos, formando la resolucion de rechazar cualquier ataque á viva fuerza, y escribieron al nuevo alcalde lo siguiente: «No dejaremos violar nuestro domicilio, porque sabremos defendernos.» El alcalde aprobó su resolucion en una carta que posteriormente fué leida ante el consejo de guerra; pero por desgracia los generales no se habian contentado con escribir á dicho empleado, puesto que tambien noticiaron al general Clausel su secuestro voluntario por medio de una carta que no podia considerarse como una confidencia dirigida al superior, sino como una comunicacion remitida al hombre privado y al amigo. Esta carta, que fué la base de todo el proceso, empezaba en estos términos: «General, todavía mandais, y hasta el último momento os daremos cuenta de la situacion de las comarcas que habiais confiado á nuestro mando. Nuestras funciones de general cesaron con la jornada del 21 de julio: al amanecer del 22, con arreglo á vuestra órden del dia, hicimos enarbolar la bandera blanca.....» Seguia la relacion del insulto que se hizo á la bandera real en el mismo dia, el anuncio de la llegada de los voluntarios realistas y la relacion de los gritos y de las amenazas proferidas por aquellos voluntarios, cuyos cómplices, segun la carta, eran los señores Durand-Laubessac y Durand-Lavison, parientes del subprefecto Pirly, alma y vida del movimiento. Los gemelos añadian: «Nuestra casa se halla real y verdaderamente en estado de sitio, de suerte que en el acto de escribiros estamos preparando las armas, tomamos las avenidas, ponemos en estado de defensa el cuerpo de la plaza y no tememos ciertamente que la guarnicion deserte. Estos señores respetan este estado, que en efecto es muy respetable, y se ocupan en atacar y herir á los niños y á las mujeres.» Despues de haber citado muchos ejemplos de esta violencia concluian de la manera siguiente: «Sin la menor dificultad cogeríamos á esos señores (los voluntarios) y estrellaríamos á sus satélites, porque esto puede hacerse en dos horas en mitad del dia y con las únicas fuerzas que nos ofrecen los habitantes buenos; pero tememos que este acto de justa defensa provoque la guerra civil. Grande seria nuestro reconocimiento si nos dijerais cual es la conducta que de nosotros exige la trabajada patria. La Réole, 27 de julio de 1815.»

El general Clausel entró en Burdeos tres meses antes, á la frente de veinte y cinco gendarmes y de ciento y cincuenta infantes, conservó la ciudad en la sumision mas completa con menos de mil y doscientos hombres, continuó mandando despues del cambio de bandera, y no determinó retirarse hasta el dia 30 de julio, de suerte que pudo recibir la carta de los hermanos Faucher; pero sea por inadvertencia, sea por ligereza, lo cierto es que él la trasmitió oficialmente el dia 28 al nuevo prefecto de la Gironda, Mr. de Tournon. Tomando este por lo serio los chistes de los gemelos sobre sus preparativos de defensa, y considerando que en esta carta los Sres. Faucher confesaban que tenian en su casa un acopio de armas y que habian reunido en ella varios individuos armados, dió órden con fecha del 29 al comandante de la gendarmería del departamento para que se trasladase á la Réole, para que hiciese una pesquisa severa en casa de los dos hermanos, y para que remitiese el espediente al fiscal, á fin de tomar las medidas conducentes. En la tarde del 31 se hallaban solos en su salon César y Constantino, cuando se presentan repentinamente treinta gendarmes, un destacamento de sesenta españoles y unos cien guardias nacionales voluntarios, cercan la casa, cuyas puertas estaban abiertas, é invadiendo los patios y los aposentos visitan las caballerizas y los graneros, sin olvidarse de los muebles y de las molduras de cada pieza. Despues de haber referido que en toda la casa no habia mas que un criado, tres criadas, un niño de once años perteneciente á una de estas, y un sobrino y una sobrina de los dos hermanos, el acta de visita enumera en los términos siguientes las armas que se hallaron en la posesion de los gemelos: «Dos escopetas dobles de caza; ocho sencillas de caza, de las cuales hay tres inútiles; un fusil, una carabina de caza; dos pares de pistolas de arzon; tres sables de caballería lijera; siete espadas viejas, de las cuales hay cinco que no pueden sacarse de la vaina; dos sables de infantería, de los cuales hay uno sin vaina; ocho petardos montados en cureñas, del calibre del dedo meñique y propios únicamente para meter ruido; siete picas, de las cuales hay dos para banderas.»

Esta acta, remitida por el capitan de gendarmería al fiscal J. J. Dumoulin, daba al traste con la doble acusacion de un depósito de armas y de una reunion de hombres armados. Este resultado defraudaba la esperanza de Dumoulin y del subprefecto Pirly, que promovidos entrambos á sus empleos en tiempo del imperio, los conservaron en tiempo de la primera restauracion y durante el reinado de los cien dias, de suerte que les parecia que la prision de dos generales acusados como enemigos de los Borbones era un título necesario á la indulgencia del nuevo régimen y un medio de conservar su posicion y su sueldo. Habiéndose asesorado uno y otro con el nuevo gobernador militar de la Réole, el caballero Dunoguès, determinaron pasar adelante, y aunque tenian á la vista el acta de visita, el fiscal no titubeó en remitir al capitan de gendarmería la siguiente órden por escrito: «La voz pública manifiesta que habeis hallado en casa de los hermanos Faucher muchos fusiles, espadas, sables y pedreros, y este hecho, si es cierto, constituye á mi juicio el crimen previsto por el artículo 93 del código penal. En consecuencia tengo la honra de requeriros para que mandeis prender y traer á mi presencia á los dos hermanos Faucher (1).» Esta órden, cuyo resultado fué el arresto inmediato de los gemelos, decidia de su suerte, porque en tiempo de revueltas políticas un ciudadano preso puede considerarse como hombre perdido. Al otro dia, 1.º de agosto, el juez instructor Richon trocó el mandato de traer de la víspera en mandato de depósito, y el dia siguiente Mr. Rateau, fiscal de la audiencia, mandó sacar á los dos hermanos de la cárcel de la Réole y llevarlos á Burdeos, á donde llegaron el dia 4. Encarcelados en el fuerte de Ha y colocados en la division de los reos, entre unos forzados que estaban aguardando la cadena que debia llevarlos á presidio, sufrieron dos interrogatorios ante Mr. Rateau los dias 8 y 9 de agosto. La acusacion parecia con este magistrado cambiar de carácter. Arrestados primeramente, como detentores de cañones y de otras armas, no tuvieron que responder á ninguna pregunta relativa á este punto capital, porque todas las que hizo el fiscal tenian por objeto los actos de los gemelos desde la jornada de 20 de marzo; mas para que los lectores puedan juzgar de la naturaleza y del carácter de las preguntas, bastará contrascribir la siguiente: «A vuestro regreso de Paris á la Réole ¿no distribuisteis al pueblo que rodeaba

(1) Los *pedreros* son unos cañones de menor calibre que se usan en los buques de línea. En el acto en que Mr. J. J. Dumoulin espedia su auto de prision, uno de los gendarmes que estaban presentes en su gabinete tenia *en la mano* los ocho supuestos pedreros atados con sus cordeles.

vuestra casa un grueso pan que con este fin os habia dado Bonaparte?» Si el jefe del estrado bordelés, teniendo á la vista el acta de visita, quedaba obligado á guardar silencio sobre la detencion de armas de guerra, que era lo único que habia motivado la prision de los hermanos, tampoco podia reconvenirlos por su conducta desde el regreso de la isla de Elba, porque César y Constantino no habian hecho mas que todos los empleados activos de Burdeos, ni menos que los mismos magistrados de la audiencia. Por otra parte el reciente decreto de 24 de julio prohibia formalmente toda especie de persecuciones relativas á los hechos anteriores al regreso del rey, que fuesen estraños á los cincuenta y siete proscritos designados en los primeros artículos: así es que la equidad mas vulgar exigia la escarcelacion de los dos generales; pero la justicia es muy avara, puesto que dificilmente suelta la presa, aunque se la hayan entregado el error ó la venganza. Sujetáronse al exámen de muchos letrados algunas líneas escritas por los dos hermanos al general Clausel, y dando tormento los letrados á cada idea y atribuyendo á las palabras una significacion que no tenian, encontraron en ellas tres capítulos de acusacion con que nadie soñaba y que fueron los únicos que llevaron á los gemelos á una comision militar.

Esta nueva acusacion, que por encargo del conde de Vioménil, gobernador de la division, debian continuar ó instruir Mr. de La Porterie, su jefe de estado mayor, y el caballero de Ricaumont, nombrado capitan informante, fué para los acusados ocasion de tormentos. Durante los pocos dias que estuvieron sujetos á la jurisdiccion ordinaria podian hacer uso de una cama, de una mesa, de un banco y de una silla, y además se les habia dado permiso para tener luz y fuego; pero MM. de Vioménil, de La Porterie y de Ricaumont hicieron trasladarlos á la torre llamada de los Forzados, á una sala inmensa y abierta á todos los vientos, de donde habian salido el dia anterior diez y siete presidarios, sin otros muebles que un cántaro y sin otra cama que dos puñados de paja, aunque por gracia se les dió tambien un colchon y una mala manta. Prohibióseles el fuego y la luz; no se les dejó ninguna navaja, ni cuchillo, ni tenedor, ni una cama, ni una silla, ni un banco, porque MM. de La Porterie y de Ricaumont temian que los rompieran y les sirvieran de armas. Maravilla parece que estos caballeros abrigaran semejantes temores, cuando se considera que los criados del carcelero no entraban jamás en el calabozo de los gemelos sino con dos pares de pistolas, con sables desnudos y con cuatro guardias nacionales igualmente armados. En vano pidieron los prisioneros uno de sus cofres para sentarse, pues hasta se les negó un orinal, so pretesto de que en el interior del calabozo y al nivel del suelo habia una abertura que podia servir de comun. La infeccion que resultaba de aquella abertura siempre hedionda y que además recibia las deposiciones de los prisioneros de los pisos superiores; la falta de lumbre en una sala vasta cuyas paredes tenian ocho piés de grueso y cuyas largas ventanas estaban cerradas únicamente por dos barrones de hierro; las nubes de insectos inmundos que cubrian la sala y que ya en la noche del primer dia llagaron de piés á cabeza el cuerpo de los presos, todos estos males eran tolerables con respecto á la imposibilidad de sentarse. Cuando estadan cansados de andar se apoyaban de espaldas uno en otro, pero teniendo que dejar muy pronto una posicion tan penosa por razon de las heridas y del dolor consiguiente, se echaban en tierra ó se ponian á andar de nuevo. «Estamos vejetando entre sabandijas, escribian á 15 de setiembre, un mes y medio despues de su arresto; nuestras camisas están horribles; los vientos se cruzan en nuestro camaranchon, y la noche pasada sobrevino una lluvia de añadidura. Para ponernos mas á cubierto de los insectos que nos devoran nos descubrimos; pero al instante se enconan nuestras heridas y se renuevan nuestros dolores; en consecuencia nos echamos otra vez la mala manta que tenemos y nos apiñamos; pero luego se reproducen el calor y la humedad, y lo menos que resulta son accesos de calentura. No podemos dormir sino de dia, y aunque no bebemos vino, como ya sabeis, ahora le necesitamos como remedio.» A estos tormentos físicos que duraron hasta el último dia, se juntaron otros tormentos morales que sin duda abatieran á un corazon menos intrépido: un mayor de La Bouterie, á quien remitian abiertas las cartas que escribian á sus amigos ó conocidos, tenia la imprudencia de decirles que todas iban inmediatamente á su destino, lo cual era completamente falso, porque se las metia en el bolsillo. Todos los que iban á ver los carceleros, guardias nacionales, oficiales de ronda ó agentes de policía, les presentaban la muerte como el término de su detencion y no les hablaban de otra cosa que de los asesinatos que á la sazon ensangrentaban el mediodía. Los unos les decian: en todas las ciudades vecinas corre la sangre por las calles, lo que es una represalia justa, porque de esta suerte se completan contra los revolucionarios las venganzas principiadas en el año III (1), y otros añadian: «Las represalias de los *hombres de bien* se estienden rápidamente de Marsella á Aviñon, á Nimes y á Uzès, han llegado ya á Tolosa, y no se harán esperar mucho en Burdeos.»

Finalmente á 18 y á 19 de setiembre sufrieron dos interrogatorios á presencia de Mr. de Ricaumont, capitan informante, que el dia siguiente 20, se apersonó en la cárcel y les anunció que al cabo de dos dias, 22, comparecerian ante el consejo de guerra, de suerte que se les dejaba un dia para que preparasen su defensa. «¿Quereis darme la lista de vuestros testigos? preguntó en seguida Mr. de Ricaumont echando un voto. Hace tres horas que mi ordenanza está esperando; quiero que mañana llegue sin falta á la Réole, y sea lo que fuere lo que querais decir ó hacer, sereis juzgados el viernes. Con que, añadió echando otro voto, estais prevenidos,» y antes de salir les anunció que pediria contra ellos la pena capital.

Por la mañana del mismo dia 20, el abogado que habia defendido siempre los intereses de los gemelos ante los tribunales de la Gironda, les escribió que se veia en la necesidad de renunciar á su defensa. Es de advertir que este abogado, llamado Mr. Ravez, era su aliado y amigo, de suerte que á él habian ocurrido, como al hombre de su mayor intimidad, el dia siguiente á su arresto, no debiendo tampoco omitirse que les habia prometido formalmente encargarse de su defensa. Despues de la visita de Mr. de Ricaumont, César y Constantino contestaron á Mr. Ravez: «Vamos á caer bajo el hacha que hace dos meses que se está afilando para nosotros: moriremos bien convencidos de nuestra inocencia; pero si nuestros enemigos han logrado encadenar nuestra alma independiente, ¿qué ascendiente no tendrán sobre los otros defensores que podremos pedir? Se nos arranca el único patrono que teniamos, y esto equivale á condenarnos á muerte, pero la sufriremos con la firmeza que debeis suponer en los hombres que poseyeron vuestra amistad.» Estas palabras tan tristes y resignadas eran la última apelacion á la conciencia del deber, pero Mr. Ravez guardó silencio, y entonces los dos hermanos se dirigieron á otro abogado en estos términos: «Dos amigos vuestros os llaman, escribieron á Mr. Gergerès, y piden vuestros consejos por algunos instantes. A estos amigos se les dan muy pocas horas para preparar su defensa; leereis, los escuchareis, y si en vista de los cargos y de las deposiciones abrigais dudas sobre un hecho siquiera sin que las desvanezcamos al instante, no reclamamos de la amistad una defensa de que podrian resentirse la conciencia ó la delicadeza.—¡Os estamos esperando!» Todas estas instancias fueron vanas, porque Mr. Gergerès tampoco se dignó contestar. Hiciéronse nuevos esfuerzos con otros abogados, pero por una cobardía que á buen seguro no tiene ejemplar, aquellos hombres cuya larga vida era una carrera de honor y de lealtad, que consideraban la fortuna recibida de sus padres como una especie de depósito que iban restituyendo en limosnas y beneficios, aquellos patriotas que habian interpuesto su influjo en favor de los proscritos de todos los gobiernos, especialmente de los proscritos realistas, y que aun habian protegido y salvado, menos de dos meses antes, á muchos partidarios de los Borbones a quienes tenian órden de prender y castigar, no pudieron hallar en Burdeos, ciudad de cien mil habitantes, poblada de legistas, un solo abogado que accediera á defenderlos contra la acusacion de crímenes de todo punto imaginarios. El dia 22 de setiembre por la mañana se presentaron solos ante el consejo de guerra. Al salir del fuerte de Ha se vieron recibidos con amenazas ó injurias; las gavillas de furiosos reunidos delante de la cárcel les impidieron hacer uso del coche que debia conducirlos, obligándoles á ir á pié hasta el tribunal y prodigándoles los mismos insultos durante la carrera, y si estas manifestaciones no se reprodujeron al llegar al salon del consejo, fué tan solo por la presencia de los jueces. Componiase el consejo de los individuos siguientes: el caballero de Gombault, coronel de caballería, presidente. Bontemps-Duvarry, jefe de escuadron; Boisson, Montureux, capitanes; Colas, teniente del 10.° de línea; Moulinié, subteniente de infantería de línea; Fabre, sargento mayor de la guardia nacional de Burdeos, jueces; Dupuy, capitan del 10.° de línea, comisario del rey; el mayor de La Bouterie, reemplazaba como informante al caballero de Ricaumont «legítimamente impedido.»

Antes de principiarse los debates, el consejo debia tomar un acuerdo sobre la ausencia de los defensores, pero declaró que á tenor del artículo 20 de una ley del 11 de brumario del año V, no podia retardarse la causa por la negativa de los defensores, ni por la imposibilidad de hallar uno. Despues del interrogatorio de los acusados se oyó á los testigos, todos habitantes de la Reole y entre los cuales se contaban los princi-

(1) Reaccion termidoriana.

pales empleados de esta ciudad, especialmente el alcalde, llamado Mr. Arnaldo de Peyrusse, que debia á los gemelos la libertad de su mujer, la restitucion de los bienes de su suegra, la conservacion de su propia fortuna y la cancelacion de su nombre de la lista de los emigrados. Las deposiciones, dictadas por las mismas preguntas que hacia el presidente, adolecian del mismo carácter de la acusacion; todas se resentian de estos mezquinos é implacables odios de las ciudades pequeñas, engendrados por la necedad y por la envidia, alimentados por una palabra, por una sonrisa ó por un gesto mal comprendido y que al cabo de veinte años se ceban especialmente en los hombres distinguidos por la superioridad de su corazon ó de su inteligencia. La requisitoria de Mr. de La Bouterie, basada enteramente en la carta confidencial que habian escrito los dos hermanos al general Clausel, no fué mas que un comentario parcial y apasionado de esta única pieza del proceso, y á sus ojos bastaba con la existencia de aquella carta para condenar á los acusados, de suerte que concluyó pidiendo la pena de muerte. Durante el debate César y Constantino mostraron una calma completa y una firmeza rara; luego se defendieron con una energia no menos digna, y si hemos de dar crédito á los contemporáneos, estuvieron siempre elocuentes; pero lo que mas admiró á los oyentes es la facilidad con que cada uno de los gemelos continuaba el pensamiento y la discusion que el otro tenia que interrumpir por la fatiga, de manera que teniendo uno y otro la misma estatura, el mismo traje, el mismo semblante y el mismo metal de voz, hacia rato que el uno callaba cuando los oyentes creian que continuaba en el uso de la palabra. Pero ¿qué podian sus esfuerzos contra la pasion de los jueces? Antes de comparecer ante el consejo, César y Constantino estaban ya condenados: en vano resultaba formalmente de la carta escrita al general Clausel que estando revestidos de un mando puramente nominal habian abdicado su título y cesado en sus funciones en cuanto recibieran la órden competente; en vano declaraba el acta de visita que solo se habian hallado en su casa tres niños, tres mujeres y un criado; en vano corroboraron los mismos testigos que durante el tiempo de su mando no habia habido soldados en la Reole, porque los gemelos fueron condenados por unanimidad á la pena de muerte como culpables: 1.° de haber retenido contra la voluntad del gobierno un mando que se les habia retirado; 2.° de haber cometido un atentado que propendia á escitar la guerra civil y armar á los ciudadanos, reuniendo en su domicilio gente armada que gritaba *quién vive!* á las patrullas de la guardia nacional; 3.° de haber reprimido por medio de las armas y de la violencia el entusiasmo de los súbditos leales á S. M.

Restituidos á la cárcel durante la deliberacion de los jueces, César y Constantino escucharon la lectura de la sentencia sin que su semblante mostrase la menor emocion: lo único que hicieron fué darse las manos, acercarse uno á otro y por fin abrazarse. Inmediatamente les echaron grillos, y aunque no querian apelar, que era el único recurso que les quedaba, las súplicas de un individuo de su familia les decidieron á ello. Los acusados no comparecen nunca ante los consejos de revista; un defensor presenta el recurso de nulidad; el comisario del rey justifica la sentencia impugnada y luego el consejo pronuncia; de suerte que se hacia indispensable la intervencion de un abogado. Acudióse de oficio al prior del colegio, y no atreviéndose este á cargar por sí solo con la responsabilidad, ó por mejor decir, con el descrédito de una defensa que todos sus colegas habian rehusado ante el tribunal de primera instancia, se agregó el prior del año anterior, el del año judicial venidero y el decano del consejo de disciplina. La sentencia se habia pronunciado el dia 22, y el consejo de revista se reunió el 26. Este segundo consejo, formado para aquel caso particular, lo mismo que el primero, por el conde de Viomenil, se componia del mariscal de campo conde de Puysegur, presidente, del príncipe de Santa-Croce, coronel, de Mr. Lacoste, jefe de batallon de artillería, del caballero de Bois-Saint-Lis y del vizconde de Fumel, capitanes adictos al estado mayor, jueces, desempeñando las funciones de comisario del rey, el ordenador Lucot d'Hauterive. Podria creerse que avergonzándose de las negativas que habian dado, cuatro dias antes, los abogados señalados de oficio á los generales Faucher, pronunciaron algunas palabras de escusa ó de arrepentimiento, pero sucedió todo lo contrario, supuesto que, si así vale decirlo, pidieron perdon á los jueces de la defensa que iban á hacer. «No podemos creer que ninguno de aquellos cuya estimacion deseamos conservar, dijo el abogado Emerigon, nos critique ó censure por nuestra conducta (la aceptacion de la defensa), por este penoso sacrificio. Nos era imposible rechazar la voz suplicante de los hombres condenados á la pena capital y sobre cuya cabeza levanta ya la muerte su terrible guadaña: no nos ocuparemos en su conducta ni en los delitos que se les imputan; nuestro ministerio nos conduce á examinar solamente el procedimiento instruido y el fallo pronunciado, y mas bien que defensores de los acusados somos los abogados de la ley.» Despues de estas cobardes palabras, Mr. Emerigon esplanó los recursos de nulidad indicados en las notas que le remitieron los gemelos desde la cárcel (1), y concluyó diciendo: «El deber que acabamos de cumplir no ha sido el menos penoso de los que nos impone nuestra profesion; pero el hombre resuelto, añadió levantando la voz, no titubea un instante cuando se trata de cumplir un deber.» Semejante defensa era en realidad un insulto para los condenados y una burla cruel, mas no por esto dejó de comenzar su requisitoria Mr. Lucot d'Hauterive, con un elogio pomposo «de la noble decision del foro de la ciudad fiel» y proseguir en estos términos: «Los hermanos, que se envanecian de su horrible solidariedad y que se hallaban bajo la égida de la clemencia real, osaban erguir su frente mancillada con medio siglo de crímenes. Despues de veinte y cinco años de ausencia, S. M. sentada en el trono de sus abuelos habia prohibido á las leyes, habia prohibido á las tumbas acusar á los devastadores de Francia: quedaban silenciosas las tumbas: dejaban vivir á sus verdugos los parientes de las víctimas: vivian en la Réole los hermanos Faucher; y anhelando por nuevos crímenes, acudieron estos hermanos á Paris cuando apareció de nuevo el enemigo del mundo (Napoleon) amenazando á Francia con los azarosos dias de 1793. Ejecutores de sus órdenes, ministros de sus venganzas, los hermanos Faucher fueron enviados á un tal Clausel, digno por cierto de sus agentes. César, elegido individuo del club patriótico conocido con el nombre de cámara de los representantes, fué considerado por la gavilla como el mas á propósito para suceder en nuestras hermosas comarcas á los procónsules regicidas, al paso que Constantino se hizo elegir alcalde de la Réole. Desde entonces quedaron organizadas en los dos distritos sujetos al furor de los hermanos Faucher las devastaciones, el saqueo, la revuelta, las conclusiones y la guerra civil.» Todo el resto de la requisitoria adolece del mismo carácter y del mismo estilo: los argumentos legales corren parejas con el entusiasmo sin nombre de que revisten las formas mas burlescas la ignorancia, la necedad y la exageracion de una fria política (2). Convencidos los jueces por las razones de Mr. Lucot d'Hauterive, confirmaron la sentencia, fijando la ejecucion para el dia siguiente 27.

---

(1) El primer capítulo de acusacion debia recaer esclusivamente en Constantino, por ser este el único que se hallaba revestido del mando militar de los distritos de Bazas y de La Réole. La sentencia ofrecia en este punto un recurso de nulidad indicado por los dos hermanos; pero César habia añadido de su propio puño. «Es preciso sin embargo, al hacer uso de este recurso, tener presente que se debe prescindir de este recurso, si redunda únicamente en favor de César, porque está resuelto á compartir la suerte de su hermano.»

(2) Por el hecho siguiente podrá juzgarse del entusiasmo que se creian obligados entonces á tener todos los empleados públicos y todos los ambiciosos que aspiraban á un cargo oficial. Entre los numerosos abogados de Burdeos habia Mr. de Martignac, hombre de maneras elegantes y fáciles, que por su decir suave, fino y tolerante debia distinguirse en tiempo de la segunda restauracion. Este abogado se habia hecho muy célebre por su atencion y por su bondad, de manera que sus paisanos han acabado por erigir una estatua á la benevolencia que constituia su principal virtud. Mr. de Martignac no solamente era amigo de los dos hermanos, sino que les debia algunos favores, como que algunas veces habia hecho uso de su crédito y de su bolsillo, y hablando de aquellos infortunados á 17 de diciembre de 1815, tres meses despues de su ejecucion, se esplicaba en los términos que vamos á decir. Estaba defendiendo á unos soldados del 61 de línea que en 22 de julio habian derribado en La Réole las banderas blancas que restablecieran los gemelos por la mañana, y su sistema de defensa consistia en presentar á los acusados como los instrumentos y las víctimas de los hermanos: «No hay que dudarlo; los crímenes, que hoy se denuncian, son obra esclusiva de los dos hermanos, cuya *horrible* memoria conservará La Reole por mucho tiempo. Estos dos grandes culpables han pagado sus *crímenes* con la vida y no confundireis á buen seguro el estravio con el crímen, el error de un dia con la *maldad de veinte y cinco años*, y me atreveré á decir, las víctimas con sus *verdugos*.»

Y no se crea que este lenguaje perteneciera únicamente á los empleados ó á los ambiciosos de provincia, pues era el mismo que se usaba en Paris siempre que se hablaba de los hombres que habian intervenido en los hechos de la revolucion ó del imperio, de suerte que puede decirse que era el lenguaje de moda. Al anunciar en el *Diario de los Debates* del 10 de agosto la salida de Napoleon para Santa Elena, un célebre escritor decia lo siguiente: «Bonaparte, que no hace mucho que de tantos brazos se hallaba rodeado, en el dia no podria lisonjearse de encontrar una mano de esclavo que le hiciera el obsequio de matarle. Mas afeminado que Oton y mas infeliz que Neron, ni ha sabido darse la muerte ni está seguro de lograrla. Todos estos reyes y príncipes que ha creado y que hemos visto figurar á su lado con unos trages y maneras mas ó menos dramáticas y grotescas, huyen dispersados como una reunion de máscaras el dia siguiente al carnaval tirando sus cetros, sus mantos y sus coronas. El rey Murat, llamado por sobrenombre *Franconi*, merced á la afectacion de su uniforme, anda errante casi solo por los mas ocultos desfiladeros de los Alpes y con un disfraz mucho ménos pomposo, sin que pueda venir á lucir en el Campo de Mayo sus plumas, sus bordados y todo su oropel. Parece que serán *traidos* y *entregados á la*

En todos los hechos de este deplorable proceso habria bajeza y cobardia sin el valor de dos corazones puros, enérgicos y cuyo cariño no se desmintió un solo dia. Aquellos amigos, como sucede casi siempre con las almas privilegiadas, eran muy modestos: de los muchos camaradas que se habian disputado su afecto y su benevolencia, ninguno fue á consolarlos en la hora del infortunio sino el capitan Monneins, pobre oficial, puesto á media paga, casado y padre de cinco hijos, y la señorita Anais Faucher, jóven tímida y humilde, resobrina de los gemelos. El capitan Monneins y la jóven Anais se habian repartido las diligencias: el primero iba á visitar á las autoridades y á los abogados, se ocupaba en el proceso y remitia diariamente á los dos hermanos los alimentos que no les daba el carcelero; la segunda visitaba al alcaide y á los guardianes, llevaba cada mañana flores y frutos á los prisioneros y cuidaba de su ropa; pero tanto el primero como la segunda tenian que soportar las amenazas y las palabras insultantes ó groseras que se les dirigian. Las amenazas recaian especialmente en el capitan y aun en su esposa, que, cómplice generosa de su marido, procuraba secundarle con todas sus fuerzas. Mr. Monneins llevó el heroismo de la amistad hasta el punto de proponer á los hermanos encargarse de su defensa ante el consejo de guerra. «Acabo de ver á Mr. Ravez y suplicarle que se encargara de vuestra defensa, segun os habia prometido, escribia á los dos generales; pero Mr. Ravez me ha mostrado una carta del conde de La Porterie, que le prohibe de órden del señor gobernador Viomenil mezclarse directa ni indirectamente en vuestros asuntos. Habiéndole manifestado que su reputacion, su carácter y su conocida simpatia por el rey debian hacerle superior á toda clase de temores, me ha contestado secamente que las actuales circunstancias le impiden absolutamente defenderos.—Se que uno de vosotros está enfermo de cuidado, y si vuestra salud no os permite defenderos, aunque no soy orador, espero que mi débil voz será suficiente para probar vuestra inocencia. Por tanto yo os defenderé si os dignais aceptar mis humildes servicios.» Sin embargo no le fué posible al capitan dar esta nueva prueba de generosa amistad; porque MM. de Viomenil y de la Porterie, viendo que no podia retraer su lealtad la amenaza misma de una carrera perdida, mandaron encerrar al noble oficial en el castillo Trompette. Viendose único apoyo de los dos hermanos de sus abuelos, la jóven Anais redobló sus esfuerzos, practicando las diligencias relativas á los dos juicios, llevando cartas á los jueces, entregando notas á los abogados y no cesando en sus continuas idas y venidas hasta que dejaron de existir sus protegidos. César y Constantino pasaron la noche del 26 y la mañana del 27 escribiendo, pero no hay entre todas sus cartas una siquiera que arguya su posicion, puesto que están redactadas con la facilidad y la libertad de espíritu de los mejores tiempos de su vida. La última concluye en estos términos: «Dentro de una hora habremos dejado de existir: vamos á ponernos en marcha delante del piquete que debe fusilarnos. El oficial que lo manda nos hace advertir que nos están esperando.» Una de las personas que estaban presentes en el acto de quitarles los grillos el criado del carcelero, profirió algunas palabras de sentimiento, pero César contestó: «El tiempo ordinario de la vida son sesenta años; tenemos cincuenta y seis; por consiguiente no nos quitan mas que cuatro.» Al salir del calabozo los dos hermanos se abrazaron, y luego dándose la mano fuéron á colocarse en medio del destacamento que debia acompañarlos. El conde de Viomenil habia desplegado grande aparato militar, de suerte que la plaza del fuerte de Ha estaba ocupada noche y dia por cañones cargados y fuertes piquetes de guardias nacionales. Esta guardia, así de infantería como de caballería, se hallaba enteramente sobre las armas y formaba la carrera hasta la Cartuja, que era el cementerio de Burdeos y el sitio destinado para la ejecucion: los gemelos anduvieron á pie todo el camino, que cogia cerca de una legua. Entrambos llevaban siempre el mismo traje, es decir, una casaca y un pantalon de moleton blanco, y no parecia sino que habian economizado sus fuerzas para verificar aquella marcha suprema, puesto que caminaban con paso firme, con la calma pintada en el semblante y casi sonriendo. No dejó de causar cierta impresion en la muchedumbre la vista de aquellos dos hombres de aventajada estatura, tan parecidos, tan cercanos á la vejez y que caminaban á la muerte, á fuer de víctimas humanas, á paso regular, erguida la frente, con rostro sereno y dándose la mano: los espectadores guardaban el mas profundo silencio, y cuando los dos hermanos estuvieron cerca del sitio fatal este silencio degeneró en una especie de estupor. Veinte y dos años antes habian marchado tambien al suplicio, pero al llegar al pié del cadalso detuvo el brazo del verdugo un representante del grande y terrible poder que defendia entonces á Francia contra toda la Europa, restituyendo la vida y la libertad á los dos hermanos. Por una casualidad que podria ser providencial, pocos dias antes se hallaba en Burdeos la hija de Luis XVI, de aquel rey por quien habian estado á pique de perder la vida; habíase celebrado su permanencia en la ciudad con paradas, bailes y festejos, y aunque bastaba con una órden ó una sola palabra suya para salvarlos, al llegar á la Cartuja despues de haber caminado una hora, no vieron otras personas que los soldados que debian ejecutarlos. Entrambos se negaron á hincarse de rodillas y á dejarse vendar los ojos; se colocaron delante de los soldados, permaneciendo en pié y sin dejarse de la mano; César dió la señal de fuego, y aunque cayeron los dos, Constantino, que estaba solamente herido en el vientre, se incorporó como pudo y miró á su hermano, hasta que un soldado asestó el cañon de su fusil á su oreja y le dejó muerto.

Cinco semanas antes 19 de agosto, un piquete de veteranos habia dado igualmente la muerte en Paris á una víctima no menos noble y no menos pura, á un soldado no menos intrépido y no menos firme, al conde de Labédoyère.

Sabido es que este general era uno de los oficiales que debian compartir el destierro de Napoleon, y que entre los pasaportes remitidos á la Malmaison en 29 de junio habia uno en su nombre. En efecto, Labédoyère habia manifestado deseos de reunirse con el emperador, mas habiendo retardado su salida de Paris se encontró en mitad del camino de la Malmaison con la reina Hortensia, que volvia de este sitio y que le entregó su pasaporte. En vez de continuar su camino, como se lo aconsejaba la reina, volvió á ver á su jóven esposa que no hacia mucho que habia parido, y cediendo á sus instancias partió á 12 de julio, cuatro dias despues de la segunda entrada de Luis XVIII, para buscar en las filas del ejército del Loire un abrigo contra la probable venganza del nuevo gobierno. Dos amigos suyos, el conde Excelmans, general en jefe del segundo cuerpo de caballería del antiguo ejército imperial, y el conde de Flahaut, á quien Excelmans acababa de conferir el mando de una division, le proporcionaron el título de jefe de estado mayor del segundo cuerpo, que estaba acantonado en Riom. Despues de haber adquirido una letra de cambio de cincuenta y cinco mil francos sobre Filadelfia, para estar pronto á lo que pudiese suceder, Labédoyère fué á reunirse con sus dos amigos en Puy-de-Dome; pero estando todavía en Riom á 29 de julio, leyó en los periódicos el decreto de proscripcion del 24, y entre los primeros nombres de los generales que debian ser juzgados vió el suyo. Aunque no tenia otro recurso que la fuga para sustraerse á una inevitable sentencia de muerte, no dejaba de entristecerle la idea de expatriarse sin abrazar otra vez á su jóven esposa y á su hijo. Al otro dia, 30, por la noche, viendo al jóven general mas preocupado que de costumbre, Excelmans y Mr. de Flahaut le dirigieron varias preguntas, á las que respondió que antes de salir de Francia queria ir á Paris para ver de nuevo á su familia. Esclamóse Mr. de Flahaut contra la imprudencia de semejante proyecto, y Excelmans añadió que si el general no le prometia renunciar á su deseo haria colocar dos centinelas á la puerta. Retiróse Labédoyère despues de haberlo prometido, pero la idea que le perseguia pudo mas que su interés. Al entrar en su morada vió pasar la diligencia de Paris, tomó un asiento que habia vacante y partió sin subir siquiera á su alojamiento ni advertir á sus criados. A las ocho de la mañana del 2 de agosto llegó á casa de una amiga de su familia, calle del Faubourg-Poussoniere n.º 3, con la intencion de esperar la noche para encaminarse con mas seguridad á su palacio.

Labédoyère llevaba un pasaporte que le habian proporcionado á riesgo de comprometerse dos valientes jóvenes que habian servido en el ejército, MM. Banjet y Montroy, y que estaban empleados en la subprefectura de Riom; pero quiso su mala suerte que entre sus compañeros de viaje hubiese un tal Dutaillon de Lesgalleryе, agente de la policía de Paris, que posteriormente fué comisario de policía en Lyon. Este hombre se granjeó durante el viaje la confianza del general, y le acompañó como si quisiera protegerle, hasta la puerta de la casa donde se habia dirigido; pero pocos instantes despues quedaba ya advertida la policía, y al cabo de algunas horas aparecieron muchos agentes apoyados por un batallon prusiano que rodearon el asilo de Labédoyère. Entre ellos

---

justicia de nuestros tribunales los generales Lallemand y Rovigo, que no debian de creer que tuviera semejante desenlace su interesada adhesion al ex-emperador Brune, á quien sumergia continuamente Bonaparte en un abrevadero de humillaciones á cual mas amarga y que no *tenia otro valor* que el de soportarlas, termina ahora el curso de sus hazañas quemándose los sesos, y se ha reducido á la necesidad de matarse como un tonto, por causa de un hombre que constantemente le ha maltratado a mas y mejor.»

La pasion arrastraba seguramente al escritor á un término que no habia previsto, porque los insultos de este artículo alcanzaban de rechazo á tres de los soberanos aliados, á saber, los reyes de Baviera, de Sajonia y de Wurtemburg, que se vieron encumbrados á tan alta dignidad en 1806 por el jefe de la Francia imperial, siendo por consiguiente reyes creados por Napoleon.

hubo algunos que escalaron las ventanas y otros que llamaron á la puerta con mucha fuerza, pero el general mandó abrir, manifestó paladinamente su nombre y se entregó.

Estaba Fouché celebrando las fiestas de su nuevo casamiento y daba á la sazon un gran baile cuando Mr. Decazes le llevó la noticia del arresto. ¡Qué jóven tan imprudente! Dijo el ministro de policía; conviene interrogarle pronto. Mr. Decazes sometió inmediatamente al general á un interrogatorio largo, cauteloso, que tendia á agravar la posicion del prisionero; citó los nombres de los condes Excelmans, de Flahat, Drouet d'Erlon, Lefebvre-Desnouîttes y del baron Lallemand, y se esforzó en arrancar á Labédoyère algunas respuestas que comprometieran á dichos generales y que pusieran al gobierno en estado de descubrir los proyectos de revuelta que se le suponian ó de los asilos que pudieran elegir. La leal y firme palabra del general frustró la triste habilidad del prefecto de policía, porque Labédoyère no suministró armas sino contra sí mismo. Enviado al consejo de guerra de la primera division militar (París), á tenor de un decreto espedido la noche misma de su arresto (2 de agosto) compareció á él al cabo de doce dias, 14; mas entretanto no se omitió ninguno de los medios oportunos para que fuese bien recibida por la opinion pública la sentencia que se esperaba de los jueces: no solamente le perseguia con sus insultos é injurias la prensa realista, presentándole como un criminal indigno de piedad, sino que tambien la policía hizo fijar en todas las esquinas de París y publicar en todos los diarios una *alocucion del 10.º regimiento de línea á sus hermanos de armas*, en donde se leia este pasage: «Labédoyère ha hecho todo lo posible y ha dado un ejemplo que otros han podido seguir, pero que nadie hubiera dado sino él...» Los individuos de que se componia el consejo de guerra formado por el ministro Gouvion Saint-Cyr, eran los siguientes: Berthier de Sauvigny, segundo comandante, *presidente;* Mazenod de Mondesir, Durand de Sainte-Rose, segundos comandantes; Saint-Just, jefe de batallon; Grenier y Lantivy, capitanes adictos al estado mayor y Bulnois, teniente de gendarmería, jueces; Viotti, jefe de batallon, informante, Gaudriez capitan de gendarmería, comisario del rey.

Este proceso político, el primero que sentenciaron los tribunales de la segunda restauracion, tomó cierto carácter escepcional de las pasiones del momento y de la presencia del enemigo. Fuera del salon del consejo habia una multitud de soldados aliados escalonados en grupos tumultuosos que prorumpian en palabras de cólera y amenaza: en el interior se veian muchos generales y oficiales belgas, ingleses ó alemanes que estaban sentados ó en pié y que parecian haberse reunido no tanto para asistir á un debate regular como para dictar la sentencia de los jueces. El príncipe real de Prusia, el príncipe de Orange, el príncipe real de Wurtemberg y los embajadores ó representantes de las primeras potencias estaban sentados á la espalda de los individuos del consejo y hablando con ellos; pero lo que hacia mas estraordinario el aspecto del salon no era seguramente la vista de aquel gran número de uniformes estranjeros, sino la multitud de mujeres jóvenes, hermosas y ricamente ataviadas, pero entusiastas y fanatizadas, que llenaban el recinto Aquellas mujeres, que por la mayor parte pertenecian á la aristocracia, eran las que bailaban cada noche en el jardin de las Tullerías con los oficiales y aun con los soldados aliados, entonando canciones compuestas por los fabricantes de coplas de las circunstancias; almas inmundas que prodigan elogios á los vencedores é insultos á los vencidos. Las mujeres de que hablamos estaban impacientes de venganza y pedian con increíble entusiasmo la muerte del jóven general que á pesar de sus heridas y de sus achaques habia acudido en 30 de marzo de 1814 á las filas de los soldados de Marmont batiéndose contra doce, y siendo de los últimos que permanecieron en el glorioso campo de batalla de Waterloo; pues á sus ojos Labédoyère era culpable de traicion con su verdadero partido y con su casta, como no podia menos de serlo un jóven rico, distinguido y perteneciente por su familia ó por sus alianzas á las primeras familias de la corte. Al entrar en el salon del consejo, el antiguo ayudante de campo de Napoleon observó donde quiera la cólera y el odio pintados en todos los semblantes; llevaba una levita verde sin condecoracion alguna; en su interesante y serena fisonomía habia cierta palidez; pero su actitud era firme, su frente revelaba la calma, y su palabra fué tan digna como severa. El interrogatorio que sufrió fué como sigue:

Presidente: Acusado ¿cuáles son vuestros nombres y apellidos, vuestra edad, vuestro empleo y el lugar de vuestro nacimiento?

R. Cárlos Angélica Francisco Huchet de Labédoyère, 29 años de edad, oficial general, natural de París.

P. ¿Qué grado teniais el 1.º de marzo de 1815?

R. Coronel del 7.º regimiento de línea.

P. ¿Quién os habia nombrado?

R El rey.

P. ¿Qué bandera habia recibido vuestro regimiento?

R. ¡Una bandera blanca.

P. ¿En dónde la habia recibido?

R. En Chambery, pero yo no estaba á la sazon.

P. ¿Debió prestarse algun juramento á esa bandera?

R. Lo creo, pero yo no estaba.

P. ¿Cuáles eran vuestras condecoraciones?

R. Era oficial de la legion de honor y caballero de la órden de la corona de hierro

P. ¿No erais tambien caballero de San Luis?

R. Esta cruz no la he tenido nunca.

P. En dónde supisteis el desembarco de Bonaparte?

R. En Chambery, en donde recibí del mariscal de campo Devilliers, que era el general de mi brigada, la órden de dirigirme con mi regimiento á Grenoble.

P. ¿Por qué órden abandonó su punto para ir al camino por donde llegaba Bonaparte?

R. Por órden mia.

P. ¿Qué grito proferisteis al dar la órden de pasar adelante?

R. El grito de *viva el emperador*.

P. ¿En qué ocasion disteis el águila á vuestro regimiento?

R. A la salida del arrabal de Grenoble.

P. ¿Rasgasteis acaso la escarapela blanca para tomar la tricolor?

R. No, porque no la tenia.

P. ¿No fué á reunirse con vos el general Devilliers? ¿no empleó por ventura la voz de la autoridad y de la persuasion para restituiros al deber?

R. Sí, el general Devilliers me habló de las consecuencias que podia acarrear mi conducta y de los vínculos de familia que debian retenerme; pero yo le contesté que á pesar del interés que tenia por estos vínculos y aunque conocia que los sacrificaba todos, creia deber este sacrificio á mi pais y á la patria, que son objetos superiores á todo.

P. Teneis que hacer revelaciones?

R. Ninguna.

Esta respuesta terminó el interrogatorio. Oyéronse inmediatamente los testigos, que no eran muchos y que confirmaron las declaraciones del acusado; de manera que el comandante Viotti pronunció su demanda de pena capital. Al lado del jóven general estaba sentado un abogado, pero su presencia era de pura fórmula, porque Labédoyère habia declarado que él mismo hablaria á sus jueces.

«Si solo se tratase de mi vida, dijo levantándose y con voz tranquila, aunque firme, os diria únicamente que el que á veces ha llevado algunos valientes á la muerte, sabe tambien marchar hácia la muerte como valiente sin retardar vuestra sentencia; pero al propio tiempo que se pide mi vida se ve atacado mi honor, y este honor no me pertenece esclusivamente: hay una mujer, modelo de las virtudes, y un hijo en la cuna, que tienen derecho á pedirme cuentas del mismo, y quiero que puedan decir, á pesar del golpe que contra mí va á descargarse, que el honor queda intacto.

«Acaso me haya equivocado sobre los verdaderos intereses de Francia; acaso me han alucinado unos recuerdos gloriosos, un ardiente patriotismo y algunas ilusiones; pero la misma grandeza de los sacrificios que he hecho al romper los lazos que me eran mas caros, prueba que no entraba en mi conducta ningun motivo de interés personal. No negaré sucesos notorios; pero declaro que no he intervenido en ninguna trama anterior al regreso de Napoleon, y creo que puedo asegurar que no ha existido conspiracion alguna para traerlo de la isla de Elba.»

Refiriendo luego su salida de París, en el mes de febrero anterior, y su llegada á Chambery, traza el cuadro de la opinion pública tal cual se manifestaba en aquella época, y concluye diciendo:

»Si es posible que mi voz adquiera el solemne carácter que toman, segun se dice, los mas débiles acentos en el trance de la muerte, acaso no sean inútiles á mi pais las reflexiones que voy á someteros. En 1814 la nacion y el ejército abandonaron al emperador Napoleon, y la familia de los Borbones fué recibida con entusiasmo; mas ¿cómo fué que se trocara esta disposicion general?....»

—«Acusado, dice el presidente interrumpiendo á Labedoyère, no salgais de la cuestion. Estais acusado de un crimen, y no tenemos que ocuparnos en los motivos que os llevaron á él: el consejo no tiene que fallar sobre motivos, porque tampoco puede creer en crímenes inocentes.» El defensor manifiesta que la defensa no es libre. «El acusado está en su derecho al defenderse del crímen que se le imputa, replicó el presidente; pero no permitiré que os entregueis á discusiones políticas ó digresiones inútiles.

—«¿Cómo quereis que desmienta los hechos públicos ó unas acciones que desde luego confieso? dijo el jóven general; toda mi defensa estriba en el exámen de las causas políticas que me han arrastrado á la medida de que respondo á vuestra presencia; pero pues no quereis escucharlo, no insistiré por cierto. Únicamente diré que muero con la esperanza de que mi memoria no despertará jamás un sentimiento de odio ó de vergüenza; que al llegar á la edad de servir á su pais, mi hijo no tendrá que ruborizarse de su padre, y que la patria no le echará en rostro con mi nombre.»

La audiencia habia principiado á las diez de la mañana; eran entonces cerca de las dos de la tarde, y el consejo se retiró para deliberar. Labédoyère fué restituido á la cárcel: á las cuatro volvió á reunirse el consejo, y declarando traidor y rebelde al general le condenó por unanimidad á la pena de muerte.

Todos los amigos de Labedoyère, que habian servido al imperio, habian emigrado ó permanecian ocultos, al paso que los amigos que podian prometerle sus vínculos de familia y sus alianzas, le habian abandonado desde el primer dia. «No es posible inmiscuirse en este asunto, decian, porque el rey está muy incomodado; toda la culpa es del general, puesto que se ha dejado prender.» Dos mujeres habia únicamente que pensaban y procuraban por el: su madre y su jóven esposa de 19 años, esposa adorada que profesaba al jóven general uno de estos afectos profundos y absolutos que duran toda la vida y que bajan al sepulcro con la persona que los profesa. Estas dos mujeres persuadieron al general á que apelase de la sentencia, y aprovecharon los pocos dias de tiempo que les daba esta apelacion para salvarle. Reunieron al efecto una suma de cien mil francos para facilitar su evasion, y acaso la tentativa hubiera surtido buen resultado sin una circunstancia bastante singular.

Mr. Decazes, como llevamos dicho en el capítulo anterior, deseaba la cartera de policía y empleaba todos los recursos de su inteligencia para perder á Fouché en el ánimo del rey. Cuando fué condenado Labédoyère, una señora llamada Lavalette, lectora de la madre del emperador cuando Mr. Decazes era su secretario de órdenes, pero que no tenia otras relaciones con el conde Lavalette que la igualdad de nombre, reclamó la intervencion del prefecto de policía con cierto empleado ó ministro que no recordamos. Mr. Decazes prometió servirla, pero en cambio le pidió que facilitase la libertad de Labedoyère diciéndole que el gobierno deseaba salvarle. Quedó aceptada la propuesta, y pocos instantes despues de la salida de madama Lavalette, el alcaide de la Abadía recibió la órden de presentarse á la prefectura, donde supo por boca del prefecto mismo que aquel mismo dia se le harian varias ofertas para que libertase á Labedoyère, y que debia escucharlas sin curarse de las consecuencias. Apenas estuvo de nuevo en la cárcel, este hombre se vió llamado por una mujer que estaba dentro de un coche parado en uno de los ángulos esteriores de la cárcel. Acercóse al coche, pero casi al mismo tiempo salieron algunos agentes que rodearon y detuvieron á la señora, que era madama Lavalette, apoderándose de diez mil francos y de dos pasaportes firmados en blanco por Fouche, de los cuales el prefecto de policía tenia cierto número á su disposicion. Viéndose de nuevo en posesion del dinero y de los pasaportes que él mismo habia suministrado, corre Mr. Decazes á las Tullerías y denunciando esta supuesta tentativa de evasion á Luis XVIII, le pone de manifiesto los dos pasaportes como la prueba material de la complicidad de su ministro. Entretanto madama Lavalette fué llevada á la cárcel sin que Mr. Decazes pensára mas en ella. Pocos instantes despues el alcaide oyó las proposiciones de las señoras de Labedoyère, pero no quiso aceptarlas, porque le habia infundido temor y desconfianza lo que acababa de ocurrirle.

A 19 de agosto, cinco dias despues de la sentencia, reunióse el consejo de revista para fallar sobre la apelacion del reo. Este consejo se componia de los individuos siguientes: el mariscal de campo baron Decouchy, presidente; el segundo comandante Maurin, el jefe de escuadron Duchembeau, los capitanes Leclerc y Pigot, jueces; el comisario ordenador Ricart, comisario del rey. Mr. Mauguin, abogado, interpuso diez recursos de nulidad, pero todos fueron rechazados, de manera que el consejo confirmó la sentencia por unanimidad, y para que se vea cuán urgente se consideraba la ejecucion, aun no habia trascurrido una hora cuando salia del salon del consejo de ministros la órden competente para que se verificase aquel mismo dia; esta órden era enteramente autógrafa de Gouvion Saint-Cyr. Ya no habia tiempo para recurrir al soberano en demanda de gracia, y además podia darse por cierto que el rey no se hubiera dignado escucharla siquiera; pero á las tres y media, en el momento en que este príncipe bajaba de sus cuartos ó iba a subir al coche (porque salia todos los dias), abrióse paso precipitadamente á través de la muchedumbre reunida en torno de la real carroza una jóven bañada en llanto, y echándose á los piés de Luis XVIII se puso á gritar: «Favor! Señor. Favor!» El rey reconoce á madama de Labédoyère, y su semblante se presenta severo. «Conozco, señora, le dijo, vuestros sentimientos y los de vuestra familia para conmigo; siento no serviros, no puedo hacer mas que una cosa por vuestro marido; mandaré que digan misas para descanso de su alma.» La jóven señora cayó desmayada y la retiraron de allí. A las cinco y media, cuando volvió el rey de paseo, una señora anciana, de riguroso luto, la cual, de pie detrás del vestíbulo del pabellon de Flora, esperaba hacia mucho rato la entrada del monarca, quiso acercarse á él cuando bajó del coche; pero como habia sido notada, la detuvieron y á pesar de sus vanos esfuerzos para llegar hasta donde estaba el rey, salió de las Tullerías. Esta era la cuadra del sentenciado.

En este mismo momento, Labedoyère salia de su prision y se dirigia al llano de Grenelle escoltado por un fuerte destacamento de gendarmería. Habiendo llegado á las seis y cuarto al sitio fatal, al bajar del coche en que habia ido, vió á un amigo suyo, el baron de Nervaux, que le habia visitado con frecuencia mientras estaba en la prision, y que corrió á presentarle la mano por la última vez, y acercándose á él le abrazó despues de haberse dirigido recíprocamente algunas rápidas palabras, viniendo á colocarse delante del peloton de ejecucion. Quitándose entonces el sombrero y negándose á que le vendarán los ojos, dió algunos pasos hácia los soldados, se detuvo cuando se halló casi á tiro y descubriendo su pecho dijo con voz firme: «Tirad, amigos mios, sobre todo no falteis,» y cayó.

En este momento, un sacerdote que habia acompañado al desgraciado general desde la prision, sale del coche, llevando un pañuelo blanco en la mano; se adelanta hácia el cuerpo, se inclina y pasa con suavidad el pañuelo por el pecho de Labédoyère. Cuando el lienzo, reliquia piadosa solicitada sin duda por la madre y por la viuda, se empapó suficientemente en la sangre que se escapaba aun de las heridas, el sacerdote bendijo por última vez la víctima y se retiró. Los restos del antiguo ayudante de campo de Napoleon fueron colocados inmediatamente en un carro lleno de paja, y un instante despues todos los vestigios materiales de esta noble vida habian desaparecido.

Labédoyère habia estado preso en tres carceles diferentes, primero en el depósito de la prefectura de policía, despues en la Consergería y últimamente en la prision militar de la Abadía. El mismo dia que salió de la Consergería, habia entrado allí procedente del depósito de la prefectura el conde de Lavalette, preso catorce dias antes que él. Antiguo ayudante de campo de Napoleon, que le habia hecho casar con una sobrina de su primera mujer la emperatriz Josefina, director general de postas que fué durante todo el imperio y los cien dias, el conde de Lavalette permaneció completamente estraño á los negocios políticos propiamente dichos.

Nadie habia prestado mayores servicios privados ni contaba en todas las opiniones con mayor número de amigos. Estaba en íntimas relaciones, entre otros, con la princesa de Vaudemont-Lorraine, señora noble, cuyo salon hospitalario estaba tan abierto para los vencidos como para los poderosos de todo régimen, y que hacia valer su influencia en bien de todos los proscritos. Esta señora habia hecho activar las diligencias en favor de M. de Vitrolles, cuando fué detenido durante los cien dias; y poco tiempo despues á la entrada del rey Mr. de Vitrolles, que continuaba visitándola frecuentemente, le suplicó que aconsejase á Lavalette que mirase por su seguridad, dando él mismo este consejo al antiguo director general de postas; pero este último, oponiendo á sus recomendaciones la posicion de madama de Lavalette, enferma por entonces y próxima al término de un segundo embarazo, respondió que solo temia una prision de dos ó cinco años por el hecho de haberse instalado en las postas en la jornada del 20 de marzo: y que esta pena le parecia mas llevadera que una espatriacion, aunque fuese voluntaria, porque desde la oscuridad de la prision podria velar sobre la condesa. Nada habia podido cambiar su resolucion, cuando el 18 de julio, comiendo con su familia, se le presentó un inspector de policía anunciándole que Mr. Decazes le llamaba. Cuando Lavalette estuvo en el poder, se habia mostrado afectuoso con Mr. Decazes, y convencido de que el prefecto de policía, acordándose de sus antiguas relaciones, le llamaba para comprometerlo tambien á ausentarse, se levantó sin desconfianza y siguió al inspector; pero apenas hubo salido de su habitacion cuando se vió ro-

(1) Labedoyère habia sido condenado á los gastos del proceso. El estado de estos gastos dirigido por el fisco contenia el artículo siguiente. «Para gratificar á los doce soldados encargados de la ejecucion á razon de 3 francos cada uno 36 francos.» La jóven Señora tuvo que satisfacer esta cantidad.

deado de cuatro ó cinco agentes, que obligándole á entrar en un coche le condujeron, nó á casa del prefecto, sino al depósito de la prefectura en donde permaneció ocho dia sin siquiera haber visto á Mr. Decazes. En este intervalo habia aparecido la órden del 24 de julio que colocaba a Lavalette, funcionario del órden civil, entre los jefes militares condenados á pasar por un consejo de guerra. Esta anomalía ocasionó dudas sobre la instruccion; pues que habiendo sido ya fusilado Labedoyère, que habia sido preso despues que el director general de postas, se dudaba sobre el tribunal ante el cual seria juzgado Lavalette. En fin por un decreto de 6 de setiembre se declaró que debia ser juzgado por los tribunales criminales ordinarios. En su consecuencia á pocos dias sufria dos interrogatorios ante Mr. Dupuy, juez de instruccion del tribunal de primera instancia, hombre honrado cuya calma é independencia presentaron en aquella época un noble contraste con la actitud cobarde y apasionada de la mayor parte de los demás órganos de la justicia (1). La instruccion de la causa se prolongó mas de dos meses; cuyo tiempo pasó Lavalette en la Consergería juntamente con el mariscal Ney, en donde, aunque colocados en calabozos inmediatos no podian comunicarse fuera de aquellas horas en que todos los dias se paseaban en el mismo patio. Sin embargo una vez consiguieron decirse algunas palabras. «Ya murió Labedoyère, dijo el mariscal al antiguo general de postas, vos le seguireis, querido Lavalette, y despues yo. Poco importa que sea V. ó yo el que vaya primero, le respondió el conde; estoy persuadido que no hay remedio. ¡Ah! replicó el mariscal reflexionando, quizá; veremos; no obstante que me fastidian todos estos abogados y ninguno de ellos comprende mi posicion; pero yo hablaré.»

Lavalette citado ante el tribunal de *assises* del Sena para el lunes 20 de noviembre, no recibió hasta el sábado por la tarde, 18, la comunicacion de la lista del jurado. No habia tiempo para tomar datos sobre las disposiciones de cada miembro, y la festividad del siguiente dia, domingo, era por otra parte poco favorable á las informaciones. Era pues casi una casualidad que al tiempo de sacar la suerte los doce jurados que debian fallar sobre su destino, pudiese él hacer su defensa (2). Conducido, antes de la apertura de la audiencia, á la sala particular de la deliberacion del tribunal, Lavalette encontró de pié á los jurados en número de treinta y seis, en frente de él y de los miembros del mismo tribunal; en vano examinaba con la vista cada fisonomía, procurando conocer á los que debia temer ó debia elegir por jueces, pues que no veia en ellos mas que frialdad y embarazo, y todos evitaban mirarle. Sin embargo entre los jueces se encontraba un conocido suyo, Mr. Heron de Villefosse, que habia sido ingeniero de minas y magistrado de Paris en el consejo de estado cuando Lavallette era uno de los consejeros: ¿el abogado del rey recusaria acaso á este antiguo funcionario del imperio? Así lo temia Lavalette pero fue grande su alegría cuando le vió en su puesto. En cambio no pudo disimular su disgusto, cuando despues de haber apurado su defensa, oyó que salia de la urna el nombre de Mr. Jurien antiguo emigrado, y entonces consejero de estado y director del ministerio de marina. Concluida la operacion el jurado se componia de los individuos siguientes: Mr. Heron de Villefosse, presidente, MM. Jurien, Parmentier, Gueneau de Mussy, el baron de Courville, Commard, Varmer, Nepveu, Chapellier, Bintot, Bezard y Petit. Los miembros del tribunal y los jurados entraron en la sala de audiencia, y Lavalette entró tambien cuando le tocó la vez: iba vestido de negro y llevaba el gran cordon de la Legion de Honor, como tambien de las órdenes de Holanda y de la Corona de Hierro.

La acusacion consistia en dos puntos principales: 1.° Complicidad en un complot que tenia por objeto y por resultado la vuelta del usurpador, su triunfo y la caida del gobierno del rey; y 2.° la usurpacion de los fondos públicos. Este último punto de acusacion se apoyaba en los tres hechos siguientes: 1.° el dia 20 de marzo y hora de las siete de su mañana, el acusado debia presentarse en la casa de correos y penetrando en las habitaciones del director, debia pegar fuertemente con su baston en el tablado gritando con una voz fuerte: «En nombre del emperador, tomo posesion del correo»; 2.° Resultaba que en calidad de director general habia entregado un permiso de posta al conde Ferrand su predecesor; 3.° que el mismo dia y obrando sobre el mismo concepto, habia dirigido á todos los directores de correos del reino la siguiente circular: «dentro de dos horas y quizá antes estará en Paris el emperador. La capital está muy entusiasmada, y por mucho que se trabaje, la guerra civil no tendrá acogida en ninguna parte. ¡Viva el emperador! El consejero de estado, director general de correos, *conde Lavalette*.

El acusado confesaba haber entrado la mañana del 20 de marzo en la casa de correos, pero únicamente por curiosidad, y sin mas intencion que la de saber las noticias que habian llegado aquella noche; pero negaba en recompensa con la mayor energía, que hubiese pegado sobre el tablado anunciando que tomaba posesion de la administracion en nombre del emperador. Este hecho que descansaba en el único testimonio de Mr. Macarel, secretario íntimo del conde Ferrand, se reprodujo en la audiencia, y Lavalette desmintió formalmente á Mr. Macarel diciéndole: «Todos los que conocen mi carácter tranquilo y quieto, y mi respeto por el decoro, sentenciarán fácilmente entre Macarel y yo»: y dirigiéndose al testigo añadió: «V. me escribió una carta de satisfaccion, algunos dias antes del 20 de marzo; pidiéndome una audiencia que le concedí, y me atrevo á asegurar que no teneis de qué quejaros.»

Mr. Macarel: Lo confieso, pero he prometido decir la verdad

El acusado: Y yo tambien, señor.

El defensor: ¿Se hallaba solo el testigo en la pieza en que tuvo lugar el hecho?

Mr. Macarel: En la pieza inmediata habia dos mozos de la oficina, y estaba abierta la puerta.

Habiendo llamado á los mozos, despues de haber estos declarado que se hallaban efectivamente en disposicion de observar cuanto pasase en la habitacion en que habia entrado el conde de Lavalette, depusieron que nada habian oido (1).

Tambien Lavalette convenia en que habia dado un permiso de posta á Mr. Ferrand, pero que no lo habia entregado en la casa de la administracion, en donde Mr. Ferrand habia estado hasta las tres y media de la tarde en la plenitud de sus funciones, y de donde él mismo salió desde las diez de la mañana, sino que lo habia escrito en el barrio de San German, en su propia casa, cediendo á las instancias de madama Ferrand, á quien dijo que él se encontraba sin autoridad y sin derechos para escribirle, pero que habia finalmente vencido su resistencia invocando la seguridad de su marido. Habiéndose oido á madama Ferrand en la cuestion, negó primero que hubiese pedido semejante permiso, pero despues estrechada por las preguntas, convino en ello, aunque asegurando que habia hablado de la salud de su marido y nó de la seguridad. A pesar de esta declaracion, otro testigo, Mr. Devillars, empleado superior de correos, y que aguardaba en la sala de los testigos mientras deponia madama Ferrand, aseguró que él habia pedido el permiso y lo habia entregado en la casa misma de la administracion: «Cuidado, señor Devillars, esclamó el acusado; yo afirmo por mi honor que no me ha hablado V. de semejante permiso y que no le he visto. Habiendo sido por largo tiempo mi secretario íntimo, me hubiera V. hablado con confianza del permiso, y yo le hubiera manifestado los motivos que me impedian el concederlo.» El testigo insistió.

Tambien reconocia el acusado la circular dirigida á los directores de los departamentos, pues decia que la habia escrito á las cuatro y media de la tarde con el fin de impedir la efervescencia que podia causar la incertidumbre, de calmar los espíritus y de asegurar la tranquilidad pública, cuyos resultados se habian obtenido; y que en cuanto á las calificaciones que precedian á la firma habian sido añadidas por los espedicionarios sin su consentimiento y probablemente por antigua costumbre. Faltaba aun la acusacion de complicidad sobre la vuelta de Napoleon y sobre la caida del gobierno del rey, cuya complicacion resultaba, por el ministerio público, de una activa correspondencia que el acusado habia sostenido con el desterrado de la isla de Elba, á favor de las relaciones que habia conservado en la administracion de correos. Se examinaron muchísimos testigos, los cuales todos declararon que ni directa ni indirectamente no tenian noticia del menor hecho que les diera sospechas de que existia una correspondencia ú otra relacion cualquiera entre Napoleon y su sobrino por alianza. El único que adujo algunas proposiciones vagas de Mr. Lainé sobre un complot de que el acusado debió ser

(1) Mr. Dupuy llegó á ser (despues de 1830) presidente de sala en la audiencia de Paris.

(2) En esta época y mientras duró la restauracion, el juicio por jurados en las causas políticas era una verdadera necesidad, y la formacion de este tribunal formaba una comision. Quince dias ántes de la apertura de las Cámaras el prefecto del departamento, en vista de la requisicion del presidente del tribunal trasmitia á este último una lista de sesenta nombres que reducia el presidente á treinta y seis, y sobre esta lista así depurada designaba la suerte los doce jurados del juicio. El procurador general y el acusado tenian á la verdad el derecho de recusar un número igual de jurados hasta que se redujese á doce nombres la lista de los treinta y seis (art 387, 379 y 400 del Código de instruccion criminal). Pero semejante derecho para el acusado, era un derecho ilusorio cuando en asuntos políticos como sucede casi siempre, los sesenta nombres elegidos por el prefecto, ó los treinta y seis jurados mantenidos por el presidente, pertenecian en inmensa mayoría á gente que por interes ó pasion habian condenado de antemano.

(1) Mr. Macarel ha sido posteriormente consejero de estado.

uno de los instrumentos mas activos, fue Mr. Ferrand (1). La usurpacion de los empleos no admitia réplica; Lavalette confesaba todos los hechos, limitándose á esplicarlos; pero la prision de algunos años en castigo de este delito, no podia satisfacer al abogado general Hua, que veia en este proceso la ocasion de una rápida fortuna judicial. Ningun hecho, ningun testimonio habia en apoyo de la prevencion de complicidad en el supuesto complot de 20 de marzo; y sin embargo Mr. Hua insistió sobre este complot y sobre esta complicidad por mas tiempo y con mas fuerza que otro ninguno, hasta que á falta de pruebas invocó la intencion(2).» El que en esta causa no viese mas que el hecho de la usurpacion de los empleos, dijo, y no viese la intencion de servir al usurpador, veria solo un lado y retiraria la vista del otro. Los debates que habeis pronunciado es lo menos importante y aun diria casi lo mas inútil. El acusado no ha venido á correos por interés suyo, ni por el de la administracion, sino por servir á Bonaparte y le ha servido, preparando la marcha de Fontainebleau á París, y alargándole la mano para pasar de París á Fontainebleau. Aun cuando el usurpador no hubiese necesitado socorro, la intencion del acusado era cooperar al atentado de la usurpacion; la intencion constituye el crimen. Esta doctrina no es estraordinaria. La tentativa del crimen se asemeja al crimen mismo. ¿Se aguardará á que la víctima esté inmolada para castigar al asesino?»

No hubieran triunfado los esfuerzos de Mr. Hua, si su lógica monstruosa no hubiese encontrado en la pasion del presidente y de los magistrados que componian el tribunal, el mas deplorable apoyo. La comun equidad pedia que cada punto de acusacion fuese el objeto de una cuestion especial; pero en lugar de dividir las preguntas y de preguntar separadamente el jurado sobre las faltas de naturaleza diferente, el presidente, por un odioso abuso de su derecho, comprendió todos los puntos de acusacion en una sola cuestion, estrechando así á los jurados á que diesen solamente una misma respuesta á tantos cargos diferentes como resultaban contra el acusado. De otro modo, precisados á decir una sola vez sí ó nó los jurados, diciendo sí por la usurpacion de los empleos, hacian caer la cabeza de Lavalette por un complot que no existia y que no estaba apoyado por ningun testimonio: si decian nó por el complót absolvian á Lavalette de este hecho de usurpacion que él no negaba y por el cual se habia ya resignado con anticipacion á una condena. En vano su defensor Mr. Tripier reclamó contra este lazo indigno y pidió que las preguntas se hicieran del modo siguiente: ¿El acusado es culpable de conspiracion? ¿Es culpable de usurpacion de los empleos públicos? porque Mr. Hua combatió este cambio con un ardor estraordinario, y el tribunal, despues de haber deliberado sobre el asunto, mantuvo la posicion de una pregunta única (3). Los jurados se retiraron á la sala de sus deliberaciones, y Lavalette fué conducido á la Concergería.

Le aguardaba en el calabozo un jóven, pariente suyo, antiguo ayudante de campo del príncipe Eugenio, Mr. Tascher de Sainte-Rose, el cual habia estado á su lado en todo el debate, y habia salido de la sala de audiencia inmediatamente despues que el presidente reasumió la cuestion. Mr. de Sainte-Rose, dotado de un corazon tierno y de talento, á pesar de un asma que ponia á cada instante su vida en peligro, pasaba la mayor parte de sus dias con Lavalette (4) y jugaron una partida de ajedrez. El antiguo ayudante de campo de Eugenio no dudaba de la absolucion; pero á proporcion que se prolongaba la deliberacion de los jurados, se disminuia su confianza. A las diez, cuando tuvo que salir cumpliendo con los reglamentos de la prision, se deshacia en lágrimas, y Lavalette tuvo que aguardar mucho tiempo el momento de comparecer nuevamente ante el tribunal. En fin á media noche fuéron á buscarle. La respuesta del jurado se habia leido mientras él estaba ausente, y preguntando á los gendarmes sobre ella, ninguno le respondió. Cuando entró en la sala habia una especie de obscuridad y bastantes mujeres, y en los bancos del auditorio como en los asientos de los jueces reinaba el mas profundo silencio, la inmobilidad mas completa. Las primeras miradas de Lavalette examinaron con avidez la fisonomía de los jurados, pero no vió mas que caras impasibles; solo uno con el pañuelo en los ojos ocultaba sus lágrimas: este era Mr. Jurien, que contrariando la prevision del conde habia luchado con energía por salvarle, mientras que Mr Heron de Villefosse habia sostenido la condena con una violencia que la pasion del interés personal debe sin duda esplicar; despues de seis horas de un debate cuyas voces iban mas allá del recinto de la sala de deliberacion, el antiguo funcionario del imperio habia vencido al emigrado; ocho votos contra cuatro le declaraban culpable. El escribano leyó segunda vez este veredicto, y el tribunal, despues de haber deliberado algunos minutos pronunció la pena de muerte. Lavalette, al oir su sentencia, sacó su reloj y miró la hora, é inclinándose hácia Mr. Tripier que parecia estar muy contristado, le dijo: «¿Que quiere V., amigo mio? esto es un cañonazo.»

Al dia siguiente, cuando la princesa de Vaudemont fué á anunciar esta triste noticia á madama de Lavalette, hizo que escribiera inmediatamente al duque de Duras, primer gentil hombre de cámara, para conseguir una audiencia del rey; ella misma llevó la carta á las Tullerías, y una hora despues, contra toda esperanza, llegó la respuesta: «El rey, decia el gentil hombre, aguarda en su gabinete á madama de Lavalette.» Entrando madama de Lavalette en el coche de la princesa, fue conducida á palacio, y presentada al rey por Mr. Duras se echó á los piés de Luis XVIII, pero el rey le dijo: «Os he recibido, señora, para daros una prueba de mi afecto.» En vano madama de Lavalette, siempre de rodillas, aguardaba que continuase Luis XVIII, porque no dijo una palabra mas. Levantaron a la condesa, y Mr. Duras la volvió á poner fuera de palacio.

Lavalette apeló al tribunal de casacion, y durante el plazo que le dió esta medida se hicieron innumerables diligencias con los ministros. Por una de las singularidades comunes á las épocas de las conmociones políticas, Lavalette contaba entre sus mas íntimos amigos á Mr. Pasquier, encargado de las carteras de la gobernacion y de la justicia en el gabinete que habia ordenado su arresto y su prision. Habiendo salido del ministerio al mismo tiempo que Mr. de Talleyrand, Mr. Pasquier habia estrechado su amistad con el conde, y habia comparecido como testigo en los descargos en el tribunal de *assises*, en donde adujo muchos hechos en favor del acusado; además iba frecuentemente á la prision, y cuando visitaba á los nuevos ministros, desplegaba el mayor celo para conseguir el perdon de su amigo. «En fin, el gobierno no tiene que ver en este asunto, dijo á madama de Vaudemont, que era el alma de todas estas diligencias; él ha sido condenado por el tribunal y por la cámara que quiere hacer ejemplares. Por consiguiente la duquesa de Angulema es la única que puede intervenir con buen éxito; si ella presenta una peticion, acallará todos los rumores y encontrará además un medio seguro de popularidad.» El tiempo apremiaba, y el tribunal de casacion habia desechado la demanda: la principal dificultad consistia en poderse presentar á la hija de Luis XVI; porque cuanto mas se acercaba el momento fatal, las consignas en el palacio eran cada vez mas severas para prohibir la entrada á madama de Lavalette; los vigilantes cubrieron todas las avenidas de las habitaciones; se habian colocado centinelas hasta en los tejados, y aun el mismo Luis XVIII suspendió su paseo de costumbre, porque le dijeron que lo aguardaba la condesa, para cuando saliese de palacio. Marmont, que habia sido compañero de armas del condenado en Egipto, y continuaba siendo amigo suyo, se encargó de vencer todos los obstáculos, y aprovechándose del momento en que toda la familia real estaba en misa, tomó del brazo á madama de Lavalette, que se la habia traido el general Foy, y la llevó hácia la sala de los guardias por donde tenian que pasar indispensablemente el rey y la duquesa de vuelta de la capilla. Como se necesitaba un permiso especial para penetrar en esta sala, el guardia de corps que estaba de centinela detuvo á la condesa, pero Marmont recurriendo á la intervencion del oficial de servicio, Mr. de Bartillat, consiguió que la dejasen entrar. Avisado de este suceso Mr. de Glandeves, mayor de los guardias, se presentó inmediatamente al mariscal y le recordó las órdenes que se habian dado para la condesa: entonces el mariscal le dijo: «¿Ya que ha entrado, ¿teneis órden de hacerla salir?—No, señor.— Pues bien; me quedo.» Concluida la misa, el rey se dejó ver en el estremo de la galería, y cuando vió á madama de Lavalette, quiso detenerse; sin embargo continuando

(1) Uno de los empleados de correos, examinado en esta ocasion, añadió el siguiente detalle: «Yo era uno de los voluntarios realistas antes del 20 de marzo y podia temer una destitucion durante el interregno pero no hubo nada de esto. — El Presidente: ¿Quedó V. en su puesto? — El testigo Todos quedamos. — El presidente: Y lo debeis á la moderacion del acusado? — El testigo: Sí señor.

(2) Dos á cinco años de prision art. 258 del Código penal.

(3) Mr. Hua bajo la restauracion, llegó muy pronto á ser consejero en el tribunal de casacion. Este tribunal se componia de cinco consejeros y era presidido por Mr. Chollet.

(4) Lavalette, en sus memorias, cita en el número de personas que no temian darle muestras de afecto y de visitarle en la Concergería, al conde Alejandro de La Rochefoucault, MM. de Vandeuil, Frank O'Gaerty, de Fitueres, de Preville y el conde de Bricqueville, el cual, apesar de las terribles heridas que recibió en el choque de Versalles (1.° de julio) se levantaba frecuentemente para ir á estar con él largas horas. Debemos añadir á estos nombres el del conde de Carvoisin, su antiguo vecino de campamento, realista ardiente, hombre piadoso y bueno que no habiéndole valido sus esfuerzos, despues de la condena, para que recibiese el sentenciado las visitas de un sacerdote, no por eso dejaba de ir á verle todas las mañanas, despues de haber oido una misa, que mandaba celebrar por la libertad del conde.

su camino, no tardó en llegar al frente de la condesa que se arrojó á sus piés. «Señora, le dijo el rey sin detenerse, no hago mas que mi deber.» Como la duquesa de Angulema venia detrás, madama de Lavalette se volvió hácia ella y quiso echarse á sus pies, pero Mr. de Agoult, caballero de honor de la hija de Luis XVI, se interpuso y detuvo á la suplicante estendiendo los brazos; la duquesa dirigió al mariscal una mirada de indignacion y siguió adelante. Marmont estuvo, á consecuencia de esto, en desgracia con la duquesa por espacio de algunas semanas.

Esta tentativa no dejaba ya ninguna esperanza de perdon; sin embargo la condesa de Vaudemont propuso el último esfuerzo, y decidió á la condesa á que ensayase la libertad de su marido por el cambio de vestidos y de persona. Era el 19 de diciembre: todo este dia y la madrugada del dia siguiente se emplearon en preparar las diferentes partes del plan que habia concebido la princesa, y al que debian concurrir puntualmente con madama de Lavalette y su tierna hija Josefina de edad de doce años, Mr. Baudus, uno de los amigos de Lavalette, y el conde de Chassenon. El dia 20, á las cinco de la tarde, cuando salian del gabinete del procurador general las órdenes fijando la ejecucion para la mañana siguiente, madama de Lavalette, cubierta con un vestido de merino muy bien aforrado, llegaba á la Consergería, como lo hacia todos los dias, para comer con su marido; iba acompañada de su hija, de una anciana ama de llaves que se quedó en la escribanía, y de un ayuda de cámara encargado de cuidar del carruaje de que se servia para sus visitas diarias.

Acababan de despedirse por última vez del condenado el coronel Bricqueville y los señores de Sainte-Rose y de Carvoisin. La comida fué triste, los dos esposos apenas se dijeron una palabra, y las emociones mas opuestas tenian, por decirlo así, suspendidas sus facultades. A las siete menos cuarto, que era el momento prefijado para el cambio de vestidos, un incidente vino á comprometerlo todo: un guardia entró en el calabozo, llevando consigo á la anciana ama de llaves á quien el escesivo calor de la estufa de la escribanía y la emocion le habian ocasionado algunos desmayos, y la infeliz suspiraba. Madama de Lavalette acercándose á ella le dijo con una voz alterada, pero firme: «Nada de niñerías: la menor voz podria costar la vida á mi marido; aunque veais lo que veais, callad; respirad este frasco de olores, que dentro de muy pocos instantes respirareis el aire libre.»

Los dos esposos se colocaron inmediatamente detrás de una mampara que habia delante de uno de los ángulos de la pieza y que formaba una especie de gabinete, y en donde madama de Lavalette vistió á su marido. El disfraz era mas fácil de lo que podia creerse; porque si Lavalette, siendo de estatura baja parecia con el traje de hombre mucho mas pequeño que la condesa, esta diferencia consistia precisamente en el traje y en la amplitud de la forma del marido; por lo demás su estatura era igual. Por otra parte esta amplitud de formas que contribuia mucho á la desemejanza no existia ya, porque la prision de cinco meses, los cuidados inseparables de un proceso en que estaba comprometida su vida, la muerte que le aguardaba de manos de un verdugo, y que hacia tres semanas que amenazaba sobre su cabeza, todo esto le habia enflaquecido estraordinariamente. Concluida esta operacion del cambio de vestidos, los dos esposos se hicieron las ilusiones que semejante cambio iba á producirles; la niña Josefina tuvo dificultad en reconocer á su padre. En este momento dieron las siete en el reloj de palacio, y Lavalette tocó la campanilla para llamar á los carceleros para que abriesen la puerta, y dijo á la condesa: «Todas las tardes despues que os marchais, viene á verme el alcaide; cuidad de estar detrás del biombo y de menear algun mueble para hacer algun ruido; de este modo creerá que estoy detrás y saldrá durante los pocos minutos que necesito indispensablemente para fugarme.» Abrieron la puerta: Lavalette tenia que atravesar un corredor, y despues la gran sala del escribano separada de la puerta de salida por un enrejado; un guardian, sentado en el estrecho pasillo que formaba este enrejado, tenia una mano apoyada sobre la llave que abria la puerta esterior, y la otra sobre la llave que abria el enrejado. Por la parte de afuera habia un pequeño patio abierto, cuidado por una numerosa guardia de gendarmería. Los guardianes en la sala del escribano cubrian la izquierda de los puestos, y en el patio pequeño los gendarmes comunmente estaban acampados á la derecha; se habia pues instruido á la jóven Josefina, de modo que cuando llegase á la sala del notario tomase el brazo izquierdo de su padre, y en el patio el brazo derecho, á fin de estar constantemente entre este último y los gendarmes o guardias. Se pasó el corredor sin dificultad. Cinco porteros estaban de pié en la escribanía. Cuando entró Lavalette con la cabeza inclinada sobre el pecho y con el pañuelo en los ojos, se formaron á su paso. Presentándose entonces el alcaide y acercándose por el lado opuesto al en que se encontraba Josefina, puso la mano sobre el brazo del condenado; con tal movimiento Lavalette se creyó perdido; toda su sangre se reconcentró en su corazon. «Se retira V. temprano, señora condesa.» dijo el alcaide. Habian llegado entonces al enrejado; pero el guardian que habia entre este enrejado y la puerta de salida, miraba á Lavalette y no abria; este último apuraba todas sus fuerzas; y en fin reuniendo toda su energía pasó la mano por entre las barras é hizo señal para que le abriesen; entonces el guardian dió vuelta á las llaves y abrió las dos puertas, y Lavalette puso el pié en el pequeño patio en donde aguardaban á que saliese la condesa unos veinte gendarmes. La jóven Josefina se colocó entre estos temibles curiosos y su padre, que por fin llegó al gran patio de palacio. El carruaje estaba al pié de la escalera principal; el conde entró en él, pero el coche no se movia. Lavalette miraba y no veia al conductor; hasta el ayuda de cámara que estaba encargado de guardarlo habia desaparecido. Una especie de desaliento se apodera entonces del condenado, que con los ojos fijos en la entrada de la Consergería, creia á cada segundo que venian los guardianes á precipitarse sobre él; en este estado tomó la resolucion de defenderse ó de hacerse matar. En fin, á los dos minutos, que fueron para él dos siglos, oyó la voz de su criado que le dijo muy bajo, que los conductores se habian ausentado, pero que traia otros dos. Con esta noticia Lavalette se reanimó, el carruaje salió del patio, y volviendo á la derecha, tomó el muelle de Orfevres, parándose al frente de la pequeña calle de Harlay. Entonces se presenta Mr. Baudus, abre la puerta y conduce á Lavalette á un cabriolé que estaba estacionado á la entrada de la calle y dentro del cual habia ya otra persona; tan pronto como el conde se sentó al lado de esta persona, el cabriolé echó á gran trote en direccion al puente de San Miguel, subió por la calle del Harpa y entró en la de Vaugirard, en donde empezó á respirar Lavalette: por la primera vez miró al conductor, y conociendo que era el conde de Chassenon: «¡Qué! ¿es V.?» le dijo.—Sí; y detrás de V. hay cuatro pistolas de dos tiros cargadas, de las que en caso de necesidad no dudo harnis un buen uso.—No, á la verdad, no quiero perderos.—Pues bien, yo os daré el ejemplo, y desgraciado de aquel que quisiese deteneros!» El cabriolé paró en el baluarte Nuevo, en la esquina de la calle de Plumet, punto de la cita indicado por Mr. Baudus, que no tardó efectivamente en llegar. Lavalette, en el camino, se habia despojado de sus vestidos de mujer y se habia puesto un carrique de jockei y un sombrero con galones. Dejando á Mr. de Chassenon, siguió á Mr. Baudus por la calle del Bac; los dos iban á pie, la noche estaba oscura y el barrio estaba desierto, y solo dos gendarmes que pasaban á galope en un caballo, en direccion á las barreras, cruzaron diferentes veces por el lado de ellos. Habiendo llegado á un palacio de mucha apariencia, Mr. de Baudus dijo á Lavalette: «Yo voy á entrar, y mientras hablo con el suizo, adelantaos hácia el patio; encontrareis á la izquierda una escalera, subidla, y cuando llegueis al último piso seguireis á la derecha un corredor en cuyo estremo hay un pilar de madera; parad allí y aguardad.» El conde obedeció puntualmente. A los pocos instantes estaba ya cerca del pilar de madera, en medio de una oscuridad la mas profunda, cuando oyó el lijero roce de un vestido de seda y sintió que ponian una mano sobre su brazo, y otra despues que le empujaba poco á poco hácia una habitacion iluminada por un gran fuego, adornada de todo lo necesario para pasar la noche, y cuya puerta se cerró. Ya estaba libre.

Así como Lavalette se lo habia anunciado á la condesa, inmediatamente despues de su partida, el alcaide entró en el cuarto del prisionero, pero oyendo ruido detrás del biombo se retiró, y volvió despues de unos cinco minutos; pero no viendo aun á nadie se acercó al biombo, lo retiró y vió á madama de Lavalette, y dando un grito furioso se precipita hácia la puerta, la condesa se echa sobre él, le agarra diciéndole: Aguardad: Dejad huir á mi marido! —Me perdeis, señora! esclamo este hombre desprendiéndose de la princesa con tanta fuerza que dejó en sus manos una parte de su levita. El grito de: «se ha fugado el prisionero,» resonó al pronto por toda la prision: los carceleros, los gendarmes salen en todas direcciones, dos guardianes descubren de lejos el carruaje que marchaba á lo largo del muelle, corren hácia él, se precipitan, abren la puerta y no encuentran mas que á la jóven Josefina. Dan sucesivamente aviso de esto á Mr. Angles, que hacia dos meses habia reemplazado á Mr. Decazes en la prefectura de policía, al mismo Decazes y al procurador general Bellart. El primero que llegó fué Mr. Bellart, el cual acusó á la condesa de haber faltado á la justicia y violado la ley, la hizo preguntas, le formó sumaria y la puso incomunicada. Mr. Decazes llega á su vez: su irritacion es aun mas viva: temiendo una desgracia, y la de perder su cartera, quiere á todo precio poner en manos del verdugo la víctima prometida para el dia siguiente. Ciérranse inmediatamente todas las barreras de Paris; partes telegráficos y co-

reos se remiten á todos los estremos del reino llevando la órden de someter á los viajeros al exámen mas severo; dia y noche se practican reconocimientos domiciliarios, en casa de todos los amigos, de todos los conocidos del condenado, hasta en las casas de aquellos que no habian tenido jamás relaciones con él sino en el tiempo de sus antiguas funciones. La cólera además habia penetrado en todos los salones realistas; y en medio de los dicterios y acusaciones con que perseguian á los carceleros y á los ministros, se oia gritar á las mujeres y á las muchachas: «¡Cómo ha sido salvar á Lavalette!» Este furor hizo eco hasta en la cámara de los diputados, y el conde Humbert de Sesmaisons pidió una informacion sobre la conducta de los ministros. «Ojalá que sus aclaraciones, decia él, puedan librarles de la terrible responsabilidad que pesa sobre su cabeza. ¿En qué consiste que no se ha separado ya de su destino al alcaide? añadió Mr. de Bouville. ¿Quién podrá creer que él no ha visto que una mujer alta y delgada no tenia nada de comun con un hombre pequeño y grueso, y cuyo aire debia ser tan ridículo como grotesco bajo el disfraz de que se ha servido para asegurar el éxito de esta escena de comedia? Y el guardasellos si no ha favorecido la evasion de Mr. Lavalette, favoreceria á lo menos sus esperanzas por la gracia y las visitas de su mujer á S. M., dijo á su vez Mr. de Saint-Romain. La informacion, apoyada tambien por Mr. de Kergorlay, fué combatida por Mr Bellart, que probó con documentos que el guardasellos no habia perdido una hora, ni un minuto, y que él mismo á las cuatro de la tarde, el dia de la evasion, habia trasmitido las órdenes necesarias para el suplicio. Sin embargo la cámara pasó la proposicion al exámen de sus oficinas. Todos los esfuerzos de Mr. Decazes debian ser inútiles. Era dificil verdaderamente sospechar que el asilo elegido por Lavalette fuese la casa misma del duque de Richelieu, presidente del consejo, el palacio de negocios estranjeros. El cuarto en donde se habia ocultado dependia de la habitacion que ocupaba en este palacio Mr. Bresson, cajero central del ministerio. La misma víspera de la evasion se habia dirigido Mr. Baudus á madama de Bresson, la cual le contestó: «Tambien mi marido y yo hemos estado proscritos: y sin embargo unas gentes de bien nos ocultaron con admirable fidelidad por espacio de dos años en las montañas de los Vosges, á pesar de la muerte que amenazaba sobre nuestras cabezas. En reconocimiento pues á este beneficio, he hecho voto de prestar el mismo servicio al primer condenado político que se dirija á mí, y aunque mi marido está ausente no tengo necesidad de consultarle para hacer una buena accion; traedme á Mr. de Lavalette, que esta misma tarde estará dispuesta mi habitacion. Lavalette permaneció por espacio de tres semanas en casa de madama Bresson, durante las cuales no cesó un instante la policía de hacer sus indagaciones. La princesa de Vaudemont, que habia arreglado todos los detalles de la evasion y habia distribuido los diferentes papeles que habia de hacer cada uno, por su parte no cesaba de inquirir los medios de completar la libertad para que el conde pudiese entrar en territorio estranjero. Se ofrecieron á ayudarle tres ingleses, MM. Bruce, Hutchinson, capitan de las guardias inglesas y el general sir Roberto Wilson. La tarde del 9 de enero de 1816 Mr. de Chassenon vino á llevarse de nuevo á Lavalette y le condujo á la calle de Helder, en casa del capitan Hutchinson, que por una casualidad singular habitaba en la misma casa que Mr. Dupuy, juez de instruccion. Al dia siguiente, 10, Mr. de Lavalette, con el uniforme de oficial de guardias británicas, atravesaba la barrera de La Villette, en un carruaje descubierto y en compañía de MM. Hutchinson y Wilson; y al siguiente dia entraba en Mons, desde donde pasó á Baviera (1). El mariscal Ney no tuvo tanta suerte.

Ney habia salido de Paris el 6 de julio, dia señalado por la capitulacion para la entrada de los aliados en la capital. Davoust le habia concedido una licencia ilimitada, y habia recibido de Fouché dos pasaportes, uno de los cuales tenia el nombre de Miguel-Teodoro Neubourg. El 9 estaba ya el mariscal en Laon, y queria pasar á Suiza; pero habiéndole informado de que todos los caminos, en esta direccion, estaban ya cerrados por los austriacos, vaciló en continuar su marcha, y despues de haber recibido de Mr. Teste, comisario general de policía de Leon, una carta de radio, con el nombre de Miguel-Teodoro Reiet, mayor del 3.° de húsares, pasó á Saint-Alban, ciudad del distrito de Montbrison, famosa por sus aguas minerales, con el fin de aguardar una ocasion favorable para pasar la frontera. El 25 llegó un hombre de toda la confianza del mariscal á quien este habia mandado en comision anunciándole que su nombre se hallaba incluido en la fatal lista firmada por Luis XVIII el 24; y al mismo tiempo la mariscala aconsejaba á su marido que saliese de Saint-Alban, que era un punto frecuentado, y que se retirase á casa de una parienta suya, de madama Bessonis, que vivia en el palacio de este mismo nombre en el departamento de Lot, en los límites del Cantal. Tomó Ney esta direccion, y llegó á Beronis el 29 de julio bajo el nombre de Escafre, que pertenecia á una antigua familia de la Auvernia. Como estaba retirado en un cuarto alto de donde apenas salia para comer, se creia al abrigo de toda pesquisa; pero le perdió una imprudencia inconcebible. Con motivo del enlace del general, que se verificó en julio de 1812, el emperador le habia hecho un presente de un sable turco de la mas esquisita riqueza. Este sable, despues de haberlo examinado sin duda sus huéspedes, con toda curiosidad habia quedado retirado sobre una silla del salon. Un habitante de Aurillac, que estaba de visita en el palacio, vió esta arma y la admiró; mas cuando volvió á su casa refirió lo que habia visto, y al oir la descripcion del arma, uno de los que se hallaban presentes dijo: Creo haber visto el sable de que habla V., como que no hay en Europa mas que dos personas que puedan poseerlo, que son el mariscal Ney ó Murat. Habiéndose referido esta conversacion al prefecto del departamento, Mr. Locard, escitó el celo de este funcionario, y aunque Beronis, situado en otro departamento que el suyo, no estaba bajo su jurisdiccion administrativa, mandó allí inmediatamente un capitan y un teniente de gendarmería con catorce gendarmes. El mariscal habia leido la víspera, en una hoja realista, que al tiempo de separarse del rey, cuatro meses antes, para ir contra Napoleon, habia solicitado y obtenido un presente de cincuenta mil francos, liberalidad, añadia el diario, que aumentaba el odio de su defeccion; y esta calumnia puso al general casi loco de dolor. Se encontraba en esta situacion de espíritu cuando el 5 de agosto por la mañana le anunciaron que los gendarmes estaban en la puerta del palacio. Podia muy bien huir, y se lo propusieron; pero se negó á ello con obstinacion. Antes bien, abriendo la ventana de su cuarto y viendo á los gendarmes en el patio, preguntó al que parecia jefe de ellos: «¿Qué quieren Vds.?—Buscamos al mariscal Ney, sin cuidar siquiera de mirar quién era el que les preguntaba.—¿Qué quieren Vds.?—Prenderlo.—Pues bien, subid, que vais á verlo.» Habiendo subido los gendarmes, el mariscal abrió su puerta diciéndoles: «Yo soy Miguel Ney.» La numerosa escolta del príncipe de la Moskova lo conducia á Aurillac, mientras que por el otro lado de las montañas que separan el Cantal del Languedoc, el Ródano arrastraba en sus aguas y llevaba hácia el mar los restos de uno de sus compañeros de armas, del mariscal Brune, que hacia tres dias habia sido asesinado en Aviñon, y cuyo cuerpo en aquel momento era juguete de las aguas.

Ney permaneció cinco dias bajo la custodia de la guardia del prefecto Locard, y el 10 de agosto, en virtud de las órdenes que llegaron de París, el mariscal emprendió la marcha para la capital, acompañado con dos oficiales de gendarmería á quien el prefecto del canal encargó las mas severas precauciones de vigilancia. Uno de estos oficiales, que habia servido bajo las órdenes del mariscal, resistiéndose á estas medidas de rigor, dijo á Ney, que si le prometia no escaparse encontraria en él y en su compañía dos compañeros de viaje, nó dos guardias. El mariscal dió su palabra, palabra de que debió arrepentirse sobremanera, porque parte del ejército del Loire se encontraba precisamente en el mismo camino, y entre otros el cuerpo de dragones de Excelmans, acantonado en Riom, por cuya ciudad debia pasar Ney. La noticia de su arresto se habia estendido prontamente entre todas sus tropas. Excelmans aguardó al prisionero por donde habia de pasar y le propuso librarle, pero Ney respondió que tenia comprometida su palabra. Algunas leguas antes de llegar á Paris encontró á la mariscala que le aguardaba en una de las casas de correos del camino; y les dejaron solos. Cuando el mariscal mandó llamar á uno de los oficiales de gendarmería para decirle que podian marchar, se le caian las lágrimas de los ojos; y manifestando el oficial cierta sorpresa; «Os admirais de verme llorar, le dijo el mariscal; pero habeis de saber que no lloro por mí, sino por mi mujer y mis cuatro hijos.» Si el arresto de Ney en el mediodía, tuvo lugar tres dias despues del asesinato de Brune; por otra coincidencia, el mariscal entró en Paris y fué puesto en la prision de la prefectura de policía en la misma hora, en el momento mismo en que Labédoyère salia de la prision de la Abadía, y espiraba en el llano de Grenelle. Cuando los diarios del dia siguiente hacian saber la entrada del uno, anunciaban la ejecucion del otro. Mr. Decazes sujetó sucesivamente á tres interrogatorios al mariscal, que por el pronto declinó la calidad de este funcionario; sin embargo, hechas ciertas reservas, respondió lealmente y por menor á todas las preguntas del prefecto de policía. Estos interrogatorios, largos, capciosos y en los cuales Mr. Decazes desplegó su deplorable habilidad, sirvieron de base á todo el procedimiento.

(1) Las memorias de Lavalette se publicaron en 1831, y en una de sus últimas páginas hablando de Mr. y de madama Bresson dice lo siguiente: Escribo esto á la orilla derecha del Sena, á veinte minutos de una deliciosa campaña en donde pasan todo el año; lo veo todos los dias, y les encuentro felices é independientes.

La órden del 2 de agosto dada la tarde misma del arresto de Labédoyère, atribuia esclusivamente al consejo de guerra de la primera division, la persecucion y el juicio de todos los jefes militares espresados en el artículo 1.° del decreto del 24 de julio. La dignidad de que se hallaba revestido el mariscal Ney, exigia jueces mas elevados en grado que los miembros del consejo permanente, y dos dias despues de su llegada á París, esto es, el 21 de agosto, por un decreto del ministro de la guerra quedó constituido este consejo de guerra especial. El mariscal Moncey, que era el presidente de este mismo consejo, contestó por escrito á esta notificacion de su nombramiento, rehusando aceptarle, pero al dia siguiente un ministro vino á significarle, en nombre del rey, la órden de aceptarlo. El anciano mariscal escribió entonces á Luis XVIII la siguiente carta:

«Señor: En la cruel alternativa de desobedecer á V. M. ó de faltar á mi conciencia, debo dar esplicaciones á V. M. No entro en la cuestion de saber si el mariscal Ney es inocente ó culpable: vuestra justicia y la equidad de los jueces responderán á la posteridad que juzga en la misma balanza á los reyes y á los súbditos. ¡Ah! señor: si los que dirigen vuestros consejos no quisiesen mas bien que el de V. M., os dirian que el patíbulo no ha hecho jamás amigos. ¿Creen, acaso, que la muerte es tan formidable para aquellos que la arrostraron tantas veces? ¿Son acaso los aliados los que exigen que la Francia sacrifique sus mas ilustres ciudadanos? Y qué, Señor, ¿no hay ningun peligro para vuestra persona y para vuestra dinastía en concederles tal sacrificio? Despues de haber desarmado la Francia á tal punto que en las dos terceras partes de vuestro reino no queda una escopeta, un solo hombre bajo las banderas, un cañon montado, ¿quieren aun los aliados haceros odioso á vuestros súbditos, haciendo que caigan las cabezas de aquellos, cuyos nombres no pueden pronunciar sin humillarse? Qué ¡ir yo á dar mi voto en la suerte del mariscal Ney! Pero permitidme, señor, que pregunte á V. M. ¿en dónde estaban los acusadores cuando Ney recorria tantos campos de batalla? ¡Ah! Si la Rusia y los aliados no pueden perdonar al príncipe de la Moskova, ¿podrá la Francia olvidar al héroe del Beresina? Allí, en el Beresina, fué donde Ney salvó los restos del ejército. Allí tenia yo parientes, amigos, soldados en fin que son los amigos de sus jefes; ¡y condenaré yo á muerte á aquel á quien tantos franceses deben la vida, tantas familias sus hijos, sus esposos, sus padres! No, señor; si no me es permitido salvar mi pais, ni mi propia existencia, salvaré á lo menos mi honor. Si algun sentimiento me queda es el de haber vivido demasiado, pues que sobrevivo á la gloria de mi patria. ¿Quién es, no digo el mariscal, sino el hombre de honor, que no se verá precisado á sentir el no haber encontrado la muerte en los campos de Vaterloo? ¡Ah señor! Si el desgraciado Ney hubiese hecho allí lo que tantas veces en otros puntos, quizá no se veria arrastrado ante una comision militar, ¡y tal vez los que piden hoy su muerte, implorarian su proteccion! Dispensad, señor, la franqueza de un veterano, que estraño siempre á toda intriga, no ha conocido jamás sino su oficio y su patria. He creido que la misma voz que condenó las guerras de España y de Rusia, podia tener tambien el mismo lenguaje de la verdad al mejor de los reyes. Confieso que con otro monarca cualquiera este proceder seria peligroso, y que puede tambien acarrearme el odio de los cortesanos; pero si al bajar á la tumba puedo esclamar con uno de vuestros abuelos: *Todo se ha perdido, menos el honor*, moriré contento.»

Esta carta, que condenaba eternamente á los jueces del príncipe de la Moskowa, hirió profundamente al ministerio y á la corte; pues que cuanto mas palpitantes eran los hechos que recordaba, y cuanto mas justas las consideraciones que se invocaban, tanto mas vivas eran la irritacion y la cólera. Los miembros de la familia real, los ministros y los cortesanos exigieron un castigo. Gouvion Saint-Cyr se encargó de aplicarlo. El papel político de este mariscal, en aquella época, no se puede comparar sino con la docilidad servil del mariscal Soult al tiempo de su ministerio bajo la primera restauracion: pues que hollando los principios mas elementales de nuestro derecho público, y olvidando el respeto que debia á su propia gloria y á la dignidad militar de que tambien él estaba revestido, Gouvion Saint-Cyr tuvo la desgracia de redactar y refrendar la órden siguiente:

«Luis: vistos nuestros decretos del 24 de julio y 2 de agosto, en virtud de los cuales el mariscal Ney debe comparecer ante el consejo de guerra de la primera division; visto el decreto del 21 de agosto, por el cual nuestro ministro de la guerra ha señalado los miembros que deben componer este consejo; vistas las cartas del mariscal Moncey, de las que resulta que no tiene la menor escusa de que puedo valerse para no asistir al consejo, segun el artículo 6.° de la ley del 13 brumario considerando que la denegacion del mariscal Moncey no puede atribuirse sino á un espíritu de resistencia y de indisciplina, tanto mas culpable cuanto que debia aguardarse un procedimiento del todo contrario del eminente rango que ocupa en el ejército, y de los principios de subordinacion que en su larga carrera debió aprender á respetar; hemos resuelto aplicarle la pena que marca el artículo 6.° de la ley de 13 brumario, año V, contra todo oficial, que sin escusa legítima rehuse sentarse en el consejo de guerra á que ha sido llamado. Por lo cual hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

«El mariscal Moncey queda destituido, sujetándose á una pena de tres meses de prision.

«Dado en París, en nuestro palacio de las Tullerías, el 29 de agosto del año de gracia de 1815 y el veinte y uno de nuestro reinado

«*Firmado:* LUIS.

«*Por el rey*, GOUVION SAINT-CYR.

La destitucion de la mas alta dignidad militar de nuestros ejércitos, dignidad que solo se acaba con la vida, y una prision de tres meses pronunciada contra todo derecho, contra toda ley, y no por un tribunal cualquiera, sino por un decreto, hé aquí la pena que se le impuso al mariscal Moncey por una carta que por sí sola bastaria para inmortalizar su pura y noble memoria. ¿Quién dejaría de firmar una carta semejante? No obstante si Moncey hubiese aceptado la presidencia del consejo de guerra con la firme intencion de juzgar á su compañero de armas, hubiera quizá servido mejor á la causa del príncipe de la Moskowa; pues con su ejemplo y conviccion hubiera sin duda arrastrado á sus colegas de consejo. Tampoco hubieran estos declarado su incompetencia, como lo veremos mas adelante, y por consiguiente Ney condenado por ellos á un corto arresto, y quizá al destierro, se habria salvado (1).

Luego que quedó arreglado el consejo de guerra, el mariscal fue trasladado del depósito de la prefectura de policía á la Consergería, en donde estuvo incomunicado las tres primeras semanas Su calabozo, situado al estremo de un corredor oscuro, era largo y estrecho, y terminaba por una especie de ventana, iluminada por la parte de afuera por una claraboya cuya abertura no dejaba entrar por la parte superior la suficiente luz para poder leer. Formaban el único adorno de esta triste mansion los nombres propios y esclamaciones de desesperacion que se habian escrito con carbon en las paredes; una mala cama de madera, una mesa vieja, una silla y dos cubetos apestados eran todo su mueblaje. Permaneció allí un mes, desde donde fué trasladado encima del calabozo que habia ocupado el conde de Lavalette, á una pieza que dependia de la habitacion del notario de la prision, y en la cual pusieron una estufa para preservarle del frio, cuyo cambio en nada modificó el trato de sus carceleros, pues que con su despotismo inquisitorial y grosero le perseguian aun en sus mas inocentes distracciones. Como el mariscal tocaba la flauta, por algunos dias quiso distraer por medio de este instrumento el enfado que le causaba su posicion; pero se le privó de este recurso diciendo que era contrario á los reglamentos de la cárcel (2). En recompensa dos veces al dia le permitian pasearse un rato en un estrecho patio en el cual habia dos centinelas con el arma al brazo, colocados en una galería cubierta que formaba uno de los costados del patio y que no le perdian de vista. Esta severa vigilancia se ejercia continuamente: dia y noche velaban bajo de sus ventanas y en su puerta tres centinelas vestidos comunmente de gendarmes y de granaderos de infantería ó de caballería de la antigua guardia imperial. La policía, que desconfiaba de los soldados que habian pertenecido al antiguo ejército, no encargaba este triste servicio sino á hombres enteramente decididos; á voluntarios realistas, á hombres que habian pertenecido á las bandas de la Bretaña ó de la Vendée, y hasta guardias de corps, que mas de una vez se disfrazaban con estos uniformes (3).

(1) La ciudadela de Ham fue la prision que se señaló para el mariscal Moncey. Habiendo ido allí, por una rara circunstancia, que caracteriza esta estraordinaria época, no pudo entrar: el fuerte estaba ocupado por los prusianos que, despreciando sus reclamaciones, le impidieron la entrada. El mariscal pasó parte del tiempo fijado para su arresto en una posada situada al frente del castillo.

(2) Se lee en las memorias de Lavalette «El mariscal gustaba de tocar con frecuencia un vals de cuya música me he acordado por mucho tiempo, y que yo me entretenia en tararear en mis recreos de la tarde Jamas lo habia oido en otra parte, y solo una vez lo he oido en Baviera algunos años despues, en un baile campestre en las orillas del lago Starnberg habia delante mí unas jóvenes labradoras que hollaban con sus pies una yerba bien lozana; la armonia de este vals era tan dulce y melancólica que me hizo caer violentamente en mis recuerdos de la Consergería; me alejé de allí deshecho en lágrimas y pronunciando con amargura el nombre del desgraciado mariscal.

(3) Lavalette en sus memorias, dice, hablando de los disfraces. Estas pruebas las adquirí por una parienta mia, la señora Dubourg, que habia conseguido el permiso de verme. Ella reconoció, al entrar á un primo

Habian trascurrido tres meses desde que el mariscal habia sido arrestado, cuando el 9 de noviembre, despues de una larga instruccion dirigida por el general Grundler, relator, se reunió el consejo. Por esta causa escepcional, habian dejado el local en donde residen ordinariamente los tribunales militares, y se celebraba la audiencia en la gran sala del palacio de justicia consagrada generalmente para las causas criminales.

Esta inmensa sala estaba inundada desde las ocho de la mañana de una multitud considerable, á donde iban llegando precipitados y confundidos, oficiales estranjeros, ingleses, mujeres que pertenecian á la nobleza del antiguo régimen y del imperio, y un gran número de personas llevadas menos por la curiosidad que por el interés que les inspiraba el acusado; sobre todo los amigos del mariscal componian la mayoría del auditorio. La policía, previendo este concurso, habia reunido al rededor del palacio de justicia una fuerza considerable, compuesta de destacamentos de la guardia nacional sacados de las doce legiones, y de casi la totalidad de la gendarmería y zapadores bomberos. El servicio interior de la sala lo hacian los guardias nacionales y veteranos; este servicio era embarazoso, porque los curiosos habian ocupado los bancos comunmente ocupados por el juez, por los testigos y hasta los bancos reservados á los acusados. Se notaba detrás de las sillas de los jueces, al príncipe Augusto de Prusia, el príncipe de Metternich, lord y lady Castlereagh. El consejo no permitió que se sentase el mariscal en el punto en donde se veian todos los dias los ladrones, falsificadores ó asesinos; se le habia preparado una butaca en el recinto semicircular que hace frente á la mesa del tribunal. Por un incidente se retrasó la apertura de la audiencia señalada para las diez. Massena, uno de los miembros del consejo, no queria ser el juez de Ney, y siguiendo el ejemplo de Moncey habia aguardado la reunion del tribunal para formular su denegacion, aduciendo como motivos de su recusacion los vivos encuentros que tuvo con el acusado en los ejércitos de Portugal y de España; pero sus colegas no hallaron esta escusa suficiente y la rechazaron. A las diez y media, entraron por fin los miembros del consejo por el órden siguiente: El mariscal Jourdan, presidente; los mariscales Massena, Augereau, Mortier; los tenientes generales Gazan, Claparede y Vilatte, jueces; el mariscal de campo Grundler, relator; Mr. Joinville, ordenador en jefe, llenando las funciones de comisario del rey. Presentaba solemnidad y casi grandeza este espectáculo de siete guerreros, algunos de los cuales habian llenado la Europa con su nombre, y que sentados en el estremo de esta larga sala, en un alfombrado elevado, con todo el brillo de sus trajes, condecorados con sus grandes cordones de la Legion de Honor, iban á decidir, como jueces, la suerte del ilustre mariscal, su colega, presentado ante ellos como acusado de alta traicion. El mariscalado, tan inmediato en aquella época al mismo imperio, conservaba aun todo su prestigio Así es que los ojos de la multitud permanecieron largo tiempo fijos en los miembros del consejo; y en seguida todas las miradas se dirigieron hácia las puertas por donde se aguardaba por momentos ver salir al acusado; pero se aguardó en vano; porque toda la audiencia se pasó en lectura de interrogatorios y otros documentos del procedimiento. A las cinco y media la audiencia se dejó para el dia siguiente. El dia 10 habia en la sala la misma afluencia de espectadores, y continuó la lectura de los documentos. En fin, al medio dia el presidente mariscal Jourdan dirigiéndose á los guardas les dijo: «Suplicad al mariscal acusado que se sirva comparecer ante el consejo.» Parte del auditorio acogió con un suave murmullo de aprobacion estas dignas palabras, y á esto sucedió un profundo silencio. En fin se presentó Ney acompañado de dos oficiales de gendarmería; á su paso los soldados que estaban de servicio echaron armas al hombro, y fué á sentarse en la butaca que le estaba destinada y al lado de la cual estaban los tres abogados encargados de su defensa, MM. Berryer, padre, Berryer hijo y Dupin. Los oficiales de la gendarmería se colocaron detrás á cierta distancia. El mariscal iba vestido de uniforme azul, pero sin entorchados; llevaba las charreteras de su graduacion y la placa de la Legion de Honor: un crespon que llevaba atado en su brazo izquierdo, recordaba la muerte reciente de su suegro Mr. Auguié, que al saber su arresto, fué víctima de una aplopegia fulminante. El presidente le preguntó sus nombres, el lugar de su nacimiento y sus calidades.

El mariscal se levantó; pero en lugar de responder leyó una protesta dirigida por sus abogados y en la cual declaraba: que si en la instruccion habia consentido en responder á las preguntas hechas en nombre del consejo, por el general relator, habia sido únicamente por deferencia con los mariscales y generales que componian el tribunal; que terminada ya la instruccion, y viéndose obligado desde entonces á comparecer ante los jueces declinaba la competencia del consejo, y que como par de Francia, pedia, en virtud de los artículos 33 y 34 de la carta, se le mandase ante la cámara de los pares. «Estraño á los negocios judiciales, concluyó diciendo, no teniendo ningun conocimiento personal de las leyes ni del procedimiento, espero la indulgencia de los señores mariscales y generales, que se servirán permitirme que dé los motivos de mi declinatorio por el órgano de mi defensor, Mr. Berryer.

»*El presidente*: Mariscal, antes de oir los motivos de vuestro declinatorio, el consejo debe probar vuestra identidad; vuestra respuesta á la pregunta que os he hecho, no puede comprometeros en nada; vuestro defensor tomará en seguida la palabra para desarrollar los medios de incompetencia.

»*El mariscal*: Me llamo Miguel Ney, duque de Elchinger, príncipe de la Moskowa, caballero de San Luis, gran cordon de la Legion de Honor, caballero de la Corona de Hierro, gran cruz de la órden de Cristo, mariscal de Francia, nacido en Sarrelouis el 10 de enero de 1769.»

Despues de esta respuesta, Mr. Berryer padre tomó la palabra y desarrolló el declinatorio en una larga defensa, dividida en tres partes, en que hacia intervenir al macedonio que apelaba: «á Filipo, mejor informado del punto en controversia,» y en la cual calificó sucesivamente la promocion del mariscal á la dignidad de par de Francia, de promocion feliz, de promocion fatal, y de «promocion útil aun, pues que semejante á un majestuoso navío deshecho por el rayo, ofrece al navegante perdido en un océano de miseria la tabla del naufragio sin la cual pereciera indudablemente.» Esta tabla era la dignidad de par. «Para fijaros mejor sobre este importante declinatorio, concluyó diciendo el abogado, teneis á la vista el libro santo de nuestras libertades, la carta en la cual están grabados los títulos del mariscal Ney. Vuestras fuertes conciencias conocen el precio del depósito que se les ha confiado. Sentenciad.» No sin doloroso asombro oyeron los espectadores favorables al mariscal Ney declinar la competencia del consejo. Todos creian que por mala que fuese la sentencia que diesen Jourdan, Massena, Augereau, Mortier, Gazan y otros generales, nunca pasaria del destierro. Ney no contaba entre los jueces sino con compañeros; allí tenia amigos que habiendo vuelto igualmente contra los Borbones despues del 20 de marzo, se habian incorporado como él á los esfuerzos de los cien dias; sabida es la violenta proclama publicada por Augereau contra la bandera blanca el 22 de marzo en Caen. Mortier habia estado al servicio de la campaña de Bélgica; Massena, Jourdan y Gazan habian ocupado un asiento inmediato al príncipe de la Moskowa en la cámara de los pares de los cien dias; Gazan habia hecho mas aun, habia combatido contra el mismo Ney las proposiciones de sumision á los aliados, y se contaba en el pequeño número de generales que habian insistido en la resistencia y en la lucha. El tribunal, compuesto de los pares cuya jurisdiccion reclamaba el acusado, ¿le ofrecia las mismas garantías? Allí no tenia sino enemigos. La responsabilidad en que incurre un tribunal compuesto de siete jueces es por otra parte muy diferente de la que contraen los miembros de una asamblea numerosa; la memoria pública raras veces conserva el recuerdo de doscientos nombres; la individualidad de cada juez desaparece en la masa; se acusa á la asamblea y no á los individuos, mientras que la sentencia pronunciada por algunos hombres, se pega, por decirlo así, á su persona y les persigue por todas partes en todos los instantes y hasta en los mas insignificantes actos de su vida. Estas reflexiones daban una nueva fuerza á la actitud favorable de la mayoría de los jueces. No faltaba quien deseaba poder detener á Mr. Berryer en sus aclaraciones; se maldecian los fatales consejos que arrastraban al desgraciado mariscal á desechar este tribunal de sus compañeros de armas. Se restituyó sin embargo la confianza, cuando se oyó al general Grundler, relator, despues al comisario del rey Joinville rechazar al declinatorio y esforzarse por retener á Ney ante el consejo; se esperaba que Mr. Jourdan y sus colegas, dejándose convencer, declararian su competencia. Desgraciadamente, por lo mismo que no podian conceder al partido realista y á los aliados la sentencia que pedian estos, los jueces debian aprovechar prontamente el medio que el mismo acuerdo les presentaba, para conciliar de este modo los deberes de su conciencia y confraternidad con el deber de evitar la cólera de la corte y de los realistas. Cuando concluyó de hablar Mr. de Joinville, el consejo se retiró á la sala de deliberaciones; dentro de un cuarto de hora volvió á entrar en la sala de audiencia, y Jourdan pronunció la sentencia.

«El consejo, despues de haber deliberado sobre la cuestion de saber si es competente para juzgar al mariscal Ney, acusado de alta traicion, se declara incompetente por mayoría de cinco votos contra dos.»

suyo, guardia de corps, que hacia guardia revestido con el uniforme de un antiguo granadero de á caballo.

Esta sentencia fué recibida por los abogados del mariscal y por él mismo como un resultado favorable, pero por los amigos de Ney como un voto de pusilanimidad indigno y como una desgracia, y por el ministerio y la corte como una atrevida denegacion de justicia. Al dia siguiente, 11 de noviembre, el mariscal fué enviado ante la cámara de los pares por una órden que Mr. de Richelieu dejó el 12 sobre la mesa de los pares, despues de un discurso que presenta las pasiones de esta época, poniendo de manifiesto la positiva influencia de los aliados en los sangrientos sacrificios de 1815.

«El consejo estraordinario de guerra, formado para juzgar al mariscal Ney, se ha declarado incompetente, dijo el primer ministro; no me detendré en detallaros las razones en que se ha fundado; basta saber que uno de los motivos es que el mariscal es acusado de alta traicion, y que, segun la carta, á vosotros incumbe juzgar esta clase de crímenes. Los ministros son los órganos naturales de la acusacion.

»Señores: Venimos, á cumplir este deber, no solamente en nombre del rey, sino tambien en nombre de la Francia indignada hace mucho tiempo y ahora *estupefacta*; y en nombre tambien de la Europa misma venimos á pediros y requiriros al mismo tiempo que juzgueis al mariscal Ney. Nos atrevemos á decir que la cámara de los pares debe al mundo una ruidosa y pronta reparacion, é importa contener la indignacion que comienza á estallar por todas partes. Vosotros no sufrireis que la impunidad prolongada por mas tiempo engendre nuevos azotes. Los ministros del rey se hallan en el caso de deciros que esta decision del consejo de guerra es un triunfo para los facciosos, conviene pues que su alegria dure poco para que no sea funesta.» Digámoslo antes de pasar adelante: esta especie de odio furioso que se deja ver en el lenguaje de todos los hombres políticos de este tiempo y en sus actos, no consistia precisamente en la inepcia apasionada de algunos talentos, en los bajos trasportes del miedo ó en vergonzosos cálculos de ambicion ó de fortuna, sino en un corto número de hombres, emigrados por mucho tiempo, y estraños, desde la caida de la antigua monarquía, á todos los gobiernos que la siguieron; esta cólera la producia sobre todo el espectáculo de la invasion y de sus males. En su concepto la vuelta de la isla de Elba no era el resultado de las faltas de los Borbones, sino el efecto de un complot, y la jornada del 20 de marzo era únicamente la que habia abierto las puertas á los aliados. De allí resultó contra los hombres que tomaron parte en los primeros esfuerzos de los cien dias, un odio tanto mas violento cuanto mas onerosas eran las miserias de Francia. No podria formarse una idea sin esta esplicacion, del trasporte de algunos realistas como Mr. de Richelieu, gente que está convencida que no llevaban tras de sí ni la flaqueza de su inteligencia ni otra pasion baja.

La cámara de los pares, despues de haber oido el discurso del primer ministro, declaró por el órgano del canciller Dambray, su presidente, que estaba dispuesta á cumplir con su deber, conformándose con la órden que acababa de comunicarle Mr. de Richelieu. Se aplazó para el lunes 18 el tomar conocimiento del procedimiento que se habia instruido ya contra el mariscal. El 18 se reunió la cámara, y se le comunicó una segunda órden de fecha del 12, la cual arreglaba las formas que se habian de observar en la instruccion del juicio, y se le leyó además el primer pedimento de Mr. Bellart, procurador general de la audiencia de Paris, encargado de sostener la acusacion. En seguida la cámara decidió que si el presidente no se encargaba de la instruccion, delegase uno ó dos de los pares para oir á los testigos y preguntar al acusado. Mr. Dambray designó al baron Seguier, que dócil á las recomendaciones del primer ministro desplegó un celo y una actividad tan grande, que, en virtud de su informe, la cámara fijó la apertura de los debates para el 21. La instruccion del proceso en el consejo de guerra habia durado tres meses; y este mismo trabajo para Mr. Seguier habia durado tres dias. El lenguaje violento de Mr. de Richelieu, la rapidez del nuevo procedimiento, las disposiciones altamente manifestadas por los jueces, presagiaban un resultado fatal. Algunos amigos del mariscal le indicaron un medio de defensa en el cual no habia pensado él aun; le aconsejaron que se pusiese bajo la proteccion de la capitulacion de Paris. Inmediatamente pasó la mariscala una nota á los ministros aliados reclamando si no su intervencion oficial, al menos una interpretacion del artículo 12 que favoreciese á su marido. Ninguna potencia habia ratificado el tratado de Saint-Cloud; los únicos que la habian firmado eran Blucher y Wellington, que figuraban en calidad de jefes y militares; se trasmitió la nota de la mariscala á Wellington, el cual respondió el 19 de noviembre con un largo memorandum, verdadera consulta de un legista, en el cual recordaba que el convenio de Saint-Cloud trataba esclusivamente de la rendicion de Paris, que todos sus artículos eran militares y no establecian otra cosa que la evacuacion de la capital por el ejército francés, y su ocupacion por los ejércitos inglés y prusiano; que si se decia en el artículo 12 «que los habitantes de Paris no serian molestados ni perseguidos por su conducta y opiniones políticas,» dicha garantía comprometia únicamente á los generales aliados que la habian firmado y á sus tropas, por su propio interes, con respecto á la ciudad de Paris y sus habitantes, pero nó al gobierno que habia reemplazado al poder existente en aquella fecha, gobierno que no habia figurado para nada en ella, y cuyo nombre ni aun tampoco habia sido pronunciado. — No se limitaba el duque á apoyar su opinion con las de Fouché y Carnot, pues añadia: «El dia de la entrega de Paris, es decir, el 6 de julio, el mariscal Ney abandonó esta capital bajo un nombre falso y con un pasaporte que le habia dado el duque de Otranto, ¿lo hubiera hecho si hubiese pensado que el artículo 12 le protegia contra otras medidas de severidad que las de los generales y jefes aliados? (1)» El papel que representó el duque de Wellington en este proceso, sino era odioso, á lo menos rebajaba su dignidad, como tendremos que decirlo muy pronto; pero desgraciadamente este general decia la verdad en cuanto á la capitulacion; el miserable poder que habia terminado y sancionado este acto vergonzoso, no habia garantizado ni esceptuado nada: derechos de los ciudadanos, libertades públicas y privadas, honor nacional é independencia del pais, todo habia sido abandonado y entregado al enemigo sin ninguna condicion. «El ejército frances se retirará al otro lado del Loira; los ingleses y prusianos ocuparán á Paris,» he aquí la capitulacion.

El dia 21 de noviembre, fijado para la apertura de los debates, la cámara de los pares abrió la sesion á las diez y media de la mañana. Todas las plazas reservadas para el público se hallaban ocupadas desde las ocho; el príncipe real de Wurtemberg, Mr. de Metternich, el conde de Goltz y varios generales rusos é ingleses estaban en las tribunas. Un número considerable de miembros de la cámara de diputados se agrupaban en una tribuna particular. El general Oudinot, general en jefe de la guardia nacional, encargado de una parte de la vigilancia esterior é interior, se mostraba en todas las partes del recinto y daba sus órdenes. En frente en las tribunas y asientos de los jueces, encima de la plaza ocupada habitualmente por el presidente, habia una inscripcion situada en el centro de los adornos superiores de la sala que llamaba la atencion de todo el mundo y se componia de estas tres palabras: *Sensatez, tolerancia, moderacion*. Ocupaban el banco de los ministros MM. de Vaublanc, Dubouchage, Barbe-Marbois y Decazes, ministros del interior, marina, justicia y policía; cerca de ellos y delante de un bufete colocado mas abajo y á la derecha del presidente, se hallaba Mr. Bellart.

Luego que todos los pares hubieron ocupado su sitio respectivo, el presidente ordenó la introduccion del acusado, que entró escoltado por cuatro granaderos de la nueva guardia real, y fué á sentarse en un sillon situado en frente de la asamblea. Se hallaban á su lado los mismos defensores que le habian defendido delante del consejo de guerra. Acto continuo, pasaron lista de los jueces, y el secretario archivero de la cámara leyó el acta de acusacion; estenso y apasionado documento redactado por los ministros, en el cual acusaban al mariscal de traidor al rey y al estado, y de complot con la intencion de derribar el gobierno y cambiar el órden de sucesion al trono. La fecha de esta acta era de las doce del dia 16 de noviembre y tenia las firmas siguientes: *Richelieu*, *Barbé-Marbois*, el conde *Dubouchage*, el duque de *Feltre*, *Vaublanc*, *Corvetto*, *Decazes* y *Bellart*.

Mr. Bellart debe una triste celebridad á la parte que tomó en este proceso; haciendo su nombre odioso por la violencia que mostró en sus actos. No obstante, su palabra no fue ni mas vehemente, ni mas rencorosa que hubiera podido serlo la de otro cualquier acusador; su lenguaje fué el de la situacion y de la época; pero habló *solo* en contra del acusado, y la cólera pública le ha hecho casi el único responsable de la indignacion escitada por la actuacion y la sentencia. Por una circunstancia singular que suele acompañar las estrañas necesidades de la profesion de abogado, se faltó muy poco para que este furioso acusador del mariscal Ney fuera su defensor. Ya se sabe cual era la posicion de Mr. Bellart á la primera entrada de los aliados en 1814; víctima del miedo, al siguiente dia del 20 de marzo, no se creyó en seguridad hasta que el mar le hubo separado de ese gobierno de los cien dias tan tolerante y tan clemente, y solo se atrevió á regresar cuando Napoleon, constituido prisionero del gobierno inglés, fue conducido á su último destierro; de suerte, que a la vuelta de Mr. Bellart á Paris, el mariscal ya se hallaba preso. A su llegada fué visitado por Mr. Ga-

(1) Este *memorandum* lleva el número 1037 en la *Recopilacion de despachos y órdenes* de Wellington, ya citada.

mot hermano político de Ney, el que le rogó que se encargara de la defensa del mariscal: «Mis convicciones no me lo permiten, contestó Mr. Bellart, en mi concepto es demasiado culpable, y yo no hallaria ni ideas, ni espresiones para justificarle.» Despues añadió: «Yo soy enemigo de su crimen, pero no de su persona; voy á indicaros un medio que podria salvarle: el mariscal *solo* es quien debe defenderse; los pretestos y los medios ordinarios de justicia no pueden favorecerle; en su posicion, yo me presentaria delante del consejo de guerra, diria algunas palabras y me abandonaria á mis jueces.» Un mes despues Mr. Bellart fue nombrado procurador general del tribunal supremo de Paris.

En vez de hablar solo delante del consejo de guerra y abandonarse á sus jueces, como lo habia aconsejado Mr Bellart, el mariscal, retirado detrás de sus tres defensores, habia declarado incompetente la jurisdiccion de este tribunal, y pedido que la causa fuera remitida á la cámara de los pares; donde se hallaba en la actualidad. Contra la prevision general, Mr. Berryer padre, se levantó apenas se hubo terminado la lectura del acta de acusacion, y tachando de nulidad toda la actuacion posterior al decreto de remision, concluyo pidiendo se sobreseyera á la sentencia del acusado hasta que una ley hubiese definido y arreglado las atribuciones de la cámara como á tribunal de justicia. Detalladas estensamente las conclusiones de esta nueva declinatoria, fueron combatidas por Mr. Bellart con un discurso vehemente en el que dijo: «Los defensores del acusado anuncian que se hallan muy distantes de haber terminado la esposicion de sus medios prejudiciales, y yo reclamo que los presenten cumulativamente; ante los tribunales de última instancia todos los medios deben ser manifestados de una vez. Ya no es tiempo de buscar la justificacion del mariscal con una especie de afectacion que elude todos los tribunales y todos los jueces. Acábense las digresiones; el peligro del proceso debe tener sus límites.» Los defensores persistieron pidiendo una ley que estableciera de una manera fija y precisa las formas que deberia seguir la cámara de los pares considerada como tribunal de justicia, quejándose además del poco tiempo que se les habia dado para examinar todas las piezas del proceso; pero Mr. Bellart insistió, por su parte, para que los debates empezaran inmediatamente. La cámara se aplazó para el dia 23, y ordenó por medio de su presidente que el mariscal presentara entonces cumulativamente todos sus medios prejudiciales.

La audiencia se abrió el veinte y tres con estas palabras que el presidente dirigió al mariscal: «Se os ha concedido la facultad de presentar vuestros medios prejudiciales, además de los alegados en la primera audiencia; manifestadlos.»

Mr. Berryer, padre: «Monseñor canciller y señores pares, nuestras conclusiones tienden á que el tribunal tenga a bien declarar nula y de ningun efecto la actuacion verificada ante su jurisdiccion; ordenando en consecuencia que volverá á comenzarse en la forma requerida por la ley.» Cinco medios de nulidad fueron sucesivamente detallados por el defensor y combatidos por Mr. Bellart, quien concluyo pidiendo, «que se pasara adelante sin hacer mérito de los medios prejudiciales presentados por los defensores, y que se abriesen inmediatamente los debates.» Mr. Dupin replicó y solicitó un nuevo plazo: «No podemos, dice, citar los testigos ayer para que comparezcan hoy. Existen dificultades físicas en presencia de las cuales hemos juzgado oportuno pararnos, porque no queremos una justicia anticipada. Os apoyais sobre la proclama de Lons-le-Saulnier, y nosotros queremos conocer las circunstancias que la esplican; deseais colocar nuestra cabeza debajo de un rayo, y nosotros pretendemos esplicaros cómo se ha formado la tempestad.» Reconociendo la cámara la justicia de esta reclamacion concede á los defensores una nueva tregua de once dias aplazándose y señalando el lunes 4 de diciembre para la apertura definitiva de los debates y para la sentencia.

El público habia invadido el 4 de diciembre las tribunas de la sala de los pares desde que se abrieron las puertas. Si las dos sesiones precedentes habian sido empleadas en discusiones inútiles de procedimiento, en argumentaciones legales, difusas, oscuras y cansadas, se sabia que en esta tercera sesion, el mariscal, que hasta entonces habia permanecido mero espectador de estas luchas de legistas, tendria que responder al presidente y á sus jueces, y discutir las declaraciones de los testigos; en fin, se hallaban ansiosos de verle entrar personalmente en el debate. Un sentimiento bien distinto del de la curiosidad conducia á aquel sitio una parte del público que se agrupaba en las tribunas; cierto número de personas no habian podido asistir á las dos sesiones precedentes sin conmoverse al aspecto triste de este jefe militar, poco antes tan poderoso y temido, que marchaba al par de los reyes, mas ilustre que la mayor parte de los monarcas, y á la sazon sentado en presencia de jueces apasionados, en medio de guardias, y condenado á confiar su fortuna y su vida á la proteccion de tres togados. Además, á medida que el momento de la sentencia se acercaba, la cólera del tribunal y del partido realista parecia aumentarse; se hubiera podido decir que la salud de la nueva monarquía y de sus príncipes dependia del resultado del proceso. Por otra parte, entre las clases medias y las clases populares, la causa tomaba las proporciones de un acontecimiento nacional; para las masas, era la Francia humillada y vencida que juzgaba en el proceso del mariscal Ney, y el heroe del Berosina era la víctima espiatoria ofrecida á la Europa victoriosa por los poderes que nos habian impuesto. Despues de haber declarado la sesion abierta, el presidente dirigió esta pregunta al acusado:

«Señor mariscal, ¿en dónde os hallabais el dia 6 de mayo último?

»*El mariscal:* Monseñor y señores pares; declaro que voy á responder á todas las preguntas que se me hagan, bajo la reserva, sin embargo, del beneficio que me concede el artículo 12 de la capitulacion de Paris y el tratado del 20 de noviembre último.»

Despues de haber hecho estas reservas, el mariscal añadió, que el dia 6 de marzo se hallaba en su posesion de Coudreaux; que llamado á Paris por el ministro de la guerra, habia visto al llegar á la ciudad á su notario Mr. Batardy, que fué el primero que le anunció la noticia del desembarco del emperador; que en seguida fué á ver al duque de Berry, y despues al ministro de la guerra, quien le participó que debia ponerse en marcha para Besanzon, en cuyo punto encontraria sus instrucciones; que habiendo dirigido al ministro (Soult) algunas preguntas acerca de lo que tendria que hacer, este último le respondió de un modo bastante brusco que sus órdenes se lo dirian, y que habiéndole hablado del deseo que tenia de ver al rey, el ministro le habia replicado bajo el mismo tono: «No vayais, S. M. está indispuesto, y no recibe.»

»*El presidente:* ¿Habeis visto al rey?

»*El mariscal:* Habiendo regresado á mi casa, varias personas de mi familia me dijeron que seria conveniente me presentara delante de S. M.; yo insistí para ser admitido, y lo fuí. El rey no sabia ó no se acordaba de las órdenes dadas por el duque de Dalmacia, y no me habló de ninguna disposicion militar. Se ha dicho que yo habia asegurado que traeria á Bonaparte en una jaula de hierro; esto es inexacto y seria un disparate. Yo he dicho que aventurándose en una empresa tan temeraria, mereceria que le encerraran en una jaula de hierro si le cogian; pero yo no me he encargado de la ejecucion. Aun cuando tuviera que ser pasado por las armas y dividido en pedazos, me hallo pronto á confirmar esta declaracion.»

Despues de algunas preguntas sobre la llegada y permanencia del mariscal en Besanzon, el presidente interroga al príncipe de la Moskowa acerca de sus actos en Lons-le-Saulnier, y le interroga con respecto á lo acaecido despues de su llegada á esta ciudad el dia 12 de marzo.

»*El mariscal:* La noche del 13 al 14 llegaron de todas partes los emisarios de Bonaparte y me rodearon con artificios engañosos; algunos eran oficiales de la guardia disfrazados. Todos me dijeron y aseguraron que el Austria y la Inglaterra estaban de acuerdo con Napoleon, y que yo seria responsable de la guerra civil y de la sangre francesa que pudiera derramarse. Hasta entonces yo habia sido fiel: no se necesitaba menos que una consideracion de tanto valor y el nombre sagrado de la patria para hacerme olvidar mis juramentos (1).

»*El presidente:* ¿Por qué no habeis conservado la carta que os escribió Bonaparte ó el general Bertrand?

»*El mariscal:* En un momento de afliccion y terror bien perdonable la mariscala ordenó que la quemaran. Yo llegué á Paris el mismo dia en que Labédoyère fué fusilado, y siento no haber podido salvar esta carta que contenia algunos detalles que me hubiesen sido provechosos.»

El presidente hace someter al exámen del mariscal un ejemplar de la proclama que habia hecho publicar el 14 de marzo en Lons-le-Saulnier, y le pregunta si reconoce este documento.

«*El mariscal:* La firma que se halla al pié de este ejemplar no es la mia, pero los términos de la proclama son los mismos.»

El testo de la proclama es el siguiente:

---

(1) Napoleon decia del mariscal Ney en Santa Elena: «Ney salió de Paris decidido por el rey, y faltó solamente á su deber cuando lo vió todo perdido. En vez de mandar á sus tropas, era mandado por ellas; la mayor parte de sus regimientos le habian abandonado, y el resto iba á declararse. Con posterioridad á su proclama del 14, escribió al emperador que lo que acababa de hacer lo habia únicamente realizado por el interés de la patria, y que el emperador no debia agradecérselo, por cuyo motivo le rogaba le permitiera retirarse.» *(Memorial).*

ORDEN DEL DIA.

El mariscal príncipe de la Moskowa á las tropas de su mando.

«¡OFICIALES, SARGENTOS, CABOS Y SOLDADOS!

»¡La causa de los Borbones está perdida para siempre! La dinastía legítima que la nacion francesa ha adoptado vuelve á subir al trono. ¡Nuestro soberano el emperador Napoleon es el único á quien pertenece reinar en este hermoso pais! ¡Qué nos importa que la nobleza de los Borbones tome el partido de espatriarse todavía, ó que consienta á vivir entre nosotros! La causa sagrada de la libertad y de nuestra independencia no sufrirá mas su influencia; ellos han querido envilecer nuestra gloria militar; pero se han engañado: esta gloria es el fruto de fatigas demasiado nobles para que puedan borrarse jamás de nuestra memoria.

»¡Soldados! se acabaron aquellos tiempos en que se gobernaba á los pueblos sufocando todos sus derechos; por último la libertad triunfa, y nuestro augusto emperador Napoleon va á consolidarse para siempre. ¡Que esta causa tan bella sea en lo sucesivo la nuestra y la de todos los franceses! ¡Que todos los valientes que tengo el honor de mandar se persuadan de esta grande verdad!

»¡Soldados! os he guiado muchas veces á la victoria, y ahora voy á acompañaros á esa falange inmortal que el emperador Napoleon conduce á Paris, en donde se hallará dentro de pocos dias, y allí nuestra esperanza y nuestra dicha quedarán realizadas para siempre. *¡Viva el emperador!*

»Lons-le-Saulnier 14 de marzo de 1815.

»El mariscal del imperio, PRÍNCIPE DE LA MOSKOWA.»

En uno de los interrogatorios que le habia dirigido Mr. Decazes siendo todavía prefecto de policía, el mariscal habia contestado con respecto á esta proclama: «Bonaparte me la envió hecha, y me la trajeron un agente secreto y un oficial de la guardia. A las doce del dia 14 la leí en la esplanada de Lons-le-Saulnier, pero ya tenian conocimiento de ella: los agentes que habian venido del cuartel general de Bonaparte la habian esparcido anticipadamente por toda la ciudad, y aun creo que tambien habian traido águilas.»

Delante de la cámara de los pares, el mariscal interrogado sobre los mismos hechos por el presidente, añadió: «Yo estaba triste, tenia necesidad de consejos y no encontré ninguno, como se verá evidentemente por los debates. Yo invité en nombre del honor á los tenientes generales Lecourbe y Bourmont para que me ayudaran con sus luces y me prestaran su apoyo; mas todo fué en vano.

«*El presidente:* ¿Qué órdenes disteis entonces?

»*El mariscal:* Las que me habian sido trasmitidas por el general Bertrand, y que consistian en que dirigiera las tropas hácia Auxerre.»

Mr. Dambray dirige todavía al mariscal un gran número de preguntas sobre los hechos que siguieron á los acontecimientos del 14, y despues dió órden á los alguaciles para que introdujeran á los testigos. Óyese sucesivamente al duque de Duras y al príncipe de Poix que se hallaban ambos al lado de Luis XVIII cuando este príncipe recibió al mariscal, y al conde de Scey, antiguo prefecto del Doubs, quien depone algunos hechos relativos á la llegada del mariscal á Besanzon.

«*El mariscal*, dirigiéndose al último testigo: ¿Recordais, señor prefecto, cuando me ofrecisteis setecientos mil francos, que yo os respondí que ni mis soldados, ni yo teníamos necesidad de nada; que era necesario reservar esos fondos para las necesidades urgentes que probablemente nacerian de la situacion, y para el servicio del rey?

»*El conde de Scey:* Efectivamente existian setecientos mil francos en la caja de Besanzon, y se hubiera podido reunir una suma mas importante, caso de necesidad.

»*El mariscal:* Creo, señor prefecto, que es de Besanzon de donde ha salido esa infame calumnia que me acusaba de haber recibido quinientos mil francos para que hiciera mi deber. Ya no la reproducen mas hoy dia; porque han conocido que no podria acusarse cara á cara de semejante bajeza á un hombre como yo; pero si hubiera sido asesinado en mi conduccion de Aurillac á Paris, mis hijos no hubieran podido lavarse de esa mancha.»

Mr. de Rochemont, cuarto testigo, da cuenta de una mision que el mariscal le habia confiado el dia 13 en el interés de la causa real; y el quinto, el conde de Faverny, relata algunas espresiones proferidas por el general Lecourbe con posterioridad á los acontecimientos del 13. Por último el alguacil llama al conde de Bourmont.

«*El conde de Bourmont:* El señor baron Capelle llegó á Lons-le-Saulnier el dia 13, á donde yo habia acompañado al mariscal, y vino á verme para decirme que Bourg se habia insurreccionado: inmediatamente fuimos juntos á dar esta noticia al mariscal, que se contristó. En la mañana del dia 14 llegó el 8.° de cazadores de caballería; yo fuí todavía para informar al mariscal, quien me dió la órden para que le hiciera formar en batalla.» Vamos, mi querido general, añadió despues, ¿habeis leido las proclamas del emperador? están bien escritas; esas palabras *la victoria marchará al paso de carga*, producirán un gran efecto sobre el soldado; es necesario impedir que las tropas las lean.—Sin duda alguna, le contesté.—Pero esto va mal, continuó; ¿no habeis quedado sorprendido al ver que os quitaban el mando de la mitad de vuestra division (1), y al recibir la órden de hacer marchar vuestras tropas de dos en dos batallones y tres escuadrones? Lo mismo sucede por toda la Francia; esta es una cosa absolutamente terminada.

«Yo no entendia lo que queria decirme; al propio tiempo entró el general Lecourbe, y el mariscal me designó diciéndole: «Le decia que todo estaba acabado.» Lecourbe pareció sorprenderse, pero el mariscal replicó: «Sí, es un negocio arreglado: hace tres meses que estamos todos de acuerdo, y si hubieseis estado en Paris lo sabriais como yo; el rey abandonará á Paris ó será cojido; pero no se le hará ningun mal; ¡desgraciado del que se atreviera á hacer mal al rey!, no hay otra intencion que la de destronarle, embarcarle en un navío y hacerle conducir á Inglaterra. Ahora solo nos queda que hacer que el reunirnos con el emperador.» Yo contesté al mariscal que era muy estraño que nos propusiera ir á reunirnos con aquel contra el cual debia combatir, y entonces me dijo que me invitaba á verificarlo, sin embargo que era dueño de obrar como me diera la gana. Por su parte Lecourbe respondió: «Me hallo aquí para servir al rey y no para servir á Bonaparte; yo serviré al rey;» añadiendo que se retiraria al campo, lo que suscitó una pequeña discusion entre ellos: por último, una media hora despues tomó un papel de encima de la mesa y nos dijo: «Hé aquí lo que voy á leer á las tropas,» y nos leyó la proclama. El general Lecourbe y yo nos opusimos á lo que queria hacer; mas persuadidos que si todo estaba arreglado, habia tomado sus medidas contra nosotros para el caso que hiciéramos resistencia; y sabiendo que las tropas medio seducidas por los emisarios de Bonaparte, tenian una grande confianza en el mariscal, nos resolvimos á acompañarle á la plaza para ver el efecto que aquello produciria. Nosotros estábamos tristes y abatidos, y cuando los oficiales de infantería nos vieron de aquella manera vinieron á darnos las manos, diciéndonos al mismo tiempo: «Si hubiésemos sabido lo que pasa no hubiéramos venido aquí. Acabada la lectura las tropas desfilaron gritando *¡viva el emperador!* esparciéndose desordenadamente por toda la ciudad.

«El mariscal se hallaba anticipadamente tan determinado á tomar el partido de Bonaparte, que media hora despues ya llevaba *la grande águila* con la efigie del usurpador: mas si la hubiese traido con la intencion de servir al rey, pregunto yo, ¿qué se puede pensar de la conducta del mariscal?...

»*El mariscal:* En ocho meses que el testigo ha invertido para arreglar su tema, ha tenido tiempo de hacerlo bien. Cuando preparaba sus denuncias en Lila, se imaginaba probablemente que se me trataria como á Labedoyère, y que no nos encontraríamos nunca en presencia el uno del otro; pero no sucede así, y aunque no tengo ningun talento oratorio, yo entro directamente en la cuestion. El 14 hice llamar al testigo y al general Lecourbe, que vinieron juntos. Es sensible que Lecourbe haya dejado de existir; mas, añadió el mariscal levantando la mano, ¡yo interpelo contra todo este testimonio delante de un tribunal mas elevado, delante de Dios que nos escucha, en presencia del Dios que nos ha de juzgar á los dos, señor de Bourmont!

»Yo tenia la cabeza inclinada sobre esta proclama fatal, y ellos estaban apoyados á la chimenea, en frente de mí; yo requerí al general Bourmont, en nombre del honor, para que me dijera lo que pensaba; mas sin contestarme tomó la proclama, la leyó, y me dijo que la aprobaba, añadiendo: «Señor mariscal, esto puede leerse á la tropa.» En seguida la hizo pasar á Lecourbe, quien la leyó y devolvió á Bourmont sin decir nada. Despues de un momento de silencio, Lecourbe me dirigió la palabra diciendo: «¿Os han enviado esto? efectivamente, ya existia algun rumor, y hace tiempo que se debia haber previsto lo que acontece.» El general Bourmont salió para hacer reunir las tropas, y tuvo dos horas de tiempo para reflexionar: pero yo no hallé ninguno que me dijera: ¿A dónde vais? ¿vuestro honor y vuestra reputacion van á quedar comprometidos por una causa funesta? ¡Nó! ¡yo no encontré

(1) El general Bourmont mandaba la sexta division militar Besanzon

Duque de La Rochefoucault	*la muerte.*
Duque de Clermont-Tonnerre	*la muerte.*
Duque de Choiseul	(*no votó*).
Duque de Coigny	*la muerte.*
Duque de Broglie	*la deportacion.*
Duque de Laval-Montmorency	*la muerte.*
Duque de Montmorentcy	*la deportacion.*
Duque de Beaumont	*la muerte.*
Duque de Lorges	*la muerte.*
Duque de Croi-d'Havré	*la muerte.*
Duque de Lévis	*la muerte.*
Duque de la Force	*la muerte.*
Duque de Castries	*la muerte.*
Duque de Doudeauville	*la muerte.*
Príncipe de Chalais	*la muerte.*
Duque de Sérent	*la muerte.*
El mariscal duque de Ragusa	*la muerte.*
Conde Abrial	*la muerte.*
Conde Barthelemy	*la muerte.*
Conde Beauharnais	*la muerte.*
Conde de Beaumont	*la muerte.*
Conde Berthollet	*la deportacion.*
Conde Beurnonville	*la muerte.*
Conde Canclaux	*la muerte.*
Conde Chasseloup-Laubat	*la deportacion.*
Conde Chollet	*la deportacion.*
Conde Colaud	*la deportacion.*
Conde Cornet	*la muerte.*
Conde d'Aguesseau	*la muerte.*
Conde Davoust	*la muerte.*
Conde Demont	*la muerte.*
Conde Depere	*la muerte.*
Conde d'Haubersaërt	*la muerte.*
Conde d'Hedouville	*la muerte.*
Conde Dupont	*la muerte.*
Conde Dupuy	*la muerte.*
Conde Emmery	*la muerte.*
Conde de Fontanes	*la deportacion.*
Conde Garnier	*la muerte.*
Conde de Gouvion	*la deportacion.*
Conde Herwyn	*la deportacion.*
Conde Klein	*la deportacion.*
Conde de Lamartillière	*la muerte.*
Conde Lanjuinais	*la deportacion.*
Conde Laplace	*la muerte.*
Conde Lecoulteux-Canteleux	*la muerte.*
Conde Lebrun de Rochemont	*la muerte.*
Conde Lemercier	*la deportacion.*
Conde Lenoir-Laroche	*la deportacion.*
Conde de Lespinasse	*la muerte.*
Conde de Malleville	*la deportacion.*
Conde de Montbadon	*la muerte.*
Conde de Pastoret	*la muerte.*
Conde Peré	*la muerte.*
El mariscal conde Pérignon	*la muerte.*
Conde Porcher de Richebourg	*la deportacion.*
Conde de Sainte-Suzanne	(*no votó*).
Conde de Saint-Vallier	*la muerte.*
Conde de Semonville	*la muerte.*
El mariscal conde Sérurier	*la muerte.*
Conde Soules	*la muerte.*
Conde Shée	*la muerte.*
Conde de Tascher	*la muerte.*
El mariscal duque de Valmy	*la muerte.*
Conde de Vaubois	*la muerte.*
Conde de Villemanzy	*la muerte.*
Conde Vimard	*la muerte.*
Conde Maison	*la muerte.*
Conde Dessoles	*la muerte.*
Conde Victor de Latour-Maubourg	*la muerte.*
Conde Curial	*la deportacion.*
Conde de Vaudreuil	*la muerte.*
Bailli de Crussol	*la muerte.*
Marques d'Harcourt	*la muerte.*
Marqués de Clermont-Gallerande	*la muerte.*
Conde Cárlos de Damas	*la muerte.*
Marqués de Albertas	*la muerte.*
Marques d'Aligre	(*no votó*).
Duque d' Aumont	*la muerte.*
Marqués d'Avaray	*la muerte.*
Marqués de Boisgelin	*la muerte.*
De Boissy-du-Coudray	*la muerte.*
Baron de Boissel de Monville	*la muerte.*
Marqués de Bonnay	*la muerte.*
Marqués de Bezé	*la muerte.*
Conde de Brigode	(*no votó*).
Príncipe de Beaufremont	*la muerte.*
El mariscal duque de Bellune	*la muerte.*
Conde de Clermont-Tonnerre	*la muerte.*
Duque de Caylus	*la muerte.*
Conde del Cayla	*la muerte.*
Conde de Castellanne	*la muerte.*
Vizconde de Châteaubriand	*la muerte.*
Conde de Choiseul-Gouffier	*la muerte.*
Conde de Contades	*la muerte.*
Conde de Crillon	*la muerte.*
Conde Victor de Caraman	*la muerte.*
Marques de Chabannes	*la muerte.*
Conde Compans	*la muerte.*
Conde de Durfort	*la muerte.*
Emmanuel Dambray	*la muerte.*
Conde de Damas-Crux	*la muerte.*
Caballero d'Andigné	*la muerte.*
Conde d'Ecquevilly	*la muerte.*
Conde Francisco d'Escars	*la muerte.*
Conde Ferrand	*la muerte.*
Marqués de Frondeville	*la muerte.*
Conde de La Ferronnays	*la muerte.*
Conde de Gante	*la muerte.*
Marqués de Gontaut-Biron	*la muerte.*
Conde de la Guiche	*la muerte.*
Almirante Gantheaume	*la muerte.*
Conde d'Haussonville	*la muerte.*
Marques de Juigné	*la muerte.*
Marqués d'Herbouville	*la muerte.*
Conde de Lauriston	*la muerte.*
Conde de Lally-Tolendal	*la deportacion.*
Marqués de Louvois	*la muerte.*
Cristian de Lamoignon	*la muerte.*
Conde de La-Tour-du-Pin-Gouvernet	*la muerte.*
Conde de Machault d'Arnouville	*la muerte.*
Marqués de Mortemart	*la muerte.*
Conde Molé	*la muerte.*
Marqués de Mathan	*la muerte.*
Vizconde Mateo de Montmorency	*la muerte.*
Conde de Mun	*la muerte.*
Conde del Muy	*la muerte.*
General Monnier	*la muerte.*
Conde Teodoro de Nicolai	(*no votó*).
Conde de Noé	*la muerte.*
Marqués d'Orvilliers	*la muerte.*
Marqués d'Osmond	*la muerte.*
Marqués de Raigecourt	*la muerte.*
Baron de La Rochefoucault	*la muerte.*
Conde de Rougé	*la muerte.*
De Saint-Roman	*la muerte.*
Conde de Rully	*la muerte.*
Lepelletier de Rosambo	*la muerte.*
Desèze	*la muerte.*
Baron Séguier	*la muerte.*
Conde de Suffren-Saint-Tropez	*la muerte.*
Marqués de la Suze	*la muerte.*
Conde de Saint-Priest	*la muerte.*
Marqués de Talaru	*la muerte.*
Conde Augusto de Talleyrand	*la muerte.*
Marqués de Vence	*la muerte.*
De Vibraye	*la muerte.*
Vizconde de Vérac	*la muerte.*
Morel de Vindé	*la muerte.*
Lynch	*la muerte.*

Diez y siete votos habian votado por la deportacion; ciento treinta y nueve por la pena de muerte: habian dejado de votar cinco miembros. El canciller redactó inmediatamente la sentencia. Los ministros estaban en su banco; se echaba de ver la ausencia de los abogados del mariscal. La sentencia leida por el canciller decia en sustancia que Miguel Ney, mariscal de Francia, duque de Elchingen, príncipe de la Moskowa, ex-par de Francia, convencido de crimen de alta traicion y de atentado á la seguridad del estado, habia sido condenado á la pena de muerte y á las costas del procedimiento. Mr. Belart reclamó inmediatamente del presidente que se declarase que el condenado no formaba parte de la Legion de Honor; cuya declaracion se hizo en el acto.

La conciencia de muchos de los pares habia cedido ante el deseo de servir al partido dominante, y abrigando su voto por la muerte tras la vaga esperanza de un perdon, habian estrechado á Mr. de Richelieu, inmediatamente despues de dada la sentencia, para que fuése á implorar la clemencia del rey; pues que la conmutacion de la pena de muerte en un destierro á América, decian ellos, seria un acto de buena política, que al mismo tiempo que probaba la fuerza del gobierno daba á la familia real una gran popularidad. Mr. de Richelieu fué á las Tullerías; y habiendo sido admitido á la audiencia del rey, á las doce y media de la noche, encontró á Luis XVIII inflexible. «Mi familia no me perdonaria esta gracia, decia el rey, y mañana os acusaria á vosotros mismos la camara de los diputados.» Efectivamente, por la tarde habia habido una conferencia entre todos los miembros de la familia real, en la cual la duquesa de Anguleina, inspirada por sentimientos de mera venganza, que ella misma y los suyos debian espiar quince años despues, insistió con calor sobre la necesidad que habia de un gran ejemplar, y todos se conformaron con este parecer. En este momento era cuando debia haber intervenido el duque de Wellington, como se lo habian suplicado un sinnúmero de compatriotas suyos, en Paris, y algunos amigos suyos, en Inglaterra, entre otros lord Holland. Como habia quedado en Francia cuando todos los demás generales de la coalicion habian salido de ella, el general inglés ejercia allí la mas poderosa influencia; se sirvió de ella, si, pero para insistir, en nombre de los aliados, en el sacrificio de aquel hombre, en el cual los soberanos y él veian el principal culpable de esta jornada del 20 de marzo, el cual, hacia ocho meses, habia venido á traer otra vez el temor al seno de las aristocracias y de los reyes de la antigua Europa. No obstante, Ney para Wellington debia ser una persona sagrada: soldados ambos, los dos se habian encontrado frente á frente en la fatal llanura de Monte San Juan, pero el general inglés reunia á sus calidades los defectos de su nacion y de su casta: dotado de inteligencia clara, voluntad firme, sangre fria, tenia un alma sin elevacion, un carácter sin grandeza y un corazon sin generosidad. No tememos afirmarlo: en lugar de Wellington, este jefe de la aristocracia inglesa, Ney, este glorioso hijo de nuestra democracia, hubiera hecho mas que exigir el perdon, pues ni tan solo hubiera permitido el juicio.

A la hora misma en que Luis XVIII, en las Tullerías, sordo á aquel grito de Moncey, que *el patíbulo jamás hizo amigos*, rechazaba á Mr. de Richelieu y su apelacion á la clemencia, el secretario archivero de los pares, Mr. Cauchy, iba á donde estaba el condenado y le notificaba la sentencia. Desde la antevíspera el mariscal habia pasado de la Consergería á un cuarto colocado en lo alto del Luxemburgo, en una parte del palacio en la cual se habian tomado las mas severas medidas de vigilancia y de seguridad. Conducido nuevamente á esta nueva prision despues de concluidos los debates, habia comido, y despues se habia echado vestido en su cama.

Con bastante dificultad se le pudo despertar del profundo sueño en que estaba, cuando se presentó Mr. Cauchy Se levantó; desde este momento no debia encontrarse ya en el mariscal el hombre del proceso; al frente de la muerte, volvió á ser el hombre del campo de batalla; se presentó de nuevo el héroe. «Gracias, señor, dijo á Mr. de Cauchy, interrumpiéndole en medio de algunas palabras de sentimiento sobre el triste ministerio que iba á cumplir; cada uno debe hacer su deber; continuad.» Cuando el secretario archivero llegó á la enumeracion de los títulos del mariscal, este último le interrumpió segunda vez: «Dejad, señor, le dijo, decid simplemente Miguel Ney, y añadió: y luego un poco de polvo.» Mr. de Cauchy concluyó su lectura y dijo en seguida al mariscal, que en el caso de que creyese deber invocar los socorros de la religion, podia mandar á llamar al cura de San Sulpicio que voluntariamente habia ido ya á ofrecer sus servicios. «No necesito de nadie para saber morir,» respondió Ney, preguntando al mismo tiempo si antes de ir al suplicio podria abrazar á su mujer y á sus hijos La respuesta fué afirmativa. «¿Y á qué hora será de mañana?—A las nueve, señor mariscal.—Bien, replicó Ney, en ese caso haced que avisen á la mariscala para las cinco y media; pero espero que nadie se tomará la libertad de anunciarle mi setencia, porque yo me reservo hacérsela saber. ¿Puedo ahora quedarme solo? Mr. Cauchy se inclinó y salió. El mariscal volvió á echarse sobre su cama y volvió á dormirse profundamente.

El dia siguiente, 7 de diciembre, á las cinco y media de la mañana, le despertaron con motivo de la llegada de la mariscala que llevaba en su compañía los cuatro niños y su hermana madama Gamot. La mariscala al entrar en el cuarto de su marido cayó sin sentido, la levantaron, y á un largo desmayo sucedieron los lloros y los sollozos. Madama Gamot, de rodillas delante de su cuñado no ofrecia un cuadro menos deplorable. Los cuatro hijos del mariscal, de los cuales el mayor apenas tenia doce años, sombríos, silenciosos, miraban á su padre; el los puso sobre sus rodillas, les habló mucho tiempo en voz baja, y despues, queriendo poner término á esta escena capaz de despedazar el corazon, dijo, con una voz entrecortada, á madama Gamot, pero de modo que pudiese oirlo la mariscala, que acaso esta podria llegar á tiempo á presentarse al rey. La mariscala siguió ciegamente este medio que no tenia otro objeto que el de dejarla, y echándose en los brazos del condenado á quien estrechó largo tiempo, se apresuró á llegar á las Tullerías.

Habiendo quedado Ney solo con sus guardias, escribió algunas disposiciones. Los hombres encargados de su vigilancia, aunque cubiertos del uniforme de gendarmes y de soldados de la nueva guardia real, pertenecian, como los de la Consergería, á las antiguas bandas del oriente y del mediodía, y á los diferentes cuerpos de la casa del rey. Uno de ellos, cuyas formas y lenguaje hacian contraste con el traje que vestia, se acercó á Ney, y le dijo: Señor mariscal, en el caso en que V. se halla, yo pensaria ahora en Dios; si V. quiere enviaré por el cura de San Sulpicio.» Ney miró al guardia y se sonrió: «Pues bien, respondió: enviadlo á llamar.»

A las ocho vinieron á avisarle, y respondió que estaba dispuesto. Ya hemos dicho que llevaba luto por su suegro; iba vestido con una levita de paño azul, calzon y medias de seda negra, y por tocado llevaba un sombrero redondo. Bajó entre una doble fila de soldados que se estendia hasta la entrada del jardin en donde le aguardaba el cura de San Sulpicio y un carruaje público. Al tiempo de subir, dijo al sacerdote cediéndole el paso: «Subid el primero, señor cura, yo llegaré aun antes que V. allí arriba.» El coche se puso en marcha, atravesó el jardin de Luxemburgo, entró en la gran avenida del observatorio, y se detuvo casi en la mitad del camino entre este edificio y el enrejado del jardin. Entonces un oficial de gendarmería, abriendo la puertecilla del coche, anunció al mariscal que estaba cerca del lugar de la ejecucion. Ney se apeó, no sin manifestar algun asombro; él creia que le conducirian á la llanada de Grenelle; pero el gobierno, temiendo reuniones demasiado numerosas y algun acaloramiento popular, habia tomado el partido de ejecutarle, por decirlo así, con engaño. Efectivamente un gentío innumerable se hallaba reunido desde la mañana en el llano de Grenelle. En la avenida del Observatorio, al contrario, aun en esta hora de la madrugada no se veian sino algunos transeuntes. Despues de haberse despedido del sacerdote, y de haberle entregado, para la mariscala, la caja de oro de que se servia comunmente, despues de haberle dado para los pobres de su parroquia algunas monedas de oro que tenia en el bolsillo, el mariscal fué á colocarse el mismo delante del peloton de ejecucion. Este peloton se componia de soldados veteranos; el oficial que lo mandaba propuso al príncipe de la Moskowa si queria que le vendasen los ojos. «¿Ignorais, respondió el mariscal, que hace ya mas de veinte y cinco años que estoy acostumbrado á mirar de frente las balas de cañon y de fusil? » Despues añadió: « Yo protesto ante Dios y la patria contra el tribunal que me condena! Pongo por testigo á los hombres, á la posteridad, á Dios! ¡ Viva la Francia! » El oficial le escuchaba inmóvil. El general, conde de Rochechouart, que mandaba la plaza de Paris, y que desde las cinco de la mañana estaba encargado de la custodia del condenado y de los detalles de la ejecucion, dirigiéndose al jefe del peloton, le dijo en alta voz: «Cumplid con vuestro deber!» El mariscal se quitó al punto el sombrero con la mano izquierda, y poniéndose la derecha sobre su pecho, esclamó con una voz fuerte: «Soldados, derecho al corazon.» Pero el oficial no se menea. Uno de los jueces del mariscal y par de Francia, el duque de La Force, asistia á la ejecucion como jefe de la legion de la guardia nacional, y avanzándose prontamente hacia el comandante del peloton, le encontró aturdido; puesto bajo la mirada de la grande víctima que el deber le obligaba inmolar, el oficial parecia dominado del desaliento. Mr. de La Force ocupó inmediatamente su puesto; como juez, unas horas antes habia pronunciado su sentencia; como agente de la fuerza pública da la señal; el peloton dispara, y Ney cae herido de seis balas en el pecho, tres en la cabeza y en el

cuello, y una en el brazo. Segun los reglamentos militares, el cuerpo estuvo depositado un cuarto de hora en el sitio de la ejecucion; y trasportado al hospicio de la Maternidad, permaneció allí hasta el dia siguiente, custodiado por las hermanas de la caridad que se relevaban de hora en hora, y que arrodilladas cerca de él recitaban las oraciones de los difuntos.

Sin embargo la mariscala habia acudido á las Tullerías, y para poderse presentar á Luis XVIII, se habia dirigido al duque de Duras, primer gentil hombre de servicio, el cual despues de largo rato, le manifestó que el rey no recibia aun á nadie, y cuando llegó á palacio la noticia de la ejecucion, el primer gentil hombre anunció entonces á la viuda que no podia concederle la audiencia, porque ya no tenia objeto. »

Cuando la revolucion, atacada por una parte de la Europa, despedazada por la insurreccion realista, y reducida á menos de cuarenta departamentos, creaba los tribunales que llevaban su nombre, luchaba por la independencia francesa y se hallaba en pleno combate; la revolucion se defendia cuando la restauracion entregaba los proscritos del 24 de julio á sus consejos de guerra y al tribunal de los pares un millon de soldados estranjeros, aliados suyos, cubrian nuestro territorio y la protegian; ella no tenia lucha alguna que sostener, ningun ataque que rechazar; la restauracion se vengaba.

Dos meses antes de la muerte del príncipe de la Moskowa, otro mariscal del imperio, que tambien habia tenido la mayor influencia en la suerte de Napoleon en 1814, Joaquin Murat, habia caido igualmente á los tiros de doce soldados. Errante, despues de Waterloo, sobre la costa de Tolon, viéndose obligado á ocultarse bajo los disfraces mas miserables, sin otro asilo que un agujero abierto en la tierra y cubierto de ramaje, refugiado en seguida en Córcega donde concibió el insensato proyecto de 20 de marzo para la corona de las Dos Sicilias, despojado, y despues vendido, primero por tres de sus ayudantes de campo, en seguida por los dos jefes de su flotilla de desembarco (1), en la costa de Calabria por sus propios súbditos; condenado á muerte por una comision de siete oficiales que le debian sus grados, sus honores, su fortuna, y que aun no hacia tres meses veia humillados á sus pies, Murat habia sido fusilado el 13 de octubre de 1815 en el interior del fuerte Pizzo, por órden de su sucesor (2). Fué grande la semejanza entre Ney y Murat. Soldados los dos desde el principio de su carrera, siguieron con un mismo paso la carrera de la gloria que les abrió la revolucion y que concluyó con el imperio. Habiendo llegado á ocupar las mas altas dignidades militares, y separados al fin de su carrera únicamente por un vano título, habian corrido los dos con igual brillo todos los campos de batalla de Europa. Eran estos dos corazones grandes delante del enemigo. Si Ney, sereno, impasible en medio de las balas de cañon y de la metralla que diezmaba su infantería, gritaba á sus soldados estremecidos, apoyándose sobre sus estribos: «La muerte no acomete sino á los que la temen: ¡Miradme á mí! ella no me acomete!» por otra parte en donde el compromiso de la caballería era el mas furioso, las filas mas comprometidas, los golpes mas rápidos, la muerte mas pronta, allí era donde flotaba el penacho de Murat. Semejantes los dos tanto por sus virtudes como por sus debilidades, arrastrados por la misma desgracia, perecieron con pocos dias de diferencia; en ellos todo fué igual: tuvieron el mismo carácter y la misma fortuna, la misma vida y la misma muerte.

CAPITULO CUARTO.

Situacion del gobierno real en 1.° de enero de 1816. Comision realista en los departamentos. Denuncias. Espurgacion de los ministerios de marina, de justicia y de guerra; categorias establecidas por el duque de Feltre.—Legislatura de 1815—1816.—Las cámaras se dirigen al rey. Suspension de la libertad individual. Ley sobre los gritos, actos y escritos sediciosos; discusion y votacion en las dos cámaras. Establecimientos de los tribunales prebostales. Proposicion llamada de amnistía por Mr. de Labourdonnaie; sus categorías; alarmas esparcidas por la poblacion; proyecto de amnistía presentado por el ministerio; dictámen de la comision; nuevas categorías y nuevas inquietudes; discusion y votacion de la ley. Votacion de monumentos espiatorios á Luis XVI, á Luis XVII, á María Antonieta, á madama Isabel y al duque de Enghien. Lectura del testamento de la reina en la cámara de los diputados; discurso de Mr. de Marcellus. Proyecto de ley electoral; primer dictámen de Mr. de Villèle; segundo dictámen; enmiendas; discusion y votacion de la ley en la cámara de los diputados; es rechazada por la cámara de los pares. Nuevo proyecto de ley electoral. Llamamiento al órden por Mr. Forbin-des-Issarts. Dimision de Mr. Lainé como presidente de la cámara; vuelve á tomar su cargo. Discusion del segundo proyecto de ley electoral; Mr. de Vaublanc se separa de los demás ministros; votacion del proyecto. Ley del presupuesto; estado de los gastos para 1816; discusion suscitada entre el gobierno y la comision al tratarse de los bosques del estado; el gobierno renuncia á la enajenacion de dichos bosques; economías adoptadas por la cámara; carácter del presupuesto de 1816; formacion de la caja de amortizacion; restablecimiento de la venta en los oficios.—Plan para la reconstitucion del apoyo y poder del clero. La congregacion; su orígen, sus progresos, su influjo en la cámara de los diputados. Aumento de los fondos señalados para el clero; supresion de las pensiones señaladas á los sacerdotes casados; se autoriza al clero para admitir por donacion ó testamento toda clase de bienes, restablecimiento de las propiedades de manos-muertas. La cámara de los diputados da á la Iglesia todos los bienes del estado que habian pertenecido á los antiguos conventos y al clero. Abolicion del divorcio. Proposiciones para confiar á los obispos la direccion de la universidad, á los ecónomos de cada parroquia la division de los registros del estado civil, y para establecer de nuevo la horca.—Conclusion de la legislatura.—Modificacion ministerial: salida de MM. de Vaublanc, Barbé-Marbois y Guizot; su reemplazo por MM. Lainé, Dambray y Trinquelague. Parte telegráfico de Lyon.

En 1.° de enero de 1816 los ejércitos coligados habian evacuado la mayor parte del territorio, dejando á la Francia medio arruinada por una ocupacion militar de cinco meses, agobiada bajo el peso de una contribucion de guerra de mas de un millar de cuento, y entregada á una desorganizacion moral y á pasiones políticas que habrian probablemente derribado por segunda vez el gobierno de Luis XVIII, si, como en marzo de 1815, se hubiera entregado al solo apoyo del partido realista, que no habia prosperado durante los cien dias, y cuya debilidad despues de Waterloo era la misma que la víspera del desembarco de Napoleon. Además la derrota todavía inesplicable del 18 de junio, la caida tan rápida del establecimiento imperial y de la independencia francesa, desgracias que el vulgo atribuia únicamente á traiciones realistas, acababan de añadir nuevos motivos de odio a la cólera que habian precipitado la caida de la primera restauracion. Los regimientos existentes en la época de la vuelta de la isla de Elba se hallaban á la verdad disueltos y licenciados sus soldados, pero el nuevo ejército, que se estaba formando todavía, no presentaba sino una fuerza, por decirlo así, nominal. En tal estado, la retirada de las principales fuerzas aliadas podia llegar á ser la señal de una nueva sublevacion fatal á los Borbones, peligro que habian previsto ya los jefes de la coalicion, y que procuraron evitar dejando en nuestras plazas del norte y del este la guardia de ciento cincuenta mil hombres que, durante cinco años, debia proteger contra cualquier movimiento interior el trono dos veces restablecido por la Europa victoriosa.

Por su parte los adversarios de la revolucion y del gobierno imperial habian empleado los cinco meses de la ocupacion en organizarse, y exaltados por el abatimiento que producia en todas las almas el doloroso espectáculo de las dos grandes catástrofes políticas y de dos invasiones llevadas á cabo en menos de quince meses, y sobre todo seguros del apoyo de los estranjeros que en número de un millon y doscientos mil estaban esparcidos por toda la superficie del reino, habian formado en todas las ciudades y villas comisiones realistas, que esforzándose en sustituir su influjo al de la administracion superior, pronto debian intervenir en la eleccion y luego en los actos de las autoridades superiores de cada ayuntamiento. Nacidas espontáneamente en el mediodía, en grupos primeramente aislados, luego unidos menos por intereses semejantes que por un objeto comun, no siempre se componian estas comisiones, como podria creerse, de antiguos privilegiados que procuraban adqui-

(1) Estos dos últimos eran el baron Barbara y el gefe de batallon Courrant.

(2) Estos déspotas adormecidos, y cuya imbecilidad sanguinaria es el azote de las poblaciones del antiguo oriente, pueden dar por sí una idea del rey Fernando, predecesor y sucesor al mismo tiempo de Murat. Este rey, que á la devocion mas grosera reunia las costumbres mas bajas, se ve pintado completamente en el decreto que dió para que se formase causa á Joaquin. He aquí los términos en que estaba redactado este documento

«Fernando, por la gracia de Dios etc., hemos decretado y decretamos lo que sigue:

Art. 1.° El general Murat será presentado ante una comision militar, cuyos miembros nombrará el ministro de la guerra.

Art. 2.° No se concederá al condenado mas que media hora para recibir los socorros de la religion.

»Dado en Nápoles, á 9 de octubre de 1815.—*Firmado* FERNANDO.»

Efectivamente. Aun no habia pasado media hora desde que Murat habia comparecido ante el consejo de guerra; cuando ya estaba fusilado.

rir de nuevo las ventajas políticas ó sociales que la revolucion les habia arrebatado, pues en muchos puntos formaban el personal de estas reuniones funcionarios destituidos en tiempo de la república ó del imperio por su incapacidad ó malversacion, propietarios endeudados ó arruinados por sus relajaciones ó por el juego, negociantes quebrados, abogados sin clientela, algunas mujeres sin honor y hasta curas, impacientes todos por vengar sus rencores ó sus injurias, y rehabilitar su influencia o sus perdidas fortunas. Ocupáronse entonces los miembros en tener á sus órdenes una especie de fuerza armada, apelando para ello á los ociosos ó sin oficio público, cuyos hábitos de desarreglo y de holgazanería les ponen á merced de todos los partidos vencedores, que suministraron á las comisiones los instrumentos que necesitaban; armóseles, y en muchas ciudades fueron organizados en compañías de guardia nacional ó de realistas, y trasformados en activos auxiliares de la gendarmería. Creada esta fuerza, los realistas de cada distrito proclamaron la necesidad de espurgar todos los cargos públicos, y en el oeste los golpes de las gavillas ordenaban estos espurgos por medio de proclamas concebidas en estos términos:

«Cuartel general de Saint-Jean-de-Mont, 27 setiembre de 1815.

»Habia reunido mil doscientos hombres de la division de los Marais para obligar á las autoridades superiores á separar de sus cargos á todas las personas que puedan ser contrarias á los intereses de nuestro buen rey, y no lo he puesto en obra por la promesa que se me ha hecho de que se trataria vivamente de sustituirlos con verdaderos realistas. Si dentro de quince dias permanecen todavía en sus cargos estos monstruos de iniquidad, que solo procuran mantenerlos para hacer nuevas traiciones, reuniré los valientes que están á mis órdenes y que ponen en mí toda su confianza, y marcharé á su frente para que se haga justicia.

»El baron de Maynard.

»comandante de la guardia nacional realista del distrito de los Sables.»

Atemorizados cobardemente con estas órdenes y amenazas los jefes de cada administracion, en la mayor parte de los departamentos no se atrevieron á desobedecer; pero el poder de que disponian estos funcionarios tenia sus límites, y por mas que quisieran someterse habia muchos que por su rango gerárquico, ó por la especialidad de su cargo eran inaccesibles á su poder, en cuyo caso se superaba el obstáculo ya por medio de denuncias imperiosas dirigidas á los ministros, ya por peticiones furibundas puestas en la mesa de la nueva cámara de los diputados.

Al ministerio Fouché-Talleyrand le habia faltado tiempo para sentir el influjo de las comisiones realistas, pues su corta duracion no le habia permitido estender el círculo de sus destituciones mas allá de las prefecturas, de las sub-prefecturas y de las comandancias militares; el sistema de espurgos aplicado á los empleos de todos los grados y de todas las órdenes, quedó á cargo de los sucesores de este deplorable gabinete. Llegados al poder con la mision de dar á los hombres y á las cosas del gobierno una direccion realista enérgica, desde sus primeras comunicaciones con las autoridades de los departamentos habian por sí mismos provocado la delacion. «El gobierno, decian, tiene la firme voluntad de recompensar á los buenos y de castigar á los culpables.» Corrieron estas palabras y fueron tantas las acusaciones promovidas que si se esceptúan algunos ramos de servicio que exigian largos estudios preparatorios ó conocimientos prácticos especiales, como los puentes y calzadas y las minas, los registros y los patrimonios, en los últimos dias de 1815 no habia funcionario que hubiera ejercido un cargo durante los cien dias, cuyas intenciones ó actos no se acriminasen y cuya posicion no estuviera amenazada. Destituíanse los empleados mas modestos, un cartero, por ejemplo, un correo de la mala, un estanquero, con la misma violencia que se ponia en solicitar la destitucion de los funcionarios mas elevados. Cada denuncia por otra parte era una peticion, los títulos que comunmente hacian valer los pretendientes era su amor al rey y el interés por la causa real, y raras veces hacian mérito de su capacidad. Los ministros y sus delegados se cuidaban poco de esta última garantía, porque todos tenian por máxima que un empleado era bastante capaz cuando era fiel; tampoco tomaban en cuenta la moralidad, pues dominados por la pasion habian cambiado hasta el significativo de la palabra; el hombre honrado no era para ellos el hombre probo, sino el realista; y el pícaro mas desvergonzado, al unirse á la bandera de este partido, se veia colocado inmediatamente por todos los adversarios de la revolucion en la clase de los hombres de bien.

Este sistema de esclusion ciega llevó la desorganizacion y el desórden á todos los ramos del servicio público; entre otros el personal de nuestra marina militar fué renovado casi enteramente, llenáronse los nuevos cuadros con los viejos, restos del antiguo cuerpo de la marina real llamados al activo servicio por el decreto del 25 de marzo de 1814. En el departamento de justicia no se verificaba este cambio, pues, como hemos visto anteriormente, el corto número de magistrados del antiguo regimen, que habian quedado sin empleo despues del consulado, habian entrado en 1810 en la clase de la magistratura del imperio, y además los numerosos y rápidos cambios podian interrumpir en muchos puntos el curso regular de la justicia. Por último la carta habia asegurado a todos los jueces el beneficio de la inamovilidad; por lo que se podia creer que el cuerpo judicial se veria libre de espurgaciones, pero nada de esto sucedió, porque la garantía escrita en términos formales en la ley fundamental fué borrada por medio de un indigno subterfugio. Al consagrar la carta la inamovilidad de los jueces, dijeron los sofistas de la cancillería, la carta estableció un principio, pero nada habló sobre su aplicacion, no dijo si este privilegio perteneceria á los magistrados existentes en la época de su promulgacion, ó tan solo á los posteriormente promovidos. Por otra parte como reservó espresamente al rey el nombramiento de los miembros de la magistratura, la carta evidentemente solo se estipuló á favor de los jueces instituidos por S. M., por consiguiente solo conservarán su empleo, y no serán desde entonces inamovibles sino los titulares actuales que reciban la institucion real.—Por esta infame interpretacion obtenian los jefes del departamento de justicia un doble resultado, ganaban el tiempo necesario para indagar lo pasado y las opiniones de cada juez, y por el temor de las destituciones se aseguraban la sumision absoluta de los tribunales de todas clases.

De todos los departamentos ministeriales el de la guerra era el que por causa de las circunstancias estaba mas sujeto á grandes espurgos, pero en cambio era el que menos trabajo ofrecia al ministro; el duque de Feltre podia eliminar á cuantos quisiera sin destituir á nadie, porque con el licenciamiento los oficiales del antiguo ejército se encontraban efectivamente privados, si no de su grado, de su empleo al menos. Habia por otra parte otro personal que estaba dispuesto á entrar en los nuevos regimientos: el ministro no solamente tenia á su disposicion los numerosos mosqueteros, caballos lijeros y gendarmes de la casa del rey, licenciados por el decreto del 1.° de setiembre sobre la creacion de una guardia real, no solamente podia emplear á los jefes vendeanos, bretones, provenzales y normandos, los antiguos emigrados, soldados del ejército de Condé ó del de los príncipes, á los cuales habia distribuido liberalmente el general Dupont (1814) privilegios de todas clases, hasta grados de generales de division; sino que con solo arreglar el estado de los oficiales y las condiciones de su ascenso, podia improvisar los cuadros de todo un ejército sin ninguna disposicion legislativa. Hemos visto en otra parte los antecedentes del duque de Feltre, su estraña fortuna militar y su vergonzoso servilismo. Su realismo reciente se exaltaba todavía al recuerdo de algunas diligencias que hizo, despues del 20 de marzo, por recobrar la gracia de Napoleon que le habia rechazado. Si lo hubiera querido este ministro, no habria entrado en el nuevo ejército ni uno solo de los oficiales que habian servido en tiempo de la república y del imperio, pero al menos no estuvo en su mano que sus filas no se hallaran cerradas sin consideracion alguna para todos los valientes comprometidos en el patriótico esfuerzo de los cien dias.

Primeramente un decreto y luego una decision, espedidos ambos á 12 de octubre de 1815, habian encargado el examen de la conducta de los oficiales de cualquier grado que habian servido bajo la usurpacion, á una comision compuesta del mariscal Victor, presidente, de los tenientes generales condes Lauriston y Bordesoulle, del mariscal de campo príncipe de Broglie, del subinspector de revista Duperreux, del comisario ordenador Chefdebien, y del caballero de Querelles, secretario. Este último antiguo jefe de los ejércitos realistas del oeste, y el príncipe de Broglie, antiguo emigrado, no habian servido nunca en las filas del ejército nacional; el conde Bordesoulle era uno de los generales que habian contribuido á la desercion del 6.° cuerpo en la noche del 4 al 5 de abril de 1814; el mariscal Victor se habia unido á Luis XVIII en Gante. Por consiguiente, de los siete miembros habia cuatro que eran necesariamente enemigos de los oficiales de los cien dias, composicion que debia ofrecer, á cualquier otro que no hubiera sido el duque de Feltre, suficientes garantías de rigor; él mismo por otra parte habia elegido los comisarios, y sin embargo al cabo de un mes pareció desconfiar de su severidad, pues á 6 de noviembre envió á la comision las instrucciones que vamos á analizar.

Despues de haber declarado que la intencion del rey, al instituir la comision, era «separar del cuadro de actividad á los hombres peligrosos,

capaces todavía de corromper el espíritu de las tropas y de establecer una distincion necesaria entre los oficiales que se habian asociado con entusiasmo al atentado del usurpador y los que solamente se habian dejado arrastrar por un funesto ejemplo,» añadia el ministro «que el trabajo de la comision debia reducirse á enterarse de la conducta de cada oficial y á designar, despues de este exámen, la clase en que debia ser colocado.» Estas clases estaban graduadas segun la culpabilidad de los hechos: las primeras comprendian á los oficiales «á quienes la indulgencia del rey dejaba todavía la esperanza de volver á entrar algun dia en el ejército,» y las últimas á los que debian ser escluidos de sus filas. Esta clasificacion estaba establecida del modo siguiente:

1.ª clase: Oficiales generales, oficiales de todas graduaciones y de todas armas, administradores y empleados militares que habian abandonado el servicio veinte dias despues de la llegada de Bonaparte.

2.ª Los que, sin abandonar el servicio, se negaron á prestar juramento al usurpador ó adherirse al acta adicional.

3.ª Los que habiendo prestado juramento ó firmado el acta adicional, espiaron esta falta con una dimision voluntaria.

4.ª Los que, arrastrados ya por la rebelion, abandonaron la causa del usurpador antes de la vuelta del rey.

5.ª Los oficiales que habiendo aceptado el servicio, fueron destituidos como sospechosos al gobierno de Bonaparte.

6.ª Los que permanecieron en el servicio, pero contra los cuales existen denuncias que honran su adhesion á la causa del rey.

7.ª Los que no estando en actividad en la época del 20 de marzo, no hicieron luego demanda alguna de servicio.

8.ª Los oficiales de todas graduaciones y los administradores militares que habiendo conservado el destino que tenian antes de la partida del rey, no hayan solicitado otro.

9.ª Los oficiales que hayan hecho un servicio sedentario en las plazas del interior.

10. Los que han solicitado del usurpador grados y recompensas ó la confirmacion de las recompensas y de los grados que el rey habia tenido á bien otorgarles.

11. Los oficiales de todas graduaciones, administradores ó empleados militares, que formaron parte de los ejércitos activos del usurpador, y siguieron los movimientos hasta la nueva entrada del rey.

12. Los que han firmado esposiciones á Bonaparte.

13. Los que han tenido a su cargo batallones de confederados ó cuerpos de paisanos armados.

14. Los oficiales de todas graduaciones, los administradores y empleados militares comprendidos en los casos siguientes:

1.º Los que se declararon por Bonaparte veinte dias antes de la partida del rey; 2.º los oficiales generales y superiores que enarbolaron espontáneamente el estandarte de la usurpacion y publicaron proclamas sediciosas; 3.º los que reprimieron el movimiento de los fieles servidores del rey; 4.º los gobernadores de plazas y fuertes, que llamados en nombre del rey para abrir las puertas, se negaron á hacerlo esponiendose á todos los peligros de un sitio; 5.º los que se dirigieron contra las tropas reales reunidas en el interior; 6.º los oficiales de todas graduaciones, los administradores y los empleados militares convictos de haber insultado el retrato del rey y de los príncipes; 7.º por último los oficiales á media paga que abandonaron voluntariamente sus hogares para juntarse con el usurpador y le acompañaron á París.

Todos los oficiales inscritos en los libros de registro del ejército en 20 de marzo de 1815, se hallaban comprendidos en alguna de estas veinte y una categorías (1); la clasificacion de cada una de ellas en este cuadro podia guiar al gobierno en su indulgencia ó en sus esclusiones, pero no bastaba escluir ó suspender los oficiales, sino que era preciso establecer inmediatamente el personal destinado á componer los cuadros de los regimientos que se estaban formando; necesitábase además examinar los títulos de la multitud de vendeanos, de emigrados, de realistas del mediodía y de voluntarios de Gante, que reclamaban el derecho esclusivo de llenar todos los grados del nuevo ejército, desde el grado de subteniente hasta el de teniente general. Este trabajo habia sido confiado por el duque de Feltro en 23 de octubre á una segunda comision compuesta del conde Beurnonville, miembro del gobierno provisional en 1814, presidente, del príncipe de la Tremouille y de Mr. Audigné, antiguos jefes vendeanos, del duque de Caylus, antiguo emigrado, del mariscal de campo Decouchy, presidente del consejo de revision que habia rechazado la demanda de Labédoyère, y del general Paultre de Lamothe, realista de reciente fecha, allegado al nuevo régimen con toda la rabia de que estaba poseida su alma por algunas sangrientas palabras, reprobaciones merecidas, que le habia dirigido públicamente Napoleon en el campo de batalla de Dresde: de los cuadros formados por estas dos comisiones se valió el ministro de la guerra para espedir los nuevos nombramientos. Mas adelante tendremos ocasion de decir las estrañas elecciones que resultaron de esta doble informacion, á la que estuvo tambien sometido, aunque bajo formas menos precisas y oficiales, la mayor parte del personal de las demás administraciones; pero digamos desde luego que si este trabajo de espurgo universal atentaba contra la posicion y la fortuna de los ciudadanos, al menos su libertad, su vida y su honor permanecian legalmente protegidos por la carta y por la legislacion vigente. Pero las leyes que mandaban crear nuevos tribunales, nuevos delitos y nuevos crímenes, que ordenaban persecuciones mas prontas, una penalidad mas severa y sentencias mas rápidas, iban á arrebatar bien pronto esta garantía al pais para entregarle á todas las violencias del partido que hacia veinte y tres años que aguardaba con impaciencia la hora para vengar sus derrotas en los hombres y en los principios de la revolucion. Estas leyes eran la parte reservada por los reaccionarios á la cámara de los diputados y á la de los pares, y las contestaciones de estas dos asambleas al discurso pronunciado por Luis XVIII al abrirse la legislatura anunciaron que no dejarian de cumplir con esta triste tarea.

La cámara de los pares fué la primera que habló: en 13 de octubre de 1815, despues de una discusion en la que el duque de Orleans tomó la palabra muchas veces y en la que nos ocuparemos al hablar de los sucesos de Grenoble, decia dirigiéndose al rey: «Todos nos colocamos al rededor de este trono tutelar que es el altar de la patria, ofreciéndole sin duda votos de amor y no ideas de resentimiento, pero estamos en la perfecta confianza de que V. M. sabrá siempre conciliar los derechos de justicia con los beneficios de su clemencia, por lo que nos atreveremos á solicitar humildemente de su equidad la retribucion necesaria de las recompensas y de las penas, la ejecucion de las leyes existentes y la pureza de las administraciones públicas.» El dia siguiente, 14, la cámara de los diputados decia á su vez: «Deber nuestro es, señor, reclamar vuestra justicia contra los que han puesto el trono en peligro, lo que os suplicamos en nombre del mismo pueblo, víctima de las desgracias, cuyo peso ya no puede resistir. Sean entregados á la severidad de los tribunales los que aun en el dia, alentados por la inmunidad, no temen publicar su rebelion. La cámara concurrirá con celo á la formacion de las leyes necesarias para el cumplimiento de este voto.» Estas leyes no se hicieron aguardar mucho. Dos dias despues, 16, Mr. Barbe-Marbois, ministro de justicia, presentaba á la cámara de los diputados un proyecto de ley que definia los gritos, los discursos y los escritos considerados en adelante como sediciosos, y determinaba las penas en que incurririan sus autores. Al cabo de otros dos dias, 18, Mr. Decazes, ministro de policía, sometia por su parte á la misma asamblea un segundo proyecto de ley que tenia por objeto: 1.º dar al gobierno el derecho de detener sin formacion de causa y hasta la espiracion de la ley, á todo individuo preso por sospechas de crímen ó delito contra la persona ó la autoridad del rey, las personas de su familia ó la seguridad del estado; 2.º obligar á dar certificado de buena conducta, ó á alejarse de su domicilio y residir en un punto designado, á todo individuo contra el que no existieran graves motivos de prevencion. Este proyecto de ley no contenia mas que cuatro artículos, cuya urgencia habia proclamado Mr. Decazes; el 21, tres dias despues de su presentacion, Mr. Bellart, relator de la comision y encargado de su exámen, proponia su adopcion pura y sencilla. Despues de haber discutido largo tiempo sobre la legislacion romana y la máxima *caveant consules*, habia terminado su relacion diciendo: «No dejarán de gemir hipócritamente muchas personas por el tuerto que podrá hacerse á la libertad privada, no dejarán de descender á abstracciones metafísicas para calumniar una medida, que todos los hombres de bien conocen ser indispensable; contestemos á estos declamadores con la adopcion del proyecto de ley tal como ha sido presentado.» Abrióse la discusion al cabo de dos dias, 23, en la que MM. Royer-Collard y Pasquier propusieron enmiendas que tenian por objeto cambiar algunas de las palabras del proyecto. «Solo podrán espedir mandatos contra los sospechosos los funcionarios á quienes la ley confiare este poder,» decia el artículo 2.º Entonces la legislacion existente no solamente reconocia cuatro especies de mandatos, á saber: mandatos de comparescencia, de conduccion, de depósito y de arresto, sino que otorgaba además la facultad de conferir unos ú otros de ellos, ó bien el derecho de prender á una multitud

(1) La única clase que no figura en ellas, es la de los oficiales que habian acompañado á Napoleon á la isla de Elba, pues una órden especial los habia borrado de los libros de registro del ejército y despojado de todo derecho á una pension de retiro ó á un haber cualquiera.

de funcionarios, tales como los guardacampos y los guardabosques, los comisarios generales y los simples comisarios de policía, los alcaldes y sus allegados, los oficiales de gendarmería, los procuradores reales, sus sustitutos y los jueces de instruccion. Mr. Royer-Collard queria que la nueva ley precisase y designase los mandatos que se confiriesen, y que se concediese esclusivamente á los prefectos el derecho de espedirlos. Acusando igualmente Mr. Pasquier la vaguedad de las palabras del proyecto, pedia que la facultad de pedir mandatos perteneciese en Paris al ministro y al prefecto de policía, y en los departamentos á los prefectos y á los procuradores generales. Otro escrúpulo tenia este antiguo ministro de justicia. «La prevencion, decia, lleva consigo la comparescencia delante del tribunal, por el principio de que todo sospechoso debe ser juzgado. Sospecha es pues lo que debe escribirse, porque se trata únicamente de sospechosos; contra estos se dirige solamente la ley, contra estas gentes tanto mas peligrosas, estos hombres tanto mas culpables, cuantoque, hábiles en el arte de fingir, no se entregan nunca á ciertos actos que puedan hacer caer sobre ellos la accion inmediata de la justicia. Paréceme indispensable por otra parte que la ejecucion de estas medidas debe confiarse esclusivamente á la accion directa de la administracion, á agentes que puedan ser destituidos.» Sucedió á Mr. Pasquier en la tribuna Mr. de Vaublanc, no para rechazar la espantosa teoría de este antiguo guardasellos, sino para oponerse á una demanda de informacion hecha por uno de los oradores precedentes: «Para conocer las necesidades de Francia es inútil una informacion, dijo Mr. de Vaublanc con toda la fuerza de su voz; su voluntad es evidente, señores: la Francia quiere su rey.» Estas últimas palabras fueron la señal del mas ardiente entusiasmo: levántase la cámara entera, brotan de todos los labios los gritos de *¡Bravo! ¡viva el rey!* Animado por tan inesperada acogida, Mr. de Vaublanc repitó por tres veces: Sí, señores, ¡la Francia quiere su rey! y otros tantos responden á sus palabras con prolongadas salvas de estrepitosos aplausos. Mr. Decazes tomó la palabra sobre las enmiendas que rechazó como inútiles. «Por un lado, dijo el ministro de policía, se censura la ley por haber conferido al gobierno poderes demasiado estensos; por otro se quejan porque deja á los ciudadanos sin garantía. Despues de los sucesos que han tenido lugar de ocho meses acá, la autoridad debe estar armada de poderes estraordinarios, porque es necesario que su accion sea rápida. Además, ¿hay mayor garantía para los ciudadanos que la bondad y las virtudes del augusto príncipe que nos gobierna? Los hombres que no depositen su confianza en semejante garantía, son precisamente los que debe alcanzar la ley.» Este estraño raciocinio decidió á la cámara; procedióse inmediatamente á la votacion; doscientos noventa y cuatro votos contra cincuenta y seis entregaron al capricho y al arbitrio del gobierno la libertad de todos los ciudadanos, y esta votacion, que era el objeto de la cámara en la carrera de reaccion legal que iba á recorrer, fué acogida con prolongados y numerosos gritos de *¡Viva el rey!* salidos de todos los bancos.

El dia siguiente, 21, se leyó el proyecto de ley relativo á los gritos, á los discursos y á los escritos sediciosos, proyecto que aunque establecia una nueva serie de hechos supuestos sediciosos, habia escitado un profundo descontento en la cámara, que le acusaba de calificar todos estos hechos, no de crímenes, sino de simples delitos, que debian juzgar solamente los tribunales de policía correccional, y cuyo castigo era tan solo de tres meses á cinco años de encierro, de la interdiccion de los derechos civiles y políticos y de la vigilancia de la policía superior. Tales disposiciones, decian, equivalen á la impunidad, y atreverse á presentarlas á una cámara realista es un insulto, una especie de traicion. La cámara por otra parte tenia muchos motivos de queja contra Mr. Barbé-Marbois; así es que por una precaucion, comun en nuestros dias, pero sin ejemplo en aquella época, este ministro, primer presidente del tribunal de cuentas, en el acto de su entrada en el gabinete persistia en dejar vacante este alto empleo, con el objeto de volver á ocuparle cuando saliera del ministerio, cálculo infame que indignaba á todos los antiguos aristócratas de la asamblea. Los fervientes católicos de la cámara no miraban con buenos ojos que el ministro conservára como secretario general de su departamento á Mr. Guizot, á quien en tiempo del anterior gabinete habia confiado Mr. Pasquier este importante empleo. No dejaban sin embargo de hacer justicia á las buenas intenciones de este secretario general, teniendo en cuenta al mismo tiempo su pasion monárquica, sus esfuerzos para espurgar y hacer realista la magistratura, y el viaje que el 17 de mayo anterior habia hecho á Gante, despues de su salida del ministerio de la gobernacion de los cien dias; pero todos estos méritos no podian compensar á sus ojos el inconveniente de su creencia religiosa, porque Mr. Guizot habia nacido protestante. Por último Mr. Barbé-Marbois, al llevar el proyecto á la cámara, se habia hecho acompañar, á título de comisario del rey encargado de sostener la discusion, por Mr. Portalis, á quien Napoleon, en la época de su rompimiento con el papa, habia á la verdad separado del consejo de estado, por estar mezclado con oscuras intrigas religiosas, pero que durante los cien dias, y con el interés de su posicion de primer presidente de la audiencia de Angers, se habia puesto al frente de la confederacion de su departamento. El jefe de los confederados de Maine y Loire se hallaba encargado tambien de solicitar en el mes de octubre de 1815 la represion de gritos, de discursos y de escritos que él mismo provocaba y aplaudia en el mes de junio anterior. Si algunos diputados como Mr. Barbé-Marbois, mezclados con los hechos de la república y del imperio, habian aceptado fácilmente semejante cambio de papel, habia sin embargo un gran número de miembros que cabalmente se envanecian de no haber variado jamás desde 1789 de opiniones ni de conducta, y que en la presencia de Mr. Portalis en el banco de los comisarios del rey, no veian mas que un acto de impostura y de atrevimiento. Las discusiones de la comision encargada de examinar el proyecto ministerial, se resintieron de todas estas dificultades, sus disposiciones sufrieron una alteracion completa, y la comision, entre otras modificaciones, cambió la calificacion legal de todos los hechos y agravó la penalidad. «Es necesario que las penas sean proporcionadas á los delitos, dijo el relator Mr. Pasquier; es necesario sobre que la rapidez del ejemplo imponga un terror saludable para los que cayeran en la tentacion de imitar á los culpables. A nuestro sistema de enmiendas toca establecer penas infamantes para ciertas clases de delitos, penas que en el estado actual de la legislacion no pueden ser impuestas sino por los tribunales de asises ó por los tribunales especiales, pero el procedimiento delante de estos seguiria con demasiada lentitud á causa de la necesidad de hacer juzgar por el tribunal de casacion las cuestiones de competencia. Hemos debido dar la preferencia á los tribunales de asises hasta la organizacion de los prebostales, organizacion generalmente deseada por todos los amigos del órden y de la paz pública, y en la que se ocupa el guardasellos.» Desenvolvió luego Mr. Pasquier el sistema de penalidad formulado por la comision. Dijo que siendo insuficientes en un gran número de casos las penas correccionales, sus colegas y él habian tenido que escoger entre el destierro, los trabajos forzados y la deportacion, porque el destierro les habia parecido una pena de muy poca importancia para las personas sin bienes, ciertas siempre la mayor parte de hallar una existencia semejante á la que habrian perdido, á cualquiera parte que llevaran sus brazos y su industria, y que salidas del reino por una puerta podrian á cada momento entrar por otra, de suerte que obligada á elegir entre los trabajos forzados y la deportacion, la comision habia adoptado esta última pena como mas grave y mas á propósito para la naturaleza de los crímenes que se trataba de castigar. No es justo, esclamó el relator al hacer esta eleccion, que el que haya querido destruir las instituciones mas sagradas, conmover el trono augusto donde descansan todas las esperanzas de nuestro porvenir, sea escluido para siempre de esta tierra que es indigno de pisar, y vaya á consumir, bajo un cielo lejano, la vida que solo le fué concedida para desgracia de su patria y vergüenza de los suyos.» Todos los condenados por otra parte debian esperimentar una rigurosa enmienda, un castigo, añadia el relator, que sentirian mucho mas que el de la prision, porque la mayor parte, que no conocen la vergüenza, no verian en la detencion sino un medio de vivir en la ociosidad.» Por último Mr. Pasquier proponia dejar á los jueces de todas clases la facultad de privar á los funcionarios civiles y militares, activos ó cesantes, de todos ó de parte de sus haberes ó pensiones.

No se contentó Mr. Pasquier con dar á conocer á la cámara que el ministro de justicia se ocupaba en el restablecimiento de los tribunales prebostales, sino que habia añadido además que todas las enmiendas propuestas por la comision habian sido aprobadas por el gobierno, declaracion confirmada por Mr. Barbé-Marbois que leyó inmediatamente á la cámara un preámbulo destinado á encabezar el proyecto enmendado por la comision. Este proyecto decia «que el gobierno hubiera querido dejar para los tribunales ordinarios el castigo de todos los delitos, pero que despues de tan largas turbulencias, y mientras se agitasen todavía las pasiones, para reprimirlas habia necesidad de adoptar formas mas sencillas, penas mas severas, y una justicia mas rápida; por consiguiente que las circunstancias parecian exigir tribunales prebostales apoyados por la esperiencia de los tiempos y los mas felices resultados, de cuyo restablecimiento se ocupaba en aquel momento el consejo de estado, y que mientras se sometia á la deliberacion de las cámaras, habia ordenado el rey etc.» Seguian los artículos enmendados que Mr. Pasquier leyó á la cámara. La discusion empezó el 27, abriendo el debate Mr. Humbert de Sesmaisons con un discurso apasionado en el que pe-

dia que los condenados á la deportacion fuesen llevados fuera del continente europeo, y que en muchos casos, por ejemplo, cuando lo fuesen por haber enarbolado la bandera tricolor, la deportacion fuese trocada en pena de muerte. Mr. Piet, abogado de Paris (1), apoyó esta última proposicion, y su lenguaje, lejos de respirar la cólera que se desprendia de todas las palabras del orador precedente, afectaba por el contrario un tono zumbon y hasta festivo. «Propongo, dijo Mr. Piet al terminar su discurso, la adopcion de la ley tal como es, pero con una lijera modificacion en las palabras de los dos primeros artículos, la sustitucion de la pena de muerte á la de deportacion, cambio que, como veis, es bien poca cosa.» La cámara se echó á reir, pero el diputado que reemplazó á Mr. Piet en la tribuna fué menos feliz, pues tratando de defender el trabajo de la comision contra los cambios propuestos por los oradores que le habian precedido, aventuró esta vituperacion indirecta: «La ereccion de la bandera tricolor será sin duda castigada con la pena de muerte, cuando sea efecto de alguna conspiracion, ¿pero debe estenderse esta pena á los mal aconsejados, que solo habrán enarbolado los colores proscritos en un momento de cólera ó embriaguez?» Interrumpieronle fuertes murmullos, y fueron escuchados con mas atencion los oradores que le sucedieron y que unánimes acusaron la debilidad de las disposiciones penales del proyecto aun despues de enmendado. Mr. Goin-Moisant, entre otros, propuso reemplazar dichas disposiciones con la siguiente escala penal: Diez años de trabajos forzados para los gritos, los discursos y los escritos sediciosos, proferidos ó publicados aisladamente, que no produjeran efecto alguno, y no tuvieran por objeto fomentar conspiracion alguna; en el caso que estuvieran de acuerdo, aun cuando no hubiera tenido lugar ningun principio de ejecucion, la muerte; en caso de principio de ejecucion, la pena de los parricidas (2); para los simples ultrajes ó calumnias contra la familia real cinco años de trabajos forzados, cadena perpetua, y la muerte, segun la gravedad del caso.

Cuatro meses antes, en 15 de junio, el dia mismo en que Napoleon atravesaba el Sambre y empezaba á combatir al ejército prusiano, se habia leido en la cámara de los representantes una proposicion para la represion de los gritos, de los discursos y de los escritos sediciosos dirigidos contra el gobierno imperial, el jefe del imperio y los miembros de su familia. Los gritos de *viva Luis XVIII! vivan los Borbones!* ó cualquiera otra provocacion alarmante eran castigados con un simple encierro de seis dias á un año, pero si producian algun efecto, con la reclusion. Las imputaciones calumniosas y las injurias dirigidas contra el emperador y los príncipes de su familia se castigaban con la misma pena que las injurias y calumnias dirigidas contra simples particulares. En este punto las dos épocas se parecen enteramente.

Durante la discusion se renovó muchas veces la demanda de la pena de trabajos forzados, pero una parte notable de la cámara, de acuerdo con el gobierno y la comision, rechazaba este castigo con repugnancia, cuyos motivos desenvolvió en estos términos Mr. Pardessus, uno de los comisarios, en un discurso en que terminó la sesion del 27: «Los trabajos forzados son la pena impuesta á los ladrones, á los crímenes viles y bajos que ni siquiera suponen audacia, que por consiguiente deshonran las familias, y entre nosotros acaso no hay uno solo que no cuente entre los suyos uno de estos infelices estraviados.»

El dia siguiente, 28, Mr. de Sallaberry, el príncipe de Broglie y Mr. de Castelbajac insistieron de nuevo en la aplicacion de la pena capital á todo individuo convencido de haber enarbolado la bandera tricolor. «¡Y qué! esclamó el príncipe de Broglie, ¡no se castigaria con la muerte la ereccion de esta bandera abominable, cuyo nombre callaré, por lo mucho que me indigna y me repugna el pronunciarlo!» Mr. de Sallaberry pidió por otra parte que la pena de deportacion se entendiese acompañada de la confiscacion de todos los bienes del reo. Mr. Michelet (de la Creuse), otro de los diputados, propuso que no se concediera la libertad definitiva á los sospechosos de crímenes, absueltos por los tribunales de asises, hasta que hubiesen comparecido á presencia de los tribunales correccionales, como acusados al menos de simples delitos. Concluyóse por fin la discusion general, y Mr. Pasquier, relator, quedó encargado de hacer un resúmen de ella. La cámara aplaudió estrepitosamente algunas frases de su discurso, en las que contestaba á una observacion de Mr. de Kergorlay, especie de protesta de los antiguos privilegiados contra la disposicion de la ley que clasificaba entre los discursos sediciosos las alarmas esparcidas sobre la inviolabilidad de los bienes llamados nacionales y los rumores que anunciaban el restablecimiento del diezmo ó de los derechos feudales. «¿Puede una ley disponer del porvenir? habia esclamado en esta ocasion Mr. de Kergorlay. Ni el rey ni las cámaras pueden salir garantes de la eternidad de una disposicion política. Ni el mismo Dios lo quisiera, aunque estuviera en su mano, porque quitaria á los hombres la libertad que les ha dado.» —«Estas reflexiones, contestó Mr. Pasquier, son á la verdad justas y verdaderas, pero podrian ser peligrosas, porque conducirian á creer que no hay nada sólido ni eterno. Nunca por otra parte han sido mas importantes que en nuestra época las ideas de estabilidad, y hemos de pensar que la casa de Borbon reinará en Francia por espacio de muchos siglos (óyense estrepitosos aplausos). Sí, señores, añade el relator en medio del entusiasmo de la asamblea, ¡ la eternidad! hé aquí lo que se ha de ver. Roma ha subsistido miles de años, porque se llamaba la ciudad eterna. El gobierno de los Borbones será el gobierno eterno.» ¡Predicciones de cortesano, provechosas siempre á sus autores, pero fatales muchas veces á los gobiernos que se entregan á ellas con ciega confianza! Mr. Pasquier habia prometido igualmente una duracion eterna al imperio y hasta á la primera restauracion, á este reinado efímero de diez meses, pero á pesar de sus predicciones habian sucumbido estos poderes; el profeta en cambio permanecia firme sin prever que quince años despues saludaria con sus aclamaciones la bandera tricolor, y que fiel adorador de la fortuna, se le veria en la primera clase de los servidores del trono que ocuparia violentamente el sitio del gobierno que habia proclamado eterno! De la discusion que se suscitó luego sobre los artículos, solo citaremos un incidente en el que Mr. Hyde de Neuville hizo intervenir la mision de MM. Lafayette, Sebastiani y de Pontecoulant cerca de los soberanos aliados, y las proposiciones que hicieron á favor del duque de Orleans. El artículo 1.º del proyecto declaraba sedicioso el hecho de invocar «el nombre del usurpador ó de alguno de su familia.» Habiendo hecho notar Mr. de Labourdonnaie que la palabra usurpador no era suficiente, sino que debia decirse un usurpador, ó cualquier otro rebelde, Mr. Hyde de Neuville añadió: «Apoyo la proposicion; recordad la época desastrosa de fines de junio y de los primeros dias de julio: ¿qué iban á pedir los facciosos que se atrevian á llevar su infamia y la de sus compañeros á los campos del estranjero? ¿Era este el usurpador? No, sino un usurpador; porque les importaba poco que este fuera Bonaparte ó alguno de los suyos...» La cámara, siguiendo la proposicion de Mr. de Marcellus, adoptó los siguientes términos: ... «el nombre del usurpador, de alguno de su familia ó de cualquier otro jefe de rebelion.»

No solamente castigaba la ley los nuevos delitos con penas aflictivas é infamantes, sino que imponia además penas pecuniarias, votadas por la cámara en la sesion del 30 de octubre, y que consistian en la multa, la fianza y luego la suspension de sueldos ó de las pensiones de que gozasen los acusados. El proyecto solo fijaba el máximum de la multa, que era de tres mil francos, pero la cámara decidió que hubiese un mínimum de cincuenta francos, y elevó el máximum á veinte mil. La fianza se dejó á merced de los jueces, y en cuanto á los sueldos ó pensiones se concedió igualmente á los tribunales criminales y correccionales la facultad de ordenar su suspension parcial ó total durante el tiempo que les pareciese conveniente. Finalmente, los magistrados podian imponer simultáneamente estas penas diferentes, disposicion que, con respecto á muchos acusados, equivalia al restablecimiento de la confiscacion, y por consiguiente, cediendo á los jueces el derecho de separar, por decirlo así, del número de los vivientes, por la deportacion, á los condenados por escritos ó discursos sediciosos (1), de arruinarlos á ellos y á sus familias ó de arrebatarles todos los medios de subsistencia por las multas ó por la supresion de sus sueldos ó pensiones; esta ley de cólera no habia agotado sus rigores, pues por un odioso abuso de la omnipotencia legislativa, se ensañaba por otra parte con toda su fuerza contra las provocaciones indirectas á los hechos que calificaba de crímenes y de delitos. ¿Qué gritos, qué palabras, qué actos debian constituir esta provocacion indirecta? ¿Cómo descubrir las relaciones que existian entre un grito ó una palabra inocente en su significacion material y los delitos ó los crímenes castigados por esta nueva ley? ¿Cómo establecer que una palabra, una frase, un acto que no tenia ninguna relacion directa ó evidente con estos crímenes y delitos, era sin embargo una provocacion indirecta para cometerlos? Ningun miembro de la cámara se tomó la pena de examinarlo, ni una sola voz protestó contra esta facultad espantosa dada á los jueces de cambiar el sentido verdadero y positivo de las palabras y de los pensamientos, y suponerles un sentido enteramente opuesto; nadie hizo observar que cuando se trata de la

(1) Despues consejero del tribunal de casacion.

(2) Los parricidas iban al suplicio descalzos y con la cabeza cubierta con un velo negro, oian luego la lectura de su sentencia, de pié en el cadalso, y luego el verdugo les cortaba el puño y los decapitaba.

(1) La deportacion lleva consigo la *muerte civil*.

aplicacion de las leyes criminales contra la fortuna, la libertad y el honor de los ciudadanos, se ultraja la razon humana y se atenta contra los mas santos derechos abandonando la justificacion legal y la prueba de la falta à la interpretacion arbitraria de magistrados ineptos algunas veces, y animados con frecuencia de un espíritu de partido; lejos de esto, dos miembros, Mr. Trinquelague el uno, abogado general, y el otro Pasquier, ex-guarda sellos, no temieron aumentar la violencia de esta ley y exagerarla hasta el absurdo, proponiendo y haciendo adoptar una enmienda que declaraba sediciosos y castigaba como á tales los escritos ó discursos que anunciasen que se cometeria ó se habia cometido un hecho que la nueva ley calificaba de crimen ó delito (1). La cámara procedió en seguida á la votacion definitiva; á trescientos sesenta y dos ascendia el número de votantes, y la ley fué adoptada por una mayoría de doscientos noventa y tres contra sesenta y nueve.

Esta ley, orígen de los juicios mas inicuos y de numerosas desgracias privadas, fué sometida el 3 de noviembre à la cámara de los pares que seis dias antes, el 27 de octubre, habia adoptado sin enmienda y casi sin discutirlo el proyecto relativo á la suspension de la libertad individual. El proyecto sobre los discursos y escritos sediciosos encontró mayor oposicion y fué vivamente combatido por muchos pares, miembros del antiguo senado, distinguiendose entre ellos Mr. de Chateaubriand por su lenguaje acalorado; pero dominado por una pasion esclusiva, solo vió él en la ley, el artículo que declaraba sediciosas las alarmas esparcidas sobre la inviolabilidad de los bienes nacionales y la noticia del restablecimiento de los derechos feudales, que rechazó como impolítico, bárbaro y absurdo. Guardando silencio sobre las demás disposiciones del proyecto y las otras categorías de delitos y de sospechosos habló únicamente en favor de los antiguos emigrados. «En el estado actual de cosas, dijo, el artículo octavo comprenderá al infortunado, al que un envidioso adquisidor habrá sorprendido con las lágrimas en los ojos y exhalando algunos suspiros sobre la tumba de su padre, que arrastrado delante de los tribunales por la calumnia y juzgado por la pasion, perderá el honor, único bien que le quedaba. Encerrado despues de veinte años de destierro y condenado á una multa, lo restituiréis, para pagarla los bienes que no tiene! No se diga ahora que el artículo no puede interpretarse de este modo. La disposicion vaga que pone en la clase de delitos anunciados en los artículos precedentes todos los discursos que contienen provocaciones indirectas á estos delitos, haciendo pensar que han sido, ó serán cometidos, hace demasiado probable esta interpretacion, ¡y todo ello para calmar las inquietudes que se habrian calmado, si era posible, con la promesa formal de la carta! ¡para disipar los rumores que acompañan siempre á una grande injusticia! ¡para imponer un silencio que romperian cuando no los hombres, las mismas piedras que sirven de límite á los bienes que se quieren arrebatar à sus poseedores!».... Mr. Desèze (2), primer presidente del tribunal de casacion, participó de la piedad ruidosa para los antiguos emigrados, pensando en la devolucion de sus bienes y el restablecimiento del antiguo régimen; pero si este magistrado acusaba la ley de demasiado severa con esta clase de acusados, le atribuia una debilidad culpable en favor de los acusados de las demás categorías: indulgente para los primeros, era inexorable para los segundos, para los que à sus ojos ninguna pena era suficiente. «Despues de veinte y cinco años de desastres, esclamó, se vocifera para culpables de esta clase tan funesta indulgencia! Los publicistas menos severos han creido siempre que la muerte era la única pena aplicable á los atentados que tienen por objeto la destruccion del cuerpo político. ¿De dónde puede provenir esta piedad cruel que para perdonar á un culpable espone á millares de inocentes? Dícese que la intencion no debe ser castigada como el hecho, ¿pero es acaso el suceso el que hace el crimen? ¿el que ha meditado la ruina del estado no la habria llevado á cabo si en su mano estuviera? Le castigareis con la deportacion, pero si escapa para consumar el crimen que habia proyectado ¿cuál será entonces vuestro arrepentimiento, cuál vuestra desesperacion? La legislacion de todos los pueblos está de acuerdo en este punto con nuestras antiguas leyes; todas castigan con la muerte los atentados contra la seguridad del estado.» Los recuerdos de la vida de Mr. Desèze debian imponerle al parecer mayor tolerancia, y apartarle de la doctrina en qué se encontraba como un eco de estas famosas palabras: «¡Matad! ¡solo los muertos no vuelven!» Pero á pesar de haber aplaudido ruidosamente al orador, no se atrevió la cámara á cargar con la responsabilidad de la aplicacion de la pena capital á intenciones aisladas y á pensamientos, y la ley fué adoptada sin enmienda el 7 y promulgada el 9.

La primera ley adoptada por las cámaras ponia la libertad de todos los ciudadanos á merced de los ministros y de sus agentes de todas clases; la segunda, cuya discusion acabamos de analizar, entregaba á la represion arbitraria de los tribunales todo escrito, toda palabra, la menor frase que pudiera dar orígen no diremos á una tentativa de desobediencia, sino á la intencion, al pensamiento de una oposicion cualquiera al nuevo régimen; por otra parte el código penal con su lujo de definiciones y de penalidades con respecto á los complots y á los atentados dirigidos contra el gobierno, abrazaba todos los casos posibles de resistencia material ó de vuelta verdadera. Todos los delitos, todos los crímenes nuevos que se querian castigar estaban legalmente establecidos, y pues las penas estaban fijadas, se pensó en crear los tribunales y jueces encargados de aplicarlas. MM. Pasquier y Barbé-Marbois habian anunciado que los tribunales prebostales serian los encargados de la jurisdiccion de poner en obra la nueva legislacion. Si la redaccion del proyecto de institucion entraba en las atribuciones del ministerio de justicia, por otra parte estos tribunales, especie de juntas marciales en las que intervenia el elemento militar, se asemejaban bajo cierto punto de vista al ministerio de la guerra; dividióse el trabajo, las oficinas de la cancillería prepararon la ley, y el 17 de noviembre la presentó el duque de Feltre á la cámara de los diputados. Leyó el proyecto dividido en cinco títulos y cincuenta y cinco artículos, que consistia en establecer en la capital del departamento un tribunal prebostal compuesto de un preboste que tuviera al menos el grado de coronel, elegido entre los oficiales de tierra y mar, de un presidente y de cuatro jueces escogidos entre los miembros del juzgado de primera instancia de la misma capital. dicho tribunal debia proceder contra todo individuo, cualquiera que fuese su profesion, civil, militar ó cualquier otra que estuviera acusado, ya fuera de un crimen ó de un delito atribuido por las leyes anteriores á los tribunales especiales, ya por rebelion ó reunion sediciosa, ya por haber formado parte de una cuadrilla armada ó de haberle suministrado armas, municiones ó víveres, por haber enarbolado un signo de reunion ó una bandera que no fuera la blanca, publicado escritos, pronunciado discursos, ó proferido gritos que amenazaran á la persona del rey ó los miembros de su familia, escitando á los ciudadanos á armarse contra la autoridad real ó provocando su caida. Los robos y los actos de violencia calificados de crímenes por el código penal estaban sujetos todavía á la justicia de estos tribunales cuando habian sido cometidos ya por militares que se hallaron en activo servicio ó en situacion de reemplazo, ya por militares despedidos ó licenciados, pero estos últimos solamente durante el año siguiente á su licenciamiento ó á su destitucion. Todos los individuos sujetos á la justicia de estos tribunales detenidos entonces por hechos anteriores á la publicacion de la ley deberian comparecer de nuevo á su presencia. La instruccion de sumarios estaba confiada al preboste acompañado de un juez que hacia las veces de asesor, y la persecucion no solo tenia lugar en los casos de fragrante delito ó sobre la voz pública, sino que el preboste debia seguir todas las querellas ó denuncias privadas que recibiese ya directamente, ya por medio de todos los oficiales de policía judicial del departamento. En el caso de contestacion sobre la competencia del tribunal por uno de los detenidos, el juicio de esta declinatoria se remitia al mismo tribunal, con la condicion sin embargo de que cuando este declarase su competencia, someterse su decision á la audiencia del territorio, que pronunciaria cesando toda especie de sumario, el último fallo y sin recurso de nulidad. No solamente tenia el preboste la facultad de trasladarse donde quiera que le llamasen las necesidades de la instruccion, sino que el mismo tribunal con una sola peticion del preboste ó del procurador del rey podia trasladarse, tener juntas y juzgar en el lugar mismo del crimen ó del delito. Por último las sentencias dadas por estos tribunales eran definitivas, sin recurso de nulidad y ejecutivas á las veinte y cuatro horas.

A pesar de la multiplicidad de estas disposiciones y de la gravedad de las atribuciones conferidas á los hombres que componian estas comisiones semi-militares, era tanta la precipitacion de la cámara para poner esta arma terrible en manos del gobierno, que pocos dias bastaron para el exámen del proyecto en las oficinas y para el trabajo de la comision encargada de presentar su dictámen en la asamblea, en cuyo dictámen la comision no hacia mas que proponer insignificantes modificaciones, y que fué leido por Mr. Delamarre en la sesion del 1.º de diciembre. El 3 empezó la discusion, que terminó al dia siguiente. Los cincuenta y cinco artículos del proyecto habian sido adoptados casi sin oposicion, pero tuvo lugar un incidente que merece referirse. El artículo

(1) Es este el mismo Mr. Pasquier que secundado por el procurador general Hebért, ha restablecido en nuestros dias la criminalidad *por intencion*, con el título de *complicidad moral*, en un proceso reciente delante de la cámara de los pares (Causa de Dupoty).

(2) M. Deseze debia su grande y reciente fortuna á la eleccion que de el hicieron MM. Malesherbes y Tronchet, defensores de Luis XVI, para que los ayudase en sus defensas delante de la Convencion nacional.

16 limitaba el derecho de gracia á los reos que los tribunales prebostales habian recomendado á la clemencia del soberano. Mr. Hyde de Neuville tomó la palabra con calor contra esta restriccion monstruosa, pero en vano, pues la cámara dejándose arrastrar por el delirio impetuoso de que estaba dominada, rehusó al monarca el libre ejercicio de derecho de perdonar, el mas noble, el mas santo de cuantos posee la corona, y cuyo uso en ciertas circunstancias bastaria para salvar la memoria de un mal rey. Llevóse á efecto en seguida la votacion del conjunto del proyecto, que fué adoptado por doscientos noventa votos contra trece. Una circunstancia puede esplicar la rapidez de la discusion, y el corto número de miembros que rechazaron esta ley sangrienta; durante las dos sesiones consagradas á su discusion, á algunos pasos solamente del palacio en que deliberaban los diputados, procedia la cámara de los pares al juicio y á la condenacion del mariscal Ney.—¿Debemos añadir que el consejero de estado encargado, en nombre del gobierno, de sostener la discusion de la ley sobre los tribunales prebostales, y que combatió á favor de todas sus disposiciones, era un sabio ilustre, cuyo carácter, como sucede muy á menudo, era muy inferior á la inteligencia, un hombre de genio, débil de corazon, tímido por naturaleza, y ambicioso de honores y de distinciones, Jorge Cuvier?

Cualesquiera que fuesen la violencia y el rigor de las leyes ya votadas por la cámara, solo daban una satisfaccion incompleta á las pasiones y á la cólera del mayor número de sus miembros. Estas leyes eran á la verdad suficientes para la defensa y seguridad del nuevo órden político, pero al paso que garantizaban en el presente y el porvenir el castigo de los adversarios del trono, dejaban el pasado sin castigo. La debilidad es siempre cruel. Si á la vuelta de la isla de Elba, Napoleon, grande de corazon no menos que de inteligencia, seguro de la fuerza que le daban las simpatías populares, su patriotismo y su genio, hubiese despreciado las reflexiones y declarado que dejaba á la historia las infamias y las traiciones, causas de su primera caida, difícil hubiera sido que los realistas olvidasen con facilidad la jornada del 20 de marzo, su rápida dispersion y la precipitada fuga de sus príncipes, sucesos que acusaban demasiado abiertamente la incapacidad y debilidad política de este partido para no estar impaciente de vengarlos. Los diputados mas acalorados solicitaban tambien sin cesar de los ministros el castigo de los generales, de los administradores y hasta de los simples ciudadanos que tomaron parte en el patriótico esfuerzo de los cien dias, que sin la desercion de los generales Bourmont y Clouet en 15 de junio, y sin las faltas del general Drouet d'Erlon y de los mariscales Ney, Soult y Grouchy en 16 y 18, habria asegurado la caida de los Borbones y echado abajo la coalicion. Los ministros se espantaban al pensar en las venganzas reaccionarias. ¿Qué hechos se habian de castigar? ¿A qué atenerse para la designacion de los culpables? ¡El emperador tenia por cómplice á la Francia! El gabinete ocultaba su embarazo detrás del último artículo del decreto del 24 de julio, que declaraba cerrada la lista de los individuos susceptibles de ser perseguidos por hechos de revuelta ó de traicion anteriores al 27 de marzo, y prohibia toda persecucion contra cualesquiera personas por cualquier causa y bajo cualquier pretesto originada. Por una singular estravagancia, Fouche, siempre lijero é irreflexivo, habia redactado este decreto en términos tan contradictorios que apoyándose en él igualmente exigian los reaccionarios una nueva proscripcion legal: «El artículo 2 decide formalmente que las cámaras determinarán cuáles sean los individuos comprendidos en este artículo, que deben salir del reino ó ser entregados á la accion de los tribunales; luego estos individuos aguardan todavía la decision de la cámara, pero como no se le puede dejar en esta incertidumbre es necesario fijar su suerte.» Mr. de Labourdonnaie era uno de los mas ardientes promovedores de estas medidas; aburrido de las vacilaciones del ministerio y no pudiendo aguantar por mas tiempo, habia tomado la iniciativa, y desenvuelto en junta secreta el 10 de noviembre una proposicion cuyo objeto era estender y completar, bajo el estraño título de *amnistía*, las listas de proscripcion inscritas en el decreto del 24 de julio. Esta proposicion, tomada en consideracion por la cámara en su reunion del dia siguiente, decia en sustancia, «que se concederia amnistía á todos los que directa ó indirectamente habian tomado parte en la conspiracion del 1.° de marzo y en todos los hechos de rebelion que hubiesen tenido efecto en el intérvalo desde esta época hasta el 8 de julio, dia de la entrada del rey, esceptuando sin embargo: 1.° los titulares de grandes cargos administrativos y militares que habian constituido el gobierno de los cien dias; 2.° los generales, comandantes de plaza ó de cuerpos, y prefectos que se habian pasado al usurpador, y habian hecho enarbolar su bandera ó ejecutar sus órdenes; 3.° los regicidas que habian aceptado cargos del usurpador, ocupado asiento en las dos cámaras ó firmado el acta adicional. Los individuos comprendidos en las dos primeras categorías de escepcion debian ser inmediatamente arrestados y comparecer ante los tribunales, á saber: los militares, ante los consejos de guerra, y los magistrados, funcionarios públicos y simples ciudadanos, ante los tribunales competentes para ser juzgados y condenados á las penas prescritas por el artículo 87 del código penal (*la muerte*); los comprendidos en la tercera categoría, ó sea, los regicidas, debian ser igualmente arrestados y comparecer ante los tribunales competentes y condenados, *por gracia* á la deportacion (*muerte civil*); por último las rentas de los contumaces serian secuestradas y depositadas en la caja de las consignaciones sin poder ser devueltas á sus familias hasta despues de trascurrido el plazo fijado por la muerte presunta de los ausentes.

La cámara acogió igualmente tres proposiciones análogas presentadas por MM. Duplessis de Grenedan, de Bouville y de Germiny, enviándolas á la comision encargada de examinar la proposicion de Mr. de Labourdonnaie, compuesta de MM. Berthier de Sauvigny, de Villèle, Chifflet, Corbière, Humbert de Sesmaisons, Feuillant, Aldegonde, Pardessus y Jollivet, la que nombrando su relator á Mr. Corbière empezó inmediatamente su cometido. Apesar del secreto de que queria rodear á sus deliberaciones, aun con respecto al gobierno, llegaban no obstante algunos pormenores á ciertos salones políticos estendiéndose luego por fuera, abultados y exagerados unas veces por la cólera y otras por el miedo. Las escepciones propuestas por Mr. de Labourdonnaie condenaban á la muerte ó á la deportacion á mil ciento ó á mil doscientas personas (1), y se decia que ampliando todavía los comisarios las bases de la proscripcion, comprendian en ellas clases enteras de ciudadanos cuyos bienes muebles é inmuebles se confiscarian con el objeto de disminuir la parte de contribucion de guerra sobrellevada por los franceses que permanecieron fieles. Los proscritos, decian, no se contarán por centenares, sino por miles, y estos rumores introducian el terror y la desolacion en todas las familias: todos se creian amenazados si nó en su persona, al menos en alguno de los suyos. La inquietud se hizo tan general y poderosa que alcanzó hasta los miembros del gabinete, pero dominados estos por el levantamiento de los demás poderes públicos y por las pasiones que se agitaban á su alrededor, y absorvidos, á lo menos Mr. de Richelieu, por las discusiones del oneroso tratado del 20 de noviembre, que entonces se estaba negociando, guardaban silencio; en vano los representantes estranjeros, espantados de este delirio de venganza, instaban al presidente del consejo y á sus colegas para que se interpusieran entre la cámara y el resto de la poblacion, pues los ministros no se atrevian á pronunciarse: no parecia sino que esperaban para tomar una resolucion, la conclusion de los procesos, entonces pendientes, del conde Lavalette y del mariscal Ney, creyendo sin duda que la cámara, despues del sacrificio de estas dos nuevas víctimas, se mostraria sino satisfecha menos implacable. Hemos manifestado ya la emocion causada por las discusiones judiciales que condenaron á muerte al príncipe de la Moskowa, cuya sentencia, espedida durante la noche, no llegó á oidos del pueblo parisiense hasta la misma hora de la ejecucion; nadie habia pensado en un golpe tan rápido, en una caida de tan alto, por lo que la sensacion fué profunda, y si se esceptúan los realistas mas fanatizados, el espanto y el estupor dominaba á los habitantes de Paris en el dia 7 de diciembre. Advertidos Mr. de Richelieu y sus colegas de esta impresion, resolvieron aprovecharse de este suceso para proteger la proposicion de una ley de amnistía seria, y al dia siguiente 8, un mes despues del depósito de la proposicion de Mr. de Labourdonnaie, presentaron á la cámara desde la apertura de la sesion, un proyecto cuyos términos comparados con los de la proposicion eran efectivamente disposiciones de clemencia. Acompañó el gabinete con una especie de solemnidad esta medida, de la que se asegura que ningun diputado tenia la menor noticia; todos los ministros llegaron á la vez, y en medio de la sorpresa y del silencio de la asamblea fué cuando Mr. de Richelieu, despues de anunciar que acababa de darse un gran ejemplo de justicia severa, espuso los motivos del proyecto de ley. El lenguaje del primer ministro en esta esposicion tenia una violencia que contrastaba con el contenido de los artículos cuya lectura dió luego, y para las cuales segun se ha dicho, queria preparar una acogida mas fácil. Sea lo que fuere, estos artículos, en número de seis, decian en sustancia: «que se concederia una amnistía completa á los que directa ó indirectamente habian tomado parte en la rebelion y en la usurpacion de Napoleon Bonaparte; que seria ejecutado sin embargo el decreto del 24 de julio anterior con respecto á los individuos comprendidos en el artículo 1.° (2).

(1) Un escritor contemporáneo asegura que, segun cálculos hechos en las oficinas del ministerio de policía, ascendia este número á mas de 1.100 individuos.

(2) Este artículo ordenaba su arresto y comparecencia ante los consejos de guerra.

que los designados por el artículo 2.° debian salir de Francia en el término de dos meses, y no podrian volver á entrar en ella sin espreso consentimiento del rey; que todos los miembros ó aliados de la familia Bonaparte y sus descendientes hasta el grado de tio y sobrino inclusive, quedaban escluidos perpetuamente del reino y no podian poseer en él bienes, rentas ni pensiones; que la amnistía no comprendia á los individuos contra los cuales hubiese recaido sentencia ó principio de sumario; que estos sumarios se continuarian y se ejecutarian las sentencias, y por último que quedaban tambien escluidos los crímenes y delitos contra los simples particulares.»—«Señores, esclamó Mr. de Richelieu al concluir, esta amnistía no es nueva en nuestros anales, pues Enrique IV, cuya memoria nos es tan grata, concedió una semejante en 1594, con la que salvó á la Francia!» Prolongados aplausos acogieron esta invocacion en nombre del primer rey de la familia de Borbon; pero pasajera como todas las emociones á que se dejan arrastrar las asambleas numerosas, sobrevivió esta ruidosa aprobacion á las palabras que la habian motivado, pues en la tarde del mismo dia la inmensa mayoría de los diputados criticaban furiosamente el proyecto ministerial, y estrañaban que un ministerio realista se hubiese atrevido á presentarlo. Los ministros se ceñian efectivamente á legalizar, por decirlo asi, los hechos consumados y limitaban la investigacion de los hechos pasados á las pesquisas ya empezadas, añadiendo tan solo á las medidas de venganza escritas en el decreto del 24 de julio la proscripcion de la familia imperial, disposicion en la que no habia pensado siquiera Mr. de Labourdonnaie y que no era mas que el resultado de una demanda formal dirigida al gabinete de Luis XVIII por los ministros estranjeros. Mr. de Richelieu habia esperado conciliar el proyecto con la benevolencia de la cámara por este rigor inesperado; pero los diputados no lo tuvieron en cuenta, porque les parecia que este sacrificio era la consecuencia natural y lógica de la victoria de Europa y del restablecimiento del trono, y cuando en su reunion secreta del dia siguiente, 9 de diciembre, procedió la asamblea á la eleccion de la comision, nombró los comisarios ya encargados de examinar la proposicion de Labourdonnaie. La comision á su vez conservó á Mr Corbière en su cargo de relator.

Mr. Corbière, abogado de Rennes, era plebeyo, y su nombre aparece por primera vez. Este diputado y otro miembro de la comision, Mr. José de Villele, oscuro hidalgo gascon, estaban destinados á ejercer grande influjo en el nuevo gobierno. Uno y otro habian entrado desconocidos enteramente en la cámara y formaban parte de un grupo bastante numeroso de letrados ó de funcionarios de segundo órden, que dejando á sus cólegas con títulos, grandes propietarios, magistrados, y oficiales generales ó cortesanos, las distinciones, los honores y las distracciones ruidosas, se esforzaban en conquistar una posicion política con las discusiones de las oficinas y el trabajo de las comisiones. Dotados de una perseverancia inteligente y versados en el conocimiento de las leyes y de los pormenores de la administracion pública, pronto habian adquirido sobre sus colegas la influencia que acompaña á los hombres laboriosos y á los espíritus activos y prácticos. Soldados en otro tiempo oscuros y casi despreciados del ejército realista, habian de llegar á ponerse á su cabeza; pero debemos confesar que militó muy á favor suyo la ignorancia que tenian de las costumbres de las asambleas deliberantes, de las reglas del gobierno constitucional y aun del lenguaje parlamentario, la multitud de antiguos emigrados ó de notabilidades nobiliarias de provincia que poblaban la cámara; siendo tan profunda esta ignorancia en los primeros dias de la legislatura que raras veces se pasaba una sesion sin que algunos de estos diputados cayesen en los mas estraños errores cuando se suscitaban las cuestiones de prioridad, de órden del dia, de enmienda ó de subenmienda. Muchas veces no comprendian la significacion precisa de un voto de cuestion previa, y decian *sí* cuando querian decir *no*, pero de todos modos no se cuidaban de otra cosa que de reconstituir la monarquía y vengar en los hombres de la revolucion y de los cien dias la caida del antiguo régimen y el destierro de Gante. Bajo este punto de vista la comision representaba fielmente las pasiones del mayor número de diputados; el exámen de la proposicion ministerial fué tambien para sus miembros un negocio de pura forma; pues se limitaron á emprender de nuevo y completar el primer trabajo, ya casi acabado cuando Mr. de Richelieu habia presentado su ley: el 27 de diciembre Mr. Corbière leyó en la cámara su dictámen, que era una especie de informe muy estenso en que la trivialidad de las espresiones rivalizaba con la vulgaridad de los pensamientos, y en que el autor se esforzaba en ocultar bajo palabras llenas de moderacion, las doctrinas mas violentas. Mr. de Richelieu, cuyos conocimientos históricos no eran superiores á los que poseen los jóvenes de colegio y los hombres de mundo, habia querido poner la obra ministerial al amparo de Enrique IV, nombre que, por la autoridad de algunos versos de Voltaire, invocaba el partido realista como un símbolo de clemencia, pero Mr. Corbière, bibliomaniaco apasionado que poseia bastantes conocimientos, quitó al proyecto de los ministros este patrocinio diciendo «que si Enrique IV habia publicado efectivamente una amnistía en 1594, no debia olvidarse que cinco años despues de su advenimiento al trono (1589) habian precedido á esta amnistía muchos destierros y condenas.» Dió á conocer luego las enmiendas introducidas por la comision, cuyo análisis es el siguiente: la comision conservaba los dos primeros artículos del proyecto ministerial, admitia igualmente el tercero que establecia que los treinta y ocho individuos comprendidos en el artículo 2 del decreto del 24 de julio estarian obligados á salir del reino en el término de dos meses, pero añadia á esta pena la privacion de todos los bienes, títulos y pensiones que se les hubieran concedido á título gratuito; el artículo 4.° del proyecto enmendado esceptuaba además de la amnistía: 1.° á los cómplices de la vuelta de Napoleon á Francia; 2.° los individuos que habian aceptado de él antes del 23 de marzo, los cargos de ministro ó de consejero de estado, y á los prefectos que le habian reconocido antes de la misma época; 3.° los mariscales y generales que se habian declarado á su favor antes de su entrada en Paris, 4.° los generales que habian combatido contra los ejércitos reales. No solamente debian ser perseguidos y castigados conforme á las leyes los individuos comprendidos en estas escepciones, sino que los agentes del tesoro que intervenian en cada persecucion debian reclamar además de cada reo indemnizaciones para sufragar el pago de las contribuciones estraordinarias de guerra. Los miembros de la familia imperial y su descendencia, escluidos para siempre del reino, perdian todos los derechos civiles, no podian conservar en él bienes de ninguna especie, obligándoles á vender en el término de seis meses las propiedades de toda clase que pudieran poseer, y debian salir de Francia en el término de un mes, bajo pena de la vida. Por último los regicidas que habian aceptado un empleo durante los cien dias, ó firmado el acta adicional, condenados tambien á la esclusion perpetua, debian abandonar la Francia en el término de un mes, bajo pena de deportacion, y perdian todos los derechos civiles, y los bienes, honores y pensiones concedidos por título gratuito.

Cuando Mr. Corbière hubo salido de la tribuna, precipitáronse hácia la mesa del presidente un gran número de diputados para ponerse en el número de los que querian hablar en la discusion. Mientras los secretarios escribian los nombres (1), una multitud de voces salidas de todos los ángulos del salon, pedian que desde el dia siguiente se abriera la discusion, pero algunas observaciones del presidente lograron aplazarla para el 2 de enero.

Si el proyecto de ley presentado por Mr. de Richelieu habia calmado momentáneamente las alarmas causadas por la proposicion de Mr de Labourdonnaie, y que muy pronto se habian estendido de Paris por todo el reino, renováronse con mayor ímpetu cuando se tuvo noticia de las enmiendas propuestas por la comision. Los comisarios habian tomado de Mr. de Labourdonnaie una parte de sus categorías, á pesar de que el círculo de sus escepciones era todavía bastante estenso para comprender en él á un buen número de personajes políticos unidos al nuevo régimen: Mr. Molé, entre otros, miembro de la cámara de los pares y consejero de estado el dia siguiente al 20 de marzo, que habia creido sin duda hallar un seguro abrigo contra toda postrer investigacion con su voto de muerte en el proceso del mariscal Ney; el duque de Gaeta (Gaudin), miembro tambien de la cámara de los diputados y ministro de hacienda el 21 de marzo, y finalmente el conde Corvetto, ministro de hacienda y consejero de estado, despues del 20 de marzo, como Mr. Molé. Por estos ejemplos se puede juzgar de la posicion y del número de individuos que en 2 de enero, al abrirse la discusion, temblaban por su fortuna, su vida ó su libertad (2).

Esta discusion ocupó cinco sesiones, de las cuales las cuatro primeras fueron consagradas al exámen general de la ley; MM. de Bolderu, de Labourdonnaie, Blondel d'Aubers, de Castelbajac, de Bouville, Pardessus, de Sallaberry, Chifflet y Feuillant se declararon abiertamente á favor de las enmiendas de la comision: «Seguireis las instrucciones precisas de vuestros comitentes, dijo Mr. de Bolderu; no dareis oido á los sofismas, á la filantropía funesta que no es mas que una impostura en boca de vuestros enemigos; vacilar en el castigo seria una falta, pues las enmiendas de la comision satisfacen todas las objeciones razonables.» —«La divina Providencia, siempre augusta en sus decretos y profunda en sus designios, esclamó Mr. de Labourdonnaie, pone por último en

(1) El número de diputados inscritos en esta sesion ascendia á 54.

(2) Una lista formada por el ministro de policía, y puesta á la vista de Luis XVIII, contenia los nombres de las personas comprendidas en el proyecto de la comision, cuyo número ascendia á 850

vuestras manos á los asesinos de vuestros reyes y de vuestras familias, á los eternos opresores de la libertad francesa, como si la suprema justicia los hubiera guardado, despues de todos nuestros desastres, para probar de una manera irresistible la vanidad de la prudencia humana y la perfidia de los corazones sin remordimientos. Estos hombres, hoy dia vencidos y desarmados, invocan una generosidad que no conocieron nunca, reclaman el olvido de un pasado siempre presente en su memoria, exigen la amnistía de la carta para crímenes que son posteriores á ella, como si las maldades debieran quedar impunes para siempre, como si el augusto perdon que las cubria, parecido al sello de reprobacion que estampó el Eterno en la frente del primer fratricida, suspendiera la justicia de los hombres para reservarles los castigos eternos. Pero no: los remordimientos de Caín no inquietan á estos empedernidos corazones, colmados de honores y de riquezas, y con las puertas de sus palacios atestados de esclavos; un partido numeroso, formidable en su conjunto, y peligroso por su ciega rabia, pide con impaciencia la señal de la revuelta; y vosotros, magistrados pusilánimes, legisladores sin prevision; ¡contemplareis sin castigarles los tumultos de estos hombres que son el oprobio de la nacion! Solamente tirando una línea que separe al crímen de la debilidad, conseguireis colocar de nuevo á la nacion al rango de que ha descendido. Los ministros solo tienen que acusarse ya de su demasiada lentitud é indulgencia, y yo espero que esta cámara, elegida por la nacion, esperanza de todos los verdaderos franceses, no se reunirá para presenciar nuevas desgracias, sino que con su energía sabrá prevenirlas.» Mr. de Labourdonnaie al concluir se contentó con apoyar las enmiendas de la comision. Mr. de Bouville se mostró menos complaciente, acusando la poca actividad de los comisarios. «Si desconociese la firme perseverancia, dijo, con que ha conducido sus trabajos la comision, creeria que se habia dejado llevar por este contagio de debilidad que parece ser el fruto de la época en que nos hallamos, porque al examinar las escepciones que ha fijado, me pregunto, ¿qué escusa puede disimular el crímen de los que se han agrupado en torno del usurpador despues de su llegada, de los administradores que le ofrecieron en tributo la provincia de la que debian dar cuenta al rey, y de todos los generales y oficiales que teniendo las armas del rey las pusieron al servicio de Bonaparte?» — «No basta decir que la debilidad es el carácter de nuestra época, añadió otro de los miembros, sino que es mas bien una profunda indiferencia tanto para el bien como para el mal. ¿No hemos visto á ciertos hombres cómplices del 20 de marzo, no solamente afirmar, sino creer verdaderamente que podian ser inocentes?»

MM. de Germiny, Simeon, Ganilh, Royer-Collard, de la Maisonfort, Dufort (Gironda), Colomb (Altos-Alpes), Michelet (Creuse), Pasquier y de Serre, rechazaron las enmiendas de la comision y votaron por el proyecto de ley tal como lo habian presentado los ministros. No atreviendose, sin embargo, á combatir de frente las doctrinas de sus adversarios, censuraban de cada enmienda su aplicacion y sus pormenores mas bien que su principio, hacian resaltar la vaguedad de esta complicidad en la vuelta de la isla de Elba, que deja una gran parte al arbitrio, y la contradiccion é injusticia de las disposiciones que declaraban inocentes ó culpables á ciertos actos, segun habian sido cometidos en la tarde ó en la mañana, y por último clamaban con fuerza contra las indemnizaciones que en cada proceso debian exigir los agentes del erario público en beneficio del estado, porque tales indemnizaciones á su modo de ver eran el restablecimiento de la confiscacion. Mr. Royer-Collard, hombre de carácter elevado y realista por conviccion, pronunció sobre el particular algunas palabras llenas de verdadera elocuencia. «No hemos olvidado todavia, dijo, que las confiscaciones son el alma y nervio de las revoluciones; porque despues de confiscar porque se ha condenado, se condena para confiscar. (*Murmullos.*) Hablo del pasado, no del presente. La ferocidad se sacia, la sed de riquezas no se apaga nunca. Las confiscaciones son tan odiosas, que la revolucion misma en varias circunstancias ha devuelto los bienes á los condenados. Los grandes culpables por otra parte han sufrido ya la pena capital; y ¿estarán ahora al abrigo de la confiscacion, ó tambien les alcanzará? Hacedlos salir en este caso de la tumba y llamadles ante los jueces para que oigan de sus labios esta condenacion que no se les habia notificado. Señores, la amnistía llena los deseos de la nacion (numerosas voces: *no, no.*) El rey la ha prometido, y no puede ser retractada sin peligro, y mas todavía sin afrenta. El perdon real prometido ó propuesto es el perdon mismo, y si la cámara lo altera, grande será su responsabilidad ante la Europa y la posteridad.» — «El párrafo relativo á las correspondencias con la isla de Elba abre un campo espantoso, si no á la justicia, al menos á las pasiones, dijo á su vez Mr. Michelet. El usurpador tenia consigo unas mil quinientas personas, y suponiendo que cada una de ellas hubiese escrito á otras cuatro solamente en Francia, hé aquí por consiguiente seis mil personas que deben temer por su tranquilidad. La segunda categoría comprende á los que aceptaron los cargos de ministros ó de consejeros de estado antes del 23 de marzo; por manera que el que lo aceptó el 22 por la noche es desde luego culpable, al paso que se encuentra inocente el que no lo aceptó hasta el 23 por la mañana, bastando por consiguiente el intervalo de dos horas para decidir de la culpabilidad.» — «Además, el prefecto que colocado á poca distancia de Paris habrá obedecido á Bonaparte el 22, añadió Mr. Pasquier, será culpable, mientras que el que colocado en las estremidades del reino, se habrá declarado el 24 ó 25, á la primera noticia, acaso sin ser invitado, se hallará inocente! ¿Por qué por otra parte se ha de tratar con menos rigor á los generales que á los funcionarios civiles? Estos solo se consideran absueltos desde el 23, y los primeros son amnistiados despues del 20; es lo contrario de lo que deberia ser.»

El principal objeto de las escepciones de la amnistía era alcanzar y castigar á los autores y los supuestos cómplices de la vuelta de la isla de Elba, suceso de fecha reciente, y del que habia sido testigo la Francia entera; podíase creer por consiguiente que nadie ignoraba que la marcha triunfal de Napoleon desde el golfo Juan hasta Paris era la obra esclusiva del pueblo de las aldeas y de las ciudades, de los subtenientes y de los soldados. Pero son tales muchas veces los errores ó las ilusiones de los contemporáneos con respecto á los hechos acaecidos á su vista, que todos los oradores que hablaron sobre la ley de amnistías, ora estuviesen en contra ó á favor de los rigores solicitados por la comision, estuvieron de acuerdo para hacer pesar la responsabilidad de la jornada del 20 de marzo sobre los altos funcionarios militares y civiles, y sobre los miembros de las dos cámaras de los cien dias, estos es, sobre los hombres precisamente que lejos de haber preparado ó sostenido este patriótico esfuerzo, le habian estorbado y luego anulado con la traicion. Aprovecháronse estos de la ceguedad general, engañada por la loca cólera de los realistas, y la opinion pública saludó por largo tiempo como intrépidos defensores del honor nacional y de la independencia francesa á una multitud de cobardes ineptos y de traidores, que despues de haber precipitado del trono á Napoleon, entregaron luego Paris y la Francia al enemigo, y aun hoy dia, despues de treinta años, no se ha disipado todavia completamente este error.

El 3 de enero cerró la cámara la discusion general, y envió de nuevo el estracto del relator al dia siguiente, á pesar de las reclamaciones de Mr. Domingon de Bronsac, que pedia que la asamblea no se reuniese el dia 6, por ser el dia de Reyes, «fiesta que él habia celebrado en los calabozos en presencia de los feroces tiranos del 93.» Por los murmullos que desde el principio de los debates habian escitado la mayor parte de las censuras dirigidas contra las enmiendas de la comision, por los aplausos que habian animado á los oradores partidarios de las categorías, era fácil prever que Mr. Corbière mantendria sus primeras conclusiones. El relator correspondió á las esperanzas de los reaccionarios mas fogosos, y en vano los tres miembros del gabinete mas favorablemente escuchados por la cámara, MM. de Vaublanc, Decazes y Dubouchage, invocando á la vez la palabra del rey en la proclama de Cambray y en el decreto del 24 de julio, y su voluntad personal manifestada formalmente, solicitaron sucesivamente la adopcion pura y simple del proyecto ministerial. M. Corbière no hizo concesion alguna, y declaró que la comision persistia en sus enmiendas. Los ministros resolvieron tentar el último esfuerzo, y Mr. de Richelieu inmediatamente despues del estracto del relator, se levantó, pidió al presidente la suspension de la sesion, y abandonó la sala seguido de MM. Decazes y Vaublanc.

Este incidente llevó á su colmo la emocion que dominaba á los numerosos espectadores que habian asistido á esta sesion. Las tribunas se hallaban materialmente llenas; una multitud de personas unidas por amistad ó por parentesco á los generales y á la masa de funcionarios de todas clases, amenazados por las enmiendas de la comision, aguardaban con una ansiedad cruel la suerte reservada á sus parientes ó á sus amigos, inquietud que no era menos viva en una parte de la cámara.

Hasta entonces no habia existido en la asamblea mayoría ni minoría propiamente dichas, porque todos los proyectos de ley precedentes habian obtenido casi la unanimidad de votos. Además por mayoría ó minoría se entiende comunmente la reunion de los diputados que sostienen ó combaten un gabinete, y la lucha en estas circunstancias no se habia empeñado entre el ministerio y una oposicion cualquiera que fuese, sino entre los ministros y los miembros de la comision, pues unos y otros seguian la misma política y reclamaban con el mismo título la confianza de la asamblea. Por esto solo, á pesar de que trataban de poner

límites á las pasiones que ellos mismos habian exaltado, acaso los ministros se hubieran encontrado sin apoyo, si dos causas, la presion moral ejercida de fuera á dentro de la cámara y el temor, no les hubiesen proporcionado ausilios inesperados. Ciertos diputados, conmovidos por las alarmas esparcidas hasta las personas con quienes vivian, y solicitados para rechazar los rigores de la comision, habian concluido por pensar que esta iba efectivamente un poco lejos; un mayor número, antiguos funcionarios de la república ó del imperio, posesores de bienes nacionales ó firmantes del acta adicional, se espantaban al pensar en una investigacion que remontándose á los hechos de los veinte y cinco ultimos años, llegaria paulatinamente á alcanzarles á ellos mismos en su posicion y en su fortuna. Hasta entonces estos diputados para ocultar su pasado, habian figurado débilmente, como ha podido observarse en algunos, entre los reaccionarios mas diligentes y fogosos. El sentimiento del interés personal los habia calmado de repente; y dando á su egoismo y á sus temores el nombre de moderacion, proclamaban todos, desde la proposicion Labourdonnaie, la necesidad de una nueva política de concordia y de olvido. Estos individuos no estaban menos impacientes por conocer el resultado del incidente que acababa de tener lugar.

Mr. de Richelieu y sus dos cólegas volvieron al cabo de una hora; y subiendo al momento el primer ministro á la tribuna, dice que acaba de dar cuenta al rey de la discusion y de tomar sus órdenes; que el rey movido por escrúpulos, y por el profundo amor á la justicia que animaba á la cámara, acepta la enmienda de la comision relativa á la privacion de honores, bienes ó pensiones concedidas por título gratuito á los treinta y ocho individuos comprendidos en el artículo 2 del decreto del 24 de julio; que consiente igualmente en sustituir, en el artículo relativo al destierro de la familia Bonaparte, la palabra descendientes á la de hijos, que acaso es demasiado restrictiva, pero que estas son las únicas concesiones que el rey puede admitir, que rechaza absolutamente todas las demás escepciones de la amnistía, inclusa la de los regicidas y el principio de las indemnizaciones. En cuanto á los regicidas dice: «No es en la tierra donde deben buscarse las razones que deciden al rey á rehusar que se les espulse por siempre del reino, sino en la voluntad del rey mártir, que se consolará en su tumba con el perdon que en su nombre les concedereis. Esta clemencia no está al alcance de todas las voluntades humanas, está prescrita por Dios, que ha dado de ella tantos ejemplos al mundo. Séame permitido, añadió al concluir, advertiros que de una ley de gracia no hagais una causa de discordia, y valiéndome de vuestras propias espresiones, haced que despues del diluvio de males que ha inundado á nuestra desgraciada Francia, aparezca esta ley en nuestro horizonte público como un signo de reconciliacion y de salud para todos los franceses.»

Procedióse inmediatamente á la votacion de los artículos, cinco de los cuales, que reproducian las disposiciones del proyecto ministerial, fueron adoptados por una considerable mayoría con los cambios consentidos por el rey; el sesto establecia que la amnistía no comprenderia á los crímenes y delitos cometidos contra los particulares. Mr. Trinquelague, abogado general, cuyo nombre hemos tenido ocasion de pronunciar muchas veces, tuvo la audacia increible de proponer que se no comprendiesen, entre los delitos y crímenes de esta naturaleza, los hurtos, los robos y los asesinatos que por espacio de cinco meses habian sucesivamente desolado y ensangrentado á Marsella, Aviñon, Nimes, Uzes y Tolosa: «Podríase abusar de los términos generales del artículo, dijo, contra los fieles realistas del mediodía que han dejado arrastrarse á algunos escesos.» Esta proposicion de amnistía á favor de los asesinos del mariscal Brune, de los generales Lagarde y Ramel y de los protestantes de Vaucluse y del Gard, fué rechazada por Mr. Decazes con el mayor acaloramiento: «La amnistía se refiere á los crímenes relativos á la rebelion y á la usurpacion de Bonaparte y no á otros delitos, esclamó el ministro de policía; estender sus efectos á otros culpables seria hacer creer que la causa real cuenta asesinos y ladrones entre sus defensores. Rechazareis sin duda esta horrible suposicion, y pensareis por el contrario que si se encontraran semejantes miserables en sus filas, seria preciso no reconocerlos.» La enmienda fué rechazada. Venia luego el artículo que establecia las categorías propuestas por la comision; este era todo el objeto del debate: la ley entera, la libertad, la fortuna y la vida de una multitud de ciudadanos dependia del voto que iba á emitir la cámara; Mr. Duvergier de Hauranne pidió la cuestion previa (1), y como la adopcion de esta cuestion llevaba consigo la inadmision implícita de esta enmienda, anunció el presidente que iba á leerse. El mas profundo silencio reinó de repente en toda la sala; por todos los bancos y tribunas se estiende una especie de temblor; Mr. Lainé consulta á la cámara, levántase la mitad para la adopcion, el resto vota en contra, la mesa declara dudosa la prueba, procédece al escrutinio, cuya operacion se hace lentamente y va tomando un carácter mas solemne á medida que toca á su fin, todas las miradas se clavan con avidez en las urnas, cuentanse los votos y se encuentra por resultado ciento ochenta y cuatro bolas blancas y ciento setenta y cinco negras; y queda por consiguiente adoptada la cuestion previa por una mayoría de nueve votos. Algunos diputados, pálidos de miedo, no pudiendo contener su alegría, prorrumpen por la sala en gritos de *viva el rey* (1).

Procédese luego á la enmienda siguiente de la comision, relativa á las indemnidades estipuladas á favor del tesoro público, que es vivamente apoyada por Mr. Clausel de Coussergues como conforme al voto de la mayor parte de los colegios electorales: «Nuestras funciones tienen por objeto principal alijerar al pueblo de las cargas que se le pueden quitar, dijo; se nos opone la voluntad del rey, pero ¿puede acaso S. M. mostrarse mas escrupuloso que San Luis, Enrique IV y sus ilustres antepasados que tanto confiscaron?»—«La carta prescribe las confiscaciones, y la cámara no querrá reproducirlas bajo otro nombre, replicó Mr. de Serre; no irá á apoderarse de la propiedad de otro valiéndose de un artificio mas digno de un teatro que de una numerosa asamblea. Sea pobre el tesoro, pero puro; despreciad los miserables despojos, señores, despreciadlos.....»

—«Sí, dejad el dinero á los ladrones....» grita con toda la fuerza de su voz un ministro interrumpiendo á Mr. de Serre. Los murmullos de aprobacion que acogen esta salida parecen probar que la enmienda ha adquirido una considerable mayoría. Aparece en la tribuna Mr. de Vaublanc. «Os suplico, señores, dice el ministro del interior, que no delibereis en este momento, porque tal vez se llegue mas tarde á lo que deseais.» Esta promesa inquietó á muchos miembros, el presidente consultó la cámara sentado ó en pié, y las dos pruebas fueron dudosas: votóse por escrutinio, y fué rechazada por una mayoría de algunos votos.

Quedaba la disposicion relativa al destierro perpetuo de los regicidas, cuya adopcion reclamó Mr. de Béthisy en un largo discurso en que dijo que si el rey, á ejemplo de su abuelo, «ese diablillo de adorable memoria (2)» sentia la necesidad de perdonar, la cámara tenia otros deberes y el primero era el de castigar. «Ciertamente, señores, añadió al terminar su discurso, debe costarnos mucho ponernos un momento en contradiccion con los deseos del rey, nosotros que tantas pruebas le hemos dado de fidelidad, de sumision y de amor y que hace veinte y cinco años que nuestra divisa de union es: Vivir por el rey y por el rey morir! Pero señores, no olvidemos nunca el tema de nuestros padres: Dios, el honor y el rey! y si el inflexible honor nos obliga á separarnos un instante, si descontento de ver contrariada por sus fieles servidores su real clemencia, apartara un momento de nosotros su mirada de bondad, digamos como los habitantes del oeste, como estos nobles soldados del trono y del altar *viva el rey, apesar de todo.*» Ya fuese que los ministros y la débil mayoría que acababa de sostenerlos, satisfechos del doble resultado obtenido, no se aventurasen á tentar una tercera prueba, ó mas bien que la cámara no contase miembros interesados personalmente en la cuestion, ó que el soberano y los consejeros no se opusiesen á la enmienda tanto como parecian indicarlo sus declaraciones oficiales, lo cierto es que nadie se opuso á Mr. de Béthisy, y el artículo fué adoptado inmediatamente casi por unanimidad de votos en medio de los aplausos de la asamblea. Tres diputados se levantaron solamente en la contraprueba, pero no atreviéndose á hacer valer su opinion, motivaron su voto diciendo: «por respeto á la voluntad del rey!» procedióse luego al escrutinio para el conjunto de los artículos, y quedó adoptada la ley por trescientos treinta y cuatro votos contra treinta y dos.

Tres dias despues (9 de enero), Mr. de Richelieu y sus colegas presentaban la ley de amnistía á la cámara de los pares, y por una contradiccion que solo puede esplicar el temor de ver pasar de nuevo esta ley, objeto de tan animados debates, á la cámara de los diputados, al

(1) Esto es, la declaracion de que no tenia lugar la deliberacion del artículo y de que la cámara pasaba á la discusion del artículo ó de la enmienda siguiente. Cuando la asamblea rechazaba la *cuestion previa*, continuaba el debate sobre la enmienda ó el artículo que se discutia.

(1) Muchos contemporáneos afirman que la admision de las categorías se debió al error de muchos diputados que engañados sobre la significacion exacta del voto, pusieron una bola blanca en la urna, creyendo votar la adopcion de la enmienda de la comision.

(2) Alusion al tercer verso de este canto entonces en boca de todos los realistas, que fué transformado, mientras duró la restauracion, en canto nacional: *¡Viva Enrique IV!* etc.

esponer los motivos el primer ministro, justificó todas las enmiendas que habia introducido y que el mismo habia rechazado con tanta energía. Los pares no deliberaron, sino que adoptaron la ley, sin moverse de su asiento; inmediatamente despues de haber oido su lectura, y continuando luego su sesion, discutieron una resolucion adoptada por la cámara de los diputados, el 28 de diciembre anterior, á propuesta de Mr. de Sosthène de La Rochefoucault, y que decidia «que el 21 de enero de cada año fuese un dia de luto nacional, y que en espiacion del crímen de este desgraciado dia, en una de las plazas de Paris, en nombre y á costa de la nacion se elevase una estatua al rey mártir con esta inscripcion: «La Francia libre á Luis XVIII.» MM. de Chateaubriaud, Deseze y de Lally-Tolendal se entregaron en esta ocasion al dolor mas profundo. Despues de haber anunciado que habia sido trazado por el el programa de la fiesta espiatoria celebrada el 21 de enero del año anterior, señaló Mr. de Chateaubriand en la ley propuesta una omision que le parecia importante: «No se ha distribuido equitativamente el tributo de nuestras lágrimas, esclamó, porque se ha olvidado al rey niño, al jóven rey mártir que cantó las alabanzas del Señor en el horno ardiente y cuyo reinado, corto en la historia, ha sido largo por el dolor; del real pupilo puesto bajo la tutela del verdugo, que podia decir como el heredero de David: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me*. (Mi padre y mi madre me abandonaron.) ¿Donde está? ¿dónde podria yo dirigirle la terrible y demasiada conocida pregunta: Capet, ¿duermes acaso?—Levántate. Se levanta, señores, rodeado de toda su celeste gloria y os pide una tumba!» Aludiendo en seguida á la ley de amnistía tan precipitadamente votada por la camara al principiarse la sesion, y á la disposicion relativa á los regicidas, añadió el orador hablando de los últimos: «He aquí, señores, los recuerdos de los cuales nunca derramaremos bastantes lágrimas, hé aquí los atentados que nunca los hombres sabrán espiar debidamente. ¡Maldicion sobre los malvados que nos obligan en la actualidad á tantas reparaciones infructuosas! La Francia rechaza por último á los hombres que á su vez han rechazado una amnistía sin ejemplo y que han desconocido á su segundo padre (Luis XVIII). Su furor (la aceptacion de cargos en los cien dias ó el haber firmado el acta adicional) ha borrado la cláusula del testamento que les amparaba; la justicia ha vuelto á recobrar sus derechos, y el crimen ha dejado de ser inviolable.» La cámara adoptó la creacion de un monumento en honor de Luis XVII. Mr. de Lally-Tolendal solicitó el mismo homenaje para madama Isabel, hermana de Luis XVI, y Mr. de Mortemart hizo una demanda semejante para la reina María Antonieta. Todas estas proposiciones, adoptadas por los pares, fueron acogidas al momento por la cámara de los diputados, que luchando en emulacion decidió á su vez, á propuesta de Mr. Hyde de Neuville, que el duque d'Enghien tuviese tambien su aniversario y una tumba. Difícil seria formarse una idea de la exageracion de dolor á que dieron márgen estas decisiones; un diputado dijo «que todos los franceses eran unos monstruos por haber permitido que se cometieran estos atentados y por haberles sobrevivido.»

Las lágrimas, a las que apelaban frecuentemente los oradores que hablaron durante estas votaciones, no fueron siempre simples metaforas, porque brotaron positivamente de los ojos de todos los miembros de la cámara de los diputados, al escuchar la lectura de un documento comunicado por Mr. Decazes á esta asamblea, con las siguientes circunstancias.

Despues de la jornada del 9 de termidor, la convencion habia ordenado el embargo de los papeles de Robespierre y confiado su exámen al representante Courtois, uno de sus miembros. Vagos rumores anunciaban que este depósito de piezas habia puesto en sus manos documentos importantes. Comprendido en la categoria de los regicidas desterrados por la ley de amnistía, disponíase este antiguo convencional á abandonar la Francia, cuando la policía, advertida por los rumores de que acabamos de hablar, mandó practicar en su casa dos visitas domiciliarias, que dieron por resultado muchos descubrimientos de cierto interes histórico, y entre otros el de una carta escrita por la reina María Antonieta en el mismo dia de su ejecucion á su hermana política la princesa Isabel. Envióse esta carta a Mr. Decazes, que el 22 de febrero acude á la cámara, sube precipitadamente y anuncia con una voz interrumpida por los sollozos, que está encargado de parte del rey de hacer una comision cuyo objeto enternecerá vivamente los corazones. Preparase una escena inutil y que no puede aumentar el interes que inspira siempre un grande infortunio noblemente soportado, porqué ¿que preparacion necesitaban las supremas palabras de una mujer jóven, hermosa, amante, caida de la cumbre de las grandezas al pié de un cadalso; reina que habia pasado su vida rodeada de indignas intrigas, hostilidades de corte, y á la que habian perseguido aun mas allá de la tumba, las mas odiosas calumnias, inventadas y propagadas entre la muchedumbre por la envidia y el despecho de los principales miembros de la familia de su esposo? Enviada seguramente por los guardias de la Consergería al comité de salvacion pública y remitida probablemente á Robespierre, el miembro mas influyente, esta carta, comunmente designada con el título de «Testamento de la Reina,» estaba concebida en estos términos:

«16 octubre de 1793, á las cuatro y media de la mañana.

«A vos, hermana mia, os escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, nó á una muerte afrentosa, porque solamente lo es para los criminales, sino á ir á reunirme con vuestro hermano.

»Inocente como él, espero tambien demostrar la misma firmeza que manifestó en sus últimos momentos. Estoy tranquila, como lo está el que de nada le acusa la conciencia. Tengo un profundo sentimiento de abandonar á mis pobres hijos, pues no ignorais que solo vivia para ellos y para vos, mi buena y tierna hermana, vos que por amistad lo habeis sacrificado todo para estar con nosotros; mas ¡en qué estado os dejo!

»Por el mismo informe del proceso he sabido que mi hija estaba separada de vos. ¡Ay! ¡pobre niña! No me atrevo á escribirle, á pesar de que tampoco recibiria mi carta, pues no se aun si esta llegará á vuestras manos.

»Recibid aqui para ellos mi bendicion. Espero que algun dia, cuando sean mayores, podrán reunirse con vos y gozar por entero de vuestros cuidados. Que piensen siempre en lo que no he cesado de inspirarles, que los principios y el cumplimiento exacto de sus deberes son la primera base de la vida, y que en su amistad y en su mutua confianza hallarán la felicidad.

»Que conozca mi hija que por su mayor edad, debe ayudar siempre á sus hermanos con los consejos que su mayor esperiencia y su amistad podrán inspirarle.

»Que mi hijo á su vez prodigue á su hermana todos los cuidados y los servicios que la amistad puede inspirar. Que ambos conozcan finalmente que en cualquiera posicion que se encuentren, no serán verdaderamente felices si no están unidos.

»¡Que tomen ejemplo de nosotros! ¡Cuántos consuelos en nuestras adversidades nos ha proporcionado la amistad! La felicidad se goza doblemente cuando puede compartirse con un amigo. Y ¿dónde se pueden encontrar mas tiernos y queridos objetos que en la propia familia?

»Que mi hijo no olvide nunca las últimas palabras de su padre, las que le repito espresamente: Que no intente vengar nuestra muerte.

»Voy á hablaros de una cosa bien triste para mi corazon. No ignoro los muchos disgustos que debe haberos acarreado este niño; pero perdonadle, querida hermana, tomad en cuenta su edad, y ¡cuán fácil es hacer decir á un niño lo que se quiere, y mas cuando no lo comprende!

»Espero que llegará un dia en que sabrá apreciar cual se merece la bondad y ternura que á entrambos habeis dispensado.

»Fáltame confiaros mis últimos pensamientos. Hubiera querido escribirles desde el principio del proceso; pero á mas de que no se me permitia escribir, la marcha ha sido tan rápida, que realmente no habria tenido tiempo para hacerlo.

»Muero en el seno de la religion católica, apostólica y romana, en la de mis padres, en la que he sido educada y que he profesado siempre, sin esperanza de ningun consuelo espiritual, sin saber si existen todavía sacerdotes de esta religion, y ni siquiera si les espondria demasiado el entrar una vez en el sitio en que me encuentro.

»Pido sinceramente perdon á Dios de las faltas que he cometido durante mi vida. Espero de su bondad que recibirá mis últimos votos y los que hago desde largo tiempo, para que se digne recibir mi alma en su misericordia y bondad.

»Pido perdon á todos mis conocidos y á vos, hermana mia, en particular, por todas las penas que sin quererlo haya podido acarrearos. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho.

»Me despido de mis tias y de todos mis hermanos y hermanas! Yo tenia amigos y la idea de ser separada de ellos para siempre y sus penas es uno de los mayores sentimientos que tengo al morir. Que sepan al menos que he pensado en ellos hasta mi último momento.

»Adios, mi buena y tierna hermana, ¡ojalá que esta carta llegue hasta vos! Pensad siempre en mí. Yo os abrazo con todo mi corazon, lo mismo que á mis pobres y queridos hijos. ¡Dios mio! ¡cuán doloroso es abandonarlos para siempre!

»¡Adios! ¡adios! Ya no quiero ocuparme mas que en mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis acciones, me mandarán tal vez un sacerdote, pero protesto que no le diré una sola palabra y que le trataré como á un estranjero.»

Terminada la lectura, propuso Mr. Lainé dar las gracias al rey por esta comunicacion con una esposicion, que en la misma tarde fue pre-

sentada á Luis XVIII y á la duquesa de Angulema, y cuando al dia siguiente el presidente dió cuenta, al abrirse la sesion, de las contestaciones del rey y de su sobrina, Mr. de Marcellus pidió la impresion de dichas contestaciones, de la esposicion y del testamento, y que se enviasen á todos los cuerpos municipales del reino: «No tendremos nunca bastantes lágrimas, esclamó, para deplorar todos los escesos y desgracias á que ha entregado nuestra patria la mas desastrosa revolucion que ha asolado al mundo. ¡Ah! ¡abandonemos por fin este espíritu revolucionario del que vemos tan funestos resultados! ¡que nunca mas se haga sentir su fatal influencia! Abracemos, como al áncora de salvacion, los principios inmutables y saludables que constituyen la estabilidad de las naciones. ¡Ay! con qué penas amargas y superfluas castigó Dios á los franceses por su imprudencia en escuchar á los pérfidos innovadores, por su mal entendido amor á la independencia y sobre todo por su falta de religion! ¡O Francia! ó patria querida! ¡conoce y mira cuán amargo y doloroso es para tus hijos haber abandonado á su Dios y á su rey! ¡Ah! vuelve, vuelve al seno de esta religion divina, que no satisfecha con hacer la felicidad de los hombres en la otra vida, los hace felices aun en esta, estableciendo las constituciones del órden social sobre bases imperecederas. Aprovéchate de tu sentimiento para querer mas y mas al mejor de los reyes y á su augusta familia. Cesen nuestras divisiones; unámonos en el seno del mejor de los padres. Vivamos para su felicidad y para la nuestra. Seamos hijos todos de una misma familia. Juntémonos y abracémonos al rededor de este trono de salud. ¡O Francia! ¡ó patria querida! todavia lucirán hermosos dias para tí si procuramos recobrar el honor y la fé!»—Estravagante asamblea en la que á los gritos de muerte sucedian los sermones; donde el sentimiento del honor personal se aliaba con los arranques del mas furioso realismo, y cuyos miembros, creyendo borrar los resultados materiales y morales de la revolucion con leyes de venganza, ofrecian al cielo y al mundo en espiacion de los hechos políticos de los últimos veinte y cinco años, sus sollozos y plegarias.

Mientras las dos cámaras decidian la ereccion de numerosos monumentos espiatorios, medidas dictadas por un pensamiento insultante para la Francia, pues su único resultado posible era perpetuar recuerdos irritantes, una comision compuesta de MM. de Villèle, Piet, Baert, de Folleville, Dussumier-Fombrune, Feuillant, de Maradet, Clausel de Coussergues, cuyo relator era Mr. de Villèle, examinaba un proyecto de ley electoral presentado por el ministro del interior en la sesion del 18 de diciembre de 1815, que comprendia treinta y nueve artículos divididos en cuatro títulos: *Colegios electorales de canton; Colegios electorales de departamento; Eleccion de los diputados y de sus suplentes; Disposiciones generales*. Establecia dos grados de eleccion: la eleccion de canton ó de primer grado, y la eleccion de departamento. Cada canton tenia su colegio, compuesto: 1.º de los sesenta mas entendidos del canton; 2.º de los miembros de los consejos de departamento y de distrito; 3.º de los presidentes de los tribunales de primera instancia y de los procuradores del rey; 4.º de los presidentes de las comisiones consultivas de las artes y manufacturas y de los consejos de prohombres; 5.º de los jueces de paz; 6.º de los alcaldes de todos los pueblos del canton; 7.º de los vicarios generales; 8.º de los curas párrocos y ecónomos de todo el canton; 9.º de los ministros de los demás cultos cristianos; 10.º de los rectores e inspectores de academia, decanos de las facultades y provisores de los colegios reales; 11.º de los miembros de los consejos y de los administradores de los hospitales y hospicios. Nadie podia ser elector de canton que no tuviese treinta años, y este cuadro lo formaba el sub-prefecto de la circunscripcion, asistido de seis miembros del consejo de distrito, designados por el prefecto, que pronunciaba en caso de reclamacion.

Tal composicion hacia evidentemente á la administracion dueña de los colegios de distrito. Podria creerse que limitando á esto su intervencion, confiaba cuando menos el gobierno á los electores designados, bajo su influencia por los distritos, el nombramiento definitivo de los diputados; pero nada de esto sucedia, porque no solamente los colegios de departamento, ó de segundo grado, se componian de los electores nombrados por los distritos, sino que los sesenta propietarios mas entendidos del departamento, los arzobispos y obispos y un gran número de otros funcionarios formaban tambien parte de los segundos colegios, cuyos miembros debian contar treinta años y pagar trescientos francos de contribucion. Aun no es esto todo, pues la inscripcion de la lista de electores de departamento no daba derecho de votacion, sino que únicamente justificaba una aptitud para votar. La eleccion de los miembros de esta lista llamados para proceder á la eleccion definitiva de los diputados, estaba ordenada por el rey, y su número no podia esceder de doscientos cincuenta por cada departamento, ni bajar de ciento cincuenta; de suerte que el término medio era de doscientos, que por los ochenta y seis departamentos dan un número total de diez y siete mil y doscientos electores. En cuanto al número de diputados de la cámara existente, en aquella época ascendia á cuatrocientos y dos (1). Debian pagar mil francos de contribucion, podian ser elegidos á veinte y cinco años y no recibian ninguna retribucion. Por último cada colegio de departamento, además de los diputados titulares, nombraba otros suplentes.

Solo en los discursos pronunciados en la tribuna existia el acuerdo entre la cámara y el ministerio. Las diferentes leyes propuestas por los ministros, si se esceptúa el proyecto sobre la suspension de la libertad individual, habian sido profundamente modificadas por los diputados, y además la asamblea habia tomado la iniciativa de las proposiciones mas importantes; pero el gabinete, lejos de guiarla, era arrastrado por ella y sufria su ley. El objeto del sistema electoral presentado por Mr. de Vaublanc era evidentemente apartar á los ministros de esta dominacion, dándoles los medios para modificar, inmediatamente despues de la legislatura personal y el espíritu de la cámara. «El artículo 15 del proyecto ministerial decia, que los departamentos serian repartidos por el rey en cinco series, cuyo órden designaria la suerte al fin de la legislatura actual; los diputados de la primera serie cesarán en sus funciones con la presente legislatura, los de la segunda con la serie siguiente, y así sucesivamente.» Los miembros de la comision, intérpretes en esto del pensamiento del mayor número de sus colegas, resolvieron no dejar mutilar así á la asamblea desde su segunda legislatura, y luego en caso de nuevas elecciones, atribuir á los grandes propietarios de cada localidad, esto es, á ellos mismos, la influencia y fuerza que el ministerio creia reservarse. El 6 de febrero, despues de cinco semanas de deliberacion, sometió Mr. de Villèle una primera propuesta á la cámara.

Fijando los ministros en veinte y cinco años la edad para ser elector, y estableciendo que el número de los diputados seria el de la cámara actual, modificaban los artículos 36 y 38 de la carta (2). La comision consentia en anular el artículo 36; pero menos liberal que el gobierno, exigia la persistencia íntegra del artículo 38, esto es, que la edad para ser diputado se fijase en cuarenta años. El proyecto ministerial por otro lado conservaba el artículo 37 de la carta, concebido en estos términos: «Los diputados son elegidos por cinco años, de modo que la cámara sea renovada cada año en una quinta parte.» La comision admitia una duracion de cinco años; pero rechazando el sistema de las series, queria que la renovacion fuese integral.

Estas diferentes modificaciones en la carta, formaban el objeto esclusivo de esta primera proposicion, que tenia por único principio hacer decidir por la cámara la admision ó inadmision, antes del exámen de la ley electoral propiamente dicha. Aceptó la cámara este modo de deliberar, y en 12 de febrero se abrió el debate, debate largo, muy confuso, en el que muy pocos miembros circunscribieron su discusion á los términos establecidos por Mr. de Villèle: algunos se contentaban con conservar los dos grados y los colegios de distrito, pero con la condicion de que todos los electores serian elegidos esclusivamente entre los mas entendidos; otros proponian la eleccion directa, y entre estos últimos habia algunos que no admitian mas que un gobierno electoral por departamento; un número mayor se pronunciaba por un colegio por distrito, y dos ó tres miembros que se declararon absolutamente á favor del antiguo régimen, pedian que se verificasen las elecciones por cuerpos ó corporaciones. Despues de cuatro dias de discusion hallábanse los diputados en el mismo estado que al empezarla, por cuyo motivo cansados de agitarse en el vacío, se esforzó cada uno en hallar una salida al través de esta multitud de objetos contradictorios y de sistemas opuestos. Por último en la sesion del 16 Mr. de Vaublanc ofreció sacar á la cámara de embarazo, proponiendo considerar lo que se habia dicho como un exámen previo de las disposiciones mas esenciales del proyecto de ley, y venir en conocimiento de la proposicion sobre los demás artículos, y habiendo aceptado la cámara esta promesa, leyó Mr. de Villèle la segunda parte de su trabajo.

Además de la doble sustitucion de la edad de cuarenta años para los diputados por la de veinte y cinco, y de la renovacion integral á la reno-

---

(1) El número de los diputados de la cámara realista de 1815, habia sido aumentado con siete miembros por un cuadro rectificativo publicado en el *Monitor* del 21 de julio.

(2) Artículo 36: «Cada departamento tendrá el mismo número de diputados que ha tenido *hasta el presente*.» La carta fué promulgada en la sesion real del 4 de junio de 1814, y la cámara existente, que era el antiguo cuerpo legislativo imperial, contaba 262 miembros.

Artículo 38: «Ningun diputado puede ser admitido en la cámara si no cuenta *cuarenta años* de edad y no paga una contribucion directa de 1,000 francos.

vacion por cinco, las enmiendas esenciales de la comision eran las siguientes: los colegios de distrito se componian de todos los ciudadanos domiciliados en el recinto, de veinte y cinco años cumplidos de edad, que pagaban cincuenta francos de contribucion directa al menos; estos electores, de primer grado, elegian entre los habitantes del departamento, que habian cumplido treinta años y pagaban al menos trescientos francos de contribuciones directas, otros electores que procedian á la eleccion definitiva de los diputados, y cuyo número, determinado por una comision de seis miembros del consejo real, presididos por el prefecto, no podia esceder de trescientos ni bajar de ciento cincuenta por todo el departamento; quedando fijado en ciento cincuenta si el departamento no nombraba mas que dos diputados, pero aumentándose en veinte electores por cada diputado que debiera elegirse ademas de los dos. Los presidentes de los colegios de distrito y de departamento eran designados por el rey. La comision suprimia los diputados suplentes. Por último modificando el artículo 27 del proyecto ministerial que decia: «los diputados no tienen retribucion alguna» con el fin de conservar á los miembros de las cámaras venideras la retribucion concedida hasta entonces á los diputados, la comision redactaba el artículo en estos terminos: «los diputados de la cámara actual no tienen retribucion alguna.»

La ley propuesta por el ministerio era la negativa de toda eleccion seria, y podia traducirse de este modo: «el nombramiento de los diputados correrá á cargo de los prefectos.» Por ser mas racional en el fondo y mas sencillo en la forma, no por eso valia muchomas el proyecto de la comision: nada diremos del sistema de los dos grados que conservó; sistema vicioso porque es necesario y porque limita la intervencion de los electores de primer grado al nombramiento de simples agentes intermedios, libres siempre de elegir por diputados á hombres que abriguen principios políticos e intereses opuestos á los de los primeros electores; hablaremos tan solo de la formacion de los colegios de las dos clases. Para la manifestacion libre y verdadera del sentimiento político de un pais son necesarias numerosas reuniones, porque solamente con el gran número desaparecen el interes individual y las mezquinas influencias de localidad. Luego, dividiendo al infinito el cuerpo electoral, formando dos mil ochocientos cuarenta y cinco pequeños colegios que tuvieran superiores á ellos ochenta y seis colegios de departamento, compuestos igualmente de algunos electores, el proyecto ministerial y el de la comision concedian evidentemente el derecho de elecciones, ya al gobierno, ya á la gran propiedad, segun dominaran en estas reuniones los funcionarios ó los pequeños censatarios. En vano se buscaria en la proposicion de Mr. de Villèle la menor indicacion sobre el número de los electores de cincuenta francos que podia reunir cada pequeño centro de distrito, número que debia ser muy reducido en los distritos rurales y en nuestros departamentos agrícolas, es decir, en los dos tercios de la Francia. Fácil es sin embargo conocer el numero de los electores de departamento ó de segundo grado que por termino medio son veinte y un mil quinientos electores, que corresponden á doscientos cincuenta por colegio; hé aquí el número de ciudadanos que comprendia el proyecto de Mr. de Villèle para nombrar directamente á la asamblea destinada á representar una nacion de treinta y dos millones de habitantes.

La discusion del proyecto enmendado por la comision, presentado de nuevo el 22 de febrero, no terminó hasta el 29, en cuyo segundo debate se reprodujeron todas las proposiciones y teorías emitidas en el primero, y en el que cada orador llevaba, por decirlo así, su proyecto de suerte que no le costó poco al presidente introducir algun órden en aquel tropel de enmiendas y regularizar la deliberacion. La primera proposicion anunciada fué esta: «¿Se renovará la cámara por quintas partes?» Una mayoría considerable contestó: «No.» — «Su duracion será de cinco años? Sí.» Vino luego la cuestion de la edad para ser elector, la que produjo una verdadera tempestad. La edad de veinte y cinco años propuesta por el ministerio, era la que habia fijado ya el decreto de convocacion de la cámara, y añadiendole quince años, la comision escluia desde entonces de las elecciones un buen número de miembros que no habian cumplido cuarenta años; por lo que estos reclamaron en favor de la proposicion del ministerio. Discutióse largo tiempo sin poder entenderse, todos omitian opiniones absolutas, hasta que invocando el conde de Marcellus el interés de las buenas costumbres y de la religion, propuso un termino medio: «Los legisladores sabios, los legisladores cristianos, dijo, no pueden ensalzar cual se merece la dignidad del matrimonio, ni dispensar una proteccion suficiente á esta sagrada union de la que dependen las buenas costumbres, la poblacion del reino, la adhesion de los ciudadanos á su patria y á su religion. Honremos el matrimonio, señores, si queremos enseñar á los franceses las costumbres, la virtud y la fé. Alentemos, honremos el matrimonio, si queremos destruir el dominio de las infames pasiones que son el azote y la ignominia de la sociedad; alentemos, honremos el matrimonio, y entonces los franceses, acostumbrados á entregarse en paz al mas dulce sentimiento de la naturaleza, amarán cada dia mas y mas á su Dios, á su patria y á su rey. Creo, señores, que la cuestion actual os presenta un medio para alcanzar este objeto: que el matrimonio abra las puertas de este honroso recinto á los jóvenes de treinta años, pero que se exija una edad mas avanzada, la de treinta y cinco años por ejemplo, para el recinto de los célibes.» Este singular argumento convenció á la cámara que acogió la doble proposicion de Mr. de Marcellus, y fijo en 402 el número de diputados.

Despues de estas votaciones y de una discusion tan larga como confusa, adoptó la asamblea los dos grados de eleccion propuestos por la comision, sustituyendo á las espresiones asambleas de distrito, las de asambleas seccionarias de partido; concediendo además al rey la facultad de unir á los electores elegidos por estas asambleas seccionarias, otros electores que llenasen las mismas condiciones y en número igual al décimo del total de electores de que debia componerse el colegio de departamento, y decidiendo por otra parte que fuesen electores de derecho en el colegio departamental los ciudadanos mas entendidos del departamento, en la proporcion del tercio del número total de los electores designados por la ley. Despues de esta última asociacion, desechó la cámara el nombramiento de diputados suplentes, pero en cambio una mayoría, formada á la vez por algunos miembros que cedian á un sentimiento de delicadeza mal comprendido, y por un número mayor que creian hacer de la diputacion el privilegio de las grandes fortunas, rechazó la reserva tan juiciosa y tan política de la comision á favor de una retribucion para las cámaras venideras (1). El 6 de marzo se votó por último el conjunto de la ley, que fué adoptada por ciento ochenta votos contra ciento treinta y dos.

El exámen y la discusion de esta ley acababa de ocupar á la cámara cerca de tres meses, y raras veces un trabajo tan largo produjo un resultado mas informe, pues cada uno de los artículos de esta penosa obra habria exigido un comentario legislativo. En las contradicciones y en la oscuridad de las disposiciones principales tenia tanta parte la insuficiencia del ministerio como la inesperiencia de la cámara, puesto que si la mayor parte de los diputados, que se sentaban en ella por la vez primera, eran estraños á todo estudio de legislacion, los miembros del ga-

(1) He aquí de qué manera justificaba Mr. de Villèle en su dictámen la necesidad de una retribucion para los diputados «El exámen de la cuestion relativa á la retribucion de los diputados ha convencido á vuestra comision de que quitar á los diputados que no poseen una gran fortuna el derecho de reclamar el reembolso de los anticipos que han hecho para llenar sus funciones, es restringir infinitamente las condiciones de elegibilidad exigidas por la Carta; que es *escluir esclusivamente* á todos los que no paguen mas que *mil* ó aun *dos mil francos* de contribucion, pues con la fortuna que supone esta cuota contributiva *es imposible poder hacer los sacrificios pecuniarios* que reclama el ejercicio del cargo de diputado durante cinco años sin indemnizacion. Sin ella ha visto vuestra comision *los gérmenes de corrupcion* en los miembros de la cámara, de suerte que si no evitásemos sus consecuencias harian perder bien pronto al rey y á la Francia toda la ventaja que deben sacar de una cámara de diputados independientes.» — En 1816 no concurrian como hoy dia á formar el censo electoral ni el de elegibilidad los centimos adicionales de los departamentos, los céntimos comunales, los prestamos para los caminos, los céntimos para la instruccion pública ni el catastro. Teniendo en cuenta esta diferencia afirmaba un diputado, consejero de estado, en la sesion de la cámara de los diputados del 12 de junio de 1845, que en aquella época (1816) el impuesto representaba el *décimo* de la renta, mientras que en nuestros dias representa el *sexto*. Pues si hace treinta años, cuando hablaba Mr. de Villèle, diputado cuya fortuna estaba representada por 2000 fr. de impuesto ó sean *veinte mil francos* de renta, aun no habia otra alternativa que enagenar su independencia ó arruinarse ¿qué garantia puede ofrecer el censo de 500 fr. que equivalen á *tres mil francos* de renta en que esta tasado actualmente el derecho de elegibilidad? Los cargos de diputado solamente han sido gratuitos desde la época de la cámara realista de 1815, y seguramente que sin la indemnizacion concedida á las legislaturas anteriores la inmensa mayoria de los miembros de la constituyente y de la convencion, las dos asambleas mas numerosas que ha tenido la Francia y en la que se encuentra mas patriotismo y conocimientos, no habrian podido sentarse en sus bancos. Aun cuando M. Villèle, una vez ministro, no se cuidara de renovar su proposicion, no eran por esto menos verdaderas sus observaciones. Los temores que manifestaba se han finalmente realizado; la falta de retribucion ha tenido por resultado, que desde 1816 la mayoria de diputados se ha compuesto casi siempre de miembros indemnizados y dominados por el gobierno, ora con concesiones ó negocios lucrativos, ora con los emolumentos de empleos de que tienen el titulo, pero que no ejercen. En una nacion en que las fortunas están tan repartidas como en Francia, la no retribucion del cargo de diputado triste legado de la cámara inhallable, es necesariamente para los que no se arruinan en ella, una mentira que agrava considerablemente el hacienda y se opone á la buena administracion del pais. *El no pagar á los diputados costará bien caro*, habia dicho diez y ocho meses antes uno de los comisarios redactores de la carta

binete por su parte no iban mucho mas allá tocante á sólidos conocimientos; pues el duque de Richelieu y Mr. Decazes hacian, por decirlo así, su aprendizaje en el arte de gobernar, y el duque de Feltre, MM. Barbe-Marbois y de Vaublanc no eran mas que medianías administrativas vanidosas ó rutinarias. Así es que lejos de dominar el debate y aclarar la discusion, no habian tomado ninguna parte en ella, y simples espectadores de las deliberaciones habian dejado á algunos diputados, antiguos funcionarios del imperio, el cuidado de defender su proyecto contra la comision; por cuyo motivo, abandonada á sí misma, impugnada en todos sentidos por los defensores de la obra ministerial, por la comision y por la multitud de miembros que sobre cada artículo improvisaban un nuevo proyecto de ley, difícilmente podia la mayoría producir otra cosa que una sucesion de artículos incoherentes é imposibles de ejecutar, que no fueron menos discutidos el 12 de marzo en la cámara de los pares. Los ministros ni querian aceptar la responsabilidad de disposiciones que ellos habian combatido, ni declararse demasiado abiertamente contra el sistema que la cámara electiva habia sustituido al suyo, porque temian su cólera. En tal estado de cosas, presentando el gabinete á los pares el proyecto enmendado, declaró que el rey se reservaba fijar ulteriormente las enmiendas adoptadas por la otra cámara, reserva que dejaba á los pares una libertad absoluta de modificar á su vez esta ley, objeto de tantos cambios. En la cámara de los pares eran todavía bastante numerosos los antiguos senadores, miembros la mayor parte de las asambleas que se habian sucedido desde la caida de la monarquía de Luis XVI, y que por consiguiente, siguiendo la discusion de la otra cámara, habian notado los defectos y errores de que adolecia el proyecto enmendado. Muchos pares no veian por otra parte sin envidia ó sin inquietud, el papel dominante que afectaba el poder electivo, y el atrevimiento de suscitar de nuevo las cuestiones mas graves y mas irritantes: la nueva ley electoral modificaba muchos artículos, modificaciones de que se aprovechaba la comision de exámen nombrada por los pares, designándolas como otras tantas violaciones de la constitucion; ocultando sus intentos con el respeto debido al pacto fundamental, propuso la separacion pura y simple de la ley. Esta proposicion fue presentada el 28, y el 2 de abril empezó la discusion: en vano MM. Desèze y de Chateaubriand defendieron largo tiempo y con calor el trabajo de la cámara de los diputados, pues el 3, ó sea, en la segunda sesion, decidieron los pares no deliberar sobre los artículos, y rechazaron pura y simplemente el proyecto de la otra cámara por una mayoría de ochenta y nueve votos contra cincuenta y siete.

Ya no habia ley de eleccion, y sin embargo, segun los términos del decreto de convocacion, la confeccion de una ley electoral era el objeto esencial impuesto á esta legislatura. Los diputados acababan de discutir en aquel momento el presupuesto, y el gabinete podia temer que irritados al ver destruida su obra y deseosos de vengarse, rechazasen la ley de las rentas. El 5 de abril, veinte y cuatro horas despues de la votacion de la cámara de los pares, apresuráronse los ministros á llevar al Palacio-Borbon un nuevo proyecto que decia, «que con el fin de proporcionar provisionalmente una forma de eleccion hasta tanto que el gobierno pudiese hacer redactar y presentar en otra legislativa una ley completa y definitiva, los decretos del mes de julio tendrian fuerza de ley en todo lo que concernia á la composicion de los colegios electorales, al modo y forma de las elecciones y al número y edad de los diputados.» Al otro dia, 6, se nombró una comision compuesta casi en su totalidad de los mismos miembros que la precedente; el 8, al abrirse la sesion, Mr. de Villele, elegido otra vez relator, declaró que estaba pronto á leer á la cámara las conclusiones de la comision. El presidente Mr. Lainé hizo observar que no podia presentarse proposicion alguna sin ser anunciada en la órden del dia, y que por consiguiente el uso establecia que se advirtiese al presidente con veinte y cuatro horas de anticipacion y que él no habia sido advertido; «por lo que, añadió Mr. Lainé, se deja para mañana al mediodía la proposicion, lo que prevendré á los ministros.

»*El marqués Forbin des Issarts:* Se ha advertido al presidente.

»*Mr. Lainé:* Cuando el presidente declara altamente en pública sesion que no se le ha advertido, es sorprendente que un miembro se atreva á decir lo contrario.

»*El marqués Forbin des Issarts:* Yo no he dicho que el presidente haya sido advertido con veinte y cuatro horas de anticipacion...

»*Mr. de Villèle:* Yo hablé el sábado (antevíspera) al señor presidente de la proposicion que para hoy me habia encargado la comision.

»*Mr Lainé:* ¿Me dijisteis acaso que la hariais hoy?

»*Mr. de Villèle:* No estoy cierto de haber advertido al señor presidente que estaria pronto para esta sesion; pero lo que puedo afirmar, es que me dijo que se opondria con todas sus fuerzas á que se hiciera la proposicion antes de la discusion del presupuesto.

»*Mr. Lainé:* Mr. Villele se equivoca; yo dije á otra persona que la proposicion se haria durante la discusion del presupuesto pero que la discusion no podia tener lugar hasta despues de aquella. Habiendo leido ayer en un periódico que la proposicion debia hacerse hoy, he contestado á todos los que me han hablado de ella, que no se me habia dado aviso alguno, y en aquel mismo momento efectivamente me lo advirtió Mr. de Villele.

»*El marqués Forbin des Issarts:* Decia pues verdad, y el señor presidente conviene en ello, ha sido advertido.....

»*Mr. Lainé:* Os llamo al órden.

»*El marqués Forbin des Issarts:* No teneis derecho para ello. Solo la cámara puede pronunciar un llamamiento al órden.—Pido que Mr. Villele haga inmediatamente su proposion.

Mr. Lainé: Se niega al presidente el derecho de llamar á la cuestion al orador que se separa de ella. El reglamento es formal en este punto y afirmo por otra parte, de nuevo, que el relator no me ha advertido hasta despues de abrirse esta sesion: en cuanto á la proposicion, que no habiendose observado las reglas y procedimientos con respecto al presidente, ó mas bien á la cámara, creo que no debe hacerse hoy y que sin inconveniente se puede guardar para mañana.»

Mr. Lainé ejercia su cargo con una firmeza imparcial desaprobando la furia de la cámara, y no pocas veces se veia obligado á reprimir los desvíos de los miembros mas exaltados. Habiendo abandonado su asiento pocos dias antes en la discusion de la ley electoral, para ir á combatir en la tribuna el sistema de la comision y proponer la eleccion directa de los diputados por colegios de distrito, compuestos de electores que tuvieran treinta años y que pagasen trescientos francos de contribucion, habia descontentado la porcion mas revoltosa de la mayoría, por lo que aprovechó la ocasion de darlo á conocer, pidiendo en nombre de la dignidad de la cámara y de la suya propia, como una especie de reparacion, por el doble cargo de MM. de Villele y Forbin des Issarts, que la proposicion se guardase para el dia siguiente, pero la cámara decidió que Mr. de Villele la leyese al momento. Ofendido Mr. Lainé por esta falta de atencion, inmediatamente despues de esta votacion invitó á Mr. de Bouville, uno de los vicepresidentes, que ocupara su puesto y abandonó la sala. Mr. de Villèle pudo leer su trabajo, cuyo contenido no analizaremos, limitándonos á decir que despues de haberse levantado Mr. de Vaublanc contra esta máxima, emitida algunos dias antes por uno de los ministros, «que los colegios electorales debian estar subordinados y dependientes de la administracion;» despues de haberse quejado amargamente de que otro miembro del gabinete, Mr. de Richelieu, tomando parte en la votacion de la otra cámara, hubiese rechazado como par el proyecto que estaba obligado á defender y sostener como ministro, concluyó el relator proponiendo la adopcion del nuevo proyecto de ley, pero con la reserva de dos enmiendas que leyó, destinadas á prohibir toda asociacion nueva de electores y su renovacion por quintas partes.

Durante la lectura de la proposicion, Mr. Lainé enviaba al rey su dimision de presidente, lo que fue sabido muy luego, por lo que fue grande la sorpresa en una parte de la cámara cuando al dia siguiente, al abrirse la sesion, vieron á Mr. Lainé tomar de nuevo su cargo Anunció la lectura de una carta de Mr. de Richelieu en la que el primer ministro decia al presidente, «que habiendo presentado su dimision al rey, S. M. le habia encargado que le suplicase, y si necesario fuese, que le ordenase continuar en sus funciones á lo menos hasta el fin de la discusion del presupuesto.»—«Esta carta esplica mi presencia en la presidencia, añadió Mr. Laine; va á leerse el acta.» El dia siguiente 10 de abril se abrió el debate sobre la ley electoral provisional, en el que tuvo lugar un nuevo incidente.

La hostilidad entre la mayoría de la cámara y el gabinete se hacia cada dia mas sensible y mas viva; las dos partes estaban en pugna, pues los diputados que la mayoría tomaba generalmente por órganos y guias, ya en las comisiones, ya en la discusion, impacientes por alcanzar una posicion política en relacion con la influencia que sucesivamente habian adquirido, acusaban la insuficiencia de los ministros, su incertidumbre y su debilidad, y proclamaban la necesidad para el monarca y para la monarquía, de una administracion mas homogenea, mas fuerte y mas realista. Los ministros acusaban la ambicion de los descontentos, y Mr. de Richelieu, en la época de las enmiendas de la ley electoral, habia esclamado: «¡Quieren permanecer absolutamente diputados!» Estos síntomas de un inevitable y próximo rompimiento daban cuidado al ministro del interior, administrador de segundo órden, de carácter débil, orador verboso, que tomando por énfasis la elocuencia, se infatuaba, como sucede á todas las inteligencias mediocres, del

sentimiento exagerado de su valor personal. Segun su modo de ver, la cámara quedaria la mas fuerte. Despues de haber manifestado muchos oradores una viva irritacion, porque la cámara de los pares habia rechazado la ley sin haberse dignado discutir ni un solo artículo, pidió la palabra Mr. de Vaublanc, que en lugar de defender el nuevo proyecto presentado por él mismo, se separó de el con admiracion de sus colegas. Una de las cuestiones que mas principalmente habian contribuido á introducir la discordia entre el ministerio y la asamblea, era la de la renovacion; todos los ministros, hasta Mr. de Vaublanc, habian insistido constantemente por la renovacion por quintas partes: «Quiero esponer francamente mi modo de pensar, dijo el ministro del interior; si es cierto que un miembro del gabinete ha de marchar con sus colegas en todo lo que concierne al gobierno, creo que es libre de tener una opinion particular sobre los grandes pensamientos de la legislacion. Pues bien; declaro que he estado siempre por la renovacion íntegra, y que me ha parecido que tenia en su favor cien veces mas motivos que por la renovacion por quintas partes. Esta es mi opinion.» Esta declaracion que la cámara acogió con aplausos, pero que dejó la mas profunda sorpresa en el banco de los ministros, era menos necesaria al voto de la asamblea de lo que pensaba sin duda su autor (1). La cámara, que estaba ya decidida de antemano, votó el nuevo proyecto con las enmiendas de la comision. Siete dias despues, el 17 de abril, la asamblea, que creia haber comprometido invenciblemente al ministerio, adoptó el presupuesto, pero el resultado debia engañarla, porque una vez obtenida la ley de las rentas, el proyecto de ley electoral provisional no abandonó ya las carteras ministeriales, pues ni siquiera fué sometido á la cámara de los pares.

La discusion de la ley de las rentas no habia sido menos rápida que la de la ley electoral, constaba de tres proyectos distintos, y habia sido presentada en la sesion del 23 de diciembre de 1815 por Mr. Corvetto, ministro de hacienda, y por MM. de Barante y Saint-Cricq. Dos de estos proyectos se referian especialmente á las contribuciones indirectas y á las aduanas; y el tercero, que comprendia diez títulos y setenta y nueve artículos, formaba el presupuesto propiamente dicho, y valuaba los gastos y los ingresos para el año 1816 á una suma igual á ochocientos millones. Los gastos, divididos en gastos ordinarios y estraordinarios, se consideraban del modo siguiente:

Gastos ordinarios. — Deuda pública, aumentada de 7 millones, conforme al tratado del 20 de noviembre.	115.000,000 fr. (2)
Consignacion del rey y de los príncipes, salvo un sacrificio de 10 millones consentido por la familia real y llevados al presupuesto de los ingresos.	33.000,000
Cámara de los pares, reducida á la mitad de su dotacion.	2.000,000
Cámara de los diputados, gastos de administracion.	700,000
Ministerio de justicia	17.000,000
— de guerra	180.000,000
— del interior	70.000,000
— de marina	48.000,000
— de negocios estranjeros	6.500,000
— de hacienda	16.000,000
— de policía	1.000,000
Fondos de amortizacion	14.000,000
— de negociacion	12.000,000
Intereses de las fianzas	8.000,000
Intereses para los vales reales	1.500,000
Total de los gastos ordinarios	524.000,000
Gastos estraordinarios. Primer quinto de la contribucion de guerra de 700 millones	140.000,000
Manutencion de 150.000 soldados aliados	130.000,000
Pago á los condes de Bentheim	800,000
Gastos imprevistos	4.500,000
Total	800,000,000

Encargáronse del exámen de los tres proyectos de ley tres comisiones compuestas cada una de nueve miembros, que en caso de necesidad podian reunirse para formar una comision central, y que tenian por relatores á MM. Corbière, Feuillant y Morgan de Belloy. Estas comisiones emprendieron su tarea con ahinco, pues durante casi tres meses estudiaron sin cesar, y en todos sus pormenores, las cuestiones múltiples y tan diferentes que suscitaban á la vez las deudas antiguas y nuevas de que debia encargarse el gobierno, los gastos necesarios para la buena administracion del reino y de la naturaleza é importancia de los medios de que habian de valerse para su pago. El 9 de marzo los tres relatores presentaron á la cámara el resultado de sus trabajos.

La determinacion de los atrasos y de su pago eran las dos cuestiones que habian ocupado principalmente á la comision especial del presupuesto, cuya discordancia con el ministerio era completa. Los ministros que á las deudas ya reconocidas por el estado en 1814, legada por la república y el imperio, añadian las que dejó los cien dias, no establecian distincion alguna entre ellas, confundiendo todos los escesos de gastos anteriores al 1.° de enero de 1816, en un mismo y único atraso. Por otra parte aplicaban á este atraso el medio de exoneracion establecido por la ley de rentas de la primera restauracion, esto es, obligaciones del tesoro con un interés de 8 p. °/o, garantizándolas con las 400,000 hectáreas de bosques del estado, ya hipotecados á los acreedores de 1814. La comision por su lado, no se limitaba á no querer admitir otros atrasos que los anteriores á la primera restauracion, sino que hasta negaba la justicia de las disposiciones que habian reconocido su existencia, y afianzado su adquisicion. «Háblase de justicia hácia los acreedores del estado, esclamó M. de Villèle en la sesion del 28 de marzo; ¿por qué se han de preferir los acreedores que dejaron la revolucion y la usurpacion á los que los desastres de la revolucion han arruinado? Si sois tan fieles en cumplir con integridad los compromisos con los primeros, no desecheis las reclamaciones de los segundos, ó dejad de hablar de justicia.» La comision rechazaba siempre de una manera absoluta la venta de los bosques dados en hipoteca á los acreedores de los antiguos atrasos, proponiendose pagar á los últimos por medio de inscripciones en el gran libro de la deuda pública. Antes de llegar á la cámara esta última resolucion, adoptada en un sentido que diremos mas adelante, habia sido objeto de vivos debates en el seno de la comision, entre los miembros y el ministro de hacienda. La comision, lejos de ceder en este punto ni en la no admision de toda deuda que tuviera su origen en los hechos de los cien dias, creia por el contrario hacer una inmensa concesion, otorgando á los ministros el principio contenido en la ley de 1814, esto es, el reconocimiento de un atraso, cualquiera que fuese. El gabinete habia creido que la discusion pública haria justicia á sus pretensiones exorbitantes, pero en vano manifastaban sus oradores lo peligroso del ejemplo de una asamblea que anulase los compromisos contraidos por otra asamblea precedente, y que se colocase mas alta que todas las leyes; en vano añadian que pagar á los acreedores con inscripciones de rentas cuyo curso apenas alcanzaba á sesenta francos (1) era arrebatarles las dos quintas partes de su capital y poner al estado en bancarrota, porque la mayoría se mostraba intratable con respecto á la enajenacion de los bosques patrimoniales, medida que todos sus miembros tenian por inicua y escandalosa. Entretanto corria el tiempo; hacia casi seis meses que duraba la legislatura, por lo que el ministerio que necesitaba la obtencion, se decidió por último á sujetarse a las exigencias de la mayoría, y el 23 de marzo, en el momento en que la cámara despues de haber cerrado la discusion general, iba á entrar en la de los artículos, apareció en la tribuna Mr. Corvetto anunciando «que los ministros tomando en consideracion el voto de la comision, habian decidido: 1.° que los créditos atrasados, para los cuales no se hubieran librado obligaciones, en virtud de la ley del 23 de setiembre de 1814, se liquidasen en *vales* de un interés de cinco por ciento no negociables y trasmisibles solamente en las formas determinadas para las cesiones de obligaciones entre particulares: 2.° que los propietarios de estos vales pudiesen cambiarlos por inscripciones en el gran libro de la deuda pública, y que los que no pudieran cambiarse, fuesen adquiridos segun el modo establecido por las cámaras en la legislatura de 1820; 3.° que dejase de verificarse la venta de los bosques del estado, y que los bienes de propios, no vendidos todavia, les fuesen restituidos.»

Con aclamaciones de alegría y con aplausos fué acogida esta comunicacion; la cámara triunfaba, porque ya no debian venderse los bosques del estado, que en su mayor parte procedian del antiguo clero. Este era

(1) M. de Vaublanc tenia pretensiones de varios géneros, componia poemas y tragedias y creyendo en su superioridad física como en la intelectual, dijo á M. Lemot, escultor, encargado de hacer la estátua ecuestre de Enrique IV, que tomase su persona por modelo.

(2) Este número, como veremos mas adelante, fue elevado por la cámara á ciento veinte y cinco millones.

(1) El curso de la renta, que era de 59 francos en el mes de enero de 1816, se habia elevado á 61 en el mes de marzo; pero en el mes siguiente, abril, bajó á 58.

principalmente el nudo del debate, y así es que el ministerio, despues de haber cedido en este punto, se mostró fácil à la admision de las demás enmiendas de la comision.

Estas enmiendas no contenian à la verdad mas que cuestiones de pormenores, pero eran numerosas; con respecto al presupuesto de gastos, consistian en supresiones de empleos ó en diminuciones de sueldos que producian, à instancias del ministerio, una economía total de veinte y cinco millones, reducidos á veinte por un subsidio de cinco millones añadidos al presupuesto del ministerio del interior para el aumento de sueldo de los miembros del clero.

En cuanto al presupuesto de los ingresos, poco cambiaba la comision las proposiciones del ministerio; pues, como este, pedia los medios necesarios para hacer frente á los gastos estraordinarios, á elevaciones de tarifa en los derechos de timbre y de registro, en las contribuciones indirectas y en los derechos de aduana; á un doblamiento del derecho de las patentes y á una adicion de céntimos al capital de las contribuciones personal y mobiliaria, en las puertas y ventanas; á retenciones proporcionales de todos los sueldos pagados por el estado, á suplementos de fianza pedidos á todos los empleados y oficiales ministeriales del reino, y por último á una creacion de rentas que pusiese la deuda pública á ciento veinte y cinco millones. Realizando Mr. Corvetto con motivo de esta deuda la opinion emitida en la ley de las rentas de 1814, por el baron Luis, habia propuesto la formacion de una caja de amortizacion, provista con una dotacion especial, independiente del gobierno, vigilada por una comision de pares y de diputados nombrados por las cámaras, y destinada no solamente á sostener el crédito del estado con compras de renta cotidianas, sino tambien segun su designacion, á amortizar la deuda. El ministro, en vista del triste estado del tesoro, no se habia atrevido á pedir mas que catorce millones por primera dotacion, pero la comision, manifestando una decision y un tino dignos de alabanza, elevó resueltamente esta suma á veinte millones. Evidentemente una caja así constituida, confiada á un gobierno ilustrado, guarda inteligente de la fortuna nacional, y desempeñando sucesiva y gradualmente la deuda publica, debia producir si no la estincion absoluta de esta deuda, como decia Mr. Corvetto, al menos privar al estado de aumentarla nunca. Así es que en 1816, cuando la dotacion de la amortizacion era solo de veinte millones, y cuando los ingresos ordinarios no ascendian mas que á quinientos cuarenta y cinco mil ciento treinta y dos millones de francos, el capital de la deuda francesa, á pesar de veinte y cinco años de guerra y de dos invasiones, era únicamente de dos mil millones y medio, y hoy dia (1847), despues de treinta años de la mas profunda paz, cuando la dotacion de la amortizacion ha sido elevada sucesivamente á ochenta millones, y cuando los ingresos del estado ascienden á mil cuatrocientos millones de francos, pesa sobre nuestro presente y sobre nuestro porvenir una deuda de mas de siete mil millones. En otras palabras, las cámaras que se han sucedido desde 1815 han mirado con tan culpable descuido la administracion del tesoro público, y se han entregado á tal disipacion, que á pesar de ser cuatro veces mayor la dotacion de la amortizacion, y de ser triple el producto de los impuestos, nuestra deuda se encuentra casi cuatro veces mas considerable. Esta diferencia entre el principio de la institucion, las promesas de su orígen y sus resultados, debe buscarse únicamente en la composicion de las cámaras electivas desde 1816; en la cámara realista de 1815 eran poco numerosos los funcionarios, especuladores ó interesados en las provisiones del estado, y aun estos pocos no tenian contra el credito alguno: así es que de todas las asambleas convocadas desde la caida de la república, esta cámara es probablemente la que se mostró mas económica y mejor guardadora del dinero del estado. Formada en gran parte de propietarios, simples contribuyentes, personas apasionadas, pero íntegras, que cumplian religiosamente sus cargos de censores de los gastos públicos, su composicion escepcional imprimió á sus trabajos rentísticos una rectitud y una integridad que les ha mantenido aun despues de la caida de la segunda restauracion. Hace treinta años que fué votado el presupuesto de 1816, y las disposiciones de esta ley rigen todavía sobre una parte de nuestro sistema de impuestos. Jamás registro alguno fué mas concienzudo; cada artículo fué objeto de un detenido exámen; no se admitieron mas que los sueldos y abonos cuya utilidad estaba rigurosamente demostrada; ninguna economía parecia despreciable. Por la primera vez, el cúmulo de empleos fué severamente prohibido. Desgraciadamente una de las disposiciones adoptadas por la cámara, sobre la proposicion del gobierno, restablecia uno de los abusos mas desacreditados del antiguo régimen. El aumento de todas las fianzas figuraba por un ingreso de cincuenta millones entre los recursos destinados á sufragar los gastos estraordinarios. Los empleados hallaban una especie de indemnizacion con estos pagos suplementarios, de los que podian sustraerse por otra parte, renunciando á su empleo; en una palabra, el sacrificio para ellos era facultativo. No sucedia lo propio á los oficiales ministeriales, notarios, procuradores, escribanos cartularios, agentes de cambio ó corredores, comisarios secuestradores; porque no los pagaba el estado. Para indemnizarlos del aumento de fianza que se les exigia, el gobierno y la cámara les acordaron la facultad de presentar á sus sucesores, facultad que era nada menos el restablecimiento de la venta de los oficios, restablecimiento deplorable, fuente de dificultades en el presente y de inevitables desastres particulares en el porvenir, y que no fue de los resultados menos fatales de la segunda invasion. La cámara creyo unicamente hacer un acto de justicia, mas no restablecer una institucion del antiguo regimen, porque este último pensamiento no se echa de ver ni en la proposicion de la comision, ni en ninguno de los discursos pronunciados sobre esta parte de la ley de rentas. No se acusará á la asamblea de haber vacilado ante una declaracion formal; la proposicion no habria escandalizado á ninguno de sus miembros, porque no hubiera sido mas intempestiva, por ejemplo, que la demanda hecha por Mr. de Rouget, precisamente cuando se trataba del presupuesto, para el restablecimiento de los cuerpos de estado, de las veedurías y de los maestrazgos, y para el pagamento de un quinto, ó sea, veinte por ciento, sobre todos los creditos mobiliarios de toda clase, pagamento cuyo producto valuaba en cien millones, y que se dirigia «contra las fortunas en cartera ó contra los capitalistas á quienes nunca alcanzan los desastres públicos y que muchas veces se aprovechan de ellos,» decia este diputado.

La energica y prolongada resistencia opuesta por la comision y por la cámara á la enajenacion de los bosques patrimoniales, ya á título de hipoteca en provecho de los acreedores de atrasos, ya como recurso para las necesidades generales del estado, estaba fundada en un plan de reconstitucion del clero, que fue uno de los fines proseguidos con mas obstinacion por la asamblea, pero que no se hizo aparente hasta muchos meses despues de abrirse la legislatura. Es verdad que al empezar la cámara se desconocia á sí misma, porque tampoco se conocian los diputados que por primera vez eran llamados á los negocios publicos y venian de los puntos mas opuestos de Francia. El primer grupo un poco numeroso que se formó, se componia de los diputados del mediodia, y se reunió teniendo á su cabeza un miembro, cuya posicion y cuyos servicios le hacian acreedor á su confianza, al baron de Vitrolles, nombrado diputado por el departamento de los Bajos Alpes, hombre mezclado ya con el gobierno, pues durante toda la restauracion y en tiempo del último gabinete habia sido ministro de estado, secretario del consejo. Jóven, inteligente é ilustrado con la práctica de los negocios, entendia la política y admitia el establecimiento de un sistema representativo formal como una condicion de fuerza y de duracion para la monarquía. Desde sus primeras conferencias con sus nuevos colegas, pudo observar que le escuchaban con frialdad y que no le comprendian. Ocurrióle esplicar su sistema en un folleto, en el que estableciendo las bases del gobierno tal como lo concebia, y dando á cada uno de los tres poderes instituidos por la carta, su parte distinta de accion y de influencia, proclamaba como un hecho apetecible y necesario la existencia de una oposicion que censurase y contuviese al ministerio y á los diputados adheridos á su política. Dirigido á una camara que en aquel mismo momento se proponia ser unánime para el restablecimiento de la antigua dignidad real y de los antiguos principios, donde las palabras mayoría, minoría, espresiones enteramente nuevas, ignoradas de un gran número de miembros, no tenian todavía aplicacion posible, este folleto era un verdadero atrevimiento (1), que disgustó y fue causa de que se separasen de Mr. de Vitrolles buen número de miembros, que buscando donde reunirse, no tardaron en agruparse al rededor de algunos de sus colegas; miembros de una sociedad, entonces mas religiosa que política y todavía poco considerable, pero que pronto debia tomar proporciones muy dilatadas. Esta sociedad era la famosa congregacion cuyo orígen debemos dar á conocer.

En tiempo de la república, cuando estaba prohibido el ejercicio público del culto católico, cuando los nobles y los sacerdotes que habitaban ó se hallaban en Paris, se veian obligados á huir las miradas y á buscar en una vida de silencio y de oscuridad una proteccion contra el furor de la época, algunos católicos fervorosos, miembros la mayor parte de la antigua aristocracia, se entregaban secretamente á las platicas del culto bajo la direccion del abate Delpuits, antiguo jesuita adicto en otro tiempo á la casa Doudeauville. El sitio ordinario de las reu-

---

(1) Tenia por título «del ministerio en el gobierno representativo» por un miembro de la cámara de los diputados.—Octubre de 1815

niones era la sala de la biblioteca del antiguo seminario de las Misiones estranjeras, calle de Bac, vendido como propiedad nacional y comprado por una señorita de Saron (1). Los jesuitas de todos los tiempos, por una prescripcion de las reglas de su órden, procuraban crear á su alrededor asambleas particulares de seculares á las que daban el nombre de congregacion, y cuyos miembros eran designados vulgarmente con la calificacion de jesuitas de hábito corto. Los parroquianos de la biblioteca de las misiones no habian pensado entonces sino en aprovecharse en comun de las ceremonias celebradas por el padre Delpuits y de sus instrucciones religiosas: este sacerdote, obedeciendo los estatutos de su Compañía, se aprovechó de las circunstancias y de la conformidad en opiniones y de posicion de la mayor parte de sus penitentes, para formar con ellos una congregacion en la que cada uno pusiese, por decirlo así, al servicio comun su influencia y sus relaciones. Habia relaciones entre algunos miembros y empleados de muchas administraciones públicas, estas relaciones se ampliaron, llegóse á establecerlas en las mismas oficinas de seguridad, ó por mejor decir, de la policía general. ¿Visitas domiciliarias, una prision, amenazaban á uno de los miembros de la sociedad ó á algunos de sus amigos políticos? Unos y otros eran advertidos inmediatamente. ¿Necesitaban pasaportes? Los obtenian por el mismo conducto. Esta asociacion, que tenia por lazo la religion, y por objeto una especie de proteccion comun, se prolongó de este modo hasta la caida del imperio, en cuyo intervalo murieron la señorita de Saron y el padre Delpuits, pero esto no fué parte para que cambiara de posicion la sociedad. La señorita de Polignac, antigua religiosa, instituida legataria universal de la señorita Saron, le habia sucedido en la propiedad del antiguo seminario de las Misiones; el abate Legris-Duval, sacerdote adherido á la familia Doudeauville, que habitaba en la casa como á preceptor del heredero (Mr. Sosthene de Larochefoucault), reemplazó al padre Delpuits en la direccion religiosa de la congregacion.

La asociacion era poco numerosa todavía cuando los sucesos de 1814, y sus principales miembros, MM. de Doudeauville, Mateo de Montmorency y de Rouget hermanos, se limitaron entonces á buscar prosélitos entre los nuevos príncipes y las personas que les rodeaban. Luis XVIII fué de los primeros que consintió en figurar entre sus miembros, y Mr. Julio de Polignac, conde de Artois, su primer ayudante de campo, y Mr. Alejo de Noailles, siguieron el ejemplo del rey. La accion de la sociedad no se manifestó sin embargo con ningun acto esterior; no se la halló en ninguno de los hechos que acarrearon la doble caida del imperio y el doble advenimiento de los Borbones, y la sola casualidad de elecciones que llevó á algunos de sus miembros á la cámara, entre otros á MM. de Puyvert, Castelbajac, de Rouget y el abogado Piet, permitió á muchos de entre ellos, habitantes de Paris, atraer á sus salones á los colegas sentados mas cerca de ellos en la asamblea, y á cierto número de diputados de provincia sin relaciones en Paris y fastidiados de su aislamiento, circunstancia que facilitó el aumento de la asociacion, de la que no tardaron en formar parte MM. de Villèle, Corbière, de Bouville, de Marcellus y de Puymaurin. La ceremonia de la afiliacion consistia en una especie de empeño verbal y la inscripcion del nombre en la lista.

El salon de Mr. Piet fué bien pronto el principal centro de estas diferentes reuniones; aumentóse rápidamente el número de diputados que acostumbraron reunirse en él agregándose, entre otros, gran parte de los que frecuentaban antes el salon de Mr. de Vitrolles. La habitacion de Mr. Piet se halló trasformada desde entonces en una especie de sala de conferencias en la que se discutian de antemano las cuestiones de principios de administracion ó de personas en que debia ocuparse cada dia la asamblea. Esta especie de sesiones preparatorias no se componian esclusivamente de miembros de la congregacion, pues esta tenia sus asambleas íntimas particulares, en las que se acordaba la marcha de las discusiones, las proposiciones y las enmiendas que debian hacerse, la composicion de cada comision, como tambien la eleccion de los relatores; pero los congregantes dominaban en casa de Mr. Piet, y desde su salon gobernaban completamente la cámara. Constituyéndose de este modo en sociedad política, la congregacion cumplió su objeto; por lo que sus jefes resolvieron utilizar su influencia, no solamente en pro de sus miembros, sino tambien de los intereses generales del catolicismo, y desde esta época (últimos dias de 1815) todos sus esfuerzos tendieron á hacer que la cámara restituyese á la iglesia y al clero la pujanza que habian perdido.

La cámara casi cada dia tenia dos sesiones; la una pública al mediodia en la que se discutian las medidas legislativas propuestas por el gobierno, y la otra secreta á continuacion de la primera, consagrada al exámen de las proposiciones emanadas de la iniciativa de sus miembros (1). Estas proposiciones, que tenian casi todas por objeto el restablecimiento de la antigua pujanza clerical, fueron muy numerosas; algunas, admitidas por la cámara de los pares y por el gobierno, despues de haber sido votadas por los diputados, llegaron á ser leyes del reino, y otras, acogidas demasiado tarde para ser adoptadas por los pares, permanecieron en estado de simples proyectos. Daremos á conocer las mas importantes, unas sancionadas por los tres poderes, y otras suspendidas, y que la cámara contaba emprender de nuevo en la sesion siguiente.

La riqueza es para los cuerpos religiosos, como para los políticos, una condicion absoluta de influencia, por lo que las primeras cuestiones agitadas por los congregantes á favor del clero, fueron cuestiones de dinero. Decidióse que la comision del presupuesto exigiria un notable aumento en los fondos destinados al sueldo de los ministros del culto católico, y dicha comision propuso efectivamente un suplemento de subsidio de cinco millones que fué adoptado por la cámara. Muchos sacerdotes casados, durante la revolucion, habian conservado, de los fondos generales señalados al culto, las pensiones de que disfrutaban como eclesiásticos antes de su secularizacion, pensiones que por espacio de veinte y cuatro años eran el principal medio de existencia de esta clase de ciudadanos y de su familia; pero una proposicion de Mr. de Blangy, adoptada por la cámara, luego por los pares y finalmente sancionada por el rey, ordenó su supresion aumentando al propio tiempo la dotacion de los demás eclesiásticos. Estas dos medidas no podian dar mas que una satisfaccion muy incompleta á los congregantes y á sus amigos, pues para que la Iglesia recobrase su pujanza y sus ministros fuesen independientes, era necesario que el clero llegara á ser propietario, á cuyo fin pidió Mr. de Castellbajac para los eclesiásticos y para los establecimientos religiosos la facultad de recibir por donacion ó por testamento toda clase de bienes muebles é inmuebles. Esta proposicion fué acogida por aplausos entusiastas, y despues de un debate en el que todos los oradores fueron unánimes para declarar que la salud de la dignidad real y de la Francia marchaba al lado del esplendor de la religion y de la influencia dominante de un clero que poseyera tierras y dominios, en su comité secreto del 25 de enero adoptó la cámara por una gran mayoría un proyecto de ley que contenia once artículos que decian en sustancia: Que el clero de cada diócesis, representado por el obispo, los seminarios y todos los demás establecimientos eclesiásticos autorizados por el rey, pudiesen recibir por testamento ó en cualquier otra forma legal todas las donaciones de bienes muebles é inmuebles; que la nulidad establecida por el artículo 909 del código civil con respeto á las donaciones hechas al ministro del culto que haya asistido al testador en su última enfermedad, no se aplicase á las disposiciones que se instituyesen para siempre á favor de este ministro y de sus sucesores; y por último que los posesores de antiguos bienes del clero que los restituyesen voluntariamente en el término de un año, á contar desde la promulgacion de la ley, gozasen pleno derecho de la reunion total de los derechos, de los frutos y de los arrendamientos pasados, y estuviesen al abrigo de toda indemnizacion, ó daños é intereses cualquiera que resultaren, ya de un caso fortuito, ya de mala gestion.—Esta última disposicion, que envolvia el pensamiento de una restitucion de los bienes nacionales, fué rechazada por la cámara de los pares, como tambien la facultad de dar á los confesores; esta cámara en cambio en su sesion del 5 de marzo adoptó el principio de la proposicion, principio que era toda la ley; cuya aplicacion restablecia una especie de propiedad justamente considerada como una de las llagas del antiguo régimen, y que debia creerse hundida para siempre por la revolucion, á saber, los bienes de *mano-muerta*.

Por mas ventajosa que fuese la facultad concedida al clero de reconstituir sus antiguas posesiones con los dones de los fieles, no les daba este favor probabilidades de fortuna territorial sino en un porvenir mas lejano todavía, por lo que se resolvió adelantarlo. La tarea parecia fácil, pues bastaba ceder inmediatamente al clero actual la propiedad de los bosques del antiguo clero, de los que el estado era todavía detentor, bosques considerables, destinados en parte como prenda á los acreedores de atrasos por la ley de las rentas de 1814, y que se convino en hacer completamente libres. Un proyecto de ley que el gobierno, en su deseo de complacer á la cámara, habia presentado el 2 de enero para mejorar la suerte del clero, fué la ocasion de que se aprovechó para probar á realizar este don espléndido. El gobierno se limitaba á pro-

(1) La venta del seminario de las misiones se habia hecho á un tal Kersevin, agente de negocios, pero con reserva, por parte de este último, de declaracion de encargo. Esta declaracion tuvo lugar en el plazo legal á favor de la señorita de Saron.

(1) El artículo 20 de la carta ordenaba que las proposiciones emanadas de la iniciativa de los miembros de las dos cámaras fuesen discutidas en comité secreto.

poner el aumento del subsidio actual del culto por medio de todas las pensiones eclesiásticas que habian quedado libres por fallecimiento de los titulares y de cuya estincion se aprovechaba antes el estado. «¡Y qué! reclamaron con indignacion una multitud de miembros, nada mas que pensiones, siempre salarios. ¿Hay una situacion mas abyecta que la de un clero, cuya existencia depende del presupuesto, que vive de limosnas dadas por el estado y que puede suprimir una cámara imbuida en principios filosóficos? ¡La independencia de la iglesia debe estar asegurada! ¡Es preciso devolverle sus bienes, y en lugar de someter su dotacion á la votacion anual de las cámaras, es necesario hacerla inmóvil!!» La comision nombrada para el exámen de la proposicion ministerial, se encargó de cumplir este doble deseo; su informacion, confiada á Mr. de Kergorlay, fué presentada en la sesion del 19 de abril; y el 21, despues de cuatro dias de debate público, ya que la proposicion primitiva emanaba del gobierno, adoptó la cámara las disposiciones siguientes, que todas habian sido ya discutidas y convenidas antes de la lectura de la proposicion por los miembros que componian la comision central del presupuesto.

«La dotacion de la iglesia católica, apostólica y romana, se compondrá en adelante: 1.° de los subsidios consignados en el presupuesto para los gastos del culto y para las rentas vitalicias ó pensiones eclesiásticas, cuyo total asciende á cuarenta y un millones seiscientos veinte y un mil trescientos siete francos, cuyos subsidios serán «inmovilizados» y convertidos en una « renta perpétua » de igual suma pagadera desde el 1.° de enero de 1816; 2.° de los bosques y otros bienes procedentes del antiguo clero, y actualmente en manos del gobierno, cuyos bosques y bienes serán inmediatamente asignados, á título de «propiedad invariable» á los establecimientos eclesiásticos.»—Las demás disposiciones, que eran puramente reglamentarias, fueron todas adoptadas; votóse el conjunto de la ley, y habiéndose encontrado el número de bolas blancas echadas en la urna inferior al número necesario para las deliberaciones, se anuló el escrutinio guardando la votacion para el dia siguiente, 23, plazo de que se aprovecharon los adversarios del proyecto de ley. Una nueva discusion tuvo por resultado la inadmision de la conversion de los cuarenta y un millones seiscientos veinte y un mil trescientos siete francos de subsidio anual en renta perpetua ó inmóvil; no admitiéndose mas que la «restitucion» en especie, de todos los bienes del clero, no vendidos todavía. El proyecto así enmendado fué adoptado por doscientos catorce votos contra cincuenta (1).

Mientras la cámara de los diputados se esforzaba en restablecer la fortuna del clero, la cámara de los pares acogia una resolucion adoptada algun tiempo antes por la asamblea electiva, á propuesta de uno de sus miembros, Mr. de Bonald, espíritu sistemático, á quien sus admiradores daban el título de filósofo cristiano, porque desconociendo los hechos materiales ó humanos, su inteligencia no abrazaba nunca mas que el lado religioso de las cosas; retórico sentencioso que con la vaguedad y oscuridad de sus teorías, y con lo rebuscado y lo abundante de su frase se habia conquistado el nombre de pensador elocuente y profundo. Tratábase de la abolicion del divorcio, esto es, de la supresion de un título entero del código civil, código que no era obra de un reinado ni de un soberano, sino del tiempo, resultado lento y natural del trabajo legislativo de los siglos anteriores al nuestro, cuyos últimos materiales habia reunido y dispuesto la revolucion, habiendo Napoleon tenido la gloria de coordinarles y promulgar su conjunto. De sus prescripciones puede decirse que son la razon escrita: borrar con una plumada ciento y diez y siete artículos de este código destinado á ser la ley civil del mundo moderno, y que bastaria para salvar del olvido de las generaciones la memoria de un gran pueblo, era una violencia que debia creerse imposible. Emprendió sin embargo esta tarea la pasion de un devoto sofista, y el arrastramiento, la necesidad y el miedo la terminaron. Es verdad que el divorcio, tal como lo habian hecho las leyes de la revolucion, era origen de graves abusos, pero estos abusos no existian ya desde 1803, y si la legislacion revolucionaria provocaba, por decirlo así, el divorcio, por su demasiada facilidad en obtenerlo, el código civil ponia á la separacion del matrimonio tantos obstáculos, que este acto se convertia en la sancion de un hecho necesario para el interes de la moral pública y privada, ó en la consagracion de una separacion ya llevada á cabo. Mr. Bonald pidió la abrogacion del divorcio en nombre de la religion ultrajada y del desprecio de sus leyes. Aplaudieron sus amigos, pero el resto de la cámara guardó silencio. El temor de parecer que seguian la causa de la irreligion y de la inmoralidad, cerró los labios de todos, y la proposicion fué admitida sin debate. La misma acogida le aguardaba en la cámara de los pares, de la que solo tres miembros tomaron la palabra en la sesion del 19 de marzo; dos obispos para alabar la resolucion, y un tercero para pedir (tan religioso era esencialmente el carácter de la medida) que se mantuviese el divorcio á lo menos para los miembros de los cultos no católicos. En 26 de abril volvió la proposicion á la cámara electiva, por motivo de un cambio insignificante de redaccion; remitiéndose al dia siguiente la votacion, á pesar de las instancias de Mr. Pasquier, que pedia una adopcion inmediata y sin discusion, por respeto á la moral. Moral estravagante, que consagraba una mentira, porque la separacion de cuerpos, sustituida al divorcio, es el divorcio mismo con todos sus inconvenientes y sin sus ventajas; moral singularmente relajada, porque ofendia la santidad del matrimonio, dando este nombre á una union rota, desaparecida, y cuyo ordinario resultado es para los hijos el abandono ó la ruina, para los esposos la sancion de una existencia consagrada muy á menudo al desórden, y que ofrecia casi siempre el escandoloso espectáculo de un doble y público adulterio. El 27 adoptó la cámara la proposicion por segunda vez, con una mayoría de doscientos veinte y cinco votos contra once, y el 8 de mayo fué proclamada como ley del estado la abolicion del divorcio.

Otras dos proposiciones de MM. Murard de Saint-Romain y Lacbeze-Murel sobre la universidad y la organizacion de los registros del estado civil, adoptadas por la cámara de los diputados, pero hechas demasiado tarde para ser sometidas antes de cerrarse la legislatura, á la cámara de los pares, acabaron de dar á conocer los proyectos de reconstitucion religiosa concebidos por los congregantes de la cámara, y que esta asamblea queria realizar. La resolucion propuesta sobre la universidad estaba concebida en estos términos: «La religion será en adelante la base esencial de la educacion; los colegios y casas de pension estarán bajo la vigilancia inmediata de los arzobispos y obispos, que reformarán sus abusos; los obispos podrán aumentar el número de los seminarios segun las necesidades de la religion, los recursos y la poblacion de sus diócesis; nombrarán el director de los colegios y casas de pension, el director nombrará los profesores, pero los obispos podrán separar de entre los últimos los sujetos ineptos ó cuyos principios sean reconocidos por peligrosos; las universidades, tales como existen en la actualidad, subsistirán y estarán bajo la vigilancia del ministro del interior, que deberá cuidar de hacer que resplandezcan á un tiempo la religion, las costumbres y los talentos literarios; queda suprimida la comision central de instruccion pública, cuyos poderes y atribuciones reemplazan los del antiguo director.» La segunda proposicion, mucho mas corta, pero mucho mas clara, estaba concebida en estos términos: «El cuidado de los registros del estado civil se confiará de nuevo á los ministros del culto.»

Estas resoluciones tendian nada menos que á cambiar nuestras instituciones sociales mas importantes y á echar abajo la organizacion administrativa del reino, por lo que no halagaron á los ministros tanto como podria suponerse. La impaciencia que sentian para cerrar por último esta larga y tempestuosa legislatura, tenia motivos personales y menos elevados. Los ministros se espantaban menos de las doctrinas de la cámara que de sus actos, pues las primeras eran las mismas que ellos habian proclamado y sostenido, y en el primer entusiasmo de esta comunidad de principios y de opinion entre los miembros de su gabinete y la asamblea, habiase oido decir á Luis XVIII á la diputacion encargada de presentarle uno de los proyectos adoptados por los diputados, «que parecia inhallable una cámara semejante (1).» Pero á medida que esta cámara inesperada habia proseguido la mision de que se creia revestida, llevando su religioso respeto las cosas del pasado y su pasion reaccionaria hasta querer cambiar la ceremonia de que se hacia uso para el último suplicio (2): dic-

(1) Habiéndose cerrado la legislatura cuatro dias despues de esta votacion, no tuvo tiempo el ministerio de someter el proyecto á la cámara de los pares.

(1) Esta es la calificacion que ha dado á la cámara realista de 1815 el nombre con que se la designa mas comunmente, pero se ha trocado su sentido, porque en boca de Luis XVIII este epíteto era un elogio, y desde 1816 ha sido una censura.

(2) Este cambio fué propuesto por Mr. Duplessis de Grénédan, en uno de los comités secretos que tenian lugar despues de casi todas las sesiones públicas: pidió «que se restableciera la horca con todos sus privilegios, y entre otros con el de la infamacion que acompañaba en otro tiempo á este suplicio. ¡Feliz el pueblo, esclamó, en el que la mancha de un solo crimen se trasmite de padre á hijo!» Su proposicion fué vivamente apoyada por muchos de sus colegas que hallaban en la guillotina su origen revolucionario, calificándola de instrumento *regicida*. Uno de ellos fué encargado por el presidente para que estudiase la cuestion. Un dia en que la mesa estaba reunida pidió este diputado la palabra, y con rostro alegre, anunció que iba a someter á sus colegas el resultado de su exámen. «En los tiempos que corremos, dijo, es necesario machacar fuerte, con rapidez y sobre el mayor número posible de puntos, lo que es difícil conseguir con la guillotina, instrumento muy complicado, de un volu-

tando siempre su voluntad á las proposiciones del gabinete, habian podido convencerse los ministros de que la asamblea no se proponia limitar su intervencion á una simple oposicion de tribuna y de escrutinios, sino a dirigir hasta cierto punto la administracion y hacer entrar en los negocios los miembros que merecian su confianza. El ministro, que no se atrevia á entablar una abierta lucha, y obligado ademas, para prorogar ó disolver la asamblea, á esperar la votacion del presupuesto, solo oponia á los golpes de estos rudos adversarios, la inercia, el silencio y la sumision. Por último en 17 de abril se votó la ley de las rentas (presupuesto), y en 20 la presentaban los ministros á la cámara de los pares, que la adoptó en 27; dos dias despues, 29, el duque de Richelieu, en la cámara de los pares y el conde Corvetto y Mr. Dubouchage, en la de los diputados, leian un decreto que declaraba cerrada la legislatura de 1815 y fijaba la apertura de la de 1816 para el 1.° de octubre próximo. Las cámaras habian estado abiertas durante siete meses.

Libres ya de la cámara electiva, trataron luego el duque de Richelieu y Mr. Decazes, miembros influyentes del gabinete, de separar del consejo al hombre en quien se personificaban, por decirlo así, los proyectos y las pasiones de esta asamblea. La destitucion de Mr. de Vaublanc ocupaba desde largo tiempo al presidente del consejo y al ministro de policía, cuya influencia sobre Luis XVIII era cada dia mas absoluta. Mr. Decazes podia quejarse de ataques incesantes y personales, y de acusaciones que atentaban á su fidelidad. No solamente con vagas sospechas ó medias palabras se traslucia la hostilidad de Mr. de Vaublanc, sino que cada semana recibia especialmente diputados en su palacio. Un dia en que la reunion era mas numerosa que de costumbre, manda guardar silencio, cierra el mismo todas las puertas, aplica el oido para asegurarse deque no puede ser escuchado, y despues de tomadas todas estas precauciones minuciosas, anunció con tono solemne, «que el servicio del rey le imponia un doloroso deber; que debia denunciar á todos los amigos del trono la traicion del ministro de policía. Tengo las pruebas, añadió, pero seamos prudentes, y obtendremos justicia para tan indigno abuso de confianza.» Los cuidados de Mr. de Richelieu eran de distinta naturaleza. El título de coronel general de la guardia nacional, dado en 1814 al conde de Artois, habia sido largo tiempo puramente honorífico, y Mr. de Vaublanc, por un decreto del 18 de noviembre de 1815, le habia agregado funciones efectivas, dando al hermano del rey el mando y administracion directa y absoluta de todos los guardias nacionales del reino. Esta administracion, confiada bajo la direccion inmediata del príncipe á sus ayudantes de campo MM. de Bruges y Julio de Polignac, y al consejero de estado Allent, con el título de inspectores generales, constituia un verdadero ministerio, adonde iban á parar la correspondencia y los dictámenes de los estados mayores de la guardia nacional de todas las ciudades (1). Cada dia á la salida del consejo entraba Mr. de Vaublanc en casa del conde de Artois, ya para informarle de oficio de las medidas propuestas entre todos los ministros, ó las que el se proponia tomar en el departamento de que era titular, ya para enterarse de las correspondencias llegadas al príncipe durante el dia y recibir sus órdenes. Estas relaciones intimas con el presunto heredero de la corona, esta existencia de una especie de gobierno en el gobierno, herian desde mucho tiempo la susceptibilidad del presidente del consejo, cuando dos hechos acabaron de hacer imposible, a sus ojos, la permanencia de Mr. de Vaublanc: en primer lugar la ruidosa separacion de este ministro, en 10 de abril, y en segundo lugar el haberse entregado al rey en el mismo momento un memorial redactado en nombre de Mr. de Vaublanc por el baron de Chapelle, en el cual el ministro insistia «en la indispensable necesidad de una marcha mas firme y mas resuelta, de una union mas íntima con la mayoría realista, que el ministerio con su débil actitud aseguraba muy poco.» Para reemplazarle inmediatamente despues de la separacion de la cámara, hicieron ofertas al momento MM. de Richelieu y Decazes á Mr. Lainé, diputado, que por su notable talento para la tribuna, por sus brillantes pruebas dadas al trono, por su rara probidad política y por la posicion influyente que le daba la presencia de la cámara desde la caida del imperio era muy apropósito para su eleccion.

La escena ofensiva del 8 de abril, que habia irritado profundamente á Mr. Lainé contra la mayoría realista, era para los ministros un motivo mas para que deseasen tenerlo por colega; así es que no cedieron despues de haber rehusado una vez, sino que volvieron á la carga durante muchos dias hasta que por último se rindió Mr. Lainé. Aprovecháronse de este cambio parcial del gabinete para dar la libertad á Mr. Barbé-Marbois, carácter debil, inteligencia mediocre que se atribulaba con las tempestades parlamentarias y que deseaba volver á la antigua posicion de primer presidente del tribunal de cuentas que se habia obstinado en dejar vacante; permitiósele tomar de nuevo este cargo y se confiaron los sellos interinamente al canciller Dambray. No cayó solo Mr. Barbé-Marbois, pues su caida arrastró la del funcionario que durante su administracion y la de Mr. Pasquier, esto es, desde la vuelta de Gante, habia tenido la direccion efectiva del ministerio de justicia; hablamos de Mr. Guizot. En vano este antiguo secretario del abate Montesquiou habia desplegado el mas ardiente celo y el mas escesivo rigor en la espurgacion de los tribunales y en la composicion de los tribunales prebostales; en vano habia sabido dominar la magistratura y mantenerla en la obediencia mas servil, haciendo pesar sobre todos sus miembros la necesidad de la institucion real; estos tristes servicios no pudieron compensar su título de protestante al lado del devoto canciller, por lo que Mr. Guizot tuvo que ceder su cargo á Mr. de Trinquelague, nombrado recientemente procurador general en la audiencia de Pau. Este último sin embargo, recibió un título mas elevado, pues Mr. Guizot era simple secretario general y Mr. Trinquelague le sucedió en el ministerio de justicia como subsecretario de estado.

Ocho dias despues de la prorogacion de las cámaras, 7 mayo, el *Monitor* puso en el libro de registros el nombramiento de los dos nuevos ministros; despues de lo cual los restantes, y sobre todo el duque de Richelieu y Mr. Decazes, esperaban alcanzar algun reposo, pero en la víspera por la tarde, 6, cuando el gabinete reconstituido apenas habia tenido tiempo de reunirse, fué convocado de repente con motivo de una grave noticia trasmitida por el telégrafo de Lyon: tratábase de un movimiento de insurreccion que acababa de estallar en las puertas de Grenoble, drama sangriento que afectó profundamente á los contemporáneos, cuyos pormenores todavía mal conocidos vamos a esponer.

CAPÍTULO QUINTO.

Sucesos de Grenoble. Pablo Didier; sus antecedentes; su emigracion y su regreso á Francia. Es nombrado magistrado en tiempo de la primera restauracion y destituido durante los cien dias. Sus relaciones con los partidarios del duque de Orleans y sus esfuerzos para llevar á cabo un movimiento orleanista entre las tropas del ejército del Loire. Sus relaciones con el duque de Orleans. Destierro de este príncipe. Asociacion de la Independencia nacional. Didier parte á Lyon; su permanencia en esta ciudad; arrestos; Didier pasa al Delfinado.—Cuadro moral de la Francia en los primeros meses de 1816. Circular de Mr. Decazes; arrestos; destierros, esposiciones y enmiendas honrosas en la época de la muerte de Luis XVI; destruccion de las insignias del régimen imperial; entusiasmo, bailes y cantos en Orleans; visitas domiciliarias; destituciones.—Continuacion de los sucesos de Grenoble Esfuerzos de Didier para organizar una sublevacion á favor del duque de Orleans; se ve obligado á proclamar á Napoleon II; su proclamacion; organizacion definitiva del movimiento; plan de ataque contra Grenoble. El general Donnadieu, el conde de Montlivault y Mr. Armando de Bastard; avisos que se les comunican; arresto de un teniente de reemplazo. Marcha y llegada de los insurgentes. Disposiciones tomadas por el general Donnadieu. Los insurgentes llegan delante de la puerta de Bonne; son rechazados y perseguidos por el coronel Vautré. Primeros despachos del general Donnadieu; carta del coronel Vautré. Reunion del tribunal prebostal; pronuncia tres sentencias de muerte; ejecucion de dos de los condenados. Primer parte telegráfico dirigido desde Paris á las autoridades de Grenoble; circular de Mr. Decazes á quince prefectos. Pónese en estado escepcional el departamento del Isere; bandos publicados por el general y por el prefecto. Formacion de una comision militar y de un consejo de guerra; reunion de este consejo; pronuncia veinte y una sentencias de muerte. Recurso de gracia para ocho reos; catorce son pasados por las armas. Deliberacion del consejo de ministros sobre las demandas de gracia; son rechazadas; nuevo parte telegráfico; nueva ejecucion de ocho reos. Pesquisas hechas en Paris durante estos sucesos: destitucion del coronel Clouet, del prefecto Séguier y del procurador general Morgan de Belloi; arresto del general Thiard.—Fuga de Didier á Saboya con otros tres insurgentes: es cogido y entregado. Su comparecencia ante el tribunal prebostal y su condenacion; sus últimas pala-

men enorme, que se levanta con mucha pena y es casi imposible trasladar de un punto á otro. El antiguo modo no presenta ninguno de estos inconvenientes, porque ¿donde no se hallará un trozo de cuerda, una simple clavija? Cualquiera por otra parte puede llevarla en su faltriquera, y en todas partes se halla un clavo, una viga ó una rama de árbol, por lo que soy de parecer que se abandone la guillotina y se adopte el antiguo metodo

(1) Las oficinas de las administraciones de los guardias nacionales fué instalada en el palacio de Labriffe, barrio Voltaire.

bras; su ejecucion.—El duque de Orleans; los generales Donnadieu y de Vautré; Mr. Decazes.—Anúnciase el descubrimiento de una nueva conspiracion.

En 22 de junio de 1815, cuatro dias despues de Waterloo y diez y seis meses antes de los sucesos de que vamos á hablar, en el momento en que la cámara de los representantes daba á Napoleon el plazo de una hora para abdicar su corona, una señora de Grenoble, esposa de uno de los miembros de esta cámara, subia con su sobrina una de las contracalles del baluarte Poissonnière. Llegadas á la altura de la calle del Sentier vieron un individuo de elevada estatura, de cabellos blancos, pero vigoroso todavía, que fijaba en las paredes unos carteles que contenian algunas líneas trazadas con la mano, y cuyo firmante, que era el mismo viejo, invocaba con fuerza la caida de Napoleon y anunciaba á los parisienses el próximo advenimiento de un gobierno amigo de la libertad y de la paz. Las dos damas se le acercaron, y la mayor de ellas reconoció en el autor de los pasquines un compatriota, su amigo de infancia: «¡Ola! le dijo ella, ¿sois vos, Pablo? ¡Vos pedís la caida del emperador! Paréceme que estais muy alegre. ¡Vuestros Borbones van pues a volver!—A lo menos vuestro Bonaparte va á caer,» le respondió el hombre á quien se dirigia y que no era otro que Pablo Didier.

Nacido en 1758 en Upie, pequeña ciudad del departamento del Drome, y abogado en el parlamento de Grenoble en tiempo de la revolucion, cuyos principios adoptó desde luego con entusiasmo, despues de la jornada del 10 de agosto entró Pablo Didier en las filas de los realistas, solicitando la peligrosa mision de defender á Luis XVI, y cuando la sublevacion de Lyon fué á unirse con los insurgentes. Los lyoneses fueron vencidos y se vendió la cabeza de Didier, que pudiendo escaparse, se refugió entonces en Burdeos, luego en Marsella, y bien pronto tomó una parte activa en las conspiraciones y luchas que hicieron célebres en el mediodía la reaccion termidoriana. Obligado á huir segunda vez de las persecuciones de las autoridades republicanas, emigró á Suiza, y luego á Alemania, donde se incorporó á la pequeña corte errante de Luis XVIII. Su permanencia al lado del hermano de Luis XVI fué de corta duracion. Didier regresó á Francia y se fué á Paris, en donde abrió un gabinete de negocios para la restitucion de los bienes secuestrados ó vendidos por la revolucion, y para la cancelacion de las listas de los emigrados, pero á pesar de esta industria que su actividad y sus relaciones con muchos diputados influyentes hacian muy lucrativo, continuó mezclándose con la política, y á mediados de 1799, pocos meses antes de la jornada de brumario, con el título de *Espíritu y voto de los franceses*, publicaba un folleto lleno del sentimiento monárquico y religioso mas exaltado, y en el que esclamaba: «*Viva el rey! viva nuestro buen rey!* Dios todopoderoso que le protegeis, dignaos de echar sobre nosotros una mirada favorable; alumbrad, enterneced á los franceses... Venid, familia de Enrique IV, vosotros perteneceis á la Francia, y ella os reclama; vuestra presencia llevará á su seno las virtudes, la paz y la felicidad, y reconciliará á nuestra culpable patria con un Dios muy justamente indignado.» Tres años despues, en 1802, cuando empezaban á concentrarse en el poder y en la voluntad de un solo hombre las instituciones y las fuerzas de la revolucion, Didier se dejaba llevar por nuevas ideas, y se le contaba entre los mas ardientes admiradores del primer cónsul; la publicacion del concordato sobre todo exaltó su entusiasmo, del que dió pruebas en un nuevo folleto que tenia por título *Vuelta á la religion*, y que dedicó á Bonaparte. Este nuevo escrito fué muy leido; la policía le hizo esparcir con profusion, y valió á su autor el nombramiento para una de las cátedras de profesor de la escuela de derecho instituida en Grenoble en los últimos meses de 1805, de la que luego llegó á ser director. Difícilmente podian llenar la actividad de esta organizacion ardiente los tranquilos deberes de esta posicion; así es que muchas veces, en medio de los accidentes tan diversos de su carrera, habia pensado Didier en la formacion de grandes empresas agrícolas ó mercantiles: las horas de ocio de su profesorado y su mansion en el centro de una comarca que ofrecia alicientes bastante numerosos para su especulacion, lo arraigaron mas todavía esta disposicion de espíritu; abandonóse á ellas con una especie de arrebato, y dejando á cargo de un sustituto la esplicacion de su asignatura, viósele emprender sucesivamente el trazado de un nuevo camino entre Francia é Italia al traves de las montañas del Oisans, el crucero de un canal en Pierrelate, la desecacion de las llanuras pantanosas de Bourgoin, y la esplotacion de las minas argentíferas de Allemont. Para la buena direccion de empresas tan numerosas y tan diversas no bastaban las fuerzas de un solo hombre: los gastos que necesitaban eran muy superiores á los recursos pecuniarios de Didier. Sucumbia ya bajo su peso, cuando los desastres de la campaña de Rusia y las derrotas de nuestros ejércitos en España, introduciendo la desconfianza y el temor entre los capitalistas, le arrancaron todo crédito, por lo que su ruina fué completa. Obligado á abandonar el Delfinado, se hallaba en Paris á mediados de 1813, procurando descubrir en los sucesos políticos un medio de realzar sus esperanzas destruidas y de reparar su perdida fortuna. En aquel momento empezaba la Europa á levantarse contra la Francia; el grande ejército, á pesar de las victorias de Lutzen, de Bawtzen y de Dresde, acababa de ser rechazado aquende el Elba; la estrella imperial palidecia; por lo que el pensamiento de Didier se fijó en la familia á la que habia consagrado por largo tiempo su actividad de espíritu y sus fuerzas, pero nadie pronunciaba el nombre de sus príncipes y hasta se ignoraba el punto fijo de su morada. En estas circunstancias, en la época de la salida de nuestras tropas de Madrid y de su retirada al Ebro, oyó hablar Didier de la rápida aparicion del duque de Orleans en Tarragona y en Cádiz, y de la reclamacion de un mando en los ejércitos españoles que se acercaban entonces á nuestra frontera. Sabiendo el mal resultado del príncipe, como tambien su vuelta á Sicilia, é instruido suficientemente de los hechos de la revolucion y de la insurreccion vendeana para conocer las esperanzas de que habia sido objeto el duque de Orleans despues de la muerte de Luis XVI, creyó posible Didier renovar á su favor la trama rota en manos de Dumouriez, y concibió la idea de un viaje á Palermo, pero la rapidez de los sucesos, despues de la batalla de Leipsick, no le dejó tiempo para ponerse en camino. Por otra parte el advenimiento inesperado de Luis XVIII dió otro curso á su realismo: publicó nuevos folletos monárquicos, hizo valer sus antiguos servicios, solicitó su recompensa, y obtuvo, no sin mucho trabajo, el título de magistrado del consejo de estado. Didier esperaba mas; se quejó, reclamó y recibió del tribunal de casacion la promesa de un cargo que esperó en vano. Acusando á la dinastía primogénita de los Borbones de ingratitud, su irritacion contra ellos era estrema cuando estalló la jornada del 20 de marzo, suceso que cambió de nuevo su posicion, pero su ruidoso y espléndido realismo fué causa de que en 1814 el gobierno de los cien dias le borrase del cuadro del consejo de estado. Este nuevo golpe, que arrojó á Didier entre los adversarios de Napoleon, le unió no con los realistas propiamente dichos, sino con una clase numerosa de opositores políticos, hostiles al regreso de la isla de Elba por temor de la guerra y de una nueva revolucion, hostiles á Luis XVIII, á su hermano y á sus sobrinos, por odio á la antigua nobleza y al antiguo régimen, y que en el advenimiento del duque de Orleans, primer príncipe de la sangre real, buscaban una especie de transaccion entre los principios de 89 y el principio de monarquía legítima proclamada por las potencias aliadas como el derecho monárquico de Europa. Una vez en relacion con los hombres de este tercer partido, conoció Didier la existencia de la conspiracion orleanista llamada del norte, organizada por Fouché, á cuya frente estaban los generales Drouet d'Erlon, Lefebvre-Desnouettes y Lallemand, y abortada por el desembarco de Napoleon. La denegacion del juramento propuesto en la víspera de la sesion imperial por MM. Dupin y Roy, como tambien la proposicion de este último en la sesion del 15 de junio, no tardaron en probarle que la sustitucion de la segunda dinastía de los Borbones á la primogénita no era un proyecto abandonado, y que sus principales partidarios, separados de la cámara de los representantes, aguardaban solamente la pérdida de una batalla para tentar su ejecucion. La jornada fatal del 18 de junio realizaba sus esperanzas, y ya se ha visto al principio de este capítulo cómo acogió Didier este suceso.

Las primeras medidas adoptadas por la cámara de los representantes correspondieron á la esperanza del antiguo director de la escuela de derecho de Grenoble; esta cámara precipitó del trono á Napoleon, pero despues de este golpe le faltó energía, pues parándose en la mitad del camino, á pesar de los esfuerzos tentados indirectamente por Mr. Dupin en las sesiones de los 22 y 23 de junio, no se atrevió, como ya antes hemos dicho, á proclamar al duque de Orleans; el advenimiento al trono de este príncipe solo fué propuesto abiertamente en Londres por los condes de Valence, Andreossy, Boissy-d'Anglas y los demás miembros de la comision de armisticio enviada á Blucher y Wellington, y en Haguenau por MM. de Lafayette, Sebastiani y los demás plenipotenciarios enviados á los soberanos. En cuanto á la cámara, lo único que supo hacer, despues de haber arrebatado la espada de las manos del emperador fue ayudar á Fouché y á Davoust para estinguir el patriotismo y aplaudir la indigna capitulacion que entregaba á Paris y la Francia al enemigo. La vuelta de Luis XVIII no abatió la energía de Didier: quiso luchar todavía y al efecto le ocurrió la idea de organizar á favor del jefe de la segunda dinastía de Borbon las *Vendées patrióticas*, cuyo representante, Bory de Saint-Vincent, en la sesion del 1.° de julio, habia amenazado á los Borbones de la dinastía primo-

génita. Con este objeto se puso en relaciones con muchos generales del ejercito del Loire, entre otros con el general Excelmans, solicitando la iniciativa de una vasta insurreccion nacional. Pero espantados de la desorganizacion que veian á su alrededor, y de las desgracias que podia acarrear á Francia una guerra civil, cuyo principio por otra parte no veian bien distintamente, cejaron en su proyecto. La dislocacion, luego el licenciamiento del ejército del Loire y finalmente la ocupacion sucesiva de Francia por un millon doscientos mil soldados, no permitieron á Didier llevar adelante sus tentativas. Habitando en Paris, á fuerza de estar continuamente con los adversarios del nuevo gobierno halló todavía su irritacion nuevas fuerzas, irritacion que iba en aumento al contemplar el lamentable espectáculo de los escesos de la invasion y de las ejecuciones que siguieron á la segunda entrada de Luis XVIII. Decidido á seguir la senda en que acababa de entrar, trató Didier de entrar en relaciones con el príncipe, a cuya suerte deseaba unirse vivamente, pero en aquel momento no era tarea fácil penetrar los intentos del duque de Orleans, porque este primer príncipo de la sangre se mostraba tanto mas reservado cuanto mas recientes eran los proyectos en que habia hecho intervenir su nombre, y cuanto mas habian despertado las sospechas del jefe de su raza las esperanzas anejas á su persona; sin embargo una circunstancia hizo que se valiera de Didier

En 6 de octubre de 1815, víspera de la apertura de las cámaras, un decreto habia establecido que durante esta legislatura, «los príncipes de la familia y de la sangre real ocuparian su asiento en la cámara de los pares segun el rango que les pertenecia por derecho de nacimiento.» En 12 procedieron los pares a la organizacion de sus mesas, y el duque de Orleans fué nombrado presidente de la tercera. Desde esta primera sesion, cuando la denegacion del juramento hecha entonces en la sesion real y renovada aquel mismo dia en el seno de la cámara de los pares por MM. Julio de Polignac y de Labourdonnaie-Bloesac, el duque de Orleans se habia opuesto, contra el duque de Fitz-James, á que se consignasen en el acta los motivos dados por estos dos pares para apoyar su resistencia. Al dia siguiente, 13, en la discusion de la esposicion, el príncipe habia apoyado igualmente, contra la opinion del conde de Artois y del duque de Berry, diversos cambios de redaccion destinados á dar al lenguaje de la cámara un carácter de calma y de moderacion. Notóse esta accion, que por la tarde fue el objeto de todas las conversaciones políticas. Los amigos del príncipe insistieron con él que para interés de su popularidad, se diese á este debate la mayor publicidad. Las sesiones de los pares eran secretas, y por otra parte la rudo censura que pesaba sobre los periódicos, no les habria permitido hacer el menor análisis favorable a las opiniones sostenidas por el duque, por lo que buscábase á un hombre adicto que se encargase de hacer imprimir un folleto que diese cuenta de las dos sesiones. Mr. Pieyre, antiguo prefecto del Loiret, que asistia con frecuencia al Palacio Real, era visitado algunas veces por su compatriota Didier. Propúsole el negocio, aceptó Didier, recibió de manos de Mr. de Grave las notas manuscritas redactadas conforme el duque las habia dictado, y en la misma tarde hizo trato con un impresor. Pero mientras activaba su trabajo, en las Tullerías se formaba una tempestad contra el duque de Orleans, cuyo lenguaje en la discusion de la esposicion habia irritado violentamente á sus cortesanos, que acusaban todavía sus principios y sus manejos revolucionarios. Noticias salidas de la policía de la librería dieron á conocer, entre tanto, la impresion del resúmen de las dos sesiones, para el cual, decian, se preparaba una distribucion clandestina. Elevóse á esta nueva un verdadero clamor, por lo que cediendo Luis XVIII á los gritos de su alrededor, hizo anunciar inmediatamente al duque por el ministro de policía, Decazes, la órden de salir al momento de Paris y de pasar á Inglaterra. Sucedia esto en 17; el folleto estaba compuesto (1), y se iba á proceder al tirado, cuando una persona del Palacio Real corrió á la imprenta, tomó el manuscrito en nombre del príncipe, pagó todos los gastos é hizo descomponer las paginas compuestas. Al dia siguiente, 18, cinco dias despues del debate de la esposicion, salia de Paris dirigiéndose á Londres el duque de Orleans.

No por esto se desalentó Didier; al contrario, los actos cada dia mas violentos de los ministros y de la cámara, por lo mismo que introducian el terror y la desesperacion en el seno de todas las clases, aumentaban, á sus ojos, el número de ciudadanos dispuestos á derribar el gobierno. Semejante en este punto á todos los jefes de conspiraciones, recogia Didier con una especie de avidez las quejas y amenazas que oia por todas partes en que él mismo habia introducido su cólera, y creia tener un cómplice en cada descontento. Llegó su pasion hasta dar crédito á un rumor que corrió en aquella epoca entre los adversarios de la restauracion. ¿Debemos pensar que pudo creer un solo instante que Talleyrand, tan pusilánime, dedicado entonces esclusivamente á sus funciones de corte y á conservar la gracia del rey, que el cobarde Fouché, cuyo viaje y permanencia en Dresde no habian podido curar todavía su miedo, irritados de su salida del ministerio, trabajaban, el uno en Paris y el otro en Sajonia, para cambiar el órden de sucesion al trono colocando la corona de Luis XVI en las sienes del duque de Orleans? ¿Era sincero cuando acogia estos rumores, ó bien, aparentando que los creia, queria dar únicamente á la credulidad pública algunos nombres conocidos, seguro de que en tiempos de agitacion política se cree tanto mas fácilmente una fabula, en cuanto es mas absurda? Sea lo que fuere, cuando en los últimos dias de 1815 creyó hallar Didier ocasiones favorables para un movimiento insurreccional con la salida de las principales fuerzas de la coalicion y con la debilidad de las tropas que el gobierno trataba entonces de organizar, por lo que partió para Lyon, estendiendo por todos los puntos que pasaba la noticia de que Mr. de Talleyrand y Fouché (estos dos hombres para quienes las palabras patria, libertad y honor, eran espresiones vacías de sentido, buenas solamente para engañar á la multitud), acababan de formar una vasta asociacion política llamada «de la Independencia nacional;» que esta asociacion tenia por objeto restituir á la Francia su gloria y grandeza perdidas, arrojar á Luis XVIII, y poner en su lugar al primer príncipe de la sangre, y por último que en la víspera de su salida, despues de la última reunion en la que asistian los principales ministros dimisionarios, habian abandonado á Paris diez y siete comisarios con la mision de promover un movimiento general en los departamentos (1).

Desde los primeros dias de 1816, los periódicos de Paris dieron cuenta de la presencia de Didier en Lyon, y en 3 de febrero anunciaron «que conversaciones tenidas en una taberna por un sargento y oidas por un oficial, probaban que este sargento frecuentaba á los conspiradores y recibia malas impresiones, por lo que el procurador del rey habia mandado arrestar, en 20 de enero anterior, á seis individuos, incluso el sargento. Sus reuniones, añadian dichos periódicos, compuestas del sargento Rosa, del capitan de reemplazo de la ex-guardia Simon, del coronel del ex-1.º de linea Jacquemet, de MM. Montain, medico en jefe del hospital de Lyon, Lavalette, ex-recaudador general de los Bajos Alpes en los cien dias, y Rosset, fabricante de papeles pintados, eran presididas por Mr. Didier, que tomaba el título de Augusto. Didier no ha podido ser habido.» Hizose inmediatamente una informacion empezada por Mr. de Sainneville, comisario general de policía en Lion. Unicamente Rosset habia visto á Didier, convino en haber tenido entrevistas con él, y despues de haber contado los rumores esparcidos por este sobre la formacion de la asociacion nacional, como tambien el papel de Fouché como agente supuesto de la faccion de Orleans en el estranjero, añadió que sus relaciones con Didier se habian limitado á algunas visitas muy cortas y á simples conversaciones. Nadie mas efectivamente pudo descubrir la mas minuciosa instruccion, y Rosset, olvidado en su prision con sus co-reos, despues de tres meses de secreto, se vió obligado á dirigir á la cámara de los diputados una peticion en la que quejándose de haber sido arrestado sin motivo, pedia su libertad ó su comparecencia ante un tribunal, peticion vista en la sesion del 26 de abril, y que fué rechazada por la cámara por la órden del dia, pero que no dejó de producir un resultado. Rosset y sus co-acusados fueron conducidos, el 26 de agosto siguiente, ante el tribunal de asises del Ródano. El informe pronunciado en esta ocasion por el abogado general Chantelauze, ofreció un singular ejemplo de la exageracion, mezcla de pasion y de ignorancia que caracteriza muy á menudo el modo de hablar de los curiales deseosos de adelantar. La acusacion no descansaba en ninguna base, y Mr. de Chantelauze consagró muchas horas para querer probar que los acusados formaban parte de una vasta asociacion de conspiradores que envolvian toda la monarquia y que tenian por jefes á Fouché, Carnot y Mr. de Talleyrand. Alianza de

(1) Esta composicion formaba 24 páginas en-8.º

(1) Haremos notar que el ministerio, caido en 24 de setiembre de 1815, se componia de Mr. de Tayllerand, nombrado, tres dias despues, primer chambelan de Luis XVIII; de Fouché, que partió el dia siguiente para su embajada de Sajonia; del mariscal Gouvion Saint Cyr, del conde de Jaucourt, del baron Luis, y por último de Mr. Pasquier, miembro entonces de la cámara inhallable, de la que era uno de los oradores mas infatigables, y que como relator acababa de sostener la ley sobre los gritos, los discursos y los escritos sediciosos. He aqui los hombres que Didier presentaba como cómplices suyos. No insistiriamos en estos pormenores, si recientemente algunos escritores realistas, en la época de los sucesos de 1816, no hubiesen acogido con cierta confianza estas fabulas absurdas á las que daban crédito los hombres de estado y de policía de aquella epoca

nombres estrañamente estravagantes, porque Fouché, que no habia vuelto á entrar en Francia, aunque hubiese abandonado á Dresde, vivia entonces retirado en Praga (Bohemia); Carnot, proscrito por este mismo Fouché, habitaba en Varsovia (Polonia); y Mr. de Talleyrand en su tierra de Valençey. Era tal por lo demás la multitud de los cargos, que en 31 de agosto, á pesar de la violencia de este pedimento fiscal, á pesar de los rigores de las nuevas leyes, fueron puestos en libertad Rosa, Jacquemet y Simon, y los otros tres acusados, condenados por el tribunal: Rosset y Lavalette á diez años de destierro, diez años de vigilancia de la policía superior, cien mil francos de fianza cada uno, y el último á la degradacion de la Legion de Honor; el doctor Montain á cinco años de prision, cinco de vigilancia de la policía superior, diez mil francos de multa, veinte y cinco mil francos de fianza. Ademas todos tres eran deudores solidarios de las costas del proceso (1).

Inmediatamente despues del arresto de Rosset, habia Didier abandonado á Lyon y se habia dirigido al Delfinado, recorriendo los campos y las ciudades, visitando á todos los descontentos, esparciendo falsas nuevas, prodigando promesas y esforzándose en reclutar en todas las clases de ciudadanos, afiliados para la sociedad de la Independencia nacional, creacion de su imaginacion activa que debia desaparecer con él. El gobierno sin embargo con sus escesos se hacia, por decirlo así, cómplice suyo; y el cuadro moral de Francia, en esta época, hará comprender como Didier en menos de tres meses pudo reunir en un solo departamento, los elementos que la insurreccion desde mucho tiempo trataba de organizar.

Las leyes sobre la supresion de la libertad individual y sobre los gritos, los discursos y los escritos sediciosos; la institucion de la justicia prebostal, las proposiciones renovadas cada dia en la cámara para la espurgacion de todos los ramos de administracion pública, habian comunicado nueva energía á la accion de las comisiones realistas, que viendo por todas partes sospechosos y culpables, y obligando á las autoridades, bajo pena de denuncia, á practicar las pesquisas mas inquisitoriales y las persecuciones mas severas, no tardaron en organizar un verdadero sistema de terror. Una palabra mal comprendida, una simple alusion á los sucesos políticos, actuales ó pasados, la menor queja, bastaban en muchos puntos para hacer destituir empleados, arrestar ó desterrar de su departamento á los antiguos militares y á los simples ciudadanos que inspiraban la desconfianza ó animosidad de los nuevos amigos del trono. El interés político se revestia á veces de las pasiones individuales y locales, y muchas personas de toda integridad eran perseguidas por las acusaciones de vecinos que codiciaban su empleo ó su industria, ó envidiaban su talento, su crédito y su fortuna. Todos los denunciados estaban calificados indistintamente de enemigos del estado, categoría de culpables que Mr. Decazes, en una circular dirigida á todos los funcionarios del reino el 28 de marzo de 1816, definia así: «Podeis reconocer al enemigo del estado en todo hombre que se alegra de la confusion del gobierno ó de la administracion, que con discursos ó insinuaciones pérfidas tiende á disuadir á los jóvenes de sentar plaza; en aquel, finalmente, que en sus conversaciones, sus gestos ó su actitud, manifiesta su cólera ó su desprecio á los habitantes pacíficos y subordinados, cuya conducta prueba su adhesion al rey y su sumision á las leyes.» Semejantes instrucciones, seguidas al pié de la letra, podian hacer encarcelar. Asegúrase que en los últimos meses de 1815 y los ocho primeros de 1816 fueron arrestados setenta mil ciudadanos (2). Pronto se llenaron las cárceles, y el 10 de enero de 1816 el Diario de los Debates anunciaba que en Paris la sola cárcel militar de la Abadía encerraba, á mas de sus presos habituales, á los generales Belliard, Berton, Cambronne, Debelle, Decaen, Drouot, Dufour, Ornano, el almirante Linois, los coroneles Boyer de Peyreleau y de Faudoas, el capitan de gendarmería Thomassin etc. Algun tiempo despues, añadia el mismo periódico que MM. Lejeas, cuñado del duque de Bassano y ex-recaudador general de Dijon; Hernoux, ex-corregidor de la ciudad; Royer, ex-adicto; el general Veaux; Ballant, ex-procurador general de la audiencia, Buvée, expresidente de sala del mismo tribunal; Morland, cirujano, Panissot mercader etc., estaban encarcelados juntos en la sola cárcel de la capital de la Costa de Oro. En ciertos departamentos faltó lugar para nuevos presos, y queriendo algunos prefectos ejercer en las casas de arresto la vigilancia necesaria, convirtieron entonces en destierro la detencion de los prisioneros menos mal notados. Un dia el baron de Saint-Chamans, prefecto de Vaucluse, anuncia que va á dirigirse á Carpentras para poner en libertad á los presos políticos que por falta de motivos de acusacion no pueden ser presentados ante los tribunales, y con avisos publicados á son de trompeta en las calles de esta ciudad y en los sitios vecinos, se manda al mismo tiempo «que todos los que tengan quejas contra los presos vayan á denunciarlas al procurador del rey.» Vienen las quejas y el procurador del rey y sus súbditos se entregan al momento á un trabajo que reduce á veinte y ocho el número de presos que el prefecto quiere librar, pero con la condicion de enviarlos con vigilancia á puntos apartados, «por la mala opinion manifestada por estos individuos durante el interregno.» En el dia indicado entró Mr. de Sanit-Chamans en Carpentras, dirigióse con grande aparato á la sala del tribunal, ocupó el asiento del presidente, y allí, rodeado del subprefecto, del procurador del rey y de sus súbditos, de los jueces, del alcalde, del comisario de policía, de los oficiales de la guardia nacional y de los principales habitantes de la ciudad, mandó conducir á su presencia los veinte y ocho presos, á los que dirigió esta alocucion:

«Veis á entrar de nuevo en la sociedad que os habia rechazado de su seno, lo cual debeis á la debilidad y compasion escesivas que han cerrado los labios de los que tenian reconvenciones que hacer contra vosotros, pues sin ellas habriais incurrido en las penas mas severas. El rey no os considera dignos de su cólera. Dad pues las gracias á su clemencia, pero no espereis poder abusar de ella. Seguirá vuestros pasos por todas partes la mas rigurosa vigilancia, y cualquiera palabra, cualquier movimiento que tienda á perturbar el órden público serán castigados con el último rigor; rechazados para siempre de un pais que habreis infamado, iriais á espiar en lejanas riberas vuestro incorregible endurecimiento. No os pido juramentos ni los quiero, porque tampoco me inspirarian confianza, pues vuestros secuaces los tienen siempre en la boca y nunca en el corazon, pero temed la mano de la justicia, que estará pronta siempre á caer sobre vosotros.» Este discurso pronunciado con energía, añade la hoja realista de la que tomamos estos pormenores, produjo grande efecto en el auditorio. La sala hizo resonar los gritos de «¡viva el rey!» Inmediatamente despues, los individuos puestos en libertad fueron entregados á la gendarmería y á la guardia nacional, que les condujeron á las puertas de la ciudad, donde les dejaron la facultad de marcharse á los puntos designados para su vigilancia.» Añadiremos que la mayor parte de estos desgraciados habitaban en Carpentras, y que tuvieron que ponerse en camino sin poder volver á entrar en sus casas, siquiera para cambiar de vestido; al menos el conde de Tocqueville, prefecto de la Costa de Oro, concedia veinte y cuatro horas de tiempo para abandonar á Dijon, y tres dias para salir del departamento, «á Mr. Peyrard, secretario lego del obispado de Dijon, cuya conducta en el 2 de marzo de 1816, segun la informacion del prefecto, era un objeto de inquietud para los buenos ciudadanos y de escándalo para los cristianos.»

Esta facultad de desterrar á los ciudadanos de sus viviendas y de someterlos á la vigilancia de los autoridades del lugar de destierro, concedida á los agentes de la autoridad por la ley del 29 de octubre de 1815, era aplicada en muy grande escala. Algunos prefectos de departamentos limítrofes hacian un cambio de sus desterrados, pero las mas de las veces, se les enviaba á ciento cincuenta ó doscientas leguas lejos de su residencia; á los del norte, del centro y del este, á los departamentos del mediodía, y los del mediodía á los departamentos del norte. El 31 de enero de 1816 Mr. d'Allonville, prefecto de Ille-et-Villaine (Rennes) desterró á Amiens al general Mayer; á Mr. Robillard, abogado, á Burdeos; á Mr. Bonnessart, padre, propietario, á Limoges; á Mr. Lafosse, propietario, yerno del anterior, á Marsella; á Mr. Millet, coronel retirado y ex-recaudador de Rennes, á Montpeller; á Mr. Jollivet, padre, ex-asentista de tabacos, á Poitiers; á Mr. Meunier, platero, á Caen y á Mr. Regnier, propietario, á Tours. Poco tiempo despues, el prefecto de Puy-de-Dome (Clermont) desterraba á Marsella al general Simmer, y á Poitiers al conde Becker, el mismo que habia conduci-

(1) La condenacion del doctor Montain «por crimen de *no revelacion* de una conspiracion *ni precedida ni seguida* de un principio de ejecucion, aunque *acusado* de haber oido hablar de ella en casa de uno de sus enfermos» (palabras de la sentencia) dió lugar á un acto de estimacion digno de contarse: tenia un hermano segundo, médico como él y cirujano en jefe del hospicio de la Caridad de Lion, que alarmado por el estado de grave enfermedad en que habian puesto á su hermano las torturas de un secreto y la permanencia de siete meses en calabozos mal sanos, solicitó el traslado del reo á una de las cárceles de Paris y obtuvo permiso para acompañarle en el viaje. Abandonaron á Lion en 10 de enero de 1817. La semejanza entre los dos hermanos era grande, y los gendarmes encargados de conducirlos se relevaban en cada brigada, por lo que el jóven Mr Montain, en una de las paradas del camino, concibió la idea de sustituir á su hermano, y con el nombre de este fué sentado en Saint-Pelazie. Al cabo de algunos meses, cuando supo que su hermano estaba en seguridad, reclamó su libertad, pero en lugar de obtenerla, tuvo que sufrir una larga detencion.

(2) En la sesion de la cámara de los diputados del 10 de marzo de 1820, Mr. de Corcelles hizo subir este número á *cien mil* (*Diario de los Debates* del 11 de marzo de 1820).

do á Napoleon á Rochefort. En 2 de abril y 12 de mayo siguientes, el prefecto del Cher, Villeneuve, desterraba á Mr. Aubry, médico, al general Devaux, á MM. Touraton, notario, Plassat-Caillard, procurador, Lemoine, escribano de la alcaldía, Mater, abogado, y á otros ocho ciudadanos, propietarios, funcionarios ú oficiales, á los departamentos del Ariege, de las Landes, del Herault, del Gers, del Aude, de las Bocas del Ródano, de Tarn-y-Garona, de Mayenne, de las Costas del Norte y de Morbihan. Un tal Barin, prefecto de la Alta Viena, obedeciendo los mandatos de un comité dirigido por una marquesa, una baronesa y una vieja de claro linaje, desterraba de Limoges al estremo opuesto de la Francia, á MM. Badoux y Sulpicie, médicos, Dumas y Sauti, abogados, Desbordes, juez de paz hacia mas de veinte y cinco años, y Guerin, notario. No citaremos mas nombres: solamente diremos que cada departamento tuvo sus desterrados, y que estos destierros arruinaron á muchos, porque arrancaban, no por algunas semanas ó meses, sino al menos por un año, los padres de familia á sus hijos y á sus mujeres, los notarios y procuradores á sus despachos, los trabajadores á sus fábricas, los comerciantes á sus almacenes y los propietarios á sus fincas.

Las autoridades de esta época ya fuera por la pasion, ya por temor de las denuncias, parecian arrastradas por una especie de delirio. Los alcaldes publicaban bandos que prohibian á los ciudadanos que designaban á entrar en tal taberna ó en tal café. Un caballero de Fitz-James, teniente coronel y comandante de armas de la ciudad de Foix, en un estenso bando, condenaba á ser juzgado y fusilado en el término de veinte y cuatro horas, á todo individuo que llevara encima, en cualquier punto público ó particular, escritos insidiosos, no firmados por una autoridad reconocida por el rey: los antiguos confederados en cuya casa se encontraran armas y municiones de guerra ó de caza, debian ser reducidos á prision y presentados á una comision militar que les juzgaria segun las intenciones que tuviera á bien suponerles. El 17 de marzo de 1816, Mr. de Chabrol, prefecto del Ródano, administrador muy renombrado por su moderacion, mandó en un bando que todas las personas fieles al rey, los funcionarios y empleados de todas clases, los posaderos, los taberneros, los patrones y otros que ejercian cargos públicos, denunciasen á los individuos que con sus intentos, sus discursos ó sus acciones turbaran el órden público, y esparcieran noticias absurdas ó rumores injuriosos al gobierno. Mr. de Gasville, prefecto del Eure y yerno del canciller Dambray, se adelantaba mas, pues no solamente amenazaba con la suspension, la destitucion y aun penas mas graves, á los alcaldes, adictos, comisarios de policía y guardas de campo que no hubieran preso ó mandado prender á los simples habitantes, á los estranjeros y á los simples transeuntes que hacian circular noticias absurdas, llevando encima escritos capaces de alarmar los espíritus, ó que contuvieran espresiones contra la persona del rey, los miembros de la familia ó el gobierno, sino que concedia además un premio en dinero á los gendarmes, guardas de campo, guardias nacionales y otros agentes de la fuerza pública que voluntariamente y sin órden superior prendieran á todo individuo que abrigara intenciones contra el gobierno, llevando encima escritos ó periódicos maliciosamente redactados. El prefecto del Cher ya citado, que por una estravagancia ambiciosa, doblaba su nombre firmando el marqués de Villeneuve-Villeneuve, en dos bandos publicados en 16 y 22 de mayo, amenazaba con el tribunal prebostal, 1.º á los individuos en cuya casa se encontrara un arma cualquiera; 2.º á los mercaderes forasteros no provistos de un documento auténtico en el que estuvieran inscritos sus nombres y los pormenores de sus mercancías. Este prefecto, citado entre los mas fogosos, tuvo no obstante un movimiento de misericordia, pues el 12 de junio de 1816 instituyó un jurado de arrepentimiento para fallar sobre la sinceridad de los individuos que pidiesen hacer sus pruebas de realismo en las filas de la guardia nacional. Hubo un momento en que estas protestas con respecto á hechos pasados llegaron á ser una especie de fiebre; y si los sollozos, como hemos visto, ahogaban la voz de Mr. Decazes al leer á la cámara de los diputados el testamento de María Antonieta, si todos los miembros de la asamblea lloraban á su lectora, si Mr. de Chateaubriand, en la cámara de los pares, no tenia bastantes lágrimas que derramar por los crímenes de la revolucion; hombres y mujeres de ciudades enteras y entre otras Montpeller, Versalles y Pontoise, tribunales completos, como la audiencia de Amiens, presidentes, consejeros, abogados generales, sustitutos y escribanos cartularios «juraban por el Dios todopoderoso y por sus santos Evangelios, que tenian horror al regicidio, que nunca de hecho ni de voluntad se habian adherido á los principios impíos y sediciosos profesados en Francia por una minoría facciosa; que reconocian que los males vertidos por Dios sobre la Francia hacia veinte y cinco años eran un justo castigo, y que su mayor sentimiento era no haber podido dar hasta la última gota de su sangre para impedir la muerte de Luis XVI.» Para vengar esta muerte, el conde Máximo de Choiseul, prefecto de la Costa de Oro, mandó que el 21 de enero de 1816, dia del aniversario, al salir de misa mayor, las autoridades de todos los pueblos de su departamento hicieran derribar solemnemente los árboles llamados de libertad. Un mes despues, el 22 de febrero, el baron de Talleyrand, prefecto del Loiret, entregaba públicamente á las llamas, en la plaza mayor de Orleans, cuadros, bustos, cifras, libros y grabados de la época imperial, y despues de la sesion solemne de su instalacion, veíase á los magistrados de la audiencia marchar procesionalmente con ropas talares rojas y con togas, destruir las imágenes proscritas, cantando en coro esta copla de los primeros dias de la revolucion: «Van á trapasarles el costado... (1)»

(1) Los pormenores oficiales de esta ceremonia han sido publicados en un libro muy curioso, intitulado: «Investigaciones históricas sobre la ciudad de Orleans, desde el 30 de abril de 1814 hasta el 1.º de julio de 1816, por *D. Lottin* padre, corresponsal del ministerio de instruccion pública etc.» Hé aquí lo que se lee en esta obra escrita en forma de efemérides, con fecha del 22 de febrero de 1816, dia del jueves lardero:

«*Instalacion de la audiencia.* El prefecto del Loiret, Mr. de Talleyrand (Alejandro) instaló la audiencia en la sala del tribunal criminal, antigua iglesia del convento de las Ursulinas. La sesion fué muy solemne: Mr. de Montarand, procurador general, pronunció un discurso notable, prestáronse juramentos, y repetidas veces resonaron los gritos de *¡viva el rey! ¡vivan los Borbones!* Levantóse luego la sesion, no para separarse, sino para marchar *en cuerpo, con ropas talares rojas y con togas* á la casa consistorial de la Alcaldía y formar parte del cortejo que debia ir al Martroi y asistir á la destruccion, por el fuego, del retrato de Napoleon y de los signos proscritos de su gobierno.

»*Acta.* Hoy 22 de febrero, dos horas despues de medio dia, Nos, corregidor de Orleans, en cumplimiento de las disposiciones contenidas en la carta del consejero de estado, prefecto del departamento, con fecha de hoy, por la que anuncia que *S. E. el ministro secretario de estado del interior* (Mr. de Vaublanc) ha autorizado la aniquilacion *en público* del retrato del usurpador, que estaba en las casas consistoriales, invitándonos á aprovechar la ocasion de la organizacion total de las autoridades para consumar este acto;

Habiendo hecho colocar una hoguera en la plaza del Martroi, nos hemos trasladado allí, acompañado de nuestros allegados, de la guardia nacional y de la música, y en presencia del señor consejero de estado, prefecto, delegado por S. M. para la instalacion de la audiencia, del señor presidente primero, de los señores presidentes de sala, de los señores consejeros y agentes del rey, de dicho tribunal, y de *todos los funcionarios públicos*, tanto civiles como militares que acababan de asistir á la instalacion de este tribunal, y que despues de la ceremonia habian querido presenciar este acto que destruia los signos del gobierno abolido, hemos mandado traer todos los signos proscritos de este gobierno despótico y devastador, todos los bustos del usurpador, retratos y *láminas* que podian renovar su odioso recuerdo, los que nos han sido remitidos con un estado detallado. Hemos mandado luego que se rasgaran unos y se arrojaran los otros á la hoguera levantado al efecto, y al son de la música que repetia las melodías gratas á los franceses, y de los gritos mil veces repetidos de *¡viva el rey! ¡vivan los Borbones!* se ha pegado fuego y se ha consumido todo, arrojando luego las cenizas *al agua*.

De todo lo cual hemos levantado la presente acta, en los dias, mes y año de la fecha. Firmado: *el conde de Rocheplatte*, corregidor «*Dufaur de Pibrac y Noury*, allegados.»

»*Pormenores.* El cortejo, compuesto del alcalde, de sus allegados, de todos los miembros de la audiencia, instalado media hora hacia, de muchos miembros del consejo general del departamento, del prefecto, del secretario general y de los tres consejeros de la prefectura, de los miembros del consejo municipal, de todos los oficiales presentes en Orleans etc., salió de la alcaldía precedido de la música de paisanos y de los tambores y escoltado por la guardia nacional; detrás del cortejo venian muchos criados de la ciudad con libreas, *el ejecutor de la justicia*, con antorchas encendidas en la mano, y diez ó doce alguaciles llevando en aquellas banderas tricolores, bustos, estatuas, retratos, medallas, títulos, libros y papeles, sellos, timbres, escudos, armas, águilas, N. coronadas, bajo-relieves etc., y un gran retrato de Napoleon, separado de su marco y arrollado.

Luego que el cortejo llegó á la plaza del Martroi, se colocó al rededor de una hoguera elevada en medio de la plaza, de cuyo centro salia un gran mástil. Las banderas, los libros y los grabados, las actas y otros objetos proscritos *de poca monta* fueron echados en tropel y al vuelo en la hoguera; desarrollóse luego el cuadro para colgarlo al mástil, á cuya vista se lanzó sable en mano un oficial sobre la imágen, dejando caer el golpe con tanta furia que rasgó la tela en toda su longitud: despedazáronlo luego, aunque dejándolo cabeza arriba, pero pronto una multitud de voces esclamaron «Abajo la cabeza de este pícaro» La tela fué vuelta hácia abajo en medio de los bravos de los espectadores, que reian á carcajadas al ver á Napoleon con los piés arriba y la cabeza abajo.

»Durante este tiempo, los municipales colocaban circularmente en lo bajo de la hoguera los bustos y las estatuas de Napoleon, de María Luisa y del rey de Roma en pié con la figura vuelta *del lado del público*.

»Así preparado, el prefecto, el primer presidente de la audiencia y el alcalde se arman con una antorcha que toman de las manos de los maceros, se adelantan hácia la hoguera y le pegan fuego. Elévase la llama y el prefecto es el primero que da muestras de entusiasmo, agi-

Los funcionarios de todas clases y de cualquier grado eran singularmente pródigos por otra parte de visitas domiciliarias, preliminares habituales de los arrestos y de las prisiones, que teniendo por pretesto ordinario la indagacion de algunos de los generales proscritos, estaban casi siempre organizadas en espediciones militares en las que figuraba la fuerza armada y la mayor parte de las autoridades superiores é inferiores del distrito, entre otras los procuradores del rey que llevaban grandes sables de caballería con bandolera, como el de Lisieux, y los subprefectos con pistolas en la cintura. Puertas derribadas, muebles rotos, objetos preciosos ó dinero desaparecido, papeles de familia ó de negocios arrebatados, golpes y heridas, no eran el único resultado de estas pesquisas trasformadas muchas veces por los agentes subalternos en una especie de diversion. MM. Sadourny, propietarios de dos minas de carbon y una fabrica de vidrio, en la madrugada del 25 de febrero de 1816 oyen llamar á su puerta á un jefe de batallon de la legion del Puy-de-Dome que les intima, en nombre del prefecto Harmand, que entreguen siete generales ocultos en las profundidades de las minas. Trescientos hombres entre infantería y caballería, procedentes de Clermont, rodearon los edificios, invadieron la fábrica, corrieron á los pozos de estraccion y pararon las bombas destinadas á estraer las aguas: «Las minas se inundarán, esclaman MM. Sadourny. —«Mejor, así saldrán los jenerales, ó se ahogarán,» se les contestó. MM. Sadourny protestan que no conocen ni un solo general, que no ocultan á nadie, y proponiendo al efecto una visita minuciosa por todas las galerías: «Los generales están armados hasta los dientes y matarán á cualquiera que se les presente,» les replicaron.—Nosotros bajaremos tambien é iremos delante» dijeron entonces los propietarios, pero sin poder hacerse escuchar. El resultado fué que durante muchos dias los trescientos hombres vivieron á su antojo en casa de MM. Sadourny, y un soldado, ebrio de aguardiente, pegó fuego en un edificio, acusando luego á los propietarios de haber ocasionado ellos mismos este incendio para poder calumniar á la tropa y á las autoridades reales. Cansados los generales de la espedicion de no ver salir á nadie, abandonaron por último la fábrica, haciendo sin embargo permanecer en ella una compañía, que no se marchó hasta al cabo de algunas semanas, dejando á MM. Sadourny con sus minas inundadas y su edificio incendiado.

¿Hablaremos de destituciones? Asegúrase que llegaron á cien mil, pero los defensores del régimen de 1815 han calificado este número de hipérbole ridícula. Sin duda que habrá exageracion, pero no tanta acaso como podria suponerse, puesto que la guadaña reaccionaria recorrió todos los ramos y descendió á todos los grados de la escala administrativa. Pocos dias despues de haber anunciado la destitucion de cinco ó seis recaudadores generales de rentas, el diario de los debates del 14 de mayo de 1816 publicaba la de cuatro conductores de diligencia despedidos de sus administraciones por órden del ministro de policía. ¿Que límites, por otra parte, podian tener estas medidas, cuando infelices soldados inválidos, de setenta años de edad, se veian arrojados de la sucursal de Arras y puestos bajo la vigilancia de la policía superior (26 de diciembre de 1819) por haber conservado uno ó dos botones del águila en sus blusas; cuando el alcalde de Carpentras, en un bando del 1.° de febrero de 1816, prohibia al señor Allié, aforador de la ciudad, emplear en la medida del aceite á la mujer é hija jóven de un pobre diablo desterrado del distrito como antiguo confederado; cuando el primer gentilhombre de cámara del rey, encargado de la direccion del teatro de la Ópera Cómica de Paris, anulaba la contrata de un cantor, el señor Darboville, y le privaba de representar en ningun teatro de Francia por ciertas conversaciones que habia tenido, decia, en un café de Lyon? Mr. de Vaulchier, prefecto del Saona y Loire, destituyó en el solo distrito de Louhans, por los bandos de 4 de marzo, 22 y 29 de abril y 1 y 2 de mayo, tres miembros del consejo del distrito, veinte y siete alcaldes, ocho allegados, 15 consejeros municipales, al sub-inspector de guardabosques, al recaudador principal de contribuciones directas y á veinte y tres recaudadores sin perjuicio de otras destituciones pronunciadas en el órden judicial, en la gendarmería, entre los ecónomos rurales, los institutores de las escuelas primarias, los guardacaminos, los peones de correos y los agentes inferiores de las municipalidades. Mr. de Tournon, prefecto de la Gironda, habia ordenado con fecha de 15 de febrero de 1816 la revocacion de sesenta y nueve alcaldes, setenta y siete allegados, de doscientos sesenta y nueve consejeros municipales, y de un número proporcional de funcionarios y empleados en los demás servicios públicos. «Habia reemplazado doscientos sesenta y cuatro alcaldes,» decia por su parte Mr. de Montlivault, prefecto del Isere, en una memoria dirigida al rey, cuando tenian lugar los hechos que espondremos luego. Las destituciones pronunciadas por Mr. Pasquier hermano del ex-ministro, y prefecto del Sarthe, se elevaron, en este solo departamento á seiscientas veinte y dos; y ¡cosa increible! estos golpes no bastaban todavía para satisfacer la pasion de los reaccionarios; denunciaban continuamente, y se oyó á Mr. de Serre esclamar, en la sesion de la cámara de los diputados del 18 de marzo: «A nuestra llegada, era conveniente y aun necesario apelar á las espurgaciones; pero desde seis meses se ha hecho todo nuevo, se han cambiado todas las administraciones: dirigirles todavía en masa las mismas repulsas, renovar acaloradamente la espurgacion de los reemplazantes como se ha hecho con los reemplazados, es intempestivo é ilusorio. El horrible arte de la delacion empieza á infestar la Francia, por consiguiente es fuerza que se le ponga término y que un empleo deje de ser un crímen.»

Por último, cada mañana, no habia un ciudadano que al recorrer las columnas de un periódico, no pudiese leer en él el acta de uno de los numerosos procesos políticos que se sucedieron durante mas de un año, ya en el tribunal de asises, ya ante los consejos de guerra y tribunales prebostales, procesos cuyo resultado ordinario era la condenacion á muerte. Como se verá en el capítulo siguiente, no descansaban los jueces ni los verdugos. Hé aquí en qué momento volvió Didier á los lugares donde habia pasado la mayor parte de su vida, y donde emprendió organizar un movimiento insurreccional.

Los numerosos oficiales de reemplazo y de retiro que residian en Grenoble, formaban una clase de descontentos á la que se dirigió Didier desde luego; el jefe de batallon de reemplazo Biollet, el capitan de retiro Pelissier, el oficial de gendarmería de reemplazo Jouannini y el ex-guarda general de aguas y bosques Cousseaux, fueron los primeros en acoger su plan y prometieron aumentar la asociacion con la mayor parte de sus camaradas, y con cierto número de jóvenes de la ciudad empleados en el comercio ó discípulos de jurisprudencia.

---

tando su sombrero de plumas blancas, y gritando con fuerza: *¡Viva el rey! ¡vivan los Borbones! ¡muera Bonaparte el antropófago, devorador de los hombres, y su maldita familia!* Estos gritos repetidos por los asistentes son acompañados por una música militar que escita el entusiasmo de los espectadores y hace blandir las armas. Bien pronto las llamas alcanzan el retrato colgado del mástil, redóblanse entonces con mas fuerza los gritos de alegría y las imprecaciones; los oficiales del estado mayor y de la guardia nacional se precipitan sable en mano sobre las estatuas y bustos de mármol, de yeso ó de dulce colocados al rededor de la hoguera, y les hieren, los rompen ó los derriban. Electrizados por este ejemplo los guardias nacionales cruzan á su vez la bayoneta, marchando á paso de carga contra las estatuas y las arrojan á la hoguera, mientras que á su alrededor todos los espectadores repiten en coro el estribillo: *á despedazarle con tan tan plan tira lira, á despedazarle con, ¡ah! ¡que risa me inspira!*

La ceremonia terminó con los cantos queridos de los franceses y con bailes ejecutados al rededor de la hoguera, por el prefecto, por los magistrados de la audiencia con *ropas talares rojas*, por los consejeros de prefectura, los miembros del consejo municipal, los oficiales, los soldados de la guardia nacional y los habitantes que asistian á esta fiesta. Un solo accidente tuvo que deplorarse, y fué que un guardia nacional, el señor Pomageau, pastelero-fondista, levantando en su bayoneta un busto de Napoleon, se mutiló el dedo índice de la mano izquierda, con la piedra de su fusil.

Con danzas, canciones, con las mismas demostraciones de júbilo y con el mismo entusiasmo se habia acogido veinte años antes en esta misma plaza por un arrebato de alegría semejante la destruccion de los atributos del trono.

»*23 de febrero*. Las cenizas de la hoguera y los signos proscritos son recogidos por los alguaciles y puestos en cubetas de mano, luego conducidos á son de cajas, con la bandera blanca al frente, al medio del puente, y allí el señor Hersant-Desmares, comisario de policía, los manda arrojar al agua á los gritos de *viva el rey, ¡vivan los Borbones! muera Bonaparte, el monstruo y devorador de los hombres!*

»*En la misma fecha*. El señor Mangin, profesor de música en Orleans y primer clarinete en la guardia nacional, es citado para comparecer ante el consejo municipal para responder á la denuncia de muchos de sus compañeros, que le acusan de haber personalmente tocado los cantos queridos de los franceses con *poco entusiasmo* y con una flojedad que revelaba su descontento. A pesar de las buenas razones que dió el artista para probar por el contrario que el trozo de música tenia un carácter enérgico, vigoroso y marcial, no por eso dejó de ser destituido.»

A estos pormenores añadiremos que el retrato de pié, colgado al mástil de la hoguera, era obra del pintor Gerard, y habia costado á la ciudad *veinte mil francos*. Esta adquisicion tuvo lugar durante la administracion de Mr. Crignon-Desormeaux, corregidor de Orleans desde 1801, cuyo celo recompensó Napoleon haciéndole de la Legion de Honor, y dándole el título de baron. El mismo fué quien instaló en su cargo á Mr. de Rocheplatte, que le sucedió en 1 de febrero de 1816, veinte y dos dias antes de la ceremonia que acabamos de reseñar, en cuya ocasion pronunció aquel administrador un discurso, en el que, á imitacion de un gran número de funcionarios de la época imperial, inventó contra sí mismo una calumnia tan absurda como afrentosa, pues se atrevió á decir «que si habia servido al usurpador Bonaparte durante este tiempo habia sido con el intento de engañarle, que durante todo este tiempo habia enterado fielmente al rey, su señor y soberano legítimo, de todo lo que pasaba en su buena ciudad de Orleans, y por último que durante diez y seis años habia contribuido con todos sus esfuerzos á precipitar la caida del tirano corso etc.»

Esforzóse luego Didier en ganarse prosélitos en la parte civil de la poblacion. Los demás habitantes cuyo concurso solicitaba, como propietarios, funcionarios públicos ó mercaderes, maldecian con él la invasion y el gobierno que habia impuesto al pais, pero solamente algunos se atrevian á ofrecerle su apoyo, pues la mayor parte, los mismos que despues pudieron vanagloriarse ó sacar algun provecho de su complicidad supuesta, se limitaban á deseos y promesas: «Apoderaos de la guarnicion y de la ciudad, y entonces os seguiremos,» decian á Didier. Una circunstancia por otra parte les hacia vacilar. Toda insurreccion necesita una bandera y un jefe políticos; ¿cuál era el jefe y la bandera de la asociacion nacional? Hacia doce años que no se habia pronunciado la palabra república y parecia que no habia de pertenecer mas á la historia; Napoleon, derribado del trono por las dos cámaras instituidas para sostenerle, estaba prisionero en un peñasco de los mares de África; su hijo se hallaba en Viena, por lo que Didier, en Grenoble, solo pronunciaba un nombre, el del duque de Orleans, único candidato monárquico que podia oponer seriamente á Luis XVIII y cuyo nombre escitaba la mas profunda sorpresa. Tal vez no se hubiera adelantado Didier á pronunciarlo, si, por un honor demasiado comun en los espíritus ardientes, hubiese sabido que el pensamiento de Francia era distinto de la opinion y de las esperanzas de las personas que en Paris componian su sociedad habitual. En el seno de los departamentos no se tenia en 1816 la menor noticia de sus principios y antecedentes políticos, ni de su persona. Los lectores de periódicos sabian que existia, y entre estos los mas instruidos tenian una idea vaga de que en dos ocasiones diferentes despues de la muerte de Luis XVI y de la segunda abdicacion de Napoleon, algunos hombres políticos, adversarios de la república y del imperio, habian pensado sentarle en el trono: no pasaban de aqui sus noticias, pues hasta ignoraban que hacia muchos meses que este príncipe vivia desterrado en Inglaterra. No era pues de este modo del que debia valerse para adquirir, en la poblacion de Grenoble, la adhesion ó el entusiasmo que arrastra los caractéres enérgicos ó las imaginaciones apasionadas á esponer su fortuna y su vida á merced de las revoluciones. Los oficiales de reemplazo eran mas fáciles de conquistar, porque abandonándose á Didier, no veian mas que un resultado: derribar un gobierno odioso, arrojar los gobernantes detestados y purgar el suelo nacional de ciento cincuenta mil soldados aliados acampados en nuestras plazas fuertes del norte y del este. Segun Didier, si algunos pronunciaban el nombre del duque de Orleans, era sin pararse en él, sin ver otra cosa en este príncipe mas que un cómplice de sangre real, cuya intervencion ignorada y misteriosa añadia nueva probabilidad al triunfo de la sociedad de la Independencia nacional.

El concurso de estos oficiales podia sin duda dar á Didier la posesion de Grenoble; pero era necesario el ausilio de la multitud, ó cuando menos la apariencia del número y de la fuerza para empezar una revolucion, y hacer venir tropas dispuestas á sublevarse, número y fuerza que fué á pedir Didier á las poblaciones rurales vecinas.

El licenciamiento del ejército imperial acababa de esparcir unos doscientos sesenta mil por todos los puntos del reino. Los soldados y oficiales licenciados eran numerosos, sobre todo en los departamentos fronterizos, en los campos cuya vecindad con las grandes fortalezas y con el estranjero aguerrido, y cuya juventud, provocada por el conducto de numerosas guarniciones, abrazaban con facilidad el oficio de las armas. El departamento del Isere, que reunia estas condiciones, ofrecia pues á Didier los elementos de una verdadera fuerza militar insurreccional; propúsose organizarla, escogiendo como principales centros de accion, un radio de muchas leguas al rededor de Grenoble: al norte, en la direccion de Voreppe (camino de Paris), la aldea de Quaix; al nordeste en el valle superior del Isere (Graisivaudan), la villa de las Arras al este, en las montañas del Oisans, las ciudades de Allemond y de Vaujany; y al sur, en el camino de Gap, las aldeas de Vigille y de Lamure. Sus primeros y mas activos ausiliares en estos diferentes puntos, que formaban al rededor de Grenoble una especie de semicírculo cortado por el Isere, fueron: al norte el coronel retirado Brun, alcalde destituido de la aldea de Quaix, llamado por sobrenombre *Dromedario* por haber mandado el cuerpo de caballería de este nombre organizado en Egipto contra Amurates-Bey y sus mamelucos, en el Graisivaudan á MM. Brunet, notario de Adrets; Clement y Santon, propietario el primero, y el segundo administrador de correos de Lumbin; á Joly, oficial de reemplazo en Tencin; Milliet, propietario en Goncelin, y tres oficiales de la inspeccion de las aduanas de Pontcharra, Adine, inspector, Turbet, capitan, y Julien, teniente de órden; en el Oisans, á Dussert, antiguo guia del ejército de los Alpes, y su pariente Durif, alcaldes ambos, recientemente destituidos, de Allemond y de Vaujany; en Vizille al ugier Charvet; en Lamure á MM. Buisson hermanos, farmacéutico el uno y vendedor de especies el otro, MM. Guillot, n ario, y sus hijos, Genevois, propietario, y Dufresnes y Dumoulin, oficiales de reemplazo. Por una singular calamidad la casa de Mr. Brunet, en los Adrets, sitio comun de reunion para los afiliados de las aldeas vecinas, adonde bajaba Didier cuando iba al Graisivaudan, habia servido de asilo poco tiempo antes al conde Drouet d'Erlon, refugiado luego á Grand-Lemps, en casa del ex-representante Perri, y entonces retirado en Suiza. Esta circunstancia dió orígen á relaciones bastante activas entre Didier y el jefe de esta conspiracion militar del norte, organizada por Fouché á favor del duque de Orleans, en los primeros meses de 1815, y que habia hecho abortar la vuelta de la isla de Elba; el conde d'Erlon consintió en unirse á esta nueva conspiracion é ir á aguardar en Ginebra el momento de la esplosion, desde donde á la primera noticia debia atravesar la frontera y tomar el mando militar de la insurreccion.

No podia pensar Didier que sublevaria las villas del Isere con el nombre del duque de Orleans, nombre ignorado mas todavía en el campo que en las ciudades. Para los antiguos soldados del imperio, como tambien para el resto de la poblacion rural, el primer príncipe de la sangre no podia ser otro en esta época que un Borbon, vuelto otra vez en pos del enemigo con los demás miembros de su raza, y adversario como ellos de la revolucion y de la gloria nacional. Un solo recuerdo hacia latir todavía todos los corazones, el del jefe cuya espada habia abierto las puertas de todas las capitales del continente europeo á nuestras legiones victoriosas, y al que los montañeses del Delfinado habian saludado un año antes con sus aclamaciones cuando seguido de novecientos soldados emprendia la conquista de un imperio. Obligado á evocar este recuerdo glorioso y recabar del entusiasmo que escitaba todavía en todas las almas el aprecio que necesitaba, pronunciaba sin embargo Didier el nombre de Napoleon con reserva y con una especie de temor, dejando para los mas influyentes, despues de él, el cuidado de completar, en un sentido abiertamente imperial, sus promesas y sus declaraciones. Esta contradiccion entre el objeto real de su empresa y las esperanzas con que embaucaba la ciega credulidad de los miembros mas resueltos, aunque menos informados de la conspiracion, colocaba á Didier en una posicion falsa, que muchas veces tenia sus apuros. Una tarde, el coronel Brun reunió en una posada de Buisserate, villa de los alrededores de Grenoble, situada en el camino de Lyon, á todos los habitantes de Quaix, antiguos soldados ó simples cultivadores, que habia agregado á la conspiracion, y esperaba á Didier para arreglar algunos pormenores de la ejecucion y oir la lectura de la proclama destinada á servir de manifiesto al movimiento. Asistió Didier á dicha reunion, habló mucho tiempo y acaloradamente, y supo hacerse aplaudir por la reunion trazando un cuadro vehemente de los escesos y de las infamias de la invasion, de la sangre derramada por los Borbones, de sus leyes de venganza y de la marcha cada dia mas violenta de su gobierno. Leyó en seguida su manifiesto, conjunto estravagante y difuso, lleno de invectivas contra Inglaterra, y de vagas invocaciones á la indulgencia para el pasado y tambien al respecto á las propiedades y á las personas. Esta proclama, en la que llamaba á las armas á la poblacion á fin de librar á la Francia de la tiranía y de la jacobinería, terminaba así: «Enarbolemos pues el pabellon del honor francés. Marchemos con seguro paso ante la bandera de la independencia nacional, y merezcamos por nuestra conducta que el cielo se digne proteger la mas santa de las empresas, y colmar los votos de la humanidad entera.»

Ni una sola voz habia interrumpido la lectura, y el mismo silencio continuó reinando despues de terminada; en todos los semblantes se notaba una especie de sorpresa, y cada asistente parecia aguardar de los labios de Didier una palabra que no pronunciaba, hasta que por último, haciéndose intérprete del sentimiento general, el antiguo coronel de los Dromedarios esclamó: «¿Qué diablos acabais de decirnos? esto no es una proclama, pues no hablais del emperador ni del rey de Roma.— Teneis razon, respondió al momento Didier, es un olvido fácil de reparar yo lo arreglaré.» Algunos dias despues en una asamblea, convocada al mismo objeto, en los Adrets, en casa del notario Brunet, y á la que asistian los principales conjurados del Graisivaudan, leyó Didier efectivamente la misma proclama, pero aumentada con algunas frases que le daban una significacion política mas precisa; habia intercalado en ella los párrafos siguientes: «La Independencia nacional (la asociacion) da naturalmente un jefe al pueblo francés: tal es el hijo de aquel cuyo trono hereditario, consagrado por la religion, fué reconocido por la Europa como heredero legítimo y cuya abdicacion de su padre á favor suyo fué sancionada por una ley solemne. Nosotros somos sus sostenedores y os decimos: «¡Viva Napoleon II, emperador de los franceses!» Nosotros somos tambien franceses y no separaremos nunca al trono de los prínci-

pios de que deriva.» El manifiesto fué acogido esta vez con bravos entusiastas. Mientras la mayor parte de los asistentes se buscaban y se mezclaban para felicitarse mùtuamente Mr. Milliet, de Goncelin, llevó á Didier al alfeizar de una ventana, y le dijo: «Sin duda que todo esto está muy bien, y puede bastar á los valientes oficiales y á los soldados que nos hemos agregado, pero al cabo el emperador está en Santa Elena y su hijo en Austria; francamente, ¿para quién trabajamos?—Perded cuidado, respondió Didier, es de todos modos para alguno de nuestra época, que conoce nuestras necesidades; lo esencial es salir bien con la empresa, y seria inútil tratar de sublevar á un solo hombre si no hablásemos de Napoleon.»

El teniente Joly fué encargado de hacer imprimir en Grenoble esta proclama y un falso estracto del diario de Viena del 1.° de enero de 1816, compuesto por Didier, que empezaba así: «El imperio (de Austria), por largo tiempo ligado con tiernos vínculos al corazon de su augusto monarca, declara solemnemente á la Europa que quiere entregar á Napoleon II á las solicitaciones de la Francia, pues este pueblo, digno por su bravura de un destino mas brillante, gime bajo el peso de las venganzas y de las reacciones. La familia degenerada de los Borbones, por su espíritu de cólera implacable, se hace indigna de gobernarla.» Presentáronse los dos opúsculos á la imprenta de la viuda Peyronnard, en el Jardin-de-Ville, pero el teniente tuvo que volvérselos, porque el precio de la impresion (mil francos) superaba los recursos pecuniarios de la asociacion, recursos casi nulos, compuestos únicamente de cuotas impuestas á los menos pobres entre los conjurados, y destinados principalmente para la compra de armas y de pólvora. Contentáronse con sacar de estos documentos copias manuscritas, que se esparcieron inmediatamente (1).

Era á últimos de abril, y el trabajo de Didier tocaba á su término. Despues de tres meses de una actividad infatigable, habia llegado por último á anudar los diferentes hilos de la conspiracion, y combinarlos de modo para sorprender á Grenoble ayudándose á la vez de los conjurados de la ciudad y de los insurgentes del campo. El comandante Biollet y sus compañeros, animados por la accesion del conde d'Erlon, habian conseguido entonces mantener inteligencia entre los suboficiales y los soldados del antiguo ejército, entrados en los cuerpos que componian la guarnicion; los jefes del movimiento, en los distritos rurales, se habian asegurado por su parte el concurso de un gran número de hombres adictos, que estaban dispuestos á responder á la primera señal. A medida que avanzaba el mes de mayo, eran mas frecuentes las comunicaciones entre Grenoble y los de fuera; Didier las dirigia, pero no por sí mismo, pues temió ser reconocido y arrestado, sino por el oficial de gendarmería Jouannini, que, siempre en camino, en este cargo de medianero, desplegaba un tino nada comun y una adhesion absoluta. Para comprender el plan de ataque de Didier son necesarios algunos pormenores topográficos.

El Isere atraviesa á Grenoble; en la orilla derecha y en la direccion de Voreppe y de Quaix (camino de Lyon) está dominada la ciudad por una montaña de forma cónica, muy elevada, llamada la Bastilla, y cuyo pie penetra en el interior de la plaza; una vieja torre coronaba en esta época la cumbre de esta altura, y sus pendientes, por el lado del campo, estaban defendidas por una muralla entonces medio arruinada. En la orilla, por la parte opuesta de la Bastilla, hay tres de las cinco puertas de la ciudad, las de Bonne, Graille y Trois-Cloitres, que terminan allende los reparos esteriores, en una encrucijada llamada de la Cruz Roja, donde el camino de Gap, despues de haber atravesado sucesivamente á Lamure, Vizille y la villa de Eybens, viene á encontrar de nuevo los caminos que bajan del Oisans y de la parte del Graisivaudan situada en la orilla izquierda del Isere. Se habia convenido que el coronel Brun y las gentes de Quaix, separadas de los demás insurgentes por el rio y por la ciudad, serian los primeros en ponerse en movimiento, que se dirigirian á la Bastilla á la entrada de la noche, y que despues de haber ocupado la torre, harian fuegos que serian repetidos en la otra parte de Grenoble sobre las alturas de Eybens. A esta doble señal, los insurgentes de Lamure y de Vizille, reunidos al fin del dia en el bosque de Echirolles, cerca de Eybens, á una legua de Grenoble, los del Oisans, del Graisivaudan, y los aduaneros de Pontcharra, salidos desde por la mañana, y colocados á poca distancia de la ciudad, debian ponerse en camino para encontrarse en la Cruz Roja y marchar en columna cerrada sobre la puerta de Bonne que tendrian abierta los insurgentes del interior. Este último cuidado estaba confiado al comandante Biollet, que al percibir la señal de la Bastilla, debia hacer arrestar en su casa al general Donnadieu, marchar en seguida con el grueso de sus compañeros á la puerta de Bonne, y engañando á los centinelas por medio del santo y seña dado por uno de los suboficiales unidos á la conspiracion, penetrar en el interior del cuerpo de guardia, desarmar á los soldados y franquear el paso á los insurgentes de fuera. Una vez reunidos en la ciudad, se creian ciertos los conjurados de ver aumentar inmediatamente sus filas por el número de habitantes que habria decidido el buen resultado, y por la guarnicion que arrastrarian, en el primer momento de la sorpresa, los suboficiales y soldados iniciados en la conjuracion. Al dia siguiente, aprovechándose de la afluencia de gentes del campo, que el domingo lleva habitualmente á Grenoble y que la noticia por otra parte habria hecho acudir de muchas leguas al rededor, debia proclamar Didier á Napoleon II; treinta y seis horas despues, segun él, se hacia dueño de Lyon y poco despues de toda la Francia.

Decimos las esperanzas de Didier y no los sucesos que hubieran seguido á su buen resultado. Si la insurreccion, victoriosa en Grenoble, se hubiese estendido hasta las puertas de Lyon, sin tener mas adversarios que el partido realista y los cuadros vacíos de las legiones que el gobierno se ocupaba entonces en formar (1), tal vez Didier hubiese anticipado catorce años la caida de la segunda restauracion. Pero los aliados habian previsto el peligro, y los ciento cincuenta mil hombres de tropas inglesas, rusas, austríacas y alemanas que habian dejado á dos jornadas de marcha de París, acudiendo al ausilio de Luis XVIII, habrian inmediatamente hecho caer la balanza á favor del trono. Mezclándose la Francia en la lucha, podia anular sin duda esta intervencion; desgraciadamente desalentada y abatida por los reveses de los dos últimos años, con dificultad hubiera sacudido su entorpecimiento. Solo una voz habria sido bastante fuerte para despertar la energía dormida en el fondo de todos los corazones; un solo brazo se hubiera hallado bastante poderoso para combinar todos los recursos y organizar la resistencia; entonces se habia rehusado escuchar esta voz, se habia desechado este brazo cuando el enemigo no habia aun invadido el territorio, y Napoleon, obligado á alejarse de Francia, habia partido, abandonado tan completamente aun de los suyos, que el dia en que salió de la Malmaison, uno de sus antiguos ministros le amenazaba con prenderle con sus propias manos, y dos pares y tres representantes, encargados de una mision cerca del enemigo, ofrecian entregarle, de modo que un retardo de dos horas le habria hecho caer en poder de una columna prusiana enviada para matarle.

El sábado 27 de abril anunció Jouannini á Didier el allanamiento de una dificultad que hacia muchos dias retardaba la esplosion del movimiento, á saber, que los aduaneros de Pontcharra, primero unánimes, luego vacilantes, estaban por último dispuestos á marchar, lo que se supo de cierto el jueves 2 de mayo. Al dia siguiente, 3, el comandante Biollet dijo á su vez á Didier, «que podia avanzar con toda seguridad, y que al dia siguiente á media noche, le abriria la puerta de Bonne.» Fijó entonces Didier el momento de la ejecucion al dia siguiente sábado, 4 de mayo, á las once de la noche, y entregó á Jouannini, para hacerla pasar de mano en mano, la siguiente circular:

«Querido amigo, á pesar de todas las dificultades comunes en semejantes asuntos, por fin hemos terminado. Se está de acuerdo en todo, en la actualidad nadie se ocupa mas que de la boda, que está fijada para el domingo. Os invitamos para que nos hagais el obsequio de asistir. Contamos con vos, y debeis estar bien persuadido que si llevais á vuestros amigos, nos alegraremos tanto mas, cuanto mas numerosos sean.

»Como la fiesta debe ser sin ceremonia, os advierto que nos hareis favor si nos llevais algunas provisiones.»

Esta carta de órden, la recibieron en la misma noche los conjurados de Quaix, de Vizille, de Lamure y de las primeras aldeas del Graisivaudan, pero las gentes del Oisans y los aduaneros de Pontcharra no la tuvieron hasta el dia siguiente despues de mediodía. Pero antes de seguir á los insurgentes en su ataque contra Grenoble, debemos decir cuáles eran los adversarios y las fuerzas que iban á encontrar.

Tres hombres tenian la direccion superior de las tropas y de la administracion del Isere; el teniente general Donnadieu, comandante de la division militar; el conde de Montlivault, prefecto del departamento, y Mr. Armande Bastard de l'Etang, comisario de policía.

(1) Pablo Didier; Historia de la conspiracion de 1816, por Augusto Ducoin. Este libro, resultado de largas y concienzudas investigaciones, contiene gran número de documentos curiosos y nos ha suministrado las mas útiles noticias.

(1) La casi totalidad de las legiones no presentaba en esta época mas que los cuadros de un solo batallon.

El general Donnadieu, soldado en tiempo de la revolucion, habia alcanzado el grado de coronel despues de muchas acciones brillantes, cuando en 26 de floreal, año X, implicado en una de las muchas conspiraciones tramadas en esta epoca contra el poder ó la vida del primer cónsul, fue enviado con guardias de vista á San Juan de Luz. Vuelto mas tarde al servicio y nombrado general de brigada en 6 de agosto de 1811, se le confió en 20 del mismo mes el gobierno de las islas Hyeres, y en 30 de octubre siguiente fue puesto en estado de retiro por decision imperial, «por haber abandonado el mando de la isla de Porteros sin autorizacion, y por insubordinacion hácia el general que mandaba la 8.ª division militar.» En este estado de retiro le halló la restauracion; pesábale su larga inaccion, y su ambicion por otra parte estaba lejos de hallarse satisfecha, por lo que trató de ofrecer sus servicios, que acogió el nuevo poder, y que pronto vió en este general un partidario tanto mas adicto cuanto mas impaciente estaba de reparar los años perdidos de su fortuna militar, y mas irritado contra el gobierno que acababa de sucumbir.

Antiguo chambelan, luego intendente general de la emperatriz Josefina, y uno de los hombres que durante los cien dias habian fastidiado mas a Napoleon con solicitudes y protestas de adhesion, era el conde de Montlivault, un realista improvisado, como la mayor parte de los funcionarios de esta época, como el mismo general Donnadieu, y, como ellos, en sus nuevas opiniones desplegaba la violencia habitual a los que tenian un pasado político que querian borrar. En todos sus actos presidia el arbitrio mas espantoso; destierros, destituciones, arrestos, discreciones militares impuestas á los pueblos sospechosos y pagadas por sus habitantes, órdenes para conducir, atados de dos en dos, a simples testigos de un proceso, y para hacerles atravesar de esta suerte toda una comarca durante el dia para que sirvieran de ejemplo, ninguna medida parecia demasiado fuerte para el fogoso realismo de este prefecto. En sus raptos de cólera, se le vió algunas veces ordenar, por medio de un bando, al alcalde, á un agregado y á los regidores de una poblacion considerable, que habia hecho ocupar militarmente con pretesto de las malas ideas de los habitantes, «que se presentasen en cuerpo, al palacio de su prefectura, para pedirle gracia para sus conciudadanos y llevar personalmente certificacion de su buena conducta y de su entera sumision.»

En cuanto á Mr. Armando de Bastard, jóven todavia, se atenia al segundo plan; en su casa el funcionario desaparecia para hacer lugar al hombre de los placeres, y su ambicion no iba mas alla de las numerosas intrigas de salon y de tocado. Alguna vez sin embargo tomaba las medidas mas violentas, autorizaba por ejemplo al alcalde, á los agregados y a todos los miembros del consejo municipal, para hacer prender al que les pareciese bien.

Ni el reposo ni los años habian modificado, en el general Donnadieu, el humor inquieto y el carácter turbulento y colérico que habian roto bruscamente su carrera en tiempo del imperio. Exagerando ademas ciertas habitudes militares de la epoca, al encuentro de la autoridad civil, afectaba maneras altivas, imperiosas y ofensivas para Mr. de Montlivault, rivales de influencia y de posicion, entre los cuales bastaba que uno de ellos denunciase tramas sediciosas ó se creyese en camino de descubrir una conspiracion, para que el otro denigrase el descubrimiento ó clamase que era insignificante. Con su realismo ardiente y quisquilloso, el general acusaba al prefecto de poca actividad y de incapacidad, y este se defendia aplicando á su rival epitetos de visionario y de cabeza sin seso; no obstante se habian unido los dos para solicitar de su ministro respectivo un aumento de guarnicion, á causa de ciertas noticias que anunciaban cierta fermentacion en los campos, noticias dirigidas al general por la gendarmería de los distritos rurales, y al prefecto «por los curas párrocos y otros verdaderos franceses con los cuales tenia una correspondencia muy activa (1).» En los primeros dias de 1816, Grenoble no contaba efectivamente mas que dos ó trescientos soldados que componian los cuadros de la legion del Isere, una compañía de infantería llamada departamental, organizada en cada capital en virtud de una ley publicada en los primeros dias de la legislatura, una compañía de guardia nacional de caballo y algunos gendarmes, que todos juntos formaban un total de cuatro á quinientos hombres. En los primeros dias del mes de marzo, despues de haber dejado por largo tiempo sin contestacion las demandas del general Donnadieu, cedió por ultimo el ministro de guerra a las instancias de Mr. Decazes, que acosado por Mr. Montlivault «suplicaba á su colega que dirigiese á Grenoble al menos un batallon de legion departamental, aunque los soldados no estuviesen equipados,» y envió allí á cincuenta dragones del Sena y á unos trescientos y cincuenta hombres, designados entonces con el nombre de cazadores de Angulema, y que sirvieron luego para formar la legion del Herault. Estos destacamentos elevaron la guarnicion á unos ochocientos hombres.

Las noticias que habian decidido á enviar estas tropas se apoyaban en preparativos reales de insurreccion, pero no señalaban sino apariencias y sordos rumores, porque el secreto de la conspiracion, á pesar de estar confiado á mil doscientos individuos, se habia guardado religiosamente. Es verdad que no eran las pasiones bajas las que proporcionaban afiliados á esta conspiracion, cuyos miembros mas eminentes eran algunos oficiales de reemplazo, farmacéuticos, un administrador de correos y notarios de lugar: dirigiendose Didier únicamente á oscuros ciudadanos, llevado tan solo del amor á la patria y de su cólera contra el estranjero, no habia de temer delatores. Era difícil con todo, que la impaciencia de la lucha y la esperanza de librar pronto al pais de un gobierno detestado, no diesen á conocer el origen de algunas manifestaciones imprudentes. Gritos de tanto en tanto de *viva la libertad! ó viva el emperador!* carteles fijados de noche, que anunciaban el próximo advenimiento de Napoleon II, noticia que circulaba por otra parte en todas las aldeas, hacian abrir los ojos á la policía. Pero las indiscreciones no pasaban de aquí, y era tal la seguridad de las autoridades, que sabedoras del próximo desembarco de la duquesa de Berry en Marsella, el prefecto, el general y los principales funcionarios se apresuraban á abandonar á Grenoble con una parte de la guarnicion para acudir al punto por donde debia pasar esta princesa, cuando en 2 de mayo el preboste Planta y el capitan de la compañía departamental dieron á conocer á Mr. de Montlivault algunos síntomas de una efervescencia no acostumbrada. Mandó este administrador salir patrullas que recorrieron los arrabales y barrios mas populosos.

Al dia siguiente, 3, en el mismo momento en que en Eybens, el comandante Biollet aseguraba á Didier que estaba en disposicion de franquearle las puertas, y cuando este último fijaba la esplosion del movimiento para el dia siguiente, conducia el preboste á casa del prefecto un conductor de puentes y calzadas, que declaró haber oido en un cafe, á muchas personas, y particularmente á dos oficiales, anunciar que estallaria un movimiento insurreccional dentro de dos dias, que debian reunirse con armas en el Jardin-de-Ville y apoderarse de las autoridades. Mandóse llamar al dueño del cafe y á muchos consumidores, hízose al momento una especie de informacion en el mismo salon de la prefectura, por el prefecto, ayudado del juez presidente del tribunal prebostal y del comisario general de policía; por la noche se practicaron visitas domiciliarias en casa de seis habitantes, y se arrestó al jefe de batallon Ravix de reemplazo, puesto sin embargo en libertad al cabo de algunas horas, á MM. Miguel Dufleard, propietario, Teston, abogado, Benoit y Clet, procuradores, que menos felices no fueron soltados sino despues de una detencion de tres semanas.

Al saber el general Donnadieu, el 4 por la mañana, que el prefecto habia ordenado visitas domiciliarias y arrestos, se dejó arrebatar de la mas violenta cólera, porque no se le habia consultado ni advertido. Pocos instantes despues se presentaba el ayudante de plaza al palacio del prefecto intimándole en nombre del general, que en adelante se abstuviese de dar órden alguna aun á la guardia nacional ni á la compañía departamental, amenazándole con hacer arrestar por la tropa de línea todas las patrullas de estos dos cuerpos que saliesen sin órden particular suya. Mr. de Montlivault quedó sorprendido. «Tengo derecho de hacerles tomar las armas, contestó al teniente del rey, de apoyar con su ausilio las medidas de policía que por mi responsabilidad creo necesario ordenar, y de servirme de él para velar por la seguridad publica: con todo, añadió, voy á presentarme al general para esplicarme con el.» A las once estaba efectivamente el prefecto en casa del comandante de division; la discusion fué acalorada, el general se enfureció y renovó sus órdenes y sus amenazas. En vano Mr. Montlivault le probaba que era necesaria una fuerza armada cualquiera para verificar los arrestos que tenia derecho de ordenar, en vano hacia resaltar el escandalo nunca visto que produciria el arresto por la tropa de línea, de otras tropas que velan como ella para la conservacion del órden: el general se mantenia en su resolucion, y preguntaba, como último argumento, donde estaba el peligro, pues el no lo veia (1). A las doce y media Mr. de Montlivault volvió á la prefectura, á la que llegó á su vez el general á las dos. Empezó de nuevo la discusion, que iba

(1) *Memoria dirigida al Rey* por Mr. de Montlivault sobre los muros de Grenoble. Esta organizacion de los curas párrocos de cada parroquia en una especie de agencia de policía que mantenian correspondencia con las autoridades superiores, era general en el reino y duró tanto como la restauracion.

(1) Memoria dirigida al rey, de Mr. de Montlivault.

omando cierto carácter de vivacidad agresiva, cuando Mr. de Chichilianne (despues recaudador de Tarbes) se presentó y entregó al prefecto un naipe en cuyo dorso estaban trazadas apresuradamente estas palabras por Mr. Antonio Manqua-Perrache, alcalde de Theys:

«¿No estais acaso informados en Grenoble de lo que debe suceder esta tarde? deben encenderse fuegos en la Bastilla, y todos los pueblos marcharán sobre la ciudad para apoderarse de las autoridades y cambiar el gobierno.»

No pareció dar el general grande importancia á este aviso, porque no veia en el, decia, nada cierto. Decidióse á aguardar otras noticias. Muchas horas se pasaron; llegó la noche y las diferentes autoridades multiplicaban sus indagaciones. A las ocho de la tarde, salió el prefecto del palacio del general, á donde habia ido para saber noticias, y apenas estaba en la calle cuando fué detenido por su sobrino, que iba á entregarle una carta en estremo urgente. Despues de haber tratado en vano de leerla á la luz de un reverbero, Mr. de Montlivault apresuró el paso, é impaciente lee la carta en la misma escalera de la prefectura; le habia sido dirigida por Mr. Clappier (de Lille), agregado del distrito de Vif, que le hacia saber que en el momento en que escribia, se reunian los aldeanos insurgentes en gran número en el bosque de Echirolles. Sube, y encuentra á tres personas, Mr. Chusin, agregado de Lamure, el portero de la iglesia de Eybens y un gendarme que le aguardaban en su gabinete. El primero le comunica que ha asistido á la salida de los insurgentes de su distrito; el segundo viene á participarle en nombre de un cura párroco, que Eybens se llenaba de campesinos armados, y el tercero, detenido en el camino por un destacamento de campesinos y que debia su salvacion al vigor de su caballo, anuncia su proximidad.

Disponíase el prefecto á llevar estas nuevas al general Donnadieu, cuando este apareció. Un tal Mr. de Montauban acababa de trasmitirle los mismos avisos, y esta vez parecia estar inquieto: cambiaron los funcionarios sus noticias, y luego despues salió el general de la prefectura. Al cabo de diez minutos vuelve á ella precipitadamente, hace salir del gabinete del prefecto todas las personas presentes, menos al preboste Planta, y dirigiéndose á este último y á Mr. de Montlivault, con un acento profundamente alterado les dijo: «Acaba de disiparse una nube que ofuscaba mis ojos; estamos en medio de una vasta conspiracion.» Contó luego que á unos cincuenta pasos de la prefectura, habia encontrado á un jóven, que al verle se habia vuelto de lado bruscamente; que habiendo avanzado entonces hácia el desconocido, mas por un movimiento instintivo que por reflexion, y habiendo evitado segunda vez su proximidad, le habia cogido por la valona y conducido delante de un café, preguntándole los motivos que le inducian á evitar su encuentro, pero que el jóven, turbado y balbuciente, habia terminado por decirle que era oficial de reemplazo: «Lo examiné entonces de mas cerca á la luz, añadió el general, y al través de las aberturas de su capa vi brillar el puño de un sable; separé el vestido, y observé que en la cintura llevaba dos pistolas de arzon. Le he conducido inmediatamente al cuerpo de guardia de este palacio.» —Este oficial era el teniente de artillería Arribert, miembro de la conspiracion, y encargado con algunos camaradas, con quienes precisamente iba á reunirse en aquel momento, para arrestar en su casa al hombre que acababa de prenderle.

Este incidente no era el único hecho de la jornada que debia comprometer el buen resultado de la conjuracion. Los arrestos ordenados en la noche precedente por Mr. de Montlivault, particularmente el del jefe de batallon Ravix, uno de los principales afiliados, habian alarmado vivamente al comandante Biollet, al exguardia general Cousseaux y al capitan Jouannini, á quienes estaban confiados particularmente los pormenores del movimiento en el interior de la ciudad. Creyendo ver á cada instante á los gendarmes que invadian sus casas, habian salido los tres de la plaza hácia medio dia para juntarse con Didier en el bosque de Echirolles. Esta fuga, que debia desorganizar la accion de los conjurados de Grenoble, puesto que les privaba de sus jefes mas resueltos, consternó á Didier, pero era demasiado tarde para dar una contraórden, porque habia ya empezado el movimiento. Pequeños grupos de insurgentes abandonaban ya las aldeas de las montañas para ir á esperar en el camino de Gap el paso del destacamento mas lejano del punto de ataque. Este destacamento, que bajando hácia Grenoble debia reunir por el camino los demás contingentes, era el de Lamure, y se componia de unos cincuenta hombres á quienes la familia Guillot habia armado con escopetas de caza y del que formaban parte los hermanos MM. Guillot, los Buisson, y todos los demás conjurados de esta ciudad que hemos nombrado. Este núcleo de columna mandado por Mr. Buisson el farmacéutico, antiguo oficial de sanidad de la guardia nacional, habia salido de Lamure á las tres de la tarde á los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Viva Napoleon II!* Pero al mismo tiempo que se ponia en marcha, el agregado del distrito Chuzin, mas tarde condecorado y despues nombrado notario de Grenoble, siguiendo caminos desviados, acudia, como hemos visto ya, á avisar lo mas pronto posible á Mr. de Montlivault.

Didier habia tomado el partido de dejar marchar las cosas. A su modo de ver el único peligro que corrian los insurgentes era el hallar cerradas las puertas de Grenoble, en cuyo caso abortaba el movimiento; si las hallaban abiertas era señal de que los conjurados del interior le aguardaban, y entonces el éxito era seguro. Así es que cuando á las diez de la noche, los fuegos encendidos en la Bastilla le anunciaron que el coronel Brun y los de su distrito ocupaban aquella posicion, no vaciló en dar la órden de repetirlos en las alturas de Eybens, y de hacer salir un primer destacamento compuesto de unos doscientos hombres, aumentados por el camino por un centenar de curiosos, deseosos de asistir los primeros á la proclamacion de Napoleon II, tan positivamente anunciada para el dia siguiente. Estas pobres gentes adelantaban llenas de entusiasmo recorriendo el camino que habia seguido Napoleon catorce meses antes, y exaltadas por el recuerdo de esta marcha triunfal, ora invocando el nombre del emperador, ora cantando tonadas patrióticas, hácia las once de la noche llegaron á la vista de los primeros edificios de Grenoble.

Al separarse el general Donnadieu de Mr. de Montlivault, despues del arresto del teniente Arribert, habia mandado distribuir cartuchos á la tropa, y poner sobre las armas á todos los soldados sin escepcion. A esta hora de la noche las puertas de la ciudad ordinariamente estaban cerradas, por lo que bastaba al general no tenerlas abiertas y doblar las guardias interiores de cada una de ellas para anular el movimiento, pues seguramente que con sus escopetas de caza y sus palos no podian los insurgentes forzar la entrada de esta gran plaza de guerra, sino que obligados á detenerse al pié de las murallas, se habrian dispersado con algunos tiros despedidos de lo alto de las murallas: la conspiracion, disipada por lo que habia dado á conocer, abortaba sin haberse derramado una gota de sangre. Pero llevado el general Donnadieu por la violencia de su temperamento, é impaciente de lucha y de ruido, lejos de aguardar el ataque, resolvió adelantarlo y marchar á su frente. Despues de haber abierto las puertas, mandó á la Bastilla la mitad de la compañía departamental y una compañía de guardias nacionales, y dió órden de marchar hácia Eybens á cincuenta cazadores de Angulema, acompañados de un destacamento de guardia nacional de caballo, mandado por Mr. de Lestelet. Apenas habia trascurrido un cuarto de hora despues de la salida de este último destacamento, cuando corriendo Mr. de Lestelet con toda la velocidad de su caballo, anunció al comandante de la division que la tropa habia encontrado de nuevo á los insurgentes á poca distancia de la ciudad, pero que intimidada por su resolucion y por su número se habia puesto en retirada y volvia á entrar en el mayor desórden. Antes que Mr. de Lestelet hubiese bajado de caballo, mandóle el general inmediatamente al caballero Vautré, coronel de la legion del Isere, que tenia formada su tropa, ya sobre las armas, en el patio de su cuartel, con órden para este oficial superior de marchar al momento. Sale la legion a paso de carrera y llega debajo de las bóvedas de la puerta de Bonne, en el momento en que los cazadores de Angulema, seguidos por los insurgentes entrados ya en las avanzadas esteriores, se precipitaban debajo de estas bóvedas, huyendo desconcertadamente, y gritando: *¡Aquí están! ¡aquí están!*

El entusiasmo de los montañeses se habia mantenido, á pesar de la ausencia de los destacamentos del Oisans y de los aduaneros de Pontcharra, que creian encontrar en la Cruz-Roja, pero que no pudieron estar allí por habérseles avisado demasiado tarde. Viendo abiertas las puertas y creyendo con este motivo que los insurgentes del interior eran dueños de la ciudad y los aguardaban con fuerzas, adelantaron con la confianza de gentes convencidas de que iban á encontrar compañeros y entrar en la ciudad sin tener que tirar ni recibir un solo tiro. La tropa, á la verdad, vacilaba; la compañía de granaderos, puesta al frente, contenia unos veinte soldados llegados el año anterior de la isla de Elba con el emperador, y que se habian presentado delante de la misma puerta por la noche, marchando contra el mismo gobierno y levantando los mismos gritos que los insurgentes. Presentáronse pronto frente del puente levadizo; por dos veces se les mandó hacer fuego y otras tantas la tropa permaneció inmóvil, hasta que por último el capitan Friol tomó el fusil de un soldado y disparó; arrastrado por el ejemplo, un antiguo granadero de la isla de Elba imita á su jefe, dispáranse varios tiros; los montañeses formaban un grupo espeso y compacto, por lo que cayeron dos ó tres de ellos mortalmente heridos, y el resto emprende la fuga. El coronel Vautré grita entonces *¡adelante!* Conmuévese la legion y se precipita sobre los fugitivos, que á la mitad del camino de Eybens encuentran á Didier, que se adelantaba á caballo al frente de un segundo des-

tacamento; trata Didier de reorganizarlos, pero la legion del Isere que les seguia muy de cerca, hizo una segunda descarga, con la cual los que formaban el segundo destacamento y los del primero se dispersaron en todas direcciones. En vano Didier, resistiendo el fuego de la legion y desplegando una energía nada comun y un valor estraordinario, se precipita en medio de los fugitivos y se esfuerza en juntarlos y conducirlos contra los soldados, pues él mismo es arrastrado por la derrota. Herido mortalmente su caballo por una bala, no tardó en caer, por lo que desembarazándose con gran pena y protegido por la oscuridad, penetra en el bosque de San Martin de Hères, cercano al sitio de este último encuentro. El coronel Vautré siguió su marcha, lentamente sin embargo, á causa de la noche, y haciendo alumbrar cada lado del camino por los dragones del Sena, y al amanecer entró al frente de su legion en Eybens. En la plaza de la aldea yacia tendido el cadaver de un insurgente, que vestia el uniforme de oficial de húsares, y á cuyo lado estaba de pie su caballo, que inclinaba tristemente la cabeza y husmeaba á su ginete; aquel cadáver era el del capitan Jouannini, que tenia todavia en la boca un papel que en su agonía no habia podido tragar enteramente. Contenia aquel papel una lista de nombres, entre los primeros de los cuales figuraba el del comandante Ravix, arrestado en la víspera y puesto en libertad casi inmediatamente, el cual, ignorante de esta revelacion póstuma, fue de los primeros que al dia siguiente fueron á ofrecer sus servicios al general Donnadieu.

El coronel Vautre solo permaneció algunas horas en Eybens, donde recibió la órden de dirigirse inmediatamente á Lamure y desarmar á sus habitantes.

Mientras pasaban estos hechos en el camino de Eybens, los soldados de la compañía departamental y los guardias nacionales encargados de desalojar de la Bastilla al coronel Brun, estaban emboscados detrás de los matorrales y arboles, lejos de la vieja torre ocupada por las gentes de Quaix, y se limitaban á tirar al azar algunos tiros en esta direccion. El antiguo jefe de los Dromedarios habia tenido noticia inmediatamente de los sucesos de la puerta de Bonne, por lo que se habia retirado al momento, dejando la posicion abandonada por algunas horas, hasta que dos soldados, alentados por el silencio que en ella se notaba, se acercaron y se aventuraron á escalar una ventana; pero los únicos objetos que pudieron encontrar fueron una caja de tambor y algunos vasos de tierra; advertidos sus compañeros acudieron sin tardanza. Esta toma de posesion de una casucha inhabitada, no dejó de figurar en todas partes como un asalto obstinado y furioso que recompensó el gobierno con muchas cruces distribuidas á los jefes de los dos destacamentos. Eran entonces las cinco de la mañana y habia desaparecido ya toda huella de movimiento, de manera que la insurreccion tan laboriosamente organizada por Didier con las proporciones de un vasto complot, acababa de terminar en una impotente barrabasada.

Rechazando el general Donnadieu, comandante nombrado por el rey de una division militar, una insurreccion contra el gobierno, habia cumplido con su deber, deber cruel, y que sin duda llenó mejor absteniéndose de marchar contra los insurgentes, y dejando que la sublevacion cayese por sí misma y muriese al umbral de las puertas cerradas de Grenoble. Pero en cambio, por grande que pudiera ser la parte que debe concederse á la furia del celo realista de este oficial general y de su pasion como hombre de partido, es muy difícil escusar sus maneras y su lenguaje despues del suceso. Alucinados por pasiones nobles y gloriosos recuerdos, acababan algunos infelices de espiar un error generoso con su vida; los conciudadanos se habian armado unos contra otros; manos francesas acaban de verter sangre francesa, hechos por cierto bien dolorosos, pero el general Donnadieu en lugar de deplorarlos, levantó gritos de victoria; y cuando habian muerto solamente seis insurgentes, cuando la tropa no contaba una sola víctima, mandaba al ministro de la guerra y á los comandantes generales del Ródano y del Drome los partes siguientes:

Al ministro de la guerra.

«¡Viva el rey! Monseñor. Los cadáveres de sus enemigos cubren todos los caminos á una legua al rededor de Grenoble. No tengo mas tiempo de decir á V. E. sino que las tropas de S. M. se han cubierto de gloria. A media noche estaban alumbradas por los fuegos de la rebelion todas las montañas de la provincia. Creian que habia marchado para ocupar la línea que debe recorrer S. A. R. la duquesa de Berry, pero pronto se han cerciorado de que estaban allí las fieles tropas del rey. No sé cómo esplicarme para hacer el elogio de la valiente legion del Isère y de su digno coronel, el caballero de Vautre. Están ya en nuestro poder mas de sesenta malvados, sobre los cuales el tribunal prebostal va á hacer pesar pronta y severa justicia. Tendré el honor de contárselo á V. E., tan luego como haya terminado todo. Vuelvo á montar á caballo al instante. Todas las autoridades civiles y militares han cumplido con su deber; se valúa en cuatro mil el número de bandidos que han atacado la ciudad.»

Al teniente general Parthounaux y al mariscal de campo Clerc, gobernadores de Lyon y de Valence.

«¡Viva el rey! Mi querido general, hace tres horas que no cesa de correr la sangre. ¡Viva el rey! mi querido general; los cadaveres de sus enemigos cubren todos los caminos que se dirigen á esta ciudad. Desde media noche á las cinco, la mosquetería no ha cesado en el radio de una legua, y aun en este momento, la legion del Isère, que se ha cubierto de gloria, continua persiguiéndoles; condúcense los presos por centenares, sobre los cuales el tribunal prebostal hará pesar pronta y severa justicia.»

Por su parte el coronel Vautré, llegado al dia siguiente, 6, de su espedicion de Lamure, daba cuenta en estos términos al coronel de la legion de las Bocas del Ródano.

«¡Que lástima que no hayais estado con nosotros, querido amigo.....! ¡Ya sabia yo que en vuestra provincia no se presentaban ya ocasiones para servir al rey!.... Todos vuestros compatriotas son realistas: así es que por aquí la cosa marcha por sí sola.

»Necesariamente habreis sabido ya que los montañeses del Delfinado se habian sublevado y dirigido sobre Grenoble.

»Los he dispersado como polvo; sin embargo tres veces en la puerta misma de la ciudad, en la puerta de Bonne, han avanzado hácia mí á la bayoneta, gritando ¡Viva el emperador! He mandado cesar el fuego y batir á la carga ordenando á mis valientes granaderos pasar á cuchillo á esta canalla á bayonetazos y á los gritos de ¡Viva el rey!

»En la plaza, en medio del camino y en las zanjas han quedado unos treinta cadáveres, y relativamente muchos heridos que han introducido el terror entre sus secuaces y han sido causa de que buscasen su salvacion en las montañas las cuadrillas que iban á juntarse con ellos.

»Tenia noventa hombres conmigo, pero no he hecho atacar sino á treinta granaderos que formaban mi guerrilla. A ellos solamente han podido alcanzar los fusilazos y bayonetazos; á paso de carga y con una pequeña columna los he conducido á mi gusto como lo habia hecho en otro tiempo con mi 9.º (1).

»Han muerto cuatro ó cinco jefes, han sido cogidos otros que serán fusilados hoy, otros heridos, y otros que se han escapado por las montañas.

»Esperaba el dia con la mas viva impaciencia para perseguirlos. He caminado doce leguas de posta sin detenerme, y hasta Lamure iba precedido por el terror (2). Atravesando las ciudades sublevadas, se veia el espanto pintado en todos los semblantes. En Lamure he hecho algunas prisiones. He convocado á una parte del pueblo en la plaza diciéndoles que no sabia si los haria fusilar á todos ó incendiar su ciudad. «¿Pensais acaso, les he dicho, que he tenido necesidad de estos noventa hombres para esterminar á los salteadores que se han dirigido contra Grenoble? No, me han bastado estos (y les mostraba los granaderos) contadlos en aquel momento solo tenia veinte y dos). ¡Y bien! vuestros padres, vuestros hijos, yacen en su mayor parte en las puertas de Grenoble. Id allí á ver sus cadaveres. Y vos, señor presidente de los confederados (habia mandado arrestar allí á este miserable), uno de vuestros hijos ha sido reconocido entre los muertos, y créese que á otro le ha cabido tambien la misma suerte. Ved, señor bandido, hé aquí á uno de mis bravos oficiales que ha reconocido su sombrero y su sable.

»Tal es, querido amigo, el resultado de esta tragi-comedia.

»Difícil seria averiguar cuántos eran estos bandidos, pero presumo que delante de mí tenia á poca diferencia unos mil bastante bien armados.

Los fugitivos de estas gentes me han servido mejor que los demás: arrastraban á todos los suyos, cada uno se salvaba en su casa, y salvándose decia que lo pasase todo á cuchillo. A mi regreso á Grenoble con mis noventa hombres (aun no los llevaba), «¡Cómo! decian, ¡el coronel no tenia mas que esta fuerza! Esto era una especie de triunfo. Oia á algunas personas que decian que debia llevárseme en triunfo. Todos, hombres y mujeres, habian salido á verme. Mi capitan de granaderos ha sido recibido con aclamaciones; apenas podíamos caminar. Yo me ocultaba un poco, porque á la verdad me ruborizaba.

Caballero DE VAUTRÉ (3).

(1) M. de Vautré habia mandado el 9.º regimiento de línea.

(2) El coronel Vautré no habia pasado de Lamure, que solo dista unas cuatro leguas de Grenoble.

(3) Esta carta, de la que se tiraron un considerable numero de ejem-

En esta carta, monumento odioso de la exageracion fanfarrona que se encuentra tambien en los partes de todas las demás autoridades, decia verdad Mr. de Vautré en muchos puntos: así por ejemplo, en la represion brutal que se menciona, las resoluciones atroces, eran exactas; menos de treinta soldados por otra parte, habian bastado positivamente para dispersar las cuadrillas armadas, y unos ochenta hombres habian dominado en un radio de cuatro ó cinco leguas al rededor de Grenoble, una sublevacion á la que cada uno procuraba dar las proporciones mas formidables con objeto de abultar su papel, y aumentar por consiguiente la recompensa: por último, los realistas de la ciudad, y sobre todo las mujeres, habian concedido á este oficial superior un verdadero triunfo, de manera que el coronel habia hecho su entrada en Grenoble á los gritos de ¡Viva Vautré! ¡viva la legion del Isere! gritos renovados al ver á unos ciento treinta prisioneros que marchaban detrás de dos ó tres carros cargados de armas sacados de Lamure, prisioneros cogidos por los soldados en este punto, ó en las aldeas situadas en el camino, al propio tiempo que algunos destacamentos de dragones del Sena, recorriendo los campos vecinos, cogian por su parte á cualquiera que les parecia sospechoso y hasta á las buenas gentes que sorprendian platicando á sus puertas sobre los sucesos de la noche. Entre los desgraciados que componian este convoy, contábase á Mr. Guillot padre, presidente de los confederados, del que habla sin duda Mr. Vautré en su carta, que al pasar por la puerta de Bonne, pudo ver efectivamente el pavimento tinto en sangre todavía de uno de sus hijos, muerto por la primera descarga de la tropa (1).

El tribunal prebostal, instituido hacia un mes, no habia pronunciado todavía sentencia alguna. El hombre que la dirigia, realista fogoso en tiempo de la antigua monarquía, revolucionario furioso en tiempo de la república, luego imperialista exaltado y colocado mas tarde en las filas del liberalismo, el preboste Planta, habia empezado un sumario desde la jornada del 5; al dia siguiente Mr. de Vautré habia conducido sus prisioneros, y en la mañana del 7 cuatro de ellos, Buisson, Drevet, David y Naude, comparecieron ante este tribunal. El preboste manifestó mucha cólera en sus interrogatorios, lo que irritó á uno de los acusados, que era posadero de Eybens, viejo ya, el cual levantándose: «Cómo os atreveis á hablar así? esclamó dirigiéndose al preboste. ¿No sois acaso aquel Planta que tantas veces vino á cantar á mi puerta la Marsellesa, al pié del árbol de la libertad, y á escitar á los jóvenes de la aldea á correr á la defensa de la república y del emperador? ¿No sois acaso el que motivó la partida de mis hijos? ninguno de ellos ha vuelto, por lo que podria acusaros de su muerte: sin embargo no me quejo, porque no he cambiado, añadió golpeándose fuertemente el pecho, no he trocado mi traje.» La sesion fué corta; Naude pudo suministrar la prueba de la imposibilidad material en que estaba de haber tomado parte en el movimiento, por lo que el tribunal le absolvió y los otros tres fueron condenados á muerte. Existian sin embargo numerosos indicios á favor de la inocencia de David, mas no fueron bastantes para hacer que se le absolviese, y los jueces por una resolucion especial decidieron que se sobreseyese en su ejecucion y que se solicitase para él la clemencia del rey. En cuanto á Buisson y Drevet, lejos de sustraerse á evitar la acusacion, publicaron en alta voz que habian formado parte de las filas de los insurgentes, por lo que se ordenó su suplicio para el dia siguiente. Montóse el cadalso durante la noche, en la plaza de Grenoble, y á los cuatro de la tarde del dia 8 salieron los reos de la prision. Iban rodeados de un grueso destacamento de gendarmería, y acompañados cada uno de ellos de un sacerdote: Drevet, antiguo soldado de la guardia imperial, no tenia aun veinte y siete años, y Buisson, especiero en Lamure, jóven tambien, se hacia notar por su elevada estatura y por la regularidad de su figura Su paso era firme y sus ademanes respiraban entusiasmo. Atravesaron ambos la distancia que separaba la cárcel del lugar del suplicio, dirigiendo con voz animosa los gritos de ¡viva la Francia! ¡viva el emperador! á la multitud silenciosa que les veia pasar. Adioses supremos á la patria querida por la que querian morir, á los amigos y co-partidarios que dejaban, fueron los gritos levantados por los reos hasta que estuvieron en el cadalso; hundidos ya bajo la tabla fatal, los proferían aun con tanta energía, que su voz dominaba los gritos de ¡Viva el rey! proferidos por cierto número de realistas agrupados al pié del cadalso Pronto no se oyeron mas que estas últimas aclamaciones, porque acababa de consumarse el doble sacrificio

Estos arrestos y estas ejecuciones rápidas constituian el régimen legal instituido por la cámara realista de 1815, y esta legalidad sangrienta iba á dar lugar á una arbitrariedad mas terrible todavía

El oficial encargado de llevar al gobierno los primeros partes del general Donnadieu y del prefecto, habia salido de Grenoble el dia 5. Al dia siguiente se detuvo algunos instantes en Lyon primer punto telegráfico de la línea, y luego continuó su camino despues de haber remitido al general Parthounaux la carta que hemos reproducido, y de haber dado al prefecto algunos pormenores verbales que dió á conocer este último al gobierno por medio del telegrafo. El despacho telegráfico del prefecto del Ródano decia así:

»En la noche del 4 al 5 una cuadrilla de cuatrocientos hombres ha atacado á Grenoble por todos lados, pero los insurgentes han sido batidos en todos puntos; se ha hecho un gran número de prisioneros, y se está persiguiendo á los fugitivos en las montañas (1).»

En el capítulo precedente se ha visto en qué momento fue á sorprender la noticia al ministerio: apenas cesaban los tumultuosos debates de la cámara, y dos ministros se veian obligados á abandonar sus carteras; el decreto de nombramiento de MM. Laine y Dambray, llamados para reemplazar á MM. Barbe-Marbois y de Vaublanc, no se habia publicado todavía, y el gabinete reconstituido no se habia reunido aun Convocados repentinamente en la tarde del 6 para deliberar sobre los sucesos, y viendo en la revuelta anunciada los síntomas de una guerra civil que les importaba destruir á todo trance en su gérmen, tanto los nuevos como los antiguos ministros fueron unánimes en decidir, segun la proposicion de Mr. Decazes, que se suspendiese en el Isere el curso ordinario de las leyes, y que se sometiese la comarca al régimen de la ley marcial. A la salida del consejo, trasmitió Mr. Decazes esta decision á las autoridades de Grenoble por via telegráfica en los términos siguientes:

«6 de mayo, á las seis de la tarde. "

»El departamento del Isere se considera en estado escepcional. Las autoridades civiles y militares tienen un poder *discrecional*.»

Al mismo tiempo que salia este parte para Lyon, el ministro de policía se apresuraba á participar la noticia á los prefectos de los quince departamentos mas cercanos al del Isère, trasmitiendoles las instrucciones siguientes:

«Como podria ser que facciosos igualmente desesperados hubiesen entablado comunicaciones con los paises circunvecinos, y sería posible que estuvieseis espuesto á ver estallar movimientos semejantes, me he apresurado á mandaros un propio á fin de que estuvieseis prevenido y dispuesto en toda ocasion á obrar y á secundar el conjunto de las operaciones que exigiria la urgencia de las circunstancias.

»Si veis el menor síntoma de insurreccion, no vaciléis: desplegad desde el principio todo el vigor y rigor posibles. El vacilar solamente seria culpable, porque las consecuencias serian incalculables. En semejantes casos se concede á los magistrados un poder arbitrario

»La gendarmería debe estar continuamente sobre las armas y no dar

plares, se vendia por un sueldo en Marsella y en las ciudades vecinas. Tenia por título: «Carta escrita en Grenoble en 10 de mayo en 1816, por el mariscal de campo de Vautré, coronel de la legion del Isere, al coronel de la legion de las Bocas del Ródano en Marsella. Despues de la firma se hallaban las menciones siguientes: «Visto ó imprimase, el prefecto de las Bocas del Rodano, firmado: conde de Villeneuve, y luego mas abajo «Marsella, en casa de Antonio Ricard impresor del rey y de la ciudad.» El testo que acabamos de reproducir es una copia de estos carteles impresos.

(1) El coronel Vautré calificaba de *tragi-comedia* los hechos de la noche del 4 al 5 de mayo y de las dos jornadas que siguieron, pero una sencilla esposicion dará á comprender esta calificacion cínica: en 4 de junio, un mes despues del suceso, el *Diario de los debates* publicaba el siguiente documento: *Estado nominal de los individuos muertos en la noche del 4 al 5 de mayo.* 1º Angelico carpintero de Eybens; 2º Guillot hijo, natural de Lamure, 3º Juan Bautista Clermont natural de Vizille; 5 º se ignora el nombre del quinto individuo; 6.º Jouannini, oficial de gendarmería de reemplazo. Certificado verdadero, hecho por nos, comisario general de policía en el departamento del Isère. Firmado: *Bastard.*» *Seis* muertos fueron toda la pérdida de los insurgentes; la de la tropa fué *nula*, y si M. de Montlivault en la *Memoria al rey*, ya citada, habla de *algunos heridos*, refiere probablemente un simple rumor, porque ninguno de los partes publicados por las diferentes autoridades menciona el nombre de un solo herido. Recorriendo la lista de las numerosas recompensas concedidas á la guarnicion, se observa, es verdad, despues del nombre del señor Buffet, sargento en la legion del Isère y distinguido, la siguiente mencion: *herido de un fogonazo*, pero este fué probablemente el unico, puesto que fué el único recompensado. La mas ligera herida, una simple contusion era efectivamente un accidente considerable en un suceso en que el haber tirado un tiro, arrestado ciudadanos desarmados, ó haberse dirigido á una posicion abandonada, se trasformaba en un acto de heroismo.

(1) El oficial portador de los primeros partes del general Donnadieu, no pudo entregarlos, á pesar de toda su diligencia, hasta dos dias despues de haber recibido este parte telegráfico. La carta del general al ministro de la guerra, que hemos insertado mas arriba, no llegó á manos del duque de Feltre hasta el 8 de mayo á las seis de la mañana

cuartel alguno á los rebeldes que se atrevan á presentarse. Todo canton sublevado debe considerarse en estado escepcional.

»Poned en movimiento á la guardia nacional; procurad que sean ocupados los puntos mas importantes; estimulad el zelo de los fieles servidores del rey, prometed recompensas á los que hagan revelaciones; no perdoneis medio alguno para conocer los jefes, la estension de la conspiracion y los medios de los afiliados; no os detengais por falta de fondos, porque se os reembolsarán todos los gastos.

»Multiplicad vuestras relaciones; despachadme un correo al menor movimiento; informaos de las circunstancias; usad de las amplias facultades que se os conceden, y contad con la aprobacion y apoyo del gobierno.»

Mientras que los correos llevaban á quince prefectos esta circular, en la que se desplegaba con toda su violencia el espantoso arbitrio de la época, y que tenia la misma fecha que el parte, esto es, 6 de mayo á las seis de la tarde, este último era recogido en Lyon, y al dia siguiente, 7, llegaba por el correo á Grenoble. En el mismo dia Mr. Montlivault y el general Donnadieu anunciaban á los habitantes del Isere el nuevo régimen en que iba a ser colocado su departamento, por medio de una proclama que terminaba así:

«La suspension del curso ordinario de las leyes debe dar mayor seguridad á los ciudadanos pacíficos, pero ¡que tiemblen los malos! En cuanto á los rebeldes, va á caer sobre ellos la cuchilla de la ley.»

Al dia siguiente, 8, dia de la ejecucion de Buisson y de Drevet, el general Donnadieu publicaba por sí solo el bando siguiente:

«Artículo 1.° Los habitantes de la casa en que se halle el señor Didier, serán entregados á una comision militar para ser pasados por las armas.

»Art. 2.° Al que entregue muerto ó vivo á dicho señor Didier, se le dará una suma de tres mil francos por gratificacion.»

Este regalo de tres mil francos, prometido al que arrestase ó matase á Didier, reproducia las disposiciones de un bando publicado tres meses antes, el 5, por Mr. Montlivault, en el que aseguraba este funcionario á todos los que entregasen á uno de los autores, jefes ó promotores de la rebelion, una recompensa desde cien francos á tres mil, segun la importancia del individuo entregado. ¡Incitaciones y promesas odiosas, porque siendo emanadas de la autoridad pública, presentaban el triste espectáculo de altos funcionarios que atropellaban la moral humana, excitando las pasiones mas viles, provocando á la delacion y al asesinato y ofreciendo el precio de la sangre!

Por último, el 9, MM. de Montlivault y Donnadieu tomaban una nueva providencia concebida en estos términos:

«El teniente general y el prefecto, en virtud de los poderes que les están concedidos, mandan:

»Artículo 1.° El habitante en cuya casa se encuentre un individuo que haya formado parte de las bandas sediciosas, y que habiéndolo recelado de antemano no lo haya denunciado al momento á la autoridad, será arrestado, entregado á la comision militar y condenado á muerte, arrasándole luego su casa.

»Art. 2.° El habitante que en el término de veinte y cuatro horas despues de la publicacion del presente bando no haya obedecido el del prefecto (sobre el desarme) y en cuya casa se hallen armas de guerra, ó que tenga en su casa armas de caza, pistolas, espadas etc., de las que no haya hecho declaracion, será entregado á la comision militar y será arrasada su casa.»

Podríase creer que era imposible llevar mas lejos la embriaguez de esta dictadura y de esta licencia de la pasion política; pero lo cierto es que aquella jornada del 9 habia de ser testigo de hechos acaso mas monstruosos todavía.

La comision militar, nombrada dos veces en el bando que se acaba de leer, habia sido instituida por la mañana, al propio tiempo que el consejo de guerra encargado de sustituir, durante el estado escepcional, al tribunal prebostal y á las demás jurisdicciones criminales legales: la primera debia á la verdad tener solamente una existencia nominal, y no pasó de simple amenaza, pero en cambio el consejo de guerra empezó de luego sus funciones. Por un olvido culpable de las reglas de la justicia mas vulgar, no habia vacilado el general Donnadieu en dar la presidencia de este tribunal á un hombre que en los últimos dias habia sido á la vez actor, testigo y juez de los hechos sobre que iba á fallar; habia compuesto así el tribunal: presidente el coronel Vautré, jueces el jefe de batallon Duclaux-Deymard, los capitanes Guenerat y Demarry, el teniente Mack, el subteniente Benoit y el sargento mayor Paquel: los capitanes Charpenay hacian las veces de procurador del rey, capitan-relator Bondier, y Bernard escribano.

A las once de la mañana, cuando todavía no habian trascurrido dos horas despues de su formacion, abrió este consejo su sesion haciendo comparecer á su presencia á treinta de los prisioneros capturados por el mismo Mr. Vautré, y que habia conducido á la cárcel de donde los sacaba la guardia. Algunas preguntas dirigidas aisladamente en la víspera á estos desgraciados por el preboste Planta, sin la menor confrontacion entre ellos ó con testigos, constituian todo el proceso, y además como ignoraban que se les iba á formar un sumario inmediato, la mayor parte no habian pensado en buscarse defensores. Por una especie de casualidad se encontraron presentes en la sala tres abogados, MM. Sappey, Mallein y Vial, escogidos de antemano por cinco de ellos.

Abierta la audiencia, el capitan relator hizo una breve esposicion de los hechos pidiendo la pena de muerte para los treinta acusados. Luego que acabó de hablar, Mr. de Vautré llama á un cultivador colocado en el primer banco preguntándole su nombre, y este se lo dice. El coronel llama en seguida á los testigos, que eran cuatro soldados de su legion, y se presentan juntos. «¿Reconoceis al acusado? les dice Mr. de Vautre, y los soldados contestan afirmativamente, despues de lo cual declara el coronel que ha terminado el debate. Levántase el acusado para hacer una observacion: «Calla, pícaro!» le dice el presidente; insiste el infeliz en querer hablar; pero estas palabras, «¡Guárdate de hablar!» le detienen y se vuelve á sentar. Pregunta entonces el coronel á los tres abogados si consienten en defender de oficio al acusado, á lo que MM. Sappey y Mallein contestan que están dispuestos á hacerlo, pero añaden que viendo por la vez primera al acusado y no conociendo un medio de defensa, solicitan un plazo suficiente para conferenciar con el. El consejo no puede conceder plazo alguno, contesta el coronel, es necesario terminar; «¿quereis aceptar ó no la defensa?» Mr. Sappey se decide á hacerlo y solo pronuncia algunas palabras: «Demasiado largo es todavía, y no acabaríamos nunca si cada uno de los acusados necesitase tanto tiempo,» dijo en alta voz el coronel volviéndose á sus colegas para saber su opinion. Pero de repente propone al consejo de reunir todas las causas y no pronunciar mas que una misma y única sentencia: su idea fué adoptada, por lo que los veinte y nueve acusados restantes, puestos frente á frente en presencia de los testigos, delante de la mesa de los jueces, vuelven sucesivamente á sentarse á su banco. Despues de esta especie de llamamiento nominal, pregunta Mr. Vautre á los tres abogados si quieren aceptar la defensa de los veinte y cinco prisioneros que no han sido pasados por el consejo. MM. Sappey y Mallein responden que consienten en ello, pero hacen observar de nuevo que necesitan un plazo. «Os repito que el consejo no puede otorgaros plazo alguno, replica el coronel, y os advierto que si reclamais, daré por defensor de oficio á los acusados el primer tambor que me vendrá á mano.» Los tres abogados declaran entonces que ellos defenderán. «Pero sed breves, añade el coronel, porque el consejo no quiere continuar en sesion hasta mañana.» MM. Sappey y Mallein toman alternativamente á su vez la palabra, ó por mejor decir, presentan algunas observaciones. ¿Y que defensa en efecto podian pronunciar, si nada sabian de las circunstancias peculiares á la posicion de cada uno de sus infelices clientes, y que ignorando hasta sus nombres no podian designar á los infortunados cuya vida trataban de disputar sino por la forma de su tocado ó por el color de sus cabellos, el estado y el color de sus vestidos? «Abreviemos, abreviemos» repetia por otra parte á cada minuto el coronel Vautré. Mr. Vial, encargado de la defensa de Mr. Morin, farmacéutico de Lamure, fue el último que se oyó. La acusacion que atacaba particularmente á Mr. Morin le reprochaba el haber tenido un despacho abierto de registros para la insurreccion. El presidente detuvo al abogado desde las primeras palabras: «Es verdaderamente una cosa increible, esclamó, ver defender á un malvado semejante.

»—Pero ¿donde están las pruebas de que lo sea? replicó el defensor

»—¡Las pruebas! ¡os atreveis á pedir pruebas, cuando son mas claras que la luz del dia! Deberiais avergonzaros de haberos constituido abogado de un miserable, que hubiera debido ser fusilado al momento.

»—Pero lo repito, señor presidente, en el proceso no existe la menor prueba de culpabilidad.

»—¡El proceso! callad, callad, no necesito vuestro proceso, conozco las tramas de este bandido: ¿pensais acaso que no he hecho mis averiguaciones? Todos los subterfugios de que os podeis valer son enteramente inútiles.

No por eso dejó Mr. Vial de continuar su informe, pero bien pronto el coronel perdió la paciencia: «Vamos á ver, dijo interrumpiendo de nuevo al abogado, ¿acabareis de una vez?

»Señor presidente, esclama Mr. Mallein levantándose rápidamente, las leyes que rigen en los consejos de guerra y las que se siguen en los demás tribunales, quieren que todo acusado sea defendido. Estamos aquí

en virtud del poder que nos han confiado varios acusados, y del que vos mismo nos habeis conferido con respecto á los demás detenidos. La ley nos permite, nos manda decir todo lo que puede disculpar á nuestros clientes, y ella nos sale garante por otra parte de las atenciones que no nos otorgais.

»—Lo que acabo de decir no se dirigia á vos ni al señor, contestó el presidente señalando á Mr. Sappey, sino á este otro que nos cansa con su palabrería, añadió designando á Mr. Vial, pues sin él hace mas de una hora que habriamos terminado.» Dirigiéndose luego á Mr. Vial: «Vamos, le dijo, ya que es preciso, continuad.» Mr. Vial acabó su defensa, no sin escitar los frecuentes murmullos de Mr. de Vautré, que de vez en tanto repetia en tono de zumba y en alta voz las palabras del abogado, acompañándolas de burlescos comentarios.

El oficial que ejercia el cargo de procurador del rey dió sus conclusiones, y el consejo se retiró para deliberar. El interrogatorio de los acusados se habia limitado, por decirlo así, á un llamamiento nominal; las deposiciones de los testigos habian consistido únicamente en reconocimientos de identidad; la defensa de cada acusado pocas veces duró mas de algunos minutos, y por consiguiente era probable que los colegas de Mr. de Vautré, confundiendo á todos los acusados en una sola categoría de culpables, pronunciaria una sentencia de muerte general; pero felizmente para algunos de los detenidos, el subteniente Benoit habia tomado ocultamente algunas notas que le permitieron colocar á los acusados en diferentes clases. Habia entre otros seis de los detenidos, habitantes de la Tronche y de sus alrededores, que habian sido arrestados por una patrulla el 5 en medio del dia, mientras estaban pacíficamente en el camino. No habia en el consejo un solo miembro que ignorase que las gentes de dicho valle habian permanecido absolutamente ajenas á la insurreccion, pero en medio de la rapidez y de la confusion del debate se habian olvidado completamente de esta circunstancia, y sin duda estos desgraciados hubieran sido comprendidos en la condenacion comun, si consultando sus notas Mr. Benoit, no hubiese reclamado por ellos á sus colegas, pidiendo su libertad absoluta. Solamente Mr. de Vautré combatió la proposicion diciendo que convenia en que estos acusados no merecian la pena de muerte, pero oponiendo á las consideraciones invocadas por Mr. Benoit las malas ideas que tenian, decia el, todos los habitantes de la Tronche, pedia que fuesen condenados á dos años de prision. Concediósele, sin embargo, la libertad.

Alentado por el buen resultado, en el que le habian ayudado principalmente MM. Charpenay, Duclaux-Deymard y Demarry, trató el jóven subteniente de arrancar á la muerte otros cinco acusados presos en los alrededores del sitio en que la tropa habia encontrado por segunda vez á los insurgentes, pero cuya culpabilidad estaba lejos de ser probada, puesto que ninguno de ellos por el contrario estaba armado, y ni siquiera llevaban palos. Parecia que sus colegas le escuchaban con mucho interés, cuando Mr. de Vautré le interrumpió para insistir en la necesidad de su condenacion, declarando que en todo caso podria el consejo recomendarlos á la clemencia del rey. Esta vislumbre de una gracia, que pedida por el mismo consejo seria necesariamente otorgada, quitó todos los escrúpulos de los miembros dispuestos á conceder la libertad; así es que estos infelices fueron comprendidos entre los veinte y un acusados condenados por el consejo á la pena capital. Estos condenados, entre los cuales se contaba un padre y sus dos hijos, otros dos hermanos, uno de diez y ocho y el otro de diez y nueve años de edad, y un niño de diez y seis años, eran:

Noel Alloard, padre, de Saint-Martin-la-Motte, de cincuenta y nueve años de edad, y sus dos hijos Cristóbal Alloard, de treinta y dos, y Andres Alloard, de veinte y uno; Juan Bautista Richard, propietario de Lamure, de cincuenta años; Pedro Belin, ebanista de Livet, de cuarenta y cuatro años; Ambrosio Morin, farmacéutico de Lamure, de treinta y ocho años; Antonio Baffer, sastre de Eybens, de treinta y siete años; Juan Bautista Hoste, herrador de Varces, de treinta y seis años; Juan Fiat-Galle, labrador de Quaix, de treinta y tres años; Jose Carlet, de Varus, de veinte y siete años; Claudio Piot, de Echirolles, de veinte y siete años; Juan Bautista Ussard, de veinte y seis años; Juan Arnaud, de Vif, de veinte y cinco años; Juan Francisco Mury, de Vizille, de veinte y cuatro años; Juan Barbier, labrador de Eybens, de veinte y tres años; Francisco Dard, de veinte y tres años; Antonio Peyrand, de Lamure, de veinte y dos años; Antonio Ribaud, de San Juan de Vaulx, de veinte y dos años; los dos hermanos Luis y Honorato Regnier, de San Juan de Vaulx, de edad diez y nueve años el primero, y el segundo de diez y ocho, y Mauricio Miard, de Lamure, de diez y seis años.

Los cinco condenados recomendados á la clemencia real por disposicion especial del juzgado «como habiendo parecido al consejo menos criminales de intencion que los demás,» eran Alloard, padre, Pedro Belin, Claudio Piot, Juan Francisco Mury y el jóven Miard.

Era ya de noche cuando se pronunció este fallo en sesion pública. El recurso de gracia formado por el consejo, reducia á diez y seis el número de acusados que debian ser pasados inmediatamente por las armas, disposiciones que se tomaron para ponerlas en práctica al dia siguiente.

La noticia de esta espantosa sentencia se habia estendido rápidamente; eran muchas las familias sobre las cuales hacia sentir su efecto. En la mañana del 10, dos ciudadanos de Grenoble, Mr. Alfonso Perrier, alcalde de Eybens, y Mr. Camilo Teissère, admirados de ver en la lista de los reos los nombres de Juan Bautista Ussard y de Francisco Dard, se apresuran á tomar algunas indagaciones, corren á casa del general Donnadieu, y ponen á sus ojos la prueba material de la inocencia de estos dos infelices. Dispónese el general á hacer suspender su ejecucion, enviando al momento al relator las pruebas que acaba de recibir, con órden de convocar el consejo y de declarar el sobreseimiento. Reúnense inmediatamente Mr. de Vautré y sus colegas, y resuelven lo siguiente:

«El consejo de guerra reunido estraordinariamente, en virtud de las órdenes del señor teniente general para deliberar sobre los descargos a favor de los llamados Juan Bautista Ussard y Francisco Dard, trasmitidos al relator despues de haberse pronunciado el fallo, ha declarado por unanimidad que se sobresea en la ejecucion de los arriba nombrados, condenados á la pena de muerte.»

Si dos ciudadanos denodados, con una rápida informacion habian podido demostrar la no culpabilidad de dos de los diez y seis reos, para quienes Mr. de Vautré y sus colegas no habian solicitado la clemencia real, ¿no debe suponerse que una instruccion hecha á propósito y un debate desenvuelto de otro modo habrian probado igualmente la inocencia de un mayor número?

En la noche del 4 al 5 de mayo habia acudido el primer destacamento de insurgentes delante de la puerta de Bonne para dispersarse sin resistencia á los primeros disparos de los soldados; el 6 el coronel Vautré, despues de haber desarmado á Lamure y pueblos comarcanos, sin hallar la menor oposicion, habia vuelto con los prisioneros; el 7 el tribunal prebostal habia pronunciado tres sentencias de muerte; el 8 habian caido las cabezas de Buisson y de Drevet; el 9 el general Donnadieu habia instituido el consejo de guerra, que en el mismo dia habia pronunciado, antes de la noche, veinte y una condenaciones capitales. Al dia siguiente, que era un viernes, se cerraron las puertas de la ciudad, y hácia el medio dia las tropas tomaron las armas.

La revolucion no habia contado una sola víctima en Grenoble, y esta generosa y patriótica ciudad habia atravesado las luchas de la república contra el partido del antiguo régimen y contra la Europa, sin que dentro de sus muros hubiese caido un solo proscrito ni vencido. A pesar de los gritos de *viva el rey!* levantados al pié del cadalso de Buisson y de Drevet, su ejecucion, primer sacrificio político ofrecido en espectáculo á la poblacion, habia escitado, entre la generalidad de los habitantes, tanta sorpresa como piedad, pero la impresion se hizo profunda cuando el ruido de numerosos tambores que tocaban llamada, anunció los preparativos de un nuevo holocausto. Cundió por la ciudad la consternacion y una especie de terror, reinó poco á poco en todos los barrios un silencio de muerte; las calles se vieron desiertas, y pronto los habitantes cerraron sus puertas y ventanas. Por último á las cuatro y media de la madrugada, la campana de la iglesia de San Andres, cercana á la prision, dejó oir un toque que aterró á muchos corazones; era el toque de los funerales. A esta lúgubre señal abriéronse las puertas de la prision dando paso sucesivamente á catorce condenados que salieron lentamente uno á uno, acompañados por otros tantos sacerdotes con un crucifijo en la mano. El fatal cortejo, escoltado por un numeroso destacamento de gendarmería, bajó por los barrios del Isere, atravesó una parte de la ciudad llegando por último á la esplanada de la puerta de Francia, lugar destinado para el suplicio. Los reos, juzgados por un consejo de guerra, debian ser pasados por las armas y la guarnicion los esperaba formando el cuadro. Cien hombres tomados de la legion del coronel Vautré y de la del Herault, formados en masa en el lado del cuadro opuesto á la puerta de Francia daban la espalda al foso que defendia la parte esterior de la esplanada; al pié del interior de este foso era el lugar donde se conducian las víctimas, entre las cuales se hallaban cuatro hermanos; arrodíllanse formando una sola línea, los dos hermanos Alloard, uno al lado de otro, y Honorato Regnier al lado de su hermano Luis. El oficial encargado de la ejecucion dirige la última ojeada á los reos, y manda mudar de sitio á uno de ellos, el cual se levanta, toma su sombrero que tenia puesto delante y se arrodilla de nuevo en el lugar que se le ha indicado. Adelántanse entonces los catorce sacerdotes,

por la vez postrera aplican el crucifijo á los labios de los pacientes, de pronto da una vuelta el destacamento, el oficial levanta su espada, y caen los catorce reos heridos de cien balas (1).

Mientras se cumplia este terrible sacrificio, llegaba á Paris un correo portador de las demandas de gracia formadas por el tribunal prebostal y por el consejo de guerra, cuya comunicacion sumaria recibió el gobierno al anochecer del dia siguiente, 11, por la via telegráfica de Lyon. Reunióse el 12 el consejo para deliberar sobre este parte, y sus miembros, á causa del retardo ocasionado por la distancia, de la llegada de los correos, no tenian entonces mas que los partes escritos por el comandante de la division y por el prefecto, en la misma mañana del 9 y el dia siguiente; dos de estos últimos partes dirigidos por el general Donnadieu al ministro de la guerra estaban concebidos en estos términos:

«*6 de mayo*.

»En la mañana de ayer, tuve el honor de dar cuenta apresuradamente a V. E. del suceso acaecido durante la noche, por el oficial que le he enviado. Desde entonces numerosos datos han declarado esta atrevida empresa. Algunos, preparados de antemano, debian poner quince mil hombres sobre las armas en esta ciudad y dirigirse inmediatamente á Lyon. Parece que el promotor del movimiento era un personaje secreto cuyo nombre no hemos podido indagar todavía (2). El llamado Didier, que figuró ya en los sucesos del mes de enero (3), dirigia en nombre de este personaje la poblacion que estaba en movimiento.»

«*Con la misma fecha*. A cada hora se nos manifiestan nuevos descubrimientos; conocemos ya á muchos jefes que debian apoderarse de los puntos principales de la ciudad, que son oficiales superiores de retiro ó de reemplazo. Espero que caerán pronto en nuestro poder, y entonces se los juzgará inmediatamente.

»En este instante, me avisan que se forman proyectos en el campo para venir á sustraer á los prisioneros y pegar fuego á la ciudad, por lo que tomo todas las medidas para que queden frustradas estas conspiraciones.»

Otra carta que confirmaba los principales pormenores de los primeros partes, añadia «que los revoltosos se habian presentado delante de Grenoble en número considerable y que la accion habia sido tan reñida, que el terreno de una legua á la redonda estaba cubierto de cadáveres.» Por último muchos partes trasmitidos de Lyon, en la víspera ó en la misma mañana, anunciaban «que el general Donnadieu pedia inmediatamente nuevos ausilios; que á la menor noticia del suceso debian juntarse con los facciosos cuatro mil piamonteses, de caballería é infantería, reunidos en Chambery, y que habian partido ya cuatrocientos con sus armas y bagajes.» La necesidad de impedir, por medio de prontos castigos, el desenvolvimiento de una revolucion que se anunciaba con tan formidables apariencias, fué la primera consideracion que invocó Mr. Decazes para proponer al consejo la desestimacion de todas las demandas de gracia: hizo valer luego la necesidad de contestar con la mas rigurosa energía á las acusaciones de insuficiencia y de debilidad dirigidas contra el gabinete por los miembros mas ardientes de la cámara que acababa de separarse, acusaciones que se les achacaba en aquel mismo momento en todos los puntos del reino. En vano el duque de Richelieu y Mr. Lainé, consultando su conciencia, objetaban que no se trataba de indulgencia, sino de justicia; ¿qué motivos los mas graves habria, cuando el tribunal prebostal y los jueces militares, puestos en su lugar, se habian decidido á solicitar la gracia absoluta de ocho reos, que ignorando el consejo el justo valor de esta demanda, y careciendo de todo documento escrito y de todo dato, debia ú otorgar la gracia ó aguardar informes mas estensos; nadie apoyaba las palabras de estos dos ministros, y MM. Dambray, Dubouchage, el duque de Feltre, inclinados siempre á la violencia, cuando este recurso era el mas fuerte, y luego Mr. de Corvetto, apoyaron sucesivamente la opinion de Mr. Decazes, por lo que se desechó la gracia. Mr. Dambray, como ministro de justicia, quedó encargado de formular la desestimacion; Mr. Decazes, como ministro de policía, recibió la mision de participar al mismo tiempo otras dos resoluciones adoptadas por el consejo. Estas diferentes disposiciones fueron objeto de un solo parte telegráfico concebido en estos términos:

«Paris, 12 de mayo de 1816 á las cuatro de la mañana

»*El ministro de la policía general al general Donnadieu, comandante de la 7.ª division militar.*

»Os participo, por órden del rey, que no debe concederse gracia mas que á los que han revelado cosas importantes.

»Los veinte y un reos, lo propio que David, deben ser ejecutados.

»El bando del 9, relativo á los ocultadores, no puede ejecutarse al pie de la letra.

»Se prometen veinte mil francos á los que entreguen á Didier.»

Los ministros, que ignorando las víctimas hechas en la antevíspera, ordenaban de este modo la ejecucion de todos los reos, eran tanto mas culpables, en cuanto, siendo depositarios del poder público, daban esta órden de muerte en masa, considerando acaso menos el espíritu de represion aun exagerado que el interes de su fortuna y de su posicion política. Hechos de esta naturaleza son causa de que muchas veces se calumnie á la naturaleza humana, y los moralistas que la acusan serian menos injustos, si no tuviesen dirigidas esclusivamente sus miradas sobre los hombres, á quienes la casualidad del nacimiento ó de la fortuna, su audacia ó su direccion, colocan en los primeros grados de la escala social. No era la ambicion ni la sed de riquezas y honores, lo que habia arrastrado á los vencidos del 5 de mayo, puesto que nada esperaban para sí. Si pobres eran la víspera del suceso, pobres los habria dejado su buen resultado. En su pura adhesion á la Francia, estos humildes miembros de la gran familia tomaban parte únicamente en los sacrificios, no pidiendo al triunfo sino la gloria de la patria y el restablecimiento de su independencia y de su grandeza. ¿Merecia acaso la muerte este error generoso que á nadie habia perjudicado?

El general Donnadieu sabia mejor que nadie que la ejecucion de muchos de los desgraciados que aguardaban entonces la contestacion del recurso de gracia formado por los mismos jueces, seria un verdadero asesinato. La órden de cometer este crímen, que manchará justamente la memoria de todos los que en él tomaron parte, no debia tardar en llegar á manos de este general, que con su autoridad podia si no impedirla, disminuir al menos la responsabilidad moral; sin embargo no vaciló en mandar que se llevara á efecto.

En la noche del 14 al 15 habia llegado el correo encargado de traerle de Lyon el parte que hemos insertado mas arriba. En el mismo dia del 15 de mayo se dejó oir otra vez el toque funerario de la campana de San Andrés, y Alloard padre, Belin, Piot, Mury, Ussard y Bard, estos dos últimos reconocidos por inocentes, y el jóven Miard, saliendo á su vez de la cárcel, fueron conducidos á la esplanada de la puerta de Francia, donde cinco dias antes habian caido los catorce infelices que les habian precedido en la muerte. Noel Alloard, se puso de rodillas sobre la tierra húmeda todavía con la sangre de sus dos hijos; el jóven de diez y seis años se arrodilló al lado del anciano, y cerca de ellos se colocaron sus cinco compañeros. Casi en el mismo momento se levanta Piot, que en calidad de antiguo soldado de la guardia quiere hablar á los soldados del piquete de ejecucion y mandar el fuego, pero un redoble de cajas no permite oir sus palabras. Tiran los soldados; el movimiento de Piot hace incierta la direccion de las balas; el jóven Miard solo queda herido, apóyase sobre sus manos, y levanta la cabeza, pidiendo la vida con sus miradas. Estalla una segunda descarga en medio de los gritos de horror y de piedad proferidos por los espectadores; el resultado era incompleto todavía, y una tercera descarga terminó por último este horrible drama. Al dia siguiente, 16, á las once de la mañana, David, aquel viejo cuyos hijos habian marchado al ejército y no habian vuelto todavía, y á quien el tribunal prebostal habia condenado solicitando para él la clemencia del rey, subia al cadalso erigido en la plaza Grenette, y moria con el mismo valor y dirigiendo á la multitud los mismos gritos que Drevet y Buisson.

Cuando los ministros permitian al general Donnadieu hacer gracia á los prisioneros todavía en estado de simple prevencion, que hicieran revelaciones importantes, creian sin duda la conspiracion mas grave y mas estendida de lo que era en realidad. No creian que Didier, hombre oscuro y desconocido, hubiese podido organizarla por sí solo, sino que á su modo de ver la conspiracion salia de Paris, y el grito de *¡viva Napoleon II!* invocacion imponente, ocultaba otro nombre político. Pero ¿cuál era este nombre? Hiciéronse investigaciones, y recordaron á Mr. Decazes que Rosset en sus interrogatorios ante el comisario general de policía del Ródano, decia que cuando Didier pasó por Lyon, habia

(1) Los soldados de Mr. de Vautré, que bajo sus órdenes habian rechazado, perseguido, capturado y luego conducido á la cárcel á los reos, únicos testigos ademas en el proceso, acababan de participar tambien de la ejecucion de la sentencia.

(2) Este personage que, segun los testigos oidos en la instruccion, se hacia notar por su pequeña estatura y llevaba un traje azul, un chaleco blanco y sombrero redondo, y á quien los insurgentes daban el título de general, era el comandante Biollet.

(3) Proceso de Rosset.

pronunciado muchas veces el nombre del duque de Orleans. De este primer indicio hicieron dimanar las tentativas aventuradas á favor de este príncipe antes de la jornada del 20 de marzo y del dia siguiente de Waterloo y los hechos que habian motivado su destino. Desde entonces pareció evidente que los conspiradores se unian al nombre del primer príncipe de la sangre, y que la conspiracion tenia su foco, sus principales medios y sus jefes en Paris. Trabajóse para descubrir á los últimos, pero la tarea era difícil: así es que la policía se agitaba en el vacío cuando con estrañeza se le advirtió que los funcionarios mas elevados de un departamento cercano de Paris, tenidos hasta entonces por fogosos realistas, reclutaban cómplices para una vasta conjuracion á favor del duque de Orleans.

Existia efectivamente en Amiens una de las comisiones secretas, ó mas bien una de las pequeñas sociedades políticas que organizaban entre sí los principales realistas de cada localidad, y contaba entre sus miembros á Mr. Segnier, prefecto del departamento, y al ayudante general Clouet, coronel de la legion del Soma (1). Mr. Morgan, procurador cerca del tribunal supremo, solicitó la gracia de entrar en la asociacion, que le fué otorgada, exigiéndole una prueba antes de su recepcion. Véndanle los ojos y condúcenle á un aposento en que todo estaba dispuesto para helarle de terror, cae su venda y ve á su presencia á tres hombres enmascarados que tenian las puntas de tres espadas desnudas en su pecho. Adviértenle que la sociedad tiene por objeto, no el mantenimiento de Luis XVIII, sino el advenimiento del duque de Orleans, y que debe escoger entre el juramento de servir á este príncipe ó la muerte. El procurador general temblando opta por el juramento, pero apenas vuelve á su casa, denuncia la conjuracion al ministro de policía, que inmediatamente hace proceder á una informacion severa, y descubre que solo se trataba de poner á prueba la sinceridad de las opiniones realistas del iniciado. La prueba sin embargo pareció tan intempestiva como peligrosa, y el 9 de mayo, el mismo dia en que el consejo de guerra de Grenoble pronunciaba veinte y una condenaciones capitales, un decreto privaba del servicio al coronel Clouet, destituia al prefecto Seguier y al mismo Mr. Morgan, por haber formado parte de una sociedad secreta de cuya existencia no habian dado noticia al gobierno (2).

Las noticias que anunciaban la próxima salida para Londres de Mr. Huet, miembro de la cámara de los cien dias, habian hecho creer al ministro de policía, que sus investigaciones iban por último á dar un resultado, y que estaba en el verdadero camino proseguido con tanto ardor. El antiguo representante decia que estaba encargado de llevar al duque de Orleans un memorial redactado por uno de los amigos de este príncipe, en el que se le daba cuenta de la situacion política interior de la Francia, y los proyectos formados para llevar á cabo su advenimiento. Mr. Huet salia efectivamente para Londres y se puso en camino. Fué detenido en San Dionisio, pero fueron vanas todas las investigaciones practicadas en su persona y equipaje, pues nada pudo descubrirse. Dirigióse entonces Mr. Decazes contra el autor designado del memorial, que lo era Mr. Thiard (3), miembro del antiguo tribunal, vuelto de su emigracion despues del 18 de brumario, ascendido á general en tiempo del imperio, de carácter elevado, y de espíritu resuelto, que el año anterior habia precisamente rehusado el ir á combatir la insurreccion de las guarniciones del norte, organizada por Fouché á favor del primer príncipe de la sangre (4). El recuerdo de esta desobediencia y las relaciones del general bastante íntimas en aquella época con la familia de Orleans, y estrechadas con la redaccion del supuesto memorial, aparecieron á Mr. Decazes como otros tantos indicios, al par que le envolvieron en nuevas dudas; el conde de Thiard era uno de los que tenian en Paris, entre los partidarios del primer príncipe de la sangre, los hilos de la trama de Grenoble, del que Didier no era sin duda mas que el instrumento. A pesar de la elevada posicion y de los lazos de familia del general (1), Mr. Decazes le mandó arrestar sin ninguna clase de consideracion, lo propio que á su ayuda de campo, y los tuvo en rigurosa incomunicacion sometiéndoles á los mas severos interrogatorios sobre el memorial destinado al duque de Orleans, sobre sus relaciones con Didier y sobre los sucesos de Grenoble. Pero todas las preguntas de los agentes instructores debian estrellarse ante un obstáculo bien sencillo: el conde de Thiard no habia escrito ningun memorial, ni habia enviado nada al duque de Orleans: no solamente no conocia á Didier, sino que ni siquiera habia oido pronunciar su nombre, y por último de los sucesos del 5 de mayo, no sabia mas que los hechos publicados por los periódicos. Mas no por eso fué soltado de la cárcel, y solo al cabo de seis meses consintió Mr. Decazes en abrirle las puertas, á pesar de que la muerte de Didier, vendido y condenado, como vamos á ver, hacia infructuosa desde mucho tiempo la captura del general.

(1) Este coronel Clouet es el mismo que habia desertado con Mr. de Bourmont en la mañana del 15 de junio de 1815.

(2) Estas comisiones ó sociedades que vinieron á confundirse luego con las congregaciones, se constituian bajo designaciones diferentes segun las localidades; aquí tomaban el nombre de *Cámaras ardientes*, y en otros puntos el título de *Francos regenerados*. Este último título, que anunciaba en sus autores no sabemos qué pretension á una descendencia imposible de los conquistadores de la Galia romana, no pertenecia, como se ha creido, á una asociacion que comprendia todo el reino, sino que era puramente local. La organizacion militar de estos *francos* regenerados, provenia de una ceremonia ridícula del pasado feudalismo: tal prefecto era el jefe de la sociedad de su *territorio* con el nombre de *senescal* ó de *vidame* sus dependientes y sus familiares mas oscuros se repartian los títulos de *caballeros* y de mesnaderos; los antiguos gentiles hombres volvian á ser *castellanos*. En estas reuniones se tramaban la mayor parte de las denuncias, sus miembros empleaban los ocios que les dejaba este trabajo, para espantarse entre sí con las conspiraciones que todos pretendian descubrir.

(3) Hoy dia miembro de la cámara de los diputados.

(4) Cuando en 10 de marzo de 1815 llegó la noticia de este suceso al ministro de la guerra, habia mandado este trasmitir la órden de marchar á Lion al general Thiard, de tomar allí el mando de todas las tropas de línea y de todos los guardias nacionales del departamento del Aisne, y dirigirla contra los revoltosos. Resistiendo el general á las órdenes del duque de Feltre y luego á las instancias del duque de Berry, habia rehusado su mision: «Durante mi emigracion, decia al sobrino de Luis XVIII y al ministro, tuve la desgracia de batirme contra mis conciudadanos y no quiero hacerlo otra vez.»

Recuerdase sin duda que Didier se habia refugiado en los bosques de San Martin de Heres, despues de su caida de caballo delante de Eybens, y encaminándose á las montañas que rodean la orilla izquierda del Isere, en la direccion de Allevard, emprendió la marcha á Saboya por la garganta del Coche, paso que separa el distrito de Grenoble de la Maurienne. Durante muchos dias anduvo errante por aquellos sitios descarriados, recibiendo la hospitalidad en casa de los pobres pastores que le guiaban, y luego de un lugarejo á otro. Muchos insurgentes habian tomado la misma direccion, y no tardó Didier en hallarse reunido con Dussert, Durif y el ex-guardia general Cousseaux. Una tarde en que los cuatro se habian detenido en una cabaña de una de las aldeas mas pobres de esta parte de los Alpes, en Rivier-d'Allemont, á poca distancia de la garganta del Coche, paseábase Didier á grandes pasos, mientras sus compañeros estaban sentados al rededor de una taza de leche. Esforzábase Didier en no escuchar las quejas de Cousseaux y de Durif, que le echaban en rostro su desgracia comun: «Nos habeis engañado, esclamaba Cousseaux; deciais que María Luisa y el rey de Roma debian hallarse en Grenoble, que las tropas nos aguardaban, y lejos de ser acogidos con los gritos de ¡viva el emperador! nos han recibido á balazos.» Didier continuaba paseándose sin contestar, y Cousseaux por otra parte no dejaba de repetir: «Nos habeis engañado.» Paróse finalmente Didier: «Y bien! ¡sí; os he engañado! dijo mirando á sus tres compañeros. Ni María Luisa, ni su hijo estaban en Grenoble, y ni siquiera debian pasar allí. Pero lo que es cierto, es el odio que profeso á Luis XVIII y á su gobierno, el odio que vosotros como yo le profesais, porque os ha destituido, arrojado y privado del pan necesario para vuestra familia.»

Cousseaux, Durif y Dussert permanecieron silenciosos. Al dia siguiente atravesaban los cuatro la llanura de Olle, desierto valle en cuyo fondo corre un torrente. Durif y Cousseaux iban delante; Dussert permanecia al lado de Didier, cuyos pasos eran lentos y penosos, y de vez en cuando cambiaba con él algunas palabras sobre los últimos sucesos. Podíase notar sin embargo una especie de embarazo en las palabras de Dussert; parecia luchar con un pensamiento que le inquietaba, hasta que por último acercándose á Didier le dijo: «Si ni María Luisa ni el rey de Roma estaban en Grenoble, ni tan solo debian pasar por allí, ¿quién hubiera reinado si hubiésemos salido con nuestra empresa?» Miróle Didier, parecia vacilar, pero luego contestó: El duque de Orleans.—¡El duque de Orleans! esclamó Dussert con mucha sorpresa. ¿Quien es este? ¿No es acaso un Borbon? Pero Borbon por Borbon, añadió con violencia, tanto quiero á Luis XVIII.» Abandona inmediatamente á Didier, corre á reunirse con Durif y Cousseaux y les da conocimiento de lo que acaba de saber; páranse estos y aguardan á Didier; la cólera se refleja en su semblante, y pronto Cousseaux sin poderse contener se deja llevar por el furor, adelántase hácia Didier que acababa de llegar á algunos pasos de ellos y le dice: «¡Ah! con que era para uno de los malditos Borbones, por quien nos queriais hacer matar! ¡Esto es una traicion! ¡Oh! suceda

(1) El conde de Thiard contaba entre sus parientes mas cercanos al duque de La Chatre primer gentil hombre de cámara del rey, al conde de Jaucourt, ministro de marina en el último gabinete, á los duques de Fitz James y de Maillé, primeros gentiles hombres del conde de Artois.

lo que quiera, no permaneceré un instante mas con vos!» Efectivamente Durif, Dussert y Didier atravesaron solos la frontera, y llegaron en la misma tarde á Saint Sordin d'Arves, aldea de la Maurienne, donde se detuvieron en una posada que tenia allí el llamado Balmain. Didier se habia dislocado la pierna con la caida de su caballo, y esta herida le hacia mas pesadas las fatigas de sus largas marchas, de manera que estaba rendido. Al entrar en casa de Balmain se echó sobre una mala cama y se durmió. Quedando solos Dussert y Durif con el posadero y no escuchando mas que los consejos de su venganza, descubrieron á Balmain, quien era el viejo que descansaba á algunos pasos de ellos, añadiendo que la policía francesa daria sin duda una suma considerable al que le entregase. Alucinado por la perspectiva de la recompensa, contestó Balmain que iria á advertir al dia siguiente al cuerpo de gendarmería piamontesa de San Juan de Maurienne. Esta villa era el punto que Durif y Dussert, en las diferentes chozas en que se habian detenido los dias anteriores, habian indicado á sus patrones como el refugio provisional donde podrian encontrarles los amigos ó miembros de su familia enviados en su busca. Dijeron á Balmain que le acompañarian, y los tres efectivamente salieron de la posada al despuntar el dia, y al entrar en San-Juan sin pensarlo hallaron los dos franceses á uno de sus parientes que les aguardaba allí desde la antevíspera.

No hacia mucho tiempo que Dussert se habia casado con una parienta de Durif, que queria á su marido con entrañable afecto. Habia tenido conocimiento de la empresa, y el resultado la ponia en cuidado, pero tan sumisa como fiel, no habia vacilado en ayudar á Dussert en sus preparativos. La noticia de los sucesos de la puerta de Bonne la habia arrastrado á una desesperacion tanto mas violenta, como menos apercibida de su marido. Dussert, sin embargo, habia salido sin ser herido siquiera, y en la tarde del 8, cuatro dias despues de su partida, un montañes enviado por él comunicaba á su jóven esposa que, refugiado con Durif y Didier en una cabaña de la que le daba el nombre, se disponia con sus compañeros á pasar á Saboya. En todas las luchas en que no se consigue el resultado que se esperaba, se acusa á la traicion del mal éxito, triste satisfaccion que tuvieron tambien los insurgentes del 5 de mayo. Sus familias y ellos mismos hacian pesar en las primeras horas sobre los jefes la responsabilidad de la derrota. La jóven esposa de Dussert habia acogido tambien la acusacion, y como no ignoraba la importancia que daban las autoridades de Grenoble á la captura de Didier, parecióle que el aviso que acababa de recibir era un medio de salvar á su marido. Participó sus intentos á su hermano Juan Bautista Sert, que se avino á acompañarla en la misma noche á Grenoble, y al dia siguiente, 9, se presentaron los dos á Mr. de Montlivault, ofreciendo darle a conocer el retiro de Didier, en cambio de la libertad de Dussert y de Durif. Vaciló entonces Mr. de Montlivault, porque no era dueño, decia él, de disponer de este modo de la suerte de dos culpables. «¿No sabeis que se ha prometido una suma considerable al que entregara á Didier? —Guardad vuestro dinero, respondieron al momento la jóven y su hermano, nosotros no vendemos á nadie. Pero Didier nos ha engañado, y solamente queremos cambiar la libertad de Dussert y de Durif por la suya.» Al cabo Mr. de Montlivault aceptó, remitió á Sert la promesa escrita de la gracia de su hermano político y de su pariente, y puso á su disposicion un oficial y cuatro gendarmes que debian conducir á la morada de Didier. Al punto salió Sert de Grenoble, dirigiéndose hácia el lugar indicado por el mensajero de su hermano político, pero Dussert y sus compañeros de fuga lo habian abandonado ya cuando llegó allí; siguió á los proscritos de casa en casa durante tres dias, y en la cuarta jornada perdió Sert la huella de los fugitivos, y conoció que debian haber entrado ya en Saboya. Los gendarmes que le acompañaban no podian obrar sino hasta la frontera, por lo que se despidió de ellos y emprendió solo el camino de San Juan de Maurienne, que su hermano político indicaba á sus huéspedes como punto de su refugio provisional en los Estados Sardos. Llegó á ellos en la noche del 15, pasó el 16 esperando en vano, y por fin lo encontró al dia siguiente. El paso que acababan de dar Dussert, Durif y Balmain hacia el proyecto de Sert mas fácil todavía de lo que se habia atrevido á esperar. Despues de haberse cambiado rápidamente algunas palabras, separáronse Durif y Dussert, y Sert y Balmain se presentaron al comandante de los carabineros reales (gendarmes) piamonteses.

Didier habia despertado á los pocos instantes despues de haber salido sus dos cómplices y su huesped, y espantado é inquieto por su desaparicion súbita, interroga á la esposa de Balmain. Esta mujer balbucea, se turba, pero al fin se arroja á sus pies, esclamando: «¡Salvaos, señor, salvaos! ¡estais vendido! Didier palideció, brotaron lágrimas de sus ojos, y cae desvanecido. Bien pronto sin embargo se deja llevar por el instinto de conservacion, sale y se dirige, ó por mejor decir, se arrastra hácia un bosque cercano, pues sus piés hinchados por las fatigas de los dias anteriores, apenas podian sostenerlo. Encuentra un pastor que le guia hasta la entrada de una garganta por donde puede entrar de nuevo en Francia; introducese solo en ella, y pronto llega á su cumbre, frontera de los dos paises. Pero llegado á la cima, le hace perder la huella de su camino una de las espesas neblinas que circulan al rededor de los picos de aquellas cordilleras. Adelanta Didier sin seguir direccion ninguna, y despues de algunos centenares de pasos, no percibe ya el sendero y se para. En su alrededor reina el mas espantoso silencio; grita, pero ninguna voz le responde. Este desamparo absoluto, en medio de peñascos y de soledades donde apenas se descubren a lo lejos algunas raras chocillas inhabitadas todavía en esta época del año, hace perder á Didier su serenidad. Él mismo se hace miedo, segun espresion de un vecino de Arves, apodérase de él una especie de fallecimiento, las últimas fuerzas le abandonan, y cae (1). ¿Cuánto tiempo duró este estado de postracion moral y física? El mismo no pudo decirlo. Lo que se sabe es que en medio del dia, arrastrado por la fatalidad que impele á los desgraciados consagrados á la muerte hácia el abismo en que deben caer, en lugar de continuar siguiendo las pendientes que descienden hácia Francia, se volvia al mismo camino. Llegado á la salida de las primeras gargantas se introdujo en el sendero que conducia á la casa de Balmain: sin embargo un sentimiento instintivo de desconfianza se lo hizo abandonar y se dirigió hacia San Juan de Arves, pequeña parroquia vecina de Saint-Sordin. Acercóse á una cabaña aislada y apercibió, sentada en el suelo, una anciana á la que pidió hospitalidad. A la vista de este anciano de largos cabellos blancos, cubierto de ropas estropeadas, de pálido rostro y cuya edad, estatura y fisonomía parecian concordar con unas señas esparcidas entonces en toda esta parte de la frontera, la anciana le responde: «Sois acaso el que ha conspirado contra el rey de Francia y el que buscan en todo el pais?» Didier se hiela de espanto. «¡Y bien! » dijo despues de un momento de silencio, yo soy Didier, entregadme si quereis, pero por caridad, dadme un pedazo de pan, y permitidme descansar un instante!—¡Nosotros entregaros! esclamó la pobre mujer; no hay en todo el pais mas que un solo hombre capaz de venderos: Balmain. Entrad, añadió levantándose, no os haremos traicion.

Atravesó Didier el suelo de la cabaña y la anciana se apresuró á darle pan y leche. A los pocos instantes comparecio el dueño de la casa, que al saber el nombre del estranjero sentado á su mesa, declaró que no podia guardarle: «Hace algunas horas, le dijo, que un gran número de gendarmes han invadido el valle y registran todas las casas; sin duda no se olvidarán de la nuestra, y por lo mismo estaríamos comprometidos sin que tampoco por eso pudieseis salvaros. Pero no temais nada, pues uno de mis hijos va á conduciros á una granja perdida en medio de los bosques, y á la que os llevará víveres cada noche hasta que os halleis en estado de continuar vuestro viaje.

No tardó Didier en abandonar la cabaña y siguió al jóven guia que le proporcionó su huésped. No le habia engañado este último, porque los gendarmes, llegados de San Juan de Maurienne con Balmain, no hallando ya á Didier en la posada, visitaron entonces todas las cabañas del valle. En cuanto al delator, habia acogido con maldiciones é injurias la confesion de su mujer, en la parte que habia tomado en la fuga del proscrito. Irritábase Balmain á la idea de que la vergüenza seria el único premio de su accion; así es que juntándose con los gendarmes, se le vió ayudarles en sus pesquisas, registrar con ellos todos los rincones, y moler á preguntas á todos los habitantes. Sin embargo el dia avanzaba, y desesperando de salir con la suya entró de nuevo en su casa profiriendo otra vez invectivas contra su mujer. Estando en esto, llegó uno de sus hijos que venia de apacentar, y las repulsas dirigidas á su madre absorven su atencion; interviene en la disputa y dice que al bajar la montaña ha visto de lejos al señor, que se dirigia por un sendero poco frecuentado, á una granja aislada cuya situacion esplica. Este descubrimiento hace proferir un grito á Balmain, que se dirige al momento con los gendarmes hácia el sitio marcado: el dia tocaba á su termino; los bosques que los carabineros y su guia habian de atravesar, formaban sobre sus cabezas una espesa bóveda que aumentaba la oscuridad. Estas semitinieblas, el silencio absoluto que reinaba en medio de aquellas sombrias soledades, turbaron á Balmain, que sintió que la audacia le abandonaba. Llegado á una especie de encrucijada donde se cruzaban muchos caminos, se detuvo; él mismo ha confesado que por primera vez le aquejaron los remordimientos. «Y bien, señor posadero, le dijo bruscamente el oficial que mandaba el destacamento.

(1) Fuga y prision del conspirador Didier, por A. D. (Alberto du Boys), 1841.

¿en qué estais pensando? ¿qué camino vamos á emprender? — Pienso, repuso Balmain, siempre pensativo y vacilante, que acaso seria necesario, antes de ir mas lejos, esperar la salida de la luna.— No, respondió el oficial piamontés; es preciso por el contrario aprovechar los últimos resplandores del dia. ¡Marchemos!»

Balmain cobró de nuevo su resolucion, y no tardó en llegar al soto en que debia hallarse el hórreo, cuyo techo de bálago divisó al momento. El destacamento marchó entonces mas lentamente, dividense los soldados para rodear el hórreo, abren bruscamente la puerta, y Balmain, el oficial y muchos gendarmes se precipitan sobre Didier, que ven metido en un lecho de paja, apoderanse de él, lo atan y le registran; ¡el jefe de conjuracion que se espatriaba despues de haber intentado derribar un trono y dar una corona, llevaba por toda fortuna sesenta y ocho francos!

Conducido Didier á Saint-Sordin, pasó la noche en casa de un notario cuya morada le sirvió de prision, y fué luego llevado á Turin. El embajador de Francia pidió inmediatamente y obtuvo su estradicion, y el 23 de mayo, seis dias despues de su prision, una silla de posta, en la que iban con él un oficial superior de artillería, un oficial y un suboficial de gendarmería, le trasladaban á Grenoble, al palacio del general Donnadieu, que habia exigido ser el primero de verle y hablarle. Sus vestidos estaban hechos girones, sus largos cabellos blancos que caian desordenadamente sobre sus espaldas, iban á mezclarse con una barba insulsa y canosa, su rostro respiraba la calma, su mirada era dulce y parecia esperimentar mas fatiga que abatimiento, mas dolor físico que debilidad moral. No se le hizo comparecer ante el consejo de guerra, pues en 30 de mayo una órden del dia del general Donnadieu habia puesto fin al estado escepcional, cuyo establecimiento y mantenimiento eran por otra parte una violacion flagrante de dos artículos de la ley fundamental, porque todo fué monstruoso en los hechos que siguieron á la noche del 4 al 5 de mayo. Legalmente no hay fallo sino cuando los jueces tienen carácter y calidad para dar la sentencia, y las condenaciones del consejo de guerra habian sido dictadas por un tribunal estraordinario y en virtud de leyes revolucionarias ó decretos imperiales que habian revocado formalmente los artículos 62 y 63 de la carta. Atendiendo á una legalidad rigurosa, los veinte y un desgraciados fusilados en la esplanada de la puerta de Francia habian sido ejecutados sin sentencia (1).

En 8 de junio compareció Didier ante el tribunal prebostal, y al dia siguiente, este mismo tribunal, cuyos miembros eran sus antiguos é íntimos amigos, le condenaba á la pena de muerte. Su actitud fué digna y firme durante los dos dias de debates; lejos de regatear su vida, respondió con entera franqueza á las diferentes preguntas del presidente y del preboste sobre los sucesos de la puerta de Bonne; pero solo se acusó á sí mismo sin descubrir el nombre de uno solo de sus cómplices. Preguntado acerca del objeto de la conspiracion, respondió que queria proclamar la independencia nacional y arrojar de Francia los ciento cincuenta mil hombres de tropas aliadas que formaban el cuerpo de ocupacion. «¿De qué nombre os serviais para arrastrar al pueblo á la guerra civil?» le preguntó el presidente. Didier entonces guardó silencio, pero obligado á responder, dijo con visible turbacion: «Napoleon II». Una sola vez le abandonó su calma, y fué cuando oyó que se achacaban á los insurgentes proyectos de devastacion y de pillaje: «¡Ninguno de nosotros, esclamó, habria manchado con un atentado contra las personas y contra las propiedades el honor de tan bella causa!—¿Pero no prometiais dinero á los que intentabais afiliar? añadió el presidente.— No, respondió Didier; bastaba la exaltacion de la opinion pública; la suposicion que se me ha hecho del dinero, es una mentira infame! Las gentes de corazon que arriesgan de veras su vida por una causa política, obran por imitacion ó por pasion, pero nunca por un salario, sea cual fuere. Creer que en nuestros modernos tiempos hay en Francia hombres que puedan tomar las armas contra un gobierno y correr á la muerte en cambio de algunas promesas de dinero; es admitir el absurdo de una torpe y vieja calumnia. ¿Quién puede poner precio á su libertad ó á su existencia? La repulsa por otra parte era intempestiva, si se considera que se dirigia á insurgentes que ni siquiera habian podido reunir la suma pedida por la impresion de una proclama, y cuyo jefe, en el acto de ser preso, tenia sesenta y ocho francos por toda fortuna. Entre los testigos llamados por el tribunal, aparecieron algunas pobres mujeres, viudas ó hermanas de insurgentes muertos en la puerta de Bonne ó alcanzados por la sangrienta justicia del tribunal prebostal y de consejo de guerra; iban vestidas de luto, y sus respuestas eran entrecortadas de sollozos, pero ni una queja, ni una repulsa pronunciaron sus labios contra el hombre que habia arrastrado á sus maridos ó á sus hermanos á la muerte; sino que por el contrario su actitud delante de él demostraba una respetuosa piedad. Otra particularidad de este proceso admiró á los contemporáneos y contribuyó singularmente á hacer mas espeso el velo que por largo tiempo ha cubierto estos sucesos: ni una sola vez, tanto en el debate como en su defensa, pronunció Didier el nombre de Napoleon, no tuvo una palabra de simpatía para los recuerdos del imperio, y en ninguna de sus respuestas confesó que su empresa tenia por objeto el restablecimiento de la familia imperial. «El nombre de que me valia era el de Napoleon II;» no dijo mas. Él mismo defendió su causa. Su abogado, despues de algunas palabras de defensa, suplicó al tribunal el recomendar á su cliente á la clemencia real. «Yo he hecho mi sacrificio, dijo al momento levantándose Didier; mi familia sabrá hacer el suyo. Doy gracias á mi defensor por sus generosas palabras, pero ruego al tribunal que no se atenga á ellas, pues yo no pido nada al rey.»

Al dia siguiente, 10 de junio, por la mañana, madama Didier, Rosalía Drevon, valerosa mujer de la que Didier habia dicho en su defensa, que durante treinta años habia sido el orgullo y la felicidad de su vida, estaba arrodillada cerca del lecho en que estaba sentado su esposo, vestida enteramente de negro, porque llevaba ya el luto del hombre que aun vivia, tenia sus manos en las de Didier, y con la cabeza inclinada hácia él recitaba las plegarias de los agonizantes. A las diez y cuarto interrumpióla el carcelero anunciando la visita del general Donnadieu. Por medio de tres interrupciones diferentes en el curso de la instruccion, los jueces, por órden de Mr. Decazes, habian dejado entrever á Didier la posibilidad de una conmutacion si hacia revelaciones. El general vino á probar el último esfuerzo, pidiéndole una confesion en nombre de Dios y de aquel rey con quien el reo habia compartido un instante el destierro. «¿Qué os puedo yo revelar?» respondió Didier con una sinceridad que no debia suponerle el general. Por último cediendo a la insistencia de este último, y dominado sin duda por la idea de aliviar el porvenir de la viuda y de los cuatro hijos que dejaba, despues de el dijo Didier: «que la única prueba de gratitud que podia dar al morir á Luis XVIII, por los beneficios que de el habia recibido, era aconsejarle que alejase tanto como le fuese posible de su trono y de la Francia al duque de Orleans y al ex-primer ministro Mr. de Talleyrand.—He aquí sus propias espresiones, añadia el general Donnadieu en un parte dirigido en el mismo dia al gobierno; estas son las últimas palabras de un hombre que iba á pasar para siempre á la eternidad.» Efectivamente no tardaron los ejecutores en invadir el calabozo. Cortaron los largos cabellos blancos del reo y le ataron las manos. Entonces, se dice, madama Didier se adelantó, y rechazando los esfuerzos de los guardias, queria acompañar á su marido y sostenerle hasta el cadalso, pero se la contuvo y el cortejo se puso en marcha. Estaba lloviendo, y los soldados cubrian la linea que separaba la carcel de la plaza de Grenoble. Las puertas y las ventanas de los sitios por donde debia pasar, estaban todas cerradas. Didier anduvo toda la carrera á pié. Su valor en los últimos instantes honró la causa que habia abrazado, y se mostró digno de los valientes tan desgraciadamente arrastrados por sus ilusiones que habian caido antes que el. Llegado al pié del cadalso, subió las gradas con paso firme, y sin permitir que le tocasen los ejecutores, se tendió el mismo bajo la tabla fatal. Algunos segundos despues, el movimiento insurreccional del 5 de mayo contaba su víctima vigésimaquinta.

Didier obraba sin duda de buena fé haciendo trasmitir á Luis XVIII el consejo que acabamos de mencionar. Es menos raro de lo que se cree el ver á los espíritus aventureros admitir á la larga los sueños de su propia imaginacion, y llegar á adoptar como verdaderas las fabulas que

(1) *Artículo* 62 de la carta: «Nadie podrá separarse de sus jueces naturales» Art 63: «No podrán formarse por consiguiente comisiones y tribunales estraordinarios. No estan comprendidos en esta denominacion las jurisdicciones prebostales, si se juzga necesario su restablecimiento.» En consecuencia los tribunales prebostales restablecidos por una ley eran la única jurisdiccion entonces legal. En 1832, despues de las jornadas de junio, el gobierno de la revolucion de julio procedio con los vencidos de esta insurreccion, como la restauracion con los vencidos de Grenoble; Paris fué puesto en *estado escepcional*, y se crearon consejos de guerra que dictaron condenaciones á muerte. Estas sentencias, remitidas al tribunal de casacion, fueron anuladas como á dadas por tribunales que habian revocado los artículos 62 y 63 de la carta; los reos comparecieron de nuevo ante el tribunal de asises, y muchos de ellos fueron absueltos por los nuevos jueces. El mismo resultado se hubiera alcanzado, si los veinte y un reos del consejo de guerra hubiesen formado un recurso en casacion, y podian hacerlo, porque solamente las sentencias del tribunal prebostal eran ejecutorias á las veinte y cuatro horas: cualquiera que hubiese sido su cólera, hubiera vacilado sin duda el general Donnadieu antes de ordenar la ejecucion, á pesar de esta disposicion; pero por un deplorable olvido de los derechos de los infelices reos, sus defensores, turbados sin duda por el terror y por la rapidez del golpe, no pensaron en este recurso: al menos no hemos podido descubrir este pensamiento en ninguno de los documentos que hemos leido.

ellos mismos inventaron. Obligado, para afiliarse numerosos cómplices, á revestir durante muchos meses con toda la apariencia de la realidad sus suposiciones políticas y sus ilusiones, Didier habia acabado por tomarlas él mismo por verdaderas. Sábese ya que Mr. de Talleyrand no era de temer en la desgracia; las flaquezas de su espíritu y sus vicios solo eran peligrosos á los poderes bastante débiles para recurrir á su capacidad de prestamista, y bastante ciegos para entregarse á su imprevision y á su inmoralidad. Hemos dicho igualmente, al ocuparnos del 20 de marzo y de los hechos de los cien dias, quién era el duque de Orleans. Desde el fondo del retiro en que le tenia desterrado hacia ocho meses el jefe de su raza, podia este príncipe seguir con mirada atenta é inquieta los progresos de la reaccion que le habia condenado al destierro, pero padre de una familia ya numerosa, no teniendo por fortuna sino una inmensa sucesion que debia disputar contra innumerables acreedores, en esta época de su vida no daba á los intereses políticos la parte que se ha querido suponer. Recobrar la gracia de Luis XVIII y tomar de nuevo la administracion personal de sus negocios privados eran sus principales preocupaciones; solicitando continuamente la autorizacion para regresar, doliase con amargura, en sus numerosas cartas al rey, del perjuicio que acarreaba á la fortuna de sus hijos su ausencia de Paris. Luis XVIII le indemnizó, y en 11 de setiembre de 1816, cuatro meses despues de los sucesos de Grenoble, á pesar de los cargos que pesaban sobre el tesoro, y cuando el monarca, su hermano y sus sobrinos, abandonaban al estado mas del tercio de su renta civil, un decreto concedió al duque de Orleans y á su madre, la duquesa viuda «el tercio de sus contribuciones en las nóminas de 1815.» Sin embargo esta gracia pecuniaria no fue acompañada del levantamiento de su destierro, pues hasta el mes de febrero de 1817, despues de un año y medio de ausencia, no obtuvo el permiso de volver á Francia.

Hasta este dia se midió la insurreccion de Grenoble por el numero de suplicios y la estension de las recompensas. No se suponia que los jefes de una nacion grande y generosa hubiesen ordenado el sacrificio de veinte y cinco victimas, que hubiesen creado generales, distribuido títulos y distinguidos honores, grados y condecoraciones numerosas, con motivo de una simple barrabasada disipada con algunos balazos, que se habria frustrado sin lucha ni ruido, si se hubiesen cerrado las puertas de Grenoble, y en la que nadie por otra parte habia sufrido sino los desgraciados insurgentes. De vez en cuando se suscitaban dudas acusadoras, pero se cubrian bien pronto con las recriminaciones de los principales culpables que, desechando la responsabilidad del crímen, agrandaban el movimiento por el interes de su defensa y se ponian á cubierto, por último argumento, detrás de no sabemos cuáles hechos misteriosos. La multitud, ora escuche, ora hable, ora escriba, no reflexiona nunca; repite y se manifiesta tanto mas crédula cuanto mas rodeado está el error de inverosimilitud y de oscuridad. No hay nada maravilloso en los hechos humanos para el que sabe estudiarlos; el corazon del hombre es quien encierra tan solo misterios penosos y tristes de sondear. Catorce años mas tarde se cumplian los cambios tentados por Didier; el gobierno impuesto por la Europa victoriosa á la Francia vencida, abandonada de todos, desaparecia tambien por segunda vez ante un nuevo soplo de la revolucion. No eran el número, ni la fuerza, como se verá, lo que le hacia fracasar, puesto que caia por su propio peso. Por último era rey el príncipe que desde 1792 alimentaba la firme esperanza de los hombres que seguian la alianza de los principios políticos de 89 y del principio monárquico; el estandarte enarbolado por los insurgentes del Isere y abatido con sangre por el general Donnadieu y el coronel Vautré, era por tercera vez el estandarte de la Francia. Pues bien, desde el 6 de agosto de 1830, cuando apenas Cárlos X salia de Rambouillet, cuando el nuevo rey no estaba nombrado todavía, el general Donnadieu, comandante en aquella época de la division militar de Tours por los Borbones, ofrecia sus servicios á la insurreccion, y adelantándose á las órdenes que solicitaba de Paris se preparaba á contener la Vendee y á reprimir la resistencia del general Despinois, fogoso realista, colega suyo, que mandaba la division militar de Nantes. Mr. de Vautré, ascendido á general y baron, debia mostrarse aun mas diligente: el lunes 28 de julio de 1830, á la aparicion de los decretos, pudo oirsele provocar con todas sus fuerzas una revolucion, saludar luego con entusiasmo el triunfo popular, y acusar de cobardía á Cárlos X y á sus hijos; pudo vérsele, el sábado 31, presentarse al Palacio Real, ponerse á la disposicion absoluta del duque de Orleans, aun antes de recibir este príncipe el título de teniente general, cuando Cárlos X era todavía rey, y desplegar mas tarde una especie de violencia para imponer el ausilio de su espada al nuevo gobierno y á su bandera; mas todavía, rechazado por muchos ministros y volviendo sin cesar á la carga, la casualidad de sus numerosas diligencias hizo que un dia compareciese como solicitador ante uno de los hijos de Didier (1). Por último, acudiendo Mr. Decazes á su vez cerca del nuevo dueño, saludaba los colores tricolores, les juraba fidelidad y llegaba á ser uno de los mas elevados y mas influyentes servidores del príncipe á quien habia comunicado la órden de un largo destierro, y que, á decir verdad, no habria vacilado en hacer prender, si, habiéndose quedado en Paris, hubiese hallado mezclado al jefe de la segunda rama de los Borbones, de otro modo que por su nombre, con los hechos que acabamos de esponer (2).

En 8 de mayo, en el mismo dia que el periódico oficial insertaba los nombramientos de los nuevos ministros, el *Diario de los Debates* ublicaba, antes que todos, la noticia de los sucesos de Grenoble. Tres dias mas tarde, tomando esta vez el *Monitor* la iniciativa, anunciaba á su vez el descubrimiento en Paris de una supuesta conspiracion, sangriento esceso de policía, en el que intervinieron tambien jueces apasionados y el verdugo.

CAPÍTULO SESTO.

Proceso y fallo de los patriotas de 1816; ejecucion de Plaignier, Carbonneau y Tolleron. Cuestion Perlet y Fauche-Borel; MM. Pasquier y de Talleyrand.—Proceso del almirante Duran de Linois y del coronel Boyer de Peireleau; condenacion á muerte de este último. Proceso y condenacion

(1) Luis Didier, nombrado, despues de 1830, prefecto del Soma y luego consejero de estado y secretario general del ministerio de la gobernacion. Mr. de Vautré publicó en setiembre de 1831, en la librería de Levavasseur, con el título de «Cartas dirigidas al mariscal Soult y á Mr. Casimiro Perier, por el general Vautré» un folleto donde cuenta su actitud en las jornadas de julio, y que encierra su correspondencia con muchos ministros de esta época.

(2) No parecerán sin duda de ningun interes los siguientes pormenores sobres otros dos actores del drama de Grenoble. Uno de ellos, Juan Bautista Sert, no habia pensado en un principio sino en obtener la libertad de su hermano político Dussert y de su pariente Durif, pero el incentivo de la recompensa no tardó á trasformar en un negocio odioso una accion desleal sin duda, pero que podia atenuarla hasta cierto punto el primer sentimiento que la habia dictado; exigió y obtuvo la mitad de los veinte mil francos prometidos al que entregase á Didier. Su codicia le fué fatal pues hé aquí algunos párrafos de una súplica que en 1828, doce años despues, dirigia al ministro de la gobernacion.

«Lejos estaba de prever que una accion confiada á mi zelo iba á ser para mi y mi familia un origen de persecucion y de ruina; que me veria obligado á abandonar una propiedad que valia á lo menos cuarenta y cinco mil francos para ir a ejercer una cobranza en el departamento de la Nievre, para alejarme de mis numerosos enemigos.

»A la verdad, me fué confiada muy generosamente, puesto que fui dispensado de prestar fianza al entrar en cargo; me proporcionaba una renta de mil ochocientos francos, pero que á cada ejercicio disminuia de cuarenta á cincuenta francos por la reduccion de las contribuciones. Con lo poco que me quedaba no podia mantener por mas tiempo á mi numerosa familia, compuesta de seis hijos, y yo, que soy viudo.

»Considerando entonces que habia abandonado una propiedad bastante considerable, que habian trascurrido diez años desde mi triste espatriacion, y que despues de tanto tiempo no tendria acaso mas enemigos en el país, estos desgraciados motivos me decidieron con las lágrimas en los ojos á despedirme de mis muy honorables y respetables jefes y de mis valientes pecheros.

»A mi regreso he encontrado arruinada mi casa, mis bosques devastados, usurpadas mis propiedades, y las mayores desgracias y las persecuciones han empezado para mi como en 1816.

»Es tal mi posicion, monseñor, que me veo obligado á vivir solo y aislado como el que ha cometido un gran crimen. Hace un año que no he podido asistir al santo sacrificio de la misa.

»Se dirigen á todo lo que me pertenece; mis hijos son frecuentemente maltratados, lo que los obliga á echarme en cara las mas violentas injurias por haber hecho prender á un valiente que todo el mundo echa menos, sin que los Borbones me traten en el dia con ninguna consideracion.

»En tal estado, monseñor, me veo obligado á solicitar un pronto y último socorro del gobierno paternal ó el reembolso del valor de mi propiedad que abandono al gobierno con un 30 por 100 de rebaja, corriendo á mis costas la valuacion: con lo que podrá enviarme, iré con mi familia lejos de mis enemigos.»

Creemos que esta súplica quedó sin contestacion; en cuanto al cómplice que compartió con Sert los veinte mil francos, precio de la libertad de Didier, hé aquí lo que se lee en el curioso libro de Mr. Augusto Ducoin, ya citado:

«Los viajeros que han visitado las montañas de la Maurienne, os contarán que no hace mucho tiempo, andaba errante por Saint-Sorlin d'Arves un hombre, presa de las sombras terribles que los remordimientos hacian entrever á su razon perdida desde largo tiempo; la mujer de este desgraciado habia muerto en un viaje que hizo á Paris para mendigar allí el precio de una traicion, al que creia tener derecho, pero que no le fué concedido. Sus dos hijos se habian visto obligados á abandonar uno en pos de otro, un país en que el nombre de su padre era una reprobacion sangrienta y una injuria cruel. Ambos murieron miserablemente. Entonces despreciado de todos y por todos maldecido y casi sin asilo, habia perdido la razon: en cada estranjero que pasaba por delante de su puerta, creia ver todavía al que, fatigado y proscrito, se habia presentado pidiéndole asilo.—Este hombre es el posadero Balmain.

á muerte de los generales Debelle y Travot. Comparecencia ante el consejo de guerra de Paris de los generales Drouot y Cambronne. Proceso y ejecucion del general Chartran. Condenacion del general Bonnaire; ejecucion de su ayudante de campo Mietton. Proceso y ejecucion del general Mouton-Duvernet. Condenacion pronunciada contra los generales Lefebvre Desnouettes, Rigaud, Gilly, Gruyer, Radet, Drouet d' Erlon, Lallemand mayor, Lallemand menor, Clausel, Brayer y Ameilh. Carta del general Clausel.—El duque de Feltre.—Casamiento del duque de Berry. Creacion de mariscales; juramento que se les impone. El mariscal Soult. Sentencias y ejecuciones en Lude (Sarthe), en Montpeller y en Nimes.—Proceso en policía correccional.—El prefecto, el tribunal de asises y el prebostal de Carcasona; procesos y ejecuciones. Los jueces de 1815 y de 1816; MM. Guizot, Pasquier y Dupont (de l'Eure).—Mr. Decazes forma el proyecto de disolver la cámara; causas y progresos de su influjo con Luis XVIII; su posicion frente á frente del conde de Artois y del partido realista; sus esfuerzos para obtener el consentimiento de MM. de Richelieu y Lainé para la disolucion; intervencion de MM. Molé, Pasquier y de Barante. Ovaciones hechas á algunos diputados realistas en el mediodia. Vacilaciones de Luis XVIII; carta de Alejandro.—Decreto del 5 de setiembre.—Irritacion del partido realista; folleto y protesta de Mr. de Chateaubriand; su destitucion. Elecciones generales.—Apertura de la legislatura de 1816 á 1817; discurso del rey.

En 11 de mayo, cuando la noticia de los sucesos de Grenoble no tenia tiempo todavía de llegar desde Paris á los estremos del reino, publicaba el *Monitor* las siguientes líneas:

«Mientras un puñado de facciosos y de bandidos intentaban revolucionar algunos pueblos de los alrededores de Grenoble, algunos hombres no menos insensatos ni menos culpables, urdian conspiraciones en Paris, cuyo objeto era la anarquía, el pillaje y la vuelta del execrable régimen de 1793.

»La policía velaba todos los movimientos y seguia hasta las menores huellas de estos miserables y oscuros agitadores. Todos han sido presos al mismo tiempo, y los tribunales harán pesar sobre ellos una pronta justicia. En su mayor parte son hombres de la clase mas baja del pueblo, insensatos que no tenian medios de ejecucion, que estaban convencidos de su nulidad, pero para quienes el órden y la tranquilidad eran un tormento insoportable. Podemos asegurar desde hoy que este oscuro complot, cuyos vestigios ha seguido constantemente la policía, no ha alarmado nunca en lo mas mínimo al gobierno.»

Estas declaraciones increibles, en la época de prisiones que debian entregar muchas cabezas al verdugo, no eran una vana majadería de policía; Mr. Decazes no calumniaba ni á su administracion ni sus agentes, y estos fueron positivamente los que, como decia el *Monitor*, tuvieron en sus manos y dirigieron las tramas del proceso político conocido con el nombre de *cuestion de los patriotas de 1816*.

En Paris, centro del gobierno, todos los funcionarios están contenidos por la accion inmediata y directa de los ministros; en aquella numerosa ciudad están libres las familias de la rivalidad odiosa y de la envidiosa inquisicion de las familias vecinas; cada ciudadano vive ignorado, por decirlo así, en medio de la multitud, y puede además con simples conocimientos adquiridos en los salones y hasta en los sitios públicos, hallar acceso ó relaciones de proteccion al lado de las autoridades de todas clases; el juez, al bajar de su asiento, y el administrador, al abandonar sus oficinas, se confunden en medio de sus súbditos y de sus administrados; en este vasto teatro la magnitud y la multiplicidad de los intereses, la rápida sucesion de los acontecimientos, la mezcla y contacto de los que los producen, elevan las ideas de estos últimos y les imponen cierta tolerancia; en Paris por consiguiente la reaccion realista se mostraba menos violenta que en los departamentos, y sus escesos se hacian menos sensibles (1); sin embargo las leyes de venganza votadas por las cámaras, las rigurosas medidas tomadas por los ministros los procesos políticos cuya esposicion llenaba todas las mañanas los periódicos, y las sentencias de muerte ya ejecutadas, inquietaban ó irritaban una masa considerable de ciudadanos. La inquietud y el temor eran el patrimonio de la antigua poblacion oficial del imperio y de los hombres políticos mezclados en las luchas de la revolucion; todos procuraban evitar las miradas de la policía y de los delatores, y la irritacion se hallaba en particular en la juventud de las clases medias y entre los trabajadores. Estos últimos no tenian nada que temer, pues su indigencia y su oscuridad los ponian al abrigo de la persecucion. Pero absortos en el recuerdo amargo de las dos invasiones, preguntábanse á sí mismos si la Francia estaba condenada á permanecer abatida por la derrota y á sufrir aun por largo tiempo el yugo de un gobierno impuesto por el enemigo. En el año precedente habia bastado la aparicion de Napoleon al frente de novecientos soldados, y una sola jornada para arrojar á los Borbones y á sus emigrados, y devolver á la Francia su independencia y su energía. ¿No podia promoverse un nuevo acontecimiento que tuviese resultados semejantes? ¿No era necesario, desde entonces, poner delante á los amigos de la patria para reconocerse y contarse? Hé aquí las cuestiones que suscitaban, en febrero de 1816, algunos pobres artesanos, antiguos confederados de los cien dias, que se encontraban al anochecer á la salida de sus trabajos, en algunas tabernas del Marais y del barrio de San Martin.

Tres de ellos, Plaignier, combador (1), Carbonneau, notario público, y Tolleron, cincelador, creyeron lograr este objeto y poder juntar de nuevo á todos los patriotas de Paris, por medio de cartas cuya distribucion seria á la vez un medio de numeracion y signo de reconocimiento. Carbonneau, como maestro de escritura, se encargó de pintar la divisa; el timbre destinado á imprimirla fué labrado por Tolleron con un trozo de hierro que compró Plaignier en casa de un cerrajero de su vecindad, y ocupáronse luego de la construccion. La sencillez de sus cartas hacia el trabajo poco pesado, pues eran de pequeña dimension: un triángulo ó nivel masónico les servia de adorno, y la divisa se componia de tres palabras: «Union, honor, patria.» La distribucion se llevó á efecto con rapidez: es verdad que los tres asociados la hacian sin misterio, pues los puntos de depósito eran tiendas, cafés y tabernas. Esparciéronse de cinco á seis mil cartas en tres semanas, porque, como las ofrecian, por decirlo así, á todos los transeuntes, eran aceptadas con facilidad guardándolas unos por curiosidad, otros como señal de protesta que halagaba su aversion al gobierno, otros veian en ellas una especie de cartas de seguridad útiles en caso de sublevacion popular, otros finalmente no las recibian sino para ponerlas en manos de la autoridad, y adquirirse por esta accion un título á la indulgencia ó á las gratificaciones de la administracion.

---

(1) Los militares eran una escepcion, pues esta clase de ciudadanos eran objeto de medidas particulares cuya iniciativa tomó el teniente general, despues mariscal Maison. Entrado de nuevo en su posicion de comandante de la primera division en el mes de julio de 1815, y perseguido algun tiempo despues por no sabemos que rumores relativos al empleo de los fondos puestos á su disposicion, dirigió este general, en 15 de octubre de 1815, á Luis XVIII, un memorial en que se quejaba de los viles intrigantes que lo acusaban de traicion y de infidelidad, á fin de hacerle perder su posicion, y en el que daba cuenta de sus recientes servicios en los términos siguientes:

«Al volver á tomar mi mando (despues de la vuelta de Gante) he despedido del estado mayor á todos los oficiales que estando en el en 20 de marzo habian continuado despues, y los que habian sido colocados en tiempo de Bonaparte, esceptuando tres solamente de esta medida. Despues del licenciamiento del ejército, una multitud de oficiales privados de su colocacion, vueltos á la clase comun de los ciudadanos, y libres por consiguiente de toda disciplina militar, han vuelto á Paris: yo no tenia ni derecho ni fuerza para impedirles que llegaran, pero estas dificultades no me detuvieron. Llamé la atencion de los ministros de guerra y de policía, y reclamé el concurso de la autoridad civil. Sujeté con mi propia autoridad á formalidades la obtencion del permiso de permanencia, y todos los que no han podido llenar las condiciones que impuse fueron obligados á salir de Paris. Mi órden del dia 30 de setiembre ha establecido las penas de los contraventores, y la del 6 de octubre ha estendido estas disposiciones á los departamentos lindantes.

»He mandado formar y he remitido al señor prefecto de policía el registro nominal y las reclamaciones de todos los militares que han recibido mi permiso para permanecer aquí; el prefecto por su parte ha mandado hacer por los comisarios de policía un padron general en cada barrio de todos los militares. Los que se han hallado sin permiso y no comprendidos en mi registro, han sido presos, espulsados de Paris ó encerrados en la Abadía. He tomado ademas otras medidas. He decidido que los oficiales que estaban reunidos en San Dionisio en la mañana del 20 de marzo no sean admitidos á vivir en Paris, cualesquiera que sean sus derechos de domicilio, y he estendido esta disposicion á todos los oficiales que habian sido empleados en los batallones de confederados. Finalmente, señor, he pedido al ministro que envie con vigilancia á Lila á muchos oficiales superiores, que, si bien domiciliados en Paris, me ha parecido que no debia tolerarse su permanencia.

»Todas estas medidas que me ha sugerido el bien del estado, no están de acuerdo con las leyes existentes. Pero no temo, ni temeré nunca tomar una disposicion por mí mismo, siempre que esta pueda acarrear un bien al servicio de V. M.»

Este memorial iba acompañado de un estado firmado por el jefe de estado mayor de la division, y decia que desde el 8 de julio hasta el 15 de octubre, es decir, durante tres meses, el comandante de division habia vigilado 19,712 militares, y que por su órden habian sido presos muchos centenares y encerrados en la prision de la Abadía. El general Maison no dejó de ser reemplazado por el general Despinois, que siguió las mismas medidas, pero para consolarlo de esta desgracia, una decision ministerial de fecha del 16 de octubre concedió al general Maison el título de gobernador de la octava division, únicamente como honorario, esto es, sin *empleo*, pero con una pension anual de 30,000 francos.

(1) Se da este nombre á los trabajadores que doblan las cañas de las botas.

La policía no habia permanecido al abrigo de los espurgos: así es que muchos de los agentes despedidos por bonapartistas, continuaban sirviéndola y se esforzaban en hallar en estas relaciones benévolas un medio de recobrar su antiguo empleo. Uno de estos agentes destituidos, llamado Scheltein, buscaba en las tabernas del centro de París la materia habitual para sus relatos, y habiendo encontrado á Plaignier, Carbonneau y Tolleron, se habia unido prontamente con ellos, siendo uno de los primeros que obtuvo muchos paquetes de cartas que se apresuró á poner en manos de la policía. Encargósele de seguir el negocio. Las cartas por sí mismas no presentaban nada sedicioso: podia aceptarlas un realista lo mismo que un adversario del trono, pues la distribucion de simples pedazos de carton adornados con un triángulo y tres palabras inofensivas,no podia siquiera constituir un delito, á menos que fuese enlazada con alguna tentativa política. Con objeto de crear Scheltein esta tentativa, pretestando la desconfianza de un gran número de supuestos patriotas acerca de la realidad y los recursos de la asociacion, insistió en la publicacion de un manifiesto que diese á conocer el objeto político de la sociedad y sus medios de accion. Acogióse la idea, y Plaignier la puso en obra: redactó la proclama, y Carbonneau la escribió. Este trabajo, fruto de la asociacion de un combador y de un escribiente, empezaba así: «Franceses! hemos llegado al término de la desgracia; amigos del pueblo del que formamos parte, hemos penetrado la intencion de nuestros hermanos. Nos hemos propuesto tomar las medidas mas sabias y mas seguras para la caida completa de los Borbones. Que se aseguren los patriotas del interior, pues nosotros velamos por la salud de todos.» Este principio era el párrafo mas claro del manifiesto, pues el resto se componia de vulgaridades tan necias y de tal modo oscuras, que era difícil hallar materia en ellas para una acusacion en forma. Por otra parte despues de este esfuerzo,Tolleron y sus dos amigos habian caido en una especie de inmovilidad, y de las conversaciones que siguieron solo resultaron discusiones interminables sobre proyectos de una organizacion social imposible y vagas seguridades sobre un cambio próximo. Cansado de ver obrar en el vacío á la supuesta sociedad y pasar el tiempo en ridículas y vanas charlatanerías, resolvió Scheltein precipitar el desenlace.

En aquel momento habian conseguido hacer cambiar los puntos ordinarios de reunion, otros observadores unidos á Carbonneau, Plaignier y Tolleron, por medio de sus confidencias enteramente públicas; encontrábanse entonces en el mismo circuito del Palacio de Justicia, en casa de los dos hermanos Oseré, escribientes del tribunal de la Sainte-Chapelle, y cuando su tienda era demasiado reducida para el número de habladores, salian de ella para ir á continuar su conversacion á algunos pasos de allí, en casa de uno llamado Souchon, negociante en vinos, arco de Santa Ana, casi en frente de la prefectura de policía. En esta taberna realizó Scheltein en 25 de abril la provocacion que meditaba. En dicho dia eran bastante numerosos los habladores: sin embargo la conversacion languidecia, pero de repente se presenta Scheltein, colócase en medio de los bebedores, y propone atacar las Tullerías. A esta salida inesperada responden todos sus oyentes, de todas las mesas salen voces que demuestran las dificultades y el peligro de semejante empresa, mas no por eso calló Scheltein; conviene en que un ataque declarado presenta pocas probabilidades de conseguir un buen resultado,pero dice que posee un medio de salir con la empresa sin cañones ni soldados. Presentando entonces un plan dibujado por un hombre que le daba asilo, llamado Dervin, antiguo capitan de caballería reducido á posadero en la calle de las Barras, que deseaba igualmente entrar en la policía, señala Scheltein en él la traza de un sumidero que siguiendo la fachada del palacio por el lado del jardin, atravesaba el terraplen llamado de la orilla del agua, luego el patio é iba á desembocar en el Sena junto al Puente Real. «La reja que cierra la entrada de este subterráneo, añade, será abierta fácilmente, pues bastarán unas tenazas para forzar el candado que la cierra; y escogiendo una noche oscura podemos introducirnos en dicho paso por medio de una barca; de quince á veinte barriles de pólvora bastarán para hacer saltar las Tullerías y todos los que allí habitan.»—«Este proyecto ni siquiera tiene visos de sentido comun» dijeron al momento la mayor parte de los asistentes, y uno de ellos,el señor Gonneau,antiguo miembro de la cámara de los cien dias, á quien la oscuridad llevaba por primera vez á estas reuniones, entrevé una traicion y no puede evitar una mirada de desprecio que lanza á Scheltein. Adelántase este último hácia el antiguo representante y le dice colérico: «Parece que me estais observando; es acaso porque visto chupa:» Se interponen, acaba la discusion y pronto abandonan todos la taberna, la mayor parte para ir á sus casas, Scheltein y cuatro ó cinco de sus oyentes para ir á contar á la policía, cada uno por su lado, lo que acababan de oir. Al dia siguiente fueron arrestados veinte y ocho individuos, que todos, despues de una instruccion de dos meses, comparecieron ante el tribunal de asises.

Abrióse el proceso en 27 de junio. Plaignier fué el primero en ser preguntado. Convino en haber fabricado y distribuido cartas y redactado la proclama. Con respecto á dicha proclama acúsale el presidente de haber querido cometer el atentado mas cruel.—«Un atentado! esclama Plaignier, lleno de la sorpresa.—Sí, responde el presidente, y os habeis servido de una espresion que no solamente es atroz, sino que tiene además un despropósito de espantosa atrocidad. ¡Os atreveis á hablar, en tiempo de nuestros príncipes, de los castigos merecidos por sus maldades! Es á la vez lo que hay de mas feroz y mas estravagante.—Pero, señor presidente, replica Plaignier, yo no he pensado en cometer un atentado, de poner la mano sobre el rey.»

Carbonneau, preguntado luego, confesó que habia puesto en limpio el manifiesto. «Cómo habeis podido creer, le dijo el presidente, en la posibilidad de un buen resultado? Plaignier no tenia caja, ni soldados, ni siquiera el menor medio de accion.—Os contestaré, dijo Carbonneau, del mismo modo que contesté á mi mujer, que me hacia precisamente la misma pregunta: «Todo esto no es peligroso; se cansarán de la proclama, se reirán de las cartas y todo terminará así.»

Tolleron dijo á su vez «que la sociedad no tenia intento alguno de ataque; que él habia creido que podria permanecer así durante diez ó veinte años entregándose á los delirios del bien público y sin hacer ningun mal, que por lo demás su oficio se habia limitado á distribuir cartas y á grabar un timbre que no tenia ninguna clase de significacion.» Los interrogatorios de los demás acusados no añadieron nada á estas declaraciones; la mayor parte solo comparecian delante del tribunal por haber aceptado ó distribuido cartas ó algunos ejemplares de la proclama. «Yo no he aceptado estas cartas, decia Cartier, militar retirado, cubierto de heridas, y cuya frente ocultaba una ancha venda negra, por un motivo que no tiene nada de culpable; se me aseguraba si tenia lugar algun acontecimiento en París me permitirian enseñarlas.

«—Como antiguo soldado y distinguido con la cruz de honor, le dijo el presidente, sabiais muy bien que no necesitabais otra recomendacion para presentaros en cualquier parte.

«—No conozco los procedimientos del gobierno civil, porque hace poco tiempo que dependo de él.

«—¿Habeis distribuido muchas cartas?»

«—Sí, he dado algunas á personas que conocia, por haberlas visto jugar á las bochas en los Campos Elíseos.»

El presidente pregunta á Garnier, hilador de algodon, de cincuenta años de edad. «Mr. Planson, joyero de la calle de Gravilliers, es quien me dió las cartas que se han hallado en mi casa, responde el acusado; y las acepté, porque me dijo que si habia algun movimiento, bastaria manifestarlas para estar tranquilo.» El joyero Planson es preguntado á su vez; el presidente le echa en cara el haber formado parte, veinte y tres años antes, en 1793, de la comision revolucionaria de su seccion, y de haber ofrecido cartas á muchas personas, además de Garnier, diciéndoles, «que si caia el gobierno, estas cartas probarian que no pertenecian al partido realista.» El hecho de distribucion conducia á los bancos á una pobre jóven, que por la vivacidad de sus contestaciones, dice el Monitor, por sus firmes propósitos, su bonita figura, la rapidez con que pasaba de repente de la sonrisa al llanto y del llanto á la sonrisa, inspiraba el mas vivo interés al auditorio. Su marido, llamado Picard, era zapatero. «¿Conociais á Plaignier? le preguntó el presidente.—Hacia mucho tiempo que nos suministraba cañas para botas, respondió la acusada. Hace dos años que me oyó quejar de los aliados, y creyendo sin duda que me oponia al gobierno, me dió una docena de cartas y una proclama, que tuve la debilidad de admitir y no enseñarlas á mi marido que las hubiera quemado. —Sé que vuestro marido, añadió el presidente, es un hombre juicioso, que hace un buen comercio y que calza una parte de la guardia real.» Pregúntase luego á la jóven qué ha hecho de la proclama y de las cartas, y dice que las ha dado á uno de sus parientes, al señor Bonnassier, padre, y al teniente Desbaunes, exguardia del conde de Artois, y su compañero de infancia, á quien ha puesto en relaciones con Plaignier. Los dos acusados Bonnassier padre y Desbaunes, son preguntados á su vez; el primero afirma que jamás ha visto ni tenido una sola carta; Desbaunes declara que si aceptó algunas, fué únicamente por curiosidad, y á instancias del señor de Verneuil, caballero de San Luis, y jefe de escuadron de estado mayor, que se apresuró al momento á denunciarle y á entregarlo á la policía.

Si la distribucion ó la posesion de algunas cartas era lo único que se echaba en cara á la mayor parte de los acusados, algunos se hallaban además perseguidos con Plaignier, Tolleron y Carbonneau, por

haber asistido, en la taberna de Louchon, á la reunion del 25 de abril, en la que Scheltein habia propuesto hacer saltar las Tullerías. Entre estos contábase al posadero Dervin. «Sensible es para mí que Scheltein no esté presente, contestó al presidente así que le preguntó, él os diria que él propio es quien me ha inducido á hacer todo lo que se me echa en cara. Ha sido arrestado conmigo, en mi casa, y conducido al mismo tiempo que yo á la oficina de los inspectores de policía; nada he dicho ni hecho que él no haya dicho y hecho, y sin embargo se le ha soltado. Si él es inocente, no debo yo estar aquí; si yo soy culpable, ¿por qué no se le acusa como á mí?

»*El presidente:* Scheltein no ha sido detenido ni acusado; no le conocemos sino como una persona de quien vuestros co-acusados y vos nos habeis hablado.

»—Sin embargo, él es el único que hizo la proposicion de poner barriles de pólvora en el subterráneo de las Tullerías.

»—¿Pero ¿vos sois quien ha trazado el plano del palacio?

»—No, es Scheltein. Yo le decia que desearia encontrar un medio para ganarme la confianza de Tolleron, á fin de saber los nombres de los jefes de la sociedad y revelarlos á la policía. Contestóme que no era difícil, y que obtendria de Tolleron toda clase de confidencias dándole alguna prueba de celo, llevándole, por ejemplo, un plano detallado de las Tullerías. Él ha trazado este plano, haciéndome escribir únicamente los nombres de las corrientes y de las calles que me dictaba. Si estuviese aquí, no se atreveria á desmentirme; hacedle venir. Aunque ha cambiado de nombre, se le hallará fácilmente, pues hoy dia es inspector de cienos y faroles con el nombre de Duval (1).

Júntanse á Dervin otros acusados para solicitar la comparecencia de Scheltein, y el presidente, en virtud de su poder arbitrario, ordena que el señor Scheltein, llamado Duval, sea citado para comparecer mientras dure todavía la sesion. Dervin completa luego sus declaraciones contando lo que pasó en 25 de abril en casa de Souchon, añadiendo que la proposicion de volar las Tullerías fué desechada por todos los asistentes. Sus co-acusados confirman esta declaracion. «No se discutió mas, esclamó uno de ellos; Scheltein hablaba casi solo; unos escuchaban sin hablar palabra, otros cambiaron apenas algunas palabras.»

El presidente suspendió la audiencia despues de este interrogatorio, y al empezar de nuevo la sesion declaró, «que Scheltein no habia podido ser hallado, y que en su casa habian dicho que estaba ausente hacia tres semanas.» Añadamos con respecto á este incidente, que las denuncias de Scheltein á la policía eran las únicas pruebas de que podia valerse la acusacion para apoyar el supuesto proyecto formado en casa de Souchon en la reunion del 25 de abril, contra la vida del rey y de los príncipes de su familia, que no se oyó á un solo testigo en este punto capital del proceso, y no vino por consiguiente á contradecir las afirmaciones de Dervin y de los demás acusados.

Los informes no empezaron hasta el 4 de julio, y al cabo de dos dias, 6, antes de hacer su estracto el presidente, preguntó á cada uno de los acusados si tenia algo que añadir á su defensa. Plaignier, Carbonneau y Tolleron pronunciaron algunas palabras. «Ignoro, dijo Tolleron dirigiéndose á los magistrados, lo que el señor abogado general entiende por la hez del pueblo, de la que asegura que han salido la mayor parte de los acusados. Mi familia no puede mostraros ruidos pergaminos, pero se ha hecho notar en el departamento de la Nievre por muchos siglos de virtudes.» Dervin tomó igualmente la palabra. «Yo he sido el bienhechor de Scheltein, dijo, le he dado habitacion y le he alimentado por compasion, porque sus desgracias eran semejantes á las mias. Queríamos ponernos los dos en la policía, y me ha cometido la villanía de denunciarme con los otros. Scheltein ha tomado parte en todas las conspiraciones de la revolucion....—*El presidente*, interrumpiendo: No renoveis recuerdos dolorosos, y por vuestro interés no seais tan esplícito en referir vuestras infames conversaciones con Scheltein. — *Dervin:* No pretendo hacer creer qué soy del todo inocente, pero para hacer favor á Scheltein, jamás.... respetaria su ausencia si realmente estuviese ausente....—*El presidente*, interrumpiendo de nuevo: Faltais al respeto que se debe al tribunal, porque se ha enviado á buscar á Scheltein por porteros y gendarmes á la casa que habeis designado vos mismo.—*Dervin:* Además no se persigue mas que á los pobres. —*El presidente:* Pues hé aquí todavía una espresion mas indecente.— *Dervin:* Dejando aparte la espresion, el acta de acusacion me hace un crimen de ser pobre, y debo justificar mi honor. —*El presidente:* Hablais contra la policía, y pretendeis no haber entrado en la conspiracion sino para denunciarla á la autoridad.» Dervin se vuelve á sentar. Levántase á su vez la jóven Picard, y pronuncia estas frases acompañadas de lágrimas y sollozos. «Señores magistrados, os ruego que tengais piedad de una desgraciada mujer que se arrepiente de haberse dejado arrastrar á esta deplorable trama. Soy bastante culpable por haber tenido la debilidad de recibir estas malditas cartas y no haberlas confiado á mi marido.... Os suplico sobre todo, señores magistrados, que considereis la desgraciada posicion de M. Desbaunes, porque yo soy la causa de su desgracia. Pertenece á una honrada familia, á la que debo las mayores obligaciones, porque en mi niñez su padre me ha prestado grandes servicios, y al presente en recompensa de estos servicios voy á ser la causa de que este padre esté privado de poder abrazar á su hijo. Haced, señores, os lo ruego, que caiga la culpa solamente sobre mí, y devolved á un desgraciado padre á un hijo que siempre ha querido tanto. ¿Cómo me presentaré á sus ojos cuando volveré á nuestro pais? Señores, otra cosa me aflige todavía, y es mi primo Bonnassier, un padre de familia que me ha dado siempre buenos consejos, y que en mi matrimonio me ha hecho las veces de padre. Os suplico, señores, que tengais piedad de él y de su desgracia.» El último que habló fué Sourdon, especie de poeta popular á quien el abogado general y el presidente reconvenian en términos violentos por las canciones patrióticas que componia y cantaba á la vez en el café Montansier durante los cien dias. Este acusado no imploró á sus jueces, pues un abogado habia presentado ya su defensa y discutido la acusacion con un tino y con una limpieza que en vano se buscarian en los largos y numerosos informes pronunciados en las dos audiencias precedentes, pero el órgano del ministerio público acababa de condenarle á una pena aflictiva é infamante por no-revelacion de conspiracion. «La distribucion de las cartas y de la proclama, dijo Sourdon, es el único hecho real y serio de la acusacion dirigida contra mí, y este es un simple delito previsto por la ley del 9 de noviembre de 1815. En cuanto á la conspiracion ¿dónde está? ¿dónde hallarla? Los que conspiran sin ningun medio de accion no son mas culpables de lo que serian los que se propusieran envenenar con el agua pura. No ha habido conspiracion, por consiguiente no existe complicidad ni revelacion necesaria. Si la asociacion de los patriotas de 1816, añadió al terminar, es una conspiracion, es la mas lastimosa y mas ridícula de cuantas pueden hacer mencion los anales de la historia.»

En 11 de mayo Mr. Decazes habia caracterizado este deplorable proceso en los términos siguientes. La fabricacion y distribucion pública de pedacitos de carton adornados con un triángulo y con las tres palabras *union*, *honor*, *patria*, la publicacion de un manifiesto sin significacion precisa, y en el que se disputaban la palma la oscuridad y la simpleza; las palabras «es necesario hacer saltar las Tullerías» dirigidas un dia por un agente de policía á algunos bebedores sentados en una taberna abierta á todos los transeuntes, y situada debajo de las ventanas de la prefectura de policía, palabras olvidadas en el mismo momento de pronunciarse, eran los hechos que sin quitar ni añadir motivaban verdaderamente la acusacion, y á pesar de esto los doce magistrados ante los cuales se habia desenvuelto este debate no temieron declarar culpables á veinte acusados, á saber: Plaignier, Carbonneau y Tolleron del crímen de lesa majestad; la mujer Picard, el oficial Desbaunes, los dos Bonnassier padre é hijo, Sourdon y otros ocho, de no-revelacion de conspiracion; Dervin y otros dos de distribucion de un escrito (la proclama) que contenia provocaciones directas á la caida del gobierno, y por último Cartier, antiguo soldado de la venda negra, de distribucion de una contraseña de reunion (las cartas) no autorizada por el rey. El tribunal no fue en zaga al jurado; pues condenó á Plaignier, Carbonneau y Tolleron al suplicio de los parricidas; á la mujer Picard, Desbaunes, Dervin y otros cinco acusados á la deportacion (muerte civil); á Sourdon, los dos Bonnassier padre é hijo, y cinco de sus co-acusados, á diez los primeros y los otros á ocho ó seis años de detencion, y todos á ser puestos en la argolla; y finalmente cinco años de encierro, la privacion durante este tiempo del tercio de su pension de retiro y cincuenta francos de multa, fueron la pena impuesta á Cartier por haber distribuido algunas cartas á sus amigos los jugadores de bola de los Campos Elíseos. Los veinte acusados tuvieron que pagar además los gastos del proceso, gastos enormes, cuyo desembolso iba á quitar el pan á los que poseian algunos recursos (1). La mayor parte de los reos oyeron su sentencia sin demostrar la menor emocion. «El crímen lleva la infamia, pero no el cadalso,» esclamó Sourdon. En el acto de abandonar la sala cayó desmayada la mujer Picard, produciendo gritos inarticulados. En 27 de julio, al cabo de tres semanas, despues de desechado el recurso

(1) Efectivamente Scheltein fué empleado de nuevo en la policía.

(1) El consejero presidente era Mr. Romain Dezèse, hijo del primer presidente del tribunal de casacion, y tenia por asesores á los consejeros Berny, Dupaty, Plaisant Duchauteau, Dumetz de Ferry y de Lasalle.

de nulidad de los acusados, fueron conducidos al suplicio los desgraciados Plaignier, Carbonneau y Tolleron, cuya ejecucion tomó de los autos de fe de la inquisicion española una parte de sus formas estravagantes y de su lúgubre solemnidad; no parecia sino que bajo el aparato y la inusitada crueldad del suplicio, se queria ocultar el crimen de la persecucion y de la sentencia. Los tres condenados salieron de la prision escoltados por una guardia numerosa, y el cortejo marchó lentamente al traves de la multitud amontonada sobre los puentes y los pretiles; iban los pacientes con los piés desnudos, una camisa blanca cubria sus vestidos, y un velo negro envolvia su cabeza y ocultaba su rostro. De este modo se dirigieron á la plaza de Greve. Llegados al pie de la guillotina, se les hizo subir al cadalso y allí mantenerse en pié, colocados uno al lado de otro, y siempre con el rostro cubierto, mientras un escribano leia al pueblo la sentencia que los condenaba. Terminada la lectura, bajaron de la plataforma Plaignier y Carbonneau, quedando solo Tolleron que puso su antebrazo sobre el tajo: el verdugo, armado con un alfanje, le cortó el puño, y pocos momentos despues caia su cabeza, cabiendo á su vez la misma suerte á Carbonneau y luego á Plaignier. Cuatro dias despues de este triple sacrificio, 31, Sourdon, los dos Bonnassier padre é hijo, y otros reos que debian sufrir la pena de la argolla, estaban espuestos en el cadalso, en la plaza del Palacio de justicia. Entre los hombres que tenian el collar de hierro al cuello junto á un poste colocado en frente de la reja del palacio, veíase á un antiguo magistrado, al señor Gonneau, miembro de la cámara de los representantes, á quien el encuentro casual con el jefe de batallon de reemplazo Descubes de Lascaux, reo tambien y colocado en el poste cercano, le habia conducido á casa del negociante de vinos Souchon en el momento en que Scheltein proponia hacer saltar las Tullerías; Gonneau habia elegido durante el proceso, á Mr. Cahier, abogado general del tribunal de casacion, para atestiguar sus opiniones realistas. Afirmó efectivamente Mr. Cahier que este desgraciado le habia hablado siempre de Luis XVIII con sentimientos de la mas profunda veneracion, y que enfermo en la época de su nombramiento para la cámara de los cien dias, solamente habia asistido á esta asamblea para pedir la proscripcion del usurpador y para votar la abdicacion.

Muy á menudo la historia guarda respetos culpables á los hechos de la naturaleza de los que acabamos de esponer, pues los desfigura ó los aminora cuando no los pasa en silencio. Nada hay sin embargo mas cobarde y mas odioso que las provocaciones de policía, que, alentada por pasiones bajas, hacen caer en el lazo y ocasionan la muerte de pobres ilusos políticos, y de insensatos infelices. Existe una mancha bastante afrentosa para el gobierno, cómplice de estas tramas infames, que emplea el poder que se le ha confiado, no para proteger y salvar las víctimas, sino para asesinarlas!

En el mismo momento en que los patriotas de 1816 estaban delante de sus jueces, á algunos pasos de ellos y bajo las mismas bóvedas se debatia en la sala de la policía correccional otro proceso, en el que un agente de policía, digno émulo de Scheltein, desempeñaba el papel principal. Tratábase de una suma de catorce mil ciento treinta francos que el señor Fauche-Borel, activo artesano de intrigas realistas, y cuyo nombre hemos citado varias veces en este libro, reclamaba de un antiguo agente de Fouché, llamado Perlet, y cuyo crédito procedia de los hechos siguientes:

No se habrá olvidado todavía que la última agencia realista de París, compuesta del abate Montesquiou, de MM. Royer-Collard, Ferrand é Hyde de Neuville, se habia disuelto en 1804 despues de la condenacion de Jorge Cadoudal y de sus numerosos cómplices. Enviado poco tiempo despues á Inglaterra por Fouché, con el objeto de estudiar en el terreno mismo el foco permanente de conspiraciones realistas, que hacia cuatro años amenazaban la vida del nuevo emperador, procuró Perlet captarse la confianza de algunos de los familiares del conde de Artois. Ofrecióles sus servicios, que fueron aceptados, y de regreso á Paris, entabló con ellos una muy activa correspondencia, con la que no tardó en anunciarles la formacion de una nueva comision real, compuesta de mariscales, de senadores y de altos funcionarios en cuyo número se contaba el mismo ministro de policía. Esta comision, que solo existia en la imaginacion de Perlet, fué aceptada como verdadera por los emigrados de Londres, que cada mes esperaban crédulos recibir la noticia de la caida del gobierno imperial. No perdonaban sacrificio alguno para obtener este resultado, así es que satisfacian inmediatamente cuantas demandas de dinero les enviaba Perlet en nombre de la supuesta comision. Diez y ocho meses hacia que duraba la intriga, cuando en los primeros dias de 1807 Perlet, para complemento de mentiras, escribió que la comision habia asegurado por último su golpe de gracia, pero que para obrar necesitaba medio millon, y de él cien mil francos al momento. Antes de pedir al gobierno ingles este nuevo y considerable anticipo, quisieron los realistas de Londres asegurarse de los hechos. Ninguno de ellos se atrevia á arriesgar su cabeza en un viaje á Paris, pero un sobrino de Fauche-Borel, llamado Carlos Samuel Vitel, jóven oficial de la India, se ofreció a partir. Púsose en camino á pesar de las reflexiones de lord Howick miembro del gabinete británico, que le profesaba afecto, y en 22 de febrero de 1807 llegó á Paris portador de una suma de cuatro mil ciento setenta y cuatro francos, y de una carta dirigida á Fouché, el miembro mas importante de la supuesta comision real, y á quien Perlet hacia intervenir muchas veces en la correspondencia con el nombre de Maradan (1). Advertido Perlet en la víspera, 21 de febrero, por el prefecto de policía, del desembarco de Vitel en Calais, se hizo encerrar en la cárcel de deudas de Santa-Pelagia, y allí recibió el 23 la visita del enviado realista. Esta detencion fingida por una suma de tan poca entidad, alejó la desconfianza del ánimo de Vitel, é hizo que no ocultara nada de su mision. En la misma tarde fueron á prenderle en su posada, registráronle, quitáronle su partida de dinero y se apoderaron de su baston. Esta última circunstancia aterró al jóven oficial, que palideciendo esclamó: «Soy perdido.» Uno de los agentes tomó un cuchillo cuya hoja tenia forma de sierra, y se puso en disposicion de cortar la caña á poca distancia del puño: «Veo claramente que se conoce mi secreto, le dijo Vitel, y sin embargo solo lo he confiado á Mr. Perlet. Cortad mas hácia abajo.» Siguió el agente esta indicacion, y en dicho punto el interior de la caña encerraba un pequeño rollo del tamaño de un cañon de pluma, que era el que contenia las pocas líneas dirigidas á Fouché. Cinco semanas despues, 4 de abril, fusilaban á Carlos Vitel.

En el mismo dia del arresto de este desgraciado jóven, habia embolsado Perlet una primera gratificacion de dos mil cuatrocientos francos; entregáronle luego tres mil seiscientos de la partida de cuatro mil ciento setenta y cuatro que no desdeñó poner en caja la policía. Pero no habia bastado á la codicia de Perlet el beneficio de seis mil francos por haber entregado á un hombre, puesto que pocos dias antes de la ejecucion de Vitel, habia escrito á Fauche-Borel, anunciándole que una imprudencia de su sobrino habia sido causa de que le prendieran, pero que estaba seguro, añadia, de salvarle, si se le enviaban inmediatamente seiscientos luises. Reunió Fauche-Borel todos sus recursos personales, y acudió á los de todos sus amigos, y le enviaron los seiscientos luises (catorce mil ciento treinta francos), en dos plazos que cobró Perlet, cuando hacia muchas semanas que Vitel habia dejado de existir.

Despues de este último sacrificio, los realistas de Londres no oyeron hablar mas de Perlet, ni de su supuesta comision. Llegó la restauracion y con ella Mr. Fauche-Borel, que solicitó una indemnizacion por los veinte años de conspiracion y de intrigas, en los cuales habia empleado su actividad, sus fuerzas y su fortuna. Acogido favorablemente por Luis XVIII, fué rechazado sin ninguna consideracion por Mr. de Blacas, que se mostraba tan incrédulo y poco asequible de la fidelidad de los otros como fácil y pródigo de la suya. «Representaba un doble papel, decia á los que le hablaban á favor de Fauche; hacia traicion á la causa del rey y mantenia correspondencia con la policía de Bonaparte.» Quiso Fauche-Borel indagar el motivo de esta calumnia y remontándose al orígen encontró á Perlet. El empleo de los seiscientos luises destinados á salvar á su sobrino fué el medio de que se valió para obtener una reparacion pública, y demandó á Perlet en restitucion; el negocio empezado en 10 de mayo de 1816 no quedó terminado hasta la audiencia del 24. Perlet tuvo el atrevimiento de comparecer en persona, de confesar en alta voz todos los hechos, y de negar que estuviese obligado á restituir un céntimo. «He cobrado los catorce mil ciento treinta francos decia, pero no estaban destinados á lo que dice mi adversario, y yo he hecho el uso de ellos que me habia mandado la comision realista de Londres.» Preguntado sobre este empleo, negóse Perlet á darlo á conocer. Este miserable habia hallado á un abogado, que no contento con pleitear el mal fundamento de la demanda y alabar la resis-

(1) Nombre de un librero de Paris. Para engañar mejor Perlet á los emigrados reunidos al lado del conde d' Artois, afectaba las mayores precauciones, así habia exigido que en las correspondencias que mediasen entre Londres y Paris, se usase un lenguaje como si no se tratara mas que de una operacion de librería. De aquí los nombres que dió á los miembros de la supuesta comision real; á tal mariscal le llamaba *Fermin Delot*, á tal senador *Delalain*, y Fouché era *Maradan*. La carta entregada al jóven Vitel para este último, estaba concebida en estos términos: «Hemos resuelto enviaros Mr. Samuel Vitel á Paris á fin de pediros, señor, dos pasaportes en blanco, de que necesitará el ministerio inglés para dirigir personas de confianza en caso de que se trate de una negociacion á favor de los Borbones.»

tencia de su cliente, colmó además de injurias á Fauche Borel, renovando contra él, en un largo proceso, todas las calumnias inventadas por Perlet. El tribunal sin embargo hizo justicia; y Perlet, declarado culpable de estafa, fué condenado á cinco años de prision y á la restitucion de los catorce mil ciento treinta francos á que ascendian las dos partidas (1).

No era Vitel la única víctima de Perlet, pues tambien habia tendido un lazo semejante al abate Bassinet, cuyo nombre fué pronunciado mas de una vez en el curso del debate. Un inspector general de policía, amigo de Perlet, y que, segun este, habia adquirido una fortuna considerable, el señor Veyrat, oido como testigo, calificaba de operaciones á estas alevosías (2). Hé aquí cuál era la policía de Fouché. Las tradiciones, como ha podido verse, eran religiosamente conservadas, y sin embargo no se necesitaban estos lazos indignos para conducir delante de los jueces apasionados ó prevenidos, no diremos á algunos pobres obreros y desgraciados oficiales de reemplazo, si que tambien á los personajes distinguidos de los antiguos ejercitos imperiales. Algunas órdenes trasmitidas por el telégrafo en los últimos dias del año anterior, habian bastado para hacer arrestar á cierto número de generales cuya comparecencia sucesiva ante los consejos de guerra y condenacion llenaron durante un año entero las columnas de los periódicos de aquella época. El mariscal Ney habia cerrado la lista de los reos militares de 1815; el contraalmirante conde Duran de Linois y el coronel Boyer de Peireleau abrieron la serie de los acusados militares de 1816.

El almirante Linois, encargado por espacio de mucho tiempo del mando de la escuadra destinada á defender nuestras posesiones en el mar de las Indias, despues de la caida del imperio, se habia declarado enteramente á favor de los Borbones. Actor en todas las luchas del imperio contra la Europa, y uno de los oficiales que luchando á brazo partido hasta la última hora por la independencia francesa, habia combatido mas denodadamente en la heroica campaña de Francia, el baron de Peireleau habia permanecido fiel á la causa nacional. Antes habian estado encargados, en junio de 1814, el primero como gobernador, y el coronel como comandante en segundo, de recibir la Guadalupe de manos de los ingleses, que se habian apoderado de ella durante la guerra, y restablecer en la misma la dominacion francesa: cumplieron su mision á los primeros dias de diciembre próximo. Las noticias de Europa llegaban con lentitud al otro hemisferio, de manera que el conde Linois no tuvo conocimiento de la vuelta de la isla de Elba y de la jornada del 20 de marzo hasta fines de abril. Decidido este almirante á conservar la Guadalupe á la causa real, por espacio de siete semanas no quiso enterarse de los partes que le hacia trasmitir el ministro de marina de los cien dias. Aventuróse mas todavía, pues permitió á los ingleses que se establecieran en las Santas, grupo de islas dependiente de su gobierno. Esta intempestiva tolerancia fué un primer motivo de desconfianza y de descontento contra él: pronto la presencia de muchas embarcaciones de la marina de guerra británica en las aguas de la Guadalupe, acabó de irritar la parte mas pobre, pero la mas patriótica de la poblacion. Dos cartas avisan en el mismo momento al coronel Peireleau que las embarcaciones inglesas, entonces á la vista de la isla, están cargadas de mil hombres de tropas de desembarco, que se prepara una segunda espedicion de dos mil hombres, y que estas fuerzas, organizadas de acuerdo con las autoridades reales de la Martinica, están destinadas á conquistar para los ingleses las posesiones de las Antillas, en que se encuentran guarniciones francesas, á fin de asegurar la soberanía de ellas á los Borbones y constituirles una especie de infantazgo durante el tiempo de su destierro. El coronel al frente de un corto número de habitantes y de algunos soldados abandona inmediatamente la Pointe-Pitre, residencia de su gobierno, dirígese á la Baja Tierra, residencia del almirante, proclama el gobierno imperial y hace enarbolar el estandarte tricolor. Este cambio de bandera, que obligaba á los ingleses á renunciar á su proyecto de desceso, tenia lugar en el mismo dia en que á mil ochocientas leguas de la isla sucumbia la fortuna de la madre patria en Waterloo. Al dia siguiente confiando en la seguridad de patriotismo del almirante, y desechando las demandas de los habitantes que le solicitaban que tomara el gobierno de la isla y que embarcase inmediatamente para Francia al almirante, constituyó el coronel al conde de Linois en todos sus poderes y se colocó de nuevo bajo su mando. Desde este momento se restableció completamente la tranquilidad, sin que ningun acontecimiento viniese á turbarla hasta el dia en que el almirante inglés Leith atacó la isla con fuerzas tan superiores comparativamente, que el conde Linois y su comandante en segundo se vieron obligados á capitular. Conducidos á uno de los puertos de Inglaterra, y luego á Francia, ambos fueron acusados de traicion al rey y presentados ante un consejo de guerra compuesto de los siguientes miembros: presidente el teniente general Lauriston, jueces los tenientes generales Claparède, Bordesoulle, Digeon, los mariscales de campo d'Aboville, de Montesquiou-Fesenzac y Montbrun, y relator el conde de Sesmaisons. El proceso, empezado en 6 de marzo, ocupó cinco sesiones, en 11 el consejo pronunció la libertad del almirante; y el coronel, por haber hecho frustrar un primer proyecto de desembarco de los ingleses de la Guadalupe, y haber querido conservar esta posesion á la Francia, fué declarado culpable de «insubordinacion a su superior, de ser autor y factor de una revuelta que en 18 de junio de 1815 hizo pasar la colonia de la Guadalupe á la dominacion del usurpador,» y fué condenado á la pena capital.

Once dias despues, 22 de marzo, el general baron Debelle comparecia á su vez ante otro consejo de guerra así formado: presidente, el mariscal de campo baron de Estoquigni, jueces los mariscales de campo conde de Bethisy y vizconde de Montelegier, ayudante de campo del duque de Berry, el coronel vizconde de Courteilles, el jefe de escuadron de Quélen, los capitanes vizconde de Grenier y Menjaud de Dammartin, y relator el jefe de batallon Viotti. Hemos manifestado ya, al hablar del movimiento tentado en Lyon por el duque de Angulema despues del 20 de marzo, la resistencia del baron Debelle á la marcha del pequeño cuerpo del ejercito real: esta resistencia era su único crimen. Perdió al general su sangre fria ante esta acusacion política; abandonáronle la resolucion y la firmeza que tantas veces habia desplegado en el campo de batalla, y en su turbacion pidió la indulgencia de sus jueces. ¡Debilidad inútil! En 24, despues de tres dias de debate y á pesar de las declaraciones de un gran número de testigos que probaron que el acusado habia mantenido la tranquilidad en todos los puntos situados en su departamento, y librado á muchos realistas de la venganza de los habitantes del campo ó de la cólera de sus soldados, el general fué declarado culpable «de haber cooperado a movimientos hostiles contra las tropas que permanecieron fieles al rey,» y condenado á la pena capital.

Al mismo tiempo que los jueces militares de Paris dictaban esta sen-

(1) A pesar de este fallo, los dispensadores de las gracias de la Restauracion persistieron en manifestarse incrédulos, y tomaron por pretesto las acusaciones de Perlet para librar á los Borbones de todo reconocimiento hácia Fauché Borel. Este antiguo impresor, despues de haber arriesgado veinte veces la vida, y sacrificado su reposo, sus recursos y los de sus amigos por los principes y grandes señores del antiguo regimen, se vió reducido a una posicion tan miserable, que acabó con un suicidio. Retirado á Neuchatel (Suiza) su país natal, se precipitó de una ventana en los primeros dias de setiembre de 1829, quedando muerto en el acto.

(2) La declaracion de Mr. Veyrat revela al parecer ciertas relaciones con el favor que desde el dia siguiente de la restauracion, acogió a Mr. Pasquier; el último prefecto de policía del imperio, á pesar del zelo desplegado por este personaje en sus funciones, y á pesar de su rigor hacia un gran número de realistas. La policía imperial no cesó nunca en sus relaciones con los emigrados de Inglaterra: solo que en lugar de continuar engañándoles, despues del incidente Vitel, tomó á su servicio á algunos de los mas elevados de ellos, de manera que hasta el fin del imperio, la policía de Fouché y de Savary tuvo grandes señores que permanecian cerca del rey y principes como pensionarios y corresponsales. Sus confidencias se habian puesto en las mismas cuartillas que todos los papeles relativos a los emigrados de Inglaterra. Preguntando en la audiencia del 17 de mayo sobre el conocimiento que podia tener de la correspondencia mantenida por Perlet con los realistas de Londres, Veyrat respondió, «que habia conocido perfectamente esta correspondencia, que habia sido declarada en otro tiempo á la policía en dos pliegos que contenian muchos otros datos; pero que el señor prefecto de policía, baron Pasquier, le habia pedido estos pliegos; que antes de remitirlos á dicho prefecto le habia hecho observar que tal vez seria necesario formar un *inventario* de ellos, y que este funcionario le habia contestado que era inútil, y se habia contentado con darle un simple recibo.»

Mr. de Tayllerand se habia mostrado mas tímido. Hemos dicho ya el influyente papel que ejerció en la prision y muerte del duque de Enghien. Los archivos de la secretaría de estado donde iban á parar todos los documentos salidos del gabinete del emperador, encerraban pruebas bastante numerosas de esta activa intervencion. Nombrado presidente del gobierno provisional en 2 de abril de 1814, no habia querido Mr. de Talleyrand que llegasen estas pruebas a las manos de los principes que iban á regresar; no teniendo el tiempo ni el valor de buscarlos, habia colocado provisionalmente en los archivos de la secretaría de Estado un empleado de su gabinete, con objeto de reunir los papeles acusadores, y luego que este empleado los hubo reunido y enviado al principe de Benevento, este último le destituyó.

Desde 1814, pocos ministros han dejado por otra parte de llevarse de este modo todos los documentos que podian interesar a su pasado ó al de sus amigos. Los archivos de la mayor parte de los departamentos ministeriales fueron materialmente saqueados: así es que hay puntos esenciales de nuestra historia política y militar sobre los cuales no se encuentra escrito alguno, ó bien son insignificantes todos los documentos que se han dejado. En cuanto á este punto, hay muchos gabinetes particulares mas ricos que los depositos públicos.

tencia, otro jefe militar, el teniente general Travot, general eminente, de elevado carácter, de corazon generoso y leal, comparecia en Rennes ante un consejo de guerra cuya composicion presentaba una circunstancia odiosa. Hemos visto ya en otra parte los servicios prestados á la Vendée por Travot en tiempo de las antiguas guerras: á él se debia en gran parte la pacificacion de esta malhadada comarca, y para alcanzar este resultado habia tenido que vencer la oposicion de algunos jefes que en la prolongacion de la lucha hallaban un alimento para su carácter sanguinario ó para su codicia. Uno de estos opositores, adversario encarnizado de los insurgentes realistas, y de quien se citaban actos llenos de una verdadera ferocidad, era el oficial general Canuel, ascendido por el general en jefe montañés Rossignol en algunos meses desde el grado de capitan al de general de division (noviembre de 1793). La Vendée habia sido su único campo de batalla; el directorio le habia encargado solamente mandos de plazas ó de territorio interior, y Napoleon no quiso emplearle nunca. A la caida del imperio habia pues adoptado el general Canuel la causa de los Borbones con todo el ardor de un descontento y la fogosa exaltacion de un ambicioso sobre quien gravita un pasado que quiere hacer olvidar. Temiendo ser inquietado despues de la vuelta de la isla de Elba, se habia refugiado en Vendée, en las filas que por mucho tiempo habia perseguido despiadadamente, y que Travot perseguia entonces sin cesar, y se ha visto ya que en la barrabasada vendeana de 1815 se vieron obligados los realistas á rendir las armas. Al cabo de diez meses se encontraban de nuevo frente á frente Travot y el general Canuel, pero esta vez en el círculo de un tribunal militar, como acusado el primero y el segundo con el título de juez y de presidente. Esta eleccion de un amigo y de un vencido por árbitro de la libertad de su vencedor, era obra del conde Viomenil, gobernador militar de Burdeos en la época del proceso y ejecucion de los hermanos Faucher de la Réole. Este antiguo emigrado acababa de cambiar el mando de la Gironda con el de Ille-et-Vilaine, y en su nueva residencia se habia hecho seguir por la mayor parte de los oficiales que habian desempeñado un triste papel en el asesinato de los dos gemelos, y entre otros por MM. de Laporterie, de Labonterie y Lucot d'Hauterive. Secundado por los mismos instrumentos, creyó sin duda poder entregarse á los mismos escesos. Desde el primer dia del arresto de Travot mandó que se le pusiera en el mas riguroso secreto y privado de toda comunicacion, aun escrita, con su familia y amigos. Recurrieron estos al momento á las luces de un jurisconsulto que se apresuró á pedir al carcelero y luego al procurador del rey, una copia del sumario del prisionero, lo que habiéndole rehusado, reclamó al general Mr. de Viomenil, que por toda respuesta le hizo trasmitir la órden de abandonar á Rennes en el término de veinte y cuatro horas, y marchar á Burdeos en clase de desterrado. Siete meses antes habia bastado una simple invitacion de este oficial general para decidir á Mr. Ravez y sus cofrades del foro bordelés á rehusar cobardemente la defensa de Cesar y de Constantino Faucher: pues el acto de violencia que acababa de cometer, léjos de intimidar á los abogados bretones, escitó su coraje, y si el destierro quitaba un defensor á Travot, tres abogados MM. Coatpont, inspector de la academia, Bernard y Lesueur, ocuparon inmediatamente el puesto del desterrado, é hicieron aparecer al momento á favor de Travot, una consulta que firmaron con ellos trece de sus cofrades, entre los cuales figuraban cuatro profesores de la escuela de derecho, entre otros MM. Carré y Toullier, cuyos nombres hacen honor á la ciencia. Esta manifestacion puso fuera de sí á Mr. Viomenil, que no se atrevió á desterrar á estos diez y seis ciudadanos, y Travot pudo ser defendido. El consejo de guerra que debia juzgarle se reunió en 18 de marzo, y se componia del presidente el teniente general Canuel, jueces los tenientes generales conde Rivaud de la Raffiniere y conde O'Mahony, el coronel conde de Bellon, el jefe de escuadron caballero Destombes, los capitanes de Vigeon y de la Grasserie, y relator el jefe de escuadron caballero Jouffrey.

Desde la apertura de la audiencia, y antes de la lectura de los documentos de la instruccion, pidieron los defensores la recusacion del general Canuel, que despues de haber declarado que no tenia motivo alguno para rehusar, consintió sin embargo en dejar que se discutiera la causa; la recusacion fue desechada, y la misma suerte cupo á otra declinatoria propuesta por los abogados. El resto de la sesion fué empleado en la lectura de los documentos. Al dia siguiente 19 se abrió la discusion. Acusábase á Travot de insurreccion contra la autoridad legítima, y su nombre no solamente dejaba de figurar en las listas de proscripcion del 24 de julio, sino que hasta habia permanecido estraño á los hechos que este decreto, la proclamacion de Cambrai y la ley del 12 de enero consideraban como culpables y que habian amnistiado solemnemente. Encontrábase efectivamente Luis XVIII en Gante hacia dos meses, y el duque de Angulema habia abandonado el territorio un mes antes de la activa intervencion de Travot en el esfuerzo nacional de los cien dias. La marcha de este general en mayo y junio de 1815 contra los tumultos fomentados y armados por los ingleses en Vendée, era su insurreccion, y MM. de La Rochejaquelein, de Suzannet, d'Autichamp y el mismo general Canuel eran la autoridad legítima que habia tenido que combatir. En vano hicieron resaltar sus defensores esta posicion enteramente escepcional, pues en la tarde del 20 de marzo el consejo declaró culpable á Travot por una mayoría de seis votos contra uno, y cinco contra dos le condenaron á la pena capital (1). Mas no bastó esta sentencia á la pasion de los jueces, porque despues de haber herido al acusado, quiso asestar sus tiros contra sus defensores; en 22 de marzo el general Canuel hizo insertar en los periódicos un aviso firmado por él, en el que anunciaba «que acababa de denunciar y de trasmitir al procurador del rey, y á los ministros de justicia, de guerra y de policía, como conducentes á estraviar la opinion pública, é injuriosos á la justicia y á la autoridad ministerial que obra en virtud de las órdenes del rey, una consulta, algunas observaciones y un compendio publicados por los abogados del llamado Travot.» MM. Coatpon, Bernard y Lesueur fueron arrestados á consecuencia de las órdenes venidas de Paris; pero solamente el primero fué presentado delante del tribunal para esplicar el sentido oculto en ocho puntos que dejó el impresor despues de una de las frases del compendio que habia firmado. Aunque absuelto por el tribunal, fué destituido de su cargo de inspector de academia.

En 6 de abril, diez y seis dias despues de la condenacion de Travot, el general Drouot, uno de nuestros jefes militares mas valientes y mas instruidos, compañero de destierro de Napoleon en la isla de Elba, comparecia á su vez ante un consejo de guerra en Paris como acusado «de invasion de la Francia á mano armada y de atentado contra la autoridad legítima del rey,» crimen que debia ser castigado con la pena capital. El consejo estaba compuesto de este modo: presidente, el teniente general conde de Anthouard; jueces los tenientes generales barones Rogniat y Raviel; el coronel de estado mayor marqués de Marcillac, el jefe de escuadron vizconde de Pons, los capitanes Dutuis y conde Luis de Vergennes, y relator el jefe de batallon Delon.

No se ignora la influencia ejercida por el general Drouot, despues de la fatal convencion de Saint-Cloud, en la retirada de nuestras tropas detrás del Loire. Comprendido en la primera lista del decreto de 24 de julio, habia vuelto á Paris en la época del licenciamiento del ejército, y presentándose en casa del ministro de policía y del gobernador de la division para tomar sus órdenes, se habia constituido voluntariamente prisionero. Su defensa ante el oficial encargado de instruir su proceso, como ante el consejo de guerra, era esta: «Napoleon, por el tratado de Fontainebleau, habia pasado á ser un soberano estranjero: acompañándole á la isla de Elba, adoptaba una nueva patria, y me hacia estranjero de la Francia y de su príncipe, por consiguiente no puedo haberme hecho culpable con los últimos obedeciendo las órdenes de mi nuevo soberano.» Este sistema de defensa estaba además apoyado por un certificado del pagador general del ejército, que hacia constar que habiendo ordenado un decreto ministerial del mes de junio de 1815 el pago del sueldo del general durante todo el tiempo de su permanencia en la isla de Elba, habia rehusado admitirla diciendo que entonces no estaba al servicio de la Francia. «¿A qué número ascendian las tropas de Napoleon para hacer la invasion?—A ochocientos y cuarenta hombres.—¿Cuál era vuestra esperanza con tan débiles medios?—Quedo sorprendido al tener conocimiento de este proyecto, y procuré disuadir á Napoleon de su empresa, esponiéndole todas las razones que podian estorbárselo, pero he creido que mi deber y mi honor no me permitian abandonarle.» Preguntado sobre las confidencias del emperador con la Francia, afirmó no haber tenido conocimiento de ninguna conspiracion ni de ninguna correspondencia. Habia creido entonces que Napoleon debia estar apoyado por alguna potencia estranjera y por un numeroso partido del interior; pero los sucesos y los hechos no habian tardado en desengañarle. «Despues del 20 de marzo, añadió, muchas personas que me suponian gran crédito, venian á hacerme protestas de su adhe-

(1) El voto pronunciado á favor de la no culpabilidad, y que fué igualmente uno de los que rechazaron la condenacion, era el del general Rivaud de la Raffinière.—Los buenos resultados de Travot contra los insurgentes vendeanos constituian su verdadero crimen, y ocuparon un lugar preeminente en la requisitoria pronunciada contra él. La acusacion le echaba en cara en esta ocasion de haber sido el constante adversario de la causa real, y de haber empleado todos sus esfuerzos para impedir su triunfo. «La moderacion, añadia el relator, no fué en sus manos una de las armas menos terribles: la misma clemencia fué uno de los medios de que se valió para el buen éxito.»

sion á Napoleon, pero ni una sola se ha alabado de haber formado parte de una conspiracion para facilitar su vuelta.—¿Porqué no habeis seguido igualmente á Bonaparte despues de su segunda abdicacion?—Voy á hablaros con franqueza. Cuando abdicó Napoleon en abril de 1814, habian cesado las hostilidades de todo el territorio francés, mi patria no tenia necesidad de mí, por lo que sacrifiqué mis deberes á mis afectos. Cuando abdicó por segunda vez en junio de 1815, mi primera idea fué de acompañarle, pero el gobierno provisional me habia confiado el mando en jefe de la guardia; la patria estaba en peligro, y he permanecido en el puesto que me habia señalado, porque esperaba poderle prestar algunos servicios.»

El mariscal Macdonald fué el único testigo oido en la audiencia y dijo: «Llegué á Bourges para tomar el mando del ejército del Loire en el momento en que el general Drouot dejaba el de la guardia para ir á constituirse voluntariamente prisionero. Supe que esta guardia, llena de confianza en su comandante, se habia abandonado á la sabiduría de sus consejos y á su direccion en el crítico momento de la capitulacion del 3 de julio, y que este saludable ejemplo, induciendo al ejército á imitarlo, habia librado á París de los desastres que le amenazaban. Habiéndose dirigido la guardia mas allá del Loire, el general con sus asiduos cuidados y su firmeza la mantuvo en la mas severa disciplina, y con su ejemplo y sus buenos consejos la ha unido de grado al rey. Este general ha calmado las cabezas exaltadas y ha separado las peligrosas que habrian podido estraviar á dicha guardia y llevarla á escesos cuyas consecuencias hubieran sido incalculables. Un influjo tan feliz y tan útilmente aplicado á esta guardia por la causa de S. M. y de la patria, ha decidido al ejército á la sumision. La verdad me hace un deber de declararlo en alta voz: al ejemplo dado por la guardia, bajo la influencia del general Drouot, se debe la resignacion del ejército en sufrir el licenciamiento general, del que he estado encargado de llevar á ca bo.»

El general Drouot reunia en el mas alto grado todas las virtudes que honran al hombre privado ó ilustran al soldado; habia consagrado su vida entera al servicio del pais; nadie llevaba á mas alto punto la austeridad de las costumbres, el desinterés y la adhesion absoluta al deber y a la lealtad. Pero por lo mismo que los amigos de la causa nacional podian acaso echarle en cara el haber permanecido demasiado contenido en sus deberes militares, cuando la vergonzosa capitulacion de Saint-Cloud, y de haber faltado entonces á la inspiracion política desesperando con demasiada facilidad de la salud de la patria, no carecia Drouot de derechos á la gratitud del trono, al que la retirada de nuestros soldados detrás del Loire, y luego su sumision, habian entregado sin lucha á París y la Francia. Pues bien: tal era la justicia de esta época estraña, que pocos instantes despues de haber oido la declaracion del mariscal Macdonald, cuatro miembros del consejo, contra siete, declararon culpable al general, con un voto mas. Drouot era condenado á la pena de muerte. Tres de sus jueces por fortuna opinaron por su absolucion, y esta minoridad de favor, en los términos de las leyes militares, hizo pronunciar la absolucion.

En 20 del mismo mes, compareció á su vez el general Cambrone ante un tribunal militar. Dejado por muerto en el campo de batalla de Waterloo, recogido al dia siguiente por soldados ingleses, y conducido como prisionero á uno de los puertos de Inglaterra, este general habia dirigido en 20 de julio desde Alburton á Luis XVIII la carta siguiente:

«Señor; en calidad de mayor del primer regimiento de cazadores de infantería de la guardia, el tratado de Foitainebleau me impuso el deber de seguir a Napoleon. No estando ya el emperador, tengo el honor de suplicar á V. M. se sirva admitir mi sumision y mis juramentos de fidelidad.

«Si mi vida, que creo sin tacha, me da derechos á la confianza de V. M., le pido mi regimiento: en caso contrario, dándome mis heridas derecho al retiro, lo solicitaré, sintiendo estar privado de servir á mi patria.»

Los ingleses no dieron la libertad al general, ni al conde de Lobau y otros prisioneros de guerra, hasta despues de la conclusion del tratado de paz del 20 de noviembre. Desembarcado en Calais en 13 de diciembre, púsose Cambrone á disposicion del comandante de esta plaza, dirigiéndose luego á París, donde se constituyó voluntariamente prisionero. El consejo de guerra encargado de juzgarle era presidido por el *mariscal de* campo Foissac-Latur, que dirigió al general algunas preguntas sobre las circunstancias de su marcha á la isla de Elba: «Cuando estábamos en Fontainebleau, respondió Cambrone, se recibió la órden de formar un regimiento para ir con Napoleon; estaba yo en mi cama, enfermo de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Craonne, reflexione y escribí al general Drouot que yo era el mayor mas antiguo, y que miraria como la mas grande injusticia el no escogerme, cuando siempre habia sido escogido para ir al campo de batalla.—*Un miembro del consejo*: Entonces, segun decís, habeis ido voluntariamente á la isla de Elba.—R. ¿Tenemos deberes en nuestro estado?» El presidente pregunta luego al acusado si es cierto que el general Drouot no tenia el mando efectivo de las tropas despues del desembarco en el golfo Juan:—«R. Nunca me metí en tal cosa.—P. Pero al menos os habreis metido en saber si teniais jefe ó no.—R. Yo iba á la órden; cuando habia preguntado «¿qué hay de nuevo?» y me habian contestado «nada» me volvia. No me gusta hacer la corte.—Os pregunto ¿si el general Drouot tenia el mando ó nó?—Nó, que lo tenia Napoleon.—Sin embargo Drouot no hacia mas que trasmitiros algunas órdenes, ¿os las daba directamente?—Era teniente general y yo simple mariscal de campo, y por lo mismo debia obedecerle.—¿A quién comunicabais vuestras noticias?—Cuando sabia alguna cosa, lo decia al general mayor.—¿Quien era?—Bertrand.—¿Habeis conservado vuestras cartas de correspondencia?—Nunca he conservado una sola carta.—Cuando llegasteis á París, Bonaparte os debió dar pruebas de satisfaccion.—Cinco diferentes: me nombró par, teniente general, conde.....—*El presidente*, interrumpiendo: ¿Cuánto tiempo despues de vuestra llegada?—No puedo decirlo, porque no fijé la atencion en ello.—Suponiendo que no les concedeis mucha importancia, debeis acordaros de aquella época; ¿habeis recibido privilegios?—Os doy palabra de honor de que no lo he recordado jamás. Os he dicho que nunca guardé papeles.—¿Cuánto tiempo despues de vuestra llegada fuisteis nombrado par?—Mucho tiempo despues, pero no asistí siquiera á la primera sesion.—¿Habeis rehusado el grado de teniente general?—Sí.—¿Por cuáles motivos?—Voy á esponéroslos. Me creia capaz de mandar una division, pero en una situacion desgraciada, habria podido encontrarme embarazado, y no queria esponerme á hacer verter la sangre francesa por mi incapacidad. Por otra parte, me habria encontrado con antiguos generales de brigada que habrian podido creerse humillados en ser mandados por uno menos esperimentado que ellos.»

Habiendo comparecido ante la justicia militar antes que el general Drouot, habria ciertamente Cambrone oido pronunciar su condenacion: pero la sentencia del 6 de abril dictó la suya, y fué absuelto por una mayoría de cinco votos contra dos. Esta doble absolucion escitó la mas violenta cólera entre el partido realista. «Dicen: Somos de la isla de Elba, somos hombres del rey de la isla de Elba, por consiguiente, hemos debido obedecerle! esclamaba en esta ocasion el Diario de los Debates en su número del 2 de mayo; pero si alguna cosa podia agravar el crímen de semejante invasion (el desembarco en el golfo Juan) seria el haberla intentado por semejante hombre! ¡Qué, este soberano de nuevo cuño viene furtivamente á atacar la Francia con seiscientos hombres! ¿Semejante espedicion tiene el carácter de una guerra en la que pueda tomar parte un hombre de honor? Y si un grosero y estúpido soldado (Cambrone) incapaz de raciocinar, y acostumbrado á una obediencia pasiva, puede seguir ciegamente semejante jefe, ¿puede hacerlo del mismo modo un oficial instruido (Drouot) que por su educacion no puede ignorar del todo los principios del derecho público? Habia una manera legítima y segura de defenderlos y protegerlos, y era confiarlos á la clemencia del rey!» Quisieron al menos vengarse en los abogados de los dos generales, MM. Girod (de l'Ain) y Berryer hijo (1). El procurador general Bellart los hizo comparecer ante el consejo de disciplina de su órden como acusados de haber profesado doctrinas peligrosas y conducentes á derrocar el sistema de la legitimidad. En 21 de mayo reconoció este consejo «que los principios desenvueltos por los dos defensores en sus informes eran efectivamente reprobables y subversivos de toda autoridad legítima;» pero declaró que no perteneciendo Mr. Girod (de l'Ain), presidente del tribunal civil durante el interregno, á la órden de los abogados, no estaba en el caso de ser censurado, y en cuanto á Mr. Berryer hijo, el consejo le absolvió «en atencion á que, en circunstancias apuradas, habia dado tantas pruebas de los mejores y mas nobles sentimientos realistas, que sin duda la doctrina que se le reprobaba no era la suya y que no la reconoceria (2).»

La clemencia á que querian los realistas que fuesen confiados los ge-

---

(1) Esta doctrina era el desarrollo del sistema de defensa adoptado por el general Drouot «que pasando á ser vasallos de un soberano estranjero los dos generales no habian podido hacerse culpables con respecto á los Borbones, obedeciendo las órdenes de su nuevo soberano.»—Drouot y Cambrone, despues de su absolucion, fueron sometidos á la mas severa vigilancia y obligados á entrar de nuevo á sus hogares sin sueldo ni pension. Una decision tomada por el duque de Feltre habia declarado borrados de los registros del ejército y privados de todo derecho á un sueldo ó pension de retiro cualquiera, á los generales, oficiales, sub oficiales y soldados que habian acompañado á Napoleon á la isla de Elba.

(2) Hoy dia miembro de la cámara de los diputados.

nerales Drouot y Cambrone, acaba de estenderse á la verdad á los generales Debelle y Travot; la sentencia del primero habia sido conmutada en diez años de detencion, y la del segundo en veinte años de la misma pena (1), pero no estaba lejos el momento en que iba á faltar á los condenados esta clemencia, que no era mas que una justicia incompleta. Quince dias despues de ser juzgado Cambrone, estallaba en Grenoble el movimiento del 5 de mayo; y desde este suceso, vertióse de nuevo la sangre de los generales franceses, siendo la primera de derramarse la de Chartran.

Este general, que habia mandado una de las brigadas del conde de Lobau (6.º cuerpo) en el campo de batalla de Waterloo, compareció en 9 de mayo en Lila ante un consejo de guerra así compuesto: presidente, el mariscal de campo baron Charnolet; jueces, los mariscales de campo baron Evain y conde de Caraman, el coronel de coraceros baron Deschamps, el jefe de escuadron de gendarmería Moizet, el capitan de húsares Goudmetz y el capitan de infantería Vanvormhoud, y relator el jefe de batallon de infantería de Lespaul. Chartran era acusado de haber aceptado y ejecutado, en marzo y abril de 1815, una mision que tenia por objeto destruir el gobierno del rey en el mediodía de Francia, cuando en 3 de abril, época en que Chartran habia restablecido la autoridad imperial en Tolosa, reinaba Napoleon hacia dos semanas, y Luis XVIII, que hacia once dias que se habia refugiado en Gante, no gobernaba siquiera una sola porcion de territorio. El general Chartran se encontraba, pues, en la misma posicion que la inmensa mayoría de los funcionarios civiles y jefes militares empleados durante los cien dias; no habia hecho mas de lo que hicieron la mayor parte de los que debian juzgarle, sin esceptuar al baron Evain, entre otros, que habia continuado su servicio, y que se le ha visto figurar en el número de los generales llamados por el gobierno provisional á los consejos de guerra que decidieron la introduccion de los ingleses y prusianos en Paris. La casualidad, ó por mejor decir, el capricho odioso del duque de Feltre, que escogia entre hombres colocados en las mismas condiciones y mezclados con los mismos sucesos, creaba acusados y jueces y es cosa por cierto bien triste de contar que estos últimos, ya por una cobarde intriga, ya por temor mas cobarde todavía, se mostraban sin piedad. Culpable Chartran por el solo hecho de ser acusado no tenia que defenderse. El consejo le condenó á la pena de muerte por unanimidad. El malhadado general solicitó gracia, pero en 22 de mayo fue fusilado en presencia de todas las tropas de la guarnicion en la ciudadela de Lila.

En 5 de junio siguiente el general Bonnaire, comandante de plaza en Condé durante los cien dias, y su ayudante de campo, el teniente Mietton, comparecian en Paris ante un consejo de guerra presidido por el duque de Maillé, primer gentilhombre del conde de Artois, y que contaba entre los jueces al conde de la Ferronays, primer gentilhombre del duque de Berry, el conde de Macarthy, ayudante de campo del príncipe de Condé, y el marqués de Malleissye, coronel de la legion del Indre. El general Bonnaire y su ayudante de campo eran acusados, el primero de haber ordenado ó autorizado el asesinato del coronel Gordon, enviado como parlamentario para requerir á Condé á reconocer el gobierno de Luis XVIII, y el segundo, por haber tomado la parte mas activa en la ejecucion de este asesinato. Los hechos resultantes del proceso fueron los siguientes:

En 7 de julio de 1815, diez y nueve dias despues de Waterloo, presentóse solo en el punto mas avanzado de la plaza de Condé, ocupada entonces por un cuerpo de ejército holandés, un individuo vestido con traje de paisano, pidiendo que se le conduzca ante el gobernador, para quien trae, dice, partes importantes. Este individuo era uno de los dos oficiales superiores del primer cuerpo (Drouet d'Erlon) que se habian pasado al enemigo en 16 de junio, durante la batalla de Ligny, cuando se dirigia este cuerpo á los Cuatro Brazos. Con los ojos vendados le presentan al general Bonnaire, al que entrega una órden firmada por Bourmont, contraseña Cloud, en la que se decia que el general haria enarbolar inmediatamente la bandera blanca, y entregaria su mando al portador del parte, que era el coronel Gordon. Nadie conocia á este último, y se ignoraba la parte que habia tomado en la jornada del 16; en cambio, algunos oficiales y soldados que habian pasado á Condé despues del desastre del 18 (Waterloo), habian dado á conocer á la guarnicion y á sus jefes la defeccion de los dos que firmaban la órden. Pregúntase al coronel, y contesta que es de orígen holandés, pero empleado desde largo tiempo al servicio de la Francia. Este orígen, cercano al de las tropas sitiadoras, esta introduccion en una plaza sitiada, sin un corneta, una bandera, una escolta ó cualquiera otra señal esterior que anuncie una mision de parlamentario; esta órden de cambio de bandera, firmada por dos hombres que habian hecho traicion algunos dias antes; son circunstancias todas que hieren y agitan á los oficiales y soldados que el acaso ó la curiosidad habia reunido en el lugar de la escena; no tardan en exaltarse las cabezas, y una multitud de voces señalan en el coronel un traidor, un espía que debe ser fusilado al momento. Las leyes que rigen en las plazas sitiadas permitian esta justicia sumaria; sin embargo, el general no quiso aplicarla, dando órden á su ayudante de campo de conducir al supuesto parlamentario hasta la salida de las avanzadas esteriores, y de dirigirle entonces un cañonazo sin bala. «Es una satisfaccion que debe darse á la guarnicion,» le dijo. Obedeció el teniente Mietton, pero antes de pasar las últimas avanzadas, manda á los soldados de su escolta que registren al coronel, y hállansele un gran número de papeles, entre otros muchos ejemplares de la declaracion publicada por Luis XVIII en Cambrai, y una especie de relato, fechado á 20 de junio en Gante, en el que Gordon decia al duque de Feltre, ministro de guerra del rey desterrado: «En 16 de junio, en el momento en que el primer cuerpo se colocaba en el estremo izquierdo del ejército, hice que iba á reconocer la posicion, y apretando el paso me fuí á Nivelle (cuartel general de los holandeses), acompañado del ayudante de campo Gaugler.»

«¡Ah, traidor! con que tú tambien has desertado! con que venias para entregarnos!» esclamaban furiosos los soldados mientras el teniente llevaba los papeles al general: «Está bien, dijo este último á su ayudante de campo despues de haber recorrido rápidamente estos diferentes objetos: limitaos á ejecutar mi órden.» Vuelve el teniente, pero apenas llegado á cincuenta pasos del coronel Gordon, disparan algunos de los soldados de la escolta, y hacen caer muerto al poco tiempo al emisario de MM. Clouet y de Bourmont.

En el debate quedó probado que el general no habia ordenado ni autorizado estos disparos, y desde la primera audiencia se le echaron en cara solamente dos cosas, no haber protegido suficientemente la salida del coronel y haber dejado impunes á los soldados de la escolta. Las declaraciones relativas al teniente eran mas contradictorias, pues algunos testigos afirmaban que habia dado órden de tirar, y otros sostenian que estaba todavía bastante distante del sitio del homicidio, cuando se oyeron los disparos; en cuanto á él, negaba enérgicamente haber mandado hacer fuego. Su actitud, en este proceso, debia hacer creer en sus palabras, porque fué digna y firme como la de un general; estos dos valientes con una energía bien rara en su situacion y de la que en vano se buscaria un segundo ejemplo en aquella época, calificaron de desercion el paso al enemigo del general Bourmont y de los coroneles Clouet y Gordon, y no vacilaron, al hablar de estos hombres, en aplicarles el título de traidores. Así es que la tarea del abogado del general Bonnaire fué mas intrincada de lo que podria suponerse. Dicho abogado, que era Mr. Chauveau-Lagarde, tenia costumbres moderadas, estaba colocado en primera línea en el foro parisiense, y su defensa de María Antonieta ante el tribunal revolucionario le daba una consideracion enteramente particular. Este recuerdo, su bien conocido realismo, y los increibles manejos que se esforzó en emplear, fueron impotentes para protegerle contra las interrupciones vehementes de algunos de sus jueces. En el curso de su informe hablando del coronel Gordon, dijo: «Despues de haber servido en tiempo del usurpador durante los tres meses de su horrible usurpacion, el coronel abandonó el ejército dos dias antes de la batalla de Monte San Juan para pasar al cuartel general de los holandeses; y de este modo ha llegado al ejército real frances, donde obtuvo la mision que es la causa primera de este malhadado proceso. —*Mr. de Macarthy*, interrumpiendo.—¿Acaso considerais como un crimen el haber abandonado las banderas del usurpador para entrar en la de su soberano legítimo?» El abogado continúa su informe sin contestar y cree deber justificarse de algunos insultos que el relator le dirigió indirectamente: «Lejos de mí, dijo, la idea de alabar la accion deplorable de

---

(1) El baron Debelle estaba condenado especialmente por haberse opuesto á la marcha del duque de Angulema sobre Lion, en el año precedente, y este príncipe por una honrosa iniciativa, solicitó directamente y obtuvo la conmutacion de pena del general. —Travot debió la vida á la actitud de la poblacion de Rennes: su condenacion habia escitado la mas viva indignacion, de manera que un considerable número de ciudadanos convinieron en impedir que se ejecutara la sentencia; hiciéronse públicamente preparativos para este objeto, y sus valerosas mujeres, las señoras Duchâtellier y Godefroi, debian dar la señal del movimiento interponiéndose entre los fusiles de los soldados y el reo. La autoridad militar no disponia mas que de algunos centenares de hombres apenas ingresados en regimiento, por lo que advertida de las disposiciones de los habitantes, dió á conocerlas al gobierno, que tomó el partido de evitar la lucha con una conmutacion. Travot era sexagenario, por lo que á su edad una detencion de veinte años era una detencion perpetua, así es que oyendo la lectura del acta que le imponia esta pena, mas cruel para él que la muerte, se volvió loco, y murió al poco tiempo sin haber recobrado la razon.

que ha sido víctima el coronel Gordon; he querido decir tan solo que el sentimiento de indignacion de los soldados contra la traicion y la desercion era digno de elogios.—*Mr. de Macarthy* : ¡Cómo, digno de elogios! He aquí principios que no podemos tolerar.» El abogado se interrumpe un instante, y discurre luego las necesidades y los deberes impuestos al gobernador de una plaza sitiada. «Soy frances, esclama, y mi último deseo es morir como el coronel Gordon, ¡por el rey! Pero ¿debia dicho coronel pasar por verdadero parlamentario á los ojos del general Bonnaire y de sus soldados? hé aquí la única cuestion que se ha de dilucidar. El general no ha hecho mas que ejecutar las instrucciones que se le habian dado de no recibir á nadie en la plaza, instrucciones que estaban conformes con los principios y testo de las antiguas ordenanzas; porque se sabe que los usurpadores toman el tono, el lenguaje y los colores de los soberanos legítimos.»—*Mr. de Malleissye*: No puedo sufrir que se haga aquí una especie de elogio de la usurpacion, no puede permitirse que se defiendan principios tan erróneos.—*Mr. Chauveau-Lagarde* : En nombre del cielo, escuchadme: esto no es un principio que yo establezca, sino un hecho. Digo que las instrucciones estaban testualmente conformes con las antiguas ordenanzas de nuestros reyes.—*Mr. de Malleissye* : Parece que el señor abogado ha querido probar á un tiempo que el acusado habia podido tomar el mando de Condé aun por interes del gobierno legítimo, y hé aquí otra cosa que no se puede tolerar; el general Bonnaire, al aceptar el servicio en tiempo de Bonaparte, hizo traicion al juramento que habia prestado pocos dias antes del 20 de marzo, recibiendo la cruz de San Luis que veo brillar sobre su pecho y con la que tambien estoy condecorado.—*El general Bonnaire:* Es verdad que fuí nombrado caballero de San Luis pocos dias antes del 20 de marzo; pero cuando algun tiempo despues, me confió Bonaparte el mando de una plaza de primera línea, todo habia terminado. Yo he creido siempre que un hombre honrado, y sobre todo un militar, debe obedecer al gobierno existente.—*Mr. de Malleissye:* ¡Yo no conozco mas que la religion del juramento! tendré la misma hasta que el mismo rey me aparte de ella; hé aquí mi profesion de fé.—*Mr. Chauveau-Lagarde* : Pero yo no he dicho lo que se me imputa.... pues esto seria insensato....—*El general Bonnaire*, interrumpiendo: Estas discusiones no pueden ser útiles al interés de la justicia y menos al del cliente; deseo que Mr. Chauveau renuncie á mi defensa.» El duque de Maillé, presidente, invita al abogado á continuar su informe.—*Mr. Chauveau-Lagarde* : «No puedo continuar mas.»—*El duque de Maillé:* No se niega que vuestro cliente no pueda ser por otra parte un cumplido caballero. —*Mr. Chauveau-Lagarde:* ¡Ah! vos lo habeis dicho, es un cumplido caballero; pues bien, continuo....»

Esta discusion tenia lugar en la audiencia del 8 de junio: pocos momentos despues, entraba el consejo en deliberacion: cuatro votos declararon al general culpable de participacion en el homicidio del coronel Gordon, lo que merecia la pena de muerte; los otros tres miembros votaron en sentido opuesto, y esta minoría de favor hizo absolver al general de esta acusacion, pero en cambio declararon por unanimidad que no habia castigado el homicidio, como se lo mandaba su deber. La misma unanimidad pronunció la culpabilidad del teniente Mietton sobre el homicidio. Despues de estas declaraciones, se pronunció la sentencia en estos términos: «Considerando que el crímen del mariscal de campo Bonnaire no está previsto por ninguna ley penal, civil ó militar, pero atendiendo que el susodicho Juan Gerardo Bonnaire ha cometido la violacion mas desconocida del derecho de gentes, no reconociendo el carácter sagrado de parlamentario, crímen que todas las antiguas naciones castigaban con la muerte, condena por unanimidad al mariscal de campo Bonnaire á la pena de deportacion (muerte civil) y á la degradacion de la Legion de Honor. Condena, por una mayoría de seis votos entre siete (un miembro que habia votado por los trabajos forzados para toda la vida), al llamado Antonio Mietton, ex-teniente y ayudante de campo, en reparacion del crímen de asesinato de que queda convencido, á la pena de muerte.»

En 29 del mismo mes, en el momento en que numerosos destacamentos de soldados acababan de desfilar de la parada en la plaza de Vendome, paróse delante de la tropa un fiacre escoltado por gendarmes, y vióse bajar de él penosamente un anciano, rendido de dolor y cuyo cuerpo se habia encorvado al peso de las fatigas de la guerra; tenia la rodilla atravesada de una bala, de modo que apenas podia andar. «¡Ah! esclamaba llorando, ¡mas valia la muerte! ¡Por qué no me han quitado la poca vida que me queda, en lugar de condenarme á tal humillacion!» Este anciano era el general Bonnaire. Condujéronle los soldados á presencia de un cortesano, el duque de Maillé, revestido con las insignias de mariscal de campo, grado que habia recibido en 1814, en recompensa sin duda de algunos oscuros servicios durante la emigracion. Obligóse á Bonnaire á permanecer inclinado, y en tal postura con la cabeza inclinada ante un antiguo emigrado, el general de la revolucion, cuya energía diez meses antes habia impedido la toma de Condé y conservado esta plaza á Luis XVIII, oyó pronunciar la fórmula siguiente: «De parte del rey, declaro, en nombre de la Legion de Honor, que habeis faltado al honor y habeis acabado de formar parte de esta Legion (1).» A las tres del mismo dia, otros gendarmes conducian al ayudante de campo Mietton á la llanura de Grenelle. Este infortunado, á quien habria podido salvar una palabra que hubiese pronunciado contra su jefe, murió repitiendo lo que habia dicho en la audiencia: «El general no me dió órden alguna; es inocente.» Los periódicos, al anunciar su suplicio, hicieron observar con una especie de indignacion que habia ido á la muerte sin que le acompañara un confesor. Si en su pureza de conciencia, el humilde teniente cayó sin implorar el consuelo de un sacerdote, creyendo sin duda que no tenia ningun perdon que pedir, en cambio algunos dias mas tarde, la prensa realista no pudo dirigir la misma observacion á un jefe de mas alto rango, al teniente general baron Mouton-Duvernet.

Comprendido el general en la primera lista del decreto del 24 de julio de 1815, no habia pasado al estranjero. Refugiado en la morada de un realista de corazon, Mr. de Meaux, alcalde de Montbrison, pudo evitar por mucho tiempo todas las pesquisas ordenadas por el duque de Feltre y por M. Decazes, que habia prometido además una considerable gratificacion en dinero al que le haria prender. Durante casi un año esperó Mouton-Duvernet, en este asilo, el momento en que empezaria á calmar la cólera de la reaccion; pero este momento parecia estar mas lejos cada dia, y las pesquisas dirigidas contra él por dos oficiales generales, MM. Gustavo de Damas y de la Roche-Aimon, comandante del departamento del Loire, eran cada vez mas activas ó mas inquietas. Cansado de esta existencia incierta y temiendo continuamente comprometer la fortuna y libertad de su noble y generoso huésped, se constituyó voluntariamente prisionero y compareció en Lyon, en 15 de junio, ante un consejo de guerra compuesto de este modo: presidente, teniente general Darmagnac; los tenientes generales vizconde de Briche y conde de Coustard, el coronel de cazadores marqués de Castelbajac, el jefe de batallon de artillería Gagneur, el capitan de dragones Gaulhier, y el capitan de cazadores Delafage, y relator el marqués de Saint-Paulet.

El papel de Mouton-Duvernet, en los cien dias, no habia sido ni mas señalado, ni mas influyente que el de otros jefes militares á los cuales la restauracion no inquietaba en su retiro. El mismo olvido hubiera protegido probablemente su libertad y su vida, si por una fatal casualidad no hubiese acudido su nombre á la memoria de Fouché, cuando este hombre indigno formaba á capricho las listas de proscripcion del 24 de julio (2).» Envuelto en la acusacion comun á los diez y nueve proscritos designados en el artículo 1.º de este decreto, era perseguido como culpable «de haber hecho traicion al rey y atacado á Francia y al gobierno á mano armada, antes del 23 de marzo. Las pruebas de esta traicion ante el consejo de guerra, resultaban sobre todo de tres proclamas que habia publicado en Marsella y Lyon en 4 de abril, 22 de mayo y 8 de junio. En vano opuso estas fechas á lo señalado en el decreto de proscripcion; en vano por otra parte un gran número de habitantes de Lyon y de las ciudades vecinas atestiguaron su tolerancia y su justicia, contaron numerosos servicios prestados y aseguraron que durante sus dos mandos, nadie habia sido inquietado por sus opiniones políticas, y que los realistas habian encontrado siempre á su lado benevolencia y proteccion: no por eso pudo el general evitar su sentencia, pues en 19 el consejo pronunció contra él la pena de muerte. Hallábase entonces

---

(1) Cinco meses despues, 18 de noviembre, el general Bonnaire murió de pesar y á consecuencia de sus heridas en la prision de Sainte Pelagie.—Catorce dias antes, 15 de junio, de la escena que acabamos de transcribir, se habia degradado igualmente, en la plaza de Vendome, teniendo que emplear la violencia para obligarle á descubrirse y ponerse de rodillas, al teniente Leblanc de los cazadores de la guardia imperial, condenado en 31 de mayo precedente por el 2.º consejo de guerra de Paris en las circunstancias siguientes: *Once meses antes*, 29 de junio de 1815, cuando el emperador estaba todavía en la Malmaison, el regimiento de los cazadores de á caballo de la guardia, volviendo de Waterloo, atravesaba á Paris para ir á la Escuela Militar. Un cerrajero llamado Ramfray, que se hallaba en el sitio por donde pasaban, grita *viva el rey*: sale de las filas un alferez y hiere á Ramfray. Muchos meses despues del suceso una denuncia acusa al teniente Leblanc de haber dado el golpe, lo niega, y el mismo Ramfray oido en el proceso, y que apenas estaba herido, declara no reconocerle. Sin embargo no dejaron los jueces de condenar al desgraciado teniente á la degradacion y *á los trabajos forzados para toda su vida*.

(2) Mouton-Duvernet habia tenido dos veces el mando de Lion. La segunda vez le fue otorgado por el mismo Fouché, obrando en calidad de presidente del gobierno provisional, y probablemente esta circunstancia es la que hizo recordar su nombre á este último.

en Paris madama Mouton-Duvernet; avisada de la condenacion, aprovechó el plazo de la apelacion para solicitar el perdon de su esposo; preséntase en 21 en las Tullerías, penetra en la sala de los mariscales á la hora en que el rey acostumbraba ir á misa, y se coloca en el sitio por donde debia pasar el cortejo, teniendo en la mano un memorial que presenta sucesivamente al conde de Artois y al duque de Berry, y que uno y otro desechan. Aparece á su vez Luis XVIII y se arroja á sus piés implorando su clemencia: «No puedo concederos vuestra demanda,» le respondió el rey sin suspender su marcha. En 26 fué desechada la apelacion, y en 29 se llevó al suplicio á Mouton-Duvernet. No desdijo en nada el general de su pasado de hombre de guerra, pues miró la muerte que le esperaba como tenia costumbre de hacerlo ante las balas y granadas del enemigo. ¿Pero mantuvo la fuerza moral á la altura de su energía física? ¿Podria suponerse que jóven todavía, echando menos una vida gloriosa y honorífica, habia querido ponerla bajo la proteccion del clero, entonces tan influyente, y que fiado en las insinuaciones ó en las promesas, habia esperado de su intervencion, que todo lo podia, un perdon tardío que iria á salvarle en el momento supremo? He aquí al menos en qué términos el Diario de los Debates del 10 de agosto daba cuenta de sus últimos instantes:

«La muerte de este gran criminal ha sido el triunfo de la religion. En la noche que precedió á su suplicio, durmió tres horas con un sueño muy tranquilo. Durante la carrera desde la cárcel al lugar de la ejecucion, platicó constantemente con su confesor y recitó de memoria las preces de los agonizantes y varios salmos. Llegado al sitio designado, bajó con mucha serenidad del coche, y abrazando á los dos sacerdotes que le acompañaban, pronunció con voz segura el *Domine salvum fac regem* y fué á colocarse á algunos pasos de los soldados. No quiso que se le vendaran los ojos, pero habiéndole pedido el confesor que hiciera este sacrificio, lo hizo sin vacilar, y levantando las manos al cielo fue herido de muchas balas que le atravesaron el cuerpo. Esta muerte ha sido sentida de todos, y las personas honradas han quedado admiradas de su virtud.» Singular admiracion que no privó que al dia siguiente algunas señoras realistas, las mas calificadas de la ciudad, se trasportasen al lugar del suplicio y manifestaran su alegría con sacrílegas danzas formadas en la misma parte del suelo en que habia caído el infortunado general (1).

En el intervalo de estos diferentes procesos, habíanse pronunciado otras condenaciones á muerte contra los generales Lefebvre-Desnouëttes (11 de mayo), Rigaud (16 de mayo), Gilly (25 de junio) y Gruyer (17 de mayo). Los tres primeros, juzgados en Paris habian podido espatriarse. El general Gruyer, preso por órden del duque de Feltre, en la noche del 1.° de enero precedente, casi un mes despues de la presentacion de la ley de amnistía, fué condenado en Estrasburgo. Recomendado por sus jueces y por MM. de Chabrol á la clemencia real, fué conmutada su pena en veinte años de detencion (2). Al mismo tiempo el consejo de guerra de Besanzon condenó á nueve años de prision al general Radet, antiguo gran preboste del ejército imperial, y á quien, como á Gruyer, se acusaba únicamente de haber ayudado al gobierno de los cien dias con su resistencia á la invasion, gobierno tan tolerante y tan clemente, que no habia contado un proscrito ni una víctima, y del que solo puede citarse un solo caso de detencion política, la prision de Mr. de Vitrolles. En 10 de agosto el consejo de guerra de Paris volvió á tomar el curso de sus sentencias de muerte. En aquel mismo dia pronunció el consejo la pena capital contra el general Drouet d'Erlon, y la misma sentencia alcanzó á los generales Lallemand mayor (20 de agosto), Lallemand menor (21 de agosto), Clauss el (11 de setiembre), Brayer (18 de setiembre), Ameilh (15 de noviembre), pero felizmente estos seis generales pudieron pasar al estranjero. El general Clausel, refugiado en Filadelfia, protestó públicamente contra su condenacion en una carta dirigida, en 17 de noviembre de 1816, al general Dupont, ministro de la guerra en 1814 y presidente del consejo de guerra que le habia juzgado; esta carta contenia los párrafos siguientes:

«Estoy acusado á vuestra presencia de haber hecho traicion al rey antes del 23 de marzo; de haber atacado la Francia y al gobierno, y de haberme apoderado del poder violentamente. ¿Cómo no habeis recordado que no habia aceptado todavía mi mando el 24 despues de medio dia, cuando en este mismo dia os encontré en casa del ministro de la guerra (Davoust), dispuesto á hacer todo lo que se os mandára en nombre del emperador? Hablabais con el ministro en el alfeizar de la ventana mas próxima á su gabinete, cuando entré en el salon. Habiéndome acercado, me obligó el ministro, en vuestra presencia, á partir para Burdeos. Oisteis que le dirigia las siguientes preguntas: «¿Está el rey fuera de Francia?—¿Se reconoce la autoridad del emperador en los departamentos que he de atravesar?» Oisteis que el ministro me contestó afirmativamente á estas preguntas, y añadió que, en la noche del 23 al 24, habia recibido el parte de un general, que mandaba entonces por el emperador en Orleans, y que manda actualmente una division territorial por el rey, en el que le anunciaba que la autoridad imperial estaba reconocida en todas partes. Me decidí, y al momento, en presencia del ministro, me suplicasteis que hiciera buscar á vuestro hermano, que suponiais estaba en alguna quinta de una de las dos riberas del Loire; que le escribiera de parte vuestra para decidirle á volver á Paris; que le anunciase que estaba arreglado su asunto y que seria bien recibido, y que le dijera además que debia considerar como perdida la causa de los Borbones.—Habeis pues cometido un delito condenándome acerca los dos primeros puntos de la acusacion, y en cuanto al tercero os preguntaré cómo, saliendo de Paris solo, sin tropas y sin escolta, puedo haberme apoderado de un poder cualquiera con la violencia.»

¡Un delito! ¡y qué importaba á todos estos generales y elevados funcionarios! ¿No habian de mantener sus categorías y sus sueldos y conservar el buen concepto del partido realista y de la corte? ¿Acaso el pronunciar una sentencia podia compararse con el interés de su fortuna? «A nuestro pesar condenamos, decian vergonzosamente, nos vemos obligados á hacerlo, so pena de ser acusados nosotros mismos.» El miedo les hacia inexorables, y si alguna vez una voz clamaba indulgencia, era casi siempre la voz de un emigrado.—Y sin embargo, muchos de estos hombres habian sido denodados y firmes ante el enemigo. Pero el valor físico no constituye el valor moral, aunque muchas veces se confunde uno con otro. La energía muscular da á menudo la bravura del campo de batalla, pero esta energía no lleva consigo la firmeza de alma; pocos son los hombres que reunen estas fuerzas, y esta es la razon porque se ven en la misma persona contradicciones y disparates que sorprenden siempre á la multitud, que las escusa muchas veces, porque no las comprende.

El nombre del general Clausel estaba inscrito en el decreto del 24 de julio, y esto era un pretesto, no para su condenacion, pero sí para su juicio. Chartran, Bonnaire, Travot, y los generales Gruyer y Radet no figuraban en él; por consiguiente ¿no debia creerse exentos de toda investigacion, hecha bajo cualquier pretesto, á los cincuenta y siete proscritos designados en los dos primeros artículos, cuando la ley del 12 de enero, que confirmaba las palabras de dicha actas y renovaba las tan formales promesas de la proclamacion de Cambrai, concedia por la tercera vez amnistía plena y completa á todos los individuos, á escepcion de los cincuenta y siete, que directa é indirectamente habian podido tomar parte en los hechos que siguieron el desembarco de la isla de Elba? ¿No eran estas tres amnistías sucesivas infames lazos, destinados á mantener en Francia las víctimas que querian inmolarse? Ni siquiera alcanzaba á estos generales la escepcion contenida en el artículo 5 de la ley del 12 de enero, relativa á los detenidos, contra quienes se hubiera empezado una acusacion antes de la promulgacion de esta ley, pues ninguna acusacion se les habia dirigido al discutirse la ley en las dos cámaras; pero el ministro de la guerra habia sabido poner un suplemento: «En la víspera de la promulgacion de esta ley, dice un escritor contemporáneo, al tratarse de Travot, trasmitió el telégrafo, de parte del duque de Feltre, la órden de empezar los sumarios y oir al efecto, si era posible, un testigo en el mismo momento. El telégrafo, mas homicida que el plomo, alcanzó, al través de los aires, en algunos minutos, una víctima situada á cien leguas de distancia. Sin embargo, á pesar de todo el zelo que se desplegó, no se halló testigo alguno y no pudo improvisarse ningun principio de instruccion. Tomóse entonces el partido de considerar la órden telegráfica como un principio de persecuciones legales.» De este modo entendia la amnistía el duque de Feltre. La entrada de este hombre en el ministerio de la guerra en 1815 y 1816, fué un verdadero azote para el antiguo ejército: no se limitó á

(1) Una *noticia sobre la vida y el proceso del general Mouton-Duvernet*, publicada en 1844, en Puy por Mr. Bouchet, abogado, contiene además el siguiente pormenor. «Tuvo lugar un banquete (pocos dias antes de la ejecucion) en el que se vociferó mucho, se celebró con brindis la muerte del general, y para completar esta odiosa parodia, mandaron los convidados asistentes á esta saturnal que se les sirviera un hígado de carnero (mouton), que fue atravesado al momento por cien cuchillos.

(2) El general Gruyer habia tenido roto el brazo cerca de la espalda en la campaña de Francia, en Mery-sur-Seine, entrando á la carga al frente de algunos batallones de infantería contra todo un cuerpo del ejército de Blücher. Era uno de los mas valientes, modestos y honrados oficiales de nuestro ejército. Murió en la cárcel, en brazos de madama Gruyer, á la que dejaba en cinta y que habia obtenido permiso para compartir su cautiverio.

formar para los oficiales, las veinte y una categorías cuyo cuadro hemos reproducido en uno de los anteriores capítulos, sino que, durante su deplorable administracion, la persecucion descendió desde los jefes mas eminentes hasta los mas humildes soldados. Los documentos que servian para el sumario tanto de los generales como de los simples oficiales ante los consejos de guerra, salian de sus oficinas, y los archivos de su departamento eran el arsenal en que los relatores y los jueces agotaban sus armas contra los acusados. No era la pasion lo que dictaba sus órdenes de arrestar y juzgar, sino que su único objeto era complacer al partido realista y á la corte. Como inteligencia vulgar que era, queria disfrazar su medianía con su zelo y sus arrebatos. Napoleon no habia tenido adulador mas infatigable, y á su vez los Borbones tenian en él al que mas dispuesto y mas ciego se mostraba en complacerles. Sacrificándolo todo á los interéses de su fortuna y de su posicion, era de aquellos fatales servidores que no proporcionan ningun amigo al poder, sino que al contrario le crean numerosos é inconciliables enemigos, que precipitan la caida de los imperios. Hemos visto ya su deplorable influencia en la catástrofe imperial de 1814, y el recuerdo de sus persecuciones armó mas de un brazo en 1830 contra el trono. Desgraciadamente los gobiernos están inspirados de este modo, que premian con oro, grados y distinciones, á aquellos precisamente cuyos servicios les son mas funestos. Nombrado general de division, bajo el directorio por sus servicios diplomáticos, Enrique Jacobo-Guillermo Clarke habia recibido de Napoleon, en recompensa de sus trabajos administrativos, los títulos de conde y luego de duque; y los Borbones, sobrepujando todas estas distinciones, iban á conferirle la dignidad mas elevada de nuestra gerarquía militar.

En 17 de junio, pocos dias despues de la última ejecucion cometida en Grenoble, cuando los tribunales de asises y los prebostales y los consejos de guerra pronunciaban sentencias de muerte en todo el reino, Carlos Fernando, duque de Berry, segundo hijo del conde de Artois, contraia su enlace en la iglesia de Nuestra Señora en Paris con María Carolina Teresa de las Dos Sicilias. Solemnizóse este himeneo con numerosas fiestas; y el júbilo de la poblacion oficial estalló en discursos y esposiciones que renovando las predicciones hechas seis años antes, en la época del matrimonio de Napoleon y de María Luisa, prometia una duracion eterna á la restauracion y á la descendencia de los dos esposos la perpetuidad de la corona francesa. No se concedió gracia ninguna á los acusados políticos á quienes perseguian en aquel momento los funcionarios de todas las órdenes y los tribunales de todas clases. En cambio hubo muchos banquetes, revistas, bailes y fuegos artificiales. Estos últimos placeres eran las ofrendas á la multitud, y los cortesanos obtuvieron títulos, grados y cordones. Los Borbones no habian hecho todavía mariscales, y la circunstancia pareció favorable para aumentar el número de estos últimos. Verificóse en 3 de julio la promocion que comprendia cuatro nuevos titulares: dos emigrados, el duque de Coigny y aquel conde de Vioménil, cuya violencia en los procesos de los dos generales de La Rèole y del general Travot hemos visto ya; el conde Beurnonville, general de la república que, pasándose al enemigo en 2 de abril de 1814, fue colega de Mr. de Talleyrand y del abate Montesquiou, en el primer gobierno provisional, y por último el duque de Feltre. Este último, en su reconocimiento por esta distincion de corte, quiso inaugurar su nueva dignidad con alguna innovacion que halagase las debilidades de los príncipes y de los cortesanos. Obligado á prestar juramento como mariscal, clamó contra la sencillez revolucionaria del juramento en uso, y propuso sustituirle con fórmulas que tuviesen su orígen en los términos atrasados de nuestra historia, en que nuestros reyes, mas asegurados en su poder, habian de defenderse incesantemente con bandas indisciplinadas contra las revueltas de sus poderosos vasallos. La corte aceptó este cambio con sumo regocijo; decidióse que los antiguos mariscales renovarian su juramento en aquella ocasion, y en 15 de julio, dia de San Enrique, en una numerosa asamblea verificada espresamente en las Tullerías, y á la que asistian los príncipes y princesas de la familia real, y todos sus oficiales, el presidente del consejo leyó en presencia de Luis XVIII para el duque de Feltre, y luego este último leyó á su vez para los demás mariscales presentes en Paris, la fórmula siguiente:

Jurais á Dios, vuestro creador, por la fé y ley que le profesais, y por vuestro honor, que bien y lealmente servireis al rey aquí presente en el cargo de mariscal de Francia, que os ha concedido dicho señor; que no tendreis inteligencia ni parcialidad con persona cualquiera que sea, en perjuicio de él y de su reino, y que si sabeis alguna cosa que le sea perjudicial, se la revelareis (1); que hareis vivir en buen órden, justicia y política, los hombres de guerra que estan y podrán estar en adelante á su sueldo y servicio; que les privareis de atropellar al pueblo y súbditos de dicho señor, y les hareis guardar y observar estrictamente las ordenanzas hechas para dichos hombres de guerra; que á los delincuentes les impondreis el castigo, justicia y correccion, de modo que pueda servir de ejemplo á todos los demás; que poseereis y hareis poseer y dar órden para el modo de vivir de los hombres de guerra, en conformidad á las ordenanzas de dicho señor; que ireis y os trasportareis, todas las veces que os lo mande, á todos los puntos del reino, para ver y averiguar cómo vivan estas gentes de guerra, y procurareis y evitareis con todo vuestro poder que se oprima y moleste al pueblo; y jurareis, por lo demás, que por vuestra parte guardareis y mantendreis dichas ordenanzas en todo lo que os sea posible, y hareis y cumplireis estrictamente todo cuanto estas os impongan, haciendo en Francia todo lo que un bueno y notable personaje, que está colocado como vos lo estais al presente, debe y está obligado á hacer, en todo y por todo lo que concierne á dicho estado. En prueba de esto, y para ejecutar mejor lo que se ha dicho, el señor rey os hace poner en la mano el baston de mariscal, del mismo modo que ha acostumbrado hacerlo con vuestros predecesores.»

Cada mariscal, despues del juramento, se inclinaba ante el rey y decia: «Lo juro.» Vióse desfilar de esta suerte al pié del trono de Luis XVIII y sufrir sucesivamente la insolencia de esta exhumacion feudal, á Moncey, Jourdan, Mortier, Macdonald, Oudinot, Suchet, Gouvion Saint-Cyr, Kellermann, á estos soldados de la república, que debian su fortuna y sus dignidades militares al triunfo de la revolucion sobre este antiguo trono que los tenia entonces inclinados á su presencia. Figuraron tambien en esta ceremonia los duques de Coigny y de Feltre, los condes Beurnonville y Perignon. Massena, Davout, Victor, Marmont y Lefebvre, los condes Sérurier y de Viomenil, ausentes ó enfermos, se sometieron mas tarde á la misma formalidad. Un solo nombre falta en esta lista, el del duque de Dalmacia, de este mariscal á quien Napoleon habia concedido el título de una provincia, falto de poderle dar, como á sus compañeros de armas, un título de victoria, y que en el espacio de quince meses, desde abril de 1814 hasta julio de 1815, habia sido sucesivamente imperial exaltado y luego realista, lo mismo que el duque de Feltre; que como este último persiguió á los oficiales del antiguo ejército, elevó monumentos espiatorios á las víctimas de Quiberon, y declaró á Napoleon fuera de la ley en la época de la vuelta de la isla de Elba, aceptando algunas semanas despues las funciones de general mayor del ejército de Waterloo, y por último reclamando con calor, despues de esta batalla, que se entregase Paris á los ingleses y prusianos. No vaciló ante las obligaciones estravagantes impuestas á los antiguos mariscales del imperio por la servilidad del duque de Feltre. Habia salido de Paris inmediatamente despues de la conclusion de la vergonzosa capitulacion de Saint-Cloud. Tres dias despues, cuando el ejército francés no habia atravesado todavía el Loire, llegaba el mariscal Soult al castillo de Malzieu, departamento de Lozere, en casa del general Brun de Villeret. «El señor duque de Dalmacia, del que he sido ayudante de campo, escribia este general, tres semanas mas tarde, al ministro de la guerra de Luis XVIII, ha llegado á mi casa con la escarapela blanca, anunciando la intencion de tomar parte en la insurreccion realista del mediodía. Comunicó al momento sus intenciones á las autoridades de mi distrito, y encargó el mismo dia á dos ciudadanos recomendables que se presentaran á Mende para informar á la comision real. Sus intenciones fueron bien recibidas, enviáronle diputados para invitarle á presentarse en la capital, lo que aceptó con entusiasmo (1).» Cuando el mariscal llegó á Mende estaban ya cambiadas las disposiciones de la comision real; los cargos que acababa de cumplir en el ejército imperial inquietaban á algunos espíritus, y se le obligó á esperar en el palacio de la prefectura las órdenes del gobierno. El prefecto escribió á Fouché, que mandó remitir al mariscal los pasaportes necesarios para marchar á su país natal. Algun tiempo despues, la ley llamada de amnistía desterraba al duque de Dalmacia. —La comision real de Mende, arrestando al mariscal Soult en su marcha, le salvó probablemente la vida, porque esta insurreccion real del mediodía, en la que acababa de tomar

(1) Esta obligacion de *denunciar* al gobierno las conversaciones y los hechos que tuvieran una apariencia sediciosa, se encontraba ya en el juramento de los caballeros de San Luis. El duque de Feltre la impuso igualmente á todos los miembros de la Legion de Honor, en una nueva fórmula de juramento que el mariscal Macdonald gran canciller de la Legion, dirigio á todos sus miembros en los primeros dias de agosto (1816)

(1) Carta escrita en Mende, en 21 de julio de 1815, por el baron Brun de Villeret, que mandaba los departamentos del Lozère y del l'Ardèche en virtud de los poderes que le confirió el duque de Angulema.

parte diez y nueve dias despues de Waterloo, era la sublevacion de fanáticos y bandidos que mataron cruelmente á Brun y ensangrentaron, durante los seis meses trascurridos despues de la segunda capitulacion de París, una parte de las ciudades de Languedoc y de la Provenza.

Estas atrocidades del mediodía en 1815, la sangre derramada en Grenoble, en París, en Lila y en Lyon en 1816 por los tribunales de asises, los tribunales prebostales y los consejos de guerra, son los únicos sacrificios de que los contemporáneos, en el silencio de una prensa muda, han guardado una fugaz memoria. Y sin embargo, ¡cuántas otras inmolaciones, no aisladas, sino de cuatro, cinco ó seis víctimas! La sola capital de un canton de la Sarthe, donde se habia trasladado el tribunal prebostal con el instrumento del suplicio y el verdugo, la pequeña ciudad de Lude, vió condenar en 27 de mayo á veinte y tres infelices, acusados de haber desarmado á un labrador cuando los movimientos de la Vendée, durante los cien dias, y de haberse dirigido á casa de otros dos individuos con la intencion de quitarles igualmente las armas. La acusacion disimulaba lo odioso de este sumario con hechos insignificantes y pertenecientes á otra época, con palabras que parecian indicar en los acusados, actos de una ferocidad escepcional; dábala el nombre de bandada de buitres de Bonaparte; diez y seis fueron condenados á los trabajos forzados para toda la vida, ó á diez, ocho ó cinco años de prision, y siete de entre ellos, un molinero, su mozo de molino, un ministril, un pizarrero y tres jornaleros, fueron condenados á la pena capital. A los cuatro se les cortó la cabeza al dia siguiente de su condenacion. Algunas semanas despues, en 22 de julio, el tribunal prebostal de Montpeller pronunciaba su sentencia en un proceso formado contra catorce guardias nacionales de esta ciudad, que, estando de servicio en la alcaldía un año antes, en 26 de junio de 1815, ocho dias despues de Waterloo, habian disipado los grupos de realistas formados á la noticia de este desastre, que en señal de alegría paseaban banderas blancas por las calles gritando *¡Viva el rey!* Fueron absueltos dos acusados, y de los otros doce, declarados culpables «de haber cometido, en dicho dia 26 de junio, toda clase de violencias contra el pueblo, cuando se entregaba al regocijo que le inspiraba la seguridad del próximo regreso de su rey,» fueron condenados, dos á la vijilancia de la policía superior durante diez años, un tercero á diez años de reclusion, otro á trabajos forzados para toda la vida, y finalmente los cinco últimos á la pena de muerte. Ordenóse la ejecucion de estos últimos para el mismo dia de la sentencia; solo debian salir de la sala del tribunal para subir al cadalso; pero el verdugo á pesar de toda su actividad, no pudo apresurarse tanto como los jueces, y así es que el cadalso, en lugar de estar dispuesto para las seis de la tarde, como se habia mandado, no estuvo dispuesto hasta las nueve. Era de noche. Los condenados fueron conducidos al sitio fatal, precedidos de antorchas, cuyo fúnebre resplandor alumbró la marcha del tristo cortejo hasta el pié del instrumento del suplicio, y á la luz de los hachones sacrificó el verdugo las cinco víctimas. «Uno de estos condenados, añade la hoja política de la que tomamos estos pormenores, el único que rehusó obstinadamente los consuelos de la religion, colocado ya bajo el hacha fatal, ha dejado oir el grito insensato de *¡Viva la república* (1)!» En los dias 28 y 24 de setiembre próximo, Nimes veia caer á su vez á cinco desgraciados cuya condenacion á la pena capital la motivaban los hechos siguientes:

En 11 de abril de 1815, diez y siete meses antes de ser juzgados, una reunion bastante numerosa de voluntarios realistas, licenciados despues de la capitulacion del duque de Angulema, se presenta delante de la aldea de Arpaillargues. Viendo los habitantes en ellos á enemigos, se ponen en defensa; suena la campana de rebato y el alcalde al frente de los mas resueltos, se dirige á la entrada de la aldea y parlamenta con los voluntarios. Estando en conferencia estalla un fusilazo, créense atacadas ambas partes, y tiran y se dispersan los voluntarios dejando muchos heridos por tierra. Pasan los cien dias y los últimos meses de 1815, y llegan despues denuncias á las autoridades de Nimes; pónese en camino al momento una cuadrilla de voluntarios de esta ciudad, invade á Arpaillargues y pone presos á un considerable número de habitantes de ambos sexos. Despues de una larga instruccion, comparecen los acusados ante el tribunal de asises de Gard: algunos son absueltos, y condenados otros á una larga reclusion ó á los trabajos forzados para toda la vida; ocho á la pena capital, y entre ellos dos viejos, uno de setenta años y otro de setenta y cinco, y dos mujeres. En 23 de setiembre la jóven Juana Verdus, Juan Bresson y Jacobo Reboul, sufrieron el último suplicio; Jacobo Boisson y la viuda Boucoiran fueron ejecutados al dia siguiente, 24. Todas estas condenaciones, no dejaremos de repetirlo, se pronunciaban contra hechos pertenecientes á los cien dias, y anteriores, y por consiguiente á las tres amnistías concedidas sucesivamente por la proclama de Cambrai, por el decreto del 24 de julio y por la ley del 12 de enero, y los magistrados que dictaban estas sentencias se titulaban órganos de la justicia (1).

Si los tribunales criminales prodigaban así los suplicios, ¿cuál debia ser el rigor de las sentencias pronunciadas por los demás tribunales contra la multitud de los acusados á quienes el furor y la locura de la época hacia comparecer á su presencia? Hasta en su audiencia creaban los jueces condenaciones inesperadas. Mr. Pablo Sassar, capitan de gendarmería retirado, estaba citado para el 30 de marzo ante la sala de la policía correccional de la audiencia de Rennes, para declarar como testigo de una pendencia de café. Estaba sentado en el fondo de la sala, cuando de repente el presidente Mr. Huon de Kermader, le hace llamar y le dice: «¿Llevais botones sediciosos en vuestra levita? Sentaos en el banco de los acusados.» El capitan admirado obedeció. Mr. de Kermader hace de nuevo la pregunta, y el capitan responde que no la comprende. Acércase entonces un gendarme de servicio que le habia denunciado, y muestra cerca del cuello de la levita del oficial un boton que contenia estas palabras: Gendarmería imperial. Levántase entonces Mr. Delamarre, abogado general encargado de la audiencia, fulmina contra el capitan una violenta requisitoria, y pide que se le condene á tres meses de prision con privacion de la mitad de su pension de retiro durante cinco años, á la vigilancia de la policía superior durante el mismo tiempo etc. El capitan hace observar para su defensa que su levita es un antiguo uniforme que lleva por economía hace dos años, que ha hecho cambiar todos sus botones, y que si ha quedado uno con la inscripcion sediciosa, culpa es solamente del olvido del sastre. «Pero, dice el Diario de Rennes, del que tomamos estos pormenores, el tribunal apreció esta defensa como merecia serlo, y despues de una breve deliberacion, ha condenado á dicho Pablo Sassar, sin salir de allí, á tres meses de prision, cincuenta francos de multa y privacion de la duodécima parte de su pension de retiro durante un año; además á estar durante dos años bajo la vigilancia de la policía superior, á cien francos de fianza, y á los gastos, impresion y fijacion del fallo en número de doscientos ejemplares.»—En los primeros dias de mayo, una mujer de costumbres relajadas, realista furibunda, lleva á la autoridad judicial un busto de la duquesa de Angulema, declara que un capitan de reemplazo se ha permitido burlas indecentes hácia dicho busto, que ha llevado el insulto hasta hacer de este yeso el sosten de un candelero y á pintar dos líneas negras encima de la mejilla superior de la efigie de la princesa. El busto, cuyas dos líneas negras figuraban bigotes, quedó depositado como una prueba de conviccion. Instruyóse el proceso, y en 6 de junio el tribunal de primera instancia de La Rochela declara al capitan «culpable y convicto de haber dirigido en la noche del 4 al 5 de mayo precedente, estando en un lugar de prostitucion, palabras obscenas á un busto respetable, y manifestado la intencion de degradar una imágen venerada; en reparacion de lo cual el acusado es condenado á tres meses de prision, cincuenta francos de multa, pago de las costas, tres meses de vigilancia de la policía superior y á cien francos de fianza de buena conducta.»—En 19 de octubre, un artista ambulante, que habia obtenido del juez de la ciudad de Aix (Bocas del Ródano) el permiso de manifestar algunas figuras de cera, hizo fijar en la ciudad numerosos cartelones en los que anunciaba, por dos sueldos, «el jardin real y vuelta á la virtud, donde S. M. Luis XVIII está representado en traje militar, con figuras ricamente ataviadas.» Detuviéronse algunas personas delante de estos carteles, y entre otras Mr. Christine, teniente retirado del 45 de línea, de setenta y tres años de edad. Mr. de Jacquemin, médico, se acerca y se informa de lo que se anuncia. «Son

(1) *Diario de los Debates* del 2 de agosto.

(1) Prometo yo, que nada he prometido en vano (como lo sabe la Europa entera), perdonar á los franceses estraviados todo lo sucedido desde el dia en que salí de Lila en medio de tantas lágrimas, hasta el dia en que he entrado en Cambrai en medio de tantas aclamaciones. Solo esceptuaré del perdon á los *instigadores* y *autores* de esta horrible trama.» (*Proclama de Cambrai del 28 de junio de 1815*).

«Las listas de todos los individuos á quienes podian ser aplicables, estan y permanecen cerradas por las designaciones nominales contenidas en estos artículos y *jamás* podrán ser estendidas á otros por *causa alguna* ni *pretesto*, cualquiera que sea.» *Art. 4.º del Decreto del 24 de julio de 1815*.—Los individuos, en número de *cincuenta y siete* designados en los artículos 1 y 2 de este decreto, eran los supuestos *instigadores* y *autores* esceptuados del perdon por la proclama de Cambrai.

«Concédese amnistía plena y completa á todos los que *directa* ó *indirectamente* tomaron parte en la rebelion y usurpacion de Napoleon Bonaparte. Sin embargo continuará siendo ejecutado el decreto de 24 de julio último con respecto á los individuos comprendidos en su artículo 1.º» (*Artículo 1 y 2 de la ley de amnistía del 12 de enero de 1816*.

títeres,» respondió Mr. Christine (1). Un asistente cogió esta palabra y la denunció á la autoridad judicial. Arréstase á Mr. Christine y en 22 de octubre el tribunal civil de Aix condena á este anciano á tres meses de prision, cincuenta francos de multa, á la privacion del décimo de su pension de retiro durante seis meses, y á las costas del proceso, «como culpable de haber faltado al respeto debido á la sagrada persona del rey y á los miembros de su familia, diciendo en alta voz, en un espectáculo en que se anunciaba la figura de S. M. Luis XVIII en trajo militar, «Son títeres.» No era solamente la magistratura la que pronunciaba tan ridículas sentencias, pues los funcionarios del órden administrativo dictaban otras no menos absurdas; en el capítulo anterior hemos referido la destruccion solemne, en la plaza pública de Orleans, de un retrato de pié de Napoleon, de bustos, estatuas, cuadros, grabados y libros pertenecientes á la época imperial. El baron Trouvé, prefecto del Aude, renovó esta ceremonia, pero el sacrificio presentó una circunstancia particular.

Poeta republicano y cantor del 10 de agosto, el baron Trouvé al principio de su vida política, despues de la caida del directorio, fue uno de los mas fervientes admiradores del primer cónsul y obtuvo la prefectura de Carcasona; la primera restauracion no se la habia quitado: habia permanecido en ella durante los cien dias, y todos sus esfuerzos tendian a conservarla durante el nuevo régimen. Si su pasado hacia difícil la tarea, su sumision y su celo le hicieron sin embargo hallar gracia en la comision real de su residencia. En su servilidad no se limitaba á ser instrumento de todos los caprichos de esta comision, sino que procuraba además con las demostraciones mas estravagantes, hacer olvidar sus odios revolucionarios y sus servicios en tiempo del imperio. Una tarde, en una numerosa reunion en la prefectura, anunció la intencion de entregar públicamente á las llamas los estandartes tricolores que habian quedado en los almacenes del departamento y de la ciudad, y los bustos, retratos y cuadros que recordasen alguna imágen ó alguna escena de la época imperial, y que en otro tiempo adornaban el interior de su palacio y de otros edificios públicos. No solamente se aplaudió su pensamiento, sino que los demás solicitaron á Mr. Trouvé, paraque comprendiese en el sacrificio una pobre águila, cogida en las montañas del departamento, que todos los de la prefectura cuidaban á porfía desde algunos años y que habia atravesado sin estorbo la primera restauracion. Acogióse la demanda, discutióse el programa de la fiesta, dispusiéronse los preparativos, y al dia indicado hiciéronse pedazos los bustos con gran pompa y se echaron confusamente al fuego á los gritos de *¡viva el rey! ¡vivan los Borbones!* las banderas, estandartes, retratos, cuadros, dando remate á la ceremonia con el sacrificio del águila, que fué quemada viva.

Solemnidades de esta clase eran simples intermedios de los dramas ofrecidos por la justicia criminal á los realistas de Carcasona. Entre otros, un proceso intentado contra un pobre cura rural ocupó largo tiempo á los miembros de la comision real de esta ciudad.

Tanto en el Aude como en el resto de Francia, el clero estaba organizado en una especie de administracion de policía. Los ecónomos de las parroquias rurales daban cada semana cuenta escrita al cura del canton, que reasumia y trasmitia á su vez estas noticias á la autoridad religiosa superior, y por el mismo conducto llegaba hasta la mas humilde feligresía, la órden de la comision sobre los puntos que debian tratar cada mes en los sermones. Hubo un momento en que todos los púlpitos del departamento del Aude prorumpieron en amenazas contra los adquisidores de los bienes del clero y de los emigrados, y en maldiciones contra la supresion del diezmo y de los demás privilegios eclesiásticos ó nobiliarios destruidos por la revolucion. Estos sermones hicieron cundir la alarma entre los habitantes del campo. En 30 de julio de 1815, el cura de la parroquia de Fitou, distrito de Narbona, Mr. Jacobo Auruscy, con objeto de tranquilizar á sus feligreses, dijo en el sermon que estos rumores eran falsos; que habiendo dado S. M. Luis XVIII una carta y admitido la venta de todos los bienes nacionales, debia suponerse á este monarca sin lealtad ni fé, un hombre indigno, por atreverse á decir que retiraria su palabra; que este rumor era una calumnia y que no se restituiria nada. Tres dias despues (2 de agosto) arrestaban á Mr. Auruscy por haber insultado al rey é intentado turbar la tranquilidad pública y armar unos ciudadanos contra otros etc. y como si no bastasen todos estos motivos de prevencion, era acusado además de haber tenido correspondencia con la isla de Elba. Púsosele en la mas rigurosa incomunicacion. La instruccion de su proceso, llevada á cabo con estrema rapidez, tuvo por resultado su comparesencia al tribunal de asises; compareció en efecto; desde la mañana habia invadido la sala una multitud inmensa, y veíanse sentados, entre los jueces, al prefecto, su mujer y su hija, al general que mandaba el departamento y estado mayor, al alcalde y á sus agregados, á las señoras de un gran número de funcionarios, los principales eclesiásticos de la ciudad y oficiales de gendarmería. Todos anunciaban y deseaban una condena capital, y los magistrados escogidos por el prefecto manifestaban públicamente la intencion de pronunciarla. Llamados al salon del consejo, antes de la audiencia, para proceder al sorteo de los que entre ellos debian componer el jurado, y algunos de ellos, tocando familiarmente la espalda del procurador del rey, solicitábanle para que los escogiese á ellos: «No nos recuseis, decian, estemos firmes en el puesto.» El abogado de Mr. Auruscy, espantado, acumuló en esta primera audiencia incidentes sobre incidentes, y empleó la noche siguiente en diligencias para decidir á los testigos mas esenciales que abandonasen á Carcasona. Consiguiólo en efecto, y al dia siguiente privado el tribunal, segun sus conclusiones, de los testigos mas importantes, remitió la cuestion á la segunda sesion. A la lectura de esta disposicion oyóse un ruidoso clamor en la sala de la audiencia; los hombres y mujeres, sentados cerca de los jueces, clamaron traicion, y los eclesiásticos principalmente dieron libre rienda á su cólera, pues para ellos el cura de Fitou era un renegado que merecia la muerte veinte veces. Los magistrados no se manifestaban menos indignados; reuniéronse en una quinta cerca de la ciudad, y allí despues de una larga discusion que firmaron todos y trasmitieron luego al guardasellos, y en la que se quejaban de que por un acto arbitrario, á favor de un sacerdote sacrílego, y por las conclusiones tanto mas sospechoso en cuanto habia sido miembro de la cámara de los representantes, «dicho tribunal hubiese rehusado juzgar y condenar al hombre mas culpable que jamás haya aparecido en el banco de la ignominia, y cuyo castigo era muy necesario y tan ardientemente deseado.» Tratose de nuevo de dicho asunto en la sesion siguiente: la cólera de los realistas habia cobrado mayor violencia por el resultado inesperado de la primera vista del proceso. Como la vez primera, la sala estaba llena, y veíanse tambien al lado de los jueces, oficiales, mujeres, señoritas, funcionarios y un gran número de abates, entre otros todos los canónigos de la catedral. Los magistrados escogidos tambien esta vez por el baron Grouve, habian dicho en la víspera, en una cena de fonda, que esta vez el cura de Fitou no se les escaparia. Por esta amenaza, hecha pública, por el furor pintado en todos los semblantes, comprendió el abogado de Mr. Auruscy que la cabeza de su desgraciado cliente estaba inevitablemente prometida al cadalso; pero de repente la vista de los numerosos canónigos sentados cerca de los magistrados ilumina su pensamiento, pide la palabra, y despues de un exordio en el que acumula las declaraciones piadosas y el testo sagrado, declárase que el acusado no está ante sus jueces naturales, y que, segun todas las leyes canónicas, solamente un tribunal de sacerdotes puede juzgar y condenar á un sacerdote. El papa, dijo, al consagrar por el concordato de 1801 el restablecimiento del culto católico en Francia, habia querido restituir á la Iglesia todos sus privilegios, y si la jurisdiccion eclesiástica no habia recobrado todos sus derechos, efecto era tan solo de la tiránica impiedad del usurpador. Pero estos derechos eran imprescriptibles, añadia el defensor, conjurando a todos los canónigos presentes en la audiencia para que atestiguaran la verdad del principio, y á unirse á él para solicitar del tribunal una declaracion de incompetencia que permitiese llamar la atencion del rey cristianísimo sobre una cuestion de derecho público tan importante, cuestion que la bien conocida piedad del monarca resolveria necesariamente á favor de la religion y de sus ministros.

A las primeras palabras del abogado, los sacerdotes sentados cerca de los jueces no habian podido contener algunas esclamaciones y ademanes de viva impaciencia; pero á medida que habia entrado en el desarrollo de su tesis habia podido observarse que se dilataban las facciones de los canónigos. Seducidos por la perspectiva de una decision real que restableciera una parte esencial del antiguo poder eclesiástico y de las inmunidades de la Iglesia, aplaudieron pronto las doctrinas del defensor, y luego que cesó de hablar, se dirigieron á los magistrados, discutieron con ellos, y por último los convencieron. El tribunal se declaró incompetente, y esta disposicion salvaba al acusado. A la verdad el tribunal de casacion, como era facil prever, anuló la declaracion de incompetencia y volvió á enviar á Auruscy ante el tribunal de asises de Perpiñan. Pero cuando en 6 de agosto de 1816 compareció el cura de Fitou ante esta nueva jurisdiccion, habia pasado el tiempo, ya no dominaban por otra parte las mismas pasiones, y se presentaba protegido por las declaraciones de sus feligreses, que en lugar de abandonarlo un solo instante, pasaron muchas noches en la sala de audiencia. No se atrevieron á absolverle; pero declarado culpable en un solo punto, im-

(1) En el mediodia se da el nombre de *títeres* á todos los espectáculos de curiosidades ó de un órden inferior.

pusiéronle una pena insignificante: detenido preventivamente por espacio de un año, fué condenado á un encierro de quince meses contaderos desde el dia de su arresto.

Carcasona no contaba solamente un tribunal de policía correccional que funcionaba cada dia, y un tribunal de asises que ejercia sus funciones cada tres meses; pues, como todas las capitales de los departamentos, tenia tambien esta ciudad su tribunal prebostal que la comision realista no cuidaba de dejar inactivo. Una de las numerosas causas que tuvo que juzgar este tribunal presentó circunstancias estravagantes.

Un conde de Vendomois, alcalde de un pueblo del distrito de Castelnaudary, y que despues fue convicto de falso testigo en tribunal de asises, habia denunciado a Mr. Baux, cirujano de Salles, como culpable de conspiracion y le arrestó. La queja no dió lugar á instruccion, y la sala del consejo, por las conclusiones conformes del procurador del rey, declaró por unanimidad que no habia motivo para continuar. Mr Baux fue puesto en libertad El conde de Vendomois furioso, recusa entonces á los jueces y el procurador del rey al procurador general de Montpeller, que trasmite al momento á su inferior la órden formal de empezar de nuevo el proceso y concluir esta vez contra Mr. Baux Obedeció el oficial del estrado, y Mr. Baux, arrestado de nuevo, fué condenado por los mismos hechos y por los mismos jueces que le habian absuelto. Este fallo inicuo violaba una de las máximas mas fundamentales del derecho criminal: *non bis in idem*; Mr. Baux tuvo la desgracia de recurrir al tribunal de Carcasona. Trasfirióseíe á esta ciudad, la cárcel estaba llena de detenidos politicos, pobres gentes del campo y de la ciudad, casi todos antiguos militares y arrestados unos por las indagaciones de su alcalde ó de su cura, otros por las denuncias de sus vecinos, y otros por el simple capricho de un guardacampos, de un guardia nacional ó de un gendarme. Encerrados muchos meses hacia, ignorando el motivo de su detencion y no viendo su término, todos deseaban ardientemente la libertad La comision realista resolvió utilizar esta disposicion de los prisioneros para perder á Mr. Baux, espíritu zumbon, cuyos sarcasmos habian herido mas de una vez la necedad y vanidad de las notabilidades monarquicas y clericales de aquellos puntos. Penetra en la cárcel un tal Comeleran, anuncia que un gran número de oficiales de reemplazo han hablado de libertar á los prisioneros; que solo aguardan el dinero necesario para seducir á los soldados de la guardia de la cárcel; que Mr. Fournié, rico propietario de Latrivale, consiente en dar los fondos, pero que no quiere desprenderse hasta que le pidan este sacrificio los principales presos, con una carta firmada por ellos, y en la que se obliguen á arrestar, al salir de la prision, al prefecto, al preboste, á sus colegas y á las demás autoridades. Por grosera que fuese esta trama, no la conocieron los detenidos; en vano Mr. Baux, cuya cooperacion escrita, decia Comeleran, era la mas importante, les manifestaba lo absurdo de los hechos anunciados por este último, pues lejos de hacer caso de sus palabras, dominados por la esperanza de una próxima libertad, le suplicaban que escribiese la carta pedida; hasta hubo algunos que le echaban en cara con amargura la prolongacion de sus padecimientos; larga fué la lucha, pero finalmente cedió Mr. Baux. Uno de los detenidos escribió la mayor parte de la carta, Mr. Baux trazó las últimas lineas, el preso Bonery, antiguo militar y tabernero de Limoux, la firmó, y Gardé, antiguo soldado de artilleria, la remitió á su mujer, que la llevó á Comeleran. En el mismo dia á media noche, invadió el preboste la cárcel al frente de una fuerza armada considerable, mandó poner en los calabozos con grillos á los presos designados de antemano por la comision, y empezó su informacion. En 19 de julio, despues de un simulacro de instruccion, el preboste y sus colegas hicieron comparecer á su barra á Mr. Baux, Bonery, Garde y otros presos, como acusados de una doble conspiracion, «conspiracion de evasion, de tropelía y de atentado contra el gobierno real en la persona de las autoridades constituidas, conspiracion que tenia por objeto esparcir la alarma en la ciudad de Carcasona, escitando a los ciudadanos á armarse contra la autoridad real.» Hasta entonces los acusados no habian podido hablar con consejo alguno; solamente en la audiencia se les permitió elegir abogados; de los cuales tres solamente se atrevieron á sentarse en el banco de la defensa; bien que su ministerio estaba por demás, porque la sentencia estaba ya pronunciada antes del juicio. Desde la segunda audiencia, 20, estaban condenados á muerte Mr. Baux, Bonery y Garde. El tribunal prebostal de Carcasona, á ejemplo del de Montpeller, ordenó que se verificara inmediatamente la ejecucion; pero, como sucedió tambien en la capital del Hérault, el verdugo no pudo despacharse con tanta celeridad como los jueces, y por otra parte sus ayudantes, mas humanos que los jueces, no quisieron ayudarle a levantar el cadalso, de suerte que no halló mas que un esportillero del puerto, á quien sedujo con una considerable recompensa Esta lentitud de los preparativos hizo que acudiesen al lugar de la ejecucion el preboste, el comandante general del departamento y muchos otros funcionarios. Todos hacen apresurar el trabajo, y por último despues de largos esfuerzos, queda dispuesto el instrumento; la sentencia se habia pronunciado á las dos y media de la tarde, y á las cinco llegan los tres condenados. Mr. Baux percibió al preboste á algunos pasos del cadalso; párase y le interpela diciendole: «Preboste Barthez, Dios vengará nuestra muerte. Te emplazo á su presencia. Tus colegas y tú nos seguireis muy pronto» Apodérase el verdugo en este momento de la victima, y al cabo de algunos segundos estaba consumado el triple sacrificio. Garde habitaba en Carcasona, dejaba una mujer y cinco hijos de corta edad; inmediatamente despues del suplicio un gran número de ciudadanos se dirigen á su humilde morada, y suministran á su viuda los socorros de que puedo tener necesidad al momento. Abrese una suscripcion para asegurar la suerte de los huerfanos, pero desde el dia siguiente se apoderan de las listas de suscripcion, amenazando con perseguir á todos los habitantes cuyos nombres estan inscritos en ellas; recogen los fondos recaudados y se comunica á la viuda una órden de destierro. Mientras las autoridades de Carcasona se esforzaban en reprimir de esta suerte la justicia de la opinion, otra justicia, la que se eleva del fondo de las conciencias mas endurecidas, alcanzaba al preboste Barthez. No habia este hombre oido sin espanto las últimas palabras del infortunado Baux; entra en su casa dominado por el terror, y cae enfermo en la misma tarde. Altérase su razon al mismo tiempo que su salud, y creyendo ver la sombra de Baux en todos los que se le acercan, temiendo para sus restos la venganza de los amigos de sus víctimas, muere al cabo de poco, despues de haber mandado á su familia que no depositaran su cuerpo en el cementerio público, sino en el patio de su casa (1).

Contar todos los horrores de 1815 y 1816, decir todas las sentencias absurdas ó atroces pronunciadas, despues de Waterloo, por los tribunales correccionales, por los consejos de guerra, los tribunales de asises y los prebostales, seria tarea imposible de llenar. Espantaria la infame crueldad de las sentencias y el número de víctimas si pudieran verse todas las sentencias pronunciadas en esta época sangrienta, sentencias motivadas, casi siempre, no por una ofensa cualquiera al gobierno existente, sino por hechos verificados en tiempo de otro gobierno, durante los cien dias, y echados solemnemente en olvido por tres amnistías sucesivas, mentiras indignas que entregaron al verdugo á muchos valientes que confiaban en la palabra real, y á quienes á lo menos la fuga habria podido salvar. Estas sentencias y estas ejecuciones, las destituciones, las visitas domiciliarias, los destierros y las prisiones cuyo cuadro hemos trazado en el capitulo anterior y que hacian guardar un silencio espantoso á los habitantes de cada ciudad; todas estas persecuciones, estas ruinas, la sangre derramada constituyen la reaccion realista que siguió á la segunda invasion, y a la que los contemporáneos dieron el nombre de *régimen de 1815* ó *terror blanco*. Tiempo funesto en que el poder y todos sus agentes, colocando á la patria donde estaba el príncipe, fuera de Francia, en medio de los campos de la Europa coligada, perseguian como crímenes la resistencia á la invasion y la lucha contra el estranjero; en que se consideraban actos cívicos y casi hechos gloriosos la traicion en el interior y la desercion al enemigo; en que algunos oficiales superiores de la guardia real, con aplauso de sus jefes, recorrian disfrazados los sitios públicos, tendian lazos a sub oficiales ó á jóvenes sospechosos de mala opinion, y les entregaban á los carceleros; en que algunos magistrados, desde lo alto de su puesto, cumplimentaban á funcionarios y caballeros de San Luis, al tiempo que algunas denuncias habian sido causa del arresto o de la perdicion de algunos infelices acusados; en que todas las pasiones viles y bajas eran fomentadas y honradas cuando se cubrian con el manto del realismo ó de la religion; en que la arbitrariedad y la violencia erigidos en sistema de administracion no tenian otros límites que el capricho de la autoridad, y ponian la fortuna y la libertad de todos á merced del agente mas inferior de la fuerza pública y del mas oscuro delator; en que finalmente el honor y la vida de los ciudadanos estaban en manos de jueces desapiadados, ejecutores serviles de los rigores ordenados por el partido á quien el triunfo del enemigo habia hecho victorioso. Hay un hecho que sorprende, cuando se estudian los sucesos de esta época; tal es la especie de

(1) El esportillero, que por resistirse á hacerlo los ayudantes del verdugo habia ayudado á este último á levantar la guillotina, no sobrevivió á este triste servicio, pues colmado de insultos y de injurias por sus compañeros de trabajo, que le prohibieron que nunca mas se les acercase en el puerto, se arrojó al canal del Languedoc y se ahogó en él en la misma tarde de la ejecucion.

cólera ciega de que se dejaba arrastrar la justicia, desde los tribunales superiores hasta los del grado mas ínfimo; para ellos no existen inocentes, todo acusado es culpable; las penas que se dictan traspasan los límites de los castigos mas severos, no juzgan, sino que se vengan rabiosamente. Una palabra podrá dar á conocer estas violencias: en otra parte hemos dicho el modo como MM. Pasquier y Guizot habian interpretado el artículo de la carta que aseguraba la inamovilidad á los miembros del órden judicial; no pudiendo gozar de este beneficio sino los únicos magistrados provistos de la institucion real, quedó el privilegio de esta institucion para servir de recompensa o de amenaza á la mayor parte de estos funcionarios, de manera que los miembros de los tribunales supremos de Ruan, de Caen, de Limoges y de Amiens, por no citar un solo ejemplo, no recibieron la institucion real hasta el mes de diciembre de 1818, tres años y medio despues de la segunda vuelta del rey. Desde entonces todos los magistrados rivalizaban en zelo para obtener la confirmacion de su empleo, muchos vieron interrumpida su carrera, y no fueron por cierto los menos dignos ni menos puros; Mr. Dupont (de l'Eure) entre otros, uno de los hombres raros, que son el honor de un cuerpo y de un pais, no obtuvo la institucion y hallóse destituido de sus funciones de presidente de sala en la audiencia de Ruan, en tiempo de la tardía reorganizacion de este tribunal (1).

No se consiguió en un dia que la existencia de este régimen nacido en plena paz, al abrigo de un millon y doscientas mil bayonetas enemigas, pudiese conservar por sí solo la proteccion de ciento cincuenta mil soldados aliados dejados en nuestras plazas fuertes del norte y del este, y que sufrió la Francia por espacio de quince meses. Estaba este régimen en el apogeo de su vigor, y no se vislumbraba todavía su término hacia la última mitad de setiembre, cuando de repente publicó el Monitor un decreto que le suspendia, acto famoso dictado no por amor al pais, sino por el interés personal del hombre que se habia visto arrojar el primero á todos los escesos de esta reaccion, al ministro de policía Decazes.

No se habrá olvidado que la hostilidad que existia entre la cámara de los diputados y el gabinete se habia manifestado, desde el dia siguiente de la prorogacion de la sesion, por la destitucion de Mr. de Vaublanc, el ministro, ó por mejor decir, el hombre de la mayoría. MM. Richelieu y Lainé y sobre todo Mr. Decazes, despues de este acto ruidoso ó rompimiento difícilmente podian presentarse de nuevo á la asamblea; debian ó disolverla antes de su próxima reunion, ó resolverse á caer. Pero disolver esta cámara despues de una primera legislatura, cuando todo el partido realista aplaudia sus doctrinas, y sus votos y cuando ni siquiera existia una ley de eleccion para los nuevos nombramientos, era una especie de golpe de estado ante el cual hubiesen retrocedido MM. Lainé y de Richelieu, si Mr. Decazes, mas resuelto y mas decidido por lo mismo que se hal.aba mas amenazado y que estaba sostenido por la amistad del rey, no hubiera emprendido disipar la resistencia de sus dos colegas. El favor del todo escepcional de que gozaba, desde esta época, el ministro de policía cerca de Luis XVIII, necesita esplicacion.

Mr. Decazes debia tan solo su entrada al ministerio á una feliz casualidad. Al principio de su carrera el menor soplo podia derribarle, pues no tenia para resistir á los contratiempos de la vida política, ni el poder de una gran posicion personal ó de un hombre ilustre, ni la fuerza que dan el talento de orador eminente, facultades superiores ó el recuerdo de antiguos servicios prestados. Así es que desde el primer dia redobló sus esfuerzos para apoyar su fortuna en el afecto privado del viejo rey, cuyas costumbres y carácter habian favorecido sus deseosos. Condenado por su obesidad y por sus enfermedades á un reposo muchas veces absoluto y á una especie de aislamiento en medio de su palacio, en los momentos de soledad, habia hallado Luis XVIII en las pláticas de su ministro de policía distracciones tanto mas preciosas en cuanto, por su aficion á las consejas, como todos los viejos, por la afectacion con que citaba su esperiencia y sus preceptos, referia historias secretas y anécdotas escandalosas, y tenia á la vez en Mr. Decazes un oyente jóven, diestro, cuidadoso de hacer valer el mérito de cada narracion y la profundidad de cada leccion y además el hombre del reino que por sus antiguas amistades y sus funciones presentes, poseia mejor que nadie la crónica de los palacios imperiales, y la de los caballeros y de las damas de la nueva corte (1). No recordaba Mr. Decazes el menor equívoco latino de colegio, sin que Luis XVIII no añadiese nuevo premio á esta intimidad: los laboriosos recuerdos de estudios clásicos eran tambien para el ministro un medio de adular la pasion de su señor por los poetas del siglo de Augusto, y sobre todo, por el epicúreo Horacio: sabia además hallar ocasion de suscitar discusiones literarias en que el rey alcanzaba cada vez un triunfo que aunque fácil, no halagaba menos su presuncion de erudito (2). Por otra parte, si MM. de Blacas y de Talleyrand, lejos de combatir la repugnancia de Luis XVIII por los negocios, se habian por el contrario aprovechado de ella para limitar su intervencion en el gobierno á poner simplemente su firma, Mr. Decazes, tomando un camino opuesto, habia empleado todos los resortes de su espíritu para persuadir al monarca que tenia un sistema político personal y una voluntad propia, y para imponerle la apariencia de una accion directa y efectiva en la administracion del reino. Esta tarea no habia sido fácil, porque trasladado bruscamente de su apacible retiro de Hartwell al trono, en una época avanzada de la vida, que exige el reposo del cuerpo y del espíritu, y en la que no se aprende ya mas; y al verse despues de veinte y dos años de destierro, entre generaciones que no conocia y de las que era á la vez desconocido, en medio de un pais removido en sus cimientos por una larga revolucion, y en dónde sus miradas, llenas de sorpresa, buscaban en vano las costumbres, las instituciones, los poderes y los hombres que habia dejado en él, nada sabia Luis XVIII de la nueva Francia, ignoraba toda clase de administracion y rechazaba toda contienda de espíritu y todo trabajo. Poco á poco sin embargo consiguió Mr. Decazes ocupar su atencion en pormenores políticos, y luego cada hecho, cada cuestion fueron inmediatamente para el ministro, ocasion de notas cuidadosamente elaboradas y cuya rápida lectura, instruyendo á Luis XVIII tanto como pudiera hacerlo el exámen mas atento, le evitaba hasta la pena de formarse una opinion, porqué este trabajo se la dictaba. Por último pudo inducir al rey á discutir con él la mayor parte de las cuestiones de esta suerte tratadas, y era tal el modo de conducirse en estos debates íntimos, que Luis XVIII debia creerse un hombre superior, casi un hombre de genio; las convicciones del ministro parecian vencidas siempre por la alta razon del monarca, que creia imponer sus consejos y pensamientos y hasta iniciar á su jóven oyente en los negocios y en la política, á fuer, de benevolo maestro que se dig-

(1) Cuando en diciembre de 1818, Mr. Pasquier, vuelto, como tendremos ocasion de ver mas adelante, á sus funciones de guarda sellos, destituia á Mr. Dupont (de l'Eure), negándole la *institucion real*, contaba este último 27 años y algunos meses de servicio. Mr. Dupont carecia de recursos, y reclamó una pension de retiro que se le negó, protestando que no habia cumplido el término de servicio legal, exigido para obtenerla (30 años). Doce años despues 1830, Mr Dupont (de l'Eure) llegaba á ser ministro de justicia del gobierno instituido por las jornadas de julio. Mr. Pasquier por su parte codiciaba la posicion que ocupa hoy dia (presidente de la cámara de los pares); fuéle concedida y Mr. Dupont (de l'Eure) refrendó el decreto de nombramiento. A la salida del consejo en que se habia dado esta firma, Mr. Dupont encontró en el sitio por donde habia de pasar á Mr. Pasquier que le aguardaba hacia dos horas. El antiguo guarda sellos de la Restauracion, con espresion cariñosa y semblante risueño, dirigióse á Mr. Dupont (de l'Eure), y con aquella facilidad de espíritu que hace la fortuna de los intrigantes y de los ambiciosos, se deshizo en cumplimientos y felicitaciones hácia el hombre que habia sido su víctima.

(1) El ministro de policía unido, durante el imperio, como secretario del patrimonio imperial, á la casa de la madre de Napoleon, habia estado en relaciones bastante íntimas con algunas de las personas de la familia imperial.

(2) Luis XVIII debia á su vida constantemente sedentaria y desocupada por mucho tiempo, una especie de instruccion literaria bastante rara en las cortes; estaba muy ufano de este saber esteril. Hemos dicho ya cuan pródigo era en apotegmas tomados de los clásicos latinos, los clásicos franceses la proporcionaban tambien frecuentes citas. Llegado en uno de sus paseos al bosque de Saint German, en el punto en que se celebra la fiesta de las Zogias, vé á Mr. de Lally-Tolendal en medio de la multitud que rodeaba su coche y lo saludó en verso, y habiéndose echado Mr de Lally á sus piés y contestado con otro verso, Luis XVIII se apresuró á aplaudirle. «El adorable príncipe,» decian al dia siguiente los periódicos refiriendo la anécdota. Uno de sus primeros gentilhombres se oponia á la ley de elecciones, instale sin embargo para que de su voto sobre esta ley, pero obtiene mas que protestas de adhesion á su persona, sin promesa de voto. *¿La fé que no obra, es una fé sincera?* le dijo el rey con desagradable tono. Mr. de Dreux-Brézé, gran maestro de ceremonias, formaba parte de una reunion de pares hostil á Mr. de Decazes y que estaba en casa del cardenal de Beausset; el rey le hizo comparecer y echándole en cara su oposicion añadió con acento irritado: *Romped, romped todo pacto con la impiedad.* En otra circunstancia contestaba á uno de los oficiales superiores en su casa que le dirigia no sabemos qué clase de observaciones: *Atalo, ¿así era como reinaban nuestros antepasados?* «Que sabio príncipe!» esclamaba toda la turba de cortesanos. Cuando una indisposicion por otra parte, retenia fuera de las Tullerías á algunos de sus familiares de ambos sexos, dirigia al ausente frecuentes billetes llenos de los chistes que habia puesto de moda, en tiempo de su juventud, la insulsa escuela del poeta Dorat. Estas cortas composiciones en prosa laboriosamente trabajadas, y que tenian por testo habitual, un reuma, un mal de garganta ó de orejas, eran para Luis XVIII una ocupacion muy seria y que absorvia una parte bastante notable de su tiempo

naba enseñar; Mr. Decazes no era mas que un inteligente y dócil discípulo (1). Tanta destreza en la adulacion, una corte así sostenida, estas relaciones continuas, el cuidado infatigable del ministro en descubrir y halagar las debilidades del príncipe, habrian triunfado de una organizacion mas robusta que la de Luis XVIII; mas este rey solo podia ser libre, porque desde los primeros dias de 1816 no era dueño de sí propio. No solamente Mr. de Blacas se hallaba reemplazado en su afecto, sino que Mr. Decazes habia llegado á dominar completamente su espíritu é identificarse los intereses de su posicion con el interés aparente del trono, de suerte que las trabas puestas por la cámara de los diputados á las medidas que habia aconsejado ó que sostenia este ministro, eran consideradas por Luis XVIII como otros tantos ataques á su prerogativa y como facciosas tentativas contra su autoridad. El ministro podia por consiguiente esperar del rey la disolucion de la cámara, á pesar de la oposicion que habia de hallar esta medida en el conde de Artois, jefe reconocido de la mayoría de esta asamblea, y cuya irritacion debia ser tanto mas viva en cuanto sentia por Mr. Decazes una marcada aversion.

Los partidos tienen instintos que rara vez les engañan; saben dónde están sus adversarios; en vano el ministro de policía multiplicaba las medidas mas odiosas y toleraba las mas sangrientas ejecuciones, porque su gran favor con el rey heria é inquietaba á los hombres cuyos sueños de reconstitucion social y política tendian nada menos que al restablecimiento del antiguo régimen, y que en su odio á los hechos y cosas de la revolucion, no podian perdonar, segun espresion de un escritor del tiempo, *ni á la patata* (1). Continuando Mr. Decazes en sus mofas é insultos, echábanle en cara su oscuro origen y sus antecedentes imperiales, atribuian no sabemos qué motivos tan infamatorios como absurdos á su intimidad con el rey, y repetian en alta voz las acusaciones de traicion que habia publicado Mr. de Vaublanc hasta en los salones de su ministerio. El conde de Artois participaba de la aversion comun; examinaba cómo y con qué título era y podia llamarse realista Mr. Decazes; y creia sinceramente que el ministro, á quien solamente las conmociones políticas habian podido sacar de la multitud, puesto que sin ellas habria vivido oscuro ó ignorado en la clase media de la aldea de Libourne, dominado por las necesidades y por los vicios de su origen, no podia separar sus intereses de los de la revolucion; no dudando tampoco que sus opiniones sospechosas propendian á la traicion, como que eran efecto de un cálculo ambicioso. Era difícil que con sus quejas no llegase el conde alguna vez del ministro al monarca; pero limitábase á gemir por la dominacion que sufria su hermano, y su crítica no traspasaba nunca los límites del respeto. Las habladurías de los gentilhombres de su intimidad ó de su casa no eran en cambio tan respetuosas, pues cada dia llegaban al gabinete de Luis XVIII, trasmitidos por Mr. Decazes, algun tiro mordaz ó algun epigrama ofensivo, salidos de las habitaciones, que ocupaba el conde de Artois en las Tullerías. Estas impertinencias unidas al grito públicamente proferido en la cámara: «Viva el rey sobre todo!» especie de protesta insolente contra su recuerdo, causaban al monarca una irritacion tanto mas viva, en cuanto no ignoraba que al rededor de su hermano, en la cámara y fuera de ella, los realistas mas ardientes se jactaban de constituir un partido formidable; contando entre los jefes de bando de la asamblea ministros dispuestos del todo á tomar la direccion de los negocios y reconociendo en el conde de Artois un jefe á quien para ceñir la corona solo faltaba un acontecimiento que todos apresuraban con sus deseos. Hay mas, el rey sabia que se habia pronunciado mas de una vez la palabra abdicacion. Los príncipes, como los demás hombres, rechazan y temen á sus herederos; en sus sospechas, les espian cada mañana al despertarse, porque los suponen impacientes siempre de sucederles. Las enfermedades escitaban mas y mas todavía esta disposicion de espíritu en Luis XVIII, de naturaleza irritable y carácter disgustado, y no sin cierta especie de celosa envidia se veia condenado, él, el rey, á la inmovilidad y al aislamiento en el fondo de su palacio, mientras que su hermano, dotado de robusta salud, montaba á caballo, pasaba revistas, visitaba los departamentos, se manifestaba á las tropas y á la poblacion, y poniéndose delante del trono, se valia del pretesto de sus funciones de coronel general de los guardias nacionales del reino para dirigir á los guardias nacionales de las diferentes provincias y publicar en los periódicos órdenes y proclamas seguidas de esta sola firma, *Cárlos Felipe*. Podia pensar por consiguiente Mr. Decazes que los resentimientos secretos de Luis XVIII contra su hermano servirian de contrapeso á la oposicion inevitable que debia hacer Monsieur á la disolucion de la cámara.

Mas no bastaba inducir al rey á firmar esta disolucion, pues era necesario además hacerla aceptar á MM. de Richelieu y Lainé. La despedida de Mr. de Vaublanc no implicaba en el primero la voluntad de separarse de la cámara; el antiguo ministro de la gobernacion, hasta cierto punto habia abandonado voluntariamente el gabinete, pues su declaracion, en la sesion del 10 de abril, era una verdadera dimision. Así es que el presidente del consejo habia desechado la primera propuesta de Mr. Decazes. «La mayoría de la cámara, decia, llevada por la inesperiencia y por su zelo, no ha guardado siempre una misma medida, pero es profundamente realista, y el trono nada tiene que temer de ella. La revolucion es el único enemigo que ha de combatirse, y es de temer que el hecho de zaherir á los diputados y asegurarse de ellos de infundadas esperanzas y fuerzas que llegarian á ser fatales para la monarquía.» No desesperó Mr. Decazes de vencer esta resistencia, y para conseguirlo aceptó el ausilio de tres hombres que debian su fortuna política y sus títulos á Napoleon, y á quienes se habia visto introducir en la refriega reaccionaria: tales eran MM. Molé, Pasquier y Barante. En vano el primero en la cámara de los pares, el segundo en la cámara de los diputados y el tercero como secretario general de la gobernacion en tiempo del ministerio Fouché-Talleyrand, habian dado las mas tristes prendas á las pasiones de los perseguidores del antiguo régimen, pues estos acusaban la sinceridad de estas vergonzosas complacencias; Mr. Molé era para ellos un antiguo ministro y un conde del imperio, y MM. Pasquier y de Barante funcionarios y barones del mismo orígen. Desechados de esta suerte y buscando otro apoyo para su ambicion, despues de cerrada la legislatura hicieron las tres ofrendas de servicio á Mr. Decazes, que las aceptó y resolvió servirse de ellas para decidir á Mr. de Richelieu. El triunvirato empezó á obrar inmediatamente, buscando todas las ocasiones de conversar con el primer ministro y someterle ya notas escritas, ya observaciones verbales sobre la situacion política; se las presentaban bajo el aspecto mas sombrío y le aconsejaban la disolucion como el único remedio contra una nueva y próxima catástrofe; diciendo: «No existe presupuesto posible con la cámara; es preciso renunciar con ella á toda esperanza de estabilidad, á todos los medios de introducir la confianza dentro y fuera, á establecer el crédito, á hacer tomar de nuevo á Francia un rango entre las naciones, á librarla de la ocupacion estranjera, y de la afrenta de los tributos. Al firmar las potencias el tratado del 20 de noviembre contaron sobre todo con el pago exacto de las indemnizaciones estipuladas, y confiaron menos en nuestros recursos, que ignoraban, que en vuestra palabra y en vuestra firma; y esta confianza ¿cómo la justificareis ante una cámara que ha establecido por principio que podia ocupar ú obrar á su gusto sobre los compromisos contraidos, mantener ó echar abajo todas las leyes dictadas en materia de rentas, y burlarse de todo crédito público?»

Sometido por otra parte Mr. de Richelieu á las preocupaciones de una larga emigracion y de una permanencia de veinte años en Rusia, no admitia que las masas pudiesen intervenir en la política, ni aun en sus aplausos, y daba un sentido revolucionario á las palabras popular y popularidad. Además, al mismo tiempo que los periódicos ingleses publicaban interminables narraciones sobre las ovaciones hechas por la poblacion de Inglaterra á los oradores principales de aquel pais, los periódicos realistas daban los pormenores de fiestas semejantes ofrecidas en el mediodía despues de la legislatura á algunos de los principales miembros de la mayoría. En Tolosa, entre otras, una parte de la poblacion, hombres, mujeres y niños habian salido al encuentro de Mr. de Villèle, á mas de media legua de la ciudad; cada habitante tenia en la mano ramos verdes, ó ramos de laurel; habian levantado arcos de triunfo en el camino y la guardia nacional y la guarnicion aguardaban sobre las armas. En medio de este cortejo, con un coche cubierto de laureles, al son de una numerosa música, los cantos de canciones realistas y á los gritos de «¡viva el rey! ¡viva Villèle!» hizo este diputado su entrada en Tolosa; las calles, atestadas de gente, estaban tapizadas de flores, todos proferian esclamaciones de júbilo, todas las manos agitaban pañuelos blancos, y las ventanas de cada casa estaban adornadas desde la mañana de banderas con flores de lis. Por la noche hubo fuegos artificiales e iluminaciones. Las mismas demostraciones habian acogido á la vuelta de MM. de Aldeguier, de Cardonnel y de Puymaurin. MM. de

(1) Queriendo Luis XVIII completar la educacion política de Mr. Decazes, se habia propuesto, dicen, enseñarle el inglés. Cuéntase que los progresos del ministro fueron muy rápidos, y que á fuer de discípulo reconocido, concedia esclusivamente el honor de su buen resultado al talento de su maestro, que aceptaba ávidamente el elogio, cuando se sabia, se añade, que cada dia, antes de ir á las Tullerías, Mr. Decazes tomaba leccion de uno de los mas hábiles profesores de Paris.

(2) El cultivo de este tubérculo habia tomado un inmenso desarrollo en la época de la revolucion, y sus productos habian sido un poderoso alivio para la poblacion durante los primeros años de la república.

Castelbajac y de Saint-Géry habian hallado el mismo entusiasmo en Rabasteins, á donde habian llegado teniendo igualmente por escolta la guardia nacional y la gendarmería. «Hácense populares, y son los reyes de la multitud, decian á Mr. de Richelieu, haciéndole notar la semejanza de estas ovasiones con las demostraciones radicales británicas; con una legislatura mas, serán dueños del gobierno y dominarán el trono.» El primer ministro estaba conmovido, pero solo vacilaba ante el temor de abrir las puertas de la asamblea á una mayoría revolucionaria. Mr. Pasquier formó cuadros, estableció estadísticos, y consiguió demostrar á Mr. de Richelieu que los realistas moderados le proporcionarian en la nueva cámara una mayoría de sesenta votos. Por último cedió el primer ministro.

Mr. Lainé se habia mostrado menos difícil de convencer, á pesar de que en el primer momento hubiese igualmente rechazado la medida, pero el resentimiento del insulto que habia sufrido en 8 de abril, el recuerdo de los alborotos de que él mismo habia sido testigo, y que como á presidente habia tenido que reprimir mas de una vez, triunfaron de sus escrúpulos. Su accesion y la de Mr. Corvetto, cuyos planes rentísticos habian encontrado tan rudos adversarios entre los mas influyentes de la cámara, daban á la disolucion cuatro ministros entre siete, esto es, la mayoría del gabinete. Mr. Decazes quiso obrar inmediatamente, pero le detuvo un nuevo obstáculo. Luis XVIII, como todos los caractéres débiles, se mostraba resuelto cuando solo se trataba de discutir, y vacilaba cuando era necesario concluir. Habia adoptado el principio de la medida, pero en el momento de realizarla, reflexionó y quiso aguardar. «En lugar de precipitar la disolucion, decia á su ministro de policía, ¿no valdria mas tratar de reunir la cámara, y no disolverla hasta que haya probado que nada puede esperarse de ella? La medida será mejor acogida despues de injusticias nuevas y mas ruidosas.» Redactáronse otras notas y las pusieron á sus ojos. «¿No hay peligro en aumentar estas injusticias? se le contestaba. ¿Sábese hasta qué punto podrá soportarlos la Francia? ¿Qué nuevo daño habrán ocasionado á las rentas? ¿Quién puede dudar, por otra parte, que los debates de la cámara, si se la llama, no producirán desde las primeras sesiones una agitacion mas viva todavía que durante la última legislatura? Disolver en semejante momento, proceder *ab irato* seria suscitar, en ciertos departamentos, una especie de oposicion ó mas bien una resistencia directa á la voluntad del rey, que degeneraria en divisiones funestas á la causa del trono. Disolver hoy dia no daria márgen á ninguno de estos inconvenientes: la medida no tendria nada de personal contra los diputados, no seria mas que una especie de tributo prestado á la carta y bajo este título obtendria el asentimiento general. Lejos de escitar la turbacion, seria por parte del gobierno una prueba de resolucion y de fuerza que le granjearia los espíritus vacilantes ó dudosos todavía, que inspiraria confianza á los estranjeros y facilitaria las negociaciones no terminadas todavía. Los diputados estarán sin duda descontentos, pero se guardarán de manifestarlo; temerán irritar al gobierno cuyo influjo en las elecciones será siempre bastante poderoso para que ningun candidato esté dispuesto á resistirlo.» Luis XVIII admitia la exactitud de estas observaciones y no tomaba partido alguno. Sin embargo corria el tiempo; acercábanse los últimos dias de setiembre, y el 1.° de octubre era la fecha señalada para la apertura de la legislatura. Por último conoció Mr. Decazes el secreto de la resistencia de su señor: temia el rey la irritacion de los miembros de su familia y principalmente la cólera del conde de Artois, que colocado en una de las estremidades de su palacio, se constituia en severo guardador de las antiguas doctrinas monárquicas, y en protector decidido de los principios y de los actos de la cámara que se pensaba en disolver.

¿Cómo dar á Luis XVIII la fuerza para resistir las repulsas de todos los suyos? Pensóse en invocar el apoyo de Alejandro, pues al principio de la restauracion habia sido frecuente la intervencion del czar. Tres veces, entre otras, su voluntad habia impuesto á los dos hermanos concesiones políticas importantes que rechazaban; Mr. Decazes ayudado por MM. Molé y Pasquier, decidió á Mr. de Richelieu á escribir á dicho soberano para esponerle los motivos que tenian los ministros para querer la disolucion y para solicitar su consejo. Pero al mismo tiempo que el primer ministro consultaba al czar, el embajador de este último en París, conde de Pozzo di Borgo, cediendo á las instancias de los mismos personajes, presentaba esta medida á su amo como necesaria á la tranquilidad de la Francia y á la paz de la Europa, suplicándole que la aconsejase al rey. Alejandro se prestó de buen grado á dar este paso, y al efecto envió á Luis XVIII una carta autógrafa, en la que le decia «que por el interés de la tranquilidad del reino de Francia y de la paz general de Europa, le parecia que la disolucion de la cámara de los diputados podria producir ventajosos resultados.» Suficientemente protegido Luis XVIII por este parecer, consintió por último en dar su firma. Entonces fué cuando se creyó deber informar de todos estos hechos al canciller Dambray, á Mr. Dubouchage y al duque de Feltre, que hasta aquel momento habian ignorado completamente el trabajo de sus colegas. No temian estos su oposicion, puesto que Mr. Dambray no tenia otra voluntad que la del rey; el vizconde Dubouchage, inteligencia débil y debilitada todavía por la edad, no estaba en el caso de emitir y sostener una oposicion, y en cuanto al duque de Feltre, garantizaba su docilidad el interés de su cartera. No se les consultó, contentándose con anunciarles la medida. No se trataba sino de fijar los términos del decreto; Mr. Decazes estaba encargado del preámbulo que hizo redactar por Mr. Pasquier; la redaccion de los artículos fué tarea de Mr. Lainé, tarea difícil, porque sin ninguna ley de eleccion debia arreglar la forma de nombramiento de los nuevos diputados, y Mr. Lainé la estableció combinando las disposiciones especiales insertas en la carta con las del decreto del 21 de julio de 1815. Por último en 5 de setiembre, estuvieron concluidas todas las partes de este trabajo, sin que nadie en la corte ni en el mundo oficial, á escepcion del rey y los ministros MM. Molé, Pasquier y de Barante, hubiese tenido noticia del acta importante que iba á producir una viva emocion en el reino; puso su firma Luis XVIII á las ocho de la tarde, y á las once se mandaba una copia al Monitor para su insercion; pero ya fuese que los cuadros adjuntos al decreto fuesen incompletos ó necesitasen rectificaciones, ya fuese cualquier otra causa, se retardó un dia la insercion, pues hasta el 7 por la mañana no publicó la hoja oficial el siguiente

REAL DECRETO.

«Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia [redacted] á todos los que las presentes vieren, salud.

»Despues de nuestro regreso á nuestros estados, cada dia se nos ha hecho mas patente esta verdad proclamada en una ocasion solemne, que al lado de la ventaja de mejorar está el peligro de innovar. Estamos convencidos de que las necesidades y los deseos de nuestros súbditos se reunirán para conservar intacta la carta constitucional, base del derecho público en Francia y garantía del sosiego general: por consiguiente hemos juzgado necesario reducir la cámara de los diputados al número determinado por la carta, y de no llamar á ella sino hombres que cuenten cuarenta años de edad. Mas para llevar á cabo legalmente esta reduccion, es indispensable convocar nuevos colegios electorales, á fin de proceder á la eleccion de una nueva cámara de los diputados.

»Por estos motivos, despues de haber consultado á nuestros ministros, hemos ordenado y ordenamos lo siguiente:

»Art. 1.° No se revisará ningun artículo de la carta constitucional.

»Art. 2.° Queda disuelta la cámara de los diputados.

»Art. 3.° El número de diputados de los departamentos está fijado conforme al artículo 36 de la carta, segun el cuadro adjunto.

»Art. 4.° Los colegios electorales de distrito y de departamento, permanecerán compuestos del modo que han sido reconocidos y tal como han debido ser completados por nuestro decreto del 21 de julio de 1815.

»Art. 5.° Los colegios electorales de distrito se reunirán en 24 de setiembre del presente año, y cada uno elegirá un número de candidatos igual al número de diputados del departamento.

»Art. 6.° Los colegios electorales de departamento se reunirán en 4 de octubre, y cada uno de ellos elegirá la mitad al menos de diputados entre los candidatos presentados por los colegios de distrito.

»Art. 7.° Toda eleccion en la que no asistan la mitad mas uno de los miembros del colegio, será nula. Para que sea válida la eleccion de los diputados es necesaria la mayoría absoluta entre los miembros presentes.

»Art. 8.° Las actas de eleccion serán examinadas en la cámara de los diputados, que fallará acerca de la regularidad de las operaciones. Los diputados elegidos estarán obligados á sacar su fe de bautismo, por la que conste que han cumplido cuarenta años, y un estracto de los registros debidamente legalizados que haga constar que pagan al menos mil francos de contribucion directa.

»Art. 9.° Se contarán al marido las contribuciones pagadas por su mujer y al padre las de sus hijos menores.

»Art. 10. Los colegios celebrarán y verificarán las elecciones en la forma y segun las reglas prescritas para los últimos colegios.

»Art. 11. La legislatura de 1816 se abrirá en 4 de noviembre del presente año.

»Art. 12. Quedan revocadas las disposiciones del decreto del 13 de julio que se opongan al presente.

Dado en el palacio de las Tullerías á 5 de setiembre del año de gracia 1816, y 22.° de nuestro reinado.

»Firmado: Luis.

»Por el rey, el ministro de la gobernacion, firmado: Lainé.»

Toda la importancia de este decreto consistia en los dos primeros artículos. Proclamando el ministerio que ningun artículo de la carta seria revisado, aseguraba la permanencia de todas las garantías inscritas en el pacto fundamental, y echaba abajo las amenazas de reconstitucion política y social que alarmaba todos los intereses materiales y morales salidos de la revolucion; disolviendo la cámara, anunciaba la resolucion de romper con los hombres cuyas doctrinas y pasiones cubrian la Francia de víctimas hacia diez y ocho meses. Una inmensa esclamacion de reconocimiento acogió esta doble promesa, el decreto que la contenia fué saludado como un beneficio inesperado, y aunque dictado menos por arrepentimiento ó por un pensamiento de justicia que por un sentimiento de interes personal y por necesidades actuales fue colocado por las circunstancias á la altura de un acto de bien público y de una medida nacional. Olvidáronse las persecuciones, las violencias del ministro que las habia llevado á cabo, y los crímenes de sus agentes; en los primeros destellos de júbilo, pronuncióse el nombre de este personage político como el de un salvador, y acuñáronse medallas para perpetuar la memoria del suceso. «No me quejaré mas, escribia á Mr. Decazes un general que hacia mas de seis meses que estaba encarcelado por un simple capricho de este ministro; consiento en pagar con un año de mi libertad cada decreto semejante que hagais publicar.» Pocos se han hallado en circunstancias tan favorables como Mr. Decazes, despues del decreto del 5 de setiembre, para abrirse una de estas brillantes carreras políticas que dejan vestigios á toda una época, y legan un nombre ilustre á la historia. Desgraciadamente la gratitud pública no podia elevar el carácter ni la inteligencia política de este ministro: hallóse inferior á su fortuna, y no teniendo al servicio de su omnipotencia otra superioridad que el favor del príncipe, debia permanecer, como se verá, el caprichoso favorito de un rey viejo.

Si el decreto que acabamos de trascribir se atraia las bendiciones de la multitud de ciudadanos que condenados á prision, á destierro, á la ruina y á la muerte, veian por último en él el termino de sus males, provocó en cambio entre los realistas una indignacion y una cólera tanto mas vivas cuanto menos esperado era el golpe; fue á sorprenderles en el momento en que exaltados por las ovaciones hechas á los jefes de la mayoría de la última cámara, publicaban en alta voz sus proyectos y sus esperanzas, anunciaban su próximo triunfo, se repartian de antemano los principales cargos en el gobierno, y afirmaban que, cansada de desórdenes y de constituciones, la Francia rechazaba la carta y aspiraba al restablecimiento del antiguo órden político y religioso. Para ellos el decreto del 5 de setiembre era una medida tan revolucionaria como los actos mas violentos de la convencion. Al saber la nueva el conde de Artois de boca de Mr. de Richelieu, no pudo contener su cólera; acusó á Mr. Decazes de traicion y profetizó la ruina de la monarquía. La duquesa de Angulema no quiso recibir á los ministros encargados de hacerle la misma comunicacion. En vano un jóven distinguido á quien hacia tres meses se habia confiado la direccion de la censura (1), privó toda queja, toda reflexion en los periódicos adversarios de la medida, pues no se hizo aguardar la protesta del partido sobre que hacia caer el golpe. Esta protesta fué ruidosa, llena de amargura, y tuvo por órgano á un antiguo ministro de Gante, espíritu móvil que tomaba la pasion por la conviccion, las sombras de su imaginacion exaltada por la realidad; á quien en 1814 y 1815 habia faltado el sentimiento patriótico y nacional hasta tal punto que, colocando la patria, por una impía metáfora, en el sitio donde se encontraban los antiguos príncipes, en medio del enemigo, se habia puesto dos veces al lado de los coligados; escritor de elevado talento que habia tenido la desgracia, en estas dos épocas, de perseguir con insultos y calumnias odiosas al jefe del imperio, de colmar de injurias á los valientes armados para la defensa de la Francia invadida, y de pedir contra ellos persecuciones y suplicios, y que en los deplorables estravíos de su cólera de partido, no tenia anatemas sino para los vencidos, y ni saña sino para las víctimas. Este hombre, llegado á la celebridad política por la celebridad literaria, era el par de Francia vizconde de Chateaubriand. Con el título de la *Monarquía segun la carta* acababa de componer un folleto político que tenia por objeto ajustar esta carta á la monarquía tal como la comprendian los miembros de la cámara disuelta, de la cual por otra parte ensalzaba las pasiones, las doctrinas y los actos. En este folleto reasumia así su sistema de gobierno: «Confiad los primeros cargos del estado á los verdaderos amigos de la monarquía legítima. ¿Acaso os faltan muchos para salvar la Francia? No pido mas que siete por departamento: un obispo, un comandante en jefe, un prefecto, un procurador del rey, un presidente del tribunal prebostal, un comandante de gendarmería y otro de guardias nacionales. Si estos siete hombres son de Dios y del rey, os respondo de lo demás.» Terminado estaba ya este folleto cuando apareció el *Monitor* del 7 de setiembre; Mr. de Chateaubriand añadió al momento á su opúsculo una *Posdata* que empezaba así: «La cámara de los diputados está disuelta, pero esto no me estraña, porque se adopta el sistema de los intereses revolucionarios.» Despues añadia: «¿Qué imperiosos motivos han podido inducir á los ministros á recurrir á la prerogativa real? He aquí la gran razon porque se pone todavía á la Francia en lotería: El partido que arrastra á la Francia á su perdicion por la disolucion quiere, atropellando por todo, la venta de los bosques del clero, y la quiere no como un buen sistema de renta, sino como una buena medida revolucionaria; no para pagar á los aliados, sino para consagrar la revolucion. Se ha temido además que la cámara instruyese al rey sobre la verdad. Por último el partido no ha podido nunca perdonar á los diputados haber echado abajo sus proyectos y herido en los regicidas á los príncipes de la revolucion. Que no se desalienten sin embargo los buenos franceses; ¡que se presenten en masa á las elecciones! Pero ¡qué cuiden de precaverse de una seduccion de la que es tan difícil escapar! Se les hablará del rey y de su voluntad. Callarán los verdaderos franceses, brotarán las lágrimas de los ojos, en nombre del rey se les quitará el sombrero, se tomará el billete presentado por una mano enemiga y se pondrá en la urna. Apartaos del engaño. Salvad al rey sobre todo!»

Proclamar triunfante la revolucion, y presentar al rey como dominado por un partido y por consejeros revolucionarios que le arrastraban á su perdicion para vengar la proscripcion de los regicidas, cuando en todo el reino el título de revolucionario lo era de proscripcion, cuando por rencores de esta revolucion y con el objeto de ahogar sus principios y aniquilar á sus partidarios, el gobierno llenaba las cárceles de detenidos, sembraba la persecucion y la ruina en todas las clases de ciudadanos, é inundaba de sangre los cadalsos, atreverse á decir tales cosas era no solamente traspasar todos los límites de la hipérbole, sino hacer que la exageracion tomase además de las circunstancias la apariencia de una odiosa superchería. Estas acusaciones no dejaron de alarmar vivamente á los ministros, que temian, en vísperas de una eleccion general, el efecto que podian producir sobre la masa de los electores y sobre los funcionarios de todas clases dichas acusaciones de fautores de revolucion y de revolucionarios, que los mas atrevidos no recibian en aquella ocasion sin inmutarse; por lo que quisieron hacer desaparecer la obra antes que se espendiera al público un solo ejemplar. Por la direccion de la librería habian tenido noticia de la amenazadora *Posdata*. No se dió tiempo á la librería de poner en venta el folleto, porque fué invadida su casa, registrados sus almacenes y la policía se apoderó de todos los ejemplares que pudo descubrir. Esta violencia, que la época permitia, fué inútil, porque reimpresa la obra por prensas atrevidas, se introdujo y circuló bien pronto por todas las ciudades; la última frase de la *Posdata* fué inmediatamente la consigna del partido realista; el rey, decian, prisionero en su palacio, estaba entregado á la tiranía de sus ministros, por lo que el decreto del 5 de setiembre no era de ningun modo la espresion libre de su voluntad. ¿Cómo destruir esta alegacion, repetida en todos los puntos del reino, y á la que daba cierta autoridad el título de ministro de estado que Mr. de Chateaubriand habia continuado en su firma, título que parecia anunciar en el autor un conocimiento íntimo de las cosas del consejo del rey? Mr. Decazes, para conseguirlo, hizo firmar á Luis XVIII el decreto siguiente:

«Luis, etc.

»Habiendo el vizconde de Chateaubriand, en un escrito impreso, suscitado dudas acerca de nuestra voluntad personal manifestada por nuestro decreto del 5 del presente mes,

»Hemos ordenado lo que sigue:

»Desde este dia, el vizconde de Chateaubriand dejará de ser comprendido en el número de nuestros ministros de estado.

(1) M. Villemain habia sido nombrado para la direccion de la imprenta y de la librería en 19 de junio de 1816, en plena reaccion. Sus ademanes obsequiosos, y su palabra dulce y abundante ocultaban el zelo mas inquisitorial y mas ciego. Ejerció este cargo por mucho tiempo. Los escritores sin opinion ó dóciles al poder, alababan su dulzura, pero su direccion en cambio fue muy pesada como se verá, para los que demostraban alguna independencia de espíritu ó alguna energía en la espresion, como que tuvieron en él un peligroso perseguidor.

«Dado en nuestro palacio de las Tullerías en 20 de setiembre del año de gracia de 1816, y el 22.° de nuestro reinado (1).»

Este acto de vigor, anterior cinco dias solamente á la época fijada para la reunion de los colegios electorales de distrito, acabó de asegurar muy á propósito el celo de los funcionarios de los departamentos. En vano el ministro de policía habia enviado á todas las provincias comisarios encargados de comunicar á los prefectos una carta autógrafa del rey en la que el monarca afirmaba que el decreto, objeto de tantos clamores, era la libre espresion de su voluntad; la mayor parte de estos administradores no se atrevian á tomar resueltamente partido entre el gabinete y sus adversarios. Los mismos ministros por otra parte contribuian á esta vacilacion; pues si bien Mr. Decazes en sus circulares recomendaba combatir hasta el esceso á los hombres de la antigua mayoria, por otro lado Mr. de Richelieu, atormentado continuamente por los escrúpulos que le habian hecho vacilar ante la disolucion, escribia: «Haced todos los esfuerzos posibles para que entre los diputados no haya jacobinos, ni hombres de partido; pero siempre valdrian mas realistas de esta clase que revolucionarios.» La destitucion de Mr. de Chateaubriand puso fin á las incertidumbres. Alentados por esta desgracia ruidosa del hombre en quien se reunian, por decirlo así, las doctrinas y las pasiones de la cámara disuelta, cierto número de agentes de la administracion general dirigieron los votos del cuerpo electoral á hombres menos hostiles que los miembros de la antigua mayoría á los intereses materiales y morales salidos de la revolucion; los mismos adversarios de la restauracion, libres ya de los temores que les habian alejado de las elecciones precedentes, contribuyeron al resto: presentáronse todos esta vez en los colegios y uniendose á los electores ministeriales contra el enemigo comun, se esforzaron en hacer triunfar á los candidatos del gabinete. Solamente los antiguos departamentos del mediodia persistieron en sus antiguas elecciones: el ministerio sin embargo llevó la mejor parte. La nueva cámara se componia de doscientos cincuenta y nueve diputados, de cuyo número ciento sesenta y ocho pertenecian á la última cámara, y solo habia unos ciento que formaban parte de la antigua mayoría y volvian con sus pasiones; el ministerio, pues, podia contar con una mayoría de sesenta votos. Abrióse la sesion en el indicado dia 4 de noviembre: el rey fué recibido con el acostumbrado ceremonial, acogieron su entrada en la cámara las aclamaciones habituales, y sentado y cubierto, segun el uso, pronunció el discurso de apertura diciendo:

«Reina en el estado la tranquilidad, y si una empresa insensata (hechos de Grenoble) ha podido alarmar un instante, no ha servido sino para hacer resaltar mejor la adhesion de la nacion y la fidelidad del ejército...

«Desgraciadamente son necesarias é indispensables todavia grandes cargas. Mandaré que os pongan de manifiesto el cuadro fiel de los gastos indispensables y los medios de cubrirlos. El primero de todos es la economía, que he introducido ya en todos los ramos de la administracion, y trabajo sin cesar para introducir otras nuevas. Unidos siempre en intencion y sentimientos, mi familia y yo haremos los mismos sacrificios que el año último; y por lo demás, descanso en vuestro celo por el bien del estado y en el honor del nombre francés...

«Unidos por nuestra conducta, como lo estamos de corazon, á los divinos preceptos de la religion, estemoslo tambien á esta carta, que, sin tocar ningun dogma, asegura á la fé de nuestros padres la preeminencia que le es debida, y que en el órden civil garantiza á todos una sabia libertad, y á cada uno el pacífico goce de sus derechos, de su estado y de sus bienes; no permitiré nunca que se atente contra esta ley fundamental: claramente lo dice mi decreto del 5 de setiembre.

«Finalmente, señores, cesen los rencores; que los hijos de una misma patria, y me atrevo á añadir de un mismo padre, sean verdaderamente un pueblo de hermanos... y que mi pueblo esté bien asegurado de mi inalterable firmeza para reprimir los atentados de la malquerencia y para contener los estravíos de un zelo demasiado ardiente.»

Estas últimas palabras indicaban la política de oscilacion ó de contemporizacion, que Mr. Decazes debia esforzarse en sostener hasta el dia de su salida del ministerio. Las respuestas de las dos cámaras presentaron una insignificancia estudiada. En vano Mr. de Chateaubriand, levantándose contra la influencia ejercida por la administracion sobre las nuevas elecciones, y contra el apoyo que le habian prestado, aun los adversarios políticos de la restauracion, habia esclamado: «Bonaparte se sirvió de los revolucionarios despreciándoles: aquí se ha querido servirse de ellos honrándoles. Los realistas han estado consternados. ¿Podian creer acaso que fuesen elegidos tales agentes para apóstoles de la legitimidad? ¿Podian comprender algo de este trastorno de ideas? Los Jacobinos, levantando un grito de alegría que ha llegado á oidos de todos sus hermanos en Europa, han salido de sus guaridas; se han presentado á las elecciones, sorprendidos de que se les llamase á ellas, admirados de verse agasajados como los verdaderos sostenedores de la monarquía.» Sus colegas de la cámara de los pares se contentaron con repetir á Luis XVIII el discurso que les habia dirigido. La respuesta de los diputados fué igualmente una paráfrasis servil del discurso del rey. No duró mucho tiempo esta calma, pues los miembros de la antigua mayoría no tardaron en dirigir violentos ataques contra el ministerio. Trabóse, entre otras, una lucha viva y prolongada al tratarse de una ley electoral, que fue el objeto capital de esta legislatura y cuya discusion y votacion pertenecen al año 1817.

CAPÍTULO VII.

Legislatura de 1816-1817. Comprobacion de poderes; peticion de la señorita Robert.—Ley de las elecciones del 5 de febrero: esposicion de motivos por Mr. Lainé; discusion de la ley en las dos cámaras; su adopcion.—Ley sobre la suspension de la libertad individual. Prolongacion de la suspension de la libertad de la prensa.—Presupuesto, su discusion en la cámara de los diputados; reclamaciones para la restitucion de todos los bienes del estado á la órden de Malta y al clero; economías propuestas por Mr. de Villele; adopcion de la ley. Discusion en la cámara de los pares.—Estado político y moral de Francia; juez de paz de Richelieu; arrestos y condenacion por una medalla; proceso de prensa, sentencias capitales por causas políticas y ejecuciones en Alenzon, Burdeos, Melun y Paris.—Carestía, sus causas, sus progresos; discusiones en los departamentos; condenaciones á muerte y ejecuciones en Sens y en Montargis; amnistía.—Ocurrencias de Lyon; hechos anteriores al mes de junio; insurreccion de nueve pueblos; llévanse á cabo quinientos arrestos; comparecen ciento y cincuenta acusados ante el tribunal prebostal; pronuncia este tribunal ciento veinte y dos ejecuciones, de las cuales veinte y ocho son á pena capital; ejecucion en Lyon y en seis parroquias rurales: nuevos rumores de conspiracion; nuevas prisiones; terror en el departamento del Ródano. Mision confiada á Marmont; su llegada á Lyon; sus descubrimientos; reparaciones ordenadas por el gobierno.—Modificacion ministerial; el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, MM. Pasquier y Molé reemplazan al duque de Feltre y á MM. Dambray y Dubouchage.—Elecciones; aparicion de nuevos candidatos; los independientes; resultados de la renovacion de la primera quinta parte de la cámara de los diputados.—Apertura de la legislatura.

1817.—En la situacion política ocasionada á Francia por el decreto del 5 de setiembre, la nueva cámara de los diputados no podia presentar mas que dos grandes divisiones: los partidarios del decreto y sus adversarios. Los primeros, cualesquiera que fuese por otra parte la clase de oposicion á las doctrinas y á los actos de la cámara disuelta, se confundian, por decirlo así, en un solo partido, y se replegaban todos detrás de los ministros; los segundos, compuestos de los miembros de la antigua mayoría, no habian perdido nada de sus pasiones, y se agrupaban al rededor de los mismos jueces. La derrota no los habia abatido: al contrario, volvian mas ardientes y mas irritados. Pero desde los primeros escrutinios se manifestó su debilidad numérica para el nombramiento de los candidatos á la presidencia: MM. de Villèle, Corbière, de Bonald y Trinquelague, que no pudieron obtener mas de ochenta votos. Una operacion preliminar, la comprobacion de los poderes, habia dado ya á la nueva minoría la prueba de su impotencia y de su inferioridad.

Numerosas protestas, emanadas ya de antiguos diputados no reelegidos, ya de electores realistas partidarios de la antigua mayoría, habian señalado la activa intervencion de ciertos prefectos en las elecciones de un departamento. Apoyando Mr. de Villele una protesta dirigida, entre otras, contra los nombramientos del Paso de Calais, habia leido en la cámara y dejado en la mesa una carta en la que el prefecto Mr. Malouet, decia á un elector: «Luego que llegueis á Arras, hacedme el honor de venir á mi casa; yo solo puedo haceros conocer el pensamiento del rey y sus verdaderas intenciones. No os olvideis de cumplir con el sagrado deber de votar, pues lo piden el rey, la Francia y la carta.» Otra protesta firmada por MM. Lacheze-Murel (1) y Syries

(1) Al título de ministro de Estado iba aneja una pension anual de doce mil francos, y algunos amigos del ministro destituido hicieron diligencias para conservársela, consintieron en ello los ministros, y Mr. de Chateaubriand continuó recibiéndola.

(1) Mr. Lachèze-Murel es el diputado que en la última legislatura, habia propuesto y hecho adoptar la restitucion de los registros del estado civil al clero.

de Marinhac, diputados no reelegidos, contenia, además estos párrafos: «Las elecciones del Lot han presentado un resultado tan poco ventajoso, que es necesario, para el honor del departamento, probar al rey, á la familia real, á la cámara de los pares, á la de los diputados y á la Francia entera, que los habitantes de esta provincia son eminentemente realistas. El prefecto del Lot ha protegido siempre desde su llegada á los hombres culpables. Rigió por entero la influencia revolucionaria, puesto que no se ha hecho ningun espurgo. Los subprefectos profesan los mismos principios. En el mes último, Mr. Lezay-Marnesia, prefecto, agasajó con afectacion todos los intereses revolucionarios; fue recibido con júbilo en muchas ciudades, y en Saint-Ceré los revolucionarios le elevaron un arco de triunfo con una corona tricolor, proclamando que era uno de los suyos.» A pesar de la pasion que las dictaba, estas reclamaciones, testimonio ansioso del estado de las opiniones en esta época, no carecian, sin embargo, de todo fundamento; no podia dudarse de la intervencion de cierto número de agentes ministeriales, y los ministros mismos no la desmentian. Pero los diputados que formaban la nueva mayoría temian de tal modo alterar con una censura el sistema político originado del decreto tan reciente todavía del 5 de setiembre, que á pesar de las vehementes reclamaciones de MM. de Villèle, Corbière, Benoist, Cornet-d'Incourt y de Maccarthy, permaneció sorda esta mayoría á todas las quejas y declaró válidas todas las elecciones disputadas. Esta comprobacion de poderes habia ocupado las sesiones del 7, 8, 9 y 10 de noviembre, y en 28 los restos de la antigua mayoría se entregaron á un nuevo y vivo ataque con motivo de una relacion de peticiones.

En 30 de octubre precedente, el señor Robert, antiguo agente de intrigas realistas, perseguido por mucho tiempo por la policía imperial, y que al regreso de Gante, en 1815, habia emprendido la publicacion de un periódico titulado «El Fiel Amigo del Rey,» habia sido arrestado lo mismo que su hijo por órden del ministro de policía. Uno y otro incomunicados durante tres dias y trasladados luego á la Force, habian visto además suprimido su periódico. Estos eran los hechos que la señorita Antonieta Robert, hija y hermana de los detenidos, denunciaba á la cámara acusando á Mr. Decazes de atentado á la libertad individual, de violacion de una propiedad privada, de maquiavelismo y de perversidad. El ministro de policía pretendia hallar el derecho de suprimir El Fiel Amigo del Rey en la ley del 21 de octubre de 1814, y en un decreto del 9 de agosto de 1815; el arresto y la detencion de Mr. Robert estaban igualmente justificadas á sus ojos por las disposiciones de la ley del 29 de octubre de 1815 sobre la suspension de la libertad individual. Estos hechos no tenian nada de escepcional; la policía habia suprimido ya mas de un periódico, y en aquel mismo momento, acaso no existia, en toda la estension del reino, una sola cárcel que no encerrase muchos ciudadanos detenidos sin forma de juicio, como sospechosos de malas opiniones ó enemigos presuntos del rey y del trono. Ninguna voz dentro ni fuera de la cámara se atrevia á levantarse todavía á favor de esta clase de presos, y Mr. Decazes podia esperar que lo mismo sucederia con MM. Robert. Pero eran estos de aquellos realistas que maldiciendo el decreto del 5 de setiembre, y viendo en él el triunfo de la revolucion sobre la monarquía, daban el título de traidor al ministro de policía, y esta acusacion, que á los ojos de Mr. Decazes era un verdadero crímen, constituia en cambio su inocencia á los ojos de los miembros de la antigua minoría; así es que los diputados de este partido, despues de haber exigido la lectura de la peticion, se propusieron sostenerla. El primero que habló fué Mr. de La Bourdonnaie, que pidió que el ministro diese cuenta oficial á la cámara de los hechos denunciados. «Se dirá que la ley del 29 justifica tales actos; ¡ah! los setenta y cuatro miembros de la cámara actual que concurrieron á dictar esta ley no creyeron que permitiese nunca al ministro tan espantosa arbitrariedad,» esclamó este ardiente realista, olvidando que al discutir la ley sus amigos y él propio se quejaban de que sus disposiciones no eran bastante enérgicas. «Pero al votarla, le contestó Mr. Courvoisier, ¿no previsteis sus consecuencias inevitables? La suplicante nos dice que los señores Robert son antiguos y fieles amigos del rey; pero el ministro es tambien un amigo del rey, y la confianza de S. M. justifica bien este título. ¿Quién os asegura que el ministro, lejos de merecer acusaciones, no merece nuestros elogios? ¿Os ha dado cuenta de sus actos?—Mr. de Villèle: ¡Esto es propiamente lo que se le pide!» Mr. Corbière apoyó á su vez la proposicion de Mr. de La Bourdonnaie, y fué luego sostenido por Mr. de Castelbajac, que se acaloró: «¡Y qué! esclamó el diputado con suma vehemencia, ¿en esta sala, en 1816 se oirá en vano el grito de dolor de un verdadero realista? — ¡Todos nosotros somos realistas!» De todos los ángulos del recinto salen gritos de ¡sí! ¡sí! ¡nó! ¡nó! Introdúcese pronto el desórden en la asamblea; una parte de los diputados piden que se continúe la discusion, un mayor número reclama tumultuosamente la conclusion, y el presidente procede á la votacion de esta última proposicion; resultan dudosas dos pruebas y entonces resuenan con fuerza los gritos de ¡votacion nominal! pero casi cien diputados abandonan el salon precipitadamente. «Quiérese impedir la votacion y hacer lo que en los colegios electorales!» esclama un miembro. Sube de nuevo á la tribuna Mr. Courvoisier, y esforzándose en sobreponerse al tumulto esclama: «No hay que disimularlo, muchos individuos de la cámara tienden indudablemente á la popularidad; los mas celosos defensores de la ley del 19 de octubre se oponen ahora á su votacion.» Acreciéntase el desórden con estas palabras, y el presidente, no pudiendo poner coto al tumulto, difiere la sesion para el dia siguiente. El 29 continúa el debate con el mismo carácter de animosidad: MM. Benoist, de Villèle y Piet reiteran los ataques dirigidos el dia anterior contra el ministro de policía. «Tengo para mí que la peticion entraña algo mas que un arresto ilegal y que la supresion arbitraria de un periódico, dice este último; el secreto es el restablecimiento del tormento.» Por segunda vez cerró la cámara la discusion: la misma mayoría que, reunida al rededor del decreto de 5 de setiembre, habia rechazado todas las reclamaciones que se hicieron en órden á las elecciones, desechó igualmente la peticion por la órden del dia.

A la presentacion del proyecto de ley sobre las elecciones siguió inmediatamente el dictámen de la peticion Robert. Este proyecto, obra de Mr. Lainé, ministro de la gobernacion, era el campo en donde debian chocar con mas fuerza la antigua y la nueva mayoría; con él iba á decidirse el porvenir de entrambas opiniones, haciéndose preponderante una ú otra, segun diseminara ó concentrara la ley los elementos del cuerpo electoral, constituyendo reuniones de electores mas ó menos numerosas, y comunicando una accion mas fuerte, en cada departamento, á las mezquinas influencias locales ó á las ideas de los centros de poblacion. La organizacion adoptada por los mas influyentes de la cámara disuelta, como la mas favorable al triunfo de sus doctrinas, consistia en establecer dos grados de eleccion y subdividir el cuerpo electoral en reducidas fracciones, en número de unos tres mil (1). Es indudable que el interés del gabinete exigia una combinacion muy diferente, un sistema diametralmente opuesto, y por esto Mr. Lainé admitia un solo grado de eleccion y un corto número de colegios, con el mayor número posible de electores en cada uno. Por lo que hace al problema relativo á la calidad de los electores, la carta lo resolvia de esta suerte: «Los electores que concurren al nombramiento de los diputados, decia el artículo 40, no pueden tener derecho de sufragio si no pagan una contribucion de trescientos francos y si no tienen treinta años de edad.» Al admitir únicamente como electores á los contribuyentes que reuniesen estas dos condiciones, Mr. Laine se apoyaba en la autoridad del pacto fundamental, y este sistema presentaba además una ventaja bastante rara en las leyes de organizacion política; tal era la sencillez. En cuanto al número de colegios, contraidos á uno solo por departamento y revestidos por consiguiente con la circunstancia de reunir un número bastante crecido de electores, el ministro decia en el preámbulo: «De esta suerte la eleccion recae en los hombres mas conocidos y mas considerados en toda la estension del departamento. En un círculo reducido pueden prevalecer la intriga y la medianía; pero á medida que se estiende el círculo es preciso que el hombre se encumbre para atraer la atencion y los votos; de manera que con esto solo se destruye el efecto de las mezquinas y oscuras influencias para asegurar el de los grandes y legítimos, pudiendo contar anticipadamente la nacion con verse representada en la cámara de los diputados por hombres realmente dignos de confianza y capaces de concurrir á la formacion de la ley por sus talentos, por su inteligencia y por su carácter.» Pocos son los ministros que hayan desplegado en mejores términos una moralidad patriótica mas elevada y una inteligencia mas alta, pues en realidad habia patriotismo en este lenguaje: «La nueva ley será tan sencilla como breve,» añadia Mr. Lainé al concluir. En efecto, el proyecto que leyó, aunque compuesto de veinte artículos, se resumia en las cuatro disposiciones siguientes:

«Todo francés que goce de los derechos civiles y políticos, que tenga treinta años cumplidos de edad y que pague trescientos francos de contribucion directa, puede concurrir á la eleccion de los diputados del departamento, en donde tenga su domicilio político (art. 1.º).

»En cada departamento hay un solo colegio electoral, compuesto de todos los electores del departamento. Este colegio elige directamente los diputados de la cámara (art. 7).

»Los electores se reunen en una sola asamblea en los departamentos

(1) 2.845 colegios de canton y 85 de departamento.

en donde no haya mas de seiscientos. En los que tienen mas de seiscientos, el colegio electoral se divide en secciones, pero cada seccion debe contar trescientos electores á lo menos. Cada seccion concurre directamente al nombramiento de todos los diputados que debe elegir el colegio electoral (art. 9).

» Los electores votan por papeletas que contengan en cada escrutinio tantos nombres como nombramientos deben hacerse (art. 13).»

En 4 de diciembre, seis dias despues de la presentacion de este proyecto de ley, la cámara nombró la comision encargada de examinarla. En 19 del mismo mes el relator concluyó adoptándolo, y el 26 abrió la discusion un discurso del conde de Caumont, que rechazó el proyecto ministerial fundándose en que «en 1815 se tenian en consideracion las grandes propiedades y los grandes propietarios, mientras que la nueva ley en nada les distinguia.» — «Si se busca en el proyecto la garantía sacada de la fortuna, dijo á su vez Mr. de Villele, para nada se la encuentra. Si se llama al colegio electoral á todos los contribuyentes de trescientos francos, no serán los propietarios mas ricos los que ejercerán la principal influencia, sino que evidentemente la ejercerán los contribuyentes que pagan trescientos, cuatrocientos y quinientos francos de contribucion, puesto que serán en mayor número; voto pues en contra de la ley.» MM. de Castelbajac y Josse-Beauvoir presentaron los mismos argumentos y emitieron el mismo voto: «El proyecto que se nos presenta es demasiado estenso si se quiere un sistema aristocrático, dijo el primero, y es demasiado restringido si se quiere democrático.»—«Evitemos, añadió el segundo, que las elecciones caigan en manos de los mas pequeños propietarios, de estas gentes que no teniendo una fortuna hecha se dedican á hacerla. Si no se tienen en consideracion las grandes propiedades, es de temer que en semejantes colegios no se oigan de nuevo los gritos de «¡Abajo los curas! ¡Abajo los nobles!» y que se añada tambien: «Fuera los grandes propietarios!» Otros oradores de la misma opinion disfrazaron sus críticas con manifestaciones cuya novedad admiraba y con razon á la cámara, y que formaban el mas raro contraste con sus doctrinas emitidas en la sesion anterior y con el fin real de su oposicion á la ley. «Al pueblo entero es al que prosternais delante del becerro de oro, la mas dura, la mas insultante de las aristocracias,» gritó Mr. de La Bourdonnaie aludiendo sin duda á la influencia que la nueva ley debia dar á los capitalistas y á los industriales de la clase media. «¿Convenia derramar tanta sangre é inmolar tantas víctimas para concluir por anular poco á poco todos los derechos que habeis proclamado y reducir á esclavitud política á la nacion que levantasteis con los acentos de la libertad? Y tú, pueblo francés, instrumento demasiado crédulo de todos los ambiciosos que se han elevado con tu ruina, tú, á quien quieren agitar aun, reconoce por lo menos quiénes son tus enemigos y quiénes tus defensores!» — «Leyes de circunstancias, añadió Mr. Cornet-d'Incourt, han reemplazado á muchos artículos de la carta; las mismas leyes han sido reemplazadas por simples decretos; y los decretos por instrucciones ministeriales, comentadas á su vez por los prefectos; el ministro de policía ha venido á ser el gran elector del reino. Nosotros no tenemos ni la ley sobre la responsabilidad de los ministros, ni la libertad individual, ni la libertad de la prensa, ni la libertad de las elecciones; el proyecto de ley que se presenta no garantiza esta última libertad é igualmente es impotente para afianzar la independencia de la cámara; por lo tanto lo desecho.» Mr. Corbière habló mas francamente, dijo: «Yo rechazo el proyecto de ley, porque lejos de conciliar todos los intereses, tiende á echar de la cámara á los que están mas interesados en la discusion de los impuestos y en la de las leyes de que dependen el órden y la estabilidad. Sí, con este proyecto las clases superiores sacrificadas á las inferiores, estarán privadas de toda influencia en las elecciones.» Mr. de Bonald no disfrazó mas su pensamiento; y terminó con estas palabras un largo discurso que hizo en contra del proyecto de ley. «Concluyo con una reflexion que recomiendo á vuestro zelo y atencion. Si por medio de leyes nacidas de los hábitos revolucionarios, llamando á los propietarios pequeños y á los medianos, escluís de hecho á los jefes de la propiedad, lo que está en contra del órden social. Si por el contrario, por el prudente restablecimiento de las *corporaciones* devolveis á la propiedad toda su influencia, salvais á la patria de todo peligro. Voto para que el proyecto de ley sea rechazado como anticonstitucional y antisocial.»

Los únicos adversarios de la ley electoral fueron los miembros de la antigua mayoría. No continuaremos aquí sus críticas con todos sus pormenores: podrá juzgarse por la siguiente: En algunos departamentos, decian, durante el tiempo de las elecciones, será imposible que los electores tengan donde alojarse y donde comer: «Mr. de Cardonnel esclamaba: «Grande ha sido el embarazo que ha reinado en las últimas elecciones para poder alojar de repente á doscientas personas en una ciudad pequeña: ¿qué es lo que sucederá cuando se trate de dos mil, ó de un ejército? ¿Adoptareis la idea que tiene Mr. Royer-Collard de hacer construir casas á propósito para recibirlos?»—Mr. Piet añadia: «La dificultad de poder alojar á los electores con sus caballos y sus coches, es mas grave de lo que se supone; no la resolvereis nunca. Por otra parte, ¿cómo quereis que en algunas horas terminen sus operaciones seiscientos ó setecientos electores? Sé por esperiencia propia que tocante á asambleas electorales, en ellas se encuentran personas que gastan muchos minutos por la lentitud con que firman.»

Estas objeciones nada tenian de verídicas; no eran, como decia Mr. Cardonnel, ejércitos de electores, sino algunos centenares mas, los electores que la nueva ley llamaba para reunirse en la cabeza de partido de cada departamento (1): ¿la influencia en las elecciones pertenecerá á los jefes de la propiedad, empleando las palabras testuales de Mr. Bonald, á los propietarios pequeños, ó á los medianos? He aquí la cuestion que se encuentra en el fondo de estos debates. Por lo demás, el gobierno no disputaba el cambio de fuerza que debia operar la disposicion de que se trata, en provecho de la propiedad media, y Mr. Cuvier, uno de sus comisarios, terminó la discusion con las siguientes palabras: «Se echa en cara á la ley el que no representa todos los intereses; ¿quiere llamarse á las elecciones á todos los propietarios? esto no es posible. Señores, todos los intereses estarán representados llamando á las elecciones á esta clase media cuya demarcacion ha sido establecida por la carta. Se ha dicho que los contribuyentes de tres á quinientos francos eran precisamente los que tenian que hacer aun su fortuna: ¿quién cree jamás tener hecha su fortuna? ¿El avaro tiene jamás bastante oro? Los favoritos llenos de los beneficios de un rey, ¿no ambicionan continuamente que les hagan otros? El conquistador que ha ocupado la mitad de la Europa ¿no pide la otra mitad? Alejandro encontraba pequeño el mundo. Pero pregunto yo, ¿creeis que estos grandes propietarios que vendrian á dominar en las asambleas electorales no tendrian deseos aun mas difíciles de satisfacer que los de aquellos hombres que se contentarian con un empleo humilde?» Este discurso terminó la sesion del 3 de enero; la discusion general duró seis dias, y la votacion de los artículos no fué menos larga. Comprendiendo los miembros de la antigua mayoría que el proyecto ministerial iba dirigido sobre todo contra ellos, disputaron todas las cláusulas y todas las palabras, y presentaron enmiendas sobre todos los artículos. Pero el recuerdo de las violencias de la última legislatura era aun demasiado vivo y el peligro demasiado reciente para que la mayoría reunida al rededor del decreto de 5 de setiembre se dejase arrastrar; admitió algunos cambios sin importancia y que tenian por objeto simples disposiciones reglamentarias ó modificaciones en la redaccion. Los artículos esenciales de la ley fueron adoptados en los términos en que los hemos reproducido. El dia 8 se procedió al escrutinio; doscientos treinta y dos era el número de votantes; hubo ciento treinta y dos bolas blancas y ciento negras: la ley fué adoptada por una mayoría de treinta y dos votos.

Presentada esta ley á la cámara de los pares, fué en ella combatida por el mismo partido político: MM. de Polignac, de la Ferronays, de Montmorency, de Fitz-James, de Brissac, de la Tremoille y de Chateaubriand la rechazaron enérgicamente; sus argumentos eran los de la nueva minoría de la cámara de los diputados; pero habia la diferencia que los de la oposicion de la cámara de los pares, temibles ya por su número, adquirian aun una grande fuerza moral con el apoyo personal y público del conde de Artois á quien un decreto publicado al principio de la legislatura, habia abierto por segunda vez las puertas de esta asamblea. Los ministros no osaban luchar abiertamente contra tal adversario, y opusieron á su influencia la voluntad misma del rey. El monarca vino á ser de repente un decidido partidario de la eleccion directa y de un colegio único en cada departamento; todos los dignatarios de su corte, así como los gentiles hombres de su confianza, eran pares de Francia y participaban de las opiniones políticas de su hermano, pero él tomó á su cargo el convertirlos para que fuesen partidarios del proyecto ministerial. Discutiendo con cada uno de ellos los principios de la ley, esforzándose en convencerles, pidiéndoles su voto, manifestando su mal humor cuando encontraba alguna resistencia, consiguió con su activa intervencion

(1) El ministerio habia mandado distribuir á los diputados, en apoyo del proyecto de ley, una tabla de los contribuyentes de 300 fr. de contribucion arriba; solamente treinta y un departamentos presentaban un número de electores superior á 1000. He aquí los resultados generales sacados de esta tabla: ciudadanos de menor edad y que pagan 1.000 fr. de contribucion, es decir, elegibles, 16.052; que pagan 300 fr. por su matrícula solamente, 3,836, sin matrícula 74.900, comprendida la matrícula, 90 678. Esta última suma era la de la totalidad de los electores del reino.

disminuir el número de contrarios, y gracias á este socorro, el ministerio acabó por lograr lo que pretendia. Una mayoría compuesta de los reclutados por el rey, de los antiguos senadores y de otros pares que se habian mezclado en los hechos de la revolucion y del imperio, rechazó todos las enmiendas, y la ley, votada por escrutinio, fué adoptada en 30 de enero por noventa y cinco votos contra setenta y siete. La discusion, empezada el 23, duró siete dias. El 5 de febrero, el *Monitor* publicó la nueva ley electoral como ley del estado.

Las elecciones no son sinceras, sino con la condicion de que sean directas; los votos no son libres é independientes sino con colegios concentrados y numerosos y como la nueva ley reunia estas dos condiciones, era buena ley, y apesar del corto número de electores que creaba en todo el reino. Mas haciendo abstraccion de la falta muy sensible de una indemnizacion para los diputados, y de las condiciones de impuesto exigidas tanto para ser elegible como para ser elector, esta ley es quizás aun la mejor que se ha dado desde el restablecimiento de las instituciones monárquicas en Francia. Complemento del decreto del 5 de setiembre, vino á ser una nueva consagracion de las garantías inscritas en la carta, y el honor á la carrera política de Mr. Lainé.

La cámara de los diputados, despues de haber votado la ley del 5 de febrero, discutió dos proyectos de ley presentados en la sesion del 7 de diciembre, relativos el uno á la suspension de la libertad individual y el segundo á la de la prensa. El primero de estos proyectos contenia en resúmen que todo individuo acusado de conspiraciones ó maquinaciones contra la persona del rey, la seguridad del estado, ó las personas de la real familia, podria, sin necesidad de ser llevado ante los tribunales, ser preso y detenido en virtud de una órden firmada por el presidente del consejo de ministros y por el de policía (art. 1.º); que los carceleros y guardias estarian obligados al cabo de veinte y cuatro horas á remitir copia de la órden del arresto al procurador del rey, el cual se apersonaria con el acusado siempre que este lo pidiese, levantaria acta de sus deposiciones, recibiria de él todas las memorias, reclamaciones escritas ú otros documentos, y los trasmitiria por conducto del procurador general al ministro de justicia, á fin de hacer relacion de ello al consejo del rey, el cual determinaria (art. 2.º), y la ley 29 de octubre de 1815 era derogada (art. 3.º): La presente obligaria con pleno derecho el 1.º de enero de 1818 (art. 4.º) y la ley del 29 de octubre daba á todos los empleados del reino el derecho de arrestar y detener, sin formacion de causa, á todo ciudadano sospechoso. Comparadas con este espantoso poder arbitrario, cuyo uso acababa de sumir al pais en tantas inquietudes y sufrimientos, las nuevas disposiciones podian parecer una verdadera conquista. Debia creerse que estas disposiciones desde su aparicion serian vivamente combatidas por los partidarios y por los que apoyaban el régimen de 1815, consideradas como una culpable concesion y como una especie de traicion hácia el trono. En efecto, aquellos rechazaron la disposicion, pero ¡cosa estraña, lo hicieron en nombre de la Carta olvidada y de la libertad violada. Por lo menos al rechazar la ley electoral, habian sido fieles á sus doctrinas. A la verdad la adopcion de esta última ley vino á aumentar su irritacion, y decididos como estaban á vengar su derrota por todos los medios y todas las armas, en el proyecto destinado á reemplazar la ley de 29 de octubre, no vieron mas que una ocasion para atacar al ministerio. Al cambiar de repente su actitud y su lenguaje, se constituyeron en guardas inexorables de los derechos inscritos en aquella Carta que pocos meses antes habian querido revisar. Lo arbitrario y las disposiciones escepcionales tuvieron en ellos súbitamente los mas ardientes adversarios. Este cambio brusco fué el principal argumento que los oradores ministeriales adujeron en favor de la ley. «El año próximo pasado, dijo Mr. Duvergier de Hauranne, no podiamos dictar leyes demasiado severas; estaba permitido todo lo que la arbitrariedad tiene de mas riguroso. Por el contrario este año se tiene una confianza sin límites; ya no tenemos que temer á los enemigos interiores; debe entrarse en el círculo trazado por las leyes ordinarias.» Mr. Delamalle, comisario del rey, añadia: «Yo siento, lo confieso, una gran admiracion al ver entre los de la oposicion á todos aquellos que en la legislatura de 1815 apoyaban con mas ardor la ley del 29 de octubre. ¿Habrá cambiado el tiempo ó las cosas? ¿quizás tan solo las personas?»—«Desde luego he dudado si debia desechar ó adoptar la ley que se nos ha presentado, dijo á su vez Mr. Courvoisier, pero me han ilustrado las contradicciones de aquellos que en el año pasado pedian con tanto calor la violencia y lo arbitrario, y que ahora no lo quieren. Yo he cambiado tambien de modo de pensar. No hace aun un año, que nuestros adversarios amenazaban á los franceses en sus propiedades y en sus derechos...» (Una multitud de voces: «¡Al órden! ¡al órden!—¡Al órden vosotros! grita Mr. Royer-Collard á los que interrumpen.) El desórden reina pronto en el salon; M. Courvoisier baja de la tribuna, le reemplaza Mr. Camilo Jordan, gritando: «Es preciso no alucinarse: si los ministros en vez de marchar con firmeza por la senda trazada por el decreto de 5 de setiembre, no se hubiesen dejado estraviar por consejos imprudentes, quién sabe si hoy dia, en lugar de discutir sencillas restricciones de la libertad individual, estarian ocupados en votar categorías sin fin y espurgos sin medida!» Estas graves recriminaciones no intimidan á MM. de Labourdonnaie, de Villèle y Corbiere, que combaten de un modo imperturbable al proyecto como inútil y peligroso, como destructor de la libertad individual y como exento de garantías positivas para los ciudadanos. Uno de sus amigos, menos circunspecto, no vacila en manifestar el secreto de este cambio repentino. Mr. de Sallaberry dice: «S. M. el ministro de policía nos ha bosquejado el cuadro mas verídico de nuestra situacion actual y de nuestra prosperidad futura. Las elecciones van á ser libres y de cada vez mejores; las elecciones de *cien escudos* reconocidos por escelencia por lo mejor de la nacion, no nombrarán sino á los hombres mas dignos» y si hay algun yerro será á costa de algun Arístides que si se le llamara justo, estos señores se fastidiarian. La instruccion va á ser regenerada y será sostenida la palabra *legítimo*. Hoy dia no hay en Francia mas que una docena de jacobinos que son objeto de burla, cinco ó seis bonapartistas visionarios y algunos entendimientos enfermos que sueñan con el regreso de los tiempos antiguos: el resto está afecto al rey y á su augusta familia. Si este cuadro es verdadero, la ley es inútil; si es falso, segun yo creo, la ley es insuficiente. El gobierno vela sin duda, pero guardémonos de entregarnos á una imprudente seguridad. No somos nosotros los que debemos afligirnos de que el decreto haya alegrado á todos los enemigos del rey, pero nosotros somos los que en alguna manera debemos hacer que su alegría sea corta. Aun en este momento votaria la ley del 29 de octubre toda entera, si... (el orador se detiene, risas); pero la desecho, lo repito, como inútil ó insuficiente.» La mayoría que habia votado la ley electoral, acordó tambien al ministerio la suspension de la libertad individual: discusion que habia empezado el 13 de enero terminó el 16; el proyecto fué adoptado por ciento treinta y seis votos contra noventa y dos.

La misma lucha se entabló sobre el proyecto relativo á la libertad de la prensa; este proyecto no constaba mas que de dos artículos redactados del modo siguiente: «Artículo 1.º Los diarios y los escritos periódicos no podrán publicarse sin autorizacion real. Artículo 2.º La presente ley cesará de surtir efecto en el dia 1 de enero de 1818.» Pero estas disposiciones no fueron tan discutidas como lo habia sido la ley electoral y el decreto de 15 de setiembre. «Este decreto, dijo Mr. Royer-Collard, ha arrancado á la Francia al peligro de los partidos de las pasiones y de las venganzas que estas producen; por medio de la ley electoral, el gobierno ha querido poner á la nacion en estado de prestarse á sí misma el apoyo que le da hoy dia.» Cuando Mr. de Castelbajac oyó estas declaraciones, se levantó de su banco gritando al órden y combatia la disposicion por medio de consideraciones que deberian ser elogiadas por la historia, si la repentina pasion por la libertad que inspiraba á este orador y á sus amigos hubiese sido sincera. Por lo demás, Mr. de Villèle confesó que siendo partidario de la ley no la rechazaba por otra causa sino porque ponia toda la influencia de la prensa al servicio de los actuales ministros; y Mr. Cornet-d'Incourt, con aplauso de los miembros de la antigua mayoría, proponia sustituir al proyecto de ley este artículo único: «La libertad de la prensa se suspende en lo tocante á los diarios; el gobierno dispondrá lo que crea conveniente. Por esta vez tampoco faltó la mayoría al gabinete: la discusion, abierta el 25 de febrero, terminó el 29, y pasando á votacion el proyecto resultó aprobado por ciento veinte y ocho bolas blancas contra ochenta y nueve negras.

La discusion del presupuesto que terminó los trabajos de esta legislatura, presentó la misma fisonomía que las discusiones anteriores; por una parte los miembros de la antigua mayoría acusaban al gabinete de una prodigalidad sin límites; y por otra los miembros de la nueva mayoría contestaban á todas las críticas con votos siempre aprobatorios. Los bosques pertenecientes al antiguo clero fueron para los primeros la ocasion de reclamaciones nuevas y vehementes. En vano habia aprobado la cámara, en 21 de diciembre anterior, la ley que concedia á las instituciones eclesiásticas la facultad de recibir por donacion entre vivos y por testamento, y el derecho de adquirir y poseer perpetuamente toda clase de bienes muebles é inmuebles, ley que no pudo votarse en tiempo útil en la última legislatura por las muchas modificaciones que sufrió su redaccion: este restablecimiento de bienes vinculados á provecho del clero, ventaja lejana aun, no podia compensar á los ojos de la antigua mayoría, y especialmente á los de los que pertenecian á la congregacion, la inmediata enagenacion de 150,000 hectáreas de bosque, campo y superficie dadas segunda vez en plena propiedad, por la nueva ley de hacienda, á la caja de amortizacion, cuya dotacion en rentas era por otra parte doble

de la del año anterior, es decir, consistia en cuarenta millones. Esta enajenacion fué violentamente atacada por todos los contrarios del gabinete. Por una rara confusion de los hechos, todos veian en los obispos y curas que componia el actual clero, á los sucesores y herederos de los antiguos frailes: «Queremos que se devuelva á la religion lo que no ha sido vendido, no queremos permitir que se cometa un nuevo despojo» gritó Mr. Cornet- d'Incourt, Mr. de Caumont añadió: No perpetuemos las confiscaciones revolucionarias. Luis XVIII es el digno heredero de San Luis y de Enrique IV, y no el heredero de la convencion y demás gobiernos usurpadores que la siguieron. Declaro pues que no tengo el derecho ni voluntad de consentir en la venta de estos bosques.» El marqués de Causans dijo á su vez: «Pido que el título XI (dotacion de la amortizacion) sea suprimido por entero, porque con él se despoja á la iglesia de Francia, á la órden de Malta y á la familia de nuestros reyes.» Esta reclamacion en favor de la órden de Malta, que habia desaparecido desde el año 1799 y cuya principal propiedad estaba en manos de la herética Inglaterra, fué apoyada vivamente por Mr. de Maccarthy. De todos los partidarios de la restitucion al clero de los bosques de los antiguos conventos, Mr. de Bonald, al decir de los escritores realistas de la época fue, el mas verboso y el mas elocuente. Afectando elevacion en su estilo y profundidad en sus pensamientos, ningun orador ciertamente sabia ocultar mejor bajo la disposicion de sus frases y de la pompa de sus palabras, principios económicos tan falsos y máximas políticas mas cuestionables. »Un bosque no puede ser asimilado con ningun otro génerode propiedades; cuna de los pueblos primitivos, asilo de los pueblos desgraciados, son el mas precioso tesoro delos pueblos civilizados. Todas las artes de la sociedad, todas las necesidades de la vida reclaman su conservacion, porque es imposible pasar sin ellos. Vender los bosques equivaldrá á arrancar para siempre las producciones destinadas á sostener las generaciones durante la serie de los siglos. Y se propone esta medida cuando la Francia perece bajo la division de las propiedades, causa del encarecimiento de las subsistencias, y que nos hará morir de hambre cuando cada uno tendrá una fanega de tierra para cultivar; no puedo esplicarme ese lujo de destruccion. Al igual de aquellos culpables de la antigüedad, parecemos movidos por aquel furor sagrado que les conducia á despedazarse con sus propias manos; nosotros vendremos á cumplir de esta manera aquella prediccion de un gran ministro: «La Francia perecerá por falta de bosques.» ¡Ah! si las encinas que quereis abatir al igual de las de Dodona diesen oráculos, no os profetizarian mas que desgracias. Se ha visto la necesidad de hacer una concesion, pero será ilusoria; dada como limosna, el don podrá retirarse.»

La concesion á que se referia Mr. de Bonald era una creacion de cuatro millones de renta propuesta por la comision de los presupuestos, á favor del clero é hipotecada sobre los bosques del estado que quedaban libres. Con este motivo dijo Mr. Laffitte: «¿Es indispensable que los gastos eclesiásticos sean hipotecados sobre los bosques? ¿No están inscritos en el mismo libro en que lo está la deuda pública y la lista civil? ¿Los curas tendrán menos confianza en la Francia y en su fortuna, que el rey, los príncipes y todos los acreedores del estado? Y qué ¡no es bastante el haber autorizado al clero para que se enriquezca por medio de adquisiciones y donaciones! ¡conviene aun concederle nuevos bienes y nuevas riquezas á fin de dar mas brillo á su ministerio, con desprecio de las leyes mas sagradas y á costa del crédito público! El lujo y las propiedades no son necesarios para predicar con éxito la caridad y las virtudes evangélicas.» Murmullos violentos salidos de los bancos ministeriales y ultrarealistas estallaron al pronunciarse aquellas palabras. Mr. Pasquier se dió prisa á defender la proposicion de la comision y dijo: «La creacion de cuatro millones de renta á favor del clero, hipotecados sobre los bosques del estado, es una útil transaccion entre lo pasado y el presente; concilia los intereses pasados y presentes; diré mas, concilia tambien los intereses de nuestras conciencias. Cualesquiera que sean los estravíos de la conciencia en sus escrúpulos, siempre deben respetarse. Si en Francia hubiese una porcion considerable deciudadanos que creyesen tener tranquila la conciencia por medio de esta útil concesion, ¿quién de entre nosotros dejaria de consentir en ella? La conciencia, señores, es una de las grandes bases del crédito público.» Tales son muy á menudo las reuniones numerosas; ... aplausos prolongados acogieron este incalificable pathos, y hubo un momento de entusiasmo y de bravos, cuando prosiguiendo el estravagante orador su discurso añadió: «Desde diez y ocho meses á esta parte todo lo que ha podido asegurar la fé ha sido dado por el rey. ¡Ojalá que todas las naciones del mundo tengan para el reposo y estabilidad de sus instituciones, garantías semejantes á la que nos da la casa de Borbon sentada sobre la legitimidad!»

Todos los miembros de la antigua mayoría de 1815, al hacer la oposicion á la ley de hacienda no se habian contentado, al ejemplo de Mr. Bonald, con pedir la restitucion de los bienes de las comunidades religiosas que ya no existian, en provecho de sus herederos, que tampoco existian; algunos habian hablado de órden y de economía, pero en términos generales; Mr. de Villèle, el hombre de hacienda de su partido, así como Mr. de Bonald era su filósofo y pensador; Mr. de Villèle se encargó de formular las reformas que debian hacerse en el presupuesto. El ministro de hacienda pedia la autorizacion para emitir treinta millones de renta á fin de cubrir el escedente que habia de los gastos sobre las entradas; Mr. de Villèle pidió, respecto de esta emision, el que se rebajasen diez millones, ó sea doscientos millones en capital nominal. Las economías que proponia en los gastos para reemplazar esta diminucion de ingresos, eran las siguientes: supresion del sueldo de los ministros de estado; supresion por entero del consejo de estado y de todos sus secretarios; reducir á diez y ocho el número de las audiencias, y al de trescientos los tribunales inferiores; supresion de la direccion de contribuciones indirectas; reducir el número de prefecturas; disminucion del sueldo y de los gastos de escritorio de los prefectos que no se suprimiesen; rebajar un millon quinientos mil francos de los fondos pedidos para la instruccion pública, etc. Hemos hecho justicia al buen sentido práctico y al rigorismo que ha ostentado la última cámara al fijar el presupuesto del año 1816, pero al proponer Mr. de Villèle las economías que acabamos de indicar, economías en las cuales no habian pensado nunca ni él ni sus amigos en el año anterior, cuando tenian la mayoría, y que debieron olvidar cuatro años despues cuando fueron árbitros del poder, sin duda alguna Mr. de Villèle se inquietaba menos del alivio de los contribuyentes, que de los intereses propios de posicion y partido. Pero vanos fueron sus esfuerzos; las peticiones del ministerio ó las proposiciones de la comision, siempre arrastraron las suyas ó las de sus amigos. Estas continuas derrotas en mas de una circunstancia fueron motivo de escenas violentas. Un dia entre otros, al concluirse la sesion, el presidente anuncia que va á pasarse a votacion una enmienda de la comision, relativa á los gastos de la marina, y que era rechazada por los miembros de la minoría: dos de ella, MM. Caumont y Dussumier-Fombrune, gritan desde su puesto «que en la cámara no hay número suficiente de diputados para poder deliberar.» El presidente no deja de preguntar á la cámara si admite ó desecha la enmienda. «¡No podeis hacerlo!» gritan de nuevo los dos diputados, dirigiéndose precipitadamente hácia la tribuna. «¡Pido la palabra para una proposicion de órden!» dijo Mr. Dussumier-Fombrune, cuyo voz no tardó en ser ahogada por ruidosas esclamaciones salidas de la mayoría. Esta oposicion lo irrita; Mr. de Caumont y él insisten en querer hablar: presto se encolerizan: Mr. Courvoisier grita: «Esto es furor.»—*Mr. Roy*: ¿Quiénes son estos energúmenos? esto es espantoso. Al órden.—*Mr. Courvoisier*: Esto es horrible. Al órden.» El tumulto llega á su colmo; despues de mucho tiempo de haber probado á dominar el desórden, el presidente consigue al fin hacerse oir, y dice: MM. Dussumier-Fombrune y de Caumont, os llamo al órden.» Esto aconteció el 1.° de marzo; el 6, pasado á votacion, el todo de los presupuestos fué aprobado por ciento treinta y cinco votos contra ochenta y ocho, número de la minoría realista.

Esta ley, llevada á la cámara de los pares dos dias despues, el 8, fue aprobada el 21, á pesar de que MM. de Fitz-James y de Chateaubriand al reproducir las reclamaciones que sus amigos habian hecho en la otra cámara para la restitucion de los bosques del estado á favor del clero y de la órden de Malta, pedian que se suprimieran todos los artículos relativos á la dotacion de la caja de amortizacion. Dos dias despues, esto es, el 26, se leyó un decreto en las dos cámaras que decia que quedaba terminada la legistura.

La situacion moral de Francia no estaba en este momento tan profundamente modificada como podrian dar lugar á creerlo las ruidosas quejas proferidas por los miembros de la antigua mayoría. La nueva mayoría se mostraba dispuesta ciertamente á respetar las garantías inscritas en la carta, y el gobierno por su parte, no cesando de provocar las venganzas ni de exaltar á los reaccionarios, estaba animado de cierto espíritu de conciliacion. Pero el decreto de 5 de setiembre, objeto de tantos clamores, no dejaba de ser un acto aislado, puesto que ninguna medida de ejecucion habia asegurado su eficacia. Habíase dicho que los ministros estaban inquietos por su triunfo, y que deseosos de hacerse perdonar este decreto por el partido político contra quien habia asestado sus tiros, procuraban agasajar sus doctrinas y sus pasiones valiéndose al efecto de todos sus resortes. Permanecia en sus cargos todo el personal administrativo improvisado por las comisiones realistas, ó impuesto al gobierno por los espurgadores de 1815 y de 1816. El cambio ó la despedida de cuatro ó cinco de los prefectos mas ardientes, y la

destitucion de algunos de los subalternos mas disfamados, eran las únicas satisfacciones que se habia atrevido á dar Mr. Decazes á la opinion. En otros términos, si en la esfera superior del poder habia reunido la moderacion, el arbitrio, la violencia y la persecucion permanecia todavía como regla de la inmensa mayoría de los funcionarios de todas clases y de los tribunales de todos grados.

En 30 de junio, diez meses despues de la publicacion del famoso decreto, el juez de paz de Richelieu (Indre-et-Loire) convoca á son de cajas á todos los habitantes de la ciudad en la sala de su audiencia; apresúranse á obedecer, y cuando llenan la sala, el magistrado anuncia «que acaba de tener noticia de que en muchas casas se tenian conversaciones sediciosas, que diez veces habia tomado la pluma para informar de ello á la autoridad superior, pero que le habia detenido la bondad tan propia de los realistas;» hace notar «el horror de semejante olvido de todos los deberes impuestos á los franceses hácia su rey,» manda luego á todos los ciudadanos que le escuchan «unirse á las flores de lis, rechazar la canalla, renunciar á todos sus pérfidos designios,» y por último les conjura amenazándoles, si no vuelven á mejores sentimientos, con provocar él mismo el destierro de todos los jefes del tumulto. Muchos habitantes del partido de Pagny estaban reunidos en 1.° de marzo anterior, despues de una comida de familia, en el salon particular de un cafe, y en el acto de retirarse, uno de ellos, Mr. Nanteuil, ex-alcalde de Labruyère, saca su bolsa para pagar el gasto de todos. Una de las piezas que contenia dicha bolsa, por su forma y por su volúmen llama la atencion de sus vecinos; quieren verla, la examinan y era una medalla acuñada en tiempo de la fundacion de la Universidad, que en una cara presentaba estas palabras: «Universidad imperial,» y en la otra se veia el retrato de Napoleon. Devuélvese la medalla á su dueño y cada uno se dirige á su casa. Pocos dias despues, Mr. Nanteuil y muchos otros convidados, entre los cuales se hallaba un notario de la ciudad de Seurre, ven invadidas sus habitaciones por la fuerza armada, que los pone presos y los conduce á las cárceles de Beaune. Algunos fueron puestos en libertad al cabo de uno ó dos meses; otros no la recobraron sino despues de quince meses de encarcelamiento, y por último despues de una instruccion que habia durado un año, Mr. Nanteuil, que habia permanecido preso desde el principio de los sumarios, se presenta á ser juzgado y es condenado, por haber conservado y manifestado en un sitio público un objeto sedicioso (la medalla), á cuatro mil francos de multa, á dos años de privacion de sus derechos cívicos y á dos de vigilancia de la policía superior. Este antiguo alcalde habia conseguido al menos que se le juzgara, pero en la misma época murieron en las prisiones de Aix, dejando diez huérfanos y sin haber podido obtener el juicio que habian solicitado dos hermanos, MM. Mercurin, notario el uno y el otro teniente de aduanas en el distrito de Tarascon, que confiados en las promesas del decreto del 5 de setiembre, se habian constituido voluntariamente prisioneros despues de una larga y ruinosa espatriacion: despues de robados sus bienes, y desoladas sus propiedades, fueron condenados por contumacia como bonapartistas.

La esclavitud absoluta de la prensa protegia estos hechos odiosos; continuaba pesando sobre los periódicos la censura mas brutal; ninguna publicacion semiperiódica existia aun, y el libro mas tímido era perseguido y castigado con un rigor del que dará una idea el siguiente hecho. Mr. Rioust, anciano cuya vida era una lucha prolongada á favor del trono, habia publicado sobre Carnot un opúsculo en el que intentaba escusar, bajo el punto de vista realista y monárquico, el papel de este antiguo convencional durante los cien dias; en 1.° de abril un juicio del tribunal de policía correccional de Paris declara á Mr. Rioust culpable «de haber profesado en este escrito principios contrarios á las máximas fundamentales de la monarquía y que tendian á amenguar el respeto debido á la persona y á la autoridad del rey; de haberse atrevido á sostener en la audiencia del 29 de marzo precedente, en un informe enteramente escrito, una doctrina contraria á la legitimidad, pretendiendo que el usurpador de los cien dias podia ser saludado todavía con el título de monarca, y de haberse atrevido á declarar, á la faz de la justicia, que profesaba públicamente principios calificados por él de *liberales* y que no son mas que sediciosos. En virtud de lo cual, el tribunal condena a dicho Rioust á dos años de prision, diez mil francos de multa, diez mil francos de fianza de buena conducta, á diez años de privacion de sus derechos civiles y de familia, á cinco años de vigilancia de la policía superior y al pago de las costas.» Mr. de Vatismenil, sustituto, habia pedido además de las otras penas, veinte mil francos de multa, veinte mil de fianza y diez años de vigilancia.

Aunque derramada la sangre con menos abundancia, corria sin embargo en los cadalsos de los departamentos y de Paris. En 22 de mayo se ejecutaba en Alenzon á los llamados Desfontaines y Raymond, condenados en la misma por el tribunal prebostal del Orne como jefes de un tumulto sedicioso reunido en los alrededores de Domfront. Burdeos veia caer en 6 de julio las cabezas del capitan Bedrine, del practicante Cassaigne, y de un agente de policía llamado Randon, condenados por el tribunal de asises de la Gironda por crímen de conspiracion contra el estado. Muchos nombres inscritos en listas, algunas reuniones de taberna y un plan de organizacion imposibles, eran los únicos elementos de esta supuesta conspiracion comenzada por Randon á ciento y cincuenta leguas de Paris; la acusacion decia que era seria y dirigida contra la autoridad de S. M. Luis XVIII, y Randon añadia que habia sido tramada y organizada por cuenta de las autoridades de Burdeos y del departamento del Charenta Inferior. Este miserable, durante todo el proceso, habia reclamado en vano el pago de su papel de agente procurador; protestó hasta el cadalso de lo que él llamaba su inocencia, y menos resignado que sus dos víctimas, murió profiriendo imprecaciones contra sus jueces y contra los principales funcionarios de la Gironda. En 22 del mismo mes el tribunal de asises de Melun condenaba á la pena de muerte á cuatro infelices paisanos, declarados culpables de haber formado, de acuerdo con un húngaro, tabernero de Ponthiery y contumaz, una conspiracion con objeto de apoderarse de la ciudad de Fontainebleau, de desarmar á los gendarmes y al regimiento de cazadores de caballo de la guardia real, acuartelados en dicha ciudad, de dirigirse luego á Melun y desarmar igualmente la gendarmería y la guarnicion, marchar luego á Paris y echar abajo ellos cuatro solos el gobierno del rey. En 28 de agosto siguiente el consejo de guerra superior de Paris pronunciaba la pena capital contra dos sargentos del 2.° regimiento de infantería de la guardia real, los furrieles Desbans y Chayoux, acusados de haber concebido el proyecto de aprovechar la primera revista á que asistieran los príncipes de la familia real para echarse sobre ellos. La acusacion estaba basada en una confidencia que el sargento-mayor Faiseau suponia haber recibido de estos dos furrieles, y que estos dos jóvenes negaban con la mayor energía. Conducidos en 6 de setiembre á la llanura de Grenelle, y llegados frente del piquete de ejecucion, despojáronse de sus vestidos, suplicando que los remitiesen á su familia, diéronse un último beso, estrecháronse mutuamente contra el corazon, mandaron ellos mismos el fuego y cayeron juntos.

Estos juicios y ejecuciones, que habian ya perdido parte de los horrores de 1815 y 1816, no eran indicios en manera alguna de una fermentacion de opinion que pudiese alarmar á los ministros; ninguna ejecucion provenia de un hecho cualquiera de revuelta, pues los jueces castigaban tan solo intenciones ó proyectos, verdaderos delirios. Tambien Mr. Decazes y sus colegas, solicitando la prolongacion de la suspension de la libertad de la prensa y de la individual, se habian apoyado ménos en una necesidad política que en una agitacion material que llevaba entonces la turbacion por todo el reino, agitacion causada tanto por la carestía como por el subido precio de los géneros alimenticios, y finalmente por la mas espantosa miseria y por el hambre.

La permanencia de un millon doscientos mil soldados aliados acampados en Francia durante los seis últimos meses de 1815, no solamente habia arruinado nuestras cosechas, agotado nuestros depósitos de granos y forrajes, y arrebatado en los campos, por el pillaje y las contribuciones en dinero, una parte de los recursos necesarios á los agricultores para los preparativos de la siguiente cosecha; una cantidad considerable de ganado habia sido consumida además para las necesidades de esta masa de hombres armados que tenian todas las exigencias de los vencedores acampados en pais conquistado. El empleo del caballo en los trabajos de agricultura estaba muy poco estendido en la mayor parte de Francia en 1815; no se empleaban mas que bueyes. Así es que en muchos cantones rurales fueron insuficientes los medios de cultivo: en ciertos puntos no se trabajaba por falta de simientes, y en otros en donde habia simiente, no se trabajaba por falta de bueyes. Si se añade á estas diferentes causas de improduccion la destruccion que hizo el enemigo de muchos edificios de esplotacion rural, y de la fuga y permanencia en los bosques de un número considerable de campesinos, se comprenderá que la cosecha de 1816, aun con las condiciones atmosféricas mas favorables, debia ser menos productiva que las de los años mas mediocres. Además, sucedió que durante toda la primavera y todo el verano, por una de estas calamidades que burlan las previsiones humanas, lluvias generales y continuas vinieron á destruir en gérmen ó en sazon las cosechas de toda clase. Los trigos que habian podido crecer no llegaban á sazonar, ó bien aplastados en el suelo por la lluvia de las tempestades, se los recogia germinados. La mayor parte de las praderas, inundadas por todas las corrientes, no daban mas que una yerba insalubre y sin fuerza. Tambien la viña, uno de los recursos y de las riquezas de una notable parte

de Francia, engañó la esperanza de las poblaciones; marchitóse su flor, los frutos no llegaron á su desarrollo, no hubo vendimias, y si en algunos puntos se trató de recoger lo que habia podido escapar del azote, no se cosecharon mas que racimos semimedrados y sin madurar.

Los habitantes de nuestros campos son económicos y sobrios. Estas pobres gentes resistieron con energía á las privaciones que les asaltaron á la entrada del invierno, y que no tardaron en aumentar la cesacion de todos los trabajos, resultado del rigor de la estacion y de la tortura comun. Vióseles entonces echar mano de todas las plantas, de todas las raices que pudieron arrancar de los jardines, de los campos y hasta de la tierra de los bosques. Esforzóse la caridad pública en socorrer á los mas necesitados; hiciéronse colectas en todas las parroquias; muchos propietarios, y hasta arrendadores, vendieron granos á precios inferiores á los de los mercados; la mayor parte de las ciudades se impusieron enormes sacrificios; la familia real parecia inagotable en sus dádivas; además de ceder el tercio de su renta civil á las necesidades generales del estado, rara vez pasaban muchos dias sin que sumas importantes fuesen, en su nombre, á aliviar alguna miseria. Hasta las tropas de ocupacion se escotaron en provecho de la poblacion pobre de las plazas en que estaban acuarteladas. Todos estos esfuerzos ayudaron á pasar el invierno de 1816 á 1817; pero al llegar la primavera, las familias habian consumido sus provisiones, agotáronse los socorros por su misma continuidad, y el trigo, escaso mas y mas por su consumo, se elevó á un precio enorme. Si en París, por ejemplo, los panaderos, indemnizados cada dia por la ciudad, podian dar el pan á razon de un franco veinte y cinco céntimos las cuatro libras, en ciertos cantones de la Picardía la misma cantidad costaba cuatro y cinco francos (1). Semejante pan era inaccesible á la masa de las clases pobres del campo; y muchos desgraciados recurrieron entonces á los hongos, á las ortigas y hasta á la yerba de los campos; la autoridad hizo abrir algunos cadáveres hallados en los caminos, y vióse que su estómago contenia pipirigallo y mielga. Andaban errantes al mismo tiempo por las cabañas, aldeas y villas, bandadas de veinte, cincuenta, cien individuos de todos sexos y edades, que imploraban la piedad pública. Una multitud de pobres gentes de la Champaña y de la Borgoña, ancianos, mujeres y niños, estaban sentados tristemente en París, formando largas filas á lo largo de los cuarteles y de los puentes, esperando silenciosamente de la caridad de los transeuntes alguna limosna para mitigar su hambre. Entonces fué cuando los cultivadores y los trabajadores á quienes quedaban algunos recursos, engañados por los rumores de logrería que acompañan habitualmente á la carestía, se creyeron en derecho de obtener trigo, no al precio corriente de mercado, precio facticio, falso, decian, sino á una tasa que para ellos representase el valor real de este género. Convencidos de que eran víctimas de una odiosa colusion entre todos los detentores, decididos por otra parte á pagar, y viendo desde entonces en dicha fijacion arbitraria un acto de rigurosa justicia, invadieron en masa en los primeros dias de mayo de 1817 un gran número de mercados. En muchos puntos los mercaderes y los arrendadores fueron obligados entonces á sufrir la ley de esta multitud hambrienta; se habia cogido desprovista á la autoridad, pero pronto se organizó la resistencia; el gobierno dirigió tropas á los puntos mas amenazados, y cuando se produjeron nuevas tentativas de tasa forzada, los habitantes del campo fueron rechazados en todas partes. Bastaba á la verdad la sola presencia de algunos gendarmes para vencer habitualmente su resistencia, porque muchas veces cedian á simples exhortaciones. No hubo colision sino en un corto número de mercados, colision sin peligro verdadero para la guardia nacional y la tropa de línea, porque la fuerza pública no tenia por adversarios mas que desgraciados paisanos, reunidos en tumulto, y armados solamente con horquillas, piedras y bastones. Los defensores del órden no contaron una sola víctima, y los revoltosos por el contrario tuvieron muchos muertos y un gran número de heridos. Una vez restablecida la tranquilidad, habria debido contentarse el gobierno con esta represion; las alarmas eran entonces pasajeras, provocadas por la miseria y el hambre, y su causa iba á desaparecer, porque no solamente los arribos considerables de trigos estranjeros, provocados por Mr. de Richelieu ó hechos á cuenta del estado, llevaban ya la abundancia á los mercados principales, sino que se acercaba además la cosecha, cosecha rica y que no daba lugar á inquietud (2). En segundo lugar la agitacion que se manifestó principalmente en Borgoña, en Champaña, en el valle del Loire y en algunos puntos de Auvernia, lejos de presentar un carácter político, habia hallado delante de ella los numerosos oficiales de reemplazo diseminados en los departamentos, que reunidos, siempre los primeros, al rededor de las autoridades, con su sola intervencion en muchos puntos habian restablecido el órden. Existian desgraciadamente con el falso nombre de justicia, odiosos tribunales, cuyos miembros se mostraron sedientos de sangre, luego que hubieron cesado los disturbios. La guardia nacional y la tropa habian hecho muchas prisiones, y los tribunales prebostales se apresuraron á hacer comparecer á su presencia á los prisioneros. Numerosas y rápidas condenaciones pesaron sobre una multitud de pobres gentes, hombres y mujeres, culpables de haber pedido tumultuosamente los medios para no morir de hambre, ó exigido cincuenta céntimos ó un franco de rebaja en el trigo necesario para la subsistencia de sus familias. Solamente dos de estos tribunales, los del Yonne y del Loiret, tuvieron, sin embargo, el triste privilegio de pronunciar sentencias de muerte, y ambos, dominados por el ardor sangriento de represion, se habian trasladado á los sitios mismos del tumulto, llevando consigo la guillotina y el verdugo. En 9 de junio fueron ejecutados en la plaza pública de Sens, inmediatamente de dictada la sentencia, tres labradores condenados á la pena capital por el tribunal de Auxerre, y en 2 de julio siguiente sufrieron la misma pena en Montargis, pocos instantes despues de haber oido su sentencia, una mujer y cuatro jornaleros, condenados por el tribunal prebostal de Orleans. Hagamos esta justicia al gobierno; pareció desaprobar estas atrocidades inútiles; en 12 de agosto, un mes despues del último sacrificio, un decreto concedió amnistía plena y completa á todos los individuos condenados correccionalmente por hechos relativos á la escasez de subsistencias, y mandó cesar inmediatamente las indagaciones empezadas por la misma causa.

«A pesar de la efervescencia de los espíritus, decia el Diario de los Debates, en la época de estos disturbios, no se ha oido ningun grito sedicioso: la revuelta estaba en los actos y no en las disposiciones.»—«La muchedumbre ha pedido trigo y pan, añadia la Cotidiana; ha sido imprudente, indiscreta, tumultuosa, pero de ningun modo revolucionaria.» Este juicio era exacto: sin embargo, en Lyon dos generales, un alcalde y un prefecto supieron dar á esta agitacion la apariencia de una insurreccion política, que fué para estas autoridades ocasion de los mayores escesos, y para el tribunal prebostal de la ciudad el pretesto de ciento veinte y dos condenaciones.

Tanto en el Ródano como en los demás departamentos, la mayor parte de las autoridades instituidas por la reaccion realista, antes del decreto del 5 de setiembre, habian permanecido en sus cargos y estaban de acuerdo en maldecir esta medida. Para la mayor parte de los funcionarios de Lyon, la disolucion de la cámara realista de 1815 comprometia la suerte de la monarquía: los ministros que la habian decidido eran traidores, y el rey que la habia consentido un cómplice inepto ó un monarca insensato. De todos estos descontentos el que mas ardiente y exaltado se mostraba era el teniente general Canuel, comandante militar de la division cuya indigna conducta en el proceso de Travot hemos visto ya. Hijo de un comerciante de maderas, y viviendo en medio de una sociedad que consideraba la oscuridad del nacimiento, en un hombre de elevada dignidad, como una especie de mancha, ejecutor despiadado de las devastaciones y venganzas ordenadas en Vendée por el general montañés Rossignol, y deseando ganarse el favor de un partido para quien el menor vendeano era un heroe ó un mártir, esforzábase el general Canuel en ocultar esta doble mancha á los ojos de los realistas con una adhesion y un celo escepcionales. Por otra parte, por una singularidad debida á la naturaleza de los servicios militares de este general, servicios poco recomendables, de corta duracion, y que si se esceptúa la insurreccion del oeste, no le habian puesto nunca en frente del enemigo, acaso era el único oficial de su graduacion que habia dejado el imperio sin un título nobiliario, y apenas sin distincion alguna. Esta especie de inferioridad entre los oficiales generales de su rango le irritaba; el movimiento de Grenoble y la fácil victoria del co-

(1) Creemos que Paris fué la única ciudad en que el precio del pan no pasó de 1 fr. 25 cent. cada dos kilogramos (31 c. ¼ la libra); así es que se prohibió su salida. Los sacrificios hechos por el consejo municipal para mantener el pan á este precio ó por distribuciones gratuitas á los desgraciados, ascendieron á 24 millones.

(2) El gobierno recurrió á dos medios para combatir la carestía: acordó premios crecidos para la importacion de varios cereales, é hizo directamente compras considerables en el estranjero á cuenta del Estado. Resulta de una «relacion al rey», de Mr. Lainé, sobre la administracion general de las subsistencias en 1816 y 1817, y distribuida en la Cámara de los diputados en 19 de enero de 1818, que las compras hechas por cuenta del gobierno en Odesa, en los puertos del Báltico y de los Estados Unidos, ascendieron á 1,440,000 hectolitros de trigo ó de harina; de cuya cantidad se distribuyeron 423,000 hectolitros á los departamentos en que se hacia sentir mas la carestía, y los 1,017,000 restantes sirvieron para el consumo de París. La operacion, que era un simple anticipo, costó, con los gastos, 70 millones, de los cuales á la fecha de la relacion se habian recobrado ya las cinco séptimas partes.

mandante de la division acababan de dar al general Donnadieu, ya baron, no sabemos qué gran cordon y el título de vizconde; el general Canuel resolvió pedir los mismos honores por hechos semejantes, y como no existia insurreccion, se propuso crearla.

Unos cuatro meses despues de la sublevacion del 3 de mayo, cuando estaban próximas las elecciones destinadas á formar la nueva cámara, víeronse estender por Lyon y por los campos vecinos, oficiales sin sueldo ó de reemplazo, sargentos de línea o de gendarmería que organizados en policía militar por el general Canuel y por su subordinado el general Maringonne, comandante del departamento del Ródano, se introducian en todos los sitios públicos y hasta en las casas particulares, hacian el papel de descontentos, proferian las mas vivas quejas contra el gobierno, y anunciaban próximos cambios y revoluciones. Si se dirigian á un antiguo militar, le recordaban la pasada gloria, la presencia del cuerpo de ocupacion, el ejercito disuelto, y los disgustos de toda clase que se acarreaban á los soldados de la república y del imperio; si á un trabajador, quejábanse de la paralizacion del comercio, de la rivalidad de los ingleses, de lo poco que se perseguia el contrabando, y de la decadencia de las manufacturas: si á un padre de familia, protestaban contra el crecido precio del pan, y no atribuian la carestía á la insuficiencia de las cosechas, sino á una colision entre los ricos monopolistas y el gobierno. Luego que algunas pobres gentes, de esta suerte provocadas, parecian aprobar las declamaciones de uno de estos agentes, cediendo al grito de la miseria ó á la irritacion de recientes vejaciones, formaban aquellos una relacion, escribian una conspiracion que la autoridad militar abultaba al momento, y se arrestaba á los infelices engañados. Estas provocaciones no eran privilegio esclusivo de los generales Canuel y Maringonné; pues el conde de Fargues, corregidor de Lyon, y los de muchos pueblos vecinos tenian tambien sus agentes particulares: hasta las autoridades eclesiásticas ayudaban á este trabajo de agitacion. El contacto de estas diferentes policías, independientes todas de la policía administrativa, eran de vez en cuando ocasion de desprecios intempestivos: sucedia que se encontraban muchos provocadores sin conocerse, y clamando entonces contra el órden de cosas establecido, se separaban tan solo para denunciarse y hacerse arrestar mutuamente. Su detencion no era á la verdad de larga duracion, porque cada uno de ellos reclamaba inmediatamente á la autoridad de la que era agente, obtenia su libertad y volvia luego á las andadas.

En 4 de octubre de 1816, dia de la reunion del colegio electoral, el prefecto, á instancia de los dos generales, convoca las autoridades principales de la ciudad, y luego que estuvo completa la asamblea, el general Canuel anunció «que en los campos vecinos de Lyon domina una agitacion estraordinaria; que se han reunido muchos conjurados en la ciudad; que su jefe, un tal Blanchet, de Valence, está oculto en una casa con dos pabellones, situada en el vertiente de la montaña de Fourvières, que tienen el proyecto de pegar fuego en muchos barrios á la vez, de dirigirse luego á las cárceles para poner en libertad á los pícaros de que estaban llenas, de atropellar á todos los sacerdotes y á todos los realistas y proclamar á Napoleon II, que en la antepenúltima noche se han introducido doscientos fusiles en dos casas de que da las señas, que en la noche precedente se han desembarcado otros quinientos llegados por el Ródano, en otras dos casas de los Brotteaux y de l'Observance, por último que los conspiradores tienen artillería y municiones en gran cantidad y que el último dia de la semana es el fijado para la esplosion. Mr. de Sainneville, comisario general de policía, que era uno de los concurrentes, pregunta cuáles son los autores de tan alarmante informe, mas el general Canuel se contenta con responder que la noticia es cierta, y que procede de fieles servidores del rey. Pocas horas despues Mr. de Sainneville hacia registrar escrupulosamente todos los sitios indicados, mas en la casa designada como punto en donde debia darse la señal de la insurreccion por medio de una campana, no habia campana alguna, los dos pabellones en donde debia ocultarse el jefe del movimiento estaban inhabitados é inhabitables, sin fusiles, ni cañones, ni otra cosa que leña, y finalmente las casas en que se suponia la existencia de armas y la reunion de los conjurados, estaban ocupadas por conocidos y esperimentados realistas.

Cinco dias despues, 9, el general Canuel llama de nuevo al comisario general de policía y le manifiesta «que el jefe de la conspiracion se aprestaba para hacer entrar doscientos hombres en la ciudad por varios caminos, que se habian hecho tentativas para corromper todos los cuerpos de la guarnicion, y que se habian distribuido cartuchos á los operarios.» El 15 añade nuevos pormenores diciendo «que los conjurados se reunen en Fourvieres, en el *Sol de oro*, y en las dos casas vecinas señaladas con los números 16 y 17, y que en el arrabal de Vaise se verifican otras reuniones.» Mr. de Sainneville comienza de nuevo sus indagaciones, pero en vano. El 22 corre la noticia de que la autoridad ha cogido el hilo de una formidable trama que tiene ramificaciones en todo el reino, dóblanse las guardias, crúzanse las patrullas en todos los barrios, el corregidor y los dos generales disponen muchas visitas domiciliarias, y se verifican alguas prisiones. Por tercera vez el comisario general de policía se dedica á las investigaciones mas severas, pero tambien en vano, y así como hasta entonces se habia contentado con recibir de los dos generales avisos y noticias verbales, insiste para que se le comuniquen las denuncias que han dado lugar á las prisiones. Despues de haber titubeado un momento, el general Canuel le entrega un legajo de denuncias hechas por Gauthie, sargento de gendarmes de caballería y uno de los mas activos agentes de la policía militar, y por una muchacha perdida y medio loca, llamada Lallemant; estas denuncias contenian en sustancia «que se estaba urdiendo una vasta conspiracion que comprendia diez ó doce mil conjurados, y cuyos jefes eran un tal Favier, antiguo armero de la guardia nacional; Bize, posadero; Mistralet, tejedor de velos, y Cogniet, tambor; que esta conspiracion debia estallar en cuanto se recibiera la noticia del desembarco de Napoleon y del cumplimiento de las promesas de María Luisa, que Napoleon se habia escapado de Santa Elena y se hallaba á la sazon en la isla de Tabago con cinco regimientos de negros, segun unos, ó en los Estados Unidos, de donde debia llegar á los quince dias, segun otros, ó en Egipto, en donde suponian muchos que hacia grandes progresos; que el emperador de Austria, los reyes de Sajonia, de Baviera y de España y muchos príncipes de Italia formaban parte de la conspiracion, y que por medio de todos estos ausilios serian degollados todos los nobles y todos los curas.» Estas ridículas consejas iban acompañadas de listas de conspiradores, que dieron pretesto á las últimas prisiones. Sin intimidarse los jueces por una relacion tan absurda, instruyeron el sumario con toda formalidad, pero de los siete individuos presentados á la policía correccional, los tres fueron absueltos, y los otros cuatro condenados á una detencion bastante larga.» Si debe hacerse justicia al celo de las primeras denuncias, escribia el prefecto Chabrol al ministro de policía, cinco dias despues del supuesto descubrimiento de esta tercera conspiracion, puede darse por cierto que hay una táctica culpable en producir una agitacion facticia, embarazando de esta suerte la marcha del ministerio. Ninguna inquietud puede inspirar una ciudad defendida por diez mil hombres de guarnicion, pues basta con tomar medidas exactas sin necesidad de alarmar á la opinion con un alarde público de fuerzas, que conservando una agitacion continua puede acarrear el peligro que quereis prevenir. Continuamente se están cruzando las patrullas de infantería y caballería en todos sentidos, y los ciudadanos preguntan con admiracion cuáles son los peligros que los amenazan. Así la ciudad como el campo, por mas que se diga, se hallan enteramente tranquilos.» El 4 de noviembre siguiente Mr. de Chabrol dirigió otro parte al ministro de policía sobre los delatores de esta tercera conspiracion, y la causa que por consiguiente se habia formado: «El primer fundamento de esta supuesta conspiracion consiste en las revelaciones de una mujer de la que he recibido muy malos informes. Esta mujer (la citada Lallemant), segun parece, tiene relaciones con un vicario de San Francisco, que se ha puesto al frente de una comision de policía de donde están saliendo desde el invierno pasado muchas notas que se suponen reveladas bajo el secreto de la confesion, pero que jamás han surtido ningun efecto. Hay un misionero, llamado el abate l'Enfantin, conocido por su lealtad mas entusiasta que ilustrada, y este misionero pertenece á dicha comision, que en mi concepto se halla sobrado dispuesta á involucrar la religion con la política. El sargento Gauthié, empleado directamente por su coronel y por el general para hablar y obrar como un celoso jacobino, en vez de limitarse á denunciar estos hechos, ha tomado la iniciativa, proponiendo que se reclutara gente; pero tanto los reclutas y los proyectos denunciados como los fusiles y los cañones únicamente existen en la imaginacion de este gendarme. Verdad es que se han pronunciado algunas sentencias, mas no precisamente por justicia, sino por consideracion á los inventores de la trama.»

No se desanimaron sin embargo los dos generales. Sostenidos por la inmensa mayoría de los empleados y por todos los realistas que aplaudian aquellos descubrimientos continuos de conspiraciones y la reprobacion de la nueva política ministerial, MM. Canuel y Maringonné continuaban escitando el celo de sus agentes y mostrando la mas completa confianza en las denuncias de aquellos miserables. A mediados de diciembre los dos generales anuncian que el dia 25 debe estallar una insurreccion, y que los conspiradores se reunen en las alturas de Saint-Just, que es la plaza de armas de los insurgentes. Amaneció el 25 de diciembre sin novedad; mas el 28 se reproduce la noticia; los dos generales aconsejan á todas las autoridades que estén prevenidas, dóblan-

se las guardias, y crúzanse de nuevo las patrullas en toda la ciudad, pero tampoco ocurrió novedad ninguna. Quince dias despues, en virtud de una nueva denuncia de la citada muchacha Lallemant, MM. Maringoné y Canuel manifiestan á Mr. de Sainneville «que en Fourvieres hay un depósito de armas y que esta muchacha ha visto por sus propios ojos los sables y los fusiles en el subterráneo en donde están escondidos.» El comisario general de policía hace registrar la casa indicada, pero lejos de encontrar un solo objeto sospechoso, ni siquiera se vió ningun subterráneo. A mediados de febrero de 1817 las mismas autoridades militares anuncian al mismo empleado que hay un individuo que se titula oficial del antiguo ejército condecorado y sin sueldo, que procura reclutar gente contra el gobierno: en consecuencia Mr. de Sainneville manda arrestar al enganchador, pero despues de haberle interrogado resulta que lejos de ser oficial es un simple gendarme de París, llamado Mathey, que goza de semestre, no debiendo omitirse que, segun sus propias declaraciones deseaba ser útil al gobierno, y por esto se dedicaba á descubrir bonapartistas para entregarlos á la autoridad. A primeros de marzo cunde la noticia de que el general Donnadieu tiene en continuo movimiento las tropas de la division de Grenoble, que las fatiga noche y dia con marchas y contramarchas, que acaba de poner á Valence en un estado de defensa formidable, y por último que en el Delfinado se está preparando un nuevo movimiento. Apresuróse Mr. de Sainneville á escribir á su colega de Grenoble, mas este le contesta «que en todo el departamento del Isère reina la mayor tranquilidad, pero que circulan sobre la situacion de Lyon unos rumores semejantes á los que circulan en Lyon sobre la situacion de Grenoble.» Promoviéronse tambien muchas alarmas en el mes de abril, y á principios de mayo se anunció una nueva conspiracion, suponiéndose que en el término de Saint-Rambert existia un depósito de armas y de municiones, y hasta se designaba á los depositarios. Interviene otra vez el comisario general de policía; dispone algunas visitas domiciliarias, y descubre en algunas casas unos doce fusiles que estaban enterrados en un huerto. Tómanse informes, y Mr. de Sainneville descubre que los fusiles han sido suministrados y cambiados de lugar á cada paso por un capitan llamado Cormeau, que habia formado parte de las tropas de la isla de Elba, que se habia visto empleado sucesivamente por la policía militar y civil y que á las preguntas que se le dirigen sobre el objeto de aquellas armas responde: «que viéndose borrado de los registros del ejército, lo mismo que todos sus camaradas, y falto de recursos, ha solicitado la proteccion del general Maringonné para entrar á servir de nuevo, pero que este general se la ha prometido con la condicion de que le diese cuenta de todo lo que ocurriese en Saint-Rambert, autorizándole al propio tiempo para decir y hacer cuanto pudiese inspirar mas confianza á los enemigos del gobierno.»

La noticia que esparcian continuamente en el público los rumores de una conspiracion siempre descubiertas, era el mas insignificante de los males acarreados por aquellas odiosas provocaciones, porque cada noticia era la señal de numerosos arrestos. A primeros de marzo, cuando las autoridades de Lyon estaban hablando con mucho enfasis de una de aquellas supuestas conspiraciones, preséntanse los agentes de policía y cuatro celadores al palacio en donde se habia apeado uno de los mas notables habitantes de Belleville, médico del hospicio de este pueblo. Eran las diez de la noche; acababa de acostarse el doctor con su mujer; pero de repente se ve obligado á levantarse, y arrastrado, á pesar de las lágrimas y sollozos de su esposa, á los sótanos de la casa consistorial (1)! Así pasa la noche y todo el dia siguiente, enteramente incomunicado, y despues de treinta y seis horas de secuestro solitario, se ve conducido por cuatro fusileros á una reducida sala, en donde se hallaban tambien treinta ó cuarenta ciudadanos, tambien arrestados, esperando el momento de sufrir el primer interrogatorio. A las dos de la madrugada compareció ante una especie de tribunal, compuesto del conde de Fargues, corregidor de la ciudad, del comisario de la policía municipal y de muchos agentes. Despues de haber preguntado al prisionero cuáles eran su nombre, su pronombre y su profesion, Mr. de Fargues le pregunta cuáles son los motivos de su presencia en Lyon. El doctor responde que ha ido para arreglar asuntos de interés privado, y en prueba muestra muchos títulos y contratos; mas el corregidor despues de haberlos examinado dice: «Consta que sois aficionados á las obras de los filósofos, de donde tomais ideas de ateismo y de rebelion contra la autoridad legítima: mejor será que os dediqueis al estudio de vuestra religion, y que procureis corregir la educacion revolucionaria que habeis recibido. Sois un jefe de partido; ejerceis mucho influjo en el ánimo de vuestros paisanos, y si alguna vez llega á turbarse la tranquilidad del pueblo de vuestra residencia, respondereis de ella con la cabeza. Salid. Y el doctor quedó libre. A los pocos dias el conde de Moutrichad, caballero de San Luis y subprefecto de Villafranca, manda arrestar inmediatamente como acusados de opiniones sospechosas, en virtud de ciertas instrucciones de las autoridades superiores de Lyon, á diez y siete oficiales de reemplazo ó retirados establecidos en su residencia; y aunque los diez y seis se vieron restituidos á la libertad al cabo de un mes, el último, que llevaba veinte años de servicio, continuó detenido despues del interrogatorio siguiente: « P. ¿Cuáles son vuestros nombres y calidades?—R. Velu, capitan de caballería. — P. ¿No disteis el nombre de Cosaco á vuestro caballo?—R. Es muy posible, mas no lo recuerdo. —P. ¿Por qué razon aplicasteis á vuestro caballo un nombre tan caro para los buenos franceses?—R. Porque lo habia comprado á un oficial ruso, y le llamé Cosaco como le llamara Normando si normando fuese. —P. Sin embargo debiais hacer cuenta que esto es ultrajar á un pueblo que ha contribuido en parte con su valor al restablecimiento de la autoridad legítima en Francia.» A esta observacion el capitan Velu no tuvo que contestar. Notifícanle que será presentado ante el tribunal prebostal; mas habiendo caido de repente en la tristeza sombría que infunde naturalmente una cárcel, murió antes que llegase el dia que debia presentarse al indicado tribunal.

Todos estos hechos, simples preludios de los acontecimientos que vamos á referir, forman en la historia de Lyon, en 1817, un período de cinco meses, que concluyó por haberse marchado á París el comisario general de policía Sainneville. Colocado bajo la dependencia inmediata de Mr. Decazes, para asegurar el efecto político y moral del decreto de 5 de setiembre, Mr. de Sainneville no tenia ambicion, porque se acercaba el tiempo de su retiro, y así es que ocupado seriamente en los negocios anejos á su cargo, siempre hizo uso de su autoridad para descubrir las rastreras intrigas de los agentes de la autoridad militar, no debiendo omitirse, para que se vean las circunstancias estraordinarias de su posicion, que el mismo costeaba dichas intrigas al general Canuel (1). A fines de mayo desaparecieron repentinamente las noticias de conspiraciones: estaba asegurado el servicio de los panaderos de Lyon para prevenir cualquier aumento que sobreviniese en el precio del pan hasta la cosecha, y habiendo solicitado y obtenido Mr. de Sainneville la competente licencia partió para París á 2 de junio, despues de haber recibido sucesivamente del prefecto Chabrol y del general Canuel la promesa de su completa seguridad. Ningun peligro corria efectivamente la autoridad real en Lyon, protegida por cinco regimientos, de suerte que el comandante de la division, á pesar de una apariencia de revuelta que él mismo organizara y que debia estallar muy pronto, no engañaba al comisario general de policía al asegurarle que no abrigaba el menor recelo (2)

No es posible que por espacio de muchos meses se reproduzcan continuamente los rumores relativos al descubrimiento de conspiraciones entre un pueblo indignado por la mas violenta arbitrariedad y acosado del hambre, sin inducir á algunos hombres fogosos á conspirar de veras. Víctimas de los rumores propagados por la autoridad militar, y reconociendo aquellos descubrimientos continuos como el indicio de las esperanzas de un partido poderoso y resuelto á aprovecharse de la miseria y del público descontento para derribar á los Borbones, algunos pobres oficiales de reemplazo, establecidos en la ciudad ó en el campo, escucharon las proposiciones de un antiguo cartero llamado Brunet, agente de la policía militar, que se habia visto arrestado muchas veces de órden de Mr. de Sainneville en medio de su obra de agitacion, y siempre restituido á la libertad á instancias del estado mayor de la plaza. Verdad es que la simulada complicidad del capitan Ledoux, oficial de la legion de Yonne, daba á la conspiracion un aspecto algo serio. Este capitan, segun Brunet, era el principal agente de una comision encargada de seducir á la mayor parte de la guarnicion. No tardaron los oficiales de reemplazo en contraer relaciones con Ledoux, y habiendose puesto de acuerdo sobre el objeto principal, se ocuparon en los pormenores relativos á la ejecucion. Ledoux, á nombre de la supuesta comision, se

(1) Los sótanos de la casa consistorial de Lyon sirven generalmente de depósito para los arrestados.

(1) Hay un recibo entregado por el general Canuel á Mr. de Sainneville y concebido en estos términos. «Recibo de Mr. de Sainneville, comisario general de policía, la suma de 1200 fr. en concepto de reembolso de igual suma desembolsada *para gastos de policía superior*. Lyon 25 de junio de 1817. El teniente general gefe de la 19.ª division, CANUEL.»

(2) Estos regimientos se componian de mil suizos (infantería) de la guardia real, de dos legiones de infantería de línea, entre las cuales habia la del Yonne, un regimiento de dragones y uno de cazadores de á caballo de los primeros, cuyo coronel, Mr. de Castelbajac, era uno de los jueces de Mouton-Duvernet.

encargó de dirigir el movimiento en el interior de la ciudad, prometiendo no solamente el concurso de sus soldados, sino tambien de algunas autoridades: Oudin, capitan de dragones en situacion de reemplazo, debia sublevar los cinco pueblos que hay al sudoeste de Lyon, al paso que un tal Gardon, soldado licenciado, que habia sido jefe de un cuerpo franco durante el reinado de los cien dias, quedaba encargado de la insurreccion de seis pueblos situados al norte de la ciudad. Los conjurados debian reunirse mostrando la escarapela tricolor, proclamando á Napoleon II y prometiendo á los pobres de la ciudad y del campo venderles á tres sueldos en libra el pan que pagaban entonces á once sueldos.

Todas estas disposiciones quedaban acordadas á primeros de junio, fijando la esplosion para el dia 8, domingo de la octava del Corpus. El 8 por la mañana se reunen en el punto designado los pocos conjurados lyoneses que debian colocarse á las órdenes de Ledoux; pero le esperan inútilmente. La ciudad está tranquila; aparecen desiertos los sitios en donde debian reunirse muchos cómplices, y en parte alguna se ve el menor síntoma de agitacion. Habiendo ido dos conjurados á casa del capitan, se les dice que este ha salido por la mañana para ir al encuentro de su mujer en Charbonnières, que es un pueblecillo vecino. Sospechando una traicion, acuden al arrabal de Vaise para ponerse en acecho; pasan todo el dia observando inútilmente, y á la entrada de la noche los dos oficiales le descubren, le siguen y le ven entrar en casa del general Canuel, de donde no sale hasta las once. Adelántase uno de ellos y le dispara un pistoletazo que le da en el pecho, de suerte que el capitan cae mortalmente herido.

Este pistoletazo, disparado á las once de la noche, fué el único incidente que turbó la tranquilidad de Lyon el dia 8, pero no conservaron la misma calma las aldeas que debian sublevar el capitan Oudin y Gardon. Estas aldeas, que eran once, formaban dos grupos situados en la parte mas opuesta de Lyon, y distaban seis leguas, con corta diferencia, uno de otro: el primero, ó sea el de noroeste, en direccion á Tararo, se compone de los pueblos de Charnay, Chasay, Anse Amberieux, Chessy y Chatillon; y el segundo, que era el de sudoeste, situado en las cercanías de Givors, comprendia los pueblos de San Gines de Laval, Irigny, Millery, Brignais y Saint Andéol. Gardon y el capitan Oudin recibieron en la tarde del dia 8 la órden de dar principio á la revuelta, y el portador de esta órden era un tal Jacquet, que desempeñaba entre Ledoux y los conjurados del campo el papel de intermedio, de que estaba encargado Brunet con los insurgentes de la ciudad. Al anochecer tocaron á rebato por once pueblos, y desde luego se fueron reuniendo grupos, aunque de una manera confusa, sin órden ni concierto. Gardon juntó en Charnay algunos hombres que el dia siguiente emprendieron la fuga, en cuanto se presentaron dos ó tres gendarmes procedentes de Tarare; los grupos reunidos en San Ginés de Laval, residencia del capitan Oudin, se disiparon á la sola aparicion de cuatro gendarmes de Lyon, que formaban la vanguardia de un destacamento de veinte ginetes; y en Saint-Andeol hubo cierto número de operarios que despues de haber andado unos doscientos pasos se detuvieron largo rato en el campo y se dispersaron al descubrir de léjos á unos cuantos guardias nacionales de una aldea vecina que se dirigian hácia ellos. En otros siete pueblos el movimiento se redujo á la reunion tumultuosa de algunos habitantes, que sin salir de sus aldeas se separaron espontáneamente, despues de haber injuriado al cura, insultado á los guardacampos y gritado *¡Viva el emperador!* Mas insignificante fué todavía el movimiento de Millery, pues no hicieron otra cosa que salir con cántaros, creyendo que el sonido de las campanas los llamaba para apagar algun incendio, siendo tan poco importante la sublevacion y tan desorganizada, como que ninguna parte tomaron en el movimiento los muchos pueblos situados en el espacio de seis leguas que separa los dos grupos. Por último, ninguna resistencia encontraron los diez gendarmes, los diez cazadores de á caballo y una compañía de infantería que el otro dia, 9, se dirigieron al teatro de la revuelta, de suerte que los soldados de que se componia este reducido destacamento ni siquiera tuvieron que hacer uso de sus armas. Solamente hubo un gendarme que desenvainó el sable para perseguir á un habitante de San Ginés de Laval, que habia disparado un escopetazo para detenerle, de manera que este escopetazo, disparado por un acto de defensa personal, fué el único hecho agresivo de los campesinos contra la fuerza pública, como el sable desenvainado por el gendarme la única demostracion de la tropa para el completo restablecimiento de la tranquilidad. Así es que por la noche habian desaparecido enteramente todas las señales de agitacion. «Todos quedaron dispersados en un abrir y cerrar de ojos, decia algun tiempo despues el prefecto Chabrol; en menos de veinte y cuatro horas quedó restablecido el órden sin necesidad de que la fuerza armada disparase un solo tiro.» Para caracterizar del todo aquellos sucesos, bastará con añadir que el general Canuel, en un escrito publicado para su defensa (1), confesó que sabia de antemano que la conspiracion debia estallar en 8 de junio, y el conde de Fargues confesaba en otro escrito, que muchos dias antes de la esplosion habia cogido todos los hilos de la trama (2), pero lo cierto es que hasta el dia 9 no se dirigieron á los once pueblos los susodichos veinte quintos y una compañía de infantería. La mas vulgar prudencia aconsejaba que al recibirse la primera noticia se enviara á aquellos pueblos una fuerza respetable; mas el corregidor de Lyon y los dos generales no quisieron tomar una precaucion semejante, porque con ella no les hubiera cabido la gloria de concluir con la revuelta (3).»

En la mañana del 9 el gobierno recibió por el telégrafo la noticia de aquel simulacro de insurreccion, que aparecia con todas las proporciones de una formidable revuelta. Inmediatamente Mr. de Sainneville recibió la órden de apersonarse con Mr. Decazes, y este le mandó que se volviera á su puesto sin dilacion. Sainneville llegó el dia 13, cinco dias despues de los acontecimientos, y por la noche fué á casa de Mr. de Chabrol, en donde halló reunidos á Mr. de Fargues, Canuel y Maringonné, que poniendo en las nubes sus servicios y su energía, se felicitaban mutuamente y se atribuian los títulos de salvadores del trono y del estado. Hasta entonces, segun hemos visto, Mr. de Chabrol habia abrigado la misma desconfianza que el comisario general de policía con respecto á los descubrimientos de la autoridad militar, y no es inútil recordar lo que escribia este prefecto á Mr. Decazes seis dias antes, 6 y 7 de junio, ó sea, la víspera de la rebelion. «En el campo circulan rumores estraordinarios; pero yo creo que estos rumores deben atribuirse á ciertos hombres que los esparcen de intento, siendo, en mi concepto, el resultado de las mismas maniobras que llevo indicadas á V. E. Por lo demás, no hay nada que me de cuidado, porque la ciudad está perfectamente tranquila.» En su conferencia con Mr. Decazes, Mr. de Sainneville habia tenido comunicacion de estos partes, y no pudiendo menos de quedar sorprendido, se acerca á Mr. de Chabrol y le halla completamente trasformado, porque el prefecto, no pudiendo disimular su embarazo, no concibe otro recurso que el de dirigirle ciertas preguntas. No queriendo seguramente que redundase en provecho del corregidor y de los dos generales la gloria de haber salvado á la nacion y al trono, Mr. de Chabrol aparenta creer muy de veras en la realidad de la revuelta. «Conspiracion inmensa, decia, que acababa de amenazar el reposo de la Francia entera, pero que habia tenido la fortuna de reprimir milagrosamente con el concurso de las otras autoridades.» Además, deseando dar una prueba de la importancia del peligro á que acababa de sustraerse la monarquía, manifiesta al comisario general de policía, que Mr. de Fargues ha arrestado á doscientos y quince individuos en la sola ciudad de Lyon durante los dias 9 y 10, y que las columnas volantes que salian á campaña despues del regreso del primer destacamento han traido de las aldeas sublevadas cerca de trescientos prisioneros. Despues de haberse concluido la plática entre los desempleados con estas noticias, se generaliza la conversacion: Mr. de Sainneville hace una proposicion á las autoridades presentes para que se instruya en comun el competente sumario, interrogando de concierto á los quinientos ó seiscientos prisioneros, sujetos á la accion de los tribunales; y aunque los generales se ven embarazados para contestar, Mr. de Fargues se muestra mas resuelto, declarando que no quiere compartir con nadie el cargo de interrogar á los doscientos y quince ciudadanos detenidos por órden suya. Al otro dia el comisario general de policía, en uso de sus funciones y de su título, se empeña en interrogar á algunos presos, y aunque desde luego quedan interrumpidas las comunicaciones entre los presos y Mr. de Sainneville, su intervencion era completamente inútil, porque ya estaba juzgando á los presos el tribunal prebostal (4).

---

(1) *Sobre los acontecimientos de Lyon en 1817*, por el conde de Chabrol.

(2) *Contestacion al escrito titulado:* LYON EN 1817, por el teniente general Canuel. *La verdad sobre los acontecimientos de Lyon en 1817*, por el conde de Fargues.

(3) *La relacion de los acontecimientos de Lyon* por comisario general de policía Sainneville, contiene el pasaje siguiente: «En el pueblo de S. Ginés de Laval, residuas de Oudin, habia desde mucho tiempo una brigada de gendarmería. El 8 de junio, domingo de la octava de corpus, los cuatro gendarmes estuvieron ausentes todo el dia para sus diligencias ó diviSiones particulares de suerte que en el pueblo no habia mas que el brigadier; mas este brigadier, despues de haber pasado una parte del dia en la taberna con el capitan Oudin, salió de S. Ginés en el acto en que iba á dar principio al movimiento.»

(4) Este tribunal se componia de los individuos siguientes: el coronel Desbuttes, *preboste;* MM Bernat, vicepresidente del tribunal de primera instancia, *presidente;* Balleydier, Durand, Moutonnat, Joanou, miembros del mismo juzgado, *jueces.*

Por una disposicion, con la cual hay lo suficiente para esplicar el deseo de multiplicar las condenas y suplicios, en vez de comprender en una sola acusacion todos los hechos que presentaban como resultado de una sola revuelta, dicho tribunal dividió la causa en doce acusaciones distintas, correspondientes á las once aldeas y á los acusados de Lyon. Esta division infringia las reglas mas elementales del decreto penal, pues ¿por qué razon debia el tribunal distribuir los acusados en doce categorías para juzgarlos por separado, cuando los acusadores y los jueces reconocian que todos los presos obedecian las mismas órdenes y se encaminaban al mismo objeto, como pertenecientes á la misma conspiracion? Algo mas chocante es todavía que confesándose que de Lyon habia partido la señal y que en Lyon residian los organizadores y los jefes, fuesen clasificados en la última categoría los acusados de esta ciudad, de suerte que no debian comparecer ante aquel tribunal odioso hasta que hubiesen sufrido su sentencia los infelices á quienes se condenara como instrumentos suyos, cuando los unos estuvieran ya en presidio y cuando la cabeza de los otros hubiese caido bajo el hacha del verdugo. Jamás quedaron infringidas con mas audacia las prescripciones legales mas vulgares. Increible parece que el baron Pasquier, ministro de justicia, se atreviese á responder en 18 de julio al fiscal de la audiencia, que le habia dirigido algunas preguntas sobre tan estraños procedimientos: «No puedo menos de aplaudir el firme é ilustrado celo de los magistrados en las precauciones que deben asegurar la represion de este atentado (8 de junio). Apruebo las medidas que habeis adoptado con respecto á la marcha de la insurreccion y al órden de las causas en el mismo enjuiciamiento de que está encargado el tribunal prebostal.»

Habianse dictado ya diez sentencias de muerte; habian ya caido diez cabezas cuando Mr. Pasquier tributaba sus aplausos al celo del tribunal prebostal. El cuarto dia despues de aquellos sucesos, 13 de junio, cuando en la mayor parte del reino se ignoraba todavía la noticia, comparecieron ante aquel tribunal dos acusados, Claudio Raymont, azadonero de San Ginés de Laval, y Saint-Dubois, colchonero, y entrambos, condenados á muerte, fueron ejecutados á las pocas horas antes de la noche. Juan Valençot, de Trévoux, condenado el 19 y trasportado, á tenor de la sentencia, á Quinceux, á la derecha del Saona, fué ejecutado el dia 20, a la vista de las poblaciones de las dos orillas del rio, en una dilatada pradera descubierta que se estendia delante de la ciudad de Trévoux, situada en la ribera opuesta, lugar de su domicilio. José Lourd, llamado Deschamps, condenado el 23, fué ejecutado el 24 en el pueblo de Brignais. Lorenzo Colomban, Juan Bautista Fillion y Cristóbal Andeol-Desgranges, oficiales de sombrerero, condenados en 30 de junio, sufrieron la pena capital en 1.° de julio, en el sitio denominado Echires, término municipal de Saint-Andeol: cuatro dias despues, 5, fué ejecutado en Charnay un picapedrero llamado Juan Francisco Dechet, que el dia anterior, al oir la sentencia, habia esclamado: «Espero que el hombre por quien voy á perder la vida vengará mi muerte.» El capitan Oudin, que habia logrado sustraerse á todas las pesquisas, fué preso en Tarascon y ejecutado en San Ginés de Laval el dia 18, con un aprendiz herrador, llamado Pedro Dumont, de edad de 16 años, en frente de la misma casa y á la vista de la madre de este jóven. El dia 12 de agosto fué tambien ejecutado en Anse un individuo llamado Tavernier, tejero de Quincieux; de manera que en el espacio de pocas semanas se levantó siete veces la guillotina en Lyon y en sus cercanías; seis veces se trasladó el instrumento del suplicio en un chirrion encarnado, á pueblos diferentes y á muchas leguas de distancia; seis veces el fatal chirrion atravesó numerosas aldeas con una fúnebre comitiva de reos, de soldados, de gendarmes y de verdugos, sembrando el terror en todos los pueblos. Por una traicion infame fueron condenados algunos infelices que confiando en las promesas de olvido que hicieron públicamente los jefes de las columnas volantes enviadas en persecucion suya, salieron del seguro albergue en donde estaban ocultos. Lorenzo Colomban, entre otros, uno de los tres infelices que fueron ejecutados el 1.° de julio, recibió particularmente del jefe de una columna, en 11 de junio, una invitacion para que se presentara, mas en lugar de la gracia prometida recibió la muerte. Estas ejecuciones solian además acarrear escenas repugnantes, pues los soldados de la escolta invadian las casas, forzaban las bodegas, se embriagaban y maltrataban á sus huéspedes. En San Ginés de Laval, un soldado ebrio despojó al capitan Oudin en el acto de la ejecucion arrancándole los calzones, las medias y los zapatos, al paso que el capitan que mandaba la escolta, llamado Darillon, que tambien estaba ebrio, maltrató á un empleado que no queria darle vino, injuriando á un oficial general, el baron de Vioménil, que le mandaba retirarse con su destacamento (1).

Para que nuestros lectores se formen una idea de la rapidez con que dictaba sus fallos el tribunal prebostal, basta con decir que el 1.° de setiembre, dos meses y medio despues de los indicados sucesos, habia terminado once causas, juzgado á ciento cincuenta y cinco acusados y pronunciado veinte y ocho sentencias de muerte (2), veinte y seis sentencias de deportacion (muerte civil), seis de trabajos forzados, y cuarenta y ocho de muchos años de prision. Los pocos acusados que se libraron de esta sentencia quedaron sujetos á una vigilancia de mucho tiempo y á unas fianzas muy superiores á su fortuna. De los ciento cincuenta y cinco acusados, los ciento y diez fueron sentenciados como autores ó jefes de sedicion, siendo muy notable que los diez y nueve pertenecian al solo pueblo de Ambérieux, y que de los diez y ocho acusados de Saint-Andeol, resultaron doce autores ó jefes. Este lujo de calificaciones agravantes pueden esplicarse fácilmente por los artículos del código penal relativos á la sedicion, pues el artículo 100 está concebido en estos términos: «No se pronunciará *ninguna pena* por el hecho de sedicion contra los que habiendo formado parte de gavillas sediciosas sin ejercer ningun mando y sin desempeñar ningun empleo, se hayan retirado á la primera amonestacion de las autoridades civiles ó militares, ó despues de dicha amonestacion, cuando sean habidos fuera de los puntos en donde exista la reunion sediciosa, á menos que lleven armas ú opongan resistencia.» Es constante que no hubo resistencia en ninguna parte, porque los sublevados se dispersaron espontáneamente el dia 9 en la mayor parte de las aldeas, antes que siquiera se presentasen los primeros destacamentos; y aunque en otros pueblos no se dispersaron tan pronto, lo cierto es que lo hicieron al descubrir de léjos á las patrullas, de suerte que no hubo necesidad de dirigir amonestacion alguna, no debiendo tampoco omitirse que las prisiones se verificaron despues de haberse restablecido la calma en todas partes. De lo dicho se deduce que el tribunal no hubiera pronunciado mas que dos ó tres sentencias, si no hubiese trasformado en jefes á la casi totalidad de los acusados. Tambien se concibe la division de las causas cuando se toman en cuenta el número de los acusados y la multiplicidad y violencia de los castigos, porque si los jueces, á pesar de su pasion y de su cinismo, hubiesen hecho comparecer á la vez y colocar en los mismos bancos á cerca de ciento y cincuenta acusados, no se hubieran atrevido á proclamar en una sola y misma sentencia á ciento y diez jefes de sedicion, declarando culpables á cerca de ciento y cuarenta, pronunciando veinte y ocho sentencias capitales é imponiendo al verdugo la obligacion horrible de cortar doce cabezas en un dia.

A primeros de setiembre el tribunal prebostal se dispuso para sentenciar á los acusados establecidos en Lyon é incluidos en la categoría duodécima. Este tribunal no cesó de instruir ó de juzgar desde el dia siguiente á la revuelta, pero lo peor fue que sus continuas persecuciones y sus bárbaras sentencias escitaron las malas pasiones de las otras autoridades de todas las órdenes y categorías, de suerte que desde el 8 de junio se abandonaron por la mayor parte á los escesos mas increibles de violencia y arbitrariedad. Desde el dia indicado quedó interrumpido el curso ordinario de las leyes en toda la estension del departamento del Ródano: los empleados disponian de la fortuna, de la libertad y aun de la vida de sus administrados, al paso que los alcaldes de muchos pueblos, utilizando la presencia de las columnas volantes que recorrian continuamente los campos para desarmar á las poblaciones rurales y perseguir á los armados fugitivos, imponian cargas arbitrarias á sus administrados, se apoderaban de las propiedades privadas, encarcelaban y multaban á sus paisanos, como el alcalde de San Ginés de Laval, que impuso multas de dos mil francos, cuya cobranza se atrevió á legalizar el prefecto Chabrol. El alcalde de San Ginés de Laval obligó, entre otros, á la viuda Dumont á satisfacer una parte de los gastos ocasionados por el suplicio de su hijo, ejecutado bajo las ventanas de su casa, con el capitan Oudin á 18 de julio. El alcalde de otro pueblo, deseando vengarse de una pobre jóven, que se hallaba en cinta de ocho meses y que era madre de tres hijos, el mayor de los cuales apenas tenia seis años, hizo prender y fusilar á su marido delante de ella, y habiendo dado la víctima algunas señales de vida despues de la primera descarga, el alcalde prestó dos pistolas que siempre llevaba al cinto, y acogió la detonacion con brincos de alegría. Las columnas volantes invadian las aldeas á guisa de tropas enemigas, prodigaban insultos y ultrajes á los habitantes y les imponian contribuciones de bienes, de zapatos, de vestidos y de forraje, de suerte que la poblacion entera se fugaba al verlas,

(1) Este Darillon, condenado el año XI como parricida, se refugió en España, de donde regresó á Francia, á principios de 1814, con el ejército inglés.

(2) De estas veinte y ocho sentencias hay 16, firmadas á 7 de agosto, por causa de contumacia.

y no se restituia à sus hogares hasta que babia pasado el destacamento. El desarme dispuesto despues del 8 de junio por el prefecto y el comandante de la division, daba pretesto à las mas brutales pesquisas, como que los agentes, los gendarmes y los soldados lo registraban todo sin respetar ningun asilo. Además la autoridad fijaba la cantidad y la especie de armas que presumia en poder de los ciudadanos, de manera que no bastaba con entregar las que realmente se tenian, sino que tambien era preciso comprar otras para satisfacer las exigencias de unos visitadores no pocas veces infieles. Los oficiales de reemplazo quedaron sujetos à un rigor escepcional; en muchos puntos no solamente se les despojaba de sus pistolas y escopetas de caza, sino que se les obligaba á depositar sus espadas en las alcaldias. No podian presentarse con uniforme; si iban por las calles en grupos de mas de dos individuos, pronto se veian insultados y denunciados. Por órden del general Canuel quedaron obligados, so pena de arresto, à probar que no habian tomado parte en los acontecimientos del 8 de junio, y no podian percibir sus módicos haberes sin una certificacion de buena conducta, firmada por el alcalde ó por el comisario de policía de su residencia.

No tardaron en divulgarse nuevos rumores de conspiraciones. Los procuradores continuaron la comenzada obra. Debit y Fievée, llamado Champagne, agentes de la policía militar, de concierto con algunos alcaldes y oficiales de gendarmeria que le suministraban armas, pólvora, águilas y escarapelas tricolores, se esforzaban en producir en el campo un nuevo 8 de junio, mientras el prefecto Chabrol, metiendose tambien á provocador, acreditaba con los empleados de su dependencia à un tal Pedro Leblanc para que reconociese las ciudades del departamento, para que visitase à los subprefectos, á los alcaldes y á los comisarios de policía, y para que con el concurso de estas autoridades escogitase el medio de inventar una conspiracion por cada ciudad, de designar á los supuestos conspiradores, de referir circunstanciadamente sus reuniones y de improvisar conversaciones (1). A cada uno de estos rumores sucedian varios arrestos, lo mismo que en el período anterior a los acontecimientos de junio, de suerte que las cárceles estaban atestadas de presos, entre los cuales babia algunas mujeres, muchachos y niños acusados de no haber denunciado à sus padres ó à sus maridos sin que surtiesen ningun efecto, las instancias que hacian por espacio de semanas y meses enteros para que se les otorgase siquiera el favor de un interrogatorio. La contestacion que solia darse à sus reclamaciones eran los insultos y los ultrajes. El general Canuel habia mandado à los centinelas de las cárceles que disparasen fusilazos contra los presos que se asomasen à la ventana; y no fueron pocos los que pagaron con su vida esta consigna, porque, como decia algun tiempo despues un oficial en un consejo de guerra, se disparaba casi todos los dias. Los rumores relativos á conspiraciones se hicieron mas alarmantes à mediados de agosto, y las autoridades, sin duda para confirmarlos, tomaban de nuevo las medidas mas terribles, pues no solamente doblaban todas las guardias, sino que disponian la salida de gruesas patrullas de infanteria y caballeria para que recorriesen las principales plazas de Lyon de dia y de noche, mandando cada mañana à los soldados designados para el servicio del dia que cargasen públicamente sus armas. Al propio tiempo circulaban por los salones realistas algunas listas de conspiradores, en donde figuraban escribanos, procuradores, comerciantes y propietarios: Villafranca, Tarare y Belleville suministraban su contingente à aquellas tablas de proscripcion. Introdújose otra vez el terror en el seno de todas las familias, y todos los ciudadanos temblaban por su libertad aguardando con espanto alguna serie de condenas y suplicios, cuando á 2 de setiembre llegó de París una noticia que dejó vislumbrar el término de tan horrible situacion.

Las primeras noticias que recibió el ministro de policía sobre el estado real de los hechos de Lyon, fueron las que le comunicó Mr. de Sainneville. Advertido por los hechos anteriores de 8 de junio y à pesar de los recelos y de la mala voluntad de las otras autoridades, este empleado estudió y examinó con el mayor celo y perseverancia, despues de su regreso, cada uno de los once sumarios instruidos por el tribunal prebostal. Habiendo averiguado la verdad por medio de sus investigaciones, la comunicó à Mr. Decazes, el cual, despues de haber desechado largo tiempo aquellas revelaciones, acabó por someterlas al juicio de Mr. Lainé y del duque de Richelieu. Estos dos ministros, à ejemplo de su colega de policía, comenzaron por mostrarse incrédulos, porque oponiendo á los informes de Mr. de Sainneville las muchas sentencias pronunciadas por el tribunal prebostal, las ejecuciones consiguientes y las afirmaciones tan públicas y concordantes de Mr. de Chabrol y del general Canuel, no podian suponer en su buena fé que por intereses personales ó por espíritu de partido se hiciesen culpables de tan odiosas maquinaciones unos hombres revestidos de empleos superiores, y mucho menos que las secundaran los magistrados. Además el ministerio, à la primera noticia de los acontecimientos, se habia apresurado à prodigar las cruces, los titulos y los grados, glorificando la memoria del capitan Ledoux y concediendo á su viuda una pension y á su hijo un dote pio en uno de los establecimientos del estado. Ningun gobierno confiesa de buen grado sus errores, aunque conozca que ha remunerado servicios fraudulentos, porque de ordinario se supone infalible, aun en la persona de sus agentes. Multiplicábanse entretanto las delaciones; de todas partes llegaban quejas, y los diputados ó los empleados superiores recibian continuamente cartas de Lyon ó de las ciudades vecinas que revelaban monstruosos abusos de autoridad. Una vez escitada la atencion pública, se consultaron los hechos, y desde luego apareció la dificultad de conciliar la falta con la violencia de los castigos. Corria la sangre en el cadalso, el tribunal prebostal condenaba centenares de reos, y sin embargo, segun todos los partes, las sediciones eran reprimidas inmediatamente sin que las tropas tuvieran necesidad de hacer uso de sus armas. Deseando el ministerio averiguar la verdad resolvió enviar al mismo teatro de los acontecimientos á un hombre que hubiese dado bastantes garantías á la causa real para imponer silencio à los mas desconfiados realistas, á un hombre que ofreciera por sus luces suficientes garantías de imparcialidad y que pudiese sobreponerse por su posicion à las autoridades de toda clase. Este hombre fué el mariscal duque de Ragusa, que recibió con los mas amplios poderes el titulo de «teniente de rey en la 7.ª y 19.ª divisiones militares»; mas aunque se habia propuesto ponerse en camino à 10 de setiembre, precipitó su viaje la noticia de un incidente que era un irrecusable síntoma del terror en que estaba sumergida la poblacion lionesa.

Algunos dias antes de San Luis (25 de agosto), los allegados à las diferentes autoridades anunciaron la próxima esplosion de una conspiracion terrible, diciendo que los bosques vecinos estaban atestados de revoltosos, y que Lyon seria llevada à sangre y fuego el dia 25. Esta noticia, procedente de las imposturas de Fievée, de Debit y de Leblanc, causó un verdadero terror, y así es que el dia 25 por la mañana salieron de la ciudad nada menos que ocho mil habitantes para refugiarse en el campo. A esta noticia el duque de Ragusa se puso en marcha y entró en Lyon á 3 de setiembre. Recibido esclusivamente por las principales autoridades civiles y militares y sujeto al influjo de sus lisonjas y de sus relaciones, el mariscal por espacio de algunos dias no pudo menos de tomar en cuenta la unanimidad de las relaciones que se le hacian, y habiendo Mr. de Sainneville observado esta impresion en la primera audiencia que le concedió Marmont, se contentó con suplicar al enviado del ministerio que se sirviese esperar nuevos informes y suspender su juicio. El primero que introdujo la duda en su ánimo fué un oficial superior cuyo nombre hemos pronunciado ya con motivo de los acontecimientos de la noche del 4 al 5 de abril de 1814, el coronel Fabvier, jefe de estado mayor del mariscal. Dotado de un carácter leal, de una organizacion enérgica y de la grandeza de alma que es el privilegio de un corto número, y hallándose mas libre que su general en los deberes oficiales de su posicion, el coronel no se habia contentado con tomar informes en las reuniones del comandante de la division, del prefecto y de las notabilidades realistas de la ciudad; advertido el mariscal por los informes y observaciones de su jefe de estado mayor, buscó tambien la verdad fuera del círculo en donde se habia circunscrito (1). En consecuencia escuchó à varios ciudadanos de todas las clases, mandó que le entregasen los muchos partes dirigidos á las diferentes autoridades antes y despues del 8 de junio, y continuando sus investigaciones en virtud de los rayos de luz que le dieron aquellos documentos, quiso examinar los legajos de las once causas ya sentenciadas por el tribunal prebostal, exigió que se los comunicaran, y confió su estracto á Mr. Gras, abogado y antiguo individuo de la cámara de los representantes de los cien dias. A la llegada de Marmont, el tribunal, como llevamos dicho, se aprestaba para juzgar à los acusados de la duodécima

(1) Veinte y nueve son los partes que dirigió Leblanc à Mr. de Chabrol, desde los primeros dias de junio hasta 15 de agosto, y todos fueron publicados por Mr. de Sainneville en su citado escrito *Relacion de los acontecimientos de Lyon*.—Los señores Baboin, hijo de la Colombe, ayudante de plaza, y de Mesmay, oficial de gendarmeria, figuraban entre las autoridades civiles y militares que suministraban los medios de provocacion à Debit y à Fievée.

(1) El coronel Fabvier fué el primero que corrió el velo que ocultaba los acontecimientos de Lyon, en su folleto titulado: *Lion en 1817*; mas es de advertir que este escrito interrumpió su carrera militar, porque la restauracion no quiso perdonarle este acto de rara y noble intrepidez, como veremos mas adelante.

categoría; pero como retardase la causa y aplazase continuamente el dia de la vista, el mariscal quiso poner coto á tantas dilaciones, y encargó á uno de sus oficiales que se enterase del debate desde la primera sesion, copiando por medio de la taquigrafía las deposiciones de los testigos y las respuestas de los acusados. Este proceso era el de los sospechosos de Lyon. Abatidos por los sufrimientos de una detencion prolongada, por las privaciones y por los ultrajes, confundidos por las amenazas y sujetos al influjo de muchas promesas y preguntas insidiosas; la mayor parte de aquellos infelices, creyendo conciliarse la benevolencia de sus jueces, habian tomado el partido de responder afirmativamente á todas las preguntas, simular revelaciones y componer con este objeto las fábulas mas absurdas. Así es que Vernay, que era uno de ellos, declaró que estaba encargado de ponerse el dia 8 de junio al frente de una partida numerosa y apoderarse del almacen de pólvora de Lyon, incorporarse luego con tres columnas, de ochocientos hombres cada una equipados militarmente, cubiertos con gorros de pelo, bien armados, y con la alforja al hombro, y por último dirigirse con esta especie de ejército al asalto de las casas consistoriales, de cuya posesion dependia el buen éxito del asunto. Decia Vernay que cada columna tenia sus jefes y oficiales, cuyos nombres habia ya señalado, de manera que esta sola indicacion habia sido suficiente para llevarlos al mismo banco de los acusados. No dejó de penetrar en las cárceles la noticia de la mision de Marmont; por lo que Vernay, al ver al oficial sentado en el auditorio y escribiendo las declaraciones para trasmitirlas al mariscal, recobró el aliento que le habia quitado la primera sentencia de muerte á que ya se le condenara por contumacia (1). Habiéndole preguntado el preboste si persiste en sus declaraciones anteriores, inmediatamente se levanta, y estendiendo la mano al crucifijo colocado á la espalda de los jueces, responde con voz firme: «Pongo por testigo á este Cristo que tengo á la vista, que todo cuanto he dicho es falso. Mis declaraciones son efecto de las terribles amenazas que se me han hecho, y á vos mismo, señor preboste, os acusara, si me lo hubiesen exigido. Estoy á vuestra disposicion, y sé que podeis condenarme, pero prefiero morir sin afrenta y sin remordimientos á vivir deshonrado con la mentira y con la calumnia.» Algunos coreos de Vernay, inducidos durante la instruccion á hacer revelaciones análogas y que habian recibido la promesa de verse perdonados si no se retractaban, no se atrevieron á imitarle, y efectivamente quedaron absueltos, como *reveladores*; pero Vernay fué condenado á muerte por haber insistido en su retractacion, aunque tampoco debe omitirse que el gobierno conmutó su pena en diez años de carcel. Marmont no habia esperado la declaracion de este infeliz para ilustrar á los ministros, y así es que á la sazon tenian estos en su poder la prueba de que todas las noticias relativas á conspiraciones que hacia un año entero que estaban difundiendo el terror en todas las poblaciones del Ródano, eran otras tantas tramas urdidas por los agentes de las principales autoridades del departamento, contra el reposo público, la libertad y la vida de los ciudadanos. El mariscal habia remitido á los ministros algunos documentos que demostraban la complicidad del capitan Ledoux en los sucesos del 8 de junio, y por una estraña circunstancia, que sin duda puede esplicarse con el temor de alguna revelacion inesperada sobre este agente del general Canuel, ni una sola vez se pronunció su nombre durante las doce causas falladas por el tribunal prebostal, de manera que su muerte no provocó siquiera un principio de instruccion. Los perseguidos acreditaban sin embargo una satisfaccion, y el gobierno la dió efectivamente, subordinada á sus fuerzas, á su valor y á la deferencia con que trataba siempre á los hombres del partido realista. El prefecto Chabrol fué destituido, y el general Canuel exonerado del mando de la division; los condenados á cinco años ó menos de detencion fueron perdonados del todo, y los que lo estaban á mas de cinco años vieron reducida su pena á un año; conmutóse en tres años de cárcel la pena de los condenados á deportacion ó á los trabajos forzados; remitiéronse las enormes multas que comprometian la fortuna de unas ciento y cincuenta familias; y finalmente el gobierno confirmó otras dos medidas de Marmont, á saber: la destitucion de seis oficiales y la de siete alcaldes señalados por su complicidad en las provocaciones ó por la odiosa arbitrariedad de sus actos.—Esta satisfaccion era estéril é incompleta, pues no era posible restituir la vida á los infelices muertos por la mano del verdugo: quedaban sumidos en la miseria, sin recibir indemnizacion alguna, las viudas y los muchos huérfanos de las víctimas; continuaba perdida la carrera ó la fortuna de los numerosos ciudadanos arruinados por una larga detencion, por la persecucion ó por la fuga, y entretanto conservaban sus títulos, sus honores y sus recompensas los generales, los administradores y los jueces que postergando el interés y la honra del gobierno á los intereses de su egoismo ó á sus viles pasiones, á fuer de servidores infieles y funestos, hacian odioso el nombre de los Borbones, acarreando la maldicion de los pueblos contra estos desgraciados príncipes y legando al porvenir un odio profundo y una venganza inevitable. No debe omitirse, para que se vea la debilidad de los ministros, que el general Canuel, que por cierto era el mas culpable de todos los empleados, recibió, al dejar el mando de Lyon, el título de inspector general de infantería, al paso que por decreto de mes de junio, no mucho despues de los acontecimientos habia visto además satisfecha su vanidad con el título de baron (1).

Mientras un antiguo mariscal del imperio ponia coto á los sucesos que acababan de reproducir el régimen de 1815 en uno de los primeros departamentos de la monarquía, restableciendo la calma interrumpida por la pasion de unas autoridades hostiles al decreto del 5 de setiembre, Mr. Decazes cumplia las promesas que habia hecho á los hombres que con sus escritos y su diligencia contribuyeron de una manera mas activa á preparar y obtener este decreto. Mr. Pasquier ocupó el puesto de Mr Dambray recobrando en 19 de enero de 1817 su antiguo empleo de guardasellos; á 12 de setiembre Mr. Mole sucedió en el ministerio de marina al mariscal Gouvion-Saint-Cyr, nombrado ministro de la guerra en reemplazo del duque de Feltre (2), y poco tiempo despues Mr. Barante obtuvo una direccion general, y posteriormente un asiento en la cámara de los pares.

El mariscal Gouvion-Saint-Cyr era el único de los nuevos ministros que, por su incontestable capacidad, dió alguna fuerza al gabinete; el poco tiempo que fué ministro de marina se habia propuesto dos objetos: librar al ministerio de la incapacidad de Mr. Dubouchage, y dar á MM. Decazes y Richelieu un medio de reemplazar próximamente y sin estrépito al duque de Feltre, á quien queria alejar. El duque de Richelieu continuaba acariciando la idea que habia decidido su entrada en el gabinete y en la cual cifraba el honor de su carrera política. Impaciente por obtener de sus aliados el completo desocupo de su territorio, queria mostrarles la dignidad real de Luis XVIII, protegida por un ejército nacional, que por su fuerte organizacion hiciera inutil una mas larga permanencia del cuerpo de ocupacion. Cuando en 1815 restituyó al duque de Feltre á la posicion que este general habia ocupado por tanto tiempo bajo el imperio, Mr. de Richelieu esperaba que el antiguo ministro de la guerra del emperador daria al rey uno de aquellos ejércitos que bajo Napoleon salian, por decirlo así, de la tierra y se organizaban en algunos meses; pero nada habia hecho aun el duque de Feltre á los dos años de ministerio. El mérito de este administrador, bajo el gobierno anterior, consistia únicamente en su obediencia; simple instrumento de su amo, no tomaba ninguna iniciativa, y su conducta se limitaba á cumplir las órdenes del emperador. Abandonado á sus propias fuerzas, no supo tomar sino medidas incompletas ó malas; los cuerpos no presentaban ninguna unidad; ningun lazo reunia á los oficiales con los soldados; habia en todos los ramos del servicio una disipacion atroz; algunos jefes manifestaban la inmoralidad mas escandalosa; la mayor parte eran del todo incapaces; las nuevas tropas no tenian siquiera el mérito que da el número, pues de ochenta y seis legiones de infantería, solo estaban organizadas doce de dos batallones cada una, al paso que las otras setenta y cuatro no formaban mas que uno solo; no debiendo tampoco omitirse que sus cuadros estaban casi descubiertos, y para cubrirlos no habia otro recurso que el muy debil del alistamiento voluntario. En una palabra, el duque de Feltre no habia sabido organizar mas que la persecucion. Encargado de reparar el desórden y de dotar al nuevo gobierno de un ejército digno de este nombre; el mariscal Saint-Cyr, como veremos, cumplió con este difícil cargo. Ocupábanse además los miembros influyentes del gabinete en lo relativo á las elecciones; la ley del 5 de febrero iba á sujetarse á la prueba de los hechos. A 20 de agosto se espidió un decreto que convocaba para el 20 de setiembre siguiente los colegios electorales de los departamentos, á fin de elegir diputados que sucedieran por primera vez á la quinta parte designada (3).

(1) Vernay no pudo ser habido hasta muchas semanas despues de los acontecimientos del 8 de junio.

(1) Los seis oficiales destituidos por el mariscal fueron: MM. Brisolher, Benévent, Hue de la Colombe, de Romilly, de Rochelle y Demesnay. Los siete alcaldes eran los siguientes: MM. Enrique Destournelles, alcalde de S. Didier, en Mont-d' Or, Hue de la Blanche, alcalde de Irigny; Figuray, alcalde de Brignais, Perrel, alcalde de Soucieux; Bourher, alcalde de Saint-Andeol; Durand, alcalde de Neuville; y Puy, alcalde de San Ginés de Laval.

(2) El mariscal Saint Cyr, que solo fué ministro de marina dos meses y medio, habia sucedido a Mr. Dubouchage en 23 de junio anterior.

(3) La division de los departamentos en 5 series electorales habia sido determinada por una órden del 27 noviembre de 1816. El sorteo de estas series para la renovacion anual y parcial de la Cámara, desde la promulga-

Estos departamentos eran los siguientes: Altos Alpes, Costa de Oro, Creuse, Dordoña, Gers, Herault, Ille-et-Vilaine, Indre-et-Loire, Loiret, Lozere, Mosa, Oise, Orne, Alto Rhin, Ródano, Sena y Deux-Sevres. Los representaban cincuenta y un diputados; y añadiendo á esta cifra doce elecciones que debian hacerse en las otras series á consecuencia de vacantes que sobrevinieron por muerte ó dimision, hacen un total de sesenta y tres nombramientos. Hasta entonces los electores habian circunscrito sus elecciones a solos dos colores ostensibles de opinion, a saber; los realistas esclusivos, partidarios del régimen de 1815 y á quien sus adversarios, hacia algunos meses, designaban con el nombre de ultra-realistas; palabra, segun se dice, pronunciada primero por Fuche; y los realistas, con título de constitucionales, que tenian por bandera la órden de 5 de setiembre, partidarios todos del ministerio, y funcionarios públicos ó que aspiraban á serlo. Iban á presentarse nuevos candidatos, y los hombres políticos que pensaron los primeros en presentarse abiertamente á las elecciones bajo colores diferentes de los adoptados, hacia dos años, que pertenecian á este tercer partido cuyos miembros, adversarios al propio tiempo de Napoleon y de Luis XVIII, en 1815, disfrazaron su doble hostilidad con el nombre de independientes.

Ya hemos dicho cuáles eran sus esperanzas y sus vergonzosos papeles despues de Vaterloo; ya se sabe su miserable actitud a presencia de la invasion. Por un singular beneficio de su nueva posicion, aquellos hombres que habian derribado á Napoleon y abierto al enemigo las puertas de la Francia, y á los Borbones las de París, iban á ser los representantes y los guias no solo de los admiradores mas entusiastas del jefe del gobierno imperial, sino tambien de esta multitud de ciudadanos que sublevaba contra los nuevos príncipes su restablecimiento por el estranjero. Encorvados, despues de la segunda caida de Paris, bajo el peso de la cólera y las amenazas de aquel partido realista, que sin embargo le debia su fácil triunfo, habian permanecido inmoviles mientras duró la tempestad de la reaccion, ocupandose únicamente en su seguridad personal, y aguardando en silencio la hora en que podrian volver á presentarse en la escena política. Viéndose libres de sus terrores por la órden del 5 de setiembre, animados por la marcha cada dia mas favorable del ministerio, MM. Voyer-d'Argenson, Comte, Dunoyer y Gevaudan, entre otros, se habian reunido en casa de Mr. de Lafayette durante la última legislatura. Otros de la oposicion que habian sostenido abiertamente á Napoleon, en los cien dias, como el general Thiard y Benjamin Constant, no tardaron en engrosar este primer grupo. La reunion llegó bien pronto á ser muy numerosa; y la aproximacion de las elecciones, hácia el mes de agosto, multiplicó las entrevistas. La policía podia sospechar é intervenir invocando las disposiciones del artículo 291 del código penal (1); por lo que convinieron sus agentes en encontrarse alternativamente en casa de los señores Lafayette, Benjamin Constant y el general Thiard, que habitaban en la calle de Anjou, barrio de San Honorato. Decididos á llamar al movimiento y á la vida política, las opiniones y los intereses unidos a las conquistas materiales y morales de la revolucion; adversarios al mismo tiempo de los ministros y de los ultras; obligados desde entonces á enarbolar una bandera que señalase su puesto, prescindiendo de los hombres de 1815 y de los realistas ministeriales, los nuevos opositores hicieron revivir este título de independientes que debia desaparecer dentro de dos años bajo la denominacion mas precisa de liberales. Habiendo sido el germen y la cuna de esta oposicion parlamentaria que, desde 1817 hasta 1830, tuvo que defenderse y combatir contra la restauracion, las primeras reuniones de la calle de Anjou-San Honorato, se resintieron de la incertidumbre y de la debilidad de un ensayo; los miembros de esta junta se limitaron á publicar algunos folletos, y á establar relaciones con las principales ciudades de los departamentos que componian la serie llamada á renovar su diputacion. Aunque debiles, estos medios les bastaron, sin embargo, para decidir la eleccion de muchos diputados de su opinion. La oposicion realista no estaba en inaccion, y una parte de sus miembros mas influyentes que habitaba en la provincia, obligados á comunicarse y á tener para sus esfuerzos un centro comun, aceptaron el medio de la congregacion. Esta sociedad tenia en Paris, en casa de Mr. Adrian de Rougel, un puesto de reunion política con ciertos medios de correspondencia, y uno de los miembros encargado de su direccion, Mr. Julio de Polignac, ayudante de campo de Mr. de Artois, era además inspector general de la guardia nacional del reino, y compartia, bajo este concepto, con Mr. Bruges, su colega, la influencia principal en la administracion de esta guardia. Mr. de Polignac aprovechó esta doble posicion para las elecciones, y por él tuvo la congregacion, en las oficinas de la guardia nacional, una especie de sucursal por medio de la cual pudo influir en los estados mayores de los departamentos. A pesar de este cúmulo de esfuerzos, el resultado de las nuevas elecciones justificó los temores de los miembros de la antigua mayoría de 1815; no solamente no pudieron conseguir ningun nuevo nombramiento, sino que once de los suyos, de trece que se habian sometido á la reeleccion, cedieron el puesto á los ministeriales ó á los independientes, habiendo ganado estos trece votos. La cámara *inhallable* contaba nueve miembros que, ocultos entonces en las filas de su minoría, debian aceptar en 1817 el título de independientes; mas habiendo sido estos nueve miembros, entre los cuales citaremos á MM. Voyer d'Argenson, Jobez, Beslay, Ruperou, Savoie-Rollin y de Grammont, nombrados de nuevo al tiempo de las elecciones generales, despues de la órden de 5 de setiembre, por cuyas elecciones llegaron á la cámara MM. Lafitte, Revoire y Martin (de Gray), resultó que los independientes eran veinte y cinco despues de la renovacion del primer quinto, comprendiéndose en el número de los que habian sido elegidos últimamente MM. Dupont (de l'Eure), Hernoux, Caumartin, de Chauvelin, Bignon y Casimiro Perier. Por un notable resultado de las violencias de la epoca que acababa de atravesar la Francia, algunos de los nuevos diputados, entre otros, Mr. Hernoux, antiguo alcalde de Dijon, iban á sentarse al lado de los funcionarios y de los ministros que el año anterior los perseguian y los tenian presos como revolucionarios ó bonapartistas. La cámara, modificada por las elecciones del primer quinto, se componia de los colores siguientes: setenta y cinco realistas ministeriales, y veinte y cinco independientes de la oposicion.

Abrióse la legislatura el 5 de noviembre, dia señalado por la órden de convocacion. Luis XVIII, en el discurso que pronunció, anunciaba la conclusion de un nuevo tratado ó concordato con la corte de Roma, la apertura de una nueva negociacion con las potencias aliadas para la liquidacion de los creditos que reclamaban por deudas anteriores al tratado de Paris de 1814, y la disminucion de una quinta parte de las tropas de ocupacion, como tambien la esperanza de una completa y próxima libertad del territorio. Y añadia despues: «He hecho redactar, con arreglo á la carta, una ley de quintas. Yo quiero que no pueda invocarse ningun privilegio; que el espíritu y las disposiciones de esta carta, nuestra verdadera brújula, que llama indistintamente á todos los franceses á los empleos y a los grados, no sean ilusorios, y que el soldado no tenga otros límites en su honrosa carrera que sus talentos y sus servicios.» La ley de eleccion del 5 de febrero habia sido la tarea principal de la legislatura de 1816-1817; y la ley sobre las quintas del ejército debia ser tambien el resultado mas importante de la legislatura de 1817-1818

CAPÍTULO VIII.

Legislatura 1817-1818: estado del ejército; ley sobre su reclutamiento y sobre el adelanto de los oficiales; legislacion anterior; discusion en la cámara de los diputados; se adopta la ley; discusion de esta en la cámara de los pares; su adopcion. Proyecto de ley sobre la libertad de imprenta; esposicion de motivos por Mr. Pasquier; discusion en la cámara de los diputados; los doctrinarios; esta cámara adopta el proyecto de ley; la cámara de los pares la rechaza. Nuevo concordato; sus disposiciones; queda momentáneamente abandonado. Liquidacion de los creditos estranjeros; su total; ofrecimiento de Mr. de Richelieu á las potencias; carta de Alejandro al duque de Wellington; creacion de una comision especial en Paris; transaccion, tratado. Votacion del presupuesto, los suizos. Ciérrase la legislatura. Supresion de los tribunales prebostales, los diarios. Las compilaciones semi-periódicas; persecuciones; condenacion de la biblioteca histórica; testo del juicio. Diferentes procesos de la prensa. Mr. Decazes y el mariscal Gouvion Saint-Cyr. Reorganizacion del ejército. Preliminares para el desocupo del territorio.—Conferencias de Aquisgran. Tratado de desocupo.—Viaje del emperador de Rusia y del rey de Prusia á Paris.—Descontento del partido realista; supresion de la administracion de la guardia nacional, y destitucion del conde de Artois; junta de los independientes; reunion de los colegios electorales; resultado; inquietudes que causan en Aquisgran los nuevos nombramientos. Mr. de Richelieu se compromete á cambiar la ley electoral. Nuevo tratado de la cuádruple alianza contra la Francia.—Vuelta de Mr. de Richelieu á Paris. Temores de Mr. Decazes; primera reunion del gabinete. Mr. Decazes presenta su dimision; Mr. Lainé quiere tambien dar la suya, los dos consienten en quedarse.—Retirada de

---

cion de la nueva ley, tuvo lugar en la sesion de diputados del 22 de enero de 1817.

(1) Este artículo prohibia toda reunion de mas de veinte personas que se verificase todos los dias ó ciertos dias señalados para tratar de los asuntos religiosos, literarios, políticos u otros.

Mr. de Corvetto y sus causas ; este ministro es reemplazado por Mr. Roy. — Ábrese la legislatura; discurso de Luis XVIII; reuniones del gabinete ; los ministros no se entienden ; se presentan al rey; palabras de este último.—Proposiciones hechas por Mr. de Richelieu á los ultra-realistas de las dos cámaras. Crisis ministerial ; sus incidentes , su duracion ; todos los ministros presentan su dimision.—Mr. de Richelieu queda encargado de la formacion de un nuevo gabinete ; su carta á Luis XVIII; su mal éxito; Mr. Decazes recibe el mismo encargo; formacion de un nuevo ministerio. El general Dessolles , MM. de Serre, Louis y Portal reemplazan al duque de Richelieu . MM. Pasquier , Roy y Molé.—Inquietudes públicas ; agitacion en el mediodia.

Ya hemos dicho que desde el licenciamiento de las tropas retiradas en 1815 detrás del Loire, la Francia no poseia mas que un simulacro de ejercito. Los alistamientos voluntarios solicitados en todos los puntos del reino no habian bastado para llenar las filas de la guardia real. En cuanto á las legiones, sus cuadros estaban vacíos hasta el punto que al enumerar las compañías los oficiales y los subalternos eran mas que los soldados. El efectivo de muchas de estas legiones no ascendia á trescientos cincuenta hombres. Habiéndose encargado el mariscal Gouvion Saint-Cyr, en virtud de la órden de 16 de julio de 1815, de disolver el último ejercito imperial, habia arreglado la formacion del nuevo ejercito; esta formacion, durante los dos años del deplorable ministerio del duque de Feltre, habia quedado, por decirlo así, en estado de proyecto, y dos meses y medio despues de la retirada de este último, su sucesor presentó á la cámara de los diputados un proyecto de ley destinado á dar por fin al pais la fuerza militar que le faltaba.

Este proyecto de ley, dividido en seis capítulos y en treinta artículos, presentaba tres disposiciones principales : quinta general del ejército, establecimiento de una reserva bajo el título de legiones veteranas, y reglas de ascenso.

El reclutamiento del ejército, segun el proyecto, debia hacerse por dos medios , los alistamientos voluntarios y los llamamientos forzosos. La guardia real, la caballería y las tropas de artillería y del cuerpo de ingenieros se reclutaban esclusivamente por medio de alistamientos voluntarios ; estos alistamientos se admitian tambien para las tropas de línea ; pero no debiendo bastar este recurso para mantener en tiempo de paz el efectivo de ochenta y seis legiones (ciento cincuenta mil hombres) se suplia todos los años á esta insuficiencia por medio de llamamientos forzosos que no podian pasar de cuarenta mil hombres. Estos llamamientos se verificaban por medio de sorteo entre todos los jóvenes de veinte años cumplidos: los que entre estos quedaban exentos por la suerte del contingente anual que se pedia, quedaban libres inmediatamente de un modo absoluto; los otros eran inscritos en los registros de matrículas del ejército y obligados á un servicio de seis años. Al espirar estos seis años, que empezaban á correr desde el 1.° de enero del año de su inscripcion, los soldados quedaban libres, cualesquiera que fuesen por otra parte las circunstancias de paz ó de guerra, no quedando sujetos mas que al servicio territorial de los legionarios veteranos.

Estos legionarios veteranos compuestos de sargentos y soldados que habian cumplido su tiempo de servicio, formaban una compañía en cada distrito, y no podian ser llamados á ningun servicio, aun en el interior de su departamento, sino en circunstancias estraordinarias, cuyo servicio era esclusivamente territorial. Para obligarles á salir fuera de su departamento, en tiempo de paz, y fuera de division militar en tiempo de guerra, era preciso una ley, que les prohibiera casarse y tener establecimientos. En fin su completa libertad por derecho era despues de doce años de servicio ó cuando cumpliesen los treinta y dos años.

Las reglas de ascenso eran las siguientes : ninguno podia ser sargento si no habia cumplido los veinte años, y si no habia servido al menos dos años en uno de los cuerpos del ejército ; ninguno podia ser oficial sin haber servido antes como sargento ó seguido por igual espacio de tiempo los cursos de una escuela especial militar, y sin haberse sujetado al exámen en esta escuela, una tercera parte de los empleos de subtenientes de la línea se adjudicaban á los sargentos; las dos terceras partes de los grados y empleos de teniente, capitan, comandante de batallon ó escuadra y de teniente coronel, se daban á la antigüedad ; en fin ninguno podia ser promovido á un grado ó empleo superior , si no habia servido cuatro años en el grado ó empleo inferior ; solo habia escepcion en tiempo de guerra, por circunstancias estraordinarias ó por acciones de guerra puestas á la órden del dia del ejército Estas disposiciones eran á propósito para constituir un ejército nacional y fuerte; en semejante resultado no estaba solamente interesado el poder del pais, sino tambien la dignidad é independencia de la dignidad real, que debia herir justamente la proteccion ofensiva de ciento cincuenta mil soldados aliados, dueños aun de una parte de nuestras plazas fuertes. Pero ¿cómo podia pensarse en solicitar de los soberanos la retirada de esta fuerza estranjera, cuando el nuevo gobierno no se presentaba en Europa bastante apoyado por las numerosas y bien organizadas tropas nacionales? Se debia pues suponer que todas las opiniones estarian conformes en adoptar las medidas propuestas por Gouvion Saint-Cyr; pero no hubo nada de esto, pues que la formacion de un fuerte ejército encontró intratables adversarios ; el obstáculo no vino de fuera, sino de dentro, y tampoco de algunas potencias interesadas en sostener nuestra debilidad y nuestro abatimiento, sino del partido realista.

El relator de la comision encargada del exámen preparatorio de la ley dió á conocer su trabajo á la cámara el 7 de enero de 1818; la comision proponia muchas enmiendas, tres de las cuales modificaban bastante profundamente las principales disposiciones del proyecto ministerial; puesto que en lugar de reclutarse la guardia, la caballería, la artillería é ingenieros por alistamientos voluntarios, la primera enmienda establecia que la guardia real se reclutase al mismo tiempo por alistamientos , y por soldados elegidos entre los demás cuerpos del ejército, y que todas las tropas de línea, así la infantería como la caballería, la artillería como los ingenieros se reclutasen comunmente por alistamientos y llamamientos forzosos. En segundo lugar, el servicio de los veteranos legionarios quedaba reducido á cuatro años, y no se les podia obligar á marchar sino en tiempo de guerra. En fin con el título de ascenso, la comision destruia todos los derechos que se concedian á la antigüedad.

Ántes de analizar la discusion empeñada á consecuencia de esta relacion, no estará de mas dar á conocer la legislacion que arreglaba las disposiciones esenciales de la ley con anterioridad á la restauracion

Bajo el antiguo regimen, los alistamientos voluntarios eran el principio del reclutamiento de las tropas de todas armas; y cuando las necesidades de la guerra lo exigian, se echaba mano de los levantamientos de milicias que se verificaban en cada parroquia, por sorteo Los alistamientos voluntarios fueron tambien el principal recurso en los primeros dias de la revolucion, y cuando se sintió la necesidad de multiplicar los ejércitos, de presentar uno, por decirlo, así en cada frontera, la república hizo requisiciones de hombres, llamando á presentarse bajo las banderas á todo ciudadano comprendido en un límite de edad fijo, sin que pudiese reclamar el beneficio de las escepciones especificadas en el decreto de requisicion, y procediendo por masas sin otra regla que las necesidades del momento. La ley de 19 fructidor del año VI (6 de setiembre de 1797), fué la que, regularizando el reclutamiento del ejército, estableció el régimen de la conscripcion tal como subsistió, escepto algunas modificaciones, hasta la caida del imperio. Por los artículos 15 y 17 la conscripcion comprendia á todos los franceses desde los veinte años cumplidos hasta los de veinte y cinco inclusive y los dividia en cinco clases denominadas primera, segunda, tercera clase etc. segun que los conscriptos habian cumplido, el primero de vendimiario (22 de setiembre) los veinte, veinte y uno y veinte y dos años. La carta de 1814 puso fin á este sistema de levantamientos por su artículo 12, concebido en los términos siguientes: « Queda abolida la conscripcion: el reclutamiento del ejército de tierra y de mar está determinado por una ley (1).» Esto en cuanto al reclutamiento.

En cuanto al ascenso, en la antigua monarquía no estaba sujeto á ningun principio fijo : la organizacion militar de aquella epoca no permitia el medio de imponer condiciones y reglas para la obtencion de cada

(1) Treinta y tres años han trascurrido desde la promulgacion de este artículo; y á pesar de que todos los años ha reunido el gobierno las Cámaras con objeto de arreglar los grandes intereses del pais, aun aguarda el ejército del mar la nueva ley que debe organizar su reclutamiento Verdad es que debemos añadir que desde muchos años el departamento de la marina en Francia no ha sido jamas el objeto de una atencion séria y detenida de los poderes públicos; colocando á la frente de las oficinas un oficial de marina que firmaba el trabajo de los gefes de division, estos siguiendo lo que llamaban tradicion, marchaban por la senda trazada por sus antecesores; de cuando en cuando algunas comisiones, compuestas de oficiales y administradores, contrarias por rutina ó por oposicion á todo cambio, se reunian para decidir que cuando votan alguna cosa lo hacen persuadidos de que así conviene entre tanto los millones votados por las cámaras se gastan fielmente todos los años sin ningun resultado, y luego se dice que la marina está mal administrada Por muy valiente que sea un capitan de navio, por muy diestro que se esponga un gefe de escuadra, estos oficiales no son ni pueden ser mas que ministros deplorables; todos los hombres sensatos conocen y comprenden esta verdad, pero nadie se atreve á decirla. No eran oficiales de marina los que dirijian este departamento en todas las epocas gloriosas de nuestra historia marítima, y sin embargo se ven almirantes casi siempre en cada una de las epocas de decadencia.

grado, porque la voluntad incesantemente variable del soberano y de sus ministros era la sola ley, porque los grandes destinos del ejército formaban el patrimonio de algunas familias; y porque tanto los regimientos como las compañías constituian propiedades privadas que se trasmitian por venta ó por sucesion. La primera ley sobre ascensos la dió la asamblea constituyente, el 29 octubre de 1790, pero queriendo librar á los oficiales del capricho de sus jefes, y destruirse toda imposibilidad de injusticia ó de favor, esta asamblea dió en otro estremo, pues que todos los grados, hasta el de teniente general inclusive se dieron á la antigüedad. Esta disposicion, aunque modificada por las exigencias del estado de la guerra, produjo resultados tan contrarios al bien del servicio, que la convencion, por una ley del 14 germinal del año III (4 de abril de 1795) sometió el ascenso á nuevas condiciones, constituyendolo del modo siguiente: la tercera parte de todos los grados, hasta comprender el grado del jefe de media brigada (coronel), se dió á la antigüedad; una segunda parte á la eleccion pasiva, y la tercera á la eleccion activa. No tardó en modificarse esta regla por un decreto de 10 brumario del año IV, en cuanto á los oficiales superiores, es decir, para los grados de comandantes de batallon ó escuadron y de coronel; el directorio, por este decreto, reservó estos últimos nombramientos al poder ejecutivo. La convencion, en su ley del 14 germinal, habia arreglado tambien el modo de hacer el ascenso entre los cabos y sargentos; el ascenso de estos consistia únicamente en la eleccion; los cabos eran elegidos por los sargentos por una lista de candidatos presentada voluntariamente por los voluntarios de la compañía, los sargentos por los subtenientes á propuesta de los cabos; y los sargentos primeros por los capitanes del batallon, sin propuesta. La eleccion de subteniente se hacia por los tenientes por la presentacion de una lista de candidatos formada por todos los subtenientes del batallon; la eleccion de teniente pertenecia á los capitanes del batallon á propuesta de los tenientes; la de capitan á los comandantes y al coronel á propuesta de todos los demás capitanes. En fin, todo oficial, sargento ó cabo que hubiese sido presentado dos veces, tenia derecho á la primera plaza vacante, y en el caso de ser presentado por tercera vez, se hallaba nombrado de derecho sin necesidad de recurrir á ningun escrutinio (art. 28). Durante el imperio esta ley no sufrió ninguna modificacion esencial, porque las circunstancias de la guerra hacian menos regular y menos frecuente su aplicacion; pero permanecia en vigor y se aplicaba todavía en la época de los acontecimientos de 1814 (1). El general Dupont y sus sucesores dedujeron la completa abrogacion de la ley del año III de estas palabros del artículo 14 de la carta: «El rey es el jefe supremo del estado, manda las fuerzas de mar y tierra, nombra todos los empleados de la administracion pública, etc.;» y apoyados en esta definicion del poder regio improvisaron esa multitud de generales y oficiales de todas graduaciones, escogidos entre los cortesanos, emigrados, vendeanos ó jóvenes que no habian prestado servicios, los que ocuparon inopinadamente todos los empleos del ejército en 1814, 1815 y 1816.

Comparada con las leyes de los gobiernos precedentes, la ley presentada por el mariscal Gouvion Saint-Cyr era superior á ellas, á lo menos en lo concerniente á la quinta, porque al mérito de una claridad rara reunia la ventaja de la precision y estabilidad. En tiempo de la república y del imperio, los quintos permanecian durante cinco años á la disposicion del gobierno, ignorando hasta el último momento si su clase seria llamada ó nó para el servicio activo. Si un decreto del poder ejecutivo les obligaba á marchar, no sabian la época de su regreso; el tiempo de su servicio era indeterminado, y su licencia dependia de los acontecimientos: con la nueva ley desaparecia la penosa espectacion é incertidumbre; la posicion de cada quinto era definitiva desde el mismo instante en que se terminaba el sorteo; el favorecido por la suerte se hallaba completamente libre y no podia ser nunca reclamado; el designado para marchar podia fijar de antemano el dia y hora en que se hallaria libre, en cualquiera circunstancia de paz ó guerra. Por muy dignas de elogios que pudieran ser las nuevas reglas sobre los ascensos, nosotros creemos que las establecidas por la convencion estaban mejor concebidas: la antigüedad tiene sus derechos, y se le adeuda su parte pero no es siempre un testimonio de capacidad; por otro lado el favor dicta muchas veces los ascensos de cuya provision son árbitros el poder ó los superiores: la eleccion, esa voz de los iguales, ofrecia á lo menos á los oficiales de cada regimiento, cuando llegaba el turno de su nombramiento, el medio de reparar en el mérito desconocido la injusticia ó error que habian producido los otros dos modos de ascender. Estas observaciones no son una reprobacion para el ministerio de la guerra de 1818; la aplicacion del principio electivo para los ascensos del ejército era entonces un hecho imposible; nosotros queremos unicamente señalar una disposicion que debe volver á ocupar su rango en nuestra legislacion militar.

La creacion de los veteranos legionarios, institucion sin antecedentes en la organizacion de nuestros ejércitos, era una feliz innovacion que fue prontamente suprimida por la restauracion, y que el gobierno que le sucedió cometió la falta de no restablecer. En 1847 nos hallamos menos adelantados que en 1818, con respecto á los verdaderos principios de una buena defensa nacional, y el ejército aguarda todavía que se establezca su reserva.

A la apertura de la discusion del dia 14 de enero, se hallaban inscritos cuarenta y seis miembros para hablar acerca de la ley, siendo veinte y tres los que debian defenderla, y veinte y tres combatirla; los primeros pertenecian todos al partido ministerial ó á la fraccion de la oposicion independiente, y los segundos se componian esclusivamente de antiguos miembros de la mayoría realista de 1815. Los ministeriales é independientes aprobaban las disposiciones orgánicas de la ley; los unos en nombre de los principios é intereses consagrados por la revolucion, los otros invocando los derechos asegurados por la carta á todas las clases de ciudadanos; esta es una ley constitucional, decian los primeros; es una ley nacional, decian los segundos. En cambio los de la oposicion realista, subordinando todos los derechos á los derechos del príncipe, todos los intereses al interes de la dignidad real, la repelian con violencia tratandola de anticonstitucional y antimonárquica. El ejército debe organizarse monárquicamente, es necesario que sea realista, decian; y para lograr este resultado exigian que la corona conservara el derecho esclusivo de nombrar y proveer todos los grados y empleos, desechando el sistema de quintas anuales, pues para ellos el único medio conveniente para reclutar era el de los enganches voluntarios. En vano se les demostraba con los hechos de los dos últimos años, que esta suerte de enganches apenas nos procuraban la tercera parte de los hombres indispensables para cubrir las necesidades de la fuerza militar que nos imponian los cambios acaecidos en la organizacion europea, á causa de los acontecimientos que habian tenido lugar durante el período de los veinte y cinco años que acababan de espirar; sus miradas no se apartaban ni un instante de la antigua monarquía, y no admitian que pudiera hacerse mejor obrando diferentemente, apelando por último argumento á este primer miembro del art. 12 de la carta: «La quinta queda abolida.» En su pensamiento secreto, el nuevo modo de reclutar constituia la falta mas pequeña del proyecto ministerial; lo que mas pugnaba con sus preocupaciones de casta y de partido eran las condiciones impuestas al nombramiento y ascensos de los oficiales de todas armas. Hacia tres años que todos sus esfuerzos tendian á disminuir las conquistas políticas y civiles de la revolucion, y á devolver tanto á la autoridad regia como á las antiguas clases privilegiadas algunas de las ventajas de las cuales les habia despojado la revolucion. Con el proyecto que se atrevian á someterles, no se buscaba otra cosa que la consagracion en el ejército, antiguo patrimonio de las clases nobles, del principio mas revolucionario que ha nacido de la caida de la antigua monarquía, es decir, la igualdad. En lo sucesivo no solamente sus hijos y representantes de su nombre no podian tener mas derechos que los hijos de sus abastecedores y arrendadores; pero aun estos podian llegar á ser sus superiores: así es que una ley de esta naturaleza les parecia el regreso hácia la república y por esto dirigian los ataques mas furiosos contra los ministros autores ó promotores del proyecto de ley, proyecto anárquico, segun decian, en que los oradores señalaban el complemento de una conspiracion que tenia por origen el decreto del 5 de setiembre, y la ley de las elecciones por segundo término de progresion. «Es una conspiracion manifiesta, esclamó Mr. de Sallabery en la sesion del 15 de enero; yo sigo sus trámites y la veo que se revela de una manera repugnante en todas las medidas y errores que se han adoptado sucesivamente; lo que ha obtenido esta conspiracion en cuanto á lo civil, con la ley electoral, quiere alcanzarlo tambien para la milicia: se nos propone la concesion decisiva que aguardan todos los enemigos domésticos que no han cesado de meditar y esperar, desde la restauracion, la ruina de la monarquía y de la legitimidad. Seguid su marcha rápida y mirad los triunfos que han obtenido. El genio del mal reclama el ejército que le falta; quieren establecer un gobierno ilegítimo sobre los res-

(1) La ley del año III no habia caido en desuso en tiempo del imperio, como se ha creido generalmente. Nosotros conocemos algunos oficiales que fueron nombrados por la via de eleccion en 1812 y 1813; estos en Francia, aquellos en España y otros en Alemania, y las actas de eleccion deben existir en el ministerio de la guerra. Hay ciertos oficiales, cuyos nombres podriamos citar, que adquirieron su grado al fin del imperio por medio de una de esas promociones *de derecho* que fijaba el artículo 28 despues de las tres presentaciones sucesivas.

tos de una legitimidad arruinada, y de un trono á cuyos piés pereceria la fidelidad impotente é inútil, llamada y reconocida demasiado tarde.»

Considerando Mr. de Bonald, por decirlo así, la parte moral y filosófica de la ley, habló en contra de las quintas forzosas designándolas como una violacion de la libertad personal y de los derechos de familia, y se espresó en estos términos: «Esto es sustituir el tráfico de los blancos al de los negros, porque se obligará al padre que quiere conservar á su hijo á regatear la vida de un reemplazante con otro padre que consiente en vendérsela; tráfico esencialmente inmoral, y por el cual se tasa la vida de un hombre á un precio tanto mas ínfimo, cuanto mas elevado sea el valor del dinero.» Aludiendo en seguida al sentido de las palabras, dijo: «En otros tiempos, cuando las espresiones eran tan justas como las ideas, no se daba el nombre de ejército á los cuerpos de tropa en tiempo de paz; aplicada de esta suerte,esta palabra pertenece á una lengua de nueva fábrica, y es poco monárquica y creada recientemente.» Despues añadió: «Los ejércitos que producen las quintas forzosas, y que se llaman nacionales, son mas funestos á la libertad pública que los otros. La fuerza militar de un estado debe tener menos por objeto la defensa esterior que el sosten del órden interior, á fin de que «la justicia sea apoyada con la fuerza» segun la bella espresion de nuestra antigua lengua política. Contra un peligro grande, por ejemplo una invasion, se tiene el recurso de los levantamientos espontáneos.» Mr. de Villèle combatió la ley colocándose, sirviéndonos de su espresion, sobre el terreno de la carta, rechazó los llamamientos forzosos, como un restablecimiento de la quinta, abolida formalmente por el artículo 12, y las disposiciones sobre los ascensos por una violacion de las prerogativas reservadas á la potestad regia por el artículo 14. Los ministros, dijo, nos proponen que sacrifiquemos la prerogativa real á la necesidad de fijar los derechos de cada uno; diríase al oirles que las protecciones, solicitaciones, denuncias y espías van á huir lejos de nosotros y que la ley sola regirá en los ascensos de los oficiales; mas ¿quien será el encargado de la ejecucion de esta ley? Los ministros; pero ¿qué medios les impondreis para que la sigan mejor que han observado los otros decretos de S. M.? Buscais garantías en la institucion militar mas fuerte y mas contraria á la libertad pública que haya existido jamás. ¿En que estado se hallan vuestras instituciones civiles para dirigir el efecto de esta institucion militar? ¿Teneis instituciones civiles? ¿La familia, la alcaldía, el distrito, la subprefectura, el departamento, el gobierno y el ministerio, se hallan organizados? ¡Os hallais bajo la monarquía constitucional, y son las leyes de la república y del despotismo las que rigen vuestras leyes de familia! No hay ningun motivo que pueda conduciros hasta el voto inconstitucional que se solicita de vuestra parte, y la reunion de todos los miembros de esta cámara debe operarse sobre el terreno de la carta. Allí es donde aguardaremos con lealtad, sin recuerdos ni desconfianza, á todos los que quieran colocarse con nosotros dentro de sus límites.»

Impulsado por esta llamada, Mr. Courvoisier subió al dia siguiente á la tribuna y dijo: «Una oposicion tenaz y funesta, supuesto que provoca todas las demás, tanto fuera como dentro de este recinto, aguarda en el terreno de la carta á todos los que quieran reunirse á ella. Hace cuatro años que existe la carta, y este espacio se halla dividido por el decreto del 5 de setiembre. ¿En qué terreno quiere colocarnos esta oposicion? ¿Es en el espacio anterior al decreto, sobre el terreno de 1815? Nosotros le responderemos que no queremos ni diezmar la Francia, ni dividir su poblacion en categorías. ¡Que preconiza la estabilidad! ¿Acaso somos nosotros los que en 1815 hemos desorganizado para nosotros y los nuestros, el ejército, la administracion y los tribunales? ¡Se atreve á hablar de destituciones, denuncias y espías! ¿Cuál es el manantial de donde han salido estas plagas? Arde de celo en este momento por la prerogativa real; pero la Francia no se ha alimentado jamás con la desconfianza hácia sus reyes; la Francia estuvo y está mas que nunca en guardia contra las pretensiones de casta; se une al presente sin apartar la vista del pasado. Que el gobierno disipe los temores, que repare las faltas y escesos del régimen que los ha engendrado, que los empleados sean imparciales y sin pasion; la Francia entera se inclinará respetuosamente al pié del trono, y las aclamaciones generales apagarán con su concierto las murmuraciones de un partido débil.»

La discusion general se terminó el 26 de enero por un discurso del mariscal Saint-Cyr, contestando á todos los ataques dirigidos contra las disposiciones orgánicas de la ley; este discurso, que llevaba el sello de una alta razon política, lleno de hechos y de una verdadera ciencia, contenia un pasaje que no debe pasar desapercibido. La mayor parte de los opositores realistas habian combatido la institucion de los legionarios veteranos, sobre todo por desconfianza de los soldados que debian concurrir á su primera formacion. La restauracion contaba con cuatro años de existencia, y los primeros veteranos debian tener el 31 de diciembre siguiente seis años de servicio; es decir, que debian haber pertenecido al antiguo ejército. Muchos oradores habian con este motivo reproducido contra este ejército las acusaciones con que no cesaban de vituperarle desde 1815, á las que el mariscal contestó en estos términos: «La franqueza es aquí un deber, y la cuestion que agitamos es una cuestion nacional. Se trata de saber si existen entre nosotros dos ejércitos y dos naciones, de los cuales el uno será anatematizado y considerado como incapaz de servir al rey y á la Francia, y para concretarme directamente á lo que me concierne, se trata de saber si llamaremos de nuevo para la defensa de la patria á los soldados que han hecho su gloria, ó si los declararemos para siempre perjudiciales á su tranquilidad. El último fallo seria injusto, porque esos soldados eran admirables los dias de combate; un ardor infatigable les animaba; una paciencia heroica les sostenia; no han cesado de creer jamás que sacrificaban su vida por el honor de la Francia, y cuando se separaron de sus banderas, todavía tenian inmensos tesoros de fuerza y valor para ofrecerla. ¿Es necesario que la Francia renuncie á volvérselos á pedir? ¿Es necesario que en sus adversidades cese de envanecerse de esos hombres que la Europa no ha dejado de admirar? No, señores, yo no puedo creerlo; nuestra salvacion no reside en el olvido de tantos servicios, en la desconfianza de tanto valor, ni en el abandono de un baluarte tan seguro. Nuestros soldados han espiado mucho, porque han sufrido mucho; ¿quién será, pues, el que se obstine en repelerlos todavía?»

Este modo de hablar era nuevo, tanto para la cámara como para la Francia. Hasta entonces, todas las veces que se habia mencionado en la tribuna al antiguo ejército, habia sido para prodigarle el odio y los insultos. Formado de elementos revolucionarios, decian sus detractores, opresivo para los pueblos, dócil al despotismo, rebelde á sus príncipes legítimos, dos palabras reasumian sus funciones, tanto al esterior como en el interior, devastacion y rebeldía. Desde el regreso de Gante, era la primera vez que una voz tomaba en fin la defensa de nuestros soldados; un hombre político se atrevia á honrar altamente su bizarría y á pronunciar palabras de gloria y heroismo con motivo de sus servicios. Si un simple diputado hubiese tributado este noble y patriótico homenaje, hubiera promovido inevitablemente los clamores de una parte de la cámara; pero como el elogio salia de la boca de un mariscal de Francia y ministro del rey, no se atrevieron á protestar: los de la oposicion realista lo acogieron con una sorpresa silenciosa; una parte de los miembros ministeriales con una visible turbacion, y en cambio otros diputados del mismo color político y los de la oposicion independiente prorumpieron en numerosos bravos; pero sobre todo, en las tribunas públicas fue en donde las palabras del mariscal hallaron ardientes simpatías; el entusiasmo estalló en ellas varias veces con ruidosos y prolongados aplausos. La discusion de los artículos ocupó cuatro sesiones en las que se renovaron los mismos ataques; cada votacion era señalada por los mas vivos debates; la mayoría de la cámara, formada por los ministeriales é independientes, adoptó los cambios propuestos por la comision en el título de las quintas; los llamamientos forzosos constituyeron el recurso de todos los cuerpos del ejército, sin distincion, en el caso de que los enganches voluntarios no produjeran el número suficiente de reclutas. Por otra parte el proyecto ministerial se limitaba á fijar el completo de las legiones en ciento cincuenta mil hombres; pero tomando en consideracion el dictámen de la comision, la cámara estableció que el cupo de todo el ejército en tiempo de paz quedaba fijado en doscientos cuarenta mil soldados. No fué tan dichosa la comision en los demás puntos que solicitaba, pues todos fueron desechados; el servicio de los veteranos se mantuvo á los seis años, y la asamblea adoptó sin modificacion todas las disposiciones relativas á los ascensos. El 5 de febrero se votó el conjunto de la ley; cada opinion reunió todas sus fuerzas, y todavía no se habia visto nunca la cámara tan numerosa; doscientos treinta y nueve diputados tomaron parte en el escrutinio, y la ley fué adoptada por ciento cuarenta y siete votos contra noventa y dos.

Cuatro dias despues, 9 de febrero, los ministros presentaron la nueva ley á la cámara de los pares; la comision dió su dictámen el 21, y la discusion se abrió el 27. El sistema de quintas forzosas, la institucion de los veteranos, y particularmente las reglas sobre los ascensos hallaron en este asilo de los privilegios una oposicion todavía mas numerosa que la de la cámara de los diputados; y estas diferentes disposiciones fueron combatidas con la misma pasion y con los mismos argumentos. «¿Cual será el papel de la autoridad regia con vuestros artículos acerca de los ascensos? esclamó Mr. de Fitz-James, ¡la mano real no es mas que una máquina para poner firmas!» Mr. de Chateaubriand reunió en su discurso la doble argumentacion de MM. de Bonald y Villèle, y despues de haber rechazado la institucion de los veteranos, como constituyendo un

ejército al lado de otro ejército, compuesto de otros elementos y otros intereses; despues de haber declarado que desechaba, sin querer ni aun tampoco discutirlos, los artículos sobre los ascensos, por lo mucho que le parecian atentatorios á la prerogativa real, el orador concluyó de este modo: «Todo se deteriora al rededor nuestro; el espíritu fatal que ha producido nuestras desgracias, renace por todas partes; el lenguaje y los errores de la anarquía resucitan, y las palabras con que se ha despojado y decapitado á los propietarios y á Luis XVI resuenan otra vez. Parece que retrocedemos y que volvemos á tomar el camino de los abismos. Señores, tratemos de que la ley que se nos presenta hoy dia no venga á aumentar los peligros del porvenir.» Los duques de Doudeauville y de Brissac, y los marqueses de Boisgelin, de Herbouville, de Talaru y de Raigecourt combatieron igualmente la ley. Desposeidos por la revolucion de todos los privilegios del nacimiento, los opositores cuyos nombres acabamos de citar, debian naturalmente rechazar unas disposiciones que confirmaban la pérdida de las ventajas que sin duda se habian imaginado recobrar con el restablecimiento de los antiguos príncipes. No es tan fácil comprender la oposicion de varios miembros, soldados de la revolucion, que debian su rango social y fortuna militar al régimen de igualdad inscrito en la nueva ley. ¿Era por ventura falta de inteligencia ó bien debilidad de aventureros deseosos de hacer la corte á los hombres de aquella antigua aristocracia que se obstinaba en alejarlos de ella y en cerrarles sus salones? Entre los antiguos jefes militares de la república y del imperio que combatian algunas de las disposiciones orgánicas de la ley, el general Lauriston y el mariscal Victor (duque de Bellune), fueron de los mas tenaces en reclamar el régimen de los decretos para los ascensos de la mayor parte de los grados; mas el partido de las antiguas instituciones no pudo triunfar, á pesar de su socorro; sostenidos vigorosamente los diferentes artículos por los generales Dessolles, Ricard y de la Roche-Aymon, por el marqués de Lalli-Tolendal y por los duques de Vauguyon y de La Rochefoucault-Liancourt, fueron sucesivamente adoptados; y el 9 de marzo, despues de una viva discusion sobre el título de los ascensos, último título del proyecto; despues de un discurso en que el mariscal Saint-Cyr discutió el mérito del régimen de los decretos comparado con el régimen de la ley, discurso lleno de citas sacadas del pasado, y cuya argumentacion, que no fué refutada, determinó á los pares, hasta entonces indecisos, la cámara procedió á la votacion definitiva de la ley, que fué adoptada por noventa y seis votos contra setenta y cuatro (1). Este acto legislativo era una medida política de mucha importancia, que honra ciertamente al gabinete que la propuso, y aunque el duque de Richelieu, MM. Decazes y Lainé hicieron poderosos esfuerzos para que fuese adoptada, la parte principal del elogio correspondia al ministro de la guerra, y por esto los contemporáneos han asociado justamente el nombre del mariscal á la ley, dándole el nombre de ley *Gouvion Saint-Cyr*.

Seis semanas antes la cámara de los pares habia desechado un proyecto destinado para reemplazar las disposiciones de las dos leyes del 21 de octubre de 1814 y 9 de noviembre de 1815, que reglamentaban la policía y modo de sustanciar contra los escritos ó publicaciones que no se hallaban sometidas á la obtencion de la autorizacion real; es decir, contra los libros, impresos y recopilaciones de toda especie no comprendidos en la categoría de los periódicos. Las formalidades impuestas á los impresores por la ley de 1814, eran las siguientes: Ningun impresor podrá imprimir un escrito antes de haber declarado que se proponia imprimirlo, ni publicarlo de cualquier modo que fuera antes de haber depositado en la direccion de la librería un número determinado de ejemplares, recibiendo en cambio un recibo que se trasformaba entonces en un permiso de publicacion. El director de la librería tenia además el derecho de exigir antes y durante la impresion que se le comunicara el manuscrito, y el de suspender la impresion, previo el dictámen de dos censores. La ley de 1815 habia agravado estas disposiciones, pues no se limitaba á conceder al director de la librería el derecho de suspender ó impedir la impresion; los artículos 1.° y 4.° autorizaban no solamente el embargo de los escritos impresos no publicados, sino que tambien los manuscritos entregados á la imprenta; es decir, todavía sin imprimir, y permitian á los tribunales que impusieran las penas mas severas á los impresores y autores de estos escritos, entre otras la deportacion (muerte civil) (1). Al presentar el nuevo proyecto de ley en la sesion del 17 de noviembre de 1817, Mr Pasquier no se habia contentado con recordar estas increibles disposiciones que habia propuesto y defendido en su calidad de relator de la ley, y votado como diputado: creyendo sin duda que se hallaba todavía en presencia de la cámara inhallable, se atrevió nuevamente á justificarlas diciendo: «Nuestras leyes castigan la tentativa de crimen del mismo modo que el crimen; y existe tentativa de crimen todas las veces que la intencion de cometerle se ha manifestado por un acto esterior, seguido de un principio de ejecucion: el hecho de dar un manuscrito a la impresion, cuando este escrito contiene un crimen ó delito, puede considerarse como una tentativa de delito ó de crimen, y castigarle como al mismo crimen ó delito.» Despues de esta argumentacion monstruosa, que caracteriza una época y sus hombres, Mr. Pasquier anunció «que considerando el gobierno la mejoría de las circunstancias se habia decidido á mitigar singularmente las disposiciones de la ley de 1815; que la aplicacion de esta ley se limitaria en lo sucesivo para los escritos que contendrian una provocacion directa á los hechos calificados como crímenes, y que todos los demás escritos no serian perseguidos ni castigados hasta despues de haber sido publicados;» pero esta concesion no era mas que aparente. Publicar un escrito ó un libro segun la acepcion ordinaria de las palabras, es ponerlo en venta ó esponerlo en público; mas Mr. Pasquier no lo entendia de este modo; he aquí de que manera el artículo 8.° de su proyecto de ley definia la publicacion.

«Se consideran como publicacion, ya sea la distribucion del todo ó parte de un escrito, ó bien el depósito que se hace en cumplimiento del artículo 14 de la ley del 21 de octubre de 1814.»

El depósito exigido por este artículo 14, se hacia en la direccion de la imprenta y de la librería antes que pudiera salir un solo ejemplar de las manos del impresor; de donde resultaba que en el caso en que un escrito contuviera la apariencia de una provocacion á un crimen, el director de la librería y los jueces conservaban el derecho de hacerle embargar entre las manos de los operarios, y castigarle sin que hubiera sido impreso; y en el caso de provocacion á un simple delito, podia embargarle en el momento de hacer el depósito en las oficinas de policía, castigando despues al autor, editor ó impresor, sin que el escrito hubiese sido publicado.

Esta es la ley que Mr. Pasquier presentaba como la realizacion de la libertad de la prensa aplicada del modo mas estenso, proclamándola como un modelo de indulgente moderacion y suavidad. Impugnáronla vivamente tanto los de la oposicion realista como los opositores independientes, á causa de que la censura no gravitaba con menos fuerza sobre los escritos de los primeros que de los segundos, y las dos opiniones hallaban en ella iguales errores; reuniéronse pues sus oradores para pedir primeramente la supresion del artículo 8, y despues la intervencion del jurado para el juicio de todos los delitos cometidos por via de la prensa. Una mayoría formada con las dos oposiciones y un cierto número de miembros ministeriales, entre los cuales debemos citar á los dos consejeros de estado Royer-Collard y Camilo Jordan, y al antiguo ministro Beugnot, pronunció la supresion del artículo 8. La introduccion del juicio por jurados se sometió inmediatamente á la votacion; mas no existia un acuerdo perfecto entre las dos oposiciones acerca de este particular: los independientes solo reclamaban el derecho comun, es decir, el jurado ordinario; los realistas querian un jurado superior, pues siendo adversarios de esta institucion por principios, no la aceptaban mas que como un medio de defensa temporal, como una medida escepcional de la que pretendian reservarse la mayor parte del beneficio, y pedian, por el órgano de Mr. de Villèle, que este jurado se saca-

(1) En el discurso que pronunció para demostrar la *necesidad* de sustraer el ascenso de los oficiales al régimen de los *decretos*, y asegurarle el beneficio de una estabilidad legal; el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, presentó el cuadro de todos los decretos publicados sobre esta materia desde 1675. No existe nada que sea tan variable como esta legislacion, no hay ninguna disposicion de unidad; la regla restablecida la víspera se halla constantemente desestimada el dia siguiente. Si era derrotado un ejército mandado por oficiales que emanaban del influjo; inmediatamente un decreto concedia los derechos de la antigüedad, pero si guiados con mas acierto, nuestros soldados ganaban una victoria, la influencia se apoderaba otra vez de todos sus privilegios. Estas desiciones, que variaban segun el capricho de cada ministro ó cada favorito, tenian por resultado una profusion y una confusion de grados que apenas se podia desenredar. Guvion-Saint-Cyr decia que durante el ministerio del mariscal de Muy, existian en el ejército coroneles *propietarios*, *primeros comandantes*, *segundos*, *terceros*, *en comision*, *de reemplazo y adictos al ejército*; tenientes coroneles, *coroneles*; mayores, *coroneles*; capitanes, *coroneles*; subtenientes, *coroneles*, y sargentos de caballería, *coroneles*; y como el número de estos coroneles era tan crecido en aquella época, el ministro se vió precisado á formar de una vez *mil y ciento*. En cuanto á los capitanes, Gouvion-Saint-Cyr cita tambien su nomenclatura sacada de la misma época, es decir, capitanes *comandantes*, *segundos*, *reformados*, *para reformar*, *de reemplazo*, *de hacienda*, etc.

(1) No se habrán olvidado los esfuerzos que hicieron un gran número de oradores para sustituir la pena de MUERTE á la deportacion contra los autores de estos escritos *no impresos*.

ra por suertes de entre los contribuyentes que pagaban mil francos de contribucion directa, es decir, de la lista de los elegibles para la cámara de diputados. La votacion se resintió de esta divergencia de opinion, y á pesar de MM. Royer-Collard, Camilo Jordan, Beugnot y algunos de sus amigos, que se habian separado tambien esta vez del gabinete, la enmienda destinada para introducir el jurado en la ley fue desechada despues de dos pruebas dudosas (1). Otra enmienda presentada por Mr. Cornet d'Incourt para que las diferentes disposiciones penales del proyecto fuesen «comunes á la reimpresion de las antiguas obras sediciosas, inmorales, blasfemas y atentatorias á la religion,» enmienda que apoyó Mr. de Marcellus en nombre de la majestad del «Altísimo y del Hombre de su derecha,» fué igualmente desechada como inútil y por ser una repeticion de los términos generales de varios artículos. El conjunto del proyecto enmendado se votó el 21 de diciembre, y fué adoptado por ciento veinte y dos votos contra ciento y once.

Esta ley era obra especial de MM. Decazes y Pasquier; pero dominados sin duda por cierto hábito de espíritu contraido en el desempeño de sus antiguas funciones de policía, estos dos ministros no admitian que pudiera existir una legislacion sobre la prensa sin el derecho de embargo preventivo; por cuya razon consideraban su trabajo como enteramente perdido á causa de la supresion del artículo 8; mas confiando que los pares restablecerian esta disposicion, sometieron á esta asamblea el proyecto enmendado: no obstante, el resultado desmintió sus esperanzas, pues todas las enmiendas que tenian por objeto el hacer renacer la definicion del famoso artículo 8 fueron sucesivamente desaprobadas. En cambio, la cámara, á propuesta de uno de sus miembros, adoptó la enmienda presentada en la otra asamblea por Mr. Cornet-d'Incourt, enmienda dirigida evidentemente contra las obras de los escritores mas celebres del último siglo. Esta decision descontentó á todos los pares que habian pertenecido á las antiguas asambleas de la revolucion, de las cuales la mayor parte daban sus votos al ministerio; así es que cuando se hizo el escrutinio de los votos el 23 de enero, sobre el conjunto de la ley, reunidas sus bolas á las de los adversarios absolutos de la libertad de escribir, dieron por resultado la desaprobacion del proyecto de ley por una mayoría de ciento y dos votos contra cincuenta y nueve.

Sin embargo, esta desgracia no dejó al ministerio completamente desarmado con respecto á la prensa periódica; porque hallándose incierto sobre la suerte que obtendria el proyecto de ley, habia separado, tres semanas antes, el artículo 27, relativo á la policía de los periódicos, con el fin de convertirle en un proyecto de ley especial que continuaba sometiendo, hasta el fin de la legislatura siguiente, todas las publicaciones políticas, tanto cotidianas como periódicas, á la necesidad de una autorizacion real. Presentádo á la cámara de diputados el 20 de diciembre, este proyecto de ley especial fué adoptado el mismo dia, casi sin debate, por ciento veinte y un votos, contra noventa y siete, y pasando el 23 á la cámara de los pares, empezó á discutirse el 27, siendo aprobado el 29 despues de una discusion, en la que reclamando Mr. de Broglie una libertad completa y absoluta para los periódicos, fué combatido por Mr. Molé, ministro de marina, que rechazaba la libertad de la prensa, por considerarla como una institucion fatal, origen de todas las doctrinas perniciosas y de todos los males. «Se le da mas importancia de la que tiene, decia; ¿cuáles son los adelantos que han hecho con su ayuda la civilizacion, las artes y las ciencias? ¿Ha disipado jamás las dudas de una sola cuestion legislativa? Su apoyo no debe ser solicitado ni aun por la misma oposicion.» Al abrir la legislatura, Luis XVIII habia anunciado la presentacion de un nuevo concordato á las dos cámaras. Concluido en Roma el 11 de junio de 1817, entre Mr. de Blacas y el cardenal Gonsalvi, este tratado habia sido efectivamente comunicado á la cámara de diputados el 22 de noviembre precedente; pero debia abortar antes que llegara á una discusion pública. Todas sus disposiciones se resentian de la poca inteligencia política é incurables preocupaciones del hombre que le habia negociado; hé aquí un análisis: «Se restablecia el concordato celebrado entre Leon X y Francisco I; el de 1801 y los artículos orgánicos de 1802 quedaban derogados; todas las sillas episcopales suprimidas en 1801 debian ser restablecidas, y tanto estas como las existentes debian obtener una dotacion conveniente en bienes raices ó rentas del estado; los capítulos, curatos y seminarios ya existentes ó que pudieran establecerse, gozarian asimismo de una dotacion semejante; el rey se obligaba á emplear todos los medios que estuvieran á su alcance, á fin de que cesaran, lo mas pronto posible, los desórdenes y obstáculos que se oponian al bien de la religion y á la ejecucion de las leyes de la Iglesia; por último, las abadías, prioratos y otros beneficios que podrian establecerse, serian gobernados por los reglamentos prescritos en el concordato de Francisco I.»

No habia vacilado un punto Mr. de Blacas en la renovacion de una ley que habia desaparecido, y cuya aplicacion era materialmente imposible en la mayor parte de los casos; el regreso hacia unos reglamentos que contaban tres siglos de edad, y que pertenecian á otra civilizacion. Al contrario, no tan solo habia creido este favorito mostrarse un hombre verdaderamente político, y lisonjeándose de dar á la autoridad regia un poderoso elemento de fuerza y esplendor haciendo renacer en el siglo diez y nueve las constituciones del diez y seis; sino que tambien se hallaba convencido de haber alcanzado con sus negociaciones, tan hábiles como firmes, que la corte de Roma le hiciera unas concesiones que la Francia no debia prometerse. El padre santo habia puesto efectivamente por primeras bases de la negociacion, la restitucion de Aviñon y del condado venesino, como tambien el restablecimiento de las anatas; pero Mr. de Blacas habia obtenido que, sin dejar de protestar por medio de una bula, en honor de los principios, contra la reunion de Aviñon y el condado á la Francia, el papa se resignaria á cambiar sus derechos con una indemnizacion pecuniaria proporcionada; en cuanto á las anatas, se habia convenido que la corte de Roma las echaria momentáneamente en el olvido.

La cámara de 1815 hubiera aplaudido las condiciones suscritas por el favorito que habia gobernado durante un año á la Francia bajo el nombre de Luis XVIII; pero los tiempos habian cambiado, la mayoría de la cámara no pertenecia ya al partido religioso, y el ministerio no obedecia tampoco á las mismas pasiones. Por este motivo, no atreviéndose Mr. de Richelieu y sus colegas á dar publicidad á la convencion del 11 de junio, habian redactado para la cámara un proyecto de concordato particular, que no conservaba del tratado firmado por Mr. de Blacas mas que las disposiciones relativas al restablecimiento del concordato de 1515 y la creacion de nuevos obispados hasta el número de cuarenta y dos. La dificultad principal no dejaba de subsistir enteramente: ¿cómo se conciliarian las prescripciones de 1515 con la constitucion civil y eclesiástica actual? y en segundo lugar, ¿cómo se instituiria la circunscripcion de las nuevas sillas episcopales sin turbar ni desordenar las circunscripciones establecidas? Por último, ¿cómo se sacarian de nuestro tesoro casi agotado, los recursos necesarios para la ereccion de un número tan grande de nuevos obispados? En vano la comision, encargada por la cámara del exámen del proyecto ministerial, multiplicaba sus sesiones; le era imposible salir del atolladero, y los mismos ministros, á quienes habia llamado con frecuencia en su seno, no podian indicarle ningun medio. Las pretensiones reveladas en el tratado original por las diferentes bulas que le acompañaban, entre ellas una por la cual el papa reclamaba la posesion de Aviñon y su territorio, las que habian sido todas remitidas y comunicadas á la comision, aumentaban todavía la incertidumbre de los ánimos. No hallando el ministerio ningun medio para cortar la dificultad, retiró el proyecto de ley, y anunció la próxima salida para Roma de un plenipotenciario encargado de volver á entablar la negociacion (1).

Las dificultades que causaban al gobierno las pretensiones de la corte de Roma, único resultado de la debilidad de nuestro ministerio y de la ignorancia de nuestro embajador, eran sin importancia en com-

(1) Estos votos separados de algunos empleados superiores sobre ciertas cuestiones de principio ó de *doctrina* constitucional, fueron los que dieron entonces origen á una pequeña fraccion política designada con el nombre de *doctrinaria*, y estos disidentes, personas honradas y convencidas, formaban un grupo de siete ú ocho diputados, á lo mas. A causa de haber votado en dos tres ocasiones con los doctrinarios, Mr. Beugnot, que era uno de los hombres mas flexibles en política de aquel tiempo, fue comprendido entre el número de ellos. Estrañando uno de sus amigos esta conducta, le preguntó: «¿El partido de los doctrinarios debe ser muy grande y poderoso?—Deseando asegurarme de su fuerza, le respondió Mr. Beugnot, he ido á hacerle una visita, y puedo afirmaros que mi canapé le contendria todo entero.» De aquí proviene la designacion de partido del *canapé* que se dió á los disidentes. Mr. de Serre, entonces presidente de la cámara, era uno de sus miembros.

(1) La congregacion se hallaba representada en la comision por MM. de Marcellus y Trinquelague. Testigo de las incertidumbres de los demás comisarios y ministros, y escandalizado por la diferencia que existia entre el proyecto de concordato presentado por el gobierno y el tratado firmado con la corte de Roma, Mr. de Marcellus escribió al papa para preguntarle si se hallaba resuelto á mantener el concordato del 11 de junio con las bulas que le eran anejas, y si un cristiano podia obedecer una ley que estuviese en contradiccion con las disposiciones convenidas primitivamente con la santa sede. En contestacion el santo padre dirigió á este diputado un breve apostólico felicitándole de sus escrúpulos religiosos, y anunciándole su firme resolucion de mantener todas las cláusulas del concordato del 11 de junio y de las bulas anejas.

paracion de los obstáculos que hallaba Mr. de Richelieu para una negociacion preliminar indispensable sobre la escencion del territorio, la que hacia algunos meses que desafiaba todos los esfuerzos de este ministro. No se habrá olvidado que las cargas pecuniarias impuestas á la Francia por el tratado del 20 de noviembre de 1815 y convenciones anejas, eran de tres especies: pago de setecientos millones de contribucion de guerra, sueldo y manutencion de ciento cincuenta mil hombres de tropas de ocupacion, y la liquidacion y reembolso de los creditos debidos por la Francia á los estranjeros por deudas anteriores al 1.° de abril de 1814. La contribucion de guerra era pagada religiosamente dia por dia, con las condiciones estipuladas en la primera convencion aneja del tratado del 20 noviembre; el sueldo y manutencion del cuerpo de ocupacion no habia esperimentado jamás una hora de retardo, y en cuanto á los creditos anteriores al 1.° de abril de 1814, la Francia habia liquidado ya á mediados de 1817 una masa de creditos cuyo capital se elevaba á ciento ochenta millones; capital que absorvia no solamente los siete millones de renta afectos á la garantía de las deudas de esta naturaleza, sino tambien dos millones mas de renta añadidos á esta garantia por una ley del 23 de diciembre de 1815 (1); pero las reclamaciones escedieron muy pronto todas las previsiones de los negociadores de 1815, y tomaron unas proporciones fabulosas; pues no se limitaron á presentar creditos que tenian su origen en las primeras guerras de la revolucion; sino que nos ponian en cuenta deudas que remontaban á varios siglos, y que la antigua monarquia no habia querido reconocer jamás: un ejemplo dará la medida de la insolencia de estas reclamaciones. El duque de Anhalt-Bernburgo reclamaba el capital é intereses de un año de la suma de cuatro mil *reitres* que habia tomado el jefe de su familia para venir á socorrer á Enrique IV en sus luchas contra los de la liga.

Con arreglo á una declaracion hecha á la cámara por Mr. de Richelieu el 25 de abril de 1818, estos pedidos ascendian, ademas de los ciento ochenta millones ya liquidados, á mil trescientos noventa millones, cuyo sacrificio superaba las fuerzas de la nacion. El 30 de setiembre de 1817, Mr. de Richelieu dirigió una nota á las diferentes legaciones para demostrar la imposibilidad en que se hallaba la Francia de añadir este peso á las cargas insoportables que gravitaban sobre ella, ofreciendo á título de transaccion la cantidad de diez millones de renta, ó sea, un capital de doscientos millones; mas no le contestaron, ó bien recibió promesas evasivas. Volvió pues á recurrir de nuevo al soberano cuya intervencion habia sido de tanto ausilio para los Borbones en 1814 y 1815; es decir, solicitó el apoyo de Alejandro. El czar se lo concedió, y el 30 de octubre este soberano escribió una carta al duque de Wellington, comandante en jefe del cuerpo de ocupacion, en la que le recordaba que en todas las circunstancias que podian influir particularmente para la consolidacion del estado de cosas restablecido en Francia, se habia dirigido constantemente á el (Wellington), y le invitaba para que fijara toda su atencion en una nota que habia redactado Mr. de Nesselrode en presencia suya, relativa á los motivos de derecho y conveniencia politica que debian dirigir la solucion de las dificultades inherentes al pago de los créditos particulares impuestos á la Francia por el tratado del 20 de noviembre, cuyo enorme desarrollo no habia sido posible prever en aquella época; añadiendo que acababa de manifestar su opinion á los monarcas aliados suyos acerca de este compromiso oneroso y de los medios para facilitar su ejecucion, pues la tranquilidad de Francia dependia quizás de la moderacion y buena fe con que se decidiera esta cuestion. Alejandro concluia en estos terminos: «Si tuviera que enunciar mi voto, sería el que se os defiriera, con el asentimiento unánime de mis aliados, la direccion principal de las negociaciones en esta cuestion de créditos particulares, y del modo mas equitativo de decidirla.» La sustancia de la nota de Mr. de Nesselrode, mencionada en esta carta, era: «que las reclamaciones autorizadas por el tratado del 20 de noviembre escedian con demasia todos los medios de que podia disponer S. M. C. para cumplir con lealtad los compromisos que tenia con las potencias estranjeras; que conforme al parecer de su corte, las ofertas que habia hecho Mr. de Richelieu poporcionaban el modo de obtener un resultado sin destruir el testo de las convenciones establecidas, y que si estas ofertas concernieran solamente á los súbditos de su soberano, S. M. I. no hubiera vacilado en aceptarlas; mas hallándose interesadas otras naciones en la negociacion, el emperador su amo debia limitarse á manifestar su opinion, que era de que se confiara á una comision especial el cuidado de arreglar las dificultades que originaba esta liquidacion.»

Todas las grandes potencias se conformaron con el dictámen de Alejandro, y se formó una comision especial de liquidacion bajo la presidencia del duque de Wellington, segun lo habia propuesto el czar. Abriéronse inmediatamente las conferencias en Paris, y al cabo de cinco meses de trabajos asiduos, se consignó su resultado en una convencion fechada del 25 de abril de 1818 cuyo contenido sustancial era: «que deseando estinguir por medio de una transaccion todas las reclamaciones prometidas contra la Francia, en virtud del artículo 9 del tratado del 20 de noviembre de 1815, las cuatro cortes de Austria, Gran Bretaña, Prusia y Rusia habian determinado, de acuerdo con todas las partes interesadas, que estas reclamaciones se estinguiesen con una renta de doce millones cuarenta mil francos, ó sea, la representacion de un capital de doscientos cuarenta millones ochocientos mil francos, cuya renta se inscribiria en el gran libro de la deuda pública francesa, y empezaria á contarse el 22 de marzo precedente (1).» El mismo dia que se firmó esta convencion, Mr. de Richelieu la manifestó á la cámara de diputados, presentándole un proyecto de ley que tenia por objeto la inscripcion en el libro maestro de la deuda pública de una renta de diez y seis millones cuarenta mil francos correspondiente al capital de trescientos millones doscientos mil francos, destinada para la estincion de esta deuda. La diferencia de cuatro millones que existia entre la cantidad de esta inscripcion y la de la renta estipulada en el tratado concluido con las potencias, se componia de un millon concedido á la España por una convencion particular, y tres millones dados á la Inglaterra por un tratado igualmente separado (2). Este proyecto de ley no podia originar ninguna discusion, y cuatro dias despues de su comunicacion, escuchada con una silenciosa resignacion, fue adoptada por ciento sesenta y dos votos entre ciento setenta y nueve votantes. La cámara de los pares le aprobó en la sesion del 4 de mayo. Debe comprenderse el silencio de las dos oposiciones de la cámara de diputados en presencia de este nuevo sacrificio; tanto los independientes como los realistas esclusivos no podian quejarse, sin acusar estos su triunfo y aquellos sus faltas y su pasado. Estos trescientos millones doscientos mil francos, los cuatrocientos millones de francos que costaron al pais los cinco primeros meses de la segunda invasion, setecientos millones de francos de contribucion de guerra, y cerca de cuatrocientos millones de francos gastados para sueldo y manutencion del cuerpo de ocupacion, ó sea, un total de dos mil millones, he aquí los sacrificios impuestos efectivamente á la Francia por la traicion de los jefes ó por la imbécil cobardía de los poderes públicos que entregaron Paris y el resto del reino al enemigo despues de Waterloo.

El 25 de abril, cuando Mr. de Richelieu presentaba á la cámara el resultado de esta dificil liquidacion, esta asamblea discutia el presupuesto, y la oposicion realista atacaba con estrema vivacidad la conservacion del ministerio de policía. Rechazando como inmoral y peligroso para la seguridad del estado el empleo de los fondos secretos, Mr. de Villele, á quien se consideraba desde esta epoca como jefe politico de su partido, pedia la supresion de todos los gastos y agentes ocultos, y manifestaba «que desde el proceso de Plaignier, Carbonneau y Tolleron hasta el de los acontecimientos de Lyon inclusive, no se habia juzgado ni un solo proceso politico, en el cual no se hubiese notado la influencia de la policía, y percibido la accion de sus agentes.» A pesar de esta vigorosa acusacion, que condenaba públicamente las monstruosidades judiciales cometidas en la capital del Ródano, Paris y otras ciudades, la oposicion

(1) V. para el contenido del tratado del 20 de noviembre de 1815 y de las convenciones-anejas los capítulos anteriores.

(1) Esta convencion estaba firmada en nombre del Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, por el baron de Vincent, Sir Carlos Stuart y los condes de Goltz y Pozzo di Borgo; el duque de Richelieu intervenia en ella como representante de la Francia. El artículo 7 hacia el reparto entre todos los interesados de los 12,040 000 fr. de renta, es decir, entre todos los estados de Europa, pequeños y grandes, hasta el numero de treinta y cuatro; los que debian percibir mayor suma eran la Prusia 2,000.000 fr. de renta, el Austria y Cerdeña, cada una 1,250 000 fr; las cantidades mas pequeñas eran Sajonia Meiningen, 1,000 fr. de rentas, y Meklembourg-Strelitz 1.700 fr; la corte de Roma figuraba en ella por una renta de 250 000 fr.

(2) Parte de estos 3 millones de renta (60 millones de capital) servia para indemnizar á los ingleses que poseian rentas francesas en tiempo de la república, y que habian tenido que soportar, como todos los que percibian rentas del estado, la reduccion de *dos tercios* del capital nominal de sus créditos, cuyos dos tercios se les restituyeron bajo el pié de 100 fr. por cada 5 fr. de rentas antiguas. Otra parte estaba destinada para reembolsar: 1.° á algunos comerciantes ingleses que habian pagado derechos de aduana en Burdeos el año de 1815, a pesar de un decreto del duque de Angulema que les eximia de ello. 2.° á los oficiales y soldados del cuerpo de ejército de lord Beresfort las presas que pretendian haber ejecutado á su entrada en esta ciudad el 12 de marzo de 1814. Cuando los ingleses se apoderan de un puerto consideran como presa de guerra, á título de propiedades públicas, todos los buques que hay en él, y como no se habian llevado ninguna nave de Burdeos, se hacian pagar el valor presumido de los buques mercantes que se hallaban anclados delante de esta ciudad en la época referida.

de Mr. de Villèle y de sus amigos no era tan absoluta como puede imaginarse; si combatian á los ministros, tambien defendian al gobierno contra la oposicion independiente cuando se trataba de prodigalidades y abusos que emanaban del antiguo régimen. Fiel al culto que mostraba por las costumbres de la antigua monarquía, la restauracion habia introducido en el ejército cierto número de regimientos suizos que tenian una existencia separada de las tropas nacionales, una disciplina particular y un sueldo mucho mas crecido. Mr. Casimiro Perier vituperó esta intrusion de mercenarios en nuestras filas, y reclamó contra los privilegios que se les habian concedido. Mr. de Bonald tomó con animacion la defensa de los soldados suizos: «¡Ojalá que todos nosotros fuesemos tan buenos franceses como esos nobles estranjeros!» esclamó al terminar un largo discurso sobre la ley de hacienda, en cuyo discurso emitió el voto de ver reemplazada la contribucion de dinero por la contribucion en especie. Valuando el cargo y data del presupuesto de 1818 a mil noventa y ocho millones trescientos sesenta y dos mil seiscientos noveinta y tres francos, fué sometido á la discusion de la cámara de diputados el 31 de marzo, y votado el 29 de abril. La cámara de los pares le adoptó el 11 de mayo, y el 16 se leyó en las dos cámaras el decreto que cerraba la legislatura (1).

Entre los resultados de esta legislatura debemos señalar la supresion de la jurisdiccion de los prebostes. La ley de institucion limitaba la existencia hasta el 1.° de enero de 1818, escepto en el caso de una prorogacion legislativa; la prorogacion no fue solicitada, y el ministerio dejó caer estos tribunales odiosos bajo el sentimiento de horrorosa indignacion que habian provocado por todas partes. No obstante la jurisdiccion desapareció, pero quedaron los jueces: es cierto que hubo ochenta y cinco prebostes menos; mas los quinientos diez magistrados que componian el resto del personal de estas audiencias continuó ocupando sus puestos en los tribunales de todas las capitales de departamento y prosiguieron sus persecuciones y castigos. A falta de causas politicas, los ministros de justicia y policía les daban procesos de prensa para juzgar.

Los periódicos cotidianos no podian ofrecerles el mas mínimo pretesto para estas persecuciones, por cuanto cada línea que publicaban habia pasado al exámen de la censura. Los fiscales y jueces se vieron precisados á buscar otro alimento para sostener su celo, y le hallaron en las recopilaciones, que ya sea por su volúmen ó por la irregularidad de su publicacion, se evadian de las tijeras de los censores (2). En 1818 no se contaba todavía mas que un pequeño número de estas recopilaciones: la Biblioteca histórica, la Minerva y el Conservador eran las mas estendidas. El Conservador, órgano de la oposicion realista, tenia por redactor principal á Mr. de Chateaubriand, y por divisa el rey de la carta y las personas honradas. Uno de los redactores de la Minerva, órgano de los independientes, era Mr. Jay, miembro de la cámara de los cien dias, antiguo familiar de Fouché, de quien ya hemos manifestado la conducta que observó en los dias 21 y 22 de junio de 1815. En cuanto á la Biblioteca histórica, su publicacion no tan solo habia precedido á la de las otras recopilaciones, sino que el primer proceso y condenacion que pronunciaron los tribunales de Paris por delito de prensa despues del regreso de Gante, fué contra Mr. Chevallier, que era uno de sus fundadores. La Minerva y el Conservador, periódicos de exámen y discusion mas bien que periódicos de hechos, eludian con facilidad los rigores de la justicia de esta época. El primero se amparaba con la carta, y parecia que solo combatia por ella; pero su redaccion era tímida. El segundo se mostraba mas resuelto, y hablaba verdaderamente en nombre de la monarquía; pero redactado por diputados y pares de Francia, su estilo era el de la carta y de la inmensa mayoría de empleados de todas clases. Desde luego, estas dos recopilaciones atacaban menos en sus víctimas á las personas que á las cosas, menos á los administradores que al modo de administrar; un poco de habilidad en la redaccion era suficiente para ponerlas al abrigo de toda persecucion. La Biblioteca histórica no empleaba estas consideraciones; abierta á todas las reclamaciones y quejas, inscribia siempre sin vacilar todos los actos injustos ó violentos que se le denunciaban y daba una salutífera notoriedad á esa multitud de decisiones arbitrarias, de juicios y órdenes inicuas que prodigaban en aquella época las autoridades administrativas y judiciales de los departamentos. Su publicidad no pertenecia solamente á los intereses y hechos del momento, sino que tambien aclaraba el pasado relatando los sucesos de 1815 y 1816 que habia protegido hasta entonces el silencio de la prensa censurada. Las atrevidas revelaciones de esta obra á un mismo tiempo patriótica y valerosa, no se quedaban en una vana satisfaccion para los perseguidos, pues paralizaban la persecucion y se constituian el castigo de los opresores. Ninguna publicacion contemporanea ha prestado tantos servicios verdaderos: «Si continúan publicando de este modo todos los actos arbitrarios, escribia un funcionario de provincia, será imposible el administrar, y yo daré mi dimision.» El título de esta recopilacion no ha sido un anuncio infructuoso; sin la Biblioteca histórica la historia hubiese relatado imperfectamente la reaccion realista que produjo la segunda invasion.

Era necesario que MM. Chevallier y Reynaud, redactores de esta patriótica publicacion, tuvieran mucha energía de corazon para desafiar la persecucion judicial que sufrieron. Una sentencia que se pronunció contra ellos el 21 de julio de 1818 por el tribunal de policía correccional de Paris en virtud de una requisitoria de Mr. Marchangy, abogado del rey (fiscal), enseñará mejor que todo cuanto pudiéramos decir, á qué legislacion y jueces se hallaban sometidos la prensa y escritores de aquella época; el testo de esta sentencia dará á conocer los motivos de la persecucion, y la defensa invocada por los acusados:

«Desechando el tribunal la admision de los descargos á causa de que por las amonestaciones hechas á los acusados, antes de entregarles el recibo (es decir, antes de depositar el escrito en la direccion de la librería, y consiguientemente antes de toda publicacion), estos han suprimido voluntariamente del quinto cuaderno los diversos escritos embargados, y que por sí mismos han verificado igual supresion en el sesto;

»Atendido que con arreglo al artículo 5.° de la ley del 9 de noviembre de 1815, el hecho solo de haber entregado á la imprenta un escrito sedicioso se reputa delito, y que el depósito equivale á la publicacion;

»Atendido, en general, que examinada su obra en totalidad y cada una de sus partes, es reprensible, por cuanto bajo el pretesto de recoger materiales para la historia del tiempo, los acusados buscan y admiten en su compilacion actos que provocan casi siempre el descrédito del gobierno y empleados públicos; lo que denota una malicia constante y premeditada, é intenciones contrarias al bien público; que por el exámen profundo de cada uno de los pasajes acusados, y por el modo con que hablan los autores de los acontecimientos del principio de 1815, del real decreto del 24 de julio de 1815, y de los efectos de la Santa Alianza, á la cual ha accedido S. M., se reconocen pasajes que escitan á debilitar el respeto que se debe al rey y á su autoridad;

»Que este escrito es tambien condenable como calumnioso, porque en las peticiones dirigidas á las cámaras y diferentes circulares de los prefectos que relatan los autores, los referidos Chevallier y Reynaud imputan á los prefectos del Cher y Sena Inferior, al segundo alcalde de Parthenay, al señor Parnajon, comisario de policía de Bourges, al señor Hansart, teniente de gendarmería en Sancerre, y á los magistrados que componian los tribunales del prebostazgo, algunos hechos que esponen á aquellos contra quien son estimulados, al odio y desprecio de los ciudadanos, y que los señores Chevallier y Reynaud no presentan la prueba legal;

»Atendido que los citados Chevallier y Reynaud no se hallan autorizados para suponer que una parte de las imputaciones que hacen queden probadas por los mismos decretos de los prefectos, y que la prueba solo puede resultar de las copias auténticas é impresas, que no han exhibido; que aun cuando las produjeran, merecerian todavía un castigo, por cuanto la ley espresa acerca de este particular, no reputa prueba legal sino la que resulta de un juicio ó de todo otro acto auténtico, en virtud del cual la autoridad competente haya decidido irrevocablemente que las citadas imputaciones son fundadas;

»El tribunal condena á los referidos Chevallier y Reynaud á seis meses de prision y tres mil francos de multa cada uno, privándoles de los derechos civiles, sometiéndoles á la vigilancia de la alta policía por espacio de cinco años; fija á tres mil francos la caucion de buena conducta que deben prestar, y les condena á todos los gastos.»

De este modo se interpretaban los artículos suprimidos voluntariamente, castigando á los autores aun cuando estos artículos no hubiesen sido publicados; prohibíase toda crítica de hechos pasados ó actos diplomáticos firmados por el rey: el reproducir censurando un decreto ó juicio inicuos constituia un delito tanto mas grave en cuanto el juicio ó decreto eran mas odiosos; por último el revisar las solicitudes dirigidas á las cámaras, ó las quejas que denunciase actos arbitrarios sin apoyarlas, no con copias auténticas é impresas, sino con un juicio ó una decision de la autoridad competente declarando los hechos fundados, era un delito. Si

(1) Los gastos votados para 1818 se dividian en tres presupuestos diferentes: el presupuesto *de la deuda pública y amortizacion* 180.782.000 fr.; el *de gastos ordinarios* 616.112.271 fr.; y el *de gastos extraordinarios* 301,668.000 fr. sin comprender 265.000.000 fr. que debian pagarse el 1.° de enero de 1819 de la contribucion de guerra.

(2) La ley del 21 de octubre de 1814 esceptuaba de la censura anticipada, los escritos de veinte hojas á lo menos, como tambien las recopilaciones que se publicaban en épocas indeterminadas.

esta sentencia, que no puede calificarse, hubiese llegado hasta nosotros despojada de la autenticidad que le da la prensa censurada de la época, hubiéramos creido que era una parodia compuesta con el objeto de calumniar á la justicia y jueces de 1818; una obra de fantasía destinada a justipreciar las doctrinas emitidas acerca de la libertad de la prensa, en la legislatura precedente, por el guardasellos Pasquier. Ademas, este juicio no era un hecho aislado; habíase pronunciado un gran número de sentencias contra los delitos de la prensa. Seis semanas antes, el 6 de junio, el mismo tribunal habia sentenciado, entre otros varios, á tres meses de prision, trescientos francos de multa, la interdiccion de sus derechos civiles y cinco años de vigilancia de la alta policía, á un jóven escritor declarado culpable, 1.º de haber pedido el regreso de los ciudadanos proscritos ó desterrados por el decreto del 24 de julio y por la ley de amnistía, invocando el recuerdo de los emigrados, «á quienes se habia concedido el permiso de volver á su patria;» 2.º de haber tenido la audacia de hacer imprimir esta frase: «El sistema de persecuciones judiciales es el germen de la revolucion contra el soberano, hé aquí la esplicacion de las desgracias de Cárlos I, de la caida de Jaime II, y de los dias 9 termidor, 13 vendimiario y 18 brumario, etc.» — «¡Pueden hallarse paradojas mas estrañas en los archivos de la revolucion!» dijo Mr. de Marchangy, fiscal regio, despues de haber leido este pasaje. Sin embargo la asercion del escritor no tenia nada de paradójico; todos los hechos históricos atestiguan que las persecuciones judiciales han sido siempre el signo precursor de la caida de los sistemas políticos bastante mal inspirados ó bastante débiles para buscar una proteccion en los rigores de la justicia. Si la revolucion halló bastante fuerza en el apoyo de la gran masa nacional para contrarestar á los resentimientos que promovieron los tribunales revolucionarios, ¿quien duda, sin embargo, que la existencia de esta jurisdiccion creó mas enemigos á la convencion que la caida de la monarquía y el voto de sus leyes mas democráticas? En vez de salvar á los Suarts, Jefferys y sus iniquidades precipitaron su trágico fin, y el nombre del gran juez de Jaime II persigue todavía en la actualidad la memoria de este monarca y de su raza. La magistratura de la restauracion ha ejercido una influencia mas grave sobre el destino de los Borbones de lo que puede imaginarse, y doce años despues debia levantarse mas de un combatiente para vengar tan odiosas sentencias; mas el porvenir de estos príncipes inquietaba muy poco á los jueces y gente fiscal; el único objeto que tenian era el apropiarse los sueldos y honores que lograron efectivamente, y que poseen todavía un gran número de ellos.

Solamente un publicista perteneciente á la opinion realista esclusiva, Mr. Fievée, se sentó en 1818 como acusado al lado de los escritores que se ocupaban en la defensa de los intereses y principios consagrados por la revolucion. Autor de una correspondencia política y administrativa que se publicaba cada tres meses, antiguo prefecto del imperio, y despues redactor del Conservador, Mr. Fievée habia insertado en su recopilacion dos pasajes que fueron perseguidos. El primero, relativo á un discurso pronunciado por lord Stanhope en la cámara de los pares de Inglaterra, se hallaba concebido en estos términos: «El conde Stanhope prevé que si nosotros volvemos á entrar en la via de las revoluciones, seremos imitados por todos los pueblos, y tiene razon; pero positivamente no será en provecho de Bonaparte. La igualdad absoluta, la soberanía del pueblo y la manía de la república le precedieron y le han sobrevivido, y nadie puede afirmar que el mundo no arderá todavía en menos tiempo (cien dias). Un incidente imprevisto seria suficiente para escitar todos los ánimos.» El segundo pasaje acriminado era este: «Se ha formado entre los pueblos y los que los gobiernan un sentimiento de hipocresía que seria peligroso si no fuera convencional. Los reyes creen ser amados cuando les dicen que lo son, y algunas veces lo repiten ellos mismos con una rara sencillez.» Segun el modo de ver de Mr. de Marchangy, fiscal, este pasaje constituia una calumnia y una injuria, tanto mas graves en cuanto el monarca habia dicho efectivamente en el discurso que habia pronunciado para abrir la legislatura: «Conozco que soy amado de mi pueblo.» En cuanto á la frase por la cual Mr. Fievée, — que ciertamente se hallaba muy distante de prover los tres dias de julio de 1830, — anunciaba que el mundo podia arder todavía en menos de cien dias, el fiscal veia en ella una tendencia sediciosa para alarmar á los ciudadanos con respecto á la duracion del gobierno, y alejarles de la obediencia que se debe al rey; el tribunal opinó de la misma manera, y condenó al autor á tres meses de prision y quinientos francos de multa; pero esta pena, aunque no merecida, no era sin embargo tan severa como las que se habian aplicado á la mayor parte de los escritores de otra opinion. Mr. Fievée obtuvo otro beneficio, pues apeló á la real audiencia, y contra su costumbre este tribunal se contentó con confirmar la sentencia. Generalmente, cuando los condenados por delitos de la prensa comparecian delante de los magistrados de la real audiencia de Paris, ya fuese por apelacion propia ó bien porque el fiscal hubiese apelado, el tiempo de prision y la cantidad de multa siempre eran triplicados ó cuadruplicados. Tal era la posicion de los escritores en presencia de la magistratura, que se exigia de ellos en la audiencia que se retractaran de la opinion que motivaba su persecucion, y en caso de rehusar se les castigaba por un nuevo delito. Si ensayaban en defender la frase ó palabras acriminadas, y contestar á las interpretaciones dadas por el acta de acusacion, en el sentido que las habian empleado y segun sus intenciones, cometian nuevos delitos. El escándalo habia tomado unas proposiciones tan gigantescas, que Mr. Martin (de Gray), en una de las sesiones de la última legislatura, pudo decir sin separarse de la exactitud material de los hechos: «La jurisprudencia de los tribunales con respecto á la prensa, es digna de las inquisiciones de Madrid y de Goa; los fiscales injurian á los abogados, insultan y ultrajan á los acusados, y las sentencias pronunciadas contra los impresores que han cumplido con todas las formalidades prescritas, cuando los autores son responsables de la obra, infunden un terror tan intenso entre estos industriales, que se han negado últimamente todos á imprimir la defensa de un acusado.»

Los aduladores de Mr. Decazes no alababan menos la suavidad liberal de su administracion, á pesar de estos rigores contra toda espresion aun de una crítica indirecta acerca de la política general del gobierno y de los actos de todos sus agentes. Tomando por esto de la opinion pública la voz de los numerosos cortesanos de su favor y fortuna, el ministro de policía se imaginaba sinceramente que daba sin duda satisfaccion a todas las necesidades e intereses, y que reparaba sus propias faltas y los males del pasado, imponiendo numerosas gracias y conmutaciones de penas á Mr. Pasquier, abriendo al propio tiempo las puertas de la Francia á un cierto número de proscritos. Aun cuando estas gracias fuesen solamente actos de incompleta y tardía justicia, eran laudables sin duda; pero se necesitan servicios mas elevados para ordenar el reconocimiento de un pais, y para acusar de ingratitud ó tener el derecho de castigar á los ciudadanos que, órganos de la queja comun, piden garantías mas poderosas que las promesas del decreto del 5 de setiembre, contra la violencia de las leyes políticas existentes, y contra la arbitrariedad de los tribunales y administracion. Al cabo de dos años de espectacion, estas promesas se hallaban en el simple estado de teoría: atrevido en los principios, pero tímido en la aplicacion, el ministerio se presentaba como adversario de las doctrinas y escesos de 1815; mas por una anomalía singular, dejaba todos los puestos de la administracion, desde los mas humildes hasta los mas elevados, en manos de los hombres á quienes la reaccion realista los habia confiado. Un miembro solo del gabinete, el mariscal Gouvion Sain-Cyr, marchaba francamente en la via de las reparaciones. Curando los males que él mismo habia causado, recomponia el ejército, completaba el efectivo, doblaba varias legiones, y ocupaba otra vez en el servicio activo á esa multitud de oficiales de reemplazo que el licenciamiento de las antiguas tropas imperiales habia dejado sin empleo; los oficiales incapaces ó indignos que el duque de Feltre habia introducido, fueron espulsados de las filas (1); los generales del imperio reemplazaron en el mando de las divisiones militares y de los departamentos, á la mayor parte de los generales de corte y emigrados. Dos hechos caracterizan los actos del mariscal en este segundo ministerio; puso á la cabeza de una de las mas importantes divisiones de sus oficinas al general Dejean, padre del ayudante de campo de Napoleon, cuyo nombre habia inscrito Fouché en las listas de proscripcion del 24 de julio, y que miembro de la cámara de los pares de los cien dias, insistió tan noblemente, despues de Waterloo, á pesar de los mariscales Soult y Ney, para que se hiciera una resistencia á todo trance. En segundo lugar distribuyó á las cámaras, en los primeros dias de enero de 1818, un estado que hacia ascender á quince mil novecientos treinta y nueve el número de oficiales que existian entonces á media paga de todos grados y armas; cuando el mariscal salió del ministerio, la mayor parte se hallaban colocados.

Mientras que Gouvion Saint-Cyr daba en fin á la Francia todos los ele-

(1) Los periódicos del mes de julio de este año (1818) ofrecen un ejemplo singular de la indignidad de estas elecciones: la legion del Sena tenia por teniente coronel, bajo el nombre usurpado de conde de Pontis de Santa Helena, á un solo Pedro Coignard, que se habia escapado del presidio de Tolon, el que se servia de su título y del acceso que le ofrecia en un gran número de casas opulentas, para hacer ejecutar robos de consideracion por una banda que tenia á sus órdenes. Habiendo comparecido nuevamente en la sala del crimen de la audiencia de Paris le volvieron á enviar á su antiguo destino. — Debe tenerse presente que el capitan encargado de asegurar una de las ejecuciones ordenadas el año precedente por el tribunal prebostal de Lyon era un parricida.

mentos de un ejército capaz de garantizar su independencia, el duque de Richelieu completaba en Aquisgran la obra á la que hacia tres años que dedicaba todos sus esfuerzos, y obtenia por último de los aliados la evacuacion definitiva del territorio.

No se habrá olvidado que el artículo 5.º del tratado del 20 de noviembre de 1815, al fijar á cinco años el máximum de la ocupacion militar, añadia: «que dicha ocupacion podia acabarse antes de este término, si al cabo de tres años los soberanos aliados, despues de haber examinado con madurez la situacion, reconocian de comun acuerdo que los motivos de esta ocupacion habian cesado de existir.» Este exámen, provocado por Mr. de Richelieu, ya sea en sus conversaciones con los representantes estranjeros en Paris, ó bien por sus notas á nuestros embajadores en las cuatro grandes cortes, habia sido el objeto de comunicaciones oficiosas entre ellas desde los primeros dias de 1817. La Inglaterra declaraba hallarse pronta á adoptar la resolucion consentida por las otras tres potencias; pero los dos gabinetes de Viena y de Berlin, dominados siempre por el recuerdo de nuestra gloria y su humillacion pasada, veian un peligro para la Europa en anticipar el término fijado para el máximum de la ocupacion. La intervencion de Alejandro, solicitada todavía por Mr. de Richelieu, inclinó la mala voluntad de los dos principales ministros de Federico Guillermo y Francisco II. No tan solo se convino que la cuestion de nuestra completa emancipacion se examinaria en el trascurso del tercer año; sino que tambien se decidió que para aligerar las cargas de la Francia, las tropas del cuerpo de ocupacion serian reducidas en una quinta parte, cuyo dictámen se comunicó oficialmente á Mr. de Richelieu por una nota del 10 de febrero de 1817, firmada en nombre de las cuatro cortes por el baron de Vincent, sir Carlos Stuart, y los condes de Goltz y Pozzo di Borgo, que contenia en sustancia «que el ejército de ocupacion seria disminuido en treinta mil hombres á contar desde el 1.º de agosto siguiente.» Esta diminucion, que se verificó en el plazo indicado, tenia sobre todo por objeto el facilitar á Mr. de Richelieu, con respecto á las cámaras, el pedido de los créditos necesarios para el pago de los atrasos anteriores á 1814, que se hallaban entonces en liquidacion. Ya hemos dicho mas arriba cuáles eran los obstáculos inesperados que paralizaban esta operacion, y del modo que fueron vencidos. La transaccion que la terminó tenia la fecha del 25 de abril; la cámara de diputados y la cámara de los pares la habian ratificado el 1.º y 4 de mayo; ocho dias despues, las cuatro cortes de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia dirigian á sus ministros en todas las demás cortes una nota por la cual anunciaban «que los soberanos aliados se reunirian muy pronto para pronunciar acerca de la cesacion ó prolongacion de la ocupacion militar de la Francia; que reservando el artículo 5.º del tratado del 20 de noviembre á los cuatro gabinetes la decision esclusiva de esta cuestion, no se admitiria en la reunion á ningun plenipotenciario de otra corte; que esta reunion era una simple conferencia y no un congreso, y que esta nota tenia por objeto el evitar toda interpretacion que pudiera darle este último carácter.»

Efectivamente no fué un congreso, sino una simple conferencia la que tuvo lugar en Aquisgran, que era el punto designado para la reunion. Los ministros de las cuatro cortes llegaron del 20 al 25 de setiembre. El rey de Prusia entró el 26 en esta antigua ciudad que le pertenecia desde el reparto de 1814, y recibió en ella el 28 á los emperadores de Austria y de Rusia con una salva de ciento y un cañonazos. El 30 se verificó la primera conferencia en la casa del primer ministro prusiano, el príncipe de Hardenberg, y el 31 se reunieron en la habitacion de Mr. de Metternich. Se habia convenido anticipadamente, con el fin de que la asamblea no tuviera una apariencia de consejo político europeo, que se evitasen todas las formalidades acostumbradas de etiqueta y ceremonial; que de conformidad con la nota cuya sustancia hemos manifestado, no entrarian en el salon de las conferencias mas que los ministros de las cinco cortes, y que cada uno de estos se presentase menos como un personaje oficial que como una persona privada que tiene que tratar un asunto político particular. Estas disposiciones se observaron escrupulosamente hasta en presencia de los soberanos. En la tercera conferencia del 2 de octubre, se puso oficialmente la cuestion de evacuacion de la Francia y sus fortalezas: Alejandro habia pronunciado; la cuestion se hallaba resuelta, y decidida en el acto en estos términos, sin objecion, sin debate y por unanimidad de votos:

«Las tropas que componen el ejército de ocupacion se retirarán del territorio francés el 30 de noviembre próximo. Las plazas fuertes ocupadas por dichas tropas se remitirán en el estado en que se hallaban en el momento de la ocupacion. La cantidad destinada para cubrir el sueldo, equipo y vestuario de las tropas, se pagará hasta el referido dia 30 de noviembre, bajo el mismo pié que lo ha sido desde el 1.º de diciembre de 1817.»

Despues de haber firmado este protocolo, Mr. de Caraman marchó inmediatamente para Paris, á donde llegó el 5 con la noticia de esta decision; los actos destinados para dar á esta medida la forma oficial y definitiva de un tratado se hallaron prontos el dia 8, y al dia siguiente este tratado, hecho en cuatro originales, entre la Francia de una parte, y de la otra la Inglaterra, el Austria, la Prusia y la Rusia separadamente, recibió las firmas de todas las partes; cada original, redactado en los mismos términos, se hallaba concebido de este modo:

«Artículo 1.º Las tropas que componen el ejército de ocupacion se retirarán del territorio de Francia el 30 de noviembre próximo, ó mas pronto si fuese posible.

»Art. 2.º Las plazas y fuertes que las dichas tropas ocupan se remitirán á los comisarios nombrados al efecto por S. M. C., en el estado en que se hallaban en el momento de la ocupacion.

»Art. 3.º La suma destinada para cubrir el sueldo, vestuario y equipo de las tropas de ocupacion se pagará en todos los casos hasta el 30 de noviembre bajo el mismo pié que lo ha sido desde el 1.º de noviembre de 1817.

»Art. 4.º Habiendo sido arregladas y cerradas todas las cuentas existentes entre la Francia y las potencias aliadas, la cantidad que debe pagar la Francia para completar la ejecucion del artículo 4.º del tratado del 20 de noviembre de 1815 (contribucion de guerra) queda fijada definitivamente en doscientos sesenta y cinco millones de francos (1).

»Art. 5.º De esta cantidad se pagará la suma de cien millones, valor efectivo, en inscripciones de renta del gran libro de la deuda pública de Francia, con interes del 22 de setiembre de 1818. Las referidas inscripciones se recibirán al curso del lunes 5 de octubre de 1818.

»Art. 6.º Los ciento sesenta y cinco millones que restan serán pagados por novenos, de mes en mes, á contar del 6 de enero próximo, por medio de letras de cambio contra las casas de Hope y compañía, Baring hermanos y compañía, de suerte que las inscripciones de la renta, mencionadas en el artículo anterior, serán entregadas á los comisarios de las cortes de Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia, por el tesoro real de Francia, á la época de la evacuacion completa y definitiva del territorio francés.

»Art. 7.º A la misma época, los comisarios de las referidas cortes remitirán al tesoro real de Francia las seis obligaciones no satisfechas todavía, que quedan en su poder de las quince que remitió con arreglo al artículo 2.º de la convencion concluida para la ejecucion del artículo 4.º del tratado del 20 de noviembre, al mismo tiempo que la inscripcion de siete millones de renta, creada en virtud del artículo 8.º de esta convencion.

»Art. 8.º La presente convencion será ratificada, y las ratificaciones se efectuarán en Aquisgran en el término de quince dias, ó mas pronto si fuese posible.

»Dado en Aquisgran á 9 de octubre de 1818.

Firmado: por la Francia, *Richelieu*: por el Austria, príncipe de *Metternich*: por la Inglaterra, *Roberto Stuart*, *Castlereagh*, *Wellington*; por la Prusia, príncipe de *Hardenberg*, conde *Bernstorff*; por la Rusia, conde *Nesselrode* y conde *Capo-d'Istria*.

El emperador de Rusia y el rey de Prusia se aprovecharon del tiempo que exigian el cange de las ratificaciones y reglamentos de los pormenores de hacienda de esta convencion, para hacer un viaje á Paris y visitar á Luis XVIII. Alejandro no permaneció mas que un dia en la capital francesa, y acto continuo fué á inspeccionar las tropas rusas del cuerpo de ocupacion. La visita de Federico-Guillermo fué mas larga (2); pero ambos habian regresado á Aquisgran el 31 de octubre. Los hechos que vamos á relatar, y que debian modificar singularmente las disposiciones de los aliados con respecto á la Francia, ocupaban entonces á todos los diplomáticos que habian firmado el acta de evacuacion, como tambien á los numerosos personajes políticos, á quienes la curiosidad ó interés habian conducido al punto de la conferencia.

La marcha de las tropas de ocupacion inquietaba á los ultrarealistas. Para los mas exaltados y menos inteligentes el desocupo del territorio

(1) Esta suma, que representaba el saldo, 700 millones de contribuciones de guerra, era independiente de los 240,800,000 fr., importe de los atrasos pagados á los diversos estados por créditos anteriores á 1814, y se divide de esta suerte: Rusia, 48 millones, Inglaterra 58, Austria, 40, Prusia, 40, Paises Bajos 22; Baviera, 10, y los otros estados juntos, 57.

(2) Este rey de un carácter triste, espíritu moroso é inteligencia vana mostraba una prediléccion por la residencia de Paris que solo puede esplicar el fastidio vago que le devoraba; habia encontrado en uno de los pequeños teatros del paseo, un actor que le ocasionaba una nueva sensacion de placer, con sus bufonadas y ademanos grotescos este actor le hacia reir.

privaba á la autoridad regia de su mayor fuerza; la revolucion invadiria el ejército y la cámara de diputados, apoyada en las leyes electoral y de las quintas, y ayudada por los dos ministros de policía y guerra; los patriotas de 1789, los jacobinos de 1793 y los bonapartistas de 1814, dueños muy pronto de todas las posiciones, devolverian á los realistas las injurias que habian recibido; la persecucion y la ruina alcanzarian á su vez á los hombres comprometidos en favor del trono, en los hechos de los tres últimos años. He aquí las aprensiones y quejas que se comunicaban, entre otras personas, los generales y oficiales superiores á quienes Gouvion Saint-Cyr habia separado de sus mandos y empleos, y que los azares de una ociosidad forzosa habian hecho reunir, á principios del verano de 1818, por la noche en un establecimiento público del Palacio Real, el café Valois, que era el punto de reunion acostumbrado de los realistas, y de dia, en el terraplen de las Tullerías paralelo al curso del Sena. La conformidad de posicion y opiniones no tardó en hacer cotidianas estas reuniones, dando mas animacion y libertad á sus habladurías. ¿Cómo se salvará la monarquía, y se restituirá á los verdaderos realistas la plenitud de la influencia política y del poder? Cada uno presentaba su remedio; los métodos propuestos se hallaban en relacion con las costumbres y carácter de los descontentos: hombres de accion y violencia, no concebian la posibilidad del triunfo sin emplear la fuerza. Reunir un pequeño número de oficiales resueltos y algunos soldados fieles, apoderarse inopinadamente del rey, obligarle á abdicar ó encerrarle, prender á todos los ministros, y poner la corona en la frente del conde de Artois; tal era el plan que habia obtenido mas sufragios. La empresa parecia fácil, aunque ninguno de los descontentos tenia tropas á su disposicion; pero en los guardias de corps y guardia real se hallaban una multitud de oficiales tan fieles como ellos al partido realista, y que profesaban un odio no menos intenso á Mr. Decazes y al mariscal Saint-Cyr; se solicitaria su concurso: dudar un solo instante del celo con que prestarian su apoyo, seria hacer una injuria á sus sentimientos realistas, cuyo pensamiento no le ocurria á nadie.

No se tienen semejantes conversaciones á campo libre, en un paseo frecuentado ó en el interior de un café, sin que la policía tenga aviso inmediato; pero durante algunas semanas fue difícil calificarlas de otro modo que de proposiciones vagas ó amenazas de cólera que la opinion y rango de algunos descontentos protegian contra la arbitrariedad acostumbrada de la policía. Mr. Decazes se hallaba al corriente de todas estas maquinaciones; pero se inquietaba muy poco de ellas, cuando á mediados del mes de junio se le presentó uno de los confidentes de estos proyectos de cambio de gobierno y le dijo: que el miércoles 24 de junio, los ministros serian arrestados al salir del consejo real de Saint-Cloud (1), por un destacamento de granaderos de La Rochejaquelein (2) y conducidos al castillo de Vincennes, cuyo camino se hallaria ocupado, desde Saint-Cloud, por dos batallones del tercer regimiento de infantería de la guardia real, mandados por Mr. Berthier de Sauvigny, y por una parte del segundo regimiento suizo, colocado por escalones; que tres mil guardias de corps, vendeanos y voluntarios realistas, reunidos á la misma hora en la plaza del Carrousel, pasarian á los domicilios de los empleados públicos designados con anticipacion y procederian á su arresto; que el objeto de la conjuracion era la abdicacion del rey en favor del conde de Artois; que en el caso de que el rey rehusara á dimitir se le reservaba la suerte de Pablo I; por último que el general Canuel debia tomar la cartera de guerra, y el general Donnadieu, el mando de la division militar de París. Mr. de Chateaubriand el ministerio de negocios estranjeros, Mr. de Villele el del interior, y Mr. de La Bourdonnaye el ministerio de policía.»

Era difícil que Mr. Decazes aceptase como cosa seria este relato ó resúmen de todas las estravagancias forjadas en el café Valois ó en el terraplen de la orilla; no obstante esta comunicacion le era demasiado útil en su lucha contra el conde de Artois y los realistas para no hacerse de ella un arma contra sus adversarios y un nuevo apoyo al lado de Luis XVIII; pero demasiado hábil para descubrir el mismo una supuesta conjuracion que tenia por causa primera su influencia, y su caida por objeto principal, dirigió primeramente el revelador á Mr. Lainé, y despues al procurador general Bellart, los que ordenaron inmediatamente el arresto de los principales conspiradores. El 2 de julio se dió la órden para prender á los generales Canuel y Chappedelaine, á los oficiales superiores retirados ó de la reserva de Joannis, conde de Rieux-Songis, de Chauvigny de Blot, de Romilly, y otras dos personas (3).

El general Canuel se fugó; el general Donnadieu que se habia comprendido en primer lugar en la lista de los arrestados, comparecio solamente como testigo (1) y se tomaron medidas preventivas contra los demás oficiales; mas al cabo de cinco meses de instruccion, este proceso que Mr. Decazes no habia promovido precisamente, pero del cual se aprovechó para hacer mas intensa la separacion entre el rey y su hermano, se terminó el 3 de noviembre con un decreto de «no hay lugar» pronunciado por la sala de informaciones sumarias de la real audiencia de Paris.

Si los hijos perdidos del partido ultrarealista, inquietos por la marcha de los estranjeros, buscaban la salvacion de la dignidad regia en las medidas de fuerza brutal y abdicacion del rey, los hombres políticos de esta opinion y su jefe el conde de Artois, poseidos de las mismas alarmas, recurrian á medios mas pacíficos y limitaban sus proyectos a un simple cambio ministerial. A su manera de ver, el desocupo del territorio, hecho necesario é inevitable, decia ofrecer á la Europa un medio para intervenir con Luis XVIII, á fin de imponerle un cambio de política y de ministros. La ocupacion, decian, debe cesar; pero es necesario que los aliados al retirar sus tropas reparen el desórden que han ocasionado ellos mismos por su constante aprobacion de la marcha del ministerio; es necesario que eviten el peligro exigiendo al rey garantías de hombres y principios: mas, ¿de qué medio se valdrian para señalar este peligro? El conde Orloff, ayudante de campo del emperador de Rusia, debia marchar de Paris; decidióse, pues, confiarle, para que la remitiese á Alejandro, una nota que fuese capaz, por el conjunto de ideas y hechos, de llamar vivamente la atencion de este soberano, y le indicase a un mismo tiempo el mal y el remedio. Ninguno de los que rodeaban al conde de Artois se sintió capaz de redactar este trabajo; el príncipe recurrió á Mr. de Vitrolles.

Ya hemos dicho el papel que hizo Mr. de Vitrolles en 1814 y 1815; era el único realista cuya intervencion habia influido para el advenimiento de la primera restauracion, y se sabe la parte activa que tomó igualmente en la segunda. Los príncipes olvidan pronto semejantes actos de fidelidad y afeccion; pero los cortesanos y los ministros no los perdonan jamás. La posicion de Mr. de Vitrolles, bajo el gobierno de los Borbones, fué la de todos los hombres que tienen derechos escepcionales al favor del príncipe: sus servicios inquietan, su presencia hace sombra; medianías, serian quizás tolerados, pero se les considera tanto mas peligrosos cuanto son mas capaces é inteligentes: rechazanles los ambiciosos, los favoritos se alejan de ellos; en caso de necesidad tambien se les calumnia; ellos han sembrado y otros recogen: es la historia eterna de la ingratitud de los gobiernos y de las cortes. El conde de Artois, á quien su lucha contra todo el poder de Mr. Decazes y política ministerial trasformaba en un jefe de oposicion, continuaba no obstante en su amistad con Mr. de Vitrolles, y sus relaciones habian permanecido bastante íntimas: así fue que cuando en los primeros dias de julio, poco tiempo despues de haber arrestado á los supuestos conspiradores de la orilla; Mr. de Bruges, uno de los ayudantes de campo del príncipe, fue en nombre de este último para solicitar del antiguo jefe de las secretarías de estado la nota destinada á Alejandro. Mr. de Vitrolles no vaciló en prometérsela para de allí á dos dias. El dia indicado este mismo llevó su trabajo á las Tullerías y le leyó al conde de Artois, el que le aprobó en todas sus partes, guardándole despues para hacer sacar varias copias por los empleados de sus oficinas de la guardia nacional. En seguida se envió una de estas copias al conde Orloff por Mr. de Bruges. Este último debia manifestar al ayudante de campo del czar la importancia de esta comunicacion, y rogarle que la recomendara eficazmente á su amo. Persuadido sin duda de que para no errar el golpe es preciso pegar fuerte, Mr. de Bruges no se limitó al cumplimiento de esta doble recomendacion, y dijo al general ruso que la nota que iba á llevarse, contenia la suerte de la monarquía; que era esencial que Alejandro tuviese prontamente comunicacion de ella, porque la Francia marchaba hácia una segunda revolucion, añadiendo que iba á renacer la monarquía y que no tardarian en volverse á levantar los cadalsos. Mas bien soldado que hombre político, el conde de Orloff tomó de una manera seria estas exageraciones, se dió prisa, y al pasar por Stuttgard, en donde residia una hermana de Alejandro, reina de este pequeño estado, pasó algunas horas con esta princesa, anunciándole que habia dejado al gobierno real en medio de los mas graves peligros; que en el momento en que hablaba, Luis XVIII proba-

(1) Hacia algunas semanas que el rey habitaba el palacio de verano de Saint-Cloud.

(2) Uno de los regimientos de caballería de línea de la guardia real.

(3) El acusado Romilly era uno de los seis oficiales que el duque de Ragusa habia dejado de reemplazo con motivo de los acontecimientos de Lyon.

(1) Separado del mando de Grenoble por el mariscal Saint Cyr, este general residia entonces en Paris y era uno de los que paseaban en el terraplen de orilla

llemente habia abandonado á Paris, y que el papel que se le habia confiado para el czar esplicaba las causas de este acontecimiento.

Un correo espedido por la reina de Wurtemberg al príncipe de Metternich, llevó inmediatamente la noticia á Viena, desde donde se esparció rápidamente á Berlin y Francfort; aguardábanse con impaciencia los correos de Francia, y llegaron todos con la seguridad de que reinaba la mas perfecta tranquilidad. El rumor regresó á Paris; Mr. Decazes hizo una multitud de preguntas á Mr. Galatin, ministro de Wurtemberg, acerca de las causas de este rumor estraño, é insistió sobre todo para conocer la naturaleza de ese papel misterioso, de que habia hablado el conde Orloff en la corte de Stuttgard: «Será probablemente esta nota,» respondió el encargado de negocios de Wurtemberg, alargando al ministro de policía un manuscrito bastante voluminoso, que no era otra cosa sino una de las copias que se habian hecho por órden del conde de Artois en las oficinas de la guardia nacional, y que habia mandado remitir á los principales ministros estranjeros residentes en Paris.

Son las circunstancias las que han constituido la principal importancia de esta nota, conocida bajo el nombre de nota secreta. Muchos han hablado de ella sin haberla leido. Precisamente no se encuentra en ella lo que han dicho, y solamente contiene los comentarios de esta frase de su introduccion: «La revolucion lo ocupa todo, desde el gabinete del rey, en donde se halla el foco, hasta las últimas clases de la nacion, que se agita con violencia por todas partes. La posicion y la marcha actual del gobierno conducen al triunfo próximo y cierto de la revolucion.» Establecido este principio, el autor examina los diferentes medios «de salvar la Francia de los furores revolucionarios. Cinco combinaciones, añade, pueden presentarse á diferentes imaginaciones: 1.º dividir la Francia ú ocuparla militarmente; 2.º colocar en el trono una nueva dinastía; 3.º destruir el gobierno representativo; 4.º obligar al rey y á sus ministros actuales á concretarse á los principios que pueden consolidar la monarquía; 5.º variar el sistema del gobierno cambiando sus ministros.» El autor rehusa la discusion del primer medio que califica como un pensamiento execrable, contentándose con añadir: que los soberanos se engañarian si creyesen que los ciento veinte mil hombres del cuerpo de ocupacion bastarian para comprimir la insurreccion cuando hubiese estallado; que la Europa no debia pensar en intervenir, porque esta vez solo la verian llegar con el horror que inspira siempre el enemigo; que el príncipe ó partido que volviese á llamar á los aliados, seria odioso á la nacion entera y rechazado con ellos, y que una nueva invasion transformaria la Francia en un campamento, en una ciudadela impenetrable guarnecida por la masa entera del pueblo. En cuanto al establecimiento de una nueva dinastía, el autor pregunta en qué vendria á parar ese principio de legitimidad proclamado tan solemnemente, y conservador así de los pueblos como de los reyes; además que un rey revolucionario no podria fundar ni conservar nada, y únicamente para completar el cuadro de todas las suposiciones el autor ha creido de su deber el discutir esta cuestion, como tambien la de la ocupacion militar de la Francia, y reparto de sus provincias. ¿Puede pensarse en recurrir al tercer medio, es decir, á la destruccion del gobierno representativo? Semejante tentativa era imposible; no se podia restablecer lo que se llama antiguo régimen: todos los elementos han sido rotos, y hasta el polvo se ha dispersado. Ya no se encuentra ni aun la fantasma de esos grandes cuerpos del estado que, defensores á un mismo tiempo de los derechos de la corona y de los privilegios de los pueblos, se equilibraban tan noblemente en el círculo que se les habia trazado. Seria pues un despotismo desnudo y repugnante quien reemplazaria esas bellas é irreparables instituciones de los tiempos antiguos, luego un gobierno semejante disgustaria á la Francia y no conviene tampoco á sus príncipes legítimos. ¿Se podria á lo menos hacer entrar á los ministros actuales en los principios que pueden establecer una monarquía? El autor declara igualmente imposible esta cuarta combinacion: es cierto que los ministros se han mostrado primeramente realistas, despues han pasado á una pretendida moderacion, y hoy dia marchan con la revolucion que sin embargo los repele; juguetes entregados á los vientos de todos los partidos, inciertos en su modo de obrar, no pueden abrazar ni un sistema de gobierno, ni un conjunto de operaciones. Basta pues como único medio de salvacion, esta última combinacion: variar el sistema de gobierno cambiando el ministerio.—Este es el cambio que solicita de los soberanos el autor de la nota: Se trata mas de aclarar, dice, la voluntad del rey que de imponerle otra, y no puede dudarse que la intervencion franca y leal de las potencias aliadas bastará para poner de manifiesto sus verdaderos intereses y recordarle ideas mas sencillas y mas sanas.» No se le puede decir: «La marcha incierta de vuestro ministerio »no ha establecido nada que pueda inspirarnos confianza; en lugar de »hallarle garantías, debemos buscárselas en contra. Formad otra administracion, y todas nuestras condiciones serán fáciles.»

Mr. Decazes hizo desde luego publicar en los periódicos estranjeros largos fragmentos de esta nota que por no solicitar abiertamente la prolongacion de la ocupacion del territorio, aconsejaba no obstante á los soberanos aliados que impusieran á nuestra emancipacion la condicion de un cambio de sistema político y de ministros. Mr. Decazes pensó que recurriendo al estranjero escitaria la opinion pública contra sus autores; mas las preocupaciones de los partidos, en medio de las luchas políticas, son de tal suerte, que durante los primeros dias, los independientes, no vieron en esta llamada á los reyes de Europa mas que un ataque dirigido contra el ministro de policía y sus colegas, y un incidente favorable para su propia oposicion. El conde de Artois y sus amigos no debian tampoco alcanzar su objeto: las falsas alarmas que habian acompañado el envío de esta nota debilitaron su influencia. En las primeras visitas que hizo Mr. de Richelieu en Aquisgran al emperador de Austria y al rey de Prusia, le habian efectivamente hablado de las dos leyes electoral y de las quintas como medios de perturbaciones temibles para el reposo de Francia y Europa, si el espíritu de revolucion se amparaba de ellas, y los dos habian manifestado, por este motivo, algunos temores acerca de los resultados de un desocupo demasiado pronto. Sin usar Alejandro de los mismos términos, habia interrogado por su parte á Mr. de Richelieu con respecto al estado político de la Francia. El primer ministro de Luis XVIII respondió que la Europa debia estar sin inquietud, que no podia temerse una nueva esplosion, y que en todo caso, el gobierno real se hallaba con bastantes fuerzas para sofocar toda tentativa de revolucion. «Me contento con vuestra palabra, replicó Alejandro; y me encargo de disipar todas las dudas y dificultades que pudiesen retardar la evacuacion.» Ya hemos visto que el czar cumplió su promesa; pero mientras que en Aquisgran se dejaba la nota secreta en un olvido que no debia sin embargo durar mucho tiempo, Mr. Decazes se esforzaba en Paris en despertar la atencion pública sobre este documento; hacia distribuir un gran número de ejemplares, y reclamaba para sus autores, en un vehemente y largo prefacio, la indignacion y odio del país; haciendo de dicha nota un arma contra los ultra-realistas en la lucha electoral que acababa de empezar, y cuyos resultados eran entonces la única preocupacion del país (1).

El 26 de setiembre, en el mismo momento en que se abrian las conferencias de Aquisgran, un decreto habia convocado los colegios electorales de veinte departamentos para el 20 y 26 de octubre: diez y siete tenian que elegir cincuenta y dos diputados componiendo la segunda serie; los otros tres debian nombrar tres diputados en reemplazo de miembros que habian fallecido ó hecho dimision. Ni los independientes ni los realistas esclusivos habian aguardado este decreto para prepararse á disputar las elecciones. Ya hemos mencionado en otra parte el ausilio que habian prestado á estos últimos, á la época de la renovacion del primer ejercito, la congregacion y oficina de la administracion de la guardia nacional. Esta última administracion, completamente independiente de los ministros, constituia una especie de poder á un mismo tiempo militar y civil que tenia, en el conde de Artois, un jefe sin responsabilidad; en sus ayudantes de campo, directores sometidos únicamente al príncipe, y en los oficiales superiores de la guardia nacional de cada departamento, instrumentos tanto mas activos y fieles cuanto que dirigidos por una sola mano, sus grados y empleos se hallaban absolutamente á la disposicion del hermano del rey. Varios prefectos habian señalado ya el año precedente á los dos ministros del interior y policía la influencia que ejercian en las elecciones los jefes superiores de esta administracion; quejándose de hallar en ellos adversarios cuya accion paralizaba la suya. Las quejas se hicieron todavía mas vivas al acercarse las nuevas elecciones: todo lo que pertenecia á la guardia nacional, escribian á los ministros, anunciaba disposiciones hostiles á los candidatos designados por el gabinete. Mr. Decazes resolvió quitar esta fuerza á los ultra-realistas, y propuso, nó la destitucion del hermano del rey, pero sí que se le dejaran únicamente los honores del empleo, conservando el título de coronel general sin poder. No debian temerse los escrúpulos de Luis XVIII, que irritado por esa nota secreta en la que se invocaba el ausilio del estranjero contra el libre ejercicio de su prerrogativa, y alarmado seriamente por esa pretendida conspiracion de la orilla sometida entonces á la instruccion, y por la que se demostraba un complot urdido contra su poder y

(1) El folleto publicado por la policía tenia el título de: *Nota secreta esponiendo los pretestos y objeto de la última conspiracion* (de la orilla) y contenia 58 páginas en 8.º El testo era exacto; la única adicion hecha á la nota original consistia en el prefacio.

vida, no podia ver en la destruccion de una fuerza colocada enteramente entre las manos de los amigos de su hermano, sino un acto de defensa, por decirlo así, personal. Tampoco debia inquietar a Mr. Decazes la oposicion de Mr. Laine, á quien su título en el gabinete imponia la responsabilidad oficial de esta medida; nadie presentia como el ministro del interior los inconvenientes de esta organizacion anormal que ofrecia el estraño espectáculo de una institucion de policía interior, separada enteramente del ministro encargado de la administracion civil del reino, y el de una fuerza esclusivamente departamental y comunal de la que sin embargo no disponian los jefes de los departamentos y alcaldías. Decidióse esta medida, y el 30 de setiembre, cuatro dias despues de la publicacion del decreto para la convocacion de los colegios electorales, otro decreto pronunciaba la supresion de la administracion de la guardia nacional segun la habia instituido Mr. de Vaublanc el 18 de noviembre de 1815, y confiriendo la disposicion de esta guardia á las autoridades civiles, bajo la direccion del ministro del interior (1).

Este acto, que privaba á los realistas de una especie de ejército cuya organizacion hacia tres años que era uno de los principales cuidados de sus jefes, colmó la exasperacion de este partido contra el ministro de policía. El conde de Artois, sus dos hijos y la duquesa de Angulema sintieron vivamente la injuria, y una línea profunda aisló desde este momento a Luis XVIII de los demas miembros de su familia. Engañariase sin embargo quien viese en esta especie de golpe de estado el indicio de la existencia de un conflicto entre el partido de los privilegios y el de los intereses generales del pais; la lucha apenas salia del recinto de la corte; existia mas bien entre dos influencias que entre dos principios, y concebiríamos todavia mejor despues de lo que vamos á decir, que á pesar de los golpes dados por el favorito á los realistas esclusivos y su jefe, los electores independientes de la administracion, votasen sin embargo en favor de candidatos no menos hostiles al ministerio que á sus adversarios realistas.

Si los hombres de 1815 que habian quedado en posesion de las prefecturas, subprefecturas, alcaldías y de todos los empleos de la magistratura y policía, se mostraban menos insolentes y perseguidores que en lo pasado, no obstante el favor que les conservaba el ministerio y su impunidad continuaban siendo un motivo constante de irritacion para esa multitud de ciudadanos que habian tenido que sufrir sus amenazas, insultos ó persecuciones. ¿Que importaban á la masa de los electores del campo y de las pequeñas ciudades la guerra hecha por Mr. Decazes y el conde de Artois, y la interdiccion del ministro para impedir la entrada del príncipe en el gabinete de Luis XVIII? Eran reparaciones lo que pedian estos electores. Así la administracion superior no tan solo no daba ninguna satisfaccion á sus quejas pasadas, ninguna garantía á sus temores para el porvenir; mas si algunas posiciones elevadas quedaban vacantes, por ejemplo en el órden judicial, estos empleos servian para recompensar á los magistrados mas vituperados por sus rigores, y Mr. Decazes los conferia á MM. Trinquelague y de Marchangy. Rechazando pues á los candidatos del ministerio, la mayoría de los electores de la clase media hacia menos un acto de oposicion contra los ministros que una protesta contra los escesos de los tres últimos años. El enemigo contra quien se disponian á votar, eran los pequeños déspotas que habian quedado en cada subprefectura, en cada tribunal y en cada alcaldía (2). Tal vez esta disposicion hubiese sido estéril si una direccion hábil y una perfecta armonía no hubiesen reunido todas las voluntades y guiado todos los votos.

Ya hemos dicho con motivo de la renovacion de la primera quinta parte, de que modo se habia formado el comité electoral de los independientes. Dicho comité habia estendido sus relaciones y fortificado su organizacion desde las elecciones de 1817; el asiento de sus reuniones continuaba en la casa de los generales Lafayette y Thiard, y en el domicilio de Benjamin Constant; pero el número de sus miembros habia aumentado y contaba entonces ocho ó diez diputados de los mas pronunciados y mas activos, algunos propietarios opulentos, escritores sabios, y hasta banqueros. Se ha repetido mucho tiempo que este comité, soberano árbitro de la presentacion de los candidatos, los designaba á los electores de provincia por el correo, los cuales elegian á ojos cerrados; mas esta asercion carece de fundamento.

Desde que se cerraba la legislatura, el comité central de Paris, llamado impropiamente comité director, se ponia en correspondencia con los electores mas influyentes de los departamentos que debian renovar sus diputados, y les invitaba para que formasen un comité que tuviera corresponsales en cada cabeza de partido. Establecidas estas primeras relaciones y organizados los comités locales, se estimulaba á estos para que manifestasen el nombre de sus candidatos, y se los consultaba al propio tiempo sobre las probabilidades que podian presentar en su localidad el nombramiento de tal personaje político, de tal general ó sabio eminente. En seguida, al acercarse las elecciones, los comités de cada departamento enviaban á Paris una diputacion encargada de discutir y fijar con el comité central la eleccion definitiva de las candidaturas: y terminada esta operacion se formaba una lista general que se publicaba el mismo dia en todos los periódicos de la oposicion. Era tanta la fidelidad de los electores de los departamentos para cumplir las promesas que se habian hecho en su nombre, que es muy difícil citar, aun en los colegios en donde vencian por el número, una sola eleccion que haya recaido en candidatos diferentes a los designados de esta suerte. Esta organizacion y unidad, juntas con la decision y actividad de los electores, debian triunfar en las nuevas elecciones de todos los medios de seduccion ó intimidacion empleados por el ministerio para alejar los candidatos independientes. Por lo demas, esta lucha solo debia tener lugar de un modo serio, entre estos y los candidatos ministeriales que eran casi todos empleados; en cuanto á los ultrarealistas, en cierto modo debian ser batidos sin combatir, y hubo algunos colegios en los cuales hasta renunciaron a presentar candidatos. Las calificaciones inscritas en las listas de candidaturas publicadas por los periódicos independientes caracterizan las luchas de esta época: los candidatos de la opinion independiente son todos propietarios, comerciantes, abogados, generales o empleados retirados; los candidatos ministeriales desempeñan todo, funciones activas en la administracion, magistratura ó ejército; los realistas esclusivos se hallan calificados de este modo; marques, conde, emigrado, noble ó gentil hombre. «¡Fuera antiguos privilegiados y empleados era el grito de los independientes.—¡Fuera diputados cuya posicion no depende del gobierno! » contestaban los ministros. Con e fin de alejar á los primeros, varios prefectos emplearon hasta la injuria ó insultos (1). Por último, las elecciones se terminaron el 27 de octubre: el número de diputados que debian reelegirse se descomponia de este modo: diez y seis ultrarealistas, treinta y seis ministeriales y tres independientes, total cincuenta y cinco; las nuevas elecciones produjeron el resultado siguiente: Cuatro ultrarealistas, veinte y ocho ministeriales y veinte y tres independientes. Consiguientemente los primeros habian perdido doce miembros de diez y seis, y los segundos ocho de treinta y seis; solo los independientes habian aventajado, pues ganaban veinte miembros nuevos, entre los cuales se contaban catorce representantes de la cámara de los cien dias, y entre estos MM. de Lafayette, Manuel y el general Grenier.

Desde que se habia puesto en ejecucion la ley del 5 de febrero, veinte y nueve ultrarealistas habian sido sometidos á la reeleccion, de los cuales resolvieron solamente seis sentarse en el Palacio Borbon; con algunas elecciones mas este partido desaparecia forzosamente de la cámara. Sus órganos y jefes dieron un grito de alarma que resonó hasta

(1) La composicion de guardia nacional no tenia en esta época ninguna de las condiciones de su primera institucion, era, por decirlo así, arbitraria en la mayor parte de los departamentos, y variaba segun el capricho de los jefes de cada localidad. En un gran número de ciudades se separaba de las filas á los propietarios cuyos principios políticos eran sospechosos, y se admitia a todos los proletarios cuyos principios parecian irreprensibles. Habia perdido su carácter de fuerza nacional por haber degenerado en una fuerza esclusivamente realista ó instrumento de partido.

(2) Nos limitaremos a citar un solo ejemplo de la estrema arbitrariedad que reinaba todavía en los actos de los empleados de esta época. El domingo 27 de julio, Mr. Martin, de reemplazo, residente en Melle (Dos-Sevras), asistia á la misa parroquial celebrada por el juez de instruccion del tribunal, el cual reunia el doble carácter de sacerdote y magistrado. Mr. Martin percibió al lado del procurador del rey á uno de sus amigos, hijo del juez de paz de la ciudad, y le saludó, sonriéndose, con un signo de cabeza. Imaginándose el procurador del rey que esta sonrisa se dirigia á su persona, levantó la voz, y á pesar del oficio divino, señaló con el dedo á Mr. Martin, tratándole, en voz alta, de *pillo, tunante, necio, mal sujeto, que merecia se le arrestase en el acto*. Al dia siguiente Mr. Martin fué conducido a la cárcel en virtud de una órden dada por el juez que habia celebrado la misa; puesto en libertad al cabo de algunos dias bajo caucion, y despues, en virtud de una providencia de reglamento de jueces, conducido ante el tribunal de Niort, que le absolvió. El negocio fué ruidoso; las recopilaciones semiperiódicas se apoderaron de él, y Mr. Martin amenazó á su vez con perseguir al procurador del rey; pero habiendo intervenido Mr. Pasquier, ministro de justicia, el procurador del rey fué, sino destituido, a lo menos cambiado de residencia y enviado á Confolens.

(1) Un ejemplo hará juzgar de la violencia de los ataques dirigidos por el ministerio contra los candidatos independientes; un libelo publicado, en presencia y bajo la direccion de la administracion, comprendia, entre otras personas, á Benjamin Constant «en el número de estos malvados de mala cara, pálida y cadavérica, que en la desesperacion de su conciencia cospiran dia y noche, sueñan el crímen, juran el crímen, y solo aguardan el instante de cometerle con la mas horrorosa barbarie; independientes, ó dicho de otro modo, asesinos, que quisieran un segundo 21 de enero.»

Aquisgran, y fué á turbar á los soberanos y diplomáticos que se hallaban todavía retenidos en esta ciudad para el reglamento de las estipulaciones de hacienda del tratado de desocupo. Espectadores atentos de esta lucha electoral, que tenia lugar, por decirlo así, en su presencia, se pasmaban de su resultado, y no podian comprender la repentina aparicion en la escena política, despues de tres años de silencio y olvido, de ese general Lafayette cuyo recuerdo estaba unido al de la caida de la antigua monarquía; de ese general Grenier, colega del regicida Carnot en el último gobierno provisional, y de Manuel el orador de la cámara de los representantes, cuyo nombre, para los contemporáneos, era entonces inseparable de la supuesta proclamacion de Napoleon II. ¿Se hallaban, pues, á la víspera de una nueva conmocion política ó de un gobierno de los cien dias? Acordáronse entonces de la nota secreta y de los avisos que contenia; cada uno la buscó y leyó con ansiedad, formando de ella el objeto de todas las conversaciones, y cada diplomático estranjero creyó descubrir en sus predicciones el porvenir de la Francia monárquica. «Los ministros de Luis XVIII no han seguido verdaderamente el buen camino, decian al rededor de los soberanos, y es necesario que retrocedan.» Mr. de Richelieu que se habia quedado para las conferencias, se vió inmediatamente cercado y solicitado por todas partes, con el fin de modificar la marcha del gobierno; declarole que el rompimiento con los realistas y sus concesiones á los revolucionarios habian hecho todo el mal: prometió que se reuniria con los realistas esclusivos, y aceptó el compromiso de hacer cambiar la ley electoral: pero estas garantías no eran suficientes para calmar los temores que se habian apoderado de los soberanos, y se resolvió una nueva cuádruple alianza.

El 1.° de noviembre, época en que los miembros de la conferencia no conocian todavía mas que imperfectamente el resultado de las elecciones, los ocho diplomáticos estranjeros que habian firmado el tratado de desocupo, dirigieron á Mr. de Richelieu una nota en la cual le anunciaban en nombre de sus cortes «que habiendo examinado con madurez el estado interior de la Francia, y tranquilizados acerca de la consolidacion de su tranquilidad, rogaban á S. M. C. para que en lo sucesivo uniera sus consejos y esfuerzos con los de las demás cortes é invitaban á su representante á fin de que tomase parte en sus deliberaciones presentes y futuras, en todo lo que tuviera relacion con el sosten de la paz y ejecucion de los tratados. Mr. de Richelieu contestó el 12 «que el rey su amo habia acogido con una verdadera satisfaccion la oferta de los aliados, y en su virtud le habia autorizado para que tomase parte en todas las deliberaciones que tuvieran por objeto el mantener y consolidar los derechos y relaciones establecidos por los tratados entre los diferentes estados de Europa.»

Estas dos notas parecian establecer para la Francia una nueva situacion; cesaba su aislamiento, y volvia á entrar en el concierto europeo: el 15 un protocolo y despues una declaracion firmados por Mr. de Richelieu y los ministros de las otras cuatro cortes, dieron á este doble resultado la aparente garantía de una convencion diplomática. El protocolo proclamaba la union íntima de las cinco cortes, la declaraba real, duradera, y estipulaba que si en lo sucesivo fuese necesario reunirse para arreglar los intereses generales de la alianza, las deliberaciones se efectuarian en comun. La declaracion confirmaba en términos solemnes esta alianza, y le imprimia el carácter de un compromiso casi religioso; pero la sinceridad de las manifestaciones políticas oficiales es de tal suerte, que el mismo dia en que dentro del salon de la conferencia, Mr. de Metternich, lord Castlereagh y los otros ministros estranjeros ponian sus nombres al pié de estas protestas de union íntima, sincera é indisoluble con la Francia, realizaban la alianza de que hemos hablado, se coligaban por tercera vez contra nosotros, y firmaban en una sala vecina los dos tratados que vamos á analizar.

El primero recordaba las disposiciones del tratado secreto del 20 de noviembre de 1815, las renovaba en toda su fuerza y valor, y contenia la obligacion entre las cuatro cortes de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia, «de concertarse en reuniones particulares, acerca de los medios mas propios para prevenir los funestos efectos de un nuevo trastorno revolucionario que pudiera amenazar á la Francia.» Este tratado era la base del principio de una nueva coalicion; el segundo arreglaba los medios de ejecucion y estipulaba que el contingente con que debia contribuir cada potencia era el fijado por los artículos 7, 8 y 12 del tratado de Chaumont; que el cuerpo británico se reuniria en Bruselas, el cuerpo prusiano en Colonia, el cuerpo austriaco en Stuttgard, y el cuerpo ruso en Maguncia; que en el caso en que se verificaran estas reuniones de ejércitos, el rey de los Paises-Bajos, facilitaria á las tropas inglesas las fortalezas de Ostende, Nieuport é Ipres, como tambien las plazas del Escalda; y á las tropas prusianas las ciudadelas de Huy, Namur y Dinan, con las plazas de Charleroi, Mariemburgo y Filippeville. Estos dos tratados tenian la fecha del 15 de noviembre; el 18 se disolvieron las conferencias de Aquisgran que habian presentado tres fases: la primera, toda de union, en la que la Francia no habia hallado mas que disposiciones amigables, la segunda fué un tiempo de suspension, ocasionado por la ausencia de los soberanos y por el reglamento de las convenciones pecuniarias, que duró cerca seis semanas; la tercera tuvo un carácter pronunciado de hostilidad contra nosotros, y vió renovarse la coalicion que desde el tratado de Chaumont habia escluido á la Francia de la Europa. Sin embargo los antiguos y nuevos tratados presentaban una diferencia: los de 1814 y 1815 eran dirigidos esclusivamente contra el espíritu de conquista; el tratado de 1818 tenia por objeto combatir el espíritu de revolucion.

Mr. de Richelieu regresó solamente el 28 de noviembre á París, su ausencia habia hecho diferir al 10 de diciembre la apertura de la legislatura, fijada primeramente para el 30 de noviembre. Decidido á mantener la palabra que habia dado á los aliados, el primer ministro llegaba con la resolucion de modificar la ley electoral, y hacer servir este cambio para un acomodamiento entre el gabinete y los ultrarealistas. Mr. de Richelieu intervenia rara vez en los negocios de política interior, los abandonaba á MM. Decazes y Lainé, y se absorvia en el seno de las numerosas y difíciles negociaciones que habia tenido que seguir durante tres años con todos los estados de Europa. Acostumbrado á ver que sus colegas aprobaban, sin objecion, todas sus proposiciones relativas á los negocios de su ministerio, á cuyos negocios las circunstancias daban una importancia totalmente escepcional, y creyendo desde luego que ejercia un imperio absoluto sobre el espíritu de ellos, salió de Aquisgran con la conviccion de que vacilarian tanto menos en seguirle en la nueva senda en que queria entrar, cuanto que el desocupo del territorio, servicio inmenso que habia prestado á la Francia y á la autoridad regia, fortificaba su posicion y su influencia con las cámaras y el rey; mas el resultado debia desengañarle.

«Veo con sentimiento que la ley de 1817 aleja sucesivamente de la cámara á todos los realistas, habia escrito desde Aquisgran á sus colegas, y temo que marchamos demasiado inclinados hácia un lado; caso de escoger, prefiero todavía la exaltacion realista al jacobinismo, y veo con terror que llegan los hombres de los cien dias.» A su regreso de Aquisgran, lord Wellington habia dicho igualmente á Luis XVIII: «Vuestra majestad debe transigir con los realistas,» y las mismas palabras habian sido repetidas al rey por los dos embajadores de Prusia y Austria. Estos hechos habian advertido suficientemente á Mr. Decazes de una transaccion probable y próxima entre el jefe del gabinete y los ultrarealistas. En la posicion en que le colocaban, con respecto á este partido y al conde de Artois, sus actos políticos de los dos últimos años, particularmente todos los descalabros electorales de los realistas, y el reciente decreto sobre la guardia nacional, el ministro de policía no podia hacerse ilusion acerca de las consecuencias de esta transaccion; su caida, cualesquiera que fuesen las intenciones de Mr. de Richelieu para conservarle en el ministerio, seria la condicion primera y el inevitable resultado de la reconciliacion: «Mr. de Richelieu va á regresar, decia á Mr. de Chabrol, prefecto del Sena, no sé lo que será de mí.» Mr. Decazes no tan solo no queria caer, sino que su posicion en el gobierno no le parecia de ningun modo en relacion con su influencia y crédito. Confiando en su fortuna, jóven, seguro de esa numerosa clientela de empleados y ambiciosos que atraia á su rededor el favor de que gozaba, su imaginacion fecunda en recursos y su atrevimiento, cierto ademas del imperio que ejercia con su amo, resolvió marchar al frente de la lucha, y de probar su poder y fuerza tomando él mismo la iniciativa de un rompimiento. En la primera reunion del gabinete, que tuvo lugar despues del regreso de Mr. de Richelieu, Mr. Decazes hizo observar que las leyes votadas en la última legislatura, y las que necesitaba presentar muy pronto, le dejarian en cierto modo sin atribuciones; que la supresion de su ministerio, que hacia dos años reclamaban en alta voz tanto los opositores realistas como los independientes, seria probablemente pronunciada al discutir el nuevo presupuesto, y que por este motivo creia de su deber dimitir de su cargo. Esta brusca manifestacion sobrecogió é infundió la alarma entre los ministros, y fué rechazada por unanimidad.

El carácter y corazon de Mr. de Richelieu eran mas elevados que su inteligencia política. Ciertamente habia llegado con el proyecto de separarse de Mr. Decazes; en su pensamiento el gabinete podia acomodarse con los realistas esclusivos sin hacerles el mas mínimo sacrificio de personas; la supresion del ministerio de policía era una de las medidas reclamadas con mas animacion por sus oradores; el mismo Mr. Decazes la proponia; ¿no podia dárseles esta primera satisfaccion sin

separarse, no obstante, de un ministro util y particularmente agradable al rey? Pocos instantes despues del consejo, encargó á Mr. Molé que propusiera á Mr. Lainé la cesion de su cartera del interior á Mr. Decazes, y tomase la de justicia en reemplazo de Mr Pasquier, á quien se remuneraria haciendo renacer y dándole la intendencia de la casa real. Visitado el primero, Mr. Pasquier declaró que se hallaba pronto á aceptar todos los cambios que le dejasen una cartera; pero Mr. Lainé, no tan fácil en acomodarse, contestó que permaneceria ministro del interior ó que se retiraba; aunque en la misma noche, considerando el hecho solo de esta proposicion como una especie de desgracia, envió su dimision. No obstante consintió en retirarla al oir que Mr. de Richelieu amenazaba con dar la suya, si el ministro del interior se separaba del gabinete. Mr. Decazes, á su vez, declaró que no persistia en su proposicion; se convino en que se presentarian á las cámaras sin otro cambio que la sustitucion de Mr. Roy á Mr. Corvetto, á quien todas estas dimisiones ofrecidas y despues retiradas, habian sido una ocasion para dar definitivamente la suya.

Hacia ya algunos meses que Mr. Corvetto habia resuelto separarse del ministerio por los motivos siguientes: no existia una sola de todas las convenciones concluidas con los estranjeros con posterioridad á Waterloo que no hubiese tenido por resultado el reconocimiento de deudas cuyo pago se realizaba con creaciones de rentas; hemos visto que la ley de hacienda de 1817 habia autorizado de una sola vez la creacion de treinta millones. La tarifa de estas últimas rentas, abandonadas á la casa anglo-holandesa Hope y Baring, al precio de cincuenta y cinco francos por ciento no tardó en elevarse hasta setenta francos (1). Los inmensos beneficios dados por esta alza de quince francos sobre cincuenta y cinco francos, ó sea, mas de veinte y siete por ciento, conmovieron á los principales banqueros de Paris, y reclamaron con fuerza, no contra estas ganancias prodigiosas, sino contra la decision que las habia dado á los estranjeros. Sus ruidosas protestas y los ataques dirigidos con este motivo contra el ministro de hacienda, decidieron á este último para entregar á los capitalistas nacionales catorce millones seiscientos mil francos de renta de los diez y seis millones cuatrocientos mil francos cuya emision habia autorizado la cámara con el fin de pagar los atrasos reclamados por las potencias. La ley que consagraba esta emision habia sido promulgada el 6 de mayo; el 9, un aviso de Mr. Corvetto anunció que el tesoro recibiria hasta el 27, todas las suscripciones parciales que se le hicieran para este empréstito; ningun pedido podia ser menor de cinco mil francos de rentas; todas las suscripciones mayores serian divisibles por cupones de cinco, diez y veinte mil francos trasmisibles por un simple endoso, y el capital pagadero en siete meses á contar del 27. Este anuncio inflamó todas las imaginaciones: los artículos de los periódicos y folletos publicados acerca de esta cuestion habian dado á conocer los enormes beneficios que habian producido los primeros empréstitos; todo el mundo quiso tener parte en la nueva chiripa; las oficinas del tesoro fueron literalmente sitiadas por una multitud ansiosa y ardiente, en donde el millonario codeaba al lacayo, y se veian agitarse, confusamente mezclados, las duquesas y hacendadas, pequeños comerciantes y pares de Francia, mujeres galantes y diputados, actrices y magistrados, cómicos y eclesiásticos. Agrupábase y se daba empellones toda esta gente solicitando la proteccion del mas insignificante escribiente, y pidiendo en alta voz, como un favor inmenso, se le cambiase su dinero por cupones del empréstito. Los catorce millones seiscientos mil francos de renta que debian suscribirse formaban un capital de doscientos noventa y dos millones; las suscripciones depositadas se elevaron á ciento sesenta millones de renta, ó sea, un capital de mas de dos mil millones. Efectivamente, parecia muy cómodo obtener un simple pedazo de papel, aguardar algunos dias ó semanas la alza que cada uno preveia, y despues revender con un beneficio de tres, cuatro ó seis francos por cada cinco francos de renta, un capital de varios centenares de mil francos que no habia costado mas que un primer desembolso de veinte por ciento. Al principio los hechos parecian justificar las esperanzas de los especuladores; librados el 30 de mayo al precio de sesenta y seis francos sesenta céntimos, los certificados del empréstito se habian elevado el 18 de junio á setenta y cuatro francos cincuenta; y el 31 de agosto la cotizacion se hizo á ochenta francos; pero la mayor parte de los suscritores habian tomado mas de lo que permitian sus fuerzas; un gran número de ellos no tenian mas que los capitales necesarios para el primer desembolso, y muchos habian pedido prestado á fin de poder efectuar el pago. Viéronse pues obligados á vender: por otra parte, las potencias estranjeras, la Prusia la primera, careciendo de dinero, quisieron aprovecharse del alza para deshacerse de las inscripciones que habian recibido, otros tenedores mas prudentes pensaron en realizar sus beneficios. Desde luego la plaza se llenó de una masa enorme de rentas; la baja se verificó rápidamente: en dos meses, del 1.° de setiembre al 8 de noviembre, el cinco por ciento descendió de ochenta francos á sesenta y ocho. Muy pronto no se hallaron ni aun compradores; en los primeros dias de diciembre el curso se puede decir que fué nominal; las transacciones se limitaron á las compras de la caja de amortizacion. Numerosas catastrofes fueron el resultado de este doble movimiento de ascension y baja. Los jugadores no podian echar la culpa de su ruina sino á su codicia ó falta de prevision; pero ellos la atribuyeron á la imper cia de Mr. Corvetto. Hacia tres años que la tarea de este ministro era muy difícil; obligado á hacer frente á las dificultades de una horrorosa escasez, y de encontrar cada dia, á pesar de la penuria del pais, los recursos necesarios para pagar la contribucion de guerra, manutencion y sueldo del cuerpo de ocupacion, como tambien los gastos corrientes, su parte de la carga impuesta al gobierno, por la segunda invasion, no era seguramente la mas ligera. Habiala suportado con valor, inteligencia y probidad; pero su salud se habia alterado; las acusaciones que le dirigieron con motivo de los primeros empréstitos, le habian herido profundamente, y los clamores que provocaron los recientes é infaustos sucesos de bolsa, acabaron de desanimarle. El 7 de diciembre, nueve dias despues del regreso de Mr. de Richelieu, entregó su cartera á Mr. Roy.

Al dia siguiente (9), el nuevo ministro de hacienda asistió á la reunion en que se fijaron los términos del discurso de apertura de la legislatura. Este documento, que se resentia de la situacion moral del ministerio, no habló de ninguna cuestion de política interior y guardó el silencio mas absoluto acerca de las medidas que el gabinete pensaba someter á las cámaras. Una frase dichosa y digna acerca del hecho consumado del desocupo del territorio; un pasaje piadoso con respecto á la próxima ceremonia de la consagracion de Luis XVIII, cuyo acontecimiento no debia realizarse jamas; una puntada contra «esos principios que bajo el pretesto de libertad atacan el órden social, conducen por la anarquía al poder absoluto, y cuyo funesto suceso habia causado al mundo tantas lágrimas y tanta sangre,» amenazas que se dirigian á los independientes, adversarios tanto de Mr. Decazes como de Mr. de Richelieu, he aquí efectivamente todo lo que contenia el discurso pronunciado por Luis XVIII el 10 de diciembre al proceder á la apertura de las cámaras. El 12 se reunieron los ministros otra vez en casa de Mr. de Richelieu para convenir en la marcha que seguiria el gabinete durante la legislatura.

Mr. Pasquier tomó el primero la palabra; habló largo tiempo al consejo de las dificultades de la situacion, insistió acerca de la necesidad de remediarla y terminó sin indicar la mas pequeña solucion. Mr. Roy divagó del mismo modo. MM. de Richelieu y Lainé hicieron resaltar en términos generales la necesidad de apoyarse en todos los amigos de la monarquía, cualesquiera que fuesen desde luego los colores que pudieran dividirles. Mr. Molé se concretó á hacer el elogio del duque de Richelieu, declarando que sin el negociador de Aquisgran y su direccion política, no existia la posibilidad de un ministerio. Solamente el mariscal Gouvion Sain-Cyr y Mr. Decazes emitieron una opinion precisa. «El gabinete, decian, debia continuar marchando en la línea política que habia seguido hasta entonces.» No habiendo contestado ninguno de sus colegas, se separaron sin decidir nada. El 14 hubo una nueva reunion de ministros; pero las opiniones se emitieron todavía de un modo vago, y el resultado fué el mismo. Cada ministro se hallaba perfectamente convencido de que reinaba un profundo disentimiento en el gabinete; mas ninguno de ellos se atrevia á indicar abiertamente el motivo; se podia decir que previendo un rompimiento todos vacilaban para tomar la iniciativa. Se convino que el consejo se reuniria por tercera vez el 17; pero la discusion debia tener lugar en las Tullerías, en presencia del rey, sin duda con la esperanza de que la intervencion del monarca provocaria esplicaciones positivas y una solucion. Mr. Pasquier habló todavía el primero, mas como siempre sin decir nada; Mr. Molé declaró en términos generales que creia indispensable se modificara la política del ministerio; Mr. Lainé y Mr. Roy dieron el mismo dictámen, pero sin esplicar tampoco las modificaciones que debian operarse; Gouvion Saint-Cyr y Mr. Decazes, entrando en fin en la cuestion, que se hallaba en el fondo de todos esos vanos debates, dijeron que en vez de cambiar su marcha, el gabinete debia apoyar con mas fuerza que lo habia hecho hasta entonces las leyes de las elecciones. Mr. de Richelieu habló el último; debia creerse que habiendo oido la declaracion de los dos ministros de policía y guerra, se pronunciaria en fin por la continuacion ó cambio de la ley electoral; le faltó la decision, y se contentó con repro-

(1) El 5 por 100 estaba á 69 fr. 15 c. el 24 de mayo de 1818.

ducir la opinion de Mr. Molé. Cada ministro se habia esplicado; todas las miradas interrogaron á Luis XVIII. El rey se hallaba visiblemente embarazado; no obstante, obligado á responder á la muda interrogacion de sus consejeros, y de hacerles conocer si no su voluntad á lo menos su opinion, les dijo en fin despues de un silencio bastante largo: «Pues bien, plantemos nuestra bandera en el decreto del 7 de setiembre; continuemos en la linea que nos ha sido favorable hasta hoy dia; estendamos siempre la mano á derecha é izquierda, y digamos como César: *El que no está contra mi, está conmigo.*» Esta cita dió fin al consejo, y los ministros se retiraron, dejando convencido á Luis XVIII de que acababa de restablecer la concordia entre sus consejeros.

No habia abandonado ni un solo instante á Mr. de Richelieu la idea de modificar profundamente la ley de las elecciones. La necesidad de esta medida no resultaba solamente de los compromisos que habia contraido en Aquisgran, era tambien la consecuencia de una conviccion sincera. Al propio tiempo habia prometido transigir con el partido ultrarealista; esta transaccion ya habia tenido efecto, á lo menos en la cámara de los pares, por la mediacion del cardenal de Beausset, miembro de esta asamblea, su amigo particular, en cuya casa acostumbraban reunirse cerca de cincuenta pares, de los cuales el mayor número, guiados por la confianza que les inspiraba Mr. de Richelieu, habian apoyado hasta entonces la política ministerial. Tambien habia tenido ya varias entrevistas con algunos de los ultrarealistas influyentes de la otra cámara. El presidente del consejo se avistó con Mr. de Villèle, el que, ansioso de un ministerio, acogia pocos dias antes las ofertas de Mr. Decazes, y le halló de una composicion fácil. Por su parte Mr. Lainé habia conferenciado con otros miembros del mismo partido; pero estos elevaban las pretensiones mas exorbitantes; no exigian solamente la separacion inmediata de Mr. Decazes y que se desechara el dictámen de las disposiciones relativas á los ascensos en el ejército, sino que pedian tambien el cambio de la ley electoral con las condiciones siguientes: dos grados de eleccion; el primero compuesto de electores que pagasen trescientos francos de contribucion para nombrar candidatos entre los cuales el colegio de segundo grado, ó alto colegio, escogeria los diputados. Los electores de este alto colegio debian pagar dos mil francos de contribucion; lo cual depositaba la eleccion, en la mayor parte de los departamentos, en manos de diez ó doce individuos, y en algunos la abandonaba á dos ó tres propietarios. A pesar de la desconfianza que inspiraba á varios de sus amigos políticos, Mr. de Villèle obtuvo, no obstante, de los diputados de su partido, que se unieran provisionalmente á Mr. de Richelieu sin exigir un compromiso formal acerca de estos diferentes puntos, pues la cuestion de garantías se trataria á la recomposicion definitiva del ministerio. Sin embargo, no se decidia esta reconstitucion; el gabinete no tomaba ninguna resolucion, y todos sus miembros parecia que aguardaban, para tomar un partido, que las cámaras hubiesen manifestado su opinion por medio de la eleccion de sus mesas. La composicion de la mesa de la cámara de los pares fue enteramente ultrarealista; el nombramiento de los candidatos para la presidencia de la cámara de diputados, sin presentar un carácter tan manifiesto, tenia no obstante una significacion hostil á la política que habia seguido hasta entonces el ministerio. Parecia que Mr. de Richelieu triunfaba, el cual habia dejado trascurrir algunos dias sin ver á Mr. Decazes; al dia siguiente de estos últimos nombramientos, dos dias despues de haberse celebrado el consejo en el gabinete del rey, se le vió comparecer repentinamente en la tertulia del ministro de policía. Esta visita era una demostracion anticipada que hacia á este último; una especie de invitacion para que aceptara de buen grado la opinion que parecia dominar en las dos asambleas; mas toda especie de acomodamiento se habia hecho imposible. Hacia mucho tiempo que Mr. Decazes no miraba sin una envidia secreta la influencia adquirida por Mr. de Richelieu en las relaciones de la Francia con la Europa; los soberanos trataban con él solo, y sus representantes no interrogaban ni escuchaban mas que á Richelieu. Los hechos de los últimos dias habian irritado todavía en el ministro de policía ese sentimiento de celosa rivalidad; á su vez maniobró en la cámara de diputados; y teniendo que elegir esta asamblea, el 21, sus vicepresidentes y secretarios, hizo recaer todas sus elecciones en hombres totalmente opuestos á la modificacion de la ley electoral. Este cambio inesperado irritó á Mr. Molé, ministro sin influencia política, que no habia sabido hacer otra cosa mas en su ministerio que continuar la tradicion de impericia de su predecesor, y perseguir, imitando el ejemplo de este último, á los desgraciados oficiales de marina que se habian mezclado, como él mismo, en el esfuerzo de los cien dias; espíritu vengativo, tanto mas susceptible en las cuestiones que interesaban su amor propio, en cuanto no le era permitido disponer en obsequio de una inmensa vanidad, mas que de pasiones egoistas y cierto tanto en los pequeños espedientes (1). Comprometido fuertemente en las negociaciones de Mr. de Richelieu con los pares y ultrarealistas de la otra cámara, habia predicho el resultado. Al recibir la noticia de los nombramientos hechos por los diputados, corre á casa de Mr. Lainé, acusa á Mr. Decazes de haberse burlado del gabinete, declara que es imposible continuar con un hombre de esta naturaleza, añade que da su dimision, escita á Mr. Lainé para que dé la suya, y despues le conduce á casa de Mr. de Richelieu, el que despues de haber oido á sus dos colegas, les imita. Mr. Molé escribe entonces á Mr. Pasquier, el cual, viendo disuelto el gabinete, cede al ejemplo, y advierte á Mr. Decazes, que hace igualmente dimision de su cartera. Por la noche, Mr. Molé llevó las cinco dimisiones al rey: la del duque de Richelieu se apoyaba «en la íntima conviccion de no poder ser útil al servicio del rey ni al bien del pais;» Mr. Molé la motivaba en la situacion del ministerio; Mr. Lainé dimitia pura y simplemente, sin alegar ningun motivo; Mr. Pasquier daba por motivo de su retirada la de Mr. de Richelieu; Mr. Decazes invocaba la misma causa: «No hay nada en el mundo, decia, que pueda inducirme á permanecer un solo instante en el ministerio despues de Mr. de Richelieu,» y mas adelante añadia: «tanto en el ministerio como fuera de él, yo no cesaré de hacer todo lo que sea útil al servicio de V. M. y triunfo de su gobierno, al que perteneceré siempre de hecho é intencion, lo mismo que lo haré de corazon y alma á V. M. mientras conserve una gota de sangre en mis venas.»

El rey se hallaba sin ministerio en el mismo momento en que creia haber restablecido la concordia entre sus ministros, y cuando las dos cámaras discutian, su contestacion al discurso de apertura de la legislatura. Escribió, pues, inmediatamente á Mr. de Richelieu pidiéndole una entrevista que tuvo lugar al dia siguiente, 22. Luis XVIII se quejó amargamente de la situacion difícil en que le colocaba esa retirada en masa, y rogó al duque que retirase su dimision. Mr. de Richelieu rehusó; pero instado nuevamente por el rey, prometió que daria á conocer al dia siguiente su resolucion. Despues de haberse concertado con MM. Molé y de Villèle, hizo remitir efectivamente al rey una carta en la que se pinta enteramente todo su carácter, y de la cual reproduciremos los pasajes siguientes:

«V. M. puede imaginarse la situacion en que me ha dejado la entrevista de ayer, y todo lo que he sufrido al ver la afliccion que yo causaba á V. M. Yo conozco demasiado bien mi insuficiencia en circunstancias tan difíciles para un género de negocios, al que nadie hay menos propio que yo, para que yo no os repita, señor, lo que he tenido el honor de deciros ayer. Mi mision tuvo su fin en el momento en que se terminaron los grandes negocios con los estranjeros; los del interior y la conducta de las cámaras son para mí asuntos totalmente estraños, y yo no tengo ni aptitud ni capacidad para ellos. Es de mi deber el decir á V. M., con toda la sinceridad de mi corazon, que reteniéndome causaria grave perjuicio á sus negocios y al pais, y que ese sentimiento que S. M. tenia la bondad de llamar ayer modestia, no es mas que el resultado de un conocimiento mas profundo de mí mismo; pensar de otro modo seria para mí una inescusable presuncion.

»Despues de haber hecho á V. M. esta profesion de fé, á la que suplico reflexione muy seriamente, debo decir que si persiste en quererme retener, á pesar de las urgentes razones que he dado, yo no puedo ni debo rehusar; mas para que mis servicios no sean enteramente inútiles, es necesario restablecer en el ministerio una unidad de opinion que ya no existe. V. M. sabe si yo amo y estimo á Mr. Decazes: estos sentimientos son y serán siempre los mismos; pero por una parte, ultrajado sin razon por un partido cuyas imprudencias nos han causado tantos males (los ultrarealistas), es imposible que Mr. Decazes transija con este partido; y por otra, inclinado hácia un lado cuyas doctrinas

(1) El 1 de setiembre de 1818, M. Decaen, capitan de fragata, publicaba una carta que contenia estos pasages: «He luchado durante dos años y tres meses, y solo despues de haber *rehusado formalmente*, gracias al soberano influjo que he hallado en las dos cámaras, particularmente, con MM. Broglie y Lanjuinais, he podido *forzar* á M. Molé, no á que me restituya mi empleo, pero á darme á lo menos una pension de retiro. Treinta compañeros mios, de los que varios hubieran muerto de hambre si mis generosos amigos no les hubiesen tendido la mano, deben igualmente la existencia á los dos nobles pares que acabo de nombrar. Tal vez se pensará que *forzado* el ministro á darnos un retiro se ha conformado con las leyes que rigen, ó mas bien que deberian regir la marina? pero desgraciadamente incurririan en error; así es que mi retiro se limita á *quinientos treinta y cinco francos*, sin embargo que el *maximum* de los oficiales de mi graduacion es de 1 800 fr., y el *minimum* de 900 fr.»—Entre los oficiales de marina citados por el capitan Decaen habia uno, el alferez de navio Bourdin, á quien el ministro habia dado el retiro despues de *quince años* de servicio con una pension de 276 francos.

nos amenazan mas todavía los independientes), todos los hombres opuestos al ministerio, mientras que no se le fije fuera de Francia llenando funciones eminentes, le considerarán como el objeto de sus esperanzas, y será bien á pesar suyo, un óbice para la marcha del gobierno. Me es muy sensible emplear este lenguaje con el rey. . . , mas yo debo la verdad á V. M., del modo á lo menos que yo la veo. . . La embajada de Nápoles ó de San Petersburgo, y una marcha anunciada y ejecutada en una semana, tales son, á mi manera de ver, los preliminares indispensables, no digo para el triunfo, pero sí para la marcha de la administracion. . .

» Despues de haberos analizado mi pensamiento, permitid, señor, que me eche todavía á los pies de V. M. para pedirle con las mas vivas instancias me conceda mi libertad; repitiendo que yo no tengo la capacidad ni talentos necesarios para mezclarme en el gobierno de las cámaras; no hay nada que me haya preparado para esa vida, y seguramente no alcanzaria un buen resultado. V. M. se halla prevenido de antemano; que no se esponga pues al dolor de ver muy pronto todos mis pronósticos realizados. »

Aun cuando no se conociera de la carrera política de Mr. de Richelieu mas que esta carta dirigida al rey, seria bastante para honrar á este hombre. Luis XVIII, cuyas relaciones con Mr. Decazes no habian sido interrumpidas, contestó al duque que persistía en confiarle la composicion de un nuevo ministerio, y consentia en alejar al ministro de policía; pero, objetando el rigor de la estacion y la conveniencia de un plazo que quitase á esta medida el carácter de un destierro, obtuvo de Mr. de Richelieu que en lugar de salir inmediatamente para Nápoles ó San Petersburgo, Mr. Decazes se retiraria provisionalmente á Liorna. MM. Molé y de Villèle desaprobaron esta condescendencia del primer ministro, calificándola de debilidad; no obstante, no tuvo sobre la situacion la influencia que ellos se habian apresurado á darle: por el solo hecho que Mr. Decazes no marchaba en el mismo dia y á la misma hora para el estranjero, debian ser vanas todas las tentativas del duque con el fin de formar un gabinete. La cámara de diputados habia declarado la víspera, en su contestacion al discurso, «que rechazaria toda infraccion de la carta ó de las leyes derivadas de su espíritu.» Despues de una protesta tan formal en favor de la ley de las elecciones, ¿qué hombre político serio podia creer en la duracion de un ministerio encargado de destruir esta ley, teniendo que luchar á la vez contra la cámara electiva y contra el antiguo ministro, que aun retirado en Liorna no dejaria de ser el consejero real y el hombre de la íntima confianza del rey? Además, tal es el curso de las cosas humanas, que los recientes servicios de Mr. de Richelieu, contra lo que se habia propuesto, debilitaban su posicion en vez de fortificarla; ministro necesario antes del tratado de Aquisgran, Mr. de Richelieu no era mas que un ministro indispensable despues de la evacuacion del territorio; es decir, cesaba de dominar la situacion. «Su obra está terminada,» repetian detrás de él todos los ambiciosos. Suprimiendo el ministerio de policía, habia esperado desde luego poder reconstruir el antiguo gabinete, sin otro cambio que el del ministro de la guerra; pero Mr. Lainé persistió en quererse retirar, á pesar de ser un partidario declarado de un cambio de ley electoral; ley cuyos resultados le habian alarmado desde el año precedente. «Yo soy, decia, quien ha propuesto y sostenido esta ley; no me corresponde a mí el pedir su reforma; las modificaciones que ella exige deben ser la tarea de otro ministro.» No retenia á MM. Molé, Pasquier y Roy; el mismo escrúpulo en cambio, espantados de los obstáculos que amenazaban por todas partes á Mr. de Richelieu, no tenian mas que una mediana confianza en el buen resultado de los esfuerzos que iba á tentar, y vacilaban. Entonces el duque ofreció el interior á Mr. Cuvier, marina á Mr. de Villèle, justicia á Mr. Simeon, hacienda á Mr. Mollien, y guerra al general Lauriston. Tuvo lugar una conferencia el 26 por la noche, entre estos candidatos y el duque; algunos de los personajes que componian esta reunion no se habian visto nunca; la mayor parte pertenecian á colores políticos diferentes; así es que no pudieron convenirse: solamente Mr. de Villèle y el general Lauriston declararon hallarse prontos á aceptar; MM. Mollien, Simeon y Cuvier manifestaron al duque por la noche que rehusaban. Habia mucha distancia de estos descalabros a las esperanzas que Mr. de Richelieu habia traido de Aquisgran. Desconcertado con estas luchas que repugnaban á sus hábitos y carácter, herido su amor propio, cayó repentinamente enfermo, y el 27 por la mañana trasmitió al rey su renuncia formal del cargo de reformar el gabinete. La mision recaia entonces en Mr. Decazes que lo aguardaba con la certitud de que debia llegarle, y la aceptó rogando á Mr. de Richelieu que le designara, él mismo, su sucesor á la presidencia del consejo. El duque propuso á los mariscales Macdonald ó Marmont. Gouvion Saint-Cyr tenia ya la cartera de la guerra; admitir un segundo mariscal en un ministerio compuesto solamente de seis miembros, era conceder una parte demasiado fuerte á estas dignidades, y Mr. Decazes buscó otro nombre. Ya hemos manifestado en otro lugar de que modo Mr. de Talleyrand creó y completó el número de los pares de Francia; hé aquí como fué nombrado el presidente del nuevo gabinete.

Mr. Pasquier servia de intermedio entre Mr. Decazes y el duque de Richelieu; corriendo sin cesar del uno al otro, y esforzándose en acomodarles, habia trasmitido al primero los nombres de los mariscales Macdonald y Marmont. En su defecto, ¿á quién escoger? Mr. Pasquier abrió una Guia de forasteros, se puso á recorrer con Mr. Decazes la lista por órden alfabético de los miembros de la cámara de los pares, y se paró al llegar al nombre del marques Desolles. La presencia de este general en la conferencia que decidió la caida del imperio en la noche del 1 al 3 de abril de 1814, le habia puesto en relaciones con el emperador de Rusia, las que se hicieron mas frecuentes en la época de la segunda invasion; ademas el marques Desolles era el mismo á quien Luis XVIII, en consideracion á sus antiguas relaciones, habia confiado la mision de recibir al czar á la frontera y acompañarle á Paris en la corta aparicion que habia hecho este soberano algunas semanas antes; su nombramiento no podia desagradar a Alejandro. Mr. Pasquier fué encargado primeramente de someter esta eleccion á Luis XVIII, quien la acogió sin hacer ninguna observacion, y despues de pedir el consentimiento de Mr. Desolles, que aceptó inmediatamente. No obstante el temor de descontentar al czar perseguia siempre á Mr. Decazes: el conde de Nesselrode se hallaba en Paris, y le sondeó en la mañana del 28; la opinion del canciller de estado ruso fue favorable al nuevo ministro de negocios estranjeros. Tranquilizado con esta aprobacion, Mr. Decazes empleó el resto del dia para completar su ministerio. Mr. Pasquier debia esperar que cualquiera que fuese el vencedor, la conservacion de su cartera seria el premio de su neutralidad entre los dos rivales, y de sus asiduidades con uno y otro; pero sus perplejidades eran, para las pretensiones y fortuna de Mr. Decazes, una especie de ofensa que este último quiso castigar; así es que no le retiró la dimision, y le dió por sucesor á Mr. de Serres, entonces presidente de la cámara de diputados, el cual traia al nuevo ministerio el apoyo de las calidades que la opinion pública se quejaba de no haber hallado en el último guardasellos; una palabra elocuente y firme, un carácter elevado y una moralidad política incontestable. El baron Luis tomó de las manos de Mr. Roy la cartera de hacienda; el consejero de estado Portal reemplazó á Mr. Molé; Gouvion Saint-Cyr conservó el despacho de la guerra, y dejando Mr. Decazes el ministerio de policía que quedaba suprimido, tomó el del interior, en lugar de Mr. Lainé.

Estos arreglos terminados en la noche del 28, y convertidos en decretos al dia siguiente, 29, dieron fin á la crisis que, por decirlo así, hacia un mes que suspendia la accion del gobierno y tenia inquieta toda la poblacion oficial de Paris. Los empleados de distincion, la multitud de personas intrigantes y corredores de plaza se hallaban literalmente apurados; no sabian ya á dónde dirigir sus cumplimientos; por espacio de tres semanas se les vió precipitarse cada noche, segun los rumores del dia, en los alojamientos de Mr. Decazes ó Mr. de Richelieu, en casa de los otros ministros titulares ó en los salones de los designados para sucederles, prodigando tanto á los unos como á los otros sus protestas de fidelidad, dejando desiertos los domicilios en donde se habian aglomerado la víspera, y arrepintiéndose cada mañana de las felicitaciones del dia precedente. Hubiéramos pasado en silencio estas bajezas no muy dignas de simpatías, si la misma causa no hubiese producido en el pais una inquietud y agitacion seria.

Habíase prohibido por la censura á los periódicos cotidianos la publicacion de esta desavenencia ministerial; pero las cartas particulares y recopilaciones semiperiódicas habian llevado la noticia hasta las estremidades del reino; no obstante, ignoraban la causa precisa; la lucha, decian, existe entre los partidarios de 1815 y los defensores del decreto del 5 de setiembre; los dos nombres de MM. Decazes y de Richelieu servian para personificarla. Por una fatalidad que se unia á su mismo nombre y emigracion, el último representaba, para todos los ciudadanos adictos a los intereses y principios de la revolucion, el principio de la confederacion de las antiguas monarquías de Europa contra la Francia republicana e imperial, como tambien el interés contra revolucionario. Desde luego sus servicios no eran de aquellos que aprecia y chocan á la multitud; pero aun cuando los hubiera percibido, bastaba que el negociador de Aquisgran hubiese hecho alianza con el partido ultrarealista para que estos servicios quedasen inmediatamente olvidados, y para que solamente viesen en su persona al antiguo gran señor, hombre del viejo régimen é incorregible emigrado. Mr. De-

cazes, al contrario, era protegido por el recuerdo y promesas del decreto del 5 de setiembre. Estraño beneficio de ciertas situaciones políticas : por la sola razon de que luchaba en apariencia por este decreto, y por la ley electoral, Mr. Decazes representaba el interés nacional y se constituia el hombre de la libertad. Por su actitud en esta crisis, los realistas hacian todavía mas ardientes los votos del pueblo para el triunfo del ministro de policía : se les oia hablar de desquite, y anunciar el cambio de las leyes votadas en las dos últimas legislaturas, como tambien el restablecimiento de las que el ministerio habia dejado caer, ó que las cámaras habian derogado; reformábanse sus reuniones, y se veia comparecer nuevamente en su antiguo traje de voluntarios realistas, con la cabeza alta y la injuria en la boca, á hombres que la indignacion pública hacia dos años habia condenado al silencio y al retiro.

Estas amenazas y fanfarronadas eran el origen de rumores mas alarmantes : se preparan golpes de estado, decian ; van á renacer las proscripciones; ya están formadas las listas que designan cien ciudadanos por cada departamento , que deben ser desterrados ó encarcelados los primeros; y estas exageraciones, fruto de la pasion ó miedo, agitaban todas las familias. En ciertas ciudades del mediodía, en las que los partidos ya se hallaban en presencia uno de otro, y entre ellas en Nimes, en donde las bandas de realistas recorrian los paseos con banderas blancas listadas de verde, entonando canciones hostiles á los protestantes, se aguardaban los periódicos de Paris con una ansiedad mas viva quizás de la que se manifiesta en tiempo de guerra, cuando cada hora puede traer la noticia de una de esas batallas que deciden de la suerte de los imperios. Por último el *Monitor* del 30 de diciembre dió á conocer el nombre de los nuevos ministros : triunfaba el decreto del 5 de setiembre. Este resultado, que los realistas acogieron en unas partes con demostraciones de cólera y en otras con un silencio reconcentrado, hizo dar gritos de alegría a sus adversarios. Los primeros tenian la conviccion de que todos ellos serian destituidos, y que haciendo irrupcion el volcan revolucionario por todas partes, sepultaria la monarquía; los segundos veian desaparecer todas las leyes de escepcion, y al gobierno que por último iba á entrar en la via del progreso político y de las reparaciones. Ambos partidos se engañaban, pues no debian realizarse ni sus temores ni sus esperanzas, como se verá por la narracion de los hechos del año 1819 que empezaba dos dias despues

CAPÍTULO IX.

Legislatura 1818-1819. Proposicion de una recompensa nacional en favor de Mr. de Richelieu, y carta de este antiguo ministro. Proyecto de dotacion presentado por el gobierno; discusion; los mayorazgos; Manuel y Mr. Pasquier. Proyecto de ley para el cambio del año rentístico; su discusion; su adopcion. Proposicion Barthélemy en la cámara de los pares para el cambio de la ley electoral. Agitacion en Paris y en los departamentos. Discusion de la proposicion en la cámara hereditaria; oposicion viva de los ministros; la proposicion es adoptada. Los pares desechan el proyecto de ley acerca del cambio del año rentístico. Nueva creacion de sesenta y un pares. Sensacion causada por esta medida. Discusion de la proposicion Barthélemy en la cámara de diputados; incidentes relativos á los asesinatos del mediodía en 1815, MM. de Villele, de Saint-Aulaire y de Serres; la proposicion es desechada. Legislacion sobre la prensa; nuevo proceso de la Biblioteca histórica; sentencia; MM. Hocquet y Villemain. Presentacion de tres proyectos de ley estableciendo la libertad de la prensa; su discusion y adopcion en las dos cámaras. Peticion en favor de los desterrados; declaracion de Mr. de Serres; rompimiento entre el ministerio y los independientes; últimas discusiones; cierrase la legislatura.—Actitud del partido realista. Misiones de Francia; su origen; su organizacion; MM. de Rauzan y de Forbin-Janson; misiones de Angers y de Clermont (Puy-de-Dome), calvario del monte Valeriano; tumultos en Brest con motivo de los misioneros.—Estado de las opiniones; los liberales; situacion interior; revoluciones en los colegios; motines de la escuela de medicina de Montpeller y de la escuela de derecho de Paris. Proceso de Mr. Bavoux. Desafios.—Sociedades políticas. La Union; los amigos de la libertad de la prensa, influencia de esta última sociedad; su disolucion. Comité de accion, primer proyecto en favor del príncipe de Orange, nuevas proposiciones para sustituir este príncipe á Luis XVIII, salen mal.—Negocios de Alemania, sociedades políticas, reunion de Wartburgo, Cárlos Sand, asesinato de Kotzebue. Lœning. Conferencia de Carlsbad, revoluciones adoptadas.—Renovacion de la tercera quinta parte de la cámara de diputados, nombramiento del abate Gregoire, resultado general de las elecciones.—Mr. Decazes proyecta cambiar la ley electoral, desunion en el ministerio, el mariscal Gouvion Saint-Cyr, el general Desolles y el baron Luis se retiran, y son reemplazados por el general Latour-Maubourg; MM. Pasquier y Roy. Ábrese la legislatura; discurso del rey. debates á causa de la eleccion del cura Gregoire; no es admitido. Posicion de Mr. Decazes. Nueva agitacion.

1819.—La legislatura abierta el 10 de diciembre de 1818, en el momento en que el ministerio se hallaba en un estado completo de disolucion, no empezó realmente hasta el 28 de enero siguiente, en cuyo dia los diputados emprendieron la discusion de un proyecto de ley presentado en las circunstancias siguientes.

No existia un miembro en las dos cámaras que no supiera que Mr. de Richelieu se retiraba de los negocios públicos sin tener la mas pequeña fortuna personal. El par de Francia marqués de Lally-Tolendal y el diputado baron Delessert, intérprete de los sentimientos de un gran número de sus colegas , quisieron que el negociador de Aquisgran recogiese del desocupo del territorio un premio distinto al de la pérdida de su posicion ministerial. El 30 y 31 de diciembre, al dia siguiente de la formacion del nuevo gabinete, Mr. de Lally en la cámara de los pares, y Mr. Delessert en la cámara electiva, depusieron una proposicion, cuyo tenor era : «que se diera al duque de Richelieu, á espensas de la nacion, una recompensa proporcionada á la eminencia de sus servicios y á su desinterés.» Esta doble proposicion se tomó en consideracion en las dos cámaras el 1 de enero, á pesar de la siguiente carta que Mr. de Richelieu dirigió al presidente de cada asamblea :

SEÑOR PRESIDENTE:

»Instruido de una proposicion que se ha hecho en la cámara con referencia á mi persona, me tomo la libertad de dirigiros algunas observaciones.

»Seria engreirme demasiado de un testimonio de benevolencia dado por el rey con el concurso de las dos cámaras, si me permitiera el pensamiento de menguarle; mas los periódicos me han informado, señor presidente, de que se trataba de asignarme una recompensa nacional á espensas del estado. Yo no puedo consentir que se aumenten por causa mia las cargas que pesan sobre la nacion.

»Si he tenido la dicha de prestar algunos servicios á la Francia durante el curso de mi ministerio, y en estos últimos tiempos la de haber concurrido para la evacuacion de su territorio, tambien es cierto que mi alma se entristece al considerar las deudas enormes que agobian á mi patria. Demasiadas calamidades se han castigado, sobrado numerosos son los ciudadanos que han caido en la desgracia, y hay sobradas pérdidas que reparar, para que pueda ver elevarse mi fortuna en semejantes coyunturas. Tengo bastante con la estimacion de mi pais, la bondad del rey y el testimonio de mi conciencia.

»RICHELIEU.»

El ministerio, que habia guardado primeramente el silencio en presencia de la manifestacion de las dos cámaras, intervino despues de la publicacion de esta carta, pues ella le dictó su conducta; y el 11 de enero el general Desolles, presidente del consejo, presentó á las cámaras de diputados un proyecto de ley conteniendo «que se fundaria en favor del duque de Richelieu, par de Francia, á título de recompensa nacional, para ser trasmisible y unido con su título de par, un mayorazgo de cincuenta mil francos de renta, cuyo mayorazgo se compondria de bienes inmuebles escogidos por el rey entre las propiedades asignadas á la corona por la ley del 18 de noviembre de 1814.» De este modo era la corona y no el estado quien hacia el presente; pero como los bienes afectos á la dotacion de la casa real eran inagenables , las cámaras intervenian para sancionar á un mismo tiempo el don , y la enajenacion de las fincas destinadas para formar este nuevo mayorazgo.—La interdiccion de enajenar estos bienes fué la principal cuestion que se agitó en el seno de la comision nombrada para examinar el proyecto ministerial. Con arreglo al artículo 23 de la carta, el patrimonio real se señalaba para la duracion de cada reinado, por la primera legislatura que se reunia despues del advenimiento del nuevo rey, y la ley que fijaba el del rey reinante habia declarado inajenables é imprescriptibles todos los bienes que componian la dotacion real actual. La comision, percibiendo desde luego en la enajenacion pedida una doble violacion del pacto fundamental y de la ley de 18 de noviembre de 1814, propuso asentar la dotacion del duque sobre las fincas nacionales en vez de las del patrimonio real, y el proyecto se sometió en este cambio á la discusion de la cámara. Los ultrarealistas le combatieron los primeros, y le rechazaban como estableciendo un principio perjudicial. «Las cámaras, decian, no deben intervenir en semejante cuestion; reconocerles el dere-

cho de votar una recompensa á un ministro, es admitir que ellos pueden pedir la separacion ó castigo de un ministerio. Además, ¿cómo se puede conciliar el proyecto de ley con las circunstancias de su presentacion? Mr. de Richelieu tenia colegas que han participado á los hechos de que se les alaba; ¿no deben estos participar de la recompensa? Por otra parte, si este ministro tiene derecho á la gratitud del pais, ¿por que no ha permanecido en el poder? Se ha proclamado el último cambio ministerial como un beneficio para la nacion y para el rey; ¿no es esto lo mismo que decir que los últimos ministros eran fatales para uno y otro? Se titubea en medio de esas contradicciones en las que el elogio se mezcla con el ultraje; nosotros desechamos el proyecto.»

Los independientes situaron su oposicion en un terreno mas elevado; la dotacion pedida constituia un mayorazgo trasmisible con el título de par del interesado, y reclamaron contra ese modo de trasmision: «Los mayorazgos, decian, han sido destruidos por la revolucion; ensayar el restablecerlos, es desconocer el principio de todas nuestras leyes, y querer rasgar el código civil.» La enunciacion simple de esta doctrina cambió el carácter de la discusion que se trasformó en una especie de lucha de principios, en la que cada orador defendió ó contrarestó la superioridad de las nuevas instituciones sociales comparadas con las del antiguo régimen. Los ultrarealistas acudieron al socorro de estas: «Si la democracia repele los mayorazgos, y aun la primogenitura, dijo Mr. de Bonald en la sesion del 8 de enero, es porque en este estado precario, el hombre puede tener, todo lo mas, ideas de sucesion individual, y ninguna de perpetuidad social. Los mayorazgos y sustituciones son el interés de la familia, á causa de que aseguran su duracion muy larga ó sin fin; y por la misma razon hacen el interés del estado, que no debe contar sus fuerzas por individuos, sino por familias. Es verdad que la inmutabilidad de las fincas disminuye los provechos del fisco; pero el hombre no se halla colocado en sociedad para pagar derechos de registro» Hasta Mr. Pasquier tomó igualmente la defensa de las sustituciones; su discusion fué menos filosófica que la de Mr. de Bonald: «Las sustituciones y mayorazgos no perjudican de ningun modo la igualdad,» hé aquí el fondo de su discurso, y despues de haber terminado añadió; «que la Francia entera tenia necesidad de dicha y tranquilidad; porque sin reposo no podia existir ni aun la misma libertad; y que la Francia no podia gozar de estos bienes sino bajo el gobierno real, que á pesar de los continuos ataques que le dirigian, era fuerte y viviria mucho tiempo, atendido que tenia profundas raices en el corazon de los buenos franceses.—¡Sí! esclamó en el momento de abandonar la tribuna, vivirá largo tiempo, y hará la dicha hasta de los mismos que le combaten; pudiéndose decir de él con el gran lírico:

«Le Dieu, poursuivant sa carrière,
»Verse des torrents de lumière
»Sur ses obscurs blasphémateurs (1).»

Esta citacion no produjo en la cámara el efecto que sin duda aguardaba su autor, y se hubiese pasado probablemente sin apercibirse de ella si un instante despues, el antiguo representante Manuel no la hubiese reproducido en un discurso, que en cierto modo era su introduccion. Desde las primeras palabras pudo comprenderse que la revolucion, sus intereses, sus resultados y su grandeza tenian en la asamblea un defensor tan hábil como intrépido. Demostró los vicios de las sustituciones y mayorazgos calificándoles de privilegio odioso, supuesto que despoja á los hijos de una misma familia en provecho de uno solo; privilegio inmoral que permite al heredero que se halla investido de él, de mofarse de sus acreedores y sustraerles su fortuna. «En 1790, añadió, fué discutida esta cuestion; su solucion no permaneció mucho tiempo dudosa; los mismos que en este momento demuestran mas interés en ella, fueron los primeros que reclamaron el principio de esa igualdad que hoy dia es el derecho comun de la Francia, y por la cual yo combato; pero qué necesidad tengo yo de defenderla? su defensa está en ella misma; es fuerte como la libertad, como esa libertad que sabrá mantenerse contra todos los ataques que dirigen incesantemente contra ella, ya sea el esceso de celo por el poder ó bien la demasía de afecto para los antiguos recuerdos; porque, sobre todo, es de ella, señores, que se puede decir:

«Le Dieu, poursuivant sa carrière,
«Verse des torrents de lumière
«Sur ses obscurs blasphémateurs.»

(1) Continuando el Dios su carrera, vierte torrentes de luz sobre sus oscuros blasfemadores.

La originalidad, digamos mas, el atrevimiento de tributar semejante homenaje á la libertad y á la igualdad, esas dos grandes conquistas de la revolucion, en oposicion al elogio del gobierno real, causaron una viva impresion en la asamblea; numerosos bravos estallaron en los bancos de los independientes; el entusiasmo se comunicó á las tribunas públicas, y respondieron á la manifestacion política de Manuel con aplausos ruidosos y prolongados.

No obstante, la suerte del proyecto de ley parecia dudosa; impugnado por los realistas, que no perdonaban á Mr. de Richelieu su adhesion á la disolucion de la cámara de 1815, y á las dos leyes electoral y de las quintas, este proyecto parecia igualmente deber reunir contra sí los votos de un gran número de diputados favorables á la recompensa, a quienes retenia el temor de consagrar el restablecimiento de los mayorazgos y sustituciones. Esta incertidumbre en las disposiciones de la cámara hizo subir á la tribuna á Mr. Courvoisier, miembro ministerial, quien se quejó amargamente de la oposicion de los realistas esclusivos por una medida que la opinion monárquica, mas que toda otra, debia apoyar. «Es una desgracia, dijo, ver á la nobleza, tan numerosa sin contar los pares, prestarse con tanta dificultad á una fusion tan deseable, y querer aislar sus intereses de los de la masa de los ciudadanos; mas á su vez esta masa se separa de la nobleza. La prueba se ha visto en las últimas elecciones, y sucederá lo mismo con las que se preparan. De este modo se ha establecido en las dos partes una especie de esclusion que solo cesará cuando la parte que se aisle de los intereses nacionales, se reuna francamente á ellos.» Con estas pocas palabras Mr. Courvoisier acababa de establecer con una precision notable la posicion que habia tomado el partido realista en medio de las otras clases del pueblo, lo mismo que la especie de aislamiento en que le colocaban sus pretensiones esclusivas (1); así es que las palabras del orador fueron acogidas con murmullos violentos que salian de los bancos donde se hallaban sentados MM. de La Bourdonnaie, de Castelbajac, de Villèle y sus amigos. Luego que se hubo apaciguado esta agitacion, el orador terminó su discurso proponiendo la declaracion de los bienes del mayorazgo pedido, reversibles al patrimonio del estado á falta de heredero directo en línea masculina y legítima. «Mr. de Richelieu no tenia hijos, era probable que muriese sin posteridad; la dotacion se trasformaba desde luego en una simple concesion vitalicia, y este término medio aseguraba al proyecto una mayoría bastante fuerte. El presidente le sometió á la votacion: los ultrarealistas, fieles á sus rencores, no tomaron ninguna parte en la votacion; la adopcion fué votada por un cierto número de independientes unidos á los miembros ministeriales, y el escrutinio dió por resultado ciento veinte y cuatro bolas blancas y noventa y cinco bolas negras.—Cinco dias despues, el 2 de febrero, la cámara de los pares adoptó el proyecto casi sin deliberacion por una mayoría de ochenta y tres votos contra cuarenta y cinco.

Mr. de Richelieu no habia por ningun concepto solicitado esta dotacion. Además de haber firmado el tratado del 20 de noviembre, que libertó el territorio del millon de hombres armados que habian acudido á Francia de todos los puntos de Europa despues de Waterloo, y negociado la convencion de Aquisgran que acababa de completar el desocupo de nuestras provincias, este hombre político habia obtenido todavía por su sola influencia personal, en las dos épocas de 1815 y 1818, una diminucion de varios centenares de millones de las cargas que pretendian imponernos los estranjeros. Tal vez no ha existido jamás un ministro que haya tenido que liquidar intereses pecuniarios de tanta consideracion, pues habia dispuesto con su firma de cerca de dos mil millones. No obstante, despues de haber terminado y saldado todas las cuentas de la Francia con la Europa, era tal su posicion de fortuna al salir del ministerio que se hubiera quedado liberalmente sin la menor renta personal, si sus hermanas las señoras de Montcalm y de Jumilhac, bajo el pretesto de adornarse con ellos, no le hubieran pedido los diamantes que habia recibido como regalo de costumbre en la

(1) Hacia poco tiempo que una señorita de 28 años, perteneciente á una familia de pequeños hidalgos de provincia, se habia visto precisada á pedir á los tribunales anulasen la oposicion formada por sus parientes con respecto á su casamiento con un jefe de escuadron de reemplazo sobrino de un antiguo miembro de la convencion y que llevaba el mismo nombre. Para impedir la union, los parientes invocaban la desigualdad de rango, las supuestas malas opiniones del oficial, y la parte que habia tomado su tio en los hechos de la revolucion. El abogado del rey deploró la ceguedad de la señorita; pero reconoció lamentándose, que las nuevas leyes no autorizaban al tribunal para impedir el matrimonio; los jueces autorizaron al oficial del estado civil para que procediera á su celebracion.

diplomacia, y comprado en su nombre, con el producto de la venta, una renta de siete ú ocho mil francos. La historia no puede tributar demasiados respetos y homenajes á una probidad tan superior, y tal vez tenga que lamentarse de los poderes públicos de aquella época por no haber apreciado mejor la deuda que la autoridad regia restaurada y su gobierno habian contraido con semejante hombre. «Yo no entiendo á la cámara, escribia Mr. de Richelieu despues de la adopcion de la enmienda de Mr. Courvoisier, quiere hacer algo por mí y precisamente me hiere en lo mas íntimo del corazon. Los libelos acusan mi honor, y me dan un mayorazgo del cual no puedo hacer uso; porque personalmente yo no necesito nada, y si tengo alguna ambicion es por mi familia.» Sin embargo aceptó el donativo del modo que habia sido instituido, es decir á título de recompensa nacional; pero no quiso conservar mas que el beneficio moral; la medida era limitada é incompleta; además habia tenido que sufrir las reprensiones y casi injurias de ese partido realista á quien honraba, y se vengó noblemente de esta doble injusticia; pocos dias despues de la votacion de la ley, Mr. de Richelieu hacia abandono integral y absoluto de su dotacion á los hospitales de Burdeos.

En la misma sesion en que el general Desolles habia presentado á la cámara de los diputados el proyecto de dotacion para el duque de Richelieu (11 de enero), su colega el ministro de hacienda habia leido en la asamblea un segundo proyecto de ley destinado á regularizar la votacion de los ingresos y gastos anuales del estado. En la práctica de los hechos, esta votacion para los gastos é ingresos de los primeros seis meses de cada año, era verdaderamente una ficcion. La apertura de las legislaturas solo tenia lugar en el mes de noviembre ó diciembre; todos los años faltaba el tiempo aun para proponer la ley de hacienda antes del 1.º de enero, y con el fin de prevenir en la percepcion de las rentas y pago de los gastos, una interrupcion que hubiera paralizado todo el movimiento de la administracion pública, el ministerio se hallaba constantemente obligado á echar mano de las autorizaciones y gastos provisionales que las cámaras concedian forzosamente sin debate. Un hecho reciente habia ofrecido un testimonio singular de los inconvenientes anexos á este estado de cosas: la última crisis ministerial y la retirada sucesiva del conde Corvetto y de Mr. Roy habian hecho olvidar al gobierno los créditos provisionales necesarios para los seis primeros meses de 1819; no se pensó en ello hasta el último momento, y solo fué el 31 de diciembre que la cámara de los pares otorgó al nuevo gabinete los seis docenos que le fueron pedidos el mismo dia; algunas horas mas todavía, y la percepcion de la contribucion y de todas las demás rentas, como tambien el pago de todos los gastos, pensiones, sueldos, obras, trabajos públicos etc., quedaban suspendidos por todas partes. No es esto solo: la discusion del presupuesto era siempre el último trabajo de la legislatura, y la votacion raramente tenia lugar antes de los meses de abril ó mayo, de donde resultaba la imposibilidad de emitir las nuevas lístas antes del 1.º de junio ó julio. Los contribuyentes pagaban consiguientemente sus cuotas con arreglo á dos bases que nunca podian ser semejantes; durante los primeros seis meses conforme á la tarifa del año precedente, y los seis últimos segun la tasa fijada por la ley de hacienda del año corriente.

El nuevo proyecto de ley ponia un término á estas anomalías: cambiaba el año de hacienda, fijándole del 1.º de junio al 1.º de julio, y establecia en segundo lugar que el presupuesto de 1819 comprenderia los primeros seis meses de 1820. En otros términos, la próxima ley de hacienda debia votarse para diez y ocho meses, y prolongándose las legislaturas, abiertas habitualmente en diciembre hasta el mes de junio, las cámaras podrian, á contar desde la legislatura siguiente, discutir y votar cada año, en tiempo útil, los gastos e ingresos; es decir, que desaparecia todo pedido de créditos provisionales. Mr. Ganilh hizo su relato el 8 de febrero en nombre de la comision encargada de examinar el proyecto y concluyó por la adopcion, diciendo: «Colocada entre la necesidad de violar el artículo de la carta (48), que exige que la contribucion sea consentida y discutida cada año, y el artículo que no permite votarla mas que para un año (49), la comision prefiere violar una vez este último, á continuar tolerando que la votacion y discusion exigidas por el artículo precedente no sean todos los años mas que una prescripcion ilusoria.» MM. de Labourdonnaie, de Villèle y sus amigos, con su sistemática oposicion al ministerio, impugnaron con todas sus fuerzas esta conclusion, é invocaban el respeto que se debia á la carta: «La carta no permite la votacion de la contribucion mas que para un año, decian, y no consentiremos que se la rasgue en su testo mas preciso.» En vano les contestaban, que en realidad la contribucion se votaba por diez y ocho meses, no tan solo en una legislatura sino en todas, atendido que cada año se concedia una prolongacion de percepcion de seis meses, y que se trataba de hacer cesar esta violacion constante de la ley fundamental; persistian armándose contra el contenido del artículo 49, y proponian como remedio la convocacion en el curso del verano de una segunda legislatura. Sus esfuerzos fueron inútiles; la cámara cerró la discusion despues de un discurso en el que Mr. de Serres, dirigiendose al mismo tiempo á los diputados independientes y ministeriales, habia dicho: «No os fieis, señores, de esos fariseos que no toman la letra de la carta en boca, y no comentan con cuidado sus sílabas, puntos y comas, sino para hallar en ella los medios de violar su espíritu.» El proyecto de ley, puesto á votacion, fué adoptado por ciento treinta y dos bolas blancas contra cien negras.

Esta votacion tuvo lugar el 16 de febrero; mas si los realistas esclusivos de la cámara electiva acababan de encontrarse otra vez en minoría, con motivo de una ley de administracion pública, sus amigos de la cámara hereditaria se preparaban para alcanzar en ella contra el gabinete, un triunfo que causaria nuevamente una viva agitacion en todas las clases del pueblo.

No se oia en los aposentos del conde de Artois, en medio de las reuniones congregadas, y en fin, por todas las partes en donde se reunian los realistas esclusivos, mas que quejas y amenazas contra Mr. Decazes, á causa de la última revolucion ministerial, y de los cambios que cada uno aguardaba ver operar en la marcha política del gobierno, como tambien en el personal de todas las administraciones. Llamaban á voces su caida; mas ¿qué se podia hacer para decidir esta caida? A la época de su reciente lucha contra Mr. de Richelieu, Mr. Decazes habia establecido la continuacion de la ley electoral como la condicion absoluta de su existencia ministerial; determinaron destruir esta ley y hacer decidir la derogacion de ella por la cámara hereditaria.

La retirada de Mr. de Richelieu habia alterado el órden de las fuerzas de esta asamblea. La mayor parte de los pares que, tomando de sus reuniones en casa de Mr. Beausset el nombre de cardenalistas, formaban antes la mayoría ministerial, se habian pasado á la oposicion, y daban desde entonces la potencia del número é influencia á los miembros mas tumultuosos y decididos de la antigua minoría, á los mismos que habian combatido con mas tenacidad y violencia todas las medidas políticas adoptadas desde el decreto del 5 de setiembre. No habia uno de estos últimos que no hubiese aceptado con alegría el honor de adherir su nombre á la derogacion de la ley detestada; mas previendo la agitacion que el ataque proyectado iba á causar en el pais, y queriendo ocultar al público el verdadero objeto y origen, los incitadores resolvieron dejar la iniciativa aparente á sus nuevos aliados, personas sin carácter ni conviccion, la mayor parte dispuestos á todas las violencias por miedo ó falta de energía, los cuales debian precisamente á esta debilidad moral, como sucede siempre, la fama de hombres conciliadores y moderados. Dirigidos por dos miembros del antiguo senado imperial, MM. de Fontanes y de Pastoret, especie de rectores que todos los poderes precedentes á la restauracion habian calificado de *turiferarios*, los cardenalistas consintieron en dar el primer golpe. Mientras discutian entre sí acerca de la forma de la mocion, los amigos del conde de Artois buscaban apoyos para esta en todas las fracciones de la cámara, y el resultado escedió á sus esperanzas. Hasta Mr. de Talleyrand, impaciente de su impotencia y aislamiento, y que perseguia por todas partes una ocasion de volver á tener alguna influencia, ofreció su concurso en esta pequeña conspiracion. Una vez convenidos en los términos de la proposicion, los cardenalistas confiaron su presentacion á uno de los miembros de su reunion, cuyo pasado podia encubrir mejor el objeto contrarevolucionario de esta medida, es decir, á un anciano débil, Mr. de Barthélemy, antiguo director de la república, hecho senador y conde bajo el imperio, y que habia alcanzado de la restauracion el favor de cambiar este último título con el de marqués (1).

La cámara se hallaba convocada el 20 de febrero para examinar en sus secciones el proyecto de ley adoptado por los diputados acerca del cambio del año de hacienda. Sus miembros llegaron en mayor número de lo acostumbrado. A la apertura de la sesion en asamblea general, Mr. Barthélemy pidió la palabra, subió á la tribuna y dijo, en medio del mas profundo silencio, «que si dos años antes habia dado su voto á la ley actual de las elecciones, lo habia hecho impulsado por la declaracion de los oradores del gobierno, de que la nueva ley era un ensayo que seria modificado en el caso en que sus resultados no correspondiesen á las esperanzas del ministerio; que en las dos pruebas que

(1) Ya hemos dicho que el imperio no habia creado mas que príncipes, duques, condes y barones; deseando algunos titulares de orígen imperial darse la apariencia de nobles del antiguo régimen, solicitaron y obtuvieron de la restauracion el favor de cambiar sus títulos de baron y conde por los de vizconde y marqués.

se habian hecho, el gobierno habia manifestado vivas inquietudes, por cuyo motivo existia para él un deber de conciencia de solicitar el efecto de la promesa que habia decidido su voto, y que por consiguiente pedia á la cámara se suplicase al rey que presentase un proyecto de ley teniendo por objeto introducir en la organizacion de los colegios electorales las modificaciones, cuya necesidad pareciere indispensable.»

A pesar de hallarse anunciada esta proposicion, y que hacia varios dias que se aguardaba, no obstante produjo una viva sensacion en la asamblea. El ministro contra quien iba principalmente dirigida, Mr. Decazes, asistia á la sesion, el cual habia sondeado á los diputados mas influyentes del partido ministerial y oposicion independiente; todos le habian prometido un concurso absoluto; una mayoría numerosa y resuelta, le habian dicho, apoyará al gabinete en favor de la ley, si los ministros aceptan el compromiso formal de mantenerla. Fortalecido con esta seguridad, Mr. Decazes habia llegado á la cámara con la determinacion de impugnar la medida en nombre del gobierno. Despues de haber dejado hablar á Mr. de Lally-Tolendal contra el estilo vago de esta proposicion, «que en el estado actual no presentaba mas que oscuridad, irregularidad y peligros de toda especie,» el ministro del interior subió tambien á la tribuna y dijo: «Aun cuando no se trate todavía mas que de saber si se examinará la proposicion, yo creo deber aconsejar desde este momento á la cámara que la deseche; su autor ha hablado de promesas hechas por los ministros á la época de la presentacion de la ley; en semejante circunstancia un ministro no puede aceptar mas que un solo compromiso, el de asegurar la perfecta ejecucion de las disposiciones adoptadas por las cámaras; esta es la única promesa que han podido hacer los ministros en la referida época. Se ha invitado á los miembros del gobierno para que justifiquen la confianza que inspiraron entonces; el ministro que tiene el honor de hablar en esta tribuna, se halla convencido de que no puede mejor hacerse digno de esta confianza que repeler con todas las fuerzas de su conviccion, como par y como ministro, una proposicion que considera como la mas funesta que pueda salir de este recinto.» Mr. de Lally-Tolendal tomó nuevamente la palabra, y recordando que habia formado parte de la comision encargada del exámen de la ley, declaró en términos formales, que el ministro se hallaba perfectamente fundado al negar la existencia de promesas relativas á una revision ulterior, porque en ninguna circunstancia, tanto en el seno de la comision como en presencia de la cámara, ninguna palabra habia podido hacer jamás suponer que la ley fuese una medida de ensayo que fuese modificada con arreglo á sus resultados.

La presencia de Mr. Decazes en la tribuna habia irritado un cierto número de pares; la declaracion que terminaba su discurso hizo nacer en ellos una verdadera cólera. Por primera vez la asamblea se mostró violenta y tumultuosa; una agitacion no acostumbrada se manifestó entre sus miembros; la declaracion de Mr. de Lally-Tolendal fué acogida con interrupciones y gritos que salian de los bancos en donde se hallaban sentados los amigos del conde de Artois. «La conmocion que veo en esta asamblea, dijo el conde Cornet, es la señal y presagio de la que la proposicion escitará muy pronto en toda la Francia.»—«Del Rhin á los Pirineos, añadió Mr. Barbé-Marbois, todo estaba tranquilo, y mañana esa calma habrá desaparecido si la cámara aparenta acoger la proposicion; ella debe rechazarla de una manera estrepitosa si no quiere derramar por todas partes el tumulto y alarma.» No fueron ni menos firmes, ni menos esplícitos para impugnar el desarrollo de la proposicion los condes Garnier y Boissy-d'Anglas, los duques de Broglie, de la Vauguyon y de La Rochefoucault-Liancourt; mas ¿qué podian todos los discursos contra una resolucion fija y la gran superioridad del número? Apoyada por los condes Pastoret y Castellane, y por dos de los miembros directores de la congregacion, MM. Julio de Polignac y Mateo de Montmorency, que se distinguian entre los pares mas díscolos y decididos, la autorizacion solicitada por el marqués Barthélemy debia triunfar de todas las argumentaciones y advertencias. Un miembro ministerial reclamó la órden del dia; el reglamento concedia la prioridad á esta demanda; el presidente la sometió á la votacion, y fué desechada por ochenta y nueve votos contra cincuenta y dos; en seguida se votó acerca de la proposicion; los ochenta y nueve votos que acababan de rechazar la órden del dia, autorizaron el desarrollo de ella.

Si la conmocion que se habia producido en la cámara de los pares se prolongó aun despues de la sesion, en discusiones animadas, hasta dentro del patio de palacio; se puede juzgar del efecto que causó el acontecimiento entre las diferentes clases del pueblo parisiense: por la noche la proposicion del marqués Barthélemy alarmaba todas las conversaciones; por espacio de varios dias fué el único objeto de las preocupaciones de la multitud; hablaban de ella en los salones políticos, en las casas particulares, en el teatro, en el café y en medio de la calle; todos parecian atacados en sus derechos y en su fortuna. En Paris, en los departamentos del centro, del este y del norte, el sacudimiento tuvo por resultado la redaccion y remision de numerosas peticiones cubiertas de firmas, y en las que pedian en términos enérgicos á las dos cámaras y al gobierno la continuacion de la ley amenazada. En el mediodía la agitacion presentó un carácter escepcional; en Nimes llegaron á batirse, y por espacio de siete dias, del 7 al 14 de mayo, esta ciudad fué el teatro de reuniones y riñas á las que solo pudo poner on término la intervencion de numerosos destacamentos de tropa que acudieron de las guarniciones vecinas.

Al autorizar el desarrollo de la proposicion, la cámara de los pares habia señalado el 26 de febrero para la discusion de la toma en consideracion. En vano el ministerio oponia á la hostilidad de esta asamblea contra la ley electoral, la positiva determinacion de los diputados de mantener esta ley, y amenazaba con una creacion de pares que destruiria la nueva mayoría; los amigos del conde de Artois y sus nuevos aliados se reunieron el dia indicado tan numerosos y tan resueltos como en la precedente sesion. El general Desolles, presidente del consejo, abrió los debates por un discurso en el que recordando estas palabras de Mr. Decazes que del recinto de los pares no podia salir jamás una proposicion mas funesta, añadió «que los temores de su colega se realizaban; que los partidos estaban sublevados, la confianza pública desquiciada, la agitacion mas violenta en todos los ánimos, y que esta agitacion marchaba y se propagaba en todos los departamentos.» Tomando en seguida la palabra los duques de La Rochefoucault-Liancourt y de Choiseul, los condes Lanjuinais y Boissy-d'Anglas, y el marqués Barbé-Marbois, hicieron observar á su vez «que la inmensa mayoría de la Francia consideraba la ley de las elecciones como la garantía mas segura de la carta y como una salvaguardia de sus derechos; que tocar á esta ley era sembrar por todas partes la inquietud, atacar al mayor número de ciudadanos en lo que mas estimaban, tropezar de frente con todos los sentimientos y opiniones; en fin esponer el pais á tumultos y desgracias que los pares debian prevenir en vez de provocar, y de los que era imposible medir el peligro,» pero la mayoría permaneció sorda á todas estas consideraciones de interés público; pasó adelante, y desechando una peticion de aplazamiento hecha por el conde Lemercier, adoptó la toma en consideracion por una mayoría de noventa y cuatro votos contra sesenta. No faltaba mas que fijar los términos de la resolucion, y este fué el objeto de un tercer debate que tuvo lugar el 2 de mayo, y en el que todos los esfuerzos del ministerio se estrellaron todavía contra la cólera tenaz de los adversarios de la ley electoral; por tercera vez votaron en masa compacta, y noventa y ocho votos contra cincuenta y cinco adoptaron la proposicion del marqués Barthelemy redactada en estos términos:

«Se suplicará humildemente al rey que se proponga á las cámaras una ley que imponga á la organizacion de los colegios electorales las modificaciones cuya necesidad pueda parecer indispensable.»

La resolucion no indicaba estas modificaciones, aunque en verdad no hubiese sido fácil enumerarlas. Los pares, de quienes Mr. Barthelemy acababa de hacerse el instrumento dócil, no habian articulado ni precisado ningun hecho contra la ley del 5 de febrero. Sus ataques, sin salir del círculo de las generalidades, se limitaban á quejarse de la decadencia del principio monárquico y de la preponderancia cada dia mas amenazadora del elemento democrático. Si descendian á algunas críticas de detalle, era para señalar la intrusion posible entre los electores, á las épocas de los nombramientos, de algunas patentes falsas que gozarian del beneficio electoral con el apoyo solamente del pago de uno ó dos docenos del importe de la patente; para lamentarse de la ausencia de los diputados suplentes, y declarar que la renovacion por series ponia obstáculo á una disolucion, y que de consiguiente hacia peligrar la prerogativa real. La mayoría de los pares llevaba evidentemente otro objeto que el de examinar esos vanos motivos. Efectivamente, cuarenta y ocho horas despues de su último voto, probó la que al solicitar las modificaciones de la ley de eleccion, buscaba sobre todo un medio para hacer cambiar el ministerio. La cámara fué convocada el 4 para oir el informe de la comision encargada del exámen del proyecto de ley acerca del cambio de la ley de hacienda. El reglamento de la asamblea, de acuerdo con la práctica de los hechos, exigia que no se abriese la discusion hasta pasados algunos dias, despues de una tregua moral necesaria á sus miembros para estudiar el informe y formarse una opinion; pero alucinada con su victoria, violenta como todos los parti-

dos que han estado abatidos mucho tiempo, y á quienes se devuelve repentinamente la fuerza, la nueva mayoría rechazó las reclamaciones de un número bastante crecido de miembros, y decidió que los debates se abriesen en el acto; en seguida cerrando la discusion despues de dos discursos de MM. Julio de Polignac y d'Herbouville, rehusó escuchar un solo ministro, ni un par de la oposicion, y procedió á la votacion sin abandonar el puesto, desechando la ley por una mayoría de noventa y tres votos contra sesenta y cuatro.

Los ministros no podian conservar por mas tiempo la menor duda acerca de los designios de los pares; la mayoría estaba decidida para obligarles á que se retirasen, y su hostilidad contra ellos debia llegar evidentemente hasta rehusarles el presupuesto. Obligado á romper con la nueva mayoría de esta asamblea ó dimitir, el ministerio ó por mejor decir Mr. Decazes tomó resueltamente su partido: al dia siguiente, 5 de marzo, un decreto creaba sesenta y un nuevos pares. Habian sido escogidos casi todos entre las notabilidades militares y administrativas del imperio; figuraban en esta lista todos los mariscales á quienes no pertenecia todavía el título de par, escepto el mariscal Soult; el general conde Dejean, padre de uno de los proscritos del 24 de julio de 1815; el general Becker, desterrado por el prefecto de su departamento en 1816; el general Belliard, encerrado á la misma época en la prision de la Abadía, y todos los pares escluidos con posterioridad al regreso de Gante, por haber pertenecido á la alta cámara de los cien-dias, menos MM. Clement de Ris, Dedelai d'Agier, Fabre (de l'Aude), Gassendi, de Praslin, Casa-Bianca, de Segur y de Valence.

Ejecutado este acto de vigor en medio de la escitacion universal que habia producido el ataque dirigido contra la ley electoral, produjo una sensacion tanto mas profunda en cuanto las supuestas opiniones de los nuevos pares parecian anunciar en los ministros las intenciones mas hostiles con respecto á los antiguos privilegiados. Segun el dictámen de la mayor parte de los escritores contemporáneos, esta medida fué saludada como un nuevo decreto del 5 de setiembre, como la consagracion irrevocable de la ley electoral, y como testimonio de un irreconciliable rompimiento entre el gobierno y el partido de los antiguos privilegios. Por otra parte los realistas la consideraron como el abuso mas temible que se habia hecho hasta entonces de la prerogativa real, y una especie de golpe de estado que consagraba á la vez el despotismo ministerial y envilecimiento de los pares: los mas exaltados de ambas cámaras querian que se formara sumaria á los ministros. Esta amenaza tuvo no obstante un principio de ejecucion: el mismo dia de la publicacion del decreto en el Monitor, el 6, el par Mr. de Lamoignon tomó la palabra para pedir que esta medida fuese el objeto de una esposicion á S. M.; pero Mr. Dambray no le dió tiempo para desarrollar su mocion; interrumpió precipitadamente al orador, e impidió toda discusion, levantando bruscamente la sesion. Pocos dias despues fueron admitidos todos los nuevos pares sin oposicion aparente. Hubiese podido retardar la recepcion de los nuevos promovidos la institucion de un mayorazgo que exigia el decreto del 19 de agosto de 1815 para la admision de todo par nombrado nuevamente; pero el decreto de nombramiento les habia dispensado de esta obligacion.

Sin embargo, trasmitida á la cámara de diputados, la proposicion del marqués Barthélemy debia sufrir en esta asamblea la prueba de una discusion y de un voto (1). Abrióse la discusion el 20 de marzo, y su resultado no podia ser dudoso: los independientes reunidos con los ministeriales aseguraban al gabinete una mayoría de mas de cincuenta votos. Nos limitaremos á citar un solo incidente de los debates: desde la primera sesion, MM. de Labourdonnaie y de Villèle se habian apresurado a apoyar la proposicion; uno y otro habian protestado sobre todo contra la disposicion de la ley que conferia á los prefectos el cuidado de formar las listas electorales, y el último habia citado en apoyo de su crítica, que en el departamento del Gard el número de electores de 1817 ascendia á novecientos noventa y uno, cuya cifra se elevó en 1818, con el ausilio de las listas supletorias, á mil quinientos noventa y ocho. Mr. de Saint-Aulaire, presidente del colegio electoral y diputado de este departamento en las últimas elecciones (1818), pidió inmediatamente la palabra: «Los diputados elegidos en el Gard, dijo, han sido nombrados al primer escrutinio por mil sufragios entre mil cuatrocientos votantes. En cuanto al aumento del número de electores con respecto á los del año precedente, es cierto que fué el resultado de la influencia ejercida por la administracion; pero esta influencia era legítima, porque no tenia otro objeto que el de llamar á los electores protestantes al ejercicio de sus derechos, convencerles de que podian acudir á las elecciones sin temor ni peligro, y que se les protegeria hasta contra los mismos asesinos. ¡Hablais de las elecciones de 1818! añadió el orador; pues bien, yo voy á hablaros de las de 1815: debian efectuarse el 21; el 17 fueron degollados trece electores protestantes (movimientos de horror en una parte de la asamblea); y los demás se retiraron á sus montañas. ¡Hé aquí lo que llaman paz! *Atque ubi solitudinem fecerunt, pacem appellant.* El año pasado se presentaron otra vez en el colegio los diputados de 1815; los crímenes no se habian castigado; renováronse los temores, y la administracion hizo sus esfuerzos para destruirlos.....»

Hacia algunos instantes que una parte de los miembros de la cámara tenian sus miradas fijas en Mr. de Villèle, el que irritado al mismo tiempo por la atencion de que era objeto, y por la insostenible contestacion que le daban, interrumpió repentinamente á Mr. de Saint-Aulaire, gritando desde su puesto: «Si han existido asesinatos, deben ser castigados; ¿por qué no ha hecho justicia el gobierno?»

Esta interrupcion atrevida escitó una verdadera tempestad. Mr. de Villèle y sus amigos eran los dueños del gobierno y de la cámara en la época de estos asesinatos, y no tan solo no se intentó ninguna actuacion, sino que Mr. de Trinquelague tuvo la audacia de reclamar la impunidad de los asesinos haciendo el elogio de ellos en la tribuna, Mr. Voyer d'Argenson fué llamado al órden y tratado de faccioso, calumniador etc., en la sesion del 23 de octubre de 1815, no por haber denunciado los asesinatos, sino por haber hablado de ellos como de rumores, sin duda, indignos de crédito.

La mayor parte de diputados recordaban, divididos en grupos, estos hechos y relataban sus pormenores; dirigíanse de un banco al otro palabras de cólera y reprension; el presidente reclamaba inútilmente el silencio; su voz no podia dominar el tumulto: estas discusiones tomaron en breve tal carácter de animacion, que el mayor número de miembros abandonaron bulliciosamente la sala, olvidando la ley de eleccion y los debates entablados; al cabo de algunos instantes el recinto se halló completamente vacío, sin que el presidente hubiese levantado la sesion.

Al dia siguiente, domingo 21, no hubo sesion; la discusion se renovó el 22 y terminó el 23. Mr. de Serres, ministro de justicia, tomó este dia la palabra y dijo: «Habiendo atacado imprudentemente un miembro de esta cámara el aumento de electores en el departamento del Gard, uno de nuestros colegas, diputado de este departamento, se ha visto precisado á esplicar las causas deplorables que le motivaron; un nuevo orador (Mr. Carbière) ha reproducido los mismos hechos. Por muy lamentable que sea este escándalo, ya no nos es permitido guardar silencio: vuestra mision y deber es de preservar el pais de la plaga de los partidos; aprended á conocerlos.

»Citaré pocos hechos, pero notables y notorios. El general Lagarde, que mandaba en Nimes, protegia con su espada y persona el órden público y á los ciudadanos en medio de una sedicion, y recibe un balazo á quemaropa en medio del pecho. Cógese al autor de este crimen; el hecho es cierto y confesado; los jueces establecen esta pregunta: ¿Se ha cometido el homicidio en caso de legítima defensa? Los jurados contestan afirmativamente, y se absuelve al culpable.

»El general Ramel, que mandaba en Tolosa, quiere apaciguar un motin y recibe una herida de gravedad; trasportado á su domicilio, sus asesinos penetran en él y le despedazan vivo. Se les forma causa; se alega en favor de ellos que no podian dar la muerte á un hombre que se hallaba herido mortalmente, y la pena de reclusion fué pronunciada solamente contra dos.

»Un hombre cuyo apodo se pronuncia con repugnancia, Trestaillons, y sus consortes, son encausados como autores de varios asesinatos: condúceseles á Riom con la esperanza de obtener una justicia mas independiente; mas fué imposible alcanzar un solo testigo que declarara en contra de ellos; el terror los tenia amedrentados. En cambio los testigos á descargo se presentaban en masa, y faltando pruebas estos acusados fueron puestos en libertad.»

La cámara procedió á la votacion bajo la impresion de estos recuerdos evocados de 1815, y bajo la influencia de la presentacion, hecha la víspera, de los proyectos de ley de que vamos á hablar; una mayoría considerable formada por los independientes unidos á los ministeriales, rechazó la proposicion, que fué desechada por ciento cincuenta votos contra noventa y cuatro.

Los independientes no se habian limitado á votar por el ministerio, sino que le habian sostenido francamente en la discusion. Mr. Martin (de Gray) habia dicho, dando á Mr. Decazes y á sus colegas el nombre

(1) El 3 de mayo, ó sea, al dia siguiente de la votacion definitiva de la proposicion Barthélemy en la cámara de los pares, Mr. Lafitte habia depuesto en la mesa de la cámara de los diputados, una proposicion para la conservacion de la ley electoral, pero la cámara desechó esta mocion calificándola de prematura.

de ministros constitucionales, que por último la nacion respiraba y ponia la confianza en su firmeza. Mr. de Lafayette habia igualmente felicitado á los ministros con respecto á su marcha, y las mejoras que parecia se hallaban decididos á introducir en la constitucion. Estas mejoras, condicion del auxilio dado al gabinete por la oposicion independiente, consistian en nuevas leyes acerca de la prensa, con el fin de poner un término á las iniquidades legales que se cometian á la sombra de la legislacion de 1814 y 1815. Desde luego el sostenimiento de esta legislacion se hacia de dia en dia mas difícil, sus mismos escesos la hacian perecer, y cada nuevo proceso era un nuevo escándalo.

Pocas semanas despues de haberse abierto la legislatura, Mr. Hocquet, impresor de la *Biblioteca histórica*, declaró á la oficina de la librería que se proponia añadir al próximo cuaderno de su compendio un suplemento, compuesto de un diálogo entre un desterrado y un miembro de la cámara de 1815. Este diálogo, que era una peticion indirecta para que regresaran los desterrados por la ley de amnistía, habia sido enviado desde Bruselas á los editores por el conde Berlier, antiguo convencional y consejero de estado, que se hallaba comprendido en dicha categoría. Escrito por un anciano tímido, y concebido con la idea de desarmar los rigores del gobierno contra los regicidas, este opúsculo presentaba el carácter mas inofensivo; pero era necesario hablar de la votacion que habia motivado el destierro de Mr. Berlier y de sus compañeros de infortunio; el antiguo consejero se esforzaba, si no en justificarla, á lo menos en escusarla por el impulso de las pasiones y el imperio de las circunstancias: la materia era delicada con la legislacion y jueces de la época. Advertidos por sus condenaciones precedentes, los editores reflexionaron y decidieron despues del tirado, que no se publicase el diálogo. Mr. Hocquet pasó á la direccion de la librería y se concretó a declarar la publicacion del cuaderno acostumbrado. «¿Y el suplemento? le dijo el director Mr. Villemain.—Se ha suprimido,» respondió el impresor. Quéjase Mr. Villemain e insiste para que se le remitan dos ejemplares, no en su calidad oficial, pero como á persona privada y para su coleccion particular. Mr. Hocquet se resiste bastante tiempo; cede por último, y lleva los ejemplares pedidos con tantas instancias. Pocos momentos despues, y consiguientemente á un aviso trasmitido al procurador del rey, es invadida la imprenta de Mr. Hocquet, y la policía se apodera de un cierto número de ejemplares del suplemento que no se habia tenido tiempo de destruir todavía. Fórmase un proceso, y el 5 de enero comparecen MM. Chevallier y Raynaud, editores de la *Biblioteca histórica*, como tambien Mr. Hocquet, ante el tribunal de policía correccional. Los debates establecieron que no habia salido de la imprenta ni habia sido distribuido un solo ejemplar del suplemento, escepto los entregados á Mr. Villemain: no obstante el abogado del rey sostuvo que en el mero hecho de haber remitido dos ejemplares á Mr. Villemain, habia existido depósito, y en su virtud publicacion, y á los dos dias, el 7, el tribunal dió una sentencia concebida en estos términos:

«El tribunal, atendido que el artículo 5.° de la ley del 9 de noviembre de 1815 declara delito el solo hecho de impresion ó entrega á la imprenta de un escrito sedicioso;

»Atendido, en lo esencial, que el opúsculo que lleva por título *Suplemento de la Biblioteca histórica*, presenta en su contenido un espíritu y carácter sedicioso, y especialmente en la página en donde dice que un voto aplicado en el proceso de un rey no constituye un regicida, como tampoco una sentencia, aunque injusta ó errónea, constituye el homicidio;

»Atendido que en este pasaje, el autor deduce, con motivo de la muerte de Luis XVI, la consecuencia de una máxima abstracta y general, y sienta un principio cuyo efecto seria aplicable al argumento que ha establecido, justificando de este modo la mala accion de los regicidas;

»Atendido que si no resulta del proceso que Chevallier y Reynaud hayan distribuido ejemplares con posterioridad al depósito hecho á la direccion de la librería, tampoco justifican que presentan la totalidad de los ejemplares que se han impreso;

»No obstante, atendido que los dichos Chevallier y Reynaud han desaprobado públicamente en la audiencia los principios contenidos en su escrito y las consecuencias que pudieran inferirse; que en la esplicacion de sus intenciones, si es necesario creerlos, su único objeto era el de provocar el perdon de los individuos designados en el mismo escrito (los desterrados de la convencion);

»Atendido por otra parte que si la reunion de estas circunstancias puede considerarse como atenuante, no es menos constante, de hecho, que los referidos Chevallier y Reynaud han remitido á la imprenta, y el señor Hocquet impreso el escrito en cuestion;

»Declara culpables á los acusados, y condena á Chevallier á nuevo meses de carcel, Reynaud á cinco meses, Hocquet á tres meses. Les condena asimismo in solidum á mil francos de multa y á los gastos; ordena que á la espiracion de su pena permanecerán por espacio de dos años bajo la vigilancia de la alta policía.»

Pronunciadas estas penas con motivo de un diálogo insignificante, suprimido voluntariamente, acto contínuo de haberle impreso y no publicado, fueron fatales para uno de los condenados. La prision sufrida por Mr. Hocquet desordenó todos sus negocios; poco tiempo despues sucumbia de sentimiento y moria enteramente arruinado. Una generacion no lega jamás á las generaciones futuras un progreso político ni la conquista de la mas pequeña libertad, sino á costa de rudas persecuciones y de los mas dolorosos esfuerzos; pues bien: es tal el curso de las cosas humanas, que la parte otorgada, aun por los mismos contemporáneos, á los actores de estas luchas es ordinariamente la que sigue: la ruina y olvido para los perseguidos, la fortuna y la fama para los agentes del poder perseguidor (1).

Mr. de Serres, guardasellos, habia presentado los proyectos de ley destinados por último á devolver á los periódicos su independencia y libertad, el 22 de marzo, la misma víspera de la votacion en la cámara de diputados de la proposicion Barthelemy, cuyo resultado debia decidir de la permanencia ó caida del ministerio. Estos proyectos, en número de tres, abrazaban toda la legislacion de la prensa; el primero era titulado: *De los crímenes ó delitos cometidos por via de la prensa ó cualquier otro medio de publicacion*; el segundo tenia por título: *De la actuacion y fallo de los crímenes y delitos cometidos por via de la prensa*, y el tercero era relativo á los *diarios y escritos periódicos*. Discutiéronse los tres proyectos por separado; el dictámen con respecto al primero tuvo lugar el 10 de abril, y la discusion se abrió el 14. Dos enmiendas hicieron toda la importancia de los debates. La primera era relativa al artículo 8.°, concebido de este modo: «Todo ultraje á la moral pública ó á las buenas costumbres será castigado con la pena de un mes á un año de cárcel, y de diez y seis á quinientos francos de multa.» Los diputados ultrarealistas se quejaron con violencia del silencio que guardaba este artículo con respecto á los ultrajes dirigidos contra la religion. Uno de ellos, Mr. Chabron de Soilhac, despues de haber declarado «que los hombres de bien, los realistas, temian el regreso de los sangrientos dias de 1793, que su virtud y amor al órden se calificaban de deseos culpables, su celo por la religion como intolerancia, y su afecto á los dogmas de la Iglesia, como ultramontanismo,» propuso esta redaccion: «Todo ultraje á la religion del estado ó á todo otro culto, etc.» Otro diputado de la misma opinion, Mr. Ribard, insistió por este miembro de frase: «Todo ultraje á la Majestad divina, á la creencia ó moral cristiana;» y un tercero por la adicion de estas solas palabras: «y á la religion.» Discutióse por espacio de tres dias: «Apresurnos á oponer un dique á esa inundacion de impiedad que nos amenaza por todas partes, esclamó Mr. de Puymaurin apoyando una de estas enmiendas; los iluminados de Alemania y los carbonaros de Italia se han quitado por último la máscara; no quieren ni Dios ni rey, y buscan derribar el trono sobre las ruinas del altar.»—«Rompo un penoso silencio y cedo al imperio de un deber sagrado, añadió Mr. de Marcellus; el preámbulo del proyecto de ley dice: «Luis, por la gracia de Dios;» ¡vosotros que quereis escluir la religion de las leyes de Francia, acabad vuestra obra! ¡borrad!.....; pero no, me paro: el nombre de Dios y el del hijo de San Luis serán siempre inseparables ¡Dios protegerá siempre al rey de Francia, y el rey de Francia protegerá siempre la religion del verdadero Dios!» La lucha fué animada; pero en fin la cámara, cansada de guerra, adoptó, bajo la proposicion de Mr. de Hautefeuille, esta redaccion: «Todo ataque á la moral pública y religiosa ó á las buenas costumbres, etc.» La segunda enmienda daba satisfaccion á uno de los principales agravios causados por la legislacion vigente. El proyecto guardaba silencio acerca de la parte de culpabilidad que se atribuiria al impresor de un escrito declarado culpable; la cámara decidió que el impresor no seria perseguido ni castigado como cómplice, sino en el caso en que hubiese obrado a ciencia cierta. La discusion duró siete dias, se terminó el 21, y la ley fué votada por una mayoría de ciento cuarenta y tres votos contra cincuenta y ocho.

Sometida esta ley á la cámara de los pares, fué adoptada el 18 de mayo sin enmienda, pero no sin debate. El duque de Fitz-James, sostenido por MM. de Doudeauville, Mateo de Montmorency y otros pares congregantes, habia insistido durante dos sesiones para que se intro-

(1) Mr. Villemain, director de imprenta y librería desde 1816 á 1820, es el personaje de este nombre que fué dos veces ministro de instruccion pública despues de la caida de la segunda restauracion, para de Francia, y gran cordon ... harto sabemos de que órdenes etc.

dijera una disposicion análoga á las enmiendas que habian apoyado con tanta vehemencia en la otra cámara MM. de Marcellus y de Puymaurin. Además, cuatro pares eclesiásticos habian depuesto sobre la mesa del presidente desde el principio de la discusion, una declaracion firmada por ellos, por la que protestaban de antemano contra la falta de la ley de una proteccion suficiente para los intereses y derechos de la religion; mas todas las proposiciones se estrellaron contra la mayoría formada con el auxilio de los sesenta y un pares nuevos, y la ley fué promulgada el 17 de mayo.

La importancia del segundo proyecto consistia sobre todo en dos disposiciones : supresion del embargo preventivo, y aplicacion del jurado á las sentencias de todos los crímenes ó delitos cometidos por via de la prensa, menos en el caso de difamacion ó injuria contra los particulares, que quedaban dependientes de la justicia de los tribunales de policía correccional. La sentencia por jurados no halló mas que una clase de opositores, es decir, los diputados magistrados; casi todos impugnaron esta disposicion con tanta insistencia, que Mr. Beugnot subió á la tribuna y dijo : «Lord Mansfield, canciller de Inglaterra, interrogado en el parlamento acerca de una cuestion de legislacion, tuvo el valor de recusarse y declarar que existian dos cuestiones sobre las cuales era difícil á los magistrados dar una opinion imparcial, el jurado y la libertad de la prensa.» Los esfuerzos de los diputados magistrados para retener el fallo de las causas de prensa no obtuvieron ningun resultado; sus votos quedaron aislados, y todas las enmiendas fueron desechadas. Un debate mas largo y mas animado se empeñó con respecto al artículo 20 del proyecto, artículo enmendado por la comision y que se hallaba concebido de esta manera : «No se admitirá ninguna persona para probar la verdad de los hechos infamantes, sino es en el caso de imputaciones contra los depositarios ó agentes de la autoridad, *ó contra toda otra persona que hubiese obrado bajo un carácter público*, de hechos relativos á sus funciones. En este caso, los hechos podrán ser probados ante *las salas del crimen* por todas las vias ordinarias, salvo la prueba contraria por las mismas vias (1).» La Francia salia de una larga revolucion, y tal vez no existian en la cámara veinte miembros que en el trascurso de los últimos treinta años no hubiesen participado de ciertos actos ó pronunciado algunas palabras, cuya revelacion en 1819, bajo el gobierno de los Borbones, no pudiese justamente pasar por una difamacion. Así es que los unos, como Mr. Lizot, proponian que no se conservaran del artículo mas que estas palabras : «nadie será admitido á probar la verdad de los hechos difamatorios :» otros, como Mr. Favard de Langlade, pedian que no se admitiesen, con respecto á los empleados públicos, otras pruebas de las que resultasen de los escritos dimanados de ellos mismos; y algunos otros, como Mr. Albert, no consentian en la prueba testimonial contra los empleados,» sino en los casos en que los hechos reputados por ellos mismos difamatorios, fueren calificados por la ley crímenes ó delitos;» por último Mr. Beugnot limitaba esta prueba á la sola difamacion «cometida contra los empleados en actividad, y con motivo del ejercicio de sus funciones.» MM. de Serres y Royer-Collard, sostenidos por Mr. Dupont (de l'Eure), por Manuel, Benjamin Constant y otros varios diputados independientes, combatieron todas estas enmiendas con una gran fuerza de lógica y de razon. Mr. Royer-Collard dijo :

«En los últimos treinta años, muchos hombres han hablado, otros muchos han obrado, y es cierto que exhumar del Monitor y otras recopilaciones tales actos de tal dia seria con frecuencia mancillar la consideracion de estas personas. Esta cuestion es delicada, y me intimida á mí mismo; no obstante es preciso reducirla á lo que es; se trata de saber si aboliréis la historia, y si interesa á la sociedad que sea abolida. La instruccion mas preciosa de las sociedades es la historia, y sus materiales, en vez de dejarles esclusivamente á la disposicion de los ministros y sus agentes, deben ser conservados cuidadosamente y puestos á la disposicion de todos.»

Rehusar la prueba con respecto á los empleados, es proponer decidir que no habrá historia ó bien fijar una época en la que no será permitido decir la verdad acerca de los depositarios del poder. Fijad ese término á veinte, treinta ó cincuenta años, como querais, la precaucion será inútil; porque vendrá por último un tiempo en el que las memorias escritas, amontonadas, serán entregadas al conocimiento del público sin temor de ser procesado por difamacion.

En nuestras necesidades, está en la naturaleza del gobierno que la historia y la posteridad empiecen para nosotros cada dia. La posteridad presente, si me es permitido servirme de estas palabras, es para nosotros una posteridad mas severa que la posteridad real: porque los contemporáneos no toman en consideracion ni las dificultades, ni los obstáculos, ni las causas de induccion; mas nos es indispensable aceptar la posteridad y la historia; nosotros no podemos sustraernos á una ni á otra, y es inútil que se intente impedir á un escritor de registrar en ese arsenal, en el que hace treinta años que se están amontonando difamaciones. El deseo de prohibirle que eche los ojos encima y la pretension de embargar todo el pasado á su curiosidad ó instruccion, ya no es posible.»

(1) Las de cursiva forman la enmienda introducida por la comision.

Mr. Royer-Collard pronunció estas sublimes palabras en la sesion del 27 de abril; todas las enmiendas, escepto las adiciones introducidas por la comision, las cuales estendian y hacian todavía mas absoluto el principio de la ley, fueron sucesivamente rechazadas, y la ley adoptada por ciento veinte y cinco votos contra ochenta y siete. Sometida á la cámara de los pares el 5 de mayo, esta segunda ley no halló mas oposicion que acerca del artículo 20, que Mr. de Lally-Tolendal quiso igualmente enmendar : «¿La aplicacion del principio del artículo 20 puede tener buenos efectos para el porvenir, dijo; y ¿sucede lo mismo con su aplicacion al pasado? ¿quien puede mirar sin espanto las funestas consecuencias de esta aplicacion á los últimos treinta años? ¿Existe un solo francés que haya ejercido en este intervalo alguna funcion pública, á quien no amenace esta disposicion, y del que no pueda comprometer la reputacion y tranquilidad? ¿No han manifestado ya algunos periódicos demasiado famosos la intencion de ir á registrar en los archivos de nuestras épocas mas desgraciadas para desenterrar todo lo que puede alimentar los odios y divisiones? ¿Conviene que favorezcamos semejante proyecto? Despues de las grandes revoluciones políticas, todos los pueblos han esperimentado la necesidad de una ley de olvido. En Inglaterra una ley de esta naturaleza sepultó en un eterno silencio todo lo que habia acontecido durante los trece años de la república. En consecuencia yo propongo á la cámara añadir á continuacion de estas palabras : de hechos ralativos á sus funciones, esta cláusula restrictiva : con tal que los hechos sean posteriores á la presente ley. MM. de Serres y Boissy-d'Anglas impugnaron la enmienda : «El amor de la paz, dijo el ministro de justicia, puede sin duda inspirar un voto piadoso como es este; pero no puede fundar una ley sobre semejantes bases. Vanos serian los esfuerzos para reducir una nacion entera al silencio, á que cubra el pasado con un velo, y cierre con un sello inviolable el libro de la historia. Tanto poder tenemos para disipar el pasado, como para impedir que sea la plática de la generacion actual y de las razas futuras. Se puede invitar á que se olvide; pero nó mandarlo.» La enmienda fue desechada y la ley adoptada el 22 de mayo. Así pues, si resultaba un principio constante é incontestable de esta duplicada discusion, era que la sentencia de toda difamacion cometida por via de la prensa contra un empleado ó toda otra persona que hubiese obrado bajo un carácter público, pertenecia esclusivamente al jurado, y que el acusado gozaba del derecho de administrar sus pruebas. Este derecho y beneficio de jurisdiccion eran formales y absolutos; todas las proposiciones que tendian á restringir esta doble garantia habian sido rechazadas; la única enmienda adoptada tenia, al contrario, por objeto estender y aumentar su fuerza; en una palabra, no ha existido jamás un precepto legal que haya sido establecido de una manera mas positiva. No obstante quedaba reservado á nuestra época de corrupcion intelectual, de paradojas y sofismas legales, el ver á los tribunales y audiencias, veinte y cinco años despues de haberse votado la ley de 1819, declarar que esta ley dejaba á un empleado que se creia difamado, el derecho de hacer juzgar al acusado de difamacion ante otros jueces que los jurados. No es posible pararse en un declive semejante despreciando los principios fundamentales inscritos en la carta, esa soberana de todas nuestras leyes; menospreciando la doctrina del mas simple buen sentido natural, y este axioma de derecho «que las disposiciones de una ley anulan todas las de una fecha mas antigua que le sean contrarias,» las audiencias y tribunales de nuestro tiempo, invocando, no sabemos qué disposicion de la ley civil, no han temido proclamar que la ley especial, cuya discusion acabamos de analizar, se hallaba abrogada por una máxima general, escrita once años antes, bajo otro régimen, por un estado político diferente, cuando la carta aun no existia, y cuando ninguno del gobierno y poderes públicos soñaba ni en la prensa, ni en sus derechos, ni en su legislacion (1).

(1) Esta jurisprudencia, que constituye la *abrogacion* de la ley de 1819, que destruye la libertad de la prensa, y permite á un juez civil arruinar con multas y daños y perjuicios considerables al acusado de difamacion que el jurado lo hubiese quizás absuelto, ha sido establecida á solicitud y á causa de las conclusiones de un oscuro legista, procurador general durante mucho tiempo y ministro de justicia por un momento bajo la restauracion, llama-

El tercer proyecto de ley presentado por Mr. de Serres, no sometia la publicacion de los diarios y escritos periodicos mas que á dos condiciones, declaracion de los nombres de los propietarios ó editores responsables, y depósito de una fianza. La cantidad de esta fianza fue solamente objeto de una corta discusion: el gobierno exigia diez mil francos de rentas para los periódicos cotidianos; cinco mil francos para los periódicos ó escritos que se publicaban á plazos mas largos. La cámara, conformándose con la proposicion de su comision, mantuvo la cifra de diez mil francos de rentas para los periodicos cotidianos de los departamentos del Sena, Sena-y-Oise, y Sena-y-Marne; este valor en rentas, para los otros departamentos fue de dos mil quinientos francos para los periodicos cotidianos de las ciudades de cincuenta mil almas para arriba; mil quinientos francos para todas las otras localidades: la mitad de esta cuota de rentas se exigia para los periódicos ó escritos no cotidianos, ya fueran de Paris ó de los departamentos. Este último proyecto de ley, discutido en las sesiones del 1.°, 2, 3 y 4 de mayo, fué votado el 5 por ciento cincuenta y tres votos contra cuarenta y cinco, despues adoptado por la cámara de los pares el 28.

La actitud de los ultrarealistas, durante la discusion de estas tres leyes, fué notable: adversarios por principio de la libertad de escribir, que ellos consideraban como una verdadera plaga, como el ausiliar mas activo de las doctrinas revolucionarias; situados de este modo entre su hostilidad contra la prensa y las ruidosas reclamaciones que desde la disolucion de la cámara de 1815, no habian dejado de hacer contra la esclavitud de sus periodicos y la censura de Mr. Decazes, tomaron el partido de abstenerse. Sus oradores no se mezclaron en los debates mas que una sola vez, con motivo de las enmiendas propuestas, en la primera ley, acerca de la religion. Todas las demás cuestiones los hallaron siempre silenciosos, y rara vez tomaron parte en las votaciones. Se hubiese dicho que para ellos las nuevas leyes eran una arma que se dejaban poner en las manos sin aparentar pedirla, reservándose la facultad de hacerla pedazos tan luego como no la necesitaran.

Estas leyes establecian en fin la libertad de la prensa; su redaccion pertenecia á Mr. de Serres, que además habia sostenido la discusion delante de las dos cámaras, desplegando en esta laboriosa tarea una inteligencia recta y elevada, un gran saber, y un verdadero talento de tribuna, cualidades que se hallan raramente reunidas, y que eran mas notables en este ministro por haber sido un antiguo soldado del ejercito de Condé; pero de una organizacion nerviosa, enfermiza y facil en conmoverse, muchas veces se apasionaba en los debates y entonces dejaba ir su palabra mas allá de su pensamiento. Asi es que en el espacio de tres semanas, hirió profundamente los dos lados opuestos de la cámara. El 20 de abril, con motivo de la primera ley de la prensa, discutiendo acerca de la inmunidad reclamada en favor de las opiniones publicadas por los diputados, sin haber sido pronunciadas en la tribuna, y haciendo el elogio del gobierno representativo, dijo: «Por el honor de la Francia, es necesario proclamarlo; por muy desastroso que hubiese sido el resultado de los trabajos de nuestras primeras asambleas deliberantes, por muy vicioso que sea el modo que presidió á su formacion, por muy funestos que hayan sido los auspicios bajo los cuales se reunieron, no obstante, no se puede negar, la mayoria de estas asambleas siempre fue sana...

—«¡Cómo! ¿la convencion tambien? gritó repentinamente desde su banco Mr. de Labourdonnaie.

—«Sí señor, respondió el ministro volviendose hácia el interruptor, la convencion tambien.»

A estas palabras un movimiento vivo estalla en la cámara; Mr. de Labourdonnaie y sus amigos prorrumpen en esclamaciones confusas; los diputados independientes hacen resonar los gritos de «¡bravo!» y los aplausos prolongados salen de las tribunas públicas. Estos aplausos aumentan el tumulto, los diputados realistas reclaman con fuerza contra esta manifestacion, y piden la evacuacion inmediata de las tribunas. Por último, despues de una larga interrupcion, el ministro puede continuar su discurso. Mr. de Serres no debia ciertamente arrepentirse de las palabras que acabamos de reproducir; pero la animosa imparcialidad de espíritu de que ellas dan fé le enajenó desde este momento los realistas, y como se verá muy pronto, á pesar de los deplorables sacrificios que tuvo que hacerles y los tristes servicios que tuvo que concederles, los hombres de este partido se las hicieron espiar cruelmente.

La sesion del 17 de mayo siguiente se hallaba indicada para el dictámen de las numerosas peticiones que habia provocado una sociedad de la cual tendremos que ocuparnos muy pronto, y por las que se reclamaba el regreso de los ciudadanos desterrados ó condenados por la ley de amnistía. Este parecer que hacia mucho tiempo que se habia anunciado, y que se aguardaba con impaciencia, habia sufrido diversas fortunas; sabian que la primera vez la mayoría de la comision, de acuerdo con el ministerio, habia determinado remitir las peticiones al presidente del consejo, y que mas tarde se habian modificado á consecuencia de un cambio verificado en la opinion de un miembro que obedecia las inspiraciones de muchos ministros. Decíase que el gabinete no estaba de acuerdo en la cuestion, leyóse la relacion y la comision terminó con la órden del dia. Entablose al momento una viva discusion y habianse sucedido ya muchos oradores en la tribuna cuando pidió la palabra el guardasellos, ibase por fin á conocer la resolucion del ministerio, y pararon suma atencion los numerosos espectadores, amigos o parientes de los proscritos, que llenaban entonces los bancos de los diputados y las tribunas cuando Mr. de Serres dijo: «Debe establecerse una distincion entre los individuos comprendidos por la ley de 1816 yo abrazaría en la primera clase, en una categoria irrevocable, á la familia de Bonaparte y los votantes (los regicidas) que aceptaron empleos durante los cien dias, y en la segunda a los que tan solo han sido alejados temporalmente y que pueden volver con autorizacion del rey. La cámara sabe que se ha llamado á la mayor parte de estos últimos, y que si para algunos se hace esperar todavía esta gracia, no se prolongara el retardo sino el tiempo que sea necesario para el interés público. Por consiguiente la cámara puede tener completa confianza en la clemencia del rey con respecto á los desterrados temporalmente, pero por lo que toca á los regicidas, ninguna, salvas, las tolerancias concedidas por la debilidad.

A la palabra *ninguna*, palabra absoluta que iba mas allá de lo que pensaba el ministro, estallaron violentos murmullos en los bancos de la oposicion independiente y en las tribunas. Introdújose el desórden en el salon, y en medio de un verdadero tumulto los diputados ministeriales, unidos esta vez á los realistas, rechazaron las peticiones por la órden del dia. Todos los periódicos independientes acusaban al dia siguiente al ministerio de querer eternizar la persecucion y las venganzas, y los numerosos signatarios de las peticiones que en los regicidas y en los demás desterrados no veian mas que á las víctimas de la invasion y del régimen de 1815, y en su llamamiento tan solo un acto de tardía justicia, se dejaron llevar igualmente contra Mr. de Serres, á quien mil voces proclamaron ministro desapiadado. Entonces, como decia el guardasellos, no solamente habian espedido ya los ministros cartas de gracia á muchos regicidas, sino que en aquel mismo momento espedian otras nuevas, y completando la reparacion, debian abrir de nuevo las puertas de Francia á los últimos proscritos. Los motivos de esta contradiccion eran el deseo de evitar los clamores que habria suscitado una declaracion oficial entre el tribunal y los realistas. Mas no por esto dejó de estallar un rompimiento, despues de esta sesion, entre el ministerio y los independientes; unidos desde el principio de la legislatura contra un peligro comun, se separaron luego, bien que no existian ya los mismos motivos de alianza; habia pasado el peligro, los ministros habian salvado su posicion, los independientes habian obtenido la libertad de la prensa, por lo que cada uno ocupó su verdadero puesto.

El presupuesto fue objeto de las primeras hostilidades; en 25 de mayo, ocho dias despues de la lectura de la peticion sobre los desterrados, Mr. de Rodet atacaba vivamente al ministerio sobre muchos puntos, echándole en cara, entre otras prodigalidades, un socorro bastante considerable concedido al establecimiento de las misiones, calle del Bac (1), y añadia: «Permítaseme dar á conocer mi sorpresa por la proteccion que obtienen del ministerio, en los departamentos, estas misiones escandalosas.»

Violentos gritos, salidos de los bancos de los realistas, interrumpieron al orador al pronunciar esta palabras. MM. de Marcellus, Cornet d'Incourt y muchos otros miembros de la congregacion le dirigieron con voz alterada, interpelaciones que se perdieron en medio del ruido

» *Mr. Benoist:* Retirad la palabra escandalosas.

» *Mr. Rodet, continuando:* Estas misiones, que bajo el pretesto de la religion y de las costumbres escitan la intolerancia por todas partes, reaniman el fanatismo y predican abiertamente la rebelion y el desprecio de las leyes. ¿Ignoran acaso los ministros que todos los sitios recorridos por estos exaltados sacerdotes, han sido víctima de las turbulencias domésticas y entregados á las inquietudes que preceden á las disensio-

de *Burdeos*, fundandose en los términos vagos del articulo 3 del Código de instruccion criminal, que fué promulgado el 27 de *noviembre* de 1808.

(1) Este establecimiento era el sitio de las principales reuniones religiosas de la congregacion.

nes religiosas y políticas? ¿Y á dónde iríamos á parar si cada una de las sectas y de las creencias autorizadas por la carta enviase misionistas á recorrer nuestras ciudades y aldeas?»

La capitulacion de los regimientos suizos suministró materia á los independientes para violentos ataques contra el ministerio, pero el gabinete no tuvo necesidad de defenderse, puesto que, como en el año precedente, intervinieron y lucharon esclusivamente los realistas. En 3 de junio el general Grenier, contestando á un discurso en que Mr. de La Bourdonnaie habia exaltado á la vez la bravura y fidelidad de los soldados suizos y renovado todas las acusaciones dirigidas por sus amigos políticos y por él mismo contra la ley que mandaba reclutar, decia: «Un pequeño ejercito, compuesto de algunos cuerpos estipendiados y proletarios, y mandado por algunos hombres privilegiados, es la fuerza que, segun nuestros adversarios, debe bastar para mantener el equilibrio de nuestra potencia militar con la de las potencias vecinas.» Al dia siguiente, 4, llamó á la tribuna á Mr. de Puymaurin un discurso pronunciado en la misma sesion por Mr. Dupont (de l'Eure), en el que decia, que el sueldo de los regimientos suizos escedia de un millon quinientos mil francos al de un número igual de soldados franceses. Mr. de Puymaurin presentó una cantidad diferente: «He debido presentar estos cálculos, dijo, á fin de que mis colegas no se dejen intimidar por escritores que se titulan liberales, dignos sucesores de Marat y de....»

La palabra siguiente se perdió entre las esclamaciones que de repente interrumpieron al orador. Pidió la palabra Manuel.

»*Un miembro independiente:* ¡Esto es abominable!

»*Mr. Dupont* (de l'Eure): Dejo á Mr. de Puymaurin todo el mérito de su interpretacion, pues tengo demasiado amor propio para contestar á la acusacion de ser sucesor de Marat.»

En esta lucha el ministerio no dejaba á la oposicion el privilegio del ataque, y mas de una vez se constituyó agresor. Mr. Courvoisier, uno de los miembros mas influyentes de su mayoría, que pidió la palabra al tratarse de un dictámen de peticiones, manifestó la existencia de una comision directora, que, segun él, parecia querer ejercer una influencia decisiva en los negocios y en la instruccion pública. Confundiendo la comision electoral de la calle de Anjou San Honorato con una sociedad numerosa de la que hablaremos muy en breve, y atribuyendo á aquella, sobre la redaccion y el envío de estas peticiones, una accion que pertenecia esclusivamente á esta última, añadió: «Existe en Paris una comision directora, y hé aquí la forma de sus relaciones con una de las principales ciudades de Francia: una comision central, compuesta de nueve miembros, tiene correspondencia con la comision directora de Paris, de la que recibe las instrucciones ó mas bien las órdenes. Cada uno de estos nueve miembros procura formar otra comision y la preside, y luego estas comisiones particulares establecen sus correspondencias en el resto del departamento.» Apareció inmediatamente en la tribuna Benjamin Constant, uno de los hombres políticos en cuya casa se reunia la comision electoral; no podia, á la verdad, achacársele la menor relacion en el envio de las peticiones y de las operaciones peculiares en un todo á esta comision, y dispuesto por otra parte á sostener la legalidad de estas últimas, exigió de Mr. Courvoisier que completase sus revelaciones y citase nombres y hechos. Contentóse este último con esponer «que el hecho era notorio, y que lo dejaba á la conciencia de sus colegas.» El incidente no tuvo otra consecuencia.

En medio de estos mutuos ataques terminó la cámara la discusion del presupuesto. Por la vez primera la ley de rentas estaba dividida en dos leyes distintas, la de gastos y la de ingresos, y su discusion, empezada en 25 de mayo, terminó en 6 de julio; los gastos quedaban fijados en ochocientos sesenta y nueve millones quinientos diez y seis mil ciento veinte y cinco francos, y los ingresos en ochocientos noventa y un millones cuatrocientos treinta y cinco mil. En 17 se cerró la legislatura.

Los debates que acababan de agitar la última parte de esta legislatura no eran mas que una especie de rechazo muy amenguado de las luchas entabladas fuera de la cámara. Apoyados los ultrarealistas en las simpatías de la inmensa mayoría de los funcionarios de todas clases, seguros de la proteccion de los tribunales de todos los grados, fuertes por la unidad de accion que les daban un corto número de jefes unidos por el doble fanatismo de la política y de la religion, y colocados como consejeros ó como confidentes, al lado del heredero presunto de la corona; teniendo, por otra parte, en el acontecimiento esperado con impaciencia por este último, la prenda infalible de un próximo triunfo, guardaban los ultrarealistas una actitud resuelta y decidida que al mismo tiempo imponia á los ministros una amenaza perpetua para sus intereses y para los derechos de las otras clases de la poblacion. Lejos de conformarse con las modificaciones establecidas, despues de la disolucion de la cámara de 1815, en el sistema del gobierno y en la legislacion política, no cesaban de protestar contra estos cambios y de invocar ó preparar su derogacion. Segun ellos, la indiferencia que manifestaba la mayoría del pais por sus doctrinas y sus principios, era el resultado de la discordia introducida en los ánimos por la filosofía del último siglo y por las ideas revolucionarias. De esto resultó un doble trabajo de predicacion política y religiosa: el primero por medio de artículos en los periódicos, de libros y de folletos en que se hallaban groseramente desfigurados los principales acontecimientos de la revolucion, y en los que á los hechos reales se sustituian fábulas exhumadas de los folletos realistas de la época, y en los que se achacaban á todos los adversarios del antiguo régimen y del trono los mas ridículos absurdos y las atrocidades mas irritantes. En cuanto al trabajo religioso, consistia en la organizacion de una vasta empresa de predicaciones nómadas que, segun habia dicho Mr. Rodet, sembraban en los puntos mas opuestos de Francia la irritacion y el desórden, y de las cuales vamos á esponer el orígen.

Destruida por la revolucion la sociedad de las misiones estranjeras, cuyo antiguo seminario sirvió de punto de reunion á la principal asamblea religiosa congregante, habia sido restablecida en tiempo del imperio, y sus miembros destinados á propagar las doctrinas del cristianismo y el influjo de la Francia entre las poblaciones del Asia oriental y del Nuevo Mundo, al regreso de los Borbones eran poco numerosos todavía. La larga y completa interrupcion de todas nuestras relaciones marítimas les condenaba á la inactividad y se hallaban rotas todas las antiguas correspondencias, por lo que faltaba tiempo todavía para reorganizar este apostolado. Un abate llamado de Ranzan, antiguo capellan de Napoleon, de imaginacion ardiente en vista de la impotencia al menos temporal de esta institucion, concibió el proyecto de utilizar el principio, no con respecto a los idólatras del antiguo ó nuevo hemisferio, sino á favor de los incrédulos del reino cristianísimo. Guiado por los consejos de otro abate llamado Liautard, director de una casa de educacion entonces muy importante, animado por la mayor parte de los miembros de la congregacion que le ayudaron con influjo y dinero, alquiló un vasto local en la calle de Notre-Dame-des-Champs, y tomando por colega al abate Forbin-Janson, hombre de carácter activo, espíritu lleno de recursos y de audacia, y por instrumentos á algunos robustos sacerdotes, habladores atrevidos, pero ociosos, fundó las misiones de Francia.

No se hicieron aguardar las operaciones de esta nueva propaganda, puesto que Mr. de Ranzan se dirigió desde luego á los departamentos del oeste, comarca en la que se habia conservado el sentimiento monárquico y religioso con una energía que no se hallaba en otras partes y en donde debia hallar desde luego cambios favorables á su principio. No salieron fallidas sus esperanzas, y Angers vió su primer triunfo. Una multitud de habitantes de la ciudad y del campo llenaba cada dia la iglesia en que predicaban los misionistas, y en 7 de marzo pudieron terminar sus ejercicios plantando una cruz enorme, cuya carga se disputaban quinientos hombres, y detrás de la cual marchaban devotamente el prefecto, el alcalde, sus agregados y todas las demás autoridades civiles y militares de la ciudad. Estábase entonces en la época en que cuerpos enteros de judicatura y los habitantes de muchas grandes ciudades solicitaban el perdon de Dios y de los hombres para los hechos de la revolucion. Los misionistas no podian olvidarse de imponer á la poblacion estas obligaciones honrosas: tres reparaciones y una comunion general terminaron la jornada, de cuya cemonia daba cuenta Mr. de Ranzan en los términos siguientes:

«Segun nuestras disposiciones, al llegar cerca de la iglesia, en la plaza, hallamos tres diferentes púlpitos colocados á gran distancia uno de otro, pero de modo que predicando á la vez los tres misionistas, podian verse y obrar en un mismo sentido por medio de signos convenidos. Pronunciamos entonces tres breves discursos muy vivos, el primero para preparar al pueblo á una reparacion solemne á la cruz por todos los ultrajes que habia recibido en Francia, despues de la revolucion. Dióse la primera señal, y en el mismo instante el pueblo inmenso hizo esta solemne reparacion. El segundo discurso dispuso los corazones al perdon general por todas las ofensas que desde veinte y cinco años acá podian echarse en cara mutuamente los habitantes de la diócesis; dióse la segunda señal, y todo el pueblo esclamó: «Sí, perdon general y absoluto: queremos ser para siempre hijos de Dios y del rey.» Por último en el tercer discurso persuadimos al pueblo de que debia hacerse una reparacion solemne á Luis XVI, á Luis XVII, á la augusta María Antonieta, á la inimitable Isabel, al rey y á su augusta familia por los prolongados y crueles ultrajes que recibieron de tantos hombres que tuvieron la desgracia de renunciar al carácter de cristianos y á las virtudes de sus padres. Dióse la tercera señal, y ¡qué de esclamaciones se diri-

gieron al cielo! ¡cuántas dulces lágrimas saltaron de los ojos! Terminóse esta reparacion con el juramento general de verter hasta la última gota de su sangre para mantener la religion y el rey legítimo. Los ardientes fieles, despues de haber renunciado de esta suerte á sus sentimientos criminales, han tenido la dicha de sellar de nuevo esta promesa sobre el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Esta confesion general de los hombres produjo tan grave impresion en las espectadores, que muchos de ellos á quienes no habíamos podido convencer, fueron antes de terminar la ceremonia á postrarse á los piés de los misionistas y á pedirnos confesion.»

Alentados los misionistas con el buen éxito, visitaron durante el año de 1816 otras ciudades, renovando por todas partes las reparaciones. Al año siguiente se añadió un nuevo punto á las materias habituales de sus sermones. Habiendo anunciado algunos libreros una reimpresion de las obras de Voltaire y de Rousseau, los vicarios generales del arzobispado de Paris, vacante en aquella época, aprovecharon la ocasion del mandato que se usaba al principio de cada cuaresma, para fulminar el anatema contra estos dos escritores y proscribir sus escritos como contrarios á la religion y á las buenas costumbres. «¡A nosotros toca dar la señal de alarma!» esclamaban en este mandato. Oyóse este grito, y pocas semanas despues (en marzo de 1817) anunciaban los periódicos que en muchas ciudades, y entre otras en Bourges, se habian entregado públicamente á las llamas á muchos millares de libros impíos, entre los cuales figuraban buen número de ejemplares completos de las obras de Voltaire y de Rousseau. Desde 1817 tomaron las misiones un rápido desarrollo, aumentóse el número de misionistas, y muy en breve pudieron sus jefes dividirlos en destacamentos que recorriendo simultáneamente muchas provincias, inflamaban los ánimos en todos los puntos del territorio.

Desde 1818 habian perdido la sencillez de los primeros dias; ya no bastaban á los misionistas la predicacion y las reparaciones; así es que se esforzaban en escitar mas y mas las imaginaciones y fanatizar á las almas débiles, obrando sobre la multitud por medio de cantos en coros numerosos, por medio de la pompa y el lujo de sus fiestas. Anunciábanse de antemano el principio de cada mision, y todas á poca diferencia presentaban los mismos pormenores. Cuando habia algun teatro en la localidad, casi siempre recibian los cómicos inmediatamente la órden de suspender sus representaciones, y el clero, ausiliado por las autoridades, tomaba luego las disposiciones necesarias para el alojamiento y perfecta seguridad de los piadosos viajeros. Recibidos á su llegada con gran aparato, ocupábanse al momento los misionistas en formar coros de hombres y mujeres, y jóvenes de ambos sexos, encargados de cantar en sus ceremonias cánticos llamados de mision, cuyas palabras apropiadas á cada ejercicio, se aplicaban á tonadas populares sacadas de las óperas cómicas ó de los vaudevilles mas en boga (1). No se admitia ninguna jóven que pasase de treinta años en estos coros que dividian en grupos, segun la edad y condicion social de los que los formaban, y cuya composicion, orígen de las mas activas intrigas, introducia la envidia y el odio en el seno de las familias, segun que los jóvenes formasen parte de tal ó cual division. Instalábanse á su vez algunos individuos conducidos por los misionistas, que vendian, con gran beneficio de estos últimos, una multitud de pequeños objetos de piedad, y empezaba la mision (2). Los ejercicios habituales que practicaba durante muchas semanas, consistian en instrucciones entremezcladas de cantos; en oficios en honor de la Vírgen María; en sermones trasformados casi siempre en acusaciones vehementes contra los revolucionarios y los impíos; en conferencias, en las cuales uno de los misionistas se encargaba del papel de filósofo incrédulo y razonador y presentaba á uno de sus colegas, su adversario, argumentos absurdos que solventaba este último con triunfante facilidad; en confesiones, comuniones públicas y procesiones, con coros de hombres y de mujeres, de jóvenes de ambos sexos. Estos ejercicios, practicados generalmente por la tarde con luces, no eran mas que una especie de preparacion para la ceremonia final, la colocacion de la cruz, cruz gigantesca, y que de ordinario se ponia en el sitio mas vistoso de la localidad, paseo ó plaza pública. Los siguientes pormenores, tomados de la relacion publicada por un misionero, de una colocacion de cruz en Clermont (Puy de Dôme) dará una idea de las proporciones que tenia desde 1816 esta última ceremonia; despues de haber espuesto la retractacion pública general celebrada el lunes de Pascua, 23 de marzo, la fiesta de la renovacion de los votos del bautismo, y la de la consagracion á María, continúa de esta suerte el piadoso narrador:

«La prodigiosa multitud de luces unida á los millares de cirios que ardian en la vasta estension de la catedral presentaba, debajo de las oscuras bóvedas, la claridad mas deliciosa. Mr. de Ranzan presidia siempre estas fiestas y su corazon se esplayaba en todos los corazones. La afectuosa pompa de las ceremonias, la armonía de los cantos, la emocion de todos los fieles nos hacia creer que estábamos en las puertas de la celeste morada, penetrados ya del alborozo inefable de que están poseidos los elegidos en el cielo.

»Pero el jueves, 23 de abril, es el mas hermoso dia que ha tenido la mision. Cuando se abrió la procesion solemne, encontró á la puerta de la iglesia la cruz de la mision que bendijo monseñor (el obispo de la ciudad) y se puso en marcha. Iban delante un numeroso cortejo de señoritas vestidas de blanco, algunas señoras vestidas de negro, pero todas con cruces en el pecho, y doscientos y treinta eclesiásticos colocados en dos filas. Venia luego la cruz, llevada por doscientos hombres, formando doce divisiones que se sucedian con regularidad y se distinguian por cintas de diversos colores. Cerraba la marcha monseñor el obispo, rodeado de su clero particular; seguia á la procesion una multitud inmensa. La guardia nacional de uniforme y con muy buen órden ha lavado este nombre de todas las manchas de que se habia cubierto en los tiempos de nuestras desgracias; apartaba suavemente á este buen pueblo por todas partes decente y modesto, que fijaba sus miradas piadosamente ávidas en la cruz, pero demasiado entusiasta para seguir el objeto de sus respetos.

»El tronco de la cruz de madera de roble de un pié cuadrado y de cuarenta y dos piés de largo con su travesaño de diez piés, estaba pintado de anacardo; el Cristo, de grandioso tamaño, de nueve á diez piés de alto, de madera de nogal, estaba pintado al natural, y el todo sostenido por una camilla que distribuia artísticamente el peso con igualdad en las espaldas de los portantes. Cada division rehusaba detenerse con la palabra prescrita: «¡Mas, mas!» esclamaba cada uno de aquellos valientes sacados de todas las clases, nobles, caballeros de San Luis, mercaderes, artesanos, labradores, pero principalmente y ante todos, cuatro divisiones de la referida guardia nacional que quiso alcanzar todos los premios de esta religiosa jornada.

»Y el pueblo ¡cuán amable estaba en dicho dia! ¡Qué diferencia, gran Dios, entre un pueblo religioso y un pueblo impío! Sus lágrimas y sollozos á la vista de la cruz, anunciaban que con la religion de sus padres habia recobrado tambien la bondad, la humanidad y la sensibilidad despues de haber arrojado el espíritu de revuelta, de pillaje y de sangre.

»La procesion, salida de la iglesia á las once menos cuarto, siguió la plaza de la Poterna y la de España, atravesó la de Champeix, deteniendose delante de la fachada oeste de la catedral á la una y media en punto. Todo estaba dispuesto para colocar la cruz á la derecha de la puerta mayor de este inmenso edificio, monumento el mas bello que nos han legado nuestros padres. La operacion duró dos horas y media. La cruz fué elevada suavemente y con movimientos tan bien combinados que quedó colocada como por sí misma sobre el pedestal, hundiendose en él como por medio de una pendiente natural y necesaria.

»Entonces todas las miradas pasaron de la cruz á Mr. de Ranzan, colocado al lado de monseñor rodeado de su clero, en un balcon cubierto con un elegante pabellon. Numeroso gentío cubria la plaza, todos los balcones y tejados, estendiendose ademas por toda la calle de Gras y las adyacentes. Sillas compradas por dos sueldos se vendieron á seis, nueve y quince francos. Las señoras estaban detenidas en las barreras por manos robustas, pero decentes. Un coro de hombres que se habia formado desde la segunda semana de la mision manifestó una asiduidad admirable hasta el fin, y se propone sobrevivirle para perpetuar su memoria. Nuestras cantoras sostuvieron una piadosa rivalidad que quieren tambien continuar. ¡Preciosa generacion! ¡quiera Dios que repares todo el mal que nos ha acarreado la precedente!»

Termina este relato la narracion de la partida de los misioneros en la noche del 28 al 29 de abril. En el camino de Montferrand habia de ocho á diez mil personas, hombres, mujeres y niños que aguardaban á los viajeros á la salida de la ciudad, que fueron levantados en alto y llevados en el espacio de algunas centenares de toesas, esforzándose cada uno en pro-

(1) Hé aquí los títulos de algunos de los cánticos, y las tonadas con que se cantaban: LA CONVERSION, tonada: *la mujer sensible*; LA PROMESA DE SER DE DIOS PARA SIEMPRE, tonada: *la marcha de los guardias franceses*; LA CONFESION, tonada: *amantes jóvenes, coged las flores*; LA COMUNION, tonada: *el oficial de fortuna*; EL TRIUNFO DE LA RELIGION, tonada: *el canto de la partida*.

(2) Los objetos vendidos por cuenta de los misionistas consistian en rosarios, escapularios, crucifijos, pequeñas cruces de oro, de plata y de cobre, medallas y sortijas benditas, colecciones de cánticos, libros de piedad, estampas, imágenes de colores, etc. Una carta escrita en junio de 1819 por un abate llamado Menoust, en la mision que hizo á Aviñon, y publicada por un periódico realista, decia como prueba del buen éxito que habia coronado los trabajos de los misionistas, «que se habian ganado mas de *cien mil francos*, en objetos pequeños.

digarles caricias y abrazarles. Ah! hélos aquí entre las manos de los hombres! nosotras no podemos acercárnosles! esclamaban las mujeres. Solo se oian lágrimas y sollozos. Quitaban á los misioneros sus corbatas y sus pañuelos, que al instante dividian en pedazos; disputábanse hasta los trozos de papel hallados en sus faltriqueras, que cada uno llevaba como una especie de reliquia. «Cuando los perdieron de vista, añade el narrador, la multitud en masa, sobrecogida de un santo entusiasmo, cantó este enérgico estribillo:

La religion nous apelle,
Sachons vaincre, sachons périr;
Un chrétien doit vivre pour elle,
Pour elle un chrétien doit mourir! (1)»

En 1816 no iban detrás de los misioneros sino los funcionarios civiles y militares; en 1819, los mismos obispos aguardando los príncipes y los reyes, adornaban sus ceremonias y formaban parte de sus cortejos. Los dones de los fieles y el tráfico de los juguetes vendidos por su cuenta en las misiones que dirigia, habian proporcionado una suma suficiente al abate de Forbin-Janson para comprar en las puertas de París la propiedad del Mont-Valerien, en la que hizo construir este misionero un calvario y una casa de retiro. La inauguracion verificada en 3 de mayo de 1819 fué solemne, á la que asistió un clero numeroso; catorce obispos con Mr. de Bernis arzobispo de Albyf, al frente, que inclinaban sus insignias episcopales ante el hábito del simple misionero, presidieron á la apertura de este establecimiento, que su fundador, especulador hábil, no tardó en trasformar en una especie de piadosa y lucrativa posada, abierta tanto á los vivos como á los muertos (2).

La ida de los misioneros á una ciudad era habitualmente la señal de una verdadera suspension en la accion de la autoridad, pues todos los elevados funcionarios se ponian inmediatamente á sus órdenes. Rodeados de atenciones y de respetos, acogidos como árbitros de la verdadera fe monárquica y religiosa, constituíanse en depositarios y órganos de las quejas ó de las denuncias de los falsos devotos y de los intrigantes de la localidad, y dispensadores soberanos de vituperacion ó de alabanza; sus recomendaciones ó sus amonestaciones eran acogidas con obediencia y sumision. Esta deplorable decadencia del poder público ante algunos sacerdotes ignorantes ó fanatizados, el triste espectáculo de estas procesiones, en que asistian de uniforme los alcaldes, prefectos, generales y los miembros de un tribunal entero ó de una audiencia, y mezclaban su voz con la de los cantores de cánticos, en las que cubriendo las jóvenes con el velo de la religion el deseo de atraerse las miradas, se presentaban con los trajes mas elegantes, y descendian á hacer el papel de comparsas de teatro encargadas de divertir á la multitud; en las que mujeres vestidas enteramente de negro, en señal de luto por sus pecados, se paseaban con un hacha en la mano, confesando públicamente sus faltas, todos estos hechos eran aun el menor mal causado por las escursiones de los misionistas por todo el reino. Llevando consigo las disensiones y el desórden, cuando se habian marchado los misionistas, quedaba la discordia en el seno del hogar doméstico; la mayor parte de las familias y los habitantes de una misma ciudad, divididos en dos partidos, los religiosos y no religiosos, veian emponzoñarse mas y mas los odios y las divisiones establecidas por la política. Algunas veces las poblaciones se resistian á la permanencia de estos peligrosos huéspedes; entre otros los habitantes de Brest, en cuya ciudad habia introducido el obispo de Quimper uno de sus destacamentos, no permitian á los misionistas que continuasen sus ejercicios. La calle por la que habian pasado en compañía del obispo, lo mismo que las vecinas permanecieron ocupadas durante cuatro dias por muchos millares de personas que gritaban, «¡Abajo los misionistas! ¡no mas mision! ¡no mas jesuitas!» En vano procuraron las autoridades disipar los grupos, porque la multitud era tan numerosa y se mostraba tan animada que no se atrevieron á apelar á la fuerza; y temíase por otra parte que los marinos y la tropa hiciesen causa comun con la poblacion. Por último, se interpusieron el alcalde y los habitantes mas notables, que obtuvieron del obispo y de los misionistas que saliesen de la ciudad, y partieron al cabo de cinco dias. Era tal la debilidad del gobierno ante esa terrible corporacion, que Mr. Decazes destituyó al alcalde y á los dos comisarios de policía de Brest como culpables, en aquella ocasion, de no haber dado la razon á los misionistas, á pesar de todos los habitantes de la ciudad. Esta debilidad en los jefes del gobierno les esponia á insolentes lecciones; los debates suscitados en la última legislatura, al tratarse de los regimientos suizos, habian sido objeto de algunas reflexiones en tres colecciones semiperiódicas; el ministro de justicia, el procurador general y sus sustitutos habian permanecidos silenciosos á las críticas trazadas con la tímida reserva que imponia á los escritores la legislacion draconiana, vigente todavía en esta época. Poniendose á favor de los suizos, el consejero Dupaty, miembro de la audiencia de París, se indignó de la tolerancia de los ministros, denunció los artículos á sus colegas, y en 26 de abril el tribunal, oido el parecer de las cámaras reunidas, mandó al procurador general, por una mayoría de cuarenta votos entre cuarenta y dos, perseguir á los redactores del Liberal, de El Hombre gris y de la Biblioteca histórica, por ultrajes hechos por ellos á los regimientos estranjeros capitulados, y declaró *avocar* la causa.

Una intervencion tan apasionada de la magistratura en la política, tenia por resultado obligado escitar mas y mas las exigencias del partido de quien tomaba de esta suerte las preocupaciones y arrebatos. Esparcíanse nuevos rumores sobre una próxima restitucion de los bienes nacionales, y los realistas, lejos de protestar contra ellos, parecia por el contrario que se empeñaban en confirmarlos; no solamente publicaban ruidosamente sus periódicos algunas restituciones voluntarias y un mayor número de *ratificaciones* dadas, por medio de indemnizacion, por antiguos propietarios á ventas hechas despues de su emigracion, pero al mismo tiempo los misionistas, en sus peregrinaciones piadosas, escogian frecuentemente por punto de sus sermones la anulacion de las ventas nacionales, y las autoridades de las ciudades pequeñas y de los pueblos rurales permitian el canto público de querellas que tenian por objeto la muerte de adquisidores de bienes nacionales, y sus goces ó tormentos en la otra vida, segun habian ó no restituido. Esforzábanse además en resucitar por todas partes las antiguas denominaciones feudales, y los alcaldes y notarios no temian hacer preceder los nombres de antiguos privilegios de los títulos de ilustre señor, de muy noble, muy alto ó muy poderoso, y continuar las calificaciones de señor de tal punto y de otros lugares. Hasta el Almanaque real, libro esencialmente oficial, prodigaba las denominaciones de señor y de monseñor á una multitud de pequeños funcionarios y á simples jueces de primera instancia que procuraban, por medio de estas ridículas distinciones, colocarse entre la nobleza que, como lo habia dicho Mr. Courvoisier en la cámara, hacia esfuerzos para constituirse en una nacion separada de la masa nacional. Hasta se perseguia en los nombres dados, despues de 1789, á las plazas públicas ó calles, el recuerdo de los escritores célebres ó de los sucesos gloriosos que no aceptaba la opinion monárquica y religiosa; en París, como en todas las ciudades de provincia, se borraban los nombres de Voltaire y de Rousseau, de Austerlitz ó de Marengo para sustituir en ellas las antiguas denominaciones ó las palabras real, señor, Angulema etc. Ni los miembros de las profesiones mas liberales en apariencia estaban al abrigo de la persecucion, que fuera del ministerio y aun á pesar de los ministros alcanzaba á todos los hombres á quienes se suponia una enérgica adhesion á los principios de la revolucion. El consejo de disciplina del colegio borró de la lista de los abogados de París á Mr. Rey (de Grenoble), por haber puesto su firma en una memoria judicial dirigida por algunos individuos del Isere contra el general Donnadieu, y el mismo consejo, en el que se contaban muchos congregantes, no quiso admitir en el foro de París á Manuel, abogado de otro distrito desde muchos años, y á quien acababan de enviar á la cámara dos colegios electorales. No paraban en estas violencias contra las personas las provocaciones del partido realista contra sus adversarios.

Segun la sincera conviccion de un gran número de realistas, el ciudadano que se manifestaba indiferente á las creencias ó á las prácticas del catolicismo, era un hombre sin moral, si religion, un ateo; y cada partidario de la revolucion un jacobino, impaciente de proscribir á los nobles que quedaban y de apropiarse lo que les quedaba de bienes. En 1819, la calificacion de independiente, tomada en 1817 por los hombres de la oposicion nacional, en lugar de la de liberal, fué inmediatamente objeto de los juegos de palabras mas injuriosas, y no solamente en la intimidad de sus salones trasformaban por chanza cada

(1) Este estribillo pertenece al cántico titulado: *Triunfo de la religion*, y era la reproduccion testual del estribillo de un famoso canto revolucionario, conocido con el nombre de *Canto de la partida*. La tonada, por otra parte, era parecida. Los misionistas no habian hecho mas que sustituir las palabras *religion* y *cristiano*, á las de *república* y de *francés*; pues en el canto revolucionario, los primero y segundo versos eran estos: *La republique nous apelle; un français doit vivre pour elle*.

(2) Mr. de Forbin-Janson convirtió el jardin de su establecimiento en un cementerio privilegiado en que las personas piadosas muy ricas obtenian el favor de una sepultura particular, mediante una suma considerable. Una parte del edificio estaba organizada además en una especie de fonda preparada, en la que las personas que iban á ponerse *en retiro* y seguir los ejercicios de los misionistas, se hallaban alimentadas y alojadas, durante seis, diez ó quince dias, por 100, 200 y 300 francos.

liberal en un reo libertado los realistas esclusivos que solamente se tenian á sí mismos por verdaderos hombres honrados, sino que tambien consideraban á sus adversarios como espíritus depravados ó pervertidos, y anarquistas que merecian todos los castigos, al paso que los diarios del mes de marzo publicaban dos versos que vinieron á ser una especie de consigna para el partido. El periodista supone que se encuentran dos forzados, y el uno dice al otro:

¡Con que al fin te has *libertado*
De aquel presidio fatal!
—Es que no soy *libertado*.
—Pues di ¿que eres?—*Liberal*.

Esta oposicion de palabras se hallaba en una multitud de relatos, de la que podrá juzgarse por la siguiente anécdota que contaba el diario titulado la Bandera blanca: «El liberalismo, como es sabido, es generalmente la religion de las gentes que frecuentan las galeras; el otro dia nos contaban que uno de estos honrados ciudadanos, escapado de la cárcel, despues del decreto de 5 de setiembre, tomó la faltriquera de su vecino por la suya. Preguntósele la razon de este acto, y respondió, que siendo iguales todas las narices, todos debian servirse del mismo pañuelo.»

Estas tonterías sin malicia no eran á los ojos de los adversarios de la restauracion tan indiferentes como podria creerse: los liberales perseguidos por el recuerdo de los escesos de 1815, 1816 y 1817, é irritados por las amenazas y por las incesantes provocaciones de los ultra se mostraban a su vez muy animados: «Es imposible que existan estos miserables, decia en la misma época, en una carta tomada del correo, la condesa Regnault (de Saint-Jean-d'Angely) á su marido refugiado entonces en América. Es inevitable una revolucion, que podrá ser terrible, pero acarreará el bien. Para derribar á estos odiosos miserables solo tendrá que soplarse un poco mas fuerte, y de esto están bien convencidos ellos mismos. Creemos que vamos á llegar á una crisis feliz; vuelve pronto para apreciarla de mas cerca.»

Mas ó menos profundamente todas las familias sentian la influencia de esta irritacion. Las simpatías ú odios de los padres estaban divididos por los hijos. En las posadas y en los colegios se hallaban las divisiones que agitaban á todas las clases de ciudadanos; como por fuera estaban en ellas los liberales en inmensa mayoría, estos jóvenes echaban en cara al gobierno representado por sus jefes, el haber sustituido el toque de la campana á la caja de guerra que los llamaba antes a todos los ejercicios; el introducir en todas las partes de sus estudios un espíritu religioso contrario á los principios generales de la filosofía de la historia, y el imponerles habitudes devotas desconocidas en los liceos del imperio. Estas violencias fueron en 1819 la causa de numerosas revueltas que estallaron sucesivamente; desde luego en Paris en el colegio de Luis el Grande (en otro tiempo Liceo imperial) y luego en los colegios de Nantes, de Rennes, de Burdeos, de Perigueux, de Caen, de Lyon, de Tolosa y de Vannes. La nueva direccion dada á la enseñanza y la pasion monárquica afectada por la mayor parte de los miembros de la universidad, suscitaron una agitacion no menos viva en las escuelas públicas de la enseñanza superior. En 4 de febrero, despues de las disensiones, que duraron dos dias, los estudiantes de medicina de Montpeller abandonaron en masa la escuela para retirarse á sus familias. «La antigua universidad de esta ciudad, añadia un periódico despues de haber contado los hechos, está desierta por la vez primera desde nueve siglos.»

En el mismo momento la escuela de derecho de Paris era teatro de desórdenes con motivo de peticiones firmadas por los estudiantes liberales para que se conservase la ley electoral, que rasgaban los estudiantes realistas en todos los lugares en que estaban depositadas. Otras disensiones mas graves y mas persistentes estallaron en ella en el mes de julio siguiente.

Mr. Bavoux, juez del tribunal de primera instancia y profesor sustituto de la escuela, hacia en esta época un curso de derecho criminal. Este derecho, tal como lo establecian los códigos imperiales, no guardaba ninguna proporcion entre los delitos y las penas, que eran escesivas, y dejaban á los condenados sin la menor garantía contra el arbitrio de todos los agentes de la fuerza pública y de los jueces. Tomando el profesor por base de sus lecciones los principios generales de proteccion y de justicia consagrados por la constitucion, no se limitaba á esplicar, sino que criticaba. Esta enseñanza iba mas allá de las rutinas ordinarias de la escuela, por lo que los estudiantes acudieron á ella en gran número. Tal entusiasmo en un colega irritó al decano, señor Delvincourt, imperialista furibundo, mientras habia permanecido en pié Napoleon, furioso realista desde 1815 y ferviente miembro de la congregacion. Mr. Bavoux á los ojos del decano tenia otro defecto, y era que se le tachaba de liberal. Un dia que sus numerosos oyentes aplaudian sus palabras, salen algunos silbidos de un ángulo de la sala. Los discípulos quieren echar fuera á los interruptores, y en este momento aparece el decano, emboscado desde el principio de la última leccion detrás de una abertura secreta, y pretestando el tumulto, declara que suspende el curso. Esta violencia, evidentemente premeditada, irrita á los discípulos, que al dia siguiente se reunen en el patio de la escuela y piden la continuacion de las lecciones. Preséntanse al momento comisarios y agentes de policía al frente de numerosos destacamentos de fuerza armada y dispersan á los discípulos, que van á juntarse en la plaza vecina. Llegan al lugar á su vez el prefecto de policía y el procurador del rey, hácense requisitorias, cámbianse algunos golpes y la tropa se lleva algunos prisioneros. Al dia siguiente sucede el mismo tumulto, y el gobierno manda cerrar provisionalmente la escuela. En vano procuraban los discípulos reunirse delante del Odeon, en el jardin del Luxemburgo, en la esplanada del Observatorio y en el baluarte Montparnasse, pues cada vez son dispersados por la tropa, que durante muchos dias permanece vivaqueada en las plazas principales y tiene el barrio en una especie de bloqueo. Mr. Bavoux, cuya habitacion fue invadida y tomadas sus lecciones manuscritas, compareció en 1.° de agosto ante el tribunal de asises. Acusábasele de haber escitado al desprecio y desobediencia de las leyes que estaba encargado de esplicar. La informacion descansaba menos en las lecciones orales ó escritas halladas en el gabinete del profesor, que en muchos párrafos de su manuscrito que habia borrado y cuyas palabras no podian leerse. Evidentemente, decia la acusacion, frases borradas con tanto cuidado encerraban las mas sediciosas tramas. Pero á pesar de todo la absolucion hizo justicia á este ridículo proceso, y tres dias despues, en 4, presentados ante la policía correcional fueron absueltos igualmente los estudiantes presos en medio de los disturbios.

Esta agitacion entre toda la juventud del reino; los numerosos duelos que tenian lugar entre los jóvenes de los dos partidos como tambien entre los oficiales del antiguo y nuevo ejército, duelos que muchas veces tenian un resultado fatal, y en los cuales se encontraban á la vez en el mismo terreno seis, ocho y hasta diez adversarios; los desórdenes causados en muchas ciudades de guarnicion por riñas entre nuestros regimientos y los regimientos suizos capitulados, eran todos estos hechos para los realistas el testimonio irrecusable de un vasto trabajo revolucionario dirigido por una comision directora, que tenia por mision fomentar discordias por todas partes y preparar la caida del gobierno real.

En esta época de la segunda restauracion, en Paris no se conspiraba todavía, tomando esta palabra en un sentido absoluto, pues si bien existian en dicha ciudad dos sociedades políticas, secreta la una y la otra pública, que no tardó, á lo menos en Paris, en absorver la primera, sus ministros pensaban menos en entablar una lucha contra los Borbones que en resistir á las tendencias retrógradas de estos príncipes y al arbitrio de sus ministros y de sus agentes.

La sociedad secreta habia nacido en Grenoble, donde el abogado Mr. Rey la habia fundado en el mes de julio de 1816, despues de una ceremonia destinada á celebrar la conmemoracion de la resistencia de esta plaza al ataque de uno de los cuerpos aliados en 1815. Propagada luego en Lyon, y despues introducida en Paris por el mismo Mr. Rey, que habia ido á fijar allí su residencia, esta sociedad, llamada la Union, buscaba sus prosélitos entre los jóvenes y los hombres de la parte rica ó ilustrada de la clase media. Podia suponerse, en vista del misterio con que rodeaba sus reuniones, que los miembros estaban muy decididos y alimentaban los proyectos mas sediciosos; sin duda que algunos no habrian vacilado ante una enérgica lucha, pero la mayor parte no buscaban en el secreto sino una proteccion y una especie de abrigo por su circunspeccion y timidez. Fundada para la defensa de los principios de libertad consagrados por la revolucion, ocupábase únicamente esta sociedad en propagar las ideas liberales, publicar y esparcir folletos, organizar suscripciones y trabajar, en caso necesario, para el nombramiento de los diputados. Cubrian los gastos las cotizaciones mensuales pagadas por cada socio. Los medios de comunicacion eran cartas firmadas con nombres prestados, insignificantes en su sentido aparente, pero que tenian intercalaciones hechas con tinta simpática que solo un fuego muy vivo hacia aparecer y cuyo secreto desde entonces no podia ser violado sino descubriendo el ardid.

Estos medios prudentes ó tímidos detenian los proyectos de la sociedad, cuyos miembros eran por consiguiente poco numerosos, y sus esfuerzos, por decirlo así, individuales, quedaban sin resultado general y

verdadero, cuando en cambio una asociacion pública creada en Paris cerca de un año despues de la época en que nacia en Grenoble la Union, tomó repentinamente un desarrollo y una influencia que dieron á esta nueva asociacion una accion bastante considerable sobre el movimiento político de los dos años siguientes.

El orígen de la sociedad pública ascendia al mes de noviembre de 1817, en cuya época algunos ciudadanos obligados á enmudecer por las condenaciones de prensa á que daba lugar la aplicacion de las leyes de 1815, resolvieron provocar la derogacion de esta legislacion. Algunos avisos impresos esparcidos entre el público, anunciaron que veinte personas notables, entre las cuales se contaban MM. de Broglie y Destutt de Tracy, pares de Francia, d'Argenson y Laffitte, diputados, de Lafayette y su hijo, Benjamin Constant, Ternaux mayor, negociante, los generales Tarayre y O'Connor, acababan de fundar una asociacion que tenia por objeto obtener el dictámen de las leyes de escepcion sobre la prensa y sobre la libertad individual y hacerse solidarios, por via de suscripcion, de las condenaciones pecuniarias en que incurriesen los escritores. Estas circulares hallaron suscritores, aunque en corto número. Llegó el fin de la legislatura de 1817-1818, y los principales asociados, antes de la separacion de la cámara, quisieron dar una prueba de gratitud y de aprecio á muchos diputados que habian dado á conocer, en esta legislatura, á favor de los derechos de la prensa, las protestas mas acaloradas. Esparciéronse al momento listas de suscripcion, y en 3 de mayo de 1817, en la misma hora en que Luis XVIII recibia en las Tullerías las felicitaciones de todos los cuerpos del estado, con motivo del cuarto aniversario de su primera entrada en Paris, cuatrocientos ciudadanos, casi todos electores, y pertenecientes á las letras, á los negocios, al comercio, al foro y al antiguo ejército, se reunian en un banquete en el baluarte del hospital, en el lugar llamado Arco Iris.

Esta manifestacion política era la primera de esta naturaleza que habia tenido lugar despues de la caida del imperio; los convidados sabian que tenian todos la misma opinion, y sin embargo la mayor parte no se conocian personalmente. Animados por el contacto, alentados por su número y seguros de su fuerza, todos los asistentes acogieron fácilmente el pensamiento de unir sus esfuerzos en un principio comun de resistencia á las pretensiones de los perseguidores del antiguo régimen. Una vez dado el primer empuje, la asociacion se hizo muy numerosa y recibió una organizacion regular y definitiva, con el nombre de «Sociedad de los amigos de la libertad de la prensa.» No solamente se apresuraron á entrar en ella los miembros de la Union de Paris (1), sino que tampoco temieron formar parte de la misma los hombres mas timoratos, pares, diputados y magistrados. Las reuniones tenian lugar alternativamente en dias señalados de antemano, y por medio de cartas de convocacion, ya en casa de MM. Gevaudan, Cadet-Gassicourt, Méchin y del coronel Simon-Lorriere; ya en casa de Manuel, el conde de Thiart y el duque de Broglie. La sociedad tenia sus listas de socios, sus registros de cotizaciones y sus actas de deliberacion, y una comision particular ó secreta tenia la direccion oculta. Este comité, compuesto de los veinte miembros mas resueltos, entre otros de MM. Cadet-Gassicourt padre, Cauchois-Lemaire, Châtelain, Mérilhou, Brissot-Thivars, Larreche, Chevallier y Reynaud, de la Biblioteca histórica, se reunia antes de cada sesion, y determinaba las medidas que se propondrian en la sociedad general, y las materias que se discutirian. Estas materias eran de ordinario las cuestiones políticas sometidas entonces á las cámaras, ó las que se preparaban á presentarles los ministros. En cuanto á las medidas ó medios de accion, consistian en esposiciones y peticiones solicitadas en todos los puntos del reino, y en las cuales millares de ciudadanos reclamaban de la cámara de los diputados, segun la circunstancia, la reforma del jurado y su aplicacion á los delitos de prensa, la conservacion de la ley de las elecciones, la libertad de los periódicos ó el llamamiento de los desterrados. Ningun misterio rodeaba las sesiones de la sociedad general, pues eran, por decirlo así, públicas; el ministerio tenia en ellas sus agentes y hasta sus taquígrafos, y no ignoraba la influencia de la sociedad en el envio de las peticiones; pero como le habian servido de apoyo cuando la proposicion de Barthélemy, no pensó entonces el gobierno en inquietar á los Amigos de la libertad de la prensa. En cambio, cuando llegó la discusion sobre los desterrados, y despues de haber estallado el rompimiento entre Mr. Decazes y los independientes, fingió ceder el ministerio á las quejas de los realistas contra la supuesta comision directora, que fomentaba, decian, todas las discusiones y todos los desórdenes, y ocultando su rencor detrás de estos clamores, ordenó persecuciones. MM. Gévaudan y Simon-Lorriere fueron presentados ante el tribunal de policía correccional y sucesivamente viose aparecer ante los jueces, á título de testigos, á los numerosos miembros de la asociacion, diputados, generales, médicos, negociantes, literatos, artistas, abogados etc., que declararon todos que las reuniones no tenian ninguno de los caracteres legales de una asociacion que se limitaba á practicar y á tomar algunos refrescos, que era admitido cualquier ciudadano presentado al dueño de la casa por dos miembros de la sociedad como era de costumbre, y que para evitar confusion, una de las personas presentadas estaba encargada comunmente de dirigir la conversacion. Estas declaraciones no convencieron á los jueces, que en 18 de diciembre condenaron al coronel Simon Lorriere y á Mr. Gevaudan á doscientos francos de multa cada uno y declararon disuelta la sociedad, cuya existencia pública habia durado cerca de diez y ocho meses.

Si, en su oposicion, la casi totalidad de los Amigos de la libertad de la prensa, lo propio que los Unionistas, se limitaban á una lucha de discusion y no pasaban de una resistencia legal á la marcha del gobierno, algunos ciudadanos, pertenecientes á una ú otra sociedad, y muchos á las dos juntas, no vacilaban ante la idea de una resistencia material, y se habian constituido, fuera de la asociacion pública y secreta, en una especie de comision de accion. Los generales de Lafayette, de Thiard, Corbineau y Merlin, el coronel Duchand, MM. de Voyer d'Argenson, de Saint-Aignan, Combes-Sieyes y Chevallier, de la Biblioteca histórica, componian esta comision, cuya existencia permaneció ignorada de la generalidad de los miembros de la Union y de los Amigos de la libertad de la prensa. Sus reuniones se verificaban de ordinario en la habitacion de Mr. de Lafayette, especie de centro en que iban á encontrarse los proyectos de resistencia, por diferentes que fuesen, y donde todos eran acogidos y alentados; mas no tuvieron resultado alguno; sus miembros no pudieron organizar nada, y habríamos pasado en silencio su formacion á no ser por un incidente del que se ha hablado muy imperfectamente.

La lucha entablada en Francia entre los restos de la antigua clase privilegiada y las demas clases de la poblacion, era observada atentamente desde largo tiempo por fuera, pero sobre todo en Bruselas, no ha mucho ciudad francesa y residencia de un soberano que habia permitido permanecer en ella á la mayor parte de los desterrados voluntarios y á los proscritos de 1815 y 1816. La reaccion y el poder cada dia en aumento del clero, ocupaban en particular la atencion de algunos miembros de esta colonia. La pequeña corte que les daba asilo era protestante; circunstancia que era el objeto de muchas reconciliaciones en las conversaciones de muchos refugiados que tenian relaciones con algunos de los oficiales de la casa del príncipe hereditario, cuyo casamiento con la gran duquesa Ana de Rusia hacia cuñado de Alejandro «Un soberano protestante, hé aquí lo que convendria á Francia» decian á menudo los refugiados. La primera declaracion que tuvo lugar, para sustituir á los Borbones un jefe no católico, la hizo directamente el príncipe de Orange á un desterrado, Mr. Lorois, á quien encontraba frecuentemente en Tervueren, villa de recreo á poca distancia de Bruselas; no tardó en disponerse un plan. Corria el año 1817. Los ciento cincuenta mil hombres de tropas estranjeras que componian el cuerpo de ocupacion quedado en Francia, acampaban en gran parte en la frontera de Bélgica, y abrazaban en sus filas cierto número de regimientos belgas, y un cuerpo numeroso de tropas rusas puestas á las órdenes del general Woronzoff. Con ausilio de este cuerpo y de estos regimientos se trató de decidir el suceso. Pero el conde de Woronzoff, para prestar el apoyo de su ejército á la tentativa, necesitaba una órden de Alejandro; por lo que se convino en enviar á solicitar esta órden á un hombre cuyo nombre y carácter le recomendasen á la confianza del czar. Pensóse entonces en el general Max. Fueron á proponer la mision, á Lamarque, retirado entonces en Amsterdam, dos desterrados, el comandante Brice y el antiguo comisario general de policía en Lyon, J. B. Teste, pero la rehusó protestando los deberes de su reconocimiento hácia el rey de los Paises Bajos. Carnot, refugiado entonces en Varsovia, habitaba á la sazon en Magdeburgo; MM. Teste y Brice fueron á unírsele: «El advenimiento de un príncipe protestante convendria á Francia, les respondió Carnot; estoy dispuesto á presentarme á Alejandro.» Pero no tuvo necesidad de ponerse en camino, pues apenas los dos enviados de los refugiados de Bruselas abandonaban á Magdeburgo, ya Alejandro, advertido indirectamente de los proyectos de su cuñado, despachaba el general Czernicheff á este príncipe para significarle que procurase abstenerse de toda tentativa contra el gobierno real de Francia. «Yo he con-

(1) Los principales miembros de la Union de Paris eran MM. de Lafayette, Dupont (de l'Eure), Voyer d'Argenson, de Corcelles, Mérilhon, Laboy de Pompières, P. L. Courier, Roy, Berenger (de la Drome), Bigonnet, J. B. Say, de Schonen, Baude, Comte y Dunoyer, y se reunian lo mas frecuentemente en casa de MM. de Lafayette, Bigonnet, J. B Say, y Voyer d'Argenson.

tribuido á poner en el trono á Luis XVIII, le hacia decir, y no permitiré que sea derribado; despues de él, veremos.»

Trascurrieron dos años, y los Borbones no habian ganado nada de popularidad: al contrario, la irritacion contra su gobierno, como ha podido verse, era cada dia mas viva y se manifestaba por todos los indicios. Los refugiados de Bélgica, por otra parte, no menos que el príncipe de Orange, no habian abandonado completamente el proyecto de 1817. Mr. Voyer d'Argenson, miembro de la comision de accion, de quien hemos hablado, mantenia correspondencia con muchos de los franceses desterrados en Bruselas. A fines de 1819, un dia en que estaba reunida la comision, anuncia que acaba de llegar de París un oficial superior belga, con comision de ofrecer el ausilio de su general para libertar á Francia de los Borbones, y eximirla de las pretensiones de la antigua nobleza y del clero; como comandante en jefe de todas las tropas de los Paises Bajos, debia atravesar el príncipe la frontera al frente de una parte de su ejército, enarbolar el estandarte tricolor, proclamar la reunion de la Bélgica á Francia, y dirigirse sobre París despues de haber reunido en torno suyo un número suficiente de descontentos; pero pedia dos cosas: la presencia en medio de sus tropas, despues de su entrada en Francia, de algunos hombres de consideracion, diputados y generales que se constituyesen en gobierno provisional, y la promesa de suceder él mismo á Luis XVIII. «¿Consentís en oir á este oficial?» añadió terminando Mr d'Argenson. Los generales presentes vacilaron. «El príncipe de Orange ha combatido contra Francia, decian. Efectivamente, es verdad, pero no oiremos hablar mas de San Luis, de Enrique IV y de derecho divino; reinará por la voluntad de la nacion y no nos abandonará á los sacerdotes,» contestaban otros miembros. Decidióse que se oiria al ayudante de campo. Las proposiciones que traia este enviado eran verdaderas: no solamente dió á conocer las pruebas oficiales de su mision, sino que sus discursos estaban apoyados por estados, estadísticas y planos que fueron discutidos con él en muchas conferencias. Pronto quedó solo para examinar la parte política del proyecto, de lo que se encargó Mr. de Lafayette, pero ya fuese por la repugnancia secreta hácia un cambio que sustituyendo bruscamente el príncipe de Orange á Luis XVIII, no permitia otra combinacion acaso mas personal, ya fuese por otro motivo, lo cierto es que su contestacion se hizo esperar largo tiempo. Estos retardos se avenian mal con la usurpacion de los refugiados en Bruselas; cometieronse algunas indiscreciones, y por inadvertencia, segun dicen algunos refugiados, ó por una confidencia interesada, como afirman la mayor parte, fué advertido el rey Guillermo. Difícilmente podia consentir este soberano en dejar representar á un ejército el papel que le destinaba su comandante en jefe, y en sacrificar á la grandeza de su hijo la suya propia y la mitad de sus estados, por lo que dió al príncipe de Orange la órden de viajar. Poco tiempo despues, como veremos mas adelante, se abrian de nuevo las puertas de Francia á los últimos proscritos, y el proyecto quedó sin efecto.

Mientras uno de los jefes militares de la coalicion, hijo de un rey que ella habia creado, se ofrecia de esta suerte á unirse á los adversarios del gobierno de los Borbones para arrojar por tercera vez á estos príncipes y asegurar á Francia sus libertades, uníanse en Carlsbad los soberanos alemanes para aniquilar no los derechos, puesto que los mas poderosos no habian consentido en ello, pero sí las promesas por medio de las cuales habian podido sublevar en 1813 y 1815 todas las poblaciones germánicas contra Francia, y conducirlas por dos veces consecutivas bajo los muros de París.

Preparada desde 1807, pocos meses despues de la batalla de Jena, por una sociedad secreta, *la union de la virtud (tugend-bund)*, que habia tenido por fundadores al baron de Stein y al ministro de Austria Stadion, y por miembros una multitud de jefes militares y administradores, entre los cuales citaremos á los generales Blucher y Gneizenau y al consejero Justo Gruner, entrados en la sociedad con consentimiento del rey Federico Guillermo, habian verificado la insurreccion alemana de 1813 en nombre de la libertad, de la igualdad y de una especie de patriotismo místico y liberal en que dominaba el pensamiento de la union política de la raza germánica. Doblaron el empuje manifiestos en los cuales los soberanos, invocando la patria, solicitaban á todos los ciudadanos á armarse para su defensa, y anunciaban la convocacion próxima de una representacion nacional; la Alemania, removida hasta sus cimientos, se levantó como un solo hombre y marchó sobre nosotros; sus fuerzas, su sangre, sus bienes, todo lo prodigó en cambio de las solemnes obligaciones de sus príncipes, y la Francia, dos veces abatida bajo el peso de estas masas que arrastraban al resto de Europa en pos de sí, sucumbió dos veces. Obtenida la victoria, asegurados los soberanos en sus tronos y enriquecidos por la conquista sus generales y ministros, solicitaron las poblaciones las libertades prometidas, pero los reyes volvieron entonces en sí y rechazaron estas reclamaciones como manifestaciones sediciosas y revolucionarias. No solamente se apresuraron á abandonar *la union de la virtud* todos los hombres pertenecientes á las clases privilegiadas y la mayor parte de los empleados civiles, como tambien los oficiales del ejército, pero cierto número de estos antiguos miembros de la sociedad trataron de fundar en Prusia una nueva asociacion hecha á imitacion de la institucion de los jesuitas *(Adelskets)* y que tenia por objeto oponerse entonces á la publicacion de las constituciones esperadas y luego conservar el órden antiguo, los privilegios, la demarcacion de las clases, y hasta volver al antiguo sistema militar. Callaron las masas ante esta resistencia y volvieron á caer en el letargo. Solamente los espíritus activos, especialmente los antiguos estudiantes y los discípulos de las universidades, que constituian á su vez una nueva sociedad llamada *Burchenscafft* (union general) (1) resolvieron continuar la realizacion de las obligaciones de 1813. Poco tiempo antes de la formacion de esta última sociedad, en 18 de octubre de 1817, aniversario de la última jornada de Leipsik, los antiguos y otros estudiantes, en número de muchos miles, queriendo unir sus esperanzas de libertad política al recuerdo de la conquista de la libertad religiosa, se habian reunido en el castillo de Wartburgo, célebre por la morada de Lutero, y habian celebrado allí la conmemoracion de esta batalla de Leipsik, mirada por ellos como que habia decidido la libertad de Alemania. Habian solemnizado este aniversario largos discursos, vehementes arengas, himnos patrióticos y numerosos fuegos de alegría, que sirvieron de hoguera á una multitud de obras reputadas por antiliberales, y antifilosóficas, y cuyos autores tenian entonces gran crédito cerca de las cortes de San Petersburgo, de Viena y de Berlin. Hízose notar en esta fiesta, por su palabra á la vez imperiosa y grave, melancólica y apasionada, uno de los actores y oradores de ella, jóven de veinte y cuatro años, dotado de apacibles costumbres, pero de ardiente y exaltada imaginacion. Antiguo estudiante de Tubingen y de Erlangen, y notado por su energía y por su bravura cuando las últimas campañas de la coalicion contra Francia, este jóven, llamado Carlos Federico Sand, habia terminado una de sus arengas con estas palabras: «Un verdadero aleman no debe perdonar sacrificio alguno para la libertad de la patria, y para arrojar de ella á los estranjeros ó á los traidores que recorren impunemente su territorio para predicar en él el poder absoluto, ahogar la libertad en su gérmen y sembrar la discordia entre sus hijos.» Diez y siete meses mas tarde, en 23 de marzo de 1819, presentábase Sand en Manheim en casa de Augusto Kotzebüe, escritor fecundo, aleman de orígen, pero entonces al servicio de la Rusia, y de quien se anunciaba la próxima partida despues de una larga esploracion política al través de Alemania. Introducido cerca del escritor, acércasele Sand alargándole con una mano un papel que contenia estas palabras: «Sentencia de muerte ejecutada contra Augusto de Kotzebüe en 23 de marzo de 1819,» y saca de la otra un puñal que le hunde en el pecho, á cuyo golpe cae Kotzebüe arrastrando consigo á su asesino. A un grito que profirió y al ruido de su caida, acuden su mujer, su hija y una criada, que llegan á tiempo solamente de verle espirar. Levántase en este momento Sand, sale del aposento, y bajando las gradas que guian á la calle, esclama con fuerza: «¡Está muerto el traidor! ¡la patria está salvada! *Vivat Teutonia!*» Rodeado luego por los vecinos y por los transeuntes, atraidos por las esclamaciones de las mujeres de la casa que le persiguen con el grito de ¡asesino! vuélvese Sand hácia ellos, y agitando su arma ensangrentada dice: «Sí, yo soy el asesino, y así es como deben perecer los traidores.» Entonces se arrodilla y levanta sus ojos y manos al cielo, añadiendo con acento inspirado: «Señor, yo te doy gracias por haberme permitido terminar esta accion.» Desabrocha luego su casaca, clávase el puñal en el pecho y cae sin movimiento (2)

---

(1) Los fundamentos de la *Burchenscafft* fueron puestos en 29 de mayo de 1818, en Iena, en una reunion formada por los diputados de catorce universidades de Alemania.

(2) El golpe que se habia dado Sand no era mortal, y al cabo de muchos meses se halló en estado de comparecer ante sus jueces. Condenado al último suplicio por el tribunal de Manheim, sufrió la muerte, en 20 de mayo de 1820, con una firmeza y una tranquilidad de alma que no le habian abandonado un solo instante durante su enfermedad y su larga detencion. Lejos de admitir que hubiese cometido un crimen, no habló Sand, delante de sus jueces, del acto del 23 de marzo sino como una santa inmolacion, diciendo que se habia sacrificado por la felicidad de su país. Una parte de sus compatriotas glorificaron á su ejemplo este asesinato inútil, y vieron solamente en el autor un mártir de la libertad, á quien proclamaron el *Mucio Scevola*, el Bruto de Alemania. La sangre que virtió en el cadalso fué preciosamente recogida inmediatamente despues del suplicio, esparcióse su retrato, y su madre recibió cuatro ó cinco mil cartas de felicitacion.

En vano multiplicó sus investigaciones la comision de informacion instituida por el duque de Sajonia-Weimar, pues al cabo de dos meses, sus investigaciones unidas á las del tribunal encargado de juzgar al acusado no habian podido descubrir el menor cómplice. Disminuia ya en los gabinetes alemanes la sensacion causada por este homicidio, cuando en 17 de julio siguiente, otro estudiante llamado Loening, se introduce cerca de Mr. Ibell, presidente de la regencia del ducado de Nasau, saca un puñal y lo levanta sobre el presidente, quien despues de una prolongada lucha, consigue arrancárselo de las manos. Preso Loening, se suicidó al poco tiempo por medio de un vaso que rompió con sus dientes, y cuyos pedazos tragó. Si la muerte de Kotzebüe hubiese permanecido un hecho aislado, acaso no se habria visto en ella mas que un acto de venganza personal ó de fanatismo individual; pero uniendo este homicidio á la tentativa dirigida contra el jefe del ducado de Nasau, creyóse ver en estos hechos la revelacion de una vasta conspiracion revolucionaria tramada contra el órden político existente; cada gobierno aleman se miró como atacado en la persona de Mr. Ibell, y á invitacion de la Prusia y del Austria convinieron todos los soberanos de la confederacion en abrir en Carlsbad conferencias en las que se decidirian en comun los medios de conjurar el peligro. Algunos dias antes de la época fijada para la apertura de estas conferencias, encontrábase en Tœplitz el rey de Prusia, su primer ministro Hardenberg y Mr. de Metternich, directores políticos reales de la confederacion, y convenian de antemano en las medidas que adoptarian. Esta reunion preparatoria, empezada en 28 de julio, fué terminada en 2 de agosto; y el 6 se reunieron en Carlsbad los representantes de los treinta y ocho estados que componian el cuerpo germánico, á escepcion del ministro de los Paises Bajos (1). Las conferencias abiertas al dia siguiente 7, se tenian como en Aquisgran, sin etiqueta y sin ceremonial, unas veces en la habitacion de Mr. de Metternich y otras en casa de Mr. de Hardenberg. Su resultado, fijado en los últimos dias de agosto, se componia de una serie de resoluciones que se sometieron luego á la sancion de la dieta germánica, constituida por los tratados de Viena en poder ejecutivo de la confederacion y residente en Francfort, que efectivamente las adoptó en 20 de setiembre, formando de ellas cuatro acuerdos que decian: el primero, que la dieta tendria en adelante el derecho de asegurar la ejecucion de sus decisiones, en todos los estados confederados, con ausilio de una fuerza militar fijada por ella, segun las circunstancias, y que deberian suministrar á la primera demanda los estados á quienes fuese pedida; el segundo, que en adelante cada universidad estaria bajo la vigilancia de un comisario estraordinario dotado de las mas amplias facultades, y que sin entremeterse en las doctrinas y métodos de la enseñanza, dirigiria su espíritu, y en caso necesario requeriria no solamente la espulsion de los discípulos considerados como peligrosos, sí que tambien á los profesores incapaces ó imbuidos en malos principios: los profesores y discípulos así escluidos no podrian ser admitidos nunca mas en ninguno de los establecimientos públicos de los demás estados; el tercero obligaba á todos los gobiernos confederados á someter durante cinco años, á la censura mas severa todos los periódicos y escritos publicados en la estension de los lugares de su jurisdiccion; y por último el cuarto instituia en Maguncia una comision estraordinaria de investigaciones, compuesta de siete miembros nombrados por la dieta y encargados de asegurarse del origen y ramificaciones de los manejos revolucionarios, y de las reuniones demagógicas que amenazasen el reposo, ya de la confederacion en general, ya de sus miembros en particular, y de llevar á cabo su represion enérgica. La publicacion de estos cuatro acuerdos fue al señal de las medidas mas violentas; muchos profesores y estudiantes, hasta los que habian tomado la parte mas activa en el levantamiento en masa de 1813, tan fatal á la fortuna y á la independencia de Francia, fueron entonces á pedir á esta generosa y noble tierra una proteccion y un asilo que les dispensó.

Las conferencias de Carlsbad, aunque consagradas al exámen y decision de cuestiones esclusivamente alemanas, no habian dejado de introducir cierta inquietud en esta parte del Rhin, viendo en ella el principio de una coalicion dirigida esta vez contra los intereses generales de la libertad en Europa. Los periódicos de Paris acogieron acerca de las resoluciones de esta asamblea los rumores mas alarmantes. Reproducidos con satisfaccion de los realistas como una amenaza contra sus adversarios, estos rumores irritaban profundamente á estos últimos y acababan de aumentar la agitacion de los espíritus, agitacion que escitaba mas y mas en aquel momento la proximidad de las elecciones para la renovacion de la tercera quinta parte de la cámara.

(1) Las ciudades de Toplitz y Carlsbad, situadas en Bohemmia son célebres por sus aguas minerales. La primera se halla en el circulo de Leimenitz, y la segunda en el de Ellenbogen.

Un decreto del 18 de agosto habia fijado estas elecciones en 11 de setiembre. Los hombres políticos de cada partido, realistas, ministeriales y liberales se habian preparado para la lucha desde muchos meses. De los cincuenta y dos diputados que debian reelegirse, contaban los realistas veinte y tres miembros y el grito de sus periódicos era: «Salvar la monarquía á pesar del gobierno;» las próximas elecciones debian decidir la suerte del trono y de todas las gentes honradas, decian, la revolucion agitaba sus puñales, y los oradores de sus conciliábulos, que trataban de moderado al mismo Robespierre, no ocultaban su intencion de ahorcar á todos los nobles y á todos los sacerdotes. «Sin embargo, vale mas jacobinos que ministeriales,» añadian los mas exaltados con la esperanza de producir una crisis. El ministerio, ó por mejor decir, Mr. Decazes, habia hecho conocer á sus candidatos por medio del nombramiento de los presidentes de cada colegio, y la generalidad se componia de funcionarios. «Nada de facciosos de ninguna clase, adversarios de la carta ó demagogos, sino gentes sensatas, moderadas y adictas al gobierno;» tal era la palabra de órden de todas las circulares ministeriales. La comision central electoral de los independientes, hechos liberales, continuaba en no recomendar á la eleccion de los electores mas que á ciudadanos sin relaciones de ninguna especie con la autoridad, y los generales, los administradores cesantes, en estado de poder ser empleados, estaban obligados á contraer la formal obligacion de no aceptar, durante su mandato, ninguna clase de empleos ó pensiones, ni títulos, ni distinciones de ningun género. Lo propio que en las elecciones precedentes, cada candidatura estaba convenida con los representantes de los electores de los departamentos, y la mayor parte ofrecian la particularidad de que la opinion del candidato presentado era tanto mas pronunciada contra el ministerio, á medida que el departamento en que se hacia la eleccion habia esperimentado antes la reaccion realista. Elegidos Manuel y el general Lafayette en las últimas elecciones, y Benjamin Constant durante la legislatura a causa de una vacante, habian sido enviados á la cámara por la votacion de localidad, donde el destierro, la cárcel y los cadalsos habian hecho gran número de víctimas. En este año renovaba su diputacion el Isere, el departamento que mas desgracias habia sufrido, y sus electores inscribieron en su lista de candidatura el nombre del conde Gregorio, antiguo obispo de Blois. El abate Gregorio era uno de los senadores que obedeciendo en 2 de abril de 1814 á las intimaciones del enemigo, habian proclamado la caida de Napoleon y entregado el trono á los Borbones. Olvidóse su papel en estos tristes dias, para no ver en él sino al antiguo convencional que habia aprobado la condenacion de Luis XVI, al hombre que habia permanecido fiel á algunas de sus convicciones y á quien el gobierno real, despues de su instalacion, habia dejado en la mas completa desgracia. Todo, hasta su título de antiguo obispo constitucional, era para los electores un medio de protesta contra el influjo invasor y cada dia mas altanero del partido religioso.

Llegó por último la hora de las elecciones, y ya en la víspera del dia en que debian abrirse, los penitentes grises, los negros y otras asociaciones religiosas de Aviñon fueron á buscar procesionalmente al prefecto, al alcalde y á las principales autoridades conduciéndolas en el mismo órden á la catedral para pedir al cielo el nombramiento de diputados monárquicos. En Tolosa se hicieron rogativas públicas y predicaciones en todas las iglesias para la eleccion de Mr. de Castelbajac. Tenia este candidato por competidor á un negociante perseguido y encarcelado en 1815 por sospechoso, que en el primer dia tuvo 13 votos, sin obtener sin embargo el número necesario para alcanzar la mayoría. Pero al dia siguiente, 50 votos, los únicos del colegio, dieron á Mr. de Castelbajac la mayoría que necesitaba, y un repique de campanas por espacio de una hora celebró su nombramiento. Una táctica opuesta aseguró en Grenoble el nombramiento del conde Gregorio.

El número de votantes era de 1.020:

El abate Gregoire obtuvo el primer dia.	640	votos
El candidato ministerial.	350	
El candidato realista.	210	
Total igual. . . .	1.020	votos

Ninguno de los candidatos tenia mayoría, los realistas no esperaban obtenerla, pero en cambio de ellos dependia el darla. Dar sus votos á uno y otro de los competidores era para ellos nombrar á un enemigo, pero habia la diferencia que decidiendo la eleccion del conde Gregorio, falsamente calificado de regicida por todos los periódicos de su opinion, suministraban á su partido un victorioso argumento contra la ley de eleccion detestada que hacia tres años los reducia en la mayor parte de

colegios á una impotente minoría, y á sus ojos semejante resultado seria la condenacion evidente de esta ley. Reuniéronse despues en la votacion; una parte rehusó prestarse á esta combinacion, pero los mas animados persistieron en ella. Empezáronse de nuevo las operaciones al dia siguiente y era tal el acaloramiento de la lucha que no se perdió un solo voto, pues los electores se presentaron en el mismo número que la víspera, 1.020, mayoría 511.

El abate Gregorio obtuvo.	547	votos.
El candidato ministerial.	362	
El candidato realista.	110	
Total igual.	1.020	votos.

Quedaba nombrado el conde Gregorio por una mayoría de 37 votos. Habia obtenido 88 mas que en la víspera, y 12 mas por otra parte el candidato ministerial; estos 100 votos eran los de los realistas que completaban, con los 110 dados al candidato de esta opinion, los 210 que habia obtenido este último en el dia anterior.

No salió fallida la esperanza de los electores realistas del Isère, pues un inmenso grito de indignacion y de horror acogió en este partido el nombramiento del antiguo obispo de Blois. «¡Un regicida en la cámara!» esclamaban todos los periódicos» «¡ un sacerdote sacrilego! ¡un obispo revolucionario !» añadian todos los miembros del clero y los hombres religiosos. El dia en que llegó á Paris la noticia de esta eleccion celebrabase una comida de familia en las Tullerías. El conde de Artois y Luis XVIII, desde el decreto que habia arrebatado al primero el mando efectivo de la guardia nacional, no se hablaban una palabra, pero esta vez, al momento de dejar al rey, el príncipe se le acercó y le dijo: «¡Y bien! señor, ¿veis á dónde se os conduce?—Lo se, hermano mio, respondió el rey, yo tomaré mis providencias.» Esta última palabra no implicaba en Luis XVIII una opinion ni una voluntad firmemente asegurada; reinaba este príncipe, pero en aquel momento, como al dia siguiente de su vuelta del destierro y lo mismo que hasta el último dia de su vida, gobernaba otro en su nombre.

El resultado de las elecciones habia echado abajo las previsiones de Mr. Decazes. Sus miradas fijas en el círculo formado en torno suyo por numerosos cortesanos de su favor y de poder, no veian la irritacion que cundia en el seno de las clases medias de la poblacion; las discusiones que acababan de estallar en muchos puntos eran para él el resultado de una efervescencia accidental puramente local: creia que la mayoría del cuerpo electoral, satisfecha de las comisiones contenidas en las leyes políticas publicadas desde tres años, dirigiria la generalidad de sus elecciones á amigos del ministerio, y que la composicion de la cámara no seria modificada sensiblemente. Sin embargo el resultado de las elecciones era: de los veinte y cinco diputados reelegidos, veinte y tres realistas, quince ministeriales y catorce liberales; los realistas habian perdido diez y ocho de los suyos, y los ministeriales, seis solamente habian salido con beneficio los liberales, que habian ganado veinte y ocho miembros nuevos, lo que llevaba su total á noventa. La cámara no contaba mas que doscientos cincuenta y siete diputados, por consiguiente con otra renovacion los liberales tendrian evidentemente la mayoría. Esta perspectiva espantó á Mr. Decazes.

No son la firmeza en las doctrinas, ni la fidelidad á ciertos principios lo que domina á la generalidad de hombres á quienes se da impropiamente el nombre de hombres de estado porque ocupan elevadas posiciones políticas. Si codician el poder, no tienen mas que una regla, el interés de su fortuna. Si están en posesion del poder no conocen mas que una ley, el interés de su conservacion. En diciembre anterior habia precipitado Mr. Decazes la caida del ministerio Richelieu, formado el ministerio existente y modificado profundamente la cámara de los pares, con objeto de mantener la ley electoral; hoy dia esta ley amenazaba su porvenir; por lo que resolvió cambiarla y derribar á aquellos de sus colegas, que fieles á las promesas que él mismo les habia exigido, procuraron sostenerla.

Mr. Pasquier fué el instrumento de que se sirvió para empezar el ataque. Este antiguo ministro redactó una memoria destinada á probar que era imposible la conservacion de la ley electoral. «Las facciones, decia, han introducido en ella mil fraudes, se abusa de las patentes, y favorecen estos fraudes y estos abusos las reuniones de los electores en la cabeza de partido y el nombramiento de diputados por masas de votantes y por lista secreta, el mal es apremiante, imperioso, y el único remedio es un cambio de hombres y de sistema.» Esta memoria fué comunicada por Mr. Decazes á sus colegas en el mismo momento en que ocupaban todavía los ánimos los trabajos del congreso de Carlsbad, y cuando en las recepciones de las Tullerías y en medio de los salones ministeriales, todos los miembros del cuerpo diplomático, sobre todo los embajadores de Prusia y Austria, declaraban públicamente que la ley electoral amenazaba el reposo de Francia y de Europa, y que era necesario modificarlas. Mr. de Serres, irritado todavía por el recuerdo de los últimos debates de la legislatura, y Mr. Portal, administrador hábil é íntegro mas bien que hombre político, se dejaron intimidar; pero el general Dessolles, Gouvion Saint-Cyr y el baron Louis resistieron. No les espantaba a estos últimos una mayoría liberal, al contrario, á su modo de ver semejante mayoría seria un apoyo para el gobierno y le daria fuerza para contener el partido realista, cuyas doctrinas contra-revolucionarias eran el verdadero y único peligro del trono. En esta época veian mejor y mas lejos de lo que se creia, como lo probó el acontecimiento que tuvo lugar diez años mas tarde. La generalidad de los liberales de la cámara, como decian estos tres ministros, no era hostil á los Borbones, y esceptuando á MM. de Lafayette, Voyer d'Argenson, Dupont, (de l'Eure), de Corcelles y Manuel, ningun diputado liberal pensaba en 1819 en un cambio de gobierno; todos aceptaban la restauracion, pero con condiciones imposibles de obtener, con la vana esperanza de que sus príncipes, olvidando los recuerdos de su juventud, sus antiguas prerogativas y los sufrimientos de su largo destierro, sacrificarian todas sus amistades y simpatías, adoptarian los resultados materiales y morales de la revolucion y realizarian en el sentido mas nacional y mas lato todas las promesas suscritas en la carta.

En vano trató Mr. Decazes, en muchos consejos sucesivos, de hacer admitir una transaccion á los tres ministros resistentes, bien que esta resistencia le amedrentaba menos de lo que podria creerse. Obligado, para modificar la ley electoral, á obtener el concurso de los cincuenta ó sesenta miembros ultrarealistas que encerraba todavía la cámara, podia al menos ofrecerles, en cambio de sus votos, el sacrificio del miembro del gabinete que les era mas odioso. Efectivamente Gouvion Saint-Cyr no se habia limitado á desposeer á la mayor parte de los antiguos emigrados y generales de corte, de sus mandos territoriales ó de sus regimientos, y á imponer á todos los jóvenes entrados en el ejército, ya fuesen hijos de antiguos grandes señores, ya de simples trabajadores, el inflexible nivel de su ley de ascenso; sino que además acababa de cerrar la última salida que quedaba abierta, en la carrera de las armas, al privilegio ó al favor. No habia condicion para ser admitido en las cuatro compañías de guardias de corps, admision que conferia el grado de subteniente, pues un decreto del 28 de abril (1819) habia establecido que desde aquella hora en adelante, se sacaria esta tropa privilegiada de los discípulos de la escuela militar aprobados en su exámen de salida, ó de los sargentos del ejército que tuvieran cuatro años de servicio y dos de grado.—Por otra parte el título de presidente del consejo de que estaba revestido el marqués Dessolles, escitaba la codicia del ministro de la gobernacion, que teniendo la omnipotencia, deseaba sus honores y prerogativas. Celebróse un último consejo de gabinete, en el cual se propuso llanamente la cuestion: Mr. Decazes, de Serres y Portal se pronunciaron por la modificacion de la ley electoral, y el general Dessolles, Saint-Cyr y el baron Luis persistieron en querer su conservacion. Solamente la autoridad de Luis XVIII podia hacer cesar esta division, por lo que se le presentó la cuestion. Once meses antes el monarca, colocado entre Mr. Decazes y la mayoría de su consejo, no habia podido poner en la balanza mas que una cita tomada de César; esta vez tuvo una idea y declaró que participaba de la opinion de Mr. Decazes. MM. Dessolles, Gouvion Saint-Cyr y Luis hicieron renuncia inmediatamente de sus carteras.

El ministerio que acababa de disolverse era el mas liberal de todos los que habian existido despues de la vuelta de los Borbones, y su caida señaló el término del progreso político en la primera mitad de la segunda restauracion. Gouvion Saint-Cyr acabó de redimir en ella sus faltas de 1815. Para reemplazar á este último eligió Mr. Decazes al general Latour-Maubourg, entonces embajador en Londres, que aceptó. Mr. Roy consintió en tomar de nuevo la cartera de hacienda. La necesidad de proveer á Mr. Pasquier, que con su nota en la mano reclamaba enérgicamente la recompensa, podia llegar á ser un embarazo; Mr. de Serres creia conservar la cartera de justicia, y por su parte Mr. Decazes, aunque tomaba la presidencia del consejo, tendia á conservar, en vista del trabajo de las elecciones, el ministerio de la gobernacion, por lo que Mr. Pasquier, antiguo consejero en el parlamento de Paris, se acomodó, á falta de otra cosa mejor, la sucesion del teniente general Dessolles, y renunciando á su antigua toga de guardasellos tomó la casaca y espada de ministro de negocios estranjeros.

En 19 de noviembre publicó oficialmente el Monitor estos estraños arreglos. En tiempo de la antigua monarquía el poder absoluto del

príncipe había trasformado un dia á Mr. de Sartines, teniente de policía de París, en un ministro de marina; al reinado de Luis XVIII, rey constitucional, estaba reservado presentar un espectáculo mas singular todavía, pues se hallaban ministros en el mismo gabinete dos sucesores de Mr. de Sartines. Por un estravagante capricho de su desatinado favoritismo, el primer prefecto de policía de la restauracion, confiriéndose á sí mismo el título de presidente del consejo, acababa de darse por colega en el ministerio de relaciones esteriores al último prefecto de policía del imperio.

Esta revolucion ministerial había hecho trasladar al 29 de noviembre la apertura de la legislatura, fijada en un principio al 15; verificóse la solemnidad con el ceremonial acostumbrado, pero una multitud mucho mas considerable que de costumbre llenaba todas las avenidas del palacio legislativo, y ocupaba las tribunas del salon de sesiones. El discurso de la corona, decian, anunciaba en la ley electoral y en la carta misma los cambios cuya proposicion habia motivado la disolucion del último gabinete. Este discurso realizó los temores públicos, pues contenia estos párrafos:

»Preocupa todos los ánimos una inquietud vaga, pero real, y cada uno pide en la actualidad promesas de su duracion. La nacion goza solo imperfectamente de los primeros frutos del régimen legal y de la paz, porque teme verlos arrebatados por la violencia de las facciones; alármase por su ardor de dominacion y se espanta de la espresion demasiado clara de sus designios. Todos los temores, todos los deseos indican la necesidad de una nueva garantía de reposo y de estabilidad. La Francia, para estar segura de sí misma, para tomar de nuevo entre las naciones el rango que debe ocupar tanto por su interés como por el de aquellas, necesita poner su constitucion al abrigo de sacudimientos tanto mas peligrosos en cuanto se repiten con mayor frecuencia.

»En esta conviccion, he fijado la atencion en los pensamientos que hubiera ya querido realizar, pero que deben ser probados por la esperiencia y recomendados por la necesidad. Fundador de la carta á la que están irrevocablemente unidos los destinos de mi pueblo y de mi familia, he conocido que si hay una mejora que exijan estos grandes intereses y la conservacion de nuestras libertades, y que solo modificaria algunas formas reglamentarias de la carta para mejor asegurar su poder y su accion, á mí me toca proponerla.

»Ha llegado el momento de fortalecer la cámara de los diputados y de apartarla de la accion anual de los partidos, asegurándole una duracion mas conforme á los intereses del órden público y á la consideracion esterior del estado; este era el complemento de mi obra.»

Si para los hombres políticos reunidos en el salon no dejaban lugar á ninguna preocupacion las modificaciones anunciadas en la carta, la atencion de cierto número de espectadores se habia dirigido á otro objeto; sus miradas buscaban al abate Gregorio en los bancos reservados á los diputados, pero en vano se fijaban en la fisonomía de cada uno de los miembros sentados en aquella parte del salon. En tiempo de la restauracion, la corona, no sabemos por qué privilegio ó por qué tolerancia que sigue aun hoy dia, se reservaba el derecho de enviar á cada miembro de las dos cámaras una carta de convocacion llamada «carta cerrada,» cuya presentacion era necesaria para asistir á la sesion real, y ninguna carta cerrada se habia dirigido al abate Gregorio. Pero la dificultad se habia solamente retardado; pues por el mero hecho de eleccion, la cámara debia pronunciar forzosamente sobre la admision ó esclusion del elegido. El debate tuvo lugar en 6 de diciembre. Mr. Becquey presentó el dictámen de la comision encargada de examinar la validez del nombramiento; despues de haber espuesto que el artículo 42 de la carta solo permitia á los electores elegir la mitad de los diputados entre los elegibles domiciliados fuera del departamento, y que teniendo el Isère cuatro diputados, MM. Francais (de Nantes) y Sapey, nombrados antes que Mr. Gregorio, y que ejercian uno y otro sus derechos políticos en Seine-et-Marne, el derecho acordado por el artículo 22 de la carta á los electores del Isère no podia por este motivo estenderse mas; y el relator añadia que el nombramiento del conde Gregorio, domiciliado en París, y nombrado el cuarto, era inconstitucional y debia ser anulado.

Los realistas habian anunciado públicamente la intencion de proponer la esclusion por causa de indignidad. Queriendo evitar el acaloramiento y los estallidos de un debate en el que intervendria necesariamente el nombre de Fouché y su presencia en los consejos de Luis XVIII, en la época de la vuelta de Gante, el ministerio se habia puesto de acuerdo con la comision para reducir la cuestion á los términos que acabamos de reproducir, pero sus esperanzas salieron fallidas. Apenas habia abandonado la tribuna Mr. Becquey, cuando MM. Lainé, de Labourdonnaie, Corbière, Benoit y otros veinte diputados realistas se levantaron con precipitacion y pidieron la palabra. De los bancos liberales salen violentos gritos de: «¡A la votacion! ¡las conclusiones del dictámen!» Estalla al momento un tumulto respetuoso en la cámara, elévanse clamores de todos los puntos del salon, crúzanse y se confunden las mas vehementes interpelaciones; levántanse los diputados de los dos estremos opuestos del círculo y corren á la tribuna, las escaleras que conducen á ella se llenan de miembros que tropiezan unos con otros, se aprietan y hablan todos á la vez; una multitud de voces profieren estos gritos: «¡Dejad hablar! ¡Silencio!»

¡Decencia, señores, dignidad! En vano trata el presidente de dominar el desórden, pues durante mas de una hora el ruido de las voces unido al de los cuchillos de madera con que hieren sus pupitres una multitud de miembros, ofuscan enteramente el ruido de la campanilla. Mr. Lainé, que con largos esfuerzos llegó hasta el centro de la tribuna, despues de haber empezado diez veces, procura inútilmente hacer oir algunas palabras, porque su voz se pierde en esta larga y ruidosa confusion, y si algunas veces parece que se apacigua el tumulto, es solamente para tomar inmediatamente mayor persistencia y fuerza. Cansado finalmente el presidente de su impotencia y cediendo á la fatiga, se levanta, se cubre y declara que suspende la sesion por una hora; al cabo de tres horas ocupa de nuevo su asiento y da la palabra á Mr. de Lainé, que principia de este modo:

«El señor relator ha espuesto los motivos que, segun él, deben alejar de la cámara al diputado cuarto del Isère, y es á causa de su domicilio. Pero hay otro motivo para declarar nula esta eleccion, y es la indignidad del elegido. ¿Se me preguntará cuál es la ley que la requiere? Esta ley para ser ejecutada no necesita estar escrita; no está guardada en los archivos perecederos, no está sujeta al capricho de los pueblos y de los soberanos; sino que conservada en un tabernáculo inmaculado, y al abrigo de las revoluciones de los tiempos y de los lugares, se llama razon y justicia, y en Francia lleva además el nombre de honor.—Háblase del olvido proclamado por el rey, añade el orador, y del artículo de la carta que prohibe toda investigacion de lo pasado. ¿Pero quién se acuerda del cuarto diputado del Isère? ¿Es inquirido el que goce en paz de sus bienes, de sus honores y que publique libremente sus opiniones? ¿No es él el que desprecia la ley de olvido provocando el escándalo?» Despues de haber desenvuelto Mr. Lainé estas consideraciones con gran ardor de conviccion y de lenguaje, terminó con estas palabras. «Voto para que se rechace á Mr. Gregorio por causa de indignidad.» (Aplausos en los bancos realistas y en una parte de los ministeriales.)

Mr. Lainé se habia mostrado vehemente, indignado, pero Mr. de Labourdonnaie fué violento hasta llegar á la injuria: «No podia preverse tanto atrevimiento! esclamó. Ha sido preciso nada menos que se pronunciase el elogio de la convencion por uno de los ministros del rey para que semejante culpable se atreviese á contrarestar la majestad del trono, y para que la revolucion se atreviese á levantar su horrible cabeza (1). La Francia ha impreso el sello de infamia en la frente de estos culpables, condenándoles á la execracion pública, y admitiendo la cámara al cuarto diputado del Isère se declararia su cómplice. Voto para que Mr. Gregorio sea arrojado como indigno y como regicida (2).»

Benjamin Constant, realizando los temores de los ministros, rechazó la cuestion de indignidad poniendo la eleccion del conde Gregorio bajo la doble proteccion de los términos de la carta y del ejemplo dado por el trono: «En 1815, dijo, existia un hombre que no solamente habia dejado en los anales de la revolucion, en sus mas terribles épocas, huellas que conocia la Europa entera, sino que además habia pronunciado el voto fatal, y el rey, señores, llamó á este hombre á sus consejos. Si la eleccion es legal, ¿se atreverá la cámara de los diputados á declarar á la faz de toda la Europa que se haria indigna siguiendo el ejemplo que le ha dado el trono, haciendo lo que ha hecho el rey? ¿Impondrá á la conducta del monarca una censura, que, por ser indirecta, no por eso será menos ofensiva y que llegará á conocimiento de todos nuestros vecinos? Pido que se separe la cuestion de indignidad como un insulto á la conducta real, y que concluyendo esta cuestion peligrosa, nos limitemos á deliberar acerca de la legalidad de la eleccion.»

(1) Alusion á la frase pronunciada por Mr. de Serres en la sesion del 20 de abril precedente.

(2) El abate Gregorio no habia pronunciado la muerte de Luis XVI. Ausente por mision cuando fue juzgado y sentenciado, no figuraba su nombre en ninguno de los cuatro llamamientos nominales que decidieron la condenacion, ni tuvo noticia de ella hasta despues de pronunciada, pero la aprobó en una carta escrita á sus colegas.

Abandonándose Manuel á la argumentacion de los oradores precedentes, dió mas altura á la cuestion, y su palabra se apasionó á medida que se elevaba: «Se ha hablado de escándalo, esclamó, pero ¿qué escándalo mayor que ver hollar la carta y la libertad de las elecciones en el círculo mismo de las leyes? ¿que ver salir alarmas del seno mismo de esta asamblea que deberia ser para todos una garantía de seguridad? Derrámanse lágrimas recordando una terrible catástrofe, pero si es justo apiadarse de tales desgracias, ¿no debera mostrarse tambien alguna piedad por esta Francia abatida con tantos sufrimientos, que habia comprado con tantos esfuerzos y sacrificios el derecho de esperar un poco de reposo, que veia turbado cada dia por incesantes ataques contra el pacto en que descansan todas sus esperanzas? ¿No es tiempo ya finalmente de que no se sacrifiquen siempre el presente y el porvenir á los recuerdos del pasado?»

Los diputados ministeriales y los ministros asistian mudos e inmóviles á esta lucha apasionada. Parecia sin embargo que la cámara esperaba que el gabinete diese á conocer su opinion. Cada vez que bajaba de la tribuna un orador, la mayor parte de los diputados dirigian sus miradas hácia el banco ministerial, hasta que por último el nuevo ministro de negocios estranjeros, Mr. Pasquier, que habia sido colega de Fouché, se levantó diciendo: «Pocas circunstancias hay que puedan ser mas penosas para mi opinion.» Luego, despues de algunas generalidades, añade el ministro: «No es mi intento discutir la validez de la eleccion de Mr. Gregorio, ni el hecho de indignidad, por lo que me limitare á contestar á aserciones inoportunas.» Estas aserciones eran las de Benjamin Constant sobre la presencia de Fouche en los consejos de Luis XVIII. «El rey, dijo con referencia á este asunto Mr. Pasquier, usaba de su derecho dando este grande ejemplo de clemencia, que es digno de todos nuestros respetos y de los de la nacion; pero sin duda que los electores del Isère no tienen el derecho de hacer lo que únicamente pertenece á la majestad real.» Numerosos bravos acogieron esta justificacion, y pronto estallaron nuevos aplausos á las siguientes palabras que pronunció el orador elevando la voz y dando solemnidad á su actitud y á su acento: «Como francés, no quiero injuriar la delicadeza francesa repitiendo los motivos de esclusion ya anunciados contra el candidato. Y vosotros, franceses y diputados, yo os suplico que escucheis la suprema razon que en todos los paises se llama conciencia.»

Un discurso de esta naturaleza no era á propósito para terminar la discusion, por lo que continuó, tomando sucesivamente la palabra MM. Méchin, Corbière, Bavez, de Sallaberry, de Marcellus, Fradin, de Villèle, Courvoisier, Cornet,-d'Incourt y Devaux. «Hasta ahora el crímen no habia pedido ser representado en la cámara, esclamó Mr. Corbière; si se hubiera decidido que es admisible un regicida, la revolucion entera saldria horrible y sangrienta de su tumba. No temo la contrarevolucion. ¡La revolucion es lo que me espanta!» Mr. de Marcellus aludió únicamente al carácter eclesiástico del conde Gregorio: «Un nombramiento de esta suerte, dijo, es un ultraje á la majestad del trono y á la santidad del altar.—¿Se debatirá únicamente en la cámara la cuestion de indignidad? ¿ó bien se votará únicamente la de nulidad por causa de domicilio? Tal fué el objeto de un último y vivo debate, pues la cámara parecia dividida: «Debe admitirse á Mr. Gregorio? hé aquí la única cuestion que puede proponerse, dijo Mr. Ravez; cada uno votará segun sus motivos particulares y su conciencia.» El presidente adoptó este termino medio, á pesar de las vehementes reclamaciones de los realistas, que exigian la enunciacion del motivo de indignidad; tres veces intentó pasar á votacion la cuestion propuesta de esta suerte, pero otras tantas es interrumpido por sus gritos y por las protestas de los liberales que parecen rechazar con igual energía esta especie de subterfugio. Por último el presidente puede pronunciar distintamente estas palabras: «Que se levanten los que son de parecer que no se admita á Mr. Gregorio!» Y se levantan los diputados ministeriales y realistas á los gritos de *¡Viva el rey!* Verificase la contraprueba y no se levanta ningun diputado, pues los liberales habian abandonado sus puestos tumultuosamente. El presidente pronuncia la inadmision de Mr. Gregorio.

Esta votacion, principio de una legislatura que habia de ser la mas tempestuosa del reinado de Luis XVIII, no podia cambiar en nada la posicion respectiva del ministerio y de las dos opiniones que le eran hostiles; la anulacion del cuarto diputado del Isère no daba un solo voto mas á Mr. Decazes, que permanecia aislado con sus diputados funcionarios en medio de dos oposiciones cuyas fuerzas reunidas sobrepujaban á las suyas. Porque por una pretension que fué la debilidad y la irregularidad de su administracion, no se apoyaba este ministro en ningun gran partido político: invocando la carta contra las exigencias de los ultrarealistas; oponiendo el imperio de las circunstancias á las reclamaciones y á las quejas de los liberales; amenazando á los primeros con volverse a los segundos; diciendo á estos que iba á entregarse á aquellos; acordando alternativamente cortas satisfacciones á cada opinion; oprimiendo y zahiriendo á su vez una y otra, llamaba Mr. Decazes imparcialidad al perpetuo movimiento oscilatorio, al que dieron los contemporáneos el nombre de sistema de bascula, y creia subvenir á todas las necesidades del gobierno, obteniendo con ausilio de sus diputados funcionarios una mayoría, aunque no fuera mas que de algunos votos, pero suficiente para darle el presupuesto. Obligado, por su posicion presente, á buscar los medios de hacerse suyas, en ciertas circunstancias dadas, una y otra oposicion, habia hecho adelantar á las dos: ofrecia á los realistas, como una garantía contra toda reconciliacion posible con los liberales, los cambios anunciados por el discurso de la corona en la ley de las elecciones; á los liberales les presentaba, como una prenda de absoluto rompimiento con las pasiones de los ultra-realistas, la reintegracion de todos los pares eliminados en 1815 por haber aceptado aquella dignidad durante los cien dias, como tambien el llamamiento de todos los desterrados, y salvas una ó dos escepciones, de todos los últimos espulsados del reino. Efectivamente se habian llevado á cabo estas dos medidas, y por una de las perpetuas contradicciones que presenta la administracion de Mr. Decazes entre las doctrinas y los hechos, habia abierto de nuevo este ministro las puertas de la patria á la generalidad de los antiguos regicidas, pocos dias despues de la despedida del mariscal Saint-Cyr, del general Dessolles y del baron Luis, al dia siguiente, por decirlo así, de la discusion sobre la eleccion del conde Gregorio.

Estas concesiones iritaban á cada partido contrario: no solamente el regreso de los regicidas parecia á los realistas una medida inmoral, odiosa, una especie de traicion al trono, sí que tambien ni siquiera admitian que Mr. Decazes tuviese derecho de hablar de su vuelta á la doctrina monárquica, cuando sus jefes, permanecidos fuera de los últimos arreglos ministeriales, no tenian una sola cartera en el gabinete. Los liberales por su parte no podian aceptar gracias individuales, fuesen tan numerosas y absolutas como quisiesen, como una compensacion de los cambios anunciados en la ley electoral y en la carta, cambios cuya noticia llevaba todavia la agitacion y la alarma al seno de la poblacion. En todas partes no se oian sino quejas sobre las continuas alternativas de temor ó esperanza que iban cada año á introducir disensiones entre toda clase de ciudadanos. En vano, como habia dicho Manuel, aspiraba la Francia á la calma y estabilidad, pues sus gobernantes no le dejaban seguridad ni reposo, y sus amenazas iban á provocarla incesantemente. Circulaban nuevas peticiones y se cubrian de firmas. Tanto fuera como dentro de la cámara, cada opinion se preparaba para la lucha contra el nuevo primer ministro, que debia caer antes del combate. La fortuna de Mr. Decazes iba á hallarse destruida repentinamente, y derribado él mismo por un suceso que inauguró el año de 1820.

CAPÍTULO X.

Legislatura de 1819-1820. Estado de los ánimos. 13 de febrero: asesinato del duque de Berry; su muerte. Efecto producido por este acontecimiento. Sesion en la cámara; actitud de los diputados. Mr. Clausel de Coussergues propone la acusacion contra Mr. Decazes. Esposicion al rey. Mr. Decazes y Luis XVIII. Consejo en las Tullerias. Sesion del 15 de febrero; presentacion de una nueva ley electoral y de otros dos proyectos para la suspension de la libertad de la prensa y de la libertad individual.—Irritacion de los realistas; amenazas contra Mr. Decazes. Entrevista de Mr. de Vitrolles con el conde de Artois; proposicion para un segundo matrimonio. Síntomas de un movimiento de palacio; consejo de Mr. de Vitrolles; el conde de Artois, el duque y la duquesa de Angulema se presentan á Luis XVIII; piden que se despida á Mr. Decazes; resistencia del rey; se decide la despedida. Separacion de Luis XVIII y de Mr. Decazes.—Nuevo ministerio; Mr. de Richelieu presidente del consejo, y Mr. Simeon, ministro de la gobernacion.—Discusion de la ley sobre la suspension de la libertad individual; sesion del 13 de marzo; Manuel, Benjamin Constant, Mr. Pasquier, el general Foy y Mr. de Corday; desafío entre estos dos últimos. Adopcion de la ley. Discusion del proyecto para la suspension de la libertad de la prensa; discurso de Benjamin Constant; se adopta el proyecto.—Ley electoral. El ministro retira la ley de Mr. Decazes, sustituyendo en su lugar un proyecto redactado de acuerdo con los realistas; tumulto en la cámara en la época de su presentacion. Division en la mayoría ministerial. Discusion general; queda terminada; enmienda de Mr. Camilo Jordan; es desechada; inadmision de una enmienda de Mr. Delaunay (de l'Orne). Primeras disensiones en la plaza de Luis XV; muerte del jóven Lallemand; sesion

del 5 de junio; violencias ejercidas contra los diputados de la izquierda. Nuevas disensiones; marcha de muchos grupos á los boulevards y al arrabal de San Antonio; dirígense luego á las Tullerías; la lluvia los dispersa. Sesion del 6 de junio; la izquierda no quiere deliberar; incidentes; intentos de transaccion; enmienda de Courvoisier. Continuacion de las disensiones; sesion del 10. Votacion de la ley electoral; destituciones; principio de la reaccion. Proceso de Louvel; su condenacion y ejecucion. Ciérrase la legislativa. — Conspiracion militar del 19 de agosto. Reunion en casa de Mr. Merilhou, palabras de Mr. de Lafayette. Suscripcion nacional. Comision directora de 1820. Estado de los ánimos en Paris y en los departamentos en el mes de junio. Proyectos de conspiracion. Reuniones del Bazar Francés. El capitan Nantil; sus proposiciones. Preparativos de conspiracion; llévase á cabo; últimas medidas; plan de los conjurados; retardo de la ejecucion; denúnciase la conspiracion; prisiones.—Nacimiento del duque de Burdeos; gracias de corte.—Elecciones; su resultado; cambio en la composicion de la cámara; apertura de la legislatura; MM. Lainé, de Villèle y Corbière, ministros sin cartera. Nuevos preparativos de resistencia declarada.

1820.— Dos meses y medio despues de la apertura de la legislatura, las cámaras y el público aguardaban todavía las proposiciones de ley destinadas á introducir en la ley del 5 de febrero y en ciertos artículos de la carta, los cambios anunciados por el discurso de la corona. Mr Decazes no sabia cómo redactar una ley electoral que se conciliase con los intereses de su falsa posicion. Decidido á separar á los liberales de las elecciones y á impedirles que obtuviesen la mayoría en la cámara, obligado para llegar á este resultado á valerse de los realistas, y á satisfacer por consiguiente sus exigencias, no queria sin embargo el primer ministro armar á estos peligrosos ausiliares con un poder que pudieran luego volver contra él. Colocado de esta suerte entre dos peligros, adelantado con gran trabajo, y embarazado á cada paso, cada mañana modificaba ó cambiaba, por decirlo así, su trabajo. Durante este tiempo se llenaban de firmas algunas peticiones á favor de la ley del 5 de febrero, llevadas á todas las ciudades y á las aldeas mas cortas, é introducian entre la clase media de todos los departamentos una efervescencia y una agitacion que aumentaban todavía los periódicos realistas, un dia con los cumplimientos ó adulaciones, al dia siguiente con las injurias y ultrajes que prodigaban al primer ministro, segun que los rumores esparcidos en la víspera sobre la obra ministerial fuesen favorables ó contrarios á sus pretensiones. En una palabra, los ánimos estaban violentamente agitados, en todas partes no se oian mas que quejas ó amenazas y se anunciaban golpes de estado y violencias contra los hombres de las dos oposiciones, cuando llegó el 13 de febrero.

En dicho dia, que era un domingo, habia por estraordinario funcion en la Ópera (1); dábase *el Ruiseñor*, *las Bodas de Camacho* y un baile, *el Carnaval de Venecia;* y el duque y la duquesa de Berry habian asistido á ella. Hácia las once de la noche, despues del segundo acto del baile, manifestó la duquesa deseos de retirarse. Quiso el príncipe acompañarla; salió con ella, y llegado cerca del coche estacionado en la calle de Rameau, dió la mano á la princesa para subir á él, diciéndole que no tardaria en ir á juntarse con ella, y se volvió para entrar otra vez al teatro. En aquel instante adelántase un hombre, pasa rápidamente por entre el centinela de la puerta de salida, y Mr. de Clermont-Lodève, gentilhombre de servicio, coge fuertemente al príncipe por la espalda izquierda, y levantando el brazo sobre la espalda derecha del duque, le clava en el pecho, debajo del seno derecho, un instrumento agudo que penetra hasta el puño. En el primer momento, las personas presentes y aun el príncipe no habian visto en el movimiento del desconocido mas que un torpe encuentro de algun curioso indiscreto: «Tened cuidado!» habia dicho á este individuo, rechazándole, Mr. de Choiseul, ayudante de campo del príncipe, pero casi en aquel mismo momento palidece este último, vacila y cae en los brazos de Mr. de Menars, esclamando: «¡Me han asesinado, tengo el puñal!» Acababa de separarlo efectivamente de la herida y lo tenia en la mano; era una especie de verduguillo ó caña de hierro, de siete á ocho pulgadas de largo, muy bien afilado, y le servia de grosero mango un puño de boj.

Al grito del príncipe se habia lanzado la duquesa fuera del coche, y á pesar de la sangre que brotando de su herida se esparcia por sus vestidos, se esforzaba en sostener á su esposo. Condújose inmediatamente al herido al salon dependiente del palco del rey, y allí recibió los primeros ausilios al ruido de los aplausos tributados á las bailarinas y al son de la orquesta, cuyos acentos llegaban hasta él. Entre las dos mil personas reunidas entonces en aquella sala que no debia abrirse mas (1), nadie fué advertido, terminó el baile y cada espectador entró en su casa, sin sospechar que mientras se entregaba á los encantos de una música festiva, á las distracciones de un espectáculo que representaba la loca embriaguez del carnaval, acababa de penetrar la muerte en aquel recinto, y separada la multitud únicamente por el delgado tabique de un palco, salteaba al príncipe á quien pocos momentos antes veian todos mezclarse, jóven y lleno de vida, con sus recreaciones y con sus placeres.

Al desfallecimiento y al desmayo no habian tardado en sucederse en el herido los vómitos. Habiendo reconocido los cirujanos, llamados los primeros, la imposibilidad de conducirlo de nuevo á las Tullerías, se le trasladó del salon del palco real á la sala de la administracion de la Ópera, á una cama, en la que por una coincidencia bastante estraña, habia pasado la primera noche de su morada en Francia. Practicáronse entonces escarificaciones profundas; debilitóse la herida, algunas ventosas hicieron salir sangre en abundancia, y el pecho pareció despejarse, por lo que hubo un momento de esperanza. El duque no se hacia ilusiones: «Estoy muy agradecido á vuestros cuidados, decia á uno de los cirujanos, pero no podrán ellos prolongar mi existencia; mi herida es mortal.» Habíase llevado sin embargo la noticia á las Tullerías, y el conde de Artois, rechazando todos los esfuerzos tentados para detenerle, acababa de llegar al lado de su hijo, acompañado del duque y la duquesa de Angulema, y llegaron despues de él los ministros, los oficiales superiores de la corona y muchos mariscales. Mr. Decazes los habia adelantado á todos, y sujetaba entonces al asesino su á primer interrogatorio.

Este hombre, despues de haber herido al príncipe, se habia alejado rápidamente, perseguido por los gritos de algunos de los testigos del suceso; entrado en la calle de Richelieu, acababa de introducirse corriendo en la bóveda del arco de Colbert, y estaba á punto de escaparse cuando privándole el paso un coche de alquiler, amainó su carrera, y permitió al centinela que se habia lanzado en su persecucion y que le perdia ya de vista, percibirle de nuevo, alcanzarle, y cogerle por el cuerpo, con ayuda de un mozo de café; pero no opuso ninguna resistencia. Conducido al cuerpo de guardia colocado debajo del vestíbulo de la Ópera, es presentado al conde Clermont-Lodève, que le dice: «Monstruo, ¿quién ha podido inducirte á cometer semejante atentado?—El deseo de libertar á la Francia de uno de sus mas crueles enemigos.—¿Quién te ha pagado para llevarlo á cabo?—¡Pagado! contestó el asesino levantando sucesivamente la cabeza con una especie de altivez ofendida; no me ha pagado nadie.» Pocos instantes despues compareció Mr. Decazes acompañado del prefecto de policía, del procurador general, de Mr. Pasquier, ministro de negocios estranjeros, y de Mr. Simeon, subsecretario de estado en el ministerio de justicia. Preguntado el asesino por su nombre, su profesion y su domicilio, contestó que se llamaba Luis Pedro Louvel, que habia nacido en Versalles, que tenia treinta y seis años y medio de edad, que era mozo guarnicionero en casa del guarnicionero del rey, y que se alojaba en las pequeñas cuadras de la plaza del Carrousel.—¿Quién os ha inducido al crímen que acabais de cometer? le preguntó Mr. Decazes.—Mis sentimientos y mis opiniones.

—¿Cuáles son estas opiniones y estos sentimientos?—Mis opiniones son que los Borbones son tiranos y los mas crueles enemigos de Francia.

—Suponiendo esto, ¿por qué habeis atacado con preferencia á monseñor el duque de Berry?—Porque es el príncipe mas jóven de la familia real, y el que parece destinado á perpetuar esta raza enemiga de Francia.

—¿Teneis algun arrepentimiento de vuestra accion?—Ninguno.—¿Teneis algun instigador, algun cómplice?—Ninguno.»

Durante este interrogatorio, platicaba el príncipe con su confesor, y recibia luego los últimos abrazos de su hija legítima *Mademoiselle*; al poner las manos sobre ella para darle la bendicion le dijo: «¡Pobre ni-

(1) En aquella época, como en la actualidad, los dias ordinarios de representacion eran los lunes, miércoles y viernes de cada semana; y el 13 de febrero de 1820 caia en el domingo de quincuagésima.

(1) Esta sala estaba situada en la calle de Richelieu, frente de la Biblioteca real; fué demolida y se acordó reemplazarla por una capilla espiatoria que no se terminó. Las construcciones existentes en tiempo de la revolucion de julio fueron destruidas, y el terreno convertido en una pequeña plaza, en cuyo centro se eleva una fuente, acaso la mas graciosa que existe en Paris.

(2) Esta cama pertenecia á Mr. Grandsire, entonces secretario de la administracion de la Ópera, que habitando en Cherburgo en la época de la primera restauracion, la habia prestado para dormir el duque de Berry cuando su desembarco en este puerto en abril de 1814.

na, quiera Dios que seas ménos desgraciada que todos los de mi familia (1)!» Habia hecho pedir tambien á dos hijas naturales, nacidas durante su permanencia en Inglaterra, y le fueron presentadas. Su esposa la duquesa no habia querido abandonarle un solo instante, estaba presente y el príncipe se las recomendó, y ella abrazándolas prometió adoptarlas. En aquel momento le sobrecogieron de nuevo los vómitos con mayor violencia. Eran cerca de las cinco de la mañana, y no se habia dado al rey la menor noticia del suceso; determinóse dárselo á conocer y no tardó en presentarse Luis XVIII. A la vista de su tio pareció reanimarse el moribundo, y sus primeras palabras besando la mano del rey, fueron para pedir gracia para el hombre. Luis XVIII evitó toda respuesta, pero el príncipe insistió de nuevo: «Espero que sobreviviréis á este terrible suceso, le dijo el rey, y entonces hablaremos de ello, el asunto es importante y vale la pena de ser examinado muchas veces.» En aquel instante, sintió el príncipe que se apoderaba de el un desfallecimiento: «Es mi ultima hora,» dijo, y pidió que le volviesen del lado izquierdo; se le obedeció, perdió el conocimiento y espiró. Acercándosele entonces Luis XVIII le cerró los ojos. Eran las seis y media de la mañana.

La noticia cundió rápidamente por Paris, y la sensacion que causó se resintio de la agitacion de los ánimos, por lo que fué muy diversa; la parte tímida de la clase media la acogió con penosa sorpresa; los adversarios mas ardientes de la restauracion y de sus principes, vieron solamente en el suceso la muerte de un enemigo; los hombres políticos de la opinion liberal que preveian una reconciliacion entre sus adversarios y el gobierno, y una reaccion probable contra las leyes obtenidas durante los dos ministerios precedentes, se mostraban inquietos y tristes; el dolor de los realistas fué desde entonces una especie de consternacion que degeneró bien pronto en furiosa cólera contra los hombres cuyas doctrinas, decian, habian armado la mano del asesino. Hablemos de la emocion de la primera hora. En la segunda mitad de la mañana la atencion pública se fijó en la asamblea, en la que cuatro años hacia se habia refugiado, por decirlo así, la vida política del pais. ¿Que impresion producirian en la cámara de los diputados los hechos de la última noche? Todos estaban impacientes por conocer la actitud de las dos oposiciones y del ministerio con respecto al acontecimiento.

Desde las diez de la mañana, se hallaron invadidas las tribunas interiores. Al medio dia se estacionaba una numerosa multitud en las puertas del palacio y refluia hasta los pretiles vecinos; media hora despues empezaron á llegar los diputados á la sala de las sesiones; muchos miembros realistas que ocupaban elevados puestos en la guardia real o en los guardias de corps, y entre otros MM. d'Ambrugeac y de Chabrillant se paseaban al pie de la tribuna, de uniforme y armados. A la una entraron en la sala Mr. Ravez presidente y los cuatro secretarios; el primero llevaba en la mano una cubiera voluminosa sellada de negro y todos llevaban una gasa en el brazo; subieron lentamente á la mesa. A la una y cuarto se abrió la sesion; leyóse el acta, y Mr. Clausel de Coussergues pidió inmediatamente la palabra.

«Señores, dijo en la tribuna con todas las señales de la mas grande emocion, no hay ley que determine la forma de acusacion de los ministros. Pero una proposicion de esta naturaleza debe hacerse en sesion pública y á la faz de Francia. Propongo á la cámara promover un acto de acusacion contra Mr. Decazes, ministro de la gobernacion, como cómplice del asesinato.... »

Al pronunciar estas palabras interrumpieron á Mr. Clausel violentos gritos salidos del centro de la cámara; muchas voces piden su llamamiento al órden, en vano trata por mucho tiempo de dominar el tumulto, hasta que por último consigue hacer oir estas palabras: «Pido desenvolver mi proposicion;» y abandona entonces la tribuna: «Imprudente, le dijo Mr. de Villèle, asi que estuvo aquel en su banco, vuestra proposicion está mal redactada; querer hacer á Mr. Decazes cómplice de Louvel es un absurdo; debia acusársele en términos vagos de alta traicion y de atentado.»

Mr. Ravez sin embargo se habia levantado con precipitacion, y agitando violentamente su campanilla, reclama silencio y dice: «Yo debia creer, señores, que Mr. Clausel de Coussergues habia pedido la palabra solamente para hablar del acta, pues solamente para este objeto especial podia obtenerla. Consulto á la cámara sobre la adopcion del acta.» No pidiendo la palabra ningun diputado, declaró entonces Mr. Ravez adoptada el acta; despues rasgando el carpete del pliego que habia traido añadió: «Voy á cumplir el triste deber de comunicar á la cámara la carta que acaba de dirigirme el presidente del consejo.» Esta carta era la notificacion oficial á la cámara de la muerte del duque de Berry. Cuando el presidente hubo terminado la lectura, apareció en la tribuna Mr. de Labourdonnaie.

«No tomo la palabra solamente, dijo, para pagar un estéril tributo de sentimiento á la pérdida cruel que acaba de sufrir la familia real, sino para presentar á la cámara altas consideraciones sobre el origen del mal.» Acusando entonces el crimen á «las doctrinas revolucionarias, á los periódicos y á sus predicaciones escandalosas y culpables que estravian los cerebros, fomentan nuevas revoluciones, y provocan á los actos odiosos,» añadió: «Los poderes de la sociedad deben responder á la comunicacion del gobierno y manifestar su dolor con medidas fuertes y enérgicas que prevengan un segundo atentado de esta clase. Por consiguiente pido que se dirija una respetuosa esposicion á S. M. para darle á conocer la voluntad enteramente decidida de la cámara de cooperar con energía á todas las medidas necesarias para reprimir las doctrinas perversas que socavan á la vez á todos los tronos y todas las autoridades, atacan á la civilizacion entera y amenazan al mundo con nuevos cataclismos.»

Reemplazó en la tribuna á Mr. de Labourdonnaie el general Foy, que á su vez propuso votar una esposicion al rey: «Pero pido, dijo, que esta esposicion sea consagrada al dolor y que en medio del llanto público no se eleven cuestiones políticas. (Murmullos en los bancos de la derecha.) Sin duda que un acontecimiento de esta naturaleza es deplorable, y sobre todo para los amigos de la libertad; porque no debe dudarse que sus adversarios se prevaldrán de este horrible crimen para tratar de arrebatarnos las libertades que nos ha dado el rey y que quiere conservarnos.» Mr. Corbiere apoya estas observaciones, Mr. de Labourdonnaie retira su proposicion; adóptase la del general Foy, y la cámara se dirige inmediatamente á sus oficinas para nombrar una comision de esposicion cuyo trabajo fue adoptado en seguida en junta secreta.

Esta sesion esperada con tanta impaciencia no habia durado mas que algunos instantes, por lo que dejó engañada la atencion pública; MM. Roy, Portal y Pasquier, únicos miembros del gabinete que se hallaban en el banco de los ministros, habian permanecido silenciosos. Al dia siguiente debia dar á conocer Mr. Decazes las medidas que le parecian dictar las necesidades del momento.

Cuando por la mañana de vuelta en las Tullerías se habia hallado al fin Luis XVIII solo con Mr. Decazes, ambos habian prorumpido en lágrimas: «Hijo mio, decia el rey á su primer ministro, los ultra nos preparan sin duda una guerra terrible; procuran esplotar mi dolor; no es vuestro sistema sino el mio el que atacarán, porque no os odian solamente a vos, sino á mí.» Mr. Decazes contestaba á su señor que una guerra semejante seria tanto mas injusta, en cuanto dispuesto á todos los sacrificios útiles al bien del servicio del rey, estaba presto además á salir del ministerio, por penosa que le fuese por otra parte una dimision que se uniria á un suceso tan funesto. «No, no, esclamó vivamente el monarca alarmado solamente con pensar en este retiro, no saldreis! Exijo que permanezcais. No conseguirán separarnos!» Abandonando Mr. Decazes esta cuestion, anunció al rey la intencion de convocar en el mismo dia á la cámara de los pares como tribunal judicial, de presentar al momento á la cámara de los diputados la nueva ley electoral, y de pedir al mismo tiempo á las dos asambleas la suspension de la libertad de la prensa y de la libertad individual. El proyecto de ley electoral estaba ya redactado, y los otros dos fueron inmediatamente preparados y sometidos por la tarde á un consejo de gabinete, al que asistian, además de todos los ministros, MM. de Fontanes, de Lally-Tollendal, de Breze, Garnier, Portalis y Mounier. Cuando estuvieron reunidos estos diferentes personajes en el gabinete real, Luis XVIII, á quien Mr. Decazes acababa de dar á conocer la proposicion de Mr. Clausel de Coussergues, no pudo contenerse: «Señores, dijo dirigiéndose á todos los miembros de la reunion, los realistas abusan de mí al estremo. Saben que el sistema de Mr. Decazes es el mio y le acusan de haber asesinado á mi sobrino. No es la primera calumnia de esta especie que me dirigen. Quiero, señores, si es posible, salvar á nuestro pais sin los ultra. Busquemos una mayoría escluyendo á Mr. Clausel y Mr. de Labourdonnaie.» Solo de este modo intervino Luis XVIII en la deliberacion; leyéronse los tres proyectos de ley, cuyos términos fijó el consejo definitivamente, y se decidió que se presentarian al dia siguiente.

En 15 de febrero, no se abrió la sesion de la cámara de los diputados hasta las tres; todos los diputados estaban en sus asientos, y la lectura del acta, formalidad que se llenaba de ordinario en medio de la inatencion y del ruido, fué escuchada con un silencio que presagiaba un acontecimiento inesperado. Apenas terminada la lectura, se apresuran á pedir la palabra MM Clausel de Coussergues y Saint-Criq, director general de aduanas; el presidente la concede á este último, que mani-

(1) Esta joven princesa, hermana del duque de Burdeos, está casada hoy dia con un principe de Modena

fiesta su sorpresa de ver consignado en el acta la proposicion de Mr. Clausel de Coussergues, cuando no ha tenido ninguna consecuencia; dice que á su modo de ver es el resultado del odio personal, una calumnia indigna, y pide que se haga constar al menos el sentimiento de desaprobacion que la ha acogido. MM. Cornet d'Incourt y de Castelbajac hacen observar que en el acta se halla ya la palabra *desaprobacion*, por lo que Mr. Saint-Criq retira la proposicion. «Pido, dijo al momento Mr. Courvoisier, que la palabra *desaprobacion* se sustituya con la de *indignacion*, por ser esta la verdadera espresion de los sentimientos de la asamblea.—¡Esto no es verdad! ¡esto es falso!» esclaman MM. de Castelbajac y de Macarthy. Pide de nuevo la palabra Mr. Clausel de Coussergues, no para protestar contra la espresion condenatoria inscrita en el acta, sino para declarar que persiste en su acusacion. «Pongo, dijo, sobre la mesa la siguiente proposicion:

«Tengo el honor de proponer á la cámara que se forme una acusacion contra Mr. Decazes, ministro de la gobernacion, como culpable de traicion en los términos del artículo 56 de la carta.»

»Si la cámara, añade, no quiere oir hoy el desenvolvimiento de mi proposicion, pido que tenga á bien guardarlo para mañana.»

Mr. Benoist: Mr. Courvoisier se ha separado enteramente de la cuestion; el acta no dice que la cámara haya debido manifestar indignacion ó desaprobacion, sino que se limita á contar un hecho, aunque lo cuenta inexactamente. Y en efecto ¿por qué motivo debia la cámara mostrarse indignada? ¿Acaso porque no se ha hecho la proposicion con las formas señaladas en el reglamento ó por la acusacion que encierra? En el primer caso, convendrá Mr. Courvoisier, á pesar de su propension á indignarse, que la cosa vale muy poco la pena. En el segundo, diré que siempre es permitido á un diputado suponer una falta á un ministro. En cuanto al acta, refiere un hecho falso, la cámara no ha deliberado, por consiguiente no ha podido manifestar desaprobacion ninguna, por lo que pido que sea retirada completamente la frase en que se halla esta palabra.

Preséntanse juntos en la tribuna Mr. de Marcellus y Mr. de Saint-Aulaire, padre político de Mr. Decazes, y queda el último en la palabra: «Los remordimientos políticos se han convertido en furores, dijo, las recriminaciones toman el carácter de venganzas, por todas partes parece estallar una guerra contra nosotros. Cuando oí ayer la acusacion dirigida á uno de nuestros colegas, á mi pesar guardé silencio; tuve escrúpulo de retraeros de vuestro dolor, y por otra parte hacia poco caso de una proposicion intempestiva y sin reflexion. Pero toda vez que Mr. Clausel de Coussergues se obstina en reproducirla, toda vez que persiste en esta acusacion, monumento de demencia, me veo obligado á hablar, pero le contestaré con una sola palabra, me contentaré con decirle: «¡Sois un calumniador!»

Un gran número de voces salidas de los bancos ministeriales reclaman que se dé por terminado este incidente; terminan efectivamente, y no rechazando la cámara las proposiciones de MM. Courvoisier y Benoist vota la adopcion pura y simple del acta. Los diputados del centro y los realistas eran los únicos que habian intervenido en este debate, pues los miembros de la izquierda habian asistido como simples espectadores. Inatentos é indiferentes á estas discusiones de personas, preocupábanse únicamente los liberales con las medidas de escepcion que los ministros, segun decian, debian presentar en aquella misma sesion. Hácia las cinco fueron introducidos efectivamente MM. Decazes, Pasquier, Portal, Roy y de Latour-Maubourg. Subió á la tribuna Mr. Decazes; su continente era abatido, su voz débil, de suerte que apenas se le oia, deteníase, por decirlo así, á cada frase, y finalmente pudo terminar la lectura de un nuevo proyecto de ley electoral que se reasumia en las siguientes disposiciones:

El número de diputados, que era de doscientos cincuenta y siete, se elevaba á cuatrocientos treinta, de los cuales doscientos cincuenta y ocho serian nombrados por colegios de distrito y ciento setenta y dos por colegios de departamento. Cada colegio de departamento, compuesto de los ciudadanos de treinta años de edad y que pagaban trescientos francos de contribucion, domiciliados en la circunscripcion, nombraba además de los diputados cuya eleccion le era atribuida, electores escogidos en la lista de los elegibles del departamento, cuya reunion formaba el colegio departamental; el número de estos electores elegidos que no podia bajar de ciento ni pasar de seiscientos, estaba fijado para cada departamento en tablas anejas á la ley. La mitad de los impuestos que formaban el censo electoral, ó de elegibilidad, debia componerse de contribuciones territoriales. Cada elector debia firmar un billete, y conservábase el sistema de las series.

Mr. Pasquier reemplazó á Mr. Decazes en la tribuna, y leyó á su vez un proyecto de ley «destinado, decia, á detener los progresos del azote universal que amenazaba con una subversion entera á la religion y á la moral, á la monarquía y á la libertad, todo órden público y todas las combinaciones sociales.» Este proyecto decia en sustancia que todo individuo sospechoso de combinacion y de maquinacion contra la persona del rey, la seguridad del estado y las personas de la real familia, podria ser preso y detenido en virtud de una órden firmada por los tres ministros.

Durante esta comunicacion, se presentaba Mr. Decazes al Luxemburgo, y sometia á la cámara de los pares un tercer proyecto de ley sobre la libre circulacion de los diarios y escritos periódicos. Esta circulacion estaba suspendida; ningun diario ó escrito periódico podia publicarse sin autorizacion del rey, y el editor que habia obtenido dicha autorizacion, no podia publicar ningun folleto ó entrega antes de haber sometido el contenido á un exámen previo.

Estos proyectos de ley destruian la mayor parte del trabajo político de los cuatro años trascurridos despues del decreto del 5 de setiembre, y ponian un abismo entre los liberales y Mr. Decazes. Este ministro habia esperado sin duda que con estas medidas se ganaria al menos la voluntad de los realistas, pero se engañaba, porque su omnipotencia para los amigos del conde de Artois, era principalmente un crímen, y su caida era lo único que podia desarmarlos. «Aunque el atentado del 13 no haya producido al momento la caida del favorito, escribian los jefes políticos de la congregacion á todos los miembros de los departamentos, no os sorprendais ni atemoriceis; nosotros le arrojaremos del asiento si no se consiente en desterrarle; en el interin, organizaos, que no os faltarán avisos, órdenes y dinero (1).»

La acusacion de complicidad dirigida contra Mr. Decazes por Mr. Clausel de Coussergues, testimonio de un rencor implacable, era menos efectivamente el resultado de un arrebato aislado que el eco de las representaciones y de las amenazas que se oian en todos los salones realistas, pero principalmente en las Tullerías, al rededor de los príncipes, en los guardias de corps y los oficiales de guardia real. Decíase que Mr. Decazes habia vendido la legitimidad y la monarquía á la revolucion; la sangre del duque de Berry era una de las condiciones del negocio; encargado de la policía general del reino como ministro del interior, habia dejado en plena libertad al asesino, y el príncipe habia caido víctima de su indiferencia por el hombre cuya política era tan funesta á la salud y al honor de su familia: «Vereis, añadian los mas furiosos, las informaciones y sumarios contra el asesino serán truncados, ahogado el proceso, y se tomarán todas las precauciones para hacer que ignore la Francia las profundidades de la conspiracion!» Recordábanse además en esta ocasion las amenazas mas bien que proyectos, dirigidas contra el mismo conde de Artois, dos años antes, despues de la supuesta conspiracion de la orilla y en tiempo de su destitucion del mando efectivo de todos los guardias nacionales; efectivamente en esta época se habia incitado seriamente, al lado de Mr. Decazes, la cuestion de saber si seria útil, tanto al interés del trono como al de la Francia, obligar al conde de Artois á salir de Paris y del reino, desterrarle á Roma y declarar al duque de Angulema heredero inmediato de la corona.

Todos estos rumores llegaban á Mr. Decazes, que si en ciertos momentos se mostraba abatido, se irritaba otras veces, y decidido á hacer frente a la tempestad, dejaba discutir á su presencia la posibilidad de una reconciliacion con los liberales. Los diputados de esta opinion habrian consentido fácilmente en sostenerle, y hasta concederle por algunos meses la suspension de la libertad de la prensa y de la libertad individual con la condicion de conservar absolutamente la ley electoral. Dando esta alianza al primer ministro una mayoría considerable, le haria mas fuerte que nunca en las dos cámaras, por lo que dió á conocer que si le apuraban los amigos del conde de Artois, le obligarian á recurrir á este medio. A esta amenaza los periódicos realistas no pudieron contenerse

«¡Podrá creerlo la Europa! esclamó el Diario de los Debates; el ministro cuya policía espanta á los pueblos y á los reyes, omnipotente hasta el dia contra la fidelidad, impotente siempre contra la perfidia y el asesinato, en lugar de arrepentirse, amenaza; en lugar de ir á ocultar sus pesares y su dolor en el fondo de un oscuro retiro, aspira en cierto modo á invadir el mismo trono. Pero ¿acaso este Bonaparte de antecámara nos toma por un pueblo de imbéciles, sin prevision y sin recuerdos? Hace cuatro años que se ha abandonado á este desgraciado pais, como un juguete á manos de un niño perverso, y porque este niño no puede con sus manos débiles tener las riendas del estado, es necesario que los franceses se resignen á vivir esclavos! Esto es comprar muy caro el poder de Decazes.»

En 18 de febrero, el dia mismo en que aparecia este artículo, un paso

(1) Esta circular llevaba el núm. 34.

dado cerca de Luis XVIII por los principales miembros de su familia, decidia la caida del ministro omnipotente.

El conde de Artois, durante todo el dia que habia seguido à la muerte de su hijo, no habia salido. En vano la multitud de personajes, presentes en Paris, á quienes su nacimiento, sus títulos, sus dignidades ó sus cargos los ponian al lado de la corte ó del trono, llenaban las salas de su departamento: S. A. persistia en estar solo: Mr. de Vitrolles, entre otros, se habia presentado dos veces, y percibido en su segunda visita por Mr. de Maille, primer gentilhombre de servicio, fue este ultimo hácia el y le dijo: «S. A. no quiere recibir á nadie, pero ¿no seria necesario que para interes de sus negocios, hablase con alguno de sus amigos? Voy á pedirle si consentirá en veros.» Pocos instantes despues, Mr. de Maillé anunciaba á Mr. de Vitrolles que el principe le recibiria á las ocho de la tarde. Verificóse la entrevista. Mr. de Vitrolles era la primera persona admitida al lado del conde de Artois desde el momento en que habia abandonado este último el cuarto mortuorio de su hijo, y al verle, estendio el principe sus brazos hacia él; Mr. de Vitrolles tomó las manos del conde para besarlas, pero este le abrazó anegado en lágrimas. Despues de algunos instantes consagrados a las quejas del hermano del rey sobre la pérdida cruel que acababa de sufrir, Mr. de Vitrolles le dijo: «La posicion de S. A. es tanto mas desgraciada en cuanto no puede entregarse enteramente á sus lágrimas: sus intereses exigen que de por un momento treguas a su dolor: S. A. no puede permanecer en las Tullerias, porque está en ellas bajo la omnipotencia de Mr. Decazes: está aquí casi humillado, por lo que debe retirarse al Elíseo Borbon. Allí al menos no estará S. A. en contacto con un insolente favorito que le arruina, podrá abrir su casa, ver mas personas, en una palabra, vivir y presentarse mas en publico.» El conde de Artois escuchaba, pero con una especie de distraccion, sin contestar. Mr. de Vitrolles continuó: «No he tocado el punto mas delicado, el mas difícil con S. A. Desde ayer noche, antes de la catástrofe, sabia por el general Montelegier (1) que la señora duquesa de Berry estaba en cinta, pero puede tambien esta vez dar á luz una niña. ¿Que será en este caso de la monarquía? Los de Orleans espantan á los realistas, la dinastía de España puede tambien hacer valer sus derechos: S. A. deberia volver á casarse. A esta palabra el conde de Artois esperimento una especie de estremecimiento: «Qué, dijo, ¿sois vos el que, en tal momento, os atreveis á hablarme de matrimonio? —Mucho siento tener que hacerlo, contestó Mr. de Vitrolles, pero es tal la desgraciada posicion de S. A. que el padre, aun en este momento, debe convertirse en hombre politico, y acordarse que pertenece á la Francia y á la monarquia antes que á su dolor.» Añadió que la mujer que le parecia mas á propósito al hermano del rey era la princesa de Lucques (antigua reina de Etruria); que esta princesa, hija del rey de España Carlos IV, y casada en primeras nupcias con un príncipe de la familia de Borbon, tenia un hijo de veinte años, á quien se llamaria á Francia, y que nombrado desde luego coronel de un regimiento de la guardia y encargado despues de mandos mas importantes seria para los realistas un pretendiente de la sangre de Luis XIV, con el cual tendrian á raya á los de Orleans y cuyo acontecimiento se decidiria en caso de necesidad por una simple accion de la guardia real.

El conde de Artois, que hasta entonces no habia fijado su atencion, concluyó por seguir estos desenvolvimientos con marcado interés, y hablaba todavía Mr. de Vitrolles, cuando el príncipe habia cambiado completamente el curso de sus ideas, y absorviéndole del todo esta salida inesperada, dirigió preguntas á su interlocutor sobre la edad, el físico y las costumbres de la princesa (2). A las once duraba todavia la conversacion sobre este asunto, y entonces Mr. de Vitrolles pensó en retirarse; habia llegado con la idea de pedir al príncipe, para el duque de Bellune, general mayor de servicio de la guardia real, una palabra que le pusiese en estado, en un caso imprevisto, de obrar cerca de este mariscal. En el momento de retirarse, dijo descuidadamente al hermano del rey: «Hubiera querido obtener de S. A. para el duque de Bellune una palabra que me permitiese verle de su parte. —Para esto no teneis necesidad absolutamente de una palabra mia, si teneis que hablarle podeis serviros de mi nombre,» respondió el conde de Artois sin otra esplicacion. Mr. de Vitrolles no se atrevió á insistir. Al dia siguiente se presentó á la duquesa de Angulema para darle á conocer el consejo de un segundo matrimonio que habia dado al padre político de esta princesa. Lejos de mostrarse ofendida por esta insinuacion, como podia temerlo, le dijo la duquesa que aprobaba de antemano todas las medidas que pudiera tomar el padre de su marido en interés de la monarquía. En el mismo dia comunicó el conde de Artois al corto número de personas admitidas á su lado, la conversacion que acabamos de esponer. El proyecto de un nuevo matrimonio del hermano del rey, proyecto que debia hacer abandonar bien pronto la caida de Mr. Decazes y luego el nacimiento del duque de Burdeos, mereció la aprobacion de todos, y Mr. de Chatheaubriand preparó al público realista para este suceso, por medio de un artículo firmado por el, y que publicaron los dos órganos mas acreditados de esta opinion (1).

Aumentaban sin embargo la irritacion contra Mr. Decazes la permanencia de este ministro en su omnipotencia, su continua presencia en las Tullerías, y dos visitas hechas por él al conde de Artois, que como todos los caracteres debiles le habia hecho una acogida tanto mas agradable, en cuanto se sentia mas amenazado. Indignábase la corte por su obstinacion en conservar el poder, obstinacion que calificaba de audacia, y sus visitas al padre del duque de Berry parecian el colmo de la insolencia y de la perfidia. «Nosotros le arrojaremos de su puesto,» habian escrito en los departamentos los jefes políticos de la congregacion, ayudantes de campo de S. A. ó diputados. El estado de los ánimos en las compañías de guardias de corps, en los estados mayores de la guardia real y en los salones del castillo, parecia anunciar efectivamente que se iba á recurrir á la violencia. En la mañana del 18, cuatro dias despues de la muerte del duque de Berry, se presentaron á la habitacion de Mr. de Vitrolles muchos coroneles de la guardia real, y le dijeron: «Las cosas no pueden permanecer así por mucho tiempo, el reinado de Mr Decazes no puede prolongarse, es preciso que termine. ¿Acaso S. A no nos dará órdenes?» Esta visita persuadia á Mr. de Vitrolles que estaba pronto á estallar la esplosion; quiso prevenirla, por lo que aconsejó al conde de Artois que se procurase la caida del favorito por medio de una accion solemne de familia: «Tanto para el interés de la voluntad del rey como para el de la monarquía, le decia, valdrá mas una salida voluntaria que una caida alcanzada con la violencia.» Decidióse el conde, y pocos instantes despues se reunian con él el duque y la duquesa de Angulema, y los tres se presentaban á Luis XVIII. Acogiólos el rey con agrado y la duquesa de Angulema tomó la palabra:

«Señor, dijo á su tio, marchamos á una nueva revolucion. Conjurad la tempestad mientras es tiempo aun. Vuestro trono tiene necesidad de todos sus apoyos y de todos sus amigos; Mr. Decazes ha herido demasiado profundamente á los realistas para que pueda reconciliarse con ellos; que cese pues de formar parte, y se juntarán todos para socorrer á vuestro gobierno.

»—El conde Decazes, contestó el rey esforzándose en permanecer en calma, ha defendido mi autoridad contra hombres que han podido prestar servicios reales á la monarquia, pero que se sometian mal al freno de las leyes y que se unian públicamente á un partido obstinado en hacerme adoptar una marcha que desapruebo. Esto es lo que debia hacer un ministro fiel. No ha hecho nada, nada ha propuesto, añadió animándose, que no esté conforme á mis sentimientos, á mis principios y á mis órdenes. Que en las cámaras se aparte la voluntad de mis ministros de la mia, es cosa que se concibe, pero en mi familia ¿puede hacerse con sinceridad y sin ofenderme?»

Intervino el conde de Artois diciendo: «Señor, me es imposible permanecer en las Tullerías, si aparece en ellas como ministro Mr. Decazes, acusado públicamente por Mr. Clausel de Coussergues, de complicidad en la muerte de mi hijo; permitame S. M. que me retire al Elíseo Borbon.

Luis XVIII no pudo contenerse por mas tiempo. «Y que, esclamó, cuando es perseguido por una calumnia cuya estravagancia iguala á su atrocidad, ¡quereis que arroje á un hombre que me ha sido tan adicto! Hasta los mismos diputados que le combaten han rechazado esta calumnia con horror, y yo, yo solo pareceria que le doy crédito, ¡cuando exaspera por el contrario todas las facultades de mi alma! Os declaro que no he conocido corazon mas franco, ni dotado de una sensibilidad mas activa y mas verdadera, que el del conde Decazes. Estoy convencido de que hubiera dado su vida por la salvacion de mi sobrino, como él la daria por mí. Respeto los estravíos de vuestro dolor, el mio no es menos cruel, pero no me hara injusto.»

El rey pronunció estas últimas palabras con un acento irritado, y su cara era de color de púrpura. Su hermano, su sobrina y sobrino se decidieron á tentar el ultimo esfuerzo, y adelantándose hácia él, se inclinaron como para echarse á sus rodillas: «Señor, le dijo la duquesa de Angulema con una voz que por la emocion perdia su natural aspereza.

(1) Ayudante de campo del duque de Berry.

(2) María Luisa de Borbon, antigua reina de Etruria, y hermana del rey de España Fernando VII, tenia entonces 38 años.

(1) El *Conservador* y el *Diario de los Debates* del 19 de febrero.

vuestra familia ha sufrido toda clase de desgracias, haced que la union la consuele, no le rehuseis esta gracia. —Yo la pido al rey como un sacrificio á los manes de mi hijo, añadió el conde de Artois.» Luis XVIII acababa de gastar toda su energía, su voluntad y sus fuerzas se hallaban agotadas, por lo que no resistió mas: «Vosotros lo quereis, dijo, pues bien, procuraré satisfaceros.»

Advertido Mr. Decazes de este paso de familia, acudió al momento al lado del rey. Comprendiendo por la agitacion y turbacion de su señor que dificilmente podia sostener este último una lucha mas larga, y que este príncipe estaba vencido, él mismo le hizo observar la imposibilidad en que se hallaba de conducir el gobierno por la senda trazada por el rey, despues del decreto del 8 de setiembre, y habló de la necesidad de su retiro. El aparente abandono que daba Mr. Decazes á este sacrificio, aumentó la emocion de Luis XVIII, que respondió que el dia que se separaria de un ministro tan digno de su afecto, seria el mas doloroso de su vida: «Ah, hijo mio, no es á vos sino á mi á quien odian!» añadió el monarca al pensar que entregado por la soledad y la enfermedad al poder de su hermano y de sus amigos políticos, pronto se veria despojado del simulacro de la iniciativa y del efectivo influjo que con tanto arte manejaba el ministro de que iba á separarse. Volviendo luego á la realidad de su situacion repuso: «Solo veo á Mr. de Richelieu que pueda reemplazaros. «Id á verle, decidle que le aguardo, procurad convencerle de la necesidad del nuevo sacrificio que le pido. En cuanto á vos, me reservo manifestar á aquellas gentes, que no habeis perdido mi confianza.»

El primer movimiento de Mr. de Richelieu, así que se le dió á conocer la proposicion de Luis XVIII, fué una espresion de penosa sorpresa, y declaró que no podia aceptar. «El rey no deberia pedirme semejante sacrificio, dijo; ¿acaso no he hecho bastantes? Déjenme mi reposo, mi tranquilidad, no quiero mas negocios públicos.» Enviáronle sucesivamente á MM. Lainé, de Rayneval y Mounier, pero con la condicion de que el conde de Artois le saldria garante del concurso leal y absoluto del partido realista. En el gabinete de Luis XVIII tuvo lugar una entrevista entre el nuevo primer ministro y el hermano del rey, que prometió, bajo su palabra de gentilhombre, que los hombres políticos, de cuyas doctrinas participaba, y él mismo apoyarian al nuevo ministerio. Al hacer esta promesa el conde de Artois era sin duda sincero, pero se engañaban él y Mr de Richelieu en el valor real de tal promesa. Los jefes de partidos casi siempre mas bien son conducidos que dirigen; y solo se mantienen al frente de la opinion, con la condicion de sufrir el impulso de los que les siguen. A pesar de la palabra del conde de Artois, el sucesor de Mr. Decazes, al querer oponerse al movimiento retrógrado á que le arrastraban sus nuevos aliados políticos, debia, como se verá, hallarse derribado y estrellado por ellos.

No tomó de nuevo Mr. de Richelieu su antigua posicion de ministro de negocios estranjeros, sino que dejando la cartera de este ministerio en manos de Mr. Pasquier, que se reservó dirigir, se contentó con el título de presidente del consejo. Mr. de Serres, ausente de Paris á causa de su salud, estaba reemplazado provisionalmente por el conde Simeon, antiguo consejero de estado del imperio y que tenia el título de subsecretario de estado; dejó Mr. Simeon esta posicion interina y recibió el ministerio de la gobernacion, pero con singular diminucion de influjo; agregósele para la direccion del personal al baron Capelle, personaje enteramente adicto al partido ultrarealista; y para la direccion de la policía al baron Mounier, que gozaba de la íntima confianza del nuevo presidente del consejo. Mr. Portalis reemplazó á Mr. Simeon en las funciones de subsecretario de estado en el ministerio de justicia. Estos arreglos, terminados en 20 de febrero, y publicados oficialmente por el Monitor del 21, consagraban la caida irrevocable de Mr. Decazes. Retiróse este antiguo ministro, colmado de favores del viejo rey; pues no solamente se le confió la embajada de Francia en Londres, cargo al que iba anejo un sueldo de trescientos mil francos y considerables gratificaciones secretas, sino que además Luis XVIII le envió desde luego dos cartas autógrafas en las que le pintaba todo el dolor de su separacion, y le manifestaba su indignacion por las calumnias que le perseguian, con respecto á la muerte del duque de Berry, y en seguida el privilegio del título de duque, escrito tambien enteramente de su propio puño. Estas pruebas de una amistad del todo escepcional solo darian una imperfecta idea del amargo sentimiento que produjo en el monarca este sacrificio. Poco tiempo despues, recibia en audiencia á una señora de la que espondremos mas adelante, no la influencia política, sino el papel de favorita y la posicion de intermediaria entre el jefe real del gobierno y su jefe nominal. Dirigida por los consejos del abate Liautard, cuyo nombre hemos pronunciado ya en otra ocasion, y por uno de los miembros mas revoltosos de la congregacion, Mr. Sosthènes de Larochefoucauld (1), esta señora que pronto habia de reemplazar á Mr. Decazes en el afecto de Luis XVIII, y hacerle olvidar de este monarca tan completamente como lo estaba despues de 1815 Mr. de Blacas, habia sido ayudada en sus primeras relaciones con el rey por el mismo Mr. Decazes. Esposa de un par de Francia, del que vivia separada hacia ya mucho tiempo, y que echándole en cara numerosas faltas, queria privarle de la tutela de sus hijos, iba á implorar contra los derechos de su marido la proteccion personal del soberano. En el momento en que le pintaba el dolor que le causaria la separacion de sus hijos, sordos gemidos la interrumpen, mira á Luis XVIII, que tranquilo pocos momentos antes, parece luchar entonces contra un sentimiento violento; sus ojos se llenan de lágrimas al instante y agitando de repente las manos esclama: «¡A mí tambien me han arrebatado á un hijo! ¡No han tenido piedad, me lo han arrebatado, señora!» añade sollozando el desolado anciano. ¿Cuál era este hijo, objeto de tan dolorosos sentimientos? ¿acaso Luis XVIII habia caido durante su emigracion en alguna de las debilidades tan comunes entre los príncipes? La dama permaneció muda de sorpresa, pero algunas palabras que añadió luego el rey, no tardaron en darle á conocer que el hijo llorado tan amargamente era Mr. Decazes.

Este ministro tenia su principal fuerza en el favor del príncipe, y desprovisto de conviccion política, su única ley eran los intereses de su fortuna. Por una contradiccion comun á los hombres á quienes la pasion del poder, no el sincero amor al pais, coloca en los negocios y en la direccion del gobierno, este ministro, despues de haber hecho entrar la segunda restauracion en la senda del progreso político, acababa de dar él mismo la señal de la reaccion. Sus errores y sus faltas no deben sin embargo hacer olvidar sus servicios; su lucha contra el partido realista y su absoluto poder sobre el monarca resultaron en beneficio del interés general, pues con ayuda de esta lucha y de este crédito fueron obtenidos sucesivamente el decreto del 5 de setiembre, sus alzamientos de destierro, las gracias y las reparaciones individuales que siguieron además de la ley electoral del 5 de febrero, las relativas al reclutamiento y la libertad de la prensa. El decreto del 5 de setiembre fué la obra maestra de su carrera, y cualesquiera que sean los motivos que la hayan dictado, esta medida protegerá su nombre contra los tristes recuerdos de su paso á la prefectura de policía y al ministerio de este nombre en 1815 y 1816.

Su caida calmó momentáneamente á los realistas. «Hace pocos dias os pedíamos una actitud imponente, escribia el comité político congregante de Paris á los afiliados de los departamentos; hoy dia os recomendamos la calma y la reserva mas completas. Acabamos de alcanzar una ventaja decisiva haciendo arrojar á Mr. Decazes. El nuevo ministerio puede prestarnos grandes servicios, por lo que es necesario no demostrarle sentimientos hostiles. Os lo repetimos, calma, sobre todo calma — Es necesario dirigir todos nuestros cuidados hácia las esposiciones (peticiones de las cámaras). Es muy sensible que en este punto nos hayan llevado ventaja los liberales, pues sus esposiciones están redactadas con infernal habilidad. Esto prueba ante todo, cuán bien debe entenderse este partido de un estremo á otro de Francia. Por nuestra parte no dejemos de entendernos. Es necesario que nuestras esposiciones sean numerosas, procurad hacerlas hasta en las mas pequeñas aldeas, y que al lado de los sentimientos de dolor, se encuentre enérgicamente espresada la necesidad de vengar el último atentado, y de aniquilar las doctrinas liberales (2).»

El nuevo ministerio iba efectivamente á esforzarse en justificar las esperanzas de los congregantes; pero con los cuatro años trascurridos despues del decreto de 5 de setiembre, habian cambiado los hombres y la situacion: el terror que en 1815 y 1816 paralizaba toda vida política, habia sido sustituido por una mayor seguridad; no se veia tampoco en las opiniones y en el sentimiento público la indecision y las incertidumbres que existian aun en 1817 y 1818; los debates de la tribuna habian preparado los ánimos á la lucha, se habian reconocido y tenido en cuenta, la clase media conocia su fuerza, así es que tanto fuera como dentro de la cámara, la resistencia iba á ser mas general, mas ardiente y mas decidida de lo que hasta entonces se habia visto.

La primera medida de escepcion que se discutió en la cámara de los diputados fué la suspension de la libertad individual. Los debates abiertos en 6 de marzo afianzaron la alianza íntima que acababa de unir al ministerio al partido ultrarealista, y presentaron un carácter de violencia no usado hasta entonces. La ley, decian los diputados de la izquierda, conduciria á la Francia á los dias de 1815 y 1816, y recordando con

(1) *Memorias* del abate Liautard.
(2) Circular núm. 35.

respecto a este punto los escesos de dicha época, la mayor parte de los oradores liberales oponian á los ministros los ataques que despues del decreto de 5 de setiembre habian dirigido ellos mismos con mucha frecuencia contra el partido cuya ley obedecian, y del que abrazaban las doctrinas y las pasiones. Oyendo Mr. Pasquier estos cargos de versatilidad se sonreia, y si Benjamin Constant y Mr. de Lafayette le acusaban de presentar en la cámara un proyecto de ley, que no era mas que una demanda de brutal arbitrariedad, en la sesion del 8 de marzo, les respondia el ministro de esta suerte:

«Sí, pido la arbitrariedad, pero por dos motivos: el primero, porque cuando se sale de la legalidad, solo debe hacerse por un asunto importante, para llenar un grande objeto, y el segundo porque es necesario que el arbitrio en nada se parezca á la legalidad. No hay inconveniente mayor que el de la arbitrariedad oculta, al paso que la arbitrariedad claramente manifestada puede ser un saludable remedio para grandes peligros.»

Tampoco arredraba en mayor grado á los realistas la contradiccion que manifestaban sus adversarios entre el apoyo que daban al proyecto de ley y sus vehementes protestas de los tres últimos años contra las leyes de escepcion. «Y ¡que importan las palabras y los discursos pronunciados por un hombre público! esclamaba Mr. de Villèle en la misma sesion del 8 de marzo; su conducta y su carácter responden por el.» Los amigos de este diputado y los ministros echaban en cara á su vez á los liberales el haberse manifestado menos hostiles y menos alarmados en la época de las leyes de escepcion pedidas por el ministerio Richelieu-Decazes, en la legislatura de 1816-1817. «¿Pero á quien se otorgaban estos poderes arbitrarios? respondió Manuel en la sesion del 13; ¿era acaso á ministros sometidos á un partido deseoso de venganza? No. El ministerio de esta epoca estaba por el contrario en oposicion á este partido, y con objeto de combatir sus furores le otorgó los poderes que solicitaba. ¿Estamos hoy dia en la misma posicion? ¿Preséntanse los ministros luchando contra los hombres de 1815? ¿No se apoyan por el contrario en ellos enteramente? *(Violentos murmullos en la derecha)* (1). Sí, señores, repite con fuerza el orador, en este partido se apoya hoy dia el ministerio, pues si asi no fuera, no solicitaria leyes de escepcion. Solamente los enemigos de la libertad pueden desear estas leyes, y el ministerio las ha propuesto tan solo porque está seguro de que le apoyarán los enemigos de la libertad.»

Interrumpieron al orador los gritos de ¡al órden! salidos de los bancos de la derecha; levántanse un gran número de miembros realistas, dirigen vehementes interpelaciones á Manuel y se exaltan; precipítase Mr. de Castelbajac en la tribuna y esclama con toda la fuerza de su voz:

«Pido el llamamiento al órden. Hace un cuarto de hora que Mr. Manuel ataca personalmente una parte de esta asamblea. Lo que reclamo está en el interés de la cámara.»

Mr. de Villèle, de pie en su banco, y gesticulando con violencia, apoya esta demanda; los diputados que le rodean levantan confusos gritos, y pronto el tumulto llega á su colmo. En vano agita el presidente su campanilla y reclama inútilmente silencio. Apacíguanse no obstante los gritos y el presidente consigue hacer oir estas palabras: «Mr. Manuel tiene de derecho la palabra para justificarse.»

Manuel: No me retracto de nada. Aun cuando me haya escapado alguna espresion un poco dura, diré que ha espresado mi verdadero pensamiento y creo que puedo gloriarme de ella. Sí, he dicho que el ministerio actual se apoyaba en un partido enemigo de la libertad. Pero vosotros mismos que me echais en cara esta espresion, ¿cuántas veces, dirigiéndoos á este lado (los bancos de la izquierda) habeis dicho que estamos dominados de un espíritu revolucionario que amenaza al trono? ¿Por qué no podemos decir á nuestra vez, que estais animados de un espíritu contrarevolucionario que amenaza á la libertad? (Bravos en la izquierda. Gritos prolongados en la derecha. Mr. de Castelbajac corre á la tribuna, sube á ella y la abandona despues de haber cambiado algunas palabras con el presidente.)

El presidente: Tiene algo que añadir Mr. Manuel contra el llamamiento al órden?

Manuel: Añadiré que no he dicho hoy en esta tribuna sino lo que ocho meses atrás habia dicho uno de los ministros. La mayoría de esta cámara no halló exagerada su opinion y no le llamó al órden, por consiguiente espero la misma justicia.

El llamamiento al órden fué pronunciado por una debil mayoría. Manuel sin abandonar la tribuna, continuó en estos términos:

«La severidad de la cámara no podrá detenerme, ni intimidarme, por lo que diré que el ministerio actual no me inspira bastante confianza para que deposite en sus manos poderes estraordinarios. El remedio del 5 de setiembre ha sido demasiado tardío y pagado demasiado caro para esponernos á tener todavia necesidad de el. En 1816 el ministerio estaba en oposicion con el partido en que á pesar de esto se apoyan los ministros; estos ministros, señores, no vienen ya, como sus antecesores, á decirnos que quieren plantar su bandera en medio de la nacion; son miembros de un partido, y ¡de qué partido! Un miembro (Mr. de Saint-Aulaire) os ha dicho que este gabinete era el único recurso que quedaba a la Francia, y que si tenia lugar una contrarevolucion, seria el la primera víctima. Sin duda, señores, que es muy honroso morir en su silla curul, pero hay otra cosa mejor todavía, y es el no abrir las puertas á los galos.» (Bravos prolongados en la izquierda.)

Benjamin Constant reemplaza á Manuel en la tribuna. El principal argumento de los ministros para decidir el voto de la cámara, consistia en hacer observar que esta ley era una medida de confianza, y que no habian de temer que pudiesen abusar de ella. Además, MM. Pasquier, Simeon y Portalis, que sostenian los tres la discusion en nombre del gobierno, habian ocupado elevadas ó influyentes posiciones en tiempo del imperio, cuando Benjamin Constant, perseguido como amigo de la libertad, huia al estranjero para evitar la persecucion de las autoridades imperiales. Evocando este pasado en su discurso, dijo:

«La confianza no podrá estar en la ley, puesto que, segun lo confiesa el ministro de relaciones esteriores (Pasquier), esta ley no es mas que la arbitrariedad. ¿Estará esta confianza en los hombres? Preguntaré á los señores ministros si es alguno de ellos el que se ha hecho instrumento de un poder que estas medidas declaran hoy dia ó ilegítimo, de un sistema que declaran al presente vituperable; si es alguno de ellos el que ha mandado ejecutar leyes inicuas y duras, que ha tenido deferencias y hasta celo por la autoridad despótica y sus cortesanos; si han ofrecido ellos constantemente el noble espectáculo de una resistencia patriótica y de una inflexibilidad cívica. La contestacion es sencilla; que suban a esta tribuna los señores ministros y con la mano en el corazon nos digan: No, nunca hemos manifestado la menor debilidad por el poder, nunca hemos sido órganos de la menor injusticia, jamás ha salido de nuestros labios ni hemos firmado nunca ninguna órden arbitraria; no hemos alentado el espionaje, ni llevado la delacion á oidos de un señor desconfiado, ni retenido, para complacerle, la inocencia en destierro o en la cárcel; estamos limpios de toda connivencia, hemos probado nuestro valor.... Que pronuncien estas palabras en esta tribuna, y pongo en ellos mi confianza.

»Les propondré un dilema; ó el gobierno precedente era vejatorio, violento é ilegal, ó era legal, moderado y justo. Si era ilegal, vejatorio y violento como lo dicen todos los dias en esta tribuna, y en esto soy de su parecer, ¿deben entonces los agentes mas inmediatos y mas activos de este gobierno reprobado, los que le han secundado, los que le han servido, venir á pedir para ellos y en nombre de otro gobierno una confianza sin límites? ¿Quien nos sale garantes de que lo que han hecho por un señor absoluto, contra una nacion sojuzgada, no lo harán tambien contra esta misma nacion por la faccion poderosa que les domina?

»El general Foy, uno de nuestros honorables colegas, os ha dicho que cualesquiera que fuesen los hombres que subiesen al poder, se verian obligados á marchar por la via constitucional. Los hombres que veo detrás del ministerio, lejos de dejarnos ninguna esperanza de constitucion ó de libertad, me parecen por el contrario esencialmente peligrosos para toda libertad y para toda constitucion. Tres veces en las puertas del poder, otras tantas han sido rechazados por la opinion publica espantada..... (Larga interrupcion en la derecha.) Señores, dijo el orador dirigiendose á los interruptores, vais á arrebatarnos la libertad individual, vais á ahogar la libertad de la prensa, y acaso á desterrarnos bien pronto de esta tribuna por medio de elecciones privilegiadas; por lo que mis amigos y yo podemos deciros, como los cautivos á Tiberio: «Son moribundos que te hablan, déjanos hablar.»

Las trasparentes alusiones de este discurso alcanzaban principalmente á Mr. Pasquier, prefecto de policía por largo tiempo bajo el imperio, que habia desplegado en sus sensibles funciones un zelo que to-

(1) Los diputados que estaban en la cámara presentaban tres divisiones principales: los realistas esclusivos, que estaban sentados á la *derecha* del presidente, los miembros ministeriales detrás de los ministros, enfrente de la tribuna del centro; y los liberales á la *izquierda*. El centro se subdividia ademas en *centro de la izquierda* ó *centro de la derecha*, segun que los diputados sentados en dicha parte de la sala, ocupaban los bancos del lado *izquierdo* ó del *derecho*. Los miembros mas pronunciados y mas resueltos entre los liberales y los ultrarealistas, ocupaban los dos estremos del recinto circular, y su reunion tomaba el nombre de *estremo derecho* ó *estremo izquierdo*.

dos recordaban todavía; cada palabra de Benjamin Constant había herido, por decirlo así, á este ministro, por lo que apareció inmediatamente á la tribuna. «Voy á contestar, dijo, á las inculpaciones personales que el preopinante me ha dirigido. He visto caer el trono de Luis XVI, he visto perecer á mis padres y á mis amigos en la revolucion, y yo mismo he gemido en sus calabozos. Cambió el gobierno, y entonces fuí llamado á importantes cargos; creí que todo ciudadano debia acudir al socorro de su patria, por lo que acepté, y esta época no es la menos honrosa de mi vida. Despues cuando he tenido el poder absoluto, lo he rechazado siempre, la misma opinion conservo hoy dia, soy fiel á mi rey y á mi pais, y mientras parece que se apodera de los ánimos una especie de furor, debo rechazar la anarquía y creo que todos los amigos del trono deben unirse en medio del peligro comun.»

A pesar del laconismo violento y embarazado de esta justificacion, y la estraña pretension del ministro de querer presentar su aceptacion de uno de los mas temibles y lucrativos cargos del imperio, como un noble sacrificio hecho á la patria, los bancos del centro acogieron con bravos la contestacion de Mr. Pasquier. Pidió inmediatamente la palabra el general Foy y dijo:

«Mi honorable colega, Mr. Benjamin Constant, acaba de presentarme como garante de los principios constitucionales de tales ó cuales miembros que vendrian á ocupar el ministerio, y á esto le contestaré que nunca he pensado en salir garante de los principios constitucionales de las personas que designa. He dicho solamente que dado caso que estas personas llegasen al poder, no habria para ellas término medio, sino que se verian obligadas á marchar por la via de los intereses generales, ó bien á dirigirse á una minoría tan débil que solo puede subsistir con los estranjeros y por los estranjeros.» (Violentos murmullos en la derecha.)

»Por los estranjeros hemos tenido el terror de 1815, añade el orador levantando la voz. Si los estranjeros no hubiesen ocupado la Francia en aquella época, habria habido cien insurrecciones. (Nuevos murmullos.) ¿Creereis acaso, señores, que sin esto habríamos soportado cobardemente los insultos, los ultrajes, las atrocidades de un puñado de miserables que hemos despreciado, que hemos visto hace treinta años en el polvo?....»

A la palabra «miserables» se levantan todos los diputados de la derecha y profieren confusos gritos. Uno de ellos, Mr. de Corday, cruza los brazos, y de pié en su banco, dirige estas palabras al orador:

—Sois un insolente (movimiento en toda la asamblea).

El general Foy continuando: «Sí, señores, este partido solo dominaba por el estranjero. Hombres que habian defendido la patria, á cuyo número pertenezco, fueron maltratados y ultrajados. Se ha querido hacernos salir de Francia, me lo han aconsejado veinte veces, pero digo que semejantes escesos no pudieron tener lugar sino con apoyo de las bayonetas estranjeras, y que solo podemos evitar estas desgracias con un ministerio francamente constitucional.»

Las interpelaciones vehementes, las personalidades y los insultos prodigados en esta sesion del 13 de marzo no fueron un hecho aislado en medio de esta discusion, sino que cada sesion tenia, por decirlo así, sus interrupciones apasionadas y su desórden. Al cabo de dos dias estalló un nuevo y violento tumulto con motivo del discurso en que Mr. de Corcelles, una de las numerosas víctimas de la reaccion de 1814 y 1815, refirió los padecimientos que habian sufrido él y sus compañeros de infortunio en las cárceles en que les arrojaran las leyes de escepcion de esta época. Tomó inmediatamente la palabra el ministro de la gobernacion Mr. Simeon, no para contestar á los hechos, sino para pronunciarse contra estas digresiones que calificaba de ociosas, y contra el gran número de enmiendas propuestas por los adversarios del proyecto, quejándose de una táctica que tenia por objeto retardar la votacion de la ley. «Solo queremos ablandar vuestras odiosas medidas» le dijo desde su puesto Mr. Casimiro Périer. Por último en 15, la cámara votó el conjunto de la proposicion del gobierno, que fué adoptada por ciento treinta y cuatro votos contra ciento quince, esto es, por una mayoría de diez y nueve votos, mayoría formada por MM. Pasquier, Simeon, Roy y Portal, ministros, Ravez, ministro de estado, Barrairon, Dupleix de Mézy, Saint-Crig y Becquey, directores generales, Maine de Biron, consejero de estado, Bellart, Bourdeau, Blanquart-Bailleul, Mousnier-Buisson, Mestadier, procuradores generales y muchos otros diputados dependientes de la administracion (1).

No fué menos viva ni menos animada la discusion del proyecto de ley sobre la suspension de la libertad de la prensa. Las disposiciones de este proyecto, mas generales y mas absolutas que las de las leyes de 1814 y 1815, sometian á la necesidad de la autorizacion real y á la censura todos los escritos políticos que salian por cuadernos ó entregas, cualquiera que fuese por otra parte su clase de publicacion, y suprimian desde entonces los escritos semiperiódicos, tales como «la Biblioteca histórica, la Minerva» etc., que desde 1817 á 1819 habian suplido á la esclavitud y al silencio de los diarios. Todas las sesiones de esta discusion tuvieron igualmente sus gritos, sus interrupciones y sus tumultos: cada artículo, cada párrafo disputados punto por punto por los liberales, fueron para ellos objeto de un nuevo debate y de una enmienda; ellos solos ocupaban por lo demás la tribuna, pero en vano hacian resaltar la profunda impotencia de la medida como garantía de tranquilidad interior, impotencia demostrada por las agitaciones de los cuatro años anteriores; en vano Mr. Benjamin Constant en la sesion del 23 de marzo, probaba hasta el peligro de la censura en estos términos: «Suspendiendo la libertad de la prensa se condena el gobierno á no saber nada sino por sus asalariados, esto es, á no conocer nunca sino la mitad de lo que hay, y muchas veces lo contrario de lo que es. Recordad sino los acontecimientos de Lyon en junio de 1817. Estalla una conspiracion verdadera ó falsa, se llevan á cabo centenares de arrestos, la guillotina recorre las campiñas, y se verifican numerosas ejecuciones. Pues bien, el gobierno no sabia á punto fijo de lo que se trataba, él mismo ha convenido en ello, y al cabo de muchos meses, queriendo conocer por último el estado real de las cosas, se vió obligado á enviar un mariscal a este sangriento teatro. Entretanto se habia encarcelado, juzgado, condenado y ejecutado, todo sin saber bien por qué. ¿Hubiera sucedido esto si en el departamento del Ródano hubiese habido un solo periódico libre? Si hubiese existido este periódico, no habria empezado el gobierno por herir sin conocer los hechos, ni enviado luego á dichos puntos para saber si habia tenido motivo de herir! Los diputados ministeriales y realistas no contestaban á estas observaciones, y si algunos de los últimos tomaban algunas veces la palabra, era para declarar, á ejemplo de Mr. de Marcellus (sesion del 21) «que la libertad era el mayor azote que podia caer sobre un pueblo, su perdicion, y de las mas peligrosas pasiones del corazon humano;» ó bien, como Mr. Benoist, se esforzaban no en asegurar la opinion pública alarmada, sino en dar la interpretacion mas amenazadora á las disposiciones generales de la carta. Los oradores de la izquierda estaban unánimes en hacer observar en las nuevas medidas el principio de una política evidentemente contrarevolucionaria: «Se nos habla continuamente de contrarevolucion, dijo Mr. Benoist (sesion del 27) como si estuviera por hacerse; la contrarevolucion está hecha; vivimos en contrarevolucion y por la contrarevolucion. La contrarevolucion ha sido llevada á cabo por la carta.» (Violentos murmullos é interrupcion)—A la derecha. «¡Sí! ¡sí!» A la izquierda: «¡La carta ha consagrado la revolucion!»

«Mr. Benoist: Repito que la carta ha llevado á cabo la contra revo-

(1) Al dia siguiente del en que Mr. de Corday habia dirigido al general Foy las palabras que hemos referido, se encontraron estos dos diputados en el bosque de Bolonia. El general Foy tenia por testigos á MM. de Brigode y de Bondy; el arma convenida era la pistola, y los dos adversarios debian tirar el uno despues del otro. El general Foy, favorecido por la suerte, tiró el primero, pero descargó su arma en el aire, cuyo ejemplo imitó su adversario. El desafio no pasó de esto. Dos dias despues, al abrirse la sesion de la cámara, el general pide la palabra y declara que habia visto con sorpresa y con dolor la interpretacion dada á sus palabras, que hablando de los hombres que treinta años atrás habia visto en el polvo, habia sido su intencion designar á los delatores y á los opresores de 1815, y no á los franceses á quienes habia aprendido á amar combatiéndoles cuerpo á cuerpo, y que vueltos á Francia diez y siete años hacia, habian hallado de nuevo en ella la consideracion que merece el que ocupa una posicion elevada en la sociedad; que ofendido por uno de sus colegas, que á su vez se creia ofendido por el, se habian portado uno y otro como hombres de corazon; que no queria incurrir en el cargo de añadir nuevos motivos de discordia á los que tenian dividido el pais, y que creia que la sangre francesa no debia derramarse sino por la libertad, por el rey y por la conservacion de las instituciones constitucionales.

El lado derecho acogió esta esplicacion con gritos de ¡*bravo!* «El lado izquierdo, añade el Constitucional, el órgano mas acreditado y mas leido de los liberales, permanecen en una silenciosa sorpresa.»

Mr. de Corday reemplaza á su adversario en la tribuna y declara á su vez, que las esplicaciones que acababa de oir la cámara y que el general Foy habia dado ya de antemano á sus amigos y á el mismo, no le dejaban la menor duda sobre los verdaderos sentimientos de dicho general, y que no pudiendo aplicarse la espresion de que se habia servido sino al que hubiese tenido la intencion de insultar á los emigrados, de cuyo numero se honraba de formar parte, dicha espresion no podia por consiguiente aplicarse al honorable general.

«Al abandonar la tribuna Mr. de Corday, añade el Constitucional, va á tomar la mano del conde Foy y parece mostrar con sus ademanes que consiente en olvidarlo todo. El lado izquierdo guarda un profundo silencio.» Para hacer comprender esta vituperacion, debemos advertir que durante la mayor parte de la restauracion los liberales y los realistas no se miraban solamente como adversarios políticos, sino como enemigos.

lucion.» (Una multitud de voces: «¡Nó! ¡nó!» —A la derecha: «¡Es verdad! ¡es verdad!»)

Por tercera vez repite el orador su asercion en medio del mas violento tumulto, y abandona finalmente la tribuna despues de haber declarado con aplausos de toda la derecha, «que la carta, lejos de mantener los principios de la revolucion, los habia positivamente condenado y destruido.»

Tomó inmediatamente la palabra Manuel y dijo: «Hasta aquí la opinion general en Francia veia en la carta la consagracion de los resultados materiales y morales de la revolucion. Hoy dia se dice lo contrario. ¿Se espera haceros aceptar esta nueva doctrina? No, señores; hé aquí lo que se quiere, lo que se aguarda: se quiere la contrarevolucion, pero como la carta puede presentarle obstáculos, y es difícil hacer que no exista, se intenta trasformarla en un instrumento contrarevolucionario.» (Aplausos y bravos en los bancos de la izquierda.) La discusion empezada en 21 de marzo, fué terminada en 30, sin que los liberales hubiesen podido hacer aceptar una sola de sus numerosas enmiendas; el proyecto puesto á votacion fué adoptado por ciento treinta y seis votos contra ciento y nueve (1).

En 27, contestando Manuel á Mr Benoist, habia añadido: «El cambio de la ley lectoral es el lazo, el premio de la alianza del ministerio con sus antiguos adversarios, y para llegar á este resultado sacrifican los últimos á los ministros la libertad del pais, y en cambio los ministros consienten en imponer de nuevo á Francia la mayoría de 1815. Hé aquí el principio, el secreto de la estraña reconciliacion de que somos testigos, he aquí porque se esfuerzan en establecer de antemano que la carta puede amalgamarse perfectamente con los intereses revolucionarios...»

Estas palabras que los hechos debian confirmar bien pronto, habian producido el mayor desórden en los bancos de la derecha: el orador se vió privado de continuar á causa de interpelaciones llenas de cólera é injurias, hasta que por último repuso: «La cuestion estriba únicamente, lo repito, en el cambio de la ley de elecciones. No podeis perdonar á la ley actual, añade dirigiéndose á la derecha, el no permitir ya mas la entrada en este recinto á los diputados de vuestro partido. (Nueva interrupcion; nuevo tumulto.)

Mr. Marcellus, con fuerza: Esto no es un partido.

Manuel: ¿Quiere acaso Mr. de Marcellus que diga una faccion?

Las dos leyes que acababa de adoptar la cámara no eran efectivamente mas que medidas secundarias que desaparecian ó serian prorogadas en la siguiente legislatura, segun se destruyese ó se conservase la ley electoral de 5 de febrero. En la conservacion ó en el cambio de esta ley se hallaba por consiguiente el nudo de la nueva situacion acarreada á Francia por la caida del ministerio Dessolles, el asesinato del duque de Berry y la reconciliacion verificada entre el ministerio y el partido politico ultrarealista; de la discusion que iba á abrirse dependia el porvenir político del pais.

El proyecto electoral presentado por Mr. Decazes en 15 de febrero debilitaba considerablemente el principio de la ley de 1817, pero no la destruia. Si los electores estaban diseminados en colegios de distrito, si cada departamento contaba por otra parte un gran colegio, al menos la eleccion permanecia directa. Estas disposiciones no daban á los realistas mas que una satisfaccion muy incompleta, porque no admitian que hubiese un sistema electoral monárquico posible que no fuese la eleccion indirecta, y el nombramiento definitivo de los diputados por un corto número de electores escogidos entre los mas impuestos de cada departamento. Los liberales por otro lado acusaban á la proposicion ministerial de violar dos veces la carta, doblando el número de diputados y haciendo quinquenal la eleccion, y luego de destruir la igualdad entre los electores creando grandes y pequeños colegios. En la comision encargada de examinar el proyecto de ley estaban en mayoría los liberales, por lo que acordaron con los realistas el proponer su inadmision. Advertido el ministerio de esta resolucion, se apresuró á retirar el proyecto de ley antes que fuese presentado en la cámara el dictámen de la comision; MM. Pasquier y Simeon pusieron inmediatamente manos á la obra, y llamando en su ayuda á muchos diputados realistas, entre otros á Mr. Clausel de Coussergues, improvisaron una nueva proposicion presentada á la cámara en 17 de abril por Mr. Simeon, en calidad de ministro de interior y cuyos artículos esenciales se reasumian en las disposiciones siguientes:

Cada departamento tenia un colegio de departamento y colegios de distrito, cada uno de estos, compuesto de los electores domiciliados en la circunscripcion, elegia un número de candidatos igual al de diputados del departamento; el colegio de este nombre, compuesto de los electores que mas contribuian en número igual á la quinta parte de la lista general, pero que no podia bajar de ciento ni pasar de seiscientos, elegia luego los diputados de la lista de los candidatos nombrados por los colegios de distrito; por último los electores en los colegios de las dos categorías debian escribir públicamente su billete en la mesa del presidente.

Confiando de esta suerte la eleccion de todos los diputados á los diez ó doce mil propietarios mayores contribuyentes del reino, este proyecto de ley ponia evidentemente los futuros nombramientos en manos del partido realista. La lectura fué acogida con viva agitacion y aun no habia abandonado la tribuna Mr. Simeon, cuando ya el presidente, segun costumbre, dijo: «La cámara da acta á los ministros del rey.... *Mr. Estanislao de Girardin*, interrumpiendo: Pido la palabra. — *El presidente*: ¿Sobre qué? —*Mr. de Girardin*: Sobre la inejecucion del reglamento — *El presidente*: No se os concede. — *En la izquierda*, á Mr. Girardin: Hablad; hablad. — *En la derecha*: No: no;» Mr. de Girardin sube á la tribuna. *Mr. de Castelbajac* con fuerza: «No teneis la palabra. — *Mr. de Chauvelin*: Sí, hablad; hablad.» La izquierda en masa pide que se oiga á Mr. de Girardin, toda la derecha se opone; de todos los bancos salen gritos, cruzanse de uno á otro estremo las mas violentas interpelaciones, de todos puntos algunos diputados en pié dirigen á Mr. Girardin ó al presidente palabras que se pierden en medio del ruido, y este último procura hacerse oir: «Siempre que se presenta en la cámara un proyecto de ley, dice, la cámara le recibe y da acta de él...— *En la izquierda*: No se trata de esto. —*Manuel*: Presidid y no discutais.— *El presidente*: No discuto, sino que cumplo mi deber....» El tumulto ahoga la voz de Mr. Rovez y le obliga á detenerse: sin embargo pronto consigue dominar el ruido, y dice: «Hasta el presente no se habia pensado jamás en pedir la palabra en caso semejante...— *Mr. Bignon*: Nunca se habia insultado á la representacion nacional como lo habeis hecho hoy, señor presidente.» El presidente quiere contestar, pero cien voces ofuscan la suya, todos los diputados se ponen en pie y gesticulan; muchos de ellos abandonan su asiento, corren á la tribuna y bajan despues de haber tratado en vano de pronunciar algunas palabras; Mr. de Girardin, que ha permanecido en ella, aprovecha muchos intervalos de semisilencio, para pronunciar, despues de haberlo intentado muchas veces, este principio de frase: «¿El derecho de retirar un proyecto de ley presentado forma parte de la prerogativa real?....» Pero cada vez le impiden continuar los clamores de una parte de la cámara. Por último despues de una hora y media de una lucha inútil contra el desórden, sucumbiendo el presidente á la fatiga, declara suspender la sesion é invita á los diputados á retirarse en sus asientos.... Al cabo de una hora empieza de nuevo la sesion y con ella el tumulto; en vano muchos ministros toman la palabra; cada vez que el presidente quiere fijar la cuestion ofusca su voz el ruido de los puñetazos contra los bancos, y el retintin repetido de los cuchillos de madera sobre los pupitres. Mr. de Girardin que ocupó de nuevo la tribuna, aprovechó de nuevo todos los momentos de semisilencio para repetir este primer miembro de frase: «El derecho de retirar un proyecto de ley presentado....» y cada vez el ruido y las interpelaciones le privan de proseguir. Habia pedido la palabra á las dos, y á las seis de la tarde duraba todavía el tumulto; de todos lados no se oian mas que estas palabras: «Teneis la palabra! No! Hablad! Que se pase á votacion! Se quiere violentar á la cámara! Quiere oprimirse á la cámara! El llamamiento al reglamento! A la cuestion!»—Señores, esclama por última vez Mr. de Girardin, pido á la cámara que tenga á bien escucharme; mi pecho no me permite sostener por mas tiempo esta lucha.» Finalmente á las seis y media, rendida la cámara de cansancio y fatigada le permite hablar, y vuelve á repetir: «¿El derecho de retirar un proyecto de ley presentado está en el derecho de la prerogativa real? Sí, señores, todo mi discurso tendia á probarlo.» (Risa general y aplausos.) Mr. de Girardin baja de la tribuna y va á sentarse en los bancos de la izquierda.

Antes de esta sesion, preludio de una discusion mas tempestuosa todavía que las dos precedentes, Mr. Estanislao Girardin, nombrado prefecto de la Costa de Oro despues del decreto de 5 de setiembre, y destituido recientemente por Mr. Simeon, se sentaba detrás del banco de los ministros; la conviccion política, no la medida que acababa de alcanzarle, le hacia mudar de sitio. Estallaba efectivamente un desacuerdo en las filas de la antigua mayoría ministerial. La presentacion y discusion de las dos leyes sobre la suspension de la libertad individual y de la li-

(1) Este proyecto de ley, como se ha visto, habia sido presentado antes en la cámara de los pares, que lo habia adoptado en su sesion del 18 de febrero. Votada por los diputados en 30 de marzo, fué promulgada la ley en 31, y un decreto del 1.º de abril nombró los censores, cuyos nombres son: los señores d'Andrezol y Mazure, inspectores generales de estudios; Anger, de la Academia francesa; Raoul-Roschette, de la Academia de inscripciones y bellas letras; d'Erbigny y Lageard de Cherval, Lourdoueix y Landrieux, literatos; y Pariset, doctor en medicina.

bertad de la prensa, habian perjudicado ya á esta mayoria, como ha podido verse por el resultado de las votaciones, y el nuevo proyecto de ley electoral acabó de disolverla. Cierto número de miembros que alarmaban, aun para la monarquía, la senda reaccionaria á que la arrojaban los ministros, se reunieron en la izquierda, y el resto obedeciendo al impulso del gabinete, se dirigió á la derecha: los primeros hombres ilustrados, realistas por conviccion, anteponiendo al interés de su fortuna la conciencia y el deber, tenian por guias dos espíritus selectos, inteligencias elevadas, MM. Royer-Collard y Camilo Jordan. Los segundos se componian en su casi totalidad de la turba de funcionarios que, apoyos infatigables de todos los sistemas y de todos los ministros, no tienen otra religion política que la conservacion de sus empleos y de sus sueldos. La cámara iba por consiguiente á hallarse dividida en dos grandes divisiones, cuyas fuerzas se balanceaban. ¿Dónde estaria la mayoría? Nadie podia decirlo, y esta incertidumbre con sus alternativas de temores y esperanzas, debia hacer mas viva todavía la irritacion que fermentaba entonces en todos los ánimos.

La comision encargada de examinar el nuevo proyecto de ley electoral, dió su dictámen en 6 de mayo y concluyó con la adopcion. La discusion empezó en 15; ciento veinte y tres diputados, casi la mitad de la cámara, se habian hecho suscribir para obtener á su vez la palabra; ochenta y nueve debian combatir el proyecto de ley, y treinta y cuatro sostenerla. Abrieron el debate el general Foy y Mr. de Labourdonnaie. Él general Foy reasumió en estos términos el principio que para sus amigos políticos y para él mismo era la base de toda ley electoral: eleccion directa; perfecta igualdad de derechos entre todos los ciudadanos declarados electores por el artículo 40 de la carta. «Nuestra historia, dijo, no es mas que el largo relato de la guerra del tercer estado y del trono contra la nobleza. Desde que esta ha perdido una parte de sus propiedades por haber querido salvar sus privilegios, ha vivido enemiga algunas veces, pero separada siempre de la masa de los ciudadanos. Lloraba cuando los otros se regocijaban, y su alegria ha empezado con nuestros dolores. ¿Debe estrañarse, pues, que haya escitado prevenciones, y que los electores, en sus elecciones, no hayan cesado de separarla? Con las condiciones de impuesto á que se ha sujetado la elegibilidad, solamente son elegibles los grandes propietarios; hoy dia se quiere que sean los únicos electores, y esto es el despotismo, no de un hombre, sino de una clase que constituye el sistema de candidatura del proyecto. Detengámonos, señores, cuando aun es tiempo. Nosotros que no queremos otra carta que la carta, otro rey que el rey, detengámonos para salvar al rey y á la carta. Entregar el trono á la aristrocacia, es irritar al pais y empezar una revolucion, es hacer traicion á la vez al pueblo y al trono.»

El general Foy habia sostenido en este discurso que el gobierno debia buscar su único punto de apoyo en los intereses generales, en medio de la masa nacional; allí solamente, decia, estaban su fuerza y su seguridad; Mr. de Labourdonnaie, por el contrario, no veia salvacion posible para la monarquía sino en la concesion de privilegios considerables á la gran propiedad, y mas todavía; este diputado solo reconocia derechos políticos en esta gran propiedad, y eran tales sus exigencias, que segun él, estos derechos no recibian mas que una satisfaccion muy incompleta en el nuevo proyecto de ley. «Sin duda, dijo, el proyecto que discutimos restituye á la gran propiedad una parte de la influencia que le quitó la ley del 5 de febrero; hacia finalmente concurrir al nombramiento de los diputados llamados para votar el impuesto, á los que están mas interesados en moderarlo. Pero no era menos vicioso en muchos puntos, aun considerado como ley provisional; así, este proyecto da á los colegas de distritos el nombramiento de todos los candidatos, de tal manera que si estos colegios acordaban no presentar mas que hombres peligrosos ó incapaces, la eleccion de los colegios de departamento se reduciria á la esclusion de los candidatos mas facciosos y mas ineptos. La ley no será completa y duradera hasta tanto que el poder electoral, que debe descansar enteramente en la propiedad, será confiado únicamente á un número determinado de electores escogidos entre los mayores contribuyentes.» Señala luego el orador, en el sistema político seguido desde el principio de la restauracion, la raiz del mal que le parece devora á la Francia. «La revolucion, añade terminando, llega á pasos agigantados; pronto habrá reemplazado al oriflama el estandarte tricolor; no se trata mas que de un cambio de opinion; la cuestion para la monarquía es esta: ser ó no ser.»

En 17, Mr. Royer-Collard pronunció contra el proyecto de ley el discurso mas notable de esta discusion, en que la razon mas elevada corria parejas con la mas alta elocuencia, y que fué interrumpido con frecuencia por demostraciones de un vivo entusiasmo; hé aquí sus últimos párrafos: «Lo que se os pide, al querer trasferir atrevidamente las elecciones de la mayoría á la minoría, es no solamente la violacion de la carta, no solamente un golpe de estado contra el gobierno representativo, sino un golpe de estado contra la sociedad, es una revolucion contra la igualdad, es la verdadera contrarevolucion. Que todos lo reconozcan, señores, nuestro suelo político, dominado por tanto tiempo por el privilegio, ha sido conquistado por la igualdad. El privilegio ha bajado á la tumba, de la que ningun esfuerzo humano le hará salir; será el milagro imposible de un efecto sin causa, no podrá dar razon de sí mismo. En vano será votada la ley que se os propone, en vano será ejecutada durante algun tiempo, pues las costumbres públicas la fatigarán, la consumirán, la estinguirán bien pronto con su resistencia, y no reinará, no gobernará á la Francia.»

Á estas consideraciones, tan profundas y tan verdaderas, respondia Mr. Cornet d'Incourt dando al orador el nombre de docto patriarca del liberalismo; Mr. de Puymarin calificándole de antiguo realista cuyo canapé habia sido durante algunos de los últimos años, el centro de las luces administrativas (1); y Mr. Barthe-Labastide, haciendo el elogio de la cámara de 1815, «esta cámara tan calumniada que solo tenia por objeto distinguir á los engañadores, los engañados, los arrepentidos y los incorregibles; que decia con el augusto monarca union y olvido, pero union con los buenos, olvido para los que se arrepienten, y que usaba este lenguaje con los otros; se os advierte que no se castigará mas que mañana; á la primera reincidencia, nada de clemencia, se rasgará el velo y se herirá.» Mr. de Villèle aventuró una respuesta mas formal diciendo: «Mr. Royer-Collard ha supuesto que el proyecto de ley violaba la igualdad. Pero la igualdad ante la ley consiste únicamente en que todos los ciudadanos le estén igualmente sometidos y estén igualmente obligados á llenar las condiciones que exige: la igualdad no escluye de ningun modo los grados gerárquicos en las condiciones exigidas por la ley, pues de otro modo seria entregar la sociedad á la fuerza, á la audacia y á la maldad. Así es que seremos todos iguales ante la nueva ley de eleccion, porque nadie podrá ser elector sin llenar tal ó cual condicion exigida por ella; y solamente habria desigualdad cuando se admitiese á votar á los que escluirá. Esto no es un privilegio que nosotros queramos fundar, sino una institucion; no es una antigua aristocracia que queremos resucitar, sino la influencia de la propiedad. Dícese que la nueva ley será el triunfo de la minoría sobre la mayoría, y esto es cambiar la cuestion, porque no se concede esta influencia á los propietarios en beneficio de su interés propio, sino en beneficio de las buenas elecciones, á fin de consolidar las instituciones políticas Y á la verdad hacer esta division de elecciones á favor del interes comun no es crear un privilegio.»

Estos prodigiosos sofismas eran vivamente aplaudidos por los amigos de Mr. de Villèle; algunos sin embargo despreciaban tales sutilezas: «Si no se hubiera publicado la ley del 5 de febrero, decia Mr. de Wendell, las elecciones de la cuarta serie darian la mayoría á la parte izquierda de esta cámara, y de este modo el trono y el órden social estarian en peligro.» Mr. Pasquier hacia la misma confesion en otros términos: «Se espantan, dijo, de la alianza de los hombres de 1815 con el gobierno; ¿quereis saber el motivo? Voy á decíroslo: es el temor de perecer. La verdadera libertad, señores, es la que ayuda al mas débil; en 1793 los verdaderos liberales defendian á los sacerdotes y á los nobles; hoy dia el verdadero liberalismo consiste en defender el trono amenazado.»

(1) Alusion á la influencia ejercida durante los dos ministerios precedentes por algunos diputados revestidos de elevadas funciones y designados con el nombre de *doctrinarios*.—La palabra de Mr Puymaurin no no era violenta nunca; solo exaltaba al espresar su fé política y religiosa, pocos miembros se mostraban mas inofensivos hácia las personas. Fragmentos del discurso del que acabamos de citar un párrafo darán desde luego una idea del tono agresivo que dominaba en toda esta discusion, los miembros que habia nombrado estaban presentes en la sesion, lo mismo que M. Royer-Collard: «Habia creido, dijo, que los innumerables periodos liberales que se han pronunciado en esta tribuna me habrian demostrado que la ley era mala; he sido aplastado bajo el peso de estas disertaciones, pero no he quedado convencido. Mr. Kératry nos ha dicho grandes palabras: anatomía de la ley, eleccion de la minoría, yugo de los desterrados, soldadura de la carta; todo esto tal vez es muy bello, pero nada he comprendido.—M. Benjamin Constant, que por sus numerosos escritos, sus talentos y la vasta estension de sus conocimientos, pertenece mas bien á la Europa que á Francia, hallará siempre una patria adoptiva en cualquiera parte que pueda llevar su bufete; ha exhalado en esta tribuna la cólera y las espresiones de la difunta *Minerva*; pero ¿como ha olvidado que su familia, y él tambien, estuvo inficionada de nobleza?—Nuestro honorable colega, Mr de Lafayette, es buen padre, buen esposo, escelente amigo y con pena veo que se arroja de nuevo á la carrera de la revolucion para ser por segunda vez su juguete ó su instrumento y preferir sus laureles de la revolucion á los de América; nos ha hablado de la guardia nacional, *su hija mayor*; pero le recordaré que en ciertas épocas que no quiero indicar, no mandaba á esta hija de vida bastante mala, sino que esta hija le mandaba etc.»

Hacia tres años que Mr. Pasquier, los demás ministros colegas suyos, y los comisarios del rey encargados de sostener la discusion, no habian cesado de combatir á favor de la ley del 5 de febrero; todos hasta entonces habian rechazado con la mas viva energía los infatigables ataques de los realistas contra esta ley, y no habia uno solo que desde 1817 no hubiese declarado veinte veces que la eleccion á dos grados o el sistema de las candidaturas violaba la carta, ultrajaba el buen sentido público, y amenazaba los intereses del pais como tambien al trono. En la actualidad abrigándose los mismos hombres detrás de la necesidad política, de la esperiencia de los hechos y los progresos de su razon, declaraban falsas y peligrosas todas las máximas que tan obstinadamente habian sostenido. Hasta el autor de la ley de 1817, el mismo Mr. Lainé, que habia aceptado los cargos de comisario relator del nuevo proyecto, prodigaba los sofismas, las acusaciones y la pasion para destruir dicha ley, honor de su carrera política, sin la cual su nombre ya seria sepultado en el mas profundo olvido. «¿No es un espectáculo bien estraño y bien deplorable, decia en esta ocasion M. Mechin, ver hombres, algunos de los cuales son recomendables por su saber y por eminentes facultades, colocarse frente de sus propias espresiones y procurar escaparse de ellas por medio de indignas sutilezas, verlos usar y abusar de su inteligencia y de la flexibilidad de su argumentacion para esforzarse en demostrar su fidelidad á principios que no ha mucho tiempo proclamaban tan solemnente y que combaten hoy dia? La mayor parte de los hombres de que hablaba Mr. Mechin, MM. Pasquier, Roy, Simeon, Portal, Portalis, Cuvier y todos los elevados funcionarios de que estaba poblada la cámara, debian su fortuna á los acontecimientos de los últimos treinta años; estos hombres de fortuna de la república y del imperio, con los mentís que se dirigian mutuamente y con sus afrentosas contradicciones, preparaban el triunfo de la revolucion y la vuelta de la mayoría de 1815; Benjamin Constant anunciaba en estos terminos el porvenir que les estaba reservado: «Una estadística formada en tiempo del imperio probó que las tres cuartas partes de los mayores contribuyentes pertenecian á la antigua clase privilegiada, y esta clase lejos de haber perdido despues, se ha enriquecido aun durante el imperio. Y ha merecido enriquecerse, porque sirvió á Napoleon con un zelo, un ardor y una adhesion que ha distado de mostrar la clase plebeya en masa; le ha servido en los puestos lucrativos, cerca de su persona, en su servicio doméstico, mientras que los plebeyos servian á la Francia en los campos. Los colegios formados de los mayores contribuyentes se compondrán por consiguiente en gran mayoría de propietarios pertenecientes a la clase no ha mucho privilegiada, y á los que es necesario añadir una especie de clientela que adquirieron aun en tiempo de Napoleon. Entre los errores de este hombre estraordinario, ha sido uno de los mas notables, su debilidad con la carta que creia su enemiga. Pensaba injustamente que hallaria muchos obstáculos para conquistarla, y á pesar de la facilidad maravillosa que encontraba á cada paso, le parecia siempre que esta conquista tenia para él el mérito de una dificultad vencida. Esta carta, que habia rechazado algunos nombres nuevos, hechos ilustres, en los que se apoyaba entonces y que rechaza hoy dia, ha visto ingresar en ella á un cierto número de hombres de la clase intermedia que se han presentado desconociendo esta revolucion que les habia libertado y enriquecido. Estas vanidades de clase media, sorprendidas de verse acariciadas por la antigua nobleza, complacidas de ser admitidas en los rangos hasta entonces cerrados para ellas, constituyen la turba de ausiliares de los privilegiados cuya adhesion y fidelidad resisten los desdenes y desprecios de la aristocracia, que teniendo todavía necesidad de un apoyo, aguarda el momento de desembarazarse con elegancia de aliados inútiles que para ella no serán nunca mas que intrusos.»

Estas advertencias dejaban impasibles á los ministros y á todos los apoyos artificiales del proyecto de ley; y si uno de ellos, Mr. Cuvier, sabio de genio, pero de carácter deplorable, contestaba al orador, era para declarar «que la ley del 5 de febrero, lejos de destruir el nuevo sistema electoral, estaba por el contrario destinada á hacer mas fuerte á esta ley, y á asegurarle una marcha mas rápida y menos confusa. Por último, en 26 de mayo, once dias despues de debates siempre acalorados y siempre tumultuosos, se cerró la discusion general y empezó la deliberacion sobre los artículos. El artículo 1.° decia: «que cada departamento estaria dividido en un colegio electoral de departamento y colegios electorales de distrito.» Abrióse sobre este artículo una nueva discusion que duró cuatro dias, y en 30, MM. Camilo Jordan y Delaunay (de l'Orne) presentaron dos enmiendas, la primera de las cuales estaba concebida en estos términos:

«Cada departamento estará dividido en tantos distritos electorales como diputados hay en la cámara; cada uno de estos distritos tendrá un colegio electoral compuesto de los ciudadanos de treinta años de edad que paguen trescientos francos de contribuciones directas, y domiciliados en la circunscripcion; la del colegio electoral nombrará directamente sus diputados.»

Segun los términos de la enmienda de Mr. Delaunay «cada departamento estaria dividido en dos colegios electorales compuestos de igual número de electores, que se presentarian recíprocamente una lista doble de candidatos.» Mr. Delaunay se reservaba desarrollar el resto de su proposicion si se adoptaba esta primera parte de su enmienda.

Mr. Camilo Jordan no conservaba, por decirlo así, mas que la mitad de la ley del 5 de febrero; conservaba la eleccion directa y la igualdad de derechos entre todos los electores; pero quedaban destruidas la concentracion de estos en la capital y la eleccion por el gran número. Desenvolvió su enmienda con un discurso que cobraba grande interes por la posicion particular del orador. Ningun miembro de la cámara habia dado á los Borbones y á la monarquía pruebas mas brillantes de fidelidad. Realista como Royer-Collard, su compañero político y su amigo, perseguido y proscrito como monárquico, cuando muchos de los ministros actuales, y aun algunos miembros del lado derecho estaban en las filas de la revolucion, su vida no presentaba ninguna mancha ni contradiccion. Devorado por la enfermedad, caminaba entonces hácia la tumba. Viendo en las nuevas medidas el principio de una política reaccionaria fatal al trono al que habia consagrado su vida, y deseando detenerle en su pendiente funesta, reunió sus fuerzas, dirigióse penosamente á la cámara y subió á la tribuna; sus pálidas y enflaquecidas facciones, su actitud rendida, su voz debilitada y quebrantada, indicios irrecusables de un fin cercano, daban á sus palabras el carácter solemne y casi profético que acompaña los acentos de los moribundos. «Hubiera querido, dijo, tomar la palabra en la discusion general; pero circunstancias mas poderosas que mi voluntad no me han permitido cumplir este deber. Sin embargo, aunque abatido por largos sufrimientos, no he podido resistir al deseo de venir á declarar el entusiasmo con que participo de los sentimientos tan elocuentemente espresados por mis enemigos. A pesar de los lazos que me unen al ministerio (1), me es imposible seguirle en la senda en que se deja estraviar hace tres meses. El proyecto de ley que se os ha propuesto, á mi modo de ver, es el trastorno completo de todos los buenos principios de un buen sistema electoral; sus disposiciones atacan profundamente hasta los elementos del gobierno representativo; da el predominio al voto de la minoría sobre el de la mayoría, y trasforma nuestras elecciones en ataques periódicos contra los derechos, el honor y el carácter nacional; la misma prerogativa real está comprometida con los derechos y las libertades de los ciudadanos. En una palabra, señores, no vacilo en decirlo, este proyecto es el mas imprudente, el mas funesto que ha penetrado acaso en los consejos de los reyes, despues de los de fatal memoria que rodearon y perdieron á la raza infortunada de los Estuardos. (Agitacion en los bancos de la derecha.) Unido á todos los principios de la monarquía, y acostumbrado desde largo tiempo á confundir mi profundo reconocimiento por el monarca que nos gobierna, con mi adhesion á su corona, miro como un deber sagrado el oponerme al proyecto que me parece preparar el mas deplorable divorcio entre la nacion y la augusta familia que la gobierna. (Bravos en la izquierda.) Mr. Camilo Jordan desenvuelve luego su enmienda y termina de este modo: «Mis fuerzas me hacen traicion; siento no poder entregarme á consideraciones mas estensas; por lo que recomiendo esta enmienda á vuestro patriotismo y la pongo bajo la salvaguardia de mis amigos.»

¿Debia examinarse la proposicion de Mr. Delaunay (de l'Orne,) antes de la enmienda de Mr. Camilo Jordan, ó tenia la primacía la discusion de este último? Esta cuestion fué objeto de una votacion que no carecia de interés. Desde luego, la decision de la cámara propondria hasta cierto punto su opinion á favor de la enmienda á que concediese la primacía; y en segundo lugar esta votacion, la primera de esta discusion, permitiria por último á cada partido conocer sus fuerzas. El presidente consulta á la cámara, y una parte del centro izquierdo y el lado izquierdo en masa se levanta para dar la primacía á la enmienda de Camilo Jordan; el resto del centro, el lado derecho y los ministros votan en sentido contrario y la mesa declara la prueba dudosa. Pídese la votacion secreta y se lleva á cabo. Cada diputado llamado á la vez, depone su voto; termina el llamamiento nominal y en aquel momento se abre la puerta del pasillo de la izquierda y deja ver á Mr. de Chauvelin, que detenido en casa durante algunos dias por una aguda enfermedad, acababa de llegar en una silla de mano; MM. Dupont (de l'Eure) y Méchin van á su encuentro y le ayudan á llegar hasta el pié de la tribuna; un secretario le remite dos bolas; un segundo le presenta las urnas, y Mr. de Chau-

(1) Mr. Camilo Jordan era consejero de estado.

velin depone su voto. Ciérrase el escrutinio y se cuentan las bolas; número de votantes, doscientos cincuentan y cinco: bolas blancas, ciento veinte y ocho; bolas negras, ciento veinte y siete; la enmienda de Mr. Camilo Jordan obtenia la primacía por una mayoría de un voto. Este era el de Mr. de Chauvelin; apresúranse un gran número de diputados de la izquierda á correr á su lado para felicitarle; los miembros permanecidos en sus asientos, lo propio que las tribunas, aplauden, y Mr. de Serres abre inmediatamente la discusion sobre la enmienda con un discurso que ocupa el resto de la sesion. Al dia siguiente 31 MM. Courvoisier y de Saint-Aulaire sostienen la enmienda desechada por MM. Lainé, de Villèle, Pasquier y Benoist. Contestando Mr. Pasquier á los temores manifestados por la influencia dada por el proyecto del gobierno á los grandes propietarios y á la aristocracia, dijo: «El gobierno ha querido apoyarse en la gran propiedad, porque quiere dar una base mas lata y mas estable á la sociedad. La naturaleza nos conducirá de nuevo al camino de la estabilidad. Una aristocracia de grandes propietarios será la primera en defender los intereses populares y la verdadera libertad en toda la latitud que debe dársele; porque la aristocracia de los propietarios es esencialmente amiga de la libertad, esencialmente protectora de todos los derechos, al paso que las masas populares están condenadas por la naturaleza misma de las cosas, á entrar fácilmente en rebelion ó á sufrir demasiado fácilmente la esclavitud. Para formar la cámara de 1815 y sus actas han sido necesarios los cien dias.»—«No, señores, esclamó al dia siguiente 1.º de junio el general Foy, el régimen de 1815 no fue la consecuencia necesaria de los cien dias. Solamente la familia real tiene que quejarse en esta época. En cuanto á la aristocracia, estaba pacífica y se la respetaba mientras que la sangre de los defensores del suelo nacional corria á torrentes en los campos de batalla de Bélgica. La aristocracia no ha perdido nada, ninguno de sus miembros ha sido magistrado, no se ha tocado un cabello de la cabeza de ninguno de ellos. Y sin embargo ha venido á estender luego entre el pueblo y el trono su brazo armado con el hierro del estranjero y ha ensangrentado el cetro de nuestros reyes. (Violenta interrupcion en la derecha.) Mr. de Labourdonnaie, apoyado por MM. Cornet-d'Incourt, de Castelbajac y muchos otros miembros realistas, reclama con fuerza el llamamiento al órden del orador; Benjamin Constant, Mr. Dupont (de l'Eure) y el general Demarçay, combaten esta demanda; cesan luego los gritos, apacíguase el tumulto y el general Foy continúa:

«He hablado de los escesos de la aristocracia; ¡ay de los que se dan por aludidos! He hablado del espíritu de esta aristocracia que ha trastornado la Francia y sembrado el luto en todas las familias, del espíritu que existió en 1815, que ha existido despues y que existe todavía: porque la aristocracia no para nunca, sino que conspira siempre. (Rumor en la derecha.) Voy á daros la prueba de esto al instante. (Movimiento general.) Voy á leeros, voy á leer á la Francia las mismas palabras del jefe del partido, de su oráculo. (¡Escuchad! ¡escuchad!) — El escritor despliega y agita un número del Diario de los Debates.

»*Una voz*, en la derecha: ¿De quién es este artículo?

»*El general Foy*: Del vizconde de Chateaubriand; los principios que en el desenvuelve están perfectamente conformes con su obra de la Monarquía segun la carta.» El orador leyó este escrito, cuyo objeto es trazar la marcha que seguirian los realistas si llegaran al poder.

Una vez llegados al gobierno, en lugar de fundar los realistas una democracia, elevarian una monarquía; su primer deber y su primer cuidado seria cambiar la ley de elecciones; al mismo tiempo harian cercenar de la ley sobre el reclutamiento todo el título VI (el título del ascenso); restablecerian en la ley sobre la libertad de la prensa la palabra religion, que para su afrenta eterna han desterrado de ella supuestos hombres de estado; debilitarian el sistema de centralizacion darian á las municipalidades y á la guardia nacional la organizacion mas monárquica, otorgarian un saludable poder á los consejos generales, y creando por todas partes agregaciones de intereses, les sustituirian á las individualidades demasiado favorables al establecimiento de la tiranía; en una palabra, recompondrian la aristocracia, tercer poder que falta á nuestras instituciones, y al efecto solicitarian las sustituciones á favor de los pares y procurarian detener por todos los medios legales esta division de propiedades que en treinta años, realizando la ley agraria, nos hará caer en una democracia forzada; por último pedirian á las cámaras tanto por el interés de los adquisidores como por el de los antiguos propietarios, una justa indemnizacion para las familias que han perdido sus bienes en la revolucion.»

La lectura de este programa habia sido larga y tumultuosa; á cada frase, á cada palabra era interrumpido el general por las interpelaciones que le dirigian los miembros del lado derecho aplaudiendo las doctrinas de Mr. de Chateaubriand: «Tiene razon. Esto estaria muy bien. Esto seria muy justo. Esto es lo que queremos. — Ya lo sabemos: los misionistas son los que pedis. El antiguo régimen es lo que quereis,» replicaban los liberales. Finalmente despues de una segunda demanda de llamamiento al órden, señal de otro tumulto, el general Foy abandona la tribuna, y la cámara cierra la discusion sobre la enmienda de Mr. Camilo Jordan. El presidente, despues de haberla leido otra vez, anuncia que va á pasarla á votacion. Pídese el llamamiento nominal. Esta cámara, tan violentamente agitada desde el principio de la sesion, se pone de repente silenciosa; en todos los rostros se hace notar una viva ansiedad; el público que llena las tribunas no está menos turbado ni menos inquieto; la multitud que se agrupa en todas las salidas esteriores del palacio, empuja delante de ella á un número considerable de privilegiados cuyas espesas filas llenan las diferentes piezas unidas á la sala de sesiones, y cuyas puertas invadieran si el presidente no hubiese puesto en cada una de ellas una doble fila de centinelas y de porteros.

Nunca la cámara habia sido tan numerosa; dos miembros solamente estaban ausentes cuando la votacion sobre la cuestion de primacía, el general Tarayre y Mr. de Cassagnolles, y tan solo este último, demasiado enfermo para poder ser trasportado, faltaba á la votacion que iba á decidir de la suerte de la enmienda, pues el general Tarayre, aunque devorado por la calentura, acababa de llegar, lo propio que Mr. de Chauvelin, y ambos pertenecian al lado izquierdo. Empieza por último la votacion nominal, que se lleva á cabo con una solemnidad hasta entonces sin ejemplo; cada diputado, inmóvil en su banco, no abandona su puesto hasta que le llaman por su nombre; muchos miembros, entre otros MM. Dussumier-Fonbrune y de Puymaurin, de la derecha, y Labbey de Pompieres y de Chauvelin de la izquierda, levantando su bola antes de depositarla, votan públicamente; Mr. de Serres, al dar la suya, no puede ocultar su emocion. Procédese al escrutinio, el silencio se hace mas profundo, y el presidente anuncia este resultado: número de votantes, doscientos cincuenta y seis, bolas negras, ciento treinta y tres, bolas blancas, ciento veinte y tres; la enmienda era rechazada por una mayoría de diez votos. Algunos diputados realistas no pueden contener su alegría; el lado izquierdo guarda una actitud melancólica, y una parte de los espectadores de las tribunas dejan escapar murmullos y esclamaciones de descontento, á los que no tarda en responder un prolongado y sordo ruido venido de la parte de fuera.

Quedaba la enmienda de Mr. Delaunay (de l'Orne), que rechazada al dia siguiente, 2 de junio, despues de una breve discusion y casi por unanimidad, fue reemplazada inmediatamente por otra enmienda de Mr. Desrousseaux, que establecia en cada departamento un solo colegio electoral, pero dividido en tantas secciones como distritos habia. Estas asambleas seccionarias concurrian directamente al nombramiento de diputados, y la declaracion de las votaciones se hacia en la capital por una reunion compuesta de los miembros de la mesa de cada seccion; un decreto del rey debia establecer el modo y los pormenores de ejecucion. Mr. Cornet-d'Incourt pidió que la cámara antes de ocuparse de esta enmienda votase el artículo 1.º del proyecto ministerial, y Mr. Royer-Collard respondió á esta proposicion con una demanda de cuestion previa, que fué rechazada, despues de un largo y violento debate, por una mayoría de seis votos (ciento veinte y nueve contra ciento veinte y tres). Al dia siguiente, 3, despues de una discusion no menos tumultuosa y apasionada que las precedentes, una nueva mayoría de algunos votos decidió por último que se pasaria á votacion el artículo 1.º del proyecto del gobierno. Este artículo, cuyo contenido hemos espuesto, decidia el principio de la ley; pidióse la votacion secreta, y acababa de empezar, cuando Mr. Dassier, diputado ministerial, despues de haber dado su voto declara que se ha engañado. Promuévense confusos gritos: «Continuad el escrutinio. No, empezadlo de nuevo! Sí, continuad!» — Una voz de la izquierda: «Es igual: no os inquieteis por ello. Estais seguros de vuestra mayoría! En lugar de seis votos tendreis cinco!» El presidente manda continuar la operacion, y los secretarios proceden al escrutinio: número de votantes, doscientos cincuenta y cinco; bolas blancas, ciento treinta, bolas negras, ciento veinte y cinco; el artículo por consiguiente quedaba adoptado por una mayoría de cinco votos (1).

(1) En la primera votacion de esta discusion los adversarios del proyecto ministerial habian obtenido la mayoría de un voto despues el general Tarayre habia añadido el suyo, y á pesar de esto el ministerio, en todas las votaciones que siguieron, obtuvo constantemente una mayoría de cinco ó seis votos, el público y una parte de la cámara dedujeron de esta reconciliacion que habia habido defeccion: decíase que cinco diputados habian vendido sus votos; y unos fijaban el sacrificio hecho por el ministerio á 500,000 fr., otros á 1 millon. ¿Hubo realmente defeccion? ¿Los cinco votos, de esta suerte cambiados, no pertenecian ya á los ministros antes de la votacion decidida por la bola de Mr. Chauvelin, votacion en

Al dia siguiente domingo, 4 de junio, no hubo sesion, y las primeras palabras pronunciadas en la apertura de la del 5, necesitan algunos pormenores sobre lo que pasaba fuera de la camara.

La discusion que analizamos tenia inquieta y atenta á la Francia entera. Las instituciones sociales y políticas del pais, su fortuna, sus derechos y su porvenir ¿serian puestos ó no en manos de una oligarquía formada por los doce ó trece mil propietarios mayores contribuyentes del reino? Hé aquí el objeto fundamental de todos estos debates. Así es que cada ciudadano leia detenidamente en los periódicos los pormenores é incidentes de cada sesion; apasionábase con los oradores, participaba de su cólera, esperimentaba sus temores, y repetia sus invectivas y amenazas. Grande era la emocion y sobre todo en Paris. Cada dia, desde la apertura de los debates, hácia las tres ó las cuatro de la tarde, despues de cerrada la bolsa, las escuelas y las oficinas, se presentaban en las puertas del palacio legislativo una multitud de hombres de todas clases y jóvenes impacientes por saber el resultado de la sesion. El número de curiosos se hacia mas considerable á medida que adelantaba la discusion. En 30 de mayo los grupos que llenaban las avenidas de la cámara, debieron abrirse para dar paso á la silla de manos que conducia en dicho dia á Mr. de Chauvelin al palacio de Borbon. Los periódicos dieron á conocer al dia siguiente la importancia del voto que habia ido á dar, por cuyo motivo así que en la tarde del 31 apareció de nuevo la silla de manos, fue saludado su paso con aplausos, y despues cuando Mr. de Chauvelin abandonó la cámara para volver á su casa, le condujeron algunos jóvenes á los gritos de ¡viva la carta! ¡viva Chauvelin! Renovóse esta ovacion al dia siguiente 1.° de junio, y la censura no permitió dar cuenta de ella á los periódicos liberales, mientras que los realistas pudieron referirla en términos insultantes para los jóvenes y para el diputado. En la tarde del dia 2, las mismas demostraciones acogieron á Mr. de Chauvelin á su salida de la sesion; y muchos jóvenes que acompañaban á sus libertadores formaban todavía su cortejo, cuando de repente se lanzan de muchos puntos sobre los jóvenes, algunos hombres con largas levitas azules, y les apalean profiriendo los gritos de «¡viva el rey»! Entáblase una lucha, los agentes de policía y los gendarmes diseminados al rededor del palacio para mantener el órden, lejos de procurar restablecer la calma, parece que aplauden á los golpes dados por los hombres de los palos, que eran casi todos guardias de corps ú oficiales de la guardia real; y si alguna vez intervienen, es á favor de los agresores. Si estos son los mas fuertes, los agentes de la fuerza pública los miran magullar á golpes á sus adversarios inermes; si son los mas debiles, la gendarmería les abre sus filas y los protege. Si se hacen algunos arrestos, son las víctimas á quienes se arresta, y se apalea además aun en medio de sus guardas.

El rumor de estos escesos hace acudir al dia siguiente 3, en las cercanías del palacio de Borbon, á una multitud mas considerable todavía que en la víspera. Renováronse las mismas escenas, pero con mas gravedad; pues esta vez los ataques no solamente alcanzaron á los curiosos, sino que hasta los diputados de la izquierda tuvieron que sufrir violencias evidentemente concertadas. Por último hácia las seis de la tarde llegan al sitio del tumulto numerosos destacamentos de tropa y dispersan violentamente los grupos. Un estudiante de leyes, el jóven Lallemand, huye levantando el grito de: «viva la carta!» Pasa á algunos pasos de un soldado de la guardia real, apúntale este y le hace caer muerto de repente.

Dos dias despues, el lunes 5, inmediatamente despues de la apertura de la sesion, aparece en la tribuna Mr. Camilo Jordan y dice: «Señores, antes de deliberar, es necesario asegurar si la asamblea es libre. Despues de veinte años, veo renovarse las escenas que precedieron al 18 de fructidor. Pero los hombres encargados de insultarnos en aquella época, conservaban aun algun comedimiento, y no pasaban á ninguna via de hecho. Hoy dia las vias de hecho se unen al insulto. Los hombres que se han entregado á estos escesos, no eran hombres del pueblo, todos parecian pertenecer al mismo cuerpo y se les ha visto salir y volver al mismo sitio (1). Pido que se suspenda toda deliberacion, hasta que los ministros hayan dado esplicaciones suficientes, acerca de las medidas tomadas para reprimir estos escesos, castigar á los autores y proteger la seguridad personal de los miembros de esta cámara.»

---

la que estaba empeñada únicamente una simple cuestion de *primacía*, que no tenia por consiguiente una verdadera importancia? Ninguna informacion de palabra ni escrita nos ha podido dar una certeza sobre este punto.

(1) El cuartel de los guardias de corps, barrio de Orsay.

Mr. Laffitte: Voy á leer á la cámara, una carta escrita por el padre de un jóven estudiante de leyes, muerto de un tiro por un guardia real:

«Muy señor mio: ayer fue herido de muerte mi hijo por un soldado de la guardia real. Hoy es difamado por el Estandarte blanco, la Cotidiana y el Diario de los Debates, y su memoria me manda rechazar el hecho alegado por estos periódicos: este hecho es falso: mi hijo no ha intentado desarmar un guardia real, pues iba sin armas cuando recibió por detrás el golpe mortal.

»*Firmado*: LALLEMAND.»

»Esta carta, señores, ha sido dirigida á muchos periódicos, añade Mr. Lafitte, y la censura ha prohibido su insercion, mientras que ha dejado publicar y permite imprimir todavía que el jóven Lallemand fue muerto intentando desarmar á un soldado de la guardia real. Este hecho es de la mas insigne falsedad, pues la tímida víctima fue herida de un balazo en el momento en que emprendia la fuga.»

Mr. Leseigneur reemplaza á Mr. Lafitte en la tribuna, y refiere que saliendo de la cámara la antevíspera por la tarde, Mr. de Girardin y él fueron acogidos en la puerta por dos hombres que gritaban con estertórea voz, el uno «viva el rey!» y el otro, «viva la carta!;» que estos hombres, aunque proferian gritos diferentes, parecia que estaban en la mejor inteligencia; que habiendo cogido Mr. de Girardin á uno de ellos por el cuello, é invitado á los veteranos de guardia en la cámara á encerrarle en el cuerpo de guardia, se habian resistido contestando que aquel hombre podia ser un oficial disfrazado. «Proseguimos nuestro camino, añade, Mr. Leseigneur, y llegados al Pont-Royal vimos diferentes grupos de donde salian, en una parte los gritos de «viva el rey!» y en otra de «viva la carta!» Hombres sin carácter público aparente, sin signos distintivos, se arrojaban sobre las personas levantando los últimos gritos, los maltrataban, los arrestaban y los entregaban á la gendarmería.—Dimos algunos pasos, y nos siguió uno de estos que aproximándose, nos dijo: «Ah, quereis una revolucion! pues bien, se os hara ver lo que es; vosotros la danzareis!» Cien pasos mas lejos vimos rodear, herir y arrestar materialmente á palos á un jóven que acababa de gritar «viva la carta!» Acércanse los gendarmes y arrestan al herido, que maltratan aun en medio de ellos. Nosotros nos alejamos, y los agresores, que llevaban al frente un individuo con la cruz de San Luis, corren entonces hácia nosotros y cogiéndonos por el cuello: «Dí, viva el rey!» me dijo uno de ellos; yo dije «viva el rey y viva la carta!»—«Viva la carta! es un grito sedicioso,» me dijo el caballero de San Luis.—¿Desde cuándo? replicó Mr. de Girardin; amenazáronnos con maltratarnos, mostramos las medallas; y al momento levantaron los palos sobre nosotros, por lo que hube de esclamar «viva el rey!» y nada mas.

Mr. Sivard de Beaulieu: En el momento en que salia igualmente de la cámara, ví unos cuarenta hombres bien vestidos, armados todos con palos, que perseguian con una especie de encarnizamiento el coche de nuestros colegas Benjamin Constant y Casimiro Périer. Los caballos iban muy de prisa. Obligada esta cuadrilla de furiosos á dejar la presa se acusaban mutuamente de su tontería; «pero no nos escaparán en la próxima sesion, añadian; pues nos apostaremos en la misma puerta de la sala.»

Mr. Kératry: Me retiraba por las Tullerías y subí á un terraplen para ver lo que pasaba en la plaza de Luis XV; un oficial me manda retirar, le muestro la medalla y me injuria. Algunos jóvenes me reconocen y me llaman por mi nombre: «Es igual, les contesta el oficial.—Fortuna tiene de no ser Manuel, añaden muchos guardias; no pasaria como este. Me acerco á estos últimos y les muestro la medalla, pero se me rien á las barbas y me tratan de clubista.»

Benjamin Constant dice á su vez que muchas personas á las que esta dispuesto á nombrar, han ido á pedirle que advirtiera á Mr. de Lafayette que anduviera precavido, porque en la víspera habian oido decir en medio de un grupo á un oficial superior, condecorado con muchas órdenes: «¿Quereis hacerle esclamar «viva el rey!» esto no es bastante, dejadle; á nuestro cargo queda.» Mr. Méchin leyó luego una carta de Mr. de Chauvelin, en la que declara este diputado que asaltado en su litera por una cuadrilla de furiosos que tenian los palos levantados contra él, se le obligó violentamente á proferir el solo grito de «viva el rey.»—Los ciudadanos que gritaban «viva la carta,» añade Manuel, permanecian pacíficos; no salian de su sitio; no atravesaban las filas de la tropa para pasar á otro punto; los demás por el contrario, los hombres que gritaban «viva el rey,» se lanzaban á través de la gendarmería arrastrando luego en pos de ella á sus adversarios para acometerlos. La gendarmería se cebaba tambien en los desgraciados que

sucumbian; arrestábanse las víctimas, y los hombres armados de palos que herian y hacian correr la sangre permanecian libres.»

Pasóse toda la sesion en relatos de esta especie; cada orador de la izquierda, antes de abandonar la tribuna, apoyaba la proposicion de Mr. Camilo Jordan, proposicion que rechazaron MM. de Serres, Lainé y Bourdeau. Este último atribuyó las disensiones á los aplausos públicos que habia recibido Mr. de Chauvelin, y que calificó de apoteosis. «El momento del apoteosis no ha llegado todavía, le contestó Mr. de Girardin, pero si perecemos por nuestras libertades, acaso no seremos indignos de ello.» Finalmente, á las siete de la tarde, despues de seis horas de tumulto y de ruido, de gritos, de interpelaciones é interrupciones, rechazando la mayoría la demanda de Mr. Camilo Jordan para la suspension provisional de las deliberaciones, adoptó el acta de la sesion del 3, y guardó la discusion para el dia siguiente.

Mientras que estos tempestuosos debates exaltaban á los diputados en la sala de las sesiones, fuera de ella se reproducian en diferentes puntos las escenas espuestas en la tribuna. Nunca habia sido tan considerable la masa de curiosos que llenaba desde el mediodía los pretiles próximos á la cámara, el puente que á ella conducia y una parte de la plaza de Luis XV, y á las dos acabó de llenarse esta y las calles contiguas. Salian entonces de todos lados los gritos de «viva la carta!» y de «viva el rey!» proferidos en mutua provocacion; una multitud de grupos se llenaban de injurias, y muchos se cambiaban golpes. Estas colisiones, que tenian por principal teatro los pretiles del puente y la plaza, molestaban sin verdadero temor, ya que no sin emocion, á una multitud de hombres y mujeres pertenecientes á las clases ricas, á quienes se veia asomados en las ventanas ó en los balcones del Garde-Meuble, del ministerio de marina, de la casa de Mr. de Talleyrand y de los palacios vecinos, ó bien sentados en sillas cuyas espesas filas cubrian las azoteas de las Tullerías. La mayor parte habian acudido á este espectáculo como simples curiosos, y algunos iban á ver en el una especie de representacion política teatral, un cuadro de las escenas y de los acontecimientos de la revolucion. Otros espectadores, colocados mas cerca de la multitud y protegidos solamente por las barreras de madera de los Campos Eliseos ó por los parapetos de las zanjas de la plaza, creian asistir á un principio de verdadera revolucion. Los de mas edad de entre estos últimos, engañados por los recuerdos de 91 y 92, y no creyendo posible que una agitacion política que duraba ya muchos dias, pudiese dejar indiferentes é inactivos á los habitantes de los barrios mas pobres y mas populosos, aguardaban la intervencion de los arrabales, y hasta hubo algunos que no titubearon en decirlo. Uno de estos últimos, un anciano, miembro de la academia francesa, que profesaba un odio ardiente al antiguo régimen y á los Borbones (1), sacaba frecuentemente su reloj: «Las tres, esclamó por último impacientado, ¡y no llegan los de los arrabales!» En aquel momento invaden la plaza fuertes destacamentos de caballería é infantería de la guardia real, ocupando las principales avenidas; atajan el puente de la cámara de los diputados é impelen á la multitud hácia los Campos Eliseos, el pretil de las Tullerías, la calle de Rivoli y la línea de los Boulevards. Los grupos mas animados retroceden en esta última direccion. Compuestos de jóvenes, estudiantes sobre todo, dichos grupos, entonces estacionarios, se limitaban á proferir los gritos de «viva la carta!» Pero pronto los mismos recuerdos que pocos instantes antes, hacian que el viejo académico consultase su reloj y calculase la hora en que desembocarian en masa los habitantes de los barrios de San Antonio y San Marcelo, inspiran en los grupos á algunos individuos que gritan repentinamente: «¡A los arrabales!» Al instante se juntan cuatro ó cinco mil individuos y se adelantan hácia la línea de los Boulevards á los gritos de «¡viva la carta!» Esta columna, en la que se notaba en primera fila al jefe de escuadron de reemplazo Duvergier, amputado de un brazo (2), ocupaba toda la anchura de la calzada; á su paso se detienen los coches y todas las casas se llenan de curiosos; señalan su marcha á lo lejos los gritos de «¡viva la carta!» proferidos con fuerza por los espectadores asomados á las ventanas y por los transeuntes; á cada paso se engruesan sus filas, y finalmente á las cinco de la tarde llega la coluna á la plaza de la Bastilla, despues de haber seguido los boulevards, desde la Magdalena, saludada por todas partes por los mismos gritos y acogida en todos los puntos de la misma línea con las mismas demostraciones de simpatía. La mitad se para á la entrada del arrabal de San Antonio; el resto reune sus principales calles, y reaparece luego, conduciendo un número de trabajadores bastante considerable para hacer llegar á quince ó veinte mil el número de los individuos que se precipitan entonces en tumulto á la calle de San Antonio, á los gritos de: «A las Tullerías! á las Tullerías!»

Mientras que esta corriente humana se dirigia hácia las casas consistoriales, se reunia en la plaza de Greve un cuerpo numeroso de gendarmes, y un regimiento de coraceros, consignado desde la mañana en su cuartel cerca del Arsenal, resistia la órden de seguir la gavilla. El regimiento monta á caballo inmediatamente y penetra á su vez en la calle de San Antonio. Esta operacion colocaba á la columna de jóvenes y trabajadores entre dos tropas; pero no corria menos peligro el cuerpo de gendarmería reunido en la plaza de las casas consistoriales. Advertidos diez ó doce mil individuos, que habian retrocedido de la plaza de Luis XV al Pont-Royal y á la calle de Rivoli, de que un gran número de jóvenes se habian dirigido al arrabal de San Antonio, acababan de tomar tambien esta direccion pasando por los pretiles. Era inevitable una colision ¿Que iba á resultar de este encuentro de corrientes contrarias, del choque de algunos soldados contra veinte y cinco ó treinta mil jóvenes y trabajadores decididos, exaltados por la pasion política y por la cólera, conducidos por oficiales resueltos, y que iban á entablar la lucha en medio de un barrio populoso, cuajado de calles estrechas en que un coche derribado, una cuerda tendida, un arreglo del empedrado, el menor obstáculo podian hacer inaccesibles á la caballería? El gobierno no corria sin duda al encuentro de un peligro mas serio de lo que suponia, cuando una fuerte lluvia introdujo de repente el desórden en las filas de los trabajadores y los jóvenes, y obligó á la mayor parte á buscar un abrigo debajo de las puertas ó en las casas del vecindario. A vista de esta especie de desbandada, los coraceros dejan sus caballos para acabar la dipersion, y algunos, arrastrados por el ardor de esta carga, entran á caballo y sable en mano en la iglesia de San Gervasio, donde se refugiaban muchos estudiantes que huian á su presencia. La persistencia de la lluvia, durante muchas horas, acabó de alejar toda suerte de disensiones, y los tumultos no pudieron reproducirse. Este episodio fue al dia siguiente en la cámara objeto de un debate que abrió la sesion.

Inmediatamente despues de la lectura del acta, antes de su adopcion, piden la palabra Mr. Beauséjour, Benjamin Constant y Mr. de Lameth, y el presidente se la niega: «No sois un presidente, esclama desde su banco Mr. de Lameth dirigiéndose á Mr. Ravez; sois un miembro del lado derecho. Benjamin Constant sin embargo consigue hablar, y pide cuenta á los ministros presentes en la sala, de la situacion de Paris y de las medidas que han tomado para asegurar la seguridad de la representacion nacional. Aparece luego en la tribuna Mr de Serres diciendo que no contestará á las cuestiones del preopinante, pues se le acusaria de parcialidad; que no discutirá ya los hechos, que el momento seria mal elegido, porque estos hechos son objeto de una informacion judicial, pero que indicará el carácter y la marcha de los acontecimientos: «Sí señores, existe un partido, una faccion que oponiéndose á toda modificacion en la ley de eleccion, dirige llamamientos á la multitud, queriendo obtener con la revuelta lo que desespera de obtener de la libre voluntad del poder legislativo. Hombres perversos, facciosos culpables ponen delante de sí á la juventud, colocándola en presencia de la fuerza armada é impelen á sus grupos contra las Tullerías. Ayer se dirigió uno de estos grupos al arrabal de San Antonio, donde queria revolucionar á los trabajadores, conducirlos delante del palacio del rey y hacer doblar la voluntad real ante los facciosos. He aquí el principal objeto de los sucesos de ayer. He aquí lo que debe ilustrar á todos los amigos del trono sobre la existencia y proyectos de la faccion revolucionaria.

Manuel, con fuerza: «Pido la palabra! (En el centro: Que se pase á votacion!—En la derecha: ¡La conclusion!—En la izquierda: Esto es indigno ¡Dejad contestar á las infames calumnias del guardasellos!) »

Pronto el desórden se apodera de la cámara, no tarda el tumulto en llegar á su colmo, y se cruzan y se confunden los gritos: «¡Esto es indigno! ¡Qué se pase á votacion! ¡El acta! ¡Esto es odioso! El cansancio proporciona finalmente un instante de semisilencio, que aprovecha el presidente para pronunciar estas palabras: «¿Consiente la cámara en oir á Mr. Manuel?» A la derecha: ¡Nó! ¡Nó!—En el centro: Que se cierre la cámara —A la izquierda: ¡Que infamia!»

Vuelve á empezar el tumulto. Manuel declara, haciendo señas, que no abandonará la tribuna, y su perseverancia triunfa; vencidos por la fatiga los miembros del centro y del costado derecho se deciden á escucharle: «Señores, dice, el señor ministro de justicia se lamenta porque se le ha reprochado su parcialidad. ¿Es fundada esta acusacion? La cuestion es importante; porque si en lugar de una cuenta exacta é imparcial, yo no hallo mas que falsedades y calumnias; si yo no veo en

(1) Mr. Lacretelle, mayor.
(2) Muerto desde 1830 en Portugal, donde servia como teniente general en el ejército de don Pedro.

«a persona mas que á un acusador apasionado, á un hombre cuyas prevenciones son de tal suerte que ya no podemos esperar de su parte ni verdad, ni imparcialidad, ni justicia.....» (A la derecha: ¡Al orden! ¡al orden!—A la izquierda: ¡A vosotros es á quien se debe llamar al órden! ¡el ministro es un calumniador!)»

Despues de un nuevo y largo desorden, Manuel permanece en la tribuna, y continúa su discurso oponiendo á las opiniones actuales de Mr. de Serres, las que profesaba este ministro en la época de la proposicion Barthelemey; hace observar asimismo que si existe desórden no son sus amigos políticos los que le han provocado, supuesto que estos no piden mas que la continuacion de lo que ya es, la estabilidad de las cosas é instituciones; sino sus adversarios y ministros, los que con sus interesadas miras de ambicion personal parece que han tomado la tarea de agitar al pais, intentando cambiar y derribar cada seis meses las leyes políticas que mas estima la nacion, y termina apoyando la proposicion de Benjamin Constant. No pide la palabra ningun diputado del centro, ni de la derecha.» El presidente: «Voy á someter á la votacion el acta. —Una multitud de miembros de la izquierda: «¡No deliberaremos!»—El presidente: «Paso á la votacion.....» —Mr. Casimiro Perier, en pie desde su banco y con una voz estrepitosa: «Nos hallamos bajo la influencia de la opresion, y no deliberaremos hasta que los ministros hayan dado las esplicaciones que se han pedido.»

Un profundo silencio sigue á estas palabras. El presidente: «El reglamento dice que las deliberaciones serán válidas siempre que asistan á ellas la mitad mas uno de los miembros de la cámara; en su virtud someto el acta á la votacion.» Despues de haberse votado la adopcion, añade: «Queda abierta la deliberacion acerca del segundo párrafo del artículo 1.º del proyecto de ley.» MM. Barthéaux, Mestadier y Bosson proponen varias enmiendas ó subenmiendas que son desechadas por la mayoría, votando levantados y sentados; todos los miembros de la izquierda permanecen inmóviles en sus puestos, y no toman parte en ninguna de estas votaciones. Benjamin Constant se levanta repentinamente y pide la palabra. (Movimiento de sorpresa.—A la derecha gritan: «¡Ah! ¡ah!»).

«Señores, dice Benjamin Constant desde la tribuna, los ministros no cesan de hablar de su independencia; pues bien, algunos de mis amigos y yo acabamos de oir desde nuestro banco que varios miembros de ese lado (señala la derecha) les reprendian ásperamente y maltrataban de palabras, reprochándoles su debilidad y timidez. Si se disputa este hecho pediré la autorizacion para interpelar á un miembro de la derecha que sin duda no me desmentirá.....» El orador se para y aguarda, luego añade: «¿No se eleva ninguna voz? ¿Nadie me interpela? Entonces el hecho queda probado.»

La sesion se termina con otro incidente notable.

El ministerio se hallaba bajo la ley de sus nuevos aliados, y sin embargo no tenia todas las pasiones de estos, ni en realidad las posiciones tampoco eran idénticas. Colocados al lado del poder y al abrigo de las cóleras provocadas por las medidas que imponian á los ministros, indiferentes á las penas y aun al peligro que sus exigencias podian acarrear á esos dóciles instrumentos, los ultrarealistas tenian todo el beneficio de la nueva posicion política, sin los obstáculos ni la responsabilidad. Esta responsabilidad y los deberes que ella les imponia, no dejaban de inquietar á Mr. de Richelieu y sus colegas; ellos no miraban sin una especie de zozobra la fermentacion que hacia algunos dias iba ganando á todas las clases del pueblo; sentianse vacilar ante la resistencia tan viva y resuelta, no de una minoría de diputados, sino de la mitad de la cámara, como tambien en presencia de esa irritacion inesperada que se manifestaba en las calles de París con la marcha tumultuosa de grupos de quince á veinte mil individuos, la mayor parte jóvenes de la clase media ú operarios. La perplejidad de los miembros del gabinete se aumentaba al considerar su insignificante mayoría. ¿Por ventura era una verdadera mayoría el beneficio de cinco ó seis votos obtenidos con tanta pena, y que aun desaparecerian si le faltase los votos de los cinco ministros? Inspirados un cierto número de antiguos miembros ministeriales que se habian vuelto, los unos adversarios, y los otros partidarios del proyecto de ley presentado por Mr. Simeon, y animados por MM. de Serres y de Richelieu, se habian reunido y pronunciado la palabra transaccion. Una parte notable de la izquierda parecia dispuesta á comprar al precio de algunas concesiones la continuacion de la eleccion directa; este mismo lado de la cámara ya habia dado el ejemplo de los sacrificios abandonando el principio de un colegio único por departamento, á fin de votar en favor de la enmienda de Camilo Jordan. «Sacrificio inmenso, habia dicho Manuel; porque se hallaba en oposicion con la severidad de su mandato, con los deseos de sus comitentes, y, por decirlo así, arrastraba consigo el abandono de la mitad de la institucion mas sagrada para la Francia.» ¿A su vez podia el lado derecho disminuir sus pretensiones y renunciar al sistema de candidatura? Una enmienda cuya responsabilidad aceptó Mr. Courvoisier fue el resultado de estas conferencias; pero los tumultos públicos de los últimos dias, y la agitacion y la cólera que llenaban cada sesion, parecian haber disipado la transaccion, de modo que la enmienda no habia sido presentada. Antes de abandonar la tribuna, a causa del incidente que hemos relatado, Benjamin Constant habia hecho alusion á esta tentativa de conciliacion, y preguntado en que habia venido á parar. «He abandonado mi enmienda, respondió Mr. Courvoisier, porque no quiero sostenerla ínterin no tenga el apoyo del ministerio. —He rogado á la cámara, en nombre del gobierno, replicó inmediatamente Mr. de Serres, que adoptase desde luego los dos colegios, y he añadido que si preferíais en seguida las bases del primer proyecto (proyecto Decazes), ó toda otra disposicion que se os podria proponer, seria posible reunirlo todo junto; mas no hay ninguno que haga una proposicion.....» Un gran número de miembros invitan al instante a Mr. Courvoisier para que vuelva á tomar su enmienda, y este accede. Con arreglo á esta enmienda la cámara se componia de cuatrocientos treinta miembros, de los cuales ciento setenta y dos eran nombrados por los colegios de departamento, y doscientos cincuenta y ocho por los colegios de distrito; los primeros colegios se formaban con los electores que pagaban mayor contribucion y en número igual á la cuarta parte de la lista general; los segundos de todos los electores domiciliados en el distrito. La cámara se aplaza para el dia siguiente, despues de haber oido las razones espuestas por Mr. Courvoisier.

La calma que habia reinado en la última parte de esta sesion (6 de junio), podia prometer que la del dia siguiente se pasaria sin borrasca; pero los tumultos de que París continuaba siendo teatro, no lo permitieron. El 7, Mr. Beausejour subió á la tribuna apenas se hubo terminado la lectura del acta. «La órden del dia de ayer no menciona la declaracion que yo hice de que me abstenia de tomar parte en la deliberacion, porque nos hallábamos bajo la influencia de la opresion; esta declaracion ha sido renovada por varios miembros, y todo un lado de esta cámara se ha quedado sin deliberar. Los acontecimientos que han tenido lugar durante la sesion, no son de una naturaleza que pueda tranquilizarnos; en consecuencia, rehuso nuevamente deliberar.» —Los acontecimientos de ayer, añade Benjamin Constant, hacen efectivamente mas amenazadora, no tan solo la posicion de esta cámara, sino tambien la de París. Señores, dos pacíficos comerciantes que viven la calle de Richelieu, pasaban ayer por la plaza de la Concordia. (Violenta interrupcion á la derecha: un gran número de voces: «¡Decid plaza de Luis XV!» (1).) Confieso, replicó Benjamin Constant, que no se economiza nada con que esta plaza no sea ya la de la Concordia; porque sobre todo es allí en donde se hace asesinar á los ciudadanos por los soldados; mas vuelvo al hecho. Marchaban, pues, estos dos ciudadanos pacíficamente sin proferir ninguna especie de grito, ni aun el de «¡viva la carta!» cuando el jefe de un destacamento de dragones que les seguia á poca distancia, se separa de su tropa, corre hácia los dos comerciantes y les injuria. Uno de ellos, llamado Mr. Dubief, se vuelve con el fin de hacer algunas observaciones; pero el oficial le atraviesa el brazo de una estocada. Os pregunto, ¿si en presencia de semejantes hechos la seguridad de París y de esta cámara se hallan bien aseguradas?

Mr. Martin (de Gray). «Hacia una hora que habia regresado á mi casa, cuando oí grandes gritos en la calle; miro, y era un peloton de dragones con sable en mano persiguiendo á los ciudadanos que huian; uno de estos se refugia en la entrada de una casa sita en frente de la mia; un dragon entra á caballo y le hiere: á pocos instantes veo trasportar á un anciano herido mortalmente. Salgo, y á pocos pasos de mi domicilio, un individuo condecorado con una cinta blanca y ancha, grita «viva el rey»; varios ciudadanos contestan: «viva la carta!» Precipítase encima de ellos dándoles golpes; le cogen y conducen al reten; pero vuelve á comparecer inmediatamente y se aleja despues de haber apretado la mano á varios gendarmes. Quiero regresar á mi casa, pero los dragones se arrojan encima de mí y otros transeuntes á la carga, me precipito en el pasaje Delorme, cinco ó seis ginetes me persiguen, y tan solo puedo salvarme saltando dentro de una tienda. Pocos momentos despues veo pasar algunos ciudadanos heridos gravemente, y uno de ellos me dice que para evitar el ser asesinados, un gran número de personas habian tenido que precipitarse en los fosos de la plaza de Luis XV.»

(1) Esta plaza, llamada *de la Revolucion* en tiempo de la república, y *de la Concordia* cuando el imperio, toma el nombre de *Luis XV* bajo el antiguo régimen.

Mr. Demarçay hace una narracion idéntica en medio de estos gritos que salen del lado derecho: «¡Vamos! ¡id á contar todas estas cosas a la policía!» Los dragones le han perseguido igualmente en la galería Delorme, en la que han penetrado á caballo y distribuyendo sablazos á pesar de la oposicion de los guardas; ha visto asimismo un gran número de ciudadanos heridos en las cargas que se habian dado por las calles, y uno de ellos con una herida mortal en la cabeza. Mr. Casimiro Perier confirma los mismos hechos, y dice que en la calle de Rivoli los dragones, que se hallaban en un estado completo de embriaguez, han entrado en algunos enrejados tras de los cuales se habian refugiado hombres de edad avanzada, niños y mujeres, á quienes han perseguido y derribado.

Como se ve, el sitio de los tumultos se habia cambiado de las inmediaciones de la cámara que ocupaban desde por la mañana numerosos destacamentos de tropa, á las calles vecinas al palacio real y Tullerías. Desde las ventanas de su palacio podia Luis XVIII ver la maniobra de las tropas y seguir con la vista las cargas de caballería, como tambien los movimientos de los grupos de curiosos que huian delante del galope de los caballos y de los sables de los soldados. Los clamores y gritos de esa multitud, unas veces irritada y otras espantada, podian llegar hasta sus oidos; mas indiferente á todos los ruidos esteriores y aislado voluntariamente en medio de su corte y parientes, el anciano rey no veia ni oia nada, y se hallaba como sumergido en la pena que le ocasionaba el alejamiento de Mr. Decazes: este dolor tenia todavía toda la intensidad de los primeros dias. «¡Ah! decia á Mr. Portalis enseñandole el retrato de Mr. Decazes colocado cerca de su sillon en su gabinete, ¡que amigo tenia yo!..» Si la casualidad hacia que sus ministros le hablasen en las audiencias de las cosas de la cámara, tan solo intervenia para decirles con un acento reprensivo: «El sistema de Mr Decazes era el mio: debiais haber sostenido su proyecto de ley.»

No obstante, varios diputados habian sucedido á Mr. Casimiro Périer, y todos habian sido testigos de las cargas y sablazos dados por las calles tanto á los simples pasajeros como a los grupos de curiosos Mr. de Serres defendió al gobierno acusando nuevamente á los diputados de la izquierda, de que agitaban los ánimos con sus discursos, que eran un verdadero estímulo para la revolucion, añadiendo que si debia pronunciarse la palabra esceso, era únicamente aplicable á los golpes dados a los agentes de la fuerza pública y á los gritos sediciosos de los individuos agrupados....

Numerosas voces, á la izquierda: «¡Es falso!»

Mr de Serres: «No hay mas que un juez entre nosotros.»

Las mismas voces: «¿Cuál?»

Mr. de Serres: «La cámara.»

A la izquierda: «¡No! ¡el juez es la nacion!»

Mr. de Serres: «¿Qué se puede responder? ¡Siempre el mismo sistema! ¡se declaran en contra de las autoridades mas respetables! ¡hasta contra la misma cámara! ¡apelan á la nacion, y la nacion de que habian es el motin, la insurreccion y la revolucion!» — A la derecha: «¡Bien! ¡bien!»—Aplausos animados.)

En este momento ya hacia tres horas que se habia empezado la sesion: varios miembros del centro reclaman la votacion del acta del dia anterior; Benjamin Constant sube á la tribuna para pedir la continuacion de los debates; á su aspecto, los gritos de «¡que se cierre!» resuenan con mas fuerza; MM. Blanquart-Bailleul y d' Hautefeuille interpelan desde encima de un banco de la derecha al diputado de la izquierda. Benjamin Constant vuelve la cabeza y les dice: «Sin embargo no creo que el ministro os haya dado la órden de cerrar inmediatamente la discusion.» — Gritos violentos de «¡al órden! ¡al órden!»)

Mr. de Castelbajac, en la tribuna: «Mr. Benjamin Constant nos ha mirado e insultado, y nosotros no recibimos órdenes de ministros; insisto pues, porque sea llamado al órden.»

Benjamin Constant: «De ninguna manera me opongo para que se me llame al órden; la cámara puede hacerlo; pero eso no me impedirá hablar contra la suspension de la legislatura.» (A la izquierda: «¡bien! ¡bien!»)

El orador combate efectivamente la suspension: en seguida el presidente consulta á la cámara; la mayoría cierra los debates adoptando las actas de las sesiones precedentes, y vuelve á tomar la discusion de la enmienda de Mr. Courvoisier.

Concebida en términos generales, esta enmienda no determinaba de una manera precisa y esplícita, ni la estension, ni los límites del derecho electoral concedido á los mayores contribuyentes: ¿votarian únicamente en el colegio de departamento, ó bien en el colegio de distrito primeramente y despues en el colegio departamental? En otros términos ¿los mayores contribuyentes tendrian el derecho de votar dos veces? Los diputados de la derecha lo entendian de este modo, y solo consentian en renunciar al sistema de candidatura en cambio de este privilegio de doble voto. Advertido de esta pretension, Mr. Courvoisier pidió la palabra. «Debo esplicarme, dice, hay equivocacion. Seria soberanamente injusto que un mismo elector pudiese votar sucesivamente en dos colegios; en su virtud propongo una subenmienda que decide que los electores de departamento no formarán parte de los otros colegios.» Un movimiento animado se manifiesta en la asamblea; un numero de diputados de la derecha rodean inmediatamente el banco de los ministros, y declaran al guardasellos que la aceptacion de la subenmienda seria retroceder por una senda desviada á la ley revolucionaria del 5 de febrero. Mr. de Serres, siempre docil, sube á la tribuna y dice que la enmienda de Mr. Courvoisier, del modo que este diputado piensa redactarla en aquel momento, dejaria demasiada influencia á la democracia, y que consiguientemente el gobierno se hallaba obligado á rechazarla. «En este caso, dijo Mr. de Courvoisier, retiro la enmienda.»—Mr. Mr. de Villele: «Supuesto que es así, ya no hay mas materia para deliberar.»—Mr Boin: «Yo acepto la enmienda en los terminos que fue presentada ayer, y pido el sostenerla.»

La discusion de la enmienda de que se habia encargado Mr Boin, ocupó toda la sesion del dia 8, siendo MM. de Serres y Casimiro Perier los que ocuparon mas tiempo la tribuna. Hablando este último de las numerosas variaciones que se habian notado en la opinion de los ministros desde el principio de la discusion, dijo: «Esta versatilidad no es satisfactoria; el ministerio puede retractarse mañana de lo que dijo ayer, anteayer y la víspera, segun el capricho de los que le dirigen y espantan.» Despues dirigiéndose á Mr. de Serres, añadió: «Y vos, señor guardasellos, cuyo principio en la carrera política ha sido tan brillante, y cuyas primeras palabras como ministro anunciaban un porvenir tan noble, haciendo concebir tantas esperanzas á los amigos de la libertad y de su pais; ¿cómo podeis asociar vuestro caracter y responsabilidad moral á semejante conducta?..

Mr. de Serres interrumpiendo: «Los ministros son responsables... no hableis de mi...»

Mr. Casimiro Perier: «Creia honraros dirigiendome de un modo personal.»

Ya hacia veinte y tres horas que duraban los debates. No se mostraban solamente fatigados de esta larga y agitada discusion un cierto número de miembros de la izquierda, antiguos empleados ó generales de reemplazo, que formaban parte de la oposicion, los unos por el odio que profesaban a la antigua nobleza que persistia en considerarles como aventureros, y los otros porque la autoridad regia anteponia los servicios de los hidalgos y emigrados á los suyos, sino que habituados al ejercicio y respeto del poder, miraban además con una secreta repugnancia e inquietud, la resistencia del pueblo y los tumultos que continuaban agitando la capital; turbándoles asimismo la posibilidad de una conmocion politica, adversarios como eran de toda lucha efectiva contra cualquier clase de gobierno. Al finalizar la sesion de la cual acabamos de citar un incidente, y cuando la monarquia iba á cerrar la discusion el general Brun de Villeret, que era uno de estos diputados, pidió el aplazamiento de la sesion para el dia siguiente: «Nos hallamos en circunstancias sumamente graves, dijo; espantados por esas mismas circunstancias un gran número de mis honorables colegas, estan decididos á ceder sus opiniones y aun quizás sus principios Como yo, retroceden en presencia del temor de la guerra civil, y tienen necesidad de concertarse para saber si el sacrificio de sus opiniones será útil, por cuyo motivo os piden que aplaceis la votacion para mañana.» La mayoría consintió en este aplazamiento, el que efectivamente fué provechoso para la enmienda El 9, despues de una sesion animada, borrascosa, llena de gritos, murmullos é interrupciones, en la que Mr. Girardin, hablando de la nueva ley, que la nacion miraba de antemano con horror, porque habia recibido un bautismo de sangre, y en la que Mr. de Teyssere declaró en medio del mas espantoso tumulto, que dicha ley no podia producir mas que resultados deplorables, á causa de que la mayoría que la habia votado se hallaba compuesta únicamente de ministros, empleados, nobles y ennoblecidos, la enmienda de Boin se puso á votacion; el número de votantes era de doscientos cincuenta y uno, y la enmienda fue adoptada por ciento ochenta y seis votos contra sesenta y cinco.

Cerca de sesenta miembros que votaban al principio de la discusion con los mas firmes opositores de la izquierda, habian reunido sus bolas á las bolas ministeriales. Manuel habia dicho pocos momentos antes a estos disidentes: «Nuestros colegas no reflexionan bastante acerca de la transaccion que se les exige, y no tardarán en conocer que votando en favor de la enmienda habrán sacrificado inútilmente la ley de eleccion que han jurado sostener, y la carta a la cual habian prestado juramento.» El instinto popular contestó al sentimiento de Manuel; esta

transaccion, que hacia varios dias que se estaba anunciando, parecia que duplicaba la irritacion pública en vez de calmarla. Las protestas de la calle eran mas ardientes de lo que lo habian sido hasta entonces; pero la escena habia cambiado de nuevo, trasportandose en el centro mismo de Paris, en los paseos y cuarteles de San Dionisio y San Martin y yendo á parar nuevamente á la cámara.

Apenas habia pronunciado el presidente el dia 10 estas palabras: «Queda abierta la sesion,» cuando compareció en la tribuna Mr. de Laffite, y dijo: «Hace ocho dias que no cesa de correr la sangre por Paris, y ayer noche ha sido todavia vertida con mas abundancia que los dias precedentes. Seria tiempo que se pusiese un término á semejantes escesos. Como diputado por Paris, mi casa está llena desde esta mañana de ciudadanos que han venido á traerme reclamaciones, y he recibido un gran número de documentos comprobando los hechos mas odiosos. Daré solamente lectura de uno, y espero que será suficiente para que la cámara se decida á exigir de los ministros que hagan cesar semejantes abominaciones.» Este documento, firmado por un gran número de comerciantes y propietarios de los cuarteles de San Dionisio y San Martin, contenia estos pasajes:

«A las ocho de la noche del dia de ayer, cien mil habitantes, hombres, niños y mujeres cubrian los paseos de Bonne-Nouvelle, San Dionisio y San Martin. Ningun acto ni grito turbaban el órden público, cuando repentinamente llegaron varios destacamentos de tropa, entre los que se distinguian los coraceros de la guardia real con sable en mano. A su vista óyense gritos de «¡viva la carta!» Los jefes dan inmediatamente la órden de cargar, y los coraceros se precipitan encima de esa inmensa poblacion acuchillando todo cuanto se pone en su presencia. Un marido y su mujer, que se habian refugiado en una tienda, son sacados de ella y acuchillados; á poca distancia cae un ciudadano herido mortalmente. En las tiendas en donde no pueden entrar los coraceros dan sablazos á las vidrieras; siendo esta la causa de haberse quedado encima del mostrador de un tabernero la mitad de un sable que se habia roto dando uno de estos golpes.»

A estas últimas palabras se levanta Mr. de Courcelles y agitando en el aire un fragmento de hoja de sable dice: «¡Miradla!»

«Señores, añade Mr. Laffitte, otras muchas personas han sido heridas gravemente. Engañan al rey y quizas le hacen traicion; el peligro es mas grande de lo que piensan; evidentemente esta cámara no es libre: todo se permite á un lado, mientras se prohibe todo al otro. Yo no apruebo los grupos; pero ¿hay nada de estraño en que una nacion que ha combatido tanto tiempo por sus libertades no pueda dejárselas quitar á sangre fria, y que los ciudadanos cuya voz no puede resonar en este recinto manifiesten sus deseos del modo mas legal que le es posible..? Violenta interupcion á la derecha. —Un gran numero de voces: «El motin no es nunca legal.»

Mr. Laffitte: «Bajo el sistema representativo no existe motin cuando los ciudadanos se reunen sin proferir ningun grito sedicioso. (Nueva interupcion á la derecha. —Mr. de Montcalm: «¡Esto no es verdad!»—A la izquierda: «¡Es verdad!»)

Mr. Laffitte: «Señores, el mal es mas grave que suponeis; la indignacion de la capital ha llegado á su colmo, no son solamente, como decis, jóvenes estraviados; la agitacion se apodera de las clases populares. (Gritos y tumulto en la derecha.)

Mr. de Puymaurin: «¡Son gente pagada!»

Mr. Laffitte: «En todo caso, siempre debeis saber mejor que yo quién los paga; mas sea lo que fuese, lo cierto es que los tumultos aumentan, el dia de ayer ha sido desastroso, y el de mañana todavia puede serlo mas...»

Mr. Bourdeau: «¡Estais bien informado!»

Mr. Laffitte: «Yo desprecio semejantes interpretaciones: me hallo á cubierto de ellas. Mañana es dia de fiesta, y los operarios estaran mas libres: hé aquí lo que responde á la inconveniencia de la interrupcion.»

Varios diputados añadieron nuevos hechos á los relatados por Mr. Laffitte, y cada una de estas relaciones provoca gritos, reprensiones e interrupciones. El mismo Mr. de Serres aumenta muy pronto el desórden señalando nuevamente los discursos de la oposicion como la causa de todos los tumultos. Al contestar á las palabras de Mr. Laffitte acerca de la legalidad de las protestas pacíficas, y de los gritos de ¡viva la carta! dice: «¿Qué os parece, señores, esa teoría y aun los esfuerzos intentados en esta tribuna para justificar los agrupamientos sediciosos?» (Gritos é interrupcion en la izquierda.)—Varias voces: «Os habituais á la calumnia.»

Mr. de Serres: «Yo no ataco las personas.»

MM. Laffitte y Casimiro Périer: «Acabais de designarlas.»

Un gran numero de miembros piden que se suspenda la discusion; Mr. Mechin sube á la tribuna para sostenerla, pero los gritos cubren su voz.

Mr. de Courcelles: «¡Hace ocho dias que corre la sangre y rehusais escucharnos! ¡eso es infame!»

Estas palabras son la señal de un desórden tan violento, y de un debate tan personal que varios diputados piden la sesion secreta; la cámara la adopta y el presidente da órden para hacer evacuar las tribunas; mas al cabo de un rato la sesion vuelve á ser pública, y Benjamin Constant renueva á su vez el tumulto relatando que la víspera por la noche ha visto debajo de sus ventanas á unos cuarenta coraceros que cargaron á diez ó doce niños é igual número de hombres y mujeres que gritaban «¡viva la carta!» «Lo acuchillaban todo, añade el orador, los hombres, niños y mujeres, y hasta á los habitantes pacíficos que regresaban á sus casas. Los jefes animaban á los soldados con una especie de furor, y he oido varios de ellos que gritaban: «¡Mata! ¡mata!» (Esclamaciones ruidosas á la derecha; gritos: «¡Al órden!» A la izquierda: «¡Eso es espantoso! ¡es horrible!»)

MM. de Doria y d'Hautefeuille se precipitan á la tribuna y piden que Benjamin Constant sea llamado al órden por haber calumniado un cuerpo que se ha conducido con fidelidad. Esta proposicion no es tomada en consideracion, y se desvanece en medio del desórden que reina en toda la cámara; el tumulto se prolonga hasta las cuatro de la tarde; un gran numero de diputados piden entonces la suspension; la cámara la pronuncia, adopta las actas del dia anterior y continua la discusion de la ley electoral. Esta ley se hallaba enteramente comprendida en los dos primeros artículos ya votados, y aun cuando las otras disposiciones no eran mas que simples detalles de ejecucion, no obstante fueron combatidas por la izquierda con el mismo vigor, la cual presentó acerca de cada una de estas disposiciones una multitud de enmiendas y subenmiendas que fueron siempre desechadas. Por último, el 12 de junio, despues de una acalorada protesta por la que Mr. Dupont (de l'Eure) declaró que rechazaria, en union con sus amigos políticos, toda la ley, atendido que habiéndola presentado bajo la influencia de una espantosa catástrofe, y deliberado bajo el imperio de la violencia y de la fuerza, violaba la igualdad de los derechos de los ciudadanos y de la carta, y preparaba el triunfo de un partido enemigo de la Francia, de su libertad y grandeza, el conjunto del proyecto de ley fué votado y adoptado por ciento cincuenta y cuatro bolas blancas contra noventa y cinco bolas negras.

Engendrada con mucha pena en medio del desórden parlamentario, de los tumultos y luchas de la plaza pública, esta ley que los realistas acogieron como la prueba de su triunfo y salvacion, y que por la exageracion de sus resultados fué su pérdida, recibió el nombre de ley del doble voto. Por una estravagancia cuyo testimonio se buscaria en vano en todos los escritos contemporaneos, no tan solo este doble derecho no se halla inscrito en ella, pero ni aun tampoco indicado; así es que ha tenido únicamente su orígen en la interpretacion. En las primeras elecciones el ministerio convocó primeramente los colegios de distrito; acabadas las operaciones de estos, reunió los colegios de los departamentos, y los mayores contribuyentes, protegidos por el silencio calculado de las nuevas disposiciones, fueron á votar por segunda vez. Si los términos de la ley no consagraban esta facultad, tampoco impedian su uso, y el derecho se halló establecido; así es que el poder del partido ultrarealista fue el resultado de un sobrentendido.

Tres proyectos de ley relativos al reparto de las reservas de la Banca, al sueldo de los miembros de la Legion de Honor, á una contribucion adicional para acabar la Bolsa de Paris, y despues la ley del presupuesto ocuparon el resto de la legislatura. La discusion de la ley acerca de la pension de los miembros de la Legion de Honor, y la del presupuesto se resintieron de la irritacion que habian dejado en la cámara los debates precedentes; los abonos destinados al clero, el sueldo de los suizos, los abusos de ciertos gastos, y sobre todo las purificaciones que ya habian hecho MM. Simeon y de Latour-Maubourg en la administracion y en el ejército, que era el principio de la reaccion que iba á entregar á todos los empleos y posiciones al partido monárquico y religioso, fueron el objeto de protestas que agitaron mas de una sesion; cambiáronse prefectos, reemplazáronse generales, y se daba la licencia á los simples oficiales que se hallaban en sus regimientos. Tambien cesaron de formar parte del consejo de estado MM. Royer-Collard y Camilo Jordan, realistas y activos defensores de los Borbones en la época en que la mayor parte de los ministros y personajes mas influyentes de la cámara y del gobierno vigente guardaban el silencio, servian á la república ó juraban odio á la autoridad real (1).

(1) Despues de algunos meses de enfermedad, Mr. Camilo Jordan su-

En medio de estas luchas los pares hicieron un papel casi insignificante; su intervencion se limitó á votar las leyes adoptadas por la cámara de diputados. No obstante se intentaron algunos esfuerzos valerosos en favor de las leyes y principios sacrificados á las pasiones ultrarealistas; el mariscal Jourdan, los generales Becker y de Valencia, el duque de Broglie, los condes de Segur, Daru, Germain, Boissy-d'Anglas, Cornudet y Lemercier lucharon vigorosamente en favor de la libertad individual, de la libertad de imprenta y de la ley del 5 de febrero. Sepultada su voz bajo el secreto de esta asamblea, no produjo eco en el pais; solamente uno de los actos de esta cámara provocó la atencion pública, y fué el proceso de Louvel.

Al cabo de tres meses de indagaciones apoyadas con el celo de un gran número de particulares, el procurador general Bellart declaró el 12 de mayo que á pesar de haber espedido ciento y sesenta exhortos al estranjero, en todos los puntos del reino, y de haber oido mas de mil doscientos testigos, la sumaria no habia podido descubrir ninguna traza de complicidad. Louvel compareció solo el 5 de junio delante de la cámara de los pares, constituida en tribunal de justicia. Su semblante era sereno, y sus modales y vestidos anunciaban una profesion mas distinguida que la suya; escuchó la lectura del acta de acusacion sin conmoverse, confesó todos los hechos mencionados en dicha acta, reconoció el puñal que le habia servido para perpetrar el crímen, y declaró haberle hecho fabricar en la Rochela.—P. ¿Con qué objeto?—R. Para quitar la vida á todos aquellos cuyo regreso habia causado la desgracia de la patria.—P. ¿Teniais algunos motivos particulares de odio contra monseñor el duque de Berry? ¿os ha causado algun perjuicio personal ó á vuestros amigos?—R. No.—P. Entonces ¿por qué habeis elegido el príncipe menos cercano al rey?—R. Porque era de la misma familia.—P. ¿Cuánto tiempo hace que habeis formado el proyecto de matarle?—R. Desde 1814.—P. ¿Habeis tenido la intencion de cometer este crímen contra la persona del rey?—R. Sí, he ido á Calais para probar á dar la muerte a un príncipe ó al rey, lo que hubiese encontrado á derecha ó izquierda, con tal que fuera alguno de esa familia que ha vuelto con los ejércitos estranjeros.

—«P. ¿Por qué habeis regresado á Paris?—R. Para distraerme de las ideas que me persiguen. Yo dudaba algunas veces, y me preguntaba á mí mismo si no hacia mal; mas la entrada de los estranjeros me era insoportable y queria viajar para distraerme. P. ¿Habeis ido despues á la isla de Elba con el objeto de buscar allí los medios para ejecutar vuestro proyecto?—R. Hubiese hecho mal de ir con semejante objeto: mas bien hubiera hecho quedándome en Francia para ejecutar mi proyecto desde 1814.—P. ¿Habeis tenido algunas relaciones con Napoleon?—R. Jamas.—P. ¿Habeis conferenciado con alguno acerca de vuestro proyecto? ¿os han escitado para que le realizarais?—R. Nunca.—P. ¿Por que habeis ido á estableceros á Chambery al salir de la isla de Elba?—R. Soy operario, no tengo mas que mi trabajo, y me paraba en los pueblos de mi tránsito con el fin de ganar lo que me era indispensable para cubrir los gastos de viaje: ademas, los estranjeros estaban en Francia.

P. ¿Cómo es que habiendo obtenido un empleo en el palacio real no habeis renunciado á vuestro funesto proyecto?—R. No he podido.—P. ¿La religion y el honor no os han detenido; entonces no teneis ninguna religion?—R. Tengo la de todos los hombres; conoceis mi vida y habeis oido á todas las personas que me han tratado.—P. ¿A qué religion perteneceis?—R. Yo creo que á la católica á lo menos... por lo demas, unas veces teofilántropo, y otras católico ó protestante.—P. Supuesto que teneis la desgracia de no creer en la justicia divina, á lo menos debiais temer la de los hombres y el castigo de vuestro crímen.—R. ¡Es tan poca cosa!... desde luego es necesario considerarme como á un francés que se sacrifica.—P. Si habeis hecho el sacrificio de vuestra vida, ¿por qué os habeis escapado?—R. Porque odiaba á todos los hombres que han tomado las armas contra la patria.—P. ¿Os hallais informado de las circunstancias que han acompañado los últimos momentos de S. A. R. monseñor el duque de Berry?—R. Sí.—P. ¿Sabeis que en el acto de morir erais el objeto de sus oraciones al propio tiempo que os perdonaba? ¿no os ha conmovido esta generosidad?—R. Sí señor.—P. ¿No quereis volver al seno de una religion que inspira tan bellos sentimientos?—R. La religion no es un remedio contra el crímen que yo he cometido.»

Mr. de Lally-Tolendal: «¿Cuáles eran las lecturas acostumbradas del acusado?—R. Los derechos del hombre y la constitucion.—P. ¿Cuál?—R. No me acuerdo.—P. ¿Leiais los periódicos?—R. No.—P. ¿Libros satíricos?—R. No.

Mr. Decazes: «Se ha preguntado al acusado qué hubiera hecho si hubiera podido salvarse, y ha respondido que matar á monseñor el duque de Angulema: se le ha dicho por que, y ha contestado que se hallaba obligado á ello: preguntado que quién le obligaba, da por respuesta que era para evitar que se sospechara de algunas personas. ¿Quiénes son estas personas?—R. En mi concepto, si hubiese tenido la desgracia de evadirme, porque realmente hubiera sido una desgracia, el gobierno y la policía hubieran practicado suficientes pesquisas para causar la prision de ocho ó diez mil personas, y tal vez cincuenta mil. Yo hubiera gemido al considerar que se molestaba á tantas personas enteramente ajenas á mi accion, lo que es muy natural, por cuanto yo era el único culpable, y como tenia odio á todos los que han tomado las armas contra la Francia, que han sido traidores á la nacion, despachándolos á todos hubiese en fin logrado el que se me hubiese descubierto.»

Mr. Bellart: «¿Entonces queriais asesinar á todos los príncipes de la familia real?—R. A todos los franceses que han perjudicado a la patria.—P. ¡Cómo! ¿todos los príncipes de la familia real?» (El acusado responde solamente con un signo afirmativo.)

Mr. Dabouchage: «En fin cuáles son las personas que temiais comprometer?—R. Ya os lo he dicho, si me hubiese escapado, la policía hubiera inquietado mucha gente y causado bastantes desgracias. Yo lo ignoro todo en mi calabozo; sin embargo he leido en los autos que se ha arrestado á varias personas por un ramillete ó una simple palabra. Si me hubiese fugado, hubieran preso y buscado todo cuanto podia ofrecer la idea mas remota de complicidad: y ¡hay tantas cosas que parecen tener relacion con esto!—P. ¿No habeis comunicado nunca vuestros designios á nadie?—R. Jamás.»

El presidente: «Hace un momento que habeis hablado de vuestro crímen; ¿quiere decir que reconoceis que es un crímen lo que habeis cometido?—R. Sí, es terrible tener que ir detrás de otro para darle de puñaladas. Reconozco que es un crímen horrible.» El examen de los testigos no añadió nada de nuevo á los debates. Luego que se hubo terminado, Mr. de Lally-Tolendal solicitó del presidente el permiso de dirigir una pregunta al acusado, y dijo á Louvel: «No teneis mas que un momento de existencia y de ese momento depende la eternidad; os hallais ante la clemencia divina que puede perdonarlo todo, y un suplicio eterno si no os arrepentis. Yo os conjuro por la última vez: ¿habeis tenido cómplices? ¡Pensad que en vuestra presencia se hallan los tormentos eternos!» Louvel, con una voz mas fuerte y mas segura de lo que se habia oido hasta entonces: «No; no los he tenido jamás.»

Mr. Lecouteulx: «En el proceso, el acusado se ha servido de esta espresion, «mi partido:» tambien ha dicho, «la comision de que me habia encargado.» ¿Que queria decir con eso?—Ya me han hecho esta observacion. Yo lo consideraba como una comision que me habia sido impuesta por mi conciencia.—P. ¿Y «mi partido?»—R. Yo no soy orador.

Mr. de Montmorency: «Hablando de su accion, el reo ha dicho, «el horrible proyecto.» Supuesto que esperimenta una especie de horror por su crímen, que diga entonces lo que le ha impulsado á cometerle.—Louvel: Cuando un hombre mata á otro, su accion no puede pasar por una virtud, luego es un crímen; le he cometido por el bien de la Francia, á la cual me he sacrificado.»

Esta respuesta termina la sesion, y al dia siguiente, 6, fué condenado á muerte. A las seis menos cuarto de la tarde del dia 7 salió de la conciergeria, es decir, en el mismo instante que se verificaban los tumultos. Una fuerza militar considerable ocupaba la plaza de Greve y guardaba los muelles por donde debia pasar el condenado. La multitud era inmensa, y cubria hasta los tejados de varias casas. El sentenciado estaba cubierto con un sombrero redondo; llevaba una levita azul atada por encima de los hombros; sus facciones no estaban alteradas, ni su actitud abatida, segun lo afirmaron los periódicos del dia siguiente; al contrario, su modo de andar mostraba firmeza sin fanfarronada. A las seis estaba satisfecha la justicia humana (1).

cumbió víctima de la afeccion que le condujo lentamente al sepulcro, y murió el 18 de mayo del siguiente año. Mr. Royer-Collard acompañó los restos mortales al cementerio: cuando iba á desaparecer el ataud, se adelantó y con una voz mezclada de sollozos pronunció estas palabras: «¡Adios, mi querido Camilo! Hace veinte y cuatro años que hemos entrado juntos en la carrera pública, y en tan largo camino no hemos estado desunidos ni un solo dia; siempre hemos tenido el mismo objeto, los mismos pensamientos, los mismos esfuerzos y la misma fortuna. ¡Adios, espíritu noble, corazon generoso, orador eminente, diputado fiel á la religion, al rey y al pueblo! ¡Adios! Tu memoria será grata á la patria. ¡Que el Dios de paz te reciba en su seno!»

(1) Pocos momentos despues de la sesion en que fué pronunciada la sentencia, uno de los que custodiaban á Louvel, le dijo: «Debeis implorar el ausilio de la religion, y pedir un eclesiástico.—¿Para qué?, respondió el reo, ¿acaso me conduciria eso al paraiso?—Puede ser. Dios tendrá compasion de vuestro arrepentimiento.—¿El príncipe de Condé (que habia muerto poco tiempo antes) está en el paraiso? Debe suponer-

Este proceso no habia interrumpido mas que seis dias las sesiones legislativas de los pares; tanto sus tareas como las de la cámara de diputados se prolongaron hasta el 22 de julio, en cuyo dia se leyó en ambas cámaras un decreto que cerraba la legislatura. Abierta el 29 de noviembre precedente, esta legislatura habia durado ocho meses. A las cuatro semanas de haberse cerrado la legislatura el gobierno anunció el descubrimiento de una conspiracion que fué el primer complot militar que se urdió contra la restauracion.

Si el mayor número de los amigos de la libertad de la prensa, á pesar del juicio que pronunciaba la disolucion de su sociedad, habian continuado en reunirse, aunque discretamente y por intervalos mas largos, no obstante se dispersaron á la época de la muerte del duque de Berry. Este acontecimiento habia igualmente alarmado los pequeños grupos existentes al lado de esta sociedad, en su comité director y en su comité de accion, acerca del cual ya hemos mencionado en otra parte la nulidad de sus conferencias. En las primeras semanas hubo una especie de sálvese quien pueda entre la generalidad de los adversarios de la restauracion; pero se restableció en breve la seguridad, y la dispersion que acababa de operarse fué una especie de prueba que separó a los tímidos de los enérgicos, los vacilantes de los resueltos. Estos últimos trataron de avistarse nuevamente y renovar las relaciones. Una mañana de los primeros dias del mes de abril la casualidad de estas tentativas reunió en casa de un abogado cuyo nombre hemos pronunciado ya, Mr. Merilhou, á MM. de Lafayette, Voyer d'Argenson, Beausejour, Villalon y Dunoyer. El gobierno acababa de presentar á la cámara de diputados este proyecto de ley electoral ultramonárquico que no dejaba á los electores de trescientos francos mas que el nombramiento de algunos candidatos, y remitia la eleccion de los diputados entre las manos de los diez ó doce mil propietarios del reino que pagaban mayor contribucion. Ocupáronse del porvenir de tumultos y violencias que preparaba al pais la creacion de esta nueva oligarquia fundada únicamente en la fortuna; mas concentrada que en los siglos precedentes la oligarquia de Venecia; mas fuerte por el pequeño número de sus miembros, y mas terrible para los intereses generales de la poblacion que no lo habia sido nunca la nobleza baja la antigua monarquia. «Esta ley, decia Mr. de Lafayette, es una declaracion de guerra á muerte contra la revolucion; los realistas quieren esterminar el principio de libertad é igualdad. No nos queda otro recurso contra ese partido y sus ataques que el de una resistencia á tiros; mas es necesario el concurso activo de los departamentos para intentar alguna cosa en Paris; ¿no se podria indagar y asegurarse de sus disposiciones, intentando organizar en ellos algun movimiento?»

Esta proposicion respondia á un pensamiento que hacia mucho tiempo que germinaba en el ánimo no tan solo de los oyentes de Mr. de Lafayette, sino que tambien de un gran número de sus amigos políticos; así es que la recogieron con ansiedad. Pocos dias despues Mr. Villalon marchaba hácia la Bretaña y se ponia en relacion con los patriotas de Nantes, de Rennes y de Saint-Malo; Mr. d'Argenson escribia en la Alsacia; MM. Rey (de Grenoble) y Beranger (de la Drome) trataron de emplear activamente á los miembros de las diferentes uniones que no habian dejado de existir en Grenoble y en algunas ciudades vecinas; por último otros opositores que habian pertenecido, ya sea á la Union de Paris ó á la sociedad de los Amigos de la libertad de la prensa, ó bien al antiguo comité de accion, abrian por su parte comunicaciones con otros puntos ó se esforzaban en reunir los diversos elementos de insurreccion que fermentaban en Paris, y que debian inflamar muy pronto los ardientes debates de la cámara acerca de la ley electoral.

Algunas semanas antes de haber tenido efecto la reunion que acabamos de narrar, ó sea, á la época de la promulgacion de las dos leyes acerca de las libertades de la prensa é individual; los periódicos liberales habian anunciado que se habia abierto una suscricion nacional á fin de sostener é indemnizar á los ciudadanos que fuesen víctimas de estas dos leyes, un comité compuesto de MM. Lafayette, Casimiro Perier, de Lafayette, Voyer-d'Argenson, Manuel, Benjamin Constant, Dupont (de l'Eure), de Chauvelin y Kezatruy, diputados; Foly (de Saint-Quintin); manufacturero; Gevaudan, administrador de diligencias; Merilhou y Odilon-Barrot, abogados; Pajol, teniente general y Etienne, literato, debia centralizar las suscripciones, apoyar ante la autoridad las reclamaciones de los ciudadanos arrestados ó presos, socorrer á sus familias, y llevar con este fin una correspondencia activa y seguida en todos los departamentos.

La suscripcion se organizó inmediatamente, se establecieron las correspondencias, y el comité quedó formado. El mayor número de sus miembros, tales como MM. Lafayette, Casimiro Perier, Benjamin Constant, Kératry, Barrot y Etienne no querian escederse de los límites del objeto propuesto al tiempo de formarle: en cambio otros, con MM. de Lafayette, d'Argenson, Dupont (de l'Eure) y Mérilhou pasaron á utilizar la asociacion y sus medios de correspondencia en provecho de esta resistencia á fuerza abierta que habia proclamado el primero como único medio de salud contra los proyectos de la contrarevolucion, cuya resistencia se esforzaban en organizar en aquel momento en varios puntos de los departamentos. Agregándose pues algunos amigos políticos cuya opinion enérgica y carácter decidido les era notorio, formaron un comité especial y separado que se hallaba compuesto de este modo:

MM. de Lafayette, Voyer-d'Argenson, Manuel, Dupont (de l'Eure), Merilhou, de Corcelles, Beausejour, Rey (de Grenoble) y el general Tarayre.

Este comité, del cual todos los miembros se habian conocido en la antigua Union de Paris, y que desde que se habian vuelto á ver en esta sociedad habian continuado siempre en una relacion íntima, es la reunion de donde salieron de Paris, no el primer pensamiento, sino las primeras tentativas de lucha abierta contra la restauracion, siendo el comité director de 1820.

Su accion no podia tener la influencia que se le ha supuesto; los hombres que le componian, no poseian intereses ni ejército, ni aun tampoco formaban la cabeza de un gran partido político, unido por la fé y sometido á una autoridad comun; mas por la sola circunstancia de que ellos se ponian audazmente al frente de la contrarevolucion, y que unidos por el mismo amor pátrio, se hallaban prontos á sacrificarlo todo, con el fin de realzar la Francia de las humillaciones de su doble caida, asegurar sus derechos desconocidos y su libertad amenazada; por el solo hecho que ponian al servicio de esta grande y santa causa su fortuna, honor y vida, los miembros del comité director debian hallar muy pronto la decision necesaria para los esfuerzos que querian intentar. Cuando llegó la discusion de la ley electoral, estos esfuerzos se limitaban todavía á informes preparativos de maquinacion, y proyectos de sublevacion en algunas ciudades de provincia. Los tumultos que agitaron en aquel entonces á la capital, no iban dirigidos, como se ha supuesto, precisamente por el comité; este los animaba y se preparaba para apoyarse en ellos, pero no los provocaba, ni tenia necesidad de ello; bastaba con la irritacion de los ánimos para producirlos y alimentarlos. Las amenazas, reprensiones, injurias é insultos que se decian recíprocamente en la cámara de diputados cada dia, no eran en realidad mas que un reflejo muy débil de la exasperacion que reinaba fuera de la asamblea contra el partido realista y el gobierno. Por todas las partes en donde se encontraban algunos ciudadanos de las clases medias, jóvenes ú hombres de sensatez, oficiales retirados ó de reemplazo, partidarios del imperio ó de la revolucion, se podian oir estas palabras: «¡Cómo, no nos sublevaremos y derribaremos á ese gobierno impuesto por el enemigo!» Mas estos gritos quedaban aislados; en esta época no existia aun ninguna inteligencia secreta entre los numerosos descontentos de Paris; no se hallaba organizada ninguna resistencia, y tan solo se veia una especie de acuerdo en los grupos de los estudiantes de medicina y jurisprudencia.

Reconociendo los estudiantes el año anterior con motivo de los tumultos provocados por la suspension del curso de Mr. Bavoux, que tenian necesidad de concertar sus protestas, se habian reunido en grupos ordinariamente compuestos de los alumnos que pertenecian á la misma provincia, y que habian aceptado la influencia de algunos camaradas suyos que se distinguian por su energía y actividad. Dos de estos, los estudiantes Joubert y Beslay, el último hijo del diputado del mismo nombre, poco tiempo antes de los tumultos se habian puesto en relacion con Mr. de Lafayette, y por este imprimian ellos el impulso del comité director no tan solo á los alumnos de las dos escuelas, sino que tambien á un número bastante crecido de pasantes de notarios y procuradores, de adultos de toda profesion dedicados al estudio de las ciencias ó bellas artes, los que animados del mismo sentimiento político que los alumnos de derecho y medicina vivian al lado ó en el centro de ellos, y se confundian bajo el nombre general de estudiantes. Testigo de los dolores y vergüenza de las dos invasiones, y engañada acerca de los hechos de esa época, toda esta juventud acusaba á los Borbones y su partido, de la doble caida de nuestra independencia; confirmada en esta opinion por las circunstancias del doble establecimiento de la

se, porque era un príncipe muy bueno. — En ese caso, dijo inmediatamente Louvel, tengo ganas de ir allí para hacer rabiar á ese viejo emigrado.» Visitado por la noche por Mr. de Semonville, le dijo: «Desde que estoy en la cárcel siempre he dormido con sábanas muy bastas, desearia mucho tenerlas finas para mi última noche.» Se las dieron, se durmió profundamente, y no se despertó hasta las 6 de la mañana del dia siguiente.

monarquía real y por los actos y doctrinas de sus partidarios, cada realista era para ella un cómplice del estranjero; Luis XVIII y sus parientes, príncipes impuestos por la derrota, y les aplicaba como una maldicion en sus momentos de cólera estas palabras del general Foy: «¡Lloraban cuando nosotros nos alegrábamos; su alegría ha empezado con nuestros dolores!»

Esta categoría de descontentos podia ofrecer ausiliares útiles para una insurreccion; mas para decidirla se necesitaban elementos mas sólidos, é instrumentos mas enérgicos y mas fuertes. En las filas de la misma tropa fué en donde halló el comité director, poco tiempo despues de los tumultos de junio, la fuerza que necesitaba; no tuvo que buscarla, pues ella misma vino á ofrecerse.

No era menos viva en esta época la irritacion en una parte del ejército que entre los ciudadanos de la clase civil. Si la generalidad de los oficiales de la guardia real, escogidos entre la juventud de la clase rica y elevada, ó entre la antigua nobleza, habian abrazado con ardor la causa de los Borbones; en cambio, en los regimientos de línea los grados inferiores pertenecian generalmente á hombres que no profesaban el mismo afecto á estos príncipes ni á su gobierno. La mayor parte, comprendidos en una de las veinte y una categorías establecidas por el duque de Feltre á la época del licenciamiento del ejército imperial, tan solo se la habia sacado de la posicion de medio sueldo y llamado al servicio activo en 1818 ó 1819; así es que un número considerable de oficiales de línea se hallaban perseguidos por el recuerdo de las amenazas y mal trato que habian esperimentado en 1815, 1816 y 1817. Además, hijos del pueblo ó de pequeños hacendados consideraban el triunfo de las doctrinas ultrarealistas como la preeminencia de los oficiales de casta noble, el olvido de sus antiguos servicios, la pérdida probable de su empleo y el regreso de las persecuciones. Estos temores que acababan de justificar en aquel mismo momento las purificaciones hechas por el nuevo ministro de la guerra, Mr. Latour-Maubourg, en los mandos superiores y empleos inferiores del ejército, habian penetrado hasta el seno de la guardia real, entre la generalidad de sargentos, antiguos soldados del imperio, á quienes irritaban los sacrificios á que habian debido someterse para continuar su carrera, y que siendo la mayor parte sargentos primeros ó segundos del ejército del Loire, no habian podido volver á entrar en el servicio de este cuerpo privilegiado, sino renunciando á sus antiguos grados. Ascendidos otra vez á cabos, sargentos y ayudantes, todos alimentaban las esperanzas de avanzar en su carrera, apoyándose en las garantías inscritas en la ley Gouvion Saint-Cyr; mas atacada esta ley todos los dias, en su orígen, por los realistas ¿quedaria en vigor ó seria destruida? El resultado dependia evidentemente de la composicion de la futura cámara de diputados. No estaba pues menos atenta esta masa de sargentos que la generalidad de los oficiales de línea á los debates tan borrascosos que habia originado la ley electoral. En vano daban los coroneles las órdenes mas severas; los periódicos circulaban por todos los cuarteles de la guardia, y la discusion de esta ley, sus incidentes y progresos hacian en ellos el gasto de las conversaciones en voz baja de los jefes de cada cuadra. Los oficiales de línea se mostraban mas libres; era en alta voz y con un estilo animado que se espresaban en los cafés ó en las mesas de las fondas contra las nuevas tendencias del gobierno, prodigando sus sarcasmos á los oradores ministeriales y realistas, aplaudiendo los discursos de los oradores liberales y proclamando á estos últimos como los defensores de sus derechos. Tal era el estado de los ánimos de las legiones que componian la guarnicion de París, cuando los oficiales de la legion del Meurthe fueron invitados por órden superior el dia 3 de junio para que se presentaran en el palacio Borbon á la hora ordinaria de la salida de las sesiones. Esta órden, dada sin duda con el objeto de aumentar el número de oficiales cuya presencia animaba á las personas encargadas de insultar y maltratar á los diputados, condujo al teatro de los desórdenes á uno de los capitanes que vituperaban con mas encarnizamiento á los Borbones, las particularidades de su doble regreso, sus tendencias retrógradas y los escesos de sus partidarios. Testigo silencioso de las violencias que se habian cometido aquella noche contra Mr. de Chauvelin, de las odiosas brutalidades ejercidas con los jóvenes que servian de escolta á este diputado, y de los furores originados por el grito de «¡viva la carta!» que el gobierno habia trasformado en grito sedicioso, sintió tanta indignacion y cólera, que recordando en su memoria estas palabras del general Lafayette: «El deber de todo buen ciudadano es de conspirar contra un gobierno déspota que conspira», hicieron germinar inmediatamente en él los pensamientos de revolucion, cuya confidencia no tardó en recibir su amigo el teniente Maillet.

La posicion de los adversarios activos de la restauracion en el mes de junio de 1820 era esta: en la cámara, siete diputados, que buscaban de acuerdo con algunos hombres enérgicos y decididos todas las ideas de resistencia, esforzándose en reunirlos y coordinarlos para una lucha abierta contra el partido que las dos invasiones habian hecho victorioso; en los departamentos, proyectos de conspiracion por todas partes, y en algunos puntos preparativos de sublevacion; en París, una multitud de reuniones privadas en donde se discutia, nó la necesidad que cada uno admitia, sino los medios de combatir y derribar al gobierno.

Era el centro de una de estas pequeñas reuniones el Bazar Frances, vasto almacen comercial, situado en la calle Cadet, número 11, que tenia por administradores á Mr. Mallent y el coronel de reemplazo Sausset, y por empleados oficiales del antiguo ejército. Los huéspedes acostumbrados y asiduos de este establecimiento eran el coronel Maziau, de cazadores á caballo de la ex-guardia imperial; Mr. Rey (de Grenoble), miembro del comité director; Mr. Dumoulin, compatriota de este último, antiguo ayudante de órdenes de Napoleon; otros varios oficiales de reemplazo ó en activo servicio, y entre estos el jefe de batallon Berard, de la legion de las Côtes-du-Nord, y el teniente Maillet (1). Este anunció una noche que un oficial amigo suyo, y del cual elogió la inteligencia, actividad y patriotismo, acababa de concebir un plan de insurreccion militar, que parecia ofrecer serios elementos de buen éxito; rogáronle que presentara este amigo, que no era otro sino el oficial de quien hemos manifestado la irritacion en presencia de los golpes que se habian dado al rededor de la silla de manos de Mr. de Chauvelin; al dia siguiente, Maillet introdujo en el Bazar al capitan Nantil.

Las confidencias se hicieron inmediatamente de una manera recíproca. Los parroquianos del Bazar habian considerado hasta entonces al gobierno como inatacable en París, centro de su accion y recursos, y no admitian la posibilidad del triunfo de una sublevacion sino con la ayuda de una esplosion simultánea de motines que tuvieran el foco en puntos situados lejos de la capital y en direcciones opuestas, así es que todos sus esfuerzos tendian á tentativas de esta naturaleza; el coronel Sausset preparaba un movimiento en Vitry con el ausilio de una compañía de veteranos; el coronel Maziau mantenia inteligencia con un regimiento de cazadores de á caballo y un regimiento de infantería (legion del Sena), que se hallaban de guarnicion en Amiens y Cambrai; Mr Rey (de Grenoble) hacia tentativas para sublevar el Delfinado. El capitan Nantil no impugnaba la importancia de las insurrecciones que estallasen lejos de París y en varios puntos á la vez; pero sostenia que un movimiento que tuviera lugar en el mismo París seria mucho mas eficaz, afirmando que en la disposicion que él sabia que se hallaban los ánimos, los diferentes cuerpos de la guarnicion encerraban en sí solos bastantes elementos para determinar la caida de los Borbones: «Nada seria mas fácil, añadia, que reunirlos y ponerlos en accion.» Invitado para que intentase la empresa de acuerdo con el comandante Bérard, puso inmediatamente manos a la obra.

El capitan Nantil gozaba de una grande influencia con sus compañeros é inferiores á causa de su corazon franco y generoso, su carácter a la vez fácil y decidido, e inteligencia activa y cultivada; así es que dió prontamente á la conspiracion la mayor parte de su legion. Un sargento de brigada de la guardia, pariente suyo, llamado Chalin, no tardó bajo la direccion de Nantil, en conducir asimismo un número importante de camaradas, de los 2.° y 3.° regimientos de infantería, todos antiguos soldados del imperio, que acogian gozosos la idea de volver á enarbolar la bandera tricolor, y de sustituir á la restauracion un gobierno que hiciera caso de sus antiguos servicios, en vez de imputárselos como un crímen. El comandante Berard no fué menos afortunado con su legion. Estos esfuerzos que secundaban poderosamente la irritacion é inquietud que existia en el fondo de todos los corazones, eran además apoyados por una multitud de oficiales generales ó superiores de reemplazo, que habia perseguido el gobierno ó tenia como sospechosos. Entre varios, los generales Pajol, Bachelu, Eugenio Merlin (2), Maransin y Lafitte, como tambien los coroneles Ordener, Dentzel, Combe, Caron, Ferrari y Fabvier, que hacia poco tiempo que se hallaban de reemplazo á causa de sus valerosas revelaciones acerca de los negocios de Lyon, y el comandante Brice que acababa de regresar del destierro, habian entrado todos en la conjuracion y utilizaban para aumentar las filas de ella las numerosas relaciones que tenian

(1) El distinguido oficial Mr. Maillet ascendió despues á primer comandante, y lo mataron en Grecia en 1830.

(2) Hijo del antiguo convencional Merlin (de Douai) desterrado entonces, y yerno de Mr Gohier, último presidente del directorio.

con oficiales de toda graduacion y de todos los cuerpos. El progreso fué rápido, y á últimos de julio se hallaba organizada una temible insurreccion. Las legiones del Meurthe, Côtes-du-Nord y la primera legion del norte pertenecian enteramente á la conspiracion; podia contarse asimismo con una parte del 2.° y 3.° regimientos de la guardia; pero Nantil y Berard quisieron conocer antes de la ejecucion, á los jefes políticos del movimiento, y el objeto que se proponian.

No es la idea de sustituir tal gobierno á otro gobierno, tal hombre á otros hombres lo que motiva generalmente las insurrecciones; pronunciánse contra un poder ó gobernantes detestados. Los numerosos adversarios de la restauracion tenian un objeto comun, que era derribar á los Borbones, y sobre este punto el acuerdo era absoluto: pero cesaba la buena armonía al tratar de los arreglos del dia siguiente; así es que en el mismo seno del comité director el general Tarayne no admitia que pudieran olvidarse los derechos de Napoleon II; dominado siempre por sus animosidades de 1815, Mr. de Lafayette se oponia á que fuese pronunciado este nombre. La misma diversidad de opinion se observaba esteriormente, pero sin ser un motivo de discordia, y en cambio esta divergencia fue el objeto de largos y rudos debates en el comité. Intervino pues una especie de transaccion; se decidió que la bandera tricolor seria el signo de reunion y que repuesta la Francia en posesion de su soberanía determinase ella misma los principios y forma de su gobierno. A lo menos esta fue la declaracion que se hizo al capitan Nantil cuando Mr. Rey le presentó sucesivamente á MM. Merilhou, de Corcelles, de Lafayette, Manuel y Voyer d'Argenson; como asimismo al comandante Berard cuando Nantil le introdujo á su vez en presencia de los mismos miembros del comité.

Estrecháronse los hilos de la conspiracion en los primeros dias del mes de agosto, y las entrevistas entre los principales jefes de los conjurados se hicieron mas frecuentes; reuníanse todos los dias en el bazar, centro principal del trabajo insurreccional militar, Nantil, Berard, MM. Dumoulin y Rey (de Grenoble), el general Merlin y algunos otros oficiales generales ó superiores. El comité director no se limitaba por su parte á multiplicar sus relaciones con las diferentes ciudades de provincia en donde estaban preparados los movimientos, ó activar la esplosion, sino que hacia armar en Paris un número considerable de estudiantes y jóvenes destinados para sostener en clase de guardias nacionales, el movimiento de la tropa y escitar la poblacion civil. Los gastos que se le ocasionaron al comité con la compra de estas armas y municiones, en viajes y misiones en los departamentos, gastos de reunion de conjurados de todas clases, pero sobre todo entre los oficiales y sargentos de los diferentes cuerpos, no fueron tan considerables como pudiera imaginarse; los fondos que servian para satisfacerlos, cuyo administrador era Mr. de Merilhou, no tenian tampoco el orígen que se les ha supuesto; no salian, como se ha dicho, de las cajas de ricos banqueros, ni de los hermanos de Napoleon, del duque de Orleans ó del príncipe de Orange; eran el producto, primeramente de los sacrificios personales que hacian un gran número de conjurados poniendo su fortuna al servicio de la causa comun al propio tiempo que su persona, y despues de los dones voluntarios ofrecidos muchas veces por oscuros particulares, que no se mezclaban en política ó negocios públicos, pero que profesaban un afecto casi religioso á la revolucion y sus principios (1).

Muy pronto no hubo mas que una cuestion para decidir; es decir, si la señal se daria en Paris ó en los departamentos: Nantil insistia para que la iniciativa perteneciese á la guarnicion de Paris; pero las dos revoluciones que acababan de estallar con buen resultado en España y Nápoles habian comenzado una y otra á la estremidad de estos reinos. Mr. de Lafayette y los demás miembros del comité cedian al poder de la imitacion, y no admitian que pudiera lograrse el objeto procediendo de un modo diferente: manifestándose el movimiento á la circunferencia, decian, obligará al gobierno á desguarnecerse en el centro; Paris quedará sin defensa, y nosotros podremos hacer nuestra revolucion, añadia Mr. de Lafayette, con la guardia nacional solamente.—Los puntos de la circunferencia en donde se preparaban los motines eran estos: al norte, Amiens, Lafère y Cambrai; al este, Vitry y Béfort; al mediodía, Lyon y Grenoble; al oeste, Nantes y Rennes. La guarnicion de estas ciudades ó uno de los cuerpos que la componian, era por todas partes la fuerza con que se confiaba; ya hemos dicho cuáles eran estos cuerpos en Amiens, Cambrai y Vitry; los conjurados de Nantes contaban con un batallon de infantería, los de Rennes, con un regimiento de artillería. Todas las ciudades prometian levantarse tan pronto como compareciera un general ó diputado que aguardaban; mas este general ó diputado debia ó no debia ir, ó bien llegar demasiado tarde; no obstante las causas del aborto de la conspiracion militar de Paris fueron diferentes, y antes de relatarlas debemos decir cuál era el plan de los conjurados (1).

El éxito del movimiento se apoyaba principalmente en la posesion de la fortaleza de Vincennes. La mayor parte de los sargentos y algunos oficiales del batallon de infantería de la guardia acuartelado en este fuerte, pertenecian á los conspiradores. Admitiendo que no entregaran el castillo cuando se presentasen para apoderarse de él, á lo menos su complicidad podia paralizar la resistencia de la guarnicion en el momento que se intentara la escalada durante la noche. De resultas de una visita minuciosa de los sitios que hicieron Nantil y el general Merlin, esta escalada no parecia presentar obstáculos serios; no solamente podia ser facilitada con escaleras, tablas y andamios que se hallaban colocados al pié del muro de los frentes del circuito con motivo de los grandes trabajos de construccion y reparacion que se habian ejecutado; sino que los sitiadores podian entrar á terreno plano, ausiliados con puentes de servicio, colocados por los operarios encima de los fosos, y que conducian á varias brechas que acostumbraban dejar abiertas. Por último, para aumento de precaucion, unos veinte oficiales reunidos bajo las órdenes del coronel Saint-Charles, antiguo ayudante de campo del general Fririon emboscados cerca de la puerta principal, debian aguardar que la abrieran y apoderarse del cuerpo de guardia. La legion del Meurthe era la que saliendo durante la noche de Paris por la barrera Poissonnière (2) debia ejecutar esta sorpresa, bajo la direccion del capitan Nantil (3). Ocupada la fortaleza, el general Merlin tomaria el mando de ella y se instalaria un gobierno provisional teniendo por presidente al general Lafayette (4). Durante el ataque de Vincennes, el comandante Berard debia marchar hácia la Bastilla con su legion, reunirse allí con algunos centenares de jóvenes que formaban varias compañías de la guardia nacional, ocupar fuertemente el jardin Beaumarchais, vasto terreno que podia convertirse facilmente en un reducto formidable, y de este modo hallarse en posicion de dominar la línea de los paseos y todas las inmediaciones de la plaza de San Antonio. En fin, la primera legion del norte conducida por el capitan Dequevauvilliers se estableceria al mismo tiempo en los muelles, mas arriba de la casa consistorial, en ambas orillas del Sena, completando la separacion entre los cuarteles de San Antonio, San Marcos y los barrios ricos de Paris.

Este plan, que habia sido estudiado mucho tiempo y que colocaba de esta manera á la insurreccion, sus tropas y gobierno, bajo la proteccion de la parte del pueblo parisiense mas enérgica y mas hostil á los Borbones, habia obtenido la aprobacion de todos los generales y oficiales á

(1) Los dones recogidos de este modo por el comité director en 1821, para la conspiracion del 19 de agosto, ascendieron á un total de cerca de 110.000 fr. Por una circunstancia bastante estraña la suma mas crecida (72.000) fué dada por un anciano, acreedor personal del conde de Artois, y que acababa de cobrar de este príncipe una deuda particular bastante considerable; los 72.000 fr. se habian tomado de este capital: «El dinero que tiene semejante orígen no es mio, decia, pertenece á la nacion.» Los preparativos de la conjuracion fueron la parte mas débil de los gastos: segun ya lo hemos manifestado, un cierto número de conjurados conspiraban á su costa. Para no citar mas que un ejemplo diremos que habiendo recibido Mr. Villalon un anticipo de 36.000 fr. para hacer frente á los gastos de las numerosas misiones que desempeñó en Bretaña y otros puntos, y gastado solamente 4 ó 5.000 fr., devolvió inmediatamente 31 ó 32.000 fr. al donador, completando poco tiempo despues con su fortuna personal el resto de la cantidad. Los socorros dados á los ciudadanos presos ó arrestados á causa de la conspiracion ó á sus familias, los fondos necesarios para el sustento de los que se habian escondido, ó para hacer pasar al estranjero á los que habian podido escaparse, fueron el orígen de los gastos para la conspiracion del 19 de agosto: estos gastos se elevaron á un total de 38 ó 40.000 fr.; los 68 ó 70.000 fr. restantes fueron devueltos á los donadores.

Se ha dicho que los fondos recaudados para esta *suscricion nacional* que patrocinaba el comité á que pertenecian MM. Lafitte y Casimiro Perier habian sido provechosos para la conjuracion, mas esta asercion no es exacta, no se empleó ni un maravedí de dichos fondos para el movimiento del 19 de agosto.

(1) Pocas semanas se pasaban sin que el comité director se pusiese en relacion con alguna diputacion provincial que acudia para someterle un proyecto de insurreccion: «Dadnos un general ó un diputado, decian, y nos sublevaremos.»

(2) La legion del Meurthe ocupaba el cuartel de la *Nueva-Francia*, situado en el arrabal Poissonnière.

(3) Los oficiales y sargentos de la legion habian ofrecido el mando de ella á Nantil, pero este lo rehusó. El mando correspondia al capitan mas antiguo del cuerpo, Mr. Capès. Nantil fué reservado para las funciones de ayudante de campo del general Lafayette.

(4) La presidencia se habia ofrecido á Mr. de Lafayette, que la habia aceptado, segun dicen, para vigilar á fin de que no pudiera intentarse ninguna usurpacion de los derechos de la soberanía del pueblo por los numerosos napoleonistas que habian entrado en la conjuracion.

quienes Nantil y Berard lo habian comunicado. Adoptado por el comité director, se fijó la ejecucion para el dia 10 de agosto, en cuya época debia estallar la insurreccion en varios departamentos; todos los conjurados, oficiales, sarjentos, estudiantes ó jóvenes de toda profesion se hallaban preparados; pero la víspera hubo contraórden; habíase retardado la esplosion de los movimientos provisionales con que se contaba. Del 10 al 15, durante cinco dias, los numerosos conjurados tenian fijas sus miradas en el telégrafo interrogando en vano los signos misteriosos, y se pasaban los dias sin que ningun rumor ó ruido trajera la noticia aguardada con tanta impaciencia. Al mismo tiempo el coronel Sauzet acababa de marchar para Vitry; el coronel Maziau para Amiens, La Fère y Cambrai; Mr. de Lafayette para su quinta de Lagrange; Mr. Voyer d'Argenson para sus fraguas del Alto Rhin; Mr. de Corcelles para Lyon, y Mr. de Saint-Aignan para Nantes. Impacientes de todos estos retardos y desconfiando de las promesas de los conjurados de los departamentos, Nantil, Berard, MM. Rey y Dumoulin (de Grenoble) se reunieron por última vez en el bazar, y fijaron la ejecucion del movimiento para la noche del 19 al 20 sin falta. Preparáronse por segunda vez; mas en la noche del 18 al 19 tuvo lugar una esplosion en el interior del castillo de Vincennes, por cuyo motivo dirigieron inmediatamente hácia este punto fuertes destacamentos de la guardia real, causando este incidente alguna inquietud á los conjurados (1); no obstante no ejerció la influencia que se le ha atribuido en la suerte de la conspiracion; los retardos que habia esperimentado su ejecucion le fueron mas funestos, á causa de haber advertido á los ministros con fecha del 18. El 15, es decir, cinco dias despues de haberse dado la primera órden para estallar la conjuracion, dos conjurados del 2.° regimiento de la guardia, los sargentos primeros Edme Petit y Gabriel Vidal habian hecho revelaciones á sus jefes, que fueron confirmadas el mismo dia por un agente de la policía militar, el capitan Chénard, que habia logrado captar la confianza de varios iniciados. El 16 y 17 denunciaron á su vez la conspiracion el subteniente Amelloot, el teniente Drapier y el capitan Questroy de la primera legion del Norte; mas, como simples instrumentos solo podian dar detalles muy incompletos; por lo tanto el gobierno no aplicó á este motin ni á su organizacion la importancia que realmente tenian, ordenando simples medidas de vigilancia, y aguardó. Sin embargo en la mañana del dia 19 fué advertido por los mismos individuos el duque de Ragusa, á quien se hacian todas estas relaciones en su calidad de mayor general de la guardia, de que el movimiento debia estallar aquella misma noche, el cual trasmitió la noticia á los ministros, y asistió por la tarde al consejo que se habia reunido para determinar acerca de esta comunicacion. Varios ministros persistian para que se contentasen con poner en estado de defensa contra cualquier ataque las Tullerías y el Louvre, dejando al motin que tuviera un principio de ejecucion; á lo menos, decian, se conocerán todos los conjurados y se les cogerá en fragrante delito. Marmont respondia que obrando de este modo correria la sangre, y que era mas humano y moral prevenir la esplosion aun cuando fuera á riesgo de dejar escapar algunos culpables. Apoyado fuertemente por Mr. de Richelieu prevaleció este parecer, y se dieron inmediatamente órdenes de arresto á las dos policías militar y civil.

Hallábase Nantil en el paseo de San Martin, hablando de las últimas medidas de ejecucion con los coroneles Ordener y Dentzel, cuando un oficial y un sargento de su legion que lo buscaban á toda prisa le anunciaron que acababa de llegar al cuartel la órden para prenderle; entonces quiere regresar á su casa para quemar algunos papeles, pero halla dos gendarmes que estaban á su puerta; retírase y vá á refugiarse al domicilio del estudiante de leyes Beslay. Al dia siguiente se avista con varios conjurados que habian quedado libres é insiste para reorganizar el motin: «El gobierno no puede saber gran cosa, les dice, todavía no hay nada perdido;» pero el mismo dia, cediendo, segun dicen, Berard á los lamentos y lágrimas de su mujer, se presentó al general Montélégier, é hizo las primeras revelaciones. Inmediatamente se ordenaron nuevos y numerosos arrestos; las legiones que habian entrado en la sedicion tuvieron que marchar de Paris sin pérdida de una hora de tiempo, con la oficialidad diezmada por las prisiones que se habian realizado en la noche del 19 y dia del 20, así es que la conjuracion se halló disuelta.

Mientras que la cámara de los pares, constituida en tribunal de justicia, empezaba la instruccion de este motin, cuyos elementos dispersados por un instante, debian reunirse y reorganizarse muy pronto no tan solo en Paris, sino en todos los puntos de los departamentos en donde existian los preparativos de que hemos hablado, los ministros aguardaban con impaciencia un acontecimiento que llamaba entonces la atencion de todo el partido realista. La duquesa de Berry entraba en el noveno mes de su embarazo.

Para la corte, el gobierno y todos los amigos del partido realista el nacimiento de un príncipe aseguraba para siempre el destino de los Borbones y de la monarquía; los votos de la familia real y de los realistas se cumplieron. El 29 de setiembre, es decir, siete meses y medio despues de la muerte de su esposo, la jóven viuda del duque de Berry dió á luz un hijo que recibió el título de duque de Burdeos, y que en seguida fué saludado con los nombres de «Hijo del Milagro,» é «Hijo de la Europa» que le fué dado por el cuerpo diplomático en su visita de felicitacion á Luis XVIII, en testimonio de la especie de solidez establecida entre todas las monarquías con motivo de los acontecimientos de los últimos treinta años, como tambien por la influencia que habia ejercido el estado político de la Francia para la tranquilidad de las otras naciones y seguridad de sus soberanos. Habian circulado antes del parto vagos rumores de preñez simulada; las precauciones adoptadas para rodear el nacimiento de todas las garantías posibles de autenticidad, dieron márgen, á causa de su multiplicidad, para que se esparcieran voces de suposicion de criatura, de los cuales hace mucho tiempo que la razon pública ha hecho justicia. El primer mes que tuvo lugar este acontecimiento se pasó en felicitaciones ruidosas y demostraciones tumultuosas de alegría; protestas de felicidad inalterable por la dinastía y eterno amor por el vástago real, que se hallaban inscritos en las innumerables esposiciones enviadas por los empleados de todas las órdenes y categorías, y en banquetes, bailes y juegos. El rey le celebró con la distribucion de treinta y cuatro cordones de la órden del Espíritu Santo, figurando entre los nuevos comendadores, al lado de Mr. de Talleyrand, los duques de Luxemburgo, de Grammont, de Lévis, de Mouchy, de Blacas y de Montmorency, del abate de Montesquiou, y de los cardenales de Beousset y de la Luzerne, MM. Decazes, Pasquier, Lainé, de Serres, Desolles, los mariscales Moncey, Victor, Macdonald, Oudinot, Marmont y Suchet. Las diputaciones de empleados y corredores de plaza que se arrojaban en las Tullerías, pedian todos el honor de presentar sus homenajes al recien nacido; pudiéndose ver llorar al lado de la cuna á los mismos hombres que nueve años antes vertian lágrimas de alegría saludando al tierno hijo de Napoleon, y que diez y ocho años mas tarde renovaron los mismos lloros y el mismo goce inclinándose pocas horas despues de su nacimiento en presencia del heredero de la rama real, cuyo advenimiento al trono condenaba las otras dos á un perpetuo destierro.

Cinco dias despues del nacimiento del duque de Burdeos, el 4 de octubre, los ministros preludiaban, con el nombramiento de los presidentes de los diferentes colegios electorales, la ejecucion de la nueva ley electoral: ochenta y seis colegios de departamento debian elegir ciento setenta y dos diputados, y la série de la antigua cámara cuyos poderes espiraban comprendia además cincuenta y dos miembros; así es que los nuevos nombramientos que debian tener lugar ascendian á doscientos veinte y cuatro. Un decreto del 11 de octubre convocó los colegios de distrito para el 4 de noviembre, y los de departamento para el 13. El resultado de estas numerosas elecciones justificó las advertencias y amonestaciones dirigidas por Manuel á los miembros de la izquierda que votaron en favor de la enmienda de Mr. Boin. Los colegios de departamento eligieron en masa á los ultrarealistas; setenta y seis de estos nuevos diputados habian pertenecido á la cámara de 1815, y volvian no tan solo con las mismas pasiones, sino tambien con los odios concentrados en su alma desde el decreto del 5 de setiembre. Las elecciones de los colegios de distrito fueron mas favorables para los liberales, quienes pudieron obtener en ellos algunos nombramientos; sin embargo la posicion de la cámara se hallaba profundamente cambiada. En la última legislatura los liberales se aproximaban á la mayoría, y habian podido reunir, en ciertas cuestiones, hasta ciento diez y ciento veinte votos entre doscientos cuarenta y cinco á doscientos cincuenta votantes, que era el número de miembros que generalmente tomaba parte en las deliberaciones. En la nueva cámara apenas pudieron contar de setenta y cinco á ochenta votos entre cuatrocientos treinta diputados.

Abrióse la legislatura el 19 de diciembre; pero no tuvo lugar en el palacio Borbon segun era costumbre: el rey no podia trasportarse en aquel momento de un punto á otro sino sentado en un sillon que hacian rodar. Los diputados y los pares se reunieron en el Louvre en una vasta sala llamada «Sala de los guardias de Enrique IV,» que habian arreglado para esta solemnidad. El discurso pronunciado por Luis XVIII,

(1) La causa de esta esplosion, que costó la vida á varias personas, fué la poca maña de un cohetero de la guarnicion que se hallaba encargado de preparar algunas piezas de pirotécnica para celebrar el dia de San Luis (25 de agosto), la fiesta del rey.

sometido á Mr. de Villèle antes de la sesion que le aprobó, no contenia mas que generalidades vagas acerca del acontecimiento del 13 de febrero, el nacimiento del duque de Burdeos, el estado del tesoro real y la necesidad de un acuerdo perfecto entre todos los poderes públicos. Dos dias despues, el 21, un decreto nombraba ministros secretarios de estado, miembros del consejo de ministros, pero sin cartera, á MM. Lainé, de Villèle y Corbiere á quien una decision del 1.° de noviembre precedente habia ya colocado á la cabeza de la instruccion pública. Convenidos antes de que se abriera la legislatura, y consecuencia forzosa del poder que daba al partido realista la nueva composicion de la cámara, estos nombramientos consagraban un nuevo hecho. Los hombres de la opinion monárquica y religiosa llegaban por último al poder, y la contrarevolucion entraba en los consejos del gobierno al cabo de cuatro años de lucha ardiente y vanas tentativas. En presencia de semejante amenaza, los intereses emanados de los acontecimientos de los últimos treinta años tuvieron que pensar en defenderse, y proporcionar la resistencia con el ataque; esta resistencia que habia desorganizado momentáneamente el aborto de la conspiracion del 19 de agosto, pero sin intimidarla, se preparó mas activa y mas general que lo habia sido hasta entonces; una nueva sociedad política secreta, cuyos fundamentos se echaron en los primeros dias de 1821, es decir, la sociedad de los «Carbonarios,» iba á servir para asentarla encima de bases mas estensas.

CAPÍTULO XI

Sumario.—Revolucion de España: sus causas; acontecimientos de Bayona; Fernando VII en Valencey; su regreso á Madrid; situacion de España en 1819; reunion de tropas en Andalucía; primera conspiracion para el restablecimiento de la constitucion de 1812; invasion del cólera en Cádiz; segunda conspiracion; ocurrencia de la isla de Leon; salida de Riego y sus desastres; revueltas de Galicia, de Navarra y de Aragon; Fernando proclama la constitucion de 1812.—Revolucion de Nápoles: sus causas, reaccion de 1799: la reina María Carolina; el almirante Nelson y lady Hamilton; reaccion de 1815; situacion del reino en 1819; carbonarios italianos; revueltas de Nola y de Avelino; queda proclamada en Nápoles la constitucion española.—Amenaza y preparativos del Austria.—Reuniones de Troppau. Alejandro y Mr. de Metternich; declaracion de los soberanos, cartas dirigidas al rey de Nápoles.—Legislatura de 1820-1821: estado de los partidos en la cámara de los diputados, primeros ataques contra el ministerio; discusion sobre el estado de los oficiales, Mr. Pasquier, discusiones incidentes sobre la asamblea constituyente, la escarapela tricolor, la revolucion, la emigracion y la nueva ley electoral.—Congreso de Laybach. Las dos legaciones de Francia é Inglaterra; invasion del reino de Nápoles por los austriacos; caida de la revolucion napolitana; insurreccion del Piamonte; abdicacion del rey; intervencion de los austriacos, caida de la insurreccion; fin del congreso; manifiesto de los soberanos.—Carácter del movimiento liberal italiano. Continuacion de la legislatura: irritacion de los partidos; situacion moral del gobierno, discusion y votacion de la ley relativa á los donatarios.

1821.—«La gran contienda que nos agita y que nos atormenta es la contienda entre el antiguo régimen y la revolucion,» decia á los diputados de la izquierda y en la sesion del 12 de junio de 1821 uno de los tres nuevos ministros sin cartera, Mr. Corbiere. Estas palabras eran absolutamente ciertas, no solo con respecto á la lucha que hacia seis años que se estaba sosteniendo en Francia en las cámaras y fuera de ellas, entre el gobierno establecido en virtud de las dos invasiones, y las generaciones de la república y del imperio, sino que tambien caracterizaban exactamente la situacion interior de muchas naciones vecinas que invadiera sucesivamente el ímpetu de nuestra revolucion armada. España y los principales estados italianos, restablecidos en 1814 y 1815 á la dominacion de sus antiguos príncipes y al yugo de su vetusto régimen político y social, no pudieron contemplar con indiferencia la caida de las instituciones que les habia llevado la conquista ó el influjo francés, y así es que por espacio de seis años reinó en ambas penínsulas una fermentacion continua y unos sacudimientos que produjeron dos revoluciones.

Encorvada bajo el despotismo secular de una monarquía inerte, de una aristocracia enervada, y de una numerosa poblacion de frailes ignorantes y corrompidos, España no daba todavía ninguna señal de vida política en los primeros años de este siglo: no parecia sino que se hallaba condenada á una inmovilidad eterna, cuando en el mes de mayo de 1808 salieron de Madrid los príncipes que la gobernaban, y se dirigieron á Bayona para someter sus diferencias domésticas al arbitramento de Napoleon. Estas contiendas presentaban un carácter escepcional de violencia: el padre habia arrestado á su hijo primogénito, que era el heredero presunto de su corona; mas el hijo, restituido á la libertad por una revuelta palaciega, habia obligado á su padre á abdicar, y hacia algunas semanas que estaba sentado en el trono. No repetimos la relacion de las escenas de que fue testigo Napoleon cuando se le presentaron los individuos de aquella familia; bastará con recordar que el viejo y benigno Carlos IV, sacando una energía inesperada, no de su propio resentimiento, sino del furor de su mujer, María Luisa de Parma, acusó á su hijo (Fernando VII) de haber atentado contra su poder y contra su vida; pero tampoco debe omitirse que la reina, añadiendo la amenaza y la invectiva á sus acusaciones, y echando á su hijo, que estaba en pié delante de ella, los epítetos de traidor, rebelde y parricida, suplicó al emperador que castigase al culpable entregando su cabeza al hacha del verdugo. «¡Que mujer! ¡que madre! ¡esclamó Napoleon al salir de la conferencia; me ha horrorizado.» La pasion de María Luisa de Parma era efectivamente una pasion repugnante: indiferente á los atentados de Fernando contra Cárlos IV, como padre y como rey, ó contra ella misma como esposa y como reina, aquella madre pedia la muerte de su hijo para vengar especialmente la injuria de don Manuel Godoy, antiguo guardia de corps, luego duque de Alcudia y finalmente príncipe de la Paz, con quien hacia veinte años que vivia en público adulterio. María Luisa habia entregado por largos años á este codicioso favorito la fortuna y el honor de España, pero Fernando, durante los cortos dias de su reinado, mandó arrestarle y confiscar sus riquezas. Tan deplorables debates terminaron con la doble abdicacion del padre y del hijo en favor de Napoleon. El emperador entregó inmediatamente á su hermano José la corona que acababa de recibir, y á esta institucion, que fué sancionada por una junta española, reunida en Bayona, sucedió la promulgacion de un acta constitucional en donde se hallaban consignadas las reformas y las garantías necesarias para regenerar á España material y moralmente. Cuando la junta, compuesta de las personas mas distinguidas del gobierno y de la corte de Madrid, hubo aceptado la constitucion y reconocido al nuevo rey, pasó este último los Pirineos; mas aunque José se presentó á sus nuevos súbditos con los mismos cortesanos, los mismos consejeros y los mismos ministros que su antecesor, aunque manifestó que en lo sucesivo seria el único estranjero del reino y que Napoleon, decidido á respetar la independencia del pueblo español y la integridad de su territorio, iba á retirar todas las tropas francesas que se hallaban acampadas en Madrid y en algunas plazas fuertes de la monarquía (1), aunque presentó las instituciones políticas que estaban solicitando desde mucho tiempo todos los españoles instruidos, el grueso de la poblacion rehusó el presente, por razon de la mano que lo ofrecia, y no pudiendo sobrellevar la idea de sujetarse al amo que parecia imponerle el estranjero, empuñó las armas. Olvidando los males que le habian acarreado sus príncipes y el desprecio en que habia caido su gobierno, el pueblo español se condujo en aquella circunstancia como un hombre de honor, postergando el interés á la independencia y á la dignidad.

El primer resultado del movimiento nacional fué la formacion de muchas juntas insurgentes. Empeñada seriamente la lucha y generalizada la sublevacion, reuniéronse en Cádiz unas cortes constituyentes, compuestas de diputados de todas las provincias, sin esceptuar siquiera las que parecian mas sujetas al poder de José, para constituir un gobierno y arreglar la organizacion política de este pais. Habiendo recobrado su soberania por su lucha contra el nuevo rey, como por la retirada voluntaria y el abandono de sus antiguos príncipes, el pueblo español debia exigir derechos mas latos y garantías mas sólidas que las que otorgase el hermano de Napoleon. No defraudaron los representantes sus esperanzas, puesto que con presencia de la constitucion francesa de 1791 redactaron la nueva ley política, que contenia el gérmen de todas las instituciones reclamadas por el progreso de las inteligencias é indispensables para el libre desarrollo de la riqueza nacional. Esta acta constitucional fué promulgada en 19 de marzo de 1812; pero las cortes, tan atrevidas en la teoría como miedosas en la práctica, retardaron la publicacion de las leyes orgánicas, y vacilaron mucho tiempo en derribar con energía el vetusto edificio monacal y feudal que habia rebajado la España al nivel de las potencias secundarias: no parecia sino que temia abolir el odioso tribunal de la inquisicion y aplicar á las necesidades generales del estado los inmensos bienes que hacia libres la supresion de casi todos los conventos (2). Por último á fines de 1813 las cortes se decidieron á pro-

(1) Estas tropas recientemente entradas en España, en virtud de los tratados concluidos en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807, estaban destinadas oficialmente á la conquista y á la ocupacion de Portugal.

(2) Antes de las ocurrencias de Bayona se contaban en España 2,051

bijar estas diferentes medidas, que ya se habian realizado en todas las provincias en donde dominara la autoridad de José. En dicha época se estaba concluyendo la lucha: despues de seis años de gravísimos esfuerzos, que son para España un justo título de orgullo y de honor eterno, esfuerzos que por desgracia no se imitaron en Francia en 1814 y en 1815, el territorio español estaba libre de la presencia de los invasores, à escepcion de algunas plazas fuertes de Cataluña, y Napoleon restituia la corona y abria el camino de su reino à Fernando VII, en virtud de un tratado concluido con él en 11 de diciembre de 1813. Este príncipe fué recibido en España con generales aplausos: el pueblo, llevado de su credulidad, consideraba à Fernando como una víctima muy digna de piedad y de respeto, suponiendo que habia sentido mas que todos las desgracias y miserias de la patria desde el fondo de su riguroso cautiverio. Sin embargo mientras España estaba agotando sus tesoros, sus esfuerzos y su sangre para resistir à las armas de Napoleon, para espulsar à José y para restituir el trono à Fernando VII, la conducta y las preocupaciones de este príncipe eran las siguientes:

Apenas salido de Bayona, y antes de establecerse completamente en la residencia que le señalara Napoleon (1), Fernando se apresuró à trasmitir al emperador «sus sinceros plácemes por la instalacion de su muy amado hermano (José) en el trono de España,» manifestándole «el gozo que sentia al ver à la frente del reino à un monarca tan propio por sus virtudes para asegurar la felicidad de los españoles,» y suplicándole además «que se dignara presentar à S. M. católica (José)» una carta donde decia «que rogaba al augusto hermano de S. M. I. y R. que le honrase con su amistad.» Poco despues solicitó de José el gran cordon de sus órdenes y le remitió varias proclamas donde aconsejaba à los españoles que se sometieran à su nuevo soberano. Cuando el emperador regresaba à Paris despues de haber terminado una campaña, el hijo de Carlos IV se apresuraba à festejarle con iluminaciones y fuegos artificiales (2). Al recibirse la noticia de una victoria, siquiera contra sus mismos súbditos, Fernando felicitaba à Napoleon «con respeto, con amor, con sinceridad y con toda la gratitud que debia à la proteccion de S. M. I. y R.» Llevado del deseo que le animaba de complacer à tan estraño protector, se apresuró à ofrecerle los servicios de su hermano don Cárlos, para que mandase los regimientos españoles destinados à la guerra de Rusia. Cuando llegaba à introducirse en Valencey algun agente de sus rebelados súbditos ó de alguna potencia enemiga de Napoleon, como el irlandés baron Colli, Fernando hacia prenderle inmediatamente por el gobernador militar del castillo: si iba à visitarle algun estranjero que le saludase con el título de rey de España, ó si le entregaban cartas en donde se le diese esta calificacion, el príncipe entregaba inmediatamente las cartas ó denunciaba al estranjero. Por espacio de mucho tiempo acarició la idea de obtener la mano de una sobrina del emperador, y ya en 11 de octubre de 1807, estando en Aranjuez cuando todavía era príncipe de Asturias, la habia pedido directamente à Napoleon en una carta en que declaraba que no queria casarse sin su consentimiento y aprobacion. En Valencey reiteró muchas veces esta demanda, y manifestó deseos de casarse con la hija primogénita de José: pero viéndose desairado en sus tentativas de alianza con la familia imperial, entabló una larga negociacion para unirse à Napoleon por otro título. Lo que me ocupa al presente, escribia à uno de los principales individuos del senado, es el vivo y ardiente deseo de ser hijo adoptivo de S. M. el emperador nuestro augusto soberano. El amor y la adhesion ilimitada que profeso à S. M. I. y R., como mi obediencia à sus órdenes, me dan à entender que soy digno de semejante adopcion, en la que cifro la felicidad de toda mi vida (3).» Tal es el soberano à quien invocaba la España con todas sus fuerzas: tal era el príncipe por quien se habian dejado matar medio millon de españoles, y que se vió saludado con el redoble de las campanas, con el estruendo de la artillería, con gritos de entusiasmo y con trasportes de júbilo, cuando à 22 de marzo de 1814 puso el pié en territorio español.

En 2 de febrero anterior las cortes habian decretado que no recobrase Fernando el ejercicio del poder supremo hasta haber jurado en su seno la fiel observancia del pacto constitucional; pero no era posible conocer si llegaria à prestarse este juramento. El hijo de Carlos IV se producia en términos que no daban à conocer absolutamente sus disposiciones con respecto à los derechos políticos y à las garantías que acababan de conquistar los españoles à fuerza de sacrificios. Consignados de una manera terrible en todas las ciudades, en todas las villas, y en las aldeas mas insignificantes por donde pasaba el nuevo rey, Fernando veia donde quiera escombros y devastacion; en las ciudades las murallas quedaban desmanteladas y derribados muchos edificios por la artillería; en el campo se observaban granjas, cabañas y aldeas enteras destruidas por el incendio; en todos los caminos estaban marcadas las calamidades sufridas y la sangre vertida; las paredes y las puertas de muchas casas, hasta las colgaduras de las calles estaban salpicadas de sangre; mas el hijo de Carlos IV no se sintió nunca conmovido por unos testimonios tan lamentables de la encarnizada guerra que por su causa se sostuvo. ¡Triste agüero del reconocimiento de un príncipe en favor de los hombres mas comprometidos en la lucha! ¡Síntoma fatal para la conservacion de las leyes fundadas! En muchos puntos las autoridades probaron à sonsacarle, pero Fernando contestó siempre en términos evasivos, y no abandonó esta reserva hasta que estuvo cerca de Valencia, despues de haber pasado por Cataluña y Aragon. Los jefes del gobierno establecidos por las cortes, revestidos con el título de regentes del reino, recibieron una comunicacion en la que el rey les aseguraba «que nada deseaba con tanta vehemencia como darles pruebas de su satisfaccion.» Al propio tiempo escribia à las cortes: «que los hechos consumados merecian su real aprobacion;» y por último, estando en la ciudad de Teruel, adicta à las nuevas instituciones, aplaudió públicamente las divisas y los emblemas trazados en honor de la constitucion, cumplimentando à los habitantes por su ardiente patriotismo.

Mientras Fernando vió en las cortes un poder político bastante fuerte para sobreponerse à las tentativas contrarevolucionarias, guardó el mas profundo silencio, porque ignoraba si debia aceptar ó rechazar la constitucion; pero cuando se vió solicitado por sus principales cortesanos (1) y alentado por los individuos que componian la minoría de las cortes, y que se conocieron posteriormente con el nombre de persas (2); cuando estuvo seguro del ciego é ilimitado concurso del capitan general don Francisco Javier Elío y del ejército que tenia à sus órdenes, dió libre curso à sus verdaderas inclinaciones, aunque ocultando su resolucion bajo la seguridad escrita y el lenguaje que acabamos de manifestar.

Despues de haber descansado algunos dias en Valencia, cabeza del distrito militar donde mandaba Elío, continuó Fernando su camino. Hasta entonces habia penetrado hácia las provincias del mediodía sin otra guardia que una escolta de honor; pero cambiando repentinamente de direccion, tomó el camino de Madrid con la mayor parte de las fuerzas de Elío, precedidas por un cuerpo numeroso que mandaba el brigadier inglés Whittingham. Sorprendidos los regentes del reino por la marcha de aquellas tropas, que se dirigian à Madrid sin órden del gobierno, se quejaron al rey por medio de una protesta, à que el monarca no dió contestacion alguna. Esperando las cortes penetrar las intenciones del príncipe, le enviaron una diputacion encargada de cumplimentarle; mas aunque la diputacion encontró la corte en la Mancha, tuvo que volverse sin haber podido obtener audiencia. Alarmáronse los diputados à semejante desaire; muchos de ellos procuraron inmediatamente por su seguridad personal, y el resultado manifestó que no eran infundados sus temores. Don Francisco Eguia, nombrado secretamente capitan general de Castilla la Nueva, entró en Madrid con las tropas de Whittingham para ejecutar inmediatamente ciertas instrucciones: los regentes, los principales ministros, no pocos generales y todos los individuos de la mayoría de las cortes, que se habian quedado en sus casas, fueron presos la noche siguiente por órden del rey, al paso que corrian por las calles muchos grupos de ociosos para apoyar aquellas prisiones, prorumpiendo en gritos de muerte contra los presos, allanando y saqueando el edificio donde las cortes celebraban sus sesiones (3); y al otro dia, 11

conventos de frailes y 1.073 de monjas. Estos 3.126 conventos, que contenian una poblacion de mas de 100.000 individuos de ambos sexos, eran propietarios de una parte muy pingüe del territorio español.

(1) El castillo de Valencey, magnífica posesion de Mr. de Talleyrand, en el departamento del Indre.

(2) Tan frecuentes eran estas iluminaciones, y tanta la profusion de luces, como que Mr. de Talleyrand temia que se pegara fuego à sus jardines y al bosque vecino.

(3) A principios de cierto año, al levantarse una mañana el emperador, ve al conde de Arberg, chambelan adicto al servicio de los príncipes de España en Valencey; le pregunta por su conducta, y añade: «Me habeis traido una carta muy linda de Fernando; pero hablando entre nosotros, decídme francamente, ¿sois vos su redactor?» Mr. de Arberg aseguró que ni siquiera tenia noticia de su contenido. «Pues está graciosa, replicó el emperador; son precisamente los términos en que un hijo puede escribir à su padre.»

(1) El duque de San Carlos, el conde de Montijo, D. Pedro Gomez Labrador, D. Juan Perez Villamil y D. Miguel Lardizabal.

(2) Dióseles este nombre porque la protesta que remitieron à Fernando contra la constitucion y las nuevas instituciones, empezaba en estos términos: «Reinaba la costumbre entre los antiguos *persas*, etc.

(3) En su *historia de la revolucion de España*, el conde de Toreno asegura que aquellos grupos estaban encargados de aprovecharse del tu-

de mayo, apareció fijado en todas las esquinas de la capital, un decreto fechado en Valencia seis dias antes (4 de mayo) y concebido en los términos siguientes:

«Desde que la divina Providencia por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en cortes, segun fuero y costumbre de la nacion española, usados de largo tiempo; y desde aquel fausto dia que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad, con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á mi real persona á las huestes francesas, que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heroico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguieron todos los demás del reino; desde aquel dia pues puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones, y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido, durante el reinado anterior. Mis primeras manifestaciones se redujeron á la restitucion de varios magistrados, y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos; pero la dura situacion de las cosas y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles efectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la real familia, se cometió en toda ella y señaladamente en mi persona un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, así por sus circunstancias, como por la serie de sucesos que allí pasaron; y violado en lo mas alto el sagrado derecho de gentes, fui privado de mi libertad, y de hecho del gobierno de mis reinos, y trasladado á mi palacio con mis muy caros hermano y tio, sirviéndonos de decorosa prision así por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo presente á mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y era gran parte de ella la consideracion de los infinitos males á que quedaban espuestos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin un gobierno de antemano establecido, que pudiese poner en movimiento y reunir á su voz las fuerzas de la nacion, dirigir sus impulsos, y aprovechar los recursos del estado para combatir las considerables fuerzas, que simultáneamente invadieron la península, y estaban pérfidamente apoderadas de sus principales plazas. En tan lastimoso estado espedí en la forma, que rodeado de la fuerza lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de mayo de 1808, dirigido al consejo de Castilla, y en su defecto á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallase en libertad para que se convocasen las cortes, las cuales únicamente se habian de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino, quedando permanente para lo demás que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto por desgracia no fué conocido entonces, y aunque lo fué despues, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticia de la cruel escena de Madrid por el jefe de las tropas francesas en el memorable dia 2 de mayo, a su gobierno por medio de las juntas que cesaron. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailen; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron de nuevo rey de Castilla y Leon, en la forma en que lo han sido los reyes mis augustos predecesores. Hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusion de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazon á donde se grabaron para no borrarse jamás. De los diputados que nombraron las juntas se formó la central, que ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde setiembre de 1808, hasta enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer consejo de regencia, donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el dia 24 de setiembre del mismo año, en el cual fueron instaladas en la isla de Leon las cortes llamadas generales y estraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prometieron conservarme todos mis dominios como á su soberano, ciento y cuatro diputados; á saber: cincuenta y siete propietarios y cuarenta y siete suplentes, como consta del acta que certificó el secretario de estado y del despacho de gracia y justicia don Nicolás María de Sierra. Pero á estas cortes, convocadas de un modo jamás usado en España, aun en los casos mas arduos y en los tiempos turbulentos de minoridades de reyes, en que ha solido ser mas numeroso el concurso de procuradores que en las cortes comunes y ordinarias, no fueron llamados los estados de nobleza y clero, aunque la junta central lo habia mandado, habiéndose ocultado con arte al consejo de regencia este decreto y tambien que la junta le habia asignado la presidencia de las cortes, prerogativa de la soberanía, que no habria dejado la regencia al arbitrio del congreso, si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo á la disposicion de las cortes, las cuales en el mismo dia de su instalacion y por principio de sus actos, me despojaron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nacion, para apropiársela á sí ellos mismos, y dar á esta despues, sobre tal usurpacion, las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva constitucion, que sin poder de provincia, pueblo ni junta, y sin noticia de las que se decian representadas por los suplentes de España ó Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerogativas del trono, abusando del nombre de la nacion, fué como la base de los muchos que á este siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes que llamaron fundamentales, por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistian á las galerías de las cortes con que se imponia y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una faccion, se le revestia del especioso colorido de voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y despues en Madrid ocasionaron á los buenos cuidados y pesadumbres. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos diarios de las cortes dan harto testimonio de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ajeno de la nacion española, dió lugar á la alteracion de las buenas leyes con que en otro tiempo fué respetada y feliz. A la verdad casi toda la forma de la antigua constitucion de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la constitucion francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron nó leyes fundamentales de una monarquía moderna, sino las de un gobierno popular con un jefe ó magistrado, mero ejecutor delegado, que no rey, aunque allí se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nacion. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva constitucion; y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero tambien la pena con que á los que no la firmaron y juraron se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las respectivas á mi real persona y prerogativas del trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de cortes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por estas, hacer odioso el poderío real, dando á todos los derechos de la majestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando tiranos á los reyes; al mismo tiempo en que se perseguia á cualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se aceptó el democratismo, quitando del ejército y armada y de todos los establecimientos, que de largo tiempo habian llevado el título de reales, este nombre y sustituyendo el de nacionales con que se lisonjeaba el pueblo, quien á pesar de tan perversas artes conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo esto luego que entré dichosamente en el reino, fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos dias con imprudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y de mi carácter, que aun respecto de cualquier otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostracion y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazon, y solo fueron parte para templarla la demostracion de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males y á la opresion en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo os juro y prometo á vosotros, verdaderos y leales españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habeis sufrido, no quedareis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y en esto coloca su gloria, en serlo de una nacion heroica que con hechos inmortales se ha granjeado la admiracion de todas y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya; ni en España fueron déspotas jamás sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna constitucion posible podrá precaver del todo, ni fueron vicios de la que tenia la nacion, sino de personas y efectos de tristes, pero muy

multo para forzar la entrada de las cárceles y asesinar á los generales y diputados arrestados en ellas.

rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasion á ellos. Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos que son igualmente inviolables, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias en cortes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo mas pronto que restablecido el órden y los buenos usos en que ha vivido la nacion y con su acuerdo han establecido los reyes mis augustos predecesores, las pudiese juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos, para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religion y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo: en lo cual y en solo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino que tienen por existencia el título de católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunion de estas cortes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos, que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de leyes que afianzando la pública tranquilidad y el órden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que están sujetos á él. De esta justa libertad gozarán tambien todos para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razon soberana é independientemente prescribe á todos, para que no degenere en licencia, pues el respeto que se debe á la religion y al gobierno, y el que los hombres mútuamente deben guardar entre sí, en ningun gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipacion de las rentas del estado, separando la tesorería de lo que se asignase para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nacion á quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservacion del estado en todos los ramos de su administracion; y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos, serán establecidas con acuerdo de las cortes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos no un déspota ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que únicamente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aquí se contiene se me ha espuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se espresa la repugnancia y disgusto con que así la constitucion formada en las cortes generales y estraordinarias, como los demás establecimientos políticos de nuevo introducidos son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarian si yo autorizase con mi consentimiento, y jurase aquella constitucion. Conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro, que mi real ánimo es no solamente no jurar, ni acceder á dicha constitucion, ni á decreto alguno de las cortes generales y estraordinarias, y de las ordinarias actualmente abiertas; á saber: los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi soberanía establecidas por la constitucion y las leyes, en que de largo tiempo la nacion ha vivido, sino el de declarar aquella constitucion y decretos nulos y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligacion en mis pueblos y súbditos de cualquiera clase y condicion, á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiese sostenerlos y contradijese esta real declaracion, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaria contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nacion, y causaria turbacion y desasosiego en estos mis reinos, declaro reo de lesa majestad á quien tal osare é intentare, y que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra moviendo ó incitando ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha constitucion y decretos. Y para que entretanto se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administracion de justicia, es mi voluntad que entretanto continúen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallan establecidas, los jueces de letras á donde los hubiere, y las audiencias, intendentes y demás tribunales de justicia en la administracion de ella, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, segun de presente están, y entretanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oidas las cortes que llamaré, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del reino. Y desde el dia que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazon lo sea de las cortes, que actualmente se hallan abiertas, cesarán estas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores y cuantos espedientes hubiese en su archivo y secretaría ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecucion de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasarán á la real, y á cualquiera que tratase de impedir la ejecucion de esta parte de mi real decreto, de cualquier modo que lo haga, igualmente lo declaro reo de lesa majestad, y que como á tal se le imponga pena de la vida. Y desde aquel dia cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento en cualquiera causa que se hallase pendiente por infraccion de constitucion, y los que por tales causas se hallaren presos ó de cualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo, segun las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que así es mi voluntad, por exigirlo todo así el bien y la felicidad de la nacion.

»Dado en Valencia á 4 de mayo de 1814.— Yo el rey. — Como secretario del rey con ejercicio de decretos, y habilitado especialmente para este.—*Pedro de Macanaz* »

Dos dias despues de la publicacion de este decreto, que colocaba de nuevo la monarquía española bajo el régimen absoluto y destruia por medio de la fuerza un órden político solemnemente reconocido por todas las potencias de Europa, Fernando, que habia quedado en Aranjuez esperando la ejecucion de las medidas encargadas á Eguia, entró en Madrid (13 de mayo) con una comitiva y escolta de seis mil infantes, tres mil caballos y muchas piezas de artillería. Su entrada fue la señal de nuevas prisiones, y se estendieron rápidamente á todas las provincias, verificándose de noche, de dia, en público, en secreto, sin la menor formalidad, de suerte que en el espacio de pocas semanas quedaron atestadas de presos todas las cárceles de España. Por fin los presos y los verdugos iban á dar principio á sus tareas.

Fernando nombró tres comisiones, compuestas de individuos escogidos entre los adversarios mas resueltos de la constitucion y de sus secuaces, confiándoles sucesivamente la suerte de los hombres que en el seno de las córtes, á la frente de los ejércitos y de los empleados de la administracion civil habian contribuido mas eficazmente á la libertad de España y el restablecimiento del trono. Las sentencias fueron rápidas y crueles; los unos fueron condenados á muerte, los otros á presidio ó á la detencion, y los mas afortunados al destierro, pero todos al secuestro ó á la confiscacion de sus bienes. Y no es que se castigaran únicamente las opiniones emitidas ó los actos consumados bajo el imperio de la constitucion, como que tambien se perseguia y castigaba á los que permanecieron estraños á los últimos acontecimientos, como si su reserva y su silencio fueran una reprobacion tácita de los actos del rey, del restablecimiento de los jesuitas, de la inquisicion, de los conventos etc. «Ordenó Fernando por sí mismo lo que repugnaron fallar hombres feroces y sedientos de venganza. Necesitaríase la pluma de un Tácito para pintar ciertos rasgos y sucesos de aquel tiempo, dignos en esta parte de ponerse al lado de los de un Tiberio ó de Calígula, y de hacer en ellos buen juego (1).»

Entre los generales y diputados que mas se habian distinguido en la lucha de España contra los ejércitos imperiales, hubo muchos que fueron á refugiarse en Francia, y para que se vea cuán estraordinarias son las vicisitudes políticas, aquellos refugiados saludaron en el mes de marzo de 1815, la aparicion del desterrado de la isla de Elba como la llegada de un aliado vengador. Dirigiéronse en consecuencia á Napoleon y le dijeron: «Nosotros, que os hemos combatido como al invasor de nuestra patria y como á nuestro tirano, venimos hoy á implorar vuestro concurso, como nuestro libertador.»—«Lo único que pedian era una suma insignificante para emanciparse por sí mismos y producir en la península una revolucion semejante á la mia, ha dicho el emperador; si hubiese vencido en Warterloo, desde luego los hubiera socorrido (2).» Muchos eran los corazones generosos del otro lado de los Pirineos, en donde germinaba la misma idea, y no dejó de haber muchas tentativas de insurreccion que pagaron sucesivamente con su vida los generales Porlier y Lacy, el coronel Vidal y un crecido número de oficiales. No se crea sin embargo que estos suplicios hiciesen desaparecer una sola de las quejas ó de los males que habian puesto las armas en manos de los conjurados; puesto que continuaban subsistiendo en el pueblo y en el

(1) Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España. Apéndice del libro vigésimocuarto, núm. 23.*
(2) *Memorial de Santa Elena.*

ejército las mismas causas de rebelion. España, que tan débil y tan esquilmada estaba en 1808, se hallaba en una situacion mas infeliz todavía que en tiempo de Carlos IV: las desgracias y las luchas de los últimos años hacian al gobierno del hijo mas suspicaz, mas intolerante y mas perseguidor que el gobierno del padre, y así la penuria del real erario como la miseria pública y privada se veian agravadas de una manera deplorable por los escombros que habia acumulado en todas las provincias la larga guerra de la independencia como por la insurreccion de las colonias americanas.

Estas colonias habian imitado, al advenimiento de José, el ejemplo de los insurgentes de la metrópoli, de suerte que sus autoridades declararon que estaban resueltas á no sufrir el yugo del intruso, y que por consiguiente se separaban de su gobierno. Dueño solamente de las provincias del interior, Jose no tenia puertos ni buques, y los insurgentes por su parte, ocupados en una lucha continua, carecian del tiempo y de los recursos necesarios para organizar una marina, de manera que quedaron interrumpidas completamente las relaciones entre España y sus colonias. Aprovecháronse de semejante estado los comerciantes de Lóndres, de Liverpool y de Glascour, invadieron los puertos de la América española, derramaron en el seno de aquellos remotos pueblos los productos que hasta entonces habia suministrado esclusivamente la madre patria, y los inundaron de mercancías inglesas, pudiendo decirse que acababa de abrirse la mas rica mitad de todo un emisferio al servicio británico, reducido en Europa á los mas estrechos límites por el bloqueo continental. Deseando conservar aquel inmenso mercado, hizo una proposicion al gobierno de las cortes, en cuanto se hubo instalado en Cádiz para regularizar por un tratado unas relaciones tan nuevas y lucrativas. Sabido es el empeño con que la monarquía española habia negado constantemente aun á las potencias amigas, el permiso de ponerse en contacto con sus posesiones de América, cerrando rigorosamente sus puertos á todos los buques y comerciantes estranjeros, y conservando esta esclusion absoluta del comercio estranjero á costa de largas y sangrientas guerras. No se mostraron menos inflexibles los jefes políticos de la insurreccion, puesto que rechazaron todas las proposiciones que propendian á decentar el antiguo monopolio. Cara debia pagar España su resistencia á la codicia mercantil inglesa, como que Caracas, Chile, Buenos-Aires y finalmente Mejco, secundados por los agentes ingleses, transformaron en breve su separacion del gobierno de José en una declaracion de completa independencia. Verdad es que no hubo unanimidad en el movimiento: las autoridades superiores, la mayor parte de las tropas regulares y la poblacion española que no estaba unida al suelo colonial por vínculos de familia ó por una posesion muy antigua, permanecieron fieles á la madre patria, y por esto se empeñó en cada provincia una encarnizada lucha y una serie de sitios y combates que sucediéndose con frecuentes alternativas de triunfos ó reveses, dejaban indecisos á los dos partidos cuando Fernando entró de nuevo en posesion del trono.

Los beneficios comerciales y los metales preciosos que derramaban en España antes de los acontecimientos de Bayona las colonias americanas, constituian la parte mas notable de sus rentas. Sin duda entrañaba este reino poderosos elementos de fuerza y de riqueza; pero el régimen monacal y feudal, que por espacio de dos siglos habia introducido la miseria en el pueblo y la esterilidad en el suelo, estinguió, si así vale decirlo, la actividad y la produccion en el regazo de la metrópoli.

En consecuencia del restablecimiento del antiguo órden social y político, Fernando se hallaba frente á frente, no solo con la inmóvil y estéril España de sus predecesores, sino tambien con sus rebeladas colonias, teniendo una riqueza menos, á saber, las rentas de estas posesiones. Por esto se propuso escogitar un arbitrio para recobrar la fuente de la antigua opulencia, pero sus esfuerzos no correspondian á su voluntad, pues todos los ausilios que de vez en cuando recibian de la madre patria los generales fieles á su bandera, se reducian á un corto número de buques, en parte inútiles, con municiones insuficientes y con algunos centenares de soldados completamente desmoralizados. Difícil era sin embargo que Fernando proporcionase mas recursos, porque España, cinco años despues del regreso de Walencey se hallaba rodeada de las circunstancias que vamos á describir. El restablecimiento del absolutismo en la persona del príncipe, la nueva sancion otorgada á los privilegios, á las desigualdades de condicion y á los innumerables abusos que legara á España un despotismo de muchos siglos, la restitucion de las riquezas y del antiguo poder del clero introdujeron de nuevo la miseria en las poblaciones y la anarquía en todos los ramos del servicio público. El gobierno estaba sujeto al capricho del rey, á la voluntad de sus confesores y á las intrigas de la camarilla; los ministros se sucedian continuamente sin causa seria y sin otro resultado que un simple cambio de personas; la inquisicion, encargada de la policía política y de la prensa, habia abierto de nuevo sus calabozos y restablecido sus tormentos, persiguiendo con su terrible suspicacia á todos los ciudadanos y todas las opiniones, envolviendo en su rigor los escritos publicados en España ó importados del estranjero, como le pareciesen impregnados de tendencias perjudiciales, y fulminando sus sentencias contra los autores, contra los editores, contra los comisionados y aun contra los simples lectores; el comercio interior quedó anonadado, como que en todas partes tropezaba en obstáculos y trabas. Los trasportes se hacian imposibles, á falta de vias de comunicacion; las mas de las provincias estaban separadas por las barreras fiscales; y los principales caminos estaban atestados de desertores, antiguos guerrilleros, frailes escapados de sus conventos, labradores y ciudadanos que para huir de la miseria ó de las mazmorras inquisitoriales se organizaban en guerrillas numerosas talando particularmente los campos de Andalucía, de la Mancha y de Estremadura y saqueando las villas y los lugares abiertos. Los correos del gobierno tenian que ir escoltados con gruesos destacamentos de caballería, que no pocas veces iban á reunirse con aquellos salteadores de camino. No era menos deplorable la situacion del comercio esterior: los mas de los puertos ofrecian únicamente almacenes vacíos y radas desiertas, al paso que las colonias sublevadas despachaban numerosos corsarios, que capturaban, bajo los mismos fuegos de la batería de la costa, los pocos buques mercantes de las plazas marítimas. En vano queria protegerlos el gobierno, porque la armada española, tan formidable en otro tiempo, quedaba casi de todo punto anonadada, de suerte que Fernando se vió en la necesidad de comprar á Rusia muchos navíos deteriorados y algunas fragatas viejas para proporcionar municiones y soldados á los generales que tenia en América. Seis meses emplearon aquellos buques en la corta travesía de Cronstadt á Cádiz, no debiendo tampoco omitirse que tuvieron que hacer escala en Plymouth para reparar sus averías, de manera que Alejandro, compadecido de tanta miseria, regaló a España tres fragatas nuevas. Y no se crea que el gobierno procurase con mas eficacia por sus fuerzas terrestres, puesto que dejaba al ejército desnudo y hambriento, y en muchas ciudades donde habia guarnicion así los oficiales como los soldados se veian reducidos á la necesidad de aceptar la limosna que los frailes, que en medio de la general indigencia continuaban ricos, iban distribuyendo por la mañana á los mendigos, á la puerta de sus conventos. Un dia el coronel del regimiento de Toledo recibió la órden de trasladarse con su tropa á otro puesto, pero contestó al ministro: «Mis soldados no pueden andar, porque hace muchos meses que no tienen zapatos.» Tampoco se satisfacian las deudas á los empleados civiles ni á los acreedores del estado, porque los ministros reservaban para las espediciones que debian llevar ausilios á las tropas de América, el poco numerario con que podia hacerse el real tesoro. No siempre llegaban á su destino estos pocos ausilios, pues unas veces eran capturados por la armada de las colonias insurgentes, y otras veces las tripulaciones y las tropas de desembarco, imitando el ejemplo de los marinos y de los soldados que iban á bordo de la Trinidad, fragata de cincuenta cañones, echaban al mar á los oficiales, y renunciando á su trabajada patria, se incorporaban con los insurgentes. Por último despues de cinco años de tentativas inútiles, Fernando hizo un esfuerzo decidido, y reuniendo á principios de 1819 todos los fondos esparcidos en las diferentes cajas del estado, emitió con unas condiciones muy onerosas un empréstito de sesenta millones de reales, que ningun capitalista quiso suscribir, y lo realizó por medio de cotizaciones forzosas. De esta suerte reunió en torno de la Bahía de Cádiz diez y seis ó diez y siete mil soldados.

La numerosa reunion de este ejército desarrolló los gérmenes de descontento depositados en el fondo de todos los corazones. La idea de verse trasportados á América, como á un destierro lejano, en donde les estaban aguardando privaciones sin cuento é innumerables quebrantos, exasperaba á los soldados, al paso que la mayor parte de los oficiales se sentian irritados sobremanera por el influjo omnipotente de los frailes y de los curas, por la violencia de las persecuciones que se ejercian continuamente, y por los abusos y desórdenes que presenciaban todos los dias. En consecuencia, los oficiales mas activos resolvieron aprovecharse de la disposicion de los ánimos para sublevar sus regimientos en nombre de la libertad y para restablecer la constitucion de las cortes. No tardó en concertarse un plan insurreccional, pero ya se habia señalado el dia que debia verificarse la esplosion, cuando el conde del Aisbal, general en jefe de las tropas y director de la conspiracion, concibió un desaliento repentino, por haberse dicho que en Madrid cundian vagos rumores del proyectado movimiento. Deseando prevenir las revelaciones, Aisbal resolvió sacrificar sus compañeros á su seguridad personal, y saliendo de Cádiz en la noche del 7 al 8 de julio (1819) atra-

viesa la isla de Leon, desembarca en el continente con muchos regimientos, á quienes asegura que no serán trasportados á América si ejecutan puntualmente sus órdenes, marcha con estas fuerzas á la ciudad del Puerto de Santa María, en donde se hallaban acampados los cuerpos mas comprometidos, rodea los destacamentos uno á uno, desarma á los soldados, prende á ciento veinte y tres oficiales de todas graduaciones y anuncia á Fernando que acaba de salvar su corona. Este golpe de mano, que valió las felicitaciones del rey y nuevos honores al conde del Abisbal y á su cómplice, que era el jefe de estado mayor Sardsfiel, hizo activar la salida de la espedicion (1). Precipitóse la reunion de los muchos buques mercantes que el gobierno habia fletado á subido precio en todos los puertos de Francia é Italia para el trasporte de las tropas; aprestóse el ejército al embarco, y estaban concluyéndose todos los preparativos, cuando llegó á Cádiz el buque titulado San Julian, procedente de la costa de Coromandel, introduciendo el cólera-morbo. Esta plaga fué al principio desconocida por las autoridades (2), mas no tardó en estenderse fuera de Cádiz, propagarse por las aldeas de tierra firme y llevar el terror hasta Madrid. Inmediatamente se suspende la salida de la espedicion, y las tropas, convertidas en cordon sanitario, se ocupan en concentrar la enfermedad. Despues de cinco meses de estragos, el mal empieza á amainar, vuelve el ejército á sus últimos acantonamientos; renuévanse los preparativos de embarco; reprodúcense los murmullos de los soldados; concíbese el proyecto de quedarse en España; continúan los oficiales el plan abortado en el mes de julio anterior, y para asegurar el partido no quieren admitir en sus conferencias á general alguno, prefiriendo sujetarse á la direccion de dos oficiales superiores, á saber, el teniente coronel don Antonio Quiroga y el jefe de batallon don Rafael del Riego, del regimiento de Asturias. Habiendo designado la noche del 1.° de enero de 1820 para la ejecucion del proyecto, se confió á Riego, que estaba acantonado en tierra firme, en las Cabezas de San Juan, situada en el camino de Sevilla y á trece leguas de distancia de Cádiz, el encargo de dar la señal de rompimiento sublevando un batallon y los descatamentos vecinos, dirigirse con estas fuerzas á la ciudad de Arcos, en donde se hallaba establecido el cuartel general del ejército, y apoderarse del general en jefe y de los principales oficiales. Al propio tiempo Quiroga, acampado con dos batallones en Alcalá de los Gazules, mas cerca de la costa, debia marchar contra la isla de Leon y contra Cádiz. El dia indicado, Riego se pone en marcha con sus soldados, y penetra antes de la noche en Arcos, donde hace prisioneros al general en jefe con todo su estado mayor; pero Quiroga, retardado en su movimiento, no puede presentarse ante la isla de Leon hasta el dia 3 de enero por la mañana, y aunque se apresura á quitar el puente que comunica con ella, apoderándose sucesivamente del arsenal y de todos los puntos fortificados, no le es posible penetrar en Cádiz (3). Al otro dia, 4, Riego, que habia salido de Arcos en direccion á Jerez y al Puerto de Santa María, en donde proclamara la constitucion de 1812, entra tambien en la isla de Leon con sus prisioneros, reuniendo de esta suerte una fuerza de siete batallones. Por espacio de tres semanas estos dos jefes echaron proclamas por todas partes provocando á la insurreccion; pero lejos de secundar sus esfuerzos, el resto del ejército prestó una obediencia pasiva á don José O'Donell, hermano del conde del Abisbal, y al general Freire, que habia acudido desde el campo de San Roque para encerrar á los insurrectos en la isla, aunque sin atreverse á atacarlos. Las sublevaciones no pueden permanecer estacionarias: la que cesa de marchar adelante retrocede y sucumbe. Cansado de esperar en defecciones, Riego toma una resolucion audaz: en 21 de enero sale de la isla de Leon con una reducida columna de mil y quinientos hombres; rompe la línea de circunvalacion, atraviesa las ciudades de Chiclana y de Bejar de la Frontera, entra en Algeciras, y en todas partes se ve recibido con entusiasmo. Los ciudadanos le suministran víveres, vestidos y dinero en abundancia, pero la columna no se ve engrosada con un solo voluntario, pues no solamente se le considera demasiado debil, sino que tambien acuden de todos lados tropas numerosas para atacarle. Viéndose perseguido con tanta constancia, sale Riego de Algeciras y se dirige de nuevo á la isla de Leon, pero inmediatamente le obligan á retroceder las numerosas fuerzas que le cierran el paso. Habiendo sabido que los malagueños le esperaban para levantarse, se dirige hácia la costa, del lado de Gibraltar, pasa por Marbella y entra en la populosa ciudad de Málaga á las 8 de la noche del 18 de febrero. Aparecen repentinamente iluminadas todas las ventanas; los ciudadanos, así los hombres como las mujeres, se asoman á los balcones agitando los pañuelos y contestando con aclamaciones de júbilo á los gritos de «viva la constitucion» en que prorumpen Riego y sus soldados; pero ¡cosa estraña! permanecen desiertas las calles, y cerradas todas las puertas. El dia siguiente los constitucionales observan las mismas señales de simpatía en todos los balcones y ventanas, pero las calles continúan solitarias. Sin duda los habitantes desean pronunciarse, pero no quieren comprometerse, ya porque no creen en el triunfo de los sublevados, ya porque de repente acude la noticia de la proximidad de las tropas reales. En efecto, á eso del medio dia se muestran á las puertas de la ciudad los regimientos de O'Donell; pero Riego, despues de haberse atrincherado en el barrio llamado del Mundo Nuevo, sostiene una encarnizada lucha en la plaza de la Merced. Indecisas las tropas reales por la indiferencia del pueblo, abandonan el interior de la ciudad y acuden á establecerse á media legua de distancia de las murallas; pero Riego aprovechándose de esta retirada, sale de Malaga y se echa en la Sierra de las Cabras. A pesar del cansancio de sus soldados, no puede concederles un instante de reposo, porque O'Donell y Freire, persiguiéndole constantemente, le obligan á abandonar á Antequera y á Ronda, cuyos habitantes le suministraron zapatos, víveres y ropa blanca. Abandonando las cercanías de la costa, se interna por Moron, Estepa, Puente de Gonzalo y Aguilar: llega al Guadalquivir á través de un combate continuo; á 8 de marzo pasa este rio en Córdoba, atraviesa el puente y continúa su marcha al pié de las murallas de esta ciudad, al eco de los himnos patrióticos de sus soldados y a la vista de los habitantes y de un regimiento de tropas reales, que habiéndose asomado á las murallas por curiosidad contemplaban en silencio la audacia de tan reducida columna. Encaminándose directamente a Sierra Morena para buscar un refugio y un punto de apoyo, el jefe de los insurrectos se establece en Fuente Ovejuna, que es uno de los mas fragosos estribos de aquella cordillera, y á pesar de las grandes pérdidas que esperimenta en un nuevo combate contra las tropas de O'Donell, atraviesa la Sierra, entra en Estremadura, y á las cuatro de la tarde del 11 de marzo se detiene en la villa de Bienvenida, situada á catorce leguas de distancia de Badajoz. En estas marchas, que duraron menos de seis semanas, Riego habia recorrido cerca de ciento y cincuenta leguas. Viendo reducida su columna de mil y quinientos hombres á solos trescientos, merced á las balas, al hierro, á la fatiga y al hambre, celebra consejo con los oficiales que le quedan, y reconociendo la imposibilidad de prolongar la lucha so pena de morir ó caer todos prisioneros, acuerdan separarse para que cada uno procure por su salvacion. En cuanto sobrevino la noche, Riego y sus compañeros se dispersaron en guerrillas, bien persuadidos de que la causa que creian desesperada debia haber alcanzado en el mismo Madrid, cuatro dias antes, un triunfo al que habian contribuido mucho mas que podian imaginarse.

A pesar de los esfuerzos del gobierno, la noticia de la insurreccion cundió rápidamente por todas partes, estendiendo la mas viva emocion en todos los ángulos de la monarquía y desarrollando los gérmenes de revuelta que entrañaban las tropas de las ciudades en todas las provincias. Mientras estuvieron concentrados los insurrectos en la isla de Leon, pareció imposible su triunfo, porque el aislamiento de los sublevados y la inaccion de sus jefes eran síntomas evidentes de debilidad, y por esto, no obstante la agitacion en que permanecian los ánimos por espacio de mas de seis semanas, nadie correspondió á la señal que habian dado los insurgentes en la bahía de Cádiz; pero cuando Riego salió con su columna, no parecia sino que su organizacion era bastante fuerte y que sus recursos militares eran bastante considerables para destacar tropas á las provincias vecinas. Alentáronse en consecuencia los mas tímidos, restablecióse en muchos puntos la lapida de la constitucion (1) y

(1) O'Donell, conde del Abisbal, irlandés de orígen, mandaba en Córdoba el ejército de reserva de Andalucía, cuando Fernando regresó de su cautiverio en 1814. Habia formado ya algunas intrigas para derribar la constitucion, pero no habia podido todavía desarrollar sus planes cuando supo la próxima llegada de Fernando a Madrid, y no sabiendo cuáles eran las verdaderas disposiciones del rey, envióle un oficial de confianza para cumplimentarle, con dos alocuciones diferentes: la una prodigaba elogios al sistema constitucional, y la otra ponia en las nubes la escelencia del poder absoluto. El oficial debia entregar una ú otra segun las circunstancias, pero cupo a la última la suerte de ser entregada.

(2) El primer médico que indicó el carácter real de la enfermedad, se vió amenazado con un *presidio* por agitador y alarmista.

(3) La isla de Leon cuenta muchas leguas de circunferencia, contiene la ciudad de San Fernando y un crecido número de establecimientos marítimos ó militares, y comunica con la tierra firme, del lado del norte por medio del puente de Suazo, protegido por el fuerte de San Pedro. Al estremo meridional hay un islote que contiene la ciudad de Cádiz y que comunica con la isla principal por medio de una calzada larga y estrecha llamada *la Cortadura*.

(1) En 1812 las cortes de Cádiz, á propuesta del diputado Capmany, espidieron un decreto para que en la plaza mayor de cada pueblo se colocase una lápida cuadrada con esta inscripcion: *Plaza de la Constitucion*. Esta lápida, que era de mármol ó de piedra comun, que tenia dimen-

aunque la corte y los ministros anunciaban que la columna de Riego, perseguida y derrotada constantemente, iba aniquilándose mas y mas cada dia, ningun crédito daba el pueblo á sus anuncios. La falta de libertad de imprenta, la severa vigilancia de la policía con las cartas mas insignificantes y con las conversaciones mas indiferentes, todas las precauciones que se tomaban para sofocar la opinion y asegurar el despotismo redundaban en último resultado contra el gobierno, pues se calificaban de mentiras todas sus noticias, precisamente porque nadie podia disputarlas ó contradecirlas. En vano se propone el gobierno alucinarnos, decian por lo bajo los ciudadanos: no, la insurreccion no está sofocada, ni puede creerse debilitada una columna que atraviesa provincias enteras y ciudades populosas; lejos de huir, va avanzando hácia el interior; cada uno de sus pasos es un progreso, y cada uno de sus encuentros una victoria. Estas ilusiones adquirian mas fuerza en razon directa de la distancia del teatro de los sucesos: así es que los regimientos situados en Galicia, alucinados por la perspectiva de un triunfo próximo é inevitable, fueron los primeros que respondieron al llamamiento de los insurrectos de la isla de Leon. A 20 de febrero, cerca de dos meses despues del pronunciamiento de las Cabezas, mientras Riego estaba saliendo de Malaga, proclaman la constitucion las tropas de la Coruña sublevadas por el coronel de artillería Espinosa y por el teniente coronel Ramon Ibañez; el dia 23 se levanta el Ferrol, y el 21 y 26 siguen este ejemplo Vigo y Pontevedra. El general Espoz y Mina, uno de los jefes mas justamente célebres de la guerra de la independencia, proscrito por Fernando, acude á Bayona al saber los acontecimientos de la isla de Leon, atraviesa los Pirineos en 25 de febrero, penetra en Navarra y subleva esta provincia (1). Estiéndese el movimiento á Aragon, en seguida á Cataluña, y en todas las ciudades de estas diferentes provincias el pueblo alterna con los soldados, forzando las mazmorras inquisitoriales, librando a los cautivos, pegando fuego en los archivos de este tribunal y proclamando la constitucion.

Los palaciegos de Madrid dudaron ó no creyeron en las primeras noticias de Andalucía, y aunque estas noticias no tardaban en confirmarse, Fernando las recibió sin conmoverse, creyendo que sus generales sabrian sofocar la revuelta con tanta facilidad como las tentativas anteriores. Alarmado sin embargo por los acontecimientos de Galicia, manda reunir en la Mancha, á las mismas puertas de Madrid, un ejército de observacion, y confia su mando al conde del Abisbal, á quien habia llamado de Cádiz anteriormente por ciertos rumores que le habian infundido algunas sospechas sobre la verdadera conducta de este general en el mes de julio anterior. Abisbal habia hecho traicion á la causa de los insurrectos y sacrificado á sus cómplices por temor de una derrota y de la venganza de la corte; pero por último creyendo que la insurreccion iba á alcanzar un triunfo definitivo, quiso borrar su conducta pasada con otra conducta no menos cobarde. Al anochecer del 13 de marzo sale de Madrid para incorporarse con sus tropas en Ocaña, proclama la constitucion, y el dia siguiente se pone en marcha para obligar á Fernando á aceptar el código político de 1812. La proximidad de aquellas tropas aumenta la agitacion que reinaba desde muchos dias en la capital de España; el dia 5 se forman en las calles muchos grupos de paisanos y soldados, y aunque la resistencia de las autoridades sofoca los esfuerzos de muchos ciudadanos que querian restablecer la lápida de la constitucion, no deja de tomar aumento la fermentacion de los ánimos. Fernando manda á la guarnicion que tome las armas; pero las tropas no solamente se niegan á dispersar los grupos, sino que tambien en parte salen de la corte anunciando en voz alta que venian á incorporarse con los insurgentes. Cunde el terror en palacio, y aunque Fernando y sus ministros esperan hacer frente á la tempestad, los correos de las provincias anuncian continuamente noticias á cual mas alarmante, y la villa de Madrid se ve rodeada de insurrectos por todos lados. El dia 7 por la mañana, un mes despues de haberse verificado el suplicio del cabecilla que habia manifestado en una proclama proyectos favorables á la constitucion (2), Fernando declara en una alocucion pública que «dispuesto á hacer todo lo posible por el interés del estado y por la felicidad del pueblo, acaba de mandar que se convoquen inmediatamente las cortes.» No quedando satisfecha la muchedumbre con una declaracion semejante, el general Ballesteros declara al rey que no tiene otro recurso que reconocer la constitucion de 1812, porque de lo contrario va á verse destronado. No titubea ya Fernando: así es que en la tarde del mismo dia anuncia en una segunda proclama; «que cediendo á la voluntad general del pueblo ha resuelto jurar la constitucion.» Acto continuo se dirige la multitud á las cárceles inquisitoriales, derriba las puertas y pone en libertad á los cautivos que se veian encerrados por causas políticas ó religiosas (1); el dia 8 se publican varios decretos, firmados por el rey, suprimiendo los jesuitas, aboliendo la inquisicion y todas las jurisdicciones eclesiásticas y restableciendo la libertad de imprenta: por último, al otro dia, 9, dos dias antes de la dispersion de la columna de Riego, Fernando jura solemnemente el acta constitucional. Quedaba consumada la revolucion.

Se ha dicho equivocadamente que el gobierno inglés habia intervenido en estos sucesos, pero lo cierto es que lord Castlereagh, que á la sazon dirigia el gabinete de Londres, seguia una política muy poco favorable á las revoluciones, y aunque no dejó de haber algunos agentes que intervinieron entre la insurreccion y Fernando, fué precisamente como enemigos de los insurrectos. Muchos buques de la marina inglesa ausiliaban en Cádiz á las autoridades reales en el bloqueo de la isla de Leon. El gobernador de Gibraltar, deseando privar á los sublevados de los ausilios que podian suministrarles los comerciantes de aquella plaza, prohibió la salida de toda especie de armas, de municiones y de víveres; la accion hostil de una fragata y de un bergantin ingles influyó muy mucho en Algeciras sobre las causas que indujeron á Riego á abandonar aquel puesto; y finalmente el representante de la corte de Londres en Madrid no quiso contestar á la notificacion oficial de la revolucion que acababa de verificarse. Entre los miembros del cuerpo diplomático no hubo mas que uno, que fué el ministro de los Estados Unidos, que acogiese la noticia de este cambio político con palabras de felicitacion. La actitud de los ministros estranjeros en la corte de España estaba de acuerdo con la disposicion de los mas importantes gabinetes de Europa; mas en cambio los pueblos aplaudieron el pronunciamiento de una nacion generosa. Los diputados y los escritores liberales de Francia se hicieron órganos de la opinion pública manifestando en la tribuna, en los periódicos y en los folletos las mas vivas simpatías por la revolucion española, al paso que en Nápoles el pueblo contestó al nuevo grito de libertad con una insurreccion.

En parte alguna habia dejado mas profundas huellas que en Italia la propaganda armada de la república y del imperio, á escepcion de Bélgica y de las antiguas provincias alemanas de la orilla izquierda del Rhin. Génova, Turin, Florencia y Roma, incorporadas al imperio, eran simples capitales de departamentos franceses, habiéndose visto sujetos igualmente á una administracion de todo punto francesa Nápoles bajo el doble imperio de José Bonaparte y de Murat, los antiguos Estados Venecianos, Lombardía y la parte de los Estados Pontificios comprendida entre el mar Adriático y los Apeninos, como que formaron el reino de Italia bajo el gobierno del virey Eugenio Beauharnais. Habíanse abolido todos los privilegios de corporacion ó de casta, suprimido los conventos, vendido sus bienes y estendídose á la totalidad de la península italiana el beneficio de nuestras leyes civiles; y aunque los pueblos, á pesar de todos estos dones, celebraron con entusiasmo la caida de nuestra dominacion, de suerte que para ellos no fuimos otra cosa que simples estranjeros, al esforzarse sus nuevos amos en destruir hasta los últimos vestigios de nuestra permanencia y en reedificar lo pasado, trocaron en amargas lágrimas el alborozo con que fué saludado su restablecimiento. Llevado de su fogosidad reaccionaria, uno de aquellos príncipes decretó que así las personas como las cosas se restituyesen al estado en que se hallaban en 1797, y no se necesitaron pocos dias para que este soberano se convenciera de que el tiempo es ménos conservador de lo que suponia, pues si bien era posible obligar á un general, por ejemplo, á ponerse en 1814 los galones de cabo ó sargento que llevaba 17 años antes, no era tan fácil resucitar á los oficiales ó á los empleados que habian muerto en el espacio trascurrido desde 1797, y devolverles los empleos que habian desempeñado durante su vida.

Nápoles tuvo una parte escepcional en aquella reaccion. El sobera-

---

siones mas ó menos considerables, y cuyo ornato dependia de la riqueza ó del celo del ayuntamiento, era lo que se llamaba *piedra de la Constitucion*.

(1) De todos los gefes militares de la insurreccion, el general Mina era el que mas reveses habia causado á nuestras tropas. Ningun general español gozaba de mas popularidad así dentro como fuera de España, su nombre era conocido en Francia, aun entre los muchachos. Navarra y las provincias Vascongadas eran el principal teatro de su lucha contra las tropas imperiales, que fué constantemente una guerra de emboscadas y sorpresas.

(2) Este cabecilla, llamado Melchor, fué ejecutado en Madrid á 5 de febrero de 1820

(1) Estos presos eran bastante numerosos, y entre ellos habia españoles distinguidos, como el conde de Montijo, que desaparecieron sin que sus familias pudiesen averiguar la causa ni el lugar de su secuestro Tambien habia algunos estranjeros, de quienes se creia que habian salido de España desde mucho tiempo, por haberlos continuado el gobierno en las listas de los pasaportes espedidos para varios estados distantes de la península.

no que con la caida de Murat habia recobrado la corona de las dos Sicilias era Fernando I, príncipe de la sangre de Borbon, oriundo de la rama de España (1). Este rey, que habia subido al trono de Nápoles en 1759, se refugió en Sicilia por dos veces diferentes: á 2 de enero de 1799, habiendo sabido que se acercaba el general francès Championnet, se disfrazó de lacayo, salió de Nápoles con los tesoros de las cajas públicas, de las iglesias y de los museos de su capital, y habiéndose visto restablecido seis meses despues, merced á los esfuerzos combinados de las tropas turcas, rusas é inglesas que destruyeron la república que se estableciera durante su ausencia (2), se distinguió con innumerables suplicios. Ninguna consideracion tenian sus verdugos al rango, á las dignidades, á la edad ni al sexo: los hombres mas ilustres por su nacimiento, los sabios y los artistas mas distinguidos por sus meritos personales, los generales y los administradores mas recomendables por sus servicios, las mujeres mas notables por su talento ó mas célebres por su belleza, fueron condenadas á muerte sin piedad, de suerte que desde el mes de junio hasta el de diciembre se derramó la sangre de los ciudadanos sin interrupcion. La causa del gran número y de la duracion de los suplicios consistia, no solamente en la necesidad que tenia Fernando de vengar su miedo ó de castigar á todos los individuos que habian apoyado ó aceptado la república, sino tambien en el deseo que le animaba de contemporizar con las pasiones de la reina María Carolina de Austria, mujer imperiosa y disoluta, que juntando con la sed del poder mas absoluto los caprichos de la mas desenfrenada licencia, despreciaba á su marido y se sujetaba al influjo de dos favoritos estranjeros, ambos ingleses, el caballero Acton y lady Hamilton (3). Indiferente á todos los deberes de la dignidad real, y estraño á la administracion de su reino, á fuer de bufon coronado, Fernando se aprovechaba de las prerogativas de su soberanía para entregarse á la indolencia ó á la satisfaccion de los mas groseros placeres (4). Habiéndose refugiado de nuevo en Sicilia, en 1806, á la aparicion de un nuevo ejercito francés en las fronteras de su reino (5), Fernando inauguró en 1815 con nuevos suplicios su segundo restablecimiento, y aunque la sangre corrió con menos abundancia que en 1799, porque ya no existia María Carolina, no por eso fue menos estensa ni menos violenta la reaccion.

Fernando entró de nuevo en Nápoles en 17 de junio de 1815. Seis semanas antes, al saber la derrota de las tropas de Murat, se habia apresurado á dirigir á sus antiguos súbditos una proclama concebida en estos términos: «Napolitanos, la causa de Murat está perdida: aprestaos á revindicar vuestros derechos; estoy resuelto á salvaros, asegurandoos un gobierno probo, sabio y religioso. El pueblo será el soberano, y vuestro príncipe será solamente el depositario de las leyes dictadas por la mas enérgica y estable de las constituciones.» Esta proclama, fechada en Palermo el dia 1.º de mayo y destinada á precipitar la caida de su competidor, surtió el efecto que Fernando queria, porque los napolitanos se sublevaron en todas partes obligando á Murat y á su familia á emprender la fuga; pero mientras se alucinaban con las promesas de su antiguo rey, creyendo alcanzar finalmente las instituciones y los derechos políticos que Murat les habia prometido constantemente sin cumplir nunca con su palabra, Fernando concluia desde Sicilia el tratado de 12 de junio con el Austria, por el cual se obligaba «á poner á sus estados á cubierto de imprudentes reformas, sometiendo sus vasallos á los principios adoptados por el Austria misma para sus posesiones italianas.» Al propio tiempo firmaba decretos que pronunciaban la confiscacion, en provecho propio, de todos los mayorazgos concedidos por José y por Murat, lo mismo que la restitucion inmediata, sin indemnizacion alguna, de todos los bienes que se habian vendido bajo el gobierno de estos dos reyes para castigar á los emigrados. Estos decretos fueron el preludio de una larga serie de despojos y de medidas estravagantes é incoherentes que introdujeron el desórden, la corrupcion y la mas completa anarquía en todos los ramos de la administracion del reino. Desde luego se estendió la disolucion á todos los ramos del servicio, sin esceptuar al ejercito, de suerte que la monarquía se hubiera hallado sin tropas á no haberse firmado con el Austria varios tratados que obligaban á la corte de Nápoles á mantener la fuerza de veinte y cinco mil hombres por lo menos; mas era tan imperfecta la organizacion de aquel simulacro de ejército y tan completa la carestía en que se hallaban de los artículos mas necesarios, como que los bandidos eran sin exajeracion dueños de todos los caminos. Para que se vea el alto grado á que llevó el gobierno su humillacion y su vileza, bastará con decir que renunciando tras largos é inútiles esfuerzos a destruir una gavilla de cincuenta bandidos mandada por los hermanos Vardarelli, ajustó con ellos, en 6 de julio de 1817, un convenio que los admitia á su servicio con un sueldo triple de la paga que se daba a las otras tropas. Los ministros de Fernando consumaron este acto de ignominia con la idea de borrarlo con una nueva cobardía. Los hermanos Vardarelli y sus compañeros se dirigieron un dia por órden superior á una villa del Samnium; mas apenas llegaron á la plaza mayor, aparecieron en todas las ventanas muchos soldados que se habian emboscado en las casas y los envolvieron en un fuego de mosquetería matandolos á todos, sin esceptuar uno solo. El comandante general de las dos provincias de Foggia y del Avellino, no atreviendose á correr el riesgo de una destruccion tan enérgica, concibió el proyecto de acabar con los bandidos de su distrito por medio del veneno; á cuyo efecto compró sustancias venenosas por valor de dos mil ducados, y confió su distribucion, mediante el salario convenido, á ciertos envenenadores oficiales que se limitaron á recibir y guardar la recompensa. En muchos puntos cesaron de ingresar las contribuciones en las cajas reales, porque las gavillas las percibian en provecho propio, y entonces fue cuando el gobierno, viéndose amenazado en sus mas preciosos recursos, resolvió luchar con energía contra aquel enemigo interior. A falta de fuerzas militares ocurrió al pueblo, de suerte que los habitantes de todos los puntos que se hallaban infestados por los bandidos, recibieron órden de armarse y organizarse militarmente. Esta medida proporciona de repente una especie de ejército á cierta sociedad en otro tiempo tan religiosa como política, que despues de haber procurado mucho tiempo alcanzar la independencia de los estados italianos por medio de la libertad, buscaba en la independencia de Italia algunas garantías de libertad: tal era la sociedad secreta de los carbonarios.

Suponen muchos que esta sociedad nació de la lucha empeñada durante los siglos doce, trece y catorce, entre el sacerdocio y el imperio, los güelfos y los gibelinos, con motivo de la resistencia de los papas á las pretensiones de los emperadores de Alemania sobre la dominacion de Italia. Unidos para sostener el papazgo como el apoyo de la independencia italiana, los carbonarios tomaron de los primeros siglos del cristianismo ciertos principios que formaban la parte secreta de sus doctrinas: apóstoles del dogma de la fraternidad humana, enemigos de todos los privilegios y de todas las desigualdades sociales, veian en Jesucristo una víctima de la tiranía y le glorificaban como al profeta y al mártir de la igualdad. La sociedad, animada por un odio profundo á la dominacion estranjera, se conservó constantemente á traves de los cismas, de las conquistas y de las revoluciones que trastornaron la península italiana en los siglos siguientes, pero el tiempo fué modificando su objeto

---

(1) Fernando I de Nápoles era hijo del rey de España Cárlos III, y por consiguiente hermano de Cárlos IV, padre de Fernando VII.

(2) Esta república habia tomado el nombre de *república partenopea*.

(3) Lord Hamilton era el representante de Inglaterra en la córte de Nápoles. Su mujer, que habia sido cortesana, supo inspirar al almirante Nelson una pasion insensata, de que se aprovechó para convertir al célebre marino en ciego é implacable instrumento de la venganza de la reina María Carolina. La intervencion de Nelson en la reaccion de 1799 imprimió en su carácter una mancha indeleble, puesto que se mostró traidor y sanguinario. No contento con escitar personalmente, infundir aliento y proteger á los reaccionarios con la presencia de los muchos buques de guerra que tenia á sus órdenes, rasgó la noble capitulacion que habia concluido uno de sus jefes de escuadra con un castillo de Nápoles y con la escuadra napolitana, porque cuando la guarnicion del fuerte, fiada en la fé del tratado, hubo pasado las puertas y depuesto las armas, Nelson hizo degollarla á sangre fria y en seguida, haciendo prender al gefe de la escuadra capitulada, que era el viejo y noble almirante Caracciolli, honor de la marina napolitana, formóle causa á bordo de un navío y mandó ahorcarle á su vista.

(4) Fernando era muy aficionado á la pesca, de manera que se vestia de pescador y alternaba con los del puerto de Nápoles, imitando sus modales y su lenguage. Este rey profesaba á sus vasallos cierto desprecio de que continuamente estaba dando pruebas: un dia se reunió el consejo de ministros para discutir sobre el armamento de un regimiento de coraceros, y despues de haberse alegado varias razones en pro y en contra de la doble coraza francesa ó de la media coraza austriaca que cubre el pecho, los ministros se decidieron por esta. Al oir esta resolucion, el rey, que hasta entónces se habia estado paseando por el salon sin decir oste ni moste, se detiene y esclama: «pues no conoceis á los soldados: por supuesto que la mejor es la media coraza, porque es mas barata; pero ¿para cubrirles el pecho? Si quereis que la coraza reporte alguna utilidad, mandad á esos valientes que se la pongan á la espalda, que es el único lado que opondrán siempre al enemigo.» No era mucho mejor el concepto en que los napolitanos tenian á su rey, puesto que casi siempre le designaban con el apodo de *Narigon*, y cuando le calificaban lo hacian con el sobrenombre de *Re di stuco* (rey de yeso). Habiendo mandado los ministros, no sabemos con que motivo, levantar en honor de Fernando un arco de triunfo en cuya construccion entraba mucho carton y madera, una mano atrevida fijó en él esta inscripcion: *A re di stuco, trofei di carta pesta* (á rey de yeso, trofeos de carton pintado).

(5) Fernando se retiró á Sicilia en 25 de enero. En 30 de marzo siguiente Napoleon le dió por sucesor á su hermano *José*, de suerte que Murat no subió al trono de Nápoles hasta el dia 15 de julio de 1808 por la elevacion de José al trono de España.

hasta el punto de convertirla en una sociedad esclusivamente política, cuyos afiliados, á pesar de los asertos de muchos suscritores que los han confundido con los francmasones, se proponian únicamente la libertad, ó por mejor decir, la independencia y la unidad de Italia. «Trabajamos, decian sus miembros en un idioma simbólico, para purgar de lobos (estranjeros) el campo (Italia).» María Carolina y Fernando, que en los primeros años de su reinado se habian iniciado en la sociedad de los francmasones, conocieron posteriormente la existencia de los carbonarios, y durante su permanencia en Sicilia, los protegieron constantemente para utilizar sus servicios en provecho de la lucha que mantenian contra José Bonaparte y contra Murat. La sociedad adquirió un incremento considerable bajo el reinado de este último, y para conseguir el destronamiento del cuñado de Napoleon organizó un levantamiento que acabó por abortar. Habiendo desaparecido la dominacion francesa con el destronamiento de Murat, dirigieron sus esfuerzos contra la dominacion alemana, que se hacia mas odiosa que la nuestra á los italianos, ya porque estaba menos conforme con sus intereses, ya porque era mas ofensiva á sus costumbres y á su vanidad. Esta circunstancia contribuyó muy poderosamente al incremento de la sociedad, de suerte que en 1819, cuatro años despues de la segunda entrada de los austriacos en Italia, la asociacion se estendia á todos los estados de la península y contaba, á lo que se dice, seiscientos cuarenta y dos mil individuos. En el reino de Nápoles habia invadido todas las clases de la poblacion, las corporaciones mercantiles y proletarias, los individuos de la clase media, la administracion y el clero, tenia tambien muchos afiliados en la magistratura, en el ejército y aun entre los agentes encargados de vigilarla. Tal era la situacion del carbonarismo en los estados napolitanos cuando Fernando invocó el ausilio de la poblacion, organizada militarmente, contra las gavillas de ladrones que daban tanto que hacer: todos los carbonarios entraron inmediatamente en las filas de la nueva milicia, cuyos empleos superiores recayeron casi todos en sus jefes. Viéndose armada y organizada la sociedad, se creyó dispuesta á sublevarse cuando estalló la revolucion de España, y habiéndose inflamado todos los ánimos á semejante noticia, resolvieron los carbonarios poner manos á la obra. A 2 de julio de 1820, despues de haberse echado una proclama por la *alta venta* de Salerno y haberse recibido de Nápoles algunas instrucciones, el abate Luis Minichini y el teniente Miguel Morelli, oficial del regimiento de dragones de Borbon, revestidos entrambos con algunos de los primeros grados de la sociedad, dieron en Nola la señal de la insurreccion. Por la mañana reunen en la plaza pública á los carbonarios de la ciudad y algunos soldados, proclaman la constitucion española de 1812, y se dirigen á Avellino, capital de la provincia, en donde se ven reunidos á los gritos de «¡viva la libertad! ¡viva la constitucion, !» por las tropas de la guarnicion y por la milicia, á quienes acababa de sublevar el teniente coronel Lorenzo de Concilii. Este oficial, conocido posteriormente con el sol renombre de Quiroga «napolitano» tomó desde luego el mando de la insurreccion.

El comandante general de la provincia de Avellino era á la sazon el general Guillermo Pepe, que tenia mucho influjo entre las tropas y que acababa de preparar aquel movimiento desde Nápoles, adonde habia ido pretestando asuntos del servicio. Este fué precisamente el general á quien encargaron los ministros el cuidado de reprimir y castigar la revuelta. Entra inmediatamente el general en las oficinas del ministerio de la guerra y se apresura á despachar instrucciones para sus subordinados, mas no con objeto de reprimir el movimiento, sino para estenderlo y fortificarlo. Mientras Fernando entraba en el puerto de Nápoles, de regreso de un paseo de muchos dias á la entrada del golfo, recibe la noticia de los acontecimientos de Nola, y en consecuencia se propone huir por tercera vez á Sicilia; pero no pudiendo resistir á las instancias de sus ministros, resuelve desembarcar. Pocos instantes despues sale de Nápoles Guillermo Pepe con un regimiento de dragones, pero no con aire de misterio, sino en presencia de las autoridades. Agítanse los habitantes al observar este suceso; estalla un movimiento popular; y Fernando, amedrentado, publica en 6 de julio dos proclamas en donde declara «que cediendo á los deseos de su pueblo, publicará dentro de ocho dias una constitucion,» y luego «que por consejo de sus médicos, constituia á su hijo, el duque de Calabria, en vicario general del reino con todos los poderes del *alter ego.*» Inmediatamente el pueblo corre á situarse bajo las ventanas de palacio y aplaude, pero en vano se desgañita reclamando la presencia del rey, porque este príncipe, retirado en el fondo de sus habitaciones, estaba enfermo real y verdaderamente de miedo. Asómase al balcon en su lugar el duque de Calabria, llevando escarapela y cintas en el sombrero y en la casaca con los colores de la independencia italiana, es decir, azul, negro y encarnado; su mujer y sus hijos, adornados con los mismos emblemas, permanecen á su lado y en pié, y arrojan á la muchedumbre escarapelas y cintas con los tres colores. Poco satisfecho con la promesa de una constitucion, el pueblo pide á voz en grito que se proclame inmediatamente la constitucion española; el terror sube de punto entre los palaciegos; y amilanado Fernando á la idea de un perjurio y de la sangre vertida, ordena y solicita el pronto regreso del general á quien se creia organizador del movimiento. El dia anterior la corte hubiera condenado á muerte á Guillermo Pepe si este jefe hubiera estado en su poder, pero á la sazon invocaba su presencia como la de un salvador. El dia 9 este general entra en Nápoles á la frente de los insurrectos de Nola y de Avellino, presentándose al rey, que todavía hacia cama por enfermedad de miedo, y en el acto de acercarse al pálido y trémulo monarca para besarle la mano, este le dice: «Confio en tu honor.» Cuatro dias despues, 13, el rey en presencia de su hijo, de los otros individuos de su familia, de todos los grandes de la corte y de los ministros, juraba en nombre de Dios observar y defender la constitucion de España. Despues de haber prestado este juramento se acerca á Guillermo Pepe y le dice llorando: «Creeme, general; esta vez he jurado con todas veras (1).»

Mientras Fernando se apresuraba á aceptar este cambio, consumado en el espacio de pocas horas, sin sacudimiento ni resistencia, mientras se felicitaba de comprar el perdon de un pueblo fácil y olvidadizo á costa de nuevas promesas y de una mentida sumision, el gabinete de Viena se proponia no dejar a los constitucionales napolitanos el tiempo de consolidar su revolucion. Ningun temor podia ciertamente infundir á la poderosa monarquía austriaca el esquilmado reino de Nápoles, cualquiera que fuese su organizacion política; pero no habiendo barrera posible contra las ideas, creia el Austria que no podia tolerarse sin peligro el ejemplo de una revolucion triunfante, y que por consiguiente no debia permitir la existencia de un reducido estado, aunque situado á la estremidad de Italia, que sustrayéndose á su influjo ofrecia á las poblaciones de sus provincias lombardas y venecianas el espectáculo de una nacion gobernada por instituciones libres. Inmediatamente contrajo un emprestito, reunió tropas, fulminó las mas violentas proclamas contra los carbonarios, escluyéndolos de la ley comun á todos los estados italianos, prohibió la esportacion de toda clase de armas y municiones de guerra para el reino de las Dos Sicilias y organizó en pocas semanas un ejército de ochenta mil hombres. En vano procuraban los carbonarios y la nueva administracion napolitana aplacar al Austria y á sus aliados produciendose con mucha reserva y obrando con una moderacion que sofocaba los arranques patrióticos del pueblo; en vano los nuevos ministros de Fernando enviaron embajadores á las cinco cortes principales para defender en cada una la causa de la revolucion, declarando que los napolitanos lejos de abrigar idea alguna de propaganda, deseaban conservar sus antiguas relaciones de paz y de amistad con todos los estados estranjeros. Aquellos embajadores no fueron recibidos en ninguna parte, pues todas las cortes se negaron á admitirlos como agentes de un gobierno regular; mas aunque el príncipe Cintimille, enviado á Viena, no pudo obtener siquiera el reconocimiento de su título de embajador ni una sola audiencia de Francisco II, consiguió de Mr. de Metternich una conferencia particular y como persona privada.

«Nuestra revolucion, dijo el enviado napolitano, aunque provocada por los «carbonarios,» es obra de la nacion entera; y aun cuando se reprobase su principio ó su forma, ya no es posible anularla ni hacerla retroceder.»

—Niego que la revolucion napolitana sea obra de la nacion, contestó el primer ministro de Francisco II: únicamente lo es de una secta reprobada, y el resultado de una sorpresa y de la violencia. Por el solo hecho de sancionarla, podria decirse que las cortes contribuyen á depositar el gérmen de la misma en donde todavía no existe: así que, su primer deber y su principal interés consisten en sofocar este germen en su origen.»

Quiso insistir el enviado napolitano, pero Mr. de Metternich le interrumpió diciendo: «Debo repetiros que el que reconoce á la revolucion de Nápoles no solamente socava los cimientos de todos los tronos, sino que tambien entrega los mismos napolitanos á todos los horrores de la anarquía. Resueltas firmemente á hacer triunfar en todos los estados el órden y la estabilidad, que son los principios conservadores del reposo de las naciones, las potencias sabrán conservar en Nápoles, como en el resto de Italia, las instituciones antiguas, contra los ataques de los novadores y de los sectarios.»

(1) La corte de Nápoles habia tomado de la de Madrid la regla de etiqueta palaciega que permite al soberano tutear á todos sus súbditos de ambos sexos.

—Sin embargo, añadió el príncipe napolitano, naciones hay que con estar sometidas á un gobierno representativo disfrutan de órden y prosperidad, y por consiguiente ¿por qué es incompatible para nosotros el beneficio de la estabilidad con instituciones mas liberales?

—No hay transaccion posible con la posicion que habeis tomado, respondió Mr. de Metternich: solo hay un remedio en mi concepto, y es que todos los hombres de bien de vuestro pais ocurran al rey para suplicarle que vuelva á tomar las riendas del gobierno, que anule todos los actos posteriores al 5 de julio, que castigue á todos los que han concurrido á la ruina del estado, que perdone á los súbditos estraviados, y que en lo sucesivo consulte con su sola voluntad las medidas que crea conducentes al bienestar de su pueblo. Si no procedeis en estos términos, concluyó diciendo, no dejará de derramarse sangre, y esta sangre recaerá no sobre nosotros, que solo deseamos la seguridad de los pueblos y de los gobiernos, sino sobre los que envilecen á su patria sumiéndola en un abismo de peligrosísimas novedades.»

La política de las grandes potencias aliadas sufria en su objeto una tercera trasformacion. Estas potencias decian en 1814 y en 1815 que el objeto de su levantamiento era salvar la independencia de los pueblos y de los estados, abatiendo en la persona de Napoleon el espíritu de invasion y de conquista; en 1818 renovaron su alianza, en los tratados escritos de Aquisgran, no para combatir el progreso ni las mejoras políticas sino el espíritu revolucionario, y en 1820 Mr. de Metternich, el hombre mas influyente de la Union, adversario absoluto de toda reforma, adelantaba sus ideas hasta el punto de proclamar como la nueva ley de la Europa monárquica el principio mas contrario á la naturaleza humana y á la existencia de las sociedades, ó sea, la inmovilidad.

Protestando los ministros contra los proyectos del Austria, habrian temido constituirse, á los ojos de los realistas, partidarios y sostenedores de una revolucion. Y sin embargo, Luis XVIII, como jefe de la casa de Borbon, difícilmente podia reconocer en la corte de Viena el derecho de intervenir como interesado en los negocios interiores de un príncipe de su raza; admitir este derecho era hasta cierto punto renunciar á la influencia natural que pertenecia solamente al rey de Francia, sobre las dinastías menores de Nápoles y de España, por los lazos de parentesco y por las estipulaciones del pacto de Familia. Las instrucciones dirigidas á nuestros embajadores de San Petersburgo, de Viena y de Berlin le recomendaban por consiguiente no dar á entender á estas cortes mas que palabras de conciliacion, y de conducirlas, en todo lo que fuese posible, á contentarse con concesiones, y de no exigir de los napolitanos mas que modificaciones á su nueva ley constitucional.

El lenguaje reservado, casi tímido, de nuestros agentes y la vaga protesta del ministro ingles no eran bastantes para detener al Austria, si obtenia esta potencia el asentimiento de la Prusia y de la Rusia. El gabinete de Berlin no se pertenecia á sí mismo, porque el rey Federico Guillermo no tenia otra voluntad que la de Alejandro, razon por la cual Mr. de Metternich tendió todos sus esfuerzos hácia la accesion de este último. En aquel mismo momento se disponia el cezar á visitar á Polonia, Mr. de Metternich invocó la necesidad de tomar algunas medidas de precaucion contra los disturbios políticos con que podian amenazar a Europa las dos revoluciones de España y de Nápoles, y le hizo proponer el reunirse con el emperador su señor y el rey de Prusia en Troppau, capital del círculo de este nombre, en la Silesia austriaca, á poca distancia de las fronteras polacas. Consintió Alejandro en la entrevista. Los principales ministros de las tres grandes cortes del Norte precedieron en ella algunos dias á sus soberanos, y tuvieron una primera conferencia en 27 de setiembre de 1820; el rey de Prusia y los dos emperadores se encontraron reunidos allí á su vez, en 3 de octubre.

Alejandro llegaba triste y preocupado, pues la exaltacion religiosa que empezaba á apoderarse de su espíritu en 1815, y del que presentó un manifiesto síntoma el acto de la Santa Alianza, fué aumentando con los años. Convertido en supersticioso, habia salido de su capital atacado de muchos accidentes que le parecian advertencias del cielo: habia caido un rayo en un piso, el incendio habia consumido uno de sus palacios, y ningun socorro habia podido salvar del furor de las llamas una capilla en la que se arrodillaba su padre, y donde el mismo, acosado por el recuerdo de la catástrofe de 1801, iba á menudo á hacer sus oraciones. Esta situacion moral le hacia fácilmente accesible á los consejos de moderacion y de dulzura que le daban, despues de su salida de san Petersburgo, dos hombres que le acompañaban á Troppau, que eran el conde de Capo d'Istria, uno de sus ministros, griego de origen, é iniciado recientemente en los esfuerzos que iban á tentarse para hacer independiente á su patria, y el conde de Laferronnays, embajador de Francia en Rusia. En las conferencias preliminares habia hallado ya Mr. de Metternich en Mr. de Nesselrode una gran resistencia á sus proyectos de intervencion armada, y no halló á Alejandro mejor dispuesto que á su ministro; y acaso hubiera en vano intentado arrastrar á este soberano á su sistema de represion y de violencia, si no hubiese venido en su ayuda un incidente, sin importancia real.

El sábado 28 de setiembre, un dia despues de haber principiado las conferencias, uno de los cuerpos que formaban la guarnicion de San Petersburgo, el regimiento de la guardia imperial Seménowski, creado por Pedro el Grande, y muy apreciado de Alejandro, fué advertido que al dia siguiente 29 su coronel le haria ejecutar grandes maniobras. En el ejército ruso se respeta religiosamente el descanso del domingo, así es que á la noticia de las maniobras que debian ocupar al dia siguiente una parte de la piadosa jornada, se reunen los soldados, protestan y encargan á una diputacion de la primera compañía que en la misma tarde participe al coronel la espresion del disgusto comun. Este jefe no tenia simpatías, porque desplegando un rigor escesivo en su mando, castigaba con las penas mas severas el menor descuido en el mas trivial pormenor de una operacion, y pocas semanas antes no habia temido hacer apalear por una falta de esta naturaleza á un sargento condecorado con la cruz de San Jorge, á pesar de que las ordenanzas eximiesen de todo castigo corporal á los militares miembros de dicha órden. La diputacion no le encontró en su casa, algunos soldados reunidos delante de ella tiraban piedras á sus ventanas, y al dia siguiente cuando llega la órden para las maniobras, el regimiento entero declara que no obedecerá. El general Miloradowisch, gobernador de San Petersburgo, antes de recurrir á la fuerza para reducir al regimiento á la sumision, se presenta personalmente á los soldados y les exhorta á volver al deber, pero estos contestan que sufrirán todos los castigos antes que obedecer á su coronel. El coronel les ordena pasar á la fortaleza, en el mismo instante dejan todas las armas, se ponen en marcha silenciosamente y se constituyen prisioneros.

Esta insubordinacion, empezada el sábado y terminada el domingo, no habia durado dos dias. Los ministros de Alejandro creyeron deber, atender á la represion antes de trasmitir los pormenores al emperador; Mr. de Lebseltarn, embajador de Austria, mas callado y mas diligente, se habia apresurado desde la tarde del 23 á despachar un correo á Mr. Metternich, que despues de haber leido su parte, corre á ver al czar y le comunica la noticia, y Alejandro sorprendido permanece silencioso y pensativo. Mr de Metternich insiste al momento con fuerza en los peligros con que amenazan á todos los tronos las dos revoluciones militares que acaban de triunfar en el mediodía de Europa; y se alarma y espanta de los progresos de este espíritu de revolucion que parece apoderarse hasta de la Rusia. Por último Alejandro rompió el silencio: «El regimiento de Smienowski ¡esclama! camina á grandes pasos: esto es espantoso. Un regimiento que he colmado de favores! Pero ¿cómo el senado ó mis ministros no me lo han avisado?—Probablemente, señor, es porque la revolucion no está reprimida todavía, contesta el primer ministro de Francisco.—Señor de Metternich, dijo de repente el emperador, deteniendose, veo que teneis razon. es una enfermedad del espíritu humano y es preciso ponerle remedio»

Redactóse inmediatamente un protocolo y luego una declaracion que consagraba entre las tres cortes de Austria, de Prusia y de Rusia, «la promesa de una perfecta union con objeto de poner un freno, ya fuera por mediacion, ya por la fuerza, á las nuevas calamidades que amenazaban á Europa; la declaracion contenia estos párrafos: «Los mismos principios que reunieron á las grandes potencias en 1815 para libertar al mundo del despotismo militar de un individuo salido de la revolucion, deben obrar contra la fuerza revolucionaria que se desarrolla hoy dia Los soberanos reunidos en Troppau para este objeto, han concertado las medidas que exigen las circunstancias y han comunicado á las cortes de Londres y de Paris, su intencion de llevar á cabo el objeto deseado. Al efecto han invitado al rey de las Dos Sicilias á presentarse en Laybach para aparecer allí como conciliador entre su pueblo mal dirigido y los estados cuya tranquilidad puede ser comprometida; porque resueltos á no reconocer á ninguna autoridad establecida por los facciosos, solamente pueden conferenciar con el rey.»

Fernando I tenia setenta años, y era suegro del emperador de Austria, por lo que este último por deferencia y Alejandro y el rey de Prusia para ahorrar á este anciano las fatigas de un viaje al través de Europa durante la estacion rigurosa, ponian cerca de Italia el sitio de sus conferencias. En 20 de noviembre, Alejandro habia espedido ya á muchas divisiones de su ejército la órden de acercarse á las fron-

teras de Prusia y del Austria (1). Cada uno de los tres soberanos dirigió al rey de Nápoles una carta concebida en los mismos términos, y en la que le invitaban «á presentarse en Laybach para concertar con ellos los medios de conciliar el interes y el bienestar de su pueblo con los deberes que ellos debian cumplir con sus estados y con el mundo.» Este paso terminó las reuniones de Troppau, simples conferencias preliminares del congreso que se abrió seis semanas despues en Laybach, en el mismo momento que empezaban Paris los debates de la legislatura de 1820-1821 (2).

Hemos visto anteriormente los cambios que debia introducir en la composicion política de la cámara de los diputados, luego que rigiera, la nueva ley de eleccion. Antes de esta ley hubieran bastado algunos votos para dar la mayoría á los diputados de la izquierda, pero despues de las nuevas elecciones, sus candidatos, en las votaciones para el nombramiento del presidente obtuvieron ochenta, setenta y uno, sesenta y cuatro y cuarenta y siete votos, al paso que Mr. Raves, Bellard, Benosil, Bonald y de Bonville, candidatos de los ministeriales y de los ultrarealistas reunidos, recogieron doscientos treinta y seis, doscientos veinte y uno, doscientos doce y ciento noventa y nueve. Parecia por consiguiente que Mr. de Richelieu y sus colegas podian contar con una inmensa mayoría, pero su posicion distaba mucho de estar asegurada, porque se encontraban á disposicion del partido ultrarealista, que no veia en ellos mas que ministros transitorios, ajentes interinos cuyo ausilio podia ser útil todavía durante la legislatura. «A estos ministros debemos la ley de eleccion, decian muchos diputados dóciles á la influencia de MM. Villèle, Corbiere y Laine, los tres ministros sin cartera, ellos nos han sostenido sinceramente en todos los colegios. No puedo derribárseles al dia siguiente de semejantes servicios, y mayormente cuando no tenemos ninguna queja formal que dirigirles.» Efectivamente los ministros con la esperanza de hallar gracia ante estos temibles aliados, se hacian el instrumento diligente y dócil de sus pasiones: el ministro de la gobernacion imponia la mayor severidad á los censores de periódicos, y destituia sin compasion á todo funcionario designado como plagado de liberalismo; el ministro de justicia ordenaba á sus agentes las persecuciones mas activas contra los libros, los folletos y hasta las canciones que contuvieran doctrinas ó palabras irreverentes al trono ó á la religion: en todas partes se animaban las misiones; la instruccion publica, confiada á Mr. Corbiere, recibia en sus diferentes ramos la direccion mas monárquica y mas devota, y finalmente el ministro de la guerra Latour-Maubourg, que por una medida digna de alabanza en sí misma, acababa de restituir á las legiones departamentales el nombre de regimientos, y de restablecer de este modo la cadena de nuestro pasado militar, se aprovechaba de este cambio para recomponer todos los cuerpos de oficiales, para despedir á aquello de cuya opinion política se sospechaba y reemplazarlos por oficiales separados del servicio durante la administracion de Gouvion Saint-Cyr (3). Sin embargo si estos actos daban momentáneamente una satisfaccion suficiente á la mayoría de los hombres políticos del partido ultrarealista en la cámara, cierto número de diputados de esta opinion, mas impacientes ó mas irritados, exigian nada menos que la caida del ministerio. Para estos descontentos la entrada en el consejo de Mr. de Villele, Corbiere y Laine, por lo mismo que tendia á prolongar la duracion de todo el gabinete, era una especie de traicion á la causa realista: «Mr. de Richelieu, Mr. Pasquier y sus colegas, fueron los infatigables cómplices de la política seguida despues del decreto del 5 de setiembre, decian todos, hace cuatro años le han defendido, por lo que, culpables como Mr. Decazes, deben caer con él.» La irritacion de esta fraccion del lado derecho se manifestó desde la primera discusion que siguió á la formacion de la mesa de la asamblea; teniendo por órgano un hombre tristemente célebre, hecho elegible por las larguezas de la duquesa de Angulema, el general vizconde Donnadieu, que acababa de ser elegido por el departamento de las Bocas del Ródano. En 8 de enero de 1821 cuando se trataba de la demanda de un crédito de seis dozavos provisionales, pide la palabra, y dirigiendose al lado derecho y á los nuevos ministros sin cartera esclama: «¡Qué estraña revolucion acaba de verificarse! Los hombres de cuyos sentimientos y principios he tenido á mucho honor participar hasta hoy, y con los cuales creia marchar aquí con el mas perfecto acuerdo, acaban de tomar una senda completamente opuesta á la que ellos mismos nos han trazado durante cuatro años. Poco acostumbrados á estas súbitas transacciones, á estas alianzas improvisadas, á estas fusiones del bien y del mal, todas mis ideas estan confundidas por esta nueva union. Miro á mi alrededor y me pregunto que fenómeno ha podido producir este cambio inesperado.

«Habeis dicho y habeis repetido que los hombres que son todavía ministros habian desconocido y hecho traicion á todos los intereses del país, á todos los principios del honrado y del justo. Vuestros discursos han levantado acusaciones contra ellos, y hoy dia tendeis la mano á estos mismos hombres, les prestais asistencia y apoyo, les entregais de nuevo los intereses de nuestra malhadada patria. Pregunto yo ¿cual es el fundamento de semejante union? ¿Con cuál fe, con cuál garantía habeis hecho el contrato?

»Dirigidos, hace seis años, por una administracion sin planes, sin reglas y sin principios determinados, continuaremos siendolo del mismo modo. Por todas partes además continúan ocupando el lugar de la justicia, el capricho y el arbitrio. Acaba de hacerse un desmembramiento general del ejercito, y mil ó mil doscientos oficiales van á verse privados, con pretesto de espurgo, de su carrera, cuando la mayor parte no poseen otra fortuna que su espada. Suponiendo que esta medida solo alcanza á los hombres de sentimientos dudosos, lo que no es así, ¡que invectivas no podrán dirigir estos infelices á los ministros que con sus variaciones de sistemas y sus doctrinas corruptoras les han estraviado y puesto en este falso sendero! Y, sin embargo, mientras estos militares carecerán acaso de los medios de subsistencia, estos ministros disfrutaran en sus palacios los deleites de la fortuna. Persuadíos, señores, de que si un solo oficial ha podido desconocer sus deberes y hacer traicion al príncipe del estado, á los ministros debe achacarse todo el crimen y toda la traicion.»

La vehemencia de este ataque y las consideraciones que le habian precedido, hicieron que apareciese inmediatamente en la tribuna Mr. de Villele: «Al arrebato de las pasiones que acabais de oir, dijo, opondre los acentos de la fria razon. El preopinante no pertenecia a las asambleas precedentes, y si hubiese estado en nuestras filas, habria sabido que la oposicion realista nunca ha hecho la guerra á las personas, sino á las cosas. Hemos tenido que combatir cosas peligrosas demostradas por tales por la esperiencia; pero luego que se ha abandonado un mal sistema, ¿qué ha debido hacer la oposicion realista? Ha hecho lo que veis, se ha unido con afan y satisfaccion al gobierno.»

Estas esplicaciones, que justificaban satisfactoriamente todas las ambiciones impacientes de transigir con la fortuna, fueron acogidas tanto mas fácilmente por la mayoría del lado derecho, en cuanto repudiando Mr. de Villèle sus relaciones con el pasado ministerial de sus colegas los ministros con cartera, les heria mas profundamente de lo que podian hacerlo las acusaciones apasionadas del general Donnadieu. Este último acababa de obligar á uno de los jefes de la derecha, nuevo ministro, á justificarse de su alianza con MM. de Richelieu, de Serres y Pasquier; y un nuevo diputado de la izquierda, Mr. Etienne, quiso obligar á los antiguos colegas de Mr. Decazes á esplicar á su vez la union que establecieron con sus adversarios. «La administracion actual, dijo, comprende á doce personas, la mitad de las cuales á poca diferencia están exentas de toda responsabilidad. Independientemente de un presidente del consejo sin atribuciones especiales (Mr. de Richelieu) tenemos tres nuevos ministros sin departamento ministerial. Otra anomalía existe además en este gabinete, en que algunos miembros se encuentran responsables y otros no: del modo que estaba compuesto hace quince dias, era una emanacion de la minoría de la cámara de 1815, que provocó, firmó y aprobó el decreto del 5 de setiembre, y ha proclamado mil veces que este acto habia salvado á la Francia. Los ministros nuevos son por el contrario una emanacion de la mayoría de 1815, que enemigo infatigable é inflexible del mismo decreto, ha repetido otras tantas que habia puesto á la Francia en peligro. ¿Cuál es pues el secreto de esta transaccion?

—Se toma por una singularidad mordaz, contestó al momento Mr. Pasquier, la presencia en el ministerio de miembros que pertenecieron á la mayoría y minoría de 1815, pero esta crítica carece de fundamento, porque los ministros actuales son igualmente fieles súbditos

(1) Los mismos partes ordenaban la disolucion del regimiento de Yemenouski y la distribucion de todos los oficiales y soldados que le componian, en regimientos de linea; solamente debian ser juzgados los mas revoltosos y sus gefes. A su vez el coronel debia ser pasado por un consejo de guerra como culpable de no haber sabido mantener á su cuerpo en la obediencia.

(2) La octava y última conferencia tuvo lugar en 24 de noviembre. La reunion habia durado dos meses menos tres dias.

(3) Un decreto del 23 de setiembre de 1820 ordenó la nueva organizacion del ejército. Esta medida llevó consigo la supresion de catorce estados mayores, de sus legiones y de unos mil y quinientos á mil y ochocientos oficiales que fueron puestos de reemplazo. Un segundo decreto posterior de cuatro dias al primero (27 de setiembre) restituyó tambien á nuestra infantería el uniforme *azul* en lugar del vestido *blanco*, uniforme de la antigua monarquía que le habia impuesto el duque de Feltre en 1815.

del rey. Existian solamente entre ellos lijeras discordancias, simples diferencias de opinion, (interrupciones en la izquierda y gritos de ¡oh! oh!), pero se han desvanecido: en el fondo de las cosas es necesario estar de acuerdo, y el fondo de las cosas es la conservacion del trono, el amor al rey y la conservacion de la dinastía legítima (aplausos en el centro y en la derecha). Los hombres de opiniones mas diversas en otro tiempo, han reconocido finalmente que habian juzgado mal mutuamente sus intenciones, y reconocido sus defectos recíprocos, y que queriendo en el fondo las mismas cosas debian olvidar sus pasadas discordancias, y en prueba de reconciliacion, combatir juntos en adelante. El primer orador (Mr. Donnadieu) ha tratado á los ministros con una franqueza austera, diciéndoles en alta voz ¡retiraos! Pues bien, señores, los ministros no se retirarán, porque saben cuales son sus deberes.»

Voz en la izquierda: «Y lo que valen sus empleos.»

El dia siguiente, 9, muchos diputados de la izquierda insistieron de nuevo en la contradiccion que existia entre la nueva actitud de los miembros de la derecha y su lenguaje en las legislaturas anteriores. Mr. de Girardin, entre otros, recordando los gritos de alarma levantados por Mr. de Labourdonnaie y sus amigos sobre la anarquía á que debian precipitar á la Francia los ministros que entonces sostenian, habló en estos términos:

«El privilegio de doble voto introducido en la última ley electoral destruye de hecho el artículo 1.° de la carta; la facultad de arrestar y detener por simple medida gubernativa á los individuos sospechosos, deja sin efecto el artículo 4.°, y el establecimiento de la censura borra el artículo 8.°. No sé si es aquella la anarquía prevista por nuestros honorables colegas de este lado (señala el lado derecho); pero lo que no ignoro es que nunca ha sido mas odiosa la tiranía ministerial, es que allí hay verdaderamente anarquía donde la libertad individual se encuentra sin garantías, donde no existe la libertad de escribir, donde los ciudadanos están privados de sus jueces naturales, donde las cárceles están llenas (violentos murmullos en la derecha), donde la incomunicacion ha reemplazado al tormento (viva y larga interrupion en la derecha y en el centro; confusos gritos de ¡sí! sí! ¡nó! nó!).

Hay anarquía, añade Mr. Girardin, allí donde los magistrados no son mas que miembros de una comision política; donde el espíritu de partido sustituye en todas partes al espíritu de justicia; donde la policía, provocando los desórdenes en lugar de prevenirlos, paga á numerosos agentes para organizar conspiraciones ó suponerlas (voces en la izquierda: ¡esto es verdad! otras voces en la derecha: ¡esto es falso!); donde se alienta la delacion y se produce descaradamente ante los tribunales; donde los periódicos privilegiados difaman á su antojo á los ciudadanos desgraciados; donde hojas censuradas ultrajan á los antiguos y fieles aliados de Francia, prodigando cada mañana las injurias mas groseras al pueblo de Nápoles y á la heroica España (violenta interrupcion en la derecha y en el centro).

Mr. de Marcillus: «¡Solo hay heroismo en la fidelidad!»

Mr. Dudon: «¡Haceis la apología de la revuelta!»

Mr. de Girardin: «¡Las naciones que entran de nuevo en sus derechos no se rebelan (numerosas voces en el centro y en la derecha: ¡al órden!)»

Siguió á este debate un largo y confuso tumulto, cerróse luego la discusion y se procedió á la votacion; solamente habian apoyado á Mr. Donnadieu dos miembros realistas, MM. de Labourdonnaie y Delalot, y la generalidad de los miembros del lado derecho, decididos á dejar vivir al gabinete, abandonaron á este oficial general, y reuniéndose á los restos del antiguo centro ministerial, votaron á favor del proyecto de ley, que fué adoptado por doscientos sesenta y ocho votos contra sesenta y siete.

En el seno de la cámara la lucha acababa de cambiar de carácter: ya no se trataba, como en otro tiempo, de una querella de influjo entre una oposicion liberal y una oposicion realista, que se esforzaban en derribar, cada uno para su provecho, un gabinete apoyado en un centro ministerial mas ó menos numeroso, porque este centro ó partido intermedio habia desaparecido, por decirlo así, y en la asamblea no habia en realidad mas que dos campos, los adversarios de la revolucion y sus partidarios; de allí se originó entre los diputados de los dos partidos una guerra ardiente y obstinada que sembrando en todo el pais la agitacion ó la cólera, y exaltando sobre todo á las clases medias y á la juventud, activaba en los puntos mas opuestos del territorio el vasto trabajo de conjuraciones de que hablaremos en breve. Las ideas emitidas cada dia en la tribuna por los diputados realistas, que se habian unido á la mayoría ministerial, recordaban las doctrinas de la cámara de 1815; la mayor parte de los miembros nuevamente elegidos habian pertenecido á la verdad á dicha cámara, y llevaban á sus bancos la misma irritacion contra los hechos emanados del movimiento de 1789, las mismas amenazas contra los intereses que habia creado la revolucion, en una palabra, eran las mismas pasiones en los mismos hombres. Mr. de Lameth, por ejemplo, al apoyar una peticion en la que se pedia á la cámara (sesion del 2 de febrero) el no dejar al arbitrio de los prefectos la formacion de las listas del jurado, procuraba recordar el origen de esta institucion en Francia, y de hacer en esta ocasion el elogio de la primera asamblea constituyente (1).» Mr. Pardessus se precipitaba á la tribuna esclamando:

«No concibo que se atreva nadie á hacer aquí un elogio de la asamblea constituyente, que nadie podrá admitir, ni dentro ni fuera de este recinto (viva aprobacion en la derecha; violentas reclamaciones en la izquierda).»

Mr. Dupont (de l'Eure): «¡Hablad por vos!»

Mr. Pardessus: «¡Podemos olvidar que proclamando dicha asamblea la soberanía del pueblo y decretando el veto suspensivo, ha destruido todo principio de monarquía, y que aquellos son dos crímenes de que no podrá justificarse nunca.»

Manuel: «No defenderé á la asamblea constituyente, porque bastante se defiende ella misma por sus actos...»

Mr. de Marcellus, interrumpiendo: «¡Decid mas bien que se acusa!»

Manuel: «La posteridad ha empezado por ella, y si quiere negársele aquí el tributo de reconocimiento y de admiracion que merecen sus virtudes y sus inmensos servicios, la Francia se lo concede, y la Europa, diré mas, el mundo, han confirmado este homenaje (vivos murmullos en la derecha).»

«Sé que ha llegado el momento en que todos los esfuerzos de los amigos de la libertad para su defensa deben ser calumniados y presentados como crímenes, y no es hoy dia que hemos visto formarse este plan. Pero todos estos esfuerzos serán vanos; vendrá un dia en que en Francia ningun francés, á ejemplo de lo que vemos en Inglaterra, hablará en esta tribuna de la revolucion sin llamarla feliz y gloriosa (ruidosas reclamaciones en la derecha); sí señores, una feliz revolucion, y vuestros murmullos no nos privarán de manifestar nuestro reconocimiento á los primeros que se inmolaron...»

A esta palabra se levanta el lado derecho en tumulto y doscientas voces gritan con fuerza: «¡Su rey! su rey!»

Manuel: «Dejadme acabar...»

Una multitud de voces en la derecha: «No, no! Esto es intolerable; esto es odioso: Al órden!»

Mr. de Chauvelin: «¡Motivad vuestro llamamiento al órden!»

El presidente: «Estas interrupciones privan toda discusion, y la cámara debe respetar su propia dignidad.»

Manuel, despues de haber aguardado el silencio y continuando su frase: «Nada, lo repito, nos impedirá dar públicamente nuestro tributo de reconocimiento á los primeros que inmolaron en Francia su fortuna y espusieron su vida para libertar al pais del poder absoluto y darle la libertad (aplausos en la izquierda).»

Tres dias mas tarde, 5 de febrero, Mr Forbin-des-Issarts daba cuenta en nombre de la comision de peticiones, de una reclamacion en la que un oficial superior de reemplazo, el coronel Simon-Sorrière, antiguo jefe de estado mayor del 4.° cuerpo del ejército imperial de 1815, se quejaba de haber sido sucesivamente puesto en la reforma, privado de su sueldo, y luego borrado de los registros del ejército; la comision proponia la órden del dia. El general Donnadieu, puesto en el registro de inactividad por Gouvion Saint-Cyr, y borrado de dicho registro en 22 de enero precedente, á causa de los insultos que habia dirigido á Mr. de Richelieu, se hallaba, hacia catorce meses, en una posicion idéntica, por lo que pidió la palabra.

«Las leyes, dijo, están establecidas para afianzar á cada uno la fortuna que legítimamente ha adquirido; y ¿hay acaso una fortuna, una propiedad mas legítima que la de un militar que por veinte, treinta años de servicios hechos al pais, ha obtenido un grado que le ha de-

(1) Al tratar del proceso del conde Lavalette, hemos dicho ya el modo como formaban los prefectos la lista del jurado. Es tal la lentitud del progreso entre las naciones, que en febrero de 1848, diez y ocho años despues de una revolucion llevada á cabo con objeto de mejorar nuestras instituciones políticas, la formacion del jurado presentaba todavía á poca diferencia la misma arbitrariedad y suscitaba las mismas quejas que en 1820. Una ley votada por la Asamblea constituyente de 1848, ha satisfecho por último las reclamaciones de la opinion, mas para llegar á este resultado han sido necesarios treinta años de protestas incesantes y dos revoluciones.

vuelto la ley para precio de toda su juventud, de una larga servidumbre y de la sangre que ha derramado? ¡Buscad en todas las clases de la sociedad un bien pagado a tan alto precio! Pues bien, ¿cómo podriais admitir que se pudiese perder este bien, que pudiese arrebatarse sin razon, sin motivos, por un simple capricho de ministro? El estado de oficial frances comprende dos cosas, el grado y el empleo, y cada una de estas posiciones tiene un sueldo diferente. El grado no puede perderse sino mediante un juicio; el empleo, por el contrario, está á la entera disposicion del rey, jefe supremo de los ejercitos de tierra y mar, y el principe puede darlo ó rehusarlo segun su buen deseo. Pero el grado adquirido, consagrado por un privilegio, es una verdadera propiedad tan respetable, tan inviolable como el patrimonio mejor reconocido. ¡Qué! obligais á un ciudadano á ser soldado, le privais de la profesion que habia escogido, y cuando en la carrera en que le habeis forzado a entrar, su conducta y sus servicios le habran dado una posicion que asegura apenas su existencia, ¿bastará un antojo de ministro ó de secretario para quitarsela, para dejarle en una edad avanzada, sin asilo y sin medios de subsistencia, para reducirle al estado de mendigo obligado á tender la mano?»

La ley que obliga á todos los franceses al servicio militar y se apodera de esta suerte de su existencia, añadio Mr. Etienne, forma entre ellos y el pais un verdadero contrato. No podeis rehusar el pan al oficial que, inmolando á la ley sus estudios, su estado, sus afectos y hasta sus lazos de familia, os ha dado sus mejores años y su sangre. Aun seria tolerable si le dejase tranquilo en su infortunio. Pero no: es pobre, se le supone descontento, si se le ha hecho infeliz, es necesario hacerle culpable, y le aguardan las denuncias y las provocaciones.

Apoyados sucesivamente por el general Foy, por MM. Mechin, de Chauvelin, Benjamin Constant, Bastaseche y Augusto de Saint-Aignan, que veian en el coronel Simon-Sorrière y en un gran número de oficiales puestos como él en la reforma sin sueldo, otras tantas victimas de su opinion liberal, fueron combatidas dichas consideraciones por MM. Cayrol y Humbert de Sesmaisons, que apoyaron la órden del dia por respeto á la prerogativa real. Mr. de Sesmaisons no se encerró en la cuestion especial, pues terminó su discurso con una violente salida contra los hijos de la feliz revolucion, como se habia atrevido á calificarla un orador (Manuel), contra los revolucionarios que herederos de los regicidas, pero faltos del valor de sus predecesores, se ocultaban en la sombra y unian la torpeza á la infamia.

Estaban presentes en la sesion cinco ministros del gabinete y todos permanecian silenciosos, hasta que finalmente uno de ellos, no el ministro de la guerra, sino Mr. Pasquier, intervino con su palabra inagotable y su facundia sin conviccion. Indiferentemente guardasellos ó ministro de relaciones esteriores, segun las conveniencias de sus colegas, discurriendo con igual facilidad sobre la justicia, la guerra, la marina, las rentas, la administracion interior y la política estranjera; abogando sucesivamente á favor de la violencia y de la moderacion, aplaudiendo segun el tiempo al regimen de 1815 y al decreto del 5 de setiembre, al establecimiento de los tribunales prebostales y á la institucion del jurado, la libertad de la prensa y á la censura, á la ley electoral del 5 de febrero de 1817 y a la del doble voto, á las destituciones liberales del mariscal Gouvion Saint-Cyr y á los espurgos realistas de Mr. de Latour-Maubourg; teniendo siempre dispuesta una teoría para cada situacion, una defensa para cada causa, una apologia para toda iniquidad, ocultaba Mr. Pasquier con la abundancia de palabras la falta de ideas. Cuanto mas pobre era su pensamiento, mas verbosa y sonora era su frase, é incapaz de alcanzar la conviccion, buscaba el efecto. Pocas veces se pudo ver un hombre politico mas mediocre, un hablador de tribuna mas vulgar, y sin embargo un ministro mas aplaudido. «Sí, señores, esclamó, el frances que ha consagrado su vida al servicio de su patria, en los campos de batalla, tiene derecho mas que ningun otro á conservar intacto su honor, que es el mas caro, el mas sagrado de los bienes, y se concibe el que no se le pueda arrebatar sino por medio de las formas legales. El grado es el fruto de todos los trabajos de un militar y de la adhesion que ha mostrado; el grado es sin contradiccion la propiedad del honor, por lo que no quiera Dios que yo suponga que pueda quitarse por ninguna otra decision que no sea un juicio.» ¿Quién no habia de creer despues de esta terminante declaracion, que Mr. Pasquier rehusaria la órden del dia propuesta por la comision? ¡Pues bien! su conclusion fué la siguiente: «Pero si el grado es la propiedad del oficial, pertenece al rey, en interés de la libertad que debe guardar de toda agresion, el empleo y el derecho de quitarlo; la pérdida del empleo lleva consigo la del sueldo, por lo que debeis pronunciar la órden del dia.»

Adoptar esta proposicion, era decidir que el sueldo de reforma y el de inactividad no podian en ningun caso, ni para ningun militar constituir, un derecho; era poner á discrecion del gobierno la existencia de todos los militares tanto en activo servicio como de reemplazo; era amenazar constantemente á todos los que tenian un grado en el ejército, desde el de subteniente al de teniente general, y hasta la hora de su retiro, con una pérdida de empleo que sin pensarlo podia dejarles sin asilo y sin sustento, cualesquiera que fuesen por otra parte su edad, sus heridas y sus servicios. La cámara sancionó por una inmensa mayoría la órden del dia de Mr. Pasquier. Y cuando los Borbones se habian servido de tales ministros y de tales medios, se espantaban sus amigos de la irritacion que cundia sordamente en el ejercito y en las otras clases de ciudadanos, y no temian acusarles del espíritu de religion y de revuelta.

Pocos momentos despues de esta votacion, aparecia de nuevo en la tribuna Benjamin Constant y denunciaba á la asamblea un discurso que Mr. Próspero de Ribard no habia podido pronunciar, pero que habia hecho imprimir, y luego distribuir á todos los miembros de la cámara. En este discurso, compuesto con motivo de un petardo que habia reventado en las Tullerias, cerca de las habitaciones del rey, se leia: «No acusaré á tal ó cual persona de ser cómplice de esta atentado, pero diré que las declamaciones que salen cada dia de esta tribuna, halagando mas ó menos abiertamente la revuelta, llevan consigo el gérmen de todos los atentados posibles. Así, despues de la ruda y colérica voz que nos anunciaba el otro dia «que la nacion francesa retrocede con vergonzosos y precipitados pasos bajo el yugo del arbitrio» (en este momento Mr. Courcelles á quien aludia la frase, abandona su banco y se va á colocar al pié de la tribuna), hasta la que nos dejaba entrever dulcemente que una minoria, cuyas discusiones no se le permitia eternizar, podria hallar fuera de la cámara muy enérgicos ausiliares (Mr. de Girardin, designado por esta alusion, abandona á su vez su puesto y va á colocarse al lado de Mr. de Courcelles) todos se dirigen al mismo resultado, y no hay una frase de sus discursos de la que no parezca desprenderse el deseo y casi el consejo de la revuelta.

»¿Se presentan acaso en nombre de la libertad! Si se les escucha, ellos son sus generosos é intrépidos defensores. No es sin embargo la anarquía el elemento que conviene, pues no es para ellos mas que un paso para llegar al despotismo; es una borrasca durante la cual se harán tan pequeños, tan lijeros, y tan dóciles á todo viento, que esperarán bordear sin naufragio y surgir en el puerto, es decir, hallar de nuevo á los piés de un déspota, unos su amenazadora espada otros un mayorazgo, no importa que fuera prusiano, ruso ó húngaro (el general Foy desde su banco: De mí es de quien se trata), otros un puesto en el consejo de estado, y algunos acaso su actividad en la policía, dispuestos todos á esplotarnos de nuevo lo mas liberalmente y con la mayor gracia del mundo. Es necesario, señores, que la Francia entera reconozca por lo que son estos supuestos amantes de la libertad, que la abogan con sus abrazos, ó que al menos solo la quisieran para ellos ó para sus amigos.»

La lectura de este escrito injurioso dió ocasion á un largo y tumultuoso debate, que se terminó con un llamamiento al órden contra Benjamin Constant por haber calificado dicha publicacion de libelo.

Al dia siguiente 7, otro epiteto levantó en la cámara una verdadera tempestad. Tratábase todavía de una peticion. Muchos oficiales franceses destinados al servicio de José en Nápoles y en España reclamaban un atraso de sueldo que debia satisfacer el gobierno imperial. La comision proponia la órden del dia. «Se trata del sueldo que han ganado estos oficiales en el campo de batalla, dijo el general Foy, porque se han dirigido al campo de batalla por órden del gobierno francés y han combatido por nosotros y á nuestro lado. Cuando los ingleses les tiraban no miraban si llevaban la escarapela roja ó la gloriosa escarapela tricolor... (Esclamaciones en los bancos de la derecha; interrupcion.)

Una multitud de voces: «¡Al órden! ¡al órden!»

Otras voces del mismo lado: «¡Direis aun que no provocais la insurreccion!»

El general Foy, repitiendo con mas fuerza: «La gloriosa escarapela tricolor (nuevos y persistentes gritos de: ¡Al órden!)»

Mr. Dudon: «Pido motivar el llamamiento al órden.»

El general Foy, continuando: «Han sido combatidos, decia, por los ingleses sin distincion de color por su escarapela y entrados por órden de nuestro gobierno al servicio del hermano de Napoleon.....» (Nuevas esclamaciones y nueva interrupcion en la derecha.)

Voces numerosas: «¡El intruso! ¡el intruso!»

Mr. Dudon: «La cualidad de diputado no supone siempre el conocimiento de las leyes, y de ello acabais de dar la prueba. ¿No ha calificado el preopinante de glorioso un signo que la ley prohibe enarbolar, y que hoy dia no es mas que un signo de rebelion? Ha olvidado todas las conveniencias y provocado contra él la animadversion de las leyes.» (Interrupcion en la izquierda y gritos: ¡Al órden!)

Mr. de Marcellus, con fuerza: «Nosotros solo conocemos la bandera blanca. ¡Viva la bandera blanca!»

El general Tarayre insiste en el llamamiento al órden de Mr. Dudon, y pide motivarlo; su discurso, interrumpido á cada frase por los murmullos ó por los gritos de la derecha, es seguido de un largo y violento tumulto.

Mr. de Castelbajac: «Nadie reconoce mas que yo la gloria militar adquirida desde treinta años; pero los que la aplican al signo de que se ha hablado no temen evocar la sombra de Luis XVI, cuya sangre corrió al abrigo de estos colores, mientras que los revolucionarios armados derribaban todos los tronos y destruian con este signo todo lo que habia de mas sagrado!»

Manuel: «Al abrigo de la escarapela blanca se hizo la jornada de San Bartolomé, y tuvieron lugar la revocacion del edicto de Nantes, las persecuciones contra los protestantes de los Cevenas y las recientes atrocidades del mediodía. Dejemos pues, señores, estas recriminaciones que no son dignas de ninguno de nosotros. Nosotros no disputamos el éxito de las armas francesas cuando el signo de union de la nacion era la escarapela blanca; no disputeis tampoco su hermoso éxito cuando su bandera era tricolor.»

Benjamin Constant: «Está fuera de duda que los que enarbolasen un signo que no fuera el actual serian culpables; pero cuando un color diferente ha sido llevado con gloria en el interior y esterior, no trateis de marchitarlo. No se deshereda á una nacion de los actos que llevó á cabo con tanta gloria; no puede hacérsele despreciar ni detestar los signos bajo los cuales adquirió una maravillosa nombradía. ¿Cómo quereis reconciliar á la nacion si le decís sin cesar que el signo que ha enarbolado era el signo de la revuelta? Sabedlo de una vez: nunca dejaremos deshonrar la revolucion en este recinto, ni permitiremos que se difame una de las mas gloriosas y de las mas memorables, aunque de las mas desgraciadas épocas que ha travesado jamás un pais.»

Pero era en vano que algunos oradores se esforzasen en conciliar los dos lados de la cámara, porque recuerdos, efectos, intereses, todo era irreconciliable. La revolucion ponia entre cada partido un abismo imposible de salvar. Esta revolucion, acontecimiento feliz y glorioso para los liberales, era para los realistas una desgracia y una afrenta, la misma accion era un crímen ó una virtud, el mismo hecho era un acto de fidelidad ó de traicion, un acto de honor ó una infamia, segun el lado en que se sentaba el orador; no tenian la misma patria política, ni la misma religion, ni los mismos dioses. La reconciliacion era tanto menos posible, en cuanto en las dos partes, existia en cada adversario una conviccion igualmente sincera, igualmente profunda; así es que en cada sesion se suscitaba de nuevo la lucha, pues bastaba el incidente mas trivial, la menor palabra para hacerla estallar. En 12 de febrero, cinco dias despues del debate promovido por el epíteto de glorioso dado al estandarte tricolor, la simple sustitucion de la palabra Nápoles á la de España en el acta de la sesion precedente provocó un tumulto, en el que cada partido despues de cambiarse injurias y demandas de llamamiento al órden, se dirigió los mentís mas insultantes; en el que calificando Mr. de Serres de falsas y falaces algunas aserciones de Benjamin Constant y de Mr. de Lafayette, recibir varias veces de Mr. de Corcelles las calificaciones de impertinente y de insolente; en el que acusando Mr. de Kergorlay á los diputados de la izquierda de escitar á la revuelta, pero sin comprometer su seguridad personal, de conspirar bien que prudentemente, en la tribuna contra todos los tronos, añadió: «Se han atrevido á decir, hablando de España, que combatir por su rey ó bien unirse á él para marchar por la senda constitucional, era para una nacion un acto igualmente laudable. Este subterfugio es falaz, y semejante lenguaje es una pérfida invitacion á la revuelta. Es necesario destruir en su orígen hipócrita esta doctrina corruptora. Por otra parte, elogiar como el emblema de la libertad y de la gloria la escarapela que fué en su orígen el signo de rebelion armada, es invitar muy claramente á esta rebelion. Sí, durante los cien dias, el enfático admirador de esta escarapela (el general Foy) se habia hecho conocer por el ardor desenfrenado y su celo por el usurpador, ¿no pensais como yo, que saliendo de su boca la provocacion, tendria desde entonces un carácter particular de energía y de claridad? ¿Tendríamos acaso aquí, entre nuestros colegas, algun futuro Riego? Lo confieso: los Riego y los Pepe, cualesquiera que sea la nacion á que pertenezcan, me hacen horror, y este horror no lo puedo vencer sino con el desprecio que me inspiran sus fautores.»

Mr. de Kergorlay acaba de afrentar, como un símbolo de revuelta, los colores que habia llevado la Francia durante veinte y seis años, y que habian plantado nuestros soldados en todas las capitales del continente europeo, y haciendo á su vez Mr. Delalot el proceso de las instituciones, de las leyes y de los hombres de la nueva Francia, esclamó: «Ha llegado el momento de poner finalmente un término á esta insultante obstinacion que presenta todos los dias y bajo todas las formas, el afrentoso panegírico de una revolucion mezclada con todos los crímenes (en la derecha: «Sí! sí!» aplausos), y humeante todavía de la sangre de nuestros reyes. Demasiado es ver producirse á la vez, fuera de la cámara, atentados dignos de esta revolucion, y dentro, la escandalosa apología de sus principios.

Mr. de Corcelles, interrumpiendo: «¡No somos nosotros aquí los revolucionarios!»

Mr. Delalot: «Pido al señor presidente que llame nominativamente al órden al que acaba de interrumpirme..... No puedo acordarme de su nombre.»

Mr. de Corcelles levantándose y con una voz fuerte: «Se llama Corcelles.»

Por último despues de dos horas de invectivas y de tumulto, despues de un discurso en el que Mr. de Vaublanc, el antiguo ministro de la gobernacion, se dirigió á los reyes en estos términos: «Reyes, estais en la tierra solamente para mantener vuestra autoridad, mantenedla pues, la humanidad os obliga á ello, seguid una línea recta y decidida, nosotros nos agruparemos á vuestro rededor, salvad á la Francia, salvad á la Europa!» Despues de este discurso, decimos, la cámara consultada acerca de la sustitucion de las palabras ocupacion de Nápoles á las de ocupacion de España, rechazó la rectificacion y adoptó el acta.

Nueve dias despues, 21, el general Maynaud de Laveaux, anciano de setenta y cinco años, tomó la palabra para apoyar la remision al ministro de la guerra, de la peticion de un capitan de reemplazo que se quejaba de haber sido puesto recientemente en la reforma sin sueldo: «El ejército está entregado á la arbitrariedad, dijo, no se ejecutan las leyes, se las viola con desprecio, los ministros olvidan que son responsables hácia el pueblo y el ejército...» A estas últimas palabras, interrumpe al orador un violento movimiento de indignacion que estalla en los bancos del centro y de la derecha; la izquierda en masa pide que Mr. de Laveaux continúe su discurso, hablan cincuenta diputados á la vez, MM. de Cornet d'Incourt, de Labourdonnaie y de Castelbajac reclaman con fuerza, en medio del ruido, el llamamiento al órden del general; MM. de Girardin, de Bondy, de Chauvelin, de Keratry y Benjamin Constant se declaran contra esta proposicion: de pie en su puesto y no en la tribuna, tratan la mayor parte de los diputados de dar á conocer su opinion, en vano quiere el presidente apaciguar el desórden y dirigir la deliberacion, puesto que nadie le escucha. Mr. d'Ambrugeac consigue sin embargo, despues de largos esfuerzos, dominar el tumulto y dice: «Es ya tiempo finalmente de poner término á los debates escandalosos que se suceden cada dia en la tribuna. Acabo de oir esclamar á Benjamin Constant, que el ejército estaba bajo el peso de la mas injusta arbitrariedad; ¿cómo lo sabe? ¿con qué derecho lo dice?»

El general Demarçay: «¡Existen los hechos!»

Benjamin Constant: «El preopinante os ha dicho ingenuamente: Se quiere poner término á las discusiones que se miran como escandalosas (en la derecha: ¡sí! ¡sí!). No somos nosotros los que introducimos perpetuamente la discordia en este recinto (en la derecha: «¡Vosotros sois! ¡todos los dias!»); no somos nosotros los que interrumpimos sin cesar el debate por demandas de llamamiento al órden, y los que queremos matar al gobierno representativo.»

Mr. de Labourdonnaie: «Sí, queremos poner término á discusiones escandalosas; sí, no queremos que abuseis del derecho de deliberar para destruir los intereses públicos en lugar de defenderlos. Hé aquí lo que quereis hacer, hé aquí lo haceis desde muchísimo tiempo.»

Mr. de Corcelles: «¡Esto es una horrible denuncia! ¡Al órden!»

En este momento el desórden llega á su colmo, ninguna voz puede dominar el tumulto, no se oyen mas que gritos confusos; MM. Demarçay, Sebastiani, Dudon, de Labourdonnaie y el general de Lavaux ocupan juntos la tribuna y en vano tratan de hablar; Mr. de Castelbajac, de pié en su puesto, en la mesa de los secretarios, cambia violentas interpelaciones con miembros de la izquierda igualmente en pie en sus bancos. De todos lados se apostrofan y se dirigen las mas vivas esclamaciones.

Mr. Demarçay, permaneciendo solo en la tribuna: «Si perteneciera á una faccion que quisiese turbar el órden público, aplaudiria verdaderamente todo lo que se dice cada dia, en cada sesion, en el lado que nos está opuesto; emítense en él proposiciones de tal manera faltas de sentido (en la derecha: «Gracias por el cumplimiento»), de tal modo contrarias á la naturaleza de las cosas, que yo lo celebraria. ¿No se ha dicho á un tiempo que la nacion era el rey? ¡como si pudiera existir una nacion compuesta de un rey sin súbditos! Respetemos al rey constitucional...»

Una multitud de voces en el lado derecho: «¡Legítimo! ¡legítimo!»

Empieza de nuevo el tumulto: pero calma luego su violencia á vista del guarda-sellos, Mr. Serres, que se adelanta hácia la tribuna, sube á ella y se restablece el silencio.

Mr. de Serres: «No acuso á las intenciones, pero tomo en cuenta los hechos. ¿No resulta evidentemente de muchos discursos pronunciados en la legislatura anterior por los corifeos de la oposicion (violenta interrupcion en los bancos liberales) que los oradores de este lado de la cámara (el ministro señala la izquierda) se han hecho habitualmente intérpretes de los votos mas funestos; que han seguido sendas enteramente contrarias á la monarquía, al órden público y á toda especie de gobierno? Semejantes discursos tendian evidentemente á sublevar la nacion y á provocar la revuelta.»

Una multitud de voces en la izquierda: «¡Ah! ¡esto es demasiado! ¡al órden!»

Mr. Casimiro Périer, con voz retumbante: «Quereis nuestras cabezas para hacerlas caer.»

El presidente: «Mr. Casimiro Périer, no interrumpais; violais el reglamento.»

Mr. Casimiro Périer: «Pido la palabra para el llamamiento al órden del señor guarda-sellos (voces en la derecha: «La tendreis despues»).

Mr. de Serres: La cámara puede ver si las cosas no han llegado á tal punto, que este recinto se ha convertido en un asilo para los delitos cometidos, y cosa monstruosa, un asilo en el que se pueden cometer impunemente toda clase de crímenes (viva agitacion en todas las partes de la sala).

Una multitud de voces en la izquierda: «¡Crímenes! ¡crímenes!»

Mr. de Corcelles: «¡Esto es espantoso!»

Mr. de Girardin, en la tribuna: «Si el señor guardasellos conoce entre nosotros facciosos ó conspiradores, que los denuncie, y la cámara los pondrá en acusacion. Tenemos jueces en la cámara de los pares; pero no podemos sufrir que sin hechos, sin pruebas, un ministro del rey califique de crímenes las intenciones de los miembros de esta asamblea. Semejante conducta es abominable, por lo que pido que el señor guardasellos sea llamado al órden.»

Mr. de Labourdonnaie: «No hay uno solo de los discursos pronunciados por todo un lado de esta cámara, desde el principio de la legislatura, que despues de haber principiado por el elogio de la carta constitucional, no haya terminado de una manera hostil. ¿No se ha llegado hasta hacer la apología de una revuelta y elogiar á la heroica España....?»

Mr. de Girardin, interrumpiendo: «Yo soy, caballero, el que me he servido de esta espresion y me glorío de haberlo hecho.»

Mr. de Labourdonnaie: «Es imposible, señores, que la Francia entera no se aperciba de la indignacion que nos anima. No podeis guardar un profundo silencio oyendo cada dia discusiones tan peligrosas, vosotros que habeis sido enviados aquí por la inmensa mayoría de la nacion» (vivas denegaciones en la izquierda, interrupcion.)

Voces en la derecha: «¡Sí! ¡sí!»

Voces de la izquierda: «¡Por vuestros colegas oligárquicos! ¡por vuestros funcionarios, vuestros emigrados!»

Mr. de Labourdonnaie, dirigiéndose á los liberales: «Por la Francia, realistas, ¿lo entendeis? por la mayoría de la Francia con la que no teneis nada que disputar, porque no quiere nada de vosotros (nueva interrupcion.)

MM. Laffitte, de Grammont, de Corcelles, de Lameth: «Esto es indigno! al órden! Pedimos el llamamiento al órden!»

Mr. Casimiro Périer: «No solamente son los diputados los que llevan el escándalo á nuestras deliberaciones; sino un ministro del rey, el guardasellos, el que merece tambien nuestra censura. ¿Nos acusais de conspirar, añade el orador dirigiéndose á Mr. de Serres? ¿por qué no cumplís entonces con vuestro deber? Sois ministros de justicia y no ignorais que si somos inviolables en esta tribuna, no lo somos fuera de ella, y que si conspiramos podeis hacernos poner en acusacion. Por mi cuenta personal, pido despojarme de mi carácter de diputado; al salir de este recinto podeis mandar á vuestros lictores que me arrastren á vuestros calabozos (esclamaciones en la derecha). Quereis una jornada, este es vuestro principio (nueva interrupcion). Todo lo que repiten cada mañana vuestros periódicos asalariados, no tiene otro objeto. Yo repito: ¡si deseais nuestras cabezas, hacedlas caer!»

Estas palabras son la señal de un nuevo tumulto; óyese decir á un miembro del lado derecho con voz bastante alta: «No es este el caso de repetir que los cortos presentes mantienen la amistad.» Acogióse esta salida con risas y murmullos. Eran entonces cerca de las cinco de la tarde. Muchos diputados toman todavía la palabra y el presidente despues de haber luchado por largo tiempo contra el desórden y el ruido, consigue por último someter á la cámara las diferentes proposiciones de llamamiento al órden, hechas desde el principio de la sesion. El centro y el lado derecho reunidos pronuncian por una gran mayoría el llamamiento al órden del general de Laveaux y de Benjamin Constant, y rechazan, por la misma mayoría, el llamamiento al órden pedido contra el guardasellos y Mr. de Labourdonnaie. Este fué el resultado de toda la sesion

Cualquiera que fuese el objeto del debate, raras veces seguia la discusion su curso regular, sino que degeneraba casi siempre en incidentes en los que cada partido hacia intervenir sus preocupaciones, sus odios ó sus pasiones. Se trataba por ejemplo de terminar la circunscripcion de los trescientos y cincuenta colegios de distrito sustituidos por la reciente ley del doble voto, á los ochenta y seis colegios de departamentos instituidos por la ley de 1817; Mr. Bignon decia en 23 de febrero: «Estas inquietudes, este malestar, este espíritu de fermentacion y de odio en que vivimos, datan desde 1819. ¿Quién de entre nosotros se atreveria á decir que hay confianza y seguridad en los corazones; que la Francia está satisfecha del presente, y sin temor del porvenir; que la calma de un dia asegura la calma del dia siguiente? Esta situacion proviene enteramente de la ley actual de eleccion cuyo defecto mayor es consagrar las pretensiones de la aristocracia (interrupcion; voces en la derecha: «A la cuestion»).

Benjamin Constant: «Vuestras interrupciones, vuestros llamamientos al órden son los que nos apartan de la cuestion, y permitid que os lo diga, no es digno de vosotros restringir á los oradores, como lo haceis, en lugar de contestarles y de parecer que teneis miedo de sus palabras (violentos murmullos en la derecha).

Mr. de Cayrol: «¡No nos amedrentais!»

Voces de la izquierda: «¡Y vosotros menos!»

Benjamin Constant, continuando: «¿Creeis que nos es mas agradable á nosotros subir á esta tribuna que á vosotros escucharnos? ¡Ah! ah! ¿Creeis que es tan cómodo hablar continuamente en medio de los gritos, de las interpelaciones, y arrostrar de esta suerte á la vez un disfavor aparente y la perspectiva de proscripciones futuras que nos ofrece cierto ministro hace dos dias? (En la derecha: ¡Esto es horrible! al órden.)

Mr. Pasquier: «El orador á quien acabais de oir se ha atrevido á decir que un ministro del rey habia pedido la proscripcion para ciertas cabezas...»

Voces confusas de todos los lados de la cámara: «Sí! no! es verdad! es falso!»

Mr. Pasquier: «La proscripcion no saldrá, ni ha salido nunca del rey ni del trono. Las proscripciones, en Francia, procedieron siempre de los enemigos del rey y de la monarquía.»

Voces numerosas en la izquierda: «Y el decreto del 24 de julio de 1815! y la ley de amnistía!»

Mr. Pasquier: «Ya que se suspira por nuevas revoluciones...»

Mr. Méchin y otros miembros de la izquierda: «¿Quién es el que suspira?» (Risas, interrupcion.)

Mr. Pasquier, continuando: ...«debo recordar los horribles años de terror durante los cuales adquirió la Francia mas derechos á la piedad de las naciones, que ningun pueblo durante un siglo, por mal gobernado que haya estado. Hé aquí á donde nos han conducido los que recurren sin cesar á la fuerza esterior del número. Con sentimiento he hecho esta digresion, pero nunca diré bastante que solo deben temer la proscripcion los que piden la conservacion del órden.»

Mr. de Lameth: «Haré observar al ministro que Mr. de Labourdonnaie no ha temido decirnos: «La Francia no quiere nada mas de vosotros..»

Mr. de Labourdonnaie: «¡Sí, es verdad!»

Mr. de Lameth: «¿De quién quiere pues? ¿Será de la emigracion armada? Pero la emigracion ha sido inspirada por toda la Europa, por todos los soberanos y no fué ella ni Coblenza lo que venció á la Francia! (Violenta interrupcion en la derecha.)

Mr. Cornet d'Incourt, y una multitud de miembros del lado derecho: ¡Al órden! ¡insultais al rey! ¡el rey estaba en Coblenza!

Mr. de Marcellus, con fuerza: «¡Donde está el rey está la Francia!»

Esta discusion del proyecto de ley sobre las nuevas circunscripciones electorales duró siete dias, y en cada sesion tenian lugar escenas de tumulto y de desórden, continuos incidentes en que cada lado de la cámara se dirigia las mas violentas acusaciones. Los diputados de la izquierda se preocupaban menos de este proyecto especial que de la misma ley electoral y de la multiplicidad de pequeños colegios por medio de los cuales se sustituian en todas partes las influencias locales al espíritu de un departamento ó al sentimiento nacional, y se declaraban

sobre todo contra las tendencias amenazadoras de la nueva mayoría. En 1.º de marzo, último dia del debate, tomó la palabra Manuel y habló en estos términos:

«Contestando Mr. de Labourdonnaie á nuestro colega Mr. Benjamin Constant, nos ha hecho conocer el sistema que quiere imponernos; nos ha dicho que sus convicciones eran las mismas de 1815, cuando afirmaba que la Francia no tenia mas que un medio de salvacion, el terror (violentas reclamaciones en la derecha y en el centro; en la izquierda: *Luego contestareis!*). Sí, vuelve á decir el orador elevando la voz, Mr. de Labourdonnaie dijo ayer que sus principios eran los mismos que en 1815, y recordó el discurso en que insistia en que se persiguiera á todo el que hubiese tomado una parte cualquiera en los acontecimientos de los cien dias, en el que pedia á propósito de amnistía, hierros, suplicios y verdugos (nueva interrupcion en la derecha).

»Hé aquí, señores, lo que queria Mr. de Labourdonnaie. ¿No era así como se espresaba en 1793 un hombre de horrible memoria? Entonces tambien, era necesario establecer un sistema de terror; no bastaba la sangre ya derramada, sino que era preciso derribar de cuatrocientas á quinientas mil cabezas! (violento tumulto en la derecha y en el centro). Este hombre, señores, ¡era Marat! Es muy triste hallar semejantes analogías entre la situacion de aquella época y la de 1815.»

Estas últimas palabras llevan al colmo la irritacion de la derecha y del centro, cien voces dan el nombre de calumniador á Manuel, que se para, trata luego de continuar y abandona por último la tribuna despues de haber pronunciado, sobre las circunscripciones arbitrarias de los colegios de la Vendée, algunas palabras que se pierden en medio del ruido.

Mr. de Saint Aulaire: «No es mi propósito suscitar discusiones incidentes, pero no puedo privarme de buscar los caractéres de la ley electoral del 29 de junio de 1820. Su objeto fué dar la ventaja á un partido...

Voces numerosas de la derecha: «¡A la monarquía!»

Voces de la izquierda: «¡A la aristocracia!»

Mr. de Saint Aulaire: «El objeto de la ley actual es bien evidente; quiere hacerse una ley de partido, una ley de ardid y de combinaciones maquiavélicas, destinada á consagrar la opresion de los electores y el triunfo de la aristocracia.»

Mr. de Villèle: «No, señores, la ley que discutís no es mas ley de partido que la ley del 29 de junio de 1820, dictada para la conservacion de la gran propiedad.»

Numerosas voces en la izquierda: «Esto es precisamente!»

Mr. de Villèle: «Esta no es una ley de ardid, porque se consultaron principalmente los votos de los consejos generales.»

Mr. de Girardin: «Vosotros sois quien los nombrais!»

El general Foy: «El elogio de la gran propiedad, este eterno elogio con que se nos abruma, está desmentido por la historia. (Oh! oh!). Los grandes crímenes, los grandes atentados fueron cometidos constantemente por grandes propietarios ó por proletarios. La ley propuesta no hace mas que aumentar la inconstitucionalidad del doble voto. No tiene otro objeto que torturar, fraccionar y atormentar el territorio para hacerle producir aristócratas (carcajadas en la derecha); pero no lo conseguirá, porque la aristocracia ha perdido su raiz en Francia y no resucitará (nuevas risas).»

Todos los esfuerzos de los diputados liberales fueron vanos, pues no pudieron hacer admitir la menor enmienda, y votado el proyecto de ley fue adoptado por doscientos diez y nueve votos contra ochenta y tres.

La vuelta á las doctrinas de 1815 se hacia mas marcada á medida que adelantaba la legislatura. En 17 de marzo, pocos dias despues de una sesion en la que Mr. de Cayrol habia llamado facticia á la carestía de 1816 y 1817, y habia acusado de ella al decreto del 5 de setiembre, pudo Mr. Dudon calificar públicamente este decreto de sedicioso, sin que uno solo de los miembros del gabinete, presentes en la sesion, se atreviese á protestar, cuando la acusacion heria directamente á tres de los ministros, MM. de Richelieu, Pasquier y al mismo signatario del decreto Mr. Lainé. En 18 al tratarse de una peticion en la que se reclamaba la conservacion de una pirámide elevada en la ciudad de Chartres á la memoria del general republicano Marceau, tomando de nuevo la palabra Mr. Dudon, se pronunciaba con fuerza contra los continuos elogios del valor militar que se oian en la cámara; declaraba afligirse «de los supuestos progresos de la civilizacion que no eran otra cosa que los progresos de la anarquía y de la revolucion» y pedia con ardor la ereccion de un monumento espiatorio votado por la cámara realista de 1815, en honor del rey Luis XVI. Subiendo inmediatamente á la tribuna Mr. de Courtarvel, insistió á su vez en la votacion de otro monumento:

«Está restablecida la monarquía legítima, esclamó, y nosotros sabremos conservarla; combatiremos sin cesar á la revolucion, esta sangrienta Euménida que solo vive de las lágrimas del mundo, ¡y la robusta monarquía de las flores de lis, hija primogénita del mundo cristiano será inalterable y eterna! (en la derecha: Sí! sí! bravo!). Hace dos años, añade Mr. de Courtarvel, que propuse elevar una estátua á la gloriosa memoria del príncipe de Condé (1). Los laureles de este príncipe fueron los de toda la Francia (en la derecha: Sí! sí!), porque toda la Francia desaprobó la revolucion (interrupcion y gritos de protesta en la izquierda).

Mr. de Girardin: «Hablad de vuestra Francia.»

Mr. de Courtarvel: «Sí, lo repito, la Francia entera desaprobó la revolucion (aplausos en la derecha; nuevas reclamaciones en la izquierda).»

El general Foy, con fuerza: «La Francia entera adopta y bendice los beneficios y la gloria de la revolucion.»

La sesion abierta, como acaba de verse, por un dictámen de peticiones, tenia por objeto especial el exámen de las cuentas rentísticas de 1819. El general Donnadieu, á quien el ministerio mantenia en la reforma, estaba inscrito para hablar el primero, pero en lugar de hablar de rentas, renovó contra MM. de Richelieu, de Serres y Pasquier el ataque que les habia dirigido ya al principio de la legislatura:

«Sucesivamente habeis alabado, injuriado, aprobado y censurado las mismas doctrinas, esclamó dirigiéndose á dichos ministros; sucesivamente habeis proscrito, llamado, perseguido y halagado las mismas acciones y los mismos hombres. Hábiles en intrigas, en odiosas y sordas calumnias, vuestros medios consisten en todo lo que caracteriza la debilidad y el vicio. En París, en el asunto Pleignier, Carbonneau y Tolleron; en Burdeos en el de Randon; en los sucesos de Lyon, en la supuesta conspiracion de la orilla, en todas partes se ha visto preparar á vuestra policía la efusion de la sangre francesa en los cadalsos ó en el terreno de la rebelion. ¿Cómo no habeis puesto todavía vuestras dimisiones en manos del rey?»

En vano los miembros del antiguo centro ministerial, interrumpiendo con fuerza al orador, se habian esforzado varias veces en detenerle y en privarle de hablar; protegido por el lado derecho cuyos odios y pasiones halagaba este lenguaje, el general Donnadieu pudo terminar su discurso. Ninguno de los ministros tan violentamente atacado, trató de defenderse, y solamente tomándolos otra vez bajo su proteccion, se presentó Mr. de Villèle, al dia siguiente 21 de marzo, á pedir gracia para ellos á los impacientes de su partido:

«Los realistas, dijo, no deben olvidar que á estos ministros se debe la presentacion de la última ley de eleccion, y la obtencion de la mayoría actual. Desconocer tan grandes sacrificios seria una ingratitud. La revolucion no está vencida todavía; incesantemente se agita, por lo que el partido realista debe permanecer unido, y seria para él una afrenta divididirse y desbandarse en presencia del peligro comun.

Mr. de Girardin: «Mr. de Villèle no acaba de dirigirse á la Francia, pues no ha hablado mas que á un lado de esta cámara, á un partido. Estoy ya cansado de las palabras tan frecuentemente repetidas de realistas y partido realista. En Francia solo deben existir realistas constitucionales, y todos nosotros lo somos. ¿Acaso hay otros?»

El general Donnadieu quiso á su vez contestar al ministro, pero esta vez sus amigos le impusieron silencio. Continuó la sesion, y el general Tarayre ocupó la tribuna. Desde las primeras palabras de su discurso, los dos lados de la cámara empezaron de nuevo la pendencia; hemos de renunciar á describir el tumulto que siguió, pues en el resto de la sesion no hubo otra cosa que ruido y desórden, de todos lados salian mentís é injurias, y los insultos fueron tan directos y tan personales que resultó un desafío entre Mr. Josse-Beauvoir y el general Demarçay, que tuvo lugar al dia siguiente (2).

Mientras que estas discusiones de tribuna entre los partidarios del antiguo órden político monárquico y los defensores del órden político nuevo, tenian á la Francia entera en espectativa y apasionaban á todas

(1) Gefe del cuerpo de emigrados de este nombre, que combatió la república, y estuvo sucesivamente á sueldo del Austria, de Inglaterra y de Rusia.

(2) En medio de un largo y violento tumulto escitado en los bancos de la derecha por algunas críticas muy vivas del general Demarçay sobre la vuelta de los jesuitas, el restablecimiento de las corporaciones religiosas, de los mayorazgos, y sobre las amenazas dirigidas en muchos escritos contra los detentores de bienes nacionales, Mr. Josse Beauvoir habia dejado oir esta interrupcion: «Eso son personalidades, tonterías, mentís!» Encontráronse en el bosque de Bolonia, el arma convenida era la pistola. Tiró primeramente Mr. Josse-Beauvoir, pero sin apuntar al general, que en lugar de apuntar descargó su arma en el aire.

las clases de ciudadanos, fuera de ella la misma lucha entre estos dos principios producia acontecimientos que ocuparon gran lugar en los últimos debates de la legislatura, y que vamos á esponer en breve.

Las cartas autógrafas, dirigidas por los tres soberanos de Austria, de Prusia y de Rusia al rey de Nápoles, para invitarle á presentarse en Laybach, habian llegado á este príncipe en 4 de diciembre precedente (1820). Fernando, segun los términos del acta constitucional, no podia salir del reino sin autorizacion de las cortes; pidióla en 6, y dos dias despues, 8, le trasmitieron los diputados una respuesta en la que le decian que no podian consentir en esta salida, á no ser que el viaje del rey tuviera por objeto sostener, cerca de estos soberanos, la constitucion que él mismo habia jurado; al cabo de dos dias, 10, declaró Fernando en un nuevo mensaje, que si consentia en intervenir en el congreso de Laybach, no era efectivamente sino para conferenciar á favor del pacto fundamental, para defender los derechos de sus queridos vasallos, y para librarlos de las desgracias de una guerra de invasion. Acordósele inmediatamente la autorizacion, y en 13 se embarcó Fernando á bordo del navío inglés el Vengador, mandado por el mismo oficial que habia conducido á Napoleon de Rochefort á Plymouth, el capitan Maitland. Desembarcado el 19 en Liorna, continuó el rey su camino por tierra, y en 8 de enero (1821) llegó á Laybach, donde se hallaban ya reunidos el rey de Prusia, los dos emperadores de Austria y de Rusia, y sus principales ministros.

En Troppau se habia decidido ya el principio de la intervencion; por consiguiente, para los jefes de la Santa Alianza no se trataba mas que de colorar esta violencia con un semblante de legalidad política, obteniendo de su aliado el rey de Nápoles, una demanda formal de socorro contra sus vasallos insurreccionados. Fernando habia olvidado sus protestas y sus juramentos aun antes de perder de vista á Nápoles, por lo que puso su nombre debajo de todas las declaraciones que Mr. de Metternich quiso darle á firmar. Solo faltaba obrar; estaban ya dispuestos los medios de ejecucion, sobre el Po habia ochenta mil austríacos que solo aguardaban la señal para ponerse en marcha. La necesidad de atravesar los Estados de la Iglesia no podia ser un obstáculo, puesto que el papa Pio VII, no menos adversario que el Austria de toda reforma aun administrativa, no temia menos que esta potencia el contagio de las ideas liberales, y para rechazarlo, no solamente ofrecia el jefe de la Iglesia el paso á las tropas de invasion, sino que además ponia á su disposicion sus ciudades, sus fortalezas, y consentia en recibir guarnicion en Roma misma en el castillo de San Angelo. Hemos dicho la actitud de la Inglaterra y de la Francia cuando las reuniones de Troppau; la misma guardaron en las conferencias de Laybach. El gabinete de Londres, ó por mejor decir, lord Castlereagh, se hizo representar allí por un enviado especial, lord Clanwilliam, que depuso, en nombre de su gobierno, una nota en la que declaraba: «que las leyes fundamentales del Reino Unido no permitian á sus ministros admitir el derecho de intervencion proclamado en Troppau, y asociarse á una transaccion diplomática que atribuiria á las cortes aliadas una supremacía incompatible con la independencia y los derechos de los demás estados.—Sin embargo, añadia la nota depuesta por el enviado británico, la Inglaterra reconoce plenamente que otras potencias, especialmente el gabinete austriaco y las cortes italianas, pueden creerse colocadas en una posicion diferente, así es que no tiene intencion de intervenir en nada en las medidas que este gabinete y estas cortes juzguen conveniente adoptar para su propia seguridad, persuadido, sin embargo, de que están dispuestas á dar la seguridad que no están dirigidas por miras de engrandecimiento subversivas del sistema territorial de Europa, tal como fué establecido por los últimos tratados.

Lord Castlereagh negaba en primer lugar el derecho invocado por las tres cortes, y por una contradiccion comun en política admitia su aplicacion. Su representante iba mas lejos, pues nadie en sus conversaciones con los soberanos y sus ministros defendia con mas ardor la causa de la intervencion armada.

El interés de la Francia se hallaba comprendido en la cuestion mas directamente que el interés de Inglaterra; desde entonces debia esperarse de los ministros de Luis XVIII una accion mas declarada, mas firme y mas decidida; pero obligados á conducir las pasiones del partido cuya tolerancia las mantenia en el poder, Mr. Pasquier y sus colegas procuraban escapar del embarazo de su falsa posicion por medio de instrucciones sin franqueza y de actos contradictorios que daban á su política todas las apariencias de la doblez. Así, en Nápoles, cerca de las autoridades constitucionales, Mr. de Fontenay, nuestro encargado de negocios, protestaba, en sus actos oficiales y públicos, la absoluta neutralidad de su corte, al paso que otros agentes insistian confidencialmente cerca de los mismos poderes en sustituir la carta francesa á la constitucion española, prometiendo á este precio la mediacion amistosa del gabinete de las Tullerías; luego en Laybach, á donde nuestro gobierno habia acreditado oficialmente una legacion de MM. de Blacas, embajador en Roma, de La Ferronays, embajador de San Petersburgo, y de Caraman, embajador en Viena, usaban igualmente estos agentes dos lenguajes: en las conversaciones privadas, luchaban á favor de una política conciliadora, y en las conferencias oficiales declaraban adherirse con reserva á las medidas que determinasen las otras cortes. Uno de ellos, Mr. de La Ferronays, ha caracterizado en estos términos los diferentes papeles adoptados, en estos debates, por la Francia y por la Inglaterra: «La Francia, ha dicho, se adheria eventualmente á medidas que desaprobaba, con la esperanza de que su accesion prevendria su necesidad y alegaria su ejecucion; la Inglaterra, por el contrario, protestaba altamente contra ellas, pero las aprobaba en secreto y empleaba toda su influencia para activar su realizacion.»

Por esta especie de actitud neutral los dos gabinetes de París y de Londres abdicaban toda accion en provecho de las tres grandes cortes del Norte, y se resignaban á permanecer simples espectadores de los acontecimientos á que darian orígen las decisiones que estas cortes tendrian á bien acordar. En 2 de febrero, un convenio, firmado solamente por los plenipotenciarios de Austria, de Prusia y de Rusia, puso á disposicion del rey de Nápoles, en nombre de estas tres potencias, un ejército austriaco que Fernando debia costear, á contar del dia en que habria atravesado el Po, hasta el momento en que dejaria de ocupar militarmente su reino; esta ocupacion, fijada en tres años, era con las mismas condiciones que las impuestas á Francia de 1815 á 1818.» Tres dias despues de firmada esta acta, 5, entraban en los Estados de la Iglesia y en Toscana cincuenta y dos mil austríacos, mandados por el general Frimont, y en 27 llegaban á la frontera napolitana.

Los napolitanos se habian preparado á la defensa. El gobierno, dirigido por el hijo primogénito del rey como regente (1), habia aumentado el ejército y organizado numerosos cuerpos de milicia: el príncipe parecia estar de acuerdo con los jefes de la revolucion para resistir hasta el último trance; pródigo de declaraciones patrióticas, escitaba el entusiasmo por su actitud, y cada mañana á su ejemplo, los diputados, en la tribuna del parlamento, y los escritores en sus periódicos, dirigian al público las mas enérgicas exhortaciones. En todas partes no se oian mas que los gritos de «¡Viva la libertad! ¡Mueran los invasores!» Tropas de línea y milicias, generales, oficiales y soldados, todos juraban vivir libres ó morir. ¡Frívolos acentos! ¡vanas demostraciones! La marcha de una simple vanguardia austríaca y el ruido de algunos tiros bastaron para hacer abandonar á los napolitanos las formidables posiciones que ocupaban en la doble línea del Apenino y de los Abruzos; en ninguna parte quisieron sus numerosos batallones ni siquiera aguardar al enemigo; el ejército tan brillante y tan resuelto, algunos dias antes, se puso á la desbandada, y dejando los soldados sus armas en los caminos, se volvian cantando á sus aldeas, ó bien se apresuraban á hacer la corte á los invasores; en algunas horas el ejército entero se halló disuelto y como desvanecido; desde la frontera hasta Nápoles, no vieron los austríacos ningun destacamento, no dispararon un solo tiro, y entrados en el reino en 7 de marzo penetraban en las puertas de su capital en 23, derribando el régimen constitucional con la misma facilidad que lo habian establecido los carbonarios.

Este acto de violencia ofreció una singularidad notable; padre é hijo estaban en campos opuestos; Fernando marchaba con los austríacos, invadiendo su propio reino para destruir una constitucion que habia jurado defender; con los napolitanos avanzaba el duque de Calabria, conduciendo contra su padre los partidarios de esta misma constitucion La hostilidad sin embargo no era mas que aparente, pues entre los dos príncipes reinaba la mas perfecta inteligencia. Los jefes militares de la revolucion de Nápoles, acusando al duque de Calabria de traicion, le han hecho responsable de la inutilidad en la lucha y de las afrentosas circunstancias de su caida; el regente, han dicho, llevaba una confusion calculada en las órdenes dadas á los diferentes cuerpos del ejército. La acusacion era fundada sin duda, pero á la cobardía de las tropas cupo la parte principal de esa deshonrosa derrota. Por otra parte, si el regente fué traidor á la causa constitucional, manteniendo los liberales napolitanos á este príncipe en la direccion efectiva de un gobierno que solo habia aceptado por miedo, y del que era adversario obligado, ¿no hicieron traicion á su vez á la causa de la revolucion?

Otros insurgentes cometian en aquel momento la misma falta en el estremo opuesto de la península.

(1) El duque de Calabria, á la salida de su padre, habia cambiado su título de *vicario general* por el de regente.

El Piamonte no estaba menos impaciente que los demás estados italianos por derribar el antiguo órden civil y político restablecido en 1814 por sus antiguos príncipes y poner á la península bajo la influencia austríaca. El carbonarismo no contaba allí menor número de adeptos; pero vecinos del Austria, cuyas posiciones lombardas lindan con la frontera sarda en una estension de sesenta leguas, los carbonarios piamonteses habian resuelto aguardar para levantarse la salida del ejército destinado á invadir á Nápoles, salida que alejando de ellos el peligro de una intervencion inmediata, debia permitirles entrar en Lombardía, llamar á las armas la poblacion de este reino, entonces sin guarnicion, y colocar de esta suerte el ejército austríaco entre el norte de Italia sublevado y los napolitanos, cuya resistencia favorecia este ataque. El conde de Frimont habia pasado el Po en 5 de febrero; y en 10 de marzo, cuando, despues de cinco semanas de espera, llegó la noticia de que los austríacos atravesaban la frontera napolitana, el conde de Palma, capitan del regimiento de Génova, acuartelado en la ciudadela de Alejandría, da la señal del movimiento, hace tomar las armas á sus soldados y arrastra á la guarnicion á proclamar la constitucion española. Al dia siguiente 11, se reproduce en Turin la misma manifestacion, y en 13, el rey Víctor Manuel abdica á favor de su hermano el duque de Ginebra, entonces en Módena (1), y nombra regente del reino al príncipe de Saboya Cariñan (2). «No podria reconocer la revolucion sin faltar á las obligaciones que he contraido con mis aliados, decia Víctor Manuel, honrado y apacible anciano, motivando su abdicacion; no quiero combatirla mas, porque mi resistencia espondria á mis súbditos á los horrores de la guerra civil.»

El nuevo regente habia sido iniciado en el movimiento que acababa de estallar; sus ayudantes de campo y la mayor parte de los oficiales de su casa eran de sus agentes mas activos; él mismo debia apoyarlo, pero vacilando en el movimiento de la esplosion habia tomado de nuevo, dado y luego retirado su palabra. Su primer cuidado fué trasmitir al duque de Ginebra la noticia de la abdicacion del rey y de su propio nombramiemto para la regencia, y el duque respondió á esta comunicacion con un manifiesto en que anunciaba que aceptaba el trono, pero que lejos de consentir en el menor cambio político, declaraba traidores y rebeldes á todos los que se habian permitido ó que se permitian proclamar una constitucion ó invocar cualquiera otra innovacion contraria á la plenitud del poder real; que llamaba á todos sus súbditos á la defensa de los derechos del trono y nombraba general en jefe del ejército, con mision de someter á los rebeldes, al general Sallier de Latour, gobernador de Novara, plaza fuerte donde no habia penetrado todavía la revolucion.

La noticia de los sucesos de Alejandría y de Turin habia introducido, entre las autoridades austríacas de Milan, un terror que aumentaba á cada hora la salida de numerosas tropas de jóvenes que iban abiertamente á unirse á los insurgentes. Viendo la familia del archiduque virey que la revolucion llegaba á las puertas de la ciudad, se disponia para huir y hacia embalar á toda prisa los objetos mas preciosos del palacio, cuando los partes trasmitidos de Laybach y las noticias llegadas de Turin fueron á calmar de repente el primer espanto. El emperador Francisco enviaba á las diferentes guarniciones esparcidas en Lombardía la órden de reunirse y de dirigirse á marchas forzadas á Novara, donde el general de Latour concentraba algunas tropas para poder hacer frente á la insurreccion; Alejandro por su parte acababa de mandar á los cien mil rusos ya reunidos en Volhinia, bajo las órdenes de los generales Lacben y Yermoloff, que forzasen á su vez su marcha para llegar por el camino mas corto á la frontera italiana; por último el príncipe de Cariñan, despues de muchas órdenes para que se pusiesen en actividad todos los contingentes provinciales y para la organizacion de los guardias nacionales en todo el reino, habia cobrado miedo al recibir el manifiesto del duque de Ginebra, y abandonando sin pensar á Turin en la noche del 21 al 22, con los guardias de corps, la artillería lijera y dos regimientos de caballería, habia acudido á colocarse en Novara bajo el mando del general Latour. Pero este abandono, en lugar de abatir el ánimo de los constitucionales, como se creia en Milan, exaltó su energía. Llevado de una generosa audacia, el jóven conde de Santa Rosa, nombrado en la víspera ministro de la guerra, publica al momento un llamamiento á las armas y trasmite á un cuerpo de cuatro ó cinco mil hombres, reunidos entonces en el campo de Alejandría, la órden de invadir las posiciones austríacas. En 4 de abril se pone en marcha dicho cuerpo, conducido por los coroneles Regio, de Saint-Marian, Saint-Michel y el mayor Collegno, que se adelantan hácia Novara con la esperanza de decidir la desercion del ejército real, compuesto de cerca ocho mil hombres; el 7 llegan á dos tiros de cañon de la plaza, y al apuntar al dia siguiente llegan á las avanzadas de la ciudad. En el momento en que estaba mas animado el fusileo, doce ó catorce mil austríacos, llegados en la víspera con el general Bubna, coronan de repente las alturas situadas á la izquierda de los constitucionales, á quienes se esfuerzan en desbandar. Estos últimos por no verse cogidos entre dos fuegos se retiran, pero lentamente, en buen órden y sin dejarse deshacer por las cargas multiplicadas de un enemigo cinco veces mas numeroso. Por la tarde llegaron los constitucionales á Verceils, no habiendo dejado en manos del conde de Bubna, además de sus muertos, mas que una pieza de cañon y un centenar de prisioneros. Este esfuerzo en el que tanto los jefes como los soldados desplegaron una firmeza y una bravura que habian faltado completamente á los napolitanos, no se renovó mas, pues la desproporcion de las fuerzas no se lo permitia. Al dia siguiente, 9 de abril, quince dias despues de la caida de Nápoles, el general de Latour ocupaba á Turin, en donde restablecia tambien el poder absoluto.

La revolucion piamontesa se habia sostenido durante un mes, y su derrota disipaba los últimos temores al Austria; Alejandro detuvo inmediatamente la marcha de sus tropas, ya llegadas á Galicia.

Las conferencias de Laybach, abiertas en 8 de enero de 1821, se cerraron en 12 de mayo por un manifiesto en el que anunciando las tres cortes de Austria, de Prusia y de Rusia la disolucion del congreso, declaraban: «que reunidas con el objeto de ahogar las conspiraciones y de apaciguar las turbulencias dirigidas contra la paz general, cuyo restablecimiento habia costado tantos esfuerzos y sacrificios, habian visto desaparecer el crímen ante la espada de su justicia; que fieles á los sentimientos y á los principios que acababan de guiarlos en la pacificacion de Italia, estaban decididos á no separarse nunca de ellos; que el mundo, los hombres de bien de todos los paises, hallarian constantemente en la union de las tres cortes una garantía asegurada contra las tentativas de los perturbadores (1).»

Al dia siguiente, 13, abandonaban los tres soberanos á Laybach, dejando en Nápoles cuarenta y dos mil hombres, y en el Piamonte doce mil soldados «encargados de asegurar la tranquilidad de la península.» La ocupacion del primero de estos reinos habia de durar tres años, y la del segundo hasta el 12 de setiembre de 1822. ¿Tenemos necesidad de añadir que en los dos estados, en Nápoles sobre todo, el restablecimiento del poder absoluto fué la señal de la reaccion mas violenta, y que numerosas comisiones militares ó tribunales marciales prodigaron las destituciones, el destierro, la confiscacion, las torturas de una cautividad sin término ó la muerte á los corazones nobles y á los espíritus generosos que se habian precipitado á la lucha? Porque este fue el carácter especial de este doble esfuerzo insurreccional, dejar á las masas en la inercia, y apasionar casi esclusivamente las clases superiores y medias de la poblacion; el ejército, la nobleza, las profesiones liberales ó eruditas, el comercio, la magistratura y el clero, no el pueblo de los campos ó de las ciudades, son los que durante los veinte y cinco primeros años de este siglo dieron á la independencia y á la libertad italiana sus apóstoles y sus mártires. El gabinete de Viena habia suministrado sus soldados para decidir la victoria, y ofreció tambien sus calabozos para torturar á los vencidos: muchos constitucionales italianos, entregados por sus príncipes á los generales de Francisco II, languidecieron durante largos años ó murieron en las fortalezas austríacas de Spielberg y de Munkatsch.

Los dos partidos políticos que dividian la Francia habian asistido con una especie de espectativa silenciosa á los rápidos acontecimientos que acabamos de referir, y atentos á los menores incidentes, comprendian uno y otro que se harian mas poderosos ó mas débiles segun el resultado. El doble éxito del Austria, saludado por los realistas como el

(1) Despues rey con el nombre de Carlos Felix.
(2) Despues rey con el nombre de Carlos Alberto.

(1) Alejandro, en sus conversaciones privadas con nuestros plenipotenciarios, usaba un lenguaje mas absoluto y mas amenazador que en sus declaraciones oficiales. ¿Era para sostener delante de ellos este renombre de soberano ilustrado que le habia conquistado en Francia su papel tan liberal en 1815, ó bien cedia solamente á las fluctuaciones de opinion, á los caprichos y á las incertidumbres de espíritu que ponian en frecuente contradiccion sus palabras y sus actos? Lo cierto es que en la audiencia de despedida que otorgó á Mr. de La Ferronays, le dijo: «Desapruebo todas las determinaciones que se han acordado, y siento la parte que me he visto obligado á tomar en ellas. Pero la voluntad del rey de Nápoles no era menos inmutable que la política del Austria. Mis aliados y yo estamos obligados por una necesidad fatal. Es preciso ceder á las circunstancias y esperar ver sobrevenir, un poco mas tarde, otras mas favorables para una transaccion necesaria, feliz y que convenga al espíritu del siglo.»

triunfo decisivo del principio monárquico sobre el principio revolucionario, fué recibido por los liberales como un descalabro fatal para los intereses de la libertad. Los oradores de la izquierda no tenian palabras bastante amargas contra estos congresos, nuevos lechos de Procusto, en los cuales las cortes bárbaras ó semi-civilizadas del Norte acababan de estender á los pueblos del Mediodía, y mutilar sus instintos mas generosos y sus facultades mas activas y mas brillantes. Una circunstancia aumentaba esta irritacion: engañados por los recuerdos de nuestra lucha revolucionaria y de la heroica resistencia de España, los liberales habian hecho á los napolitanos el honor de tomar sus declamaciones por verdaderas, y de anunciar su victoria. «Los austriacos han entrado en los Abruzos, habia esclamado el general Foy en la tribuna, pero no saldrán de ellos.» Las discusiones, ya tan apasionadas durante la primera mitad de la legislatura, fueron todavía mas acaloradas y mas violentas. En 13 de abril, mientras se trataba de una insignificante discusion de reglamento, se quejó Manuel de espresiones injuriosas, de gestos afrentosos, y se oyó á MM. Bignon, Demarçay, y á muchos otros diputados de la izquierda, echar en cara á Mr. Delalot, entonces en la tribuna, el amenazarles con el puño. Desde este momento los realistas se mostraron mas atrevidos, mas agresivos, y temieron menos el marcar abiertamente el objeto á que creian llegar. Púdose juzgar casi inmediatamente de sus verdaderas tendencias, al tratarse de un proyecto de ley preparado durante el ministerio de Mr. Decazes, y cuya discusion probó cuán difícil era toda conciliacion entre las pasiones y los intereses puestos en presencia y en lucha para el restablecimiento de la antigua familia real. Los Borbones se hallaban en efecto en una condicion desgraciada que, cualesquiera que fuesen sus actos ó su lenguaje, descontentaban ya á su propio partido, ya á la masa de la nacion. Consecuentes con las condiciones de su nueva entrada y con el principio mismo de su poder, ¿estos principios ó sus ministros estaban conducidos á deshonrar la revolucion y los hechos que la habian acompañado, á negar ciertos derechos adquiridos, ó á injuriar ciertos servicios hechos durante su largo destierro? Herian á todas las clases de la nueva generacion. Su gobierno, sea deseo sincero de union, sea política, ¿tenia cuenta, por el contrario, de estos servicios ó de estos derechos, ó bien parecia querer aceptar francamente las instituciones nacidas de la revolucion? Al momento el partido realista entero, hombres de corte ó gentilhombres de provincia, antiguos emigrados ó insurgentes del oeste y del mediodia, gentes de toga ó de iglesia, se indignaban y acusaban á los ministros de hacer traicion á la vez al rey y al trono. Conciliar estas pretensiones contrarias y estas exigencias enemigas era á nuestro modo de ver un resultado fuera del poder de la restauracion; ante esta tarea habia fracasado la omnipotencia de Mr. Decazes, y ante ella debia estrellarse tambien la fortuna de otros ministros.

Uno de los artículos secretos (el 5.º) del indigno tratado de Paris, firmado por Mr. de Talleyrand en 30 de mayo de 1814, estipulaba el abandono, sin indemnizacion, de todas las dotaciones, donaciones y otros cargos de esta naturaleza que podia reclamar la Francia contra las potencias aliadas. Las dotaciones abandonadas por este artículo estaban aseguradas en bienes patrimoniales dependientes de los territorios anejos á la Francia desde 1792, y convertidos en propiedad del dominio estraordinario imperial, ó bien tenian por prenda valores públicos, tales como acciones de canales ó títulos del Monte de Milan adquiridas á dinero por el mismo dominio (1). Los donatarios de esta suerte desposeidos eran entonces en número de tres mil seiscientos y treinta y siete, la mayor parte oficiales inferiores, sargentos, simples soldados, y entre ellos viudas y huérfanos cuyos maridos ó padres habian muerto en el campo de batalla (2). Ignorando la existencia del artículo secreto que consagraba su espoliacion, los principales donatarios habian dirigido luego sus reclamaciones á las comisiones mistas encargadas de liquidar todas las cuentas de la Europa coligada, pero estas reclamaciones no habian obtenido todavía contestacion, cuando la ley de rentas del 5 de mayo de 1818 vino á reunir al dominio del estado los restos del antiguo dominio estraordinario imperial, prenda comun de todos los titulares; apropiándose el gobierno esta prenda, se constituia su acreedor, por lo que á él dirigieron sus recursos.

El total de las rentas del dominio estraordinario ascendia en 1.º de abril de 1814 á treinta y ocho millones, pero despues del tratado de Paris disminuyeron de treinta y cuatro millones procedentes de bienes situados en los departamentos conquistados que este tratado restituia á las potencias estranjeras. Los cuatro millones restantes procedian de las propiedades situadas en Francia, y se hallaron tambien reducidos por las profusiones de Mr. de Blacas y por las entregas de bienes no vendidos hechas á los antiguos emigrados, á dos millones y cuatrocientos mil francos, de los cuales seiscientos mil pertenecian á ciertas donaciones particulares. Quedaba por consiguiente en rentas libres, sin afectacion especial, un millon ochocientos mil francos, que el gobierno resolvió distribuir á título de indemnizacion, entre todos los donatarios despojados por Mr. de Talleyrand. Estos donatarios formaban primitivamente seis clases graduadas segun la importancia de cada dotacion (1), dividióse la indemnizacion en tres categorías: mil francos de renta para las cuatro primeras clases de donatarios; quinientos francos para la quinta, y mil francos para la sesta y última clase. El artículo 1.º del proyecto de ley destinado á realizar este acto de equidad estaba concebido en estos términos:

«Los donatarios franceses enteramente desposeidos de sus dotaciones situadas en paises estranjeros, y que no hayan conservado nada en Francia, y en su defecto los herederos de sus dotaciones, recibirán en indemnizacion de sus pérdidas, una inscripcion inmobiliaria en el gran libro arreglada para cada clase, segun la adjunta tabla. Estas inscripciones serán poseidas con los mismos títulos y estarán sometidas á las mismas condiciones que las dotaciones.»

Estas condiciones consistian en la trasmisibilidad de dichas dotaciones á la descendencia directa, masculina y legítima de los donatarios, y en su reversabilidad al estado, á falta de esta descendencia.

Presentado en la cámara de los diputados en 17 de marzo, y puesto en discusion en 23 de mayo, fué atacado este proyecto por todo el lado derecho, como un acto que consagraba la injusticia mas notoria, y en efecto colocaba á los diputados realistas en la mas estraña posicion: antiguos nobles ó reos revolucionarios, en su mayor parte, estos hombres que la revolucion habia perseguido, acosado con violencia y despojado se hallaban á su vez dueños del gobierno; no solamente el trono por el que habian sufrido tanto y combatido por largo tiempo, mantenia la supresion de sus derechos, de sus privilegios, y dejaba sus tierras, sus bosques, sus castillos en manos de nuevos defensores, sino que los ministros de este trono se atrevian á proponerles restituir á los hombres de la república y del imperio larguezas que eran la recompensa de servicios prestados á la república y á la usurpacion, Mr. Dubotderu, antiguo ministro de la mayoría de 1815, entrado de nuevo en el Palacio Borbon por las últimas elecciones, habló el primero: «¡Y qué! esclamó, las familias de los donatarios, despues de mil años, conservarán con orgullo el recurso de las recompensas dadas por el emperador, su señor, por los servicios hechos bajo las banderas revolucionarias, odiosas al trono, cuando los vendeanos, los realistas del oeste y del mediodía, los oficiales emigrados con nuestro rey y á instancias de este, despojados de sus bienes por las confiscaciones, dejarán viudas, hermanas, y numerosos hijos condenados á la miseria y al hambre! ¿No es monstruoso querer que sea el rey de Francia, á quien tantas veces se ha hecho traicion, el que se convierta de repente en dispensador de las recompensas inauditas ordenadas por Bonaparte á hombres perjuros á los mas santos juramentos? ¡Hablais de justicia distributiva, señores ministros! dictad, pues, una ley mas general y que satisfaga todos los intereses perjudicados por la revolucion.»

La ley de reparacion solicitada en términos generales por Mr. Dubotderu, fué indicada mas claramente por el general Donnadieu: «Los emigrados han servido la causa del rey, dijo; la patria y el rey son una misma cosa; su patrimonio ha aprovechado al estado, que le ha vendido por su interés y se ha servido de él para sus necesidades. Es, pues, una deuda del rey, una deuda del estado la que hemos de pagarles si no podemos restituirles sus bienes. La confiscacion de estos bienes

(1) El *dominio estraordinario* imperial, constituido por un senado-consulto del 30 de enero de 1810, se componia de *bienes reservados* en los paises conquistados, y de la porcion de las contribuciones estraordinarias de guerra que habia quedado libre despues del pago de los gastos de la conquista. Estaba destinado á subvenir á los gastos de los ejércitos, á recompensar á los soldados, como tambien á los grandes servicios militares ó civiles hechos al estado: á elevar monumentos, hacer grandes trabajos públicos, alentar las artes y aumentar el esplendor del estado.

(2) Los decretos del 15 de agosto, 3 de octubre y 3 de diciembre de 1809, entre otros, habian concedido buen número de estas donaciones á los soldados, oficiales y generales que habian perdido un miembro en las batallas de Wagram y de Essling. —En 1812 los donatarios eran en número de 11.000; en 1815, no se contaban mas de 5.921; y acabamos de dar el número de los que existian todavía en tiempo de la presentacion del proyecto de ley.

(1) El *mínimum* de estas dotaciones era de 500 fr. de renta, y su *máximum* no tenia límites. Así es que Berthier tenia en dotaciones de esta naturaleza, una renta anual de 1,255.000 fr.; los mariscales: Davoust, 900.000 fr., Ney, 728.000 fr., Soult, 305.700 fr.; Suchet, 195.000 fr., Junot, 80.000 fr.; los duques de Vicenzo, 200.800 fr.; de Bassano, 150.000 fr., etc

fué un crímen político, y es preciso repararlo. La restauracion no seria otra cosa que la confirmacion del desórden, si no se borrara del espíritu del pueblo la idea funesta que puede existir de las espoliaciones legítimas.» Mr. Clausel de Coussergues, despues de haber protestado igualmente contra el principio de la ley, despues de haber dicho que el gobierno emplearia mas convenientemente el millon ochocientos mil francos de renta dejados por el dominio estraordinario, destinándolos al sueldo de los guardias de corps (1), á la terminacion de las iglesias de la Magdalena y de Santa Genoveva (el Panteon), como tambien á la reparacion de las capillas edificadas por San Luis en Vincennes y en París (la Santa-Capilla), añadió: «Estas dotaciones eran feudos dados por la victoria; la victoria las ha quitado. No se limitan por otra parte, á recompensar á los que llaman los valientes, sino que se recompensan los servicios de toda clase hechos al usurpador. ¿Esta es buena política? Me dirigiré á cuatro de los ministros actuales, al señor ministro de negocios estranjeros (Mr. Pasquier), al señor director de policía general y del personal del ministerio de la gobernacion (Mr. Mounier), al señor ministro de marina (Mr. Portal), que todos fueron miembros del consejo de estado de Bonaparte (risa general); que me digan lo que habrian contestado á su antiguo señor si les hubiese preguntado sobre la conveniencia de repartir sus dones entre los cómplices de Pichegrú. Sin duda que habrian guardado entonces un respetuoso silencio y procurado conocer, antes de dar su parecer, el pensamiento de Bonaparte; pero yo supongo que este último hubiese exigido una respuesta precisa, en cuyo caso les suplico que aconsejen hoy dia al rey como habrian aconsejado á su emperador (nuevas risas).»

Acusando todos vivamente el pasado de ciertos donatarios que calificaban de conspiradores odiosos, de regicidas, de asesinos del duque d'Enghien, los oradores precedentes habian vacilado en pronunciar públicamente los nombres de dichos culpables; pero Mr. Duplessis de Grenédan, en la sesion del 23, dejó estos miramientos tímidos esclamando: «Recorred la lista que os ha servido y que se intitula: Estado de los donatarios que tienen derecho á la indemnizacion establecida por la ley propuesta á las cámaras; ¿qué nombres encontrais en ella? Todos los generales de Bonaparte, toda su casa civil y militar, sus ministros, sus prefectos, sus intendentes, sus escuderos, toda su corte, hasta sus médicos y cirujanos, hasta la dama de honor de su esposa y el aya de su hijo. Lavalette condenado á muerte como conspirador y evadido de las cárceles despues de su sentencia (violentos murmullos en la izquierda). Los dos hermanos Lallemand, designados en el decreto de 24 de julio de 1815, inmediatamente despues de Labedoyère y Ney como autores y fautores de la rebelion de los cien dias (redoblan los murmullos). Drouet, conde d'Erlon, Lefebvre Desnouettes, que basta nombrar; Ameilh, Brayer, Gilly, todos comprendidos en el mismo decreto (ruidosas esclamaciones en la izquierda; interrupcion).

El general Foy: «¡Esto es intolerable! ¡Esto es una infamia!»

Mr. de Girardin, acaloradamente: «¿Quereis formar una nueva lista de proscripcion?»

Mr. Dupont (de l'Eure): «¡Todo esto es bien digno del que propuso en 1815 el restablecimiento de las horcas!»

Mr. Duplessis de Grénedan: «Cito nombres inscritos en un decreto del rey; cito hechos; estoy en mi derecho.»

Mr. Lameth: «No teneis derecho de insultar á personas que valen mas que vos.»

Mr. Duplessis de Grénédan, continuando: Mouton Duvernet.. (nuevos gritos en la izquierda; nueva interrupcion).

El general Foy: «Es muerto. ¿Acaso no lo sabeis?»

Mr. Corcelles: «Preguntádselo al verdugo.»

Mr. Duplessis de Grénédan, repitiéndolo: «Mouton Duvernet, cuyo hijo tendrá mil francos y la viuda ochocientos de pension. El teniente general Clausel; ¡diputados de Burdeos! decid si el rey le desterró injustamente! (viva aprobacion en la derecha). El baron Debelle, designado en el decreto y juzgado como tal. El baron Darricau, comandante de los confederados en los cien dias. El conde Delaborde, teniente general designado tambien en el decreto. Excelmans, cuyos títulos y beneficios que recibió del rey conoce toda la Francia. Maret, duque de Bassano, antiguo ministro de relaciones esteriores de Bonaparte (nueva interrupcion).

Voz en la derecha: «¡Escuchad! ¡escuchad!»

Voz en la izquierda: «¡Quieren establecer una cámara ardiente!»

Mr. Duplessis de Grenédan: «Miollis, conde, teniente general, cuyos servicios en Roma son demasiado conocidos (nuevas esclamaciones en los bancos liberales) (2).»

(1) Los gastos de los guardias de corps los cubrian en parte el ministerio de la casa del rey, y en parte el ministerio de la guerra.
(2) El general Miollis habia hecho sacar de Roma al papa Pio VII.

Una multitud de voces, en la izquierda: «¡Esto es una iniquidad! ¡esto es un horror!»

El general Foy: «Hablais del hombre mas honrado de Francia, de uno de los mejores oficiales del ejército. ¡Esto es una infamia!»

Mr. de Lameth: «¡Es horrible atacar de esta suerte la reputacion de uno de nuestros mas valientes generales, de uno de los hombres mas virtuosos que se pueden conocer!»

Mr. Duplessis de Grénédan: «Si cometo errores, manifestádmelos y los reconoceré de muy buena gana... El general Vandamme, Lamarque, que combatió á la Vendée durante los cien dias.»

Voces numerosas, en la izquierda: «¡Decid los ingleses! Él impidió la guerra civil, ¡no merece mas que elogios!»

Mr. Duplessis de Grénédan: «El baron Méchin (risas en la derecha; todas las miradas se fijan en el banco de la derecha donde ocupa su asiento este diputado), prefecto de Bonaparte, que al mismo tiempo fué á restablecer en Rennes el gobierno de su señor. El baron de Montholon-Semonville, que está todavía en Santa Elena, emigrado mas feliz que los que habian seguido al rey en su destierro, puesto que se propone darle bienes, mientras se toman los de otros (movimiento muy vivo de adhesion en la derecha). El conde de Piré, que escoltado por una multitud de gentes ebrias, y ebrio él mismo, arrastró la bandera blanca por el lodo y paseó la efigie de su héroe por la ciudad, mientras que las gentes honradas y consternadas se refugiaban en sus casas. Hallaremos nombres mas famosos todavía y que ningun francés oirá jamás sin un profundo sentimiento de dolor y de indignacion... Último vástago del héroe que mandaba en Friburgo y en Rocroi, ¡en nombre del valor y de las virtudes guerreras se piden hoy recompensas para tus asesinos! Barrois, Bazancourt, y el conde Hullin (1), este último uno de los héroes de la Bastilla (viva aprobacion en la derecha). Despues de ellos solo falta hallar parricidas en la lista de los ministros: los nombres de Jean-Bon-Saint-André, de Jean de Bry y de Quinette, que se notan en ella, no necesitan comentarios (2).

»Señores, añade terminando el orador, cuando no ha mucho cundia todavía la revuelta en Nápoles y el Piamonte, lisonjeándose de triunfar los instigadores de las revoluciones de Europa y no dudando que el incendio llegaria hasta Francia, no disimulaban ni sus deseos, ni sus esperanzas; el ministerio los temia, y por esto les ofreció este proyecto de ley como un tratado de paz. ¿No es bastante haber perdonado á los satélites de Bonaparte el pago de los gastos de la guerra que la mayor parte de ellos suscitaron en Francia, sin añadir á esta amnistía unas recompensas absurdas? Lo repito, el proyecto de ley tal como está concebido no es mas que una nueva concesion de los ministros á la revolucion ó á su propension; y el estado que le han unido es un insulto para las cámaras. Como estos ministros, seguros de hallar allí (el orador señala el lado derecho) diputados que darian mil vidas para rescatar la sangre de Luis XVIII y la del duque d'Enghien, han esperado encontrar quienes consintieran en recompensar á sus asesinos,» (violento murmullo; gritos confusos).

Al dia siguiente tomó la palabra Manuel, diciendo: «Los muertos, los moribundos, los ausentes y los presentes, nadie ha hallado gracia en algunos oradores, y entre los generales contra quienes se ha procurado escitar vuestra indignacion, hay uno que despues de su muerte no ha dejado otra cosa que este testamento: «Confio al señor ministro de la guerra, Gouvion Saint-Cyr, el cuidado de hacer que mi viuda y mis tres hijos no se vean reducidos á la miseria.» El autor de este testamento, señores, es el teniente general Darricau.» Contestando luego el orador á las demandas de restitucion ó de indemnizacion hechas á favor de los emigrados por todos los miembros del lado derecho oidos en la discusion, añade: «Cuando hace dos meses hablaba de amenazas dirigidas contra los adquisidores de bienes nacionales, y de segundas intenciones, se nos contestaba que nuestras palabras eran una pura calumnia. Hoy dia se confiesa francamente lo que entonces se callaba (violentos murmullos en la derecha). Se callaba, porque las circunstancias parecian difíciles; se habla hoy dia, porque parecen favorables. Se callaba, porque la Santa Alianza no habia triunfado todavía de los gobiernos representativos; se habla claro ahora, porque los resultados parecen permitirlo. Se callaba, porque se creia tener necesidad todavía del ministerio; se habla ahora con franqueza, porque se han hecho bastante fuertes para pasarse sin él.»

Voces en la derecha: «Concluid, abogado,» (risas ó interrupcion).

Otras voces del mismo lado: «¡Animo! ¡muy bien defendido! ¡Sereis bien pagado!»

(1) Jueces del duque de Enghien.
(2) Jueces de Luis XVI.

Manuel dirigiendose al lado derecho: «Sí, señores, este discurso me será bien pagado, pero con una moneda desconocida de los que me interrumpen; cuando se habla de justicia y razon, cuando se defienden los intereses de su pais, es imposible que tarde ó temprano no se halle la recompensa en el aprecio público, y este es el único precio que ambiciono (bravos prolongados en los bancos de la izquierda).»

«Con algunas discusiones mas como estas veremos á nuestras puertas la guerra civil, añadió Mr. de Saint-Aulaire, cuyas palabras escitan los murmullos de la derecha y los aplausos de la izquierda. ¿Hemos vuelto acaso á aquellos dias lamentables de 1816, en que el orador á quien contesto (Mr. Duplessis de Grénédan) pedia condenaciones, borcas y suplicios? Tales acusaciones podian comprenderse cuando se proclamaba la utilidad de estos suplicios; pero hoy dia, ¿por qué acusar, difamar y ultrajar? ¡Se espera sin duda hacer llorar algunas mujeres y niños, porque se sabe muy bien que los hombres no lloran cuando se les ultraja!»

La discusion general, cerrada en 24, acababa de suministrar á los miembros de la derecha, el testo de acusaciones sin medida contra los generales y soldados de la república y del imperio, y la discusion de títulos dió ocasion al general Foy para vengarlos. Desechando otra enmienda presentada por Mr. Piet, que no reconocia los derechos, decia, de los supuestos donatarios, y consentia únicamente en socorrer á los antiguos titulares caidos de la indigencia, el general, en la sesion del 25, pronunció el discurso siguiente:

«Ayer el señor relator (el marqués de Bouthilliers) cometió un grave error, al decir: «Se puede servir muy bien al estado con gloria, sin que el estado deba una recompensa á sus servidores; y no veo en ningun departamento, ni en el gran libro de la deuda pública, la menor traza de una dotacion concedida á los vencedores de Rocroi y de Fontenoi.» La cita no es feliz, pues precisamente los vencedores de Rocroi y de Fontenoi son los que han recibido las dotaciones mas considerables. ¿Quién no recuerda que en 1648 se dió al gran Condé el Clermontois, dominio inmenso, cuyos solos derechos de regalía fueron rescatados por el gobierno en 1784, por dos millones, y que á pesar de todas las devastaciones de la revolucion, produce todavía ciento cincuenta mil de renta á la casa de Condé? ¿Quién ignora, señores, que Chambord fué la recompensa del vencedor de Fontenoi, recompensa otorgada con las aclamaciones de toda la Francia? Y no eran solamente recompensados de esta suerte, señores, los grandes servicios hechos al estado. ¿No conoceis acaso el libro rojo que se desarrolló ante la asamblea constituyente? (murmullos en la derecha). Una buena accion y muchas veces hasta una mala accion, ha hecho que se otorgasen á toda una familia recompensas pecuniarias inmensas, de que gozaba todavía en el momento de la revolucion y de que goza acaso hoy dia.

»La diferencia entre los tiempos antiguos y los modernos es esta: en los tiempos antiguos no se fijaba tanto la atencion en los oficiales inferiores y soldados, como se ha fijado desde la revolucion. Y sin embargo ¿creeis que se ha hecho mucho por ellos? Estos infelices amputados, suscritos en la lista de los donatarios, sobrenadan en medio de sus numerosos compañeros caidos en el campo de batalla. Sabed que en nuestras últimas guerras moria uno por cada sesenta soldados.

Y nuestros oficiales inferiores ¡cómo resplandecian de pureza y de gloria! Valientes como los mas valientes, generosos, sobrios y avezados á la fatiga, porque eran hijos de labradores, marchaban á pié al frente de las compañías, siempre los primeros en la lucha y en el campo de batalla. Raras veces podia la administracion militar satisfacer ni aun completamente sus necesidades; pero dotados de un corazon demasiado elevado para tomar parte en el pillaje, á que obligaba muchas veces á los soldados la necesidad, se consumia su vida en crueles sufrimientos y en eternas privaciones. ¿Y qué esperaban al cabo de tantos males? La muerte en una tierra desconocida, la muerte lejos de sus amigos, lejos de sus padres y hasta sin la esperanza de que al menos sus nombres pasarian á la posteridad.

»Si de esta clase de oficiales pasais á aquellos á quienes sus talentos habian colocado en una esfera superior; señores, ¡allí están estos hombres! La potencia francesa pasó, y todos los generales que invadieron imperios, gobernaron reinos ó provincias, han entrado de nuevo en la clase de simples ciudadanos. ¿Dónde estan sus riquezas, sus fértiles campos, sus palacios edificados, como se ha supuesto, con las lágrimas de las naciones? Apenas se podrian citar veinte que hayan conservado algunas de las larguezas del jefe del último gobierno, y todos los demás no tienen un asilo en donde puedan abrigarse.»

Voces en la derecha: «¡Esto es falso!»

El general Foy: «Esto es cierto y estoy pronto á citar los nombres. Las tres cuartas partes de los donatarios de la primera clase no tienen una pulgada de propiedad, y lo repito, puedo manifestar en la lista muchos generales que han tenido cincuenta mil francos de renta, y que en el dia están reducidos á su sueldo de retiro.

»Los detractores de nuestra gloria nacional pueden hacer una cosa: qué citen en un pais en el que, despues de una guerra tan obstinada y tan larga, con un señor tan indulgente por naturaleza, haya habido tantos Decios y tan pocos Verres.

»La comision que representa la mayoría de esta cámara, ha comparado nuestro ejército, en sus relaciones con los ciudadanos, con el ejército de César, representándole como que ha servido de instrumento para la opresion de su pais. Esto no es cierto. El ejército de César, licenciado por el senado romano, pasó con él el Rubicon, y con él persiguió los restos de la libertad espirante en Italia, España, África y Asia: pregunto yo, ¿qué ha hecho de parecido el ejército francés?»

Voces numerosas, en la derecha: «¡El 20 de marzo! ¡el 18 de fructidor! ¡el 18 de brumario!»

El general Foy: «Pregunto si jamás, en época alguna, existió un ejército mas obediente á los poderes civiles, mas adicto á los intereses nacionales y á la patria. ¿Y sabeis por qué? Porque este ejército era cívico y no se componia, como en otro tiempo, del comun de las campiñas y de la escoria de las ciudades, que iban á unir á sus banderas algunos reclutadores relajados, sino que era la flor de la poblacion, la sangre mas pura de Francia. Estos hombres, salidos de debajo de tierra al llamamiento de la patria en peligro, resistian todas las fatigas y todos los peligros. Inaccesibles á la codicia y al temor, iban cantando al combate, á la muerte, á una muerte muchas veces cierta.»

«Se os hablado de terror; el terror no pesaba sobre el ejército ni sobre los que habian permanecido en Francia, fieles al suelo de la patria; amenazando solamente á los que habian ido á la orilla derecha del Rhin, en medio de las filas del estranjero.»

Mr. de Lafayette y una multitud de diputados de la izquierda: «Bravo! bravo!»

Voces de la dercha: «El rey estaba allí!»

El general Foy: «El rey estaba en Francia y os habia intimado oficialmente el entrar de nuevo en ella (nuevos gritos de ¡bravo! en la izquierda). ¿No hemos visto arrastrados al cadalso á los Custine, Biron, los Houchart, nuestros mas ilustres jefes? Otros oficiales de rango inferior tuvieron la misma suerte ó bien corrieron los mayores peligros. Yo mismo, señores, y se puede hablar de sí propio en semejantes circunstancias, sobre todo cuando es interpelado nominalmente, fuí separado de la vanguardia del ejército del Norte donde combatia al enemigo, para ser arrastrado á los calabozos de José Lebon, en Cambrai. Sin el 9 de termidor habria perecido como tantas ilustres víctimas. (Una voz, de la derecha: «Esto, á la verdad, es demasiado modesto.») ¿Sabeis cuál era mi crímen? Era entonces, como hoy dia, no saber decir suavemente lo que siento con ardor, y lo que pienso con energía. Mi crímen, entonces como ahora, era perseguir con igual indignacion á los jacobinos de la guillotina y los jacobinos de la horca (nuevas aclamaciones y nuevos aplausos en la izquierda).

Se ha recordado el 18 de fructidor, pero esta jornada fué llevada á cabo por una parte del gobierno, sin que el ejército interviniese en ella en lo mas mínimo. En cuanto al 18 de brumario, aunque se hizo en beneficio de uno de los jefes del ejército, solamente tomó parte en él la guardia de los consejos, y no se puso en movimiento sino bajo la órden de los inspectores de la sala.

«¿Se dirá que durante el régimen imperial el ejército oprimió á la Francia? Pero el ejército no estaba en ella, señores, pues entonces en Francia no habia mas que veteranos. (Voces de la derecha: «¡Y las columnas móviles!») Las columnas móviles estaban compuestas de veteranos, de guardias nacionales y de los quintos de algunos depósitos; obedecian únicamente á los prefectos, y no podian componer una fuerza militar capaz de reprimir la opinion.

«Señores, durante el régimen imperial se ejecutó constantemente la ley de la revolucion que colocaba al poder militar en un puesto muy inferior al poder civil. Un mariscal del imperio, por ilustre y poderoso que fuese, no habria podido, en ninguna ciudad de Francia, hacer arrestar al culpable mas oscuro, al paso que el prefecto podia disponer de la fortuna y muchas veces de la libertad de los ciudadanos mas notables. El poder militar estaba subordinado en todas partes al poder civil, y en todos los conflictos entre las dos autoridades, el jefe del gobierno procuraba dar la razon á la autoridad civil, y hacia bien. Es por consiguiente falso decir que durante quince años la Francia habia sido regida por un despotismo militar. Tanto valdria decir que el despotismo en que estaba colocada la Francia en tiempo del cardenal de Richelieu era un despotismo eclesiástico. (En la derecha:

A la cuestion!. Esta discusion, señores, añade el general al concluir, no carecerá de interés para la Francia; si su resultado no fuese el triunfo de la causa de los donatarios, serviria al menos para mostrar á la nacion donde están sus enemigos, donde están los enemigos del rey y de la Francia (violento tumulto en la derecha).

Mr. Béveillère y otros miembros del lado derecho: «Usais el lenguaje de un faccioso.»

Otras voces del mismo lado: «¡Esto es un llamamiento á la revuelta! ¡á la guerra civil!»

Mr. Dudon: «Sí, señores, esta discusion no carecerá de interés para la Francia; pero es sensible que para sostener esta ley remuneradora, no haya aparecido en esta tribuna uno de los generales cuyo nombre está inscrito en nuestros fastos militares, y á quien su nombradía europea hace fiel intérprete de los sentimientos de los valientes con que se honra la Francia. Solamente los que han mandado en jefe nuestros ejércitos tienen derecho de hablar en su nombre, y no aquellos cuya autoridad ha estado circunscrita al mando de algunos batallones.... (interrumpe al orador un descomunal tumulto, salido de los bancos de la izquierda, y los diputados de este lado le dirigen en masa las mas violentas interpelaciones.)

El general Foy: «¡Esto es una injuria personal! no sabeis lo que os decis.... He mandado en jefe en Prusia y en España.»

Mr. Dupont (de l'Eure): «Liquidad vuestras cuentas y no calumnieis á personas honradas (1).»

Cuando se apaciguó el tumulto tomó de nuevo la palabra Mr. Dudon, provocando la indignacion de la cámara sobre esta atrevida asercion del general Foy, «que el origen de las dotaciones ascendia al millon de cuentos prometido, en 1793, por la convencion á aquellos á quienes se daba entonces, añadió el orador, el nombre de defensores de la patria, y terminó su discurso dando sobre las negociaciones de 1815 pormenores que Mr. Pasquier calificó «de groseras inexactitudes.»

Cada una de las sesiones consagradas á la votacion de los artículos ofreció las mismas escenas de tumulto y de violencia; no se discutia, sino que se injuriaba; no era una lucha entablada entre adversarios que discutian opiniones contrarias, sino entre dos partidos enemigos que se echaban en cara recíprocamente, como crímenes, su fidelidad á dos causas contrarias, sus servicios bajo dos banderas diferentes, campeones unos del pasado y de sus derechos, y defensores los otros del presente y de sus intereses, hechos los de los noventa y nueve céntimos de la poblacion, como lo proclamaba el mismo Mr. Pasquier.

Espectador nuevo de estas ardientes luchas, no osaba el ministerio tomar parte en ellas. Dominado por el sentimiento de su falsa posicion, espantado de su debilidad y evitando el menor choque con la nueva mayoría, por temor de estrellarse, parecia haber abdicado toda accion y toda influencia en manos de la comision. Cambiando esta completamente el carácter de la ley, habia sustituido al proyecto ministerial un proyecto nuevo. En el primero, las rentas instituidas á favor de los donatarios guardaban el sello de su orígen, eran trasmisibles de varon á varon, por órden de primogenitura, y no debian volver al estado sino en defecto de descendencia masculina; en el segundo no habia heredamiento, y los titulares existentes y sus viudas no recibian mas que simples pensiones vitalicias. Mas todavía: la indemnizacion, segun los términos del proyecto ministerial, se hallaba adquirida por todos los antiguos donatarios sin escepcion y era un derecho. La comision rechazaba este derecho y poniendo á todos los donatarios á merced del gobierno, dejaba al rey la facultad de borrar de la lista de las nuevas pensiones ó de admitir en ella a los titulares que tuviese á bien. En vano los diputados de la izquierda acosaban al ministerio á defender su propio trabajo, valiéndose sucesivamente de la súplica y del sarcasmo: «La comision es la que gobierna, esclamaba el general Foy, pues el ministerio no representa aquí mas que la nada.»

Mr. Dupont (de l'Eure): «El ministerio no es nada absolutamente.

El general Lafayette: «¡Y desde mucho tiempo!»

Mr Pasquier, por toda respuesta, se contentaba con calificar estas observaciones de aserciones un poco ofensivas; y si arriesgaba alguna tímida protesta contra las duras exigencias de la comision, era para invocar á favor del principio el heredamiento inscrito en el proyecto primitivo, «el espíritu de familia que es la prueba mas manifiesta de la inmortalidad del alma.» Despues, cuando llegaba la ocasion de votar los artículos, Mr. Pasquier y sus colegas inmóviles en su banco se abstenian de votar.

Despues de la adopcion de las disposiciones que solo concedian á los donatarios simples pensiones vitalicias cuya concesion se dejaba al gusto del rey, presentó la comision un artículo adicional cuyos términos eran la manifiesta revelacion del espíritu y de las tendencias resueltamente contrarevolucionarias de la nueva mayoría. Este artículo no solamente atribuia una parte de las rentas del antiguo dominio privado imperial á los oficiales y soldados del ejército de los príncipes, del de Condé, y á los insurgentes del oeste y del mediodía, sino que llevaba además el máximum de las pensiones de esta última categoría á tres millones de francos, al paso que el máximum de la indemnizacion vitalicia concedida á los mariscales y á los generales que habian tenido quinientos mil francos ó un millon de dotacion, no era mas que de mil francos. La audacia de esta disposicion sublevó toda la izquierda:

«¡Esto es la contrarevolucion que despoja á la revolucion!» esclamó el general Foy.

Benjamin Constant: «Esta enmienda rasga el velo. Quiérese que los bienes pertenecientes á los oficiales y soldados cuyos servicios han valido tanta gloria á la nacion, aprovechen á los hombres que han llevado el hierro y el fuego al seno de la patria,» (violenta interrupcion de la derecha; numerosos gritos de: «Al órden!»)

Mr. de Castelbajac: «¿De que hombres quiere hablar el orador?»

Mr. Perreau (de la Vendée): «¡Los chuanes!»

Mr. de Castelbajac: «¡Olvida acaso este orador que en medio de estos hombres se hallaba el rey, á quien cada dia rinde aquí mentidos homenajes!» (en la derecha: «Bravo! bravo!») ¡Olvida que estos hombres, perseguidos en este recinto por continuas declamaciones, fueron proscritos y despojados por la revolucion despues de haber visto incendiadas sus habitaciones y degolladas á sus familias!» (prolongados aplausos en la derecha).

Mr. Casimiro Perier: «Lo que no debe olvidarse ante todo es que en esta discusion debe presidir el solo interés de la Francia y no el interés esclusivo: «De Coblenza á su víctima pegado.» (risa y murmullos).

La mayoría conservó la enmienda, pero reduciendo la cantidad de pensiones; y el conjunto del proyecto fué adoptado luego, tal como lo habia modificado la comision, por doscientos tres votos contra ciento veinte y cinco.

La cámara de los diputados discutia esta ley al mismo tiempo que la cámara de los pares procedia al juicio de la conjuracion del 19 de agosto.

Sus antiguos senadores, nombrados en 1814, los generales y los administradores promovidos á la dignidad de pares en 1819 por Mr. Decazes, estaban en mayoría en la cámara alta; honores, fortuna todo lo debian á sus servicios en tiempo de la república y del imperio; la mayor parte figuraban en la lista de los donatarios; y las invectivas é injurias que, de la otra cámara iban cada dia á herirles su gloria ó su pasado, hasta su asiento de jueces, no dejaron de influir en la salida del proceso sometido entonces á su decision, y del que debemos dar á conocer los principales incidentes y su resultado.

CAPÍTULO XII.

Sumario: Tribunal de los pares: proceso de la conspiracion del 19 de agosto, decreto para poner en acusacion; sistema de defensa adoptado por los acusados; Nantil: Berard, incidentes; el coronel Fabvier; arresto.—Cámara de los diputados; continuacion de la legislatura; incidentes; Mr. de Serre, Mr. de Lafayette. Presupuesto de gastos, discusiones relativas al ministerio de guerra, á las colonias, al clero y á la enseñanza primaria y secundaria. Presupuesto de gastos; discusion sobre el derecho universitario.—Ciérrase la legislatura.—Síntomas de rompimiento entre el ministerio y el lado derecho; MM. de Villèle y Corbière.—La congregacion: Nuevo director; establecimiento de asociaciones afiliadas; sociedad de los buenos libros, de las buenas letras, de los buenos estudios, de la adoracion del sagrado corazon de san José. Organizacion de la congregacion propiamente dicha: sus directores, sus dignatarios, sus consejeros, sus ceremonias, formas de las iniciaciones; composicion de la sociedad; jesuitas de vestido corto.—Introduccion del clero en la direccion de la instruccion pública; decreto del 27 de febrero; misiones.—Sociedades políticas secretas liberales: Orígen y organizacion de los caballeros de la libertad; fundacion y organizacion de los carbonarios; objeto político de las dos sociedades. Un navío lleva la noticia de la muerte de Napoleon.

1821.—Un decreto del 29 de agosto de 1820 habia confiado á la

(1) Mr Dudon, destituido por Mr. de Richelieu de la presidencia de la comision de liquidacion de los créditos estranjeros, habia tenido por sucesor en dicho cargo al baron Mounier. A esta destitucion aludia sin duda Mr. Dupont (de l'Eure). Mr. Dudon era el comisario del gobierno provisional de 1814, cuyo nombre figura en la época del robo del tesoro particular del emperador en Orleans.

de la conspiracion militar, abortada en la antevíspera, 19, á la cámara de los pares constituida en tribunal supremo de justicia. Leido en la cámara por Mr. de Pastoret el dictámen de la comision encargada de este trabajo preliminar, en las sesiones del 28, 29, 30 de diciembre de 1820, 2 y 3 de enero de 1821, en 4, 5, 6 y 8 del mismo mes fué seguido de la lectura de la requisitoria de Mr. Jacquinot-Pampelune que hacia las veces de procurador general. Esta requisitoria fijaba la posicion de setenta y cinco acusados, y estas eran sus conclusiones.

1.° Por insuficiencia de cargos se pone fuera de acusacion á diez acusados cuyos nombres son los siguientes:

MM. Combes-Sieyes, banquero; Roberto (Pedro Pablo) y Guerbert, sargentos mayores, legion del Meurthe; Barbé, capitan, legion del Norte; Corona, teniente, y Cordier subteniente, legion del Sena; Harlet, teniente, legion del Finisterre; Giscar, empleado en el estado mayor de la primera division; Forel, negociante de Nancy, y Merlin, dependiente de comercio.

2.° Pónese fuera de acusacion á sesenta y cinco acusados divididos en tres categorías, establecidos del modo siguiente:

I. MM. Merlin, mariscal de campo fuera de activo servicio; Sausset, Fabvier, Caron, Pailhès, Maziau, Dentzel, Varlet (J. H.), Baillon, coroneles fuera de activo servicio; Nantil, Cappès, capitanes; Robert (Jose), Paillard, Delamarre, ayudantes sub-oficiales, Depierris, Eynard, sargentos mayores; Charpenay y Hoffman sargentos, legion del Meurthe; Bérard, jefe de batallon, legion de las costas del norte; Dequevauvillers, O'Brien, capitanes; Jesneau, Jacot tenientes, Loritz, Brèdart, Lecoutre subtenientes; Modefflick, Sculfort, ayudantes sub-oficiales, y Rubenhoffen, sargento mayor, legion del Norte; Delamotte, Varlet (A. J. J.), capitanes; Desbordes, Godo-Paquet, Ligeret, tenientes; Bruc, Pégulu, Rémy, Martel y Dutoya, subtenientes, 1.ª legion del Sena; de Trogoff, capitan ayudante mayor, Gauthier de Laverderie, capitan, y Hutteau, teniente, 2.° regimiento de la guardia real; Lacombe, guardia de corps; Dumoulin, ex-oficial de ordenanza de Napoleon; Michelet, capitan, Dublar, teniente, y Lavocat subteniente, fuera de activo servicio; Rey (de Grenoble), de Beaufort, Pinet, abogados; Poubelle, pasante principal de notario: Mallent, administrador del Bazar; Lamy, antiguo recaudador de los registros.

Acusados todos de conspiracion contra la seguridad del estado y la persona del rey, crimen que llevaba consigo la pena de muerte;

II. Mouchy, hijo, negociante en Nancy,

Acusado de complicidad en dicha conspiracion; crímen que llevaba consigo la pena de muerte;

III. Begot, subteniente y Henry, sargento mayor, legion del Meurthe; Foucart, subteniente y Auvray, sargento, legion del Norte; Thevenin, capitan, legion del Sena; Pasquier, capitan de cazadores de á caballo del Cantal; Krettly, teniente de cazadores de á caballo de la ex-guardia imperial; Clevenot, farmacéutico militar; Flacheron, negociante en Lyon; Marin (C. F.), dependiente de comercio, y la señora Barrachin, esposa del coronel Maziau,

Acusados de no revelacion de dicha conspiracion; crímen castigado con dos á cinco años de prision.

La deliberacion del tribunal sobre estas conclusiones, empezó en 21 de enero y se prolongó por espacio de un mes. El acta de acusacion de cada acusado fué objeto de un debate especial, debate casi siempre muy animado y en el que se reproducian, entre los jueces, las mismas discordancias que les dividian en dos partes en las discusiones políticas; por un lado los pares de antigua raza adictos al tribunal y á las doctrinas ultrarealistas; y por otro los miembros cuya ilustracion tenia su origen en su participacion en los hechos de la república y del imperio, resistiendo unos á convencerse é inclinarse hácia la indulgencia, propensos los otros á la acusacion y desplegando gran espíritu de vigor. Terminó la deliberacion en 20 de febrero, y al dia siguiente, 21, un decreto de acusacion detuvo ante el tribunal á treinta y cuatro acusados solamente, y puso fuera de causa á cuarenta y un acusados (1). Ofendido Mr. Jacquinot-Pampelune de este resultado tan contrario á sus conclusiones, hizo dimision de su cargo, y fué reemplazado inmediatamente por Mr. de Peyronnet, procurador general de Bourges, á quien los electores del Cher acababan de enviar á la cámara de los diputados. Este cambio dió origen á estraños rumores; la requisitoria de Mr. Jacquinot habia permanecido secreta, y se afirmó que este funcionario, en dicho documento, hacia los cargos mas graves á los principales diputados liberales y á muchos generales de gran nombradía, que concluia en términos formales que fuesen juzgados, y que su discusion era una protesta manifiesta contra el decreto que acababa de salvar á estos grandes culpables. Acabamos de reproducir las conclusiones de Mr. Jacquinot, que reasumen con la mas rigurosa exactitud todos los hechos de culpabilidad revelados en su requisitoria. Los rumores que cundian en el público relativos á este particular, carecian pues de fundamento, y no escitaban menos la atencion y la curiosidad de todos los partidos, cuando en 7 comparecieron por último ante el tribunal los treinta y cuatro acusados mantenidos en acusacion. Esperábase tambien que poniendo el debate oral frente á frente á los reveladores, á los declarados libres de acusacion, á los acusados y á los testigos, produciria revelaciones é incidentes los mas dramáticos, pero la esperanza general fué muy imperfectamente satisfecha.

La conspiracion no habia estallado; los papeles cogidos á algunos individuos no suministraban mas que insignificantes indicios; la acusacion, desprovista de hechos materiales de insurreccion, no se dirigia mas que á un proyecto de conspiracion, cuyas únicas pruebas estaban basadas, por una parte en los indicios suministrados por los sub-oficiales de la guardia, Petit y Vidal, y por los tres oficiales de la legion del Norte, Amelloot, Drapier y Questroy, y por otra en las revelaciones del comandante Bérard y las declaraciones de muchos de los acusados. Los primeros se limitaban á referir proposiciones y confidencias tenidas entre sub-oficiales, oficiales inferiores y Nantil, por consiguiente no se podia conocer por ellos la organizacion y estension de la conspiracion, ni los nombres de los generales y diputados que habian entrado en ella; pues estos últimos no habian hablado, entre los acusados, sino con Bérard, el coronel Fabvier, Nantil y Mr. Rey (de Grenoble). Estos dos últimos se habian sustraido á toda investigacion, y el coronel Fabvier habia opuesto á todas las cuestiones de la comision de instruccion el silencio mas absoluto. Quedaba Bérard, pero este acusado en su debilidad no habia ido mas allá de ciertos hechos que suponia ya conocidos de los ministros. Finalmente, si en la primera perturbacion de un arresto repentino y de una rigurosa incomunicacion, otros acusados convencidos por otra parte de que el gobierno lo sabia todo, habian confirmado, al principio de la instruccion, algunos de los pormenores dados por Bérardt, se habian retractado luego, ó bien habian procurado oscurecer por contradicciones calculadas, los pocos indicios sobre la conspiracion, desprendidos de sus primeras declaraciones. Sin embargo, no podia negarse la conspiracion, porque, segun contestaban muchos de los acusados, habia conspiradores. Pero ¿quién habia concebido y preparado esta conspiracion? ¿quién era su jefe? Abrigándose todos los acusados detras de Nantil ausente, acusaron de ella á este oficial: á él solo pertenecia el pensamiento, la organizacion y la direccion de la conspiracion. Además, los acusados no eran sus cómplices, sino sus víctimas; y Nantil, odioso agente procurador, habia urdido la trama, no por pasion política en interés de una opinion ó de un partido, sino por cuenta y con la asistencia de la policía.

Este sistema de defensa en los ocios de la cárcel, tomaba de los hechos de la época y de las circunstancias mismas del proceso, una verosimilitud que fué en gran parte la salvacion de los acusados. La accion de la policía, en muchos procesos políticos terminados por la intervencion del verdugo, era un hecho notorio: en 1818, al tratarse de la votacion del presupuesto, Mr. de Villèle, ministro en la actualidad, y el general Donnadieu, en la sesion del 12 de marzo de 1821, habian podido declarar en la tribuna, que desde la trama de Pleiquier, Carbonneau y Tolleron, se habia hallado la mano de la policía en todas las conspiraciones. ¿No habia intervenido esta mano en el proceso actual, por el agente Chenard, á quien habian recibido por consejero y por guia dos sub-oficiales y los oficiales encargados de seguir la conspiracion? Por otra parte ¿de dónde, sino de la caja de policía, podian provenir las considerables sumas que Nantil, al decir de los reveladores como testigos, afirmaba tener á su disposicion? Por otra parte, cosa estraña, no se habia pensado en asegurar la persona de Nantil hasta tres dias despues de las primeras revelaciones, y la policía, á pesar de que se le habia trasmitido la órden de arresto el 19 de agosto á las cinco de la tarde, no se habia presentado á su domicilio hasta las once y doce de la noche; ¿por qué este retardo inconcebible, sino para facilitar su fuga (1)? Finalmente, Nantil.

(1) Los cuarenta y un acusados declarados libres de acusacion eran: el general Merlin; los coroneles Fabvier, Pailhès, Dentzel, Varlet; los capitanes Barbé, Cappès, O'Brien, Parquin y Michelet; los tenientes Corona, Harlet, Jacot, Ligeret, Dublar, Begot y Krettly; los subtenientes Cordier, Martel, Dutoya y Foucart; los ayudantes sub-oficiales Delamare y Sculfort; los sargentos mayores Robert (P.-P.), Guerbert y Rubenhoffen; los sargentos Hoffmann, Auvray y Henry; MM. Combes Sieyès, Flacheron, Poubelle, de Beaufort, Pinet, Clevenot, Giscar, Jorel, Morin (-J.), Marin (C.-F.), y madama Maziau.

(1) Esta última circunstancia ocupó gran parte en el debate, para espíritus menos prevenidos, se esplicaba facilmente por la confusion y el con-

cualquiera que fuese el lugar de su retiro, no podia ignorar los insultos de que le colmaban en cada audiencia los testigos y los acusados; los epitetos de oficial sin consistencia, aturdido, fanfarron é incapaz, de Proteo que se cubria con todas las máscaras, eran las menores injurias; todos señalaban en él un hombre de policía, y cuando sin temer por su seguridad, podia protestar, al menos por escrito, contra estas calificaciones infamantes, guardó un silencio obstinado. ¿Eran merecidos estos ultrajes, puesto que no los rechazaba?

Refugiado desde luego en casa del estudiante de derecho Bellay, como hemos dicho ya, y sucesivamente en casa de uno de los empleados del Palacio Borbon, en la habitacion de un antiguo sastre de la guardia imperial, donde permaneció muchos dias, y en casa de otro estudiante llamado Mr. Piétri, habia entrado de nuevo Nantil en comunicacion con MM. de Lafayette y Mérilhou, por intermedio del príncipe de Cantacuzène, y habia abandonado luego á Paris para pasar á Nantes, en donde de acuerdo con MM. Cossin, Dupuis, Fouré, Heureux y otros habitantes, se entregaba, en el momento mismo del proceso, á un nuevo trabajo de conspiracion. El disgusto que le ocasionaba la deshonra que hacia caer sobre su nombre el sistema de defensa adoptado por sus compañeros, le inspiró muchas veces la idea de abandonar á Nantes para ir á sentarse en los bancos del tribunal de los pares. Este paso destruia sin duda inmediatamente todas las calumnias, pero perdia á sus amigos, y Nantil para asegurarles la salvacion, se sometió al mas doloroso sacrificio que puede imponerse un hombre de corazon; el generoso oficial dió á sus compañeros mas que la vida; les dió su honor.

Todo, hasta la actitud y el lenguaje de Bérard, aumentaba á los ojos de los jueces y del público, la verosimilitud de la fábula de una conspiracion de policía. Permanecido en la pendiente de la revelacion, no se habia limitado Bérard á guardar silencio sobre sus relaciones con MM. de Corcelles y Mérilhou, sino que habia mirado tambien por la salvacion del mayor número de sus coacusados. Colocado de esta suerte entre sus semideclaraciones y la verdad, entre su firme resolucion de no traspasar el límite que se habia fijado, y el cuidado de su propia salvacion, este desgraciado para alejar la desconfianza de sus jueces y fingir sinceridad, se enredaba en las mas desmañadas invenciones contra sí mismo. Preguntado por el presidente acerca de sus relaciones con Nantil, respondió bastante largamente y terminó con estas palabras: «En 7 de agosto comprendí que la fortuna habia hecho que fuese puesto de centinela; en 19 recibí la consigna y en 20 di cuenta de mi mision.» El dia designado por Bérard á sus relaciones con Nantil era el 7 de agosto; sus primeras revelaciones al conde de Montélégier habian tenido lugar en 19 y 20, pormenores que habia dado á conocer el acta de acusacion. ¿Cuál era esta mision de que hablaba el acusado por la primera vez? ¿habia obrado por cuenta del gobierno ó de la policía? Grande fué la sorpresa entre el público de las tribunas y los jueces. El duque de Choiseul, uno de estos últimos, se hizo intérprete de la impresion comun: «Bérard, dijo, acaba de declarar que puesto de centinela en 7 por el honor, llenó en 20 su mision. ¿Qué sentido encierran estas palabras?

Bérard: «He querido decir que me habia precavido contra la seduccion y que habia servido al rey.»

El procurador general: «El acusado no ha dicho que hubiese si lo puesto de centinela por honor, sino por suerte.»

El duque de Choiseul: «Lo sé; pero como esta última espresion ataca con mas fuerza al acusado, me he abstenido de reproducirla por un sentimiento de piedad por la desgracia; porque revela un sentimiento indigno de un oficial francés.»

El papel de revelador tomado por Bérard habia alejado de este oficial á la mayor parte de sus coacusados, y hasta algunos al principio del proceso se habian pronunciado contra él: así es que á la apertura de las primeras audiencias, habiéndose cambiado los puestos designados á cada acusado y colocado á Bérard al lado de un antiguo oficial de ordenanza, Dumoulin, se levantó este último y dejándose llevar de la mas violenta cólera, declaró en alta voz que no toleraba la proximidad de un hombre cuyo contacto le haria caer inevitablemente en convulsiones, por lo que se les separó. La mayoría de los acusados agradándose sin embargo de sus numerosas reticencias, guardaba todavía hácia él atenciones que desaparecieron despues del incidente que acabamos de referir. Arrebatados por el sentimiento de reprobacion general que acababa de escitar la declaracion de este infeliz, los acusados, sus abogados y los testigos le prodigaron desde aquel momento los mentis y los insultos, negaban todas sus aserciones y contestaban á cada una de sus aserciones con las palabras de mentiroso é infame. Un doble motivo alejaba la piedad de la mayor parte de los testigos y de todos los defensores: las declaraciones de Bérard constituian, por decirlo así, toda la acusacion; destruyendo estas declaraciones en el ánimo de los jueces, la persecucion perdia su principal base y sus mas sólidos apoyos, y en segundo lugar escudado este oficial por su posicion de revelador, no podia incurrir en ninguna pena (1); la muerte ó una larga detencion amenazaba por el contrario á los demás acusados, y se trataba de salvarlos á cualquier precio que fuese. Uno de los testigos que desplegó mayor violencia contra él, habia sido entonces puesto en prevencion, y libertado despues; y rechazando Bérard sus ataques dió á conocer un pormenor que revelado durante la instruccion, hubiese hecho sentar a testigo en el banco de los acusados: «Dios mio! esclamó al concluir, si el testigo es libre hoy dia, lo debo á mi silencio, y se aprovecha de él para oprimirme.» El coronel Fabvier, puesto tambien en libertad despues de una detencion presentida de muchos meses, trató á Bérard no menos duramente; para él, Bérard era un indigno agente provocador, que despues de haberle hecho trasmitir, por un intermidiario cuyo nombre callaba el coronel, las proposiciones mas activas para entrar en la conspiracion, se habia esforzado además en arrastrarle á ella despues del descubrimiento de la conspiracion. Durante esta deposicion el rostro de Bérard manifestaba una violenta lucha interior; el sentimiento que le hacia bajar la cabeza bajo las injurias de sus antiguos cómplices, y á reservarse, por su silencio, algunos derechos á su perdon ó á su piedad, ¿triunfaria acaso de la cólera que le escitaban las deshonrosas acusaciones del coronel? Los acusados, algunos de los testigos ya oidos y muchos espectadores entonces en pié en las tribunas, pudieron temer un instante que saliese de sus labios la verdad; se levantó y vióse palidecer á algunos: «Nobles pares, esclamó, lejos de haber sido provocado por mí, el señor coronel Fabvier me manifestaba él mismo en 20 de agosto las disposiciones que contaba tomar para renovar y hacer salir bien la conspiracion, y si se permite valerse de esta figura, quisiera que ardientes tenazas arrancasen la lengua del de los dos de nosotros que ha mentido.» Luego despues de un nuevo y visible esfuerzo sobre sí mismo, se volvió á sentar diciendo: «No añadiré nada á lo que he declarado.»

El coronel Fabvier quiso retirarse; pero el presidente, el procurador general y muchos pares insistieron en que diese á conocer antes el nombre del intermediario que le habia enviado Berard, pero el coronel no quiso nombrarle. El tribunal dejó la audiencia para el dia siguiente «para dejar al testigo el tiempo de reflexionar.» Preguntado de nuevo el coronel al dia siguiente, persistió en no querer hablar. Tomó la palabra el procurador general: «El testigo ha jurado decir toda la verdad; ¿ignora que violar estos juramentos es hacerse perjuro, y que cometer un perjurio es faltar al honor y aceptar la ignominia? — Hablais de ignominia, señor procurador general, replicó con calor el coronel, por las acciones, por la vida es por lo que se merece. Mis acciones, os las pongo á vuestra vista, mi vida os la abandono, y dejo al noble tribunal el cuidado de pronunciar. En cuanto á los motivos que deben dirigir mi conducta, tendreis á bien, señor procurador general, que busque en otra parte consejos por lo que toca al honor. Soy de una familia y de un pais, señor, que en materia de honor no han de recibir lecciones de los que abrieron las puertas de la ciudad al enemigo.» Vivas demostraciones de aprobacion en una parte de los bancos donde se sentaban los pares y aplausos en todas las tribunas públicas, acogieron esta patriótica alusion al pais del procurador general y al acontecimiento que era la principal causa de su reciente y repentina fortuna poli-

barazo inseparables, en el primer momento, del gran número de órdenes de arresto trasmitidas á la policía civil por la autoridad militar. Estas órdenes eran de 70 á 80, por lo que difícilmente podian ser ejecutadas á la vez, principalmente con respecto á oficiales y sub-oficiales pertenecientes á cuatro ó cinco cuerpos diferentes, y que habitaban casi todos en los estremos de Paris y en los barrios mas opuestos. Los agentes por otra parte no sabian donde vivian la mayor parte de los conjurados, y fuéron á preguntarlo en los cuarteles, ademas ignorando la importancia especial de ciertos arrestos, se presentaron desde luego á los domicilios mas cercanos; y como Nantil habitaba en la calle de la Tour d'Auvergne, cerca de la barrera de los Mártires, bastante lejos de su cuartel, es probable que la policía no pensó en presentarse á su casa hasta despues de haber arrestado la mayor parte de sus compañeros de regimiento.

(1) Artículo 108 del Código penal: «Estarán exentos de las penas dictadas contra los autores de conspiraciones u otros crímenes que atenten á la seguridad interior ó esterior del estado, los culpables que antes de toda ejecucion ó tentativa de estas conspiraciones ó de estos crímenes, y antes de empezadas las pesquisas, habrán sido los primeros en dar á conocer á las autoridades dichas conspiraciones ó crímenes, ó que aun despues del principio de las pesquisas habrán procurado el arresto de los autores de la conspiracion.

lica (1). Cuando el tribunal, á instancias de este magistrado, se retiró en la cámara del consejo para decidir la pena en que habia incurrido el coronel por no haber declarado, al pasar muchos pares por su lado, le manifestaron con signos con la cabeza y con la mano, su satisfaccion por el modo con que habia hablado, y entre otros Mr. de Talleyrand, que en las deliberaciones sobre las conclusiones de Mr. Jacquinot Pampelune, se habia mostrado uno de los adversarios mas decididos. El coronel fué condenado á cien francos de multa. El intermediario que se negaba á nombrar era el acusado Dumoulin.

No solamente hallaban los acusados un ausilio enérgico en las deposiciones de sus amigos, sino que hasta los testigos mas ignorados de ellos, llamados á los departamentos mas distantes de Paris, les proporcionaban una ayuda inesperada. La pena de muerte pedida contra el acusado Monchy era motivada por una carta escrita de su puño, hallada en casa de Nantil, en la que le anunciaba que habiendo hablado á Mr. Voyer d'Argenson en su residencia habitual, á poca distancia de Befort, habia sabido por este diputado que todos los patriotas de los departamentos del Este estaban dispuestos á secundar el movimiento. Esta carta escrita en palabras cubiertas y en estilo comercial, designaba á Mr. d'Argenson con un nombre conventual, el de Bachelier. No solamente se habia asegurado la comision de instruccion de que no existia persona alguna de este nombre en los alrededores de Befort, sino que habia descubierto la posada donde habia bajado Monchy y en la que habia alquilado un coche y un guia para conducirle á casa del diputado del estremo izquierdo. El dueño de dicha posada, su despensero y el mozo de cuadra que habia servido de guia, fueron llamados ante el tribunal y puestos sucesivamente en presencia de Monchy, que al verlos se creyó perdido, pero los tres alsacianos despues de haber mirado largo tiempo al acusado con una atencion que afectaba la apariencia del exámen mas escrupuloso, declararon que no era el viajero que habia bajado en su casa, y que no le habian visto nunca.

En 9 de junio pronunció el procurador general su requisitoria condenando á la pena de muerte á los acusados Robert, Gaillard, Eynard, de Laverderie, de Trogoff, Delamotte, Varlet y Monchy, como culpables de conspiracion; al destierro al coronel Caron, como culpable de proposicion no unida á conspiracion (2), y al encierro, por no revelacion, contra todos los demás acusados presentes, menos el coronel Sauset y el guardia de corps Delacombe, cuya libertad proponia. Las defensas de los abogados se prolongaron por espacio de diez y nueve dias. En 29 entró el tribunal en deliberacion, cuyo resultado se resintió de la irritacion producida en un gran número de pares, antiguos generales ó antiguos funcionarios de la república y del imperio, por los debates que acababa de suscitar en la otra cámara la discusion de la ley sobre los donatarios. Heridos en su gloria y en su pasado por los insultos ó las injurias de los oradores ó escritores realistas, difícilmente podian desplegar los pares de dicha categoría un gran rigor hácia oficiales comparecidos á su barandilla por una tentativa de conspiracion que tenia todas las apariencias de una alevosía de policía, y que todos afirmaban que las proposiciones que habian oido tenian únicamente por objeto «obtener del gobierno del rey la conservacion íntegra de la carta y el retiro de las leyes de escepcion; de solicitar la justicia del monarca, y no forzar su voluntad.» Otra circunstancia favoreció los esfuerzos de los pares decididos á la indulgencia: el tribunal, por una resolucion que honra su justicia, habia decidido que para pronunciar la culpabilidad serian necesarias cinco octavas partes de votos. Todos los acusados presentes fueron puestos en libertad, menos Laverderie, de Trogoff, Delamotte, Robert, Gaillard, condenados á cinco años de prision, y Loritz á dos años; pronuncióse la pena de muerte, por contumacia, contra Mr. Rey (de Grenoble) y Nantil; por último una disposicion especial reservó el juicio del coronel Maziau á quien acababa de arrestar la policía secreta (3).

Esta sentencia, mirada por los realistas como un acto de verdadera impunidad, fue leida en 16 de julio, en sesion pública, á los acusados, que la oyeron con la mayor calma. Al dar cuenta los periódicos de esta última audiencia, hicieron notar una particularidad que les pareció estraña; hasta entonces Bérard entraba y salia el último siempre precedido y seguido de un gendarme, y esta vez habia salido de la sala, mezclado con la multitud de sus coacusados, confundido en medio de ellos, y hasta al lado del oficial de ordenanza Dumoulin, sin que este último pareciese que pensaba en rechazarlo. Añadamos que los mismos periódicos habian tributado unánimes elogios al carácter elevado y á la rectitud desplegados por Mr. Dambray en la direccion de este largo proceso. El homenaje era merecido, porque lejos de imitar el sensible ejemplo que dan la mayor parte de los presidentes de tribunales criminales, y de mostrarse, como ellos, el ausiliar parcial de la acusacion, el señor canciller Dambray, por una escepcion bien rara, no cesó de defender, por el contrario, contra el procurador general y contra los mismos jueces, los derechos y los intereses de los acusados.

La cámara de los pares en 1821 no ocupó la atencion pública sino á título de tribunal de justicia. Todo el interes político permanecia concentrado en las discusiones apasionadas de la otra cámara; discusiones á las que todas las clases de las poblaciones estaban tanto mas atentas en cuanto el silencio impuesto por la censura á los periódicos y á todos los escritos, que no fuesen los libros, esta cámara permanecia el solo lugar donde podian hacerse oirse los votos del pais, y su tribuna, el único órgano de las esperanzas, de los temores ó de la cólera de cada partido. Si los tumultuosos debates que la pasion política hacia estallar allí ejercian su influencia, como se ha visto, en la cámara de los pares, el proceso sometido á esta última asamblea llegaba tambien á la sala del palacio de Borbon. En 6 de junio, discutiendo muchos diputados de la izquierda el presupuesto de los gastos, reclamaban fuertes reducciones en el subsidio pedido por el ministerio para los gastos de justicia; todos se quejaban de la conducta arbitraria de los curiales y de la pasiva que mostraban los jueces con demasiada frecuencia. Uno de ellos, Mr. Etienne, bajaba de la tribuna despues de un discurso que no habia interrumpido un solo murmullo, y cuya impresion acababa de ordenar la mayoría, cuando el guardasellos Mr. de Serre pidió la palabra: «Los oradores que profesan aquí cada dia principios anárquicos y que se esfuerzan en ponerlos en accion, dijo, son consecuentes consigo mismos cuando atacan el órden judicial entero (violenta interrupcion en la izquierda).

MM. Laffitte, Foy, Casimiro Périer, Benjamin Constant, Augusto de Saint-Aignan y de Lameth, de pié en sus bancos: «¡Nombrad á estos anarquistas! ¡citad sus nombres! ¡estais loco!»

Mr. de Serre, á los interruptores: «Es muy fácil, señores, concluir esta diferencia de tal modo estraña que es increible. Que declaren vuestros oradores que no atacan á toda la magistratura, sobre todo á los magistrados encargados de la persecucion de los delitos, y me retracto (nuevo tumulto en la izquierda; numerosos gritos: ¡al órden!).»

Mr. Laffitte: «Calumniad todavía! no haceis otra cosa!»

Mr. de Serre: «¿Es libre el ataque mas violento, y prohibida toda defensa?»

Mr. Dupont (de l'Eure): «Pero el discurso al que contestais no ha sido interrumpido; hasta vuestra mayoría ha ordenado la impresion, vosotros sois por consiguiente los que nos atacais.»

Mr. de Serre: «¡Cómo!, ¡yo ataco!. . »

Mr Labbey de Pompières: «Sí, por vuestras impertinencias! . .»

Mr. Laffitte: «Por vuestras injurias!....»

Mr. de Serre: «Me parece que si en este momento se dirigen injurias, es al ministro del rey que tiene la palabra. Pero declaro no contestar á ellas sino con el desprecio (aplausos y gritos de ¡bravo! en la derecha.»)

MM. Dupont (de l'Eure), A. de Saint-Aignan y de Lameth: «Nosotros os le devolvemos!»

Mr. de Corcelles: «Este no es un lenguaje de un ministro.»

Mr. de Laffitte: «Es el de un furioso.»

Mr. de Serre: «Declaro honrarme con vuestras injurias, y feliz yo si puedo recoger siempre tan gloriosa recompensa por mis esfuerzos para defender el trono.... »

Mr. Laffitte: «Vos lo comprometeis con vuestro furor. Mejor hubie-

(1) Mr. de Peyronnet, abogado de Burdeos en el mes de marzo de 1814, habia tomado una parte bastante activa en la manifestacion realista que arregló la entrada de los ingleses en aquella ciudad. El coronel Fabvier era de la Lorena.

(2) Esta acusacion se fundaba en un hecho estraño á la conjuracion del 19 de agosto; se trataba de conversaciones tenidas por el coronel Caron con el gefe de escuadron en activo servicio de Letang, entonces de guarnicion en Epinal, proposiciones declaradas por este último á sus gefes, negadas enérgicamente por el coronel, y que solamente depuso el comandante de Letang.

(3) El coronel Maziau, preso cerca de Lovaina en 22 de junio, compareció solo ante el tribunal de los pares en 19 de noviembre siguiente, y en 24 fué condenado á cinco años de prision. Su causa ofreció un notable testimonio de los sentimientos que dividian á los pares, 62 miembros que pertenecian en su mayor parte al lado derecho de esta asamblea, protestaron por escrito contra la sentencia, pues no admitian que bastasen las tres quintas partes de los votos para aplicar legalmente la pena dictada contra él. — El procurador general pedia la pena de muerte.

rais hecho en permanecer en vuestra casa. La cámara estaba tranquila, y no venís sino para introducir en ella la discordia.»

Mr. de Serre, dirigiéndose á la izquierda: «Los honorables miembros (interrupcion en la derecha; un gran número de voces: No merecen el nombre de honorables!»).

Mr. Casimiro Périer: «¿Qué significan estas vociferaciones?»

Mr. de Serre: «He dicho y sostengo que los oradores de la estrema oposicion han profesado á menudo principios anárquicos (nueva y violenta interrupcion en los bancos de la izquierda. En la derecha: ¡sí! sí!)»

Mr. de Girardin: «¿Quién ha sido?»

Voces numerosas de la derecha: «Vos mismo, señor de Girardin.»

Mr. de Serre: «Antes de ayer y ayer, todavia.....

Mr. Sebastiani: «Vos no estabais.»

Mr. Jobez, en pié y gesticulando con fuerza: Sois un botafuegos, un provocador de escándalos.

Mr. de Serre con voz alterada: «¿Por qué estas violentas interrupciones?» pero acaso son el testimonio de vuestras conciencias que se levantan contra vosotros (en la derecha: ¡Sí! sí!) Mr. Dussumier-Fombrune y otros miembros del lado derecho: Conocen su flaco.

El general Foy: «El señor guardasellos acaba de dejarse llevar de la pasion, de tratar á sus colegas de oradores anárquicos y de erigirse en acusador público contra ellos (reclamaciones en la derecha), sí, en acusador público; por toda venganza, por todo castigo, le condene á levantar los ojos, al salir de este recinto, á las estatuas de Lhospital y de d'Aguesseau (1).

Benjamin Constant: «El señor guardasellos se ha atrevido á decir que existian en la cámara oradores que profesaban doctrinas anárquicas, y que procuraban ponerlas en ejecucion. (Voces en la derecha: Sí, esto es muy cierto! tiene motivo para decirlo!) Procurar poner en accion principios anárquicos ¿no es un crimen? (Las mismas voces en la derecha: ¡Sin duda!) Pues bien, ¿cuál es el deber del ministro? ¿No es el denunciar á los culpables? (En la derecha: Los da á conocer á la opinion.) ¿No sabe, en lugar de acusar en términos generales, acusarlos directa y personalmente? (En la derecha: Diriais que viola la libertad de la tribuna). Diez veces ha dicho el señor guardasellos que tenia pruebas de nuestras conspiraciones y nos ha denunciado; ¿dónde están estas pruebas? (Numerosas voces en la derecha: En una multitud de deposiciones; en todas partes. Pensad en el desagradable proceso de la cámara de los pares! Pensad en el bazar!) Ó estas pruebas son falsas, en cuyo caso nos calumnia, ó son verdaderas y debe por consiguiente ponernos en acusacion. En una palabra, ¿somos ó no somos conspiradores? (Una multitud de voces en la derecha. ¡Sí! ¡sí!)»

Algunos acusados de la conspiracion del 19 de agosto habian pronunciado muchas veces en el discurso de los debates, el nombre de Mr. de Lafayette. Despues de un discurso de este general, interrumpido á cada frase por esclamaciones parecidas á las siguientes: «Vuestras doctrinas son abominables! Quereis callaros! Bien, proclamad el mas santo de los deberes! Vamos, se cree montado todavia en su caballo blanco. ¿Habeis dormido siempre desde el 6 de octubre (2)?» discurso que hizo subir á la tribuna á muchos ministros y algunos diputados, Mr. de Lafayette se vió el objeto de insultos escepcionales: tres veces, Mr. de Castelbajac, Benjamin Constant y Mr. Pasquier habian empleado hablando de él, el epíteto habitual y comun de honorable, y otras tantas el lado derecho en masa protestó con fuerza y dejó oir estos gritos: «No digais honorable! ¡Para nosotros no lo es! ¡Que lo sea en buen hora para estos señores!» (designando los diputados de la izquierda).

Por una singularidad del carácter nacional, no era raro ver á esta asamblea detenerse de repente en medio del debate mas violento para abandonarse á la risa mas estrepitosa. Bastaba una salida para hacer desaparecer la cólera y prorrumpir en carcajadas los mas furiosos adversarios. Preconizando Mr. Reveillère las ventajas del antiguo sistema de educacion en un discurso frecuentemente interrumpido por los diputados liberales, evoca los recuerdos de su infancia: «Recuerdo todavía con veneracion, dijo, los modelos eclesiásticos con sotana y bonete cuadrado que han iniciado mi juventud en la sencillez de la verdadera ciencia.—¡Y que os dieron de palos!» añade al momento un miembro de la izquierda en medio de las risas de toda la cámara. Algunos dias despues Mr. Pasquier pronunció en la tribuna las palabras de súbditos del rey.» Nosotros somos ciudadanos! esclama Mr. de Corcelles. —Solamente somos súbditos de la ley, añade Mr. Dupont (de l'Eure). —Y bien malos súbditos replica al momento Mr. de Cayrol y otros diputados de la derecha. «Nuestros adversarios, decia mas tarde Mr. Casimiro Périer, al tratarse del presupuesto de la policía, atacan esta institucion menos que los ministros á cuyas manos está confiada; porque esta policía que maldecís en vuestros discursos, añade el orador dirigiendose á los diputados realistas, la amais....—¡Tiernamente!» contesta una voz del lado derecho con una especie de acento lastimero, que provoca en todos los bancos una esplosion de risa, en la que toma parte hasta Mr. Casimiro Périer.

Esta discusion del presupuesto, por lo mismo que llamaba el exámen de la cámara para cada uno de los gastos del estado, abrazaba todas las cuestiones que interesaban el porvenir político de Francia, sus libertades y sus derechos, y prestaba á la animacion de los espíritus una vivacidad y un calor que no habia tenido en las legislaturas anteriores. Los gastos de guerra, de marina y de instruccion pública fueron entre otros sucesivamente objeto de los mas tumultuosos debates. Al tratarse de la discusion del presupuesto de guerra, queriendo el general Foy hacer notar los tristes resultados de los cambios obrados por Mr. de Latour-Maubourg en el sistema de nuestra organizacion militar, tal como lo habia concebido el mariscal Gouvion Saint-Cyr, y los gérmenes de desaliento y de irritacion que sembraban en todos los cuerpos del ejército los espurgos del nuevo ministro, habló en estos términos: «Se nos piden ciento setenta y seis millones para el departamento de guerra, y no se podria poner en campaña ochenta mil hombres (violentos murmullos en la derecha y en el centro). Estos son hechos. Hay mas: el nuevo ministro ha suspendido el trabajo entre los legionarios veteranos; se ha detenido la organizacion de esta reserva, se desconocen todas las garantías por la ley sobre el ascenso, los grados no son mas que la recompensa de servicios de corte (interrupcion en la derecha).»

Mr. Duplesis de Grénédan: «¿Acaso no os habeis humillado á la corte y á los piés de Bonaparte?»

El general Foy: «Sin respeto á la ley se han despedido muchos oficiales, no por las relaciones de los inspectores generales y coroneles, sino á causa de la demanda de un poder oculto que domina á los ministros. Estas injusticias han producido en el ejército una impresion profunda....»

Una multitud de voces en la derecha y en el centro: «¡Es falso!»

El general Foy: «Es cierto, y esta impresion es todavia mas profunda en los oficiales que han permanecido, en perjuicio de los que han sido despedidos; porque estos últimos han tomado su partido (ah! ah!), al paso que los otros no ven en su profesion mas que un estado incierto y precario. Estos hombres que no temblaron ante las bayonetas del enemigo, tiemblan hoy dia ante los denunciadores, los provocadores y los espias (vivo rumor en la derecha y en el centro). Recordad la respuesta hecha hace algunos dias ante el tribunal de los pares por un testigo á un acusado que rechazaba su deposicion, designándole como espía: «Si fuera espía, hubiera ascendido.»

El presupuesto de marina propiamente dicho no suscitó vivas disputas. Todos los servicios de este departamento que dirigia por último un administrador inteligente y probo, recibian notables mejoras. Solamente al tratarse de las colonias, de su régimen económico y de su porvenir, fué cuando los diputados que representaban los principios entonces en lucha tanto dentro como fuera de la cámara, vinieron á las manos. Manuel, de espíritu firme, de clara y estensa inteligencia, preveia este porvenir, y queriendo preparar los colonos á los cambios que se han realizado efectivamente en nuestros dias, señalaba la necesidad de modificar progresivamente para ellos la aplicacion del antiguo sistema de esclavitud: «Es en vano, decia, que las colonias quieran volver á colocarse en el estado en que se hallaban antes de 1788; porque ni los colonos, ni vosotros, señores, os opondreis al curso del tiempo. El interés bien comprendido de los colonos, exige que vayan delante de una revolucion inevitable; deben resolverse á sacrificar una parte de su poder para conservar la otra; es necesario que hagan trabajar el suelo por los negros suavizando su suerte, es necesario que no los

(1) Estatuas colocadas delante de la fachada del palacio.

(2) Alusiones á un parrafo de la *declaracion de los derechos* propuesta por Mr. de Lafayette á la Constituyente de 1789; al color del caballo que montaba habitualmente en la época de su mando en gefe de la guardia nacional, y á los acontecimientos del 5 y 6 de octubre. La última acusacion era una calumnia, porque lejos de haberse dormido habia Mr. de Lafayette por el contrario velado durante toda la noche por la seguridad esterior del palacio de Versalles, cuya guardia interior habia solicitado en vano. No se retiró hasta apuntar el dia, y solamente despues de su salida, hacia las seis y media de la mañana fué cuando algunas mujeres, llegadas en la víspera á Paris, penetraron en el palacio por una pequeña reja lateral que acababan de dejar entreabierta. Las gentes de servicio introdujeron en ella la multitud que invadió luego los aposentos y las galerías. Advertido Mr. de Lafayette, acudió al momento al frente de algunos soldados y solamente despues de los mas enérgicos esfuerzos y no sin arriesgar su vida, consiguió detener los desórdenes y las desgracias que ensangrentaban ya aquella morada real.

condenen á muerte por desercion, y que por los delitos mas lijeros, no les corten los jarretes....»

A esta última palabra estalla con violencia la indignacion de los diputados realistas contenida por largo tiempo; cien voces dirigen al orador, desde los bancos de la derecha y del centro, estas interpelaciones y estos gritos: «¡Quereis ver renovadas las atrocidades de Santo Domingo! Este es un discurso infame! una provocacion á la estrangulacion de los blancos.»

Mr. de Lameth: «¿Por qué este furor privilegiado? Mr. Laisné de Villelevêque lo ha dicho tambien, y habeis ordenado la impresion de su discurso.»

MM. de Cayrol, Revéillere, Duvergier de Hauranne: «Este al menos tenia buenas intenciones.»

Mr. Augusto de Saint-Aignan, gesticulando con fuerza: «¿No se puede pues decir la verdad? (redoblan los gritos) Si no quereis escuchar, marchaos.»

Voces en la derecha y en el centro: «Señor presidente, haced callar á este furioso.»

Manuel: «Yo no tengo otra intencion que conciliar los derechos de la humanidad....»

Las mismas voces: «No pensais mas que en proscripciones y revoluciones.»

Manuel, confirmando... «El interés del pais (ah! ah!) y el de los mismos colonos...»

Las mismas voces: «Los entregais al puñal de los asesinos.»

Manuel: «Vuestras injurias y vuestras interrupciones no me harán cambiar de parecer....»

Las mismas voces: «Tanto peor para vosotros.»

Mr. de Peyronnet, levantándose con un ademan y un acento solemnes: «¡Y qué! quereis sacudir en la Martínica y la Guadalupe los tizones que han inflamado los ánimos en Santo Domingo?»

El general Foy: «Aquí no estais en la cámara de los pares.»

En este momento, todo el lado izquierdo se levanta é interpela á Mr. de Peyronnet con gritos y gestos amenazadores; el lado derecho entero se levanta á su vez y dirige á sus adversarios los insultos mas injuriosos. La voz de Mr. de Peyronnet domina la de los que le rodean: «Volved á la cámara de los pares,» le gritan desde la izquierda. Ambos lados se provocan y se insultan, y en vano el presidente trata de obtener un poco de silencio, porque no se le oye, pues el ruido de las voces ahoga la suya. Manuel, que habia permanecido en la tribuna, se esfuerza á su vez en vano en pronunciar algunas palabras. Si, aprovechando un momento en que parecian amenguarse los gritos, consigue por último hacer oir este principio de frase: «El objeto que me he propuesto.. — Esto es escitar nuevas revoluciones,» le dice al momento Mr. Dudon cuyo llamamiento al órden pide con fuerza el lado derecho. Entáblase un coloquio entre el interruptor y el presidente, que termina la discusion con estas palabras: «Os llamo al órden.»—«Bien hecho,» contesta Mr. Dudon. Por último el cansancio general viene en ayuda de los esfuerzos de Mr. Ravez; restablécese el silencio, y Manuel acaba su discurso.

La humillante actitud del gabinete ante las pasiones del lado derecho, contribuia aun á hacer mas vivos los debates. Cuando la discusion de la ley sobre los donatarios, los ministros habian abandonado sus propias proposiciones y sufrido todos los cambios sustituidos por los diputados realistas, á las disposiciones del proyecto primitivo; la misma debilidad y sumision mostraron al tratarse de una medida que habian ofrecido a los fervientes católicos de la cámara en prenda de su zelo diligente por los intereses de la religion; tratábase de la creacion de doce obispados nuevos. El gabinete, por una precaucion que se podia creer superflua, habia escrito en el proyecto de ley, que las nuevas sillas serian establecidas de modo que no hubiese mas que un solo obispado ó arzobispado por departamento. No solamente la mayoría borró esta cláusula, sino que decidió además que una vez creadas las doce nuevas sillas, se erigirian sucesivamente otras diez y ocho en las ciudades en que el rey juzgaria conveniente establecerlas. Adoptáronse estos cambios sin que el ministerio se atreviese á protestar de otro modo que por su silencio y por su inmovilidad. «En las cuestiones relativas al clero, esclamó el general Foy, el ministerio no es, ni ha sido nunca nada; todo se ha hecho por un poder oculto.»

Esta invasion del interés religioso en las cosas políticas se manifestó mas abiertamente todavía en la discusion del presupuesto de intruccion pública. Aunque esta administracion no constituyese un departamento ministerial, estaba confiada sin embargo á Mr. Corbière, uno de los tres ministros sin cartera que tenia voto deliberativo en el gabinete, y que recibia por esta direccion indemnizaciones anuales valuadas en ochenta y un mil francos. Al establecer Mr. Corbière el presupuesto de su administracion, habia conservado en él una suma de cincuenta mil francos señalada desde muchos años para el fomento de la instruccion pública. La comision habia propuesto resueltamente la supresion de esta asignacion, en atencion á que estos fondos, decia Mr. de Bourienne, relator, podrian emplearse en favorecer un sistema de enseñanza poco en armonía con nuestras instituciones (la enseñanza mutua). «Al proponerse esta supresion, dijo el general Foy, la comision se muestra consecuente con la demanda que os ha hecho de cinco á seis mil francos de aumento para la gendarmería, porque favoreciendo la ignorancia, aumenta el número de criminales, y se necesitan mas gendarmes para prenderlos.» Esta supresion, vivamente apoyada por un gran número de miembros de la derecha, fué combatida tímidamente por Mr. Cuvier, comisario del rey, que en cambio protestó con fuerza contra la absoluta neutralidad del gobierno entre el nuevo método y el de los miembros del instituto religioso conocido con el nombre de hermanos de la doctrina cristiana. «Que se me cite un solo enemigo de la religion y de la monarquía que no sea un partidario fanático de la enseñanza mutua, esclamó Mr. Cornet d'Incourt, y dejo de pedir la supresion. Este supuesto fomento, añadió, es por otra parte insolente; faltan institutores al menos en veinte y cinco mil pueblos; ¿qué quereis que haga cada uno de ellos con cuarenta sueldos?» Mr. Piet contestó la neutralidad proclamada por Mr. Cuvier y en términos muy amargos se quejó de la indiferencia del gobierno para la mayor parte de reclamaciones hechas por los hermanos de la doctrina. «Veo que nuestro honorable colega ha estado mucho tiempo sin conferenciar con sus venerables clientes, contestó al momento Mr. Corbière, porque de otro modo sabria que han cesado las quejas, y que todas las dificultades que podian existir entre ellos y la universidad se han arreglado con entera satisfaccion de los hermanos y particularmente del superior de la congregacion.

Mr. Bignon y otros miembros de la izquierda: «¿Cómo? ¡con satisfaccion de los hermanos! ¿y qué ha de importarle al gobierno que estos hermanos y su superior estén ó nó satisfechos?»

Mr. Cuvier y el ministro habian declarado muchas veces que la mayor parte de esta especie de limosna perteneceria á la enseñanza mas favorable á la religion; esta promesa arrastró á la mayoría, por lo que fueron conservados los quinientos mil francos en el presupuesto

En este debate solo se habian tratado cuestiones de doctrina y de principio, pero las asignaciones pedidas para la enseñanza superior literaria, dieron orígen á cuestiones de personas. Exaltando Mr. de Puymaurin la educacion dada bajo el antiguo régimen por las corporaciones religiosas, «educacion muy preferible á la de nuestros dias, decia, y que aseguraba al menos á la Francia realistas y cristianos» se pronunció con fuerza contra la tendencia impía de ciertas doctrinas del colegio de Francia, enseñanzas revolucionarias en las que, con pretesto de esplicar las bellezas de Virgilio, por ejemplo, se atrevian ciertos profesores, al tratar del rey Evandro, á hacer caer el ridículo sobre un príncipe augusto, digno de los respetos de toda la Francia.

Mr. de Girardin: «Citad, nombrad á estos profesores.»

Mr. de Puymaurin: «Tissot (1) y otros.»

Mr. Laffitte: «Esto es establecer la delacion en la tribuna; es hacerse un empleado de policía:»

Mr. de Puymaurin: «¿Qué hablais de espía de policía? vos sois el espía.»

El conjunto del presupuesto de los gastos fué votado en 29 de junio, y en el mismo dia oyó la cámara un dictámen de Mr de Vaublanc sobre un proyecto de ley que Mr. Simeon habia presentado tres semanas antes, en 7 de junio, y que prolongaba la censura de los periódicos hasta el fin de la legislatura siguiente. Mr. Simeon, simple abogado en el momento de la revolucion, debia toda su fortuna política á la república y al imperio; en su esposicion de motivos decia «que hacia treinta años que la libertad habia sido siempre, para Francia, una época de escándalos y de desórden, y que restablecerla seria volver á la anarquía y renovar la licencia de 1793.» Mr. de Vaublanc, en nombre de la comision, no negó los peligros de una prensa completamente libre, pero rechazaba la censura tal como la ejercian los ministros, que segun él, hacian de ella el empleo mas arbitrario; esta arma en sus manos, no era mas que un instrumento de opresion contra sus rivales y contra sus adversarios: un medio de mudar la naturaleza de la opinion y de ejercer sobre ella una influencia ilegal y sin límites, por lo que la comision proponia la inadmision. El lado izquierdo fué unánime para apoyar estas conclusiones,

(1) Profesor de poesía latina en el colegio de Francia. Mr. Tissot quiso contestar; pero la censura no permitió la insercion de su carta en ningun periódico

y cada uno de sus oradores llevó á la tribuna los mas estraños testimonios del despotismo ciego y brutal que ejercian sobre la prensa no ministerial las censuras de Paris y de los departamentos. Sus tijeras no mutilaban solamente los hechos ó las opiniones políticas, sino que lo suprimian todo; anuncios de obras de literatura ó de historia, citas tomadas de los sermones de Massillon ó de las epístolas del apóstol san Pablo, trozos sacados de los libros que contaban ya muchos siglos y poemas cuyos autores fueron pares de Francia ó académicos que aun vivian. Las esposiciones de las audiencias políticas de los tribunales estaban sometidas á las mutilaciones mas injustas; todas las deposiciones de los acusadores públicos, todos los hechos de la acusacion, hallaban gracia en la censura, pero raras veces la defensa, que si no la suprimia al menos la acortaba y la desfiguraba. Mutilaba el testo mismo de las decisiones judiciales; y vióse al tratar de un fallo pronunciado á favor de una hoja entonces ultrarealista, el Diario de los Debates, permitir la insercion de la disposicion y borrar el considerando: es verdad que en el párrafo suprimido, figuraba el nombre de un censor, Mr. Briffaut, miembro de la academia francesa. Los censores de los departamentos iban mas lejos, pues pasando por encima de las prescripciones mas formales de la ley, suprimian en los periódicos de su localidad, los discursos pronunciados en la cámara por los diputados liberales, cuando la misma mayoría habia ordenado su impresion. Inexorable por otra parte con respecto á toda crítica contra los actos ó las doctrinas de los ministros, de los diputados de la mayoría y de cualquier hombre empleado ó de crédito, la censura se mostraba asequible y fácil para las injurias dirigidas contra las opiniones ó la persona de los hombres de la oposicion. Señores absolutos, en una palabra, de toda publicacion, árbitros soberanos de la injuria y del elogio, guardando silencio ó publicando con respecto á cada cosa ó á cada nombre, segun sus odios ó sus caprichos; ejerciendo un poder oculto, omnipotente y sin registro, verdugos del pensamiento, parecia que los censores se empeñaban en justificar por sus actos los sentimientos de rabia y de desprecio de que se acusaba á sus funciones. El lado derecho estaba dividido sobre la oportunidad de la prorogacion de la ley de censura; sus miembros mas ardientes que querian quitar esta fuerza al ministerio, apoyaban las conclusiones de la comision; y el resto, que era la mayor parte, no admitia que tal satisfaccion pudiese equilibrarse con los peligros de la libertad de los periódicos. Intervino una transaccion y una enmienda, propuesta por Mr. de Courtarvel, y adoptada por el lado derecho y el centro reunidos, limitó el efecto de la ley á la espiracion del mes tercero que seguiria á la apertura de la próxima legislatura; la misma mayoría adoptó una segunda enmienda de Mr. de Bonald, que hacia todavía mas limitadas y mas duras las condiciones de la ley, sin que los miembros se atreviesen á apoyarla ó combatirla, ni levantarse en pro ni en contra cuando se pasó á votacion. Este silencio y esta inmovilidad irritaban é indignaban el lado derecho. «¡Qué! ¡los ministros no se declaran! esclamaban una multitud de miembros levantándose en tumulto. Esto es una traicion, una infamia, una cobardía; este ministerio es abominable.» Benjamin Constant pidió que al menos cada censor fuese obligado á firmar el artículo que habria censurado, y que esta firma fuese reproducida en el diario. «Los censores, dijo, son anónimos y tomados no só de dónde, por lo que se encuentran seguros de la impunidad de las difamaciones que vomitan desde el fondo de su guarida de escándalo. Haciendo cesar la oscuridad que les rodea, acaso se avergonzarán de autorizar la publicacion de largas columnas de invectivas y de mentiras.» Despues de una breve respuesta de Mr. de Serre, que calificó de gritos de rabia las observaciones del diputado de la izquierda, se rechazó la demanda de este último y se adoptó el conjunto del proyecto por doscientos catorce votos contra ciento doce.

Terminó esta larga legislatura la votacion de la ley de los ingresos, y solamente citaremos un solo incidente del debate: tratábase del derecho universitario. Declarándose de nuevo Benjamin Constant contra la direccion dada por Mr. Corbière á la instruccion pública, se quejó de las vejaciones que en muchos departamentos perseguian á los institutores seculares. «Pero es en vano, añadió, que se conspire contra la grande y saludable marcha del espíritu humano, pues todo lo que se hace contra el progreso de las luces no puede durar sino muy poco tiempo. Los frutos de la educacion no se conocerán sino despues de diez años, y al cabo de diez años el partido de que hablo será derribado, y todo lo que edifica con tanta pena habrá desaparecido sin dejar vestigios (reclamaciones en la derecha; carcajadas). Sí, repite con fuerza el orador, todo lo que se hace, todo lo que se maquina se hundirá en menos de diez años, sus autores habrán desaparecido de la escena política, y el olvido salvará sus nombres de la infamia (nuevas risas en la derecha. Una voz: Diez años para comprobar la prediccion; es muy prudente).»

Mr. de Serre: «Las supuestas vejaciones alegadas por el preopinante consisten en citas vagas que son una verdadera difamacion (interrupcion en la izquierda, tumulto).»

El general Foy: «Vos sois el que disfamais; no haceis otra cosa.»

Mr. de Serre, dirigiéndose á la izquierda: «Sé muy bien, señores, que quereis establecer en provecho vuestro un privilegio para atacarlo y denigrarlo todo. Esto es lo que ha hecho el preopinante. Cuando acabo de decir, por ejemplo, que todo lo que hace la cámara es contrario al interés de la nacion y será destruido en diez años, ¿no es esto una difamacion completa y absoluta?»

Los generales Foy y Thiard: «No, y lo que ha dicho es muy cierto.»

Mr. Dupont (de l'Eure), señalando á Mr. de Serre: «Este hombre es la difamacion en persona (1).»

El presupuesto de los ingresos fué adoptado en 21 de julio, y la legislatura cerrada en 31; las cámaras acababan de deliberar durante unos ocho meses.

En 20, once dias antes, Mr. Casimiro Périer habia anunciado en la tribuna que MM. de Villèle, Corbière y Lainé acababan de retirarse del ministerio. Esta noticia, que ni una sola voz en el banco de los ministros ó en los bancos de la derecha vino á contradecir ó confirmar, no habia causado ninguna sorpresa, pues no era mas que la confirmacion pública de un rompimiento cuyas señales se manifestaban desde algun tiempo en cada discusion, y por decirlo así, en cada sesion. La mayoría realista á la que MM. de Richelieu, de Serre y Pasquier, habian abierto las puertas de la cámara por la ley del doble voto, no se limitaba efectivamente á modificar profundamente los proyectos de ley presentados por el gabinete, ó á sustituir á las proposiones ministeriales disposiciones diametralmente opuestas; sus oradores principales no se contentaban con hacer las alusiones mas ofensivas al pasado de cada ministro; ataques directos, personales, habian sucedido á los miramientos guardados en los primeros meses de la legislatura. En vano quejándose con amargura Mr. de Serre de estos ataques, pronunciaba la palabra ingratitud, recordaba á los diputados de la derecha sus servicios y los de sus colegas, y preguntaba «si el ministerio no lo habia hecho todo en las últimas elecciones para obtener realistas; en vano dejando oir Mr. Pasquier las mismas quejas decia á su vez: Los oradores que nos atacan hoy dia y que hacen que sus amigos desconfien de nosotros, hubieran debido hacerlo cuando se formó la alianza (despues de la caida de Mr. Decazes), y no aguardar para atacarnos, para romper esta alianza, el momento en que ha producido todos sus frutos.» Estos llamamientos al reconocimiento del partido al que habian dado la fuerza y la influencia no eran escuchados, y lejos de esto Mr. de Labourdonnaie atacaba todavía con mas violencia al ministerio en la persona de Mr. Pasquier. Este trataba de defender su pasado y el de sus colegas haciendo observar que pretender rechazar de los negocios á todos los que se habian mezclado en ellos en los últimos treinta años, era querer alejar del gobierno, no una parte, sino las noventa y nueve centésimas partes de la nacion. «Al menos no veríamos en el ministerio ni á vos ni á muchos otros, esclamaba al momento Mr. de Labourdonnaie.—Los honorables miembros, replicaba Mr. Pasquier, retrocederian seguramente ante una acusacion formal.—No, señor,» respondia Mr. de Castelbajac. Algunos dias despues Mr. de Labourdonnaie añadia: «Preguntaré á Mr. Pasquier, cómo un hombre de honor podria unirse con él en política. No le haré la injuria de recordar sus servicios bajo los gobiernos anteriores al gobierno real, pero desde el establecimiento de este último, ¿no le hemos visto adoptar y defender cuatro ó cinco opiniones diferentes, y otros tantos sistemas políticos opuestos? ¿Y cuál es el miembro de esta cámara que se atreveria á venir á declarar en la tribuna que en seis años, ha cambiado cuatro ó cinco veces de opinion? Nosotros somos *ultra*; pero nuestro *ultraismo* al menos no ha variado; nuestras doctrinas, nuestros principios son los mismos que hace seis años.—«Es idea estraña, decia al momento Mr. Casimiro Périer; los ministros toman á mal que el partido que les domina no los quiera ya, y tienen á bien esplicar, suplicar y humillarse, ¡ha llegado su última hora!» Mr. Pasquier y sus colegas, por toda respuesta, bajaban la cabeza y guardaban sus carteras.

Estas agresiones continuas de sus amigos contra los antiguos colegas de Mr. Decazes y la persistencia de estos últimos en mantener el poder, dificilmente permitian á Mr. Lainé, de Villèle y Corbière, conservar su posicion ministerial, posicion falsa, anormal, que no les daba mas que un vano título y los reducia á una minoría constante en el consejo cuando disponian de la mayoría en la cámara. Por otra parte MM. Corbière y de Villèle no ejercian tampoco sobre el lado derecho la influencia que se podria suponer; eran sus representantes, los hombres de

(1) Esta escena tenia lugar en la sesion del 16 de julio de 1821.

negocios mas bien que los jefes, y aun debian menos esta posicion al voto de sus colegas que á la casualidad que en las legislaturas precedentes les habia hecho elegir muchas veces, por Mr. Decazes ó por Mr. de Richelieu, como intermediarios entre estos y la derecha. Los que dirigian la opinion realista no eran efectivamente personajes mas ó menos notables de la corte y de las cámaras, sino que esta direccion era el resultado de una tendencia comun hácia un principio preciso de dominacion, de una especie de concierto formado no solamente bajo la influencia de las reuniones en que se hallaban las notabilidades políticas del partido, gentes de corte, pares, diputados, prelados y escritores, si que tambien bajo la influencia todavía mas poderosa de una asociacion sólidamente constituida y de la que vamos á hablar muy en breve. Hay mas: las etiquetas de salon establecian, en el mundo aristocrático, un espíritu de igualdad inquieto y envidioso de toda superioridad, así es que el papel influyente de MM. de Villèle y Corbière, hombres nuevos sin ilustracion personal ó de familia, escitaba allí una secreta envidia, que no ignoraban estos dos miembros del gobierno, por cuyo motivo decididos á conservar en el partido realista la especie de popularidad que era entonces su sola fuerza, y convencido por otra parte de que el reconocimiento político, como toda cosa humana, tiene sus límites, y que el ausilio que habian prestado, hace un año, á Mr. de Richelieu y á sus colegas, pagaba mas que suficientemente la deuda del lado derecho hácia el gabinete, uno y otro habian en efecto anunciado, pocos dias antes de terminarse la legislatura, la resolucion de retirarse del ministerio. En vano para conservarles, ofreciendo MM. de Richelieu, de Serre y Pasquier sacrificar á Mr. Portal, hicieron proponer á Mr. de Villèle el ministerio de marina, y á Mr. Corbière un nuevo departamento ministerial compuesto de la instruccion pública, ya en su cargo, y de los cultos que se separarian del ministerio de la gobernacion: pues los dos representantes no dieron mas que respuestas evasivas, y no teniendo carteras que deponer, no enviaron sus dimisiones, pero dejaron de aparecer en el consejo, y abandonaron casi al momento á Paris para volver á sus departamentos.

Esta retirada anunciaba para la próxima legislatura un rompimiento abierto entre el ministerio y el lado derecho; la perspectiva de una lucha decisiva, señal del inevitable y próximo triunfo de la opinion realista, aumentó la energía de los hombres de este partido, é imprimió un nuevo ímpetu al trabajo de propaganda emprendido por los jefes de la congregacion, y el poder oculto tantas veces denunciado en la tribuna por los diputados liberales, y cuya accion, que se sentia en todas partes, no se manifestaba abiertamente en ninguna.

Desde 1816 se han podido seguir los progresos sucesivos de esta asociacion que habia cambiado de director espiritual; el abate Legris Duval, muerto en 1819, era reemplazado por el padre Ronsin, que le habia sucedido ya en el empleo de preceptor del heredero de la casa Doudeauville, Mr. Sosthène de La Rochefoucauld, casa de la que habia salido tambien, como se ha visto, el padre Delpuits, primer director de la asociacion. Como este último, el padre Ronsin pertenecia á la órden de los jesuitas. En la época en que vivia el padre Delpuits, esta órden solo contaba en Francia algunos miembros que vivian aislados, se ocupaban de educaciones privadas y disimulaban con cuidado su verdadero título. Hechos mas emprendedores en los últimos años del imperio, pero no atreviendose á tomar todavía mas que las denominaciones de ligoristas, paccanaristas ó padres de la fé, habian aumentado rápidamente en número y en riquezas despues de la segunda vuelta de los Borbones. Dueños en 1821 de muchos establecimientos de educacion importantes, en Lyon y en algunas otras ciudades de provincia, habian llegado además á fundar en las mismas barreras de Paris, en Montrouge, un establecimiento profeso, una casa madre, en la que renunciando al secreto que envolvia hasta allí su existencia, habian tomado de nuevo su nombre y establecido el sitio de su influencia. Sábese que los jesuitas no se pertenecen, sino que sometidos á la obligacion de una obediencia absoluta, abdican toda libertad y toda voluntad propia en provecho de la corporacion, y que en cualquier parte en que ejerza una accion, cualquiera que sea, no es un jesuita, sino la Compañía de Jesus la que manda. Por el solo hecho de dirigir la congregacion el padre Ronsin, se hallaba esta asociacion por segunda vez bajo la direccion efectiva de la Compañía de Jesus, y se convertia, aun sin saberlo muchos de los asociados, en una verdadera afiliacion á la órden de los jesuitas (1). Estos padres habrian faltado á la habilidad proverbial de su órden, como tambien á las prescripciones de su instituto, si hubiesen limitado sus esfuerzos al aumento de la congregacion propiamente dicha; no solamente el carácter religioso de esta asociacion y los deberes de devocion impuestos á los iniciados tendian á alejar del mundo á un gran número de jóvenes ú hombres, sino que el silencio y el misterio de sus reuniones podian alarmar por otra parte la multitud de espíritus tímidos á quienes cualquier empeño perturba é inquieta, y que ven un peligro en toda organizacion secreta. Para estos, los directores de la congregacion, en los primeros dias de 1821, resolvieron establecer bajo diferentes títulos, reuniones y conferencias públicas que tenian por objeto aparente propagar las sanas doctrinas de la moral y de la política.

(1) El abate Legris-Duval era *Sulpiciano*.

Los diarios y folletos realistas, las pastorales de los obispos y los sermones de los predicadores prorumpieron entonces por una especie de consigna, en quejas y acusaciones contra las máximas impías y antisociales de los filósofos del siglo XVIII y de los escritores de la revolucion. Despues, cuando pareció suficientemente instruida la atencion pública de los peligros de esta falsa ciencia filosófica y revolucionaria, que era, decian, el orígen del estravío de los espíritus y de todas las desgracias que habian afligido á la Francia desde treinta años, se anunció con gran pompa la fundacion de una sociedad de buenos libros, de una sociedad de buenas letras y de una asociacion para la defensa de la religion católica.

La sociedad de buenos libros tenia por objeto la publicacion de obras de moral, de ciencia y de historia, destinadas á no dejar en la memoria y á no ofrecer al espíritu mas que hechos y doctrinas que no pudiesen debilitar, bajo ningun punto de vista, el respeto y la obediencia debidos á la religion y á sus ministros, al trono y á sus representantes, y debia igualmente al efecto revisar, ó por mejor decir, refundir los antiguos autores latinos y franceses mas usuales.

La sociedad dicha de buenas letras, así llamada por oposicion á las bellas letras, era una especie de ateneo colocado bajo la proteccion de Mr. de Chateaubriand, en donde se hacian clase y lecturas. La publicidad de las sesiones, de que daban cuenta los periódicos, atrajo á ellas al momento la multitud de ambiciosos que se ven, en todos los momentos de crisis política, espiar atentamente los cambios de la lucha y ponerse en disposicion de mezclarse con los vencedores, á fin de reclamar su parte del buen resultado. Y no eran únicamente solicitadores vulgares, funcionarios tímidos ó ansiosos de ascenso los que se apresuraban á acudir, sino que entre los oyentes mas asiduos se contaban buen número de pares, diputados, generales y hasta banqueros.

La sociedad de buenos estudios estaba instituida para la juventud de las escuelas, y principalmente para los discípulos de la escuela de Derecho, que los reunia en conferencias, en las que se acostumbraban al ejercicio de la palabra discutiendo, bajo la direccion de jurisconsultos congregantes, cuestiones de derecho público ó privado. Estas conferencias, en las que solo se toleraban tesis favorables al dominio pontificio y al poder absoluto de los reyes fundado en el derecho divino, eran seguidas ávidamente por los jóvenes destinados á entrar en la magistratura, que veian en ellas una puerta abierta al favor y á la fortuna. El resultado no engañó á sus esperanzas, pues la sociedad de buenos estudios fué la que suministró á la restauracion, en los últimos años, la mayor parte de sus jóvenes magistrados y de los miembros de sus tribunales (1).

(1) Mr. de Lacretelle, miembro de la Academia francesa y profesor de historia en la Facultad de letras de Paris, ha publicado con respecto á esta sociedad los siguientes pormenores: «En 1821 algunos estudiantes de derecho que seguian mi curso de historia en la Facultad de letras, me pidieron con mucha instancia que les diese lecciones particulares en un establecimiento que me dijeron haberse formado con el título de *Sociedad de buenos estudios*. Accedí á ello con gusto é imaginé un plan de conferencias que podia acostumbrarles á la meditacion de nuestras leyes políticas y al ejercicio de la palabra. Mientras participaba esta idea á algunos jóvenes, penetrados la mayor parte de los sentimientos que me animaban, quedé muy sorprendido al ver entrar en mi gabinete, en que tenia la conferencia, á tres personages que se anunciaron como comisarios de la *sociedad de buenos estudios*. Dos de ellos eran miembros de la Cámara de los diputados y el tercero un candidato á la diputacion. Anunciaronme que dicho establecimiento habia sido fundado por ochenta ó cien padres de familia, que habian contribuido con la suscripcion de mil francos; que los discípulos permanecian bajo su direccion y que los comisarios estaban encargados especialmente de vigilar sus estudios. Al momento entendí que el punto que habia propuesto estaba lejos de merecer su aprobacion. Ocho dias despues me honraron con una segunda visita y me representaron con términos benignos y delicados que el objeto de las disertaciones indicadas no habia gustado á muchos padres de familia fundadores y que mas hubiera valido proponer un punto tal como el del estado de sociedad fundado en el poder paterno, en una palabra, un comentario de las doctrinas de Mr. de Bonald. Persistí en la eleccion que habia hecho y creia que habia roto mis relaciones con la *sociedad de buenos estudios*; pero los jóvenes se declararon con ardor á favor del punto que les habia propuesto; temióse sin duda irritarles, y se abrieron las conferencias.

En los esfuerzos de esta propaganda no se olvidaba á las mujeres, pues los jefes de la congregacion habian instituido para ellas cofradías consagradas á la adoracion del Sagrado Corazon de Jesus y del Sagrado Corazon de María; que no solamente daban prosélitos ardientes y adictos á las doctrinas del padre Ronsin y á los miembros de su órden, sino que la Compañía de Jesus hallaba en ellas además una fuente abundante de rentas que le suministraban los continuos donativos, legados y donaciones.

Finalmente una asociacion de San José estaba destinada á estender la accion de la sociedad entre los obreros sin trabajo y los criados sin colocacion.

El confundir la afiliacion congregante con la iniciacion propiamente dicha seria engañarse con respecto á la organizacion del partido religioso, pues todas las sociedades que acabamos de nombrar, formaban otros tantos grupos distintos afiliados en la congregacion por sus jefes y por sus miembros mas influyentes, sin formar parte sin embargo de la congregacion propiamente dicha. Esta guardaba su constitucion y su carácter propio, disimulaba con cuidado su existencia y su accion, y proseguia enérgicamente su obra, continuando en tener secretas sus ceremonias, sus sesiones y sus iniciaciones.

El asiento principal de la sociedad habia permanecido en las misiones estranjeras, propiedad particular, como se sabe, y en la que se gozaba una completa independencia. Su organizacion era la siguiente: para la sociedad tomada en el conjunto de sus diferentes reuniones de Paris y de la provincia, un director general espiritual, el padre Ronsin, y con el nombre de primero y segundo corifeos, dos directores laicos, MM. Julio de Polignac y Mateo de Montmorency. Cada asociacion particular tenia una administracion especial que se componia uniformemente: de un eclesiástico director, de cinco dignatarios laicos que tenian los títulos de prefecto ó presidente, viceprefecto ó vicepresidente, tesorero, vicetesorero y secretario, y de seis ú ocho consejeros laicos, segun el número de los asociados. La importancia escepcional de la reunion que tenia lugar en las misiones, y que presidia personalmente el director general, habia hecho establecer allí además un lector, un portero, un sacristan y un vicesacristan, empleos que constituian igualmente una dignidad vivamente solicitada (1). Todas estas funciones duraban un año y los titulares eran renovados en 8 de diciembre, aniversario de la inmaculada Concepcion de la Virgen, fiesta *patronal* de la sociedad, que abria el año congregante. A contar desde este aniversario, cada quince dias tenian lugar las sesiones, cuyo ceremonial para las del establecimiento de las misiones era el siguiente:

El dignatario que llenaba las funciones de portero, estaba á la entrada de la capilla y presentaba el agua bendita á cada uno de los que llegaban, preguntándoles si tenian intencion de comulgar, y si la respuesta era afirmativa, el portero la anotaba en una tabla destinada á indicar el número de las hostias que habian de consagrarse. Atravesada la puerta, se paraba el congregante, se postraba de rodillas, oraba, é iba luego á colocarse silenciosamente en una de las banquetas colocadas enfrente de un estrecho circuito donde se celebraba la misa. En el fondo de este circuito reservado, cerrado por una reja á una altura que permitia apoyarse, se elevaba una bandera en la que los congregantes debian tener constantemente fijas sus miradas y en la que se leian estas palabras, divisa de la congregacion, *cor unum et anima una*. Mientras iban llegando todos los cofrades, el dignatario que tenia el título de lector, leia en alta voz la vida de los santos, y así que la asamblea parecia completa á poca diferencia (1), dos miembros en las reuniones ordinarias, y cuatro en los dias de fiesta, que hacian funciones de sirvientes ó de asistentes, funciones muy envidiadas y preludio habitual de algun alto favor político ó administrativo, entraban en la sacristía y no tardaban en reaparecer, conduciendo al padre Ronsin, que subia inmediatamente al altar y empezaba la misa. Cuando llegaba el momento de la comunion, los miembros que debian participar de ella se presentaban de cuatro en cuatro, asistidos por los sirvientes, y luego de recibida la hostia volvian á su puesto. La congregacion permanecia arrodillada todo el tiempo que duraba el oficio, menos en el evangelio, y terminada la misa sus miembros entonaban el *Magnificat*. Acabado este cántico, el padre Ronsin abandonaba la sala, conducido de nuevo por los sirvientes; los cofrades recitaban entonces el *De profundis* ó el *Miserere*, aparecian otra vez los sirvientes, disponian un sillon delante del altar, volvian á entrar á la sacristía y conducian de nuevo al padre Ronsin, que sentándose en el puesto privilegiado, hacia á los asistentes un sermon ó una homilía. Despues de esta instruccion y cuando un visitador notable, de Paris ó de la provincia, asistia á la sesion, el padre Ronsin le invitaba á edificar á la congregacion por el relato de las obras de los cofrades de su barrio ó de su departamento (2). Si habia fallecido un hermano que ocupase una posicion elevada ó que mostrase una devocion rara, el director hacia su elogio. Desde este momento la sesion se trasformaba en parlatorio; la capilla se convertia en un salon en el que el director, mezclado con los cofrades, hablaba de los asuntos del dia, de la marcha de la administracion, en una palabra, de todas las medidas que parecian apetecibles para el interés bien comprendido de la religion y de la monarquía.

Las sesiones de la asociacion de las misiones estranjeras solo se diferenciaban de los demás grupos congregantes de Paris y de los departamentos por el carácter escepcional que tomaban, por el rango elevado de su director y la posicion social de sus miembros; el ceremonial era el mismo para todas las reuniones, pues en las misiones y en los demás centros de la sociedad solo se hallaban modificadas las formas que acabamos de describir en la solemnidad de ciertas fiestas y por la ceremonia de las instituciones.

La admision en la sociedad iba acompañada de minuciosas precauciones. La presentacion de un padre jesuita ó por algun sacerdote adicto á esta órden por muchos congregantes de Paris ó de provincia, era un requisito indispensable para obtener del padre Ronsin ó de cualquier otro director el favor de una breve conversacion particular, y si el resultado de esta audiencia era favorable, el neófito pasaba á novicio, título que le daba el derecho de asistir á las reuniones quincenales hasta que el director hubiese pronunciado directamente sobre su posicion. Sometidos durante el momento de prueba á la vigilancia de inspectores secretos, el novicio obtenia finalmente su inscripcion en la lista congregante, procediéndose á su recepcion con las ceremonias siguientes: en el dia fijado tomaba su asiento ordinario en el banco de prueba y oia allí la primera parte de la misa, y cuando el celebrante llegaba á la comunion, iban á buscarle solemnemente dos sirvientes y le conducian al pié del altar. Postrado allí de rodillas y con un cirio encendido en la mano, pronunciaba en latin la siguiente fórmula, invocacion y juramento á la vez, dirigida á la Virgen, patrona de la sociedad, y cuya traduccion es la siguiente:

«Santa María, madre de Dios y virgen; yo (el nuevo electo pronunciaba aquí su nombre), te elijo hoy por mi Señora, mi patrona y mi abogada, y prometo firmemente no abandonarte nunca, no decir ni hacer jamás cosa alguna contra ti, ni permitir que mis subordinados hagan cosa alguna contra tu honor. Suplícote, pues, que me aceptes por tu servidor perpetuo; asísteme en todas mis acciones y no me abandones en la hora de la muerte. Amen.» (3)

«El auditorio me sorprendió en gran manera. Pocas veces el severo país latino habia visto tan brillante reunion. El primer banco estaba ocupado por eclesiásticos cuya actitud, á falta de uniforme, parecia del todo monacal; eran los jesuitas de Montrouge. Detras de ellos estaban con todas las reglas de la deferencia y del respeto, personajes ilustres, tales como MM. el vizconde Mateo de Montmorency, el príncipe de Polignac, el marques despues duque de Rivierre, el abate duque de Rohan y un número muy considerable de pares y de diputados. Los jesuitas escuchaban con un aire severo ó desdeñoso las conferencias en que los jóvenes, animados del celo monárquico mas puro, mostraban al mismo tiempo un celo constitucional.

»Asistí dos ó tres veces, como espectador, á otras sesiones y no oí en ellas mas que disertaciones para el restablecimiento de la primogenitura y otras tésis parecidas. Mr. Berryer, que presidia, hablaba muy desdeñosamente de nuestras nuevas instituciones.» *Historia de Francia en tiempo de la Restauracion*, t. III, cap. XX. Mr. Berryer no pertenecia solamente á la *congregacion* y á la *sociedad de buenos estudios*, sino que ademas era miembro de la *Asociacion para la defensa de la religion católica*.

(1) En el año á que se refieren los documentos que tenemos á la vista, la congregacion de Misiones Estranjeras tenia por lector á Mr. Alejo de Noailles, por portero á un médico del hospicio de los ciegos, por sacristan á un fabricante muy famoso de bronces y adornos de iglesia y por vice-sacristan á un sub-gefe de la administracion de contribuciones indirectas. Su prefecto era Mr. Eugenio de Montmorency, su vice-prefecto, el hijo de un antiguo tesorero general de la casa del emperador, entonces intendente de la lista civil, y su secretario un gefe de seccion del ministerio de la casa del rey, que unia á este empleo el de *agente general* de la congregacion. *La agencia general* comprendia la caja, la correspondencia y los archivos.

(1) En los primeros tiempos se hacia el llamamiento nominal de los miembros presentes, pero cuando el número de asociados hizo demasiado largo y difícil esta operacion, se encargó á algunos miembros designados por el director el hacer constar secretamente la presencia ó ausencia de los cofrades.

(2) Estos *visitadores* estaban colocados durante el oficio en el interior del circuito reservado, en la derecha del altar; los *dignatarios* ocupaban la izquierda, y unos y otros tenian sillas, pero eran los únicos, porque el resto de los asientos consistia en banquetas cubiertas, lo propio que las sillas de un velo azul claro. No habia mas que un sillon, que era el del director.

(3) Hé aquí el testo latino de esta fórmula: Sancta Maria, mater Dei et

Despues de esta invocacion, el nuevo electo comulgaba y era conducido por los mismos sirvientes, no ya á su primer sitio, sino á uno de los bancos reservados á los congregantes (1). Terminado el oficio y cuando la sesion dejaba su carácter religioso para trasformarse en una simple reunion, el director llamaba al nuevo iniciado, lo abrazaba, le presentaba entonces á los dignatarios y luego á los demás cofrades, que le felicitaban por su admision y cambiaban con él los apretones de mano.

La congregacion, como todas las sociedades secretas, tenia su palabra de reconocimiento y su signo de reunion. La palabra de reconocimiento era la divisa *cor unum et anima una*, inscrita en el fondo de la sala de las reuniones, sobre el altar, la que hacian servir de epígrafe habitual muchos miembros en sus correspondencias mutuas (2). El signo de reunion consistia en una sortija de oro ó de plata, cuyo círculo presentaba en su parte esterior, una division de diez granos con los cuales se podia rezar el rosario, y que estaba adornada en su centro con un medallon en el que estaban grabados una cruz y un sagrado corazon, pero este último emblema indicaba mayor devocion á la sociedad; el padre Ronsin por humildad llevaba una simple sortija de plata.

Si en la composicion de las diversas asociaciones afiliadas á la congregacion se hallaban los mismos contrastes que presenta nuestra organizacion social, si la asociacion de San José, por ejemplo, se componia únicamente de trabajadores y criados, al paso que la sociedad de buenas letras no tenia por miembros mas que hombres y jóvenes de la clase rica ó elevada, los mismos contrastes existian en los grupos que componian la congregacion. Así en la escala de las congregaciones establecidas en Paris se hallaba: en el grado inferior, la congregacion de *Saint-Nicolas-du-Chardonnet*, colocada en medio de un barrio populoso y pobre, y compuesta en su mayor parte de trabajadores y de pequeños fabricantes y mercaderes (3), y en el superior la congregacion de las misiones estrangeras, en la que, en doscientos y noventa miembros, sin comprender buen número de hijos de pares ó de diputados, simples novicios, se contaban tres miembros de la familia real (4), un príncipe, dos duques, quince marqueses, treinta y cuatro condes, ocho vizcondes, veinte y un barones y treinta y cinco caballeros. Entre ministros, pares, diputados, tenientes generales, mariscales de campo, consejeros en el tribunal de casacion y en la audiencia, procuradores generales, prefectos y jefes de division, se contaban noventa y uno; los miembros mas humildes eran sub-jefes de oficina y guardias de corps. En verdad los miembros de este grupo privilegiado se hallaban en el orígen de toda fortuna, pues no solamente tenia en él la ventaja de acercarse dos veces al mes al omnipotente padre Ronsin, sino que sus miembros mas fervientes podian además esperar obtener, por el influjo de este eclesiástico, el favor difícilmente concedido de visitar á los huéspedes de Montrouge, y de alcanzar el último grado de la perfeccion piadosa, haciéndose admitir por estos reverendos padres en la clase de jesuita de hábito corto, favor considerable y comprado siempre al precio de un sacrificio sometido á las mas estrañas pruebas. «En esta Tebaida (Montrouge) resonaba continuamente el ruido de los coches, ha dicho un escritor realista contemporáneo. Muchos grandes eran tan constantes á esta peregrinacion como á las visitas de las Tullerías. Brillaban en las celdas las cruces de oro (de los obispos) y los cordones. Allí podia verse á los jesuitas novicios, sujetos no á las austeridades de los hermanos de la trapa, sino á un género de esclavitud mas duro todavía. No era su cuerpo, sino su voluntad la que estaba torturada por órdenes caprichosas y contradictorias y ejercicios que cambiaban á cada cuarto de hora. El trabajo que mas frecuentemente se les imponia era aquel para el cual eran menos á propósito y que mas les disgustaba. Parecía que se les hacia esclavos para hacer gustar mejor el placer de crearse á su vez esclavos entre los poderosos de la tierra. Así es que les consolaba ver á muchos hombres con títulos y recomendables por otras circunstancias diferentes del nacimiento, comprar, por humillantes y estravagantes pruebas, el favor de participar de las gracias acordadas á la órden de Ignacio de Loyola y de ser reconocidos entre el mundo y la corte jesuitas de hábito corto. Una de estas pruebas era que el ilustre neófito, en el dia de su recepcion, recogia las migajas de la mesa delicada á que estaban sentados los jesuitas. Almas quebrantadas de esta suerte por esta esclavitud voluntaria debian conservar poco gusto, poco respeto para la libertad civil y política, y hacer una guerra secreta á nuestras instituciones, aun amparándose con su apoyo (1).»

En efecto, no era una guerra abierta la que hacia el partido religioso á las instituciones salidas de la revolucion, sino que queria minarlas sordamente, poco á poco, con la palabra y con los libros; insinuar en el espíritu de las nuevas generaciones las doctrinas del derecho divino y del poder absoluto; en una palabra, persuadir á la Francia que para los pueblos como para los reyes, el catolicismo era el orígen de toda luz, sus dogmas posesores de toda la ciencia y superiores á la ciencia misma. De allí la consigna dada á todos los congregantes y á los miembros de todas las asociaciones afiliadas, sacerdotes ó laicos, de tomar por testo habitual de sus escritos, de sus conversaciones ó de sus sermones, la superioridad de la fe sobre la ciencia, de la piedad sobre la instruccion mundana. En 1821, despues de cinco años de esfuerzos y de sacrificios, el partido habia llegado á apoderarse casi enteramente de la instruccion primaria, por medio del instituto de los hermanos de la doctrina cristiana, pero no habian tenido el mismo éxito las tentativas para invadir la instruccion secundaria y superior, pues todas se habian estrellado ante la enérgica resistencia de Mr. Royer-Collard, presidente del consejo de la Universidad desde 1815. Pero luego que el decreto de 21 de diciembre del año precedente hubo introducido por la primera vez, en el gobierno, dos miembros de la congregacion, MM. de Villèle y Corbière, este último, que no habia aceptado el título de ministro sin cartera sino con la condicion de dirigir la instruccion pública, se apresuró á abrir en esta administracion una brecha bastante ancha para dar paso á las doctrinas y á los hombres de su opinion. Dos meses despues de su nombramiento, en 27 de febrero de 1821, hacia firmar á Luis XVIII un decreto que reorganizaba la Universidad sobre nuevas bases, y cuyos cuatro últimos títulos contenian los artículos siguientes:

«Las bases de la educacion de los colegios son la religion, la monarquía, la legitimidad y la carta.

»El obispo diocesano ejercerá, en lo que concierne á la religion, el derecho de vigilancia en todos los colegios de su diócesis. Los visitará él mismo ó los hará visitar por uno de sus vicarios generales, y pondrá en conocimiento del consejo real de instruccion pública las medidas que juzgue necesarias.

»Las casas particulares de educacion que habrán merecido la confianza de las familias tanto por su direccion religiosa y moral como por la fuerza de sus estudios, sin dejar de pertenecer á particulares, podrán ser convertidas por el consejo real en colegios de pleno ejercicio, y gozarán bajo este título de los privilegios concedidos á los colegios reales y comunales.

Cuando en las aldeas, un cura ó un ecónomo querrán encargarse de formar dos ó tres jóvenes para los pequeños seminarios, deberán dar conocimiento de ello al director de la academia, que cuidará que no pasen de este número; no pagarán derecho anual y sus discípulos estarán exentos de la retribucion universitaria.

virgo Ego (el nombre del nuevo electo), te hodie in dominam, patronam et advocatam eligo, firmiterque statuo ac propono me nunquam te derelicturum, neque contra te aliquid unquam dicturum, aut facturum; neque permissurum est à meis subditis aliquid contra tuum honorem unquam agatur. Obsecro te igitur, suscipe me in servum perpetuum; adsis mihi in omnibus actionibus meis, nec me desera in hora mortis. Amen.

(1) Los *novicios* estaban separados de los *congregantes*, y tenian su asiento en banquillos colocados cerca de la puerta de entrada.

(2) El lugar de esta divisa varia en un gran número de cartas que tenemos á la vista; en unas las palabras *cor unum et anima una* estan escritas en la parte superior de la primera página, y en otras preceden inmediatamente á la firma. Algunas de estas cartas son invitaciones á tertulias en las que se tocaban en el piano melodías piadosas ó nuevos cánticos.—Cada congregacion tenia además salones, designados por el director, donde estaban invitados á encontrarse sus miembros: los salones *recomendados* de la congregacion de las *Misiones* eran los del príncipe de Polignac, calle de los Campos Elíseos, palacio de la Reynière, de una dama que habitaba la calle de Fossés-Monsieur-le Prince, de un rico fabricante de la calle del Pot-de-Fer, y del director de la *sociedad de buenos estudios*.

(3) Hemos dicho ya cual era la composicion del personal de la direccion de las *Misiones*; la congregacion de *Saint-Nicolas du Chardonnet* tenia por *director* el cura de la parroquia; por *dignatarios*, un gefe de oficina, un comisario de embargos, un farmacéutico, un propietario y un empleado en las contribuciones indirectas; por *consejeros* un negociante en vinos, un médico, un propietario, un cordelero, un empleado en la direccion general de policía, un abogado literato y un antiguo carpintero. Contaba 237 miembros; el primer nombre de su lista alfabética era el del señor Aaron, jornalero y el último el del señor Vinot, *cocinero*.

(4) Luis XVIII, el conde de Artois y el duque de Borbon.—El rey y su hermano, como lo dijimos ya al referir el *orígen de la congregacion*, habian entrado en la sociedad cuando desprovista de todo carácter político, no constituia todavía mas que una simple agregacion de hombres piadosos, una especie de asociacion de asistencia mutua y de socorro. De la misma fecha databa la adhesion del duque de Borbon. Este, lo propio que Luis XVIII, no llevó jamás el menor concurso activo á la sociedad; y uno y otro no pertenecian á ella sino por la sola inscripcion de su nombre en las listas, pero en cambio el conde de Artois era uno de los miembros mas adictos y mas fervientes de la sociedad.

(1) Mr. de Lacretelle, ya citado.

Al mismo tiempo que Mr. Corbière daba á los obispos, sobre todos los colegios del reino, un derecho absoluto de vigilancia que se estendia á todas las materias de la enseñanza, puesto que no habia ninguna, á no ser las matemáticas, en la que no pudiese ver un eclesiástico una relacion al menos indirecta con la religion ó la moral religiosa; al mismo tiempo que hacia de un cura de la mas pequeña aldea un profesor y señor de pension privilegiada, libre de toda carga y registro, introducia en los elevados cargos de la Universidad sacerdotes que llevaban allí preocupaciones que podrá hacer apreciar el hecho siguiente. Viajando por el mediodía un abate nombrado miembro del consejo real, fué invitado á presidir un tribunal de profesores de la facultad de medicina de Montpeller, encargado del exámen de candidatos para el grado de doctor. Conducido uno de dichos candidatos, por el punto de su tesis, á citar el nombre del celebre médico Cabanis, muerto senador, le califica de médico filósofo, por lo que se le arresta, se le amonesta, y le preguntan cómo se atreve á pronunciar con una especie de elogio el nombre de un hombre «que habia blasfemado de la Divinidad y rebajado al hombre al nivel del insecto, escribiendo que la muerte por la apoplegía era una recompensa de la naturaleza.» Obligóse al candidato á retractarse y reprobar esta doctrina «inconveniente y poco religiosa.»

Por su parte los misionistas, grupo distinto de la congregacion, pero animado de su espíritu, y que obedecia al mismo impulso, continuaba sus predicaciones piadosas en todos los puntos del territorio; en 4 y 6 de marzo los periódicos anunciaban su presencia en Reims y Cherburgo y contaban que en la primera de estas dos últimas ciudades, despues de numerosas conversiones y de una comunion general de tres mil fieles, quince de estos obreros evangélicos, marchando al son de una música guerrera, teniendo por jefe al abate Forbin-Janson, por cortejo los dos obispos de Soissons y de Amiens, cien curas de las parroquias vecinas y todas las autoridades civiles y militares del departamento; por escolta la guardia nacional y setenta mil espectadores que proferian los gritos de ¡viva la cruz! ¡vivan la religion y los Borbones! habian pasado por catorce arcos de triunfo y habian plantado en un calvario, construido con el ausilio del concurso de mas de ocho mil personas, una cruz de setenta y dos piés de altura, y que pesaba doce mil libras. No habian alcanzado peor éxito los misionistas de Cherburgo que despues de largos ejercicios constantemente seguidos por la poblacion, y terminados con conversiones, comuniones igualmente numerosas y una procesion general, á la que asistieron todas las autoridades de la ciudad, y todos los oficiales de tierra y mar, habian presidido el acto de botar al agua y de la bendicion de la fragata la Clorinda. Los mismos periódicos, en testimonio de los beneficios producidos por este trabajo de evangelizacion, publicaban á boca llena las conversiones verificadas en el ejército por los esfuerzos del clero: un dia recibian el bautismo ó hacian su primera comunion una porcion de granaderos de la guardia real, otras veces se presentaban en los calvarios numerosos destacamentos de oficiales y soldados, se arrodillaban delante de cada estacion, entonando cánticos, se confesaban luego ó comulgaban, y luego se retiraban profiriendo estos gritos: ¡viva la cruz! ¡viva la religion y el rey! Los obispos no se limitaban á alentar con todo su poder estas dudosas conversiones, sino que imitando el ejemplo dado en 1817 por los vicarios generales de Paris, publicaban contra el espíritu de revolucion y de impiedad contenido en las obras de los filósofos del siglo XVIII, largos mandatos, que se apresuraban á reproducir las hojas realistas, y en los cuales lanzando estos prelados contra Voltaire y Rousseau, entre otros, todas las acusaciones forjadas por el espíritu de intolerancia ó de partido, todos los anatemas pronunciados por la iglesia contra los sacrílegos y los impíos, declaraban las obras de estos dos escritores, blasfemas y sediciosas, y prohibian su impresion á todos los súbditos de su diócesis, llevarlas encima y favorecer la venta ó la lectura bajo las penas canónicas de derecho.

Mientras la opinion realista se esforzaba en estender de esta suerte su influencia en todas las clases de ciudadanos, los adversarios de la restauracion, por su parte, provocaban á la resistencia contra las pretensiones de los hombres del antiguo régimen, á la masa de los intereses desconocidos ó amenazados, y hallaban en todas las clases y en todos los puntos numerosos elementos de lucha. Para la multitud toda cuestion política se traduce por un hecho material: «En Francia solo se emplean los sacerdotes y los emigrados,» habia esclamado el general Foy, en la sesion del 30 de mayo, y esta esclamacion reasumia todos los agravios que la multitud habia de vengar. Por otra parte, si durante tres años, desde 1817 á 1820, el partido liberal habia podido concebir la esperanza de llegar á modificar las tendencias y la marcha contrarevolucionarias del gobierno por la via legal, por medio de elecciones sucesivas que darian la mayoría á sus representantes en la cámara, esta esperanza se hallaba frustrada, pues la ley del doble voto acababa de cerrar toda senda á los cambios pacíficos, y la contrarevolucion seria fatalmente la mas fuerte: de aquí nacia en la conviccion de los contrarios mas enérgicos, la necesidad de echar mano del último recurso de las opiniones y de los intereses oprimidos, las conspiraciones y la revolucion.

La Francia, en tiempo de la segunda restauracion, presentó el fenómeno político estraño de una nacion turbada, agitada en sentidos contrarios por una doble organizacion de sociedades secretas cuya existencia fué simultánea, la accion paralela y el objeto opuesto; unas establecidas para hacer rechazar la Francia de 1789, las otras para mantenerla en aquel estado; inspiradas y conducidas las primeras por miembros del clero, sostenidas por el heredero presunto de la corona, formadas por gentes de corte, pares, diputados, magistrados, generales, funcionarios de todas clases, estaban destinadas á invadir progresivamente todas las posiciones políticas elevadas, y luego á apoderarse del mismo gobierno; las segundas, dirigidas por algunos diputados, compuestas de hombres y jóvenes de la clase media, de oficiales inferiores y sub-oficiales, debian ir á disolverse en las prisiones y en el cadalso. Los iniciados de las dos partes rechazaron como calumnias las revelaciones que podia ilustrar su organizacion y sus actos; pero la publicidad de muchos debates judiciales descorrió con bastante prontitud los velos que cubrian las conjuraciones organizadas en nombre de la libertad, y en la congregacion fué mas lenta la luz en dejarse traslucir. Un escritor realista en 1830 decia lo siguiente sobre la congregacion: «Fué un fenómeno en Francia la profundidad de discrecion con que una sociedad formada de cuarenta á cincuenta mil personas, disimuló ó negó durante quince años su existencia; hasta muy tarde no se empezó á tener noticia de ella, pues confundian mucho las intrépidas negativas de los iniciados (1).» Hemos dado á conocer la organizacion congregante, ahora vamos á esponer la formacion de las sociedades secretas liberales.

Con razon han dado los contemporáneos el nombre de conspiracion militar á la conjuracion abortada en Paris en 19 de agosto de 1820. La idea de la conspiracion, su organizacion, y el empleo de sus fuerzas, pertenecian esclusivamente, como se ha visto, á oficiales de activo servicio ó de reemplazo, pues el elemento civil solo habia intervenido en ella á título de fuerza ausiliar. Pero este último concurso, por secundario que fuese, bastaba para comprometer la libertad y hasta la vida de los hombres políticos que habian ayudado á la conjuracion con sus alientos y su bolsa. Temiendo atraer hácia ellos una atencion ya despertada por las semiconfesiones de Berard y de muchos otros acusados, los hombres de quienes hablamos habian permanecido inactivos y silenciosos todo el tiempo que habia durado la instruccion del proceso. Terminada esta instruccion, y seguros de los resultados de su complicidad, muchos de ellos se habian esforzado en vano, desde fines de enero de 1821, en renovar el hilo roto de 19 de agosto precedente, no dudándose de que, algunos meses hacia, el mismo odio que tenian al gobierno de los Borbones habia creado, en los departamentos del oeste, una vasta asociacion política secreta que contaba ya muchos miles de afiliados en las ciudades y villas de las dos riberas del Bajo Loire.

Esta asociacion tenia su gérmen en los sucesos de la primera restauracion. Hácia el mes de enero de 1815, cuando las faltas de Mr. de Blacas y de sus colegas agitaban todos los ánimos, la casualidad habia reunido en la fonda del Perigord, calle del Harpe, á cierto número de oficiales que habian quedado sin empleo á causa de la reduccion del ejército. Condenados al ocio y alimentando contra el nuevo órden político los mismos resentimientos, hablaban en sus conversaciones de cada dia, de los medios de derribar á los Borbones y de llamar de nuevo á Napoleon. En todas partes se hablaba de conspiracion y ellos tambien quisieron conspirar. Condecorados en su mayor parte, concibieron el proyecto de organizar una sociedad insurreccional de caballeros de la Legion de Honor. Uno de ellos, cirujano de la exguardia, el ayudante mayor Grandmenil, hizo observar que limitar los asociados á los solos miembros del órden era ir contra el objeto mismo de la asociacion: que era necesario estender el círculo en lugar de reducirlo, atraer en lugar de escluir, y escoger desde entonces un título que fuese una especie de llamamiento á los patriotas de todas las clases, á cuyo efecto propuso la denominacion de «caballeros de la libertad.» Adoptóse su proposicion, pero la asociacion no tuvo tiempo de estenderse; la vuelta de la

(1) Mr. de Lacretelle, *Historia de Francia*, volúmen y capítulo ya citados.—El mismo padre Ronsin guardaba la mayor reserva sobre su verdadero título, cuando no se encontraba en las *Visiones* ó en Montrouge tomaba los nombres de jesuita padre de la fe misionista sacerdote ó de simple abate, segun las personas y los lugares.

isla de Elba dispersó á sus miembros, y algunos meses mas tarde, el licenciamiento del ejército del Loire obligaba al cirujano Grandmenil á retirarse de su aldea natal, situada en los alrededores de Saumur.

Hemos visto el abatimiento y el silencio de los adversarios de la restauracion despues de la segunda vuelta de los Borbones, como tambien la animacion política que siguió al decreto del 5 de setiembre, su desarrollo y sus progresos desde 1817 á 1820. Saumur esperimentó las diferentes fases de este movimiento de la opinion; sin embargo algunas circunstancias locales le daban allí, para escitar á los ánimos, una vivacidad y un acuerdo escepcionales. Colocados en la línea central de los departamentos levantados contra la república en nombre de la religion y del trono, dueños de uno de los puentes que servian para la comunicacion del Poitou, del Anjou, y del Maine; mezclados muy activamente desde entonces con la guerra civil y muy adictos á la revolucion, los habitantes de Saumur, como la poblacion de todas las ciudades del oeste, alimentaban contra el gobierno de los Borbones sentimientos de hostilidad que inflamaban mas todavía las luchas diarias con los discípulos de la escuela de caballería establecida en su ciudad. Estos discípulos escogidos entre los oficiales y sub-oficiales que contaban ya al menos dos años de servicio, se hallaron comprendidos, desde 1818 á 1820, en los cuadros formados por el duque de Feltre. Sábese ya el espíritu de esclusion que habia presidido á esta eleccion. De allí se originaron en Saumur dos campos bien opuestos: la escuela y la ciudad; esta enteramente liberal, aquella del todo realista. Pendencieros, quisquillosos y borbonistas exaltados, los discípulos, al primer ruido, á la menor riña, se reunian todos contra la poblacion; los habitantes, organizados en guardia nacional no se manifestaban ni menos unánimes ni menos animados; bastaba un toque de caja de guerra para hacerles acudir á las armas. Todo descalabro político en el sitio en que residia el gobierno se dejaba sentir tambien en Saumur, los ánimos de ambas partes se encendian ó se calmaban segun que Paris estaba mas tranquilo ó mas agitado; las turbulencias del mes de junio, los ardientes debates de la cámara al tratarse de la ley electoral, y el descubrimiento de la conspiracion del 18 de agosto, habian escitado allí una fermentacion que no estaba apaciguada todavía, cuando en 6 de octubre, los colegiales saben que acababa de llegar a la ciudad Benjamin Constant. Este diputado iba á visitar á sus comitentes del Sarthe y habia aceptado, de los principales liberales de Saumur, un banquete señalado para el dia siguiente. En la misma tarde se presenta una parte de la escuela delante de la casa en que habia bajado, arroja piedras contra sus ventanas, y le intima con amenazas que abandone al momento la ciudad. Dispersados por la guardia nacional vuelven al dia siguiente los discípulos en número mucho mayor y quieren impedir el banquete; acude de nuevo la guardia nacional y se pone en disposicion de proteger á los convidados: los discípulos renuevan sus gritos y sus injurias, y se entabla una especie de colision; de las filas de los ciudadanos salen dos ó tres fusiles; los militares se ponen sable en mano, cámbianse algunos golpes y pronto se cuentan muchos heridos de ambas partes.

El banquete que habia originado aquellos desórdenes precipitó el cumplimiento de un proyecto de sociedad política secreta que mucho tiempo antes habia propuesto á los convidados el primer ayudante Grandménil. Se ha dicho que Benjamin Constant ejerció un influjo notable en la creacion de aquella sociedad; mas esta noticia carece de fundamento; pues aunque Benjamin Constant consideraba á los Borbones y á sus partidarios como los adversarios irreconciliables de la nueva Francia, y aunque por consiguiente deseaba y estaba dispuesto á aplaudir su caida; nunca entró en conspiracion alguna, porque las conspiraciones eran incompatibles con sus costumbres y con su carácter. Como orador, escritor y filósofo, su palabra y su pluma tenian cierta energía, pero su audacia no traspasaba los límites de la pluma y de la palabra. Lejos de intervenir en conspiraciones, ni siquiera queria tener noticia de ellas, de suerte que su permanencia en Saumur no fué causa, sino tan solo ocasion de la sociedad política de que hablamos. La noche misma de su salida los directores del banquete, irritados por las violencias referidas, ó impacientes de reunir las fuerzas de su cólera, resolvieron adoptar el plan propuesto por Grandménil, que era precisamente el mismo proyecto de asociacion acordado cinco años antes en el palacio de Perigord. Grandménil presentó sin introducir alteracion alguna sus antiguas disposiciones; sin eliminar siquiera el título de caballero que tomado del vocabulario del blason imperial formaba un verdadero anacronismo segun el objeto de unos hombres asociados en nombre de la libertad y de la igualdad. Al otro dia, 10 de octubre de 1820, este proyecto fue aceptado en una reunion á donde concurrieron el jefe del batallon de reemplazo Gauchais, su cuñado Mr. Tisseau-Gauchais, los físicos retirados Caffe y Fardeau, el primer ayudante Grandménil y MM. Chauvet, Fournier, Mandin, Duvau, Pablo-Desvarannes y Foüe. Quedaba fundada la sociedad de los «caballeros de la libertad.»

Generalizóse la asociacion con una rapidez muy superior á las esperanzas de sus fundadores, puesto que el número de sus individuos iba en aumento mas y mas cada dia. Verdad es que los medios de propagacion eran tan fáciles como sencillos: estaban prohibidas severamente las correspondencias, las listas y las notas escritas, cualesquiera que fuesen, y la única promesa que se exigia de los afiliados era el juramento de no hacer revelacion alguna, de proporcionarse armas y de hallarse prontos á cualquiera evento y á cualquiera señal. El poder de la iniciacion pertenecia á cualquier individuo, porque provocar las afiliaciones era no solamente un derecho, sino tambien un deber. Cuando un caballero habia afiliado nueve ciudadanos, estos formaban una comision, y cada una de estas comisiones particulares de diez individuos constituia un grupo completamente aislado, pero solo se conocian mútuamente los jefes, que residian en las ciudades ó en los pueblos donde habia muchas comisiones, y que formaban una comision principal. Todas las comunicaciones se hacian de viva voz; la comision central de Saumur trasmitia las órdenes á las comisiones principales, y estas á las particulares por medio de comisarios, de suerte que los comisarios eran propiamente unos viajeros infatigables, elegidos entre los individuos que tenian mas relaciones en el pais, que se dedicaban á la propaganda mas activa. Los asociados se reconocian con un signo manual (1): no se exigia contribucion alguna, ni se aceptaban otros sacrificios que los voluntarios; los pobres daban su tiempo y su persona, y los ricos su persona, su tiempo y su fortuna.

La sociedad de los «caballeros de la libertad,» que en este punto se distinguia de la sociedad parisiense de que hablaremos pronto, no buscaba sus adeptos únicamente en la clase media y en el ejército, ó entre la multitud de compradores de bienes nacionales, de empleados cesantes, de oficiales en activo servicio, de reemplazo ó retirados, de propietarios, de médicos y de abogados que se sentian irritados por las pretensiones y el influjo cada dia creciente de los adversarios de la revolucion. La sociedad admitia igualmente á los individuos de la clase laboriosa, y se granjeaba numerosos reclutas no solamente entre los antiguos soldados que se hallaban diseminados en los campos, sino tambien entre los patrones de barcos, entre los empresarios de cables y entre los marinos, designados con el nombre colectivo de «batelería del Loire.» La industria de estas clases iba decreciendo mas y mas cada dia, merced á la mudanza mercantil que deparaba á los comerciantes del Havre y á los marineros del Sena los beneficios y el trabajo que algunos años antes aseguraban á los armadores de Nantes y á la marina del Loire las antiguas relaciones de Paris y de los departamentos del centro con esta plaza. A estas diferentes clases de afiliados debemos añadir cierto número de empleados en activo servicio que abrigaban su adhesion bajo la pureza del objeto aparente de la sociedad. Este objeto, tal como lo indicaba el programa político de la asociacion, documento que sus fundadores habian redactado con intencion de defensa contra una persecucion judicial ó de averiguaciones posibles, era el siguiente: «mantener la integridad de la carta, obtener el restablecimiento de la ley electoral del 5 de febrero de 1817, y librar al rey del yugo de los cortesanos y contrarevolucionarios.» Aun hay mas: la sociedad, poco despues de su fundacion, encontró en la misma escuela de caballería una fuerza inesperada. El 1.° de enero de 1821, todos los discípulos que habian acabado sus cursos de instruccion fueron destinados á sus regimientos, y reemplazados por oficiales ó sargentos, que habian entrado en las filas del ejército, ó graduados en 1818 y 1819 durante el ministerio del mariscal Gouvion Saint-Cyr. Estos recien llegados estaban imbuidos en el espíritu político que dominaba desde esta época en las filas inferiores de los regimientos. Muchos tenian recomendaciones para algunos habitantes de la ciudad; uno de ellos era hermano de uno de los fundadores de la sociedad; se cambiaron inmediatamente las confidencias, y los tenientes Delon y Guerin entre los oficiales, los aposentadores Sirejean, Couderc, Mathieu, los brigadieres Charton y Grandménil menor, entre los sargentos, no tardaron en introducir la asociacion en esta escuela, antes tan hostil; mas de la mitad de los discípulos que la componian se encontraron luego afiliados. La sociedad podia pues considerarse como señora absoluta de Saumur, y contaba, cuando menos, quince ó veinte mil miembros en los ocho departamentos que atraviesa ó rodea el Loire, desde Orleans hasta Paim-

(1) Este signo consistia en el número *cinco* formado con los dedos estendidos: así el afiliado estendia uno, dos ó tres dedos, y si la persona á quien se dirigia completaba el número *cinco* estendiendo cuatro, tres ó dos dedos, quedaba consumado el reconocimiento.

beuf, cuando siete meses despues de su fundacion, hácia mediados de mayo, muchos «caballeros de la libertad» de Angers, reciben la visita del legista Riobé, que con cartas de Mr. de Lafayette iba, en nombre de este diputado, á introducir en la capital de Maine-y-Loire una asociacion secreta formada en Paris aun no hacia tres meses. Habiendo sabido de los angevinos que se habia organizado en el departamento una sociedad numerosa, que tenia una organizacion análoga, un objeto semejante y su asiento principal en Saumur, Mr. Riobé va á Rosiers, cerca de Saumur, á casa de un amigo suyo, Mr. Tessié de Lamothe, que le apersona con Grandménil. Habiendo por medio de este último entrado en relaciones con los miembros del comité central de Saumur, el enviado parisiense les hace saber que la sociedad de que es delegado cuenta en su seno diputados, generales, y una multitud de hombres distinguidos por su posicion social ó por su fortuna. El comité discute la conveniencia de una inteligencia entre las dos asociaciones, y decide que inmediatamente se hagan diligencias para unirlas en una accion comun, para lo cual pasa á Paris el comandante Gauchais, y al poco tiempo dos miembros de la sociedad de Paris, MM. Dugied y Rouen, llegaban al oeste, consumaban la fusion convenida, y sometian los caballeros de la libertad á la direccion de los jefes de los carbonarios.

Si la organizacion de los caballeros de la libertad tenia su principio en uno de los numerosos proyectos de conspiracion, que habia sorprendido y disuelto la vuelta de la isla de Elba, la de los carbonarios franceses tomaba su orígen en la conspiracion militar del 19 de agosto. Ya hemos dicho que el movimiento de las legiones departamentales debia apoyarse en un numeroso cuerpo de estudiantes vestidos de guardias nacionales, y que tres veces, los dias 10, 15 y 19 en el momento fijado para la sublevacion, estos jóvenes, armados de fusiles provistos de cartuchos, y organizados en compañías, cuyos oficiales y sargentos habian elegido ellos mismos, se habian reunido, y habian estado dispuestos á marchar. Dos de ellos, MM. Joubert y Dugied, temiendo por su libertad, despues de abortar la conspiracion habian encontrado un refugio en Italia contra la persecucion de la cámara de los pares. El primero entró al servicio del ejército napolitano; el segundo, tranquilizado por el resultado de la instruccion, volvió á Paris á principios de febrero de 1821; habia sido recibido carbonario durante su ausencia en Nápoles, al mismo tiempo que Mr. Joubert, y llevaba los estatutos de esta famosa asociacion. Recibido á su llegada por algunos jóvenes guardias nacionales voluntarios, sus camaradas de conspiracion, que no habian cesado de procurar y buscar en comun los medios de intentar de nuevo la suerte de las conspiraciones, le pidieron que les hiciese conocer la organizacion de la carbonería napolitana. Mr. Dugied les comunicó el reglamento en una reunion que se celebró en la calle Copeau, en la esquina de la calle de la Clef, en casa del cursante en medicina Buchez, y á la que asistian, además de este último y el autor de la comunicacion Mr. Rouen mayor, abogado, los cursantes de derecho Limperani, Guinard, Sautelet y Cariol; el cursante de medicina Sigond, y los dos empleados Bazard y Flottard Esta lectura tuvo el resultado que se debia esperar, el antiguo comité director no existia ya, las reuniones de la oposicion, los diferentes grupos de conjurados formados desde muchos años, se encontraban disueltos y dispersos sus miembros: los diez jóvenes convinieron, á una voz, en recoger estos numerosos elementos de lucha, y en reunirlos bajo una sola direccion, constituyendo una sociedad francesa de carbonarios, y tres de ellos, MM. Bazard, Buchez y Flottard, quedaron encargados de introducir en los estatutos italianos las modificaciones que reclamasen la aptitud y las costumbres diferentes de los dos pueblos. Este comité de redaccion se puso inmediatamente á trabajar, consagrando el resto del dia, así como la noche y la mañana del dia siguiente, á una segunda reunion celebrada en el mismo punto, entre las mismas personas, y presentó un reglamento definitivo, que fué adoptado inmediatamente. Las principales disposiciones de este reglamento eran las siguientes:

La sociedad se componia de una venta superior, de ventas centrales y de ventas particulares: la venta superior, autoridad suprema, que elegia ella misma sus miembros, era única; el número de cada reunion de veinte carbonarios formaba una venta particular, que elegia en su seno un presidente, un censor y un diputado; el de las ventas particulares y centrales era ilimitado. Cuando estas ventas llegaban á veinte en una misma ciudad, en un mismo pueblo ó en un mismo departamento, sus veinte diputados se reunian y formaban una venta central, que tenia tambien su diputado, su censor y su presidente. Los diputados de las ventas centrales eran los únicos que comunicaban con la superior venta. Las recepciones no tenian nada de aquel aparato fantástico que la exageracion del espíritu de partido les ha prestado Los iniciadores enmascarados, los puñales y los sables sobre los cuales se prestaba el juramento, son otras tantas fábulas que han sido parto de la credulidad pública; las admisiones, al contrario, se hacian con la mayor sencillez, pues se verificaban, en cada venta particular, á presentacion de uno ó de muchos miembros, sin solemnidad, en el primer local que se presentaba despues de haber exigido al electo la obligacion de guardar el secreto sobre la existencia de la sociedad y de sus actos, de no conservar por escrito el menor vestigio de ella, de no llevar ningun apunte, ninguna lista, de no copiar ni un solo artículo del reglamento, de proveerse de un fusil y de veinte y cinco cartuchos, y de contribuir mensualmente con un franco.

Los fundadores del carbonarismo francés habian dado á la asociacion su organizacion por escrito, pensando con esto crear carbonarios. Para disimular su debilidad, se dividieron en tres grupos de tres miembros, que tomando los títulos de presidente, de censor y de diputado de otras tantas particulares que se habian formado ya, se presentaron como simples delegados de una venta superior compuesta de hombres políticos importantes, los cuales no eran mas que agentes de este comité director europeo, que los soberanos aliados, en sus manifiestos, los oradores del lado derecho de la cámara en sus discursos, los escritores realistas en sus periódicos, señalaban á la indignacion de los pueblos y a la persecucion de los gobiernos ¿Qué hombres presidian en este comité director tan famoso como igualmente en la venta superior? En qué punto se celebraban sus reuniones? Mr. Dugied, Mr. Buchez y sus amigos afectaban, sobre cada uno de estos puntos, un misterioso silencio. Esperaban que dejando el campo abierto á toda conjetura, confiando en el resultado y en el irresistible poder que las cosas desconocidas ejercen en las imaginaciones, la asociacion haria los mas rápidos progresos; pero lo maravilloso es suficiente para dar adherentes á las conjuraciones políticas, nadie interviene en ellas sino con la condicion de poderse colocar detrás de los hombres cuya posicion y esperiencia sean para el éxito ó el peligro una especie de garantía ó de salvaguardia mas segura que las vagas proposiciones de unos jóvenes, de los cuales el mayor aun no tendria veinte y seis años. Estos, al cabo de algunos dias, conocieron la necesidad de asociarse, á título de miembros de la venta superior, algunos escritores y diputados, que pudiesen dar á los esfuerzos de su propaganda el poder moral y la autoridad que les faltaba Algunos de ellos tenian relaciones con MM. Cauchois-Lemaire, Arnold y Ary Scheffer, los dos primeros escritores de la oposicion conocidos por numerosos procesos de la prensa; el tercero artista pintor cuya celebridad empezaba; todos tres entraron, á instancias suyas, en la asociacion. Estos nuevos iniciados, una vez admitidos, solicitaron la accesion de Mr de Lafayette, que se apresuró á aceptar é hizo recibir tambien á MM Jaime Kœchlin, de Corcelles, diputados, Mérilhou, abogado, y de Schonen, consejero de la audiencia de Paris.

A la sazon, el punto de reunion para la venta superior habia cambiado; la habitacion de Mr. Rouen mayor, calle de Cristina, habia reemplazado el pequeño cuarto del estudiante de la calle Copeau, y la presidencia, ejercida hasta entonces por Mr. Bazard, se habia cedido á Mr. de Lafayette. El resultado desde este momento fue rapido. La mayor parte de los miembros de la antigua sociedad secreta de la union y de la asociacion pública por la libertad de la prensa; todos los jóvenes y la mayor parte de los oficiales que estaban á media paga ó en estado de reemplazo, iniciados en el complot del 19 de agosto, se apresuraron a aceptar la afiliacion. En menos de tres meses se contaron en Paris cincuenta ventas particulares. Desde entonces se formó el proyecto de atraer á los departamentos; Mr. Buchez salió para Mulhouse, en donde de acuerdo con Mr. Jaime Kœchlin, fundó una venta que fué la primera de la Alsacia. Un considerable número de jóvenes carbonarios con cartas de algunos de los miembros de la venta superior, se dirigieron al mismo tiempo hácia otros puntos, y se esforzaban en propagar en ellos la asociacion, el estudiante Riobé era uno de estos enviados particulares; ya hemos dicho cuál fué el incidente que trastornó su mision, y la union que fué su resultado. Esta union duplicó al momento el número de carbonarios que habia entonces. Este desarrollo inesperado, y la rapidez con que se formaban las ventas en Alsacia y otros puntos separados, decidieron á la venta superior á concentrar en algunas manos la organizacion de la carbonería de los departamentos y sus relaciones con Paris; para lo cual distribuyendo el territorio en tres grandes divisiones, este, mediodía y oeste, que debian confiarse á otros tantos comisarios, se dió la direccion del este á Mr. Buchez, que tenia ya entabladas sus relaciones con muchas ciudades del Alto y Bajo Rhin: la del mediodía a Mr. Arnoldo Scheffer, y la direccion del oeste á Mr. Rouen mayor.

En medio del absoluto silencio impuesto por la cámara á todos los diarios, las discusiones de la cámara de los diputados pueden indicar el

estado moral de la Francia en esta época de la restauracion. Los mas violentos discursos de los diputados de la izquierda, no eran mas que el eco muy debilitado de la irritacion que provocaba en todos los puntos del reino, la influencia cada dia mas marcada del partido ultrarealista sobre la marcha del gobierno. Las persecuciones, las ruinas y los suplicios de 1815 y de 1816 habian dejado huellas profundas en todos los corazones; sin embargo, su repeticion no era de temer, pues que seis años de un gobierno constitucional habian modificado fuertemente la situacion y la política del partido realista: su objeto era sin duda, el mismo, pero los medios de conseguirlo no podian ya reunirse. Pero el solo hecho de la reaparicion en los bancos del palacio legislativo, de la mayoría destruida por la orden del 5 de setiembre, causaba tales alarmas en la clase media; la necesidad de una lucha á todo trance se habia apoderado de tal modo de los espíritus, que hácia principios de julio, sin haberse cumplido aun seis meses desde la fundacion del carbonarismo, quedaban en Francia muy pocas ciudades en las que la asociacion no contase al menos algunos afiliados. Los departamentos del norte, poblacion quieta, tranquila, y donde apenas habia llegado la reaccion realista, eran la única parte del territorio en donde la accion de la sociedad habia quedado casi nula. Por otra parte, si los caballeros de la libertad, colocados en el centro de las poblaciones del oeste, que la guerra civil habia removido tan profundamente y por tanto tiempo, llamaban hácia sí el concurso de la gente del campo y el de los ciudadanos, los carbonarios, por una singularidad que deben esplicar sin duda la posicion de sus fundadores, las relaciones políticas de los iniciados mas distinguidos y el ejemplo de sus predecesores italianos, no buscaban sus proselitos sino entre las clases ilustradas de la poblacion y en el ejército. En fin, si una parte notable de los miembros de la asociacion, cuya conducta política, en todas las épocas de su carrera, habia sido dirigida por un ardiente odio contra el despotismo y un amor sincero de la libertad, veian el principal crímen del gobierno real en sus tendencias retrógradas y en sus proyectos de contrarevolucion, un número mayor rechazaba, sobre todo en los Borbones, unos príncipes introducidos por consecuencia de nuestros desastres é impuestos por el estranjero. Los primeros no tenian mas que un objeto, restablecer la nacion en la plenitud de su soberanía y reponer en el ejercicio de sus derechos á una nueva asamblea constituyente; y los segundos, indiferentes á las cuestiones de los principes, no separaban los destinos de la Francia del pasado imperial y de la persona del jefe del imperio. Pero mientras que estos, entregados enteramente á los recuerdos de nuestra antigua gloria, llevaban sus votos y sus esperanzas hácia la ilustre víctima que hacia seis años espiaba sus faltas políticas sobre las rocas de Santa Helena, un navío que habia salido de esta isla el 7 de mayo, acababa de anunciar á la Europa que habiendo Napoleon bajado al sepulcro prematuramente, no pertenecia ya al mundo sino por la eterna memoria de sus triunfos, de sus reveses y de su cautiverio.

CAPÍTULO XIII.

Santa Elena. Desembarco del emperador. La isla en 1815. Detencion en Briars. Instalacion en Longwood. Principio de las privaciones impuestas á Napoleon. El almirante Kocburn. Llegada de sir Hudsod-Lowe: su primera visita. Nuevas condiciones impuestas á la permanencia de los compañeros del emperador. Nuevo reglamento. El ministerio inglés obliga á Napoleon á que envie á Europa cuatro personas de su acompañamiento. Interior del emperador: rivalidades, discusiones interiores. Restricciones exigidas en los gastos para sostenimiento de los prisioneros de Longwood; insuficiencia de estos gastos. Napoleon se ve obligado á vender sus alhajas. Memoria redactada por Mr. de Lascasas; recogida de esta memoria; Mr. de Lascasas es arrestado. Hudson-Lowe le autoriza á volver á Longwood; Mr. de Lascasas lo rehusa. Su partida. Ilusiones, esperanzas y desengaños del emperador. Nuevas privaciones y nuevas restricciones. Quejas de Napoleon á lord Amherst. Sus notas. Clima de Santa Elena. Muerte del dueño del Hotel-Cipriani. Debilitacion de la salud del emperador: discusion con este motivo entre el doctor O'Méara y Hudson-Lowe. Papel que hizo este último. El almirante y lady Pulteney-Malcolm; el general y lady Bingham; la familia Balcombe: el teniente Fitzgerald.—Los comisarios estranjeros; el marqués de Montchenu; el baron de Sturmer; el conde Balmain; sus instrucciones. Discusiones entre el gobernador y el comisario ruso; entrevistas de este último con el general Gourgaud; sus comunicaciones secretas en nombre de su corte, quejas de Alejandro contra Napoleon; demanda de esplicaciones. Memoria justificativa del emperador. El general Gourgaud se encarga de llevar esta memoria á Europa: su partida de Santa Elena, su llegada á Inglaterra; es sacado de Lóndres á viva fuerza y trasportado á Cuxhaven. Dificil posicion del emperador; partida de la familia Balcombe y envío de O'Méara. Queja de Napoleon; su antigua correspondencia con los soberanos. Mme. de Sturmer. Medios para una evasion: medios de correspondencia entre James-Town y la Europa; proyecto y proposiciones para trasportar el emperador á América; su negativa, sus razones. Inquietudes de Hudson-Lowe con este motivo; y despachos de los comisarios estranjeros á sus cortes. El congreso de Aquisgran se ocupa de la cautividad de Napoleon; memorandum y protocolo admitido con este motivo; se trasmite la decision del congreso á Hudson-Lowe. Partida de madama de Montholon. Llegada del doctor Antomarchi y de los curas Buonavita y Vignali.—Sentimiento del emperador; su casamiento con María Luisa; sus faltas; sus remordimientos. Sueños de una vida oscura. Accesos de abatimiento. Pensamientos sobre el suicidio. Trabajos manuales. Nueva proposicion de evasion y nueva negativa. Diligencia para el reemplazo de los generales Bertran y Montholon. Languidez de Napoleon. Síntomas de un fin próximo; se le anuncia al emperador; redacta su testamento; sus últimos momentos; su muerte. Descripcion del cadáver. Se niega á embalsamarle. Funerales. Carácter del genio de Napoleon; lo que figuró en los destinos de la Francia. Efecto que produjo en Europa la noticia de su muerte. Influencia de este suceso en la situacion de los diferentes partidos. Elecciones de 1812. Apertura de la legislatura. Discurso de la cámara de los diputados en contestacion al discurso de la corona. Irritacion de Luis XVIII. Caida del ministerio.—Entrada de un ministro congreganista. Anuncio de los complots intentados en Saumur y en Béfort.

El Northumberland habia salido de la rada inglesa de Torbay el 8 de agosto de 1815, y el 15 de octubre siguiente, despues de sesenta y ocho dias de un viaje penoso que prolongaron los grandes calmas bajo el ecuador, el navío echó el ancla al pié de Santa Elena. Una masa enorme de peñascos negruzcos, cimas desiguales se avanzaban perpendicularmente sobre las profundidades del océano, á dos ó tres mil piés de elevacion sobre el nivel de las aguas, he aquí santa Elena, tal como se presentó á las miradas sorprendentes y contristadas de los compañeros del emperador. Una alta muralla, á la que se entraba por una sola puerta y que cerraba la orilla del mar, una profunda y sombría cortadura abierta en los flancos del peñasco; numerosos cañones colocados en batería sobre las plataformas y sobre las costas que hacian frente á la rada, eran á primera vista los únicos indicios de la morada de los hombres sobre esta triste roca. Detrás de la muralla y cubiertas por ella, cincuenta ó sesenta casas, colocadas en dos líneas, formaban á James-town, la única villa de la isla; doscientos cincuenta blancos, trescientos esclavos negros, ciento sesenta soldados de infantería y una compañía de artillería componian su poblacion. Algunas sendas trazadas á lo largo de los principales escombros de esta masa volcánica conducian de James-town á las llanuras superiores. El único camino que existia entonces, camino muy corto y que llevaba de la villa á la casa de campo del gobernador, tenia una cuesta tan pendiente, que el carruaje de este funcionario, el único que habia en esta villa, no podia subirla ni bajarla sino por un fuerte tiro de bueyes. La masa de lava de que se compone Santa Elena, vista desde el mar no presenta mas que superficies y desnudez. La mayor parte de la isla, combatida incesantemente por los vientos de los trópicos, estaba sin vejetacion y sin cultivo. Estos vientos siempre impetuosos, y que soplando del sudeste se inflaman al atravesar la puerta meridional del África, con el contacto de los dilatados desiertos de arena comprendidos entre el pais de los cafres y la Cimbebasia, habian hecho fracasar todos los ensayos de siembra y plantíos que la compañía de las Indias, propietaria de la isla, y algunos colonos habian proyectado sucesivamente. Algunos puntos, ocultos en la fragosidad de la roca, en los alrededores de James-town, y que los dos picos de Diana y de Hallamount ponian á cubierto de la accion esterilizadora de los vientos del sudeste, eran únicamente los que ofrecian un abrigo contra la inclemencia de aquel clima ardiente. Plantation-House, entre otras, residencia situada á dos millas de la villa, reunia todos los recreos de una casa de campo de Europa. El emperador hubiera encontrado allí una habitacion conveniente, con jardines, árboles y sombra; pero los ministros ingleses temian sin duda dar al cautivo una prision demasiado cómoda y demasiado deliciosa. Reservando pues este punto para su guardia, habia fijado el de Longwood para su detencion, llanura semicircular, elevada mil ochocientos piés sobre James-town, del todo árida, sin agua, sin sombra y sin árboles, rodeada de precipicios en la mayor parte de su circunferencia, dominada por las dos partes y por consiguiente fácil de ser vigilada y guardada. Un viejo y dilatado corral de vacas, una cuadra y una granja, que en parte servia de gallinero, restos de un cortijo abandonado á consecuencia de los lar-

gos é infructuosos ensayos de cultivo, hé aquí los edificios que debian servir de prision para el soberano á quien el mundo habia saludado con el nombre de Grande, del conquistador que habia entrado como señor en los palacios de todos los reyes del continente europeo. La apropiacion de estas ruinas para su nuevo destino obligaba á Napoleon á permanecer muchas semanas en James-town; pero sin embargo no durmió allí mas que una sola noche, porque el disgusto que le causaba la presencia de los centinelas colocados en las puertas de las dos pequeñas piezas donde habia habitado el almirante, la necesidad de sustraerse á la importuna curiosidad de los habitantes, que constantemente estaban agrupados delante de sus ventanas, y el deseo de la soledad, le obligaron á elegir, para su residencia provisional, un pequeño pabellon situado á media legua mas abajo de James-town, hácia la estremidad superior de la quebradura, y que dependia de una propiedad llamada los Briars (los espinos), perteneciente á un negociante de la isla Balcombe. Esta cabaña aislada, colocada sobre un cerro en forma de pico, y que era para la familia Balcombe un especie de pabellon en donde en el buen tiempo iba á tomar el té y respirar un aire menos sofocante que el del valle, se componia de un solo cuarto y de un granero. El cuarto estaba enteramente desamueblado y las ventanas no tenian ni cortina ni postigos. Aquí fué, en este pequeño recinto de algunos piés, donde apenas cabian una cama y dos sillas, donde Napoleon fué á establecerse desde el dia siguiente de su desembarco. El granero que le dominaba, dividido en dos compartimientos por un tabique de tablas, servia de dormitorio para Mr. de Las-Casas, su hijo, y dos hombres de su dependencia. El general Gourgaud se alojó en una tienda que se levantó al pié del cerro. El conde y la condesa Bertrand, Mr. y madama de Montholon, sus hijos y su servidumbre permanecieron en James-town.

La servidumbre comprendia doce personas: este número se habia fijado por el mismo ministerio inglés con tal rigor que un criado particular del general Gourgaud, no podia conseguir su desembarco, á pesar de las instancias de su amo, y tuvo que volver á Europa en el bergantin encargado de anunciar al gabinete de Lóndres la llegada del emperador al punto de su deportacion. Esta severidad fué el principio de la continua vigilancia y de los rigores que esperaban á Napoleon y sus compañeros de destierro. Apenas se habia establecido el emperador en Briars, cuando un oficial llamado de ordenanza, se instaló en una cabaña de madera, á cien metros del pabellon, con encargo de no perder de vista á Napoleon un solo instante y dar parte, muchas veces al dia de todos sus movimientos; dos sargentos, haciendo oficio de vigilantes, no cesaban además de pasear al rededor del cerro. Si los compañeros ó sirvientes del prisionero, que habian quedado en James-town, querian ir á Briars, se les obligaba á dejar sus armas y sujetarse á ir acompañados de un soldado. Si su visita pasaba de la hora fijada, ó se equivocaban en la interpretacion de una consigna, inadvertencia frecuente é inevitable, á causa de la ignorancia de la lengua inglesa, eran presos á su vuelta y encerrados en un cuerpo de guardia hasta el dia siguiente. Sus enfados, resultado de la separacion del emperador de la mayor parte de su acompañamiento; la obligacion que tenian de acostarse, vestirse y comer en la misma pieza; la necesidad de salir cuando debian limpiar ó arreglar la cama; la imposibilidad de dar el menor paseo á caballo en aquel cerro, lleno de precipicios, sembrado de pedazos de lava y estrechado en la mayor parte de su longitud entre dos altas murallas de peñascos puntiagudos, todos estos motivos impacientaban á Napoleon por dejar los Briars, por la residencia destinada á reunirle con todos los suyos, y á darle el espacio que le faltaba. A pesar de la actividad que se tuvo en los trabajos de apropiacion, el almirante Kockburn no pudo hasta el 8 de diciembre anunciar al emperador que Longwood le ofrecia un alojamiento suficiente para su instalacion. El antiguo corral, construido de piedra, de veinte y tres metros de largo y diez de ancho, formaba la parte principal de la residencia; dividido en ocho piezas de diferente grandor, habian reunido el gabinete y el dormitorio del emperador, un cuarto de servicio y un cuartito de tocador, el comedor, reposteria y una biblioteca; sobre la fachada anterior del antiguo corral se habia constituido un salon, contiguo al comedor, y precedido de otra pieza que sirvió de sala para los mapas y planos: y detrás de esta y en el mismo eje que en el salon y sala de los mapas, se encontraban las otras dependencias de la habitacion. Las paredes de nueva construcion eran tablas, los techos de papel embreado. Otras tablas, apoyadas en columnas de pino colocadas á lo llano sobre la tierra fangosa del corral, formaban el piso del dormitorio y del gabinete del emperador, como tambien el del comedor y la biblioteca. Todas estas piezas estaban al nivel de la tierra; no habia bodegas, ni se podia entrar en los graneros sino por fuera y por medio de escaleras; y la humedad penetraba por todos los tabiques, pudriendo los pisos hasta el estremo que un dia el del dormitorio del emperador se hundió dando paso á una ola de agua fétida, que obligó al cautivo á refugiarse en una pieza inmediata.

El 10 de diciembre, á pesar del estado casi imperfecto de una parte de las construcciones, Napoleon tomó posesion del sitio que habia sido destinado para ser, no su residencia como habitante de Santa Elena, sino el sitio de su retencion (1). Dos de las nuevas habitaciones destinadas para el conde y la condesa Bertrand, que quisieron mas habitar aisladamente un coto llamado Hutt'sgate (puerta de la choza), situado en los límites del recinto, fueron ocupados por Mr. y Madama de Montholon. Mr. de Las-Casas y su hijo se contentaron con un pequeño cuarto dependiente de la cocina; una tienda levantada fuera de la habitacion, á algunos pasos de las ventanas del dormitorio del emperador, sirvió tambien de vivienda al general Gourgaud. La pequeña colonia reunida entonces en Longwood, además de las personas que acabamos de nombrar, comprendia el doctor inglés O'Méara, del navío Belerofonte, que se habia ofrecido servir al emperador en lugar de su cirujano Mengeaud, á quien habian amedrentado el destierro indefinido de Santa Elena, como igualmente las condiciones impuestas á todos los compañeros del cautivo; MM. Marchand, primer ayuda de cámara; Cipriani, fondista y otras diez personas

Colocado ya Napoleon en su nuevo sitio, esperaba poder hallar en él por fin dos cosas que deseaba impacientemente desde su llegada a la isla, un poco de espacio, y alguna libertad. Creia que por lo menos él y los suyos podrian pasear libremente por la meseta, pero desde su primera salida una consigna impuesta al oficial ingles encargado, bajo el título de oficial de ordenanza, de la guardia de su persona y de la vigilancia de Longwood, renovó duramente en el cautivo el peso de la cadena que le unia á aquel terrible peñasco (2). Acababa de montar á caballo con el general Gourgand y Mr. de Las-Casas y de tomar uno de los senderos trazados en los contornos de la llanura, cuando el oficial de ordenanza, revestido de su uniforme, corre á ponerse detrás de él, le sigue los pasos, y no le deja, á la vuelta, hasta que el emperador se apea para entrar en el interior de su habitacion. El general Bertrand reclamó al dia siguiente en nombre del cautivo, contra esta vigilancia tan ofensiva como inútil, pues que los límites trazados al cautivo para sus paseos, estaban en todas direcciones guardados por un doble cordon de centinelas. Sir Jorges Kockburn prometió hacer valer el derecho de esta queja, y por espacio de dos dias, el oficial de ordenanza, vestido de paisano, se limitó efectivamente á seguir á Napoleon á corta distancia, de modo que no interrumpiese su conversacion. El emperador, contento con este nuevo arreglo, proyectó ir una mañana á desayunar debajo de un árbol que habia descubierto en uno de los cerros de las estremidades de la llanura; se ensillan los caballos, se disponen las provisiones sobre un mulo de basto; pero al momento de salir, el general Gourgaud anuncia que el oficial de ordenanza, cumpliendo con las nuevas órdenes, acaba de significarle que en adelante acompañará á Napoleon yendo á su lado y sin dejarle un solo paso. Todos los preparativos se retiraron al punto, y el emperador prefirio quedarse.

Los cambios de genio y de consigna eran frecuentes en el almirante, hombre iracundo, imperioso y habituado por su vida de mar á una autoridad absoluta de que usaba con aspereza, y que confundia la práctica altiva de la fuerza con la de la dignidad. Desde el dia siguiente de su desembarco habia devuelto al general Bertrand, sin querer contestarle, una carta en la cual el gran-mariscal habia empleado, hablando de Napoleon, la calificacion de emperador. «Yo ignoro, decia el almirante, de quién ha querido hablarme el señor conde Bertrand; pues que yo no sé que haya existido jamás en Santa Elena un emperador, ni que tan solo uno de los soberanos que tienen este título en Europa ó en otra

(1) La Inglaterra no daba al emperador la isla entera de Santa Elena por prision, como se cree demasiado generalmente: debia permanecer detenido en un punto determinado. Se calcula en veinte y una millas (siete leguas) la circunferencia de Santa Elena; esta estension es la del recinto de Paris tal como lo describe el muro actual de la aduana, el espacio que se le permitia para sus paseos, es decir, la llanura de Longwood era apenas equivalente al espacio que ocupaba el jardin de las Tullerias, la plaza de la Revolucion, y la parte de los campos Eliseos, comprendida entre esta plaza y el primer cuadrado.

(2) Las instrucciones dadas por Sir J. Kockburn al oficial «encargado de la custodia (*safe custody*) del general Bonaparte,» eran severas, minuciosas, y contenian entre otras prescripciones la disposicion siguiente «El oficial trasmitirá por el telégrafo al gobernador un parte que acredite la presencia de Napoleon, dos veces cada 24 horas, lo mas temprano posible por la mañana y lo mas tarde posible al anochecer. Estas instrucciones estaban firmadas *Jorges Kockburn*, contra-almirante y comandante en gefe, encargado de impedir la fuga del general Bonaparte y de las personas de su acompañamiento

parte, haya abandonado sus estados.» Afectando con los compañeros de Napoleon una familiaridad que rehusaban estos, y con el mismo emperador una especie de igualdad que justificaba sin duda á su parecer el título de general de que usaba cuando le escribia ó le hablaba; y castigando tambien con pena de arresto á sus subordinados que, en sus conversaciones, se servian de la calificacion proscrita, sir Jorge Kockburn creia dar una prueda de política, y creia componer todos sus yerros convidando por cartas nominales al general Bonaparte y á cada uno de sus oficiales á comidas en donde el reunia tambien los jefes de la flota y de la guarnicion, como tambien los habitantes mas distinguidos de la isla. Si el emperador le mandaba preguntar si podria escribir al príncipe regente de Inglaterra, el almirante le respondia que el general era libre de hacerlo, pero con condicion que se le mandase la carta abierta, á fin de que el pudiese leerla. Si algun estranjero que habia desembarcado en James-town, ó algun habitante de la isla, manifestaba deseos de ver á Longwood y su glorioso prisionero, no podia subir á esta residencia sin el favor de un permiso especial del almirante, dando por pretesto de esta formalidad «la atencion particular de evitar toda importunidad al general,» constituyéndose con este objeto en alcaide de palacio. Cada uno de los que iban á visitarle debian además obligarse con juramento á no dar á Napoleon otro título que el de general (1). Sea que el tuviese la idea de indisponer á los visitadores contra el cautivo, ó que quisiera privar á este último de manifestar sus quejas, el almirante rara vez permitia á los estranjeros llegasen á Longwood en hora en que Napoleon podia recibirles; y aun él mismo elegia casi siempre para sus visitas personales los momentos en que sabia que no podia ser admitido. Esta completa falta de las mas comunes consideraciones, estas incesantes injurias fueron causa de que los prisioneros recibiesen con satisfaccion la noticia del reemplazo del almirante por un nuevo gobernador que tenia el rango de teniente general de infantería en el ejército inglés. «Es un general de tierra, dijo el emperador, puede ser que nos entendamos mejor con él;» pero la alegría duró poco: sir Hudson-Lowe, sucesor del almirante Kockburn, debia manifestar un carácter aun mas inquieto, un carácter mas sospechoso y mas fantástico; y además venia con instrucciones mas severas.

El navío que conducia á sir Hudson Lowe, echó el áncora en James-town, el 14 de abril de 1816; y desde las nueve de la mañana del dia siguiente una porcion de ginetes se dejaba ver á galope en el recinto de Longwood é iba á apearse en la puerta del alojamiento de Napoleon. Estos eran el nuevo gobernador y su estado mayor; sir Hudson-Lowe quiere entrar inmediatamente, pero le detienen diciéndole que el emperador no se ha levantado aun; se pasea aprisa debajo de las ventanas del cautivo y al rededor de la casa, se presenta segunda y tercera vez é insiste en vano para que se le admita, y se decide en fin á presentarse al general Bertrand para suplicarle que anunciase á Napoleon su llegada y su visita. El emperador mandó que le dijese que lo recibiria el dia siguiente á las dos. El 16, en el momento señalado para su recepcion, Hudson-Lowe, introducido por el gran mariscal, se precipita con tal impetuosidad en la sala donde le aguardaba Napoleon, que el almirante Kockburn que le acompañaba no pudo seguirle y tuvo que quedarse bajo el zaguan. Napoleon vió entonces un hombre de cincuenta años, de una estatura mas que mediana, flaco, de una cara huesosa y picada de viruelas, de pelo castaño claro, ojos vivos penetrantes, cubiertos de largas cejas rojas caidas hasta las pestañas y cuya mirada no se dirigia al interlocutor sino con disimulo. La entrevista fué corta, y dejó al cautivo una impresion penosa: «Es malo este hombre, dijo él á sus compañeros de destierro cuando se acabó la visita; sus ojos al mirarme eran los de una hiena que ha caido en un lazo. No se fieo de él, señores. Nos quejábamos del almirante, y puede ser que lo echemos de menos; porque en realidad él tiene corazon de soldado, mientras que este general no parece tener mas que el traje. Su cara me recuerda la de un esbirro de Venecia. ¿Quién sabe si será él mi verdugo? No obstante no nos demos prisa á juzgar, porque la parte moral puede sobre todo arreglar lo que la cara tiene de malo.»

El nuevo gobernador inauguró su autoridad notificando á todos los miembros de la pequeña colonia de Longwood una órden del gabinete firmada *Bathurst* (1) que contenia un notable gravámen en el compromiso que se les exigió al tiempo de su partida de Inglaterra. Entonces no se les habia impuesto otra condicion que la de ser considerados como prisioneros de guerra. La nueva órden decia: «que el gobernador á su llegada haria entender á todas las personas de la servidumbre de Napoleon Bonaparte, inclusos los sirvientes domesticos, que eran libres de dejar inmediatamente á Santa Elena y volver á Europa; que los que quisieran quedarse deberian hacer por escrito una declaracion positiva y sujetarse en la misma forma á todas las restricciones que era necesario imponer personalmente á Napoleon Bonaparte. Cada cual se apresuró á poner en manos del general Bertrand las declaraciones pedidas; pero sir Hudson-Lowe rehusó recibirlas, diciendo que habia dos motivos que no le permitian aceptarlas: primero, que en todas las declaraciones se daba al general el título de emperador, título que su gobierno no le habia concedido nunca y no podia reconocer; segundo, que no era suficiente acceder de antemano a todas las medidas restrictivas que se impondrian al general, pues que cada firmante debia además obligarse á quedar con él todo el tiempo que durara su cautividad. Esta nueva condicion exorbitante no iba mas allá de ningun sacrificio, puesto que todos consentian en sujetarse á ella; pero el despojar á Napoleon de su título de emperador, en una declaracion escrita por sí mismos, y revestida de su firma, les parecia un acto de bajeza; este título, por lo mismo que se le negaba, era sagrado para ellos, y todos veian en la cuestion de su sostenimiento la causa de su propio honor. En vano quiso negociar el general Bertrand á nombre de la colonia, pues que Hudson-Lowe rechazó toda transaccion. «No firmeis, les decia el emperador á sus compañeros de destierro; todos estos insultos se dirigen á mí; volved á Europa, y los ministros ingleses, cuando me vean solo, se atreverán quizá á concluir antes conmigo.» El gobernador habia significado á los huéspedes de Longwood que el 27 de abril (1816) todos aquellos que no hubiesen firmado la declaracion pedida, serian sacados de su habitacion y trasladados al Cabo de Buena Esperanza; el 27 por la mañana aun se vacilaba, hácia el medio dia el oficial de ordenanza anunció que no quedaban mas que dos horas de tiempo para optar entre una sumision absoluta ó el embarco inmediato, y por la tarde estaban firmadas todas las declaraciones.

Imponiendo estas duras condiciones á los compañeros de destino del emperador, el ministerio ingles obraba con la idea de obligar á que el mayor número dejase la isla, y aumentar de este modo el silencio y la soledad al rededor de Napoleon. Debe suponerse así, porque á los cinco meses de esto, un navío encargado de trasmitir á Santa Elena la respuesta de lord Bathurst á los despachos que acreditaban esta sumision, traia al gobernador la órden de exigir el envío á Europa de cuatro personas de la comitiva del cautivo.

Esta noticia causó la consternacion en Longwood. ¿Quién seria el sacrificado? Cada cual tenia á honor el no dejar la residencia en medio de las pruebas cada dia mas rigurosas, mas ofensivas, y que entre otros resultados, trasformaban la detencion de los desterrados en una verdadera incomunicacion.

Todas las cartas de los prisioneros á su familia ó á sus amigos, cualquiera que fuese por otra parte la naturaleza y el objeto, conversaciones de negocios ó íntimas confidencias, no podian salir de la isla sino despues de haberse entregado abiertas al gobernador y leidolas él. Las que se les dirigian á ellos no podian llegar sino con sobre del ministerio inglés; y trasmitidas por otro conducto, las cogia el gobernador, el cual las volvia á Europa para que las visase el ministerio de las colonias, que las volvia entonces á África. Cumplida la formalidad de visarlas, el gobernador aceptaba las cartas, las abria, las leia, y segun su capricho, las trasmitia al interesado ó se las quedaba. La discrecion mas absoluta era seguramente el menor deber de tal funcion; muchas veces, no obstante, las cartas dirigidas á los huéspedes de Longwood no llegaban á sus manos sino despues de haber sido el objeto de las conversaciones y comentarios burlescos de lady Lowe. Todo lo que entraba ó salia de Longwood estaba sujeto á esta intolerable vigilancia, y alcanzaba al objeto mas mínimo y mas vulgar; los efectos que debien limpiarse, los paños de cocina de la mesa, y del cuerpo y hasta las camisas de las mujeres, que se entregaban al oficial de ordenanza, nose llevaban cada semana á la colada sino despues de reconocidas minuciosamente por este militar; porque decia Mr. Hudson-Lowe, que se podia ocultar alguna carta, algun papel etc. A 10 de octubre comunicó á los detenidos un nuevo reglamento que en sustancia contenia lo siguiente: «que ningun habitante de la isla ó soldado de la guarnicion sin espreso permiso del gobernador podia atravesar el recinto trazado por los

(1) Se lee en una carta dirigida á sir Hudson-Lowe, el 20 de junio de 1817, por sir Tomás Reade su jefe de estado mayor: «Tengo el grande disgusto de haceros saber que el coronel Fagan ha tratado á Bonaparte de *emperador*; sin embargo que yo mismo lo habia manifestado que esto no decia bien ni con nuestras costumbres ni con el decoro. Yo lo habia recordado tambien con este motivo que sir J. Kockburn no habia jamas permitido pasar á las personas que querian ver á Bonaparte sin exigirles anticipadamente *su palabra de honor* que le darian simplemente el tratamiento de general.

(1) Ministro de marina y de las colonias.

centinelas establecidos al rededor de Longwod y de su llanura; que se habia requerido al general Bonaparte para que, cuando se pasease, se abstuviese de entrar en ninguna casa ó de entablar conversacion con las personas que pudiese encontrar, á menos de estar autorizado para ello por la presencia de un oficial inglés; y que al ponerse el sol el primer cordon de los centinelas avanzaria hasta el pequeño jardin (es decir, á algunos pasos de la casa), que á la noche, esta línea de centinelas llegaria á tocar las paredes de los cuartos, de modo que ninguno pudiese entrar en el interior ni salir antes del dia siguiente, hora en que los dos cordones de centinelas volvian á ocupar sus puestos de dia: en fin quedaba prohibida toda correspondencia entre Longwood y el resto de la isla, escepto para las comunicaciones que se tenian que hacer al proveedor, las cuales debian tambien entregarse abiertas al oficial de ordenanza, que se encargaba de hacerlas llegar á su destino.

Este reglamento se notificó á la poblacion de la isla en una proclama en la cual el gobernador amenazaba á todos los individuos culpables de comunicacion con Longwood y sus habitantes, con destierro inmediato si se trataba de un hombre libre, y con la pena de azotes si el culpable era un esclavo; pero Hudson-Lowe no se atuvo á esta advertencia: pues que reuniendo algun tiempo despues los colonos, bajo pretesto de una revista militar, les arengó, les recordó cada una de las restricciones que acabamos de analizar, y les prometió recompensar su obediencia con seis distribuciones de carne en el trascurso del año. Además él mismo velaba con una actividad estraordinaria en el cumplimiento del reglamento; pues que incesantemente á caballo y corriendo en todas las horas del dia de James-town á Longwood, esploraba con el mas minucioso cuidado las avenidas de Longwood, visitaba los peñascos, los cerros, buscando los puntos aislados en donde algun negro podria haberse escondido por la noche y eludir la vigilancia de los centinelas, haciendo cambiar á estos continuamente de puesto, multiplicando sus consignas, obligando á todos los jefes de las guardias, inmediatas á Longwood, á llevar un registro exacto de los visitadores, que debian tener permiso especial, que se presentarian en esta residencia, de la hora en que habian llegado, de la en que salian, de las personas con quienes les habian visto hablar, y en caso de necesidad el mismo Hudson-Lowe hacia el oficio de gendarme. En una de estas esploraciones, su mirada inquieta descubre, cerca de los edificios de Longwood, un Parsi, antiguo criado del coronel Skelton, subgobernador de la isla por la compañía de las Indias y el cual habia cedido este oficial al conde de Montholon al tiempo de su partida de Santa Elena. El gobernador no conocia el cambio que habia sufrido la posicion de este criado. Se echa sobre él á galope, le coge, lo arrastra y lo entrega á los dragones de su escolta, que lo llevan inmediatamente á James-town. El emperador estimaba el servicio de este indio, cuyo traje oriental con su ancho turbante de casimir, con su túnica de muselina realzada de bordaduras de oro, eran para él como un vivo recuerdo de sus campañas de Egipto y de Siria, y le ocupaba en servirle la mesa. Por órden de Napoleon reclamó su vuelta el general Bertrand; pero el gobernador respondió que era ya tarde, porque previendo este paso, sir Hudson-Lowe le habia hecho embarcar hacia una hora (1).

En medio de la irritacion que produjeron entre los compañeros y servidores del emperador estos insultos, que se reproducian todos los instantes, y la prision cada dia mas estrecha, llegó la órden del gabinete inglés para el despido de cuatro de ellos. Ya hemos dicho el dolor que causó esta noticia. ¿Quiénes serian los desterrados? El mismo sir Hudson Lowe creia que debia nombrarlos; pero el general Bertrand protestó, en nombre del emperador, contra esta pretension exorbitante, y pidió comunicacion del despacho de lord Bathurst. Este ministro se limitaba á exigir la partida de un oficial y tres sirvientes á eleccion del general. Napoleon señaló al jefe de escuadron polaco Piontowski; Santini, ugier de su gabinete; Archambault, jóven encargado del cuidado de su vajilla de plata; y Rousseau, segundo domador de caballos. En los dos últimos, el emperador perdia unos criados fieles, pero no unos servientes indispensables; además si el comandante Pionthowski, que habia quedado en Plymouth al tiempo de la partida del Northumberland (2), y que á fuerza de instancias, habia conseguido en fin la autorizacion de juntarse con Napoleon, era poco conocido de él, en cambio, hacia muchos años que Santini pertenecia á su íntimo servicio, pues habiendo nacido en Córcega y siendo sobrino del obispo de Ajaccio, poseia una consideracion escepcional. Santini habia seguido á Napoleon con el objeto de servirle, como decia él, sin pararse en títulos ni empleos: su carácter fogoso, su organizacion impresionable y su imaginacion se habian exaltado estraordinariamente á vista de los ultrajes que se prodigaban al cautivo. En su exasperacion, habia resuelto matar á Hudson-Lowe y matarse él en seguida «Yo quiero librar á la tierra de este monstruo que precipita los dias del emperador,» habia dicho al amo del meson Cipriani, compatriota suyo Con este objeto, abandonando todo servicio interior, consagraba sus dias á reconocer la llanura, armado de un fusil de dos cañones, bajo pretesto de matar algunos pájaros para el almuerzo del emperador; pero este, avisado por el amo del meson, llamó á Santini, le dirigió las mas fuertes reprensiones, y consiguió arrancarle el juramento de renunciar á su proyecto; pero una ocasion, el menor incidente podia frustrar esta promesa, y así es que el emperador prefirió separarse de Santini, á quedar espuesto á los resultados de un sacrificio tan enérgico y tan difícil de reprimir.

«No he podido conseguir echar por tierra la resolucion de Santini, decia despues, sonriéndose Napoleon, sino empleando toda mi autoridad imperial y pontifical.» El emperador era efectivamente el objeto de una especie de culto para sus compañeros de destierro, fuesen oficiales generales ó simples sirvientes. Estos últimos, en su sacrificio absoluto, no tenian mas que un solo pensamiento, el de complacerle; mas que una voluntad, la de servirle, olvidándolo por él todo, hasta á sí mismos. Los primeros no se mostraban menos atentos; su afecto no era ni menos profundo ni menos sincero; pero su abnegacion no llegaba al punto de apoyar en ellos el movimiento de la personalidad. Reducidos á un estrecho espacio, sujetos á un continuo contacto, condenados á moverse continuamente en un mismo círculo, no teniendo ni ocupaciones precisas, ni obligaciones muy distintas, se daban con los codos, se tropezaban unos con otros por llegar los primeros á servir al glorioso cautivo; y cada uno se disputaba los cuidados que deben tenerse, y cada uno queria ocupar el primer puesto en su afecto. No eran precisamente las largas é íntimas relaciones, la comunidad mas ó menos esperimentada de gustos ó costumbres, sino los azares de las revoluciones políticas los que les habian estrechado de tal manera. Únicamente los generales Bertrand y Gourgaud se conocian antes de la partida de la Malmaison, y ambos apenas habian visto entonces á Mr. de Montholon; este, lo mismo que los dos primeros, no se habia encontrado antes con Mr. de Lascasas, además siendo de carácter y de temperamento diferentes, no lo eran menos por su edad, sus preocupaciones de familia y por sus antecedentes El conde de Lascasas tenia cuarenta y ocho años; el general Bertrand cuarenta y dos, el conde de Montholon treinta y tres, y el general Gourgaud treinta y uno: este último era soltero; pero las señoras Bertrand y Montholon, que se habian embarcado con sus maridos, vivian con ellos en Longwod, y Mr. de Lascasas habia llevado su hijo á Santa Elena dejando su esposa en Europa. En fin por una singularidad de los sucesos por que acababa de atravesar la Francia, Napoleon tenia por compañeros de su destierro, dos miembros de la aristocracia ilustre, á saber: MM. de Montholon y Lascasas, este último antiguo emigrado, un realista constitucional de 1791 que habia defendido á Luis XVI contra las secciones en la jornada del 10 de agosto, y el general Bertrand; el general Gourgaud era el único que pertenecia enteramente al pasado consulado é imperial.

Encontrar con estas condiciones, entre los principales desterrados, una conformidad constante, una mutua indulgencia, una voluntad siempre igual, era un hecho fuera de las cosas humanas. El emperador habia dado á cada uno de ellos cierta apariencia de atribuciones: á este la vigilancia del servicio interior, á aquél la direccion de la caballeriza, á otro el cuidado de los papeles y de los libros. Esta distribucion fué orígen de quejas, de continuas recriminaciones, de discusiones y de enfados que afectaban mucho al cautivo. En vano recomendaba él la calma y la union, porque sus súplicas y sus consejos venian frecuentemente á desgraciarse con el mal humor y las susceptibilidades que ocasionaban aun la grandeza de la caida, el recuerdo de los bienes pasados, los crueles resultados del clima, los sufrimientos morales y los enfados de la prision. La cautividad hace al hombre iracundo y desconfiado, todo acto y toda palabra le son sospechosos, y se ve un insulto en la menor chanza, una intencion de ofensa en un gesto, en una sonrisa, en una divergencia de opiniones. Un dia tuvo que intervenir seriamente Napoleon con sus dos compañeros de destierro mas jóvenes, ambos oficiales generales, para evitar un desafío, y habiéndoles lla-

(1) Los parsis ó guebros, sectarios de Zoroastro y adoradores del fuego, son hoy dia mas numerosos en la India que en la Persia.

(2) Mr. de Lascasas, teniente de navío en tiempo de la revolucion, habia ido á juntarse con los príncipes en Coblentza en 1792. Despues de haberse detenido muy poco en Alemania, volvió á Inglaterra en donde permaneció hasta la paz de Amiens en 1802. Habiendo vuelto entonces á Francia y llegado á ser sucesivamente gentil-hombre de Napoleon, y despues consejero de Estado, mandaba la segunda legion de la guardia nacional de París en 30 de marzo de 1814 Habiendo sido separado durante la primera restauracion Mr. de Lascasas en los cien dias, recobró su asiento en el consejo de estado y no dejó esta posicion sino para seguir al Emperador á Rochefor y á Santa Elena.

mado les dijo: «¡Qué, quereis batiros en mi presencia! ¿No soy ya el objeto de todos vuestros cuidados? ¿y mis enemigos no tienen ya puesta su vista en Longwood? Decís que lo habeis sacrificado todo para tomar parte en mi desgracia; pero ¿no veis que la vais á agravar y hacérmela insoportable? Sed hermanos, de otro modo vuestra permanencia aquí no seria para mí sino un nuevo suplicio.» La queja fué oida, y en efecto ¿qué podian ser algunos agravios particulares y personales comparados con los insultos que incesantemente se hacian al jefe que ellos habian seguido? Cada dia llevaba consigo una injuria. El gabinete de Londres, al exigir la vuelta de las cuatro personas de la servidumbre del emperador, habia dado por pretesto la necesidad de disminuir mucho los gastos del sostenimiento de Longwood; y con motivo de los gastos de esta prision se ha dicho que la Inglaterra consagraba á ella una suma anual de diez millones. Esta cantidad es exacta (1); pero representa en casi la totalidad los sacrificios impuestos al tesoro británico para los emolumentos de un gobernador y de su numeroso estado mayor con pagas muy subidas; para el sueldo y manutencion de un crucero, compuesto de once navíos de guerra, y de una guarnicion compuesta de dos regimientos de la guardia real, de un batallon de infantería de las Indias, de un escuadron de dragones, de tres compañías de artillería y de un destacamento de zapadores minadores. En cuanto á los gastos afectos especialmente al mantenimiento de los detenidos de Longwood, eran mínimos. Siguiendo el régimen de todas las prisiones, no pudiendo comprar ni recibir nada sin la espresa autorizacion del gobernador; obligados á sujetarse á la mediacion de un proveedor señalado por Hudson-Lowe y que todas las mañanas enviaba desde James-town las provisiones de toda especie, y hasta el agua necesaria para el dia, ignoraba Napoleon hasta lo que se gastaba para su manutencion personal, y la de sus compañeros de cautividad, cuando el 17 de agosto de 1816 el gobernador le pasó una nota que en sustancia decia: «que el sostenimiento de Longwood y el de sus habitantes, calculado por los gastos hechos anteriormente, ascendian á la suma anual de veinte mil libras esterlinas (quinientos mil francos); que este número era demasiado considerable, que habia recibido órden del gobierno de reducirlo á menos de la mitad, y que en este caso el general tendria que despachar una parte de las personas encerradas con él ó suplir el deficit de sus propios fondos. Santa Elena, simple puesto de descanso para los navíos de la compañía de las Indias, antes de la llegada de Napoleon (2) no producia absolutamente nada; no daba ni legumbres, ni aves, ni ganado, ni aun caza; los únicos animales que descubrieron los primeros habitantes de este peñasco fueron unas ratas enormes que infestaban entonces á Longwood. Todas las provisiones, todos los objetos necesarios para la habitacion y para la vida debian traerse de Europa ó de la costa de África, siendo así que desde Europa á Santa Elena hay mas de dos mil leguas, y cuando menos novecientas desde esta isla al cabo de Buena Esperanza, la colonia africana mas inmediata. Un navío que salia de James-town para ir al Cabo por sal, manteca, aceite, leña ó carbon, en una palabra, todos los objetos de consumo diario, tenia que hacer una travesía de mil ochocientas leguas antes de poder depositarlos en los almacenes de la villa (3). Tal era á veces la escasez de los artículos mas usuales, que llegaron un dia á faltar los alfileres, y las señoras de la isla se vieron precisadas, por una ó dos semanas, á coser las partes de sus vestidos, que tenian costumbre de remendar. Desde entonces todo se encontraba á un precio cuatro veces mas subido, que en los puntos de Europa en donde se vive mas caro; y las veinte mil libras esterlinas (quinientos mil francos) gastadas en Longwood, no figuraban mas para la Inglaterra que cinco mil libras esterlinas (ciento veinte y cinco mil francos). El emperador prohibió al general Bertrand contestar á esta notificacion. En vano el gobernador redobló por escrito sus instancias, porque se guardó silencio. Entonces Hudson-Lowe tomó el partido de presentarse á Napoleon, el cual despues de haberle escuchado con calma algunas frases por las que el gobernador protestaba de la bondad de sus intenciones, le interrumpió á las primeras palabras

(1) La suma señalada en el presupuesto inglés de 1820 para los gastos de Santa Elena era de 415,000 libras esterlinas (10,375,000 fr.)

(2) Santa Elena pertenecia á la compañía de las Indias, que cedió su uso al gobierno por todo el tiempo que durase la detencion de Napoleon. Este goce cesó efectivamente con la vida del emperador; porque el 6 de mayo de 1821, una proclama de sir Hudson-Lowe anunció á los habitantes de la isla que cesaba en sus funciones de gobernador de parte del rey para encargarse de las de gobernador en nombre de la muy honorable y muy poderosa compañía de las Indias.

(3) Durante el primer año de la permanencia del emperador en Santa Elena, todas las tropas de la guarnicion recibieron la misma racion que los marineros de la tripulacion de los buques empleados en aquel crucero.

que pronunció sobre la exageracion ó la inutilidad de ciertos gastos y sobre la justicia de las reducciones que le exigia su gobierno.» No quiero rebajarme hasta el estremo de ocuparme en estos detalles innobles, le dijo el emperador. Vos pretendeis que yo no juzgue mal de vuestras intenciones; y ¿ quereis que yo os mire de otro modo que á un alcaide, cuando todos los dias me perseguís y atormentais con vuestros insultos? Vos no habeis pretendido el gobierno de este peñasco; pero ¿ olvidasteis que hay ciertos empleos que no se dan nunca sino á hombres que se han distinguido deshonrándose? Los verdugos se abstienen de realzar la mancha de su empleo; y como vos, dicen á los desgraciados que van á matar: no hago mas que cumplir con mis órdenes; si fuese menos diestro, haria sufrir aun mucho mas.» Yo no creo alucinado á vuestro gobierno por el odio que me tiene hasta el punto de degradarse dictando vuestra infame conducta. No me canseis mas con todos estos detalles sobre el reglamento de mi manutencion. No envieis ya nada á Longwood si quereis; iré á sentarme á la mesa de los oficiales del valiente 53 (1), y estoy cierto que no habrá mas que uno que se negará á partir su comida con un veterano como yo. Vos teneis un pleno poder sobre mi cuerpo; pero mi alma no la sujetareis jamás; porque habeis de tener entendido que es tan noble, tan valiente en esta roca, como cuando yo mandaba á la Europa; y si tuvieseis honra, pediriais el relevo.

A los pocos dias sir Hudson Lowe transmitió al conde de Montholon el aviso, «que decidido á obedecer las órdenes de un gobierno y á reducir los gastos de Longwood á ochocientas libras esterlinas (doscientos mil francos) al año, acaba de dar órden al proveedor para que no enviase ya á esta residencia las provisiones que acostumbraba entregar, si el general no consentia en pagar, de sus fondos particulares, las doce mil libras esterlinas (trescientos mil francos) de esceso.» Los doscientos mil francos concedidos por el gabinete inglés equivalian apenas en realidad, como lo hemos dicho, á cincuenta mil francos por año, ó sean, cuatro mil francos por mes: la amenaza no dejó de cumplirse; cada dia contando desde aquel momento, la cantidad de las provisiones se cercenó sucesivamente; la economía llegó á hacerse hasta en la sal y en el vino. El proveedor, bajo la órden de Hudson-Lowe, no dió mas sal blanca que para la mesa del Emperador, teniendo que contentarse los sirvientes con la sal morena. En cuanto al vino, no se dió mas que á razon de una botella por dia y por persona, incluso Napoleon. Cada cual se estrechó; pero la insuficiencia de ciertas provisiones era demasiado frecuente para obligar al dueño del meson que las supliese de su propio bolsillo. Estos adelantos llegaron bien pronto á ascender á trescientas y seis libras esterlinas (siete mil seiscientos cincuenta francos). El emperador tomó entonces el partido de vender su vajilla de plata, mandó que la rompieran á hachazos, en tres ocasiones diferentes, y en cada una de ellas dió á Cipriani el encargo de ir á vender los pedazos á James-Town. Tambien intervino en esto Hudson-Lowe; pues que no solo puso tasa á la venta y exigió que se hiciese á un funcionario nombrado por él, el comisario de guerra Ibbetson, sino que pretendió tener el precio, diciendo que la suma era demasiado considerable, para que pudiese dejar su libre disposicion al general. La rotura y la venta de la totalidad de esta rica vajilla, últimos restos del antiguo lujo imperial, tuvieron lugar sucesivamente el 17 de setiembre, 5 de noviembre, y 25 de diciembre de 1816; este último dia por la tarde Napoleon no tenia ya que vender al comisario Ibbetson, y tomaba del general Bertrand algunos cubiertos y comia en la porcelana comun comprada por Cipriani en los almacenes de James-town. El peso total de la plata hecha pedazos y vendida habia ascendido á trescientas veinte y nueve libras. Cuando se estendió la voz de este sacrificio en la isla, no produjo de pronto mas que un sentimiento de incredulidad, pero cuando la certeza reemplazó la duda, un largo grito de reprobacion se levantó contra el gobernador, y bien pronto la queja se hizo tan general, el clamor tan fuerte, que este funcionario, acudiendo á Longwood, anunció á Mr. de Montholon que tomaba sobre su responsabilidad, mientras recibia instrucciones de su gobierno, el retirar sus primeras órdenes y el continuar enviando las provisiones como antes.

Mientras que en Longwood el emperador y sus compañeros de destierro confinados en su triste llanura, alojados en habitaciones malsanas, y sujetos á la mas rigurosa vigilancia, sufrian toda clase de privaciones y todos los enfados de una detencion, en Londres los ministros y los periodistas se complacian en decir las mas grandes mentiras cuando se trataba de Santa Elena. Lord Bathurst no tuvo reparo en asegurar

(1) Uno de los dos regimientos de infantería real que formaban la guarnicion de la isla y que estaban acampados en *Deadwood* (bosque muerto), especie de esplanada situada mas abajo de *Longwood* (bosque largo) y que se descubre desde esta última meseta.

en pleno parlamento que Napoleon, en Longwood, era el objeto del respeto y de las consideraciones mas considerables, que disfrutaba de toda la libertad compatible con el cuidado de su seguridad, y de una existencia espléndida. Los periódicos por su parte, no se limitaban á anunciar el próximo envío á Santa Elena de un magnífico palacio de madera, del cual hacian una descripcion la mas interesante y minuciosa que se ha visto jamás; sino que publicaban una porcion de cartas, segun decian ellos, de Santa Elena ó escritas por viajeros que habian descansado en James-town y que presentaban aquella isla y su villa como lugares casi encantadores. Algunas de estas cartas eran supuestas, otras reales. Santa Elena está colocada casi á mitad del camino entre la Europa y la India. Los navíos que se detienen en ella, sea que vengan de Inglaterra ó del Indostan, cuentan ya dos meses á lo menos de una navegacion siempre muy penosa. La primera sensacion que experimentan los pasajeros que desembarcan en ella, es pues un sentimiento de bienestar. Fatigados por la falta de espacio é incomodidad inseparable de los movimientos del barco y cansados de la monotonía del mar, considéranse dichosos pasando la tierra, fijando la vista en algunas casas de recreo cercadas de árboles y verdor, y la alegría que sienten embellece hasta las rocas que forman la masa de la isla. Si algunos viajeros privilegiados obtenian del gobernador los permisos necesarios para atravesar las numerosas avanzadillas escalonadas entre la villa y Longwood, y subir á la llanura que se estiende en la cima de las colinas, realizada indispensablemente esta ascension con buen tiempo, se trasformaba para ellos en un placentero dia de campo, que les predisponia para elogiar el sitio visitado, y llegados á la cumbre, entusiasmábanse con el espectáculo que se ofrecia entonces ante sus ojos. Indiferentes á la absoluta aridez de esta llanura, espuesta á todos los vientos, sin el menor abrigo, ni otra vejetacion que la de algunos árboles gomosos encorvados, claramente sembrados, y casi recostados sobre la tierra en una direccion uniforme, á causa de la violencia del viento del sudeste, solo contemplaban los peñascos que se levantaban á su rededor, los precipicios que veian por todas partes, y la inmensa masa volcánica del pico de Diana con sus flancos negros y desgarrados, cuya cima elevándose á mil doscientos piés sobre Longwood se confundia con las nubes. El carácter silvestre de este lugar devastado se cambiaba para ellos en un sitio pintoresco, grandioso, digno de admiracion, y despues de haber paseado algunos instantes por la llanura, decidian que la residencia de aquel punto debia ofrecer sus atractivos.

¿Es posible contradecir las narraciones trazadas bajo estas impresiones, denunciar los actos del gobernador, destruir las mentiras de los ministros, y, en una palabra, dar á conocer al mundo la verdad? Las necesidades de su posicion habian obligado á Napoleon el procurarse los medios que indicaremos mas adelante, á fin de corresponder secretamente con Europa; pero eran raras las ocasiones que se presentaban para escribir: desde luego no podian hacer pasar mas que cartas poco voluminosas, necesariamente muy cortas, y no conteniendo sino pormenores demasiado incompletos. Con el fin de suplir á la insuficiencia de estas remesas, Mr. de Lascasas tuvo la idea de redactar una memoria estendida y circunstanciada para el príncipe Luciano, que debia confiar á un jóven mulato, criado suyo de una fidelidad, segun decia, á toda prueba, el cual tenia asegurado su embarco á bordo de un buque que se hallaba entonces á la carga. Luego que estuvo escrita la memoria, y despues copiada en un pedazo de raso blanco á fin de ocultarla con mas facilidad debajo de los vestidos, Mr. de Lascasas comunicó su proyecto al emperador, que le desaprobó: el criado puede ser traidor, decia Napoleon, y aun cuando contra toda probabilidad permaneciera fiel, positivamente el gobernador no consentirá que se embarque. Mr. de Lascasas persistió en su resolucion, y las previsiones del emperador se realizaron; el mulato entregó la recopilacion al gobernador, quien el 25 de noviembre de 1816 acudió precipitadamente á Longwood acompañado de un numeroso estado mayor y de un destacamento de dragones, se apoderó de Mr. de Lascasas y su hijo, recogió todos sus papeles, y se les llevó fuera de Longwood. Napoleon protestó vivamente contra esta violencia, y reclamó el regreso de los dos prisioneros. De todos los compañeros del cautivo, Mr. de Lascasas era el único que supiera hablar y escribir el inglés; no tan solo servia ordinariamente de intérprete á Napoleon, sino que sin su ausilio el emperador no podia leer los periódicos de Londres. Durante algunos dias, sir Hudson-Lowe rechazó todas las solicitudes: «Voy á concluir de una vez,» dijo Napoleon. Aquella misma noche dictaba á su primer ayuda de cámara, Mr. Marchand, una carta de despedida para Mr. de Lascasas, que fué remitida primeramente al gobernador, pero estaba cerrada: Hudson-Lowe no quiso recibirla. Devuelta á Longwood, el emperador rompió el sello y la entregó al ayudante de órdenes, quien la llevó por segunda vez á Plantation-House. Despues de haberla leido, el gobernador declaró que contenia cosas demasiado reprensibles para trasmitirla á su destino, limitándose á la comunicacion de algunos fragmentos: entre otros pasajes, se hallaban las frases siguientes:

«El príncipe regente no podrá ser instruido jamás de la conducta que usan aquí en su nombre. Desean que el misterio con que rodean á Longwood fuera impenetrable, y por medio de rumores esparcidos con astucia, quieren desfigurar la realidad á los oficiales, viajeros, habitantes, y hasta á los agentes que, segun dicen, mantienen en este pais el Austria y la Rusia. Vuestra sociedad me era necesario, pues sois el único entre nosotros que habla y escribe el inglés: no obstante, os invito, y si es preciso os ordeno que regreseis al continente. Será un consuelo para mí, el saber que os hallais en marcha para tierras mas afortunadas. Si algun dia veis á mi esposa é hijo, abrazadles en mi nombre; hace dos años que no he recibido ninguna noticia de ellos directa ni indirectamente. Existe en esta isla un botánico aleman que hace seis meses que llegó á ella, el cual los ha visto en el jardin de Schœnbrünn poco tiempo antes de su salida: los bárbaros han impedido cuidadosamente que vinieran á darme noticias suyas.»

Estas palabras: «Os invito, y si es preciso, os ordeno que regreseis.» produjeron en la sospechosa imaginacion del gobernador el efecto que habia previsto Napoleon. ¿Mr. de Lascasas se hallará encargado de alguna mision secreta? La redaccion de la nota, su remision al mulato y hasta la denuncia de este último, ¿no podrian ser con el fin de engañar su vigilancia y asegurar la marcha inmediata del autor de la memoria? Sir Hudson-Lowe cambió inmediatamente de actitud y lenguaje, diciendo á Mr. de Lascasas que supuesto que el emperador aplicaba á sus servicios un precio tan elevado, cesaba de insistir para que marchara, y le permitia quedarse en Santa Elena.—«No hay nada que pueda retenerme al lado del emperador Napoleon, contestó Mr. de Lascasas al gobernador; me han manchado, viniendo á prenderme casi en su presencia, y no puedo servirle en lo sucesivo de consuelo; sus miradas solo hallarian en mí un objeto infamado y recuerdos de dolor. Existe alguna cosa que me dice que volveré, pero por un camino purificado, y conduciendo conmigo todo lo que mas aprecio (1).»

Hudson-Lowe divulgó sin pérdida de tiempo su proposicion en Longwood «para dar un testimonio del constante deseo que le animaba de hacer en obsequio de los prisioneros todo cuanto fuera compatible con sus instrucciones,» y anunciar al propio tiempo la oposicion que encontraba. El emperador quedó sumamente sorprendido al ver que se habia rehusado la oferta del gobernador, y los generales Bertrand y Gourgaud visitaron inmediatamente á Mr. de Lascasas para invitarle á que volviera á Longwood; pero este les manifestó que tan solo regresaria en el caso de que el emperador le indicara personalmente su deseo formal. Napoleon le hizo contestar que no le pertenecia decidir esta cuestion; que no queria influir en nada acerca de su determinacion, y que ya fuera que Mr. de Lascasas volviera á su lado ó bien que regresara á Europa, no podia hacer otra cosa sino aprobarle. Hacia catorce meses que Mr. de Lascasas habitaba en Santa Elena; se hallaba débil y enfermizo, y su hijo en un estado de salud deplorable. ¿Temia no poder resistir á los ataques de aquel clima mortífero, ó bien tenia la esperanza de prestar tantos servicios al emperador en Europa, como permaneciendo á su lado? Él insistió en su resolucion de abandonar la isla. El 29 de diciembre, despues de una minuciosa visita hecha en todos sus efectos, su persona y la de su hijo; despues de embargar y sellar todos sus papeles, una lancha les condujo á bordo de un bergantin del crucero encargado de trasportarles al Cabo, con el fin de aguardar allí la salida ó paso de una nave que hiciera rumbo directo para Inglaterra. En el momento en que atravesando la rada, su bote costeaba un buque que acababa de echar el áncora, cuatro pasajeros apoyados en los filaretes de popa, y cuyas miradas interrogaban ansiosamente las llanuras superiores de las colinas de Santa Elena, les saludaron con grandes voces: eran el comandante Piontowski, Santini, el jóven Archambault y Rousseau, los cuales regresaban del Cabo, á donde habian sido conducidos primeramente, y se hallaban entonces haciendo derrota para Europa (2).

(1) Carta de Mr. de Lascasas á sir Hudson-Lowe del 30 de noviembre de 1816. *Documentos manuscritos acerca de Santa Elena*, Biblioteca nacional.

(2) El *Diario* manuscrito, que algunos años despues formó el célebre *Memorial de Santa Elena*, se hallaba entre los papeles secuestrados por sir Hudson-Lowe: Mr. de Lascasas le recobró solamente á últimos de 1821, despues de la muerte del emperador, y cuando se hubo trasportado á Inglaterra todo lo que habia pertenecido á Napoleon y á sus compañeros de destierro.

«Si reciben á Lascasas en Inglaterra, decia el emperador á los compañeros que se habian quedado con él, podrá procurarnos muchos amigos en el parlamento; si no le permiten desembarcar, irá á Florencia y á Roma; allí verá mi familia, y por medio de sus escritos nos prestará grandes servicios al lado de María Luisa y con el emperador Francisco.» Estas reflexiones revelan las esperanzas secretas que conservaban los desterrados: desde su salida de Inglaterra, todos habian confiado en «un cambio de fortuna.» Engañados por el recuerdo de los acontecimientos repentinos e inesperados que durante veinte y cinco años habian asombrado profundamente el mundo y cambiado bruscamente los sucesos y situaciones, no admitian que las fuerzas de Europa, una vez puestas en movimiento, pudieran encontrarse y acampar en Francia, sin que del contacto de estas masas armadas resultara un choque ó sacudida favorable para su libertad. Atentos á los mas leves rumores que llegaban de Europa, espiaban la aparicion del mas insignificante buque, y cada vela que percibian en alta mar ó de la cual señalaban la aproximacion, se les figuraba que traia en sus pliegues la señal de su libertad. No obstante el millon de soldados que habian entrado en Francia despues de Waterloo, habian vuelto á pasar inmediatamente nuestras fronteras; el flujo de la invasion se habia concentrado en sus límites; la Francia no se hallaba mas que en presencia de los príncipes conducidos por la Europa armada, y de los ciento cincuenta mil soldados que esta habia dejado para proteger á Luis XVIII. Aun cuando este cambio desmentia las primeras previsiones de los cautivos, fué sin embargo para ellos un nuevo motivo de esperanza: la marcha contrarevolucionaria del gobierno real, sus proscripciones, el establecimiento de sus tribunales prebostales, sus sangrientas ejecuciones de generales y los acontecimientos de Grenoble les aparecian á aquella distancia, como signos de una lucha casi abierta, ó hechos de guerra civil, cuyo infalible resultado seria una sublevacion general. «¡Ahora sí que es cruel encontrarse aquí! decia el emperador. ¿Quién se atreverá á ponerse al frente de la indignacion popular, y salvar del patíbulo á esos millares de valientes que tienen horror del yugo estranjero? ¡Cuántas víctimas inmoladas inútilmente! añadia. Los Borbones siempre se muestran los mismos; son incorregibles. Luis XVIII hace su San Bartolomé; se cree matar la revolucion con sangre; pero la revolucion es la nueva Francia, y la sangre que derrama riega los odios implacables. El recuerdo del terror mató la república, y la sangre que hace correr el gobierno real, tarde ó temprano dará la muerte á la restauracion.» Luego, discutiendo las consecuencias probables de la caida de los Borbones y de una nueva guerra general, se entregaba á ciertas consideraciones acerca de los intereses de los pueblos y de los soberanos, en los que dominaban las repugnancias, inclinaciones políticas y fatales ilusiones que les habian precipitado dos veces fuera del trono. Prisionero de los reyes, era de ellos que aguardaba todavía su libertad, no porque confiase en su justicia, sino por la necesidad que tendrian de él para oponerle á sus súbditos rebelados. «En esta inmensa lucha del presente contra el pasado, decia, yo soy el árbitro y medianero natural entre los soberanos y los pueblos. Yo habia aspirado á ser el juez supremo; toda mi administracion interior y toda mi diplomacia esterior giraban al rededor de este grande objeto; mas la suerte lo ha dispuesto de otro modo.» Otras veces añadia: «Los reyes echarán de menos mi brazo tutelar, y el dia de las revoluciones se levantará nuevamente para la Europa. ¡Mi caida es una desdicha! ¡Yo habia cerrado la bola de los vientos, y las bayonetas del millon de hombres que me derribaron la han rasgado!»

¡Inútiles llamadas! ¡ensueños vanos tan pronto disipados como concebidos! Cada noche veia desvanecerse las esperanzas de la mañana, y los periódicos que llegaban en el mismo barco cuya aparicion habia motivado tanta confianza y cálculos, recordaban á Napoleon la triste realidad. Agotada por las luchas, la Francia no pensaba sino en levantarse, y parecia, al contrario, que se resignaba al gobierno de los Borbones; el resto del continente, oprimido bajo el despotismo armado de sus soberanos, se hallaba otra vez silencioso y tranquilo. «Nosotros nos alimentamos de ilusiones, decia entonces el emperador con su acento desanimado, y hacemos mal; es demasiado sensible despertarse cuando aparece la verdad.» Efectivamente, un año despues de haber marchado Mr. de Lascasas, la prision de Napoleon se habia estrechado en lugar de dilatarse; el fuerte crucero que se hallaba siempre en movimiento al rededor de la isla, los dos campamentos establecidos entre James-town y Longwood, las numerosas avanzadas y el doble cordon de centinelas que cercaban esta residencia, no habian sido suficientes para la inquieta vigilancia de Hudson-Lowe; así es que acababa de cerrar con espesas estacadas de madera todos los caminos y sendas que conducian á la llanura superior de la colina, y abriendo anchos fosos ó construyendo parapetos en cada punto de los límites que podia ofrecer la posibilidad ó apariencia de un paso. ¡Si á lo menos el régimen interior de Longwood hubiese sido modificado por ese lujo de precauciones y esa acumulacion de cercados! pero, mientras que en su bella habitacion de Plantation-House, en medio de un vasto parque y de frescos jardines, sir Hudson-Lowe recibia durante el dia numerosas visitas, y que de noche daba suntuosos banquetes y bailes ó fiestas costosas; por un triste y singular contraste, á mil ochocientos piés sobre el nivel de esta residencia, en la region de los vientos, en una pelada roca y bajo el techo de una vieja vaqueriza infestada de ratas, el conquistador cuya gloria habia resonado por todo el mundo, cuya espada habia derribado los imperios, la mano erigido tronos y dado coronas, sufria la escasez en una inmunda prision (1). La estacion calurosa y el tiempo lluvioso condenaban á Napoleon á las incomodidades de una verdadera reclusion. En la época de los calores era imposible pasearse de dia bajo ese cielo africano, en esa llanura sin sombra, verdor ni frescura; pudiera imaginarse que llegada la noche, el prisionero tenia á lo menos la libertad de abandonar su triste habitacion para salir á respirar el aire fuera de ella; mas, tan luego como el sol desaparecia del horizonte, se avanzaban dos cordones de centinelas en un órden paralelo y concéntrico, primeramente á pocos pasos de los edificios, y despues hasta las ventanas y puertas de las casas, forzaban á Napoleon y sus compañeros de destierro á que entraran en sus aposentos cuando era todavía dia claro y les tenian encerrados en ellos hasta el dia siguiente (2). Las privaciones no se limitaban á una sola cosa: varias veces el emperador se halló falto de medias y calzado, y rara vez obtenia la cantidad de leña necesaria para combatir la humedad constante de su domicilio; frecuentemente el vino que le servian no era potable. Informados de esta circunstancia los oficiales del 53.º proyectaron hacerle remitir veinte y cinco botellas del vino que ellos bebian; avisado el gobernador prohibió la remesa de este regalo, y amenazó á los oficiales que les impondria un castigo. Enviaron al cautivo desde Italia un busto de mármol del rey de Roma; Hudson-Lowe se opuso al desembarque del pasajero encargado de este presente, se apoderó del busto, y le retuvo por espacio de algunos meses, agitándose cada dia con la cuestion de saber si le haria arrojar al mar, ó bien romper ese mármol que podia ocultar, segun decia, algun papel importante. Un juego de ajedrez, testimonio de gratitud de un inglés cuyo hermano debia la vida á Napoleon, fué igualmente el objeto de una larga é interminable correspondencia entre el general Bertrand, el conde de Montholon y el gobernador. Este último negó la entrada del juego de ajedrez en Longwood, alegando dos motivos: el primero, porque la caja tenia esculturas que representaban águilas y N coronadas, emblemas, segun decia Hudson-Lowe, que no correspondian ya á la posicion del general, y que podian mecerle en esperanzas culpables; en segundo lugar podian hallarse ocultos un billete ó cartas en los fragmentos de madera que componian aquel cuadro; así pues, su deber era el de romperle. La comunicacion entre Longwood y el coto habitado por el general Bertrand estuvo prohibida durante algunos dias en castigo de una infraccion de reglamento cometida por la esposa de este último. La prohibicion era absoluta, nadie podia salir de la acotacion ni entrar en ella, y los víveres debian remitirse á los habitantes por encima de las tapias. El crímen de madama Bertrand era haber escrito al comisario de Luis XVIII, sin haberle sometido primeramente á la aprobacion del gobernador, un billete pidiendo noticias de su familia.

Ya hemos hablado de una circunstancia que irritaba sobremanera las relaciones entre los huespedes de Longwood y el gobernador, que apasionaba su correspondencia, y que encolerizaba á Hudson-Lowe hasta el estremo de no querer contestar, por espacio de algunos dias y meses en·

---

(1) «Era tanta la cantidad de ratas en Longwood, que á pesar de nuestras persecuciones continuas se paseaban diariamente en nuestros aposentos, y nos veiamos obligados á poner cubetas debajo de las cunas de nuestros hijos. Una noche las ratas se comieron parte de la nalga de un caballo nuestro que estaba enfermo: el mismo general Bertrand fué mordido gravemente en la mano mientras dormia.» *Relaciones de la cautividad en Santa Elena*, por el conde de Montholon.

(2) El primer cordon se componia de 32 centinelas colocados á 15 ó 20 pasos de distancia el uno del otro, en el mismo umbral de la puerta, y detrás de las ventanas exteriores de los aposentos. El segundo cordon, situado á 60 ú 80 pasos á retaguardia del primero constaba de sesenta centinelas. Estos dos cordones, que tenian la consigna de impedir, sin escepcion de persona, la entrada ó salida en las habitaciones de Longwood desde el anochecer hasta las seis de la mañana, se retiraban á esta hora sobre la linea de los límites. El servicio de estas dos filas de centinelas y avanzadas diseminadas al rededor del recinto subsistió del modo que lo acabamos de describir, hasta la muerte del emperador.

teros, á las reclamaciones de los desterrados; tal era la persistencia de los compañeros de Napoleon en conservarle el título de emperador.

El gobernador declaraba que no podia ni queria aceptar comunicaciones que no diera á Napoleon la calificacion de general, la única, segun decia, que fué reconocida por su gobierno. Para evitar este manantial de disputas diarias, suspendidas muchas veces, pero renovadas al dia siguiente, el emperador propuso que en lo sucesivo se le diera en las notas cambiadas entre Longwood y Plantation-House, los nombres de baron Duroc ó coronel Muiron (1). El almirante Malcolm, jefe del crucero, y el general Bingham, que mandaba las tropas de la isla, probaron á entremeterse y hacer aceptar esta transaccion; pero sir Hudson-Lowe se opuso á todo acomodamiento.

Napoleon no cedia á un vano orgullo, rechazando la calificacion que pretendian imponerle el gabinete de Londres y su agente. El emperador decia á lord Amherst que, hallándose de escala en Santa Elena al regreso de su mision de la China, habia ido á visitarle:—«Quieren que reniegue todo un pasado de gloria, y que reconozca la vergüenza de mi patria; quieren que la Francia no tenga el derecho de poner en mi cabeza la corona imperial. Yo tenia el nombre de general Bonaparte en Campo-Formio y Luneville, cuando dictaba la paz al emperador de Austria, y en Amiens me llamaban del mismo modo cuando firmaba la paz con la Inglaterra; me envanezco de conservarlo todavia; pero el honor francés me prohibe reconocer á un rey de Inglaterra el derecho de renegar los actos del pueblo francés.»

Despues añadia con un sentimiento de profunda tristeza: «Ni vuestro rey, ni su pueblo tienen derecho á mi persona, y la Inglaterra da el ejemplo de veinte millones de hombres oprimiendo á uno solo. Vuestros ministros han mentido al parlamento para someterme á un poder arbitrario, y han tenido la osadía de decir que no pedian ese poder sino para tratarme con mas liberalidad de la que se acostumbra conceder á los prisioneros de guerra. Obtenido este poder, le han delegado á un hombre escogido *ad hoc* entre los individuos conocidos por sus misiones precedentes, al cual le han dicho: «Si vuestro prisionero se escapa, perdeis vuestra cabeza y fortuna.» Un carcelero en Europa no puede imponer restricciones segun sus caprichos y terrores pánicos al criminal que se ha confiado á su guarda; se halla obligado á ceñirse á la ejecucion de los reglamentos establecidos por las leyes ó magistrados. Yo me encuentro sometido al poder de un hombre arbitrario: quieren que no salga de esta choza malsana sin ser acompañado de un guardia, y me prohiben recibir las cartas de mi esposa, madre y familia si no han sido leidas de antemano y comentadas por mi carcelero.

»¿Qué utilidad tienen aquí esas restricciones? ¿Qué hombre de buena fé puede admitir la posibilidad de evadirse, cuando la isla se halla rodeada de numerosos cruceros, una multitud de avanzadas establecidas en todos los puntos, señales que se corresponden en todas direcciones, y que ningun habitante no puede acercarse ni alejarse de Santa Elena sin haber sido visitado por los agentes del gobierno; cuando, en fin, se hallan colocados centenares de centinelas que rodean esta habitacion desde la seis de la tarde á las seis de la mañana? Hay un medio mas sencillo para quitarme todo medio de evasion, y es el de encerrarme en un ataud.

»Vuestros ministros no se han contentado con mentir al parlamento acerca de mi posicion; uno de ellos (lord Castlereagh) ha dicho en una numerosa reunion en Irlanda, que yo no habia hecho la paz con la Inglaterra sino para engañarla, sorprenderla y destruirla. Semejantes calumnias contra un hombre oprimido, y á quien se le aprieta la garganta para impedirle elevar la voz, son rechazadas por todo hombre de honor y justicia. Yo he deseado constantemente una paz franca con la Inglaterra, y solo he combatido para obtenerla. El congreso de Viena ha creido asegurarla á la Europa; se engaña: la guerra, y una guerra terrible se fomenta bajo las cenizas del imperio. Tarde ó temprano los pueblos se vengan cruelmente de la ingratitud de los reyes que yo he coronado ó perdonado (2).»

En vano para escapar de los tormentos de su posicion, el emperador se refugiaba tras el dictado de sus memorias, monumento único por su estension, en la historia de los grandes capitanes y soberanos, trabajo digno de su gloria, donde se muestra á la vez, narrador concienzudo, claro, elocuente, pensador profundo y escritor de talento; la accion del clima, mas fuerte que su voluntad, aterraba su energía (1). La oligarquía inglesa para esterminar á los marineros y soldados del imperio, que se hallaban prisioneros de guerra, habian intentado los pontones, ese suplicio del cual se ha dicho «que los antiguos hubieran enriquecido su infierno, si su imaginacion hubiese podido concebirlos.» Escogiendo la meseta superior de la colina de Longwood para prision del jefe de gobierno imperial, esta oligarquía habia destinado Napoleon á una muerte no menos cierta. El agente destructor podia ser diferente, mas su accion era igualmente segura: á bordo de los pontones era el amontonamiento de los prisioneros en aposentos bajos y húmedos en los que no podian estar ni en pié ni echados, la escasez de aire y la privacion de alimento; despues á baja marea de veinte horas, diez; la aspiracion de miasmas deletéreos y emanaciones de un fango fetido; Longwood, el aislamiento, la falta de ejercicio, una residencia insalubre, calores insoportables sucediendo á las lluvias fuertísimas que duraban nueve meses del año y una atmósfera disolvente de nieblas espesas y penetrantes. A pesar del paso repentino de la existencia mas activa que se ha conocido á la quietud mas absoluta, la complexion del emperador, naturalmente robusta y fortificada por las fatigas que habia sufrido bajo todas las regiones, tanto en las arenas ardientes de Siria y Egipto, como en las heladas estepas de Polonia y Rusia, resistió mas tiempo que la de sus compañeros de destierro á los ataques del clima. Estos últimos pagaron el tributo antes que él á los cambios bruscos de la temperatura de aquella roca desde el termómetro variado frecuentemente, en algunos minutos, de diez y doce grados, en donde en las partes mas abrigadas y sanas, ningun colono ha podido jamás llegar á la edad de sesenta años. Napoleon no se habia hecho una ilusion acerca del resultado de semejante residencia, y habia dicho al regreso de uno de sus primeros paseos por la llanura: «Ya ves con qué intencion me han confinado encima de esta roca; la vejetacion es lánguida, y en todas las partes donde se marchitan las flores el hombre no puede vivir. Se hallaba reservado al gobierno ingles el trasformar en el aire en un instrumento homicida.» La enfermedad atacaba sobre todo las vías digestivas; se manifestaba por medio de disenterías violentas, y algunas veces su invasion era repentina y terrible. Una noche que Cipriani preparaba el modesto cubierto del emperador, le cogió un dolor atroz; el desgraciado trinchante cae al suelo, se arrolla y se debate bajo las angustias de la enfermedad, y espira pocas horas despues dejando en el servicio íntimo de Napoleon un vacío que no pudo llenarse. Cipriani era corso; jóven todavía y dotado de una inteligencia notable, encargado diferentes veces de misiones políticas confidenciales, particularmente en la época de las conferencias de Viena, cuyo fiel resúmen trasmitia cada semana á Napoleon, y aun en la isla de Elba, por todas partes Cipriani habia dado pruebas de una habilidad rara y de la mas absoluta afeccion. Por una singularidad digna de ser notada se le debia la parte principal en la toma de la isla de Capri, posicion importante, situada á la entrada del golfo de Nápoles, teniendo por defensa un recinto de rocas cortadas á pico, una artillería formidable, y tres mil soldados mandados por sir Hudson-Lowe, el cual fué sacado vergonzosamente de ella por mil doscientos franceses á quienes ni aun tampoco intentó resistir. Los restos mortales de Cipriani fueron acompañados hasta su última mansion por los generales Bertrand, Gourgaud y Montholon, y por MM. Marchand, Piéron, Novarraz, Siant-Denis, Archambault, casi la totalidad de los oficiales de la guarnicion y un gran número de colonos, y depositados en el cementerio de James-town. «¡Mi pobre Cipriani! decia el emperador, yo hubiera marchado detrás de su feretro, y tribu-

(1) El emperador decia en Santa Elena que el gran mariscal del palacio, Duroc, duque de Friuol, muerto por una bala rasa el 22 de mayo de 1813 en el combate de Markdorf, cerca de Goërlitz, era el único de sus generales ó personas de la servidumbre real que habia gozado de su confianza absoluta.—Su ayudante de campo, el coronel Muiron, muerto en el puente de Arcola, habia dado su vida para salvar la de su general, arrojándose delante de este último en medio de una refriega furiosa, y le habia cubierto con su cuerpo en el momento en que estallaba una descarga dirigida contra Napoleon.

(2) *Relaciones de la cautividad del emperador Napoleon en Santa Elena*, por el general de Montholon.

(1) Las obras que dictó Napoleon y se hallan publicadas son las siguientes:

Campañas de 1815, escrita en Santa Elena por el general *Gourgaud*, publicada en Paris en 1818.

Memorias para servir á la historia de Francia; escritas en Santa Elena, bajo el dictado del emperador, por los generales Gourgaud y Montholon, 8 vol. en 8.

Resúmen sobre las campañas de César; dictado en Santa Elena, y publicado por Mr. Marchand.

Campañas de Egipto y de Siria, dictadas al conde Bertrand, y publicadas por este general; 2 vol. en 8.

El *Memorial de Santa Elena*, por Mr. de *Lascasas*; *Napoleon en el destierro*, por el doctor *O'meara*; *Los últimos momentos de Napoleon*, por el doctor *Antommarchi*, y las *Relaciones de la cautividad de Santa Elena*, contienen además acerca del mismo emperador, y de las cosas y hombres de su época, una multitud de pormenores ó anécdotas que dictó ó relató en su destierro, y que presentan á la vez un vivo interés de curiosidad y un alto interés histórico.

tado las últimas honras si le hubiesen enterrado en el interior de mis límites!»

Un desfallecimiento general, largos accesos de tristeza, un abatimiento profundo y violentos dolores de cabeza habian sido los primeros síntomas de la influencia ejercida en la salud del emperador por la insalubridad del clima y por el régimen de su prision; los que muy pronto fueron seguidos de toses fatigosas, insomnios, debilidad y aun enflaquecimiento marcado (1). Este visible descaecimiento ya hacia algun tiempo que inspiraba vivas inquietudes al doctor O'Meara; interrogado por sir Hudson-Lowe acerca de una indisposion bastante fuerte que habia retenido al emperador en cama durante algunos dias, O'Meara le dijo que creia la existencia de un aneurisma: «No es necesario que muera repentinamente, esclamó al instante el gobernador, eso podria embarazar á mi gobierno, y prestarse demasiado á los comentarios. Debemos desear que sucumba de una enfermendad lenta, que permita probar á nuestros médicos que su muerte es una defuncion natural.—Entonces son indispensables distracciones y ejercicio, replicó el médico.—¿Quién le impide el tomar uno y otro? dijo Hudson-Lowe: vive encerrado por mala voluntad y dejadez, y es un perezoso que estudia siempre el modo de contradecirme.—Si me hallase en lugar de su escelencia, añadio sir Thomas Reade, jefe de estado mayor del gobernador, yo haria de manera que ese perro francés fuera mas razonable; le separaria de sus amigos que valen tanto como él, y le quitaria hasta sus libros: en fin, no es mas que un miserable proscrito, y le trataria como tal, y ¡vive Dios! se haria un gran servicio al rey de Francia desembarazándole de ese sugeto. No es aquí donde hubieran debido enviarle, sino ante un tribunal marcial.» Si O'Meara, recordando las costumbres activas del cautivo y sus rapidos y continuos viajes al través de la Európa, invocaba la necesidad imperiosa de largos paseos á caballo, sir Hudson-Lowe contestaba: «El general Bonaparte no puede recorrer libremente la isla. Si no hubiesen existido mas circunstancias que la de su seguridad, un simple dependiente de la compañía de Indias hubiera bastado para guardarle en Santa Elena. Debe creerse dichoso de que mi gobierno haya enviado para custodiarle un hombre tan bueno como yo; de lo contrario se hallaria encadenado para enseñarle á conducirse un poco mejor.» Cuando el doctor insistia á fin de obtener á lo menos una cantidad de agua suficiente para procurar al enfermo algunos baños: «Yo no sabia, respondia el gobernador mofándose, que el general Bonaparte tuviese necesidad de hervir de ese modo durante varias horas dentro del agua caliente.—Vuestras restricciones abrevian su vida, añadia el doctor.—La vida de semejante hombre, replicaba Hudson-Lowe, no debe entrar en balanza con el mal que podria causar si lograra escaparse: no debeis olvidar, caballero, que el general Bonaparte ha sido el azote del mundo (2).»

Hudson-Lowe era mas sincero y decia mas verdad que podia imaginárselo, cuando afirmaba que su conducta no iba acompañada de toda la severidad que le ordenaban sus instrucciones. La reduccion de los gastos de Longwood á ocho mil libras esterlinas anuales era una prescripcion formal de lord Bathurst, y el gobernador habia positivamente comprometido su responsabilidad personal aumentando los gastos á doce mil libras. Además le estaba espresamente mandado asegurarse dos veces al dia, ya fuera por sí mismo ó bien por uno de sus ayudantes de la presencia de Napoleon en Longwood, y para llegar á esta comprobacion no debia vacilar en presencia de ningun medio aun cuando debiera emplear para ello la fuerza armada; sin embargo, por mucho tiempo que hubiera permanecido Napoleon encerrado en su aposento, jamás intentó el gobernador usar de la violencia para verle, y siempre se paró delante de la puerta cerrada de la habitacion del cautivo. Añadamos que las denuncias continuas, trasmitidas á Hudson-Lowe por los agentes ingleses, residentes en el cabo de Buena Esperanza, Rio-Janeiro, Nueva-York, y otros puestos de la América del sur y del norte, acerca de preparativos supuestos que tenian por objeto el rapto del emperador, escitaban diariamente su imaginacion inquieta, y que todos los despachos y cartas que recibia de Londres le invitaban á redoblar la vigilancia y las precauciones; y que sus actos, siempre aprobados ó dictados por el ministro Bathurst, al cual daba cuenta del mas pequeño incidente, eran además el objeto de elogios que le dirigian hasta los mismos miembros de la familia real de Inglaterra (1). Desde luego Hudson-Lowe no tan solo era uno de esos hombres mal dotados y repulsivos, que por la aspereza de sus modales, la sequedad de su imaginacion y la poca habilidad de su lenguaje, agravan el mal que hacen, y hacen odiar hasta el mismo bien que quisieran hacer; sino que tambien habia llevado a Santa Elena las preocupaciones mas groseras de su nacion contra el emperador. Para el gobernador, Napoleon era todavía el aventurero cubierto de crímenes que los ministros ingleses habian señalado tanto tiempo al desprecio y odio del pueblo de los Tres-Reinos, y era positivo que le consideraba como el azote de Francia y del mundo. Si su natural comun y su imaginacion poco elevada habian resistido á la vez á la accion del tiempo y al contacto de este gran infortunio, digamos en honor de su pais, que esceptuados los Thomas Reade, Garrequec y otros oficiales de su estado mayor, la generalidad de los ingleses ilustrados que residian en Santa Elena vituperaban los inútiles rigores desplegados contra los huéspedes de Longwood. El almirante sir Pulteney-Malcolm y lady Malcolm, el general Bingham, que mandaba las tropas, lady Bingham y la familia Balcombe, entre otros visitadores asiduos de esta residencia, tenian una especie de cuidado piadoso en atenuar con sus respetos y atenciones por Napoleon los dolores y disgustos de su cautividad. Los oficiales de todos grados de la guarnicion y crucero, soldados y marineros no tenian menos miramientos con el glorioso desterrado: todos, en los límites de sus deberes, le daban muestras de una respetuosa piedad mezclada de admiracion. La oficialidad de cada regimiento tenian por un honor serle presentados á su llegada ó salida de la isla. Si en su salida la casualidad le conducia paseando cerca de un grupo de operarios, infantes ó marineros que visitaban las alturas de la isla ó que se hallaban empleados en terraplenar ó nivelar los caminos ordenados por el gobernador, todos se paraban inmediatamente ó suspendian sus trabajos, formándose en ala á una de los lados por donde tenia que pasar, descubriéndose y tomando la actitud de soldados o súbditos de un soberano (2). Los oficiales que se hallaban presentes toleraban esta desobediencia á las órdenes de su Hudson-Lowe, y muchas veces tributaban tambien el mismo homenaje. Un dia se avanzó Napoleon á la orilla de un profundo barranco que formaba los límites de su recinto y era custodiado en el lado opuesto por un numeroso cuerpo de guardia; el oficial que mandaba el punto, jóven irlandés, llamado Fitz-Garald, reconoce el cautivo, é inmediatamente manda formar los soldados, presentan las armas y tocan la marcha real; admirado Napoleon les saluda: «¡Sí! ¡sí! le grita con toda la fuerza de su voz el jóven oficial, nosotros os saludamos; señor emperador!» Cuando se embarcó el 13 despues de haber residido dos años en Santa Elena, para regresar á Inglaterra; algunos oficiales, mientras que hacian la señal de marcha, paseaban sus catalejos en direccion de las alturas de la isla y vieron á Napoleon que estaba al pié en uno de los puntos de su colina mirando las naves destinadas para trasportarles á Europa; advertidos sus camaradas y soldados acuden en masa sobre los puentes y dan por tres veces el grito de ¡viva Napoleon! Poco tiempo despues el emperador daba la vuelta del recinto en coche y acompañado de lady Malcolm; impulsada la calesa por una cuesta rápida, fué á pararse á la orilla de una profunda abertura del peñasco. «Iba á ser causa de vuestra desgracias, señora, dijo inmediatamente Napoleon á la esposa del almirante; un poco mas todavía y rodábamos dentro del precipicio.—Señor, debeis decir hacer mi dicha, le contestó lady Malcolm, pues me dabais la inmortalidad.»

Hasta los mismos comisarios que residian en Santa Elena, como representantes de las cuatro grandes potencias de la Europa continental, observaban una actitud que era una protesta contra los rigores del agente de los lores Castlereagh y Bathurst. Los dos comisarios de Austria y Rusia, el baron de Sturmer (3) y conde Balmain, sin embargo de hallarse privados de toda comunicacion con el emperador, tenian relaciones seguidas y muy afectuosas con los compañeros de su destierro. Contra toda esperanza, los prisioneros encontraron las mismas atenciones en el marqués de Montchenu, representante de los Borbones. Mr. de Montchenu, antiguo emigrado, era un acérrimo realista; pero

(1) Todos los cuadros y grabados que representan á Napoleon en Santa Elena, le dan una fuerte corpulencia que no tenia; le han pintado de memoria y del mismo modo que le habian visto durante los cien dias; mas esta robustez no resistió á la influencia del clima de Santa Elena: á fines de 1816 ya habia desaparecido, y el enflaquecimiento, en vez de suspenderse, hizo tales progresos que en los últimos tiempos de la vida de Napoleon, su cuerpo no presentaba sino la cuarta parte del peso y anchura que tenia en el momento de su llegada á la isla.

(2) *Relaciones de la cautividad de Santa Elena*, por el conde de Montholon. *Napoleon en el destierro*, por el doctor O'Meara.

(1) *Documentos acerca de Santa Elena*, *papeles de Hudson-Lowe*. Biblioteca nacional.

(2) Durante los cinco años de su gobierno, sir Hudson-Lowe empleó constantemente á los soldados de la numerosa guarnicion de aquella roca en trabajos de terraplen y nivelacion ó en plantaciones que, segun manifestaremos mas adelante, debian trasformar completamente el aspecto esterior é interior de la isla.

(3) El baron de Sturmer, despues internuncio en Constantinopla, representaba en Santa Elena las cortes de Prusia y Austria.

hombre de corazon recto, y de carácter espansivo y benévolo, sus preocupaciones políticas no traspasaban el umbral de la prision de Longwood; mostrando en todas las ocasiones á los desterrados, á quienes consideraba unicamente como compatriotas desgraciados, una simpatía abierta y activa, fortalecida por una circunstancia particular. Siendo coronel de caballería en tiempo de Luis XVI, su regimiento se hallaba de guarnicion en Valenco, al mismo tiempo que el regimiento de artillería donde Napoleon habia empezado su carrera, y reuniéndose ambos en los mismos salones habian sido rivales haciendo la corte á una señorita de la ciudad (1). Estos recuerdos de la juventud dominaron hasta el último dia las relaciones de Montchenu con el emperador y sus compañeros de su cautividad, con los cuales usó constantemente de las cortesías mas atentas; de modo que mientras Hudson-Lowe negaba á Napoleon de abonarle á ciertos periódicos, y se limitaba á trasmitirle las colecciones desfiguradas, conteniendo artículos injuriosos contra su persona ú hostiles á su reinado, Mr. de Montchenu, á la llegada de cada buque, se apresuraba á enviar todos sus periódicos á Longwood tan luego como se los remitian, antes de abrirlos él mismo, como tambien un resúmen de todas las noticias contenidas en su correspondencia. Cuando le anunciaban que habia bajado de Longwood alguno de los oficiales del emperador ó entrado en James-town, el buen marqués corria á apoderarse del expatriado, le solicitaba para que fuera á descansar ó comer á su casa, procurándole la alegría de hablar en francés en esa maldita isla, y conversar de París. Acogiendo atentamente las quejas de los prisioneros cuando los otros dos comisarios se concretaban á escucharlas en silencio, él no temia someterlas al gobernador, apoyarlas, y en su candidez prometer que las trasmitiria á Luis XVIII, el cual no se debia dudar, que exigiria se les hiciera justicia (2).

A su llegada á Santa Elena, los tres comisarios habian instado á sir Hudson-Lowe para que les condujera á Longwood, y el gobernador consentia en presentarles á Napoleon con la condicion que serian recibidos en su calidad oficial; pero el emperador, á quien indicaron esta condicion, contestó que apesar del placer que tendria recibiendo á los comisarios, preferia renunciarlo á reconocerles el carácter de vigilantes de su cautividad. El comisario ruso insistió, y despues de haber consultado á su corte, escribió oficialmente á Hudson-Lowe para pedirle «que siguiendo el ejemplo de las concesiones hechas á un cierto número de ingleses, y entre otros á lord Amherst, le autorizara para visitar á Napoleon en clase de particular.» El gobernador rehusó nuevamente, diciendo: «que no permitiria semejante infraccion de las instrucciones que tenia, y que los comisarios no podian abdicar en ningun caso el carácter de que se hallaban revestidos con respecto al general Bonaparte (3).» Desposeidos de toda autoridad efectiva y obligados á someterse, los tres comisarios tomaron el partido de dirigir sus paseos hacia la parte de la colina, con la esperanza de ver y hablar á Napoleon; mas el emperador supo evitar el encontrarse con ellos. Mr. de Montchenu renunció el primero á causa de la fatiga que le ocasionaban estos largos paseos á caballo, y Mr. Sturmer no subió mas á Longwood sino por intervalos muy largos; únicamente el conde Balmain se mantuvo firme y logró avistarse frecuentemente con el general Gourgaud, á quien el emperador, ansioso de noticias, como lo son todos los prisioneros, tenia cuidado de enviar casi diariamente en la misma direccion. Estas entrevistas, que Hudson-Lowe vigilaba atentamente, y que eran un objeto continuo de quejas que dirigia á su gobierno, degeneraron muy pronto en una especie de habitud (1); cuando llegaba el dia acostumbrado, Napoleon tenia constantemente sus miradas fijas en direccion de los feudos que bajaban á James-town: «¡Gourgaud, pronto, á caballo! esclamaba, he aquí el conde Balmain!» El general se apresuraba á salir al encuentro del comisario ruso, y casi siempre volvia de su entrevista con seguridades vanas de buenos deseos y protestas estériles de simpatía, las que sin embargo alimentaban durante algunos dias las esperanzas de los confinados: no obstante, á fines de 1817, despues de dos largos años de alternativa, de confianza y desaliento, las ilusiones del emperador acerca del interés que su muerte podia inspirar á los dos soberanos mas poderosos de la confederacion, tomaron una apariencia de realidad. El baron de Sturmer y el conde Balmain usaron repentinamente con el general Gousgaud de un lenguaje menos vago y reservado. Hasta entonces uno y otro habian tenido cuidado de no hablar sino de sus sentimientos personales, sin hacer intervenir jamás, ni aun indirectamente el nombre de sus soberanos; esta vez fueron las disposiciones de los emperadores de Austria y Rusia las que formaron el tema de sus conversaciones. Francisco II y Alejandro, decian los comisarios, han sentido profundamente que Napoleon se haya confiado á la fé británica en vez de invocar su generosidad; en sus estados este hubiera encontrado una hospitalidad mas cordial, y hubiera sido un yerno para el primero y un amigo para el czar. El comisario austríaco aludia solamente á lo pasado, pero el ruso era mas lato dando á entender que los últimos pliegos de su corte le autorizaban á opinar que la antigua amistad que profesaba su soberano al prisionero de Santa Elena le habia seguido hasta encima de aquella roca, y que si habia permanecido inactivo hasta entonces, Napoleon debia acusar solamente á las sospechas que habia dejado en el ánimo de Alejandro acerca de la lealtad de algunas de sus antiguas relaciones políticas. Estas sospechas se apoyaban en tres puntos: la invasion del gran ducado de Oldenburgo, y su anexion al reino de Wesfalia; las propensiones de Napoleon para la paz antes del paso del Niemen, y por último la sinceridad de sus proyectos de matrimonio con la gran duquesa Elena de Rusia.

Estas comunicaciones llegaron lentamente por medio de conversaciones sucesivas. La brevedad de las entrevistas que era necesario ocultar á la inquieta vigilancia del gobernador, no permitia en cierto modo al general Gourgaud recoger las confidencias del comisario ruso sino á trozos; así es que de cada vez se aguardaba su regreso con mas impaciencia; el emperador se encerraba inmediatamente con él, le obligaba á repetir hasta la palabra mas insignificante del conde Balmain, comentaba el mas frívolo pormenor, le engrandecia, se esforzaba en completarle, y dando libertad á su imaginacion, inferia de un porvenir bastante inmediato, la certeza de su libertad. Cuando estas conversaciones se hallaron resumidas en cuestiones precisas, Napoleon se ocupó en redactar una nota destinada para dar á Alejandro la satisfaccion que parecia exigir. Esta nota justificaba plenamente la ocupa-

---

(1) La señorita de Saint Germain, la que casó con Mr. de Montalivet cuando Napoleon y Mr. de Montchenu creian los dos ocupar el lugar preferente de su afeccion. El emperador y el comisario de Luis XVIII no eran los únicos á quienes la casualidad de los acontecimientos habia reunido en la roca africana de Santa Elena despues de una antigua rivalidad ó precedentes relaciones. Ya hemos referido la desgracia que Cipriani ocasionó á sir Hudson-Lowe en la isla de Capri. Además, el general Gourgaud y Mr. de Lascasas habian hallado en madama de Sturmer una jóven francesa, hija de un pobre empleado del ministerio de la guerra, que habia dado lecciones de matemáticas al general y al jóven Lascasas.

(2) Los comisarios residian á la orilla del mar, en la parte mas agradable de la isla, y tenian lo que le faltaba á Napoleon; es decir, habitaciones sanas, verdor, árboles y agua; no obstante la residencia de la isla de Santa Elena no dejaba de ser para ellos un verdadero suplicio. «Me moriria aquí sin los libros que teneis la bondad de prestarme», repetia sin cesar Mr. de Montchenu á Hudson-Lowe, al devolver las obras que este último le facilitaba: es una frase que hemos leido en un gran número de billetes escritos por el marques. Mr. de Sturmer escribia al mayor Gorrequer con motivo de la marcha del comandante Piontowski: «Yo no puedo hacer mas que desear un buen viaje á este oficial y á sus compañeros, rogando al cielo que todo lo que resta todavia de esa raza proscrita sea desterrado de la tierra; este seria el medio mas seguro para poner un término á los disgustos que experimentamos todos los dias en este abominable destierro.»

(3) *Documentos acerca de Santa Elena, papeles de Hudson-Lowe*, Biblioteca nacional.

(1) Todos los pliegos de sir Hudson-Lowe al conde de Bathurst están llenos de estas quejas contra los comisarios «los cuales, decia, parece que no quieren hacerse cargo exacto de su posicion con respecto al gobernador.» Sobre todo se lamenta del conde Balmain y le reconviene en veinte misivas diferentes, «de pasearse con demasiada frecuencia por Longwood, y de hablar muchísimo tiempo con las personas del séquito del general Bonaparte.»

Las instrucciones de los tres comisarios se hallan consignadas en diversos documentos que tenemos delante de nosotros, entre otros en dos cartas de los condes de Nesselrode y de Tieven, con fecha del 30 de setiembre de 1815 y 27 de mayo de 1816, y en un acta ó *memorandum* redactado el 20 de junio de 1816, en virtud de una conferencia que tuvo lugar en Plantation-House, entre sir Hudson-Lowe y los tres comisarios en cuya conferencia cada uno de estos comunicó al gobernador las instrucciones de su gobierno. Estas instrucciones, concebidas en el mismo sentido y casi en los mismos términos, contienen sustancialmente, que la presencia de los comisarios en Santa Elena, en ningun modo no tienen por objeto registrar las medidas de vigilancia adoptadas por la Inglaterra, á cuyo cargo se halla únicamente la responsabilidad y custodia del prisionero; que su mision no tiene otro fin que el de dar á la retencion de Napoleon un carácter *europeo* y probar que es el prisionero de la *Europa*; que les está espresamente prohibido intervenir acerca de estas medidas ni pronunciarse con respecto á su importancia, y por último que su influencia debe ser puramente pasiva. Esto es el sentido general, ademas existen algunas indicaciones particulares: así es que el conde Balmain está invitado «á llevar un diario exacto de todo lo que verá y oirá, recogiendo de este modo para la historia materiales de gran interés;» el baron de Sturmer debe «trasmitir de cuando en cuando á su corte, un acta firmada por sus colegas y con el visto bueno del gobernador, certificando la existencia y presencia de Bonaparte en la isla, y en fin, Mr. de Montchenu se hallaba encargado de dar á su gobierno una relacion exacta de todo lo que pudiera escaparse al prisionero en la conversacion acerca de los acontecimientos y ciertos hombres políticos de su tiempo.»

cion del ducado de Oldenburgo, posesion del hermano político de Alejandro, y causa principal de la irritacion del czar antes de la guerra de 1812, había tenido efecto sin el consentimiento de Napoleon; esta violencia era un acto esclusivo de Davoust, quien sabiendo que el ducado de Oldenburgo servia de depósito y salida para la circulacion de los géneros ingleses en Alemania, creyó complacer al emperador haciéndole ocupar militarmente. «Yo reprendí severamente esta violacion del territorio, decia, y me hallaba decidido, á pesar de las grandes ventajas que reportaba evidentemente la industria francesa, á ordenar la retirada de mis tropas, cuando fuí detenido por el tono de amenaza de la nota remitida con este motivo por el gabinete de San Petersburgo, la que exigia como reparacion, la evacuacion inmediata y la cesion de Dantzick como puerto ruso ó ciudad libre para el comercio ruso. Si el lenguaje de la Rusia hubiese sido el de una potencia amiga, yo le hubiera dado satisfaccion completa; pero desde el momento en que el honor francés se hallaba comprometido, yo no podia de ningun modo desaprobar á Davoust, cualquiera que fuera el precio que debiera costarme.» En cuanto á sus deseos de concluir la paz en 1812, Napoleon recordaba que sin embargo de haber rehusado el czar recibir á los dos enviados franceses Lauriston y Narbonne, el no habia vacilado en dar audiencia al ayudante de campo Balachoff, y ofrecer la neutralidad á Wilna para tener en ella una entrevista con Alejandro y tratar de la paz, pero que no se le habia contestado. «¿Qué mas podia hacer yo?» decia. Por último, decia que sus deseos de unirse en matrimonio con la gran duquesa eran sinceros, y que si habia consultado á su consejo privado, era únicamente con el fin de salvar las apariencias de la oposicion que dictaba la madre de Alejandro, cuya oposicion empezaba á ser el objeto de las confidencias de los salones diplomáticos. «En fin, añadia el emperador, yo he hecho á pesar mio la guerra á la Rusia, y hubiera sido un loco emprenderla si hubiese podido hacerme conceder por medio de negociaciones amistosas los resultados que me importaba obtener.»

Esta estensa nota, circunstanciada y de una naturaleza capaz de infundir una absoluta conviccion en el ánimo mas prevenido, empezaba en estos términos: «Esto servirá de base para todas las comunicaciones verbales ó escritas (1);» ¿mas, quien seria el encargado de apoyar estas comunicaciones? El general Gourgaud era conocido personalmente de Alejandro y Francisco á quien habia hablado con frecuencia; además su servicio al lado de la persona del emperador le habia hecho admitir en la intimidad de María Luisa. Al rededor de Napoleon, no habia nadie que se hallara en mejor posicion para acercarse á estos diferentes personajes y para hacer que se escucharan con la confianza debida las palabras de un hombre de honor que relata lo que él mismo ha oido, visto ó probado. Desde luego encargado en los últimos años del imperio de misiones numerosas y difíciles, siempre las habia desempeñado de una manera satisfactoria para Napoleon, quien le consideraba como un agente dichoso. Esta dicha, resultado natural de una grande actividad ausiliada con una imaginacion firme y sagaz, ¿acompañaria al general en Europa? El emperador así lo esperaba. Por otra parte, la residencia de este general podia prolongarse difícilmente en Santa Elena; no tan solo su salud se hallaba profundamente alterada, sino que el tiempo en vez de calmar las rivalidades de que ya hemos hablado, las habia hecho mas vivas é intratables. La pequeña sociedad de Longwood, compuesta de seis personas, incluso el emperador, contaba dos familias, dos mujeres jóvenes todavía, y estaba dividida en dos bandos. No era la fortuna de un amo poderoso y dichoso lo que acariciaban ambas partes; Napoleon no tenia ni mas honores, ni mas gracias para repartir; para los cortesanos piadosos de su desgracia, el privilegio de las atenciones mas asiduas, daba en trueque una confianza mas afectuosa ó íntima, y lo mismo que en los primeros dias era el favor que se envidiaban. Mr. y madama de Montholon habitaban bajo el mismo techo que el emperador; esta circunstancia les procuraba la ventaja de hacer sus relaciones mas frecuentes y estrechas que sostenian además una gran facilidad de buen humor y la gracia de las atenciones, por cuyo motivo Napoleon se inclinaba muchas veces en favor de madama de Montholon en las pequeñas discusiones intestinas é inevitables entre dos familias que viven casi en comunidad. En cambio el general Gourgaud tomaba altamente partido por madama Bertrand, cuyo marido, tambien militar, era su amigo y compañero de armas. Esta fidelidad de antiguas afecciones, era llamada parcialidad en el interior de Longwood, y acusaban al jóven general de su profunda indiferencia en las incesantes disputas que el servicio de las mujeres y niños de la colonia suscitaba entre el gobernador y Longwood, de las cuales rechazaba la solidaridad cuando no las vituperaba; hacian resaltar los mas pequeños visos de su carácter irascible, y calificaban de atrevimiento y orgullo culpable la franqueza de opinion que conservaba en todas las cosas y con todos, hasta con el mismo emperador. La sinceridad no agrada siempre á los soberanos, ni aun á aquellos que han recibido los dones de la naturaleza con mas prodigalidad; acostumbrados á oir aprobar todo lo que dicen, alabar todo lo que hacen, y á no ver en su presencia mas que hombres inclinados y nunca derechos, la mas pequeña contradiccion los incomoda y hiere. En cuanto á hombre, Napoleon tenia las debilidades humanas. Desde luego, irritándose con mas facilidad á causa de sus tormentos físicos y morales, y mucho mas susceptible despues de su caida, observaba una falta de respeto ó de miramientos en donde en realidad no habia mas que la resistencia de una imaginacion independiente y convencida. En estos casos castigaba al general redoblando las atenciones y preferencias por madama de Montholon y su marido, las cuales afectaban dolorosamente á su antiguo ayudante de campo, y herian su amor propio de una manera tanto mas profunda, en cuanto habiendo sido el oficial de la íntima confianza de Napoleon desde 1810, salvádole la vida (1) y perseguido á causa de su afectuosa fidelidad con el epiteto de *Seide*, se creia tener mas títulos á la benevolencia particular del cautivo. El general se ponia entonces melancólico, taciturno, y se encerraba. «Si Gourgaud permanece todavía mucho tiempo aquí, se volverá loco, y no me estrañaria que se diera un pistoletazo,» decia el emperador al doctor O'Meara, anunciándole que el general no habia salido de su aposento en quince dias (2). Decidióse, pues, su marcha, y el 8 de febrero de 1818 el general escribió á sir Hudson-Lowe una carta aprobada por el emperador, manifestándole «que su salud, cada dia mas deplorable, le obligaba á dejar á Santa Elena, y le rogaba le facilitara los medios para regresar á Europa (3).» Podia temerse que del mismo modo que el gobernador lo habia hecho con Mr. de Lascasas, obligase al general á residir primeramente en el Cabo de Buena Esperanza, aunque con arreglo á sus propios decretos, esta especie de cuarentena era un castigo que debia imponerse únicamente á los huéspedes de Longwood, que culpables de infraccion á los reglamentos, regresaran forzosamente á Europa; mas sir Hudson-Lowe no podia hacer al general, que habia observado severamente todas las consignas, los mismos cargos que á Mr. de Lascasas. Desde luego, nunca habia existido la mas pequeña relacion ni disputa entre el general y el gobernador, con quien correspondian solamente en nombre del emperador, el general Bertrand y conde de Montholon; así es que en los dos pliegos del 13 y 14 de febrero, donde anunciaba á lord Bathurst la próxima salida del general Gourgaud, sir Hudson-Lowe se espresaba en estos términos:

«Bien examinados todos los pormenores de la posicion de este oficial, y hallándose además su salud comprometida de un modo serio; yo pienso que casi no existe la necesidad de enviarle al Cabo, no pudiendo participar á lord Carlos Sommerset (4) un solo motivo para retenerle solamente un dia. En su virtud tengo el proyecto de permitirle que pase directamente á Inglaterra, despues que haya hecho una corta permanencia aquí, separado de Longwood, que será casi un equivalente del viaje al Cabo, á lo menos en lo concerniente al tiempo necesario para que el gobierno pueda tomar sus precauciones antes de su llegada. Mi intencion es embarcarle á bordo de un buque de la compañía de Indias que viene de la China; hará escala unos quince dias en esta, y en seguida continuará su rumbo hácia Inglaterra. Desde luego, si abriga algun designio siniestro (lo que me hallo muy lejos de sospechar), el Cabo puede ser que le ofreciera un terreno mejor que todo otro punto; siendo probable que encontraria la obra ya preparada por las intrigas del conde de Lascasas, durante su residencia (5).»

El barco que mencionaba sir Hudson-Lowe era el Capden. El general Gourgaud se embarcó el 14 de marzo de 1818, llevando consigo cartas, papeles y manuscritos del emperador destinados á la prensa tan luego como hubiese llegado á Inglaterra; los que remitidos entre sus

(1) Esta nota se halla reproducida por entero en el segundo volúmen de las *Relaciones de la cautividad de Santa Elena*, por el conde de Montholon.

(1) En Brienne.
(2) Carta de Hudson Lowe al conde Bathurst, del 5 de agosto de 1817.
(3) *Documentos acerca de Santa Elena, papeles de sir Hudson Lowe.* Biblioteca nacional.
(4) Gobernador del cabo de Buena Esperanza.
(5) *Documentos manuscritos acerca de Santa Elena*, Biblioteca nacional. — Hudson Lowe, hablando de los designios *siniestros*, hace sin duda alusion á uno de esos numerosos proyectos de rapto que anunciaban diariamente á su gobierno los agentes que residian en los principales puertos de las dos Américas.

manos cuando ya se hallaba á bordo del Capden, pudieron de este modo escapar á la visita minuciosa que se hizo de todos sus efectos antes de embarcarse. Llegado á la desembocadura del Támesis, en los primeros dias del mes de mayo, el general saltó en tierra en el pequeño puerto de Blackhall, á fin de sustraer sus documentos mas preciosos de las pesquisas de los agentes que podian aguardarle al tiempo de desembarcar en Londres; marchó á la capital inglesa por tierra, puso sus papeles á salvo, despues se presentó, visitó á los principales miembros de la oposicion en el parlamento, hizo trasmitir á la madre, hermanos y hermanas de Napoleon las cartas ó relaciones que el emperador le habia encargado, y se ocupó activamente en la publicacion de los manuscritos. Uno de estos dictados era la refutacion de un supuesto manuscrito de Santa Elena, escrito apócrifo, lleno de errores y contradicciones, pero que con un título y orígen presupuestos, confirmados al parecer por una imitacion muy hábil del estilo del emperador, le habian dado una inmensa publicidad (1).

Un segundo escrito mas serio y mas importante, era una relacion de la campaña de 1815, en donde por primera vez los hechos de esta suprema lucha entre la Francia y la Europa, se hallaban presentados bajo su verdadero aspecto: Napoleon manifestaba en él, su plan, preparativos, causas verdaderas de la derrota, y restituia á los prusianos la parte decisiva que les pertenecia en la victoria (2). Al propio tiempo que el ayudante de campo del emperador se ocupaba de este trabajo, el congreso de Aquisgran se reunia, y el general daba asimismo publicidad á una carta que escribia á María Luisa conjurándola á que se presentara en esta reunion de soberanos, y pidiera á su padre y aliados, si no la libertad de su esposo, á lo menos su cambio de prision y alejamiento de una residencia que abreviaba su vida. Otras cartas dirigidas á cada uno de los miembros de la familia de Napoleon, les invitaban á que obraran en el mismo sentido con los personajes indicados. En una palabra, el general se esforzaba por todos los medios, para agitar la opinion en favor del glorioso cautivo, y llamar la atencion de los príncipes y simpatías de los pueblos acerca de sus tormentos, cuando el 14 de noviembre varios agentes de lord Bathurst invadieron su domicilio; le agarran antes que pueda hacer uso de sus armas, le atierran, golpean, se apoderan de sus papeles y cartera, le sacan fuera de Londres á pesar de su resistencia y protestas, y le meten á bordo de un buque que al cabo de pocos dias le desembarca en Cuxhaven, á la desembocadura del Elba (3).

Durante este tiempo la posicion del emperador en vez de mejorar se hacia mas penosa: amenazado además por nuevos desengaños, veia el aislamiento y vacío que se estendia á su rededor. Napoleon habia cifrado su principal esperanza en los sentimientos que profesaba altamente por su persona la princesa Carlota, heredera presunta de la corona inglesa; apasionada admiradora de su talento, y mostrando en todas las ocasiones la mas viva compasion por su infortunio, el emperador pensaba que con sus representaciones y ruegos terminaria por obtener de su padre, el regente, algun alivio en su suerte; y que su advenimiento al trono le daria la libertad. El 8 de febrero de 1818, una nave llevó á la isla la noticia de la muerte de esta protectora. «Hé aquí una verdadera desgracia, dijo Napoleon á sus compañeros de destierro; la fortuna se ha decidido contra nosotros.» Tres meses despues, es decir, á principios de mayo, los modales groseros y amenazas del gobernador obligaron á Mr. Balcombe, primer huésped de Napoleon, á retirarse de Santa Elena. Mr. Balcombe y sus dos hijas, jóvenes graciosas y puras, eran los únicos habitantes de la isla que hubiesen conservado la libertad de entrar en Longwood; su marcha no interrumpia solamente las buenas y dulces relaciones de vecindario con los cautivos, sino que les privaba en la persona de Mr. Balcombe de un amigo inteligente y honrado cuyo afecto y fidelidad habian sido probadas con numerosos servicios. Dos meses y medio despues (25 de julio) el gobernador intimaba al doctor O'Meara una órden del conde Bathurst, fecha 16 de mayo, que le obligaba á separarse de la isla inmediatamente. Si durante el primer año de su servicio al lado de Napoleon, dominado O'Meara por las preocupaciones de sus compatriotas contra el cautivo, habia creido cumplir con el deber de un buen inglés, haciendo el papel de relator oficioso, narrando á Hudson-Lowe todas sus conversaciones con el emperador, comunicándole su parecer acerca de los diferentes huéspedes de Longwood, como tambien todos los hechos de que casualmente era testigo, habia en fin vuelto á su aprecio justo de los verdaderos deberes de su posicion. Desde el mes de octubre de 1816, mostraba al gobernador su repugnancia en continuar estas relaciones: «Mi conciencia, le escribia, no me permite comunicaros de este modo las conversaciones que hasta un cierto punto tienen un carácter de espansion particular (1).» Desde este momento la lucha entre O'Meara y el gobernador no tuvo treguas; cada vez que el doctor comparecia en presencia de Hudson-Lowe, este último exigia una relacion circunstanciada, una especie de narracion testual de todo lo que O'Meara habia podido ver y oir en Longwood, y la única respuesta del doctor era siempre los minuciosos pormenores acerca de la salud de Napoleon. Hudson-Lowe calificaba esta reserva de desobediencia sistemática, prorumpia en invectivas é injurias, y amenazaba á O'Meara con espulsarle de la isla y hacerle trasportar al Cabo: estas violencias y amenazas duraron hasta el último dia. Napoleon se mostraba profundamente ofendido de la órden que le privaba del médico que le habia asistido cuidadosamente por espacio de tres años. «Yo he vivido demasiado tiempo, dijo á O'Meara, cuando fue á participarle la noticia. Vuestros ministros son muy atrevidos. Cuando el papa era mi prisionero, me hubiese cortado primeramente el brazo mas pronto que firmar la órden para privarle de su médico.» A pesar de hallarse enfermo en aquel momento, el emperador permaneció sin ausilios por espacio de algunas semanas; no obstante obligado por el dolor de recurrir á los consejos de un médico, hizo pedir sucesivamente á los doctores John-Stokë del navío el Conquistador, y Warling de artillería, los que despues de algunas raras visitas en Longwood, tuvieron que renunciar por falta de autorizaciones suficientes para dar la asistencia necesaria al prisionero; Hudson-Lowe y el almirante Pamplin les reconvenian «por hallarse en buenas relaciones» con el glorioso enfermo (2).

No obstante, pasábanse los dias, meses y estaciones; el año de 1819 cuarto de la cautividad de Napoleon, acababa de empezar, y el prisionero ignoraba todavía si este congreso de soberanos que desde mediados del año anterior (1818) tenia la atencion del mundo fija en Aquisgran se habia ocupado de su triste posicion. Ninguno de los raros buques que hacian escala en James-town le llevaba la mas pequeña noticia. ¿El general Gourgaud, sus demás amigos y los miembros de su familia habian permanecido en la inaccion? ¿No habia formado mas que ingratos, tanto entre sus parientes como entre sus reyes, que humildes y sometidos en tiempo de su esplendor, le inundaban con protestas de fidelidad, y que colmados con sus liberalidades le debian los unos sus mas ricas provincias, y los otros su corona (3)? ¿Cómo podia es-

(1) *El manuscrito de Santa Elena* era obra de un genovés, Mr. Lullin de Chateauvieux.

(2) Esta *campaña* de 1815, es la *relacion* escrita en Santa Elena por el general Gourgaud, que ya hemos tenido ocasion de citar en el curso de esta historia.

(3) Perseguido y vigilado por la policía de los agentes políticos de todas las potencias europeas, tan solo fué en 1821, despues de dos años de una vida siempre inquieta en Hamburgo y despues en Francfort, que el general Gourgaud vió en fin abiertas las puertas de Francia en virtud de los ruegos y súplicas de su madre.

(1) Carta de O'Meara á Hudson Lowe, del 3 de octubre de 1816.

(2) El almirante Pamplin habia reemplazado al almirante sir Pulteney-Malcolm en el mando de la estacion naval del cabo de Buena Esperanza y de Santa Elena. Todo cuanto se mostraba este general respetuoso y atento con Napoleon, su sucesor lo desplegaba en sequedad y aspereza. Sir Hudson Lowe, en su correspondencia con lord Bathurst, se quejaba de su falta de armonía con el almirante Malcolm, y en cambio alababa constantemente «el perfecto acuerdo del almirante Pamplin.»

(3) La publicacion de las cartas autógrafas que todos los soberanos de Europa habian dirigido al emperador hubiera embarazado extraordinariamente á varios miembros de la confederacion. La mayor parte de estas correspondencias íntimas no se limitaban á delatar á Napoleon á los príncipes vecinos suyos, y mostrarse dispuestos para aprovecharse de sus despojos, sino que algunos no vacilaban en pedírselos. El emperador tuvo la idea de ejercer esta legítima venganza contra sus perseguidores; pero cuando quiso realizarla, habian desaparecido las cartas. En 1815 habia hecho sacar por los empleados del ministerio de negocios estranjeros, una copia cuya suerte ignoramos: en cuanto á los originales, el emperador los habia confiado á su hermano José en su corta entrevista de Rochefort; ¿cuál fue su paradero? Existen dos conjeturas: con arreglo á la primera José se llevó estas cartas á los Estados Unidos y se las robaron con el ausilio de un incendio premeditado y realizado para facilitar el hurto. Evidentemente esta conjetura es una fábula. La segunda pertenece al doctor O'Meara, que la refiere del modo siguiente: «En virtud de la órden que me habia dado Napoleon, he practicado á mi regreso en Europa, muchas diligencias para obtener estas cartas. Desgraciadamente mis esfuerzos han sido inútiles. Antes que el rey José saliera de Rochefort para trasladarse á América, temiendo ser arrestado por las potencias aliadas, creyó prudente confiar este precioso depósito á una persona con cuya integridad pensaba que podia contar; pero, segun parece le hicieron traicion, supuesto que hace algunos meses que otra persona trajo dichas cartas á Lóndres para venderlas y pidió el precio de 30 000 libras esterlinas (750 000 fr.). Algunos ministros de S. M. y los embajadores estranjeros tuvieron noticia de este hecho, y he sabido despues que el de Rusia habia pagado 10 000 libras esterlinas (250 000 fr.), las que pertenecian á su soberano.»

Los pormenores dados por O'Meara llevan consigo el carácter de la verdad; la primera conjetura ha sido probablemente inventada para cu-

plicarse este silencio de Alejandro? Su comisario en Santa Elena habia cesado de subir á la llanura: ¿las confidencias de este agente habian sido una mentira? ¿ó mas bien debian considerarse las comunicaciones del czar al conde Balmain como una de esas resoluciones efímeras, inspiraciones fugitivas de la conciencia, que alcanzan alguna vez á las imaginaciones turbadas en el silencio de una noche de insomnio, y que llevan tras sí las preocupaciones materiales del dia siguiente? Pronto llegó la verdad; su retencion habia sido un sujeto de las deliberaciones del congreso de Aquisgran; pero antes de manifestar la decision que recayó en la proposicion de los ministros rusos, debemos recordar algunos acontecimientos.

El general Gourgaud habia permanecido cinco semanas en James-town despues de su salida de Longwood. Colocado bajo la vigilancia del capitan de ingenieros Jackson, en cuyo domicilio habitaba, acogido por los comisarios con un curioso apresuramiento, se habia hallado varias veces con estos en la casa de madama de Sturmer, jóven parisiense de distinguida belleza é hija, segun hemos dicho, de un empleado del ministerio de la guerra, del que habia recibido lecciones el general. Esta doble circunstancia de precedentes relaciones y de nacionalidad comun daba á las conversaciones del ayudante de campo de Napoleon con madama de Sturmer una cierta libertad. Esta señora y sus huéspedes colmaban al general de preguntas acerca del interior de ese misterioso Longwood, en donde ninguno de ellos podia penetrar, y acerca de las esperanzas ó proyectos de ese antiguo dueño del mundo, cuya palabra mas insignificante era buscada y recogida por ellos con tanta ansiedad. El general respondia que el emperador soportaba su suerte con calma; que se resignaria á ella sin quejarse, siempre que el gobierno le permitiera corresponder con su familia, con tal que sus cartas, ni las de su madre, hermanos ó hermanas, no fuesen abiertas y leidas, y si le concedian la facultad de ir á buscar en sus paseos un poco de sombra y agua. «¿Desde luego para qué servian todas esas restricciones? añadia el general. No son mas que otros tantos tormentos que imponen al emperador sin la mas pequeña utilidad. Las cárceles cerradas, por muy espesas que sean sus puertas, ó escesiva la altura y fuerza de sus muros, no impiden las correspondencias ni las evasiones: ¿Se imaginan que si el emperador tuviera la firme intencion de escribir ó escaparse, los centinelas, empalizadas y precipicios que rodean su prision á campo abierto serian suficientes obstáculos para impedírselo? eso seria engañarse estraordinariamente; porque á pesar de la vigilancia que se ejerce hasta con sus mas pequeñas acciones y movimientos, no tan solo puede corresponder con el esterior si le da la gana, sino que ha rechazado ya varias proposiciones de evasion que presentaban las mayores probabilidades de un buen resultado. ¿De qué sirve entonces todo ese lujo de rigores casi ridículos, supuesto que son impotentes? ¿Su suerte no es bastante desdichada?»

Cuando el emperador se lamentó al almirante Malcolm y á lord Amherst, habia empleado el mismo estilo; contestando despues á un discurso de lord Bathurst, decia en unas notas que envió á Inglaterra, y que publicaron los periódicos de Londres: «Los prisioneros encerrados dentro de torres, atados de piés y manos con cadenas, han encontrado medios para escaparse. En cualquiera situacion que se coloque á un hombre viviente, siempre tiene mas ó menos probabilidades de recobrar su libertad. Buscad un medio para encerrar á este hombre sin que tenga un medio para salir, y no hallareis mas que uno solo, la tumba.» Napoleon habia sido todavia mas espansivo: firmemente decidido á no fugarse de Santa Elena, él mismo habia indicado al almirante Kockburn el medio mas seguro para disipar todo temor de evasion: «No dejeis salir ningun barco, decia, sin que mi presencia en algun punto de la isla se halle positivamente comprobada.» La imaginacion del hombre está hecha de tal modo que esta precaucion tan fácil y segura no fué jamás empleada; el almirante y su sucesor no tenian confianza mas que en las estacadas, fosos y sus tres cordones de avanzadas y centinelas, barreras impotentes que no paralizaron sino muy incompletamente las comunicaciones entre Longwood y James-town.

Estas comunicaciones se realizaban ordinariamente por medio de O'Meara y las personas adictas al servicio de Napoleon. Cierto es que estas no podian bajar á la villa sino acompañados de un oficial ó soldado ingles; pero una vez llegados á James-town, quedaban libres de toda vigilancia y visitaban ó hablaban á quien mejor les parecia. Además los proveedores, visitadores, algunas veces los oficiales de la guarnicion, y las mujeres sobre todo eran en ocasiones los medianeros mas seguros; así es que el mismo general Gourgaud continuó casi diariamente sus relaciones con Longwood durante su residencia en James-town, y despues de su llegada á Europa, hasta la muerte del emperador (1). El cambio de correspondencia entre Longwood é Inglaterra ó Francia no hallaba efectivamente los obstáculos que pudieran imaginarse; cierto es que las ocasiones eran raras; mas «en Longwood estábamos fuera del mundo, lo mismo que dentro de un planeta, decia uno de los desterrados, y muchas veces teniamos que aguardar ocho meses para recibir una contestacion de Europa.» La entrada de Santa Elena se hallaba severamente prohibida á todos los barcos estranjeros, y solo quedaba abierta á los buques de guerra ó mercantes que pertenecian, ya sea á la marina real inglesa ó á la compañía de Indias; pero cada uno de estos llevaba siempre alguna carta. A falta de pasajeros que se creyeran dichosos y honrados con poder prestar un servicio lijero á la grande víctima ó bien á cualquiera de sus compañeros, se obtenia muchas veces, mediante un módico salario, de la parte de los oficiales ó empleados de estas naves, su concurso tanto mas seguro, cuanto el trasporte de un objeto insignificante era para ellos un simple negocio de flete ó comercio.

En cuanto á los proyectos de evasion, ocupaban incesantemente la imaginacion de cierto número de oficiales que mandaban los barcos de la compañía: algunos, de corazon atrevido y ánimo caballeresco cedian á su admiracion por el cautivo, y á la piedad que les inspiraba su infortunio; pero la mayor parte solo codiciaban el precio del servicio, fijado invariablemente á un millon, pagadero solamente despues del desembarque del emperador en los Estados Unidos (2). Estos proyectos fueron numerosos, y todos no eran quiméricos. Mr. de Montholon cuenta en sus relaciones de la cautividad de Santa Elena, que á mediados de julio de 1817, el emperador le hizo llamar y le ordenó que le trajera un mapa de Santa Elena, copia de un trabajo que Hudson-Lowe acababa de hacer ejecutar: «Me ofrecen un proyecto de evasion, le dijo Napoleon, indicándole en el mapa el camino y medios propuestos para salir de Longwood, llegar á la costa, y embarcarse secretamente; podria fingir que me hallo indispuesto; el gobernador está habituado á que yo no salga en varios dias. Enviariamos una de nuestras damas ó bien las dos, á visitar aquel dia á Plantation-House; O'Meara iria á la villa, y mientras que en su salon de Plantation, lady Lowe hablaria de mi persona, nosotros abandonariamos este maldito pais.» A esta idea el emperador se echó á reir, y despues añadió: «Todavía tengo quince años de vida; todo esto es muy seductor; pero es una locura; es necesario que yo muera aquí ó que la Francia venga á buscarme (3).» El punto mas difícil en todos los planes de evasion era el atravesar la línea de centinelas; la principal consigna de estos era impedir á los habitantes de Longwood traspasar los límites; estaban solamente esceptuados algunos operarios chinos adictos al servicio del establecimiento, y que cada dia iban á echar en un foso situado fuera del recinto los res-

brir una nueva debilidad de José. ¿A qué persona el desdichado hermano de Napoleon habia confiado estas cartas? Ha muerto sin decirlo. Lo que podemos añadir es que un antiguo empleado superior del ministerio de negocios estranjeros, que ya no existe, y que tan solo era conocido bajo un honroso concepto, ha hecho positivamente remitir á los diferentes soberanos un gran número de cartas autógrafas que estos habian dirigido á Napoleon. ¿Estos autógrafos eran las cartas confiadas á José, ó bien otras correspondencias de la misma especie? ¿La remesa se ha realizado directamente ó bien por medianeros que en vez de darlas las hayan vendido? Lo ignoramos. Un hecho solo parece cierto, y es que estas correspondencias han vuelto por un conducto mas ó menos desleal en poder de sus autores.

(1) La última carta del general Gourgaud que escribió á Napoleon fue llevada á la isla dos meses antes de la muerte del emperador el 1.° de marzo de 1821 por *la Repulsa*, y su contenido puso de mal humor á Napoleon, que dijo «Gourgaud no obtiene nada.» Mr. de Montholon se quejó contra esta injusticia, y el emperador le contestó: «¿Ignorais que con los príncipes es necesario lograr para agradar, y que por regla general no aman á las personas que les son útiles sino durante el tiempo que lo son? Desde luego eso es muy sencillo: su distante posicion de todas las cosas les enseña á no considerar á los hombres mas que como un instrumento de su voluntad, y del mismo modo que se desecha un caballo ó una levita vieja, de la misma manera se abandona al hombre que sirve mal ó cuyo servicio ya no es necesario. Los vivientes inútiles son para los príncipes lo mismo que es la parca para el comun de los mortales. No olvideis que los reyes no son amados sino en razon de los beneficios que prodigan, y nunca á causa de los servicios que se les presta; y esto, porque en el primer caso aman su creacion, y que en el segundo su amor propio se revuelve al considerar que deben obligaciones, atendido que siempre se muestra inferioridad cuando se reconoce el servicio que otro nos ha hecho.» *Relaciones de la cautividad de Santa Elena* por el conde de Montholon, t. II.

(2) El capital de Napoleon consistia en cerca de 400 000 fr. que habia llevado á Santa Elena, y 6,000 000 de fr. que habia depositado antes de salir de la Malmaison, en casa de Mr. Jaime Lafitte. Además se creia poder disponer de 9 á 10 millones que su hermano José se habia llevado á los Estados Unidos.

(3) *Relaciones de la cautividad de Santa Elena*, t. II.

tos de la cocina. Esclavos de su consigna, é imaginaciones demasiado toscas para recordar otra cosa mas que el sentido material, los soldados ingleses hubiesen arrestado á los chinos vestidos con el traje acostumbrado de los desterrados, y hubieran dejado pasar á estos últimos con tal que se presentaran con el vestido de los chinos. Desde luego, los centinelas no conocian mas que imperfectamente á Napoleon. El dia convenido, el emperador oculto bajo el traje de chino hubiera salido de Longwood llevando con uno de los habitantes de la colonia, disfrazado del mismo modo, las angarillas encima de las cuales estaria puesto el cesto que iban regularmente á vaciar en el foso, y de este modo hubiera traspasado los límites. El tránsito hasta James-town no presentaba ninguna dificultad. Llegado cerca de la villa, el cautivo se hubiera dirigido á un punto de la ribera en donde el capitan que se hallara concertado para la evasion hubiese enviado un cierto número de marineros encargados de hacer provision de agua para su barco. Allí, ausiliado Napoleon con un nuevo disfraz, se mezclaba con estos marineros y llegaba con ellos al buque que debia trasportarle, ó bien, colocándole en una de las enormes cubas destinadas para las provisiones que se hallaria dispuesta espresamente, los marineros le hubieran conducido á bordo del barco. Segun la opinion de todos los capitanes, la última parte de este plan era de una ejecucion tan cierta como fácil. Otras veces, conforme lo relata Mr. de Montbolon, el emperador debia solamente comparecer en un punto solitario de la costa, donde le aguardaria la chalupa del buque destinado para trasportarle á América; pero por muy bien tomadas que fueran todas las disposiciones, era necesario dar tiempo á la nave para alejarse, y con este objeto engañar durante dos ó tres dias las sospechas y vigilancia del gobernador, lo que podia lograrse con mucha facilidad: tanto los oficiales como criados de Longwood cumplirian exactamente con sus ocupaciones acostumbradas; dirian que el emperador se hallaba indispuesto, y aun en caso de necesidad afirmar que estaba enfermo, pidiendo con instancias el agua necesaria para tomar algunos baños; además ya hemos dicho que Hudson-Lowe, á pesar de sus instrucciones, toleraba que cuando Napoleon estaba indispuesto permaneciese varios dias sin mostrarse ni ser visto.

Estos proyectos de evasion renovados incesantemente eran practicables; algunos presentaban todas las probabilidades de un buen resultado; pero en vano los amigos de Napoleon le suplicaban que los aceptara y se aprovechase. Dominado por los sentimientos que tanto en el Elíseo como en la Malmaison, Rochefort y la isla de Aix, le habian impulsado constantemente á no querer embarcarse para América, cuando el camino del mar estaba todavia abierto, y que podia salir con la certeza de llegar, el emperador rehusó formalmente todas estas proposiciones: «¿Qué haré yo en los Estados Unidos, á mil y quinientas leguas de Europa y de Francia? decia á sus compañeros de destierro; pronto seria olvidado en ella. Mas vale quedarse en esta roca donde vienen á buscarnos las miradas y compasion del mundo. Seria muy difícil para mí vivir como un simple particular y confundirme con la multitud. El inconveniente no seria tan grande en Inglaterra, porque probablemente su duracion seria mas corta, añadia sonriendo; puesto allí, á la vista de las costas francesas, nadie puede prever los casos favorables que se presentarian, la cuña acabaria de sacar el clavo. No digais que no puedo escoger: no es el derecho, sino un odioso abuso de la fuerza quien me ha confinado en esta horrible prision; han violado conmigo la fe prometida y palabra dada; que venga la muerte del regente, un cambio de ministerio ó un simple grito en la mayoría de la cámara de los comunes; dejo de ser prisionero, y me vuelvo el huésped de la Inglaterra.» Tomando despues su pensamiento otra direccion añadia: «Jesucristo ha sido Dios por su corona de espinas y martirio; su muerte en una cruz es quien habló á la imaginacion de los pueblos. Si en vez de sufrir aquí me hallara en América como José, ya no se pensaria mas en mí, y consiguientemente mi causa era perdida. No! no! mas vale morir en este peñasco que vivir en América; mi martirio asegurará la corona á mi hijo.»

Sir Hudson-Lowe habia recogido ansiosamente hasta las palabras mas insignificantes pronunciadas por el general Gourgaud en casa de madama de Sturmer; mas para su tosca imaginacion, que absorvia un cuidado único y una idea esclusiva, las conversaciones del compañero del emperador se reducian á este solo hecho: Napoleon puede seguir una correspondencia con el esterior y ha rehusado proposiciones de evasion. En su virtud resolvió redoblar la vigilancia esforzándose para descubrir entre los visitadores de Longwood ó habitantes de la isla, aquellos que habrian podido favorecer las correspondencias clandestinas, y que pudieran prestar su apoyo para una evasion. Primeramente sus sospechas recayeron en O'Meara; en seguida en Mr. Balcombe, su mujer, hijas y su socio (1) Mr. Cole, administrador de correos de la isla «que le eran sobre todo sospechosos á causa de su intimidad con el doctor (2).» Ya hemos visto cuáles fueron los resultados de esta desconfianza. Por su parte, escitados los comisarios por los terrores del gobernador, dichosos de haber hallado la ocasion de componer una nota, escribieron á sus cortes. Uno de ellos, Mr. de Sturmer, trasmitió entre otros pormenores al príncipe de Metternich una especie de acta donde se hallaba un resúmen de todas las conversaciones del general con madama de Sturmer (3). Mientras que estas diferentes relaciones llegaban á Londres y Viena, los soberanos y sus principales ministros se reunian en Aquisgran para celebrar el consejo, los miembros de la familia de Napoleon solicitaban en favor de los tormentos que este sufria, el patrocinio de los emperadores de Austria y Rusia, y los periódicos de Alemania é Inglaterra publicaban notas de las noticias dictadas ó inspiradas por el general Gourgaud, en las que se anunciaba que Alejandro y Francisco II vituperaban los rigores que se empleaban con Napoleon, y parecian dispuestos á mitigarlos. Estas diligencias y publicaciones tuvieron un resultado que el principal plenipotenciario de la corte de Londres en el congreso, lord Castlereagh, comunicó á su colega el ministro de las colonias Bathurst, en estos términos:

«Aquisgran 19 de noviembre de 1818

»Milor, he comunicado á la conferencia los informes que me habeis remitido acerca de los asuntos de Santa Elena, y estas comunicaciones han llamado la atencion seria de los gabinetes.

»Ya sabeis, milor, con qué astucia la prensa de la oposicion de todas las partes de Europa se ha esforzado sistemáticamente para representar al emperador de Rusia, en particular, y tambien al de Austria, como hallándose muy irritados contra los rigores usados en el confinamiento de Napoleon Bonaparte.

»Sabeis asimismo que se ha dicho que estos dos monarcas habian intercedido para que fuese alejado de Santa Elena, y trasladado á una residencia mas sana y conveniente.

»Desde que los soberanos se encuentran en esta, el emperador de Rusia ha recibido de varios miembros de la familia de Bonaparte, algunas cartas que S. M. I. ha sometido á la conferencia, y que por ningun concepto han obtenido una contestacion directa.

»Comprendiendo el emperador de Rusia que los soberanos no pueden, en atencion á la tranquilidad pública y justicia que adeudan al gobierno inglés, separarse sin examinar las tentativas hechas para corromper el espíritu público, y creyendo además que corresponde á sus ministros el tomar la iniciativa de esta cuestion, supuesto que es el nombre de S. M. I. el que ha sido mas insultado públicamente en las suposiciones del dia, los plenipotenciarios rusos han presentado consiguientemente, en la sesion de hoy, 19, el *memorandum* que incluyo, y propuesto la adopcion del protocolo que le acompaña.»

El *memorandum* y protocolo anunciados por lord Castlereag tienen demasiada importancia para contentarse con un análisis; por otra parte su estension no nos permite reproducirlos completamente, así pues nos limitaremos á citar los pasajes siguientes:

«El gabinete de Rusia ha examinado la cuestion relativa al modo de existencia de Napoleon Bonaparte en Santa Elena, y á los clamores escitados en Inglaterra, y que se han repetido en algunas partes de Europa acerca del trato que se usa con un hombre cuya funesta celebridad no ha cesado de agitar el mundo.

»El odio que los revolucionarios de todos los paises tratan de hacer recaer sobre su retencion, á pesar de hallarse autorizado por la justicia y reclamado por la necesidad; el acuerdo que este nombre de reunion produce entre los enemigos del órden, cualesquiera que sean las doctrinas é intereses que los separan; la impresion que ellos producen y los designios que se atreven á confesar abiertamente, han dado lugar á las observaciones siguientes:

»La guerra sostenida contra Napoleon, y los resultados que han sido la conclusion, no han tenido jamás por objeto ninguna personalidad. Es el poder de la revolucion francesa concentrada en un individuo, que se prevalecia de él para esclavizar á las naciones bajo el yugo de la in-

(1) Mr. Balcombe era el abastecedor de la colonia.

(2) Carta de Hudson-Lowe á lord Bathurst del 24 de febrero de 1818. Biblioteca nacional.

(3) Esta es el acta del proceso verbal que Walter-Scott ha publicado en su *Historia de Napoleon*, redactada en forma de interrogatorio. En este documento, Mr. de Sturmer empieza de este modo: «Hé aquí, señor, el resúmen de las conversaciones que hemos tenido juntos (con el general Gourgaud),» siendo así que estas conversaciones no tuvieron lugar con el marido, sino con la mujer.

justicia, lo que los aliados han combatido, y dichosamente logrado destruir. Este principio ha caracterizado constantemente las deliberaciones de los gabinetes en todas las circunstancias que ha sido posible ponerle en práctica. Proclamando en marzo de 1814 que no harian jamás la paz ni con su persona, ni con ningun individuo de su familia, se hundia todo el andamio de la usurpacion, y la Europa veia en esta inmensa ruina el principio de su propia reedificacion.

»Enviado á la isla de Elba, Bonaparte salió de ella infringiendo el testo de su abdicacion y la fé de los tratados. La lucha que se entabló entonces entre las fuerzas destinadas para la conservacion del órden público, y la que amenazaba destruirle, era de un carácter diferente á todas las que le habian precedido.

»En las primeras, Bonaparte habia sido considerado como soberano por el hecho del poder que le habia elevado y le mantenia á una elevacion tan eminente; en esta, no era al contrario sino el jefe de una fuerza mal formada, sin carácter político reconocido, y consiguientemente sin derecho á las ventajas ni miramientos que las naciones civilizadas deben al poder público, aun cuando se halle sumergido en el infortunio.

»Esta distincion ha sido la base de todas las precauciones y medidas tomadas con un hombre, que habiendo cesado de ser reconocido como soberano de Francia, debe ser tratado necesariamente como perturbador.

»Bonaparte antes de la batalla de Waterloo era un rebelde temible; despues de la derrota, un vagabundo abandonado por la fortuna; en Rochefort, un fugitivo que, á bordo del Belerofonte, dependia de la justicia de Europa (1).

»En este estado, su porvenir se hallaba sometido á la prudencia de los gobiernos á quienes habia ofendido, y no existia mas en su favor (esceptuados los derechos inseparables de la humanidad), ninguna ley positiva ni máxima de salud que le fuera aplicable.

»El tratado del 2 de agosto de 1815 fué redactado bajo estos auspicios, y sus estipulaciones son claras y precisas: ellas declaran a Napoleon Bonaparte prisionero de todas las potencias que firmaron el tratado de Viena del 25 de marzo precedente.

»Convocado el parlamento británico para providenciar acerca de las cláusulas de esta transaccion, no tan solo las ha aprobado, sino que entrando en el verdadero sentido de los compromisos que ha contratado su gobierno con este motivo, ha convertido en ley ciertas medidas que tienen por objeto autorizar á los encargados de la custodia de Napoleon Bonaparte, para que puedan usar del último estremo de rigor, caso que tuviera lugar una tentativa de evasion.

»Los aliados se aprovecharán de esta ocasion para reunirse á los ministros de S. M. B. en las doctrinas y máximas que ellos han hecho triunfar acerca de esta cuestion importante, y declararán espresamente, en union de ellos, que siendo el tratado obligatorio y recíproco, ninguna de las partes puede separarse de las obligaciones que le impone, sin hacerse culpable con respecto á la Europa y responsable de los resultados.

»En cuanto á los clamores reiterados con tanta perseverancia y reproducidos bajo formas tan diferentes en virtud del trato que ejercen con el prisionero los que se hallan encargados de custodiarle en Santa Elena, debe ser mas que suficiente para apreciar el justo valor de estos gritos calumniosos ó de falsa compasion, la liberalidad y suavidad del carácter de las leyes inglesas; mas, un exámen profundo de los documentos relativos á los hechos en cuestion, combinado con los vicios y conducta política de los autores de las denuncias, declaran el proyecto que han concebido, no de mejorar la posicion de Bonaparte, considerado como retenido; sino de multiplicar las probabilidades de su evasion fatigando la vigilancia del gobernador y sus agentes. Entretanto esta táctica les ofrece la ventaja de hacer suponer á todos los enemigos del órden, el regreso del jefe que conviene mas á sus designios ó á sus pasiones criminales, é infectar de este modo la Francia, y paises agitados todavía por las consecuencias de la revolucion y de una infinidad de especulaciones que, aunque vagas, se hallan sostenidas por aquellos que esperan encontrar en la corrupcion ó locuras de la sociedad los medios para trastornarla de arriba abajo. Varias particularidades deben llamar la atencion de los aliados: las correspondencias con Europa tienen lugar siempre que se presenta la ocasion; las personas de su séquito han agitado un proyecto de evasion, y se hubiera ejecutado, si su jefe no hubiese preferido diferirle: combinadas con las esperanzas y movimientos de todo el residuo criminal de todos los tiempos revolucionarios, merecen la seria atencion de los gobiernos, y mayormente la de los soberanos reunidos (1):

»En virtud de estas consideraciones, el gabinete de Rusia conceptua como principios de los cuales no le es permitido separarse.

»Que habiéndose puesto Napoleon, por su conducta, fuera de la proteccion de las leyes de todas las naciones, todas las medidas de precaucion tomadas con respecto á su persona y las que se adopten en lo sucesivo dependen enteramente de la direccion y prudencia de los soberanos aliados;

»Que el tratado del 2 de agosto le constituye de una manera espresa y formal prisionero de las potencias que han firmado el tratado de Viena del 25 de marzo de 1815;

»Que de consiguiente esta circunstancia no permite á ninguna potencia, y menos todavía a la que es depositaria, separarse de los compromisos que se han impuesto por dicho tratado;

»Las precauciones mencionadas en las instrucciones de lord Bathurst al caballero Lowe merecen la aprobacion de todas las naciones.

»Los miembros de la familia Bonaparte serán forzados á marchar á los paises que les han sido señalados para residencia por los protocolos convenidos á este efecto.

»Los ministros acreditados cerca de las cortes en donde residen estos individuos quedan encargados de reclamar su salida y se concertaran entre ellos acerca de los medios para ejecutarla.

»Toda clase de correspondencia ó comunicacion con el prisionero de Santa Elena, ya sea por parte de los miembros de su familia ú otros individuos que no haya sido sometida á la inspeccion del gobierno ingles, será considerada como atentatoria á la tranquilidad pública.»

Distaba mucho este estilo de los sentimientos que Napoleon esperaba encontrar en los soberanos: víctima de su confianza en la lealtad inglesa, una odiosa falta de fé le habia constituido su prisionero, y cuando al cabo de tres años de retencion en medio de los mares africanos, en un peñasco desamparado, y bajo un clima casi mortal espiaba esta confianza con tormentos morales y físicos intolerables; estos soberanos, de los cuales uno era su padre político, le trasmitian solamente, en vez de palabras de interés y compasion, una aprobacion completa y absoluta de los rigores que sufria, y la ratificacion de las órdenes que autorizaban á sus guardianes para emplear la fuerza contra su persona hasta el último estremo. ¿Esto era bastante? ¡no! Los monarcas á quienes habia visto hacerle la corte en los dias de sus triunfos, disputarse el favor de una palabra, enorgullecerse de una de sus sonrisas; esos reyes que habia dejado en pie cuando podia derribarles, le echaban en cara la injuria y el insulto, le persegnian con los epítetos de rebelde, vagabundo, fugitivo que se hallaba fuera de la proteccion de las leyes de las naciones, y se atrevian á representarle como á jefe de todos los restos impuros de las revoluciones, esperanza de todas las pasiones criminales y estandarte de todos los enemigos del órden, cuando hasta la hora de su caida se le oyó vanagloriarse de haber rechazado la revolucion, consolidado todos los tronos y salvado el órden europeo, y que habia depuesto dos veces la corona mas pronto que invocar ó aceptar el concurso de la fuerza revolucionaria francesa.

Los documentos que acaban de leerse (2), no tan solo aniquilaban todas las ilusiones que Napoleon habia acariciado tanto tiempo con placer, sino que debieron herir profundamente su noble orgullo. Sin duda el golpe fue cruel, pues guardó, acerca de esta comunicacion, hasta con sus compañeros de destierro á quienes distinguia en su afecto, un silencio que no quebrantó jamás; los que viven de ellos todavía, probablemente tendrán hasta conocimiento de estas piezas por primera vez. La carta escrita por lord Bathurst á sir Hudson-Lowe, con motivo de estos documentos, empezaba de este modo: «Os invito á que comuniqueis este protocolo al general Bonaparte, á fin de que se halle instruido de la manera con que las potencias aliadas consideran su posicion en Santa Elena, y que sepa que estas potencias reconocen la necesidad de toda

(1) La copia de este *memorandum*, que forma parte de los *papeles de Hudson-Lowe*, depositados en la biblioteca nacional, (seccion de manuscritos) no es el documento enviado por lord Castlereagh á su gobierno, sino un ejemplar de segunda á tercera mano. Esta copia sustituye a la palabra *vagamundo* la de *aventurero*. La espresion de *vagabundo*, debe ser la verdadera, atendido que es esta la que se encuentra escrita en la copia auténtica trasmitido por el duque de Richelieu al gobierno francés.

(1) Las palabras *residuo criminal* consignadas en la copia auténtica de que hemos hablado en la nota precedente, se hallan reemplazadas, en la copia que forma parte de los *papeles de Hudson-Lowe* por las de *restos impuros*.

(2) El *memorandum* del gabinete ruso tiene la fecha del 13 de noviembre; todos sus términos fueron aprobados, y sus conclusiones aceptadas por los representantes de las potencias reunidas en el congreso, en un *protocolo* especial al que lord Castlereagh dió la fecha del 19, aunque la copia auténtica que hemos mencionado le asigna la del 21.

las restricciones que le son impuestas.» Esta carta es de fecha 30 de noviembre 1818 y debió llegar á Santa Elena durante el mes de febrero de 1819; la única particularidad que puede dar un indicio de la impresion que ocasionó al cautivo la lectura de estos documentos es la mencion que hace el conde de Montholon el 21 de marzo de 1819: «El emperador no ha salido de su aposento y hace seis semanas que no le ha visto ningun inglés (1).»

Poco tiempo despues, es decir, en el mes de junio, el emperador hizo una nueva pérdida: Mma. de Montholon abandonó á Santa Elena para conducir sus hijos á Europa. La marcha de esta señora que poseia una grande instruccion, y se hallaba dotada de todas las ventajas que hacen el encanto de una sociedad íntima, dejaba en el interior de ese Longwood, ya tan monótono y triste, un vacío que no pudo llenarse, y que el emperador resistió dolorosamente. Sus ojos derramaron lágrimas al separarse, y mas tarde decia á su marido: «Vuestra esposa sembraba flores encima de mi tumba y ahora no crecen mas que espinas.» En los últimos dias del mes de setiembre siguiente, Longwood recibió tres nuevos huéspedes enviados de Roma por el cardenal Fesch; es decir, un médico y dos eclesiásticos, el doctor Antomarchi y los curas Buonavita y Vignali; pero estas elecciones carecian de acierto. El emperador, cuya salud exigia cada dia una asistencia que le habia faltado completamente por espacio de catorce meses, no halló en el doctor Antomarchi los ausilios que debia prometerse. Mas bien anatomista que médico; desde luego demasiado jóven y sin esperiencia en la práctica de su arte, el doctor Antomarchi, de un carácter indiferente y lijero, tenia además una especie de pasion por las distracciones y placeres que le retenia dias y noches enteras fuera de Longwood, aun cuando el estado del emperador exigia imperiosamente su presencia. Napoleon le habia significado veinte veces la órden para que cesara el servicio cerca de su persona; pero al cabo de algunas horas le perdonaba sus faltas. En cuanto á los dos eclesiásticos, ancianos uno y otro, su inteligencia era nula, y el cumplimiento material de los deberes de su estado era el único servicio que el emperador podia aguardar de ellos (2).

Desde los primeros meses de 1818 hasta los últimos dias de 1819, el estado del emperador no fué mas que una larga intermitencia de dolor y calma, abatimiento moral y resignacion, y se pudo observar hasta un cambio de estilo. Napoleon hablaba menos de los servicios que habia prestado á los reyes de Europa, habiendo domado la revolucion francesa; señalaba con mas frecuencia sus faltas propias, y no vacilaba en reconocer los errores á donde le habian arrastrado sus proyectos de dinastía; los que habian hecho su debilidad con respecto á la Europa, su falta con la Francia y á los cuales se adherian todas sus desgracias. Fatales preocupaciones que no oscurecian su talento en ese período consular tan bello y puro, en el que libre de esas trabas que imponen á los reyes las consideraciones de parentesco y alianzas de familia, no tenia, como á primer magistrado de un gran pais, otro interés que el poder y esplendor de su patria. Su matrimonio con una archiduquesa austriaca era el objeto incesante de su arrepentimiento: «Ese casamiento, decia, me habia inspirado una confianza en mi padre político que me ha perdido, y he sido bastante necio para creer en la santidad de los lazos de familia. Me imaginaba que Francisco II era un hombre de bien, y me he engañado; no es mas que un imbécil, que sin advertirlo se ha constituido el instrumento de Metternich para perderme. Mas hubiera valido que despues de Wagram hubiese escuchado los deseos ambiciosos de sus hermanos, y haber dividido su corona entre el archiduque Cárlos y el gran duque de Wurtzburgo. Sobre todo debia haber declarado la Hungría independiente, esto era de una importancia inmensa. ¡Cuántas faltas!... (3).»—«Los tronos son epidémicos, añadia en otras circunstancias; apenas se está sentado en ellos cuando se resiente el contagio. La idea de hacerse lo que se llama hoy dia soberano legítimo, ocupa toda la imaginacion, y se siguen los principios, marcha y obstáculos.» En otras ocasiones decia: «No se puede dormir en la cama de los reyes sin adquirir la demencia; y yo me he vuelto loco..»—«He conocido demasiado tarde la adversidad,» repetia tambien con frecuencia. Cuando su pensamiento se fijaba en las causas de su segunda caida, añadia estas palabras: «Hubiera debido hacer pasar por las armas á Fouche, y yo, que tengo la idea de que Luis XVI ha perecido por no haber hecho cortar la cabeza al duque de Orleans, me arrepiento de haber vacilado. Los pretendientes, cualquiera que sea el valor de su persona ó el de su pretension, son siempre un gran peligro en los tiempos de crisis nacional; yo los he despreciado demasiado, y he cometido una falta. Yo estaria todavía en el trono, si en 1814 no hubiesen existido Borbones. Al llegar de Waterloo, yo hubiera debido ir directamente á las cámaras, insurreccionarlas, hacer que me siguieran y ponerme á la cabeza del movimiento popular; pero estaba estenuado de fatiga, y al mediodia, cuando me disponia á salir ya se habian sublevado. La posteridad me acusará de haber abandonado á mis valientes soldados, confederados y todos los demás de mi partido; mas entonces hubiese sido indispensable reinar con el hacha, y eso me repugnaba. Confieso que la desesperacion se ha mezclado algun tanto en mi resolucion, y he obrado mal; los buenos franceses tienen el derecho de echármelo en cara; ¡pero, en fin, yo no soy mas que un hombre! ¡Desde luego, todo el mundo era traidor á la patria! Fouche habia sembrado en todas las clases la corrupcion y traicion. Davoust se dejó engañar, le siguió y acabó por ser un traidor como los otros; viendo mi causa perdida, quiso conservar sus honores y todo lo que me debia de grandor y riquezas, el pensar en todas estas cosas incomoda, irrita y confunde; hablemos mas bien, añadia sonriéndose con tristeza,

(1) *Relaciones de la cautividad de Santa-Elena*, t. II

(2) Uno de los compañeros del emperador, decia en una carta escrita desde Santa Elena el 8 de febrero de 1820: «Nuestros curas siempre son insignificantes; y no se puede concebir que el cardenal Fesch haya enviado aquí semejantes hombres. El uno chochea la mitad del tiempo ó relata las mismas historias, acerca de su curato de Mejico, el otro, hace dos dias que nos decia que Alejandro era el hombre mas célebre que hubiese salido de la antigua Roma, y nos hemos visto en las mayores penas para hacerle comprender que era macedonio. Para evitar estos yerros está condenado á leer cada dia veinte páginas de Rollin y estractarlas.»

(3) Cuando en el mes de agosto de 1805, Napoleon se disponia á marchar á Paris para ir al campo de Boloña, habia encargado al general conde de Thiard que fuera á Munich á negociar el casamiento del príncipe Eugenio, hijo de Josefina, con la princesa Augusta, hija mayor del duque de Baviera. La negociacion presentaba grandes dificultades: la princesa Augusta era novia de su primo hermano el príncipe heredero de Baden, y los preparativos de boda habian empezado. En lugar de marchar directamente á Munich, Mr. de Thiard se dirigió primeramente á Carlsruhe, y allí logró del elector gran duque de Baden un acto por el cual este abdicaba su derecho con respecto á la hija del soberano bávaro. Libre, pues la princesa Augusta, su casamiento con el hijastro de Napoleon quedó inmediatamente convenido, y solo faltaba arreglar algunos pormenores insignificantes, cuando el Austria se ligó nuevamente con la Inglaterra y Rusia é invade repentinamente la Baviera. Huye el elector y su familia, Napoleon levanta precipitadamente el campo de Boloña, corre á Alemania, gana la batalla de Ulma, se pone en marcha para Viena y pasa á Linz, para dar á los diferentes cuerpos franceses, llamados al teatro de la guerra, el tiempo de colocarse en la línea. Durante este alto el teniente general austriaco conde Giúlay le trae una proposicion de armisticio. este enviado, primer ministro del gran duque de Baden, habia servido con el general Thiard durante la emigracion de este último, que obligado de salir de Munich al mismo tiempo que el elector, acababa de unirse al cuartel general imperial. Encontráronse ambos en el alojamiento del emperador: el conde Giulay sabia por su padre político la negociacion matrimonial que las hostilidades habian suspendido, y habló de ello á su antiguo compañero de armas, añadiendo: «Me parece que el príncipe Eugenio puede pretender una alianza mas elevada que la de la hija de un simple elector de Baviera ¿porqué no piensa el emperador en pedir para su hijastro la mano de nuestra jóven archiduquesa?» El conde de Thiard comunicó inmediatamente esta proposicion á Napoleon: «Una archiduquesa de Austria para Eugenio, exclamó el emperador, en un primer pronto, la oferta es seductora!» En seguida se informa del nombre y edad de la princesa, y le dicen que se llama *María Luisa* y que no tiene todavía quince años, habia nacido el 12 de diciembre de 1791. Napoleon guarda silencio, se pasan algunos instantes, y despues replica: «Mi corte necesita una princesa jóven y bella (la princesa Augusta pasaba por ser la mas hermosa de Alemania), y no una criatura. Desde luego, añadió, tengo necesidad de contraer alianza con los pequeños estados alemanes, yo debo procurarme apoyos de los cuales me pueda servir en caso de necesidad, ya sea contra el Austria, ó contra la Prusia.» Despues interroga á Mr. Thiard acerca de la corte de Viena, en la que este habia residido durante su emigracion, y le hace preguntas con respecto á los miembros de la familia imperial y María Antonieta. El general da acerca de esta infortunada reina algunos pormenores que desmienten la mayor parte de las acusaciones calumniosas aglomeradas contra ella por la celosa animosidad de los hermanos de su marido y por el odio del duque Orleans, imputaciones que la pasion política habia recogido ansiosamente exagerándolas. Al escuchar estos detalles, Napoleon no puede ocultar una cierta sorpresa. «No importa, replicó, volviendo á su primera idea acerca de la proposicion del conde Giúlay, María Antonieta ha hecho demasiado impopular en Francia el nombre de *austríaca* para que yo pueda introducir impunemente en mi familia una archiduquesa de Austria, la opinion pública se sublevaria; y este nombre nos causaria desgracias; definitivamente, no hay que pensar en ello.» Algunos dias despues, el 13 de noviembre, el ejército frances entraba en Viena, al cabo de tres semanas, 2 de diciembre, ganaba la batalla de Austerlitz, el 6, firmaban una suspension de armas, y el [illegible] se abrian las negociaciones para la paz. En este intervalo uno de los hermanos de Francisco II, el archiduque Fernando, algunos dias despues gran duque Vurtzburgo, renovaba la proposicion del conde Giulay, y Napoleon rehusó nuevamente. El 16 se firmaba la paz en Presburgo, el elector de Baviera era declarado rey, y el 14 de enero siguiente [illegible] Eugenio de Beauharnais se casaba con la hija del nuevo monarca. Cuatro años despues, 1.º de abril de 1810, olvidando Napoleon sus repugnancias y presentimientos, tomaba por esposa la jóven archiduquesa austriaca, sobrina de María Antonieta, que habia rehusado dos veces para hijo político.

de nuestros primeros amores.» No obstante, inútilmente procuraba apartar su imaginacion de estos amargos recuerdos, los cuales le perseguian basta en medio de los juegos á quienes pedia el olvido pasajero de sus tristezas y tormentos. Algunas veces á lo mejor de una partida de ajedrez, se le veia caer repentinamente en una meditacion profunda, y despues de un largo silencio, repeler con violencia el tablero y levantarse diciendo: «¡Que cruz! ¡que cruz! ¡despues de haber mandado ochenta millones de hombres!» En otros instantes, estos arrepentimientos vehementes del pasado, le arrancaban esta esclamacion: «Cuando me pongo á considerar las faltas que he cometido, y que han sido causa de que los Borbones y aliados hayan entrado en Francia, me siento anonadado bajo el peso de los remordimientos (1).»

Algunos momentos, cuando un alivio de poca duracion daba al cautivo la esperanza de recobrar la salud y un porvenir mas lisonjero, se mostraba gozoso y se complacia descansando su pensamiento en las primeras impresiones de su vida y los recuerdos de la casa paterna; entonces hablaba de sus alegrias y juegos con sus jóvenes hermanas: «¡Tiempo dichoso! esclamaba: el pais natal tiene encantos invisibles; la memoria embellece los mas pequeños pormenores; recuerda hasta el olor de la tierra y le hace bastante patente á nuestros sentidos para hacernos creer que reconoceríamos con los ojos cerrados el suelo que hollaron nuestros primeros pasos de la infancia.» Cediendo entonces al embeleso de estas frescas impresiones, se esplayaba con complacencia acerca de la dicha de una vida tranquila, oscura é inapercibida, y presentaba la existencia de un propietario que tiene doce mil francos de renta como la suerte mas favorable que puede envidiar el hombre. «Semejante fortuna hubiera colmado mis deseos, decia, viviendo como un buen padre de familia, con mi mujer é hijo en nuestra casa de Ajaccio. ¿Vosotros reis? añadia mirando á sus amigos. Pues bien, os lo digo formalmente, con doce mil francos de renta yo hubiera sido el mas dichoso de los mortales.»

Si estas aspiraciones de una existencia tranquila é ignorada, deseos de conquistador prisionero, engañaban durante algunos instantes de un hermoso y suave dia los tormentos del emperador; el insomnio de sus noches le recordaba muy pronto la realidad de su posicion, y las mas penosas reflexiones le sitiaban entonces en su triste lecho al cual pedia en vano el reposo. Dueño de un imperio inmenso y árbitro de la Europa, al menor paso que daba atemorizaba el continente y tenia las naciones atentas á cada una de sus palabras; el ruido, movimiento, una actividad devoradora y los mas vastos proyectos llenaban en otro tiempo su vida; hoy dia espectador silencioso é impotente de los hechos que agitaban el mundo, veia disiparse y perderse en un pasado cada dia mas lejano los acontecimientos que habian hecho su esplendor y gloria, y asistia vivo al advenimiento rápido de nuevas generaciones, para las cuales su poder no era ya mas que un recuerdo, y su nombre una memoria. Si su imaginacion interrogaba al porvenir, solo percibia abandono, olvido y dolor; despues una agonía lenta, y una muerte solitaria. Algunas veces le parecia que esta muerte se hacia aguardar demasiado, y la invocaba «¿Me anunciais que mi vida peligra si no sigo vuestras prescripciones? decia á su médico; pues bien, ¡tanto mejor! con eso se acabará mas pronto. ¡No! yo no haré lo que me ordenais, porque viviria demasiado tiempo; lo que yo deseo es dejar lo mas pronto posible este mundo de miseria.»

¿En estos instantes se presentaba á su imaginacion la idea del suicidio? Debe creerse; atendido que en 1820 dictó varias veces sobre este punto algunas paginas á Mr. Marchand; pero contrariamente á lo que habia intentado ó pensado en 1794, 1814 y 1815, rechazaba entonces la idea de precipitar su última hora. «El hombre que sucumbiendo bajo el peso de los males presentes se da la muerte, decia en sus últimos dictados, comete una injusticia consigo mismo, obedece por desesperacion y debilidad á una fantasia del momento á la cual sacrifica toda la existencia del porvenir. Dicen que puede y debe darse la muerte cuando no se tiene ninguna esperanza; mas, ¿cuándo y cómo se puede estar sin esperanza en este teatro movible en donde la muerte natural ó forzada de un hombre solo cambia repentinamente el estado y aspecto de las cosas (2)?»

(1) Las faltas de que se acusaba tan dolorosamente el emperador, constituian su principal virtud para los realistas que afectaban mas indulgencia por su memoria. Un año despues de su muerte, el 28 de mayo de 1822, Mr. de Bonald decia en la tribuna de la cámara de diputados: «Bonaparte ha hecho dos grandes cosas que él solo podia realizar: ha comprimido la revolucion, y hecho posible la restauracion: destruyendo la anarquia, ha colocado en el trono al rey legítimo.

(2) Las reflexiones dictadas acerca del suicidio en 1820 por el emperador á Mr. Marchand, han sido publicadas por este último á continuacion del *Bosquejo sobre las campañas de César.*

Esta modificacion en las ideas del emperador acerca del suicidio se hallaba en armonía con un cambio que acababa de ofrecerse en sus habitudes físicas y en la situacion de su ánimo. A principios de 1820, aun cuando en el secreto de su corazon, como lo indican las últimas palabras de su dictado, conservara esperanzas que no perdió jamás, pareció resignarse completamente con su suerte, y dócil en fin á los consejos de su médico que hasta entonces le habia aconsejado en vano distracciones activas, emprendió crearse con sus propias manos un abrigo esterior contra los vientos de África, plantando flores y algunos árboles, procurándose un poco de sombra; en una palabra, organizándose una especie de jardin. Desde que rayaba el dia, él mismo daba el ejemplo del trabajo, y podia vérsele, cubierto con un ancho sombrero de paja, y calzado con chinelas de cordoban encarnado, dirigiendo con la pala en la mano, los trasportes de tierra y el nivel, vigilar la plantacion de los árboles, presidir á la siembra, ó bien inclinado hácia tierra seguir el surco abierto por Noverraz, esparcir en él la simiente de algunas plantas de hortaliza y cubrirla. Todos los habitantes de Longwood, y los operarios chinos adictos al establecimiento, componian la compañía de trabajadores. Dos pequeñas tapias de mal césped esponjoso, y dos varas y media de elevacion; una pequeña construccion semicircular, tambien de césped, dispuesta por escalones plantados de rosales, y cuyo centro en forma de bóveda, imitaba una especie de cuna, fueron terminados en poco tiempo. Estos trabajos, cuyos gastos considerables fueron pagados por el emperador de sus fondos personales, alarmaron primeramente á sir Hudson-Lowe; pero cuando despues de haber hecho una visita minuciosa del sitio, se hubo asegurado que todos estos movimientos de tierra y césped no podian incomodar para nada la posicion y accion de los centinelas de noche, dejó que continuaran. Desde luego su inquieta vigilancia hallaba una ventaja en esta creacion: Napoleon tenia ahora un punto de distraccion, y sus visitas necesariamente frecuentes á las flores y árboles que acababa de plantar, ofrecerian al ayudante de órdenes ocasiones mas numerosas y fáciles para comprobar su presencia (1).

Napoleon quiso darse la muerte dos veces. Su primer proyecto de suicidio data de 1794 á la época en que desanimado por la necedad y malos procederes de un miembro del comité de la guerra, el representante Aubry, declaró separarse del servicio. Mr. de Montholon relata en sus *Relaciones de la cautividad de Santa Elena* que Napoleon, privado de todo sueldo, teniendo á su madre y hermanas en la mas profunda miseria, y el mismo reducido por toda fortuna á un asignado de cinco francos, salió una noche con la resolucion de ahogarse. Llegado al muelle, iba á poner un termino á su existencia, cuando un individuo vestido de operario y que acababa de encontrar, le mira, le salta al cuello, le abraza y se hace reconocer por uno de sus antiguos camaradas de regimiento. Se conduce insensiblemente á que le confie su posicion, y le obliga á aceptar un cinto que contenia una cantidad bastante considerable en oro. Este compañero, llamado Desmazis, habia emigrado, y regresado á Francia para ver á su madre, se disponia para volverse al estranjero. Napoleon fué sucesivamente general en jefe de los ejércitos del interior, Italia y Oriente, primer cónsul, cónsul á vida y emperador, sin haber oido hablar de Desmazis, ni poder indagar, á pesar de sus investigaciones, cuál fuera su paradero. En fin, en los últimos tiempos del imperio, la casualidad le hizo saber que vivia en una de las partes mas retiradas de Francia, ocupado enteramente en los trabajos de horticultura, le hizo llamar, le dió á título de reembolso 300.000 fr., le nombró sub-intendente de todos los jardines de los palacios imperiales, con la entrada libre en las Tullerías, y un sueldo considerable, é hizo colocar los principales miembros de su familia en empleos lucrativos.

Hemos narrado anteriormente el envenenamiento que el emperador intentó contra su persona en Fontainebleau, en la noche del 12 al 13 de abril de 1814.—Hé aquí ahora el modo como se espresaba con sus compañeros de destierro, en 1815, en el momento en que el *Northumberland* iba á levar anclas y tomar rumbo hacia Santa Elena. Varias veces he tenido deseos de dejaros, y eso no es dificil, no se necesita mas que calentarse un poco la cabeza, y os abandonaria con mucha mas facilidad, atendido que mis principios interiores no me inquietan de ningun modo. Yo soy de aquellos que creen que las penas del otro mundo no han sido imaginadas sino como un suplemento para los atractivos insuficientes que nos representan en él. Dios no puede haber querido semejante contrapeso de su bondad infinita, sobre todo en los actos semejantes á este. Además, ¿qué significa todo esto? Querer regresar á él un poco mas pronto.»

(1) Los ayudantes de órdenes en Longwood tenian la mision de asegurarse cada dia de la presencia del emperador, vigilar todo lo que pasaba en la residencia, y dar inmediatamente parte al gobernador por signos telegráficos ó estafeta; además servian de medianeros entre este último, el emperador y sus compañeros de destierro, y todas las comunicaciones pasaban por sus manos. El número de estos oficiales fue de cinco: primeramente el capitan Poppleton, al cual sucedieron: el 22 de julio de 1817, el capitan Blakeney; en setiembre de 1818, el capitan Nichols, el 22 de febrero de 1820, el capitan Lutgens, y despues en las últimas semanas de la vida del emperador, el capitan Crokett. Escogeremos casualmente entre sus numerosos partes, algunas comunicaciones de tres de entre ellos. *Poppleton*: Los prisioneros no pudieron menos de elegir á

En esta época una nueva proposicion de evasion fué sometida al prisionero por el capitan de un barco inglés que regresaba de la India. Este oficial lo habia preparado todo para recibir al emperador en un bote y punto de la costa designado de antemano, y conducirle en seguida á su bordo sin que se espusiera al mas pequeño peligro de ser arrestado; el capitan no queria nada para él, decia: pero pedia en favor de la persona cuya asistencia era indispensable para la completa seguridad del transito de Longwood á la costa, un millon pagadero solamente en América despues del desembarque. El emperador encargó á Mr. de Montholon preguntara á este oficial el pormenor de sus medios de ejecucion; dióles el capitan y en seguida fué admitido en presencia de Napoleon, quien despues de haberle dado las gracias por su afectuosa decision y haberle dicho que su plan podia tener un buen resultado, añadió «que resuelto firmemente á luchar contra su destino, rehusaba sus ofertas.—Yo no estaria seis meses en América, despues de la marcha del capitan, sin ser asesinado. Los sicarios del conde de Artois me darian allí un golpe mas seguro que en Paris é isla de Elba (1). Desde luego nadie puede evitar su suerte; todo está escrito allá arriba, y tan solo mi martirio puede restituir la corona á mi hijo. José está en América; ¿quién piensa en él? En los Estados Unidos, yo no veo mas que asesinato y olvido; así es que prefiero Santa Elena.» El emperador habia dado á conocer al gobierno inglés, por todos los medios que se hallaban á su disposicion, que se hallaba determinado á seguir su suerte; mas lord Castlereagh y sus colegas, semejantes en esto á la generalidad de los hombres, juzgaban á Napoleon por sí mismos, y no admitian que esta resolucion pudiera ser sincera. Poco tiempo despues de la nueva proposicion de evasion que Napoleon acababa de rehusar, cuando ya se rendia á las primeras angustias de la muerte; lord Bathurst trasmitia á Hudson-Lowe una nota en la que apoyándose en los movimientos que habian estallado en España é Italia, «y en la ocasion propicia que estas insurrecciones ofrecian al general Bonaparte para escaparse y volver, si le era posible, á la escena política,» este ministro recomendaba al gobernador una vigilancia mas atenta y precauciones mas severas (2).

Las ocupaciones activas que el emperador se habia impuesto parecia que le habian reanimado la vida; habiéndole vuelto el apetito, habia recobrado algunas fuerzas; pero esta mejoría, último y supremo esfuerzo de una complexion enérgica y robusta, fué seguida muy pronto de dolores de costado mucho mas agudos y de vómitos mas frecuentes. Los dolores de cabeza, falta de apetito, hinchazon de piernas y ataques de disenteria y escorbuto, resultado de la falta de ejercicio, de las variaciones del clima, y de un mal alimento, eran los males contra los cuales su primer médico de Santa Elena habia tenido sobre todo que luchar: los numerosos desórdenes de las funciones digestivas, acompañados de fiebre, insomnio y una escesiva debilidad, que parecian caracterizar una gran afeccion del hígado, no se presentaron hasta el fin de la residencia de O'Meara al lado del emperador. Estos desórdenes se aumentaron despues de su marcha, y suspendidos por un momento, como acabamos de referirlo, desafiaron en breve todos los esfuerzos del doctor Antomarchi. El mal no se paraba mas; su marcha era lenta y cotidiana, y cada dia sus progresos mas marcados. Algunas veces era tan intenso el abatimiento en que caia el emperador, que permanecia como sumergido en un cansancio casi letárgico; recostado sobre su canapé ó cama, en medio de la oscuridad mas profunda, permanecia inmóvil durante dias enteros, con los ojos cerrados y sin pronunciar una palabra. Cuando rompia el silencio despues de uno de estos largos ataques de tristeza, era para hablar, como lo hacen todas las personas heridas mortalmente, de sus primeros años, parientes, amigos, de todo lo que habia amado, y para decir á su médico: «Todos vuestros remedios son inútiles; yo siento que no puedo mas, no valgo nada; las fuerzas y facultades me abandonan; necesito una especie de esfuerzo para levantar los párpados; me doblo bajo la carga, vejeto y no vivo mas.» Desde el 20 de noviembre de 1820 sus paseos fueron mas cortos cada dia y mas raros, en breve le faltó la fuerza hasta para dar algunos pasos, y el 17 de marzo de 1821 salió por última vez. Si el mal hubiese presentado alguna intermitencia en su marcha, otras manos que las de los generales, que habian sido hasta entonces sus compañeros de cautividad, le hubieran quizás cerrado los ojos.

Cuatro años y medio de residencia en la llanura de la colina de Santa Elena habian consumado el afecto de mad. Bertrand: fatigada por el clima y debilitada por una reciente enfermedad, deseaba salir de la isla, y solicitaba incesantemente á su marido para que la condujera á Europa. La muerte del padre de este último, los intereses que era necesario arreglar en virtud de este acontecimiento, y la educacion y salud de sus hijos, eran los motivos que invocaba con el general para que este obtuviera del emperador la autorizacion de marchar. De un carácter tranquilo y suave, el general Bertrand no proferia jamás ni queja, ni sentimiento: con su silencioso afecto, no se pasaba un solo dia sin que se presentara en Longwood á las mismas horas, y que dejara de desempeñar, con una serenidad siempre igual, cualquiera que fuese el buen ó mal humor del cautivo, los mismos deberes y el mismo servicio (1). Combatido por el afecto que profesaba al emperador y á la condesa, algunas veces cedia á los ruegos y lágrimas de esta, pedia á Napoleon un permiso de algunos meses, y despues de varias observaciones del prisionero se separaba casi siempre decidido á quedarse. Por su parte el conde de Montholon soportaba impacientemente la ausencia de sus hijos y esposa, y deseando reunirse con ellos, habia encargado á esta última, buscara entre los antiguos consejeros ó ministros de Napoleon un amigo de este que consintiera en reemplazarle al lado de él. Mad. de Montholon rogó á la madre del emperador y á su hermana mayor Elisa para que la ayudaran en sus diligencias; pero una y otra contestaron que no podian intervenir en esta negociacion sin la órden terminante del prisionero. Mr. de Montholon solicitó esta órden del emperador, y le pidió que designara lo menos algunos miembros: «No exijais esto de mí, le respondia Napoleon; yo soy sobrado infeliz para que mis amigos quieran obligarme á agravar todavía por mi propia voluntad mis sentimientos y horrorosa posicion. Yo concibo vuestro deseo de reuniros con vuestra esposa é hijos, porque de todas las privaciones que tengo, la mas dolorosa para mí, y quizás la única á la cual yo no me acostumbraré jamás, es la de estar separado de mi mujer é hijo; mad. de Montholon sabe mejor que nadie qué hombres pueden reemplazaros; mi familia no me envia mas que necios, y yo deseo que no se mezcle en este negocio.» Era á principios de noviembre de 1820 cuando Napoleon se oponia á estas solicitudes del conde de Montholon; pero tres meses despues, el 30 de enero de 1821, su resistencia se hallaba vencida, y autorizaba al conde para que escribiera y declarara oficialmente en su nombre á Hudson-Lowe:

«Que dejaba enteramente libres al rey de Francia y á sus ministros para la eleccion de las personas que debian reemplazar al lado de él á los condes Bertrand y Montholon; que recibiria con placer todo individuo que hubiese formado parte de su servidumbre civil ó militar, ó del consejo de estado, y que hubiese servido, desde treinta años antes de la fecha bajo la bandera tricolor, especialmente los duques de Vicencia y de Ro-

este oficial, en 1832 habitaba en Bruselas, y no hablaba nunca de Napoleon sin llorar. Generalmente sus partes son muy lacónicos; he aquí la sustancia: «Nada de estraordinario en Longwood.—He visto al general Bonaparte.—Todo va bien.» Hallamos á continuacion de uno de estos partes, la nota siguiente escrita por Hudson-Lowe: «Poppleton tenia por costumbre ir á pasear; en este caso, la redaccion de los boletines de presencia de Bonaparte estaba hecha por O'Meara. Poppleton paseaba ordinariamente en un sitio no muy distante de Longwood; esto solo probaria la facilidad de una evasion por este lado del mar.» — *Nichols*: «He visto al general Bonaparte á las seis y media de la mañana, y se paseaba solo delante de la casa. Por la noche, le he distinguido á la misma hora cuando se acercaba á la ventana de su aposento.—He visto á Bonaparte esta mañana, estaba sentado cerca de la ventana de su gabinete de atavío.—En este dia el sargento David ha visto á Bonaparte que se paseaba solo.—He visto á Bonaparte esta noche á las 6 y 10 minutos; estaba sentado en el salon, y á su lado ardia una bujía.—No he podido ver á Bonaparte, pero he obtenido del conde de Montholon una respuesta satisfactoria acerca de la presencia del general.—Hace algunos minutos que uno de los jardineros ha visto á Bonaparte mirando por la ventana de su biblioteca; el conde Bertrand estaba con él.—No he podido ver á Bonaparte, que no ha salido de su habitacion; pero he oido distintamente su campanilla.» — *Lutgens*. «Bonaparte estaba sentado ayer debajo del peristilo con un telescopio en la mano.—Bonaparte se pasea delante de la casa con el conde Montholon; se ha parado varias veces como si quisiera observarme. — Bonaparte no ha salido hoy; pero he oido su voz en la sala del billar. — Bonaparte se ha mostrado un instante á la ventana y me ha dirigido una mirada. — La condesa Bertrand ha salido de Longwood dando el brazo al conde Montholon. — El mismo Bonaparte ha trabajado en el jardin desde las 6 de la mañana. — Bonaparte es muy asiduo al jardin.—Bonaparte estaba ayer tarde en el nuevo jardin, y se divertia mirando algunos bananos que él mismo habia plantado por la mañana. — Esta mañana he visto á Bonaparte; parecia que tenia prisa; todos los criados estaban presentes; el conde Montholon estaba sentado encima de la yerba y tenia un plano en la mano,» etc.

(1) Hablando al emperador de las tentativas de asesinato, de los que habia podido escapar en Paris, sin duda hacia alusion á los dos complots de la máquina infernal (1800, y de Jorge Cadoudal (1803). En cuanto á la isla de Elba, hé aquí lo que decia. «Si la casualidad no hubiere colocado en Bastia, como sargento primero de gendarmería, un honrado corso que me hizo avisar de la marcha para Porto-Ferraio, del guardia de corps que habia confesado todo á Drouot, me asesinaban.»

(2) Misiva de lord Bathurst á Hudson-Lowe del 30 setiembre de 1820.

(1) Leemos en una carta de Longwood del 11 de agosto de 1819. «Ayer noche, Bertrand se hallaba á su tercera acometida de palabras.»

vigo, los condes de Segur, de Montesquiou, Daru, Drouot y de Turena, el baron Denon y Mr. Arnault;

«Que siendo insuficiente su cirujano, el doctor Antomarchi, para asistirle en su estado actual de enfermedad, aceptaria un médico de su antigua casa imperial, ó un antiguo médico en jefe de cuerpo de ejército, de mas de cuarenta y cinco años de edad, que fuese designado por MM. Percy, Desgenettes, Larrey y Emmery (1).»

El nombre del duque de Bassano no figuraba en esta lista: «Si no le pongo, decia el emperador á Mr. de Montholon, es á causa de su numerosa familia, porque cualquiera que sea su opinion política actual, yo le creo lo mismo que los demás, demasiado hombre de honor para rehusar el pago de su deuda al reconocimiento, con tal que el gobierno francés consintiera en ello.» Personal y absoluto como siempre, Napoleon no dudaba de la afeccion sin reserva de los personajes que acababa de designar, cualesquiera que fuera su edad, salud ó posicion privada; ¿este llamamiento hubiera sido escuchado? El 12 de junio precedente, madama de Montholon escribia á su marido estas líneas que bastan para justificar el conocimiento y respeto que adherian los contemporáneos al nombre de todos los compañeros del emperador en Santa Elena: «No he perdido ni un minuto en mis diligencias para buscarte un sucesor; hé aqui diez meses que saben que busco, y escepto el comandante Planat, nadie se ha presentado todavía.» De todos modos hubiese faltado el tiempo para la prueba; seis semanas despues de haber remitido la nota que acabamos de analizar, se hallaba suspendida toda idea de marcha hasta en las mismas personas del séquito; Napoleon se acostaba para no levantarse mas (2).

Hasta esta época, la naturaleza del mal que conducia á la tumba al emperador, habia sido desconocida de todos sus médicos; ellos veian los efectos, pero no la causa. ¿De dónde podia porvenir esa debilidad cada dia mas grande, que no le permitia ejercer ninguna funcion vital sin perder el conocimiento; esos vómitos que le hacian arrojar todos sus alimentos y hasta las bebidas mas lijeras; ese adormecimiento continuo que entorpecia todas sus facultades; esa pérdida progresiva del color de sus uñas, encías y labios y, ese frio de manos, brazos y estremidades inferiores que remitia á la aplicacion de paños escesivamente calientes? ¿Cuál era ese saetazo, al principio lijero, del cual sintió la primera punzada á mediados de 1819, y que acerbado progresivamente le desgarraba ahora cada dolor ó contrariedad moral, á dos pulgadas, mas abajo de la tetilla izquierda? El 5 de abril fué solamente cuando el doctor ingles Arnott, del 20 regimiento, que hacia algunos dias que se habia llamado para ayudar á Antomarchi, descubrió el principio activo y agente oculto de esta destruccion que ningun esfuerzo podia paralizar en su marcha lenta. Una pocion que ordenó este provocó vómitos negruzcos que fueron examinados á causa de su carácter particular: «Existe una úlcera en el estómago del enfermo, dijo el médico; todos los medicamentos son inútiles; si el general tiene que tomar algunas disposiciones, es necesario advertirle, pues ya es tiempo de pensar en ello.» Mr. de Montholon tuvo la triste mision de anunciarlo al emperador, y le halló preparado para recibir la noticia. Tres dias antes, el 2, entrando Mr. Marchand en el aposento de Napoleon le habia informado de la aparicion de un cometa. «¡Un cometa! esclamó el emperador sentándose en la cama; ¡este fué el signo percursor de la muerte de César! ¡Ahora anuncia la mia!—No lo creais, señor, replicó Mr. Marchand; está orientado hácia la Francia, y mas pronto nos muestra el camino.—No, hijo mio (3), respondió Napoleon con voz tranquila, y volviendo á tomar en su lecho la actitud del reposo.

«Non, a revoir Paris je ne dois plus prétendre (4).»

El 5 empezó el emperador la redaccion de su testamento y codicilos; obra larga y penosa, interrumpida incesantemente por los desmayos ó sufocaciones, y que tan solo pudo terminar en los últimos dias de abril, cuando los ataques pasajeros de delirio, y un mirar muchas veces ardiente y fijo ya pronosticaban la aproximacion de la crisis fatal. Hacia un mes que Longwood, ya tan triste, se habia vuelto todavia mas silencioso y sombrío; todo se hallaba como impregnado de un color fúnebre, y lo mismo que si la suerte hubiese querido porporcionar las miserias del fin á los esplendores de la vida, el emperador vió venir la muerte durante un mes; esa muerte, siempre presente y contorneando sobre su lecho, le cercaba á cada instante con una sombra mas espesa; cada vez que se dispertaba, la percibia mas cerca, y sintiendo que estendia sobre él una mano helada y mas pesada se disponia para el último aprieto. No obstante, de todos los huéspedes de esta afligida morada, cuando el moribundo recobraba el conocimiento y la voz, era todavía el que mostraba mas calma y firmeza.—«Voy á morir, decia á los criados abatidos que rodeaban su lecho; vosotros vais á regresar á Europa; no olvideis jamás que habeis dividido conmigo el destierro; sed fieles á mi memoria, y no hagais nada que pueda mancillarla.» Indicaba anticipadamente el respeto que debia hacerse de sus cabellos; designaba entre sus efectos personales lo que queria dejar para recuerdo á cada uno de las personas presentes; arreglaba los pormenores de su marcha para Francia, y hasta enumeraba, de las provisiones que quedaban en Longwood, las que podian embarcar para las necesidades de su viaje. «Es posible que no os dejen trasportar mi cuerpo á Europa; en este caso deponedle debajo de los dos sauces plantados al pié de la fuente cuya agua me ha sido tan benéfica.» Al doctor Antomarchi le decia: «Despues de mi muerte quiero que hagais la autopsia de mi cadáver. Tambien quiero y exijo que no permitais á ningun medico inglés que ponga la mano encima de mi cuerpo. Deseo todavía que tomeis mi corazon, le pongais dentro de espíritu de vino, y le lleveis á Parma á María Luisa. Os recomiendo sobre todo que examineis bien mi estómago y formar una relacion clara y detallada que remitireis á mi hijo. Los vómitos que se suceden casi sin interrupcion me hacen opinar que de todos mis órganos, el estómago es el que se halla mas enfermo, y no estoy muy distante de creer que está atacado de la lesion que condujo á mi padre á la tumba, quiero decir un cirro en el píloro.» Al presbítero Vignali (1) le daba instrucciones acerca de las oraciones que debia acompañar su agonía, y de la capilla ardiente que rodearia sus restos hasta el momento de ser confiados á la tierra. Por último, no queriendo que algunas de las personas de su servicio pudieran sancionar por inadvertencia ó debilidad la especie de decadencia que le imponian sus carceleros rehusándole el título que habia recibido de la nacion francesa, dictó de antemano al conde de Montholon, para Hudson-Lowe, la carta siguiente:

«Señor gobernador, el emperador Napoleon ha muerto el
de resultas de una larga y penosa enfermedad; la que tengo el honor de participaros.

»Me ha autorizado para comunicaros, si lo deseais, sus últimas disposiciones. Os ruego me hagais conocer cuáles son las órdenes prescritas por vuestro gobierno para la traslacion de su cuerpo á Europa, como tambien las relativas á las personas de su séquito.

»Tengo el honor de ser:

»Conde MONTHOLON.»

El dictado de esta carta fué uno de los últimos actos del cautivo. El 4 de mayo, en el momento en que descargaba sobre la isla una de esas violentas tempestades que no estallan mas que en los trópicos, los ataques de delirio se hicieron mas frecuentes y largos. El 5 á las dos de la mañana, cuando el huracan parecia redoblar su violencia, se aumentó el desvarío; algunas palabras incoherentes se escaparon convulsivamente del pecho de Napoleon; las de «Francia, ejército, frente de ejército,» son las únicas y últimas que pudieron comprenderse; muy pronto cesa toda especie de palabra; á las seis empieza el resuello de la muerte, y contráense los labios; humedécenlos con una esponja embebida de agua con azúcar; el moribundo, echado de espaldas y con la mano derecha fuera de la cama, queda inmóvil; la quietud de sus facciones y el ojo abierto y fijo, parecen indicar que se halla sumergido en una profunda meditacion. A eso de las cinco de la tarde los estirones espasmódicos del estómago le arrancan profundos suspiros á los que suceden inmediatamente gritos lamentosos. Los criados y amigos que le rodean, se acercan e interrogan ansiosamente con sus miradas los movimientos de la cara: todas las respiraciones parece que están suspensas: a las seis menos diez minutos, cuando el sol desaparece del horizonte, y que el cañon de Deadwood, agitando los ecos de los vecinos valles de la llanura, señalaba la hora de la retreta á los soldados ingleses de los dos campamentos, una postrera convulsion provoca un ruidoso sollozo; los ojos se mueven y tuercen hácia debajo de los párpados superiores y los

(1) *Documentos manuscritos acerca de Santa Elena*, Biblioteca nacional.
(2) Tambien querian marchar los criados Gentilini y Chandelier.
(3) Las palabras *hijo mio* eran en boca del emperador un nombre de amistad que daba al general Gourgaud, y á MM. de Montholon y Marchand. Estos dos le velaron solos en su última enfermedad, Mr. de Montholon se sentaba al lado de la cabecera de la cama del emperador á las nueve de la noche, Mr. Marchand le reemplazaba á las dos de la mañana. Napoleon en su testamento ha recompensado el afecto y obsequios de uno y otro, manifestando á Mr. de Montholon «su satisfaccion por los cuidados *filiales* que habia recibido de él durante seis años;» diciendo de Mr. Marchand, «los servicios que me ha prestado son los de un amigo,» y dándoles esta última prueba de íntima confianza: «instituyo por mis ejecutores testamentarios á los condes Bertrand, Montholon y Marchand.»
(4) No, yo no debo pensar mas en volver á Paris.

(1) El presbítero Buonavita acababa de marchar.

labios se cubren de una lijera espuma; un grito general se escapa del pecho de los circunstantes y las mujeres se arrodillan; ¡Napoleon habia espirado!

Preséntanse muy pronto varios médicos ingleses y examinan el cadáver: uno de ellos, el doctor Henry del regimiento 66.° ha hecho la descripcion siguiente: «La cara tenia una espresion marcada de quietud (*placid*), é indicaba una benignidad de carácter, y aun tambien una sensibilidad que no coincidia con la vida entera y carácter moral del difunto; las facciones eran regulares, y han debido ser de grande hermosura. La cabeza ofrecia dimensiones muy grandes, y debia haber sido siempre desproporcionada con el cuerpo, hasta en la juventud. La frente era ancha y llena, y los órganos de la combatividad é iniciativa estaban muy desarrollados en el cráneo. El cutis, escesivamente blanco y delicado, no tenia pelo, y todo el cuerpo era afeminado, largo y delgado (*slender*). Los músculos del pecho sobresalian muy poco, las espaldas estrechas y las caderas anchas.»

La autopsia confirmó la opinion del doctor Arnott; la causa de su muerte no era un cirro en el píloro, como lo suponia Napoleon, sino una úlcera cancerosa que cubria una parte de la superficie interna del estómago, á lo largo de su pequeña corvadura, y que habia agujereado este órgano. La catástrofe hubiese sido mas pronta si el hígado, tambien enfermo, inflamado y considerablemente voluminoso, no se hubiera hallado adherido al tejido ulcerado, y cerrado de este modo, durante algun tiempo, la abertura que debia fatalmente ocasionar la desgracia.

Hudson-Lowe acudió á toda prisa seguido de un numeroso estado mayor, y mientras que este representante del gobierno inglés giraba convulsivamente al rededor de la casa mortuoria y echaba á los ecos de Longwood este grito que, atravesando muy pronto los mares, iba á conmover el mundo, ¡*is dead*! ¡*is dead*! (¡ha muerto! ¡ha muerto!), los habitantes de la pequeña villa situada al pié del peñasco miraban con asombro á los empleados y soldados que se llevaban de los almacenes de la compañía de Indias una considerable cantidad de paño negro. La multitud hacia mil conjeturas acerca de estas compras, y se entregaba á las mas estrañas suposiciones, cuando un operario chino que habia bajado de Longwood, anunció á los grupos, que acababa de morir el general francés que hacia seis años se hallaba retenido en las altas mesetas de la isla. Este general era desconocido de la mayoría de los circunstantes; algunos decian que apenas lo habian visto, y un gran número ignoraban hasta su nombre; lo único que sabian era que conducido á la isla por un buque de guerra, habia sido internado despues de haber permanecido una sola noche en la villa; que desde esta época nadie, escepto el gobernador, sus oficiales y algunos raros viajeros, podia subir hasta la meseta donde le tenian prisionero, y que habiendo sido durante mucho tiempo un adversario formidable y temido de la Inglaterra, su retencion y guarda ocupaban, por sí solos, los dos regimientos acampados en las alturas. Advertidos de que sus restos mortales serian espuestos públicamente, todos quisieron ver la fisonomía de ese estraño cautivo, y visitar en fin los sitios en donde hacia tantos años que no habia podido penetrar su curiosidad. El 7, los habitantes, hombres, mujeres y niños, fuéron todos á Longwood (1), y encontraron el difunto estendido encima de un catre adornado con cortinas blancas: Napoleon estaba vestido con el uniforme de los cazadores de caballería de la guardia imperial; la capa de paño azul que llevaba puesta en Marengo, cubria los piés, y tenia puesto encima del pecho un pequeño crucifijo. Detrás de la cabecera habian formado un altar en el que recitaba la oracion de los muertos el capellan Vignali, revestido de sobrepelliz y estola; cerca de la cama y á la izquierda, estaban en pié y revestidas de luto, todas las personas de la servidumbre tanto oficiales como criados.

Por dos veces despues de Waterloo, es decir, en el tratado del 2 de agosto de 1815, y en el protocolo del 21 de noviembre de 1818, habian significado á Napoleon en vida, que se hallaba fuera de la proteccion de la ley de todas las naciones, y despues de muerto, la proscripcion se estendió hasta su cadáver: Hudson-Lowe no permitió que se le embalsamara, diciendo que su gobierno se lo habia prohibido formalmente. Solicitáronle para que á lo menos consintiera la traslacion á Europa del corazon del cautivo, conforme este mismo lo habia pedido; pero Hudson-Lowe lo rehusó del mismo modo, concediendo únicamente la autorizacion para sacar el molde de las facciones del difunto El corazon y el estómago, que pensaban traer á Europa, habian sido separados del cuerpo y colocados en dos vasos llenos de espíritu de vino: tuvieron que unirlos al cadáver y encerrarlos en el mismo ataud. ¿Era el miedo ó la venganza los que dictaban estas órdenes á los ministros de Inglaterra? ¿O bien perseguido por el recuerdo de las alarmas que habia causado á su pais tenia miedo hasta á sus huesos? Y cuando rehusaban á sus restos mortales los imperfectos medios de conservacion de que la familia mas humilde, en todos tiempos y pueblos, ha usado siempre libremente, ¿querian todavía alcanzarle ó castigarle hasta en su tumba? Desde luego, ¿con qué objeto se esforzaban para que desapareciera toda traza material de la víctima? Destruyendo la prueba de un crímen, no se borra la vergüenza de haberle cometido: la cautividad de Santa Elena será para la Inglaterra una mancha que no puede lavarse, y habia impreso en la memoria de Napoleon el carácter casi religioso que se adhiere en la memoria de los pueblos á los grandes infortunios, y á las vidas heroicas consagradas por el martirio. Digamos con este motivo que en el interés de este sentimiento piadoso, tal vez hubiese sido mejor dejar al emperador en la tumba que le habian abierto los soberanos coligados; su nombre no es de aquellos que necesitan un cenotafio cobijado por la estrecha bóveda de un templo para que las generaciones conserven su memoria, y sus cenizas no son de aquellas que deben mezclarse con otras cenizas. Aparecido á la escena del mundo entre dos siglos y á la época en que se operaba la transaccion del antiguo órden político al nuevo; llegado á una fama incomparable en nuestros tiempos modernos, y que concentra en sí misma la gloria de quince años de una lucha de gigantes; desaparecido al mismo tiempo que el vasto imperio que habia fundado, Napoleon ha pasado como un astro solitario entre los reyes. ¡Puede darse desde luego un mausoleo mas magnífico para un hombre semejante que el peñasco volcánico en que fué confinado y en el cual murió! ¡monumento gigantesco consagrado por su cautividad y muerte; que su nombre solo llena y ocupa, y que se eleva sombrío y solitario en medio de los mares desiertos á donde van á confundirse los límites de tres mundos (1)!

(1) La distancia de James-town á Longwood, que hacen mas larga las sinuosidades del camino, es de legua y media; un peon necesita dos horas para subir, á causa de la aspereza de la cuesta.

(1) Vestido con el uniforme de cazadores de caballería de la guardia imperial, el cuerpo de Napoleon fue depositado en un ataud de hoja de lata, forrado interiormente de raso blanco, y estendido sobre un colchon y almohada de la misma tela de raso Además del vaso y caja de plata que sostenian el corazon y los pulmones, pusieron tambien dentro del ataud el sombrero que se ha hecho histórico, un plato y un cubierto con las armas del emperador, y dos piezas de plata y doce de oro de Francia e Italia acuñadas con la efigie de Napoleon Esta primera caja de metal fué situada en seguida dentro de un feretro de plomo que se hallaba cubierto por otros dos ataudes de caoba. Cuando el cuerpo del emperador fué exhumado diez y nueve años despues (15 de octubre de 1840 para trasportarlo á Francia, tuvieron que descubrir sus restos á fin de comprobar su identidad, los que se hallaron en mejor estado de conservacion de lo que podia suponerse las facciones no estaban alteradas y habian conservado su forma y carácter; la parte inferior de la nariz era la sola que habia padecido un poco; las manos se encontraban intactas y parecia que eran las de un ser viviente. Los vestidos que tenia puestos el cadáver no permitian la inspeccion de las otras partes del cuerpo; tocáronle los brazos, y notaron que estaban delgadísimos y muy duros; el vientre presentaba tambien una fuerte depresion

Como el cuerpo no habia sido embalsamado, le dejeron solamente espuesto al contacto del aire *dos minutos* y volvieron á taparle inmediatamente: así es que su aislamiento completo de todo agente esterior esplica su estado de conservacion El aire, el calor y la humedad son necesarios para la descomposicion de los cuerpos orgánicos ninguno de estos elementos de disolucion habia tenido tiempo de penetrar todavia hasta los restos del emperador, atravesando cuatro cajas cerradas ó soldadas herméticamente y cubiertas por una espesa pared maestra de cal y canto pero estos agentes de destruccion no hubiesen probablemente tardado en introducirse, porque la primera caja de caoba ya se hallaba deteriorada interiormente, y el ataud de hoja de lata que contenia el cuerpo del emperador empezaba tambien á oxidarse. Los restos de Napoleon se hallan hoy dia encerrados en seis cajas colocadas las unas dentro de las otras del modo siguiente: un ataud de hoja de lata que contiene el cuerpo, otro de caoba, y uno de plomo (estas tres son las de Santa Helena); un segundo féretro de plomo separado del precedente con serrin y cuñas de madera una caja de ébano, y por último otra de encina que sirve de cubierta á todas las demás.

La comision encargada de la traslacion del cuerpo visitó a Longwood Es probable que muy pronto no quedarán trazas de esta antigua residencia de Napoleon que ya se desmoronaba en aquella época; las paredes estaban heridas ó acribilladas de agujeros, y faltaban los vidrios de las ventanas. Hallabase trasformada en un arrendamiento; la pequeña sala donde murió Napoleon servia de caja para un molino de mano, la antigua alcoba donde dormia, y su gabinete de estudio, se habian vuelto una cuadra guarnecida de pesebres para el forrajo cubiertos de basura. Los comisionados quisieron recorrer la colina; pero una niebla espesa que degeneró en lluvia terrible les obligó á retirarse «¡Horroroso collado! dijo uno de ellos, espuesto á todos los vientos, sin mas vejetacion que las yerbas: en donde se mezclan sin transicion un calor que abrasa y las brumas glaciales, donde la muerte debia llegar lenta, y que hubiese destruido

Los contratiempos é infortunios del cautivo de Santa Elena habrán sido tan provechosos para su memoria como sus victorias y esplendor. Si Napoleon hubiese bajado á la tumba antes de 1814, el brillo de sus triunfos no hubiera bastado para disipar la sombra que el despotismo de su gobierno arrojaba sobre su gloria, pero ha reinado dos veces : fue soberano constitucional en 1815, y aun cuando su administracion de los cien dias, tan liberal y moderada, no borrase la opresion y violencias del primer gobierno imperial, el vituperio cesaria en presencia de Waterloo, y de la dura espiacion que motivó este encuentro supremo. Desde luego la historia podrá difícilmente mostrarse tan severa con el emperador como lo ha sido él mismo ; ya hemos visto en qué términos confesaba sus propias faltas ; omitiremos, pues, el recordarlas y nos limitaremos á observar que si en la historia del mundo se encuentran pocos hombres que hayan reunido á un mismo grado el conjunto de facultades superiores, no obstante Napoleon fue mas bien un poderoso organizador que un distinguido hombre de estado, y su talento político era inferior al genio guerrero. Sus errores políticos le precipitaron dos veces del trono, y le hicieron terminar la vida en una prision ; en cambio permaneció, como hombre de guerra, hasta el último dia el mas famoso de todos los capitanes. Queda suficientemente probado en este libro que no es el número, la inteligencia ni valor de los ejércitos europeos coligados los que produjeron sus derrotas de 1813, 1814 y 1815, sino el cansancio, desobediencia ó traicion de sus principales tenientes.

Por otra parte, no cabe duda que el genio heroico de Napoleon habrá echado un brillo inmenso y una gloria infinita sobre la Francia, en cambio de los bienes y sacrificios que ella le prodigó por mucho tiempo con tanta generosidad ; su resplandeciente nombre radiará dilatados años en la noche de los siglos despues que haya desaparecido el recuerdo de los soberanos que le precedieron ó han seguido : semejante genio de la inmortalidad hace el justo orgullo de una nacion, y aun se puede decir que su fortuna. Estando un dia á bordo del navío, el Oriente, cuando Napoleon iba á buscar en la antigua tierra de Egipto la consagracion de su naciente fama, preguntó á Kleber cuál era el general de los tiempos modernos cuya gloria parecia mas digna de envidia : «Washington,» respondió Kléber. Un sentimiento iluminado de los intereses de la Francia y un generoso amor de su pais habian dictado la respuesta de Kleber, cuyo natural elevado y organizacion llena de jugo y vigor cayeron antes de tiempo víctimas del hierro de un fanático sin haber podido desplegar la plenitud de sus fuerzas Efectivamente, cuando se retiró Washington, dejó su pais mas próspero y poderoso que lo habia hallado al tomar el poder. Napoleon, que habia recibido de la república un imperio engrandecido hasta el Rhin y los Alpes, dejó al contrario la Francia despues de su caida desmembrada de todas las conquistas de la revolucion y cerrada dentro de límites mas estrechos que los del tiempo de Luis XIV. Hay mas todavía : al propio tiempo que la Francia se hallaba debilitada, todas las demás potencias de Europa se habian fortificado y estendido considerablemente (1). Cierto es que Washington fué inspirado y sostenido por los hombres y asambleas que dieron la libertad á su patria ; y no cabe duda que las asambleas verdaderamente grandes tienen tambien su genio mas poderoso y profundo que el del jefe de nacion dotado mas noblemente ¿ Qué soberano en Francia ni en el mundo hubiese podido jamás cumplir en el trascurso del reinado mas estenso la obra que realizaron en seis años la constituyente y la convencion, cuyo inmenso y sólido trabajo ha resistido casi en todas sus partes á los sacudimientos producidos por el pasaje de tres dinastías y tres revoluciones ? Las creaciones de los reyes mas grandes mueren frecuentemente con ellos mismos, y las grandes asambleas fundan para los generaciones. La constituyente y la convencion habian fundado la unidad política, administrativa y judicial de la Francia, su organizacion militar y civil, y los grandes establecimientos científicos, literarios ó artísticos que hacen su vida intelectual; en una palabra, todas las grandes instituciones que dejó el imperio, y que constituian á la época de su caida el poder y fuerza de la nueva Francia. Esto no quiere decir que Napoleon no haya representado su papel político providencial en la marcha general de los acontecimientos. Impidiendo á su regreso de Egipto el efecto de todos los planes preparados para una restauracion borbónica entonces inminente, y retardando á fuerza de victorias esta restauracion hasta 1814, el jefe del imperio dió á las instituciones fundadas por los poderes revolucionarios que le habian precedido, el elemento indispensable de solidez para toda obra humana, es decir, el tiempo ; permitiendo que adquirieran para resistir á los esfuerzos contrarevolucionarios de los antiguos príncipes y partidarios del antiguo órden político, las fuerzas que faltaban á estas instituciones el 18 brumario, ó sea, la duracion. La tarea y parte de Napoleon en los destinos del pais fué salvar la revolucion y consolidar sus resultados materiales y morales mas esenciales, cuyo cumplimiento justifican sus guerras y conquistas, esplica el amor que le profesaba su pueblo, y es bastante para asegurar á su memoria el eterno reconocimiento de la nacion (1).

Rara vez desaparece prematuramente un hombre famoso de la escena del mundo sin que se acuse al veneno de haber abreviado su vida, y este rumor se ha esparcido al rededor de la tumba de Napoleon. Su justificacion se halla en la moralidad del gobierno inglés, gobierno egoista y mercantil, para quien la vida de sus adversarios no entra en balanza con sus intereses, y cuya conducta en todas las épocas de su historia, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, hace mucho tiempo que ha revelado á los hombres su desprecio glacial por los derechos de la humanidad (2). Sin embargo, previendo sus agentes y ministros esta acusacion, anunciaban algunos años antes que Napoleon moriria prematuramente de una enfermedad hereditaria (3). El emperador no falleció ni de mal hereditario, ni de envenenamiento, y no hay ningun veneno que pueda producir una afeccion cancerosa ; en segundo lugar el píloro, que era la parte enferma de su padre, se encontraba perfectamente sana en Napoleon. ¿ La enfermedad que le condujo á la tumba tenia el gérmen en su constitucion ? ¿El emperador se hallaba predipuesto á ella ? Debe creerse ; pero Napoleon se alababa todavía en 1818 de su estómago de hierro, y al levantarse de la mesa podia dictar por espacio de algunas horas sin resentirse de la mas pequeña fatiga ; así es que se puede asegurar que sometido á otras condiciones de existencia, y viviendo bajo distintas influencias físicas y morales, tal vez no se hubiera desarrollado el principio canceroso que existia en él, ó á lo menos que hubiera retardado su invasion durante muchos años. Las causas que condujeron prematuramente al emperador á la tumba fueron el pesar, las privaciones y una detencion de seis años en un peñasco insalubre, bajo un clima fatal hasta para las complexiones mas enérgicas.

---

mucho mas pronto una organizacion de menos fuerza que la del real prisionero.

Los antiguos compañeros del emperador encontraron el resto de la isla completamente trasformado; las sendas habian sido reemplazadas por todas partes por carreteras; una vejetacion potente era el resultado de las numerosas plantaciones de sir Hudson-Lowe, y los arbustos y céspedes espesos cubrian todos los valles, y todas las antiguas superficies áridas á donde el gobernador habia podido hacer llevar tierra y sembrar, retenidas por los arboles, yerbas y tierra trasportada, las lluvias daban nacimiento á un gran número de manantiales.

(1) Con motivo de las dos invasiones, la Prusia se puede decir que duplicó su territorio y poblacion ; la Rusia se halló engrandecida con la Finlandia, Besarabia, Georgia y Polonia, y la Inglaterra ganó ricas y numerosas colonias.

(1) La pregunta del emperador a Kleber, y la respuesta de este ultimo se hallan consignadas en las notas manuscritas que Kleber destinaba sin duda para elementos de un trabajo acerca de la conquista y gobierno de Egipto. Trazadas en una especie de *borrador* con mano rapida y algunas veces escritas con lápiz, estas notas nos han mostrado á Kléber bajo un aspecto nuevo ; conociamos únicamente el lado heroico de este general ; la victoria de Heliópolis le clasificaba entre los grandes capitanes, en su demasiado corto gobierno de Egipto habia desplegado todos los talentos de un gran administrador y hombre de estado, pero no habiamos tenido todavía la ocasion de apreciar sus sentimientos elevados y alta inteligencia. Si Kléber hubiese vivido bastante para ser uno de los actores del período consular é imperial, ciertamente que hubiera ocupado si no el primero á lo ménos el segundo puesto. En nuestras últimas luchas con la Europa hizo falta á la Francia y al jefe del imperio, y su peso hubiese podido inclinar la balanza ; el emperador decia en Santa Elena : «Kleber se hallaba dotado de un talento elevado; vestido de uniforme era el dios Marte; valor y concepcion, todo lo poseia ; su muerte fué una perdida irreparable para la Francia.»

(2) En 1305 William Wallace, el héroe de Escocia, que la traicion habia hecho prisionero de Eduardo I, y que habia batido á todos los generales de este, fué conducido á la torre de Londres y decapitado. Un siglo despues, en 1423, el hijo de Jaime I, llamado Roberto III, que la tripulacion de un buque britanico habia cogido en plena paz, á la edad de once años, obtuvo solamente su libertad del protector Bedfort al cabo de *diez y ocho* años, mediante un rescate enorme para aquella época, de 40 000 lib. est. (un millon de francos). Maria Stuart, que se refugió voluntariamente en Inglaterra el año de 1587, fué encarcelada inmediatamente, y le cortaron la cabeza despues de haber sufrido una detencion de *veinte años* en el castillo de Fortheringay.—Nadie ignora las hambres facticias organizadas larga y oficialmente, las traiciones, envenenamientos y asesinatos con cuyo ausilio se ha estendido y consolidado sucesivamente la dominacion inglesa en el Indostan.

(3) En una contestacion dirigida por el general Gourgaud á sir Walter Scott en 1827, relata que durante su permanencia en James-town, en el mes de febrero de 1818, atribuian, en presencia de Hudson-Lowe, los padecimientos de que se quejaba el emperador á los principios de una enfermedad que habia sido *fatal á su padre*.

Muerto Napoleon, los ingleses reconocieron al fin el crimen cuyo deshonor acababa de imponerles su gobierno, y un año despues saludaban con sus aplausos la desmembracion del ministerio á quien debian esta pesada responsabilidad. Turbado el espíritu de lord Castlerragh por las dificultades de la política sin salida en que habia engolfado á su pais, y espantada su imaginacion por los odios que se habian granjeado sus actos administrativos y persona, acababa de hacerse justicia cortándose el gaznate; al cabo de poco tiempo la demencia se apoderó de lord Liverpool, que era el jefe nominal del gabinete, y atacado Hudson-Lowe por una multitud de publicaciones, sostenido débilmente por el gobierno, y abandonado hasta de sus mismos subordinados de Santa Elena que escitaban con mas ardor sus inquietudes y rigores, se vió relegado en la administracion de las posesiones coloniales mas lejanas. En vano ensayaba evitar el sentimiento de reprobacion que le perseguia como al instrumento activo del homicidio de Longwood; en el interés del honor nacional, sus compatricios le hicieron soportar toda la carga, y murió completamente abandonado en una posicion casi mezquina. Cuéntase que un dia que entró en un teatro y fué reconocido por los espectadores, estos abandonaron inmediatamente sus puestos y le dejaron solo dentro de la sala; pero nosotros le trataremos con mas equidad que sus contemporáneos, y reconoceremos que en varias circunstancias respectivas á las medidas que le prescribian las instrucciones que habia recibido, se manifestó un guardian menos rígido y perseguidor de lo que exigian las órdenes de su gobierno y los protocolos de la Santa Alianza. Contestando á una amiga del emperador, lady Holland, que le enviaba algunos libros para el prisionero, le decia: «No ignoro que el cumplimiento de mis odiosísimos deberes (*my very invidious duties*) me espone á un mismo tiempo á la crítica de los mas crueles enemigos, y de los mas grandes admiradores del personaje que se halla bajo mi custodia; pero esto no me desanima.» No obstante, quedará fatalmente adherido al crímen de Santa Elena; mas no fué el único culpable, y en presencia de la historia vengadora, los nombres de los lores Castlereag y Bathurst deben ser inseparables del suyo. Desdeñando Napoleon nombrar en su testamento á los dos ministros ingleses y su agente, ha colocado justamente la responsabilidad de su cautividad y sufrimientos en un punto todavía mas elevado, dejando estas palabras á la posteridad: «Lego el oprobio de mi muerte á la casa reinante de Inglaterra.»

Dos dias despues de la muerte del emperador, Hudson-Lowe participaba este acontecimiento al baron Maréchal que residia en Rio Janeiro y le escribia en estos términos: «Hé aquí un gran punto de rehacimiento y union perdido para todos los que tenian puestas sus miras en los cambios, y quizás un motivo tambien para nuevos cismas, desórdenes y escesos que no se pueden limitar de un modo general. Son justas las reflexiones que haceis en la carta amistosa que me habeis escrito acerca de la actividad superior de los malévolos con respecto á la de sus contrarios. ¿Este acontecimiento dará un impulso mas rápido á sus designios? ¿dará mayor fuerza á los soberanos aliados y á los amigos del órden para domar la predisposicion á los tumultos y anarquía? Estos son problemas que se han de resolver todavía.»

La muerte de Napoleon no podia producir ningun resultado de los que inquietaban á Hudson-Lowe. Napoleon y sus conquistas ya no eran en 1821 mas que un recuerdo tanto para los soberanos como para los pueblos estranjeros; fatigados estos de guerras é invasiones deseaban la tranquilidad, y sentados firmemente en su poder, los primeros habian cesado de considerar como un peligro la existencia de Longwood á quien se acostumbraban á olvidar. Por otra parte, las poblaciones estranjeras no habian puesto jamás sus esperanzas en el emperador; muy al contrario, para ellas Napoleon permanecia siempre el opresor de sus nacionalidades, el devastador de sus ciudades y provincias, y por un inconcebible abuso de palabras interpretadas estrañamente en un sentido inverso, sus enemigos tenian la audacia de presentarle como á un jefe de rebelion europea dispuesto á poner su talento al servicio de todas las insurrecciones. Habíanse sublevado España, Nápoles y el Piamonte; ¿qué partido le habia llamado? ¿qué voz habia invocado su nombre? En Francia mismo las situaciones é intereses se hallaban escesivamente cambiadas desde 1815, para que la muerte de Napoleon pudiera modificar en algo la posicion de los partidos; la noticia retumbó sin duda dolorosamente en todas las clases, pero la emocion no pudo atravesar el recinto del hogar doméstico. La censura impuso silencio á los periódicos; algunos funerales celebrados sin pompa ni ruido; algunos retratos, grabados y vistas de Santa Elena espuestas en las librerías y tiendas de mercaderes de estampas fueron los únicos testimonios públicos de recuerdo y simpatía que toleró la policía en favor de esa gran memoria. La cámara de diputados, es decir, la voz del pais, hubiese permanecido completamente muda, si en medio de un discurso pronunciado por Mr. Duplessis de Grénédan en la sesion del 6 de julio acerca de la censura, no hubiera este dejado escapar la palabra usurpador. «¡Ha muerto! gritó con fuerza un miembro del lado izquierdo.—Hay personas que pudieran gritar: ¡el emperador ha muerto, viva el emperador!» replicó Mr. Duplessis de Grénédan; mas debemos decir en honor de todos los partidos, que una viva desaprobacion que se manifestó en todos los bancos acogió la observacion del diputado breton, y que bajo la influencia de un sentimiento unánime la asamblea abandonó inmediatamente la sala, obligando al orador á que remitiera la continuacion de su discurso para el dia siguiente.

Podia creerse que la muerte de Napoleon á lo menos redundaria en provecho de los Borbones desanimando los esfuerzos de sus adversarios; pero la contienda ya no se debatia en 1821 entre los imperialistas y realistas, ni bonapartistas y partidarios de los Borbones; eran la revolucion y contrarevolucion las que se hallaban entonces en lucha. Desde luego, lo mismo que en los cien dias, el nombre del emperador ejercia sobre todo una poderosísima influencia en el pueblo de los campos y en los antiguos soldados que le habian llevado triunfalmente desde el golfo Juan hasta París, los que personificando en él el genio de las batallas, la gloria y grandeza de la patria, hacian de su imágen el culto secreto del hogar; adoradores entusiastas y convencidos á quienes la noticia de la catástrofe halló completamente incrédulos. «¡No, no, decian, un hombre semejante no muere de ese modo, y el dia mas impensado para sus enemigos volverá á comparecer!» Napoleon tenia su verdadero partido en el seno de esas masas rurales tan crédulas y decididas. La clase del pueblo á la que el carbonarismo pedia principalmente sus iniciados, no tan solo era la clase cuyo liberalismo incapaz y ciega hostilidad contra el antiguo jefe del gobierno imperial habia sido tan fatal al esfuerzo de los cien dias; sino que se hallaban entre los miembros mas elevados é influyentes de la asociacion los mismos diputados de quienes hemos referido la poderosa accion que habian ejercido en las decisiones de la cámara de los representantes despues de la batalla de Waterloo. Para los carbonarios de esta categoría, la muerte de Napoleon no podia, pues, ni cambiar el carácter ni debilitar la energía de la resistencia al gobierno de los Borbones; al contrario, el acontecimiento era mas bien favorable que perjudicial; simplificaba la situacion; la libertad perdia un enemigo temible, la lucha un estado, y la Francia liberal no tenia enfrente de sí mas que á los príncipes y partido que las victorias del estranjero habian impuesto á la patria. En cuanto á los miembros de la sociedad que en sus esfuerzos contra el gobierno real no separaban el imperio del emperador, su causa sufria una pérdida inmensa, pero esta causa no quedaba sin bandera: muerto Napoleon, la Francia se hallaba repuesta al dia siguiente de la segunda abdicacion; su soberano era Napoleon II. Por lo demás, estas disidencias no se manifestaban abiertamente; unidos con el objeto comun de derribar á los Borbones, todos los conjurados remitian con una especie de acuerdo tácito la cuestion del gobierno futuro, segun lo hemos manifestado, á la decision de una nueva asamblea constituyente elegida bajo las condiciones prescritas por la constitucion de 1791.

Los puntos del territorio en donde reunidos bajo una direccion comun, pero conservando su organizacion distinta, los carbonarios y caballeros de la libertad se esforzaban para establecer centros de insurreccion, eran: en el mediodía, Marsella; en el este, Béfort, y en el oeste, Saumur. La guarnicion de cada una de estas ciudades formaba la base de cada conspiracion. El proyecto de insurreccion se apoyaba en Marsella en el 5.° de línea, en cuya poblacion tenia el comité director por representante especial á Mr. Arnoldo Scheffer, en Béfort en el 29.° que tenia repartidos sus tres batallones entre esta ciudad y las plazas de Newbrisack y Huninga; finalmente en Saumur casi en la totalidad de oficiales y sargentos que componian la escuela de caballería establecida en esta ciudad.

La organizacion de los caballeros de la libertad habia precedido á la de los carbonarios; así es que los elementos de conjuracion preparados y reunidos por el comité central de Saumur, fueron los primeros que se hallaron prontos para una sublevacion; el movimiento destinado para abrazar en el oeste toda la ribera inferior del Loira, podia estallar desde el mes de noviembre; pero á esta época los carbonarios completaban en el este la organizacion de una insurreccion no menos estensa, cuyo centro y quicio era Béfort, la que ramificándose con las ciudades de Mulhouse, Newbrisack, Colmar, Estrasburgo y Metz conservaba la esperanza de hacer sublevar la Alsacia, los Vosges y toda la Lo-

rena. Con la idea de dividir las fuerzas y atencion del gobierno por medio de una esplosion simultánea en las dos estremidades opuestas del reino, el comité director se decidió á retardar la señal de la sublevacion del oeste hasta el momento en que los conjurados del este se hallasen en estado de hacer su movimiento, y los últimos dias del mes de diciembre fué la época designada para esta doble esplosion.

Mientras que los adversarios de los Borbones se entregaban á este trabajo insurreccional, y que engañados por su ardor, confiados en la santidad de su causa y en su decision, se creian ciertos de substituir en pocas semanas nuevos poderes á los que existian, el gobierno proseguia su marcha regular, ordenaba la renovacion del quinto de la cámara cuyos poderes habian espirado, y se preparaba para abrir la legislatura.

Fijadas al 1.° de octubre en los colegios de distrito y al 10 para los colegios de departamento, las elecciones no fueron favorables al gabinete, y hubo uno de sus miembros, Mr. Simeon, ministro del interior, que no fué reelegido. Es cierto que por un resultado de su incurable debilidad por el partido que les dominaba, los ministros habian dado la presidencia del mayor número de colegios á los realistas ardientes y decididos, cuyo nombramiento debia aumentar inevitablemente las fuerzas del lado derecho. Segun costumbre, el presidente de cada colegio era el candidato que presentaba el gobierno á los sufragios de los electores; estos obedecieron á la indicacion oficial, y de ochenta y ocho diputados elegidos, sesenta fueron á sentarse en los bancos de la derecha; el sexto se dividió casi por partes iguales entre el centro é izquierda, sufriendo ambos pérdidas de bastante consideracion.

A pesar de este resultado, los ministros abrieron la legislatura el 5 de noviembre, dia indicado por el decreto de convocacion de los colegios electorales. La sala del palacio Borbon no fué el lugar de la ceremonia; los achaques cada vez mas graves de Luis XVIII obligaron á las dos cámaras á reunirse, como el año precedente, en el Louvre en la sala de los guardias de Enrique IV., á donde el rey podia trasladarse sin abandonar su sillon que hacian rodar varios criados. El discurso que pronunció era todavía mas insignificante de lo que acostumbran serlo esta especie de arengas; parecia que el ministerio se habia empeñado en no dejar pronunciar al rey ni una palabra, que por su naturaleza pudiese ofrecer á los diferentes partidos de la cámara el menor testo de discusion; mas la precaucion fué vana; el pasaje mas vago del discurso real puso precisamente en manos de la asamblea el arma que debia derribar al gabinete. Este pasaje relativo á nuestra situacion política esterior, de la cual formaba toda la narrativa, se hallaba concebido de este modo: «Nuestras relaciones con las potencias estranjeras no han cesado de ser amistosas, y tengo la firme confianza de que continuarán en serlo.»

Aguardábase con impaciencia esta sesion, pues eran conocidas la falsa posicion del ministerio y sus inquietudes. Circulaba por todas partes el rumor de su ruptura con los realistas, y de la retirada de los tres ministros sin cartera. ¿Merecia alguna fé esta última voz que no se apoyaba en ningun acto oficial? Todas las miradas habian interrogado con ansiedad el banco de los ministros; pero en vano habian buscado en ellos á MM. Lainé, de Villèle y Corbiere; todos tres habian vuelto á ocupar sus puestos en las filas mas espesas del lado derecho. Este solo hecho declaraba cierta la desunion, y la contestacion de la cámara al discurso de la corona debia dar á esta separacion una consagracion mucho mas ruidosa.

La comision encargada de preparar esta contestacion, compuesta de diez miembros, incluso Mr. Ravez, miembro de derecho, atendida su calidad de presidente de la asamblea, confió su redaccion á Mr. Delalot, acérrimo realista, y en el proyecto que sometió este diputado á la comision, respondia en estos términos al pasaje en donde el gabinete por conducto de Luis XVIII se felicitaba de sus relaciones amistosas con las potencias vecinas: «Señor, nos felicitamos de vuestras relaciones constantemente amistosas con las potencias estranjeras, y con la justa confianza de que una paz tan preciosa no es comprada por sacrificios incompatibles con el honor de la nacion y dignidad de la corona.»

Haciendo recaer sobre la política del gabinete una duda insultante, que en el caso de ser acogida por la cámara no dejaba á los ministros otra alternativa que la de disolver la asamblea ó retirarse, esta frase constituia todo el proyecto de contestacion al discurso; así es que en el seno de la comision ocupó ella sola los debates; todos sus términos fueron conservados por seis votos contra cuatro, y el resto del proyecto adoptado por la misma mayoría. La discusion en la asamblea fué secreta y tuvo lugar el 26 de noviembre. Desde luego Mr. Ravez hizo lectura del trabajo de los comisionados, mas apenas habia acabado de hablar cuando Mr. Pasquier reclamó la palabra y pidió la supresion del párrafo citado precedentemente, porque daba á las palabras del rey una estension inoportuna, y que podia tener consecuencias muy graves.» El rey, dijo, no puede comprometer la dignidad de su corona; toda insinuacion de esta naturaleza es irreverente, y la cámara no querrá dar semejante ejemplo. «Mr. Delalot respondió en nombre de la comision que si se admitia la doctrina del ministro, las contestaciones de la cámara á los discursos de la corona debian limitarse á una simple amplificacion destinada á disfrazar toda verdad al rey; que la asambea tenia otra mision; porque hablando en nombre del pais, su deber era el de usar con el monarca un lenguaje que le hiciera conocer acerca de los actos de su gobierno, no la opinion de los mismos ministros, sino la opinion de la Francia. Mr. de Labourdonnaie y el general Foy entraron ambos en el fondo del debate despues de haber apoyado con algunas palabras la opinion de Mr. Delalot acerca de la cuestion de forma.» Yo preguntaré ¿en que ha venido á parar la intervencion de la Francia desde que una alianza general ha establecido los principios del equilibrio europeo? dijo Mr. de Labourdonnaie. Tambien preguntaré ¿cuál es el papel que ha representado la Francia cuando los príncipes de la casa de Borbon han visto rebelarse sus pueblos contra ellos, y cuando se ha tratado de poner un freno á esas rebeliones? ¿Qué voz ha hecho oir la Francia en favor de los príncipes que se hallan tan unidos á ella por la política como por los vínculos de la sangre, cuando han sido invadidos paises vecinos que gimen hoy dia bajo la ocupacion estranjera? ¿No es ultrajar al rey cuando se pregunta á sus ministros por qué no figura su nombre en los actos y estipulaciones que interesan tan vivamente á sus pueblos é independencia de su corona?»—«Apelo á todas las opiniones, ¿nuestra diplomacia, con respecto á los asuntos de Nápoles, se ha mostrado con la dignidad que se debe al rey y á la Francia? ¿El jefe de los Borbones no tenia el derecho directo de intervenir principal é inmediatamente en las decisiones que han tomado los soberanos acerca de un príncipe de su casa? ¿La Francia puede permanecer indiferente á la supremacía ejercida por los soberanos del norte con motivo de lo que pasa al otro lado de los Alpes? No hace mucho que hemos leido todavía en los periódicos un decreto en virtud del cual las tropas estranjeras ocuparán los estados del rey de Cerdeña, de un príncipe que es nuestro mas próximo vecino, y cuyas provincias, por decirlo así, se encuentran mezcladas con nuestros departamentos. Yo veo en ese tratado la firma de Mr. Petitpierre, plenipotenciario del rey de Prusia, y el rey de Francia, el rey de treinta millones de hombres no figura para nada en lo que pasa á nuestra puerta; ni aun siquiera se pronuncia su nombre en un tratado de que hubiese sido tan glorioso para nosotros evitar los funestos resultados.»

Todos los oradores que hablaron despues de Mr. de Labourdonnaie y el general Foy fueron unánimes para reprochar al ministerio su actitud pasiva en Troppau y Laybach, como tambien su papel de espectador inerte en presencia de la caida de las dos revoluciones de Nápoles y el Piamonte; los unos, siguiendo el ejemplo de Mr. de Labourdonnaie, acusaban á los ministros de no haber intervenido enérgica y abiertamente en la represion de rebeliones que amenazaban la seguridad de todos los estados, y los derechos de todos los tronos; los otros, á imitacion del general Foy, reconvenian al ministerio por haber abandonado la causa de los intereses generales de la libertad en Europa, y entregado á las potencias absolutas del norte la independencia de los estados italianos. Por último la suspension del párrafo se puso á votacion; una fuerte mayoría lo sostuvo, y el conjunto del proyecto de contestacion al discurso de la corona votado en escrutinio secreto fué adoptado sin enmienda, ni la mas pequeña correccion, por ciento setenta y seis votos contra noventa y ocho.

Este resultado consternó al ministerio; la terrible mayoría que acababa de pronunciarse contra él se habia formado por la reunion de los votos de la derecha é izquierda; monstruosa coalicion que debe condenar la moral política, y que, segun el dicho de la mayor parte de los escritores, fué una falta para los liberales. En la votacion de la izquierda no hubo ni falta ni descrédito para la moral política. Cualesquiera que fuesen los ministros futuros, era muy difícil que pudieran mostrarse mas hostiles á la opinion liberal que los ministros actuales. ¿No era Mr. Pasquier, Mr. de Serre y sus colegas los que con la abrogacion de la ley electoral de 1817, habian entregado la asamblea á los hombres de la derecha, cuando con el ausilio de esta ley la izquierda iba á obtener la mayoría? Cortesanos serviles de este partido ultrarealista que ellos mismos habian combatido desde 1816 hasta 1820, ¿no acababan de sacrificarle la libertad de la prensa y la libertad individual? ¿y no hacia diez y ocho meses que intimidados por las amenazas del mismo partido, se les veia renegar cada mañana sus palabras y actos de la víspera; pedirle gracia por su pasado; bajar la cabeza en todas las discusiones bajo sus insultos é injurias; tolerar todas sus violencias; aceptar sin atrever-

se á combatirlos, todos los cambios que le acomodaba imponer á sus proyectos de ley; acoger todas sus delaciones; perseguir y castigar sin tregua á los escritores liberales, y diezmar para complacerles todas las clases de la administracion y del ejército? Los diputados liberales no cometieron pues una falta votando contra un gabinete á quien desde lo alto de la tribuna echaban en cara los nombres de detestable y miserable; hubiesen faltado á su partido, y mentido á su propia conciencia votando en un sentido opuesto. Además el ministerio no contaba con ellos, pues sabia que eran sus enemigos; los realistas solos engañaron sus esperanzas; el gabinete no podia admitir que, sin motivos serios, tuvieran la audacia de derribarle; pero la paciencia de los hombres políticos de la derecha habia llegado á su colmo, y se irritaban justamente de la estraña obstinacion de Mr. de Richelieu y sus colegas queriendo conservar una posicion que hacia un año habian entregado ellos mismos. Pol último en el sentido exacto de la palabra, no hubo coalicion; toda liga supone un acuerdo anterior, y no existió ningun convenio entre los dos lados de la cámara; adversarios uno y otro del gabinete, se hallaban resueltos por diferentes motivos á votar contra él, así es que sus bolas se juntaron en la urna.

Mr. Pasquier y sus colegas pensaban alcanzar de sus complacencias y sacrificios otro premio que el de una frase insultante y una caida, y decididos á conservar sus carteras hicieron esfuerzos para interesar á Luis XVIII en su contienda; la sospecha injuriosa, introducida en la contestacion al discurso, alcanzaba tanto á su persona, decian, como á ellos mismos. Escitábase con facilidad la principal virtud de este príncipe, es decir la nobleza de ánimo; y prometió á los ministros que vengaria la injuria de todos. Era costumbre presentar al rey la contestacion al discurso de la corona, el mismo dia de la votacion ó al siguiente, por el presidente de la cámara, acompañado de los vicepresidentes, secretarios y una numerosa diputacion elegida por suertes, y el ministro del interior indicaba por medio de un mensaje espreso la hora de la recepcion; pero el mensajero se hizo aguardar por espacio de tres dias. En fin, el 30 Mr. Simeon participó á la asamblea que Luis XVIII recibiria la contestacion al discurso á las ocho de la noche, debiéndole ser presentada por el presidente y dos secretarios nada mas. Llegado en presencia del rey, quien le recibió sentado en el trono, rodeado de sus ministros y con el semblante irritado, Mr. Ravez quiso, segun el uso, hacer lectura de la contestacion; mas Luis XVIII no lo permitió; se la pidió, la tomó, y sin echar una mirada sobre ella le dijo:

«Sé el contenido de la contestacion que me presentais.

»En el destierro y persecucion he sostenido mis derechos, el honor de mi raza y el nombre francés. En el trono y rodeado de mi pueblo, me indigna tan solo el pensar que yo pueda jamás sacrificar el honor de la nacion y la dignidad de mi corona.

»Me complazco en creer que la mayor parte de los que han votado esta contestacion no han pesado todas sus espresiones. Si hubiesen tenido el tiempo de apreciarlas, no hubieran aprobado una suposicion que no puedo caracterizar en cuanto á rey, y que como padre quisiera olvidar.»

Este estilo tenia una elevacion que se nota en Luis XVIII, en las raras circunstancias de su vida que tuvo que defender públicamente la dignidad de su título ó persona, y la impresion que produjo en la cámara y el público tuvo bastante fuerza para que los ministros concibieran la esperanza de obligar al lado derecho á transigir con ellos; mas para obtener semejante resultado era necesario que el rey conservase su actitud irritada, y consintiera en sostener resueltamente al gabinete contra sus adversarios. Estos arrebatos de grandeza de ánimo zaherida no eran en Luis XVIII mas que de una cortísima duracion. Dominado muchos años por las costumbres de calma y sosiego que la edad y enfermedad hacian todavía mas imperiosas, dió á entender á sus ministros que les habia prestado todo el ausilio que podia darles, diciéndoles que ellos debian hacer el resto. Mr. Pasquier y sus colegas no habian aguardado esta insinuacion para esforzarse en desunir y disolver la nueva mayoría haciendo ofertas á cada uno de los partidos que la componian: propusieron á los realistas un reparto serio de carteras y preguntaban á los diputados de la izquierda cuáles eran las garantías que pensaba exigir la opinion liberal. Los realistas desecharon todas las promesas; los liberales consentian en apoyar al ministerio; pero con dos condiciones, el cambio de la ley del doble voto, y despues la disolucion de la cámara. Con este motivo, tuvieron lugar algunas conferencias entre Mr. de Richelieu y el general Foy, perteneciendo á este ministro la iniciativa de ellas. Personalmente, el duque no se mostraba muy distante de discutir esta doble proposicion; pero al cabo de algunos dias anunció al general en una última entrevista, que sus colegas hallaban estas condiciones exorbitantes é inadmisibles, y que rehusaban toda transaccion cuyos términos no fuesen dictados por ellos: hallándose rota la negociacion, los dos medianeros se separaron con muestras de una mutua estimacion.

Los colegas de Mr. de Richelieu se obstinaban contra la fuerza que les arrojaba fuera del ministerio y confiaban efectivamente mantenerse en él con el ausilio de una mayoría formada con los restos del antiguo centro unidos á los miembros menos apasionados de la derecha. Con el fin de aplacar á estos y conciliarse su benevolencia, presentaron el 3 de diciembre dos proyectos de ley destinados á satisfacer uno de los odios mas perseverantes de la inmensa mayoría del partido realista, es decir su aversion á la prensa. El primer proyecto contenia disposiciones adicionales muy severas á las leyes que se hallaban en vigor acerca del procedimiento jurídico y represion de los delitos cometidos por via de los libros, folletos, carteles y periódicos; el segundo prorogaba la censura hasta el fin de la legislatura de 1826, es decir, durante cinco años; pero estas proposiciones en vez de ser provechosas á la resistencia obstinada del gabinete, ofrecieron nuevas armas contra él: «¡La censura durante cinco años!» esclamó el mismo dia el redactor de la contestacion al discurso de la corona, Mr. Delalot, aprovechándose de una insignificante mocion del órden que habia promovido con el objeto de ocupar la tribuna. «¡Hé aquí lo que os falta, ministros del rey, para ahogar toda opinion, verdad y conciencia! Teneis necesidad de tinieblas para cumplir vuestros designios; aborreceis, temeis y huis de la luz, pero la luz es inevitable, ella os rodea y persigue, y hará traicion á vuestros proyectos criminales; no escapareis á la verdad ni á la justicia: el rey y la nacion se hallan advertidos. ¡Respondereis con vuestras cabezas de todo lo que vais á emprender!» Esta apóstrofe declamatoria fué la señal de los ataques mas vehementes contra los ministros; perseguidos en cada sesion por las acusaciones mas apasionadas, en vano Mr. de Richelieu y sus colegas oponian á estas violencias el silencio y la humildad, y rara vez abandonaba un orador la tribuna sin haberles requerido para que se retiraran. Además, cada votacion era una derrota; habian pedido que los dos proyectos de ley acerca de los delitos de la prensa y la censura se sometieran á una sola comision, y la cámara nombró una comision diferente para cada uno de ellos. Mr. de Serre rogó á la asamblea para que á lo menos diese la prioridad á la discusion del proyecto penal, y la cámara decidió que el proyecto de ley acerca de la censura sería discutido el primero. Nombróse en seguida la comision encargada de hacer el exámen de este último proyecto, y todos los comisionados fueron escogidos entre los miembros que se habian pronunciado en las secciones con mas fuerza contra la proposicion ministerial.

Esta hostilidad decidida colocaba á Mr. de Richelieu en una posicion análoga á la que se habia encontrado en 1816 en presencia de la cámara inhallable; tenia que luchar contra las mismas pasiones y los mismos hombres; pero ninguno de sus colegas actuales no gozaba con Luis XVIII del crédito que habia tenido Mr. Decazes: al contrario, el ascendiente que hacia poco ejercia este último, habia pasado ahora entre las manos de una mujer cuyo nombre ya hemos pronunciado, que debia al partido religioso su posicion de favorita, y que era dirigida por los consejos del alumno del cura Legris-Duval y del padre Ronsin, Mr. Sosthènes de Larochefoucauld. Desde luego no es dado mas que á un pequeño número de hombres, el tomar dos veces en el curso de su carrera una grande y fuerte resolucion, y bajo el imperio de las mismas influencias Luis XVIII hubiese ciertamente rehusado el firmar en 1821 un segundo decreto del 5 de setiembre. De consiguiente el gabinete no podia admitir la idea de disolver la cámara; todos los otros medios de resistencia se hallaban agotados, y tuvo que ceder.

En vano algunos amigos de Mr. de Richelieu le habian invitado para que continuara la lucha: «Yo he vuelto al ministerio contra mi voluntad; son los que me han obligado á entrar otra vez en él los que deben sostenerme,» les respondia con sentimiento, aludiendo á las promesas que le habia hecho entonces el conde de Artois. En efecto, no habian olvidado que al dia siguiente de la muerte del duque de Berry, cuando Mr de Richelieu resistia á las instancias de Luis XVIII para que volviera á tomar la direccion del ministerio, se decidió á ello por los ruegos del heredero del trono, el que despues de haberle garantizado, bajo su palabra de gentilhombre, el concurso entero de los realistas y un apoyo personal sin reserva, le condujo él mismo al gabinete del rey. Veinte y dos meses despues, ó sea en la noche del 12 de diciembre, el conde de Artois introducia á su vez en el gabinete del rey su hermano á MM de Corbière y de Villèle. Esta presentacion era el anuncio oficial de la caida del gabinete. Derribado por el partido cuya derrota habia reparado abriéndole las puertas de la cámara, el ministerio perecia, segun lo habian predicho Manuel y los demás oradores de la izquierda, por la ley del doble voto, y caia bajo el desprecio ú odio de todos los partidos al

cabo de dos años de una administracion sin fuerza, sin inteligencia ni dignidad. Mr de Richelieu solamente conservaba al retirarse el respeto y estimacion de todos los hombres que no estaban obcecados por las pasiones del momento; por una justa escepcion, su nombre permanecia fuera de los ataques dirigidos contra el ministerio, del cual era el único hombre político, Mr. de Serre el solo orador, y Mr. de Portal ocupaba como ellos una posicion especial gozando con justicia del título de administrador hábil. La Francia debe á este ministro la reorganizacion de su marina Tan modesto como capaz, sus colegas hacian poco caso de sus servicios, y siempre pronto á sacrificarle habian ofrecido varias veces su cartera á las ambiciones que ellos querian ganar. Ya hemos dicho lo que era Mr. Pasquier, y no se ignoran las tristes complacencias por medio de las cuales se esforzaba Mr. de Latour-Maubourg en hacer olvidar á los adversarios de la revolucion sus servicios de soldado valiente en tiempo de la república y del imperio La reputacion de Mr. Roy, ministro de hacienda, descansaba únicamente en la habilidad que habia tenido para recoger durante la revolucion una considerable fortuna personal En cuanto á Mr. Simeon, antiguo consejero de estado imperial, tomaba su principal mérito de la fama del cuerpo donde Napoleon le habia colocado; rara vez un ministro ha consentido sufrir una posicion tan rebajada; el personal administrativo del reino y la direccion de la policía formaban sus principales atribuciones; sus colegas le habian despojado de ellas para remitirlas á Mr. Mounier. Era tanta su nulidad, que diputado por un departamento comprendido en la reeleccion del último quinto, no pudo hallar, siendo como era ministro del interior, ni un colegio que quisiera reelegirle (1).

En fin, al cabo de cinco años de lucha y vana espera, los hombres del partido religioso introducidos en las Tullerías por uno de sus jefes mas celosos, el heredero presuntivo de la corona, veian caer la débil barrera que les separaba todavía del poder, y entraban como dueños en el gabinete del anciano rey. El 15 de diciembre un decreto refrendado por el general marqués de Lauriston, ministro de la casa real, anunciaba al público los nombramientos siguientes:

Para el ministerio de negocios estranjeros, Mr. Mateo de Montmorency; del interior, Mr. Corbière; de hacienda, Mr. de Villèle; de justicia, Mr. de Peyronnet; de la guerra, el mariscal Victor, duque de Bellune, y de marina, Mr. de Clermont-Tonnerre.

Escepto el mariscal Victor, todos estos ministros pertenecian á la congregacion. Para completar la sociedad su toma de posesion del gobierno, confió á otros cuatro miembros de ella los empleos que habia entonces mas importantes despues de los despachos ministeriales: Mr. Franchet-Desperey, simple jefe de seccion de la administracion de correos, fué nombrado director de la policía general del reino; Mr. Melavau, consejero de la real audiencia de París, reemplazó á Mr. Anglès para la prefectura de policía; el duque de Doudeauville, que habia procurado á la sociedad sus tres directores espirituales, recibió la direccion general de correos, y el teniente general conde de Coutard fué promovido al mando de la primera division militar.

«En fin, Mr de Villèle triunfa, escribia Luis XVIII á uno de sus antiguos favoritos anunciándole esta revolucion ministerial; conozco muy poco á los hombres que entran en mi consejo con él, pero los creo bastante razonables para no seguir ciegamente todas las pasiones de la derecha; por lo demás, yo me anulo desde este instante.» Luis XVIII no habia sido nunca libre: sometido sucesivamente al ascendiente de algunos favoritos, en aquel momento sufria la doble dominacion de una favorita decidida por el partido realista, y de los miembros de su propia familia. Ya hacia diez y ocho meses que sus achaques y una debilidad que aumentaba cada dia no le permitian luchar mas contra estos: «Necesito tranquilidad y á lo menos tengo la paz en mi familia,» decia para escusar su nulidad. Su hermano habia fijado solo la lista de los ministros; los miembros del nuevo gabinete eran los ministros de este príncipe, y desde esta fecha el conde de Artois fué el verdadero rey.

Por una coincidencia que no es la mas pequeña singularidad de esta época, la asociacion realista secreta de la congregacion se apoderaba de la direccion política superior de la Francia, al propio tiempo que el comité encargado de dirigir las dos sociedades secretas liberales organizadas contra los Borbones, trasmitia desde París á los conjurados de los departamentos la señal de la insurreccion. Apenas se hallaban instalados los ministros, cuando recibieron una tras otra las noticias; primeramente la arrestacion de ocho sargentos de la escuela de caballería de Saumur, acusados de haber organizado una conspiracion que tenia por objeto sublevar la ciudad y apoderarse de su castillo; en segundo lugar la descubierta hecha por las autoridades de Béfort en la noche del 1.° al 2 de enero, de un motin militar que, segun vamos á referir, estas mismas autoridades habian sofocado al empezar su ejecucion.

(1) MM. Pasquier, Portal, Roy y Simeon fueron nombrados pares de Francia Mr. Lainé no quiso abandonar su asiento de diputado: además los dos prisioneros recibieron una pension anual de 12.000 fr.; las pensiones concedidas á MM. Simeon y Lainé fueron de 30.000 francos.

CAPÍTULO XIV.

Sumario.—Conjuraciones del este. Conjuracion de Béfort: su orígen; intervencion de los carbonarios; mision de MM. Joubert y Bazard en Alsacia. Plan de la conjuracion. Fíjase el dia de la ejecucion. Retardos: su causa; embarazo de los conjurados. Direccion superior de la carbonería: la alta venta; el comité director; discusiones; MM. d'Argenson y Jaime Kœchlin salen de París para el departamento del Alto Rhin. Mr. de Lafayette en la quinta de Lagrange; recibe en ella á MM. Chevallier y Ary Scheffer; su marcha para Béfort en compañía de su hijo; síguenle Mr. Ary Scheffer, el coronel Fabvier y Manuel. Béfort; la noche del 1.° de enero. Preparativos de los conjurados; órden de tomar las armas; principio de ejecucion; indiscrecion de un sargento; el motin aborta; dispersion de los principales conjurados. Arrestaciones. Instruccion del proceso. Los conjurados de Béfort en presencia de la sala del crímen de Colmar; sentencia.—Causa del coronel Caron: proyecto para libertar á los presos de Béfort; el coronel acepta el concurso de los sargentos de los dos regimientos de cazadores de caballería; entrevista en el bosque de Brisack. Rebelion simulada de los escuadrones; marcha de esta tropa de Colmar á Mulhouse. Arrestacion de Caron y del teniente Roger: acúsanles de soborno; incidente y discusion con este motivo en la cámara de los diputados; Caron y Roger delante del consejo de guerra de Estrasburgo; pónese á este último á la disposicion de otros jueces; condenacion á muerte de Caron; apela; su ejecucion.—Recompensas otorgadas á los sargentos de los dos escuadrones.—Roger delante de la sala del crímen del Mosela; su condenacion á muerte; conmutacion de la pena: su esposicion en la plaza pública de Metz. Acontecimiento Walter, Peugnet y Trolé.—Conjuraciones del mediodía: la carbonería en esta parte de Francia. Motin de Marsella; el capitan Vallé en Tolon; es arrestado y condenado á muerte; su ejecucion.—Acontecimiento de los cuatro sargentos de la Rochela. Llegada del 45.° á París; iniciacion del sargento primero Bories; establece una venta en el regimiento. El 45.° recibe la órden de marchar á la Rochela; reunion del rey Clodoveo. Salida del regimiento; su paso por Orleans; disputa con sargentos suizos; arrestacion de Bories; incidentes en Tours, Saint-Maure, Poitiers y Niort. Llegada del 45.° á la Rochela: Bories queda preso en la cárcel de la ciudad, despues trasferido á Nantes. Reunion de la venta del 45.° al Leon de Oro: arrestacion de Pommier y Goubin; Revelaciones del sargento primero Goupillon; arrestaciones de todos los miembros de la venta. Confesiones de Goubin y Pommier. Arrestaciones en París; confesiones del profesor Hénon. Proceso delante de la sala del crímen del Sena. Requisitoria de Mr. Marchangy. La defensa y los defensores. Resúmen del presidente; incidentes; sentencia y condenacion á muerte de Bories, Goubin y Pommier; proyectos y tentativas para salvarles; se les piden revelaciones; su ejecucion.

1822.—Poniendo la cámara de los pares en libertad á la mayor parte de los oficiales que habian comparecido delante de ella como cómplices de la conspiracion militar del 19 de agosto de 1820, no les habia devuelto su espada. Ilimitados, sin sueldo y consiguientemente obligados á utilizar en otras carreras su inteligencia y tiempo, un cierto número de ellos habian entrado en la administracion de los establecimientos metalúrgicos y de manufacturas que MM. Voger d'Argenson y Jacques Kœchlin, dos diputados iniciados en la insurreccion, poseian á las inmediaciones de Mulhouse y Béfort. Entre estos oficiales se hallaban el guardia de corps Lacombe, el teniente Desbordes, y los subtenientes Brue y Pégulu; el papel importante que acababan de desempeñar estos jóvenes habia adherido á su nombre una notoriedad política que les puso inmediatamente en relaciones con todos aquellos habitantes del vecindario que eran adversarios decididos del gobierno de los Borbones. Entre estos, el abogado Mr. Petit-Jean, hijo, y el oficial ilimitado Roussillon se hallaban en relaciones bastante íntimas con varios oficiales del 29.° de línea, cuyos tres batallones manifestaban una grande irritacion contra las tendencias y marcha del gobierno, y algunos de ellos deploraban sin vacilar el funesto resultado del motin que habia organizado Nantil. Informados de estas disposiciones por Petit-Jean y Roussillon, concibieron la posibilidad de intentar con las guarniciones de Alsacia el sublevamiento que no habia podido realizarse el año anterior con algunos regimientos de línea de la guarnicion de París.

Germinaba en su imaginacion este proyecto en el mismo instante en que á pocos pasos de su residencia Mr. Buchez acababa de organizar una parte de la clase media de Mulhouse en ventas de carbonarios, y se esforzaba, con el ausilio de Mr. Kœchlin, en estender la sociedad á todas las demás sociedades de Alsacia. Designados por sus antecedentes como favorables á esta propaganda, los antiguos cómplices de Nantil no tan solo acogieron alegremente este modo de conjuracion, sino que se hicieron sus mas acérrimos propagadores, y ayudados por Petit-Jean y Rousillon ganaron prontamente en favor de sus proyectos de insurreccion algunos subalternos y sargentos del 29.º de línea. Ya hemos dicho con qué rapidez invadió la sociedad todas las localidades mas importantes del Alto y Bajo Rhin; en menos de dos meses habia penetrado no solamente en la poblacion civil, sino que tambien en las filas de las guarniciones de las grandes plazas del este; así es que el foco de ella se hallaba establecido en Estrasburgo, en dos regimientos de artillería y el batallon de pontoneros; en Metz, en la escuela de aplicacion y un regimiento de ingenieros; y en Épinal en un regimiento de coraceros. Discutióse muy pronto el poner en obra todos estos elementos de insurreccion: pero en cambio de su decision todos los conjurados ponian una condicion; tanto militares como paisanos declaraban unánimemente que no se sublevarian interin no viesen en medio de ellos algunos hombres políticos notables decididos á participar de su peligro y y constituirse inmediatamente en gobierno provisional. Pégulu y Desbordes dieron conocimiento de esta resolucion á la venta suprema, y antes de contestar y tomar un partido, esta quiso obtener informes mas completos; sin embargo no se podia perder tiempo; Mr. Buchez, encargado de la direccion de las ventas de esta parte de Francia, se encontraba entonces en Estrasburgo, distante del centro mas activo del movimiento; la venta suprema confió á MM. Bazard y Joubert, que habian regresado de Italia despues de la caida de la revolucion napolitana, la mision de trasportarse á los puntos de sublevacion, verificar los hechos y volver en seguida para dar cuenta de su exámen: ambos salieron inmediatamente para Mulhouse.

Situada á la mitad del camino de Béfort á Newbrisack, la rica y manufacturera ciudad de Mulhouse que posee una considerable poblacion operaria, era el asiento de una venta central en la que MM. Kœchlin ejercian la influencia principal. Estos comerciantes informaron á los comisionados parisienses que las ventas particulares instituidas en toda la línea del Rhin y compuestas de militares retirados, ilimitados, de reemplazo ó en actividad, de paisanos, carabineros y agentes de la administracion de montes, presentaban un número considerable de asociados prontos á sacrificarse y hacer todos los esfuerzos imaginables. Obtenidos estos informes, MM. Joubert y Bazard se pusieron en relacion con MM. Petit-Jean y Rousillon, por medio de los cuales tuvieron algunas entrevistas en Béfort con los subtenientes Manoury y Peugnet, y en Newbrisack con los tenientes Carrel, de Grometty y Levasseur, los que garantizaron todos la perfecta disposicion de sus batallones. El general de caballería á media paga Dermoncourt que residia á poca distancia de Newbrisack y á quien visitaron despues, les prometió que haria igualmente entrar en la insurreccion á los cazadores de caballería acuartelados en Colmar á causa de la correspondencia que tenia con este regimiento. Por último en Estrasburgo á donde para completar su mision fueron ambos á reunirse con Mr. Buchez, pudieron convencerse de que la asociacion era poderosa en esta ciudad: no tan solo podia contar en ella con un número considerable de oficiales y sargentos de los diferentes cuerpos de artillería, pontoneros é infantería que la guarnecian, inclusos los coroneles y la mayor parte de los oficiales que componian el estado mayor del general Pánfilo Lacroix que mandaba la division, sino que además el paisanaje ofrecia un número de asociados bastante crecido para que dada la señal se hallasen mil ó mil doscientos ciudadanos reunidos y armados, prontos á llevar tras sí ó ayudar á la tropa en un movimiento insurreccional. Metz encerraba casi los mismos elementos de fuerza; los miembros de la sociedad eran igualmente numerosos en Nancy, Épinal y en toda la estension de los dos departamentos de la Meurthe y Vosges. Despues de haber permanecido poco tiempo en Estrasburgo, MM. Bazard y Joubert se separaron para volver, el primero á Paris, y el segundo al Alto Rhin.

Hallábanse á mediados de diciembre; menos de quince dias bastaron para concertar entre Paris y Mulhouse, y despues entre Béfort, Newbrisack y demás centros de conjuracion de la Alsacia, todos los pormenores de la ejecucion. El plan que se adoptó definitivamente fué el que sigue:

Newbrisack y Béfort darian á un tiempo la seña; las guarniciones de estas dos plazas tomarian las armas y enarbolarian la bandera tricolor en la misma noche y hora, reuniéndose ambas en Colmar; pero hallándose la de Newbrisack mas cerca del punto de reunion, marcharia sin pérdida de tiempo á esta ciudad, bajo las órdenes del general Dermoncourt, para sublevar al regimiento de caballería que se hallaba acuartelado en la misma, y la guarnicion de Béfort concurriria al punto acompañando á los diputados encargados de la direccion política de la insurreccion. Al primer rumor de este doble movimiento tomarian igualmente las armas Mulhouse, todas las demás ciudades importantes del departamento y los numerosos carabineros de esta frontera, casi todos soldados antiguos sublevados por los carbonarios de cada localidad; no dudando que enardecidos con esta noticia los conjurados de Estrasburgo lograrian arrastrar en el movimiento á esta gran plaza de guerra, y que cediendo á la misma impulsion Épinal, Nancy y Metz, enarbolarian tambien la bandera de tres colores. De todos modos las comunicaciones entre Paris y la Alsacia serian inmediatamente interceptadas por los numerosos grupos de conjurados existentes en cada ciudad del departamento de los Vosges, pero sobre todo por el coronel Brice que ocuparia todos los pasajes de esta cordillera con el ausilio de los restos de los cuerpos francos que él mismo habia organizado en 1814 y 1815, cuya resistencia en las dos épocas habia causado tantas pérdidas á los aliados. En cuanto al gobierno provisional, seria proclamado en Béfort, y despues instalado en Colmar hasta el momento en que Estrasburgo pudiera abrirle sus puertas. Los miembros designados para componerle eran MM. de Lafayette, d'Argenson y Jaime Kœchlin, los que en el acto del movimiento dispondrian de veinte y cinco á treinta carbonarios parisienses, escogidos entre los mas inteligentes y resueltos, que marcharian anticipadamente en pequeños grupos y se hospedarian, á medida que fueran llegando, en las casas de los asociados de Béfort ó pueblos inmediatos.

La noche fijada para el sublevamiento era la del 29 al 30 de diciembre. En la mañana del 28, Mr. Joubert, encargado de presidir para las últimas disposiciones, se preparaba para marchar de Béfort á Lure al encuentro de un destacamento de jóvenes carbonarios parisienses, cuando compareció Mr. Jaime Kœchlin, le tomó á parte y le anunció que probablemente todos los preparativos serian inútiles, por cuanto Mr. d'Argenson, encargado por los miembros de la alta venta, de acompañarle al lugar de la insurreccion para asegurarse de los hechos y decidir si Mr. de Lafayette debia ó no ponerse en camino, se mantenia cerrado desde su llegada en su residencia de Mr. Massevaux, evitando el hacerse ver, sin recibir á nadie, y dejando de este modo á sus colegas de Paris sin noticias. «Mas, voy á buscarle; le veré aunque sea contra su voluntad, y le decidiré para que se una conmigo á fin de apresurar la venida de Mr. de Lafayette; por vuestra parte, haced de modo que este último sea advertido, y de obtener que comparezca inmediatamente entre nosotros.» Mr. Joubert marcha precipitadamente á Lure, á donde acababa de llegar una calesa conduciendo á los dos hermanos Ary y Enrique Scheff, como asimismo al hijo de Mr. de Corcelles que habia salido el mismo dia del casamiento de su hermana antes que se hubiera terminado la ceremonia. Mr. Ary Scheffer poseia la confianza íntima de Mr. Joubert sobre el estado de las cosas, y consintió en retroceder inmediatamente en busca del general á quien debia hallar en su quinta de Lagrange (1); al propio tiempo que Mr. Scheffer volvió á tomar el camino de Paris, Mr. Joubert regresó á Béfort, é hizo anunciar por todas partes que el movimiento se hallaba retardado. La noche, los dias 29 y 30 y las primeras horas del 31 se pasaron en Béfort en quejas amargas contra los diputados, y en conferencias sin ningun resultado. Por fin á eso del anochecer de este último dia, el coronel Brice y Mr. Bazard llegaron á su vez de Paris en un coche que pertenecia á Mr. Jorge de Lafayette, y en el que se hallaban además del uniforme de este, antiguo oficial de húsares, todas las consignas del grado de teniente general que tenia su padre, las que debia llevar puestas el general en el momento de presentarse delante de la tropa insurreccionada. MM. Brice y Bazard eran los últimos conjurados que se aguardaban; túvose consejo se calculó el tiempo necesario para el viaje de Mr. Ary Scheffer y llegada de Mr. de Lafayette; todos los miembros reconocen acordes que el general podia encontrarse allí en la noche del 1.º de enero; en su virtud el motin puede estallar todavía; no se necesita otra cosa que aplazar la ejecucion para el dia siguiente 1.º de enero por la noche Convenido este plazo, decídese que el coronel Brice proseguirá su marcha hacia los Vosges, mientras que Mr. Joubert irá sin pérdida de tiempo á noticiar esta nueva resolucion á los conjurados de Mulhouse y de Newbrisack, y los invitará para que la apoyen. Pónense los dos en marcha: Mr. Joubert llega á Newbrisack por la mañana del 1.º de enero; encuentra á los oficiales de esta guarnicion profundamente irritados, y le declaran que rehusan su cooperacion: una insurreccion aplazada

(1) Propiedad de Mr. de Lafayette en el departamento de Sena-y-Marne

es un motin perdido, decian, y en el trascurso de diez y seis meses se renovaria el acontecimiento de la conjuracion Nantil, cuyo resultado ciertamente favorable el 10 ó 15 de agosto (1820), fué fatal el 19; además, añadian los oficiales, contar con la llegada de los diputados es una esperanza vana, no se presentará ninguno de ellos y evitarán el comprometer su persona y fortuna. No obstante la cuestion de Mr. Joubert acabó por triunfar de esta irritacion, obteniendo que le acompañaria el teniente Carrel á fin de que tan luego como se hubiese asegurado de la presencia de Mr. de Lafayette y sus colegas en Béfort, regresara para dar á sus camaradas la señal de la insurreccion; se abandonaba el proyecto de un movimiento simultáneo, y la guarnicion de Newbrisack se limitaria á seguir el ejemplo de la de Béfort.

Los contratiempos de que se quejaban los conjurados de Alsacia eran el resultado inevitable de una direccion superior sin unidad, y á la que concurrian desproporcionadamente doce ó quince personas diferentes en edad, carácter y habitudes intelectuales; las unas mas resueltas ó vacilantes, las otras mas arriesgadas ó reservadas. Las ventas centrales y las ventas particulares obraban uniformemente por la sola razon que obedecian; pero el exámen y los debates originaban la divergencia en la cumbre de la sociedad. Los miembros de la alta venta eran demasiado numerosos y de difícil reunion para ejercer colectivamente una direccion que exigia decisiones prontas y una ejecucion rápida; el tiempo se hubiera consumido en discusiones interminables; así es que sin apercibirse la mayor parte de la venta, esta direccion se hallaba concentrada en algunas personas. Unos han dicho que pertenecia á un comité político secreto compuesto casi totalmente de diputados; otros han afirmado que este comité no tenia mas que una existencia nominal, y que se decidia todo entre Mr. de Lafayette y algunos jóvenes miembros de la alta venta que no formaban parte de la cámara. Ambas aserciones son fundadas, pero no absolutamente exactas; Mr. de Lafayette ejercia el papel mas influyente en la direccion activa de la carbonería, á causa de la ilustracion adherida á su nombre y antecedentes políticos que le designaban para las diligentes pretensiones de los amigos de la libertad. Favorable á toda proposicion de cualquiera clase de lucha, pródigo de palabras de estimulacion, y accesible para todos y á cada hora, cuando sus colegas rodeaban su cooperacion con prudentes precauciones, era por esta misma notoriedad y decision el centro á donde iban á parar todos los proyectos y comunicaciones. Los miembros de la alta venta que no eran diputados á quienes el general acostumbraba á iniciar su pensamiento personal, eran MM. Joubert, Ary Scheffer, Laresche, Bazard y Trélat; pero aun cuando la importancia individual de Mr. de Lafayette hubiese sido escesiva, no podia llevar tras sí todas las fuerzas de la oposicion; era indispensable el concierto de algunos de sus colegas mas populares de la cámara para dar á las tentativas insurreccionales de la asociacion el carácter de un movimiento nacional apoyado y sostenido, no por un hombre político aislado, sino por los representantes mas enérgicos de la opinion liberal. De aquí se infiere la existencia de un comité político, además del consejo íntimo cuyos principales miembros acabamos de citar, al cual comunicaba Mr. de Lafayette todas las proposiciones importantes que se le hacian, y los planes destinados á realizarlas. Este comité se componia de MM. de Lafayette y su hijo Jorge de Lafayette, Manuel, Dupont (de l'Eure), de Corcelles (padre), d'Argenson, Jaime Kœchlin, el general Thiard, Merilhou y Chevallier, á los cuales se asociaban en las cuestiones militares, los generales Tarayre y Corbineau (1). Todos los pormenores de la conjuracion de Alsacia le fueron sometidos; dos diputados que formaban parte de él, MM. d'Argenson y Kœchlin, habian sido designados para constituir con Mr. de Lafayette el gobierno provisional; otros dos miembros, MM. Dupont (de l'Eure) y Manuel debian, lo mismo que los precedentes, trasferirse al teatro de los acontecimientos: sin embargo, cuando se trató de fijar las últimas medidas de ejecucion, Manuel habia observado con su carácter decidido aunque reflexivo, que en una circunstancia tan grave quizás era conveniente no referirse ciegamente á las afirmaciones de jóvenes, sin duda sinceros, pero necesariamente faltos de esperiencia y sangre fria. MM. Jaime Kœchlin y d'Argenson habitaban el Alto Rhin, donde poseian grandes establecimientos industriales; así es que podian trasladarse en Alsacia sin provocar la menor sospecha; además, señalados para formar parte del gobierno provisional, necesariamente no podian tardar en marchar; ¿no seria mejor, decia, rogarles que anticipen su salida, y no decidirse hasta que se haya recibido su relacion? Mr. de Lafayette contestaba que las cosas se hallaban ya muy adelantadas; que un retardo cuya duracion era difícil calcular, podia resfriar los ánimos y comprometer á los jóvenes que ya habian llegado á Béfort. Habiendo prevalecido el dictámen de Manuel, MM. d'Argenson y Kœchlin salieron inmediatamente para Alsacia.

Mr. de Lafayette aguardó con paciencia por espacio de algunos dias la relacion prometida; mas necesitando trasportarse á Lagrange para asistir á un piadoso aniversario que celebraba en este punto todos los años, salió muy pronto de Paris anunciando la firme resolucion de trasladarse á Alsacia al primer aviso que recibiera de los conjurados. «No podemos vituperar al general, dijeron Manuel y Mr. Dupont (de l'Eure) cuando supieron que habia marchado; nosotros le sostendremos y seremos sus defensores durante su ausencia; sin embargo no hubiera debido alejarse sin que anteriormente nos hubiésemos puesto de acuerdo acerca de las órdenes que se han de trasmitir á los departamentos para que el movimiento sea multíplice y simultáneo, acerca de los términos de un manifiesto, y de la forma y primeros actos del gobierno que se ha de proclamar.» Mr. Chevallier fue comisionado para que sin pérdida de tiempo marchara á Lagrange con el fin de obtener del general, si no su regreso á Paris, á lo menos una entrevista con sus colegas á la mitad del camino. Mr. de Lafayette desechó esta entrevista calificándola de inútil y añadiendo que semejante conferencia podia llamar la atencion de la policía; desde luego, sus colegas sabian tan bien como él cuál era el concurso que debian prestar á la causa comun. En seguida, dando á conocer á Mr. Chevalier los informes particulares que le presentaban la situacion de la Alsacia estendida de tal suerte que la insurreccion podia estallar de un momento á otro, se quejaba amargamente del largo silencio de Mr. d'Argenson. «Estas tardanzas pueden comprometerlo todo, decia.—Si las cosas se encuentran en ese estado, replicaba Mr. Chevallier, ¿por qué no marchamos inmediatamente? ¿qué os detiene?» El general se defendia con el piadoso deber de familia que ya hemos mencionado (1). Tambien lo retenia otro motivo: la atencion del gobierno debia fijarse en su ausencia de la cámara, é indispensablemente su viaje seria notado; así es que no queria salir de Lagrange, y llegar á Alsacia sino á la hora precisa señalada para el movimiento, y esperaba este aviso. Cuando Mr. Jaime Kœchlin y demás conjurados de Béfort le llamaron por conducto de Mr. Ary Scheffer, el general anunció al jóven carbonario que marchara aquella misma noche; pero añadió que era necesario prevenir á Mr. Dupont (de l'Eure) y Manuel, y decidir al coronel Fabvier, oficial firme é inteligente, para que fuéra á tomar el mando de los batallones insurreccionados (2). Mr. Ary Scheffer se volvió á poner inmediatamente en camino para Paris, y al anochecer del mismo dia visitaba á Manuel y á Mr. Dupont (de l'Eure), quienes acababan por último de recibir la relacion que aguardaban con tanta impaciencia de Mr. d'Argenson; Mr. Dupont y Manuel prometieron marchar sin pérdida de tiempo. Efectivamente Manuel salió de Paris pocas horas despues de Mr. Ary Scheffer, el que olvidando la fatiga tomó por segunda vez el camino de Béfort en compañía del coronel Fabvier y otro oficial superior que ha sido ministro despues, como tambien del teniente ilimitado Bénies. El coche que conducia hácia la Alsacia á Mr. Scheffer y sus tres compañeros de viaje, seguia al de Mr. de Lafayette á una distancia de media jornada.

La vida política de Mr. de Lafayette se divide en dos partes: la primera comprende la época en que los derechos de la libertad en Francia acababan de tropezar contra las necesidades de su independencia. En este conflicto Mr. de Lafayette no se preocupó mas que de los peligros de la libertad, y dominado por un sentimiento esclusivo no se

(1) La mayor parte de las reuniones de la *alta venta* y del *comité director* se celebraban en la casa del general Lafayette, y otras en el domicilio de Manuel, Mr. Dupont (del Eure), el general Thiard ó Mr. de Schonen, consejero de la real audiencia de Paris y yerno de Mr. de Corcelles. No habia ninguna regularidad en las convocaciones de la venta y del comité; ambos se reunian con mas ó menos frecuencia, segun las circunstancias, y con un simple aviso verbal.

Aun cuando el *comité director* de la carbonería se hallaba compuesto de la mayor parte de los miembros del *comité director* de 1820, no obstante no debe ser confundido con este último: el *comité* de 1820, se habia disuelto inmediatamente despues del resultado deplorable de la *conjuracion militar del 19 de agosto*, como tambien los diferentes grupos de conjurados que existian en dicha época.

(1) El aniversario de la muerte de madama de Lafayette, que habia fallecido el 24 de diciembre de 1807, de resultas de una enfermedad cuyo germen habia contraido en las prisiones de Olmutz, en donde se habia encerrado voluntariamente con sus hijos durante la detencion de su marido. El aposento donde espiró esta noble y valerosa mujer ha permanecido constantemente sin abrirse, y aun hoy dia, despues de haber trascurrido cuarenta y tres años, esta pieza se encuentra en el mismo estado que se hallaba á la época de la defuncion de madama de Lafayette.

(2) Entre los generales y jefes dimisionarios, retirados, de reemplazo ó á medio sueldo que prontos á tomar parte en todas las luchas contra el gobierno real, ponian su esperiencia y espada al servicio de todos los movimientos organizados para derribar á los Borbones, existia un cierto número que no formaban parte de la carbonería, y el general Fabvier era uno de ellos.

apercibió en 1792, 1814 y 1815, que en la existencia de las naciones hay ciertas horas supremas en que todos los principios ó intereses ceden y se borran en presencia de un interés único, es decir, la defensa del suelo nacional y la lucha contra el estranjero; pero cuando en la segunda parte de su carrera, despues del regreso de Gante, los derechos y libertades del pais, desembarazados de las necesidades de la guerra contra Europa, se hallaron solos en peligro, se le vió desplegar para mantenerlas y salvarlas la mas rara decision é indomable energía; no contento con prodigar por esta causa santa, lo mismo que todos sus amigos, su tranquilidad, fuerzas y fortuna, no dependió de su voluntad el darle juntamente con ellos hasta su libertad y vida. En vano le recomendaban estos algunas veces la prudencia: «¡Bah! les contestaba sonriendo, yo he vivido ya mucho, y me parece que coronaria dignamente mi carrera política muriendo en el cadalso por la libertad.» Por lo demás, su sacrificio tenia una grandeza escepcional: Mr. de Lafayette no debia llegar solo á Alsacia; cuando el coche destinado para conducirle se halló pronto, vió que su hijo único se habia sentado á su lado. Este hijo, que era su inseparable compañero, amigo y confidente, le profesaba en cambio un afecto mezclado de respeto y ternura que degeneraba en una especie de piedad. Unidos por una de esas profundas afinidades de corazon, cuyos ejemplos son raros entre padre é hijo, ambos se habian sentado el uno al lado del otro sin dirigirse la mas pequeña palabra acerca de este viaje que podia hacerles perecer á la estremidad del camino; Mr. de Lafayette no pareció pesar el resultado hasta que vió al antiguo criado de la familia que habia preparado el coche, que á su vez tomó asiento en el: «Sebastian, le dijo, Jorge y yo vamos á jugar nuestra cabeza; debo advertirte que acompañándonos puedes comprometer la tuya.—Mi general, no me decís nada de nuevo, respondió el criado; yo sé lo que vamos á hacer; no os inquieteis por eso; yo voy por mi cuenta; además es mi opinion (1).»

Al mismo tiempo que Mr. de Lafayette y su hijo, Mr. Ary Scheffer y sus tres compañeros de viaje acudian á Befort por el camino de Paris; y que por otra parte MM. Joubert y Carrel, seguidos á poca distancia por Mr. Jaime Kœchlin se dirigian al mismo punto por la carretera de Newbrisack y Mulhouse, un coronel de reemplazo de la exguardia imperial, venido de Paris con el fin de tomar parte en la insurreccion, y á quien en defecto de otro jefe, su ardor tumultuoso y grado designaban para la direccion militar del movimiento, es decir, el coronel Pailhès, se disponia el 1.° de enero, de acuerdo con los carbonarios parisienses y los de la localidad, para los acontecimientos que debian estallar aquella misma noche (2); el subteniente Manoury, tomando el turno de guardia de uno de sus camaradas se instaló en el punto de la puerta principal de la plaza, y los sargentos iniciados en el motin anunciaban misteriosamente á los compañeros que no habian sido todavía admitidos en la confidencia, que iba á estallar una insurreccion en todas las plazas fuertes del reino; que sus guarniciones se sublevarian para espulsar por tercera vez á los Borbones, y que los oficiales partidarios de esta familia serian reemplazados por todas partes con los sargentos que hubieran mostrado mas celo por la causa que debia triunfar. Por último, llega la noche, y á las ocho, despues de la lista de la retreta, el sargento de brigada Tellier reune todos los sargentos primeros del batallon, les manda que pasen á las cuadras y ordena á los soldados de cada compañía que pongan las piedras en los fusiles, preparen las mochilas y se dispongan para bajar. Todos estos sargentos se apresuran á obedecer, trasmiten á sus compañías la órden del sargento de brigada, hacen empezar en su presencia la ejecucion, y en seguida asisten á una comida á la que habian sido convidados por Tellier con el objeto de hacerles aguardar con mas paciencia las doce de la noche, que era la hora señalada para presentar al batallon su nuevo jefe y bandera. Era tanta la seguridad de los conjurados que en el primer piso de una fonda vecina, y en una sala donde se veian águilas, estandartes y escarapelas tricolores, el coronel Pailhès presidia por su parte á una larga cena que reunia varios oficiales del batallon, y un cierto número que estaban á medio sueldo ó de reemplazo que habian acudido de las inmediaciones para tomar parte en el pronunciamiento. Reinaba en ella la alegría y algazara, y cada convidado se felicitaba anticipadamente del triunfo. ¿Acaso se podia dudar? No habitaba ningun oficial en el cuartel; reuniéndose á las doce de la noche, el batallon que componia la guarnicion de la plaza se hallaria bajo la sola autoridad de sus sargentos y oficiales comprendidos en el motin; los demás jefes ignorarian lo ocurrido hasta el dia siguiente, es decir, algunas horas despues de haberse realizado, cuando la insurreccion completamente organizada y disciplinada contaria con el apoyo de los numerosos cómplices armados de dentro y fuera, la poblacion entera de la ciudad y arrabales, y tres miembros de la cámara de diputados constituyendo un gobierno provisional.

Mientras que los principales conjurados abreviaban de este modo el tiempo, un sargento que habia regresado aquella misma mañana de una licencia temporal por seis meses que habia espirado la víspera, 31 de diciembre, y á quien sus camaradas no habian tenido el tiempo de advertir, se fué al alojamiento de su capitan con el fin de mostrarle su celo noticiándole el primero que acababa de hacer ejecutar la órden de Tellier, y que la compañía se hallaba pronta, con las mochilas preparadas y las piedras puestas en los fusiles. El capitan terminaba una partida de naipes con ocho de sus colegas y se disponia para acostarse, rehusando dar credito á estos pormenores estraños y despidiendo al sargento; pero su colega insiste é interroga á su subordinado, el cual esplica mejor lo acontecido: ¡las piedras en los fusiles! esclaman á la vez los dos oficiales; ¡las mochilas preparadas! ¿con qué objeto? ¿Qué autoridad ha podido dar directamente esta órden al sargento de brigada? Sin duda el teniente coronel. Salen de casa para ir al domicilio de este jefe; le encuentran en su tránsito, y le preguntan la causa de los preparativos que se han ordenado al batallon. Tan sorprendido como ellos, el teniente coronel les dice que esta órden inconcebible dimana probablemente de Mr. Toustain, teniente de rey, gobernador de la plaza; en su virtud se apersonan inmediatamente los tres con este superior, quien les manifiesta á su vez que no entiende nada de los hechos relatados por el sargento; pero, casi al mismo tiempo se presenta á su imaginacion la idea de un motin, é invita al teniente coronel y capitanes para que sin demora alguna se presenten en el cuartel á fin de suspender los preparativos y desengañar á la tropa, interin visita en persona todos los puntos. Sepáranse: el comandante recorre la ciudad, y al llegar á la puerta guardada por Manoury divisa debajo del arco cuatro jóvenes que estaban parados; Mr. Toustain avanza hácia ellos preguntándoles lo que hacen y cómo se llaman: estos jóvenes responden que habitan en las inmediaciones, y que sus nombres son Brune, Pégulu, Desbordes y Lacombe. La notoriedad adherida á estos nombres escita la desconfianza del comandante, quien consigna los cuatro jóvenes bajo la custodia de Manoury, y toma en seguida cinco soldados del cuerpo de guardia y se avanza fuera de la puerta con el objeto de reconocer las avenidas del arrabal.

Al separarse de su capitan, el sargento que era causa de todo este movimiento, encontró cerca del cuartel al sargento de brigada Tellier y se apresuró á relatarle lo que acababa de hacer. Tellier corre inmediatamente á la fonda donde se hallaba el coronel Pailhès, y á estas palabras: «¡Todo está descubierto!» la inquietud y desórden se apodera de los convidados: Peugnet y Roussillon ofrecen volver al cuartel para asegurarse de la realidad de los hechos; salen y vuelven á comparecer muy pronto confirmando la noticia dada por Tellier. Entonces cada uno abandona la fonda y se dirige á toda prisa hácia la puerta de Francia, que Manoury hace abrir; el coronel y casi la totalidad de los conjurados acababan de pasar cuando el comandante Toustain se presentó en ella, y Brune y sus tres camaradas habian llegado los últimos. Efectivamente despues de haber pasado las primeras obras fortificadas, el comandante distinguió veinte y cinco ó treinta individuos que divididos en pequeños grupos se dirigian hácia el arrabal: algunos estaban entonces parados y hablaban con animacion; el que estaba mas cerca de él llevaba un uniforme y chacó que le designaban por uno de los oficiales de la guarnicion, y Mr. Toustain le interpela é intima que se acerque. Este oficial, que era el subteniente Peugnet, recelaba algunos pasos; el comandante toma la espada en la mano, se avanza y estiende el brazo para cogerle Peugnet hace un movimiento de costado, apunta á Mr. Toustain y le

(1) El hijo del general Lafayette, ahijado de Washington, se llamaba *Jorge*. El autor de esta obra ha tenido el honor de sentarse á su lado en los bancos de la asamblea nacional constituyente de 1848 Mr Jorge de Lafayette era entonces un anciano; pero su edad no habia enfriado su corazon, ni debilitado sus convicciones: cada vez que pronunciaba el nombre de su padre sus ojos se humedecian y su corazon se conmovia profundamente: cada uno de sus votos atestiguaba una invariable fidelidad á los principios de los primeros años de su vida. De un carácter afable y tranquilo, corazon recto y honesto y conciencia firme Mr. Jorge de Lafayette era una de esas organizaciones escogidas que poseyendo en grado superlativo la religion del bien y del mal, y la energía del deber, tan solo buscan la recompensa de sus actos en la satisfaccion de haber cumplido con este deber: son naturales modestos y púdicos cuya existencia es una larga afeccion y un continuo sacrificio, que huyen del ruido y brillo de la sociedad, se espantan y ruborizan de la mas pequeña alabanza, y pasan silenciosamente una vida de probidad y pureza, dejando tras sí una profunda impresion de respeto á los hombres que han podido absorverlas

(2) El coronel Pailhès es el mismo oficial cuyo nombre figura en la conspiracion del 19 de agosto.

descarga á quema ropa un pistoletazo que derriba á este último; pero la bala en vez de penetrar habia dado y rebotado en la cruz de San Luis del comandante, el cual se levanta inmediatamente, entra con precipitacion en la plaza, y se para en el cuerpo de guardia de la puerta á fin de recoger los cuatro jóvenes consignados al jefe del punto, conducirlos al fuerte é interrogarlos. Mr. Toustain se halló con una nueva sorpresa; Manoury y sus prisioneros habian desaparecido; saliendo de la plaza detrás del comandante, se metieron por las fortificaciones esteriores, y se fugaron por la campiña. En este intervalo, el batallon, que ya se hallaba casi todo sobre las armas en el patio del cuartel, se formaba bajo las órdenes de sus jefes superiores, y privado de sus oficiales mas resueltos, como tambien de la mayor parte de sus sargentos, se estendia silenciosamente en batalla en la plaza principal: la compañía de granaderos fué destacada á la puerta de Francia con la órden de prender á todas las personas que intentaran entrar ó salir por ella.

Mientras que la autoridad militar, temiendo una tentativa esterior, vigilaba detrás de las puertas cerradas de la ciudad, los conjurados que habian salido de Béfort, recelando ser perseguidos, huian en todas direcciones. Mr. Joubert y el teniente Carrel llegaron en medio de este desórden nocturno á la fonda principal del arrabal, y no encontraron en ella mas que á MM. Guinard y Enrique Scheffer, los que le informaron del funesto resultado de la conspiracion y dispersion de los conjurados; añadiendo que el hijo de Mr. de Corcelles y Mr. Bazard habian salido en busca de Mr. de Lafayette para retroceder por el mismo camino, y que si ellos se encuentran todavía en la fonda es porque no saben á donde ir: «Desde luego, dijo Mr. Guinard sonriendo, no podíamos abandonar el uniforme del coronel Pailhès,» el cual se hallaba efectivamente estendido encima de una silla, donde el coronel le habia olvidado en su precipitada fuga. Mr. Joubert se apodera del uniforme, le hace desaparecer, vuelve á subir en el coche con MM. Guinard, Enrique Scheffer y el teniente Carrel, y regresa por el camino de Mulhouse: pocos momentos despues llega Mr. Jaime Kœchlin, se informa de lo ocurrido, y retrocede igualmente por su camino (1). Ausiliados los gendarmes por los agentes de seguridad pública de cada pueblo, prendian al dia siguiente en un círculo de algunas leguas al rededor de Béfort, un número bastante crecido de jóvenes que no habian tenido tiempo de alejarse. Mas dichosos MM. Lafayette á quienes habian encontrado á poca distancia de Lure el hijo de Mr. de Corcelles y Mr. Bazard, cambiaron inmediatamente de camino, bajaron por el valle del Saona, y dirigieron á la ciudad de Gray, donde residia su amigo Mr. Martin, antiguo diputado de la estrema izquierda, á cuyo domicilio podian haber ido sin dar motivo á las acusaciones de la autoridad. Su coche (2) precedia solamente de algunas horas, segun lo hemos referido, al que conducia á Mr. Ary Scheffer; advertido este por el dueño de la posta de Lure, dejó á sus tres compañeros que regresaran á toda prisa por el camino de Paris, y continuó resueltamente su marcha para averiguar la suerte de su hermano, que segun decian, habia sido arrestado; entró en Béfort, y no pensó en su propia salvacion hasta despues de haberse cerciorado que su hermano se habia salvado (1). En fin Manuel tuvo conocimiento del resultado de la conspiracion y se paró cuando no habia hecho aun mas que la tercera parte del camino.

La actuacion del proceso que motivó esta conjuracion fué difícil y lenta; no tan solo los acusados de mayor gravedad habian huido todos, sino que los jóvenes que habian preso en Béfort ó á las inmediaciones, desconocidos de los dos ó tres militares que ayudaban á la justicia, rehusaban responder á las preguntas que se les hacian ó negaban enérgicamente su complicidad en cualquiera clase de motin. Literalmente faltaban testigos para la acusacion, y esta no tuvo un arma entre las manos hasta despues del arresto del sargento de brigada Tellier que fué capturado en una posada de Suiza al lado del cadáver de su compañero de fuga el sargento primero Watebled, el cual prefirió darse la muerte de un pistoletazo á entregarse á los gendarmes. De todos los acusados Tellier era contra quien resultaban los cargos mas fuertes; su activa participacion en los acontecimientos de la noche del 1.° al 2 de enero era incontestable, pues habia dado públicamente la órden de tomar las armas. Una vez preso, la necesidad de salvarse le arrancó confesiones incompletas, que añadidas á los informes dados por el comandante de plaza, permitieron en fin dar cuerpo al proceso. Despues de siete meses de actuacion, es decir, el 22 de julio fué cuando Tellier y veinte y dos cómplices que le daba el acto de acusacion, comparecieron ante la sala del crímen de Colmar. El número total de acusados se elevaba á cuarenta y cuatro, y veinte y uno eran contumaces: hé aquí el nombre de los veinte y tres acusados presentes:

MM. Pailhès, coronel de la exguardia imperial; Dublar y Guinan, oficiales de la reserva; Roussillon, oficial de reemplazo; Brunel, doctor en medicina; Paulin, de Canisy, Ponce, Rouen, Grenier, Salveton y Dubochet, estudiantes de leyes; Buchez y Vernière, estudiantes de medicina; de Grometty, teniente; Tellier, sargento de brigada; Battisti, capitan de carros; Saint-Venant, Goselin, Fracbe y Pacquetet, sargentos primeros; Chotteau, sargento segundo del 29 de línea, y Netzer, exsargento primero de húsares (2).

Tellier no habia pronunciado en sus medias confesiones, que á pesar de su reserva impugnaron enérgicamente todos los conjurados presentes á los debates, mas que el nombre del coronel Pailhès, MM. Dublar y Roussillon; contra los demás acusados no existia ningun cargo directo ni preciso. Ninguno de ellos, sin esceptuar los tres oficiales que acabamos de nombrar, se hallaba mencionado en las declaraciones del teniente coronel del 29.° ni de los dos capitanes que habian avisado á este jefe, y la del mismo comandante de plaza no comprendia mas que á los seis oficiales contumaces Peugnet, Manoury, Brue, Pégulu, Desbordes y Lacombe. En cuanto á los otros testigos, sus respuestas no eran suficientes para disipar la espesa sombra que envolvia la conspiracion; la mayor parte habia recibido ó alojado á los acusados, no obstante estos se habian presentado públicamente; el mismo coronel Pailhès habia atravesado una parte de la ciudad la noche del 1.° de enero vestido de uniforme, y salido por la puerta de Francia pasando por delante de los soldados encargados de guardarla; pero no hubo ninguna voz que revelara estos pormenores; paisanos ó militares, amos ó criados, hombres ó mujeres, y hasta los soldados de guardia y plantones de las puertas, dominados todos por un sentimiento de irritacion contra la autoridad, cuya causa esplicarémos, declararon resueltamente que lo ignoraban todo, y no conocian á nadie. Tellier, el coronel Pailhes y MM. Dublar y Guinan, declarados el 13 de agosto culpables de conspiracion contra la seguridad del estado, fueron condenados los cuatro, Tellier por unanimidad de votos y los otros tres por una simple mayoría de siete votos contra cinco, á cinco años de prision y vigilancia de la alta policía, y á los gastos. Los otros diez y nueve acusados fueron puestos en libertad (3).

(1) Mr. Jaime Kœchlin, miembro designado para el gobierno provisional, tuvo que dejar á fin de acudir á su puesto, una comida de *de dia de año nuevo* dada por su padre, y á la que asistian ciento y ocho de sus parientes mas cercanos. MM. Josebut y Carrel acababan de atravesar á Mulhouse cuando Mr. Jaime Kœchlin sustrayéndose á la alegría de esta fiesta de familia, marchó para Béfort. Mr. Jaime Kœchlin era uno de los hombres mas modestos, mas puros y mas firmes de la oposicion liberal; no contento con esponer la vida por sus opesiciones, hizo por ellas sacrificios considerables que se elevaron, segun afirman, á mas de doscientos mil francos.

(2) Se ha dicho que al recibir la noticia del mal resultado de la insurreccion, MM. de Lafayette habian abandonado su coche para adoptar otro medio de transporte que no fuera tan notable. unos han asegurado que le habian hecho quemar; otras personas han referido que la justicia le habia embargado y depositado en el caserío de una granja cuyas puertas fueron selladas. Segun estas personas, al presentarse algunos dias despues la justicia para proceder al exámen de esta importante pieza de conviccion, halló los sellos intactos, pero el interior de la granja enteramente vacío. El coche roto ó desmontado por personas que se habian introducido por medio de una abertura practicada en el techo fué sacado pieza por pieza. Estos rumores carecen enteramente de fundamento, y tienen probablemente su orígen en la desaparicion del coche dejado por Joubert en una de las fondas de Mulhouse, á su regreso de Béfort la noche del 2 de enero. Este coche, embargado por los gendarmes encargados de seguir las huellas de este acusado, y colocado en una cochera cuyas puertas fueron efectivamente selladas, era el coche prestado por Mr. Jorge de Lafayette á MM. Brice y Bazard para su viaje de Alsacia, y que á su vez, estos habian confiado á Mr. Joubert para ir á Newbrisack: se podia buscar el orígen, y por él llegar á MM. de Lafayette; pero MM. Kœchlin lo hicieron sacar por la noche de la cochera, trasportarlo al otro lado del Rhin é incendiarlo.

(1) Existian tres hermanos de este nombre, que ha sido despues célebre. El tercero, llamado Arnaldo, segun hemos dicho ya, encargado de la direccion de las ventas del mediodia, se hallaba ocupado en aquel momento á la otra extremidad de la Francia trabajando para una conjuracion, de la cual hablarémos, y que tuvo una terminacion sangrienta.

(2) Los acusados contumaces eran: MMr. Peugnet, Manoury, Brue, Pegulu, Desbordes, Lacombe, Petitjean, Beaume (hijo), Joubert, Bazard, Vallier, Sigot, Petit, Lacroix, Didier, Corrulet, Lescuyer, Pigeau, Pétitot y Trédondrie. Para estos últimos nombres, véase la nota siguiente.

(3) El 30 de setiembre siguiente, el tribunal de Colmar, juzgando sin asistencia de jurados condenó á MM. Peugnet, Manouri, Brue, Pégulu, Desbordes, Lacombe, Petitjean á la pena de muerte, y á Beaume (hijo) á cinco años de prision. En cuanto á los otros trece contumaces, el tribunal no falló contra ellos, *sobreseyó* á su sentencia y dejó la causa *abierta*. La prescripcion estinguió este proceso, y una de las causas que sin duda

Debemos relatar el acontecimiento que tenia entonces á toda la Alsacia bajo una profunda impresion de dolor é indignacion, cuyo acontecimiento precedió tan solo de pocos dias la apertura de los debates que acabamos de referir, el cual esplica y justifica la actitud de la mayor parte de los testigos, lo mismo que la moderacion de la sentencia.

Los acusados de la conspiracion de Béfort habian sido conducidos á la carcel de Colmar á medida de su captura. Tres de ellos, MM. Pailhés, Dublar y Buchez, recibian frecuentemente la visita del coronel de dragones Caron, que el año anterior habia comparecido ante el tribunal de los pares, por haber proferido algunas palabras sin importancia que se apoyaban en una sola declaracion. Compañero de cautividad de MM. Dublar y Pailhés á la época de este proceso, y puesto en libertad como ellos, pero condenado inmediatamente por Mr. de LatourMaubourg á la reserva sin sueldo, el coronel Caron se habia retirado á Colmar. A pesar de ser casado y padre de familia, no se limitaba procurando á sus amigos presos y compañeros de estos, todos los lijeros servicios que los recursos de la vida económica pueden ofrecer á fin de suavizar las penas de la prision, sino que dotado de un carácter enérgico, corazon ardiente y decidido, pensaba un medio para que se fugaran. Existia en la pared que cercaba la cárcel por la parte de atrás una antigua puerta tabicada: el coronel tenia conocimiento de esta puerta, á la cual se podia ir facilmente por terrenos varios é inhabilitados, y que bastaba empujar para derribarla y penetrar en uno de los patios; mas la empresa exigia el ausilio de algunos hombres resueltos. Caron se declaró á uno de sus amigos, al teniente Roger, antiguo oficial de cuerpos francos, en aquel momento dueño de una escuela de equitacion en Colmar, y á un sargento de la guarnicion llamado Delzaire, el que fingiendo la mas viva irritacion contra los Borbones, y quejándose amargamente del olvido de sus servicios y escasez, habia logrado que Roger y los acusados de Béfort se interesasen por su suerte obteniendo de ellos á fuerza de importunidades que le dieran una recomendacion para Caron (1).

Delzaive dió parte inmediatamente á sus jefes de la confidencia que le habia hecho el coronel, y recibió la órden de estos para que aceptara la proposicion y ofreciese el concurso de otros tres sargentos; es decir, el sargento segundo de infantería Magnien, los sargentos primeros de cazadores de caballería de Allier que guarnecian á Colmar, llamados Thiers, y Gérard de cazadores de caballería del Charenta de la guarnicion de Newbrisack. Caron acepta esta asistencia y da una cita; en la que los tres sargentos presentados por Delzaive no se contentan con ponerse á la disposicion absoluta del coronel, sino que le anuncian que sus compañeros, tan adversarios como ellos del gobierno real, se hallan prontos á tomar una parte enérgica en toda tentativa que tenga por objeto la libertad de los acusados ó el triunfo de su causa. Estas ofertas engrandecen los proyectos de Caron: la fuerza que le prometen ademas de ser sobrada para romper las puertas de una cárcel, es de bastante consideracion para reunir los muchos elementos de insurreccion existentes todavía en las principales ciudades de aquella frontera, y que sin destruirlos se hallaban divididos por los acontecimientos de la noche del 1.° al 2 de enero; consiguientemente le pareció que era posible efectuar un nuevo movimiento político, y resolvió intentarle.

El coronel participó su proyecto á los presos amigos suyos, y estos se limitaron á recomendarle la mayor reserva. Acababa de manifestarles á mediados de junio que el pronunciamiento se hallaba casi completamente organizado, cuando uno de los gendarmes que estaba de servicio en el interior de la cárcel, y que habia servido en lanceros de la guardia imperial, llamó á parte á MM. Pailhés y Buchez, y les rogó que avisaran al coronel para que no se fiara, supuesto que la gendarmería habia recibido la órden de vigilar severamente su persona. El coronel se sonrió al recibir este aviso y dijo: «Hemos tomado con demasiado cuidado nuestras precauciones, y no temo las indiscreciones.» Pocos dias despues un cabo de gendarmes, antiguo granadero de caballería de la guardia, hizo la misma recomendacion á los dos prisioneros, añadiendo: «Decid al coronel que algunos de mis compañeros y yo hemos oido pronunciar muchas veces su nombre en casa de las autoridades, y vosotros estad con cuidado; yo ignoro lo que se prepara; pero hay un cierto número de operarios que están haciendo una pared en una puerta tabicada que está detrás de la cárcel. «El coronel consideró este nuevo aviso como una cosa mas seria que el precedente; la supresion de la puerta tabicada infundió inquietud en su imaginacion, y prometió que suspenderia la ejecucion de su proyecto; pero trascurridos algunos dias anunció á sus amigos que los sargentos de Colmar y de Newbrisack le habian visitado y escrito quejándose fuertemente de su silencio é inaccion, y suplicándole que á lo menos les concediera una última entrevista en el bosque de Brisack. «Mañana me veré con ellos, dijo á los detenidos, y tomaré una resolucion definitiva.» En la visita siguiente relató á MM. Pailhés y Buchez que la entrevista habia tenido efecto, y que habiendo comunicado á los sargentos las sospechas que parecia tener la autoridad, estos se habian esclamado vivamente contra su verosimilitud; como tambien que habian rechazado con una especie de indignacion lo propuesto de aguardar y suspender la sublevacion. «Dueños como somos de nuestros regimientos, le habian dicho, vacilar, ó una nueva tregua, seria hacer traicion á la patria y una cobardía; nos hallamos demasiado adelantados y comprometidos con nuestros compañeros para retroceder: si no teneis el valor de conducirnos hasta el cabo de la senda donde nos habeis precipitado, entonces os trataremos como lo merecen los cobardes; no tendremos ninguna consideracion y os denunciaremos para salvarnos. ¡Además, coronel, prorumpió uno de ellos, no es tan solamente por nosotros que debeis sacrificaros, sino por los compatriotas de la conspiracion de Béfort que reservan para el patíbulo!—Me han parecido tan sinceros y decididos, añadió Caron, que inmediatamente he tomado mi partido; el guante está tirado, y pasado mañana se sublevan los dos regimientos.» En vano MM. Pailhés y Buchez, á quienes los carceleros habian repetido que todas las autoridades mostraban una grande actividad, y que se preparaba positivamente alguna cosa, trataron de disuadir al coronel; este les tomó las manos afectuosamente y les dijo: «¡Sí! es posible que me engañen; pero tambien puede ser que los sargentos obren de buena fe. En la incertidumbre, yo no puedo ni debo vacilar: si consigo lo que me propongo, libro á la Francia de los Borbones y de su odioso gobierno; hago un inmenso servicio á mi país, y nosotros quedaremos libres. Si al contrario sucumbo víctima de una traicion, no habrá mas que un hombre menos, y ninguno de vosotros se hallará comprometido. Adios.»

Al dia siguiente, 2 de julio, á las cinco de la tarde, en el momento en que los acusados de Béfort se hallaban reunidos en el aposento de uno de ellos, oyeron que tocaban la trompeta, y al cabo de un instante se abrió la puerta de la habitacion, dando paso al comandante de la plaza que se precipitó en medio de la pieza con pistola en mano y gritando: «¡El primero que se mueva queda exterminado!» Este oficial estaba acompañado de un destacamento de soldados armados que guardan á vista á los prisioneros, interin los agentes invaden y registran sus aposentos; terminada esta operacion, el comandante y la tropa se retiran, y la prision vuelve á su estado acostumbrado de silencio; pero el tumulto y ruido continúan por la ciudad, cuyas puertas mandan cerrar al propio tiempo que el toque de generala resuena por todas las calles; numerosas y crecidas patrullas de infantería, gendarmes y cazadores de caballería con el equipo de guerra y armas cargadas recorren al galope ó paso de carga todos los cuarteles, ordenando á los ciudadanos que se retiren inmediatamente á sus domicilios; otros destacamentos inspeccionan con la misma rapidez las murallas y paseos de la ciudad ahuyentando á los niños y mujeres; el comandante general y prefecto, vestidos de uniforme, visitan las plazas públicas y puestos del recinto, hacen doblar las guardias, impiden la comunicacion con los arrabales, colocan avanzadas fuera de la ciudad, á las salidas de las diferentes carreteras y caminos trasversales; mientras que el alcalde con espada en mano y seguido de su segundo y municipales, dirige al comisario de policía hácia la casa de varios ciudadanos notables que ven sus domicilios guardados inmediatamente por centinelas que colocan dentro y fuera de ellos.

¿Qué es lo que puede originar este ruido, ese movimiento y medidas amenazadoras? El único hecho que podia citarse era la marcha de un escuadron de cazadores del Allier, cuyos noventa ginetes, con sus uniformes de diario, y sin mas armas aparentes que sus sables, se habian ausentado de la ciudad dos horas antes. Se han desertado, decian algunos. Esta tropa conducida por el sargento primero Thiers, era el escuadron que debia dar la señal de la sublevacion convenida con Caron y Roger; habian salido por las puertas de la plaza á las tres de la tarde,

impidieron su continuacion fué la circunstancia singular que esceptuando los nombres de MM. Joubert y Bazard, todos los otros no designaban á ninguno de los individuos realmente procesados; todos eran nombres falsos sacados de pasaportes ó dados en las fondas por otros tantos conjurados que habian llegado de Paris, y que habian logrado volver á entrar en el dejando á la justicia por única huella de su complicidad, designaciones de personas que no existian ó que no habian abandonado su domicilio de Paris ó las inmediaciones.

(1) El estado precario de que se lamentaba Delzaive habia conmovido á los acusados de la conspiracion de Béfort, los cuales abrieron entre ellos una suscripcion, cuyo producto le fué remitido.

y reunido con el coronel á un cuarto de legua de la poblacion. Caron estaba vestido de paisano; un peloton de sargentos le rodeó inmediatamente y se puso con él á la cabeza del escuadron, el cual continuó marchando con direccion á Béfort. A dos leguas de Colmar y á poca distancia de Hastatt, el coronel se separó de las filas, entró en una hondonada y volvió á comparecer muy pronto con el casco de dragon, y vestido con el uniforme de esta arma, como asimismo con las insignias de su grado. Apenas se hubo mostrado, el sargento primero que mandaba el escuadron dió la voz de ¡alto! presentó el coronel á la tropa, y dirigiéndose á Caron le dijo: «Coronel, os cedo el mando del escuadron, y mis cazadores y yo juramos ser fieles y obedecer todas vuestras órdenes.» Caron declaró aceptar el mando, y dirigió algunas palabras enérgicas á los cazadores, terminando por el grito de ¡viva Napoleon II! Este grito, repetido por los sargentos y soldados, vuelve á proferirse con fuerza mientras que el escuadron atraviesa Hastatt. Pasada esta villa, los cazadores abandonan la carretera de Béfort, toman a la izquierda y se dirigen hácia el camino de Colmar á Mulhouse, á donde llegan un poco antes de la aldea de Mayenheim. En este momento desemboca igualmente en el camino un escuadron de cazadores del Charenta á la cabeza de los cuales marcha el teniente Roger, vestido de paisano, con una gorra por tocado y un látigo en la mano; estos soldados tambien estaban vestidos de diario, sin mas armas aparentes que sus sables. Acércanse los dos escuadrones, se reunen gritando: ¡Viva Napoleon II! ¡abajo los Borbones! y se paran á la entrada de esta aldea, en la que penetran solamente Roger, Caron y el grupo de sargentos que rodeaba constantemente á este último. El coronel ordena que se distribuya vino, cerveza, víveres y forraje, pagando de su bolsillo, y mientras descansan los soldados, reunidos con los sargentos en el principal meson, envian á buscar á los guardas campestres y á un antiguo capitan de húsares, hermano político del mesonero; anuncian la intencion de hacer enarbolar la bandera tricolor en el campanario, y se informan si pueden contar con la asistencia de la poblacion. La actitud embarazada de algunos sargentos, y las sonrisas que sorprende en los labios de otros varios atemorizan al capitan y le hacen desconfiar, por cuyo motivo contesta que se halla demasiado adelantada la tarde para que los habitantes puedan abandonar sus domicilios y pronunciarse; pero que es probable que al dia siguiente toda la aldea no vacilará en seguir el movimiento. Estaban á mitad de camino de Colmar á Mulhouse; los dos escuadrones vuelven á ponerse en marcha, atraviesan Mayenheim gritando: ¡Viva Napoleon II! y en breve llegan delante de Ensisheim, villa crecida y circunvalada, donde existe una casa central de retencion que custodiaban dos compañías de infantería y un fuerte destacamento de gendarmes. Caron quiere acercarse y recoger esta tropa; mas uno de los sargentos que se hallaba constantemente á su lado, le observa que tal vez seria mejor enviar primeramente una simple descubierta; se ofrece para conducirla y el coronel consiente en ello. El sargento marcha á la cabeza de algunos cazadores, encuentra la guarnicion con las armas en la mano y formada delante de la puerta de la villa, se avanza directamente hácia el jefe de ella, que era el capitan Lafont, el que reconociendo al recien llegado permuta con él algunas palabras y le deja retroceder. El sargento regresa al lado de Caron, y le dice que habiendo olvidado el santo y seña, su presencia habia parecido sospechosa, sobre todo á una hora tan avanzada de la noche, y que el comandante se habia opuesto á que se acercara, amenazándole de hacer fuego si persistia. El coronel no queda enteramente satisfecho; quiere renovar en persona la tentativa; pero inmediatamente los sargentos que le rodean se ponen en marcha gritando ¡viva Napoleon II! llevándose tras sí los dos escuadrones y hasta el mismo Caron. La columna rodea á Ensisheim, y á eso de las once llega á la aldea de Battenheim, distante dos leguas de Mulhouse, donde se ordena un nuevo descanso, despues de haber andado ocho leguas.

Caron y los sargentos entran en casa de un mesonero, alcalde de la aldea: «Ya no somos mas los soldados del rey, esclamaban los sargentos, sino los soldados de Napoleon II; ¿qué os parece, señor alcalde?» El mesonero evita el responder, y sigue á sus nuevos huéspedes á una pieza del primer piso, interin Roger que se ha quedado en los patios preside á los cuidados que deben darse á los caballos. ¿Esta pequeña columna de doscientos hombres, armados de sables y pistolas, proseguirá su camino? ¿se atreverá á entrar en Mulhouse, ciudad de doce mil almas en cuyas afueras existe una poblacion de veinte y cinco mil operarios que reunidos á los de las manufacturas y fábricas situadas en las localidades vecinas puede aumentarse en algunas horas hasta sesenta mil? Caron habia anunciado que un cierto número de habitantes de Mulhouse saldrian á recibir la columna á Battenheim, y no se presentaba nadie; ¿debia aguardarse hasta mañana? Los sargentos que trataban estas cuestiones en una pieza inmediata á la sala donde se hallaba el coronel, á quien habian dejado solo un instante, decidieron que su situacion no podia prolongarse y que era indispensable terminar; vuelven á entrar, se sientan en la mesa comun, sírvenles de beber, chócanse los vasos, hace un signo uno de ellos, repentinamente dos soldados, que estaban uno á cada lado de Caron, se levantan, se arrojan encima de él, y le derriban; sus compañeros desenvainan los sables, martillan las pistolas, rodean al desgraciado coronel, y teniéndole fuertemente sujeto en el suelo, prorumpen: «¡Matar ese pícaro! hacedle saltar la tapa de los sesos!» Un sargento abre al mismo tiempo una ventana que daba al patio, llama á Roger, y le dice que el coronel quiere hablarle. Roger se da prisa y sube; mas apenas ha pasado el umbral de la puerta, cuando le agarran y derriban al lado del coronel. El alcalde asistia á esta escena; quiere retirarse, y le injurian acusándole de haber hecho avisar á los conjurados que aguardaban de Mulhouse. En este intervalo ligan de piés y manos á Roger, Caron y al criado de este último: «¡Pícaro! decian al coronel los cazadores ocupados en atarle, ¡nos has engañado! ¿dónde están tus conspiradores? los han avisado; ¡merecerias que te molieran á palos!» El sargento que durante toda la marcha parecia vigilar á Caron con mas cuidado, se acerca inmediatamente al alcalde, le declara ser el capitan Nicol, manda alojar los soldados en las casas de los habitantes y firma un recibo de doscientas raciones, pagadero en Colmar. A las seis de la mañana del dia siguiente, 3 de julio, los dos escuadrones salian de Battenheim y á las once los cazadores del Allier entraban en Colmar gritando: ¡Viva el rey! Detrás de ellos seguia en medio de una fuerte partida de gendarmes un carro, en el que se veia á Caron y Roger sentados uno al lado de otro. El coronel llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y tenia su casco al lado; la tranquilidad se mostraba en su semblante, su actitud era firme; conservaba todavía su uniforme, pero sin charreteras ni condecoraciones; su criado estaba echado en el fondo del carro.

El mismo dia prendieron á madama Caron, y la justicia se trasportó á las aldeas que habian recorrido los dos escuadrones, á fin de formar sumaria contra los habitantes que hubiesen contestado á los gritos sediciosos de los soldados con voces semejantes ó actos de simpatía (1). Borrado Caron, sin sueldo, de las listas del ministerio de la guerra, y licenciado Roger del servicio, no pertenecian mas al ejército; sin embargo fueron sometidos al consejo de guerra de Estrasburgo como acusados de soborno. Esta remision de causa, que era una violacion de todas las leyes, motivó un incidente en la sesion del 22 de julio. La cámara discutia el presupuesto de justicia, Benjamin Constant se quejó de la violencia de la magistratura en la actuacion y represion de delitos muy inofensivos, mientras que permanecia «indiferente al acto ilegal y culpable que separaba á dos ciudadanos no militares, de sus jueces naturales, infringiendo el testo espreso de la carta y de las leyes.» Mr. de Peyronnet contestó que con arreglo á la ley del 4 nivoso, año IV, «existia soborno todas las veces que por dinero, bebidas embriagadoras ó cualquiera otro medio se intentaba desviar á los defensores del estado, de sus banderas, para hacerlos pasar al enemigo, al estranjero ó á los rebeldes.—Señores, añadió el ministro, este último hecho se imputa á los dos individuos designados; ellos han intentado seducir las tropas reales para hacerlas seguir bajo las banderas de los rebeldes.

Numerosas voces de la izquierda: «¿Dónde están los rebeldes? ¿dónde está el ejército?»

El general Foy, se precipita á la tribuna: «Cuando he leido en los periódicos que Caron y Roger han sido sometidos por soborno á un consejo de guerra (voces numerosas de la derecha: ¡Al presupuesto! ¡al presupuesto!) he creido que el redactor se equivocaba, y que al contrario iban á juzgar á los que con los gritos de ¡viva el emperador! han sobornado á Caron y Roger.»

Voces de la derecha: «¡Ah! ¡eso es demasiado fuerte! ¡Al presupuesto!»

El general Foy: «Yo no debia suponer que pudiera tratarse como criminales á los que precisamente han sido víctimas de soldados, que en virtud de órdenes superiores han fingido insurreccionarse, conduciendo á esos dos hombres, como por la mano, á un crímen completo; todo lo mas podria acusarse á Caron y Roger de proposicion de motin no aceptada. Yo no abuso de las palabras calificando semejante hecho de traicion y asesinato premeditado (agitacion á la derecha). Se ha visto á

(1) En virtud de esta sumaria, cuyos elementos fueron sacados de las relaciones de los cazadores y sus jefes, prendieron al capitan de húsares retirado, hermano político del mesonero de Mayenheim; interrogado acerca de las palabras que habia contestado á los sargentos, respondió «Veia que representaba una comedia, y yo creí que debia desempeñar mi papel.» Esta respuesta le hizo poner en libertad.

las tropas impulsadas por sus jefes provocar la fidelidad de todo un departamento recorriendo diez localidades gritando, ¡ viva el emperador! ¡Ah, señores! si algunos hombres descarriados hubiesen contestado á estas incitaciones con las mismas voces; ¿existe sobre la tierra un jurado que se atreviera á condenarlos?»

Desde el principio de este discurso, el lado derecho no habia cesado de interrumpir y agitarse, y sus gritos no permitian que se oyera el orador.

Mr. Dupont (de l'Eure): «¡Esto es la montaña del 93!»—Otros miembros de la izquierda: «¡Qué furia! ¡qué rabia!»—Todo el lado derecho á la vez: «¡Al presupuesto! ¡al presupuesto!»

El general Foy permanece en la tribuna; pero todas las veces que prueba á continuar, la derecha cubre su voz con gritos: «¡A la cuestion! ¡al presupuesto! ¡nosotros no somos jueces!»

Mr. Dupont (de l'Eure): «¡Afortunadamente no lo sois!»

El general Demarçay: «¡Sois locos, furiosos!»

El presidente sonrie, agita la campanilla y obtiene por último un medio silencio.

El general Foy: «Caron y Roger no son militares. La carta no permite separar á los ciudadanos de sus jueces naturales, y el juez de estos dos acusados es la real audiencia de Colmar. El señor guardasellos nos ha recordado que el artículo 1.° de la ley de nivoso del año IV castiga con la pena de muerte todo soborno para proteger al enemigo, estranjero ó rebelde. Esta ley ha sido hecha en una época de guerra estranjera y guerra civil: pues bien, yo pregunto ¿dónde se hallan hoy dia los ejércitos estranjeros en Francia? ¿dónde están los ejércitos rebeldes? No hay ya guerra; luego no existe soborno que dependa de los tribunales militares. Este crimen es un delito tan especial, que no se halla previsto en el código penal, y que la palabra soborno ni aun se encuentra mencionada. ¿Sabeis por qué se separa á Caron y Roger de sus jueces competentes? Porque los habitantes de todo aquel pais han sido testigos del infame asesinato premeditado de que son víctimas; porque cualquiera jurado que proceda de esos habitantes los absolverá unánimemente.»

El lado derecho reclama con fuerza y decide que se levante la sesion, terminando de este modo el incidente que habia tenido lugar, y tres semanas despues, el 18 de setiembre, Caron y Roger comparecieron delante del consejo de guerra de Estrasburgo. Viendo sus abogados que la sala estaba desierta, pidieron que se permitiera entrar al público que se hallaba aglomerado á las puertas. El baron de Escordal, presidente y coronel del 5.° de línea, respondió que tan solo se concederia el permiso para entrar, al número de personas fijado por la ley de los consejos de guerra, es decir, veinte y una, ó sea, el triple del número de jueces (1). En seguida se hizo lectura de las piezas del proceso. Esta lectura y la audiencia de los testigos confirmó todos los detalles del lazo tendido á los acusados: jefes, oficiales, sargentos y soldados, cada uno relató sin avergonzarse la parte que habia tenido en este odioso asesinato premeditado. Mas todavia; se supo por las declaraciones, que aun cuando Caron hubiese persistido en la última entrevista del bosque de Brisack, solicitada con tanta vehemencia, en su proyecto de renunciar á la sublevacion ó retardarla, no por eso hubiera escapado á la suerte que le aguardaba. Durante esta entrevista, y en virtud de las órdenes dadas por el general Rambourg, comandante general del departamento, y por el marqués de Chabannes-la-Palice, coronel de los cazadores del Allier, otros dos individuos, los sargentos primeros Zerlaut y Robin, se hallaban emboscados á pocos pasos del sitio de la entrevista, con el objeto de echarse encima del coronel, si resistia á las invitaciones que se le harian para la inmediata ejecucion del motin; arrestarle con el ausilio de sus compañeros, y entregarle en seguida á la justicia como culpable de haber intentado sobornarlos (2). Terminada la audiencia de los testigos, Mr. Lichtemberg hizo la defensa de Caron, el cual fué condenado unánimemente por el consejo á la pena de muerte. Absuelto Roger de la acusacion de soborno, por una mayoría de cinco votos contra dos, y de la complicidad de soborno por cuatro votos contra tres, fué remitido á sus jueces competentes, para defenderse de la imputacion de motin contra la tranquilidad del estado. Caron apeló, y el dia señalado á la sentencia de su apelacion, los magistrados del tribunal supremo se hallaron en sus asientos y el defensor del acusado en su banco; mas no podia intervenir ninguna decision; los periódicos de la mañana anunciaban que la víspera el coronel habia sido pasado por las armas á pesar de su apelacion. A las tres de la tarde del 1.° de octubre y despues de haber escrito dos cartas tiernas y cortas, la primera dirigida á su mujer que seguia presa, á fin de inspirarle valor y recomendarle á su hijo; la segunda á Mr. Lichtemberger para darle las gracias por su defensa, Caron fué conducido detrás del bastion de Finckmatt; se hallaba solo en el coche que le condujo y bajó solo de él. Su semblante ni su porte no indicaban el mas pequeño temor, llevaba frac y pantalon negros, y un chaleco blanco; él mismo se situó delante de los doce soldados encargados de la ejecucion; se opuso á que le vendaran los ojos, dió la voz de fuego y cayó atravesado por seis balas.

El 12 de julio precedente el general Pánfilo Lacroix habia reunido en el Campo de Marte de Colmar al 46 de línea, y los dos regimientos de cazadores de caballería del Allier y Charenta. Despues de haberles pasado revista, este general les hizo formar en círculo, y colocado en el centro pronunció un discurso que contenia las frases siguientes: «El padre de la patria, sonriendo por la fidelidad de sus hijos, se complace derramando sobre ellos sus beneficios á manos llenas: el capitan Nicol queda promovido al grado de jefe de escuadron; los señores Thiers y Gerard, sargentos primeros instructores, y Magnien, sargento del 46 de línea, son nombrados subtenientes. El rey ha estendido su munificencia paternal hasta encargarme entregar á cada uno de estos sargentos, como tambien al sargento Delvaize una gratificacion de mil quinientos francos.» Los nuevos oficiales fueron dados á reconocer inmediatamente y el dinero pagado. Tristes recompensas que propendian á sembrar en las filas del ejército las pasiones mas vergonzosas: así es que herido profundamente en su sentimiento moral, las difamó sin vacilar (1). Algunos meses despues, el 23 de febrero de 1823, acusado el teniente Roger de motin contra la seguridad del estado, compareció ante la sala del crimen del Mosela con MM. Forel, antiguo oficial de la guardia imperial y sobrino del conde de Lobau, y Jousseaud, hijo de un comerciante de los Vosgos. El jurado absolvió estos dos últimos, y Roger, declarado culpable, fué condenado á la pena de muerte. Recomendado á la clemencia real, le hicieron gracia de la vida en cambio de veinte años de trabajos forzados y la esposicion pública, cuya última pena sufrio en la plaza principal de Metz. Una inmensa multitud rodeaba el tablado donde se elevaba el poste, al cual fué atado por el verdugo, poniéndole un collar de hierro en el cuello; pero esta multitud borró con las muestras de su simpatía y compasion la ignominia del castigo: un habitante de la ciudad, Mr. Watrin, subió atrevidamente encima del tablado, se acercó al condenado, y le puso en la cabeza una corona de encina en medio de los aplausos de algunos millares de espectadores que durante todo el tiempo de la esposicion cubrieron la plataforma de flores y ramas de laurel: pocas semanas despues, Roger fué trasladado al presidio. Ignoramos si la muerte ha hecho desaparecer á todos los autores y cómplices de este sangriento episodio, «cuya organizacion pertenecia al ministerio,» segun lo ha dicho un escritor realista contemporáneo (2). Si alguno de estos hombres vive todavía, solo con la voz de su conciencia, hace muchos años que ha debido envidiar los tormentos del teniente Roger (3).

Un tercer proceso tomó igualmente su orígen en la conspiracion de Béfort, pero no tuvo resultados tan tristes. Hemos indicado los elementos de fuerza que los conjurados esperaban hallar en las guarniciones de Metz y Estrasburgo; algunos iniciados hicieron proposiciones al teniente Charvais del 40 de línea, que pasó despues, bajo el título de ascenso, á la guardia real, y denunciados por este oficial, motivaron la prision de MM. Trolé, Walter y Peugnet, hermano del conjurado de Béfort; estos tres oficiales pertenecian al arma de artillería; el 22 de agosto comparecieron igualmente delante del consejo de guerra de Estrasburgo, acusados de haber tomado parte en una sociedad política secreta. Apoyada el acta de acusacion por el único testimonio del denunciador, y desmen-

(1) Habiendo decidido el consejo de guerra que el procurador del rey de Colmar, que asistia á los debates por órden espresa del ministro de justicia, y diez oficiales de la guarnicion no saliesen de la sala de las sesiones, formando parte del público, el número de espectadores quedó realmente reducido á diez.

(2) *Proceso de José Caron y Roger*. 1822. Estrasburgo, imprenta y libreria de Juan Enrique Heitz, calle del Odre.

(1) Los 1.500 francos, concedidos por el gobierno á cada uno de los cuatro sargentos les fueron entregados en el acto mismo de la revista, dícese que puestos dentro taleguillos mal atados, se deshicieron en el acto en que los sargentos tendian las manos para recibirlos, este dinero se esparció por el suelo, y durante algunos instantes se pudo ver á los tres nuevos oficiales y Delvaize, buscando y recogiendo su vergonzoso salario.

(2) «Creo poder afirmar como cosa cierta que la invencion del lazo tendido á Caron y á Roger fue obra del ministerio, y que las autoridades militares recibieron la órden de ejecutarla.» Mr Carlos de Lacretelle *Historia de Francia*, t. III, cap. XXIII.

(3) Roger fue enviado al presidio de Tolon, donde permaneció dos años, obteniendo en 1824, por la intercesion de madama Récamiers y Mr de Chateaubriand, entonces ministro de negocios estranjeros, la remision entera de su condena.

tida por las declaraciones de otros oficiales, bajó basta las simples proporciones de conversaciones políticas que habian tenido lugar en el domicilio del primer acusado; los tenientes Walter y Peugnet fueron condenados solamente á una lijera multa, y el teniente Trolé á tres meses de prision.

Estos diferentes procesos constituyen la accion de la justicia en los hechos que se refieren á los esfuerzos de la carbonería en el este de la Francia; vamos á decir cuál fué su intervencion en las tentativas de insurreccion del mediodía.

Poblacion agrícola y diseminada, donde continuaban dominando las costumbres seculares y la tradicion; y de la que la influencia todavía poderosa del gran propietario, noble y eclesiástico, mantenia el espíritu religioso y monárquico, los habitantes del mediodía, sobre todo de los departamentos comprendidos entre Lyon y el mar, no podian ofrecer á la propaganda de los carbonarios, los recursos que esta encontraba, por ejemplo, en la poblacion de las numerosas y patrióticas ciudades industriales ó manufactureras de la Alsacia. Mr. Arnoldo Scheffer, encargado de la direccion de las ventas de esta parte de la Francia, habia sin embargo logrado, despues de largos esfuerzos, establecer en Lyon un centro de accion donde venia á concentrarse el trabajo de las ventas fundadas en Dijon, Chalons, Macon, Trevoux, Saint-Etienne, Roanne, Romans, Valence, Grenoble, Marsella y Tolon; pero todas estas ventas eran ventas civiles; las guarniciones de esta parte de la Francia contribuian á la carbonería con un contingente casi nulo: solamente Marsella contenia una venta militar; la sociedad era dueña de un batallon del 5.° de línea, puesto bajo las órdenes del comandante Caron (1). Llegado á Paris en los últimos dias de 1821 para dar cuenta de la situacion de la sociedad en los departamentos confiados á su direccion, Mr. Arnoldo Scheffer volvió á marchar al cabo de algunos dias, visitó la Alsacia, antes de regresar al mediodía, y entró en Lyon en el momento señalado para el pronunciamiento de las guarniciones y ventas del valle del Rhin. La primera noticia de los acontecimientos de la noche del 1.° al 2 de enero, la recibió por conducto del hijo de Mr. de Corcelles, quien apenas llegado á Befort habia recibido del comité director, la mision de ir á precipitar el movimiento de las ventas del valle del Ródano. Desorganizados en el este, pero prontos á intentar en el oeste un nuevo esfuerzo con el ausilio de los caballeros de la libertad, los jefes de la carbonería deseaban que estallase en una de las grandes ciudades del mediodía un movimiento que dividiendo la atencion del gobierno, y manifestando la accion de la sociedad en los puntos mas opuestos del reino, tendria á la vez por resultado el operar una diversion favorable á los conjurados del valle del Loira, y prevenir el desfallecimiento inevitable á causa de la primera derrota. Mr. Arnaldo Scheffer y el hijo de Mr. de Corcelles bajaron inmediatamente al Ródano, y el 10 de enero, cuando apenas hacia nueve dias que el último habia salido de Béfort, entraban los dos en Marsella y el comandante Caron les informaba que empezaban á tenerle por sospechoso; que una órden del ministro de la guerra recibida aquella misma mañana le obligaba á presentarse inmediatamente en Paris. Esta órden que hacia salir inmediatamente de Marsella á Caron, habia precedido de algunas horas un mandato de prision dado contra este jefe, con motivo de un arresto operado en Tolon del modo siguiente:

Entre el número de oficiales á media paga ó de reemplazo que habian entrado en la carbonería marsellesa, se hallaba el capitan de la antigua guardia imperial Vallé, hombre enérgico, en quien el deseo de combatir en favor de los griegos sublevados entonces contra el sultan le habia conducido á Marsella, donde organizaba una compañía de voluntarios destinados á seguirlo á Morea. Esta compañía, que ya era bastante numerosa, no tan solo constituia una fuerza pronta á secundar el movimiento del batallon del 5.° de línea; su formacion era un abrigo con el cual Vallé disimulaba su activa propaganda en favor de la carbonería. Lo mismo que Marsella, Tolon contenia un gran número de oficiales retirados ó fuera de servicio activo; lleno de ardor Vallé quiso hacerles entrar en la asociacion; pasó á verles y el 9 de enero reunió algunos de estos antiguos militares á quienes habia convidado para almorzar. Durante la primera parte del almuerzo que se efectuaba en un café, el capitan se limitó á lamentarse contra la influencia cada vez mas amenazadora de los nobles y eclesiásticos, y á manifestar esperanzas vagas acerca de un mejor porvenir; haciéndose muy pronto mas espansivo, añadió que formaba parte de una sociedad política secreta que contaba con numerosos miembros de todas las clases de la poblacion civil y militar, y al finalizar el almuerzo, cuando las cabezas empezaban á calentarse, leyó á sus convidados una especie de programa escrito donde se hallaban especificados el objeto de esta asociacion y las condiciones impuestas á los iniciados. El mismo dia los periódicos anunciaban el descubrimiento de la conspiracion de Béfort. La proximidad de esta noticia con la proposicion de sociedad secreta, hecha en un sitio público y sin la menor reserva, escitó en uno de los convidados, el capitan Sicard, procedente tambien de la guardia imperial, algunas sospechas que manifestó con palabras que Vallé calificó de ofensivas; en breve se mezclan espresiones denigrantes; el capitan Sicard pronuncia la palabra agente provocador; Vallé se indigna y encoleriza; promuévese una disputa violenta: Sicard envia á buscar al comisario de policía que acude al instante; á la vista de este empleado Vallé rasga el programa escrito del cual habia dado censura, arroja los pedazos por la ventana y se deja prender.

En sus confidencias acerca de las fuerzas con que ya contaba la carbonería en Marsella, Vallé habia pronunciado varios nombres, é inmediatamente se dió la órden para arrestar á las personas designadas Hacia mucho tiempo que se sospechaba del comandante Caron; advertida la autoridad de la visita que acababan de hacerle dos viajeros recien llegados de Lyon, juzgó de su deber asegurarse de estos últimos y de Caron; mas cuando se presentaron sus agentes en el domicilio de este jefe, supieron que acababa de montar en la silla-correo de París, acompañado de dos estranjeros. Pensaron que podria alcanzarlos empleando la línea telegráfica: previendo esta medida MM. Arnoldo Scheffer y de Corcelles abandonaron la posta en Valencea, Caron cambió de coche en Lyon, y cuando la policía de Paris se presentó para registrar la silla-correo á su llegada, la encontró vacía.

Los acusados arrestados en Marsella eran: MM. Salomon, oficial piamontés, refugiado; Renaud, oficial de reemplazo; Chaffarol, hacendado; Constantin, hacendado piamontés refugiado; Planchaud, oficial de reemplazo, y Orcel (hijo) conductor de naves. Los seis comparecieron con el capitan Vallé ante la sala del crimen del Var, convocada estraordinariamente en Tolon; eran acusados, á saber: Vallé, Salomon, Renaud y Spinola, capitan piamontes refugiado, contumaz, de ser los agentes de una conspiracion que tenia por objeto derribar el gobierno, y de haber hecho tanto en Marsella como en Tolon, proposiciones no aceptadas para entrar en esta conspiracion; el comandante Caron, contumaz, de haber sido igualmente uno de los agentes de la conjuracion, y haber tenido conocimiento de las proposiciones hechas para entrar en ella; Chaffarol, Constantin, Blanchard y Orcel (hijo), de haber formado parte de la conjuracion y hecho, por escrito, proposiciones para entrar en ella. La acusacion fiscal estribaba únicamente en el programa de asociacion secreta leida por Vallé, del cual la policía habia recogido y reunido los pedazos; como tambien en algunas confesiones de participacion que se habian escapado á varios acusados al principio de la actuacion, de las que se retractaron en el momento de los debates. Ni estas confesiones, ni el programa asignaban un objeto claro y definido á la sociedad; pero no obstante la inanicion de estos cargos, Valle y Salomon fueron condenados; el primero culpable de conspiracion y de propuesta de insurreccion, á la pena de muerte; el segundo por proposicion de asociacion, á diez años de destierro. El tribunal absolvió á los demás acusados presentes, y pronunció la pena capital á los contumaces. Condenado tambien Vallé á la pena de la degradacion, como á caballero de la Legion de Honor, arrancó su cinta al oir pronunciar esta disposicion y se la tragó. Su defensor marchó precisamente á Paris para solicitar su gracia; la solicitud fue desechada y la ejecucion de la sentencia tuvo lugar el 10 de junio. Una correspondencia publicada por la gaceta de Lyon ha relatado en estos términos los pormenores de ella: «Tolon 10 de junio.—A las dos del dia de hoy Vallé ha sufrido la pena capital en la plaza de la puerta de Italia; ha muerto con mucha sangre fria y mostrado la mayor serenidad. Habíanle anunciado á las siete de la mañana que se preparara para morir; mas en vez de causarle temor esta noticia, pidió al contrario, de comer y almorzó perfectamente. Al pasar por el curso, se ha parado delante de un licorista y ha pedido un vaso de aguardiente que se bebió á la salud de la Francia y de los valientes. A pesar de la insistencia del respetable canónigo Michel, cura párroco de la catedral, y de otros cuatro eclesiásticos que no le han abandonado desde por la mañana, ha despreciado todos los consuelos de la religion, rehusando besar al pie del cadalso la imágen del Redentor.»

La serenidad de este antiguo soldado que la suerte hacia caer en un patíbulo despues de haberle respetado por el espacio de veinte años en todos los campos de batalla de Europa, debia renovarse al cabo de poco tiempo en el corazon de cuatro jóvenes, tambien soldados y privados de la vida mucho tiempo antes de la hora, por la misma causa política, y por los mismos hechos de participacion en la sociedad de los carbonarios.

(1) Ignoramos si Caron, comandante del 5.° de línea, era pariente del coronel Caron fusilado en Estrasburgo.

El 45.º de línea era uno de los regimientos donde habia penetrado la carbonería. Formado este cuerpo en Chartres en 1816 bajo el nombre de Legion d'Eure y Loira, se habia compuesto, como el resto del ejército, de voluntarios, y de sargentos y soldados licenciados con el ejercito del Loira reclamados nuevamente para el servicio. El disgusto que existia en esta época contra el gobierno real en las clases inferiores de todos los regimientos, se hallaba tambien en el 45.º; las causas de irritacion eran las mismas; incapacidad militar y administrativa de los jefes principales; obstinacion en no querer reconocer los grados de los antiguos sargentos del imperio y de los cien dias, forzados á servir como simples fusileros; preferencias otorgadas á hombres sin servicios anteriores á la restauracion y que afectaban un gran celo realista, y persecuciones contra los oficiales sospechosos de adhesion á los principios de la revolucion. A últimos de 1820, el licenciamiento de cuatro capitanes, oficiales inteligentes, amados del soldado, separados del servicio activo á causa de informes dados por el coronel marqués de Toustain, antiguo emigrado, habia causado entre otros hechos, en el 45.º, una sensacion que duraba todavía cuando en el mes de mayo de 1821 el regimiento salió de Dieppe y el Havre para ir de guarnicion á Paris. Acuartelados los dos batallones que le formaban en la calle del Foin-Saint-Jacques, y calle San-Juan-de-Beauvais, se hallaban colocados en el centro del barrio de las escuelas de leyes y de medicina. Esta vecindad puso prontamente en relaciones á los sargentos y alumnos. Uno de estos, admitido recientemente en la carbonería, debió á la casualidad de estas relaciones hallar en el sargento primero Bories un antiguo condiscípulo, á quien inició en el secreto de la asociacion, solicitándole que estableciera una venta entre sus compañeros. Bories consintió en ello, y se declaró primeramente á uno de sus amigos, antiguo sargento del imperio trasformado en simple soldado, el fusilero Lefèvre. «Nuestro proyecto, ha dicho este último, no era sublevar el regimiento, como se ha asegurado, sino preparar los ánimos para romper en tiempo oportuno el yugo humillante bajo el cual se queria hacer inclinar el ejercito. No obstante, ya no tenia que aguardar mas que algunos meses para hallarme libre del servicio, y desde mi llegada á Paris, residencia de mi familia, me habia acostumbrado de antemano á considerarme como enteramente libre. Por otra parte yo no me hacia ilusion acerca de las pocas probabilidades que teníamos de un buen resultado; desde luego temia que la policía se hallase mezclada en todo lo que se preparaba; sin embargo acepté, sin vacilar, mi parte en la obra cuyo cumplimiento iba á intentarse, pues me hallaba ansioso de ver comenzar una lucha por la cual yo pensaba que no era demasiado sacrificar su vida (1).» Este estilo de uno de los miembros mas humildes de la carboneria militar, unido á un hecho que vamos á relatar, podrá dar una idea exacta de los sentimientos que dominaban en aquel momento a las clases inferiores de la tropa, tanto entre los hombres iniciados en los esfuerzos proyectados contra el gobierno, como entre los que pertenecian fuera de ella. En el número de los sargentos adoptados por Bories, además del fusilero Lefèvre, se encontraba el sargento Goubin. En el mes de diciembre de 1821, á eso de media noche, este sargento oye tocar la generala, y se imagina reconocer en el patio la voz de Bories; se levanta precipitadamente, y persuadido que ha llegado el momento de obrar, ordena á todos los soldados de su compañía que se vistan, tomen las armas, carguen los fusiles y bajen. Obedécenle, y al llegar los mas diligentes al patio hallan en él á un oficial del estado mayor de la plaza, el cual les manifiesta que este toque de tambores anuncia simplemente un incendio que está ardiendo en los Gobelinos; obligados á dejar las armas, suben y encuentran á Goubin que bajaba con el resto de la compañía. El sargento hace inmediatamente que vuelvan á entrar los soldados y pocos momentos despues todos los fusiles estaban descargados y colocados en su sitio. La compañía tenia cerca de cien hombres: todos guardaron el mas profundo silencio acerca de esta toma de armas, que permaneció ignorada hasta del resto del regimiento, y si alguno de los actores hizo alusion á ella fué en voz baja, y para deplorar «que no hubiese tenido lugar alguna cosa.»

Poco tiempo despues, en los primeros dias de enero de 1822, el regimiento recibió la órden de hallarse pronto para salir de Paris é ir de guarnicion á La Rochela. Esta órden le fué dada á causa de una asechanza fingida por tres sargentos que afectando un gran celo realista pretendian haber sido víctimas de sus opiniones; comedia ridícula con la que se dejó engañar el marqués de Toustain, y de la que se hizo el cómplice involuntario, y cuya representacion nocturna en medio de los Campos Elíseos, obligó al general que mandaba la division á imponer varios dias de arresto al coronel y una prision de algunas semanas á los tres sargentos. Deseoso de sostener la energía de los carbonarios á quienes habia iniciado, y de probarles que la venta del 45.º se ligaba, como lo habia anunciado, con una vasta y numerosa asociacion política, antes de marchar, Bories quiso poner á sus compañeros en relacion con algunos miembros de la venta central, de la que él mismo era miembro por su calidad de diputado de una venta particular. Se convino dar un almuerzo, en casa de un comerciante de vinos de la calle Descartes, detrás de la iglesia de San Estéban del Monte, que tenia el rótulo del rey Clodoveo. En esta comida que se verificó en una sala alta, alquilada bajo pretesto de un asalto de armas, y á la que asistian como delegados de la venta central, MM. Baradere, abogado; Gauran, cirujano del hospital Beaujon; Rozé, empleado, y Hénon, jefe de institucion, este último pronunció un discurso en el que recordando los trabajos y gloria de los antiguos ejércitos republicanos, emitia la esperanza de ver al nuevo ejército mostrarse digno de sus antepasados, defendiendo los mismos intereses, y haciendo triunfar los principios consagrados por la constitucion del 91. Vivos aplausos acogieron estas últimas palabras, y los convidados se separaron despues de haber cambiado por única garantía, la promesa de permanecer fieles á la causa de la revolucion.

Desde su iniciacion Bories se hallaba en relacion con varios miembros de la venta superior, y habia sido presentado por uno de ellos, Mr. Laresche, á Mr. de Lafayette; así es que hizo avisar al general de la marcha repentina del regimiento. En aquel mismo momento se preparaban insurrecciones en Nantes y Saumur, y el camino que debia seguir el 45.º, atravesaba á lo largo, desde Tours hasta La Rochela, todos los departamentos donde se disponian para sublevarse. Los jefes de la carboneria resolvieron utilizar esta circunstancia en favor de los esfuerzos proyectados por los conjurados del oeste, y Mr. Laresche, encargado de dar á Bories las instrucciones verbales necesarias, le remitió varios objetos cortados cuyas segundas mitades debian ser confiadas á los carbonarios que tuvieran que trasmitirle durante la marcha las órdenes del comité director.

El 45.º salió de Paris el 22 de enero; sus dos batallones marchaban á dos dias de distancia; el segundo iba delante; algunos de los soldados que le componian disputan, á su paso por Orleans, con los soldados de un regimiento suizo que se hallaba de guarnicion en esta ciudad. Con motivo de este conflicto, el marqués de Toustain publica una órden del dia que se leyó en presencia de las compañías del primer batallon, cuando al dia siguiente entró á su vez esta parte del regimiento en Orleans. Esta órden amenazaba con las penas mas severas a todo sargento ó soldado que disputara con los suizos: los sargentos, con razon ó sin ella, serian castigados con un mes de prision y pérdida del grado, y los soldados enviados á las compañías de disciplina. Bories reune á sus compañeros iniciados, y les recomienda la mas absoluta reserva: «Muy pronto pueden tener necesidad de nuestra asistencia, les dijo, y ninguno de nosotros debe faltar al llamamiento.» Al dia siguiente entra con uno de sus camaradas en un café á donde acuden inmediatamente dos sargentos suizos. Bories se prepara al instante para salir; pero en el momento que llega á la puerta, uno de los dos estranjeros le impide el paso presentándole un vaso é invitandole á beber. Bories no contesta, separa con la mano el brazo del suizo, quiere proseguir su camino, y recibe en el acto el contenido del vaso en la cara «¡Salgamos!» dijo el sargento suizo que fué abandonado inmediatamente por su compañero. Este último habia ido á buscar algunos compatriotas, los que habiendo alcanzado á los dos adversarios á poca distancia de la guardia del puente, quieren conducir á Bories al punto; empréndese una lucha; Bories, sostenido por algunos soldados de su regimiento, y por algunos operarios, lograba desembarazarse, cuando acudieron los suizos del cuerpo de guardia armados, le rodean, calan bayoneta, le hieren de dos golpes en la cabeza, le derriban y le conducen ensangrentado al puesto. Al dia siguiente el coronel le pone en la guardia de prevencion, el batallon continúa su marcha, y va sucesivamente á pernoctar á Beaugency, Bloisy y Amboise. En esta última ciudad Bories, que á todas las etapas permanecia retenido en el cuerpo de guardia, hace llamar á Lefevre, y le anuncia que algunos emisarios de Paris le traerán probablemente, al dia siguiente, algunas órdenes para apoyar un movimiento preparado en Saumur.» Es por Sainte-Maure, añadió, que deben llegar las noticias de esta tentativa; yo no puedo ir á buscarlas; tú me reemplazarás, y ven á verme tan pronto como lleguemos á Tours.» Al otro dia por la noche Bories remitió á Lefevre las cartas cortadas que abrieron á este último las puertas de una casa de campo situada en el camino de Sainte-Maure, pero ningun emisario de Paris ó de los conjurados de Saumur habia comparecido en ella. Al dia siguiente, despues de la llegada del batallon á Sainte-Maure,

(1) *Recuerdos de la conspiracion de la Rochela*, por J. S. Lefèbvre. Ruan 1845

llamado nuevamente Lefevre por Bories, tuvo que montar á caballo á la entrada de la noche, y seguir á un ginete desconocido que durante una carrera rápida de cuatro horas no pronunció ni una sola palabra. Por fin se pararon cerca de una casa aislada de buena apariencia. Lefevre preguntó cual era la distancia que habian recorrido: «Seis leguas,» respondió el guia. Entrado dentro de la casa, el amigo Bories fué recibido por un jóven, con el cual trocó primeramente algunas palabras de ceremonia; y hecho el reconocimiento, el desconocido le dijo que el movimiento de Saumur se hallaba retardado; pero que dentro de pocos dias se pondria probablemente á la prueba la decision de los carbonarios del 45.° Lefevre acababa de encontrarse en presencia del teniente de artillería Delon. A las tres de la mañana entraba otra vez en Sainte-Maure, y volvia inmediatamente á ponerse en marcha con el batallon, el que despues de haber pernoctado sucesivamente en Chatellerault, Poitiers y Niort, llegó en fin á La Rochela el 14 de febrero. Bories en vez de recobrar la libertad fué depositado en la casa de retencion de la ciudad.

Este rigor era el resultado de imprudencias cometidas por este sargento y sus camaradas durante la última parte del camino. Efectivamente, en Poitiers Bories no se habia limitado á confiar sus sentimientos políticos á un sargento primero confidente secreto del coronel; sino que además habia hablado de su posicion y esperanzas con un antiguo oficial en cuyo alojamiento le habia enviado el ayudante, por órden de Mr. de Loustain, para que pasara la noche, el cual habia conseguido captar su confianza fingiendo contra los Borbones una aversion estremada. Por su parte, en Niort sus camaradas habian aceptado de algunos liberales de la ciudad una comida en la que manifestaron sus opiniones con una libertad que podia comprometerles. El sargento primero, confidente del coronel, se habia apresurado á relatar á su jefe la conversacion de Bories; el huésped de este último en Poitiers, habia igualmente denunciado sus confidencias al general Malartic que mandaba el departamento; en fin los partes de la policía informaron á las autoridades de los Deux-Sevres de las espresiones proferidas por los sargentos del 45.° en la comida de Niort. Trasmitidos al comandante de la division militar, el general Despinois, acérrimo realista, cuyo celo se hallaba exaltado por los acontecimientos recientes de Colmar, y por las severas instrucciones del nuevo ministro de la guerra, estos diversos partes decidieron á este oficial general para ordenar la traslacion de Bories á las prisiones de Nantes, en donde él mismo queria interrogarle. Esta marcha confirió la presidencia de la venta del 45.° al sargento primero Pommier, en el mismo momento en que el aborto de la tentativa del general Berton contra Saumur, acontecimiento inesperado y del que se acababa de recibir la noticia en La Rochela, hacia esta direccion mas difícil y mas delicada. Puerto de mar y asiento de una venta central civil, que se apoyaba á la vez en otros grupos de carbonarios, y en dos batallones de infantería colonial acantonados en la isla de Rhe, La Rochela era un punto de reunion y de refugio naturalmente indicado á los principales fugitivos, ya sea que quisieran pasar al estranjero, ya que tuviesen la idea de continuar la marcha de las conjuraciones. El teniente Delon y despues el mismo general Berton no tardaron en llegar á ella; pero Delon, por decirlo así, no hizo mas que atravesar la ciudad, pues se embarcó inmediatamente con uno de sus amigos, el teniente Moreau, á bordo de un buque fletado para España. En cuanto al general Berton, lejos de consentir en espatriarse, se puso en relaciones con Pommier por conducto del presidente de la venta civil de La Rochela, y le invitó para que reuniera sus camaradas y les anunciase que estuvieran prontos. Pommier convocó los carbonarios del 45.° al Leon de Oro, meson de la aldea de Lafond á un cuarto de legua de La Rochela. En vano Goblin, Raoulx y Lefevre probaron á demostrarle la inutilidad de esta reunion de la que preveian graves inconvenientes sin la menor ventaja, supuesto que tanto ellos como sus compañeros se hallaban prontos á obrar á la primera señal; Pommier persiste en la órden que ha dado. Una obediencia absoluta á las órdenes de los jefes era de rigor en la carbonería; todos se someten, y al dia siguiente 11 de marzo todos los miembros de la venta comparecieron en el Leon de Oro. Pommier abre la reunion renovando á los iniciados la recomendacion de hallarse prontos, y anunciándoles la presencia del general Berton á las puertas de La Rochela. Ningun pormenor acerca de lo que se les exigirá, ni de lo que se espera de ellos, acompaña esta comunicacion. Un individuo admitido recientemente, el sargento primero Goupillon, impaciente de toda especie de retardo, emite el parecer de empezar inmediatamente, y exaltándose gradualmente propone sublevar el regimiento é incendiar los cuarteles por via de diversion. Un murmullo general acoge esta proposicion que Goubin combate fuertemente declarando que llegada la hora todos sabrian cumplir con su deber sin recurrir á medios tan vituperables. Despues de diferentes preguntas dirigidas por otros sargentos á Pommier acerca del momento probable de la accion, y de los medios que piensa emplear para hacer seguir al regimiento en la insurreccion, á cuyas preguntas rehusa contestar, los miembros de la venta se separan prometiéndose mutuamente hallarse prontos, segun se les exige, y aguardar. A los dos dias, el 13, Goubin y despues Pommier, designados nominalmente en los partes acerca de la comida de Niort, son arrestados de órden del coronel, y conducidos á su vez á la cárcel de la ciudad.

Este doble arresto espantó al sargento primero Goupillon de carácter débil, tan fácil al abatimiento mas estremo como á la mas viva exaltacion. La imágen de los peligros á que puede esponerle su afiliacion en una sociedad política secreta le atemoriza, y una especie de desesperacion se apodera de él. Sorprendido en un momento en que se abandonaba al dolor y á las lágrimas, por el sargento á quien Bories habia hecho precisamente algunas confidencias, el sargento primero Choulet, y hostigado por este último á fuerza de preguntas, deja escapar el peso que le oprime. Choulet insiste para que haga confesiones completas al coronel. Goupillon vacila y fluctúa durante algunos dias entre las resoluciones mas opuestas; mas Choulet que ya habia prevenido al jefe del regimiento, triunfa de sus vacilaciones; Goupillon hace una declaracion sin reserva al marques de Toustain, relata todo lo que ha hecho, visto y oido, y entrega hasta los nombres de los sargentos iniciados. La misma noche (15 de marzo), al salir de una entrevista que Raoulx y Lefevre acababan de tener con el general Berton en el domicilio del presidente de la venta central de la ciudad, estos dos militares fueron arrestados, como tambien todos los demás miembros que se hallaban todavía libres de la venta del 45.°, y las pesquisas hechas en los baules y jergones de cada uno de ellos descubren los puñales, seña de reunion, que por un cuidado pueril Mr. Laresche habia encargado á Bories que les distribuyera.

Hasta entonces el gobierno no habia tenido mas que sospechas ó informes vagos acerca de la existencia de una sociedad política secreta de carbonarios, uniendo por un lazo comun toda la cólera sublevada contra él tanto en la poblacion civil como en el ejército. El descubrimiento con que la casualidad acababa de favorecer al coronel de Toustain, era pues un acontecimiento importante. El general Despinois acudió á La Rochela é hizo comparecer á su presencia á Goubin y Pommier. ¿Este general por medio de un subterfugio indigno, consiguió captarse la confianza de estos jóvenes haciéndose pasar por carbonario, y como un cómplice encargado de sublevar la ciudad de Nantes, conforme lo han afirmado ambos con energía en el proceso, sin poder obtener el careo solicitado con la mayor vehemencia (1), ó bien turbados é impulsados por la declaracion terminante é incontestable de Goupillon, cedieron al grito de su conciencia, al único ascendiente de la verdad? Lo cierto es que uno y otro revelaron á su vez todos los pormenores mas completos y circunstanciados. Goupillon no habia podido declarar mas que los hechos especiales á la venta particular del 45.°, supuesto que no sabia nada mas; Goubin y Pommier manifestaron la existencia de la venta central, cuyos delegados habian asistido al almuerzo del rey Clodoveo. Ya no eran solamente algunos sargentos aislados, iniciados oscuros, que se hallaban designados para los procedimientos judiciales, sino hombres que necesariamente tenian relaciones con los jefes de la asociacion, y cuya complicidad permitian descubrir el lazo que unia los conjurados civiles con los del ejército. Los ministros fueron avisados inmediatamente, y MM. Baradère, Gauran, Rozé y Hénon arrestados. Este último, casado y padre de familia, dirigia un establecimiento de educacion que constituia su única fortuna; conducido en presencia del prefecto de policía, opuso primeramente las denegaciones mas formales á las preguntas de este magistrado; pero sobrecogido por una debilidad repentina, pensando en la ruina y quizás en la muerte que le aguardaba, se decidió á hacer la mas completa confesion. Sus declaraciones unidas con las de los tres sargentos ponian á la autoridad en plena posesion de todos los pormenores de la organizacion material de la carbonería, organizacion uniforme, que era la misma para todas las ventas particulares ó centrales; pero no le informaban nada mas. El descubrimieno de una venta no podia en efecto conducir al conocimiento de otro grupo de asociados; cada uno de estos, conforme lo habian deseado los fundadores, se hallaba protegido contra la debilidad ó indiscrecion del grupo vecino; así es que á pesar de una actuacion que no duró menos de seis meses, la justi-

(1) El conde Despinois fué citado y requerido por los acusados para que compareciera en la audiencia del 27 de agosto; el 31 el presidente de la sala del crímen leyó una carta de este general que se escudaba tras los deberes de su posicion y defecto de autorizacion del ministro de la guerra, y declarando que no podia abandonar su puesto.

cia se halló en la imposibilidad de poder encausar otros acusados que los miembros de la venta del 45.°, un oficial del mismo regimiento, el capitan Massias, y los miembros de la venta central cuyos nombres habian sido pronunciados por Goubin y Pommier. El capitan Massias y Mr. Baradère habian tenido como Bories relaciones con el general Lafayette, Mr. Laresche y otros varios miembros del comité director ó de la venta superior; mas sordos como Bories á todas las insinuaciones y á todas las instancias, Mr. Baradère y el capitan Massias se habian concretado al silencio mas absoluto y mas firme acerca de estas relaciones.

El 21 de agosto fué cuando Bories, sus compañeros, el capitan Massias y los cuatro miembros de la venta central comparecieron delante del jurado del Sena, acusados los unos de participacion directa en una conspiracion que tenia por objeto derribar el gobierno; los otros de no revelacion de esta conspiracion. Eran en número de veinte y cinco, y formaban dos categorías divididas de este modo:

Acusados de participacion directa en la conspiracion: MM. Baradère, abogado; Hénon, jefe de instituto; Gauran, cirujano del hospital Beaujon; Rozé, empleado; Massias, capitan; Bories, Pommier y Goupillon, sargentos primeros; Goubin, Raoulx y Asnés, sargentos segundos, y Bicheron, soldado del 45.° de línea.

Acusados de no revelacion: Castille y Labourc, sargentos primeros; Barlet, Perreton, Cochet, Hue y Dutron, sargentos segundos; Dariotseq, Thomás, Demait, Gauthier y Lecoq, cabos; y Lefevre, soldado del mismo regimiento (1).

Este proceso presentaba un carácter particular: la acusacion fiscal perseguia menos á los conjurados propiamente dichos que un proyecto de conspiracion, y menos á algunos miembros de una asociacion política secreta que á esta misma asociacion. Efectivamente en el sentido legal de la espresion no existia conspiracion; miembros de una sociedad secreta, los conjurados se habian reunido con el objeto de conspirar, pero no habian ni discutido, ni fijado un plan de revolucion, y en vano se hubieran esforzado en aplicar á su proyecto la menor tentativa ó principio de ejecucion. Sin embargo la parte fiscal, representada por MM. de Marchany y de Broe, exigia doce sentencias capitales. Inciertos de convenir, MM. de Marchangy y de Broe quisieron atemorizar; con este objeto, no vacilaron en presentar la sociedad de los carbonarios como una vasta conspiracion urdida, menos contra los tronos y dinastías, que contra el órden social y las familias. Los miembros de esta secta desorganizadora alimentaban, segun decian ellos, los proyectos mas abominables, y en su audacia feroz querian nada menos que entregar todas las clases de ciudadanos á los horrores de la mas espantosa anarquía; una palabra resumia su siniestra constitucion: destruir todo lo que existia. Para dar crédito á estas exageraciones, la acusacion fiscal tenia necesidad de probar que habia penetrado en todos los misterios de la carbonería, y que conocia la organizacion, composicion, y los actos mas minuciosos tan bien como los principios é intenciones. Confiada esta tarea á Mr. Marchangy, especie de poeta magistrado, no se halló entre los recursos de su imaginacion ejercitada en las composiciones literarias (2). Mezcla sabia de realidades y suposiciones, en la que los hechos verdaderos y conjeturas, amontonadas con arte, se encadenaban en un órden de deduccion constantemente lógico, su obra presentaba esa apariencia de verdad que sobrecoge casi siempre los ánimos con mas fuerza que lo hace la misma verdad. Las confesiones de algunos acusados ofrecieron á Mr. de Marchangy los primeros materiales de su trabajo, y la imaginacion de este magistrado hizo lo demás. Cada uno de los pormenores relativos á la organizacion de las ventas particulares y ventas centrales, sacados de las declaraciones de Goupillon, Pommier, Goubin y Hénon, resultaba exacto, en otro sentido, todo era error ó fantasía: de este modo la acusacion fiscal, trazando la marcha de la carbonería en Europa, la hacia llegar de Italia á Francia por Córcega, y atribuia á la influencia del carbonarismo francés, agitaciones y pronunciamientos anteriores de dos años á la existencia de la sociedad. Mr. Marchangy la dotaba en seguida de un gobierno serio y real, teniendo su administracion, hacienda, diplomacia, publicando decretos y órdenes diarias, y provisto de un tesoro bastante considerable para que una simple variacion de fondos en el mes de diciembre precedente, le haya procurado un beneficio de algunos millones. La acusacion fiscal colocaba en la cumbre de este gobirno un comité director ó venta suprema, obrando por medio de ministros constituidos en comité de salud pública, y despues instituia en las clases inferiores, tres grados de reuniones vasallas sobrepuestas de este modo: altas ventas, ventas centrales y ventas particulares. El nombre de caballeros de la libertad habia sido pronunciado por Mr. Mangin, procurador general en Poitiers, con motivo de los acontecimientos de Saumur: queriendo darse Mr. de Marchangy la apariencia de no ignorar nada, amalgamó en estos términos los recien llegados á la asociacion misteriosa, de la cual pretendia haber sondeado todas las profundidades, y penetrado todos los secretos. «Los caballeros de la libertad forman la sociedad de prueba y el noviciado de los carbonarios, y hablando con propiedad son las víctimas y maniquíes; son pobres imaginaciones que los profesos no conceptúan bastante adelantados en el crímen para mirar fijamente los puñales, llenarse la boca prometiendo asesinatos, y decidirse en favor de proyectos homicidas; pero á quienes creen dignos de ser preparados de mucho tiempo antes y sin que ellos mismos lo adviertan. A estos no se les revelan los grandes designios, ni se pronuncia en su presencia el nombre místico de carbonarios; conténtanse con encadenarles por el juramento de socorrer á sus hermanos y obedecer á sus jefes. Desde luego es en esta sociedad preparatoria que los directores hacen sus observaciones acerca de los sugetos que prometen, y que graduan sus reducciones segun los genios mas ineptos ó perversos que encuentran en ellos; llegando con menos peligro, despues de haberles tanteado algun tiempo, á proponerles definitivamente su iniciacion en la carbonería.»

Si llenos de ardor con el fin de obtener una condena, los órganos fiscales, ya sea por pasion política ó ambicion, se abandonaron durante los debates á ciertos momentos de cólera que el presidente tuvo que reprimir varias veces, á su vez los defensores no desplegaron menos energía (1). Es cierto que no eran simples acusados, sino socios y hermanos políticos á quienes debian salvar los abogados; uno de ellos era miembro del comité director, otros varios formaban parte de la alta venta, y el mayor número pertenecian á las ventas centrales (2); mas todos sus esfuerzos no podian disipar las confesiones hechas por algunos de los acusados, confesiones retractadas en los debates tímidamente ó con poca maña, y que fueron plenamente confirmadas por numerosos testigos. La participacion de Bories y sus camaradas en una asociacion política secreta era manifiesta; ¿que pena debia aplicárseles? Evidentemente esta pena dependeria de la naturaleza de las cuestiones que se propusieran al jurado. La gravedad de los hechos imputados á cada acusado y su calificacion legal fueron el tema de vivas discusiones entre los defensores y fiscales. ¿Habia existido entre los acusados una conspiracion del modo que la define la ley criminal? Hé aquí la principal cuestion de los debates. Impugnando Mr. de Marchangy algunas consideraciones desarrolladas con este motivo por Mr. Mérilhou, no se contentó con calificarlas «de frases vanas que podian traducirse con estas palabras: Dejad obrar á los conspiradores, sino que se dejó arras-

(1) He aquí con arreglo al *Monitor* y el *Diario de los Debates*, como se hallaban compuestos el tribunal y el jurado:

El tribunal: MM. de Montmerqué, presidente: de Berny, de Frasans y Chevallier-Lemore, majistrados; Froidefond, Dufages y Noel Dupeyrat, majistrados auditores.

Fiscales: MM. de Marchangy, abogado general; de Broé, sustituto.

Jurado: MMr. el baron Trouvé, impresor, jefe: Perrin, Doillot, Bernard de la Fortelle, propietarios; Pavee de Courteilles, doctor en medicina; de Luynes, propietario; de Vieny, empleado; Rodier, Pivost y Favorel, propietarios; de Arlincourt, magistrado; Pennetier, artista pintor.

(2) Mr. de Marchangy habia entrado en la carrera de las letras desde 1804, por un poema *de la Dicha* en cuatro cantos; su obra principal, como literato, es una publicacion en seis ú ocho volúmenes, titulada: *la Galia poética*.

(1) Los fiscales que toman la palabra contra un acusado, acostumbran considerar su absolucion como una desgracia personal ó una verdadera derrota. Esta triste preocupacion no tiene solamente su origen en un amor propio mal entendido; es el resultado sobretodo de costumbres deplorables que rigen en Francia para los ascensos en la magistratura. Cuando la chancillería obra fuera de la necesidad política, regularmente dispensa sus favores tanto para los magistrados togados, como para los miembros fiscales, no con arreglo á su mérito, servicios ó virtud; sino en fuerza de las condenas que pronuncian ó hacen obtener; cuanto mas severas y numerosas son las sentencias, tanto mas el presidente de las salas del crimen ú abogado general aumentan en la buena opinion de ministro y de sus secciones, y se les considera como hombres de talento elevado, dignos de toda recompensa. Si al contrario, el jurado pronuncia un gran número de absoluciones, entonces acusan de incapacidad á estos magistrados. Lo que decimos de los miembros de los tribunales de apelacion sucede igualmente con los magistrados de los tribunales inferiores, juzgado correccionalmente; el mérito se mide del mismo modo, segun el número ó importancia de las sentencias pronunciadas.

(2) Los acusados tenian por defensor: MM. Menilhon, Barthe, Boulay de la Murta), Dalloz, Raynouard, Plougoulm, Delangle, Berrille, Aylies, de Crusy Boinvilliers, Chaix-D'Estange, Mocquart', Coffinieres, Curré Humilly, Dequevanvillers Visinet, Legoutx, Force, Thorel San Martin Vidalin, Maro y Guenot. La mayor parte de estos defensores han llegado despues á desempeñar funciones políticas muy elevadas ó bien han ocupado los puestos mas importantes de la magistratura.

trar hasta la violencia de exclamar: ¡Todas las potencias oratorias no pueden arrancar á Bories á la vindicta pública!» Apenas habia llegado esta palabra siniestra al banco de los acusados, cuando un incidente interrumpió los debates. Tratábase de regularizar por medio de un decreto el depósito sobre la mesa del tribunal, de cartas dirigidas á cada jurado, y esparcidas la víspera con profusion por todos los parajes públicos, tanto cafés como teatros. Estas cartas que contenian la lista impresa de los miembros del jurado con estas amenazas escritas á la mano: «La sangre quiere sangre! ¡la muerte! ¡puñal!,» eran obra de algunos jóvenes pertenecientes á esa raza de imaginaciones estrechas, que toda idea falsa ó pueril entusiasma y sobrecoge, y que indóciles á todos los consejos, sordos á toda amonestacion, son el óbice y peligro de todos los partidos políticos. Sus autores se proponian intimidar al jurado: tentativa ridícula y culpable que puso obstáculo á los últimos esfuerzos de los defensores, y obligó á uno de ellos, Mr. Barthe, á calificarla como una indigna maniobra dirigida contra los acusados. En fin, el 5 de setiembre, despues de quince dias de debates, el presidente preguntó á cada acusado, si tenia que añadir alguna cosa á su defensa; Bories se levantó y dijo: «Señores jurados, el señor abogado general declarando que todas las potencias oratorias no pueden sustraerme á la vindicta pública, me ha designado como el principal culpable. Pues bien, yo acepto con placer esta posicion, si llevando mi cabeza sobre un patíbulo puedo conseguir que se absuelva á todos mis compañeros.» En seguida el presidente hizo su resúmen y sometió á los jurados, para cada uno de los doce primeros acusados, la cuestion siguiente: «El acusado es culpable de haber participado, en los últimos meses de 1821 y primeros de 1822, de una conspiracion concertada y decretada entre varios individuos, con el objeto, ya sea de destruir ó cambiar el gobierno, cambiar el órden de sucesion al trono, escitar á los ciudadanos ó habitantes á armarse contra la autoridad real ó incitarles á la guerra civil, armando y provocando los ciudadanos á tomar las armas unos contra otros.»

Cada uno de los casos enumerados en esta cuestion, fiel reproduccion de las conclusiones del ministerio fiscal, exigia la pena capital. Es así que los acusados, haciéndose carbonarios, habian aceptado una proposicion de conspiracion, y no participado en una conjuracion concertada y convenida entre ellos. Mr. Mérilhou tomó conclusiones para que esta cuestion de proposicion de conspiracion fuera establecida subsidiariamente. Esta peticion debia permitir al jurado mantenerse en la realidad de los hechos, mostrarse justo sin dejar de condenar, y castigaba solamente á los principales acusados con la pena de destierro: impugnada fuertemente por Mr. de Marchangy, fué desechada y los jurados entraron en la sala de las deliberaciones.

Eran las diez de la noche, y los acusados fueron reconducidos á la cárcel. A la una de la mañana fueron llamados otra vez. Todas las veces que iban delante del tribunal se les registraba minuciosamente; pero esta, el capitan Massias y Baradère, que uno y otro, durante la sumaria y proceso habian negado invariable y absolutamente todas las imputaciones del acto fiscal, Gauran, Rozé, Hénon, Asnes, Bicheron, Lecoq, Gauthier, Demait, Hue, Thomas y Dutron, pasaron sucesivamente por delante de los guardas sin sufrir la visita acostumbrada: en seguida se presenta Bories y le registran igualmente que á Pommier, Goubin, Raoulx, Goupillon, Castel, Dariotseq, Lefèvre, Barlet, Labouré, Cochet y Perreton: esta diferencia de trato indica una situacion distinta: efectivamente los últimos doce acusados no entran en la sala de audiencia con sus camaradas, y estos salen muy pronto absueltos. A su vez entran Bories y los otros once acusados, y se colocan en los mismos bancos y en el mismo lugar donde se habian sentado algunos años antes de ellos el conde Lavalette, Pleignier, Carbonneau y Tolleron. La luz de algunas bujías puestas delante de los jueces, jurados y abogados, penetraba solamente á esta hora avanzada de la noche las tinieblas de la inmensa sala del crímen, y no alumbraba sino semblantes pálidos de fatiga ó conmocion. El escribano de cámara hace lectura de la declaracion del jurado, que era afirmativa en cuanto á Bories, Goubin, Pommier, Raoulx y Goupillon, acerca de participacion directa en una conspiracion, pero concedia á este último el beneficio de revelador; los otros siete acusados eran reconocidos culpables de no revelacion. Uno de los defensores pide la palabra para hacer una observacion acerca de la aplicacion de la pena, quiere hablar, la emocion corta su voz, abandónanle las fuerzas, y cae desmayado encima de su banco: «¡Hablad mas alto! ¡yo no oigo nada!» grita en medio de la oscuridad Mr. de Marchangy, cuya voz resuena inmediatamente por segunda vez para requerir la pena capital contra los cuatro principales delincuentes. Los jueces se retiran para deliberar; la mayor parte de los defensores se precipitan al instante hácia Bories y sus tres camaradas, y les aprietan afectuosamente las manos; los cuatro acusados se buscan y abrazan estrechamente; Bories se despoja del reloj, una sortija y un alfiler, cuyas alhajas remite á un jóven abogado, para que las trasmita al punto y persona que le indica en voz baja; recomienda á los siete sargentos á quienes amenaza una retencion mas ó menos larga que no se desanimen y vivan para vengarlos, y dice á los defensores que le rodean «que moriria sin ningun sentimiento, si no dejara una madre, porque estaba convencido que su muerte era mas útil á la causa de la libertad que su vida.» Goubin, Pommier y Raoulx no muestran menos serenidad y calma, y solo muestran el sentimiento de no ser pasados por las armas. En breve vuelven á comparecer los jueces y pronuncian la pena de muerte contra Bories, Raoulx, Pommier y Goubin; Castel, Dariotseq y Lefèvre son condenados á cinco años de prision; Barlet á tres años, y Cochet, Labouré y Perreton á dos años. Declárase á Goupillon exento de toda pena por haber sido el revelador. Una nueva escena de dolor acoge esta sentencia, y estallan en gritos de desolacion y suspiros. ¡Comedia de partido, puesta en escena política! han dicho algunos amigos esclusivos de la restauracion. Este sentimiento era sincero: otro interés que el de una frívola curiosidad retenia en la sala á la mayor parte de asistentes, abogados ó simples espectadores. Entrados en la misma senda que los condenados, comprometidos en los mismos proyectos, asociados en los mismos actos, con la misma responsabilidad, y unidos para correr una misma suerte, ellos iban á separarse, estos para volver á sus familias y amigos, para conservar todas las probabilidades de un largo porvenir y alta fortuna; aquellos, los mas jóvenes y humildes, para subir al cadalso.

La ejecucion de esta sentencia condenaba evidentemente la carbonería á la pena de muerte. Semejante inmolacion no tan solo infundiria el desaliento y desorganizacion en el seno de la sociedad; sino que tambien destruiria el prestigio de poder misterioso que constituia su principal elemento de fuerza y accion. Cada venta parisiense se declaró en permanencia, y todas las imaginaciones se pusieron á la obra. Antes del proceso, hallándose todavía Bories y sus compañeros encerrados en la cárcel de la Force, ya faltó poco para que una tentativa hecha con el fin de salvarles, tuviera un buen resultado; debian evadirse por un conducto subterráneo, cavado de fuera adentro, y que tomaba su abertura en una de las casas contiguas á la prision; el trabajo se hallaba casi terminado cuando llegó la órden de trasladarlos á la Concergería (1). No se podia pensar en el mismo medio para llegar á las cabañas de Bicetre, en donde los cuatro condenados debian aguardar el resultado de su apelacion. Propúsose en varias ventas libertarlos á su regreso á Paris de la ejecucion de la pena; un gran carro cargado de armas y volcado al traves del camino en el momento de su paso, pararia los coches en que se hallasen encerrados, y permitiria á un número suficiente de carbonarios, apostados á poca distancia, atacar y poner en fuga á la escolta, cortar los tiros de los caballos y salvar á los condenados. Desde luego, este plan de combate en rasa campaña fué desechado para sustituirle otro proyecto de rapto. Paris, decian, encierra de nueve á diez mil miembros de la carbonería; este número escede considerablemente la cifra de soldados que encargados de proteger la ejecucion formarán en ala en el tránsito de los condenados desde la Concergería hasta la plaza de Greve; ¿no se podia formar detrás de esta infantería una doble línea de asociados que á una señal convenida enlazasen cada soldado situado delante de ellos, é impedirle de este modo toda libertad, interin una tropa numerosa de carbonarios, confundidos en la multitud, se precipitaria encima de las carretas, desembarazando á los condenados de sus lazos y conduciéndoles á una silla de posta preparada de antemano? Tambien sostuvo la idea de fingir la llegada de un correo encargado de llevar el pendon, el que profiriendo grandes voces y agitando encima de su cabeza un papel doblado en forma de despacho, pondria á la escolta bastante indecisa, y conmovida la multitud para ofrecer la probabilidad de una sorpresa, y la posibilidad de un golpe de mano dichoso. Todos estos proyectos fueron abandonados cuando un jóven, alumno de medicina, que se ocupaba de estudios anatómicos en el anfiteatro de Bicetre, Mr. Guillié de la Tousche, anunció á Mr. de Lafayette que creia poder obtener la evasion de Bories y sus camaradas con el ausilio del mismo director de la prision. Este empleado, padre de una numerosa familia, con un sueldo de tres mil francos, se hallaba disgustado de su posicion, y consentia en prestar su asistencia para la evasion de los condenados siempre que se le asegurase un capital cuya renta fuera equivalente á su paga. Hacia un año que la aso-

(1) Hace pocos años que renovada la misma tentativa por varios presos que se hallaban en la cárcel de la Force, ha obtenido un resultado favorable.

ciacion se habia impuesto grandes sacrificios; no obstante sus principales miembros no vacilaron en presencia de la nueva exigencia; y reunieron setenta mil francos que fueron remitidos por el coronel Dentzel al jóven de la Tousche. Este último era ausiliado en el interior de Bicetre por uno de sus amigos llamado Mr. Mayne, cirujano interno del establecimiento, y fuera por los coroneles Dentzel y Fabrier, MM. Ary Scheffer, Horacio Vernet, y otras personas que debian preparar los medios para hacer pasar á Inglaterra los cuatro condenados, como tambien al director y su tio, anciano eclesiástico, encargado de las funciones de capellan de la prision. Educado por este eclesiástico, y no queriendo abandonarle, el director le confió su proyecto de conducirle al estranjero. El capellan hizo advertir inmediatamente al prefecto de policía. Enviado á buscar por este magistrado, el director que hasta entonces habia prestado sinceramente su concurso para libertar á los condenados, cambió en el acto de papel: viéndose descubierto, confesó los hechos, y esplicó su silencio diciendo que habia aguardado que el proyecto se hallara mas adelantado. Dióseie órden para que prosiguiera, y el dia indicado para la tentativa se reunieron en el aposento de este empleado Mr. de la Tousche y Mr. Margue. El primero era portador de una cantidad de diez mil francos en oro, pagaderos por adelantado, y de sesenta mil francos en billetes del banco que debian entregarse solamente despues de la evasion. Ponen el oro encima de una mesa para contarlo, y mientras el director y Mr. Margue proceden á esta operacion, un sargento primero de gendarmería y dos soldados de esta arma que estaban apostados cerca de la habitacion, entran bruscamente en ella, y se precipitan hácia la mesa donde se hallaba estendido el numerario. Al primer rumor, Mr. de la Tousche se mete detrás de la puerta, se arroja por medio de un movimiento rápido en la escalera, y se aprovecha del conocimiento de aquellos sitios para refugiarse en la sala de diseccion, y evadirse de todas las pesquisas; despues al rayar del dia siguiente, salta la pared del cementerio del hospital, entra en Paris, y hace remitir por uno de sus amigos al coronel Dentzel los sesenta mil francos que habia salvado (1).

Bories tenia un presentimiento de este mal resultado, é informado de este proyecto de evasion por algunas palabras de MM. Margue y de la Tousche, les habia rogado que no dijeran nada á sus compañeros, añadiéndoles: «¿Los proyectos de rapto á viva fuerza hubiesen obtenido mejor resultado? ¿Hubiesen sido intentados? Rara vez se efectúan las decisiones vigorosas convenidas en reuniones cuyos miembros se separan y despues se aislan para obrar á uno ó varios dias de intervalo. La energía en la mayor parte de los hombres es un esfuerzo de corta duracion, una especie de escitacion moral que no va mucho mas allá de la sensacion del momento. Dar en semejante caso el tiempo para reflexionar, es provocar la incertidumbre, y aquí es donde se halla la debilidad y principal escollo de las conspiraciones. Las resoluciones repentinas e imprevistas constituyen solamente los golpes de mano políticos. Luego que se supo el aciago resultado de la tentativa confiada á los jóvenes médicos de Bicetre, las ventas parisienses decidieron que sus miembros se reuniesen el dia de la ejecucion en varios puntos, entre otros en la plaza del Odeon, y en el mercado de las Flores; donde se verian y tomarian consejo de los acontecimientos; pero contrariamente á esta decision, tan solo se presentaron algunos asociados que se sorprendieron de su aislamiento. Lo que debe maravillar no es que un gran numero de carbonarios hubiese faltado á esta cita, sino que una pequeña porcion de ellos asistiera á ella.

A las nueve de la mañana del 21 de setiembre, quince dias despues de su condenacion, Bories, Raoulx, Goubin y Pommier salieron de Bicetre para ser conducidos á la Conserjería. El director de esta última prision probó á hacerles comprender que esta traslacion no tenia otro objeto que una simple formalidad relativa á la apelacion: «Está bien, caballero, le dijo Bories; no somos niños que tienen necesidad de ser engañados; sabemos lo que nos aguarda antes de terminarse el dia, y segun lo podeis observar, nuestros semblantes se hallan inmutados.» Colocados en encierros separados á cuya puerta se instaló un gendarme y un custodio, solo salieron al medio dia para escuchar la lectura del decreto que desechaba su apelacion y anunciarles que la ejecucion tendria lugar á las cuatro de la tarde. Ha relatado un testigo ocular que recibieron esta noticia con la misma tranquilidad que si se hubiera tratado de una órden de parada. «Vamos, dijo Bories á sus compañeros al volver a entrar en su estrecha prision, todavia nos quedan cuatro horas.» El capellan de las prisiones no tardó en presentarse; entró en cada encierro; pero no permaneció en ellos mas que pocos instantes. A eso de las dos de la tarde, Raoulx que se hallaba separado de Goubin tan solo por un tabique, llamó en vano varias veces á este último: Goubin dormia; no obstante, acabó por despertarse. «Tienes mucha prisa, le dijo Raoulx, dentro de dos horas dormiremos juntos, y por mucho tiempo: ¡á lo menos hablemos hasta entonces!» y ambos se entretuvieron conversando de cosas estrañas á su posicion, hasta el momento en que fuéron á buscarles para los preparativos del fúnebre atavio.

Seis meses antes, primeramente Bories y despues Goubin, retenidos todavia en la cárcel de La Rochela, habian obtenido sucesivamente de la generosa compasion de una mujer que desempeñaba las funciones de alcaide, la libertad de pasar varias horas de la noche fuera de la prision (1). Cuando sus camaradas les acompañaban al tiempo de retirarse, les invitaban para que no entraran. «No, habian respondido constantemente, hemos dado nuestra palabra á la alcaidesa y la mantendremos Además, añadian, no podemos abandonar á los que se han comprometido con nosotros: cualquiera que sea la suerte que les aguarda, la dividiremos con ellos.» Todas las veces habian entrado, y reunidos ahora con los amigos que se habian comprometido con ellos, iban á participar de su suerte. Bories habia solicitado que se les permitiera á ellos mismos cortarse mutuamente los cabellos; pero el ayudante del verdugo se negó, y mientras que procedia á esta operacion, despues de haberles atado las manos, Bories se informó con que órden subirian al cadalso; el verdugo designó a Raoulx como debiendo morir el primero: «Siempre ha tenido suerte, replicó Bories sonriéndose; la dicha le acompañará hasta el último momento.» La hora de la marcha suena en aquel instante; los cuatro condenados se levantan y se acercan á la puerta, que permanece cerrada durante un espacio de tiempo bastante largo. ¿Cuál es la causa de ese retardo? ¿Le habrá causado algun acontecimiento inesperado de la parte de afuera? ¿será un esfuerzo desesperado de sus amigos para salvarlos? ¿ó bien será el perdon que se hace aguardar? La aparicion del procurador general y del presidente de la sala del crimen hace cesar su incertidumbre. Hacia varias horas que estos dos magistrados se hallaban de planton en la oficina de los fiscales, prontos á recibir las revelaciones que el horror de la muerte y la esperanza de vivir pudieran arrancar a los jóvenes condenados; cansados de una espera inútilmente prolongada, se habian decidido á obrar directamente. El presidente, de imaginacion cultivada, de un carácter benévolo y suave, y cuya leal imparcialidad habia sido proclamada por los mismos condenados, les preguntó con voz alterada, «si no querian intentar aplacar la clemencia real haciendo revelaciones.—No tenemos nada que declarar,» contestaron los cuatro jóvenes. Mr. de Montmerqué persistió; mas sus instancias fueron vanas: desdeñando comprar su vida al precio de una sola palabra que pudiese comprometer á los miembros de la asociacion, jefes ó simples carbonarios que ellos habian podido conocer, sus últimas palabras al subir á las fatales carretas, fueron todavía estas: «No tenemos nada que revelar.»

Habia cuatro carretas; la de Raoulx se avanzaba la primera; la de Bories cerraba la marcha. El triste acompañamiento atravesó entre dos filas de soldados: una multitud inmóvil, que guarnecia todas las ventanas, cubria los muelles, puentes, y hasta los tejados de las casas, cuyas afligidas miradas seguian con silenciosa ansiedad cada paso que conducia estas cuatro víctimas hácia la muerte. Detrás de cada línea de soldados, se hallaban armados con pistolas y prontos para cualquiera acontecimiento, el pequeño número de carbonarios que habian obedecido á la convocacion de que hemos hablado; simples voluntarios iban á espiar si la casualidad les daria órdenes ó una señal que quizás otros aguardaban tambien; pero, ¡vana esperanza! la primera carreta se para: Raoulx baja y pide se le permita abrazar á sus compañeros. Trascurren algunos minutos, y en breve se hallan reunidos los cuatro jóvenes al pie del patíbulo. Todos cuatro se dan el último beso, y separandose Raoulx del grupo sube las gradas del tablado; mientras que el verdugo le ata, grita con fuerza: «¡Viva la libertad!» Goubin y despues Pommier suben á su vez y hacen resonar el mismo grito; Bories antes de estenderse en la tabla donde sus tres amigos le habian precedido, permanece un instante en pié, y con una voz fuerte dirige estas palabras á la multitud: «Recordad que es la sangre de vuestros hijos la que se derrama hoy!» Algunos segundos despues el cuádruplo sacrificio se hallaba consumado (2).

(1) Esta tentativa motivó un proceso judicial que condujo el 18 de noviembre ante el tribunal de policía correccional á Mr. Margue y los coroneles Dentzel y Fabvier. El tribunal absolvió á este último; el coronel Denzel fué condenado á cuatro meses de prision; Mr Margue y Mr. Guillié de la Tousche, *contumaz*, á tres meses.

(1) En una de estas salidas nocturnas, señaladas y confesadas en los debates, fué cuando Bories pudo sacar de su baul y poner á salvo diferentes papeles, entre otros una correspondencia que hubiera podido comprometer gravemente varios miembros de la venta superior.

(2) En la noche de este mismo dia, un antiguo emigrado, realista de-

Por una sencilla coincidencia los periódicos del dia siguiente publicaban las particularidades de este suplicio al mismo tiempo que los pormenores de una fiesta dada la misma noche en las Tullerías para solemnizar el aniversario de una jóven princesa, hija de la duquesa de Berry. Los numerosos adversarios de los Borbones señalaron esta simultaneidad de una fiesta en la corte y una ejecucion política en la plaza de Greve, si no como una premeditacion, á lo menos como un profundo desprecio de la opinion y una especie de ultraje al pudor público. Por muy fortuita que fuera la reunion de hechos tan heterogéneos, era una falta que sin embargo pertenecia menos á los miembros de la familia real que á los jefes de la administracion; estos no podian ignorar la solemnidad preparada en palacio, y debian á lo menos retardar su ejecucion; pero es la suerte de todos los gobiernos verse comprometidos por el celo incomprensible ó pasion servil de los subalternos, y de no recoger casi siempre sino el desafecto y odio en donde sus agentes encuentran los favores y recompensas. En virtud de la condenacion de los cuatro sargentos de La Rochela, MM. de Marchangy y de Braë fueron promovidos uno y otro al desempeño de empleos superiores (1), y felicitado el primero públicamente por el emperador de Rusia, recibió del pueblo realista de varias ciudades festejos y ovaciones. Ocho años despues, la familia á quien estos dos magistrados habian legado la responsabilidad de sus peligrosos servicios, veia su trono pulverizado bajo la cólera popular, y sus miembros espulsados del reino tomaban por tercera vez el camino del destierro con la jóven princesa cuyo nacimiento habia sido festejado el 21 de setiembre de 1822. En 1830 esto aniversario fué todavía solemnizado en la plaza de Grève, pero no en las Tullerías, por una especie de ceremonia fúnebre hecha en honor de los sargentos, y el sitio donde cayeron sus cabezas, consagrado por su recuerdo, cesó de ser el lugar de las ejecuciones criminales.

Ciertamente, la defensa es el primer derecho de un gobierno; mas para que este derecho exista, es necesario tambien que el poder que le invoca se encuentre atacado; es así que ningun acto de resistencia ó de rebelion, ni aun tampoco de disciplina podia imputarse á los cuatro jovenes sargentos del 45.º, y no les quitaban la vida para espiar un hecho cualquiera de ataque, sino una intencion, un pensamiento. Otra clase de hombres que los que retenian entonces el poder hubieran sin duda mitigado con el ejercicio del derecho de gracia los rigores de la sentencia de la sala del crímen. Cuando dos años antes el duque de Richelieu tenia en sus manos todos los hilos de la conspiracion del 19 de agosto, rehusó permitir que empezara la ejecucion á fin de evitar que se derramara sangre. Desgraciadamente para la restauracion, desde la muerte de este ministro, el gobierno se encontraba en manos de hombres á quienes su fria exaltacion de sectarios no les permitiera ni la verdadera inteligencia política, ni la piedad. La historia del mundo nos enseña en todas sus páginas que de todos los partidos políticos que pueden imponerse á una nacion, los mas violentos, ásperos e inexorables son aquellos en que domina el espíritu devoto é influencia sacerdotal.— Añadamos en obsequio y honor de las costumbres é instituciones políticas de nuestra época, que bajo el gobierno que sucedió, la prision fué la única pena aplicada á los miembros de sociedades secretas, y que de nuestros dias, bajo la república, la participacion de estas sociedades no lleva tras sí mas que un castigo insignificante. Los miembros de una asociacion política secreta, organizada con objeto de restablecer los príncipes que los carbonarios querian derribar, que han comparecido igualmente delante de la sala del crímen del Sena, con condiciones de culpabilidad absolutamente idénticas á las de los cuatro sargentos, han sido recientemente condenados á un mes, quince, ocho y seis dias de prision (1).

El 5 de octubre siguiente, menos de quince dias despues de la ejecucion de Bories y sus compañeros, el suplicio de un general y otros dos condenados políticos, ejecutados en las plazas de Poitiers y Thouars ponia un término á las conjuraciones múltiples organizadas en los departamentos del oeste, las cuales vamos á relatar.

cedido, que la casualidad habia guiado á la plaza de las Casas Consistoriales, y que el movimiento de la multitud condujo hasta el pié del patíbulo, relataba este suplicio, con una profunda sensacion: «Esos desgraciados jóvenes, decia, parece que morian contentos; su único grito era: ¡*viva la libertad!*; el cual proferian cuando su cabeza, colocada bajo la fatal cuchilla, se hallaba próxima á separarse del tronco. Esta *libertad*, añadia sorprendido, debe ser una cosa muy grande, y su amor un sentimiento poderoso y profundo para inspirar una decision tan fanática.»

Mr. Trelat, miembro de la venta superior, ha *trazado* el retrato siguiente de Bories en un *Bosquejo de la Carboneria:* «Bories era un joven de veinte y seis años, que bajo un exterior de bondad y gracia, ocultaba el alma mas elevada y enérgica. De militar no tenia mas que el valor y la franqueza; pero ningun defecto de los que produce la ociosidad de los cuarteles. Sus costumbres eran puras; sus modales sencillos y su vida retirada; consagrando la mayor parte del tiempo á la lectura. Exento de ambicion, su deseo mas ardiente era morir en el momento de la victoria del pueblo, y un dia se irritó por haberle hecho la proposicion de conducirle á casa del general Lafayette, pensando que esta oferta ocultaba una especie de duda acerca de su lealtad, como tambien la intencion de estimular su ardor con la autoridad de un gran nombre.»

Leemos en otra recopilacion: «Hubo un admirable concierto entre todos los habitantes de su ciudad natal (Villafranca de L'Aveyron), para ocultar á sus parientes su trágico fin. Como un buen hijo les escribia frecuentemente, y cuando se sorprendieron por no recibir noticias suyas, les dijeron que habia pasado á las colonias. Por espacio de algunos años, ninguno faltó á esta delicada discrecion, la que se recomendaba á los soldados que llegaban con licencia. Se hubieran reprochado como un crímen afligir á unos ancianos que con una larga y honrosa carrera se habian captado el efecto de toda la poblacion.»

(1) Mr. de Broë era miembro de la *congregacion* de las misiones.

CAPÍTULO XV.

Resúmen. Conjuracion del oeste.—Primera conspiracion de Saumur aborta de resultas de un incendio; arrestos de sargentos de la escuela de caballería.—Conspiracion de Nantes: denuncia de dos sargentos; arrestos.—Segunda conspiracion de Saumur: el general Berton. Reunion del 17 de febrero; plan de la conjuracion. El comité de ejecucion modifica las primeras disposiciones. Llegada del general Berton á Thouars; sublévase esta ciudad; proclamas al pueblo y al ejército; proclama del gobierno provisional. Marcha del general Berton á Saumur; llega á esta ciudad. Saumur durante el 24 de febrero. Los alumnos de la escuela, el alcalde y subprefecto. Los insurgentes de Thouars y principales conjurados de Saumur en el puente Fouchard, en la noche del 24. Retirada del general Berton; persecucion; arrestos.—Proceso de los alumnos de la escuela de caballería ante el consejo de guerra de Tours; condenacion á muerte del sargento primero Sirejean; su ejecucion.—Causa de la conspiracion de Nantes.—El general Berton despues de la noche del 24 febrero: pasa á La Rochela; sus tentativas de insurreccion en esta ciudad; se frustran.—Tercera conspiracion de Saumur. El comité central envia dos delegados á Paris; entrevistas con Mr. de Lafayette. El sargento primero de caballería Wöelfeld. El general Berton es llamado á Saumur; entrevistas con Wöelfeld. Plan de la conjuracion; última reunion en el Alleu. Arresto de Berton, MM. Delalande y Baudrillet; interrogatorio de este último; sus confesiones. Publicacion del acto fiscal del procurador general de Poitiers; sesion de la cámara de diputados del 1.º de agosto; Grandménil. Los acusados de Saumur ante la sala del crímen del Alto-Viena: composicion del jurado; Mr. Mangin; declaracion de Baudrillet; requisitoria del procurador general, defensa de Berton; su alocucion á los jurados. Sentencia: Berton, Caffe Fradin, Sennechault, Saugé y Jaglin son condenados á la pena de muerte. Suicidio de Caffé; ejecucion del general Berton en Poitiers; de Jaglin y Saugé en Thouars.—Nuevas condenaciones pronunciadas con motivo de los acontecimientos de Saumur por las salas del crímen de Poitiers y Orleans.—Reflexiones acerca de las conspiraciones organizadas contra los Borbones de 1820 á 1822: ilusiones de los conjurados; ignorancia del gobierno. Papel de la clase media en estas conjuraciones.

Ya hemos dicho que en los últimos dias de diciembre de 1821 se habia trasmitido desde Paris la órden de obrar á los caballeros de la libertad del Anjou y Bretaña, al propio tiempo que á los carbonarios de la Alsacia. Saumur no era el centro único de las conspiraciones preparadas en el oeste; existia en Nantes un segundo foco de conjuracion que se apoyaba en el regimiento 13.º de línea y en los grupos de bastante consideracion, ya sea de carbonarios ó bien de caballeros de la libertad formados en Rennes, Brest, Saint-Brieuc, San Malo y otras varias poblaciones bretonas. ¿Quién señalaria el movimiento? Reuniéronse los principales conjurados de Saumur, Nantes, Angers y ciudades intermedias los elementos amontonados al rededor del foco nantés no tenian, ni la coherencia, ni el conjunto que presentaban las fuerzas organizadas, ya de mucho tiempo, en Saumur; se convino que esta ciudad tomaria la iniciativa del sublevamiento. Al dia siguiente de esta resolucion, la escuela de caballería y la guardia nacional de Saumur, todos los comités de las localidades urbanas ó rurales vecinas recibian el aviso que el

(1) El 28 de marzo de 1850, con motivo de una sociedad política secreta constituida bajo el nombre de *Legion de San Hubert*, organizada por batallones y compañías, teniendo sus jefes, oficiales y signo de reunion y cuyos miembros prestaban un juramento concebido en estos términos: «Juramos delante Dios de poner nuestra vida á la disposicion de Enrique de Borbon, nuestro legítimo rey, y de sacrificarla antes que hacer traicion á nuestro juramento.» Entre los individuos condenados habia un eclesiástico, y habian sido arrestados en medio de una de sus sesiones

pronunciamiento se verificaria el 25 de diciembre, dia de navidad, en el mismo momento que debia estallar, segun decian, á la estremidad opuesta de la Francia el movimiento de Béfort (1). El 24, ó sea, la víspera, cada uno se preparó para los acontecimientos del dia siguiente; un incendio violento se demuestra en la casa de un comerciante saumurés y llama al sitio de la catástrofe los habitantes y sargentos alumnos; estos se colocan en los puntos mas peligrosos, y veinte y cinco á treinta de los mas intrépidos, casi todos caballeros de la libertad, se instalan con la bomba de la escuela al pié de una gran pared que esperaban preservar y que en breve se arruina encima de ellos; nueve ó diez quedan muertos en el acto y cinco ó seis gravemente heridos: retiran los muertos y descubren en el vestido de uno de ellos, notas y listas, que remitidas á los jefes de la Escuela, confirman las revelaciones hechas siete dias antes por los dos sargentos Duzas y Alix, acerca de la complicidad de un gran número de alumnos en una conjuracion organizada por los caballeros de la libertad. Desde luego estas revelaciones habian encontrado poco crédito por parte del general Gentil Saint-Alphonse, comandante de la escuela, el que se habia concretado con trasmitirlas á su superior inmediato el general Jamin. Habiéndose trasladado este último á Saumur é interrogado á los dos sargentos, ordenó simplemente el 23 el registro de papeles y arresto de un oficial notado por uno de los agentes mas activos de esta conspiracion, el teniente de artillería Delon, el que avisado con tiempo, pudo sustraerse á todas las investigaciones; pero el 24, pocas horas despues del descubrimiento de las listas, fueron arrestados de treinta y cinco á cuarenta sargentos.

Estas prisiones y la catástrofe que las habia motivado, privaron á la conjuracion de cerca de cincuenta de sus miembros mas decididos y enérgicos, y pararon de un golpe las disposiciones convenidas para el dia siguiente. Resolvióse aguardar; despues, al cabo de algunas semanas, cuando los miembros del comité central de Saumur, inquietos primeramente por su seguridad, supieron que los sargentos detenidos guardaban el mas profundo silencio acerca de la conjuracion; cuando de todas partes les llegaban quejas y reprensiones por su inercia, exaltándoles para que á lo menos intentaran libertar á los presos, resolvieron volver á seguir la conspiracion. Los comisionados se pusieron otra vez en marcha; la resolucion y confianza renació en los ánimos, y el 9 de febrero, en una reunion celebrada en casa de Mr. Fournier, antiguo alcalde de la ciudad, se decidió que se daria á conocer al comité de París este proyecto de un nuevo movimiento, y enviar á los comités ó ventas de los departamentos vecinos, diputados encargados de hacerles la misma comunicacion y reclamar su asistencia. La misma noche, el comandante Gauchais salió para Paris, Mr. Bourdon, para Poitiers; Mr. Folie, para Niort; Mr. Chauvet, para Mans, y Grandménil para Angers y Nantes.

Los nanteses no habian podido aguardar que se practicara esta diligencia, para pensar en utilizar los elementos de insurreccion que existian á su alrededor; sino que deseando aumentar su coherencia y fuerza, hubieran probablemente diferido todavía el momento de emplearlos, si el comité de Paris, engañado por las esperanzas que habia concebido de Béfort, Marsella y aun del mismo Saumur, no hubiera insistido fuertemente para que se realizara un pronunciamiento que reparase lo mas pronto posible las tres derrotas sin combate que acababa de esperimentar la causa comun. Solicitados de este modo, los conjurados nanteses se habian reunido y concertado con los carbonarios ó caballeros de la libertad de las otras ciudades bretonas, y se preparaban todos para dar un golpe decisivo que debia realizarse á últimos de febrero; cuando, tambien esta vez, los dos sargentos primeros Feydit y Ranvaud denunciaron la conspiracion y motivaron el arresto de varios oficiales y sargentos del 16.° de línea y de algunos conjurados mas influyentes de la ciudad.

Grandménil llegó á Nantes al dia siguiente del acontecimiento; pero en vez de hallar los ánimos abatidos, no encontró en los conjurados que habian quedado libres, sino hombres mas decididos á continuar la lucha que no habian sido hasta entonces. Todos recibieron con ardor la promesa del nuevo sublemaviento proyectado por los confederados de Saumur. Grandménil les manifestó los principales pormenores; preguntáronle cuál era el jefe militar encargado de dirigirle; les respondió que sus amigos no habian elegido todavía á nadie, y que ignoraba si avisado por el comandante Gauchais el comité director se encargaria de hacerlo. Los nanteses le aconsejaron que de todos modos reclamara la asistencia y decision de un general digno de toda confianza, y le dijeron que el general Berton, que habia venido voluntariamente de Paris para ofrecerles su espada, no habia salido de la Bretaña y debia hallarse en aquel momento en Rennes.

El general Berton pertenecia á esa numerosa categoría de oficiales de toda graduacion á quienes en su ciega cólera la restauracion habia cortado violentamente su carrera, y que la irritacion ó miseria mezclaba fatalmente en las conspiraciones. Berton habia mandado una brigada en Warterloo, y se habia dado á conocer al público por una relacion de esta batalla, citada con elogio por todos los periódicos liberales. Víctima de persecuciones exorbitantes, lo mismo que un gran número de sus compañeros del antiguo ejército, se habia vuelto uno de los adversarios mas decididos de los Borbones. «¿Sabeis cómo le habian tratado? decia el general Foy hablando de Berton en la sesion del 18 de marzo. (Voces de la derecha: «Como lo merecia; como un escritor de la Minerva».) Ni en 1814, ni en 1815 existia nada de particular con respecto al general Berton, y no encontrarán en el ministerio de la guerra ni una sola palabra contra él. No obstante á últimos de 1815 fué arrestado y encarcelado; puesto en libertad despues de haber sufrido un año de prision, vuelven á arrestarle, despues le sueltan, y continúan arrestándole periódicamente cada seis meses, hasta que por último le dejan sin sueldo. ¿Cómo quereis que sembrando de ese modo la arbitrariedad no se recoja la revolucion?» Relacionado con varios miembros de la venta superior é informado por ellos de los preparativos de insurreccion en el oeste, Berton habia ofrecido ponerse á la cabeza; pero el comite director que destinaba otro general para este mando le dió solamente respuestas evasivas. No escuchando mas que su impaciencia, Berton se puso inmediatamente en camino é hizo que los nanteses aceptaran sus ofertas por medio de uno de sus antiguos ayudantes de campo que vivia en Rennes. El motivo aparente de este viaje era el deseo de ver á uno de sus hijos, un teniente del regimiento de dragones del Doubs que se hallaba de guarnicion en Pontéroy. Obligado á abandonar á Nantes despues de las prisiones verificadas en el 13.° de línea se habia ido á Rennes, en donde conducido y guiado por los dos conjurados nanteses Athanase y Heureux, Mr. Grandménil logró efectivamente encontrarle. Alojóse con este general, é ignorando que en aquel mismo momento el comite de París, informado por el comandante Gauchais del sublevamiento proyectado, decidia al impetuoso y audaz general conde Pajol para que tomara la direccion militar de la insurreccion, Grandménil no vaciló en ofrecer este mando á Berton, el cual se apresuró á aceptarle (1). Inmediatamente salieron ambos para Saumur, á donde llegaron sin tardanza, al propio tiempo que los diputados de Rennes, Nantes y Angers, encargados de asistir á los últimos preparativos y regresar en seguida para informar á sus comitentes del apoyo que debian prestar.

El domingo 17 de febrero se concertaron las últimas disposiciones en una gran reunion que tuvo lugar en la casa del doctor Caffe, á la cual asistian, además del general y los miembros del comité central de Saumur: MM. Ferail y Chappey, diputados de Rennes; Cossin y Heureux, de Nantes; Riobe y Guerin, de Angers; Lebreton, de Mans; el coronel Bouvry, de Partiers, y treinta comisarios representando á Vernantes, Baugé, Bourgueil, Thouars, Montreuil, Niort y localidades inmediatas. El plan convenido reproducia la mayor parte de las disposiciones adoptadas en el mes de diciembre precedente, y era como sigue:

Estallaria el pronunciamiento el sábado 23, dia de mercado. Todas las semanas, de seiscientos á ochocientos caballeros de la libertad del campo, la mayor parte antiguos soldados ó marineros, se aprovechaban de esta reunion foránea para ir á Saumur, tomar la órden de los conjurados de la ciudad y saber si debian levantarse ó tener todavía paciencia: esta vez debia retenerles, y hacer que aguardaran en los cafés y otros parajes públicos de la ciudad y arrabales el momento señalado para el sublevamiento. La guardia nacional contaba cerca de seiscientos hombres, vestidos, armados y la mayor parte comprometidos en la conspiracion. Los alumnos de la escuela de caballería y una compañía de granaderos del 44.° de línea, acuartelada en el castillo, componian la guarnicion. Ya se sabe cuáles eran las disposiciones de la escuela, las que se habian consolidado por el regreso de algunos sargentos que habian sido arrestados siete semanas antes y puestos en libertad, los cuales se mostraban impacientes de salvar á sus compañeros menos dichosos que la justicia militar juzgaba en aquel mismo momento ante el consejo de guerra de Tours: un oficial, y varios individuos de tropa de la compañía del 44.° pertenecian igualmente á la conspiracion. A las diez de la noche el general Berton, acompañado de los miembros del comité central, de treinta delegados de los campos inmediatos, de los

(1) No se habrá olvidado que el pronunciamiento de Béfort debia estallar primeramente en la noche del 23 al 29 de diciembre.

(1) Retenido en Paris para el arreglo de un negocio privado de importancia el conde Pajol no pudo marchar á tiempo para llegar antes que Saumur se pronunciara.

diputados de Rennes, Nantes, Angers, Mans y Niort, y de dos pelotones de la guardia nacional y de la escuela, se presentaria en la plaza pública vestido de uniformes, y allí haria lectura de una proclamacion, anunciando que acababa de estallar un gran pronunciamiento en París, que la Francia se levantaba en masa; que la familia real estaba en fuga, y el poder confiado á un gobierno provisional que le habia nombrado su delegado en los departamentos del oeste. Durante esta lectura que terminaria con los gritos de; ¡viva la Francia! ¡viva la libertad! ¡abajo los realistas! un destacamento de guardias nacionales subiria al castillo, cuya puerta, guardada por un cabo y cinco soldados comprometidos en la conspiracion, se hallaria abierta y tomaria posesion de esta fortaleza que contenia, de veinte y cinco á treinta piezas de cañon, un depósito, de treinta mil fusiles y una considerable cantidad de municiones. Inmediatamente debia invadirse la escuela y forzarla á seguir el movimiento; el campaneo y generala llamarian á la plaza el resto de la guardia nacional, y los antiguos soldados y marinos que se habian quedado en la ciudad, los cuales serian armados en el acto con los fusiles de la fortaleza; los diputados estranjeros llevarian sin pérdida de tiempo la noticia á todas las grandes ciudades del oeste, y los treinta comisarios saldrian á galope tendido y harian tocar á rebato en todos los cantones situados á las dos orillas del rio desde Tours hasta su desembocadura. Al amanecer del dia siguiente 21, se dirigirian algunos destacamentos por los caminos de Tours, Mans, Thouars y Doué, con la mision de situarse á pocas leguas de la ciudad y arrestar á los generales que mandaban los departamentos vecinos, los cuales serian llamados á toda prisa á Saumur, por medio de falsas comunicaciones oficiales, revestidas de las firmas del general Gentil Saint-Alphonse y del subprefecto cuyas rúbricas poseian; dos columnas volantes recorrerian el pais para hacer enarbolar por todas partes la bandera tricolor y apresurar el levantamiento en masa; por último otro destacamento mas numeroso, acompañado de varias piezas de artilleria, y compuesto de la compañía de granaderos del 44.°, de la mayoría de los alumnos de la escuela y de siete a ochocientos hombres de la guardia nacional de Saumur, y antiguos soldados ó marineros armados aquella noche, marcharia rapidamente hácia Angers á fin de sublevar esta ciudad, y unir á la insurreccion el 44.° regimiento de línea todo entero. Esperábase que en un intervalo de menos de tres dias, seis ó siete departamentos y sus guarniciones se hallarian sobre las armas.

Preparadas ya de mucho tiempo estas disposiciones fueron aprobadas por la reunion, la que para asegurar mejor el efecto, nombró un comité de ejecucion de seis miembros, compuesto del general Berton, del comandante Gauchais, del doctor Caffe y de MM. Fournier, antiguo alcalde de Saumur, Mandin y Duveau, propietarios influyentes de las inmediaciones. En seguida se separaron, convocándose para el 23; pero una vez aislados, y colocados en presencia de la responsabilidad de una insurreccion de la que debian tomar personalmente la iniciativa, los miembros del comité que habitaban en Saumur percibieron los mas graves inconvenientes en que esta ciudad diera la señal del movimiento. No cabe duda, decian, que la generalidad de los habitantes se hallan perfectamente dispuestos; pero llegado el momento quizás vacile un número de ellos. Esta indecision no debe temerse si en vez de dar Saumur el impulso lo recibe de los campos; la aparicion solamente de la bandera tricolor hará sublevar todas las aldeas é invadiendo la poblacion la ciudad, paralizará en ella toda oposicion y arrastrará tras sí á los mas irresolutos. ¿No seria mejor empezar el movimiento en Thouars, que es una ciudad pequeña y cerrada, á siete leguas de distancia, cuyos habitantes pertenecen todos á la causa de la libertad, y que encierra por toda defensa, la fuerza de cinco gendarmes afectos, segun afirman, á la opinion que se trata de hacer triunfar? Allí no hay que temer ninguna resistencia; la reunion y marcha de los conjurados no encontraran ningun obstáculo, y aumentada su columna por el camino con la poblacion de todas las aldeas que deberá atravesar, se presentará á las puertas de Saumur, con una fuerza de varios millares de hombres. Adoptadas estas consideraciones por el comité, abandonóse el plan primitivo, y decidieron que la insurreccion, retardada de un dia, tendria efecto el domingo 24. Forasteros de aquel pais, sin relaciones anteriores con su poblacion, de la que ignoraba el sentido y costumbres, y consiguientemente forzado á confiarse á las luces y esperiencia de los otros miembros del comité, el general Berton se dejó imponer estas modificaciones, y conducido el jueves 21 por el comandante Gauchais y el teniente Delon, entraba en Thouars y era introducido bajo el nombre de Dubois en casa de Mr. Saugé propietario de la ciudad. Inmediatamente fué visitado por el teniente á medio sueldo Pombas, comandante de la guardia nacional, los principales habitantes y un gran número de alcaldes, segundos alcaldes y oficiales á medio sueldo ó retirados de las poblaciones vecinas, que iban á garantizarle el apoyo absoluto de sus conciudadanos y tomar sus órdenes. Por espacio de tres dias Saugé ignoró cuál era el verdadero nombre de su huésped; las numerosas visitas que recibia le hacian considerar como un agente del gobierno encargado de alguna comision secreta. El 23 por la noche Berton dijo su nombre á Mr. Saugé y le informó de que habia ido á sublevar la ciudad al dia siguiente.

A las cuatro de la mañana del domingo 24 de febrero, el general vestido de uniforme y con todas las insignias de su antiguo grado, se presentó efectivamente en casa de Pombas en donde le aguardaban un numeroso grupo de conjurados, y Mr. Heureux, diputado de la ciudad de Nantes y dueño de la casa de posta de Nozay, el que con arreglo á lo que se habia convenido primeramente, habia llegado la víspera á Saumur, y no habia vacilado en marchar á Thouars para reunirse con el general Berton. Enarbolan la bandera y escarapela tricolor; se reparten algunos cartuchos; dan órdenes para que se toque generala y á rebato, colocar centinelas á las puertas de la ciudad, prender al cura y al alcalde y recoger los caballos de silla de algunos realistas ricos de la localidad. Todas estas prescripciones son ejecutadas inmediatamente; los gritos: «¡A las armas! ¡viva la libertad! ¡viva el pueblo!» resuenan por las calles; algunos hombres armados, conducidos por un antiguo sargento de gendarmería llamado Saunion, invaden el cuartel de los gendarmes, les obligan á montar á caballo, y que con el cabo á la cabeza se pongan bajo las órdenes de Berton. Muy pronto llegan de los pueblos inmediatos varios grupos de conjurados conducidos por MM. Enrique Fradin, médico y segundo alcalde de Parthenay, Moreau, teniente de húsares á medio sueldo, y Sennechault, propietario de Thenezay. Berton se traslada entonces á las casas consistoriales, visita algunas armas que se hallan en depósito y despues se presenta en la plaza pública, en donde Mr. Heureux hace lectura á la multitud de dos proclamas, dirigidas, una al pueblo, y otra al ejército. La proclama al pueblo anuncia la caida de los Borbones, la conservacion de las ventas de bienes nacionales, cuyos posesores cesarán de ser molestados, y la supresion de las contribuciones que gravan la sal y bebidas. He aquí el principio de la proclama al ejército: «Soldados, toda la Francia se ha levantado para recobrar su independencia; todos los amigos del honor nacional se han alistado bajo la bandera sagrada de la patria; vosotros os unireis, supuesto que sois franceses.» La última frase es esta: «La patria os reclama; vuestros parientes avanzan y os llaman; combatir en contra seria un crímen de lesa-nacionalidad; triunfar con ellos es una virtud nacional; esta es vuestra posicion; ¡escoged! ¡viva la libertad! ¡viva la Francia!» Mr. Heureux añade que los generales de Lafayette, Foy, Demarçay y MM. Benjamin Constant, Keratry y Voyer d' Argenson componen el gobierno provisional, y que el primero de estos diputados se halla además investido del mando en jefe del ejército. Hechas estas comunicaciones, Berton ordena la destitucion de algunos alcaldes, jueces de paz y escribanos de justicia, instituye comandantes de guardia nacional, hace conducir los prisioneros á su presencia, pone algunos en libertad, coloca los otros bajo la simple vigilancia de las nuevas autoridades, y á las siete y media de la mañana piensa por último en emprender la marcha. Las tres horas que acababan de trascurrir providenciando cosas á lo menos inútiles, habian infundido la inquietud y perplejidad en la parte mas tímida de la poblacion: pasado el primer momento de sorpresa los chicos y mujeres se esforzaron para retener á sus padres y maridos. Algunos testigos de los acontecimientos han dicho que estas influencias no hubieran prevalecido, si el general hubiese salido de la ciudad tan luego como hubo enarbolado la bandera tricolor, anunciando la caida de los Borbones y proclamando el nuevo gobierno; cuatrocientos ó quinientos hombres, bajo la impresion inmediata de estas noticias, hubieran formado detrás de él, y no se le hubiese visto salir de Thouars seguido solamente por ciento veinte y cinco ó ciento treinta hombres. A la cabeza de esta débil columna, precedida de un tambor, marchaban los cinco gendarmes que componian la brigada del distrito, y un antiguo soldado llamado Jaglin, que llevaba una bandera tricolor. Esta pequeña tropa tomó el camino de Saumur sin encontrar en ninguna parte, en su tránsito, las poblaciones que debian aumentar sus filas. El cambio de las disposiciones adoptadas primeramente, y cuyos principales pormenores habian sido comunicados por todas partes, turbaba las imaginaciones y no sabian esplicárselo de ninguna manera. Los aldeanos se decian: Saumur no rehusa su asistencia, supuesto que se necesita marchar contra esta ciudad para obligar á sus habitantes á que se declaren. El instinto hacia comprender á las poblaciones del campo que no les correspondia la iniciativa del movimiento. Quizás los aldeanos hubiesen vacilado menos si el número de hombres que seguia detrás del general hubiera sido mas crecido; la

muchedumbre atrae la multitud; cada pueblo habia apostado en el camino algunos habitantes encargados de espiar el paso de los insurgentes; la vista de la bandera tricolor arrancaba de pronto algunos gritos de alegría á estos esploradores; pero despues que habia desfilado esta tropa tan lenta y debil, todos se volvian desanimados.

La pequeña columna entró á las dos y media en Montreuil, gran villa situada en mitad del camino de Thouars á Saumur, empleando seis horas para andar cuatro leguas: hicieron alto, y unos veinte hombres de esta cabeza de partido se unieron á los sublevados gritando: ¡Viva la libertad! ¡abajo los derechos reunidos! Cuatro gendarmes de la brigada se juntaron con sus camaradas de Thouars, y el quinto se marchó por un camino de travesía á fin de comunicar á las autoridades de Saumur la noticia de la aparicion de los insurgentes. Todos los periódicos oficiales de aquella época han dicho que estas autoridades se hallaban en la mas completa ignorancia acerca de esta marcha, lo que carece de exactitud; dos empleados de esta ciudad de doce mil habitantes, el subprefecto y el presidente del tribunal civil ignoraban únicamente el acontecimiento que se preparaba. La poblacion de Saumur esperaba que Berton se presentaria á eso de las doce del dia. Inmediatamente que comparezcais, le habian dicho, la guardia nacional tomará las armas y saldrá con la música á recibir vuestra columna. Por la mañana todos estaban todavía llenos de decision; pero un gran número, inquietos de la inmovilidad y silencio que reinaban, tanto dentro como fuera de la ciudad, se desanimaban á medida que avanzaba el dia. Un hombre solo, el profesor de bellas letras destituido, Mr. Chauvert, entonces dueño de un establecimiento de tintorería, tuvo el valor de salir á eso de medio dia vestido de guardia nacional, con la escarapela de tres colores en el sombrero y una bandera tricolor en la mano, y recorrer de este modo las principales calles de la ciudad sin que nadie se atreviera á reunírsele ó pensara arrestarle. Cierto es que el comite de ejecucion no se mostraba en ninguna parte, y sus miembros, cerrados aisladamente en sus domicilios, aguardaban noticias. Mr. Heureux que se habia adelantado para anunciar el sublevamiento de Thouars, fué el primero que dió aviso de que el general Berton se acercaba. MM. Tisseau y Bastien salen inmediatamente y encuentran al general en Montreuil; el doctor Caffe, cuya influencia habia decidido sobre todo el cambio de las disposiciones adoptadas en la reunion general del 17, se reunió en seguida con ellos, y todos apresuran la marcha de los insurgentes: en fin, á las seis de la tarde Berton compareció delante de Saumur. Algunos gendarmes y un peloton de alumnos de la escuela que habian salido á reconocer ó que habian sido enviados por el subprefecto, despues de la llegada del gendarme de Montreuil, para detener la marcha de los sublevados, se replegaron á paso lento delante del general, y no se pararon hasta que estuvieron detrás del puente Fouchard, situado sobre el arroyo Thouet que baja de Thouars, y pasa al pié de Saumur antes de reunirse al Loira á un cuarto de legua mas abajo de la ciudad. Berton se avanza á su vez hasta el puente: su tropa, compuesta de unos ciento y cincuenta hombres mal armados, estenuados de fatiga y faltos de organizacion y disciplina, hubiera sido derrotada facilmente por algunos ginetes resueltos; mas la actitud de los alumnos no tenia nada de hostil, y temiendo el oficial que los mandaba que podia proporcionar nuevos soldados á la insurreccion si los ponia en movimiento, limitó sus esfuerzos á impedir que cedieran á las exhortaciones de Berton y del teniente Delon, los cuales marchaban detrás de ellos, siguiendoles paso á paso e invitándoles para que se pasaran bajo su bandera: en breve Delon penetra en las filas, aprieta afectuosamente la mano á sus antiguos camaradas y les habla con animacion, y los alumnos parecen hallarse indecisos. En este momento llega el jefe que mandaba interinamente la escuela (1) á la cabeza de un numeroso peloton; el general y Delon se retiran entonces al otro lado del puerto, cuyo paso obstruyen inmediatamente con algunas carretas.

Berton habia cumplido su promesa y se hallaba al frente de Saumur con la bandera desplegada, á la cabeza de los insurgentes que habia conducido de una distancia de siete leguas; ahora pertenecia á los conjurados de la ciudad el contribuir con la parte que les concernia para el triunfo de la obra comun; mas los miembros del comité de ejecucion no se muestran en ninguna parte, y viendo los demás en esta ausencia una escusa para su inaccion, no se atreven á tomar resueltamente la iniciativa de una llamada á las armas. Dos hombres, Mr. de Monpassant, alcalde de la ciudad, y el guardia nacional Mr. Hautreux, comerciante, se encuentran solos en la plaza principal, y á pesar de su aislamiento y ser las siete de la noche se deciden á bajar hácia el Thouet. Llegados al punto donde se encuentran los alumnos, el jefe municipal de Saumur anuncia en alta voz que va á intimar á los insurgentes que se retiren; se avanza y traspasa la barricada. La debilidad de la tropa de Berton y el aire inesperto de los hombres que la componen, asombran á Mr. de Monpassant; el cual amonesta al general por su imprudencia, se admira que haya podido marchar contra la ciudad con tan poca fuerza y le aconseja que se retire. Berton le hace entrar en la casilla del recibidor de puertas donde discute las probabilidades de su posicion: Mr. de Monpassant insiste con vehemencia para que se retire inmediatamente; el general, al contrario, quiere ganar tiempo y aguardar por último que la guardia nacional tome las armas y se pronuncie.

En este momento se dirigia hácia el puente el subprefecto Mr. de Carrère. La noche era oscura; parado en medio de la oscuridad por el comisario de policía, se hace reconocer y pregunta al comandante de los alumnos la causa de su inmobilidad. El oficial responde que aguarda órdenes: «Se las he pedido al alcalde, añadió; pero se ha contentado con decirme que tomaria consejo de los acontecimientos.» El subprefecto interroga á algunos guardias nacionales que acababan de llegar; ninguno de ellos sabia otra cosa sino que los insurgentes se hallaban al otro lado del puente y que su número ascendia á varios miles. «¿Dónde está el alcalde? añade el subprefecto.—Está con los rebeldes,» responde el comisario de policía. Mr. de Carrère no puede obtener mas que estos vagos indicios; por espacio de cerca de una hora permanece casi aislado y su posicion es la de un hombre que se mueve en el aire. Por último, óyese la voz del alcalde: en el pensamiento del subprefecto, el jefe municipal se hallaba prisionero; Mr. de Carrère se acerca á este magistrado y le pregunta las noticias que trae; Mr. de Monpassant anuncia, que, vencidos por sus exhortaciones, los rebeldes le han prometido no atacar la ciudad antes del amanecer, y que en cambio de esta concesion les ha dado la palabra de honor que tampoco serán atacados sin avisarles. «No os habeis podido comprometer mas que en calidad de alcalde, replicó el subprefecto, y vuestra palabra no implica la de las otras autoridades. Comandante, añadió dirigiéndose al jefe de los alumnos, ¿qué pensais hacer?—Yo me hallo pronto á ordenar la carga, si la exigís, dijo el oficial.—No es posible dar la carga, replican inmediatamente varias voces entre los alumnos; se necesita primeramente la infantería para derribar la barricada.—¿Para qué son los guardias nacionales?» dijo uno de los circunstantes; pero el mismo subprefecto hizo observar que la mayor parte eran padres de familia á quienes no se debia imponer un ataque donde pudieran peligrar sus vidas. Este empleado superior tomó entonces el partido de enviar al comandante del castillo un oficial encargado de pedirle un destacamento de su pequeña guarnicion y una pieza de artillería para destruir la barricada. El comandante consiente en dar veinte y cinco soldados, pero rehusa el cañon. Resuelto el subprefecto á obtener la pieza y los hombres, vuelve á enviar otro oficial con órden de persistir á fin de que se le remitiera lo que habia pedido.

Durante estos abocamientos y diligencias, los principales insurgentes y conjurados de Saumur, favorecidos por la ausencia de órden y consigna que reinaba entre los defensores de la ciudad, como tambien por la profunda oscuridad de la noche, iban de un campo al otro ó se reunian en el puente. Suplicaban á Berton para que cargara diciéndole: «No os resistirán; abrirán filas en cuanto os vean; la guardia nacional y los alumnos no aguardan mas que vuestra presencia para sublevarse —Que vengan ellos á reunirse, y entraré en la ciudad á su cabeza, respondia el general; yo he dicho á los patriotas de Thouars que encontrariamos á Saumur armado y sublevado, y estos no entrarán sin esta condicion.» Los diputados de Rennes, Nantes, Angers, los de las otras ciudades y los comisarios de los campos, que tomaban parte en estas deliberaciones, insistian con fuerza para que se decidiera una cosa ú otra. «¿Por qué no habeis hecho venir la poblacion de vuestras aldeas?» decian á estos últimos los de Saumur; corred, haced que toquen á rebato, y la presencia de la gente del campo decidirá el movimiento.—No vendrán, si vosotros no os pronunciais primeramente; no habia necesidad de cambiar el plan convenido. «Crúzanse pareceres y exhortaciones; óyense en ambas partes quejas y reprensiones, y entre tanto el tiempo se pasa. A las doce de la noche, es decir, seis horas despues de la llegada de Berton, Mr. de Carrère sube al castillo, y obtiene del comandante la promesa de entregarle la pieza de artillería necesaria para el derribo de la barricada. Pocos momentos antes el alcalde habia manifestado al subprefecto que acababa de probar un último esfuerzo, y que espantados por sus amenazas los insurgentes se alejarian probablemente. «Retiraos lo mas pronto que podais, habia dicho efectivamente á Berton; no teneis mas que el tiempo de huir, os van á atacar con artillería.» En vano rechaza Delon este consejo, y pegando con violencia

(1) El general Gentil Saint-Alphonse, jefe superior de la escuela, y el segundo jefe de ella, se hallaban entonces en Tours para declarar como testigos ante el consejo de guerra encargado de juzgar a los alumnos arrestados el 24 de diciembre precedente.

con su espada contra el suelo, pide que se intente un riguroso esfuerzo antes que ataque Mr. de Carrère. El general da la órden de retirada diciendo: «No quiero cargar con la responsabilidad de haber hecho derramar la sangre francesa, y no sacrificaré ni uno de las buenas gentes que me han seguido, por unas promesas que quizás no se cumplirán.» En efecto, cuando al cabo de algun tiempo se avanzó á la barricada un peloton de cincuenta ginetes, la halló desierta. El comandante habia recibido del subprefecto la órden de perseguir sin descanso á los fugitivos, y arrestar á todos los que pudieran alcanzar sus ginetes. «¿Qué direccion han tomado? pregunto el oficial al alcalde de Saumur.—El camino de Doué,» respondió este magistrado. Berton y su columna se retiraban por el camino de Montreuil, y de este modo pudieron llegar á esta villa y á Thouars, ó bien dispersarse en todas direcciones sin ser molestados. Tan solo fué al otro dia y siguientes que las investigaciones que se hicieron en Saumur, Thouars y poblaciones inmediatas, produjeron el arresto de ciento cincuenta á ciento sesenta personas. Los diputados de Rennes, Nantes y Angers, como asimismo los comisarios de los campos pudieron escaparse despues de la retirada de Berton, ya sea embarcándose en el Loira ó bien siguiendo la orilla derecha del rio.

Esta nueva derrota sin combate, en la que ninguna espada salió de la vaina, tuvo lugar mientras que en Tours se juzgaba á los alumnos de la escuela de Saumur arrestados dos meses antes. Los delincuentes que debian comparecer ante el consejo de guerra de esta ciudad, eran once: el teniente Delon, contumaz, y diez acusados presentes: los sargentos primeros de caballería, Sirejean, Coudert, Mathieu, de Fabert, Clement y Delhieux, el cabo de la misma arma Bourru, todos alumnos de la escuela de Saumur, y los sargentos primeros tambien de caballería, Lamaitre, Daumery y Lebrun, de cazadores del Arrege que guarnecian á Tours, eran procesados como autores, cómplices y no reveladores de una conspiracion tramada en la escuela de Saumur con el objeto de derribar el gobierno real, cambiar el órden de sucesion al trono, y escitar á los ciudadanos á la guerra civil. El dictámen fiscal se apoyaba en las revelaciones de los dos sargentos Duzaz y Alix, y en las confesiones de la mayor parte de los procesados que declaraban haber sido iniciados por Delon y Sirejean en una conspiracion que tenia por objeto proclamar á Napoleon II, y restablecer la constitucion de 1791. El mismo Sirejean reconocia haber sido recibido por Delon, caballero de la libertad; pero añadia que habia creido entrar en una sociedad análoga á la de los fracmasones. Empezado el proceso el 20 de febrero, cuatro dias antes de la tentativa de Saumur, se terminó el 28 por una sentencia que condenaba á Delon, Sirejean y Coudert, á la pena de muerte: Mathieu á cinco años de prision; de Fabert, Bourru, Lemaitre, Clément y Lebrun, á dos años; Delhieux y Daumery, puestos en libertad. Sirejean y Coudert apelaron, y el 20 de abril siguiente, comparecieron los dos reos ante un segundo consejo de guerra. Al dia siguiente, 21, Sirejean era condenado por segunda vez á la pena de muerte, y Coudert, declarado solamente culpable de no revelacion, no tenia que sufrir mas que cinco años de prision. Once dias despues, moria Sirejean á la edad de veinte y dos años, el cual «habia sido mencionado varias veces en la órden del dia de la escuela por su inteligencia, instruccion y buena conducta (1).»—«A las cinco de esta mañana, decia el diario de Indre-y-Loira del 2 de mayo, el sargento primero de caballería Sirejean ha sufrido su sentencia. Este jóven ha muerto con mucho valor, y él mismo ha dado con fuerza la voz de fuego, mirando con serenidad á los soldados que le tiraban; toda la guarnicion asistia á la ejecucion.»

Seis semanas despues, la sala del crímen del Loira inferior juzgaba á los oficiales del 13.° de línea y nanteses arrestados el 9 de febrero precedente. El número de encausados era de doce: seis acusados presentes: MM. Mosneron-Dupin, propietario y antiguo capitan de coraceros; Bonnet, sargento de brigada; Villedary, Lerat y Riboulet, sargentos primeros, y Poybarreau, sargento segundo del 13.° de línea; seis contumaces: MM. Delhaye y Raymond, tenientes, y Gamelon, subtenientes, del 13.° de línea; Fourré y Dupuy, propietarios y antiguos oficiales de la guardia imperial, y Baudry, propietario. Los seis primeros comparecieron ante el jurado el 14 de junio; mas apoyándose esclusivamente los hechos que les imputaban, en las declaraciones de los dos sargentos Feydit y Ranvaud, las que negadas enérgicamente por los acusados, se hallaron ademas desmentidas en algunos pormenores en las declaraciones de otros varios testigos. La defensa supo sacar un partido inmenso de estas inexactitudes; desde luego se hallaba poderosamente ausiliada por parte de los jurados á causa del interés que rodeaba á todos los procesados civiles, que eran ricos propietarios respetados en Nantes ó las inmediaciones, y por una irritacion local que habian motivado algunos hechos de provocacion y violencia de que se habian hecho reprensibles el general Despinois que mandaba la division, y los oficiales y soldados de un regimiento suizo que se hallaba de guarnicion en Nantes. Los debates no duraron mas que dos dias, y el 15 todos los encausados fueron puestos en libertad.—El 17 fué arrestado el general Berton, á quien se habia perseguido en vano por espacio de cuatro meses (1).

Despues de haber acompañado Berton, hasta las puertas de Thouax, á la mayor parte de los insurgentes que habian salido de esta ciudad, se refugió con Delon, Combas, Moreau y Saunion en el departamento de los Deux-Sevres. Informado, durante su permanencia en Saumur, por los miembros del comité central, y por el mismo Delon, que acababa de llegar á La Rochela un regimiento de infantería conteniendo una venta de carbonarios, é instruido de la existencia en esta plaza marítima de una venta central que tenia por apoyo dos batallones de infantería colonial, acantonados en la isla de Ré, el general se dirigió hácia este punto, y se puso inmediatamente en comunicacion con los principales conjurados de La Rochela. Estos pensaron ante todas cosas en asegurar la salvacion de los fugitivos, y dispusieron un barco mercante para conducirlos á España. Delon acababa de leer en los periódicos la sentencia de muerte que habia pronunciado contra él el consejo de guerra de Tours, y se embarcó con el teniente Moreau, segun lo hemos manifestado. Pombas les siguió prontamente; pero Berton, que oia acusarse por todas partes de debilidad, no quiso espatriarse, y prefirió responder á las imputaciones que originaban su inaccion al frente de Saumur y su retirada, organizando los elementos de conjuracion reunidos en La Rochela. Los carbonarios de esta ciudad le pusieron prontamente en relacion con el capitan Massias y Pommier, y la reunion del Leon de Oro fue el resultado de sus primeras entrevistas. Tres dias despues, el general entró atrevidamente en la plaza, y tuvo con Raoulx y Lefévre el abocamiento de que hemos hablado. Debe recordarse que esta conferencia precedió solamente de algunas horas al arresto de todos los miembros de la venta del 45.°. Este acontecimiento y la marcha repentina de los dos batallones de la isla de Ré para nuestros establecimientos coloniales destruyeron toda probabilidad de una próxima sublevacion en este punto, y Berton se vió forzado á abandonar á La Rochela, retirarse á las inmediaciones de Rochefort, aguardar en este nuevo asilo la ocasion de utilizar su tenaz decision y restablecer su fama de enérgico. El momento pareció que habia llegado á últimos de mayo.

El gobierno acababa de retirar entonces de Saumur ó inmediaciones las fuerzas numerosas que habia dirigido á este punto despues de la tentativa del 24 de febrero. La escuela de caballería se hallaba disuelta y reemplazada por un regimiento de carabineros, cuerpo de preferencia y que pasaba por muy afecto á los Borbones; pero las cartas escritas desde Paris á los miembros del comité central de Saumur que habian quedado libres, les informaron muy pronto que en este regimiento existia una venta de carbonarios. A esta época los numerosos conjurados de la ciudad y campiña se habian reanimado; y la esperanza de encontrar ausiliares enérgicos en la nueva guarnicion, les devolvió la confianza é infundió en ellos la resolucion de continuar la obra de insurreccion que habian creido ya poder terminar dos veces. Los comisarios de todos los comités se pusieron nuevamente en movimiento, restableciendo por todas partes las antiguas relaciones, y no faltó muy pronto sino obtener el asenso y apoyo del comité director, y por su mediacion, el concurso de los carbonarios del regimiento de carabineros: Grandménil tuvo el cargo de marchar á Paris, acompañado de Mr. Baudrillet, comerciante de vinos de Gennes, cabeza de distrito situada á la orilla del Loira á tres leguas mas abajo de Saumur. Recibidos cortesmente por Mr. de Lafayette, quien, como ya hemos manifestado, personalizaba la direccion efectiva de la carbonería, asistieron en su domicilio á dos reuniones en las que se hallaban un cierto número de diputados y miembros de la venta superior, como tambien Mr. Gourlay, antiguo presidente del cuerpo legislativo imperial, el cual les recibió igualmente en su casa. El nuevo movimiento proyectado por los habitantes de Saumur fué aprobado, y se convino todavía confiar su direccion al general Berton; el regimiento de carabineros cumpliria la tarea impuesta anteriormente á los alumnos de la escuela de caballería, tarea que se llevaria á cabo con energía, aseguraba Mr. de Lafayette, atendido que el sargento fundador de la venta en el regimiento era, segun afirmaban, un hombre dotado de mucha firmeza y valor personal.

(1) Declaracion del coronel, marqués de Castries.

(1) El 7 de setiembre la sala del crímen del Loira inferior, fallando sin asistencia de jurados, condenó á los tenientes Delhaye, Raymond y Gamelon, MM. Dupuy y Fourré, contumaces á la pena de muerte; y Mr. Baudry fue absuelto.

Este sargento, llamado Woelfeld, hacia poco tiempo que habia entrado en la carbonería. A primeros de abril salió de Luneville con su regimiento para ir de guarnicion á Saumur, y halló al pasar por Saint-Denis una carta de un miembro de su familia, Mr. Paur, alumno de ciencias naturales en el Jardin de Plantas, el que le invitaba para que fuéra á visitarla, y habiendo obtenido el permiso de sus jefes entró en París. Mr. Paur era carbonario; y la residencia próxima de su pariente en el centro de poblaciones que se hallaban agitadas todavía por los acontecimientos del 24 de febrero, motivó la conversacion acerca de la existencia de sociedades políticas secretas; algunas confidencias del jóven naturalista escitaron la curiosidad de Woelfeld y este le pidió en gracia que le hiciera iniciar en la carbonería; aquella misma tarde Mr. Paur le presentó á Mr. Laresche y otros dos miembros de la venta superior, los que le recibieron carbonario, y le confiaron el cargo de fundar una venta en su regimiento, prometiéndole que le pondrian muy pronto en relacion con los principales patriotas del oeste. Poco tiempo despues, el nuevo iniciado no se limitaba en su correspondencia á felicitarse de los buenos resultados de su propaganda, sino que mostraba los mas vehementes deseos de que llegara el momento en que él mismo y sus camaradas pudiesen dar la medida de su afecto por la causa. La ocasion habia llegado; pedida por Mr. de Lafayette, Mr. Paur remitió á Grandménil y Baudrillet una carta y algunas tarjetas cortadas, destinadas para Woelfeld, quien despues de haber recibido de los dos comisionados de Saumur, á su regreso, estos medios de reconocimiento, convino en avistarse con ellos una vez por semana en la aldea de Chenehutte ó de los Tuffeaux, situada á la orilla izquierda del Loira, en mitad del camino de Saumur á Gennes y á los Rosiers (1). Realizáronse las entrevistas; Woelfeld respondia de su regimiento; además todas las noticias recibidas de Angers, Nantes, Mans, Niort, Poitiers y localidades interpuestas, anunciaban que los conjurados de todas estas ciudades no harian falta á la llamada de los de Saumur: de consiguiente podia intentarse un nuevo movimiento. Convínose con Woelfeld que el pronunciamiento estallaria esta vez en el mismo Saumur, un dia de mercado, y que seria apoyado no tan solo por la guardia nacional de la ciudad, sino tambien por dos ó trescientos jóvenes ú oficiales á medio sueldo que vendrian de las inmediaciones ó de París.

Era difícil arreglar las últimas disposiciones sin el general Berton; Grandménil y Baudrillet sabian el lugar donde se tenia oculto; fuéron a buscarle y le informaron del estado de las cosas. Berton se exalta al considerar que un nuevo esfuerzo puede dar la libertad á los numerosos cómplices arrestados á causa de su primera tentativa. Marcha, y el 12 de junio llega á los Rosiers, á tres leguas de Saumur, y se hospeda en la casa de Mr. Chaillou-Saint-Aubin, antiguo capitan de artillería. El 14 asiste en los bosques de los Tuffeaux á una entrevista con Woelfeld, á quien habia querido ver y oir antes de determinar alguna cosa; Baudrillet y Grandménil habian obtenido del general la promesa que no se daria á conocer de Woelfeld, y que presentado como si fuera su propio ayudante de campo, se limitaria á escuchar; mas este papel de observador silencioso era ajeno del carácter de Berton; no pudo contenerse, y se nombró á las primeras palabras. Woelfeld se mostró pródigo en protestas: llegado el momento, dice que garantiza presentar dos escuadrones de su regimiento en medio de los insurgentes; vió sin duda que no se podia contar con los oficiales, cuya generalidad era «poco patriótica,» pero respondia del apoyo de los sargentos. Berton manifiesta el deseo de hablar con algunos de ellos, y Woelfeld promete que le presentará cuatro de ellos en la próxima entrevista que fué señalada para el 17. Esta segunda cita tenia por objeto el arreglo definitivo de los pormenores de ejecucion, como tambien la parte que debian tomar los carabineros en el movimiento; asistirian á ella los diputados de Angers y comisarios de los comités mas cercanos, y para evitar que esta reunion pudiera llamar la atencion de la autoridad, convinieron que se efectuara á las cuatro de la tarde, en una casa de campo aislada, llamada el Alleu, situada á media cuesta de las colinas de la orilla izquierda del Loira, á tres cuartos de legua mas abajo de Saumur y que pertenecia á Mr. Delalande, notario de Gennes. Por último las ventas y comités de Poitiers, Niort, Nantes y Mans serian invitados para que mandaran diputados á Saumur á quienes se comunicarian la misma noche del 17 las deliberaciones de la reunion.

Por mucha seguridad que pudiera inspirar el afecto de Woelfed, la posicion particular de Berton imponia á los conjurados de Saumur, en el interés del general, una desconfianza escepcional. Varias circunstancias hacian este deber todavía imperioso: el comité central de Angers les habia hecho avisar por un conjurado de esta ciudad llamado Mr. Poulain, que la policía parecia que tenia algun indicio de la nueva conjuracion, y que estuvieran con cuidado; una señora que tenia relaciones en el partido realista, anunció igualmente á otro conjurado, Mr. Rousseau, de Bessé, que la autoridad se hallaba informada de la nueva agitacion de los conspiradores. El general habia cometido una primera imprudencia en la cita precedente habiéndose dado á conocer inútilmente de Woelfeld; decidióse que Berton no asistiria al segundo abocamiento hasta que sus amigos juzgasen que podia presentarse sin peligro. La cadena de colinas plantadas de árboles que costean la orilla izquierda del Loira mas abajo de Saumur se prolonga hasta mas allá de Gennes; dos caminos conducen desde esta última villa á la ciudad; el primero, simple camino vecinal, trazado al través de los bosques, no abandona las alturas; el segundo establecido al pié de las colinas es una carretera departamental que sigue la orilla del rio. El general pasaria la noche del 16 al 17 en Gennes, en casa de Mr. Delalande; al dia siguiente tomaria el camino de arriba con su huésped y Mr Baudrillet y se pararia á un cuarto de legua de Alleu en el lugarcillo de la Tour de Nizé, mientras que MM. Chaillou Saint-Aubin, Tessie de Lamothe, Grandménil y los diputados de Angers, pasando el rio, se reunirian en los Tuffeaux á los comisarios de las localidades vecinas y saldrian por el camino de abajo al Alleu en donde se hallarian Woelfeld y sus camaradas. El general no debia moverse de la Tour de Nizé hasta que vinieran á buscarle (1).

El 17 por la mañana, Berton y Mr. Delalande estaban prontos para marchar y aguardaban solamente á Mr. Baudrillet, cuando este último les mandó á decir que acababa de recibir una coz del caballo, que no le permitia hacer el tránsito de Gennes á la Tour de Nizé sino en un barco (2). El general y su huésped no quieren abandonar al herido; embárcanse los tres, remontan lentamente el Loira, y llegan á eso de medio dia á la altura de la Tour de Nizé. Hacia un calor escesivo, los barqueros habian estendido varias veces el esparavel en el rio; los viajeros estaban en ayunas; el Alleu distaba pocos pasos; decidióse que descansarian en esta quinta en la habitacion del dueño, y que almorzarian con el pescado que habian cogido en el viaje (3). A la una Berton y sus dos compañeros se hallaban sentados á la mesa; á las dos Delalande observa que ya es hora de marchar: en este instante oyen un ruido de pasos, la puerta se abre, Woelfeld se presenta y se dirige al general á quien abraza. Admirado Berton de verle solo, le pregunta dónde están los compañeros que debian acompañarle. Woelfeld responde que le aguardan en un pequeño bosque inmediato y que va á buscarles. En efecto, sale y vuelve á comparecer al cabo de pocos minutos con cuatro sargentos que presenta al general, protestando en nombre de todos cinco de la alegría que les causa este encuentro inesperado. Hacen traer mas vasos, danse mutuamente protestas y cada palabra demuestra la mas perfecta cordialidad.

Al salir de Saumur Woelfeld no sabia que debia encontrar tan pronto á Berton, y habia anticipado la hora de la cita con el doble objeto de hacer un minucioso reconocimiento de aquellos parajes, y tomar sus medidas para hallarse preparado á todo acontecimiento imaginable.

---

(1) Las dos villas de Gennes y de los Rosiers, situadas la una al frente de la otra, están separadas por el Loire. Gennes, residencia de Mr. Baudrillet, está situada á la orilla izquierda del mismo lado que Saumur; los Rosiers, donde habitaba Grandmenil, á la orilla derecha.

(1) Leemos en las notas manuscritas, redactadas en el mismo instante de los acontecimientos, por un testigo de estos hechos. «Un pensamiento único dominaba la imaginacion del general Berton, y era reparar la falta que habia cometido permaneciendo al frente de Saumur sin tratar de forzar el paso, cuya falta calificaban algunos de cobardía. Cuando el 16 de junio, á las once de la noche, salió de los Rosiers á fin de pasar el Loira é ir á pernoctar á Gennes en casa de Mr. Delalande, un jóven oficial que habia hecho dimision de su empleo, liberal acérrimo y resuelto, y rico propietario de aquella localidad, Mr. Tessié de Lamothe, le suplicó que no renovara la imprudencia de la primera entrevista. «Prometedme, general, le decia, que no os presentareis hasta que yo mismo vaya á buscaros. Yo he visto á Woelfeld antes de ayer, y le he observado un cierto embarazo que no me inspira ninguna confianza. Su regimiento puede ser que sea el mas afecto de todo el ejército á los Borbones, y la mayor parte de los oficiales han servido en la guardia de corps. Desde luego, debe presentar algunos camaradas. Un hombre solo puede disimular un instante sus verdaderos sentimientos; pero varios no pueden engañar mucho tiempo, sobre todo cuando se los observa — ¡Cómo! ¿tan jóven y tan desconfiado? le respondió el general; os tengo lástima. Estad sin temor, añadió, abrazándole, yo no compareceré, aunque la precaucion es inútil; atendido que Woelfeld es uno de nuestros amigos mas fieles.»

(2) El lugarcillo de la *Torre de Niza*, al que dan igualmente el nombre de la *Torre de Ménéve*, está situado un poco mas atrás del *Alleu* y de la cima de las colinas que limitan la orilla izquierda del Loira, la distancia que le separa del rio es de cerca de un cuarto de legua.

(3) En 1822, el *Alleu* se componia únicamente de dos grandes piezas contiguas, la una que servia de alojamiento para el arrendatario, y la segunda reservada para el propietario.

Este sargento y sus camaradas estaban armados con escopetas de dos cañones y tenian además pistolas cargadas en sus zurrones de caza; eran cinco hombres armados en presencia de dos hombres sin armas, sin desconfianza y un herido (1). Woelfeld estaba preocupado, un pensamiento le dominaba; no obstante vacilaba todavía; mas falta el vino y Mr. Delalande sale para irlo á buscar. Puede decirse que Berton habia quedado solo: Woelfeld coge bruscamente su escopeta, apunta al general y le dice: «Sois mi prisionero; si os moveis os mato.» Briaudllet, incapaz de oponer ninguna resistencia á causa de su herida, ve ante su pecho la boca del cañon de otra escopeta con que le apunta otro sargento, el cual le ordena que se siente al lado de Berton en un sofá donde este ya se hallaba. Los otros sargentos espian el regreso de Delalande; échanse encima de él tan luego como vuelve á entrar y le obligan á que se siente al lado de sus dos amigos. «¡Cómo! ¿vos un traidor? decia el general á Woelfeld.—¡Guardad silencio, malvado! respondió este último; si he fingido entrar en vuestra conspiracion, no ha sido mas que con el fin de arrastraros.» Los cuatro sargentos que habian acompañado á Woelfeld se mantenian en frente de los prisioneros, con el arma apuntada y prontos á hacer fuego al menor movimiento, y Woelfeld se paseaba arriba y abajo. Varias veces Berton probó á escitar los sentimientos de honor que creia podian existir en este sargento: «¡Os deshonrais y os preparais remordimientos eternos! le decia.—¡Matadme inmediatamente! esclamaba el general en otros instantes; tened valor de acabar!» Woelfeld solo contestaba con injurias. Una circunstancia escitaba su inquietud é irritacion: los sargentos que habia conducido de Saumur eran cinco; uno de ellos marchó inmediatamente á la ciudad, cuando habia ido á buscarles en el bosque con el fin de avisar á los jefes y pedir una fuerza suficiente para custodiar y conducir los prisioneros; las horas se pasaban y esta fuerza no llegaba. A cada momento podian llegar los diez ó doce conjurados que debian reunirse en el Allen á las cuatro, entablar una lucha y librar á Berton, y esta era la secreta esperanza del general.

El ruido lejano del galope de un caballo que se dirigia á la avenida de morales que conducia á la casa, le hizo creer por un instante que el suceso iba á realizarse. Lánzase Woelfeld afuera, con su fusil en la mano, examina al ginete, le apunta y derribale herido de dos balas. «He ahí uno que duerme, dijo volviendo á entrar y afectando reirse; si viene Grandmenil, le espera otro tanto; le rompo la cabeza. «Sus facciones, sin embargo, respiran la mas viva ansiedad; vuelve á salir. Berton se aprovecha de su ausencia para renovar una observacion que, varias veces ya, habia hecho á los cuatro sargentos que, con sus fusiles armados de bayoneta, continuaban vigilando á sus compañeros y á él: Estais haciendo un oficio muy ruin, impropio de soldados, les dijo.—¡Cómo ha de ser, mi general! responde uno, es muy sensible; pero debemos obedecer.»

Sin embargo iba á sonar la hora fijada para la reunion, y los señores Chaillou Saint-Aubin, Tessie de Lamothe y Grandmenil (de los Rosales), Binet y Ferrier, diputados de Angers, Bousseau (de Besse), Choyer (de San Clemente) y Landoy (de Chinon), caminando por la senda de abajo, llegaban en frente del Alodio: entran todos en un sendero que allí conduce, cuando encuentran un muchacho que corriendo les dice: «Id alerta, señores; acaban de matar á un caballero.» Esta noticia, lejos de detenerles, les hace apresurar el paso; llegados á la calle de morales, el primer objeto que se les presenta á la vista, es el cuerpo de un amigo suyo, el señor Meignan, rico propietario de aquellas cercanías, tendido cadáver á través de la avenida. Semejante espectáculo y la presencia de Woelfeld á la puerta del Alodio, con el fusil en la mano, les revelan una parte de la verdad; los señores Tessie de Lamothe y Grandménil, aunque sin armas, se lanzan hácia la casa, adelantando de un árbol á otro, á fin de burlar la puntería de su adversario; habian ya ganado una parte de la avenida, y los presos, ebrios de esperanza, podian divisarles así como á sus compañeros, cuando los gritos: ¡Retiraos! ¡volveos! hé ahí los carabineros! que oyen detrás de sí, les detienen de repente. Retroceden precipitadamente, júntanse otra vez sus amigos, y todos corriendo hácia la orilla del Loire, pronto consiguen hacerse pasar á la otra parte del rio (2). Un batelero que despacharon en el instante mismo á los comisarios estranjeros llegados en número bastante crecido á Saumur, al objeto de conocer el resultado de la reunion, pudo prevenirles bastante á tiempo para poderse poner todos en seguridad. El dia siguiente, por la noche, Grandménil se trasladó á Angers, desde donde despachó un emisario á Mr. de Lafayette, para poner en su noticia todos los detalles del suceso.

Mientras esto pasaba, Berton, Baudrillet y Delalande, conducidos á Saumur á los gritos de ¡viva el rey! abajo los bonapartistas! que daban con fuerza todos los oficiales como los soldados, eran encerrados en el castillo (1). Los retardos que tan vivamente habian inquietado á Woelfeld procedian de varias causas: el acontecimiento era inesperado; el sargento enviado á Saumur, obligado á hacer el camino á pié, no habia, por otra parte, encontrado inmediatamente á los jefes; de otro lado, el cuartel, en aquel momento del dia, se hallaba desierto, y solo con mucho trabajo y uno á uno pudo reunir los cuarenta y cinco ó cincuenta carabineros cuya aparicion habia detenido á Mr. Tessié de Lamothe y á Grandménil en el umbral, por decirlo así, de la puerta del aposento en que estaba custodiado Berton. No se limitaron á maniatar fuertemente á los presos; apenas entrados en el castillo, se les dejó casi en cueros, y lleváronse sus vestidos so pretesto de escudriñarlos mejor; el general para cubrirse, obtuvo por favor un capote de soldado. Todos tres no tardaron en ser interrogados. Baudrillet, quebrantado por el sufrimiento físico, y aterrorizado además, no resistió á las preguntas apremiantes y á las promesas del magistrado instructor; confesó todo cuanto sabia, contó su viaje á Paris, así como sus dos visitas en casa de Mr. de Lafayette, y hasta divulgó las palabras que habia oido pronunciar á este diputado, entre otras las siguientes dirigidas á Grandmenil, cuando ambos fuéron á despedirse de él: «Vamos, ánimo, mi querido Grandmenil, y buen viaje.» Vuelto á entrar en la cárcel y preguntado por Delalande, Baudrillet le dió á conocer su declaracion; Delalande esclamó: que semejante debilidad era un acto de traicion que no conduciria solamente á Mr. de Lafayette al cadalso, decia él, sino que tambien perderia al mismo Baudrillet, en vez de salvarle. ¿Qué cargo pesaba sobre este último fuera de su propia confesion? ¿Su encuentro con Berton, en el campo, en un desayuno? ¿Esto es acaso un crimen? Su posicion por el contrario, ¿no se agravaria si Mr. de Lafayette juzgado de resultas de su declaracion, era condenado como conspirador? No cabe duda que Baudrillet sufriria el castigo impuesto á los cómplices. «¿ Por ventura el juez os ha pedido las señas de Mr. de Lafayette? añadió Delalande. Baudrillet respondió que no.—Entonces aun podeis repararlo todo, replicó el notario; el juez necesariamente va á advertir su falta, y os llamará otra vez. Dad unas señas falsas, y para no esponeros á la menor contradiccion, describid las de alguno de los que visteis en casa del general.» De todas las personas que Baudrillet pudo haber hallado en casa del diputado del estremo izquierdo, Mr. Goulau era el hombre cuya edad, talla, facciones y fisonomía eran mas diferentes de la edad y del aspecto esterior de Mr. de Lafayette: á él fue á quien escogió para modelo. Aun no habia trascurrido un cuarto de hora despues de esta conversacion, Baudrillet era, en efecto, interrogado de nuevo, y á pesar de los esfuerzos del magistrado instructor para obtener la filiacion conocida de Mr. de Lafayette, se mantuvo firme en la descripcion física del antiguo vicepresidente del cuerpo legislativo. Un solo testigo podia invalidar esta declaracion, evidentemente infiel: el testimonio de Grandmenil, quien careado con su cómplice, no consentiria ciertamente en dejar afirmar en su presencia que, impostor indigno, habia dos veces presentado á Baudrillet diputados supuestos y un falso Lafayette. La policía redobló su actividad á fin de apoderarse del cirujano de los Rosales; pero en tanto que lo estaba buscando en el oeste, Grandmenil, que se habia refugiado en Paris, despues de haber estado durante algunas semanas oculto en las cercanías de La Fleche, esperaba á la sazon, en casa de un hortelano situada detrás del cuartel de los Inválidos, los medios de pasar al estranjero. En 1.° de agosto, cerca de mes y medio despues del arresto de Berton, Mr. Jorge de Lafayette, que se habia encargado de facilitar la partida del fugitivo, fué á anunciarle que uno de sus colegas de la izquierda, Mr. Adam de La Pommeraie, diputado de Calvados, consentia en hacerle conducir á Normandía, donde encontraria amigos que le ayudarian á trasladarse á la isla inglesa de Jersey; añadió, que debiendo presentarle aquel dia mismo á su colega, y siendo Grandmenil desconocido en política, consideraba que el lugar mas seguro para la entrevista era el palacio de la cámara. Ambos pasan al Palacio-Borbon, y esperan en el salon de los Pasos Perdidos, la llegada de Mr. de La Pommeraie. Benjamin Constant, el general Lafayette, el general Foy y otros varios di-

(1) El general y sus dos compañeros, á fin de tener menos calor y almorzar con mas comodidad, se habian quitado las levitas y corbatines.

(2) Leemos en una carta de Delalande: «De la cama en que estábamos sentados, que estaba en frente de una ventana que daba sobre la avenida, descubrimos un grupo de personas, pero solo podiamos distinguir bien á Bousseau de Bessé.»

(1) Léese en un escrito contemporáneo: «Los realistas del oeste celebraron la captura de Berton como una victoria; los curas sobre todo se mostraron muy alegres é hicieron en los alrededores de Saumur una cuestacion cuyo producto no bajó de diez mil francos que remitieron á Woelfeld.»

putados de la izquierda, al atravesar aquella pieza para penetrar en la sala de las sesiones, cambian algunas palabras con Mr. Jorge ó Grandmenil; uno de ellos, Benjamin Constant, hasta da un apreton de mano á este último á quien habia visto pasando por Saumur en octubre de 1820; por último, llega Mr. de La Pommeranie; llévase el conjurado saumurés de la sala de los Pasos Perdidos, y lo conduce á otra parte del palacio donde menos espuestos á las miradas del público, podrán hablar con mas comodidad de los detalles de la partida. Entonces la cámara ya habia empezado la sesion: discutíase el presupuesto de hacienda, materia árida, que dejaba la mayor parte de las tribunas vacías y á la que los diputados prestaban muy poca atencion. Acabábanse de votar las pensiones, los intereses de las fianzas, los gastos de servicio y el presidente se disponia á poner á votacion los dos millones anuales pedidos para la dotacion de la cámara de los pares, cuando de repente se manifiesta grande agitacion en todos los bancos: cierto número de diputados, con el Monitor en la mano, van de un grupo á otro, y llaman la atencion de sus colegas sobre unos pasajes que á lo que parece escitan una viva animacion entre los miembros de la izquierda. Estos pasajes pertenecian al acta de acusacion redactada por Mr. Mangin, procurador general en Poitiers, con motivos de los acontecimientos de Saumur, y que la hoja oficial publicaba en su número de la mañana. Benjamin Constant pide la palabra y se opone al subsidio pedido para la otra cámara. «La cámara de los pares, dice, es á la vez cámara legislativa y tribunal de justicia; su independencia, en este último concepto debe ser perfecta: los subsidios que se obstinan á dar arbitrariamente á algunos de sus miembros son tanto mas funestos en el dia, en cuanto parece que el sistema del gobierno es favorecer la invencion de supuestas conspiraciones (voces de la derecha: ¡Harto reales son!) cuya instruccion y juicio pueden ser encargados á aquella cámara. Nosotros debemos ser tanto mas circunspectos, añadió, por cuanto los agentes del poder se complacen en cuentos dignos de las Mil y una Noches, evocan los difuntos, hacen hablar á los contumaces para ostentar acusaciones fiscales que no pueden escitar mas que á risa y compasion (vivas esclamaciones á la derecha).

Mr. Reveillere, en medio del ruido: «¡Pedís pruebas! ¿acaso no tenemos la tribuna?»

Esta interrupcion promueve en la izquierda reclamaciones muy vivas; Mr. Reveillere, obligado á subir á la tribuna para esplicar sus palabras, dice: «Esta es la segunda vez que varios nombres de la cámara se hallan comprometidos en conspiraciones. Por interés como por el honor de la cámara, es preciso averiguar si realmente han existido relaciones entre esos miembros y los conjurados.»

Mr. Lafitte era uno de los diputados indicados en el acta de acusacion (1); reclama la palabra y pide una informacion judicial: «es del deber y de la dignidad de la cámara, dice, el averiguar por último si nos hallamos bajo el hierro de los calumniadores y de los verdugos.

Voces de la derecha: «Esto no es mas que palabrería; bien sabeis lo contrario.»

MM. Bogne de Faye, de Beaséjour, y otros miembros de la izquierda: «Sí, nos hallamos bajo el hacha de los verdugos!

El general Foy: Esto es una infamia!

Mr. Lafitte: «Aquí no se trata de la opinion de algunos miembros de la cámara, sino de un procurador general cuya acta de acusacion, consignada en el Monitor de hoy, compromete de la manera mas indigna los nombres de siete diputados (2). Por lo que á mí toca, declaro que es una mentira infame. (Voces de la derecha: Tanto mejor para vos!) Pero no pido que se me crea bajo mi palabra: la cámara debe examinar la conducta del funcionario público que ha seguido el procedimiento, y si encuentra en las disposiciones hechas contra nosotros un carácter grave, el ministerio debe acusarnos.

El general Foy, MM. Girardin, de Keratry y Benjamin Constant: «Es es!»

Mr. Lafitte: «Si se nos quiere degollar, háganlo en hora buena, que nos arrastren al cadalso; pero, antes, que se nos juzgue!»

Mr. de Peyronnet toma la defensa del procurador general.

«Háblase de conspiraciones imaginarias! esclama el ministro de la justicia; pero ¿y la sorpresa de Thouars por una tropa de rebeldes, y la marcha de esta tropa sobre Saumur, y la presencia de la bandera tricolor en sus filas, y las destituciones de autoridades públicas por gente rebelde, todos estos hechos son por ventura imaginarios? ¿Acaso Berton es un agente del gobierno? ¿un hombre de quien el gobierno disponia? (Viva aprobacion á la derecha.)

Voces de la izquierda: «Ese malvado de Grandmenil ha desempeñado el papel de provocador!»

Mr. de Peyronnet: «Es preciso no conocer nuestra legislacion criminal para pretender que el procurador general podia disimular unos hechos aseverados por una multitud de testigos, por ciudades enteras, por los mismos acusados. Esa acta de acusacion ha debido reunir todos los hechos del procedimiento. Los reproches á que contesto recaerán pues con todo su peso sobre todos aquellos que nos los dirigen con tan cruel y escandalosa injusticia.»

El general Foy: «El magistrado contra quien mis honorables amigos y yo elevamos nuestras justas reclamaciones no es un magistrado inamovible, sino un funcionario que espera del ministerio actual un porvenir y recompensas.

Mr. de Girardin: «Las obtendrá, os lo aseguro!»

El general Foy: «¿En dónde busca él su regla de conducta? en la opinion del ministerio, de sus partidarios, de sus periódicos, en el espíritu de la faccion que hoy en dia domina en Francia.»

Muchas voces de la derecha: «Al órden! al órden! vosotros sois los facciosos! los amigos, los protectores de los rebeldes!

El general Foy. «El procurador general de Poitiers ha citado mi nombre en dos circunstancias: supone que el general Berton, en Thouars, anunció la formacion de un gobierno provisional de que yo formaba parte. ¿Por ventura el hecho es cierto? Yo lo ignoro (risas). Sin embargo no es este el punto principal de la acusacion; el punto esencial es la deposicion de un tal Grandmenil, contumaz, quien, segun dicen, ha huido, y en boca del cual se pondrán todas las mentiras que importa á la faccion esparcir.

Muchas voces á la derecha: «Pero ¿cuál es esa faccion de que siempre nos hablais?

El general Foy: «La faccion anti-nacional, anti-francesa (tumulto). Ese es el hombre que esta faccion ha puesto á su frente. Buen cuidado ha tenido de hacer de él un contumaz; no será interrogado, no se esplicará públicamente; apuesto á que no se volverá á ver!»

Voces de la derecha: «¡Luego le conoceis!»

El general Foy: «Poner calumnias en boca de un acusado contumaz á fin de que hagan mas impresion, y que no se le pueda desmentir, es una accion atroz, perversa, infame! Apoyo la proposicion de informacion judicial, la pido ahora mismo!»

Esta demanda, apoyada por MM. de Labourdonnaie y Tripier, es rechazada por MM. de Martinac y de Villele: «De una parte, dice este último, se nos acusa de haber querido fraguar una conspiracion para perder á ciertos miembros de esta cámara, y de otro lado, segun parece, de no haber tenido valor para acusarlos.

Una multitud de voces á la izquierda: «¡Sí! ¡es verdad! ¡decís bien! no os atreveis! no sabeis atacar sino á lo jesuita!»

Mr. de Villele: «Voy á contestaros de una manera irresistible: vosotros no habeis sido acusados, porque del procedimiento no resultaba la posibilidad, la necesidad, el deber, para el gobierno, de reclamar la autorizacion de la cámara; pero una de dos, ó bien los hechos alegados por los testigos y por los acusados quedarán probados cuando venga la causa, y entonces se verá si no nos atrevemos á perseguiros! bravos á la derecha; silencio á la izquierda), ó bien resultará que tales hechos no tienen fundamento alguno; entonces los diputados á quienes se ha nombrado recibirán un brillante testimonio de su inocencia. Pero este testimonio no puede ser sino el resultado de los debates que se tendrán ante el tribunal del crimen, y no el resultado de una averiguacion que de nada serviria.»

MM. de Saint-Aulaire y Casimiro Perier quieren contestar; pero los

(1) Hé aquí el pasaje del acta de acusacion á que se refiere este incidente: «Grandmenil hizo á la sazon algunos viajes á Paris; de sus conversaciones resulta que fue presentado á MM. Lafitte, Benjamin Constant, Foy y de Lafayette; que se les dió á conocer por medio de cartas de carbonari, que les vió separadamente y reunidos; que el marqués de Lafayette le pagó su viaje; que recibió de dichos señores instrucciones para el nuevo movimiento que debia verificarse en Saumur. Si este movimiento hubiese tenido buen éxito habria estallado uno en la capital donde está enteramente organizado. Su objeto es destronar el rey y apoderarse de la familia real. Los debates darán á conocer con quién, delante de quién, Grandmenil ha tenido estas conversaciones. Por lo demas, probado está que este acusado presentó al marques de Lafayette, en el mes de mayo último, uno de los agentes mas importantes de la nueva conjuracion, y que el marqués de Lafayette dijo á Grandmenil en el momento de despedirse de él: «Vamos, ánimo, mi querido Grandmenil!» Despues de este viaje fué cuando Grandmenil acompañó *animosamente* á Berton á las cercanías de Saumur.»

(2) Además de los cuatro diputados nombrados en el pasaje del acta de acusacion citado en la nota precedente, esta acta designaba á MM. Voyer d'Argenson, de Karatry y al general Demarçay en el número de los miembros del gobierno provisional anunciado en la plaza pública de Thouars.

gritos: «A votar! cièrrese el debate! basta de escándalo!» no permiten que se les oiga; en vano Casimiro Perier hace observar que no puede darse por terminada la discusion despues del discurso de un ministro; el presidente anuncia que, ya que una parte de la cámara insiste en pedir que se termine la discusion, va á pasarse á votar.

Mr. Casimiro Perier, dirigiendose alternativamente á la derecha y al presidente: «Esto es una atrocidad! una infamia! un asesinato!»

El presidente: «Vos no teneis la palabra!»

Mr. Casimiro Perier: «Os doy las gracias! Es una traicion abominable!»

Mr. Lafitte: «Sois unos cobardes! nos quereis degollar y no os atreveis á escucharnos!»

Voces de la derecha: «Señor presidente, imponed silencio á los amigos de los rebeldes!»

Otras voces del mismo lado: «Es un escándalo de los anarquistas de 93! abajo los provocadores de sedicion y de revuelta!»

Puesta á votacion la conclusion del debate, es aprobada en medio del mas espantoso tumulto, y la asamblea vota en seguida la dotacion de la cámara de los pares.

La vehemencia con que se espresaban los oradores, los apóstrofes y los gritos que les era necesario sufrir ó desafiar, todas esas violencias, concentrando en la tribuna la atencion de los miembros de la asamblea y de los espectadores, habian dejado desapercibido un incidente que faltó poco para dar al debate unas proporciones y una gravedad inesperadas. Cuando una voz de la izquierda, interrumpiendo á Mr. de Peyronnet, le habia arrojado estas palabras: «Ese malvado Grandmenil ha hecho el papel de agente provocador,» un hombre de alta talla, sentado en el fondo de la tribuna reservada á los antiguos diputados, lanzóse bruscamente hasta el borde de aquella tribuna; todas sus facciones respiraban la emocion mas violenta, y solo á costa de grandes esfuerzos conseguia dominarla. Pero á estas palabras del general Foy: «El contumaz de que la faccion se ha valido no será interrogado, no se esplicará en público acerca sus mentiras, no se le verá ya mas!» la agitacion de aquel hombre llegó á ser estremada; se le hubiera podido ver entonces levantarse con las manos apoyadas sobre la baranda de la tribuna y casi pasar por encima de ella (1). Este espectador era Grandmenil, que furioso, exasperado, queria precipitarse al salon y decir en voz alta al general Foy: «No, yo no soy un infame! yo no huyo, aquí estoy!» Mr. Jorge de Lafayette habia subido, luego que empezó el debate, á la tribuna habitualmente desierta donde Mr. Adam de la Pommeraie condujera al conjurado saumures; ambos diputados apenas tuvieron tiempo de detenerle en el momento en que iba á lanzarse y de tirarlo con fuerza hácia atrás. Por último consiguieron arrastrarle fuera del salon (2). Grandmenil podia, por lo menos, escribir en los periódicos y protestar; pero él estaba libre, y sus amigos presos; imitó á Nantil é inmoló su honor al interés y la salud de sus acusados. Duro sacrificio, cuyo peso sintió luego que hubo llegado á Normandía. Los carbonarios á quienes iba recomendado, recelosos por los debates del 1.° de agosto, no consintieron en darle asilo y en favorecer su viaje á Jersey, sino despues de haber recibido de Mr. Jorge de Lafayette una carta que rendia el mas completo homenaje á su sacrificio y a su lealtad (3).

La acusacion fiscal de Mr. Mangin fué publicada mas de tres semanas antes de la comparecencia de los acusados de Saumur ante el tribunal del crimen de Viena, encargado del proceso de resultas de devolucion por causa de sospecha legítima. Los debates se abrieron el dia 26 de agosto: los acusados eran en número de cincuenta y seis, de los cuales habia cuarenta presentes y diez y seis contumaces.

Reos presentes: Berton, mariscal de campo y Alix, coronel de estado mayor, en reforma, sin sueldo; Caffé, ex-cirujano mayor en Saumur; Ferail, empresario de carruajes en Rennes; Saugé, propietario en Thouars; Enrique Fradin, adjunto de alcalde y médico; Ricque, cirujano, y Ledein médico en Parthenay; Lambert, antiguo guardia de honor, y Sennechault, propietario en Thenezay; Sanzais, propietario en Varrains; Beaufils, pasante de escribano, y Coudray, oficial de sombrerero en Vernoil; Marchais, oficial á media paga, de Tourtenay; Civrai (Luciano), especiero, Delavaux, cerrajero, Jaglin, antiguo militar y tejedor, Laignelot, tornero, y Masse, mozo molinero, de Thouars; Meunier, antiguo militar y viñador, de Mauzé; Marquet y Prier, de Thouars; Civrain (Mathurin), militar retirado, caballero de la Legion de Honor y labrador en Saint-Verge; Cornuau, militar retirado y tejedor, Godeau, zapatero, Michin, oficial retirado y caballero de la Legion de Honor, Milasseau, fabricante de tejidos, Pellier, oficial retirado y caballero de la Legion de Honor, de Parthenay; Auger, llamado Farine, de Thouars; Francisco Fradin, pasante de notario en Piedrafita; Lagrange, pizarrero en Louzi; Bigot, recaudador de arbitrios, Marillet, propietario, Boudier, viñador, Gerfaux, tejedor, Par, traginero, Vallee, zapatero, Samson, tornero, Normandin, curtidor, y Deligny, supernumerario de las contribuciones indirectas, en Thouars.

Contumaces: Grandmenil, cirujano en Rosiers; Gauchais, comandante de batallon retirado, Chauvet, antiguo profesor y tintorero en Saumur; Chappey, corredor en Rennes; Cossin, propietario en Nantes; Hereux, maestro de postas en Nozais, cerca de Nantes; Moreau, exteniente de húsares, en Parthenay; Olivier-Dufresnes, dueño de fragua en la Peyratte; Delon, teniente de artillería; Pombas, exteniente de infantería; Rivereau, oficial á media paga, Saunion, exgendarme y tonelero, en Thouars; Gourdin, oficial retirado, en Saumoussais; Noumet, oficial retirado, en Argenton-Chateau; Baudet, cafetero, en Parthenay; Malecot, antiguo coracero y labrador, en Louzi.

La posicion social tan poco parecida de todos estos reos, caracteriza la diferencia que hemos indicado en la composicion de las dos sociedades de los carbonarios y de los caballeros de la libertad. La primera, reclutada esclusivamente en el ejército y en la clase media, no habia, en efecto, presentado en los bancos del tribunal de Colmar mas que oficiales, sargentos en servicio activo y jóvenes ricos ó pertenecientes á las profesiones liberales. La segunda, que debia á la vez su fuerza en el vecindario y en la clase obrera, se hallaba representada en los bancos del tribunal de Viena, por oficiales retirados, á media paga y por antiguos soldados, por propietarios y simples jornaleros, medicos, cirujanos y artesanos, fabricantes, mercaderes y labradores. Todos aquellos reos habian vuelto á levantar la bandera tricolor y tomado las armas para defender los intereses materiales y morales salidos de la revolucion, que ellos creian amenazados; el gobierno debia juzgarles, pero volviendo á las deplorables violencias jurídicas de 1815 y 1816, entrególes á sus adversarios. Antiguos emigrados, oficiales de los antiguos cuerpos realistas del oeste, que constantemente habian peleado bajo la bandera blanca contra la revolucion, hé aquí cuales fueron los hombres que escogió para fallar sobre la suerte del general Berton y de sus compañeros de cautiverio. Violando así las leyes de equidad política mas vulgar; cuando la culpabilidad era evidente y la condenacion cierta, cualesquiera que fuesen los jurados, el gobierno cometia doble falta, debilitaba en el espíritu de las poblaciones el respeto debido á la justicia, y parecia vengarse cuando podia castigar. La composicion del jurado era la siguiente:

El marqués de Boisragon, caballero de San Luis, presidente; de Boubault, caballero de San Luis; de Morthemer, antiguo oficial en los ejércitos reales (1); de Montigny-Pelletier, caballero de San Luis; marqués de Volvire (2); de Lalande, caballero de San Luis; de Lusignan, caballero de San Luis; de Boisnet, Dupaty de Clam, conde de Gréaulme, caballero de San Luis, antiguo gran preboste del departamento; Bichier-des-Ages, de La Sayette, caballero de San Luis.

El procurador general, Mr. Mangin, no supo ya encerrarse en los límites legítimos de su papel de acusador; magistrado distinguido en varios conceptos, eminente jurisconsulto, hombre de costumbres puras y de irreprensible probidad, sus arrebatos, en este proceso, granjearon á su nombre una celebridad funesta; llevó la pasion política hasta la crueldad. Algunos pasajes de la defensa de Berton darán á conocer los malos tratamientos que, fuera de la audiencia, tuvieron que sufrir los reos en virtud de las órdenes de este magistrado. Pródigo para con ellos, en el recinto de la audiencia, así como para con los testigos, de palabras injuriosas ó ultrajantes, reprochó con acritud á Berton, como una falta de valor, su inaccion en el puente Touchard, así como la facilidad con que se dejó prender y desarmar (3). El interrogatorio de los reos no ofrecio ninguna particularidad ingeniosa, el presidente no dirigió á cada uno de ellos mas que un corto número de preguntas; hubiérase dicho que el tribunal, participando de la impaciencia del público, se apresuraba para llegar en breve al exámen de los testigos, y sobre todo á oir la declaracion de Baudrillet. Grandes esfuerzos se habian hecho con respecto á este testigo para conducirle á no callar lo mas mínimo tocante á sus

(1) La tribuna de los antiguos diputados estaba situada casi al nivel del banco mas elevado del recinto interior.

(2) Carta de Mr. Jorge de Lafayette del 24 mayo de 1840.

(3) La misma carta.

(1) Algunos periodicos escriben este nombre con diferente ortografía los unos ponen *Vorthemés*, y otros *Morthomé*.

(2) Algunos periodicos escriben: *Volaire*.

(3) El general negaba con energia que Woefeld le hubiese precisado á depositar sus armas; su denegacion era fundada; no se ha olvidado que Berton, al llegar los cinco sargentos, se halla sentado á la mesa, sin corbata, sin casaca, y muy lejos de pensar en la necesidad de defenderse

relaciones con Mr. de Lafayette. ¿Flaquearia acaso? Manifestóse una viva emocion no solo entre los reos, sí que tambien entre los asistentes, cuando por último fué llamado por el ugier:

»¿Fuisteis con Grandménil á buscar al general Berton? le preguntó el presidente.—Sí, señor.

»¿Antes, no fuisteis á Paris?—Sí.

»¿Con qué objeto?—Para vender vinos.

»¿No fuisteis despues á alguna parte con Grandménil?—En el acto de partir, me propuso, para que no le dejase, que fuésemos juntos á casa de un tal Lafayette.

»¿Que oisteis allí?—Nada; tan solo cosas indiferentes; no estuvimos mas que diez minutos.

»¡Cómo! el general Lafayette nada dijo á Grandménil?—Sí, hablóle de Delon que habia llegado á España y que debia estar allí mas á sus anchuras.

»¿Qué le dijo, al dejarle?—Díjole, adios.

»¡Cómo! adios á secas?—Le dijo: Buen ánimo, mi querido Grandménil, y buen viaje.

»¿Estais bien seguro de que era el general Lafayette?—Eso es lo que no podré deciros; no conozco á ese general.

»¿En qué calle vivia?—Lo ignoro; fué á donde me llevaron; yo no conozco á Paris.

»¿En vuestro primer interrogatorio, dijisteis que era en la calle del Arrabal Saint-Honoré.—Es posible; pero no me acuerdo (1).»

El presidente lee la primera declaracion que dió Baudrillet en el castillo de Saumur, en la cual manifiesta con minuciosa exactitud todos los hechos relativos á su viaje á Paris y á sus dos visitas en casa el general Lafayette.

El procurador general, al testigo: «Ya veis claramente que Grandménil os dijo positivamente que os conducia á casa el marqués de Lafayette!—Baudrillet: Sí, pero lo que falta saber es si realmente yo fuí á su casa.

Un jurado: ¿El general Lafayette es alto ó de baja estatura?—Es un hombre de cinco piés y dos pulgadas.

El mismo jurado: ¿Es un hombre de edad, ó bien seria tal vez su hijo?—Es un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años.

El mismo jurado: ¿Es gordo ó flaco? ¿Es moreno ó rubio?—Es un hombre de buena traza, negro, y lleva grandes patillas negras que le bajan hasta la boca (2).

El presidente: «Adviertan los señores jurados que el testigo, complicado en una causa que se está instruyendo, tiene interés en hacer creer que no tuvo relaciones con Mr. de Lafayette (3); por esto cambia hoy su primera declaracion, y no quiere decir mas que una parte de la verdad.»

El procurador general: «La especie de retractacion del testigo depende de un nuevo sistema que ha adoptado, cuyo motivo es fácil conocer. No es de admirar que se hayan hecho fuertes tentativas para hacerle retractar de su primera declaracion, porque esta descorria una parte del velo con que se cubre el asunto; pero semejante retractacion desvirtúa muy poco la acusacion acerca de la cual han de fallar los señores jurados.»

Las reticencias de Baudrillet no podian tener, en efecto, sino un solo resultado: privar al ministerio de aquella prueba legal que Mr. de Villèle habia proclamado necesaria para acusar á uno ó á varios miembros de la cámara de diputados; en nada desvirtuaban uno solo de los cargos producidos contra los reos. En vano Mr. Drault, abogado de oficio nombrado al general Berton, á falta de Mr. Mérilhou que no pudo conseguir el permiso de ir á abogar á Poitiers (4), quiso sacar partido, en provecho de su cliente, de las sospechas que dejaba recaer sobre Grandménil la deposicion de Baudrillet segun la cual el cirujano de los Rosales lo habria presentado á diputados supuestos y á un falso Lafayette; en vano los otros abogados, á su ejemplo, probaron á hacer pesar la principal responsabilidad de la conjuracion sobre Grandménil, á quien representaban como un odioso agente provocador, y de quien los acusados no tanto eran cómplices como chasqueados y víctimas; ellos no podian hacer, como habia dicho Mr. de Peyronnet en la tribuna, nada mas que el movimiento de Thouars y la marcha sobre Saumur con la bandera tricolor desplegada, aunque fuesen actos facticios. Esta provocacion supuesta de nada les sirvió (1). Los reos, por otra parte, abrumados por el número y la precision de los testigos, no desmentian los hechos que se les echaban en cara; ceñianse sus esfuerzos á modificar su carácter y á atenuar su gravedad. La sirvienta de Caffé era otro de los testigos; su deposicion dió motivo á un triste altercado entre su amo y Berton. Este último, á ejemplo de todos los hombres encargados de la direccion de una tentativa abortada, rechazaba la responsabilidad del mal éxito de la de 24 febrero, y haciala recaer de todo punto, no sobre la perplejidad de los principales conjurados de Saumur y sobre sus propias faltas, sino sobre el cambio del plan convenido en la reunion del 17. Hemos dicho ya que Caffé influyó en esta determinacion. Arrebatado por un deplorable sentimiento de irritacion, Berton mostró pocas atenciones para con su coacusado; y tanto en la instruccion, como en sus respuestas á las preguntas del presidente en órden á la declaracion de la criada del doctor, confirmó los dichos de esta mujer, principal testigo contra su amo, tocante á haber permanecido en casa Caffé, y á las reuniones que en ella se tuvieron. En vano Caffé afirmaba que Berton, á quien no conocia, se le habia presentado en su habitacion, especie de casa de locos, bajo el nombre de Jovillet, y que si lo habia recibido y hospedado era solo bajo el concepto de pensionista enfermo; el general negaba estos hechos, y afirmaba no haber jamás ocultado su nombre.

El exámen de los testigos, en número de unos doscientos, quedó terminado en 4 de setiembre; el 5, Mr. Mangin pronunció su pedimento fiscal; en él calificó á Berton de insolente, de miserable provocador, y presentólo como á delegado del comité director en el oeste, como agente encargado de urdir y ejecutar todos los complots de que se encontraron rastros en Nantes, en la Rochela y en Saumur. Mas indulgente con respecto al segundo reo, el coronel Alix, dijo: «¿Por qué ha de ser preciso que, despues de haber hablado de ese hombre (Berton) tan poco digno de interés y que ha mostrado tan poca generosidad para con las víctimas que ha arrastrado á ese abismo (2), tenga que ocuparos en un militar, jóven aun, y que, bajo mas de un concepto, podria exigir interés y generosidad?» Ningun hecho de participacion directa en los sucesos de Saumur existia contra el coronel; sino que detenido en Bretaña, en el momento mismo de aquellos sucesos, á consecuencia de sospechas escitadas por su posicion de oficial del antiguo ejército y por sus visitas á los notoriamente conocidos por liberales de cada ciudad, se le encontraron encima tres cartas recortadas; cartas en las cuales pedia que Napoleon fuese inhumado en Francia, «lo que era prueba, decia el procurador general, de sentimientos hostiles al principio saludable y conservador de la legitimidad;» luego un agente constante que, en el espacio de un mes, «habia hecho, añadia Mr. Mangin, doce visitas al marqués de Lafayette, á Voyer d'Argenson y al señor Beausejour. Alix, tan culpable como el proceso lo presenta, es jóven; se ha encontrado cerca, por su domicilio, de hombres perversos que han podido engañarle. Entonces, señores jurados, no pudiendo disimularos que Alix te-

(1) En efecto, M. de Lafayette vivia en la calle de Anjou, n.º 6, junto á la calle del arrabal Saint-Honoré.

(2) La talla de Mr. de Lafayette era de unos cinco piés y seis pulgadas; tenia cerca de 70 años, llevaba una peluca casi rubia, y jamás habia usado patillas.

(3) Baudrillet, aunque testigo en esta causa, se hallaba arrestado; no se le habia podido complicar en la tentativa de Saumur, empero, así como Delalande, era á la sazon el objeto de unas diligencias de anticipacion de complot, cuyo resultado diremos mas en adelante.

(4) Los abogados inscritos en el cuadro del distrito de una audiencia real no podian ejercer su profesion, fuera del distrito de este tribunal, sin autorizacion espresa del ministro de justicia. Esta autorizacion era igualmente necesaria al abogado de un tribunal de cabeza de departamento que queria abogar en un departamento inmediato al suyo aunque dependiente de la misma audiencia ó tribunal de apelacion.

(1) Léese en una carta, que se dió al público, escrita por Delalande á Grandménil: «Tu estás ausente y libre de procedimientos judiciales: tus camaradas no saben de que medios valerse para desviar la espada que está amenazando sus cabezas; debes por tanto perdonarles el que hayan hecho aparecer una sospecha que su corazon desechaba, sobre todo cuando tenia por objeto salvar de la complicidad á personas poderosas y dignas de respeto.» Desgraciadamente para Grandménil, la generalidad de los escritores que han hablado de la Restauracion, deseando sin duda *andar de priesa* y ciñendose á reproducir las publicaciones de la época, ó lo que harto á menudo sucede, á copiar mutuamente sus escritos, no han titubeado en presentar aquella sospecha como una certitud. Tal es la suerte de los sacrificios en política, y tal es el poder vivaz de la calumnia que á pesar de dos sentencias de muerte, un destierro de cerca diez años y una ruina absoluta, resultado de los efectos de la muerte, civil, sacrificios sufridos sin proferir una queja, sin murmurar, Grandménil se ha visto echar en rostro, *veinte y seis años* despues del proceso de Poitiers, su pretendida traicion al general Berton y á sus acusados. Esto fué en 1848, ante un consejo de guerra á donde fué citado despues de las jornadas de junio, con motivo de denuncia, de un agente, único testigo en contra, que evocó, para apoyar su denuncia la supuesta provocacion de 1822. Mr. Jorge de Lafayette vivia aun; compareció ante el consejo con MM. Rouen, Flottard y el hijo del general Berton; todos hicieron á la abnegacion del antiguo cirujano de los Rosales la justicia mas completa, y quedó absuelto.

(2) Alude á los mentis dados por Berton al doctor Caffé

ma noticia del complot, tal vez os decidireis á no condenarle sino como á no revelador (1).»

Llegando al tercer reo, el doctor Caffe, Mr. Mangin se espresa así: «¿Por qué ha de ser necesario tambien que un hombre distinguido por su talento, rodeado de una familia que le ama, que se habia grangeado la consideracion pública, que los servicios de su arte en los campos de batalla habian hecho decorar con un distintivo honorífico, figure al lado de un hombre como Berton? ¡Deplorable efecto de las doctrinas revolucionarias! Caffe era justo, prudente, buen ciudadano, antes que Benjamin Constant le sedujera. Repito aquí, señores, la idea, las espresiones, de las autoridades de Saumur. ¡Infeliz! cuán hundido se halla en un abismo! Al considerar á todos estos hombres me pregunto si hay otro tan culpable como él. Vosotros lo sabeis, Berton os lo ha dicho, la criada de este hombre os lo ha repetido, en su casa era donde se reunian los conspiradores, donde se tenian los conciliábulos; el arrastró en el complot al jóven Beaufils y al jóven Coudray; él corrompió á unos niños; él les hizo criminales y les entregó tal vez á una muerte ignominiosa. Nada mas dire contra Caffé; debo ahorrarle mis reflexiones.» El procurador general enumera sucesivamente los cargos establecidos contra cada uno de los demas reos y termina insistiendo en las conclusiones de su acta de acusacion.

El dia siguiente, 6, Berton tomó la palabra en estos términos: «Señores jurados, durante mucho tiempo he sido dueño de no comparecer ante vosotros; hubiera podido embarcarme para España con la misma facilidad que lo hicieron los oficiales que conmigo estaban; mucho despues de su partida, aun tuve á mi disposicion un barco para conducirme allí. Varias personas, en el retiro donde me lamentaba de la detencion de mis coacusados, me escitaban de continuo á trasladarme á aquel reino; pero yo pensé que el huir lejos de Francia hubiera sido indigno de mí, y que cometeria un acto de cobardía dejando su territorio, mientras un cierto número de mis acusados estaban presos. He leido en algunos periódicos, señores, con respecto á los hombres que teneis aquí presentes, que la mayor parte pertenecian á la hez del pueblo y que sus semblantes así como sus trajes indicaban ser unos hombres seducidos únicamente por la esperanza del lucro ó del pillaje. ¿Por ventura han dado un solo motivo de queja, hay algo que echarles en cara? ¿Por ventura han derramado una sola gota de sangre francesa? Ni uno siquiera hay entre ellos que pertenezca á la clase de doméstico; todos son hombres libres, aun entre las cadenas; todos son ciudadanos franceses, título que me honro de participar con ellos.»

El acusado, despues de estas observaciones preliminares, refiere los hechos relativos á su partida de Paris, á su mansion en Bretaña, á los acontecimientos de Saumur, y desmiente la mayor parte de los detalles acerca de su arresto por Woelfeld quien, promovido al grado de subteniente, asistia á todas las audiencias, revestido de sus nuevas insignias, y de pié enfrente al general, como para retarlo, no apartaba de él los ojos. Discute en seguida las diferentes deposiciones hechas contra él, critica sobre todo con amargura la del coronel Pablo Rapatel á quien acusa de haberle denunciado; luego, llegando á los malos tratamientos que se le han hecho sufrir, dice: «Cada noche he sido despertado por los ¿quién vive? de un centinela colocado debajo de mi ventana y por el reconocimiento de tan multiplicadas patrullas, que, con frecuencia, he oido tres de esos reconocimientos en el espacio de un cuarto de hora; y sin embargo dos gendarmes encerrados conmigo bajo cerrojos no me dejan ni de dia ni de noche. El señor procurador general no se limita á devorarnos aquí con el gesto y las miradas como á víctimas que deben sacrificársele, él no omite medio alguno de opresion y de terror; con menosprecio de las leyes, me ha privado constantemente de comunicar con el abogado que se me ha nombrado de oficio, á no ser en presencia de tres testigos, y á través de dos rejas de hierro situadas á la distancia de tres piés una de otra. Cada dia, á mas de esto, señores, se nos conduce á vuestra presencia encadenados de dos en dos, en carruajes cubiertos, privados de aire y de luz, verdaderas cajas montadas sobre cuatro ruedas, á través de dos hileras de soldados, precedidos y seguidos por pelotones de infantería y de caballería, mientras que todas las calles que median entre la cárcel y el palacio están atestadas de tropas (1). La gendarmería, al ver su responsabilidad muy á cubierto por estas medidas, cargó con la de quitarnos los hierros; pero el general Malartic mandó que nos los pusiesen otra vez; el tribunal, en vista de nuestras quejas y para evitar los graves accidentes que podian resultarnos, en el caso que uno de los carruajes tuviese un sacudimiento fuerte ó llegase á volcar, ordenó un tratamiento mas humano; quitáronnos otra vez los hierros; pero el general Malartic, que nunca nos deja hasta que hemos vuelto á entrar en la cárcel, nos ha hecho atar con cuerdas. Atados de este modo es como ahora hacemos el camino. Adrede se me ha pareado con compañeros de infortunio escogidos entre los mas andrajosos; pero Cornuau, con quien se me ha apareado, es un ciudadano francés, un soldado antiguo que estuvo en el combate de Trafalgar á bordo del Fogoso que encalló y del cual pudo escapar á nado con cinco heridas; ha estado en Dalmacia y en España; hallábase en las batallas de Essling y de Wagram y no dejó el servicio hasta el año 1815; semejante compañero no puede pues humillarme. Señores, dijo en conclusion, el señor procurador general os ha hablado de indulgencia; sin embargo os pide mucha sangre: su ascenso no ha sido como el mio, lento y penoso, el resultado de largos servicios; sino que ha sido rápido, casi repentino. No es á los dioses á quienes se sacrifican víctimas humanas: estos sacrificios solo tienen un objeto, pagar grandes favores, granjearse un título ó una mas alta fortuna. Señores, si vuestra conciencia os dice que necesita sangre, ofrezco la mia; gozoso haré el sacrificio, si puede devolver la libertad á todos los que me siguieron hasta Saumur. Durante veinte años la he derramado en los campos de batalla; siempre he procurado ahorrar la de los emigrados que contra nosotros peleaban; dígolo con orgullo, jamás he hecho verter sangre francesa. Si unas manos francesas deben hacer derramar la mia, me presentaré á ellas con el mismo valor que he mostrado delante de los enemigos de la Francia, y mi divisa, cualesquiera que sea la suerte que me está reservada, sera la que siempre ha sido: *Dulce et decorum est pro patria mori.*»

Las defensas y las réplicas ocuparon cinco audiencias; finalmente el 11 despues de cerrados los debates, Berton, que en una audiencia precedente, se habia quejado á los jurados de que la administracion, al escogerles, habia nombrado para jueces, á plebeyos, á nobles antiguos, á caballeros de la Legion de Honor decorados en tiempo del imperio, á caballeros de San Luis, á antiguos emigrados; Berton, decimos, dirigióse por última vez á los jurados espresándose en estos términos: «Ya he tenido el honor de decíroslo, señores jurados; si vuestra conciencia reclama sangre, os ofrezco la mia, os doy mi vida. Pero en nombre de la humanidad, en nombre de vuestro propio honor, os ruego que ahorreis la de los hombres que anduvieron conmigo. Ellos fueron engañados; arrastrados. Estos hombres, encerrados en calabozos donde su pobreza no les permite recibir ninguna clase de ausilios, han sufrido durante siete meses todos los horrores del mas riguroso cautiverio. Devolvedles á sus familias; sus padres, sus hijos y sus mujeres os bendecirán; no olvidarán vuestros nombres en sus oraciones, vuestro sueño será mas tranquilo, y ningun remordimiento agitará vuestras conciencias.» Pocos instantes despues de pronunciadas estas palabras, el presidente resumia los debates; á medio dia los jurados se retiraron para deliberar, y los reos eran llevados otra vez á su cárcel; á las nueve de la noche, el jurado salia á dar cuenta de su veredicto. El presidente da la órden de hacer comparecer á Berton y sus compañeros de infortunio; á las once de la noche, los reos entran de nuevo en el salon. Un accidente sobrevenido en aquel mismo instante, en el umbral del palacio de Justicia, causado por la fractura de una rueda, acababa de dar razon á las quejas de Berton con respecto al modo de trasporte empleado para conducir los reos ante el tribunal ó reconducirlos; dos de ellos, Jaglin y Sauge, estaban heridos de gravedad; el primero tenia la frente ensangrentada, Sauge andaba cojeando. Los reos no se sentaban esta vez en su lugar acostumbrado; obligáse á los dos heridos, así como á Enrique Fradin, Sennechault, á Berton y á Caffé á colocarse solos en el primer banco. Caffé se queja de estar junto á Berton; se les separa; luego despues que el escribano hubo leido segunda vez la declaracion del jurado, y cuando el procurador general ha dado su dictámen, el tribunal se retira para deliberar acerca la aplicacion de la pena. Durante esa nueva suspension de audiencia, todas las miradas se dirigian á interrogar la

(1) El pasage siguiente de la declaracion de un teniente coronel en activo servicio, M. Castillon, prestada con referencia al coronel Alix, dará á conocer el recelo y el descrédito con que por todas partes eran mirados los oficiales del ejército antiguo, así como los temores inspirados por su roce con todos los individuos cuya posicion dependia del gobierno: «El testigo: Una noche, á las nueve, preséntase un jóven en mi casa y me dice que el coronel Alix queria hablarme: respondile que era muy estraordinario, pues que á penas le conocia. Pero en el instante mismo llega el coronel Alix; impaciente le dijo: «Vos no vais bien documentado, estais llamando la atencion de la policía. Sabido es que salis del ejército antiguo y que estais descontento.» El coronel me aseguró entonces que llevaba sus documentos en debida regla y quiso añadir algunas palabras pero le dejé al momento diciendole: «Yo no me meto en política, no [illegible] mas que mi deber. He ahí todo cuanto sé.»

(1) Los soldados de la escolta tenian á mas de esto, la orden de hacer cerrar todas las puertas y ventanas de las casas situadas en el tránsito. nadie, durante aquel tiempo, podia estar parado en las calles.

fisonomía de los reos. Berton y el coronel Alix estan perfectamente tranquilos; Saugé, Fradin y Jaglin parece miran con inquitud el cambio de lugar que se les ha impuesto; el semblante de Caffé, manifiesta resignacion; Ledein y Ricque parecen vivamente conmovidos. Todos los demás reos, profundamente indiferentes, siguen con mirada floja el vuelo de varias aves nocturnas que, entradas por ventanas que se habian dejado abiertas, giraban encima de sus cabezas y de las de sus compañeros, agitando pesadamente sus negras y largas alas. Por último, á media noche, salió otra vez el tribunal, y de los cuarenta reos presentes condena treinta y ocho á las penas siguientes:

A Berton, Caffé, Enrique Fradin, Sennechault, Jaglin y Sauge, á la pena de muerte.

Al coronel Alix, Ferail, Ricque, Ledein, Lambert, Sanzais, Beaufils y Coudrai, como no descubridores, á cinco años de cárcel y á dos mil francos de multa: á Civrai (Luciano), Delavaux, Laignelot y Masse á cinco años de cárcel, sin multa; á Marquet, Prier, Meunier, Normandin, á tres años; á Civrai (Mathurin), Cornuau, Godeau, Michin, Pellier, Millasseau, á dos años; á Deligny, Auger llamado Farine, Lagrange, Bigot, Marillet, Boudier, Gerfaux, Par, Vallée y Samson á un año. Marchais y Benjamin Fradin eran los únicos absueltos.

Tres dias despues, el 13, el tribunal fallando, sin asistencia del jurado, sobre los contumaces, condenaba: á Grandmenil, Gauchais, Chauvet, Chappuy, Felix Cossin, Heureux, Luis Moreau, Delon (condenado ya por el consejo de guerra de Tours), Pombas, Rivereau y Saunion, á la pena capital; á Olivier-Dufresnes y Baudet, á cinco años de cárcel; Nonet y Malecot á un año. Goudin quedaba absuelto.

Los seis condenados á muerte, por la sentencia del 11, apelaron, y las señoras de Caffé, de Enrique Fradin y de Sennechault partieron inmediatamente para solicitar el perdon de sus maridos. Llegaron á Paris en el momento mismo de la ejecucion de los cuatro sargentos de La Rochele (21 de setiembre). Al principio dieron pasos en vano: el ministerio se mostraba inexorable; decididas á probarlo todo, la esposa de Enrique Fradin, jóven de veinte y un años (su marido tenia veinte y seis) y la de Sennechault estuvieron, el 1.° octubre, en el patio de las Tullerías, espiando la entrada de la duquesa de Angulema; pudieron entregarle sus memoriales, que ya habian presentado á la duquesa de Berry; mediaron ambas princesas, y Fradin así como Sennechault obtuvieron conmutacion de pena, el primero en veinte años, y el segundo en quince años de cárcel. El dia 5, á las dos de la mañana, un correo, escoltado de dos gendarmes, llevaba á Poitiers la doble noticia de esta gracia y del no ha lugar á la apelacion de los reos, á las seis, Berton y Caffe, que debian ser ejecutados en Poitiers, supieron, por el prefecto y el abogado general, que sufririan su pena á medio dia. Cuando el escribano, que acompañaba á los dos funcionarios, empezó la lectura del decreto de no ha lugar, Berton le interrumpió con estas palabras: «Bueno, hé ahí lo que basta; dispensadnos de lo restante;» y dirigiéndose al carcelero, le reprende por no haber mandado venir el barbero encargado de afeitarle. A poco rato se presentan dos sacerdotes: Caffé pide que le dejen solo, en el calabozo, con uno de ellos, y pretestando su debilidad, tiendese sobre su cama abrigando sus manos con el cobertor que mantiene medio levantado con las rodillas. En tanto que el sacerdote, sentado é inclinado hácia la cabeza del reo, se esforzaba á prepararle á morir cristianamente, Caffé dejaba la vida á la manera antigua: abríase la arteria crural. El eclesiástico, asombrado de su palidez progresiva, avisa á los guardianes; estos corren, levantan el cobertor: el lecho estaba inundado de sangre. Procúrase detener la hemorragia, quiérese conservar al reo nada mas que un resto de vida para que pueda sufrir su sentencia; pero vanos fueron todos los esfuerzos para conseguirlo; al cabo de pocos momentos no queda en manos de la justicia mas que un cadáver. Temese que Berton quiera tambien por el suicidio librarse del horror del suplicio; corren á su calabozo y le dejan bien atado. A las once, añaden los periódicos, llegó el ejecutor y cortó el cuello de su levita: «¿No bastaba con doblarle?» le dijo. En seguida se le hizo pasar á otro aposento en donde le estaban esperando dos misioneros: «No os molesteis en acompañarme, señores, les dijo; sé tan bien como vosotros todo cuanto podeis decirme.» Cuando subió á la carreta que debia conducirle al suplicio, los dos misioneros le siguieron y se colocaron el uno á su derecha y el otro á su izquierda. Como tenia las manos atadas detrás de las espaldas, rogó al ejecutor que se pusiese detrás de él, por temor de que un vaiven le hiciese caer. Durante la marcha, Berton paseaba en torno suyo miradas tranquilas y seguras. Llegado al pié del cadalso subió las gradas con paso firme; siguiéronle los dos misioneros, y como insistiesen en exhortarle, les dijo: «Dejadme tranquilo!» Luego gritó con voz fuerte: ¡Viva la Francia! ¡Viva la libertad! Tendido sobre la tabla fatal y con la cabeza colocada debajo la cuchilla, gritó de nuevo: «Otra vez digo, ¡viva la libertad! ¡viva la Francia!» Habia allí muy pocos espectadores; todas las ventanas de la plaza donde se hacia la ejecucion estaban cerradas.

Dos dias despues, el 7 de octubre, Jaglin y Sauge, cuya ejecucion, como prevenia la sentencia, debia tener lugar en la plaza pública del lugar de su domicilio, sufrian su castigo en Thouars. Jaglin estaba muy abatido, Saugé lleno de resolucion. Llegado al cadalso, dió un grito desconocido á la generacion nueva, y del cual la misma generacion del imperio habia olvidado la significacion; invocacion solitaria, que los periódicos de todos los partidos refirieron con un sentimiento de profunda sorpresa; gritó: «¡Viva la república! (1).»

La sangre de esos reos fué la última que se derramó. Sin embargo, pronunciáronse otras sentencias de pena de muerte: Baudrillet, Duret, alpargatero de Chemille, y el notario Delalande, ante el tribunal del crímen del Loiret, como reos de tentativa de complot, con motivo del episodio del Alleu, fueron condenados, el 30 enero siguiente (1823), los dos primeros á la pena capital, y Delalande á tres años de cárcel: pero el gobierno suspendió la ejecucion de Baudrillet y de Duret, y conmutó su pena en veinte años de detencion (2). Al cabo de algun tiempo, en 22 noviembre de 1823 y en 11 diciembre de 1824, cuatro reos contumaces del proceso de Poitiers, Saunion, Nonet, Malecot y el comandante Gauchais, descubiertos en su retiro, fueron sentenciados por el tribunal del crímen de Viena, á saber: Saunion y el comandante Gauchais á la pena de muerte, Nonet á un año, y Malecot á ocho meses de prision. Al comandante Gauchais se le conmutó la pena capital en veinte años de cárcel; en cuanto á Saunion se le habia conmutado en trabajos forzados perpetuos, con esposicion pública y marca. Saunion, reo político, fue espuesto á la vergüenza en la plaza pública de Poitiers, marcado con las letras T. P. impresas en las espaldas con un hierro candente, y enviado al baño.

Muchos movimientos insurreccionales se proyectaron contra los Borbones, desde 1820 á 1822, de resultas del cambio político introducido en el gobierno despues de la muerte del duque de Berri y la caida de Mr. Decazes. Esos proyectos tuvieron su foco en muchos puntos; pero únicamente tres llegaron á tener una organizacion completa, y pueden constituir conjuraciones, en el verdadero sentido de la palabra. La justicia, en efecto, no alcanzó ni llegó á castigar á los suboficiales de La Rochela, al capitan Vallée y al aposentador Sirejean, sino como á miembros de una sociedad secreta; y si realmente hubo un complot en el negocio de Colmar, fué contra la vida del coronel Caron. La conjuracion del 19 agosto de 1820, en Paris, la de Befort y la tentativa del general Berton contra Saumur en 1822, he ahí los únicos proyectos de levantamiento concertados y organizados seriamente contra los Borbones por sus adversarios de todos matices. Los elementos de esas tres conspiraciones eran si no opuestos, á lo menos muy distintos: la conjuracion del 19 agosto, concentrada en algunos regimientos de la guarnicion de Paris, fué esencialmente militar; la de Befort pertenecia esclusivamente á la sociedad de los carbonarios; el movimiento de Saumur fue principalmente obra de los caballeros de la libertad. Estos tres complots pueden clasificarse, por sus especies de resultados, segun el órden de sus fechas: el de 19 agosto de 1820, organizado en el corazon mismo del poder real, á las puertas, por decirlo así, del palacio de Luis XVIII, podia, en pocas horas, decidir de la suerte de la monarquía. Los carbonarios, llevando, por el contrario, el foco de sus esfuerzos á una de las estremidades del reino, á Alsacia, dejaban á la autoridad central el tiempo y los medios de obrar con la plenitud de sus recursos; en sus condiciones, y aun cuando los conjurados hubiesen logrado apoderarse de Befort, de dos ó tres plazas mas y de uno ó dos regimientos, habrian dispuesto de suficientes elementos para empeñar y sostener una lucha algo duradera, sin duda, pero cuyo éxito no hubiera probablemente correspondido á sus esperanzas. Por último, en el supuesto de que los caballeros de la libertad se hubiesen posesionado de Saumur y de algunos otras ciudades abiertas del valle del Loire, habrian, así lo creemos, creado al gobierno embarazos graves mas bien que peligros serios.

Los adversarios de los Borbones, carbonarios ó caballeros de la libertad, confiados en su número, en su abnegacion y en las simpatías con

(1) No deja tal vez de ser interesante el hacer observar que cerca de treinta años despues de este suplicio, cuando la Francia recobró la forma de gobierno invocada por Saugé al morir en el cadalso, el primer acto de la *República* fué precisamente la abolicion del cadalso político.

(2) Este proceso, designado bajo el nombre de *segunda conspiracion de Saumur*, comprendia ademas cinco reos contumaces que, en 5 de marzo siguiente, fueron condenados por el mismo tribunal (Orleans), juzgándoles sin asistencia de jurados: Grandmenil (por segunda vez), Poulain (de Angers), Journier, antiguo maire de Saumur, Bouheau á la pena de muerte, y el pariente de Woefeld, el naturalista Paur, á diez años de destierro.

que por todas partes y por todas clases eran acogidos sus proyectos de insurreccion, atribuian á sus manejos de complot un poder y una fuerza que no tenia. Una conspiracion tiene vislumbre de buen éxito cuando se trata de invadir un palacio, de atacar á un hombre, sea príncipe ó rey, en quien se resume y personifica el poder soberano. Eficaces contra las personas, las conjuraciones son impotentes para echar por tierra ó destruir todo un órden político establecido; su único resultado es sacrificar víctimas. ¿Por ventura pueden citarse en la historia moderna, complots que hayan cambiado la suerte de todo un pueblo? Sabido es que en tiempo de la primera república y del consulado hubo muchas y poderosas conspiraciones realistas; los poderes salidos de la revolucion las comprimieron todas: las conjuraciones liberales contra la monarquía debian abortar igualmente. Harto número de causas hay que turban ó desorganizan el complot mejor concertado: la impaciencia de un cómplice, la indecision ó la debilidad de otro conjurado, una indiscrecion, el menor retardo, alguna órden mal comprendida ó mal dada; en una palabra, el incidente mas insignificante. Se necesita la intervencion armada de la multitud, el concurso de toda una poblacion, para operar las revoluciones; y el éxito de semejante intervencion estriba precisamente en la falta de toda direccion, de todo concierto, en la impetuosa ó inesperada furia que, arrojando masas considerables de asaltadores sobre cien puntos á la vez, desconcierta por la multiplicidad y por el desórden mismo del ataque, todos los cálculos y todas las previsiones de la defensa.

El gobierno, de su lado, nunca llegó á conocer lo profundo y estenso de los rencores que durante mas de un año estuvieron á punto de estallar contra él; en un gran número de miembros de los cuerpos oficiales, la docilidad y las protestas ocultaban las resoluciones mas hostiles. Hubo un instante en que los carbonarios y los caballeros de la libertad, ayudados por la irritacion y por las alarmas que inspiraba la reaparicion de la mayoría realista de 1815 en la cámara y en el gobierno, pudieron creerse seguros del concurso de una parte notable del ejército, así como de la poblacion de algunas provincias; hasta en la magistratura encontraban ausiliares generales, jefes de cuerpos en activo servicio, y un gran número de funcionarios de todas las clases y categorías, no temieron á contraer compromisos muy formales: «Tened buen éxito en un solo punto é inmediatamente estaremos con vosotros.» Verdad es que este ardor fué de corta duracion: provocado á mediados de 1821 por la activa propaganda de las sociedades secretas, amortiguóse en los primeros dias de 1822, despues del doble aborto de Befort y de Saumur, y se estinguió completamente el año siguiente, de resultas del impotente y último esfuerzo tentado sobre las fronteras de España, cuyo relato pertenece á la historia de 1823. Sin embargo, la energía de la hostilidad no debe medirse por el corto número de las tentativas: los hechos que acabamos de relatar no podrian dar mas que una debilísima idea de la especie de furor que en 1821 y en 1822 arrastraba á la parte mas ilustrada, mas activa y mas enérgica de las generaciones de la república y del imperio hácia una lucha á viva fuerza contra las nuevas tendencias del gobierno del rey. Dispuestos á toda clase de sacrificios, aquellos opositores jóvenes ú hombres hechos, simples soldados ú oficiales superiores, meros estudiantes ó abogados de nombradía, artistas, propietarios opulentos, ricos industriales, jugaban literalmente con su fortuna, su libertad ó su vida. Verdad es que algunos sucumbieron; pero ya hemos visto con qué tranquila firmeza aceptaron la muerte. Este absoluto rendimiento á ideas generosas, á intereses elevados, estraños á todo vergonzoso cálculo de ambicion ó de provechos materiales, fué el honor de la clase media de aquel período de la restauracion. Un hecho tal vez único en la historia de las largas y numerosas conjuraciones, caracteriza la energía del sentimiento moral que unia los miembros de aquellas asociaciones: evalúase á cincuenta y cinco ó sesenta mil el número total de los carbonarios y de los caballeros de la libertad, militares en servicio activo, retirados ó conjurados del órden civil; cualquiera delacion hubiera sido comprada al mas alto precio; el gobierno, fuera de cuatro ó cinco suboficiales, no encontró un delator. Algunas confesiones arrancadas á algunos acusados ya presos, confesiones casi siempre incompletas y constantemente retractadas, hé ahí las únicas revelaciones que obtuvo. El mismo Woelfeld no se decidió, segun dicen, á desempeñar su odioso papel, hasta que empezaron á tenerle por sospechoso; pero ni siquiera fueron completas sus confidencias. ¿Cedió acaso á la idea de procurarse en las profundidades de su conciencia un refugio contra la maldicion que conocia debia ir pegada á su nombre, ó bien le detuvo la dificultad de aducir en apoyo de sus dichos, pruebas menos sospechosas que su sola palabra? Resulta siempre que puesto en relacion, á su paso á Paris con Mr. Laresche y otros dos miembros de la venta superior, guardó el silencio mas absoluto tocante á estas relaciones (1).

Los suplicios que se sucedieron durante los meses de mayo, junio, setiembre y octubre de 1822, produjeron en la masa de la poblacion una impresion tan viva, que aun se resiente de ella al cabo de veinte y ocho años que desde entonces han trascurrido. El recuerdo que han dejado domina todavía, en la memoria del mayor número de los contemporáneos, todos los hechos políticos de aquella época. La ejecucion de los cuatro sargentos de La Rochela, entre otros, ha venido á ser para una parte de la clase laboriosa, una especie de leyenda que le pinta los dolores y los sacrificios de los mártires cuyos esfuerzos prepararon el advenimiento de la libertad. Las amenazas que encerraban para el porvenir, las cóleras ó la piedad promovidas por aquellas inmolaciones, no fueron desapercibidas para los amigos mas ilustrados de los Borbones; trataron de desviar el peligro esparciendo el rumor de que los ministros, lejos de mostrarse severos habian usado de indulgencia, y que pudiendo prender y castigar á un número considerable de culpables, se habian limitado á hacer en el ejército algunos ejemplares necesarios á la conservacion de su disciplina y de su fidelidad. Añadian á eso que cierto número de diputados de los mas notables de la izquierda eran otros de los culpables así perdonados. Estos rumores no eran fundados; los ministros no poseian mas que los informes de que eran depositarios los mismos MM. de Marchangy y Magin; empero este último, al acusar al general Foy, á Mr. Laffitte y á Benjamin Constant, probaba suficientemente que ponia sus suposiciones y los rumores referidos por algunos testigos, en lugar de realidades. Esos tres diputados no solamente eran estraños á toda sociedad política secreta, cualesquiera que fuese, sino que veian en la existencia de semejantes sociedades un principio de ruina para la causa liberal. En cuanto á Mr. Lafayette, Mr. Mangin podia mas justamente designarle como á uno de los miembros mas influyentes de la carbonería, porque el nombre de este general se hallaba en boca de todos los carbonarios de Paris y de la provincia; oíasele proferir hasta en los parajes públicos; y la policía no tenia necesidad de ninguna confidencia para señalarle; bastábale escuchar (2). Mr. de Marchangy

(1) Una gran parte de los hombres que ocuparon las posiciones mas importantes durante los veinte años últimos, ya sea en política, administracion, letras, artes ó en el ejército, habian pertenicido á la asociacion de los *carbonarios*. La composicion de una sola venta al acaso, podrá darnos una idea del personal que las formaba, tanto en Paris como en el resto de Francia; esa venta, que tenia para diputado á M. de Corcelles hijo, despues representante, contaba entre sus miembros: los señores Agustin Thierry, el historiador de la época Merovingiana, de la conquista de Inglaterra por los normandos, y miembro del Instituto Jouffroy, despues profesor de filosofía, diputado, y miembro del Instituto; los dos hermanos Ary y Enrique Scheffer, célebres pintores; el coronel de uno de los regimientos de línea que componian la guarnicion de Paris, Pedro Leoux, autor de muchos escritos filosóficos, despues representante; Duhochet, rico industrial; su sobrino, del mismo nombre; estudiante de leyes; Visinet, abogado, despues prefecto, etc. Los miembros no militares, obedecian á una medida prescrita á toda la carbonería, se ejercitaban en el manejo del fusil; M. de Courcelles era el instructor de M. Agustin Thierry.

Sabido es que existian ventas en la escuela de aplicacion de Metz y en la de caballería de Saumur: la escuela Politécnica tenia igualmente la suya, que contaba entre sus miembros á individuos que han llegado á ser gobernadores generales, ministros, generales de division, intendentes, ingenieros en jefe, etc.

(2) No era únicamente en las conversaciones públicas y privadas donde se oia pronunciar el nombre de Mr. Lafayette; los periódicos realistas, en cuanto á esto mas aproximados á la verdad de lo que ellos mismos creian, señalaban abiertamente á este general como á principal promotor de todos los movimientos políticos dirijidos contra el gobierno. En 1.º de marzo, dos dias despues del anuncio de la tentativa del general Berton contra Saumur, uno de dichos periódicos publicaba la nota siguiente cuyos términos correspondian con el tono habitual de la polémica de los órganos mas aventurados de esta opinion:

«Aviso *que debe insertarse* en el Constitucional, el Correo y el Espejo (periódicos liberales).

«El general se sirve de este periódico para prevenir á los honrados »*carbonarros*, á los bonapartistas sin empleo, á los forzados libertados ó li»berales y á toda especie de revolucionarios y de malcontentos sin suel»do, que hallarán del lado de Saumur, ocasion de probar sus buenos sen»timientos y desplegar su valor. El general, al prometerles el pillaje en »nombre de la libertad, y el incendio en nombre de las luces del siglo, »les ruega que acudan á su invitacion á la mayor brevedad posible: por»que si retardan tres dias será quizá demasiado tarde. Antes de ponerse »en camino, deben dirigirse al general Lafayette, quien les entregará »hojas de camino, y al banquero encargado de pagarles la entrada en »campaña.»

«Espérase, decia la hoja realista, si este aviso produce algun efecto en la gente honrada á quien va dirigido, que la cámara podrá perder *noventa* de sus miembros.»

El banquero á quien se aludia era Mr. Lafitte. Dos veces en el decurso de la legislatura, á la sazon abierta, Mr. Dudon habia enunciado públicamente en la tribuna sospechas dirijidas nada menos que á presentar á aquel hombre político como á distribuidor de los fondos empleados en

cuya posicion con respecto al gobierno le obligaba á ser mas reservado que Mr. Mangin, no tuvo reparo en aventurar las mismas alegaciones; al acusar á las personas se habia limitado á los solos hechos revestidos de aquel carácter legal, jurídico, que Mr. Villele declaraba necesario para acusar á uno ó á varios miembros de la cámara; este magistrado no habia pronunciado el nombre de ningun diputado. Armados del menor informe exacto, los órganos de la justicia no habrian dejado sin respuesta los enérgicos mentís y las acusaciones de calumnia que desde la tribuna les arrojaban los amigos de Mr. de Lafayette, y el gobierno con la esperanza de una revelacion que solicitó, no habria retardado ni una hora siquiera el suplicio de Bories y de sus tres amigos (1).

Durante algunos meses, las columnas de todos los periódicos estaban llenas del relato de aquellas causas políticas, así como de los debates de las dos legislaturas que se tuvieron en 1822. La primera que, como hemos visto, se abrió en 5 noviembre de 1821, luego suspendida á consecuencia de la discusion de la carta y de la retirada de Mr. Richelieu y de sus colegas, no recobró seriamente su curso hasta el 19 de enero siguiente, con motivo de la discusion del proyecto de ley sobre los delitos de la prensa, presentado, en 3 de diciembre anterior, por el ministro que acababa de caer.

CAPÍTULO XV

Sumario.—Legislatura de 1821-1822.—Proyecto de ley sobre los delitos cometidos por via de la prensa, carácter de ley, discusion general; discurso de Mr. Royer-Collart; discusion de los artículos: doctrina de Mr. Delalot sobre la fidelidad; discurso de Manuel; Mr. Mateo de Montmorency y el general Thiard; supresion del jurado para los delitos de imprenta; votacion de la ley.—Proyecto de ley sobre la policía de los periódicos; discusion; composicion de la magistratura; votacion del proyecto de ley.—Formacion de una oposicion liberal en la cámara de los pares.—Ley sobre la policía sanitaria.—Discusion del presupuesto; incidentes; violencias; Benjamin Constant, Manuel, los generales Lafont y Semelé; la aristocracia en la cámara. Ciérrase la legislatura.—Elecciones: Intervencion del gobierno. Muerte del duque de Richelieu. Mr. de Serre. Destituciones: El capitan Lafontaine; el baron Luis.—La inamovilidad.—Mision en la iglesia de los Santos Padres. Turbulencias en el cuartel del Palais Royal y en el cuartel Saint-Jacques. Amenaza de trasladar la residencia del gobierno fuera de Paris, así como las escuelas de derecho y de medicina. La prensa realista. Amenazas y violencias contra la clase media. Conversiones. Mr. Loveday. El clero se apodera de la universidad, el abate Frayssinous, gran maestre. Nuevos disturbios.—Segunda legislatura de 1822. Discusion del presupuesto de 1823. Incidentes. Dilapidaciones rentísticas de 1816. Quejas relativas á la instruccion primaria. Violencias ejercidas sobre los ciudadanos. El coronel Barbier-Dufay. Reclamaciones relativas á los pasaportes. Conclusion de la legislatura.

La discusion de dos proyectos de ley, el uno sobre los delitos, el otro sobre la policía de la prensa, fué, con la votacion del presupuesto, el suceso mas considerable de la legislatura de 1821-1822.

El proyecto de ley sobre los delitos cometidos por via de la prensa, presentado por Mr. Serre, aceptado por su sucesor, Mr. de Peyronnet, y enmendado por la comision de la asamblea, traia á las principales disposiciones de las leyes del 17 y 26 de mayo de 1819, unas modificaciones profundas, embebidas del espíritu y de las pasiones del partido político que acababa de apoderarse del poder. Así que, mientras la legislacion de 1819 atacaba únicamente los ultrajes á la moral pública y religiosa ó á las buenas costumbres, y los castigaba con un mes á un año de cárcel y una multa de diez y seis á quinientos francos, el art. 1.° del nuevo proyecto imponia la pena de tres meses á cinco años de prision, así como una multa de trescientos á seis mil francos, á todo discurso, escrito, grabado etc., que ultrajase ó pusiese en ridículo la religion del estado y los demás cultos legalmente reconocidos.

En segundo lugar, si las leyes de 1819 castigaban las ofensas ó los ataques dirigidos contra la persona del rey, su dignidad ó sus derechos, estas mismas leyes castigaban tambien los ataques y las ofensas hechas á su autoridad constitucional; ahora bien, esta última palabra se hallaba borrada en el nuevo proyecto de ley.

La legislacion aun vigente atacaba la difamacion y la injuria hecha á las personas, á las cámaras, á las audiencias, á los tribunales y otros cuerpos constituidos; la nueva ley no se ceñia á atacar los mismos delitos, sino que, además, castigaba la escitacion al odio ó al desprecio de una ó de varias clases de personas.

La prosecucion de los ataques á las cámaras tenia anteriormente lugar ante la jurisdiccion ordinaria, en vista de la queja presentada por estas asambleas; el nuevo proyecto de ley, cambiando esta disposicion, les daba el derecho de hacer presentar á su barra los acusados y de castigarles por sí mismos. Creaba un delito: la mala fé ó la infidelidad al relatar los debates legislativos ó judiciales; la persecucion, así como el castigo de este nuevo delito, pertenecia directamente á las cámaras, á las audiencias y á los tribunales interesados que, viniendo á ser así jueces y partes, daban una sentencia sin apelacion, y podian, en caso de reincidencia, prohibir por un tiempo limitado ó por siempre la insercion de sus sesiones ó de sus audiencias.

Las leyes de 1819 admitian, además, la prueba de los hechos reputados injuriosos ó difamatorios contra los depositarios ó agentes de la autoridad, ó contra cualquiera persona que obrase con carácter público, cuando estos hechos eran relativos á sus funciones; el nuevo proyecto de ley no permitia semejante prueba en ningun caso.

Por último, el juicio de los delitos cometidos por via de la prensa cesaba de pertenecer al jurado; la nueva ley le sometia á los tribunales correccionales, y en apelacion, á las audiencias reales.

Esas agravaciones de penas, esas creaciones de delitos, el cambio de jurisdiccion, sobre todo, destruian las principales garantías inscritas en las leyes de 1819; bajo la apariencia de medidas tomadas contra los abusos de la libertad de la prensa, amenazaban evidentemente la existencia misma de esta libertad. De la discusion general, empezada en 19 enero y cerrada el 21, solo citaremos los pasajes siguientes de un discurso de Mr. Royer-Collard, en que el orador, despues de haber espuesto la situacion creada á la Francia por la caida del antiguo régimen y por la revolucion, traza el cuadro de la trasformacion material y moral realizada en la nacion desde 1789, é indica las necesidades que la restauracion debe satisfacer, así como los peligros que debe conjurar; discurso notable por sus observaciones profundas, fuerza de pensamiento, elevacion y brillo de lenguaje.

«Señores, dice, hemos visto á la vieja sociedad perecer y con ella una multitud de instituciones domésticas y de magistraturas independientes que ella llevaba en su seno; fasces poderosas de derechos privados, verdaderas repúblicas en la monarquía. Verdad es que esas instituciones, que esas magistraturas no tomaban parte en la soberanía; pero le oponian por todas partes unos límites que el honor defendia con obstinacion. Ni siquiera una ha sobrevivido, ni se ha levantado otra ninguna en su lugar; la revolucion no ha dejado en pié mas que individuos (Movimiento en diversos sentidos.) La dictadura que la terminó consumó bajo este concepto su obra. De aquella sociedad reducida á polvo ha salido la centralizacion; no debe buscarse en otra parte su orígen. La centralizacion no ha llegado como otras doctrinas, con frente erguida, con la autoridad de un principio; sino que ha penetrado modestamente

pagar todas las conspiraciones: primero, con motivo de los 3 220,000 fr. depositados en su casa de banco por Napoleon en 1815, y despues á propósito de una nota inscrita en las cuentas antiguas de 1818. Unos debates judiciales acababan de dar á conocer que la suma depositada en casa de M. Laffitte por el emperador se hallaba reducida á 3 149,000 fr. de resultas de pagos hechos por órden de Napoleon durante los seis años de su cautiverio en Santa Elena. «¿Podria decírsenos en qué se ha empleado el millon gastado?» habia esclamado M. Dudon. En cuanto á la nota inscrita en la cuenta de 1818 y que relataba un alcance de 6.311,000 fr. contra una casa de banca, habia añadido: «Disponiendo de capitales tan cuantiosos, la casa de que se trata (designó la casa de Laffitte) ha podido hacer distribuciones de dinero ó gastos de que le seria difícil dar cuenta, ha podido servirse de ellos para pagar movimientos tan temerarios como insensatos.» M. Laffitte, despues de haber calificado esas observaciones de «insinuaciones infames», no se ciñó á retar al orador á que probase que su casa hubiese jamás recibido ni siquiera un óbolo del tesoro, sino que hizo saber á la cámara que, bien lejos de haber recurrido nunca á los fondos del estado, dos veces, en 1816, habia, por el contrario, prestado al tesoro, en un momento de penuria, un dia cinco millones y otra vez seis millones, sin otra remuneracion que el interés á razon de cinco por ciento.

Sin duda no tenemos necesidad de añadir que si bien M. Lafayette, oficioso y bueno á mas no poder, jamas dejó una demanda de socorros sin respuesta, no era de ningun modo el banquero de la Carboneria. Se ha podido ver, por los hechos que hemos citado, que los gastos de la sociedad eran el resultado de sacrificios que se imponian sus miembros, así los mas ricos como los menos acomodados. M. de Lafayette fue quien hizo los sacrificios mas considerables.

(1) Un magistrado que desde muchos años llena una de las mas altas funciones del órden judicial, nos contó el detalle siguiente. Asistia él á la causa de los cuatro sargentos de la Rochela; durante una suspension de audiencia, M. de Marchangy le confió su legajo, con permiso de examinarlo; enteróse de todas las piezas de acusacion, en las que no descubrió, fuera de las confesiones de Goupillon, Goubin, Pommier y Henon, nada mas que notas de policía, sin firma, desprovistas de todo carácter judicial y en las cuales eran indicados como á miembros de la venta superior, M. de Lafayette y dos de los defensores de los reos, despues ministros de justicia uno y otro, MM. Barthe y Merilhou.

como una consecuencia, como una necesidad. En efecto, allí donde no hay mas que individuos, todos los negocios que no sean los suyos, son los negocios públicos, los asuntos del estado. Allí donde no hay magistrados independientes, no hay mas que delegados del poder. Así es que nos hallamos convertidos en un pueblo de administrados, bajo el yugo de funcionarios irresponsables, centralizados ellos mismos en el poder de que son los ministros. La sociedad ha sido legada en este estado á la restauracion.

«La carta tenia pues que constituir á la vez el gobierno y la sociedad. La sociedad ha sido, no olvidada ó descuidada, sin duda, pero sí emplazada. La carta no ha hecho mas que constituir al gobierno; lo ha constituido dividiendo la soberanía y multiplicando los poderes. Pero para que una nacion sea libre, no basta que sea gobernada por varios poderes. La division de la soberanía, verificada por la carta, no cabe duda que es un hecho importante y que tiene grandísimas consecuencias relativamente al poder real, al cual modificó; pero el gobierno que de ella resulta, aunque dividido en sus elementos, es uno en su accion, y si por defuera no encuentra barrera alguna que deba respetar, es absoluto; la nacion y sus derechos son propiedad suya. Solo fundando la libertad de imprenta, como derecho público, es como la carta ha devuelto la sociedad á sí misma. La libertad de la prensa debe fundar á su vez la libertad de la tribuna, que no tiene otro principio ni otra garantía. La publicidad vela sobre los poderes, les ilustra, les advierte, les reprime, les resiste. Si se desprenden de este freno saludable, si ya no tienen ninguno, los derechos escritos son tan débiles como los individuos. Es pues rigurosamente cierto que la libertad de la prensa tiene el carácter y la energía de una institucion política, de una necesidad social. Esta necesidad resulta del estado, de la composicion y del espíritu actual de la sociedad. El anterior ministro de justicia (Mr. de la Serre), ha dicho acerca de esto, que la democracia se hallaba por todas partes en Francia, y que el torrente revolucionario corre impetuoso sin que apenas puedan detenerle sus débiles diques.

»A mi vez, tomando como debo, la democracia en su acepcion puramente política y como opuesta ó solamente comparada á la aristocracia, convengo en que la democracia corre desbordada en Francia tal como los siglos y los acontecimientos la han hecho. Verdad es que, mucho tiempo ha, la industria y la propiedad no cesando de fecundar, de acrecer y de elevar las clases medias, se han aproximado en tal manera á las clases superiores que, para divisar aun á estas encima de sus cabezas, sería menester bajar mucho. (Ruidosos aplausos del lado izquierdo: el derecho guarda silencio.) La riqueza ha traido el descanso; el descanso las luces; la independencia ha producido el patriotismo. Las clases medias han invadido los negocios públicos; para ocuparse en ellos no se sienten culpables ni de curiosidad, ni de osadía de espíritu; saben que son negocios suyos. He ahí nuestra democracia tal como yo la veo y concibo; sí, ella corre caudalosa mas que nunca en esta Francia por favor del cielo! Que otros se aflijan ó se irriten de que así sea; lo que es yo, doy gracias á la Providencia que haya llamado á los beneficios de la civilizacion un mayor número de sus criaturas. (Repetidos bravos á la izquierda, la derecha continúa guardando silencio.)

»Es preciso aceptar este estado ó bien es menester destruirlo; pero para destruirlo es necesario despoblar, empobrecer, embrutecer las clases medias. La aristocracia y la democracia, no son mas que vanas doctrinas entregadas á nuestras disputas; son unas potencias que uno no eleva, que uno no abate elogiándolas ó injuriándolas; pero antes de hablar de ellas, veamos si existen ó no. Lo mas prudente es observarlas y dirigirlas. No cabe duda en que el mundo debe mucho á la aristocracia; ella ha defendido la cuna de casi todos los pueblos; ha sido fecunda en grandes hombres; con sus altas virtudes ha honrado al género humano. Empero, así como no es propia de todos los lugares, tampoco lo es de todos los tiempos, y no es insultarla el preguntar si lo es del nuestro. (Nuevos aplausos á la izquierda, murmullos á la derecha.) Entiendo la palabra, pero no veo la cosa; diferencias no son superioridades. ¿Dónde están los patricios de la antigua Roma á quienes millares de clientes hereditarios acompañaban á la plaza pública? ¿Dónde están los señores de la vieja Francia con sus ejércitos de vasallos? Los recuerdos de la historia, hé ahí todo cuanto de ellos nos queda. La voz del mando aristocrático no se deja oir entre nosotros. Un poco de aristocracia de convencion, ficcion indulgente de la ley, no aristocracia verdadera, la democracia por todas partes, en la industria, en la prosperidad, en las leyes, en los recuerdos, en las cosas y en los hombres, hé ahí el hecho que hoy en dia domina á la sociedad y preside á nuestra política. (Bravos prolongados á la izquierda, nuevos murmullos á la derecha.)

»Habiendo reconocido la aristocracia y la democracia en la sociedad, voy al gobierno y busco qué lugar en él ocupa cada una. Veo primero que de dos poderes que concurren al ejercicio de la soberanía, el uno ha sido dado á los intereses aristocráticos; veo en seguida que el poder que representa esclusivamente los intereses democráticos y que por esta razon es electivo, la mitad de las elecciones es tambien adjudicada sin debates á la aristocracia ó por lo menos á lo que lleva este nombre; la democracia disputa la otra mitad al ministerio; á esto se reduce toda su parte en el gobierno. Así es que el gobierno está constituido en sentido inverso de la sociedad; diríase que existe contra ella, y como para desmentirla y desafiarla.

»La democracia ha hecho revoluciones como la aristocracia, como la monarquía, como la religion, como todo lo que ha tenido poder sobre la tierra; ella ha hecho la nuestra. Ella quiso cambiar el estado interior de nuestra sociedad, y logró cambiarlo. A través de muchas desgracias, la igualdad de derechos (este es el verdadero nombre de la democracia, y yo se lo devuelvo) ha prevalecido; en el dia es la única grandeza noblemente aceptada, la forma universal de la sociedad; y por esto la democracia se halla en todas partes. El espíritu de la revolucion hase pues convertido enteramente en el temor de perder las ventajas obtenidas; todo entero en la firme y unánime voluntad de conservarlas al abrigo de la violencia, al abrigo del insulto. ¿Por ventura la prudencia aconseja molestar, atormentar, exasperar á ese espíritu terrible, y devolver á nuestras discordias sus campos de batalla? ¿Acaso han cambiado las situaciones relativas? ¿La democracia es por ventura mas débil que cuarenta años atrás; ó bien sus adversarios son mas fuertes? ¿Las masas son menos ricas, menos ilustradas, menos numerosas, menos celosas de sus derechos? ¿Acaso la igualdad ha cesado de ser una necesidad irresistible, inexorable? En una palabra, ¿los instintos de la revolucion están por ventura embotados ó son acaso menos temibles?

»Hallámonos, señores, en una situacion crítica, y el peligro se acrecienta de año en año, de ministerio en ministerio, de dia en dia. Dos garantías se habian dado á los derechos reconocidos: el gobierno representativo y la libertad de imprenta. El primero se ha desnaturalizado, el gobierno ha cambiado de manos. La segunda garantía hállase ahora en cuestion; y la monarquía legítima, esa monarquía que tanto es nuestra como de los ministros, se halla tambien conducida insensiblemente por su imprudencia, al único riesgo verdadero que tiene que correr, el de ser mirada como incompatible con las libertades que ha prometido. Por el interes de esa monarquía, por el de la paz pública, con los ojos fijos en el porvenir, voto en contra del proyecto de ley.»

Miembro del principal comité realista de París, en los últimos tiempos del directorio y durante el consulado; corresponsal de Luis XVIII durante los primeros años del imperio, Mr. Royer-Collart habia dado bartas prendas á la causa de los Borbones para que su realismo fuese sospechoso. La elevacion y la pureza de su carácter, de otra parte, imponian estimacion y respeto hasta á sus adversarios. Si, pues, el lado derecho protestó, por medio de algunos murmullos, contra sus palabras tan firmes y verdaderas, ahorróle á lo menos las ardientes y tumultuosas interpelaciones. Los muchos caballeros que se sentaban en aquel lado, toleraban sus advertencias como si fuesen aprensiones de un espíritu honrado y cándido, de un delirante inofensivo, cuya imaginacion, constantemente absorvida en las teorías filosóficas, no divisaba nada de los hechos del mundo político real. Esta voz, sin embargo, era una voz profética; anunciaba el porvenir cuando indicaba á aquel gobierno, constituido en sentido inverso de la nueva sociedad francesa, los peligros que estaba acumulando sobre sí, por la exasperacion en que echaba á la democracia; cuando anunciaba que los ministros, prosiguiendo por la senda en que acababan de empeñarse, llegarian fatalmente á hacer mirar la monarquía legítima como á incompatible con las libertades que ella habia prometido. Mr. Roger-Collard, desgraciadamente para la causa real, no podia ser escuchado: ¿no afirmaba la completa desaparicion de la aristocracia en presencia, precisamente, de una mayoría compuesta de antiguos privilegiados, miembros de esa aristocracia, sus representantes, y cuyos esfuerzos todos tendian á recobrar, si no la integridad de los bienes y de las ventajas que habian perdido, á lo menos su supremacía pasada y su antigua influencia? ¿No pedia el respeto de los derechos y de las libertades públicas, á un partido firmemente convencido de que la debilidad de Luis XVI en conceder estas libertades y estos derechos, era la única que habia conducido á este príncipe al cadalso, y que si Napoleon habia quedado dueño del poder durante quince años, debia esta fortuna menos á su genio y á sus victorias, que á las violencias y al despotismo de su gobierno?

La discusion de los artículos empezó el dia 25. Benjamin Constant pidió la supresion del artículo 1.º del nuevo proyecto de ley y la conservacion del artículo correspondiente de la ley de 1819, haciendo observar que no existia un libro, ni un folleto de periódico publicado en

favor de otro culto que el culto romano, ó que encerrase una discusion crítica cualquiera sobre las creencias ó la disciplina de la iglesia católica, en los cuales no pudiesen los jueces descubrir, á falta de un ataque directo contra la religion del estado; una tendencia á ridiculizarla; toda censura, decia, seria considerada como una ofensa; y Pascal, con la nueva ley, seria justamente condenado por sus cartas provinciales. «Se nos ha hablado del interés de las letras, respondió Mr. de Marcellus; pero las letras no son de primera necesidad en una nacion, ni una condicion esencial de su existencia. Se puede ser dichoso sin literatura. Vale mas que el pueblo tenga virtudes que talentos.»—Es preciso distinguir la verdadera religion de la religion del error, y llamar blasfemos á todos los que atacan el culto del Dios verdadero,» dijeron, al tiempo de la discusion general, varios oradores del lado derecho, defendiendo la nueva redaccion, y declarando que el castigar únicamente los ataques á la moral pública y religiosa, era dar á la ley un carácter ateo ofensor de la fé de la nacion. Mr. de Marcellus, despues de repetir que la ley no podia ser atea en un pueblo católico, añadió: «El artículo 1.°, poniendo otra vez á Dios á la cabeza de nuestra legislacion, asegura la felicidad de los franceses. Escudados con este artículo, los que predican la palabra divina podrán en adelante ir á las aldeas á hacer bajar el consuelo y los ausilios espirituales al corazon de los pobres, reconciliar, al pié de la cruz, las familias divididas y hacer germinar en el corazon de los niños el amor de Dios y del soberano legítimo.—Este artículo, replicó el general Foy, está en armonía con la marcha general de la administracion, con su tendencia á restablecer la desigualdad entre los cultos. ¿Acaso los protestantes no están virtualmente escluidos de los colegios reales por aquella ordenanza de febrero de 1821, que pone á estos colegios bajo la vigilancia de los obispos y de sus vicarios generales, y que confiere todos sus privilegios á establecimientos llamados de pleno ejercicio, formados bajo la influencia eclesiástica, con el objeto confesado de alimentar los seminarios y una multitud de comunidades religiosas que la ley no reconoce (1)? Estamos viendo á obispos y á sus vicarios generales que hacen y deshacen prefectos; muy pronto los curas atacarán á los maires. Restablécense los jesuitas; en todas partes se fomentan las misiones; en todos los puntos están naciendo establecimientos religiosos; voto en contra del artículo para preservar á mi pais del yugo de los sacristanes y de los bedeles!»

MM. de Keratry, de Sainte-Aulaire y Manuel hicieron valer consideraciones análogas; pero todos sus esfuerzos fueron vanos; el artículo, defendido por MM. Delalot y de Labourdonnaie, fué adoptado por una considerable mayoría.

El restablecimiento de la palabra constitucional, en el atículo 2.°, propuesto por el general Foy, y apoyado por Mr. de Chauvelin, el general Demarcay y Manuel, fué enérgicamente impugnado por MM. de Serre, de Villèle, Delalot y Cuvier. La autoridad del rey, decian los últimos, es si no superior, á lo menos anterior á la carta; cuando al volver del destierro, Luis XVIII otorgó esta acta á sus pueblos, su reinado databa de diez y nueve años. De consiguiente sus derechos no derivan de la constitucion, sino de su cuna y del principio de sucesion hereditaria. El adoptar la proposicion de los adversarios de la ley, seria negar el dogma de la legitimidad.—Estas consideraciones decidieron á la mayoría; suprimióse la palabra constitucional.

El artículo 6.° imponia la pena de quince dias á dos años de prision y de una multa de cien á cuatro mil francos «al que ultrajase, de una manera cualquiera, ya á uno, ya á varios miembros de las dos cámaras, ya á un ministro de la religion del estado ó de los otros cultos reconocidos.» Mr. de Castelbajac, al defender este artículo con Mr. de Girardin y Benjamin Constant, se quejó de la persistencia de la oposicion en no hallar buenas sino las proposiciones emanadas de sus miembros, y en impugnar como detestable toda disposicion presentada por el gobierno ó apoyada por el ministerio: «La Francia juzgará entre vosotros y nosotros, esclamó dirigiéndose á la izquierda. Aquellos que, como mis amigos y yo, son puros y sin mancha, que fieles á su opinion, nunca han variado, jamás han faltado á sus juramentos, aquellos serán apreciados por sus contemporáneos y por la posteridad.—Háblase de fidelidad á los juramentos, respondió al momento el general Foy; pero el primero de todos, el que domina á todos los demás, es el juramento de fidelidad á la patria. Ahora bien, nosotros jamás hemos faltado á él! Jamás nos hemos separado de la patria, ni de la masa inmensa de la nacion; porque la patria no estaba ni en Coblenza, ni en Gante, sino en el suelo francés. (Violenta interrupcion en los bancos realistas.)

Muchas voces de la derecha: «¡La patria está con el rey! ¡está allí donde él se halla! ¡Vosotros olvidais el 20 de marzo!»

El general Foy: «Con frecuencia se habla del 20 de marzo en esta tribuna; pues bien, ¿quién trajo el 20 de marzo?

Toda la derecha, dirigiéndose á los diputados liberales: «¡Vosotros!»

Toda la izquierda, señalando los bancos realistas: «¡Vosotros!»

El general Foy: «¿Quién cometió las faltas confesadas por el monarca mismo en su proclama de Cambrai, cuando dijo: Mi gobierno ha hecho faltas? (Vivo rumor á la derecha.) El 20 de marzo presentó uno de aquellos fenómenos que no aparecen mas que una vez en los siglos. Un poder inmenso obró á la vez sobre los recuerdos, sobre los intereses, sobre las imaginaciones; y si algunos soldados situados en el camino de Cannes á Paris, corrieron al encuentro de su general (Violenta interrupcion á la derecha; gritos, ¡al órden!), la masa de los funcionarios públicos se mantuvo fiel al régimen legal.

Muchas voces de la derecha: «Al régimen legal!»

El general Foy: «Sí, el régimen legal, régimen que cesó el dia mismo en que el rey, pasando la frontera, nos absolvió de nuestros juramentos.»

A estas últimas palabras, los murmullos y las interrupciones que habian acogido cada una de las frases del orador, se truecan en un espantoso tumulto; la derecha da unos gritos confusos; Mr. Clausel de Coussergues y muchos amigos suyos se levantan, y desde su lugar dirigen al general interpelaciones que se pierden en medio del ruido.

Mr. Delalot: «Permítaseme, señores, no asombrarme, sino afligirme del lenguaje que acabamos de oir; no deberia sorprendernos viniendo de la parte de hombres que, educados en la escuela de la revolucion y de la usurpacion, no comprenden las doctrinas de la fidelidad. (Vivas reclamaciones á la izquierda; gritos de ¡bravo! á la derecha.) La fidelidad que consiste en el apoyo al suelo de la patria, es una fidelidad interesada, grosera. La verdadera fidelidad reside en la adhesion inalterable á la persona del rey, como depositaria de la autoridad legítima. El apego al suelo, impotente para prevenir los peligros de la patria, es hasta contrario á los mas caros intereses de esta, porque puede autorizar todos los géneros de opresion. El proclamar el principio de la fidelidad al suelo, es declarar que si sobreviene un cambio de poder, la fidelidad puede cambiar con él. (A la derecha: ¡Bravo! Gran número de voces de este lado, á los miembros de la izquierda: Responded á eso!) La doctrina opuesta tiende, al contrario, á preservar la sociedad de los peligros de la usurpacion; ella habria ahorrado á la Francia ese terrible sacudimiento de 20 de marzo de que se acaba de hablar, y salvado los intereses mas respetables del pais.

El general Foy: «Era preciso permanecer en Francia para defenderlos.»

Mr. Delalot: «Oigo decir que era preciso permanecer. ¡Deplorable objecion! puesto que jamás el soberano se aleja, á no ser que la patria le falte, y se vea forzado á hacerlo por la infidelidad misma. La fidelidad al suelo no se compromete con la usurpacion, y al que no reconoce mas que este interés, desde que ha desaparecido el rey, se hace cuando menos cómplice de infidelidad. (Aplausos á la derecha.»)

La sesion del dia siguiente, 30, no fué mas que un largo tumulto: tratábase del artículo 7, relativo á los estractos de las sesiones ó de las audiencias de las cámaras ó de los tribunales, y de la facultad concedida á estos cuerpos de prohibir, ya por un tiempo limitado, ya por siempre, la publicacion de sus debates. Mr. de Girardin, al impugnar este artículo, se asombró del acuerdo que existia ahora para oprimir la libertad, entre dos miembros del gabinete cuyos antecedentes y declaraciones eran sin embargo muy opuestos; recordó que en 1814, Mr. de Villèle habia protestado contra los principios liberales contenidos en la carta, al paso que, en 1789, en el seno de la asamblea constituyente, Mr. Mathieu de Montmorency, por el contrario, se distinguió por los mas brillantes testimonios de adhesion á dichos principios. Mr. de Villèle pidió inmediatamente la palabra y respondió que firmando la protesta de que acababa de hablar Mr. de Girardin, no hizo mas que espresar su opinion acerca de la forma que se habia de dar al gobierno, forma que aun no estaba decretada, y sobre la cual daba cada cual su parecer, puesto que aun no se habia promulgado la carta.

Manuel: «Si esa protesta es anterior á la promulgacion de la carta, es posterior por lo menos á la declaracion de Sain-Ouen, que era la condicion. (Violenta interrupcion á la derecha.) El orador continúa: la condicion bajo la cual los Borbones entraron otra vez en Francia. (Nueva interrupcion, gritos confusos.)

Mr. de Marcellus: «El rey de Francia es rey sin condiciones!»

Una multitud de voces, á la derecha: «Al órden el faccioso!»

Mr. de Puymaurin á Manuel: «Vos os figurais hallaros todavía en la cámara de los representantes de Bonaparte.»

---

(1) Véanse las principales disposiciones de este decreto, capítulo XI.

Otras voces de la derecha: «La faccion se descubre por sus órganos.»

En aquel momento, todo el lado derecho está de pie; muchos miembros se dirigen á la vez al orador y al presidente; Mr. de Puymaurin se hace notar por la vehemencia de sus gestos y de sus gritos.

Voz de la izquierda: «Callad de una vez, señor de Puymaurin!»

Manuel: «Cuando Mr. de Puymaurin quiera hacerme interpelaciones inteligibles, sabré responderle.»

Voces de la derecha: «¿Cómo es que el presidente no llama al órden à ese faccioso?»

El presidente quiere esplicarse, pero su voz no puede dominar el desórden, porque la sufocan las esclamaciones y los gritos que se levantan de todos los bancos de la derecha. Por último, apaciguase el tumulto, y Manuel, que permaneció de codos sobre el antepecho de la tribuna, continúa diciendo:

«Cuando he hablado de la declaracion de Saint-Ouen, las observaciones que he hecho se ofrecian por sí mismas. Nadie ignora que cuando se firmó aquella declaracion, París era ocupado por doscientas mil bayonetas estranjeras. (Vuelve á empezar el tumulto á la derecha.) El pais no se habia acostumbrado aun a la idea de reponerse bajo el cetro de los Borbones. Yo no contesto los derechos de la familia real; sino que digo que aun no estaban reconocidos.» (El tumulto se hace mas violento.)

Voces de la derecha: «¡Vosotros os figurais haber vuelto á los cien dias!»

Manuel: «Lo que yo hago es citar un hecho; hablo de la repugnancia que á la sazon existia contra una familia que era nueva para la Francia.» (Gritos de indignacion, salidos de todos los bancos realistas, interrumpen al orador.)

Un sinnúmero de voces de la derecha: «¿Cómo os atreveis hablar de repugnancia contra los Borbones? ¡es una infamia!

Otras voces del mismo lado, á Mr. Ravez: «¡Cómo, señor presidente, escuchais con sangre fria todos esos horrores! es un escandalo odidioso! una abominacion! es soplar el fuego de la revolucion!»

El general Donnadieu, de pie en su banco y con voz retumbante: «Esto es insultar á la cámara y á la Francia! Es hacer de esta tribuna una arena de revolucion! La cámara no puede, no debe escuchar unos asertos tan criminales! La nacion se regocijó, se alborozó de la vuelta de los Borbones!»

El tumulto se prolongó, pero la persistencia de Manuel en no dejar la tribuna, cansó á sus adversarios mas ardientes, de suerte que pudo acabar su discurso. Mr. de Peyronnet fue quien se encargó de contestarle. Este ministro justificó á Mr. de Villele por medio de una simple aproximacion de fechas: la declaracion de Saint-Ouen habia sido publicada en Paris el 2 de mayo; la protesta echada en cara al ministro de hacienda, impresa en Tolosa, era del dia 1.°; de consiguiente Mr. de Villele no pudo pronunciarse contra un acto que aun no existia. Rechazando en seguida con calor las espresiones empleadas por Manuel, con motivo del regreso de los Borbones en 1814, Mr. de Peyronnet acusó al orador de haber ofendido al pueblo francés y ultrajado la verdad: «Desgraciados! esclamó, aquellos que han podido olvidar las aclamaciones entusiastas y unánimes escitadas por el regreso de los nietos de Luis XIV, de Enrique VI y de San Luis, y acoger con repugnancia la caida del insolente despotismo que sobre nosotros pesaba!»

Manuel: «He dicho lo que ví; he citado hechos conocidos de toda la Francia. ¿Pretenderíase acaso negar que cuando la familia real regresó, la Francia se hallaba invadida por los estranjeros?» (Murmullos é interrupcion.)

Voces de la derecha: «Era para la salvacion del pais!»

Manuel: «Sea: en lugar de invadida, diré salvada para aquellos que piensan que se salva un pais devastandolo. Resulta siempre que los derechos reclamados entonces por la familia real eran unos derechos olvidados, y que desde 1792, hasta el momento de la invasion, la Francia vivió bajo otros gobiernos que ella habia adoptado. (Violentos murmullos á la derecha, nueva interrupcion.) Sí, señores, he dicho que la mayor parte de los franceses, en aquella época, no conocian a la familia de los Borbones, y que la generacion que se elevaba, habituada á considerar lo que existia de 1789 como un órden de cosas legal é inmutable, suponia á la familia real y á los que la rodeaban unas ideas poco favorables a aquel órden y no pudo verla llegar sin inquietud y repugnancia.»

Esta última espresion viene á ser la señal de una nueva tormenta; parte de los diputados de la derecha dejan sus bancos, se adelantan al pie de la tribuna y echan en cara á Mr. Ravez, en términos violentos, el no haber dado un estrepitoso correctivo á las espresiones condenables que acababan de escandalizar á la cámara. «El orador ha pedido y obtenido la palabra para rectificar un hecho, responde Mr. Ravez; seria negársela el llamarle al órden cuando no hace mas que reproducir las espresiones de que ya se ha servido.

Mr. Forbin des Issarts: «Como! señor presidente, vos justificar semejante lenguaje!

Mr. Ravez: «No lo justifico; cíñome á decir que el orador no ha hecho mas que repetir una frase ya pronunciada.

Mr. Forbin des Issarts: «Vos no debisteis dejarla pasar sin correctivo ni la primera ni la segunda vez!»

Manuel, apoyado sobre el borde esterior de la tribuna durante todo este tumulto, aguardó que estuviese apaciguado para completar sus esplicaciones; cuando las hubo acabado, se cerró la sesion, anunciándola para el dia siguiente.

Mr. de Villele acababa de conciliar, por medio de una data, sus opiniones anticonstitucionales de 1814 con el respeto que declaraba profesar ahora a los principios inscritos en la constitucion. Mr. de Montmorency quiso á su vez esplicar los motivos que habian trocado en uno de los menospreciadores mas decididos de la revolucion, á un hombre que, en la famosa noche del 4 de agosto de 1789, la grande noche revolucionaria, se habia mostrado uno de los diputados de la nobleza mas ardientes en sacrificar al principio de la igualdad política sus privilegios, sus títulos, y hasta sus escudos de armas. «Yo responderé haciendo una declaracion muy sencilla y franca, dijo; si para servir útilmente á su rey y á su pais, necesita uno no haberse engañado jamás, haria yo muy mal en tener esta noble ambicion. Vosotros escuchareis con indulgencia la confesion sin rebozo, sin falsa modestia, de varios errores pasados, en los cuales estaba yo de tan buena fe como lo estoy en el dia en mi retractacion. La historia no me habia instruido bastante; aun no habia visto una revolucion y sus terribles, sus abominables consecuencias; todos los crímenes, todas las desgracias, la anarquía, el terror, el despotismo militar. Esta fatal esperiencia estaba mucho tiempo habia completada para mí sobre el suelo mismo de la patria, cuando el cielo se apiadó de nosotros y se dignó enviarnos esa benefica restauracion que yo estaba llamando con todos mis votos, y hasta diré con todos mis esfuerzos. La indulgencia de mis amigos podia no desarmar á jueces imparciales; podian dejar de borrarse impresiones antiguas y naturales; pues bien, señores, yo encontré en mi rey y en toda su augusta familia una bondad inagotable que, y me honro con ser de ella una prueba, está siempre ofrecida á todos, y a la cual no podria nunca mostrarme bastante agradecido ni aun sacrificándola mi vida entera.» Esta especie de honrosa enmienda, acogida con aplausos por la derecha, provocó una retractacion de todo punto contraria de parte de un miembro de los mas tiesos de la izquierda, cuyo nombre hemos pronunciado varias veces, hombre de la antigua corte, como Mr. Mateo de Montmorency, pero que, tanto al principio como despues de la revolucion, habia seguido una línea diametralmente opuesta á la del ministro de negocios estranjeros. Emigrado desde 1790, y entrado de nuevo en Francia despues de 18 brumario, el general conde de Thiard, despues de haber recordado su pasado realista, y reproducido testualmente las palabras de Mr. de Montmorency en órden á las ilusiones y á los yerros de su juventud, sobre las lecciones de la esperiencia y de la historia, terminó con estas palabras que la izquierda, á su vez, cubrió con sus aplausos: «Pero cuando ví á la Francia levantarse, en medio de Europa, radiante de gloria inmortal; cuando ví los triunfos de sus soldados, las conquistas de su genio, sus campos mejor cultivados, florecientes sus manufacturas, honrado su comercio, á sus ciudadanos iguales ante la ley, no reclamando otros privilegios que los debidos al merito, y dando á la administracion, al ejercito, á la ciencia, hombres superiores que honran á su siglo y a su patria; entonces, señores, adopte con franqueza, con entusiasmo, los principios que esos grandes resultados produjeron.»

Al discutirse el artículo 10, que castigaba la escitacion al odio ó al desprecio de una ó de varias clases de personas, Mr. de Montmorency creyó deber esplicar los motivos que le hacian admitir clases entre los ciudadanos, despues de haber solicitado y votado su supresion treinta y tres años antes. Este artículo, defendido por MM. Cuvier, de Marcellus, de Villele, Bonnet, Lainé y Chifflet, fué vivamente impugnado por MM. Royer-Collard, Teyssere, Casimiro Perier, Robin-Scevole, Sebastiani, de Girardin y Benjamin Constant. «Los ministros de la religion á los cuales la carta asegura un sueldo, los nobles que ella reconoce ¿por ventura no forman clases particulares en la sociedad? decian los primeros. Estas clases existen legalmente; de consiguiente tienen derecho á ser protegidas, y nadie puede imaginar que deba quedar sin represion el espantoso grito de: «¡Abajo los curas! abajo los nobles! Por otra parte, añadia Mr. de Marcellus, Enrique IV ¿acaso no tenia á honor el llamarse el primer caballero de su reino?—La carta no reconoce clases.

replicaban los segundos; proclamar que existen, es trocar en parias á todos los ciudadanos que no pertenecen á la nobleza ó al clero; es establecer en la masa de la nacion distinciones inmorales en su principio, y que hieren á la vez á su espíritu y sus costumbres; es despertar ideas de cuna, y poner en manos de los partidos un arma que la revolucion habia roto.» El artículo fué adoptado. Por lo demás, cualesquiera que fuesen los esfuerzos de la izquierda para introducir el menor cambio de palabras, la modificacion mas insignificante, sus proposiciones venian invariablemente á encallar ante la pasion y el número de sus adversarios. Por último, al cabo de diez dias de debates sembrados de incidentes de los cuales solo pueden dar una idea muy débil las citas que preceden, la cámara fué llamada, en la sesion del 5 de febrero, á resolver acerca de la disposicion que quitaba al jurado el juicio de todos los delitos de imprenta, para someterlos á los tribunales de policía correccional; la lucha fue larga, acalorada; la izquierda presentó un gran número de enmiendas que todas fueron desechadas. Cuando el presidente anunció que iba á ponerse á votacion el primer párrafo, los diputados liberales, con la esperanza de que cierto número de miembros ministeriales, funcionarios públicos ó que aspiraban á serlo, y partidarios decididos del jurado en 1819, tendrian suficiente valor para sostener su opinion, si su voto no debiese ser conocido, pidieron el escrutinio secreto. Mr. Ravez puso á votacion esta proposicion, pero fué desechada; hé aquí en que términos un periódico realista, el Diario de los Debates, da cuenta de los incidentes que ocurrieron en esta votacion:

Mr. Benjamin Constant: «Protestamos á la faz de la Francia, de la cual somos los representantes!»

Mr. Demarçay: «¡Nosotros no votaremos!»

Mr. de Corcelles: «¡Es una ley infame!»

Mr. de Keratry: «¡No queremos ser cómplices de la opresion de todas las libertades!»

MM. Pavee de Vandœuvre, Mechin, Foy, Kœchlin, Perreau de Magnies, Benjamin Constant, se agitan con violencia y en un desórden inesplicable. Todo el estremo izquierdo se levanta con ademan amenazador; la derecha, el centro derecho y el centro izquierdo permanecen impasibles.

Mr. de Girardin: «¡Vuestra mayoría se cubre de oprobio!»

Algunos miembros de la izquierda interpelan, airados, á los ministros.

Mr. el marqués de Lafayette pronuncia muy distintamente estas palabras: «Protestamos y apelamos á la energía del pueblo francés.»

Mr. de Grammont: «Todos nosotros hacemos igual protesta.»

El desórden llega á su colmo; el lado derecho no responde a los clamores sino por la calma y el silencio.

El señor presidente: «La cámara acaba de decidir que votará por sentados y levantados; voy á leer otra vez el artículo.»

Empero vanos son todos los esfuerzos de Mr. Ravez para obtener silencio; lee de nuevo el artículo con voz que domina el tumulto; y consulta á la asamblea: toda la derecha, el centro derecho y el centro propiamente dicho, se levantan simultáneamente para la adopcion, á los gritos de «¡viva el rey!» La izquierda, agitada á mas no poder, no toma parte en la deliberacion.

«El presidente proclama la adopcion; en todos los bancos de la derecha y hasta en las tribuna estallan nuevos gritos de ¡viva el rey! y ruidosos aplausos.»

Los aplausos y los gritos de «¡viva el rey!» con que acababa de ser acogida la supresion del jurado para las causas de imprenta, estallaron por tercera vez despues de la votacion de los dos párrafos siguientes, párrafos relativos á la apelacion de las fallos dados por la policía correccion ante la real audiencia de apelacion, y cuya adopcion completaba el artículo. La discusion se terminó el dia siguiente 6. Desde el principio del debate, los miembros de la izquierda, al ver que todas sus enmiendas eran desechadas, se abstuvieron constantemente de votar sobre cada artículo; cierto número, cuando se votó nominalmente la totalidad de la ley, persistieron en abstenerse, y no respondieron al llamamiento de su nombre, sino prorumpiendo en protestas las mas enérgicas. El resultado que dió el escrutinio fué el siguiente: número de votantes, trescientos veinte y siete; bolas blancas, doscientas treinta y cuatro; bolas negras, noventa y tres; se abstuvieron de votar, cuarenta y dos.

Todo cuanto puede entrar en la polémica de un periódico, la política como la historia, la moral como el dogma religioso, los actos de la administracion como los de las personas, no estaban solamente prohibidos á la censura de los escritores bajo las penas mas severas; sino que la persecucion y la apreciacion de cada delito se hallaban, además, abandonados á jueces escogidos por el poder, y cuya fortuna dependia de la omnipotencia ministerial. ¡Hé ahí la libertad que se daba á los periodistas! Pero aun quedaba que reglamentar la libertad de los periódicos. Durante siete años, los oradores realistas habian reclamado acaloradamente esta libertad; pero una vez se vieron dueños del gobierno y de la cámara, cesaron de quererla. Este derecho que proclamaban tan precioso, tan deseable cuando se hallaban en la oposicion, les parecia ahora como la mas peligrosa de las innovaciones. Tal vez creyeron conciliar sus declaraciones pasadas con los intereses de su nueva situacion inscribiendo la palabra á la cabeza de la ley, sin dar la cosa; las condiciones á que sometian la publicacion de los periódicos eran las siguientes:

Ningun periódico fuera de los existentes, podia establecerse y publicarse sin autorizacion del rey;

En el caso en que el espíritu de un diario ó de otro cualquier escrito periódico, resultante de una serie de artículos, fuese tal que atacase la paz pública, el respeto debido á la religion, la autoridad del rey, y la estabilidad de las instituciones constitucionales, las audiencias reales podrian decretar su suspension durante uno ó tres meses, y en caso de reincidencia, la suspension definitiva;

Por último, durante el intervalo de las legislaturas, y en caso de circunstancias graves de las que el gobierno venia á ser el único apreciador, podia establecerse la censura por simple decreto.

Hé ahí el derecho de publicidad concebido por el lado derecho á sus adversarios políticos. La discusion de este segundo proyecto de ley empezada el dia 7 de febrero, duró diez dias; de los acalorados debates á que dió lugar solo citaremos dos incidentes.

El dia 12, Mr. de Girardin leyó contra la ley un discurso á menudo interrumpido por los murmullos y por las protestas de la derecha. «La ley que estamos examinando, decia, viola el artículo 8 de la carta que da á los franceses, á todos indistintamente, el derecho de publicar y de hacer imprimir sus opiniones.»

Voces de la derecha: «¡Siempre la carta!»

Mr. de Girardin, continuando: «Su artículo 1.° sujetaria evidentemente á todos los que quisiesen conseguir la autorizacion de publicar un periódico, á todas las condiciones que el poder tuviese á bien imponerle, les someteria á la servidumbre mas completa, y tendríales siempre amenazados con una ruina segura, si no obedeciesen ciegamente lo que que de ellos se quisiese exigir. (Nuevos murmullos en el lado derecho.)

Muchas voces: «¡No haceis mas que repetir lo que ya se ha dicho y á que se ha contestado mil veces!»

El orador sigue leyendo; pero, desde este momento, su voz á pesar de su sonoridad, no cesa de ser ofuscada por los gritos tumultuosos que se levantan de los bancos realistas. Por último, cierra su cuaderno y reclama algunos instantes de silencio. «Señores, dice, dirigiéndose á la derecha, antes de bajar de la tribuna debo devolver á César lo que pertenece al César; declaro, pues, que si la opinion que acabo de pronunciar tiene algunos derechos á vuestro sufragio, todo su mérito pertenece á Mr. de Villele, porque esta opinion fue pronunciada por él en 1817 (risas universales); yo no he hecho mas que copiar el Monitor (nuevas risas).»

En la sesion del 14, Manuel, que sostuvo en gran parte el peso de esta discusion junto con Benjamin Constant y el general Foy, y cuya palabra clara, firme, iba mas directamente que la de otro cualquiera al fondo de la cosa, negó la garantía que los partidarios de la ley pretendian hallar, para los periódicos, en la independencia de los magistrados. «Seria preciso, dijo, que los que quieren que creamos en esta independencia, lograsen hacernos olvidar de que manera fueron compuestos los tribunales de primera instancia y las audiencias reales en 1815, en aquellos tiempos de reaccion en que el talento, las luces y la virtud eran remplazados por lo que llamaban la fidelidad.

«Es un hecho notorio que á la sazon hubo jueces arrojados de sus sillas, y que se les sustituyó, no diré hombres sin mérito, porque no formo causa á nadie, y sé que hay escepciones honrosas, sino gentes cuando menos faltas de instruccion, que no eran ni abogados, ni jurisconsultos (1), que solo tenian valimiento por la exageracion de sus opiniones políticas ó por recomendacion de algun miembro de la camarilla (vivas reclamaciones á la derecha, á la izquierda: «¡Es muy cierto!») Y sin embargo se pretende que depositemos toda nuestra confianza en aquellos tribunales y en aquellas audiencias! ¿Es eso justicia ó bien hostilidad? ¿Se nos dan jueces ó bien adversarios?

(1) No se ha olvidado el caso de aquel eclesiastico que, juez de instruccion en el tribunal de Melle en 1818, lanzaba autos de prision despues de haber llenado sus funciones de sacerdote y dicho misa

»Se ha dicho que los magistrados nombrados en 1815 tuvieron por títulos, no la ciencia y las luces, sino la felicidad, respondió Mr. Mateo de Monmorency. Señores, esta constante fidelidad del hombre de bien que permanece siempre adicto á su soberano legítimo tanto en tiempos de desgracia como en los de prosperidad, ¿no es un título que le hace acreedor á la confianza, una prueba de que el que ha mostrado tantas virtudes se halla á cubierto de toda seduccion? Sí, la fidelidad, en tales circunstancias, es una garantía igual á la de la capacidad; es tambien la primera de las capacidades.

Mr. de Marcellus: «Es verdad: ¡hé ahí un buen francés!» (Murmullos universales de adhesion á la derecha.)

—Los tales no serán jueces, dicen, sino adversarios, añadió resueltamente Mr. de Castelbajac; como aquí se trata de hombres que hubiesen profesado principios contrarios al respeto debido á la religion, á la autoridad del rey, á la carta, diré de buena fé, que aplaudo la disposicion que dará adversarios á tales principios.»

La votacion sobre la totalidad de la ley tuvo lugar el dia 16; el escrutinio presentó el resultado siguiente: votantes, trescientos cincuenta y seis; bolas blancas, doscientas diez y nueve; bolas negras, ciento treinta y siete; unos veinte y cinco miembros de la izquierda se negaron á votar.

Esta ley fué adoptada por la cámara de los pares, sin modificacion alguna. La cámara hereditaria habia restablecido, en desquite, en el artículo segundo de la ley sobre persecucion de los delitos de imprenta, el epíteto de constitucional á continuacion de la palabra autoridad. La mayoría que adoptó esta enmienda componíase no solamente de los pares nombrados por Mr. Decazes, si que tambien de cierto número de miembros que por vínculos personales ó por simpatía solian votar con MM. Decazes, Roi, Molé y Pasquier, por un comun retorno de las cosas políticas, se hallaban arrojados á las filas de la oposicion. Dominados por miserables cálculos de interés personal, todos habian tomado una parte muy activa, tres años habia, en dar al partido ultrarealista las fuerzas que ahora empleaba en destruir las garantías sucesivamente obtenidas por la opinion liberal despues del decreto del 5 de setiembre. Una vez vueltos al estado de tranquilidad, por el retiro, y hechos mas perspicaces sobre los verdaderos intereses del realismo, empezaban á alarmarse de la tendencia abiertamente contrarevolucionaria de la congregacion y de sus ministros. La enmienda, en la idea de estos nuevos opositores, era á la vez una advertencia y una protesta; Mr. de Villele y sus colegas no vieron en ella sino un acto de rencor; pero resueltos á no abandonar á los azares de un conflicto entre los dos brazos del poder legislativo la suerte de una ley indispensable á la seguridad de su marcha, decidiéronse á aceptar la enmienda y la hicieron adoptar por sus amigos de la cámara electiva en la sesion del 23.

Las dos leyes sobre la prensa fueron el principal resultado político de la legislatura de 1821-1822; la discusion de una ley sobre la policía sanitaria y la del presupuesto llenaron su última parte. Deberíase suponer que unas disposiciones legislativas acerca de las precauciones que habia que tomar contra la introduccion de la peste ó de la fiebre amarilla, no podian prestar alimento á las pasiones políticas; pero estas pasiones eran demasiado ardientes para tolerar una tregua de un dia siquiera; estallaban á cada sesion y por cualquier motivo. En 20 de febrero, habiendo Manuel presentado una enmienda relativa á las formalidades que tenian que llenar los propietarios de objetos que hubiesen sido destruidos ó quemados, subió á sostenerla á la tribuna. Su voz no tardó á ser oscurecida por el ruido de las conversaciones de la derecha. «Escuchad, señores! esclamó M. Casimiro Périer: esto insoportantísimo!» Esta observacion es acogida con risotadas, y las conversaciones continúan; en vano el presidente agita su campanilla: Manuel suspende su discurso, cruza sus brazos, apoyados sobre el antepecho de la tribuna, y en actitud aguarda que se restablezca el silencio. «Seguid hablando! hablad!» le gritan varios miembros de la derecha. «Es un insolente!» añade una voz del mismo lado. Manuel se vuelve hácia los bancos de donde habia salido la interrupcion, y replica: «¡Me atrevo á afirmar que el que acaba de pronunciar esta espresion no dirá quién es!» Espera algunos instantes y continúa friamente su discusion sin notar ni oir á un miembro de la derecha que acababa de levantarse diciendo: ¡Soy yo! Otros varios oradores ocupan en seguida la tribuna; Manuel pide la palabra para responder á uno de ellos; luego cuando ha terminado su réplica, añade: «Cuando ahora mismo he retado á que se nombrase el que me dirigió una palabra ultrajante, no he oido su respuesta. Pero habiéndome asegurado varios amigos mios que alguno ha respondido: ¡Yo soy! intimo aquí, de nuevo, al autor de aquel grosero insulto que se dé á conocer.» (Vivos murmullos á la derecha;) una multitud de voces: «¡A la cuestion! ¡á la enmienda!»)

Manuel: «Si alguno en efecto me ha respondido, le interpelo á que me diga su nombre!» (Nuevos gritos á la derecha: «¡A la enmienda! ¡á la cuestion! Os equivocais; no se os ha dicho que erais un insolente! trocais las espresiones!»)

Manuel: «Entonces nadie me ha respondido?» — Voces de la derecha: «¡Nó!» — Manuel: «¿Nadie me responde?» — Las mismas voces: «¡Nó!» — Manuel: «En este caso no me falta mas que concluir.»

Si una simple ley de policía sanitaria provocaba tales incidentes, puede pensarse cuán acalorada seria la discusion del presupuesto, que abrazaba todos los servicios públicos, así como todas las discusiones relativas á la política interior y esterior del gobierno; abrióse el dia 11 de marzo, y desde el 13, Benjamin Constant tenia que sufrir las injurias mas violentas. Acababa de revisar los principales gastos de cada ministerio; de criticar la conducta del gobierno con respecto á los constitucionales españoles, y de vituperar agriamente la ayuda y proteccion dadas á los misioneros, cuando, llegando á los fondos pedidos para la policía, dijo: «Yo votaré estos gastos cuando vea castigar á infames prevaricadores, en vez de encarnizarse sobre las víctimas, cuando el hacha de los verdugos caiga sobre la cabeza de los culpables, en vez de herir cabezas estraviadas.»

Una voz, á la derecha: «Entonces, estad alerta!»

El general Foy al interruptor: «¡Esto quisierais!»

Mr. de Lameth: «Es un infame! El que eso ha dicho no se atreverá á levantarse!»

Benjamin Constant: «Eso puede sucederme y no me sorprenderia. Niego todo cuanto nos pide el gabinete, á fin de que se nos libre de ese ministerio que la Providencia, segun dicen, ha deparado al rey; pero sabido es que ella harto á menudo concede azotes á los pueblos cuando quiere castigarlos (1).

El orador baja de la tribuna en medio de la mas viva efervescencia; la izquierda pide que se imprima su discurso; Mr. de Castelbajac se opone, Mr. de Girardin apoya la proposicion: «La impresion, dice es tanto mas necesaria, cuanto que el discurso parece haber sido mas interpretado; de suerte que, el orador no ha clamado, como parece creerlo el preopinante, contra los ministros del culto, sino contra los misioneros, esos contrabandistas de la religion.» (Esclamaciones á la derecha; gritos violentos: «¡al órden!»)

Un miembro del lado derecho: «Y es el conde de Girardin quien usa semejante lenguaje!»

Mr. de Girardin: «Mr. de Castelbajac acaba tambien de declamar contra los españoles; él los pinta como á odiosos rebeldes. Señores, el que como yo ha habitado en España puede deciros cuán generosa es esta nacion.»

Mr. de Puymaurin: «Solamente un faccioso, solo un hombre que se ha humillado en tiempo de Bonaparte es capaz de defender á los facciosos!»

Mr. de Girardin: «Mr. de Puymaurin, lo que acabais de decir no es cierto, y vos me insultais. Yo podria decir de vos que os he visto mendigar los favores del poder en las Tullerías, en Saind-Cloud, y humillaros á los piés de Napoleon.» (Tumulto siempre creciente. Mr. de Puymaurin guarda silencio.)

Mr. Dudon: «Mandar la impresion que se pide, seria aumentar el triunfo que se ha prometido el orador. Su discurso contiene principios contrarios al órden público; defiende en él con calor á esos hombres turbulentos y asalariados contra los cuales ha sido preciso desplegar el aparato de la fuerza armada.»

Mr. Teysserè: «¡Ha corrido sangre!»

Mr. Dudon: «Esta sangre recaerá sobre vosotros y sobre los autores de los desórdenes!» Estas palabras promueven en los bancos de la izquierda protestas y gritos que ofuscan la voz del orador. De repente la mayor parte de los diputados liberales se levantan tumultuosamente y salen del salon. El presidente pone á votacion la impresion del discurso de Benjamin Constant; pero es desechado por una inmensa mayoría. Este diputado sube de nuevo á la tribuna y reclama la palabra para una alusion general. Su demanda es acogida con esclamaciones de cólera; la derecha se levanta á su vez en desórden, y sus miembros se precipitan á los pasillos arrojando estas palabras á Benjamin Constant: «¡Bas-

(1) Estas últimas palabras aluden á una frase pronunciada la víspera por un diputado aun muy desconocido y que no tardó en ser promovido á un empleo administrativo de bastante importancia, Mr. Syries de Meyrinhac, que habia dicho: Esperamos que los ministros que la Providencia ha concedido al rey.

Mr. de Corcelles: Lindo presente!

MM. de Girardin, de Lameth, y otros miembros de la izquierda: «Vos injuriais á la Providencia.»

tantes horrores hemos escuchado! Sois un rebelde! un faccioso! un promovedor de disturbios! un amigo de Berton! un apóstol de las revueltas de los paises!»

Benjamin Constant, pálido y turbado, trata en vano de hacerse escuchar; cada palabra que pronuncia es acogida por estos gritos: «Callad, faccioso! callad, rebelde!»

Mr. Piet: «¡Mereceriais que se os formase causa por vuestro discurso!»

Benjamin Constant: «Mr. de Castelbajac no me ha comprendido bien; dispuesto á pagar todos los gastos de los cultos, solo he hablado de aquellos sacerdotes que mi honorable amigo, Mr. de Girardin, ha sabido tan bien pintar.»

Una multitud de voces en el pasillo de la derecha: «¡A ver si os atreveis á repetir el epíteto de contrabandistas! ¡atreveos!»

Mr. de Sesmaisons: «¡La sangre de los rebeldes recaerá sobre vuestra cabeza!»

Los diputados realistas, que permanecieron hasta entonces en los pasillos, cerca de la tribuna, dejan de repente el salon; los bancos de la izquierda quedaron casi desiertos durante el discurso de Mr. Dudon; Benjamin Constant, estenuado de fatiga y viéndose casi solo, baja por fin de la tribuna; se anuncia la sesion para el dia siguiente.

El 16, la cámara habia de votar la dotacion del ministro de justicia (ciento cincuenta mil francos), la del secretario general de este departamento, Mr. Vatismenil (veinte mil francos), así como una suma de doscientos sesenta y cinco mil quinientos francos pedida para los ministros de estado, miembros del consejo privado del rey. La existencia de este consejo era puramente nominal; jamás se habia reunido; en ninguna circunstancia ulterior debia reunirse; su única razon de ser, como decia Mr. Royer Collard en esta sesion, no podia hallarse «sino en la necesidad en que se ven las grandes monarquías de alimentar abusos.» Su creacion y su sosten tenian por objeto consolar con un alto título honorífico y con una crecida pension á los que dejaban de ser ministros, ó á los ambiciosos impotentes que no podian serlo. Uno de estos, Mr. de Bonald, inscrito últimamente en la lista del consejo, recibia una pension de veinte mil francos. Estas costosas prebendas fueron vivamente impugnadas por la oposicion; Mr. de Peyronnet las defendió, haciendo observar que, desde 1814, el rey habia constantemente concedido títulos y pensiones de esta naturaleza; que el querer suprimirlas era disputar al monarca el poder de obrar como lo habia hecho, y limitar su autoridad y su derecho. «El señor ministro de justicia invoca el nombre del rey, respondió el general Foy; este nombre no debe hallar su lugar en nuestras disensiones, sobre todo en las discusiones financieras; el interés del rey es fijo y perpetuo; el interés de los ministros es variable y pasajero; de consiguiente ellos deben guardarse de estender el manto real sobre sus andrajos ministeriales.» Estas palabras escitaron en los bancos del lado derecho una irritacion que no llegó sin embargo hasta el insulto; no se oyeron mas que violentos murmullos; pero de allí á tres dias, el 19, habiendo Mr. Mateo de Montmorency empleado, al responder al general Foy, la locucion habitual de honorable preopinante, algunos miembros de la derecha gritaron al ministro: «Escluid la palabra honorable; está de sobra!» El 22, la discusion del presupuesto del interior indujo á Manuel á pronunciar sobre las crias de caballos y el estado de la agricultura y del comercio en Francia, un discurso que la derecha interrumpió, por decirlo así, á cada frase, por esclamaciones por este estilo: «¡Vos nos estais hablando de la historia; pero ella no se ocupará de vos! A la cuestion! vos nos estais ajusticiando! No pretendeis sino escitar al desórden! acabad este escándalo!

Manuel: «Cuando considero quiénes son los adversarios que contra mí se levantan, confieso que, á pesar de su número, estoy muy tranquilo.

Todo el lado derecho: «¡Esas divagaciones son intolerables! A la cuestion! estais abusando de la paciencia de la cámara!»

El presidente: «Ruego á Mr. Manuel que se concrete á la discusion del capítulo y que no divague en digresiones que son, en efecto, estrañas á la agricultura y al comercio.»

Benjamin Constant y una multitud de miembros de la izquierda: ¡Eso es una parcialidad escandalosa!»

Manuel: «Cuando he hablado de las trabas impuestas á la agricultura, al comercio y á la industria, he indicado lo que creia necesario para hacerlas cesar; de consiguiente no me he salido de la cuestion.—Luego volviéndose hácia los diputados de la derecha, cuyas interpelaciones y gritos no habian cesado, añade: Responderé con el silencio á las acusaciones mas ó menos despreciables que llegan á mi oido. (Violento tumulto á la derecha; de cien bocas salen estos gritos: «¡Al órden! al órden!»

La izquierda en masa: «¡Sí, sí, son cargos despreciables!» (En todos los bancos reina el desórden mas completo.)

El Presidente: «Me es imposible dejar de llamar al órden á Mr. Manuel.» (Redóblase el desórden.)

El general Foy, con vehemencia: «¡Y cómo no se llama al órden á los autores de las injurias! Esto es espantoso!»

Benjamin Constant da un fuerte golpe sobre su pupitre; toda la izquierda está en pié y entregada á una escesiva agitacion. El presidente despues de haber agitado durante largo rato la campanilla, pronuncia estas palabras en medio del ruido: «El que califica de mas ó menos despreciables unas acusaciones salidas de un lado cualquiera de esta cámara turba el órden, y de consiguiente llamo al órden á Mr. Manuel. (El desórden llega á su colmo.)

El general Memarcay; «No subimos una sola vez á la tribuna que no se nos den los dictados de parlanchines, sediciosos; haced pues que cesen tales infamias!»

Mr. de Lameth, á Mr. Ravez: «Vos sois el presidente del lado derecho, y no de la cámara!»

Apenas apaciguado este tumulto, Benjamin Constant pide la palabra y se lamenta de la distribucion parcial, abusiva, de los fondos concedidos para fomentar las ciencias y las letras. «El gobierno, dice, no fomenta mas que libros de partido; destina sumas considerables á pretendidas historias de la revolucion cuyo único objeto es injuriar, calumniar y esparcir los cuentos mas ultrajantes contra hombres dignos del aprecio y del respeto de la Francia. (Murmullos á la derecha; gritos: ¡A la cuestion!) No debe envenenarse así el ánimo de la juventud!»

Mr. de Puymaurin: «¡Vos sois quien lo envenenais! Vos no haceis mas que escitar al desórden!»

El presidente: «Señor de Puymaurin, vos no teneis derecho á interrumpir al orador!»

Mr. de Puymaurin: «¡Porque prorumpe incesantemente en calumnias!»

Benjamin Constant: «Lo que me irrita es que Mr. de Puymaurin sepa interrumpir, y no responder.»

Mr. de Puymaurin: «¡Sois un faccioso! ¡quereis trastornarlo todo!»

El presidente: «Por quinta vez, señor de Puymaurin, declaro que turbais el órden, y os impongo silencio.»

El dia 28, un general llamado Lafont, que debia su fortuna militar á la república y al imperio, respondiendo á un discurso pronunciado la víspera por el general Gerard (1) acerca de los gastos del ministerio de la guerra, se espresó en estos términos: «El orador ha preguntado si la Francia tendria por fin un ejército, y ha dicho que era preciso poner á la cabeza de este ejército oficiales que le sean conocidos. Ignoro que el rey haya alejado de su servicio los soldados antiguos; su justicia no ha titubeado en premiar como corresponde los servicios prestados, sin distincion de opinion ni de partido.

El general Demarcay: «¡No del todo!»

El general Lafont: «Pero la justicia y la generosidad no pueden ser bastantes para dejar satisfechos á unos espíritus orgullosos que no quieren reconocer derecho ninguno en la clemencia real.» (Violenta interrupcion á la izquierda.)

El general Foy: «¿Qué estais hablando de clemencia? ¿Por ventura somos unos criminales que aguardan su perdon?»

Una multitud de voces, á la izquierda; «¡Al órden, el impertinente! al órden, insolente!»

Mr. de Lameth: «¡Y el señor presidente escucha con sangre fria unas injurias tan miserables!»

El general Semélé, al orador: «¡Estais insultando á gentes que valen mas que vos! (Gritos continuados de la izquierda: «¡Al órden! al órden!»)

El presidente repite palabra por palabra la frase del general Lafont y añade: «Esta frase no puede merecer un llamamiento al órden, puesto que nada tiene de personal; es una generalidad que no puede aplicarse en particular á nadie absolutamente.»

El general Foy: «Su sentido es clarísimo; es una infamia!»

El presidente: «Abusaria evidentemente de mi autoridad, si llamase al órden por esa frase.»

Mr. de Lameth! «Esto es efecto de vuestra parcialidad acostumbrada.» El tumulto llega á ser estremado. Benjamin Constant deja precipitadamente su asiento y sale para ir á ponerse su traje (2). El general Semelé se levanta, y dirigiendo su puño cerrado hácia el orador, le grita.

(1) Comandante del 4° cuerpo en la compaña de 1815; acababa de ser elegido (28 de enero) por el distrito 8° de Paris.

(2) Los diputados, en tiempo de la Restauracion, estaban obligados á usar cierto traje para poder subir á la tribuna.

«Eres un ser vil, yo te lo digo!»

Una multitud de voces, á la izquierda: «Si, si, es un miserable!»

El general Lafont contesta al general Semele indicándole con la mano la puerta que conduce á la sala de las conferencias, y continúa su discurso: «El orador á quien respondo (el general Gerard) ha creido deber hacer el elogio de su jefe, que ha comparado pomposamente a Alejandro y á Cesar.» (Nuevas esclamaciones á la izquierda.)

El general Gerard: «Era vuestro general!»

El general Lafont: «Lejos de mí la idea de querer empañar la memoria de ese capitan, cuyas banderas he seguido; pero permítaseme decir que hay cuando menos indiscrecion en hacer un elogio semejante en esta tribuna.

Mr. Bignon: «¿Y por qué no? ¡son hechos históricos!»

Voces de la izquierda: «¡Nosotros no somos ingratos, no!

El general Lafont: «No hay nada mas intempestivo que el elogio del asesino del duque de Enghien, bajo las bóvedas de este palacio, patrimonio de los Condé. (Nuevas y vivas reclamaciones á la izquierda.)

El general Foy: «Yo responderé a los asertos del preopinante acerca la ejecucion de la ley del reemplazo del ejercito y del respeto del ministerio á los derechos de los suboficiales, que Mr. de Latour-Maubourg, por una medida arbitraria, desastrosa, ha despedido con supuestas licencias ilimitadas mas de dos mil oficiales del ejercito sacados casi todos de la clase de los suboficiales.» (Vivas reclamaciones a la derecha.)

Mr. Pavy: «¡Hablad pues del presupuesto! ¡No mas sugestiones pérfidas!»

El general Foy: «El preopinante os ha hablado del gran capitan (á la derecha: ¡Ah! ah!); os ha dicho que habia seguido sus banderas; lo que es yo, no he seguido sino las banderas de la patria (risas estrepitosas á la derecha; varias voces: ¡Es soberbio!) Diré sin embargo que el ejército frances, así como la nacion francesa, no quieren cartas de perdon (gritos de ¡bravo! á la izquierda). El ejercito, asi como la Francia, no quieren clemencia de nadie.» (Violentos murmullos en el lado derecho.

El guardasellos (Mr. de Peyronnet): «No, sin duda, el ejercito no necesita de la clemencia de su rey; el monarca lo sabe y lo proclama; pero aquellos de quienes habla el orador, al cual se ha contestado tan intempestivamente, necesitan clemencia y amnistía.

MM. de Girardin, A. de Saint-Aignan, y otros miembros de la iquierda: «¿Quién, quiénes son pues? no mas reticencias! nombradlos!»

Muchas voces de la derecha: «¡Todos vosotros!» (Tumulto prolongado.)

El general Lafont era uno de aquellos jefes militares salidos de la revolucion, que, relegados en la multitud por su medianía, exageraban por ambicion ó servilismo las pasiones del partido dominante, y esforzábanse, á imitacion de los generales Donnadieu, Canuel y Despinois, á suplir, por el brillo de su nuevo rendimiento, la oscuridad de sus antiguos servicios (1). El lado derecho tenia efectivamente este flaco a los ojos de las nuevas generaciones, de no contar en sus filas, entre los hombres de la república y del imperio, no mas que nombres ignorados ó comprometidos. La mayor parte de los miembros de la cámara á cuyos nombres los sucesos de los treinta años últimos habian dado algun realce, sentábanse en los bancos de la izquierda (2). Verdad es que el gobierno real no desechaba abiertamente el concurso de las notabilidadades, pero sí las alejaba por la preeminencia que, en todas ocasiones, concedia á la antigüedad de cuna; por sus alusiones incesantes al vicioso origen de los hombres nuevos, y por los ataques ó el borron que imponia continuamente á su pasado. Por una singularidad notable, la clasificacion de los hombres de la nobleza antigua, en los bancos de la asamblea, presentaba el mismo contraste que la clasificacion de los hombres nuevos, y se veia reproducir allí, á treinta años de distancia, la separacion que antes de 1789 existia entre la nobleza de provincia y la que vivia en Versalles ó en París, en medio de los poetas, de los escritores y de los filósofos: en los bancos de la derecha se sentaban una multitud de caballeros cuya notabilidad no se estendia mas allá del circulo de su canton ó de su departamento; en los bancos liberales, los nombres de antigua cuna ó que se habian hecho históricos; los primeros, adversarios intratables del espíritu de innovacion; los segundos, partidarios sinceros del progreso y tomando una parte activa en el movimiento de las inteligencias. «El honorable Mr. Benjamin Constant nos habla de aristocracia, decia Mr. de Puymaurin en la sesion del 2 de marzo, pero no la ve donde se halla. El lado izquierdo, donde él se sienta, reune, en efecto, todos los géneros de aristocracia, la aristocracia de corte como de cuna, y nadie lo desmentirá al oir pasar lista, al reconocer á esa muchedumbre de marqueses, de condes, de barones y caballeros entre los cuales figuran los nombres antiguos y reverenciados de esforzados campeones, fieles á su rey y á su patria. No se podrá negar que la aristocracia de la riqueza no esté en el mismo lado, así como las de la banca y de la industria mas temibles por otro estilo por cierto al realismo, que la aristocracia de los propietarios.»

La discusion del presupuesto quedó terminada el dia 18 de abril, y en 1.° de mayo se cerró la legislatura.

Pocos dias despues de cerrada, 9 y 16 de mayo, procedíase á nuevas elecciones en los diez y siete departamentos, arreglando la serie de los colegios que debian renovar su diputacion en 1822. El gobierno habia adelantado la época habitual de esas elecciones con el objeto de abrir casi inmediatamente una segunda legislatura que permitiese discutir, desde mediados del año, el presupuesto del año siguiente (1823). Sabidas son las quejas promovidas, todos los años, por las peticiones de creditos provisionales, y por la posicion falsa y anormal en que estas votaciones ponian á ambas cámaras. Por mas que su reunion tuviese principalmente por objeto la discusion del presupuesto, jamás aun habia podido el gobierno someter á sus deliberaciones sino gastos ya efectuados en gran parte. Mr. Roy, al principio de la legislatura, habia anunciado la firme voluntad de poner un termino en 1822 á esa situacion anticonstitucional. Mr. Villele, que desde 1816 no habia cesado de reclamar acaloradamente este cambio, no podia hacer menos que su predecesor. Convínose pues una segunda legislatura, y redactóse un nuevo presupuesto. Pero al mismo tiempo que el ministro de hacienda cumplia sobre este punto la palabra del antiguo miembro de la oposicion, mostrábase completamente infiel á sus doctrinas en órden á la neutralidad del gobierno en las elecciones; ningun diputado se habia pronunciado con mas vigor que Mr. de Villele en contra de la intervencion de los agentes de la autoridad y de los ministros en las contiendas electorales; olvidando sus declaraciones pasadas, Mr. de Villele no se ciñó á tolerar los hechos de influencia que él vituperaba con energía en tiempo de las administraciones precedentes; sino que el mismo ejerció sobre sus muchos subordinados una presion mas fuerte que lo habia sido jamás la de todos sus predecesores. En 24 abril, dirigió á los agentes principales de su vasta administracion una circular de la cual hemos estractado los pasajes siguientes: «Los colegios electorales van á reunirse; el gobierno no podria cumplir su ardua tarea si no fuese secundado por los agentes cuyos empleos son la prueba de la confianza que en ellos tiene depositada. Los que dependen de mi ministerio deben, para conservarlos, contribuir en el límite de sus atribuciones, á escoger diputados sinceramente adictos á la monarquía legítima y á las instituciones que la sabiduría del rey nos ha dado. Os invito á reclamar, en mi nombre, esta nueva prueba de adhesion de todos vuestros subordinados.» Los demás ministros trasmitieron instrucciones semejantes á los funcionarios de sus respectivos departamentos. Estas instrucciones no tenian necesidad de comentario; pero temiendo sin duda que los empleados á quienes iban dirigidas no viesen en ellas nada mas que una simple advertencia conminatoria, los periódicos realistas, el Diario de los Debates entre otros, las esplicaron en estos términos: «Todo funcionario debe retirarse ó bien valerse de todos los medios que están á su alcance para servir al gobierno que lo emplea. Seria una debilidad el no proclamar en alta voz este principio, harto desconocido desde la restauracion, y cuyo solo olvido ha fomentado la audacia de los enemigos del gobierno. La franqueza con que el ministro acaba de encarecer su necesidad, nos parece ser acreedora á los elogios de todos los hombres de bien y al agradecimiento de los sinceros partidarios de la monarquía. Con esta animosa franqueza es como el gobierno consigue inspirar confianza. El lenguaje de la circular es claro y enérgico; es el de un ministro francamente realista. Esta peticion del concurso de todos los funcionarios no presenta á estos mas que una alternativa de la cual no pueden evadirse, la de un retiro que la simple probidad les ordena, ó de un asentimiento eficaz á que les obligan el honor y el interes reunidos.»

Al mismo tiempo que el ministerio y su órgano principal colocaban así á todos los funcionarios electores entre una destitucion ó una cooperacion pública, sin reserva, los otros periódicos realistas agotaban todas las formas de la injuria y de la calumnia contra los candidatos liberales. «Nada hay de sagrado para el partido que se intitula realista por escelencia, decia con este motivo el Constitucional; sus armas son el ultraje y el furor; sus envenenados ataques ni siquiera se

(1) Los periódicos de 31 de marzo publicaban la nota siguiente: «Hoy los generales Semelé y Lafont se han desafiado á pistola. Tenian por testigos á los generales Gerard, Sebastiani, Partouneaux y Degoon. Ambos han disparado tres veces. Los testigos, jueces del asunto, han decidido que el honor quedaba satisfecho y así han terminado la querella.

(2) «No escogemos tocante á esto á los amigos del gobierno; á nadie podemos coger por los cabezones, ni rechazar á quien viene á nuestro lado.»

detienen en los vivos, sino que hasta van á remover la ceniza de los difuntos; cada dia los candidatos que desecha son el blanco de las acusaciones mas mentirosas y de las mas atroces denuncias; su audacia llega hasta suponerles crímenes.» Si en un colegio donde la mayoría no era completamente á favor de un opositor enérgico, el partido liberal se resignaba á aceptar un candidato realista que prometiese adhesion á las nuevas instituciones, los periódicos ultramonárquicos se volvian inmediatamente contra este último, y esclamaban: «¡Dichosos liberales! ¡ellos encuentran, en caso necesario, opiniones vagas, indecisas, que, cogiendo por un cabo á la anarquía y por otro al realismo, pueden servir á dos fines en los tiempos difíciles!» Ningun nombre, ningun servicio encontraba favor ante aquel espíritu de intolerancia y de esclusivismo.

Dos hombres, Mr. de Richelieu y Mr. de Serre, eran los que mas contribuyeron al advenimiento de la congregacion y de sus ministros. El primero no debia sobrevivir á su caida. Profundamente afectado por la ingratitud del partido que le derribó, dejóse abatir por la tristeza y el tedio. Este sufrimiento moral agravó una afeccion nerviosa que databa ya de algunos años; caido enfermo el dia 16 de mayo, el dia mismo de las elecciones para los colegios de departamento, espiró en un acceso de fiebre cerebral el dia siguiente 17. No repetiremos el elogio que ya en otra parte hemos hecho del carácter recto y elevado del duque de Richelieu; nos limitaremos á recordar que su nombre permanece inseparable del desocupo del suelo nacional en 1815, así como de la evacuacion definitiva del territorio en 1818, y que, por un beneficio de la probidad de su ánimo, este hombre político, emigrado que solo volvió á entrar en su patria en 1814, habia podido desde últimos de 1816 desprenderse bastante de las preocupaciones y de las pasiones de su partido para contribuir, en cuanto permitia su influencia, al movimiento liberal que en tiempo de su primer ministerio tuvo por principio el decreto de 5 de setiembre y por término la ley sobre el reemplazo del ejército.—Mr. de Serre habia seguido una marcha opuesta: entrado en el gobierno con opiniones contrarias á la libertad, salió de él con pasiones ultrarealistas. Este cambio no era solamente causado por una de esas influencias del hogar doméstico cuya accion diaria é incesante toma mas parte de lo que se cree en las variaciones de los hombres públicos (1); provenia tambien de las mismas faltas que harto á menudo se encuentran en los hombres dotados del talento de la palabra, la falta de mira política, la movilidad del espíritu, la instabilidad de las convicciones y aquella celosa ambicion de triunfo, que les hace concentrar todas las fuerzas de su inteligencia sobre los medios de conseguir los aplausos de su auditorio. Con la misma elocuencia se puede defender el error que la verdad; un gran talento de tribuna de ningun modo supone un talento de hombre de estado; lejos de eso, todas las faltas á que se dejan arrastrar las corporaciones ó las reuniones políticas, dimanan invariablemente de las arengas que se han llevado largos y ruidosos aplausos, y la historia de los gobiernos parlamentarios ofrece el constante ejemplo de oradores cada uno de cuyos argumentos es un modelo de lógica, cada discurso un triunfo, y cada acto una contradiccion, una lijereza ó un contrasentido. Mr. de Serre tuvo necesidad del aislamiento en que le dejó su caida para advertir que la senda en que con tanta violencia se lanzó, le habia estraviado completamente: la adopcion de la ley de la votacion doble era particularmente obra suya; el peso de las dos molestas legislaturas de 1820 y de 1828 habia, por decirlo así, cargado enteramente sobre él; sus triunfos le perdieron; los mismos hombres que hacia tanto tiempo aplaudian sus apasionados discursos, no quisieron permitirle volver ahora contra ellos los talentos oratorios que habian encontrado tan felices: comprendido, como diputado del Alto Rhin en la lista de aquellos cuyos poderes iban á renovarse, vió su eleccion impugnada enérgicamente por sus sucesores, y su asiento dado por su influencia, á un oscuro ultrarealista alsaciano. Al cabo de poco tiempo de esta ocurrencia, el antiguo ministro dejaba la Francia, enfermo, abatido; recibia ignoramos qué mision diplomática insignificante cerca de un príncipe italiano, y rechazado, como antiguo liberal, por la aristocracia de todas las cortes que visitaba, al cabo murió desamparado, olvidado, en una casa de campo de las cercanías de Nápoles.

Mr. de Villèle y sus colegas, á pesar de sus amenazas y de los esfuerzos de sus periódicos, no obtuvieron sin embargo en las elecciones, el triunfo en que creian poder contar. El lado izquierdo, en vez de perder votos, ganó algunos miembros que le fueron dados por el gran colegio del Sena; de doce que se nombraron en París, solamente dos pertenecian al lado derecho. Los ministros, atribuyendo este mal éxito á la tibieza de sus numerosos subordinados, prodigaron inmediatamente las destituciones: su descontento recayó primero, hasta cierto punto, en prefectos y subprefectos; en seguida, en un número bastante crecido de jueces de paz, de recaudadores, de empleados de correos y aun de meros postillones; llegaron hasta á castigar á oficiales electores, reos de haber dado sus votos á los candidatos de la oposicion. A uno de estos oficiales, el capitan de estado mayor Lafontaine, habiendo recibido órden de votar al candidato ministerial de Dijon y obstinándose en inscribir en su papeleta el nombre de Mr. Hernoux, llevado por los liberales, se le impuso por el ministro de la guerra, duque de Bellune, un arresto de un mes «por principios políticos reprensibles.» Quince dias de calabozo era el máximun de la pena que podia el ministro imponer para los casos graves de indisciplina; el capitan, despues de haber sufrido los treinta dias de arresto, protestó en los periódicos contra aquel abuso de autoridad; los diputados liberales llevaron su queja á la cámara, en la sesion del 30 de julio; el 31, el duque de Belluno respondió á esta reclamacion, refrendando un decreto que declaraba á Mr. Lafontaine «borrado del registro del estado mayor y reformado sin paga (1).»

El gobierno, con motivo de estas elecciones, se irritó hasta el estremo de destituir á un hombre político cuyos servicios hubieran debido ponerle á cubierto de toda violencia. Bien notoria es la influencia del baron Luis en la resolucion que decidió, en la noche del 31 de marzo de 1814, en el palacio Talleyrand, el llamamiento de la casa de Borbon; encargado tres veces de la cartera de hacienda, en 1814, en 1815, y despues de la retirada de Mr. de Corvetto, salió del ministerio al mismo tiempo que el mariscal Gouvion Saint-Cyr y el general Dessolles, y como ellos se hallaba arrojado á las filas de la oposicion, por el progreso y la intolerancia del partido monárquico religioso. Siendo miembro del octavo colegio electoral, rogáronle muchos electores de su seccion que permaneciese en el salon para presenciar el escrutinio; terminada la votacion, pidió permiso para acercarse á la mesa; el presidente, despues de habérselo negado una vez, se lo permitió. El dia siguiente, un decreto dado «en vista de un parte del prefecto de policía» y refrendado por Mr. de Peyronnet, le declaraba destituido de su título de ministro de estado por haber «turbado el órden en el colegio de su distrito.» Ni siquiera los miembros de los juzgados se libraron de esas destituciones apasionadas; hasta se habian hecho promesas de ascenso y amenazas de largo olvido á los magistrados provistos de la inamovilidad, «palabra vacía de sentido y que de ninguna manera produce la independencia del juez,» como dijo en la sesion del 14 de julio un diputado, antiguo primer presidente (2). La inamovilidad no escluye, en efecto, en los jueces ni el espíritu de intriga, ni la ambicion, ni el deseo ó la necesidad de mayor sueldo; es una garantía de independencia tan poco séria, que de todos los cuerpos del estado, la magistratura es la que constantemente se ha mostrado mas dócil á las pasiones de todos los poderes que se han sucedido en Francia de cuarenta años á esta parte (3).

Al mismo tiempo que los ministros empleaban la violencia para

(1) La influencia de madama de Serre.

(1) Este oficial es el mismo que, en la campaña de 1815, la mañana del dia de la batalla de Ligny, salvó la vida al general Gorard de quien era ayudante de campo.

Hé aquí en qué términos el teniente general Jan de la Hamelinaye, comandante de la 8.ª division militar, notificó al capitan Lafontaine el arresto que le imponia el ministro: «S. E. el ministro de la guerra me dice con fecha de 24 de este mes:

«La conducta de Mr. Lafontaine, capitan de estado mayor, durante las elecciones, y los principios que manifiesta, siendo muy reprensibles, os invito á que le pongais arrestado en la cárcel de la ciudad, durante un mes, previniéndole que si da lugar á nuevas quejas tomaré las órdenes del rey para hacerle borrar de los cuadros del ejército, del que seria indigno de pertenecer si continuase profesando opiniones contrarias al gobierno.»

El capitan Lafontaine no volvió á entrar en el ejército hasta despues de la revolucion de julio de 1830, en el dia es general de division.—1850.

(2) M. Gilberto de Voisins, antiguo primer presidente del tribunal de apelacion de Paris y consejero en el de casacion.

(3) Unos talentos falseados han hecho de la *inamovilidad*, en la organizacion de nuestro órden judicial, una cuestion *principal*, siendo así que no es mas que su punto *secundario*. La inamovilidad garantiza la condicion del magistrado; cosa buena en sí, pero no su moralidad y su capacidad; ella asegura el interés material del juez, pero no el interés de la justicia y el de los reos. Solo hay una garantía para estos, que es la buena composicion del cuerpo judicial, cuerpo mas poderoso que el legislativo, porque si bien este hace la ley, el otro la interpreta y aplica como le place. Ahora bien, esa composicion, tal como la vemos establecida, se halla completamente abandonada al antojo de un ministro, á las solicitudes de los hombres que gozan de favor, y algunas veces á las influencias mas detestables. En no subordinando el principio de la inamovilidad á un sistema firme de garantías sérias, positivas, dadas á la formacion de los tribunales y al tránsito de los magistrados de un juzgado inferior á otro mas ventajoso, este principio no tiene harto á menudo por resultado sino perpetuar en sus sillas ó hacer llegar á las mas altas funciones, á magistrados cuyo nombramiento fué un escándalo, ó que por otros motivos no deberian ocupar su empleo.—1850.

atraer á la vieja fé monárquica la poblacion oficial del reino, el clero continuaba esforzándose en hacer penetrar la fé religiosa en las otras clases, mediante la predicacion y las conversiones. «Se nos piden aumentos para la gendarmería, esclamó Mr. de Caumartin, al discutirse el presupuesto de la guerra; ¿es acaso para emplearlos en formar la escolta de esas caravanas religiosas que un proselitismo perturbador pone por todas partes en movimiento? ¡Y no es de estrañar que cada dia produzca una conspiracion!» Esta esclamacion aludia á desórdenes serios que á la sazon agitaban á París y que tenian por causa los ejercicios de algunos misioneros, en la iglesia de los Pequeños Padres; cada noche, sus predicaciones, interpoladas de cánticos al estilo de ópera cómica ó de vaudeville, atraian una concurrencia inmensa, que refluyendo del interior de la iglesia á las calles vecinas, interceptaba la circulacion á una distancia bastante considerable. Por afuera del edificio religioso levantábase de todos los grupos una gritería confusa, risotadas y chanzas burlonas; adentro, los sermones y los cánticos eran interrumpidos por la detonacion de fulminantes y de petardos compuestos de materias que exhalaban olores muy fétidos. El gobierno quiso poner término á tales desórdenes; pero en vez de suprimir la causa suspendiendo la mision, resolvió dar razon á esta, y la hizo proteger por numerosos piquetes de tropa. Este alarde de fuerza aumentó el desórden; los curiosos afluyeron en mayor número, mas envalentonados y dando gritos de: «¡Abajo las misiones! ¡abajo los misioneros!» La caballería recibió la órden de disipar los corrillos; cargó, derribó é hirió á ciegas; muchos ciudadanos fueron arrestados, y entre estos dos diputados, el general Demarcay y Mr. de Corcelles, quienes, el dia siguiente, 1.º de marzo, se quejaron en la tribuna de los ultrajes de que uno y otro habian sido objeto. El general Demarcay habia sido arrojado contra una pared por el caballo de un gendarme; Mr. de Corcelles no pudo evitar el ser herido de un sablazo que derribó su sombrero, sino desviando el arma con su baston. Presos ambos por la fuerza pública, escarnecidos é insultados por ella, y detenidos en el cuerpo de guardia á pesar de haber declarado su nombre y su calidad, no quedaron libres hasta al cabo de cuatro horas de arresto. Los ministros defendieron á sus agentes haciendo observar que los dos miembros de la izquierda habian hecho mal en querer atravesar unas calles cuyo paso estaba interceptado; que, violando una consigna, se les podia detener, puesto que la inviolabilidad inherente á su título cesaba en el caso de fragante delito; por último, añadieron, relativamente á la causa misma de los desórdenes, que siendo la libertad de cultos otro de los derechos garantidos por la carta, serian ellos culpables para con el rey y el pais si no la hacian respetar. «Eso es, esclamó Mr. de Chauvelin; ¡hacer degollar á todo París por el antojo de cuatro jesuitas!» Manuel, el general Foy y Mr. de Girardin replicaron á los ministros, y despues el lado derecho dió fin á la discusion adoptando la cuestion previa. El dia siguiente, con motivo del sumario, en vano Mr. Dudon quiso renovar aquel debate diciendo «que los corrillos de que se habia hablado parecian ser el resultado de un plan meditado, un plagio de los primeros grupos que se formaron al principio de la revolucion, cuando en nombre de la libertad eran robadas las manufacturas del arrabal de San Antonio, así como las tiendas de los especieros: Asegurábase, añadió, que segun el modo como se formaban y eran dirigidos los grupos, una cuadrilla de malhechores debia adelantar por la calle de Bons-Enfants a fin de sorprender el banco de Francia.—¡Esto es horroroso! ¡son espantosas calumnias!» esclamaron los diputados de la izquierda. Ninguno de los amigos políticos de Mr. Dudon apoyó sus acusaciones. La cámara pasó á la órden del dia.

Las escenas de desórden de que eran teatro la iglesia de los Pequeños Padres y las calles vecinas, y que, cada noche, obligaban á todos los mercaderes del barrio á cerrar sus tiendas al anochecer, duraron cerca de diez dias, y no cesaron hasta que la agitacion, llevada á otro punto de París, llamó la atencion pública y la de la autoridad hácia los barrios de la escuela de Derecho y del Jardin Botánico. Estos nuevos disturbios, provocados por las divisiones de opinion que separaban á los estudiantes, estallaron con motivo del curso de un profesor congreganista, cuya presencia en la cátedra fué acogida, de un lado, por el grito de ¡viva la carta! y de otro por el de ¡viva el rey! Estos gritos se repitieron, despues de la clase, en la plaza de Santa Genoveva; los jóvenes de la opinion realista eran en menor número que los otros. La gendarmería, enviada por el decano, llegó á la plaza en el momento en que ambos partidos iban á venir á las manos; pero, en vez de mostrarse neutral, aquella tropa se echó con tal ímpetu sobre los grupos de donde salia el grito de ¡viva la carta! que, el dia siguiente, los estudiantes de las escuelas de derecho y de medicina se reunieron en la plaza del Panteon para resolver juntos los términos en que redactarian una queja á la cámara de diputados. La gendarmería no tardó en aparecer de nuevo y en cargar. Acorralados hácia el Jardin Botánico, una parte de los estudiantes fueron allí perseguidos, golpeados y presos hasta en el interior de las salas, donde los profesores de este establecimiento daban sus lecciones. Otra coluna, que se dirigia hácia la cámara, arrojada sobre la plaza Vendome, fué igualmente envuelta, maltratada y presos la mayor parte de los jóvenes que la componian. El número de presos conducidos por la noche á la prefectura de policía era tan considerable, que no cabiendo en el depósito una gran parte fueron custodiados por centinelas de vista, hasta el dia siguiente, en las cocheras del palacio.

La escuela de derecho estuvo cerrada durante un mes, de resultas de aquellos disturbios, y los periódicos realistas anunciaron que para evitar que se reprodujesen, el gobierno pensaba trasladar este establecimiento y la escuela de medicina, el uno á Compiegne y el otro á Fontainebleau. El mas acreditado de dichos periódidos, irritado del poco interés que la poblacion parisiense mostraba en favor de los misioneros, y de las simpatías que parecia, por el contrario, conceder á los adversarios de estos predicadores, reprobó á los habitantes de París, en un artículo del 13 de marzo «la indiferencia con que sufrian las vergonzosas escenas de desórden que estaban presenciando todos los dias;» y trazando el cuadro de las pérdidas que causarian á los propietarios de casas y á los mercaderes, el cambio de domicilio ó la partida de las cosas y de las personas que hacen rica una capital, recordaba: «que en 1680, Luis XIV dió un edicto para limitar el engrandecimiento de París, por temor, se decia en los considerandos, que esta capital, como algunas grandes ciudades de la antigüedad, no hallase en su grandeza el principio de su ruina.»

Estas amenazas, que aludian á la traslacion de la residencia del gobierno á otra ciudad, irritaban al vecindario parisiense sin aturdirle; tampoco se alarmaba leyendo los cuentos absurdos á que recurrian los mismos periódicos para hacerle despreciables y aborrecibles la opinion liberal y los diputados liberales (1). Era difícil, en efecto, que la clase media, aun en su parte mas tímida, fuese bastante ciega para no comprender que su fortuna, su fuerza y su porvenir se hallaban ligados

---

(1) Uno de aquellos periódicos publicaba en 23 de marzo la noticia siguiente:

«Si bien la ciudad de Chauny está tranquila, no sucede lo mismo en sus alrededores. Una partida de treinta á cuarenta *liberales* acaba de ensayar un pequeño movimiento *patriotico* en una aldea inmediata á aquella ciudad: á las nueve de la noche, se ha pegado fuego á las casas del alcalde, del cura y del antiguo señor. Toda la aldea se hubiera incendiado á no haber sido el arrojo y la abnegacion de la guardia nacional y de los zapadores, hombres que á la primera noticia acudieron de Chauny. El alcalde se vió indignamente insultado: el cura, á falta de *misioneros*, fue perseguido hasta su habitacion donde hubiera corrido gran peligro si las personas de su casa no le hubiesen prestado ausilio.

«De la casa del cura los incendiarios se derramaron por las casas de campo donde ultrajaron, amenazaron, insultaron á la *nobleza*, no tenian bandera, pero gritaban, segun se dice: *Viva la libertad! Viva Napoleon II! viva el lado izquierdo!*

«Repítanse algunos discursos anodinos de nuestros grandes oradores liberales, y quizá podremos ver renovarse las proezas del jacobinismo.

«Sin embargo, lo que es esta vez, los incendiarios han sido vencidos; la fuerza armada ha preso á muchos, entre los cuales se cita á un hombre que anteriormente ha llenado funciones importantes y que ha opuesto viva resistencia.»

Era difícil suponer que unos detalles tan minuciosos y tan exactos no encerrasen por lo menos un fondo de verdad. Tres dias mas tarde, el 26, M. Hebert, alcalde de Chauny, declaraba en una carta que se hizo pública, que todos esos detalles eran sumamente falsos y que la tentativa de incendio, los gritos sediciosos, las amenazas y los arrestos referidos por el periódico, constituian otras tantas mentiras que, para la gente que conoce el pais, no tenian siquiera el mérito de la verosimilitud. Una carta del director general de policía, publicada en el mismo momento, calificaba igualmente de «imputacion mentirosa», otro artículo en el cual el mismo periódico habia anunciado que acababa de estallar un movimiento sedicioso en Niort.

Estos cuentos inventados con el objeto de hacer odiosa y despreciable, en el ánimo de la poblacion pacífica, la opinion liberal así como los liberales, y que ciertos periódicos dejaban de copiar, podian, por lo menos hacerse desmentidos. Pero no habia los mismos medios de defensa contra los insultos y ultrajes contenidos en coplas con que los cantores de calle regalaban los oidos de los transeuntes y distribuian en las principales encrucijadas de París y en las plazas de algunas grandes ciudades de provincia. La policía no se limitaba á autorizar el canto público de estos odiosos libelos, dirigidos contra el partido liberal, y en los cuales no solamente eran indicados sino *nombrados* varias veces diputados de la izquierda entre otros MM. de Corcelles y Demarcay; ella protegia á los cantores contra la indignacion de los oyentes: «Es digno de notarse, decian los periódicos liberales del 3 de abril, que estos cantores suelen situarse junto á los cuerpos de guardia y constantemente tienen á su lado á algunos de sus individuos cuyos rostros se ven en todas partes y que parece tienen un particular talento para observar.»

al sosten de las libertades y de los derechos conquistados en 1789, y no al restablecimiento del dominio que antiguamente sobre ella ejercieran la nobleza y el clero. En vano el partido dominante proponia á su edificacion y le daba en ejemplo hechos tales como el siguiente: «El señor obispo de Perigueux se ha hecho limosnero del regimiento que está de guarnicion en aquella ciudad, y con ayuda de cuatro sacerdotes va á instruirle. Treinta soldados han asistido á la primera instruccion. La mayor parte del regimiento está siguiendo ahora los ejercicios de esta mision particular.—Hoy (19 de junio) sesenta y cinco soldados, tanto del regimiento de artillería de á pié como del 5.° de infantería de la guardia real, en Vincennes, se han acercado á los altares ante el señor gran limosnero de Francia, los unos para la comunion y los otros para que se les administrase el sacramento de la confirmacion. Estos soldados habian sido preparados para este acto solemne por el elocuente misionero, el abate Guérin.» Estos relatos no hicieron mas que escitar las chanzas de la clase media. Las destituciones de oficiales ministeriales, procuradores ó porteros, desposeidos de sus cargos por opinion política; las negativas de nombramiento opuestas á jóvenes escribanos que no habian contestado satisfactoriamente á estas preguntas del magistrado encargado de averiguar su moralidad: «¿ Sois amigos de la familia de los Borbones? ¿sois amante de la legitimidad?» las supresiones impuestas á la representacion teatral y aun á veces la completa prohibicion de piezas tales como el «Matrimonio de Fígaro, Tartufo y Atalia,» hé ahí los hechos que llamaban su atencion y le parecian serios. En los primeros veia un ataque á la propiedad privada, á la libertad de las profesiones, y una amenaza contra sus intereses; los últimos herian sus habitudes, no de piedad, sino de profunda tolerancia. Su moderacion en las cuestiones religiosas no la abandonaba sino con motivo del apoyo ó de la impunidad concedidas á ciertos actos de captacion ó de violencia ejercidos por el clero. Varios de estos actos, denunciados en la tribuna, resonaron mucho; uno de ellos en particular hizo gran ruido.

Mr. Douglas-Loveday, súbdito inglés, habia comprado propiedades en Francia, donde se hallaba establecido desde 1817 con sus dos hijas y su sobrina, protestantes como él. Obligado á una ausencia de algunos meses, confió estas jóvenes á una ama de pension que le anunció, á su regreso, que su hija mayor y su sobrina habian abjurado su antigua fe religiosa y abrazado el catolicismo. Mr. Loveday retiró inmediatamente de aquella casa las tres jóvenes; su sobrina renunció su nueva creencia; pero su hija mayor huyó á un convento. En vano el padre quiso descubrir el retiro de la fugitiva para llevársela á su casa; la autoridad administrativa y judicial se negó á prestarle ausilio; su hija, mayor de edad hacia algunos meses, era dueña de sus acciones, le decian, y el disputar á esa jóven el derecho de obedecer á su conciencia, seria violar la ley civil y política del pais. Mr. Loveday invocó la intervencion de la cámara. Dióse cuenta de su peticion en la sesion del 11 de abril por Mr. Humbert de Sesmaisons. Este diputado, despues de haber analizado la queja, y reprochado al peticionario «un terrible abuso del nombre paternal» por sus violentas acusaciones contra el clero católico; despues de haber invocado las garantías aseguradas por la carta á la libertad individual, así como á la libertad de cultos é insistido sobre la incompetencia de la cámara para fallar entre un padre que decia á su hija: «sigue mi creencia» y la hija que contesta: «obedezco á mi conciencia;» despues de haber emitido la esperanza de que el tiempo curaria las heridas del señor Loveday y le enseñaria que su hija «adoptando dogmas mas austeros que los de su antigua fé, llegaria á ser mas tierna y alcanzaria otras virtudes,» Mr. de Sesmaisons, dijo, proponia que se pasase á la órden del dia. Manuel pidió que se remitiese la peticion al ministro de justicia, apoyándose en otros varios hechos de conversion que habian turbado la paz de algunas familias judias ó protestantes de Annonay, de Nimes y de Carpentras, é indicando el peligro de esta doctrina emitida por Mr. de Bonald, á propósito de aquella peticion, «que siendo el proselitismo propio y esencial de la religion católica, todo fiel estaba obligado á conducir á sus semejantes al regazo de la Iglesia; que se habia tenido el derecho de obrar como se habia hecho, y que si las personas acusadas merecian algun reproche, seria por haber mostrado demasiada tibieza. —¡Demasiada tibieza! señores, esclamó Manuel, demasiada tibieza cuando la sobrina de Mr. Loveday, convertida como la hija mayor, fué bautizada, confesada y admitida á la comunion en el espacio de cuatro dias.» La cámara se negó á oir á otros oradores y adoptó la órden del dia.

Apesar de esas conversiones y del triunfo que en todas partes parecia coronar los trabajos de los misioneros, así como el proselitismo de sus propios miembros, la congregacion no se alucinaba acerca de su impotencia en conquistar las generaciones educadas en la escuela de la revolucion y de la usurpacion, como decia Mr. Delalot (1). Así que, los esfuerzos de los PP. jesuitas tendian principalmente á apoderarse de las generaciones que iban creciendo. De mucho les sirvió el haber pasado Mr. de Corbière al ministerio de instruccion pública; los obispos desde el decreto de 27 de febrero de 1821, se hallaban investidos de la vigilancia de todos los establecimientos de educacion y de instruccion de su diócesis; algunos sacerdotes habian sido sucesivamente introducidos á ejercer las principales funciones de la Universidad, y uno de tantos, el abate Nicolle, acababa de ser nombrado rector de la academia de Paris. Faltaba dar el último paso, y la congregacion le salvó: en 8 de junio, salió un decreto restableciendo el título de gran maestre de la Universidad con todas las atribuciones que daban á este dignatario la direccion y administracion absolutas de todos los grados de enseñanza, y otro decreto confió estas funciones á uno de los sacerdotes mas adictos á la compañía de Jesus, Mr. el abate Frayssinous, primer limosnero del rey.

Estos dos actos que cambiaban completamente las condiciones de la enseñanza en Francia, sustituyendo á la antigua direccion laica la direccion del clero (2), aparecieron en el Monitor el dia mismo en que la celebracion del aniversario de la muerte del jóven Lallemand, acaecida en 3 de junio de 1820, provocaba nuevos desórdenes en Paris, y era causa de una deplorable colision entre la fuerza pública y los jóvenes de las escuelas. Debia celebrarse un oficio de difuntos en San Eustaquio, y en seguida trasladarse los concurrentes al lugar de la sepultura. Cuando los estudiantes se presentaron á las puertas de la iglesia, y luego á las del cementerio, se vieron rechazados por fuertes destacamentos de gendarmeria, que no tardaron en cargarles; defendiéronse á golpes y pedradas, y algunos jóvenes quedaron heridos ó presos. Benjamin Constant y el general Thiard, invitados á la ceremonia religiosa y rechazados como los estudiantes, á la entrada de la iglesia, se vieron arrestados (3).

El dia siguiente, 4 de junio, un mes despues de cerrada la última legislatura, Luis XVIII se halló de nuevo en presencia de las dos cámaras reunidas. El discurso que pronunció tan solo contenia un pasaje digno de ser referido; el rey decia, con motivo de un cordon de tropas francesas situado en la frontera de Cataluña para impedir la invasion de una enfermedad contagiosa, la fiebre amarilla: «He mantenido las precauciones que han alejado de nuestras fronteras el contagio que ha devastado una parte de España; las mantendré tanto tiempo cuanto la seguridad

---

(1) En la sesion de 22 de marzo, leemos las siguientes palabra referentes á los progresos de la congregacion: «*Manuel*. El gobierno deberia hacer algo mas en favor del comercio, y un poco menos para los frailes (Risas y murmullos á la derecha); mejor seria establecer escuelas de artes y oficios, y escuelas veterinarias que congregaciones.

Voces á la derecha: Estas congregaciones que tanto os espantan, no son en tanto numero como os figurais.

Manuel: Hay cuatrocientas (A la derecha: No! no!)»

(2) El nuevo gran maestre, pocos dias despues de haber tomado posesion, dirigió á los miembros del cuerpo de enseñanza (17 de junio), una circular de la cual citaremos los siguientes pasages: «Poniendo al frente de la educacion pública á un hombre revestido de un *caracter sagrado*, S. M. da bastante á conocer á la Francia entera hasta que punto desea que la juventud de su reino sea educada mas y mas en sentimientos religiosos y monárquicos.

»Grande es la autoridad que acaba de confiarseme; de ella debo dar cuenta á Dios, al rey, á los padres de familia, á mi pais, y podria acusárseme con justicia de todos los abusos que estuviese en mi mano hacer cesar. Sé que mi administracion debe ser paternal; pero tambien sé que la vigilancia es mi primer deber.

»El que tuviere la desgracia de vivir sin religion ó de no ser adicto á la familia reinante, deberia sentir que le falta algo para ser un digno instructor de la juventud. Es digno de compasion, hasta que pueda decirse que es un reo. No tengo derecho de interrogar á las conciencias, pero, no cabe duda, tengo el de vigilar la enseñanza y la conducta. ¿ Acaso los maestros podrian olvidar que el verdadero medio de dar á la infancia y á la juventud habitos religiosos, es tenerlos ellos mismos, y que aqui, de nada sirve la autoridad sin el ejemplo? etc.

(3) Varios periódicos realistas relataron muy inexactamente esta circunstancia. Benjamin Constant restableció los hechos en una carta en que recordó los acontecimientos de junio de 1820 y á la cual M. Forbin des Issarts dió una respuesta que contenia estas palabras: *Estoy pronto á impugnar á M. Benjamin Constant, ya sea en la tribuna, ya en otra parte.* Este último hizo inmediatamente pedir satisfaccion á M. Forbin, y ambos, sin mediar otra esplicacion, y teniendo por testigos, el primero al general Sebastiani y al conde de Girardin, el segundo al general conde de Bethisy y M. de Shamoin, teniente de guardias de corps, se trasladaron á una cantera inmediata al bosque de Bolonia. Allí, situados á una distancia de *diez pasos*, y sentados en sillas, á causa de un achaque que no permitia á Benjamin Constant tomar la punteria puesto en pié, dispararon uno contra otro un primer pistoletazo, sin tocarse. Benjamin Constant exigió un nuevo tiro; los dos adversarios siempre sentados y sin cambiar de distancia, dispararon por segunda vez sus armas uno contra otro, sin mas resultado. Los testigos se opusieron á un tercer cambio de balas y declararon que Benjamin Constant debia darse por satisfecho.

del pais lo exigiere; solo la malevolencia ha podido hallar en estas medidas un pretesto para desnaturalizar mis intenciones.» Palabras falaces, que fueron causa de muchas ruinas, como tendremos ocasion de decirlo, y á las cuales el mismo Luis XVIII daba, siete meses y medio despues, el mentís mas solemne. El 7, la cámara de los diputados examinó los poderes de los miembros nuevamente elegidos; esta operacion suministró á los diputados liberales un motivo para sacar á luz la influencia abiertamente ejercida en estas elecciones sobre los funcionarios de todos los órdenes y de todos los grados. «Jamás, hasta el presente, se habia osado envilecer á los funcionarios tanto como se ha hecho, dijo Mr. de Chauvelin; se ha llegado hasta el desgraciado estremo, de que en el dia ya no es posible que los empleos públicos sean desempeñados por hombres de honor.—Un ministro que responde de todos los actos de sus empleados, replicó Mr. de Villèle, no puede estar obligado á llevar su confianza hasta el punto de conservarles sus puestos cuando reunen sus esfuerzos para derribar el mismo ministerio que les ha empleado.—El gobierno representativo, redarguyó el general Foy, seria irrisorio, si en un pais donde apenas se cuentan ocho mil electores y ciento veinte mil empleados ó funcionarios publicos, el ministerio pudiese decir á estos: «Vota contra la conciencia ó vas á morir de hambre.» ¡Qué contraste! prosiguió; lo que la ley probibe en Inglaterra so pena de ser declarado incapaz de poseer ningun empleo, el ministerio lo ordena en Francia so pena de perder el empleo que se posee. —Todos los empleados, añadió Manuel, se han visto forzados á votar con papeleta abierta, y se ha amenazado á comerciantes electores, con el restablecimiento de las corporaciones, á agentes de cambio, corredores y jiferos, con un aumento de los miembros de sus compañías, en caso de no votar en el sentido del gobierno.» Mr. Casimiro Perier interpeló al guardasellos sobre la destitucion del baron Luis; Mr. de Peyronnet se contentó con responder que el rey la habia decretado, porque la juzgó conveniente, y que tal era su derecho. La izquierda no logró que fuese admitida ni una siquiera de sus reclamaciones; la mayoría declaró válidas todas las elecciones.

El exámen y la votacion del presupuesto de 1823, objeto principal de esta nueva reunion de las cámaras, reprodujeron los borrascosos debates que señalaron la segunda mitad de la última legislatura. El lado derecho mostró la misma intolerancia opresiva, el lado izquierdo la misma resistencia apasionada. La discusion general abierta en 12 de julio, fue cerrada el 16, por un resúmen en que Mr. Cornet-d'Incourt, relator, hizo observar «que los oradores ministeriales eran los únicos que habian tratado la cuestion financiera y propuesto economías. Por lo que hace á los oradores de la oposicion, añadia olvidando completamente el presupuesto, no han pensado mas que en hablar al aire; se han ceñido á atacar hasta el esceso las elecciones y los jesuitas, los misioneros y los gendarmes, el ejército y los tribunales, persuadidos sin duda de que aun se hallan en la época en que se hacian insurrecciones con declamaciones, y declamaciones con las insurrecciones.» Inmediatamente despues de este discurso se puso á discusion el título primero de la ley, este título era relativo á nuevas peticiones de créditos destinados á completar el pago de atrasos. Mr. Benjamin Constant se quejó de que la liquidacion de estos atrasos jamás habia sido «ni determinada, ni aclarada, ni concluida,» y propuso reemplazar los artículos propuestos a la adopcion de la cámara por una disposicion que dijese «que los atrasos estarian definitiva y radicalmente liquidados al abrirse la legislatura inmediata, y que los ministros en aquella época, presentarian una relacion general y detallada de todas las liquidaciones.» Esta enmienda sostenida por MM. Ganilh, Sebastiani, de Chauvelin, Labbey de Pompieres y Lafitte, fué impugnada por Mr. de Labouillerie, comisario regio, y por Mr. de Villèle. Este último rechazó con vigor los ataques contra el gobierno real de que la liquidacion de atrasos habia sido el incesante pretesto. «¿No es estraño, dijo, que á este gobierno se le eche continuamente en rostro su fidelidad en pagar las deudas de los gobiernos anteriores? Si hay un fenómeno notable y que puede probar el poder de la legitimidad, es sin duda el espectáculo que siete años ha está dando el gobierno del rey, imponiendo enormes sacrificios á sus pueblos para llenar los bolsillos de aquellos que sirvieron á los gobiernos precedentes. (Aplausos á la derecha; violentas esclamaciones á la izquierda.)»

Entre los diputados liberales reina la mas viva agitacion; MM. Lafitte, Casimiro Perier, Manuel, Bogne de Faye, de Gramont, los generales Foy y Demarçay, se hacen notar por sus violentos y confusos gritos: «¡Eso es insultar á la cámara! ¡es insultar á la Francia!»

Mr. Bignon: «¡Eso es infame!» Mr. de Chauvelin: «Que cada uno vacie sus faltriqueras!» Una voz con fuerza: «Vosotros habeis pagado á los estranjeros con quienes venisteis!» La derecha en masa: «Al órden! al órden!»

El general Foy: «Vuestro órden es el desórden! eso es una indignidad! Esas deudas eran la sangre vertida por millares de valientes!»

El ministro repite su frase que la derecha acoge con nuevos aplausos y la izquierda con nuevos gritos. Vuelve á empezar el tumulto.

Mr. de Villèle, volviéndose hácia la izquierda: «¿Cuál es el hecho que impugnais? Vosotros no quereis que yo diga que era para pagar á personas, siendo así que no hay créditos sin acreedores; ¡pues bien! dire que era para pagar las deudas del gobierno precedente.»

A la derecha: «Claro está.»

El general Foy: «Esas deudas eran sagradas!»

Voces de la derecha: «Sí, las asignaciones de los chambelanes! del cardenal Fesch! de los criados del palacio de Fontainebleau cuya peticion iba firmada por Mr. Mechin!»

Voces de la izquierda: «Era muy preciso! Ya que vuestro gobierno cogia los beneficios, debió aceptar las cargas!»

Otras voces del mismo lado: «Por otra parte, la nacion es la que ha pagado y no él!»

Mr. Perreau de Magnies á la derecha: «Todas las liquidaciones han sido compradas por vuestras gentes! vuestros agiotistas privilegiados han hecho de ellas un comercio escandaloso!»

El general Foy: «¿Por ventura somos nosotros los que hemos devorado los tesoros del subsidio estraordinario?»

En este momento el tumulto llega á su colmo; los diputados de ambos lados, de pié en sus bancos, cambian las interpelaciones mas virulentas. Mr. Delalot dirige algunas palabras al general Foy, quien contesta con mucho calor, pero el ruido domina todas las voces, sofoca todas las palabras, é impide comprender una observacion dirigida por el general Demarçay á Mr. de Villèle, que permanecia en la tribuna.

El presidente: «Señor Demarçay, os llamo al órden.»

El general Demarçay: «Me rio de ello.»

Algunos miembros piden que se cierre la sesion; el desórden queda medio apaciguado; Mr. de Villèle acaba su discurso, Mr. Lafitte le contesta, y la cámara aplaza la discusion para el dia siguiente.

El 17, algunas palabras de Manuel, acerca de la misma cuestion, renovaron aquellas datas fatales de 1814 y de 1815, que situando al gobierno y á la masa de los gobernados en dos campos opuestos, establecian entre los dos lados de la cámara una division no menos profunda: «¿Cómo puede gloriarse el gobierno del rey de haber satisfecho las deudas del gobierno antiguo? esclamó Manuel. No parece sino que las deudas de la Francia se pagan con los fondos de la lista civil. ¿Acaso ignora el ministro de hacienda que, cuando un gobierno paga las deudas del gobierno que le ha precedido, paga deudas de la nacion con el dinero de la nacion misma? (Esclamaciones á la derecha; largo interrupcion.)»

Manuel á los interruptores: «Vuestros gritos pueden sofocar por un momento mi voz, pero no lograrán ahogar la conciencia y la conviccion públicas; no conseguirán borrar los hechos de todas las memorias. Sí, en Francia, nadie ignora cuáles son las cargas que aumentaron la deuda pública en 1814 y en 1815; todos saben y nadie olvidará la dilapidacion del subsidio estraordinario. (Nueva interrupcion, nuevas esclamaciones en el lado derecho.) Sí, lo repito, muchos millones se gastaron en 1814 y en 1815, y no se invirtieron en pro de la Francia, sino que sirvieron para pagar las deudas del estranjero y las deudas de la emigracion. (Redóblanse los gritos en los bancos realistas; larga interrupcion.)

Varias voces de la derecha: «¡Las deudas de los cien dias! ¡las deudas de Bonaparte! ¿Qué es lo que llamó al estranjero á Francia?

Manuel, volviendose hácia los interruptores: «Ved ahí lo que estais repitiendo incesantemente; pero hemos ya contestado tantas veces a esa vana declamacion que deberiais estar fatigados de reproducirla.» ¿Acaso será preciso deciros otra vez que los que en aquella época estaban encargados de los intereses de la Francia hicieron lo que creian ser su deber? (Gritos é interrupcion en los bancos del lado derecho.)

Varias voces á la derecha: «Eso es! el mas santo de los deberes! la insurreccion!»

Manuel con calor: «El mas santo de los deberes es impedir que el suelo nacional sea manchado por el estranjero!» (Largo rumor á la derecha.)

Muchas voces de la izquierda: «Sí, sí, el que lo niegue no es francés!» Otras voces del mismo lado: «Ellos y los estranjeros no forman mas que uno.»

Manuel, con voz que domina al tumulto: «Ese deber, nosotros lo llenamos; hicimos todo cuanto en nosotros estuvo para ahorrar á la patria semejante desgracia; nuestra conciencia está tranquila en este punto!» (Bravos prolongados á la izquierda.)

Las dilapidaciones de que acababa de hablar Manuel, habian ocupado un gran lugar desde 1818, en todos los discursos de la oposicion en órden á la hacienda pública, sobre todo con motivo de la liquidacion del subsidio estraordinario imperial y de los fondos pedidos anualmente para pagar los atrasos; el malhadado Mr. Dudon fué el orador que comprometiendo á su partido, en esta sesion del 17, promovió el incidente: «Ayer, dijo, Mr. Lafitte os habló de una liquidacion ilegal de treinta y seis millones, y añadió que si se hubiese ejecutado la ley tendríamos treinta y seis millones mas y un mal ejemplo menos. La frase es linda (á la izquierda: ¡Pues!), es grata al orador puesto que la ha usado; pero por desgracia le falta aplicacion. Jamás hubo liquidacion de treinta y seis millones, y reto á que se me cite un solo crédito de igual suma que se pueda hacer entrar en los atrasos. Los treinta y seis millones de que se trata son un escedente de gastos acerca de la ocupacion de 1816, y no un crédito que haya debido liquidarse. Convengo en que en el seno de la comision, la legalidad de este escedente fué refutada por Mr. Lafitte; pero la comision lo aprobó por mayoría de diez y siete votos contra uno. De consiguiente el aserto no tenia el menor fundamento, y la acusacion para la cual se ha querido emplear carece totalmente de base.»

Mr. Lafitte: «No creia que mi honorable amigo Mr. Manuel, al tratar de liquidacion ilegal, haya querido aludir á los treinta y seis millones de que acaba de hablar Mr. Dudon; él ha indicado otros hechos cuya verdad se os demostraria hasta la evidencia si quisieseis hacer una informacion. En cuanto á los treinta y seis millones, no he dicho que fuesen compuestos de tales ó cuales valores; no he hecho mas que recordar que en 1817 los ministros no rendian cuentas, y que hallaban comisiones complacientes, así como una mayoría no menos dócil, que admitian gastos no justificados; lo que entonces se hacia se hace aun en parte hoy en dia. Pero debo responder á Mr. Dudon de una manera mas exacta.

«En la comision de 1817, se encontraron pagos ilegales que ascendian hasta cincuenta y cinco millones. No recuerdo bien los nombres de los miembros que componian aquella comision; pero Mr. Ganilh, que me está oyendo, formaba parte de ella, y no me desmentirá. Afirmo pues que, en la relacion impresa del ministro de hacienda, se daba cuenta de aquel gasto de cincuenta y cinco millones hecho por el ministro de guerra de entonces (Clarke, duque de Feltre). El párrafo en que estaba esta cuenta se imprimió, pero fué suprimida en la relacion sometida á la cámara; respondo con mi cabeza de la verdad del hecho; aseguro que vi impreso este párrafo. Por medio de intrigas se obtuvo la supresion de la flaqueza de Mr. Corvetto.» (Muchas voces de la izquierda: «Bravo! bravo! responded á eso!» Voces de la derecha: «Os espresais así, por que Mr. Crovetto no puede contestaros desde el sepulcro!»)

«Señores, añade el orador aludiendo á Mr. Dudon, hay hombres cuya posicion es de tal manera desgraciada y embarazosa, que no pueden subir á la tribuna sino para insinuar calumnias. Aquellos de mis honorables colegas que formaban parte de la comision de hacienda de 1817 no pueden menos que recordar que una sub comision de tres miembros, de la cual yo formaba parte, estuvo encargada de ir á discutir aquel negocio á casa de Mr. Richelieu, á la sazon presidente del consejo de ministros. El ministro de la guerra asistió á la reunion á fin de dar esplicaciones. Las que nos dió no nos parecieron bastante satisfactorias. Repito que no recuerdo precisamente en qué se emplearon dichos cincuenta y cinco millones, pero lo que sé, lo que puedo afirmar, es que se emplearon faltando a las leyes; creo que sirvieron para pagar pensiones y gastos que, á la verdad, no estaban en el interés público (movimiento á la izquierda). Como yo insistiese particularmente sobre este punto, el ministro de la guerra se asombró del calor con que pedia que se diese á la cámara conocimiento de los hechos, y me recordó las relaciones de benevolencia personal que habian existido entre él y mí. Respondíle que en aquella circunstancia no era yo un simple particular, sino un diputado encargado de un deber público, y de la defensa de los intereses de los contribuyentes.

«Ved ahí, señores, los hechos en toda su exactitud. Los he recordado para probaros que mis amigos y yo jamás hemos cambiado de conducta ni de lenguaje.» (A la derecha: «Ah! esto es demasiado!» (A la izquierda: «No! no! jamás!)» Citadme, si podeis, un juramento á que haya faltado, un proceder que haya desmentido, una confianza que haya burlado! (Bravos á la izquierda.) Yo os cito estos hombres para probaros que no debeis votar de lijero los millones bajo el solo dicho de los ministros. Ayer, señores, dije que si entre vosotros existia un solo miembro que supiese que los trescientos cincuenta millones de liquidacion habian sido examinados y estaban en debida regla, le rogaba que se levantase ofreciendole votar con él: nadie se levantó, por consiguiente los impugno.»

Mr. de Labourdonnaie: «Yo era otro de los miembros de la comision de hacienda de 1817; los hechos que acaba de referir el honorable preopinante pasaron efectivamente del modo que ha dicho. Creo sin embargo que á la sazon no se trataba mas que de treinta y seis millones, la cámara, al legalizar este gasto por su voto, absolvió al ministro; de consiguiente no veo necesidad de reproducir una deliberacion sancionada por un presupuesto.»

Levántanse otra vez los gritos de ¡á votar! y quedan adoptados los artículos propuestos por el gobierno.

Entre las sumas pedidas para el ramo de instruccion pública, figuraban de nuevo los cincuenta mil francos que con tanta fidelidad fueron concedidos al discutirse el presupuesto anterior, bajo el título de «para el fomento de la enseñanza primaria.» No solamente la comision no pedia ya la rebaja de este subsidio, sino que, por el contrario, el conde Alejandro de Laborde propuso doblarlo. Este diputado era individuo de una asociacion libre formada para propagar la instruccion elemental por el método de enseñanza mutua; contó que todos los ministerios precedentes habian protegido y fomentado los esfuerzos y trabajos de dicha sociedad: «Pero desde que los ministros actuales han subido al poder, añadió, no solamente no recibimos un céntimo de los fondos votados para la enseñanza primaria; nuestra sociedad ni siquiera obtiene respuesta á las cartas que dirige al señor ministro del interior; ya no recibimos de él comunicacion alguna. Así es que nos hemos visto obligados á hacer un nuevo reparto entre los socios para atender á los gastos precisos. Mr. Corbière, en 1821, no se mostraba menos hostil á la enseñanza mutua. Verdad es que, desde aquella época, todo su partido y aun el mismo están sufriendo el yugo de un poder tanto mas imponente cuanto es mas respetable, la direccion central del clero, direccion que hoy en dia domina todos los ramos de nuestro órden social. Este poder, señores, no se manifiesta solamente por esa multitud de legados y de donaciones que desde algunos años acá se hacen á las congregaciones religiosas, á las iglesias y á las capillas; por ese número considerable de individuos que antes no se veian jamás en los lugares santos, y que en el dia se conforman á las prácticas mas minuciosas del culto, sin ser por esto ni mejores padres, ni mejores hijos, ni mejores ciudadanos; manifiestase sobre todo por su marcada oposicion á toda clase de instruccion del pueblo. Señores, ¿qué quereis que hagamos de los ciento cuarenta mil niños que frecuentan hoy en dia nuestras escuelas?»

Estas quejas contra la direccion central del clero, nombre que Mr de Laborde, ignorando la organizacion congreganista, daba á ese poder secreto, oculto, cuya influencia y accion, en todas partes presentes, dominaban á la cámara y á los ministros; estas acusaciones formales, exactas, presentadas por un hombre á quien la revolucion habia diezmado la familia y destruido la fortuna, irritaron á Mr. Corbière, pequeño propietario breton, que debia á los resultados de esa revolucion su reciente fortuna política: «Contestaré al preopinante, dijo, que el discurso que acaba de pronunciar es lo mas propio para perjudicar el método que pretende proteger; porque jamás se establecerá ningun método de enseñanza en Francia, si no está íntimamente enlazado con todo lo que estriba en las opiniones, en los sentimientos y en las prácticas religiosas. La primara instruccion que el pueblo necesita es la que le enseña que sus deberes vienen de arriba (bravos á la derecha; murmullos a la izquierda). Vos decis, añade el ministro del interior dirigiendose á Mr de Laborde, que la enseñanza mutua es perseguida por el pueblo; ¿qué podrá deducir de esto el pueblo al cual pretendeis ofrecerla? ¿No temeis por ventura que ella no pueda dar á sus hijos la enseñanza que mas necesitan, la enseñanza de la religion?»

Mr. de Lameth: «Los curas no son la religion.»

Otras voces de la izquierda: «Aun lo son menos los jesuitas.»

Mr. Corbière, continuando á dirigirse á Mr. de Laborde: «De consiguiente si quereis favorecer á la enseñanza mutua, lejos de recurrir á denuncias como acabais de hacerlo, procurad probar que, como la enseñanza de los hermanos de las escuelas cristianas, se halla en armonía con los sentimientos religiosos.»

Varias voces de la izquierda: «Vos sois el ministro de los jesuitas.»

Mr. Royer-Collard: «Señores, bastante se ha dicho sobre la enseñanza mutua. ¿De qué se trata? ¿Es acaso del método? No; seria estúpido el enconarse sobre el método. ¿Es de la enseñanza por ventura? No, sabido es que no puede tacharse. ¿Será de los maestros? Tampoco nada hay tan fácil de reparar como su mala eleccion. Pongámonos pues de buena fé, y vamos al fondo de las cosas. Hay personas, por otra parte respetables, que creen que la ignorancia es buena, que dispone las clases inferiores al respeto y á la sumision, que las hace mas faciles de

gobernar; en una palabra, que es un principio de órden.» (Voces, á la derecha; «No se dice eso!») «Si no lo oigo decir en este momento, lo he leido muchas veces, y cuando oigo estas cosas ó las leo, véome tentado á preguntar si hay dos especies humanas (viva sensacion.)»

La cámara desaprobó el aumento propuesto por Mr. de Laborde, y votó los cincuenta mil francos pedidos por el gobierno.

En seguida se trató de los fondos reclamados por la policía, y la oposicion aprovechó esta coyuntura para quejarse enérgicamente del desprecio con que los agentes de la nueva administracion miraban la libertad individual, de las trabas que se habian impuesto á la libre circulacion de los ciudadanos, y del proceder inicuo que se usaba para con ciertos individuos presos por causa política ó por delitos de imprenta. Uno de estos, el coronel en reforma Barbier-Dufai, hombre arrojado, sobre quien el partido dominante tenia puestos los ojos con motivo de dos duelos que hicieron gran ruido, el primero con el conde de San Maurys, oficial de guardias de corps, á quien habia muerto, el segundo con el general vizconde Montelegier, á quien hirió gravemente, se habia visto condenado á un mes de cárcel por un escrito declarado difamatorio. Arrestado para sufrir su condena, se le condujo primero á la prefectura de policía; allí, este oficial, que ninguna resistencia habia opuesto, fué el objeto de los tratos mas crueles. Los agentes, ¿se vieron obligados segun ellos declararon, á emplear la fuerza para meterle en un calabozo, y se ciñeron á defenderse de sus violencias? O bien, al verse dueños de este temido liberal, ¿acaso quisieron vengar las injurias de sus superiores, como afirmó el coronel? De todos modos resulta que se empeñó una lucha; el coronel se vió magullado á golpes y derribado al suelo; echáronle una mordaza para ahogar sus gritos, y para paralizar sus movimientos le ataron por el cuello y por los piés, despues de haberle sujetado los brazos por medio de una camisa de fuerza. Publicados en los periódicos, reproducidos en la cámara, y manifestados en una queja que no fué admitida por la sala del consejo del tribunal del Sena, estos hechos resonaron tanto mas cuanto los dos duelos del coronel y varios procesos políticos habian rodeado su nombre de una especie de celebridad. Por otra parte no son esos unos actos de violencia aislados. Dos habitantes de Paris, comerciante el uno, y el otro capitan retirado y caballero de la Legion de Honor, se van á San German á pasar un dia de campo; un gendarme les pide su pasaporte, y como ambos iban desprovistos de este documento, se les lleva á la cárcel, y se le obliga al legionario á quitarse la cinta; él quiere saber el motivo de esta exigencia: «Porque se os van á poner las esposas para conduciros á Versalles,» responde el gendarme. En vano los dos parientes solicitan el permiso de enviar un espreso á buscar sus papeles; en vano piden que se les deje ir en carruaje á Versalles, obligándose á pagar la escolta y todos los gastos del trasporte; pónenles las manillas, y son conducidos a pie, en compañía de un reo de robo, á casa del procurador del rey en Versalles, quien, despues de haberles interrogado los envia á la prefectura de policía, donde se les pone incomunicados durante cuarenta y ocho horas, y luego se les deja libres.

«¡Eso es el puro terror del año 93! esclamó Mr. Casimiro Périer al oir el relato de semejantes hechos en la tribuna.—La falta de pasaportes les costó la vida á Dupor-Dutertre y á Condorcet, añadió Mr. de Girardin, y no podria citarse un solo facineroso á quien se hubiese detenido por falta de papeles.» La severidad ordenada á todos los agentes de la fuerza pública para la formalidad de los pasaportes, tenia su escusa y justificacion en los complots recientemente descubiertos ó que acababan de estallar; pero el celo de los subordinados trocaba á menudo en exigencias ridículas ó en arbitrariedad intolerable aquellas medidas de seguridad. El alcalde de una municipalidad rural hace anunciar un dia á los labradores del lugar que no podrán ir sin pasaporte al mercado vecino; todos se apresuran á pedirlo, pero el alcalde acoge la peticion de los unos y no da oidos á la de los otros: «¡Porque nos negais los pasaportes? dicen estos últimos.—Porque no pensais bien,» responde el funcionario. En los departamentos un pasaporte no se conseguia sino á costa de retardos muy considerables; la peticion, siempre sometida al prefecto, era muchas veces remitida por este al ministro del interior. Hasta en Paris, á menudo era preciso aguardar durante algunas semanas. La dificultad era mayor cuando se trataba de un viaje al estranjero: «Por qué quereis ir a Alemania? preguntan á un amigo de Mr. de Girardin.—Para mis negocios.—¿Para qué género de negocios?—Para cobrar unas rentas que se me deben.—¿Teneis los documentos que los acreditan?—Sí.—Veámoslos.»

Esas acusaciones, esas quejas y esas protestas contra los actos de la nueva administracion no cesaron hasta que se puso á discusion el presupuesto; en 9 de agosto se votó el último artículo y la totalidad de la ley, el escrutinio presentó el resultado siguiente: número de votantes, 335; bolas blancas, 257; bolas negras, 78 (1). En seguida el presidente consulta á la cámara sobre el dia de la reunion inmediata:

A la izquierda: «Mañana, para las peticiones!» A la derecha: «Por aviso á domicilio!»

Mr. Ravez pone ambas proposiciones á votacion: el lado derecho y el centro derecho reunidos rechazan la reunion para el dia siguiente, y deciden, por segunda votacion, que se avisará á domicilio para la sesion inmediata. (Tumulto á la izquierda.)

Mr. Casimiro Périer: «Eso es odioso!» MM. Labbey de Pompieres y Etienne: Esos señores han logrado su intento, no tienen nada mas que pedir!» Mr. Méchain: «Es una conducta atroz!»

El presidente levanta la sesion; el lado derecho da el grito de «¡viva el rey!» el izquierdo contesta con los de «¡vivan los sueldos! vivan las prebendas!» La asamblea se separa en desórden.

La política interior no fué la única materia que llenó las sesiones de esta segunda y corta legislatura, cerrada oficialmente el dia 17 de agosto, y cuya duracion legal fué de seis semanas. Bastante lugar ocupó en todas las discusiones una cuestion de política esterior, que tenia á la sazon en espectativa no solo la Francia, sí que tambien á las demás monarquías de Europa; trátase de los asuntos de España, de cuya situacion vamos á ocuparnos.

CAPÍTULO XVI.

Sumario.—Asuntos de España.—Primera reunion de las cortes; relaciones de los ministros tocante á la situacion rentística y militar del reino; medidas adoptadas por la asamblea.—Inquietudes.—La fiebre amarilla en Barcelona.—Sus estragos, su duracion.—Situacion de los partidos.—Cordon sanitario.—Reuniones de refugiados españoles en Bayona. Tolosa y Perpiñan.—Formacion de partidas insurgentes en la frontera de Navarra; su derrota.—Complicidad de las autoridades francesas; el ministerio y el partido realista francés.—Fernando.—Formacion de partidas insurgentes en Cataluña.—Toma de la Seo de Urgel—Sublevacion de la guardia real en Madrid; jornada de 7 de julio.—Movimiento de la opinion en Francia, con motivo de los asuntos de España; discusion en la cámara de los diputados.—Oposicion de Mr. de Villèle á una intervencion.—Congreso de Verona.—Luis XVIII.—Instrucciones dadas á Mr. de Montmorency; su arribo á Viena. Los soberanos salen para Verona. Apertura del congreso. Comunicacion de Mr. de Montmorency; sienta tres cuestiones. Fiestas en Verona; los soberanos, Maria Luisa. Respuestas de la Prusia, del Austria, de Rusia y de Inglaterra á las preguntas de Mr. de Montmorency; partida de este.—Segundas elecciones de 1822: violencias ejercidas con los electores; resultado.—La prensa realista y Mr. de Villèle; periódicos políticos y periódicos fanáticos.—Continuacion de los asuntos de España; posicion de los insurrectos; instalacion de una regencia en la Seo de Urgel. Ministerio exaltado en Madrid. El general Mina llega á Cataluña; toma

(1) El presupuesto de 1823, el primero de Mr. Villele, estaba concebido en estos términos:

Ingresos: 914,428.983 fr.; escedente de los ingresos: 9,292 330 fr.

Los principales artículos de ingreso eran: *Contribuciones directas* (principal y centésimos adicionales), 297,776 868 fr.; *centésimos de percepcion*, 14,828 000 fr.; *encabezamientos y feudos*, 169,000.000 fr., *cortes de bosques*, 17,600 000 fr.; *derechos de aduanas y navegacion*, 76 100 000 fr; *derechos sobre las sales*, 52,500.000 fr.; *Contribuciones indirectas*: derechos generales (vinos y aguardiente, 125,000.000 fr.; tabacos, 64,900.000 fr.; salinas del Este, 2,400.000 fr.; pólvoras, 3,200.000 fr.; multas, 1,100 000 fr.; correos 23,900.000 fr.; lotería, 14,000.000 fr.; etc.

Los principales gastos: *Deuda pública*, 179.974.260 fr., *dotacion de la caja de amortizacion*, 40,000.000 fr. *intereses de los reconocimientos de liquidacion* (atrasos) 8,700,000 fr

Lista civil del Rey, 25,000.000 fr.; *familia real*, 9.000.000 fr.

Cámara de los pares, 2,000 000 fr.; *Cámara de los diputados*, 890 000 fr

Legion de Honor, 3,400,000 fr.; *Tribunal de cuentas*, 1,256,300 fr.

Ministerio de justicia 17.900,000 fr.; *idem de negocios estrangeros*, 7 800.000 fr.

Ministerio del interior: Servicio ordinario, 14.631,200 fr.; culto 25 875,000 fr.; trabajos públicos, 36.331,526 fr. gastos departamentales, 86.308,474 fr., gastos secretos. 2.200,000 fr

Ministerio de la guerra 189.694,000 fr.; *idem de marina y de las colonias* 60 000 000 fr.

Ministerio de hacienda: Deuda flotante, 10,500.000 fr.; pensiones civiles. 2,000.000 fr. pensiones militares, 48.000,000 fr.; pensiones eclesiásticas, 8 900,000 fr.; donatarios desposeidos, 1.700,000 fr.; suplemento á los fondos de reserva de los diversos ministerios, 1.469,875 fr.; intereses de fianzas, 10.000,000 fr.; gastos de servicio y de negociaciones, 13.000,000 fr.; gastos de administracion, de recaudacion, de esportacion, avaluos 130.063,974 fr.; primas á la esportacion 6.189,000 fr.

En aquella época no habia mas que seis departamentos ministeriales. verdad es que se habia erigido en ministerio la administracion de la *Casa del Rey*; pero este séptimo ministerio corria enteramente á cargo de la lista civil.

de Castellfollit; derrota de la insurreccion; la regencia se refugia en Francia y se disuelve.—Empréstito de la regencia.—Mr. de Villéle y Mr. de Chateaubriand; conducta de este último en Verona; su correspondencia con el presidente del consejo.—Alarmas entre el comercio francés. Llegada del duque de Wellington á Paris: ofrece la mediacion de su corte. Llegada de Mr. de Chateaubriand. Fin del congreso de Verona.—Reuniones de gabinete; desavenencia entre Mr. de Villéle y Mr. de Montmorency; dimision de este último; es reemplazado por Mr. de Chateaubriand.

Si bien en todas las grandes ciudades españolas habia sido acogido con vivo entusiasmo el cambio político verificado á consecuencia de los sucesos de la isla de Leon, sin embargo, la proclamacion de la constitucion no dejó de ser turbada, en algunas provincias lejanas, por protestas tumultuosas, é impotentes ensayos de levantamiento, fomentados por frailes y por miembros del clero secular. Unos dos á tres mil individuos, entre otros, antiguos guerrilleros, desertores, contrabandistas y aldeanos fanatizados, se sublevaron, en Galicia, en nombre de la religion y del rey; pero esta tentativa insurreccional, dirigida por canónigos y curas constituidos en junta apostólica, quedó frustrada ante la decidida actitud de las solas milicias nacionales de la provincia, y sus jefes acababan de ser arrojados sobre el territorio portugués, cuando las cortes se reunieron en Madrid.

Esta asamblea, desde sus primeras sesiones, habia exigido de todos los ministros unas esplicaciones que le diesen á conocer la situacion rentística del reino y las fuerzas de que podia disponer el gobierno. El ministro de hacienda hizo saber á los representantes españoles que solo el interés de la deuda pública sobrepujaba á la suma total de las rentas del reino, y que hacia muchos años que si el tesoro habia cubierto, en parte, las demás atenciones del estado, habia sido no pagando nada á sus acreedores. El ministro de la guerra, á su vez, puso de manifiesto la situacion de su departamento, en estos términos: la infantería ascendia á cincuenta y tres mil hombres, comprendida la guardia real, y la caballería á siete mil hombres. El equipo, en la caballería, nada tenia de uniforme, y cada regimiento de esta arma usaba armamento diverso; en el mismo cuerpo los soldados gastaban polainas, zapatos, alpargatas y aun algunos iban descalzos. La artillería estaba falta de cañones y de tiros; los arsenales, de material; las municiones existentes no bastaban para batirse durante todo un dia. Sin embargo, los gastos de este ejército absorvian por sí solos la mitad de las rentas públicas, á pesar de que, desde 1814, no se habia vestido á la infantería; sus pagas atrasadas importaban ochenta millones de reales (20.000,000 de fr.), y que los atrasos de la caballería ascendian á cuarenta millones (10.000,000 de fr.) Por último, el ministro de marina anunció que la España no poseia un solo buque de alto bordo en estado de navegar; que todos los astilleros estaban vacíos, y las tropas de mar desnudas y sin paga hacia dos años. Este ministro y su colega de la guerra, de resultas de estas comunicaciones, ofrecieron su dimision.

Esta situacion tan deplorable, que constituia al gobierno en estado de bancarrota permanente enfrente de sus acreedores, de sus empleados y de su ejército, no tenia solamente su causa en una administracion desordenada, sin registro, entregada á todos los despilfarros y á toda clase de dilapidaciones, sino que tambien era el resultado de una positiva insuficiencia de rentas. La mayoría de los propietarios del suelo de España gozaban de inmunidades que les eximian del pago de impuestos; una parte á título de bienes de la iglesia, la otra parte, á título de mayorazgos, institucion en su principio especial á los propietarios de las grandes casas, deseosas de perpetuar así sus riquezas, pero cuyo beneficio se estendió sucesivamente, por diferentes monarcas, á las posesiones de un número considerable de familias enriquecidas en los empleos y en el tráfico. Obligadas á crear recursos para el presente y á asegurar el porvenir rentístico de España, las cortes no se limitaron á suprimir todas las inmunidades territoriales, á sujetar todos los bienes al pago de impuestos, sino que tambien abolieron todos los mayorazgos y decretaron que, en adelante, tan solo las propiedades mobiliarias podrian ser objeto de sustituciones que, para ser válidas, necesitarian, además, la sancion de la asamblea. En cuanto á la deuda pública y á los atrasos, resolvióse echar mano en primer lugar de los bienes de la inquisicion, de los jesuitas, de ciertas órdenes religiosas muy ricas, que no contando sino un corto número de individuos, serian suprimidas; en segundo lugar, de los bienes de los conventos que, poseyendo bienes, no tuviesen mas que algunos frailes. A los religiosos de las órdenes abolidas se les señalaron pensiones convenientes; los frailes de los conventos suprimidos se trasladaron á otros de su órden. Mientras se procedia á la venta de dichos bienes, declarados bienes nacionales, se hipotecó una parte de ellos en garantía de empréstitos hechos en el estranjero, cuyo producto se destinó al pago de atrasos, á vestir, armar y equipar el ejército, y á proveer los almacenes del estado y los arsenales de un material suficiente. Al propio tiempo se mandaron hacer importantes reformas en los principales ramos de la administracion.

Los muchos perjudicados por esas diferentes resoluciones, con dificultad podian aceptar su caducidad ó su ruina sin tratar de resistirse. Los obispos, los superiores de los monasterios, los canónigos de los principales capítulos, miembros de la grandeza, sus agentes, sus lacayos, y aquella multitud de mendigos habituados á ir á buscar cada dia su plato de sopa á la puerta de los grandes y de los conventos, se pusieron inquietos; en casi todas las provincias hubo motines y nuevas tentativas de sublevacion. Verdad es que los esfuerzos de los malcontentos eran en parte secundados por un gran número de autoridades, conservadas en sus empleos por la debilidad del poder central y por la ambigua actitud de Fernando. Los ministros, escogidos entre los oradores de las antiguas cortes de Cádiz, parecian temer el desarrollo de la revolucion que les habia restituido á su patria, y rechazando el concurso de los hombres que por su ardor mas se habian distinguido en los últimos sucesos, les alejaban de los principales empleos, cuando no les enviaban de cuartel. De otro lado, Fernando, una vez pasado su pavor primero, habia aprovechado todas las ocasiones de mostrar su oposicion al nuevo órden político: de carácter bajo, de corazon pusilánime, no osaba resistir abiertamente; atacado, de vez en cuando, por accesos de gota, hallaba en estos accidentes un pretesto para retirarse lejos de Madrid, con sus mas adictos, á sus palacios de Aranjuez ó del Escorial, y retardar durante semanas y aun meses enteros su sancion á los decretos destinados á restablecer la fortuna pública ó á reformar los abusos mas escandalosos; su mala voluntad no cedia sino á las reiteradas instancias de sus ministros, á los pasos que daban las diputaciones de las cortes ó la municipalidad de Madrid, y á la amenaza de un movimiento popular. No por hallarse diferidas en su ejecucion dejaban al cabo de llegar á ser leyes del estado las resoluciones tomadas por los diputados, y merced á los fondos obtenidos por medio de los empréstitos, el ejército, reclutado mediante levas ó alistamientos voluntarios, iba cada dia aumentándose y organizándose; las milicias nacionales, formadas en todas partes, se hallaban provistas de uniformes y de fusiles; en una palabra, la revolucion tomaba cada dia mayor fuerza, y podia triunfar mejor de las resistencias que continuaban reproduciéndose en algunas provincias, entre otras, Andalucía, Estremadura, Navarra y Cataluña. Estas resistencias, quince meses despues de proclamada la constitucion, si bien perturbaban la España, no la ponian en peligro de su nuevo régimen; no se manifestaban por levantamientos propiamente dichos; unas partidas de guerrilleros detenian los correos, penetraban por sorpresa en algunas villas y las saqueaban, mataban á algunos hombres de los destacamentos enviados á perseguirlas, obraban aisladamente, sin plan meditado; hé ahí la oposicion armada que el gobierno constitucional tenia que combatir en el mes de agosto de 1821, cuando un nuevo azote, que atacó á Cataluña, llamó á cierto número de regimientos franceses sobre la frontera de esta provincia.

El buque que trajera, dos años antes, el cólera á Cádiz, vino de la parte oriental del antiguo mundo, de la embocadura del Ganges; esta vez un bergantin llegado de una de las islas del nuevo mundo, la de Cuba, fué el que á primeros de agosto de 1821 introdujo la fiebre amarilla en el arrabal marítimo de Barcelona. El cólera es solamente epidémico, pero la fiebre amarilla es á la vez epidémica y contagiosa. A la sazon Barcelona contaba unas cien mil almas; un número considerable de habitantes huyó de la ciudad en el momento de la aparicion de la plaza, y fuéron á derramar el contagio á varias ciudades vecinas, entre otras á Tortosa y Mequinenza. Las autoridades y la guarnicion se retiraron á su vez; pero esta, á la distancia de dos leguas solamente, á fin de formar en torno de la ciudad un cordon que impidiese toda comunicion con el resto de la provincia. El espacio comprendido entre la línea de las tropas y las murallas de Barcelona, se trasformó en una especie de campamento, á donde fué á establecerse una parte de la poblacion: el azote no tardó á instalarse en él, pero sin cebarse, sin embargo, con el mismo encarnizamiento que en el interior de la ciudad, donde hacia unos estragos desconocidos en las costas en que la fiebre amarilla es endemica. Sus síntomas eran los siguientes: dolores en la frente; ojos rubicundos; hemorragias por todas las aberturas; vómitos y evacuaciones albinas de color de café ó de chocolate; dolores atroces en el hígado, en el estómago, en los intestinos, en los riñones y en las piernas; la ictericia. Cerráronse todas las tiendas, suspendiéronse los pagos, interrumpiéronse las relaciones, aun entre vecinos; cesó toda

clase de negocios. Se prohibió entrar en las iglesias y el toque de campanas. Desaparecieron las aves, huyendo de aquel foco pestilencial. Pronto no se vieron en las calles sino enfermos, espectros ambulantes, que reclamaban á voz en grito el ausilio de los médicos ó la piedad pública. Para no verse trasladados á los hospitales, donde la muerte, por el amontonamiento de moribundos, llegaba mas pronto y revestíase de un semblante mas horrible, muchos enfermos se encerraban en sus casas, y enterraban sus muertos en las bodegas. En otras partes, los cadáveres eran arrojados por las ventanas, y recibidos en los chirriones que, dos veces al dia, recorrian todos los barrios de la ciudad, e iban en seguida á verter su fúnebre carga en inmensas huesas comunes donde inmediatamente se cubrian los cuerpos con cal viva. Cinco medicos franceses, MM. Pariset, Francois, Bally, Mazet y Audouard, por encargo del gobierno, fuéron valerosamente á estudiar el azote en el seno mismo de su foco, y cuando estaba ejerciendo sus mas terribles estragos. Tres de ellos, MM. Pariset, Bally y Mazet se vieron atacados por la enfermedad, pero solamente el último fué víctima de ella.

Despues de varias alternativas de mengua y de recrudescencia, el mal fue perdiendo su fuerza; disminuyó á medida que se adelantaba la estacion rigurosa y que bajaba la temperatura. Aparecido á principios de agosto, el azote estuvo en su mayor auge desde 15 de setiembre á 15 de octubre; los frios, hácia últimos de noviembre, hicieron bajar la cifra de sus víctimas hasta el nivel del principio; los vientos helados del invierno acabaron de llevárselo. Entonces se pudieron evaluar sus estragos. Habian desaparecido familias enteras; un crecido número de niños, escapados á la muerte y harto tiernos para balbucear el nombre de su padre, se hallaron sin estado civil, y tal vez hijos de padres opulentos quedaron á cargo de la caridad pública. Una parte de los habitantes que habian huido de la ciudad antes de establecerse el cordon, rechazados por todas partes y obligados á andar errantes por las montañas, habian perecido de hambre, de fatiga ó de miseria. Calcúlase que en Barcelona quedaron de cincuenta á sesenta mil individuos, de los cuales sucumbieron veinte mil. En Tortosa fué aun mayor el número de víctimas, á proporcion del de sus habitantes; pues de los doce mil que encerraba, la enfermedad se llevó seis mil.

Mientras que Cataluña quedaba sujeta á un horrible azote, el resto de España era desgarrado por las luchas políticas. Animados de un odio comun contra el nuevo regimen, yendo en pos de un mismo objeto, el restablecimiento de la monarquía absoluta, los adversarios de la constitucion no formaban mas que un solo partido. Por el contrario, los constitucionales estaban divididos: los unos, partidarios, á ejemplo de los ministros, de una política de acomodamiento y de transicion, querian que la revolucion penetrase paulatinamente en los ánimos y en las habitudes, en vez de imponerse; la gente jóven, los espíritus activos y los caractéres decididos, guiados por un instinto mas seguro de las necesidades de la situacion, se impacientaban de aquella reserva y timidez, pedian á grito herido, en el gobierno, una marcha mas resuelta y mas firme, y como suele suceder, se hacian tanto mas exigentescuanto mayor era la resistencia que sus antagonistas les oponian. Estas disensiones causaban en todo el reino una incertud y un malestar de que no dejaron de aprovecharse los absolutistas ó los constitucionales exaltados, segun que la poblacion atribuyese el mal al establecimiento del nuevo régimen, ó bien á la política indecisa de los hombres encargados de la direccion del gobierno. De ahí venia una doble agitacion que en los despoblados y en las pequeñas ciudades de ciertas provincias se manifestaba,tomando con frecuencia las armas contra la constitucion,y luego, en las ciudades populosas, como Madrid, Cádiz, Sevilla y Zaragoza, por continuos motines y por levantamientos dirigidos contra los ministros y sus principales agentes.

Sin embargo, los adversarios de la constitucion, á pesar de sus multiplicadas y atrevidas tentativas, aun no habian podido encontrar ninguna base de resistencia, ningun punto de apoyo serio, cuando lareunion, al pié de los Pirineos, del cuerpo de tropas francesas encargado, bajo el nombre de cordon sanitario, de cerrar á la fiebre amarilla los pasos de la frontera de Cataluña, vino á dar tanto á los absolutistas de adentro como á los de afuera un centro de reunion. Los grandes propietarios, los prelados, los superiores de conventos, los curas, los frailes y los funcionarios de todas clases que se refugiaron en Francia, de resultas de los acontecimientos de la isla de Leon, eran en número muy crecido. La mayor parte se acercaron inmediatamente á los Pirineos, y agrupados en tres puntos principales, Bayona, Tolosa y Perpiñan, pusiéronse en relacion con los malcontentos que quedaron en España. La severidad impuesta á la vigilancia de nuestros soldados, en la frontera catalana, mientras duró la fiebre amarilla, oponia grandes dificultades á las comunicaciones entre los realistas de aquella parte de España y los refugiados; estos establecieron su primer foco insurreccional en la otra estremidad de la cadena, sobre la frontera de Navarra, y en los últimos dias de 1821 una junta apostólica, formada en Bayona, organizaba en los dos valles españoles de Roncal y del Bastan un cuerpo de mil doscientos á mil quinientos hombres compuestos de emigrados de todas categorías, frailes, soldados desertores, estudiantes, labradores ó contrabandistas. Esta tropa, puesta bajo el mando de dos antiguos jefes de partida de la guerra de la independencia, los partidarios Santos Ladron y don Juan Villanueva llamado Juanito, fué el núcleo del ejército de la fé; atacada por el general constitucional Lopez Baños, y dispersada en tres diferentes encuentros, á algunos pasos de nuestros puestos, á la vista de nuestros soldados, los hombres que la componian se refugiaron á nuestro territorio y vinieron inmediatamente á reformarse al abrigo de nuestros regimientos.

La audacia de estos esfuerzos concertados y organizados públicamente á los ojos de las autoridades francesas, atestiguaban en estas una especie de complicidad que aun no habian mostrado, y que dimanaba del cambio sobrevenido en el gobierno.

Si bien es cierto que Mr. de Richelieu y sus colegas, á los primeros dias de la revolucion española, habian acogido la notificacion oficial de este suceso con una silenciosa frialdad, no lo es menos que las relaciones de ambos gobiernos quedaron en las condiciones de una buena vecindad. A mas de esto, el gabinete de las Tullerías, al cabo de algunos meses de espectativa, tomó el partido de aconsejar á Fernando que aceptase francamente la posicion de rey constitucional, y si nuestro embajador intervino entre este príncipe, sus ministros y los miembros influyentes de las cortes, fué únicamente para manifestar á estos últimos algunas inquietudes acerca de las disposiciones mas democráticas de la constitucion, y recomendarles que la modificasen tomando la carta francesa por modelo. Mr. de Richelieu y sus colegas habian seguido con respecto á la revolucion española la misma política que con respecto á las revoluciones de Nápoles y del Piamonte. Esta política de observacion y de neutralidad fué la causa de su caida. Los ministros congreganistas, sus sucesores, no podian continuar por la misma senda; pues de lo contrario habrian desmentido todas sus declaraciones pasadas y abdicado todas sus doctrinas. Por otra parte, la inmensa mayoría del partido monárquico se mostraba unánime en pedir el derribo del nuevo órden político español: su orígen no era su único crímen á los ojos de los realistas; lo rechazaban únicamente porque era una revolucion; á este primer yerro, venian á añadirse todas las medidas sucesivamente adoptadas para restablecer las fuerzas y la fortuna de España, medidas que les recordaban uno por uno los golpes que ellos mismos habian sufrido al principio de nuestra revolucion, y que aun despues de trascurridos treinta años les hacian maldecir la memoria de la asamblea constituyente. A imitacion de esta, las cortes acababan de abolir todos los privilegios de la grandeza, de suprimir los conventos, y de declarar bienes nacionales una parte de las propiedades del clero. ¿Hasta qué punto llevarian los revolucionarios españoles esa imitacion deplorable? El Austria no habia titubeado en destruir la pálida copia de nuestra revolucion ni en Nápoles ni en Turin: la monarquía francesa, menos fuerte ó mas infiel al principio mismo de su existencia, á las condiciones de su duracion, ¿toleraria acaso que á sus puertas, en el seno de una monarquía aliada y gobernada por un Borbon, se cometiesen los escesos de que la Francia revolucionaria habia dado al mundo el mas funesto espectáculo? La España era el último foco de la revolucion; la Francia, para apagarlo, para restablecer en sus fronteras el derecho eterno de los reyes ¿deberia por ventura esperar el completo derribo del altar y del trono, el crímen de un nuevo 21 de enero?

Algunos actos de venganza popular contribuian, para ciertos espíritus suspicaces, á hacer la similitud mas evidente. Fernando no juró la constitucion sino para venderla. Colocado entre ministros débiles, que creian conciliar los intereses de la nacion y las pasiones del rey, aconsejando á este el modificar la constitucion de acuerdo con las cortes, y una camarilla que le apretaba á derribarla de un modo violento, alentaba secretamente á los sediciosos, y embarazaba, en cuanto se lo permitia su pavor, la accion de los poderes y de las fuerzas encargadas de comprimir la sublevacion. De ahí, como es de suponer, levantábanse, contra los depositarios de su autoridad, acusaciones de traicion que se trasformaban en motines en los que perdieron la vida algunos individuos señalados á la venganza de la multitud por sus escesos pasados, por asesinatos jurídicos cometidos en tiempo del régimen precedente, y que quedaron impunes.

La actitud del nuevo gabinete de las Tullerías y la tenaz resistencia de las partidas levantadas para devolver á Fernando el poder absoluto,

alentaban á este á proseguir en su desleal proceder. En efecto, no era unicamente en la correspondencia entre los principales personajes de su camarilla y algunos realistas notables de la corte de las Tullerías, ó de las dos cámaras, donde veia él la prueba de los sentimientos hostiles de la nueva administracion para con el régimen que el mismo detestaba; sino que tambien esta hostilidad se manifestaba por unos hechos políticos que, por cierto, no eran insignificantes: así que, á pesar de la completa desaparicion del azote, causa única de la formacion del cordon sanitario, los nuevos ministros mantenian este cordon bajo el nombre mas amenazador de cuerpo de observacion; de otro lado, cada dia las autoridades de la frontera daban pruebas de mas activa y patente simpatía para con los sediciosos; no se contentaban ya con acogerles despues de una derrota y de tolerar su reorganizacion; autorizaban á los jefes á establecer en un sinnúmero de puntos depósitos de armas, de municiones y de pertrechos comprados con el producto de suscripciones abiertas públicamente en los periódicos realistas, ó de cuestaciones hechas en las iglesias y en casa de todos los amigos de la legitimidad. Merced á estos socorros, las partidas insurrectas se reparaban incesantemente de sus descalabros, y dispersadas en un punto de la frontera, reaparecian el dia siguiente en un canton inmediato. Los repetidos y encarnizados encuentros, aunque sin resultado alguno, escitaron en alto grado el furor de ambos partidos, los actos de crueldad ejercidos en desdichados presos ó heridos por partidas capitaneadas por antiguos frailes, fueron motivos de represalias, y dieron á la lucha un carácter general de ferocidad que agravaba á mas no poder los males de esta guerra funesta; todo oficial ó soldado que caia en poder de sus contrarios era inmediatamente pasado por las armas; los insurgentes celebraban sus fusilamientos con cánticos religiosos; los constitucionales, cantando himnos patrióticos; las ejecuciones de los primeros eran acompañadas á veces de repique de campanas ó con el canto del *Te Deum*, las de los segundos las hacian al son de la música militar.

En los primeros meses de 1822, cuando la completa desaparicion de la fiebre amarilla hubo abierto de nuevo las comunicaciones con Francia por la frontera de Cataluña, la insurreccion se propagó á esta provincia, estableciendose en la parte mas inmediata á los Pirineos. Los facciosos catalanes, obligados por su corto número á hacer una guerra de sorpresas y emboscadas, no se habian aun aventurado á hacer ningun movimiento importante, y no eran dueños de ningun punto fortificado, cuando en el mes de junio, tres de sus cabecillas, Ramonillo, Romagosa y Miralles, reunen todas las partidas esparramadas sobre aquella parte de la frontera, y al frente de cuatro á cinco mil hombres se trasladan á la Seo de Urgel, ciudad de tres mil almas, sede de obispado y defendida por una ciudadela y varios fuertes. Los habitantes eran hostiles al sistema constitucional, la guardia muy escasa y mal pertrechada. El 21 de junio, al anochecer, uno de los cabecillas mas osados, fraile de la trapa, llamado don Antonio Marañon, pero mas conocido bajo el nombre del Trapense, y que siempre peleaba llevando un crucifijo en una mano y un látigo en la otra, escala una torre, y en pos de él se lanza una partida de facciosos exaltados por su intrepidez; todos los demás fuertes van cayendo sucesivamente en poder de los sitiadores, y al amanecer del dia siguiente eran ya dueños de la ciudadela, en la que encontraron mil y seiscientos fusiles y sesenta piezas de artillería. Los soldados que componian la guarnicion fueron conducidos á Olot cerca de Vich, donde se los fusiló á todos.

Este suceso, que daba á la insurreccion una plaza fuerte arrimada á la frontera, reanimó las esperanzas de Fernando y alentó su resistencia.

En Madrid se supo la noticia en el momento mismo de terminarse la legislatura de las cortes, y cuando esta asamblea acababa de precisar al ministerio á reorganizar la guardia real, y á procurar notables economias al tesoro con respecto á la costosa manutencion de este cuerpo, licenciando su caballería, compuesta de algunas compañías de guardias de corps y de un regimiento de carabineros, enviado hacia poco á la provincia de Córdoba, y restringiendo las onerosas prerogativas de su infantería. La irritacion de esta, secretamente fomentada por Fernando, manifestóse al cabo de pocos dias, por incesantes provocaciones á la milicia nacional de Madrid. Hacia ya mucho tiempo que reinaba una hostilidad sorda entre ambos cuerpos: los militares acusaban á la guardia de sentimientos favorables al régimen absoluto; la guardia á su vez, echaba en rostro á los milicianos el querer su completa supresion. Los ánimos de ambas partes se hallaban pues enconados, cuando, el dia 30 de junio, Fernando se traslada al seno de las cortes para cerrar la legislatura. A su tránsito se oyen fuertes gritos de «¡viva el rey constitucional!» que son contestados por otros de «¡Viva el rey absoluto!» Estos gritos se renuevan á su regreso, cobrando mayor fuerza y siendo mas persistentes en el momento que el rey entra en su palacio. Pronto, del lado del pueblo, á los gritos de «¡viva el rey constitucional! se añaden los de «¡viva Riego! ¡viva la libertad!» Los guardias reales rechazan á culatazos á los individuos que los profieren; estos últimos resisten y se vengan vomitando injurias; los soldados descargan al aire sus fusiles, y ya sea por torpeza, ya con premeditacion, hieren á cierto número de milicianos y matan uno de á caballo de la escolta. La multitud, dispersada por esta descarga, se rehace, lanza piedras contra los guardias y logra tocar á algunos: la cólera de esta tropa crece por momentos; un oficial jóven, llamado Laozdaburu, hijo de un comerciante de Cádiz, y conocido en el cuerpo por sus sentimientos constitucionales, trata de calmar á los soldados; su furor se vuelve contra él; le injurian, le persiguen, le cogen en medio del patio del palacio y le asesinan.

La noticia de este doble asesinato se divulga por Madrid, y de resultas toda la milicia nacional, infantería y caballería, corre inmediatamente á la plaza de la Constitucion; la tropa de línea se pone de parte de la milicia, y una y otra pasan la noche sobre las armas. El dia siguiente, 1.° de julio, el general Morillo, capitan general de la provincia, y el general Ballesteros, jefe político de Madrid, tratan de restablecer la tranquilidad. La milicia y la tropa de línea consienten en retirarse, dejando al rededor del palacio un cordon de pelotones encargados de observar á los dos batallones de la guardia real que Fernando se obstina en mantener allí, y que despues de haber echado de sus filas á todos los oficiales y sargentos sospechosos de ideas liberales, se atrincheran y toman las medidas que puede sugerir la resolucion de defenderse á todo trance. En los cuarteles destinados á este cuerpo privilegiado habia otros cuatro batallones, los cuales, la noche del mismo dia, despues de haber recogido las guardias que daban en varios establecimientos públicos, van á tomar posicion fuera de la villa. Durante cinco dias, la comision permanente de las córtes (1), el ayuntamiento y el consejo de estado, tienen frecuentes comunicaciones con el palacio en las que intervienen los principales miembros del cuerpo diplomático, así como los ministros, que todos permanecieron al lado del rey. Se buscan, se ventilan los medios de evitar el choque sangriento y desesperado, al cual los seis batallones de la guardia real de un lado, la milicia y la tropa de línea del otro, se preparan con igual ardor. Los ministros de Fernando, algunos ministros estranjeros y el general Morillo, para vencer la resistencia de Fernando que, animado por el reciente triunfo de la faccion catalana, se niega obstinadamente á dar órden á su guardia de que deje las armas, le proponen modificar ciertos puntos de la constitucion. Fernando discute estos cambios propuestos; quedan ya convenidas algunas modificaciones, que deberán someterse á la aprobacion de una asamblea elegida al efecto, cuando el 6 por la mañana, llega á palacio la noticia de que el regimiento de carabineros acantonado en Córdoba se ha sublevado al saber que ha sido licenciado, y que se dirige á Madrid con algunos otros destacamentos de tropa, gritando «¡Viva el rey absoluto! ¡abajo la constitucion!» Fernando rompe en el acto las negociaciones, y declara no querer admitir otra transaccion que el restablecimiento del antiguo régimen político. Al mismo tiempo, el interior del palacio toma de repente un bélico aspecto: un número bastante crecido de realistas en él introducidos desde el principio de las turbulencias, toman ostensiblemente las armas; la reina y sus damas distribuyen á los soldados de los dos batallones, cintas rojas que llevan esta inscripcion: «¡viva el rey! ¡Viva la religion! Por la noche, los cuatro batallones acampados fuera de la capital se aproximan á palacio; luego, el 7, á las primeras horas del dia, se adelantan en tres colunas sobre la plaza de la Constitucion, cuartel general de la milicia nacional y de la tropa de línea. Las dos primeras colunas son rechazadas; la tercera penetra intrépidamente hasta el centro de la plaza, á pesar de la metralla de dos piezas de artillería y de las descargas de los milicianos emboscados en las ventanas de las casas donde se han atrincherado, empero esta ventaja es de corta duracion. La coluna realista, aislada, atacada por todas partes, se pone en retirada, y empieza á verse perseguida en todos los puntos. Por la mañana, el rey, confiado en su triunfo,

(1) Segun estaba prevenido por los artículos 159, 158 y 160 de la constitucion de 1812, una comision de siete miembros que tomaba el título de *diputacion permanente de Cortes* y nombrada antes de cerrarse cada legislatura ordinaria, quedaba encargada, durante el intervalo de una legislatura á otra, de velar para la observancia de la constitucion y de las leyes, de dar cuenta, en la legislatura subsiguiente, de las infracciones que hubiese observado; de convocar las Córtes estraordinarias, en los previstos por la constitucion, y de presidir el acto de la instalacion de ca a nueva asamblea.

disponíase á vengar sus concesiones y sus miedos, sobre los constitucionales; por la noche, celebraba su victoria y firmaba todas las órdenes necesarias para el arresto y castigo de los infelices á quienes sublevara. «Fernando y su familia se muestran á traves de las tinieblas de esos desastres, dijo un escritor realista que pronto debia consagrar su influencia y todas sus fuerzas á devolver á este soberano su poder absoluto; en esto se reconoce la pasion del déspota y el furor mujeril. Un tirano pusilánime impele á sus servidores á la catástrofe, pero tiembla cuando esta llega; entonces baja de la intrepidez de su cabeza á la cobardía de su corazon. Hay monarcas de falsa ley que por equivocacion ocupan el trono (1).»

Sucesivamente, y por decirlo así, dia por dia, hora por hora, los asuntos de España habian ocupado la atencion pública en Francia. Se fueron apoderando de los ánimos á medida que la aparicion de la fiebre amarilla, la formacion del cordon sanitario, y luego los encuentros diarios de los absolutistas y de los constitucionales en el último confin de nuestro territorio, habian fijado sobre los Pirineos las miradas de los noticieros y de los periodistas. Cada partido entró progresivamente en la lucha con sus intereses, sus preocupaciones y sus pasiones. Si los liberales españoles defendian los actos de estos, aplaudian sus triunfos ó deploraban sus reveses, no se mostraban menos apasionados los realistas, ni menos ardientes en sostener á los absolutistas de la península. El mismo clero, así los prelados como los simples curas, tomaban parte en la querella, y no sabian cómo espresar su pena, cada vez que llegaba á su noticia alguna de las supresiones ó reformas verificadas en el personal ó en la organizacion del clero español. Los acontecimientos del 7 de julio hicieron intervenir nuevos campeones en el combate: tales fueron los estados mayores de los varios cuerpos que componian la guardia real francesa. Muchos oficiales de esta guardia, considerando como su propia derrota la de la guardia real española, abrieron á favor de esta suscriciones públicas, é hicieron insertar en los periódicos unas circulares que contenian estos pasajes: «Los oficiales de la guardia real española pueden presentarse á nuestros regimientos, que les acogerán como á hermanos, y recibirán en ellos cuantos ausilios nos sea posible darles. ¡Ojalá nos veamos cuanto antes en estado de participar de su gloria y de sus peligros, librando á España de los monstruos que la gobiernan!»

Difícil era que la cámara misma pudiese resistir á semejante movimiento de opinion, así es que se manifestó en ella en la corta legislatura abierta en 4 de junio, con motivo de las sumas pedidas para el ministerio de negocios estranjeros. En 24 de julio, el general Foy se espresó en estos términos: «Al hablar de España no recordaré la criminal jactancia de nuestros periódicos ministeriales; no despertaré el rumor público acerca las remesas de fondos y de las cajas de fusiles enviados hácia los Pirineos. No haré observar la coincidencia de la tentativa de los guardias de Madrid y de los carabineros de Córdoba, con la entrada en España de ese Quesada y de ese Trapense que, en territorio francés y con recursos franceses han preparado y organizado su irrupcion. No trataré de descorrer el velo que cubre perversas intrigas. En los partes oficiales y en los resultados patentes hay mucho mas de lo que se necesita para hacer al ministerio frances responsable de la sangre que corre en Madrid y en el norte de España (bravos prolongados á la izquierda; murmullos á la derecha). Sí, no tengo reparo en decir que nuestros ministros responderán de esa sangre vertida, porque bajo el falaz y ridículo pretesto de un cordon sanitario, han reunido un ejército destinado á traer, sea de un modo ó de otro, el derribo del órden constitucional establecido en España. Si no se hubiese tratado mas que de la fiebre amarilla ¿habríamos visto por ventura generales y hasta mariscales aspirar al mando del ejército de los Pirineos? ¿Recibiríamos todos los dias cartas de oficiales y de soldados que nos anuncian que se espera por momentos la órden de atravesar la frontera? Cuando así opinan las tropas, cuando es este el deseo claramente manifestado de todos los partidarios del ministerio, ¿es de admirar que semejante opinion y tales deseos hayan encontrado eco en el otro lado de los Pirineos, y que unos provocadores, embaucando á los guardias sublevados hayan podido decirles: «El gobierno frances está de nuestra parte?»

Mr. Mateo de Montmorency: El orador que me ha precedido se ha esmerado en recoger las inculpaciones mas absurdas, las acusaciones mas calumniosas y mas interesadas contra el sistema político del gobierno del rey, con intencion, sin duda, de desacreditarle, de envilecerle en Francia y en Europa (murmullos á la izquierda); pero, felizmente, eso no es mas que el ensueño de una imaginacion enferma y crédula. (Nuevos gritos á la izquierda.)

El general Foy al ministro: «Tomadle el pulso y comparadle con el vuestro.»

Voces á la izquierda: «¡El general está tan tranquilo como vos pálido!»

El ministro despues de estenderse en consideraciones tocante á los asuntos de Grecia, completamente insurreccionada á la sazon, hace el elogio de la Santa Alianza: «¡Qué pensamiento mas noble, esclama, que el de los soberanos que advertidos de la necesidad de un gran remedio, se reunen al objeto de conservar la paz, de ponerla bajo una proteccion toda divina!» (Reclamaciones á la izquierda.)—Varias voces: «¡Mejor diriais con el objeto de oprimir á los pueblos!» —En eso nada veo que pueda escitar inquietudes, y la filosofía tendrá que perdonar que se llame santa una alianza inspirada por el amor á la paz y á la humanidad (Esclamaciones en los bancos liberales, interrupcion.)»

Muchas voces á la izquierda: «¡Por amor al despotismo!—Otras voces: «¡Singular amor á la humanidad que hace correr la sangre en Turin, en Nápoles, en Madrid!»—Otras voces: «¡Qué hace encarcelar los napolitanos en las fortalezas de Austria!»

Mr. Mateo de Montmorency: «Llego ahora á una materia penosa, delicada, á unos sucesos que han hecho impresion profunda en el corazon de todos los buenos franceses, y hasta me atrevo á decir, llenándolos de una tristeza religiosa (aprobacion á la derecha; rumor a la izquierda). Sí, señores, una tristeza religioso, porque cuando ha corrido sangre, sobre todo cuando ha corrido sobre las gradas del mismo palacio de un rey.... (Nuevas esclamaciones á la izquierda; interrupcion.)

Varias voces: «¿Quien sino vosotros ha hecho correr esa sangre?»

Una voz: «Quesada salió de Paris; se valió de los ganapanes de Bayona para reclutar su partida.»

Otras voces: «¡Mandó hacer sus uniformes en Burdeos! ¡los fusiles cogidos eran franceses!»

Mr. Mateo de Montmorency, continuando su discurso: «Desde aquel momento, dijo, toda alma francesa se sobrecogió de una tristeza inspirada por crueles recuerdos, por semejanzas profundamente grabadas en todos los ánimos.» (Bravos prolongados á la derecha.)

Voces á la izquierda: «¡No existiria esa tristeza, si los milicianos hubiesen sido vencidos!»

Miembros de la derecha: «¡Callad!»

Miembros de la izquierda: «¡Callad vosotros!»

Mr. Mateo de Montmorency: «¿Responderé á las acusaciones del preopinante acerca de los movimientos pagados, de las maquinaciones maquiavélicas?» Podria limitarme á denegaciones completas; pero mas bien quiero sujetarme á una justificacion directa. Esas acusaciones calumniosas han sido amontonadas en periódicos estranjeros, sospechosos por sus opiniones exageradas hasta en los mismos paises donde se publican.» (Nueva y viva interrupcion á la izquierda: «¡Hablad de la exageracion de vuestros periódicos!» «¡Ellos llaman á las cortes Marats, y á los españoles bandidos!»)

El presidente agita durante largo rato su campanilla, sin poder apaciguar el tumulto. Una vez restablecido un poco el silencio, el ministro prosigue en estos términos: «Nadie desea mas que yo la tranquilidad del pueblo español (murmullos de incredulidad á la izquierda); pero ni él, ni pueblo alguno, puede ser feliz si no conserva una autoridad fuerte y monárquica (nueva interrupcion á la izquierda).

Varias voces, al ministro: «Soltad la frase: decid la monarquía absoluta!»

Otras voces: «El rey absoluto con las camarillas! los presidios! las potencias!»

Mr. Mateo de Montmorency: «Esa opinion no me impide reconocer en los otros una independencia que nosotros sabríamos defender en nuestra casa; empero si circunstancias nuevas nos llamasen a cumplir para con ellos deberes de fieles aliados, sabríamos cumplirlos.» (Vivas esclamaciones á la izquierda.)

Varias voces: «Vosotros estais aguardando órdenes de Viena!»

Otras voces: «Ved ahí cual es vuestro amor á la paz! Ved ahí la Alianza Santa!»

Un miembro del mismo lado, con fuerza: «Bastante sangre francesa ha corrido en España!»

«Nosotros llenaremos esos deberes, añadió el ministro terminando su discurso, como conviene al rey de Francia hacerlo para con un aliado, para con un rey afligido, y todos nuestros pasos tenderán á conservar intactas estas grandes propiedades solidarias de las monarquías, la inviolabilidad y la seguridad de los reyes. (Bravos prolongados á la derecha: muchas voces, á la izquierda: ¡Y los pueblos! los pueblos!»

Manuel se encargó de responder al ministro y de ampliar el debate: «No recordaré, dijo, el cúmulo de hechos con los cuales mis honorables

(1) Chateaubriand, *Congreso de Verona*, t. I, cap. XI.

amigos han probado que nuestra política esterior es desde hace mucho tiempo contraria á nuestros intereses, y de qué manera el gobierno de Francia, merced á esta política, se ha rebajado del honroso rango que todo le llama á ocupar en medio de las naciones del mundo, al papel mas secundario y mas humillante. El ministro ha negado esta triste verdad; pero Mr. de Bonald, mostrando mas franqueza, ha confesado que habíamos perdido toda influencia política. Es verdad que lo achaca al gobierno precedente y sobre todo á la revolucion. Esta, segun él dice, no nos dió mas que una influencia pasajera y funesta, cual la de una borrasca. Si yo quisiese adoptar esta figura, responderia, señores, que aquella borrasca vino á derramar una humedad saludable y fecundante sobre un terreno desecado por los privilegios y por la arbitrariedad.» (Violentos murmullos á la derecha; varias voces de este lado: «Fué regado de sangre y de lágrimas!»—Interrupcion.) «Preguntaré á estos que me interrumpen; ¿por ventura la revolucion no engrandeció nuestro territorio, no aumentó á la vez nuestra poblacion y nuestras riquezas, no derramó las luces, no mejoró las costumbres y probó á la Europa entera que la Francia es invencible cuando pelea defendiendo sus leyes y su libertad?» (Nuevos murmullos á la derecha; bravos á la izquierda.)

En medio de la agitacion, un miembro de la derecha esclama con voz estrepitosa: «¡Charlatan!»

Manuel se vuelve hácia la derecha y replica con voz tranquila y firme: «Os ruego que no tomeis á mal, señores, que si á veces me desdeño de pedir satisfaccion de las groserías que de vez en cuando se me dirigen en medio del tumulto, es porque estoy convencido que la misma mayoría, sea cual fuere su repugnancia en dejarme tomar la palabra, desprecia y no hace caso del corto número de sus individuos que comprometen su dignidad recurriendo á unos medios tan miserables para hacerme abandonar la tribuna.» (Bravos á la izquierda; silencio á la derecha.)

Mr. Dedalot: «La leccion es buena y bien merecida.»

Manuel, continuando su discurso: «Si esos resultados de la revolucion son incontestables ¿cómo no reconocer que muy lejos de debilitar nuestra influencia política, la aumentó, por el contrario, aumentando nuestras fuerzas? Por otra parte, y para resolver nuestras dudas, ¿acaso no tenemos la historia de los años que vinieron despues de la revolucion? De consiguiente es preciso atribuir á otras causas, á causas mas recientes y que son harto conocidas para que las describa ahora, la pérdida de nuestra influencia en Europa. Diré solamente que es equivocado el acusarnos de comprometer los intereses y la dignidad de la nacion descubriendo su debilidad y su omnipotencia. Señores, no es á la Francia á quien suponemos débil; es al ministerio á quien acusamos de incapacidad; es el sistema de este ministerio que señalamos como á colmo del error, si no es de la perfidia. No tenemos que temer que la Europa se engañe en esto: demasiado bien sabe que la nacion recobrará sus fuerzas y su influencia el dia que hallare un ministerio nacional.

»¿Qué es lo que hace el ministerio actual en favor de nuestro comercio? Equivocándose ó afectando equivocarse tocante á las causas de nuestros sufrimientos, ha derramado sus favores sobre ciertas industrias á espensas de las otras, y sobre todo á espensas de la agricultura. Mientras que todo sufre, que todo languidece de resultas de una mala administracion, se ha afectado buscar remedios en una tarifa de aduanas, y hasta se ha llegado al estremo de esplotar nuestro apuro en interes del fisco. Y lo mas notable es que nuestro gobierno se lanza así en el sistema prohibitivo, en ese sistema tan funesto cuando no está encerrado en límites razonables, en el momento mismo en que Inglaterra, cuyo ejemplo ensalzaba, acaba de dar los primeros pasos y pasos notables en un sistema opuesto. ¡Cuándo, pues, la Francia tendrá una administracion capaz de imitar lo que hay de sabio y útil en la política de esa envidiosa rival, y de evitar sus lazos y sus fraudes!»

Despues de haber sucesivamente apreciado la posicion tomada por la Francia en la cuestion griega, así como nuestras relaciones con las potencias secundarias de Alemania y los estados italianos, el orador añade: «No es contra la pretendida sublevacion de los napolitanos que la Santa Alianza ha tomado las armas, sino contra la constitucion que adoptaron; la constitucion española es lo que ella ha querido derribar en el estremo de Italia, aguardando el momento de poder atacarla á la otra parte de los Pirineos. La ruina de las dos revoluciones de Nápoles y del Piamonte indicaba las miras y los proyectos de las grandes potencias en órden á España; nuestros ministros y el partido que los domina se han encargado de hacernos saber mas. Aquí, señores, en esta tribuna, la posicion del ministro de negocios estranjeros era, á no dudarlo, muy embarazosa. De un lado, la razon, la justicia y la prudencia parece le ordenan respetar la independencia de los españoles; del otro, el partido que sostiene al gabinete, se queja de que no obra ni con bastante energía, ni con bastante prontitud para contrarevolucionar la España. Por último, hay unas influencias estranjeras que tambien aumentan su embarazo. En medio de estas dificultades el ministro obra y acaba de hablar. Si se hubiese ceñido á declarar en términos vagos que el gobierno se proponia respetar la independencia de los otros á fin de tener derecho de hacer respetar la suya, esta generalidad, sin convencernos, quizá nos hubiese desarmado. Pero su discurso encierra otras frases destinadas á asegurar intereses que no son los nuestros. ¿A quién, por otra parte, se lisonjea el señor ministro persuadir que las tropas acumuladas sobre la frontera no tienen otro objeto que el anunciado en el discurso del trono, es decir, de repeler la fiebre amarilla? Cuando bastaron quince mil hombres para cubrir todos los puntos mientras el azote estaba en su apogeo, se reunen hoy cincuenta mil, siendo así que el azote ha desaparecido del todo. Por otra parte ¿no estamos viendo que los facciosos españoles se reunen, se arman, se organizan á los ojos de las autoridades francesas, y no acabamos de oir á Mr. de Vaublanc afirmar que la causa que los constitucionales defienden es una sedicion culpable? (muchas voces á la derecha: Sí! sí! tiene razon!) Siendo esto así, señores, no es una voz aislada, no son algunas opiniones esparcidas en el pais, lo que viene en confirmacion de nuestros temores y de nuestros asertos; es todo un lado de la cámara, son todos los amigos del ministerio que nos declaran que la España constitucional es una sublevacion contra su soberano. Yo no cometeré la injusticia de vituperar á los ministros; no me cegaré hasta el punto de esperar de ellos una política conforme al voto nacional; obra de un partido, están obligados á ser fieles a sus intereses, y en tanto que la cámara y la Francia toleren la dominacion de ese partido, deben resignarse á soportar sus tristes consecuencias.

Manuel y los demás diputados liberales iban muy bien fundados cuando sostenian, contra las embarazosas denegaciones de Mr. Mateo de Montmorency, que el gobierno, tomado en globo, y el partido realista todo entero, consideraban la existencia del régimen constitucional, en España, como un estado de sedicion que la Francia debia derrocar, como un escandalo y una amenaza que, so pena de deshonrarse ó de correr los mayores riesgos, no podia tolerar por mas tiempo. Sin embargo, habia una circunstancia que los oradores de la oposicion ignoraban todavía: ellos no sabian que el miembro mas considerable del ministerio estaba tan opuesto como la oposicion misma, á una intervencion armada contra el nuevo gobierno español.

La generalidad de los hombres que son elevados al poder por el antojo del rey ó por los caprichos ó la simpatía de los partidos, se encuentran superiores á su fortuna; un cortísimo número se muestran al nivel de la nueva situacion; pero algunos solamente, y á largos intervalos, despliegan en ella unas facultades superiores al talento que se les suponia. Mr. Villèle debia en gran parte á la moderacion de su espíritu, el lugar que él mismo se habia hecho entre las notabilidades de opinion realista; esta moderacion era la imparcialidad de una inteligencia fina, sagaz, y que, en caso necesario, adquiria mas estension de lo que se ha supuesto. La elevacion de sus colegas no habia dilatado su horizonte político: por lo que hace á MM. Corbiere, de Peyronnet y de Clermont-Tonnere, su subida al ministerio les imponia, por obligacion principal, el atacar y destruir el espíritu de revolucion, y asegurar el completo triunfo de los hombres monárquicos y de sus doctrinas: el restablecimiento de la antigua dominacion clerical era la única idea que tenia preocupado á Mr. Mateo de Montmorency; solo Mr. de Villèle conocia la verdadera posicion. Durante largo tiempo hombre de partido, el ministro de hacienda quiso llegar á ser un hombre de gobierno, y no tardó en comprender que el sosten ó la caida de la constitucion de las cortes era mucho menos importante para la fortuna y grandeza del realismo de que por fin era el verdadero ministro, que el desarrollo de la riqueza y el poder nacionales, y la influencia ejercida por ese mismo realismo en los asuntos generales de Europa. Empero, en aquel mismo momento, la insurreccion de la Grecia contra la Turquía, la energía de la lucha, sus diversos percances, la conmocion que imprimia a todas las poblaciones de Oriente, parecian amenazar aquella parte del mundo con una próxima dilaceracion. La mayor parte de las grandes potencias europeas, sin mezclarse abiertamente en la querella, intervenian sin embargo por medio de sus agentes diplomáticos y con su marina, ayudando sucesivamente al éxito ó á la ruina de cada partido, segun los intereses de su ambicion. Y cuando en este conflicto podia surgir la guerra general y nuevos repartos de territorio, el partido realista exigia que el gobierno empeñase las fuerzas y los tesoros de la Francia en una nueva invasion á España! Mr. de Villèle se resistia con todo su poder á esta exigencia de sus amigos, y tomando por confidente de sus temores y de sus miras

á Mr. de Chateaubriand, recien nombrado embajador en Londres, contestaba en estos términos á una carta en que este enviado defendia con calor la causa de la intervencion:

»Debemos evitar, sobre todo, el que una guerra con España nos impida de obrar en otra parte como debemos, en caso que los asuntos de Oriente produjesen nuevas complicaciones en Europa.

»No debemos dejar deshonrar al gobierno francés por su falta de participacion en los acontecimientos que pueden resultar de la situacion actual del mundo; otros podrán intervenir en ellos con mas ventaja, pero ninguno con mas valor y lealtad (1).»

El partido religioso no ignoraba esta repugnancia del primer ministro á derribar por la fuerza el régimen constitucional español; pero no se acongojaba por ello. En sentir de sus miembros mas influyentes, la oposicion de Mr. de Villèle á una intervencion armada cederia ante el clamor de la Francia realista, y ante las resoluciones de la nueva asamblea de reyes que iba á celebrarse en Verona.

Cuando se cerró el congreso de Laybach, en mayo del año precedente, los soberanos acordaron reunirse en el corriente de 1822, á fin de apreciar el resultado de las medidas adoptadas para asegurar la tranquilidad de la peninsula italiana; de completarlas, si se hallaban insuficientes, y luego, pensar en los medios de prevenir los peligros á que podria verse espuesta la paz general de resultas de la lucha de los griegos contra el sultan, y del desarrollo de la revolucion española. Alejandro, á quien sus aliados abandonaban el papel de miembro director, de jefe de la alianza, habia de antemano designado Verona para la reunion de un nuevo congreso, y la primera quincena de setiembre para la época de su apertura.

Estraño á todas las transacciones políticas sobrevenidas en los treinta años últimos entre la Francia y la Europa, impaciente de entrar en relacion personal con los principales soberanos y sus ministros, y de establecer, con las grandes cortes, la influencia que le parecia corresponder á su posicion oficial y á su nombre, Mr. Mateo de Montmorency habia exigido de sus colegas que le autorizasen á representar la Francia en el próximo congreso. ¿Qué lenguaje deberia usar en él? No era Luis XVIII quien podia prescribírselo: este príncipe, á quien las lisonjas de la corte y la credulidad pública dieron, durante todo su reinado, fama de talento laborioso y de político profundo, no tomaba ya en la administracion de su reino la parte aparente que Mr. Decazes sabia con tanta destreza ahorrarle. Los ministros y el conde de Artois eran los que decidian las cuestiones generales. Por lo que hace á las medidas ó á los actos de importancia escepcional, interponíase una señora para preparar al rey y darle á conocer la decision que debia aprobar; esta señora era la nueva favorita, madama Duchayla, la que se ceñia á repetir la leccion que le trasmitia, en nombre del heredero del trono, el discípulo del abate Legris-Duval y del P. Ronsin, Mr. Sosthènes de La Rochefoucault. Hecho esto, dejábase á Luis XVIII en plena libertad de entregarse al inocente trabajo de sus pequeñas composiciones en verso y de sus anotaciones (2).

La falta de esperiencia y el fervor de neófito del ministro de negocios estranjeros inspiraban una desconfianza demasiado justa á Mr. de Villèle, para que este abandonase á Mr. de Montmorency el cuidado de redactar sus propias instrucciones. El gabinete se hallaba aun sin presidente (1); todos los miembros tenian un título igual; Mr. de Villèle hizo decidir que las instrucciones de nuestros plenipotenciarios, en el congreso, se determinarian en consejo de ministros. Los asuntos de España eran, para la Francia, la cuestion mas importante que debia tratarse: la parte de las instrucciones que á ella se refiere contiene los pasajes siguientes:

«Los plenipotenciarios de S. M. deben evitar sobre todo el presentarse al congreso como á relatores de los asuntos de España. Este papel podia convenir al Austria en el congreso de Laubach, porque estaba decidida á invadir á Nápoles. Pero nosotros no estamos decididos á declarar la guerra á España; no nos hallamos en necesidad de hacerla. La opinion de nuestros plenipotenciarios, tocante á saber lo que conviene al congreso hacer relativamente á España, será que, siendo la Francia la única que debe obrar con sus tropas, ella será tambien el único juez de aquella necesidad.

»En resúmen, los plenipotenciarios franceses no deben consentir en que el congreso prescriba la conducta de Francia con respecto á España. No deben admitir ausilios comprados á costa de sacrificios pecuniarios, ni por el paso de tropas estranjeras por nuestro territorio.»

En estos términos, abstenerse de contraer, en nombre de la Francia, el menor compromiso para una guerra con España; conservar al gobierno francés el derecho absoluto de quedar juez único de la necesidad de esta guerra, único dueño de retardarla tanto como le conviniese, y hasta de evitarla si lo juzgase conveniente, tales eran la letra y el espíritu de las intachables instrucciones que llevaba el ministro de negocios estranjeros al salir de París, en 28 de agosto, en direccion á Viena, donde el emperador de Rusia y el rey de Prusia debian encontrarse antes de ir á Verona. Llegado el 7 de setiembre á la capital de Austria, Mr. de Montmorency encontró ya en ella á Alejandro, al rey Federico Guillermo y sus principales ministros, á quienes acababa de sorprender la noticia del suicidio de lord Castlereagh (2). Este suceso, al paso que privaba á la conferencia de uno de sus miembros mas importantes, retardaba la apertura del congreso hasta que llegase el plenipotenciario inglés destinado á reemplazar á lord Castlereagh. Este retardo se empleó en discutir, de antemano, en las conferencias particulares tenidas en casa de Mr. de Metternich, el conde de Nesselrode y el príncipe de Hardenberg, las principales cuestiones que se trataba de resolver en Verona. Miembro asiduo y activo de estas reuniones privadas, Mr. de Montmorency se mostraba, además, muy solícito con los soberanos, sobre todo con Alejandro, quien convertido en ultrarealista en 1822, de liberal que era en 1814, daba pruebas de ciertas preferencias á nuestro plenipotenciario, cuya manifestacion pública era el objeto de todas las conversaciones. Por fin, en 30 de setiembre llegó el duque de Wellington, nombrado en reemplazo de lord Castlereagh; su presencia fué la señal de la partida. Ministros y soberanos, cada cual dejó sucesivamente la capital de Austria, los primeros para ir directamente á Verona, los segundos para trasladarse á la quinta de Tegernsee, residencia del rey de Baviera, donde este monarca les tuvo hospedados durante algunos dias. Por último, en 15 de octubre, Francisco II entra en Verona; el dia 17 fuéron á reunírsele Alejandro y Federico Guillermo; y el dia 20, dia de la apertura oficial de las conferencias, Mr. de Montmorency depositó sobre la mesa del congreso, antes de empezarse á deliberar, una nota, en la cual despues de señalar á España «como un foco revolucionario, que podia lanzar fatales chispas sobre toda la Europa y amenazar al mundo con un nuevo incendio;» despues de haber presentado la guerra entre este reino y la Francia como un acontecimiento «posible, probable,» y añadido «que en este caso, la Francia debia creer que podia, no solamente contar con el apoyo moral de sus aliados, sino tambien reclamarles una cooperacion material, si las circunstancias lo exigiesen;» terminaba proponiendo á la conferencia las tres cuestiones siguientes:

«1.° En el caso que la Francia se viese forzada á llamar al ministro que tiene acreditado en Madrid, y á romper toda relacion diplomática con España, ¿las altas potencias se hallarian dispuestas á tomar una medida semejante y á retirar sus legaciones de aquella corte?

---

(1) Carta de M. de Villèle á M. de Chateaubriand, de 5 mayo de 1822.

(2) Para dar una idea de las relaciones de Luis XVIII con sus ministros, aun en medio de las circunstancias mas graves, bastará el hecho siguiente referido por M. de Chateaubriand.

«Habiendo un dia ido á llevar al rey un parte, encontrele sentado delante su pequeña mesa, en cuyo cajon se apresuró á ocultar las cartas y las que escribia siempre con ausilio de un gran lente. Estaba de buen humor y al momento me habló de literatura.

«Creerias, me dijo S. M., que he pasado años sin conocer la cantata de Circé? M. de Alvaray me abochornó por ello, pero ahora la se de memoria.

«Y de respeto, el rey declamó la cantata desde el principio hasta el fin

«En seguida pasó al cántico de Ezequias, y al llegar á esta estrofa.

«Como un tigre cruel, etc.

Me tomé la libertad de preguntarle si conocia la correccion:

«Como un leon poseido de rabia.

«El rey pareció sorprendido y me hizo repetir la leccion cambiada. La poesía lírica lo condujo á la poesía familiar á los puentes nuevos, á los vaudevilles; tatareó el *Sabot perdu*. Me atreví á alternar algunos versos.

«On peut parler plus bas,

«Mon aimable bergère,

«Al ver que S. M. se mostraba tan complaciente, le presenté el parte sobre mi sombrero, y al propio tiempo, deslicé algunas palabras acerca de nuestros triunfos (en España), la frontera del Rhin, bajo la proteccion de Babet. El rey alargó los labios, dió un pequeño soplo, levantó un dedo de su mano derecha á la altura de su ojo, me miró y me hizo una señal amistosa de cabeza como para invitarme á que me retirase.» *Congreso de Verona*, tom. I, cap. II.

En aquel momento cien mil franceses invadian la España; M. de Chateaubriand traia noticias del ejército; pero no dice si, despues que se hubo retirado, se tomó Luis XVIII la molestia de abrir el parte que dió motivo de aquella conferencia en que el rey y su ministro de negocios estrangeros pasaron el tiempo en declamar una cantata y un cántico de J.-B. Rousseau, y en *tatarear*, alternando, coplas picarescas de *Sabot perdu*.

(1) En 4 de setiembre, seis dias despues de haber salido M. de Montmorency para Verona, se firmó el decreto que daba á M. de Villèle el título y las atribuciones de *presidente del consejo*.

(2) Lord Castlereagh se suicidó en 12 de agosto, en el momento en que se disponia á partir para representar la Inglaterra en el Congreso.

»2.° Si estallase la guerra entre Francia y España ¿bajo qué forma y por cuales actos las altas potencias prestarán á la Francia el apoyo moral que debe dar á su accion toda la fuerza de la alianza é inspirar un saludable terror á los revolucionarios de todos los paises?

»3.° ¿Cuál es, en fin, la intencion de las altas potencias en cuanto al fondo y á la forma de ausilio material que estarian dispuestas á dar á la Francia en el caso en que, á su peticion, se hiciese necesaria su intervencion activa?»

Era difícil llevar mas lejos de lo que lo hacia nuestro plenipotenciario, en esta nota, el olvido de sus instrucciones; Mr. de Montmorency tomaba la iniciativa de las comunicaciones relativas á la cuestion de España, siendo así que le estaba formalmente prohibido este papel de relator; á mas de que su nota y sus conclusiones presentaban, por decirlo así, en cada una de sus palabras, la guerra entre Francia y España como un hecho necesario, inevitable, casi próximo, cuando sus instrucciones contenian la declaracion formal de «que la Francia de ninguna manera estaba decidida á declarar la guerra, y no se hallaba en necesidad de hacerlo.» Por último, se habia dicho en los términos mas positivos á Mr. de Montmorency, «que no debia consentir en que el congreso interviniese en la conducta ulterior de la Francia; que no admitiese ausilio alguno comprado mediante sacrificios pecuniarios ó por el paso de tropas por nuestro territorio;» y este ministro, no contento con provocar la intervencion activa de las potencias, solicitaba su ausilio material y preguntaba en qué forma lo prestarian.

Las comunicaciones oficiales cambiadas en las reuniones privadas de Viena, entre nuestro plenipotenciario y los ministros estranjeros, habian preparado á estos á conocer las tres cuestiones que Mr. de Montmorency acababa de sentar; su respuesta, sin embargo, se hizo aguardar; cada una de las cuatro grandes cortes necesitó cerca de un mes de exámen para tomar un partido. El intervalo fué llenado por fiestas, que en realidad ocuparon al congreso mucho mas que sus trabajos y resoluciones.

Las conferencias de Aquisgran, de Troppau y de Laybach, formadas con un objeto político determinado, tuvieron resultados serios y fueron, en toda la estension de la palabra, unas reuniones para resolver negocios. Las conferencias de Verona presentaron un carácter diferente: promovidas bajo el vago pretesto de examinar el estado político de Europa, insignificantes en su resultado, vinieron á ser nada mas que una reunion de placer. En las primeras, el personal político se componia únicamente de los soberanos de Austria, de Prusia y de Rusia, de sus principales ministros y de los plenipotenciarios de algunas otras cortes. En Verona, además de estos personajes, se contaban los dos reyes de Nápoles y de Cerdeña, varios pequeños soberanos alemanes é italianos, y una multitud de príncipes, de duques, de embajadores ó de agentes diplomáticos, venidos de todas las cortes de Italia y de Alemania. En los congresos precedentes no se veian ni reinas, ni princesas; esta vez, las mujeres tuvieron su lugar en el personal oficial: entre las mas notables figuraban la emperatriz de Austria, la reina de Cerdeña y sus hijas, la archiduquesa virreyna de Lombardía, la gran duquesa de Toscana, y las duquesas de Módena y de Luca. Hasta María Luisa corrió á disfrutar de las fiestas que ofrecia su padre á sus huéspedes coronados. Esta mujer, á la cual Napoleon, en su lecho de muerte y por uno de esos cálculos destinados á ocultar á los ojos de los pueblos ciertas miserias reales, queria que se le enviase su corazon; María Luisa hallábase á la sazon en cinta. Hacia quince meses que estaba cerrado el sepulcro de Napoleon; su indigna viuda, abandonándose á su infatigable buen humor, presentábase en semejante estado á todas las reuniones, y no sabemos cuál era el oficial aleman de quien sufria, en aquella época, la despótica intimidad. Si venia al caso de que en algun encuentro ó en conversacion, algun francés le recordase los esplendores de su pasado imperial: «Ah bah! contestaba ella; hace ya mucho tiempo que no sueño en eso!» El anciano rey de Nápoles se singularizaba por habitudes opuestas: eligiendo para sus paseos los lugares mas solitarios, andaba durante horas enteras entre dos capuchinos que, con las manos metidas en las mangas de sus anchos hábitos pardos, guardaban, como su señor, el silencio mas absoluto. Los otros soberanos, sus cortesanos y sus ministros, estaban lejos de abandonarse á aquella soledad y taciturnidad: al ver el ardor con que se precipitaban en aquellas ruidosas distracciones, hubiérase dicho que, acosados por la marcha de los años y por la brevedad de los dias contados á los mas poderosos de ellos, se apresuraban á gozar de los placeres de aquel congreso que todos presentian ser el último. El dia se pasaba en paseos, en carreras á caballo ó en visitas; las veladas se llenaban con banquetes, bailes, conciertos, representaciones de óperas ú otras piezas teatrales, é iluminaciones. Para los placeres de los soberanos, hasta se echó mano del anfiteatro romano, que hace el orgullo de Verona. Esta ciudad solo cuenta de cuarenta y cinco á cincuenta mil habitantes; los estranjeros que acudieron para ver ó para oir á las ilustraciones ó á las celebridades llamadas por el congreso, reyes, príncipes, cantores ó comediantes, aumentaron su poblacion hasta cien mil almas. No bastando esta multitud para llenar el inmenso recinto del teatro antiguo, se colmó su vacío llamando á espectadores de las poblaciones inmediatas.

Mezclados en todas esas fiestas, los plenipotenciarios de las diferentes cortes solo prestaban una atencion distraida, fatigada, al exámen de las cuestiones sentadas por Mr. de Montmorency; reuníanse todas las mañanas para separarse sin haber decidido nada. Por otra parte, entre ellos no habia conformidad de pareceres: el Austria y la Prusia que por falta de todo contacto, aun indirecto, con España, mostrábanse indiferentes al sosten ó á la caida de la constitucion de 1812, veian un verdadero peligro para la paz general de Europa en una guerra, cuya duracion y resultado no podian prever. La Rusia, dominada por el odio á las revoluciones, mostrábase dispuesta, en verdad, á apoyar todo esfuerzo que tendiese á estinguir en su foco la revolucion española; pero la Inglaterra, en desquite, rechazaba altamente toda idea de intervencion. La muerte de Castlereagh no solamente habia modificado el gabinete británico en su personal, sino que habia igualmente cambiado el sistema político de la corte de Londres. El nuevo ministro de negocios estranjeros, sir Jorge Canning, talento cultivado, inteligencia elevada, no abrigaba contra la libertad y las constituciones, la hostilidad sistemática de su predecesor. Por otra parte, los intereses de Inglaterra le impedian dejar que la Francia realizase en España una contrarevolucion que, asegurando al gabinete de las Tullerías una influencia incontestada en los negocios de España, podria al cabo terminar por tratados de comercio perjudiciales á la industria y á la navegacion británicas. Las instrucciones de lord Wellington, redactadas con prevision de esta eventualidad comercial, mucho mas que con un respeto desinteresado á la independencia y á los derechos del pueblo español, eran de consiguiente contrarias á la política de invasion. En 17 de noviembre, al cabo de un mes de conferencias celebradas, por decirlo así, al acaso, sin consecuencia ni regularidad, fué cuando cada una de las cortes puso sobre la mesa del congreso su respuesta á las tres preguntas de Mr. de Montmorency.

La Prusia declaraba:

Sobre la primera cuestion: «Que si la conducta del gobierno español con respecto á Francia, obligase á esta potencia á romper sus relaciones diplomáticas con la corte de Madrid, no titubearia en imitarla.»

Sobre la segunda cuestion: «Que si el gobierno frances, á pesar de todas sus diligencias para evitar la guerra, se viese obligado á declararla, S. M. prusiana se uniria á los monarcas sus aliados, para prestar al gabinete de las Tullerías el apoyo moral, necesario para fortalecer su posicion.»

Sobre la tercera cuestion: «Que dado caso que los acontecimientos pusiesen á la Francia en necesidad de un socorro mas activo, S. M. prusiana consentiria en prestarlo, en cuanto las necesidades de su posicion esterior é interior se lo permitiesen.»

La respuesta del Austria era idéntica á la de Prusia en órden á las dos cuestiones primeras; en cuanto al socorro material, «no lo rehusaria, pero para ello seria menester una deliberacion comun para arreglar su estension, cantidad y direccion.»

Mas osada que sus aliados, la Rusia respondió afirmativamente á las tres preguntas de nuestro plenipotenciario: no solamente llamaria á su embajador en Madrid, sino que estaba pronta, además, «á dar a la Francia todo el apoyo moral y material que necesitase, sin condicion alguna y sin restriccion.»

Faltaba Inglaterra: su representante usaba un lenguaje tan claro como el de Rusia; pero su declaracion era muy diferente. Rehusando examinar cada pregunta por separado, y considerando la cuestion en su conjunto, lord Wellington decia: «El gobierno de S. M. británica es de opinion que el censurar los negocios interiores de un estado independiente, á menos que estos negocios afecten los intereses esenciales de los súbditos de S. M., es incompatible con los principios, en virtud de los cuales, S. M. ha obrado invariablemente en todas las cuestiones relativas á los asuntos interiores de los otros paises. Así pues, el gobierno del rey de Inglaterra debe negarse á aconsejar á S. M. que use, en esta ocasion, un lenguaje comun con sus aliados. Es tan necesario para S. M. el que no se la suponga participante de un proceder de semejante naturaleza, como para el gobierno británico el abstenerse de aconsejar al rey que dirija ninguna comunicacion al gobierno español tocante á las relaciones de este gobierno con la Francia.»

Si las cortes de San Petersburgo, de Viena y de Berlin consentian en retirar de Madrid sus embajadores, en caso que la Francia se decidiese

á aquel rompimiento, y se comprometian en seguida á darle, en una guerra con España, el apoyo moral que pudiese necesitar; si la Rusia añadia á esta promesa la de un apoyo material sin reserva, la Inglaterra no se contentaba con rehusar su accesion á esta política de amenazas contra la revolucion española, sino que tambien rechazaba las máximas de salvacion pública que se invocaban para justificarla. La oposicion del plenipotenciario británico fué aun mas lejos: rompiendo, por decirlo así, la alianza existente desde 1814, negóse á añadir su firma á la de los demás plenipotenciarios en las actas de las dos sesiones en que fueron depositadas sobre la mesa de las conferencias (20 de octubre y 17 noviembre) las cuestiones de Mr. de Montmorency, y las respuestas de las tres grandes potencias del norte, así como su propia declaracion. A pesar de esta division, Mr. de Montmorency miró las promesas de los gabinetes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin como un resultado bastante considerable para que él mismo debiese llevar la noticia á su gobierno; salió de Verona el dia 20 de noviembre y llegó á Paris el 30, diez dias despues de verificadas las elecciones de los diputados cuyos poderes habian caducado.

Estas elecciones, hechas el 13 de noviembre por los colegios de distrito, y el 20 por los de departamento, habian prestado á la situacion de los partidos un doble carácter de desaliento y de pasion que ejerció notable influencia en su resultado. Desconcertados los liberales por los procedimientos que acaban de hacer patente la existencia de las sociedades secretas, é intimidados por las sentencias que diezmaban sus miembros, no mostraron en la lucha ni el mismo celo ni la misma energía que en las elecciones precedentes. El gobierno, de su lado, vivamente irritado al descubrir unos complots organizados contra el, recurrió á la intimidacion y á la arbitrariedad como á medios de defensa legítima: sus agentes desplegaron una osadía y una violencia que aun no habian mostrado. Ciertos prefectos no se contentaron con publicar circulares ó proclamas en las cuales amenazaban á sus administrados de que serian desechadas todas sus peticiones, todas sus reclamaciones, si su eleccion recaia en diputados de la oposicion, sino que señalaban el partido liberal como á partido conspirador, y los electores que votasen para sus candidatos como á cómplices. Habiendo un periódico de la oposicion recomendado la candidatura del primer presidente de la real audiencia de Douai, Mr. Desforet de Quartdeville, elogiando sus sentimientos liberales, este magistrado, á quien sin embargo protegia la inamovilidad, protestó públicamente contra semejante recomendacion «que tendia á presentarlo como candidato liberal, calificacion odiosa, decia, imputacion calumniosa que rechazaba con indignacion.» Muchos funcionarios públicos, notarios, procuradores, impresores, libreros, maestros de postas, proveedores, y hasta sus parientes, amenazados con perder sus empleos, su industria, su clientela, viéronse obligados á votar con papeleta abierta. En Brest, todos los oficiales de mar y los empleados de marina, electores, debieron hacer escribir sus papeletas por un intendente militar, miembro de la mesa del colegio. En otras partes se fué mas resueltamente y con mas osadía al objeto: el prefecto habia audazmente cercenado de la lista electoral, la víspera misma de la votacion, los nombres de los electores cuya independencia temia, ó bien rehusó librarles los certificados sin los cuales estos electores no podian votar. En ciertos colegios se reunian y se separaban á los gritos de ¡viva el rey! dados por los realistas, y de ¡viva la carta! proferidos por los liberales. El colegio de las Arenas (Vendée) nombró un diputado de la oposicion; su presidente, Mr. Humberto de Sesmaisons, despues que hubo proclamado el resultado del escrutinio, pronunció las siguientes palabras:

«Señores, daré cuenta de mi mision al rey, quien me ha enviado entre vosotros. Le diré que el tercer distrito de la Vendée ha hecho una eleccion que sin duda le será desagradable, pero que la mayoría de este colegio no es mas que una débil minoría en el pais, donde el resto de los habitantes le es adicto hasta la muerte. Electores, amigos mios, que habeis venido á participar de mi penosa mision, nos hallamos en la Vendée; repitamos el grito del pais: «¡Viva el rey!»

Al cabo de pocos dias, en un departamento vecino, donde acababa de fracasar la candidatura de Mr. de Lafayette y de Benjamin Constant, un magistrado, Mr. Fournier-Lapommeraie, consejero en la real audiencia de Angers, abria la sesion en el tribunal de asises del Sarthe, dirigiendo á los jurados, á los abogados y al público reunidos en la sala de audiencia, una alocucion de la cual citaremos el pasaje siguiente:

«Lejos de mí, señores, la idea de poner en duda vuestra inviolable fidelidad para con los hijos de san Luis; porque estoy hablando á lo mas escogido de un departamento que hace poco acaba de dar brillantes pruebas de ella, al separar de las funciones legislativas á dos enemigos de los Borbones, uno de los cuales, reo de un sueño asesino, es ya condenado por la historia, y el otro, célebre por su inconstancia á la par que por sus sofismas revolucionarios, ni siquiera tiene el honor de ser francés y jamás tendrá esta ventaja, á lo menos, en cuanto á la franqueza y á la lealtad (1).»

Si unos magistrados inamovibles, sin respeto á su cáracter y á sí mismos, no temian comprometer la dignidad de la justicia dando el ejemplo de semejantes arranques, puede comprenderse con qué pasion obrarian los agentes que se hallaban mas directamente bajo la accion de los ministros. Aquellas violencias dieron el resultado que esperaba el gobierno: los diputados de la serie sometida á la relacion eran en número de ochenta y seis; cuarenta y nueve pertenecian al lado derecho de la cámara, y treinta y siete al lado izquierdo; ocho de estos solamente volvieron á tomar asiento en la asamblea; de consiguiente la derecha ganó veinte y nueve miembros.

Por lo demás, la agitacion que solia acompañar las operaciones electorales, se habia desvanecido, esta vez, en medio del movimiento y del ruido causados por la lucha empeñada con motivo de los asuntos de España, entre los periódicos de todas las opiniones: lucha mas activa y ardiente que nunca, y que poniendo cada mañana en contienda á los adversarios y los partidarios de la revolucion, dividia al mismo partido realista.

Ya hemos visto que la oposicion de Mr. de Vilelle á una intervencion en favor de la contrarevolucion española, fué en un principio mirada con indiferencia por el partido religioso; pero esta resistencia, al prolongarse, acabó por descontentar á los hombres de esta opinion que quedaban fuera de las grandes posiciones oficiales. Primeramente, los periódicos cuyo espíritu dirigian, se ciñeron á aconsejar al gobierno con respecto á España, «un movimiento mas firme y mas seguro:» luego pidieron abiertamente «una marcha vigorosa y medidas fuertes.» Aquellos consejos y estas exhortaciones encerraban una censura que los amigos de Mr. de Villèle se apresuraron á refutar: «El ministerio comprendia y llenaba perfectamente sus deberes, decian en nombre del jefe del gabinete; jamás la situacion de la Francia ha sido mas satisfactoria; la seguridad de los ciudadanos y la accion de las leyes eran completas; la hacienda se hallaba en plena via de prosperidad, disminuíanse las cargas de los contribuyentes, el tesoro público se enriquecia, el quejarse del ministerio, en semejante situacion, era, á la vez, no mostrarse verdaderamente político, y dar prueba de un espíritu de esclusivismo propio de fanáticos y no de jueces.»

Esta acusacion de fanáticos fué inmediatamente aceptada por la mayor parte de los periódicos ultrarealistas: «Sí, decian, somos fanáticos en religion y en monarquía, y de buen grado abandonamos el nombre de políticos á esos doctores en derecho revolucionario cuyos sofismas saben legitimar toda clase de usurpaciones y de revueltas.» En vano los amigos de Mr. de Villèle trataron de defenderlo reprochando á sus adversarios «de querer andar con demasiada precipitacion, de estar faltos de moderacion y de razon;» estos sin embargo no dejaban de insistir en su tema de intervencion rápida, enérgica, que librase á Europa del escándalo de la revolucion española. — La razon y la moderacion, en épocas de lucha política, son calidades enteramente individuales que pertenecen á algunos hombres, pero jamás á un partido; de suerte que el ministro de hacienda era casi el único que no se dejaba arrastrar por la opinion que le elevó al poder. Las instrucciones de nuestros plenipotenciarios en Verona, no esperaban, en realidad, nada mas que su idea personal; Mr. de Montmorency llevó consigo el verdadero pensamiento del partido realista, haciéndose su fiel intérprete en sus comunicaciones al congreso; sin esta certitud, probablemente el ministro se habria mostrado mas reservado; pero con ella se hizo osado. Quizá, á su vez, Mr. de Villele habria opuesto, á toda idea de intervencion, una resistencia menos firme, menos declarada, si no hubiese esperado ver resuelta la cuestion española en Madrid mismo, sin que la Francia estuviese obligada á gastar, para este resultado, su oro y la sangre de sus soldados. En su idea, los adversarios de la revolucion española, ayudados por los socorros de toda especie que encontraban en Francia, sostenidos por los recursos que sus recientes victorias entre el Ebro y los Pirineos les aseguraban en esta parte de España, llegarian pronto á ser bastante fuertes para obligar á los partidarios del acta constitucional de

(1) M. Fournier, al acusar al general Lafayette de un *sueño asesino*, no era mas que el eco de la calumnia dirigida contra este diputado, con motivo de los sucesos del 5 y 6 de octubre de 1789, sucesos que ya hemos esplicado, en lo que hacen relacion á él, en una nota precedente. En cuanto al reproche dirigido por el fogoso magistrado á Benjamin Constant, acerca de su origen estranjero, no era mas bien fundado; descendiente de una familia noble, calvinista, refugiada en Ginebra á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, Benjamin Constant habia recobrado la calidad de ciudadano francés, desde el año 1789, en virtud de los decretos dados por la Asamblea constituyente.

Cádiz á una transaccion en que solo intervendria la diplomacia, y que restituyendo al monarca sus principales prerogativas, afianzase á la nacion los derechos esenciales á su bienestar y á su libertad.

La posicion de los insurrectos, cuando se abrió el congreso de Verona, parecia legitimar esta esperanza; dueños de la alta Cataluña, de varias plazas en Aragon, de un puente sobre el Ebro, de una parte de Navarra y del pais Vasco, sus fuerzas activas en las solas provincias del norte de España, no bajaban de veinte y seis mil hombres provistos de artillería. A mas de que, estas fuerzas, basta entonces diseminadas bajo el mando de veinte jefes diferentes, acababan de pasar, de la condicion de partidas de guerrillas, al estado de ejército de la fé; la insurreccion iba tomando un nuevo carácter: regularizábase su desarrollo, organizábase una administracion y constituíanse poderes civiles y militares; en una palabra, la contrarevolucion española tenia un gobierno. En 14 de setiembre, un sacerdote, el arzobispo de Tarragona; un soldado, el general baron de Eroles, y un antiguo abogado, llegado á ser marques de Mata Florida (1), se instalaron en la Seo de Urgel, como miembros de la regencia suprema de España, durante la cautividad de S. M. el rey Fernando VII. Conducidos solemnemente á la catedral, luego despues de su instalacion, oyeron una misa del Espíritu Santo y en seguida prestaron juramento en manos del obispo de la ciudad. Concluida la ceremonia, los nuevos regentes instituyeron un ministerio que, entre sus miembros, contaba dos franceses entrados al servicio de España (2); luego el dia siguiente 15, Fernando, rey constitucional en Madrid, era proclamado rey absoluto en Urgel, segun la forma y ceremonial antiguos, con repique de campanas, salvas de artillería, y aclamaciones del pueblo y de la tropa. Inmediatamente fué notificado «á todos los habitantes de la Península y de las Américas,» en un manifiesto en que la regencia improvisada, tomando el título de alteza serenísima, «delaraba nulos y sin vigor todos los decretos dados por el rey cautivo desde el 9 de marzo de 1820; restablecia todas las leyes y reglamentos anteriores á aquella época; mandaba á todos los españoles obedecer sus órdenes ó las de las autoridades conservadas ó instituidas por ella, so pena de ser tratados como enemigos del rey y del estado; daba de nulidad todos los actos de las cortes; llamaba á sus banderas todos los soldados prometiéndoles un plus de un real de vellon sobre su pre ordinario, etc.» El nuevo juramento impuesto á las autoridades civiles y militares, las obligaba «á defender la religion, á ser fieles al rey y obedientes á la regencia mientras durase la cautividad del señor don Fernando VII.» El advenimiento del nuevo poder fué señalado por la toma de algunas villas y la dispersion de algunas columnas volantes, cuyos prisioneros, oficiales y soldados, fueron todos pasados por las armas; pero á estas ventajas, sin importancia seria, pronto debian suceder los desastres y la mas completa derrota.

La desidia y la perplejidad de los hombres entrados sucesivamente en el consejo de Fernando, despues del restablecimiento de la constitucion de 1812, vinieron á ser la fuerza principal de los partidarios del poder absoluto; oradores, poetas ó letrados, en su mayor parte, aquellos ministros no opusieron á la revolucion nada mas que funcionarios y generales sin vigor, como ellos mismos, y medidas sin eficacia. Eran moderados, segun decian. Harto á menudo, en política, se da el nombre de moderacion á la impotencia y á la debilidad. La moderacion solo es propia de la fuerza; es la firmeza tranquila de los caractéres enérgicos y de los espíritus convencidos. La contrarevolucion española se estendió y fortaleció en tiempo de los ministros moderados; su desarrollo se detuvo desde el dia siguiente, por decirlo así, del 7 de julio, cuando la direccion del gobierno pasó á manos del partido al cual sus adversarios daban el nombre de exaltado (3). La causa constitucional desplegó repentinamente unos recursos y una fuerza que asombraron á sus enemigos. Hasta entonces el gobierno se habia mantenido, en cierto modo, á la defensiva; los nuevos ministros tomando resueltamente la ofensiva sobre todos los puntos, buscando en todas partes á los sublevados en vez de esperarlos, no tardaron en concentrar la insurreccion en la parte del territorio comprendida entre el Ebro y la frontera francesa. El cuidado de completar estas primeras ventajas y de arrojar á los insurrectos á la otra parte de los Pirineos, fué confiado á un general cuyo nombre hemos ya citado, y que debia mostrarse á un tiempo el soldado mas atrevido y mas hábil de España, y su jefe militar mas adicto á la causa de la libertad; hablamos del general Espoz y Mina. Sus primeros preparativos, dirigidos contra la insurreccion de Cataluña, no quedaron terminados hasta mediados de setiembre; las tropas puestas á sus órdenes eran algo escasas, pero disciplinadas y llenas de entusiasmo. El 15, dia en que la regencia de Urgel proclamaba á Fernando rey absoluto, en medio de festejos y salvas de artillería, Mina abrió la campaña pasando repentinamente de las cercanías de Cervera á Castellfullit de Llobregós, villa fortificada que era la principal plaza de armas de los facciosos de la baja Cataluña. Atacada con vigor por el cañon, la zapa y la mina, defendida con un encarnizamiento y un valor que rayaba en heroismo, Castellfullit, despues de veinte asaltos y de desplomada una parte de sus murallas, cayó en poder de los constitucionales, que para vengar la muerte de los prisioneros de su partido, degollados despues del combate, se entregaron á crueldades que no podian escusar ni la necesidad de las represalias, ni la necesidad de un ejemplo destinado á llenar de terror á los habitantes de las otras poblaciones insurreccionadas. La villa, enteramente saqueada, fué en seguida entregada á las llamas, sus murallas y edificios arrasados hasta los cimientos. Esta pérdida vino á ser, para los realistas, la señal de derrotas que se sucedieron casi sin interrupcion: Mina, secundado en Cataluña, por los generales Torrijos, Milans y Rotten, en Aragon por el general Zarco del Valle, no dejaba un momento de descanso al ejército de la fé; perseguidos en todos los puntos, batidos en cada encuentro, obligados á abandonar una tras otra todas las ciudades de que se habian sucesivamente hecho dueños, los facciosos se vieron muy pronto forzados á renunciar á la lucha. Desde el 10 de noviembre, la regencia habia dejado á Urgel y trasladádose á Puigcerdá, sobre la estrema frontera de la Cerdaña francesa; el dia 28, refugiábase en nuestro territorio, y en 7 diciembre se disolvia en Tolosa, despues de una existencia de menos de tres meses.

Esta completa derrota de la contrarevolucion española, lejos de entibiar el celo de los realistas franceses para una intervencion, les hizo, por el contrario, mas ardientes á exigirla. La monarquía, decian ellos, se espondria á perecer, si dejase establecer á sus puertas una revolucion triunfante, que se convertiria en refugio y punto de apoyo para todos los enemigos del realismo. Una circunstancia aumentaba la vivacidad de las reclamaciones. La regencia de Urgel, en las últimas semanas de su existencia, abrió un empréstito de ochenta millones de reales. Esta operacion rentística, dirigida por algunos especuladores atrevidos, y patrocinada por la prensa religiosa y monárquica, vino á ser un negocio de partido. Muchos realistas de París y de la provincia, cortesanos, pares, diputados, generales, administradores, grandes propietarios, simples curas ó meros empleados, atraidos por el bajo precio de los títulos, tanto como por la simpatía de opinion, engañados de otra parte por las mentiras de corresponsales interesados que trasformaban en brillantes victorias cada derrota de los soldados de la regencia, habian tomado parte en la operacion con un celo estremado; muchos emplearon en ella caudales cuantiosos, con el objeto de asegurarse la doble ventaja de un sacrificio aparente para su opinion y de una imposicion productiva; para estos, el triunfo de la revolucion española venia á ser un desastre personal; de ahí nacia, en los salones y en los periódicos donde tenian acceso, un verdadero clamor contra la lentitud de los ministros en lanzar un ejército á España, clamor vivo, persistente, que desazonaba á Mr. de Villele sin cambiar sin embargo su conviccion. Su correspondencia con Mr. de Chateaubriand, á la sazon en Verona, es un curioso testimonio de la situacion de ánimo del presidente del consejo en aquella época de su carrera ministerial; antes de citar algunos pasajes de ella, debemos esplicar la posicion de su corresponsal.

El papel de Mr. de Chateaubriand cuando los aliados entraron la primera vez en 1814; su violento lenguaje despues del regreso de Gante, sus discursos en la cámara de los pares durante la legislatura de 1816; su vehemente protesta contra el decreto de 5 de setiembre; aquel acto salvador; su oposicion ardiente, tenaz, á todas las medidas destinadas á conservar las principales conquistas morales y políticas de la revolucion, habian hecho, durante largo tiempo, del nombre de este hombre político, el símbolo de todas las pasiones del partido ultrarealista. Hácia el año 1820, verificóse una especie de trasformacion en sus opiniones. Simple segundon de familia noble, Mr. de Chateaubriand debia su posicion, en el partido realista, y la autoridad que en el conservara, á un notable talento de escritor. Este talento era su principal facultad y constituia toda su fuerza: en varias ocasiones, Mr. Decazes y sus colegas habian sujetado y hasta paralizado su uso, por medio de

(1) Llamábase Mozo Rosales. Este abogado, miembro de las cortes en 1814, cuando Fernando regresó á su reino, fue el redactor de la protesta contra el régimen constitucional que hizo dar á los firmantes el nombre de *persas*.

(2) Los señores de Gispert y de Ortafá, ambos naturales de Perpiñan.

(3) De 1820 á 1823, los partidos, en España, presentaron tres grandes divisiones designadas así: los partidarios del poder absoluto ó *serviles*, denominacion aceptada por todos los adversarios de la constitucion; los moderados ó *pasteleros*; y los *exaltados*, que se dividian en *descamisados*, *comuneros* (partidarios de las antiguas libertades comunales), francmasones etc.

las leyes restrictivas de la libertad de la prensa; esta opresion, que heria a Mr. de Chateaubriand en la aptitud á la cual debia su poder, le hizo de repente partidario de los mas enérgicos de la libertad de escribir. Las libertades son hermanas; adoptando la libertad de la prensa, Mr. de Chateaubriand mostró menos aversion á las otras inmunidades conquistadas desde 1789. Este cambio le dió una posicion enteramente escepcional en medio de su partido: mantenido en el favor de los ultra-realistas por las exageraciones de su pasado, vino á ser, para los hombres políticos de esta opinion, una especie de realista liberal, y para los adversarios de los Borbones, un liberal realista. Su intimidad con Mr. de Villèle databa de 1816, época en que se encontraron casi cada dia en el salon de Mr. Piet (1). Miembros de dos asambleas diferentes en que uno y otro ocupaban, con títulos diversos, una posicion elevada, donde peleaban en favor de la misma causa, sin ofenderse ni encontrarse rivales, su amistad pudo conservarse durante algunos años. Fué Mr. de Chateaubriand quien, consultado por Mr. de Richelieu, en los últimos dias de la legislatura de 1820, habia abierto el gabinete de Luis XVIII á Mr. de Villèle, como ministro sin cartera. A su vez, este último, desde el dia siguiente á su nueva entrada en el poder como ministro influyente, se apresuró á hacer dar á Mr. de Chateaubriand la posicion diplomática mas envidiada, el puesto de embajador en Londres. La separacion no interrumpió la intimidad de sus relaciones, como ha podido verse por el fragmento de correspondencia que hemos citado; y cuando se hubo decidido la reunion del congreso de Verona, el nuevo embajador se halló designado para representar en él á la Francia con Mr. de Montmorency, á pesar de la oposicion de este último. Esta eleccion tenia un doble objeto: colocar junto al ministro de negocios estranjeros un moderador que pudiese, en caso necesario, atenuar sus vivacidades, y dar, en el seno del congreso, un órgano á la política pacífica del presidente del consejo. Este objeto no se consiguió. Partidario de la intervencion armada, tanto como el mismo Mr. de Montmorency, y colocado así entre sus opiniones y las instrucciones privadas de Mr. de Villèle, Mr. de Chateaubriand dejó al ministro de negocios estranjeros toda iniciativa y completa accion en el congreso. Habiendo quedado en Verona despues de la partida de Mr. de Montmorency, para esperar los despachos prometidos por la Rusia, el Austria y la Prusia, Mr. de Chateaubriand continuó manteniéndose en su reserva oficial, ciñéndose á abogar con calor, en sus conversaciones privadas con los soberanos y sus ministros, en favor de la intervencion. Empero sus esfuerzos eran vanos: esta causa, en Verona, continuaba en no tener mas que un solo partidario decidido, el emperador de Rusia. Sin embargo, deseoso de hacerla triunfar, á lo menos cerca del gobierno de Francia y del mismo Mr. de Villèle, escribia á este unas cartas que menos iban dirigidas al ministro que al amigo, y en las cuales, engañándole acerca del parecer de las potencias, le daba su propia opinion como á opinion del congreso, y prestaba á todos los soberanos, en favor de la intervencion, unos sentimientos y un ardor de que no estaban poseidos. El mismo lo ha confesado: «Yo y Mr. de Villèle teníamos cada cual una idea fija, dijo; yo queria la guerra y él queria la paz; y atribuia á todos los aliados los sentimientos particulares de Alejandro, á fin de acostumbrar á Mr. de Villèle á la idea de las hostilidades. Mr. de Montmorency estaba tambien por la guerra; pero su objeto era diferente del mio; su opinion era tambien muy ardiente. Yo me dejaba en duda mi determinacion; no queria hacerla irrealizable; temia que descubriéndome demasiado, el presidente del consejo no querria darme oidos(2).»

Algunas citas de la correspondencia cambiada entre estos dos hombres políticos darán á conocer los artificios de escritor de que se valió el representante de Mr de Villèle, en Verona, para mantener en la duda á este último; abogando cerca de él por la política de la guerra, pero sin contradecir su pasion á la paz; identificando su pasion con la del presidente del consejo; en una palabra, permaneciendo posible, cualquiera que fuese el resultado, ya como embajador, ya como miembro de una nueva combinacion ministerial: lucha curiosa en que Mr. de Villèle conserva todas las dotes de la franqueza y de la buena fé.

«El voto muy pronunciado de las potencias es la guerra con España, escribia Mr. de Chateaubriand al presidente del consejo en 31 de octubre. A vos os toca, querido amigo, el ver si debeis aprovechar una ocasion, tal vez única, de colocar otra vez á la Francia en la categoría de las potencias militares, de rehabilitar la escarapela blanca en una guerra corta, casi sin peligro, hácia la cual diariamente os está empujando con mucha fuerza la opinion de los realistas y del ejército. No se trata de la ocupacion de la península; sino de un movimiento rápido que pusiese el poder en manos de los verdaderos españoles. Toda la Europa continental estaria en favor vuestro, y dado caso que la Inglaterra lo tomase á mal, ni siquiera tendria tiempo de echarse sobre una colonia. En cuanto á las cámaras, un buen éxito lo cubre todo. Sin duda el comercio y la hacienda se resentirán un momento; pero todo tiene sus inconvenientes. Destruir un foco de jacobinismo, restablecer á un Borbon en el trono por las armas de un Borbon, son resultados superiores á las consideraciones secundarias.—Haceis muy bien en no precipitaros á ciegas en unas hostilidades cuyos percances es preciso calcular, añadia Mr. de Chateaubriand, en 20 de noviembre. Sin desear la guerra, no la temo, y al paso que apruebo lo que haceis para evitarla, creo que si os vieseis forzado á emprenderla, consolidaria el carácter militar de la Francia, borraria en nuestros soldados el recuerdo de la usurpacion, y bajo este concepto seria muy favorable al trono legítimo. Es menester deciros, mi querido amigo, una cosa que no os disgustará: aquí se os ha acusado, con el hombre que lo hace todo (ó mas bien con el hombre á quien se le hace hacer todo (1)), de una moderacion estremada. Como amigo vuestro, me he hallado envuelto en la acusacion; se me ha tratado friamente porque se ha creido que lo meditaba mucho antes de precipitar mi pais en los azares de una guerra que podria llegar a hacerse europea si viniese á complicarse con una guerra en oriente, y con el ataque de las colonias españolas por los ingleses. Por otra parte, sucede que yo he permanecido constitucional cuando no se quieren mas constituciones. Los que nos proscribian como á ultras, que querian que se nos apease de todas las administraciones para poner en ellas hombres de los cien dias (2), en la actualidad son ultras, y nosotros liberales. ¡Cómo ha de ser! Tomarlo con paciencia y resignacion. Sin embargo mis acciones van á realizarse despues de la partida de Mr. de Montmorency. Así espero conseguirlo, sobre todo si me escribís, y si se sabe que soy vuestro hombre; porque en hallando algo que atribuir á vuestra prudencia, es como se forma la mas alta idea de vuestra capacidad.»

«Recibo vuestra apreciable y larga carta, mi querido Chateaubriand, respondia Mr. de Villèle, en 28 de noviembre; estoy aguardando á Montmorency; su regreso me viene mal, porque cabalmente el lunes es mi dia crítico para la liquidacion de las operaciones hechas sobre nuestras rentas durante el mes. Al mismo tiempo nos sucede una cosa muy grave, y es la disolucion de la regencia de Urgel y del ejército de la fe. El obispo de Urgel se halla en Dax, con todo su clero; el Trapense está en Tolosa; es terrible lo que está pasando en toda aquella frontera. Van á darse órdenes para la manutencion de todos esos refugiados. Ya sabeis el resultado de nuestras elecciones; no podian salir mejor. Todo, en el interior, va tambien á pedir de boca. A fin de año tendré un sobrante de veinte y cinco millones, pagado todo. ¡Qué lástima que nuestros asuntos esteriores vengan á perturbar semejante prosperidad!»—«Los ingleses hacen un nuevo papel en Madrid, añadia Mr. de Villèle, en 5 de diciembre; estos mercaderes isleños quieren dar entender que son mas perjudicados que los otros, á causa de su armamento contra la isla de Cuba; pero nada creais; ellos sacarán provecho de su espedicion, y despues se aprovecharán del estado desesperado de la península para hacerse pagar mas caros los socorros que consientan darles. ¿Es posible que los aliados sean tan confiados en esta política y no vean cuanto la sirven con el envio inoportuno de las notas que han dirigido al gabinete de Madrid? Envio un correo, para darles á conocer cuanto han cambiado las cosas despues de la redaccion de tales notas. La Inglaterra se ha quitado la máscara en Cuba y en Madrid. La dispersion del ejército de la fé es completa, el ejército de Mina se halla establecido sobre nuestra frontera, lo que hace que el envío de las notas, la salida de los embajadores de Madrid, y el principio de las hostilidades no serian mas que un solo y mismo hecho realizado en ocho dias. Por último, la posicion ha variado, como lo prueban el estado de nuestros fondos, de nuestro comercio marítimo y de nuestra industria; por la esperiencia del efecto desastroso que sobre ellos cause una guerra que, debo deciroslo, apesar de las declaraciones pagadas de algunos periódicos, es rechazada por la opinion mas sana y mas general, al paso que es deseada en vano, estoy seguro de ello, por los jefes de partido liberales que, esta vez, tienen la habilidad de hacer gritar por sus subalternos, que no la quieren. Ved ahí, amigo mio, en qué circunstancias me veo llamado á hacer una nota que, á la verdad, ya no

(1) Véanse los detalles que dimos anteriormente.
(2) Congreso de Verona, t. I, cap. XXIX.

(1) El emperador de Rusia.
(2) Aludo á la intervencion de Alejandro y de los ministros estranjeros cuando se dió el decreto de 5 setiembre.

viene al caso. Emplead, querido mio, todos vuestros esfuerzos para evitar semejante desgracia; porque, no lo dudeis, si se da inmediatamente curso á esas notas, se compromete la causa que estamos sirviendo. Por el contrario, si los aliados quisiesen consentir en que la medida de retirar de España sus embajadores, fuese remitida, para la ejecucion, á la decision de sus embajadores en París, de concierto con nuestro ministro de negocios estranjeros, yo contendria la España, por el temor de esta medida, y la pondria en ejecucion en el momento oportuno. Conseguid eso. Quiera Dios, para mi pais y para Europa, que no insista en una intervencion que, lo declaro de antemano con entera conviccion, comprometerá la salvacion de la misma Francia!»

El descrédito de los efectos públicos, el trastorno en todas las transacciones mercantiles, el desórden en nuestra industria y en nuestro comercio marítimo, invocados por Mr. de Villele en apoyo de su acalorada oposicion á una guerra contra la España constitucional, eran unos hechos demasiado reales. La renta del cinco por ciento, en 1.° de setiembre se cotizó á 93 francos; en 9 de diciembre habia bajado á 86 francos. No era menor la desestimacion en que estaban todos los objetos de esportacion, al paso que el precio de los frutos coloniales sufria una alza que recordaba la época del bloqueo continental. Alarmados por la oposicion altamente declarada de Inglaterra á toda intervencion armada en la península, los comerciantes de nuestras playas marítimas veian ya todas nuestras costas bloqueadas por escuadras inglesas. Así que, mientras de una parte la prensa ultrarealista, en artículos pagados por los especuladores interesados en el empréstito de la regencia de Urgel, pedia gritando la entrada de nuestras tropas en España; que en todos los salones de este partido, como en todas las sacristías, no se oian sino lamentos contra la lentitud de los ministros en libertar á los verdaderos españoles, segun espresion de Mr. de Chateaubriand, del yugo del jacobinismo; que generales y oficiales, ávidos de grados y de honores fácilmente adquiridos, no reparaban en escitar al gobierno á la guerra, anunciando públicamente á sus soldados que se preparasen á ella (1); de otro lado las juntas de comercio de ciertos puertos, los comerciantes y los fabricantes de varios grandes centros industriales enviaban á los ministros cartas ó diputaciones para suplicarles que desviasen de la Francia los males de una guerra hecha, sin motivos legítimos y serios, á un pueblo amigo y aliado (2). La incertidumbre en que se estaba tocante á las decisiones del congreso y sobre la resolucion definitiva del gobierno, aumentaba la agitacion; los periódicos publicaban noticias en estremo contradictorias: «La política de la guerra ha vencido, decian una mañana los periódicos realistas fanáticos.—La paz está asegurada,» replicaban al dia siguiente los periódicos políticos. En medio de esta ansiedad de todos los ánimos y de todos los intereses fué cuando, el 9 de diciembre, el duque de Wellington llegó de Verona á París, donde halló un pliego que le ordenaba pedir una conferencia á Mr. de Villele y ofrecer la mediacion de su corte para arreglar las diferencias que existian entre Francia y España. El resultado de su primera entrevista con el presidente del consejo fué despachar un correo encargado de llevar á nuestros plenipotenciarios de Verona la órden espresa de insistir cerca de las cortes de Austria, de Prusia y de Rusia para que consintiesen en suspender el llamamiento de sus representantes en Madrid. Apenas este correo acababa de salir de París, entró por sus puertas Mr. de Chateaubriand, portador de la noticia de haberse enviado los oficios de llamamiento.

Sabido es el dia en que se abrió oficialmente el congreso de Verona; pero ignórase el momento preciso de su disolucion. Aquella reunion terminó como suelen terminar todas las fiestas, por la retirada sucesiva y casi silenciosa de los convidados. Hay ciertos hechos políticos famosos por el estilo de muchas reputaciones: cuando uno se propone examinarlas con alguna detencion, al momento que las aclara se desvanecen como el humo. Todos los trabajos y todo el resultado del congreso se redujo á una nota que presentó Mr. de Montmorency y á la redaccion de tres oficios para ser enviados á España. «No hubo verdaderamente otro acuerdo entre los soberanos y los diplomáticos reunidos con tanto estrépito sobre el Adigio, sino el proyecto de oficiar á los representantes de los aliados en Madrid, ha dicho el mismo Mr. de Chateaubriand; á este paso inofensivo, que á nada podia conducir, se redujo aquella famosa intervencion del congreso de Verona con que tanto ruido se hizo.» A pesar de esta confesion, y sin duda por el mero hecho de haber sido él uno de los miembros de aquella reunion, y por haber obtenido de Alejandro una breve conversacion y comunes confidencias, Mr. de Chateaubriand consagró á dicha conferencia dos volúmenes en que de lo que menos trata es del congreso y de los trabajos en que se ocupó.

Tanto como Mr. de Villele estuvo esperando ver que los aliados dejasen al cuidado de la Francia solo el decidir la forma y el momento de llamar á sus representantes en Madrid, este ministro se abstuvo de someter á la deliberacion del consejo la conducta que guardaria el gobierno francés con respecto á su propio embajador en la corte de España, y ocupó el celo de Mr. de Montmorency, desde su regreso, en el exámen de la oferta de mediacion y congreso de Verona, 2 volúm. en 8.°, 1838, hecha por el duque de Wellington, mediacion que, despues del cambio de algunas notas, fué formalmente desechada. Pero cuando la llegada de Mr. de Chateaubriand con los despachos de los gabinetes de Viena, San Petersburgo y Berlin, á sus ministros en España, vino á precisarle á tomar un partido, sometió por fin á sus colegas la cuestion de saber si la Francia se uniria á los aliados en sus amenazas á la revolucion española y en la ruptura inmediata de toda relacion diplomática con el gobierno de las cortes. Esta discusion colocaba á Mr. de Montmorency en una posicion estraña; las tres grandes potencias del norte, al escribir sus despachos, habian cedido á las instancias de este ministro: decidiéronse á ello en virtud de su peticion formal, como á representante del gabinete de las Tullerías; y cuando dichos soberanos, desinteresados en el debate entre Francia y España, rompian todas las relaciones con esta, con el solo fin de dar al gobierno francés el ausilio moral solicitado en su nombre, de apoyarlo en su querella, y adoptando una política á parte, se mantendria fuera de la senda en que él mismo les hiciera entrar!

Aun cuando la pasion política no hubiese arrastrado á Mr. de Montmorency á exigir que nuestro embajador saliese de Madrid al mismo tiempo que los representantes de las potencias aliadas, se veia obligado á ello por respeto á su dignidad personal y casi diremos á su honor. La lucha, en el consejo, fué larga; evocando los recuerdos aun tan recientes de la guerra de 1808; apoyándose en la autoridad del duque de Wellington, quien pronosticaba á nuestra intervencion una nueva resistencia á todo trance y nuevos desastres; mostrando la Inglaterra pronto á echarse sobre nuestras últimas colonias, y á plantar su bandera en Puerto-Rico y en Cuba, Mr. de Villele tenia perplejos á sus colegas; por último, en una reunion que posteriormente se tuvo en las [illegible] el domingo 25 de diciembre, dia de Navidad, prevaleció la [illegible] del presidente del consejo, y M. de Montmorency, herido ya [illegible] de presidente que le subordinaba á un oscuro caballero [illegible], gran señor, oriundo de la mas antigua y mas ilustre familia del reino, y titular de un ministerio que la opinion estaba habituada á considerar como á primer departamento ministerial, el ministro de negocios estranjeros, decimos, depositó inmediatamente su cartera. Luis XVIII asistió al consejo: este soberano, por tradicion de raza, miraba con malos ojos á los nombres grandes; de un lado, Mr. de Montmorency tenia en su concepto la mancha de haber contribuido, por sus votos en la asamblea constituyente de 1789, á las primeras reformas de la revolucion; luego, ahora la mancha no menos grande de mostrar una devocion ardiente, severa, que venia á ser la condenacion indirecta de las habitudes del príncipe en su vida privada. Por último, ni este ministro, ni sus colegas eran de su eleccion, pero los habia tolerado: ahora queria aprovechar esta ocasion para vengarse de esa especie de violencia moral y de obrar aun como rey, de suerte que aceptó la discusion en el acto. Aquella misma noche, un suplemento del Monitor publicaba un oficio dirigido por Mr. de Villele, en calidad de ministro de negocios estranjeros interino, al conde de Lagarde, en el cual, despues de haber dicho á este agente, «que la Francia hacia votos para que la noble nacion española hallase en sí misma un remedio á sus males,» añadia «Que la Francia no titubearia sin embargo en llamarle de Madrid, y en buscar sus garantías en disposiciones mas eficaces, si sus intereses esenciales siguiesen comprometidos, y si perdiese la esperanza de una mejora (en la constitucion de 1812) que se complacia en aguardar de los sentimientos que tanto tiempo habian unido á los españoles y franceses en el amor de sus reyes y de una prudente libertad.» A pesar de la oscuridad estudiada de este lenguaje, la comunicacion consagraba dos hechos: en primer lugar la Francia, rehusando seguir la misma linea política que sus aliados, dejaba su embajador en Madrid; en se-

(1) El general Donnadieu, entre otros, nombrado para el mando de la division militar acantonada en Tours, dirigió á las tropas que tenia á sus órdenes una órden del dia en que habla esta frase: «Estrechad vuestras filas en torno de estas banderas que, tal vez os abriran incesantemente una nueva carrera de gloria y de honor.»

(2) Estos pasos irritaban á ciertos periódicos realistas, los cuales se desfogaban en sátiras contra *aquellos comerciantes* que tenian la osadía de hacer intervenir en una cuestion de alta política sus intereses de almacen y de escritorio, uno de ellos les reprendió recordándoles estos versos dirigidos por Voltaire á Lefranc de Pompignan:

«¿No sabes que á los reyes nunca debe
Importunar jamás ningun villano?
Quédate quieto en casa, amigo mio,
O te tendrán por loco rematado.»

gundo lugar, el ministro admitia para España, el derecho á una prudente libertad, y se ceñia á pedir á esta potencia mejoras en su constitucion política.

La plaza de Mr. de Montmorency, en el gabinete, no podia quedar mucho tiempo vacante; pero ¿á quién escoger para llenarla? Ser el hombre de Mr. de Villele no bastaba; era menester convenir á la congregacion que se mostraria tanto mas difícil de satisfacer, por cuanto la retirada de Mr. de Montmorency tenia irritados á muchos de sus miembros. Ahora bien, si Mr. de Chateaubriand, en su correspondencia con el presidente del consejo, dejaba dudas acerca la cuestion española, en cambio, en sus comunicaciones privadas con los partidarios de la intervencion, se indemnizaba de aquella violencia; la invasion de España no tenia un apoyo mas firme. Mr. de Chataubriand, por otra parte, no decia aun de la sociedad dirigida por el P. Ronsin: «Aborrezco » la congregacion y esas asociaciones de hipócritas que transforman » mis criados en espías, y que en el altar solo buscan el poder;» miembro de esta asociacion hacia ya muchos años, era uno de sus miembros mas notables y mas adictos. De consiguiente ningun hombre político se hallaba en una posicion tan favorable para ser considerado á la vez, por la congregacion, no como el sucesor, sino como el continuador de Mr. de Montmorency, y por Mr. de Villele, como el colega que mas podia desear. El presidente del consejo se apresuró á proponerle la cartera vacante. Despues de haberse hecho de rogar, Mr. de Chateaubriand aceptó, como á pesar suyo, el puesto que ambicionaba, y el 29 de diciembre el Monitor publicaba su nombramiento.

Era de creer que por fin triunfaria la política pacífica. Mr. de Villele poseia facultades elevadas; pero, desgraciadamente para la libertad española, su carácter se hallaba inferior á su inteligencia. Esclavo de su ambicion, este ministro no se pertenecia á sí mismo. El partido que hasta entonces constituyera su fuerza, iba á hacerle débil; y pronto debia verse á este hombre político inmolar sus convicciones á la conservacion de su cartera, y dócil instrumento de pasiones que no tenia, emplear todos los recursos de su talento para obtener de las dos cámaras, y defender contra la oposicion, aquella intervencion armada, que él mismo tanto tiempo y con tanto calor combatiera.

CAPÍTULO XVII.

Asuntos de España: Notas del Austria, de la Prusia y de la Rusia á sus ministros, cerca del gabinete de Madrid. Contestacion del coronel Evaristo San Miguel. Los ministros de las tres cortes piden sus pasaportes; correspondencia que media con este motivo.—El conde de Lagarde es llamado á Paris; comunicaciones de Mr. de Chateaubriand á este embajador.—Lord Fitz-roi-Sommerset es enviado á Madrid. Carta de Mr. de Chateaubriand á Mr. Canning.—Apertura de las cámaras. Discurso de la cámara. Exámen de actos en la cámara de diputados.—Discusion de la contestacion al discurso de la corona en la cámara de los pares; discurso de Mr. de Talleyrand; relacion de Mr. de Chateaubriand.—Discusion de la contestacion al discurso del trono en la cámara de los diputados; declaracion de Mr. de Villele.—Lord Fitz-roi-Sommerset y sir William A'court en Madrid; proposicion de mediacion. Mr. Canning y Mr. de Chateaubriand; comunicacion dictada por este último á lord Carlos Stuart.—Nuevo ministerio proyectado por la congregacion; negociaciones acerca de Mr. de Villele; decídese este ministro á intervenir en España. Pídese un crédito de cien millones á la cámara de los diputados: dictámen de Mr. Martignac; Discursos de MM. Royer-Collart, Labourdonnaie, Benjamin, Delessert, el general Foy, Villele y Chateaubriand. Contestacion de Manuel á este último; interrupcion, tumulto; proposicion de Mr. Labourdonnaie para la esclusion de Manuel.

1823.—«El gobierno francés, decia en 29 de abril de 1823 en la cámara de los comunes, uno de los ministros, el canciller del tribunal del fisco, dista mucho de desear la guerra con la España tan vivamente como se pretende; aquel gobierno no nos habia engañado, y aunque indudablemente ha podido sorprendernos su conducta, aunque no debíamos esperar que cambiase con tanta prontitud en sus opiniones, estamos convencidos de que ni él mismo estaba preparado para esta modificacion. «En efecto el cambio fué inopinado y su causa debe buscarse en hechos sobrevenidos simultáneamente en Madrid y en Paris.»

Las comunicaciones de las tres grandes potencias del norte á sus embajadores en España, y la de Mr. de Villèle al conde de Lagarde, llegaron á Madrid el 5 de enero; al fin del capítulo precedente hemos analizado la última; tócanos ahora hablar de las notas de las tres potencias. En ellas el Austria, la Prusia y la Rusia protestaban contra la revolucion española, condenaban su orígen, y la calificaban de resultado de un motin militar reprobado por la masa de la nacion, de obra de una minoría facciosa que tenia al rey cautivo en su palacio, y que bajo el nombre de un monarca despojado de toda autoridad, se entregaba á escesos y desórdenes cuya continuacion podia comprometer la seguridad de la Francia y la tranquilidad de la Europa; estas quejas no iban acompañadas de amenaza alguna de agresion inmediata, ni de futura intervencion; cada una de las tres cortes se limitaba á manifestar su modo de ver sobre la situacion en que la revolucion de 1820 habia colocado á la España, y sobre la necesidad de remediar los males que habia originado, aboliendo la constitucion de 1812 y restituyendo á Fernando «la necesaria autoridad para hacer cesar la guerra civil y restablecer en su reino el órden y la paz.»

Aunque redactadas con igual espíritu, aquellas notas presentaban sin embargo algunas diferencias asi en la forma como en la espresion; así es que el Austria, cuyos príncipes habian ocupado por largo tiempo el trono de España, y que no queria sin duda despreciar los azotes con que el porvenir pudiese favorecerla, por remotas é improbables que fuesen, no se contentaba con atenuar sus críticas y quejas con pomposos elogios prodigados á las hereditarias virtudes del pueblo español, á su heroismo y á los servicios que le debia el mundo por su resistencias de 1808, ni con recordar el destinguido lugar que ocupaba en la historia, sino que ofrecia además á la España su mediacion y buenos oficios «para sustituir á un régimen impracticable, un órden de cosas en el cual se cambiasen acertadamente los derechos del monarca con los verdaderos intereses y legítimas aspiraciones de la nacion.» A su vez la Prusia, si bien insistia con fuerza en los males causados á los pueblos de la península, con el establecimiento del régimen constitucional, reconocia «que no tocaba á las cortes estranjeras juzgar qué clase de instituciones cuadraban mejor al carácter, costumbres y necesidades de la nacion española.» El lenguaje de la Rusia era menos conciliador; despues de decir á su representante en Madrid «que solo la malevolencia podia ver las observaciones que le trasmitia una intervencion estranjera en los asuntos de España y una pretension de dictar leyes á este pais.» Mr. de Nesselrode terminaba con estas palabras: «La contestacion que se haga á la presente declaracion resolverá cuestiones de la mas alta importancia. Vuestras instrucciones del dia os indican ya la determinacion que debeis tomar; si los depositarios de la autoridad pública en Madrid desestiman los medios que les ofrecereis para asegurar á la España un porvenir tranquilo y una imperecedera gloria (1).»

En vano las tres cortes protestaban de su respeto por la independencia de la nacion española; las notas que acabamos de analizar constituian una positiva intervencion que debia justamente herir la susceptibilidad del gabinete de Madrid. El coronel Evaristo San Miguel, entonces ministro de negocios estranjeros, contestó en 9 de enero con una comunicacion breve, firme, casi altanera, en una palabra, tal como debia esperarse de la irritacion de un gobierno ofendido; en su contestacion, comun á las tres cortes, el ministro calificaba cada nota de un documento lleno de hechos desfigurados, de denigrantes suposiciones, de acusaciones tan injustas como calumniosas, de demandas vagas á los cuales era imposible contestar franca y categóricamente; y luego añadia: «La nacion española, gobernada por una constitucion reconocida solemnemente por todas las potencias de Europa, jamás se ha mezclado en lo mas mínimo en las instituciones ni régimen interior de los otros pueblos. El remedio que debe aplicarse á los males que pueden afligirla, solo á ella interesa; además estos males no son resultado de su constitucion, sino obra de los enemigos que quisieran derribarla. La España no puede reconocer ni reconocerá jamás en potencia alguna el derecho de intervenir en sus propios asuntos, y su gobierno, fiel á la línea de conducta que su deber y honor le trazan, no dejará de obrar en un todo conforme con el código fundamental de 1812.»

La contestacion del mismo ministro al embajador francés, conde de Lagarde, tenia un carácter menos absoluto; el coronel San Miguel, refutaba en ella la nota de Mr. de Villèle, y respondia á las acusaciones de este último oponiéndole las justas y formales quejas de la España contra la Francia: los párrafos mas notables de este documento fueron los siguientes:

«El nuevo órden de cosas establecido en 1820 no fué el resultado de una insurreccion militar; los valientes que se pronunciaron en la isla de Leon no fueron otra cosa que el órgano de la opinion pública y de los deseos de la nacion (2). Como consecuencia enevitable de toda reforma

(1) Las notas de las Cortes de Viena, de Berlin y de San Petersburgo estan fechadas en Verona en los dias 14, 22 y 26 de noviembre de 1822.

(2) En efecto las tropas que se insurreccionaron en la isla de Leon estaban por decirlo asi prisioneras en aquella posicion, y la columna de Riego ya no existia cuando Fernando proclamó la constitucion de 1812

que supone la correccion de abusos el nuevo órden de cosas debia hacer no pocos descontentos; el ejército que el gobierno francés mantiene en los Pirineos no puede calmar los desórdenes que afligen á la España: por el contrario la esperiencia ha demostrado que la existencia del llamado cordon sanitario, convertido despues en un cuerpo de observacion, ha contribuido á alimentar las locas esperanzas de los fanáticos estraviados que dieron en diferentes provincias el grito de rebelion, halagándoles con la idea de una próxima invasion en nuestro territorio.

»El gobierno español aprecia en su justo valor los ofrecimientos que para su bienestar le hace S. M. cristianísima; mas está persuadido de que los medios y precauciones que la Francia ha adoptado no servirán sino para producir resultados contrarios. El ausilio que en los actuales momentos deberia dar á la España el gobierno francés es puramente negativo; disolucion del cuerpo de ejército de los Pirineos; represion de los facciosos españoles refugiados en Francia; marcada hospitalidad contra los que se complacen en denigrar del modo mas vil las instituciones y el gobierno español, esto es lo que exige el derecho de gentes respetado por todas las naciones civilizadas.

»Decir que la Francia quiere la felicidad y el reposo de la España y tener siempre encendidas las antorchas de discordia que alimentan los crueles males que la afligen, es caer en un abismo de contradicciones.

»Por lo demás, cualesquiera que sean las resoluciones que la Francia crea convenientes adoptar, la España no se desviará de la senda que le traza su deber, la justicia de su causa y su invariable afeccion á los principios constitucionales; y sin entrar en el análisis de las espresiones hipotéticas y anfibológicas que contienen las instrucciones dirigidas al conde de Lagarde, el gobierno concluye diciendo que el reposo, prosperidad y bienestar de la nacion española á nadie interesan sino á ella misma.»

La lectura de estos documentos, comunicados á las cortes en el mismo dia de su fecha, fué recibida con gritos muchas veces repetidos de ¡viva la España libre! ¡viva la constitucion! y con unánimes aplausos salidos de todos los bancos de la cámara y de las tribunas públicas. En seguida tomó el presidente la palabra en nombre de la asamblea, y contestó al ministro que no tan solamente no consentirian las cortes en que se hiciese el menor cambio en la constitucion, á no ser bajo las formas prescritas en aquel mismo código, sino que proporcionarian al gobierno todos los recursos necesarios para rechazar una agresion estranjera de cualquier parte que viniese. Esta declaracion, renovada en una esposicion especial á Fernando VII, y votada unánimemente por la cámara, dió ocasion á nuevas y entusiastas demostraciones que del interior de la sala de sesiones se estendieron al esterior; la multitud reunida al rededor del palacio de las cortes acogió con vivas y bravos la salida de los principales oradores; queria llevarles en triunfo y les siguió hasta sus casas cantando himnos patrióticos que acompañaban los guerreros sones de las músicas de la guarnicion.

Estas ruidosas demostraciones y exaltacion de los ánimos decidieron á los embajadores estranjeros á pedir cuanto antes sus pasaportes; con este motivo medió la siguiente correspondencia entre los representantes de las tres cortes y el coronel San Miguel.

Nota del enviado de Prusia.— Habiendo las representaciones del que suscribe recibido una contestacion muy poco conforme con el decoro de su corte, se ve obligado, segun órden formal del rey, su señor, á declarar que S. M. no puede continuar por mas tiempo con la España en relaciones que serian tan poco conformes al objeto de las mismas como á los sentimientos de interés y de amistad del rey hácia S. M. C. En ejecucion de las mismas órdenes, el que suscribe debe manifestar igualmente que el rey, su augusto soberano, no cesará de hacer los mas sinceros votos por la felicidad de una nacion que S. M. ve con el mas profundo dolor, en el camino de su ruina y presa de todos los horrores de la anarquía y de la guerra civil. Tengo el honor de pedir á V. E. que tenga á bien mandarme espedir los pasaportes necesarios para salir de España.

Contestacion.— Hé recibido la nota de V. S. y me limitaré á contestarle que los votos del gobierno español para la felicidad de los estados prusianos no son menos ardientes que los manifestados por S. M. el rey de Prusia por la España. Envio á V. S. los pasaportes que me pide.

E. San Miguel.

Nota del enviado de Austria.— La contestacion de V. E. á la comunicacion en la cual se espresaba los sentimientos y deseos del emperador, prueba que los sentimientos de S. M. han sido desconocidos ó mal interpretadas sus palabras. El que suscribe no descenderá hasta á refutar las acusaciones de calumnia por medio de las cuales se ha querido desnaturalizar su verdadero sentido; la España y la Europa podrán en breve pronunciar su fallo; mas la corte de Austria no puede menos de manifestar altamente su reprobacion sobre las causas de los males que oprimen á una nacion noble y generosa. El que suscribe, en cumplimiento de las órdenes de su corte, declara que su mision ha terminado y pide sus pasaportes.

Contestacion.—He recibido la nota de V. S. y por ahora solo contestaré que es del todo indiferente al gobierno de S. M. C. tener ó no relaciones con la corte de Viena: en cumplimiento de la órden del rey mando á V. S. sus pasaportes.

Nota del enviado de Rusia. — El que suscribe ha visto con verdadero pesar que la contestacion de S. E. el señor San Miguel á su nota del 6 del corriente se hallaba muy lejos de satisfacer los deseos de que era órgano: esta nota será publicada en Europa y esta fallará entre las intenciones de las potencias, á quienes anima el noble amor del bien, y un gobierno que parece resuelto á apurar el cáliz de los males de la España. En cuanto á las resoluciones que anuncia la nota de S. E. el señor San Miguel, toda la responsabilidad de las mismas pesará sobre personas que deben considerarse sus autores; y mientras estas personas privaren á su legítimo soberano de su libertad, mientras dejaren á la España abandonada á todos los horrores de una sangrienta anarquía, la Rusia no podrá tener relacion alguna con autoridades que toleran y aun escitan semejantes desórdenes. En su consecuencia el que suscribe pide á S. E. que le mande sus pasaportes junto con los de todos sus empleados en la legacion imperial.

Contestacion. — He recibido la estraña nota de V. S. y por toda contestacion diré que V. S. ha abusado escandalosamente, por ignorancia quizás, del derecho de gentes respetable siempre á los ojos del derecho español. En cumplimiento de las órdenes del rey, le mando sus pasaportes, esperando que V. S. saldrá de esta capital lo mas pronto que sea posible.

Se ha dicho que el coronel San Miguel habia empleado en esta correspondencia un lenguaje inaudito en los fastos de la diplomacia; pero ¿eran menos singulares las comunicaciones, á las cuales debia aquel ministro contestar? Colocada en el estremo meridional de Europa, la España no tenia el menor contacto con las tres grandes potencias absolutas del norte; estas no tenian ni una queja, ni una provocacion que vengar contra el gobierno de las cortes, mas sin duda por la sola razon de que eran fuertes y débil la España, no vacilaban en intervenir en los asuntos interiores de esta nacion, con notas imperiosas, insultantes y cuya entrega por sus agentes acreditados cerca de los poderes tan vivamente injuriados, constituia, como hace observar muy bien el coronel San Miguel, una verdadera violacion del derecho de gentes. La España lo respetó en la persona de los agentes encargados de ultrajarla, y los tres enviados de Austria, de Prusia y de Rusia pudieron salir de Madrid, atravesar el reino y pasar la frontera, sin sufrir el menor insulto; mas el dia siguiente de la marcha de aquellos estranjeros, contestaron los habitantes de la capital de España á las amenazas de los gabinetes de Viena, de San Petersburgo y de Berlin, con iluminaciones, paseos con antorchas, cantos patrióticos, y con serenatas dadas á los ministros y á los principales diputados. Dócil el ministro francés á sus instrucciones, no siguió el ejemplo de los demás embajadores y permaneció en Madrid (1).

Mientras que el pueblo de Madrid alentaba con tales demostraciones la resistencia de su gobierno á las intimaciones de los monarcas abso-

---

(1) Un incidente que rara vez deja de producirse en todas las revoluciones ocurrió cuando la partida de los embajadores de Austria, Prusia y de Rusia. Algunos de los cargos que se echaban en cara a la revolucion española por las potencias estranjeras estaban fundadas en el lenguaje injurioso y provocador de ciertos periódicos ultra-liberales y en sus locas y anárquicas declamaciones. El *Zurriago* redactado por un tal Megía descollaba entre todos por la violencia de sus ataques contra los estados vecinos y por un fanatismo y una exageracion revolucionaria que la hacian aborrecible aun de aquellos hombres mas adictos á la causa constitucional; nadie le parecia ni bastante enérgico, ni bastante puro; ministros, generales, diputados, todos eran traidores á la causa de la revolucion; algunos milicianos pasaban una noche por delante del palacio de uno de los embajadores estranjeros cuando ven salir del él á Megía; espiaron sus pasos, y en breve adquirieron la prueba de que mantenia diarias relaciones con los representantes de las potencias. Denunciado ante la opinion pública y arrojado de las filas de la milicia, se refugió en la casa de uno de los representantes estranjeros, que luego le llevó consigo á su salida de España.

fatos del Norte, el gabinete de Paris ó por mejor decir su presidente continuaba desoyendo los clamores del partido realista y luchando para la conservacion de la paz; la agitacion y la pública inquietud, escitadas por la proximidad de la legislatura, habian llegado á su mayor grado asi en Paris como en los departamentos; la llegada de un correo era un acontecimiento; las menores acciones de las personas que gozaban de algun crédito,cualquier palabra escapada á un ministro,y el mas fugitivo rumor, espiados y recogidos con avidez por los periódicos de todas las opiniones eran inmediatamente comentados en artículos que la pasion inspiraba, los cuales infundiendo temor ó esperanza entre los lectores, segun que estos deseasen ó no la guerra, dejaban sentir su influencia en los valores públicos de toda clase, imprimiendoles las mas fatales fluctuaciones.

En medio de esta ansiedad general y de la perturbacion de todos los intereses materiales. Mr. de Villèle y sus colegas recibieron á la vez la noticia de la salida de Madrid de los embajadores estranjeros y la contestacion del coronel San Miguel á la conciliadora nota del presidente del consejo; el principal motivo en que fundaba este su oposicion á una inmediata intervencion armada, era la posibilidad de que se hicieran mejoras en la constitucion del año 1812, consentidas por las cortes: negándose el gobierno español a toda concesion parecia quedar desvanecida esta esperanza de paz, asi es que Mr. de Villèle, bajo pena de desmentir todas sus declaraciones y aun el tenor de su última nota, se veia obligado á imitar á las tres cortes y á retirar á su embajador. Sin embargo conservando una última esperanza y no queriendo abandonar hasta el fin el proyecto de una transaccion, resolvió llamar á Paris á Mr. de Lagarde, dejando empero una puerta abierta para las negociaciones. En 18 de enero, Mr. de Chateaubriand encargado de llevar á efecto esta doble obra, dirigió á Mr. de Lagarde las dos comunicaciones que vamos á analizar. En la primera, documento oficial destinado á la publicidad, el ministro de negocios estranjeros despues de esplicar ó atenuar los hechos de los cuales el coronel San Miguel hacia cargo al gobierno francés, terminaba con estas palabras: «El rey, solícito por la prosperidad de la nacion española, hubiera deseado que su embajador pudiese permanecer en Madrid, aun despues de la marcha de los encargados de negocios de Prusia, de Austria y de Rusia; mas sus últimos deseos no han quedado satisfechos y se ha frustrado su última esperanza; el fatal genio de las revoluciones que por tanto tiempo ha desolado la Francia, preside en los consejos de la España. Nada de cuanto estaba de nuestra parte hemos omitido para conservar con esta nacion las relaciones que con gran sentimiento nos vemos obligados á interrumpir; y puesto que toda esperanza se ha desvanecido, que la espresion de los mas moderados sentimientos no nos atrae mas que provocaciones, no es compatible con el honor del rey ni con el honor de la Francia, que permanezcais mas tiempo en Madrid. En su consecuencia, el rey os manda pedir los pasaportes para vos y para el personal de toda vuestra legacion, y que partais sin pérdida de momento.»

La segunda comunicacion, enteramente confidencial, decia: «Al trasmitiros las órdenes del rey para que salgais de España, debo daros algunas esplicaciones sobre las espresiones que Mr. San Miguel ha hallado antibológicas en la nota de Mr. de Villèle. Para establecer el órden en España y devolver á la Francia y demás estados del continente su seguridad, existe un medio tan sencillo como eficaz. Todo habrá terminado el dia en que Fernando VII pueda por sí mismo y de su propia autoridad hacer las modificaciones necesarias en las instituciones rectificadas despues por S. M. C.; además, el rey nuestro señor, opina que seria conveniente dar una amnistia general por todos los actos políticos desde 1812 hasta el dia de su promulgacion. Todo español debe someterse al nuevo órden de cosas que, con el simple regreso de los embajadores estranjeros á Madrid, recibirá la única sancion, la única garantía de que es susceptible semejante acto de parte de los demás gobiernos.

«Esta feliz modificacion conservaria la paz entre la Francia y la España; mas es evidente que vuestra presencia en Madrid es enteramente inútil como medio de conciliacion; por el contrario, vuestra marcha es necesaria por la conservacion de la paz, puesto que solo ella puede autorizar la reunion en nuestras fronteras de cien mil hombres que tenemos preparados á propósito Cuando S. A. R. el duque de Angulema que debe mandarlos, se haya adelantado hasta la orilla del Bidasoa, el rey Fernando podrá presentarse entonces en la orilla opuesta al frente de sus tropas; los dos príncipes podrán tener en seguida una entrevista que quizás sea orígen de un tratado de paz, de modificaciones constitucionales y de la amnistia que desea S. M. cristianísima; entonces no solo retiraremos nuestro ejercito, sino que pondremos á disposicion de la España nuestros soldados, nuestros buques y nuestros tesoros, considerándonos muy dichosos de haber contribuido á su prosperidad y á su reconciliacion con las potencias continentales.»

Llamar á Paris á Mr. de Lagarde, por la razon de que debia motivar la concentracion de cien mil franceses al pié de los Pirineos, parecia tanto á Mr. de Villèle como á Mr. de Chateaubriand un medio para obligar á las cortes á una transaccion; mas esperar esto de una entrevista entre Fernando y el duque de Angulema, marchando el uno contra el otro al frente de sus ejércitos, y haciendo alto en las dos orillas del Bidasoa, era una ilusion muy propia del ministro de negocios estranjeros, escritor fecundo y brillante, hombre de imaginacion y de poesía política mas bien que hombre de estado. El presidente del consejo, hombre positivo, no se cuidaba de fiar á tan estraño encuentro el mantenimiento de la paz entre ambos pueblos, y cifraba su esperanza en el temor que debian inspirar al gobierno de Madrid nuestros preparativos de invasion y en la oficiosa mediacion de la Inglaterra. El embajador de esta potencia, sir William A'Court, permanecia en Madrid, y Mr. de Lagarde tenia órden de comunicarle las condiciones bajo las cuales la Francia consentiria en no bajar la espada, dejándole el cuidado de obtener su aceptacion. Es verdad que sir William A'Court inspiraba muy poca confianza á los constitucionales españoles; representante de la corte de Londres en Nápoles cuando la invasion de 1821, se habia mostrado fiel ejecutor de las instrucciones antiliberales de lord Castlereagh; sus actos, mas que de un enviado de un pueblo libre,habian sido los de un ministro de la Santa Alianza, y como estos recuerdos podian disminuir la autoridad de sus representaciones, el gabinete de San James, para asegurar el éxito de su mediacion, nombró adjunto de sir William á uno de los generales ingleses que mas se habia distinguido en España en tiempo de la guerra de la independencia, á lord Fitzroi-Sommerset. Este nuevo enviado, particular amigo del duque de Wellington, llegó á Madrid, portador de cartas dirigidas por este último á los ministros influyentes y á los principales diputados, en las cuales les pedia, en nombre de los servicios que habia podido prestar á la España y del interes que tenia en su felicidad, que fuesen satisfechas las demandas del gabinete de las Tullerías. El envío de este nuevo agente pacificador habia sido concertado entre las cortes de Londres y de Paris, asi es que Mr. de Chateaubriand, al llamar á Mr. de Lagarde, se apresuró á anunciar esta resolucion á Mr. Canning en una comunicacion destinada a hacer considerar la marcha de nuestro embajador, mas que como un acto de rompimiento, como una amenaza que debia tender al mismo fin que la mediacion británica. «El conde de Lagarde ha recibido órden de comunicar oficialmente á sir William A'Court las benévolas intenciones del rey, escribia Mr. de Chateaubriand al ministro inglés; S. M. pide que el rey de España pueda hacer por sí mismo y de su propia autoridad las modificaciones necesarias en las instituciones que han sido impuestas á la corona de España por el motin de algunos soldados. A esta libre concesion de instituciones rectificadas por el rey Fernando, el rey de Francia cree que seria conveniente añadir una amnistia plena y entera para todos los actos de política hechos desde 1820 hasta el dia de la promulgacion de la real concesion Estas son las razonables condiciones que podrian conducir á una pronta conciliacion. La Francia ha tomado y continuará tomando todas las medidas necesarias para poner fin á un estado de incertidumbre que compromete á la vez su seguridad y su honor; mas cualesquiera que sean los acontecimientos, desea poder contar siempre con los buenos oficios que le propone nuevamente el gobierno de S. M. B.»

Esta comunicacion de fecha de 23 de enero llegó el 26 á Londres á manos del primer ministro de Inglaterra, en el mismo momento en que Mr. de Villèle y sus colegas reunidos en consejo discutian en Paris los términos del discurso que Luis XVIII debia pronunciar el dia 28 al abrir la legislatura. ¿Qué lenguaje debia usar el gobierno respecto de la cuestion de España? ¿Seria presentada la salida de Mr. de Lagarde de Madrid como un acto de irrevocable rompimiento, como la señal de una lucha inmediata? O bien, fiel el ministerio á las declaraciones contenidas en sus notas, en las cuales confesaba sus secretas esperanzas, ¿se limitaria á hablar de la venida de nuestro embajador á Paris, como de una simple interrupcion de relaciones diplomáticas que no cerraba del todo la puerta á las negociaciones? Mr. de Villèle acababa de sostener acaloradamente esta última opinion, cuando el ministro del interior, Mr. Corbière, presentó al consejo una carta de uno de sus compatriotas y particular amigo, Mr. Garnier-Dufougerais, enviado el año anterior á la cámara por el distrito de Saint-Malo, en la cual este diputado decia: «que los ministros comprometian su posicion retardando por mas tiempo la entrada de nuestras tropas en España; que su tibieza en libertar á Fernando del yugo revolucionario, irritaba hasta tal punto al partido realista, que todos los diputados nuevamente elegidos estaban firme-

BOMBARDEMENT DE CADIX

Digitized by Google

mente resueltos á derribar el gabinete, si el discurso de apertura no anunciaba de un modo formal y positivo una inmediata intervencion.» Otros tres ministros confirmaron el aviso dado por Mr. Dufougerais, por haber recibido, segun dijeron, informes análogos de distintos puntos. Precisado á ceder, Mr. de Villele solo pensó en poner en boca del monarca un lenguaje bastante enérgico para satisfacer á la mayoría realista, sin que por esto la política pacífica perdiera las últimas y debiles probabilidades de triunfo que podian quedarle.

Raras veces habia sido esperada con tanta impaciencia la apertura de las cámaras, pues no eran únicamente los partidos políticos los que se mostraban ávidos por saber la resolucion del gobierno sobre los asuntos de España: la cuestion de paz ó de guerra afectaba á muchos ciudadanos de diferentes clases, interesados los unos en el empréstito abierto en favor de la regencia absolutista española, y los otros, en número mucho mas considerable, en las rentas emitidas en la plaza de Paris, en nombre y á cuenta del goberno de las cortes. Estos últimos prestamistas pertenecian en su inmensa mayoría á la clase media, y la invasion era para ella la ruina: la mayor parte no se decidieron á comprar estos valores hasta haber oido declarar á Luis XVIII en 4 de junio de 1822, cuando la apertura de la legislatura anterior: «que los regimientos reunidos en la frontera de España tenian por única mision alejar la fiebre amarilla de nuestro territorio, y que solo la malevolencia podia hallar en esta medida un pretesto para desnaturalizar sus intenciones. «El 18 de enero de 1823, siete meses y medio despues de esta manifestacion que rechazaba como una calumnia injuriosa la idea de una intervencion, el mismo monarca, hablando en el mismo lugar, rodeado é inspirado por los mismos ministros, pronunciaba al abrir las cámaras las siguientes palabras:

»La obstinacion con que han sido desestimadas las representaciones hechas en Madrid, deja pocas esperanzas de conservar la paz.

»He ordenado la salida de aquella corte á mi embajador; cien mil franceses, mandados por un príncipe de mi familia, por aquel que mi corazon llama mi hijo, se hallan prontos á marchar invocando el Dios de San Luis para conservar el trono de España á un nieto de Enrique IV, librar de su ruina á aquel hermoso reino y reconciliarle con la Europa.

»Si la guerra es inevitable, cuidaré particularmente de estrechar su círculo, de limitar su duracion, y solo la emprendo para conquistar la paz que el estado de España hace imposible.

»Sea Fernando VII libre de dar á sus pueblos instituciones que solo se puede conceder, y que asegurando su reposo disipen las justas inquietudes de la Francia, y las hostilidades cesarán: así lo prometo solemnemente en presencia vuestra.»

Entusiastas reclamaciones y gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los Borbones! ¡vivan todos los Borbones! proferidos con fuerza por la multitud de personajes oficiales reunidos en la sala del Louvre, testigo por la cuarta vez de esta solemnidad, recibieron las palabras de Luis XVIII (1). En vano Mr. de Villele se esforzó en presentar la entrada de nuestras tropas en España como un acontecimiento posible y aun probable mas bien que como una resolucion ya formada: el público reunido en la sesion de apertura vió la guerra en cada una de las espresiones puestas en boca del rey, y al cabo de pocas horas todo Paris, conmovido, agitado por la noticia, consideraba la invasion como un hecho decidido, y la renta del cinco por ciento que veinte dias antes se hallaba á 89 francos y la víspera á 78, bajó á 75 fr. 60 céntimos.

Antes de nombrar la comision encargada de formular la contestacion al discurso de la corona, la cámara de diputados examinó las actas de las elecciones de los miembros nuevamente nombrados. La discusion que con este motivo se suscitó confirmó todos los actos de intimidacion y de violencia de que hicimos mencion en el capítulo precedente al hablar de estas elecciones: arbitrarias creaciones de electores que ningun derecho tenian para serlo: haber negado este derecho á otros que reunian todas las condiciones legales; amenazas de destitucion; atrevida violacion del secreto de las votaciones, tales eran los hechos que los generales Foy y Sebastiani y muchos otros diputados de la oposicion denunciaron en la tribuna; interrumpidos á cada palabra por las apasionadas negativas y por los gritos de la mayoría, obligados á luchar contra las mas injuriosas interpelaciones, los miembros de la izquierda no pudieron hacerse escuchar, y á pesar de sus esfuerzos no se admitió reclamacion alguna.

Mientras que la cámara electiva se entregaba á este trabajo preliminar, la cámara hereditaria discutia un proyecto de contestacion al discurso pronunciado por Luis XVIII; este proyecto preparado por una comision compuesta por entero de pares ultrarealistas, miembros de la congregacion, no era mas que una pomposa perífrasis en elogio de las palabras reales.

MM. de Barante, de Segur y Daru, propusieron una enmienda favorable al mantenimiento de la paz; mas combatido por MM. de Chateaubriand y de Villele como inútil, puesto que en el discurso del trono se encontraba espresado el mismo sentimiento para la conservacion de las relaciones pacíficas, fué desaprobado en votacion secreta por noventa votos contra cincuenta y tres. Pasado en seguida el proyecto á votacion nominal fué adoptado por noventa y nueve votos contra diez y ocho: diez y seis miembros de la oposicion, no atreviéndose á sostener su opinion con su voto, salieron de la sala en el intérvalo de ambas votaciones.

Mr. de Talleyrand era de los que combatian la intervencion; en su impugnacion habia escrito un discurso en que caracterizaba en términos enérgicos la inequidad de una intervencion en España, y en el cual decia: «No ignoro que los invisibles motores de esta gran conspiracion contra la libertad de los pueblos no son bastante insensatos para aspirar al triunfo con los solos esfuerzos de sus partidarios. ¿Cuál es pues en definitiva el apoyo en que fundan sus últimas esperanzas? Este apoyo, señores, sin el cual quedan reducidos á la nada, es el ausilio estranjero.» Ciertamente que podia causar admiracion el que Mr. de Talleyrand echase en cara á los realistas como un crímen el contar para el completo triunfo de su política, no en sus propias fuerzas, sino en el ausilio estranjero; preciso era toda su audacia para arrostrar tan abiertamente los recientes recuerdos de sus actos en la época de las dos invasiones. Promotor y signatario del decreto de destitucion dado por el senado en 2 de abril de 1814, en medio de doscientos mil soldados aliados, signatario del tratado de coalicion celebrado en Viena en 25 de marzo de 1815; vuelto á Francia despues de Waterloo acompañando á Blucher y á Wellington, el expríncipe de Benevento se habia convertido por dos veces y solo en interes de su fortuna, en instrumento y cómplice del enemigo: rechazado por el gobierno real, despreciado por el partido realista y deseoso de vengarse, hería á sus adversarios sin cuidarse de si sus golpes volvian á caer sobre él. Su discurso no era únicamente un acto de oposicion; Mr. de Talleyrand tenia además, por objeto conjurar el olvido que empezaba á envolverle y conservar entre las masas el renombre de hábil hombre de estado y de profeta político, que debia á sus traiciones sin peligro, á su dorada inmoralidad, á sus predicciones hechas despues de los sucesos y á los elogios que no cesaba de prodigarse á sí mismo y que repetian sus parásitos. Su discurso empezaba así:

«Cumplen hoy diez y seis años que llamado por el que entonces gobernaba el mundo, para que le dijese mi opinion sobre la lucha trabada con el pueblo español, tuve la desgracia de disgustarle vaticinándole el porvenir, revelándole todos los peligros que nacerian de una agresion no menos injusta que temeraria. La desgracia fué el premio de mi sinceridad. Estraño destino el que despues de tan largo espacio de tiempo me obliga de nuevo á renovar cerca del soberano legítimo iguales esfuerzos, iguales consejos!»

Tal fué el solemne exordio del discurso leido por Mr. de Talleyrand en la cámara de los pares, dice Mr. de Chateaubriand; hay faltas de memoria ó mentiras que horrorizan, añade este escritor; abrís los oidos, frotais vuestros ojos no sabiendo si estais dormido ó despierto, y cuando el que imperturbable se ha atrevido á proferir semejantes asertos baja de la tribuna para sentarse impasible en su puesto, le seguís con la vista, no sabiendo si temerle ó admirarle; casi dudais de si aquel hombre ha recibido de la naturaleza un poder bastante para desfigurar ó destruir la verdad.

«No quise contestar, añade Mr. de Chateaubriand; parecíame que la sombra de Bonaparte iba á pedir la palaba y repetir el terrible mentís que habia dado otra vez á Mr. de Talleyrand; varios testigos de la escena se hallaban sentados aun entre los pares, Mr. de Montesquiou entre otros. El duque de Doudeauville que la sabia por boca de Mr. de Montesquiou, su cuñado, me la habia referido; el conde de Cessac, testigo presencial de ella, la contaba á cualquiera que quisiese escucharle. Creia, decia, que al salir del gabinete de Bonaparte, Mr. de Talleyrand seria preso. Napoleon, llevado por la cólera interpelando á su pálido desconcertado ministro, esclamaba: «Por cierto que os sienta bien declamar ahora contra la guerra de España, vos que me la habeis aconsejado, vos de quien tengo infinitas cartas en las que tratais de probarme que aquella guerra era tan necesaria como política! (1)»

(1) El rey vestia para esta circunstancia el uniforme de mariscal de Francia; el conde de Artois, el duque de Angulema y el duque de Orleans llevaban el trage de pares.

(1) Memorias de M. Chateaubriand, tomo VI

Indudablemente, Mr. de Talleyrand daba una prueba de su rara audacia afirmando ante sus contemporáneos que siempre habia condenado la invasion de 1808, cuando ninguno de los hombres políticos de la época ignoraba que habia sido el que con mas ardor la aconsejara y promoviera; mas si es verdad que Mr. de Talleyrand mentia al atribuirse un papel contrario al que desempeñó, tambien lo es que al trazar en las líneas que anteceden la impresion producida en sus colegas y en sí mismo por tan atrevidas afirmaciones, Mr. de Chateaubriand describia una escena puramente fantástica. Mr. de Talleyrand no pronunció su discurso; inscrito en el número de los oradores que debian tomar la palabra sobre el proyecto de contestacion, no pudo subir à la tribuna, pues se cerró la discusion antes de que llegase su turno; mas como su discurso estaba compuesto, como sus amigos lo venian anunciando largo tiempo como un verdadero acontecimiento político, no quiso que quedara desapercibido, y á peticion suya, los periódicos liberales consintieron en publicarlo. Y aun causa admiracion el desacuerdo en que sobre unos mismos hechos incurren los historiadores concienzudos y los actores y testigos de los acontecimientos, cuando se ve cómo cuentan su propia historia primeros ministros como Mr. de Talleyrand, y de qué modo refieren la de su tiempo poetas historiadores como Mr. de Chateaubriand!

Hasta el 8 de febrero no sometió su trabajo á la cámara la comision encargada de redactar el proyecto de contestacion al discurso de la corona; el proyecto contenia los siguientes párrafos:

«Si, señor; con el restablecimiento de la religion, de la legitimidad y del órden, nuestra hermosa Francia, que por fin goza de la verdadera libertad, enseña á la Europa cómo se reparan las públicas calamidades. El ejemplo de vuestra prosperidad y las lecciones de nuestras desgracias pasadas no deben perderse para un estado vecino. Destinado V. M. por la Providencia, á llenar el abismo de las revoluciones, nada ha omitido en su paternal solicitud para librar á sus pueblos y salvar á la España de las funestas consecuencias de la rebelion de algunos soldados perjuros. Á V. M. toca el deliberar y á nosotros contribuir con todos nuestros esfuerzos á la noble empresa de encadenar la anarquía para no conquistar mas que la paz, devolver la libertad á un rey de vuestra raza, de asegurar el reposo de la España para robustecer el de la Francia y de librar del yugo de la opinion á un pueblo magnánimo, que solo de su legítimo soberano puede recibir instituciones conformes á sus costumbres y deseos.»

Estas palabras eran un verdadero grito de guerra contra la revolucion española; atacado á la vez por los diputados liberales y por la fraccion de diputados realistas que habian recibido y aceptado de los periódicos de Mr. de Villele el nombre de fanáticos, el proyecto de contestacion llevó sucesivamente á la tribuna á MM. de Labourdonnaie, de Kergorlay, Delalot, de Villele, Duvergier de Hauranne, al general Foy, á Mr Cabanon, al general Sebastiani y á Mr. de Chauvelin. Estos últimos echaban en cara al ministerio el querer sacrificar la sangre y los tesoros de la Francia en provecho de una política injusta é inmoral que le imponian, en el esterior, los cosacos y los prusianos, y en el interior, una fraccion devota y servil á la cual abandonaba el país. MM. de Labourdonnaie y Delalot hacian por el contrario un crímen á Mr. de Villele de su lentitud y vacilaciones, le acusaban de haber disminuido las probabilidades de éxito de la invasion, no habiendo intervenido en favor de la regencia de Urgel y dejando sucumbir esta autoridad; y calificaban este descuido, lo mismo que las negociaciones del ministro, de traicion hácia la causa de la monarquía. Este debate tuvo lugar en sesion secreta, y solo citaremos un incidente.

Solo tres miembros de la contraoposicion realista habian ocupado la tribuna cuando subió á ella Mr. de Villele; el ministro rechazó sus ataques y quiso en seguida desvanecer de antemano las probables objeciones de los oradores de la izquierda que debian hablar despues de él. En las diferentes discusiones suscitadas desde 1820 sobre la política esterior, con motivo de las revoluciones de Nápoles del Piamonte y de la misma España, los diputados de la oposicion habian constantemente echado en cara al gobierno el unirse con las potencias absolutas del Norte para reprimir las tentativas constitucionales de los pueblos del Mediodía, cuando por el contrario hubiera debido proteger y sostener á estos, y por la conformidad de sus instituciones con las nuestras, contraer una alianza mas conveniente á nuestros intereses políticos y al verdadero papel que debia la Francia desempeñar en el mundo. Mr. de Villèle, despues de largas consideraciones sobre este asunto, añadió: «Este sistema tampoco nos evitaria la guerra, puesto que nos colocaria en la alternativa de combatir por la revolucion española en las fronteras del norte ó hacer la guerra á la misma revolucion en España.»

Pronunciadas al fin de un largo discurso, despues de razonamientos cuyo enlace no podia retener la cansada memoria de los oyentes, y comentadas inmediatamente con estremado calor por el general Foy, estas palabras produjeron en los bancos de la izquierda una sensacion tanto mas viva y fuerte, en cuanto parecian la revelacion pública, inesperada de un hecho del que adquirió entonces la opinion liberal una conviccion profunda, á saber, que la guerra contra la España era una órden formal del congreso de Verona, cuyo verdadero espíritu é insignificantes resultados eran todavía un misterio. Como ningun taquígrafo asistia á la sesion, no se podia recurrir á los periódicos para examinar y comprender el sentido exacto del argumento de Mr. de Villèle, el cual, turbado por las dificultades de su posicion personal y por la necesidad de improvisar sus argumentos, habia estado muy poco diestro al sentar aquella hipótesis; así pues todos quedaron convencidos de que habia dicho: «Estamos condenados á la alternativa de ir á sofocar la revolucion española en su foco, ó á defenderla en la frontera de Alemania.» Semejante declaracion podia sí, deducirse del lenguaje poco correcto y embarazado que usó el presidente del consejo, mas es evidente que sus palabras habian ido mas allá de su pensamiento, pues su sentido aparente se encontraba en formal y directa contradiccion con la realidad de los hechos. En efecto, sabida es la repugnancia que el Austria y la Prusia tenian á la intervencion y cuán decidida era la opinion de la Inglaterra á esta medida; en segundo lugar, Mr. de Villèle, mientras hablaba á la cámara, no desesperaba de conservar la paz, y veia una última esperanza de conciliacion en los esfuerzos que los dos agentes ingleses entonces reunidos en Madrid, debian intentar despues de la partida del conde de Lagarde (1).

Si lord Fitz-roi-Sommerset y sir Viliam A'court, cuidando mas de asegurar la salvacion de la causa constitucional española que de mantener á los ojos de los pueblos de la península el prestigio de la antigua omnipotencia de su nacion, hubiesen declarado á las cortes que la Inglaterra, cansada de sacrificios y de empréstitos, no intervendria en la cuestion, quizás el gabinete de Madrid, en presencia de este abandono y de su aislamiento, hubiera consentido en negociar con la Francia; mas en vez de aconsejar una transaccion, los dos agentes ingleses exhortaron al coronel San Miguel á invocar el apoyo de la Inglaterra y á solicitar que se presentara como mediadora. La proposicion fué acogida con avidez y enviada oficialmente una demanda de mediacion. Mientras que esta proposicion, hecha ya por el duque de Wellington á su regreso de Verona, y rechazada una vez, era trasmitida de Madrid á París y sometida á los ministros de Luis que la rechazaron de nuevo unánimemente, Mr. Canning escribia desde Londres comunicaciones sobre comunicaciones á MM. de Villele y de Chateaubriand, y prodigando á estos ministros consejos y observaciones, insistia con fuerza para que terminaran pacíficamente la cuestion. La paz! la paz! era el tema obligado de todas sus cartas, y esta paz que la Inglaterra deseaba tanto para ocultar la impotencia á que la habia reducido la política de Pitt y de lord Castlereagh, creyóla formalmente comprometida Mr. Canning cuando supo la marcha de Mr. de Lagarde, pero tranquilizado en breve por las declaraciones contenidas en la comunicacion que le dirigió Mr. de Chateaubriand en 23 de enero, el primer ministro inglés consideraba la cuestion de España como sometida á todas las lentitudes de noticias y de negociaciones, cuando, cuatro dias despues de la lectura de aquella comunicacion pacífica, recibió por via particular una copia del discurso que el rey debia pronunciar el 21 en la apertura oficial de las cámaras; el envío de esta copia precedió de algunas horas á la solemnidad, así es que Mr. Canning se negó á creer en la exactitud de las amenazadoras palabras puestas en boca de Luis XVIII respecto de España, y solo la lectura del Monitor pudo convencerle de la realidad; el dia siguiente dió órden á lord Carlos Huart, su embajador en París, de pedir esplicaciones sobre un lenguaje tan opuesto á las recientes promesas de nuestro mi-

(1) M. de Chateaubriand se equivocó cuando en su *Congreso de Verona* (tomo I cap. XLIII) lo mismo que M. de Villele en diferentes ocasiones, han pretendido que las palabras escapadas á este último en la sesion secreta de 8 de febrero habian sido provocadas por un discurso del general Foy. Dos años despues en la sesion del 11 de febrero de 1825, lo dijo así M. de Villele, lo cual hizo que el general Foy pidiese inmediatamente la palabra y dijese: «No hablé antes del ministro en la sesion secreta de 1823; por el contrario le contesté, y estoy tanto mas seguro de lo que digo en cuanto habiendo recogido mis palabras y *hecho imprimir* mi discurso inserto en él la frase del presidente del consejo tal cual la retenia mi memoria, con la contestacion que la misma frase me sujerió.

M. de Villele desde su puesto: Me habré engañado al decir que pronuncié la frase de que se trata en contestacion al general, contestaria á otro orador que habria establecido igual interes de alianzas.»

Tambien M. de Villele carecia de memoria en esta circunstancia, puesto que los únicos oradores que hablaron antes que él, como hizo observar muy bien M. Duvergier de Hauranne, eran tres miembros de la contraoposicion realista, partidarios decididos todos de la intervencion.

nistro de negocios estranjeros; su agente le dirigió en 8 de febrero la siguiente contestacion :

»Despues de recibir nuestra comunicacion, he ido á casa de Mr. de Chateaubriand, al cual he hallado muy convencido de que las palabras del rey de Francia en su discurso eran muy propias para hacer ceder á los españoles, y resuelto, á pesar de cuanto le dije, en fundar su esperanza de prevenir la guerra con el resultado del mismo discurso.

»Cuando pregunté á Mr. de Chateaubriand sobre la interpretacion de que era susceptible el discurso de S. M. Cristianísima, dijo: «Sea cual sea la interpretacion que den á las palabras de S. M. las personas decididas á considerar todas las medidas propuestas por el gobierno francés como pruebas de su deseo de restablecer en España el gobierno absoluto, no puedo creer que las comunicaciones que han mediado con el gobierno inglés hayan ido mal comprendidas hasta el punto de autorizar semejantes suposiciones :» Mr. de Chateaubriand no vaciló en admitir «que para asegurar la estabilidad de las modificaciones que deben introducirse en el actual sistema español y dar á la Francia una garantía suficiente para justificar la suspension de los preparativos hostiles, era preciso que el rey de España participase y consintiese en aquellas modificaciones.

»Segun este principio, un cambio resultante de un perfecto acuerdo entre S. M. C. y las cortes, será considerado como preliminar de las modificaciones que son indispensables á la seguridad de los estados vecinos. No solo el establecimiento de una segunda cámara satisfaria al gobierno francés dándole un medio de completar con la intervencion de la gran Bretaña, el gobierno constitucional en España, sino que la Francia, sin esperar otras pruebas de la sinceridad del gobierno español, considerará este acto como una razon suficiente para suspender sus armamentos y reanudar las relaciones entre ambos paises bajo el antiguo pie.

»Mr. de Chateaubriand no ha entrado en detalle alguno acerca de la naturaleza de los actos á que hacia alusion, pero he comprendido que aprobaba el proyecto de conceder al rey de España el nombramiento de un consejo de estado con atribuciones análogas á las del senado americano; á lo que podrian añadirse algunas disposiciones reglamentarias acerca de la contribucion exigible á los candidatos elegibles para la segunda cámara representativa.

»Con objeto de evitar hasta la mas remota posibilidad de una mala inteligencia, he leido á Mr. de Chateaubriand la parte de esta comunicacion que versa sobre las esperanzas que alimenta el gobierno francés, y me he convencido de que habia trasmitido exactamente sus ideas.»

Así pues, el 5 de febrero, trece dias despues de la apertura de las cámaras, el dia siguiente de los debates y votacion del proyecto de contestacion al discurso de la corona en la cámara de diputados, el ministro de negocios estranjeros de Luis XVIII no se contentaba con rechazar, como una suposicion injuriosa, la acusacion de querer establecer en España el poder absoluto, sino que declaraba que el gobierno no pretendia pedir á las cortes mas que simples modificaciones en el código político de 1812, y añadia que una segunda cámara, por ejemplo, establecida de comun acuerdo entre el rey y los diputados españoles, bastaria para decidir á la Francia á suspender sus armamentos, á reanudar las antiguas relaciones y á esperar el complemento de las mejoras indispensables á la prosperidad de los pueblos de la península. Esta comunicacion fué recibida por Mr. Canning el 13 de febrero, y el dia siguiente el Monitor participaba á este ministro noticias tan inesperadas como las declaraciones del discurso de la Corona y que no debian sorprenderle menos.

Si los términos y generalidad de aquel discurso habian en un principio satisfecho á los mas ardientes realistas, convenciéndoles de que nuestras tropas entrarian inmediatamente en España, algunas confidencias de Mr. de Chateaubriand acerca de la insistencia de Mr. de Villèle en querer agotar, por la mediacion, del gabinete de Londres, los medios de conciliacion, habian causado la mas violenta irritacion en el seno del partido religioso, tanto que la congregacion resolvió pasar por todo y derribar á Mr. de Villèle si no cedia; como ninguno de los congregantes que no formaban parte del gabinete, era una suficiente notabilidad política para reemplazar al presidente del consejo, y obligada á buscar fuerza de su seno á un hombre que al conocimiento de los negocios y práctica gubernamental uniese una decidida y notoria opinion realista, la sociedad encargó á uno de sus miembros, á Mr. de Maquillé, que propusiese á Mr. de Vitrolles la direccion de un gabinete, en el cual deberia entrar Mr. de Labourdonnaie. La proposicion discutida en varias secciones fué aceptada por los personajes políticos nombrados, mas antes de obrar por un golpe de mayoría, se resolvió intentar un último esfuerzo cerca de Mr. de Villèle; hízose así, y obligado á escoger inmediatamente entre su caida ó la guerra, el presidente del consejo no vaciló, y decidióse por la intervencion inmediata. Por una singular coincidencia, el mismo dia y casi á la misma hora en que la congregacion significaba á Mr. de Villèle en el ministerio de hacienda el ultimatum al cual el ministro se apresuraba á suscribir, lord Carlos Huart escribia en el ministerio de negocios estranjeros, en el gabinete de Mr. de Chateaubriand que le dictaba los principales párrafos de la comunicacion del 9 que hemos reproducido. Esta nota salió para Londres el dia siguiente 10 de febrero, y aquel mismo dia Mr. de Villèle se presentaba en la cámara de diputados y pedia en primer lugar un crédito estraordinario de cien millones destinado á cubrir los gastos de la entrada de nuestras tropas en España; en segundo lugar, la inmediata movilizacion de los soldados veteranos.

Once dias despues, el 21, subió á la tribuna Mr. de Martignac, y en nombre de la comision encargada de examinar la demanda de los cien millones, propuso la comision del crédito. La lectura de un dictámen suscitó numerosas y vivas interrupciones. «Señores, decia, la España recoge el inevitable fruto de las revoluciones, y baña su territorio la sangre de sus propios hijos. Los amigos de la religion y del rey (en la izquierda : y del santo oficio.) Los amigos de la libertad y del órden (en la izquierda : y del poder absoluto), se arman todos y luchan contra los partidarios de la revolucion y de la anarquía. Librar á aquel desgraciado pais del azote de la guerra civil (esclamaciones en los bancos de la izquierda : varias voces : ¡Vosotros la habeis provocado!): desarmar á hermanos que combaten entre sí (en la izquierda: ¡Con las armas que vosotros les proporcionais!): levantar un trono humillado; devolver á un Borbon cautivo el hermoso derecho de dar á sus pueblos la dicha y la libertad (en la izquierda: ¡Sí, como en Nápoles!) y conquistar la saludable y preciosa paz que todos deseamos, tal es la empresa á que están llamadas nuestras armas. ¿Quién puede dudar del triunfo? Una sola garantía nos basta, el valor de nuestros soldados, pues si bien fué insuficiente hace algunos años, fué porque servia á la ambicion disfrazada con la gloria, al paso que hoy servirá á la gloria y á la justicia á la vez (esclamaciones en la izquierda ; muchas voces : ¡Y á la inquisicion! otras voces : ¡Y á la emigracion!) Todo se puede esperar de un ejército francés que combate por la religion, por el rey y para la emancipacion de un pueblo guerrero subyugado por el brazo de la revolucion. »

El 24 empezó la discusion general ; abrióla Mr. Royer-Collard, presidente de la universidad desde 1814 á 1820, orador que habia tenido que luchar durante seis años contra el partido religioso; ninguno como el en la cámara conocia mejor sus pasiones y tendencias, así es que ocupándose menos del lado esterior de la cuestion que de su parte doméstica, como él decia, trató de los peligros con que la invasion amenazaba a la Francia y á la misma monarquía » Yo, señores, que tambien soy francés, dijo, vengo escudado con este título á oponerme á una guerra que amenaza á la Francia tanto como á la España. Ninguno de los deberes que he podido en mi carrera cumplir hácia la monarquía legítima me ha parecido tan sagrado ni tan urgente. ¿Podré cerrar mis labios cuando la arrastran ciegos consejeros? Así como ha sido la idea, la afeccion, la esperanza y podria decir la accion de toda mi vida, tambien es hoy el primero de unir intereses, si puede darse este nombre al amor mas desinteresado. ¿Y qué otro sentimiento podria elevarme a esta tribuna? Puesto que he visto verificarse la restauracion, ¿qué mas puedo desear sino que se robustezca y eche raices cada dia mas profundas en los intereses públicos, y que ame á la Francia para que esta la ame á su vez? Voto contra el proyecto de ley.

Raramente ha inspirado la tribuna en favor de los Borbones y de la restauracion de su poder, sentimientos mas puros y un lenguaje mas elevado; la izquierda empero pidió la impresion de este discurso, mas la derecha se negó á ello.

Mr. de Labourdonnaie tomó en seguida la palabra; decidido partidario de la intervencion, mientras Mr. de Villèle se habia mostrado el adversario de esta medida, designado durante algunas horas para realizarla, en caso de que no hubiese cedido el jefe del gabinete, y rechazado otra vez á su banco de diputado, á consecuencia del cambio obrado en la opinion del presidente del consejo, Mr. de Labourdonnaie tenia que vengar su decepcion sin abandonar por esto sus convicciones, y herir al ministro sin dejar de concederle los subsidios que pedia. No disimuló el orador su embarazosa posicion; ¿debia negar su apoyo al gobierno ó acordar á los ministros, que no deseaban la guerra, los medios de continuar en un sistema funesto que debia imponer á un rey cautivo y a una nacion esclavizada, una constitucion, odiosa garantía de los intereses creados por una revolucion ? »

Despues de dirigirse estas preguntas Mr. de Labourdonnaie hizo la

historia de las relaciones del ministerio con el gobierno de las cortes, y reproduciendo el argumento que habia ya empleado cuando se discutió la contestacion al discurso de la corona, acusó á Mr. de Villele de no haber vacilado en los medios para conseguir una modificacion de la revolucion española en vez de destruirla; de haber concebido y seguido desde mucho tiempo con este objeto, un plan de profunda y tortuosa política cuyo resultado habia sido la muerte de no pocos españoles fieles, la derrota del ejercito de la fe y la rendicion de sus plazas fuertes en presencia de un ejercito frances acampado en sus puertas cuyo menor movimiento las habria salvado: «Mas la cuestion se complica, dijo al concluir: no se trata solamente de personas; negar el credito pedido es no solo votar contra el sistema ministerial; es votar tambien contra la guerra, y como aplazar la guerra es mantener la revolucion y hacerla triunfar, voto por el proyecto de ley.»

El publico que no estaba en la confidencia de la larga resistencia de Mr. de Villéle a la intervencion ni de las negociaciones seguidas para derribar á este ministro si no se sometia á la exigencia del partido religioso, no acertaba á comprender la violencia con que Mr. de Labourdonnaie atacaba al ministerio, precisamente cuando solicitaba de la cámara los recursos necesarios para poner por obra la politica que glorificaba aquel diputado; así es que en su ignorancia de los hechos, hizo responsable de esta aparente contradiccion al carácter de Mr. de Labourdonnaie, y no vió en este orador mas que un hombre estraño y quisquilloso, rebelde á toda union y disciplina de partido, y condenado por un humor particular y estraño al aislamiento y á las luchas personales.

MM. de Laborde, de Saint-Gery y Benjamin Delessert ocuparon sucesivamente la tribuna; el primero para combatir la intervencion, el segundo para apoyarla, y Mr. Delessert para hacer uno de aquellos paralelos que muestran el olvido en que los poderes, lo mismo que los hombres politicos, dejan constantemente las lecciones de la historia, manifestando la constante similitud de sus pasiones, de sus faltas y de sus errores.

Esta era la segunda vez en quince años que el gobierno francés se disponia á invadir la península; en 1808 el emperador, deseoso de establecer su improvisada monarquía segun el modelo de la de Luis XIV, y de sustituir á los principes de la casa de Borbon, los miembros de su familia, destinaba á su hermano José, no solo para reemplazará Fernando, sino para devolver á la España sus fuerzas y su fortuna, dandole una constitucion que destruyese la inquisicion y los conventos, que decidiera la venta de los bienes del clero y aboliese todos los privilegios; por el contrario en 1823 un descendiente de Luis XIV, sobrino de Luis XVIII, recibia la mision de devolver a Fernando su poder absoluto, y de restituir á los inquisidores y á los frailes su influencia y pasadas riquezas. Jamás tuvieron dos invasiones un objeto tan distinto, y sin embargo se empleaban para justificarlas iguales argumentos, iguales palabras. «El 10 de setiembre de 1808, dijo Mr. Benjamin Delessert, se ocupaba el senado de la demanda de hombres y dinero destinados para los primeros gastos de la guerra de España, la asamblea votó el dinero y los hombres segun el dictámen de la comision, que decia:

«Senadores, esperimentareis una viva satisfaccion por la alianza de »la Francia con el emperador de Rusia y por la constancia de las reso»luciones de este gran monarca (Alejandro) (1). La anarquía, este mons»truo ciego y feroz, ha encendido su antorcha y elevado sus cadalsos »en medio de las Españas; solo apagando su fuego es dable garantir la »seguridad de la Francia y conquistar la paz general (voces en la iz»quierda: Absolutamente lo que nos dicen ahora!). Mientras la España »no sea nuestra fiel aliada, no hay seguridad para la Francia. Luis XIV »no perdió jamás de vista esta importante verdad, y esta idea es por la »que sobre todas ha merecido el renombre de Grande. Ah! cuánto debe »halagar la generosa resolucion de Napoleon á las reales sombras de »Luis XIV, de Francisco I y del Gran Enrique!»

»Luis XIV empleó diez años para someter aquel pais; pocos dias »serán necesarios al mas grande entre los capitanes para hacer gozar á »los españoles leales y fieles oprimidos ahora por el terror, de la calma »de la libertad, de la religion y de la dicha de ser gobernados por el augusto hermano de vuestro soberano.

»Emprended, señor, esta guerra sagrada, hecha en honor del nom»bre francés. El paternal corazon de V. M. manifiesta que no pide sin »pesar este tributo; ciento sesenta mil reclutas van á ser asociados á la »gloria de vuestros ejércitos... etc.»

«Despues de tan magnificos razonamientos, añadió Mr. Delessert, el senado decretó por unanimidad que la guerra de España era política, justa y necesaria.»

El senado en su bajeza, no se contentó con entregar á Napoleon ciento sesenta mil reclutas para asociarlos á la gloria de imponer á su hermano por rey á la España; aquel cuerpo envilecido llevó la adulacion por la insensata ambicion y pasiones dinásticas de Napoleon, hasta reproducir en una esposicion á este último, los mismos términos de aquel prodigioso discurso que colocaba la invasion de la península por un Bonaparte, bajo el patronato de Luis XIV y de Enrique IV, antepasados del rey que José iba á reemplazar; que proclamaba esta violencia «una accion generosa» y que la glorificaba como el único medio de conquistar la paz, cuando esta paz no estaba turbada, de salvar á la España de un terror y anarquía que no sufria, y de asegurar su reposo, su libertad y su religion que nada amenazaba. La contestacion al discurso real votada diez y siete dias antes, por la cámara de 1823, contenia exactamente las mismas ideas espresadas en un lenguaje análogo; esta estraña similitud, indicada por Mr. Delessert, escitó risas burlonas en los bancos de la derecha, y poco despues pudo oirse á Mr. de Castelbajac, llamado á la tribuna despues de Mr. Delessert, repetir con aire imperturbable los argumentos del senado, pronunciar igualmente el nombre de Enrique IV y proclamar á su vez que la guerra contra España era una medida política, justa y necesaria para el honor del nombre francés.

El general Foy tomó en seguida la palabra, y empezó sentando esta cuestion: «La Francia quiere la guerra? No. Es el gobierno quien la desea?» El orador recuerda la retirada de Mr. de Montmorency y añade: «No, señores; el ministerio no ha querido la guerra, y aun ahora no la desea mas que á medias: véanse sino las formas hipotéticas del discurso de la corona, vease sino la reciente promocion de la paz (1); véanse sino antes que todo las angustias ministeriales de que todos fuimos testigos durante la sesion secreta para la discusion de la contestacion al discurso del trono.

«No, el presidente del consejo no es ciertamente un partidario de la guerra; su espíritu, muy positivo y libre de las ilusiones de la imaginacion, le hace participar en este punto de la opinion de mis distinguidos amigos; aprecia la enormidad de la empresa tan bien como yo, mas nos hallamos en posiciones diferentes; yo no tengo una cartera que perder ni que guardar.»

Llevado naturalmente el orador á hablar de la influencia que obligaba á Mr. de Villele á hacer la guerra cuando queria la paz, designó, como Mr. Royer Collard, el poder oculto que bajo un nombre ignorado y por medio de una organizacion desconocida «reinaba sobre todas las cosas, lo corrompia todo» y cuya mano, sentida en todas partes, no podia ser cogida en ninguna.

«¿Quién es, y dónde está, esclamó el orador, este poder que sobrepuja y á cuyo lado son pequeños hasta los ministros, que les obliga hace seis meses á usar abiertamente una politica conciliadora, y á entregarse á subterráneas hostilidades; que en el discurso de la Corona les impuso una pomposa declaracion cuyo menor defecto es haberse hecho demasiado pronto ó demasiado tarde?

«Impórtame saber si la faccion mística que gobierna nuestra Francia, que tiene su direccion, sus cofradías, su organizacion completa, si esta faccion ha mendigado, como se asegura, cerca de los soberanos reunidos en Verona, el permiso de atacar, empezando por la España, las tribunas, las constituciones y la razon humana; ó bien si son los estranjeros los que nos empujan, queriendo que seamos para ellos lo que serán para nosotros las bandas de la fe, con la diferencia de que nosotros pagamos á Quesada y al Trapista, y á buen seguro que los estranjeros no nos traerán dinero. Pero bástame la conviccion de que una voluntad y unas pasiones que nada tienen de francés, nos arrastran á donde no queremos ir; de que á fuerza de cansar é irritar á los españoles, acabará la faccion para hacer inevitable la guerra. Veamos pues cuál será la naturaleza de este ataque y los recursos de la defensa.»

El general Foy era uno de los jefes militares que mas se habian distinguido en la guerra de 1808; así fué, que con los recuerdos que le habia dejado aquella lucha, juzgó los resultados probables de una segunda invasion. Segun él, muchas tropas podian llegar hasta Madrid sin disparar un tiro, mas allí empezaban las dificultades. Obligadas á estenderse, serian fuertes en un punto, débiles en todos; su frente y sus flancos serian inquietados sin cesar é interceptadas sus comunicaciones; obligadas entonces á vivir á espensas del pais, oprimirian á los habitantes, y llegado el invierno se veria que á pesar de las ventajas reporta-

(1) Alusion á las *conferencias* que debian abrirse algunos dias despues en *Erfurth* entre Napoleon y Alejandro, complemento de las tenidas en *Tilsit* el año anterior.

(1) El conde de Lagarde, fué nombrado por decreto de 12 de febrero cuando su regreso de Madrid.

das en todos los puntos, la campaña se habia frustrado y aplazado indefinidamente el objeto de la guerra. «Ojalá, esclamó el orador al concluir, que pudiese complacerme en un porvenir mas halagüeño! Como veterano no puedo menos de hacer ardientes votos por el honor de nuestras armas, aun cuando el sentimiento nacional repruebe el empleo que de ellas se haga; como ciudadano, deploro una guerra de partido, una guerra que obliga á mentir á su destino, á mis antiguos compañeros de guerra, á esta noble y jóven generacion, que alimentada en el amor de la libertad, era tan digna de combatir un dia contra los verdaderos enemigos de la Francia! Voto contra el proyecto de ley.»

Los nutridos aplausos de la izquierda entera acompañaron al orador desde la tribuna á su banco; pidióse la impresion de su discurso; pero la mayoría lo rehusó. Mr. Foy habia aludido á Mr. de Villèle de un modo demasiado directo para que pudiese este dispensarse de contestar, así es que subió inmediatamente á la tribuna. Su defensa fué acertada, cuidando de no entrar en el menor detalle sobre los pactos de Verona, sobre la retirada de Mr. de Montmorency ni sobre los ausilios prestados á la insurreccion española, así por algunos de sus colegas como por todas las autoridades de la frontera; en cambio refutó con valor los cargos de contradiccion y de doblez que le habian dirigido de ambos lados de la cámara los oradores de la oposicion de la izquierda y los del estremo derecho; lejos de negar su oposicion á la guerra, de atenuarla ni de escusarla, proclamó abiertamente su amor á la paz, haciéndose con el una arma en favor de la demanda de crédito sometida entonces á la asamblea. «Sí, dijo, el distinguido orador que me ha precedido me ha hecho plena y entera justicia cuando ha dicho que habia deseado conservar la paz; sí, solo hacemos la guerra porque nos obligan á ello nuestro honor y nuestra seguridad; á ser posible evitarla, la hubiéramos evitado; así os lo han hecho saber las palabras del rey; todo se ha intentado con este objeto, pero todo en vano. Y ahora pregúntase al orador por qué me niega una justicia completa; segun él, al adoptar el sistema de la guerra cedemos á una influencia oculta que nos manda, que nos arrastra. Ah! señores, si en tan graves circunstancias hubiese podido tener lugar en mi corazon un mezquino sentimiento de personalidad, si el deber no lo fuese todo para mí, mi secreto deseo, mi verdadera ambicion hubiese sido refugiarme en la vida privada, dejando á otros todos los sinsabores que acompañan el poder, todas las dificultades del presente y del porvenir, y llevando conmigo en mi retiro todo el favor, y casi diré toda la popularidad de un ministro pacífico.

» Aun en medio de los horrores de la guerra ambicionaré siempre este glorioso título. Sí, la paz me parece cien veces preferible á la guerra mas afortunada; quiero la guerra antes que la vergüenza, quiero la guerra antes que una paz que no lo es mas que en la apariencia, quiero la guerra que salva antes que la paz que compromete los mas graves intereses de mi pais. Por segunda vez os lo pregunto, señores: no es esta la paz con la España, trasformada por la revolucion en un vasto foco de sedicion y de anarquía?

» Nuestros adversarios reclaman documentos diplomáticos, esperando hallar en ellos las luces que les faltan; nuestro interés nos haria casi un deber de comunicarlos todos si no se opusiesen á ello consideraciones de órden público, y entonces os convenceriais de la sinceridad de nuestros asertos; veriais en ellos que á nuestras conciliadoras demandas se ha contestado por las mas injuriosas pretensiones; que al reclamar garantías se nos intimaba que retirásemos nuestro ejército de observacion. Sí, señores; tal ha sido el lenguaje de los ministros españoles; y bien, diputados de la Francia, ¿quereis aun conservar la paz con semejantes condiciones?»

Ciertamente que Mr. de Villèle era sincero al protestar de que la paz no habia tenido partidario mas decidido ni perseverante que el; mas aquí acababa la verdad de sus declaraciones. Gran número de miembros de la derecha no ignoraban que los repentinos deseos del ministro por el retiro y por las dulzuras de la vida privada, que el sacrificio que, segun él, se imponia, inmolándose á todos los sinsabores inseparables del poder, eran otras tantas atrevidas ficciones destinadas á dar cierto colorido al repentino cambio de sus convicciones en provecho de la conservacion de su cartera. Sin embargo ninguna negacion se llevó de los bancos realistas, por el contrario los numerosos diputados sentados en aquella parte de la cámara acogieron las afirmaciones del presidente del consejo como una de aquellas audacias de tribuna, privilegio del arte oratorio, y recurso y triunfo de los hábiles políticos. Mr. de Villèle se dirigió á ocupar su puesto entre los aplausos de sus amigos.

Mr. de Villèle se habia ocupado principalmente de sus actos y de su posicion personal; Mr. de Chateaubriand se encargó de tratar la cuestion política. El dia 25 subió á la tribuna, despues de Mr. Bignon, cuyo discurso estuvo en gran parte consagrado al desenvolvimiento de esta proposicion: «que en Francia la opinion sobre la intervencion en España estaba dividida del modo siguiente: por una parte, la propiedad territorial y manufacturera, los intereses del comercio, de la industria y del trabajo, ó sean veinte y ocho millones de ciudadanos; por la otra el jesuitismo y el servilismo, todos los individuos que vivian de empleos, de salarios ó de pensiones, ó sean tres ó cuatrocientas mil personas soñando, en su interés privado, el restablecimiento del poder absoluto con sus abusivas distinciones, sus dilapidaciones y sus desórdenes.»

Mr. de Chateaubriand gozaba de una celebridad literaria europea, y se sabia que hacia un mes que estaba preparando su discurso; jamás habia tomado la palabra en la cámara de diputados, así pues su presencia en la tribuna escitó un vivo movimiento de curiosidad, y reinó un profundo silencio en todos los bancos y tribunas públicas, atestados por una multitud de espectadores deseosos de oir al famoso escritor. Su discurso tuvo un estraordinario eco y fué causa del incidente mas notable del régimen parlamentario bajo la restauracion; para justificar nuestra intervencion en España, Mr. de Chateaubriand dijo, entre otras cosas:

«Fernando no es aun mas que prisionero en su palacio, es verdad, como Luis XVI lo estaba en el suyo antes de ir al Temple y de allí al cadalso (movimiento en la derecha; silencio en la izquierda). No quiero calumniar á los españoles, mas tampoco quiero estimarlos en mas que á mis compatriotas. La Francia revolucionaria creó una convencion; por qué la España revolucionaria no puede crear la suya? Señores: bastante hay ya con el proceso de Carlos I y con el de Luis XVI; otro asesinato jurídico mas, y se establecerá por la autoridad de los precedentes una especie de derecho criminal y un cuerpo de jurisprudencia para el uso de los pueblos contra los soberanos. (Prolongados bravos en la derecha.)

El dia siguiente 26, Mr. Etienne, que por órden de inscripcion debia subir el primero á la tribuna, cedió su derecho á Manuel, cuyas palabras, como ha podido observarse, tenian el privilegio de provocar en los bancos de la derecha una irritacion escepcional. Si Benjamin Constant, hábil dialéctico, sostenia el progreso del espíritu moderno y las conquistas morales de la revolucion con un talento oratorio, lleno de recursos y una instruccion poco comun; si el general Foy colocado frente de un gobierno establecido por las victorias del estranjero, contestaba á las acusaciones del poder contra la Francia regenerada, evocando los recuerdos de gloria y de grandeza legados por la república y el imperio, si su decir ardiente, patriótico, levantando, por decirlo así, á sus propios ojos, á una nacion inclinada aun bajo la humillacion de su doble derrota, despertaba, tanto dentro como fuera de la cámara, los ecos mas simpáticos, conmovia todos los corazones, y daba á sus protestas y á sus quejas una popularidad sin igual; Manuel, que no tenia un lugar inferior al de estos dos diputados entre los oradores de la izquierda, no lo debia sin embargo á los mismos medios, ni á la misma aptitud. Defensor enérgico y pertinaz de los resultados políticos y de los beneficios materiales de la revolucion, Manuel era, ante todo, el sosten del principio de la soberanía nacional: ninguno en la cámara glorificaba con mas elocuencia los servicios hechos á la Francia con la caida de la decrépita monarquía y del antiguo régimen, con la supresion de tantas desigualdades políticas y de tantos privilegios sociales que los realistas echaban á menos con tanto sentimiento; esto hacia que cada vez que tomaba la palabra, la discusion se trasformaba en una especie de lucha directa entre él y los antiguos privilegiados de la asamblea; además, su fria y tranquila actitud, que no podian alterar las interrupciones y que sostenia con valor personal incontestable é incontestado; una notable facilidad de improvisacion que ayudada por una memoria imperturbable, le permitia rechazar inmediatamente todos los ataques, contestar sobre todas las cosas y á todos, con una habilidad singular y un raro conocimiento de las luchas contemporáneas, todas estas causas hacian á este orador particularmente antipático á la mayoría. Un sordo murmullo, salido de aquella parte de la cámara y de algunas tribunas públicas, acoge su aparicion en la tribuna; cierto número de diputados realistas que habian salido de la sala, vuelven á entrar apresuradamente y ocupan sus puestos; la derecha está compacta; Manuel, despues de algunas consideraciones generales, prosigue en estos términos:

«Se nos dice que se quiere llevar la guerra á la península para sofocar el espíritu revolucionario; indudablemente el espíritu revolucionario es peligroso, pero lo es menos el espíritu contrarevolucionario (risas y murmullos en la derecha). ¿Una contrarevolucion no es la mas peligrosa, la peor de las revoluciones? En primer lugar es preciso destruir cuanto la revolucion ha creado, es preciso colocar de nuevo á la nacion en su antiguo estado, es decir en la misma situacion en que se hallaba cuando un general trastorno pareció el único remedio posible de sus su-

frimientos; es preciso, en fin, añadir á los males que la revolucion ha causado, los que produce forzosamente su caida, y todo esto para presenciar una nueva é inevitable revolucion. (Bravos en la izquierda.)

»Quiero adoptar las suposiciones mas favorables; concedo que invadais enteramente la España, que triunfeis de todas las resistencias; por fin debereis retiraros, pues no podeis permanecer eternamente en la península; ¿cómo impediréis, despues de abandonar su territorio, que esplote una nueva revolucion? Señores, consultad la historia, y ved qué revolucion hecha en favor de la libertad ha sido jamás vencida. Puede ser reprimida momentáneamente, mas el genio que la ha producido, el genio de la libertad nunca muere; semejante á Anteo, el gigante recobra nuevas fuerzas cada vez que toca á la tierra; olvidais acaso que algunos pastores de la Helvecia pudieron resistir á todas las fuerzas del Austria, y los pescadores de Holanda triunfaron de los formidables ejércitos de Felipe II? Y en nuestros dias ¿no hemos visto á un puñado de americanos resistir y vencer el poder de Inglaterra? La misma Francia ¿no ha combatido durante treinta años las fuerzas de toda Europa conjurada contra su genio y su libertad? (Nuevos bravos en la izquierda.)

»Por otra parte ¿cuál será para la España el resultado de la guerra que vais á emprender contra ellos? ¿Qué gobierno sustituirá á las cortes? ¿Quién dará las nuevas instituciones? ¿Será Fernando? No ignoramos cómo cumplen los soberanos sus promesas, el rey de Prusia y el rey de Nápoles en tiempos para ellos calamitosos, prometieron constituciones á sus pueblos; el archiduque Reynier anunció tambien á la Italia instituciones libres; lord William Benthinck, en fin, sublevó contra nosotros á los genoveses con la divisa de la independencia; ¿qué se han hecho estas promesas? ¿dónde están las constituciones? La imaginacion se espanta solo al pensar en las venganzas que á la España amenazan; cuando Fernando fue de nuevo colocado en 1814 en el trono de sus abuelos, nada tenia que castigar y mucho que recompensar; y bien! lejos de reconocer los servicios de los amigos de la libertad que á costa de su sangre acababan de restituirle la corona, les entregó á los jesuitas y á la inquisicion, les premió con el destierro, con los tormentos y con los suplicios. Fernando se mostró terrible; su gobierno fue atroz. (Violenta interrupcion en la derecha; muchas voces: ¡Al órden!)

Mr. Forbin de Issarts: «Señor presidente, no podemos sufrir esas palabras: no podemos oir con sangre fria calificar de atroz un gobierno legítimo, ¡el gobierno de un Borbon!»

En la izquierda: «Sí, atroz!»

El general Foy: «Atroz! esta es la espresion acertada!»

En la derecha: «Al órden! al órden!»

El general Demarçay: «¿Acaso no asesinó á un sinnumero de patriotas, sin hablar de Porlier, de Lacy y de los oficiales de la guarnicion de Cadiz?»

Voces de la derecha: «Hablad tambien de la muerte dada a Vinueza, del asesinato jurídico de Elío, de Goëffieux y de tantas otras víctimas (1).»

El presidente: «Debo hacer observar que si no he llamado al orador al órden, ha sido porque sus palabras no se dirigian á la persona del rey de España, sino a su gobierno.»

Manuel: «Decia pues que el gobierno de Fernando VII en 1814 y en 1815 ha sido atroz. ¿Qué será cuando tenga injurias personales que castigar? ¿cuando se encuentre el gobierno en manos de hombres que tengan que vengar su destierro, las persecuciones sufridas y las angustias de una ambicion burlada? A pesar de esto se insiste y se dice: los españoles se asesinan entre sí; debemos intervenir para poner remedio a tantos desastres. Singular modo de disminuir los horrores de la guerra civil añadiendo a ellos las calamidades de una guerra estranjera! La guerra civil es sin duda un mal, pero al menos cesa con la derrota de uno de los dos partidos. Y bien, ¿qué vais á hacer? La insurreccion ha sido vencida en España, ha depuesto las armas, ha quedado aniquilada ¡y vais á resucitarla! Y cómo si aun no bastara el encender una guerra civil ya terminada, como si no fuera bastante hacer correr la sangre española, vais á derramar en España torrentes de sangre francesa. Diré mas, la guerra civil era en gran parte obra vuestra: los soldados de la fe empuñaron las armas y sostuvieron la lucha en la creencia de que estabais prontos á ausiliarlos, á defenderlos; ¿cómo, pues, pretendeis encontrar en circunstancias creadas por vosotros mismos la justificacion de vuestra intervencion? ¿Legitimareis una violencia con una perfidia?

»Otra consideracion invocais en vuestro apoyo, ¡decís que quereis salvar á Fernando y á su familia! Cuidad de que no se repitan las mismas circunstancias que en otro tiempo condujeron al cadalso á las víctimas por las que mostrais cada dia un interés tan vivo.....» (violenta interrupcion en la derecha.)

Muchas voces: «¡Esto es una irrision espantosa! ¡es insufrible semejante lijereza de lenguaje!»

Manuel: «Habeis hecho mal en interrumpirme, iba á añadir y tan legítimo.»

Muchas voces en la derecha: «¡Pase pues!»

Otra voz en el mismo lado: «¡Ha sido un sarcasmo amargo! ha reido al añadir aquella palabra!»

Manuel: «Y qué, señores, ¿habeis olvidado que los Estuardos fueron derribados del trono solo porque buscaban un apoyo en el estranjero? ¿Habeis olvidado que despues de la entrada de los ejércitos estranjeros en nuestro territorio fué destituido Luis XVI? (Violentas interrupciones de los bancos de la derecha; movimiento pronunciado de indignacion; aprobacion en la izquierda.)

Mr. de Girardin: ¡Sí, es verdad!»

Mr. de Lameth: «Sí, por las intrigas de Coblenza y de la emigracion armada!»

Voces de la derecha: «En enero de 1793 no habia tal ejército estranjero en el suelo francés; éramos dueños de la Bélgica!»

El general Demarçay: «Señor presidente, haced vuestro deber; mantened al orador, á quien sobra la razon, en el uso de la palabra.»

El presidente: «Señor Demarçay, ¿sois vos el encargado del órden de la cámara? os ruego que eviteis toda reflexion sobre lo que el presidente cree de su deber hacer y sobre lo que dice el orador.»

Manuel: «A menos de ignorar completamente la historia de su país.....»

Mr. Humbert de Sermaisons interrumpiendo: «¡Solo falta que justifiqueis el regicidio!»

Manuel, continuando: «Y al referir hechos que han dejado huellas tan tristes como duraderas, ¿cómo es posible ignorar que lo que causó la pérdida de los Estuardos fué la proteccion que les dispensó la Francia? Es cierto que esta proteccion era clandestina, mas tambien lo es que alentaba á los Estuardos en su resistencia á la opinion pública; de aquí el levantamiento de su pueblo y las desgracias de aquella familia, desgracias que hubiera evitado buscando su apoyo en la nacion. ¿Tengo necesidad de decir que los peligros de la familia real de Francia fueron mas graves cuando el estranjero hubo invadido nuestro territorio, y cuando la Francia, la Francia revolucionaria (voces de la derecha: «No conoce mas que esta!) comprendiendo la necesidad de defenderse con nuevas fuerzas, y nueva energía ....?»

Apenas pronunciadas estas palabras, la tempestad que desde el principio de este discurso rugia sordamente en los bancos de la derecha, estalla; un clamor inmenso se eleva de aquella parte de la asamblea, todos los diputados realistas se levantan tumultuosamente profiriendo grandes gritos, mas solo se oyen estas voces: «¡Al órden! al órden! qué horror! justificar el regicidio!»

«Mr. Florian de Kergorlay: «¡Cumpla el presidente con su deber! vénguenos de semejantes blasfemias!»

En vano Mr. Ravez trata de calmar el desórden; todos sus esfuerzos son inútiles, ante las tumultuosas agitaciones de la derecha; los gritos que continúan elevándose de aquella parte de la cámara sofocan sus palabras. En cambio los diputados del centro se mantienen silenciosos: la izquierda parece admirada y como indecisa.

Por fin despues de esperar mucho tiempo el presidente logra pronunciar distintamente estas palabras: «No puedo menos de hacer observar al orador que el modo como se ha espresado....»

Voz de la derecha: «Jamás lo hace de otra manera!

El presidente: «Se aparta enteramente del órden; al hablar de un acontecimiento que hace y hará derramar siempre lágrimas á toda la Francia, y que será para ella objeto de eterno pesar, ha calificado como de una medida inspirada por una nueva energía, el asesinato del rey mártir.» (Vivas esclamaciones en la izquierda).

Muchas voces: «Mr. Manuel no ha dicho esto!

El presidente: «Soy muy escrupuloso en el cumplimiento de mis deberes para que se diga que Mr. Manuel no se ha espresado del modo que he referido. Repitiré su frase: el orador ha dicho: Si tal desgracia sucedió, fué porque la Francia revolucionaria tuvo que recurrir á una nueva energía, y pocos instantes antes habia hablado de un crímen para siempre deplorable.»

Voces en la derecha: «La intencion es evidente! al órden! al orden!»

---

(1) El canónigo Vinueza acusado de conspiracion contra el régimen constitucional, fué muerto en Madrid en una conmocion popular. El general Elío fue condenado á muerte por un consejo de guerra ejecutado por hechos de guerra civil; el teniente Goëffieux, de origen frances hecho prisionero entre las filas de la guardia real, en los acontecimientos de 7 de julio de 1822, fué uno de los oficiales fusilados despues de aquella jornada.

Muchas voces: «No, esto no es bastante! La espulsion! la espulsion! arrojemos á este indigno!»

El presidente, con voz fuerte: «Llamo al orador al órden!»

Parte de los diputados de la derecha habian vuelto á ocupar sus puestos durante la esplicacion del presidente, mas apenas Mr. Ravez cesó de hablar, cuando se pusieron todos otra vez en pié, salen tumultuosamente de los bancos, se esparcen en crecidos grupos por el salon y por los corredores, estienden las manos hácia la tribuna en señal de protesta y de amenaza, y dirigiéndose ya al orador, ya al presidente, gritan: «Llamarle al órden no es bastante! La espulsion! es preciso espulsarle! Abajo el apologista del regicidio! No le queremos entre nosotros! no queremos escucharle!»

En medio del tumulto Mr. de Neuville se coloca en la tribuna en pié al lado de Manuel, intenta pronunciar algunas frases que acompaña con gestos tan vehementes, que este último no puede menos de sonreirse: la voz del diputado realista se pierde entre los gritos de todos, y solo pueden oirse estas palabras: «Quiero vengar á la Francia! Quiero vengar el ejército!» Mr. Forbin de Issarts quiere igualmente hablar, mas sus esfuerzos son vanos, su voz no puede ser oida. En este momento el tumulto llega á un grado tal que se oyen distintamente los gritos desde fuera del salon; muchos miembros de la derecha invaden á su vez la tribuna, no para dirigirse á la asamblea, sino para hacerse oir mejor del presidente al cual gritan: «Quitadle el uso de la palabra! Levantad la sesion! Nosotros cuidaremos de hacer justicia de este apóstol del regicidio!»

Voces en la izquierda: «Es falso! es falso! dejad que el orador acabe de espresar su idea y obrad en consecuencia!»

El presidente, levantándose: «El reglamento dice...»

Muchas voces de la derecha: «No se trata ahora de reglamentos! queremos un castigo ejemplar!»

El presidente: «El orador desea justificarse!»

Mr. Hyde de Neuville y otros miembros de la derecha, con fuego: «No! no! no queremos escucharle!»

Voces de la izquierda: «El reglamento lo manda! Vuestra indignacion es infundada! respetad el reglamento.»

El presidente, despues de agitar largo tiempo la campanilla: «En este momento no os hallais en estado de tener una voluntad deliberada, lo que sí sucedia cuando hicisteis vuestro reglamento; el presidente debe respetarla, sin que tenga derecho de hacer lo que le pedis; vosotros mismos lo habeis prohibido.»

Cincuenta ó sesenta voces de la derecha: «El caso no pudo ser previsto! Levantad la sesion.»

Durante este tiempo, Manuel no habia abandonado ni un instante la tribuna; apoyado en la baranda y con los brazos cruzados estaba en la posicion de un espectador que contempla con cierta indiferencia los largos incidentes de una escena representada á su vista. Esta actitud tranquila, casi indiferente, en medio de la agitacion que habia provocado, aumentaba la irritacion de la derecha, que veia en ella una especie de bravata. Cada vez que el presidente habia reclamado para el orador el derecho de justificarse, Manuel se habia enderezado, pronto á completar su frase interrumpida; mas cada vez, un espantoso clamor le obliga á volver á tomar su posicion y á esperar. Finalmente el presidente reuniendo todas sus fuerzas de una vez, anuncia que no pudiendo restablecer el órden, va á cubrirse; esta advertencia no produjo el menor efecto y Mr. Ravez se cubre; establécese entonces un medio silencio, pero en breve recobra el tumulto toda su violencia; entonces Mr. Ravez ni aun lee el artículo del reglamento que autoriza al presidente, cuando despues de cubierto cesa el desórden, á suspender la sesion y á mandar a los diputados á sus secciones: «Os mando, pues, añade Mr Ravez, ocupar de nuevo vuestros puestos y á continuar la discusion.»

—«No! no! gritan doscientas voces; no queremos oirle mas! que cese de profanar la tribuna! Levantad la sesion!»

El presidente: «No debo suspender la sesion hasta haber perdido toda esperanza de restablecer el órden. Os ruego que cedais á una nueva invitacion.»

A esta amonestacion contestan únicamente fuertes gritos de: «No! no! no queremos oir nada! Levantad la sesion!»—«Declaro que la sesion queda suspendida por una hora, dijo por fin Mr. Ravez, é invito á los señores diputados á retirarse á sus secciones.»

El estremo derecho en masa sale ruidosamente del salon; la izquierda permanece en sus bancos, y Manuel, bajando por fin de la tribuna, se dirige hácia la izquierda á ocupar su puesto de costumbre, donde le rodean inmediatamente los generales Foy y Gerard, MM. Laffitte, Dupont (de l'Eure), de Chauvelin, Caumartin, Mechin y gran número de diputados liberales.

Los numerosos espectadores que atestaban las tribunas públicas tenian entonces á la vista un recinto vacío en sus dos terceras partes; los bancos de la derecha y del centro han quedado desiertos; los miembros poco numerosos del centro izquierdo, inmóviles en sus puestos, parecen sumidos y consternados; la izquierda se encuentra agitada y ruidosa; en su estremo, Manuel, rodeado de los colegas cuyos nombres hemos citado, está ocupado en escribir; al pié de la tribuna hacen grupo y en él se ven los ministros pares de Francia MM. de Chateaubriand, de Bellune y Clermont-Tonnerre. De cuando en cuando, entran precipitadamente en el salon algunos diputados de la derecha, trayendo noticias de la reunion de las secciones; y anuncian sucesivamente que se ha resuelto la esclusion y que lo que se discute es el tiempo que deberá prolongarse. En breve los diputados realistas aparecen en gran número y ocupan lentamente sus sitios; durante este tiempo Manuel acaba de escribir y lee al general Foy y á M. de Chauvelin las líneas que acaba de trazar; era una carta dirigida al presidente de la cámara, concebida en estos términos:

«Señor presidente.

»El estado de irritacion en que se encuentra una parte de la asamblea me hace temer que quizás no haya en esta sesion un momento de silencio que me permita acabar la espresion de una idea que no encontrará nadie que de buena fe la condene, así lo espero al menos, desde el momento en que sea conocida tal como he querido emitirla, tal como la haria presumir lo que antes habia dicho, tal en fin que ni vos mismo podiais con justicia reprenderme, si esta vez como en otra circunstancia me hubieseis permitido concluir mi frase.

»El señor ministro de negocios estranjeros pretendia ver un motivo de guerra en la necesidad de prevenir en España catástrofes análogas á las que ensangrentaron la revolucion de Inglaterra y la revolucion francesa: á esto contesté que el medio adoptado me parecia el propio para aumentar estos peligros en vez de disminuirlos, y en prueba de lo mismo cité los acontecimientos que causaron la caida de los Estuardos y la muerte del desgraciado Luis XVI.

»Pregunté tambien si se acordaban que aquella desgracia fué precedida en Francia de la intervencion armada de los prusianos y de los austriacos, y recordé como un hecho sabido de todos que «entonces fué cuando la Francia revolucionaria, comprendiendo la necesidad de defenderse con nuevas fuerzas y nueva energía...» aquí he sido interrumpido; de no, mi frase hubiera sido esta: «Entonces la Francia revolucionaria, comprendiendo la necesidad de defenderse con nuevas fuerzas y con nueva energía, puso en movimiento todas las masas, exaltó todas las pasiones revolucionarias, causando así terribles escesos y una deplorable catástrofe, en medio de una generosa resistencia.»

»Nadie, como yo, está tan resignado de antemano á todas las prevenciones y aun violencias de una parte de los miembros de esta cámara, cuyos principios y esfuerzos he creido deber combatir abiertamente, porque en mi alma y en mi conciencia tengo la conviccion de que estos esfuerzos y principios comprometen á la vez los intereses del trono y de la nacion. Sin embargo unas interrupciones y un tumulto que vos mismo no escusais, no deben privarme del derecho de ser oido antes de ser juzgado; no puedo consentir en que se permita ni aun á la mala fe, suponerme el absurdo proyecto de insultar cobardemente, sin motivo, sin interés, las desgracias de víctimas augustas cuyo destino llenó de dolor todos los corazones generosos. Cuando haya podido hablar arrostraré el juicio de los hombres apasionados y esperaré sin temor el de los hombres justos.

»Tengo el honor, señor presidente, de ser vuestro humilde servidor

MANUEL.

»Hoy 26 de febrero de 1823.»

Ha trascurrido una hora desde que se suspendió la sesion; en virtud del reglamento la sesion queda de derecho abierta y el presidente ocupa su sillon; su presencia es acogida con un profundo silencio; todos los miembros de la cámara, así como los espectadores de las tribunas, manifiestan una curiosidad inquieta. En aquel momento Manuel se levanta, se dirige lentamente hácia la tribuna y sube á ella; á su vista toda la derecha se levanta como un solo hombre y doscientas voces gritan: «No! no! abajo! á la puerta! espulsemos al sedicioso! arrojemos al indigno!»

Mr. Forbin des Issarts, desde la tribuna: «Pido la palabra para un punto reglamentario. Jamás el reglamento ha condenado á la cámara al suplicio de escuchar á un orador cuyas máximas ó doctrinas celebran ó justifican el regicidio. (Aplausos y prolongados bravos en la derecha.) En su consecuencia propongo á la cámara, en nombre del respeto que á

sí misma se debe, que manifieste su opinion sobre el deseo que espresó de que sea espulsado el orador que profirió tan infames propósitos.

Mr. de Chauvelin: «Oh! oh!»

La derecha en masa: «Sí! sí! que se vote!»

Manuel quiere tomar la palabra, pero los diputados de la derecha le interrumpen gritando: «No! no! fuera de la tribuna! fuera!

Mr. Basire: «Se ha formado una proposicion en las secciones!»

Otro miembro de la derecha: «Se ha nombrado una comision!»

El presidente: «El reglamento dispone que cualquiera proposicion que no sea una proposicion de ley ó de esposicion á la corona, sea entregada al presidente, comunicada á las secciones, que la discuten, y examinada el dia siguiente en sesion pública. Así pues es imposible admitir en otra forma la proposicion de que se trata, y vosotros mismos, señores, censurareis al presidente que los autorizare.»

El lado derecho continúa pidiendo á grandes gritos la votacion de la esclusion. Manuel renuncia á luchar por mas tiempo para obtener la palabra; entrega abierta al presidente la carta que hemos reproducido, y baja de la tribuna; estrepitosos aplausos estallan en todos los bancos de la derecha y se oyen estos gritos: «Por fin se hace justicia! abajo Manuel! fuera Manuel!»

El presidente: «Mr. Manuel me entrega una carta» (violenta interrupcion en la derecha.)

Muchas voces: «No queremos á él ni su carta! no! no! abajo el indigno! que se vote la esclusion!»

Mr. de Chauvelin se precipita á la tribuna, quiere hablar, pero el continuo clamor y los gritos de «la votacion!» que no cesan en los bancos realistas, le obligan á volver á su puesto.

El presidente, despues de muchos esfuerzos para obtener silencio: «Señores, tengo en mucho vuestro aprecio para sujetar á votacion una proposicion en contra de las formas prescritas en vuestro reglamento: y puesto que no me es dable restablecer el órden, levanto la sesion.

La derecha se levanta en masa á los gritos de «¡viva el rey! vivan los Borbones! todos los Borbones!» muchos diputados añaden: «Por hoy hemos conseguido ya lo que queríamos! mañana haremos lo demás; no volverá á pisar la tribuna el apologista del regicidio!» La asamblea se separa tumultuosamente.

El dia siguiente 27, despues de la lectura de la sesion anterior en que las palabras *nuevas fuerzas*, se encontraban sustituidas por las de *nuevas formas*, el presidente concedió la palabra á Mr. de Labourdonnaie, que se espresó así:

«Tengo el honor de proponer á la cámara que usando del derecho de que disfruta todo poder político de juzgar los delitos cometidos por uno de sus miembros en el ejercicio de sus funciones y en el recinto de sus deliberaciones, espulse de su seno á Mr. Manuel diputado de la Vendée (1)»

En el momento en que Mr. de Labourdonnaie acababa de leer su proposicion, Manuel entraba en la sala é iba á sentarse al estremo del primer banco de la izquierda, entre Mr. Casimiro Perier y el general Demarçay. Este incidente escitó en el salon un lijero rumor; y Mr. de Labourdonnaie aguarda que se haya calmado, para desenvolver su proposicion.

Rara vez habrá existido acusacion mas arbitraria, pues carecia de una base precisa; ninguna de las espreciones empleadas por Manuel podia tomarse como una apología del suplicio de Luis XVI, y solo habia recordado la muerte de este monarca y la de Cárlos I, para hacer ver qué peligros amenazaban á Fernando VII con una guerra, análoga á las que habian precipitado la caida de los Estuardos y la muerte del hermano de Luis XVIII. El cambio de la palabra *fuerzas* con la de *formas* hecha en el acto, no tenia sin duda otro objeto que dar un arma á la acusacion haciendo suponer que el orador habia considerado como una necesidad de la defensa nacional, la supresion de la monarquía y del rey. Mr. de Labourdonnaie no recurrió á suterfugios; confesó francamente «que reo de graves y frecuentes reincidencias» Manuel era acusado por él ante la cámara, «no por una palabra ni por una frase escapada en la dificultad de la improvisacion, sino por un discurso entero cuyo conjunto tan criminal como los detalles, hacia tan solo revivir las perniciosas doctrinas que tantos males causaron entre nosotros, sino que tendieran á justificar el mas espantoso de los crímenes de que fueron causa.» Despues de examinar si la esclusion que proponia se hallaba en poder de la cámara, despues de manifestar que semejante medida no escedia al derecho de la asamblea y que estaba en sus atribuciones, el orador, que tenia un discurso escrito concluyó con estas palabras:

«Convencidos de los funestos efectos de una indulgencia ya demasiado lata, despojareis del manto de la inviolabilidad al que, habiéndolo recibido de la sociedad, vuelve contra ella la garantía de que le habia revestido. Alejareis de la tribuna al que habiendo sido enviado á ella despues de jurar ser fiel y leal diputado y obedecer las leyes del reino, sube á ella con el único objeto de atacarlas y hacerlas odiosas. Cese de representar al pais, para siempre célebre bajo el nombre de tierra clásica de la fidelidad (la Vendée), el que no ha temido hacer delante de vosotros la apología del regicidio; cese de ser diputado y que vuestra decision quede perpetuamente depositada en vuestros archivos como un monumento elevado para prevenir semejantes atentados.»

MM. Etienne, Tripier y de Girardin, combaten sucesivamente la proposicion: MM. Delalot é Hide de Neuville la apoyan: Manuel se presenta en la tribuna causando su aparicion un vivo rumor en los bancos de la derecha.

Algunas voces del mismo lado: «Que hable desde la barra! Es un acusado!»

Otras voces: «No! no!»

Muchas voces: «No acabaremos nunca! Que se vote!»

El presidente hace observar que dirigiéndose la proposicion contra Manuel, tiene este derecho de ser oido, y que por consiguiente le concede la palabra (bravos en la izquierda).

Manuel: «Señores, al subir á esta tribuna quiero y me importa que os convenzais de que no tomo la palabra ni con la esperanza, ni con el deseo de conjurar la tormenta que se ha formado contra mí; quiero únicamente sentar que la medida propuesta es un acto de violencia que nada justifica y que no he provocado en lo mas mínimo.

»Comprendiendo que seria difícil encontrar en las frases reprobadas del discurso que pronuncié la especie de crímen de que se me acusa, se ha tenido, con un arte que no calificaré, buen cuidado de no citarlas; se ha echado mano de otros recuerdos, se han reproducido aciertos destinados en otro tiempo á servir á un proyecto que tuvo que abandonarse. Al abrirse la legislatura, se trató de hacer anular las operaciones de los dos colegios que me eligieron; y aunque se jactaban de conseguirlo, aunque por todas partes se mendigaban protestas contra este objeto, fué preciso renunciar á aquella ilegal tentativa. Hoy se renuevan los ataques, valiéndose de nuevas imputaciones; de que segun se dice, he abogado por el regicidio.

»¡Cómo, señores! habré predicado el regicidio en el mismo momento en que me esforzaba para disuadiros de lo que puede producirlo! en verdad, señores, que suponer que aconsejar el regicidio era el objeto de mis argumentos es atribuirme un estraño absurdo. ¿Qué palabras han podido haceroslo creer así? ¿qué interés podia mezclarme á sostener semejante doctrina? Además de que los términos que he usado ni aun os dejan tan triste recurso; decia que al invadir los austriacos y los prusianos nuestro pais, la Francia comprendió que necesitaba defenderse con nuevas fuerzas y nueva energía.....»

Muchas voces en la derecha: «Formas! formas! dijisteis formas!

Voces en la izquierda: «No! no! fuerzas!»

Manuel: «Debo manifestar á la cámara que antes de escribir ayer al señor presidente la carta que os habeis negado á escuchar, consulté sobre el preciso testo de mis palabras á muchos de mis colegas, lo mismo que las notas de varios periódicos, y todos, á escepcion del redactor del Monitor, entendieron fuerzas, cuya palabra estoy seguro de haber empleado. Mas poco importa; acepto ambas espresiones; es evidente que con aquellas premisas preparaba la conclusion á que queria llegar. Decia que respecto de España era preciso no emplear aquellos medios que exasperando las revoluciones, les hacen recurrir, para defenderse á los mas terribles recursos, les obligan á exasperar todas las pasiones, a sublevar las masas, arrastrándolas á una senda sin que puedan prever donde podrán detenerse ni las inteligencias mas ilustradas. Así lo dicen los mismos escritos de nuestros adversarios; leed las memorias de Mr. de Rivierre, las del marqués de Ferrieres, y vereis que uno y otro atribuyen la muerte del rey a la invasion estranjera, y que hacen derivar el mal del mismo remedio que queria aplicársele: mas aun admitiendo que mis espresiones hubiesen presentado algun equívoco, el uso, la prudencia, la justicia exigian al menos que antes de condenarme por una frase empezada, en medio de un discurso improvisado en una cuestion tan grave y complicada con tantos incidentes, fuese escuchada hasta el fin; mas no lo habeis querido; os negasteis á dejarme continuar: ¿y en semejantes circunstancias os toca interpretar una frase interrumpida?

»Hablais de regicidio! olvidais pues que por mi edad he debido per-

(1) M. Duplessis de Grandedan habia hecho en las secciones otra proposicion concebida en estos términos «Propongo que Mr. Manuel sea escluido de la cámara como á indigno.» Mas se habia preferido la redaccion de Mr. de Labourdonnaie

manecer mas estraño que vosotros á los acontecimientos de la revolucion? Entonces me hallaba en el ejército en las filas en que pretendeis haberse refugiado entonces el honor francés; no es que acepte para el ejército un homenaje que se le tributa á espensas de la nacion. El honor francés se hallaba por todas partes, y á pesar de los escesos á que la revolucion se entregó, no olvidaremos jamás que deseada y hecha por la Francia, defendida por ella á costa de su sangre y de inmensos sacrificios, esta revolucion le ha legado en cambio una gloria imperecedera, y beneficios inmortales; jamás olvidaremos que existimos y con nosotros vosotros, solo por los resultados que ha producido, sagrados resultados que todos los esfuerzos de sus enemigos no podrán arrebatarnos jamás. (Bravos en la izquierda.) Lo repito, añade el orador con fuerza, lejos de mí la idea de atribuir al ejército solo los gloriosos títulos adquiridos por toda esta grande y generosa nacion; mas al menos es justo decir que durante todo el curso de una revolucion sangrienta el ejército no derramó mas sangre que la suya y la de sus enemigos. (Nuevos y prolongados aplausos en la izquierda.)

»Así pues mi vida entera contestaria en caso necesario á vuestras acusaciones. Mi verdadera culpa, mi crímen, es haber combatido con energía en esta tribuna el partido enemigo de la revolucion: lejos de mí la idea de ofenderme de ello; no ignoro que si hubiese desplegado menos calor, menos valor quizás, habriais dejado pasar frases mas reprensibles. Sin embargo hace mucho tiempo que me he resignado á todas las consecuencias de mi lenguaje; mi fin ha sido siempre uno, hacer mi deber, y lo he cumplido á pesar de todo.

»¿Quereis, señores, que os dé la prueba de que solo el espíritu de partido, y no un espíritu de justicia me persigue en este momento? En una de las sesiones anteriores un orador ha dicho en esta tribuna que la constitucion era una garantía odiosa, y sin embargo le escuchasteis en silencio.»

Muchas voces en la derecha: «¡Nadie ha dicho esto!»

Manuel: «El orador á que me refiero es el mismo que ahora pide mi esclusion.»

Mr. de Labourdonnaie: «Mi frase se aplicaba á la España.»

Manuel: «La leeré:» y volviendose hácia Mr. de Labourdonnaie, añade: «Al subir vos á la tribuna no os atreveis á leer las palabras de que me haceis un crímen, al paso que yo leo las vuestras (bravos en la izquierda). ¿Habeis dicho lo siguiente: debo conceder al gobierno nuevos medios de sostener un sistema funesto y de imponer á un rey cautivo y á una nacion esclavizada, una constitucion, odiosa garantía de los intereses materiales de la revolucion? Dijisteis constitucion.»

Muchas voces en la derecha: «No se trataba mas que de la España.»

Manuel: «En contestacion á este discurso ha dicho el señor presidente del consejo que el gobierno no trataba de imponer la constitucion al pueblo español.»

Las mismas voces: «No ha dicho la constitucion, sino una constitucion, lo que es muy distinto.»

Manuel: «Como no me propongo acriminar nuestro colega (las mismas voces: ¡Haceis bien!), no le quitaré el recurso de decir que por constitucion, ha querido designar únicamente la de las cortes (violentos murmullos en la derecha; muchas voces: ¡Qué mala fe! su propia cita le condena! »

«Hablais de esclusion, continúa el orador, cuando ni la constitucion, ni el reglamento, ni la razon, ni la justicia os dan semejante derecho: ¿quién os lo ha dado pues? El espíritu de partido; los buscais en la misma fuente que los montañeses de 1793, y os arrogais el derecho del mas fuerte, el que usurpa toda faccion que sustituye la tiranía á la justicia y hace víctima á la razon de una desenfrenada violencia.—Evitaos, compañeros, añade el orador volviendose hácia la izquierda, el trabajo de discutir para demostrar esta verdad. ¿Creis que no la sienten ellos como vosotros? ¿Creis acaso que ignoran que mis intenciones han sido irreprensibles? Si no me sintiera fuerte en mi conciencia, dijo en seguida dirigiéndose á la derecha, pensais que vendria á esta tribuna, á combatir y á arrostrar vuestros murmullos? Ella es la que alimenta mi valor, y con semejante espada á nadie temo, ni aun á los que se dicen y se hacen mis jueces. Ah! ¿Con que quereis arrojarme de este recinto? ¡haceis bien! Sé que puede suceder hoy lo que hemos visto hace treinta años: las pasiones son las mismas. Yo seré vuestra primera víctima: quiera Dios que sea la última! y si algun pudiese abrigar un deseo de venganza, yo, la víctima de vuestros furores, dejaria á estos el cuidado de vengarme.»

Las últimas palabras de esta improvisacion en la que el orador, celoso de su dignidad, se habia defendido con un lenguaje igualmente distinto del orgullo como de la debilidad, fueron recibidas por la izquierda con estrepitosos aplausos. Mr. de Girardin habia pedido la cuestion previa, mas desestimaron esta demanda el lado y centro derecho, adoptándose por la misma mayoría la toma en consideracion. Ninguno de los ministros tomó parte en la votacion.

Mr. Laffitte: «Los ministros no se atreven á votar; ¡que indignidad!»

Mr. de Lameth, y otros miembros de la izquierda. «¡Es adominable!»

El general Demarçay, apoyado por los generales Foy y Gerard, pide la discusion inmediata en asamblea general; Mr. Dudon propone por el contrario someter la proposicion al exámen de las secciones: Mr. de Chauvelin apoya la demanda de sus amigos «en nombre de la dignidad de la asamblea á quien no es dable, dice, obedecer la voz de una fraccion de diputados, de un puñado de ambiciosos que en su deseo de llegar al poder, se muestran los mas violentos á fin de formarse un partido. Esta alusion á la pasion manifiesta de MM. de Labourdonnaie y Delalot, es recibida con gritos de: ¡al órden! Mr. Dudon insiste en su proposicion y cita en su defensa algunos precedentes, entre otros un voto de la cámara relativo á una demanda de duodécimos interinos.

Mr. Casimiro Perier: «¿Pretendeis acaso tratar á un diputado como décimos y centésimos?»

El presidente consulta la asamblea, y la proposicion de Labourdonnaie es sometida al exámen de las secciones. El dia 27 se verificó este exámen, y además el nombramiento de una comision de nueve miembros encargados de dar su dictámen á la cámara; el 18 se reunió la comision y el dia siguiente 1.° de marzo, Mr. de Labourdonnaie, uno de los comisionados, subia á la tribuna para comunicar á la cámara el resultado de su trabajo.

Muchas voces de la izquierda: «El mismo acusador es el que da cuenta de los debates de la comision. ¡Qué indecencia! ¡qué escándalo!»

El presidente: «He llamado á la tribuna al que la comision ha dado el encargo de leer su dictámen; Mr. de Labourdonnaie se presenta con este carácter; así es que no puedo menos de mantenerle el uso de la palabra.

«Qué imprudencia! Estamos en una cámara francesa! Qué escandalo!» Estos gritos parten de todos los bancos liberales é impiden á Mr. de Labourdonnaie leer ni una sola palabra de su dictámen. La derecha permanecia silenciosa: solo el presidente lucha contra las estrepidosas protestas de la izquierda; por fin, obtiene un poco de silencio y Mr. de Labourdonnaie empieza la lectura de su manuscrito: «Antes de ocuparse de la cuestion de derecho, dice, nuestros comisarios han sometido el discurso inculpado á una atenta lectura, y pronunciando como jurados, han declarado por unanimidad que tendia á justificar el regicidio (ruidosas reclamaciones en la izquierda).

Muchas voces: «Es falso ¡es una calumnia!»

Mr. de Labourdonnaie añade que la comision ha examinado sucesivamente si el autor de semejante discurso podia continuar sentándose en los escaños de la cámara entre diputados fieles y leales; si la cámara tenia en sí misma el poder de alta jurisdiccion necesaria para vengar las subversivas doctrinas emitidas en su seno, y si la esclusion del miembro que habia manchado el honor de su carácter era un derecho que le pudiese ser contestado. «Todos los miembros de la comision, dijo Mr. de Labourdonnaie, interrogados sobre la primera cuestion, han declarado que Mr. Manuel no podia ya sentarse en este recinto sin atentar á la dignidad y á la consideracion de la cámara.» Mr. de Labourdonnaie trató en seguida de las otras dos cuestiones, resolviéndolas todas en un sentido afirmativo, y concluyó en estos términos: «Por todas estas causas vuestra comision tiene el honor de proponeros que esluyais de vuestro seno á Mr. Manuel, con motivo del discurso que pronunció en la sesion del 26 de febrero.» Consultada la cámara sobre el dia en que decidirá sobre estas conclusiones, fijó el lunes 3 de marzo.

CAPÍTULO XVIII.

Continuacion de la legislatura de 1823. Discusion de la proposicion de Mr. de Labourdonnaie para la espulsion de Manuel: discursos de MM. de Saint-Aulaire, Royer-Collard é Hyde de Neuville. Últimas palabras de Manuel. La cámara pronuncia la esclusion. Sesion de 4 de marzo. introduccion de la fuerza armada en el salon, la guardia nacional se niega á obedecer; intervencion de la gendarmería; violencia ejercida con Manuel; la izquierda entera se retira de la cámara; protesta de 62 diputados. Voto de la ley de los cien millones. Resultado de la retirada de los diputados de la oposicion liberal. Empieza á declararse oposicion en la cámara de los pares. Se cierra la legislatura.—El ejército francés en febrero de 1823: fuerza del cuerpo de invasion; su composicion y su espíritu. El duque de Angulema es nombrado generalísimo y el conde Guilleminot mayor general.—Nueva conjuracion. Disidencias entre los car-

bonarios; Mr. de Lafayette y Manuel. Refugiados franceses en España. Efecto de las palabras pronunciadas por Mr. de Villele en la sesion secreta en que se discutió la contestacion al discurso de la corona. Complot organizado en el seno del ejército de invasion; su objeto: su descubrimiento. Destitucion del general Guilleminot y su reemplazo por el duque de Belluna; partida de este para Bayona.—El duque de Angulema en el ejército de los Pirineos; revelaciones. Desórdenes administrativos, insuficiencia en todos los servicios. Inquietudes. Llegada de Mr. Gabriel Ouvrard; su nombramiento como proveedor general. Dilapidaciones en Bayona. El ejército recibe órden de pasar el Bidasoa; el coronel Fabvier entra en España; tentativa del Bidasoa; los refugiados son rechazados; el ejército pasa la frontera.

1823.—Para la generacion del imperio y de la restauracion era un hecho sin ejemplo la proposicion de escluir de la cámara electiva á un diputado sentado hacia ocho años en los bancos de la asamblea. La popularidad del orador contra quien aquella medida se dirigia, la novedad de ella, hacian aun mas interesante la sesion en la que la mayoría realista debia descargar el golpe que tenia resuelto, así es que en el dia indicado, una masa estraordinaria de curiosos llenaba los alrededores del palacio legislativo; las tribunas de la sala de sesion estaban atestadas de espectadores, y los diputados todos en sus bancos. Mr. de Saint-Aulaire inscrito en primer lugar para combatir el dictámen de Mr. de Labourdonnaie es llamado á la tribuna, pero Mr. Estanislao de Girardin se le anticipa y pide que se discuta la cuestion de competencia, á esta proposicion salen de los bancos de la derecha violentas interrupciones:

Mr. Benoist: «¿Acaso somos un tribunal?»

Mr de Girardin: «¿Qué sois pues entonces?» (Los gritos aumentan.) «Tengo el derecho de hablar y hablaré.» (El tumulto crece por momentos.) «Quitadme la palabra; escluidme tambien, porque resisto á vuestra opresion.»

El presidente invoca las disposiciones del reglamento y llama de nuevo á Mr. Saint-Aulaire á la tribuna. «No teneis derecho para despojarme del uso de la palabra, esclama Mr. de Girardin. ¡Pronunciad mi esclusion! ¡Escluidnos á todos! (El tumulto está en su colmo.»)

El general Foy: «El señor presidente quiere someter á las formas ordinarias de la discusion una proposicion que el reglamento ha previsto; si se proponia un acto atroz, un crimen material que debiese cometerse en este recinto, ¿lo pondria á votacion el presidente en su respecto por las formas de estilo? Aplicar en caso semejante las reglas ordinarias, seria una nueva atrocidad, y digo que nuestro presidente falta á su deber y al honor, si.... (Violenta interrupcion en la derecha.»)

Muchas voces: «¡Al órden! al órden!»

El presidente: «El deber del presidente es observar y hacer que se observe el reglamento: mas que todos sabe cuan penoso y amargo es frecuentemente el cumplimiento de este deber; y cuando se sujeta á el, cuando se hace esclavo del mismo, hay valor para decir desde esta tribuna que falta á sus disposiciones.»

El general Foy: «Lo he dicho y lo repito; seria faltar á un deber y á un honor!»

Los gritos de ¡al órden! estallan con nueva fuerza en los bancos de la derecha, á los que contesta la izquierda con los de: «¡No, no! tiene razon! es verdad! El general Demarçay, MM. Dudon y Gerardin hablan sucesivamente en medio del tumulto; el primero acusa al presidente de violencia y de tiranía, el segundo pide la órden del dia y Mr. de Girardin insiste en su proposicion. El desórden que reina en la asamblea impide por largo tiempo á Mr. Ravez pronunciar una sola palabra, hasta que un medio silencio le permite consultar á la asamblea, la cual rechaza por la órden del dia la proposicion de Mr. Girardin de Mr. de Saint-Aulaire sube á la tribuna.

El general Foy que permanece en pié cerca de la mesa de Mr. Ravez: «Sois presidente constitucional, estais aquí por la constitucion y faltais á vuestro deber presidiendo un acto que viola la constitucion, un acto contrarevolucionario.»

El presidente: «Siento verme obligado á deciros que estais turbando el órden.»

El general Foy: «¿El órden? ¡ya no existe! ¡solo hay aquí desórden y violencia!»

Mr de Saint-Aulaire espera de nuevo que calme la agitacion y puede por fin hablar; empieza por discutir las principales consideraciones del dictámen, y luego añade: «Declaro por mi honor que despues de haber examinado la frase de Mr. Manuel, frase que escuché con sentimiento, he encontrado en ella la prediccion de acontecimientos análogos á los de nuestra revolucion, fundada en el empleo de los mismos medios, pero sin ver el menor vestigio de la intencion parecida que se supone en el orador. Así lo atestiguo ante Dios y ante los hombres.»

«El objeto evidente que se queria conseguir es desembarazarse de uno de los miembros mas distinguidos de la oposicion; sin embargo ¿es tan temible por su número esta oposicion? ¿No la veis disminuir en cada legislatura? En las últimas elecciones solo cinco pudimos triunfar de los esfuerzos del ministerio para alejarnos de este sitio. Es verdad que no ataca á los candidatos de la oposicion estrema, persigue á todos los que no están con vosotros. Yo mismo, cuya esclusion no pediréis sin duda, he visto á hombres muy distinguidos calificados de facciosos solo por haberme dado sus votos; he visto destituir empleados por igual motivo y acabo de saber que un coronel, recomendable por sus largos y brillantes servicios, ha sido borrado por la misma causa de los cuadros del ejército.» (Viva interrupcion.)

El general Foy, dando un fuerte golpe en un pupitre: «¡Qué infamia! Este es el modo de hacer las elecciones.»

Un violento tumulto se eleva en la cámara; Mr. de Vogué dirige al orador algunas espresiones que no pudieron oirse, acompañándolas de animados gritos.

Mr. de Saint-Aulaire, dirigiéndose á la derecha: «Por habituado que esté á la observancia de las prácticas parlamentarias, estoy dispuesto á dejar el tono parlamentario con cualquiera que desee hablarme de cerca y en voz baja. «(Vivos aplausos en la izquierda.)

Muchas voces del mismo lado.—«¡Tambien nosotros!»

El orador concluye con estas palabras: «Los autores de la proposicion en su idea de formar una mayoría contra Mr. de Villele renuevan una táctica de que ya hicieron uso hace diez y ocho meses contra Mr. de Richelieu. Señores, derribad si bien os place á Mr. de Villele, (risas y murmullos), lo mismo me da (risas estrepitosas); pero no lo hagais destruyendo nuestras instituciones mas preciosas. Voto contra la proposicion; si se adopta, podrá ser prudencia el someterse á ella, pero jamás un deber.» (Aplausos en la izquierda.)

Mr. Duplessis de Grenedan sucede á Mr. de Saint-Aulaire, y lee en apoyo de la proposicion un largo discurso que la debilidad de su órgano no permite oir: trátanse conversaciones en todos los bancos y no se restablece el silencio hasta que Mr. Duplessis baja de la tribuna y el presidente llama á ella á Mr. Royer-Collard, quien empezó así: «Un filósofo, cuyo nombre no recuerdo, ha dicho: Detesto mas aun las malas máximas que las malas acciones. Del mismo modo hay aun algo mas odioso que violar las leyes, y es dar á esta violacion nombres pomposos para legitimarla y llamar el sofisma en ausilio de la fuerza. Impotentes muchas veces para conjurarla, dejémosle al menos su nombre y su carácter á fin de que sobre ella sola pese la responsabilidad (aprobacion en la izquierda; movimiento en el centro derecho). En la historia de todos los pueblos vemos que varias veces se ha recorrido á la fuerza, dandole segun su orígen diferentes nombres. Cuando son los gobiernos ó poderes los que se valen de ella, se la llama golpe de estado; cuando son los pueblos insurreccion; cuando es un estado el que la emplea contra otro estado, se le da el nombre de intervencion. Las tres causas se parecen y son de naturaleza análoga. Recurrir á la fuerza en el caso presente, es un golpe de estado, cuya víctima debe ser Mr. Manuel, ¿es acaso necesario? Si, se contesta, porque la cámara debe sobreponerse á las leyes para castigar un crimen que aquellas no pudieron prever. ¡Decir que Mr. Manuel ha justificado el regicidio en esta tribuna! ¿Cómo lo sabeis? Cómo jurados, dicen los miembros de la comision, le declaramos culpable; pues bien! yo como á jurado, es decir testigo como ellos, sin prevencion en pro ni en contra, le declaro inocente. Por el solo hecho de que no se citan sus palabras, de que no se las compara con el fallo dado, quedan absueltas; en efecto, no son las palabras lo que la comision acrimina, es la tendencia: la tendencia, es decir la intencion, el pensamiento secreto del orador; mas vemos que no reconoce la intencion, que niega el pensamiento; ¿quién mas que él es juez en esta materia?

»Mr. Manuel no ha justificado el regicidio; todos convienen en ello, se le acusa únicamente de haber querido hacerlo; así pues la causa de esclusion carece de realidad. Además no es esta la única consideracion que puede hacerse valer en impugnacion de la medida propuesta; una vez verificado este golpe de estado, será tan lata la facultad de repetirlo, que intentando sin cesar la escepcion se convertirá en regla general. Los diputados podrán ser destituidos como los agentes de la administracion, con la diferencia de que estos solo pueden serlo por el poder que les nombró, al paso que los diputados de la minoría lo serán por la mayoría contra la cual han sido nombrados y que deben combatir sin cesar. Vergüenza me da decir mas sobre este punto; el buen sentido habla mas alto de lo que yo pudiera hacerlo (aplausos en la izquierda; movimiento general). Voto contra la proposicion.

Mr. Hyde de Neuville toma en seguida la palabra y rechaza primeramente, en nombre de sus amigos, la idea de hostilidad hácia el ministerio: «Ministros del rey, esclama, no queremos derribaros ni dividiros; marchad en línea recta y os sostendremos; marchad abiertamente con la frente erguida, por el camino de la verdad, así como por el de Madrid; mas, preciso es decirlo, nos hallamos aun muy atrás tanto en el uno como en el otro. Lo repito, marchad por el camino de la verdad, es largo y espacioso.... «(Interrupcion y risas en la izquierda.»)

Mr. de Chauvelin. «Y vos hariais mejor en pararos, en dejar vuestro camino.»

Otras voces: «A la cuestion! no se trata aquí de los cien millones.»

El orador hace estensas consideraciones sobre las causas de la revolucion francesa; en apoyo de la proposicion cita diferentes ejemplos de las legislaciones inglesa y americana, cuya exactitud niegan los diputados de la izquierda, y luego esclama. «Si la cámara no tuviese el derecho de espulsar de su seno á un miembro digno de deliberar con ella, ¿con qué derecho arrojasteis en otro tiempo á aquel sacerdote de ideas. (esclamaciones en la izquierda).»

Muchas voces: «¡ Hablad con mas calma! tranquilizaos!»

Otras voces: «Leed nuestras actas; que jamás la indignidad ha sido puesta á votacion!»

Mr. Casimiro Perier: «La eleccion fué anulada como ilegal; precisamente este ejemplo es una prueba contra vos (1).»

Despues de refutar muchos párrafos de la defensa de Manuel y rechazar las palabras de Francia revolucionaria, haciendo observar que la verdadera espresion era «la Francia revolucionaria, oprimida, así como despues de la restauracion debia decirse la Francia libertada,» **Mr.** Hyde de Neuville concluye con estas palabras: «Señores, nuestra policía á nadie toca sino á nosotros mismos; los que formen la próxima legislatura tendrán la misma prerogativa, y podrán juzgar igualmente segun su alma y su conciencia. El presente nos pertenece, el porvenir es de otros; hagamos nuestro deber sin decir á ellos el suyo.

Voces de la izquierda: «¿Con qué habeis cambiado de sistema? ¿Con que ya no se trata de una esclusion definitiva?

En seguida toman la palabra MM. Sebastiani y Andrés d'Aubiere, el primero para combatir la proposicion, el segundo para apoyarla. Pídese que se den los debates por terminados, á lo que se opone **Mr.** Casimiro Perier. El presidente anuncia que antes de la votacion está dispuesto á conceder la palabra á Manuel, el cual la rehusa; consultada la cámara, decide la continuacion de la discusion. **Mr.** Tronchon habla contra el dictámen, trabándose luego una acalorada discusion sobre el modo de sentar la cuestion entre **Mr.** Hyde de Neuville y el general Foy, y MM. de Labourdonnaie y de Girardin; el primero pide á título de enmienda que la proposicion se redacte en estos términos:

«**Mr.** Manuel será escluido de las sesiones de la cámara durante la presente legislatura.»

Mr. de Girardin reclama la votacion de la órden del dia pura y simple; el general Foy propone aplazar la discusion para el siguiente dia, y sobre esto se traba un debate ruidoso y confuso, sofocado en breve por los gritos de ¡basta ya! ¡la votacion! proferidos con fuerza por la derecha. El presidente lee por segunda vez la enmienda de **Mr.** Hyde de Neuville; los diputados de la izquierda en masa piden la cuestion previa; consultada la cámara, la desestima, y el presidente anuncia que va á poner la enmienda á votacion:

Voces de la izquierda. «Cómo! ¿vais á juzgar á **Mr.** Manuel sin oirle?»

El presidente: «Dos veces he preguntado á **Mr.** Manuel si deseaba tomar la palabra y dos veces la ha rehusado. ¿Mr. Manuel quiere subir á la tribuna?»

Manuel: «Desearia antes saber á qué debo responder y sobre qué proposicion va á votarse.»

El presidente: «Sobre la enmienda de Hyde de Neuville.»

Manuel se levanta y deja lentamente su banco; reina un profundo silencio: llegado á la tribuna, dirige sus miradas por el salon, y luego con voz reposada y fuerte, pronuncia estas palabras, las últimas que debia hacer oir:

«Aun cuando hubiese formado el proyecto de justificarme de la acusacion hecha contra mí, el zelo de mis distinguidos amigos hubiera de antemano llenado mi tarea; la falta de derecho, la usurpacion, la arbitrariedad, la inocencia de sus intenciones, todo ha quedado sentado por ellos, y si uno de mis defensores, cegado sin duda por antiguas prevenciones, ha dejado escapar algunas palabras de desaprobacion, en el acto en que vengo á arrostrar tantos furores bien puedo despreciar un acto de debilidad ó de odio (1). No seré yo á buen seguro el que dé á mis adversarios el placer de verme colocado allí de donde no puedan hacerme descender; en buen hora que llevados por un culpable interés quieran algunos envilecer la representacion nacional; yo, á quien mueven sentimientos muy opuestos, haré cuanto de mí dependa para conservarle su esplendor.

»Declaro pues que no reconozco en nadie de los presentes el derecho de acusarme ni de juzgarme; en vano busco jueces; mis ojos no ven mas que acusadores; no espero un acto de justicia; me resigno sí, á un acto de venganza. Respeto los grandes poderes de la nacion, pero respeto mas que á ellos á la ley que los ha creado; su poder cesa para mí desde el instante, en que hollando esta misma ley, usurpan derechos que jamás les ha dado.

»Siendo así ignoro si la sumision es un acto de prudencia, pero sé, que desde el momento en que la resistencia es un derecho, se convierte en un deber, y lo es mas para aquellos que como vosotros, deben conocer mejor que nadie la estension de sus derechos; lo es mas para mí que debo mostrarme digno de los ciudadanos de la Vendée que han dado á la Francia tan noble ejemplo de valor é independencia concediéndome por dos veces sus votos.

»Entrando en esta cámara por la voluntad de aquellos que tenian derecho de enviarme á ella, no saldré sino por la violencia de los que ningun derecho tienen para escluirme; y si esta resolucion llama nuevos peligros sobre mi cabeza, recordaré que el campo de la libertad ha sido mas de una vez fecundado por sangre generosa.» (Prolongados bravos en la izquierda).

Puesto inmediatamente á votacion, es adoptada la enmienda de **Mr.** Hyde de Neuville y el presidente anuncia que va á consultar á la cámara sobre el conjunto del artículo. **Mr.** Sapey pide que no pueda pronunciarse la esclusion sino por las dos terceras partes de los votos, pero el presidente hace observar que esta proposicion es contraria al reglamento: «Vuestro reglamento no ha podido prever el infame golpe de estado que vais á cometer! esclama el general de Lafayette. —Lo que se os propone añade, el general Foy, es contrario al honor de la cámara, á la moral, al sentimiento público. Desgraciados, asesinais al gobierno representativo!» (Violentas interpretaciones en la derecha.)

Muchas voces: «¿A quienes llamais desgraciados? al órden! al órden!»

El general Foy: «Atacais las fuerzas conservadoras de la libertad, destruis la constitucion, cuanto hay de mas sagrado, cuanto podia contener el desbordamiento de las pasiones!»

Los gritos «¡al órden!» continúan con fuerza, mas pronto son dominados por los de la «¡cuestion previa!» Consultada la cámara, rechaza la enmienda de **Mr.** Sapey; entonces **Mr.** Casimiro Perier reclama para Manuel la autorizacion de recusar sesenta miembros; el presidente le opone tambien los términos del reglamento. «¿Cómo puede el señor presidente, esclama **Mr.** Perier, oponer á mi demanda la letra judaica de nuestro reglamento? (Violentos murmullos en la derecha.) Sí, la letra judaica, porque en el caso presente la acusacion es de riguroso derecho. ¿Acaso la ilegal demanda de la esclusion de nuestro colega no es tan contraria al reglamento como la mia? ¿Dónde está la disposicion que la autoriza? A lo menos conjuro á aquellos que han venido ya con una resolucion contada de antemano, ó que la han manifestado altamente, á no tomar parte en la votacion. Señores, no deis uno de aquellos ejemplos de terror que solo se encuentran en la historia de aquellos gobiernos inciertos, tenebrosos, que entregando á jueces sin derechos, acusados, privados de toda potencia y defensa, recuerdan aquella Venecia, ¡en que los verdugos están prontos al nacer la sospecha!

El general Demray: «La constitucion está destruida en lo que tenia de conservador para los derechos de la nacion; un partido faccioso se ha servido de ella como de un medio para oprimir al pueblo y hacer del gobierno representativo una falaz decepcion. Esta cámara está llena de enemigos de la nacion, de satélites de la contrarevolucion.» (Esclamaciones en la derecha; interrupcion.)

El presidente: «Señor Demarçay; ese lenguaje no puede tolerarse, y os llamo al órden!»

---

(1) La alusion del abate Gregorio fué en efecto anulada por la razon de que denunciado en Paris y habiendo el departamento del Broro nombrado dos diputados de fuerza del mismo, el decreto de escoger fuera de la lista de los elegidos del departamento habia caducado en virtud del art. 41 Carta V, tomo IV, cap. VI.

(1) M. de Saint Aulaire. El marques de Saint Aulaire era suegro de M. Decazes, a quien por tanto tiempo y con tanta energía combatió Manuel.

(1) Alusion á las últimas palabras de M. de Saint-Aulaire.

El general Demarçay: «Pues bien! voy á proporcionar al señor presidente la ocasion de hacerlo una segunda vez, y á vosotros,señores, la facultad de escluirme tambien. Declaro adoptar enteramente la opinion de Mr. Manuel con las esplicaciones que ha dado, y unirme de palabra, de idea y de sentimiento á todo cuanto ha dicho.»

El general Lafayette en pié sobre el banco y con voz fuerte: «Sí, nos adherimos á cuanto ha declarado Manuel y hacemos causa comun con él.»

Cincuenta ó sesenta miembros de la izquierda, igualmente en pié: «Sí, sí, nos adherimos todos, todos....! (Esclamaciones en la derecha; gritos de: ¡al órden!)»

Mr. de Girardin se precipita á la tribuna y pide la votacion nominal; esta proposicion es orígen de un largo y violento tumulto, que los esfuerzos del presidente no pueden dominar. Por fin aprovechando Mr Ravez el general cansancio, consulta á la cámara sobre el conjunto de la proposicion; la derecha y el centro derecho se levantan á pesar de los gritos de la izquierda entera. Mr. Ravez, con una voz que dominó todas las demás, manifestó quedar pronunciada la esclusion. La cámara se separó á las siete y media de la noche.

En este momento los grupos formados desde el medio dia en las cercanías del palacio legislativo, engruesados sin cesar, habian incendiado sucesivamente el muelle de Orsay, el puente y la plaza de la Revolucion, las calles Real y de Rivoli, y los jardines de las Tullerías; esta multitud esperaba tranquilamente el resultado de la sesion, y solo de cuando en cuando los gritos de ¡viva Manuel! ¡viva la oposicion! salian de sus compactas filas. Las cinco fuertes patrullas de gendarmería de á caballo y de lanceros de la guardia real intentaron dispersar aquellas masas de curiosos, mas disueltos en un punto, los grupos se formaban de nuevo sin el menor desórden detrás ó en los flancos de la tropa; á las ocho se supo por fin la votacion de la cámara, el gentío rompió en fuertes gritos de ¡viva la oposicion! ¡viva Manuel! y se precipitó por la calle de San Honorato, hácia la casa del diputado escluido. Las patrullas de infantería encargadas de restablecer la circulacion en aquel punto, hicieron rigurosas prisiones, y á media noche los grupos quedaron dispersados y restablecido el órden.

¿Cuál seria el resultado de aquella esclusion? ¿Volveria Manuel á la cámara como habia manifestado? La incertidumbre que reinaba sobre su resolucion y la posibilidad de una resistencia efectiva, atrajeron el dia siguiente 4 de marzo en los alrededores del palacio y en las tribunas del salon, á un público no menos numeroso que el de la víspera. A la una y media Mr. Ravez ocupa su puesto; los diputados de la derecha, divididos en animados grupos, cerca de la presidencia y en todos los angulos de la sala, ven con admiracion enteramente desocupados los bancos del lado y del centro izquierdo: ninguno de los miembros que acostumbraban á sentarse en ella aparece en el salon; todos se perdian en conjeturas sobre tan estraño suceso, cuando de repente se presenta Manuel llevando el uniforme de diputado, en la puerta del corredor de la derecha, y atrevesando el semicírculo, se adelanta hácia los bancos de la izquierda, seguido de todos los miembros de la oposicion, vestidos igualmente con traje oficial, y marchando en dos filas; su aparicion es acogida con un vivo rumor salido de todos los grupos y tribunas públicas, el presidente permanece inmóvil, y se le acerca el general Donnadieu, MM. de Lapanouze, de Bouville, Dudon, Duhamel y Fornier de Saint-Lary, los cuales le dirigen acaloradas espresiones. Mr. Ravez llama al jefe de los ugieres, el cual dice que llegado en coche al patio de honor con dos de sus colegas, Manuel ha entrado por la puerta particular de la sala de distribucion, sin haber sido visto por el ugier de servicio en la puerta principal: Mr Ravez parece indeciso, y mientras discute con los diputados que rodean su sillon, entran sucesivamente en la sala Mr de Labourdonnaie, el duque de Bellune, MM. de Chateaubriand, Corbiere y de Peyronnet, á quienes cercan inmediatamente muchos miembros que piden su parecer sobre la estraordinaria posicion en que la presencia de Manuel coloca al presidente de la asamblea. El general Donnadieu, MM. Dudon y de Labourdonnaie se hacen notables por su agitacion, corren de un grupo á otro y van sin cesar de la mesa del presidente al banco de los ministros. La izquierda permanece tranquila en medio de este movimiento; durante mas de media hora los ministros, los miembros de la mayoría y Mr. Ravez parecen vacilar entre muchos partidos; á las dos y diez minutos, este último agita largo tiempo la campanilla indicando quedar abierta la sesion: muchos diputados de la derecha entran precipitadamente en la sala, los grupos se disipan y el desórden cesa, todos los miembros se apresuran á sentarse en sus puestos: los ministros están en el suyo, reina un profundo silencio, y el presidente se levanta y dice:

«Queda abierta la sesion: Señores, el artículo 91 de vuestro reglamento establece que:

»La policía de la cámara le pertenece en su nombre y la ejerce el presidente el cual da al guardia de servicio las órdenes necesarias.

»En vuestra sesion de ayer decidisteis que Mr. Manuel quedaba escluido de vuestras sesiones durante la presente legislatura; vuestro presidente ha escrito esta mañana á los señores cuestores encargándoles que dieran órden á los ugieres de la cámara de no permitir la entrada á Mr. Manuel; la órden se ha dado, mas se ha faltado á la consigna; Mr. Manuel se ha introducido....

Mr. de Girardin interrumpiendo con fuerza: «¡Es falso, señor presidente! Manuel no se ha introducido; ha entrado con nosotros.» (Esclamaciones en la derecha.)

Muchas voces: «Silencio!»

El presidente: «Refiero el hecho tal como me ha sido anunciado por el jefe de los ugieres. Mr. Manuel se encuentra en la sala y le ruego que se retire.»

Manuel sentado en el segundo banco del estremo izquierdo, entre MM de Girardin y Teisseyre, se levanta y dice: Señor presidente, ayer manifesté que solo cederia á la fuerza, y no faltaré hoy á mi palabra.

El presidente: «Propongo á la cámara que suspenda su sesion por una hora, y pido á los señores diputados que se retiren á sus secciones. En este intervalo el presidente dará las órdenes necesarias para que se ejecute la decision de la asamblea.»

Mr. Ravez deja inmediatamente su sillon, y los ministros, los diputados del lado y centro derecho abandonan el salon; los miembros del estremo y centro izquierdo permanecen en sus sitios, y escepto ellos no se ven en el recinto mas que los mensajeros de estado, algunos ugieres ó empleados.

El público que llenaba las tribunas tenia entonces á la vista un espectáculo que no carecia de grandeza; en uno de los lados del salon, desierto en sus dos terceras partes, ochenta diputados, vestidos de uniforme, se mantenian inmóviles en sus bancos; ninguno de ellos proferia la menor palabra, ningun rumor turbaba el profundo silencio que reinaba en la sala. Durante una hora los miembros de la izquierda quedaron en actitud tranquila y muda esperando la ejecucion de las órdenes de Mr. Ravez, cuando á las tres y cuarto, abrióse la puerta situada á la izquierda de la tribuna, entrando por ella los ugieres de servicio, los cuales se formaron frente de los bancos de la izquierda; un jefe se adelanta con el sombrero en la mano hácia el banco en que se hallaba sentado Manuel, y dice estar encargado de comunicar las órdenes del presidente; dásele permiso para hablar y lee la siguiente órden:

«Visto el artículo 91 del reglamento;

»Atendida la discusion tomada ayer por la cámara, escluyendo de ella á Mr. Manuel durante la presente legislatura;

»El presidente de la cámara de diputados ordena á los ugieres de la cámara que hagan salir á Mr. Manuel de la sala de sesiones ó impidan que vuelva á entrar en ella; para ello reclamarán la asistencia de la fuerza armada en caso necesario.

»Dado en el palacio de la cámara, en 4 de marzo de 1823.

Firmado, RAVEZ.»

Manuel se levanta y dice: «He manifestado por dos veces que solo cederé á la fuerza; y declaro de nuevo que solo la fuerza podrá arrancarme de este sitio.»

El jefe de los ugieres: «No quisiera tener que recurrir á la violencia; mas en caso de que os negueis, tengo órden de hacer entrar á la fuerza armada y me veré obligado á recurrir á este medio.»

Manuel: «La órden de que sois portador es ilegal, y jamás la obedeceré.»

Los ugieres se retiran y continúa reinando en la asamblea un profundo silencio, que solo turba el movimiento de algunos diputados realistas que vuelven al salon por curiosidad y se mantienen separados en el corredor de la derecha. Al cabo de pocos momentos déjanse oir sordos y mesurados pasos fuera de la puerta de la izquierda; ábrese esta y aparece el jefe de los ugieres al frente de dos piquetes de guardias nacionales y de veteranos, en un todo unos cuarenta hombres. Los guardias nacionales mandados por un sargento y un capitan son los primeros en adelantarse; los veteranos mandados por un comandante, se forman enfrente de la tribuna. Al ver á los guardias nacionales, la mayor parte de los miembros de la izquierda se levantan, esclamando: «Cómo. la guardia nacional! Y es ella la escogida para violar el santuario de la representacion nacional! para atentar á la persona de un representante de la nacion! quieren deshonrarla!»

MM. de Lafayette, de Girardin, Leseigneur y Labbey se distinguen por su vehemencia; y durante esta especie de tumulto, los soldados y sus jefes admirados, conmovidos por el espectáculo que tienen á la vista,

y turbados por los violentos apóstrofes de la izquierda, han quedado inmóviles; el comandante de los veteranos permanece algun tiempo indeciso, mas por fin se adelanta hácia Manuel, lleva la mano á su schako, y repite verbalmente la órden de Mr. Ravez, añadiendo que en caso de resistencia se verá obligado á recurrir á la fuerza. El general Foy interpela con energía al oficial: «No reconocemos aquí á la tropa de linea! esclaman muchas otras voces. Solo conocemos á la guardia nacional! Dad á esta vuestras órdenes!» Intimidado el comandante, contesta que va á consultarlo con el presidente; retírase en efecto, y pasados pocos minutos, vuelve anunciando que se le ha mandado emplear la fuerza. «¿Dónde está vuestra órden? le pregunta Manuel; el oficial la entrega al jefe de los ugieres, el cual la lee.» Esta órden no es dada á un comandante, sino á un coronel, esclama Mr. de Girardin; dónde está vuestro coronel? Por toda contestacion el comandante intima por tres veces á Manuel que salga del salon, y dirigiendose al capitan de la guardia nacional, le ordena que haga adelantar á sus soldados para obligar á salir al diputado escluido. El capitan trasmite la órden al sargento, mas este permanece inmóvil lo mismo que los soldados, como si nada hubiesen oido; otra vez y con mas fuerza se les repitió la órden y continuan quietos, y luego cediendo á un espontáneo movimiento, manifiestan con espresivos gestos que están resueltos á no dar un paso, á no obedecer. Fuertes bravos y aplausos, numerosos gritos de «viva la guardia nacional! estallan en todos los bancos de la izquierda y en las tribunas publicas (1). El comandante sale precipitadamente del salon, y apenas habia pasado el dintel de la puerta cuando se vió entrar un destacamento de treinta gendarmes armados con sables y carabinas, los cuales llevando á su frente el coronel vizconde de Foucault y á otros tres oficiales, se forman delante de los guardias nacionales y de los veteranos; el coronel se adelanta hasta el primer banco de la izquierda y dice: Señores, acabo de recibir la órden formal de hacer salir á Mr. Manuel, puesto que ha resistido á las intimaciones que se le han dirigido y á los esfuerzos de la guardia nacional. (Violenta interrupcion en la izquierda.)

Muchas voces: «Es falso. La guardia nacional se ha negado á ser cómplice de tal atentado! No la deshonreis!»

El general de Lafayette: «Dejadla toda su gloria!»

El coronel de Foucault: «Hago una primera intimacion. Sentiria tener que recurrir á la fuerza; reflexionad, señores, que debemos ejecutar las leyes.»

Voces numerosas: «Las leyes declaran á los diputados inviolables!»

Mr. Adam de la Pommeraie: «No reconocemos la deliberacion de ayer!»

El coronel Foucault: «Hago una segunda intimacion.»

Manuel: «No cederé á la segunda, así como no he cedido á la primera. Emplead la fuerza.»

Muchas voces: «Llevadnos á todos.»

Otras voces: «Sí, á todos, á todos!

El coronel de Foucault: «Mi deber es emplear la fuerza, y lo cumpliré, hago una tercera intimacion.» (Bravos y aplausos en algunas tribunas.)

Mr. de Girardin: «Mirad lo que vais á hacer!»

El coronel de Foucault: «Ejecuto las órdenes que he recibido. Gendarmes, añadió designando á sus soldados el diputado escluido, echad mano á Mr. Manuel (2).»

Los gendarmes, con el coronel á su frente, invaden los dos primeros bancos de la izquierda. Mr. de Foucault, llegado cerca de Manuel, le ruega que se levante y le siga; Manuel se niega; el coronel le coge del brazo, y dos gendarmes del cuello de su casaca, y procuran hacerle levantar; todos sus amigos se precipitan hácia él, rodéanle y tratan de librarle de las manos de la tropa; durante algunos instantes, gendarmes y diputados confundidos en un solo grupo, se debaten en una especie de lucha, hasta que por fin Manuel, cuya sangre fria no se ha desmentido ni un solo momento, es arrastrado fuera de las gradas; al llegar allí se detiene, hace señal á sus amigos, de que no deben hacer mas, pues han agotado todos los medios de resistencia, y se deja conducir fuera del salon; todos los miembros de la izquierda salen al mismo tiempo que él y le acompañan hasta el patio de honor, donde subió á un coche con MM. Dupont (de l'Eure) y Gevaudan.

Eran entonces las tres y media, los diputados de la derecha vuelven á entrar apresuradamente en el salon, y en pocos momentos quedan llenos los bancos de aquella parte de la cámara; en cambio los de la izquierda están enteramente desocupados. Mr. Royer-Collard, de Saint-Aulaire, Delessert, Laisne y Villeveque y algunos otros miembros del centro izquierdo no han abandonado sus puestos; mudos y consternados espectadores de la escena que acabamos de referir, agitanse mientras el presidente y los secretarios ocupan otra vez sus sitios en la mesa, y dirigen al lado derecho cargos y apóstrofes, de los cuales solo se oyen los dictados de revolucionarios é insensatos. La órden del dia indicaba la continuacion de la discusion general sobre el proyecto de ley de los cien millones, mas todos los oradores inscritos están ausentes; renuncian á la palabra, tanto que despues de algunos momentos se suspende la sesion para el dia siguiente:

Los diputados de la izquierda se habian reunido en casa de Mr. de Gevaudan al salir del palacio legislativo, y redactaron la siguiente protesta:

«Los suscritos, miembros de la cámara de diputados de los departamentos, declaramos que no hemos podido ver sin profundo dolor y sin una indignacion que debemos manifestar ante la Francia entera, el acto ilegal, atentatorio á la constitucion, á la prerogatiga real y á todos los principios del gobierno representativo, que ha violado la representacion nacional, las garantias aseguradas á todos los diputados, en la persona de uno de ellos, y tambien los derechos de los electores y de todos los ciudadanos franceses.

»A la faz de nuestro pais declaramos que, por sus actos, la cámara de diputados ha salido de la esfera legal de los límites de su mandato.

»Declaramos que la doctrina emitida por la comision que propuso la esclusion de uno de nuestros colegas, y en conformidad á la cual se adoptó aquella medida, es una idea subversiva de todo órden social, lo mismo que de la justicia; que los principios profesados en el dictamen de la comision sobre la ilimitada y retroactiva autoridad de la cámara son principios subversivos que han sido causa en otra época de odiosos crímenes; que la monstruosa confeccion de las funciones de legisladores, de acusadores, de jurados y de jueces es un atentado que no tiene otro ejemplo que la misma causa cuyo recuerdo ha servido de pretesto para la anulacion de los poderes de Mr. Manuel; que las formas protectoras con que ampara la ley al mas oscuro de los acusados, y aun la votacion nominal que en tan grave circunstancia podia únicamente garantir la independencia de los votos, han sido rechazadas con apasionada y turbulenta obstinacion.

«Considerando la resolucion tomada ayer 3 de marzo contra nuestro colega, como el primer paso de una faccion que desea pasar sobre todas las formas y romper todas las trabas que le impone nuestro pacto fundamental;

»Convencidos de que este primer paso es el preludio de un sistema que conduce á la Francia á emprender una guerra injusta en el esterior, para consumar la contrarevolucion en el interior y para abrir nuestro territorio á la ocupacion estranjera;

»No queriendo hacernos cómplices de las desgracias que esta faccion debe irremisiblemente causar á nuestra patria;

»Protestamos de todas las medidas ilegales é inconstitucionales tomadas en estos últimos dias para la esclusion de Mr. Manuel, diputado de la Vendée, y contra la violencia con que ha sido arrancado de la cámara de diputados.»

Siguen las firmas de setenta y dos diputados elegidos por los siguientes departamentos: Aisne: el general Foy, MM. Méchin, Labbey de Pompières, Lecarlier; Allier: Destutt de Tracy, Ardennes: Lefebvre-Gineau, de La Tour du Pin; Aube: Pavée de Vandœuvres, Vernier, Calvados: Adam de la Pommeraie, Charente: Pougeard du Limbert, Charenta Inferior: Audry de Puyraveau, de Beausejour; Córcega: el general Sebastiani; Cote-d'Or: de Chauvelin, Caumartin, Hernoux; Cotes du Nord: Augusto de Saint-Aignan; Eure: Dupont (de l'Eure); Finisterre: de Keratry; Indre: de Bondy; Isère: Savoie-Rollin, Tesseire; Jura: Jobez; Loire-Inferior: Louis de Saint-Aignan; Loiret: Alejandro Perrier; Maine-et-Loire: Gautret, Pilastre; Meuse: Étienne, Raulin, Saulnier; Morbihan: Villemain; Oise: Tronchon; Bajos Pirineos; Bastarresche; Bajo Rhin: de Saglio; Alto Rhin: Voyer-d'Argenson, Kœchlin, Bignon, Jorge de Lafayette; Ródano: general de La Poype; Saone-et-Loire: general de Thiard, general Maynaud de Laveaux, Alto Saone: Nourrisson; Sena: general Gerard, Casimiro Perrier,

(1) Este destacamento pertenecia á la 1.ª compañia del 3.º batallon de la 4.ª legion y se componia de los siguientes individuos. *sargento* M. Mercier pasamanero, calle de los Hierros; guardias nacionales MM. Couvercheles, gorrista, calle de San Dionisio; Madinier, grabador, calle de los Hierros, Cheley guantero, calle de San Dionisio, Michelon, mercader de telas calle de San Dionisio: Noailles quinquillero, calle de los Hierros; Gilbert, peluquero, calle de la Feronnerie; Michelet sastre, calle de San Dionisio, Gaillard, espendedor de tabaco, mercado de hortaliza; Glize, arquitecto, calle de San Dionisio.

(2) El *Monitor* y la mayor parte de los periódicos realistas, con un fin fácil de comprender, dicen que la órden del coronel de Joucaut á sus soldados fué: *gendarme, apoderaos de M. Manuel*. La citacion es inexacta, las palabras *echad mano á M. Manuel (empoignez)* fueron pronunciadas.

Gevaudan, Gabriel Delessert, Gaspar Got, Laffitte, Alejandro de Laborde; Sena Inferior: Estanislao de Girardin, Carlos de Lameth, Cabanon, Lescigneur, de Laroche; Seine-et-Oise: de Laistre, Bouchard Descarneaux, de Jouvencel; Seine-et-Marne: general de Lafayette; Deux Sevres: Gilbert de Voisins, Clerc de Lassalle; Vienne: general Demarçay.

Esta protesta fué entregada por los signatarios al presidente de la cámara en la sesion del dia siguiente 5 de marzo, mas en vano solicitaron su lectura; la derecha en masa, apoyando una proposicion de la órden del dia hecha por Mr. Dudon, se opuso á pesar de los esfuerzos de MM. Dupont (de l'Eure), de Chauvelin, de Casimiro Perrier, de Lameth y del general Foy; este negó al presidente y á la cámara el derecho de oponerse a esta lectura: «Aun cuando, esclamó, hubiese en vuestro reglamento un artículo prohibitivo de lo que pedimos, y cuenta que tal artículo no existe, ¿podriais arrogaros el derecho de rechazar la protesta de la minoría por un injusto y culpable desprecio, en las circunstancias graves, solemnes y terribles que nos rodean? No, este derecho no existe en parte alguna; no está espreso así en la constitucion, ni en el reglamento, ni en el corazon de los franceses, ni en el de nuestra buena guardia nacional...» (Esclamaciones en la derecha; interrupcion.)

Muchas voces: «La guardia nacional ha faltado á su deber!»

Voces de la izquierda: «No; ha sido fiel al honor!»

El general Foy, con calor: «Sí, señores, de nuestra buena guardia nacional que tan noble ejemplo dió ayer de su respeto por la inviolabilidad de los diputados. Bravos en la izquierda; esclamaciones en la derecha y gritos de ¡al órden!) No, no debemos perder esperanza; la libertad puede ser reconquistada, puesto que la patria encierra semejantes ciudadanos.» (Aplausos en la izquierda.)

La derecha pide con nueva fuerza la órden del dia, y en el momento en que el presidente iba á consultar á la cámara, se levanta el general Demarçay y dice: «Señor presidente, temed el dia de la justicia!» (Risas en la derecha.)

El presidente: «Señor Demarçay, creed que á pesar de esa amenaza, no me dejaré intimidar en el ejercicio en mis funciones y que continuaré llenándolas con calma y firmeza».

Mr. de Argenson y otros miembros de la izquierda: «Sí, con vuestros gendarmes.»

Mr. de Chauvelin: «Haciendonos echar mano, como ha dicho su coronel.»

La órden del dia es votada y adoptada; mas apenas el presidente hubo anunciado el resultado de la votacion, se levantan todos los miembros de la izquierda, dejan sus bancos, atraviesan el semicírculo llevando á su frente á los generales Foy y Demarçay, á MM. Dupont (de l'Eure), Laffitte y Casimiro Perrier y salen del salon por la puerta inmediata a la presidencia, siguenles muchos miembros del centro izquierdo, y uno de ellos al pasar por delante de la tribuna dijo:

«Nos retiramos para no participar en la votacion de un proyecto de ley cuya direccion ha sido manchada con la violencia.»

La discusion continuó inmediatamente; mas no habiendo querido usar de la palabra ninguno de los oradores inscritos, se pasó inmediatamente á la votacion de los artículos, siendo adoptados todos sucesivamente sin la menor observacion; el escrutinio para la totalidad del proyecto no presentó mas que doscientos cincuenta y ocho votantes, y dió por resultado doscientas treinta y nueve bolas blancas y diez y nueve bolas negras.

El dia siguiente, 6 de marzo, abrióse la discusion sobre la movilizacion de los soldados veteranos; un solo orador, el general Donnadieu, tomó la palabra sobre esta cuestion, é inmediatamente despues de su discurso se pasó a la votacion; el resultado del escrutinio fué: votantes, doscientos cuarenta y seis; bolas blancas, doscientas treinta y una; bolas negras, quince.

La agitacion material producida en Paris por la espulsion de Mr. Manuel empezó á calmarse en la tarde de aquel dia; los grupos que se formaban delante de la habitacion de aquel diputado cesaron de reunirse; mas las manifestaciones tomaron otro caracter, al tumulto de las calles y á los gritos de «viva Manuel! viva el lado izquierdo! viva la constitucion!» sucedieron las visitas, las felicitaciones y el envio de muchas diputaciones encargadas de cumplimentarle. El sargento Mercier, rayado del cuadro de la guardia nacional por un real decreto, no recibió menos muestras de simpatía; ofrecieronsele piezas de plata y oro, y muchas armas de honor, sables, espadas, fusiles, adquiridos por medio de suscripciones que fueron objeto de condenas pronunciadas, no por los tribunales de Paris, sino por algunos de las provincias, cuyos miembros, cediendo no tanto á su exagerado celo, como á su desenfrenado deseo de ascenso, se dejaban llevar á una severidad tan odiosa como ridícula. Así fué que algunos habitantes de Espinal, encausados como culpables de haber enviado al sargento Mercier licores y cristales productos de su industria, absueltos primeramente por el tribunal de su residencia, fueron luego condenados á una multa y á ciertos dias de prision por el tribunal real de Nancy; el de Rennes se mostró menos servil, y libró de toda pena á muchos liberales bretones, condenados en primera instancia por una accion semejante, á fuertes multas y á una larga prision.

Los dos meses que debia durar aun la legislatura fueron consagrados á las leyes relativas al llamamiento á las filas de los quintos de 1820, al reglamento de cuentas de 1821 y al presupuesto de 1824, y a algunas insignificantes peticiones (1). La discusion de estas leyes dejó al publico completamente inactivo. Los diputados de la izquierda que habian salido del recinto legislativo con Manuel, habian resuelto no volver á entrar sino con él; su retirada fué absoluta, y no ha faltado quien la ha condenado como una culpable desercion. Si la abstencion política es un acto reprobable en sí mismo; si el miembro de una asamblea deliberativa no es libre de suspender, á causa de un voto y segun su capricho, el uso del mandato que aceptó; si en toda discusion, le impone su título un deber activo á que no puede sustraerse, estos principios no pueden aplicarse á la posicion escepcional en que se hallaban los diputados liberales por la esclusion de Manuel; por otra parte no se abstenian en la acepcion rigurosa de la palabra; fieles á la vez á sus declaraciones de solidaridad constitucional con el diputado escluido y á los intereses de su honor y dignidad, se retiraban y dejaban vacíos para el resto de la legislatura, los bancos profanados por la violencia ejercida con uno de ellos. Además la votacion de los cien millones pedidos para la invasion de España formaba la importancia de la legislatura, y á pesar de la larga, ardiente y tenaz lucha que habian sostenido, esta votacion era sosegada. En vista de semejante resultado, los diputados de la izquierda, á falta de otro premio de sus desvelos, esperaban producir un grande efecto en la opinion pública. La sensacion, sin ser tan fuerte como habian creido, dejó sin embargo una profunda huella en los ánimos. La cámara, incompleta y mutilada con su ausencia, perdió el movimiento y la vida, y tal era el embarazo en que colocaba á los ministros la falta de formales opositores y el repentino paso del ruido al silencio, que solicitaron de algunos miembros del centro izquierdo que permanecian aun en la asamblea, una intervencion de tribuna, á la que no quisieron aquellos prestarse. Aquella tribuna, que hacia ocho años despertaba las pasiones de todas las clases de la poblacion, hubiera permanecido muda sin los ataques que MM. de Labourdonnaie, Delalot y algunos de sus amigos dirigian contra el ministerio, ataques sin importancia y sin resultado, y que mas que el sistema político del gobierno tenian por objeto la persona de Mr. de Villele.

Si la retirada de los diputados liberales reducia la oposicion en la cámara electiva á algunos diputados disidentes del estremo derecho, hombres inquietos, turbulentos a quienes mas que otra cosa aguijoneaba la ambicion frustrada, iba tomando proporciones terribles en la cámara hereditaria. El proyecto de los cien millones no encontró únicamente por adversarios á aquellos antiguos senadores nombrados por Mr. Decazes á quienes la firmeza de su inteligencia ó la independencia de su carácter mantenian fieles á las conquistas del espíritu moderno y á los grandes principios consagrados por la revolucion. Combatiéronla tambien todos los que mas influencia habian ejercido en la doble vuelta de la casa de Borbon. Tal era lo que se habia apartado la monarquía de su primera vía política, y la distancia que la separaba de su punto de partida, que la oposicion de la cámara de los pares habia visto entrar sucesivamente en el gabinete a todos los ministros que se habian sucedido en los consejos de Luis XVIII hasta el advenimiento de la congregacion, y que entre los mas decididos opositores figuraban los miembros del gobierno provisional de 1814, y la mayor parte de los ministros de Gante. Un periódico liberal, despues de recordar con este motivo que los Borbones, al presentarse en Francia, cuando acababa esta de sucumbir bajo los escesos del poder absoluto y de la guerra, le prometieron la paz y la libertad, añadió: «Mr. de Martignac ha anunciado for-

(1) Una de estas ofreció un singular ejemplo de la resistencia que encuentra en su orígen la aplicacion de los útiles descubrimientos; entre las demandas de que se dió cuenta en la sesion del 22 de febrero, habia una dirigida á la cámara por M. Demautv, propietario en Lille (Norte), en la cual pedia «la prohibicion del uso del gas hidrógeno en Francia á causa de los perjuicios que de él resultarian para los negociantes, fabricantes de aceite y cultivadores de granos oleaginosos.» Universales carcajadas acogieron la lectura de esta demanda, que sin embargo fué apoyada por M. Duchatelet, quien propuso se remitiera la peticion al ministerio del interior, «á fin de que el uso del gas fuese prohibido á lo menos en todos los establecimientos y administraciones públicas.» La cámara á propuesta de la comision pasó á la órden del dia.

malmente que nuestro ejército marchaba á combatir por la religion, de modo que hemos vuelto al tiempo de las cruzadas. Cuando nuestros soldados avancen precedidos por inquisidores, dominicos y trapistas que con un sangriento crucifijo en la mano designarán á sus bayonetas las poblaciones fugitivas, la Francia, admirada de verse obligada á conseguir tales victorias, ¿no deberá temer que haya invadido los consejos del rey una influencia misteriosa ó mística con el objeto de salvar, á pesar de la voluntad del soberano, todas las aplicaciones del gobierno fundado por las declaraciones de Sain-Oven y de Cambray?.»—«Los trapistas, los dominicos y los inquisidores, contestaba el dia siguiente un periódico ultrarealista, harán mas fácil la guerra. Miserables, añadia, vosotros sois los únicos perturbadores de la paz de la Francia; vosotros sois los enemigos del universo; los que os han seguido á vuestros conciliábulos os han oido decir: «Trascurridos algunos años no habrá mas reyes en Europa, sino que por todas partes quedará establecido el congreso repúblicano de los Estados Unidos.» Tal era el estado de los ánimos entre los adversarios y partidarios de la intervencion en España durante los últimos dias de la legislacion de 1823. Abierta esta en 18 de enero, fue oficialmente cerrada en 6 de mayo, despues de una duracion de tres meses, y cuando nuestras tropas que entraron en España por Bayona y Perpiñan, llegaban ya á Burgos en el camino de Madrid, ponian sitio á Pamplona y se habian avanzado en Cataluña hasta muchas leguas mas allá de Olot.

En octubre del año anterior, cuando la apertura del congreso de Verona, el efectivo de nuestro ejército se elevaba á ciento sesenta mil quinientos hombres; aumentado progresivamente por el duque de Bellune á medida que se hacia mas probable una intervencion, este efectivo ascendia en febrero de 1823 á doscientos cuarenta y un mil sesenta y dos soldados y oficiales de todas armas (1). De este número, unos cien mil hombres, divididos en dos distintos cuerpos de operaciones y de desigual fuerza, debian entrar en España por los dos estremos de los Pirineos, las Provincias Vascongadas y Cataluña. Estos dos cuerpos de operaciones comprendian cinco cuerpos de ejército, compuestos del modo siguiente:

Primer cuerpo: General en jefe, el mariscal Oudinot, duque de Reggio; jefe de estado mayor, el general Grondker; tres divisiones compuestas de cuarenta y cuatro batallones de infantería y veinte y dos escuadrones de caballería, mandados por los generales de Antichamp, Bourke y Obert; una division de diez y seis escuadrones de dragones mandada por el general Castex. Efectivo total: veinte y siete mil cuatrocientos ochenta y cinco mil ochocientos setenta y nueve caballos. Artillería, veinte y cuatro cañones.

2.° cuerpo: General en jefe, el conde Molitor; jefe de estado mayor, el general Borélly; dos divisiones compuestas de veinte y ocho batallones de infantería y de diez y seis escuadrones de caballería, mandadas por los generales Loverdo y Pamphile-Lacroix; una division de diez y seis escuadrones de dragones mandada por el general Domon. Efectivo total: diez mil trescientos doce hombres y cuatro mil novecientos ochenta y cuatro caballos. Artillería, doce cañones.

3.° cuerpo: General en jefe, el príncipe de Hohenloe; jefe de estado mayor, el general Meynadier; dos divisiones compuestas de veinte y cuatro batallones de infantería y de diez y seis escuadrones de caballería, mandadas por los generales de Conchy y Canuel: una division de refugiados españoles, mandada por el general Conde de España. Efectivo total, diez y seis mil cuatrocientos setenta y seis hombres y dos mil setecientos caballos. Artillería, doce cañones.

4.° cuerpo: General en jefe, el mariscal Moncey, duque de Conegliano, jefe de estado mayor, el general Desprez, tres divisiones compuestas de treinta y seis batallones de infantería y veinte y dos escuadrones de caballería, mandados por los generales Curial, baron de Damas y Donnadieu. Efectivo total, veinte y un mil noventa y nueve hombres y cuatro mil trescientos setenta y seis caballos. Artillería, veinte y cuatro cañones.

Cuerpo de reserva: General en jefe, el general Bordesoulle: jefe de estado mayor, el general de Bourbon-Busset; una division de infantería de la guardia real, compuesta de ocho batallones y mandada por el general Bourmont; una division de caballería tambien de la guardia real compuesta de doce escuadrones, general Foissac-Latour: una division de diez y seis escuadrones de coraceros, general Roussel d'Hurbal; tres escuadrones de guardias de corps, general de Lalaing d'Audenarde. Efectivo total, nueve mil seiscientos noventa hombres y tres mil cuatrocientos setenta caballos. Artillería, seis cañones.

Estos ciento treinta y ocho batallones y ciento treinta y nueve escuadrones presentaban una fuerza total de noventa y cinco mil sesenta y dos hombres y de veinte y un mil cuatrocientos nueve caballos. La artillería, que constaba de setenta y ocho piezas, era mandada por el general Tirlet y el cuerpo de ingenieros por el general Dode de Labrunerie.

Los 1.°, 2.° y 3.^{er} cuerpos y además el de reserva, colocados bajo el mando directo del duque de Angulema, con el título de generalísimo, debian entrar en España por Bayona y marchar sobre Madrid; el 4.° cuerpo, mandado por el general Moncey, tenia un punto central de reunion en Perpiñan y estaba destinado á operar aisladamente en Cataluña (1).

La composicion de estas tropas como fuerza militar nada dejaba que desear; sus cuadros eran escelentes; todos hombres cuya edad escedia de veinte y cinco años, la inmensa mayoría de los subalternos y oficiales, salidos de los ejércitos imperiales, habian hecho el duro aprendizaje de la guerra, de sus fatigas y privaciones, en los últimos años de la lucha que sostuvo la Francia contra la Europa. Si algunos jefes no contaban mas que servicios de corte ó de guerra civil, como el conde de Autichamp, el príncipe de Hohenlohe y el baron de Damas; si muchos otros, a ejemplo de los generales Donnadieu, Canuel y Pamphile-Lacroix, debian sus mandos á recientes servicios políticos, el mayor número tenia al ponerse al frente de nuestros soldados gloriosos títulos conquistados en las grandes guerras de la república y del imperio; entre ellos, los tenientes generales Guilleminot, Domon y Roussel d'Hurbal habian combatido en Waterloo, donde cayó el último cubierto de heridas. El gobierno no habia esperimentado mas que un solo embarazo en la distribucion de los mandos; la dificultad de elegir entre la multitud de aspirantes; en efecto, difícilmente se puede formar una idea de la diligencia que ponian ciertos generales de reemplazo, en ofrecer sus servicios y espada para la corta y fácil campaña que se preparaba; uno de ellos, duque y exministro de Napoleon cuyas pasiones y despotismo habia secundado con una especie de ciego fanatismo, y á quien habia desterrado la reaccion de 1815 y habia sido despues condenado á muerte, no temió dirigir al duque de Angulema la siguiente esposicion: «Señor, me pongo á los pies de Vuestra Alteza Real para suplicarle que me admita á su servicio en la próxima campaña, aceptaré con gratitud el puesto que V. A. se digne confiarme, con tal que no me separe de vuestro lado, y me resignaré á todo, hasta aceptar la posicion mas íntima, pues creo que es para mí un grande honor servir á un príncipe como Vuestra Alteza.» He aquí el nivel á que habia rebajado Napoleon á la aristocracia improvisada de su imperio; la mayor parte de aquellos grandes de un dia cifraban todo su honor y su suprema ambicion en llevar la librea de un soberano.

Eligiendo el gobierno al duque de Angulema para mandar el ejército invasor, antes puso á su cabeza un nombre que un general; pues en el desempeño de sus nuevas funciones, en lugar del genio militar, debia manifestar las cualidades de un hombre de probidad, dotado de valor personal, flexible á los buenos consejos, y esclavo de su palabra y del deber. Así pues, los amigos del conde de Artois trataron de suplir la insuficiencia de su hijo poniéndole al lado, con el título de mayor general, un hombre capaz del manejo y direccion de tropas numerosas, y que tuviese la esperiencia que al príncipe le faltaba. De esta eleccion dependia el éxito de la campaña; Berthier ya no existia, su sucesor en 1815, el mariscal Soult, estaba desacreditado completamente en el partido realista; y así Mr. de Vitrolles propuso al teniente general conde Guilleminot, el último que habia desempeñado estas funciones á las órdenes de Davoust, de vuelta de Waterloo. Estraño este general desde entonces á toda lucha política, y no habiendo olvidado Mr. de Vitrolles ni las protestas ni los servicios de este militar cuando tuvo lugar la estraña escena del cuartel general de la Villette, que dejamos referido en su lugar, ningun compromiso tenia con el partido realista, y así fue admitido.

Lo mismo en los regimientos que en el estado mayor superior habia oficiales cortesanos ú hombres de partido; pero como eran en corto número, ninguna influencia tenian con la tropa. Esta la ejercian en cada cuerpo los militares del imperio, numerosa clase de descontentos que con su resentimiento contra los oficiales del favoritismo ó de la clase noble, con la relacion de sus campañas y el continuo ensalzamiento de las glorias de la bandera tricolor, y con su rabia por las

(1) Memoria del duque de Bellune.

(1) Cinco meses despues, en julio, cuando el duque de Angulema estaba en Madrid hacia dos meses, el gobierno formó, bajo la denominacion de 5.° cuerpo, un segundo cuerpo de reserva, cuyo mando se confió al general Lauriston, compuesto de dos divisiones mandadas por los generales Ricard y Pecheux. Este cuerpo fué empleado especialmente en los sitios de San Sebastian y de Pamplona.

dos derrotas de 1814 y 1815, alimentaban en torno de sí un sentimiento profundamente hostil á la bandera y á los príncipes impuestos á la Francia á consecuencia de los desastres de esta nacion. Podia creerse que la primera noticia de una invasion proyectada contra España, promoviendo el entusiasmo de la tropa con una perspectiva de guerra, borraria cualquier otro sentimiento en el ánimo del soldado; sin embargo la invasion en España no era menos impopular en el ejército que en las demás clases de la nacion. Una sola frase manifiesta el espíritu de la oposicion en la milicia, y es: que se iba á combatir por los frailes y contra la libertad. No se crea que este modo de ver las cosas fuese solo una opinion de cuartel; pues así en los sitios públicos donde estaban de guarnicion, como en los alojamientos que el acaso les deparaba; ya hablasen con ciudadanos negociantes, labriegos ó industriales; en todas partes oia el soldado al rededor de sí un clamor de oposicion á esta guerra; todos unánimes reprobaban así la causa de ella como su objeto; todos acordes se lastimaban del papel tan odioso como ridículo que se obligaba á desempeñar al ejército. El carbonarismo permanecia inactivo en medio de semejante cúmulo de quejas y de lamentos: en el ejército no existian ya ventas; pues estas se disolvieron, y dejaron de renovarse luego despues de la ejecucion de los cuatro sargentos de la Rochela. «Solo á nosotros se hiere, mientras que los demás acusados civiles han salido absueltos: la suerte no es igual.» Esta respuesta daban los militares á las escitaciones de los iniciados, que deseaban mantener su sociedad en los regimientos. Otra propaganda del todo pública sustituyó entonces á la afiliacion secreta; y así se repartian en los cuarteles, campamentos y cuerpos de guardia con el fin de que se propagasen en las filas del ejército, grabados, discursos pronunciados en la cámara de diputados, artículos de periódicos y canciones, dirigido todo al mismo intento. Entre las canciones, hubo una, compuesta por un poeta de genio, cuyos menores acentos hacia algunos años que llamaban la atencion de toda Francia, y de cuya influencia en los hechos de esa época hablaremos mas adelante. Esta cancion pues se esparció profusamente, siendo su título *La nueva órden del dia* y su estribillo el siguiente:

Valientes soldados, ved la órden del dia:
No cabe victoria
En donde no hay gloria!
Valientes soldados, ved la órden del dia:
Cuidado!.. y media vuelta!

Estas últimas palabras «cuidado y media vuelta» que se repetian al fin de cada estancia, no fueron ciertamente inspiradas por las exigencias de la medida ó de la rima; sino que eran un grito de union, un verdadero santo y seña destinado á preparar el ánimo de los soldados reunidos á la sazon en la falda de los Pirineos, para la ejecucion de un movimiento, cuya organizacion y objeto debemos dar á conocer.

Ya hemos visto que durante los años de 1821 y 1822, el general Lafayette y Manuel se dividian la influencia en la junta directiva del carbonarismo, sin que no obstante mediase entre ambos ninguna disidencia abierta y seria; pues la escision no empezó á manifestarse de resultas de haber abortado todas las tentativas de insurreccion, tramadas en Alsacia, en el mediodía y en el valle del Loire. No que se echasen mutuamente la culpa del mal éxito, como suele suceder en tales casos, pero sí al tratarse de buscar las causas de aquellos contratiempos al procurar los medios mas seguros de continuar la lucha, separábanse cuando se trata de los intereses y de los hombres en quienes especialmente debia buscarse apoyo. Muchísimos contemporáneos, la mayor parte de los mismos carbonarios, engañados por el recuerdo de las tentativas hechas despues de Waterloo, y en la cámara de representantes los afectos al duque de Orleans, tenian á Manuel en el concepto de partidario de este príncipe. Entrado Manuel en la vida política en 1815; engañado por los antecedentes revolucionarios y por las declaraciones de Fouché, pudo con su inesperiencia, favorecer sin quererlo los proyectos formados desde poco antes por el duque de Otranto en beneficio del jefe de la segunda rama de los Borbones; pero con ocho años de lucha y de observacion habíase madurado su juicio, fortalecido su ánimo, y mas que otro alguno conocia que si el duque de Orleans era todavía objeto de las esperanzas de algunos liberales tímidos, pares de Francia ó diputados, por otra parte carecia de influjo y de partidarios en la nacion, y que de nada serviria invocar su nombre para armar los brazos que por tercera vez arrojasen del territorio frances á los Borbones de su rama primogénita. Aunque fue invitado Manuel muchas veces á que fuese al Palais-Royal á aumentar el corto número de diputados y pares de la oposicion que iban allí para censurar la política y los actos del gobierno, siempre se negó á ello. El desacuerdo que mediaba entre él y Lafayette, que igualmente introdujo la disension en el carbonarismo, dependia de otra causa: Lafayette, dominado por antiguas antipatías, persistia en desechar á los hombres del imperio y en desconfiar del elemento militar; y poniendo su confianza en los únicos esfuerzos de los amigos de la libertad, creia invocar solamente los principios y la bandera de 1789. Manuel, al contrario no admitia la posibilidad de derribar á los Borbones con el único apoyo de los partidarios de los derechos políticos conquistados en aquella época; ni creia posible ninguna tentativa seria sin el activo concurso de la parte varonil de la poblacion, cuya irritacion política derivaba principalmente de la doble derrota de 1814 y de los cien dias, y que siendo indiferente á las cuestiones de liberalismo, abrazaba en su odio á las dos invasiones y á los príncipes que habian conducido á Francia. Con este objeto insistia en que fuese la base de reunion la última declaracion de los derechos y la bandera de la cámara de representantes de 1815. «Los principios y las ideas tienen su poder; pero solo con el ausilio de la fuerza pueden convertirse de simple teoría en positiva realidad. Por lo mismo, ¿dónde es posible hallar hoy la fuerza material necesaria para derribar el gobierno realista, á no ser en las filas del ejército, y entre los miles de oficiales y soldados veteranos que nos han dejado los ejércitos de la república y del imperio, los cuales, esparcidos por todos los puntos de Francia, hasta en el mas recóndito lugarejo, maldicen á Luis XVIII y á sus adictos, como cómplices que han sido del triunfo de los estranjeros, instrumentos del oprobio de la nacion y autores de la ruina ó de la persecucion de los que así se espresan? Será acaso por medio de principios absolutos, de declaraciones de derechos sacados de añeja época de treinta años, como se les podia insurreccionar y obligarles á obrar? Decis que hacen poco caso de la libertad, pero que se levantarán proclamando la bandera del imperio y el nombre de Napoleon II. Ni el nombre ni la bandera son objeto de mi aficion; pero ¿qué me importa, como puedan hacernos triunfar?»

Entre estas discusiones se suscitaba muy á menudo la cuestion española. Todos estaban persuadidos de que la revolucion de España, como llegase á adquirir firmeza, fuerza y duracion, seria para la causa liberal en Francia un importante apoyo contra el gobierno de la congregacion; pero la inesperiencia de las cortes, las vacilaciones las condescendencias forzosas y falsas medidas á que se las veia abandonarse, podian comprometer la causa de la libertad; así fué que por un instante ocurrió la idea de darles por consejero y por guía á Benjamin Constant, cuya candidatura, como se ha visto, tuvo mal éxito en las elecciones del noviembre anterior, y no pertenecia ya á la cámara; pero antes de imponer á este eminente publicista una especie de espatriacion, y el abandono, aunque momentáneo, de su carrera política, sus amigos trataban de indemnizarle de semejante sacrificio mediante un capital de bastante consideracion que le asegurase el porvenir. Los liberales habian agotado la mayor parte de sus recursos en las tentativas hechas ya desde el principio del carbonarismo; por lo que se dirigieron al duque de Orleans. En los salones profesaba este príncipe una profunda adhesion á los principios proclamados por la revolucion, y además gozaba de una fortuna inmensa. Sonriose al oir la demanda, y despues de tributar los mas justos elogios á Benjamin Constant, escusose de no poder contribuir mas que con buenos deseos al éxito de la causa constitucional española.

Entonces mismo salió del ministerio Montmorency. Si la caida del plenipotenciario principal de Francia en Verona pareció al principio anunciar un cambio de política, con respecto al gobierno de las cortes, la salida de Madrid de los ministros estranjeros y la continuacion de los preparativos de guerra en la línea de los Pirineos, pronto desvanecieron la confianza que tenian los liberales en una solucion pacífica. El envío de nuevos regimientos á la frontera de España, lejos de demorarse, era cada dia mas considerable; y esta concentracion de tropas, poniendo en contacto y comunicacion á los descontentos esparcidos por todas las filas del ejército, ¿no podia ofrecer, con respecto á un movimiento para derribar á los Borbones, mayores y mas seguras probabilidades de un buen resultado, que las esperanzas anteriores fundadas en la disposicion hostil de algunos batallones aislados? A mas de esto, la España no solamente era el asilo de los constitucionales napolitanos y piamonteses que escaparon á la venganza de sus soberanos y del Austria, sino tambien de todos los contumaces de las causas de Colmar, Poitiers, Nantes, Metz, Estrasburgo, Tolon y Paris, la mayor parte de los acusados que obtuvieron libertad y de gran número de carbonarios jóvenes y entusiastas. Todos estos igualmente se habian refugiado en España, unos para su seguridad personal, y otros para poder dar libre vuelo á su ardimiento político. ¿Era por ventura imposible aprovecharse del concurso de esta multitud de proscritos y de desterrados voluntarios para organizar una insurreccion en el ejército de los Piri-

neos? Con este motivo han dicho algunos que los refugiados franceses de 1823 cometieron, con respecto á la Francia, el crímen que justamente habian echado en cara ellos mismos á los antiguos emigrados. Pero semejante acusacion es infundada: estos refugiados no iban ciertamente á levantar á España contra Francia, ni á nadie ocurrió la idea de conducir los regimientos españoles contra los de Francia, ni de introducir estranjeros invasores en el territorio nacional, hallándose tambien mezclados con ellos para un comun designio. En España se hallaba empeñada la lucha entre los partidarios de la monarquía absoluta y los adictos á la constitucion y á las cortes; á estos últimos les ofrecieron el concurso de su espada parte de los espatriados, quienes siendo voluntarios de la causa liberal, iban á combatir en España contra españoles y en favor de la libertad. No hay duda que muchos consideraban la Península especialmente, como una especie de terreno neutral, desde el cual podrian dar la mano á los descontentos del ejército francés; pero para ellos la cuestion permanecia puramente francesa, en que la intervencion del gobierno de Madrid debia limitarse á asegurar la libertad de sus movimientos, y facilitarles los medios de echarse en ocasion oportuna en medio de los batallones que se hubiese logrado arrastrar á su causa. Llegados á España, unos por la via de Inglaterra, otros en buques mercantes salidos de puertos franceses, y otros atravesando los Pirineos ayudados por los carbonarios de los departamentos fronterizos; mucha parte habian ya entrado en relaciones con los oficiales inferiores y tenientes de algunos regimientos acampados en las avanzadas, cuando las palabras pronunciadas por Mr. de Villèle en el comité secreto de 8 de febrero, dieron de improviso á estos nuevos proyectos de levantamiento militar suma gravedad y un desarrollo inesperado.

Los diputados de la izquierda y los periódicos liberales aseguraban unánimes, que la declaracion del presidente del consejo al tratar de la causa de la intervencion fué la siguiente: «El gobierno se encuentra en la alternativa, ó de hacer la guerra en los Pirineos ó de sostenerla en el Rhin.» Estas palabras que Mr. de Villele podia desmentir, pues los verdaderos términos de su declaracion en parte alguna existian, causaron, como hemos dicho, en todas las clases del pueblo una profunda sensacion; pues ¿qué otra significacion podia atribuírseles, sino que las monarquías absolutas de Europa obligaban á la Francia á derribar por medio de la fuerza el gobierno constitucional español, bajo pena, de lo contrario, de tener que sufrir una tercera invasion? Tales amenazas no se hacen á un pueblo, sin hallarse medios para realizarlas. Así pues, los periódicos entonces mismo anunciaban grandes movimientos en el ejército ruso, añadiendo que avanzaban hácia la frontera de Austria y de Prusia considerables fuerzas. En el estado de irritacion en que se hallaban los partidos debia precisamente ser creida toda acusacion violenta, y cualquiera absurda suposicion. No está disuelta la antigua alianza, decian, antes bien fortalecida por los congresos reunidos desde hace tres años; sus miembros se han convencido de que estarán siempre amenazados mientras en el continente exista una sola tribuna libre. Los dos congresos de Troppau y de Laybach tuvieron por resultado la caida de los gobiernos constitucionales de Nápoles y del Piamonte; y el de Verona debe producir el desquiciamiento de la constitucion española. ¿Se detendrán las potencias absolutas ante esta nueva violencia? Ciertamente que no, antes consideran como incompleta su obra en tanto que permanece en pie la tribuna francesa. En vano espera Mr. de Villele conjurar la tormenta sacrificando las cortes españolas; pues no es menos odiosa la casta francesa á los soberanos aliados que á los ultrarealistas; y mientras que nuestras tropas comprometidas en el corazon de la península combatan á los soldados españoles, los aliados atravesarán el Rhin, invadirán la Francia, que entonces se hallará sin fuerzas, y ausiliados por el partido contrarevolucionario, derribarán la carta, y restablecerán el antiguo régimen, que tanto echa menos el clero, los cortesanos y el tropel de los antiguos privilegiados.

Originadas estas suposiciones de una frase mal entendida, y robustecidas por las pasiones de la época, les daban cierta apariencia de verdad no solo las quejas y declamaciones de los absolutistas, y las amenazas é intrigas de sus periódicos, sino tambien el reciente recuerdo de dos invasiones, y aun confirmaba tales especies el lenguaje naturalmente reservado de Mr. de Villele. Como hemos visto, setenta y dos diputados las habian acogido sin vacilar, revistiéndolas con sus firmas y puéstolas en la mesa del presidente de la asamblea (1). No se trataba pues tan solo de defender las instituciones políticas de Francia, sino hasta de salvar su libertad é independencia: el ejército era su mejor escudo, por lo que desde entonces la necesidad de impedir por todos los medios que nuestros regimientos entrasen en España y la necesidad de que no pasasen los Pirineos, para que estuviesen prontos á oponerse á nuevos invasores, esta idea llegó á preocupar á los hombres políticos, y fue el único objeto de los generales y jefes superiores que hacia tres años trataban de derribar á los Borbones. ¿Qué medios eran conducentes para lograr el éxito deseado? Deliberar mucho tiempo acerca de este punto sin que pudiesen llegar á ponerse de acuerdo. Los militares de oposicion, impacientándose por tales demoras, resolvieron ir en derechura al objeto sin tomar consejo de nadie mas que de sí mismos. Tomada esta determinacion, la primera cuestion que se propusieron fué la siguiente: ¿se deberia obrar en las tropas reunidas en la falda de los Pirineos con los mismos medios que anteriormente; es decir, con el ausilio de los oficiales inferiores? El mal éxito de las anteriores tentativas hizo que fuese abandonado este sistema; y se decidió obrar en sentido opuesto recurriendo al influjo de los jefes superiores y de los generales.

A la sazon el ministro de la guerra organizaba el mando del ejército espedicionario, y distribuia los principales grados. Varios generales designados para el mando de brigadas y hasta de divisiones, y un número todavía mayor de coroneles, antiguos compañeros de armas de los oficiales de que acabamos de hablar, fueron sucesivamente visitados por estos últimos; y movidos por el temor de una nueva invasion de la Francia por parte de los estranjeros, consintieron en favorecer el proyectado movimiento. Por cierto ninguno de ellos queria tomar la menor iniciativa; y los mas osados ofrecieron pronunciarse desde que un batallon hubiese enarbolado la bandera tricolor; unos exigian la insurreccion de un regimiento; otros de una parte del ejército. ¿Quién pues se encargaria de dar la señal de arrastrar al primer destacamento, ó de hacer que se declarase el primer peloton? Quedó decidido que este cargo lo desempeñarian los franceses refugiados en España. Reuniríanse estos en el número mayor que fuese posible en un punto de la frontera, donde encontrarian acantonados algunos cuerpos de aquellos cuyos jefes y oficiales eran mas inclinados á sus opiniones, sentimientos y proyectos: los refugiados entonces penetrarian osadamente en medio de las compañías, en que tendrian inteligencias seguras, y arrastrarian á los acantonamientos vecinos á unirse á ellos en torno de la bandera tricolor. Teníase por seguro que una vez declarado el movimiento, se propagaria con tanta mayor rapidez, en cuanto se apoyaria en órdenes falsas aunque con la firma del ministro de la guerra, las que se tenian ya prevenidas. Igualmente se miraba como cierto que impulsado por los jefes que habian dado su palabra, el ejército entero, llevado por el mismo afecto á las nuevas instituciones y por su odio al estranjero, daria desde luego media vuelta, iria á Paris, derribaria la contrarevolucion y sus príncipes y luego se dirigiria al Rhin (1).

Conocidas ya las disposiciones que acabamos de referir, tratóse de ponerlas en ejecucion. El campo de operaciones se habia trasladado de Paris á la línea de los Pirineos. Por medio de cartas dirigidas á los franceses espatriados de mayor nota e influjo, se les indicaron los puertos españoles mas cercanos á Bayona, como el punto principal de reunion. Adoptáronse varias medidas y se embargaron los carruajes públicos para que condujesen á las cercanías del Bidasoa cierto número de carbonarios jóvenes y entusiastas, y de oficiales del antiguo ejército, que siendo constantes adversarios del gobierno monárquico, aguardaban con impaciencia la ocasion de arrojarse á una nueva tentativa de insurreccion. Los generales y jefes superiores, retirados o en reforma, que habian tomado la iniciativa en el proyecto del coronel Fabvier, entre otros, no tardaron á reunirse á los generales y jefes superiores con los que habian entablado relaciones de antemano, y esto en medio del ejército espedicionario, y en este se hallaban los ánimos en tal disposicion, que el coronel Fabvier se instaló en el centro de los acontecimientos de un regimiento de línea, y permaneció en el por espacio de quince dias, siendo visitado por la mayor parte de los oficiales y tenientes diariamente, sin que el comandante del cuerpo, que era un realista exaltado, ni siquiera llegase á sospechar su presencia en aquel sitio. En igual disposicion se hallaban otros varios regimientos, y hasta en algunos de ellos era tan unánime y decidida la resolucion de volver á poner á la Francia bajo la bandera tricolor, y de abandonar los Pirineos para ir á Paris, que era materia de conversacion nada disimulada entre los oficiales en los sitios públicos donde acostumbraban reunirse. Así tales indiscreciones obligaron á los generales iniciados en el movi-

---

1. Véase la protesta de los diputados de la izquierda contra la esclusion de Manuel.

(1) Esta idea, ó mejor la necesidad de esta *media vuelta* inspiró la cancion titulada *La nueva órden del dia*, cuyo estribillo hemos reproducido, y que estaba destinada á formar el espíritu del ejército en el sentido de la misma.

miento á mostrarse vigorosos con los mas atrevidos habladores, declarándolos en estado de inactividad. Sin embargo no por estas imprudencias se declaró el complot, y solamente en Paris lo sospechó el gobierno.

El duque de Angulema habia salido para los Pirineos el 15 de marzo: señaláronse los dias 17, 18, 19 y 21 para la partida de los oficiales y carbonarios que debian dirigirse directamente á Bayona para ponerse en disposicion de dar la mano á los oficiales franceses reunidos en el territorio español. Algunos de estos conjurados se hallaban bajo la vigilancia de la policía por estar complicados en tramas anteriores, y en medio de su entusiasmo y exaltacion y de la confianza en el buen éxito de esta nueva tentativa, ningun misterio hacian ni de sus preparativos, ni de sus esperanzas, hablando de ello sin disimulo en los sitios públicos donde se reunian los liberales mas decididos. Al principio no vió la policía en las relaciones de sus agentes mas que el eco exagerado de las baladronadas de algunos descontentos ociosos; pero al recibir nuevos avisos acerca de la salida regular y sucesiva en los dias señalados, de tres diligencias llenas de viajeros, cuyos asientos habia tomado para ser conducidos hasta la frontera de España, una sola persona, que en prenda dejó quinientos francos; la autoridad se decidió á hacer detener á la distancia de algunas leguas de Paris la diligencia designada para partir el dia 21. Encontrábanse entre los viajeros un general retirado, algunos antiguos oficiales, los Sres. Sneck, Vieux, llamado Lamarine, y otros, así como el antiguo teniente Robert de la legion de la Meurthe, que era uno de los acusados del 19 de agosto. Todos ellos fueron presos y conducidos juntos, con la diligencia, á la prefectura de policía. Fueron registrados lo mismo que sus equipajes; y en una maleta que llevaba escrita la direccion al comandante del escuadron de Lostende, primer edecan del conde Guilleminot, mayor general del ejército de invasion, descubrieron botones con el águila, fajas y escarapelas tricolores, charreteras de oficial general, y un águila de regimiento con el asta de cobre dorado. Interrogado el exoficial Vieux, lo mismo que sus compañeros de viaje, reconoció como escrita de su propia mano la direccion que llevaba la maleta. Inmediatamente se instruyeron las primeras diligencias, mientras fueron llegando nuevos informes; y al dia siguiente 22 un informe sometido al consejo de ministros denunciaba la existencia de una vasta trama, la cual habiéndose urdido en el seno mismo del ejército de los Pirineos, tenia por objeto el levantamiento de las tropas, y por cómplices á varios generales y á un considerable número de oficiales de todas graduaciones. El duque de Bellune, ministro de la guerra, detenido en su casa por efecto de una indisposicion, no asistió á este consejo: «Colocado al frente del ministerio de la guerra, ha dicho él mismo, no podia yo tener el designio de acompañar á S. A. R. el duque de Angulema; y así si salí de Paris á donde me llamaban tantos intereses y deberes de toda clase, fue obligado por un acontecimiento del todo imprevisto. El sábado 23 de marzo, á las dos de la madrugada, presentáronse en mi casa Mr. Frauchet director general de policía y Mr. Jacquinot Pampelume, procurador del rey, y pusieron en mi conocimiento que acababa de descubrirse una conspiracion, y de sorprenderse una maleta llena de emblemas del antiguo gobierno, la cual iba dirigida á Mr. de Lostende, primer edecan del mayor general. Era imposible que el ministro de la guerra no cediese á la peticion de hacer prender á Mr. de Lostende. Además el consejo de ministros creyó que en este caso se hacia necesario el reemplazo del conde Guilleminot, y debí obedecer á la voluntad espresa del rey que me mandaba ir al ejército para ejercer las funciones de mayor general. Véase pues las circunstancias en que llegué á Bayona, á donde no me llamaba por cierto, como tantas veces se ha dicho, la necesidad de visitar los almacenes y de ver por mis propios ojos el estado de los abastecimientos (1).»

En efecto, el mismo dia 23 de marzo espidiéronse dos decretos, uno nombrando al duque de Bellune mayor general del ejército de los Pirineos, y otro al lugarteniente general Dijeon, ministro secretario de estado de la guerra, durante la ausencia del mariscal.

Mientras así destituia el consejo de ministros al general Guilleminot, y ordenaba el arresto de su primer edecan, el duque de Angulema, que llegó á Tolosa el 20 de mayo, inspeccionaba los diferentes cuerpos acampados al rededor de esta ciudad, y á consecuencia de una revista en que el príncipe fue acogido con mucha frialdad, fue preso Mr. de Lostende, metido en una silla de posta, y conducido á Paris. Esta prision tan inesperada, junto con la nueva de haber sido destituido el general Guilleminot, sembró la alarma entre los jefes mas ó menos comprometidos en el proyectado levantamiento; por lo que determinados á prevenir las sospechas que podian recaer sobre ellos, tomaron la iniciativa en punto á revelaciones, y al punto se manifestaron todos muy obsequiosos con el duque de Angulema, y metieron mucho ruido hablando de los manejos que se habian intentado para seducir á la tropa. La mayor parte, como sucede siempre que hay una crisis política, no llevaban otra mira al ofrecer su concurso á la insurreccion que asegurarse los medios de conservar su posicion al lado del mas fuerte, y hallarse generales de la insurreccion, si el éxito coronaba sus esfuerzos; pero como la suerte se volvia contraria se volvieron contra la conjuracion. Así el príncipe se vió abrumado de confidencias, pues todos querian rivalizar en zelo y fervor realista; exageraba sus inquietudes y zozobras, y señalaba en el cuerpo que estaba bajo sus órdenes una fermentacion, que confirmaba mas y mas los avisos alarmantes que daba la correspondencia de los ministros. Innumerables denuncias y partes dirigidos por los prefectos, y hasta por simples guardias campestres al ministro del interior, por procuradores del rey, y de los jueces de paz al ministro de justicia, y luego trasmitidos por el ministro de la guerra al cuartel general, anunciaban que en efecto en la mayor parte de los lugares por donde habian pasado los regimientos que se dirigian á los Pirineos, tanto los oficiales como los soldados, habian hablado de una manera hostil al gobierno monárquico, y manifestado la firme resolucion en que estaban de no atacar los constitucionales españoles (1). Los cuarteles, los acantonamientos y hasta los mas insignificantes cuerpos de guardia, decian los generales, estaban inundados, en toda la estension de la palabra, de periódicos anárquicos, de folletos revolucionarios y de canciones sediciosas; en todas partes se hallaba seducido el soldado; cada noche tenian lugar numerosas deserciones (2). Luego á fin de evitar toda pesquisa, los jefes hacian la observacion de que se agravaria el mal si se trataba de perseguir y castigar á los culpables; que la desercion adquiria grandes proporciones, y que habia riesgo de introducir la desorganizacion en los cuerpos ó de precipitar el movimiento. Solo hay un medio, añadian, para sacar la tropa de la influencia de los perturbadores y borrar las ideas sediciosas que fermentaban en las filas, y consistia en dar inmediatamente la órden de marchar y trasladar de repente las tropas á territorio español: una vez salvada la frontera, así los soldados como los oficiales no pensarán mas que en el combate; puestos delante del enemigo no tendrán otro sentimiento que el de fidelidad á su bandera, y al ruido del fuego de los fusiles y de los cañonazos se desvanecerá toda idea de conspiracion.

Estas consideraciones, presentadas con todo el ardor y persistencia que inspira el interes personal, y corroboradas por el general Guilleminot, cuyas inteligentes prevenciones, y su dócil capacidad habíanle granjeado la confianza del generalísimo, hicieron grande efecto en el príncipe, quien no contento con escribir al rey para que le permitiese conservar á su lado á su primer mayor general, sometió á Mr. de Villele las observaciones de los jefes militares de que entonces se hallaba rodeado. Esta vez el consejo de ministros dió oidos á lo que le dictaba una política prudente. El dia 28 de enero habíase anunciado oficialmente la guerra en el discurso de la corona, y hacia siete semanas que se hallaba resuelta definitivamente; ¿quién podia decir los nuevos retardos que ocasionaria en la marcha de las tropas una informacion y pesquisa hecha en cada regimiento, así como las nuevas diligencias cuya estension y término era imposible prever? Las cortes aun no habian enviado fuerza alguna á la frontera francesa, ¿debia dárseles tiempo para que ocupasen los difíciles y numerosos desfiladeros que existen entre Bayona y Madrid, y de esta suerte esponerse á dilatar hasta pasado el invierno una campaña que solo emprendia el gobierno con la esperanza de que seria rápida y de corta duracion? Por otra parte ¿no fuera aumentar la audacia de los facciosos del interior, y comprometer así la fuerza y la dignidad del gobierno del rey en el esterior, el presentar al ejército como animado de sentimientos hostiles á los Borbones y como que solo aguardaba una señal para enarbolar la bandera de la usurpacion? Determinados pues los ministros á dejar ignorados é impunes á

(1) Memoria del duque de Bellune, 1826.

(1) Estas conversaciones en cuantos informes hemos tenido á la vista, se hallaban concebidas en estos términos poco mas ó menos. Así los oficiales como los soldados declaraban «que el gobierno se engañaba si creia que iban á hacer armas contra los liberales y en favor de los frailes; que el duque de Angulema era un general de iglesia en quien maldita la confianza que tenian; que no se dejarian conducir por emigrados, y que una vez llegados á la frontera, se pondrian á las órdenes del rey de Roma que decian hallarse al lado de Mina.»

(2) Algunos coroneles decian que el *Constitucional* y los discursos de los diputados de la izquierda tocante á la guerra de España eran los escritos que producian mayor efecto en el ánimo de los soldados. Encuéntranse, añadian, en todos los lugares públicos lo mismo que en todos los cafés, y pedian al ministro que combatiese el efecto de estos escritos enviándoles el diario de los *Debates* y la *Cotidiana*; y en efecto les remitió en gran número el ministro del interior.

los culpables, en el interés bien entendido del rey, no solo suspendieron todo procedimiento en la causa de esta nueva trama, sin querer profundizar ni conocer cosa alguna sobre ella, sino que queriendo dar muestras de una entera confianza en la tropa para que se desvaneciese todo rumor de conjuracion y se desconcertasen las esperanzas de los descontentos; sino que mandaron poner inmediatamente en libertad á Lostende, enviándole otra vez al cuartel general con un grado superior, y conservaron al conde Guilleminot el puesto de mayor general. Asi era de creer que una vez allanadas estas dificultades, podria el ejército entrar desde luego en campaña; sin embargo otros obstáculos de distinta especie amenazaban detener aun por mucho tiempo á nuestras tropas en sus acantonamientos.

Si el gobierno de las cortes confiando en las ruidosas proposiciones de mediacion hechas por la Inglaterra, y en las altaneras seguridades de sus agentes, habia descuidado los preparativos de defensa: por otra parte nuestra administracion militar, detenida por la incertidumbre que siempre hubo en cuanto á la definitiva solucion de la cuestion de paz ó de guerra, no estaba mucho mejor preparada para proveer á las necesidades materiales de una invasion. «No acumuleis las provisiones, no impongais inútiles sacrificios al tesoro; la paz es posible todavia; esperad;» esto escribian diariamente en el ministerio de hacienda al intendente general del ejército, Mr. Sicard. Este funcionario cuya incapacidad notoria disimulaban estas órdenes, nada habia preparado para el caso de una inmediata entrada en España. Nada de víveres, ni de forrajes, y si bien habia alguna provision de trigo; pero nada de harinas, ni de molinos, ni de hornos para elaborar pan. Los forrajes y cebada que habia almacenados, apenas bastaban para el ordinario consumo de algunos dias; y aun los almacenes se hallaban en sitios tan mal escogidos, que el forraje se veia amontonado en medio de acantonamientos ocupados esclusivamente por la infantería, y el trigo en los que estaban reservados para la caballería. En ciertos puntos hubo necesidad de dar a los caballos, en lugar de cebada, una racion de salvado. No estaba mejor organizado el servicio de bagajes y trasporte; pues ni habia ganado ni carruajes, ni baúles ó cajas para conducir comunicaciones detrás de las tropas. La incapacidad y descuido en los preparativos de toda especie era tal que se pidieron á los almacenes de Lille situados al otro estremo de Francia las lanzas necesarias para la caballería; al arsenal de Estrasburgo un tren de puente y marmitas á los abastecedores de Paris. En una palabra, no habia ramo de servicio que no ofreciese la menor escasez y desórden: la caballería iba á verse obligada á retroceder hasta las llanuras de Tarbes, por falta de subsistencias; y no obstante la órden formal de 32 de marzo, enviada al príncipe por el vizconde Digeon, estaba concebida en estos términos: «Me apresuro á dar parte a V. A. R. de la determinacion tomada en el consejo del rey, de dar principio a las operaciones del ejército, del 5 al 10 de abril,» no obstante esta órden, decimos, parecia imposible abrir la campaña antes de tres meses.

El pliego que acabamos de citar, es cierto que contenia estas palabras: «Las cartas de V. A. R., lo mismo que las del general Guilleminot, me manifiestan hallarse incompletos aun los medios de entrar en campaña: y que varias circunstancias han impedido que el abasto de subsistencias y de forrajes se remitiese en cantidad suficiente. Para remediar este inconveniente, será necesario hacer compras al contado en los pueblos por donde va á pasar V. A.; para lo cual hay en las cajas del ejército diez y ocho ó veinte millones, con que podrá cumplirse con todos los empeños. Como los medios de trasporte tampoco son suficientes, V. A. podrá remediarlo disponiendo que se alquilen.» Sin duda el tesoro se hallaba en estado de poder hacer frente á todos los gastos que hacia necesarios la escasez en que, por confesion misma del ministro, se hallaban todos los ramos del servicio del ejército, pero si la administracion militar habia dado pruebas de su ineptitud y falta de prevision en Francia, en medio de poblaciones amigas, y de provincias fertiles, y abundantes en recursos de toda especie, ¿qué no era de temer de la incapacidad de la misma, cuando se hallase el ejército en pais enemigo, en comarcas pobres y despobladas, esquilmadas además por tres años de una guerra civil? En parte alguna encontrarian almacenes y medios de trasporte preparados. En medio de estas circunstancias, llegó el 3 de abril á Bayona un sujeto conocido por lo atrevido de sus operaciones, y por su genio lleno de espedientes, quien, despues de haber intervenido en la mayor parte de las grandes especulaciones de la república y del imperio, hacia algunas semanas que no temió encargarse por cuenta de la regencia de Urgel, de la colocacion del emprestito hecho por este efímero poder pocas horas antes de su desaparicion. Este especulador, cuyo nombre hemos ya citado varias veces, era el mismo Mr. Gabriel Ouvrard, quien habiendo salido de Paris para el ejército, sin dinero y sin crédito, con sola la esperanza de hallar ocasion de mezclarse en los negocios, encontró los ánimos muy conmovidos. El hallarse en el ejército el duque de Bellune, á quien el príncipe habia hecho notificar desde Tolosa por su primer edecan el duque de Guiche: «que hasta la contestacion del rey, mandaria al ejército sin intermediario;» la posibilidad de un conflicto de autoridad; la necesidad de entrar desde luego en campaña, proclamada en todas partes, y los obstáculos que oponia para ello el desórden existente en todos los ramos del servicio militar, tenian en inquietud y zozobra al estado mayor superior. Siendo Mr. Ouvrard preguntado y consultado el mismo dia de su llegada por varios generales, á quienes desde luego pasó a visitar, rióse de su alarma, y se manifestó sorprendido de que semejantes dificultades pudiesen detener al generalísimo. Al dia siguiente 4, muy temprano, le hizo llamar el duque de Angulema, y le preguntó si se encargaria del servicio general del ejército, exigiendo una respuesta pronta. No ignoraba Mr. Ouvrard que la proposicion que se le hacia habia sido desechada por varias casas de Bayona; con todo, ofreció contestar el dia siguiente, 5 de abril. Habia en Bayona muchos refugiados realistas españoles, y el futuro abastecedor se informó de los mas inteligentes acerca de los recursos que podian hallarse en varias provincias por las que debia atravesar el ejército, y acerca de la confianza que podia tenerse en la próxima cosecha, y luego de haber obtenido estos informes, presentóse el dia siguiente al príncipe, diciendo que estaba pronto á poner al ejército en disposicion de pasar el Bidasoa, como fuesen aceptadas las condiciones que creia deber exigir. No ignoraba el duque de Angulema la posicion de su interlocutor, quien se hallaba en estado de suspension de pagos; y sabia que, privado hasta del poder contratar en su nombre, no habia tenido tiempo de comprar ni un solo costal de harina, ni un carro, ni siquiera un mulo. Por consiguiente, el príncipe le preguntó con qué garantía le aseguraba el exacto cumplimiento del convenio. «Con mi persona, respondió el contratista con imperturbable aplomo. No me separaré del lado de V. A. R., tenga pues confianza, y le aseguro, que mientras dure la campaña, ni un solo destacamento deberá aguardar mas de una hora sus provisiones víveres y bagajes.» Firmóse el trato aquella misma noche del 5 al 6, entre Mr. Victor Ouvrard, estipulando en nombre de su padre, y Mr. Sicard, intendente general del ejército, en nombre del príncipe generalísimo. Solo citaremos de este contrato dos artículos, á saber el 13.° por el cual los once dozavos de las sumas debidas al abastecedor por el gasto presupuesto de cada mes, se le satisfarian constantemente por la tesorería del ejército, en los primeros cinco dias del mes respectivo; esto es, veinte y cinco dias, lo menos, por adelantado. Por el artículo 14.° poniase inmediatamente á su disposicion á un precio alzado por cada racion de vituallas y de forraje, las provisiones y comestibles de toda especie, existentes en toda la estension de las dos divisiones militares, cuyos puntos principales son Tolosa y Burdeos. En otros términos, Mr. Ouvrard estaba facultado para sacar de los depósitos del estado los abastos necesarios para las tropas que se hallasen en territorio frances; y por otra parte la caja del ejército le adelantaba los fondos que necesitaba para adquirir provisiones en territorio español.

De estas condiciones calificadas despues de los sucesos, se dijo que eran exorbitantes y leoninas; que eran recompensa de considerables sacrificios pecuniarios consentidos por el contratista en provecho de algunos jefes superiores del ejército. Pero en una operacion de tal importancia, ningun especulador, y menos que otro alguno Mr. Ouvrard, hubiera escrupulizado en pagar muy cara la cooperacion de unas personas cuya influencia era decisiva. No es solo esto; sino que en tales casos la corrupcion se halla en el interés del mismo abastecedor, puesto que mas bien que unos protectores dispuestos en favor suyo, halla unos socios, ó por mejor decir, unos cómplices, á quienes tiene bajo su dominio. Mr. Ouvrard se hubiera tenido por dichoso poniendo con tales medios bajo su dependencia á los generales cuyos nombres se citaban (1), pero no tuvo que tentar la probidad de nadie. El gobierno exigia que se abriese inmediatamente la campaña, y lo mismo deseaba con no menos impaciencia el duque de Angulema; cuantos le rodeaban solicitaban tambien á una voz el inmediato paso del Bidasoa, como único medio de evitar la insurreccion del ejército. Además la menor demora, dando lugar á que los españoles se preparasen á la defensa, podia costar inmensos sacrificios en dinero y en sangre á la Francia. En atencion pues á que las proposiciones de Mr. Ouvrard conjuraban todos estos peligros, cubrian todas las faltas, y ponian al gobierno en disposicion de salir de

(1) Los generales Guilleminot y Bordesoulle, y el duque de Guiche, primer edecan del generalísimo.

tan intrincadas dificultades tomando cierta apariencia de resolucion y de fuerza, fueron aceptadas, sin haber tenido necesidad el contratista de valerse para ello de ningun influjo: era dueño de la situacion; por consiguiente imponia la ley. Aun creemos poder asegurar que si en la campaña de 1823 hubo algun acto de corrupcion, no fué por efecto de los tratos de Bayona, ni, segun veremos, en provecho de ninguno de nuestros generales.

El príncipe dió su aprobacion al contrato, pero como se habia estipulado en Francia antes de las hostilidades, su validez solo era completa despues de ratificado por el ministro de la guerra. El duque de Bellune permanecia aun en Bayona, aguardando la «respuesta del rey» á la solicitud del generalísimo en favor de su primer mayor general: y encerrado en su casa disimulaba su impotencia y su posicion equívoca, con los cuidados y padecimientos de una recrudecencia de la gota. Conservando el gobierno su puesto al conde Guilleminot, enviaba implícitamente el nombramiento del duque de Bellune; á lo menos quedábale el título de ministro de la guerra. Presentáronle el contrato y lo ratificó inmediatamente. Algunas horas despues de esta ratificacion el duque de Angulema hacia trasmitir á toda la línea la órden de pasar la frontera el 7 de abril al amanecer, mientras el 14 llegaba á París desde Bayona el duque de Bellune para recibir de manos del vizconde Digeon la cartera de la guerra, la cual por una estrañeza cuya causa buscaba en vano el público, tuvo dos titulares en el espacio de veinte y un dias. El ministro apeado recibió en compensacion de su pronta caida el título y tratamiento de ministro de estado.

Las comunicaciones del coronel Fabvier con el estado mayor eran diarias: así tuvo conocimiento del arresto del coronel Lostende el 28 de marzo, en el mismo dia en que se ejecutó. Alarmado por este incidente, resolvió acelerar el movimiento y al punto pasó la frontera. La presencia de este oficial superior en las inmediaciones de los Pirineos, y sus relaciones con los refugiados franceses, hacian gran parte de la correspondencia ministerial; suponiasele en los alrededores de Perpiñan; pero mientras que se le suponia el proyecto de entrar en Cataluña «para llevar á cabo un plan de ataque y de sorpresa, cuyo objeto particular no podia asegurar de un modo preciso,» pasaba el Bidasoa y se dirigia á San Sebastian. Esta plaza y la de Bilbao eran los puntos de reunion señalados para los refugiados, de que habia no pocos en la Península; pero las discusiones que hemos dicho existian entre los principales miembros del carbonarismo, tambien se hallaban entre los refugiados á quienes dividian en dos bandos; unos aspirando á conseguir por medio de la caida de los Borbones el triunfo esclusivo de la libertad; y otros la vuelta de nuestras pasadas glorias y el llamamiento de Napoleon II, á cuya clase pertenecian en general los oficiales y antiguos militares espatriados, mirados por Lafayette y sus adictos como amantes del despotismo imperial, y por lo mismo tan peligrosos para las libertades públicas como los mismos realistas, puesto que se les atribuia el deseo de poner á la Francia bajo el régimen del sable. De esto nacia cierta indeterminacion en cuanto á confiarles la direccion del movimiento, y el recelo de que tomasen en él una parte y un influjo de alguna consideracion. El mas insignificante orador de corrillo, por otra parte, no sufria superioridad alguna, y todos se creian con igual derecho al principal influjo. Estos recelos, desconfianzas y rivalidades, la eterna debilidad de los partidos y de todos los espatriados detuvieron a la mayor parte de los desterrados en los puertos del este y oeste de España. Por consiguiente cuando el coronel Fabvier confiaba en la reunion de un cuerpo de setecientos á ochocientos hombres, lo menos, en las orillas del Bidasoa, pues este número de refugiados formaba la base de sus combinaciones, hallóse estrañamente aislado: dos compañías compuestas de unos ciento veinte franceses y de treinta ó cuarenta piamonteses, y formados en Bilbao y en San Sebastian por los sentenciados contumaces en Tolon, Nantes y Poitiers, al mando de Caron, comandante que fue del 5.º de línea; esta fuerza era la única que encontró dispuesta á favorecer la ejecucion del plan que el mismo Fabvier y sus amigos habian combinado con tanto afan y trabajo. No tan solo faltaba tiempo para pedir y esperar la llegada de nuevos destacamentos, sino que segun las noticias recibidas del cuartel general, la compañía formada en Bilbao distante treinta leguas de la frontera, apenas tendria tiempo de reunirse á la de San Sebastian antes de la entrada de nuestras tropas en el territorio español. La pequeña ciudad de Irun fué el punto de reunion señalado para las dos compañías que se reunieron en la noche del 5 al 6 de abril, precisamente cuando el coronel recibió aviso de que el 7 siguiente el ejército francés pasaria el Bidasoa.

Este rio tiene su manantial en el valle de Bastan, en territorio de España, y despues de dar varios rodeos por los valles de los Pirineos, entra en Francia á una legua de su desembocadura en el golfo de Andaya; y solo en este su último trayecto sirven sus aguas de límites entre España y Francia. Mas allá del punto en que el Bidasoa entra en Francia, hasta el camino que va del valle de Bastan á Bayona por Urdach y Ainoa, la frontera se halla enteramente abierta. Por este punto de los límites proyectaba el coronel Fabvier efectuar su entrada en Francia. En él se habian reunido armas, vestuarios, y hasta calzado. Pero para llegar allí, era preciso subir por la orilla izquierda del rio un espacio de cuatro leguas, atravesar por el puente de Vera, y luego bajar dos leguas por los caminos que van de este pueblo á la frontera francesa. Esta marcha necesitaba lo menos un dia, y el coronel *solo* podia disponer de algunas horas. A pesar de la libertad de sus tropas resolvió pasar atrevidamente el paso de Behovia, aldea situada á unos tres cuartos de legua escasos de Irun y que atraviesa la carretera que va de Bayona á Madrid. El puente que habia en este sitio, y que derribó el ejército frances en su retirada de España en 1813, no se habia vuelto á reedificar; y establecian la comunicacion entre ambas márgenes del rio, varias barcas, y un ponton, destinado al servicio de caballerías y de carruajes. Estábales prohibido á los refugiados el uso de las barcas, y todas se habian arrimado á la orilla francesa para uso de nuestras tropas; en cuanto al ponton continuaba haciendo su servicio acostumbrado. Sabíase que cada dia á las once de la mañana conducia á la ribera española la diligencia que iba de Bayona á Madrid; y el coronel Fabvier queria aprovecharse de esta circunstancia para pasar el rio: así que el ponton llegaria á la orilla, atacarianle las dos compañías, y desembarcando por medio de los obstáculos, cualesquiera que fuesen, se echarian resueltamente en medio del 9.º regimiento de infantería ligera acantonado en aquel punto, y que era uno de los que se hallaban mejor dispuestos á recibirlas, á los gritos de: «¡Viva Napoleon II! viva la libertad!»

La pequeña coluna salió de Irun á las diez de la mañana, formando tres destacamentos: un primer peloton en gran parte compuesto de oficiales al mando del coronel Fabvier, contaba en sus filas a Pombas, Moreau, Delon, Fourré, Bereux, Dupuy, Delaye, Raymond y Lamothe, todos complicados en las anteriores causas políticas. Seguian luego las dos compañías, conducidas por el comandante de batallon Caron; y finalmente otro peloton compuesto de unos cuarenta piamonteses. Cuantos componian esta pequeña fuerza, así oficiales como soldados, usaban escarapela tricolor; la mayor parte llevaban el uniforme de granaderos y de cazadores conforme á la antigua guardia imperial. Precedíales una bandera tricolor con un águila por remate en manos del teniente Marotte. Habíase calculado la marcha de manera que llegase al punto señalado precisamente á la hora en que el ponton tocase á la ribera española, pero apenas llegados á corta distancia de Behovia, divisan la diligencia de Bayona, la cual habia adelantado la hora del paso del rio con motivo de las circunstacias, y saliendo de la aldea se dirigia hácia ellos. Precipitan la marcha y llegan á la orilla; pero el ponton habia vuelto á la ribera de Francia donde le estaban amarrando á la sazon. Con todo no estaba perdida toda esperanza: la marea bajaba, y dentro de una hora habiendo alcanzado el reflujo su nivel mas bajo, permitiria vadear la corriente; por lo que los refugiados tomaron el partido de aguardar.

Los estribos del puente hallábanse aun en pié en ambas orillas. En el estribo correspondiente á la parte de Francia habia una pieza de artillería cargada con metralla, servida por algunos artilleros, y sostenida por detrás á corta distancia por el 9.º lijero. El coronel Fabvier y su pequeña coluna, á la que se prohibió cargar las armas, tomaron posicion en el opuesto, donde enarbolaron la bandera tricolor al son de la Marsellesa. La corta distancia que mediaba entre unos y otros permitia ver todos sus movimientos y hasta oir las palabras dichas en alta voz. El coronel Fabvier se oyó llamar por su nombre por varios oficiales que rodeaban la pieza de artillería, y así él como sus compañeros creyeron ver señas de adhesion y de gratitud en las filas del 9.º lijero cuyos puestos guarnecian la ribera de Francia. Entretanto continuaban los cantos de los refugiados. El general Valin, que mandaba la brigada de vanguardia, corrió á dar órden á los artilleros para que hiciesen fuego. Estos dispararon; pero ya fuese por mala puntería, ó mejor que de intento hubiesen desviado el tiro, el hecho fué que no resultó ningun herido ni muerto de esta primera descarga. Los refugiados entonces gritaron: «¡Viva la artillería!» El general Valin mandó cargar otra vez; y este segundo disparo derribó muerto al teniente Marotte y gravemente heridos á dos ó tres oficiales, que estaban cerca de él: la bandera fue derribada. Entonces se arroja á ella el teniente Benies y la enarbola de nuevo agitándola con nuevos brios. Sucede otro disparo; pero esta vez se dirigió contra dos piamonteses que estaban situados á la derecha del

puente, y solo alcanzó á los individuos de este destacamento entre los cuales hubo varios muertos, en tanto que aumentaban los cantos de los franceses refugiados. El general Valin, no fiando en la disposicion del 9.º lijero, hizo avanzar entonces un destacamento de gendarmes bastante numeroso, quienes formando alineados, como una especie de cortina entre el 9.º lijero y el puente, hicieron fuego tambien; y sus disparos tirados casi á quemaropa y con buena puntería, sembraron la muerte en las filas de los emigrados, contándose entre los muertos el teniente Bemes, con lo que otra vez fué derribada la bandera tricolor. Los refugiados no insistieron mas, y se retiraron dejando muertos en el campo de quince á diez y ocho compañeros suyos, sin que ni uno solo hubiese cargado el arma ni aun hecho ademan de apuntar para responder al fuego que se les hizo (1).

Se ha dicho que á poca distancia de los emigrados habia un regimiento de las cortes, pronto á darles apoyo; pero esto no es exacto; pues la fuerza española que estaba mas cerca se hallaba en Irun, y constaba solo de algunas compañías del regimiento de infantería Imperial Alejandro; así que ni un soldado español asistió, siquiera como simple espectador, á esta tentativa de paso del rio Bidasoa, cuyo único objeto consistia en promover en territorio francés, y con solo tropas francesas un movimiento cuyo resultado fuese el retroceso del ejército espedicionario hácia París, para marchar en seguida hácia el Rhin. El efecto de este acontecimiento que acabamos de referir no se hizo aguardar; pues al derribar los disparos mandados por el general Valin la bandera tricolor colocada á la orilla española del Bidasoa, abrieron al mismo tiempo la frontera, y arrastraron al ejército; así el 7 de abril por la mañana atravesaban el rio en un puente de barcas las tropas de la vanguardia, y pocas horas despues entraba en Irun el duque de Angulema.

CAPÍTULO XIX.

Cortes españolas.—Decretan las cortes la traslacion del gobierno á Sevilla; resistencia del rey; destituye dos veces á los ministros. Las cortes y el rey salen de Madrid; fuerzas y organizacion del ejército español; plan de defensa.—Abrese la campaña. El ejército francés entra en Tolosa; falta de víveres; murmullos entre la tropa; Mr. Ouvrard. Prosigue el ejército su marcha; retirada de Ballesteros á la otra parte del Ebro; llegada y permanencia del duque de Angulema en Vitoria.—El general La Abisbal en Madrid; comunícase con los agentes del generalísimo; irritacion de sus oficiales; huye La Abisbal; sus tropas se retiran á Estremadura.—Marcha del duque de Angulema á Madrid; ataque de Besieres. Entrada de los franceses en la capital de España; desórdenes. Estado de los ánimos. Decretos de la regencia. Los generales Bordesoulle y Bourmont dirígense á Sevilla. Marcha de los generales Bourke y Molitor contra las fuerzas de Morillo y de Ballesteros.—Las cortes en Sevilla. Medidas tomadas para la defensa del reino. Resolucion de trasladar á Cádiz el asiento del gobierno; denegacion de Fernando; suspension de su autoridad; conjuracion para llevarse al rey: sale de Sevilla; insurreccion de los sevillanos; llegada de Lopez Baños. Entrada de los franceses en Sevilla.—El rey Fernando en Cádiz. Bloqueo de esta plaza por las divisiones de los generales Bordesoulle y Bourmont. —Permanencia del duque de Angulema en Madrid. Marcha del general Bourke á las Asturias y Galicia. Sumision de Morillo Quiroga. Los refugiados franceses en la Coruña; acontecimiento del 13 de julio. Rendicion de la Coruña.—Marcha del general Molitor contra Ballesteros. Llegada de las tropas francesas á Murcia; ataque y toma del fuerte de Lorca. Encuentro de Campillo de Arenas. Sumision de Ballesteros. Sale el duque de Angulema de Madrid; desórdenes y violencias de los absolutistas. Orden de Andújar. Llegada del generalísimo delante de Cádiz; cartas de Fernando VII.—Espedicion de Riego; su llegada á Málaga; es perseguido, y se refugia en medio de los acantonamientos de Ballesteros; perseguido de nuevo por las tropas francesas es alcanzado en Mancha-Real y en Jodar Mara, y hecho prisionero.—Sitio de Cádiz, ataque y toma de Trocadero; rendicion del fuerte de Santi-Petri; negociaciones secretas con los principales miembros del gobierno y de las cortes; posicion difícil del duque de Angulema. Las cortes devuelven á Fernando el poder absoluto; rebelion de una parte de la guarnicion de Cádiz; proclama del rey; su embarque; el almirante Valdés y el general Alava. Desembarco de Fernando en el Puerto de Santa María. —Defensa de Cataluña por el general Mina. Emigrados franceses en esta provincia; batalla de Lladó; capitulacion de Llers. Entrada del ejército en Barcelona.-Causa y suplicio de Riego. Vuelta de Fernando VII á Madrid.—Regreso del duque de Angulema á Francia. Caida del duque de Bellune del ministerio de la guerra. Festejos públicos. Resultados políticos de la campaña.—Asuntos interiores. La congregacion de la Universidad; supresion de la escuela normal; reorganizacion de la escuela de medicina; destitucion de profesores. Royer-Collard y Guizot. La policía y la librería. Celebracion del domingo. Negativa de administrar el bautismo. Destitucion de oficiales ministeriales. El duque de Larochefoucault-Liancourt y Mr. Corbiere.—Disolucion de la cámara de los diputados.

El discurso con que Luis XVIII abrió las sesiones de las cámaras, el 28 de enero, y en el cual anunciaba el envío á España de un ejército de cien mil hombres, llegó á Madrid el dia 4 de febrero. El dia 5 los ministros de Fernando VII pidieron y consiguieron de las cortes autorizacion para poner el ejército en pie de guerra; para tomar las medidas necesarias á la pública seguridad, y hacer los gastos que exigia la defensa de la nacion. El 18 adoptaron á mas otra resolucion; á saber, que si las circunstancias hiciesen necesario cambiar la residencia del gobierno podian decidir la traslacion las cortes, consultado el parecer de una junta de oficiales reputados por sus conocimientos militares y por su adhesion á la constitucion.» Fernando VII se lisonjeaba con la idea de que podia esperar la llegada de las tropas francesas á Madrid, y que le restituirian toda la plenitud de su antiguo poder absoluto. Este último voto pues le irritó sobremanera. Dicho voto precedió dos dias el término legal de las sesiones: el rey se negó á presentarse en la sesion de clausura de las cortes, y dejó á cargo de los ministros el cuidado de redactar y leer el discurso acostumbrado en tal circunstancia. Este discurso, en que el gabinete español hacia una reseña de los principales acontecimientos políticos sobrevenidos durante la legislatura, terminaba dando seguridad de que «la España podia contar con la decision de su soberano en defensa de las instituciones, y estar segura de la firme resolucion en que se hallaba de resistir á la invasion con que osaban amenazarle.» Semejantes protestas de fidelidad á un régimen que Fernando VII detestaba, hechas en su nombre, aumentaron mas y mas su exasperacion. Cobrando un valor inesperado, y apoyado en los clamores y escitaciones de su camarilla, pero principalmente en las cien mil bayonetas que se preparaban á invadir el reino; por la noche reprendió á sus ministros porque habian puesto en sus labios la manifestacion de unos sentimientos de que estaba muy distante, y declaró que no saldria de Madrid sino en el único caso en que se aproximasen las tropas francesas á la capital. Los ministros dieron por respuesta, que las cortes eran las que esclusivamente debian decidir este punto. Pero Fernando pierde los estribos, y no contento con llenarlos de baldones, estiende y firma un decreto destituyendo á los ministros. Pero á este arrebato de cólera sucedió muy pronto el miedo. Al dia siguiente conmovióse toda la poblacion de Madrid. Decíase que la destitucion del ministerio era producida por intrigas del estranjero: la diputacion provincial, el cuerpo municipal y la comision permanente de las cortes, se juntaron en el lugar de sus sesiones; púsose sobre las armas la guarnicion; reunióse la milicia nacional en la plaza de la Constitucion: por todas partes se oian los gritos de «¡Viva la constitucion!» «¡viva el ministerio!» formáronse numerosos grupos, los cuales marcharon con cierto órden, aunque sin armas, á repetir sus vivas hasta debajo de las ventanas del palacio. En este sitio se oyó gritar á algunos: «¡Una regencia!» Asustado Fernando, manda inmediatamente que se anuncie á los grupos que conserva sus ministros, y á las diez y media de la noche firmó el decreto por el que llamaba de nuevo á los ministros destituidos aunque solo interinamente. Pero el pueblo no queda satisfecho con esta media concesion, como tampoco la milicia nacional; y al dia siguiente, 20 de febrero, destinado para la apertura de las cortes ordinarias (1), cuando los diputados se dirigian á la sala de sesiones, vieron-

(1) Léese en una obra publicada en 1838: «Parece cierto que la mayor parte de los generales y jefes superiores de la division Bourke estaban complicados en la conspiracion; que hasta el general Guilleminot era favorable al movimiento constitucional, y que por confesion del mismo general Valin, la vanguardia debia pasarse en efecto á la bandera tricolor, pero cometiéronse muchas indiscreciones y en su consecuencia habian llegado al cuartel general las noticias mas exactas; en la noche del 5 al 6 se hicieron desfilar hácia retaguardia seis batallones adictos á la revolucion. Desde entonces el general Valin se encontró aislado, y para no justificar sospechas no pudo hacer mas que lo que en efecto hizo.» *Historia de la revolucion desde 1814 hasta 1830* por Mr. Dulaure y por M. Auguis, miembro de la cámara de los diputados. Las disposiciones que estos autores atribuyen á la única division de Bourke eran comunes á la mayor parte de los oficiales de todas graduaciones pertenecientes á las demas divisiones del ejército

(1) Las sesiones que terminaron el dia 17 de febrero eran *estraordinarias*. Debe advertirse que el dia fijado para la reunion de las cortes era siem-

se obligados á penetrar por entre una compacta multitud, que les saluda con los gritos del dia anterior. Nuevos grupos recorren las calles de Madrid : en la plaza de la Constitucion se colocaron varias mesas, donde ponian las peticiones dirigidas á las cortes solicitando el nombramiento de una regencia é invitando á los transeuntes á que pongan en ellas su firma. El tumulto empieza á tomar un aspecto amenazador; los ministros mandan poner la tropa sobre las armas, y acuden fuerzas respetables á disipar los grupos, y hacer que desaparezcan las peticiones. Nueve dias despues de estos sucesos, el 1.º de marzo, el gobierno abria oficialmente la nueva legislatura. Tambien esta vez se negó Fernando VII a presentarse en esta solemnidad ; por lo que obligados los ministros á hablar en nombre del mismo, leyeron un discurso lleno de patrióticas protestas, y que terminaba con algunas frases en elogio de su administracion. De entonces la voz pública solo trataba de la aproximacion de un atrevido jefe de realistas llamado Besieres, quien despues de haber burlado la persecucion de todos los generales del ejército constitucional, avanzaba, segun decian, hácia Madrid al frente de fuerzas bastante considerables, con el intento de probar un golpe de mano sobre la capital y llevarse el rey. Envalentonado Fernando VII con esta perspectiva de socorro, reprodujo la escena del 17 de febrero; reprendió agriamente á los ministros por las protestas y elogios que habian tenido el atrevimiento de poner en su boca, declarando que no sufriria por mas tiempo su tutela; y en consecuencia espidió otro decreto destituyendo á los ministros y nombrando á los sucesores. Estos últimos no admiten el nombramiento ; y al mismo tiempo las cortes declaran haber llegado el caso de trasladar el gobierno fuera de Madrid, é intiman al ministerio que declare el lugar elegido por el rey para nueva residencia del gobierno. El gabinete no existia, y Fernando VII á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo constituir el que debia sucederle; por lo que en el apuro de tener que dar una respuesta á las cortes, pidió á los ministros destituidos que ocupasen de nuevo sus carteras, y el 5 de marzo les mandó declarar á las cortes que habia elegido á Sevilla para asiento del gobierno.

Segun la actividad que desplegaron los ministros en los preparativos del viaje, pudo señalarse para la partida el dia 12 de marzo : pero el coronel San Miguel y sus colegas echaron la cuenta sin la huéspeda; porque Fernando VII, bien resuelto á echar mano de todos los medios capaces de retardarla, convocó el 11 una junta de médicos, quienes declararon que «en el estado de convalecencia en que se hallaba el monarca á consecuencia de un ataque de gota, las fatigas de un largo viaje podian poner su salud en grave compromiso » Entonces las cortes nombraron la comision compuesta de nueve miembros, y entre ellos seis médicos, para que examinando los hechos formulasen luego su dictámen : hecho lo cual, los individuos de esta comision declararon por unanimidad, que el estado de salud del rey no estaba alterado hasta el punto de impedirle ponerse de viaje; pero para quitar todo pretesto hasta á los temores mas exagerados, propusieron retardar la partida hasta el dia 18. Adoptada esta proposicion por ciento cuatro votos contra cuarenta y tres ; se pone en conocimiento de Fernando, quien pide un nuevo plazo de dos dias, el cual le es concedido en una segunda votacion Asi pues, el dia 20 por la mañana salieron finalmente de Madrid el rey con la reina y sus hermanos don Carlos y don Francisco de Paula, sus esposas é hijos y personas de la servidumbre de palacio. La comitiva, compuesta de diez coches de la corte y una multitud de hombres á caballo, iba costodiada por una fuerza de seis mil hombres de infantería, caballería y artillería, cuya marcha despejaban además varias columnas movibles de tropa. El dia 22 las cortes emprendian igualmente la marcha por el camino de Andalucía, juntamente con los representantes de Inglaterra, Portugal, Suecia y Paises Bajos, las únicas potencias que no hacian entonces causa comun para destruir la revolucion en España, con la Francia y las grandes monarquías del norte Servian de escolta varios batallones de milicianos, que no vacilaron en sacrificar sus intereses y abandonar sus negocios particulares por acompañar y defender á la representacion nacional española Madrid quedo bajo la guarda del conde de La Abisbal.

Las tropas destinadas á atacar á nuestro ejército de invasion, inclusos los últimos alistamientos, ascendian al número de ciento treinta mil hombres, cuyas tres quintas partes se hallaban distribuidos en cuatro cuerpos de diez y ocho mil á veinte mil hombres cada uno, al mando de los generales siguientes :

1.º Ejército de operaciones, á las órdenes del general Ballesteros

2.º Ejército de Cataluña ; al mando del general en jefe Espoz y Mina, y á las órdenes de este los generales Milans, Llobera y Gurrea.

3.º Ejercito del centro ; su general en jefe La Abisbal, y bajo las órdenes de este los generales Castelldosrius, Zayas y Villacampa.

4.º Ejercito de Galicia y Asturias : general en jefe Morillo, conde de Cartagena, y á sus órdenes los generales Quiroga, Palarea y Roselló.

Las dos quintas partes restantes del número total del ejército estaban destinadas á la guarnicion de las plazas fuertes.

Las tropas conducidas por el duque de Angulema igualaban al número de las del ejército constitucional, porque si bien el efectivo de los regimientos franceses no llegaba en verdad mas allá de noventa y cinco mil hombres ; pero debian añadirse á este número veinte y cinco mil ó treinta mil refugiados realistas armados, equipados y pagados por el gobierno francés desde el dia en que quedó resuelta la invasion ; los cuales repartidos en cortas divisiones de tres mil á cuatro mil hombres incorporados en cada uno de los cuerpos de operaciones, iban mandados por los antiguos jefes rebeldes Baron de Eroles, el Trapense, Quesada, Longa, Mosen Anton, el conde de España y Santos Ladron (1).

En las condiciones ordinarias de la guerra, intentar la invasion de un gran reino con un ejército cuya fuerza solo fuese igual á la que estuviese encargada de la defensa del territorio amenazado, seria un acto de verdadera locura ; puesto que el menor apoyo prestado por el pueblo invadido a las tropas nacionales, bastaria para dejar aplastados á los invasores. Cuarenta mil conscritos ó veteranos, ausiliados por la poblacion rural de algunos departamentos, fueron suficientes á Napoleon para sostener la lucha por espacio de tres meses contra los seiscientos mil hombres de la coalicion. Los soberanos aliados, en 1815, para vencer entraron en Francia al frente de un millon de soldados. La misma insurreccion española en sus principios, en 1808, no tenia que oponer á los generales de Napoleon, ni tropas regulares, ni jefes esperimentados ; a mas de esto, el gobierno del rey José contaba con numerosos adictos entre los españoles, y era apoyado por una gran mayoría de la grandeza, de los cuerpos constituidos y de la clase media ; no obstante, solo porque el clero inferior, los frailes y la poblacion pobre de las ciudades y aldeas se declararon contrarios al nuevo rey, la insurreccion, á pesar de sus continuas derrotas, acabó por triunfar de numerosos ejércitos, al mando de los mas celebres generales. Pero en 1823 las condiciones de la lucha eran muy diversas : las fuerzas que en 1808 eran contrarias a los franceses, en 1823 estaban en nuestro favor, y solo teniamos por enemigos á los que nos fueron adictos en 1808. O, en otros términos, rechazados por la parte ilustrada de la nacion española, y por las clases medias, y llamados por el bajo clero y por los frailes, teniamos una seguridad de la victoria en el concurso de esas turbas ignorantes y llenas de fanatismo, cuya decidida resistencia fue doce años antes la causa principal de nuestros desastres.

El gobierno de las cortes adoptó un plan de defensa fundado en la exacta apreciacion de estos hechos La España se halla defendida en toda la linea fronteriza de Portugal, en las faldas de los Pirineos, y en sus dos estensos litorales, por un considerable numero de plazas fuertes y de grandes puertos de guerra, que la tienen como ceñida dentro de una linea de fuertes. Todos estos puntos fortificados, bien armados y abastecidos, no solo se pusieron en estado de sostener un largo sitio, sino que se pusieron en ellos guarniciones numerosas que podian suministrar fuerzas con que formar columnas volantes para recorrer el pais, y obligar así á los generales franceses a ocupar parte de sus regimientos en impedir ó en vigilar las salidas de las plazas. Hechos estos preparativos, resolvieron no oponer á la marcha de nuestro ejército en el interior del reino sino cuerpos aislados, de corta fuerza, dispuestos a emprender largas jornadas y á efectuar movimientos rápidos, los cuales apoyándose en caso necesario en las plazas fuertes y en sus guarniciones, tuvieron la principal mira en evitar todo choque serio con nuestros soldados, y hostilizarlos sin combatir ; estar continuamente amenazando sus comunicaciones y convoyes, desalentarlos y debilitarlos á fuerza de fatiga y de privaciones. En seguida, hacer de manera que por la misma duracion de la guerra y sus duras exigencias llegase a irritarse contra nuestras tropas la porcion inerte de la poblacion, obligándola a entrar en la lucha y á unirse á la causa constitucional para librar el territorio de España.

---

pro distinto del de su apertura oficial, cuya solemnidad no se verificaba hasta despues de examinados los poderes de los diputados y de la definitiva constitucion de la mesa.

(1) Estos cuerpos de realistas ausiliares que fueron para el ejército frances mas bien un embarazo que un ausilio, estuvieron a sueldo del gobierno de Francia hasta el termino de la espedicion. M. de Villèle en el preámbulo del presupuesto de 1824 hace subir á 22 *millones* los gastos del tesoro para sueldo, equipo y mantenimiento de estos cuerpos ausiliares.

La irritacion y el odio que podian producir contra nuestros soldados los abusos y escesos inseparables de las necesidades y exigencias de un ejército de cien mil hombres precisados á vivir con los recursos de un pais devastado ya por la guerra civil, era en efecto el verdadero y único peligro que debia conjurar el duque de Angulema. Nuestras tropas necesitaban pedir á los pueblos de España víveres, forrajes, carros, mulos, y en una palabra todo lo indispensable, sin dar no obstante ningun motivo de queja á los españoles. Mr. Ouvrard ofreció lograr este resultado, é iba á empezar su tarea.

Al pasar la frontera cada soldado llevaba provisiones para cinco dias; pero estas, suministradas por los depósitos del estado, se hallaban ya muy menguadas en el segundo dia de marcha. Llegados á Tolosa, la mayor parte de los soldados no habian comido cosa alguna desde la mañana, y se oyeron varias quejas en las filas. Mr. Ouvrard cuyos servicios no debian empezar hasta el dia siguiente, y que todavía no se habia agenciado mas que los medios de trasporte, fué llamado al cuartel general, donde halló reunido el consejo. Luego que llegó le preguntaron: ¿Dónde están vuestros depósitos de víveres, y con qué recursos contais?—Mañana, contestó Mr. Ouvrard, recibirá el ejército lo que necesita. —Necesítanse víveres para diez dias en el 2.º cuerpo. —Mañana los tendrá.—No bastan vuestra aseveracion y vanas promesas; así os preguntamos de nuevo: ¿dónde teneis vuestros depósitos? El abastecedor se negó á dar esplicaciones y se retiró. Separóse tambien el consejo; pero pronto volvió á reunirse; discutió y deliberó largamente; pero sin tomar ninguna resolucion definitiva. Estaba entonces lloviendo á cántaros; las tropas bivaqueaban en los afueras, y su inquietud y descontento por la absoluta falta de vituallas se desahogaban en murmullos de muy siniestro presagio. Los que se manifestaban mas alarmados eran los oficiales y soldados que habian hecho la guerra precedente diciendo: Ahí está la España que tan cara nos costó; apenas acabamos de poner en ella los piés y ya no hallamos subsistencias.

Aquel dia por la mañana reunió Mr. Ouvrard las autoridades de la ciudad, varios eclesiásticos, personas influyentes y comerciantes, y les dijo: «El ejército no desea ciertamente vivir á espensas vuestras; pero por otra parte ha de comer: así, pues, ayúdenme Vds. á proporcionarle los víveres de que tiene necesidad, si no quieren que mañana les quiten todo lo que Vds. poseen. Necesítase pues pan, legumbres, carne, cebada y forrajes. Vds. conocen los recursos del pais: salgan pues, y derrámense por todo el contorno, avisen á sus parientes y conocidos y anuncien á todo el mundo que todo lo pagaré al contado. Todavía mas: pagaré diez veces su valor por todo aquello que se me presente antes de las ocho de la mañana; nueve veces su valor lo que reciba antes de las nueve; ocho veces lo que venga antes de la diez; y así sucesivamente disminuyendo un décimo por hora.» En medio de la sala donde tenia lugar la reunion habia dispuesta una mesa cubierta de montones de monedas de oro, y el contratista las fué repartiendo á título de adelantos á los asistentes, los cuales inmediatamente se pusieron en camino.

Estos adelantos y las magníficas promesas á que servian de garantía se hicieron públicas por aquellos agentes improvisados, personas conocidas é influyentes á quienes impulsaba no menos el celo por la causa realista que su pasion por el lucro; de manera que de todas partes se despertó la codicia. Todas las poblaciones hasta un radio de diez leguas de Tolosa se pusieron en movimiento; y al dia siguiente al amanecer viéronse bajar de todas las alturas circunvecinas de la ciudad, una inmensa multitud de gentes de todas edades y sexos agobiadas bajo el peso de las provisiones de toda especie, haciendo esfuerzos todos por llegar los primeros y recibir los grandes beneficios que se habian ofrecido á los mas diligentes. Aguardaba á esta multitud á su llegada un espectáculo destinado á herir vivamente las imaginaciones. Conforme al artículo 13 del contrato de Bayona, la caja del ejército debia pagar al contratista la cantidad del presupuesto mensual en los primeros cinco dias de cada mes. Mr. Ouvrard pidió la ejecucion de este artículo, y aquella mañana se le habian entregado varios millones, los cuales se hallaban en piezas de veinte y cuarenta francos cubriendo unas mantas estendidas por el suelo ó puestas encima de mesas en la plaza del mercado. La pública esposicion de aquel amontonamiento de oro destinado á pagar al contado los abastos, y el cumplimiento exacto del premio exorbitante ofrecido por el contratista; el anuncio de que seguiria el mismo sistema de compras mientras durase la guerra; todo este aparato teatral inventado por el genio comercial tuvo el éxito que deseaba. ¡Cosa inaudita! esclamaban los campesinos, y decian unos á otros: la invasion francesa, lejos de despojarnos, siembra entre nosotros el oro; en vez de miseria, nos trae la riqueza! Pronto llegaron víveres en gran copia, la concurrencia hizo bajar los precios; y gracias á los primeros sacrificios, obtuvo el contratista el doble resultado, el no pagar mas del justo precio en las compras, y de poder satisfacer todas las necesidades del ejército hasta el último dia de la campaña.

La division al mando de Bourke se separó del primer cuerpo luego despues de haber pasado el Bidasoa para dirigirse rápidamente á San Sebastian á sorprender esta plaza; pero la guarnicion se hallaba prevenida, y nuestras tropas fueron recibidas á cañonazos, por lo que se vieron obligadas á formar el simple bloqueo del fuerte aguardando la llegada de las fuerzas y artillería necesarias para emprender su sitio en regla. El resto del primer cuerpo, el segundo y las primeras brigadas del cuerpo de reserva, continuaron adelantando su marcha por la carretera de Madrid. El 11 por la mañana habia entrado el generalísimo en Tolosa, y el dia siguiente 12, el general Molitor con un cuerpo de tropas á sus órdenes, se dirigió á Pamplona. En el mismo dia 12 instaló el príncipe una junta provisional de gobierno de España é Indias, instituida algunos dias antes en Bayona, y compuesta de tres miembros, que no habian pertenecido á la disuelta regencia de Argel, á saber: el general Eguia, D. Antonio Gomez Calderon y D. J. B. de Erro. El dia 13 el generalísimo se puso otra vez en marcha y pasó sucesivamente por Villafranca, Villareal, Vergara, Mondragon y Salinas, y el 17 llegó á Vitoria.

Acababa de atravesar nuestro ejército sin disparar un fusil y sin divisar un solo enemigo, una de las comarcas mas difíciles de Europa. El camino en un trayecto de treinta leguas sigue por una serie de rápidas pendientes, ó forma rodeos por entre gargantas y desfiladeros, en que los ejércitos imperiales nunca pudieron procurarse completa seguridad en la guerra de 1808 á 1813; pasos formidables que entonces solo pudieron salvar las columnas bastante fuertes para desconcertar las emboscadas, dispuestas á cada paso por las infatigables guerrillas, que tan pronto batidas como vueltas á formar, nos hicieron pagar con sangrientos sacrificios cada una de sus inútiles derrotas. El número de franceses que murieron en este camino, especialmente en el largo desfiladero de Salinas durante los cinco años de la guerra de la independencia, no tiene ponderacion. En varios puntos basta una corta fuerza decidida y bien dirigida para detener por muchos dias á fuerzas considerables. Si la entrada del duque de Angulema en España hubiese sufrido el menor retardo, sin duda hubiera hallado defendidos estos pasos, y tal vez se hubiera comprometido el éxito de la campaña. El general Ballesteros avanzaba en esta direccion, é iba á penetrar en el desfiladero de Salinas un destacamento de su estrema vanguardia. Pero este destacamento, sin esperar á nuestros soldados, se replegó apresuradamente hácia el cuerpo principal del ejército de Ballesteros que se hallaba aun mas allá de Vitoria, y el mismo Ballesteros, cuyas fuerzas ascendian al número de diez y ocho á veinte mil hombres, se dirigió al Ebro y corriendo la márgen derecha de este rio fuese hácia Zaragoza, abandonando así á los generales Morillo y La Abisbal el defender los dos caminos que conducen desde el Ebro superior á la capital de España: la primera y mas directa por Aranda de Duero y Buytrago, y la segunda por Valladolid y Segovia.

El duque de Angulema permaneció unas tres semanas en Vitoria. Faltándole la segunda division que acababa de enviar hácia Pamplona, quiso aguardar que llegase todo el cuerpo de reserva, y el regreso de varios agentes que llevaban el doble encargo de adquirir informes seguros acerca de la exacta posicion de las tropas constitucionales, y de tantear la fidelidad de sus jefes. La Abisbal, que se habia quedado en Madrid con una autoridad casi dictatorial, fue el primero á quien se habló con el espresado objeto. Hiciéronle presente la inutilidad de la lucha; que por otra parte la causa de las córtes no era la del pueblo español, cuya inmensa mayoría reprobaba el acta de 1812; que él mismo adquiriria grandes títulos á la eterna gratitud de su patria adoptiva, si, dócil á la voz del pueblo y de la humanidad, daba el ejemplo de una sumision, único medio que podia librar a España de la doble plaga de la guerra civil y de la guerra estranjera.

Cualquiera que fuese el pretesto y el nombre que eligiese para colorar la defeccion que a La Abisbal se pedia, siempre resultaba que era un acto de traicion. Pero este general, que ya fue traidor a sus cómplices cuando la primera conjuracion organizada en la isla de Leon en julio de 1819; que luego en el mes de marzo siguiente fue tambien traidor al mismo Fernando VII, poco debia pararse ante otra traicion; así es que no presentó otras dificultades que las que tocaban á la recompensa. Colmado como estaba La Abisbal de títulos, honores y condecoraciones, no era fácil que se elevase mas de lo que estaba; así fué que, en nombre del generalísimo y en el de Fernando VII, le hicieron promesa de conservarle todos sus grados, títulos y sueldos. Esta promesa pareció poco formal al conde; pues ¿con que garantía podia contar para su

cumplimiento? Terminada la guerra, el duque de Angulema se volvia á Francia, y por toda seguridad quedaríale á La Abisbal una simple promesa, hecha en nombre de Fernando, hombre de índole baja y cruel; monarca sin fé, en cuyo favor nadie podia comprometerse sin tener antes asegurados los medios de vivir fuera del alcance de su peligroso perdon.

Poco despues de abierta la campaña, uno de los hombres mas activos del partido religioso, un sacerdote unido en relaciones hacia mucho tiempo con madama du Cayla, cuyos consejos escuchaba á menudo esta señora, el abate Liautard, decimos, escribia á Mr. Sosthenes de la Rochefoucauld, edecan del conde de Artois, cuyas íntimas relaciones con la favorita hacian que fuese el intermediario habitual entre Luis XVIII y su hermano, y se espresaba así: «En cada regimiento tened un erario; prodigad el oro, sin ahorrar la pólvora; pero sobre todo comprad! comprad!» Siguióse el consejo y el oro fué el mas poderoso ausiliar de los franceses en esta guerra, poniendo de nuestra parte á la poblacion campesina y á los jefes del ejército; pues aquella nos daba en cambio sus frutos y sus ganados y estos últimos su honor. Obtuvo La Abisbal para sí y para los generales que tenia á sus órdenes el precio que habia pedido. Terminado este arreglo pronto empezó este general á lamentarse vivamente de la escasez de tropas que tenia bajo su mando, á censurar agriamente todos los actos de las cortes, como tambien el viaje del rey, y proclamar la imposibilidad de resistir. Lo estraño de este lenguaje, la inaccion en que este general dejaba á sus tropas, la falta de todo preparativo para la defensa en varios caminos que van del Ebro á Madrid, sus frecuentes entrevistas con el conde del Montijo, con el poeta y orador Martinez de la Rosa y algunas otras celebridades del partido de los pasteleros, fueron otros tantos hechos que despertaron sospechas y empezaron á irritar vivamente á la parte enérgica del pueblo madrileño, cuando los periódicos correspondientes al 16 de marzo dieron publicidad á dos cartas que dieron una viva luz sobre los proyectos del general. Una de ellas dirigíala el conde del Montijo á La Abisbal, exhortándole á que librase á la patria de una constitucion impracticable, de un gobierno perverso y de unos ministros aborrecidos; y dábale por anticipado los nombres de libertador de la patria y de la Europa, y le rogaba encarecidamente que pusiese término á la anarquía, á la guerra civil y á la invasion estranjera. La otra carta era la contestacion que dió La Abisbal. Este general que pocos dias antes era un asiduo cortesano de todos los ministros y principales miembros de las cortes, ahora ya no se contentaba con repetir, como dijo el conde de Montijo, que las riendas del gobierno se hallaban en manos ineptas, que eran causa de la desgracia de España por su tenacidad en mantener y defender una constitucion reprobada por la inmensa mayoría de los españoles; sino que proponia como remedios el regreso de Fernando VII a Madrid, la destitucion de los ministros, la disolucion de la representacion nacional, y la convocacion de unas nuevas cortes, con poderes para apropiar las instituciones políticas á las necesidades de España y conformes con el deseo de la Europa; y por último una general amnistía en que se echase en olvido todo lo pasado. Además, decia La Abisbal, que trasmitia copias de su carta á los generales Ballesteros, Morillo y Mina, para que obrando todos de acuerdo, pudiesen llevar á cabo la felicidad de España.

La publicacion de esta carta produjo un resultado contrario al que se habian propuesto sus autores, hombres de corazon falso y de carácter débil, políticos sin patriotismo, que con la ilusion de una alianza entre el principio del poder absoluto y el de libertad, dirigíanse únicamente tras la conservacion de sus honores y fortuna, del sostenimiento de su influjo, y buscaban el medio de imponer sus personas á uno y otro partido como las de unos ministros moderadores. Desechado este plan por los absolutistas como un proyecto revolucionario, supuesto que en él se trataba de cortes, de instituciones políticas y de amnistía, indignó tambien á los constitucionales, quienes veian la desastrosa influencia que debia fatalmente tener en la defensa de la nacion, esa antorcha de discordia y de disolucion, esta especie de grito de «sálvese quien pueda,» arrojado en medio del pueblo y del ejército al principio de la lucha por uno de los generales de mas nombre. Los rumores del público fueron tan alarmantes, que asustado La Abisbal, publicó el dia siguiente 17 otra carta en que desmintiendo su anterior lenguaje, calumniosamente interpretado por hombres malévolos, segun decia, protestaba de su adhesion á la constitucion de 1812, y llamaba traidor á la patria á cualquiera que se negase á obedecer. Tan brusco retroceso, lejos de desvanecer las sospechas no hizo mas que aumentarlas. Reuniéronse los jefes de la guarnicion, y unidos en cuerpo se presentaron al general pidiéndole esplicaciones, y resueltos, en caso de que estas no fuesen satisfactorias, á intimarle que dejase el mando. A las primeras palabras, contestó el general poniendo en noticia de los oficiales que acababa entonces de resignar sus poderes en manos del conde Castel dos Rios, y de pedir pasaporte para Sevilla donde daria cuenta de sus actos al gobierno y sabria justificarse. Recibe La Abisbal en efecto el pasaporte; pero en vez de tomar el camino de Andalucía, salió de Madrid por la puerta de Francia, y disfrazado, se apresura á buscar un refugio en medio de las filas del ejército francés. Apenas llegó La Abisbal á alcanzar nuestra vanguardia, que su lugarteniente Castel dos Rios completando la ejecucion de las medidas adoptadas para hacernos la entrega de la capital de España, se llevó los numerosos regimientos que formaban el ejército del centro, no al encuentro de nuestras tropas para disputarles el camino de Madrid, sino á Estremadura en la direccion de Portugal. El general Zayas con un simple destacamento de mil á mil quinientos hombres se quedó en Madrid, sin duda para abrirnos las puertas.

La Abisbal, despues que alcanzó al duque de Angulema, no pudo resolverse á volver atrás, y así siguió su ruta hácia los Pirineos. Odiado este general por los absolutistas como partidario del gobierno de las cortes, y execrado por los liberales como traidor á la nacion, le fué preciso mil precauciones para librarse de la cólera y de la venganza de uno y otro partido. Hallábase ya cerca de la frontera en la provincia de Guipúzcoa, y tocaba ya al término de su viaje, cuando fué reconocido por maestro de postas de Vergara. No obstante de ir protegido por un salvo-conducto francés, se apoderaron de su persona las autoridades realistas, y despues de haberle injuriado y maltratado, decidieron apedrearle. Estaban ya amontonadas las piedras y llevaban el paciente al lugar del suplicio, cuando advertido de su prision un destacamento de nuestras tropas por el conductor del correo francés, en que La Abisbal habia tomado asiento bajo un nombre supuesto, acudió apresuradamente á Villareal, y pudiéndolo arrancar del furor de los absolutistas, se lo llevó y le proporcionó los medios de llegar sano y salvo á la frontera de Francia.

Entretanto el duque de Angulema avanzaba hácia Madrid, al frente de los guardias de corps, de la division de coraceros, de los dragones y de la division de infantería de la guardia real. Siguió la via recta que pasa por Búrgos, Lerma, Aranda de Duero, Somosierra, Buytrago y Alcovendas. Apoyaba su marcha por la derecha el mariscal Oudinot, conduciendo la brigada de Valin y las dos divisiones de Autichamp y de Castex. Por la izquierda apoyábala la division de Obert. Este último y el mariscal se dirigian á la capital del reino, el mariscal por Valladolid y Segovia, y el general Obert por Logroño, Calatayud, Alhama, Algora, Guadalajara y Alcalá. En su movimiento concéntrico estas tres colunas atravesaron sin hallar la menor resistencia, primero las gargantas que conducen desde los valles del Ebro á las provincias de Soria y de Búrgos, luego las altas cordilleras que separan las dos Castillas, cuya estensa cordillera atravesaron las tres colunas por los puntos de Somosierra, sierra de Guardarrama y sierra Ministra. En la guerra de la independencia el paso de estos mismos puntos costó á los franceses encarnizados combates y batallas las mas sangrientas. Pero ahora en vez de aquellos ejércitos enardecidos y fanáticos que defendian con un valor el mas obstinado numerosas trincheras armadas con formidables baterías; tan solamente se encontraban algunos pastores en pié en las cumbres de los peñascos, y algunos labriegos inmóviles á la margen del camino, contemplando sin cuidado como desfilaban nuestras colunas, y estos eran los únicos españoles que se presentaban á la vista de nuestros soldados, por ambos lados de los largos y escabrosos desfiladeros de Pancorvo, ó en las escarpadas cimas de Somosierra y de Guadarrama, cuya posesion nos costó antes rios de sangre. Cuando La Abisbal pasó por nuestro ejército dió la noticia de que se nos estaba esperando, y en efecto, el general Zayas mandaba correos sobre correos al príncipe suplicándole que apresurase la marcha de nuestras tropas. Fueron aun mas vivas sus instancias á consecuencia de una refriega causada por el ataque de una partida de facciosos mandada por el realista Besieres, hombre de sorpresas y de golpes de mano, especie de *condottiere* que hacia la guerra por cuenta propia, y que informado de la poca fuerza de que Zayas podia disponer, creyó que tenia él bastante para sorprender la capital y apoderarse de un inmenso botin. Así pues el 20 de mayo presentóse Besieres delante de la puerta de Alcalá al frente de unos mil quinientos hombres entre caballería é infantería, y penetró osadamente en las calles de Madrid, y gritando: «¡Viva la religion! viva el rey absoluto! muera la constitucion!» sin detenerse hasta que le impidió pasar adelante una compañía que corrió á su encuentro. Empeñóse un tiroteo, llegaron luego tambien á la puerta de Alcalá Zayas con el resto de la guarnicion, con dos piezas de artillería que inmediatamente pusieron en batería. El primer metrallazo hace retroceder á los realistas y al segundo pone en fuga á Besieres que dejó en el campo de la refriega unos setenta ú ochenta muertos, y mucho mayor número de heridos.

Salió al punto un escuadron en persecucion de los fugitivos, quienes se dispersan en todas direcciones, despues de dejar en poder de los constitucionales unos doscientos cincuenta prisioneros. El dia 23 por la mañana, el general Foissac-Latour entró por fin en Madrid con algunos batallones, los cuales inmediatamente relevaron á los constitucionales de todos los puestos. Hecho este relevo con el mayor órden, reunió el general Zayas su pequeña fuerza, y salió silenciosamente de Madrid con direccion á Talavera de la Reina. Hasta una hora despues de la retirada de este general y al ver las centinelas francesas, no conoció el pueblo de Madrid el cambio que acababa de verificarse. Difúndese la noticia rápidamente por toda la villa; salen los habitantes apresuradamente de sus casas y recorren las calles formando numerosos grupos, ya prorumpiendo en horrible clamoreo, ya en un silencio todavía mas siniestro. Todas las casas presentan un aspecto solitario; unas herméticamente cerradas desde el piso bajo hasta el tejado, parecen abandonadas desde mucho tiempo, ó dispuestas á oponer resistencia á toda tentativa de saqueo; otras enteramente desiertas, pero sin muebles, y de las cuales los mismos dueños habian arrancado hasta las ventanas, parecian haber sufrido una reciente devastacion. Pronto la multitud se reune en las plazas principales; arranca las lápidas de la constitucion; dirígese en seguida al palacio de las cortes, derriba las puertas, rompe los bancos, las estatuas y los bustos; rasga y arroja por las ventanas todos los registros y cuantos papeles le vienen á mano. Amontonados estos despojos en las calles vecinas, sirven para encender fuegos en demostracion de júbilo, en los que arrojaron los retratos de las personas mas notables del partido liberal. En la plaza mayor fué hecho pedazos públicamente por mano del verdugo un busto de Riego, que poco antes habian llevado en procesion por toda la ciudad entre los vivas de la multitud, que ahora gritaba desaforada: «¡Viva la religion! viva el rey absoluto! viva la santa inquisicion!» Estos gritos proferidos por aquellos mismos que poco antes habian vociferado: «¡Viva Riego! viva la constitucion! mueran los serviles!» fueron el preludio de los mas viles escesos. Los mismos hombres que en los clubs presentaban ó defendian las proposiciones mas violentas contra los adversarios de la constitucion, arrojábanse á las tiendas, almacenes y casas de los constitucionales, rompian las puertas y las ventanas y las pasaban á saco. «No robaban para sí, escribia á los periódicos realistas de París un corresponsal, pues vióse á muchos llevar á nuestro general el dinero robado para que lo distribuyesen en limosnas; pero se hallaban tan exasperados contra sus opresores, que querian pegar fuego á todas las casas de los liberales.» Afortunadamente para estos, nuestras tropas, aunque en corto número, sin vacilar acudieron á todos los puntos donde se manifestaba el desórden para oponerse á los saqueadores. No fueron inútiles los esfuerzos del general francés y de su corta fuerza, pues por la tarde habia ya logrado restablecer una semi-seguridad, que fué completa el dia siguiente 24, con la llegada de las divisiones del duque de Angulema y del mariscal Oudinot.

El príncipe, á la cabeza del cuerpo de reserva, entró en Madrid por la puerta de Recoletos, al mismo tiempo que el mariscal viniendo de Valladolid atravesaba con su coluna el puente de Segovia. Desde el amanecer toda la poblacion madrileña invadió las calles por donde debia pasar el generalísimo; los frentes de las casas estaban todos adornados con colgaduras, guirnaldas, banderas y divisas en alabanza del príncipe; el tañido de las campanas, el son de los clarines, el concierto de las músicas militares, confundíanse con los gritos de alegría y de entusiasmo que arrancaban á la muchedumbre las emociones del momento y la presencia marcial, el continente altivo y tranquilo de nuestros magníficos regimientos de la guardia. Numerosos grupos de danzantes iban delante del generalísimo bailando y haciendo pasos al son de las castañuelas y del tamboril y derramando flores en la carrera; y al mismo tiempo en todos los balcones y ventanas hormigueaban las mujeres con trajes los mas variados, agitando banderas blancas con las armas de Francia y España enlazadas. No poca parte tenian nuestras tropas en estas demostraciones de entusiasmo político; en términos que muchas mujeres del pueblo, arrebatadas por su propia agitacion y por el bullicio, arrojábanse delante de los caballos, y con peligro de quedar aplastadas, cogian á los ginetes enardeciéndolos con aclamaciones y gritos de alegría, interpolados con mueras á los liberales.

Con iguales demostraciones fueron acogidos los aliados á su entrada en París en 1814. Pero por una oposicion que nota el diferente desarrollo moral en ambas naciones, en Francia vióse agasajar al estranjero y saludarle con el nombre de libertador á las clases altas y ricas. En cuanto al pueblo, siempre vió, hasta despues de la derrota, al enemigo en los rusos y prusianos. En España sucedia lo contrario: las clases superior y media nos rechazaban; mientras que el pueblo sumido en la ignorancia mas profunda, encorbado bajo el yugo secular del clero y de los frailes, se nos unia, aun cuando éramos su invasores, para vengar las ofensas hechas á la monarquía absoluta y al clero, y devolverle la omnipotencia y las riquezas de que tendia á despojarles el régimen constitucional.

El amor de la libertad política y el patriotismo, tomados en su sentido mas elevado, son frutos que no nacen espontáneamente en medio de las naciones; sino que necesitan para crecer y madurar de cierto grado de luces y actividad intelectual, que solo con el tiempo y una larga disposicion pueden conseguirse. En otros términos: para defender la libertad es necesario conocerla y comprenderla. Luego, como las semillas que la revolucion de Francia esparció en gran parte de Europa aun no habian fructificado en el primer cuarto de este siglo sino en las clases ilustradas, eran las únicas que, así en España como en Italia, y hasta en ciertas provincias meridionales de Francia, eran las únicas, pues, que en aquella época sufrian la influencia de las nuevas ideas, y solo ellas seguian constantes en el deseo de introducir en la organizacion política de un pais las reformas y mudanzas inauguradas en Francia por el gran movimiento de 1789. «Viva la religion! muera la nacion!» gritaba el populacho español conducido por los frailes. Para este populacho toda la política se reducia á dos símbolos: la religion y la monarquía; para él las palabras nacion y patria, nuevamente introducidas en el lenguaje político usual desde el restablecimiento de las cortes, eran sinónimas de constitucion y de revolucion (1). La mayor parte de las familias de alguna consideracion por su ilustracion ó fortuna abandonaron á Madrid á la aproximacion de nuestras tropas. Muchos batallones de la milicia nacional, á cuyas filas pertenecian casi todos los jóvenes de la clase media, se hallaban en Sevilla. Quedaba pues la poblacion femenina; y era de creer que, intimidadas las mujeres por el rumor de las armas y el aparato de nuestras fuerzas, se apresuraran á recibirnos si no con franca cordialidad, á lo menos con un sentimiento de tímida sumision. Pero no hubo nada de esto; sino que teniendo la misma adhesion que sus padres, hermanos ó maridos á la causa liberal, sentian profundamente la injuria de nuestra intervencion, y desde luego confesaban sin rebozo la indignacion que esta les causaba. Uno de los principales oficiales del estado mayor general fué alojado en casa de un rico hacendado, quien le señaló una estancia y fue rehusada. Empeñóse sobre esto una disputa, y la hija mayor del español, que era una jóven de diez y ocho años, dotada de grande hermosura, se presentó delante de los interlocutores. Nuestro compatriota le hizo algunos cumplidos, diciendo que todos los oficiales jóvenes del ejército se tendrian por dichosos en aspirar á su agrado y á su mano: «Fuera una molestia inútil, respondió la muchacha, los franceses son nuestros enemigos y opresores, y antes quisiera morir soltera que dar la mano á un servil.» Otro oficial estaba alojado en casa de un comerciante, al sentarse á la mesa presentóse la señora de la casa con una servilleta en el brazo y se colocó detrás del huésped. Este al punto se levanta manifestando su sorpresa; pero la española le dice con el tono del orgullo ofendido: «Caballero, desde que entraron los franceses debemos considerarnos como esclavos, y yo empiezo hoy mi servicio.»

Pero no era tan solo la vergüenza resultante de una invasion intentada sin motivo legítimo, lo que imponia á la España el partido clerical, sino que con nuestra intervencion iban á caer encima de la clase media de este desventurado pais todas las plagas que lleva consigo el desbordamiento del populacho fanático y embrutecido, y las venganzas de un partido cruel que fermentaron, mucho tiempo comprimidas. Los desórdenes que se cometieron el dia 23 fueron solo una sombra de los actos atroces que sucesivamente ensangrentaron á Búrgos, Zaragoza y otros muchos pueblos de menor importancia, ya al aproximarse á ellos nuestras tropas, ya á la salida de las mismas. Tales escesos provocados por nuestros ausiliares españoles, que siempre tomaban en ellos una parte muy activa, obligaron al duque de Angulema á publicar en Madrid las proclamas que habia dirigido ya al pueblo español antes de pasar el Bidasoa, en las que declaraba: «Que su entrada en España tenia por único objeto restablecer en ella la justicia, la paz y el órden, y que ofrecia todo respeto á las propiedades, completa seguridad á las personas, y proteccion á los hombres pacíficos.» Pero al mismo tiempo que tomaba de nuevo estos empeños, daba á la regencia, instalada primero en Tolosa, y cuyos miembros habian seguido constantemente el cuartel general, una nueva institucion todavia con mayor solemnidad. Por su órden, los

(1) Esta misma significacion les daba Fernando VII en 1814, cuando en el decreto espedido para abrogar la constitucion, hacia un crimen á las cortes el haber dado el nombre de *nacionales* al ejército y á numerosas instituciones que hasta entonces se envanecian de llevar el título de reales

antiguos miembros de los dos consejos de Castilla y de las Indias se reunieron, reconocieron este nuevo poder y añadieron á los regentes nombrados por el príncipe, otros tres miembros, á saber: el obispo de Osma y los duques de Montemar y del Infantado, y á este último con título de presidente. Despues de haberse completado así la regencia, el príncipe generalísimo la invistió con todos los derechos y autoridad del gobierno; le permitió nombrar á los ministros y apoderarse de la administracion pública; á recibir embajadores y enviar plenipotenciarios a las cortes estranjeras. Al conceder á la regencia las atribuciones de la autoridad soberana la mas estensa, creyó principalmente crear en torno de si una fuerza capaz de dominar al partido absolutista y de reprimir las pasiones; pero mientras que él mismo, fiel á sus promesas, felicitaba á nuestras tropas para su perfecta disciplina, por su actividad en proteger á los constitucionales y en reprimir los desórdenes, obedeciendo la regencia á la ley de su origen y al impulso del partido que en ella se hallaba representado, seguia una senda diametralmente opuesta. Su primer acto fué declarar traidores y rebeldes y abandonarlos á todo el rigor de las leyes militares, á los soldados y milicianos que habian rechazado á Besieres y su partida en la noche del 20 de mayo; llamó en seguida al ministerio á los mismos hombres que eran ministros de Fernando VII cuando estalló la revolucion de 1820; y por ese estilo espidió una serie de decretos, los cuales iremos analizando.

Todas las autoridades y empleados que existian al suceder la revolucion, y que habian sido destituidos al establecerse el régimen constitucional, fueron repuestos en sus destinos; reconociéronse a los refugiados realistas todas las funciones y grados que desde el principio de la guerra civil cada cual arbitrariamente se habia atribuido: todos los actos del gobierno constitucional, sus leyes, las deudas que habian contraido, así en el reino como en el estranjero; los empréstitos que hacia tres años habia abierto en las principales plazas de Europa, y entre ellas la de Paris y Londres, fueron anuladas: declaróse que eran indignos de obtener ningun destino bajo el gobierno monárquico, primeramente todos los milicianos, luego toda persona que hubiese aceptado un empleo cualquiera ó aumento de grado durante el regimen constitucional: diéronse por nulas las ventas de los bienes nacionales; los frailes y el clero fueron restablecidos en el estado en que se hallaban antes de la revolucion con sus diezmos, haciendas y privilegios. Finalmente, puso la regencia bajo la vigilancia mas severa de la policía á toda persona que se hubiese hecho sospechosa por su conducta ó por sus opiniones, bajo el sistema, ó cuyos principios fuesen poco conformes á la fidelidad debida á la religion y al rey.

Estas medidas, destinadas á poner el reino bajo el imperio de una administracion monárquica prudente, junta y vigorosa, edecia la regencia, no solo ponian á España en completa bancarrota, sino que desordenaban todo el servicio público, introducian en todas las clases y lugares la delacion, las venganzas y la mas estremada confusion. Con dificultad podia reprenderlo el duque de Angulema, supuesto que tales disposiciones eran la rigurosa aplicacion de las doctrinas políticas consagradas con nuestra intervencion. ¿Acaso la entrada de nuestras tropas en España no tenia por objeto librar la España de la dominacion de un partido que tenia cautivo á Fernando VII y oprimido á su reino? Esto supuesto, era urgente borrar hasta el menor vestigio de ese regimen constitucional cuyo establecimiento indignaba á todas las grandes monarquías de Europa. Era muy político, bajo el mismo supuesto, y muy justo castigar ó poner en la imposibilidad de hacer daño á esos liberales, cuyas detestables máximas y principios revolucionarios ponian á la Francia en el caso de tener que intervenir con un ejército de cien mil bayonetas. Entonces empezaban para el duque de Angulema los embarazos propios de esta guerra. Las tropas que mandaba, en parte alguna habian hallado todavía una resistencia seria de parte de los que apoyaban con las armas la constitucion que iba á destruir, antes al contrario en todas partes la oposicion de nuestros generales á los escesos de los absolutistas amenazaba volver contra nuestros regimientos á los partidarios de la causa realista que íbamos á restablecer. Mas aun: con respecto á los constitucionales, nuestro generalísimo solo tenia que pagar la indigna complicidad de algunos jefes militares; al paso que con respecto á los realistas debia pagarlo todo, así la administracion civil como á las partidas armadas, lo mismo á los regentes que á los ministros. Los subsidios que proporcionaba la caja de nuestro ejército á los cofres vacíos de la regencia fueron durante muchos meses el único recurso pecuniario del gobierno instituido en nombre de Fernando VII (1)

El dia 1.° de junio, seis despues de la entrada del príncipe en Madrid, salieron de la capital dos columas de tropa para perseguir á las fuerzas cuyo mando tuvo antes La Abisbal y que cubrian los dos caminos que conducen de Madrid á Sevilla por la Mancha y por Estremadura. La primera coluna, compuesta de siete mil hombres, al mando del general Bordesoulle debia marchar á Andalucía por el camino recto que pasa sucesivamente por Aranjuez, Ocaña, Madridejos, La Carolina, Bailen, Andujar y Córdoba. La segunda, que constaba de ocho mil hombres, mandados por el general Bourmont, dirigíase por Talavera de la Reina y Trujillo al centro de Estremadura, con el objeto de dispersar las tropas constitucionales que hubiese en esa provincia, y luego despues debia ir á reunirse en Sevilla con la coluna del general Bourdesoulle.

Mientras que estos dos cuerpos se dirigian paralelamente hácia la rica y populosa ciudad, donde las cortes habian trasladado el asiento del gobierno, los condes Bourke y Molitor, relevados del bloqueo de San Sebastian y de Pamplona por las tropas del cuerpo del príncipe Hohenlohe, marchaban, en dos distintas direcciones, el primero contra Morillo, y el segundo contra Ballesteros. Por rápida que fuese la persecucion de los dos generales franceses, mas velozmente se alejaban de ellos sus contrarios. En parte alguna tuvieron nuestras tropas un encuentro serio, y sí solo algunas insignificantes escaramuzas con nuestra vanguardia, que fueron todo el resultado de la fatiga que causaba la persecucion del enemigo. Despues de haber obtenido sucesivamente la sumision de Bilbao, Santander y algunos otros pequeños puertos de la costa, se dirigió el conde Bourke por Burgos á las provincias de Leon, Asturias y Galicia. El 25 de mayo entró sin disparar un fusil en Carrion, el 30 en Sahagun, el 31 en la ciudad de Leon, el 2 de junio ocupó á Astorga, y el 9 tomó posesion de Oviedo.

La marcha del general Molitor no era tampoco menos fácil ni menos rápida: salido el 16 de abril de la línea de Pamplona para ir á ocupar á Zaragoza y entrar en seguida á Cataluña, á fin de poner á las fuerzas españolas encargadas de la defensa de esta provincia, entre su cuerpo de tropa y la coluna del mariscal Moncey, el 21 se hallaba ya en Tudela, y el 26 entraba en medio del sonido de las campanas y de las aclamaciones del pueblo en la capital de Aragon, la misma cuya posesion catorce años antes nos costó un sitio de muchos meses, el concurso de dos poderosos ejércitos y pérdidas innumerables. Dejó en Zaragoza algunos batallones: pasó otra vez á la márgen izquierda del Ebro y marchó hácia la frontera de Cataluña. El 4 de mayo llegó al rio Cinca: el 11 ocupó varios pasos del Segre, y por Balaguer y Agramunt se puso en comunicacion con las divisiones del cuerpo 4.° Hallándose en este punto, recibió la órden de bajar otra vez hácia el Ebro, volver á la ribera derecha, y ponerse á perseguir á Ballesteros, cuyas tropas se habian concentrado hácia Valencia. Obedeció el general Molitor, pasó el Ebro por Mequinenza y se dirigió al enemigo por los ásperos y enriscados montes que separan los reinos de Aragon y Valencia. Durante esta marcha, nuestras tropas no tuvieron que vencer mas obstáculo que el cansancio, pues el 8 de junio tras una penosa marcha de tres semanas por entre comarcas pobres y despobladas, llegaron por fin á Teruel. El dia 11 hallábase el general en Segorbe, el 12 en Murviedro, y el 13 en Valencia, la cual abandonó antes Ballesteros, retirándose hácia Murcia. El mismo dia en que el general Molitor hacia su entrada en Valencia, Fernando VII y las cortes salian de Sevilla para ir á buscar un refugio en la isla de Leon, puesto que se aproximaban á la ciudad las colunas de Bourdesoulle y Bourmont.

El objeto principal que llevaban en su marcha estos dos generales, era sorprender á las cortes en Sevilla y dar la libertad al rey. Este último entró en la capital de Andalucía el 10 de abril, y la lentitud con que fueron llegando los diputados, no les permitió reunirse en bastante número para deliberar, hasta el dia 23, en cuyo dia precisamente recibió el ministerio la noticia del paso del Bidasoa por nuestras tropas. Hasta entonces el gobierno español habia procurado evitar toda declaracion que, ni aun indirectamente, tendiese á provocar la guerra entre ambas naciones. La iniciativa de las hostilidades se hallaba entera de parte de la Francia; así los ministros de Fernando respondieron á esta agresion con un decreto llamando á los españoles á las armas e intimando á todas las autoridades que «combatiesen la invasion así por tierra como por mar, con todos los medios de que pudiesen echar mano segun á ello autorizaba el derecho de gentes.» El dia siguiente, 24, presentó á las cortes en un estenso informe las numerosas comunicaciones habidas entre España, Francia e Inglaterra para prevenir la invasion. Segun este in-

1. En una de las notas precedentes ya dijimos que los sueldos y mantenimiento de los cuerpos realistas ausiliares ascendia á la cantidad de 22 millones. Los adelantos hechos á la regencia de Madrid y á Fernando llegaron á la suma de 11 877, 781 francos.— Preámbulo del empréstito de 1824.

forme, los sacrificios que se exigian del gobierno constitucional, como condicion para la retirada del ejercito de observacion, eran conformes con las condiciones espuestas en los documentos que hemos reproducido. La declaracion debia ser declarada una concesion del rey; un consejo de estado, organizado por Fernando, deberia participar del poder legislativo; la constitucion habria de ser revisada y los diputados deberian poseer una propiedad inmueble de un valor determinado. Este ministro despues de haberse lamentado de la vaguedad de los pliegos y de la doblez del ministro francés Mr. de Chateaubriand, añadió: «Segun mis anteriores informes la asamblea se halla enterada de estas proposiciones; pero como la malevolencia de algunos quisiera dar á entender que la Francia nos ha presentado nuevas condiciones, y que la nueva obstinacion del ministerio en rechazarlas es la principal causa de la invasion que luego tendremos que combatir, debo declarar que las últimas proposiciones remitidas al gobierno son absolutamente iguales á los hechos cuya inadmision fue aprobada por las cortes.» En la sesion inmediata, este informe fué objeto de un nuevo voto de aprobacion, y sirvio de base á un manifiesto destinado á justificarse con la Europa acerca de la resistencia de España á la invasion de las tropas francesas. La redaccion y publicacion de este documento fueron los últimos actos ministeriales del coronel San Miguel; pues empeñada la guerra dimitió su cartera por ir a Cataluña á su humilde grado en el ejército y defender como soldado la causa que con tanta energía sostuvo con o ministro.

Los últimos dias de abril y todo el mes de mayo lo emplearon las cortes en organizar la defensa nacional. Todo español quedó autorizado para formar guerrillas, ó cuerpos francos, en las provincias invadidas, los estranjeros fueron admitidos á formar parte de un cuerpo especial denominado legion liberal estranjera; decretóse un empréstito forzoso de doscientos millones de reales, al cual debian contribuir todos los habitantes, inclusos los estranjeros domiciliados, proporcionalmente á los alquileres, cuya cantidad se reembolsaria con el producto de la venta de los bienes del clero, que dejó á la libre disposicion del gobierno una bula del papa del año 1822. Añadiase la órden de llevar á las fábricas de moneda para acuñarse, toda la plata perteneciente á los establecimientos públicos, inclusa la de los templos que no fuese indispensable para el culto. Por último declaráronse secuestrados los bienes de todo español que siguiese la bandera del ejercito francés, ó formase partidas de facciosos, sin perjuicio de las demás diligencias y penas establecidas por las leyes. La discusion y adopcion de estas medidas ocuparon á las cortes hasta el dia 9 de junio; el 10 el gobierno tuvo noticia de que el general Bordesoulle, burlando todos los cálculos de los representantes españoles acerca de la marcha y proyecto de nuestras tropas, acababa de pasar Sierramorena que ocupaba la Carolina y amenazaba á Cordoba donde no habia fuerza alguna militar para detenerle. Una vez dueño de esta ciudad y de su puente en el Guadalquivir, podia el general francés pasar á la márgen derecha del rio, y dirigirse por Ecija, en el camino de Sevilla, á la isla de Leon. Al anunciar los ministros estas nuevas á Fernando VII le hicieron vislumbrar la necesidad de trasladar el sitio del gobierno y las cortes á Cádiz antes que el camino fuese interceptado. El rey replicó; pero luego poniendose sobre sí, añadió que le era indiferente partir; pero que antes de tomar una determinacion deseaba consultar el parecer del consejo de estado. Este fué del mismo dictamen que los ministros; por lo que alegando entonces Fernando el mal estado de la salud de la reina declaró que no saldria de Sevilla.

El dia siguiente 11, se difundió por la ciudad juntamente el rumor de que las tropas francesas habian entrado en Andalucia y la noticia de que el rey se resistia á una nueva traslacion: cuyas noticias disputaban acaloradamente numerosos grupos de paisanos, soldados y milicianos que se reunieron en las principales plazas. Los habitantes aprobaban la resistencia de Fernando VII: los milicianos madrileños hablaban nada menos que de obligarle á salir á la fuerza. Los diputados llegaron muy conmovidos á la sala de sesiones. Hicieron á los ministros dos preguntas; primera ¿cuál era la situacion exacta de los negocios? y luego: ¿cuáles eran las medidas que habia tomado el gobierno para la seguridad del rey y de la asamblea? A la primera pregunta, contestó el ministro de la guerra que el gobierno carecia de informes exactos. «En parte alguna, dijo, es posible á nuestros generales proporcionarse agentes fieles y relaciones precisas, al paso que en todas, hasta en el mas infimo villorrio, los generales franceses hallan facciosos dispuestos á servirles de guia y de espías.» Lo único que el gobierno español habia podido saber de cierto era que el número de tropas francesas que habian entrado en España ascendia á unos noventa mil hombres, de los cuales treinta mil habian llegado a Madrid, y seis mil ó siete mil acababan de traspasar Sierramorena y de ocupar á la Carolina. La contestacion del ministro de gracia y justicia, el Sr. de Calatrava, á la segunda pregunta hecha al gobierno por los diputados, fué en sustancia, que desde que los ministros supieron la rápida marcha de los franceses en la Andalucía, «con el desprecio de todas las reglas del arte de la guerra,» se habian apresurado á convocar una junta de generales, quienes, preguntados acerca de la posibilidad de la resistencia, y sobre el punto de refugio que era mas conveniente, habian declarado unánimes que no habia ningun medio de impedir la invasion de Andalucía; y que la única plaza en que el gobierno podia hallarse seguro era Cádiz. Añadió despues que, informado el rey Fernando del resultado de esta deliberacion, habia declarado que no se someteria á ella. Entonces los Sres. Galiano y D. Agustin Argüelles propusieron á la asamblea que al punto se enviase al rey una diputacion para que insistiese cerca de su persona sobre la necesidad de salir de Sevilla desde el dia siguiente. Nombráronse los que debian componer dicha diputacion, y en una sesion especial celebrada aquella misma tarde, el presidente D. Cayetano Valdes puso en noticia de los señores diputados que Fernando, despues de haber oido la comunicacion de que se encargaron, contestó: que su conciencia ni el interes de sus vasallos le permitian salir de Sevilla; que como simple particular no veia en ello inconveniente alguno; pero que como soberano de ningun modo podia dar su consentimiento. «Hemos insistido, añadió Valdés, hemos hecho presente á S. M. que su resolucion no podia comprometer de modo alguno su conciencia, puesto que siendo rey constitucional era irresponsable, y que consintiendo en salir de la ciudad no haria mas que ceder al parecer unánime de los consejeros y de los representantes de la nacion. El rey nos ha despedido dándonos á entender que ya habiamos oido su respuesta.»

Esta comunicacion hizo mayor sensacion en la asamblea y causó tanta mayor sorpresa, cuanto que circulaban rumores muy alarmantes acerca de la rapidez con que adelantaban nuestras tropas. Deciase que ya habian pasado mas allá de Córdoba y que iban á marchas forzadas á situarse entre Sevilla y Cadiz; de modo que un retardo de solo cuarenta y ocho horas hacia imposible la retirada, y haria caer en manos del enemigo al gobierno, á las cortes y á esa turba de oficiales de todas graduaciones, empleados de toda clase y milicianos, que habiendo salido de Madrid al mismo tiempo que las cortes, estaban comprendidos todos por sus opiniones y por sus actos y señalados á las primeras venganzas del partido absolutista; y una vez hechos prisioneros, ¿quien podia decir la suerte que les estaba reservada? La caida del gobierno llevaba por otra parte consigo la de la constitucion; por lo que la salvacion de la causa liberal, no menos que su propia seguridad, exigia imperiosamente la traslacion inmediata del gobierno á Cádiz. Pero el rey era la cabeza de este gobierno; y por inminente que fuese el peligro, las cortes no podian alejarse sin él, y se hallarian sin fuerza ni influjo separadas de la persona del monarca; pues el concurso oficial de su nombre constituia toda su autoridad. Esto supuesto, ¿cómo seria posible consiliar el respeto debido á la dignidad real con la absoluta necesidad de obligar á que cediese en bien de todos la voluntad personal de Fernando? La asamblea creyó lograrlo, adoptando la resolucion siguiente propuesta por el Sr. Galiano.

«En consecuencia de la negativa de S. M. á poner en seguridad su real persona y familia, á la aproximacion del enemigo, las cortes han resuelto haber llegado el caso de considerar á V. M. en el estado de impedimento moral, previsto en el artículo 187 de la constitucion (1).»

Inmediatamente fueron investidos con el título de regentes el diputado D. Cayetano Valdés, y los consejeros de estado D. Gabriel de Ciscar y D. Gaspar de Vigodet, y las cortes se declararon permanentes hasta la partida del rey. Un hecho sucedido en la tarde de aquel mismo dia puede esplicarnos la especie de energía que desplegó Fernando en resistir á la voluntad de su gobierno. No era tan solo la aproximacion de nuestras tropas y la certitud de su triunfo lo que le enardecia; sino que á mas confiaba en apresurar el instante de su libertad, en virtud de una trama urdida dentro de la misma ciudad por un agente, despachado espresamente de Madrid, quien tenia por cómplices á muchos oficiales de milicia de Sevilla, y obraban todos bajo la direccion de un coronel ingles llamado Downie, naturalizado en España, que tenia el mando del Alcázar, palacio que era la residencia del rey; y solo esperaban para poner en obra su plan, que la proximidad de nuestras tropas facilitase tanto al rey como á ellos un fácil refugio. El general Bordesoulle tenia conocimiento de los pormenores principales de esta conjuracion; y el deseo de asegurar el éxito de la misma era uno de los motivos que le

(1) Los artículos 185, 186 y 187 de la constitucion de 1812 estaban concebidos en estos términos: Art. 185. El rey es menor de edad hasta los 18 años cumplidos.—186. Durante la menor edad del rey, el reino será gobernado por una regencia.—187. Y lo mismo será cuando el rey se halle imposibilitado de ejercer su autoridad por *alguna causa física ó moral*.

hacian apresurar la marcha. Pero la resolucion que acababan de tomar las cortes no permitia esperar mas tiempo; así que en la tarde del 12 el coronel Downie quiso probar el golpe. Fernando debia ayudar con su persona à los esfuerzos de los conspiradores; pero en lugar de presentarse, se mantuvo encerrado y el complot abortó, y Downie y sus cómplices fueron presos. El dia siguiente, 13, el rey deponiendo su resistencia, salió de Sevilla con su familia, y el 15 á las seis de la tarde desembarcó en Cádiz, donde conforme á las órdenes dadas por los regentes fue recibido al son de las campanas y entre salvas de artillería, en una palabra, con todos los honores cual si gozase de toda su autoridad.

La regencia, las cortes y todos los empleados adictos al gobierno salieron de Sevilla pocas horas despues que el rey. Apenas acababa de pasar por las puertas de Sevilla la retaguardia de la escolta que acompañaba à la asamblea, cuya escolta constaba de tropa de línea y de milicianos nacionales, se derramaron por las calles y plazas de la ciudad, numerosas partidas de vagabundos, guiadas por frailes y vociferando: ¡Viva la religion! ¡Viva el rey absoluto! ¡Viva la santa inquisicion! Unos se arrojan á los barcos destinados á conducir à Cádiz por el rio Guadalquivir los equipajes de los constitucionales que salieron por tierra, y los archivos de los varios departamentos del ministerio; otros entran forzando las puertas en las casas señaladas á su furor, ya por haber vivido en ellas algun diputado ó por las opiniones liberales de sus habitantes. Robaron los bagajes; los papeles de los archivos los rasgaron y arrojaron al rio; saquearon las casas, persiguiendo, hiriendo y matando á sus dueños. Durante la noche del 13 y toda la mañana del 14, los barrios de Sevilla no presentaron mas que asquerosas escenas de robo y de asesinato. Hallábase el desórden en su mayor punto, cuando vino à aumentar el general terror y el número de las víctimas una terrible esplosion. En el antiguo palacio de la inquisicion habia un almacen de pólvora; y habiendo penetrado en él una partida de bandidos, voló el almacen dejando sepultadas bajo sus ruinas á doscientas personas. Por algunos instantes esta catástrofe suspendió el furor hasta de los mas desalmados: entonces se instaló una municipalidad provisional, cuyos individuos, aprovechándose del terror y del cansancio de la muchedumbre, logró poner un término al pillaje y á la matanza. El dia 15 esta nueva autoridad envió comisionados á Madrid á recibir órdenes de la regencia, mientras que otros enviados se dirigian á nuestro ejército para pedir á los generales Bourdesoulle y Bourmont que aceleraseu su llegada. El primero continuaba su marcha hácia Cádiz, el segundo avanzaba por el camino de Estremadura, impeliendo delante de sí los restos del cuerpo de Castel dos Rios, á quien reemplazó Lopez Baños en el mando. Estas últimas tropas se presentaron delante de Sevilla el dia 16 por la mañana, y hallaron cerradas las puertas y á la poblacion puesta sobre las armas. Lopez Baños no temió mandar desde luego el ataque, y à pesar de la inferioridad del número y del fuego de dos piezas de artillería, se apoderaron de las puertas y arrojaron al pueblo de calle en calle y de casa en casa, de modo que al cabo de algunas horas de encarnizada lucha se hicieron dueños de la ciudad. Acampáronse las tropas en las calles y plazas, y el general impuso una fuerte contribucion de guerra, y despues de haberse hecho entregar toda la plata que habia en las iglesias púsose al otro dia en marcha para Cádiz, pero ya los regimientos del general Bourdesoulle interceptaban el camino. Lopez Baños se apoderó de la márgen derecha del Guadalquivir, y ganó la costa donde con sus soldados se embarcó para la isla de Leon. El dia 21 entró por fin en Sevilla el general Bourmont, en medio de las aclamaciones del pueblo, y fué acogido en toda la carrera con flores y coronas.

El dia 18 cuando Lopez Baños salia de Sevilla, reunidos los diputados en número de ciento diez, emprendieron de nuevo sus sesiones en Cádiz en el mismo edificio que habia sido la cuna de la constitucion; esto es, en la iglesia de San Felipe Neri, donde se celebraron las cortes en 1812. La regencia habia dimitido sus poderes desde la antevíspera, y Fernando despues de una suspension de autoridad que solo habia durado cuatro dias, hallóse otra vez dueño del poder real. Los hechos vinieron luego á justificar la medida estrema que se habia tomado con el fin de impedir que su persona y el gobierno cayesen en poder de nuestros generales, puesto que el dia 24, cuando los gaditanos apenas habian tenido tiempo para acabar de tomar las disposiciones que hacia necesarias la llegada de sus nuevos huéspedes, pudieron ver al otro lado de la bahía ondear la bandera francesa en los muros del Puerto de Santa María, donde acababa de entrar el general Bourdesoulle. No tardó en reunírsele el general Bourmont, é inmediatamente, se estendió y estrechó el bloqueo, pues las fuerzas reunidas bajo el mando de los dos generales ascendian á diez y siete mil hombres.

A pesar de la osadía y buen éxito de este movimiento, y aunque el gobierno constitucional se hallase encerrado por decirlo así en un islote en el último estremo del reino, la causa de la revolucion española hallábase á aquella fecha muy lejos de ser desesperada. No solamente Cádiz y la isla de Leon, defendidos por el mar y por fortificaciones provistas de dos mil bocas de fuego, tenian mas de quince mil hombres de guarnicion, abundantemente abastecidos de víveres y municiones; sino que aun no habia caido en poder nuestro ninguna plaza importante. Cataluña luchaba con vigor; en muchos puntos se organizaban columnas volantes, y entre otros el general Empecinado adelantaba sus correrías hasta las puertas de Madrid: los dos ejércitos á las órdenes de Morillo y de Ballesteros, por lo mismo que se retiraban siempre evitando el encuentro de nuestras tropas, sin aceptar nunca el combate, conservábanse íntegros. Esta situacion general de la causa liberal era lo que hacia un mes detenia al duque de Angulema en Madrid. Si las cortes confiaban para salvar las provincias en el cansancio y fatiga que causarian en nuestras tropas las marchas forzadas que se les imponian y que la falta de fuerzas y las enfermedades iban á debilitarlas ó á diezmarlas durante los fuertes calores de los meses de julio y agosto, por su parte el generalísimo contaba para el buen éxito con los refuerzos que habia pedido á Francia (1), en la ocupacion de todas las ciudades importantes y la caida de las plazas fuertes, en el valor é infatigable ardor de nuestros soldados y en las negociaciones entabladas desde mucho tiempo con los generales Morillo y Ballesteros. Solo aguardaba, pues, para salir de la capital de España y dirigirse á Cádiz el instante en que estos dos generales soltasen las armas de la mano.

Hemos dicho que el conde Bourke no hallaba oposicion á su marcha por Asturias y Galicia; pues Morillo que estaba encargado de defender estas provincias, hasta los últimos dias de junio se limitó á desorganizar, en todo el significado de esta palabra, la resistencia de las poblaciones y de las tropas puestas bajo de su mando: sus soldados dispersos al acaso, vagaban abandonados á sí mismos entre el Ebro y Galicia; ni ordenaba levas de hombres ni abasto de víveres, dejaba que los destacamentos se hallasen unos sin uniformes, otros sin armas, estos sin municiones, y aquellos sin víveres. Decidido Morillo á abandonar la causa de la constitucion, hacia un mes que aguardaba ocasion oportuna para arrojar de una vez la máscara y salvar las apariencias. El nombramiento de una regencia encargada del gobierno durante la traslacion de Fernando y de las cortes de Sevilla á Cádiz fué el pretesto de que echó mano. El 26 de julio, salieron dos proclamas firmadas en su cuartel general, en Lugo, anunciando á los habitantes y á las tropas de Galicia y de Asturias, que cediendo á la indignacion causada en el pueblo y en el ejército por las ilegales medidas de las cortes en Sevilla, dejaba de reconocer el poder y autoridad de esta asamblea, y confiaba el gobierno de las dos provincias á una junta provisional, compuesta de cinco miembros, presididos por el obispo de Lugo. Al mismo tiempo despachó un oficial comisionado para suplicar al general Bourke, primeramente que concediese una suspension de hostilidades; luego que en el caso de que algun cuerpo, ora fuese constitucional, ora fuese realista, negase su sumision á la junta, que uniese las tropas francesas á las suyas para reducir á estos nuevos facciosos.

Quiroga tenia el mando particular de Galicia, y este general, lo mismo que Riego, era de los mas comprometidos con respecto á la contrarevolucion; impresionado al ver la defeccion de su general en jefe, y viendo en ella, lo mismo que en los rápidos progresos de nuestras tropas una señal cierta de una caida inevitable y próxima, contestó á Morillo, acusándole el recibo de sus órdenes, diciendo que como él, tampoco aprobaba las últimas medidas de las cortes; pero que resuelto a no abandonar su causa, y sobre todo á no entrar en tratos con los franceses, le rogaba, que le facilitase los medios de salir de Galicia y de embarcarse. Morillo le ofreció cuatro mil reales de los setenta mil que segun decia le quedaban en la caja del ejército. Pero este socorro fué inútil; porque pasada la primera impresion, halló Quiroga en el vigor de los habitantes y de la guarnicion de la Coruña una escitacion que le volvió la calma y la energía. Así que, rompiendo desde luego todos los lazos de subordinacion que le unian á su jefe superior, declaró á Morillo destituido del mando, detuvo sus correos, interceptó sus pliegos, é intimó á los soldados que no le prestasen obediencia y viniesen á unírsele.

Morillo en sus primeras proclamas afectaba no reconocer ni á la regencia de Madrid, ni al gobierno de Cádiz, y reprendia igualmente los actos de estos dos poderes. Dijérase que trataba de introducir en las

(1) Estas demandas de refuerzos fueron las que en julio decidieron la formacion del 5.° cuerpo, ó *segundo de reserva*, de cuya fuerza y organizacion hemos hablado en una nota del capítulo precedente.

dos provincias que mandaba una especie de gobierno neutral, destinado á realizar las promesas que los partidarios de una alianza entre el poder real y la libertad creyeron vislumbrar en las vagas declaraciones de Mr. Villèle y Mr. de Chateaubriand. Pero en semejantes circunstancias, una transaccion como aquella era uno de esos sueños que en medio del peligro engendran los hombres débiles é impotentes. Ademas, Morillo no se pertenecia ya á sí mismo; pues acababa de entrar en tratos, cuyas condiciones, ó por mejor decir, las únicas promesas escritas en el convenio público que consagró su sumision fueron las siguientes: conservacion de los grados á los oficiales; proteccion á las propiedades y á las personas y olvido de lo pasado. Quedábanle unos tres mil hombres, pues una parte de sus tropas se habia unido al general Quiroga.

El general Bourke despues que llegó á Toledo, dejó á los generales Huber y d'Albignac el cuidado de perseguir á varios destacamentos constitucionales, á las órdenes de los generales Campillo y Palarea, que se retiraban al Ferrol y la Coruña, siguiendo la ribera del mar. Ocupóse Bourke en completar la sumision de las Asturias, y terminada esta operacion avanzó hácia Galicia, cuya provincia le facilitaba el convenio hecho con Morillo. Reuniéronse estos dos generales en Lugo el 10 de julio. El mismo Morillo fué enviado con los tres mil hombres que le quedaban á la frontera de Portugal para que ocupando á Orense y Vigo al sud de la Coruña, obtuviese los mismos resultados que buscaban en el norte de esta plaza los generales d'Albignac y Huber. Protegido así Bourke por ambos lados, avanzó directamente hácia la Coruña, la cual por el lado del mar se hallaba bloqueada por una escuadra francesa. A la una de la tarde del 15 de julio llegó su vanguardia á la vista de la ciudad, y se arrojó á las obras mas esteriores con una decision é intrepidez que al principio obtuvo buen éxito. Habiéndose apoderado de las primeras trincheras, los que las defendian huyeron hácia el interior de la plaza, cuando de improviso ven desplegarse delante de ellos una fuerza de unos doscientos hombres, que reunidos en torno de una bandera tricolor, los detuvieron, rechazaron y permitieron á la guarnicion conducida por sus jefes que volviese á ocupar sus abandonadas posiciones. Este incidente, que acababa de librar á la Coruña de una sorpresa, fué uno de los episodios, que señalaron la presencia de los refugiados franceses en España.

El coronel Fabvier, el comandante Caron y las dos compañías que siguieron á estos oficiales superiores en la tentativa del paso del Bidasoa, retiráronse luego despues á San Sebastian. El mismo sentimiento que les habia inducido entonces á no contestar al fuego de las tropas del general Valin los hizo abandonar ahora esta plaza desde que la cercaron nuestros soldados. La via del mar aun estaba abierta, y así resolvieron aprovecharse de esta circunstancia para ir á la opuesta estremidad de España, en la provincia de Galicia en busca de otros contrarios que no fueran franceses; y estos eran las partidas de realistas de aquella provincia. Lo largo del viaje les esponia al encuentro de nuestras embarcaciones de guerra. El buque español en que iban se detuvo en Bilbao. El coronel Fabvier y el comandante Caron continuaron su ruta por mar en un paquebote ingles, y las dos compañías desembarcaron y siguieron la marcha por Santander y Asturias hácia Lugo, que se habia designado como cuartel general del ejército de Galicia. Mientras el destacamento compuesto de emigrados atravesaba á pié las cien leguas de distancia por entre llanos, la mayor parte incultos, y de áridos montes que separan la Vizcaya de la capital de Galicia, el coronel Fabvier y el comandante Caron llegaban á la Coruña en ocasion que cierto número de refugiados procedentes de Inglaterra se embarcaban en un buque destinado á llevarlos á San Sebastian.

El coronel Fabvier solo buscaba un resultado; y era determinar el regreso del ejército á Paris. Despues del mal exito de la tentativa del Bidasoa, su presencia en España carecia ya de objeto; así fue que se volvió á embarcar para Londres, que á poco abandonó para ir á poner su espada al servicio de la Grecia. Caron, al contrario, permaneció en la Coruña, y propuso á los nuevos emigrados ir al encuentro de las dos compañías que á la sazon se dirigian á Lugo. Consintieron al punto, pero la cuestion del mando fué desde luego un nuevo motivo de desunion. Muchos de aquellos desterrados voluntarios eran jóvenes dominados por la pasion esclusiva de la libertad, y que participaban de la repugnancia de algunos jefes del carbonarismo en cuanto á los recuerdos de la época imperial, y mirando á la generosidad de los antiguos oficiales como esclusivos partidarios del gobierno del sable, y sostenedores del poder absoluto, exigieron que fuese elegido el jefe de la espedicion. En vano hicieron presentes los militares que el mando pertenecia por derecho y por lo que dictaba la justicia, al jefe de mayor graduacion; pues los jóvenes no quisieron ceder un ápice de sus principios de estricta igualdad; así fue que se separaron. Los partidarios del sistema de eleccion permanecieron en la Coruña; y los demás, conducidos por Caron, fuéron al encuentro de las dos compañías que venian de Vizcaya, á las que se reunieron en Lugo. Pero ya al dia siguiente tuvieron los emigrados que luchar con un nuevo embarazo: el general Quiroga, cediendo á las sugestiones de un polaco y de un prusiano que habia hecho sus edecanes, quiso exigir de los emigrados que, renunciando á su propia existencia, á su especial organizacion y á su escarapela, tomasen los colores de España, y se confundiesen con su ejército. Caron respondió en nombre de todos los demás compañeros de armas, que habiendo entrado en España como franceses, con la escarapela tricolor, y para combatir á los partidarios del gobierno absoluto, no dejarian su escarapela ni su uniforme, ni dispararian un tiro contra sus compatricios. Irritado Quiroga les amenazó con que les haria desarmar si no obedecian, á lo que respondieron: «No obedeceremos; y si se trata de quitarnos las armas, rechazaremos la fuerza con la fuerza.» Y al punto tomaron sus disposiciones para resistir á todo trance. Esta actitud decidida, lo injusto de dicha pretension, y la inclinacion que el general Quiroga no podia evitar hácia unos valientes que solo vinieron á España á pedir el derecho de derramar su sangre en defensa de sus instituciones, le hicieron volver sobre sí y renacer en el unos sentimientos mas justos con respecto á lo que debia á los refugiados; por lo que les hizo preguntar qué era lo que querian. Los franceses respondieron: «un pasaporte colectivo para pasar á Portugal (1), atravesar este reino y dirigirse á Cádiz.» Inmediatamente se espidieron las órdenes necesarias para que los refugiados pudiesen llegar á la frontera de Portugal. Caron y sus compañeros se pusieron en marcha y pronto llegaron á Orense, donde les detuvo el haber recibido malas noticias; á saber, que no solo se hallaba interceptado el camino de Portugal, por numerosas partidas de realistas españoles, sino que en el norte de este reino habia estallado un movimiento absolutista, ocasionado por la inmediacion de las tropas francesas y por los buenos resultados obtenidos por ellos. Por otra parte la marcha de la division del general Bourke seguia siempre con igual rapidez, en consecuencia determinaron los refugiados ir á embarcarse en el puerto de Vigo. Pero no habia buques para ello; y sí solo un paquebote inglés que podia llevar muy corto número de pasajeros. Los refugiados que formaban las dos compañías venidas del Bidasoa, no quisieron separarse, y decidieron volverse á poner en camino para el puerto de la Coruña; y los demás se embarcaron en el paquebote. Eran estos últimos en número de cincuenta. Entrados en el Tajo con intencion de hacerse llevar á Lisboa, y de allí á Cádiz por tierra, no les fué posible desembarcar; porque el movimiento contrarevolucionario que les habia detenido en Orense, acababa de invadir la capital de Portugal, y de derribar el trono constitucional de Don Juan VI.

Obligados á volverse á la mar, hasta despues de un viaje de veinte dias, en que sufrieron las mayores molestias y corrieron no pocos riesgos, no pudieron desembarcar en el puerto inglés de Falmouth (2).

Mientras tanto las dos compañías salieron de Vigo y llegaron á la Coruña, cuya poblacion hallaron en el mayor desórden. La aproximacion de nuestras tropas acababa de obligar al general Quiroga á entrar en ella, con sus jefes principales, los liberales mas comprometidos de Vizcaya, Leon y Galicia, y un cierto número de voluntarios ingleses, que habian llegado con magníficas promesas de socorros, de las cuales ni una sola debia tener efecto. Entre estos voluntarios figuraba el general sir Roberto Wilson, que en 1815 contribuyó tan eficazmente á la salvacion del conde Lavalette. En vano quisieron los refugiados embarcarse inmediatamente pues ninguna embarcacion queria llevarselos. Fué entonces que el ruido de los tiros y la precipitada vuelta de los destacamentos españoles encargados de defender las trincheras esteriores les hicieron

(1) Portugal seguia la suerte de España: en 2 de setiembre de 1820 habian establecido un gobierno constitucional por medio de una revolucion, y la contrarevolucion promovida por la entrada del duque de Angulema en Madrid acababa de restablecer el gobierno absoluto.

(2) El viaje de Lisboa á Falmouth regularmente es de ocho dias, y los refugiados solo proveyeron de víveres por este corto tiempo: pero sucedió que tuvieron el viento contrario, y pronto las provisiones quedaron consumidas; hasta los tripulantes fueron puestos á media racion. Hallábanse en la alternativa, ó de morir de hambre ó de abordar en la costa de Francia. El capitan del buque reunió los pasajeros para declararles que se veria precisado á desembarcar en algun punto de Francia á los que no se hallasen sentenciados á la pena capital, que formaban el mayor número y ya se disponian á efectuar la separacion, cuando de repente arreció un viento propicio que llevó rapidamente el buque á las costas de Inglaterra. Al desembarcar en Falmouth, todos estaban muertos de fatiga y de necesidad, y la mayor parte tenian el vestido roto. Despues de haber tomado un breve descanso, siguieron el camino de Londres; los mas débiles y enfermos en carruaje y los demás á pié viviendo del acaso durante las cien leguas que hay desde Falmouth hasta la capital de Inglaterra.

conocer que nuestras tropas se hallaban á pocos pasos de distancia. Apremiados á escoger entre una abstencion, que los esponia á ser presos con las armas en la mano en una plaza de guerra y arcabuceados, ó una intervencion que podia salvarles, se decidieron por este último partido; aunque resueltos á no obrar hasta el último estremo; y así esperaron para pasar las puertas de la plaza á que los cazadores de la division de Bourke hubiesen llegado, por decirlo así, á los últimos glacis. Ya sabemos el resultado de su salida. Diez dias despues, esto es el 15 de julio, pudieron lograr que el capitan de una goleta americana los llevase al puerto de Vigo, del cual precisamente habian salido dos semanas antes, y donde aun flotaba la bandera constitucional. Habia en el puerto un baquebote inglés, en que tomaron pasaje la mayor parte, y á poco tiempo desembarcaron en Inglaterra. Cuarenta emigrados se obstinaron en permanecer en España, y formaron un destacamento, que conducido por el comandante Gauchais, renovó el proyecto de penetrar en Portugal. Con este intento, dirigiéronse á la desembocadura del Miño, cuyo rio forma la frontera de ambos reinos, y precisados á esperar la llegada de una barca para pasar el rio, fueron sorprendidos por una numerosa partida de soldados de la fé, la cual dijo que consentia en dejarles salir libremente del territorio español si deponian las armas. Los refugiados aceptaron la proposicion; pero apenas fueron desarmados, que aquellos bandidos se los llevaron á Tuy, en donde los maltrataron y robaron, entregándolos despues á un destacamento frances que acababa de llegar. Llevados luego á Bayona, y acusados de haber hecho armas contra la Francia, fueron absueltos una tercera parte de ellos despues de unos procedimientos que duraron algunos meses. Los restantes en número de veinte y seis, comparecieron el 20 de junio de 1824, ante el tribunal de saises del alto Garona el cual decretó su libertad (1).

El general Bourke, despues de la infructuosa tentativa del 15 de julio, de sorprender á la Coruña, puso cerco á esta plaza, y ofreció capitulaciones al general Quiroga, quien se negó á aceptarlas. El Ferrol acababa de rendirse al general Huber; Orense y Vigo tampoco tardaron en abrirnos sus puertas, y así á último de julio solo quedaba la Coruña, situada en un estremo de la península, donde aun ondeaba la bandera de la revolucion. La estension y resistencia de las fortificaciones que defendian esta plaza, obligaron al general Bourke á sitiarla en regla, sacando del mismo arsenal del Ferrol la gruesa artillería que necesitaba para la batería de brecha. Pero á pesar del fuego de estas y de los muchos ataques de los sitiadores, la decision de las tropas que guarnecian la ciudad y el denuedo del general Novella, en cuyas manos puso Quiroga el mando, por ir á Inglaterra y luego despues á Cádiz, hizo que la defensa se prolongase por mas de un mes, hasta el 13 de agosto, en que finalmente consintió Novella en capitular. La toma de la Coruña completaba la sumision de todo el noroeste de España, y á aquella fecha no tenian allí nuestras tropas ni un solo enemigo armado.

Un éxito no menos favorable obtuvo por la parte del mediodía el general Molitor; quien, despues que entró en Valencia, como dejamos dicho, el 13 de junio su vanguardia, compuesta de la brigada de Bonnemains, marchó al dia siguiente en persecucion de Ballesteros; y caminando toda la noche siguiente logró alcanzar á este general en Alcira, junto al rio Jucar. El ejército español ascendia á quince mil hombres, no inclusas varias partidas de milicianos y de quintos ó soldados bisoños: tenia á mas de la superioridad del número la ventaja de la posicion; pues su línea se hallaba protegida por un rio y un puente, cuyas entradas estaban fortificadas. Pero todas estas ventajas desaparecieron ante el ardor y decision de nuestros soldados. Así el puente y la ciudad fueron tomados, como quien dice á paso de carga, y Ballesteros se retiró tan precipitadamente con direccion á Murcia, que hasta las inmediaciones de esta ciudad no pudo ver ni aun su retaguardia la brigada que le habia echado de Alcira, no obstante la grande actividad con que le fué persiguiendo. Llegado el general español á Murcia, tomó posicion delante de esta antigua capital, protegiendo su flanco izquierdo varias partidas de liberales armadas, y apoyando su derecha en Alicante y Cartagena grandes plazas marítimas provistas de numerosa guarnicion y de temibles fortificaciones. Esta vez era presumible que tratase de mantenerse firme; pero, lejos de aguardar al general Molitor, que avanzaba con la sola division de Lovedo, púsose Ballesteros en completa retirada hasta Granada, cuando nuestros soldados se hallaban aun á mas de una jornada de distancia. Despues de haber entrado nuestras tropas en Murcia sin disparar ningun fusil, el dia 7 de julio continuaron persiguiendo á los constitucionales, y el dia 12, la incansable brigada de Bonnemains, llegó delante de Lorca, ciudad amurallada, cuyo castillo que tiene asiento en una eminencia de difícil acceso, domina el camino que conduce de Murcia á Granada. Defendian este fuerte diez y ocho piezas, y una guarnicion de seiscientos hombres: sus murallas tienen mas de setenta piés de altura; y para entrar en él era preciso trepar por una especie de sendero muy angosto. No obstante se le intimó la rendicion; pero el gobernador del castillo se negó á toda transaccion. En consecuencia el dia 13 por la mañana, se situaron nuestras tropas en algunos campanarios y alturas circunvecinas del castillo; y dirigieron un fuego nutrido contra las baterías del fuerte sembrando la confusion y la muerte entre los artilleros españoles. Al mismo tiempo preparáronse escalas en los puntos mas accesibles, y varios cazadores y carabineros se agruparon si[illegible]samente en frente de la puerta del castillo. Esta corta fuerza aprovechó el instante en que era mas vivo el tiroteo de la fusilería, y en que la atencion de los sitiados se hallaba fija en los cazadores que con su fuego impedian el servicio de los cañones, y se arrojó á la primera barrera, la cual derribó, y obligó á sus defensores á huir hácia el puente levadizo, el cual alzaron apresuradamente sin tener tiempo para sujetarlo bien. Pero nada detiene á nuestros cazadores, los cuales suben á las traverías y parapetos del puente levadizo y logran, bajándolo, obligar al enemigo á refugiarse en aquel recinto superior, desde donde luego pidió capitular. Un golpe de mano tan osado como brillante abrió al general Molitor la entrada del reino de Granada.

Ballesteros permaneció muy poco tiempo en la ciudad de este nombre, no atreviéndose á avanzar en direccion á Cádiz ó á Sevilla, por temor de encontrarse con las tropas de los generales Bourdesoulle y Bourmont: y esperando por dias la conclusion definitiva del contrato que hacia algunas semanas se habia entablado entre él y el general Molitor, pero que se iba dilatando por haber tenido este último que someter á la aprobacion del generalísimo ciertas estipulaciones pecuniarias y secretas. Entre tanto dirigióse el general español á los montes que separan á Granada de Jaen, y se detuvo á la mitad del camino que conduce de una á otra de estas ciudades, en una cordillera que tiene por punto céntrico la aldea de Campillo de Arenas. Así esperaba ganar el tiempo necesario para la ratificacion del trato; pero nuestros soldados que ardian en deseos de tener al fin un encuentro que no pudieron lograr en tres meses, no abandonaron su persecucion; y en 28 de julio las dos divisiones de infantería de Loverdo y de Pelleport, con la division de caballería de Domon, sorprendieron á Ballesteros en su nuevo descanso. Tenia aun este general á sus órdenes unos mil doscientos hombres. Obligado á defenderse escalonó sus fuerzas en varias pendientes de difícil acceso. Pero tan ventajosa situacion no pudo sin embargo salvar á los españoles, quienes atacados á la bayoneta por el frente y por la espalda por nuestra infantería; acometidos á sablazos por nuestra caballería, pronto ceden en todos los puntos, abandonan sucesivamente todas sus posiciones y se retiran en el mayor desórden dejando en el campo de cuatro cientos á quinientos muertos ó heridos, y trescientos prisioneros. La batalla de Campillo de Arenas, que fué la mas formal de toda la campaña, y en que las tropas fueron por ambas partes numerosas, nos costó catorce muertos y cuarenta heridos.

Aquel mismo dia salia de Madrid el duque de Angulema, despues de haber aprobado las condiciones que ponia Ballesteros á su sumision. Pagábase la defeccion de este general con una suma bastante considerable, y que pudiese ponerlo al abrigo de todo evento; y en cuanto á las tropas que tenia á sus órdenes, se les aseguraba las ventajas siguientes mediante un público convenio, firmado en 4 de agosto, seis dias despues de la batalla de Campillo, y al siguiente de la ratificacion del duque de Angulema. A los generales, jefes y oficiales de todas graduaciones, conservábaseles sus grados, destinos, honores y sueldo: ninguno de los oficiales, soldados y empleados en el ejército, como tampoco ninguno de los milicianos que le acompañaban, podian ser perseguidos ni inquietados por sus opiniones, ó por sus hechos políticos anteriores al convenio, y finalmente se prometia á todos proteccion y seguridad. Segun los términos del artículo 22 obligábase Ballesteros á trasmitir á todos los

(1) Los debates versaron principalmente sobre el suceso del 15 de julio de 1823. Los oficiales y soldados de la division de Bourke fueron examinados como testigos; pero estuvieron discordes acerca del mismo hecho de la presencia de una partida de refugiados franceses, cualquiera que fuese, á las puertas de la Coruña, cuando tuvo lugar el primer ataque de esta plaza. Algunos testigos decian «Hemos visto en frente de nosotros una bandera tricolor, y los que la rodeaban nos instaron para que no combatiésemos contra nuestros hermanos.» Otros al contrario, aseguraban «no haber visto ninguna bandera, ni oido cosa alguna» siendo estos oficiales y soldados que se hallaban en las mismas circunstancias que los anteriores. Pero todos estaban conformes en cuanto á que no conocian á ninguno de los acusados.

El comandante Gauchais, absuelto, lo mismo que sus compañeros de prision, no fue sin embargo puesto en libertad. Sentenciado á muerte por contumacia á causa de su participacion en los sucesos de Saumur, fue enviado á Poitiers, y conducido ante el tribunal de los Asises de aquella ciudad, el cual le condenó á muerte, cuya sentencia se le conmutó en veinte años de carcel, como ya dijimos en otra parte.

de ju
queda
al sud
norte
Bourk
por
A la
ciud
pid
pri
la
fr

TOMA DE LA ISLA VERDE.

Attaque et prise du fort de l'Île Verte

[illegible]

Digitized by Google

Combate del Ponte di Minuto

jefes de division y gobernadores de plaza que estaban bajo su mando, la órden de reconocer á la regencia de Madrid. Esta órden se espidió al punto, y en especial á los gobernadores de Alicante y de Cartagena, quienes se negaron á obedecerla; y los regimientos capitulados fueron acantonados á algunas leguas mas arriba de Jaen, en Cazorla, Ubeda y otros varios pueblos situados en ambas márgenes del Guadalquivir (1).

Cuando el 28 de julio despues de haber permanecido mas de dos meses en Madrid, el duque de Angulema, libre ya de todo cuidado con respecto á las fuerzas que mandaban los generales Morillo y Ballesteros, salió finalmente de la capital de España, todavía era defendida con vigor la causa de la constitucion por las guarniciones de Santoña, San Sebastian, Pamplona, Ciudad-Rodrigo, Badajoz, Cartagena y Alicante; por el ejército de Cataluña, cuyo general en jefe Mina sostenia contra las tropas del 4.º cuerpo una lucha que deberemos referir; y finalmente en Cádiz, por las cortes que apoyándose en el nombre del rey, cuya firma sancionaba todos sus actos, y defendidas por numerosas tropas y muy adictas, podian desafiar por mucho tiempo los esfuerzos de nuestras tropas, como lo hicieron en 1812 sus antecesores. Cualesquiera que fuesen nuestros triunfos en el resto de España, la revolucion no podia decirse que estuviese vencida en tanto que subsistiese en Cádiz su gobierno; al paso que la toma de esta ciudad terminaba de una vez é inmediatamente la campaña. Pero la toma de esta plaza era dudosa ó á lo menos quedaba estraordinariamente atrasada, si prolongándose hasta el invierno la resistencia de las cortes, obligaba á nuestros buques á interrumpir el bloqueo de la isla de Leon y á mantenerse lejos de aquella costa durante toda la estacion invernal. En tal situacion quiso el generalísimo activar con su presencia las operaciones del sitio, y entablar, interviniendo personalmente, negociaciones que apresurasen los resultados. Llevaba consigo el duque los regimientos de la guardia. Estábamos en lo mas riguroso del verano, pero no se resintieron de esto los soldados, quienes se ponian en marcha á las dos de la madrugada y se detenian á las diez, para proseguir su camino á la madrugada siguiente.

Así atravesaron las tropas sin ningun cansancio las áridas llanuras de la Mancha, y las cimas y peñascos de Sierra Morena. El 5 de agosto entró el duque de Angulema en Andalucía con sus tropas, y el 7 se detuvo en Andujar. Su permanencia en esta ciudad se señaló con la publicacion de un acto presentado en circunstancias que debemos esplicar, acto cuya intencion se ha alabado con justicia; pero que no tuvo ningun resultado formal.

El partido absolutista sufria con paciencia así el órden sostenido por nuestras tropas en los puntos que guarnecian y sus acantonamientos, como su oposicion á las venganzas que deseaba tomar de los liberales. La suspension de la autoridad de Fernando y la retirada de las cortes á Cádiz, exacerbó su rabia, y fué causa de que los absolutistas hiciesen demostraciones públicas, las cuales en todas las provincias y ciudades se convirtieron en escenas del mas horroroso desórden; en todas partes el furor de los absolutistas se manifestó por medio de numerosas prisiones, por el robo y el asesinato. Guadalajara, Alcalá, y Toledo, fueron teatro de los mas infames y sangrientos escesos. En Bilbao prendió la guarnicion francesa á cierto número de bandidos; pero los arrancó de sus manos un populacho frenético, obligando á nuestros soldados á mantenerse encerrados en sus cuarteles, dejando la policía de la ciudad al cuidado de los voluntarios realistas. En Zaragoza el desórden tomó un carácter de regularidad: unos ocho mil campesinos se reunieron á la poblacion de la ciudad y se dividieron en partidos capitaneados por clérigos y frailes, y repartiéndose los barrios, procedieron á prender á las personas de mayor consideracion y riquezas. Amontonados en el antiguo palacio de la inquisicion en número de quince mil á diez y seis mil hombres, aquellos desgraciados quedaron abandonados sin alimento; pues sus mujeres, hijas ó hermanas que intentaban llevárselos, eran rechazadas con injurias ó insultos y algunas hasta fueron asesinadas. Acabadas las prisiones, los jefes de las partidas se presentaron en casa del comandante español, significándole la intencion en que estaban de saquear por espacio de tres dias las casas de los negros (constitucionales.) Asustado el comandante, les amenaza con la guarnicion francesa. Esta fuerza compuesta de mil doscientos á mil quinientos hombres, pertenecientes á los depósitos de varios regimientos, se presentó en efecto con gran firmeza; pero su debilidad numérica les impidió prestar una proteccion eficaz á los proscritos: de manera que durante los tres dias 20, 21 y 22 de julio aquellos foragidos se entregaron, conforme lo anunciaron, á una especie de pillaje metódico de las cajas públicas y de los ciudadanos mas ricos.

La presencia del generalísimo en Madrid, cuando tuvieron lugar los acontecimientos de Sevilla, habia reprimido la exasperacion de los absolutistas; pero su salida fué la señal de las prisiones. Al mismo tiempo que las autoridades secundarias de la capital llenaban las cárceles, y que la regencia decretaba la formacion de causa como á reos de lesa majestad á todos los miembros de las cortes de Sevilla, y declaraba destituidos de sus empleos, sueldos y honores á cuantos desde el 7 de marzo de 1820 hubiesen formado parte de la milicia nacional ó de alguna sociedad secreta cualesquiera; por otra parte recorrian las calles numerosas turbas de hombres, mujeres y niños de la hez del populacho profiriendo amenazas de pillaje y de muerte contra los liberales, las que indudablemente se hubieran llevado á efecto sin la actitud enérgica del duque de Reggio. Este mariscal, que habia quedado en Madrid con tres mil doscientos hombres y catorce piezas de artillería, declarando que no toleraria ninguna tentativa de desórden y que si fuese necesario lo reprimiria á cañonazos.

Tales nuevas llegadas de todos los puntos de la península conmovieron la lealtad del duque de Angulema: habia entrado en España segun dijo, para poner un término á la anarquía y á las proscripciones; y no obstante, en todas partes se señalaba el triunfo de los realistas por medio de prisiones, proscripciones y la mas sangrienta y feroz anarquía. Por otra parte el mayor general hacia observar que no era solamente el honor de la Francia que se hallaba interesado en que se respetasen las garantías dadas á los oficiales, soldados y milicianos, inclusos en las capitulaciones estipuladas, la mayor parte de los cuales, con desprecio de las mismas, habian sido presos al volver á sus hogares; sino que añadió que semejante violacion de los empeños contraidos por nuestros generales, podia poner de nuevo las armas en la mano de muchos soldados que las habian depuesto, y además imposibilitar para en adelante todo convenio con las divisiones del ejército, guarniciones de las plazas y demás gente armada que sostenia aun la causa constitucional en Cádiz, Cataluña y otras provincias. Estas consideraciones dictan al príncipe el acta llamada ordenanza de Andujar, firmada en 8 de agosto y concebida en los términos siguientes:

«Artículo 1.º Las autoridades españolas no podrán proceder á ningun acto de prision, sin estar autorizados por el comandante de nuestras tropas en el distrito en que se hallen.

»Art.º 2.º Los generales en jefe de los cuerpos de nuestro ejército harán poner en libertad á todos aquellos que han sido presos arbitrariamente y por causas políticas, en especial los milicianos nacionales que regresen á sus casas.

»Art.º 3.º Los mismos generales quedan autorizados para prender á los que contravengan á esta órden.

»Art.º 4.º Los periódicos y los periodistas estarán bajo la vigilancia de los comandantes de nuestras tropas.»

La publicacion del anterior decreto no causó menor satisfaccion á nuestros soldados, que á los mismos liberales españoles, no obstante que todo se redujo á vanas promesas. La mayor parte de nuestros oficiales y soldados se hallaban en aquella edad en que dominan los sentimientos generosos; por consiguiente veian con horror y disgusto los escesos sangrientos y viles venganzas á que se entregaban las turbas de miserables atizados y conducidos por los frailes que exhalaban sus feroces instintos. Maldecian su impotencia en cuanto á impedir el saqueo, las prisiones y crueldades de que eran víctimas familias enteras como responsables de los actos de uno solo de sus miembros. Así pues despues que el duque de Angulema tomó las referidas medidas para detener tan odiosa reaccion, prosiguió su marcha y llegó al Puerto de Santa María el 16 de agosto, veinte dias despues de su salida de Madrid, y cuando hacia seis semanas que los generales Bourdesoulle y Bourmont habian emprendido el bloqueo de la isla de Leon y de Cádiz.

El dia siguiente, 17, el duque escribió á Fernando VII una carta que le envió por un oficial á título de parlamentario, y en ella manifestaba en nombre de Luis XVIII el deseo de que una vez vuelto el rey á la libertad, «concediese una amnistía que era necesaria despues de tantas perturbaciones, y de que diese á sus pueblos, mediante la convocacion de las antiguas cortes, garantías de órden, justicia y buena administracion.—Cuanto puedan hacer para consolidar este acto de prudencia la Francia, sus aliados y la Europa entera, salgo garante de que lo harán.» Concluia su carta el generalísimo anunciando: «que si dentro de cinco dias no habia recibido una contestacion satisfactoria y si Fernando VII no era puesto en libertad, recurriria á la fuerza para lograrlo.»

---

(1) Entre otras ventajas personales concedióse á Ballesteros una pension equivalente á su sueldo que debia pagársele hasta 1830; parte por la lista civil, parte con los fondos secretos del ministerio de la guerra y de negocios estranjeros, pero de un modo bastante irregular, si se ha de juzgar por las quejas que sobre este punto dirigia continuamente Ballesteros al duque de Angulema.

Contestó Fernando el dia 21 por medio de una carta firmada de su propia mano lo siguiente: «que por una circunstancia bastante estraordinaria, era aquella la primera vez que se dirigian á el desde que las tropas francesas habian invadido su reino, esto es, desde hacia seis meses: que el nunca estuvo privado de la libertad; que el mejor medio de volvérsela era dejar al pueblo español en posesion de la suya y respetar su independencia y sus derechos; que si á pesar de esta declaracion se recurria á la fuerza bajo el pretesto insinuado por el generalisimo, la sangre que se derramase caeria sobre él, lo mismo que la responsabilidad de todos los males que semejante violencia ocasionaria á su persona y familia.»

Semejante contestacion escrita por Fernando, y evidentemente dictada por sus ministros, probaba la firme resolucion de defenderse en que estaban las cortes; lo cual no era tan solo efecto de las probabilidades que ofrecian en favor de la causa constitucional la resistencia de la mayor parte de las plazas fuertes de España, y la situacion de Cataluña donde la lucha se sostenia mas viva y empeñada que nunca; sino que tenian su confianza en un plan que el general Riego acababa de concebir para obligarnos á levantar el sitio de Cádiz; proyecto muy osado, basado en la diseminacion de nuestras tropas y que se hallaba ya en vias de ejecucion.

Las fuerzas que quedaron al general Molitor no le permitieron ocupar a Málaga, como á otros puertos de la costa, inclusos los de la frontera de Cataluña y Gibraltar; así se limitaba á vigilar las fuertes guarniciones de Alicante y Cartagena, y á los numerosos regimientos que quedaban al mando de Ballesteros. Riego propuso partir de Cádiz, reunir todos los destacamentos aun armados en Málaga, y en otras ciudades, donde habian penetrado nuestras tropas; ponerse al frente y echarse en medio de los acantonamientos de Ballesteros; sublevar los soldados de este general, llamar a si igualmente las tropas que estaban diseminadas por Estremadura, bajo las órdenes de Palarea y el Empecinado, y luego colocarse con todas sus fuerzas, cuyo número podia elevarse á unos veinte mil hombres, en la doble linea de Guadalquivir y de Sierra Morena, de modo que quedase aislado el ejercito sitiador en sus acantonamientos, y se le cortase toda comunicacion con Madrid, llevarse á nuestros destacamentos, y en una palabra obligar á los generales Bordesoulle y Bourmont á retroceder para abrirse el camino de la capital de España. Esta proposicion fue aceptada, y ya se habian dado a Riego todos los poderes necesarios, y se hallaba lejos de Cádiz, cuando el duque de Angulema aun no habia llegado delante de esta plaza.

Salió Riego en una pequeña embarcacion que evitó fácilmente nuestros cruceros; llegó primero á Gibraltar, permaneció algunas horas en este puerto, y volvió á embarcarse para Málaga, á donde llegó el 17 de agosto. Allí se encontraba Zayas con tres mil hombres, este general hacia tiempo que era objeto de las sospechas de las cortes; por lo que Riego le hizo embarcar para la isla de Leon; tomó el mando de la guarnicion y de la ciudad; trató de reunir todos los recursos que pudieran suministrarle las cajas públicas, así como la plata de las iglesias, y dispuso un importante convoy de numerario, víveres y municiones de toda especie, cuya partida para Cádiz estuvo él mismo vigilando. Luego el 3 de setiembre, noticioso Riego de que el general Molitor al saber que se hallaba en Málaga, acababa de enviar contra él por dos lados distintos los generales Bonnemains y Loverdo, volvió á ponerse en marcha dejando en la ciudad una escasa guarnicion de quinientos hombres, los cuales se rindieron al dia siguiente 4 al general Loverdo. Riego, para evitar el encuentro de este último, siguió la orilla del mar con direccion a Madrid; pero llegado que hubo al burgo de Nerja, la aproximacion del general Bonnemains que maniobraba en su derecha le obligó á retroceder y á echarse en las Alpujarras, grupo de altísimos montes, absolutamente desiertos, sin sendas trilladas, y cortadas por profundos precipicios y fangosos torrentes donde nunca penetró un ejército. La fuerza que llevaba era de dos mil hombres. Solo despues de tres dias de penosisima marcha por en medio de peñascos, subiendo por rápidas pendientes y bajando por vertientes rodeadas de abismos donde sus soldados solo podian caminar uno á uno, pudo al fin alcanzar la vertiente opuesta al mar y bajar á la llanura de Granada á cuatro leguas de esta ciudad. Pasó el Jenil en Lúcar y se dirigió á Montefrio donde le aguardaba un regimiento de cazadores á caballo destacado de Granada en su persecucion á las órdenes del general Saint-Chamans, quien en vano se propuso detener la marcha de la columna española. Riego rechazó todos los ataques de nuestra caballería, prosiguió su camino hácia los acantonamientos del antiguo ejército de operaciones, y el 10 de setiembre al amanecer llegó al fin á Priego, estremo límite de estos acantonamientos y cuartel general de Ballesteros. Advertido este último de la aproximacion de esta tropa, pone en estado de defensa dos regimientos que el rodean y les manda hacer fuego. Mueren varios oficiales que acompañaban á Riego, y entre estos uno de sus edecanes el coronel Lucke que cayó mortalmente herido de una bala en el pecho. Pero de repente cuando el fuego parecia mas empeñado, los soldados de Riego á una señal de este bajan las armas, arrojan al aire sus chacós y avanzan hácia los soldados de Ballesteros gritando: ¡Union! ¡viva Riego! ¡viva Ballesteros! ¡viva la constitucion! Estos últimos pronto se conmovieron, y en un instante los soldados de ambas partes se confunden y abrazan; y hasta el mismo Ballesteros se arroja en brazos de Riego; quien le pide con instancia en nombre de la España vendida y del honor nacional ultrajado que unan sus esfuerzos para rechazar á los invasores. Riego aun hizo mas; ofrece á Ballesteros el mando de sus tropas y de todas las fuerzas que se hallan en Andalucia y Estremadura, y le propone servir bajo sus órdenes con un título cualesquiera, aunque sea como edecan. Ballesteros no presentó ninguna dificultad en tomar de nuevo las armas; pero dijo que necesitaba conferenciar con sus principales oficiales; y mientras procuraba reunirlos convidó á Riego á comer. Durante la comida parecia reinar entre ambos generales la mejor inteligencia y cordialidad, pero al mismo tiempo que Ballesteros hacia á Riego las mas vivas protestas, procuraba que sus tropas se alejasen evitando así que se pusiesen en contacto con las de su comensal. Pero avisado Riego de estos manejos, acusa á Ballesteros de infidelidad y le declara su prisionero. Este acto de atrevimiento movió á los generales inclusos en la capitulacion del 4 de agosto; y uno de ellos, el general Ballanzat, amenaza con que irá al frente de su division á librar á Ballesteros. Pero Riego, lejos de asustarse, anuncia la intencion de marchar inmediatamente contra Ballanzat. No obstante en aquel instante recibió aviso de que Bonnemains, Vahn y Foissac-Latour maniobran con el objeto de envolverlo. Teniendo Riego pocas fuerzas para resistir á las de aquellas divisiones reunidas, y no teniendo tiempo suficiente para irse á unir con las tropas que Ballesteros hizo alejar, renunció á llevar mas lejos su tentativa, soltó á su prisionero, y tomó la resolucion de dirigirse á Sierra Morena, no para permanecer allí, sino para llegar Cataluña y llevar á Mina los dos mil quinientos hombres que le habian quedado.

El 12 de setiembre entró el general Riego en Jaen al sonido de las campanas de todas las iglesias y en medio de los vivas mas entusiastas, y el 13 fué rechazado hacia los acantonamientos de Ballesteros por el general Bonnemains, que le alcanzó en la direccion de la Mancha Real, en una linea de alturas, en las que se posicionaron los constitucionales. Empezó el ataque con varios tiros de cañon y lo continuó la caballeria sosteniendo sus cargas con denuedo, sin que no obstante hubiese perdido Riego una sola pulgada de terreno. Pero intervino nuestra infantería avanzando en coluna cerrada; los españoles se defendian con el mayor teson, pues arrojados de una posicion volvian luego á formarse á pocos pasos de distancia, donde aun se defendian y solo cedian para ir á ocupar una nueva posicion. Eran las once de la noche cuando Riego, siempre perseguido y combatiendo sin cesar, pudo al fin pasar detrás de Mancha Real, la cual ocuparon nuestras tropas. La batalla duró catorce horas; los españoles perdieron unos quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, hallándose casi destruido el regimiento de caballería de Santiago que era de los mejores.

A pesar de la pérdida que resultó de esta accion y de las que anteriormente sufrió Riego, por la fatiga, las privaciones y la desercion de sus tropas, lo que redujo sus fuerzas casi á la mitad, el dia siguiente, 14, emprendió el camino de Jodar Mara, centro de uno de los acantonamientos de Ballesteros, esperando reclutar allí algunos soldados; pero este movimiento habia sido previsto, y en consecuencia, el general Foissac-Latour avanzaba hácia Jodar por Baeza y Ubeda con un regimiento de dragones y cinco compañías del 8.º de la guardia, mientras el coronel d'Argout llegaba al mismo punto por opuesta direccion con tres compañías del mismo regimiento de la guardia y tres escuadrones de dragones. El coronel sorprendió á Riego en el mismo instante en que se detuvo para dar descanso á la tropa. Al ver á la nuestra la coluna española se forma en cuadro; pero cargados por nuestros dragones y exhaustos á consecuencia de una larga marcha y de las fatigas de los dias precedentes, cedieron los constitucionales al primer choque, y se dispersaron y huyeron arrastrando en su fuga al resto de la coluna. Herido Riego en la refriega fué el último que quedó en el campo de batalla. En vano trata de reunir algunos soldados; pues todos se niegan á continuar la lucha y miran indiferentes como se aleja en direccion de Sierra Morena sin otra escolta que tres oficiales que permanecieron fieles á su fortuna (1). Ba-

(1) Estos oficiales fueron D. Martin Bayo, capitan español; Virginio Vicente, teniente coronel piamontés refugiado, y un teniente inglés.

cia entonces un mes que habia salido de Cádiz. Aquel mismo dia por la tarde se detuvo medio muerto de fatiga y de hambre en un cortijo aislado no lejos de Carolina de Arguillos. Habiéndole conocido un criado, lo denunció á las autoridades del lugar mas inmediato, y durante la noche fué preso por una partida de paisanos armados. El general Foissac-Latour, cuya caballería daba una batida por el pais para coger á Riego, lo reclamó como su prisionero y le puso bajo la custodia de uno de los destacamentos que se hallaban empleados en su persecucion. Las autoridades españolas protestaron y llevaron sus quejas al cuartel general del Puerto de Santa María. Como jefe de una coluna de tropas regulares que acababan de combatir contra nosotros, preso por causa nuestra y á consecuencia de una accion en que solo nuestros soldados tomaron parte, evidentemente Riego nos pertenecia como prisionero; y á falta de generosidad, el derecho estricto de la guerra exigia que quedase en poder de la tropa que le habia derrotado y perseguido. Pero las razones de política fueron desgraciadamente mas fuertes, y el generalísimo sacrificó el general Riego á unas pasiones que se hacian mas y mas amenazadoras á la seguridad de nuestro ejército, y de las cuales pronto tendremos que hablar. Mandó pues el generalísimo que se entregase el prisionero á las autoridades españolas.

Riego acababa de sucumbir á causa de una espedicion semejante á la que hizo en 1820; pues habiendo ahora, lo mismo que entonces, salido de la isla de Leon, recorrió los mismos lugares; y aquel mismo movimiento que tres años antes le habia dado su fama y su gloria, hoy le condujo á su ruina. Caia en los sitios en que se habia alzado su fama, despues de haber en ambas épocas desplegado un genio militar y un patriotismo, que faltaron absolutamente á todos sus antiguos generales, serviles aduladores de todos los gobiernos, y en quienes habia torpemente depositado su confianza. Mientras que este jóven y desgraciado general era conducido á Madrid para espiar allí en un afrentoso suplicio su amor á la libertad y á la independencia de su patria, el duque de Angulema proseguia con actividad el sitio de Cádiz.

Los primeros dias de su llegada se dedicaron á un minucioso reconocimiento de la plaza, y la posicion que le pareció mas importante para empezar las hostilidades era una pequeña península llamada el Trocadero y que avanzaba hácia Cádiz por la bahía de Puntales en frente de Cadiz, á cuyo puerto interior servia de defensa. Los españoles la habian fortificado separándola del continente haciendo una ancha y profunda cortadura, especie de canal de setenta metros de longitud donde entraban las aguas de la bahía. Los sitiados añadieron á esta obra que trasformaba el Trocadero en una isla, unas baterías armadas con cincuenta bocas de fuego en la parte de tierra y defendidas por la trinchera que quedó abierta en la noche del 19 al 20 de agosto, cuatro dias despues de la llegada del príncipe, y tal era la rapidez de los trabajos que desde el 24 quedaba establecida la segunda paralela á cuarenta metros de la zanja, y completando el armamento de cinco baterías. En la noche del 29 termináronse todos los preparativos, y el 30 empezaron nuestras baterías un fuego bastante vivo y sostenido para inquietar seriamente á la guarnicion y fatigarla obligándola á estar sobre las armas durante todo el dia, pronta á rechazar un asalto que no se dió. La artillería española respondió á la nuestra con vigor, y cuando por fin nuestros cañones callaron, su silencio pareció á la guarnicion resultado del desórden causado por sus tiros en nuestras baterías; mas mientras reposaba de las fatigas y alarmas de la jornada, nuestras tropas se preparaban para dar el asalto. Segun los cálculos del coronel Garcés, esta operacion, en caso de intentarse, no podia emprenderse hasta las tres, momento de la baja marea y en que el agua tenia aun mas de un metro de altura. Sabíase en nuestro cuartel general la negligencia con que los españoles, como todos los pueblos del mediodía, vigilan al enemigo, así es que se dispuso todo para sorprenderlos. A las dos de la madrugada del 31, catorce compañías de preferencia pertenecientes á la infantería de la guardia y á los regimientos 34.° y 36.° de línea, cien zapadores y una compañía de artilleros á las órdenes de los generales Obert, Gougeon y de Escars, desfilan sin ruido por la trinchera y se forman silenciosamente en coluna á la altura de la segunda paralela, á menos de cuarenta pasos del canal; los soldados reciben órden de salvar la zanja y de avanzar rápidamente hácia las fortificaciones sin dar ni un grito ni disparar un solo tiro; á las dos y cuarto se ponen en marcha y se precipitan á paso de carga en el canal que atravesaron con agua hasta las espaldas; los gritos de algunas centinelas despiertan á los artilleros españoles; corren á sus piezas, mas ya una parte de la coluna de ataque ha tomado posicion en el istmo, y mientras disparan al azar y sin órden, nuestros granaderos entran en las baterías, y no pudiendo hacer uso de sus cartuchos que el agua ha inutilizado, traban con los artilleros un combate á la bayoneta, y la mayor parte de estos caen muertos cerca de sus cañones. Sorprendido igualmente el resto de la guarnicion, corre en desórden al lugar de la lucha, y empieza un combate cuerpo á cuerpo que duró como media hora, pasado cuyo tiempo nuestros soldados quedan dueños de las fortificaciones, y los españoles fugitivos van á ponerse bajo la proteccion de un fuerte levantado en la parte del istmo que bañan las aguas de la bahía y cuyos alrededores están defendidos por muchos canales y profundos pantanos. A las siete de la mañana un puente volante echado sobre la zanja, permite al generalísimo llegar á su vez al Trocadero con muchos batallones; distribúyense nuevos cartuchos á la tropa; fórmase una nueva coluna de ataque; pásanse los canales y pantanos, y á las nueve el fuerte era tomado y el coronel Garcés y sus soldados deponian las armas. La pérdida de los españoles se elevaba á ciento cincuenta muertos, trescientos heridos y mil prisioneros; la nuestra á ciento diez heridos y treinta y cuatro muertos.

El cañoneo dirigido la víspera contra el Trocadero habia tenido en alarma á la poblacion de Cádiz, durante todo el dia, la insignificancia de su resultado en las fortificaciones, el vigor con que se habia contestado á él, fueron acogidos como una especie de victoria que los habitantes celebraban con fiestas y diversiones, cuando la llegada de algunas lanchas conduciendo doscientos cincuenta heridos escapados del istmo esparció la noticia de la toma del Trocadero y vino á cambiar en lamentos sus gritos de alegría. Como se consideraba inespugnable aquella posicion, la noticia de su perdida causó un general estupor, y en el primer momento el gobierno comisionó al general Álava para ir á pedir un armisticio al duque de Angulema; negóse este príncipe á concederlo. «No quiero escuchar proposicion alguna, contestó, hasta que Fernando sea puesto en libertad.» En semejante estremo los ministros resolvieron recorrer á la mediacion de sir William A'Court.

El justo sentimiento de independencia y de la dignidad nacional ofendida no era el único que habia dictado al gobierno de las cortes la resolucion de rechazar las modificaciones en la constitucion de 1812 pedida por el gabinete de las Tullerías, modificaciones sin duda importantes, pero que dejaban al pueblo español derechos y libertades que no posee ni aun en el dia, despues de treinta años de sufrimientos y de luchas, despues de haber atravesado diez años de un despotismo terrible y ocho años de una encarnizada guerra civil; las cortes contaban con el doble ausilio de una insurreccion entre las tropas de invasion y de una intervencion inglesa; mas la insurreccion que les prometian las cartas de los principales jefes de los carbonarios de Paris, así como los refugiados mas notables, habia abortado; la intervencion que creian ver detrás de las promesas, notas y ofrecimientos de mediacion del gabinete de Londres, debia tambien faltarles. Estenuada por sus esfuerzos contra la república francesa y el imperio, la Inglaterra imponia todavía al mundo con el recuerdo del poder que entonces desplegara; su pasada grandeza hacia que se conservase grande así es que para ocultar su impotencia, afectaba moderacion. A las varias protestas hechas en Verona por el duque de Wellington habian sucedido en Paris proposiciones de mediacion dos veces rechazadas, y cuando, á pesar de los consejos é instancias de sus ministros para la paz, se declaró la guerra, abrigó su desaliento detrás de una nota en que sentaba dos casos de guerra que no podian realizarse. Un ataque contra Portugal y la ocupacion permanente de un territorio continental ó colonial, dependiente de la monarquía española, violencias en que no pensaba el gabinete de las Tullerías, tales eran los actos que la Inglaterra indicaba como susceptibles de producir un *casus belli* entre ella y la Francia. Su embajador que se habia quedado en Madrid, aun despues de la marcha de Mr. Lagarde, habia acompañado el gobierno á Sevilla, mas no pasó de allí; la momentanea suspension de los poderes de Fernando le proporcionó el pretesto que deseaba para abandonar la causa constitucional y retirarse á Gibraltar; á esta plaza le fué dirigida por las cortes la demanda de mediacion; rogábasele que fuése á Cádiz á bordo de un buque de guerra inglés, aun cuando no fuese mas, decíase, que para ofrecer en caso de asalto un asilo á la familia real. Sir William A'Court se negó á salir de Gibraltar, protestando que entrar en Cádiz en un buque de la marina británica seria violar un bloqueo que su gobierno habia resuelto respetar; sin embargo consentia en que su secretario, Mr. Elliot, fuese encargado de someter al generalísimo la proposicion de mediacion. Mr. Elliot dió efectivamente este paso, mas solo consiguió una nueva negativa.

Este completo abandono por parte de la potencia, cuyo apoyo habian las cortes esperado, fué seguido en breve de una nueva derrota. El fuerte *Santi Petri* elevado frente de Cádiz, en tierra firme, sobre una roca situada á la entrada del canal de aquel nombre, servia de base al ala derecha de los constitucionales y protegia la entrada de los buques mercantes en la isla de Leon; el general frances resolvió apoderarse de

el, y su gobernador entró en negociaciones exigiendo sin embargo que se le atacase. Aquel castillo era fuerte no solo por su posicion, sino porque sus baterías contaban veinte y siete piezas del mas grueso calibre, y su guarnicion de ciento ochenta hombres estaba provista de considerable cantidad de municiones y de víveres para dos meses; levantáronse algunas baterías por la parte de tierra, al mismo tiempo que una escuadra compuesta de dos navíos de línea el *Centauro* y el *Tridente*, de la fragata *la Guerrera*, de la corbeta *Isis* y del bergantin *Santo Cristo*, recibió órden de atacarlo por mar; la escuadra apareció en la mañana del 20 de setiembre, y despues de haber luchado largo tiempo contra el viento y la corriente logró anclar á una distancia de cuatrocientas toesas del fuerte; á una señal del *Centauro* los buques y las baterías de tierra abrieron simultáneamente el fuego; el cual empezado á la una y media de la tarde continuó sin interrupcion hasta las tres y media, en que la guarnicion izó la bandera blanca obteniendo permiso para retirarse á la isla de Leon. Aunque el cañoneo duró tres horas con espantoso ruido por ambas partes, ni una sola bala española dió ni en el velámen de ninguno de los buques de la escuadra. «En este atrevido ataque, dice el parte oficial de tan fácil conquista, nuestra marina no ha perdido ni un solo hombre; en las baterías de tierra no hemos tenido mas pérdida que un artillero y un soldado de línea muertos y cinco artilleros heridos.»

Al mismo tiempo que se anunciaba á las tropas y á la poblacion de Cadiz pérdida tan inesperada, supo el gobierno la derrota y prision de Riego, junto con la rendicion de Santoña (11 de setiembre) y la capitulacion de Pamplona (17 de setiembre). Tan desastrosas noticias aumentaron el desaliento entre los habitantes y la guarnicion, y activáronse las negociaciones abiertas hacia algunos dias entre nuestro cuartel general y los principales miembros del gobierno y de la asamblea, ministros, generales, diputados á cortes y consejeros de estado. La causa de la revolucion estaba irremisiblemente perdida; todas las tropas que constituian su fuerza se habian sometido ó disuelto: las fortalezas capitulaban, y Cadiz y Cataluña eran casi los únicos puntos en que flotaba todavía la bandera de la constitucion; no hay duda que era posible prolongar la resistencia, ¿ pero con qué objeto? Era inútil esperar que iluminadas repentinamente las masas por las luces del siglo y sacudiendo el yugo de los frailes emprendieran una ardorosa lucha en pro del sistema constitucional; los jefes y soldados que habian depuesto las armas no las volverian á tomar; de ello era una triste prueba la derrota de Riego; finalmente sabíase ya lo que significaba la simpatía inglesa; así pues la caida era cierta, y no era mas que una cuestion de tiempo. Por otra parte rendir Cadiz y permanecer en España despues de haber restituido todo su poder á Fernando, era ponerse en manos de adversarios implacables, entregarse á los frailes y bandos absolutistas que en aquel mismo momento saqueaban, encarcelaban y mataban en cien puntos diferentes en una palabra, era resignarse á la persecucion, á las cadenas ó á la muerte. ¿Tratarian de espatriarse? La emigracion no libraba de la venganza del nuevo gobierno y á la pérdida de todos los sueldos y pensiones deberia añadirse la privacion de toda renta y la confiscacion de los bienes; y entre los personajes reunidos entonces en Cádiz solo algunos poseian los necesarios recursos para vivir en el estranjero; la mayor parte se verian obligados á pedir limosna apenas abandonaran la España.

Si los hombres del partido constitucional se encontraban colocados en la alternativa de una resistencia inútil y una doble imposibilidad de permanecer en España y espatriarse, el duque de Angulema no se hallaba en una situacion menos difícil. La toma del Trocadero no ponia en sus manos á Cádiz, plaza casi inespugnable, y que tampoco podia hacer caer en nuestro poder la rendicion de la isla de Leon, de la cual la separa una estrecha y larga calzada batida en todas direcciones por los cañones de las murallas; la toma del Trocadero no daba mas resultado que facilitar á nuestros buques el paso por la bahía de Puntales. El duque de Bellune que dirigia el sitio de Cádiz en tiempo de la guerra de la independencia, ocupó aquella posicion por espacio de dos años; elevó en ella fuertes baterías, armadas con morteros de un calibre y de un alcance inusitados, y durante dos años solo turbó el reposo de la ciudad el ruido de tan formidable artillería (1). No solamente la plaza estaba provista abundantemente de víveres y de municiones, sino que el equinoccio y sus tempestades podian librarla de la escuadra que le impedia recibir ausilios; el sitio podia pues prolongarse todo el invierno, esponiendo á nuestras tropas á verse diezmadas por las fiebres del otoño y de la primavera. Sin embargo, estas fatigas sin combate, estos peligros sin gloria, los inmensos gastos de una nueva campaña, tantos sufrimientos y sacrificios no eran para el generalísimo el mas temible, el verdadero peligro.

La ordenanza de Andújar recibida con alegría por nuestras tropas y con reconocimiento por los constitucionales, habia suscitado una tempestad entre las autoridades y bandas realistas de todas las provincias: todas la rechazaban como una atrevida usurpacion de la autoridad del rey, representada por la regencia, y como un atentado contra la independencia y los derechos de los fieles súbditos de S. M. Católica; así que fué conocida en Madrid, salieron á las calles partidas de furiosos armados de palos, los cuales conducidos por oficiales del ejército de la fe y por agentes de la junta apostólica, se derramaron por todos los cuarteles á los gritos de: Viva la santa inquisicion! viva el rey absoluto! mueran los constitucionales! Reunióse la regencia y envió una formal protesta al mariscal Oudinot, quejándose de la ordenanza como de un ultraje hecho á su poder; en la provincia de Rioja en la que mandaba el Trapista, no se limitó este monje á prohibir la publicacion de la ordenanza, á encarcelar y destituir á las autoridades que querian someterse á ella, sino que llamado á Vitoria por el príncipe de Hohelohe, comandante del tercer cuerpo, para oir algunas observaciones sobre su conducta, manifestó que continuaria oponiéndose á la ejecucion de las órdenes del generalísimo. La division española de Navarra empleada en el sitio de Pamplona, á las órdenes del conde de España, se declaró, por decirlo así, en plena rebelion; los oficiales reunieron á la tropa y la arengaron profiriendo violentas espresiones contra nuestro ejército y su jefe, «que venido á España, decian, para restablecer el poder absoluto, trataba ahora de imponer al pais dos cámaras y una constitucion.» Redactaron además una esposicion á la regencia en la cual se decia:

«Si este decreto ha sido realmente publicado y debe ser puesto en ejecucion, todos los militares que componen esta division están resueltos á sacrificarse hasta el último antes que sufrir que la nacion española sea gobernada por una autoridad militar estranjera. Un atentado que no se atrevió á cometer el tirano del mundo, debe ser reprimido al instante. Antes que vivir envilecida por el deshonor y sufrir el yugo estranjero, cubran la España los cadáveres de sus propios hijos!»

Esta esposicion, firmada por todos los jefes de batallon y un oficial de cada grado, fué enviada á Madrid; la regencia dispuso su impresion, y ya se habian tirado cuatro mil ejemplares para ser distribuidos al público y enviados por toda España, cuando un piquete de gendarmería francesa invadió la imprenta é hizo suspender la operacion.

La audacia de estas furiosas protestas y mas que todo la universalidad causaron alguna inquietud al generalísimo, y el 26 de agosto, diez y ocho dias despues de la publicacion de las ordenanzas, causa de tantos furores, una órden general con solo la firma del conde Guilleminot vino á anularla implícitamente: «La órden del 8 de agosto ha sido mal interpretada, decia el mayor general: jamás ha pensado S. A. R. en detener el curso de la justicia; las medidas que ha prescrito no tienen otro objeto que asegurar la tranquilidad de aquellos que fiando en las promesas de S. A. R. han abandonado las filas enemigas. En cuanto á la disposicion que pone á los periódicos bajo la censura de los gobernadores franceses, no tiende mas que á impedir la insercion de impertinentes personalidades y de noticias perjudiciales á las operaciones militares.» El general Bourmont, en una contestacion al intendente de las cuatro provincias de Andalucía, precisó en estos términos la significacion real de esta oscura interpretacion: «La proteccion de que habla el decreto (de Andújar), escribia, no se estiende mas que á los individuos cuyas ideas políticas se han limitado á una opinion puramente especulativa, y que no han dado á conocer por ningun acto ni manifestacion sus tendencias á turbar la tranquilidad pública.»

La noticia de la reclamacion de las autoridades españolas para que les fuese entregado Riego, llegó al cuartel general en medio de la turbacion que en él habia causado el levantamiento de los absolutistas contra la ordenanza de Andújar, y en la difícil situacion en que le colocaba la actitud hostil de la regencia y de sus partidarios, el duque de Angulema no se creyó bastante fuerte para arrancarles esta presa. Este deplorable sacrificio, junto con la virtual derogacion del decreto de 8 de agosto, pareció calmar momentáneamente á los realistas; sin embargo este sosiego era solo aparente; al entusiasmo de los primeros dias habia sucedido por todas partes la desconfianza y la tibieza; el menor incidente podia encender otra vez todos los odios y cambiar en abierta resistencia el descontento de nuestros temibles aliados. Ahora

(1) Entre las baterías elevadas en el Trocadero por el duque de Bellune contra Cadiz, se hallaban dos morteros *monstruos* fundidos espresamente; de los cuales se apoderaron los ingleses despues del sitio colocándolos como trofeos en el parque de Saint James, cerca de la estatua del duque de Wellington.

TOMA DE SANTI PETRI

Prise du fort Santi-Petri

Digitized by Google

bien, la necesidad de conjurar los peligros de semejante situacion aumentaba la impaciencia del generalísimo y de su estado mayor para la pronta sumision de las cortes, y en vano se buscaban en el cuartel general los medios de apresurar tan deseado acontecimiento, cuando tambien esta vez Mr. de Ouvrard se encargó de allanar todos los obstáculos.

A primera vista la dificultad parecia insuperable. Si las cortes consentian en negociar, era evidente que no lo harian sino con las condiciones y garantías tanto mas ciertas cuanto no ignoraban que á pesar de su insignificancia é inejecucion, las convenciones militares celebradas ya escitaban entre los realistas franceses igual descontento, iguales protestas que entre los realistas españoles. Uno de los mas furiosos periódicos ultra realistas de Paris, la Bandera Blanca, habia dicho con motivo de las capitulaciones hechas con Morillo, con Ballesteros y otros jefes constitucionales: «No queremos que los honores de las transacciones militares se reserven para miserables que solo saben venderse y á quienes hemos visto descuidar los preparativos de defensa que podian obligarles á combatir, para ocuparse únicamente en atesorar oro.» Por otra parte el generalísimo no podia contraer con las cortes ningun compromiso formal; su permanencia en España no era mas que momentanea, su poder cesaba con la guerra, y estipulando en nombre de Fernando arriesgaba á ver comprometida su palabra y su dignidad. La situacion no tenia mas que una salida, una sumision sin condiciones.

Mas ¿cómo decidir á los miembros de las cortes y del gobierno á decretar de este modo su caida, a consumar su ruina sin la menor garantía para sus personas, cuando podian resistir aun y cuando para la generalidad de ellos era la sumision la persecucion y la muerte? Sin embargo, el proveedor general no desesperó de conseguir tan arduo objeto, á pesar de que sus amigos privados y los asociados á su fortuna, le hiciesen observar que el éxito seria no su ruina, pero sí el término de sus beneficios, puesto que las compras de Bayona cesarian con la guerra. M. Ouvrard no escuchó mas que su espíritu aventurero; indiferente á unos contratos que contaban ya seis meses de duracion, se inflamaba á la idea de un nuevo obstáculo que vencer, de un nuevo triunfo que conseguir. «A mí se debe la entrada en campaña, decia en su orgullo de especulador; pues bien, quiero probar ahora que si he puesto al príncipe en estado de abrirla, puedo igualmente terminarla.» Desde su permanencia en Madrid se le habia unido un coronel español, un Fígaro militar, agente de sus negocios secretos y de sus placeres, atrevido fautor de corrupcion y de intriga, el cual, natural de Cádiz, en cuya ciudad contaba una numerosa é influyente parentela, conocia á muchos de los generales y representantes refugiados en aquella plaza. Introducido en ella bajo pretesto de ver su familia, el agente de Mr. Ouvrard se avistó con los hombres del partido constitucional, con los cuales habia tenido anteriores relaciones. La causa de la revolucion está perdida, les decia; Cádiz atacado por tierra y por mar, caerá inevitablemente en poder de los franceses; un asalto no solo seria la ruina de la populosa y patriótica ciudad que les habia dado un asilo, sino que ni ellos mismos podrian librarse de las terribles consecuencias de una entrada á viva fuerza. ¿Qué seria de ellos una vez prisioneros? ¿No valia mas anticiparse á una derrota que no podian evitar aceptando de los franceses la facultad de retirarse al estranjero, lo mismo que los ausilios necesarios para esperar allí tiempos mejores? Estas proposiciones recibidas al principio con gran frialdad, hallaron oidos mas dispuestos á escucharlas á medida que la causa constitucional recibia golpes mas fatales y decisivos; el desaliento y la defeccion, no muy marcados aun á mediados de setiembre, tomaron un carácter muy decisivo al saberse en Cádiz el desastre de Riego; los ministros, los diputados, los generales consentian uno á uno, y en breve la mayoría de los jefes militares y de los miembros del gobierno, lo mismo que de las cortes, consintieron en suspender la lucha, con las condiciones propuestas por el agente de Mr. Ouvrard. En este estado es indudable que debia darse á este último la autorizacion de hacer los adelantos exigidos para esta sumision; en efecto, el sacrificio comparado con los resultados era insignificante: no solo nuestro ejército se libraba de las inútiles fatigas de un largo sitio y de los obstáculos de una situacion que la nueva actitud del partido absolutista podia complicar con inesperados peligros, sino que nuestro tesoro se encontraba descargado de los gastos de una guerra que podia prolongarse muchos meses, únicamente gastando una suma equivalente al sueldo del ejército y al coste de su manutencion durante algunos dias. Las indemnizaciones y ausilios prometidos fueron entregados, y el 28 de setiembre por la mañana, despues de una demostracion hecha contra la plaza por una division de chalupas cañoneras que se avanzaron protegidas por la escuadra, las cortes, á proposicion del ministro Calatrava, adoptaron por sesenta votos contra treinta una resolucion que decia: «La autoridad absoluta será devuelta al rey; una diputacion acompañada de los ministros hará saber esta decision al monarca, suplicándole que vaya al cuartel general francés para estipular allí las condiciones mas favorables á su desgraciado pueblo (1).»

La diputacion se presentó á Fernando, el cual despues de oirla, le dió el encargo de participar á la asamblea «que prometia librar á las personas comprometidas, de toda venganza y persecucion; y que en cuanto á lo demás se reservaba consultar el interés y honor de la nacion.»

Este vago lenguaje no era por cierto nada propio para tranquilizar á las cortes; mas se habia hecho ya la resolucion, y la asamblea sin exigir otra garantía se declaró disuelta por la misma mayoría que adoptara la anterior decision. Esta votacion se verificó el mismo dia 28 á las cuatro de la tarde; así fué como por un cambio no tan raro como creen algunos en el movimiento de las cosas políticas, la constitucion de 1812 despues de haber dominado en toda España, vino á quedar destruida en la misma sala en que once años antes fué decretada y promulgada, en la misma isla en que se dió en enero de 1820 la señal de su restablecimiento. Mientras los representantes españoles restablecian, como queda dicho, la monarquía absoluta en el mismo edificio que vió su aparicion en 1812, Fernando enviaba á uno de sus gentiles hombres al duque de Angulema para participarle este acontecimiento: las negociaciones que habian producido este resultado databan de muchas semanas y no eran un misterio ni para la regencia ni para el cuerpo diplomático de Madrid. Así es que los mas deseosos de ofrecerse primeramente á la vista de Fernando, como fueron el duque del Infantado, presidente de la regencia, el monje D. Victor Saez, con el título de primer secretario de estado, el nuevo embajador de Francia, marques de Talaru, y el ministro de Rusia, el coronel ayudante de campo Bouttourlin, marcharon sin pérdida de momento al cuartel general. La noche del 28 al 29 se pasó en el Puerto de Santa María haciendo preparativos para la recepcion del rey; mas en vano se le esperó el siguiente dia; en vez del monarca español se presentó el general Álava, trayendo una carta autógrafa de Fernando en la cual aseguraba este soberano hallarse gozando de toda su libertad; y que iria al cuartel general francés luego que se hubiesen determinado algunas condiciones para la seguridad de la guarnicion sitiada; estas condiciones consistian en dejar la isla de Leon, Cádiz y las demás plazas no tomadas aun en poder de las tropas constitucionales hasta la publicacion de una amnistía y de una constitucion, que las pusiese á cubierto de las venganzas y persecuciones. El duque de Angulema se enteró de la carta, pero se negó á recibir al general Álava, dándole por contestacion que no admitia otra alternativa que un asalto ó una rendicion absoluta, y que si se hacia el

(1) M. Ouvrard, en sus *Memorias* publicadas en 1826, dice que hizo entregar á Fernando dos millones en oro «para alentar la fidelidad y preparar alguna combinacion en favor de su libertad en el seno mismo de las cortes.» En apoyo de este aserto, que no fué objeto de protesta alguna, cita la carta que le fué escrita dándole gracias en nombre de Fernando, por su primer ministro en 15 de octubre de 1823, quince dias despues de la rendicion de Cádiz, y en la cual el rey le mandaba decir que aquellos dos millones «habian servido para los fines propuestos.» En la época en que hacia esta revelacion M. Ouvrard estaba preso, todos sus papeles estaban en poder de la policía, y pleiteaba contra el gobierno y ante el mismo gobierno para la liquidacion de sus contratos cuyas condiciones y resultados se le negaban. No es esto todo; los acontecimientos eran aun bien recientes; lo mismo en ambas cámaras que en los periódicos no se limitaban á hacer al duque de Angulema la justicia debida, sino que todas las voces exaltaban a porfía sus triunfos y su gloria, finalmente, todos los españoles que tomaron parte en las transacciones de Cádiz estaban desterrados ó prisioneros. Llevado por todas estas consideraciones, M. Ouvrard habia evitado el decir toda la verdad, así es que por un testigo de los hechos, sabemos que los dos millones cuyo empleo indica el proveedor tan claramente como se lo permitian las facultades de su posicion personal y el desgraciado estado de sus intereses, formaban solo una parte de los fondos repartidos entre los distintos personajes militares y políticos que decidieron la rendicion de Cádiz, el total de lo distribuido pasa de cuatro millones.

Inútil es decir que este dinero salia del tesoro francés, con las sumas dadas al conde de La Bisbal, á Ballesteros y otros jefes militares españoles componian una parte de los doce millones (11.877,781 francos) puestos á cuenta de Fernando y de la regencia, de que hemos hablado en una de las anteriores notas. Sobre esto decia el general Foy en la sesion del 2 de mayo de 1825: «Es inexacto decir que estos doce millones han sido dados al rey de España, á la regencia ó á las autoridades españolas, pues fueron á parar á distintas personas que los recibieron por vias directas y para servir como medio de corrupcion (*Un rumor en el centro. Interrupcion.*)

En la izquierda: Silencio; Escuchad!

El general Foy: Sí señores; parte de este dinero fué dado á algunos miembros de las córtes y tambien se hizo esto con intervencion del señor Ouvrard (*Gran sensacion*).»

menor ultraje al rey o á su familia, toda la guarnicion lo mismo que las autoridades serian pasadas á cuchillo. Así que hubo partido el general español, el príncipe mandó emprender de nuevo todos los preparativos de ataque, y los constitucionales que desde aquella mañana habian izado bandera blanca en las murallas de Cádiz, la reemplazaron con la bandera española, haciendo sus baterías alejar á cañonazos á algunos buques de la escuadra, que se habian acercado á la plaza, al saber la sumision de las cortes. Este cambio de disposiciones provenia de un levantamiento de los batallones de milicianos que de Madrid, de Sevilla y de todas las ciudades intermedias, habian seguido á las cortes á la isla de Leon.

Estos batallones, compuestos de jóvenes pertenecientes á las primeras familias del reino, de empleados y comerciantes, soldados voluntarios que habian abandonado á sus padres, empleos y negocios para consagrarse á la defensa de la revolucion, habian sido alejados de la ciudad, desde que los jefes del ejército y del gobierno pensaron en negociar, y colocados en los puestos avanzados, por desconfianza y temor de su suspicaz entusiasmo. La precaucion fué vana, pues advertidos en la mañana del 29 de lo sucedido la víspera, se reunen, se ponen de acuerdo, entran en Cádiz y declaran que decididos como estén á no entregarse sin condiciones, á merced de los franceses y de los serviles, se opondrán á la marcha del rey mientras formales promesas no les pongan á cubierto, á ellos y á sus familias, de la venganza de sus adversarios. Este tumulto fué causa de la sumision del general Álava, y mientras este se hallaba en el campamento enemigo, aumentó mas aun la exaltacion de los ánimos al propalarse el rumor de los tratos que habian decidido la sumision; los gritos de ¡estamos vendidos! nos han hecho traicion! se dejaban oir en todos los grupos de milicianos, al regresar el plenipotenciario, y la respuesta de que era portador hizo llegar la exasperacion á su colmo; por momentos amenazaba estallar una rebelion abierta seguida de incalculables escesos, cuando se suplicó al rey que satisfaciera las justas reclamaciones de la milicia; Fernando no vaciló en contraer nuevos compromisos que debian convertirse en un nuevo perjuicio, y aquel rey, cuya principal ocupacion desde el principio del sitio consistia en entregar al capricho de los vientos, gigantescos cometas de todos colores, firmó la declaracion que se le pedia, con la misma facilidad que firmaba todos los actos y todos los decretos sometidos á su aprobacion; esta declaracion estaba concebida en estos términos:

«El primer deber de un soberano es hacer la felicidad de sus súbditos, y como esta felicidad es incompatible con la incertidumbre del porvenir, me apresuro á calmar las inquietudes y temores á que podria dar lugar el restablecimiento del despotismo y los odios de partido. He resuelto partir mañana, pero antes quiero hacer públicos los sentimientos de mi corazon por medio de la siguiente declaracion:

»1.° De mi libre y espontánea voluntad declaro y prometo por la fé de mi real palabra, que si fuese absolutamente necesario modificar las actuales instituciones políticas de la monarquía, adoptaré un gobierno que garantice las personas, las propiedades y la libertad civil de los españoles.

»2.° Prometo olvido general, completo y absoluto de todo cuanto ha sucedido, sin escepcion alguna, pues tal es el ferviente deseo de mi paternal corazon.

»3.° Prometo que cualesquiera que sean las modificaciones que puedan hacerse, serán reconocidas todas las deudas contraidas por el gobierno actual.

»4.° Prometo que todos los generales, oficiales y subalternos del ejército que han defendido hasta ahora el sistema, conservarán sus grados, sueldos y honores, del mismo modo que los empleados civiles, militares y eclesiásticos. Los que no podrán ser mantenidos en sus empleos recibirán el sueldo.

»5.° Prometo á los milicianos de Madrid, Sevilla, etc., los cuales no tienen necesidad alguna de permanecer armados, que pueden volver á sus hogares sin temor de ser molestados por su conducta ni por sus anteriores opiniones; los milicianos que necesiten medios para su camino, los obtendrán como las tropas de línea.

»Cádiz 30 de setiembre de 1823.

YO, EL REY.»

Esta declaracion, leida y fijada en todos los sitios públicos, tranquilizó á los milicianos; el pabellon blanco volvió á izarse en las murallas; la noche se pasó con el mayor sosiego, y el dia siguiente 1.° de octubre, á las once de la mañana, Fernando, la reina y los demas miembros de su familia se embarcaron en una chalupa llevando la bandera real española, y cuyo timon empuñaba el almirante Valdés. Fernando llamó la víspera á uno de sus antiguos ministros, señor Yandiola, y al general Quiroga, llegado de Inglaterra hacia pocos dias y que desempeñaba las funciones de su ayudante de campo, pidiéndoles que le acompañasen al Puerto de Santa María, á fin de que efectuado el desembarco, le ayudasen con sus consejos y servicios; los dos, prevenidos de antemano por un secreto aviso, se limitaron á contestar que lo pensarian, y aquella misma noche se pusieron en salvo. El general Álava acompañaba al rey con el almirante Valdés, y se mantenia en pié cerca de Fernando; el primero habia servido de intermediario entre el rey y el cuartel general, y el segundo habia librado á Fernando y á su familia, durante la última noche y aun aquella misma mañana, de la exasperacion de una parte del pueblo y de la milicia, que dudando justamente de la sinceridad del manifiesto que hemos reproducido, queria oponerse de nuevo á la marcha del rey; las disposiciones y las órdenes de Valdés habian frustrado este movimiento. A medida que la barca real se acercaba al muelle en que debia abordar, los franceses y los españoles reunidos en aquel punto podian distinguir las muestras y gestos de afabilidad y afeccion prodigados por Fernando á Valdés y á Álava; dábales gracias por los servicios que le habian prestado y les rogaba que desembarcasen con el: «Necesito, les decia consejeros virtuosos é ilustrados; ¿donde podré hallarlos mejores que vosotros y mas dignos de mi aprecio y confianza? Venid, no me abandoneis!» El general Álava y el almirante se inclinaban sin proferir una palabra. «Aquellos dos ilustres españoles llamaban vivamente nuestra atencion, ha dicho un testigo ocular; todas las miradas se fijaban en ellos con interés y todos se ocupaban de la suerte que les estaba reservada; creíase que el uno iba á ser saludado por el rey con el título de gran almirante de España, y el otro con el de capitan general; mas apenas estuvo amarrada la embarcacion real, S. M. echó á Valdés una mirada en la cual leyó el almirante su sentencia de muerte, así es que se apresuró á virar de bordo y sin saludar á S. M. ni despedirse de nadie, se alejó con Álava á fuerza de remos. Valdés podia aspirar á otro premio por los servicios que habia prestado al rey (1).

El duque de Angulema se adelantó y dobló la rodilla ante su augusto pariente, quien se arrojó en sus brazos, tendiendo en seguida la mano á una multitud de personas que se precipitaron á besarla. Entre los que mas se apresuraron para conseguir este favor se hallaba Ballesteros, el cual, habiendo venido al Puerto de Santa María para ayudar con sus consejos á nuestros generales en el sitio de Cádiz, esperaba recibir de Fernando una acogida proporcionada á los servicios que con su defeccion le habia prestado. El odio del rey por todos los hombres que habian sido adictos al sistema, ocupó esta vez el lugar de la justicia: al divisar á Ballesteros, su rostro tomó la espresion de un profundo desprecio, y volviendo la cabeza le hizo con la mano señal de que se alejara: aquella misma tarde recibió aquel general la órden de retirarse á su acantonamiento. El generalísimo condujo á Fernando hasta la puerta del alojamiento que se le habia preparado, dejando en seguida libre el puerto á una multitud de hombres y mujeres que desde el muelle seguian ó rodeaban el cortejo gritando: «¡Viva el rey! viva la religion! muera la nacion! mueran los negros!» Este gentío, compuesto de soldados, frailes y hombres del pueblo, agitando banderas, blandiendo fusiles y puñales, obligó á Fernando á salir al balcon de la casa en que acababa de entrar: á su vista un verdadero frenesí se apoderó de la muchedumbre; los gritos redoblaron con furor; las banderas, los fusiles y los puñales fueron blandidos con nueva fuerza; en vano quiso Fernando pronunciar algunas palabras: millares de voces sofocaban la suya, hasta que impaciente por sentarse en el banquete que le esperaba, renunció á hablar, y acercando varias veces sus dedos á su boca abierta, dió á comprender á sus súbditos que tenia necesidad de comer. esta pantomima del monarca es acogida con trasportes de entusiasmo y Fernando pudo finalmente retirarse.

Dos horas despues recibió la visita del duque de Angulema, el cual para llegar hasta el rey debió atravesar una compacta multitud fanatizada, que continuando en sus gritos y aclamaciones rodeaba aun la casa real. El objeto del duque en esta visita, era renovar de viva voz las instancias contenidas en todas sus cartas para la publicacion de una amnistía y la convocacion de las antiguas cortes; en vano fué que invocase la necesidad política, el deseo de las potencias y las promesas que el mismo gobierno francés habia hecho al principio y durante toda la cam-

(1) *Memorias de G. J. Ouvrard*, tomo II.—Un oficial de artillería mezclado en el grupo reunido al rededor del duque de Angulema, nos ha referido que cuando Fernando arrojó al almirante Valdés y al general Álava la *mirada de muerte* de que habla M. Ouvrard, el rey al verles huir á fuerza de remos, no pudo retener esta esclamacion: «Ah, bribones! suerte habeis tenido en escaparos!»

paña: «El príncipe salió de esta conferencia, dice el testigo que hemos ya citado, con un descontento muy visible; púdose comprender fácilmente que su alta prudencia no había conseguido dominar las pasiones de Fernando, y que el rey, creyendo ver el voto nacional y un fuerte apoyo del trono en los clamores del populacho, rechazaba toda idea de instituciones. Estos vaticinios se realizaron en breve con estas palabras de S. A. R.: «Señores, mañana partimos, pues nada nos queda que hacer; al hablar de instituciones, se me contestaba: Oís los vivas? (1)»

Aquella misma noche, cuando en las esquinas de Cádiz se hallaba fijada aun la declaracion que hemos copiado, se publicaba y fijábase á su vez en todas las calles del Puerto de Santa María el siguiente decreto:

«Los escandalosos escesos que precedieron, acompañaron y siguieron el establecimiento de la constitucion democrática en Cádiz, son sabidos de todos mis súbditos.

»La traicion mas criminal, la mas vergonzosa vileza, el mas horrible atentado contra mi real persona, y la violencia, tales fueron los medios empleados para cambiar el gobierno paternal de mi reinado en un código democrático, orígen fecundo de desgracias y desórdenes.

»Acostumbrados mis súbditos á vivir bajo las sabias y moderadas leyes tan conformes á sus usos y costumbres y que por tantos siglos habian hecho la felicidad de sus antepasados, dieron en breve públicas y universales pruebas de la desaprobacion y desprecio que les merecía el nuevo régimen constitucional. Todas las clases del estado se resintieron profundamente del mal causado por las nuevas instituciones; un clamor general se elevó por todas partes contra la tiranía constitucional; el grito universal de la nacion no ha sido estéril.

»La Europa entera que no ignoraba mi cautividad, la de toda mi familia, la deplorable situacion de mis fieles y leales súbditos y las perniciosas máximas que esparcian los agentes españoles, resolvió poner fin á un estado de cosas que causaba universal escándalo y que tendia á la destruccion de todos los tronos y de todas las antiguas instituciones, para reemplazarlas con la irreligion y la inmoralidad.

»Encargada la Francia de tan santa empresa, ha triunfado en poco tiempo de todos los rebeldes del mundo, reunidos por desgracia de la España, en el suelo clásico de la fidelidad y del honor, librándome de la esclavitud en que gemia.

»Restablecido en el trono de San Fernando por la justa mano del Todopoderoso, por las generosas resoluciones de mis nobles aliados y por la decision de mi augusto y muy amado primo el duque de Angulema, y de su valiente ejército; deseando aplicar remedio á las necesidades mas urgentes de mis pueblos, y manifestar á todos mi verdadera voluntad, en el primer momento en que he recobrado la libertad, doy el siguiente decreto:

»Art. 1.°—Son nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno, llamado constitucional, de cualquier clase y especie que sean, sistema que ha dominado en mi pueblo desde 7 de marzo de 1820 hasta hoy 1.° de octubre de 1823, declarando, como declaro, que durante todo este tiempo he sido privado de mi libertad, obligado á sancionar las leyes y á espedir las órdenes, decretos y reglamentos que redactaba y publicaba el mismo gobierno contra mi voluntad.

Art. 2.°—Apruebo cuanto ha sido decretado y ordenado por la junta provisional y por la regencia, creadas, la una en Oyarzun en 7 de abril y la otra en Madrid en 26 de mayo del presente año.

»Puerto de Santa María, 1.° de octubre de 1823.

» YO, EL REY. »

En este decreto, Fernando se espresaba mas que como el jefe de una gran nacion que recobra su poder soberano, como el dueño arrojado de una tierra esclava á quien la fuerza restituye su derecho de absoluta propiedad y sus dominios. Sin embargo este lenguaje no era tan estraño como podia suponerse; la España formaba en 1823 una escepcion entre las naciones de la Europa occidental; las clases inferiores de su poblacion semi-africana se complacian en la inmovilidad de los pueblos de oriente, y fanáticos por el poder absoluto, orgullosos con su esclavitud, rechazaban como un ultraje á su voluntad toda institucion que tendiese á limitar los derechos del poder real; Fernando podia al menos limitarse á recobrar su poder absoluto, dando así una satisfaccion á las preocupaciones de sus súbditos, mas no lo hizo; quiso dar una nueva prueba de que una restauracion es la peor de las revoluciones. No contento con suprimir de una sola plumada tres años enteros de la vida política del pueblo español, ordenaba la ejecucion de aquellos decretos de la regencia que, en cada provincia, en cada ciudad, entregaban á la miseria, al destierro ó á la muerte á una multitud de familias, á millares de ciudadanos, sobre quienes los serviles tenian que vengar su prolongada impotencia y sus derrotas. Restablecimiento de los jesuitas y de todas las órdenes religiosas; anulacion de todas las ventas de bienes nacionales hechas por el gobierno, de todos los tratados diplomáticos concluidos de tres años á esta parte, de todos los empréstitos contraidos tanto en España como en el estranjero, empréstitos de que Fernando y los suyos se habian personalmente aprovechado; destitucion de todos los empleados que hubiesen entrado ó permanecido en funciones desde 1820; formacion de causa por un consejo de guerra á los comandantes y oficiales de las milicias de Madrid y Sevilla retirados en Cadiz; formacion de causa como criminales de lesa majestad á todos los miembros del gobierno y á todos los representantes en las cortes que tomaron parte en la suspension de los poderes del rey; ejecucion de todas las sentencias por causas políticas pronunciadas desde 1814 á 1820, tal era el resultado de la sancion dada por Fernando á los decretos de la regencia. Un solo acto de aquel rey puede caracterizar inmediatamente el régimen en que nuestra intervencion precipitaba á la desgraciada España; el fraile D. Víctor Saez recibió, con el título de primer ministro, el de confesor del rey.

La voluntaria disolucion de las cortes y la caida de Cádiz llevaban consigo la sumision de las partes del territorio y de las plazas en que flotaba aun la bandera constitucional; la lucha no tenia ya objeto y carecia de base; la revolucion habia quedado vencida con la persona de sus representantes. Pamplona habia capitulado el 27 de setiembre, tres dias antes de Cádiz; Badajoz y Ciudad Rodrigo, al oeste del reino; Cartagena y Alicante al mediodía. Tarragona y toda Cataluña al este, eran los únicos puestos de que no eran aun dueños nuestras tropas. La defensa de Cataluña fué un episodio aparte en esta guerra; en aquella provincia encontraron nuestros generales y soldados adversarios dignos de ellos. Confiado al general Mina, á quien secundaban los generales Milans, Llobera, Rotten, Torrijos y el brigadier Zorraquin, jefe de estado mayor general, la defensa de aquella provincia fué sostenida con un gran de talento militar, con una energía y tenacidad inesperadas. El mariscal Moncey entró en aquel principado el dia 18 de abril al frente del 4.° cuerpo (1); jefe activo y prudente, cuidadoso de sus tropas y no fiando nada á la casualidad, no llegó delante de Barcelona, que tuvo que contentarse con bloquear hasta el mes de agosto; su marcha no fué señalada por batalla alguna, pero sí por muchos pequeños combates y escaramuzas en que los españoles de ambos partidos no se daban cuartel. Los constitucionales evitaban el chocar con nuestros soldados, y el objeto habitual de sus ataques eran las bandas de la fé, que nos servian de ausiliares, sobre las cuales vengaban la invasion del suelo patrio; allí donde podian dar con ellas, las aniquilaban. Mina, á quien los hábitos contraidos durante su carrera militar hacian inhábil para la guerra metódica, habia diseminado sus tropas en todos los puntos de la provincia, principalmente en las plazas fuertes, y se encontraba en todas partes y en ninguna, ya en Olot, ya en Gerona, hoy delante de Manresa, mañana delante de Vich y Cataluña entera era un campo de operaciones. Siempre en movimiento con pequeñas colunas de dos, tres ó cuatro mil hombres, al frente de los cuales se le veia marchar muchas veces con un fusil al hombro, recorria la provincia en todos sentidos, inquietando nuestras divisiones, atacando sus flancos, interceptando sus convoyes y comunicaciones, yendo de una plaza á otra, proveyéndolas y dejando en ellas sus columnas fatigadas, llevando consigo sus guarniciones, y con aquellas tropas siempre nuevas y siempre descansadas, emprendia las mas aventuradas empresas y las marchas mas abreviadas. Con su audacia logró por distintas veces infundir nuevas inquietudes en nuestros departamentos fronterizos. Entre otras ocasiones, el dia 8 de junio, cuando los partes de nuestros generales lo representaban cercado en un punto de la baja Cataluña, se presenta de repente en otro estremo de la provincia, en Seo de Urgel, cuya guarnicion releva; deja allí sus heridos, sus bagajes, los víveres que ha recogido y las contribuciones que ha impuesto, y penetra en seguida en la Cerdaña francesa. A la primera noticia de su aparicion, suena el toque de rebato en todos los pueblos limítrofes; las autoridades civiles y militares de las ciudades convocan á toda prisa á los guardias nacionales y á las tropas, y las conducen al encuentro de aquel infatigable adversario que, segun se decia, queria revolucionar los departamentos de los Pirineos Orientales y del Ariego; Mina no los aguarda; despues de comprar á nuestros compatriotas víveres que pagó al contado, se dirige sobre Figueras para hacer levantar el bloqueo y proveer á la guarnicion; esta escursion le costó uno de sus mas bravos é inteligentes oficiales, el brigadier

(1) *Memorias de G. J. Ouvrard*, tomo II.

(1) Véase en el cap. anterior la composicion y fuerza de este cuerpo de ejército.

Forraquin, jefe de su estado mayor general, el cual fué herido mortalmente el 26 de mayo delante de la plaza de Vich. El empleo que dejaba vacante la muerte de este brigadier fué confiado un mes mas tarde al coronel Evaristo San Miguel, llegado de Andalucía para tomar una parte activa en la lucha: el ex-ministro estuvo à punto de tener igual muerte que su predecesor; salido de Tarragona el 27 de setiembre con objeto de hacer levantar el bloqueo y proveer algunas plazas de la alta Cataluña, fué detenido en su marcha cerca de Lérida, por la division Pecheux, la cual estando disponible à consecuencia de la rendicion de Pamplona, iba à reforzar el 1.° cuerpo; entonces San Miguel encerró su infantería en Lérida y se quedó recorriendo el pais al frente de setecientos ú ochocientos caballos; atacado el 8 de octubre, nueve dias despues de la rendicion de Cadiz, por la brigada de caballería Chastelux, intentó en vano resistir al choque de nuestros soldados y cayó en una carga atravesado de muchos lanzazos siendo recogido del campo de batalla medio muerto y hecho prisionero. Algunas semanas antes en otra estremidad de la misma provincia uno de los batallones de refugiados estranjeros, desorganizados en tiempo del mando de aquel ministro, fue destruido, y sus restos hechos prisioneros con las siguientes circunstancias.

Este batallon se componia de ciento cincuenta à ciento setenta franceses, divididos en dos compañías de infantería y un peloton de lanceros, y de una tercera compañía de infantería formada por ochenta piamonteses, casi todos antiguos oficiales. Encerrados en Barcelona cuando el ataque de esta plaza, aquellos estranjeros eran para Mina un embarazo y al mismo tiempo un motivo de inquietud. La situacion general del partido constitucional en los primeros dias de setiembre, dejaba presentar el próximo fin de la lucha; arrastrada en la derrota del resto de España, Barcelona se veria obligada à capitular; ahora bien, abrir las puertas de esta ciudad à nuestras tropas, hallándose dentro de sus muros los refugiados franceses, era entregar à estos à una muerte cierta; por otra parte la exaltacion de ciertos cuerpos de la guarnicion, el fanatismo político que animaba al batallon de los voluntarios de la constitucion y al de los aduaneros ó resguardo, entre otros, hacian temer à Mina que, apoyados por el batallon estranjero y por los habitantes mas enérgicos y comprometidos, opusiesen aquellos dos cuerpos una viva resistencia à toda capitulacion. Preveyendo este acontecimiento, resolvió Mina alejar de Barcelona à los refugiados, à los voluntarios de la constitucion y à los aduaneros, à cuyo efecto les designó para formar una coluna espedicionaria destinada à reforzar la guarnicion de Figueras, fortaleza poco distante de la frontera francesa y que por su vecindad con los Pirineos, podia ofrecer à nuestros nacionales una ocasion de dispersarse por aquella cordillera y procurarse su salvacion. Organizóse la coluna, y el 10 de setiembre salió de Barcelona à bordo de algunos buques menores, los cuales costeando siempre, la desembarcaron al pequeño puerto de Mongat; su fuerza se elevaba à mil setecientos hombres de infantería y à cincuenta caballos bajo el mando del brigadier Fernandez; adelantóse primeramente en la direccion de Arbucias, y despues de dejar à su derecha Hostalrich, entonces bloqueado por nuestras tropas, pasó Monseny durante la noche, dejó Vich à un lado, atravesó sucesivamente Manlleu y Olot y llegó el 15 por la mañana à Besalú, donde descansó algunas horas; à medio dia emprende la coluna de nuevo la marcha sobre Figueras; mas apenas habia andado una legua, cuando se presentan cuatrocientos hombres de tropas francesas, vanguardia de un cuerpo mas numeroso, y les impiden el paso (1); nuestros soldados atacados con inaudito vigor son rechazados y vivamente perseguidos; un comandante, el marqués de Eyragues, cae sin vida y no se detienen hasta haberse reunido con el cuerpo principal, acantonado entonces en el pueblo de Lladó, fuerte posicion que protege un profundo torrente. Este obstáculo no detiene à la coluna española; sube con impavidez à la altura ocupada por nuestras tropas y se esfuerza en apoderarse de la poblacion; sus ataques se multiplican, un ardor desesperado lleva à los lanceros hasta cerca del general Maringoné, mas todos sus esfuerzos se frustran ante la firmeza de nuestros soldados; al cabo de algunas horas, los constitucionales suspenden la lucha y las dos tropas acampan cada una en una parte del torrente. La coluna española y el batallon estranjero sobre todo habian tenido considerables pérdidas; de los ocho oficiales que mandaban las dos compañías francesas y los lanceros, cuatro habian muerto, lo mismo que la mitad de los subalternos, y todos los lanceros habian sido muertos ó hechos prisioneros.

(1) El general Maringoné, jefe de una brigada de la division de Damas, era el mariscal de campo que estaba à las órdenes de Canuel en Lyon, cuando las ficticias conspiraciones que ensangrentaron el departamento del Ródano en 1817.

El encuentro del cuerpo francés, que se habia opuesto al paso de los constitucionales, nada tenia de fortuito; cuando el mariscal Moncey supo la salida de la coluna espedicionaria y su desembarco, envió en su persecucion al general Nicolás con mil quinientos hombres, sacados de las tropas del bloqueo, dos batallones y un destacamento de caballería procedentes de Gerona, encargándole al mismo tiempo que trasmitiera al general Damas, cuya division ocupaba la alta Cataluña, la órden de salir al encuentro de los constitucionales, que de este modo se hallarian colocados entre dos fuegos. El general Nicolás siguió constantemente las huellas de los españoles, y advertidos estos de su aproximacion en la misma noche del 15 levantaron su campo al despuntar el dia y dejando sus heridos en el pueblo de San Martin de Sasseras, maniobran de modo que rodeando las fuerzas que la víspera les habian cerrado el paso, llegan à Figueras por distinto camino. El general Maringoné penetró este designio, asi fué que cuando despues de un radio de cuatro leguas, el brigadier Fernandez entró en el pueblo de Llers, encontró en él las mismas fuerzas que habia combatido en Lladó; llegados antes que la coluna española siguiendo la cuerda del arco de círculo descrito por esta, los franceses pudieron elegir su posicion y aprovecharse de las disposiciones del terreno para establecerse y hacerse fuertes en un lugar que debia forzosamente atravesar el brigadier Fernandez; avanza este en efecto contra la nueva barrera que se le opone, mas recibidos por un doble fuego por su frente y por su flanco que causa en sus filas terribles estragos, estenuados por seis dias de una marcha casi sin reposo, desalentados por la derrota de la víspera, sus soldados se dispersan, cunde el desórden entre ellos y en breve no obedecen à sus voces de mando; la pérdida de los españoles en aquel momento se elevaba à una tercera parte ó à la mitad de los soldados salidos de Barcelona, es decir, à cerca de ochocientos hombres; su jefe consiente entonces en escuchar las proposiciones del general Maringoné, mas los refugiados se niegan à rendir las armas y declaran que antes de entregarse, se harán matar hasta el último. En aquel momento llegaba el baron de Damas al teatro de la lucha y se le manifiesta la causa de esta resistencia, y aunque le era muy fácil triunfar de ella, promete la vida à los refugiados deseoso de evitar un inutil derramamiento de sangre (1). Los españoles se rindieron como prisioneros de guerra; muchos franceses se libraron dandose la muerte, de las persecuciones que les esperaban en la otra parte de los Pirineos, y los demás en número de ciento seis fueron reducidos à prision (2).

(1) El baron de Damas estaba retenido à muchas leguas de sus acantonamientos por una enfermedad del estógamo cuando las órdenes del general Moncey llegaron à su division, el general Maringoné, que tenia el mando en su ausencia, fué el encargado de ejecutarlas, y à pesar de la diligencia que desplegó M. de Damas para reunirse con su cuerpo, no pudo llegar hasta el segundo dia, cuando la lucha estaba por decirlo así terminada; pero como era gran señor y muy bien querido en la corte, su subordinado le abandonó todo el honor de esta pequeña espedicion, atribuyéndole en sus comisiones y partes el papel que él mismo habia desempeñado. No quedó sin recompensa esta abnegacion; el baron de Damas, como diremos mas adelante, fué nombrado ministro de la guerra en 17 de octubre, y poco despues el mariscal de campo Maringoné fué ascendido à teniente general.

(2) El artículo 3 de la capitulacion concluida el 16 de setiembre en el campo de batalla de Llers, entre los jefes de ambas divisiones, decia

«Todos los estranjeros que forman parte de las tropas constitucionales serán tratados segun sus grados, del mismo modo que los demás prisioneros del ejército constitucional. En cuanto à los estranjeros que sean franceses, el teniente general se obliga à solicitar vivamente *su gracia*, y se promete obtenerla.»

En la comunicacion dirigida el 18 de setiembre por el mariscal Moncey al ministro de la guerra se leia: «No esperimentando dificultad sino por los desertores que formaban parte de la coluna enemiga, el general à fin de evitar una nueva efusion de sangre, ha creido deber prometerles *que sus vidas serian respetadas.*»

Finalmente ocho meses despues el 6 de mayo de 1824 el coronel Fernandez que se hallaba en Tolosa declaró, «que no se habia separado de los refugiados hasta haber obtenido del general francés la formal promesa de que en el caso de que corriesen peligro de ser encausados, se les librarian pasaportes para salir del reino.»

A pesar de estas promesas los franceses presos en Llers fueron pasados por consejo de guerra por órden del duque de Bellune. Ochenta y seis que pertenecian al ejército fueron condenados à muerte, mas por su dicha, ya no era ministro el duque de Bellune, y el baron de Damas que lo habia reemplazado hizo que se conmutara aquella pena en la de trabajos forzados perpetuos ó temporales para unos y en otras menores para los demas.

Tres acusados, el teniente Carrel, el teniente Bride y el sargento mayor Bazin no pertenecian ya al ejército; así es que el consejo de guerra se declaró incompetente para juzgarles; esta decision no fué anulada en sentencia de auto, mas por órden de M. de Peroynnet el procurador general en el tribunal de casacion solicitó y obtuvo su derogacion. Juzgados por segunda vez por el consejo de guerra de Perpiñan, los tres acusados fueron condenados à muerte, mas habiendo sido revocada esta sentencia

La prolongada resistencia de Cataluña, el valor de las tropas, el patriotismo y energía de los generales que la defendieron, salvaron la reputacion de las armas españolas en esta triste guerra; puédese decir que en aquella provincia se refugió el honor militar de la nacion; ninguna transaccion vergonzosa manchó el carácter de los jefes; soldados y oficiales, todos cumplieron su deber así en los campos de batalla como en las guarniciones; la ocupacion de cada fortaleza fué comprada á costa de esfuerzos y de sacrificios que honraban á los sitiados tanto como á los sitiadores. Lérida no se rindió hasta tres semanas despues de Cadiz, el 18 de octubre; la Seo de Urgel el 21. Una carta escrita por uno de nuestros oficiales á un periódico realista del mediodía traza en estos términos el cuadro de esta última plaza despues de su capitulacion: «La ciudadela está destruida casi enteramente, nuestra artillería ha hecho incalculables estragos; las piezas de los sitiados están casi todas desmontadas, y por todas partes se distinguen las señales del bombardeo; todo está teñido de sangre; aquí se encuentra una mano, allí un muslo, ú otros miembros humanos; es imposible pintaros el horroroso aspecto de la plaza; parece un campo de batalla cubierto de cadáveres; todos los parapetos han sido derribados, todos los almacenes convertidos en escombros; ni resto ha quedado de las habitaciones del estado mayor, así es que nuestros oficiales y soldados no tienen techado para ponerse á cubierto. Sin verlo, no se puede concebir el estado en que ha puesto á esta fortaleza la obstinacion de su gobernador, el brigadier Vigo.» Nueve dias despues, el 1.º de noviembre, trascurrido un mes de la salida de Fernando de Cádiz, una capitulacion nos abria las puertas de Barcelona, Hostalrich y Tarragona (1), el 5 tomaban nuestras tropas posesion de Cartagena, y el 12 entraban en Alicante, la última plaza que se rindió.

Mientras los generales y la mayor parte de los oficiales pertenecientes á las guarniciones de estas diferentes plazas, huyendo de la venganza de Fernando y de sus nuevas autoridades, marchaban á Francia, donde les habian precedido La Bisbal, Ballesteros y Morillo; mientras solicitaban en vano de nuestros ministros el cumplimiento de las promesas mediante las cuales se habian sometido, y se lamentaban de una miseria que contrastaba con la opulenta existencia de los tres jefes militares que acabamos de nombrar, el jóven intrépido general, cuyo nombre estaba identificado con los acontecimientos de los tres últimos años, espiaba en Madrid su fidelidad y entusiasmo por los principios políticos que acababan de sucumbir (2).

Riego fué conducido el 17 á Andujar por nuestros soldados; hacia un año que habia entrado en aquella ciudad como triunfador celebrándose su permanencia en ella con fiestas, bailes, iluminaciones y con la solemne entrega de un magnífico sable de honor. Tambien la multitud llenaba esta vez las calles; mas en vez de vivas y aplausos, el prisionero no recibió mas que injurias é insultos, escuchando únicamente amenazas de asesinarle si nuestras tropas intentaban sustraerle á la justicia del rey. Entregado á las autoridades españolas, como ya hemos dicho, fué enviado á Madrid, acompañado de una fuerte escolta, de la cual se hubiera librado, si esta por la rapidez de su marcha no hubiese penetrado los cálculos de un amigo del primero, del general el Empecinado, que atravesó para salvarle una distancia de mas de sesenta leguas. El dia 2 de octubre Riego á quien no habian cesado de perseguir durante su camino los gritos de «¡viva el rey absoluto!» «¡muera el traidor!» entró en Madrid viéndose al momento asaltado por un frenético populacho que queria arrancarle á la escolta para despedazarle, y que no se retiró hasta mucho tiempo despues de haberse cerrado detrás del infeliz la puerta de su nueva prision. Encausado por el tribunal de los alcaldes de corte, no como militar, sino á título de miembro de las córtes, y acusado de haber participado en la deliberacion en que se decidió la suspension de los poderes del rey (1), compareció ante aquel tribunal el 27 de octubre. La sala de audiencia estaba atestada de realistas de todas clases; el fiscal en su acusacion, no se contentó con pedir la pena de muerte y la confiscacion de bienes; pidió que la cabeza del condenado fuese separada del tronco y llevada á Las Cabezas de San Juan, y que dividido el cuerpo en cuatro partes fuesen espuestas en Sevilla, en la isla de Leon, en Málaga y en Madrid. Los gritos de «¡muera el infame!» «¡muera el traidor Riego!» acogieron la lectura de tan atroz dictámen, al cual el tribunal no se conformó mas que en parte; Riego, declarado culpable en virtud de los decretos dados por la regencia y confirmados por Fernando, fué condenado á muerte en la horca, y á la perdida de todos sus bienes. Puesto en capilla, el 5 de noviembre, en compañía de dos frailes encargados de prepararle para la muerte, fue conducido á la plaza de la Cebada, lugar destinado para la ejecucion, el dia 7 despues de dos dias y dos noches consagradas á piadosas exhortaciones sobre el suplicio que le esperaba. El fúnebre cortejo se componia de un piquete de caballería española, de los empleados de la carcel, y de un gran crucifijo; venia luego un asno arrastrando una estera sobre la cual Riego, vestido con una especie de túnica ceñida á su cuerpo por medio de una cuerda, estaba medio tendido, atadado de piés y manos; al rededor y detrás del condenado iban algunos sacerdotes y frailes recitando oraciones, y cerraba la marcha un segundo piquete de caballería española. Las calles que recorrió el cortigo, lo mismo que las ventanas y balcones de los casas, estaban atestadas de espectadores, entre los cuales reinaba un profundo silencio. Llegado á la plaza de la Cebada, al pié de una horca de desmesurada altura, el infortunado general fué levantado de la estera y entregado al verdugo, el cual despues de pasar al rededor de su cuello el fatal nudo, saltó sobre sus espaldas mientras que dos de sus ayudantes le tiraban de los piés. A este espectáculo la multitud dió por dos veces el grito de «¡viva el rey!» Acercose un hombre y dió algunos golpes en el cuerpo, que permaneció suspendido en la horca mientras duró el dia, siendo luego entregado á una caritativa hermandad que se encargó de darle sepultura.

Seis dias despues, el 13 de noviembre, entraba Fernando en Madrid en un carro triunfal de forma antigua, de veinte y cinco piés de alto y tirado por cien hombres vestidos uniformemente con chaquetas y pantalones verdes y de color de rosa; precedian y seguian al gigantesco carro numerosos grupos de bailarines con brillantes trajes, entregándose á demostraciones de un frenético entusiasmo; una lluvia de flores caia de todos los balcones; gritos de alegría salian de todas las bocas, y revistas, bailes públicos, corridas de toros é iluminaciones prolongaron durante muchos dias el gozo de aquella jornada.

Tres semanas habian pasado cuando con otras fiestas se celebraba, el 7 de diciembre en París, el regreso de nuestros ejércitos y su jefe. Una solemne entrada del príncipe, que al frente de una parte de las tropas de la espedicion, desfiló debajo de arcos triunfales adornados con coronas de laurel, de banderas, de trofeos militares y de emblemas alusivas á los principales episodios de la campaña; suntuosos banquetes, brillantes fuegos artificiales, espectáculos guerreros, una abundante distribucion de dignidades, grados, títulos y cordones, tres promociones de mariscales, muchos nombramientos de mariscales de campo y de tenientes generales; ascensos en profusion en todas las filas del ejército, y mejor que todos estos favores una amnistía general para todos los desertores de tierra y de mar, solemnizaron el facil triunfo de nuestras armas. El entusiasmo se manifestó en proporcion inversa de la duracion y peligros de la guerra, tanto, que algunas semanas no bastaron para los trasportes de esta alegría oficial; durante muchos meses, todos los cuerpos constituidos, todas las autoridades de Paris y de los departamentos, las administraciones teatrales de las ciudades mas insignificantes, celebraron la caida de los constitucionales españoles y el triunfo de Angulema con felicitaciones, banquetes, bailes y representaciones escénicas en las que la adulacion de los firmantes, de los convidados ó empresarios

por el consejo de revision, comparecieron en julio de 1814 ante un tercer consejo de guerra, formado en Tolosa, el cual les absolvió por seis votos contra uno.

El teniente Carrel pertenecia al 29 de linea y hemos dicho ya la cooperacion que tomó este regimiento en la conspiracion de Befort: en los primeros dias de 1823 presentó su dimision, así es que cuando la entrada de nuestras tropas en España no pertenecia ya al ejército. Tambien fué preso en Llers uno de los miembros mas activos de esta conspiracion, M. Joubert; una bala le fracturó la pierna, y aprovechándose del conocimiento que tomó en la guerra italiana, se tituló piamontés. Trasportado al hospital militar de Perpiñan bajo el nombre estranjero que se habia dado, era muy facil que fuese reconocido á su salida, mas sus amigos le facilitaron los medios de evadirse.

(1) Los temores que decidieron al general Mina á alejar de Barcelona los batallones que marcharon con el coronel Fernandez á la alta Cataluña se realizaron á las primeras palabras de capitulacion. Estalló un movimiento en la ciudad que obligó á Mina á retirarse á la ciudadela, donde debió permanecer hasta el fin de las negociaciones.

(2) Las quejas de los oficiales de las guarniciones sometidas dirigidas á los generales Molitor y Guilleminot y enviadas por este al ministro de la guerra, tenian por objeto la inconsecuencia de los compromisos contraidos con ellos en nombre del duque de Angulema; se les habia prometido, decian, la conservacion de sus grados y sueldos, y se morian de hambre: estas quejas, respetuosas y tímidas en un principio, se hicieron vivas y amargas en los primeros meses de 1824. El gobierno las dejó por mucho tiempo sin contestacion, hasta que queriendo librarse de estas reclamaciones, hizo significar á los oficiales refugiados que eligieren inmediatamente entre estos tres partidos, «quedarse en Francia, volver á España ó pasar al estranjero, advirtiendo que la permanencia en Francia solo se permitiria á los que pudiesen justificar tener suficientes medios de subsistencia; á los demás les ofrecieron pasaportes, ya para regresar á su patria, ya para pasar á Inglaterra, á Bélgica ó á los Estados Unidos.»

(1) El 11 de junio en Sevilla.

se manifestaba en discursos, en odas, en cuartetas, en canciones que sus autores se apresuraban á hacer insertar en los periódicos; inspiraciones casi siempre serviles en las cuales á las alabanzas al príncipe se mezclaban indispensablemente mil anatemas contra las revoluciones, haciéndose un continuo paralelo entre la hidra de la anarquía y la marcha victoriosa del generalísimo hácia aquel estremo del continente europeo en que la fábula ha colocado las colunas de Hercules

En estas fiestas el duque de Bellune no representaba al ejército, pues habia tenido que retirarse seis semanas antes á causa de las incesantes quejas del duque de Angulema que le acusaba de un odio sistemático por el cuerpo que tenia á sus órdenes. En efecto, no existia una gran armonía entre las oficinas del ministerio de la guerra y las del estado mayor del príncipe; una celosa rivalidad dividia al mariscal y al conde Guilleminot. Si el primero creia deber vengarse del segundo por la falsa posicion y la especie de desgracia que tuvo que sufrir cuando su viaje á Bayona, tampoco podia olvidar Guilleminot que el mariscal habia ido allí para despojarle; la ejecucion de los contratos de Dubard era el objeto habitual de las discusiones, y como el duque de Angulema habia hecho suya la causa de su mayor general, de aquí el haber solicitado muchas veces, y luego exigido formalmente la destitucion del ministro; y Mr. de Villele, despues de una larga resistencia, considerando el próximo regreso del príncipe, acabó por ceder, lo cual irritó un poco al partido realista. Dócil instrumento de sus pasiones, el duque de Bellune era proclamado por los que á él pertenecian como un ministro modelo, indispensable, y llevados por su despecho hacian observar y con razon la estrañeza de ver al mariscal sacrificado por sus colegas en el mismo momento en que acababa de triunfar la espedicion que habia preparado. El generalísimo podia la cartera vacante para el conde Guilleminot, mas el recuerdo de la ordenanza de Andújar, inspirada y redactada por él, segun se decia, que tanta indignacion habia causado entre el partido realista, no permitia á los ministros consentir en ella. Sin embargo aquel militar que con tanta habilidad habia conducido la campaña, no podia quedar sin recompensa, y por otra parte era bastante difícil concederle una muestra de favor, cuando por premio de sus servicios se habia dado al mariscal una muestra de su gracia; el gabinete para satisfacer al príncipe sin irritar á los realistas dió una parte igual á los dos rivales y discurrió alejarles á ambos de la escena política, nombrando al mariscal embajador en Viena, y al general Guilleminot embajador en Constantinopla. Esta singular solucion no allanaba enteramente la dificultad, pues era preciso dar un nuevo ministro al departamento de la guerra, debiendo reunir el elegido las circunstancias de paz como el duque de Bellune, y como este, estar revestido de un alto grado en el ejército y tener unos antecedentes y opiniones que nada dejasen que desear á los monárquicos mas exigentes. Reuniéronse los ministros en consejo, consultaron el almanaque real y recorrieron la lista de los generales pertenecientes á la cámara hereditaria; sin embargo cada nombre que se pronunciaba, escitaba objeciones; este tenia antecedentes imperialistas notorios en demasía, ó se habia comprometido por sus opiniones ó votos en algunas de las leyes liberales, como lo relativo á los anticipos adoptados de 1817 á 1820, aquel afectaba doctrinas volterianas ó era conocido por su vida poco religiosa; el otro mantenia relaciones demasiado íntimas con los miembros de la oposicion ó con los ex-ministros; finalmente el nombre del baron de Damas fue pronunciado; la batalla de Llers habia dado cierta celebridad á aquel general de corte; su vida estaba pura de todo liberalismo; ademas la congregacion le contaba entre sus miembros y con su nombramiento el ministerio quedaba formado enteramente de congregantes, así es que un decreto del 19 de octubre le dió la cartera del duque de Bellune.

Mientras que la caida de la revolucion española hacia llevar una cartera á manos de un general, ex-emigrado, y cuya celebridad militar descansaba únicamente en una victoria, que otro habia conseguido en su nombre; mientras que en nuestras esferas oficiales no se veia en la destruccion del gobierno de las cortes mas que un motivo de alegría y de placeres, las clases elevada y media de España, entregadas por aquel suceso ó merced de alguna faccion implacable y sanguinaria, sufrian todos los males con que el fanatismo religioso y un frenético despotismo político pueden aplicar á un pueblo vencido. Clases enteras de ciudadanos proscritos, confiscaciones, asesinatos, tales eran en la otra parte de los Pirineos los resultados de una victoria tan estrepitosamente celebrada en nuestra nacion. Un testigo de los hechos, un actor dispuesto á la alabanza mas que á la censura, ha trazado en estos términos el cuadro que presentaba la España poco tiempo despues de la marcha del duque de Angulema. «Cuando llegué á Madrid, un triste silencio habia sucedido á las fiestas (dadas con motivo de la vuelta de Fernando); el aspecto de la ciudad era sombrío y amenazador, la desconfianza y la sospecha se habian deslizado en el seno de todas las familias; nadie se atrevia á abrir su casa ni á recibir gentes estrañas; el terror de los calabozos parecia haber pasado á los salones.—Algunos meses despues salí de la capital, y por rápida que fuese mi marcha, no dejé de presenciar el aflictivo espectáculo que ofrecian los lugares que atravesaba; fácilmente podia reconocerse que al entusiasmo con que fué saludada nuestra aparicion, habian sucedido disposiciones hostiles en los dos partidos. La mayor parte de las ciudades que hallé á mi paso estaban entregadas á los furores de la anarquía; el partido triunfante se saciaba de venganza; jamás vi pais alguno en estado tan deplorable; en las ciudades, habitaciones desiertas con señales de la devastacion y del pillaje, horcas levantadas en las plazas, cárceles atestadas de presos, una multitud andrajosa profiriendo gritos siniestros, y autoridades espectadoras ó cómplices de tantos escesos ó impotentes para reprimirlos; en las afueras, desgraciados fugitivos, campesinos sublevados, campos incultos; tal era lo que heria los ojos del viajero, tal era el resultado de una intervencion llevada á cabo para la salvacion y la tranquilidad de la España (1).»

Fatal á la España á la que imponia de nuevo el yugo de los sacerdotes y frailes (2) y entregaba á todas las miserias, á todos los desórdenes y violencias del poder absoluto, á pesar de las solemnes protestas que habian hecho, Luis XVIII en su discurso de apertura de las cámaras; las cámaras, en sus esposiciones al rey; los ministros en sus declaraciones en la tribuna y en sus comunicaciones, en favor de la libertad y de los derechos de aquella nacion; fatal á la Francia á la que dejaba odios irreconciliables en la otra parte de los Pirineos; fatal á nuestra hacienda que gravó con mas de doscientos millones (3), esta intervencion, guerra impolítica é impía bajo el punto de vista de nuestro interés nacional, y en la cual sucumbieron por el hierro, el fuego ó las enfermedades, cerca de cuatro mil de nuestros soldados, aprovechó únicamente al partido que dominaba entonces la restauracion. Es verdad que la espedicion de 1833 reconcilió al ejército con la bandera blanca: desde entonces los Borbones no tuvieron que temer su descontento ni sus conspiraciones, pero estas ventajas, beneficios de un dia, fueron compradas por aquellos príncipes, á costa de la influencia de familia y de los intereses de dinastía que sus amigos esclusivos invocaban como una justificacion insuficiente de los sacrificios impuestos á las dos naciones para la restauracion de Fernando. Por una estrañeza que hizo á nuestros ministros la mofa de la Europa, el gabinete de las Tullerías perdió todo su crédito y accion sobre el gobierno español desde el dia siguiente de la rendicion de Cádiz; el ascendiente político que por tantos títulos nos pertenecia y que tan caro habiamos pagado, pasó enteramente á

(1) Memorias de G. J. Ouvrard, tomo II

(2) Dos años y medio habian pasado despues de la rendicion de Cádiz, cuando las hogueras de la inquisicion se encendian de nuevo en España, y supo la Europa aterrorizada que el fanatismo habia profanado la religion de Cristo con otro sacrificio humano. El dia 31 de julio de 1826 un auto de fé, anunciado desde largo tiempo en las principales ciudades de la Península, llamó á Valencia á una considerable multitud de celosos católicos. El condenado era judío y su crimen la herejía; conducido entre dos grandes hileras de frailes entonando los cánticos de David, el desgraciado israelita iba revestido de un sambenito, especie de blusa cubierta de pinturas representando diablos con la cabeza hácia abajo, y llevaba en la cabeza una gran mitra de carton con llamas puntiagudas. A su lado marchaban dos dominicos que, dando al paciente el nombro de *infeliz hermano* le prometian en recompensa de su suplicio todas las felicidades de la vida eterna. Cuando el cortejo, precedido por los estandartes de Santo Domingo y de S. Ignacio de Loyola, llegó al pié de la hoguera, los dos dominicos abrazaron al israelita y uno de ellos pronunció un largo sermon; los mas devotos entre los asistentes se mantenian en las primeras filas, llevando materias inflamables, y terminado el sermon, todos rivalizaron en vigor y destreza para lanzar sobre la hoguera que acababa de ser encendida, estos unos pequeños haces de leña, aquellos bolos resinosos, otros estopas embreadas. Estas materias se amontonaron al rededor de la víctima, la cual atada fuertemente á un pilon, fijado en el centro de la hoguera tenia puesta ademas una mordaza para impedir sus gritos; esta última precaucion no pareció sin duda insuficiente, pues así que brotó la llama, los frailes, unidos á la multitud de espectadores, entonaron himnos cuyo formidable eco dominó todos los demás no cesando hasta que no quedó otra cosa que un inmenso brasero.

(3) Los gastos estraordinarios hechos en 1823 para la espedicion de España, en los servicios de los cinco ministerios de negocios estranjeros, de marina, de la guerra, del interior y de hacienda, fueron evacuados por M. de Villele cuando la presentacion del presupuesto de 1825 (sesion del 15 de abril de 1824) á 207.827.085 francos, inclusos los 27 millones pagados por el sueldo de los cuerpos realistas auxiliares y los 11.877.731 francos adelantados á la regencia de Madrid y á Fernando.—El *Diario de los Debates* del 16 de octubre de 1824, un año despues de la rendicion de Cádiz, decia «Dos personas que llegaron de España aseguran que se ve *diez veces* mas moneda de plata francesa que pesos fuertes; mas al lado de esta abundancia de nuestras piezas de 5 y de 20 francos á orillas del Tajo, se verifica otro hecho que no lisonjea tanto nuestro orgullo nacional, y es el poco progreso que hacen la pacificacion y organizacion interior de aquel reino»

las cortes absolutistas del norte, siempre espectadoras del acontecimiento; y cosa mas estraña aun, el monopolio de los mercados españoles fué abandonado à la Inglaterra, y en cambio de los sacrificios de nuestro tesoro, no pudimos obtener ni el mas insignificante tratado de comercio. No es esto todo: siete años despues Fernando se hacia un arma del poder absoluto que le habia restituido Luis XVIII para destruir en su reino, el mismo principio en que descansaba la sucesion legítima de la casa de Borbon; abolia la ley sálica quitando así á los príncipes de las diferentes ramas de su raza el derecho que con la esclusion de las hembras les aseguraba aquella antigua ley. Estos resultados escedian las previsiones de los políticos de cortos alcances que dirigian el partido religioso; únicamente atentos á los provechos presentes, no vieron en el triunfo de nuestra invasion sino un medio de continuar con mas ardor la realizacion de sus proyectos. Si el estranjero no habia invadido la Francia durante la permanencia de nuestra tropas en España, como lo anunciaran los diputados que firmaron la protesta contra la esclusion de Manuel, el pais iba á sufrir otra invasion; una espedicion militar acababa de sofocar en el interior la sola revolucion, hija de la nuestra, que habia permanecido en pié; una campaña política mas formal y enérgica que las precedentes se abria en el interior contra las libertades y derechos que la constitucion consagraba.

Al ver la audacia siempre en aumento y los incesantes progresos del partido de la congregacion, se habria podido creer que para nada necesitaba nuevas leyes políticas para decirse que habia triunfado; su intolerancia y agresiones no reconocian límites. A la supresion de la facultad de derecho de Grenoble, habia sucedido la de la escuela normal; el establecimiento quizás mas util é importante de la universidad, pues estaba destinado para formar, por medio de oposiciones entre numerosos candidatos y de difíciles ejercicios, los profesores y directores de la enseñanza nacional, cuyo acuerdo y superioridad mantenia. Dado este golpe, se procedió á purificar, segun decian, las demás instituciones consagradas á la alta enseñanza de las letras y de las ciencias; los profesores de opiniones sospechosas y á quienes no protegió la inamovilidad, fueron destituidos; si eran inamovibles se consegnia igual resultado suspendiendo ó suprimiendo sus clases. Si se trataba de un establecimiento necesario, incapaz de ser destruido, pero cuyo personal queria renovar el partido dominante en provecho de sus adictos, se buscaba el pretesto mas fútil para despedir á los alumnos junto con los profesores y se reorganizaba luego. Sabido es el espíritu que animaba á las escuelas de derecho y medicina; el cuerpo de profesores de la última, compuesto de los hombres mas eminentes en todos los ramos de la ciencia médica, se mostraba en estremo rebelde á la influencia de la congregacion, y solo porque en una distribucion de premios fue recibida con algunos silbidos la presencia de un abate, que presidia el acto, cuando era costumbre que ocupase la presidencia el decano de la escuela, fué castigado este hecho como una rebelion contra el gobierno y cerrada la escuela. Reorganizada, trascurridos tres meses, fueron destituidos doce ilustres profesores (1), lo cual fué causa de que en una discusion trabada sobre este asunto el 15 de febrero en la cámara de diputados protestase Mr. de Chauvelin contra esta medida, «que el sentimiento público, dijo, reprobaba como una violencia sin ejemplo, como un acto contrario á las leyes y á la razon, como un estravío de una delirante arbitrariedad.—Los partidos y el poder, añadió Mr. Casimiro Perier, pueden adornar la medianía con pomposos títulos, y confiar los puestos mas importantes á los que se sacrifican por un servicio; la autoridad puede improvisar ministerios y ministros; mas los hombres como los que han sido víctimas ahora, están fuera del dominio del favor y del régimen de los decretos (bravos prolongados en la izquierda). Tiempo seria ya de que los ministros comprendiesen por fin la necesidad de ponerse en guardia contra el invencible y tortuoso poder de estos retrógrados novadores que obstruyen todas las avenidas de la instruccion y vician todas las acciones del gobierno. Como decia muy bien un ministro en esta tribuna, no es la democracia la que ahora debe temerse; no es ella la que ahora aspira á invadirlo todo; lo que nos amenaza es el jesuitismo, que corre abundantemente por todos los ramos de la administracion y que acabará por devorarnos á todos.» (Murmullos en la derecha, nuevos bravos en la izquierda.)

A estas quejas y cargos contestaban los ministros introduciendo mayor número de eclesiásticos en las funciones universitarias; dando al abate Clausel de Coussergues, hermano del diputado del mismo nombre, la plaza que dejó vacante en el consejo de la universidad la dimision de Mr. Silvestre de Sacy, sabio orientalista que la Europa nos envidiaba, hombre religioso y ferviente realista, mas que rechazaba toda solidaridad con aquella invasion clerical; autorizando á los prefectos, al del Aisne por ejemplo, para trasmitir á los maires del departamento y para insertar entre sus actos administrativos, recomendaciones á favor de establecimientos privados dirigidos por los obispos; persiguiendo el método de enseñanza mutua con tal violencia, que uno de sus periódicos pudo esclamar, en su número del 31 de julio: «Arrojada de los departamentos, arrojada de la capital, arrojada del ejército (1), la enseñanza mutua huye por todas partes de la toga de los hermanos de la doctrina cristiana.» Las mas altas posiciones científicas no estaban tampoco al abrigo de este universal desbordamiento del partido religioso. La muerte de Mr. Delambre habia dejado vacante la cátedra de astronomía en el colegio de Francia; en virtud de los reglamentos, el ministro invita al colegio de Francia y á la academia de ciencias para que le designen cada uno un candidato, si se le presentan dos nombres escoge, mas siendo imposible la eleccion en el caso de que la academia y el colegio estén de acuerdo sobre el mismo propuesto, el ministro sanciona siempre este doble nombramiento. En el caso presente verificóse la última circunstancia; ambos cuerpos propusieron para ocupar la cátedra vacante á Mr. Mathieu (de Saone-et-Loire), uno de los astrónomos mas eminentes, encargado de la clase hacia muchos años, y designado ya por Mr. Delambre como sucesor suyo. Desgraciadamente para él, la congregacion tenia tambien su candidato, Mr. Binet, perteneciente a aquella numerosa clase de sabios que buscan su fortuna en la intriga mas que en la ciencia, mas en la proteccion de gentes poderosas que en la estimacion de sus iguales. Por una rara casualidad, Mr. Mathieu habia reunido en el colegio la unanimidad de votos, y en la academia, cincuenta bolas blancas entre cincuenta y un votantes (2); él era el presentado por ambas corporaciones, y á pesar de esto fué nombrado Mr. Binet.

Hasta aquel momento las destituciones de profesores y las supresiones de clases en las facultades no habian atacado mas que á los profesores cuya celebridad no se estendia mas allá del círculo de la Universidad ó del de sus amigos letrados, mas vino el dia en que dos hombres que poseian muchos y diversos títulos á una gran celebridad política, y á quienes su pasado debia garantir contra toda violencia, MM. Royer-Collard y Guizot, cayeron á su vez en desgracia. Nadie ignora el ardor con que abrazó Mr. Guizot la causa de los Borbones; secretario del abate de Montesquiou en 1814; refugiado en Gante, cuando los cien dias; secretario general del ministerio de justicia durante la legislatura de la cámara *inhallable*, y habiendo tomado bajo aquel título y la direccion de M. Barbé-Marbois, una parte muy activa en la redaccion de todas las leyes de venganza y de persecucion que tanto ocuparon a los tribunales en aquella época siniestra, no halló sin embargo gracia ante Mr. Dambray; la docilidad de su conciencia y lo ardiente de su zelo no borraron á los ojos de aquel ministro la culpa de Mr. Guizot por haber nacido calvinista; obligado á dejar su empleo cuando la subida de Mr. Dambray, abandonó inmediatamente á los ultrarealistas para seguir la fortuna de Mr. Decazes, hasta que arrastrado en la caida del gabinete que este habia presidido, tuvo Mr. Guizot que volver al profesorado. Ocupaba en la facultad de letras de Paris la cátedra de historia moderna y Mr. Royer-Collard la de filosofía; injustos con el primero, audaz sofista, que ocultaba bajo las apariencias de la frialdad y de la rigidez una devoradora ambicion y una moral política muy elástica; ingratos con el segundo, carácter elevado, cuya afeccion por los Borbones habia sufrido largas y duras pruebas, y director de la Universidad tres años antes; M. Corbiere y sus colegas pagaron con igual precio los servicios del ambicioso y la adhesion del realista, y el curso del profesor de historia, lo mismo que el del profesor de filosofía, fueron suspendidos.

Al mismo tiempo que el partido dominante cerraba, como llevamos dicho, los cursos cuya enseñanza podia contrariar las doctrinas para las cuales la congregacion queria conquistar á las nuevas generaciones, los bandos de policía prohibian poner á la vista del público los libros, láminas ó cualquier otro objeto que la autoridad juzgase contrario a las leyes ó peligroso para las costumbres. Si estos objetos ó libros hubiesen sido contrarios á las leyes ó á las costumbres en el sentido ordinario de la espresion, el prefecto de policía, al dictar aquellas disposiciones, habria estado dentro los rigurosos límites de sus deberes, por estraña que parezca la pretension de aquel funcionario de ser el

(1) He aquí sus nombres: MM. de Jussieu, Vauquelin, Dubois, Chaussier, Desgenettes, Pelletan, padre, Pinel, Lallemand, Deyeux, Leroux y Moreau.

(1) Las escuelas de regimientos, las cuales creadas por el mariscal Gouvion-Saint-Cyr, fueron en gran parte suprimidas.

(2) El voto dado á M. Binet fue el de M. Cauchy, como el miembro de la congregacion de las Misiones estrangeras.

único juez del peligro; sin embargo en política toman las palabras un sentido diferente segun el partido encargado de traducirlas; así fué como la autoridad, tolerante con gran número de producciones ineptas ó facciosas, se mostraba severísima respecto de Voltaire y de J. J. Rousseau. Las obras de ambos escritores fueron el objeto especial de la vigilancia y persecuciones de los agentes de policía, tanto que desaparecieron de todos los sitios públicos; los libreros no podian pensar en remitir, fuese cual fuese la importancia y el modo de su industria, ya la ejerciesen en tiendas ó al aire libre, y todos, comerciantes ó mercaderes ambulantes se hallaban á la discrecion de la autoridad. Un decreto de 1810 no permitia el ejercicio de la librería sino á las personas que hubiesen obtenido un permiso del gobierno; esta órden de un intolerable despotismo habria debido desaparecer con el régimen imperial; sin embargo no habia sido derogada; mas como sus disposiciones eran tan contrarias al espíritu general de la constitucion y á las nuevas costumbres, habian caido poco á poco en desuso y el comercio de libros quedó del dominio de la libre industria. La congregacion hizo revivir tan monstruoso decreto, y se sirvió de él no solo para mandar cerrar los almacenes de los libreros acusados de opiniones ó publicaciones hostiles al partido clerical, sino tambien los establecimientos mas modestos que permitian la lectura de obras. Vender ó alquilar libros era un privilegio dejado á la arbitrariedad de la policía, y en cuanto á los poseedores de permisos, la menor condena pronunciada contra las obras ó escritos de que eran editores, bastaba para que perdiesen su título y su industria. Estas condenas eran muy numerosas; seis meses de prision, quinientos francos de multa, el pago de costas y el comiso de los ejemplares, castigaron la reimpresion parcial de las obras del abate Raynal; dos miembros de la Academia francesa, MM. Jay y Jouy, encausados con motivo de ciertos artículos biográficos, el primero por haber calificado de error deplorable el voto de muerte dado por el convencional Boyer-Fonfrede en la causa de Luis XVI y haberse atrevido á conceder el dictado de virtuoso al hombre culpable de semejante crímen: el segundo por haber llamado accion heroica la defensa por la cual fueron fusilados los generales César y Constantino Faucher, los dos gemelos de la Réole. MM. Jay y Jouy, decimos, fueron condenados primeramente por la policía correccional y por el tribunal real despues, á un mes de prision y á una multa, este como culpable de insulto á la autoridad de la cosa juzgada, y aquel por ultrajes á la moral pública.

La prensa periódica tenia naturalmente una gran parte en estas persecuciones; apenas pasaba semana sin que los diarios y publicaciones semanales ó mensuales dejasen de ser condenados en las personas de sus editores y redactores á multas y á prision. En la audiencia del 1.° de abril se vió la causa formada á cinco periódicos literarios: las Lunas parisienses, el Apolo, el Espejo, el Album y el Correo de espectáculos, acusados de haber tratado materias políticas, cuando les estaba prohibida toda discusion de aquel género; por el cargo hecho al redactor de las Lunas parisienses se podrá juzgar del valor de estas acusaciones; hablando de un baile de diplomáticos habia dicho: «El mas frio de entre ellos bailaba la alemanda, su vecino el valz, el tercero la rusa, uno alto, flaco y macilento empezaba el baile inglés, y el quinto movia sus piernas al compás del minuet. Nadie quiere oir hablar ya de estos bailes antiguos y rancios; solo nos gusta el fandango, y aunque los diplomáticos lo proscriban, no temais, dará la vuelta á la luna» El ministerio público veia en estas palabras «pérfidas alusiones al congreso de Verona,» materia esencialmente política, y pedia que el editor y el director del periódico fuesen condenados á seis meses de prision y á trescientos francos de multa; pero mas indulgente el tribunal absolvió al editor y condenó al director á dos meses de prision y á trescientos francos de multa. Los tribunales de los departamentos tampoco toleraban la mas insignificante alusion, ni aun en los periódicos políticos. El Amigo de la Constitucion, de Nantes, fué condenado por el tribunal de policía correccional de aquella ciudad á una multa de mil quinientos francos por haber dicho «que el artículo mercería (*mercier*) era el único que gozaba de gran favor en la plaza de Paris, y que invitaba á los negociantes nanteses á hacer sus consignaciones en aquel género (1).» El lenguaje empleado por los órganos del ministerio público en estas acusaciones tenia una violencia que llegaba á grosería; no solo prodigaban insultos é injurias á los acusados, sino tambien á sus opiniones políticas y á los diputados que las defendian en la tribuna de la cámara: uno de los fiscales y por cierto no el que hablaba con mas calor, anatematizando los discursos pronunciados por los oradores de oposicion, calificó sus máximas de «inmundas doctrinas.»

(1) El sargento *Mercier* era el jefe del piquete de guardias nacionales que se negaron á obedecer la órden de espulsar a Manuel de la cámara.

Si los tribunales no se mostraban parcos en sus condenas con los periódicos y escritores liberales; si, llevados por su odio, los congregantes polizontes enviaban á dos de estos condenados, MM. Rouen abogado, y Magalon redactor del Album, el primero á Bicetre (1), y el segundo á la casa central de detencion de Poissy, á donde fué conducido á pié y atado á un antiguo presidario, ébrio y sarnoso, que en todo el camino no cesó de gritar: ¡Vivan los presidarios! honor á los presidarios! (2), las destituciones y supresiones de sueldos quitaban los medios de subsistencia á escritores, poetas ó publicistas, que, estranjeros á las luchas cotidianas de la política, eran acusados en sus sentimientos monárquicos y religiosos. Ni la edad, ni el talento, ni una larga posesion bastaban á proteger contra estas violencias; un miembro de la Academia francesa, Mr. de Lacretelle, habia obtenido por unánime proposicion de aquella corporacion, una pension de mil quinientos francos sobre los fondos destinados á los letrados, y le fue quitada; un poeta trágico, Mr. Lebrun gozaba hacia doce años sobre los mismos fondos de una pension de mil doscientos francos, y la perdió; M. Casimiro Delavigne habia sido llamado por Mr. Pasquier á las modestas funciones de bibliotecario del ministerio de justicia, y fue destituido. No se aprovechaba el tesoro de estas supresiones; solo los titulares cambiaban; á los poetas y escritores acusados de liberalismo sucedian los letrados de la Sociedad de buenas letras y los redactores de los periódicos realistas. Estos invadieron las administraciones; uno de ellos, redactor de la Cotidiana, nombrado jefe de seccion en la prefectura de policía, en reemplazo de un empleado que contaba treinta años de servicio, cambió aquella plaza con la de inspector general de la Universidad. A los provechos materiales de estas posiciones, la mayor parte de los nuevamente elegidos añadian los beneficios de la vanidad y se hacian ennoblecer.

Mientras el clero se apoderaba sucesivamente de todos los ramos de la instruccion pública, se hacia dueño por medio de sus adeptos ó protegidos de los principales empleos y reducia al silencio á fuerza de rigor á los escritores adversarios de sus doctrinas, sus miembros redoblaban su celo y actividad en todos los puntos del reino, para estender su influencia; esposicion de reliquias, misiones ruidosas, apasionados sermones, comuniones públicas, nada olvidaban para volver la fé á las almas y hacerles practicar severamente los deberes piadosos, y cuando la persuasion no bastaba, la fuerza venia en su ausilio, gracias al apoyo que les prestaban todas las autoridades. Los jóvenes de la ciudad de Aix, fieles á una costumbre secular, hacian el miércoles de ceniza, por uno de los paseos de la ciudad, una mascarada, al mismo tiempo que en otro estremo de aquella se verificaba una procesion general recientemente instituida por la autoridad eclesiástica, y á la cual hacia la mascarada una especie de competencia; acúsase á aquellos jóvenes de insulto premeditado contra una ceremonia religiosa, y los tribunales los condenan á penas que varian desde un dia á cuatro meses de prision y á una multa de veinte y cinco á quinientos francos. Por todas partes era rigurosamente mandada la observacion del domingo; el 17 de abril, el prefecto del Aisne publicaba un bando prohibiendo toda clase de bailes, de juegos y diversiones los domingos y dias festivos, y sus agentes prendian y llevaban ante los tribunales á algunos habitantes de una aldea sorprendidos bailando en la plaza pública á las cuatro de la tarde (3). Los aldeanos fueron absueltos, mas el ministerio apeló de la sentencia por ante el tribunal de casacion, que la confirmó

(1) Bicetre era á la vez cárcel, hospicio de ancianos y casa de locos.

(2) M. Magalon, aunque condenado por un simple delito de prensa fué sometido al régimen de los otros presos, obligado á vestir su traje, á tejer sombreros de paja, á comer el rancho etc. La pena que se le habia impuesto consistia en trece meses de cárcel y dos mil francos de multa, su co acusado era M. Alejo Dumenil, uno de los mas enérgicos escritores políticos de aquella época de la restauracion denunciado por el ministerio público por un artículo titulado: *Tribulaciones del hombre de Dios*. M. Dumenil pronunció él mismo su defensa, de la cual citaremos el siguiente párrafo: «No hablaré de los servicios que en otro tiempo presté á la causa real; enemigo de los jesuitas antes de la restauracion, lo soy tambien de una asociacion temible, formada bajo sus auspicios, y cuyo principal objeto es restablecer en Francia compañías. Esta asociacion que se divide hasta lo infinito en cofradías del *Sagrado Corazon de S. José* del *Rosario* etc., está en todas partes, llena nuestros templos, palacios y se halla en vuestros ejércitos y en las gradas del trono, está al frente de la policía á la cual esplota por medio de sus familiares. Esta es, señores, la secta enemiga que me ha acusado; y aun fortuna que soy juzgado por mis jueces naturales, pues á este paso no me admiraria que de aquí á un año me hubiesen obligado á comparecer ante la santa inquisicion.» Mr. Dumenil fué condenado á un mes de prision y á una multa de ciento cincuenta francos.

(3) Este fallo dió ocasion al famoso folleto, publicado por Pablo Luis Courier con el título de: *Peticion de unos aldeanos á quienes se ha prohibido bailar.*

«atendido á que las diversiones solo estaban prohibidas el domingo por la ley de 1814, durante los oficios divinos.» Gracias á esto fallo, se podia bailar despues de las vísperas, pero no entregarse á ninguna clase de trabajo. El maire del pueblo de Isigny, depósito de la manteca que espide á Paris la baja Normandía, no contento con suprimir el mercado que desde tiempo inmemorial se verificaba el domingo para la venta de aquel género, prohibia á los carromateros el que llegasen en dia feriado á entregar su carga á los depositarios, y formaba causa á los que contravenian á esta órden.

El partido clerical además de prohibir las diversiones y el trabajo, no se mostraba mas indulgente con las personas de los ciudadanos; un habitante de la Ferté-sous-Jouarre, amigo de Manuel, ruega á este que consienta ser padrino de su hijo; todo estaba dispuesto para la ceremonia, cuando al salir de la casa del recien nacido para ir á la iglesia, entregan en nombre del cura de la parroquia una esquela al diputado de la izquierda, en la cual le decia aquel sacerdote: «que en virtud de una órden escrita de su superior, el obispo de Meaux, no podia admitir á Manuel como á padrino.» El cura de un pueblo vecino, que sin duda ignoraba la prohibicion del obispo, consintió en hacer el bautizo, mas quince dias despues, el 2 de diciembre, los diarios de la oposicion anunciaban que aquel cura habia sido destituido de su cargo; al menos el niño se hallaba bautizado. No fué tan fácil al general Gourgaud hacer constar el nacimiento de su hijo; el 18 de marzo presenta en la oficina del estado civil del primer distrito á un niño, nacido la víspera, al cual da los nombres de Luis María, Napoleon, Santa Elena, titulándose él ex-ayudante de campo del emperador Napoleon; redactado el acta por el secretario de la oficina es firmado por el padre y dos testigos, mas pasados siete dias, el 5 de abril, el maire escribe al general que habiéndose hecho la declaracion fuera de su presencia y de la de sus adjuntos, y conteniendo el acta por otra parte palabras que no deberian hallarse en ella, seria borrada de los registros. El ex-ayudante de Napoleon cita inmediatamente al maire ante los tribunales para obligarle á reconocer legalmente el nacimiento de su hijo; el fiscal desestima la demanda y aprueba la súplica del maire, bajo el pretesto de que no podia obligarse á aquel funcionario á firmar un acta redactada en su ausencia. En vano Mr. Mauguin, abogado del general, hizo observar que no solo el maire ni sus adjuntos no se hallaban presentes en estas declaraciones, sino que se habia registrado otro niño presentado é inscrito al mismo tiempo que el hijo del general; el fiscal persiste en su dictámen, mas el 23 de agosto el tribunal se limita a ordenar la supresion de uno de los nombres y por fin queda acreditado el nacimiento despues de pasados cinco meses.

Mr. de Peyronet no se limitaba á reprimir á los miembros de los tribunales por las amenazas y destituciones, á inspirar á los magistrados inamovibles, por los apercibimientos ó promesas de ascenso, la pasion que le dominaba; secundado por Mr. de Vatismenil, secretario general de su departamento, trató de deponer el cuerpo de ugieres y de escribanos de justicia (1), los cuales fueron destituidos por masas enteras. En vano los periódicos de la oposicion reclamaron con fuerza contra semejante aprobacion, diciendo que los funcionarios ministeriales despojados de su cargo lo habian comprado, de modo que para ellos la destitucion era la ruina. El *Monitor* contestó á estas quejas exhumando de la legislacion imperial, inagotable arsenal de arbitrariedad, un decreto de 3 de junio de 1813 estableciendo que los ugieres entonces en ejercicio no serian mantenidos en sus funciones hasta haber obtenido del emperador una confirmacion de su título; mas el periódico oficial olvidaba decir que el término señalado para el libramiento de este título definitivo era solamente de tres meses, y que tres años despues, la ley de hacienda de 1816, al exigir á todos los titulares de oficio suplementos de caucion, les habia autorizado para presentar sus sucesores, es decir, para vender sus cargos; desde esta última fecha habian trascurrido mas de ocho años, y un gran número de ugieres, como de escribanos habian contratado fiados en esta disposicion; las reclamaciones fueron vanas á pesar de las ruinas individuales causadas con aquella medida, como muestran los dos siguientes hechos: todos los escribanos del distrito de Ceret fueron destituidos, y en el solo departamento del alto Rhin treinta y ocho perdieron su cargo.

Por una rara estrañeza el mismo clero tenia su parte en esta universal depuracion; Mr. de Bonald, obispo de Puy y hermano del diputado del mismo nombre, despues de haber exigido la destitucion de todos los profesores laicos del colegio de aquella ciudad, suspendió á muchos sacerdotes de su diócesis; ni aun los titulares de funciones puramente honoríficas, cualquiera que fuese su edad, sus dignidades y servicios, estaban tampoco al abrigo de la cólera brutal de la administracion congreganista.

Un antiguo amigo de Luis XVI, que hasta el último momento prodigó á este monarca las muestras de la mas pura y entera afeccion, el duque de Larochefoucault-Liancourt, habia sacrificado su larga existencia y su fortuna á la creacion de muchos establecimientos de beneficencia ó de utilidad general que hacian de su nombre el objeto de público respeto y gratitud; entre otros beneficios, la Francia le debia la introduccion de la vacuna. Solicitado por Napoleon para que entrase en el senado, se habia negado á aumentar la lista de los antiguos nobles adheridos al nuevo príncipe y á la nueva corte; hecho par de Francia en 1814, y fiel á los principios políticos que en la asamblea constituyente de 1789 le hacian sentar en los bancos constitucionales, Mr. de Larochefoucault-Liancourt figuraba entre los miembros de la oposicion liberal en la cámara hereditaria. No sin encono veian los realistas esclusivos la desaprobadora actitud de un hombre que daba á sus adversarios el apoyo de un bello carácter y de un gran nombre; así fué que en 25 de junio, Mr. Corbiere hizo publicar en el *Monitor* un decreto sobre la administracion de las casas de detencion y de correccion, el cual, si bien mantenia la existencia de un consejo general de cárceles, de que formaba parte Mr. de Larochefoucault hacia mucho tiempo, le despojaba de todas sus atribuciones en provecho de los dos prefectos de policía y del Sena, lo que movió al duque á dirigir al primero de aquellos funcionarios una carta fechada en 1 de julio, criticando ciertas disposiciones del decreto firmado por el ministro del interior y haciendo dimision de un cargo, ya enteramente inútil. El dia 15, Mr. Corbiere le contestó:

«Señor duque, tengo el honor de participaros que por un decreto de fecha de ayer, el rey os ha retirado las funciones de inspector general del conservatorio de artes y oficios, de miembro del consejo general de las cárceles, del consejo general de manufacturas, del consejo de agricultura, del consejo general de los hospicios de Paris y del consejo general del departamento del Oise.

»Tengo el honor etc.»

Mr. Larochefoucault replicó el dia siguiente al ministro:

«Señor conde,

»He recibido la carta que me hicisteis el honor de dirigirme anunciándome que S. M. me ha retirado las funciones de... (Sigue la nomenclatura de los seis empleos gratuitos quitados al signatario.)

»No acierto como las funciones de presidente para la propagacion de la vacuna, que introduje en Francia en 1800, han podido escapar á la benevolencia de V. E. y creo un deber el recordárselos.

»Tengo el honor, etc.»

«Debemos hacer la guerra á la revolucion en ambas partes de los Pirineos,» decian los periódicos realistas al abrirse la espedicion de España; los hechos que anteceden muestran con qué energía sabia la contrarevolucion, en la campaña emprendida en el interior contra las nuevas costumbres y el espíritu moderno, pasar por sobre las cosas y personas que podian ser un obstáculo á su marcha. El éxito de la invasion que acababa de destruir en el esterior la revolucion, cuya suerte habia decidido, le pareció «una ocasion sincera para dar un paso decisivo.» Irritada por toda clase de oposicion, aun en la cámara electiva, y deseosa de obtener, con una cámara enteramente realista, la certidumbre de un poder tranquilo é incontestable durante muchos años, resolvió aprovecharse del triunfo de nuestras armas para atacar la constitucion y cambiar el artículo del código fundamental que exigia la renovacion anual y por quintas partes de la cámara de diputados. «La revolucion ha caido vencida y vencida quedará, esclamaba, pocos dias despues de la rendicion de Cádiz, el órgano mas acreditado del ministerio. Mientras el partido realista se entusiasma con la victoria, el partido liberal está abatido con su derrota; á los triunfos siguen los triunfos, á las derrotas, las derrotas; la prosperidad nos sonrie, mientras que á nuestros enemigos persigue la desgracia. Postrados además bajo el peso de las faltas que cometieron durante la última legislatura; protestas escandalosas sostenidas con mas escándalo aun, proposiciones ilegales que no se atrevieron á firmar ni á publicar (1), abandono de sus funciones, desercion de sus puestos, la Francia que ha visto todo esto, lo recuerda aun. Marchemos pues sin temor á las nuevas elecciones!»

(1) Mr. de Vatismenil, despues de haber participado por mucho tiempo con MM. de Marchangy y de Broé, en el tribunal de Paris, el privilegio de los mas inauditos rigores, en la persecucion de los delitos políticos, se habia procurado una posicion influyente en el ministerio de justicia cuando dejaba á la oposicion el tiempo de olvidar los errores de su celo y la escesiva violencia de su lenguaje.

(1) Alusion á la protesta de los diputados de la izquierda, contra la esclusion de Manuel.

Este grito de ¡adelante! dado por el periodico ministerial mas acreditado, en un artículo que la prensa de la oposicion atribuia á Mr. de Chateaubriand, fue la señal de una polémica, que á falta de otro resultado, sirvió para precisar los proyectos que el partido dominante trataba de realizar por medio de las nuevas elecciones. «El ministerio, decian sus periódicos, no quiere obrar por sorpresa; confiesa altamente sus planes, lo que desea es disolver la cámara, que se proceda luego á elecciones generales y pedir á la próxima asamblea que fije á su existencia una duracion de siete años, tiempo suficiente para la confeccion de todas las leyes y adopcion de todas las medidas reparadoras que deben por fin sentar el gobierno sobre bases en un todo religiosas y monárquicas.» Pasóse mas de un mes en discusiones sobre la necesidad de la disolucion anunciada y sobre la legalidad de un cambio en el modo de renovarse la asamblea. «La cámara actual es realista; nada ha negado á los ministros; es pues una ingratitud disolverla,» decian los órganos de la fraccion de la derecha, inspirados por MM. Delalot y de Labourdonnaie. — Acaso será peor la cámara cuando sean en ella mas numerosos los realistas? » contestaban los periódicos de MM. de Chateaubriand y de Villele; no faltaban otros periódicos que aguijoneaban al ministerio, que le echaban en cara los retardos que aquella medida sufria; hasta que finalmente el 25 de diciembre, el Monitor puso un término á las quejas de los impacientes; con un decreto, de fecha de la víspera 24, que declaró disuelta la cámara de diputados, convocó los colegios electorales de distrito para el 6 de marzo y fijó para el 23 del mismo mes la apertura de la próxima legislatura.

¿Qué amenazas para las instituciones políticas del pais arrastraba aquella convocacion de una nueva asamblea, y la duracion de siete años que debia dar á sus poderes? Seis dias despues de la publicacion del decreto de disolucion, el 31 de diciembre, los periódicos publicaban una pastoral del cardenal Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, en la cual este prelado enumeraba las exigencias que intentaba hacer el clero en su interés especial; el cardenal, apoyándose en la opinion del papa y en los derechos de la Iglesia, reclamaba la adopcion de las siguientes medidas: 1.° modificacion de las leyes relativas á los registros del estado civil; 2.° restablecimiento de los sínodos diocesanos y concilios provinciales; 3.° rehabilitacion de las fiestas solemnes suprimidas; 4.° restablecimiento de las órdenes religiosas; 5.° independencia de los ministros del culto; 6.° restablecimiento de las atribuciones de los tribunales metropolitanos y diocesanos, sobre todo en lo que se referia á la validez ó nulidad de los matrimonios; 7.° reorganizacion de los capítulos; 8.° supresion de las leyes llamadas orgánicas del concordato.

CAPITULO XX.

Elecciones generales de 1824. — Fraudes, violencias, proclamas, resultado. — Se abre la legislatura. Discurso de la corona. — Cámara de diputados. Exámen de actas: debates sobre la eleccion de Benjamin Constant. Proyecto de ley para la conversion de las rentas; su objeto real; discusion y adopcion del mismo. — Cámara de los pares. Proyecto de ley sobre la septenalidad; su discusion y adopcion. — Presentacion á la misma cámara del proyecto sobre la conversion de las rentas; discusion; el proyecto es rechazado. — Cámara de diputados. Discusion del proyecto de ley sobre la septenalidad; discurso de Mr. Royer-Collard y del general Foy; el proyecto es adoptado. — Caida de Mr. de Chateaubriand. — Banco de los obispos, en la cámara de los pares; discusion en la misma de un proyecto de ley sobre los robos cometidos en las iglesias. Modificaciones en la ley sobre el reclutamiento del ejército; supresion de la jubilacion. Discurso de Mr. Fernando de Berthier en la cámara de los diputados; programa político de la nueva mayoría. Se cierra la legislatura. — La cámara de los pares en 1824. — Proceso de tendencia; causa formada contra el Correo francés. Compras de los periódicos; causa de la Cotidiana. Absolucion del correo. — Mr. de Chateaubriand, los periódicos liberales y los periódicos realistas. — Restablecimiento de la censura. Creacion de un ministerio de negocios eclesiásticos. Reorganizacion del consejo de estado; introduccion de muchos obispos en este consejo. — Enfermedad de Luis XVIII; su muerte; su carácter y su reinado; sus funerales. — Advenimiento de Carlos X: sus primeras declaraciones; supresion de la censura; popularidad del nuevo rey. — Destitucion del geómetra Legendre. Exequias del actor Felipe. Se da el retiro á ciento sesenta y siete generales. Apertura de la legislatura de 1825.

1824. — Las elecciones generales para el nombramiento de la cámara, á la cual queria pedir el ministerio la modificacion del artículo 37 de la constitucion y el establecimiento de asambleas septenales, inauguraron el año de 1824. Estas elecciones estaban llamadas á ejercer una grande influencia en la suerte de la restauracion; nacida de la violencia y destinada por fatalidad á vivir con violencias, la asamblea que de ellas resultó debia precipitar con sus errores la caida de los Borbones y ser otro ejemplo de que los gobiernos mueren, menos por su debilidad que por la exageracion de su principio y por el abuso de sus fuerzas. No carecerá pues de interés el manifestar los medios de que se valieron Mr. de Villele, Mr. de Chateaubriand y sus colegas para imponer á la restauracion una cámara tan ciegamente contrarevolucionaria, que la opinion realista se dividió, y espantados parte de sus miembros de la audacia y escesos del partido clerical, acabaron por volverse contra el gobierno, y unirse á los liberales, dando así la preponderancia á los partidarios de las conquistas políticas y morales de la revolucion.

Como se ha dicho, los colegios electorales de distrito estaban convocados para el 25 de febrero, y los de departamento para el 6 de marzo; las listas electorales debian ser publicadas el 16 de enero y cerradas el 19 del mes siguiente. A primera vista, parecia cosa fácil el hacer constar la capacidad legal de cada elector, pues solo tenia que manifestar dos títulos: la fe de pila probando que tenia mas de treinta años de edad, y luego una certificacion sacada del registro de contribuciones para demostrar que pagaba trescientos francos de contribucion directa; estas certificaciones libradas por el recaudador, debian ser visadas por el maire de la municipalidad, primeramente para la legalizacion de la firma de aquel empleado, y en seguida para certificar que el contribuyente se hallaba en posesion, hacia un año á lo menos, de la propiedad, del arriendo ó industria sujeta al pago, que formaban la base de la contribucion. Los documentos eran trasmitidos á la prefectura, y segun ellos se decidia ó no la inscripcion en las listas electorales. La formacion y publicacion de ellas corria á cargo del prefecto.

Los registros destinados á probar la contribucion que cada elector satisfacia eran los de 1821: registros que no se habian distribuido aun el 16 de enero, dia de la publicacion de las primeras listas en la mayor parte de los pueblos; el 22 faltaban aun en muchos puntos; hasta que despues de un largo retardo los recaudadores confesaron haberlos recibido, mas decian no poder acceder á las peticiones de los electores, pues no habian llegado aun los modelos de certificaciones impresas. Durante este tiempo trascurria el plazo para la inscripcion y esto era ya un beneficio. Por fin obtuvieron los contribuyentes las certificaciones desde tanto tiempo pedidas, mas muchos de ellos vieron con sorpresa que se les habian rebajado las cuotas que pagaban en 1823; el elector liberal, cuya cuota pasaba en aquella época de quince, de treinta y aun de cincuenta francos de la cantidad de trescientos francos, no debia pagar en 1821 mas que doscientos noventa, doscientos noventa y cinco, y hasta doscientos noventa y nueve y noventa y cinco centésimos. Nada perdia con ello el tesoro; estas reducciones eran compensadas por aumentos proporcionales impuestos á los empleados y á los hombres *seguros*, cuya cuota fue inferior a trescientos francos el año anterior; de aquí resultaba un doble beneficio á la administracion: aumento del número de votantes adictos, y disminucion en el número de votantes contrarios.

A los electores á quienes estas reducciones no podian alcanzar, se les daban sus documentos justificativos; enviábanlos al prefecto convencidos de que sus nombres figurarian en las listas, mas una vez publicadas estas, no los veian en ellas; apresurábanse á reclamar, mas se les contestaba, á los unos que en su fé de pila constaban los nombres de Juan Pedro, por ejemplo, mientras que las certificaciones que presentaban decian Pedro Juan, ó simplemente Pedro, así pues como no habia identidad entre el contribuyente y el reclamante, no podia ser incluido en las listas y quedaba este sin derecho para obtener su inscripcion (1). A otros se les oponia la terminacion de su nombre que acababa en *i*, en *o* ó en una sílaba alemana ó inglesa: «Debeis ser estranjero, se le contestaba; es cierto que nuestra fé de bautismo dice que habeis nacido en Francia; mas nada prueba que vuestros padres sean franceses, así pues es preciso que nos demostreis su nacionalidad.» Aquellos que pagaban contribucion por propiedades procedentes de compras, de donaciones ó divisiones anteriores, se les exigian sus contratos de adquisi-

(1) En Paris un elector cuyo nombre de pila en su fe de bautismo era *Chrysósthomo* con dos *h* se vió rechazado por la razon que en la certificacion que presentaba tenia por nombre *Crysóstomo* sin *h*. — Con motivo de estas inversiones, supresiones ó cambios de nombre, los periódicos de la oposicion acusaron al gobierno de haberlos hecho espresamente en los registros de contribuciones con aquellos electores cuya opinion liberal era notoriamente conocida.

cion, de donacion ó division; si se trataba de bienes llevados por mujeres á sus maridos, se pedian las capitulaciones matrimoniales y no pocas veces, no contentos con estos justificativos, se veia obligado el elector á presentar testigos ó á formar espediente de informacion.

El retardo esperimentado en el envío de los registros de 1824 y la retencion indefinida de los documentos en las oficinas de la prefectura, dejaban á los electores muy poco tiempo para satisfacer las multiplicadas exigencias de los prefectos: los habitantes de las capitales podian aun con actividad y energía, presentar los documentos que se les exigian, mas esto era casi imposible á los electores del campo, domiciliados a muchas leguas de distancia; además para estos todo eran obstáculos y trabas; cada agente de la administracion multiplicaba las dificultades; ya eran incompletas ó inexactas las certificaciones libradas por el recaudador; ya habia olvidado el maire poner el sello de la municipalidad al lado de su firma, ó relatar en su visto bueno un cambio de propiedad, la duracion de la posesion, la edad ó los verdaderos nombres del contribuyente; una sola de estas omisiones ó inexactitudes bastaba para viciar las certificaciones ó el visto bueno. Aun cuando un elector lograse, á fuerza de actividad, reunir sus documentos y llenar todas las formalidades que se le habian impuesto, el prefecto se los devolvia porque en uno de ellos, sobre la firma de un adjunto, no se encontraba la formalidad de «por el maire ausente.» Los electores del campo, obligados á veces á recorrer cinco ó seis diferentes municipalidades para obtener las rectificaciones que les exigian, se imponian frecuentemente tanta fatiga sin otro resultado que hallar al recaudador enfermo ó ausente y al maire de visita ó de viaje. El recurso contra esta imposibilidad de obtener justicia ó contra las decisiones del prefecto era irrisorio; el consejo de prefectura, encargado de pronunciar entre aquel funcionario y los electores, estaba presidido por el mismo prefecto que, juez y parte á la vez, resolvia en causa propia, asistido de dos ó tres empleados colocados bajo su absoluta dependencia; los electores escluidos podian llamarse felices cuando el prefecto no les llamaba á su gabinete para prorrumpir contra ellos en amenazas é invectivas, como hizo Mr. Watters, prefecto del Jura.

Los prefectos que fiaban el triunfo de las elecciones de su departamento á los manejos que acabamos de indicar, los que se limitaban á alejar á los electores liberales de los colegios, reteniendo los documentos justificativos de su derecho ó entregándoselos la víspera ó el mismo dia de cerrarse definitivamente las listas, cuando era ya imposible toda nueva justificacion, eran los mas delicados y escrupulosos; algunos habia que se ahorraban tan inútil trabajo; sordos á todas las reclamaciones, indiferentes á los nombres inscritos por sus empleados en las listas preparatorias, esperaban, con la mayor calma, el dia fijado para cerrarse las listas, y el dia siguiente las arreglaban á su sabor, de modo que quedase asegurada á sus candidatos una inmensa mayoría; el 19 de febrero, último dia de reclamaciones, las listas publicadas por el prefecto de la Meuse contenian doscientos cincuenta nombres; el 22 se fijaron las listas definitivas, y de ellas se encontraban escluidos cincuenta y seis electores liberales, figurando en su lugar sesenta y un individuos cuya capacidad electoral nadie habia sospechado. Hasta entonces en las primeras listas de Deux-Sevres figuraban mil trescientos nueve nombres; cuatrocientos cuarenta y seis fueron arbitrariamente eliminados de las listas definitivas, entre otros los de MM. Roboam y Clerc-Lassalle, el primero exmagistrado, y diputado que fué en la asamblea constituyente de 1789, pagando siete mil quinientos treinta y dos francos de contribucion, y el segundo exdiputado, pagando cerca de dos mil francos. No podia alegarse con estos electores que su cuota fuese inferior á trescientos francos ni que fuesen menores de treinta años!

Verdad es que para todos aquellos funcionarios eran las elecciones una cuestion de vida ó muerte administrativa; debian vencer ó resignarse á la destitucion, pues tal habia sido la suerte de los prefectos, que en las elecciones anteriores no habian podido impedir el nombramiento de un diputado liberal; así era que ningun elector, á quien se suponia hostil al candidato impuesto por el ministerio, hallaba gracia delante de ellos, sin que tuvieran mejor suerte los electores realistas de la contraoposicion. En efecto ¿qué importaban á aquellos funcionarios, los principios y servicios monárquicos de los votantes? ¿Qué tenian que ver con sus opiniones? Sus votos eran únicamente lo que les importaba. Un presidente del real tribunal de Limoges, emigrado y caballero de San Luis, Mr. Tourniol de Boislamy, se quejaba en estos términos en las mismas colunas de la Cotidiana: «La cuarta parte del colegio ha sido borrada para reemplazarlo con hombres de que se cree la administracion poder disponer; despues de haber hecho todas las campañas de la emigracion bajo el mando de S. A. S. el príncipe de Condé, soy del número de los escluidos, lo mismo que muchos de los que fueron mis camaradas en aquel ejército, hijos de los que murieron á mi lado, nobles, magistrados, y propietarios conocidos por su nunca desmentida adhesion á la monarquía legislativa. El motivo de mi esclusion es que una propiedad, desgraciado resto de la considerable fortuna de mi familia, propiedad que me fué devuelta hace seis años, en virtud de la ley de 5 de diciembre de 1814, se halla aun impuesta bajo el nombre del senado, mas creo que nada tengo que ver yo con él. Obsérvese que soy el vecino mas próximo de la prefectura, que habito la casa de mis padres, el antiguo castillo de los condes de la Marche; que gozo de aquella propiedad hace seis años y que las contribuciones que pago, las satisfacia ya en las elecciones anteriores.» El mismo caballero de San Luis, presidente del real tribunal (1), añadia que para la esclusion de otros emigrados, sus antiguos compañeros de armas, se habia alegado lo siguiente: «dícese que ha vendido, y no prueba que no haya enajenado.»

A pesar de los medios empleados por los prefectos en la composicion de los colegios electorales, muchos electores sobre los cuales se creia poder contar, podian sin embargo defraudar las esperanzas del gobierno en el momento de la votacion; los funcionarios, los oficiales ministeriales, tales como notarios, procuradores, escribanos y ugieres; los individuos que tenian empleado á algun miembro de su familia, o hijos que destinaban á una carrera pública, formaban la categoría mas numerosa entre los electores de la generalidad de los colegios, así es que MM. de Villele, de Chateaubriand, de Peyronnet y sus colegas no quisieron dejarles ignorar que de su voto dependia el mantenimiento de su posicion, los empleos de sus parientes y el porvenir de sus hijos. Mr. Peyronnet fué el primero que entró resueltamente en la liza, y el 20 de enero, dirigió á todos los procuradores generales y procuradores del rey una circular, en la que entre otras cosas decia lo siguiente:

«Quien acepta un empleo contrae al mismo tiempo la obligacion de consagrar al servicio del gobierno sus fuerzas, sus talentos y su influencia; es un contrato del cual es el lazo la reciprocidad. Si el funcionario rehusa al gobierno los servicios que de él espera, hace traicion á su fé y rompe voluntariamente el pacto, cuyo objeto ó condicion habia sido el empleo que ejerce, pudiéndose esto considerar como la abdicacion mas cierta é irrevocable. El gobierno nada debe al que no le satisface lo que tiene derecho de exigirle.

»Cuidad de recordar estas verdades á vuestros sustitutos, á los agentes de policía judicial y á los empleados ministeriales de vuestra dependencia; en una palabra, á todos aquellos de que por la ley, sois el inspector y el guia, decidles que exijo de ellos una cooperacion activa, eficaz; condenad sin reparo toda division de votos; anunciadles que vigilareis sus acciones y cumplid exactamente esta promesa.»

Los tribunales no perdieron tiempo; la circular fué pasada á todos los empleados con comentarios, en los que cada magistrado parecia quererse mostrar mas violento y vicioso que Mr. de Peyronnet; el procurador del rey, de Beauvais, amenazaba á los electores indóciles á las órdenes de los ministros, no solo con la pérdida de los favores ministeriales: «El gobierno, les decia, les retirará su proteccion, y para los que se opongan á sus designios está reservada una severidad justa é inflexible.—Prevengo á los maires, adjuntos, comisarios de policía, notarios, procuradores, jueces de paz, escribanos y ugieres del distrito, añadia el procurador real de Nimes, que vigilaré sus acciones y que sabre su naturaleza y efectos; pues es un error pensar que el hombre público ha cumplido su obligacion, emitiendo con sentimiento un voto, contra cuya sinceridad deponen inmediatamente sus acciones y palabras.—La conciencia es un santuario que ningun poder tiene derecho para violar, decia á su vez el procurador del rey de San Quintin; mas sois funcionarios públicos, y por este título no os perteneceis.» Mr. Hebert, procurador del rey en Evreux, usaba de igual lenguaje, si bien en otros términos; invocaba la constitucion, el nombre del rey y el Evangelio: «Se dirá sin duda, decia, que esto es opresion, que se quiere por medio de la violencia impedir á los electores que den libremente sus votos; ¡error! el rey quiere por el contrario la libertad absoluta en las elecciones; el derecho de votar sin coaccion está escrito en la constitucion, mas este código consagra tambien otro derecho, el que tiene el jefe del estado para proveer todos los cargos públicos. Ahora bien, el rey tiene á bien advertiros que usará de él segun el uso que del vuestro habreis hecho; vuestra conducta será la norma de la suya; vos dispondreis de vuestro voto, él dispondrá de vuestro empleo. Como podeis conocer, es la aplicacion de aquella máxima: «No hagas á otro lo que no quieras»

(1) La orden de San Luis era esclusivamente militar.

para él.» La circular de aquel funcionario terminaba así: «Tendré gran sentimiento si con vuestro silencio ó con una contestacion ambigua, obligais al señor guardasellos á pensar que abdicais el cargo que con tanto honor habeis desempeñado hasta ahora (1).» No eran los funcionarios amovibles los únicos que ejecutaban con tan vergonzoso servilismo las órdenes de Mr. de Peyronnet; muchos presidentes de tribunales de primera instancia y presidentes de tribunales reales, no vacilaban en predicar la moral mas innoble, la del interés. «Existen dos clases de funcionarios que pueden ser útiles al gobierno, escribia el presidente del real tribunal de Grenoble á todos los presidentes de los tribunales de su dependencia, con los procuradores y escribanos; sus relaciones con sus clientes dan una gran influencia, y vos debeis ejercer sobre ellos la que vuestras funciones os confieren; si hay quien se rebela á vuestras invitaciones, debeis hacérmelos conocer, á fin de que sean separados de los puestos que deben á la confianza del rey á quien venden.» El presidente del tribunal de Vervins (Aisne), no se contentaba con amenazar á todos los electores empleados de su dependencia; sino que llenaba de injurias al candidato liberal, á quien calificaba de «desertor del despotismo, de orador de motines, de hombre notable por una triste y funesta celebridad.» Este candidato era el general Foy; sin embargo no eran estos insultos lo que constituia toda la audacia de la circular; el magistrado que la publicaba era al mismo tiempo presidente del colegio electoral de Vervins y el candidato opuesto por el ministerio al general Foy.

El ejercito tuvo tambien sus circulares. «Importando al gobierno saber con quién debe y puede contar, escribia el general marqués de Coislin á los electores militares de la cuarta subdivision de la décimatercera division militar, os ruego, en caso de que vuestra intencion sea apoyar á los candidatos que presenta, que me escribais prometiéndomelo. Creo que vuestra contestacion, clara y precisa, me permitirá participar al gobierno que puede contar con vos para las elecciones, así como lo podria hacer con las armas en la mano, respecto y contra de todos.» ¿Qué suerte esperaba á los oficiales cuya contestacion no fuese clara y precisa? El general Avizard se encargó de anunciarlo á los electores militares de la subdivision de Brest: «Si no votais cual corresponde á un militar lealmente adicto á S. M., estoy autorizado para declararos que debeis renunciar al servicio militar, pues la pérdida de vuestro grado será el inevitable resultado de una conducta desleal en esta circunstancia.»

El clero no podia permanecer inactivo en la lucha; algunos obispos publicaron pastorales para demostrar que el gobierno no tenia derecho para modificar la constitucion, y el obispo de Saint-Brieuc ordenó á todos los fieles de su diócesis la rigurosa observancia del ayuno y de la abstinencia, á fin de obtener una cámara septenal.» Por otra parte, los prefectos sabian suplir la accion del corto número de prelados, que fieles á su mision, se limitaban á prescribir á su clero rogativas para la felicidad de la Francia y de la familia real. La pastoral del obispo de Agen, entre otras, respiraba la dulzura y la moderacion, lo cual movió al prefecto del departamento á dirigir á todos los párrocos la siguiente circular: «Conoceis á todos los electores de vuestra parroquia, y el sagrado ministerio que ejerceis os da necesariamente sobre ellos una grande influencia; el interés del altar y del trono exige que ni un solo elector realista deje de venir á Agen el 25 del corriente para las elecciones. Os suplico que veais á cada uno de ellos en particular, para decirles que la ausencia de uno solo podria dar el triunfo á los liberales, y que de semejante resultado serian responsables ante Dios y ante los hombres. No seria malo, señor cura, que condujeseis en persona á vuestros electores á las urnas y que no les perdieseis de vista hasta haber votado por el presidente del colegio. Como se trata del triunfo de los principios religiosos y monárquicos, lo espero todo de vuestro celo y de vuestra caridad.»

El cuidado que los agentes del gobierno pusieron en asegurarse de antemano del voto de los electores dependientes de la administracion, permitió á los ministros probar que sus amenazas no eran vanas intimidaciones. Antes del dia de las elecciones, viéronse destituidos gran número de funcionarios, entre ellos hasta contadores y conservadores del registro de hipotecas. Simples oficiales de las oficinas de recaudacion fueron declarados cesantes por haberse negado á contraer compromiso alguno en favor de los candidatos ministeriales; aun en Paris, donde la accion de la autoridad es menos directa y abusiva que en los departamentos, un tratante en vinos, Mr. Bompierre, arrendatario de una bodega en el depósito, propiedad de la administracion, fué despedido por haber contestado al inspector del establecimiento que le interrogaba sobre su voto, «que no lo daria al candidato ministerial.»

Violentar el cuerpo electoral con la intimidacion y la violencia, no bastaba á los ministros de la congregacion; en interés de su partido no vacilaban en escitar las malas pasiones del corazon humano, la envidia y la avaricia. Pródigos de promesas tanto como de amenazas, autorizaban á sus agentes para ofrecer empleos, ocupados aun, á los electores que no ejercian ninguna funcion pública, y amedrentaban á los titulares de estas mismas funciones diciendoles: «Votad ó haced votar por nuestro candidato á este de nuestros parientes ó amigos, de no, sereis destituido. En algunos puntos, se prometia á los electores de toda una ciudad ó provincia, á estos el paso de un camino, á otros la concesion de una feria ó de un mercado, la construccion de un edificio público ó de un puente. Un criollo, originario de la isla de Borbon, Mr. Desbassyns, cuñado de Mr. de Villele, buscaba un colegio que le nombrase, cuando en las oficinas del ministerio del interior se pensó en que desde 1814 los habitantes de Verdun reclamaban en vano el pago de varias deudas contraidas por los prisioneros ingleses relegados en aquella ciudad durante todo el imperio, deudas que ascendian á tres millones: Elegid al cuñado del presidente del consejo, les dijeron las autoridades; su credito os hará pagar (1).

El cultivo del tabaco en un punto; en otro las rivalidades escitadas entre diferentes poblaciones de un canton que querian se trasladase á una de ellas la subprefectura, eran el cebo con que se atraia á los electores, en el departamento del Aisne la prefectura fué objeto de una especie de subasta electoral; la lucha entre los diferentes distritos que se la disputaban fué pública, oficial, prefecto y subprefectos combatian a fuerza de proclamas; la del prefecto estaba concebida en estos terminos:

«Electores de Laon, la suerte del distrito está en vuestras manos; del partido que tomeis depende su pérdida ó su salvacion. Funcionarios públicos de todas clases, dirigid á vuestros conciudadanos, é ilustradles sobre los peligros que les amenazan en esta decisiva circunstancia; la resolucion que adopteis decidirá de su salvacion, de la de vuestros hijos, y aun de la vuestra. No, no es posible que ninguno de vosotros prefiera á un leal servidor de la patria al que para justificar un odioso renombre no presenta mas que una funesta celebridad (2).

»CONDE DE FLOIRAC.»

Los subprefectos de Soissons y de Château-Thierry esclamaban a su vez:

«Electores de Soissons, de vosotros depende el obtener para vuestra ciudad la mayor de las ventajas, la del establecimiento de la cabeza de partido que Laon os ha arrebatado. Este beneficio de un gobierno paternal, mas justamente severo si se le ultraja, puede ser el precio de vuestros votos.

»Electores de Château-Thierry, secundad á vuestros hermanos, vuestros naturales aliados; la proximidad de Soissons hace que tengais igual interes en aquella medida y debe hacer idénticas vuestras intenciones. Corresponded á los deseos de vuestros administradores; en vuestras manos está vuestra felicidad.»

»DE SENNEVILLE. DESMAZIS.»

(1) Mr. Hebert recibió su castigo en una carta que le escribió inmediatamente Mr. Dupont (del Eure) destituido en 1818 por Mr. Pasquier, de las funciones de presidente del real tribunal de Ruan. Esta carta decia: «MM. Bignon, Dumeylet y yo contribuimos mucho á vuestro nombramiento; con este motivo creisteis deber darnos las gracias y aprovechar aquella ocasion para manifestar vuestro modo de ver sobre mi esclusion: á continuacion copio lo que escribiais en una carta de fecha del 15 de julio de 1819, que tengo á la vista:

«El interés que Mr. Dupont se ha dignado tomar por mi me ha conmovido tanto mas en cuanto jamás me habria atrevido á reclamarlo, mayormente en unos momentos en que acaba de sufrir la injusticia mas inicua; en esta ciudad no hay mas que una voz contra su esclusion, considerada generalmente como una venganza ejercida con tanta bajeza como *cobardía*. Con ella se ha querido anunciar á la Francia entera que los diputados funcionarios no pueden votar libremente bajo pena de destitucion. Hasta ahora habia considerado como estremada la opinion que quiere que sean eliminados de las elecciones los empleados públicos, mas actualmente la veo justificada, pues jamás debe colocarse á un hombre entre su conciencia y su interés. Todo el mundo está persuadido de que esta injusticia será cuanto antes reparada, menos á causa de Mr. Dupont, que por el honor de los principios.» Mr. Dupont (del Eure) se encontraba en 1824 entre los candidatos contra quienes iba dirigida la circular de Mr. Hebert.

(1) Mr. Desbassyns fué nombrado, mas los habitantes de Verdun esperan aun la liquidacion de sus creditos.

(2) El candidato liberal de este colegio era Mr. de Lecarlier, hijo del convencional de aquel nombre, que votó la muerte de Luis XVI.

Estas fueron las condiciones ó influencias bajo las cuales se abrieron las elecciones generales de 1824. En la mayor parte de los colegios las mesas del presidente y secretarios eran tan estrechas que era imposible ocultar el papel de la cédula, ni aun detrás del sombrero; tan altas que para escribir los electores de corta talla se veian obligados á levantarse sobre la punta de sus piés, así es que la votacion se trasformaba en pública, pues debia escribirse la cédula precisamente á vista de los individuos que componian la mesa. ¿Intentaban los liberales reclamar? «El secreto no conviene á todos, contestaba el presidente del colegio del departamento del Aube; un gran número de electores desean votar abiertamente, y debo asegurar la libertad de su voto.» En otro colegio quiso un elector poner un carton entre él y los individuos de la mesa, mas el presidente y candidato ministerial, el general conde de Quinsonnas, manda entrar á los gendarmes, los cuales espulsan al elector de la sala sin permitirle votar. En Guéret (Creuse), penetra el prefecto en el interior del colegio con la circular de Mr. de Peyronnet en la mano, y acercándola á cada empleado, le advierte en alta voz que será destituido si no vota abiertamente á favor del candidato de la administracion. Los funcionarios públicos no escribian ellos mismos sus cédulas; confiaban este cuidado á los individuos de la mesa, los cuales por su parte se hacian mutuamente este servicio. Estas violencias, la arbitraria formacion de las listas, las amenazas, las promesas prodigadas á la multitud de electores tímidos ó ambiciosos que se hallan siempre en gran número en todos los colegios, dieron el resultado que el ministerio esperaba; de los cuatrocientos treinta diputados que debian elegirse, la oposicion liberal solo consiguió trece nombramientos; la izquierda desapareció enteramente. No fué otra la suerte de la contraoposicion de la derecha; Mr. Delalot y muchos realistas amigos suyos, vieron frustradas sus esperanzas; el mismo Mr. de Serre, á pesar de su posicion de embajador y de haberse presentado como candidato en el gran colegio de la Moselle, fué tambien vencido, pues si bien los liberales unidos con los amigos personales de aquel exministro, le aseguraban una considerable mayoría, tal era el terror difundido por las amenazas de la administracion, que sus parientes, amigos y deudos se abstuvieron ó le abandonaron en el momento de la votacion; solo los liberales se mantuvieron firmes; para su eleccion bastaban noventa y nueve votos y obtuvo noventa y seis.

La derrota absoluta de los candidatos de la izquierda se ha atribuido al completo desaliento de los partidarios de la revolucion, despues de la espedicion de España: la parte del pueblo que hasta entonces habia sostenido al partido liberal, cansada de una oposicion sin resultado, se retiró de la lucha y sometióse á los acontecimientos, han dicho algunos escritores, para esplicar la victoria de MM. de Villèle, de Chateaubriand y de sus colegas. Mas este desaliento no existia, y en prueba de ello que en muchos colegios, á pesar de los esfuerzos de la administracion, la oposicion quedó vencida por un número insignificante de votos: como hemos dicho tres votos mas aseguraban la eleccion de Mr. de Serre. En Beaune á pesar de las muchas arbitrariedades cometidas en la formacion de las listas, el candidato ministerial tuvo únicamente una mayoría de tres votos. En Guéret, la introduccion de una tercera parte de falsos electores y las amenazas del prefecto en el mismo recinto electoral, no dieron al candidato del ministerio mas que una mayoría de cuatro votos: en Paris Mr. Sanlot-Baguenault solo tuvo un solo voto mas que Mr. Laffitte á pesar de haber votado muchos sin el menor derecho, entre otros un jóven de veinte y tres años: en Laon y en Luneville, los individuos que componian la mesa interina perdieron la votacion el primer dia, pero aquella noche, la administracion hizo correr rumores tan alarmantes para los intereses de ambas poblaciones, que se apoderó el temor de algunos electores, los cuales con su desercion, dieron la victoria al candidato del gobierno. Además, por el hecho ocurrido en uno de los colegios del departamento del Gers, el del distrito de Condom, se podrá juzgar de la energía desplegada por los liberales cuyos nombres no habian sido borrados de las listas. En vez de reunir á los electores en la cabeza de partido, el gobierno para desalentar á sus adversarios á quienes incitaba á desear el triunfo de su candidato un interés puramente moral, trasladó el sitio de la eleccion á Eauze, aldea sita en un estremo del distrito; la administracion habia tomado de antemano todos los mesones y paraderos para los electores de su devocion; era en invierno; para llegar al nuevo punto de reunion debíase pasar caminos de travesía casi impracticables en aquella época del año; con todo el 25 de febrero los electores liberales, arrostrando la distancia, el frio y la lluvia se presentan en bastante número, mas no encuentran donde alojarse; algunos habitantes recogen á los ancianos y los demás se instalan debajo de tiendas, de graneros ó de cobertizos. Empiezan las elecciones: el primer dia consiguen los realistas una mayoría de pocos votos, y quedan mantenidos todos los individuos de la mesa interina menos uno. Mas á la mañana siguiente, supo Mr. de Burosse, presidente del consejo y candidato ministerial, que treinta electores liberales de los pueblos mas distantes, habian llegado aquella noche, lo cual debia dar una fuerte mayoría á su contendiente; en semejante situacion se dirige á la sala de las elecciones; ocupa la presidencia, mas en lugar de hacer proceder á su votacion, anuncia que se halla enfermo por lo cual se ve obligado á suspender el acto y á pedir á los electores que evacuen el lugar de reunion. Así se hizo en efecto, á pesar de haber seguido los liberales á Mr. Burosse hasta su habitacion y de haber protestado unánimemente. El presidente contestó que escribiria al prefecto para que le nombrase un reemplazante; parte un correo á Auch con la carta, y al cabo de treinta y seis horas vuelve con el nombramiento: nueva negativa; en fin, de nombramiento en nombramiento, de negativa en negativa, se llegó al 6 de marzo, término legal de las elecciones, y los electores liberales, despues de once dias de penosa espera, se separaron sin haber podido votar. El candidato contra el cual la administracion dirigia tan desleales y vergonzosos tiros, era Mr. de Cassaignolles, primer presidente del real tribunal de Nimes.

Todos los órganos del partido clerical celebraron estrepitosamente el triunfo conseguido por los ministros. «¡La opinion pública se ha pronunciado; la Francia ha hecho oir su voz, por fin ha hablado!» esclamaban. Tristes ilusiones que se hacen é invocan todos los gobiernos para justificar su marcha por el camino que debe conducirlos á su ruina. «La oposicion no ha conseguido mas que trece nombramientos; la opinion religiosa y monárquica es mas poderosa de lo que nos atreviamos á esperar,» añadian aparentando sorpresa los periódicos realistas. La estrañeza que presentaron las elecciones no fué el corto número de nombramientos obtenidos por los electores liberales; lo que debe admirar es que pudiera salir de las urnas el nombre de un solo diputado de la izquierda. Semejantes victorias lejos de aprovechar al partido que las consigue, le preparan una irreparable desgracia: imposible es entregarse por dos veces á tales escesos; sea cual sea el poder tiene necesidad de ser sostenido; esta es la condicion esencial de su duracion; cuando todo se inclina, se rompe ó desaparece á su influjo, es inevitable su caida; los únicos apoyos seguros son los que resisten; así lo esperimentó la restauracion; aquella cámara, de la cual habia desaparecido toda clase de oposicion fué el agente mas activo de su ruina.

El dia 23 de marzo abriéronse las sesiones; del discurso pronunciado por el rey citaremos únicamente los dos siguientes párrafos:

«Diez años de esperiencia han enseñado á la Francia á no esperar la verdadera libertad sino de las instituciones que he fundado en la constitucion; esta misma esperiencia me ha demostrado los inconvenientes de una disposicion reglamentaria, que necesita de alguna modificacion para que quede consolidada mi obra; despues de tantos sacudimientos, el reposo y la estabilidad son la primera necesidad de la Francia; el modo actual con que se procede á la renovacion de la cámara no llena estos objetos; un proyecto de ley os será presentado para sustituir á aquél la renovacion septenal.

»Se han tomado las convenientes medidas para asegurar el capital de las rentas creadas por el estado en tiempos menos prósperos, ó para lograr su conversion en títulos cuyo interes sea mas conforme al de las demás transacciones. Esta operacion que debe ejercer una benéfica influencia en la agricultura y en el comercio, permitirá, luego de realizada, reducir los impuestos y cicatrizar las últimas llagas de la revolucion.»

Nunca han atentado los gobiernos á las leyes é instituciones que han jurado mantener, sin protestar del profundo respeto que les profesan, sin proclamar que su único objeto es consolidar, hacer mas eficaz y fuerte la garantía política de este modo violada. Como acaba de verse, no habian dejado MM. de Villele, de Chateaubriand y sus colegas, de invocar este vano pretesto de todas las medidas ilegales ó usurpadoras para dar cierto colorido á la modificacion del artículo 37 de la constitucion. Este cambio, como tambien el proyecto de una vasta operacion financiera destinada «á cicatrizar las llagas de la revolucion,» es decir á reembolsar á los emigrados el valor de sus bienes vendidos, eran resoluciones ya sabidas; su conveniencia y legalidad eran objeto hacia muchos dias, de la polémica de todos los periódicos; lo cual no impidió que el anuncio oficial de ambas medidas causase gran sensacion entre el público, que esperó con mas impaciencia que de costumbre las contestaciones de las dos cámaras á la comunicacion real. La cámara de los pares se mostró en la suya respectiva, pero muy reservada, evitando emitir la menor oposicion sobre las dos leyes anunciadas; la nueva cámara de diputados, mas resuelta, dió la mas completa aprobacion á aquellas leyes y felicitó por ellas al soberano; no fué esto todo, sino que toman-

do la iniciativa de una cuestion que el discurso real ni siquiera habia indicado, introdujo en su constitucion al discurso de la corona estas palabras, en que se revelaba á la legua el espíritu de secta que animaba á la mayoría:

«La religion reclama para el culto leyes protectoras; para sus ministros una existencia mas digna.

»La instruccion pública solicita un apoyo necesario.»

El director de la instruccion pública era un obispo; entre los funcionarios de todas clases de esta administracion se contaban gran número de eclesiásticos; ¿cuál era pues el nuevo apoyo necesario á la educacion cuando por decirlo así, se hallaba ya en manos del clero? Los periódicios de la oposicion no vacilaron en indicar en aquella esclamacion una demanda para que fuesen derogadas las leyes que prohibian el restablecimiento en Francia de la Compañía de Jesus.

El exámen de las actas de los diputados distrajo la atencion pública de estas cuestiones, á pesar de lo informal que debia ser aquella operacion: las reclamaciones llegadas de todos los puntos del reino debian ser juzgadas por los mismos elegidos contra cuyo nombramiento se protestaba; en efecto, todas fueron desoidas; en vano MM. de Girardin, Mechin, Casimiro Perrier, el general Foy y aquellos de sus colegas que habian podido escapar al gran naufragio electoral sufrido por la oposicion, se esforzaban en pintar desde la tribuna el cuadro de los vergonzosos artificios y violencias que hemos referido: la cámara no les escuchaba ó les contestaba con burlas y votaciones que validaban invariablemente cada eleccion impugnada (1). Los tres principales miembros del gabinete asistian á estos debates: observando diferente actitud, Mr. de Chateaubriand guardaba silencio; Mr. de Villele declinaba la responsabilidad de los hechos á los agentes de la administracion, solo Mr. Corbiere se atrevió á tomar la defensa de los funcionarios acusados y justificar todos los escesos. Mr. Mechin leyó, en la sesion del 27 de marzo, las proclamas publicadas por el prefecto del Aisne y por sus subordinados, los subprefectos de Soissons y de Chateau-Thierry: «¿Qué prueba esto? ¿Qué teneis que decir? Otro tanto habeis hecho vosotros!» le gritaban de todas partes, en medio de estrepitosas carcajadas.—«Estas circulares son sencillamente consejos á los electores, añadia Mr. Corbiere. Se las condena, se les califica de consejos imprudentes! Como si el orador que las censura no hubiese él escrito otras circulares á los mismos electores! No concibo en verdad como se atreve el que ha sido recomendado al favor del público por medios análogos, á condenar al gobierno por haber obrado como él.» Las palabras de Mr. Corbiere fueron vivamente aplaudidas y la cámara continuó su trabajo de exámen. La mayoría en su intolerancia, no soportaba observacion alguna, ni aun de parte de sus miembros; Mr. Bourdeau, procurador general en el tribunal de Limoges, tomó la palabra al tratarse de las elecciones de la Creuse, no para impugnar su validez, sino para condenar ciertos fraudes cometidos por el prefecto del departamento en perjuicio de varios de sus amigos, mas fué violentamente interrumpido por MM. Chifflet y Duhamel; el primero calificó los hechos anunciados por su colega, el procurador general, de «simples dichos sin mas apoyo que la voz pública;» y el segundo manifestó su admiracion de que un magistrado colocado en tan elevado puesto, como Mr. Bourdeau, en el órden judicial, faltase de aquel modo á todas las consideraciones que se debian á la cámara, calificando de fraudulentas operaciones cuya sinceridad no habia herido en lo mas mínimo la susceptibidad do ninguno de los miembros de la seccion, encargado de su exámen.—«No acepto la especie de leccion que acaba de darme Mr. Duhamel, contestó Mr. Bourdeau; dice que la palabra fraudulenta no es parlamentaria; enhorabuena;* no pretendo saber el diccionario de las voces parlamentarias; pero conozco si el sentido de las palabras que espresan los sentimientos de que estoy animado, y declaro que he empleado á sabiendas la palabra fraudulenta, (violentos murmullos: gritos de: ¡Al órden!) y que tomo sobre mi toda la responsabilidad.» (Nuevos murmullos y nuevos gritos) La cámara declaró válidas las elecciones de la Creuse, y el dia 26 del siguiente agosto, despues de cerrada la legislatura, Mr. Bourdeau fué destituido.

Solo una eleccion, la de Mr. Benjamin Constant, fué objeto de un largo y formal debate; aunque ningun elector protestaba contra la eleccion, fué suscitada la dificultad en el seno mismo de la cámara por Mr. Dudon, que negaba al diputado liberal la calidad de ciudadano francés. «Mr. Benjamin Constant, decia, ha nacido en Suiza de padres establecidos desde muchas generaciones en el territorio helvético; venido á Francia en 1795, á la edad de veinte y ocho años, ha tomado en diferentes actos, posteriores á aquella fecha, la calidad de suizo de nacion No ignoro que se acoge al beneficio de la ley de 1790 que declara naturales franceses á los descendientes de franceses ó francesas espatriados por causa de religion; pero esta ley, dada en favor de los protestantes refugiados en pais estranjero á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes, no puede verse aplicada; la revocacion del edicto es de 1685, y el antepasado cuya descendencia invoca, Agustin Constant de Rebecque, salió de Francia en 1605, es decir, ochenta años antes (1). Además Agustin de Rebecque no se espatrió por causa de religion, sino para librarse de las consecuencias de una acusacion de lesa majestad.» Despues de haber manchado con estas palabras la memoria del antepasado de Benjamin Constant (2), Mr. Dudon añadió dirigiéndose personalmente á aquel diputado: «Decidnos si en 1796, 97 y 98, cuando todos los que eran admitidos en la confidencia del directorio hallaban medio de adquirir créditos no muy legales sobre el estado para negociarlos en seguida, os dedicasteis á semejante negocio.»

Esta imputacion que rechazaban el carácter y el pasado político del diputado liberal, fué contestada con este rudo apóstrofe, alusion directa á ciertos hechos de la vida pública de Mr. Dudon: «Ignoro lo que ha querido decir Mr. Dudon; sus palabras me han hecho enmudecer de sorpresa; mas declaro que desafío á Mr. Dudon á que cite un solo contrato antilegal, y por cierto que tiene noticia de muchos, en que haya tomado yo parte. No soy yo de aquellos hombres justamente despreciados que han abusado de su posicion para enriquecerse con rapiñas y escandalosas liquidaciones; que han obligado á los ministros del rey á arrojarles de su administracion y á proclamar su infamia!» (Muchas voces: Bravo!) Mr. Dudon manifestó que no contestaria á esta interpelacion; que habia presentado sus cuentas, que estaba pronto á presentarlas de nuevo é insistió en los motivos que acababa de alegar contra la admision. El general Foy tomó la defensa de su colega de la izquierda, y dijo: «Aun cuando Mr. Benjamin Constant no pudiese invocar el beneficio de la ley de 1790 por su línea paterna, es á lo menos francés por la línea materna, pues su madre, Enriqueta de Chandieu, es descendiente en línea recta del ministro protestante Antonio de Chandieu, capellan de Enrique IV, cuyo nieto se refugió en Ginebra á consecuencia del edicto de revocacion.» Este inesperado argumento pareció sorprender á la asamblea, la cual, á propuesta de Mr. de Martignac, remitió la cuestion al exámen de una comision especial; esta dió su dictámen en 15 de mayo y opinaba por la admision: «Las disposiciones de la ley de 1790, dijo Mr. de Martignac, encargado de dar cuenta á la cámara, no solo son aplicables á la descendencia de Antonio de Chandieu, línea materna de Mr. Benjamin Constant; los descendientes de Agustin Constant de Rebecque pueden igualmente reclamar el beneficio de la misma. En efecto aquella ley no señala época alguna para la es-

(1) Los trece nombramientos obtenidos por la oposicion liberal en las elecciones de 1824, fueron:

Aisne: San Quintin, el general Foy: Vervins, el general Foy; Soissons, Mr. Mechin.

Calvados: Bayeux, Mr. Tardif.

Bajos-Pirineos: Bayona, Mr. Basterocho.

Ródano: Lyon, Mr. Couderc.

Saone-et-Loire: Chalon-sur-Saone, el general Thiard.

Sena: el general Foy. Mr. Casimiro Perrier, Mr. Benjamin Constant.

Sena-Inferior: Ruan, Mr. Estanislao de Girardin.

Seine-et-Oise: Pontoise, Mr. Bouchard-Descarnaux.

Alto-Rhin: Gran colegio, Mr. Jayme Kœchlin.

El departamento del Aisne que contribuyó él solo con la cuarta parte de los diputados de la oposicion liberal de la cámara de 1824, eligió algun tiempo despues á Mr. Labbey de Pompieres en lugar del general Foy, que optó por San Quintin. El colegio de Paris, que habia elegido igualmente al general, le dió por sucesor a Mr. Dupont (de l'Eure).

A esta lista deben añadirse cuatro miembros del antiguo centro izquierdo cuyos votos en la mayor parte de las cuestiones se confundieron con los de los trece diputados que acabamos de nombrar; estos miembros eran MM. Royer-Collard, Devaux, Humann y de Turkheim, hijo, elegido por los colegios de Chalons (Marne), Saint-Amand (Cher), Estrasburgo, y por el gran colegio del Bajo Rhin.

(1) El artículo 12 de la ley de 15 de diciembre de 1790 está concebido en estos términos.

Son declarados *naturales franceses* y gozarán de los derechos que esta calidad lleva consigo, todos los que, nacidos en pais estranjero, descendan, por *cualquier título* que sea, de un francés ó de una francesa espatriados *por causa de religion*, con tal que vuelvan á Francia, fijen en ella su domicilio y presten el juramento civil.»

(2) Esta imputacion se fundaba en el siguiente párrafo de las memorias de Sully: «Será una causa de vergüenza eterna para el duque de Bouillon, Duplessis, d'Aubigne, Constant, Saint Germain y sobre todo para Rebecque, el haber suscrito una sumaria en la que se sentaban las bases de una *república cotérminata* en medio de la Francia. No ignoro que estos términos no se hallan en la memoria; sé tambien que se evitaron con particular cuidado, mas los términos nada son allí donde existe la realidad.»

patriacion, abraza todo el periodo de nuestras disensiones religiosas, por otra parte sus términos son absolutos y no puede restringirse su aplicacion á solo las persecuciones posteriores á la revocacion del edicto de Nantes; las turbulencias causadas por las innovaciones religiosas datan de una época mucho mas atrazada; la matanza de San Bartolomé por ejemplo es anterior de mas de un siglo (24 de agosto de 1572); muchos protestantes se retiraron al estranjero despues de tan terrible jornada; ¿y deberemos decir que su posteridad no se encuentra comprendida entre los descendientes de los franceses espatriados por causa de religion, á quien quiso la constituyente restituir la naturaleza? Semejante suposicion es absurda; ya se considere la filiacion paterna de Mr. Benjamin Constant, ya su filiacion materna, está en su derecho al reclamar el beneficio de la ley de 1790; Mr. Benjamin Constant es natural francés.» Este dictámen combatido por MM. de Sallabery, Piet, de Moustiers, de Saint-Luc y Simonneau y apoyado por MM. de Vaudoeuvres, Bourdeau, Bonnet, de Labourdonnaie y el general Foy, fué adoptado por doscientos catorce votos contra ciento sesenta y ocho

El dia 5 del anterior abril, los ministros habian presentado simultáneamente cada una de las cámaras los dos proyectos de ley anunciados en el discurso de la corona. El proyecto de ley sobre la septenalidad fué llevado por Mr. Corbière á la cámara de los pares; el relativo á la conversion de las rentas fué presentado por Mr. de Villèle á la cámara de diputados. Este último proyecto estaba concebido en estos términos:

«El ministro de hacienda queda autorizado para sustituir rentas de tres por ciento á los creados por el estado á cinco por ciento, ya lo verifique cambiando los cincos con treses por ciento, ya reembolsando los cincos por medio de la negociacion de los treses por ciento.

»La operacion no podrá hacerse sino con las siguientes condiciones:

1.° Conservando á los tenedores de cinco por ciento la facultad de optar entre el reembolso del capital nominal y la conversion en tres por ciento al precio de setenta y cinco francos.

2.° Presentando por resultado definitivo una disminucion de un quinto sobre la renta convertida ó reembolsada.

3.° Entrando el tesoro á gozar de esta disminucion de interés el 1.° de enero de 1826 á mas tardar.

«El ministro de hacienda dará cuenta detalladamente de esta operacion á las cámaras en la próxima legislatura.»

En su esposicion M. de Villele decia «que se habia asegurado de los medios de verificar en realidad el reembolso de la deuda, en caso de que fuese reclamado.» Segun de público se decia, el ministro habia tratado de este asunto con algunos banqueros estranjeros, así es que luego que Mr. de Villele dejó la tribuna se presentó en ella Mr. Casimiro Perrier pidiendo la presentacion á la cámara de cuantos documentos y contratos hubiese sobre este asunto; el ministro se negó á ello, diciendo que no habia podido firmar mas que un contrato puramente eventual, cuyas disposiciones además de dejar intactos los derechos de la asamblea, no ofrecian el menor interés para sus deliberaciones. Existe ó no existe este contrato, replicó M. Casimiro Perrier. Existe en cuanto el señor presidente del consejo lo comunicó á un miembro del parlamento inglés y al ministro de Austria; y siendo así ¿debe consentir la cámara en ignorarlo?» La insistencia del diputado de la izquierda quedo sin resultado: la asamblea se contentó con las esplicaciones del ministro y remitió el proyecto al exámen de las secciones.

Las medidas gubernamentales que mas sencillez y claridad exigen á fin de que sean comprendidas y aceptadas por todos, son á buen seguro las financieras; ahora bien, la operacion concebida por Mr. de Villele, operacion buena en sí misma, medida ventajosa si se la considera bajo el aspecto puramente económico, no presentaba á primera vista mas que oscuridad y confusion. Pagando el estado á sus acreedores un interés de 5 por 100, les dá un interés demasiado crecido, decia el ministro; este interes será reducido de un quinto; esta reduccion de 1 por 100 constituia pues el fondo del proyecto al cual se daba el nombre de conversion! En segundo lugar, el cinco por ciento disminuido de un quinto quedaba por precision un cuatro: ¿cómo pues podian ser treses los nuevos títulos? Por otra parte si 5 por 100 de interes representan un capital de 100 francos, el capital representativo de 4 es 80 francos, de 3, 60 francos; cuya proporcion no se encontraba en la nueva renta; los treses que se trataba de crear serian emitidos al capital de setenta y cinco francos, precio segun el cual dejaban de ser treses para convertirse en cuatros. El público se perdia en medio de tantos cálculos y denominaciones (1). Además, realizándose la operacion presentaba en los intereses que debia pagar el estado una economía anual de veinte y ocho á treinta millones; al paso que el precio de 75 francos á que se emitia la nueva renta convertida, aumentaba casi de mil millones el capital de la deuda pública. Finalmente no dejaba de ser problemático cómo habia de lograr el tesoro reunir los fondos necesarios para el íntegro reembolso del capital de las rentas reembolsables, capital que no bajaba de tres millones. Si la mayor parte de los rentistas se negaban á convertir sus títulos, era materialmente imposible la operacion.

Al mismo tiempo que turbaban los ánimos tales contradicciones y estrañezas, el solo hecho de la reduccion de un quinto en el interés de la deuda pública, sembraba el espanto entre la multitud de rentistas, negociantes retirados, ex-empleados y pequeños capitalistas, que habian colocado su fortuna en los fondos del estado. La deuda era de creacion reciente y no habia tomado proporciones considerables hasta despues de 1814 y 1815, en que la restauracion habia debido liquidar los créditos atrasados de la república y del imperio, saldar los gastos de las dos invasiones y pagar á la Europa victoriosa el rescate por nuestra doble derrota. Los títulos que representaban esta nueva especie de propiedad no habian penetrado en los departamentos sino en muy corto número; su masa se hallaba en la capital; así pues la alarma fué general en Paris: las bancarrotas que los rentistas habian sufrido sucesivamente bajo el antiguo régimen y bajo la república eran aun para todas las familias recuerdos de ruina muy recientes; en vano se hubiera tratado de demostrar la diferencia que mediaba entre la supresion arbitraria de los antiguos trimestres de renta y la nueva reduccion; todas las razones se habrian estrellado ante el cuadro de los desastres causados anteriormente por medidas análogas en todas las fortunas muebles. En efecto, de los cálculos hechos por los periódicos de la oposicion resultaba que una renta de 18.000 francos comprada cincuenta años antes, en cambio de un desembolso de 380.000 francos, se encontraba reducida en 1821 á causa de las sucesivas reducciones de interés á 3.000 francos al capital de 60.000 francos; el proyecto de M. de Villele hacia bajar estos 3.000 francos á 2.400; es verdad que en cambio del antiguo título libraba uno nuevo que elevaba el capital de los 2.400 francos á 75.000 francos; mas no podia contarse mucho con semejante compensacion; el precio de los nuevos títulos (75 francos) podia bajar el dia siguiente de su emision á 60 francos y aun a menos; en otros términos, los rentistas sufririan una pérdida cierta, la disminucion de su interés, al paso que era muy problemático el beneficio del aumento del capital (1).

Este aumento del capital era sin embargo el cebo en que contaba Mr. de Villele para el éxito de su operacion; el que le hacia esperar que las conversiones hechas en vista de este beneficio, serian en bastante número para reducir á un capital materialmente realizable, el número de reembolsos que serian exigidos. Para él el fondo de la operacion no consistia en la disminucion de veinte y ocho á treinta millones de interés anual cuyo resultado debia ser un aumento de mil millones en el capital de la deuda; Mr. de Villele no separaba su plan de conversion del proyecto de «cicatrizar las últimas llagas de la revolucion.» Reembolsar á los emigrados el precio de sus bienes, era el verdadero objeto de este pensamiento financiero; segun los informes tomados en todos los puntos del reino por la administracion de los dominios, el valor de todas las propiedades de emigrados vendidas al estado ascendia á cerca de mil millones, ahora bien, treinta millones de rentas de tres por ciento emitidos al precio de setenta y cinco francos, dan un capital nominal de mil millones, y estos eran los que Mr. de Villele pensaba distribuir á los emigrados, echando mano de los treinta millones de economía obtenidos por la conversion, de modo que el gobierno podia indemnizar á los emigrados sin exigir ni un centésimo á los contribuyentes: los rentistas eran los únicos sobre quienes pesaban los gastos de la operacion.

Tal era el plan de Mr. de Villele al presentar un proyecto de reembol-

(1) Cuando el estado necesita capitales no pide prestado, propiamente hablando; vende á los banqueros ó al público *títulos de renta* que le compran mas ó menos caros, segun la confianza que inspira como deudor y la abundancia de capitales. El interés que cobra el adquisidor de estos títulos está en razon directa del precio que ha pagado por títulos del 3 p. 100, comprados á 50 francos producen 6 por 100 de interés; á 60 francos, 5; á 70 francos 4; comprados á 100 francos solo dan á 3. Así pues los nuevos títulos que pretendia crear Mr. de Villele eran á la vez *treses* y *cuatros*, *treses* porque *el estado* vendia un título de renta de 3 francos, y *cuatros* porque este título, aceptado al precio de 75 francos, daba al titular un interés de 4 por 100.

(1) El dia 5 de abril, dia de la presentacion del proyecto de ley, el 5 por 100 se hallaba á 102 fr. 25 c.; á este precio los nuevos títulos de renta 3 por 100 aunque emitidos al capital de 75 fr., solo valian en realidad 61 fr. 35 c.; y vendidos en la bolsa con las mismas condiciones que el 15, habrian perdido 13 fr. 65 c. por cada fraccion de 75 francos.

so de la renta; como ha podido verse, el discurso de la corona tampoco habia separado ambas medidas; la indemnizacion se anunciaba como resultado de la conversion; esto hizo que todos los contrarios de la emigracion, todos los partidarios de la revolucion, hiciesen causa comun con los rentistas, y protestasen contra el proyecto de ley, con no menos calor que estos. Es evidente que si para la oposicion liberal, tanto de dentro como de fuera de la cámara, era un objeto político el principal defecto de aquella operacion financiera, á los ojos de la inmensa mayoría de la nueva asamblea era aquel su mayor mérito; además otra consideracion hacia popular entre sus miembros la medida ministerial.

Las nueve décimas partes de la cámara se componian de propietarios de los departamentos, los cuales se quejaban justamente de los intolerables gravámenes que pesaban sobre la propiedad inmueble, cuando la mueble gozaba de una absoluta inmunidad; en impuestos y derechos de toda clase pagamos al tesoro, decian, un veinte y cinco, un treinta y hasta un veinte y cinco por ciento de nuestra renta, al paso que los tenedores de fondos públicos no satisfacen contribucion de ninguna clase; ¿no es justo, pues, pedirles un sacrificio de uno por ciento para realizar un grande acto de justicia? Un diputado del mediodía, Mr. Syries de Mayrinhac, se hizo en estos términos el órgano de las quejas generales:

«La proteccion del estado debe ser una para todos; nadie puede reclamar un privilegio á espensas de los demás; así pues, es preciso conceder iguales derechos á la propiedad, á la agricultura, á la industria y á la renta. Desde hace algunos años, ha tomado esta una importancia tal por el interés que produce, que ha absorvido gran parte de los capitales que alimentaban antes los diversos ramos de la riqueza pública; por los considerables beneficios que produce á los que le han adquirido puede decirse de esta propiedad, que sale de la esfera comun.

»La causa principal de este hecho es la gran masa de la deuda inscrita; en el trascurso de los nueve últimos años se ha aumentado de ciento treinta y tres millones el capital de mas de tres millones, y su precio ha variado desde veinte y siete á setenta y cinco francos á proporcion que eran mayores los beneficios que obtenian los poseedores.

»El poco dinero que existia en nuestras ciudades y pueblos de provincia ha desaparecido; los males causados por la usura han crecido á proporcion, porque los capitalistas han preferido colocar sus fondos á un cinco, á un seis, y á un ocho por ciento, segun las circunstancias, á prestarlos á sus vecinos; añadid á semejante plaga la abundancia de los productos agrícolas y comprendereis la intensidad del mal.

»Otra consideracion muy poderosa ha determinado á los capitalistas á optar por hacer este empleo de su dinero, la montruosidad que en el órden moral es la renta tal como existe; y sino ved las ventajas que proporciona:

1.° Un crecido interes;

2.° La facilidad de retirar el capital cuando se quiere;

3.° No pagar impuesto alguno;

4.° La exencion de todo derecho de traspaso y de toda intervencion por parte del fisco;

5.° Finalmente no es susceptible de ser embargada, de modo que los quebrados fraudulentos pueden, bajo su égida, gozar del fruto de sus estafas insultando á sus acreedores.

»Este modo de colocar sus capitales ha debido parecer ventajoso á muchas personas, así es que se concibe que les sea perjudicial y penosa una disminucion del quinto de su renta; mas semejante privacion no es ya habitual para los ciudadanos de las provincias. Y si para calmar las inquietudes de los rentistas añadimos al cuadro de los privilegios que la ley les concede, las pérdidas de todo genero á que están espuestos los propietarios de los departamentos, se convencerán de que su suerte es infinitamente mejor, sus quejas serán menos amargas, y muchos de los salones de París en que el solo anuncio del proyecto causó la esplosion de una viva inquietud, estarán, á no dudarlo, menos afectados por la medida de que se trata.

»La propiedad territorial (y aquí debo comparar por una parte treinta millones de individuos con ciento cuarenta y cinco mil rentistas cuya mayor parte han hecho enormes beneficios, ya sobre los intereses, ya sobre los capitales), la propiedad territorial, digo, sufre un treinta y cinco por ciento de reduccion anual, á saber, un quinto de impuesto ó sea un veinte por ciento sobre la renta; derechos enormes de traspaso y de registro; prestaciones en especie, derechos de hipoteca, embargos de cosechas, ruinosas pérdidas á consecuencia de granizo, de incendio, de sequía, de inundacion etc.

»Los habitantes de París que tienen la ventaja de poseer la mayor parte de las rentas, gozan además de la proteccion especial del gobierno; desconocen el rigor de las contribuciones indirectas; por todas partes existen asilos para los pobres, ancianos y enfermos; el pan se vende mas barato en la capital que en los demás puntos, y por fin sus casas no pagan ni la mitad de la contribucion que satisfacen las propiedades rurales en nuestros departamentos.»

Este cuadro de la desigualdad con que trataba el fisco á las dos clases de propiedad territorial y mueble, cuadro que es aun rigurosamente verdadero en nuestros dias, despues de treinta años y dos revoluciones, reasumia las quejas de la generalidad de los diputados contra la renta y sus poseedores; no era esta la sola consideracion que se hacia valer en todos los discursos pronunciados á favor del proyecto; la conversion, se decia, motivará la disminucion del interés del dinero, pondrá freno á la usura, y hará refluir en los departamentos los capitales de que necesitan la agricultura y el comercio.

La mayor parte de los partidarios del proyecto solicitaban su adopcion en nombre del interés departamental; ninguno de ellos, por una especie de tácito acuerdo, se apoyaba en el objeto real de la medida, y los que á mas se atrevian, lo indicaban como un hecho deseable, mas que como un acto que se tratase de realizar. En cambio los oradores de la oposicion no se olvidaban nunca de denunciar aquel resultado á la opinion pública, procurando atraer sobre el proyecto de ley toda la impopularidad que le daba su conexion cierta, positiva, con la indemnizacion de los emigrados con la cual el partido ultrarealista amenazaba la hacienda del estado desde el discurso pronunciado por Mr. Ferrand en 1814. «La espoliacion á que se trata de someter á los rentistas es el rescate que se quiere exigir á la revolucion en favor de la emigracion!» decian. Oponíanse tambien á la medida proyectada por las siguientes razones:

»El ministro de hacienda apoya su proyecto de conversion y de disminucion del interes de la deuda pública en que habiendo bajado en Francia á menos de cinco por ciento el interés del dinero, el estado no puede continuar pagando la renta á este precio, puesto que encuentra capitales á un interes menos crecido. Este razonamiento es falso; en las provincias, raramente se presta á menos de ocho por ciento, y muchas veces de quince y de veinte; y aun en París, esceptuando el corto número de banqueros que tienen cuenta abierta con el banco de Francia, el interés es de seis, siete y de ocho por ciento, incluso los gastos del préstamo. Por otra parte, la constitucion dice: «La deuda pública queda garantida; es inviolable cualquier pacto hecho por el estado con sus acreedores, ahora bien ¿qué pacto mediaba con los rentistas al promulgarse dicho artículo? El de pagar el cinco por ciento de las sumas que se les debian; luego disminuirse el interés, y obligar á los rentistas a convertir sus títulos, de renta de cinco por ciento en títulos de tres por ciento, es violar aquel pacto y la constitucion.» ¿Cual es la clase á que perjudica principalmente el proyecto de la ley? La parte mas numerosa y digna de interes de la poblacion; desgraciados empleados retirados, ancianos militares, antiguos criados, los cuales llamaron á esta reeleccion una verdadera bancarrota. Esta clase de la poblacion tomó parte en la revolucion de 1789, y pensará que este recuerdo no es estraño á la medida que le arrebata parte de sus medios de subsistencia (1). Finalmente siendo como es indudable la operacion gravosa para los particulares, ¿es á lo menos ventajosa para el estado? No, pues convirtiendo en títulos de tres por ciento al capital de setenta y cinco francos, los ciento cuarenta millones de renta cinco por ciento reembolsables, se obtiene, es cierto, una economía de veinte y ocho millones anuales, pero el capital de la deuda aumenta de quinientos treinta y tres millones trescientos treinta y tres mil francos (2). ¿Dónde está pues el beneficio real? ¡Singular operacion financiera que despoja al acreedor y aumenta la deuda del deudor!»

La discusion abierta el 24 de abril, se cerró el 3 de mayo. El proyecto de ley tenia por defensores á MM. Humann, de Louvigny, Pavy,

(1) Un estado distribuido á la cámara de diputados, durante la discusion (sesion del 16 de abril) dividia los 140 millones de renta considerados como reembolsables, entre 145.000 rentistas, divididos del modo siguiente:

Rentas de	10 fr. á 50 fr.,	10.000	rentistas;	capital. . .		300,000 fr.
—	de 50 » á 99 »	35.000	—	—		2.7.0 000 fr.
—	de 100 » á 999 »	76.000	—	—	. . .	30.000,000 fr.
—	de 1.000 » á 4.000 »	15.500	—	—	. . .	41.500 000 fr.
—	de 5.000 » á 9.999 »	5.000	—	—	. . .	27.290 000 fr.
—	de 10.000 » por arriba »	1.000	—	—	. . .	30.000,000 fr.
	Total.	145.500	rentistas:	capital.		138.950,000 fr.

(2) La totalidad de la deuda inserta en el presupuesto de 1825 ascendia á 197.086,308 francos; pero de este número 56.176,618 francos de rentas pertenecian á la caja de amortizacion, á la de los inválidos de la marina, á la cámara de los pares, á la Legion de Honor, á mayorazgos, á municipalidades, á establecimientos públicos ó religiosos etc., y se consideraba que no podian ser reembolsados. Quedaban pues unos 140 millones susceptibles de sufrir la conversion.

Syries de Mayrinhac, Ricart (Alto-Garona) márgenes de Lacaze y Crignon d'Auzouer, y por impugnadores á MM. el general de Thiard, de Girardin, Mechin, Casimiro Perrier, de Labourdonnaie, Bourdeau, Ricart (Gard), Sanlot-Baguenault, Leclerc de Beaulieu, de Bouville y Fernando de Berthier. Como puede verse, no pertenecian á la izquierda todos los adversarios del proyecto; tambien habia algunos entre la mayoría, movidos por diferentes causas á impugnarlo en la forma en que lo habia presentado Mr. de Villèle; la mayor parte adoptaban el principio de la medida, mas unos querian que fuesen esceptuados de ella los tenedores de pequeñas inscripciones; otros, exigiendo verdad en los términos y una lógica proporcion entre el interés y el capital de los nuevos valores, pedian que esta reduccion de 1 por 100 fuese representada no por la conversion del 5 en 3, sino por títulos de 4 por 100 de 80 francos de capital; aquellos, decididos adversarios de los juegos de bolsa, echaban en cara á Mr. de Villèle el misterio que guardaba sobre los medios de que contaba echar mano para realizar la operacion y temian, votando ciegamente, abrir la puerta á un desenfrenado agiotaje; algunos, por fin, espíritus mezquinos, pero resueltos, querian que la cámara tuviese valor para proclamar su opinion, y declarase categóricamente en el proyecto de ley que el beneficio de la operacion serviria para indemnizar á los propietarios de los bienes vendidos durante la revolucion. Con objeto de consagrar estas distintas opiniones se presentaron no pocas enmiendas, mas Mr. de Villèle no quiso admitir ninguna; combatiólas todas con tal vivacidad que Mr. Casimiro Perrier esclamó: «El lenguaje del ministro de hacienda no es el de un miembro del gobierno; espresarse como lo hace es hablar no como ministro, sino como dueño!» Fatigada por una discusion de once dias, impaciente por votar una medida cuya adopcion debia realizar la reparacion que solicitaba hacia diez años, la mayoría apenas toleraba la simple enunciacion de las modificaciones propuestas por sus propios miembros; desde la primera sesion habia formado su opinion, así es que todas las enmiendas fueron rechazadas y la votacion sobre la totalidad del proyecto, que quedó tal como lo habia presentado Mr. de Villèle, se resintió de la irritacion causada en muchos bancos por esta intolerancia; despues de un debate apasionado, grandioso, en el que el general Donnadieu y muchos otros diputados del estremo derecho se unieron al general Foy y á MM. Casimiro Perrier, de Girardin y Mechin para protestar con vehemencia contra las violencias de la mayoría; en el que salian de todos los puntos de la cámara estas esclamaciones: «Es intolerable! una espantosa tiranía! esto no es una cámara!» se puso á la votacion nominal, dando el escrutinio el resultado siguiente: votantes 383; bolas blancas 238, bolas negras 145.

«Apelamos á la cámara de los pares!» esclamó Mr. de Girardin en medio del tumulto de que acabamos de hablar; mas antes de decir la suerte que cupo en la cámara hereditaria á la medida con que Mr. de Villèle queria inaugurar el dilatado poder que le prometia la existencia septenal de la nueva cámara de diputados, debemos decir algo del resultado que tuvo en la de los pares, el proyecto destinado precisamente á consagrar esta septenalidad; su discusion ocupó muy pocas sesiones; presentado en 5 de abril, la comision encargada de examinarlo presentó su dictámen el 22, proponiendo la adopcion sin modificacion alguna; este proyecto estaba concebido en la forma siguiente:

«Artículo único. La actual cámara de diputados y las que á ella sucedan serán renovadas íntegramente; á contar desde el dia de la publicacion del decreto que las convoque, tendrán una duracion de siete años, á menos que sean disueltas por el rey.»

Este proyecto de ley era una violacion directa y formal del art. 37 de la constitucion (1). En vano el ministerio en la esposicion, y la comision en su dictámen, dividiendo la constitucion en artículos fundamentales y reglamentarios, declaraban que el art. 37 pertenecia á esta última categoría; que modificándola, en nada se atentaba á los derechos afianzados á los ciudadanos por el pacto constitucional; que si las garantías políticas debian ser inviolables, no sucedia lo mismo con el reglamento de ciertas disposiciones ejecutivas; estos argumentos y esta arbitraria division eran infundados y casi ridículos. La constitucion era una; todas sus disposiciones dimanaban del mismo orígen y tenian igual valor; ningun sofisma ni artificio de lenguaje podia hacer que siendo inmutables algunas de sus disposiciones, fuesen las demás susceptibles de modificacion. Además, cómo distinguir el carácter especial de cada disposicion? ¿dónde empezaba la regla? ¿dónde acababa la escepcion? Las demás razones que se aducian en apoyo del proyecto, eran estas:

La renovacion integral es la única susceptible de hacer conocer el deseo de la nacion entera; lo que se manifiesta no es la opinion de algunos, sino la de todos; la estabilidad de los cuerpos ó su mayor duracion establece mejor la estabilidad de las doctrinas y la permanencia de las leyes, permitiendo continuar con el mismo espíritu y sin contradiccion grandes trabajos legislativos; una asamblea reunida por un tiempo dilatado dirige la opinion pública, al paso que es esclava de esta siendo llamada por un breve tiempo; en el primer caso el gobierno es mas estable, está mas seguro del porvenir; en el segundo, pierde la administracion su actividad, puesto que no confia en su duracion, ocupándose menos en gobernar que en obtener en cada renovacion parcial diputados decididos á apoyarla.

Los adversarios de la ley contestaban: las elecciones anuales tienen la ventaja de dar á conocer las necesidades actuales de los departamentos, al mismo tiempo que su opinion general, y de alejar por un movimiento tranquilo y casi insensible aquellas crisis periódicas y universales conmociones que cambian violentamente toda una administracion y todo un sistema político; su accion lenta, pero continua, modificando sin cesar las antiguas elecciones por otras nuevas, mejora sin destruir, sin que haya de temerse el repentino advenimiento de una asamblea, que llevada de la pasion de cambiarlo todo, se adopten con precipitacion ciertas opiniones ó medidas, precisamente porque sus predecesores las habian rechazado; finalmente, no se corre el peligro de ver destruir de un golpe lo que se hallaba establecido, de ver convertirse en dudoso lo que era cierto; ¿acaso se ignora hasta dónde puede estenderse la duda en las crisis políticas y de cuánto puede ser causa?

Estas distintas consideraciones fueron desenvueltas por los diferentes oradores que tomaron parte en la discusion; el baron de Montalembert, el duque de Doudeauville, el marqués de Herbouville y de Aramon, el duque de Narbona y el obispo de Hermópolis apoyaron el proyecto de ley, é impugnáronlo vivamente los duques de Chaiseul y de Larochefoucault-Liancourt, los condes Lanjuinais, Augusto de Talleyrand, de Segur y Boissy-d'Anglas, los cuales veian todos en el proyecto una tan declarada violacion de la constitucion que ni derecho tenia la cámara para discutirla. Algunos y entre ellos el conde Lanjuinais, hicieron observar, invocando la esperiencia del pasado, que la constituyente, la legislativa y la convencion, nuestras tres asambleas revolucionarias, habian sido el resultado de elecciones generales, y añadian que el hombre que en nuestros dias habia comprendido mejor la ciencia del poder, Napoleon, jamás se habia separado de la regla de la renovacion parcial Estas citas históricas fueron vanas; dominados por los intereses del momento, el ministerio y sus amigos se negaron á escucharlas, y despues de una discusion empezada el 4 de mayo y terminada el 7, fué adoptado el proyecto de ley por 117 votos contra 67.

La víspera 6, Mr. de Villèle habia presentado á esta cámara el proyecto de ley sobre la conversion de las rentas, cuya medida debia hallar esta vez una oposicion mas decidida que en la segunda cámara. En primer lugar debe observarse que no dominaba, en ambos cuerpos ni las mismas pasiones, ni las mismas ideas; si la cámara de diputados elegida por entero por la administracion congreganista, pertenecia á esta sin reserva, la cámara de los pares no habia sufrido ninguna modificacion esencial en su composicion desde la caida de Mr. Decazes. Es cierto que los pocos nombramientos hechos desde entonces habian reforzado el partido religioso y ultramonárquico, pero sin embargo no le daban una decidida mayoría; en ella se balanceaban las dos opiniones hostiles ó favorables á la revolucion; en segundo lugar, era desconocido el espíritu de provincialismo; todos los pares habitaban en París, donde tenian sus relaciones, su familia y su fortuna, así es que sufrian involuntariamente la accion de la gran capital, cuya opinion era para ellos la opinion pública. Ahora bien, con la adopcion del proyecto de ley por la cámara de diputados aquella se habia alarmado estraordinariamente; condenados por esta asamblea y por el gobierno á la pérdida del quinto de su renta, los rentistas cifraban toda su esperanza en la cámara hereditaria; todas las miradas, todas las aspiraciones se volvieron entonces hácia la cámara, que, árbitra de una cuestion, cuyo resultado tenia en la espectativa á París y á la Francia entera, iba á dejar su habitual papel de satélite de la de diputados, para ejercer una accion directa é influyente sobre los grandes intereses del pais.

El dictamen de la comision encargada de examinar el proyecto de ley fué presentado el 21 de mayo, y en él se opinaba por la adopcion; sin embargo del mismo se desprende que la comision, unánime en reconocer en el reembolso del capital de la deuda un derecho imprescriptible del estado, y en la reduccion del interés, una medida justa y perfectamente legal, habia admitido la utilidad de la operacion solo por simple mayoría, y que la economía de diez y ocho millones que era su resultado, le parecia un beneficio comprado á gran costa. El encargado

(1) Este artículo decia: «Los diputados serán elegidos por cinco años y de modo que la cámara sea renovada por quintas partes anualmente.

de dar cuenta de este dictámen, el duque de Levis, añadió que Mr. de Villèle acababa de comunicar á la comision el contrato celebrado con las compañías financieras encargadas del reembolso, comunicacion que pidió en vano Mr. Casimiro Perier en la cámara de diputados. Estas compañías, en número de tres, estaban representadas por MM. Laffite, Baring y de Rothschild: del contrato concluido entre ellas y el ministro de hacienda en 22 de marzo, por la noche, la víspera de abrirse la legislatura, citaremos únicamente los artículos 2.° y 8.°

Art. 2.° Los banqueros arriba nombrados se obligan á proporcionar al tesoro los fondos necesarios para reembolsar á los tenedores de la renta cinco por ciento que no consientan en la conversion, y á tomar al precio de setenta y cinco francos los títulos tres por ciento que estaban destinados á dichos tenedores.

Art. 8.° En recompensa del servicio prestado al gobierno por los banqueros contratantes, gozarán estos del beneficio que para el tesoro resultará de la conversion, desde el dia en que empiece á verificarse hasta el 31 de diciembre de 1825.

Este beneficio calculado en el goce de un interes de cinco por ciento, prestado desde el 22 de setiembre de 1824 hasta el 31 de diciembre de 1825, es decir, durante quince meses y ocho dias, estaba valuado en treinta y cinco millones.

El dia 24 de mayo se abrió la discusion. Mr. de Roy fué el primer orador que ocupó la tribuna, y se pronunció contra el proyecto de ley. El interés general del dinero, decia, lejos de ser inferior al cinco por ciento, era por el contrario mas crecido; así pues la condicion esencial para la ejecutativa reduccion de la renta al cuatro por ciento no existia, ni podia crearse de repente con un acto de autoridad. Por otra parte la alternativa de reembolso ofrecida á los tenedores era una oferta puramente de palabras, pues el gobierno no tenia los fondos necesarios para realizarla, y solo se fundaba en la posibilidad en que se hallaria el rentista de encontrar otro empleo de su capital; y en la esperanza de que en su mayor parte se verian obligados á aceptar la conversion. ¿Al hacer este cálculo no faltaba el gobierno á su principal union, al deber de mostrarse paternal, de no especular jamás en su provecho con las circunstancias difíciles en que pueden hallarse los que se han fiado en la fé pública? Dícese que el aumento de treinta y tres por ciento del capital es una indemnizacion de la disminucion de interés impuesto á los rentistas, añadia el orador; mas aquel aumento solo favorece á los jugadores, á los capitalistas, y por mas que se diga y se haga, siempre será una combinacion onerosa para el estado, una economía de diez y ocho millones que aumenta de novecientos treinta y tres millones trescientos treinta y tres mil francos el capital de la deuda. «Comprenderia, dijo, al terminar, una reduccion sucesiva de interés que diese á los rentistas cuatro y medio ó cuatro por ciento, sin aumento del capital; mas en la operacion presente, tal como se ha concebido, solo veo un medio de dar nuevas alas al furor del agio, el cual tendria abundante alimento en la diferencia de treinta y tres por ciento que existe entre el capital convencional y el capital nominal.»

Aunque estas consideraciones eran en gran parte la reproduccion de los argumentos desenvueltos en la cámara de diputados por los adversarios de la conversion, sin embargo, las palabras de Mr. Roy tenian entre los pares en materia de crédito público una autoridad de que no gozaba ningun miembro de la segunda cámara; por dos veces ministro del tesoro, su inmensa fortuna era otra recomendacion en favor de su habilidad financiera; sus votos, generalmente ministeriales, no permitian acusarle de hostilidad; la impresion producida, pues, por su discurso, entre la mayoría de sus colegas, fué profunda, de modo que el proyecto sufria desde el principio de la discusion una especie de derrota, de la cual quiso Mr. de Villèle tomar el desquite en el siguiente dia: el interés, dijo, habia indudablemente bajado de cinco á cuatro; y en prueba de su aserto citó recientes empréstitos contraidos á cuatro por la ciudad de París y por la de Granville, el interés de tres y medio á que estaban los bonos del tesoro, y por fin la abundancia de capitales, abundancia que atestiguaba el aumento del producto de las contribuciones indirectas, que acababan de dar, en el primer cuatrimestre de 1824, doce millones mas que en los mismos meses de 1823. A la objecion de que el reembolso ofrecido era una promesa ilusoria, puesto que no podria cumplirse si todos los acreedores exigian su ejecucion, el ministro contestó como lo habia hecho en la segunda cámara, que el gobierno estaba seguro de obtener los capitales necesarios: «Se habla, añadió, del beneficio de los banqueros que se han encargado de la operacion; mas este beneficio será enteramente nulo, si los rentistas prestándose nulos á sus verdaderos intereses, aceptan la conversion. El temor de que se den nuevas alas al agiotaje es vano; todo sistema de crédito lleva precisamente consigo este mal, y además el proyecto de ley, lejos de favorecerlo, tiende por el contrario á cortarlo, puesto que uno de sus efectos inevitables será hacer refluir los capitales hacia la agricultura y la industria.»

La discusion se prolongó durante nueve dias sin nuevos argumentos; pero, si en el seno de la cámara á pesar de las muchas sesiones, quedaba la cuestion tan oscura é indecisa como al principio; en el esterior aumentaba la inquietud á medida que se acercaba el presunto término de los debates. En todos aquellos salones de París cuya hostilidad habia observado Mr. Syries de Mayrinhac y á los que concurrian los pares cada noche despues de sus sesiones, reinaba una creciente agitacion; no se oia mas que un solo grito contra el proyecto de ley, grito enérgico, continuo, como lo es la protesta del interés amenazado. Gran número de pares, antiguos generales ó administradores, en tiempo de la república y del imperio, eran tambien poseedores de rentas, y conmovidos por el general clamor, poco dispuestos por otra parte á decretar una reduccion que les perjudicaba en su propia fortuna ó en la de sus parientes y amigos, solo se detenian ante el temor de que se interpretase su conducta rechazando la ley como un tiro directo contra la indemnizacion de los emigrados, objeto real y único de aquella; en esta perplejidad solo esperaban para pronunciarse abiertamente. poder escudar su voto con la opinion de un hombre cuya adhesion a la monarquía y á la religion estuviese fuera de toda sospecha. Este hombre se presentó y fué el conde Jacinto de Quélen, arzobispo de París.

Los escritores contemporáneos han buscado en vano el motivo de la opinion emitida por este prelado, opinion que ejerció una decisiva influencia en la suerte de la ley. Esto se esplica por la sociedad entre la cual pasaba su vida el arzobispo; eclesiásticos de todas categorías, jefes de establecimientos ó corporaciones religiosas, individuos dedicados á la práctica ó á la propaganda de las doctrinas del catolicismo, tales eran las personas que rodeaban habitualmente á Mr. Quélen. Ahora bien, toda esta clase devota disponia de capitales mas ó menos crecidos; hasta los mas pobres poseian un pequeño peculio: como es sabido, la Iglesia prohibe el préstamo á interés; ¿cómo conciliar esta prescripcion con la necesidad de una renta fija, de suficientes y estables recursos, para hacer frente á las exigencias de la vida material y á las de un culto que quiere estenderse y robustecerse sin cesar? El medio para conseguirlo eran los fondos públicos; pues no se prestaba al estado, se le compraban únicamente títulos de renta; por otra parte el clero inquietado, espiado como estaba por la opinion pública y por la prensa liberal, no tan solo tenia un gran interés en disimular el diario aumento de sus riquezas; la gestion de propiedades ó de grandes dominios son cuidados de que ordinariamente no gusta; la renta, propiedad invisible ignorada, realizable en silencio y á cualquier hora, en todo ó en parte á voluntad del poseedor, era para los eclesiásticos el empleo mas cómodo y seguro; así es que no pocos sacerdotes y la generalidad de los establecimientos religiosos habian confiado al estado sus recursos y economías. Siendo así, no es de estrañar que á todas horas llegasen quejas y observaciones á oidos del arzobispo, acabando por hacer impresion en su ánimo; no era el interés personal el que guiaba á los reclamantes: la situacion de tantos criados ancianos, de las viudas, de los empleados retirados, de los huérfanos era lo que entristecia su corazon, y por fin Mr. de Quelen, instado, solicitado, consintió en patrocinar la causa de los pequeños rentistas (2). Dijo que los detalles del proyecto de ley «escedian á su comprension, y que los juzgaba no con el entendimiento sino con el corazon; que obligado, mas que otros, á hacer suya y á abogar por la causa del infortunio, no podia permanecer indiferente á los intereses de un sinnúmero de desgraciados á quienes la ley perjudicaria no solo en sus propios y débiles recursos, sino en la privacion que sufririan los ricos de un superfluo que redundaba en provecho de la caridad. «Se ha dicho, añadia, que la reduccion de las rentas no será causa de que se cierre un teatro ni un figon; es muy posible, pero tambien lo es que la ley haga cerrar mas de una bolsa abierta aun para los pobres, ¿y quién sabe si la reduccion de un quinto en las rentas, disminuirá de un quinto las limosnas?»

Esta intervencion arrastró á los pares indecisos ó vacilantes; formóse

(2) En una nota anterior hemos presentado el estado de los rentistas divididos por categorías de rentas; los datos dados por la tesorería a la cámara de los pares, dividian de este modo los 76.000 rentistas titulares de una renta de 100 a 1.000 francos.

Rentistas de 100 á 300 fr.	. . . .	3.0000
— de 300 á 600	. . . .	20.000
— de 600 á 1.000.	. . . .	76.000
Total.	. . . .	76.000

inmediatamente la mayoría, á pesar de haber prometido Mr. de Villele, queriendo salvar el proyecto, que colocaria á los titulares de rentas inferiores á mil francos en una posicion escepcional; la cámara rechazó todas las enmiendas que tendian á modificar la ley sin destruir su principio, y el dia 30 de junio desaprobó el proyecto por ciento veinte y ocho votos contra noventa y cuatro.

Recibida por la poblacion parisiense como una verdadera victoria, esta votacion fué saludada por la doble oposicion liberal y realista como la cierta é irrecusable señal de la caida de Mr. de Villele. En efecto en las habituales condiciones del gobierno parlamentario, tal derrota debia precisamente ir seguida de la dimision del presidente del consejo; mas en el caso presente, fué sacrificado un miembro del gabinete, pero no fue Mr. de Villele. Sin embargo antes de referir este acontecimiento, que hasta cierto punto influyó en los destinos de la restauracion, debemos hablar de la discusion habida en la cámara electiva sobre la renovacion integral y septenal; la discusion se abrió el dia 3 de junio, el mismo dia en que la cámara de los pares rechazaba el proyecto de ley sobre la conversion de las rentas.

Las consideraciones que los adversarios y partidarios de esta medida habian hecho valer un mes hacia en la cámara hereditaria, fueron igualmente invocados en la cámara de diputados; reprodujéronse los mismos argumentos, pero bajo formas mas vivas y animadas. La distincion entre las diferentes partes de la constitucion, «unas inmutables porque son fundamentales, y otras susceptibles de modificacion por ser reglamentarias» hizo de nuevo un gran papel entre las razones de los defensores de la ley. Las ventajas de una larga duracion parlamentaria para la estabilidad de las leyes; los inconvenientes de la renovacion anual que colocaba á los ministros, segun dijo Mr. Josse-Beauvoir «en la pocion de Sísifo, el cual apenas habia empujado su roca hasta la cima de la montaña, cuando volvia á caer al instante, obligándole á empezar de nuevo su penoso y eterno trabajo,» sirvieron tambien esta vez para apoyar la opinion de los partidarios del proyecto; tampoco podian sus adversarios salir del círculo ya recorrido por los impugnadores de la cámara de los pares; con todo Mr. Royer-Collard y el general Foy supieron revestir con nuevas formas las causas de su oposicion; el primero abrió en cierta manera los debates:

«Las elecciones anuales, dijo son una de las mas importantes concesiones de la constitucion; la eleccion es el único derecho político que queda en el dia á la nacion; cuanto mas se ejerce este derecho, mas garantías ofrece, y la ingeniosa combinacion de la eleccion anual, con la renovacion parcial, es quizás la única condicion bajo la cual puede el gobierno representativo establecerse en Francia sin peligro ni para sí mismo, ni para el trono. En cuanto á la estabilidad tantas veces invocada, no es mas que una quimera que no puede jamás realizarse, pues de lo contrario, el gobierno representativo, que no es otra cosa que la movilidad organizada, cesaria enteramente. Mas tenemos el gobierno representativo tal como nos ha sido concedido por el rey? En esto, á mi modo de ver, está toda la cuestion; para que este gobierno exista, no basta, señores, la existencia de una cámara ni la solemnidad de sus debates, ni la regularidad de sus deliberaciones; pues si no fuese nombrada por la nacion, esta cámara no realizaria el gobierno representativo.

»Pues bien; á pesar de la declarada voluntad de la constitucion, hemos visto de año en año, de prueba en prueba pasar y hasta cierto punto legalmente, la eleccion de la cámara, de la nacion al poder. La constitucion declara elector al que paga trescientos francos de contribucion, es verdad; mas para serlo, es preciso que los agentes de los ministros reconozcan vuestro derecho; si no lo hacen, no lo sereis; y para no hacerlo, tienen infinitos medios, detrás de los cuales se escudarán sin que sea posible perseguirles; quereis quejaros: pero á quién? á otros agentes de los ministros que deben la conservacion de sus empleos á la voluntad de estos, voluntad de que solo ellos son los responsables, y que es su única regla, su única ley. ¿Os dirigireis á la cámara? No, será ya tarde (risas), y además tambien serán los ministros quienes darán informes á la cámara, en caso de que esta los tome, pues en esta misma tribuna se le sostendrá que no tiene derecho para escucharos. Por otra parte, si el ministerio tiene poder para destruir electores, tiene tambien el de crearlos, y la reclamacion es igualmente ineficaz. Así pues domina legalmente en la formacion de los colegios, que por necesidad salen de sus manos tales como los ha hecho.

Formados ya los colegios por el ministerio, ¿quien vota? Es claro que todos los electores admitidos: pero no; el ministerio es quien vota por la mayor parte; y cuidado que no soy yo quien lo digo; esta es su pretension pública, oficial, razonada. El ministerio vota por la universalidad de los empleos y de los salarios que el estado distribuye, y que directa ó indirectamente, no son mas que el premio de una probada docilidad; vota por la universalidad de asuntos y de intereses que la centralizacion ha puesto en sus manos; vota por todos los establecimientos religiosos, civiles, militares, científicos que los pueblos pueden perder ó que solicitan; vota por los caminos, canales, puertos, casas del comun etc., pues las necesidades públicas satisfechas se han convertido en favores de la administracion, y para obtenerlos, los pueblos, menos cortesanos, deben hacerse bien quistos.

»En una palabra, el ministerio forma la cámara; tal es entre nosotros el gobierno representativo, que no es otra cosa que el gobierno imperial con sus cien mil brazos, y que en caso necesario sabe tambien echar mano de los institutos que mostró ya en la cuna, la fuerza y la astucia. El gobierno representativo no ha sido solamente destruido por el imperial, ha sido pervertido; obra contra su naturaleza; en vez de enaltecernos, nos humilla; en vez de escitar la energía comun, relega tristemente á todos el fondo de su debilidad individual; en vez de alimentar el sentimiento de honor que es nuestro espíritu público y la dignidad de nuestra nacion, lo comprime, lo proscribe. Vuestros padres, señores, no han conocido tan profunda humillacion, no han visto la corrupcion introducida en el derecho público y prescrita á la admirada juventud como una leccion de la edad madura. ¿Hasta dónde hemos bajado? ¡Cuán pocos años han sido bastantes para desmoralizarlo todo!

»¡Cosa estraña! Para fundar, segun se dice, la estabilidad, se atenta á la constitucion sin el menor remordimiento, y lo que es mas estraño aun, se da crédito á aquel pretesto! Hace siete años, habia ministros, ¿dónde están? (risas generales y prolongadas) algunos viven todavía, y no permita Dios que se insulte su honrosa soledad; pero ¿quién piensa en los planes de gobierno que habian formado, en las palabras que dijeron? Desde medio siglo á esta parte ¿ha habido algun sistema, algun ministerio, alguna verdad, alguna reputacion política que haya durado siete años? ¿Qué será de nosotros, qué de vosotros dentro de siete años? (1) Voto contra el proyecto de ley.»

El general Foy en la sesion del dia siguiente 4 de junio, trazó el mismo cuadro del gobierno representativo tal como era practicado en aquella época y prorumpió en iguales quejas, presentando á los empleados de la administracion como formando una nacion en la nacion, una nacion conquistadora entre una nacion conquistada; luego añadió:

«Señores, la duracion mas ó menos larga y la renovacion parcial ó total de la cámara de diputados son sencillamente formas del gobierno representativo, al paso que lo que le da vida ó muerte son las elecciones segun sean libres ó no lo sean. ¿Quereis servir á vuestro país con todo vuestro poder constitucional? Empezad por volver la libertad á las elecciones; quitad á la administracion y confiad á los tribunales la formacion de las listas; haced que segun el espíritu del código penal, y á pesar de la impunidad prometida á cierta clase de culpables por el artículo 75 de la constitucion del año VIII (2), los compradores de votos, cualquiera que sea la moneda con que los paguen, sufran un fallo de la justicia, como sufren ya el de la opinion pública.

»Además, esta tribuna se mantiene aun en pié; las formas constitucionales se conservan todavía, y la gloriosa resolucion tomada ayer por la cámara hereditaria (3) prueba que hay aun en nuestro gobierno de que hacer revivir la libertad y la patria (prolongados rumores en la derecha). En este estado de cosas me atengo al testo de la constitucion y voto contra el proyecto de ley.»

La discusion se cerró el 18 de junio; algunos partidarios de la septenalidad, guiados por un respeto, á lo menos aparente, por el artículo de la constitucion bajo cuyo imperio acababa de ser elegida la cámara, pedian que la cámara actual solo tuviese una existencia de cinco años dos enmiendas destinadas á consagrar esta escepcion, presentadas por MM. de Bouville y Guillet, fueron desestimadas, y el proyecto de ley se adoptó por doscientos noventa y dos votos contra ochenta y siete.

La víspera, el 6, un real decreto, contrafirmado por Mr. de Villele, habia pronunciado la destitucion de Mr. de Chateaubriand, confiando interinamente al presidente del consejo la cartera de negocios estranjeros.

Mr. de Chateaubriand era ministro hacia diez y ocho meses; sucesor de Mr. de Montmorency, á quien habia hecho destituir su pasion por la intervencion de España, Mr. de Chateaubriand, aunque partidario

(1) Siete años despues de estas palabras, en 1831, la mayor parte de los ministros habian desaparecido completamente de la escena política y su memoria yacia en el mas profundo olvido, uno de ellos, Mr. de Peyronnet, sufria en la prision de Ham la pena de deportacion á que habia sido condenado un año antes por la cámara de los pares.

(2) Este artículo, el único de aquella constitucion que ha quedado en vigor, exige la autorizacion del consejo de estado para encausar á los funcionarios.

(3) Sobre la conversion de la renta

de la guerra, tanto como su predecesor, entró sin embargo en el ministerio á peticion de Mr. de Villele, para apoyar la politica pacífica de este último. En los capitulos anteriores ha podido verse con que facilidad supo sacrificar sus secretas inclinaciones á la voluntad del presidente del consejo; todas sus notas y comunicaciones manifestaban su docilidad á toda prueba, y sin duda no se habrán olvidado los terminos de la conciliadora nota que dictaba en su gabinete al embajador de Inglaterra, en el mismo momento en que Mr. de Villele, obligado por la congregacion á optar entre la guerra ó su caida, se decidia á hacer entrar nuestro ejército en la Peninsula. El repentino cambio del presidente del consejo permitió á Mr. de Chateaubriand volver á sus primeras inclinaciones, así es que sostuvo la necesidad de la intervencion en el seno de ambas camaras; el discurso que leyó en la de diputados y que dio motivo á la espulsion de Manuel, tuvo grande eco entre los realistas; su fama se estendió muy lejos y los soberanos estranjeros y sus ministros le cumplimentaron por su obra en diferentes cartas que fueron profusamente publicadas. Este triunfo y estas felicitaciones le cegaron, la ilusion de que la intervencion era obra suya acabó por penetrar tan hondamente en su ánimo, que hasta su ultima hora no cesó de revindicar la idea y votacion de aquella guerra, los aprestos de la campaña y su realizacion.

Mr. de Chateaubriand tenia sobre Mr. de Villele, lo mismo que sobre sus demás colegas, la ventaja de una fama literaria, que desde la restauracion le habia puesto en primer lugar entre el partido realista, y que hacia que todas sus frases, la menor de sus palabras, llamasen la atencion, asi de sus adversarios como de sus numerosos admiradores; si su talento como publicista, hacia de el el mas influyente y popular defensor del derecho monárquico; si como escritor, era el órgano mas brillante, mas escuchado al mismo tiempo que el orgullo del partido realista, esta imperiosidad desaparecia en la practica del gobierno y de los negocios; la aplicacion de la politica le encontraba del todo impotente. Los hombres felizmente dotados de muchas facultades á un grado igual de elevacion, son raras escepciones; un don en el órden intelectual es esclusivo de todos los demás dones; es una fuerza que se desenvuelve á espensas de las demás y que acaba por absorverlas. Haga lo que quiera un poeta no será otra cosa que poeta; el talento oratorio pocas veces da otra cosa que un orador; guiado por un justo sentimiento de lo verdadero, la multitud admite en las artes los géneros, las especialidades; así es que al músico hábil no exige el talento de compositor, ni á este último que pueda traducir en público las inspiraciones de su genio, no pide cuadros de historia á un pintor de flores, ni al contrario: comprende que un gran arquitecto no sea un escultor: y sin embargo — ¡magnífico elogio de las letras! — el público no admite que el literato hombre de genio, sea inferior al mas grande hombre de estado; la elocuencia, inspiracion del corazon, un estilo brillante y facil, calidad propia de la imaginacion, son para el una irrecusable prueba de una aptitud para vencer las dificultades de la realidad. No incurrió en este error Mr. de Villele, nadie como el conocia el valor práctico de Mr. de Chateaubriand, mas sus colegas habian participado de la ilusion comun; nadie escribia sobre cuestiones politicas con mas verbosidad y entusiasmo que el ministro de negocios estranjeros, y creian que con igual facilidad las resolveria; el desengaño no se hizo esperar mucho tiempo; Mr. de Chateaubriand no llevaba mas que su persona á los consejos; sin iniciativa y sin decision, su actitud habitual era una silenciosa indiferencia, de modo que por fin debieron sus colegas acostumbarse á decidirlo todo delante de el pero sin el. «No teniamos ningun credito en el gabinete, ha dicho hablando de sí mismo, todo se pasaba entre Mr. Corbiere y Mr. de Villele, el cual, con maravillosa destreza, rectificaba las cuentas ó errores de sus colegas; gozábamos en nuestra obediencia porque nos desembarazaba de nuestra voluntad. Nuestro defecto capital era el tedio, el disgusto de todo y una perpetua duda (1).»

Sin embargo, si el ministro de negocios estranjeros se resignaba de esta suerte á ser una nulidad en el consejo, tomaba el desquite en los salones de su palacio; sus recepciones eran frecuentes y reunian habitualmente á la clase mas elevada, mas elegante y escogida; el número y lujo de sus fiestas, sus continuas comunicaciones con el cuerpo diplomático, sus relaciones de franco compañerismo con los principales escritores de todos los partidos, los cuales, propensos al elogio, ensalzaban juntamente y á porfía sus maneras nobles y su pródiga liberalidad, todo esto aumentaba mas y mas la fama de su nombre; este ocupababa el primer lugar en la prensa, en los salones de Paris y en las cortes estranjeras; nadie se ocupaba de Mr. de Villele á no ser en

(1) *Congreso de Verona*, tomo I, pág. 403, y tomo II, pág. 409.

la cámara y en la bolsa, ni tampoco pensaba nadie en hablar al publico de las reuniones frias y de mal tono que se daban en el palacio del ministro de hacienda; este tenia la realidad del poder, el otro el brillo. Esta division inquietaba muy poco al presidente del consejo; ¿que le importaban las alabanzas prodigadas al secretario de estado en los negocios estrangeros, y el culto que aquel ministro-escritor se consagraba á si mismo? En el interior del consejo Mr. de Chateaubriand era el mas dócil de sus colegas, limitandose á desenvolver en elegantes y sonoras frases las opiniones que se le dictaban. Esta calma duraba aun cuando regresó el duque de Angulema, despues de la rendicion de Cadiz, una cuestion de cordones fue lo que vino á turbarla.

Las conversaciones privadas de Mr. de Chateaubriand en el congreso de Verona, su conferencia con Alejandro, su discurso sobre la guerra de España, el tono general de sus comunicaciones despues de la entrada de nuestras tropas en la peninsula, hacian que el emperador de Rusia le considerase como el mas decidido é influyente motor de la intervencion. El czar hizo que fuese felicitado por su discurso, y una vez terminada la guerra quiso recompensarle de sus esfuerzos y de su triunfo, enviándole la órden de San Andres. Mr. de Villele, relegado al olvido, se ofendió profundamente por semejante preferencia, y el mismo Luis XVIII participó del resentimiento de su primer ministro: para calmar al rey y satisfacer á Mr. de Villele, Mr. de Chateaubriand se apresuró á solicitar de Alejandro un cordon igual al suyo para el presidente del consejo, el cual fue concedido. Sin embargo la herida no quedaba cicatrizada, y entonces fue cuando advirtió Mr. de Villele que si bien tenia el el poder efectivo, el ministro de negocios estrangeros reportaba todos los beneficios del amor propio y de la vanidad: desde aquel momento concibió celos, y Mr. de Chateaubriand se convirtió para el en un objeto de incomodidad; alejóse de el; una especie de aspereza se introdujo en sus relaciones, y ambos comprendieron que rivales, si no por su posicion, por su importancia personal al menos, y celosos igualmente del primer papel, no podian continuar por mas tiempo siendo actores en un mismo teatro, y que uno de ellos debia desaparecer para dejar al otro dueño absoluto de la escena: preparáronse pues para luchar. La posicion de Mr. de Villele era á todas luces la mas fuerte; no solo tenia en su favor el presidente del consejo su considerable superioridad como hombre de gobierno, sino que se apoyaba no solo en Luis XVIII, quien jamás pudo perdonar á Mr. de Chateaubriand los furiosos ataques que desde 1816 á 1820 habia dirigido contra Mr. Decazes y contra la politica que el rey llamaba entonces su sistema personal de gobierno, sino en la mayoria provincial de la cámara, cuyos miembros hallaban en él, mas que un ministro, un colega atento á sus intereses privados, colega siempre dispuesto á dividir con ellos los beneficios del poder, prodigándoles los necesarios favores para mantener su posicion personal ó su importancia local; finalmente Mr. de Villele era sostenido por la congregacion, que echaba en cara al ministro de negocios estranjeros haber aceptado la sucesion de Mr. Mathieu de Montmorency, tener gustos mundanos, y descuidar abiertamente, desde su entrada en el gabinete, la severa practica de sus deberes religiosos. Mr. de Chateaubriand podia contar unicamente en la camara electiva con Mr. de Labourdonnaire y demás adversarios personales de Mr. de Villele; el resto se quejaba de su indiferencia, de su desprecio ó de su orgullo: «Los realistas nos echaban en cara que nada haciamos por ellos, ha dicho, ¿acaso podiamos hacer algo ni aun por nosotros mismos? No sabíamos ni tomar ni pedir; rodeados de enemigos y de ambiciosos, nuestra indifencia y franqueza nos dejaban sin defensa; además llevabamos demasiado lejos el desprecio hácia los pequeños: Mr. de Villele sabia arrostrar el tedio con una intrepidez de que no eramos capaces, muchas veces hallándonos en su casa anunciaban la visita de algun importuno: «Qué fastidio!» esclamaba suspirando, pero esto no impedia que recibiese al recien venido con la sonrisa en los labios, mientras que yo tomaba la puerta.»

La cámara de los pares, de la cual era miembro, y en donde se encontraban sus principales y mas antignas relaciones, le parecia un punto de apoyo suficiente para luchar con ventaja, y sus aduladores no vacilaban en decirle, lisonjeando su vanidad, que no necesitaba tampoco de aquel socorro, que su fuerza estaba en si mismo, y que para llegar al primer puesto no necesitaba mas que desearlo, apoyado en la omnipotencia de su popularidad y de su talento. Si su alma tendia á la dominacion, segun sus propias espresiones; si á veces se irritaba de no ser en el consejo mas que un maniquin (2) » á quien sus colegas no consultaban siquiera, aun cuando se tratase de decidir un asunto pro-

(1) *Congreso de Verona*, tomo II, cap. xx.
(2) *Congreso de Verona*, tomo II, cap. vi

pio de su departamento, el sentimiento de su nulidad no tardaba en calmar su ardor por el título de primer ministro; es verdad que esta calma no era de larga duracion; su antagonismo con el presidente del consejo no podian escapar a la multitud de oficiosos que pululan por las antecamaras ministeriales, y llevan y refieren sus dudosas confidencias à todos los hombres de algun crédito; à cada momento se le anunciaba que Mr. de Villele estaba resuelto a hacerle abandonar el puesto, que Mr. Corbiere habia jurado su perdida. Voces análogas llegaban á oidos del presidente del consejo; el ministro de negocios estranjeros, decian a Mr. de Villele, conspiraba secretamente para obligarle a dejar el poder, y estaba ya compuesto un nuevo gabinete, formado por los principales miembros de la contraoposicion realista bajo la presidencia de Mr. de Chateaubriand: como es natural, estos avivaban la irritacion y hacian mas y mas profunda la separacion: el sentimiento que en un principio no tenia por ambas partes mas que el caracter del despecho, de la desconfianza ó de la vanidad ultrajada, se habia convertido en una animosidad pronunciada casi en odio, cuando se abrió en la cámara de los pares la discusion del proyecto de ley sobre la conversion de la renta.

Condenada con violencia por la oposicion liberal, desaprobada en la mayor parte de los salones de Paris, y censurada ya de antemano por gran número de pares, esta ley habia parecido á Mr. de Chateaubriand el escollo en que debia naufragar la fortuna de Mr. de Villele; decidido á esperar, dejó al presidente del consejo desplegar todos los recursos de su ingenio y consumirse en esfuerzos para hacer adoptar el proyecto por la mas grande mayoría posible, mientras duró la discusion en la cámara electiva, mientras que el afectando separar en esta cuestion, su posicion personal de la de sus colegas, se encerraba en el silencio tanto mas notable, en cuanto los periódicos conocidamente inspirados por él, reproducian en toda su estension los debates de la asamblea sin emitir la menor oposicion. Esta actitud silenciosa reprobadora, se troco en una oposicion casi decidida al ver sometido el proyecto a la cámara hereditaria, pues si bien, como miembro del gobierno continuaba manteniendose públicamente fuera del debate, no dejaba en los salones ni en las reuniones privadas de sus colegas, de condenar la medida y su presentacion y de celebrar la resistencia que se le hacia. «Como ministro, ha dicho, votamos en favor de la ley, y luego que esta fué desechada nos acercamos à Mr. de Villèle y le dijimos: Si os retirais, estamos prontos á seguiros; por toda contestacion nos dirigió el presidente del consejo una mirada que nos parece estar viendo todavia, pero que no nos hizo la menor impresion. El dia siguiente 4 de junio hubo una reunion mercantil en casa de Mr. de Villele, á la cual Mr. Corbiere no asistió; el presidente nos pareció que estaba tan tranquilo como de costumbre, y discutió sin preocupacion alguna y con su habitual timidez.»

En aquel momento Mr. de Villele habia ya resuelto la destitucion de Mr. de Chateaubriand, mas no lo habia hecho sin sostener antes muchos combates; advertido por su inteligencia, de los peligros con que semejante rompimiento amenazaba al partido realista, en el cual introducia la discusion, vaciló antes de dar el golpe, pero Mr. Corbiere, espiritu trivial, inteligencia vulgar, a quien fatigaban las aristocráticas costumbres y maneras de Mr. de Chateaubriand, sobre todo el singular contraste que presentaba la absoluta nulidad en el consejo del ministro de negocios estranjeros, con su inmenso renombre político y con los elogios que á su capacidad prodigaban los escritores asi franceses como estranjeros, Mr Corbiere, decimos, triunfó de las dudas del presidente del gabinete con estas palabras: «Si entra el por una puerta, saldre yo por la otra.» La caida de Mr. de Chateaubriand no podia encontrar ningun obstáculo en las Tullerias; no solo dominaba Mr. de Villèle al rey y á su hermano, sino que ambos habian adoptado tan completamente su concepcion financiera, que el conde de Artois se habia hecho su panegirista, y recomendaba su aceptacion á todos los diputados y pares que se le acercaban y reprendia á aquellos de sus amigos que sabia eran contrarios de la misma. Este principe y Luis XVIII habian permanecido largo tiempo en Inglaterra, y, testigos del prodigioso aumento que un vasto sistema de crédito público habia dado á la riqueza general de aquel reino, participaban de todas las ilusiones de Mr. de Villele sobre los resultados de su operacion, y estaban sincera y profundamente convencidos de que la agricultura y la industria francesa sacarian de sus planes provechos tales, que las colocarian en breve al nivel de la industria y agricultura britanicas. Asi pues, la suerte esperimentada por una ley que tales resultados habia de producir, y que hubiera prometido además indemnizar á los emigrados de la venta de sus bienes, sin aumentar las cargas del estado, les habia irritado en gran manera contra el hombre á quien todas las voces que llegaban á sus oidos acusaban de la derrota de Mr. de Villèle, y no faltaba quien atribuyese á Mr. de Chateaubriand la responsabilidad del discurso pronunciado por Mr. de Quélen, su amigo y compatriota, cuya influencia, como se ha visto, habia sido decisiva. Tres dias despues de la votacion de la cámara de los pares, el domingo 6 de junio, como á las diez de la mañana, se presentó el ministro de negocios estranjeros en las Tullerías, dirigiéndose primeramente á la habitacion del conde de Artois, el verdadero rey; á su vista, los pocos cortesanos reunidos en la antecámara, parecen sorprendidos y embarazados; un ayudante de campo del príncipe se le acerca y le pregunta: «si ha recibido algo.—Nó, le contesta Mr. de Chateaubriand, ¿qué debia recibir?—Temo que lo sepais muy pronto, le replica el ayudante de campo, y añade, que no puede introducirle cerca del hermano del rey. Mr. de Chateaubriand se dirige entonces á la capilla donde estaban celebrando la misa; al cabo de pocos instantes le anuncia un ugier que estaban preguntando por él; sale, y en el salon de los mariscales le entrega su secretario una carta y un decreto concebido en estos terminos:

CARTA.—«Señor vizconde; cumplo las órdenes del rey trasmitiendo á V. E. un decreto que acaba de dar S. M.

«Tengo el honor etc. J. DE VILLELE.»

DECRETO.—Luis, por la gracia de Dios etc

»Hemos decretado y decretamos lo que sigue:

»El conde de Villele, presidente de nuestro consejo de ministros, queda encargado interinamente de la cartera de negocios estranjeros, en sustitucion del vizconde de Chateaubriand.

»Dado en nuestro palacio de las Tullerias, el dia 6 de junio.

»Firmado: LUIS.»

«Subimos á nuestro coche, dice Mr. de Chateaubriand; estábamos de muy buen humor, aunque en el fondo nos sentiamos mortalmente ofendido por el estilo de la carta y por el modo como eramos despedidos. Dos horas despues nuestro cambio de domicilio estaba terminado y contestábamos á la carta del presidente del consejo con el siguiente billete:

«Señor conde: he recibido la carta que habeis tenido á bien escribirme, trasladándome el real decreto de fecha de esta mañana, 6 de junio, por el que se os confia la cartera de negocios estranjeros. Tengo el honor de participaros que he dejado el palacio del ministerio y que el departamento está a vuestra disposicion.

»Con la mas alta consideracion soy etc.

»Firmado: CHATEAUBRIAND.»

Dos dias despues, el 8, la septenalidad adoptada por la cámara de diputados, se convirtió en ley del estado; en la misma sesion el ministerio habia retirado su proyecto de ley votado ya por la cámara de los pares, del cual diremos algunas palabras.

El clero no se limitaba á dominar por su influencia moral en los consejos y en la marcha del gobierno, sino que estaba representado en el poder legislativo y concurria por medio de algunos de sus miembros, á la formacion de las leyes; su primer decreto de 8 de noviembre de 1822 habia creado pares de Francia á los arzobispos de Tours, de Sens, de Reims y de Paris, y á los obispos de Troyes, de Chartres, de Estrasburgo y de Hermópolis; un segundo decreto del 8 de enero de 1823 determinaba el lugar que debian ocupar en la cámara; los arzobispos ú obispos revestidos de la dignidad de cardenal se sentaban en el banco de los duques, los demás prelados en el de los condes, y todos gozaban de los derechos, prerogativas y honores que iban unidos á estos diferentes títulos; un tercer decreto de 30 de marzo de 1824 hizo tambien par á Mr. de Fontenay, arzobispo de Bourges. Estos nuevos legisladores se habian quejado distintas veces de la igualdad impuesta por la ley á la represion de todos los crímenes y delitos, ya se cometiesen en edificios ordinarios, ó en edificios consagrados al culto, y pedian una pena diferente y mucho mas severa para los crímenes y delitos de esta última clase. Deseosos de complacerles los ministros presentaron el 5 de abril á la cámara de los pares, un proyecto de ley que castigaba con la pena de muerte cualesquier robo cometido con las circunstancias de complicidad y de fractura en un edificio consagrado al ejercicio de la religion del estado, ó de otro culto legalmente establecido; con cadena perpetua, el robo de vasos sagrados, aun sin fractura del tabernáculo; con cadena temporal, el robo de todos los demás objetos destinados á la celebracion de la religion del estado ó de un culto legalmente establecido; con la reclusion, cualquier otro robo cometido de noche, y finalmente con la prision mas

o menos dilatada y una multa mas ó menos crecida, los desórdenes y turbulencias promovidos aun en el esterior de las iglesias, lo mismo que la mutilacion de cruces, imágenes y de todo monumento religioso. Esta agravacion de penas que castigaban con la muerte crímenes que por derecho comun, solo estaban penados con cadena perpetua, no satisfizo á los pares eclesiásticos. El obispo de Troyes y el de Hermópolis, los arzobispos de Sens y de París entre otros, acusaron la insuficiencia de los testigos y además de censurar severamente en el proyecto de ley, el no pronunciar las palabras profanacion ni sacrilegio, protestaron con fuerza contra la chocante igualdad que su proyecto establecia entre los edificios consagrados al catolicismo y los de los demás cultos. «Las penas establecidas, decia el obispo de Troyes, son proporcionadas á los crímenes que tienen el objeto reprimir? Es dudoso; y por otra parte se confunden cosas que debian ser muy distantes; ¿por qué no se ha introducido la palabra sacrilegio? ¿por qué parece que se quiere castigar el atentado contra la propiedad mas que el atentado contra la santidad de las cosas? además, ¿puede ser nunca conveniente poner en la misma línea nuestros tabernáculos, en los que reside el Santo de los santos, y los muebles que adornan los templos de los otros cultos? Una aparente igualdad en la proteccion concedida á diversas religiones es el mas insigne disfavor para la religion del estado, que tiene misterios y objetos de adoracion de que las otras carecen, objetos sagrados cuya profanacion debe llevar contra los que de ella se hacen reos, penas mucho mas severas.» El arzobispo de Sens, despues de apoyar estas observaciones pidió la division del proyecto de ley en dos leyes distintas, una aplicable esclusivamente á los crímenes y delitos cometidos contra la religion del estado, y la segunda comun á los demás cultos autorizados; desechóse esta pretension y el proyecto del gobierno fue aprobado en la secion del 1.º de mayo por ciento treinta y seis votos contra once. El 8, Mr. de Peyronnet lo presentó á la cámara electiva, pero la comision nombrada para hacer un exámen, fiel al espíritu de la nueva mayoría, hizo contra sus principales disposiciones iguales cargos que los prelados de la cámara alta, mostrándose dispuesta á modificarlo en el sentido indicado por el obispo de Troyes; asustado el ministerio con la idea de sufrir una derrota en semejante materia, se apresuró á retirar la ley, que presentada de nuevo en la siguiente legislatura, fue el tan famoso decreto conocido con el nombre de ley del sacrilegio.

Una ley de aduanas y el presupuesto de 1825, una ley sobre el reclutamiento del ejército, ley importante, pero cuya discusion, sofocada por los ruidosos debates suscitados por los proyectos sobre la septenalidad y la conversion de las rentas, pasó, por decirlo asi, desapercibida, tales fueron las principales medidas legislativas que ocuparon el resto de la legislatura. La ley Gouvion Saint-Cyr fijaba á seis años la duracion del servicio militar; despues de este tiempo los subalternos y soldados solo estaban sujetos al servicio territorial de los legionarios veteranos (1); la nueva ley fijaba á ocho años la duracion del servicio, y suprimia la institucion de los veteranos; el contingente anual que debia llenarse por reclutamiento, era, segun la ley de 1818, de cuarenta mil hombres; el nuevo proyecto lo hacia ascender á sesenta mil. El sistema de veteranos jamás se habia puesto en práctica formalmente, pues todos los sucesores del mariscal Saint-Cyr habian procurado en cierto modo paralizar su aplicacion. El nuevo ministro de la guerra se hizo una arma de esta inejecucion y de sus resultados, para proponer y sostener la supresion de aquella reserva que nuestro ejército espera aun; en ambas asambleas la mayoría le dió la razon, y á pesar de los esfuerzos del mariscal Saint-Cyr en la cámara hereditaria y del general Foy en la electiva, la nueva organizacion fué en ambas adoptada en 12 de mayo y en 1.º de junio. No se habrán echado en olvido los ataques dirigidos en 1818 contra los derechos asegurados á los subalternos y á los oficiales para su ascenso; Mr. de Labourdonnaie se atrevió á pedir de nuevo la completa derogacion de aquellas garantías, mas fué apoyada únicamente por muy pocos miembros, entre otros por un consejero de estado, Mr. Fernando de Berthier, el mismo que en 9 de julio próximo, con motivo del presupuesto, hacia en estos términos el programa de los cambios que la nueva asamblea esperaba ver realizar en las instituciones civiles, políticas y administrativas del pais «para conspirar contra la restauracion.»

«Nueve años han pasado, dijo, desde que la cámara de 1815, la cámara inhallable, manifestó los sentimientos que espresamos ahora; se os llama cámara hallada, sí, este nombre nos pertenece por los sentimientos religiosos y monárquicos que animan á todos los miembros de esta distinguida asamblea; sin embargo no hemos merecido todavía semejante título por nuestros actos, ni por el bien que á nuestra patria hemos procurado.

(1) Véase para esta ley, el año de 1818.

»Convertidos en cámara septenal tenemos mas tiempo que la cámara de 1815 para meditar y conseguir aquellos diferentes objetos. Y en verdad, cuántas necesidades tenemos que satisfacer! Derogar las leyes impías de la revolucion y castigar el sacrilegio: volver á los lazos del matrimonio toda su santidad, haciendo preceder el acto civil de la ceremonia religiosa; dar al clero una existencia independiente, como lo exigen el interes de la religion y el de los pobres; consolar al rey de la espoliacion de sus compañeros de infortunio; revisar nuestros códigos y ponerlos mas en armonía con nuestros sentimientos religiosos y nuestras instituciones monárquicas; simplificar el mecanismo de la administracion: ¡qué vasto campo se nos ofrece! y vemos que ha pasado ya una legislatura y que nada se ha hecho todavía.»

Despues de reclamar en el número de tribunales reales y en el de los de primera instancia «una reduccion que debia aumentar la consideracion de la magistratura y asimilarla mas por su dignidad é importancia á los antiguos parlamentos,» despues de pedir para nuestras relaciones diplomáticas «una direccion mas conforme á los principios religiosos y monárquicos, felizmente proclamados por la Santa Alianza,» el orador espresó el deseo «de que los oficiales de nuestros ejércitos de tierra y mar no careciesen de fortuna, á fin de que el estado solo tuviese que pagar á los oficiales en servicio activo, y de que los que no se hallasen en esta condicion pudiesen volver al seno de sus familias, cuya honrosa existencia dividirian:» igual deseo manifestó respecto de todos los funcionarios públicos, «atendido que solo despues de haber satisfecho las necesidades de su familia y adquirido una existencia independiente, es cuando se pueden abandonar los intereses particulares y las profesiones lucrativas, para consagrarse al interés público y á las profesiones sociales:» condenó la subvencion de cuatrocientos mil francos acordada á los teatros reales, parte de la cual estaba afecta á la instruccion de jóvenes destinadas á la escena, «institucion poco conforme á las costumbres y á la moral;» y pidió que esta suma en vez de servir para aumentar el número de personas dedicadas á una profesion que tantos peligros encierra, fuese reunida á los fondos de socorros señalados á los colonos de Santo Domingo; luego continuó en estos términos:

«La reduccion de las prefecturas es vivamente solicitada, pues á la vez que se disminuirian los gastos se simplificaria la marcha de la administracion, y tambien seria posible sustituir á las subprefecturas la sustitucion mas económica de subdelegados sin sueldo alguno. Esta reduccion de prefecturas seria tanto mas fácil de realizar en cuanto la mayor parte de nuestras divisiones militares y de nuestros distritos de los tribunales reales corresponden á nuestras antiguas provincias y generalidades, pudiéndose restablecer así antiguos nombres de muy grato recuerdo para los pueblos y que jamás se borrarán de la memoria de los habitantes.»

Volviendo al clero, el orador añade: «Uno mi voz á la de la cámara de 1815 para pedir un pronto aumento en el presupuesto del clero, aumento por tanto tiempo deseado; la asamblea constituyente, si bien ordenó la venta de los bienes eclesiásticos, no creyó deber conceder al clero una votacion inferior á sesenta millones, y nosotros votamos anualmente solo treinta y tres; la constituyente sentó el principio de la dotacion y nosotros votamos una simple aprobacion, haciendo de la existencia del clero un artículo del presupuesto, sujetado cada año á discusion, y que á no ser aprobado, quedarian sin pan los ministros de nuestra santa religion. Señores, tiempo es ya de que acabe semejante estado de cosas tan contrario al órden social; cese la suerte del clero de ser precaria por medio de una dotacion suficiente en cuanto á la cantidad, y hagámosla independiente de todos los acontecimientos. Senadores de la cámara de 1815, esclama Mr. de Berthier al concluir, sucesores de aquella cámara que Luis el Deseado tituló inhallable y á quien la opinion pública da el nombre de hallada, cumplid vuestros grandes destinos! satisfaced los deseos de los corazones realistas; completad la restauracion!»

Cuéntase que Mr. de Villèle, obligado á defenderse, el año anterior, de los cargos que le dirigian algunos realistas impacientes, les dijo «Dadme siete años de existencia y haré por la religion y la monarquía cuanto intentó en vano hacer la cámara de 1815.» El presidente del consejo acababa de recibir los siete años que pedia, y en cambio habia querido dar inmediatamente á su partido la indemnizacion de los emigrados, mas habiendo sido desechada la combinacion financiera destinada á realizar esta medida, la indemnizacion debia ser obra de la legislatura próxima, y la septenalidad era el principal resultado de la de 1824, la cual abierta en 13 de marzo fue cerrada oficialmente el 15 de agosto, despues de cuatro meses y once dias de sesiones.

Si, como decia Mr. de Berthier, la cámara de 1815 revivia en la nue-

va asamblea electiva, esta, á pesar de su ardor para restablecer las instituciones del antiguo regimen se veia obligada á guardar ciertas consideraciones que su antecesora habria podido despreciar. La Francia en 1821 no se hallaba postrada por una inmensa derrota, los ejércitos enemigos no cubrian ya su territorio, no podia dividirse su poblacion en vencidos y vencedores, en súbditos rebeldes y leales; las instituciones y leyes robustecidas por nueve años de paz y de práctica del gobierno constitucional, imponian á las pasiones ultrarealistas límites que no podian traspasar, y esta justa apreciacion de la diferencia existente entre ambas épocas, es lo que hacia á Mr. de Villele pedir un plazo de algunos años para acordar á sus amigos todas las satisfacciones que, despues de Waterloo, quisieron obtener en pocos meses. Por otra parte la cámara de los pares, en 1815, no tenia aun ninguna influencia en la balanza política, pues compuesta en gran parte de elementos semejantes á los de la cámara electiva, no habia aun tomado el lugar que le correspondia en el movimiento regular de las nuevas instituciones; modificada, desde entonces, en su composicion y en su espíritu, por los nombramientos de 1819 y la sucesiva introduccion en su seno de todos los hombres políticos que habian estado en el poder desde 1814 á 1822, esta cámara no solo se habia convertido en un apoyo y en una fuerza para las nuevas instituciones, sino que aspiraba á salir de la especie de aislamiento silencioso á que la condenaba el secreto de las votaciones; y decidida á tomar en el gobierno su parte de legítima influencia, deseosa de atraerse la atencion y popularidad, patrimonio esclusivo hasta entonces de la cámara electiva, habia acogido con gran placer los aplausos provocados por su votacion sobre el proyecto de conversion. Finalmente las palabras pronunciadas en la tribuna el año anterior por Mr. Casimiro Perier, el cual esclamó; «que no á la democracia sino al jesuitismo debia el gobierno temer y combatir,» correspondian al sentimiento de muchos de los mismos realistas, los cuales tranquilos sobre el mantenimiento de la monarquía empezaban á mirar con espanto la intolerancia y progreso de la congregacion; hasta la alta magistratura, tan dócil hasta entonces á todas las pasiones ultramonárquicas, se preparaba para resistir al partido clerical, y una atrevida tentativa hecha contra la independencia de la prensa periódica no dejó de tener influencia en esta modificacion.

El ministerio habia esclavizado la tribuna eligiendo por sí mismo á los diputados, y resolvió esclavizar igualmente á la prensa valiendose de iguales medios, es decir, de la violencia y de la corrupcion: la violencia fué la tarea reservada á los tribunales, la corrupcion la suya. La ley de febrero de 1822 sobre la política de los periódicos, concede á los tribunales reales el derecho de suprimir aquellas cuyo espíritu pudiese atentar á la paz publica, al respeto debido á la religion y á la autoridad del rey. Estas causas tomaban el nombre de «proceso de tendencias.» Esto necesita alguna otra esplicacion (1).

Ciertos empleados encargados de leer diariamente los periódicos de la oposicion señalaban cuidadosamente los artículos ó los hechos en que podia hallarse una palabra, una frase, una alusion, que pudiese interpretarse como una censura ó una crítica de los actos del gobierno, de las opiniones espresadas por los ministros y de las medidas tomadas por sus agentes: cada uno de estos párrafos tomados aisladamente no podia dar materia á la formacion de causa; pero despues de tres, de seis meses ó de un año de tan minuciosa investigacion se lograba formar un cumulo de reflexiones ó de espresiones críticas que, consideradas en su conjunto, podian constituir para los que ya abrigasen cierta prevencion, una tendencia mas ó menos pronunciada á desprestigiar el poder, á faltar al respeto debido á la religion ó á la autoridad del rey; el fiscal presentaba su acusacion, y si el tribunal que conocia de la causa reconocia la tendencia, el periódico era suspendido, y en caso de reinsidencia, suprimido. Es evidente que ningun periódico de la oposicion podia sufrir semejante prueba y que era inevitable la supresion sucesiva de todos ellos, si en la tolerancia ó en la equidad de la magistratura no hallaban la proteccion de que les despojaba una legislacion tanto mas monstruosa en cuanto no pudiendo establecerse ningun nuevo periódico sin una autorizacion del rey, el ministerio debia lograr al fin y al cabo dejar sin ninguno de sus órganos á la opinion liberal. El año anterior intentó el gobierno hacer la prueba acusando al «Correo Francés,» uno de los tres periódicos liberales entonces existentes, ante el tribunal real de Paris, por tendencias á turbar la tranquilidad pública; los artículos denunciados eran los referentes á nuestra próxima intervencion en España. En 28 de abril, el tribunal dio un fallo suspendiendo el periódico durante quince dias (2); y como una nueva causa podia llevar consigo la supresion, los ministros, resueltos á estinguir aquel órgano en el cual escribian Benjamin Constant, Mr. de Keratry y otros diputados de la izquierda, le intentó una nueva denuncia de la cual conocieron los mismos jueces el 19 de junio.

No eran únicamente los periódicos de la oposicion liberal los que hacian la guerra al gabinete; los de la contraoposicion realista desplegaban contra los ministros una hostilidad quizás mas temible todavía; sin embargo era imposible intentar contra ellos procesos de tendencias, ni confiar á los magistrados el cuidado de librar de sus ataques á Mr. de Villele y á sus colegas; la misma exageracion de su realismo les protegia contra los cargos del fiscal. En este estado, no pudiendo ni suspenderlos ni estinguirlos por autoridad de justicia, el ministerio resolvió comprarlos. Con este objeto formó un fondo considerable por medio de capitales sacados de la lista civil de los fondos secretos de la direccion general de policía y de los ministerios del interior y de negocios estranjeros (1); y Mr. Corbiere, ayudado por Mr. Sosthenes de la Rochefoucault, que consintió en cargar sobre sí la responsabilidad de la empresa, se disponia á realizar la operacion: «el Rayo, el Oriflama, la Bandera Blanca, la Gaceta de Francia y el Diario de Paris» fueron estinguiéndose sucesivamente, á los redactores se les concedian pensiones ó empleos, á los propietarios se les daba dinero. Una revista semanal, «las Tablillas universales» que, por su oposicion viva y mordaz tenia gran exito en los salones, callóse tambien repentinamente (2). La «Cotidiana» fue el escollo en que se estrelló el ministerio; la propiedad de aquel periódico, el mas importante de la contraoposicion realista, estaba dividido en doce partes; cuatro pertenecian á Mr. Michaud, tres á Mr. Laurentie y las cinco restantes á Mr. Bonneau: primeramente fueron adquiridas las partes de este último, mas no se podia pensar en comprar las de Mr. Michaud, redactor y director del periódico desde su fundacion, y el que le imprimia la línea política de que se quejaba el ministerio: en cuanto á Mr. Laurentie, redactor de la «Cotidiana,» acababa de obtener sucesivamente el título de jefe de seccion en la prefectura de policía y el de inspector general de la universidad. Mr. Sosthenes de la Rochefoucault le pidió la cesion de sus partes, á lo cual se negó: entonces Mr. Corbiere le hizo llamar á su gabinete y le intimó que optase entre esta cesion y su empleo. «Esta venta, contestó Mr. de Laurentie, en nada cambiaria la posicion de Mr. Michaud en el periódico, pues me ligan con él antiguos compromisos.—En este caso, replicó el ministro, es una causa lo que nos vendeis; no importa, la compramos.» Las tres partes fueron cedidas por el precio de ciento cincuenta mil francos, y el dia siguiente un nuevo editor responsable instalado por los testaferros del ministro y de Mr. Sosthenes de la Rochefoucoul, ayudado de un comisario de policía y de un destacamento de infantería, espulsaba del periódico á Mr. Michaud, el cual hizo resonar la prensa con sus quejas y pidió su reintegracion á los tribunales. Desechada su demanda en primera instancia apeló ante el tribunal real, quien le restituyó su posicion de director y de redactor despues de un debate en que fueron reveladas todas las transacciones que acabamos de analizar. Imposible es formarse una idea del escándalo causado por estas revelaciones: lo vergonzoso de esta compra, concebida y practicada por el mismo ministro del interior y por un ayudante de campo del conde de Artois; la violencia física ejercida con Mr. Michaud, anciano escritor realista á quien debian recomendar cerca del ministerio veinte años de persecuciones y once de prision sufridos por la causa monárquica en tiempo de la república, del consulado y del imperio; las ofensivas acusaciones que mediaron entre los abogados, el cargo hecho á uno de ellos, Mr. Berryer, de haber recibido de Mr. Sos-

(1) Vease lo dicho sobre la ley de febrero de 1822.

(2) El fallo no contenia mas que estas palabras: «Considerando que varios de los artículos del *Correo Francés* denunciados al tribunal son atentatorios á la tranquilidad pública, el tribunal suspende al *Correo Francés* durante quince dias.»

(1) Mr. de Labourdonnais en la sesion del 12 de julio de 1814 valuaba este fondo en mas de dos millones.

(2) Despues de la venta de las *Tablillas universales* los escritores que hasta entonces habian sostenido las polémicas y redactado las noticias y variedades de aquella revista, dirigieron á los periódicos una carta en la cual declaraban retirarse de la redaccion; al pie de esta carta se leian las firmas siguientes: *A. Thiers*, *Mignet*, *Ch. de Remusat*, *Decazes*, *Syl. Dumas*, *Alex. Rabbe*, *P. F. Dubois*, *Felix Bodin*.—Mr. de Chateaubriand era ministro en aquella época, y el periódico que recibia sus inspiraciones (*Diario de los Debates*) publicó con este motivo las siguientes observaciones: «El propietario de las *Tablillas* ha juzgado á propósito venderlas creyendo que sus intereses valian mas que sus opiniones, nada tenemos que ver en esta cuestion que debe debatirse entre él y sus amigos, pero diremos si que decididos partidarios de la libertad de imprenta, echamos de menos las *Tablillas*; á veces encontrábamos en ellas alguna palabra que hacia asomar la risa á los labios, en efecto nos divertia el ver á la oposicion reducida á los ataques personales, no teniendo mas apoyo que unos seis jóvenes de talento que se esforzaban en sentar los principios revolucionarios en chistes de buena ó de mala ley.»

thenes de la Rochefoucault una de las partes compradas, ó sean cincuenta mil francos en un interes opuesto á la causa que defendia; la audacia de esta causa aceptada, comprada por Mr. Corbiere con la seguridad de un hombre que se cree con bastante crédito y poder para dictar un fallo á la justicia; todos estos hechos relatados ante los jueces encargados de fallar el proceso de tendencias intentado entonces al «Correo Frances» conmovieron e indignaron á los magistrados, tanto que presentada á su decision en 23 de junio la causa de la «Cotidiana,» el 10 de julio siguiente absolvieron al «Correo» (1).»

Esta doble derrota detuvo á los ministros en las tentativas contra la prensa, en el mismo momento en que su órgano mas acreditado, el Diario de los Debates se pasaba á la oposicion. Este periódico, fiel á la fortuna de Mr. de Chateaubriand hacia suyos sus odios y rencores y le abria sus columnas: cogiendo de nuevo su pluma, su verdadera y única fuerza, «empuñando otra vez sus armas» segun sus mismas espresiones, el ministro caido emprendió contra Mr. de Villele desde el dia siguiente de su desgracia, la guerra ardiente e implacable que por espacio de cuatro años habia hecho contra Mr. Decazes. La oposicion liberal recibió á este nuevo aliado, si no con indiferencia, sin alegria al menos: «La opinion pública decian los periódicos liberales permanece neutral entre el ministro vencedor y el ministro vencido; su lucha es una lucha de personas, su querella una querella de carteras; el terreno en que combaten no es el nuestro; siendo fieles espectadores no podemos hacer mas que juzgar de los golpes, que Mr. de Chateaubriand vuelva al ministerio seguido de Mr. de Labourdonnaie, ó que permanezca en el Mr. de Villele en compañía de Mr. Corbiere, ¿que importa á la Francia, á sus derechos y á los intereses de su libertad?» La Gaceta de Francia, la Bandera blanca y los demas periódicos comprados por el ministro del interior no recibian con la misma calma las acusaciones que el ministro caido hacia llover cada mañana contra sus antiguos colegas, é irritandose al verle servirse contra estos de todas las medidas que aprobara, de todos los actos en que participó, esclamaba: «¡Cómo! os atreveis á hablar de ataques contra nuestras instituciones, de opresion del derecho electoral, de sistema de corrupcion y de bajeza, de odio ó de desprecio hácia las artes y las letras, de odiosos fraudes, de seducciones criminales, de fé pública burlada y de barbarie! ¿Acaso no erais vos ministro? ¿no teneis vuestra parte en estas pretendidas infamias? ¿No erais el protector natural de estas letras que decis tan indignamente perseguidas, pues solo vos en el gabinete erais miembro de la Academia? Y os atreveis á hablar de mercado de conciencias, vos que lo habeis visto abrir y que lo habeis recorrido, si no como comprador, como aficionado al menos!» Estas merecidas recriminaciones daban por resultado el que los golpes de Mr. de Chateaubriand fuesen mas violentos y multiplicados. Perseguidos cada dia por nuevos ataques, irritados, por la doble derrota que acababan de sufrir con los fallos de 23 de junio y de 10 de julio, Mr. de Villele y sus colegas resolvieron ampararse en la censura; en su impremeditada cólera no cuidaron de abrigar este acto de violencia bajo un pretesto político, y el 15 de agosto un decreto firmado por MM. de Villele, Corbiere y Peyronnet, y motivado, «en la reciente jurisprudencia de ciertos tribunales y en la circunferencia de los medios de represion establecidos contra la Francia,» suspendió la libertad de los periódicos.

Esta medida que libertaba á los ministros de toda clase de oposicion, fué inmediatamente seguida de numerosas destituciones en los tribunales reales y aun en el mismo tribunal de casacion.

«Introducid en el tribunal de casacion, en los tribunales reales, en los consejos academicos, en el instituto, en la cámara de las pares muchos elementos de realismo y de religion,» decia y escribia sin cesar á la favorita y á los ministros, un sacerdote cuya influencia hemos dicho y cuyo nombre hemos pronunciado. «Las defunciones, decisiones y mutaciones, dejan á la autoridad toda la latitud posible para que en menos de diez años reine únicamente en todas las reuniones de alguna importancia, un espíritu adicto en un todo al trono y al altar. A los que quisieran oponerse á vuestros proyectos de regeneracion hacedles un puente de oro, prodigadles honores. Lo esencial es despojarles de toda su influencia (2).»

Hemos visto el ardor con que los ministros, dóciles á estos consejos de violencia y de corrupcion, se esforzaban en regenerar todos los ramos de la administracion publica, el cuerpo judicial y el mismo poder legislativo. La congregacion iba á dar un nuevo paso; desde el año anterior el abate Liautard, solicitaba vivamente de la favorita y de Mr. de Villele la creacion de un ministerio de la religion, aunque se le habia prometido acceder a su demanda, el temor de parecer confirmar con esta innovacion todas las acusaciones de la prensa liberal sobre la sumision del gobierno al clero, hizo vacilar por largo tiempo al presidente del consejo; hasta que por fin, el 26 de agosto, once dias despues del restablecimiento de la censura, un real decreto instituyó el nuevo departamento ministerial; solo que en vez de ministerio de la religion, recibió el nombre de ministerio de negocios eclesiásticos, por llevar consigo menos compromisos, y á propuesta del mismo sacerdote (1) se confiaba al abate Frayssinous, primer capellan del rey, revestido con el título de gran maestre de la Universidad. Un segundo decreto de fecha igualmente del 26 de agosto, regeneraba al mismo tiempo el consejo de estado. La congregacion no se limitaba á eliminar de el á los miembros nombrados por los ministerios anteriores, y á reemplazarlos por diputados congreganistas, sino que introducia además un nuevo elemento en la composicion de aquel cuerpo administrativo. El clero participaba ya del poder legislativo por la creacion del banco de los obispos en la cámara de los pares; ahora iba á intervenir de un modo efectivo en la alta administracion del reino: el arzobispo de Besanzon, el arzobispo de Reims y el obispo de Autun, figuraban entre los nuevos consejeros de estado en el banco eclesiástico introducido en el consejo. Entre los miembros destituidos se encontraba Mr. Dupleix de Mézy, por mucho tiempo director general de correos y amigo de Mr. Decazes; cuando Mr de Peyronnet presentó el decreto á la firma de Luis XVIII, el anciano rey pasó los ojos por el papel, pero postrado por la enfermedad no pudo leer palabra alguna, y balbuceó estas palabras: «Manteneis en su puesto á Mr. de Mézy?» Mr. de Peyronnet le dió á entender que era del número de los escluidos: «Ah! tanto peor!» esclamó y firmó. Diez y siete dias despues, el 13 de setiembre, el Monitor publicó un parte del estado del rey, concebido en estos terminos:

«Los antiguos y continuos achaques del rey se han aumentado sensiblemente desde algun tiempo á esta parte, y su salud se ha alterado profundamente: imposible es desconocer que sus fuerzas se han disminuido mucho, lo mismo que la esperanza que podia abrigarse.»

Despues de estas lineas venia el siguiente aviso:

«La bolsa y los teatros quedan cerrados; se harán rogativas públicas en todas las parroquias.»

Aun cuando el parte hubiese podido dejar alguna duda sobre la proximidad de los últimos momentos de Luis XVIII, el haberse mandado cerrar los establecimientos públicos, no permitia conservar sobre este punto la menor ilusion; todo anunciaba la agonía del rey.

Nada en los periódicos habia preparado al público para semejante acontecimiento; el dia antes se leia en ellos que el monarca habia recibido á diferentes personages y trabajado con sus ministros. Estas noticias eran exactas. De Luis XVIII se puede decir que si los sufrimientos físicos que le condujeron lentamente al sepulcro, le obligaron durante los cuatro últimos años de su vida á abandonar á su hermano, á falta de favorito, las riendas del gobierno, desempeñó á lo menos su papel de rey hasta su última hora, muriendo en el ejercicio de las funciones oficiales de la soberanía. Dos semanas antes, el 25 de agosto, dia de su santo, olvidó su debilidad y sus dolencias para recibir con el ceremonial acostumbrado los homenajes y felicitaciones de los miembros de su familia, del cuerpo diplomático, de las autoridades civiles y militares de todas clases y de los oficiales de la guardia nacional: la recepcion duró tres horas, en vano se le rogó que evitara tan inutil fatiga: «Un rey de Francia, contestó, puede morir, pero no estar enfermo.» Júzguese de la energía que para estos deberes de aparato le daba el sentimiento de las obligaciones que su título le imponia, solo con decir que los huesos de sus piernas en su parte inferior estaban completamente reblandecidos, y que en aquel mismo momento la gangrena devoraba sus pies, y habia desprendido ya de ellos cuatro dedos; por mucho tiempo se habia resistido á la publicacion de un «parte sobre su salud, y hasta el 12 por la noche cuando los médicos hubieron declarado que no quedaba la menor esperanza, no se decidieron los médicos á hacer la publicacion reproducida mas arriba. Los tres dias siguientes se pasaron entre violentos escesos de fiebre y continuos desmayos; finalmente, el 16, á las dos de la mañana despues de una larga crisis, su pulso se hizo casi insensible formando el rostro todas las apariencias de la inmovilidad; á las cuatro, uno de los médicos que seguia atentamente los progresos de la agonía, sacó una de sus manos fuera

(1) Segun los datos presentados por los abogados oidos en la vista de la causa de la *Cotidiana* y por Mr. de Labourdonnaie en la sesion del 12 de junio, los gastos del ministerio para la compra de algunos de los periódicos que llevamos citados ascendian á las sumas siguientes; *Oriflama*, 200.000 fr.; *Bandera Blanca* 180.000 fr.; *Tablillas universales* 300.000 fr.; *Cotidiana*, partes de Binneau 250.000 fr.; partes de Laurentie 1?.000 fr. etc.

(2) *Memorias del abate Liautard*, tomo I, págs. 126 y 127.

(1) *Memorias del abate Liautard*, tomo I, pág. 127.

del lecho, y dijo en alta voz: «El rey ha muerto!» Entonces todas las personas presentes salieron inmediatamente de la sala mortuoria, escepto el conde de Artois, que habiendo permanecido solo cerca del lecho real besó la mano de su hermano, y luego pasados algunos instantes se dirigió hácia la puerta, el primer gentil-hombre de servicio abrió vivamente gritando, con voz fuerte: «Señores, el rey!» Los príncipes y los numerosos oficiales de la corte agrupados en el salon esterior, se inclinaron profundamente ante el nuevo monarca y le acompañaron hasta la entrada de su gabinete. A las seis, toda la familia real partia para Saint-Cloud.

Luis XVIII que subió al trono à la edad de sesenta años, despues de veinte y cinco de un destierro muchas veces penoso y casi siempre agitado, se mostró en las Tullerias tal como se habia manifestado en el suelo estranjero, es decir sumiso à los acontecimientos, y dócil à las influencias que le rodeaban. Condenado à la inmovilidad por crueles dolencias, su ignorancia de los negocios y su aversion por los cuidados del gobierno, le hicieron buscar constantemente la calma necesaria à sus males y à las exigencias de su ánimo en una especie de tutela íntima que le dirigió hácia los partidos mas estraños. Partidario del antiguo regimen con Mr. de Blacas, constitucional con Mr. Decazes, acabó por abandonar la Francia á la congregacion, cuando la partida del que promovió el decreto de 5 de setiembre le entregó à manos de una protegida del partido clerical, de una mujer que cuidando únicamente de la fortuna de sus protectores y de la suya propia, no elevó jamás la voz en favor de una victima, y cuyo recuerdo solo vivirá en las vengadoras quejas del gran poeta, honor y orgullo de las letras en la presente época (1). En vano se buscaria en los diez años de reinado de Luis XVIII una medida política cuya iniciativa le perteneciese, un acto importante que le fuese propio, una decision en que no se concentre la huella de una presion ya esterna, ya de su intimidad. La declaracion de Saint-Oven y la constitucion, y sus titulos ante de la historia no fueron como se ha visto una concesion espontánea, ambos actos le fueron impuestos lejos de haber sido él quien los acordó. Si el 16 de marzo de 1815 anunciaba à las cámaras su firme resolucion de no dejar las Tullerías y de morir si necesario fuese en defensa de su trono, el 19 Mr. de Blacas le arrastraba precipitadamente à Bélgica; tres meses mas tarde señalaba su regreso con las promesas mas contradictorias; el 25 de junio por un primer manifiesto dado en Cateau anunció ejemplares castigos; el 28 una segunda proclama publicada en Cambrai prometia à todos los culpables amnistia y olvido, y el 24 del siguiente junio firmaba su mano estensas listas de proscripcion; poco tiempo despues aplaude los deseos de venganza manifestados por la cámara de diputados, y en señal de satisfaccion da à esta asamblea el nombre de cámara inesperada, de cámara inhallable, y finalmente pocos meses despues condenaba sus violencias y decretaba su disolucion. Estas fluctuaciones y eternas contradicciones forman la historia de su reinado; su voluntad lo mismo que sus ideas cambiaban segun las influencias cuyo yugo sufrian. Esta perpetua nulidad no selló los labios à los aduladores los cuales la calificaron de un sistema político constitucional profundamente meditado y firmemente seguido. El ejercicio aparente, esterior de la monarquía, el papel oficial de rey, fueron las únicas prerogativas que Luis XVIII no abandonó jamas; elconde de Artois, apesar de hallarse en posesion de la direccion efectiva del gobierno, no asistia à los consejos de gabinete; las reuniones oficiales de los ministros se celebraron hasta el último dia bajo la presidencia de aquel monarca: es cierto que estaba en ellas ensimismado ó dormido, pero presidia. Tal era la altura en que colocaba la dignidad, la magestad de su titulo, que al dia siguiente de su segunda entrada en Paris, cuando invitaba à su mesa à los soberanos aliados, no vaciló en pasar, antes que todos aquellos príncipes, cuyos soldados acampaban en la plaza del Carrousel. Este orgullo fué su virtud.

La naturaleza lo habia negado la virilidad; sus ardores no pasaban de la imaginacion, así es que se complacia en las conversaciones galantes y su memoria era un inagotable repertorio de anécdotas licenciosas. Obligado á renunciar à los placeres de la familia, contraia afecciones que al satisfacer las necesidades de su alma, tomaban la apariencia de una imperiosa necesidad del corazon; estos caprichos eran vivos y ruidosos, pero pasado un dia despues de haber cesado la intimidad, todo lo habia olvidado: tan difícil seria acusar los vicios de Luis XVIII como celebrar sus virtudes. Generoso y aun pródigo con los que poseian momentáneamente su afeccion, se mostraba mas que ingrato y olvidadizo con aquellos hombres à quienes debia mas grandes servicios.

No puede decirse que fué humano; aplicarle el nombre de implacable seria una injusticia; era solamente indiferente; sumiso à las opiniones de sus consejeros, cuidabase muy poco de lo que estos hacian; y su mano firmaba un perdon con la misma indiferencia é igual facilidad que una sentencia de muerte. Los amigos de las numerosas víctimas inmoladas durante su reinado han acusado injustamente su profunda doblez y su crueldad; como la generalidad de los reyes, Luis XVIII no trataba de hacerse odiar, por el contrario, gustaba como todos de las aclamaciones y de los aplausos de la multitud; tampoco se han mostrado fieles à la verdad los amigos de su corona que han exaltado la moderacion y habilidad de su gobierno. ¿Qué monarca tuvo en la historia de su reinado páginas mas siniestras y sombrías que Luis XVIII, desde el 8 de julio de 1815 hasta el 5 de setiembre de 1816? ¿Qué gobierno se mostró nunca mas inepto que el gobierno real durante la primera restauracion? ¿Cuántas y cuantas faltas no acumuló en los quince meses siguientes al regreso de Gante? Es probable que un levantamiento general hubiera obligado à los Borbones à pasar la frontera por tercera vez, si en aquella época no hubiesen estado protegidos por ciento cincuenta mil soldados aliados. Sin embargo Luis XVIII pudo morir en su cama, cuando Luis XVI perdió la vida en un cadalso, y cuando el conde de Artois debia arrastrar sus últimos dias en un lejano destierro: de tan diferente fortuna se ha querido concluir que las calidades de su inteligencia eran superiores à las de sus dos hermanos; sin duda que debilitado por la enfermedad y dominado por una mujer adicta al partido clerical, Luis XVIII hizo en la segunda mitad de su reinado grandes concesiones a este partido y favoreció à los jesuitas (1), mas alimentado con la lectura de los poetas eróticos de la antigüedad, é imbuido del espíritu filosófico del siglo XVIII, jamás hubiera sufrido el yugo de la congregacion tan ciegamente como el conde de Artois y no hubiese jugado su corona con la misma obstinacion frívola ni con igual ligereza, en cambio colocado en las mismas circunstancias que Luis XVI, obligado à luchar contra dificultades semejantes, habria mostrado las mismas dudas y la misma insuficiencia. La restauracion no fué obra suya, no fué él quien reinó; su sabiduria está en el cuidado que siempre tuvo por su reposo; en una palabra, en medio de una época agitada, gozo de los beneficios de la docilidad inerte y del egoismo, secundados por los acontecimientos.

Siete dias despues de la defuncion, el 23 de setiembre, el real cadaver fué trasladado del palacio de las Tullerías à la iglesia de San Dionisio, en medio de una salva de ciento y un cañonazos, permaneciendo espuesto en la Basílica hasta el 24 de octubre, dia fijado para los funerales. Desde la muerte de Luis XV verificada en 10 de mayo de 1774, era esta la primera vez que se ofrecia à la curiosidad pública una ceremonia de esta naturaleza; así es que el gentio que à ella acudió fue inmenso. Fúnebres colunas góticas cubiertas de escudos de armas y de L entrelazadas, adornaban la fachada de la iglesia; el interior cubierto enteramente de negro, hasta las bóvedas, estaba iluminado por miles de cirios y hujias cuya luz eclipsaba la claridad del dia; un túmulo imitando los mausoleos elevados à Francisco I y á Enrique II por los arquitectos del siglo XVI ocupaba el centro de la nave. Los cordones del paño de oro que cubria el real ataud eran sostenidos por el canciller Dambray, presidente de la cámara de los pares, por Mr. Ravez presidente de la cámara de diputados, por el conde Deseze, primer presidente de casacion, y por el mariscal Moncey. Acabada la misa, y pronunciada la oracion fúnebre, se procedió à los últimos actos de la sepultura, segun el antiguo ceremonial de la monarquía; doce guardias de corps cogieron el ataud y lo bajaron al panteon; el rey de armas, despojándose entonces de su cota de armas y de su gorro, las arrojó sobre la caja, junto con su baston, y retrocediendo tres pasos, esclamó: «¡Heraldos de armas de Francia, venid á cumplir con vuestro deber!» Estos oficiales se acercaron a la abertura del panteon y à su vez arrojaron en el sus

(1) Las estrofas compuestas por Beranger poco despues de los numerosos suplicios de 1822, bajo el titulo de *Octavia*, estan dirigidas à la condesa Du-Chay, esta favorita habia recibido donos considerables de Luis XVIII y parece que el anciano rey le hizo en su testamento nuevas donaciones; vease sino lo que se dice en la *Historia de la restauracion por un hombre de estado* (Mr Capefigue). «El canciller selló las puertas del gabinete del rey difunto; se sabia que el monarca habia hecho un testamento cuyo contenido se ignoraba y no se queria cargar con los legados de sus amistades y de sus simpatias: algunos amigos de la favorita pretenden que este testamento contiene un legado en favor de aquella que tanto habia obtenido ya; de este modo nadie supo la suerte que habian tenido los papeles del rey.»

(1) El Abate Liautard publicó un *elogio* de Luis XVIII del cual se hicieron cuatro ediciones; uno de sus párrafos decia: «Bajo los auspicios de Luis guiados por sus consejos, *sostenidos por sus larguezas* nacen mil piadosos establecimientos. Por una parte ved estas austeras soledades asilo del arrepentimiento, por otra ved esos apacibles retiros abiertos a mas dulces y tranquilas virtudes. Los hijos de *Ignacio* y de Vicente, todos los que han podido escapar à la espada de la impiedad y de la tiranía, animados de ardiente celo, prodigan sus cuidados à la juventud, à la preciosa semilla que debe reproducir y multiplicar la tribu de Levi.»

bastones, sus cotas de armas y sus gorras. El rey de armas tomó otra vez la palabra y esclamó: «¡Señor duque de Reggio, mayor general de la guardia real, traed la bandera de la guardia! ¡Señor duque de Mortemart (1), señor duque de Luxemburgo, señor duque de Grammont, señor duque de Mouchy, señor duque de Havré (2), traed los estandartes de las compañías que están à vuestro cargo!»

La bandera y los cinco estandartes traidos por los personajes cuyos nombres acababa de pronunciar sucesivamente el rey de armas, fueron bajados al panteon por los heraldos de armas, lo mismo que los honores del difunto (3), el pendon, las espuelas, el escudo, el yelmo, la cota de malla y las manoplas, que el ceremonial, siguiendo la tradicion de los funerales reales de las épocas pasadas, suponia haber sido llevados por aquel soberano, el menos guerrero de todos los reyes. Como un nuevo escarnio de las prescripciones copiadas de las antiguas costumbres, el gran chambelan obedeciendo à la voz del rey de armas, acercó al panteon la bandera de Francia; el dignatario à quien su cargo la confiaba, anciano débil y achacoso, vestido de raso, cubierto de bordados de oro, de blondas y de condecoraciones de brillantes, era un hombre cuyo nombre iba mezclado à los mas vergonzosos y recientes hechos de nuestra historia y que por dos veces habia pactado con el enemigo; la mano que empuñaba aquella noble bandera y que la inclinó hácia el ataud del anciano, era la infame mano de Mr. de Talleyrand. Cumplido este último homenaje, el duque de Uzés, que desempeñaba las funciones de gran maestre de la real casa, bajó su baston de mando, colocó el estremo en la abertura del panteon, y gritó «¡El rey ha muerto!» —¡El rey ha muerto!» repitió por tres veces el rey de armas, añadiendo despues del tercer grito: ¡Roguemos todos à Dios para el descanso de su alma! A estas palabras siguió un profundo silencio; el clero y los asistentes se inclinaron é hicieron una corta oracion mental, despues de la cual el duque de Uzés, levantando de nuevo su baston, dió el grito de «¡Viva el rey!» El rey de armas repitió tres veces este grito, y continuó: «¡Viva el rey Cárlos, décimo de este nombre, por la gracia de Dios, rey de Francia y de Navarra, cristianísimo, muy augusto y poderoso, nuestro venerado señor y dueño, à quien dé Dios una larga y afortunada vida!» Gritad todos, «¡viva el rey!» Mil bocas repiten este grito: suenan las trompetas, los tambores baten marcha, los mismos militares reunidos en el templo rompen à un mismo tiempo, mientras que en el esterior del edificio, salvas de artillería y de mosquetería anuncian al pueblo que el dolor debe desaparecer para ocupar su puesto la alegría, y que si Luis XVIII ha muerto, su hermano Carlos X es rey.

Hemos dicho que el nuevo monarca se habia retirado à Saint-Cloud, la misma mañana en que murió su hermano, al medio dia, todos los ministros se dirigieron à recibir sus órdenes, mas hasta el dia siguiente no tuvieron lugar las recepciones; durante dos dias reinó en los ánimos una verdadera ansiedad; pues no habia nadie que no estuviera impaciente por saber, por las declaraciones del nuevo rey, cuáles serian las tendencias del gobierno. La multitud en su ignorancia de los hechos, esperaba que el cambio de monarca llevaria consigo un cambio de ministerio, mas los políticos de la oposicion liberal, lejos de participar de estas opiniones, temian por el contrario, hallar en Carlos X al conde de Artois, y verle subir al trono con las mismas pasiones de aquel partido monárquico y religioso que, hacia nueve años, abrigaba bajo la autoridad de su nombre su continua oposicion al mantenimiento y progreso de las instituciones constitucionales. La realidad no justificó ni estos temores ni aquellas esperanzas. Todos los ministros debian sus carteras al nuevo rey: de dos años à entonces, todos gobernaban por él y con el; el Monitor permaneció mudo. Por otra parte, si bien en las respuestas à las primeras diputaciones que fueron à Saint-Cloud para felicitarle, Carlos V se habia limitado à esta vaga declaracion: «que continuaria el reinado de su hermano,» se mostró mas esplícito cuando se le presentaron los pares y los diputados; dijo asi:

«He prometido, como súbdito, mantener la constitucion y las instituciones que debemos al rey, de que el cielo acaba de privarnos: hoy que el derecho de mi nacimiento ha puesto en mis manos el poder, me dedicaré esclusivamente à consolidar para la felicidad de mi pueblo, *el gran código* que he prometido mantener.»

A pesar de esta declaracion, del restablecimiento de la facultad de la derecha de Grenoble decretada el dia siguiente, de la concesion simultánea de numerosas gracias concedidas à condenados políticos mezclados en las conspiraciones de 1822 y en los asuntos de España, no quedó vencida la desconfianza; el mantenimiento del ministerio y el de la censura parecian desmentir la sinceridad de estas promesas, contra las cuales protestaba tambien todo el pasado político del monarca; todo, hasta los cambios hechos por el nuevo rey en las calificaciones de la familia real, era objeto de inquietud y de sorpresa. El duque de Angulema, que contaba entonces cerca de cincuenta años, dejaba su nombre para tomar el juvenil de delfin (1); la duquesa su esposa, de edad de cuarenta y seis años, se convertia en delfina; la duquesa de Berry tomaba el nombre de *madame*, y la jóven princesa su hija el de *mademoiselle*. Los gentil-hombres de cámara del nuevo delfin, todos hombres maduros y ancianos, recibian el nombre de meninos, y los primeros entre aquellos oficiales el de primeros meninos (2); finalmente el duque de Orleans cambiaba su título de alteza serenísima por el de alteza real, que por mucho tiempo habia solicitado de Luis XVIII, pero que este rey, del cual no era amado y que desconfiaba de él, le habia negado obstinadamente, contestando à todas las solicitaciones que con este motivo se le dirigian: «Está ya muy cerca del trono y me guardaré muy bien de acercarle mas à el (3).» Esta restauracion de títulos, ignorados de las nuevas generaciones, y que restablecia el uso de todos los nombres de la antigua corte, ¿era una simple cuestion de etiqueta ó bien el primer paso hácia el restablecimiento del antiguo régimen? La acogida hecha a Cárlos X el 27 de setiembre, cuando su vuelta à las Tullerías, se resintio de estas incertidumbres: la multitud que llenaba las calles por donde debia pasar el cortejo era considerable; pero las aclamaciones que saludaban al monarca no tenian ni la fuerza ni eran tan entusiastas como esperaban los ministros; la curiosidad era el único sentimiento que dominaba entre la muchedumbre. Esto hizo comprender à Mr. de Villele que las maneras afables del nuevo rey, algunas palabras de benevolencia, actos aislados de generosidad ó de clemencia, no bastaban para dar al advenimiento de aquel príncipe la popularidad necesaria à todos los nuevos soberanos. Entonces fué cuando decidió la supresion de la censura; un derecho de fecha del 29 restableció la libertad de imprenta, decreto que fué publicado en todos los periódicos el dia siguiente 30 designado para una revista de la guardia nacional en el Campo de Marte. En esta fiesta militar recogió Carlos X el fruto de la medida que acababa de firmar; gran parte de la poblacion parisiense acudió à la revista, y el rey, para entrar en el Campo de Marte, tuvo que travesar numerosos grupos de jóvenes que se esforzaban para acercársele y para hacer llegar hasta él sus vivas y aclamaciones; durante un momento se vió, por decirlo asi, mezclado con la multitud, y al ver à algunos lanceros de su escolta que intentaban romper el círculo formado à su alrededor, rechazando à los curiosos con el regaton de sus lanzas, les gritó: «Amigos mios, fuera lanzas!» Estas palabras repetidas de boca en boca dieron nueva impulsion à los vivas; la guardia nacional, compuesta en su mayoría de ciudadanos de la clase media, hizo al rey una acogida casi entusiasta y por la noche al volver Carlos X à las Tullerías, pudo creer que el favor con que su reinado era recibido, borraba la popularidad obtenida por todos los soberanos sus antecesores.

Feliz por encontrarse rey, conmovido por las aclamaciones que saludaban sus pasos, el nuevo monarca dejaba escapar en todas sus palabras la alegria que llenaba su corazon; su afabilidad en los paseos que hacia por el interior de París, la benevolencia con que recibia à todos los pretendientes que podian acercársele junto con su declaracion a las cámaras y con la supresion de la censura, fueron considerados por los periódicos de la oposicion como la prenda de una inevitable y próxima modificacion ministerial. Estos periódicos no admitian que el soberano cuyo corazon revelaba tanta dulzura y bondad, pudiera sufrir mucho tiempo los servicios de unos hombres que tanta violencia y crueldad habian desplegado en el reinado de su hermano; y pasando de la desconfianza à una confianza ilimitada, con la movilidad de ideas, carácter peculiar à nuestra nacion, componian cada mañana un nuevo gabinete

(1) Capitan de la compañía de los guardias de corps à pié llamada los Cien Suizos.

(2) Capitanes de las cuatro compañías de guardias de corps.

(3) La corona, el cetro y la mano de justicia.

(1) Este título que llevaba en el siglo IX el señor soberano del Delfinado fué dado por la primera vez en 1350 al hijo primogénito del rey de Francia. En el lenguaje de corte la palabra *delfin* era en cierto modo inseparable de la de *joven*.

(2) *Menin*, del español *menino*, derivado del latin *minutus*, pequeño.

(3) Este nuevo título no solo colocaba al duque de Orleans, jefe de la rama segunda de la familia real, en la misma categoría que los príncipes de la rama primogénita, sino que restablecia la igualdad entre aquel príncipe y la duquesa su esposa la cual *alteza real*, por ser hija del rey de Nápoles, obtenia antes en la corte ciertos honores rehusados à su esposo, por ejemplo la *almohada* que se le ponia delante en las ceremonias religiosas estaba guarnecida con borlas, mientras que la de su esposo carecia de este adorno; existian además algunas diferencias en los sillones, en el puesto que debian ocupar, etc.

y anunciaban cada tarde para el dia siguiente la caida de Mr. de Villèle y de sus colegas, los cuales indiferentes á todos estos rumores ni siquiera se dignaban hacerlos desmentir. La prensa de la oposicion se entretuvo con estas ilusiones durante muchas semanas, hasta que por fin algunos hechos probaron á los entendimientos sesudos que la muerte de Luis XVIII en nada habia modificado el sistema de gobierno, y que solo habia cambiado el nombre del monarca.

La academia de ciencias contaba entre sus miembros á Mr. Legendre, anciano de setenta y dos años, autor de algunos tratados de matemáticas, célebres no solo en Francia sino en toda la Europa. Este sabio habia sacado muy poco fruto de sus trabajos, y para indemnizarle, el gobierno imperial le habia concedido una pension de treinta mil francos. En aquel tiempo ocurrió una vacante en la academia, y un jefe de seccion del ministerio del interior, Mr. Lourdoueix, intimó á Mr. Legendre en nombre del ministro la órden de dar su voto á Mr. Binet, aquel candidato congreganista de quien ya hemos hablado (1); suponen sin embargo que votó por otro candidato, y no fué menester mas para que un decreto de 30 de octubre le retirase su pension. Quince dias despues, el 18, los funerales de un actor llamado Philippe dieron lugar a turbulencias que amenazaron turbar la tranquilidad pública; aquel actor, muy querido del público, habia muerto la antevíspera por la noche, de un ataque de aplopejía fulminante: y en el momento en que su familia y sus amigos se disponian á conducir sus restos á la iglesia, se presentó un comisario de policía acompañado de algunos gendarmes, anunciando que no serian recibidos y que el cadáver debia ser llevado directamente al cementerio: trábase un violento altercado, la multitud se agrupa, se aumenta, se irrita y se apodera del ataud gritando: «¡A las Tullerias! ¡á las Tullerias!» Colocado en las espaldas de varios de los asistentes el cadáver es conducido hácia los boulevards, escoltado por muchos miles de ciudadanos á los cuales se reunen sucesivamente los que pasaban por las calles del tránsito; el gentío atraviesa los boulevards de San Martin, San Dionisio, Bonne-Nouvelle y Poissonniere, hasta que á la entrada del boulevard Montmartre le impide la marcha un destacamento de gendarmería de á caballo, que con el sable en mano le obliga á dejar el ataud en medio de la calle. Los gritos de: «¡A las Tullerias! ¡viva el rey!» como espresando la confianza en la moderacion y tolerancia que parecian caracterizar todos los actos personales de Carlos X, salen con mas fuerza de la muchedumbre; los parientes y amigos del difunto deciden dirigirse á palacio para pedir al monarca, que á ejemplo del rey su hermano, cuando los funerales de MM Raucourt, dé á un sacerdote la órden de hacer al difunto la limosna de algunas oraciones. Mr. de Damas, primer gentil hombre de servicio, fué el que los recibió y trasmitió su demanda á Carlos X, el cual los dirigió á Mr. Corbière: «No puedo obligar á los ministros de culto alguno á recibir en su templo á un comediante, contestó el ministro del interior; en vano los parientes hacen observar que es aquella la primera vez desde el entierro de MM. Raucourt, que los restos de un actor muerto en París han sido rechazados por la Iglesia: «Esto será que los demás habrian llenado los deberes de la religion católica y se habrian confesado, replicó Mr. Corbière; toda insistencia, añadió, es inútil; no daré la mas mínima órden contraria á la decision del clero.» Durante este tiempo todas las calles vecinas de la parte del boulevard en que habia quedado el ataud, se llenaban de un compacto gentío y los grupos se mostraban muy animados; la policía habia hecho venir el coche fúnebre en el cual es colocado otra vez el ataud, anunciando que el rey acababa de dar la órden de que sea el cadáver introducido en la iglesia. Al propagarse esta noticia, los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Carlos X! salen de todos los grupos, el coche se pone en marcha y toma el camino de la puerta de San Dionisio, parte de la multitud le sigue, el resto se dispersa. En las dos horas trascurridas el prefecto de policía habia podido tomar sus medidas, y cuando el coche llegó á la puerta de San Martin, lejos de tomar la calle que conduce á la iglesia, siguió su camino hácia el cementerio. En vano la multitud al verse burlada quiso dirigir los caballos hácia la parroquia del difunto; una fuerza armada considerable rechazó á los grupos, se apoderó del cadáver y lo condujo á su última morada.

La emocion producida por este acto de intolerancia, del cual fué víctima uno de los actores mas populares de los teatros de boulevard frecuentados por la clase laboriosa, se hizo sentir sobre todo en esta parte de la poblacion; aun fermentaba en ella la irritacion en toda su fuerza, cuando una medida dirigida contra un considerable número de generales de la república y del imperio dió á su vez á los muchos oficiales del antiguo ejército esparcidos por todos los puntos del reino un nuevo motivo de quejas y de cólera.

El 1.° de diciembre, un decreto reglamentando el estado mayor general del ejército, declaró retirados á todos los oficiales generales pertenecientes á las dos categorías siguientes: 1.° á los que teniendo derecho al retiro, no hubiesen sido empleados desde 1.° de enero 1816; 2.°, á los que empleados despues de aquella época, pero que hubiesen cesado de estar en servicio activo desde 1.° de enero de 1823, tuviesen derecho al máximum de su retiro. Los generales de la república y del imperio eran los únicos que por la antigüedad de sus servicios podian estar incluidos en ambas categorías; la depuracion no alcanzaba ni á los militares de cortes ni á la multitud de oficiales del antiguo régimen, del ejército de los príncipes ó del de Condé, de las divisiones realistas del oeste, del mediodía ó salidos de los ejércitos estranjeros hechos por la restauracion tenientes generales ó mariscales de campo en 1814 y en 1815; la mayor parte de ellos se encontraban en activo servicio, y aquellos que por su edad no se hallaban en este caso, estaban lejos de tener los años de servicio necesarios para su retiro, así pues ninguno de ellos era alcanzado por la medida (1); de esta reforma resultaba que muchos oficiales generales jóvenes aun activos y esprimentados cesaban de pertenecer al ejército, mientras que quedaban en él gran número de jefes septuagenarios ó sin capacidad alguna; el motivo alegado por el ministerio era la necesidad de reducir el alto estado mayor y de introducir economías en los gastos públicos; mas los periódicos de la oposicion hacian observar justamente que esta causa no era verdadera y que estas eliminaciones de las cuales eran víctimas la mayor parte de los hombres de guerra, cuyo nombre, conocido de la Francia y de la Europa, se encontraba mezclado con todos nuestros recuerdos de gloria, tenian evidentemente otro objeto (2). «Que significa, decian, un ahorro de cuatro ó cinco mil francos de sueldo, comparado con los mil millones de indemnizacion prometidos á la emigracion y a los aumentos que sin cesar recibe el presupuesto del clero?» Luego añadian: «Los cambios de soberano acostumbran á ser épocas de recompensas y favores; las primeras palabras y los primeros actos de Carlos X habian introducido la confianza en todos los corazones. ¿Cuál es el genio fatal que trata de marchitar de este modo nuestras primeras alegrías, nuestras primeras esperanzas?»

El genio que hacia dos años inspiraba á los ministros, continuaba siguiendo sus pasos; el poder oculto que dirigia al gobierno se mostró abiertamente desde el dia siguiente en que hirió á nuestro antiguo ejército; el dia 5 un decreto introducia otros tres prelados en la cámara de los pares, y hacia sentar en el banco de los obispos á MM. de Villele, arzobispo de Burgos, de Chabons, obispo de Autun, y á Duchatelier obispo de Evreux.

Diez y siete dias despues, el 22, Carlos X abria en persona en la sala de los guardias del Louvre, la legislatura de 1825. El discurso que pronunció decia lo siguiente:

«La primera necesidad de mi corazon es hablaros de mi dolor y del vuestro; hemos perdido á un rey sabio y bueno; la gloria de su reinado no se borrará jamás; no solamente levantó el trono de sus antepasados, sino que lo ha consolidado por instituciones que acercando y reuniendo el pasado con el presente, han devuelto á la Francia el reposo y la felicidad.

»La justa seguridad que nos dan nuestras relaciones esteriores favorecerá el progreso de nuestra prosperidad interior Por mi parte, señores, secundaré tan saludable movimiento, haciéndoos proponer sucesivamente las mejoras que reclaman los sagrados intereses de la religion y las partes mas importantes de nuestra legislacion.

»El rey mi hermano tenia un gran consuelo en preparar los medios de cicatrizar las últimas llagas de la revolucion; el momento de realizar los prudentes planes que concibiera, ha llegado ya. La situacion de nuestra

(1) Véase el cap. anterior.

(1) Los oficiales generales creados arbitrariamente en 1814 y 1815 al azar, sin regla y sin condicion alguna de servicio, eran en numero de cerca de cuatrocientos. Un estado publicado con motivo del decreto de 1.° de diciembre, los clasificaba de este modo.

Tenientes generales creados por el gobierno real desde 10 de mayo del año 1814 al 31 de diciembre de 1815, es decir en 19 meses de paz, puesto que los grados dados durante los cien dias, no habian sido reconocidos. 134
Mariscales de campo, idem 253

Total. 387

(2) El número de generales reformados por el decreto de 1.° de diciembre era de *ciento sesenta y siete*: cincuenta y seis tenientes generales y ciento doce mariscales de campo.

hacienda permitirá llevar á cabo este gran acto de justicia y de política, sin aumentar los impuestos y sin perjudicar al crédito.

»Quiero que la ceremonia de mi consagracion termine la primera legislatura de mi reinado. Señores, asistireis á esta augusta ceremonia, y allí, prosternado al pié del mismo altar en que Clodoveo recibió la santa uncion, en presencia de aquel que juzga á los pueblos y á los reyes, renovaré el juramento de mantener y hacer observar las instituciones dadas por el rey mi hermano: daré gracias á la divina Providencia por haberse dignado servirse de mi pueblo, y le rogaré que continúe protegiendo esta hermosa Francia que me envanezco de gobernar.»

Estrepitosas salvas de aplausos acogieron estas últimas palabras; el ánimo de los auditores se detuvo en un principio únicamente sobre las solemnes promesas que les acababa de hacer en favor de las nuevas instituciones; pero cuando al dia siguiente fueron examinadas con mas atencion todas las partes de este discurso, se vió que por primera vez desde el orígen de estas solemnidades, el monarca establecia entre los intereses de la religion y los principios de nuestra legislacion civil, un lazo que junto con la indemnizacion anunciada en favor de los emigrados, debia causar con razon alguna inquietud sobre las tendencias de su gobierno, no menos que sobre los actos de reinado.

CAPITULO XXI.

Estado de la Francia cuando el advenimiento de Carlos X. Legislatura de 1825. Se fija la nueva lista civil; patrimonio de Orleans. Cámara de los pares. Discusion y adopcion de una ley sobre las comunidades religiosas de mujeres. Discusion de la ley sobre el sacrilegio. Discurso de Mr. Bonald; adopcion de la ley. Cámara de diputados. Proyecto de ley sobre la indemnizacion de los emigrados. Esposicion de la cuestion; disension; opiniones de MM. de Labourdonnaie, de Beaumont y Bacot de Romans; discurso del general Foy y de Mr. de Villele; opinion de Mr. Deplessis de Grenedan; adopcion de la ley. Proyecto de ley sobre la amortizacion. Conversion de la renta. Su objeto; su adopcion; sus resultados. Discusion en esta asamblea de la ley sobre el sacrilegio; opiniones de MM. Bourdeau y Devaux (del Cher); discurso de MM. Royer-Collard y Frayssinous; adopcion. Reglamento de las cuentas de 1823; compras de Ouvrard. Presupuesto de 1826; gastos del ministerio de la guerra; discurso del general Foy. Se cierra la legislatura.—Consagracion de Carlos X; preparativos; partida del rey, su permanencia en Compiegne y en Fismes; su llegada á Reims. Ceremonias de la consagracion. Capítulo del Espíritu Santo; recepcion de caballeros; MM. de Villele y de Chateaubriand; permanencia de Cárlos X en Reims; su vuelta á París; fiestas públicas.—Estado moral de la Francia; el clero; mision á Besanzon, sermones sobre el juicio final; turbulencias en Ruan; pastoral del clero bajo de aquella ciudad, negativa de sepultura.—Proceso de tendencias instruido contra el Constitucional y el Correo Francés; el tribunal real de Paris; abolicion de los dos periódicos.—Muerte del general Foy; su carácter; sus funerales; inscripcion á favor de su familia. Muerte de Alejandro; su viaje y permanencia en Tangarog; presentimientos de este príncipe; su enfermedad; sus últimos momentos; sociedad política secreta de la Union Salvadora. Estado de la sucesion imperial cuando la muerte de Alejandro; el gran duque Nicolás hace proclamar emperador á su hermano primogénito Constantino, negativa de este; insurreccion en San Petersburgo; dispersion de los insurgentes; prision de los jefes; ejecuciones.

Pocos soberanos tomaron posesion del trono en circunstancias mas propicias de las que concurrieron al advenimiento de Carlos X; las dificultades creadas al gobierno de su hermano por las dos invasiones y por la ocupacion estranjera habian desaparecido; las conjuraciones y tentativas de rebelion organizadas por los adversarios de su raza, completamente desorganizadas ó reprimidas, solo le dejaban el beneficio de la clemencia; el ejército, adicto á la bandera blanca por la campaña de la Península, era fiel y leal; los partidos al renunciar á la lucha activa habian, por decirlo así, depuesto las armas; la oposicion parlamentaria se habia casi estinguido. Además los diez años de paz que habian seguido á una guerra de veinte y cinco años, habian fecundado los considerables elementos de riqueza, diseminados en todos los puntos del reino por la division de los bienes de la nobleza y del clero, la actividad impresa á los ánimos por los sacudimientos y prodigiosos sucesos de la revolucion y del imperio, habia contribuido poderosamente al progreso de esta prosperidad. La agricultura estaba por todas partes en estado floreciente; grandes trabajos de desmonte hacian productores inmensos terrenos abandonados antes; la tierra proporcionaba á la industria materias minerales que daban orígen á numerosos talleres; en cada provincia se elevaban fábricas y otros establecimientos industriales, y al mismo tiempo que la industria enriquecia á departamentos enteros, creando considerables capitales, la propiedad inmueble adquiria, sobre todo en las cercanías de las ciudades, un valor que doblaba en muchos puntos las fortunas territoriales. La renta pública se resentia de estos resultados; todos los años aumentaban sus productos; en una palabra, la situacion del reino, tanto en el interior como en el esterior, anunciaba al nuevo monarca un reinado tranquilo y próspero, y la causa de la restauracion parecia completamente asegurada, cuando once dias despues de la apertura de las sesiones de ambas cámaras Mr. de Villele y sus colegas, dóciles ejecutores de las voluntades, no del partido sino de la secta política á la cual debian el poder, presentaron á los cuerpos legislativos cinco proyectos de ley, que inquietando de nuevo sus intereses, e irritando á las nuevas generaciones, reanimaron las pasiones amortiguadas, encendieron de nuevo la lucha, é hicieron desaparecer repentinamente toda la popularidad con que fueron recibidos los últimos actos del hermano de Luis XVIII.

El 3 de enero, el ministro de hacienda sometió á la cámara de los diputados tres proyectos destinados, el primero á fijar la *dotacion del nuevo rey*; el segundo á conceder a los emigrados mil *millones de indemnizacion* por sus bienes vendidos; el tercero á autorizar al gobierno para suspender la amortizacion del cinco por ciento, cuando este fondo pasara del par y á crear nuevos títulos de tres por ciento. El dia siguiente, el 4, Mr. de Peyronnet presentaba á su vez á la cámara de los pares otros dos proyectos de ley: el primero introducia un nuevo crimen en nuestro código penal, el crimen de sacrilegio; el segundo daba al gobierno el derecho de autorizar con un simple decreto el establecimiento de congregaciones ó casas religiosas, las cuales estarian facultadas para adquirir á título oneroso, ó recibir por donacion ó testamento toda clase de bienes muebles é inmuebles.

El proyecto de ley sobre la lista civil, puesto el primero en delibaracion y discutido en 12 de enero, contenia tres disposiciones principales: reunion al dominio de la corona de los bienes adquiridos por el difunto rey de que no hubiese dispuesto, lo mismo que los bienes particulares del rey actual; fijacion de la dotacion de este último y de la de los príncipes de su familia (1); consagracion legislativa de los diferentes decretos que habian restituido al duque de Orleans el antiguo patrimonio de su familia.

Las dos primeras disposiciones no suscitaron debate alguno, mas la sancion dada al patrimonio restituido en 1814 á la casa de Orleans, fue discutida con una vivacidad particular; esta cuestion necesita de alguna otra esplicacion.

Tres edictos dados por Luis XIV en 1661, 1673 y 1692, habian desprendido del dominio real á favor del duque de Orleans llamado Monseñor su único hermano, bienes considerables á título de infantazgo, «que debian hacerle las veces de su parte hereditaria en la sucesion mueble e inmueble del difunto rey (Luis XIII), y servirle como precio de su renuncia á dicha sucesion.» Una ley de 1791 suprimió todos los infantazgos sin escepcion, dejando empero á los antiguos príncipes que los disfrutaban, el uso de los palacios afectos á su residencia personal, entre otros, del palacio real, residencia de la familia de Orleans. A estos suprimidos patrimonios, fueron sustituidas rentas y pensiones, y los bienes que componian aquellos, fueron incorporados al dominio público y luego vendidos en parte durante la revolucion; el duque de Orleans, al regresar su familia en 1814, se apresuró á reclamar todas las antiguas propiedades de su familia que estaban aun en poder del estado; dos decretos de 19 y 20 de mayo le concedieron esta restitucion; sin embargo, concebidos en términos generales, sin precisa especificacion de las condiciones con que aquellos bienes eran devueltos, dejaban incierta la doble cuestion del título y de la duracion de la posesion. ¿El derecho del príncipe consistia en una simple propiedad vitalicia? ¿era una gracia puramente personal, de la cual no podrian gozar sus hijos, sino mediante un nuevo beneplácito real? Por sus vehementes instancias se dió en el mes de setiembre siguiente un tercer decreto, en el cual se decidió que las propiedades se restituian á título de infantazgo, es decir, hereditariamente

(1) La ley sobre la lista civil instituia dos dotaciones anuales, lista civil del rey, lista civil de su familia, la lista civil o dotacion del rey, se componia además de los palacios, parques, inmensos bosques, y otros bienes que formaban el *dominio de la corona*, de una suma anual de 25 000,000, la de los príncipes y princesas de su familia, escepto los miembros de la rama de Orleans, de otra suma anual de 7,000,000 que debian servirles de infantazgos;» esta segunda dotacion se elevaba á 9 000,000 en tiempo de Luis XVIII; el conde de Artois percibia 2 000,000, los cuales suprimidos con advenimiento al trono redujeron la lista civil de los príncipes y princesas á la cantidad inscrita en la nueva ley.

por órden de primogenitura, con condicion empero de volver á la corona en caso de estincion de la línea masculina. La seguridad que daba al duque de Orleans este nuevo decreto, era aun bastante incompleta; en efecto, la ley de 1791 no estaba derogada; una simple decision real no podia destruir sus disposiciones; lo que un decreto habia hecho podia deshacerlo otro decreto; en una palabra, un capricho del monarca bastaba para sustituir una simple pension á las rentas de las inmensas propiedades restituidas, las que por su misma importancia habian quedado sin vender. Por otra parte solo él entre todos los miembros de la familia real tenia infantazgo, y no ignoraba que esta posicion escepcional escitaba las quejas y celos no de sus parientes, pero sí de los cortesanos. Habiendo manifestado sus inquietudes á Carlos X, este rey á cuya bondad se reunia el recuerdo de los servicios personales que segun se decia habia recibido del duque de Orleans durante su permanencia en Inglaterra, le prometió pedir al poder legislativo la sancion del decreto de setiembre de 1814; hizo mas; temiendo que el recuerdo del voto dado por el último duque de Orleans en el proceso de Luis XVI, y los actos personales del duque actual en los primeros dias de la revolucion, hiciesen abortar delante de la cámara, esta nueva gracia, Carlos X encargó á sus ministros que unieran de cierto modo la fortuna del jefe de la rama segunda de Europa con la suya propia, envolviendo la cuestion de infantazgo con las disposiciones relativas á su lista civil.

La precaucion fué vana; la instintiva y tenaz aversion del partido realista por el duque de Orleans fue mas poderosa que su respeto por la voluntad real; é indiferentes los miembros mas ardientes de la derecha a la solidaridad establecida, en nombre del monarca, entre todas las partes del proyecto de ley, combatieron con fuerza el artículo 4.° relativo al patrimonio: «Esta desaparicion ni es oportuna ni necesaria, dijo Mr. Bazire; y el único objeto al incluirla en el proyecto es hacerla pasar mas facilmente, habiéndose querido que se aprovechase de la bondad de la compañía (risas), para presentarla debian esperar los ministros que una legislacion nueva, mas apropiada á nuestra situacion y al estado actual de nuestra monarquía, nos permitiera hacer por la línea directa de nuestros reyes lo que se nos propone tan prematuramente para la rama colateral. Pido que sea rechazado el artículo 4.°—Semejante artículo, añadió Mr. Berthier, no debia mezclarse con una ley que no puede esperimentar oposicion alguna en una cámara puramente monárquica, puramente francesa, animada de un mismo y único sentimiento hacia nuestro muy amado monarca. Me adhiero á la opinion de Mr. Bazire.—En un pais vecino, dijo á su vez Mr. de Labourdonnaie, apoyando a los dos oradores que le habian precedido, jamás toleraron las cámaras que le mezclaran en un proyecto de ley disposiciones estrañas al principio de la misma ley; voto contra el artículo 4.°

Los diputados de la izquierda intervenieron en el debate pero por una particularidad, motivada por la posicion personal del príncipe interesado en la cuestion, lo hicieron para sostener contra los realistas la causa del antiguo derecho feudal; el general Foy y Mr. Mechin entre otros sacrificando á su simpatía por el duque de Orleans los principios del nuevo derecho político, abogaron estensamente á favor de los infantazgos. Tan inesperado socorro no habria podido salvar los palacios y dominios del patrimonio del príncipe, si no los hubiese defendido el ministerio con estremado calor; por dos veces se vió obligado Mr. de Villele á subir á la tribuna, donde fueron sucesivamente á apoyarle Mr. de Peyronnet y Mr. Corbiere; á pesar de sus esfuerzos el artículo 4 fué adoptado por una mayoría muy dudosa; la discusion duró únicamente un dia votado en su totalidad en la tarde del 12 el proyecto de ley fué sometido el dia siguiente 12 á la cámara de los pares que lo adoptó el dia 14 sin discusion y casi por unanimidad.

Los muchos trabajos impuestos á las comisiones encargadas por la cámara de diputados del exámen y de dar cuenta de los dos proyectos de ley sobre la conversion y sobre la independencia permitió, á la cámara de los pares discutir, durante estas operaciones preparatorias, los proyectos de ley que habian sido presentados por el ministro de justicia; las disposiciones relativas á las congregaciones religiosas de mujeres fueron las primeras que se sujetaron á deliberacion; estas disposiciones en su parte esencial se reasumian del modo siguiente:

«Ninguna congregacion religiosa de mujeres puede ser autorizada hasta despues del exámen y aprobacion de sus estatutos por el obispo diocesano y el consejo de estado; la autorizacion debe ser concedida en un real decreto.

»La aceptacion de donaciones hechas por actos entre vivos ó por última voluntad, las adquisiciones á título oneroso, lo mismo que las enajenaciones de rentas ó inmuebles quedan sometidas á la aprobacion real.

»Ningun miembro de una congregacion autorizada puede disponer por actos entre vivos ó por testamento en favor de aquella ó de sus miembros mas que de la cuarta parte de sus bienes.

»Una vez concedida la autorizacion no puede ser revocada á no mediar el consentimiento del obispo diocesano.

»Finalmente en caso de supresion ó de estincion de la comunidad los bienes obtenidos á título gratuito deben volver á los donadores ó á sus herederos en grado susceptible de sucesion; en cuanto á los bienes adquiridos á título oneroso debian repartirse por mitad á los establecimientos eclesiásticos y á los hospicios del departamento.»

La comision encargada del exámen del proyecto de ley presentó su dictámen en la sesion del 28 de enero por órgano de Mr. Mathieu de Monmorency; despues de haber hecho notar con cierta especie de sentimiento la severidad de la disposicion por la cual los miembros de comunidades autorizadas no podian disponer á favor de estas mas que del cuarto de sus bienes; despues de haber calificado esta restriccion de precaucion irrisoria y cruel, el piadoso Mr. Mathieu proponia dos enmiendas; segun la primera, la restriccion supuesta á las liberalidades de los miembros de una comunidad en favor de esta, no recibiria su ejecucion en las congregaciones autorizadas ya, hasta seis meses despues de la promulgacion de la presente ley, y en las que en adelante se estableciesen, hasta seis meses despues del derecho de autorizacion; las donaciones hechas dentro el término de estos plazos serian válidas fuese, cual fuese la cantidad donada. La segunda enmienda concedia á todos los miembros de una comunidad disuelta una pension alimenticia sacada primeramente de los bienes adquiridos á título oneroso, y en caso de insuficiencia de los obtenidos á título gratuito, los cuales no deberian volver á las familias de los donadores hasta la estincion de estas pensiones.

La discusion se abrió el 3 de febrero; dos opiniones emitidas en la sesion del 4 por el conde de Lanjuinais y por el nuevo ministro de negocios eclesiásticos pueden reasumir los debates. El primero se pronunció con fuerza contra la facultad de autorizar el establecimiento de una comunidad religiosa por un simple decreto. ¿Qué es una comunidad? decia, un ser ficticio, al cual se concede capacidad civil y muy estensos privilegios; ahora bien, para establecer una ficcion legal es preciso una ley; ningun otro acto puede producir este efecto; luego solo el cuerpo legislativo es el único que puede establecer comunidades. Dícese que el sistema legislativo podia ser bueno cuando los conventos eran ricos y numerosos, pero que no puede admitirse en el estado de pobreza en que se encuentran en el dia las pocas comunidades que se han reformado. ¡Su pequeño número! ¡ y se cuentan ya ochocientas, y departamento hay que posee él solo doscientas! ¡Su pobreza! y se puede citar convento que ha sido adquirido por mas de quinientos mil francos!

El obispo de Hermópolis contestó que la autorizacion de una comunidad religiosa era del dominio de los decretos, por igual título y en virtud del mismo principio que regia en todas las clases de asociaciones, que seria injusto imponer á las primeras un rigor y trabas tales que les colocasen fuera del derecho comun; reconoció que el número de comunidades ya existentes se elevaba en efecto á cerca de ochocientas; pero solo un pequeño número de aquellas se entregaban á la vida puramente contemplativa. «Algunas personas piadosas, dijo, han hablado con este motivo de la muerte civil para los miembros de las comunidades religiosas y parecen sentir vivamente no verla restablecida en el proyecto de ley; la muerte civil es un yugo al cual puede uno sugetarse voluntariamente, pero que no puede jamás imponerse. Los que la representan como el derecho comun de las comunidades religiosas están en un error: en los tiempos de la primitiva Iglesia era del todo desconocida, siendo Justiniano el primero que puso en rigor el principio de que el religioso adquiria para su convento; mas tarde algunas órdenes se impusieron esta renuncia completa del mundo que constituye la muerte civil; otras siguieron su ejemplo y en tiempo de Francisco I, lo que no era mas que una observancia religiosa se convirtió en una ley generalmente adoptada.—Sin embargo, añade el ministro, dejando escapar el secreto de las esperanzas que alimentaba el partido que le habia colocado en el poder, dejamos obrar al tiempo, el mas poderoso de los legisladores; todo renace, todo reaparece en nuestra patria, la magistratura, la nobleza, el clero; ¿por qué no ha de suceder lo mismo con los establecimientos religiosos? pocos años llevan desde su reaparicion contentémonos con contribuir á su progreso, y dejemos á los que deben sucedernos el cuidado de completar nuestra obra.»

Este discurso no pudo desvanecer las consideraciones esplanadas por Mr. Lanjuinais y por muchos otros pares de la oposicion, sobre el peligro de dejar al solo poder ministerial la facultad de autorizar nuevas congregaciones. La cámara adoptando una proposicion de Mr. Pasquier, exigió para el libramiento de las autorizaciones la intervencion del po-

der legislativo. Por la adopcion de una segunda enmienda, el consentimiento del obispo diocesano no fué necesario para decidir la supresion de una comunidad; el gobierno no debia hacer mas que preguntar su parecer á aquel dignatario eclesiástico.

Al mismo tiempo que la asamblea introducia en el proyecto ministerial las modificaciones que le daban un carácter enteramente nuevo, aceptaba las enmiendas propuestas por la comision respecto de las donaciones hechas á los conventos en los plazos que hemos indicado, y de las pensiones asignadas á los miembros de las comunidades extinguidas ó disueltas. La ley fue adoptada en su totalidad por ciento setenta y cuatro votos contra treinta y cuatro

Dos dias despues, el 10 de febrero, la misma asamblea empezaba la discusion del proyecto de ley sobre el sacrilegio.

Recordarán nuestros lectores que las disposiciones relativas á los robos cometidos en las iglesias habian sido ya presentadas á esta cámara, y aprobadas, á pesar de las protestas de los prelados sentados en el banco de los obispos, que se quejaban de la insuficiencia de los castigos y de la falta de una pena especial contra la profanacion y el sacrilegio. Hemos dicho tambien la resistencia de los ministros á sus reclamaciones (1), mas el arrepentimiento y la sumision no se hicieron esperar; deseosos de obtener el perdon del partido que les dominaba y de complacerles, Mr. de Peyronnet y sus colegas, no contentos con retirar el proyecto de ley de la cámara de diputados, se apresuraron á redactar nuevas disposiciones, que haciendo retroceder á la Francia á los tiempos mas bárbaros de su historia, prodigaban la pena de muerte á actos que no atentaban siquiera contra el dogma católico; la cadena perpetua ó temporal á simples robos, y castigaban con la mutilacion y el suplicio de los parricidas la profanacion de una hostia! «El pueblo juzga de la gravedad de un delito por la gravedad de la pena, habia dicho Mr. de Peyronnet al presentar á la cámara hereditaria esta obra de una edad pasada; á proporcion del castigo que impongais al sacrilegio, aumentará el horror que este crimen le inspira; antes de formar este proyecto hemos consultado la esperiencia de los tiempos antiguos y de las naciones estranjeras. El Egipto religioso y sabio castigaba con la muerte el perjurio como una ofensa sacrílega hácia la Divinidad; en Atenas los que escarnecian á los dioses esperaban la cicuta; en Roma, en la Roma de Numa, del senado y de los decenviros, el profanador de las cosas sagradas era encerrado en un saco de cuero con un mono y una víbora y precipitado al Tiber. Mas aun, la palabra terrible parricida, por la cual espresareis que Dios es el padre de los hombres, era tambien mirada por la Roma idólatra para designar á los profanadores y sacrílegos. *Parricida esto*. Oh! no queremos que se nos diga que tenemos menos respeto por Dios verdadero, poderoso, eterno, que los paganos por sus ídolos!» Las principales disposiciones del proyecto de ley colocado de este modo por el ministro de justicia bajo la proteccion de las legislaciones antiguas, eran estas:

La profanacion de los vasos sagrados y de las hostias consagradas es crimen de sacrilegio.

Cualquiera via de hecho cometida en los vasos sagrados y hostias consagradas es declarada profanacion.

La profanacion de los vasos sagrados es castigada con la muerte simple: la de las hostias consagradas, con la pena de los parridas (2).

Cualquier robo cometido en un edificio consagrado á la religion del estado, por una reunion de dos ó muchas personas, por la noche, con violencia y fractura; por medio de escalamiento ó de llaves falsas, es considerado robo sacrílego, y como á tal castigado con la muerte.

El robo de los vasos sagrados cometido sin ninguna de estas circunstancias, aunque sea sin fractura, es castigado con la cadena perpetua; el robo de los objetos destinados á la celebracion de las ceremonias de la religion del estado, es castigado con la cadena temporal.

«La aparicion de esta ley produjo en Francia un terror universal,» ha dicho el principal órgano del partido realista en aquella época (3). En efecto, todo el mundo se preguntaba con espanto hasta dónde llegarian las pasiones de aquel partido, que en su ciego fanatismo no temia en el siglo XIX introducir en nuestros códigos el crimen de deicidio, castigar con el suplicio mas infame un delito vago, un hecho abstracto, la profanacion! Hasta los hombres mas indiferentes por carácter ó por costumbres á las cuestiones políticas y á la marcha del gobierno, se mostraban inquietos y turbados; las observaciones llovian sobre la monstruosa estrañeza del nuevo delito creado por el ministro de la congregacion. Cómo! se decian, comprende Mr. de Peyronnet que el Rey del cielo está como los reyes de la tierra al alcance de un parricidio! Lo mismo seria castigar al insensato que intentase apagar el sol; es demencia querer penar el ultraje al dogma de la presencia real, dogma que no reconocen los demás cultos cristianos pretegidos y costeados por el estado, y en el cual tienen derecho de no creer todas las naciones del globo, escepto la España!

MM. Molé, de Lally-Tollendal, de Broglié, de Bastard, Lanjuinais, Lemercier, de Barante, Pasquier, Portalis y de Pontecoulant, fueron los elocuentes intérpretes del sentimiento público, defensores de las conquistas morales y filosóficas de los últimos siglos, todos abogaron por la causa de la razon humana y de sus progresos, combatiendo con las mas elevadas consideraciones el principio, lo mismo que las disposiciones penales del proyecto de ley. Esta discusion ofrecia algo raro y particular; la naturaleza de las cuestiones que constituian el fondo del debate, obligaba á los oradores á invocar la teología tanto como la política, la religion y sus misterios, las cosas pertenecientes *al foro* interno y al esterno, el punto á que llegaba el pecado y *en el cual* empezaban el delito y el crimen, eran objeto de distinciones y disertaciones que daban á la cámara la apariencia de un concilio mas que de una asamblea legislativa. «En la tierra, decian los pares que se oponian al proyecto, no hay jueces, no hay castigo para el sacrilegio: solo Dios puede conocer de ello y castigarlo. Además, ¿donde está el crimen para el que no cree en el milagro de la presencia real? ¿De que le acusareis á no ser de falta de fé? — El hombre sacrílego, añadia Mr. de Chateaubriand, deberá marchar al patíbulo solo y sin la asistencia de un sacerdote, pues que le diria este: «Jesucristo os perdona, sin duda, á lo cual le contestaria el criminal: «La ley me condena, sin embargo, en nombre de Jesucristo!»

Mr. de Bonald era uno de los mas ardientes partidarios del proyecto de ley; espíritu ingenioso y dogmático, dialéctico absoluto, trató de sostener la conviccion de aquellos de entre sus amigos en quienes pudieran haber hecho mella los argumentos políticos al mismo tiempo que teológicos de los opositores.

«Se ha hablado mucho en esta discusion, dijo, de la marcha del siglo y del movimiento de las inteligencias, y nadie ha observado un fenómeno digno de llamar la atencion del hombre de estado y del legislador. En el siglo pasado estraviados los ánimos por funestas doctrinas, se dirigieron con estremada violencia contra la religion, siendo el primer objeto de sus ataques una célebre órden que la defendia en el interior y propagaba en el esterior: ni su poder, ni su crédito, ni sus servicios pudieron salvarla, y en breve vino abajo el edificio entero de la religion. Llegado al apogeo de su poder el movimiento irreligioso se detuvo, ó mejor, un movimiento contrario y enteramente religioso arrastró á las inteligencias en opuesta direccion: Bonaparte lo reconoció y supo aprovecharse de él, habiendo ido siempre en aumento desde aquel tiempo el espíritu religioso; las ideas religiosas acuden y se propagan de un estremo á otro de la Europa, y si á este hecho añadis el renacimiento del episcopado, los concordatos celebrados con la Santa Sede, el espontáneo establecimiento de mil ochocientas comunidades religiosas, las ciudades, las aldeas, llamando á voces á los humildes hermanos de la doctrina cristiana, mas numerosos hoy, mas difíciles de suprimir que no lo fueron hace sesenta años los jesuitas; ¿cómo es posible dejar de ver en estos prodigios del espíritu religioso, el carácter particular del nuevo siglo?» Dando á los adversarios de la ley el nombre «de aristócratas de la revolucion, que, aunque logren retardar lo mejor, no podrán impedir el bien» el orador se burla de la pretendida filantropía de aquellas almas sensibles que no mirando el cristianismo sino por un lado, olvidan que tiene tantas amenazas para el crímen como galardones para la virtud;» luego termina con estas palabras. «A las recriminaciones contra la pena de muerte contestaremos proclamando enérgicas verdades; si los buenos deben su vida á la sociedad como servicio, los malos se la deben como á ejemplar; se prometió que la moderacion de las penas disminuiria el número de los crímenes, y fácil es juzgar comparando los registros antiguos de los tribunales criminales con los modernos, si se ha cumplido esta promesa. El sacrilegio, se dice, no es un crimen, es un pecado que solo la religion debe castigar: sin embargo, el Decálogo cuya huella se encuentra en la legislacion criminal de todos los pueblos, ¿no ha sido dado por regla á las sociedades lo mismo que á los individuos? El homicidio, el adulterio, el robo, que son otros tantos pecados, ¿dejan por esto de ser crímenes? Un orador ha observado que la religion ordenaba al hombre perdonar; sí, pero tambien ha prescrito al poder el castigar, porque,

(1) Véase el capítulo anterior.
(2) Cuando la ejecucion de Pleignier, Carbonneau y Tolleron, se ha visto que el parricida era conducido al cadalso con los piés desnudos, cubierta la cabeza con un velo negro, y que despues de haber escuchado la lectura de la sentencia se les cortaba el puño y luego la cabeza.
(3) Diario de los Debates del 11 de febrero.

dice el Apóstol, no lleva sin causa la espada. El Salvador pidió gracia para sus verdugos, pero su Padre no le oyó é hizo estensivo el castigo sobre todo un pueblo que sin jefe, sin territorio y sin altares arrastra por todas partes el anatema que le hirió. Además, dando una sentencia de muerte, ¿qué otra cosa haceis que enviar al criminal ante su Juez natural? »

Estas últimas palabras, pronunciadas en medio del mas profundo silencio, produjeron una especie de estremecimiento de terror en todos los bancos de la cámara; aquella noche fueron el objeto de todas las conversaciones en los salones políticos, y el dia siguiente estaban en todos los labios (1) La discusion general se cerró el 14, mas hasta el 18 no tuvo lugar la votacion de los seis artículos que componian el título 1.°, despues de un debate de tres dias, que versó sobre una enmienda propuesta por Mr. de Bastard con objeto de sustituir á la pena de muerte por la profanacion de vasos sagrados, la de cadena temporal, y a la pena de parricidio por la de hostias consagradas la de cadena perpetua. Esta enmienda que suprimia la pena de muerte para todos los delitos, fué rechazada por ciento ocho votos contra ciento cuatro, á pesar de haber fundadas esperanzas de que seria adoptada; aquel resultado se debió á que cinco pares de la oposicion que entraron en la sala en el mismo momento en que acababa de cerrarse el escrutinio, y á que diez pares eclesiásticos que debian abstenerse, segun se decia, por respeto hácia la máxima *Ecclesia abhorret á sanguine* (2), tomaron parte en la votacion, aumentando de diez votos el número de partidarios de la pena capital. Esta participacion reprobada con fuerza por los periódicos liberales, fue en el mismo seno de la cámara de los pares, objeto de una observacion á la cual contestó en estos términos el cardenal de Lafare, uno de los prelados votantes: «Los pares eclesiásticos, que tienen el honor de sentarse en esta cámara, han reconocido despues de un maduro exámen y de todas las necesarias averiguaciones; que si su ministerio y los mandatos de la Iglesia les prohibian votar cuando se trata de la aplicacion de leyes penales, nada puede ni debe impedirles cooperar, como miembros del cuerpo legislativo, á la formacion de las leyes, sin esceptuar las llamadas penales; es una obligacion que su calidad de pares les impone y que quieren y sabrán llenar. »

Ministros de un Dios de paz y de misericordia, los obispos no dudaban en votar como legisladores las mas sanguinarias disposiciones; por una capitulacion de conciencia, probable inspiracion de la sociedad religiosa que dominaba entonces al episcopado lo mismo que al gobierno, los pares eclesiásticos no rehusaban, en el castigo de los delitos cometidos contra el dogma católico, sino el oficio de jueces.

Una honrosa satisfaccion hecha antes de la ejecucion «delante de la principal iglesia en que se hubiese cometido el sacrilegio, » y sustituida á la mutilacion del puño del condenado á muerte, fué la principal modificacion introducida en el proyecto del gobierno; la asambela votó los demás artículos en la misma sesion (18 de febrero); y el escrutinio sobre la totalidad de la ley dió el siguiente resultado: votantes doscientos diez y nueve; en pro, ciento diez y siete; en contra, noventa y dos.

(1) El discurso pronunciado por Mr. de Bonald el dia 11 de febrero, fué publicado en el *Monitor* del 15, mas se quitaron sus últimas palabras, palabras que tampoco se encuentran en ninguno de los periódicos de aquella época, que se limitaban á dar cuenta inmediatamente y conforme al diario oficial de los resultados de la discusion. Para todas las personas que tienen conocimiento de las asambleas y saben el escándalo de los cambios verificados en las actas de las sesiones insertas en el *Monitor* por los oradores cuyas palabras son reproducidas, es indudable que Mr. de Bonald habia corregido su discurso Multiplicados *puntos*, repetidas interrupciones de frases en los párrafos mas violentos ofrecian la prueba material de numerosas supresiones; desde entonces fué para nosotros evidente que advertido de la impresion causada por su última frase la habia hecho igualmente desaparecer, pues las espantosas palabras que la componen habian quedado grabadas á la memoria de todos los contemporáneos, lo mismo que en la nuestra; sin embargo por positiva que fuese sobre este punto nuestra certeza, la misma enormidad de la frase nos habria probablemente hecho dudar al añadirla al testo del *Monitor*, si este periódico no nos hubiese dado la prueba irrecusable de la felicidad de nuestros recuerdos. En la sesion siguiente Mr. de Pasquier contestó á Mr de Bonald; he aquí uno de los párrafos de su discurso: «Admitiendo que por un solo principio falso se encuentra uno arrastrado á las consecuencias mas peligrosas; la discusion actual ha ofrecido muchos ejemplos de tan funesta seguridad. Uno de los publicistas mas eminentes con que cuenta la cámara se ha visto obligado, queriendo defender las disposiciones penales del proyecto, á sentir que no fuese la pena de muerte pronunciada con mas frecuencia por nuestros códigos, a emitir el deseo de que reemplazase á la de cadena perpetua, y á decir, en fin, que no tenia mas efecto que *enviar á los culpables delante su Juez natural*; esta idea es sin duda escelente si solo se considera la justicia eterna de Dios, pero ¿cuántos peligros no encierra semejante máxima en el órden temporal? (*Monitor* del 18 de febrero.)

(2) La Iglesia aborrece la sangre.

Despues de dos dias de esta votacion de la cámara hereditaria, la cámara electiva discutia el proyecto de ley sobre la indemnizacion de los emigrados.

La confiscacion considerada en abstracto es una pena inmoral, odiosa, que hiere al culpable no solo en su persona y en sus bienes, sino en los bienes y en la persona de su descendencia; hace responsables á inocentes de una falta que no cometieron; enriquece al príncipe, á sus familiares ó al estado, con los despojos de los huérfanos á quienes se ha privado de su padre. La confiscacion era de derecho ordinario en tiempo de la antigua monarquía; consecuencia inevitable, forzosa, de todas las sentencias pronunciadas con motivo de crímenes verdaderos ó impuestos, cometidos ya contra la persona real, ya contra la monarquía y sus derechos, aquella pena era muchas veces el fin secreto de la causa; no se confinaba para castigar; se condenaba sí para confiscar. En muchas ocasiones se vió al soberano y á sus favoritos dividir con los jueces los bienes de un acusado cuyo único crímen era su riqueza. La mayor parte de las fortunas existentes en tiempo de la revolucion reconocian su orígen de las confiscaciones; las primeras familias de Francia, los Luynes, los Beauvilliers y muchos otros, los Letellier y los Lamoignon, nombres reverenciados en la magistratura, hasta dignatarios y príncipes de la Iglesia, como el cardenal de Polignac, no habian temido deshonrarse reuniendo á sus vastos dominios los despojos de los condenados y proscritos; en aquella época era costumbre hacer las guerras á los cortesanos y á los hombres del poder. Abolida por la constituyente, la confiscacion no fué restablecida por la convencion, como se ha creido generalmente; la asamblea legislativa fue la que abrazando la legislacion del antiguo régimen aplicó este principio contra los emigrados. Medida completamente política, no destinada contra enemigos aislados, sino contra toda una clase de personas que despues de haber solicitado del estranjero la invasion de nuestro territorio volvian á entrar á el armados y guiando al enemigo, la confiscacion fue entonces un acto de defensa nacional mas bien que de venganza; y aquel escepcional carácter de las leyes dadas contra los emigrados y no la importancia del desembolso era lo que hacia tan impopular la indemnizacion. La opinion pública que no veia la cuestion sino bajo su aspecto político, miraba en ella mas que la reparacion de una injusticia un castigo impuesto a la revolucion; además, se decia, no han sido solo los emigrados los que han sufrido, siendo dignos de igual interés todos los infortunios causados por los acontecimientos de aquella época; la desgracia no admite privilegios, y una vez abierta la via á las indemnizaciones, la fortuna pública debia sucumbir bajo el peso de las reclamaciones que indudablemente se elevarian de todos los puntos del reino. En efecto desde la apertura de las cámaras un sinnúmero de peticiones solicitaban diariamente de los diputados ó de los pares la estincion del beneficio de indemnizacion, ya á los rentistas despojados de los dos tercios de sus créditos contra el estado por la convencion; á los negociantes y mercaderes arruinados por el máximum; á los magistrados y á los muchos poseedores de oficios reales que no habian recibido ó aceptado el reembolso del precio de sus cargos, ya á los habitantes de los paises arruinados por la guerra civil, lioneses, nanteses, vendeanos y á los miembros de la Legion de Honor privada de parte de su sueldo desde 1814 á 1821; una de estas últimas peticiones, presentada por el general Foy en la sesion del 26 de enero, fué enérgicamente apoyada por este orador en un discurso en el cual habia el siguiente párrafo: «Si no se tratase para los peticionarios mas que de un acto de simple munificencia, me dirigiria á vuestro honor y á vuestra delicadeza para deciros que cuando os disponeis á servir tan esplendido festin á los emigrados (violentos murmullos é interrupcion en la derecha), deberiais dejar caer á lo menos algunas migajas de pan sobre viejos soldados mutilados, reducidos al infortunio, que llevaron hasta el fin del mundo la gloria del nombre francés. Pero no es un acto de munificencia lo que reclamo. es el pago de la deuda mas sagrada, mas positiva, escrita mas espresamente en las leyes. » Despues de entrar en estensos consideraciones el general terminó pidiendo que se remitiera la peticion al presidente del consejo; Mr. de Villele se opuso, y la cámara paso á la órden del dia

El dictámen de la comision encargada de examinar el proyecto del gobierno fué leido por Mr. Pardessus en la sesion del 11 de febrero; la discusion se abrió el 17, mas antes de hablar de ella, debemos dar una idea de la importancia de los bienes vendidos y del modo adoptado para el reembolso.

La venta de los bienes confiscados á los emigrados no se habia circunscrito á un corto espacio de tiempo; empezada en 1793, se prolongo por enagenaciones sucesivas, hasta 1803. Las grandes variaciones sobrevenidas durante estos diez años, primeramente en el precio de adjudicacion que habia subido ó bajado segun el grado de confianza de los

adquisidores en la existencia de la república y la abundancia de los valores exigidos en pago, en seguida, en el precio mismo de estos valores que se componian, segun el tiempo, y en proporciones distintas, de asignados, de mandatos territoriales, de certificados de reembolso de rentas, de títulos del tres consolidado, y luego de numerario, estos cambios, decimos, hacian muy difícil fijar exacta y equitativamente la indemnizacion debida á cada propietario espropiado. ¿Debia tomarse por base el precio satisfecho por los adquisidores? No, pues esta base era falsa en gran número de casos, habiéndose hecho à vil precio la generalidad de las ventas. La renta de los bienes en la época de la confiscacion era el indicio que ofrecia mas certeza para fijar el valor real de las propiedades vendidas, mas por desgracia estas rentas no se habian tenido en cuenta en las enagenaciones anteriores al 12 pradial del año III (2 de junio de 1795); en ningun contrato se hacia mencion de ellas, la adjudicacion se llevaba á cabo sin otra base para el señalamiento de precio que una relacion muy sumaria y muchas veces incompleta, dada por peritos, nombrados en los puntos en que radicaban los bienes. El 12 pradial se cambió esta base, un decreto del 18 estableció que en adelante no se adjudicaria ninguna propiedad nacional hasta despues de una previa valoracion, calculada segun la cuenta de 1790, regularmente probada. Así pues, para fijar el valor de cada indemnizacion, el gobierno dividió las propiedades enagenadas en dos categorías: bienes vendidos con posterioridad al 12 pradial, y los que los fueron antes de esta fecha; los primeros eran valorados segun la renta de 1790, multiplicada por veinte, al paso que se calculaba el valor de los segundos, á falta de otros datos, por el precio de adjudicacion, precio reducido á numerario segun el estado de la preciacion de los asignados, en cada departamento. Esta doble valoracion presentaba los siguientes resultados:

Las ventas hechas con posterioridad al 12 pradial del año III eran en numero de 81.455, y presentaban, segun su renta de 1790, multiplicada por 20, un valor total de	692,427,615 fr. 80 c.
Las ventas verificadas antes de aquella fecha, eran en número de 370.617, y presentaban, segun los precios de adjudicacion reducidos conforme à la escala de depreciacion de cada departamento, una suma total de. .	605 352,392 fr. 16 c.
Total general. . . .	1,297.760,607 fr. 96 c.
De esta suma el estado habia pagado á cuenta de los emigrados, por deudas, compras y gastos de toda clase, una suma total de	309,940,645 fr. » »
El capital indemnizable era pues de	987,819.962 fr. 96 c.

Tan enorme capital debia ser reembolsado segun el proyecto de ley por quintas partes y en el termino de cinco años, por medio de la inscripcion en el gran libro de la deuda pública, de treinta millones de rentas 3 por 100, formando un capital de mil millones.

La composicion de la asamblea no permitia esperar que se introdujeran modificaciones esenciales en la medida propuesta por el gobierno, aunque pudiese dar lugar à vivos debates. De los cuatrocientos treinta miembros que componian la cámara, trescientos veinte eran antiguos privilegiados, entre los cuales se contaban dos príncipes, un duque, treinta y seis marqueses, setenta y ocho condes, veinte y tres vizcondes, treinta barones y catorce caballeros; además doscientos diputados ejercian cargos públicos, así pues era de presumir que los miembros pertenecientes á la antigua derecha serian los únicos opositores que tomarian la palabra en la discusion general. Mas contra todas las creencias, el proyecto ministerial encontró adversarios entre los realistas del estremo derecho, siendo atacado con igual calor, aunque por causas distintas, de ambos lados de la cámara. Si por una parte Mr. Labbey de Pompieres, por ejemplo, contestaba á las acusaciones de los adversarios de la revolucion que le echaban en cara el odioso carácter de las confiscaciones pronunciadas por la república, preguntando á los partidarios de la indemnizacion en que manos se encontraban, los bienes de las innumerables víctimas sacrificadas en la noche de San Bartolomé, las propiedades de Concini, de Cinq-Mars, de Thou, de Marillac y de los demás condenados en tiempo de Richelieu; las inmensas posesiones confiscadas á los dos millones de religionarios víctimas de la revocacion del edicto de Nantes, ó refugiados en el estranjero; si Mr. Mechin oponia á las quejas elevadas con motivo de las pérdidas de la emigracion, el cuadro de las recompensas que habia ya recibido, como eran restituciones de bienes no vendidos, en tiempo del consulado, del imperio y en 1814, monopolio de todas las dignidades y empleos, desde los mas humildes á los mas elevados, si aquel diputado recordaba que de los veinte mil propietarios que componian en tiempo de Napoleon los colegios electorales, catorce mil pertenecian directa ó indirectamente à las antiguas órdenes privilegiadas; si añadia que la emigracion percibia à título de sueldos inscritos en el presupuesto, cerca de sesenta y ocho millones, y que figuraba por una cuarta parte á lo menos en el libro de las pensiones pagadas por el estado: MM. de Labourdonnaie y de Beaumont, se pronunciaban con fuerza contra el mismo principio de la ley, en el cual veian una escandalosa consagracion de todos los actos de los poderes revolucionarios. «Se invoca, decia Mr. de Labourdonnaie, el artículo de la constitucion que garantiza las ventas de bienes nacionales; pero debe atenderse á que este artículo no ha sido ni podia ser mas que un acto conservatorio, que una medida política, que puede en rigor, garantir á los adquisidores la posesion de los inmuebles que contrataron, pero nunca conferirles un derecho de propiedad, derecho que solo podrian tener mediante el cumplimiento de las condiciones impuestas à la cesion de cualquier propiedad por causa de utilidad publica, es decir, una justa y previa indemnizacion. Una de dos: ó las pretendidas asambleas nacionales de la revolucion eran ilegales, y en este caso, todos sus decretos *no son mas* que actos de violencia, nulos de toda nulidad, que *pudieron despojar* á los emigrados de hecho, pero no de derecho, ó bien eran legales, *lo* cual significa que los emigrados legítimamente despojados, se encuentran sin título para la menor indemnizacion. Despues de haber impugnado en estos términos la forma dada à la reparacion, Mr de Labourdonnaie dirigió sus ataques à los detalles de ejecucion, concluyendo con estas palabras: «El proyecto ministerial defrauda todas las esperanzas; al mismo tiempo que no da à los emigrados lo bastante para satisfacerles y para tranquilizar à los poseedores de sus bienes, les concede demasiado para irritar à los adversarios de toda indemnizacion. el proyecto es una decepcion y parece no tener mas objeto que colocar en manos de un hombre solo (Mr. de Villele) la disposicion de la fortuna pública y de las fortunas privadas, sin responsabilidad, sin intervencion, sin mas recurso à otra autoridad que à la suya. Propongo que sea remitido à un nuevo exámen de la comision, añadiendo à esta un cierto número de miembros.»

Mr. de Beaumont sostuvo igualmente que el rey no tenia mas poder para sancionar la espoliacion ilegal de una clase entera de sus súbditos, que para sancionar la espoliacion de uno solo; pero mas esplícito y enérgico que Mr. de Labourdonnaie en sus conclusiones, despues de decir que la constitucion, al garantir la venta de los bienes nacionales, habia querido únicamente librar à los adquisidores de los judiciarios de los legítimos propietarios, añadió: «Lo que deberia hacerse para satisfacer todos los deseos, consistiria en dar à cada uno lo que le pertenece; los bienes à los emigrados; la indemnizacion à los adquisidores.»

No era esta la opinion de Mr. Bacot de Romans; este diputado, à diferencia de los dos anteriores oradores de la derecha, admitia el principio de la ley, pero pedia que se modificasen y mejorasen sus disposiciones de modo que desaparecieran las desigualdades inseparables de la base adoptada para la valuacion de cada propiedad vendida, segun que la venta fuese anterior o posterior al 12 de pradial del año III. «La cámara decia, no puede consentir en que la indemnizacion sea para unos, de dos, de tres ó de cuatro años de la renta de sus bienes, cuando otros recibirán la de veinte á veinte y cinco años; para llegar á una liquidacion por la via mas espedita el gobierno se ha limitado à interrogar el polvo de los archivos revolucionarios; la cámara no puede seguirle en este camino, ni contentarse con una estimacion de valga lo que valga; no basta ir de prisa, es preciso ser justo. Pido que todas las confiscaciones, sea cual sea su fecha, sigan igual regla de valuacion, tomando por única base la contribucion de inmuebles actual.»

Las diferentes consideraciones que acabamos de analizar habian formado el fondo de todos los discursos pronunciados en la discusion general, cuando el general Foy llamado á la tribuna, tomó la palabra en estos términos:

El derecho y la fuerza se disputan el dominio del mundo; el derecho que constituye y conserva la sociedad, la fuerza que subyuga y oprime à las naciones. La ley que se nos propone tiene por objeto derramar el oro de la Francia en manos de los emigrados: ¿acaso fueron estos los vencedores? No; ¿cuántos son? En esta cámara dos contra uno; en la nacion uno entre mil! (prolongados murmullos en muchos bancos). Así pues no pueden invocar la fuerza; el derecho debe ser su escudo; esto hace que digan con los ministros que su derecho de propiedad ha sido violado.»

»¿Qué es el derecho? Para los actos del gobierno, lo mismo que para los de los particulares, es la conformidad á las leyes primitivas y á

los principios de eterna justicia, que son la base de las instituciones de todos los paises. Estas leyes han sido citadas en esta tribuna y ante ellas solo debemos resolver dos cuestiones: ¿la emigracion fué voluntaria ó forzosa? ¿qué fueron á pedir los emigrados á los estranjeros?»

»Si interrogamos á los partidarios del proyecto de ley, acerca de lo primero dirán que la grande emigracion, la de 1790 y 1791, la que forma por sí sola las nueve décimas partes de la emigracion total, fué voluntaria, y lo dirán porque así es la verdad, y porque declarar que la emigracion fué forzosa seria quitar á su causa el mérito del sacrificio.»

»A la segunda pregunta; ¿qué iban á pedir los emigrados? contestaron. La guerra!.. La guerra y la invasion de la Francia! La guerra al mando de jefes y con soldados cuya ambicion y furores no habrian podido contener despues de la victoria!

»Señores, esta en mi naturaleza el buscar motivos generosos á la mayor parte de los movimientos que nacen de la pasion ó del entusiasmo pero las naciones tienen tambien el instinto y el deber de su conservacion. Todas y siempre, en el dia como en la antigüedad han combatido y combaten la emigracion estranjera con las penas mas terribles; presentan ejemplo sus códigos: así lo quiere la ley de la naturaleza, la ley de la necesidad, si esta ley no existiese seria preciso inventarla el dia en que la patria se viera agobiada de calamidades; la nacion que no acudiese á este principio de vida y de existencia, no seria una nacion, abdicaria su independencia, aceptaria la ignominia, consumaria sobre ella un detestable suicidio. (Viva aprobacion en la izquierda.)

»La confiscacion es una de las primeras penas terribles de que están deporados los códigos de las naciones; la constitucion la ha abolido; gracias sean dadas por ello á la memoria de su augusto autor! Pero al crear en este punto una nueva legislacion no quiso retrotraerse á los efectos de la antigua, ni para los emigrados de la revolucion ni para los religionarios espatriados despues de la revocacion del edicto de Nantes. La constitucion ha anatematizado en su artículo 9.° todas las pretensiones posibles de los antiguos propietarios en lo que fué antiguamente su propiedad, y las ha anatematizado sin dejarles la esperanza de una compensacion eventual; pues para impedirles reclamar el beneficio del artículo 10 que asegura una indemnizacion por las propiedades embargadas por causa de interés público, ha cuidado de declarar que la indemnizacion debia ser siempre prévia; ¿cómo podia ser prévia ni conforme á la constitucion la indemnizacion que se concediera hoy por un sacrificio consumado hace treinta años?

Despues de haber combatido de este modo el principio de la ley, el general Foy añadió que admitiendo la oportunidad de una reparacion enteramente patriótica y cuya única causa seria la munificencia, debia ser pedida á la nacion, y no impuesta á aquellos que se encontraban jueces y partes en su propia causa; que seria preciso medirla con prudencia sobre los recursos del pais; hacerla estensiva á todas las desgracias, aplicarla solamente á las fortunas medianas, á los descendientes directos ó á los hermanos, mas no á las líneas colaterales ni á los estraños, «quizás á generales austriacos y rusos» que tomaron ya su parte del botin de la Francia.—No hacemos mas que entrar en la via de las indemnizaciones, dijo el orador al concluir; la ley va á constituir á los emigrados en acreedores del pais por el valor de sus bienes vendidos; pero como este valor no les será pagado íntegramente, el crédito será siempre exigible, estará siempre pendiente como una amenaza, tanto mas en cuanto los acreedores están colocados en los primeros puestos de la sociedad y del poder. Ahora bien, ¿dónde está la hipoteca natural del crédito, sino en los dominios que son su causa permanente? ¿Qué propietario dormirá en paz, bajo el peso de semejantes hipotecas y teniendo á semejantes acreedores? La indemnizacion no procurará pues ninguna de las ventajas que el espíritu de conciliacion se prometia; en ella solo veo desórdenes para el presente, desórdenes para el porvenir. No seré yo quien me asocie á esta obra de desgracia: voto contra el proyecto de ley.»

Este discurso causó viva agitacion en la cámara, y cuando el orador bajó de la tribuna en medio de los aplausos de sus amigos, Mr. de Villele se apresuró á subir á ella. Despues de algunas consideraciones sobre la diferencia existente entre las pérdidas de las cosas muebles «que se reportan; se borran y se olvidan,» y las confiscaciones que con la tierra quitan toda la posibilidad de separacion y olvido, y conservan eternamente el gérmen de la division entre los propietarios antiguos y los propietarios modernos, despues de haber rechazado el cargo de indemnizar á una sola clase, cargo inmerecido, puesto que la indemnizacion se aplicaba indistintamente á todos los individuos cuyas propiedades habian sido confiscadas por las leyes revolucionarias, Mr. de Villele hizo observar que las personas á quienes se debian las indemnizaciones privadas de sus bienes hacia treinta años, solo recibirian una suma casi siempre inferior al valor efectivo del capital que perdieron, que les seria pagado en títulos produciendo únicamente el tres por ciento; luego continuó así:

«La indemnizacion no es un castigo impuesto á unos ni una recompensa dada á otros; es un complemento de la restauracion, una medida indispensable para la concordia entre todos los franceses, para la seguridad y la fuerza del pais. El orígen de la confiscacion se ha hecho remontar á los tiempos mas lejanos de la monarquía, pero se ha olvidado que en aquella época se hallaba limitada á los grandes, que solo se aplicaba á clases poco numerosas; que seguia á la muerte ó espulsion del reino de los que la sufrian; y en una palabra la confiscacion bajo el antiguo régimen solo hacia víctimas particulares, mientras que durante la revolucion afectó por su generalidad al estado entero.

»No falta quien diga que los emigrados hicieron mal al alejarse del ardiente suelo de la revolucion; mas pregunto,qué se han hecho las víctimas necesarias del momento que no emigraron, y qué suerte hubiera estado reservada al augusto fundador de la constitucion y al rey que reina hoy sobre nosotros si no hubiesen emigrado? (Viva sensacion en la derecha.)

»¿Y que habria sido de nosotros mismos sin la emigracion de nuestros príncipes? Se ha hablado del peligro de llamar al estranjero al seno de la patria: pero debe atenderse que pueden producir estos resultados, pasiones de muy distinto género. La pasion de la ambicion desordenada ha sido la única que en nuestros últimos tiempos ha impuesto á la Francia el yugo de la dominacion estraña. Sin la emigracion de nuestros reyes ¿qué hubiéramos podido oponer en 1814 y despues de los cien dias á los ejércitos de Europa acampados en la capital? (Violento murmullo en la izquierda; interrupcion.)

Muchas voces: «En vez de pagar su rescate, los hubiéramos arrojado del pais!»

Mr. de Villele: «Sé, y creo que no se domina, ni divide un estado como la Francia, así es que no dudo de que habríamos acabado por arrojar á fuera al estranjero, pero ¡cuánta sangre, cuántos horrores habria costado esta empresa!»

»Nuestra emancipacion del estranjero sin convulsiones y sin vergüenza, nuestras libertades públicas, el restablecimiento de la paz general y la felicidad de que gozamos, todo lo debemos á la emigracion que nos conservó á nuestros príncipes. Cese pues de hacerse un crímen de su adhesion y fidelidad á los que para requirirles lo perdieron todo.»

La discusion parecia agotada, á lo menos en lo que hacia referencia al principio de la indemnizacion, y podíase creer que Mr. de Beaumont habia alcanzado el último límite de las pretensiones de la emigracion cuando dijo: «Volvamos los bienes á los antiguos propietarios é indemnicemos á los adquisidores»; mas no fué así: Mr. Duplessis de Grenedan se mostró mas absoluto aun, y pidió la restitucion pura y simple de los bienes vendidos, sin indemnizacion de ninguna especie. Conceder una indemnizacion á los adquisidores, dijo que era reconocerles sus derechos y transigir; y no podia admitir que la ocupacion de una propiedad pudiese crear al usurpador derecho de ninguna clase; segun su conviccion los emigrados habian quedado los propietarios legítimos de los bienes que injustamente les habian sido arrebatados.» El art. 9.° de la constitucion, añadió, dice: Todas las propiedades son inviolables: pero no dice serán inviolables, y si buscamos su verdadero sentido veremos que solo puede aplicarse á propiedades legalmente adquiridas, y seria un absurdo interpretar la ley de modo que pudiese hacernos decir que las propiedades son inviolables aun cuando sean robadas. En todo el artículo se entiende la palabra legítimo, y su verdadero sentido es el siguiente: Todas las propiedades legítimas son inviolables, tanto las llamadas nacionales como las demás, y quedan aseguradas al adquisidor que produzca un título legítimo.» El resto del discurso no fué mas que una estensa consideracion sobre este comentario, el cual, en la sesion del dia siguiente 22, fué ocasion de un violento tumulto. Habiendo pedido Mr. Dudon la insersion testual en el acta de muchas frases pronunciadas por el general Foy y Mr. Dupont (de l'Eure), Benjamin Constant contestó á esta proposicion con una demanda análoga para el párrafo del discurso de Mr. Duplessis de Grenedan, en que se hallaban las palabras «propiedades robadas.» El presidente leyó algunas líneas del Monitor en las cuales no se hallaban aquellas espresiones, y luego se detuvo.

Muchas voces de la izquierda: «Leed hasta el fin! no leeis mas que una parte!»

Mr. Casimiro Perier levantándose y dirigiéndose á Mr. Duplessis: «Apelo á vos mismo; ¿no dijisteis: Aun cuando fuesen robadas? Hablad; esplicaos!»

Mr. Duplessis de Grenedan: «He pronunciado testualmente la frase que acaba de leer el señor presidente, solo que este se ha detenido en la primera línea; en la frase siguiente se encuentra la palabra robadas, voy á leerla.»

Terminada esta lectura muchos miembros de la izquierda esclaman: «Esto es! esto es lo que queremos que se inserte en el acta!»

Mr. Duplessis de Grenedan, elevando la voz: «Yo mismo apoyo la proposicion. Sí; esto es lo que he dicho, lo que repito, lo que sostengo y lo que estoy pronto á publicar por las calles!» (Vivo rumor, el tumulto se hace general.)

Muchas voces de la izquierda: «Id á publicarlo por nuestra provincia y ya vereis lo que os pasa!»

Otras voces: «Basta con esta palabra para poner los departamentos en combustion.»

La adopcion de la órden del dia dió fin á este incidente, y la asamblea en su sesion del dia siguiente, 23, decidió quedar cerrada la discusion general. Debemos renunciar á hacer conocer, ni aun en estracto, la deliberacion que medió sobre los artículos; estos eran en número de veinte, y cada uno de ellos fue objeto de tan multiplicadas enmiendas, que en la discusion del solo artículo 1.° se contaron diez y siete; nos limitaremos, pues, á indicar dos de las modificaciones introducidas en el proyecto ministerial. El artículo 2.° determinaba el modo de estimacion que debia servir de base á la valoracion de cada propiedad. Como hemos dicho, esta base variaba segun que los bienes hubieran sido vendidos antes ó despues del 12 pradial del año III: las propiedades enajenadas con posterioridad á esta fecha eran valoradas en veinte veces su renta de 1790, las demás segun el precio de la venta. Esta diferencia de valoracion suscitó una verdadera tempestad; los espropietarios de la segunda categoría se quejaban de ser indignamente sacrificados; el proyecto del ministerio, decian hacia felices y desgraciados, así es que las proposiciones que tendian á restablecer cierta igualdad entre las dos clases se sucedieron en gran número, pero ninguna de ellas era realizable; todas ofrecian en su aplicacion las dificultades que habian obligado al ministro y á sus agentes á recurrir á la doble base que fué censurada con tanta severidad. En fin, el 4 de mayo despues de cuatro dias de un debate confuso é irritante, la cámara, cansada del tumulto, decidió, á proposicion de Mr. de Lastours, que el valor de los bienes vendidos con anterioridad al 12 pradial quedaria fijado segun el precio de venta, pero que los bienes adjudicados posteriormente serian estimados en solo diez y ocho veces su renta; las dos vigésimas partes restantes quedaban destinadas á formar un fondo comun, que debia servir para reparar las desigualdades resultantes del modo de valoracion adoptado para la otra categoría.

Una disposicion adicional, propuesta por Mr. Duhamel con el objeto de favorecer las transacciones entre los adquisidores de bienes de emigrados y los antiguos propietarios, para facilitar á estos los medios de adquirir de nuevo sus dominios, suscitó acalorados debates en las sesiones de los dias 13, 14 y 15; esta disposicion que fué despues el artículo 22, sometia á un simple derecho fijo de tres francos el registro de todos los actos traslativos de dominio que mediaran en los cinco años siguientes entre los posedores actuales de bienes confiscados durante la revolucion y el antiguo propietario ó sus herederos.»—«Propongo el exámen previo sobre este artículo, esclamó el general Foy en la sesion del 15: pues viola el artículo 2.° de la constitucion que establece una igualdad de cargas entre todos los franceses; viola el artículo 9.° que prohibe toda distincion entre las propiedades, sea cual sea su orígen. Convertis vuestra ley, añadió, en una declaracion de guerra, en un instrumento de odio y de venganza.» (¡Esclamaciones en la derecha; interrupcion!)

Voces en la izquierda: ¡Sí, es cierto!

El general Foy, continuando en medio del tumulto: «No es sola la indemnizacion lo que quieren los emigrados; quieren recuperar sus bienes, con la influencia ó con la fuerza. Tenemos un deber que cumplir: los poseedores de bienes nacionales son casi todos hijos de los que los compraron; acuérdense que en esta discusion, sus padres han sido llamados ladrones y bandidos; sepan que transigir con los antiguos propietarios seria ultrajar la memoria de sus padres y cometer una cobardía.» (Nuevas esclamaciones en los bancos realistas; prolongada interrupcion. Muchas interpelaciones dirigidas desde la derecha al orador se pierden en medio del tumulto.)

El general Foy, elevando la voz y con la mayor animacion: «Sí, lo repito, ¡de parte de los hijos de los nuevos propietarios seria una cobardía, una verdadera infamia! seria convenir en que sus padres fueron bandidos y ladrones (violenta gritería en todos los bancos de la derecha y del centro). Y si se intentaba, añade el orador con mas fuerza, arrancarles por la violencia los bienes que poseen legalmente, no faltarian defensores que tomarian como propia su causa.»

Muchas voces: «¡Este lenguaje es faccioso!»

Otras voces: «Es un llamamiento á la revolucion!»

Esta fué la última sesion; y este asunto llevaba ya un mes de discusion. El resultado del escrutinio sobre la totalidad de la ley, fué como sigue: Número de votantes, trescientos ochenta y tres; bolas blancas doscientos cincuenta y nueve; negras ciento veinte y cuatro. Este número considerable de oposicionistas causó inquietud en el ministerio; pues el número regular de sus contrarios en las votaciones públicas era de quince á veinte miembros; y jamás, ni aun en aquellas disposiciones que habian sido desechadas hasta por una parte de la derecha habian llegado mas allá de treinta ó cuarenta. ¿Qué significaba pues esa oposicion que, ocultándose en el secreto del escrutinio, acababa de manifestarse tan de improviso? Segun los rumores mas acreditados, esos ciento veinte y cuatro votos representaban no solo los quince ó veinte diputados de la izquierda y del antiguo centro izquierdo que votaban regularmente contra el ministerio, sino todos aquellos miembros de la asamblea que ningun interés tenian en la indemnizacion.

Ya el dia siguiente 16 de marzo fué presentada esta ley *en la cámara* de los pares, y puesta á discusion el 11 de abril: los varios oradores que hablaron en pro ó en contra del proyecto reprodujeron en gran parte los argumentos emitidos ya en la otra cámara, y fué adoptado por ciento cincuenta y nueve votos contra sesenta y tres, sin otra enmienda que tres modificaciones muy secundarias, que en nada alteraban las modificaciones generales; y que sometidas el otro dia 22 á la cámara de diputados, fueron admitidas por doscientos veinte, ya no contra ciento treinta.

Luego despues de la adopcion de la ley de indemnizacion, pasó la cámara electiva á discutir el proyecto de ley sobre la deuda pública y la amortizacion. Este proyecto segun la esposicion de Mr. de Villele tenia por objeto: «proporcionar al gobierno los medios de soportar el aumento dado á la deuda y facilitar el pago de los intereses de esta nueva carga sin aumentar las contribuciones existentes, ni debilitar la dotacion de la amortizacion.» El cálculo del ministro era este: la amortizacion tenia una dotacion anual de cuarenta millones, que desde el voto originario, le habia servido para redimir treinta y siete millones quinientos mil francos de renta al cinco por ciento. Añadidas al fondo anual de dotacion, estas rentas reunidas harian subir á setenta y siete millones quinientos mil la suma que la amortizacion podia dedicar á sus operaciones; esto es, la redencion anual de unos cuatro millones de renta al cinco por ciento. Luego la indemnizacion debia liquidarse en cinco años por quintas partes á razon de seis millones de renta por año. Llevando el estado toda la fuerza de la amortizacion al nuevo fondo de tres por ciento se hallaba pues en disposicion de redimir inmediatamente la mitad de las rentas inscritas para el pago del quinto de la indemnizacion aun calculándola al precio de setenta y cinco francos. Con respecto á los tres millones que componian la otra mitad, Mr. de Villele creia hallarlos en el aumento progresivo de la renta pública. De este modo pagaba el tesoro la nueva deuda sin pedir ningun crédito ni agravar los impuestos: pero para asegurar el éxito de esta combinacion, era necesario concentrar la accion de la amortizacion en la solas rentas del tres por ciento; y para lograrlo el ministro insertaba en la ley (art.° 3.°) que esta accion dejaria de aplicarse á los fondos que escediesen de la par. El cinco se hallaba entonces á ciento tres francos. Mr. de Villele no admitia que pudiese bajar, y creia así haber asegurado á los nuevos valores el privilegio de una amortizacion esclusiva. Esto en cuanto á la parte del proyecto relativa á su amortizacion (1).

Reducida á estos términos, la proposicion del ministro de hacienda hubiera probablemente hallado una oposicion muy debil; pero abrazaba dos objetos; Mr. Villele unia á la cuestion de amortizacion un nuevo proyecto de conversion. «Los dueños de inscripciones de rentas al cinco por ciento, decia se en el artículo 4.°, durante tres meses, desde el dia de la publicacion de la ley, tendrán la facultad de pedir su conversion en rentas del tres por ciento al precio de setenta y cinco francos. Las rentas así convertidas seguirán disfrutando el interés de cinco por ciento hasta el 22 de diciembre próximo.

(1) De un informe presentado en la sesion del 13 de marzo por la comision de vigilancia de la caja de amortizacion, resultaba: que el 1.° de enero anterior poseia esta caja la suma 35.776,243 fr. de rentas, cuya amortizacion habia absorvido en nueve años su capital de 572.979,673 fr. 10 c. Los 35.776,243 fr. así amortizados, representaban á la par (100 fr), la cantidad de 715.524,860 fr., pero como en general se redimió menos que á la par, hallóse el tesoro en disposicion de entregarse regularmente sin respecto á los acreedores portadores de estas rentas, con un capital inferior de 142.548,187 fr. á aquel de que se habia constituido deudor.

Este proyecto nada tenia de comun con la medida presentada el año antecedente, excepto la palabra conversion. No se trataba ya en efecto de una operacion que abrazase la totalidad de la deuda reembolsable y obligatoria para todos los tenedores. Pedíase la conversion en lugar de imponérsela, y se hacia de ella un sacrificio voluntario. Pero perdiendo su carácter obligatorio con respecto á los tenedores de rentas, mantenia este acto las onerosas condiciones que imponia al estado la proposicion de 1824. Cada conversion que se efectuase aumentaba de treinta y tres por ciento el capital nominal de la renta convertida. Esta vez no podia el ministro presentar como suficiente compensacion de tal momento, una disminucion de veinte y ocho millones en los gastos anuales del gobierno; porque el número de los tenedores á quienes el cebo de un capital mas subido decidiese á consentir en la conversion de su renta, fuera por necesidad muy reducido, lo que haria que fuesen insignificantes los resultados de la operacion. En tal caso, ¿qué objeto podia tener semejante medida? — Efectuar una economía cualquiera en la deuda pública, respondia Mr. de Villele, y aplicar esta economía á la reduccion proporcional de la contribucion territorial. — De ninguna manera, replicaban Casimiro Perier, Dudon y Bertin de Vaux: el interés de los contribuyentes es solo el objeto aparente de este nuevo ensayo de conversion; pues el proyecto abriga un interés del todo particular: el ministro solo lo ha imaginado para salvar de la ruina á que él mismo las ha espuesto á las compañías de banqueros cuyo concurso se aseguró el año pasado para hacer el reembolso íntegro de la deuda, y que en vista de esta colosal empresa financiera, cargaron con una gran masa de rentas del cinco por ciento, que han quedado en sus manos. — Es público y notorio, añadia Mr. Bertin de Vaux, así en la plaza de Paris como en la bolsa, en los despachos de los banqueros como en los de los escribanos, que existe una compañía de especuladores que, á consecuencia de haber sido desechada la conversion de la renta, se halla inundada del cinco por ciento en una cantidad enorme. Esta compañía dicen que soporta la terrible carga de veinte millones de rentas, que en el curso actual representan un capital de cuatrocientos millones. ¿Cómo salir de semejante situacion? El problema no era fácil de resolver; sin embargo, está resuelto con el proyecto actual: ahí está todo el misterio. Si la ley se admite, saldráse de dicha situacion, no solo sin pérdida, sino hasta con beneficio; y si la ley es desechada, ¿qué quereis que os diga? Habrá duelo en Jerusalen (1). En efecto se entiende muy bien que si dicha compañía, queriendo desprenderse de la masa de rentas de que se hallaba sobrecargada las echaba en la plaza, destruia el curso del cinco por ciento y sufria una pérdida ruinosa; al paso que cambiando estas rentas con los nuevos títulos, cuya creacion pedia Mr. de Villele, los cuales con un interés menor daban un capital mas alto, y que por otra parte estaria sostenida por todo el poder de la amortizacion y por todos los esfuerzos de los especuladores, podria no solo entrar de nuevo en sus capitales, sino hasta realizar beneficios si el nuevo fondo, como lo anunciaba Mr. de Villele, se elevaba sobre quince francos. Sin embargo de estas consideraciones, la mayoría se mostró condescendiente, y el 26 de marzo, despues de nueve dias de discusion fué aprobado el proyecto de ley por una mayoría de doscientos treinta y siete votos contra ciento diez y nueve. Presentada la misma ley en la cámara de pares el 2 de abril, y habiendo sido atacada con no menos ardor que en la cámara electiva, púsose á votacion el 27, despues de un debate de tres dias, y fué aprobada por ciento treinta y cuatro votos contra noventa y dos: luego tendremos que hablar de sus resultados.

Los hechos vinieron á burlar todos los cálculos de Mr. de Villele. Este habia constantemente asegurado que el cinco, que entonces se cotizaba sobre la par, subiria aun, y que los nuevos títulos, arrastrados por el mismo movimiento de subida, ascenderian á ochenta y ochenta y cinco francos. Esta certidumbre de la alza hasta constituia la base de la ley; puesto que solo hallándose el cinco por ciento, cinco meses despues de votada la ley habia ido bajando sucesivamente hasta noventa y nueve francos cincuenta c., y el tres bajó tambien cuatro francos. Para sostener la cotizacion de estos fondos, en vano Mr. de Villele constituyó á los receptores generales de los setenta y ocho departamentos en una compañía de especuladores, la cual tenia por objeto «todas las operaciones de banco y de hacienda que el sindicato juzgase beneficiosas para la compañía, y principalmente aquellas que fuesen útiles al servicio del tesoro (2).» Esta sociedad, cuya creacion era contraria igualmente á la moral pública y á las reglas mas elementales del arte administrativo de la hacienda de una gran nacion, puesto que obligaba á los empleados superiores de la administracion á especular en los efectos de la bolsa, y á entregarse á un verdadero agiotaje; esta compañía, decimos, con todos sus poderosos recursos y el apoyo del tesoro, no pudo sostener la baja de los nuevos títulos. Es verdad que los tenedores de rentas se resistieron obstinadamente á la conversion, y el resultado hubiera quedado enteramente nulo, si Mr. de Villele, obstinándose en sus afirmaciones, no hubiese hecho obligacion para todos los funcionarios tenedores de rentas el convertirlos. No se contentó aun con esta intimidacion hecha á las personas, sino que se impuso la conversion á todas las cajas públicas de depósito, y por medio de circulares dirigidas á todos los prefectos y subprefectos del reino, fuéronse á buscar títulos que convertir hasta en las juntas administrativas de los hospicios de las mas insignificantes ciudades, y en todas las oficinas de beneficencia; y hasta se hizo fuerza á las obras de las iglesias. Mr. de Villele puso en movimiento hasta los misioneros; y en muchos lugares, en Amiens por ejemplo, se les oyó clamar desde el púlpito contra el préstamo á interés; luego en el secreto del confesonario y en sus conferencias particulares, impelian á sus penitentes así á los simples criados como á los amos, á retirar sus fondos del poder de escribanos, comerciantes ó banqueros, y á emplearlos en rentas del tres por ciento. Pero, á pesar de tantos esfuerzos, fué muy corto el número de títulos convertidos. El plazo otorgado para este cambio era de tres meses: y el 5 de agosto una comision encargada de examinar el estado de las conversiones publicó el siguiente resultado de su exámen:

Rentas del 5 y ½ convertidos.	30.574,11 fr. »
Estas rentas, reducidas al 3 por 100 presentaban un interés de.	24.459,035 »
Beneficio obtenido por el estado sobre los intereses.	6.115,081 fr. »

En aquella fecha el 3 por 100 estaba aun á 75 fr.: en noviembre siguiente, seis meses despues de votada la ley, ya solo valia 60 fr. Todos los que habiendo convertido eran aun portadores de estos títulos, perdieron pues una quinta parte de su renta sin beneficiar ni un céntimo sobre su capital; pero los especuladores de que hablaba Mr. Bertin de Vaux hacia tiempo que habian vaciado sus carteras, y nuestra administracion de hacienda contaba en su seno con una poderosa compañía de juego, cual era el sindicato de los receptores generales.

Quince dias despues de haber votado el proyecto de ley sobre la amortizacion y la conversion de la renta, en la cámara de diputados sucedió á esta discusion esencialmente profana una discusion sagrada; y fieles al duplicado carácter de la época, pasaban, nuestros legisladores alternativamente de los negocios de la bolsa á los asuntos de la Iglesia. Así pues el 11 de abril se abrió el debate sobre la ley que introducia en nuestro sistema penal los crímenes de profanacion y de sacrilegio. La discusion duró cinco dias y presentó un carácter distinto del que tuvo en la cámara hereditaria: pues fué mas viva y dejaba ver mas patente la irritacion que causaba en la clase ilustrada de la nacion. El primer orador que habló sobre este asunto fué Mr. Bourdeau: «La conciencia pública, dijo, el estado actual de la sociedad, los principios generales de nuestra legislacion, rechazan toda confusion entre el pecado y el crímen. Para confundirlos se invoca no sé qué necesidad de opinion, cuyos intérpretes y órganos busco inútilmente: si salen de esas asociaciones místicas que solo se mezclan en los negocios del cielo para hacerse mas poderosos en la tierra, la Francia cristiana y sinceramente monárquica los rehusa y desconoce.»

—«Esta ley influirá en nuestras instituciones para depravarlas, añadia Mr. Devaux (du Cher). Su primera é inevitable consecuencia será una alteracion mas profunda del jurado. Para obtener alguna de estas condenas que, en sentir del ministerio, deben ser un homenaje á la religion, y dar altas lecciones de piedad al pueblo,» la autoridad se verá obligada á escluir del jurado, no solo á los ciudadanos de los demás cultos, sino hasta á los indiferentes y tibios en materias de creencias religiosas. La administracion que ya toma nota de todas las opiniones políticas, tendrá además que estender estados graduados de los sentimientos religiosos de todos los miembros del jurado. Esta ley es tambien la mayor conquista de la autoridad religiosa sobre la autoridad civil; esta se la negaba en la última sesion; pero debió ceder.»

—«Trátase del crimen de sacrilegio, dijo á su ver Mr. Royer-Collard. ¿Qué es sacrilegio? Segun el proyecto de ley es la profanacion de los vasos sagrados y de las hostias consagradas. ¿Qué es profanacion?

(1) Mr. de Rothschild y algunos otros que pertenecian á esta compañía eran israelitas.

(2) Artículo 5 de la escritura de creacion.—El *sindicato* era la comision encargada de gestionar los negocios de la compañía.

Es toda via de hecho cometida voluntariamente por odio ó desprecio de la religion. ¿Qué es la hostia consagrada? Creemos los católicos que las hostias consagradas no son ya las hostias que vemos, sino el mismo Jesucristo, el Santo de los santos; el Dios hombre, invisible y presente en el mas augusto de los misterios de nuestra religion. Por consiguiente, la via de hecho se comete contra Jesucristo. La irreverencia de este lenguaje repugna, porque la religion tiene tambien su pudor; pero es el de la ley. El sacrilegio consiste pues, y tomo por testigo á la ley, en una via de hecho dirigida contra Jesucristo. El crímen que castiga bajo el nombre de sacrilegio es el ultraje directo hecho á la divina Majestad; es decir segun las antiguas ordenanzas, el crímen de lesa Majestad divina; y como este crímen resulta enteramente del dogma católico de la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, síguese que si imaginamos separada de la hostia la presencia real del Salvador y su divinidad, en tal caso desaparece el sacrilegio y tambien la pena al mismo impuesta. El dogma pues hace el crímen y el mismo lo califica:

«Hace tres siglos que por desgracia la religion cristiana está dividida en católica y protestante: el dogma de la presencia real solo es verdadero para los que nos hallamos mas acá del estrecho; mas allá de este, es idolátrico y falso. La verdad se halla limitada por los mares, los rios y los montes: y como ha dicho Pascal, un meridiano decide de ella. Hay tantas verdades cuantas son las religiones de estado. Mas aun: si en cada estado y bajo un mismo meridiano cambia la ley política, con ella cambia la verdad como su dócil compañera. Y todas estas verdades contradictorias entre sí, tienen el mismo título para ser tal verdad, inmutable y absoluta, á la cual, segun vuestra ley, debe satisfacerse con castigos, que siempre y en todas partes serán igualmente justos. No es posible llevar mas lejos el desprecio de Dios y de los hombres. No obstante, tales son las consecuencias naturales y necesarias de la verdad legal, de las que es imposible descartarse una vez admitido el principio. ¿Podrá decirse que este no es el principio del proyecto de ley? Pero cuantas veces se diga, contestaré que el proyecto admite el sacrilegio legal, y que no hay sacrilegio legal con respecto á la hostia consagrada si la presencia real no es verdad legal.

»Aun emanan otras consecuencias de este mismo principio: no se juega con la religion como con los hombres; no se le señala su parte; no se le dice con imperio: Irás hasta aquí, y no pasarás de estos límites. El sacrilegio resultante de la profanacion de la hostia consagrada ha entrado en vuestra ley: pero ¿por qué solamente este, cuando hay tantos cuantos son los modos de hacer ultraje á la Divinidad? ¿Por qué solo el sacrilegio, cuando con igual autoridad llaman á la puerta la herejía y la blasfemia? La verdad no admite estas transacciones parciales; ¿con qué derecho vuestras manos profanas dividen á la Majestad divina declarándola vulnerable en un punto é invulnerable en los demás? ¿Sensible á las vias de hecho, é insensible á otra especie de ultrajes? Mucha razon tiene el escritor que encuentra vuestra ley mezquina, fraudulenta y hasta atea. Desde que uno solo de los dogmas católicos pasa á la ley, la religion católica debe ser tenida por la única verdadera y todas las demás por falsas; debe formar parte de la constitucion del estado y de allí estenderse á las instituciones políticas y civiles.

»Rompiendo un largo silencio, añadió el orador en su conclusion, he querido señalar mi fuerte oposicion al principio teocrático que amenaza juntamente á la religion y á la sociedad, principio tanto mas odioso, en cuanto no son, como en los tiempos bárbaros y de ignorancia, el franco furor de un celo demasiado ardiente, los que vuelven á encender ahora la antorcha. Ya no existe un fraile dominico, ni somos nosotros albigenses. La teocracia de nuestros tiempos es mas política que religiosa; ella forma parte de este sistema de universal reaccion que nos arrebata, y lo que la recomienda es su aspecto contrarevolucionario. No hay duda, señores que la revolucion ha llevado su impiedad hasta el fanatismo, hasta la crueldad; pero, ¡cuidado con ello! pues precisamente esto es lo que ha perdido; por lo que puede predecirse á la contrarevolucion que las represalias de crueldad, aun cuando solo esten escritas, darán testimonio contra ella, y la perderán tambien. Voto contra la ley.»

Inmediatamente contestó el ministro de negocios eclesiásticos: «Dícese que el sacrilegio es un pecado que solo ataca á la divinidad, y que únicamente Dios tiene el derecho de castigarlo. En la distincion hecha hay parte de verdad, y parte que no lo es. Sin duda hay en el pecado algo que no es criminal ante la ley, y que solo mancha la conciencia, el cual castiga la justicia divina cuando no lo borra el arrepentimiento. El pecado consiste en la voluntad y no en un acto esterior. En el sacrilegio hay un pecado del cual el culpable debe responder delante de Dios; pero hay tambien un crímen y así lo han juzgado todas las naciones. Hay un público atentado contra la religion, y este atentado, es del resorte de la justicia humana. Si la religion es la base de los estados, el que la ataca se hace reo de lesa sociedad humana, y la ley que no castiga el sacrilegio se hace cómplice del mismo delito.

¿Se dirá acaso, que el Evangelio es una ley de gracia? No hay duda que el Evangelio es una ley de caridad; pues nos manda amar á nuestros enemigos y prohibe la venganza á los particulares: pero ¿desde cuándo ha roto la espada de la justicia en manos de la autoridad civil? Véase hasta donde pudiera llevarnos semejante interpretacion de la caridad evangelica! De ello resultaria no haber ningun soldado, ni juez alguno que fuesen cristianos; que en el campo de batalla el soldado debiera aguardar la muerte, y no darla, y que el juez debiera abstenerse de sentenciar á los culpables; fuérase entonces cobarde ó prevaricador por caridad! Dejemos, señores, estas funestas interpretaciones, que harian del evangelio una ley de desórden, y vengamos á la cuestion.

«¿El sacrilegio es imposible en el sistema de proteccion comun, otorgada por la carta á todos los cultos? Sí, señores: está escrito en la carta que cada cual profese su religion con igual libertad y obtenga igual proteccion para su culto. La ley vela á las puertas de las sinagogas y de los templos, como en las de las *iglesias católicas*; y el *magistrado debe* prevenir y castigar los desórdenes capaces de perturbar *los ejercicios* religiosos. Pero la religion del estado es la católica; y el estado por consiguiente profesa el dogma de la presencia real. Desde este punto la cuestion queda resuelta; y la profanacion de la hostia consagrada no es ya un simple pecado, sino que entra en el dominio de la política, y constituye un crímen que debe castigar la ley, de cuya justa venganza fuera por cierto muy estraño que se librase el mayor ultraje que puede hacerse á la religion nacional.»

El 15 de abril se puso á votacion el proyecto del ministerio, y fue aprobado por doscientos diez votos contra noventa y cinco. La adopcion de esta ley inútil y sin objeto, puesto que debia desaparecer sin haber sido aplicada en sus principales disposiciones, fue uno de los actos mas funestos de la restauracion, causó inquietud á todos aquellos á quienes no irritó; y probó á los menos perspicaces la absoluta sumision del gobierno á las pasiones de un partido, determinado á hacer que la autoridad civil se doblegase á la religiosa. El mayor enemigo que tiene el clero es él mismo: su fuerza se halla toda en el santuario; y sus pretensiones son siempre de intervenir, en nombre de la moral, en los actos esteriores, y en nombre de la religion en los asuntos políticos. Siendo el clero católico una corporacion eterna, puesto que no muere, é indisoluble, pues todos sus miembros, aplicados á la misma obra, y dirigiéndose al mismo objeto, se hallan sometidos á una sola regla y son conducidos por una voluntad única, continuamente tiende á dar mayor estension á sus actos, y á robustecer su autoridad. La propagacion para el es un deber. Teniendo un carácter invasor resultante de la misma ley de su existencia, no presta su apoyo á los poderes bastante débiles ó imprevisores para acudir á el sino con la condicion de dominarlos. Protegido dentro de sus justos límites, sirve á los gobiernos de un auxiliar útil; pero como protector, es para ellos una debilidad y un peligro. Los Borbones, al sufrir su apoyo y su influencia, se dieron unos amos altaneros y suspicaces, que debian aislarles hasta de su propio partido, ó impeler á la resistencia, como luego veremos, á los hombres que hasta entonces habian procurado con ardor el restablecimiento de las antiguas instituciones monárquicas.

Con el arreglo de cuentas del año 1823 y del presupuesto para el de 1826, terminó la legislatura. El exámen de las contratas con Ouvrard ocupó un lugar principal en la discusion de los gastos de 1823. Los diputados de la contraoposicion realista se unieron á los miembros de la izquierda para censurar tales estipulaciones con la mayor aspereza: los primeros desaprobaban los contratos de Bayona, principalmente por animosidad hácia Mr. de Villele; los segundos, no contentos con vilipendiar, en las onerosas conciliaciones de dichos contratos, el culpable desprecio que se habia hecho de todas las leyes administrativas y una escandalosa dilapidacion de las rentas del estado, unian á estas censuras, nuevas y vehementes protestas sobre la espedicion en sí misma, y sobre los males que habia traido á España. Los diputados liberales no se apartaban de la verdad de los hechos no separando las costosas circunstancias de nuestra entrada en campaña, de la campaña en sí misma. Mr. de Labourdonnaie y sus colegas realistas ofrecian, al contrario, la mas estraña contradiccion al aprobar el principio de la guerra, censurando los medios que habian permitido empezarla el 7 de abril. Si no se hubiesen concluido los contratos con Mr. Ouvrard, la invasion se hubiera retardado; siendo así que emprendida esta campaña seis semanas ó dos meses mas tarde, no se hubiera limitado á un simple paseo militar al través de la España; sino que se hubiera convertido en una guerra

seria y difícil, en la que probablemente la Francia hubiera agotado los recursos del tesoro y derramado torrentes de sangre. Los que tenian la culpa del contrato de Bayona, ni eran los ministros, ni los que pusieron en él su firma; con justicia solo podia atribuirse, en primer lugar á Mr. de Labourdonnaie y á sus amigos políticos, quienes habian impuesto al gobierno la espedicion; y luego, á la necesidad en que se halló el duque de Angulema de hacer penetrar de improviso nuestros soldados en la Península, y de llegar pronto á Madrid. A pesar de la virulencia de los ataques dirigidos á Mr. de Villele por ambos lados de la cámara, el resultado de la discusion vino á confirmar este pasaje de uno de los pliegos que, desde Verona, le dirigia Mr. de Chateaubriand para impulsarle á la guerra: «En cuanto á las cámaras, para ellas el éxito lo disimula todo:» Las cuentas, pues, fueron aprobadas el dia 2 de mayo por doscientos cuarenta y siete votos, contra setenta y siete.

El presupuesto de 1826 fué tambien objeto de fuertes debates. Los gastos abonados á cada ministro dieron ocasion á los diputados de la izquierda para reproducir las quejas que hicieron oir al tratarse de los presupuestos de años anteriores, y de protestar vivamente sobre las prodigalidades del gobierno; sobre la violencia que ejercian sus agentes de todas categorías; sobre su marcha decididamente contrarevolucionaria, y sobre el altanero dominio del clero. De estos largos debates solo citaremos los siguientes pasajes de un discurso del general Foy tocante al presupuesto de la guerra, en el cual se hallaban como en resúmen sus opiniones con respeto á la organizacion militar, y que fué el último que pronunció este ilustre orador.

«Una medida acerba, dijo, impolítica y hasta diré subversiva del honor de nuestras armas, tal es la que últimamente se ha tomado en el departamento de la guerra. El dia 2 de diciembre, aniversario de la batalla de Austerlitz, ciento cincuenta oficiales generales de nuestro antiguo ejército han recibido la nueva de que desde aquel dia dejaban de pertenecer al ejército (1).

»¿Hay nada mas doloroso para unos hombres de honor que verse heridos de un solo golpe en su consideracion social y en sus medios de subsistencia? Yo mismo he presenciado su dolor y su desesperacion; les he visto, y les veo cada dia retirar á sus hijos de las casas de educacion, cuyos gastos no pueden sufragar, buscando para sí propios sitios apartados donde ocultar su infortunio y la miseria de sus familias; rompiendo sus pasadas relaciones, deshaciendo su vida, obligados á bajar de repente á una posicion inferior. Y esta calamidad no les ha sorprendido el dia de un desastre ó al siguiente; no la deben á la venganza inmediata de un vencedor desapiadado; no! Es un cañonazo salido de Waterloo, el cual llega diez años despues de la batalla, diez años despues de la augusta proclama de union y de olvido.

»Esta medida es injusta: y no se diga que los oficiales generales á quienes abraza han sido heridos por la ley. La ley del retiro se hizo en favor de los militares llenos de fatiga, á quienes concede la recompensa de sus servicios; y no en detrimento de los militares válidos condenándolos á un descanso prematuro. ¿Acaso se ha querido escluir á los jefes de menor capacidad y aptitud? Señores, á esto responden quinientos campos de batalla en las cuatro partes del mundo, y ellos dicen lo que han hecho, si hay algun francés que pueda ignorarlo. ¿Son los mas viejos? Abro la lista, y el primero que encuentro escrito segun el órden alfabético es un teniente general que aun no tiene cuarenta y siete años, y que todavía conserva todo el vigor de la juventud, y luego siguen otros de cincuenta, cincuenta y dos y cincuenta y cuatro años; mientras que entre los oficiales generales que se han conservado veo hombres valetudinarios, otros que carecen absolutamente de esperiencia y de costumbres militares, y hasta sexagenarios.»

En seguida el orador opone á los motivos de economía en que se apoya la medida, la tan reciente prodigalidad de un millon concedido á los emigrados; y al mismo tiempo hace observar que el ministro que tan avaro se muestra de dinero del estado tratándose del sueldo de los generales de la república y del imperio, despliega la mas inaudita profusion en la administracion de su departamento tomada en la totalidad de los varios servicios. Así, el presupuesto de la guerra para 1826 se halla aumentado de dos millones, ciento cincuenta y dos mil francos, cuando el ejército solo cuenta treinta y tres hombres y veinte y un caballo de mas que en 1825. «Pagamos, dijo, para nuestro ejército reducido al pié de paz, el mismo número de oficiales y tenientes, intendentes y empleados, y los mismos gastos generales de comandancias y administracion, ni mas ni menos que si tuviésemos cuatrocientos ó quinientos mil hombres sobre las armas. El estado puesto al frente del presupuesto, añadió el orador, señala veinte y un mil cuatrocientos cuarenta y ocho oficiales de estado mayor y de tropa; cuarenta y nueve mil ochocientos sesenta y cuatro tenientes, y ciento sesenta y un mil cuarenta y cuatro individuos. Hágase el cálculo y se hallará que se nos hacen pagar un oficial y dos tenientes por cada siete soldados. No es el esceso de gastos el único inconveniente de esos estados nuevos é hinchados, sino que además, ¿qué lugar ocuparán en las líneas de batalla? ¿qué instruccion podian adquirir? ¿como podrá nunca lograrse aumentar el sueldo de los oficiales que generalmente está reconocido como muy bajo? Con semejante sistema casi siempre hay necesidad de echar á unos para procurar ascenso á los otros; y una vez dado el ejemplo, constituye al fin un funesto precedente, el cual pronto adquiere la autoridad de la costumbre y casi de la regla.

«No es esto ciertamente, señores, la organizacion militar que recomiendan la razon de estado y las tradiciones de nuestra gloria. Por otra parte, ¿de qué sirve esforzarse en establecer doctrinalmente un pié de paz y un pié de guerra? El primero muy á menudo es el estado de la hacienda lo que lo determina; al paso que el último lo manda la necesidad. Teneis una ley de quintas que hace que el llamamiento á las armas se lleve á cabo con prontitud, facilidad y grandes resultados. Llamad anualmente á cuantos querais; pero no impongais al pueblo cargas inútiles. Haced de manera, mediante un buen sistema de licenciamientos, que resulte un efectivo mas numeroso, sin que cueste mas; pero ante todo estableced una proporcion racional entre el número de los cuadros y el de los soldados que deben llenarlos. Si sobreviniere la guerra doblariais los batallones y escuadrones, procurariais ascenso á los oficiales y tenientes, imprimiriais un movimiento moral al ejército, y en el dia del peligro los hijos de Francia no faltarian al llamamiento, como nunca han faltado.

»Estais impacientes, señores, por terminar esta sesion, dijo el orador, disponiéndose á bajar de la tribuna; por lo que no trataré de rectificar los cálculos inexactos y los hechos aventurados sobre que descansa el edificio del presupuesto ministerial. Mi principal objeto es ahora llamar la atencion de las futuras comisiones del presupuesto acerca de los proyectos animosos cuyo programa se os ha presentado. Si sucediese que en las siguientes sesiones llegasen á reproducirse, consideraria como un deber el combatir disputando el terreno palmo á palmo, ó artículo por artículo, á una administracion que hace derramar al ejército tan amargas lágrimas, y que ha sacado del tesoro trescientos cuarenta y ocho millones, ochocientos setenta y cuatro mil francos, para emprender una campaña de ocho meses (1) en un pais casi amigo.»

La discusion del presupuesto de 1826, que empezó el 4 de mayo, terminó el 19. La cámara apresuraba sus deliberaciones á fin de dar á sus miembros el tiempo de asistir á la consagracion del rey. Interrumpidas las sesiones por esta ceremonia, que debia tener lugar en Reims el 29, continuáronse el 7 de junio con la discusion del presupuesto en la cámara de los pares: discusion que carecia de interés por cuanto solo podia resolverse mediante un registro puro y simple de la ley de hacienda, tal como habia resultado de la discusion en la cámara electiva, entonces disuelta de hecho. El 13 de junio los ministros presentaron la órden por la cual quedaban cerradas las cámaras.

Hacia muchos años que Luis XVIII tenia la idea de hacerse consagrar; en 1814 no tuvo tiempo por causa de los largos preparativos de esta ceremonia. Desde 1815 hasta 1818, la desgraciada situacion del reino, el mal estado de nuestra hacienda, y principalmente la ocupacion de nuestro territorio por ciento cincuenta mil soldados aliados, fueron otras tantas causas que le obligaron á aplazar esta dispendiosa solemnidad. Finalmente el 10 de diciembre de 1818, cuando la desocupacion definitiva de la Francia le permitió dar á su reinado la consagracion tradicional con que se habia inaugurado el de todos sus abuelos, Luis XVIII anunció á ambas cámaras la próxima ceremonia de la consagracion; pero los continuos progresos de la enfermedad que paralizaba las estremidades inferiores de su cuerpo se opusieron á que se efectuase; pues no solo hubiérale sido imposible al rey mantenerse en pie ó arrodillado, sino que no podia dar un paso, ni trasladarse de un punto á otro sin que lo llevasen en un sillon. Pero para Carlos X no existian tales obstáculos, pues á pesar de su edad gozaba de una salud bastante robusta para sobrellevar la larga fatiga de esta ceremonia, que á los ojos del clero, de las personas piadosas y de no pocos realistas antiguos, faltaba para completar la monarquía y cuya falta no dejó, segun decian, de influir en las ocurrencias del último reinado.

(1) Vease el fin del capítulo precedente.

(1) Segun el definitivo arreglo de cuentas de 1823 la suma total de gastos del ministerio de la guerra para dicho año ascendia en efecto á 348.871,057 fr.

Con los seis millones votados por las cámaras para los gastos de la consagracion, al formarse la lista civil, fué posible emprender ya desde el mes de enero anterior los trabajos que hacia necesarios el estado de ruina en que se hallaba el antiguo edificio religioso que la tradicion habia dedicado á estas solemnidades: reparáronse los arcos que amenazaban ruina, renovóse todo el antiguo ornato de escultura, pusiéronse en pié las estatuas que se hallaban por el suelo, y se completaron los vidrios que faltaban. El zelo de la comision encargada de dirigir los preparativos, no se contentó con estas reparaciones materiales, sino que hasta renovó la santa redoma (1) La revolucion creia haber destruido esta reliquia; pues el dia 6 de octubre de 1793, Rhul, representante del pueblo y comisario de la convencion, la habia roto en efecto públicamente, estrellándola contra el pedestal de la estatua de Luis XV. Sin embargo, díjose que unas manos fieles habian logrado recoger todos los fragmentos de la botellita, como tambien algunas partículas del óleo que contenia, las cuales vertidas por el arzobispo en el santo crisma, se pusieron en una nueva redoma. «De esta suerte, decia el Monitor del 16 de mayo, el óleo santo que ungirá la frente de Cárlos X será el mismo que desde Clodoveo ha ungido á los reyes de Francia.»

El 24 de mayo salió el rey de Paris con su hijo para ir primero á Compiegne, donde estuvo tres dias en medio de recepciones, de los placeres de la caza y de festejos. El 27 durmió en Fismes, y al dia siguiente salió de esta ciudad, y bajaba por una cuesta muy rápida, cuando varias baterías de la guardia real, situadas en el valle á la izquierda del camino, hicieron salva para saludar al rey en su partida. Estas repentinas detonaciones, reproducidas por el eco de los collados inmediatos, espantaron á los tiros de los coches: los caballos de la real carroza mordieron el freno y se precipitaron cuesta abajo con una velocidad horrible, capaz de esponer al rey á los mas graves riesgos, si el cochero, conservando toda serenidad, lejos de querer detener la desordenada carrera de las caballerías, no las hubiese abandonado á todo su impulso, cuidando solamente de que no se desviasen del medio de la bajada: así pronto cesó el ardor de la carrera, y desapareció todo peligro. Los duques de Aumont y de Damas, los condes Curiol y de Cosse fueron menos afortunados, pues volcó el coche de séquito en que iban y se rompió. De ellos, los señores de Damas y de Curial salieron gravemente heridos, de modo que al principio inspiraron serios temores. Al medio dia llegó Carlos X á una legua y media de Reims á la aldea de Tinqueux, en donde le estaban aguardando los duques de Orleans y de Borbon, todos los oficiales de su casa, las autoridades de Reims, los guardias de corps, el estado mayor de la guardia real, la legion de la guardia nacional de caballería de Paris, y una multitud de altos dignatarios y funcionarios públicos de todas categorías. Toda esa muchedumbre se hallaba allí reunida para formar el acompañamiento del monarca á su entrada en la ciudad. Pronto tomó cada cual su puesto delante ó detrás del coche llamado de la consagracion, espresamente construido para esta ceremonia, y en el cual el delfin, los duques de Orleans y de Borbon se colocaron al lado del rey. Desde Tinqueux á Reims la real carroza tuvo que pasar por debajo de una larga serie de arcos triunfales adornados de flores, de hojarasca y de ricas banderolas. Desde la puerta de la ciudad hasta la catedral la arena que cubria el piso de las calles estaba llena de flores; todas las casas ostentaban vistosas colgaduras y guirnaldas, y los balcones, ventanas y tejados estaban cuajados de espectadores, cuyas entusiastas aclamaciones se mezclaban á los sonidos de las músicas militares y á los estampidos de la salva de una numerosa artillería. Despues de haber oido vísperas, un sermon y luego el Te Deum, retiróse Cárlos X á las habitaciones preparadas para su uso en el palacio del arzobispo, donde recibió al cabildo metropolitano y á las autoridades de la ciudad; las cuales, segun una antigua costumbre, le ofrecieron regalos consistentes en vino de Champagne y peras de Rousselet.

Al paso que las clases oficiales del pais se complacian en las ceremonias de la consagracion, mirándolas como un espectáculo curioso por su novedad, y como una de esas raras solemnidades en que la monarquía despliega toda su pompa y grandeza, y dispensa sus favores y sus gracias, la clase inmensa de los ciudadanos, que solo conoce á los gobiernos por las cargas que estos les imponen, en una palabra, las clases medias, aguardaban con cierta especie de inquietud la celebracion de esta ceremonia. El rey debia prestar varios juramentos en manos del arzobispo. Luego estos juramentos, cuyas fórmulas estaban sacadas todas, segun decian, del antiguo ceremonial, contenian dos especies de compromisos: como católico, tenia el rey el lenguaje de un hijo sumiso y obediente; juraba mantener á la Iglesia en todas sus inmunidades y derechos, proteger los monasterios y estirpar la herejía. Como soberano temporal, su lenguaje era el de un señor y de un rey absoluto; y el arzobispo consagrante al ponerle la corona, le declaraba en nombre de los prelados y de los señores, que le elegian por rey.» Los periódicos habian anunciado varias modificaciones en estas fórmulas, ¿las aceptaria el clero? y el mismo Cárlos X, para permanecer fiel al papel de rey constitucional, ¿consentiria en violentar sus preocupaciones políticas y sus convicciones piadosas? Pero estos temores resultaron vanos; pues todos los cambios que impuestos por el establecimiento del nuevo órden político y por las nuevas costumbres se hicieron en las oraciones y en las plegarias, de modo que el fondo de la ceremonia sufrió una alteracion profunda, aunque quedó la misma forma.

El dia siguiente, 29, desde las seis de la mañana las inmediaciones de la catedral presentaban un punto de vista el mas animado y curioso A bastante distancia de la basílica apenas podia una muchedumbre bulliciosa y compacta abrirse paso por entre las largas filas de cortesanos, de autoridades civiles y militares de todas graduaciones, de corporaciones y diputaciones de todas las órdenes, y de mujeres lujosamente ataviadas que desembocaban de todos los puntos y que luego asediaron las puertas de la iglesia. No tardaron estas mucho en abrirse, y un cuarto de hora despues, estaban llenas todas las tribunas y todas las gradas ocupadas por señoras Pasados algunos instantes vióse entrar á los ministros de estado, á las grandes diputaciones de ambas cámaras, á los presidentes y procuradores generales de los tribunales reales, á los prefectos y subprefectos de las principales ciudades, y luego al cuerpo diplomático. Por un contraste que probaba la fuerza de las mudanzas causadas así en los ánimos de las personas como en los hechos por los sucesos de los últimos treinta y dos años, figuraban entre los embajadores y ministros estranjeros convidados á esta funcion esencialmente católica, un miembro de la comunion griega, cual era el embajador de Rusia; el embajador de la Gran Bretaña, protestante anglicano, y otros protestantes calvinistas ó luteranos, y hasta un musulman, el cual era el enviado de Túnez, Sidi-Mahmud, todos precedidos y conducidos por el nuncio del papa. Los miembros del clero, que solo se hallaban allí como simples espectadores, eran muy numerosos y se contaban mas de treinta obispos

A las siete y media de la mañana empezó la ceremonia religiosa Los dos asistentes del rey, los cardenales de Clermont-Tonnerre y de Lafare, precedidos de los capitulares, salieron del coro para ir al palacio arzobispal, que tenia comunicacion con la iglesia por una galería cubierta de cien metros de largo, y donde fuéron á reunirse el delfin, los duques de Orleans y de Borbon y los grandes oficiales de la corona y de la casa. Cuando el capiscol de la catedral llegó á la entrada de la habitacion de Carlos X, llamó á la puerta: «¿Qué quereis? dijo en alta voz el gran chambelan. — «A Carlos X á quien Dios nos ha dado por rey,» respondió Mr. de Clermont-Tonerre, cardenal asistente (1) Entonces los porteros abrieron las puertas y los cardenales entraron y saludaron al rey, quien se levantó del sillon volviéndoles el saludo, y recibió el agua bendita de manos de Mr. de Clermont-Tonerre (2). Despues de haber este rezado una oracion formóse la comitiva y se puso en marcha. Carlos X, precedido del mariscal duque de Conegliano (Moncey), que hacia las funciones de condestable y llevaba la espada, atravesó la galería, entró en la iglesia, se dirigió al altar mayor, donde se arrodilló, y se colocó en seguida bajo de un dosel. A su lado fuéron á situarse sus grandes oficiales, y cuatro caballeros de las órdenes que llevaban sus ofrendas. Luego el arzobispo, que se habia retirado detrás del altar para revestir sus insignias pontificales, volvió á presentarse teniendo en las manos la santa redoma. Puso la reliquia encima del altar y entonó el *Veni Creator*. Cantado que hubo este himno, el prelado se adelantó hácia el rey, acompañado de los dos cardenales asistentes, uno de los cuales llevaba el libro de los evangelios, y el otro un fragmento de la verdadera cruz. Al llegar el arzobispo en frente de Carlos X, tomó los evangelios, les abrió y puso en ellos la

(1) Botella ó frasquito, que se guardaba en la catedral de Reims y estaba llena de un aceite inagotable. que segun decian, habia servido para la consagracion del rey Clodoveo, y que habia traido del cielo una paloma y entregádola á san Remigio.

(1) Segun el antiguo ceremonial, los prelados encargados de acompañar al rey á la iglesia, lo pedian tres veces; á las dos primeras respondia el gran chambelan: *El rey duerme*; respuesta simbólica destinaba á confirmar la vacante del poder real antes de la consagracion religiosa Solo despues de la tercera pregunta, el obispo de Laon, primer asistente, respondia: *Pedimos el rey que Dios nos ha dado.*

(2) En la consagracion de Luis XVI, el rey se hallaba tendido en una cama de la cual le levantaron los dos obispos asistentes.

reliquia, presentándolos abiertos al monarca, quien con la mano puesta en el libro y en la reliquia, prestó los siguientes juramentos:

Juramento de la consagracion.—«Prometo delante de Dios á mi pueblo mantener y honrar á nuestra santa religion, como corresponde al rey cristianísimo y al primogénito de la Iglesia; hacer recta justicia á mis súbditos, y finalmente gobernar conforme á las leyes del reino y á la carta constitucional, que juro observar fielmente. Así Dios me sea en ayuda y los santos evangelios.»

Juramento del rey como gefe soberano y gran maestre de la órden del Espíritu Santo. —«Juro á Dios criador vivir y morir en la santa fé católica, apostólica y romana; mantener la órden del Espíritu Santo, sin permitir que decaiga de sus gloriosas prerogativas: observar los estatutos de dicha órden, haciéndolos observar ahora y siempre, reservándome no obstante la facultad de arreglar las condiciones de admision conforme á mi mejor servicio.»

Juramento del rey como jefe soberano y gran maestre de la real y militar órden de San Luis, y de la real órden de la Legion de Honor.—«Juro solemnemente delante de Dios, mantener para siempre y sin permitir que decaiga de sus gloriosas prerogativas la real y militar órden de San Luis, y la real órden de la Legion de Honor; llevar la cruz de dichas órdenes y guardar sus estatutos: así lo juro y prometo por la santa cruz y los sagrados evangelios.»

Luego de haber prestado los anteriores juramentos, el rey mudó de traje. Llevaba una simple chupa de raso blanco, y en la cabeza una especie de gorra del mismo tejido rodeada de diamantes, y encima de ella un penacho de plumas blancas y negras, y calzaba unos zapatos igualmente de raso. Quitáronle la chupa y la gorra, dejándole sin otro vestido que un camisolin de raso encarnado, galoneado de oro en todas sus costuras, y abierto en aquellos parajes correspondientes á los puntos que debian ser ungidos. El gran Chambelan (Mr de Talleyrand) puso en seguida al monarca unos botines de terciopelo violado, salpicados de flores de lis bordadas de oro; en los cuales vino luego el delfin á colocar unas espuelas. Mientras se estaban haciendo estos preparativos delante del público, el arzobispo bendijo la espada de Carlomagno, puesta dentro de la vaina y encima del altar, y luego fué á ceñírsela al rey. El prelado, despues de una breve oracion, desprendió la espada, la desenvainó, y dejando la vaina encima del altar la entregó desnuda á Carlos X; quien durante otra plegaria permaneció de pié con la espada en la mano y vuelta la punta hácia arriba. Terminada la oracion, el rey bajó el arma, fué á colocarla encima del altar y se puso de rodillas; pero pronto el arzobispo volvió á tomar la espada, la devolvió á su majestad, quien la recibió de rodillas y la entregó en seguida al mariscal duque de Conegliano (Moncey), que desempeñaba las funciones de condestable.

Con esto Carlos X quedaba armado; así pasóse á su consagracion. El arzobispo abrió el relicario que encerraba la santa redoma, y con la punta de un alfiler de oro sacó una partícula del bálsamo, y en una patena lo mezcló al santo crisma. Durante estos preparativos los dos cardenales asistentes deshacieron las aberturas hechas en la chupa del rey para las unciones, y acompañaron al monarca á las gradas del altar, que se hallaban cubiertas con una alfombra de terciopelo flordelisado. Pusiéronse uno junto á otro dos almohadones tambien de terciopelo. El rey se postró encima de la alfombra con la frente aplicada á uno de los almohadones; y el arzobispo oficiante fué á colocarse á la derecha en la misma posicion que el monarca. Al mismo tiempo los arzobispos de Besanzon y de Bourges, y los obispos de Autun y de Evreux, alineados y puestos de pie de espalda al altar, y de cara al arzobispo y al rey, postrados como hemos dicho, rezaron sobre estos algunas letanias, terminadas las cuales el arzobispo se levantó solo; y en seguida, llevando puesta la mitra y sosteniendo el báculo, rezó de pié junto al rey, que continuaba postrado, tres versículos; volviendo luego á postrarse con la frente humillada á la derecha del soberano. Continuaron las letanías, y al concluirse levantáronse el arzobispo y el rey: el primero entregó la mitra y tomó asiento, y el segundo se puso de rodillas otra vez delante del prelado, quien cogiendo con el pulgar el sagrado óleo, ungió al rey sucesivamente en la cabeza, el pecho, en medio de las espaldas, en el hombro derecho y luego en el izquierdo, en la flexura del brazo derecho y en la del izquierdo. Concluidas estas siete unciones, levantóse el monarca y se vistió una túnica; luego una dalmática de seda violada salpicada de flores de lis de oro, que le presentó el gran chambelan, y el manto real de terciopelo color violado, también sembrado de flores de lis de oro, el cual tomó de encima del altar el maestro de ceremonias, con lo que completó el traje de rey.

Carlos X así con las vestiduras reales, volvió á ponerse de rodillas delante del arzobispo, el cual permaneció sentado y puesta la mitra, y en esta posicion ungió al rey en las palmas de las manos. En seguida, bendijo el anillo real, los guantes, el cetro y la mano, símbolo de justicia. Puso por sí mismo el anillo en el cuarto dedo de la real mano, luego los guantes, el cetro en la mano derecha y el símbolo de la justicia en la izquierda, con lo cual terminó la segunda parte de la ceremonia. Carlos X estaba ya armado y consagrado; precedióse pues á su coronacion.

El arzobispo, despues de los últimos actos que acabamos de referir, dejó su asiento, fuése al altar y tomó del mismo la corona de Carlomagno. Mantúvola primero suspendida sobre la cabeza del rey, que permanecia arrodillado. En seguida, invitados los príncipes por el canciller de Francia, fuéron á colocarse á ambos lados del monarca segun el órden de superioridad, y aplicaron la mano á la corona para sostenerla, mientras que el arzobispo, tocándola solo con la mano izquierda, con la derecha dió la bendicion despues de pronunciar estas palabras: *Coronat te Deus corona gloriæ atque justitiæ:* cogió otra vez la corona con ambas manos y la puso en la cabeza de Carlos X á quien luego levantó por el brazo izquierdo y lo acompañó al trono, en el que se sentó el monarca despues de haber oido otras varias oraciones. El prelado, que hasta entonces no separó su mano del brazo del rey, al fin la retiró, se quitó la mitra, hizo una profunda cortesía á su majestad, y le dió el beso pontifical, repitiendo tres veces: *Vivat rex in æternum!* Esta aclamacion fué la señal de muchísimas otras que resonaron durante algunos minutos. Entonces el delfin y los duques de Orleans y de Borbon, quitándose la corona ducal de oro que llevaban desde el principio de la ceremonia, se acercaron sucesivamente al rey, que los recibió en sus brazos, y se alejaron repitiendo el mismo grito: *Vivat rex in æternum!* De nuevo empezaron las públicas aclamaciones; las señoras que ocupaban las tribunas agitaban los pañuelos; la música de la capilla de las Tullerías ejecutó una pieza brillante; oyéronse numerosos clarines; y corriéndose una grande cortina que cubria el fondo de la basílica, se permitió á la multitud que inundase el templo. Echáronse al vuelo las campanas, hirió los aires el estampido de las salvas de artillería de la guardia que respondia á las descargas de fusilería. Los heraldos arrojaron á la multitud medallas acuñadas con motivo de la consagracion, y segun una antigua costumbre, soltáronse en el recinto del edificio algunos centenares de palomas y de otras aves, que, deslumbradas por la claridad de las arañas que reflejaban las luces de millares de cirios, revolotearon por todo el ámbito de la vasta basílica. «Es imposible formarse una idea de semejante espectáculo, decian los diarios realistas de aquel tiempo; era aquello una completa embriaguez de entusiasmo y de afecto.»

Luego de calmada esta embriaguez y gritería, el arzobispo entonó el *Te Deum*, al cual sucedió la celebracion del oficio. En el ofertorio, el rey descendió del trono, y se encaminó al altar donde entregó el cetro al duque de Dalmacia (Soult); la mano de la justicia al mariscal duque de Treviso (Mortier); se puso de rodillas y presentó por sí mismo sus regalos al prelado, los cuales llevaban cuatro caballeros de la órden del Espíritu Santo, y consistian en un vaso de plata dorada que contenia vino; un pan de oro, otro de plata y una fuente de plata dorada llena de medallas de la consagracion. Al presentar cada una de las ofrendas, el rey permaneciendo siempre de rodillas, besaba el anillo del prelado. Concluido este acto, tomó otra vez su majestad de manos de los mariscales el símbolo de la justicia y el cetro, y volvióse á sentar en el trono, hasta la elevacion de la hostia, que fué á arrodillarse delante del tabernáculo. Despues de la bendicion y del himno *Domine, salvum fac regem*, preparóse el rey para recibir la comunion. Quitándose la corona, que entregó al delfin, se dirigió al confesonario donde permaneció unos tres minutos; luego arrodillándose en las gradas del altar mayor, en frente de la sagrada mesa, la cual sostenian el obispo de Hermópolis y el cardenal gran limosnero, y por los lados el delfin, el hijo de este, y el duque de Orleans, comulgó el rey bajo ambas especies. Concluido este acto, volvió á ocupar el trono, y despues de una breve oracion regresó al palacio arzobispal con la corona en la cabeza, llevando el cetro y la mano de la justicia, y con el mismo acompañamiento que á su salida.

Esta ceremonia duró desde las siete de la mañana hasta medio dia; y hubiera difícilmente soportado el rey tanta fatiga, si hubiese debido llevar siempre puesta la corona llamada de Carlomagno, la cual era pesadísima y no tenia otro mérito que su tradicional antigüedad. Pero

(1) Los adornos del vestido del arzobispo eran de oro, puestos sobre un fondo, tambien de oro, y con muchas piedras preciosas en la mitra.

el rey solo se la ponia para dirigirse al altar; fuera de estos casos sustituíala con otra mas lijera, adornada con riquísimos diamantes, en medio de los cuales destellaba el famoso, conocido con el nombre de el Regente (1). Vuelto el rey á sus habitaciones, se desnudó y entregó al gran limosnero la camisa y los guantes que habia tocado la santa redoma para que, segun el uso, lo quemase.

Una hora despues, Carlos X llevando otra vez sus vestiduras reales y con la corona de diamantes, sentóse bajo de un dosel de suma riqueza, en medio del delfin y de los duques de Orleans y de Borbon, que traian puesta su corona ducal de oro, y presidió un festin real, servido por los grandes oficiales de la casa y por los de palacio, cuyas viandas presentaban unos pajes precedidos de heraldos. Con este banquete, compuesto de seis mesas, terminaron las solemnidades de aquel dia.

El siguiente, 30 de junio, verificóse en la misma iglesia metropolitana, tambien por la primera vez desde el restablecimiento de la monarquía, otra ceremonia. El rey tuvo en ella capítulo de la órden del Espíritu Santo, y recibió á treinta y ocho caballeros. Esta órden, que fundó Enrique III, y que hasta el año de 1789 fué un privilegio de las principales familias del reino, contaba un corto número de caballeros, á quienes se exigian pruebas de nobleza acreditadas severamente por espacio de muchas generaciones. Sus miembros eran llamados cordones azules, á causa del color del ancho cordon que llevaban puesto como banda, y que sostenia la cruz de oro propia de la órden. Esta era muy codiciada, lo mismo que la del Toison de Oro en España ó la de la Jarretiere en Inglaterra, y hasta los soberanos estranjeros se tenian por muy honrados con pertenecer á ella. Por consiguiente, en la antigua jerarquía nobiliaria la familia que contaba algun cordon azul entre sus miembros era tenida por de nobleza igual á las que suministraban mariscales de Francia al ejército y cardenales á la Iglesia: las casas así dotadas se hallaban entre sí bajo un pié de igualdad y formaban lo que se llamaba la primera, ó por mejor decir, la alta nobleza de Francia. Ninguna de las personas elevadas á los destinos ó á las dignidades por los acontecimientos de los treinta últimos años, hubiese podido presentar la menor de las pruebas que exigian los estatutos; sin embargo, era difícil distribuir cierto número de estos cordones sin comprender en esta gracia lo menos algunos nobles recientes; así Carlos X, para salvar esta dificultad se reservó en el juramento, como acabamos de ver, la facultad de «determinar las condiciones de la admision en bien de su servicio.» Ninguna condicion pues se impuso á los caballeros faltos de nobles ascendientes; de modo que se vió figurar entre los recipiendarios á Mr. Lainé, al general Desolles, á los mariscales Marmont, Macdonald, Moncey, Souchet, Oudinot y Victor, y á los señores Decazes, Pasquier y de Villele: los demás caballeros llevaban los nombres mas ilustres de la antigua monarquía francesa.

Los vestidos del rey estaban hechos de un tejido de plata: llevaba el manto de terciopelo negro forrado de seda verde y bordado de oro; un gorro tambien de terciopelo, adornado con una garzota. Los treinta y ocho caballeros entraron en la iglesia dispuestos en dos colunas de igual número, que se estendieron á derecha é izquierda del altar. Cuando el rey, que iba detrás, se hubo sentado en el trono, el clero entonó vísperas; las dos colunas se alinearon paralelamente, dándose el frente, y empezó la ceremonia. Esta, puede decirse que consistió toda ella en evoluciones y reverencias; solamente el rey hizo once salutaciones antes de las vísperas, y nueve despues. Las recepciones se verificaron del modo siguiente: el heraldo, ó rey de armas, de la órden llamaba á dos recipiendarios de cada fila, y los conducia en medio del santuario; aquí los cuatro caballeros, puestos de frente, saludaban simultáneamente primero al altar, y despues al rey: hecho esto, avanzaban en una sola línea hácia el trono, y despues de una segunda cortesía al rey, se arrodillaban, ponian la mano derecha en el libro de los santos evangelios, que estaba abierto encima de las rodillas del monarca, y prestaban el juramento. El rey les ponia por su mano las insignias, pasándoles el cordon ó banda azul, luego el collar de la órden en sotuer, entregaba en seguida á cada uno un libro de oraciones y un rosario, y por último, el recipiendario le besaba la mano y volvia á su lugar. Mr. de Chateaubriand, lo mismo que Mr. de Villèle hacian parte de esta promocion: los dos pertenecian á una fila distinta, formaban uno en frente de otro y la casualidad del llamamiento les hizo llegar á un mismo tiempo al pié del trono. El rey cogió las manos de Mr. de Chateaubriand, como hacia con los demás; pero las retuvo mucho mas tiempo entre las suyas, le sonrió y le dirigió algunas palabras. Todos los asistentes que lo notaron quedaron sorprendidos, no dudando que Mr. de Chateaubriand acababa de recobrar el favor, en términos que muchos cortesanos fuéron aquella misma tarde á cumplimentarle por su próxima vuelta á los negocios.

Era este el secreto deseo y el ardiente afan del antiguo ministro de relaciones estranjeras: acechaba todas las ocasiones de hacer de modo que recordasen su talento y su nombre el rey y sus consejeros. Con este fin aprovechó la circunstancia de la muerte de Luis XVIII para dar á luz bajo el título de: «El rey ha muerto, ¡viva el rey!» un folleto que respiraba el mas exaltado realismo, y en el cual acumulando en favor del nuevo monarca todas las alabanzas que podian hacerle popular, decia: «Suplicamos humildemente á Carlos X que imite a sus abuelos: treinta y dos soberanos de la tercera raza han recibido la uncion real.» Este consejo, en concepto de Mr. de Chateaubriand, decidió la ceremonia de la consagracion; ó á lo menos con sus amigos se gloriaba de este resultado. Uno de ellos, Mr. de Quélen, arzobispo de París, conversando aquella misma mañana con Carlos X acerca de los efectos morales y políticos de la consagracion, presentó esta ceremonia como una era de reconciliacion para el partido realista, y tambien como una ocasion para olvidar antiguos resentimientos, y unir en un mismo grupo á todos los hombres monárquicos y religiosos. «A los que no me quieren los dejo,» contestó el rey.—Pero señor, ¿y Mr. de Chateaubriand? repuso el arzobispo.—¡Oh! en cuanto á este le echo muy de menos,» replicó Cárlos X. Preguntó el arzobispo si podria referir estas palabras á su compatricio. Carlos X vaciló, dió dos ó tres vueltas por la estancia, y respondió: «Pues bien, sí, díselo.» Así pues cuando Mr. de Chateaubriand se puso de rodillas delante del rey, hallando este alguna dificultad en quitarse los guantes para cojer las manos del recipiendario, se inclinó graciosamente hácia él y le dijo sonriendo: «Gato con guantes no coge ratones.» Mr. de Chateaubriand quedóse frio y mudo; Carlos X esperaba que le diese las gracias por las palabras que sobre él dijo aquella mañana; y por lo mismo aquel silencio se le hizo estraño. Sin embargo, el antiguo ministro de negocios estranjeros estaba muy lejos de haber cometido la falta que el rey le suponia, supuesto que Mr. de Quelen mudó de parecer, y temiendo sin duda descontentar á Mr. de Villèle, nada de ello habia dicho á Mr. de Chateaubriand.

Varias revistas de tropas reunidas en número de diez mil hombres de todas armas, en un campo dispuesto junto á la ciudad; algunas visitas á una esposicion industrial de Reims, en que el rey se mostró afable, popular, pródigo de generosos estímulos, y halló para los esponentes que de continuo le rodeaban las palabras mas oportunas: otra visita al hospital de San Marcoul, en donde, segun el antiguo ceremonial, fué á tocar los lamparones (1), tales fueron los acontecimientos públicos que llenaron los tres dias que Cárlos X permaneció en Reims. Otros actos aun señalaron su coronacion: durante muchos dias apenas fueron suficientes las colunas del Monitor para presentar las nomenclaturas de las dignidades, de los cordones y ascensos concedidos con motivo de dicha ceremonia. Tambien participaron de estas gracias los proscritos y senténciados políticos; pues se perdonaron todas las penas, cesó el destierro para los que aun podian temerlo, y si se hicieron á esta amnistía algunas escepciones, se aplicaron únicamente á los reos contumaces, y aun fueron estas en tan corto número, que puede decirse en honor de la verdad que para Carlos X fué esta una ocasion de cicatrizar las heridas hechas por el sinnúmero de sentencias políticas, dadas durante el reinado de su hermano, y que todavía brotaban sangre (2).

El rey entró de nuevo en Paris el 6 de junio, y su entrada fué la señal de nuevos festejos: banquetes, juegos, regocijos públicos, besamanos y bailes de palacio, y en casa de los señores ministros y de los embajadores estranjeros, representaciones teatrales de piezas que reproducian algunos episodios de la consagracion, las mayores demostraciones en todos los departamentos y ciudades, todo esto dió á la consagracion de Carlos X un eco universal. «La oposicion liberal se halla desarmada,» decian los cortesanos al rededor del rey; lo mismo repetian en las tertulias de los ministros esa turba de aduladores y empleados, que atentos solo á su interés, consideran á la nacion un pueblo de administrados indóciles é inquietos, siempre injustos con sus administradores y con sus gobernantes. «¿Dónde están ahora los motivos de queja? decian. Todos los actos y hasta todas las palabras del rey ¿no

(1) La pedreria de esta corona estaba valorada en 18 [illegible] fr.

(1) Los escrofulosos tocados por Carlos X en el hospital de San-Marcoul fueron ciento veinte y uno. El rey al pasar por delante de cada enfermo le hacia la señal de la cruz en la frente diciendo: El rey te toca: «Dios te cure.» Todos ellos se retiraron llevándose pruebas de la real munificencia.

(2) Creemos que los únicos espectáculos de esta amnistía fueron Mr. Grandmenil, el capitan Nantil, el comandante Caron y los señores Pombas y Gamolon.

son capaces de calmar á los hombres mas desconfiados y recelosos? En efecto, no se ha limitado á jurar sobre los santos Evangelios y la santa cruz el mantenimiento de la carta; sino que, fiel al espíritu de este acto, ha tomado sobre sí el borrar en las funciones de la consagracion toda distincion de linaje un oficial de la república ha desempeñado una de su persona las funciones de condestable: su cetro y la mano de justicia han sido confiados á dos mariscales del imperio; han recibido el cordon azul unos plebeyos, hombres de la revolucion; y hasta el mismo clero, objeto de tantos ataques, ¿no ha suprimido de las antiguas oraciones los paisajes que no se conformaban con el nuevo derecho político y la libertad de cultos? «No hay duda que estas satisfacciones podian parecer suficientes al partido realista y á la clase oficial. Hasta el mismo Carlos X, confiando en las felicitaciones de la muchedumbre galoneada y titulada que le rodeaba de continuo, y en las aclamaciones con que fué saludado en todas partes, podia estar convencido de que habia hecho todos los sacrificios compatibles con su honor y con la dignidad de la corona á la política de union y de olvido, y á las exigencias de su posicion de rey constitucional Pero tales concesiones no interesaban á la generalidad del pueblo, ningun cambio producian en la marcha del gobierno, y dejaban subsistentes todos los agravios de los gobernados, como eran: el millon de indemnizacion, la ley del sacrilegio, el retiro dado á la mayor parte de los jefes del antiguo ejército, el dominio del clero, la corrupcion electoral, y esta inquisicion entrometida é infatigable que, sembrando por todas partes la diacion y las destituciones, iba á molestar á los ciudadanos hasta en su comercio ó industria. La ceremonia de la consagracion, lejos de adherir las clases medias al hermano de Luis XVIII, se las hicieron contrarias. La vista del jefe de una nacion guerrera arrodillado y postrado durante tanto tiempo á los piés de ese clero, que era entonces tan impopular, y recibiendo la corona de manos de un sacerdote (1), el papel teatral de ese rey viejo, que habiendo simpre huido del rumor de una batalla, aunque lejano, sostenia con su mano debil la pesada espada de Carlomagno, y cargaba su septuagenaria frente con la maciza corona del mismo conquistador, y los repetidos cambios de traje en que se complació; el oro, las plumas y los diamantes que cubrian sus vestidos de terciopelo y de raso, todos estos contrastes promovieron juntamente la irritacion y la burla. Así pues, al paso que los encomiadores de la consagracion no tenian palabras bastantes para espresar su entusiasmo por esas solemnidades en que la monarquia, ausiliada de la pintura y de las decoraciones trató de hacer brillar á los ojos de la multitud, durante una mañana, un rayo de su antiguo esplendor, mientras los escritores y los poetas cortesanos celebraban con odas y cantos, recitados ó entonados en las reuniones oficiales, la renovacion de las antiguas costumbres monárquicas, la nueva generacion se oponia á las estrofas de los admiradores de lo pasado, repitiéndolo de uno á otro estremo del reino un canto de consagracion en que el poeta, interprete de los sentimientos populares, significó las generales quejas y protestas (2).

En aquella ocasion la Francia presentaba un espectáculo muy particular: dos opuestas corrientes arrastraban á un tiempo al gobierno y al pueblo: este, fácil y tolerante, se mostraba ansioso de nuevas conquistas intelectuales y políticas; aquel, violento é inquisitorial, trataba de imponer á las masas la fé, que no se manda, y ponia todo su conato en estrechar el círculo de la instruccion general y en reprimir los progresos del entendimiento. El clero representaba el principal papel en esta lucha; confiado en la fuerza que le daba la posesion del gobierno, creíase bastante poderoso para poner un dique al movimiento, detenerlo, y obligar á las nuevas generaciones á retroceder al antiguo órden religioso y político. Para este fin, se hacia absolutamente necesaria la entera sumision de los espíritus, y como medio la violencia. «Dase tormento á todas las conciencias; de manera que ya no es posible nacer, vivir ni morir en paz,» decia un diario de la oposicion en el mismo punto en que Carlos X acababa de ser ungido. Esta censura no era de modo alguno exagerada: pues no habia dia en que no se leyesen en los papeles públicos nuevos actos de proselitismo y de intolerancia. Ya se trataba de algunas doncellas robadas á sus madres por su confesor ú otro católico fervoroso, las cuales acababan de encerrarse en un convento; ya de jóvenes luteranos ó calvinistas, que se ocultaban de la vigilancia paterna para refugiarse en algun establecimiento piadoso, donde abjuraban la creencia en que nacieron. Sobre todo metian mucho miedo algunas conversiones; tales eran las de varios ministros protestantes hechos católicos; pero raras veces se anunciaba alguna de tales conversiones sin que los periódicos liberales respondiesen inmediatamente con la noticia de algun ministro católico convertido al protestantismo. Otras veces se anunciaba que un templo, que era propiedad del estado, dejaba en adelante de pertenecer al culto disidente, despues de una posesion de veinte años: ora se negaba la bendicion nupcial á los novios que no pertenecian ambos á la comunion católica; ora se rechazaba por padrinos á ciudadanos que tenian alguna nota en cuanto á la falta de cumplimiento en sus deberes religiosos. Hasta la limosna estaba sometida á la presentacion de cédulas de confesion, y no se daba ningun socorro á los que no acreditaban haberse confesado. La lucha se hallaba en todas partes: entre las escuelas elementales de enseñanza mutua, y la que dirigian los hermanos de la doctrina cristiana; entre los alumnos, niños pertenecientes á diferentes cultos, y los alumnos de los colegios reales y de los seminarios, cuando por casualidad se encontraban en el paseo y en la calle (1). Todo, hasta las numerosas procesiones hechas en ciertas solemnidades en el interior de las aldeas daba ocasion á multiplicados conflictos: el clero obligaba á los espectadores y á los transeuntes á descubrirse, ó á arrodillarse; á los coches á detenerse, y muchas veces los recalcitrantes eran perseguidos y castigados por haber perturbado una ceremonia religiosa ó faltado al respeto debido á la religion y á sus ministros.

Esta pasion y tales violencias fomentábalas y estimulábalas esa multitud de asosiaciones afiliadas á la congregacion, las cuales inundaban todos los departamentos. En Ruan se dividian en centurias; en Grenoble en secciones, y cada cual tenia al frente su decano. En esta última ciudad, la asociacion tomada en general tenia dos directores; uno clerigo y el otro seglar; y los afiliados admitidos por escrutinio, despues de cierto noviciado, tenian por deber ponerse en relaciones con los criados de uno y de otro sexo á fin de tener secretos informes por este medio acerca de las costumbres y sentimientos religiosos de los amos. Los misioneros continuaban mostrándose ardientes é incansables propagadores de esta especie de piadosa organizacion, y muy raras veces salian de una ciudad y hasta del mas infimo villorrio, sin dejar tras de sí alguna sociedad, cuyo principal miembro era el que dominaba la poblacion. Sus ejercicios, y en especial el fija cruces, adquirieron insólita solemnidad. En Besanzon se dirigieron invitaciones en forma de órdenes á todas las autoridades civiles y militares, las que se reunieron á esta última ceremonia con los cuerpos judiciales y administrativos: los funcionarios, todos con sus uniformes, dos regimientos de infanteria y uno de caballería, el estado mayor de la plaza y la guardia nacional, tambien de gala. Al salir la procesion, fué saludada por una salva de cien cañonazos, que hizo la ciudadela; y en todo el curso de la misma la acompañaron los sonidos de las cajas y de las trompetas, el estruendo de la artillería y de la fusilería y las voces de los numerosos grupos de hombres y mujeres que cantaban en coro segun el tono de la Marsellesa y del Despertamiento del pueblo, cánticos en que se celebraban las delicias del amor divino, oponiéndolas á los tormentos y penas reservadas á los libertinos y á los impios. El curso fué largo y muy pausado; al revés del de las procesiones hechas en otras ciudades, en las que los portantes de la cruz de la mision se entregaban á una especie de ardor impetuoso, y arreglaban su paso á los redobles de las cajas que les precedian tocando ataque, la ceremonia que se celebró en Besanzon duró ocho horas; y en todo este tiempo permanecieron cerradas las puertas de la plaza, y alzados los puentes levadizos, de modo que nadie pudiese entrar ni salir.

Por un contraste que se reprodujo en varios pueblos, promovíase una lucha entre la iglesia y el teatro del lugar: los piadosos ejercicios se practicaban á la misma hora que las funciones teatrales; el público se repartia entre los misioneros y los actores, y por ambos lados hallaba un espectáculo que no siempre estaba falto de semejanza. Varias veces y en diferentes lugares del departamento de la Meurthe, entre otros, los misioneros anunciaron para el ejercicio de la tarde un sermon sobre el juicio final. Acudieron al templo tres ó cuatro mil oyentes; subió al púlpito un misionista, y estuvo perorando mucho tiempo; enardecióse por grados; y luego, cuando en medio del mas profundo silencio de los asistentes y de la oscuridad que reinaba en el edificio, llegó al punto de pintar la comparecencia de los muertos ante el soberano Juez, empieza á romper en amenazas contra los impíos, y en medio de sus arrebatos, óyense repentinas detonaciones causadas por la esplosion de petardos y tiros de pistola y de fusil disparados en el trascoro; la

(1) Cuando Napoleon se hizo consagrar, el 11 primario, año VIII (2 de diciembre de 1804) en nuestra Señora de Paris, por el papa Pio VII, tomó la corona de manos del pontífice y se la ciñó por sus propias manos. Él mismo fué quien coronó á la emperatriz.

(2) *La Consagracion de Carlos el Simple*, de Béranger

(1) Referian los diarios en muchos seminarios los alumnos llenaban las paredes de inscripciones tales como estas: *La espulsion de los jesuitas, provocada por los infames jansenistas*, fué causa de la revolucion — *¡Mueran los jacobinos! — El papa es rey de reyes; es infalible.*

luz de los disparos ilumina las vidrieras, y la muchedumbre se llena de espanto, vuelca las sillas y los bancos; las mujeres y los niños, queriendo huir, se precipitan al acaso y se derriban chocando unos con otros exhalando agudos gritos. Luego se oye el canto de un coro numeroso é invisible, el cual oculto detrás del altar celebra por el tono de la cancion: ¿Dónde se está mejor que en medio de la familia? «la gloria y la felicidad de los elegidos (1). Por lo regular los habitantes de la ciudad ó aldea en que habia teatro protestaban contra los ejercicios de la mision, oponiendo á sus pláticas la representacion del Tartufo y al mismo tiempo que dentro del edificio religioso la poblacion oficial y devota se edificaba con los sermones de los predicadores, en el edificio profano eran acogidos con entusiastas bravos los versos y las espresiones alusivas, aunque indirectamente, á los falsos devotos y al hipócrita celo. Desde luego quiso el clero oponerse á estas representaciones; pero la administracion debió ceder al obstinado clamor de los ciudadanos que exigian la representacion de la comedia prohibida, y hubiera sido preciso ó cerrar todos los teatros, ó poner cada noche un batallon dentro de su recinto. En Ruan, por ejemplo, se anunció la suspension de dicha comedia; y el público no quiso dejar representar ninguna otra: durante algunas noches ocupó el teatro la gendarmería é hizo salir á los espectadores; pero, haciendo desocupar el teatro, solo habian cumplido los gendarmes con la mitad de su tarea; porque en el esterior y en todas las calles inmediatas, una compacta multitud de doce á quince mil curiosos continuaba protestando con gritos y silbidos: siempre quedaban presos algunos por la tropa: pero al dia siguiente, volvian á parecer los descontentos tan numerosos como antes. Era imposible poner presos á todos los habitantes; así fué que al fin cedió la autoridad, y los de Ruan pudieron ir á aplaudir la representacion del *Tartuffo*. Sus protestas, en verdad, participaban de una fuerza muy particular debida á un mandato que publicó el arzobispo, y del cual citaremos los pasajes siguientes:

«El último concilio de Ruan manda que los curas observen con sumo cuidado si sus feligreses asisten regularmente á los divinos oficios los domingos y dias festivos; que se informen acerca de las causas de su ausencia, y les hagan vigilar por alguno, á fin de que si, despues de haberle dado las reprensiones convenientes, persistiesen en la misma falta de asistencia los denunciasen á su obispo. Por lo mismo, intimamos á todos los párrocos y confesores que observen exactamente esta antigua ley de la Iglesia.

»El obispo debe hacer prohibir la entrada en el templo á todos los que no hayan cumplido el precepto pascual: debe declarar públicamente que se hallan privados de sepultura eclesiástica, y hacer que se pongan escritos sus nombres en las puertas de las iglesias parroquiales y en las de la catedral. Conviene pues que, principalmente en las parroquias grandes, los curas y ecónomos lleven un registro que contenga los nombres de todos aquellos parroquianos que no cumpliesen la Pascua, el cual les facilitará el desempeño de esta rigorosa obligacion que les impone la Iglesia.»

»Los curas repetirán á menudo á sus feligreses que todo matrimonio que sea nulo segun las leyes eclesiásticas, es tambien nulo delante de Dios; que los fieles no pueden contraer enlace válido sino en presencia del señor cura; y que por consiguiente todas las uniones conocidas con el nombre de matrimonios civiles, no tienen ningun valor á los ojos de la Iglesia, y que los que viven juntos limitándose á contraer matrimonio civilmente, deben mirarse como concubinarios.»

Este mandato, á mas exigia que los padrinos y madrinas hubiesen cumplido el precepto pascual para ser admitidos; que los párrocos visitasen ó inspeccionasen con frecuencia las escuelas, y diesen cuenta de su inspeccion; que los obreros que dejasen de comulgar ó no asistiesen regularmente á los divinos oficios fuesen despedidos. Por último, declaraba que se reservaba esclusivamente la absolucion; primeramente del crimen de herejía, en lo que iban comprendidos los herejes, los cismáticos y los que les sostienen en la heregía y el cisma, ó que leen ó conservan en su poder sin permiso libros heréticos; y en segundo lugar el crimen de magia, inclusas las adivinaciones, maleficios, envenenamiento y todas las prácticas del arte mágico.»

(1) Estas escenas de fantasmagoria mística no siempre se representaban en lo interior de las iglesias; varios certificados espedidos por las autoridades municipales y producidos en el tribunal real de Paris en una *causa de tendencia* de que pronto tendremos que hablar, probaron que á veces los ministros predicaban *sobre el juicio final* hasta en los cementerios; y que para dar mayor efecto á sus sermones al aire libre, por la noche y en medio de los sepulcros, ponian encima de las losas calabazas vacías con una vela encendida dentro de ellas con dos agujeros que figuraban los ojos de una calavera.

Los diarios de la oposicion al referir estas estrañas órdenes, las calificaban de «farsa seria,» y se preguntaban cuándo acabaria esa mascarada del siglo XIII paseándose en medio del XIX.» El término se hallaba aun muy lejano; y estas protestas en lugar de hacer mas prudentes á los principales del clero, hacian, al contrario, mas rigurosa la accion de las autoridades de las congregaciones. El año antecedente la policía se contentaba con mandar quitar de los estantes de los libreros los libros que parecian ofrecer algun peligro á la religion; pero ya los agentes penetraban en los gabinetes de lectura y prohibian á sus dueños tener ni proporcionar á los lectores una multitud de obras, entre las que citaremos las novelas de Voltaire y de la condesa de Choisseul, los Cuentos de Bocacio y de Lafontaine, la Nueva Heloisa, la historia filosófica de ambas Indias, del abate Reynal, las obras de d'Alambert, de Diderot, de Frairet, de Lamethrio y de Parny, las Ruinas del conde de Volney, el origen de todos los cultos de Dupuis, la Corona poética de Napoleon, el Manuscrito de Santa Helena, Napoleon en su destierro, por O'Meara, el Diccionario filosófico de Voltaire, el Censor europeo, las cartas normandas, el Hombre gris, la Minerva, el Enano amarillo, etc.

De todos estos actos los que producian mas escándalo era la frecuente denegacion de sepultura eclesiástica que referian los *periódicos*. *El* clero no se limitaba á cerrar las puertas de la iglesia á los *restos mortales* de artistas dramáticos ó de ciudadanos de una humilde medianía, ó marcados por sus opiniones liberales, sino que el ataud de los personajes de mas alta categoría y dignidad, de los realistas mas notorios era igualmente rechazado del templo cuando el difunto no habia cumplido con sus últimos deberes religiosos. Un presidente del tribunal real de Poitiers fué á pasar algunos dias en San Juan de Angely; enfermó y murió sin haber llamado al sacerdote; el clero de la ciudad, resistiéndose á las instancias de todos los miembros del tribunal y del procurador del rey, le negó la sepultura eclesiástica. El mariscal de campo Bouvet de Lozier, uno de los militares comprometidos en la conjuracion de Jorge Cadoudal y de Pichegrú, que mandaba en el departamento de Loiret, creyó que debia vengar una injuria que le hizo un comandante de escuadron hallándose de guarnicion en Fontainebleau; corrió á esta ciudad, se batió con él en el bosque y sucumbió: la Iglesia rechazó los restos del mariscal y el féretro que iba precedido del comisario de policía, y escoltado por soldados encargados de hacerle los honores militares, fué seguido de una numerosa multitud. Así fué llevado directamente al campo del reposo. Estas denegaciones de sepultura no siempre eran absolutas; pues varios párrocos consentian en templar el vigor que les mandaban sus superiores, cuando la familia del difunto podia presentar, en vez de la cédula de comunion, un certificado del médico en que constase que el enfermo murió despues de un continuo delirio; pero si el certificado no estaba en toda regla, no lograba el difunto ninguna oracion ni preces. Si un anciano sacerdote, teniendo en consideracion las virtudes privadas de un difunto, hallaba á veces en su buen corazon y en su tolerancia bastante fuerza para no exigir cédula de confesion ni certificado de delirio, intervenian los clérigos jóvenes de la parroquia, como se vió en Laval (Mayenne), y obligaban al párroco á observar todo el rigor de las leyes de la Iglesia.

Era tanto en algunos párrocos el temor de que pareciese que desobedecian estas órdenes, que habiendo los periódicos de Paris anunciado la muerte de una célebre bailarina de la época, llamada Fanny Bias, enterrada, segun decian, despues de haberse celebrado sus exequias en la iglesia de San Roque; el párroco de esta iglesia, Mr. Marduel, se creyó obligado á publicar al dia siguiente una carta, en que declaraba que las puertas de San Roque solo se habian abierto á la difunta por haber cumplido con todos sus deberes religiosos. Estos actos de intolerancia comunmente daban ocasion á ciertas demostraciones que producian un efecto diametralmente opuesto á lo que se habian imaginado los obispos; pues no solamente disminuian la consideracion del clero, sino la desacreditaban, é irritaban á los ciudadanos mas indiferentes; pero en ello hallaba la irritacion pública un medio de dar á ciertos funerales una solemnidad que de otro modo tal vez no hubieran tenido. Murió en Romans el baron Gaillard, coronel retirado, y anuncióse que el cuerpo del difunto no seria admitido en la iglesia; en consecuencia fueron mas de diez mil personas de los alrededores al dia siguiente para formar el acompañamiento detrás del féretro, el cual iba precedido de cuatrocientos jóvenes en traje de luto; y fué conducido al cementerio, llevado por ocho caballeros de la Legion de Honor, y rodeado de todos los generales y jefes superiores retirados que se hallaron en toda la comarca.

«Nuestros nietos con mucha dificultad podrán esplicarse la época actual,» decia uno de los diarios de la oposicion liberal, con motivo de las discusiones teológicas que promovió la ley sobre las comunidades

religiosas, las relativas al crímen de sacrilegio, los edictos de los prelados, las ceremonias y oraciones de la consagracion del monarca, y los actos de intolerancia cuyo cuadro acabamos de bosquejar, aunque de una manera rápida é incompleta. «No se trata ya de otra cosa que de obispos, curas, vicarios, frailes, jesuitas, conventos y seminarios. No se oyen ya mas que las palabras de bulas, edictos, confesion, comunion, indulgencias y escomuniones. Las controversias religiosas se hallan à la órden del dia; la lucha entre la iglesia ultramontana y la iglesia galicana es muy viva; y en todas las ciudades y aldeas el párroco se queja de sus parroquianos, y estos se lamentan de él. Hasta entre los mismos ministros se ha introducido la discordia: los que son algo tolerantes se ven molestados por las intrigas de los mas esclusivos; los curas ancianos dominados por sus vicarios jóvenes. Los diamantes y piedras preciosas, las blondas que adornan los trajes de los príncipes de la Iglesia ofrecen, à los pueblos, admirados un espectáculo que estrañan sobremanera en los sucesores de los pobres apóstoles; y en los ecónomos de las parroquias de aldea, que forman el vulgo eclesiástico, causa un desaliento sensible, ó una emulacion de peores consecuencias. Esta es la Francia cristiana tal como la han hecho en 1825 la Santa Alianza, los devotos de oficina y los santos de la policía.»

Tales censuras, y mas todavía la publicidad dada à los actos del clero, irritaban profundamente á la congregacion, y le hacian odiosa é insufrible la libertad de la imprenta. Restablecer la censura no era muy fácil, pues hacia muy poco tiempo que se habia suprimido. En consecuencia, se determinó acudir á los tribunales y establecer contra el «Constitucional y el Correo Francés» que eran los dos principales órganos de la oposicion liberal, una doble causa de tendencias. El Correo habia sido ciertamente absuelto el año antecedente; pero debió este beneficio à la circunstancia de no haberse puesto acordes los votos de los jueces, y no á una positiva sentencia de absolucion. Por otra parte, entonces el procedimiento se apoyaba en hechos y discursos puramente políticos, al paso que ahora debia versar la acusacion hecha á los dos diarios sobre falta de respeto á la religion, cuya clase de delitos en concepto de los directores de las congregaciones debian hallar mas rígidos á los magistrados. La causa inventada contra el Constitucional fué llevada al tribunal real de Paris el dia 19 de noviembre: el procurador general Mr. Belart estendió la requisitoria; y Mr. de Broe, abogado general, y miembro de la congregacion de la calle de Bac, recibió el encargo de sostener la acusacion. Constituian la materia de los cargos treinta y cuatro artículos publicados en el espacio de mes y medio (desde el 2 de mayo al 25 de julio). Mr. de Broe los fué pasando sucesivamente en revista; y trató de demostrar que en todos ellos dominaba un espíritu denigrativo y de mala fé. «La discusion es lícita, decia, pero nó el ultraje; y trastrocar los actos mas indiferentes, publicar con estrépito toda indiscrecion, toda falta de tino, todo esceso de zelo, comunicando con afan al público los actos de cualquiera que haya envilecido el sagrado carácter de que se halla revestido, poner todo esfuerzo en llamar el menosprecio sobre el sacerdocio, haciendo recaer en él una indigna solidaridad; mantener así el clero en un estado de acusacion permanente ante la Francia; todo esto no es defender una tesis teológica, sino faltar á la ley.» Mr. de Broe terminó en estos términos: «Pero no es á hombres como los que me oyen, á quienes puede alucinarse con palabras, ni hacerles aceptar esas preocupaciones que confunden los tiempos y las circunstancias. Llamados por la ley á juzgar sobre esos conatos que tienden á estraviar la opinion pública, conocereis su objeto y su peligro. Vosotros defendereis la religion del estado, y rechazareis vanos pretestos, dando así una prueba evidente de que la magistratura francesa no renuncia al venerable legado de sus predecesores.»

El defensor del Constitucional hizo tambien un llamamiento hácia las tradiciones de la antigua magistratura; pero con distinto fin. Lisonjeando el defensor la secreta vanidad de muchos consejeros, que miraban con complacencia el tribunal de que eran miembros, como representante del antiguo parlamento de Paris, no olvidó ninguno de los artificios del lenguaje que tendiesen à identificar los dos cuerpos; dotados, decia, como se hallaban de igual ilustracion y de las mismas luces, debian tener tambien iguales doctrinas: así es que el antiguo parlamento se declaró por la supresion de la Compañía de Jesus, y pues los jesuitas, despreciando esta sentencia, se atrevian á parecer de nuevo, dominaban al estado, y ellos, y no el clero, eran los que habian entablado el proceso de que se trataba; ¿acaso los sucesores de los antiguos parlamentarios tendrian menos firmeza que sus predecesores con respecto á una sociedad cuya maléfica influencia se manifestaba en cada uno de los actos de intolerancia anunciados en el diario encausado, y de los cuales por otra parte producia el defensor las pruebas mas auténticas, añadiéndoles aun nuevas circunstancias? El defensor llamó en ausilio de su causa hasta al espíritu jansenista, que conservaban todavía algunos antiguos consejeros. «Magistrados! esclamó al concluir su discurso; esta causa es esencialmente galicana, aunque llama la atencion de la Europa, ó mejor, del mundo entero: un mundo nuevo tiene la vista fija en nosotros, dispuesto á formar concepto de nosotros por los hechos, deseoso de saber si la tolerancia podrá arraigarse en este suelo, ó si va à empezar de nuevo el reinado de la persecucion. En vuestras manos está, ó magistrados, el poder de disipar estos recelos, asegurar la paz en el estado y hacer á la religion un gran servicio, librándola de los resultados de una ambicion que la misma reprueba. En una obra reciente á la que por su carácter oficial se ha dado el nombre de manifiesto, se os acusa de insuficiencia, se os insulta, se os niega en favor de otros el noble poder que ejerceis; pero no hay que temer estas amenazas: el poder solo se pierde cuando de él se abusa, y cuando hayais protegido las públicas libertades por medio de una eleccion que la historia unirá á la de vuestros predecesores, os defenderá tambien la opinion pública agradecida, y sereis inespugnables. Juzgad, pues, segun vuestra conciencia os dicte, sin tomar consejo mas que de vuestro saber, de vuestros recuerdos históricos, de vuestras ideas acerca del porvenir de la Francia, de vuestro amor al rey y à la patria, y por último, del sentimiento de vuestra gloria y de vuestra dignidad.

»Entonces podreis decir, ó por lo menos diremos de vosotros: Si las libertades públicas no han muerto en Francia; si la libertad de la prensa ha sido protegida en cuanto á las compras clandestinas y á los procesos de tendencia; si se ha visto reprimido el ultramontanismo; si ha sido posible continuar oponiendo á sus empresas la antigua barrera de las libertades de la iglesia galicana; si en adelante se halla preservado el poder real de los ataques y usurpaciones que en otro tiempo le pusieron en peligro, y por fin, si se ha sostenido el órden público y calmado la opinion general; todo esto se debe al tribunal real de Paris.»

Tales invocaciones de los antiguos recuerdos que formaban el orgullo de los jueces á quienes se dirigian; la solidaridad que establecian entre estos y sus antecesores; esas imágenes de la Francia y de la Europa, atentas á la revolucion que iban á tomar; ese papel de árbitros de la libertad y de los derechos del mundo moderno que se les atribuia, todos estos halagos y lisonjas, hallaron tanto mas fácil acceso en el ánimo de los jueces, en cuanto la situacion en que colocó al tribunal real de Paris el proceso de tendencia, ponia efectivamente en sus manos la suerte de la libertad de la prensa y de los derechos asegurados por la constitucion. Por otra parte los jueces eran asediados, y arrastrados por la fuerza de la opinion pública, así en lo íntimo del hogar doméstico, como fuera de él; en todas partes no oian mas que quejas y protestas sobre la reaparicion de los jesuitas y su lamentable y funesto influjo. Ya se olvidaban las cuestiones políticas, pues la preocupacion dominante era el asunto religioso; y la prepotencia del clero exaltaba todos los ánimos. En consecuencia, una multitud ardiente y compacta asistia en cada audiencia á la sala del tribunal, y esta multitud el dia 3 de diciembre fué tan numerosa, que llenaba hasta las escaleras y las galerías inmediatas: el recinto del tribunal estaba enteramente lleno; y se vió sentados, el uno al lado del otro en los asientos reservados, á Mr. Mateo de Montmorency, uno de los directores seglares de la congregacion, y á lord Holland, jefe del partido liberal en la cámara alta del parlamento británico. El tribunal aquel dia abrió la sesion á las doce, y á las dos y media despues de una doble réplica de Mr. Broe y del defensor del Constitucional, declaró el presidente que el tribunal iba á retirarse para deliberar. A las tres entraron de nuevo sus miembros, y despues que tomaron sus asientos, el primer presidente Mr. Seguier pronunció con voz firme y clara, en medio del mas profundo silencio, la sentencia concebida en estos términos:

«El tribunal, vista la requisitoria del procurador general del rey con fecha 30 de julio último;

»Vistos los treinta y cuatro artículos de que se acusa al periódico el Constitucional;

»Considerando que si varios de estos artículos contienen espresiones y aun frases indecorosas y reprensibles en materias tan graves; no obstante, en su totalidad dichos artículos no faltan al respeto debido á la religion del estado;

»Considerando que no es faltar á este respeto ni abusar de la libertad de imprenta, discutir y combatir la introduccion y establecimiento en el reino de toda asociacion no autorizada por las leyes (1);

»Ni el señalar ya actos notorios y constantes que ofenden á la religion misma ó á las costumbres; ó los peligros y los escesos no menos ciertos de una doctrina que simultáneamente amenaza á la independen-

(1) Alusion al restablecimiento de los jesuitas.

cia de la monarquía, á la soberanía del rey y á las públicas libertades, asegnradas por la carta constitucional y por la declaracion del clero de Francia en 1682, declaracion que se halla aun reconocida como ley de estado (1):

»Declara: no haber lugar á pronunciar la sentencia de suspension que se pide; no obstante que se manda á los editores y redactores del Constitucional que en adelante sean mas circunspectos. Sin costas.»

Apenas el presidente concluyó la lectura de la sentencia del tribunal, se apodera del auditorio un súbito movimiento de entusiasmo: resuenan en la sala los gritos de «Bravo! viva el rey! viva la magistratura! honor al tribunal real de Paris!» Estos gritos propagándose de unos á otros hasta las escaleras y las galerías difunden luego entre el pueblo la noticia de la absolucion del Constitucional. Las aclamaciones duraban todavía mucho tiempo despues de haberse retirado el último miembro del tribunal. Al otro dia, 5, quedó absuelto el Correo Francés por una sentencia concebida casi en los mismos términos que la anterior.

Hasta entonces el partido clerical habia hallado su mas firme apoyo en la magistratura; y la proteccion que desde 1815 daba en los tribunales á las usurpaciones y violencias de dicho partido y á su rigor contra sus contrarios habia constituido la principal fuerza y dado osadía á la congregacion. Pero la situacion acababa de esperimentar un cambio notable, que tomaba principio hasta en el mismo partido realista, en las dos discusiones del tribunal real de Paris, y consistia en una reaccion que debia volver contra el poder clerical todas las fuerzas activas é inteligentes de la nacion. Pero al mismo tiempo que los diarios liberales tomaban acta en este triunfo, anunciaban que la opinion de que eran órganos acababa de esperimentar una pérdida irreparable; y uno de ellos empezaba su número del 29 de noviembre con las palabras siguientes:

«La Francia ha perdido hoy uno de los mas dignos ciudadanos: ¡El general Foy ha muerto!»

La vida política consume á los hombres de corazon con la misma rapidez que la de los campos de batalla: sus luchas y sus emociones, los esfuerzos de la tribuna, las vigilias y la accion continua quebrantan muy pronto las organizaciones nobles. El conde de Foy, despues de haber sido teniente de artillería á los diez y seis años; oficial superior á veinte; y á los treinta general, sucumbió á los cincuenta, habiendo seguido una carrera militar que empezó en Jemmapes y concluyó en Waterloo, donde tenia el mando de una division y recibió la quinta herida. Dotado de una fuerte organizacion y de bella figura, entró en la cámara cuando las fatigas y privaciones que habia esperimentado en los climas mas opuestos por espacio de veinte y cinco años de una guerra sin tregua ni descanso habian ya alterado profundamente su constitucion. Desde el año 1817 sufria fuertes palpitaciones de corazon y frecuentes anuncios de una congestion cerebral, lo que causaba grande inquietud á sus amigos. Unicamente con un cuidado incesante, un régimen severo, el reposo del cuerpo y del ánimo, y una vida tranquila y libre de cuidados, podian detener los progresos de dichos desarreglos orgánicos; pero concentrado en el desempeño de sus funciones, llevado de su aficion al trabajo y al estudio, suplia con las horas de la noche las que de dia le robaba el público; mientras que el mal que le consumia sobre escitado por las continuas fatigas de la cámara y de la tribuna, llegó muy pronto al último período. Varias veces pudo observarse su ausencia de la cámara durante las últimas sesiones. Los médicos le aconsejaron un viaje á las aguas de los Pirineos; pero no esperimentó ninguna mejora. A su vuelta los facultativos declararon su absoluta insuficiencia, y despues de treinta dias pasado entre horrorosos padecimientos, sufridos con una serenidad que ni un solo instante se desmintió, el ilustre enfermo espiró (2).

En uno de los anteriores capítulos hemos caractizado el talento oratorio del general Foy, comparándolo al de Benjamin Constant y de Manuel; así nos limitaremos á recordar que la elocuencia del primero de estos oradores era acaso la mas apropiada á los sentimientos generosos de esta época. Colocada aun la Francia bajo el golpe de su derrota, luchaba al mismo tiempo con los que despreciaban su gloria y con los contrarios de la libertad: como soldado, el general Foy, evocando sin cesar desde lo alto de la tribuna nacional los recuerdos del heroismo republicano y de las victorias del imperio, infundia nueva confianza y orgullo á esos antiguos soldados, humillados y vencidos, que entonces poblaban las ciudades y los campos; y como hijo de la revolucion, defendia su principio y glorificaba sus resultados con un lenguaje vigoroso y brillante, el cual escitaba y sostenia la energía de las nuevas generaciones en su lucha contra los partidarios del antiguo órden político. No era ni la libertad y sutileza del sofista, ni el artificio rotórico, lo que comunicaba á sus palabras el poder que ejercian en el pais; sino que siempre una idea elevada y patriótica, una conviccion sincera, una argumentacion firme, exacta y llena de hechos y de comparaciones; un corazon ardiente, cuyos impulsos ponian en sus labios aquellas palabras inspiradas que conmueven á un pueblo entero y se graban en la memoria de todos: hé ahí las cualidades que constituian su talento. Pero poseia algo mejor que el saber y que la elocuencia, pues tenia el respeto de sí mismo; la unidad y de la pureza de la vida; en una palabra, la virtud mas cara en los hombres públicos, esto es, carácter (1). El general Foy pertenecia al corto número de ilustraciones militares del imperio que, fieles á su origen y á su pasado político, conservaron, en medio del naufragio de tantos nombres, el desinterés y *la dignidad*. Honrado y aplaudido así por los amantes de la libertad, como por los admiradores de nuestras glorias, su nombre gozaba en todas las clases de una popularidad sin igual. Por lo mismo la noticia de su muerte cuando menos se esperaba, pues los diarios habian guardado silencio acerca de su enfermedad, causó en general la mas profunda impresion. Paris y la Francia se comunicaron; en términos que acudieron á los funerales del general cien mil ciudadanos. Vivia en la calle de la Chaussée d'Antin, en la esquina de la calle de la Victoria. El 30 de noviembre á las diez de la mañana se estrechaba un gentío innumerable al rededor de la casa del difunto, de modo que quedó del todo obstruido el tránsito por aquel barrio. Al medio dia fué llevado el cuerpo por la calle de San Lázaro á la pequeña iglesia de San Juan, que era la parroquia del difunto, mas situada arriba de la calle del arrabal Montmartre. Terminado el oficio de difuntos, unos jóvenes se apoderaron del féretro, y lo llevaron en hombros, bajando por el arrabal y dirigiéndose por la línea de los baluartes, llegaron al cementerio del Padre Lachaise. Aunque estaba lloviendo, no fué bastante esta circunstancia para entibiar el piadoso zelo de la multitud de hombres de todas edades y de mujeres que acompañaron los mortales despojos del diputado, cuya voz habia sido por tanto tiempo el intérprete de sus quejas y de su indignacion. La vista de aquella inmemorable comitiva cruzando lenta y silenciosa la capital de Francia, ofrecia cierto carácter de grandeza muy particular. Aum entaba todavía la emocion el ver por encima de aquel mar de cabezas cuya estension no podia abarcar la vista, un objeto que sobresalia, y ante el cual los curiosos que ocupaban ambos lados de la carrera se descubrian sucesivamente: este objeto pues hácia el cual se dirigian todas las miradas y que subia ó bajaba siguiendo las desigualdades del terreno, era el féretro del general, que sus voluntarios portantes, los cuales se revebaban á menudo, lo llevaron hasta las puertas del cementerio. Cuando entró en él el difunto sobrevino la noche, y á la luz de varias hachas, despues de haberse pronunciado tres discursos por Mr. Casimiro Perier, en nombre de la oposicion liberal; otro por el general Miollis, en nombre del ejército, y el último por Mr. Ternaux en nombre del comercio, bajaron el cadáver en la huesa. La afluencia de gentes fué tal, que hasta en aquella hora de la noche, despues que la mital del cortejo invadió el cementerio, tuvieron que cerrar las puertas porque no cabian mas y dejaron fuera mas de quince mil personas.

La pompa de los funerales de Luis XVIII, que tuvieron lugar el año antecedente, se costeó por el estado; pero la solemnidad de las exequias del general Foy debióse tan solo á la espontánea demostracion de los sentimientos públicos. Los almacenes y tiendas situados en las calles por donde debia pasar la comitiva estaban tendidos de negro y de blanco, y las tiendas del cuarto distrito, que le nombró diputado en las últimas elecciones permanecieron cerradas. Otro hecho mas significativo vino á demostrar la fuerza que habia adquirido en Paris la opinion pública, de la que el general era uno de los representantes. Como anuncióse Mr. Casimiro Perier en su discurso que el general dejaba á su viuda

(1) Alusion á las doctrinas ultramontanas emitidas y defendidas por los diarios ministeriales y por todos los escritores congregacionistas.

(2) Segun un informe publicado por el Dr. Broussais la enfermedad á la que acababa de sucumbir el general Foy, era una hipertrofia del corazon convertida en aneurisma con inflamacion crónica de la aorta. Al hacer la autopsia del cadáver hallóse que el corazon presentaba un volúmen doble del que tiene en estado normal; se hallaba reblandecido y engurgitado de sangre coagulada, la que no pudo hacer circular por falta de fuerzas. La arteria aorta se hallaba en estremo dilatada y llena de numerosas úlceras.

Segun un informe de Cabanis, amigo y médico de Mirabeau, este orador murió igualmente víctima de una enfermedad del corazon agravada por las fatigas de la tribuna y el afan de los negocios.

(1) En uno de los discursos que pronunció el general (legislatura de 1821), vióse que arrancado de los puestos avanzados del ejército del Norte, y trasladado á las cárceles de José Lebon por haber censurado las violencias de aquella época, debió la vida á la jornada del 9 termidor.» A la sazon tenia 20 años. Uno de sus compañeros de cárcel, dijo que pasaba los dias leyendo y comentando el *Contrato social* y el *Espíritu de las leyes*, y que á los que se le manifestaban indignados por su encierro y por el riesgo en que hallaba su vida, contestaba: «Mis enemigos podrán hacer cuanto quieran, pero no conseguirán hacerme aborrecer la revolucion ni la libertad.»

y cinco hijos sin fortuna, oyóse una voz que esclamó: «¡La Francia los adoptará!» Estas palabras fueron recibidas con grandes aplausos, y el dia siguiente abriéronse suscriciones en París y en los departamentos. Pares, diputados, banqueros, realistas, comerciantes, hacendados, labradores, operarios industriales; los jefes como los simples soldados retirados, cada cual llevó su ofrenda, estos entregando cincuenta céntimos aquellos diez mil francos. Dentro de pocas semanas la familia del general se hallaba dotada de un millon (1). Este acto de munificencia nacional, cumplido sin que ninguna parte tuviese el gobierno, y hasta á pesar suyo; solo por una simple escitacion de los diarios de la oposicion, señaló el despertamiento del espíritu público, el cual, momentáneamente abatido, se reanimó, y vióse otra vez el movimiento de la opinion que se habia manifestado en el año 1818. Al desaliento sucedió la confianza en toda la clase media; y por segunda vez desde 1815 esta clase se preparó á luchar con firmeza contra las doctrinas y los hombres que se oponian al desenvolvimiento de sus derechos y de sus intereses políticos.

Al mismo tiempo que la poblacion de París acompañaba á la última morada los restos de un simple ciudadano, á quien reconocida, tributaba honores raras veces concedidos á los soberanos mas poderosos; otro ataud atravesaba en medio del silencio y de la soledad las vastas y tristes selvas que se estienden desde el mar de Azoff al golfo de Finlandia, y trasladaba á lo último de este golfo los despojos mortales de un príncipe, cuyo nombre llenó por mucho tiempo la Europa á cuya voz obedecian sesenta millones de vasallos, cuya mano mandaba á ochocientos mil soldados, y que dió el golpe decisivo á la caida del imperio y al restablecimiento de los Borbones en Francia. Este ataud era el del emperador Alejandro.

Alejandro tenia solo cuarenta y ocho años: la nueva de su muerte llegó de repente á todas las cortes; pero sin pormenores precisos: solo habia un hecho seguro, á saber, que el czar habia muerto el dia 1.° de diciembre á cuatrocientas leguas de su capital y en un punto casi ignorado de las fronteras meridionales de los estados rusos. La historia de su familia es fecunda en catástrofes; pues su padre y su abuelo murieron asesinados. Estos recuerdos de asesinato, esa muerte inesperada en los confines asiáticos de su imperio, lejos de la corte y de la mayor parte de los suyos, fuera de la vista de los numerosos asistentes nacionales y estranjeros que regularmente rodean el lecho mortuorio de los reyes; la natural propension del espíritu humano á acoger lo desconocido y misterioso, y su persistencia en poner á los que gobiernan las naciones fuera de las leyes comunes de la destruccion, queriendo que se hallen libres de los numerosos y varios accidentes que, sin sorprendernos, destruyen diariamente, á nuestro alrededor, á los hombres que parecen mas robustos y bien complexionados; todas estas causas contribuyeron en los primeros instantes á propalar por todo el occidente de Europa los rumores de una muerte violenta (2). Esta muerte, sin embargo, fué natural y sucedió despues de quince dias de una enfermedad cuyos accidentes y progresos, seguidos con cuidado por varios médicos, y comunicados diariamente por el correo á la madre y hermanos del emperador, en San Petersburgo, tenian sobre todo un testigo el mas asiduo en la misma esposa del czar, mujer bondadosa, tímida é idólatra de su esposo, cuya pérdida la afligió en términos que el dolor la condujo tambien al sepulcro al cabo de poco mas de un mes del fallecimiento de Alejandro.

Hacia mucho tiempo que la constitucion de Alejandro, debilitada por los abusos de su juventud, era muy flaca, y su robustez física era mas bien aparente que real. La disposicion al misticismo, que se notó en él la segunda vez que estuvo en Francia, fué el primer síntoma de dicha alteracion; esta señal de un entendimiento que se debilita, fué aumentando por grados; á la exaltacion de sus meditaciones religiosas (3) sucedieron largos escesos de melancolía que se atribuian á penas particulas y á afecciones burladas (1), y que tenian probablemente por causa una alteracion enteramente física del cerebro. Pronto se le vió buscar la soledad, y volverse taciturno, caprichoso, antojadizo y fantástico; pasar de repente de un sistema político y de una opinion á otra opinion y á diverso sistema; padecer tales distracciones, que muchas veces se paraba de improviso en medio de una frase, permanecia en silencio, y luego mudaba el objeto de la conversacion. Su estado tenia aquel carácter de tristeza que se observa en las personas cuyos dias están contados. Lo que en estos casos se llaman presentimientos es en efecto la íntima percepcion de un mal interior que nace y se desarrolla y el aviso de una organizacion que se destruye. Estos presentimientos en Alejandro fueron muy marcados. Escribiendo la víspera de su partida á la emperatriz su madre, de pronto una densa nube oscureció el horizonte; por lo que se hizo traer luz. Luego se disipó la nube y volvió á salir el sol: por lo que el criado volvió á presentarse dispuesto á llevarse las bujias. «¿Por qué quieres llevártelas? preguntó el emperador. El criado tartamudea; pero al fin suelta las palabras de que el no quitarlas era «mal agüero.» ¿Qué quieres decir? replicó el emperador: vamos, esplícate: ¿acaso supones que viendo luz cuando aun es de dia, creerán los que pasen que hay aquí un difunto?—En efecto, señor.—¡Pues bien, llévate las luces! «Este incidente hirió vivamente la imaginacion del soberano; quien pasó gran parte de la noche arrodillado y orando, primero en la iglesia catedral de la Vírgen de Rasau, y despues en el convento de San Alejandro Newski, donde conversó largo espacio con los monjes y con el metropolitano Seraphim. Habiendo sabido por este último que uno de los religiosos, deseoso de una austeridad mas rigurosa, acababa de encerrarse para toda su vida en una cueva, hecha al intento en el espesor de los muros del monasterio, se hizo acompañar á la celda de dicho monge y permaneció con él algun tiempo. La calesa á la que subió, pasó las puertas de la ciudad al salir el sol: entonces mandó que se detuviese, y puesto de pié por mas de un cuarto de hora estuvo contemplando los edificios y palacios de la ciudad donde nació. Llevado en seguida á Czavskoë-Selo, su mansion favorita, y en cuyo embellecimiento se habia esmerado, siendo el punto en que mas habitó, recorrió á caballo todos sus alrededores, se detuvo en aquellos sitios que le representaban agradables recuerdos, y finalmente volvió á donde se hallaba el coche, que hacia algunas horas le estaba aguardando. En el instante en que tomó asiento un oficial le preguntó cuándo volveria: Alejandro fijó en él los ojos; luego despues de una larga pausa, enseñándole un crucifijo, respondió: «Solo este lo sabe.»

Iba Alejandro á Tayanvog, antiguo fuerte situado junto al mar de Azoff, destinado antiguamente á la defensa de las provincias meridionales en los casos de invasion de parte de los turcos y de los tártaros; pero cuya importancia militar habia disminuido mucho desde la conquista de la Crimea; pero su situacion junto á la desembocadura del Don y de la corriente del Volga la destinaba á un brillante porvenir comercial. Allí llegó el czar á últimos de setiembre acompañado de su esposa la emperatriz: la suavidad del clima, muy conveniente por el débil estado de salud de la emperatriz, obligó á su esposo á prolongar su permanencia en aquel remoto sitio, aprovechando la ocasion para averiguar por sí mismo sus recursos y sus necesidades. Examinó sucesivamente las riberas del mar de Azoff (2); los establecimientos de los cosacos del Don; la Crimea, esa famosa Tauride, que Catalina II consideraba como una estacion en el camino de Constantinopla, y el puerto de guerra de Sebastopol, donde le esperaba el almirante Greigg comandante de la flota del mar Negro. A mediados de noviembre bajó la temperatura. Despreciando los primeros fríos, Alejandro se empeñó en el proyecto de recorrer las orillas del mar pútrido. De vuelta de una larga escursion á caballo por aquella vasta estension de fango líquido y casi pestífero, cogióle un resfriado, y el 18 volvió á Taugaurod con un acceso de calentura. Durante muchos dias rehusó todos los remedios que le prescribió su médico el doctor inglés Wylie; pues segun decia,

(1) La inscripcion mas cuantiosa fué de Mr. Laffitte, que se suscribió por 50 000 fr. El duque de Orleans y Casimiro Perier se suscribieron cada cual por 10.000 fr.

(2) Hablóse desde luego de envenenamiento. Los periódicos ingleses anunciaron que el emperador habia muerto estrangulado en un paseo por el mar de Azoff.

(3) Léese en Chateaubriand: «Alejandro tuvo debilidades, de las cuales nació una pasion que duró por espacio de once años. Un edecan del emperador pasó de íntimo confidente á rival preferido. Estas miserias que son tan frecuentes en las vidas oscuras como en las mas gloriosas, hicieron de este rival un colega de nuestra embajada en Roma, y de la voluble princesa una ermitaña en nuestro valle de los Lobos. La princesa que aun se conservaba hermosa, paseó el luto de Alejandro por debajo de unos árboles que ya no nos pertenecian, aunque fueron plantados por nosotros. Una niña era el fruto de unas relaciones mantenidas secretas por mucho tiempo; y Alejandro amaba tanto mas á esta hija natural, en cuanto no tenia hijos legítimos. Educada en París y vuelta á San-Petersburgo, llegaba a sus diez y seis años. Dispuesto ya lo necesario para su matrimonio, faltó de repente del altar, y cuando los trajes de boda mandados hacer en Francia llegaron, ya no existia. Recibió Alejandro la noticia de esta muerte estando en una parada; se puso pálido y esclamó «Recibo mi castigo» (*Congreso de Verona, tomo 1.° cap. XXXI.*) La princesa de quien habla Mr. de Chateaubriand fué la princesa Narischkin el valle de los Lobos es un vallecito de la comuna de Aulnay, poco distante de Sceaux y de Fontenay-aux-Roses, donde Mr. de Chateaubriand poseia una casa de campo.

(1) Cuando se abrió el cuerpo de Alejandro para embalsamarlo, hallóse en el celebro una cantidad de líquido como de medio vaso de agua

(2) El mar de Azoff es el golfo ó mejor el vasto pantano conocido de la antigüedad con el nombre de *Palus meótides*.

con el reposo y los buenos cuidados bastaria para restablecer su salud. Pero el dia 24, la fiebre que hasta entonces solo habia presentado un carácter intermitente, degeneró en fiebre biliosa é inflamatoria; y esperimentó la retropulsion de una erisipela que tenia en una pierna. Este síntoma le alarmó. Viendo el enfermo al ayuda de cámara que el dia antes de su partida le habia hablado en su gabinete, le dijo: «Fedor, no puedo quitarme de la memoria las luces que te mandé llevarte de mi bufete; realmente anunciaban mi muerte y arderán para mí.» Al cabo de nueve dias consintió por fin en seguir las disposiciones del médico. Pero era ya tarde: la calentura degeneró en tífus acompañado de delirio; el 30 perdióse toda esperanza, y el 1.° de diciembre murió Alejandro en brazos de la emperatriz, que ni un solo instante se separó del lecho de su esposo.

Hemos dicho ya el papel predominante que representó Alejandro en las dos invasiones de los aliados; su nombre es inseparable de nuestros desastres: sin embargo, una vez decidida la victoria, es sabido que este soberano mostró no con los Borbones, á quienes de ningun modo profesaba afecto, sino con la Francia, tales consideraciones y simpatías, que formaban tambien el sentimiento general de su nacion. En muchos casos su intervencion detuvo las violencias proyectadas contra nosotros por los aliados. A él debió Paris en 1815 la conservacion de sus principales monumentos, amenazados por el ciego furor de los prusianos. Las condiciones del funesto tratado de 24 de noviembre hubieran resultado mucho mas pesadas á no ser el apoyo que prestó a Mr. de Richelieu, y este mismo apoyo, despues de haber allanado el difícil arreglo de nuestro rescate en 1818, hizo que quedase decidido en Aquisgran, dos años antes del término señalado, la definitiva evacuacion de nuestro territorio. En todo, hasta en ciertos actos de nuestra política interior, se dió á conocer de un modo favorable su influencia; y si en los últimos años de su vida fué tan contrario de las ideas liberales, como partidario sincero de las mismas se habia manifestado en 1814 y en los años siguientes, no puede olvidarse que fué una carta escrita de su propio puño la que desvaneció los últimos escrúpulos que oponia Luis XVIII al acto memorable del 5 de setiembre. Finalmente creemos inútil recordar la accion decisiva de Alejandro en la publicacion de la declaracion de Saint-Ouen y de la carta, de esta doble consagracion de las conquistas morales y políticas hechas por la revolucion, pero debe observarse que por un estraño encadenamiento de los hechos, sus restos mortales al llegar a San Petersburgo se encontraron con una tentativa revolucionaria, que tenia su orígen en la misma permanencia del ejército ruso en los estados del rey á quien el czar impuso la concesion de una constitucion.

El espectáculo de nuestra civilizacion, los beneficios de nuestra igualdad civil, el órden y la regularidad de nuestra organizacion administrativa, hicieron mucha impresion en el ánimo de un gran número de oficiales rusos. Vueltos á su patria, y comparando las leyes y las costumbres de ambos pueblos, no faltaron algunos que, despues de varias conversaciones, convinieron en mancomunar sus esfuerzos para obrar en las leyes y en el gobierno de su imperio ciertas mudanzas, cuya forma y objeto aun se les presentaban de una manera confusa. Solamente en febrero de 1817 formóse una sociedad, ó por mejor decir, un ensayo de sociedad secreta, bajo el nombre de «Union de la salud, ó de los verdaderos y fieles hijos de la patria.» Sus fundadores eran en número de once; á saber: los coroneles Alejandro y Mateo Mourawieff-Apóstol; sus hermanos Nikita y Sergio Mourawieff; el coronel príncipe Sergio Troubetskoi, el director de la cancillería Nowikoff; el coronel Pestel; Miguel Lounine, y otros tres miembros que casi inmediatamente se separaron de la sociedad. Los estatutos, redactados por el coronel Pestel, establecian tres clases de afiliados: los boyardos, los hombres y los hermanos. Los primeros formaban el consejo superior de la sociedad, cuyo objeto en esta primera fase de organizacion se hallaba así definido: concurrir al cumplimiento de cualquier proyecto útil al bien de la patria, contribuir á la represion de las concusiones y otros abusos por medio de la publicacion de los actos punibles; aumentar las fuerzas de la sociedad con la admision de nuevos miembros, cuyos talentos y cualidades morales se averiguarian antes de su admision. La Union de la salud hizo al principio pocos adeptos; en sus reuniones se gastaba el tiempo en debates que mostraban la divergencia de tendencias y de caractéres. Unos insistian en que la sociedad se limitase á obrar progresivamente en los ánimos; otros escitados con la lectura de los estatutos del *Tugend-bund* (alianza de la virtud), que acababa de publicar un periódico aleman, querian que en vez de preparar y pedir convicciones, se emplease la fuerza para imponerlos. Mas tarde dicha sociedad tomó mayor estension aunque lentamente, y por medio de accesiones individuales, que aumentando el número de los afiliados multiplicaban las disidencias. Era una aglomeracion incoherente de espíritus pensadores ó activos, de genios indolentes ó inquietos y de descontentos, que los unos deseaban sinceramente mejorar el estado social del pais, otros reformas en la organizacion del gobierno, y otros un cambio de posicion ó de fortuna; de modo que no unia á los miembros de esta sociedad una doctrina política comun; y propiamente hablando, no representaban ni una opinion, ni siquiera un partido. Su diseminacion por reducidos grupos en un territorio inmenso, y la dificultad de las comunicaciones impedian por otra parte toda inteligencia, y daban márgen á que en cada reunion parcial se formase una multitud de proyectos vagos, contradictorios, y muchas veces tan pronto concebidos como abandonados, que solo presentaban una estraña mezcolanza de ideas sacadas de los actos de nuestra revolucion, y del estado político particular de la Rusia. En unos las reformas proyectadas iban á parar al establecimiento de una monarquía representativa; en otros á la institucion de una república gobernada por un presidente. El desaliento se hacia lugar entre ellos muy á menudo, y no pocas veces la sociedad estuvo á punto de disolverse (1). No trataremos de seguirla en las numerosas modificaciones que esperimentó desde 1817 hasta 1821, ya en su *organizacion*, ya en sus tendencias; solo haremos observar, que, *estando formada* esclusivamente de oficiales y de empleados, pertenecientes la mayor parte á las principales familias del imperio; y no teniendo otro medio activo que el ejército; y por sola fuerza la que proporcionaban a sus miembros su posicion, sus grados y su influjo personal con sus inferiores y subordinados, dividíase la sociedad en setiembre de 1825 en dos directorios, uno del norte y otro del mediodía; residiendo el primero en San Petersburgo, y el segundo en Toulczin, en el gobierno de Podolia. El directorio del norte tenia entonces por jefe al príncipe Sergio Troubetskoi, que reunia en torno de sí, entre otros afiliados, á los tres hermanos Nicolás, Pedro y Miguel Bostoujeff, y á los dos príncipes Odoiewski y Schepine-Rostowski. Presidia el directorio del mediodía el coronel Pestel, alma de la sociedad y su miembro mas activo y enérgico, único, por decirlo así, que habia logrado salvarla en muchas ocasiones de una completa disolucion; sus principales ausiliares eran los cuatro Mourawieff.

A esta fecha el príncipe Troubetskoi habia abandonado la presidencia efectiva del directorio de San Petersburgo al teniente Ryleieff, quien se mostraba muy activo para aumentar el número de afiliados: estos fueron bastante numerosos entre los oficiales jóvenes de la guardia: las reuniones eran frecuentes, y en ellas se censuraba agriamente tanto los actos particulares del gobierno, como su marcha general; alabábase la constitucion de los Estados Unidos; pero sin discutir ningun plan de accion; dejaban al cuidado del tiempo y de las circunstancias el determinar lo que deberia hacerse. El coronel Pestel en Toulczyn manifestaba mas decision; resuelto á promover las ocasiones, en lugar de esperarlas, habia fijado para el 1.° de enero de 1826 el movimiento, que en su concepto debia efectuar los cambios de que se trataba hacia ocho años en el seno de la sociedad. Toulczyn era el cuartel general de las divisiones que componian el segundo ejército: el regimiento de Viatka, mandado por Pestel, debia entonces formar la guardia del cuartel general: el coronel sublevaria á sus soldados; prenderia al comandante en jefe del ejército y al jefe de estado mayor, y por medio de los afiliados que se hallasen esparcidos por los regimientos mas inmediatos haria estallar por todas partes la insurreccion.

En este tiempo sobrevino la muerte de Alejandro. «Véase un acontecimiento de que la union hubiera podido sacar gran partido, escribia desde San Petersburgo uno de los afiliados, de la clase de los boyardos, si se hubiese hallado preparada; pero nada habia dispuesto ha sido una ocasion perdida, ahora es preciso ver lo que hará el nuevo gobierno. Si adopta falsas medidas, aumentará el número de descontentos, y por consecuencia nuestras fuerzas. En el caso contrario, la prosperidad pública irá acompañada de mayor libertad, y esta nos facilitará la ocasion de aumentar nuestros esfuerzos para derribarlo.» Va-

(1) El 3 de noviembre de 1821, á consecuencia de un viaje que acababa de hacer á San Petersburgo y á Moscou, Mateo Mourawieff Apóstol escribia á su hermano Sergio: «El espíritu de la guardia y en general el de las tropas y de la nacion está muy lejos de ser el que nos hemos imaginado. El emperador y los grandes duques son amados; pues uneá la actualidad los medios de granjearse el afecto por medio de beneficios, y nosotros, ó qué es lo que podemos ofrecer en lugar de los grados, del dinero y de la tranquilidad? Principios abstractos de política y alfereces de veinte años para gobernar el imperio. Entre los miembros de San Petersburgo los mas sensatos empiezan á conocer que nos hemos equivocado y que nos alucinamos mutuamente. En Moscou, solo he hallado dos miembros, quienes me han dicho: Aquí no hacemos nada ni tampoco hay cosa que hacer.»

rios hechos que debemos esplicar iban á renovar para los miembros del directorio de San Petersburgo la ocasion que ellos creian perdida.

Alejandro tenia tres hermanos, los grandes duques Constantino, Nicolás y Miguel. Constantino era czarowitch; esto es, heredero presuntivo. Casado en 1796 con una princesa de Sajonia Coburgo, de la cual no tuvo hijos, divorcióse el 2 de mayo de 1820, para casarse el 24 del mismo mes con Juana Grusinska, hija de un simple caballero polaco, y despues hecha princesa de Lowicz. El sacrificio de sus derechos al trono fue la condicion impuesta por Alejandro para consentir primero en su divorcio y luego en su casamiento con una simple súbdita, cuya renuncia renovó el 11 de enero de 1822 en una carta que contenia las cláusulas siguientes: «No creyéndome con talento ni capacidad, ni con la fuerza necesaria para la elevada dignidad á que me llamó mi nacimiento, suplico con instancia á V. M. que traslade este derecho á la persona que me sigue inmediatamente. Con esta renuncia doy nueva garantía y nueva fuerza á aquella en que libre y solemnemente consentí en tiempo del divorcio de mi primera esposa. Todas las circunstancias de mi situacion presente me determinan mas y mas á tomar esta medida.» Despues de haber respondido á su hermano el 2 de febrero siguiente: «que le dejaba toda libertad para seguir sus inalterables revoluciones,» Alejandro redactó el 16 de agosto de 1823, un manifiesto, en que declaraba: «aceptar la renuncia del czarowitch al trono imperial, y que en consecuencia de este acto, reconocia por sucesor á su segundo hermano el gran duque Nicolás.» Este manifiesto, al cual iban adjuntas las cartas de que hemos hablado, fué enviado y depositado en la gran catedral de la Asuncion de Moscou, y en los archivos de las tres principales autoridades del imperio; que son el Sagrado Sínodo, el senado y el consejo director: sus disposiciones eran conocidas de todos los miembros de la familia imperial, así como de las principales cancillerías de Europa (1). Nicolás á quien daban el trono y que era el único de los grandes duques que se hallaba en San Petersburgo, cuando aconteció la muerte de Alejandro, desde luego las consideró como nulas.

El dia 9 de diciembre por la mañana llegó un correo con la nueva de esta muerte á la capital del imperio. La víspera precisamente se habia recibido un parte del príncipe Wolkonski, en el cual se decia que al fin el emperador habia consentido en recibir los cuidados de su médico, y que tenia esperanzas de vencer el mal. Mandóse pues que el dia siguiente se cantase un Tedeum en accion de gracias. La emperatriz madre y Nicolás unian sus preces á las de la multitud que llenaba el templo, cuando un oficial del gran duque le dijo que saliese. Nicolás dejó á su madre, y volvió luego á entrar sumamente pálido; aproximóse al archimandrita, y le habló algunas palabras en voz baja. En consecuencia el sacerdote se fué hácia la emperatriz madre, y le presentó en silencio para que lo besase un crucifijo cubierto con un velo negro. Admirada la emperatriz besa al punto el crucifijo; luego observa el velo, despide un grito y cae desvanecida. Llevánsela; mientras que Nicolás se dirigia inmediatamente al senado, y pedia á esta asamblea que proclamase inmediatamente emperador á su hermano mayor Constantino I. Algunos senadores le hacen presente la renuncia del czarowitch: «Si creeis que este acto me da alguna autoridad, les dice, en nombre de esta misma autoridad os intimo que presteis juramento á mi hermano.» Prestado el juramento, y proclamado el nuevo soberano, el gran duque hizo luego reunir los regimientos de la guardia, se presentó al frente de sus tropas, y fué el primero que juró fidelidad y obediencia al nuevo czar: en seguida trasmitió á todas las autoridades y tropas del imperio la intimacion de que proclamasen al mismo y prestasen igual juramento. «No teníamos ni el deseo ni el derecho de considerar como irrevocable una renuncia, á que no se dió publicidad, ni llegó á tener fuerza de ley, dijo este príncipe; por consiguiente es nuestra voluntad manifestar así nuestro respeto á la ley y al órden inmutable de la sucesion; y fiel á nuestro juramento, mandamos que todo el imperio siga nuestro ejemplo. Nuestro intento en estas circunstancias es mostrar la pureza de nuestras intenciones, y no dejar un momento siquiera á nuestra amada patria en incertidumbre tocante á la persona de su legítimo soberano (2).»

Mientras que Nicolás hacia así proclamar emperador al czarowitch en San Petersburgo y en lo demás del imperio, Constantino no le iba en zaga en Varsovia. Los ejemplos de conflictos y de guerras entre los individuos de una misma familia para la posesion de una corona son muy frecuentes en la historia de los soberanos; pero lo que creemos sin ejemplo, es el espectáculo de dos hermanos luchando por darse mutuamente un trono. Varsovia está mucho mas cerca de Tagamog que San Petersburgo; de modo que la noticia de la muerte de Alejandro se recibió allí dos dias antes que en la capital de Rusia. No contento Constantino con rehusar los homenajes que se apresuraron á poner inmediatamente á sus piés, lo mismo que el título de majestad, y de declarar que la Rusia tenia un emperador en Nicolás, escribió al punto dos cartas, una á la emperatriz madre, y otra á su hermano, renovando en los términos mas formales su renuncia al trono, y suplicando á su hermano que «recibiese el primero su juramento de sumision y fidelidad.»

Esta renuncia dejó momentáneamente á la Rusia sin soberano: necesitábase un nuevo acto de adhesion de parte del senado y un nuevo juramento del mismo, de las autoridades y del ejército para investir al tercer hijo de Pablo I con la plenitud del poder imperial. La víspera del dia en que llegaron á la capital de Rusia las cartas de Constantino, los miembros del directorio de San Petersburgo, sorprendidos y desconcertados por la repentina muerte de Alejandro, no sabian si deberian suspender las sesiones de la sociedad, ó bien si basta deberian disolverla. Pero al saber la negativa del czarowitch á subir al imperio, renació su confianza, renováronse sus ilusiones, y determinaron aprovecharse de la vacante del trono para insurreccionar á la tropa y obligar al senado á instituir un gobierno provisional, y á decretar todas las medidas necesarias para la reforma del gobierno. Las futuras instituciones, ¿habian de ser una república ó una monarquía constitucional? ¿Habria dos cámaras? ¿Quién seria el soberano? La instalacion de una regencia bajo el nombre de Alejandro II, ¿no fuera acaso el medio de trasmision mas conveniente del antiguo órden político al nuevo? Y en este caso ¿qué destino se habia de dar á los demás miembros de la familia imperial? Tales eran los puntos que se debatian entre el príncipe Troubetskoi y los demás conjurados en los cuales estaban divididos los pareceres; cuando el dia 25 de diciembre recibieron aviso de que á la mañana siguiente publicaria Nicolás un manifiesto anunciando su advenimiento al trono, y de que el senado se reuniria á las siete para reconocer al nuevo czar y prestarle juramento. Fuerza era tomar alguna determinacion; y así se convinieron en hacer tocar llamada por los tambores en todas partes «á fin de atraer al pueblo,» reunir delante del senado todas las tropas que pudiesen arrastrarse, y esperar luego los acontecimientos. Dábase por seguro que conmovido el nuevo emperador por esta demostracion hecha en nombre de un juramento prestado tan recientemente, y á los gritos de «¡Viva Constantino I!» vacilaria en mandar hacer fuego á una parte de la guarnicion contra la otra, y que entraria en negociaciones. En este caso se le impondrian dos condiciones: el nombramiento de un gobierno provisional y la eleccion de diputados en todas las provincias encargadas de votar las nuevas leyes orgánicas. Luego, si Nicolás, por no hacer tales concesiones, consintiese en mantener en toda su fuerza la proclamacion de su hermano como emperador, y propusiese hacerle llamar á San Petersburgo, los conjurados exigirian que se les hiciese entrega de la ciudadela, como plaza segura, ciertos de obtener entonces de Constantino el perdon, con tanto mas motivo, en cuanto pareceria que solo habian obrado por un esceso de afecto á su persona y á sus derechos.

«¡Nos engañan! El czarowitch no ha renunciado al trono! Le hemos prestado juramento! Ya llega! Ay de aquellos que no le permanezcan fieles. Tal fué la órden convenida, y el dia siguiente se repitieron estas palabras en todos los cuarteles. Estas escitaciones no tuvieron ningun resultado en la mayor parte de los regimientos de la guarnicion, cuyos cuerpos prestaron el juramento, y los oficiales que quisieron resistirse, ó fueron presos, ó se alejaron, despojándose de los uniformes y vistiéndose de paisanos. Solamente el regimiento de Moscou, los granaderos del cuerpo y los marinos de la guardia correspondieron á las esperanzas de los miembros de la Union. Cuatro compañías del regimiento de Moscou sacados de sus cuarteles por los hermanos Alejandro y Miguel Bestoujeff, y por el príncipe Stchepine, fueron los primeros que salieron gritando «¡viva Constantino!» En vano los generales Friedrichs y Schenschine trataron de prenderlos, pues el alférez príncipe Stchepine derribo al primero que quiso acercársele de un sablazo en la cabeza e hirio al segundo. Las compañías siguieron su marcha hácia la plaza del senado, donde fuéron á reunírseles el batallon completo de los marinos conducido por el teniente Arboozow, y varias compañías del cuerpo conducidas por los tenientes Sustroff y Panoff. Reunidas todas estas fuerzas componian de unos mil cuatrocientos á mil quinientos hombres. Unos veinte oficiales de los demás regimientos, en traje de paisanos, acu-

(1) Precisamente aquel año (1825) el *Almanaque de Berlin*, publicacion semioficial, al poner el nombre de Nicolás entre los miembros de la familia imperial de Rusia, le designaba como el heredero presuntivo de la corona.

(2) Manifiesto publicado por el emperador Nicolás, el 25 de diciembre de 1825.

dieron á tomar su puesto en medio de esta tropa, á la cual pronto rodeó una multitud considerable de hombres del pueblo, cuyos ¡hurras! respondian á los gritos de «¡viva Constantino!» que despedian los soldados.

Algunos alfereces, tenientes y capitanes, eran los únicos jefes que tomaron parte en esta sublevacion; y en vano se hubiera buscado en las filas de la tropa, entonces reunida delante del palacio del senado, á los principales miembros de la sociedad. El príncipe Tronbetskoi, que el dia antes todavía se reservaba el papel de dictador, se apresuró á prestar juramento á Nicolás, y despues de haber cumplido con esta formalidad, fuése á descansar en casa de su cuñado el conde de Lebzelteno, embajador de Austria. Ryleieff se presentó en la plaza; pero la dejó inmediatamente, no para ir en busca de Tronbetskoi, como él dijo, sino para volverse á su casa. Los demás miembros del directorio, encerrados en sus habitaciones, esperaban tambien el resultado de los acontecimientos.

Mientras tanto la muchedumbre iba engrosando al rededor de las tropas amotinadas, atraida primero por la curiosidad, pero luego iba tomando una actitud amenazadora. Sus vivas y sus gritos animaban á la tropa, y en sus ademanes podia conocerse que estaba determinada á hacer causa comun con los insurreccionados. Repugnaba á Nicolás inaugurar su reinado con el derramamiento de sangre. Mientras que recorre las calles é inspecciona los cuarteles casi sin escolta, haciendo esfuerzos por calmar la agitacion y tranquilizar los ánimos, el conde Miloradowitch, gobernador de San Petersburgo, se adelanta sin guardas hácia los rebeldes para obligarlos á someterse. A las primeras palabras que pronuncia, uno de los oficiales vestido de paisano, le apunta y le hiere mortalmente de un pistoletazo. A pesar de este asesinato, los demás oficiales vienen á intimar en nombre del emperador á los rebeldes la sumision y la vuelta á sus deberes; pero todas estas intimaciones fueron despreciadas y hasta se negaron á dar oidos á la voz del metropolitano. Finalmente, á las seis de la tarde, el emperador reunió los cazadores de Finlandia, un batallon de zapadores, la guardia de caballería, los granaderos de Pawlosk, los caballeros guardias y la brigada de artillería, y se dirigió hácia los rebeldes. Empeñóse la refriega; hizo fuego la artillería al cual no resistieron las compañías sublevadas, sino que sus soldados se dispersaron y huyeron en todas direcciones, siendo muchísimos presos por la caballería que los fué persiguiendo. Los príncipes Tronbestkoi Ryleieff y demás miembros principales de la Union, comprometidos por las declaraciones de los oficiales que fueron hechos prisioneros en la refriega, no tardaron tambien en verse presos. En casa del primero de estos se hallaron todos los papeles de la sociedad; y llevado á peticion del mismo á la presencia de Nicolás, se echa á los piés del Czar, confiesa todos los hechos y pide la vida: «Si os sentís con fuerzas para sobrevivir á vuestro delito y á los remordimientos de vuestra conciencia, le respondió el emperador, podeis anunciar á vuestra esposa que no morireis; es lo único que puedo concederos.» En seguida llevaron á Tronbestkoi á la ciudadela, en donde se hallaban ya presos unos treinta miembros de la Union del bien público, y cuyas puertas no tardaron en abrirse para el coronel Pestel, los dos hermanos Sergio y Mateo Mourawieff Apóstol, el mayor general príncipe Sergio Wolkonsky y para los principales afiliados pertenecientes á la direccion del mediodía, los que fueron presos con las circunstancias que vamos á esponer.

Dos veces en el decurso del año precedente (1824), en los meses de junio y setiembre el gobierno habia recibido de parte de uno de los iniciados de la direccion de Toulczyn, teniente del regimiento de lanceros de Bug, revelaciones, acerca de la existencia de la sociedad en el gobierno de Podolia. Dicho teniente, llamado Sherwood, no pudo dar mas que indicios generales. El conde Witt, comandante del segundo ejército fué el encargado de profundizar los hechos. Obligado á proceder con el mayor sigilo á fin de no escitar sospechas, no pudo traer á Taganrog el resultado de sus informes hasta quince dias antes de la muerte de Alejandro. Sus informes dieron á conocer los nombres de algunos miembros del directorio de Toulczyn, y atribuyó á la sociedad el objeto de establecer una república eslava, organizada sobre unas bases mas populares y mas amplias que las de la antigua república polaca (1). Estos informes no tardaron en ser completados por un amigo de Pestel, el capitan Mayboroda, oficial en el regimiento de Viatka, del que Pestel era coronel, quien dió los pormenores mas precisos sobre la organizacion y composicion de la sociedad en el mediodía del imperio. Trasmitidos á San Petersburgo despues de la muerte de Alejandro, y comunicados al conde de Witt, que entonces se hallaba de vuelta en la capital de Rusia, obligaron á este general á partir inmediatamente á la Podolia en compañía del edecan general Tzerniche. Ambos llegaron á Toulczyn el 26 de diciembre, el mismo dia en que á trescientas leguas de ese cuartel general del segundo ejército estallaban los sucesos de San Petersburgo. Por la noche estos dos generales hicieron prender á Pestel, á los hermanos Mourawieff Apóstol y á sus cómplices mas señalados. Pero durante la noche algunos oficiales amigos de los Mourawieff invadieron la estancia donde se hallaban estos últimos, les dieron libertad y les facilitaron los medios de llegar á los acantonamientos de un regimiento en que los miembros de la Union eran bastante numerosos. En efecto, á su voz se sublevan varias compañías, y les siguen en la direccion de Rieux, donde los conjurados esperan despertar el sentimiento de la nacionalidad eslava y promover un movimiento (1). Perseguidos en su marcha por los generales Geirmar y Rols, pronto fueron alcanzados por este último, y se empeñó una accion. Sergio Mourawieff forma sus tropas en cuadro y las lleva con el arma al brazo á las baterías que se construyen para ellas. Acogido por una descarga de metralla, Sergio es herido y derribado por dos balas, á su lado cae muerte Hipólito, uno de sus hermanos; el cuadro se desconcierta y el general Rots manda dar una carga á la caballería que los rompe, los dispersa á sablazos y hace prisioneros á la mayor parte de los oficiales, los cuales fueron metidos en una cárcel. En ella el teniente Kourmine se levantó los sesos en presencia de sus compañeros de encierro.

Los miembros de la Union presos en San Petersburgo, en Polonia y en otros puntos del imperio, fueron conducidos en número de ciento veinte y uno, como delincuentes, y divididos en doce categorías, ante un alto tribunal de justicia compuesto de los tres cuerpos principales del estado; á saber, el consejo del imperio, el senado director y el sagrado sínodo; y de algunos altos personajes escogidos en las clases superiores de la administracion civil y de la milicia (2). La causa no ofreció la precipitacion que es tan frecuente en los procesos políticos: la instruccion duró seis meses, y se pronunció la sentencia á primeros de julio. De los ciento veinte y un acusados fueron condenados á muerte treinta y seis, y los ochenta y cinco restantes á las penas que abrazan toda la escala penal de Rusia, desde el destierro á la Siberia (3) hasta el envío de los oficiales menos culpables á las guarniciones mas remotas del imperio en calidad de simples soldados. De los treinta y seis que fueron condenados á muerte, cinco fueron declarados fuera de toda categoría «por lo enorme de sus delitos,» y debian ser descuartizados, y los otro treinta habian de ser decapitados. Pero el czar conmutó ó suavizó estas penas; de modo que Pestel, Ryleieff, Sergio Mourawieff-Apóstol, Bestoujeff-Rumine y el alférez Kabowski, puestos fuera de toda categoría, fueron los únicos que murieron ahorcados (4).

(1) La Podolia es una de las antiguas provincias polacas adheridas á la Rusia por la particion de 1795.

Probablemente á la impresion producida en Alejandro por el informe del general de Witt debe atribuirse esta respuesta del czar á su médico en los últimos dias de su enfermedad, la cual este último repitió en estos términos en el diario que publicó sobre la muerte de Alejandro:

«El emperador me dijo un dia: Amigo, mis nervios es lo que debeis curar, pues se hallan en muy mal estado.—Es un mal, repliqué, que ataca mas á los reyes que á los particulares.—Principalmente, en los tiempos que corremos, repuso vivamente Alejandro: ah! muchos motivos tengo para estar enfermo!

»Otra vez, añade el doctor Wylie, el emperador hallándose sin ninguna apariencia de calentura, se volvió de improviso hácia mí diciendo: Amigo, qué accion! qué accion tan espantosa!—Sus miradas al decir esto eran terribles, incomprensibles: fueron el principio de su delirio.»

La primera esclamacion era una evidente alusion al informe de Witt. La segunda se la inspiró ciertamente al czar la memoria de la muerte de su padre Pablo I, víctima de un asesinato, del que no fué cómplice de modo alguno, pero que le dió el trono.

(1) El siguiente hecho es una prueba de cuán mal dispuesta se hallaba la tropa para los cambios que soñaban los conjurados. En medio de los *hurrahs* que gritaba una compañía que acababan de sublevar los Mourawieff á la voz de *¡Viva la república eslava!* un anciano granadero que al principio guardó silencio, se acercó á Sergio, y le dijo: También quiero gritar *¡Viva la república eslava!* pero ¿quien será nuestro emperador?»

(2) Todos los acusados menos ocho, pertenecian al ejército, clasificados por su órden militar; hallábanse entre ellos dos cornetas, diez alfereces, diez y nueve subtenientes, veinte y un tenientes, veinte capitanes, tres mayores, diez tenientes coroneles, trece coroneles y dos generales. Clasificados por órden de nobleza habia: tres barones, dos condes, y siete príncipes: Troubetskoi, Obolenski, Bariatinski, Sergio Wolkonski, Stchepine-Rostowski, Valeriano Galitzin y Schakowskoi. Los ocho acusados pertenecientes al órden civil: un individuo no calificado, dos asesores y un secretario de colegio, un cirujano, un escritor y dos consejeros de estado.

(3) Los sentenciados á destierro ó á trabajos forzados en las minas de Siberia se consideran como muertos civilmente, de modo que hasta pierden su nombre.

(4) Esta ejecucion se llevó á efecto el dia 25 de julio de 1826. Conducidos á las cuatro de la mañana al glacis de la ciudadela los cinco sentenciados

Mientras que en San Petersburgo, en el norte de Europa, un soplo de espíritu de libertad política y de igualdad civil que animaba á la sociedad francesa, impulsaba á los oficiales jóvenes pertenecientes á la primera nobleza rusa, á buscar en la revolucion los medios de librar á su patria del régimen arbitrario de los privilegios, en Paris, los ministros de Carlos X, dóciles á la influencia del partido religioso y de los antiguos privilegiados, preparaban el proyecto de ley sobre mayorazgos que debia ocupar un lugar principal en la legislatura de 1826.

CAPÍTULO XXII.

Apertura de las cámaras en 1826. Discurso de la corona. Cuestion de Santo Domingo: espedicion de 1802: tentativas de negociaciones desde 1814: tratado definitivo para la independencia de la isla. Discusion de este tratado en la cámara de diputados: votacion de la asamblea. — Cámara de los pares. Proyecto de ley para el restablecimiento de los mayorazgos: agitacion en el pais: discusion de este proyecto de ley; discursos de los señores Molé, Pasquier, Peyronnet y de Montalembert: el proyecto es desechado. Regocijos públicos. — Division del partido realista. — El jubileo: su principio en la iglesia de Nuestra Señora: procesiones generales en Paris: ceremonia expiatoria en la plaza de Luis XV: Mr. de Talleyrand. — Memoria para consultar de Mr. de Montlosier; sus revelaciones: impresion causada por esta publicacion. La congregacion y el partido realista. Sociedad para la propagacion de la fe.—Interpelaciones de Mr. Agier. Confesiones de Mr. Frayssinous acerca de la existencia de la congregacion y de la de los jesuitas. — Numerosas dimisiones del ejército. Acto de los curas de los regimientos. —Ciérrase la legislatura.—Denuncia del conde de Montlosier al tribunal real de Paris: este tribunal y los obispos: declaracion de incompetencia. — Deseos de los consejos generales en 1826. La sociedad de los buenos estudios y los misioneros del Panteon. Fórmulas de testamentos distribuidas por los pueblos del campo. —Educacion del duque de Burdeos: sus gobernantes: su preceptor. Revueltas en Brest. Memoria contra la hipocresía. — Ábrese la legislatura de 1827. Discurso de la corona: asuntos de Portugal: muerte de D. Juan VI: carta de D. Pedro: insurreccion: invasion de dos cuerpos de emigrados: intervencion armada de Inglaterra. Declaracion de Canning. Declaracion de Mr. de Damas. Presentacion de un proyecto de ley sobre la imprenta.

Abrióse la legislatura de 1826 el dia 31 de enero con la acostumbrada ceremonia: el discurso de apertura leido por Cárlos X contenia los pasajes siguientes:

« Finalmente he determinado fijar la suerte de la isla de Santo Domingo; pues llegó el tiempo de cicatrizar una herida tan dolorosa y de hacer cesar un estado de cosas que tiene comprometidos tantos intereses. La separacion de esta colonia, perdida para nosotros desde hace mas de treinta años, no turbará la seguridad de las que aun conservamos.

» La legislacion debe acudir por medio de sucesivas mejoras á todas las necesidades de la sociedad. El progresivo desmembramiento de las propiedades territoriales, esencialmente contrario al órden monárquico, disminuia las garantías que la carta concede á mi trono y á mis súbditos. Por consiguiente, se os presentarán los medios propios para restablecer la conformidad que debo haber entre las leyes políticas y las civiles y para conservar el patrimonio de las familias sin restringir no obstante la libertad de disponer de sus bienes.»

La proposicion anunciada en este último párrafo debia dar nueva vida al derecho de mayorazgo, cuyo privilegio todos los escritores realistas, dóciles á las doctrinas profesadas durante mucho tiempo por Chateaubriand y Bonald, presentaban como el único medio de mantener en Francia las grandes propiedades, y cuyo restablecimiento solicitaban sin cesar los consejos generales, cuyos miembros eran elegidos entre la aristocracia de los departamentos. Antes de dar á conocer las disposiciones del proyecto de ley destinado á realizar esta medida, que primero fué presentada á la cámara de los pares, espondremos las estipulaciones convenidas entre la Francia y la isla de Santo Domingo para consagrar la independencia de esta isla, y para indemnizar á los antiguos colonos de los bienes que habian perdido.

Santo Domingo formaba aun la posesion colonial mas rica de la Francia, cuando un decreto espedido en 13 de mayo de 1791 por la asamblea constituyente, confirió á los mulatos libres los mismos derechos de que gozaban los blancos. Parte de los colonos admitió esta igualdad; pero la mayoría se negó á toda concesion. Dividióse la colonia en dos campos y cada partido apeló á las armas. Derrotados en diferentes encuentros los partidarios de los antiguos privilegios de la piel, no podian recurrir á la metrópoli para que les ayudase á romper una ley que ella misma habia dado; por lo que pidieron ausilio á los ingleses, entregándoles los principales puertos de la isla. Desinteresados los esclavos negros en esta contienda sobre una emancipacion parcial, hasta entonces se limitaron á obrar aisladamente, segun los lugares ó los jefes, y á batirse ó incendiar indiferentemente en favor de uno ú otro partido. Pero un acto de la convencion les hizo intervenir en la querella. Ocupada enteramente la convencion en la lucha con las sublevaciones del interior y del centro de Europa, y por otra parte no pudiendo hacer salir de nuestros puertos, entonces bloqueados, una fuerza marítima suficiente para asegurar la ejecucion de la ley de 1791, y arrojar á los ingleses de las ciudades que se les habia entregado, proclamó el 4 de enero de 1794 la completa abolicion de la esclavitud, y por medio de un mensaje dirigido á los nuevos emancipados, les escitó á librar á la colonia tanto de los partidarios obstinados del antiguo régimen colonial, como de sus auxiliares estranjeros. Los negros correspondieron á este llamamiento; se sublevaron en masa y arrojaron de la isla á los ingleses y á los colonos que los habian llamado. Terminada su obra proclamaron su independencia. Esta declaracion constituia una separacion de hecho que el gobierno consular quiso hacer cesar cuando se abrió el mar á nuestras flotas á consecuencia de los preliminares de paz firmados en Londres el 1.° de octubre de 1801 entre los plenipotenciarios de Francia y los de Inglaterra (1). Preparóse en nuestros puertos una espedicion formidable: veinte navíos de línea, veinte fragatas y un número correspondiente de buques de carga trasladaron á Santo Domingo unos cuarenta mil soldados, quienes desembarcaron en la isla el 3 de febrero de 1802. Estas tropas, puestas bajo el mando del general Leclerc, cuñado del primer cónsul, al principio no hallaron oposicion. Los jefes principales negros, Toussaint-Louverture, Desalines y Cristophe se sometieron, aunque sin entregarse. El primero pasaba por hombre que tenia el principal influjo sobre sus compañeros de esclavitud; pues, segun decian, era el mas inteligente y decidido de su raza. El general Leclerc quiso asegurarse de el; y antes de poner en ejecucion una parte de las instrucciones que llevaba y que habia quedado secreta, le convidó para una conferencia en su cuartel general á fin de concertar con él la definitiva organizacion de la colonia. Toussaint estuvo indeciso mucho tiempo; pero al fin se determinó á ir á ver al jefe de la espedicion, quien inmediatamente lo mandó prender y llevar á bordo de un navío que lo condujo á Francia (2). Noticiosos de este su-

---

presenciaron los preparativos de su suplicio, los cuales duraron por espacio de una hora. En seguida los demas condenados fueron llevados y reunidos delante del cadalso, y allí se les leyó la sentencia: hiciéronlos poner de rodillas y les degradaron rompiendo sus espadas por encima de sus cabezas. Despues pusiéronles una capa gris, y sus condecoraciones, charreteras, y uniformes fueron echados en un brasero ardiente. Luego desfilaron por delante del cadalso y fueron de nuevo conducidos á la fortaleza. Despues de su partida subieron al cadalso los cinco sentenciados á muerte: todos con capas grises con capuz que les cubria la cabeza. Su continente era firme sin alarde. Dada la señal para la ejecucion, las cuerdas que debian mantener suspendidos á Ryleieff, á Mourawieff y á Bestoujeff se rompieron, ó resbalaron fuera de sus capuchos, y los tres vinieron al suelo rompiendo con su peso las tablas del cadalso. Empezaron otra vez á su presencia los preparativos aunque Ryleieff dijo que aquello era hacerles sufrir una segunda muerte; que si la sentencia era justa, en lo que no convenia, siempre resultaba que el modo de ejecutarla era ilegal; pues como militares, dijo, debiamos ser pasados por las armas. Pronto volvieron á subir el y Mourawieff el cadalso sin perder su serenidad; en cuanto á Bestoujeff, debieron llevarlo en brazos, pues su caida le impedia todo movimiento.

El coronel Troubetskoi, los coroneles Mateo Mourawieff-Apóstol, Davydoff y Pavolo-Schwitkowski, el general Sergio Wolkonski el alferez príncipe Stchepine-Rostowski, el consejero de estado Tourgueneff y los demas condenados de la *primera categoría* en número de treinta y uno que debian ser decapitados, vieron su pena conmutada en la de trabajos perpetuos en las minas de Siberia prévia la degradacion. A los demás condenados de otras categorías se les concedió igualmente una reduccion ya en la duracion ó ya en el rigor de sus penas respectivas. La princesa Troubetskoi, la Sra. Mathieu Mourawieff, y las esposas de otros varios sentenciados obtuvieron, á su peticion, la gracia de poder acompañar á sus maridos á la Siberia. Por último se concedieron á las familias socorros y gracias; el padre del coronel Pestel, entre otros, cuya fortuna se hallaba en muy mal estado, recibió 50.000 rublos, y su hermano, coronel en los caballeros guardias, fue nombrado edecan del emperador.

(1) Estos preliminares fueron convertidos en artículos definitivos y constituyeron el tratado de paz firmado en Amiens el 27 de marzo de 1802.

(2) Metido primeramente Toussaint-Louverture en la carcel del temple de Paris, fué luego trasladado al fuerte de Joux, cerca de Besanzon, donde murió en 18 3 a consecuencia de una enfermedad causada por la soledad, el pesar y el rigor del clima.

ceso Dessalines y Christophe pusiéronse en seguridad, aguardando la ocasion oportuna para soblevar los negros, la cual no tardó en presentarse. La parte de las instrucciones que el general Leclerc habia guardado secretas eran el restablecimiento de la esclavitud; pero apenas hubo anunciado que privados los antiguos esclavos de su libertad debian volver al yugo, que Dessalines y Christophe salieron de su retiro y se pusieron al frente de un ejercito mas numeroso y mas fanático que el que antes tuvieron que combatir los antiguos colonos y los ingleses. La lucha fue tambien mas encarnizada y adquirió un caracter de increible ferocidad. A los claros que causaban en nuestras filas esas batallas sin tregua ni cuartel y à la inclemencia é insalubridad del clima, vino à unirse la calentura amarilla, una de cuyas victimas fué el mismo general Leclerc. Su sucesor, el general Rochambeau, solo podia sostenerse mediante el envio continuo de refuerzos; pero el rompimiento de la paz de Amiens el 16 de mayo de 1803 cerró de nuevo nuestros puertos, y dicho general se vió precisado á abandonar la isla que era la tumba de un ejercito floreciente; lo cual efectuó el 30 de noviembre siguiente, llevando consigo solo algunos miles de hombres, tristes restos que cayeron en poder de la marina inglesa antes de llegar á los mares de Europa. Su salida de la isla fue señalada por la mas horrorosa matanza en que los negros dieron muestra de la mas inaudita ferocidad. « Solo por la piel distingo á mis amigos de mis enemigos, » decia Dessalines animando á los suyos á la matanza.

Libres ya de los blancos, disputáronse el poder los negros y los mulatos; los primeros, en la embriaguez de una libertad que les era desconocida, y para la cual nadie les habia preparado, se entregaron á una verdadera orgía política. Incapaces de comprender la menor institucion, faltos de todo conocimiento de organizacion administrativa y social, copiaron del gobierno de la madre patria lo único que heria su vista, es decir, la forma. Entonces la Francia se hallaba bajo el regimen imperial, y así ellos hicieron un imperio; y si la Francia tenia un emperador los negros proclamaron dos. Napoleon creó una nobleza y una órden de caballería, y los negros sus imitadores improvisaron tambien sus príncipes, duques, barones y grandes cruces, oficiales superiores y gobernadores, que llevaban enormes sombreros galoneados y adornados con brillantes plumas, paseándose medio desnudos con el pecho y las espaldas cubiertas de los mas ridículos oropeles, colosales charreteras, cruces de todas las formas y cordones de todos los colores. Los mulatos evitaron semejantes locuras; pues la libertad de que gozaban bajo el antiguo régimen colonial y cierta instruccion desarrolló un tanto su inteligencia; así fue que se constituyeron en republica en un estremo de la isla; y sus jefes sin mas medio que su superioridad moral lograron dentro de pocos años atraer sucesivamente bajo sus leyes á la mayor parte de la poblacion de la isla. Sus puertos volvieron á abrirse al comercio, y esta antigua posesion francesa renacia á una especie de vida regular, cuando los acontecimientos de 1814 hicieron volver hácia ella las miradas de nuestros armadores y de los antiguos colonos.

Dispersos estos por nuestros puertos, en las Antillas, hasta en el continente americano, eran numerosos y se hallaban en la mayor miseria. El gobierno imperial les habia mantenido por medio de socorros anuales, los cuales se veia obligada á continuarles la restauracion, si no lograba volverlos á posesionar de la isla, ó lo menos á hacerles indemnizar de los bienes perdidos. Por otra parte los comerciantes de nuestras plazas marítimas se mostraban impacientes por reanudar sus lucrativas relaciones con aquel suelo fecundo; y finalmente el gobierno deseaba tambien unir Santo Domingo á la metrópoli por medio de unos lazos puramente esteriores y de pura proteccion. Con este objeto se hizo una primera tentativa de negociacion á fines de octubre de 1814 por el ministro de marina Mr. Malouet, la cual fué del todo inútil. Tampoco obtuvo resultado la que se hizo despues en 1816. Conocia el gobierno la necesidad de desistir de sus primeras pretensiones; por tercera vez pues encargó á otro enviado anunciar al gobierno haitiano que la Francia estaba pronta á sancionar la independencia de su antigua colonia, si esta consentia en reconocer en la madre patria un simple derecho de soberanía, y en pagar una equitativa indemnizacion por la cesion de territorio y por las propiedades de los colonos. « Mi respuesta fué formal, dijo el presidente Boyer (1): rechacé hasta la sombra de un protectorado, y consentí en renovar, como único medio capaz de conducir á un tratado definitivo, el ofrecimiento hecho ya por mi predecesor (2), de una indemnizacion prudentemente calculada. Este ofrecimiento de parte mia ha quedado olvidado, á pesar de la seguridad que se me dió de que solo se esperaba conocer mi determinacion para acabar de una vez. »

Estos olvidos del gobierno francés, despues de las seguridades dadas por los agentes que enviaba á Santo Domingo, tenian su causa en la falsa posicion de los ministros de la restauracion. Colocados entre las pasiones del partido ultrarealista y el interés general del pais, este último á veces les dictaba ciertas negociaciones, que el temor de irritar á sus amigos les hacia romper en el instante en que iban á tener cumplimiento. Para ellos además, la cuestion de Haiti ofrecia dificultades escepcionales. El mantenimiento de los antiguos derechos, la hostilidad y la lucha contra las revoluciones, constituian el principio y la esencia del gobierno de la restauracion; y este principio era el que acababa de determinar la invasion de nuestro ejercito á España. Si el gobierno real creyó que no era demasiado caro pagar doscientos millones y aventurarse á una guerra para derribar el gobierno de la revolucion española, ¿cómo comprender que, sin una necesidad imperiosa, y sin probar siquiera la suerte de las armas, pudiese consagrar en un suelo francés por derecho, á pocas leguas de las posesiones coloniales que todavia nos quedan, la existencia de una república nacida de la revolucion, del pillaje y de la matanza, y cuyo reconocimiento amnistiaba la peor de las revoluciones, cual es una rebelion de esclavos? Vease cuales eran las consideraciones que detenian á nuestros ministros cada vez que se trataba para ellos de tomar una resolucion definitiva. No obstante, pasaba el tiempo, y los colonos, cansados de esperar, insistian con mas ruido que nunca en que el gobierno pusiese un término á sus sufrimientos; los periódicos, y hasta la misma tribuna, repetian sus reclamaciones. Por su parte nuestros armadores se quejaban fuertemente de las trabas que la desconfianza de los nuevos amos de Santo Domingo imponia á sus operaciones. Habíanse formado numerosas relaciones, facilitadas por la comunidad de lenguaje; pero sus espediciones admitidas solamente bajo un falso pabellon, se hallaban á mas cargadas con derechos dobles á los de otras naciones. Finalmente la continuacion de los socorros concedidos á los colonos desposeidos ó á sus familias era para nuestra hacienda una carga que importaba sacudir. Todas estas consideraciones decidieron á Mr. de Villele á enviar á la isla un nuevo agente, que fué el baron de Machau. Partió este en mayo de 1825 con una órden particular por la cual se concedia á Santo Domingo su completa independencia, bajo las condiciones acordadas en diciembre de 1824 por dos enviados haitianos en una negociacion abierta en París, y que igualmente habia fracasado. Esta órden, de fecha 17 de abril de 1825 fué recibida con fiestas y regocijos en Santo Domingo; y todas las autoridades de la isla aceptaron solemnemente sus cláusulas. Hallábase concebida en estos terminos:

Artículo 1.º Los puertos de la parte francesa de Santo Domingo serán abiertos al comercio de todas las naciones: los derechos que en ellos se perciban, tanto de entrada, como de salida, serán iguales y uniformes para todos los pabellones, escepto el francés, para el cual quedarán reducidos á la mitad.

Art. 2.º Los actuales habitantes de la parte francesa de Santo Domingo pondrán en la caja general de depósitos y consignaciones de Francia en cinco plazos iguales de un año á otro, venciendo el primero el 31 de diciembre, la cantidad de ciento cincuenta millones de francos destinados á indemnizar á los antiguos colonos que pidan la indemnizacion.

Art. 3.º Bajo estas condiciones concedemos á los habitantes actuales de la parte francesa de Santo Domingo la absoluta y completa independencia de su gobierno.

La emancipacion consagrada por esta órden fué uno de los actos mas laudables de la restauracion: fué ventajosa para todo un pueblo de propietarios desposeidos que hacia treinta y cinco años luchaban con la miseria, y á quienes daba ciento cincuenta millones que repartirse; fue favorable á nuestro comercio marítimo y á la produccion nacional, á la que aseguraba el monopolio de un rico mercado; y no obstante de todas estas ventajas esta transaccion, obra tanto de una buena administracion como de una política inteligente, no dejó de hallar la mas viva oposicion en ambas camaras. El proyecto de ley que dió ocasion á este debate, era esclusivamente relativo al repartimiento de la indemnizacion estipulada en favor de los colonos. Pero la forma y los pormenores de este repartimiento fue mucho menos discutido por los oradores que tomaron parte en el debate que el fondo mismo del proyecto, ó el principio que dictó el acto de que habia resultado. «Es espantar y hacer un ultraje á la moral universal, decia Mr. Agier, el admitir que la libertad puede conquistarse por medio del crimen. Aun suponiendo que los esclavos que pretenden romper sus hierros estén fuera del derecho comun, y que vuelvan á entrar en el derecho natural, tambien como sub-

(1) Proclama del presidente Boyer á los haitianos de 18 de octubre de 1824.

(2) El presidente Pethion.

ditos rebeldes se hallan fuera del derecho del perdon. Luego este perdon ni siquiera se ha pedido: la sangrienta bandera de la revuelta no se ha inclinado ante el cetro de la legitimidad, por lo que se ha comprometido la dignidad de la corona. ¡Se nos habla del interés mercantil e industrial! Pero este interés desaparece cuando se trata de sacrificarle los principios mas sagrados; y los ministros al tratar en nombre del rey con unos negros rebeldes, asesinos de sus amos y usurpadores de sus propiedades, han rebajado al gobierno y reconocido para nuestras colonias el odioso derecho de insurreccion.» Otros oradores no menos indignados por esta medida, añadian: «Además, la corona no tiene ni el derecho ni el poder de enajenar una parte cualquiera del territorio nacional. Las colonias forman parte del territorio francés; y así no pueden cederse con una simple órden. Este es un principio tan antiguo como la monarquía, pues en nuestras antiguas asambleas nacionales, en los estados generales, los notables nunca dejaron de desechar los tratados concluidos por los reyes, cuando contenian cesiones de provincias. Así fué anulado el tratado concluido en Londres por el rey Juan despues de la batalla de Poitiers; el de Bretigny, bajo el reinado de Carlos VI, y el tratado que firmó en Madrid Francisco I.»

Los ministros oponian á este último órden de consideraciones el artículo 14 de la carta, diciendo que este artículo atribuyendo únicamente al rey el derecho de hacer tratados, concedió á Carlos X el poder de concluir el acta del 17 de abril, la cual era un simple tratado de paz; y que en todo caso no contenia mas que un abandono de territorio colonial. Luego, así antes como despues de la promulgacion de la carta las posesiones coloniales jamás habian participado de la inviolabilidad adquirida para lo demás del territorio: nunca su cesion fué sometida al examen de los parlamentos ni de las cámaras: siendo testimonios de esta verdad la cesion del Canadá, bajo el reinado de Luis XV; la de Luisiana en tiempo del consulado, el abandono de varias de nuestras colonias de las Antillas, de la Isla de Francia, y varios territorios en el Indostan en 1814. Hasta los mismos tratados de 20 de noviembre de 1815 que sin embargo daban al estranjero provincias que eran francesas desde el tiempo de Luis XIV, y plazas fuertes hechas edificar por este soberano; ninguno de estos actos fué sometido al poder legislativo; pues la intervencion de las cámaras se limitó á legalizar las estipulaciones de hacienda que formaban el precio de nuestro rescate con respecto á la Europa. Por último, ¿qué era lo que cedia la Francia al renunciar á su soberanía? Un derecho puramente ilusorio. ¿Qué sacrificaban los colonos? Vanos pesares ó inútiles pretensiones; porque Santo Domingo, ya antes del tratado estaba perdido así para ellos como para la madre patria, y perdido de tal manera, cual si el mar se hubiese tragado la isla á consecuencia de un terremoto.

Indiferentes los diputados de la contraoposicion realista á las importantes ventajas materiales de este convenio, y á la imposibilidad moral en que se hallaba el gobierno de repetir la espedicion de 1801, y de sacrificar doscientos millones de la hacienda y cuarenta mil hombres en la dudosa conquista en que los colonos no podian encontrar mas que un terreno inculto y cubierto de ruinas, persistieron hasta el fin del debate en no considerar el asunto sino bajo el punto de vista del principio monárquico. «Rechazamos la ley, esclamaban, como un acto ilegal y contrario á nuestro derecho público, tanto como al mismo derecho de propiedad que viola en la persona de los colonos: la rechazamos porque ataca la dignidad de la corona; como concesion hecha á los principios revolucionarios, y porque es una violacion del principio tutelar de la legitimidad!» Estas vehementes protestas eran hijas de animosidades personales, que cada dia iban en aumento al rededor del presidente del consejo, tanto por lo menos como de las pasiones políticas; sin embargo se estrellaron contra una considerable mayoría, pues se confundieron en la votacion los diputados de la izquierda, los del centro izquierdo, los de los departamentos marítimos, aquellos que se interesaban en la triste situacion de los antiguos colonos, y los numerosos empleados, acostumbrados á aprobar con los ojos cerrados toda proposicion nacida del ministerio. Empezada esta discusion el 7 de marzo y prolongada á causa de la multitud de pormenores relativos al arreglo, repartimiento y liquidacion de cada indemnizacion, y á los derechos de los acreedores, terminó el dia 20. Votaron la totalidad del proyecto, y fué aprobado por doscientos cuarenta y cinco votos contra setenta. Llevado el dia siguiente, 21, á la cámara de los pares, sufrió esta ley las mismas censuras que en la de diputados, y fué defendida con las mismas razones: empezaron los debates el 18 de abril, y se cerraron el 25, resultando aprobada la ley por ciento treinta y cinco votos contra diez y seis.

Diez y siete dias antes, el 8 de abril, la cámara hereditaria puso á votacion el proyecto de ley que se habia anunciado en el discurso del trono para el restablecimiento de los mayorazgos, cuya presentacion verificada el 10 de febrero escitó en toda la Francia una conmocion sin ejemplo aun desde el regreso de los Borbones. Dicho proyecto estaba concebido en estos términos:

«Artículo 1.° En toda sucesion diferida á la línea descendiente y que pague trescientos francos de impuesto territorial, si el difunto no ha dispuesto de la parte disponible, esta se atribuirá como parte no divisible legal al primogénito de los hijos varones del difunto propietario.

»Si el difunto ha dispuesto de una parte de la porcion disponible, la restante de que no haya dispuesto pertenecerá legalmente al primogenito.

»La porcion legal se sacará de los bienes inmuebles, y si estos no bastasen, de los muebles.

»Art. 2.° Las disposiciones de los primeros párrafos del artículo precedente quedarán sin efecto cuando el difunto haya espresado ser esta su voluntad, por donacion entre vivos, ó por testamento.

»Art. 3.° Los bienes de los cuales es lícito disponer segun los términos de los artículos 913, 915 y 916 del código civil podrán darse en todo ó parte por un acto de donacion entre vivos ó testamentarios, con el cargo de devolverlos á uno ó á varios hijos del donatario, nacidos ó por nacer hasta el segundo grado inclusive.

»Para el cumplimiento de esta disposicion se observarán los artículos 1051 hasta 1074 inclusive del código civil.»

Los dos primeros artículos hacian renacer los mayorazgos, y el último no solo estendia de un grado el derecho de sustitucion ya concedido por el artículo 1048 del código civil; sino que modificaba á mas este artículo en cuanto á que la sustitucion, en lugar de aplicarse, bajo pena de nulidad, á todos los hijos nacidos ó por nacer sin escepcion ni preferencia (art. 1050) podia aprovechar á uno solo de estos.

Al establecer el privilegio de primogenitura por línea masculina, privilegio que habia desaparecido hacia treinta y seis años, y era desconocido de las nuevas generaciones; dividiendo así en dos clases á los ciudadanos de un mismo pais, colocando bajo el imperio de una legislacion diferente á los propietarios del mismo territorio, el proyecto de ley que nos ocupa, creaba á mas entre los dos sexos, entre hermanos y hermanas una distincion odiosa, y produjo un verdadero descontento en el reino. Conmoviéronse las familias; y de cada provincia, ciudad ó pueblo afluyeron inmediatamente á la cámara de pares las mas vivas y enérgicas protestas. En el envío de estas solicitudes, firmadas esclusivamente por padres y por primogénitos no tenia en ello la política tanta parte como pudiera suponerse. No hay duda que los enemigos de los Borbones concurrieron á estender este movimiento; pero la medida llevaba en sí misma la causa de la general oposicion que encontraba. Personas de todas opiniones, banqueros, abogados, médicos, propietarios, escribanos, abogados, jueces ó empleados, unidos en la misma queja desaprobaban de comun acuerdo la obra de Mr. de Peyronnet, como medida antisocial y antifrancesa. El objeto de la ley era oponer un dique á los progresos cada dia mas terribles de la democracia, decia el ministro, y dar á la monarquía un apoyo necesario para oponerse á ellos formando una clase de ciudadanos privilegiados. Una clase de esta naturaleza puede imponerse á un pueblo vencido, ó formarse mediante una larga serie de usurpaciones; pero no se improvisa así con la adopcion de una ley. Las instituciones civiles de un pueblo son obra del tiempo lo mismo que sus costumbres. Cinco años antes, el 1.° de marzo de 1821, con motivo de la ley que establecia la circunscripcion electoral de los nuevos colegios de distrito, decia el general Foy: «No se lleva otro fin que torturar, fraccionar y atormentar al territorio para hacerlo producir aristócratas; pero no saldrán con la suya, porque la aristocracia no puede arraigarse en Francia; y no será posible hacerla revivir.» La Francia tal como la hizo la revolucion, era en efecto profundamente democrática, y el sentimiento que hicieron arraigar en su suelo los sucesos de los últimos treinta años era el de la igualdad. Querer que renaciese á una simple disposicion legislativa, una clase privilegiada y la desigualdad entre herederos, era hacer injuria al propio tiempo á la razon pública y al íntimo sentimiento del pueblo. Además era una aristocracia muy estraña que tenia un carácter movil y variable, que no descansaba ni en el estado ni en el nacimiento de las personas, sino en la cuota de contribucion, cuya circunstancia siempre efímera, y la fortuna escencialmente mudable modificaban á cada instante la lista de los nuevos privilegiados!

Este proyecto de ley en su principio era impolítico, en su aplicacion era insensato. Un céntimo formaba el límite entre las familias privilegiadas, y las que permanecian en el derecho comun. Trescientos francos de impuesto daban el derecho de primogenitura; y esto dejaba de poseerse si solamente se pagaban doscientos veinte y nueve francos noventa céntimos. No está ahí todo; sino que siendo los prefectos omni-

potentes en la formacion de las listas de contribuciones, tenian en su mano la facultad de variar estos límites segun su capricho, su odio ó su amistad y hasta segun las exigencias políticas, haciendo y deshaciendo mayorazgos con tanta facilidad como hacian y deshacian electores en tiempo de elecciones. Los que hacian los señalamientos de las cuotas de contribucion, el mas ínfimo empleado de la administracion de las mismas podia atribuirse igual privilegio. Por otra parte, los hijos que reconociesen la herencia compuesta de valores mobiliarios de rentas en el gran libro, de acciones industriales ú obligaciones, lo cual les produjese cien mil francos de renta, y algunos inmuebles afectos al impuesto de doscientos noventa y nueve francos, eran admitidos á la reparticion de esta fortuna en partes iguales; al paso que los herederos del pequeño hacendado, cuya sucesion consistia toda en inmuebles afectos al impuesto de trescientos francos, debian sufrir la desigualdad establecida por la ey. Si el dueño de una hacienda afecta al pago de trescientos francos de contribucion moria lleno de deudas, por disminuida que en consecuencia quedase la herencia, no dejaba por ello de ser privilegiado el primogénito. Al mismo tiempo aquel, cuyos bienes, libres de toda carga, pagaban una contribucion inferior de algunos céntimos, dejaba en realidad una herencia mas considerable que el primero; sin embargo el derecho de mayorazgo desaparecia con respecto á sus herederos. Mr. de Peyronnet tenia la pretension de impedir el fraccionamiento de las propiedades; pero una de las muchas anomalías que habia en su proyecto de ley era la siguiente: el primogénito de un propietario colocado en la clase privilegiada moria dejando varios hijos, luego moria su padre al intestato, y como la representacion de la sucesion, segun los términos del artículo 740 del código civil, es admitida en línea directa, al infinito y en todos los casos, los hijos del primogénito se repartian primeramente entre ellos la parte devuelta á su padre por su derecho de mayorazgo; luego se repartian otra vez con sus tios ó con sus tias el resto de la sucesion. En este caso en vez de disminuirse el fraccionamiento, se aumentaba. El artículo 3.° esclusivamente relativo á las sustituciones, no ofrecia menos rarezas en la práctica: su objeto principal era conservar el nombre y el lustre de las familias manteniendo lo menos durante dos generaciones una parte considerable de los bienes en la posesion del que era su cabeza. Luego si el heredero sustituido del primer grado teniendo hermanos, moria sin dejar otros herederos que uno ó mas hijos, para recoger las sustituciones, ¿qué era entonces de los derechos afectos á la conservacion del nombre y de la línea varonil?

Debemos renunciar el intento de hacer ver todas las contradicciones é inoportunidades contenidas en cada una de las disposiciones de esa desdichada concepcion de Mr. de Peyronnet, lo cual debia conmover hondamente al pais, introducir la discordia en las familias, irritar los ánimos y herir los corazones sin mas resultado que hacer mayor la impopularidad del gobierno. Los públicos debates le habian dado un fuerte ataque, cuando el 11 de marzo, despues de un mes de deliberaciones preliminares, la comision encargada de su exámen sometió el resultado de su tarea á la cámara de los pares, pidiendo la adopcion del proyecto. Empezó la discusion el 28 y duró diez dias. El número de los oradores llamados á la tribuna probaban la importancia que daba la cámara de los pares á la votacion que iba á tener lugar. La Francia entera se hallaba atenta á su decision, lo que no ignoraba la asamblea. Veinte y dos miembros tomaron la palabra sucesivamente. No citaremos de los estensos discursos que se pronunciaron mas que algunos pasajes en favor del proyecto y otros en contra; y estos bastarán para dar á conocer el carácter del debate y la clase de argumentos presentados por ambas partes.

Mr. Molé, que fué el primero que habló, dijo: «El Sr. guardasellos (Mr. de Peyronnet) ha previsto en el preámbulo la época en que por el escesivo fraccionamiento de las propiedades dejaria de haber electores, y en que por falta de estos y de personas elegibles quedaria disuelta la monarquía constitucional, ó la faltaria muy poco para ello; del mismo modo que cesa una batalla por falta de combatientes. Pero no puedo participar de sus temores. Segun la marcha que lleva la industria y el aumento de capitales y de las contribuciones, puede pronosticarse que nunca la falta de electores obligará á recurrir al derecho de mayorazgos para conservar el gobierno representativo. Del aumento de capitales debia resultar la division de las mas pequeñas propiedades, pues muchos proletarios habian adquirido medios para tener haciendas. Un mayor grado de fortuna y aumento todavía mayor de capitales llevará consigo necesariamente la aglomeracion de propiedades sumamente reducidas: pues las fortunas mobiliarias tienden siempre á convertirse en propiedades territoriales. Las grandes haciendas siempre resultan de los grandes capitales en todas partes donde la posesion de la tierra no constituye un derecho personal.

»Por otra parte esta inamobilidad de las grandes propiedades que es objeto de tantos lamentos, ¿es verdaderamente deseable? ¿No debe precisamente la Francia á esta tan temida division de propiedades el desarrollo de su industria, el maravilloso aumento de su riqueza hasta en medio de los desórdenes, crímenes y desgracias causadas por la revolucion?

»Las partes interesadas en que esta ley se apruebe ó desapruebe son los padres y los primogénitos, los hijos menores y la Francia. En cuanto á los padres ni recibirán de ella mayor autoridad, al paso que por una combinacion inmoral, se verán inevitablemente obligados á desheredar en parte á uno ó mas hijos, porque no testando quitan á los menores lo que podian dejarles; y estableciendo la igualdad quitan al mayor lo que le da la ley: y por consiguiente hágase lo que se quiera; siempre hasta el padre mas tierno se ve obligado á perjudicar á alguno de sus hijos.

»Tocante á los primogénitos, estos reciben de la ley un derecho que es contrario á la naturaleza, y les hace odiosos á sus hermanos y hermanas, sin ningun provecho para ese ente social que llamo familia. Todo el sistema del proyecto de ley se dirige contra los menores y las hijas. Al querer formar una aristocracia con los hijos mayores de los pequeños propietarios contribuyentes de trescientos fr., lo que se hace con mayor seguridad con todos los demás hijos es una democracia terrible, es decir una clase numerosa interesada en un nuevo cambio.

»Finalmente si consideramos el interés que en este proyecto pueda tener la Francia, hallaremos que haciendo salir de la circulacion una tercera ó cuarta parte de las propiedades menguaria la fuente principal de su riqueza, disminuyendo su renta territorial, lo que amenazaria á la nacion con un aumento de impuestos. Tales serán, señores, los resultados de la adopcion del proyecto; al paso que si es desechado puede decirse en una palabra que se calmarán las muchas inquietudes que este ha escitado.»

Mr. Molé, pues, consideró la cuestion principalmente bajo el punto de vista de los intereses de familia. Mr. Pasquier en un discurso muy estenso y estudiado, presentó en estos términos la situacion económica y política, procurada en todos tiempos por el esceso de concentracion ó de fraccionamiento de la propiedad territorial: «En cuanto al esceso de aglomeracion la esperiencia está hecha; pero no lo está tocante al esceso de fraccionamiento; bajo esta última hipótesis todo es especulativo. En efecto, no conocemos ningun pais en donde se haya destruido la agricultura por efecto de la division de los terrenos, ó donde por la misma causa se hayan agotado los manantiales de la riqueza pública, y el gobierno se haya visto privado de sus medios, de accion y de existencia. Al contrario muchos conocemos, donde la sobrada acumulacion de las haciendas ha producido todos estos males, tales son la Italia, por ejemplo, el imperio romano en su declinacion, la España la Sicilia y los estados de Roma en los tiempos modernos. En cuanto á la Italia, desde los tiempos de Ciceron, está averiguado y reconocido por él mismo, que Roma, centro de tantas riquezas y poderío, encerraba nada menos que dos mil propietarios. Poco despues del reinado de Augusto, un escritor muy autorizado en estas materias, hablando de la inmensidad de las propiedades rurales, no temió asegurar que el cultivo por mayor, que es su consecuencia, despues de haber arruinado la Italia arruinaria insensiblemente la agricultura de los demás paises sujetos al imperio romano.

»En España, es decir, en el pueblo donde las sucesiones al infinito han dominado de un modo mas absoluto desde últimos del siglo XIII, donde las propiedades sin distincion de nobles ó plebeyos han dado materia para mayorazgos; y en donde la ley ha permitido exigirlos á los hombres de todas condiciones, allí podemos ver aun en el dia hasta que punto pueden llegar las consecuencias de un falso sistema de sucesion de aglomeracion de las propiedades y de su conservacion en unas mismas manos. Temiera no ser creido si dijese el corto número de propietarios á quienes pertenece el territorio de Roma y de Sicilia. Por lo mismo esta isla que por mucho tiempo fué el granero del Mediterráneo, en estos últimos años no ha recogido el trigo suficiente para su propio mantenimiento.

»Con la division de las propiedades, añadió el orador, se propaga necesariamente en gran parte de la sociedad el espíritu del hacendado, y es sabido que este tiene un carácter esencialmente conservador: adhiere al hombre que de el esté penetrado al órden de cosas que le protege en la posesion de sus bienes, y le hace enemigo de todo cambio aventurado. Esta division disminuye tambien sensiblemente, obrando de uno á otro, la clase proletaria la cual es tan peligrosa en todos los estados, y está siempre dispuesta á prestar elementos á las revueltas. Siendo incontestables estos resultados, es evidente que los gobiernos mas

sólidamente establecidos son los que tienen la ventaja de descansar en una mayor masa de propietarios. Sábese que desde la época de la revolucion se ha aumentado considerablemente el número de estos; y que á consecuencia de este cambio se han multiplicado las personas que profesan en general mayor respeto al órden y á la tranquilidad pública. Ha sido mucho mas difícil conmover á la clase popular desde el año 1800 hasta 1825, de lo que lo fué, por ejemplo, desde 1764 hasta 1792. Léanse con atencion las memorias mas auténticas sobre el período anterior á esta última fecha, y hasta procúrense la serie de los actos públicos del gobierno, y se verá hasta qué punto llegaban sus temores con respecto á la masa siempre creciente de los proletarios; cuyos temores por lo demás eran muy justos en vista de los motines y revueltas que entonces nacian del menor aumento de precio en los granos, y que siempre se ponian al frente una turba de vagabundos y de hombres sin hogar. No hubo medio que no se imaginase para librar á la nacion de esas peligrosas turbas, peligrosos proyectos de colonizacion de toda especie, levas arbitrarias y forzosas; y para sostener esas colonias, talleres industriales organizados militarmente, y á los que se llevaban á la fuerza todos aquellos á quienes tenia por conveniente echar el guante la policía; véanse los medios que todos los ministerios, desde el del duque de Choisseul, emplearon por espacio de los veinte y cinco años que precedieron á la revolucion.»

Mr. Pasquier acababa de probar por medio de la historia que la concentracion de la propiedad, lejos de ser un elemento de seguridad para los gobiernos, debia muy al contrario ser para ellos un semillero de desórdenes y de ruinas: Mr. Molé puso en evidencia la inmoralidad de la situacion en que el proyecto colocaba á los padres de familia; precisados á faltar al derecho del primogénito, si hacian testamento, y á despojar á los menores si dejaban de testar. El ministro guardasellos trató de demostrar la necesidad y la justicia de la ley por medio de este raciocinio: «Las costumbres tienden á la igualdad en los repartimientos; en esto convenís, se nos dice, y no obstante presentais una ley de desigualdad. Las leyes, se añade, deben ser la espresion de las costumbres. Pero, señores, esto es un abuso de palabras, un juego pueril de lenguaje y de ingenio: hase dicho con tanta justicia como exactitud que las leyes deben ser la espresion de las necesidades de la sociedad. Y en efecto, como no deben hacerse leyes cuando no son necesarias, ellas son una prueba palpitante de la necesidad que las ha hecho establecer. Pero que sean la espresion de las costumbres nadie puede suponerlo. Concibo, sin embargo, un medio para justificar esta asercion, aunque dudo que lo aprueben los mismos que la han presentado. Convengo en efecto en que las leyes son la espresion de las costumbres, pero en oposicion á estas, y no acordes con las mismas.» Despues de haber emitido esta singular doctrina, Mr. de Peyronnet se abandonó á largos y oscuros razonamientos acerca de la estabilidad de la monarquía, de la movilidad de la democracia, y del contrapeso que debe oponer la ley. Convino el ministro en que la ley de que se trataba no estaba exenta de inconvenientes como todas las cosas humanas; pero fuera tan absurdo desechar una ley porque ofrece algunos inconvenientes, como destruir los tronos porque alguna vez ha habido tiranos. En seguida rechazó la censura que se habia hecho de la ley diciendo que era contraria al derecho natural por medio de las consideraciones siguientes, en que se halla la confusion y la afectacion de solemnidad y de profundidad propia de todos los discursos de este ministro. «El hombre en el estado natural no tiene mas que dos afectos, simples y limitados, los cuales no van mas allá de la existencia y del bienestar material de los que son su objeto; no hay duda que ama á sus hijos; pero su amor con poco se contenta: pues le basta con que vivan y no sufran. Pero el hombre en estado social tiene afectos mas estensos y complicados. No se trata ya solo de la existencia material que él ha dado á otros, sino tambien de otra existencia moral y civil; y no solamente tienen hijos, sino familia. No se diga pues que se hiere á los sentimientos naturales del hombre que vive en sociedad, cuando se le suministran los medios de conservar su familia, sus bienes y su nombre, de satisfacer las necesidades de una existencia civil, que el honor, el cual es tambien un sentimiento natural, aunque solo se conozca que el estado social le hace preferir mil veces á esa existencia física que suponeis ser el único objeto de sus afectos.» Los sentimientos que invocais, sin duda son naturales, pero únicamente lo son en el estado salvaje y grosero de una naturaleza ignorante y brutal. Son naturales en medio de los bosques. Las que yo invoco, al contrario, son los sentimientos naturales del hombre moral, del hombre civilizado y culto. Elegid.»

El baron de Montalembert defendió tambien el derecho de primogenitura, aunque presentó otras consideraciones de distinto órden. Su opinion da á conocer y reasume la idea de la mayor parte de los partidarios del proyecto de ley del ministerio; dijo: «Nuestro código de sucesiones fué redactado bajo un sentimiento completamente antimonárquico, y es urgente reformarlo. Este código hace una guerra á muerte á la familia; y parece que se complace con una especie de furor en destruir todos nuestros recuerdos. Nuestros legisladores republicanos tenian una inconcebible ojeriza al hogar paterno; y su ley acabará por convertir á la Francia, por decirlo así, en una inmensa conejera, en que cada uno tendrá su escondrijo del cual no saldrá sino para procurarse una miserable subsistencia. Este código, en fin, solo establece la igualdad de la miseria. Nuestras leyes actuales sobre las sucesiones tienen la lamentable ventaja de poder combinarse tan bien con el sistema republicano, como con el despotismo; solamente son incompatibles con la monarquía constitucional, la cual en vano busco en la actual sociedad. Esta sociedad, en efecto, se halla dividida en dos clases: una de ellas entregada al comercio, á la industria y al trabajo mecánico, inclinada á las ideas republicanas; al paso que la otra que se halla en posesion de los destinos, empleos, dignidades, se deja llevar hácia los principios del poder absoluto. En este estado de cosas, nuestra forma actual de gobierno exige que para evitar un choque, exista otra clase intermedia que llamaré clase política, y esta es la que está llamada á fundarla y á sostener el proyecto de ley poniendo un dique al fraccionamiento de las propiedades, y reconstruyendo el patrimonio de las familias.»

Las sesiones de la cámara de pares eran secretas, y los periódicos solo podian publicar un resúmen de ellas: este silencio de la imprenta sobre unas deliberaciones cuyo resultado amenazaba á tantos intereses, mantenia suspensos los ánimos, cuya inquietud y agitacion iba en aumento con la incertidumbre. Llovian las peticiones de todos los puntos del reino y los diarios insertaban una infinidad de cartas de personas respetables y de hijos mayores, que se comprometian solemnemente á renunciar el privilegio que la nueva ley pudiese concederles. Por fin el dia 7 de abril la asamblea declaró terminada esta discusion, que Mr. de Villèle hubiera querido poder evitar, pero que debió sufrir, del mismo modo que tuvo que sufrir en 1823 la invasion de España (1). Este ministro no se hacia ilusion con respecto á las faltas del gobierno cuya direccion nominal tenia; su perspicacia se las hacia conocer, y hasta prever sus últimos resultados, pero siendo esclavo de su ambicion, preferia hacerse instrumento aunque pasivo de una política que él reprobaba, á correr el riesgo resistiendo de ser derribado por el partido cuya dominacion habia aceptado. El dia 8 todos los pares que se hallaban en Paris asistieron á la cámara. Púsose á votacion el artículo 1.°, y por o llamamiento para el escrutinio secreto se vió que habia doscientos ca-

(1) La ley de mayorazgos es una de las medidas impuestas á Mr. de Villèle por el partido clerical, como una consecuencia de la septenalidad. el presidente del consejo primero se retiró, y sobre este asunto medió una correspondencia entre él y el príncipe Polignac, que á la sazon se hallaba en la embajada de Londres; citaremos de esta correspondencia los pasajes siguientes; sacados de una contestacion dirigida por Mr. de Villèle al príncipe el 31 de octubre de 1825.

«. . . . . En cuanto al fraccionamiento de las propiedades, el mal se halla mucho mas en nuestras costumbres que en nuestras leyes. Ya nadie quiere vivir en el campo ni en sus haciendas; nuestros nobles todos, en cuanto pueden se hacen ciudadanos viviendo en la ciudad seis ó nueve meses para disfrutar de la sociedad, de las comodidades y de la facilidad de dar educacion y colocacion á sus hijos. No son bastante ricos para gozar de todo esto en el campo; y el mal bajo este aspecto va adquiriendo tales proporciones, que ya no se deja el campo por la ciudad sino hasta las ciudades de provincia por venir á Paris; de ahí procede el increíble aumento de esta capital, que apenas puede esplicarse.

»Seria equivocado creer que no se hacen mayorazgos porque son perpetuos; esto es hacernos sobrado honor: la actual generacion no se deja llevar por consideraciones tan remotas del tiempo que le pertenece. El difunto monarca nombró al conde K.., con la condicion de fundar un mayorazgo, pero este dejó de ser par antes de perjudicar á sus hijas en favor de sus hijos. De veinte familias acomodadas apenas hay una que ponga en uso la facultad de dar ventajas al mayor ó á otro hijo á espensas de los demás. El egoismo se halla en todas partes; prefiérese estar bien con todos los hijos, y al establecerles se comprometen á que ninguno de ellos salga con mas ventajas. Están en todas partes tan relajados los lazos de la subordinacion, que en las familias, creo que el padre se ve obligado á no incomodar á los hijos. Si el gobierno se propusiese restablecer el derecho de primogenitura, *no hallaria mayoría para obtenerlo*, porque el mal viene de mas lejos; hállase en nuestras costumbres que aun sufren las consecuencias de la revolucion.

»No digo que no deba hacerse algo para mejorar esta triste situacion, pero creo que en una sociedad tan enferma se necesita mucho tiempo y cuidado para no perder en un dia el fruto del trabajo de muchos años: saber hácia qué punto conviene ir, y no separarse nunca de él; adelantar siempre que es posible, un paso hácia el objeto propuesto; evitar las ocasiones que puedan obligar á retroceder: hé ahí lo que creo necesario en el tiempo en que he venido á encargarme de los negocios, y una de las causas por las que he subido al puesto que ocupo.»

torce votantes. El resultado de la votacion de este artículo fué ciento veinte votos en contra y noventa y cuatro en favor. Esta votacion echaba por tierra el artículo 2.° Quedaba pues solamente el artículo 3.° relativo á las sucesiones, el cual fué adoptado por ciento sesenta votos contra cincuenta y tres, y vino el solo á constituir la nueva ley.

A las pocas horas todo París sabia ya que habia sido desechado el derecho de primogenitura. Por la noche aparecieron repentinamente iluminados los cuarteles en que vive la clase comercial: las calles Nueve y Croix, de Petits-Champs, de Saint Honore, de Bourdonnais, de Thibautodoce, de Bertin-Poiree, de Beaubourg, de Saint Denis y de Saint-Martin eran las mas notables por su brillante iluminacion. Habia numerosos transparentes, adornados con divisas tales como las siguientes: ¡Honor á la cámara de pares! ¡Nunca sobrarán luces para ilustrar á los ministros! los que llamaban la atencion de la muchedumbre que discurria por los cuarteles, en medio de petardos disparados en las ventanas y en las puertas, gritando ¡Viva el rey! ¡viva la cámara de pares! No fue menor la alegría en los departamentos: todas las ciudades mercantiles celebraron igualmente por medio de iluminaciones la votacion de la cámara hereditaria; y en varios lugares los hermanos mayores dieron banquetes á los menores con que completaron estas demostraciones de universal regocijo.

El proyecto del ministerio, reducido al solo artículo 3.°, se llevó á la cámara electiva. Obligado Mr. de Villele y sus colegas á renunciar al derecho de primogenitura, querian salvar á lo menos las sucesiones. Los diputados liberales fueron los únicos que combatieron este fragmento de ley, el cual, puesto á votacion, el 10 de mayo despues de una discusion que duró tres dias, halló sin embargo setenta y seis opositores. Esta cuestion de las sucesiones desaparecia, por decirlo así, ante las protestas que se levantaron contra el derecho de primogenitura y las numerosas peticiones que llovieron sobre ambas cámaras; de modo que sin contar otras muchas, en la sesion de la cámara electiva el dia 8 de abril se leyeron sesenta y una. Propúsose que pasasen á la comision encargada del exámen de la ley; á lo cual se opuso Mr. de Saint-Chamans, quien pidió la órden del dia, por los motivos siguientes:

«Importa muchísimo no dar armas á un partido, cuyos sensibles progresos no puede ver sin espanto todo el que ama á la Francia: hablo del partido denominado liberal, cuyo desarrollo se ha manifestado desgraciadamente de un año acá en diferentes ocasiones. El mal ha nacido de la division de los realistas, y luego se ha aumentado con la influencia que dicho partido liberal ejerce en algunos realistas sin que ellos mismos lo conozcan, los cuales se dejan alucinar por falsas teorías. Para asustarles invócanse recuerdos ya muy antiguos: hablaseles de la preponderancia del papa en la potestad temporal de los reyes, y se les atemoriza con los jesuitas. Y precisamente en el siglo XIX en esta época de irreligion y de incredulidad, es cuando se temen los escesos del celo religioso! ¡Oh lamentable efecto del espíritu de partido! Los restos de los jesuitas, al cabo de sesenta años, todavía se ven perseguidos por los restos de los jansenistas, entre los aplausos de nuestros supuestos filósofos. (Una voz de la izquierda: ¡Oh! ¡oh! Ya hemos llegado!—Risas en la derecha.) A las ventajas que el partido liberal ha obtenido resultantes de estas diferentes causas de discordia, debe añadirse el influjo de algunos acontecimientos esteriores. Los principios que sostiene han triunfado en el Nuevo Mundo; y aun ha cobrado alimento por una reciente concesion del ministerio (1). Este partido nada descuida de cuanto es capaz de despertar y sostener el celo de sus adeptos: el fúnebre acompañamiento en el entierro de un distinguido orador que sostuvo con elocuencia peligrosas doctrinas (2), le ha servido para pasar revista á su milicia y las suscriciones le han proporcionado ocasion de contar sus partidarios en las provincias (3).»

La discordia de que hablaba Mr. de Saint-Chamans y que tenia divididos á los realistas era positiva, y varios hechos que pronto tendremos que referir, y cuyos rumores mantuvieron en espectativa la opinion pública durante la mayor parte del año 1826, debian poner enteramente al descubierto el cáncer oculto que llevaba la desorganizacion en medio del partido monárquico. Pero ante todo debemos hablar de un suceso religioso, el cual en lugar de escitar, como hubiera sucedido en otras circunstancias, un simple sentimiento de curiosidad y de sorpresa, vino á disponer los ánimos á la agitacion.

Es el jubileo una de las principales solemnidades del catolicismo: es juntamente un tiempo de penitencia y de gracia, en que el pontífice romano concede indulgencia plenaria general á todos los católicos que se sujetan á ciertas prácticas, y asisten á ciertas ceremonias piadosas. El gran jubileo antiguamente solo se celebraba una vez cada siglo; luego se repitió cada cincuenta años, y por fin cada veinte y cinco. El año 1825 fué la época de su primera celebracion en el siglo XIX, y en efecto, el año precedente se habia verificado en Roma, á donde acudieron mas de cien mil peregrinos de uno y de otro sexo. El papa celebró su conclusion pontificalmente el dia 26 de diciembre, víspera de Navidad; y cediendo á las instancias de Francia, España y de algunas otras naciones católicas, consintió en concederles por medio de bulas separadas y especiales el favor de permitirles celebrar aquella misma solemnidad, y que los respectivos súbditos hallasen en ella el mismo manantial de gracias espirituales. El principio del jubileo en Francia, señalado en la bula para el miercoles 15 de febrero de 1826, empezó en efecto en la mañana del mismo en la iglesia metropolitana de París. El clero desplegó la mayor pompa y aparato. Presentaron al arzobispo en una rica almohada la bula pontificia, é hizo públicamente su lectura; el nuncio con vestido pontifical entonó el *Veni, Creator*; celebró el oficio el cardenal príncipe de Ervi, arzobispo de Rouen y gran limosnero de Francia. Sacaron de la iglesia las reliquias de san Pedro y san Pablo y dieron procesionalmente la vuelta por la plaza de enfrente la puerta del templo, con un acompañamiento del cual formaban parte varios mariscales de Francia, quince ó veinte generales, una multitud de altos funcionarios, diez ó doce obispos, y cuatro individuos de la real familia; á saber, la duquesa de Orleans, su cuñada la princesa Adelaida, y las duquesas de Angulema y de Berri. Esta ceremonia, que principió á las nueve de la mañana y concluyó á las doce y media, fué anunciada al pueblo por Mr. de Quelen, en un edicto en que el prelado fijaba la terminacion del jubileo en el 15 de agosto. El papa en la bula por la cual consentia en estender á la Francia los beneficios de esta solemnidad, recomendaba al clero con instancia «que combatiese con nuevo ardor para que desapareciesen de entre los fieles los libros que pervertian las costumbres y minaban los cimientos de la fé.» Y Mr. de Quelen, mostrándose dócil á dicha intimacion, declamaba fuertemente en su edicto contra las doctrinas pestilenciales, contra la ponzoña de los malos libros que circulaba por todas las venas del cuerpo social de una manera capaz de estender la infeccion á muchas generaciones.» Este grito de union contra los libros y contra la imprenta dado por el jefe del catolicismo y por la primera autoridad eclesiástica del reino, fué defendido con todo rigor; y mientras por una parte así en los periódicos como en la tribuna y en la barra de los tribunales no se oian mas que quejas sobre el influjo que ejercian en todos los ramos del gobierno y de la administracion los jesuitas y sus afiliados, por otra desde los púlpitos de todas las iglesias pronto llovieron acusaciones contra los libros impíos, y los anatemas contra los propagadores de máximas antireligiosas.

Empezado el jubileo, no tardaron en llamar la atencion pública las prácticas esteriores que impone á los fieles y al clero. El edicto arzobispal mandaba entre otras ceremonias que se hiciesen cuatro procesiones generales. La primera se celebró el 17 de marzo con una pompa y solemnidad cual nunca se hubiese visto. El interior del templo de Nuestra Señora estaba adornado con la mayor magnificencia; la plaza que forma el atrio del templo estaba vistosa y magníficamente adornada de damascos y tapices azules flordelisados, y todas las calles de la carrera que debia seguir la procesion se hallaban igualmente llenas de colgaduras y damascos con el pavimento encarnado. La comitiva salió de la iglesia en el órden siguiente: precedia un destacamento de gendarmería, y seguian sucesivamente los alumnos de todos los seminarios con sobrepellices; el clero de todas las iglesias de París, con sus insignias sacerdotales; el cabildo metropolitano; el tabernáculo con las reliquias de san Pedro y san Pablo, el cual llevaban cuatro ministros y le seguian varios obispos; el arzobispo de París acompañado de sus vicarios generales; el duque de Orleans y su hijo menor el duque de Chartres; las princesas de la real familia y sus damas; el duque de Angulema y los empleados de su casa; el rey y sus grandes oficiales. Carlos X y los príncipes iban escoltados por cien suizos y los guardias de corps. Detrás del rey venian los mariscales, un sinnúmero de pares y de diputados, altos funcionarios, y una multitud de generales y oficiales superiores del ejercito. Esta larga procesion, cuyo tránsito duró lo mas de media hora, se detuvo sucesivamente: primero bajo del peristilo del Hotel-Dieu, donde se habia erigido un altar; luego en la iglesia de la Sorbona y en la de Santa Genoveva. Formaban la linea en las calles por donde pasó, la guardia real y la tropa de línea. Esta procesion duró cuatro horas. La misma pompa y solemnidad reinó en la segunda y siguientes, cuyas estaciones, establecidas en las principales parro-

(1) La emancipacion de Santo Domingo.
(2) El general Foy.
(3) La suscripcion en favor de la familia del mismo general Foy.

quias, fueron causa de que dichas procesiones pasasen por los cuarteles mas populosos y de mayor tráfico. La cuarta y última, que se verificó el 3 de mayo, fué la mas brillante; y en verdad su objeto no era enteramente religioso. Una de las estaciones en que la procesion debia detenerse era la iglesia de la Asuncion, situada cerca de la plaza de Luis XV. Los consejeros de Carlos X le determinaron á que aprovechase esta oportunidad para proceder finalmente á la bendicion y colocacion de la primera piedra del monumento que en 1815 votó la cámara para Luis XVI, y que todavía esperaba que se empezasen sus cimientos. Para dar á esta ceremonia un carácter de majestad que impresionase vivamente los ánimos, desplegóse toda la pompa de la religion y toda la ostentacion y boato que puede dar á una solemnidad la presencia de las grandes corporaciones del estado.

Habiendo salido la procesion de la iglesia de Nuestra Señora, dirigióse primero hácia la iglesia de San Germain l'Auxerrois, que estaba señalada para la primera estacion. Los pares y los diputados; el tribunal de casacion, el tribunal real, el de cuentas, los civiles y el de comercio; el consejo real de la universidad; los estados mayores de la guardia nacional, de los inválidos, de la division militar y de la plaza; en una palabra todos los empleados, funcionarios y autoridades no solo de Paris, sino del departamento del Sena, se veian formando detrás del duque de Angulema y del rey, que iban acompañados de los ministros, mariscales, grandes y principales empleados de sus palacios, caballeros de las órdenes (cordones azules) y grandes cruces de San Luis y de la Legion de Honor. Nunca se habia visto un clero tan numeroso; los alumnos de los seminarios comprendidos en un radio de muchas leguas, los capellanes de todos los colegios, los clerigos de todas las iglesias y capillas, formaban un total de mas de dos mil eclesiásticos, que iban dispuestos en dos líneas, seguidos del nuncio del papa, de los cardenales Latil, de Croi y de Lafare, del arzobispo de Paris y de varios obispos. La segunda estacion fué en San Roque, y la tercera en la iglesia de la Asuncion. Despues que en esta última parroquia concluyeron las oraciones particulares del jubileo, aquel interminable acompañamiento fué á desplegarse en la plaza de Luis XV. Habia en el centro de la misma un vasto pabellon superado de una cruz, cubierto de colgaduras de terciopelo violado; y dentro un altar al cual se llegaba por las cuatro caras por otras tantas escalinatas: «Una salva de artillería, dice el Monitor, anunció la llegada de la procesion, y su desfile ofreció el espectáculo mas imponente que cabe imaginar. Esa antigua nacion francesa con el heredero de sesenta reyes en frente, iba precedida de los regalos que Carlomagno hizo á la iglesia de Paris, y de las conquistas religiosas que San Luis trajo de los Santos Lugares. Los prelados y los sacerdotes subieron al altar; y por tres veces consecutivas elevaron al cielo el grito de perdon y de misericordia. Los espectadores se postraron de rodillas, reinando profundo silencio en torno del altar así como en toda la plaza; pues el mismo dolor abatia al pueblo y a los magnates, y hasta el rey tenia los ojos llenos de lágrimas.» Detrás de Carlos X y mezclado entre los cardenales y prelados oficiantes habia un hombre que permanecia igualmente arrodillado y en actitud de afliccion, el cual parecia puesto en aquel sitio por el genio de la revolucion como una viva y satírica protesta contra estos llamamientos á la fe política y religiosa de un pasado que ha desaparecido. Cubierto de adornos de un lujo el mas mundano, de bordados y de insignias, conformando sus pasos y sus movimientos á los del hermano de Luis XVI, como gran chambelan del monarca; este personaje, esta dignidad eclesiástica, á quien todo Paris vió celebrar en el campo de Marte la misa de la confederacion; este prelado casado, que siendo ministro del directorio, habia celebrado durante muchos años como fiesta nacional el aniversario de ese mismo suplicio político, que era objeto de tantas lágrimas, era, por decirlo de una vez, el antiguo obispo de Autun, príncipe de Talleyrand. Terminadas las oraciones, el arzobispo de Paris bendijo la primera piedra del monumento: el rey la colocó y la selló segun el acostumbrado ceremonial. Hubo luego otra salva, gritóse ¡viva el rey! y la procesion continuó su camino hácia Nuestra Señora. Formaban la línea desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la plaza de Luis XV seis mil hombres tanto de la guardia nacional, como de la guardia real y de línea, segun añade el Monitor, y ciento cincuenta generales que iban despues de los pares, diputados y magistrados que aprovecharon con ansia esta ocasion para dar al rey una nueva prueba de sus sentimientos de ilimitada adhesion (1).

(1) A esta última procesion no asistió ninguna familia de Orleans. En una nota *del Monitor* se daba por motivo de esta ausencia que la parte espiatoria de la ceremonia esplicaba bastante una enfermedad de los tres hijos del duque, de cuya naturaleza y gravedad no decia una palabra este diario oficial.

Estas procesiones, estas espiaciones y rogativas que, segun decian los diarios de la Congregacion, «señalaban para la Francia una era nueva de santidad, de gloria y de virtud,» causaban cierto asombro e inquietud en el pueblo de Paris. Era la primera vez que las generaciones de estos tiempos veian los muelles, las calles y plazas llenas de estas interminables hileras de sacerdotes cantando salmos y letanías y paseando solemnemente las reliquias de algunos santos, y arrastrando devotamente en pos de sí al rey, á los cuerpos legislativos, a la magistratura, á la administracion y al ejército. La multitud en medio de su sorpresa y de su ignorancia, acogia las suposiciones mas absurdas. Carlos X asistió á las tres procesiones en traje de teniente general; en la última, que era una especie de ceremonia fúnebre en honor de su hermano, iba de luto. Para los reyes el color de luto es violado, igual al que llevan los prelados; bajo este supuesto se difundió el rumor en las clases trabajadoras y media de que el rey, habiendo tomado en secreto las órdenes sagradas, siendo promovido á obispo, cumplia en estas ceremonias las condiciones impuestas por este singular favor, junto con la penitencia por los errores de su juventud.

Este rumor puede dar una idea de la emocion que causaron en la poblacion de Paris las procesiones generales del jubileo, las cuales se apresuraron á imitar todas las ciudades de los departamentos desplegando en estas ceremonias el zelo exagerado que forma el carácter particular de estas demostraciones mandadas al fervor político ó devoto de las clases oficiales de provincia. La celebracion del jubileo y la discusion de la ley de mayorazgos fue á un mismo tiempo; de manera que la relacion de las solemnidades religiosas llegaba á los lectores de los periódicos al mismo tiempo que la de los debates abiertos en la cámara de pares acerca de la ley de privilegio sometida á dicha asamblea; porque la curiosidad pública se hallaba fuertemente escitada y agitados los ánimos con estas dos especies de sucesos. En esto anuncióse la publicacion de una obra titulada: «Memoria que debe consultarse sobre un sistema religioso y político que tiende á destruir la religion, la sociedad y el trono.» El autor de este libro denunciaba á la Francia la existencia de la congregacion y descubria el secreto de su organizacion y de sus actos. Despues de haber dado pormenores idénticos á los que hemos publicado anteriormente sobre el origen de esta asociacion; despues de haber hablado de sus progresos y sucesivas usurpaciones en el gobierno, el autor añadia:

«No basta á la congregacion haberse hecho dueña de los destinos de ambas policías y del ministerio; su dominio en todas las partes del reino da lugar á un nuevo sistema de vigilancia. El espionaje era en otro tiempo un oficio que el dinero encargaba á la bajeza; pero hoy se encomienda á la probidad. Segun los deberes que la congregacion le impone, se asegura que el espionaje es obra de conciencia y falta muy poco para darle cartas de nobleza: bajo este aspecto las clases inferiores de la sociedad son tratadas lo mismo que las superiores. Por medio de una asociacion llamada de San José todos los trabajadores se hallan clasificados y subordinados. Se les han señalado algunos vendedores de vino, como que lo dan mas barato, y al mismo tiempo que los emborrachan les dan fórmulas completas de buenas máximas y de oraciones para rezar. Hasta han tenido cuidado de apoderarse de la colocacion de criados; y he visto en Paris camareras y lacayos que se presentaban como aprobados por la congregacion.

»Las aldeas, los empleados de la corte, la guardia real, de todo se ha apoderado la congregacion. Nada sé de positivo con respecto á la cámara de pares; pero en la de diputados, en abril último habia, segun vemos, ciento treinta miembros de la congregacion, y segun otros se contaban ciento cincuenta. Cierto diputado congregante, de quien pude informarme, solo me dijo haber ciento cinco; pero desde entonces el numero se ha aumentado. La congregacion llena la capital, pero principalmente predomina en las provincias, y en ella forma bajo el influjo de los obispos y de los vicarios generales afiliados parcialidades, que son otros tantos espantajos de los magistrados, de los gobernadores, prefectos y subprefectos, e imponen la ley desde allí al gobierno y al ministerio.

»¿Quereis inspirar respecto hácia los sacerdotes? añadia el autor de este libro: en nombre de Dios no los mezcleis en los négocios del mundo; y digan lo que quieran no les permitais prostituirse en el pormenor de las humanas miserias. Así como encerrais los vasos sagrados en los tabernaculos, y solo les presentais á la vista del publico en las grandes solemnidades, y aun esto con muchos miramientos, haced lo mismo con los sacerdotes. No permitais que vayan á ostentarse en vuestras

(1) La reunion de las Misiones estranjeras de la calle de Bac, ella sola contaba ya entre sus miembros diez y ocho pares de Francia.

fiestas: pues los ministros del Señor son como los vasos sagrados, y emplearlos en los usos del mundo es profanarlos.» La conclusion de esta memoria era como sigue: «Las cuatro grandes calamidades indicadas en la presente memoria; á saber: la congregacion, el jesuitismo, el ultramontanismo y el sistema de usurpacion del clero, amenazan la seguridad del estado, de la sociedad y de la religion: están señaladas por nuestras antiguas leyes, las cuales ni están derogadas ni han caido en desuso. El haberlas infringido constituye un delito, el cual por lo mismo que pone en peligro al trono, á la sociedad y la religion, se califica de crimen de lesa majestad; y tratándose de los crímenes de esta clase la denuncia no está permitida á todos, sino que aun está mandada: la acusacion puede llevarse ante el procurador general, y ante todos los magistrados de los tribunales reales. En cuanto a la especie del delito, como es general, pareceme que igualmente debe ser general la denuncia, y dirigida no á un solo tribunal en particular, sino á todos los tribunales reales del reino. Este es mi sentir: así suplico á los señores jurisconsultos de los tribunales reales, á cuyo juicio lo someto, se sirvan confirmarlo ó rectificarlo.»

Hacia diez años que todos los instrumentos del poder negaban con calor la existencia, así de la congregacion, como de los jesuitas; pero la osadía de esta negativa no podia sostenerse ante las revelaciones de la memoria consultiva, cuyo libro disipaba las dudas y abria los ojos á todos. La verdad de su contenido no solo era puesta en evidencia por la exactitud de los pormenores, como tambien de la reunion y encadenamiento de los hechos, sino que tenia un garante seguro en la vida pasada de su autor, el conde de Montlosier, miembro de la asamblea constituyente, donde fué uno de los oradores mas acalorados del lado derecho; antiguo emigrado, que solo habia dejado las armas por seguir combatiendo en favor de la antigua monarquía en las publicaciones periódicas, ó en los libros, que respiraban el realismo mas exaltado. Todavía en muchos pasajes de su memoria se hallaban vestigios de sus preocupaciones contrarevolucionarias y del espíritu ultramonárquico de sus polémicas. Para él el partido político representado por los diputados de la izquierda continuaba siendo como siempre la gente liberal y revolucionaria. Acusado por los periódicos liberales de que queria volver á poner la Francia bajo el régimen feudal, con motivo de varias publicaciones recientes, en que defendió con calor esta institucion, las grandes propiedades y el doble voto, contestaba á estas críticas en algunos pasajes de su memoria consultiva, diciendo: «Los liberales al ver que con la nueva ley electoral se escapa de sus manos la preponderancia de las reducidas propiedades, claman diciendo que volvemos al antiguo regimen, y hasta que hemos vuelto ya á él. A su voz que ha resonado en toda la Francia, todo el mundo se ha vuelto á mirar de todos lados; y ¡oh sorpresa! en lugar de la Bastilla, se ha hallado á Montrouge; en lugar de la caballería hemos hallado los frailes; en lugar de la antigua nobleza, la congregacion: todo esto nos ha sobrevenido como una fantasmagoría; ha sido menester que pasasen algunos años para creerlo. Los jesuitas inundaban la Francia y no lo sabíamos; las congregaciones ocupaban todos los puestos y no las veíamos; y aun hoy gran parte de la nacion lo ignora ó lo duda.»

La memoria consultiva obtuvo un éxito asombroso; y tal que en pocas semanas se imprimieron siete ú ocho ediciones; y mientras que por un lado los periódicos liberales conceptuaban al autor como una alma generosa, que desprendida de sus antiguas preocupaciones se entregaba á la causa de la libertad civil y religiosa con el mismo ardor y fuerza de conviccion que empleó antes en combatir los principios de la revolucion, por otro los periódicos congregantes lo designaban como un espíritu falso y herido de un vértigo, como un monomaniático sediento de fama, que movido solo del interés de su vanidad y del deseo de meter ruido, hacia traicion á la causa que antes habia sostenido con la voz, con la pluma y con la espada. Pero estas injurias no dejaron todavía satisfecha la sed de venganza de la congregacion: Mr. de Montlosier disfrutaba desde el año 1801 sobre los fondos del ministerio de negocios estranjeros una pension que le concedió el gobierno á título de publicista, aunque en realidad era una indemnizacion por haber consentido en hacer cesar un periódico en francés que publicaba Mr. de Montlosier en Inglaterra titulado: el Correo de Londres. El ministerio le quitó dicha pension.

El conde de Montlosier, pues, habia dedicado toda su vida á la defensa del régimen antiguo, y á combatir el nuevo; por consiguiente su ataque al jesuitismo señalaba y probaba la discordia que cundia en el partido realista, de la que habló Mr. de Saint-Chamans, aunque este diputado no descubrió su verdadera causa. El nacimiento, los méritos y servicios contraidos durante la emigracion ó la guerra civil, las persecuciones y padecimientos sufridos en tiempo de la república ó del imperio, y el zelo realista, tales eran los títulos que desde 1814 hasta 1822 aseguraban los favores y gracias del gobierno principalmente en la administracion y en el ejército. Pero estos títulos perdieron su valor desde que la congregacion se habia enseñoreado del ministerio y de todos los puestos políticos influyentes; y sus afiliados colocados en todas las avenidas del poder cerraron poco á poco la entrada á los hombres que no pertenecian á la asociacion, y muy pronto solo tuvieron acceso á él los congregantes. Por otra parte cuanto mas la sociedad se estendia, mas obligada se veia á mostrarse esclusivista. Los empleos no eran tan numerosos que pudiesen contentar á todos sus adeptos; y así aquellos realistas que por su honrado carácter, por su talento ó por su indole y costumbres independientes no querian someterse á las práticas de la congregacion y rechazaban su yugo, eran pues sacrificados en beneficio de una turba de intrigantes y de pretendientes, hombres la mayor parte oscuros, sin pasado y sin antecedentes políticos; incansables aduladores del poder, prontos á tomar todos los trajes y todas las máscaras, quienes acudian afanosos á afiliarse, y siendo estraños á toda creencia, afectaban sin reparo la devocion mas austera, asistian con hipócrita compuncion á todos los oficios y funciones de la iglesia; comulgaban en público, y ensalzaban á cada paso los grandes servicios hechos *por la Compañía de Jesus á la religion y al mundo, poniéndola sobre los derechos de los reyes* y hasta del papa. Este sistema de preferencias y de esclusiones seguido silenciosamente desde 1822, tuvo por resultado que en 1826 la congregacion, sus afiliados y sus adictos formaban una parcialidad en medio del antiguo partido realista. La desaparicion del lado izquierdo en la cámara de diputados no dejó de influir en la separacion de los dos principios que constituian la opinion monárquica y religiosa. Mientras que la derecha tuvo que defenderse de los ataques de una oposicion liberal, grande por el talento de sus oradores y temible por su número, la necesidad de la lucha mantuvo estrechamente unidos á los miembros de dicho lado de la cámara; pero luego que faltaron en esta los diputados liberales, y que los realistas se hallaron sin opositores, inmediatamente nació un conflicto de influencias entre los vencedores. En el gobierno triunfaba el elemento religioso sobre el esclusivamente político; los hombres en que estaba personificado el primer principio, siendo dueños absolutos del poder lo entregaban esclusivamente á la congregacion. Sus adversarios para alcanzarlos llevaron su oposicion al terreno del jesuitismo. La necesidad de un texto de acusacion á Mr. de Villele y á sus colegas, no entraba sin embargo en tanta parte como pudiera creerse en la eleccion del mismo texto; pues el predominio de la Iglesia en el estado á los ojos de muchos realistas de la oposicion era un peligro para la monarquía no menos grave que el triunfo del liberalismo, y estaban sinceramente convencidos de que el interés del trono exigia que pusiesen un dique á las usurpaciones del poder clerical que ellos mismos habian acrecentado y robustecido, y cuya audacia llegaba al fin á causarles zozobra, y á turbar hasta en el fondo de las provincias mas lejanas á los realistas mas notorios y mas acendrados. El mismo Mr. de Montlosier, entre otros, hubo de chocar, segun se decia, no pocas veces con el poder clerical en su departamento y habia tenido que quejarse de su altanera intolerancia; hasta que vino á Paris, visitó á sus amigos de la estrema derecha, tomó informes y dió á luz su Memoria consultiva.

Las consultas que escitaba no se hicieron esperar mucho tiempo: las salas de justicia del reino se apoderaron á porfía de la cuestion suscitada por la Memoria, y fueron de sentir que los hechos designados por el autor eran bastantes graves para formar el objeto de una denuncia formal á la magistratura: el derecho y el deber de este fuera, decian, reunir y examinar los hechos denunciados, señalarles su carácter, y decidir si es competente ó no para su prosecucion. Inmediatamente Mr. de Montlosier se ocupó en preparar su denuncia; y mientras se entregaba á esta tarea, otras publicaciones inesperadas vinieron á confirmar sus descubrimientos acerca de la existencia de las muchas asociaciones formadas por la congregacion, y que la convertian en un verdadero poder dentro del estado, y teniendo como tal su administracion, sus consejos, sus agentes, su hacienda, y hasta una especie de milicia. Publicóse la Memoria el dia 1.º de marzo, y el 8 del mismo el arzobispo de Besanzon, par de Francia y consejero de estado, publicó en la metrópoli de su diócesi con motivo del jubileo un edicto y á continuacion un acto intitulado: Resúmen del reglamento de la asociacion formada para la propagacion de la fé.» Este resúmen, que como segundo título llevaba escrito este epígrafe: *Ad majorem Dei gloriam* (1), constaba de

(1) *Para la mayor gloria de Dios*. Esta es la divisa de la compañía de Jesus. Las cuatro iniciales de estas cuatro palabras latinas A. M. D. G. formaron monograma de dicha compañía, el cual á veces solo consta de las dos primeras A. M. y en este caso estan enlazadas.

veinte artículos reglamentarios de los cuales citaremos los siguientes:

«Artículos 1.°, 2.° y 3.° Fúndase en Francia una asociacion piadosa bajo la denominacion de sociedad para la propagacion de la fé; la que tiene por fin estender la comunion de los fieles católicos, ausiliando con cuantos medios estén en su mano á los misioneros encargados de difundir la luz de la fé. Compónese de fieles de uno y de otro sexo.

»Art. 4.° y 5.° La sociedad se compone de divisiones, centurias y secciones. Diez miembros forman una seccion, diez secciones una centuria, y diez centurias una division.

»Art. 6.° La sociedad se halla regida por un consejo superior, residente en Paris; por dos consejos centrales, uno en Paris para el norte de Francia, y otro en Lyon para el mediodía; por consejos generales establecidos en cada ciudad metropolitana, y por consejos particulares en cada diócesis.

»Art. 7.°, 8.°, 9.° y 10. Cada division, centuria ó seccion reconoce un jefe. Los jefes de division son nombrados por los consejos generales, y se corresponden con el consejo particular de su diócesis y con los jefes de sus centurias. Estos son nombrados por el jefe de su division, y se corresponden con este jefe y con los de sus secciones. Estos últimos son nombrados por el jefe de su centuria y se corresponden con él.

»Art. 11. Para llamar las gracias de Dios sobre la sociedad, cada asociado rezará cada dia un Padre nuestro y Ave María, para lo cual le bastará aplicar su intencion á este objeto una vez por todos el Padre nuestro y Ave María de su oracion de la mañana ó de la noche, á lo que añadirá esta invocacion. «San Francisco Javier, ruega por nosotros.»

»Art. 13. La sociedad elige como épocas particularmente destinadas á oraciones y acciones de gracias la fiesta de la Invocacion de la Santa Cruz, el aniversario de la fundacion de la sociedad en Lyon (el 3 de mayo de 1822) y la fiesta de San Francisco Javier, al cual reconoce por su patron (1).

»Art. 16. Cada socio dará cinco céntimos semanalmente.

»Art. 17, 18 y 19. Los jefes de seccion recogerán las retribuciones, cuyo producto pondrán en el primer domingo de cada mes en manos del jefe de centuria y cada uno es responsable de diez retribuciones: los jefes de centuria entregan mensualmente á los jefes de su division las cantidades que recibieron de los jefes de seccion; y los jefes de su division dan cuenta de lo recaudado á la primera junta, del consejo particular diocesano.

»Art. 20. El consejo superior está encargado de la distribucion y reparticion de fondos.»

El arzobispo, al publicar este estracto, amonestaba á todos los fieles de su diócesis «á que entrasen en esta piadosa asociacion y adoptasen su espíritu y sus prácticas.»

La publicacion de este reglamento promovió una viva polémica entre los diarios subvencionados por el gobierno y los demás, inclusos los periódicos realistas independientes. Los primeros defendian la legalidad de la asociacion, ensalzaban su objeto, y no tenian bastantes frases para elogiar al famoso instituto que la habia fundado y que la dirigia. Otros decian: Semejante autoridad, instituida fuera de la soberanía, hubiera llamado sobre sí el rayo de la venganza real hasta en los dias de Felipe el Largo. ¡Qué órden y qué armonía no resalta en esa sociedad fuera del órden! Todo se apoya y se enlaza en esta asociacion criminal: la correspondencia mas regular une entre él las partes mas distantes de este cuerpo monstruoso. A una señal del consejo superior, parten las órdenes, vuelan las instrucciones hasta los estremos del reino. En pocos dias los sectarios han recibido las órdenes de Montrouge (2). La actividad de las señales del gobierno cede á la prontitud de los telégrafos jesuíticos. En todas partes la autoridad legítima se ve sobrepujada del mismo modo que en todas se halla invadida por un poder escéntrico que la insulta y la desafía. Los cálculos formados á consecuencia de estas consideraciones hacen subir algunos millones el producto total durante los cuatro últimos años del sueldo semanal impuesto á los afiliados de ambos sexos.

Al edicto del arzobispo de Besanzon añadióse casi al mismo tiempo una circular que el abate Lesurre, vicario general del arzobispado de Rouen, dirigió al clero de su diócesis, encargándole dar todo apoyo á la sociedad y procurarle afiliados. Él mismo anunciaba en dicha circular que su superior el príncipe de Croix, arzobispo de Rouen, gran limosnero de Francia y cardenal, era el presidente del consejo superior de la institucion, y que este prelado habia solitado en favor de la misma por medio de cartas auténticas, el concurso y el apoyo de todos los obispos del reino. Añadia que fundada, como se ha visto, en 1822, en la época en que la congregacion habia promovido por todos los medios posibles la formacion de sociedades anejas, la asociacion para la propagacion de la fé, en 15 de marzo de 1823, recibió del papa Pio VII privilegios espirituales y numerosas indulgencias, lo que debia atraerle la mayoría de los fieles.

Con estas sucesivas revelaciones ya toda duda era imposible: la Francia realmente estaba envuelta en una vasta red de sociedades religiosas secretas promovidas y dirigidas por la Compañía de Jesus, las cuales contaban entre sus miembros, niños, mujeres, estudiantes, cardenales y reyes, y que bajo diversas formas ó con diferentes títulos, no eran en realidad otra cosa que el mismo jesuitismo. Conmoviéronse los hombres de todas opiniones, las imaginaciones asustadas no vieron ya mas que el poderío conquistado por la congregacion y por los jesuitas: desde el uno al otro estremo del reino su nombre estaba en boca de todos, y por todas partes creian ver jesuitas y congregantes. La alarma llegó hasta el seno de la cámara de diputados; y uno de los miembros mas acalorados de la derecha, un magistrado, cuya adhesion á los Borbones y á la monarquía no era dable poner en duda, Mr. Agier, en fin, fué quien el dia 15 de mayo llevó esta cuestion á la tribuna, con motivo de la discusion del presupuesto de la guerra, y de las dimisiones que cada dia eran mas numerosas entre los jefes de todas graduaciones. Despues de haber atribuido la causa de tales dimisiones al desaliento producido en el ejército por escándalo de numerosos é inmerecidos ascensos; y por una inquisicion vil é intrigante que se encubria con la capa de religion, el orador añadió: Apenas la Francia es dueña de dominar su emocion viendo lo espiritual amenazando invadir lo temporal. (Esplosion de murmullos en los bancos ministeriales; interrupcion.)

Mr. Agier, á los interruptores: «Señores, los murmullos no son respuestas. A mas de que no creais que pretenda hablar de los jesuitas. Aunque la Compañía de Jesus tienda á la dominacion y á las usurpaciones, digo sin temor que no temo tanto á los miembros de este instituto dedicados á la predicacion y á la enseñanza, ni me parecen tan peligrosos, sino los jesuitas que en el mundo visten nuestro traje. Ni creais tampoco que pretendo hablar de las asociaciones misteriosas fundadas para practicar buenas obras; quiero tan solo hablar de esa asociacion que ha jurado odio á nuestras instituciones, aun cuando para lograr su intento deba comprometer hasta los verdaderos intereses de la religion.

»Si me preguntan su nombre, contestaré enseñando sus efectos y sus obras: con su espíritu inquisitorial aleja los corazones, así de la religion como del rey; perturba la fé en lugar de robustecerla; introduce la division en las familias y entre los amigos; no teme atacar la fidelidad mas absoluta, ni negar ó desacreditar los servicios mas señalados é incontestables. Ni la conducta mas pura, ni la piedad mas acendrada son bastantes muchas veces á librar á los ciudadanos mas virtuosos del vil espionaje de los agentes mas subalternos, de las denuncias mas injustas y de las mas infames calumnias: siendo la peor desgracia que solo ella ha introducido la discordia en medio de los realistas. No creais que trate de distinto modo á los amantes de la monarquía y del rey, pues protege y prohija á hombres que nunca figuraron en sus filas, cuando estos hombres quieren entregarse á ella. Con su secreto influjo hace temblar á los prefectos y subprefectos cuando estos no son sus adeptos, y hasta domina al ministerio. (Prolongado movimiento en la asamblea.)

«Dígaseme, sino, ¿de dónde le ha venido ese poder de dar y quitar empleos así en la milicia como en lo civil? Tuvimos ese corruptor sistema de báscula que por poco pierde á la monarquía, y que todos combatimos. Si ahora tuviésemos la corrupcion de la hipocresía, hecha un medio de ascender, se alteraria el carácter leal de nuestra nacion, y por consiguiente se perjudicaria á la religion y correria peligro la monarquía. No se diga que exagero: la lucha que hoy existe entre lo espiritual y lo temporal ni puede en efecto prolongarse sin engendrar, por una inevitable reaccion, el presbiterianismo. Supongamos que la multitud se halla en el caso de escoger entre ambas religiones, ¿que riesgos no correria el catolicismo y la monarquía?

»Que los ejemplos de la historia no sean perdidos para nosotros ni para el ministerio; que rompa decididamente el yugo de este poder oculto, que no tardaria en derribarle: que venga á combatirlo en esta tribuna y repruebe los proyectos que está meditando contra nuestras libertades políticas y religiosas!»

(1) San Francisco Javier, patron de la sociedad para la propagacion de la Fé, fué uno de los primeros y mas fervientes apóstoles de san Ignacio de Loyola: segun la leyenda, recibió del cielo ya redactados los votos que desde entonces pronunciaban los miembros de la Compañía de Jesus. San Ignacio y san Francisco Javier son los principales *patrones* celestiales de los jesuitas.

(2) *Montrouge*, pueblecillo á las puertas de Paris, donde los jesuitas fundaron una casa profesa ó madre.

Esta interpelacion al principio quedó sin respuesta; pues siendo miembros de la congregacion Mr. de Villele y sus colegas ni podian reprobarla, ni combatirla. No obstante apremiados hasta por sus mismos amigos para que diesen una satisfaccion cualquiera á la opinion pública, y para que disminuyera ó atenuara mediante algunas esplicaciones el deplorable efecto producido por la Memoria consultiva y los descubrimientos que á ella se siguieron, los ministros, al cabo de diez dias de indecision, confiaron a Mr. de Frayssinous el encargo, no de desmentir la existencia de la congregacion y el restablecimiento de los jesuitas en Francia; pues era imposible desmentir ninguno de estos dos hechos; sino de negar el influjo atribuido á los congregantes y justificar la vuelta de la compañía de Jesus. Fué esto el 25 de mayo con motivo de la discusion del presupuesto de su ministerio: entonces el obispo de Hermópolis rechazando la inculpacion de intolerancia y de espíritu de dominio en el clero, se decidió al fin á entrar en las cuestiones que con tal fuerza traian agitados los ánimos. Afirmó que fiel á su mision de tolerancia y de caridad, y hasta indiferente por las diferentes formas de gobierno, la Iglesia no tenia la menor tendencia hácia unos principios inconciliables con el nuevo código político del reino; que ni en sus doctrinas, ni en sus actos el clero francés dió el menor pretesto para las inculpaciones de usurpacion dirigidas contra el: y en seguida añadió: ¿Acaso las pruebas de su espíritu invasor se hallarán en la existencia de un poder oculto que se halla en todas partes y en ninguna, en una palabra, ya que es preciso llamarla por su nombre, en la congregacion?

Al oir esta palabra manifestóse un vivo sentimiento de sorpresa y de curiosidad en todos los bancos de la asamblea, y muchos diputados se levantaron de sus asientos, y para oir mejor se colocaron al pié de la tribuna y en los corredores inmediatos á la misma. Cuando cesó el rumor producido por este cambio de lugar y despues que se restableció el silencio, prosiguió Mr. de Frayssinous en estos términos:

«Si, señores; hace veinte y siete años que en el seno mismo de la capital existe una reunion, la cual ni un solo dia ha dejado de existir. (Esclamaciones confusas, seguidas de un profundo silencio.) Por mi parte puedo hablar con tanta mayor imparcialidad, en cuanto no pertenezco á ella. No lo he querido, aunque varias veces se me ha propuesto, no porque no profese hácia la misma la mayor estimacion y respeto; hasta he hecho ingresar en ella á varios jóvenes que asi lo deseaban ó me lo pidieron sus familias, y siempre he hallado motivos para felicitarme por ello; pero he querido poder dedicarme enteramente á mi ministerio; he querido conservar toda mi libertad y no tener otros lazos que los que me unen á mis superiores eclesiásticos. He visto nacer esta asociacion: la cual se reunia en un humilde oratorio, donde un anciano celebraba los sagrados misterios, á los cuales seguia una plática adecuada á la edad y á la capacidad de sus oyentes, pero nada habia de promesas ni de juramentos, nada tampoco de política. No tardó esta asociacion en cobrar aumento, lo cual fué causa de que se repartiese en divisiones. La policía conocia la habitacion de su fundador (1), sin embargo, no le molestó. Así permanecieron las cosas hasta el dia en que este santo sacerdote debió recibir sin duda, en el otro mundo, la recompensa de sus esfuerzos. Entonces pasó la asociacion á manos de un eclesiástico que á su profundo talento y vastos conocimientos unia las virtudes mas conciliadoras, y al que varios de los señores que me escuchan debieron de conocer: hablo del abate Legris Duval. Bajo su direccion continuó la congregacion marchando por la misma senda. No es pues de estrañar que haya formado lazos duraderos entre los que la componian, ni que varios de ellos, dotados de las mas felices disposiciones, hayan alcanzado los puestos mas elevados en las varias carreras públicas.

»Que algunos para ocultar sus ambiciosos deseos hayan tomado la máscara de la devocion, es muy posible; pero ciertamente lo ignoro. Dícese tambien que la congregacion estiende una especie de red por toda la Francia, que penetra y domina en todas partes; que asedia hasta á los consejeros de la corona de modo que se supone presidir en los destinos de la Francia. Seguramente, si algun ministro debiese estar colocado bajo el hechizo de este poder mágico, fuera yo. Pues bien por mas que me examine y repase todos los actos de mi administracion, declaro que ninguno ha sido dirigido por este misterioso ascendiente. Pero, se dice, en todas partes se admiten afiliados, y se cita la asociacion para la propagacion de la fé.

»Pero, señores, el celo es el carácter particular de la religion cristiana; y este piadoso celo hizo concebir la idea de ir en socorro de las misiones; redactóse un prospecto, y se dirigió á casi todos los prelados; se establecieron colectas, y en fin se redactó un reglamento y se dió una organizacion. Pero no se trata de contribuciones, son ofrendas voluntarias, no hay nada político, nada oculto; los cobros y los gastos son públicos. ¿Dónde está en todo esto el espíritu de usurpacion y de predominio?»

El ministro entró luego á tratar de otra especie de quejas dirigidas contra el partido clerical. «Tambien se acusa al clero de que pretende apoderarse de los registros del estado civil. Primeramente obsérvese que la eleccion de los depositarios de estos registros nada tiene que ver con los derechos civiles. En otro tiempo la autoridad los confiaba á los eclesiásticos; la asamblea constituyente tuvo por conveniente quitárselos, la ley pues es dueña de confiar estos registros á quien mejor le plazca. No hay duda que en el estado actual de cosas, parece que habria un obstáculo: ciertos matrimonios permitidos por la ley civil se hallan reprobados por la ley religiosa. Fuera muy de desear que esta dificultad no existiese, y espero que llegará tiempo en que desaparecerá ó en que estarán de acuerdo ambas legislaciones. Señálanse tambien los inconvenientes de la anterioridad del matrimonio religioso; pero ¿no es muy estraño que en una nacion católica, el matrimonio de los católicos se haga como un simple contrato de venta ó de arriendo? Sobre este punto la opinion se halla unánime, y será preciso hallar el *medio, respetando siempre la ley civil*, de impedir los matrimonios *no consagrados por la religion.*»

Las declaraciones de Mr. Frayssinous hacian relacion únicamente á pretensiones ó á hechos que se habian ya hecho públicos: este ministro hasta en sus últimas y atrevidas manifestaciones, solo confesaba aquello que le era imposible negar. No dejó su discurso por ello de causar la mas viva impresion. Mr. Casimiro Perier esclamó: «Finalmente vemos reconocida oficialmente á esta misteriosa congregacion, cuya existencia tantas veces se ha negado con formalidad, tanto en esta tribuna, como por los diarios ministeriales! Señores, tomemos acta de esta declaracion hecha por el mismo gobierno: el hecho material existe: la congregacion no es ya un vano fantasma! No obstante habia un nombre que esperaba oir la cámara, y que el ministerio no se atrevió á pronunciar, y este era el de jesuitas.» Pero durante la noche se disiparon los temores y escrúpulos de Mr. Frayssinous. Cansados de disimular su existencia los PP. de Montrouge y bastante poderosos en su concepto para desafiar los ánimos del partido liberal, insistieron en que se les restituyese su verdadero nombre, y quedase altamente reconocido su establecimiento. Mr. de Frayssinous cedió; y al dia siguiente, 26, tomó de nuevo la palabra «para concluir, segun dijo, el discurso que empezó el dia antecedente, y para discutir la segunda acusacion hecha al clero sobre hallarse animado de un espíritu de ultramontanismo incompatible con las libertades de la iglesia galicana.» Despues de una solemne profesion de fé en favor de estas libertades añadió el ministro: «Se me dirá: eres partidario de las libertades de la iglesia galicana, esto ya lo sabemos; pero ¿no tenemos acaso entre nosotros una sociedad que quiere hacerse dueña de la instruccion pública, apoderarse del ánimo de la juventud, infundirle sus ideas y derribar todas vuestras doctrinas? ¿No tenemos á los jesuitas en medio de nosotros?»

Manifestóse en la asamblea el mismo movimiento que promovió el dia anterior la palabra congregacion, y muchos diputados abandonaron sus bancos, y fuéron á situarse cerca de la tribuna.

«Señores, continuó el ministro cuando el rumor cesó, fuera necesario poder disponer, no de algunos instantes, sino de largas horas para profundizar todo lo concerniente á esta célebre compañía; pero me limitaré á hacer con brevedad algunas reflexiones sobre lo que llaman en Francia influencia de los jesuitas, y sobre su estado actual en una parte de la enseñanza.

»Desde luego es preciso saber que hay en Francia treinta y ocho colegios reales, sesenta colegios municipales, ochocientos establecimientos particulares llamados institutos ó pensionados, ochenta seminarios de teología y lo menos cien escuelas eclesiásticas preparatorias ó pequeños seminarios. Pues bien, señores, no hay ni un solo colegio real, ni un colegio municipal, ni un solo instituto particular que esté en manos de esos hombres tan temibles, conocidos con el nombre de jesuitas. No poseen ni un solo seminario de teología; solamente siete pequeños seminarios: hé aquí todo lo que los jesuitas poseen en Francia; siete; ni uno mas; y en ellos no se enseña teología; sino humanidades, el griego, el latin, y en una palabra, las ciencias profanas. ¡A esto está reducida esta grande influencia de los jesuitas! ¿Quereis saber la historia de su reaparicion? pues data de 1800. Su primer establecimiento se fundó en Lion bajo los auspicios del cardenal Fesch, tio de Bonaparte. Este último quiso espulsarlos en 1804, pero se aplacó su cólera, y desde entonces han permanecido dedicados á la enseñanza.»

Tenemos pues oficialmente confirmado, despues de haberla negado

(1) El padre Delpuits, jesuita.

durante diez años con obstinacion, la existencia de los jesuitas, del mismo modo que fué confirmada tambien de oficio la de la congregacion. Sabíase que esta última asociacion y todas las sociedades anejas á la misma se hallaban dirigidas por la Compañía de Jesus; al paso que tampoco se ignoraba, que por órdenes formales que no habian sido derogadas, esta Compañía habia sido espelida del reino con prohibicion de permanecer en él sus miembros. ¿Con qué derecho ó con qué título residen estos hoy en Francia, y tienen en ella establecimientos? El ministro de negocios eclesiásticos necesitó otro dia para esplicarse acerca de este punto: dijérase que cada palabra que dejaba escapar sobre unos objetos tan incandescentes se la arrancasen á la fuerza. En la tercera sesion, pues el 27, contestando á Mr. Casimiro Perier, sobre la retribucion universitaria; Mr. de Frayssinous volvió como por incidencia su atencion sobre el asunto de los jesuitas. «Con respecto á estos, dijo, se habla de antiguos edictos y decretos que les prohiben permanecer en nuestro territorio. Estos decretos y edictos no hay duda que existen; pero fueron singularmente modificados poco tiempo despues de haberse espedido, y los mismos contra quienes se dirigian pronto tuvieron amplia libertad para volver de su destierro, y hasta muchos disfrutaron pensiones del gobierno. En la época de la revolucion se dedicaban á la predicacion y eran confesores ó directores de las casas religiosas. La ley de 27 de febrero de 1790 al abolir los votos perpetuos, no permitió, es cierto, á las personas otro voto que un empeño contraido con su conciencia, pero no pudo prohibir toda agregacion religiosa. ¿Y qué ha sucedido? que algunos hombres pertenecientes á la sociedad de que se trata (risas á la izquierda), entraron en Francia despues de calmada la tempestad revolucionaria, y como ya dije ayer fueron soportados y tolerados por Bonaparte. Deben pues ser considerados como hombres que no merecen ser arrojados de Francia. No hay duda, de que si se tratase de dar á esta sociedad una existencia civil, fuera menester, no solo un decreto, sino una ley; pero todavía no ha llegado el caso de deliberar (varias voces: Todavía!) si debe admitirse ó declararse esta sociedad. (Rumores mas recios en diversos sentidos.) Espero, señores, que estas esplicaciones dejarán satisfechos hasta á los mismos que las han promovido.»

En este tercer discurso tambien se apoyó el ministro en el corto número de establecimientos de enseñanza que poseian los jesuitas. En efecto la sociedad solo era oficialmente dueña de siete pequeños seminarios, pero Mr. Frayssinous se guardó de añadir que estos establecimientos, en los cuales se enseñaba el baile, la esgrima y la equitacion, contenian ellos solos mas pensionistas que los treinta y ocho colegios reales juntos, escepto los de Paris, y que gozaban de ciertas ventajas é inmunidades negadas á los demás institutos.

Las declaraciones de Mr. de Frayssinous sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesus en Francia, y sobre la existencia de la congregacion fueron lo mas notable en la discusion del presupuesto para el año 1827 en la cámara de diputados. No obstante, una cuestion incidental que Mr. Agier no hizo mas que indicar en la sesion del 15 de mayo, ocupó bastante á la cámara en la discusion del presupuesto de la guerra: tratábase de un profundo descontento en el ejército del cual hacian mencion las relaciones de todos los inspectores generales, el cual se manifestaba en las numerosas dimisiones presentadas por los jefes subalternos de todas armas. «Lo mismo en la caballería que en la infantería, dijo sobre esto el general Sebastiani, ninguna regularidad se observa en los ascensos; y hasta los cuerpos de ingenieros y de artillería se hallan entregados al capricho de la voluntad ministerial; y desde los destinos mas altos á los mas ínfimos, todo se concede con la mayor arbitrariedad; ni se respetan los méritos y servicios, ni los derechos adquiridos ni la sangre vertida; sino que el oficial se ve borrado del cuadro sin forma de juicio, y la omnipotencia ministerial, no contenta con apoderarse del empleo, les quita tambien el grado, del cual dispone á su albedrío. A mas de hallarse el ejército inquieto viendo un porvenir incierto, se ve molestado y hostigado por la delacion y el espionaje. Los capellanes ejercen en él un influjo turbulento é intrigante; sometido el soldado á todas las prácticas religiosas y á ceremonias demasiado numerosas para no ser importunas, murmura de las nuevas obligaciones que se le han impuesto; y no puede mirar sin descontento como se prostituyen las recompensas que se le deben á las vanas esterioridades de una falsa devocion: ¿qué hay pues de estraño en que semejante malestar tenga por resultado numerosas dimisiones?

En efecto, desde el año 1816 cada regimiento tenia un capellan ó limosnero, al cual se tributaban los mismos honores militares que á los oficiales; y aunque colocado tanto por el sueldo como por las inmunidades de ordenanza al mismo nivel de los capitanes, no obstante se colocaba en un rango superior al de estos. La presencia de este eclesiástico en medio de los soldados y en los cuarteles era una causa permanente de desconfianza y de irritacion. Siendo nombrados directamente por el gran limosnero de Francia, y no dependiendo mas que de él, formaban estos capellanes el lazo que unia el ejército á la congregacion, y se les acusaba con justicia de ejercer en provecho de esta, una propaganda y una vigilancia que eran únicamente beneficiosas á los hombres bajos é intrigantes. No teniendo funciones serias que desempeñar, temidos de los generales tanto como de los comandantes del cuerpo, empleaban su influencia y su tiempo ocioso en promover y multiplicar las demostraciones devotas. El jubileo les proporcionó una ocasion de manifestar un zelo de que el hecho que vamos á referir podrá dar una idea; así como de su tenacidad y poderío. Los regimientos de todas armas pertenecientes á la guarnicion de Estrasburgo habian asistido á la apertura de esta solemne ceremonia. El domingo siguiente, los capellanes invitaron á los oficiales y á los soldados de cada cuerpo á cumplir con las obligaciones impuestas por el edicto del obispo á los fieles que deseasen aprovecharse de las gracias concedidas en este tiempo de perdones. Esta invitacion fué desatendida. Entonces por una órden del dia del general comandante de la division, se suspendieron los ejercicios militares de la tarde, que era el tiempo señalado para orar en las diferentes estaciones; pero no por ello fueron mas concurridas, porque los militares lo empleaban en pasearse. En una segunda órden del dia anunció el general que el obispo habia tenido á bien reducir los quince dias de rogativas exigidos á todos los fieles, á solos cinco dias para los oficiales y soldados de la guarnicion que consintiesen en dirigirse á cierto número de iglesias acompañados de su limosnero. Pero esta nueva invitacion quedó igualmente sin efecto. A los pocos dias cada comandante de cuerpo reunió á los oficiales y les leyó una carta del comandante de division, quien hablando esta vez, no en nombre de su salvacion, sino en el suyo personal, obligábales á acompañar y á hacer acompañar por sus subordinados las procesiones y demás ejercicios del jubileo. Esto aun no podia considerarse como una órden formal, por lo que la mayoría de los militares dejó aun de presentarse en las iglesias. Pero pronto debió cesar esta indiferencia, pues por una órden formal se mandó á la guarnicion que hiciese su jubileo; y todas las compañías con sus respectivos oficiales al frente, se vieron obligadas á visitar las iglesias designadas por el obispo, hacer en ellas las estaciones prescritas, y luego alineados, delante del púlpito, debian oir una plática en la que el predicador invitaba á la tropa á confesar sus culpas y á comulgar.

Las últimas palabras que se pronunciaron en esta legislatura fueron todavía un eco del ruido que metieron las declaraciones del ministro de negocios eclesiásticos. Fué tal la impresion que causó la reaparicion de los jesuitas confirmada oficialmente, hasta en la cámara de los pares, que en las dos sesiones que dedicó esta asamblea á la discusion y votacion de los presupuestos, todos los miembros llamados á la tribuna hablaron esclusivamente del restablecimiento de la Compañía de Jesus Mr. de Frayssinous, al contestar á Mr. Lainé, reconoció, como lo hizo en la otra cámara, que era necesaria una ley para consagrar la existencia de los jesuitas, y que hasta que el gobierno tuviese á bien presentarla á la discusion y votacion de las cámaras, los padres de la Compañía eran solamente tolerados. «Siendo así, replicó Mr. Pasquier, debe tolerarse la existencia de una sociedad, de una comunidad de hombres, que no puede formarse sin el consentimiento del poder legislativo; los jesuitas pueden existir de hecho no obstante ser indispensable para ello la autorizacion de las cámaras para su restablecimiento; la tolerancia sustitúyese á la ley; se tolera lo que la ley prohibe. Semejante estado de cosas cuando menos es muy estraordinario, y el sancionarlo, aunque sea con el silencio, fuera peligroso. La época en que se nos presentan los presupuestos hace imposible toda discusion; pero que no se infiera de esta falta de discusion, que la doctrina emitida por el noble prelado y ministro de cultos haya encontrado el menor asentimiento en los miembros de esta cámara. Este silencio forzado es una de las consecuencias mas sensibles de la situacion creada por la tardía presentacion de la ley de hacienda (1).»

El 5 de julio fué el dia en que Mr. Pasquier hizo esta protesta en la cámara hereditaria, y al dia siguiente, 6, leyóse en ambas cámaras el decreto que daba por terminada la legislatura.

El 16 Mr. de Montlosier depuso en la escribanía del tribunal real de Paris la denuncia de que habia hablado. Aunque las manifestaciones de Mr. de Frayssinous hubiesen disminuido el interes con que la curiosidad esperaba este paso, no obstante la entrega de la denuncia á los

(1) La presentacion de los presupuestos de la cámara de pares nunca pasó de ser una simple formalidad: discutidos por la cámara de diputados en los últimos dias de cada legislatura, la mayor parte de los diputados habian salido ya de Paris cuando se llevaban los presupuestos á la cámara de pares, no podia esto mudar ni una sola cifra.

magistrados se aguardaba con la mayor ansiedad. ¿Qué partido adoptarian los consejeros? ¿Admitirian la competencia del tribunal? ¿Pondríanse finalmente en claro por una informacion judicial los secretos de ese poder oculto, cuya mano, presente en todas partes, dominaba hasta al ministerio? No solo hacian estas preguntas y suscitaban estas dudas los contrarios del partido clerical; sino que hasta los mismos jesuitas y sus sostenedores y partidarios estaban inquietos. Varios miembros del episcopado con ánimo sin duda de intimidar á los jueces denunciaron ante sus fieles las sentencias que pronunciaron algunos meses antes en la causa de tendencia formada al Constitucional y al Correo Francés, y declamaron contra la absolucion de estos periódicos. Y no faltaron algunos que en medio de sus arrebatos echaron mano del insulto. El obispo de Moulins, despues de haber anatematizado en una carta «la infernal licencia de la prensa,» y calificado de «emisarios de Satanás» á los escritores, añadió acerca de las sentencias de que acabamos de hablar: «¿Acaso deberemos avergonzarnos de haber sufrido inicuas sentencias, cuando Jesucristo que era la misma inocencia, comparado con Barrabás, fué juzgado mas culpable que este insigne malhechor?» — «Los impíos pueden regocijarse, decia tambien el arzobispo de Tolosa; pues han obtenido un nuevo triunfo hasta en el santuario de la justicia.» — «No ignoramos el odio que la impiedad tiene á la religion, añadia por su parte el obispo de Evreux; conocemos la inconcebible osadía con que llama en su auxilio á la mentira y á la impostura, y como á fin de desacreditar á la religion en el ánimo de los pueblos, los implacables enemigos de esta hacen cargo á sus ministros de los actos mas odiosos, y les dirigen las mas malignas imputaciones, les atribuyen sin presentar pruebas, los fines mas infames y las miras mas culpables; llegando al punto de acusarles de que profesan altamente doctrinas que comprometen las libertades civiles y religiosas de la Francia (1).» Por último el obispo de Nancy, despues de hacer un pomposo elogio «de esta célebre órden de Jesus, perenne objeto de las mas negras calumnias, rodeada de tantos sufragios gloriosos, rica por los trabajos de ocho mil apóstoles y de setecientos mártires que hicieron subir á los cielos,» se declaraba contra los «nuevos escándalos y vergonzosos triunfos que en una causa que tuvo una rapidez desconsoladora consiguieron los zeladores de una secta impía (2) en presencia de la Francia y del mundo.

No menos pródigos de invectivas y de alabanzas se mostraban los periódicos ministeriales; con todo las invectivas solo por alusion abrazaban á los tribunales de justicia, los cuales parecian determinados á hacer frente al jesuitismo; pero en desquite sus alabanzas á la Compañía eran esplícitas y apasionadas. Ensalzando diariamente las doctrinas y servicios de esta Compañía, pedian que se devolviese á este órden religioso la educacion de la juventud, y proclamaban al instituto de Loyola santo, añadiendo que era la principal fuerza, así para los gobiernos como para la religion, diciendo que su apoyo en todas partes habia producido los mas saludables y gloriosos resultados. Tales elogios eran mas vivos, multiplicados y ruidosos á medida que se acercaba el tiempo en que el tribunal real de París debia pronunciar su sentencia sobre la denuncia del conde de Montlosier. Los magistrados, despues de haber celebrado privadamente muchas conferencias, tuvieron su última reunion el 18 de agosto. La deliberacion empezó á las once, hallándose presente el procurador general; y á las cuatro de la tarde el tribunal sentenció en los términos siguientes:

«El tribunal, oidas las observaciones de varios de los señores, acerca de los hechos contenidos en un escrito intitulado: «Denuncia etc.» firmado por el conde de Montlosier y dirigido á todos y á cada uno de los miembros del tribunal;

» Oido igualmente al señor procurador general del rey en sus conclusiones;

» Visto el asunto puesto en deliberacion;

» Considerando que de la totalidad y de las disposiciones resulta:

» 1.° De las decisiones del parlamento de París de 6 de agosto de 1762 y 1.° diciembre de 1764, y 9 de mayo de 1767;

» 2.° De las decisiones conformes de los demás parlamentos del reino;

» 3.° Del edicto de Luis XV de 1764;

» 4.° Del edicto de Luis XVI del mes de mayo de 1777;

» 5.° De la ley de 18 de agosto de 1792;

» 6.° Del decreto del 3 messidor, año XII (22 junio de 1804);

» Que el estado actual de la legislacion se opone formalmente al restablecimiento de la Compañía llamada de Jesus, bajo cualquiera denominacion que se presente;

» Que dichas decisiones y edictos están fundados en la incompatibilidad reconocida entre los principios que profesa dicha Compañía y la independencia de todo gobierno; principios todavía mas incompatibles con la carta constitucional que hoy constituye el derecho público de los franceses;

» Y en atencion á que resulta de esta misma legislacion que únicamente pertenece á la alta policía del reino suprimir y defender las congregaciones, sociedades y otros establecimientos de esta clase que existan ó se formen con desprecio de las órdenes, edictos, leyes y decretos arriba dichos;

» En lo que concierne á los demás hechos contenidos en el escrito del conde de Montlosier;

» Considerando que, cualquiera que pueda ser su gravedad, no obstante las circunstancias que los acompañan, no constituyen en cuanto á lo presente, ni crimen, ni delito, ni contravencion cuyos procedimientos correspondan al tribunal;

» El tribunal se declara incompetente.»

Los magistrados que estuvieron presentes á esta deliberacion fueron en número de cincuenta y cinco. El procurador general habia concluido que no habia lugar á deliberar, siendo esto lo que pedia y esperaba el partido religioso; y solo dos jueces fueron de este dictámen; quince, al contrario, pedian que se nombrase una comision para que examinase los hechos denunciados, y presentase luego su informe; cuarenta adoptaron la declaracion de incompetencia en los términos que acabamos de ver. Dicha declaracion era la sentencia de condenacion mas clara, mas cierta y mas directa que podia darse sobre el establecimiento de los jesuitas en Francia. La opinion de los amigos del conde de Montlosier y de los abogados que habian correspondido á su llamamiento, eran los únicos estímulos que le sostuvieron en su guerra contra la Compañía, pero desde entonces tenia en su favor la autoridad del primer tribunal soberano del reino; y la declaracion que este acababa de dar debia ayudarle, como se verá, para solicitar la intervencion de la misma autoridad política.

Al mismo tiempo que la oposicion liberal y los periódicos sacaban de esta sentencia nuevo pábulo á sus protestas sobre la reaparicion de los jesuitas y nueva fuerza para su lucha con el partido clerical, el cual ponia en movimiento, para asegurar su dominio, todos los resortes que la posesion del poder ponia en sus manos, simuló una manifestacion de la opinion pública, con el auxilio de los consejos generales, cuya voz, decia, era la voz de la Francia, y el gobierno, so pena de faltar á sus principales deberes, se hallaba obligado á mostrarse dócil á sus deseos. Así fué que los deseos de estos consejos, cuyos miembros todos nombraba el ministro del interior, eran estos: en 1826 la generalidad de ellos pedian notables restricciones para la libertad de imprenta, y hasta algunos solicitaron su completa abolicion; muchísimos de ellos insistian fuertemente en que el matrimonio religioso precediese al civil; estos deseaban tambien que el clero tuviese propiedades, y que la ley protegiese la formacion de congregaciones religiosas de hombres; aquellos, que se revisase la legislacion vigente sobre el ramo de librería; que se suprimiese la Universidad, y que la educacion de ambos sexos se confiase á corporaciones religiosas. El consejo general de las Bocas del Ródano señalaba para la educacion del pueblo el instituto de los hermanos de la doctrina cristiana; y para las clases superiores «ese instituto de los jesuitas, cuyo inmediato restablecimiento reclamaban así la religion como la sociedad.» Los consejos generales del Aveyron, de la Costa de Oro, de Dordogne, del Indio y Loyra, del Loiret, del Sena, de Sena y Oise, de Vaucluse y de la Vienne, pedian que se disminuyese el número de cafés y botelerías. En una palabra, no habia uno siquiera que no desease aumentar considerablemente el número de los establecimientos religiosos, animar y sostener las congregaciones y dar al culto y á sus ministros el mayor poderío y opulencia.

Los directores de las diferentes asociaciones afiliados á la congregacion multiplicaban sus esfuerzos y su actividad para dilatar y robustecer su influjo; y por no citar mas que una, sépase que la sociedad de los buenos estudios, se puso en relacion con los capellanes de los principales colegios reales de los departamentos, y por medio de estos eclesiásticos reclutaba de entre los alumnos, á quienes sus padres destinaban al estudio del derecho ó de la medicina, no pocos neófitos; y estos eran enviados á París, donde se convertian en los mas celosos aliados. Alojados en casas especiales se juntaban diariamente en el punto donde residia la sociedad, y en salones donde hallaban todos los periódicos adictos á la congregacion y una biblioteca compuesta esclusivamente de libros propios para dar á sus entendimientos la direccion que se de-

(1) Espresiones testuales de una de las sentencias dadas por el tribunal real de París en una de las dos causas, á que hizo alusion el obispo de Evreux.

(2) El jansenismo.

seaba; cada domingo tenian obligacion de acudir á la cripta, ó iglesia subterránea de Santa Genoveva (1) para concurrir á los piadosos ejercicios en los que los misioneros sabian excitar su imaginacion por medio de un aparato teatral. El panteon estaba alumbrado con hachas, y el recinto subterráneo lleno del olor del incienso: un órgano oculto detrás del altar acompañaba con dulces y melodiosos sones los sagrados himnos y los cánticos en francés, cantados por los alumnos de una escuela de música justamente célebre, segun los cantábiles de las óperas cómicas que entonces estaban mas en boga (2). Estos himnos y cánticos iban mezclados con pláticas que versaban principalmente sobre política, y en ellas los tres misioneros Martin de Noirlieu, de Salinis y Fayet (3); hábiles oradores de estas reuniones, anatematizaban los malos periódicos del mismo modo que los malos libros, y llevaban su piadosa hipérbole hasta el estremo de presentar las quejas y protestas de la imprenta sobre la reaparicion de los jesuitas y de la omnipotente congregacion como tormentos y violencias comparables á las persecuciones que los emperadores de Roma gentiles ejercieron con los primitivos cristianos. Uno de ellos, despues de haber llamado la atencion de sus oyentes sobre las acusaciones de Mr. de Montlosier, esclamó: «¡Dios mio! dirige una mirada de misericordia hácia tu Iglesia. Han vuelto los tiempos de Neron y de Diocleciano; pues lo mismo que los fieles de la primitiva Iglesia reunidos en las catacumbas, tus actuales siervos se ven obligados para sustraerse á la vista perseguidora de la impiedad á tributarte, sus homenajes en este templo subterráneo!»

Todo lo hacia servir el clero para sus miras hasta la imprenta, ese instrumento de propaganda objeto de tantos apasionados ataques de parte del partido retrógrado, todo lo empleaba para obrar en el ánimo de los pueblos. Diariamente salia á luz de la imprenta de Lyon un número prodigioso de libros de devocion, llenos de relaciones de milagros, de anécdotas de pura invencion ó de hechos desfigurados, en los que la revolucion y los hombres que la habian defendido eran indignamente calumniados y entregados al desprecio y execracion de los lectores. Estas publicaciones se esparcian profusamente por los pueblos del campo, y su ínfimo precio les daba un despacho fácil. Desde el año anterior acompañábales la entrega gratuita de un escrito de cuatro páginas, que tenia por título: Instruccion cristiana y caritativa para la juventud. Esta instruccion caritativa, era una especie de disertacion legal acerca de las cualidades requeridas para hacer un testamento; sobre la porcion de los bienes de que cada persona, aun siendo menor, tenia derecho de disponer, y contenia diversas fórmulas de testamentos ológrafos, variados segun la edad, condicion ó posicion del testador (4). Estas fórmulas producian su efecto en muchos lectores, y los debates escandalosos producidos por ciertos pleitos sobre nulidad de las disposiciones de bienes á favor de los miembros del clero, de simples abates y curas párrocos, de misioneros y hasta de jesuitas, durante el año 1826, fueron una prueba palpable de que este llamamiento á los legados y disposiciones testamentarias habia sido atendido.

En medio de estos clamores que se levantaban de todas partes contra esta agitacion y avidez del partido clerical, y cuando la lucha contra él se hallaba mas empeñada no solamente por la oposicion liberal, sino hasta por una parte de la opinion realista, el duque de Burdeos pasó de manos de las mujeres que desde entonces habian cuidado de su infancia, al cargo de hombres que cuidasen de dirigir su educacion. Este príncipe nació el 29 de setiembre de 1820, y llegaba á los siete años el 29 de setiembre de 1826, época señalada para este cambio en el antiguo ceremonial de la casa real de Francia. Por una órden de 8 de enero anterior se le señaló anticipadamente por ayo al duque Mathieu de Montmorency, hombre de genio benévolo y dulce, de talento cultivado y uno de los directores seglares de la congregacion. La notoria devocion de su antiguo ministro y sus costumbres ascéticas hicieron que su nombramiento fuese bien acogido; sin embargo no debia tener efecto; pues herido de un ataque de apoplejía en la calle de Bac á mediados del mes de marzo, aun no se hallaba restablecido cuando llegó el tiempo de las ceremonias de la Semana Santa. El Viernes Santo, á pesar de las instancias de su familia, quiso ir á arrodillarse en su parroquia delante del sepulcro de Jesucristo; en medio de sus oraciones le sobrecogió el frio que hacia en la iglesia; perdió el color y cayó exánime pocos momentos despues, á los piés de Jesucristo crucificado á quien habia ido á implorar. La eleccion del sucesor en el destino de ayo del príncipe fué aun mas desgraciada; pues el dia 12 de abril Carlos X nombró al duque de Riviere (1), hombre sin instruccion, dominado por la mas severa devocion; y ascendido á este puesto de confianza por el afecto privado del monarca, aun cuando no tenia otros méritos que su complicidad en varias conspiraciones realistas, el haber sufrido un largo encierro en Vincennes y su destino en la congregacion, de la cual era uno de los miembros mas celosos hacia mucho tiempo y acababa tambien de suceder en la misma á Mr. de Montmorency en el destino y director seglar. No obstante, como la educacion del príncipe no tanto pertenece á su ayo como al preceptor encargado de su instruccion, era posible corregir por medio de las lecciones y consejos de este último la influencia necesariamente perjudicial del duque de Riviere. Segun el uso, desempeñaba privilegiadamente las funciones de preceptor una dignidad de la Iglesia. No hay duda que Carlos X hubiese buscado en vano en el episcopado francés de 1826 otro Fenelon para la educacion de su nieto, pero á falta del autor del Telémaco, podia proporcionarle el episcopado algunos miembros, como el obispo de Montauban (2) Mr. de Chevreus, por ejemplo, dotados de costumbres suaves, de genio profundamente tolerante y de una sólida instruccion, pues no todos los prelados de esta época se dejaban llevar del arrebato de ese obispo de Estrasburgo que en un edicto llenó de baldones á esos escritores infames y perversos, á esos periódicos llenos de biel y de impostura, filósofos de la mentira, fabricantes de motines y de revoluciones, hipócritas sin vergüenza, frenéticos y rabiosos, que á veces hablan con respeto á la religion y hasta confiesan su necesidad; pero en quienes el mas necio reconoce el uso de los mismos medios que empleó el terror y un igual fin; á saber, la destruccion y ruina de los tronos y la muerte de los reyes; la estincion de la nobleza y la muerte de los nobles; la abolicion del sacerdocio y la muerte de los ministros del altar. — ¡Con qué ridículo furor, añadia este prelado, refiriéndose á los jesuitas, no calumnian esos escritores y periodistas á la célebre órden cuya ruina fué lo que en Francia descargó el primer golpe sobre la religion y sobre el trono, y que ahora les quieren presentar á la consideracion pública como una peligrosa agregacion de sediciosos y de regicidas! ¿Cómo puede engañar á nadie semejante impostura? ¡Ah! si los miembros de ese utilísimo instituto fuesen tales como los pintan los enemigos de la religion, lejos de escitar contra ellos el odio del pueblo, ¿no los ensalzarian como á los mas fieles amigos de la juventud y el mas firme sosten de los estados? ¿No les concederian una parte de los elogios que sin rubor tributan á esos hombres de sangre cuya mano fué bastante atroz ó bastante cobarde para firmar la sentencia de muerte del rey mártir? Si los enemigos de la religion acusan á los jesuitas de que quieren invadirlo todo en la sociedad, distribuir á su albedrío los empleos y honores, y de que amenazan nuestras libertades y el órden social, es porque temen su saludable influjo sobre los principios y las costumbres de la juventud. Pero cuanto mas mal digan de ellos tanto mas capaces les creemos de hacer un gran bien en el reino; cuanto mas amontonen sobre ellos acusaciones sobre acusaciones, calumnias sobre calumnias, mas nos convenceremos de que la impiedad los teme, y que lejos de merecer la venganza de las leyes, son dignos de la proteccion de los reyes, y de que si son objeto de unos ataques tan violentos y continuados es porque son llamados por la Providencia para restituir á la religion su antiguo esplendor, y para volver á sentar la monarquía sobre sólidos cimientos, educando á la generacion naciente en los principios conservadores de órden y para inculcarle el amor de Dios y la adhesion y fidelidad á los príncipes de la casa de Borbon.» Por último este prelado declamaba indignado sobre la «infernal manía de estos hombres que no pueden hallar gloria ni felicidad sino en la guerra contra Dios y los monarcas, en la perturbacion y desórden de las naciones, y en la misma confusion del infierno, donde habita el príncipe del desórden y el ángel de la desgracia.»

Ninguno de los edictos y pastorales publicados con motivo del jubi-

(1) Este templo fué enteramente abandonado á los misioneros. La iglesia de San Miguel del Monte, continuaba siendo la parroquia del cuartel.

(2) La escuela de canto de Choron. En una de estas reuniones de jóvenes pertenecientes á la *Sociedad de buenos estudios* y en la cripta del Panteon, se cantó por primera vez, por el cantábil del famoso coro de *Robin des bois* (*Cazador diligente*) el cántico de mision que empezaba con este verso *cristiano diligente etc.*

(3) El abate Fayet era al propio tiempo inspector de la Universidad, llegó á ser obispo de Orleans, lo mismo que los abates de Salinis y de Noirlieu que tambien alcanzaron el episcopado.

(4) Todas estas fórmulas empezaban del modo siguiente: «Desprendido de los bienes del mundo, los cuales el cristiano sólo debe emplear en procurarse las vias de salvacion, sano de cuerpo y de espíritu, declaro que dejo á .... etc.»

(1) Luis XIV eligió á Fenelon para que educase á su nieto el duque de Borgoña.

(2) Posteriormente arzobispo de Burdeos.

leo llegó á el estremo de violencia; ninguno ensalzó con tanto fuego á la Compañía de Jesus y sus méritos, y de todos los prelados del reino el abate Tharin, obispo de Estrasburgo, fue el único que se atrevió á presentar los jesuitas como «llamados por la Providencia para cimentar la monarquía sobre bases sólidas;» es decir, para dominarla y dirigirla. Todos los periódicos llamaban la atencion pública sobre la osadía y las amenazas de tal lenguaje, cuando, apareció la órden en que se nombraba el preceptor del duque de Burdeos. El prelado á quien Carlos X, impulsado por ese espíritu de vértigo y de error que tan funesto fue á los Estuardos, confiaba la educacion del príncipe heredero de la corona; el hombre á quien encargaba preparar esta desgraciada criatura para reinar con las instituciones vigentes y en medio de las nuevas generaciones, era el mismo obispo de Estrasburgo, el abate Tharin! Levantóse en la prensa un grito unánime de asombro y de alarma. «Tanta imprudencia confunde, tal ceguedad desconsuela, esclamaba hasta el Diario de los Debates. El ánimo se siente profundamente afligido viendo este carro corriendo al precipicio y sin poder detenerle. Ciertamente hay en esto motivo sobrado para creer en la fatalidad!»

El dia 15 de octubre se hizo la entrega del duque de Burdeos á su ayo de un modo oficial en el palacio de Saint-Cloud; verificóse la ceremonia en el salon del trono, delante de todos los miembros de la familia real y de los grandes funcionarios del reino y oficiales de la corona. Conducido el niño por su ayo á la presencia del rey, quitáronle los vestidos y le examinaron los médicos de la casa. Despues que aseguraron que el príncipe se hallaba libre de toda enfermedad, Carlos X habló al duque de Riviere y al abate Tharin en estos términos: «Duque de Riviere y señor obispo, os doy la mayor prueba de confianza y de aprecio al poner bajo vuestro cuidado la educacion del hijo de la Providencia y tambien de la Francia; y estoy seguro de que desempeñareis estas importantes funciones con un zelo y una prudencia digna de mi reconocimiento, del de toda mi familia y de la Francia.»

El mismo dia en que Carlos X en Saint-Cloud entregaba su nieto á los que estaban encargados de dirigir su entendimiento y de formar su corazon, en uno de los mas distantes estremos del reino, en Brest, la aplicacion del sistema político y de las doctrinas que representaban el duque de Riviere y el obispo de Estrasburgo causaba graves agitaciones. Una compañía de misioneros, teniendo á su frente el abate Guyon, se ocupaba en dicha ciudad simultáneamente en los ejercicios de la mision y del jubileo. El director del teatro, para satisfacer los deseos de sus acostumbrados concurrentes, habia contratado para la misma época á cierto actor de Paris á fin de dar algunas representaciones. Entonces ninguna demostracion hostil trababa los ejercicios de la mision. Pero una noche pidióse la representacion del Tartufo. El director la prometió y la autoridad la aplazó; pero estos retardos irritaban á la poblacion, que por muchos dias estuvo pidiendo que se representase dicha pieza. Una noche en que el tumulto fué mayor que de costumbre, penetró en el teatro una partida del regimiento de Hohenloe para hacerlo despejar; entonces se traba un choque; los espectadores de los palcos forman causa comun con los del patio. La tropa se ve acometida á golpes con los bancos y á silletazos, y llueven sobre ella de los sitios superiores los taburetes y las sillas, en términos que se ve obligada á retirarse; pero en el esterior continúa la refriega; se hacen algunas prisiones y el teatro se cierra. Los ánimos se acaloran y vuelven su furia sobre los misioneros, de suerte que cada noche está pronta á empeñarse la lucha así en las puertas de los templos como en su interior. En vano los habitantes mas respetables piden al abate Guyon que salga de la ciudad; pues animado con el apoyo que le daban las autoridades de todas órdenes, declara que no saldrá de Brest hasta que haya terminado la mision. Esta al fin se acabó, y el 21 de octubre los misioneros salieron escoltados por una numerosa partida de dragones.

Una agitacion material tiene su término, las revueltas se calman y constituyen un desórden pasajero; pero lo que no es tan fácil de borrar y los resultados son mas tristes y funestos es la degradacion de las almas y el envilecimiento de los caractéres. El poder del partido clerical despertando en unos el miedo y en otros la codicia atrajo á la congregacion á la multitud de empleados modernos ó pretendientes de empleos públicos, á quienes se vió adoptar con cierto afan toda especie de doctrinas, y cuantas opiniones estaban en boga: esta turba se habia hecho devota, y las costumbres hipócritas que le imponia el jesuitismo cambiaron con respecto á ella la naturaleza de las faltas que denunciaba á la autoridad, y de los servicios que hacia valer para obtener los favores de la misma. Ya no acusaban al hombre, cuyo empleo ambicionaban, de ser liberal ó revolucionario, sino de que era un ateo ó un libertino, y el pretendiente que lo codiciaba hacia valer, no ya la exaltacion de su realismo, sino los estremos de su devocion. El vergonzoso espectáculo de tanta bajeza, llenó de indignacion á uno de los hombres, á quienes la vuelta de los Borbones contaba en el número de sus mas ardientes partidarios, y que en 1816 llevaba su pasion política hasta el punto de afiliarse en la sociedad secreta realista denominada de los Francos regenerados: tal era Mr. Morgan de Bethune, procurador general del rey en el tribunal real de Amiens. El 6 de noviembre á consecuencia de un oficio solemne del Espíritu Santo, pronunció delante del tribunal con asistencia de todas las autoridades civiles y militares de la ciudad y de un numeroso auditorio un discurso que contenia los pasajes siguientes:

«No ignoramos que hay aspirantes á la magistratura que engañan sin rubor á Dios y á los hombres con una hipocresía sacrílega, cuyos ejemplos se han multiplicado á nuestra vista de una manera que indigna.

«¿Quién es este sugeto que entra en el templo los dias festivos, con un traje que llama la atencion, y que adelantando con pausa, para que lo vean mejor, salmodia con los labios alabanzas á la Divinidad? Es un hipócrita por especulacion, cuya conversion alabarán *algunas personas* piadosas, pero demasiado crédulas, y le recomendarán *con ahinco* á la autoridad. Pero no nos engañarán sus afectados modales; pues le haremos seguir en medio de la oscuridad bajo la que va luego á esconderse, y le arrancaremos la máscara en los mismos umbrales del vicio al cual va á entregarse.»

Cinco semanas despues de haberse pronunciado este discurso, el cual trazaba un cuadro de las costumbres que se veian reproducidas en todas partes, Carlos X abrió la legislatura de 1827, cuya solemnidad se verificó el 12 de diciembre con el ceremonial acostumbrado. El rey decia en el discurso de apertura:

«Hubiera deseado no tener que hablar de la prensa; pero á medida que se ha dado mas ensanche á la facultad de publicar los escritos, han nacido nuevos abusos, que necesitan medios de represion mas estensos y eficaces. Ya era tiempo de oponerse á tan sensibles escándalos, y de preservar á la misma libertad de imprenta del peligro de sus propios escesos. Por consiguiente, con este objeto, se os presentará un proyecto de ley.

«Hanse observado varios defectos en la organizacion del jurado. Se os presentará pues un proyecto de ley para mejorarlo y darle reglas mas conformes a la índole de esta institucion.

«Recientemente han estallado revueltas en una parte de la Península; por lo que uniré mis esfuerzos á los de mis aliados para terminarla y evitar sus consecuencias.»

Este último párrafo hacia relacion á los recientes sucesos de Portugal, y fué el único que ocupó á los oradores de ambas cámaras al discutir la contestacion al discurso de la corona.

El rey don Juan VI murió en Lisboa el 10 de marzo anterior; y cuatro dias antes, por medio de un real decreto, se confirió el gobierno del reino durante la enfermedad del monarca á su tercera hija la infanta doña Isabel María. Don Juan reunia al título de rey de Portugal el de emperador del Brasil, y dejó dos hijos. Don Pedro, que se hallaba en Rio Janeiro, donde en el nombre de su padre ejercia todos los derechos de la soberanía; y don Miguel, desterrado al Austria de resultas de una rebelion, en que don Juan, á no haber mediado la enérgica intervencion de Mr. Hyde de Neuville, entonces embajador de Francia en Lisboa, probablemente hubiera perdido el trono y la vida. La regenta comunicó al punto á los dos hermanos la nueva de la muerte de don Juan que dejaba sin soberano á la monarquía portuguesa. Siendo don Pedro el mayor ¿conservaria ambas coronas? De este dictámen fueron varios de sus consejeros de Rio Janeiro; pero la dificultad de gobernar dos pueblos independientes, igualmente soberanos y situados á distancia de dos mil leguas uno de otro, le obligó á tomar otro partido; y despues de haber confirmado á la regenta en sus funciones por un decreto del 6 de abril, concedió á sus súbditos portugueses el dia 29 una carta constitucional, cuya observancia debia la regenta hacer jurar á todas las órdenes del estado. El artículo 5.° de este documento contenia la renuncia formal de don Pedro á la corona de Portugal, y establecia que la dinastía reinante continuaria para dicho reino en la persona de su hija doña María de la Gloria, en cuyo favor la abdicaba. El mismo don Pedro por decreto de 2 de mayo determinaba que doña María permaneceria en el Brasil hasta que fuese aceptada y jurada en Portugal. Que el matrimonio de esta princesa con su tio don Miguel no tendria efecto ni se celebrarian los desposorios; «condiciones tan rigurosas, añadia el decreto, que si dejaban de cumplirse se considerarian nulas y de ningun valor la abdicacion y cesion de su majestad.»

Llevados estos documentos á Lisboa el 2 de julio por sir Carlos Estuart, encargado de negocios de Inglaterra cerca de los príncipes de la casa de Braganza, y cuya influencia, á lo que se decia, tuvo gran parte en las determinaciones de don Pedro; levantóse una fuerte oposicion en el consejo de la regenta, que á la sazon se hallaba en las aguas de Caldas. Mientras que la princesa se halló aislada en medio de sus consejeros, no tomó ninguna disposicion; pero despues de su regreso á Lisboa el dia 11, animada por la favorable disposicion del pueblo de esa capital, publicó la carta dada por su hermano mandando á las autoridades y al ejército que le prestasen juramento. Muchos, siguiendo la opinion dominante en las principales ciudades del reino, juraron sin valor el acta constitucional; los demás hacian causa comun con la generalidad de los pueblos del campo, y una parte notable de la nobleza y del clero, y se negaron á reconocer las nuevas instituciones, dejaron las guarniciones, y se retiraron al territorio español. Los que se oponian á dichos decretos de Rio Janeiro decian que como «inspirados por la faccion revolucionaria eran una verdadera usurpacion de la soberanía portuguesa, y que don Pedro, permaneciendo en el Brasil, perdia el derecho de disponer de una corona que las antiguas leyes del reino daban por su renuncia al infante don Miguel, su hermano menor.»

Reunidos dichos desertores á un número considerable de absolutistas portugueses que por sus muchas tentativas de sublevacion abortadas se habian visto obligados á emigrar, pronto formaron en la frontera española un verdadero ejército de invasion. Así el gobierno de la regenta como el gabinete de Londres reclamaron de la corte de Madrid la disolucion de estas reuniones. Pero Fernando VII no se limitaba á guardar silencio, ó á dar respuestas evasivas, sino que, lejos de disolver los cuerpos de los emigrados, les facilitaba víveres, uniformes, armas y municiones. Las cortes de Lisboa y de Londres invocaron la intervencion oficiosa de la Francia, y en efecto nuestros ministros trataron de interponer su mediacion; pero mientras que estos enviaban desde París á su agente en Madrid pliegos y mas pliegos para que determinase á la España á dar satisfaccion al gobierno portugués, dicho agente, que era el marqués de Moustiers, miembro fervoroso de la congregacion, y cuya capacidad consistia enteramente en su zelo religioso, animaba al rey Fernando en su resistencia á las reclamaciones de la infanta Isabel, y empleaba todo su influjo en activar la invasion destinada á derribar la carta de D. Pedro. Así el dia 15 de noviembre, despues de tres meses de preparativos hechos públicamente bajo la proteccion de las autoridades españolas, dos cuerpos de refugiados, de cuatro á cinco mil hombres cada uno, penetraron en Portugal por los dos estremos del reino, esto es, por la provincia de Tras os Montes, y por los Algarves. Estes cuerpos, abundantemente provistos de víveres, de armas, y hasta de caballería, y á los cuales se habia unido un sinnúmero de voluntarios realistas españoles, se apoderaron primeramente de varias ciudades abiertas y penetraron bastante adelante en las provincias invadidas, pero estas ventajas fueron de corta duracion. La regenta reclamó el ausilio material del gobierno británico; su demanda fué recibida por Mr. Caning un viernes; y el dia siguiente, sábado, este y los demás ministros redactaron un proyecto de mensaje, que sometido al rey el domingo, pudiese el lunes presentarse á las cámaras. El dia siguiente, martes, se embarcaron para Portugal de quince á diez y ocho regimientos que ya de antemano estaban dispuestos, previendo lo que habia de suceder. En 1823 la Francia arrojó cien mil hombres á la Península para derribar una constitucion; y en 1826 la Inglaterra desembarcaba en ella sus soldados para defender otra acta constitucional, cuyo sostenimiento y consolidacion debia anular de hecho los resultados de nuestra espedicion. Al volver nuestro gobierno el poder absoluto á Fernando VII, esperó además que en su despotismo hallaria este soberano la decision y la fuerza necesaria para recobrar sus posesiones de la América del Sud. Pero el restablecimiento del absolutismo en la metrópoli, no solo precipitó la separacion de España y de sus colonias; sino que la Inglaterra en el mismo instante reconoció oficialmente á dichos estados y les admitió en el rango de naciones del todo independientes. Así en tanto que Mr. de Villele y sus colegas hacian descender la política de la Francia al nivel de una política de sacristía y de convento, y concentraban su atencion en la conquista del derecho de primogenitura y en establecer severas penas para la profanacion y el sacrilegio; mientras que estos ministros parecia que cifraban toda la grandeza del pais en el desarrollo de las doctrinas y prácticas del catolicismo y en el restablecimiento de los jesuitas, Mr. Canning, anunciando al parlamento británico, el 12 de diciembre, el envío de un ejército á Portugal, pudo dirigir á nuestro gobierno este altivo lenguaje:

«Supónese que la Inglaterra se ha deshonrado en el concepto de Europa por la entrada de las tropas francesas en España; pero yo sostendré siempre lo contrario: no ignoro que dicha espedicion ha dado un golpe á los sentimientos de Inglaterra; hecho que no trataré de negarlo. La guerra con la Francia era un medio de repararlo; pero quedaba otro; y era hacer inútil esa misma espedicion entre manos rivales, y no solamente inútil, sino perjudicial; era buscar compensaciones en otro hemisferio. Considerando á la España tal como la conocieron nuestros antepasados, he deseado que si la Francia tenia á la España, no fuese con las Indias; y he llamado el nuevo mundo á la existencia, para restablecer el equilibrio en el antiguo: he hecho un balance de cuentas. He dejado á la Francia todos los resultados de la invasion, le he dejado su carga, carga ingrata, de la cual quisiera desembarazarse y que no puede llevar sin quejarse.»

Estas palabras ofensivas, por lo mismo que eran verdaderas, y la espedicion militar que las hizo pronunciar, sirvieron de base á los ataques que Mr. de Chateaubriand en la cámara de pares y Mr. de Labourdonnaie en la de diputados dirigieron al gabinete al discutirse la contestacion al discurso de la corona, y dieron ocasion á nuevos elogios de su parte á la espedicion de 1823 y á vivas protestas sobre la humillacion de nuestra política esterior. La Inglaterra ha usado de su derecho, respondian los ministros; su intervencion es consecuencia de tratados esplícitos y formales; y toda la culpa de la agresion que ha motivado el envío de tropas de esta potencia á Lisboa la tiene España esclusivamente. «La Francia, que tantos derechos tenia para ser atendida en el gabinete de Madrid, añadió en la cámara de diputados Mr. Damas, ministro de negocios estranjeros (1); la Francia, despues de haber insistido en vano á fin de prevenir toda hostilidad de España con Portugal, no ha podido permanecer indiferente á unos sucesos que manifestaban de un modo tan claro ó el desprecio de sus consejos, ó la imposibilidad de seguirlos, y el gobierno del rey ha debido demostrar su desaprobacion llamando de Madrid á Mr. de Moustiers.»

Siendo una reprobacion manifiesta de la deplorable política que nos impuso la espedicion de 1823, ese desprecio de Fernando VII á las instancias de nuestro gabinete, desprecio confesado sin rubor en la tribuna por un ministro de la corona, halló del todo indiferentes á Mr. de Labourdonnaie y á sus amigos políticos, pues su indignacion se concentraba toda entera en Portugal contra su carta y contra el desembarco de tropas inglesas para defenderla. «Aquellos que entre nuestros colegas obligaron al ministerio á hacer contra su voluntad la guerra á España, replicó Mr. Casimiro Perier, pretenden que la intervencion inglesa es un atentado á nuestro honor; añaden que abandonamos á nuestro aliado el rey de España, y que sacrificamos la política de Luis XIV á la política de Inglaterra. Pero, señores, no tenemos mas que un medio de vengar tantos ultrajes, y este consiste en batirnos. Pero he escuchado en vano, pues ninguno de estos oradores ha sacado conclusiones formales, ninguno se ha atrevido á pronunciar la palabra guerra, ni a presentar enmienda. (Muchas voces á la derecha: No queremos guerra!) ¿No la quereis? estoy convencido de esto, respondió Mr. Perier; pero entonces ¿qué es lo que quereis? Esta pregunta quedó sin respuesta y la contestacion al discurso de la corona fué aprobada en la sesion del 28 de diciembre tal como la propuso la comision, y fué presentada á Carlos X.

Unánimes en sus quejas y protestas sobre la libertad de la imprenta, así los obispos y sus vicarios generales, como los simples curas y los misioneros, sostenidos y ausiliados por el partido devoto en peso, hacia ya dos años que reclamaban contra dicha libertad una legislacion y unas penas mas vigorosas. El dia siguiente á aquel en que fué votada la contestacion al discurso de la corona, el 29 de diciembre, Mr. de Peyronnet daba satisfaccion á estas reclamaciones poniendo sobre la mesa en la cámara de diputados un proyecto de ley, que debia ocupar un lugar muy principal en la legislatura de 1827, y cuya sola lectura promovió en muchos bancos las mas vehementes protestas.

CAPÍTULO XXIII

Legislatura de 1827.—Proyecto de ley sobre la prensa. Exámen de sus principales disposiciones; peticiones; protesta de la Academia francesa: destitucion de los señores Lacretelle, Villemain y Michaud. Discusion en la cámara de diputados; discurso de los señores de Sallaberry, de Labourdonnaie, Royer-Collard y de Villele; opiniones de los señores Syries de Mayrinhac, de Frenilly y de Saint-Chamans. Adopcion del proyecto de ley.—Cámara de pares: presentacion del proyecto de ley de im-

(1) Mr. Damas, primer ministro de la guerra, cedió dos años despues esta cartera al marqués de Clermont-Tonnerre, ministro de marina, quien fué reemplazado en este último departamento por Mr. Chabrol de Crousel

prenta. Esta cámara en 1827. Peticion de Mr. de Montlosier; discusion; resultados. Nombramiento de la comision encargada del exámen anticipado de la ley sobre imprenta.—Exequias del duque de la Rochefoucauld-Liancourt: ultraje hecho á sus restos. El ministerio retira el proyecto de ley sobre la imprenta. Fiestas en Paris y en los departamentos, aniversario del 12 de abril de 1814: promesa de Carlos X: irrision de los ministros. Revista de la guardia nacional de Paris en el Campo de Marte. Gritos delante del rey. Regreso de Carlos X á las Tullerias. Demostraciones hechas delante de los palacios del ministerio de hacienda y de justicia. Reunion de los ministros. Disolucion de la guardia nacional de Paris. Efectos de esta medida.—Proyecto de ley sobre las listas del jurado: modificase en la cámara de pares. Listas electorales. Inquietud pública. Incidente en la cámara de diputados. Ciérrase la legislatura.—Restablecimiento de la censura. Los censores. Muerte de Manuel: su carácter: sus exequias.—Viaje de Carlos X á Saint-Omer.—Posicion del ministerio. Medidas preparadas por Mr. de Villele. Estado de la opinion. Oposicion realista y liberal. Mr. de Chateaubriand; Beranger, y su influencia.—Ordenanzas de 5 de noviembre; disolucion de la cámara de diputados: nombramiento de setenta y seis pares: supresion de la censura.—Efecto producido por estas medidas: listas de coalicion: elecciones de Paris; iluminaciones: motines de los dias 19 y 20 de noviembre: barricadas; intervencion de la tropa; papel de la policía. Resultado de las elecciones.—Noticia de la batalla de Navarino. Carta al duque de Orleans.—Esfuerzos de Mr. de Villele para conservar el ministerio: carácter y circunstancias de este ministro. Encárgase á Mr. Chabrol la formacion de un nuevo ministerio.

1827.—El proyecto de ley sobre la imprenta presentado por Mr. de Peyronnet á la cámara de diputados en la sesion del 29 de diciembre anterior constaba de tres títulos; á saber: de la publicacion de escritos no periódicos; de la publicacion de escritos periódicos, y de las penas. Sus principales disposiciones eran las siguientes:

Escritos no periódicos.—Art. 1.° Todo escrito de veinte pliegos para arriba (1) no podrá ser puesto en venta, publicado ó repartido, hasta cinco dias despues de hecho el depósito á la direccion de la libreria. Este plazo será de diez dias para los escritos que pasen de veinte pliegos. En el caso de contravencion, se impone, al impresor la multa de tres mil francos y la pérdida de la edicion.

»Art. 3.° El impresor que imprima mayor número de pliegos del que haya manifestado en su declaracion anterior será castigado con fuertes multas, y los pliegos que escedan del número señalado en la declaracion serán destruidos (2).

»Art. 4.° Todo escrito de cinco pliegos ó de menos (3) se sujeta á un timbre fijo de un franco para el primer pliego de cada ejemplar y de 10 céntimos para los pliegos siguientes. Estos derechos deberán tambien pagarse por cada fraccion de pliego, como si el pliego fuese entero. En caso de contravencion, los impresores, editores y repartidores serán castigados con la multa de tres mil francos y la edicion entera perdida. Los discursos de los miembros de las cámaras, los edictos y pastorales de los obispos, los catecismos, los libros de oraciones, los elementares usados en los establecimientos de enseñanza, las memorias de las sociedades literarias y científicas autorizadas, serán los únicos escritos esceptuados de esta disposicion.

»Art. 6.° Las penas en que incurrirán los que falten á los artículos precedentes serán independientes de aquellas en que incurran los autores de las publicaciones por los crímenes ó delitos que dichas publicaciones puedan contener.

»*Escritos periódicos.*—Ningun diario, ó escrito periódico cualquiera podrá publicarse sin una declaracion anterior del nombre de los propietarios, de su habitacion y de la imprenta donde debe imprimirse. Esta declaracion deben hacerla los mismos dueños del periódico, el cual será suprimido en caso de resultar falsa esta declaracion.

»Art. 10. Esta declaracion deberán hacerla los periódicos existentes dentro de treinta dias desde la publicacion de la ley.

»Art. 11. El nombre de los dueños de diarios ó escritos periódicos deberá imprimirse al frente de cada ejemplar, bajo la multa de quinientos francos.

»Art. 13. El privilegio de segundo órden instituido por las leyes existentes en favor de los prestamistas de fondos destinados para depósitos en el tesoro, en adelanto no deberá concederse á los depósitos de diarios y demás periódicos.

»Art. 14. Los actuales derechos de timbre serán sustituidos con respecto á los diarios y periódicos por un solo derecho de diez céntimos por cada pliego de treinta centímetros cuadrados, ó de menor dimension. Igual derecho satisfarán, los medios pliegos ú otras fracciones, el cual se aumenta de un céntimo por cada decímetro cuadrado que pase de treinta.

Art. 15. Ninguna sociedad para un periódico podrá contraerse sino en nombre colectivo, y los socios en ningun caso podrán pasar de cinco.

»Art. 18. Los procedimientos por crímenes ó delitos de periódicos deben recaer en sus dueños.

De las penas.—Art. 19. Toda simple provocacion á uno ó muchos crímenes, cuando no tenga resultado, será castigada, á mas de las penas corporales, con una multa de dos mil hasta veinte mil francos: para la provocacion á delitos sin efecto, esta multa será desde quinientos hasta mil francos. Los ultrajes á la religion y á la moral pública; las ofensas á la persona del rey, á los miembros de su familia, á los individuos de ambas cámaras y á los soberanos estranjeros, la difamacion ó injuria á los tribunales, depositarios ó agentes de la autoridad pública, los embajadores ó enviados y agentes estranjeros, á los miembros de todas órdenes y á los simples particulares, serán castigados, á mas de las penas corporales con una multa de cinco mil á veinte mil francos.

Art. 20. Todo delito de difamacion en perjuicio de los particulares podrá ser llevado a los tribunales por el ministerio público, aun cuando no presentare queja la parte difamada.

Art. 22. Los impresores serán civilmente responsables en todos los casos de las multas, reparacion de daños y perjuicios, y de los gastos y costas de los procesos, y sentencias de condenacion.»

«Este proyecto de ley puede resumirse en un solo artículo, esclamó vivamente Mr. Perier despues que oyó su lectura: La imprenta queda suprimida en Francia, y trasladada á Bélgica en beneficio del estranjero y de los paises libres!» No exageraba ciertamente este diputado de la izquierda al indicar los desastrosos efectos de la obra de Mr. de Peyronnet: este proyecto al propio tiempo que era la ruina de varios ramos importantes de nuestra industria nacional, traia las consecuencias mas peligrosas hasta para el mismo rey. Las leyes impopulares de la conversion de las rentas, de la indemnizacion del sacrilegio y del derecho de primogenitura, en realidad solo habian perjudicado á los intereses de la clase media; pero dirigiendo tan rudos golpes á la imprenta y al comercio de libros, el ministerio atacaba á una infinidad de clases de trabajadores: escitaba al pueblo á que examinase la marcha del gobierno, y á inquietarse por sus actos, y de esta suerte hacia intervenir en el movimiento político á una clase trabajadora, que hasta entonces se habia mantenido estraña á la lucha empeñada contra los Borbones.

Las disposiciones de este proyecto de ley están, por decirlo así fuera de toda crítica; pues en la mayor parte de sus artículos no se sabe si es mayor la violencia ó el absurdo lo que predomina: algunas de ellos prueban que el ministro no tenia el menor conocimiento del asunto que pretendió reglamentar. Así fué que Mr. de Peyronnet condenaba á la destruccion todo pliego, ó parte de él, que escediese del número indicado en la declaracion anticipada de parte del impresor; cuando es sabido que este número solo puede declararse de una manera aproximada, y que decir precisamente el número de líneas ó de páginas que un voluminoso manuscrito debe suministrar para la composicion del mismo en la imprenta, es un cálculo materialmente imposible. Supongamos que un impresor haya dicho: El manuscrito que se me ha confiado formará treinta pliegos á cuatrocientas ochenta páginas en octavo.» Entonces, si despues de hecha la composicion resulta un pliego ó algunas páginas mas, Mr. de Peyronnet suprimia estas páginas y la obra terminaba en medio de una frase ó de un capítulo. «El salir una parte cualquiera de la edicion fuera de los talleres de la imprenta antes de los dos plazos de cinco y de diez dias será considerada como una tentativa de publicacion y castigada como la publicacion misma,» añadia el ministro de justicia. Pero lo que sale de la imprenta son pliegos impresos y no volúmenes; los impresores no tienen almacenes para los pliegos que salen de sus prensas; sino que á medida que se van imprimiendo los envian á los satinadores, plegadores y encuadernadores, que los convierten en tomos, y solo despues que han sufrido las operaciones de estas artes intermedias, llega un libro de las manos del impresor á las del editor ó del librero. Al parecer Mr. de Peyronnet ignoraba estos hechos; el proyecto de ley por lo menos suponia que los editores se llevaban de la imprenta las obras completamente encuadernadas.—Los dos plazos de cinco y diez dias que debian mediar entre el depósito de los tomos en la direccion

(1) Es decir desde 320 págs. para arriba.
(2) Antes de imprimir un escrito los impresores estaban obligados á declarar el título de la obra, el número de pliegos de que constaba cada tomo, el número de estos, y el tamaño.
(3) Es decir de 80 páginas ó menos,

de la librería y su venta, llevaban el objeto de dar á los agentes del ministerio el tiempo de examinar las obras, y de ordenar su recogida y la formacion de causa antes de publicarse. Bajo semejante amenaza, ningun editor podia arriesgar sus capitales en una obra voluminosa, y quedaban como prohibidas la mayor parte de las obras de los escritores del siglo XVIII, como las de Voltaire, Rousseau, Diderot, Helvetius, y otros; en cuyos libros hay muchos pasajes capaces de dar motivo para la formacion de causa, ya por ultraje á la moral pública, ya por escitar el odio ó desprecio á la religion ó al clero. Pero tampoco se libraban de esta especie de supresion universal los cuadernos, folletos y demás publicaciones volanderas, pues caian bajo el golpe del timbre impuesto á los impresos de cinco pliegos ó de menos. Los derechos que debian satisfacer una tragedia, un drama ó el mas pequeño vaudeville impreso en el número de mil quinientos ejemplares subian á diez y seis ó mil ochocientos francos. Los términos generales del proyecto hacian obligatorio el timbre de un franco para las cartas circulares para los anuncios hasta los mas lacónicos, los avisos mas breves y las tarjetas de los negociantes. En una palabra Mr. de Peyronnet suprimia toda impresion, y solo hacia gracia de todo recargo á los edictos episcopales, á los catecismos y á los libros de oraciones. En una peticion dirigida á la cámara de diputados por doscientos cincuenta y dos impresores y libreros de Paris, firmada por personas pertenecientes á los partidos mas opuestos, y que se unieron para presentar unas mismas quejas; en que figuraron al frente la viuda Agasse propietaria del Monitor, y entre los últimos firmantes hallábase el baron Trouve, ese antiguo prefecto del Ande, cuyo celo realista le valió ser elegido presidente del jurado que debia resolver sobre la suerte de los cuatro sargentos de la Rochela; en esta peticion, decimos leíase lo siguiente: «Precisados á suspender la mayor parte de nuestros trabajos, ¿cuál será la suerte no solo de nuestra industria, sino la de diversas artes que dependen inmediatamente de ella; como son las de fundidores de caractéres, grabadores de toda clase, litógrafos, impresores de láminas, fabricantes de tinta de imprenta, de prensas y de tan diversos objetos, satinadores, plegadores, encuadernadores en rústica y en pasta, fabricantes de papel, comerciantes traperos y otros? Estas diferentes profesiones comprenden mas de cien mil familias, cuya mayor parte quedan reducidas á la miseria.» En otras peticiones se hacia subir á cuarenta mil el número de operarios que solamente en la ciudad de Paris dejaria sin trabajo y sin pan la adopcion de esta ley que Mr. de Chateaubriand llamaba ley vandálica, y el público ley de justicia y de amor (1).

Las numerosas industrias amenazadas por este acto de venganza y de odio á los progresos del entendimiento humano, imitaron el ejemplo de la imprenta y librería parisienses y recurrieron al medio de las peticiones. Sus lamentos eran unánimes; y en efecto los tratos entre los diferentes ramos de la produccion nacional no tardaron á suspenderse; y fué tal la alarma y el rumor, que las corporaciones científicas y las sociedades literarias, temiendo ver suspensos ó prohibidos sus trabajos y sus publicaciones protestaron igualmente sobre el proyecto de ley. Hasta la misma academia francesa, esa corporacion privilegiada, siempre dócil á todos los gobiernos y á toda autoridad, fué arrastrada por la corriente de la opinion, y se creyó tambien obligada á hacer oir su voz. Imposible era acusar de hostilidad á esta corporacion; pues sus recientes elecciones, hicieron entrar en ella sucesivamente al arzobispo de Paris, al duque Mathieu de Monmorency y al obispo de Hermópolis, hombres religiosos en verdad, pero sin mas títulos para dicha eleccion que sus discursos y sermones de un mérito muy mediano. Estas pruebas de sumision servil al influjo que dominaba en el gobierno, no bastaron á librar de la indignacion de los ministros á los académicos á quienes podia herir el gobierno. La súplica en que la academia esponia sus lamentos al rey su protector, respiraba el mas vivo amor á la monarquía; pero no solamente Carlos X se negó á recibir á la comision encargada de someterle su queja, sino que el dia 17 de enero, tres de los miembros de la academia que votaron la adopcion de la súplica, á saber, los señores Lacretelle, Villemain y Michaud, fuéron destituidos; el primero del empleo de censor dramático, el segundo del de maestro de requestas, y el último del título de lector del rey. Mr. Michaud, como redactor del diario ultrarealista titulado La Cotidiana, habia sufrido muchos encierros y padecido muchísimo así en su persona como en sus bienes por causa de su adhesion á los Borbones, y esto cuando los señores Villele, Corbière y Peyronnet aun no pensaban en pronunciar el nombre de estos príncipes. Mr. Lacretelle habia gozado por mucho tiempo del favor de Mr. Corbière; sus numerosas publicaciones eran la continua glorificacion de la monarquía legítima, y sus lecciones de historia una enseñanza ofrecida á los miembros de la sociedad de los buenos estudios! En cuanto á Mr. de Villemain, es sabido el ardor que desplegó desde el año 1816 al de 1820 en el desempeño de su empleo de director de imprenta y de librería; todas estas prendas de realismo no pudieron contrabalancear á la desaprobacion que manifestaron estos escritores de una ley que exigia el partido religioso, el cual en su arrebato no toleraba ninguna contradiccion, y toda demostracion, toda observacion era á sus ojos un acto de rebeldía. No sin causa se separaron de la restauracion los hombres monárquicos, como sin razon se ha dicho de varios de ellos; sino que la restauracion, dominada por los congregantes, echaba de sí y empujaba con violencia hácia la oposicion á sus amigos mas antiguos y leales.

Las censuras y protestas que se levantaron contra el principio y el sistema general del proyecto de ley, la discusion de las contradicciones é imposibilidades materiales acumuladas en la mayor parte de los artículos, dieron pábulo á la polémica de los periódicos por espacio de seis semanas. Por último, el dia 7 de febrero, Mr. Bonnet comunicó á la cámara el dictámen de la comision encargada del exámen preliminar de la ley. La comision se limitaba á proponer algunas modificaciones en puntos secundarios; y de esta suerte abreviaba para los escritos de veinte pliegos para arriba, el plazo que mediaba desde su impresion á su venta, cuyo plazo segun la misma debia ser de cinco dias para toda clase de escritos de cualquier tamaño y forma que fuesen. A mas estendia el significado de las palabras talleres de imprenta á los varios talleres esteriores de satinadores, plegadores, encuadernadores, etc.; y finalmente suprimia el timbre. Pero en cambio de esta concesion, sometia todos los escritos inferiores de veinte pliegos impresos ó reimpresos en un tamaño menor de 18.° á la revision de la autoridad; es decir, á la censura. Los diputados mostraron un afan poco acostumbrado en usar de la palabra, durante la discusion, y mas aun los que eran contrarios de la ley. Abriéronse las puertas del palacio de la cámara á las once de la mañana. El dia destinado para la inscripcion de los diputados que deseaban tomar parte en el debate, Mr. Royer-Collard, que llegó á las seis y cuarto, halló que se le habian adelantado los señores Agier, Bacot de Romans y Bourdeau, y á las siete la lista se hallaba casi completa. El número de diputados inscritos para combatir dicha ley ascendia á cuarenta y cuatro, y el de los que se habian inscrito para su defensa á treinta y uno. Estos últimos pertenecian todos al partido clerical; y entre ellos se leian los nombres de los señores Rougé, Sallaberry, Syriès de Mayrinhac, de Frenilly, Courtay, Humbert de Sesmaisons, Saint-Chamans, Forbin des Issarts, Castelbajac, Piet y Maquillé. La lista de los que pidieron la palabra en contra no presentaba esta misma uniformidad; pues comprendia juntamente á diputados de la antigua izquierda, y á los principales miembros de esta numerosa parte de la derecha que la personalidad intolerante de Mr. de Villelle, las violencias de Mr. de Corbière y la altanera incapacidad de Mr. Peyronnet habian impulsado hácia la oposicion. Hallábanse en ella los nombres de los Sres. Royer-Collard, Benjamin Constant, Dupont (del Eure), Casimiro Perier, Thiard, Mechin y Labbey de Pompieres, unidos á los nombres de los Sres. Agier, Labourdonnaie, Berthier, Hide de Neuville, Bonville, Alejo de Noailles, Bertin de Vaux, Montbriand, contrarios obstinados y ardientes por espacio de diez años, y finalmente unidos en una comun oposicion al partido clerical, avanzaban compactos estos personajes políticos al derribo del ministerio, á quien miraban todos, aunque por distintas causas, como el mas funesto de cuantos presidieron los destinos de la restauracion.

Empezóse la discusion el 14 de febrero, y el primero que habló fue Mr. de Sallaberry. Su discurso reunia las principales quejas de los autores de la ley y de sus partidarios sobre la libertad de imprenta en estos términos: «El descubrimiento de la imprenta hubiera sido un beneficio inmenso para los pueblos, si hubiesen sabido usar de ella con discrecion; pero asimismo podia ser el regalo mas funesto. Es lícito creer que fué conocida de los antiguos, y que hábiles gobernantes no quisieron introducir en la multitud el conocimiento y el uso de una antorcha, que así como podia alumbrar, tambien podia producir un incendio. Aun en la época en que la escritura era desconocida, los legisladores pensaron ya en atajar los abusos de la libre comunicacion intelectual. Entre los hebreos no se permitia la lectura de las profecías á nadie hasta haber cumplido la edad de treinta años.» Siguió luego el orador haciendo la historia de la imprenta desde su orígen, y en seguida añadió: «La imprenta fué emancipada por la revolucion, y esta la hizo su cómplice, y la armó contra la monarquía, la cual cayó bajo sus golpes

(1) Esta denominacion, la cual ha quedado subsistente, era la paráfrasis de algunos pasajes de un artículo atribuido á Mr. Peyronnet en que las disposiciones del proyecto de ley se calificaban de medidas «justas útiles, favorables y suaves.»

juntamente con el altar; así derribó al rey y al sacerdote. En efecto la prensa es una ballesta perfeccionada que arroja flechas inflamadas y antorchas incendiarias: ella es el arma favorita de los amantes del protestantismo, de la ilegitimidad y de la soberanía del pueblo. Temamos, señores, esta plaga, única que se olvidó Moisés de enviar á Egipto. (Rumores mezclados con risas; interrupcion.) Sí, señores, esclamó con voz animada y fuerte el orador; no hay escesos ni atentados que la prensa no haya cometido hace tres años mediante la mentira, la irreligion y el espíritu revolucionario. Hasta ahora se habia creido que el gobierno representativo se componia de tres grandes poderes; pero yo os designo otro que pronto será mas fuerte que los tres juntos. Trátase pues ó de romper su yugo ó de sujetarse á él. Su nombre genérico es libertad de imprenta; pero su verdadero nombre es licencia de la imprenta, y su nombre de guerra el periodismo.» El orador concluyó en estos términos: «Desde el instante en que el legislador está seguro de que el golpe es justo, su deber es darlo fuerte. No hay transaccion posible entre la monarquía y los defensores de la libertad de imprenta, los cuales no quieren otra libertad que la de la sangre y del gorro colorado. Voto en pro del proyecto de ley.»

En seguida, tomó la palabra en contra del proyecto Mr. de Labourdonnaie. Este orador durante los primeros diez años de la restauracion se habia mostrado el mas decidido campeon de las doctrinas que acababa de preconizar Mr. de Sallaberry, cuya bandera sostuvo con firmeza y valor; pero este último, hecho congregante, permaneció adicto á la contrarevolucion; al paso que Mr. de Labourdonnaie, que continuó independiente del partido clerical, empujado fuera de la antigua senda por la accion esclusivista y dominadora de este partido, y dotado de cierta elocuencia, acabó por reconciliarse con el gobierno parlamentario y por apreciar las ventajas de un régimen de discusion y de libertad. Su discurso fué la prueba de lo mucho que bajo este respecto se habian modificado las opiniones de un número considerable de antiguos realistas en doce años de práctica del sistema constitucional. «Cansada la Francia de agitacion y de tempestades políticas, dijo, desea el reposo; y la esperanza de adquirir y de conservar este bien estriba en la alianza de la carta con la legitimidad. En vano un puñado de hombres, arrastrados por sus pasiones ó dominados por sus recuerdos esperaban separar estas dos garantías, pues la Francia entera rechaza lo mismo á los que quisieran la carta sin la legitimidad que á los que desearian la legitimidad sin la carta. (Muchas voces: Sí, sí, muy bien!) Sus deseos y su apoyo son en favor de los que sepan unir con un lazo indisoluble estos dos bienes. Su éxito será seguro si marchan francamente bajo la bandera de la monarquía legítima y constitucional; pues á la Francia se le han prometido instituciones constitucionales; es decir, la carta, y esta sin faltarle un ápice es lo que la Francia reclama. Voto contra el proyecto.»

Mucho distaba este lenguaje del que usó Mr. de Labourdonnaie en 1823, cuando calificaba la constitucion de las córtes españolas llamándola «una carta, odiosa garantía de los intereses de la revolucion.» Este mismo orador, en 1827 hablaba de la ley constitucional en los mismos términos que el general Foy; el mismo Manuel, cuya espulsion habia pedido, no hubiera desaprobado sus doctrinas. En las precedentes legislaturas, si Mr. Royer-Collard hubiese subido á la tribuna despues de Mr. de Labourdonnaie, habria sido ciertamente para combatirle; pero ahora tomó despues de él la palabra para darle su apoyo, diciendo: «Hemos sido echados muy lejos de los debates que tuvieron lugar durante los primeros años de la restauracion; la invasion que combatimos no se dirige contra la licencia, sino contra la libertad; no solo contra la libertad de la imprenta, sino contra toda libertad natural política y civil, como esencialmente dañosa y funesta. Segun el espíritu íntimo de la ley, hubo imprudencia en el gran dia de la creacion en dejar salir el hombre libre e inteligente en medio del universo; pues de este nació el mal y el error. Pero una sabiduría mas alta viene á enmendar la obra de la Providencia, restringiendo su imprudente liberalidad, y haciendo á la humanidad, cuerdamente mutilada, el servicio de elevarla por último á la bienhadada inocencia de los brutos.

«Fuera escritores, fuera impresores, fuera periódicos; este será el régimen de la prensa.» Sentís la suerte de los buenos periódicos y de los buenos escritos, nos responden los apologistas oficiales, y nosotros tambien lo sentimos; pero lo malo hace mil veces mas mal, que bien hace lo bueno.» Es decir, señores, que todo debe abrazarlo nuestra persecucion; sepultar juntos y sin distincion lo bueno y lo malo. Pero para esto es menester destruir la libertad que, conforme á la ley de la creacion, produce uno y otro. Una ley de sospechosos ampliamente concebida y que pusiese á la Francia entera en la cárcel fuera solo una consecuencia exacta de la juiciosa aplicacion de este principio; y comparada con la ley de imprenta tendria la ventaja de quitar con un solo golpe con la libertad de moverse, de ir y de volver, todas las libertades; y el ministerio, al presentarla, podria decirle con mayor autoridad: lo malo causa mil veces mas mal, que lo bueno hace bien: el autor de todas las cosas creyó al principio lo contrario; pero se engañó. (Risa general.)

»Ahogada la libertad, debe sofocarse su noble compañera la inteligencia. La verdad es un bien, pero el error es un mal: perezcan pues á un tiempo el error y la verdad, y así como la cárcel es el remedio natural de la libertad, del mismo modo la ignorancia es el remedio necesario de la inteligencia. La ignorancia es la verdadera ciencia del hombre y de la sociedad. (Nuevas risas.) Esa igualdad de destino entre la verdad y el error, esta soberbia confusion del mal y del bien, es en el órden de la justicia la confusion del inocente y del culpable. Desde que el género humano ha encontrado sus títulos á la luz de la civilizacion, los gobiernos y los pueblos, los magistrados y los escritores, proclaman á porfía que vale mas que se libren cien culpables que no que perezca un inocente. Pero este proyecto de ley respira una máxima opuesta. ¿Acaso no era este mismo espíritu el que animaba á aquel inquisidor que en la guerra de los albigenses hacia arrojar á las llamas á los ortodoxos con los herejes para estar mas seguro de que ninguno de *estos se habia escapado*? (viva sensacion).

»¿Y qué sucederia si con esta horrible antorcha alumbrase toda la legislacion revolucionaria? es que en el fondo de todas las tiranías tienen el mismo desprecio de la humanidad, desprecio que se manifiesta por los mismos sofismas: (varias voces. ¡Muy bien! es verdad!) La ley actual solo proscribe el pensamiento y deja salva la vida; pero es porque no necesita como los bárbaros hacer ir por delante la devastacion, la matanza y el incendio; bástale destruir las eternas reglas del derecho. Para destruir los periódicos es menester volver ilícito lo que es lícito, es menester anular los contratos, legitimar el despojo, invitar al robo; y la ley está hecha. (Silencio general.)

»Señores: una ley que niega la moral, es una ley atea; y no debe obedecerse, porque, como dice Bossuet, no hay en el mundo derecho contra el derecho. ¡Ah! hemos atravesado unos tiempos en que usurpada por la tiranía la autoridad de la ley, el mal fué llamado bien y la virtud crímen. En tan dolorosa prueba no buscamos las reglas de nuestras acciones en la ley, sino en nuestras conciencias, obedecemos á Dios primero que á los hombres. Y debíamos ver, bajo un gobierno legítimo reproducirse esos lamentables recuerdos? (Sensacion general y profunda.) Seremos todavía fieles á nuestras conciencias, pues somos los mismos hombres que arreglamos pasaportes y dimos falsos testimonios para salvar la vida á inocentes. Dios, en su justicia y en su misericordia nos juzgará: vuestra ley, tenedlo bien presente, será vana porque la Francia sabe mas que su gobierno.» (Nuevo movimiento en todos los bancos.)

Desde el principio de este discurso la cámara entera estuvo silenciosa y conmovida; pero la atencion fué todavía mas profunda desde que el orador dijo que por lo mismo que sofocaba un derecho y violaba la moral, era aquella una ley tiránica y que elevando el trono y dando á su voz un acento mas solemne, añadió: «Dos veces en el espacio de veinte años, y esto no lo hemos olvidado, la tiranía nos ha abrumado con su peso, ya armada del hacha revolucionaria, ya con la frente rodeada del brillo de cien victorias. El hacha se ha embotado y nadie cree que quiera cogerla de nuevo, como creo que nadie tampoco podria lograrlo: las circunstancias que la afilaron no se renovarán durante muchos siglos. Únicamente pues en la gloria guerrera ó política como la que nos dejó deslumbrados, debe la tiranía templar sus armas en el dia. Falta de gloria fuera ridícula. Consejeros de la corona, esclama el orador dirigiéndose al banco ministerial, autores conocidos ó desconocidos de la ley, permitid que os preguntemos: ¿qué habeis hecho hasta ahora que sea capaz de elevaros hasta tal punto sobre vuestros conciudadanos y que os ponga en estado de imponerles la tiranía? (Movimiento general; todas las miradas se dirigen á Mr. de Villèle, Corbiere y Peyronnet, sentados en el banco de ministros). Decidnos qué dia entrasteis en posesion de la gloria: dónde están las batallas que ganasteis: dónde los servicios inmortales que habeis hecho al rey ó á la patria? Siendo oscuros y medianos como nosotros, continuó el orador dirigiendo la vista á Mr. de Corbiere y á sus dos colegas, parece que solo nos aventajais en temeridad. La tiranía no puede sostenerse en vuestras débiles manos, y esto os lo dice vuestra conciencia mas alto que nosotros. (Nuevo movimiento general.) La tiranía es en nuestros dias tan vana, tan insensata y tan imposible, que no hay ni un solo hombre ni varios que se atrevan a concebir, no diré su esperanza, pero ni aun su simple idea. Tan insensata osadía solo puede hallarse en las facciones. La ley que combato manifiesta pues la existencia de una faccion en el gobierno con tanta certeza cual si esta faccion se proclamase ella misma y marchase á ban-

deras desplegadas delante de nosotros. Yo no le preguntaré quién es, ni de dónde viene ó á dónde se dirige, porque ella mentiria. (Interrupcion espontánea en todos los bancos.)

Lo juzgo por sus obras, prosiguió Mr. Royer-Collard; ved lo que os propone: la destruccion de la libertad de imprenta; el año pasado desenterró de la edad media el derecho de mayorazgo; el año anterior el sacrilegio; así en la religion, en la sociedad civil y en el gobierno sigue una marcha retrógrada. Llámesela contr-revolucion ó como se quiera, poco importa, siempre retrocede, y por medio del fanatismo, de la ignorancia y del privilegio tiende á la barbarie y á los dominios absurdos que esta favorece. La empresa no se consumará fácilmente: y aun quiero conceder que en adelante no se imprima en Francia ni una sola línea; en hora buena que una muralla de bronce nos preserve del contagio del estranjero; pero hace tiempo que en el mundo está abierta la discusion entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira; la misma llena innumerables volúmenes, leidos y releidos así de dia como de noche por una generacion curiosa: los libros han pasado de las bibliotecas á los entendimientos; de aquí es pues de donde deben echarse; ¿teneis para esto algun proyecto de ley? (risas). Hasta que hayamos olvidado lo que sabemos, no estaremos en disposicion de sufrir el embrutecimiento y la servidumbre. A mas de que el movimiento de los ánimos no procede solamente de los libros, sino que nacido de la libertad de las condiciones, vive del trabajo, de la riqueza y de la ociosidad, las reuniones de las ciudades y la facilidad de las comunicaciones lo mantienen; por lo que para esclavizar á los hombres es necesario dispersarlos y empobrecerlos: pues la miseria es la salvaguardia de la ignorancia. Creedme, disminuid la poblacion, enviad á labrar la tierra á los obreros de la industria, quemad las manufacturas, cegad los canales y pasad el arado por los caminos reales; no haciendo todo esto, no pasando el arado por encima de la civilizacion entera, estad seguros de que nada habreis conseguido; pues lo que quede bastará para quedar burlados todos nuestros esfuerzos. (Fuertes murmullos en los bancos ministeriales: interrupcion.)»

»Señores, dijo al concluir el orador, no puedo adoptar las enmiendas propuestas por la comision ni otra alguna, puesto que la ley ni es susceptible ni digna de ellas; ni hay conciliacion posible con el espíritu de tirania que la ha dictado. La repruebo, pues, pura y simplemente por respeto a la humanidad á la que degrada. (Nueva y violenta interrupcion); la repruebo, continúa el orador con voz mas pausada y fuerte, por respeto á la justicia á la cual ultraja; y por fidelidad a la monarquía, a la cual conmueve ó á lo menos la compromete y mancilla en el concepto de los pueblos presentándola como infiel á sus promesas: esta es la única prueba que hoy puedo dar de afecto á esa monarquía, el mismo que me conoció en dias de destierro y de adversidad.»

La impresion que produjo en la cámara este discurso, que fué una de las mas felices inspiraciones de la elocuencia parlamentaria, no pudo conmover á los partidarios del proyecto de ley: los señores Syries, de Mayrinhac y de Frenilly, ocuparon la tribuna despues de Mr. Royer-Collard: el primero para declarar: «que el gobierno no podia tolerar que los diarios dijesen todas las mañanas á sus suscritores que el fraude y la corrupcion eran los ausiliares de los ministros y que discutiesen diariamente los derechos de los pueblos y de los soberanos;» el segundo para acusar de timidez á la obra de Mr. de Peyronnet y para echar en cara a este ministro y á sus colegas el «que no habian tomado la justa medida del mal; y el no haber seguido para reprimirlo un sistema firme, franco y razonable.» En seguida usó de la palabra Mr. de Villele, para contestar, segun dijo, á Mr. Royer-Collart; pero aunque diestro en desviar las acusaciones y en deslizarse por entre las objeciones de su adversario, habló el presidente del consejo mucho tiempo, pero sin contestar al antiguo jefe de la instruccion pública. Su discurso fue una floja y difusa apología de la ley, e insistió en la acusacion de tirania. «El orador, dijo, nos ha acusado de querer establecer la tirania, y hablando de lo ridículo de esta tentativa, no ha notado que esta ridiculez se estendia á la misma acusacion. ¡La tirania! ¡Él ha gemido bajo su yugo como todos nosotros! y sabe muy bien que los tiranos no permiten que se les diga lo que el nos ha obligado á escuchar. (Risas en los bancos ministeriales). Si, añadio el ministro, la Francia se halla bajo una tirania que insulta y quisiera oprimir a los poderes legales; tirania que todo lo ataca para disolverlo y destruirlo todo; porque parece que le está prohibido fundar cosa alguna; y esta tirania, señores, es la de la prensa.» (Bravos en el centro.)

Dilatóse la discusion de la totalidad hasta el 19 de febrero. La discusion por artículos fue una mezcla de enmiendas y de subenmiendas, en que los diputados de todas opiniones, uniendose ó separándose en cada votacion, un dia adoptaban las disposiciones que al siguiente modificaban ó anulaban. La mayoría hallábase manifiestamente en camino de disolverse; y al antiguo órden de los partidos sucedió la incertidumbre y la confusion. Era tal el desórden del debate, que ciertas cuestiones importantes suscitadas por la ley y sobre las cuales esta nada decia, quedaron sin solucion. Habiendo preguntado Benjamin Constant si el ministerio público perseguiria las antiguas obras existentes en el comercio, y que desde la muerte de sus autores no dieron lugar á ningun proceso, y entre otras las obras de Voltaire, de Rousseau y de otros escritores del siglo XVIII, muchas voces salidas de los bancos ministeriales le interrumpieron diciendo: «No hay que responder; no se trata ahora de esto!»

Mr. Casimiro Perier, con viveza: «Perdonad; pero la pregunta es muy importante. Como no hay censura previa posible para las obras ya publicadas, es evidente, que si pueden ser objeto de persecucion, están obligados por deber y por honor á hacer una lista de las obras cuya reimpresion está prohibida, sin lo cual tendeis un lazo indigno á los editores. Establecer un índice como se hace en Roma.»

A estas palabras el orador se halla interrumpido por fuertes rumores. Mr. de Peyronnet se agita en su banco. En vano Mr. Casimiro Perier trata de continuar; pues ahogan sus palabras el sonido de los gritos de «¡á la votacion! ¡cierrese la sesion!» en términos que se ve obligado á bajar de la tribuna. Llegado á su asiento dijo gritando á la mayoría: «¡Si, toda vuestra ley es un lazo!»

Mr. Pardessus: «El preopinante pregunta si perseguiremos los malos libros...»

Mr. Casimiro Perier, con fuerza: «Pregunto si se perseguirá á Voltaire y á Rousseau!»

Mr. Pardessus. «Voy á responder: Todos los malos libros, cualesquiera que sean, deben ser perseguidos, lo mismo los de Voltaire que los demás. Continuamente se nos recuerdan los decretos que espulsaron á los jesuitas... y qué, no hay mas que estos decretos que sean respetables? ¿Considerareis como nulos los decretos de los parlamentos que han condenado á ser quemadas muchas obras de Voltaire? Hasta ahora se ha tolerado que en las obras completas se insertasen escritos justamente prohibidos. En cuanto á mí, nunca transigiré con mi conciencia, y si fuese procurador general, no me cansaria de perseguirlas; porque en mi concepto el que entre cien toneles de vino y vende uno envenenado, es tan envenenador como el que lo vende separadamente; y estoy convencido de que no hay tribunal que en igual caso titubease en condenarlo.

Mr. Casimiro Perier, con una nueva insistencia: «¿Perseguireis la reimpresion de las antiguas obras no condenadas?»

Renuévase la griteria, y la cámara continúa la discusion sin que Mr. Casimiro Perier pueda obtener una respuesta categorica.

El artículo del proyecto de ley que imponia un timbre de un franco al primer pliego de todo escrito que conste de cinco ó de menos, y al que la comision sustituyó la censura de las obras de tamaño menor, el 18 fue reproducido por Mr. Maquille y de Saint-Chamans: «Este timbre, dijo este último, es un medio seguro de hacer desaparecer esos folletos, en que se tratan materias políticas y religiosas, y que sirven para vender con mucha rebaja la corrupcion; cuyos folletos son tanto mas peligrosos cuanto encuentran en las clases inferiores, á las que están destinados, unos lectores mas ignorantes y por lo mismo mejor dispuestos a pasar del descontento á la rebelion. Este artículo tiene una importancia inmensa; porque, yo os pregunto: ¿cómo es posible que el pueblo mas dócil se haya vuelto el mas feroz?...» (Esclamaciones en una parte de la asamblea.)

Mr. de Cambon con calor: «Insultais á la nacion!»

Mr. Alejo de Noailles. «Estais calumniando á la Francia!»

Mr. de Saint-Chamans: «Hablaba de 1793. (Varias voces: Vamos, vamos! Para esto bastaron los folletos de Marat y del P. Duchesne. Decian á los hombres del pueblo: Van á haceros perecer; para libraros debeis matar á los otros. Ahora se les dice: Se os oprime, no se les dice todavía rebelaos, pero se les dispone á la revuelta. (Muchas voces: Al órden!) Señores, alejad del pueblo estos alimentos corrompidos y malsanos. El proyecto de ley, se dice, impedirá juntamente la circulacion de los libros buenos y de los malos, las máximas buenas y las malas. Tanto mejor! (Esplosion de murmullos en una parte de la sala. Si, señores, repitió Mr. de Saint-Chamans con mayor fuerza; mejor! porque lo que debe evitarse principalmente es la discusion llevada á las últimas clases del pueblo, á las que dañan hasta las buenas doctrinas, puesto que son incapaces de comprenderlas. Todos los creyentes así en política como en religion, deben creer bajo la palabra de la autoridad legítima. Muchas voces: Oh! oh!... Larga interrupcion.)»

La enmienda que defendia el orador fué desechada por la cámara, la

cual pasó á ocuparse en el asunto de los periódicos. Con no menos vigor se trataba á la prensa política que á los libros; y creíase si no destruirla absolutamente, á lo menos dejarla reducida á dos ó tres órganos que haria impotentes la severidad de las disposiciones penales de la ley: este era en el fondo la idea del gobierno «La ley, por confesion del ministerio, dijo Mr. de Labourdonnaie en la sesion del 2 de marzo, debe dar muerte á todos los diarios, ó á lo menos no dejar subsistentes mas que á dos ó tres...»

Mr. de Villele desde su sitio: «El ministerio no ha dicho esto.»

Mr. de Labourdonnaie con fuerza: Así lo dijisteis, y de ello tomo por testigos á todos los miembros del octavo despacho que me escuchan. Hay aquí mas de treinta colegas nuestros que, lo mismo que yo, os oyeron declarar en términos formales que la ley mataria á todos los periódicos, escepto el Diario de los Debates, el Constitucional, y tal vez la Cotidiana. (Larga agitacion: Mr. de Villele guarda silencio.)

Mr. Casimiro Perier. «La ley exige que tres de los propietarios de periódicos, tengan entre ellos solos, á título de gerentes, la mitad á lo menos de la propiedad del periódico. Uno de los tres diarios que acaba de citar Mr. de Labourdonnaie, difícilmente podrá subsistir, porque sobre las doce acciones que representan su valor, siete pertenecen al gobierno ó á la policía. (Varias voces: La Cotidiana.) Quisiera que los señores ministros tuviesen á bien esplicarse.»

Ningun ministro dió respuesta: y la cámara mantuvo en cuanto, á los tres gerentes responsables, la obligacion de poseer la mitad de la propiedad. Mr. Hyde de Neuville propuso la enmienda de que durante los primeros años los gerentes de los periódicos no fuesen obligados á poseer mas que la tercera parte de su total valor. «Creeis, dijo, ser severos, muy severos; pero no pretendeis ser injustos. ¿Quereis pues que se diga que una cámara adicta á la monarquía, haya obligado al único periódico que representa la opinion realista á suspender su publicacion?» (Vivo rumor en el centro.) La enmienda fué desechada. El proyecto no dió á los nuevos gerentes de los periódicos existentes mas que un mes de término para cumplir con los numerosos arreglos que se les imponian. Mr. Casimiro Perier propuso dilatar dicho plazo hasta seis meses: «Varias de las sociedades establecidas por los periódicos existentes se han contratado por noventa y nueve años, dijo; los hay cuya propiedad está dividida en quince acciones de cien mil francos cada accion. Así segun los términos de vuestra ley los tres gerentes responsables que no tengan, supongo, mas que trescientos mil francos entre los tres, en la sociedad, deberán en los treinta dias de la promulgacion de la ley, ser propietarios de setecientos cincuenta mil francos. ¡Cuántos cambios no llevaria consigo esta obligacion! ¡cuántos intereses van á entrechocarse! Y si los actuales poseedores no quieren ceder las partes de propiedad necesarias para completar la porcion de los gerentes, será menester que haya una licitacion legal; de ahí inevitables dilaciones, y una imposibilidad física y material de satisfacer á la ley.» — «Pues bien, respondió Mr. Dudon, quien usando de la palabra cada vez que se interpelaba á la comision ó á los ministros, tomaba resueltamente sobre sí todo el peso del debate contra la oposicion: pues bien; si aconteciese que los accionistas fuesen bastante obstinados para no querer someterse á la ley, para no consentir en colocar mas de la mitad de su propiedad en poder de los tres gerentes responsables, el periódico quedará suprimido y cesará su publicacion! Esta es una consecuencia natural y muy justa. La cámara no dará oidos á sus lamentos: pido que se deseche la enmienda.» En efecto fué desechada. La responsabilidad en que incurren de derecho los impresores en cuanto á todas las multas, perjuicios, intereses y costas resultantes de la condenacion de un escrito salido de sus prensas, fué el último asunto del debate. En vano muchísimos miembros pusieron en evidencia por medio de ejemplos la injusticia de esta disposicion absoluta, que esponia á los impresores á su ruina por la impresion de obras que deben crecer al abrigo de todo procedimiento; en vano el mismo Mr. Pardessus invocó el hecho reciente de una traduccion de la Germania de Tácito, por Mr. Panckoucke, traduccion aprobada primeramente por la universidad, y declarada por la misma como propia para dar en premio á los alumnos de los colegios reales; y luego despues, declarada indigna y punible, por haber descubierto en una nota una grande impiedad; la responsabilidad del impresor quedó subsistente.

El dia 12 de marzo despues de un mes entero de debates la cámara procedió definitivamente á la votacion del proyecto: el escrutinio dió por resultado trescientos sesenta y siete votantes; y el resultado fué doscientos treinta y tres bolas blancas y ciento treinta y cuatro bolas negras; el proyecto de ley fué adoptado.

Siete dias despues, el 19, Mr. de Peyronnet presentó este proyecto á la cámara de los pares. Cuerpo inmutable, independiente al mismo tiempo de la corona y de los electores, y por lo mismo estraño y superior á las agitaciones diarias de la política ministerial y á la lucha de los partidos; asamblea esencialmente realista, puesto que con la monarquía participaba del privilegio de las funciones hereditarias; eminentemente constitucional, puesto que nacida de la carta, la constitucion es su único título; la cámara de pares, decimos, estaba destinada á resistir á los impulsos del poder y á los de la opinion, y debia observar en el exámen del proyecto de ley una imparcialidad de que estuvo muy distante la cámara electiva. Su composicion, tal como salió de los nombramientos de 1814 y la numerosa promocion de 1819, hacia que en 1827 fuese toda la fuerza y la inteligencia de la restauracion. Su actitud, como ya puede haberse notado, se habia robustecido por otra parte, á medida que la práctica del gobierno constitucional le dió á conocer lo importante de su representacion y su verdadero poder; y sus deliberaciones, lo mismo que sus actos, habian adquirido sucesivamente toda la calma y firmeza que nacen de la esperiencia de los negocios y del conocimiento de los grandes intereses públicos unidos á una posicion independiente. Mr. de Montlosier le dirigió su denuncia al principio de la legislatura. Antes de declararse quiso conocer las cuestiones que habia suscitado esta queja; y una comision, compuesta no de *hombres políticos*, sino de jurisconsultos, se encargó de ilustrar la opinion de *la cámara*, para que pudiese votar con mayor conocimiento de causa. En un informe presentado en nombre de esta comision, informe notable, esmeradamente redactado y con mucha profundidad, en que cada uno de los puntos designados por el peticionario era objeto de un profundo exámen, Mr. Portalis concluyó á la órden del dia sobre la mayor parte de las demandas de Mr. de Montlosier, y trasladó la denuncia al presidente del consejo de ministros, «en la parte relativa al establecimiento de un órden monástico en Francia no autorizado por el rey.» Estas conclusiones fueron vivamente combatidas por el cardenal de la Fare, Mr. de Bonald, el duque de Fitz-James y el obispo de Hermópolis. El discurso de este último fué una ardiente y larga apología de los jesuitas; una glorificacion de sus virtudes y de sus servicios; el de Mr. Fitz James una violenta diatriba contra el autor de la denuncia, á quien representó como un hombre estraño, impaciente por causa de su oscuridad, agriado por el olvido en que vejetaba, como una especie de loco, que queriendo meter ruido á toda costa y ocupar la atencion de los demás, se habia puesto á atacar el clero y á denunciar á los jesuitas para no perder la costumbre de atacar y de denunciar.—Todos le hemos conocido en Inglaterra, añadió, y entonces, lo mismo que hoy, en sus montañas, siempre su cabeza trabajaba, y hubo un tiempo en que se aplicó particularmente á producir planes de contrarevolucion. Cierto dia reunió a todos sus amigos para comunicarles un nuevo proyecto que habia concebido; ¿y sabeis qué medio habia imaginado contra el jacobinismo? Nada menos se proponia que reunir y formar un ejército de todos los capuchinos de Europa, y hacerlos entrar en Francia formando una procesion precedida de la cruz por estandarte. Este es el hombre que hoy denuncia las procesiones y los misioneros!» — «Se trata de juzgar sobre la peticion y no al peticionario, replicó vivamente el vizconde de Aubray. Además, ¿es acaso merecida la acusacion de locura que hoy se le dirige? ¿Era loco cuando en la asamblea constituyente, con motivo de la espoliacion del clero y de los obispos, dirigió á los que eran causa de ella estas célebres palabras: «Les quitais sus riquezas, sus cruces de oro; pero no importa, llevarán una cruz de madera, y no olvidarán que fué una cruz de madera la que conquistó y salvó al mundo? Era loco cuando á costa de su fortuna y corriendo mil riesgos desafiaba el furor de los partidos en defensa del trono? Unas virtudes puestas á prueba por tan largo tiempo y tantos servicios deberán quedar de repente olvidadas? ¿Es conveniente contristar en estos términos á un anciano sobre quien la autoridad acaba de descargar un golpe sensible y que se consume en la pobreza en medio de sus montes natales?» Los señores Lainé, de Barante y Pasquier apoyaron las conclusiones del informe de la comision. El debate, por ambas partes circunscribíase á examinar la cuestion de los jesuitas, y la legalidad de su existencia. En el estado actual de la opinion y en medio de la estraña agitacion que producia en los ánimos, el asunto del restablecimiento de la Compañía de Jesus llegaba á constituir un peligro para la monarquía: despues de dos dias de discusion (el 18 y 19 de enero), la cámara adoptó el dictámen de la comision por ciento trece votos contra setenta y tres.

La comision nombrada para examinar el proyecto de ley sobre la imprenta, mostró igual esmero en ilustrar la cuestion con todas las luces que puede suministrar un exámen imparcial del asunto. Formábanla los condes de Portalis y de Bastard, el baron de Portal, los duques de Brissac y de Levis, el abate de Montesquiou y el duque de Broglie. Este último pertenecia á la oposicion liberal propiamente dicha, y los tres pri-

meros al sistema político constitucional que hacia tiempo se hallaba personificado en MM. Decazes y de Richelieu, de modo que únicamente Brissac, de Luis y de Montesquiou podian considerarse como pares ministeriales; y aun se distinguian de la multitud de estos por su moderacion é inteligencia en materias políticas. Siendo pues la mayor parte de los miembros de la comision partidarios de la libertad de imprenta, quisieron corresponder á la confianza de sus colegas poniendo á la cámara en estado de adoptar, no algunas disposiciones de circunstancias, sino una verdadera ley, entrando en una via enteramente nueva, y se formaron en comision de informe, á ejemplo de lo que se practica en las cámaras inglesas; y mandaron comparecer delante de ellos á los representantes de todas las industrias y demás corporaciones interesadas en los trabajos de imprenta y de libreria, y hasta consultaron á los dueños y redactores de los periódicos. Mientras que la comision tomaba informes sobre los hechos y oia á los interesados, preparando así los fundamentos de un debate profundo y de conciencia, sucedió que se hizo un odioso ultraje á los restos de uno de los miembros mas ilustres de esta misma asamble representada en la comision, lo cual vino á aumentar la irritacion que ya por sí habia causado el proyecto de ley.

El duque de la Rochefoucaul Liancourt, á quien trató tan brutalmente Mr. de Corbiere en 1823, terminó sus dias el 28 de marzo á la edad de ochenta años, despues de una vida que hacia honor á su nombre y juntamente al rango á que pertenecia y á la Francia. Sus exequias, señaladas para el dia 30, atrajeron un concurso inmenso de personas de todas clases, y entre otros fueron los antiguos alumnos de la escuela de artes y oficios de Chalons, fundada por Mr. de Liaucourt quienes pidieron que se les permitiese llevar el féretro de su bienhechor. Concedió la demanda en nombre de la familia como de los ministros de Carlos X, el duque de la Rochefoucault Doudeauville, próximo pariente del difunto, quien debia sostener uno de los estremos del paño mortuorio. Púsose en marcha la comitiva y llegó á la iglesia con el mayor órden. Concluido el oficio, se adelantan los alumnos para tomar de nuevo el féretro; cuando se les pone delante un sugeto que no llevaba ninguna insignia del gobierno y grita: Vengan los hombres destinados á llevar el féretro. Los alumnos se opusieron, pero el sugeto que acababa de hablar les manifestó que la familia del difunto se oponia á que el féretro fuese conducido fuera del modo acostumbrado. Los jóvenes se sometieron; pero luego divisando á los condes Gayetano y Alejandro de la Rochefoucault, hijos del difunto, que venian á ocupar su puesto detrás del cuerpo, les dijeron: «Como, señores, ¿es posible que la familia se oponga á que llevemos los restos de nuestro bienhechor?—La familia, respondió el conde Gayetano, lejos de oponerse os autoriza para ello y aun os repite su consentimiento. Estas palabras pronunciadas delante de los ordinarios conductores hizo que estos se detuviesen y entregasen el féretro á los alumnos, quienes lo colocaron sobre sus hombros. Así salió la comitiva de la iglesia, atravesó la plazuela situada delante de este edificio, y entraron en la calle de Saint-Honore. Vuelve á arreglarse el acompañamiento: los hijos del difunto, un gran número de pares de Francia y de personas de alta categoría, parientes ó amigos del difundo, toman sus puestos sucesivamente detras del féretro. Como el difunto fué teniente general acompañábale una escolta de honor. El sujeto que ya habia intervenido en la iglesia se acercó al comandante de esta tropa, y dándose á conocer como comisario de policía, le intimó que obligase á los alumnos á poner el féretro en las andas destinadas á llevarlo fuera de Paris. El oficial de la escolta se muestra indeciso, y el comisario mas y mas imperioso: mándase á los alumnos que dejen el cuerpo, y ellos se niegan: la tropa arma las bayonetas; y al ver los soldados que avanzan hostilmente para apoderarse del féretro, los mas próximos acompañantes rodean á los jóvenes; se mezclan y se confunden, y empéñase una especie de lucha; el féretro se bambolea en los hombros de los alumnos: dirígense mil voces al comandante de la escolta para que haga cesar aquel conflicto impío: pero este esclama: «Tengo órdenes formales: ¿quereis que me haga destituir?» De repente sale un grito agudo de todas las ventanas situadas encima del lugar del desórden; pues se oyó un ruido sordo causado por el féretro que se vino finalmente al suelo. Apoderóse de los presentes una especie de espanto, y se formó un vacío al rededor de los soldados quienes levantaron el ataud medio roto, recogieron del arroyo de la calle las insignias del difunto y su manto de par, manchados con el lodo, y lo colocan todo en las andas que el comisario de policía habia hecho acercar (1).

(1) Cuando el féretro fué conducido á Liancourt, lugar de la sepultura de la familia de La Rochefoucault, fué preciso pasar parte de la noche anterior á la inhumacion, no solo en recomponer el ataud que estaba medio destrozado, sino tambien en colocar de nuevo en su posicion natural parte de los miembros, que se habian desprendido del cuerpo.

Esta vez la indignacion no se limitó á los periódicos, sino que hasta las cámaras se conmovieron. La de pares, mas interesada en este escándalo sacrílego, no se limitó á reprender esta violencia, que iba á atacar hasta en su muerte á un hombre ilustre cuyo único crímen eran sus opiniones y sus votos independientes; y encargó al gran referendario que se informase de los hechos. Segun el informe que este presentó á la asamblea el 2 de abril, toda la culpa recaia en la policía, y el gran referendario hizo notar que la inflexibilidad de la consigna dada en esta circunstancia al agente de la administracion era tanto mas estraña y culpable en esta circunstancia, cuanto que en muchas otras ocasiones, como en las exequias de Delille, de Beclard y de Mr. Emmery, superior del seminario de San Sulpicio, la policía habia autorizado la conduccion del féretro en hombros de los amigos ó discípulos del difunto. El féretro del abate Emmery, entre otros fué llevado de este mismo modo por los alumnos de su seminario para la aldea de Issy. Mr. de Corbiere asistió á la cámara, pero no solo no tuvo una palabra de reprension para el agente que persiguió los restos de la persona á quien habia insultado en vida, sino que aun tuvo la osadía de decir: «Si los oradores que han hablado se hubiesen limitado á espresar sus sentimientos penosos, yo hubiera respetado su dolor y guardado silencio; pero todavía quejas contra el gobierno! La conducta del prefecto de policía y de sus agentes ha sido la que debia ser; y hubieran faltado á sus deberes y hechose dignos de mi reprension si hubiesen obrado de otra suerte.» La cámara dió las gracias al gran referendario por su informe, y decidió que aguardaria el término de una informacion judicial que se habia empezado á informar, pero que quedó sin resultado.

La emocion causada por este incidente en la cámara hereditaria era de muy mal agüero con respecto á la ley que entonces estaba sometida al exámen de MM. de Broglie, Portalis y demás individuos de la comision. Los ministros no vieron sin sorpresa y disgusto la informacion abierta por dicha comision sobre muchas cuestiones industriales ó materiales que interesaba el proyecto de ley; pues este modo de examinar las cosas debia hacer necesariamente que la comision presentase un dictámen muy distinto de la obra del ministerio. En efecto, el sistema de la ley fué completamente cambiado, todas las disposiciones restrictivas de la libertad de imprenta ó atentatorias á los derechos de propiedad fueron desechadas, y contra toda presuncion, el dictamen de los miembros de la comision fue unánime sobre todas las cuestiones que abrazaba el proyecto del gobierno; y este resultado presagiaba á los ministros la mas completa derrota en la asamblea. Para evitarlo trataron de que el dictámen de la comision no llegase á discutirse, dejándolo para la próxima legislatura, despues que una medida que Mr. de Villele habia imaginado, haria que el gabinete tuviese en la cámara hereditaria una mayoría no menos dócil que la de la cámara electiva. Así el 17 de abril al abrirse la sesion en dicha cámara de pares, Mr. de Peyronnet pidió la palabra y leyó desde la tribuna un decreto, segun el cual se retiraba dicho proyecto de ley.

Todos los periódicos de la oposicion así realistas como liberales manifestaron una alegría estraordinaria. Todo Paris se iluminó; varias turbas compuestas de una innumerable multitud de oficiales de imprenta recorrian las principales calles y plazas precedidos de banderas blancas gritando: ¡Viva el rey! ¡viva la cámara de pares! ¡viva la libertad de imprenta! Estos paseos, el prodigioso concurso de curiosos que obstruian los baluartes, los muelles y todos las principales vias públicas laterales; los gritos de esa muchedumbre, los estallidos de los fuegos artificiales que se hacian en algunas ventanas; la multitud de luces que resplandecian en todos los edificios menos en los públicos; todo este ruido, agitacion y brillantez presentaba la vista de una fiesta, mucho mejor de lo que nunca presentaron los festejos y solemnidades mandadas de oficio por el gobierno. No fué menos el regocijo en las demás ciudades del reino, y se manifestó en ellas bajo las mas distantes formas: en unas partes por medio de numerosos coros que se paraban en las plazas, ó recorrian las calles cantando himnos nacionales, en otras por medio de fuegos artificiales; en algunas por medio de bailes públicos que duraban toda la noche, y tambien por medio de paseos con hachas, por la ereccion de arcos triunfales ó de colunas con varias inscripciones, y en todas partes mediante una brillante iluminacion Entre estas hízose muy notable la de Lyon: pues las orillas de sus dos rios, las principales plazas de la ciudad, las numerosas azoteas de sus montuosos arrabales, hallábanse por decirlo así entrelazadas por medio de inmensas cintas de fuego que reverberaban en las aguas del Ródano y del Saona: ciertamente no hubiera promovido mayor entusiasmo la mas señalada victoria sobre un enemigo; aunque la repentina desaparicion del proyecto de ley de Mr. de Peyronnet era en verdad un triunfo señalado de la opinion constitucional, pues esa retirada dejaba

salva la libertad de discusion, y parecia anunciar por último la caida de un ministerio que hacia cinco años que trataba en vano en cada legislatura de destruir alguna de las garantías consagradas por el pacto fundamental.

Estas demostraciones espontáneas de alegría, en que aparecia de una manera inesperada un espíritu público que desde la vuelta de los Borbones, nunca se habia manifestado tan unido y tan vivo. El concurso tan general, activo y apasionado de las clases trabajadoras en estas demostraciones cuando hasta entonces se habian mantenido, si no indiferentes, á lo menos estrañas á las luchas políticas, dejaron admirados á los ministros, pero sin intimidarlos. Decididos á no ver cosa alguna en la realidad de los hechos; echando la culpa de la oposicion formidable que se declaraba contra la marcha del gobierno, no á su política y á sus actos, sino al influjo de los periódicos, á la rabia é intriga de sus adversarios, determinaron desafiar una prueba que muy bien hubieran podido evitar á su impopularidad.

Cada año, el 12 de abril, aniversario del regreso de Carlos X á Paris en 1814, la guardia nacional era la única que desempeñaba el servicio en las Tullerías, y reemplazaba á todas las demás tropas. Esta gracia era en premio de la adhesion que entonces mostró á este príncipe, de quien, durante algunas semanas, formó la sola fuerza y única guardia. Conservábase la solemnidad de este recuerdo como un testimonio de confianza en la fidelidad del pueblo parisiense. El 12 de abril caia este año en jueves santo en el cual Carlos X estaba entregado severamente á sus deberes religiosos. Por consiguiente, el servicio escepcional de la guardia nacional se trasladó el lunes 16, en cuyo dia por la mañana reuniéronse en el patio del palacio varios destacamentos compuestos de todas las legiones inclusa la legion de caballería; y á las nueve, el rey, acompañado del delfin y de un numeroso estado mayor, les pasó revista. Los diarios, en sus críticas y en sus quejas ponian el mayor cuidado en separar el rey de sus ministros: estos eran los que hacian el mal cuando S. M. solo queria el bien: y estas consideraciones se espresaban con estas palabras: «¡Ah! ¡si el rey lo supiese!» Para muchos era Carlos X un monarca débil y bueno; pero rodeado de indignos consejeros que le engañaban, y cuanto mayor era la indignacion con que estos eran mirados, otro tanto se compadecia al rey, y tanto mas se esperaba que instruido este por la voz pública, hallaria en la misma rectitud de sus intenciones la fuerza necesaria para separarse en fin de Mr. de Villele y de sus colegas. Estos eran los sentimientos que dominaban en los guardias nacionales reunidos en el patio de las Tullerías el 16 de abril de 1827, y se manifestaron con los repetidos gritos de «¡Viva el rey!» que acompañaron al monarca mientras duró la revista. Carlos X no estaba ya acostumbrado á semejante acogida, y en vano en sus paseos buscaba el saludo de las gentes, y procuraba sonriéndose escitar aclamaciones; porque el público permanecia frio, y el rey regresaba á las Tullerías inquieto y afligido por esta mudanza, la cual atribuia, no al descontento causado por la marcha del gobierno, sino á los manejos del partido liberal y á las calumnias de los periódicos. Conmovido ahora por las aclamaciones que acababa de oir y que le traian á la memoria los primeros dias de su reinado, no se contentó con manifestar su satisfaccion á los oficiales que fueron á rodearle en el momento de desfilar, sino que les dijo que sentia que no se hallase allí reunida en aquella revista toda la guardia nacional. Los oficiales para hacerle la corte respondieron que sus compañeros se creerian muy dichosos en poder demostrarle su adhesion y deseaban con todas veras recibir este favor. Estas seguridades, confirmadas por el mariscal Oudinot, que insistió con empeño en que el rey se dignase hallarse en medio de la milicia parisiense, vencieron á Carlos X y dió promesa de pasar el último domingo del mes aquella revista con tal empeño solicitada. Esta promesa hecha públicamente y reproducida al dia siguiente en el Monitor y en los demás periódicos, tuvo lugar el dia 16 de abril; el proyecto de ley sobre la imprenta fué retirado al siguiente, 17; las demostraciones que escitó este acto, agitaron Paris el 17 por la noche y el 18; estas manifestaciones no libraban al rey de su promesa. ¿Se le debia esponer á encontrarse en medio de una poblacion armada que daba semejantes pruebas de su hostilidad al gobierno? Si la revista no podia evitarse, la necesidad de impedir el roce de los guardias nacionales con una masa de curiosos turbulentos y de liberales, de las provocaciones de los sediciosos, ¿no exigia á lo menos que se reuniesen sus batallones en la plaza del Carrousel, donde seria fácil aislarlos de la multitud? Estas cuestiones agitadas entre los ministros fueron decididas en un último consejo celebrado el 25, y el dia siguiente 26 una órden del dia participaba al pueblo parisiense: «que habiendo anunciado el rey en la parada del 16, que para dar una prueba de su benevolencia y satisfaccion á la guardia nacional, queria revistarla, tendria lugar esta revista el domingo 13 de abril en el Campo de Marte.

Llegado el dia señalado, veinte mil guardias nacionales se formaron delante de la Escuela Militar y trescientos mil espectadores llenaron los terraplenes que rodean el campo de maniobras; un magnífico sol de abril iluminaba esta reunion; ni una nube oscurecia el cielo. A la una, lejanos gritos anunciaron á Carlos X, el cual se avanzaba acompañado del delfin, del duque de Orleans, del jóven duque de Chartres, y de muchos oficiales generales. La guardia nacional parisiense jamás se habia mostrado tan numerosa ni en un estado mas perfecto; el rey recorrió las primeras líneas en medio de estrepitosas aclamaciones, en las cuales los gritos de «¡viva la constitucion! ¡viva la libertad de la prensa!» se mezclaban á los mas repetidos de «¡viva el rey!» Estos habian sido especialmente recomendados por la prensa liberal, y con el deseo de evitar cualquiera manifestacion que pudiese herir la susceptibilidad real, se habian hecho circular por todas las legiones avisos, renovando esta recomendacion (1): la precaucion fué vana; llegado al frente de la séptima legion, fué recibido con los gritos de «¡viva la constitucion!» proferidos con tal fuerza y con tan marcada tenacidad, que su rostro *tomó la* espresion del descontento; entonces salió de las filas un *guardia nacional*, adelantóse hasta cerca del monarca y le dijo: «¿V. M. *no gusta que la* guardia nacional grite «viva la constitucion?»—He venido aquí para recibir homenajes y no lecciones,» contestó Carlos X con el acento de la dignidad ofendida; al momento sale de todas las filas de la legion un grito unánime de «¡viva el rey!» y el monarca continúa su marcha; y despues de haber pasado por el frente de todas las legiones, se colocó delante de la Escuela Militar para presenciar el desfile; iguales aclamaciones se hicieron oir, mas el grito de «¡viva el rey!» continuó dominando á todos. «La cosa habria podido ir mejor; hay algunas escepciones, pero la masa es buena y en su total estoy satisfecho,» dijo Carlos X al mariscal Oudinot al volver á las Tullerías. El mariscal preguntó si en la órden del dia que trataba de publicar el dia siguiente, podia mencionar «la satisfaccion del rey;» en lo que consintió Carlos X, pero diciendo que queria conocer los términos en que se espresase este sentimiento.

Mientras que en las Tullerías Carlos X usaba este lenguaje con el comandante en jefe de la guardia nacional, los batallones de esta guardia volvian á sus cuarteles, y en su marcha manifestaban su hostilidad contra Mr. de Villele y sus colegas con los gritos de «¡Abajo los ministros! abajo los jesuitas!» los cuales fueron proferidos con mas fuerza en la calle de Rivoli y en la plaza de Vendome, delante de los ministros de hacienda y de justicia; en ambos puntos muchos batallones mezclaron los gritos de «¡abajo Villele! ¡abajo Peyronnet!» á sus clamores contra los jesuitas. En aquel momento los ministros se hallaban reunidos á comer en casa de Mr. de Apponi, embajador de Austria, y advertidos de lo que pasaba no tardaron en dirigirse al ministerio del interior; allí encontraron varios partes de la policía, en los cuales, con la exageracion que acostumbra caracterizar los documentos de aquella clase, la protesta de algunos batallones contra los jesuitas y dos de los miembros del gabinete, era representada como una manifestacion dirigida contra la misma monarquía. La mayoría de los ministros vió en estos hechos una abierta rebelion que era preciso castigar; los mas acalorados decian que la majestad real habia sido ultrajada con aquellos gritos que podian considerarse como peticiones sediciosas presentadas á la junta de las bayonetas; que era ya tiempo de imponer silencio á insolentes clamores que recordaban las mas desastrosas escenas de la revolucion.—La mayor parte opinaron por la disolucion de la milicia parisiense; mas como semejante medida necesitaba el real asentimiento, fueron los ministros á las Tullerías, donde bajo la presidencia de Carlos X, se tuvo un segundo consejo, cuyo resultado fué la disolucion definitiva de la guardia nacional. Sin embargo no fué unánime la votacion: MM. de Villele, Corbiere, de Peyronnet, de Damas y de Clermont-Tonnerre fueron los únicos que opinaron por el licenciamiento absoluto; MM. de Chabrol y de Frayssinous admitian únicamente la disolucion de los batallones culpables de los gritos proferidos contra el presidente del gabinete y el ministro de justicia; el duque de Doudeauville, ministro de la casa del rey, y teniendo por este título entrada y voto deliberativo en el consejo, se oponia á toda medida de aquella clase; el decreto, firmado inmediatamente,

(1) Uno de estos avisos estaba concebido en los siguientes términos: *Aviso á los guardias nacionales para hacer circular hasta la última fila.* «Se ha hecho correr la voz de que las legiones trataban de dar gritos de. ¡*Viva el Rey! abajo los ministros ¡abajo los jesuitas!* etc. Estas voces solo pueden haber tenido origen en algunos malvados que tienen interés en ver á la guardia nacional despojada de su noble carácter.

«Camaradas, demos un mentís á estas maquinaciones haciendo oir únicamente el grito tan grato á todos los franceses: ¡*Viva el Rey ¡viva la Constitucion!*

«Muchos camaradas amigos del órden.»

Digitized by Google

CHARLES X.

Digitized by Google

fué trasmitido aquella misma noche al general Oudinot, y el dia siguiente á las siete, la guardia real y la tropa de línea relevaron á la guardia nacional en todos sus puntos.

Identificando los intereses de su posicion y de su personalidad con los intereses de la monarquía, Mr. de Villele y sus colegas afectaban, con este acto de cólera, castigar un ultraje á la majestad real cuando no hacian mas que vengar su propia injuria; en vez de probar decision y vigor político, solo manifestaban la debilidad del orgullo ofendido. La violencia no es la fuerza; esta impone; aquella irrita. Este último sentimiento fué el que causó entre todas las clases de la poblacion parisiense la disolucion de la guardia nacional; el servicio habitual de la guardia era pesado y oneroso para la generalidad de los habitantes; á pesar de esto se olvidaron al momento los disgustos que ocasionaba para no ver mas que la ofensa; todos se consideraron insultados en su honor de ciudadano, desafiados por el gabinete y hasta los mas pacíficos pasaron inmediatamente á la oposicion (1). Este nuevo gérmen de agitacion y de odio, añadido á las causas ya tan numerosas de descontento que existian contra la monarquía de los Borbones, no fué sin embargo para esta el peor resultado del acto de 15 de abril: no solo la guardia nacional de París habia prestado un constante apoyo á la familia reinante desde 1814; sino que, cuerpo esencialmente moderador y opuesto, por su misma composicion, á las conmociones violentas y repentinos cambios políticos, la guardia nacional se habia colocado, en todas las turbulencias, entre el elemento popular y el gobierno, el cual siempre habia hallado en ella un poderoso elemento de órden y de pacificacion. Debia llegar un momento en que su intervencion hubiera facilitado á la monarquía una transaccion que hubiera podido salvar á Carlos X y á su raza; mas cuando sonó la hora suprema para aquel príncipe y los suyos, faltóles este medio de salvacion.

Doce dias antes de esta nueva violencia, el 17 de abril, la cámara de diputados habia adoptado un proyecto de ley sobre la organizacion del jurado, que á pesar de su título, reglamentaba una materia mucho mas importante, la formacion de las listas electorales. Anunciado como se ha visto en el discurso de la corona, y presentado por Mr. de Peyronnet á la cámara de los pares, en 29 de diciembre último aquel proyecto, tal como el ministro lo habia concebido, tenia realmente por único objeto regularizar la organizacion de las listas de jurados, organizacion viciosa, incompleta, que satisfacia escasamente las necesidades de la justicia y cuya reforma solicitaban hacia mucho tiempo todos los tribunales. Los dos primeros artículos estaban concebidos en estos términos:

«Los jurados se elegirán entre los miembros de los colegios electorales.—El 1.° de setiembre de cada año, los prefectos formarán la lista de las personas que reunan las condiciones necesarias para formar parte de estos colegios.»

Estas disposiciones difícilmente podian satisfacer á los hombres prácticos que tenian entonces la principal influencia en la cámara de los pares; la generalidad y vaguedad de los términos dejaban una gran parte al arbitrio de los prefectos. La asamblea quiso que la ley despues de sus deliberaciones quedase clara, precisa, completa, y no solo estendió la base de la lista de los jurados, admitiendo en ella además de los electores, á los funcionarios públicos nombrados por el rey y en el ejercicio de funciones gratuitas; á los oficiales de tierra y de mar retirados, que percibiesen un sueldo de mil doscientos francos á lo menos; á los doctores y licenciados en las facultades de derecho, medicina, ciencias y bellas letras; á los miembros y corresponsales del instituto y de otras sociedades científicas, y á los escribanos; sino que concluido este trabajo sometió la formacion y publicacion de la lista especial de los electores á condiciones enteramente nuevas; dispuso que aquella debiese fijarse en la cabeza de partido de cada distrito el 15 de agosto, lo mas tarde, y cerrarse el 30 de setiembre; en la secretaría de las mairies, subprefecturas y prefecturas debia conservarse un ejemplar de la misma para ser comunicado á todas las personas que lo deseasen, inscribiéndose las reclamaciones en un registro especial, segun el órden de sus fechas y de su recepcion; finalmente, nadie podia ser borrado de la lista sino en virtud de una decision motivada ó de un fallo, debiendo siempre admitirse en el efecto suspensivo la apelacion que de los mismos se interpusiere. Estas prescripciones despojaban á los prefectos de la ilimitada facultad de crear y de suprimir electores, de la cual habian abusado tan escandalosamente en las elecciones de 1824, de modo que la ley reglamentaria sobre uno de los puntos de la administracion de justicia propuesta por el ministerio, se convirtió despues de los debates y votacion de la cámara de los pares en una ley política que fué adoptada igualmente por la cámara de diputados, y cuyas disposiciones, por lo mismo que eran firmes, justas y leales, debian ejercer en breve sobre la existencia del gabinete, una influencia que Mr. de Villèle, sus colegas y el partido religioso no conocieron hasta despues del acontecimiento.

La adopcion de esta ley y la votacion del presupuesto fueron los principales resultados de la legislatura de 1827; no quiere esto decir que la insignificancia de los debates legislativos desde la retirada del proyecto de ley sobre la prensa, indicase una situacion tranquila; la agitacion de los ánimos era estrema; los amigos del gabinete prorumpian contra sus adversarios en amenazas que daban orígen á los mas alarmantes rumores. La cámara de diputados, cuyas sesiones se hallaban suspendidas hacia algunos dias, á falta de asuntos de deliberacion, se reunió el 2 de junio para escuchar la lectura de peticiones; la sesion iba ya á terminar, cuando Mr. de Lezardieres pidió la palabra.

«Una general inquietud, dijo, domina en todos los intereses del país; se habla del nombramiento de nuevos pares, de la disolucion de esta cámara, de medidas violentas, de golpes de estado en fin. Por mi parte declaro que no doy crédito alguno á semejantes rumores, pero la ansiedad de los ánimos está en su colmo; el ministerio lo sabe como nosotros, y seria conveniente que diera algunas esplicaciones.

Mr. Cornet d'Incourt: «Las observaciones del preopinante son abiertamente inconstitucionales; pide que el gobierno se esplique sobre inquietudes concebidas acerca del posible aumento de la cámara de los pares y de la disolucion de la de diputados, siendo así que el gobierno tiene derecho de hacer una y otra, y que si se comprometiese á no cesarlo cometeria una grave inconstitucionalidad; el ministerio que contrajese semejante compromiso seria culpable y podria ser puesto en acusacion.»

Mr. Hyde de Neuville: «Mr. de Lezardieres no ha negado el derecho del gobierno; ha hablado únicamente de los rumores que se propalan sobre el uso que de él quieren hacer los ministros de la corona; no ha hecho mas que esperar lo que todos sabemos y tocamos, y es que nos separamos en medio de una general inquietud.»

Mr. de Labourdonnaie desde su banco: «¿Qué diremos á nuestros comitentes?»

Estas palabras fueron la señal de una especie de tumulto en medio del cual Mr. de Labourdonnaie y Mr. de Peyronnet cambian desde sus puestos, y con particular calor, varias interpelaciones que se pierden entre la confusion general. El presidente reclama con fuerza el silencio.

Una voz del centro izquierdo: «¡Al órden!»

Mr. de Peyronnet: «¿Contra quien se reclama que sea llamado al órden?»

Muchas voces: «¡Contra vos!»

Mr. de Peyronnet: «Quien debe ser llamado al órden, es el que me ha interpelado, el conde de Labourdonnaie; no tengo por costumbre dirigirle la palabra á no ser para contestarle, y he debido hacerlo como ministro del rey.» (Nuevo tumulto.)

Mr. Hyde de Neuville: «Yo tambien pregunto: ¿Qué diremos á nuestros comitentes?» (Interrupcion, numerosos gritos de: ¡Levántese la sesion!)

El presidente: «Se levanta la sesion.»

La cámara no debia reunirse ya sino para escuchar la lectura del decreto declarando cerrada la legislatura; el 22 de junio se dió dicho decreto, y en vano fué que Benjamin Constant, con motivo de la lectura del acta, quisiese interpelar á los ministros sobre los rumores de que habia hecho mencion Mr. de Lezardieres; Mr. Corbiere no le dió tiempo para hablar, y subiendo precipitadamente á la tribuna antes de que el presidente hubiera puesto á votacion el acta de la sesion última, el ministro del interior leyó rápidamente el decreto que cerraba la legislatura, separándose la asamblea sin haber aprobado el acta de la sesion anterior.

Las violencias, que todo el mundo temia y de que todo el mundo hablaba no se hicieron esperar mucho tiempo; cuarenta y ocho horas despues de haberse cerrado la legislatura, el 24 de junio, un decreto desprovisto de toda esposicion, y firmado por MM. de Villele, Corbiere y de Peyronnet, restablecia la censura (1).

(1) Siete dias despues, el 6 de mayo Mr. de Villele escribia al príncipe de Polignac, entonces embajador de Londres: «La disolucion de la guardia nacional ha tenido un éxito completo; los malos han sido confundidos y los buenos alentados. Jamás ha estado la capital tan tranquila como despues de este acto de severidad, de policía y de vigor.»

(1) Un segundo decreto del mismo dia 24 de junio instituyó una *Comision de censura* y una *Comision de vigilancia*. La *Comision de censura* presidida por M. Lourdoueix, jefe de seccion en el ministerio del interior, y teniendo por secretario á M. Dehego, se componia de seis miembros:

Este acto cuyo objeto era no tanto vengar á los ministros de la necesidad que esperimentaron de retirar el proyecto de ley sobre la prensa, como permitirles preparar silenciosamente, sin causar alarma entre la opinion pública, muchas medidas que consideraban propias para asegurar á su poder una duracion mas firme y dilatada, estableció al rededor del gobierno un absoluto silencio. Inexorables así para los periódicos de la oposicion realista como para los de la liberal, los censores en su rigorismo no se limi taban á prohibir todo cargo, toda crítica por indirecta que fuese contra la administracion; á borrar las contestaciones ó los hechos opuestos por los periódicos independientes á los ataques y dichos de los diarios ministeriales; sino que llevaban su devoto servilismo hasta suprimir, en una relacion de un proceso criminal, la parte del resúmen del presidente, en el cual este magistrado vengaba de las calumnias del abate Siciliano Contrafatto á la madre de una jóven, víctima de la lubricidad de este sacerdote, calumnias que la prensa ministerial habia reproducido y que tendia á disminuir, en provecho de aquel miserable condenado á una pena infamante, el interés inspirado por la desgraciada madre cuya hija habia deshonrado. Al hacerse estas supresiones los periodistas debian reemplazarlas, de modo que no dejasen ver al público la menor huella de las mutilaciones materiales sufridas por el periódico; una revista religiosa protestante que dejó algunas líneas en blanco en uno de sus números, fue suprimida inmediatamente por decision de los censores, y á pesar de su recurso y quejas á la comision de vigilancia, aquella revista no pudo reaparecer hasta el dia en que la censura dejó de existir.

Mientras que los ministros tomaban sus disposiciones para asegurar el exito de los actos que esperaban debian perpetuarles en el poder, y que por el contrario debian precipitar su caida uno de sus adversarios mas elocuentes, mas enérgicos, sucumbia, dejando en las filas de la opinion liberal, un vacío que no fué llenado: el 20 de agosto Manuel espiró en el castillo de Maisons en casa de su amigo M. Laffitte.

Manuel contaba 52 años. En su juventud entró en la carrera de abogado que, como Moreau, debió abandonar cuando la invasion de 1792 para salir al encuentro de los invasores; la guerra le condujo á la mayor parte de los grandes campos de batalla de la revolucion, y combatia en el ejército de Italia, cuando la paz de Campo-Formio le permitió deponer las armas. Cumplido su deber de ciudadano, se dedicó de nuevo á su profesion, y ocupaba uno de los primeros lugares entre los abogados del colegio de Aix, cuando en los cien dias los electores de su ciudad natal (Barcelonette) le enviaron á la cámara de diputados. Habiendo permanecido en Paris despues de la segunda invasion no pudo obtener su inscripcion en el colegio de abogados, y elegido diputado en 1818, salió de la cámara en 1823 con las circunstancias que no tenemos necesidad de recordar. El olvido de su nombre en las elecciones generales de 1824 es uno de los mas grandes ejemplos de ingratitud que puede ofrecer la defeccion de un partido ó de una nacion; ninguno de los hombres políticos mezclados en la lucha contra los Borbones la habia emprendido con un talento mas firme, con ánimo mas decidido, con un corazon mas intrépido. En su absoluta adhesion á la causa de la revolucion y de la libertad, no dependió de Manuel el sacrificarlo todo á ella hasta su vida; pero sus mismas calidades perjudicaban su popularidad; sincero en demasía para disfrazar jamás su pensamiento, ¡demasiado leal para usar dos lenguajes y modificar sus palabras segun los oyentes, profesaba altamente tan profundo desprecio para las cosas pequeñas, y miraba con tal desden las pasiones mezquinas, que su franqueza le hacia muchas veces un colega incómodo á la vanidad ó ambicion de los hombres comunes; la medianía y la envidia son en todos los partidos el lote del mayor número; todo lo que se eleva les ofende todo lo que les sobrepuja les irrita. Como no podia negarse á Manuel su talento oratorio, la seguridad de su golpe de vista, la rectitud de sus ideas, su valor á toda prueba y su rígida probidad, se vituperaba el atrevimiento y temeridad de su lenguaje; espíritu tranquilo y prudente, eran sus palabras firmes y resueltas, y se le acusaba de mostrarse violento y absoluto. Quizás otro hubiera sofocado las rivalidades secretas, los sordos rumores con el eco que despertaba su nombre; pero cuando tantas medianías lograban crearse una especie de celebridad por medio de la publicidad que buscan y provocan, por su cuidado nunca desmentido de sacar partido de la menor palabra, del mas insignificante incidente; Manuel en su modestia no pensaba siquiera en reclamar de los periódicos la justicia que debian á sus luchas y servicios de cada dia. Por otra parte, la naturaleza de su talento no daba á su papel en la cámara la fama que obtenian otros á menor precio; la atencion pública se fija sobre todo en los discursos cuidadosamente trabajados, en las brillantes metáforas, en la sonora colocacion de las palabras, en los antítesis, en las frases de efecto; ignorando que la espresion que cree una inspiracion repentina ha sido por largo tiempo buscada, meditada y guardada precisamente para el momento en que debia resaltar mas su oportunidad. Ahora bien, no solo carecia á veces de calor el lenguaje de Manuel, siempre sencillo y seguro, sino que la diferencia de los demás oradores, no preparaba ni aprendia jamás sus discursos; propiamente hablando era el único improvisador de la cámara; solo él podia *resistir* á la fatiga de una larga discusion, tomarla en el punto *preciso en que* habia sido suspendida, reasumirla, recopilar, y comparar cuanto se habia dicho, sacar la cuestion de la confusion y oscuridad, de una larga controversia, precisar sus términos y hacer dimanar las consecuencias. Semejante facultad que exige una concepcion clara, rápida, una imaginacion justa y segura, un vigor intelectual inaccesible á la turbacion casi inalterable, es la señal de la fuerza, y si bien constituye en el seno de las asambleas en los momentos de crisis una incontestable superioridad, no da el brillo ni la fama. El carácter de Manuel no era menos firme ni ménos elevado que su inteligencia; mucho tiempo despues de su muerte, un amigo que por decirlo así habia dividido su vida con él, escribia:

»Solo he conocido á un hombre de quien me hubiera sido imposible separarme si hubiese llegado al poder; con su imperturbable buen sentido, siendo como era por escelencia propio para dar prudentes consejos, su modestia le obligaba á pedir los de los hombres cuya razon habia esperimentado. Una vez formada una resolucion la seguia con firmeza, pero sin jactancia, y si, lo que raras veces sucedia, habia recibido de otro la inspiracion, jamás se olvidaba de atribuirle todo el honor este hombre era Manuel á quien la Francia debe todavía un sepulcro Con los ojos vendados le habria seguido por todos los caminos que hubiese querido tomar, para volver, sin duda, al modesto asilo que dividiamos entre ambos: patriota ante todo, volvió á la vida privada sin ódio, sin maquinar intrigas, sin maldecir á nadie, sin desesperar del pais. Absorvido únicamente en la felicidad de la Francia, no hubiera sido su alegría menos grande si esta felicidad le hubiera sido proporcionada por otro que por él; jamás he encontrado un hombre menos ambicioso ni aun de celebridad; la sencillez de sus costumbres le hacia grata la vida de los campos, y en su corazon tenian cabida, unidas á los sentimientos mas elevados, las mas dulces afecciones.

»Sus amigos políticos no lo han apreciado siempre cual debian; pero al sobrevenir algun obstáculo, algun peligro, todos se apresuraban á recorrer á su razon imperturbable, á su nunca desmentido valor. Su talento era semejante á su amistad; en los momentos de crisis era cuando se manifestaba en toda su plenitud, y muchos constructores de frases, que se llaman oradores, inclinaban su frente delante de él (1).»

Los hombres políticos que componian el principal comité electoral de 1824 no continuaron en ninguna lista el nombre de Manuel, y solo uno ó dos periódicos se atrevieron á recomendar su candidatura. «Nos comprometeria demasiado,» decian los candidatos mas influyentes, antiguos imperialistas á quienes cansaba su oposicion y que trataban de no hacer imposible una alianza entre ellos y el gobierno real; esta reunion fué el lema que tuvieron presente hasta los mismos electores, y por un resultado de la volubilidad que es sin duda alguna la parte flaca de nuestra nacion, en marzo de 1823 era el nombre de Manuel el mas popular de la cámara de diputados á consecuencia de su espulsion de esta asamblea, y poco tiempo despues, en febrero de 1824, los trescientos treinta y dos colegios electorales del reino dejaban en el olvido su nombre. Manuel era pobre; las distracciones costosas, los viajes, le estaban prohibidos; así es que volvió á su retiro y al silencio, sin proferir la menor queja, sin manifestar el menor pesar, y la muerte le sorprendió en medio de los estudios y trabajos, en los cuales buscaba nuevas fuerzas y nuevas armas para continuar la lucha cuando llegase la hora en que el pais, menos olvidadizo, quisiese servirse de su lealtad.

MM. Levacher-Duplessis, ex-abogado en los consejos del rey, Couvrot de Beaurezard, ex-subprefecto, Jose Pain, letrado, Fouquet, arquitecto de la Corte, Rio y Caix, profesores de historia. Estos dos últimos se negaron á aceptar el cargo siendo reemplazados por MM. Silans, secretario redactor de la cámara de diputados, y Leveque, exjefe de seccion en el ministerio de la guerra. Algunos dias despues M. Fouquet era igualmente reemplazado por el poeta Berchoux.

Algunos dias despues Mr. Fouquet era igualmente reemplazado por el poeta Beschoux.

La *Comision de vigilancia* tenia por presidente á M. de Bonald, por vicepresidente al marques de Herbouville y por miembros al conde de Breteuil, par de Francia como ols dos primeros, y á MM. de Maquillé, Ollivier, del Sona] y Frenilly, diputados, al baron Cuvier consejero de estado y á MM. de Guilhermy, presidente del tribunal de cuentas, y de Broé, abogado general del tribunal real de Paris.

(1) BERANGER, *prefacio* de sus últimas poesías, tomo II, edicion de 1833.

Sus funerales se celebraron el 24 de agosto; conducidos desde Maisons á la barrera de los Mártires, lugar indicado para la formacion de cortejo, sus restos no tenian que entrar en Paris para ser acompañados al cementerio del P. Lachaise; en la barrera fueron recibidos por un número considerable de ciudadanos de todas clases y por muchos jóvenes que convencidos de que el bando de policía, invocado con motivo del entierro del duque de Liancourt, no era aplicable á los que se hiciesen estramuros, sacaron el ataud del coche y lo colocaron en sus hombros. Los empleados de la administracion, apoyados por fuertes destacamentos de gendarmería se oponen á este modo de trasporte y colocan otra vez en el coche la caja mortuoria; el gentío desengancha entonces los caballos y arrastra el coche durante un largo espacio, pero nuevas órdenes trasmitidas de la prefectura de policía, hacen que un cuerpo mas numeroso de gendarmería detenga el cortejo cerca de Bellevile obligando á los jóvenes á abandonar el coche; los caballos son enganchados á él por segunda vez y los restos de Manuel, despues de haber seguido desde Montmartre la línea de los boulevards esteriores, llegaron al cementerio donde los esperaba hacia muchas horas una multitud numerosa y recogida, ávida de cumplir con ellos con los últimos deberes y que escuchó con el mas religioso silencio los discursos pronunciados al lado del sepulcro por MM. de Lafayette, Beranger, Laffitte y de Schonen.

El 3 de setiembre, nueve dias despues de esta ceremonia, tardía reparacion á la memoria de un hombre que ocupó un lugar elevado, distinguido entre los adversarios mas acérrimos y resueltos de la restauracion, Carlos X dejaba el palacio de Saint-Cloud, su residencia de estío, para ir á revistar un campo de maniobras establecido al pié de las murallas de Saint-Omer. Los ministros del interior y de la guerra, el director general de correos, los principales oficiales de la real servidumbre, y un numeroso y brillante estado mayor acompañaban al rey en este viaje que le condujo sucesivamente á Soissons, Laon, San Quintin, Cambrai, Valenciennes, Doai y Lille. Las manifestaciones de la mas viva alegría acogieron á Carlos X en todo su tránsito; las autoridades de toda clase y las poblaciones se precipitaban á su encuentro; en todos los pueblos que atravesaba los párrocos, revestidos con sus ornamentos sacerdotales y rodeados de su clero, le esperaban en la puerta de las iglesias; arcos de triunfo adornaban la entrada y salida de todas las ciudades, de todas las aldeas; todas las calles estaban enarenadas, las casas cubiertas de flores y de colgaduras, mezclándose el repique de las campanas á los gritos de gozo y á las aclamaciones populares. El 9 de setiembre llegó el rey al término de su viaje; durante cinco dias asistió á grandes maniobras ejecutadas por catorce mil hombres de infantería y tres mil ginetes favorecidos por un tiempo magnífico; el 16 se puso otra vez en camino por Arras, Amiens y Beauvais, y el 20 regresaba á su palacio de Saint-Cloud despues de una ausencia de diez y siete dias.

Los mas alarmantes rumores habian nacido al saberse la noticia de este viaje: el rey, decíase, se dirige al campo al seno de las poblaciones realistas de los departamentos del norte y del Pas-de-Calais para verificar allí, lejos de toda oposicion y de toda resistencia, la contrarevolucion. Llegado á Saint-Omer, Carlos X debia publicar un manifiesto declarando abolida la constitucion y restableciendo el antiguo régimen. Su regreso demostró lo infundado de estas voces; Carlos X y sus consejeros no pensaban todavía en pedir á la fuerza un poder mas ilimitado para la corona, una autoridad mas independiente de los azares de la eleccion y de la oposicion de las dos asambleas deliberativas; segun el rey y su ministerio la libertad de la prensa era el principal obstáculo que se oponia á la marcha del gobierno, el enemigo que era preciso destruir ante todo. La cámara electiva consentia en comprimirla, mas la cámara hereditaria queria sostenerla; cambiar la mayoría de esta última asamblea, gobernar con dos cámaras animadas de un mismo espíritu, igualmente dóciles al ministerio y decididas ambas á librar á la monarquía de este instrumento de disolucion y de desórden, tal era el resultado al cual deseaba llegar el presidente del consejo por medio de una numerosa promocion de pares, y de nuevas elecciones que le asegurasen en la cámara de diputados una mayoría, si no mas fuerte que la actual, mas firme y mas compacta.

Los amigos de Mr. de Villele le han echado en cara como una falta la disolucion de la cámara de diputados; le han acusado de esta confianza escesiva y ciega en las comunicaciones de sus prefectos, los cuales interrogados sobre el resultado probable de la medida, estuvieron unánimes en responder de las elecciones de sus departamentos. Los prefectos fueron consultados y debian serlo, pero sus contestaciones no podian ejercer en la decision del presidente del consejo la influencia que se quiere suponer: las necesidades de su situacion personal imponian la disolucion á Mr. de Villele, sin que dependiera de él la conservacion de la cámara; habiéndose separado de ella se habia obligado á disolverla.

Las votaciones de la cámara de los pares de cuatro años á aquella parte constituian evidentemente á esta asamblea en estado de resistencia contra los consejeros de Carlos X, y la alejaban cada dia mas, no del gobierno real, pero sí de la senda en que los ministros precipitaban á la monarquía; en otros términos, la cámara hereditaria y Mr. de Villele se hallaban en completo desacuerdo, no quedando al ministro otro medio, que someterse á un cambio absoluto de política, destruir aquella mayoría ó retirarse ante de misma. Si Mr. de Villele hubiera estado dotado de un carácter mas elevado y de mas alta inteligencia política, habria comprendido que en presencia de la tenaz ocasion de una de las dos ramas del poder legislativo, era un deber retirarse mas dominado por un inmoderado ardor del poder; aquel ministro subordinaba los intereses del soberano, cuya confianza poseia, á los suyos propios, y achicando todas las cosas á la medida de su ambicion y de las mezquinas pasiones de la secta que le dominaba, no veia en la cámara hereditaria mas que un instrumento indócil que era preciso domar, siendo así que aquella cámara era una institucion política cuya independencia importaba no poco á la fuerza y constituia uno de los apoyos que el gobierno pretendia dirigir.

Difícilmente podia Mr. de Villele no comprender en la numerosa formacion de pares que meditaba á las notabilidades políticas y á los grandes propietarios de la cámara electiva, y aun cuando por su nacimiento ó su fortuna, tanto como por su infatigable adhesion y servicios no hubieran sido estos diputados designados á la eleccion de la corona, muchos de ellos podian reclamar la silla de par que les habia prometido el presidente del consejo. Por otra parte no se trataba del nombramiento de algunos miembros; para modificar el espíritu de la cámara alta necesitábase la introduccion de setenta ú ochenta pares; la oposicion en la cámara de diputados se habia elevado sucesivamente desde diez ó doce votos al número de ciento cincuenta: ciento treinta y cuatro miembros habian dado una bola negra contra el proyecto de ley sobre la prensa; en una sesion posterior ciento cuarenta y cuatro habian protestado contra una proposicion particular sostenida por el gabinete (1). Ahora bien si una parte de los diputados que debian ser elegidos en vez de los miembros enviados á otra cámara, no se entregaba al ministerio, Mr. de Villele y sus colegas se encontrarian, si no en minoría en la cámara electiva, al menos con una mayoría incierta, perdiendo así por una parte lo que ganarian por la otra y variando el lugar de la oposicion en vez de destruirlo. Finalmente ni el mantenimiento del *statu quo* libraba al gabinete de la proximidad de una disolucion; anunciábanse numerosas dimisiones para el fin de la siguiente legislatura; inquietos de su impopularidad cada dia mayor, turbados por el favor con que la opinion pública rodeaba á la cámara de los pares, alarmados por las derrotas que el gabinete no cesaba de sufrir, muchos diputados empezaban á dudar de la fortuna de Mr. de Villele pareciéndoles el mejor medio de separacion el declarar que nombrados bajo el imperio de un rey que solo daba á su mandato una duracion de cinco años, no lo conservarian mas allá de este término, pues el beneficio de la septenalidad, decian, solo puede pertenecer á nuestros sucesores. Así pues ya se hiciese inmediatamente la promocion, ya se retardase, los ministros no podian evitar la renovacion parcial de la cámara. Debian temer estas elecciones, debian esperar que la renovacion integra, aplazada por dos ó tres años les daria resultados tan favorables como en 1824. Algunos hechos recientes decidian la cuestion; durante el año habian tenido lugar seis reelecciones, en Orleans, Bayona, Rouen, Mamers, Macaux y Saintes, siendo por todas partes nombrados los candidatos de la oposicion por una considerable mayoría, en Rouen el candidato ministerial solo pudo reunir treinta y siete votos entre novecientos sesenta y siete votantes. No era posible formarse ninguna ilusion sobre el carácter abiertamente hostil de estos nombramientos. MM. de Lafayette Laffitte, Bignon y Delalot figuraban entre los nuevamente elegidos. ¿Era preciso dejar al espíritu de oposicion manifestada en estas elecciones el tiempo de desarrollarse y crecer en los colegios? ¿Debia esperar el gobierno para reunir los colegios electorales, que su influencia sobre ellos se hubiese debilitado aun mas? No lo creyó así Mr. de Villele; parecíale que todas las probabilidades estaban por el gabinete, y resolvió aprovecharla al abrigo de la censura: los nombramientos debian prepararse con el mayor secreto, la disolucion debia ser impensada, y cercano á ello el dia de la con-

(1) Proposicion Laboessiere, sobre las actas de las elecciones, votada el 24 de abril.

vocacion de los colegios, á fin de no dejar á los sorprendidos liberales, el tiempo de reunirse ni de ponerse de acuerdo. El resultado debia frustrar sus esperanzas.

No era ya la opinion liberal únicamente la que iba á hallar el gobierno cerrándole el paso en el terreno electoral, sino todas las oposiciones, las opiniones todas, pues esceptuando el clero no habia una sola parte de la sociedad francesa á quien Mr. de Villele y sus colegas no hubieran herido en sus sentimientos ó en sus intereses; los ministros, entrando en pugna, así con los individuos como con las masas, así con los cuerpos constituidos como con los ciudadanos, así con la cámara de los pares; la magistratura y corporaciones científicas, como con la guardia nacional, lo habian perseguido todos, á Mr. Royer Collard destituido, á Mr. de La Rochefoucault. Liancourt ultrajado en el mismo seno de la muerte, habia sucedido en la desgracia ministerial, uno de los mas ardientes realistas de la cámara, Mr. Hyde de Noville, del cual á consecuencia de un discurso que pronunció el 20 de mayo anterior, censurando tímidamente algunos puntos de nuestra política esterior, se habia retirado una pension de reemplazo de que gozaba como ex-embajador de los Estados Unidos y en Portugal. La considerable parte de la opinion realista que se habia separado sucesivamente de Mr. de Villele, quizás hubiera sido menos numerosa, mostrándose menos unida contra él, si al imponer á la prensa periódica las mas duras trabas, al reducir á pocos periódicos, usando de las exigencias de la ley, los órganos de diferentes partidos, al concentrar todos los abonados sobre algunos diarios políticos, no hubiese el gobierno dado precisamente á estos una fuerza y una influencia de que necesariamente les hubieran despojado la multiplicidad de las publicaciones y la diseminacion de los lectores. El periódico de que Mr. de Chateubriand se habia encargado el dia siguiente de su destitucion era desde 1814 el órgano mas acreditado de la opinion monárquica ultra-realista, mientras el ex-ministro de negocios estranjeros marchó de acuerdo con Mr. de Villele, hecho realista constitucional despues del rompimiento de aquellos dos hombres políticos, aquel periódico convirtió á su inmensa clientela á sus nuevas doctrinas; y dócil á su impulsion, arrastrada á una energica oposicion por la apasionada polémica de Mr. de Chateaubriand, esta clientela compuesta de la parte mas inteligente del partido realista, marchaba en pos de aquel escritor contra el ministerio, el cual se hallaba de este modo cogido en el lazo de sus propias leyes contra la prensa periódica.

Por su parte la oposicion liberal habia sufrido una especie de trasformacion; circunscrita por largo tiempo á la clase media bajo el nombre de liberalismo, evitó despues el invocar las conquistas políticas de la revolucion, y tomando únicamente un punto de apoyo en las libertades y derechos inscritos en la constitucion, reclamaba el título de oposicion constitucional. Esta denominacion que por la generalidad de sus términos comprendia á los descontentos de toda clase, servia para abrigar la oposicion de los muchos hombres tímidos, vacilantes, indiferentes de ordinario á las cosas políticas, pero á los que irritaban en fin la provocadora intolerancia del partido religioso y las violencias de la administracion. El poder de la opinion liberal se encontraba de este modo aumentado considerablemente, pero su principal fuerza estaba en el energico apoyo que le daba el sentimiento de las masas. En aquella época de la restauracion, el espíritu de hostilidad contra el gobierno animaba á los ciudadanos que carecian de derechos políticos, lo mismo que á los electores, á los obreros como á los comerciantes, á los cultivadores como á los propietarios, á los pobres como á los ricos. Esta unánime oposicion, esta direccion de todas las ideas, de todas las voluntades populares hacia la caida de los hombres en quienes se personificaba el sistema político seguido hacia cinco años, no reconocian únicamente por causa á la influencia de la prensa, limitada por decirlo así á la clase media; era sobre todo la obra de un poeta cuyos cantos repetidos de un estremo á otro de la Francia, consolaban y vengaban desde 1815 á los amigos de la libertad, á los admiradores de nuestra gloria y á los adversarios de las costumbres antiguas y de los rancios privilegios, preconizados por los panegiristas del antiguo régimen; ningun acto del gobierno, ninguno de sus rigores, ninguna de sus debilidades ó de sus faltas ccupaban á la pluma sangrienta ó mordaz de Beranger. Publicadas bajo el simple título de canciones las poesías de Beranger llegaban bajo las formas mas diversas á todas las inteligencias, encantaban así á los mas elevados espíritus como á los mas sencillos y cándidos y estaban siempre en todos los labios; cantábanse en la ciudad y en la aldea, en las mas modestas reuniones de familia y en las asambleas numerosas; eran la alegría del artesano así como el recreo del hombre estudioso; inspiradas en su parte política por el dolor que causaban al poeta las desgracias y vergüenzas de dos invasiones, por la indignacion que sentia ante el triste espectáculo de la bajeza y corrupcion humanas y de los deplorables errores de la fortuna, aquellos cantos en que respira el sentimiento filosófico mas profundo y verdadero, en los que se reproducen y reflejan los hechos y las pasiones del momento, presentan un carácter que les es propio, la unidad de objeto. Beranger cantaba en una época de lucha y combatia; cualquiera que sea la forma que adopte, ya sea su estilo grave ó lijero, severo ó crónico, sus versos amenazan y hieren siempre al enemigo, dirígense siempre contra los cobardes, los traidores, los ambiciosos y los hipócritas. Beranger, genio colosal,es, como poeta, una de las glorias de la Francia, si como hombre es el honor de las letras de este siglo; por una escepcion que no es el menor de sus méritos, su carácter está al nivel de su talento; alma independiente y firme, corazon desinteresado y puro, jamás sus cantos han lisonjeado las grandezas poderosas aun, jamás se han prostituido al poder mientras ha estado en pie. Poeta consolador de los oprimidos y de los vencidos, canta las glorias eclipsadas, pero no tiene mas que un culto, el culto de la libertad, que un amor, el santo amor de la patria. Ningun hombre ejerció en la generacion de su tiempo una influencia igual á la suya; alentando á las almas cuando el espíritu público se debilitaba, elevando el valor cuando volvia la confianza, su voz por espacio de quince años reunió y condujo á todas las clases de la poblacion contra los partidarios de la antigua monarquía, contra la intolerancia y el espíritu de secta introducidos por los congreganistas hasta en los últimos ramos de la administracion (1).

Considerada en su masa y sin relacion á los intereses unidos al mantenimiento del poder del partido clerical, la Francia entera, sin distincion de clases ni de opiniones, estaba decidida á contestar energicamente al reto que pudiera hacerle el gabinete, cuando el 5 de noviembre, despues de cinco meses y medio de una preparacion atenta y silenciosa, los ministros publicaron las medidas cuya amenaza permanecia suspendida sobre el pais desde que se hubo cerrado la última legislatura.

Cuatro decretos aparecieron á la vez en las columnas del Monitor: el primero disolvia la cámara de diputados, convocaba los colegios electorales de distrito para el 17 de noviembre, y los de departamento para el 24, y fijaba la apertura de la legislatura en el 5 de febrero de 1828; el segundo abolia la censura; el tercero contenia una promocion de setenta y seis pares, el cuarto en fin nombraba los presidentes de todos los colegios electorales.

El acto que hacia sentar repentinamente á setenta y seis nuevos miembros en la cámara hereditaria, cambiando con tal violencia la composicion y espíritu de esta asamblea, era un verdadero golpe de estado. Los arzobispos de Tours, de Alby, de Auch, de Aviñon y de Amasia (2), abrian la lista de los nuevos pares, y para el caso de que este refuerzo dado al banco de los obispos no hubiese caracterizado bastante el espíritu de la promocion, los nombres de MM. Adriano de Rougé, de Maquille, Chifflet, Humberto de Sesmaisons, de Labouillerie y de muchos otros congreganistas no dejaban la menor duda sobre la accion omnímoda del partido religioso en la composicion de esta lista. La mitad de los miembros pertenecian á la cámara de diputados.

La injuria de esta numerosa promocion, prueba de un ofensivo desprecio hácia una de las grandes instituciones del pais, se borró por decirlo así ante el interés escitado por la renovacion de la cámara electiva. Publicado en la mañana del 6 por el Monitor, reproducido el 7 por los demás periódicos, el decreto de disolucion al fijar las elecciones en el dia 17 no dejaba á los electores sino algunos dias para concertarse sobre quien debian recaer sus votos; el plazo que era de diez dias para pares, se reducia pues á horas para los pueblos situados en el litoral del Mediterráneo, ó al pié de los Pirineos ó de los Alpes: es verdad que en virtud de la ley adoptada en la misma legislatura sobre la organizacion del jurado, las listas electorales se hallaban formadas hacia muchos meses; pero toda rectificacion, toda adicion era materialmente imposible, y para la mayor parte de los colegios de distrito, el anuncio de su convocacion y de su reunion, eran por decirlo así, dos hechos

(1) No haremos á la Academia francesa el cargo comun de haber rechazado de su seno á dos de los mas grandes genios de nuestra nacion, Moliere y Beranger; al uno ofreció la Academia un sillon si consentia en dejar el oficio de actor; al otro ofreció igualmente un puesto si no queria ir á pedir á domicilio el voto de sus futuros colegas, como se ha dicho, sino con tal que se obligase á aceptar el título de académico,por debil que fuese la mayoria de votos en su favor. Moliere y Beranger rehusaron ambos el título que la academia les ofrecia *bajo condicion*.

(2) M. de Pins, arzobispo *in partibus* de Amasia, administraba la diócesis de Lyon de la cual era aun titular el cardenal Fesch, retirado en Roma.

simultáneos. Mr. de Villèle y sus colegas habian contado con que la oposicion sorprendida y desconcertada se encontraria sin candidatos, al paso que los electores ministeriales fuertes, con su union y su disciplina, triunfarian sin trabajo de adversarios divididos y cogidos de improviso. Su plan no salió cual deseaba; la probabilidad de la disolucion habia hecho aparecer algunas candidaturas en varios departamentos, y aunque la misma distaba mucho de ser perfecta, la necesidad hizo las veces de ley; el dia siguiente de la publicacion del Monitor los periódicos de la oposicion realista y liberal publicaban listas de coalicion en que por la primera vez desde el origen del gobierno representativo en Francia, se hallaban reunidos bajo el título comun de candidatos constitucionales los nombres de los hombres políticos hasta entonces de opiniones mas opuestas; así, mientras el Constitucional y el Correo Francés recomendaban á los electores liberales de ciertos colegios el nombramiento de MM. Labourdonnaie, Delalot, de Cordoue, de Ricart, de Cambon, de Hyde de Neuville, Duvergier de Hauranne, de Lézardieres, Agier y Bourdeau, el Diario de los Debates indicaba á los votos de los electores realistas de otros colegios á MM. de Lafayette, Dupont (de l'Eure), Benjamin Constant, Laffitte, Casimiro Perier, á los generales Gerard, de Thiard, Tarayre, Semelé y Demarcay, MM. Kœchlin, Labby de Pompieres, Mechin y de Montlosier. Además el estupor causado en la masa de la poblacion por lo impensado de la medida redundó en contra de Mr. de Villèle; el lazo que tendia al cuerpo electoral irritó la cólera, hizo desaparecer todas las vacilaciones, todos los escrúpulos: olvidáronse todas las antiguas enemistades; la impetuosa corriente de la opinion arrastró todos los ánimos hácia un solo pensamiento, hácia un solo objeto; destruir un ministerio detestado. En vano la generalidad de los prefectos quiso renovar las violencias de 1824; sus órdenes, sus amenazas solo encontraban cómplices vacilantes; la mayor parte de sus agentes, conocidos por el irresistible poder del sentimiento público perdian la confianza y la audacia; todos se sentian derrotados antes de haber combatido (1). En Paris, los ocho candidatos de la oposicion fueron nombrados por una inmensa mayoría; la eleccion fué apenas disputada; Benjamin Constant en el 4.º colegio obtuvo mil treinta y cinco votos y su adversario veinte y dos. El número total de los electores era de cerca de ocho mil, de los cuales la oposicion reunió seis mil setecientos y el ministerio mil ciento: este resultado sorprendió á los ministros sin inquietarles, pues esperaban su triunfo de las elecciones de los departamentos; sin embargo no tardaron en llegar noticias presagiando todas una completa derrota. Al mismo tiempo que cada movimiento del telégrafo llevaba á Mr. de Villèle y á sus colegas el anuncio de nombramientos que eran otros tantos señales de su caida; Paris se convertia en teatro de acontecimientos destinados á dejar en aquella una huella sangrienta.

Las elecciones habian tenido lugar el 17 y el 18; este último dia era domingo, y habia trascurrido con la mayor tranquilidad; en ninguna parte se observaba el menor síntoma de agitacion; solo algunos inofensivos obreros se hallaban estacionados en la puerta de los colegios, y por la noche es cuando se supo en la ciudad la noticia de la completa victoria de la oposicion; algunos habitantes de los cuarteles de San-Dionisio y de San Martin iluminaron las fachadas de sus casas; al anunciar este hecho el dia siguiente 19, los periódicos liberales añadieron que se hablaba para aquella noche de una iluminacion general; por su parte los periódicos ministeriales al dar cuenta de la derrota del gabinete, deploraban con amargura este resultado, profetizando los mas siniestros acontecimientos: «No tardaremos en ver la obra, decian, del partido de la multitud, del partido de la revolucion.» El dia se pasó tranquilamente, y por la noche, como se esperaba, una brillante iluminacion atraia á los cuarteles cercanos á las calles centrales de San Dionisio y de San Martin á una masa enorme de paseantes cuya actitud solo revelaba dos sentimientos: el gozo por el triunfo conseguido por la oposicion, y la curiosidad. Hasta las nueve y media no hubo mas agitacion que la causada por el movimiento y los gritos de aquella multitud, por el estrépito de los petardos y cohetes que algunos individuos que circulaban por entre los grupos ofrecian y vendian á los transeuntes gritando: «¡comprad petardos! ¡celebrad las elecciones!» pero en aquellos momentos ya adelantados de la noche, cuando los curiosos empezaban ya á retirarse, y á estinguirse las iluminaciones de muchas casas, una banda de cincuenta ó sesenta muchachos, la mayor parte de doce á quince años, vestidos con blusas desgarradas, ó llevando los delantales de trabajo, aparece de repente en medio de la multitud gritando: «¡vivan los diputados de la oposicion!» á cuyos gritos se mezclan estos estraños vivas: «¡viva Napoleon! ¡viva el emperador!» Estos recienvenidos llevaban en sus blusas ó delantales piedras que tiraban contra las ventanas y las puertas de las casas que se hallaban sin luz ó cuyas iluminaciones se habian ya apagado. Estrepitosas carcajadas discordantes sonidos, acogen la caida de los vidrios rotos; los petardos estallan en mayor número, y algunos individuos dirigen cohetes contra los caballos y carruajes que la casualidad conducia á aquel punto. Rechazados por estos fuegos en breve llenaron los coches gran parte de la calle, formando una especie de barrera que impide el paso de la multitud. Entre los curiosos detenidos en los dos opuestos lados cámbianse gritos y palabras burlonas; el espectáculo de esta general suspension y de las chistosas escenas que provoca, mueve á algunos niños á apoderarse de algunos carros de aguadores y de otros estacionados en el mercado de los Inocentes, de los cuales se sirven para obstruir aquella parte de la calle. La imitacion se propaga, y como algunas casas se hallaban en estado de demolicion á poca distancia de aquel mercado y de la calle Grenetat, se toman los montantes y maderaje de los andamios, se reunen piedras, llévanse algunas baldosas nuevas reunidas en diferentes puntos para la reparacion de las aceras, dispónense todos estos materiales á través de la via pública, y se elevan dos nuevas barreras, gérmen informe aun de las modernas barricadas. Eran las diez y no se habia mostrado ningun agente de policía ni un solo peloton de gendarmes; los vendedores de petardos, los muchachos provistos de piedras y los constructores de barricadas habian podido entregarse con toda libertad á su industria, á sus desórdenes ó á sus juegos. Finalmente á las diez y cuarto desemboca en la calle Grenetat un destacamento de gendarmería; recibida á pedradas y con los gritos de: «¡Abajo los gendarmes!» esta tropa recorre rápidamente las calles obstruidas, derriba las barricadas, da libertad á los carruajes y arroja á las calles laterales á la multitud encerrada entre estas diferentes barreras. A medida que los gendarmes se alejan, los curiosos vuelven y reconstruyen las barricadas en medio de las carcajadas y de los gritos que para darles ánimo proferian una multitud de espectadores á quienes divertia la vista de estas escenas nuevas para ellos. A las once y media otros destacamentos de gendarmería penetraron en la calle de San Dionisio por sus dos estremos, los Boulevards y la plaza del Chaletet; los salidos de este último punto se componian de muy poca fuerza y llegados delante la primera barrera y recibidos á pedradas y con gritos de: «¡Abajo los gendarmes!» se ven obligados á retroceder, primero hasta el puente au-Change, y despues hasta la prefectura de policía. La tropa que partió del Boulevard era mas considerable y se componia de gendarmería de á pié y de á caballo; atraviesa la calle en toda su estension, derriba todas las barricadas en medio de una lluvia de piedras y no se detiene hasta tomar posicion en el mercado de los Inocentes. Una barricada elevada en frente del paraje del Gran Ciervo, la mas fuerte de cuantas habia atravesado la tropa, es reconstruida inmediatamente con gran sorpresa de los habitantes sin la menor oposicion y en mayores dimensiones y con mas solidez que la vez anterior.

Durante este tiempo la plaza del Chatelet que la gendarmería habia tenido que evacuar, era ocupada por tropas de la guardia real y de línea mandadas por el coronel jefe de estado mayor de Divonne, este oficial superior hace distribuir cartuchos á sus soldados y les manda cargar sus armas, y dividiendo su tropa en tres colunas á las que preceden comisarios de policía, dirige la primera sobre la barricada del Gran Ciervo y la segunda sobre otra barricada construida cerca de la iglesia de Saint-Leu, que la gendarmería habia destruido y que habia sido restablecida á la vista de un comisario de policía y de un destacamento de soldados estacionados á poca distancia y que habian permanecido inmóviles. La coluna encargada de apoderarse de la barricada del Gran Ciervo es recibida á pedradas, y su jefe el capitan Bouvier sin ordenar las debidas instrucciones, da la voz de fuego, y los soldados disparan sus armas contra la barricada y las casas vecinas; marchando en seguida contra la barricada la cual se hallaba abandonada. La de Saint-Leu ofreció menos resistencia todavía; la coluna dirigida contra ella era

(1) Las circulares publicadas por los funcionarios de todas clases con motivo de estas elecciones se parecian todas así en el fondo como en la forma; júzguese de su espíritu y de los términos en que se hallaban concebidas por los párrafos siguientes de la circular del baron Coster, prefecto del Alto-Vienne, á los empleados de su departamento.

«S. M. desea que la mayor parte de los miembros de la cámara que acaba de terminar sus trabajos sean reelegidos. Los presidentes de colegio son sus candidatos. Todos los empleados deben al rey la cooperacion de sus esfuerzos; si son electores deben votar segun la voluntad de S. M. indicada en la eleccion de los presidentes, y hacer votar á todos los electores sobre los cuales puedan tener alguna influencia. Si no lo son, deben por medio de amonestaciones hechas con discrecion y perseverancia tratar de que los electores den su voto á los presidentes. Obrar de otro modo ó permanecer en la inaccion es negar al gobierno el ausilio que se le debe, es separarse de él y *renunciar á sus funciones*. Presentad estas reflexiones a vuestros subordinados á quienes debeis dirigir etc.»

mandada por el general Montgarde, comandante de la primera division militar, en ausencia del conde de Coutard, los soldados no tuvieron que hacer mas que presentarse para apoderarse de ella, y mientras la tropa atacaba de frente estos dos obstáculos, se derramaban por las calles vecinas pelotones de gendarmería de á pié y de á caballo, cargando á sablazos ó á la bayoneta á cuantas personas podian alcanzar, así á los curiosos obstinados que divagaban por el cuartel, como á los ciudadanos que volvian á sus casas. Pocas horas despues la Morgue recibia muchos cadáveres, y los hospitales á no pocos obreros mortal ó gravemente heridos (1).

Los disparos y las cargas habian tenido lugar entre las doce y media y la una de la madrugada, de modo que los periódicos al dar á los lectores cuenta, el dia siguiente 20, de los acontecimientos de la noche última, solo pudieron participarles la parte menos grave; referia el principio del desórden, las tentativas de barricadas, y las primeras cargas de la gendarmería, pero su relacion termina en los diversos incidentes sobrevenidos á cosa de las diez y media. Como siempre sucede, la lectura de estos detalles dió por resultado atraer el dia siguiente al teatro del tumulto á una masa de curiosos mas considerable aun que la víspera; por la segunda vez la policía estaba ausente, no se veia ni á uno solo de sus agentes, ni una sola patrulla recorria las calles. Al oscurecer grupos de numerosos individuos pertenecientes al parecer á la clase obrera ocupaban el Boulevard, la entrada de las calles de San Dionisio y de San Martin y las principales calles trasversales; á las siete estos grupos se disuelven y dividen; los hombres que los componen, acompañados de muchachos armados aun de piedras, se precipitan por las calles del cuartel gritando «¡luces! luces!!!» y sin dar tiempo á los habitantes de obedecerles, lanzaban sus piedras con una especie de furor contra los vidrios de las tiendas y las ventanas de las casas. Las tiendas se cierran y se iluminan los pisos superiores; estos desórdenes que habia reprimido una patrulla de la guardia nacional cuando esta guardia existia todavía, se propagan por los cuarteles vecinos; muchos habitantes cuyas puertas y ventanas se ven asaltadas por aquellas bandas de furiosos, invocan en vano el ausilio de las guardias vecinas, y se les contesta que la tropa no puede salir de sus cuerpos de guardia. Entonces los ciudadanos detienen por sí mismos á los perturbadores y los conducen á uno de ellos, mas el jefe se negó á recibirlos diciendo que no tenia órdenes; un individuo ebrio ó pareciéndolo, vestido con una casaca militar y llevando un gorro de policía, arrojaba esto al suelo y lo pisoteaba gritando: «¡viva Napoleon! ¡Viva el emperador!» Entonces acierta á pasar un gendarme á quien le ruega que detenga á aquel borracho, mas contesta que esto no es de su incumbencia. Otro individuo llevando el uniforme de la guardia real entraba en las tiendas y almacenes gritando: «¡Estalla una revolucion! cerrad las tiendas!»

Los vecinos se apoderan de él y lo conducen al vecino cuerpo de guardia, pero se le vuelve á dar libertad inmediatamente. Mientras estos escesos sembraban la alarma en algunos cuarteles del centro de Paris, volvian á levantarse las barricadas destruidas la víspera; todos los materiales que las componian fueron hallados intactos; las tablas, las piedras, las baldosas habian sido dejadas en el mismo sitio, en el cual se veian tambien los útiles de albañilería que habian servido para derribarlos. Durante dos horas pudiéronse ver á la luz de los faroles á los mismos individuos que las habian formado el dia anterior, reconstruirlas en presencia de una multitud de artistas y de algunos soldados pertenecientes á las guardias inmediatas, tan tranquilamente como si se hubiesen entregado al acto mas legal ó al trabajo mas regular; una de estas barricadas se elevaba hasta la altura de un primer piso y sus constructores para mas comodidad, montados sobre el colgadizo de la tienda de un droguero, rompen á garrotazos las ventanas del cuarto particular de aquel industrial, se apoderan de su habitacion, y á sus reclamaciones contestan con malos tratamientos, que le obligan á refugiarse en su almacen.

A pesar de esto no se habia omitido el tomar grandes precauciones militares; todas las tropas de la guarnicion, tropa de línea, gendarmería y guardia real se hallaban colocadas bajo las órdenes del general comandate de la division; cada soldado estaba provisto de diez cartuchos, y una parte de estas fuerzas concentrada primeramente al rededor de las Tullerías, púsose en movimiento cuando la noche estaba ya muy adelantada, y ocupó á las diez los Boulevards de San Dionisio y de San Martin y la plaza del Chatelet. Dase órden á fuertes destacamentos de dirigirse contra las diferentes barricadas, á las cuales atacan por muchos puntos á la vez. Indudablemente tanto los oficiales como los soldados estaban decididos á hacer su deber; pero ¿qué enemigos debian combatir? Ciudadanos sin armas y celebrando unas elecciones cuyo resultado libraba al ejército de un régimen que no pesaba menos sobre él que sobre la poblacion civil. Dos destacamentos llegados delante las barricadas de que debian apoderarse son recibidos á pedradas; un comisario de policía intima al comandante Desborties que dé la voz de fuego: no es de vos de quien debo recibir mis órdenes, contesta aquel oficial; otro comisario hace la misma insinuacion al capitan Dabbadie que se niega igualmente á obedecer: no quiero cambiar balas contra piedras, dijo, y las barricadas colocadas frente de estos dos oficiales fueron ganadas y destruidas sin efusion de sangre. No debia suceder así con las barricadas elevadas en la entrada de la calle Grenelat y delante del pasaje del Gran Ciervo. La coluna encargada de destruirlas mandada por Mr. Fitz-James, coronel del 18 de línea, llegó delante de la calle de Grenelat, desde la cual, segun se ha asegurado, se tiraron piedras y petardos contra los primeros pelotones; engañado el coronel por la esplosion de estos que cree tiros de pistola ó de fusil, ordena á sus soldados hacer fuego contra la barricada que fue inmediatamente evacuada y destruida; la coluna marcha en seguida contra la barricada del Gran Ciervo, y si bien no encuentra la menor resistencia, no por esto dejan los soldados de disparar sus armas contra ella y contra las casas vecinas; en vano el general Montgardé, llegado al oir los primeros tiros, ordena cesar el fuego; la tropa continúa tirando en todas direcciones, hasta haber gastado gran parte de sus cartuchos. Algunos habitantes fueron muertos en sus ventanas; no pocos curiosos y transeuntes cayeron en las calles laterales, y la gendarmería cuyas cargas suceden al fuego, hace en un radio bastante estenso un gran número de heridos.

Esta era la primera vez desde la jornada del 13 de vendimiario del año III, que el estrépido de las descargas de fusilería sembraba el terror y la consternacion en el seno de la capital de Francia. La sensacion fue general, el clamor vivo y enérgico, los periódicos de la oposicion al hacer observar la inaccion y absoluta ausencia de la policía acusaban á la administracion de haber preparado y fomentado el desórden en interés del ministerio. Al rumor promovido por dos hombres embriagados que se injurian en la calle, decian, acude inmediatamente la policía; ¿dónde estaban pues sus familiares tan prontos y ágiles de ordinario, durante aquellos dos dias, en qué tantos ciudadanos les llamaban y esperaban en vano? A los jefes, á los guias de aquellas bandas que rompian con cierto furor, no las ventanas de los ricos palacios del arrabal de Saint-Germain, sino los vidrios de los almacenes y modestas habitaciones de aquellos tenderos, de aquellos potentados á quienes la prensa ministerial injuria y acusa de haber votado en masa por los diputados de la oposicion, á estos guias, á estos jefes ¿quién les hacia obrar, quien les dirigia? eran desconocidos de la policía los individuos que podian proferir impunemente los gritos mas sediciosos á pocos pasos del cuerpo de guardia ocupado por la gendarmería ó por la tropa? ¿Lo eran aquellos propagadores de alarmantes rumores que se negaban á prender los oficiales de guardia; ó á quienes daban libertad poco despues de haberles sido conducidos? ¿Lo eran aquellos constructores de barricadas que no dejaban su pacífico trabajo hasta haberlo terminado y cuando por fin se mostraba la tropa? Es reputado autor de un crimen, añadian; «aquel á quien el crimen aprovecha; el ministerio acaba de ser derrotado en los colegios de distrito; los departamentales van á reunirse y los ministros han esperado sin duda aterrorizarlos con esta miserable y cruel maquinacion, poniéndolos de su parte con el ausilio de un vano espantajo de una tentativa revolucionaria. En efecto, la prensa ministerial no dejaba nunca en olvido el espectro de la revolucion, con motivo de los acontecimientos que calificaba de una impotente tentativa de rebelion, engendrada por las doctrinas anárquicas y por las escitaciones facciosas de sus adversarios.

Toda manifestacion popular es inseparable de algunos desórdenes; la policía habia provocado un tumulto, habia facilitado su realizacion con una calculada tolerancia, con objeto de proporcionar á los ministros un medio de obrar por el temor sobre los grandes colegios electorales; este hecho está fuera de duda; pero es probable tambien que algunos adversarios de los Borbones, secundados por la multitud de gentes atrevidas y desocupadas que acuden constantemente en todas las grandes ciudades allí donde hay agitacion y bullicio, aprovechasen con avidez la ocasion que les ofrecia la inmoralidad de la administracion, para intentar una resistencia abierta contra el gobierno real. Estos desórdenes causaron un gran número de víctimas; presentóse una acusacion contra Mr. Delavau, prefecto de policía, y Mr. Franchet-Desperey, director general de esta administracion; la instruccion de la causa fué evocada por el tribunal real, el que despues de tres meses y medio de diligencias y averiguaciones, declaró no haber lugar á procederse contra ambos funcionarios. Los hechos esenciales que resultan de este fa-

(1) Lugar donde son espuestos los cadáveres en Paris.

llo, dado en 3 de abril de 1828 son los siguientes: El tribunal no habia podido descubrir á los autores de los desórdenes; la policía no le habia indicado á ninguno, á pesar de que muchos de sus agentes se hubiesen hallado en el teatro de los acontecimientos, el martes 20 sobre todo; los comisarios de policía no habian recibido instruccion alguna sobre las medidas que debian tomar para impedir el tumulto; ningun tiro se habia disparado contra la tropa; del interior de las casas no habia salido ni una piedra; se habian hecho descargas de fusilería y cargas de caballería contra simples curiosos ó transeuntes; finalmente el proyecto de policía, escribiendo al general de Montgorde, le habia encargado no poner sus tropas en movimiento hasta las once á fin de no impedir las manifestaciones del gozo popular, y de no comprometer las patrullas.

Los acontecimientos de los dias 19 y 20 de noviembre precedieron de cuatro dias á las elecciones de los colegios de departamento ó grandes colegios: en las elecciones de Paris no ejercieron la menor influencia; los electores de la capital nombraron á cuatro diputados de la oposicion; sin embargo los miembros de los grandes colegios de provincia no manifestaron igual firmeza, y alarmados por las relaciones de los periódicos ministeriales, y viendo en los desórdenes de la calle de San Dionisio la señal de una nueva y próxima revolucion, se pasaron en masa al partido del ministerio; este inesperado socorro no pudo salvar al gabinete: la oposicion fué menos fuerte, pero conservó aun una mayoría de cerca de sesenta votos.

Estas elecciones confirmaban las advertencias dadas, aunque en vano, á Mr. de Villele y á sus amigos por los condes Lanjuinais y Boissyd'Anglas y por los demás pares convencionales, cuando cuatro años antes invocaban su esperiencia de las asambleas revolucionarias, para rechazar la ley de septenalidad. Sustituyendo el sistema de renovacion íntegra de las cámaras y de la eleccion general del sistema de renovacion parcial y de la eleccion fraccionada, decian á los ministros; señalando á la existencia de una cámara un término fijo, fatal, en virtud del que todos sus miembros ven espirar su mandato en el mismo dia y en la misma hora, sustituis una conmocion política violenta á un movimiento de opinion tranquilo, suave y casi insensible; estableceis en el reino un trastorno que puede repentinamente cambiar toda una administracion, todo un sistema político, y derribar en pocas horas las cosas que se creian mas estables; en una palabra, precipitais al gobierno y á la nacion en una serie de aventuras.—La prediccion se realizaba; una cámara abiertamente hostil á la congregacion sucedia á una asamblea congreganista; los bancos poblados hacia poco tiempo por los amigos de la Compañía de Jesus, iban á verse ocupados por los adversarios de los jesuitas, y elegidos bajo un enérgico sentimiento de reaccion contra el sistema político seguido desde 1822, los nuevos diputados debian derrocar este sistema junto con los hombres en quien por tanto tiempo se habian personificado sus doctrinas.

Un doble incidente señaló la lucha política en que la administracion congreganista acababa de sucumbir: fué el primero la noticia de una victoria naval conseguida sobre los turcos, el 20 de octubre en la bahía de Navarino, por las escuadras combinadas de Francia, Inglaterra y Rusia, victoria de que tendremos ocasion de hablar cuando tratemos de los asuntos de Grecia, y que de nada sirvió al ministerio, pues casi pasó desapercibida entre el tumulto de la lucha electoral; el segundo incidente sobrevino en lo mas encarnizado de la pelea: y fue la aparicion de un escrito titulado: Carta al duque de Orleans, en la cual se leian estas atrevidas palabras:

«Principe, un poco de valor! trocad vuestra corona ducal con la corona cívica; en nuestra monarquía hay un magnífico puesto que ocupar: el que ocuparia Lafayette, en una república, el de primer ciudadano de Francia. Vuestro principado es una mezquina prebenda comparado con aquel reinado moral; el pueblo francés no es mas que un niño que solo pide tener un tutor; sedlo pues para que no caiga en malas manos, á fin de que la nave tan mal dirigida no zozobre; por nuestra parte hemos hecho todos los esfuerzos posibles; haced vos lo mismo, y detengamos juntos el carro que corre á un precipicio.»

Arrojado de improviso en medio del combate trabado entre la clase política del pais y el jefe de la rama primogénita de Borbon; dirigido al duque de Orleans, jefe de la rama segunda, para decidirle á apropiarse el papel de tutor de la Francia y de salvador de la monarquía, este llamamiento, grito profético, causó un profundo sentimiento de sorpresa en la clase media. La idea de sustituir una rama de los Borbones á la otra, no existia aun en la clase media de Paris; la carta al duque de Orleans era su primera manifestacion pública, así es que los liberales condenaron este escrito como una imprudencia casi culpable, pues tendia á dar á su oposicion un carácter y un objeto que no tenia. Por su parte el duque de Orleans se apresuró á negar acaloradamente á Carlos X toda participacion en el escrito, lo mismo que con su autor, el cual acusado ante los tribunales pagó con una multa de dos mil francos y quince meses de prision la espresion aislada y enteramente personal de un sentimiento, que solo alimentaban en aquella época algunos opositores de alto rango, poco numerosos o demasiado tímidos para atreverse ni aun á poner de acuerdo sus ideas (1).

Desde el dia siguiente al de las elecciones, Mr. de Villele pareció comprender la necesidad de retirarse: en un artículo en que el Monitor formaba una especie de estadística de la nueva asamblea, el gabinete, ó por mejor decir, su presidente, se confesaba vencido. Sin embargo esta resignacion no duró mucho tiempo; rechazando en breve con todas sus fuerzas la perspectiva de su muerte política; aprovechando con avidez para abstraerse á ella, todos los medios que la division de los partidos podia presentarle; tendiendo la mano á los hombres de todas opiniones, Mr. de Villele ofreció el triste y comun espectáculo de una ambicion que, próxima á caer desde lo alto del poder, ofrece todas las concesiones, promete todos los sacrificios, ruega, amenaza implora para mantenerse en el. Antes de las elecciones los órganos del presidente del consejo dividian á los candidatos, en candidatos del rey y candidatos de los periódicos; despues de los nombramientos de los colegios de distrito, los primeros se convirtieron en candidatos del gobierno y los segundos en candidatos de la oposicion; terminadas las elecciones desaparecieron estas denominaciones, y los periódicos ministeriales dividieron á los nuevamente elegidos en diputados realistas y en diputados liberales. Estos cambios en las calificaciones dadas por Mr. de Villele á sus partidarios y enemigos, indican las rápidas modificaciones que esperimentó su ánimo por el resultado de la lucha electoral. Buscó alianzas en todas partes, siendo los primeros á quienes hizo proposiciones los amigos de Mr. de Labourdonaie, aquellos realistas del estremo derecho á quien el presidente del consejo habia dejado por tanto tiempo abandonados á las injurias é insultos de sus periódicos; pero lejos de consentir en escucharle los miembros de matiz político le contestaron amenazándole con ponerle en acusacion. Entonces Mr. de Villele se arrojó en brazos de algunos diputados que le habian permanecido fieles hasta el fin de la última sesion; pero como la fortuna le abandonaba, aquellos diputados declinaron todas las proposiciones; no basta una simple modificacion ministerial, decian, la cámara rechazará desde su primera sesion toda combinacion de que forme parte el presidente del consejo. Se ha dicho que decidido á todas las transacciones, Mr. de Villele habia solicitado el apoyo de los liberales proponiendo en cambio algunas carteras á varios diputados de la izquierda; sin embargo este rumor carece de todo fundamento; cuando una administracion se halla en peligro, no es raro ver á oficiales á quienes escita el espíritu de intriga, imponiéndose la mision de salvarla por medio de transacciones y alianzas que nadie les ha encargado ofrecer. Es cierto que Mr. de Villele tuvo que sufrir mas de una proposicion de esta naturaleza, pero se limitó á escuchar.

Mr. de Villele en sus proposiciones de acomodamiento, no pensaba mas que en sí mismo; abandonando á la congregacion y á sus colegas, solo pronunciaba el nombre de la sociedad dirgida por el P. Ronsin para quejarse de sus intolerables exigencias, y si hablaba de MM. Corbiere de Peyronnet, de Clermont-Tonnerre y de Damas era para echarles en cara sus faltas ó sus incapacidad. Irritados estos por semejante abandono, no escaseaban tampoco los cargos contra el presidente del consejo. Estas recíprocas acusaciones anunciaban la disolucion del gabinete; en efecto durante un mes hubo todavía ministros pero no existia el ministerio, hasta que por fin rechazado en todas sus tentativas, cansado de tantas combinaciones frustradas, advertido por el vacío que cada dia se hacia mas grande á su alrededor y por la desercion de muchos de sus satélites, que deseando hacer olvidar el fervoroso celo que por tanto tiempo habian desplegado en favor del ministro, acusaban ahora su obstinada ambicion y su ciega confianza en sí mismo, Mr. de Villele se resignó á terminar una lucha inútil; mas resuelto á no caer enteramente, y queriendo reservarse un medio de recobrar el poder, trató con el ausilio y bajo el nombre de Mr. de Chabrol, de designar por sí mismo á sus sucesores.

Mr. de Villele gobernaba hacia cinco años. Espíritu frio, impasible,

(1) El autor de la carta al duque de Orleans, M. Cauchois-Lemaire, al hablar quince años despues de su escrito se espresaba en estos términos «La carta no hacia mas que invocar á un jefe de oposicion leal en el jefe de la rama segunda de los Borbones; pero la intencion era fácil de interpretar de un modo mas hostil á la rama primogénita, esta interpretacion fué la del público, de la autoridad, y la del tribunal real, que con un severo fallo dió al folleto mucha mas importancia. El duque de Orleans y sus amigos sobre todo lo desaprobaron vivamente, lo cual probó al autor que habia dado en el blanco. «*Historia de la revolucion de 1830* por Cauchois-Lemaire, tomo I.»

lleno de recursos en los pormenores de los negocios, Mr. de Villele era un administrador hábil y sagaz mas que un hombre político en el sentido elevado de la palabra: su carrera ministerial fué un sacrificio continuo de sus convicciones à su devorante amor del poder. Hombre tolerante, se hizo sectario; de una naturaleza tranquila y moderada, se dejó imponer la violencia y persecucion; nadie veia mejor que él las faltas à que le arrastraban la ceguedad y la pasion de sus amigos políticos; oponíase à la mayor parte de las medidas que señalaron su administracion, manifestaba la imprudencia ó el peligro que encerraban, amenazaba resistir à ellas y luego las adoptaba. Carácter sin fuerza, no tenia tenacidad sino para los intereses de su ambicion; su inteligencia física y penetrante carecia de la firmeza y universalidad que contribuyen al hombre acreditado. La situacion del partido realista al principio de su administracion y en el momento de su caida, determina su capacidad como hombre de gobierno; en 1824 habia desaparecido por decirlo así toda oposicion; Carlos X era popular, la oposicion monárquica, compacta; la administracion, fuerte; los funcionarios, temidos, y el tesoro se hallaba en un próspero estado; en 1827 la oposicion se encontraba mas numerosa y fuerte que en otra época alguna; Carlos X, despopularizado, la opinion monárquica, dividida, el tesoro, en déficit, la administracion, debilitada; los funcionarios desprestigiados. Mr. de Villele y sus colegas habian gastado todos los recursos del poder usándolos escesivamente y no dejaban à sus sucesores mas que armas enmohecidas que condenaban á estos á una debilidad que debia conducirles à su pérdida. Hubiérase dicho que al unirse con la restauracion durante cinco años, el partido religioso solo habia adquirido fuerzas en detrimento del gobierno, y que en su abrazo fatal, enervante, habia en cierto modo marchitado su vitalidad.

El 26 de diciembre los periódicos anunciaron la marcha de Mr. Corbiere à Bretaña. Creyóse que Mr. Chabrond habia constituido el gabinete que estaba encargado de formar; pero el 31 se esperaba aun la lista de los nuevos ministros; el Monitor, à lo que se aseguraba, debia publicarla el dia siguiente 1.° de enero de 1828.

CAPITULO XXIV.

Sumario. — Caida del ministerio Villele. Advenimiento del ministerio Martignac; su posicion; sus primeros actos. Nombramiento de Mr. de Vatismenil para el ministerio de instruccion pública. Composicion política de la cámara: fuerzas de cada partido. — Insurreccion de la Grecia. Rhigas, Czerny, Georges. Asosiacion de los Philomusas. Sociedad secreta de la Heteria Eforias. Ofrecimientos hechos al conde Juan Capo-d' Istria y al general Alejandro Ipsilantis; conversacion de este último con el emperador Alejandro. — Alí-Bajá de Janina llama á la Grecia á las armas; los griegos se dividen entre Alí y el sultan Mahomut. Sitio de Janina. Alí se hace miembro de la Heteria. — Alejandro Ipsilantis da la señal de la insurreccion; entra en Moldavia; su derrota, su cautividad. Insurreccion de la Morea, asesinatos en Constantinopla. Primer encuentro entre la escuadra del sultan y la marina griega. El Brulote. Congreso de Epidauro. La Grecia proclama su independencia. — Toma de Janina; muerte de Alí. — Asesinatos de Chios. La insurreccion en 1822, 1823 y 1824; su debilidad política y sus triunfos militares. Desaliento de los turcos. El sultan implora el ausilio del bajá de Egipto; estado de este pais; administracion de Mahomet-Alí; recibe el bajalik de Morea; marcha de una espedicion bajo las órdenes de su hijo Ibrahym-bajá. La escuadra egipcia es dispersada. Anarquía en el gobierno griego. Ofrecimiento de la corona de Grecia al duque de Nemours; el general Sebastiani; Benjamin Constant; planes de campaña remitidos de Paris. — Desembarco del ejército en Moron. Sitio y toma de Navarino. Ibrahym entra en Tripolitza; su marcha sobre Nápoli de Romania; es rechazado. Hanaris en el puerto de Alejandría. Posicion de Ibrahym en Morea; recibe refuerzos de Egipto. — Sitio de Missolonghi; carta del Ser-asker Rachyd á Ibrahym; intervencion de este último. Defensa de la ciudad durante quince meses, sus habitantes la abandonan; su destruccion. — Situacion de la Grecia: miseria, anarquía. Toma de la ciudadela de Atenas. Intervencion de la diplomacia; ausilio dado por los pueblos europeos. Protocolo del 4 de abril de 1826. Destruccion de los jenízaros. Conferencias de Akermann. Tratado de Londres del 6 de julio de 1827. Se envian tres escuadras á los mares de la Grecia. Batalla de Navarino. Declaracion de los ministros ingleses. — Apertura de la legislatura de 1828. Discurso del rey. Exámen de actas. Decision de MM. de Chabrol y de Frayssinous. Mr. Royer-Collard es nombrado presidente de la cámara. MM. Hyde de Neuville y Peutrier reemplazan á los ministros dimisionarios. Discusion de la contestacion al discurso del trono; contestacion del rey. — Elecciones parciales. Reuniones públicas preparatorias en Paris. — Nombramiento del baron de Damas como ayo del duque de Burdeos.

1828 — El Monitor del 1.° de enero no satisfizo la pública ansiedad, pues no contenia la lista del nuevo ministerio. La irritacion de Carlos X contra los realistas cuyos ataques habian contribuido activamente à la caida de Mr. de Villele; la insistencia del soberano en rayar sus nombres de las listas que le fueron presentadas por Mr. de Chabrol, especialmente los de MM. de Chateaubriand y de Labourdonnaie; el cuidado que tenia el presidente del consejo en hacer separar de estas listas à los candidatos amigos personales del rey, cuya influencia cerca de este podia sustituirse al ascendiente que trataba de conservar; la repugnancia de los hombres políticos, cuya cooperacion se solicitaba, á desempeñar el papel de testaferros de sus predecesores, recogiendo así la herencia de su impopularidad, tales eran las causas que habian hecho abortar sucesivamente los laboriosos esfuerzos de Mr. de Chabrol para la formacion definitiva de un gabinete. Finalmente el 2 de enero pudo creer este negociador haber logrado constituir un ministerio cuya composicion podia dar una suficiente satisfaccion à la opinion pública, sin herir con demasiada viveza la pasion de Carlos X, quien en el primer momento rechazaba hasta la apariencia de una retractacion del sistema político seguido desde 1822. Hasta entonces Mr. de Villele y sus colegas no habian cesado de ir à las Tullerías para la espedicion de los negocios corrientes; cada una de sus visitas, espiada atentamente, era para los periódicos objeto de los comentarios mas contradictorios, segun que los ministros permaneciesen mas ó menos tiempo en el gabinete del rey ó que su fisonomía al entrar ó al salir llevase la huella del pesar ó de la confianza. El dia 3, en el acto de levantarse Carlos X, una cierta agitacion inquieta observada entre los cortesanos, hizo presentir el término de la crisis que hacia un mes tenia en agitacion todos los ánimos; es cierto que los ministros se presentaron en palacio à la hora ordinaria y que su reunion no se prolongó mas allá del tiempo habitual; pero, contra la costumbre, cada uno de ellos salió solo del gabinete del rey, y Mr. de Chabrol que permaneció solo con el monarca no le dejó hasta mucho tiempo despues de la marcha de sus colegas. Aquel ministro hizo varias visitas al rey durante el dia, y por la noche, aceptado por Carlos X el nuevo gabinete, reuníanse sus miembros en casa del ministro de marina para concertar los medios de acercarse sin desventaja à la nueva cámara de diputados. Algunos de ellos temiendo la influencia de los ministros dimisionarios sobre los miembros reelegidos del antiguo estremo derecho, y recelando que ejerciesen en aquella parte de la asamblea una accion que los hiciera árbitros de la mayoría, exigian que MM. de Villele, Corbiere y Peyronnet fuesen á sentarse en la cámara de los pares; Mr. de Chabrol contestó no estar autorizado para hacer esta concesion, cuyas palabras fueron la señal de un rompimiento: separose la reunion y el nuevo gabinete se encontró disuelto. Sin embargo uno de sus miembros, Mr. de Saint-Cricq, no perdió el valor, y empleó toda aquella noche y la madrugada del dia siguiente en diligencias y negociaciones; MM. de Villele y de Peyronnet consintieron despues de una corta resistencia, en aceptar el manto de par, y el 5 de enero el Monitor publicaba un decreto de fecha del 4 cuyo artículo 1.° contenia los siguientes nombramientos:

Mr. Portalis, para el ministerio de justicia;

Mr. de La-Ferronays, para el ministerio de negocios estranjeros;

Mr. de Caux, para el ministerio de la administracion de la guerra, pues la presentacion de las vacantes en el ejército estaba reservado al dolfin;

Mr. de Martignac, para el ministerio del interior, del cual se separaban las atribuciones relativas al comercio y á las manufacturas, convertidas en un ramo de la seccion del comercio y de las colonias.

Mr. de Saint-Cricq, para la presidencia del consejo superior del comercio y de las colonias con el título de ministro secretario de estado;

Mr. Roy, para el ministerio de hacienda;

El artículo 2.° establecia «que en adelante la instruccion pública no formaria parte del ministerio de negocios eclesiásticos.»

Otros dos decretos de igual fecha nombraban pares de Francia à MM. de Villèle, Corbière y Peyronnet, los cuales recibian ademas el título de ministros de estado, lo mismo que MM. de Damas, y de Clermont-Tonnerre.

Si bien la instruccion pública cesaba de estar confiada à las mismas manos que administraban los cultos, à pesar de la caida de los miembros mas impopulares del último gabinete, el decreto de 4 de enero constituia, mas que un cambio de ministerio, una simple modificacion en el personal ministerial. No solo MM. de Chabrol y de Frayssinous

permanecian en el ejercicio de sus funciones, sino que Mr. de Saint-Cricq, presidente de la seccion de comercio en la administracion anterior, no hacia mas que cambiar de título; sus antiguas atribuciones se erigian en departamento ministerial, como para consagrar la importancia adquirida en nuestro nuevo estado social por el comercio y la industria, estos dos poderosos elementos de la riqueza, y fuerza de las clases medias. MM. de Villèle, Corbière, Peyronnet, de Damas y de Clermont-Tonnerre dejaban sí, sus carteras; pero MM. de Martignac y de Caux, enviados á la cámara por la influencia de los últimos ministros, habian pertenecido igualmente á la administracion anterior, lo mismo que Mr. de La-Ferronays; este, como embajador en San Petersburgo; Mr. de Martignac como consejero de estado y director del registro y real patrimonio, y Mr. de Caux á título de director de uno de los ramos del ministerio de la guerra. Unicamente MM. Roy y Portalis habian mostrado en muchas circunstancias cierta oposicion al sistema personificado en los ministros caidos, oposicion tímida, circunscrita á algunos discursos pronunciados sobre cuestiones especiales, que no constituian entre ellos y sus predecesores una separacion bastante profunda para ofrecer bastantes garantías á los adversarios del antiguo gabinete. Esto hizo que los nombramientos del 4 de enero fuesen recibidos por todos los partidos con un sentimiento de desconfianza y de irritacion. «Este ministerio, decian los liberales, no es mas que una sombra del antiguo, es un reflejo de la administracion vencida: Mr. de Villèle que lo ha formado, solo espera un momento favorable para encargarse de nuevo de su direccion oficial.»—«Su carácter es el de un gabinete de transicion, decian á su vez los miembros de la contraoposicion realista, haciendo observar que MM. de Chateaubriand, de Labourdonnaie y Delalot no formaban parte de la nueva administracion. Un ministerio, añadian, debe representar las opiniones dominantes y los elevados talentos de la cámara; el nuevo gabinete no encierra esta doble condicion de fuerza y de duracion; carece de una razon de existencia, no ha nacido viable.» En su descontento por la caida de Mr. de Villèle, los amigos de este ministro tambien censuraban la nueva combinacion ministerial,» por no presentar ninguno de aquellos nombres que son la espresion de una doctrina y prenda de una esperimentada capacidad en el manejo de los grandes intereses de la nacion. Además, la oposicion estaba unánime en criticar la estraña posicion en que se habia colocado Mr. de Caux con la disposicion que solo le confiaba la parte administrativa del departamento de la guerra, reservando al delfin, persona esencialmente irresponsable, la presentacion á todos los grados del ejército, cuando el ascenso de los oficiales, determinado por una ley, obligaba por cada nombramiento la responsabilidad ministerial.

La destitucion de Mr. Delavau, reemplazado por Mr. de Belleyme, procurador del rey en Paris, y la supresion de la direccion de policía general, en el ministerio del interior, lo cual llevaba consigo la retirada de Mr. Frauchet, no fueron bastantes para calmar los ánimos; esta doble satisfaccion era exigida muy imperiosamente por la opinion pública para que fuese agradecida á los nuevos ministros. Tampoco podia hacerse mas caso de dos medidas tomadas algunos dias despues, que por decirlo así, no hacian mas que regularizar la oposicion de Mr. de Caux y de Saint-Cricq; un decreto de 17 de enero dió al primero el título de ministro de la guerra, restituyéndole la facultad de nombrar para los grados vacantes en el ejército, con la restriccion empero de que «los nombramientos se verificarian á presentacion del delfin;» un segundo decreto de fecha del 20 sustituyó el título dado primeramente á Mr. de Saint-Cricq el de ministro secretario de estado en el departamento de comercio y de manufacturas.

Estos diferentes actos, prueba evidente de las dudas, vacilaciones y embarazos del ministerio en sus primeros pasos, no daban el menor indicio de la marcha política que contaba adoptar. Es cierto que colocados entre las acusaciones de los periódicos de la oposicion que les echaban en cara el no ser mas que los continuadores del sistema caido, y los elogios de los antiguos diarios ministeriales que les felicitaban por su resistencia á las declamaciones de la prensa revolucionaria; obligados por otra parte á transigir con las preocupaciones y desconfianzas de la corona, los ministros solo veian escollos á su alrededor, y temiendo dar contra ellos desde sus primeros pasos, evitaban el comprometerse demasiado. Sin embargo, la apertura de las cámaras se acercaba, dentro de algunos dias debian hallarse en presencia de la nueva asamblea, así es que quisieron dar á la mayoría una prenda de resolucion que les animaba de seguirla en la via trazada por el último movimiento electoral. La existencia de los jesuitas y su activa intervencion en la enseñanza pública eran las dos quejas mas vehementes de la opinion: el 22 el Monitor publicó un dictámen firmado por Mr. Portalis y aprobado por el rey, encargando á una comision de nueve miembros, el examinar las medidas que reclamase la ejecucion de las leyes del reino en la enseñanza de las escuelas eclesiásticas secundarias. El objeto real sometido al exámen de esta comision, compuesta de MM. de Quelen arzobispo de Paris, vizconde Lainé, baron Seguier y baron Mounier, pares de Francia; Feutrier, obispo de Beauvais; conde Alejo de Noailles, conde de Labourdonnaie, Dupin mayor, diputados, y de Courville, miembro del consejo de la universidad, era la legalidad de la existencia de los jesuitas de Francia.

A pesar de que todos los comisionados eran mas favorables que hostiles á la Compañía de Jesus, no por esto dejaron de dar un inmenso grito de alarma todos los órganos de la congregacion, condenando la medida como una escandalosa comision hecha al espíritu revolucionario, veian en ella el principio de una persecucion preparada hacia mucho tiempo, contra la religion y sus ministros. Por otra parte la oposicion, desconfiando en vista de los nombres de los comisionados, profería quejas no menos enérgicas; la creacion de esta comision, decian sus periódicos, no es otra cosa que un espediente ideado por los ministros para burlar la impaciencia de la opinion, y ganar tiempo; la cuestion, añadian, no necesita ser examinada, pues está resuelta por los hechos y por las leyes. Estos clamores y quejas, proferidas por todos los partidos, dejaban al ministerio en un silencio que en breve dió márgen á rumores de su próxima caida; anuncióse que se hallaba en plena disolucion, y cada periódico se apresuró á publicar su lista de los nuevos ministros; el Monitor, ávidamente interrogado, guardaba sin embargo un obstinado silencio; hasta que por fin publicó un decreto, el cual lejos de introducir el menor cambio en el gabinete, estaba, por el contrario, destinado á completarlo. La instruccion pública, separada del ministerio de negocios eclesiásticos, se hallaba sin titular, y en 1.º de febrero, esta administracion, erigida en departamento ministerial, fué confiada á Mr. de Vatismenil, antiguo miembro del tribunal de Paris, cuyas violencias como secretario general del departamento de justicia hemos dicho, cargo que abandonó en 1824 al baron de Crouseilhes, para sentarse en el tribunal de casacion (1). Este nombramiento escitó las protestas mas vehementes, aun entre los realistas de la contraoposicion. «Marchamos de sorpresa en sorpresa, esclamaba el Diario de los Debates del 3 de febrero; este nombramiento no hará á buen seguro salir á la Francia de su estupor. Afiliado hace mucho tiempo á las congregaciones, imbuido en sus misteriosas doctrinas Mr. de Vatismenil no tiene mas que hacerlos prevalecer sobre el derecho comun universitario. Los jesuitas están prontos; entre ellos y la congregacion está ya firmado el pacto, pacto que será proclamado desde la cátedra del gran maestro.» Otro motivo de admiracion estaba reservado al público; por uno de aquellos cambios muy comunes entre los adoradores del poder ó los amantes de la popularidad, y de los cuales dan los mayores ejemplos los espíritus exaltados y las imaginaciones apasionadas, Mr. de Vatismenil inauguró su entrada en funciones por una circular que era una completa retractacion de todo su pasado político. El nuevo ministro en este documento no se ha limitado á exigir en todos los funcionarios de la universidad el respeto á la libertad de conciencia y el amor á las libertades nacionales, sino que les encargaba que formasen ciudadanos ilustrados, recomendándoles eficazmente el progreso de la instruccion primaria, como un medio de dar á las clases laboriosas el bienestar y la dicha que debian hacerlas mas morales y morigeradas. Obligado á elogiar este lenguaje uno de los órganos de la izquierda hacia la siguiente reflexion: «Estos cambios confunden todas las ideas y confirman estas palabras de Montaigne: Nada hay mas variable ni ondulante que el hombre.»

Para sincerarse de sus incertidumbres y de su inaccion, los ministros observaban que la cámara se hallaba dividida en muchas fracciones, en medio de las cuales era difícil descubrir la mayoría. Esta, en sus diferentes matices, parecia abiertamente hostil á Mr. de Villèle, el cual acababa de retirarse ante ella; para el espíritu público que debia animar sus deliberaciones y sus actos ulteriores, ¿estaria inspirado de los principios de la izquierda ó de los principios de la derecha? La composicion de la asamblea dejaba en efecto muchas dudas sobre este punto.

El número normal de miembros de la cámara era de cuatrocientos diez y nueve; pero cuarenta y cinco ó cincuenta nombramientos duplicados ó triplicados reducian á trescientos setenta el número de diputados llamados á tomar parte en los primeros trabajos de la legislatura. Para no citar mas que un ejemplo de estas elecciones multiplicadas, ejemplo

(1) El baron de Crouseilhes era miembro de la congregacion de las misiones en tiempo de Luis Felipe; fué nombrado par de Francia, ministro de la república despues de la revolucion de febrero de 1848, y senador despues del golpe de estado de 2 de diciembre de 1851.

que puede caracterizar el espíritu de las últimas elecciones, diremos que Mr. Royer-Collard habia obtenido siete nombramientos, mientras que Mr. de Peyronnet presentado y sostenido por el gobierno en muchos colegios, no habia podido ser elegido en ninguno de ellos. Los trescientos setenta diputados que componian entonces la asamblea se dividian en cuatro grupos: el primero y mas numeroso, formado por los liberales propiamente dichos, constaba de ciento setenta miembros; el segundo, que reunia á todos los diputados congreganistas ó no, que sostenia el sistema de gobierno personificado, en MM. de Villele, Corbiere y Peyronnet, constaba de ciento veinte y cinco á ciento treinta miembros; los setenta diputados restantes se hallaban divididos en dos fracciones casi iguales en número, que tenian por jefes, la una á Mr. de Labourdonnaie y la otra á MM. Hyde de Neuville, Delaloc y Agier; en la antigua cámara la primera tomaba el nombre de estremo derecho, y la segunda el de centro derecho. Los diputados liberales se reunian en un círculo situado en la calle Grange-Batteliere que tomaba su nombre de esta calle y que los periódicos congreganistas designaban con el de Club de los Jacobinos; Mr. Piet continuaba recibiendo á los amigos de Mr. de Villele, y las demás fracciones se reunian en el salon de Mr. Agret ó en el de Mr. de Labourdonnaie. La oposicion de este último y la de los diputados agrupados á su alrededor habia sido una querella de personas mas que una cuestion de doctrinas; y desarmados de sus principales quejas por la caida de Mr. de Villele, y obligados por su escaso número á renunciar al ejercicio de una influencia que les fuese propia, aquellos diputados se veian arrastrados hácia la sociedad Piet por sus pasiones y afinidades naturales; esta es la razon porque los votos de estos dos grupos debian en breve reconstituir al confundirse, un estremo derecho cuya fuerza balancease la de los ciento setenta miembros del estremo izquierdo. En semejante situacion los veinte y cinco ó treinta miembros de la reunion Agier disponian de la mayoria, la cual se hallaria en la derecha ó en la izquierda, segun que los diputados de aquella reunion, designados por los amigos del último gabinete con el injurioso título de partido de la defeccion, se inclinaran al uno ó al otro lado.

Propiamente hablando el ministerio no pertenecia á ninguna de las dos grandes fracciones de la asamblea; ¿en qué partido político podia apoyarse? La incertidumbre que sobre este punto reinaba hacia esperar las declaraciones del discurso de la corona con tanta impaciencia, en cuanto los ministros debian pronunciarse á la vez sobre las dificultades creadas en el interior por las violencias de la última administracion, y sobre una cuestion de política esterior que desde hacia siete años conmovia la Francia, agitaba Europa, y de cuya solucion dependia la paz universal.

Sabida es la influencia de la Grecia en el mundo antiguo; no recordaremos su papel en la lucha probada en la edad media entre el mundo cristiano y el mundo musulman; nos limitaremos á decir que en los primeros años del siglo XVIII, cuando aquel reino, islas y continente, hubo pasado completamente bajo la dominacion turca (1), no se sometió toda su poblacion al yugo de los nuevos señores. Algunos hombres intrépidos, atrincherados en los desfiladeros y escarpadas montañas del pais, continuaron la lucha y bajo el nombre de Klephtes, lograron á costa de los mas rudos combates y grandes sacrificios, mantener su independencia. El resto se inclinó y cedió; la ley de conquista daba al vencedor todos los bienes de los vencidos; la clase que bajo el régimen caido poseia la influencia y las riquezas, se entregó sin reserva á los conquistadores, obteniendo sus miembros en recompensa y bajo el nombre de khodjac-bachys ó primados una parte de la administracion civil del pais, y entre otras la mision de percibir las contribuciones impuestas á sus conciudadanos. La masa de estos, reducida á trabajar en provecho de los nuevos propietarios un terreno que ya no les pertenecia, se convirtió bajo la denominacion de rayas en juguete de los primados y de los turcos; toda energía y toda inteligencia parecia estinguirle por grados en aquel pueblo infortunado, y la Grecia parecia haber descendido á la clase de las provincias mas ignorantes y miserables del imperio otomano, cuando el sacudimiento impreso en el mundo por la revolucion francesa, despertó en ella el sentimiento de la nacionalidad perdida. Al lejano eco de libertad latieron los corazones generosos y algunos espíritus ardientes soñaron en volver á la patria su antigua independencia. Rhigas entre otros, acometió la empresa de libertar á sus compatriotas, ausiliado de una organizacion política secreta, cuya activa propagacion secundaba con publicaciones y cantos patrióticos que exaltaban las imaginaciones, inflamaban los ánimos y hacian brotar en todos los pechos el odio á los opresores (1). Su trabajo insurreccional estaba ya muy adelantado cuando una denuncia le obligó á buscar un momentáneo asilo en el territorio austriaco; mas no encontró en el la proteccion que esperaba; en mayo de 1798 el gabinete de Viena le entregó á los turcos que le mataron ahogándole en el Danubio. Sin embargo los gérmenes que habia sembrado no quedaron infecundos; en marzo de 1800 las islas Jónicas se constituyeron en república, y cuatro años despues, en 1804, la Servia, á la voz de Czerny-Georges, se rebelaba contra los turcos. Mientras en el mar Jónico y en las provincias danubianas algunos pueblos de origen helenico se entregaban á esfuerzos aislados y prematuros, las islas y el continente de la Grecia propiamente dicha, veian realizarse en su seno un trabajo de trasformacion moral y material, que debia producir el triunfo de la causa por la cual Rhigas habia sacrificado su vida.

La prolongada lucha de la Francia contra la Europa, que retenia cautivos en nuestros puertos y en los de Italia á los numerosos buques empleados antes en la navegacion y cabotaje del Mediterráneo, ponia todo el comercio de este mar en manos de los habitantes del Archipielago; los provechos de esta especie de monopolio marítimo, *sin cesar en* aumento, no tardaron en crear en los puertos de Grecia una marina numerosa y un número considerable de armadores y de marineros, al cabo de algunos años, la poblacion de todos los puntos de la costa y de las islas habia aumentado; la industria penetró en las ciudades, y la abundancia del numerario habia hecho suceder el bienestar á la miseria. En una palabra, entre los rayas oprimidos y los primados opresores, se habia colocado una clase nueva, poderosa por su actividad y por sus riquezas y que no tardó en concentrar en sus manos parte de las fuerzas materiales y toda la fuerza moral del pais. Esta clase media poseia en 1814 seiscientos buques mercantes tripulados por veinte y cinco mil marineros. El bienestar quiere la independencia, así como esta produce las luces; primeramente algunos comerciantes enviaron sus hijos á los colegios y universidades del sur y del este de la Europa; y en breve una sociedad llamada de Atenas ó de los Chilomusas (amigos de las Musas) se ocupó en fundar, no solo en Grecia sino en muchas ciudades turcas y hasta en la misma Constantinopla, escuelas nacionales para las cuales solicitó el apoyo y ausilio de todos los griegos notables esparcidos por Europa. Uno de ellos, el conde Juan-Capo-d'Istria, ministro del emperador Alejandro, no se contentó con aceptar el título de miembro de aquella asociacion y ausiliarla generosamente, sino que hallándose de plenipotenciario de la Rusia en el congreso de Viena, intervino cerca de los soberanos y ministros reunidos en el, logrando interesarlos en la obra de sus compatriotas por cuantiosas suscriciones.

Mientras que los reyes de Europa contribuian en Viena á la generalizacion intelectual del pueblo griego, tres hombres oscuros de Constantinopla, llamados Skoufas, Xanthos y Dikeos (2) buscan en comun, á pocos pasos del palacio del sultan, los medios de levantar á la nacion griega de la humillacion en que yacia desde la conquista musulmana. Los albaneses y los griegos de ciertos cantones del Epiro y de la Tesalia tenian la costumbre, hacia mas de doscientos años, de unirse con los lazos de una fraternidad llamada Adelphopoiesis, que les obligaba á socorrerse y á ayudarse mutuamente en todas las circunstancias de la vida (3). Esta institucion conocida de Skoufas y de sus dos compañeros, les inspiró el pensamiento de crear una sociedad mas exacta en su accion y en su objeto; los miembros de la nueva sociedad, llamada Hetería amistosa (4) tenia por deber estinguir las enemistades en cada familia y lograr, por la union de todos los griegos, la emancipacion de su raza; cada socio debia jurar sobre la cruz y en manos de un sacerdote, consagrar á la independencia de la Grecia su fortuna y su talento; obligándose además á procurar inmediatamente subsidios á la caja nacional; en la sociedad no se admitia ningun musulman.

La adopcion de este plan tuvo lugar en octubre de 1813, en la misma época en que los soberanos reunidos en Viena contestaban con abundan-

(1) En 1715 Ahmed III reconquistó la Morea á los venecianos, quitándoles las dos pequeñas plazas de Spinalonga y de Suda, en Candía, sus últimas posesiones en el Archipiélago.

(1) Uno de sus cantos, conocido bajo el nombre de *Himno de Rigas* y uno de los cantos nacionales de la Grecia, es una imitacion de nuestra Marsellesa.

(2) Dikeos era un archimandrita que mas tarde desempeñó un papel activo en la insurreccion griega bajo el nombre de Papa Flechas.

(3) Ἀδελφοποίησις (Fraternidad). La union se contraeria del modo siguiente: vestidos los contrayentes con sus vestidos de fiesta se dirigian á una iglesia, se acercaban al altar y allí cambiando sus armas y dándose la mano se abrazaban y pronunciaban estas palabras: Tu vida es mi vida, mi alma es tu alma. Un semejante lazo era indisoluble; si uno de los asociados marchaba á una espedicion ó se ausentaba por cualquier otra causa, sus campos eran cultivados por su hermano adoptivo, el cual cuidaba tambien de la familia del ausente como de la suya propia.

(4) Ἑταιρεία (Asociacion, compañerismo).

tes dones á las peticiones hechas en nombre de los amigos de las Musas por el conde Capo-d'Istria. Estas muestras de simpatía no tardaron en ser conocidas por los griegos de Constantinopla; los fundadores de la Heteria se apresuraron á utilizarse de la noticia en provecho de su apostolado, y anunciaron misteriosamente á las personas que les rodeaban, que la Heteria y la sociedad de los Philomusas formaban las dos ramas de una misma asociacion sometida á la direccion de poderosos personajes de los cuales no eran ellos mas que agentes subalternos; valiéndose de esta fábula y sobre todo del nombre del emperador de Rusia que cuidaban de hacer intervenir constantemente en sus confidencias y en sus promesas, lograron reunir en poco tiempo un considerable número de adeptos; el buen éxito de sus primeras tentativas les movió á estender fuera de Constantinopla la accion de la sociedad. Gorlatis, griego de Itaca, fué enviado en enero de 1816 á la Moldavia y á la Valaquia; Atanasio Hakaloff, hijo de un comerciante de Moscou, partió á su vez en los primeros dias de 1817 para el Peloponeso, en donde sus ardientes palabras secundadas por enérgicas invocaciones al odio contra los opresores y por el recuerdo de antiguas profecías ó recientes revelaciones no tardaron en dar á la asociacion un gran número de klephtes, de mercaderes, de marinos y hasta de primados. Estas misiones se multiplicaron, y bajo su influencia, la Heteria hizo tan rápidos progresos que en 1818, tres años despues de su fundacion, Smyrna, Chios, Samos, Missolonghi, Janina, Bucharest, Jassy, Moscou, Pesth, Trieste y muchas otras ciudades importantes contaban con gran número de iniciados. Markos Botzaris, Georgies el Olimpio, Kyriakoulis, Petros Mavro-Michaëlis, Antonio Kriésis, Lázaro Koundouriotis, quince ó veinte arzobispos y muchos príncipes de Fanar figuraban en aquella época entre los principales heteristas (1).

Colocada á una gran distancia, y fuera por decirlo así de los territorios en que la Heteria ejercia su principal influencia, Constantinopla estaba en una posicion escéntrica que era un obstáculo á la actividad de la propaganda; así pues convínose en dejar en ella el comité director, mientras que eforias ó comisiones establecidas en todas las ciudades importantes de la Turquía de Europa, de la Moldo-Valaquia y del imperio ruso, y cuyos miembros eran elegidos por los heteristas de la localidad, recibieran el encargo de dirigir los esfuerzos de los afiliados de cada provincia, de centralizar las suscriciones y de corresponder con el comité constantinopolitano. Esta organizacion dió un nuevo impulso al progreso de la sociedad; en 1819 sus miembros cubrian por decirlo así el suelo de la antigua Grecia y el gobierno turco, indiferente testigo de tan atrevido trabajo de insurreccion, hecho á sus amagos á la luz del dia, hubiera sin duda sido por mucho tiempo espectador impasible si algunas cancillerías europeas no le hubiesen mostrado el peligro que en él se encerraba. El divan salió de su letargo; muchas escuelas griegas fueron cerradas, y los bajás recibieron órden de ejercer una activa vigilancia sobre los rayas de sus provincias: entonces las eforias se alarmaron y muchas pidieron que se diera la señal del levantamiento, tanto mas en cuanto se acusaba justamente á los jefes heteristas de Constantinopla de devorar en vergonzosas profusiones el oro destinado á la regeneracion nacional: aunque las sumas enviadas á aquella capital se elevasen á una cantidad considerable, los miembros del comité director no cesaban de dirigir á las eforias demandas de fondos cuya necesidad ó empleo se queria descubrir en vano. Para librarse de estas quejas, y para distraer hácia objetos mas importantes que la presentacion de cuentas, la atencion de los descontentos, los jefes heteristas de Constantinopla resolvieron en los primeros meses de 1820 precipitar á la sociedad en el tumulto y azares de una fase militante; para ello encargaron á Xanthos que ofreciese la direccion suprema del movimiento ya al conde de Capo-d'Istria, ya al general Alejandro Ipsilantis ayudante de campo del emperador de Rusia. El conde, prevenido contra Xanthos, se negó á escucharles y aunque fué recibido por Ipsilantis no quiso comprometerse hasta haber sondeado las secretas disposiciones de su señor.

Pontífice supremo de la iglesia de su imperio al mismo tiempo que soberano temporal; heredero de los proyectos de Catalina segunda sobre Constantinopla lo mismo que del trono de esta emperatriz, Alejandro manifestaba siempre un vivo interés por los sufrimientos de los numerosos correligionarios que contaba en los estados del sultan. La espresion *bárbaros* le venia frecuentemente á los labios al hablar de los turcos, y mas de una vez en sus conversaciones íntimas esclamaba: «Nada hago aun por mis pobres griegos, pero paciencia: llegará la hora de la libertad!» Se asegura que no ignoraba la existencia de la Heteria y que muchos agentes de la sociedad habian recibido de él socorros y promesas; mas se ignora la naturaleza de estas, pues sobre este punto solo existen noticias muy vagas. Lo que se sabe, sí, es que Alejandro se paseaba por la parte mas retirada y solitaria de sus jardines de Trarkoe-Zelo, cuando se le acercó Ipsilantis y le manifestó la proposicion que acababa de hacérsele; el emperador era presa en aquel momento de uno de aquellos escesos de melancolía y de tristeza que señalaron los últimos años de su existencia; al principio pareció escuchar á su ayudante de campo con interés, y luego, despues de mirarle en silencio por algunos momentos, le contestó que no debia aceptar: «Dos revoluciones acababan de estallar en el mediodía de la Europa, decia (1); sus aliados y él mismo iban á reunirse cuanto antes en Troppau para concertarse sobre los medios de preservar sus estados de un nuevo desbordamiento revolucionario. En esta situacion un cañonazo disparado en el Danubio podia incendiar la Europa.» Ipsilantis insistió: «Cansado de sus sufrimientos, impaciente por verse libre, replicaba, la Grecia solo aspira á empuñar las armas.—Y bien, esclamó el emperador arrastrado por las ardientes palabras de su ayudante de campo; si la Grecia entera da el grito de libertad, mis cosacos irán á secundarla.»

Estas palabras decidieron á Ipsilantis: desde luego se puso de acuerdo con las principales eforias; entregó su fortuna á la caja de la sociedad y se ocupó en organizar la insurreccion; pero desde un principio tropezó con obstáculos y dificultades inesperadas; compuesta de grupos aislados, sin vínculos anteriores, y diseminada en su territorio inmenso, la Heteria presentaba mas bien numerosos elementos de insurreccion que una fuerza dispuesta á levantarse. Para dar á estos elementos el desarrollo y fuerza de union necesarios para el buen éxito de la empresa, era preciso tiempo. Ipsilantis estaba ocupándose en este trabajo, y aun no estaban terminadas todas sus disposiciones, cuando vióse obligado á precipitar el movimiento á causa de las ocurrencias que tuvieron lugar en las inmediaciones de la antigua Grecia.

Un albanés, Alí de Febeleu, que llegó á ser bajá de Janina, se habia aprovechado de la situacion de su bajalik en uno de los estremos del imperio y de la relajacion que progresivamente se introducia en las atribuciones del poder central por la sediciosa turbulencia de los jenízaros para constituirse soberano independiente en el centro del antiguo imperio. Dueño de un ejército y de una escuadrilla que no obedecian mas órdenes que las suyas, firmó tratados de paz y de alianza con los estados circunvecinos y recibió en su corte sus representantes: pero si la debilidad de los últimos sultanes habia favorecido el desarrollo de este poder que constituia un estado independiente en el centro del imperio turco, el que reinaba en aquella sazon debia mantener los derechos de su corona con una energía fatal al bajá de Janina; raras veces se habia encontrado un carácter mas absoluto unido con un corazon mas firme entre los sucesores de Othoman. Habiendo subido al trono en 1808 á la edad de 23 años Mahomud II, se vió comprometido desde el dia siguiente de su advenimiento en las complicaciones de una guerra contra la Rusia, y despues de haber sufrido la paz de Bucharest (2) se vió obligado á luchar contra una nueva revolucion de la Servia; vencida esta rebelion y reconquistada la importante fortaleza de Widdin, el sultan que podia por fin disponer de todas sus fuerzas las dirigió contra Alí, intimándole antes volver á la obediencia debida, el bajá se negó á someterse y el 23 de mayo de 1820 para aumentar sus medios de resistencia, invocó el ausilio de los pueblos cristianos del Epiro y de la Livadia, en una proclama en la cual presentándose como designado por el destino para ser el salvador de los helenos, les llamaba á la independencia y á la libertad.

A pesar de que Alí habia sido por espacio de veinte años un implacable perseguidor y un cruel verdugo para los griegos de aquella parte del imperio turco, á quienes hacia sepultar vivos en las paredes de su palacio, parte de la poblacion que por tanto tiempo habia diezmado y un cierto número de capitanes kleptos, arrastrados por su voz de alarma, no vacilaron en agruparse bajo su bandera; pero la Puerta, imitando el ejemplo del bajá, convocó por su parte á sus fieles rayas de la Livadia y del Epiro para la destruccion del trono cuya crueldad habia sembrado en sus familias la muerte y la ruina. Muchas tribus, entre otras la de los santiotas, raza de intrépidos guerreros, á quienes dominaba el sentimiento de venganza, fuéron á engrosar las filas de los soldados de Mahmoud, así es que los griegos se hallaban divididos en dos campos, entre sus dos opresores; sin embargo los adversarios de Alí formaban el mayor número, y sus golpes, dirigidos por Marcos Botzaris, jefe de los santiotas, contribuyeron mas que los ataques de los turcos á acorra-

(1) El *Fanar* es un cuartel de Constantinopla habitado por la aristocracia griega.

(1) Las revoluciones de España y de Nápoles.

(2) 28 de mayo de 1812.

lar progresivamente al bajá en el centro de sus posesiones: tantas derrotas sucesivas produjeron las defecciones y abandonado primeramente por sus hijos, y por sus agás en seguida. Alí se encontró encerrado en las murallas de Janina. En vano multiplicaba las salidas; en vano desplegaba á la edad de ochenta años, el valor y la audacia de la juventud, y pródigo de sus dias, mandaba él mismo á sus soldados, ya en una litera cuando la gota paralizaba sus movimientos, ya á caballo, llevando suspendido del arzon de su silla un mosquete de Carlos XII, y blandiendo en una mano un fusil, presente de Napoleon, y en la otra una cimitarra que perteneció á Kerym-Gherai, célebre khan de la dinastía tártara de Crimea; todos sus esfuerzos se estrellaban contra el número de sus enemigos. Estos no ignoraban que tan avaro como cruel, Alí habia acumulado inmensas riquezas; hubierase dicho que tentada por tan inmenso botin, la Albania entera habia marchado á Janina para repartírselo.

Durante la estacion rigurosa los albaneses volvian cada año á sus hogares, mas esta vez no se alejó ni un solo destacamento; no queriendo perder de vista la presa que codiciaban los sitiadores, no cesaron en sus ataques durante el invierno de 1820 á 1821. Alarmóse Alí al ver tanta tenacidad, y habiéndole revelado la existencia de la heteria una jóven griega, de singular hermosura, con la cual habia contraido matrimonio, quiso asegurarse el apoyo de esta asociacion; habiendo su jóven esposa logrado de los éforos de Janina su admision en la sociedad, Alí, apenas afiliado, reclamó los beneficios de este bautismo político. Marcos Botzaris, sus souliotas y los demás heteristas reunidos entonces en gran número delante de Janina se retiraron al momento, llevando consigo copia de una carta interceptada por los agentes de Alí, comunicada por este á sus nuevos hermanos, en la cual Ghaleb-Effendi, favorito del sultan, anunciaba al ser-asker Ismail-bajá, comandante del ejército sitiador, el descubrimiento de la sociedad de la heteria, ordenándole, en nombre de su señor, que despues de la toma de Janina, impusiese terribles castigos á los infieles sospechosos de haber entrado en la conspiracion. Esta carta, remitida inmediatamente á Alejandro Ipsilantis, llegó á sus manos cuando de todas partes recibia vivas quejas por su inaccion; echábanle en cara la iniciativa tomada por Alí, diciendo que so pena de una eterna maravilla, la Grecia no podia deber su libertad á un bajá musulman; en vano oponia Ipsilantis á sus solicitaciones la insuficiencia de los preparativos, la falta de organizacion y la inoportunidad de una insurreccion en el momento en que los reyes de Europa, restablecidos de las recientes revoluciones de España y de Nápoles, se pondrian de acuerdo para atacarles y destruirles; no solo no fué escuchado, sino que muchas eforias le anunciaron que obrarian á pesar de él y sin él, haciéndole responsable de toda la sangre que la falta de una direccion central y de un jefe haria inútilmente derramar. Su resistencia cesó y el dia 6 de marzo de 1821, un año despues del llamamiento hecho á los griegos por el bajá de Janina, Ipsilantis pasó el Pruth al frente de tres mil seiscientos heteristas, marchó sobre Jassy, se apoderó de esta capital de la Moldavia, y proclamó solemnemente la insurreccion, anunciando sin pérdida de momento al emperador Alejandro su primera victoria y rogándole que protegiese la heteria. Su carta halló al césar en Laybach, y al enterarse de lo que le escribia su ayudante de campo se despertaron todas sus simpatías por los griegos de la Turquía. «¡Ah! valiente muchacho!» esclamó en su primer momento de entusiasmo; mas despues renació en él la incertidumbre sobre la conducta que debia adoptar respecto de la insurreccion griega. Mr. de Metternich triunfó de su incertidumbre presentándole falsas correspondencias en las cuales establecia relaciones directas entre los heteristas, los liberales franceses, los constitucionales españoles y los carbonarios napolitanos; entonces, sacrificando sus simpatías por sus correligionarios á sus temores políticos y al terror de los reyes sus aliados, desaprobó oficialmente la empresa de Ipsilantis, «efecto, decia, de la exaltacion que caracteriza la época presente y de la inesperiencia y lijereza de aquel jóven.»

Esta declaracion fijada por todos los agentes del Austria en todas las ciudades de la Moldavia y de la Valaquia, dió un golpe mortal á la insurreccion de las provincias danubianas. Abandonado por los heteristas tímidos, vendido por dos de sus principales, oficiales, Savas y Uladimirescos, atacado y perseguido por muchas divisiones turcas, Ipsilantis no conservó cerca de sí mas que algunos centenares de jóvenes, descendientes de familias ricas ó nobles en su mayor parte, pero mal armados y peor organizados, y que alcanzados y cercados el dia 10 de junio en las cercanías de Seuleu y de Dragatzan se hicieron matar casi todos con las armas en la mano; el jefe de la heteria pudo escapar al general desastre; y Austria le ofreció un asilo en su territorio, con la condicion de atravesarlo de incógnito y con distinto nombre, de dirigirse inmediatamente á Hamburgo y de embarcarse para América: fiado en esta promesa Ipsilantis entró en Hungría, mas al llegar á Munkatz en los últimos dias de junio, fué preso, encerrado en aquella fortaleza y luego trasladado á los calabozos de Theresienstadt, en Bohemia, donde espió, en una lenta y dolorosa agonía de seis años, el crimen de haber contribuido al levantamiento de un pueblo, á quien sus mismos verdugos debian admitir en breve en la clase de las naciones (1).

Antes de pasar el Pruth, Alejandro Ipsilantis habia dado á todas las eforias la órden de tomar las armas; los éforos de Constantinopla intentaron sublevar á los numerosos marineros griegos que formaban las tripulaciones de los buques de guerra, armados en el puerto de aquella capital: la tentativa se frustró; las víctimas fueron sin cuento, y el patriarca, por órden del sultan, escomulgó á todos los miembros de la heteria. El príncipe Cantacuzeno y Demetrio Ipsilantis, hermano de Alejandro, encargados por este de provocar y dirigir la insurreccion en la antigua Grecia, no fueron tan desgraciados. Apenas entraron en Morea, cuando el arzobispo heterista Germanos llamó á las armas á la poblacion de la antigua Acaya, y el 21 de marzo (1821) clavó el primero la bandera de la independencia en los muros de Calavrita. A esta señal responden con el grito de libertad las ciudades vecinas; el fuego revolucionario se propaga, abrasa en breve toda la Morea, se estiende al istmo de Corinto é invade la Livadia. Los turcos son atacados, despojados y muertos por todas partes, viéndose obligados á encerrarse en sus fortalezas. Conmuévese Constantinopla al recibir la noticia de tan sangrienta rebelion, y el 22 de abril una inmensa multitud de imanes, mollahs, de estudiantes, mercaderes y soldados, todo un pueblo de musulmanes fanáticos, se precipita en las calles, en el puerto, en las plazas, y mata sin distincion de edad, de sexo ni de clase, á todo lo que viste el traje ó habla el idioma de la Grecia. Los marineros griegos, sorprendidos en los buques de guerra ó mercantes anclados en el puerto, son arrojados al mar. El príncipe Constantino Mauransis es conducido delante de una de las puertas del serrallo y decapitado; el patriarca Gregorios, á pesar de la escomunion que habia lanzado contra los heteristas, es arrebatado del altar en que oficiaba, y ahorcado, revestido de sus hábitos pontificales, en la puerta de su palacio; igual suerte sufren dos arzobispos, dos obispos y treinta griegos de la mas alta categoría; la Tracia, la Macedonia, el Asia Menor se convierten sucesivamente en teatros de los mismos furores; todas las familias acomodadas de estas comarcas se apresuran á huir en busca de un asilo en Ipsara, en Hydra, en Spezzia y en otras islas del Archipiélago, entonces sublevadas, y á las cuales amenaza en breve una numerosa escuadra encargada de reprimir y castigar su rebelion.

Ciento cuarenta ó ciento cincuenta bricks mercantes que componian la marina de las islas sublevadas no temen en marchar al encuentro de los navíos del sultan; Jacob Tombaris, capitan hydriota, á quien la eleccion de sus camaradas habia dado la dignidad de almirante, no se acobardó al ver la inmensa desproporcion que existia entre los instrumentos de combate de ambas partes; los navíos turcos, masas enormes pesadas y de muchas baterías, parecian deber dispersar y destruir al menor de sus movimientos los lijeros y débiles buques de los insurrectos. Los medios de suplir esta desigualdad fueron discutidos en un consejo al cual asistieron todos los capitanes griegos; emitidas y luego rechazadas diferentes opiniones, se trataba de adoptar un sistema de ataque abierto en el cual desempeñaria el abordaje el principal papel cuando un capitan ipsariota, anciano de blancos cabellos, se levantó y dijo: «En 1770 cuando la escuadra turca se hallaba retirada en la bahía de Tchesme, los rusos lanzaron por entre ella algunos buques de fuego que la redujeron á cenizas. Yo era uno de los que guiaban aquellas máquinas incendiarias; conozco el arte de construirlas y salgo responsable del éxito.»

Sin pérdida de momento se ponen tres bricks á disposicion del viejo marino, el cual los llena de materias combustibles, los guarnece de camisas de azufre, envuelve los cordajes en tela embreada ó mojada en una composicion de alcanfor y aceite, y luego establece entre los palos y las diferentes partes de cada buque tubos conductores destinados á arrojar la llama á los puntos mas distantes. Terminadas estas disposiciones, sale la escuadra en busca de los turcos, á los cuales encontró anclados en una de las bahías de Mitylene; el almirante Mohammed-Bey, advertido de la proximidad de los griegos y seguro de vencerles, da á uno

(1) Isiplantis fué puesto en libertad en 1827 despues de haber firmado el tratado de Londres, que colocó á la Grecia bajo la proteccion de la Inglaterra de la Francia y de la Rusia; pero se hallaba moribundo y sucumbió cuatro meses despues de la batalla de Navarino en febrero de 1828.

de sus navíos la órden de hacerse á la vela para Constantinopla, á fin de anunciar al capitan bajá que los rebeldes están á la vista con todas sus fuerzas y que el dia siguiente será su completa destruccion. Sale el navío de la rada y se hace á la mar; los buques griegos le rodean en breve, uno de los bricks incendiarios se desprende del círculo y se adelanta guiado por el capitan Ipsariota Papa-Nicolás, el cual abordando rápidamente el navío enemigo, amarra á él su buque, le pone fuego y precipitándose luego en una lancha se aleja á fuerza de remos. En el mismo momento brilló la llama en uno de los costados del Brulote; se estiende, se propaga, cubre los obenques y comunícase al navío al que abraza por diferentes puntos; aterrorizados los turcos quieren precipitarse en sus embarcaciones, mas aun no las habian puesto á flote cuando se deja oir una terrible esplosion, y aquella masa enorme cargada con novecientos cincuenta osmanlis, salta por los aires, vuelve á caer y desaparece debajo de las aguas que quedan cubiertas de cadáveres y de destrozos.

Al mismo tiempo que los marinos griegos adquirian el Brulote, terrible ausiliar que debia arrebatar el imperio del mar Egeo á las escuadras del sultan, las plazas de Patras, Napoli de Malvasia, Navarino y Tripolitza, caian sucesivamente en los últimos meses de 1821 en poder de los rebeldes de la Morea; la insurreccion que contaba ya con sus plazas de armas, quiso tener tambien su gobierno, y un congreso nacional convocado el 15 de diciembre de 1821 en Epidauro, proclamó la independencia de la Grecia en 1.º de enero de 1822, y en 27 promulgó un acta constitucional, que establecia para el gobierno del pais un consejo ejecutivo de cinco miembros presidido por Mavrokodatos, y un senado legislativo compuesto de cincuenta y nueve diputados, presidido por Demetrio Ipsilantis. En aquella época, Janina, despues de un sitio de mas de un año, caia en manos de Burchid-Bajá, y el primer dia de febrero pagaba Alí con su vida su obstinada resistencia á los soldados del sultan; este acontecimiento permitió á Kruchid emplear su ejército en combatir la insurreccion; púsose en marcha contra ella, encontró á los rebeldes en Arta y les derrotó completamente, mientras que la escuadra otomana reforzada por el capitan bajá, se apoderaba de Chios, pasaba á cuchillo á la poblacion de aquella isla floreciente, destruia los sembrados, arrasaba las habitaciones, y reducia á la esclavitud al corto número de mujeres y niños escapados del degüello. La venganza no se hizo esperar mucho tiempo; el dia 19 de julio una escuadrilla griega se presenta delante de Chios y sorprende anclada á la escuadra turca; el capitan Kanaris se acerca al navío montado por el capitan bajá, amarra á él un brulote, y le pone fuego mientras que muchos de sus compañeros atracan otros bricks incendiarios á los principales navíos otomanos. En breve rodean las llamas á todos estos buques; sus tripulaciones intentan en vano salvarse; los que la esplosion no ha lanzado al espacio ni han podido precipitarse al mar, mueren heridos por los destrozos ó sumergidos antes de haber tocado la orilla, y cuando la escuadrilla griega se hizo otra vez á la vela, el cadáver del capitan bajá y los restos de muchos miles de soldados y de marineros otomanos, eran juguete de las olas que bañan la isla, convertida por ellas en teatro de carnicería y de destruccion.

Durante los seis últimos meses de 1822 y todo el curso de 1823, la lucha, á pesar de la desproporcion de los recursos y fuerzas de cada partido, no fué mas por ambas partes que una larga alternativa de triunfos y de derrotas: cada pié de terreno en el continente de la antigua Grecia fué vivamente disputado; muchas ciudades y posiciones fueron ganadas y perdidas muchas veces; por todas partes se combatia; la sangre corria á mares; turcos y griegos se mataban con inaudito furor y sin piedad alguna.

En esta encarnizada guerra la poblacion griega desplegó una energía y una abnegacion de que han ofrecido ejemplo pocas naciones: el Ipsariota Kanaris, otro marino, su émulo, Andreas Miaoulis, los capitanes Markos Botzaris, Joannis Gouras, Kolokotronis, Odysseus y Nikitas, para no citar mas que algunos nombres, desplegaron en ella una inteligencia militar y un valor dignos de la causa que se esforzaban en hacer victoriosa. Es cierto que estos jefes hallaban en la jeneralidad de los habitantes un concurso que no vacilaba ante ningun sacrificio; adultos, adolescentes y ancianos, todos hasta las mujeres prodigaban á la causa comun sus bienes y sus vidas, y si las victorias de Maraton y de Salamina fueron el justo orgullo de la Grecia antigua, la Grecia moderna renovó en muchos campos de batalla los prodigios de aquellas inmortales jornadas. Sin embargo, si bien eran las masas admirables por su patriotismo, algunos grandes y primados, antes serviles cortesanos de los bajáes turcos y opresores de sus correligionarios, manifestaban una bajeza y cobardía que recayeron sobre el resto de la nacion, siendo causa de que se dirigieran contra esta las mas inmerecidas acusaciones; poseedores bajo la dominacion otomana de una parte de la fortuna pública, aquellos grandes y primados pedian ante todo á la insurreccion un aumento de riquezas y el monopolio del poder que dividian antes con la raza conquistadora; colocados en los consejos del gobierno y en las asambleas deliberativas, consumian en celosas disensiones y en intrigas el tiempo que otros empleaban en combatir, y no pocas veces destruian con medidas dictadas únicamente por su interés personal ó sus odios privados, los resultados de las mas brillantes victorias. Púdoseles ver crear la guerra civil, emplear las fuerzas nacionales en sostener sus propias contiendas, y llevar el olvido del sentimiento patriótico hasta discutir en 1823 las proposiciones de algunos ancianos ociosos, antiguos comendadores de la órden de Malta, que soñando en el restablecimiento de esta milicia religiosa, estinguida hacia veinte y cinco años, ofrecian reconocer la legitimidad de la insurreccion, hacerla tolerar por los reyes de la Santa Alianza, y ausiliarla con cuatro millones si se les cedian en toda propiedad algunas de las islas sublevadas. Este ofrecimiento fué aceptado por muchos miembros del gobierno y por un gran número de diputados y funcionarios que se apresuraron á solicitar de los agentes de la órden cordones, cruces y títulos de que se enorgullecian ya, cuando el público clamor frustró tan estraña negociacion.

Los gobiernos europeos no permanecian estraños á esta confusion y á semejantes convulsiones; numerosos agentes austriacos, ingleses é italianos establecidos en los centros de la insurreccion sembraban el desaliento y la discordia, propalaban las mas siniestras noticias y tenian á los turcos al corriente del menor movimiento de los insurrectos. El Austria sobre todo obraba como enemiga declarada; su marina era la del sultan y su pabellon protegia todos los convoyes de soldados, de municiones ó víveres destinados á las guarniciones musulmanas.

La Grecia debia defenderse pues de las malas pasiones de sus jefes civiles y políticos, de la enemistad de los reyes de Europa y de los convulsivos esfuerzos del imperio turco; el heroismo de sus soldados y de sus marinos se mantuvo por espacio de tres años al nivel de la lucha, y á fines de 1823 habian dispersado seis ejércitos, destruido dos escuadras, hecho saltar á dos almirantes y muerto á cinco bajáes. Otro que Mahmoud hubiera quizás cedido ante tan prodigiosa resistencia, pero este príncipe á quien hacian mas enérgico sus continuas derrotas, resolvió en 1824 emprender una cuarta campaña, y para ello envió á todos los puntos de su vasto imperio kapydjy-bachys encargados de reanimar el ardor de sus fieles musulmanes: sin embargo sus mensajeros encontraban solo el desaliento y el terror; la Albania, aquel criadero de soldados, parecia herida de estupor; sus bajáes se limitan á dar contestaciones evasivas, é igual vacilacion muestran los de las demás provincias. Los mismos jenízaros y los galyoundjys de Constantinopla, á quienes el miedo infunde audacia, se niegan altamente á aventurarse en un pais que devoraba los ejércitos, decian, y cuyos puertos trasformados en ardientes hornos por la mágica de los francos, consumian las mas numerosas escuadras. Este terror, al paralizar la energía de las tumultuosas milicias del imperio, hubiera quizás obligado á Mahmoud, nó á cesar, pero sí á suspender la lucha por falta de soldados, si los representantes de algunas potencias cristianas, impacientes por la caida de la insurreccion griega, no hubiesen dado al sultan sus consejos cuyo resultado fué lanzar contra los rebeldes nuevas fuerzas y un nuevo adversario.

El Egipto no formaba parte de los paises cometidos á la autoridad directa del sultan, cuando en julio de 1798 un ejército frances lo arrancó del yugo de los mamelucos, milicia de esclavos que lo gobernaba hacia dos siglos (1). Nuestros soldados se mantuvieron en aquel pais por espacio de tres años; pero entregado en marzo de 1801 á los ingleses y á los turcos, por la impericia del general Menon, no tardó en pasar bajo la dominacion de las bandas albanesas, dejados allí por los generales turcos para mantenerlo en la obediencia, bandas que dirigia con rara habilidad uno de sus jefes, el bynbachy Mahomet-Alí; llamando al ausilio de su influencia ya la mentira y la corrupcion, ya la traicion y el asesinato, este jefe de Arnautas se convirtió en breve en el señor de las tropas y como á tal en dominador del Egipto; una vez en posesion del poder compró de los miembros del divan de Constantinopla la confirmacion de un puesto que con el simple título de bajá le daba una verdadera independencia: el pago de un tributo anual y algunas mues-

(1) Los mamelucos se reclutaban esclusivamente entre esclavos comprados muy jóvenes en los principales mercados de Oriente; casábanse muy raras veces y los hijos que nacian de estas uniones podian formar parte de la justicia; en el espacio de dos siglos solo se cita una escepcion de este principio en favor de los Marzouk, hijo del anciano Ibrahim-bey, que dividia con Amurates el mando de los mamelucos en la época de nuestra espedicion.

tras esteriores de respeto por las órdenes del sultan, órdenes que no obedecia sino cuando no hacian la menor sombra á su poder ni causaban perjuicio á su política, tales eran los lazos de vasallaje que unian el Egipto con el imperio turco, cuando Mahomet-Alí resolvió crear en su bajalato con solo los recursos del pais, una fuerza militar bastante poderosa para librarle del incierto y costoso apoyo de las bandas albanesas á cuya turbulencia y avidez debia su fortuna, y para defender en caso necesario su usurpacion contra el mismo sultan. En octubre de 1820 puso en manos del oficial francés Seve á un cierto número de esclavos y de individuos de su servidumbre para que fuesen instruidos en el manejo de las armas y sometidos á la disciplina de las tropas europeas; formado este núcleo, Mahomet-Alí lo aumentó progresivamente con negros arrancados violentamente á las dos Nubias, al Sennaar, al Kourdofan, los cuales ya instruidos y regimentados, sirvieron á su vez para hacer entrar á viva fuerza en las filas de las nuevas tropas á los habitantes aptos para el servicio de todos los pueblos esparcidos en las orillas del Nilo (1). El resultado correspondió á las esperanzas de Mahomet-Alí; al cabo de tres años, poseia un ejército de mas de treinta mil hombres disciplinados y organizados á la francesa. Esta fuerza esclusivamente musulmana y cuyo peso no podia el Egipto resistir, era la que se habia aconsejado al sultan que hiciera intervenir en su lucha contra la insurreccion griega; esta guerra, le decian, es una guerra religiosa, y aun cuando Mahomet-Alí no debiese como á vasallo del sultan allanarse á las exigencias de su soberano, estaba obligado como á verdadero creyente á no permanecer sordo á la voz del jefe del islamismo. Mahmoud acogió con avidez esta proposicion, y en 16 de enero de 1824 dirigia al bajá de Egipto un firman en el cual calificándole de antemano de esterminador de los infieles le daba el bajalato de Morea. «Encárgate de someter la Morea, le decia, mis demás bajáes se encargarán de subyugar la Romelia y las islas del mar Blanco (el Archipiélago)». Este firman satisfacia los ardientes y secretos deseos del bajá; los gastos de su ejército no estaban en proporcion con sus rentas, y con la posesion de la Morea no solo doblaria su poder, sino que la posicion de aquella península en el centro del Mediterráneo, á algunos pasos de Italia; el número y bondad de sus puertos, le proporcionaria fácil medio de dar salida á los productos de sus estados de Africa. Propietario de todo el suelo de Egipto por medio del sistema de espoliacion mas audaz que puede el despotismo haber inventado, Mahomet-Alí habia trasformado el fértil valle del Nilo, en una posesion inmensa cultivada por todo un pueblo, cuyos productos recogia él solo (2); á tan monstruoso monopolio habia añadido el de la compra y venta de las sustancias ú objetos de consumo de toda especie. Unico propietario del territorio egipcio, Mahomet-Alí era el solo proveedor, el solo industrial de su bajalato; sin embargo la miseria engendrada por semejante estado económico impedia todo consumo, los fellahs iban materialmente desnudos, y la poblacion diezmada por la miseria y por el hambre disminuye en espantosas proporciones (1). En esta situacion la Morea era para Mahomet-Alí un nuevo y vasto mercado en donde hallaria á la vez recursos para el mantenimiento de sus soldados y medios para espender ya en el mismo pais, ya en los puertos europeos mas cercanos, los productos agrícolas de que estaban atestados sus almacenes; finalmente la perspectiva de salir de la oscuridad á la que le condenaba su posicion de simple gobernador de una provincia de Africa, de mezclarse en los asuntos de Europa, de llevar sus armas y su nombre á un teatro en el que estaban fijas las miradas del mundo civilizado, alhagaba singularmente el orgullo de aquel despota, celebrado en demasía, de aquel novador mal aconsejado que sacrificaba el Egipto y sus miserables habitantes á violentos ensayos de una civilizacion ficticia, cuyas huellas han desaparecido antes que él. Como todos los opresores, vivia en medio de una multitud de admiradores asalariados y de atrevidos aduladores, y cuando dos dias despues de la llegada del mensajero de Mahmoud anunció en un gran divan el nuevo favor que su soberano le concedia, al mismo tiempo que la próxima partida de sus tropas para la Grecia, uno de sus ministros, el armenio Youssouf Boghos, inclinándose delante de él esclamó: «Ciña Dios en tu frente todas las coronas de la tierra, pues te pertenecen; ¡eres el Bonaparte africano!»

Cuatro regimientos de infantería fuertes de mil seiscientos hombres, un regimiento de ochocientos caballos, dos parques de artillería de sitio y de campaña y cuatro compañías de zapadores mineros, dirigió inmediatamente hácia Alejandría con las provisiones y material necesario, se embarcaron en los últimos dias de julio de 1824, en una escuadra compuesta de sesenta y tres buques de guerra egipcios mandados en gran parte por oficiales de marina ingleses ó franceses, y de cien barcos de trasporte llevando pabellon ingles ó austriaco, y fletados por armadores de estas dos naciones. Era tal el terror que inspiraba la marina griega que á pesar del pabellon estranjero que protegia á estos últimos buques, sus armadores en los contratos hechos con los agentes egipcios habian creido deber designar los diez y siete mil soldados del bajá como inofensivos comerciantes ó simples pasajeros á quienes sus negocios ó sus placeres llamaban á los principales puertos de la Grecia.

Ibrahim-bajá, hijo primogénito de Mahomet-Alí mandaba la espedicion; dirigióla primeramente hácia la isla de Rodas en cuyo puerto se hallaba entonces anclada la escuadra del sultan; reunidas ambas, Ibrahim se hizo otra vez al mar, convencido de que era bastante fuerte para destruir á los griegos si se atrevian á oponerse á su paso. En efecto los griegos andaban en su busca; le hallaron en las aguas de Samos y á pesar de la desproporcion entre las fuerzas de ambas partes, pues los helenos tenian solo cincuenta velas, y los turcos desde la reunion de ambas escuadras contaban mas de ciento, el almirante Miaoulis ataca resueltamente al enemigo, precedido por cinco brulotes; á la vista de los buques incendiarios muchos navíos del sultan toman la fuga y van á encallarse en la costa; los brulotes continúan adelantando, y Kanaris que monta uno de ellos se dirige contra una fragata que llevaba el pabellon almirante, se atraca á ella y la pone fuego; muchos otros buques fueron tambien presa de las llamas; cunde el espanto entre los capitanes turcos, todos abandonan el campo de batalla dejando á Ibrahim y á sus capitanes europeos sostener solos el choque de los helenos. Los buques egipcios no tardan en huir á su vez; en vano Ibrahim piensa encontrar un refugio en uno de los puertos del Asia Menor; por todas partes se levanta delante de él la escuadra griega como una barrera inmovible obligándole á buscar en otra parte su salvacion que cree por fin haberla hallado en una de las radas de la isla de Gandía: pero Miaoulis que le parece que penetra en ella, le ataca, le echa á pique una fragata y veinte buques de trasporte cargados con dos mil hombres, y dispersa el resto de la escuadra lo mismo que el convoy. Despues de muchos esfuerzos logra Ibrahim reunir sus buques, parte en la bahía de Boutros (golfo de Co), parte en la isla de Rodas, y aplazando para el año siguiente el término de la espedicion, conduce su escuadra á la isla de Gandía, donde le hace pasar el invierno.

Mientras que Miaoulis, Kanaris y sus marinos hacian abortar de este modo la primera campaña de la espedicion egipcia, los jefes políticos de la Grecia continuaban abandonándose á los mas deplorables luchas y

(1) Hablaremos mas adelante del modo de reclutamiento empleado por Mahomet-Alí en el Egipto propiamente dicho; en cuanto al Kourdofan, al Sennaar y á las dos Nubias, el bajá procedia por masas; sus soldados iban materialmente á la caza de las poblaciones y se apoderaban de pueblos enteros, hombres, mujeres, ancianos y niños. Los hombres válidos entraban en el ejército, y los demás, conducidos al mercado de esclavos, eran vendidos en él con provecho del bajá.

(2) Bajo la dominacion mamelucos el suelo de Egipto comprendia tres clases de propietarios, casi la mitad de él formaba una especie de propiedad de dominio dividida entre los diferentes beys, los cuales dividian en seguida sus feudos vitalicios entre sus kachefs ú oficiales inferiores. Esta primera mitad del territorio era dominio especial de la milicia soberana, las mezquitas, los establecimientos piadosos y los particulares poseian la otra mitad. Cuando la traicion y el asesinato hubieron librado á Mehomet-Alí de la rivalidad de los mamelucos, se encontró naturalmente substituido en los bienes de sus víctimas, y dueño de la mitad del terreno quiso apropiarse el resto: las propiedades de las mezquitas y otros establecimientos piadosos habian estado siempre exentos de impuestos, mas el bajá en 1808 exigió la mitad de su renta en fruto, y luego con el objeto de prevenir, decia, toda discusion sobre la naturaleza, la estension y producto de estos bienes, cuando la presentacion de los títulos de propiedad, al estar estos en manos de sus empleados, los declaró nulos y dijo tomar á su cargo los gastos de conservacion, los sueldos, pensiones, en una palabra los cargos de toda clase «que fuesen reconocidos necesarios.»—Un año despues anunció tener necesidad de 55 000 bolsas (cerca de 30 millones de francos); repartida esta suma entre las dos mil doscientas ciudades, pueblos y aldeas existentes en Egipto, presentaba por término medio la cantidad de 25 bolsas (17.700 francos) por cada aglomeracion de habitantes. Semejante impuesto escedia á las fuerzas de los pueblos, así es que los propietarios reclamaron en masa ó hicieron oir las mas vivas quejas; Mahomet Alí contestó hallarse pronto á hacer justicia á toda reclamacion fundada, pero no pudiendo decidir sin previo exámen, añadia, los reclamantes debian cometerle su demanda acompañada de títulos de propiedad, hiciéronse las demandas y presentaron los títulos, pero en vez de ocuparse de las reclamaciones los agentes del bajá recibieron órden de apoderarse inmediatamente de todos los bienes designados en los actos presentados. Algunas de las víctimas de semejante espoliacion lograron por medio de *poderosos* protectores, conservar la mitad de sus antiguas rentas, pero solo á título de *posesiones vitalicias* sobre los productos de la *aduana*: los demas no recibieron ni un solo parab de indemnizacion. Despues de este último atentado, la tierra de Egipto pertenció enteramente á Mahomet-Alí.

(1) Segun un padron verificado durante nuestra dominacion, la poblacion de Egipto era de 2 200,000 habitantes, cuyo número á pesar de la importancia de los pueblos nubicianos descendio veinte años tarde á 1.600,000 individuos.

consumiendo en estériles y sangrientos debates personales los recursos puestos á su disposicion por los philbrellenos europeos, como tambien el resto de fuerzas que hallaban todavía en el inagotable patriotismo del pueblo.

Desechadas las proposiciones de los representantes de la órden de Malta, ofrecieron á la Rusia, y á la Inglaterra y á ciertos miembros de las familias reales de Europa, la soberanía de un país librado de la esclavitud á costa de la sangre de todo un pueblo. Alejandro, que al principio tan favorable se mostraba á la causa griega, rechazó todas sus demandas hasta la proposicion de un simple protectorado. Durante algun tiempo el gobierno inglés se mostró algo dispuesto á aceptar y el almirante Hamilton uno de los jefes de su marina en el Mediterráneo discutió con los jefes de la Helada las condiciones de una especie de anexion de la Grecia á las islas Jónicas, posesion británica, y las trasmitió á su corte, la cual rehusó este ofrecimiento despues de algun tiempo de perplejidad. Rechazados los griegos en su doble tentativa y dóciles á las insurrecciones de algunos filelenos franceses se dirigieron al duque de Orleans príncipe rico, influyente y profundamente adicto á la causa de la Grecia y le pidieron por rey á su hijo segundo el duque de Nemours. El jefe de la rama segunda de Borbon encargó al general Sebastiani contestar en su nombre «que imponiéndole su posicion la mayor reserva, confiaba á un eminente publicista verdaderamente hombre de estado, y lleno de celo por la causa de los griegos, el cuidado de manifestarles las condiciones en que debia hallarse la Grecia para que su hijo pudiera aceptar la corona ofrecida.» Este publicista era Benjamin Constant, el cual en una estensa memoria declaraba: «Ser necesarias tres condiciones para la aceptacion de la eleccion proyectada: establecimiento de un gobierno constituido en monarquía constitucional, segun las reglas inscritas en la constitucion francesa; existencia de un ejército regular organizado á la europea, y capaz de proteger el nuevo reino tanto en el interior como en el esterior; y finalmente el asentimiento de todas las potencias europeas.»

Era evidente que estas negociaciones no podian dar resultado alguno y su inutilidad no tenia igual sino en los vanos planes de campaña trasmitidos igualmente desde París á los jefes rebeldes indicándoles los medios de resistir vigorosamente á la próxima invasion de las tropas egipcias. Generales de gran renombre no vacilaban en prometer á los griegos desde el fondo de su gabinete el mas completo triunfo sobre Ibrahim si se consentia en concentrar al rededor de Tebas, que no existia hacia muchos siglos, veinte y cinco mil hombres de tropas regulares que tampoco existian. Mientras los jefes políticos de la Grecia se absorvian en estas quiméricas ideas de proteccion estranjera, quedaban sin defensa los puntos mas espuestos del territorio, las tropas de tierra y las de mar no recibian sueldo ni víveres ni municiones; estos desórdenes que los agentes austriacos participaban cuidadosamente á Ibrahim, llegaron á su colmo en los últimos dias de enero de 1825; en semejante situacion el hijo de Mahomet-Alí creyó el momento favorable para salir al mar y sus buques aparejaron para la marcha: no tardó saberse en Hidra la noticia de sus preparativos y Miaoulis resolvió detener una segunda vez á la escuadra egipcia: sin embargo sus marineros, privados de su paga hacia mas de un año declararon que no se embarcarian antes de haber recibido al menos una parte de su sueldo atrasado: en vista de esto el almirante, todos sus capitanes y los principales habitantes de la isla agotando sus recursos personales lograron al cabo de pocos dias satisfacer á las tripulaciones; pero como durante este tiempo el mar habia estado libre la escuadra egipcia habia pasado, y el 26 de febrero de 1825, Ibrahim y su ejército anclaba por fin en el puerto de Modon.

Situados en el estremo meridional de la Morea, teniendo cada una un puerto, y separadas una de otra por una corta distancia, las tres plazas de Modon, Rodon y Navarino se hallaban provistas de escelentes fortificaciones; las dos primeras estaban en poder de los turcos, mas los griegos habian logrado apoderarse de Navarino y en aquel entonces estaban sitiando á Koran: el general egipcio se apresuró á hacer levantar el sitio de la plaza á la cual proveyó con los víveres y municiones abandonadas por los sitiadores; esta operacion tuvo lugar el dia 2 de marzo el 23 se establecian delante de Navarino dos de los regimientos de Ibrahim y el 25 se presentó este con el resto de su ejército para atacar formalmente la plaza.

La noticia del desembarco del ejército egipcio produjo el efecto de un rayo entre los divididos jefes de Grecia; la tempestad por tanto tiempo anunciada, habia estallado por fin y el África venia á tomar parte á su vez en la lucha con toda la fuerza de sus batallones organizados á la europea. Los griegos como los turcos se batian con todo el desórden de las bandas indisciplinadas á quienes la ignorancia de toda regla y la falta de toda organizacion condenan á los ataques tumultuosos ó á los esfuerzos individuales: la inferioridad de los helenos se conocia hasta en el armamento de sus soldados, los fusiles de los árabes provistos de bayonetas, cuando los de los griegos no lo estaban, daban á los nuevos combatientes dos armas en una sola. Estas desventajas se hicieron sentir en los primeros encuentros y dos cuerpos de romeliotas y de peloponesos, el uno de tres mil hombres y otro de diez mil que habian intentado socorrer Navarino, no pudieron resistir al fuego regular de fusilería y á las cargas á la bayoneta de los egipcios; puestos en derrota en el primer choque ni siquiera intentaron rehacerse y propagaron por toda la Morea el espanto que les causaran los movimientos regulares y rápidos á la vez de sus nuevos adversarios, lo mismo que sus mortíferas descargas.

Al mismo tiempo que el gobierno griego dirigia en ausilio de la ciudad sitiada á las dos divisiones tan pronto dispersadas, uno de sus miembros, Maurocordatos, se dirigió á ella por mar con algunos centenares de soldados y un destacamento de voluntarios italianos. Esta pequeña division, embarcada en una escuadrilla de ocho buques que mandaba el capitan hidriota Tsamados, tomó posesion en el mismo puerto Navarino, en un islote ó por mejor decir en una roca conocida bajo el nombre de isla de Sphacteria, que defiende la entrada de aquel; en este islote fortificado desde el principio del sitio se habian puesto algunos cañones en batería cuyas balas causaban bastante daño en los trabajos de los turcos, é Ibrahim, incomodado por el fuego de esta artillería, encargó á Seve, hecho musulman y coronel del 6.° regimiento de infantería, bajo el nombre de Soliman bey, que tomara dos batallones y se apoderara de aquella posicion. Seve embarca sus soldados en cincuenta piraguas y se dirige hácia Sphacteria el dia 8 de mayo; á la vista de tan numeroso convoy, Tsamados desembarca en el islote con un centenar de marineros cuyo refuerzo eleva á quinientos hombres la guarnicion; los egipcios eran mil quinientos. Tres veces intenta Seve desembarcar por el punto en que acababa de hacerlo Tsamados, y tres veces es rechazado dividiendo entonces sus escuadrillas en muchas divisiones ataca la posicion por todos los puntos; algunas compañías logran desembarcar y facilitan la operacion á los demás destacamentos; los griegos se ven obligados á ceder al número y son sucesivamente desalojados de sus principales puestos; algunos se detienen sin embargo detrás de unos débiles parapetos y se fortifican en ellos decididos á morir y á vender caras sus vidas; el resto con Maurocordatos, se refugia en la escuadrilla de Flandes.

Este capitan era uno de los mas intrépidos marinos de la isla de Hydra; en 1822 en el estrecho de Chios y sin mas fuerza que cuatro briks habia dispersado un navío almirante y cuatro fragatas turcas; en 1823 en las aguas del monte Athos luchó, con un solo buque, con cuatro navíos de alto bordo y logró escaparse. El valiente marino resistióse á todas las instancias para que volviera á su escuadrilla. «Al salir de Hydra, dijo, he prometido á mis hermanos morir antes que abandonar Sphacteria y debo cumplir mi palabra.» En aquel momento se adelantaba un cuerpo de egipcios; Tsamados se precipita sobre ellos con las armas en la mano y cae cubierto de heridas. Veinte soldados mandados por el capitan Sahinis se habian atrincherado en una capilla que servia de depósito para las municiones de guerra; Seve les sitia y les ofrece la vida, mas Sahinis por toda contestacion pone fuego á la pólvora y hace saltar el puesto junto con sus defensores. Muchos voluntarios de alto rango arrojados por la caida de las revoluciones de Nápoles y del Piamonte á las playas de la Grecia sublevada, para continuar en ellas la lucha de los oprimidos contra los opresores, perdieron la vida en este encuentro. Entre estos generosos proscritos á quienes el amor de la libertad italiana habia despertado mucho tiempo antes de la hora fijada, y que, mártires de tan santa causa, murieron lejos de su patria en la roca de Sphacteria, estaba el ministro piamontés cuya mano habia firmado la órden de marchar contra el ejército austriaco, el jóven y brillante conde de Santa Rosa.

En 11 de mayo se supo en Hydra la muerte de Tsamados, y sus compatriotas confiaron á Miaulis el cuidado de su venganza. Este almirante se hizo á la mar en la mañana del 12, y en la tarde del mismo dia encontró á la escuadra turco-egipcia en la rada de Modon. Llega la noche, y Miaoulis dirige sus brulotes contra los buques enemigos, que sus capitanes amarran al costado de otros tantos navíos egipcios. Impelidos estos por el viento hácia el grupo de la escuadra, comunican muy pronto el fuego á un navío rebajado, á una fragata de primer órden y á trece buques mas de menor porte, los que esplotan uno tras otro, lanzando sus destrozos inflamados hasta la ciudad, en la cual introducen el incendio. Las llamas no tardan en apoderarse de un depósito de pólvora que á su vez estalla, conmoviendo de tal manera el suelo que

gran número de edificios y parte de las murallas que la circuian fueron derribadas. Este desastre era insuficiente para salvar á Navarino á donde no podia llegar recurso alguno despues de haber caido Sphacteria en poder del enemigo; sus defensores diezmados por las numerosas y mortíferas salidas, faltos de víveres y de municiones, se rindieron el dia 18 despues de un sitio de dos meses.

Cuando la rendicion de Navarino esparcia el terror en todos los puntos de la Morea, se supo que ocho mil asiáticos marchaban sobre la Beocia, mientras treinta mil albaneses despues de haber sofocado la rebelion de las posesiones que ocupaban en Epiro, acababan de sitiar á Missolonghi. Al saber estas noticias los romeliotas abandonan la península del Peloponeso para correr á la defensa de sus hogares, y abandonados los moreotas á sus propias fuerzas (1), se niegan a combatir si no se les devuelve á Teodoro Kolokotronis, el mas popular de sus antiguos jefes detenido entonces en un convento de la isla de Hydra; Kolokotronis es colocado de nuevo al frente de los insurrectos, pero el anciano capitan klephta, turbado y desconcertado por el modo de combatir de los regimientos egipcios, sufre una derrota en cada encuentro. Sus soldados ya no resisten batidos al mismo tiempo que atacados, solo saben huir; las mas escabrosas montañas, las mas fuertes posiciones no pueden detener sus aterrorizados bandos, y se dispersan solo al sonido de las trompetas árabes. El dia 5 de junio Ibrahim salió de Navarino, el 23 entraba en Tripolitza despues de haber tomado é incendiado á Maniato, Arcadia y Kalamata, y el 28 desembarcando en la llanura de Argos, se dirigia á marchas forzadas sobre Nápoli de Romania, capital de la Grecia. Sus fuerzas se componian de cuatro mil seiscientos hombres, y su artillería de dos piezas de campaña y de un mortero.

Esta atrevida escursion sobre la capital de la insurreccion podia decidir de la suerte de la Grecia continental. Situada en una lengua de tierra en el fondo del golfo que lleva su nombre, Nápoli de Romania estaba protegida por la parte de tierra firme por una montaña cuya cima ocupaban varios molinos designados con el nombre de molinos de Lerna. Demetrio Ipsilantis, á quien las rivalidades de algunos jefes mantenian en la inaccion hacia dos años, toma el mando de la guarnicion, que solo se componia de seiscientos ó setecientos hombres, y marcha á los molinos, punto que era el objeto de la defensa y del ataque, con doscientos veinte y siete soldados. Llegado allí divide su pequeña tropa; sitúa dos destacamentos de cien hombres á la derecha é izquierda de los molinos y disemina los veinte y siete restantes detrás de las paredes de las casas y jardines que cubrian la pendiente que miraba al llano; al mismo tiempo se acercan á tierra muchos místicos para proteger con sus cañones á ambos lados de la posicion. Cuando Ibrahim llegó creyendo sorprender la plaza, eran las cuatro y media de la tarde, y a pesar de hallarse sus soldados estenuados de fatiga, les hizo formar en coluna de ataque, y sin darles un momento de reposo dióles órden de dirigirse rápidamente á los molinos. Obligados á seguir un camino estrecho, cerrado por ambos lados por las paredes de los jardines y de las casas, en el cual no pueden desplegarse, los egipcios se ven recibidos por un fuego vigoroso y sostenido que introduce en breve el desórden en sus filas; en aquel momento los místicos descargan su artillería, cuyas detonaciones dan a la resistencia todas las apariencias de una defensa fuertemente organizada; los egipcios se detienen; tres veces les da Ibrahim la órden de marchar adelante, avanzan algunos pasos y tres veces tienen que retirarse. Esta vacilacion anima á los griegos, los cuales, como si se multiplicaran, redoblan su fuego de un modo espantoso; por su parte los místicos hacen descarga sobre descarga, y muchas de sus balas alcanzan á la coluna árabe; los griegos emboscados detrás de las paredes de las casas y jardines en los flancos de la coluna de ataque, que habian permanecido inactivos hasta entonces, tiran á su vez; los egipcios se creen cogidos entre dos fuegos, é Ibrahim manda la retirada y acampa al pié de la montaña. Los habitantes esperaban un nuevo ataque para el dia siguiente, y la mayor parte convencidos de la caida de Nápoli, se habian refugiado en los buques de la escuadra francesa, anclada entonces delante de la ciudad. Sin embargo, engañado por la resistencia de la víspera, y privado por la rapidez de su marcha de seguras noticias sobre la situacion de la plaza que cree defendida por escelentes fortificaciones y una numerosa guarnicion, el hijo de Mahomed-Alí no lleva mas lejos su tentativa; retrocede, entrega á las llamas todos los olivares de la llanura de Argos, incendia esta ciudad, siembra á su paso la ruina y la desolacion, y vuelve á Tripolitza donde establece su cuartel general y los almacenes necesarios á la subsistencia de sus tropas.

Mientras que el general egipcio para asegurar sus provisiones, organiza parte de su ejército en cuerpos de trabajadores, y en destacamentos de escolta, que recorren la Morea en todos sentidos apropiándose las cosechas, incendiando los pueblos despues de haber sacado de ellos los granos, forrajes, ganado y provisiones de toda clase: los atrevidos marinos de Hydra, impotentes para castigar tanta devastacion, pensaban en vengarle en el mismo Egipto.

El dia 4 de julio (1825) Kanaris y los capitanes Vokos y Voulis, montados en tres brulotes aparejan para Alejandría con la resolucion de incendiar los buques reunidos en el doble puerto de aquella ciudad, y de destruir tambien por el fuego los arsenales, los almacenes y hasta el palacio del bajá; su escolta consistia en dos briks mandados por Emanuel Tombazis y Antonio Kiesis. Despues de cinco dias de navegacion Kanaris y sus compañeros descubren la costa de Egipto: aquella misma tarde se presentan en la boca del puerto nuevo de Alejandría y entran resueltamente en el estrecho. Kanaris marchaba el primero y reteniendo á su bordo al oficial encargado de visitar los buques que pasasen la barra, se dirige rápidamente sobre cuatro fragatas y un navío de línea, anclados al pié del palacio de Mahomed-Alí; pero en el momento en que el intrépido marino iba á amarrar su brulote á aquellos buques, una ráfaga de viento de tierra le aleja de ellos y le acerca á otros buques que espera á lo menos incendiar; Kanaris pone fuego á su brulote y se precipita en una lancha para alcanzar á los dos briks de escolta; pero tambien esta vez el viento arroja el brulote en un espacio vacío, donde se consume sin incendiar nada. La vista de las llamas introduce por fin la alarma entre las autoridades del puerto; gran número de embarcaciones salen en persecucion de Kanaris, el cual, montado en uno de los bergantines, sale del puerto con su pabellon desplegado, y con la lentitud y calma con que lo hubiera hecho de una ciudad aliada. Esta audaz tentativa no fué sin resultado; en su camino los griegos incendiaron un brik del bajá y apresaron una de sus goletas.

Los primeros dias de 1826 hallaron á Ibrahim en su cuartel general de Tripolitza, y aunque Nápoli de Romania y Nápoli de Malvasía (1) fuesen las únicas plazas fuertes de la Morea en que ondeaba el pabellon de la Grecia, no eran los egipcios los dueños pacíficos y reconocidos de aquella península; en el interior solo poseian los puntos en que acampaban sus divisiones; los griegos no resistian todavía á los árabes como en los primeros dias huian ante las tropas de Ibrahim; pero no se ocultaban ya, y se retiraban despues de haber descargado sus armas formándose inmediatamente en guerrillas en los flancos y retaguardia del enemigo al cual no cesaban de inquietar. El suelo de la Morea surcado de altas montañas y de profundos valles se prestaba admirablemente á esta clase de guerra, que obligaba al general egipcio no solo á ocupar Modon, Koron, Navarino, Tripolitza y Patras, con numerosas guarniciones, sino á proteger con fuertes escoltas el envío del menor convoy. Esta doble necesidad, junto con las pérdidas que habia sufrido en el mar y despues de su desembarco, le dejaban pocas fuerzas disponibles, así es que solicitó refuerzos de su padre y este se apresuró á enviarselos. Estos refuerzos compuestos de dos regimientos de infantería de cuatro mil hombres cada uno, desembarcaron en Navarino en los primeros dias de febrero de 1826 en el mismo momento en que el hijo de Mahomed-Alí recibia de Rachyd-bajá, Ser-Asker de Romelia, una carta cuyo contenido necesita algunos detalles preliminares (2):

---

(1) La península de Morea es el Peloponeso de los antiguos griegos.

(1) Nápoli Malvoisie se llama tambien de *Malvasía* y de *Monembasia*, lo mismo que Nápoli de Romanía llamada igualmente *Nauplia* y *Nauplie*.

(2) Tres meses despues, este nuevo envío de tropas obligó á Mahomet-Alí á reclutar en Egipto un número de hombres suficientes para llenar los vacios considerables que presentaban los regimientos que llevó Ibrahim, y para cubrir las bajas que debia esperimentar necesariamente la segunda espedicion. En mayo de 1826 ordenó una leva de 120 hombres y dió órden á todos los jefes de los pueblos de dirigir inmediatamente al campo de instruccion de El-Khanqah todos los hombres considerados hábiles para el servicio, numerosas bandas de desgraciados en su mayor parte desnudos atados de dos en dos por las manos, y llevando en el cuello y en los puños unos pesados maderos y guiados por los soldados habituados á este servicio, cubrieron en breve todos los caminos de Egipto. Muchos de ellos iban acompañados de sus mujeres é hijos; y no pocos tenian que recorrer una distancia de mas de 200 leguas. Llegados al campo fueron reunidos en una vasta llanura arenosa donde los oficiales procedieron á numerar y á clasificar á aquella multitud: el resultado de estas operaciones fué el siguiente: individuos presentes 70.000; reclutas aceptados 12.000; reclutas rechazados por causa de enfermedad ó debilidad de complexion 36.000; mujeres, niños y ancianos de los cuales se quedaron en el campo una tercera parte, 22.000. Ni la edad ni el matrimonio eran considerados como una salvaguardia; lo mismo se alistaba al celibato de cincuenta años, bien dispuesto todavía, que al casado agobiado de hijos que era considerado hábil para llevar un fusil; en este caso la familia se separaba de su jefe, el cual recibia entonces una racion suplementaria. Los individuos inhábiles para el servicio eran mandados á El-Khanqah:

Hemos dicho que la caida de Navarino habia tenido lugar en los mismos momentos en que se supo en Morea la llegada de treinta mil albaneses delante de Missolonghi; situada en la entrada septentrional del golfo de Lepanto, en la antigua Etolia, en un terreno bajo y llano, cortado al este por el monte Aracintho, aquella plaza estaba defendida por el oeste y por la parte del mar por una costa de escaso fondo sembrada de bancos de arena y de islotes, siendo los principales Vassilidi, Dolmas y Klissova. La ciudad à quien el mar no protegia, habia sido rodeada en 1821 de un muro construido segun el sistema de fortificacion moderno; cada uno de los baluartes llevaba un nombre ilustre, como Franklin, Guillermo Tell y Rhigas; muchos sepulcros construidos en el interior de la ciudad à la memoria de Marcos Botzaris, de lord Byron, de Kyriacoulis y del general Normano, recordaban à los habitantes y à la guarnicion gloriosos hechos de armas y heroicas acciones. Un periódico redactado por el suizo Mayer mantenia el entusiasmo entre la poblacion y sus defensores; finalmente, cuando en los primeros dias de 1825 se adelantó Rachyd con sus albaneses para sitiar la plaza, Notis, Botzaris y otros jefes romeliotas habian penetrado en sus murallas con cuatro mil soldados escogidos.

Rachyd se limitó en un principio à encerrar la plaza en una linea de circunvalacion trazada por ingenieros austriacos, la cual armaron con piezas de grueso calibre y morteros; durante dos meses el sitio no fué mas que un estrecho bloqueo, cuya monotonía alteraban las frecuentes pero inútiles salidas de los sitiados; las operaciones no tomaron un caracter grave hasta mediados de julio, cuando el almirante turco Topal-bajà entró en el golfo con sesenta buques de guerra y muchos barcos de trasporte cargados de provisiones de boca y de municiones. Parte de las tripulaciones de Topal saltaron à tierra y construyeron nuevas baterías de sitio, y una vez armadas, ambos bajàes concertaron un doble ataque por mar y tierra; antes de dar la señal Rachyd intimó la rendicion à los sitiados, los cuales contestaron: «Las llaves de Missolonghi están suspendidas de nuestros cañones; ven à tomarlas.»

Los turcos hicieron una mina debajo del baluarte Botzaris; al darle la señal convenida entre Tropal y Rachyd, estalla, abre una brecha por donde se precipitan muchos miles de albaneses que se confunden, se empujan y trepan por los escombros clavando en ellos la bandera turca. Los habitantes acuden en tropel y se traba en el baluarte un espantoso combate; por fin los albaneses ceden, se retiran, y mientras los sitiados salen en su persecucion, los niños y las mujeres, cargados de piedras, maderas y colchones, reparan la brecha, ó prodigan à los heridos los primeros ausilios. Pasados pocos dias, la gruesa artilleria de Rachyd abre una nueva brecha en las murallas; los albaneses entran por ella con inaudito furor y logran clavar por segunda vez sus banderas en los baluartes Botzaris y Franklin, mas al cabo de dos horas de un encarnizado combate, son arrojados de las murallas, viéndose obligados à volver al campo dejando las trincheras cubiertas de muertos y heridos. Topal habia secundado con sus escuadras estos dos asaltos, mas su operacion no habia tenido mejor resultado: la tercera parte de sus tripulaciones y muchas de sus lanchas cañoneras habian quedado en el fondo de las lagunas que se hallan en la entrada del puerto.

Despues de estas dos derrotas los generales turcos resolvieron cambiar de táctica, ó informados de que los víveres y municiones empezaban à escasear entre los sitiados, se limitaron à hacer jugar su gruesa artilleria contra las murallas, y à estrechar el bloqueo; en vano los griegos desafiando à los albaneses desde lo alto de sus muros, les llamaban à un asalto mil veces preferible para ellos à la cruel inaccion que les imponian los cálculos de Rachyd y de Topal, los cuales indiferentes à estas provocaciones esperaban del hambre y de la falta de municiones un triunfo que el heroismo de los defensores de la plaza negaba à su fuerza y à sus armas. Algunos sacos de harina, dos barriles de pólvora y quinientas ó seiscientas balas, eran todas las provisiones de boca y de guerra que contaba la ciudad de Missolonghi à principios de setiembre, despues de seis meses de bloqueo; la única esperanza que sostenia à los sitiados era la llegada de una escuadra que les librara de los horrores del hambre y les permitiera defenderse, mas los dias y las semanas pasaban y la escuadra tan anhelada no se presentaba; el desaliento empezaba à introducirse en todos los corazones y se formaban las mas desesperadas resoluciones, cuando una mañana se dejan ver por la parte del golfo lejanas detonaciones; aquel dia cubrian el cielo espesas nubes, y los missolonghiotas toman aquel ruido por el estrépito del trueno; pero à medio dia aclaróse el tiempo y permitió ver à la escuadra turca alejándose à toda vela, al mismo tiempo que aparecian cuarenta buques en la parte opuesta del horizonte; la poblacion entera acude à las murallas, un grito de gozo se escapa de todos los pechos, los gorros son lanzados al aire, la artilleria deja oir sus solemnes estampidos, y Miaoulis y su escuadra entran en el puerto en medio de generales aclamaciones; por la noche Missolonghi recibia toda clase de provisiones.

Este acontecimiento obligaba à Rachyd à recurrir otra vez à la fuerza: frente de los baluartes Normann y Franklin hizo construir una especie de dique largo de setenta metros y de ocho de latitud, guarnecido de gaviones, de parapetos y de algunas torres, y despues de estar armada esta montaña artificial, obra gigantesca, el Ser-Asker abre el fuego, destruye anchos lienzos de muralla y da la órden del asalto. Sus soldados se hacen dueños del Franklin y establecen en él tres galerías à las cuales oponen los griegos una nueva muralla y luego una mina que con su esplosion destruye las galerías del bajà y facilita à los sitiados la reconquista del Franklin. Los turcos se retiran hácia el dique, y Rachyd al verse perseguido por los griegos se arroja en lo mas encarnizado del combate, clava su estandarte en el punto mas espuesto, reune à sus albaneses, restablece la lucha y obliga à sus adversarios à retirarse dentro de sus fortificaciones. El abatimiento sucede en el ejército turco a la energía de los primeros dias; solo el Ser-Asker conserva toda su energía; el 21 de diciembre reune à sus soldados, les organiza en columnas de ataque por medio de ginetes armados con látigos, y poniéndose à su frente con la cimitarra en la mano, se dirige contra los baluartes Rhigas y Makris. Los albaneses protegidos por una numerosa artilleria empiezan à cegar los fosos, cuando de repente se conmueve el suelo, se abre la tierra, y una terrible esplosion causada por una mina lanza por los aires en medio de torbellinos de humo, piedras y cuerpos mutilados que al caer sobre las apretadas filas de los turcos matan ó hieren à los que por hallarse lejos se habian librado del primer peligro. Rachyd, alcanzado por el sacudimiento y herido de estupor, corre por todas partes sin direccion y sin objeto, y cae por fin en su tienda sin sentido; su ejército pide à grandes gritos que se levante el sitio: «Las balas y las minas de los giaours (infieles, descreidos) no solo derriban nuestros trabajos, gritaban los soldados, sino que Karaiskakis (1) se apodera cada dia de nuestras provisiones, y quizás mañana haya cortado nuestras comunicaciones con Salone y Arta.»

«Misolonghi ó tu cabeza,» habia dicho el sultan à Rachyd al confiarle el mando supremo de la Romelia; y aquel general en su angustia, dirigió sus miradas à Ibrahim, victorioso entonces de los griegos de la Morea, è inactivo en Tripolitza, haciendo llegar à sus manos la siguiente carta:

»Has esterminado la abyecta raza de los morayas (moreotas); ven en mi ausilio para acabar con estos pecadores de Misolonghi que por sus sortilegios se han convertido en otros tantos cheytans (satanes, diablos).

»En vano elevé delante de ellos una montaña mas alta que sus murallas: ayudados por la magia de un cierto Kokinis que tienen à su sueldo, acaban de destruirla. Un hombre maldito llamado Konstantinos, enviado de Nápoli de Romania, ha arrasado todas mis fortificaciones, los infieles reparan cada dia sus muros que caen arruinados, y se atreven à insultarme desde lo alto de sus torres. ¿Permitirás que sea la risa de estos giaours? La posesion de toda la Grecia está en las murallas de Misolonghi. Ven!»

No exageraba Rachyd los resultados de la toma de Misolonghi, única plaza de armas que quedaba à los rebeldes en la Grecia septentrional, el único puerto por el cual podian llegarles ausilios de sus hermanos de las islas del Archipiélago, ó de los comités filhelénicos de Europa; despues de la rendicion de aquella plaza la insurreccion debia hallarse reducida en el continente à la posesion de la ciudadela de Atenas, y de las dos ciudades de Nápoli de Romania y de Nápoli de Malvasia, pun-

cada nuevo llamamiento, pues si bien no habian cambiado su estado físico, los jefes de los pueblos habian temido irritar al bajá presentando à la eleccion de sus oficiales un contingente menos numeroso que el anterior.

El reclutamiento de la marina se verificaba del mismo modo que el del ejercito de tierra; cuatro años mas tarde, en 1810, entraron en el fuerte de Alejandria muchos buques de guerra construidos en Europa por cuenta del bajà; necesitando marineros, manda prender à todos los borriqueros de la ciudad, al mismo tiempo que algunos soldados se derraman por el campo apoderandose y llevando consigo à todos los fellahs que hallan à su paso; llegados à la ciudad son embarcados los mas hábiles y robustos, y al cabo de pocos dias cada buque tenia una tripulacion completa.

Los acontecimientos de 1810 al poner trabas al poder de Mahomet-Alí y obligándole à reducir considerablemente el número de sus tropas y à someterse à las reformas decretadas por el sultan, dieron muy favorables resultados para el Egipto; este desdichado pais menos tiranizado tiende à salir de su letargo; y la situacion de sus habitantes se hace progresivamente mas tolerable.

(1) Capitan romeliota cuyo cuyo cuerpo obraba en la retaguardia de los sitiadores, inquietando sus operaciones.

tos aislados separados uno de otro por largas distancias, de modo que al apoderarse de ellos no era mas que cuestion de tiempo. La importancia de la toma de Misolonghi no habia escapado á Ibrahim; mas como el firman del gran señor solo daba á su padre el bajalato de Morea, reservando á otros bajáes la sumision del resto de la Grecia, el hijo de Mahomed-Alí tenia á sus tropas encerradas dentro de los límites de la península del Peloponeso, encadenado como estaba por el tenor de aquel documento. La carta de Rachyd desvanecia todos sus escrúpulos, y le libraba de toda responsabilidad; deseoso de corresponder á las esperanzas que en él se cifraban reunió los tres primeros batallones de cada uno de sus regimientos de infantería, y con quinientos caballos, un numeroso material de guerra y considerables provisiones, se dirigió hácia Patrás, en donde la escuadra turca embarcó á sus tropas, las cuales echaron pié á tierra cerca de Misolonghi, en los últimos dias de 1826, cuando el sitio contaba cerca de un año de duracion. Los diez y ocho batallones de refuerzo que llevaba á Rachyd presentaban un efectivo de diez mil hombres.

Impaciente por llegar á su vez á las manos con los sitiados, Ibrahim, dos dias despues de su desembarco, divide á sus soldados en dos columnas y dirige la primera contra el baluarte que le parece mejor armado; los griegos suspenden su fuego y dejan llegar á la coluna hasta el pié de la muralla; luego cuando el enemigo se aprestaba para escalar sus muros medio arruinados, le reciben con tan mortíferas descargas y se precipitan sobre él con tal furor, que los árabes, obligados á huir, no se rehacen hasta hallarse bajo la proteccion de la segunda coluna. Esta se adelanta á su vez; los griegos se retiran delante de ella, con sus acertadas maniobras, la atraen á un terreno minado y se acogen precipitadamente detrás de sus murallas; de repente estalla una terrible esplosion, y una parte de la coluna lanzada en todas direcciones, queda aniquilada: el resto se dispersa. Dos veces, con muchos dias de distancia, renovó su tentativa el hijo de Mahomed-Alí y otras tantas es derrotado; estas continuas derrotas hacen comprender á Ibrahim que los ataques de viva fuerza son impotentes para darle la posesion de Misolonghi, y que la conquista de esta plaza está en apoderarse de los islotes fortificados que la defienden por la parte del mar, y cuyos cañones manteniendo abierto el paso de las lagunas, facilitan á los sitiados la llegada de provisiones de boca y de guerra; ambos jefes dirigen inmediatamente sus esfuerzos contra estos islotes; Ibrahim hace construir pontones y balsas en las cuales coloca tropas y artillería y que colocadas entre la ciudad y los islotes interceptan su comunicacion: el 9 de marzo el general egipcio ataca Vassilidi, defendido por doscientos hombres: esta pequeña tropa, batida durante un dia y una noche por una artillería formidable, resistia todavía, cuando una bomba caida en el almacen de pólvora hizo saltar este edificio, destruyó las municiones y puso la posicion en manos de los árabes; el 14 Khiova sucumbe á su vez bajo las descargas de las baterías flotantes de Ibrahim, el cual se apoderó el dia siguiente de Dolmás, el último islote. El mar se hallaba herméticamente cerrado, y no se hizo esperar mucho tiempo el resultado de este absoluto bloqueo; las provisiones traidas en el mes de setiembre anterior por la escuadra de Miaoulis se habian agotado hacia mucho tiempo; en vano este almirante se consume en esfuerzos para hacer entrar algunos víveres en la plaza; sus tentativas se frustran contra la línea de lanchas cañoneras que cierra los estrechos aun á las embarcaciones mas lijeras; ni un saco de trigo, ni un cajon de pólvora pueden llegar hasta los sitiados, los cuales se ven obligados á recurrir á los caballos, á los perros, á los animales mas inmundos, y hasta á las yerbas de las calles y de las murallas y á las amargas plantas de las lagunas.

Esta ciudad mártir resistia hacia quince meses, y varias veces habian declarado, así los habitantes como la guarnicion, que antes de rendirse se abririan un camino con las armas en la mano, ó minarian la ciudad sepultándose bajo sus ruinas. Cuando todos los recursos quedaron agotados y ni yerba quedaba en la ciudad, los sitiados comprendieron haber llegado para todos ellos el momento de salvarse ó de morir; tal fué la unanimidad de esta resolucion que un buque francés autorizado por Ibrahim para recoger á los oficiales europeos encerrados en la plaza, volvióse completamente vacío; pues ninguno de aquellos estranjeros quiso aprovecharse de aquel medio de salvacion, habiéndose negado todos á separar su suerte de la poblacion. Contada esta junto con la guarnicion se vió que la ciudad encerraba aun nueve mil personas, tres mil de ellas aptas para empuñar las armas, componiéndose el resto de ancianos, mujeres, niños, enfermos y heridos; parte de estos últimos consentia en seguir á los hombres armados, pero la mayor parte, ya fuese debilidad física, ya disgusto de la vida, se negaban á salir de Misolonghi, pues no querian sobrevivir á su caida; retirábanse á los edificios ó terrenos minados y esperaban á los albaneses y á los árabes para hacerse saltar con ellos.

La noche del 12 de abril (1816) fué la fijada para el abandono de la plaza; los jefes de la guarnicion lo avisaron á Karaiskakis en una carta en que le rogaban que saliera á su encuentro por el monte Aracyntho, anunciándoles su presencia con una fuerte descarga de fusilería, e hicieron inmediatamente dos falsos ataques de noche, destinados a atraer a lo lejos la atencion del enemigo. Esta carta confiada á un búlgaro, espía de ambos partidos, que la entregó á Ibrahim, no manifestaba ni el punto por el cual se haria la salida ni las disposiciones convenidas para efectuarla; estas disposiciones eran las siguientes: los turcos y los árabes ocupaban dos distintos campamentos, que debian ser atravesados, el primero por todos los soldados y los oficiales estranjeros reunidos en una sola coluna, y el segundo por los habitantes susceptibles de empuñar las armas formando una segunda coluna, en medio de la cual debian colocar á sus padres, hijos y esposas; finalmente la salida de las murallas debia ser facilitada por cuatro puentes levadizos dispuestos ya de antemano para ser arrojados sobre los fosos. A las siete de la noche del dia 12 colócanse los puentes frente de los dos campamentos, y á las ocho se oyó una descarga de fusilería en la direccion del monte Aracyntho, á esta señal la primera coluna, llevando al frente á los souliotas, se pone silenciosamente en marcha atraviesa los puentes colocados frente del campo turco, y se detiene al pié de las baterías de Rachyd, esperando que descargas mas cercanas que la primera le anuncien la diversion que debe facilitar su paso: sin embargo no se deja oir detonacion alguna, y aunque este silencio inquieta á la coluna, sin embargo impaciente por avanzar, se pone otra vez en marcha y atraviesa compacta y rápida todas las líneas del campamento turco.

La segunda coluna, mas numerosa y mas pesada, baja á su vez por los puentes y llega delante las tiendas de Ibrahim; pero en vez de soldados dormidos encuentra á la infantería árabe formada y sobre las armas, y á la artillería pronta á disparar; Ibrahim despues de haber enviado á Aracyntho á dos batallones encargados de ocupar los desfiladeros y de dar a los sitiados la señal de su salida, les esperaba con las armas en las manos; á la voz de fuego sus infantes y sus artilleros tiran en la direccion de las murallas, y aunque la confusion y el desórden, inseparables de las descargas hechas entre las tinieblas y el azar, permiten á algunos misolonghiotas librarse de los golpes, pasar las primeras líneas y llegar mas allá del campo egipcio, la masa de la coluna, detenida por las balas y las bayonetas del enemigo, retrocede perseguida vivamente por los soldados de Ibrahim que se precipitan en medio de aquella multitud hiriendo sin descanso y sin piedad. Llegados al pié de las murallas, sitiados y sitiadores atraviesan en confusion los puentes, pero una vez sobre las murallas los fugitivos se vuelven y combaten; cada calle de la ciudad se convierte en un campo de batalla; cada casa, cada lienzo de pared se trasforma en una trinchera, atacada con furor y tenazmente defendida. Durante cuatro horas hubo lucha en todas partes; todos se baten cuerpo á cuerpo así en el interior de las habitaciones como en las calles y plazas; un solo sentimiento parecia animar á aquella masa exasperada y confusa, matar; nadie pide cuartel, nadie lo otorga; aquí un grupo de sitiados atrincherados en un terreno minado le hacen saltar con los sitiadores que les rodean; allí algunos ancianos ó mujeres incendian sus propias casas y perecen entre las llamas al mismo tiempo que los invasores; mas allá los habitantes se precipitan al mar, á los pozos, ó van á buscar la muerte en las bayonetas enemigas.

Sin embargo entre las casas incendiadas y tantas arruinadas paredes permanece en pié y respetado un edicio notable por su estension y por su altura; era el depósito de las municiones de guerra en el cual mujeres, niños, enfermos en número de mas de dos mil se habian reunido al rededor del primado Kristos-Kapsœlis y de algunos otros ancianos que habian prometido velar por el honor de la patria y por el de las mujeres confiadas á su guardia. Todas sus aberturas se hallaban cuidadosamente cerradas, y convencidos los árabes de que aquel vasto edificio encierra las riquezas de los habitantes, se precipitan á él en confusa multitud; esfuérzanse unos en romper las puertas, otros en derribar el techo, y cuando aquellas conmovidas por los esfuerzos esteriores, iban á ceder, el primado manda abrirlas de par en par; los egipcios se precipitan por ellas en tropel y á su vista Kapsalis con los cabellos erizados y con el rostro inspirado, se apodera de una antorcha, arroja sobre los enfermos, mujeres y niños prosternados, dirigiendo al cielo su última plegaria, este grito supremo: «¡Señor, acuérdate de nosotros!» se inclina y pone fuego á la pólvora. Una conmocion espantosa levanta y dispersa hasta los cimientos del edificio; la mayor parte de las casas que permanecian aun en pié se desploman; la tierra se entreabre á lo

lejos, y el mar rechazado por el sacudimiento, retrocede; habian muerto mas de cinco mil griegos y egipcios.

En aquel momento, los fugitivos, escapados de los horrores de aquella noche, se habian reunido al pié del monte Aracyntho, en el abandonado monasterio de San Simeon, punto de reunion indicado á ambas colunas; queriendo dar tiempo de acudir al lugar de la cita á aquellos de sus compañeros que hubiesen podido retardarse por las dificultades y peligros de la retirada, esperan algun tiempo; pero cuando la esplosion del depósito de pólvora les anunció que el sacrificio estaba consumado, y que Misolonghi no tenia ya ni edificios ni habitantes, se juntaron y se pusieron en marcha, penetrando en los desfiladeros de Aracyntho, convencidos de que Karaiskakis les esperaba en ellos; sin embargo no fué á la tropa del jefe griego á la que encontraron, sino á los dos batallones destacados en aquel punto por Ibrahim; los fugitivos se precipitan sobre los árabes con la energía de la desesperacion, mas sus esfuerzos son vanos; sus ataques se estrellan contra las bayonetas y el fuego regular de los egipcios. Afortunadamente al estrépito de estas descargas acudió un numeroso destacamento de soldados de Karaiskakis, los cuales colocando á los árabes entre dos fuegos, no tardaron en obligarles á abandonar la posicion. La coluna se abre paso; atraviesa los abismos, los torrentes, las ruinas, y al cabo de dos dias de marcha llega á Derveniska, donde esperaba encontrar un abrigo y pan, pero como la guerra no habia dejado en la ciudad ni un habitante, ni una casa, se ve obligada a continuar su camino, hasta que por fin entró en Salone, despues de cuatro jornadas de nuevas fatigas y de inauditas privaciones, y dejando por decirlo así en cada paso del camino un cadáver arrojado allí por el cansancio ó por el hambre. Los griegos habian salido del monasterio de San Simeon en número de dos mil quinientos y solo eran mil ochocientos al llegar á Salone. Estos mil ochocientos fugitivos y ochocientas ó novecientas mujeres ó niños, arrancados medio muertos de las humeantes ruinas de la ciudad y reducidos á la esclavitud por el vencedor, tales eran los únicos restos de los quince mil habitantes que encerraba antes del sitio la heroica Missolonghi.

Ibrahim atravesó otra vez el golfo de Lepanto embarcado en la escuadra turca, y volvió á la Morea mientras Rachyd, despues de haber atravesado la Livadia, sitiaba la ciudadela de Atenas. Las discusiones y las faltas de los jefes civiles y militares causaban la pérdida de la Grecia, y la insurreccion iba en manifiesta decadencia. En la tierra firme, en las islas, en las asambleas, en los consejos y en los campamentos no se veian mas que rivalidades, resentimientos particulares y desórdenes; hubiérase dicho que en aquellos terribles momentos cada cual queria aprovecharse de los cortos instantes que debia durar la lucha para satisfacer, aunque no fuese mas que por un dia, su sed de mando y sus sueños de ambicion; solo cuatro ó cinco puntos de la Grecia continental quedaban en poder de sus gobernantes, y estos despojos eran disputados encarnizadamente.

En 1827 se convoca en Egina una asamblea de diputados; setenta y dos se trasladan á aquella isla, y ochenta y cuatro que habian rehusado reunirse con los primeros, se juntan en Hermione. Cada una de estas cámaras proclama ser la única representante de la nacion, y organiza su gobierno. Las dos mandan, las dos dan disposiciones y publican proclamas, dándose los dictados de usurpadora y facciosa, y se entregan recíprocamente aldesprecio y al odio del pueblo y del ejército.

La anarquía pasaba de los gobernantes á los jefes secundarios; los fuertes de Palamida y Albanilika defendian á Nápoli de Romanía, lugar de residencia del gobierno; el primero era ocupado por Grivas y el segundo por Photomora, pertenecientes uno y otro á distintos partidos. En la noche del 11 de julio de 1827 encuéntranse dos patrullas salidas de cada fuerte y hacen fuego la una contra la otra; despertados por el tiroteo los artilleros de ambas fortalezas corren á sus piezas y hacen llover sobre la ciudad bombas y granadas que causan la muerte á algunas mujeres y niños hasta en lo interior de las casas. Tres veces se declara el incendio en diferentes cuarteles y tres veces se logra apagarlo; los miembros del gobierno y las autoridades toman la fuga, hasta que cansados de tirar y de matar sin motivo y sin objeto, los soldados de ambos partidos, despues de muchas horas de bombardeo, olvidan las querellas de sus jefes y se unen para el pillaje; encargados de la guardia y defensa de aquella capital la invaden de consuno y la tratan como plaza conquistada. Los habitantes quieren huir; mas parte de la guarnicion situada en las puertas les detiene, les despoja y no permite la salida sino pagando cuantiosos rescates. Algunos comerciantes refugiados á bordo de los buques mercantes tratan de hacerse á la mar, pero encuentran guardada la entrada del golfo por piratas de su nacion, que les dejan apenas algunos vestidos. El saqueo duró ocho dias y no cesó hasta que ambas facciones estuvieron hartas de botin; este increible accidente costó la vida á doscientas personas, evaluándose á quince millones de piastras el valor del numerario, de las materias preciosas y de los demás objetos robados ó destruidos.

Tampoco las islas, aquellos baluartes de la insurreccion, se libraban de los efectos de esta descomposicion política y moral; la falta de paga habia desorganizado á las tripulaciones; la voz de los mas ilustres capitanes era desoida; los briks de guerra no hallaban ya marineros, y trasformados en atrevidos piratas los marinos griegos merodeaban por el Mediterráneo, despojaban los buques de todas las naciones y empleaban en el saqueo y en el robo un valor y una audacia fatales únicamente al comercio de todas las naciones.

Hasta los estranjeros que habian acudido al ausilio de aquel desgraciado pais sufrian, agitados por la fiebre de la discordia, la influencia de aquella disolucion general. Rendida Missolonghi, la insurreccion solo poseia en el este y en el norte del istmo de Corinto una sola posicion, la ciudadela de Atenas, la cual sitiada desde los primeros dias de agosto de 1826 por Rachyd-bajá, fué defendida por un proscrito cuyo nombre, inseparable de la historia de esta larga lucha, debe colocarse al lado del de los jefes militares que mas la ilustraron, el coronel francés Fabvier; sin embargo despues de un sitio de once meses, agotados los víveres y municiones, Atenas, á pesar de admirables esfuerzos de valor, sucumbió en los primeros dias de junio de 1827, por la disension y falsas operaciones de muchos filhelenos europeos encargados de socorrerla.

Destrozada por las facciones, abatida por la anarquía y la miseria, la Grecia se hallaba espirante cuando en 20 de agosto se recibió la noticia oficial en Nápoli de Romanía de haberse celebrado un tratado en Londres en 6 del mes de julio anterior, entre las cortes de Francia, de Inglaterra y de Rusia, cuyas estipulaciones debian salvarla.

Si los gobiernos de Europa habian acogido la sublevacion de la Grecia con el sentimiento de irritacion que les causaba cualquier tentativa revolucionaria, y como la culpable rebelion de una provincia contra su legítimo soberano, los pueblos considerados en sus clases inteligentes aplaudieron con trasporte el levantamiento de una antigua nacion cuyos pactos perpetuados á través de las generaciones por los escritores, los poetas y artistas de todos los siglos, ocupaban tan gran lugar en la enseñanza dada á todos los ciudadanos. Mientras la insurreccion corrió de triunfo en triunfo, la simpatía que inspiraba se manifestaba únicamente por medio de folletos y de los periódicos; pero cuando sonó la hora de la desgracia, cuando se supo en Europa la destruccion de Chios y la suerte que habia cabido á la poblacion de esta isla floreciente, estableciéronse en Paris diferentes comités para arrancar de la eslavitud á los niños y mujeres capturados por los turcos y vendidos en los mercados de Esmirna y de Constantinopla. La opinion liberal fué la que tomó la iniciativa de esta organizacion; los periódicos congreganistas creyeron poder sofocar con sus burlas esta primera manifestacion, á la cual no era estraño, es cierto, el espíritu de oposicion; pero lejos de reprimirla, las burlas del partido clerical le dieron nuevo impulso, irritando el sentimiento público y obligando á sus adversarios á recordar que si los sublevados combatian para recobrar su independencia, soldados de la cruz, defenderian al mismo tiempo su fé religiosa, contra la cimitarra musulmana. La causa de la Grecia era pues la del cristianismo, cuya solidaridad si bien mantenia al clero, mas que indiferente, hostil, pues los griegos eran segun su modo de ver cismáticos y rebeldes á la vez; en cambio hizo que adquiriesen los comités la cooperacion de muchos hombres tímidos á quienes hubiera asustado la idea de un acto político, pero que no vacilaban en aceptar el papel de protectores y sostenes de una nacion cristiana que luchaba por su fé. Viéronse entonces reunidos en los mismos comités los nombres de los hombres políticos pertenecientes á los partidos mas opuestos, mostrándose en un todo unidos á los liberales, los realistas que habian entrado en oposicion siguiendo á Mr. de Chateaubriand. El movimiento se propagó por todas partes; los nombres de Atenas, Esparta, Argos, Corinto, Egina y Epidauro, grabados en la memoria de todos; aquellos combates cuyo heroismo recordaba las luchas de la antigua Grecia, que referidos cada mañana en un mismo número de correspondencias escritas desde el teatro de la accion, se daban por decirlo así á la vista de la Europa aquellos nombres, aquellas luchas y aquellas abnegaciones, conmovian todos los corazones, exaltaban la imaginacion, inspiraban los cantos de los poetas y los escritos de los prosistas, las melodías de los compositores y el lápiz y el pincel del artista. La litografía, la pintura, la música y el teatro hubieran bastado para popularizar los hechos y los hombres de aquella guerra, supliendo muy bien á los periódicos para la multitud; la suerte de la Grecia era un pensamiento público, una preocupacion inmortal; así es que las

escitaciones para socorrer á los griegos revestian todas las formas. Conciertos, representaciones escénicas, publicaciones en prosa y verso, suscriciones voluntarias, loterías, cuestas en las reuniones públicas y á domicilio: algunas mujeres y jóvenes pertenecientes á las clases mas elevadas se imponian el cargo de ir á solicitar la ofrenda del artesano y del obrero que veian pronunciar el nombre de la Grecia por la primera vez. Estos ejemplos imitados en los pueblos mas reducidos de las provincias, y repetidos por espacio de muchos años, produjeron sumas considerables, y vióse entonces el singular espectáculo de la insurreccion de todo un pueblo y de una guerra larga y encarnizada sostenida con el producto de simples dones particulares.

La Alemania, la Italia y la Inglaterra, no permanecian estrañas á este movimiento, pero los socorros proporcionados por sus poblaciones no tenian la importancia de los recursos que hallaba en Francia la insurreccion; los italianos y los alemanes oprimidos por sus príncipes se limitaban á enviar algunos fondos penosamente recogidos; y en cuanto á la Inglaterra, su intervencion mas libre, mas activa, se resentia del genio particular de esta nacion; á pesar de los considerables sacrificios de algunos filhelenos de alto rango, entre otros de lord Byron, que dió á la causa de la Grecia parte de su fortuna, sus últimos años y su vida, el ausilio de la Inglaterra se convertia frecuentemente en un verdadero comercio; este reino era el mercado en que los filhelenos de las demás naciones compraban la mayor parte de las armas y provisiones que enviaban á los sublevados, y si bien es verdad que el empréstito abierto por el gobierno griego é hipotecado sobre todas las propiedades nacionales, encontró suscritores en la bolsa de Londres, se vió por las cuentas publicadas en julio de 1826, en nombre de los jefes políticos de la Helada que de 1.100,000 libras esterlinas (27.000,000 de francos) de títulos emitidos, el gobierno griego solo habia recibido en numerario 216.111 libras esterlinas 10 schelines (540.287 francos 75 céntimos); 200.000 libras esterlinas, (5.000,000 francos), habian sido retenidos por los dos años de interés, y 20.000 libras esterlinas (500.000 francos), para la amortizacion; el resto, es decir, diez y siete millones, se hallaba saldado por entregas de lienzo, de zapatos, de uniformes, de pólvora, de fusiles, de sables, de cañones, de buques de vapor mal construidos fuera de servicio y de mala calidad, cuya entrega habia aprovechado á los comerciantes de los Tres Reinos mucho mas que á la insurreccion, y por comisiones de banco, lo que para los empresarios era orígen de considerables beneficios.

La Rusia parecia permanecer estraña á estas demostraciones; pero si su poblacion contenida por el gobierno solo daba á la Grecia insignificantes socorros, si su soberano y sus ministros no hablaban de la insurreccion sino para condenarla, es lo cierto que esta potencia tomaba hacia muchos años respecto de la Turquía una actitud hostil y amenazadora, que debia ejercer una notable influencia en la suerte de los sublevados. La inejecucion de ciertas cláusulas del tratado de paz de Bucharest era la causa sucesivamente invocada por Alejandro y por Nicolás para concentrar numerosos regimientos en las fronteras de la Moldavia; colocado el jóven soberano de este imperio entre los deberes que le imponia el sistema de política conservadora, ley de la Europa monárquica, y las pasiones religiosas de un pueblo que invocaba á grandes gritos la guerra contra los turcos, ¿tendria bastante fuerza para contener por mucho tiempo la esplosion del sentimiento nacional? ¿Resistiria sobre todo á la tentacion de inaugurar su reinado con una lucha cuyo resultado, atendidas las circunstancias, podia en fin realizar los proyectos seculares de su familia contra el trono de los sultanes? Las cortes europeas no se atrevian á esperarlo, y la de Londres, á quien la conquista de Contantinopla por la Rusia amenazaba mas directamente en su poder marítimo, temia ver llegar á cada momento la noticia del paso del Pruth por el ejército ruso; para conjurar el peligro la Inglaterra afectando una política llena de moderacion y de desinterés, manifestó á la Rusia los ofrecimientos que sus almirantes habian recibido de los jefes políticos de la insurreccion y le propuso una accion comun en favor de los sublevados; las negociaciones conducidas por el duque de Wellington, enviado con este objeto á San Petersburgo, dieron por resultado la redaccion de un protocolo firmado por este lord en nombre de su corte y por los condes de Nesselrode y de Lieve en el de la Rusia; en el cual se estipulaba «que ambos gabinetes unirian sus esfuerzos con objeto de reconciliar á los griegos con la Puerta y de poner un término á la lucha de que era teatro el Archipiélago.» Este protocolo, de fecha del 21 de abril de 1826, sentaba la condiciones siguientes como base del convenio que ambas cortes debian esforzarse para obtener: la Grecia quedaria dependiente del imperio otomano pagando un tributo anual; los griegos tendrian la direccion esclusiva de sus negocios interiores, gobernandose por medio de autoridades elegidas por ellos, pero sobre las cuales la Puerta ejerceria una cierta influencia; ambas cortes se prohibian mutuamente de antemano el reportar del futuro convenio toda ventaja comercial particular y todo engrandecimiento de territorio; finalmente el protocolo debia ser comunicado confidencialmente a los gabinetes de Paris, de Viena y de Berlin, á los cuales se propondria garantías de acuerdo con la Rusia, y el futuro tratado de reconciliacion

Con semejante acto la Inglaterra esperaba encadenar con los lazos de una accion comun la ambicion y miras particulares de la Rusia, y creia poder contar tanto mas con la moderacion de esta potencia, en cuanto en aquel mismo momento el sultan llevaba á cabo en la constitucion militar de su imperio una reforma que habian intentado en vano sus predecesores, y que le colocaba momentáneamente en medio de todos los obstáculos de una revolucion interior. Mahmoud acababa de aniquilar á los jenízaros, mas la abolicion de esta poderosa milicia no se verificó sin combate; durante tres dias y tres noches en los 15, 16 y 17 de junio de 1826 el sultan tuvo que luchar contra una formidable rebelion, y victorioso de los rebeldes despues de inauditos esfuerzos de valor y de energía, Mahmoud se encontraba colocado entre una organizacion militar disuelta y una nueva fuerza militar que reunir, cuando la Rusia lejos de respetar su debilidad, y persistiendo en separar sus quejas particulares contra la Turquía, de los intereses de la cuestion griega, se mostró de repente mas exigente en sus cuestiones privadas, multiplicó sus quejas y sus amenazas, y notificó á la Puerta un ultimatum que habria sido sin duda rechazado por sus imperiosos términos, si la Inglaterra temiendo perder todo el fruto de la negociacion del duque de Wellington, no hubiera intervenido activamente cerca del sultan para lograr su sumision. La Puerta estaba sin soldados al paso que cien mil rusos estaban prontos á pasar el Pruth; así es que Mahmoud accedió á todo y consintió en que se abriesen conferencias para discutir y resolver sobre las demandas de la Rusia. Abiertas en 1.° de agosto de 1826 ante Akermann (1), terminaron en 7 de octubre con un tratado esplicativo del de Bucharest, que Mahmoud ratificó despues de largas vacilaciones. En esta convencion suplementaria la Rusia habia impuesto su voluntad, mas si habia sufrido la ley de esta potencia, esperaba el sultan que al menos ningun obstáculo se opondria en adelante á la entera sumision de la Grecia; sin embargo apenas se vió libre de las exigencias provocadas del gabinete de San Petersburgo, cuando la Inglaterra, deseosa de no dejar al czar con la cuestion griega un nuevo pretesto para hacer marchar adelante á su ejército de Besarabia, se apresuró a invocar las estipulaciones del protocolo de 4 de abril, insistió para que se hiciese una manifestacion colectiva, é hizo entregar al divan una nota en la cual las dos cortes notificaban á la Puerta su intencion de intervenir como mediadores entre ella y los sublevados; á esta notificacion que era el primer paso oficial de la diplomacia europea cerca de la Turquía, en favor de los helenos, el sultan dió una contestacion evasiva, al mismo tiempo que para hacer inútil la mediacion, trasmitia á Ibrahim y á Rachyd la órden de precipitar sus golpes y de apoderarse cuanto antes de las pocas posiciones que quedaban en poder de los griegos. En los dias 5 y 11 de febrero de 1827 fueron entregadas otras notas por los embajadores de ambas cortes solicitando al menos de la Puerta la admision del principio de la mediacion propuesta; mas no tuvieron estas mejor éxito que la anterior; tanto que el Austria por medio de su representante el baron de Ottenfelds, en una nota presentada el 12 de marzo invocó la sinceridad y la constancia de los sentimientos de su corte en favor de la Puerta» para conjurar á esta «á que atendiera cuidadosamente las proposiciones hechas por la Inglaterra y la Rusia, proposiciones que no tenian mas objeto que conciliar los mas preciosos intereses del imperio turco con la necesidad en que se hallaban las potencias de Europa de poner un término á la indefinida prolongacion de los desórdenes que agitaban las provincias griegas.» El lenguaje del Austria si bien no podia ser sospechoso al sultan, quedó igualmente sin resultado. Las contestaciones de los ministros turcos á estas diferentes notas habian sido siempre verbales, pues los agentes de las grandes potencias se unieron para pedir una declaracion escrita que despues de muchos ruegos, les fué entregada el dia 12 de junio. En este documento en que la Puerta oponia á las potencias cristianas sus propias máximas políticas, los principios proclamados por ellas en Troppau, en Laybach y en Werona, y sus repetidos actos; en el que decia ser sus proposiciones de intervencion la verdadera causa de la duracion de la lucha dando á una tropa de rebeldes y de foragidos una importancia que no merecian, la Puerta, decimos, declaraba no poder dar su aprobacion á las proposiciones presentadas, primero porque violaban la direc-

(1) Plaza fuerte, situada en la embocadura del Dniester en la provincia rusa de Besarabia.

trina de la obediencia pasiva de los súbditos para con su legítimo soberano; segundo porque el derecho de un soberano de cuidar de sus propios aumentos debia ser inviolable, y además porque la ley religiosa del imperio no permitia en caso alguno á los musulmanes admitir la intervencion de una potencia cristiana. El Reios-Effendi, al entregar copia de esta nota á cada uno de los representantes de las potencias, dijo ser la última que de él recibirian, y que en adelante su gobierno dejaria sin contestacion todas las comunicaciones relativas á la Grecia.

Esta nota llegó á Europa en el mismo momento que la noticia de la rendicion de la ciudadela de Atenas; este nuevo desastre que heria á la Grecia cuando sus últimos defensores se destrozaban entre sí sobre ruinas, labrando con sus manos su propio sepulcro, no permitia á las potencias permanecer por mas tiempo espectadoras impasibles de esta prolongada agonía; la guerra duraba hacia seis años y tan larga resistencia perdia el carácter de rebelion para convertirse en la lucha de un pueblo digno por sus mismas derrotas de recobrar el título y categoría de nacion. Por otra parte el sentimiento público de Europa, incesantemente robustecido, habia acabado por formar una corriente de oposicion que arrastraba á los mismos gobiernos; y si Nicolás, amenazador siempre, parecia resistir con sentimiento á los gritos de todo un pueblo de sacerdotes, de boyardos y de mercaderes, cuyas quejas contra la inaccion de sus cien mil soldados acampados en Besarabia, toleraba: si el temor de ver este ejército pronto siempre para pasar el Pruth, atravesarlo al fin, tenia á la Inglaterra atenta é inquieta hacia muchos años, los ministros de esta potencia se hallaban además acosados por las enérgicas reclamaciones de una multitud de especuladores y de comerciantes, prestamistas ó proveedores de la insurreccion, los cuales les acusaban de permitir que se desvaneciera la hipoteca de sus créditos. Sostenida y fortificada por tan multiplicados intereses, la voz de la humanidad fue por fin escuchada, y el dia 6 de julio de 1827 la Inglaterra, la Francia y la Rusia formaban en Lóndres un tratado en el cual aquellas cortes estipulaban ofrecer su mediacion, haciendo que se celebrara un armisticio inmediato entre ambas partes beligerantes y que se concluyera un convenio basado en la reparacion civil absoluta entre ambos pueblos. Es cierto que la Puerta quedaba soberana y que la Grecia deberia pagar un tributo anual; pero los territorios debian ser distintos y consecuentemente declinados en un tratado ulterior. Las disposiciones de esta convencion no eran mas que la reproduccion de lo estipulado en el protocolo firmado en San Petersburgo el 4 de abril del año anterior (1826); en ellas se sentaba el principio de la mediacion; era pues necesario dar una sancion á esta cláusula, y se hizo en un artículo adicional y secreto en virtud del cual la Puerta deberia decidirse sobre las proposiciones de las potencias dentro el término de un mes; en caso de silencio ó de negativa, las cortes contratantes entrarian en relacion inmediata con los griegos, proclamarian el armisticio y confiarian á sus escuadras el cuidado de hacerlo respetar. Estos actos que consagraban en nombre de la Europa la legitimidad de la rebelion griega y aseguraban la existencia del nuevo estado, eran firmados en nombre de la Inglaterra por lord Dordley, en nombre de la Rusia por el conde de Lieven y en nombre de la Francia por el príncipe Julio de Polignac.

El artículo adicional formaba toda la esencia del tratado; y á pesar de que sus prescripciones debian permanecer secretas, era tal la importancia de los intereses mercantiles que la Inglaterra tenia comprometidos en la insurreccion, que á fin de tranquilizar á sus súbditos, los ministros no vacilaron en comunicarlo inmediatamente á los periódicos, haciéndose así pública un mes antes de haber podido los representantes de las cortes notificarlo á la Puerta. Notificado el tratado en 16 de agosto el sultan se manifestó inflexible y rechazó lo mismo el armisticio que la mediacion; Mahomet Alí no se mostró menos firme, y estaba pronta á salir del puerto de Alejandría para la Morea una escuadra cargada con cuatro mil hombres de tropa, muchos centenares de caballos, víveres, municiones y un millon de duros españoles, cuando los cónsules de las tres potencias comunicaron al bajá el tratado de Lóndres y le significaron que debia suspender el envío de las tropas; esta oposicion no impidió la salida de la escuadra, la cual se hizo á la vela entrando en el puerto de Navarino el dia 9 de setiembre.

Lo que inspiraba su resistencia á la Puerta no era únicamente la conciencia de su derecho; convencida como estaba de que eran necesarias al equilibrio político y á la paz de Europa, creia que su independencia y la integridad de sus posesiones territoriales serian respetadas por las tres cortes, siendo el tratado de 6 de julio una amenaza puramente conminatoria. Sin embargo esta vez fué la amenaza muy formal, y cada una de las potencias contratantes dirigió al Archipiélago el dia siguiente de haber firmado el tratado, una escuadra compuesta de cuatro fragatas y de cuatro buques lijeros, dando órden á los almirantes de flanquear los puertos ocupados por los turcos. La escuadra inglesa mandada por el almirante sir Eduardo Codrington fué la primera en llegar á las costas del Peloponeso, y advertido en 13 de setiembre de la entrada del último convoy egipcio en el puerto de Navarino, el almirante inglés se dirigió en seguida hácia aquel punto y esperó cruzando á las demás escuadras; la prolongada presencia de aquellos buques delante de su escuadra sorprendió y alarmó á Ibrahim, el cual, á fin de saber si su mision era pacífica ú hostil, hizo salir al mar una division de la escuadra: apenas salida del puerto se ve detenida por el almirante inglés, quien le manda retroceder inmediatamente so pena de obligarle á ello con la fuerza, y aquella misma tarde se presentó á Ibrahim un oficial de la escuadra británica comunicándole las disposiciones del tratado de 6 de julio y añadiendo que el almirante estaba decidido á hacerlas ejecutar aun cuando fuera por la via de las armas: «No seré yo quien dé la señal de las hostilidades, contestó el hijo de Mahomet-Alí, pero si el sultan me manda hacer salir la escuadra y combatir, obedeceré, sea cual sea la superioridad de vuestras fuerzas.»

En la mañana del 21 la escuadra francesa mandada por al almirante de Rigny, se reunió con la escuadra británica, y el 23 ambos almirantes pidieron al general egipcio una conferencia que se verificó dos dias despues; en esta entrevista sir Eduardo Codrington y Mr. de Rigny insistieron cerca de Ibrahim para que aceptara la suspension de armas que tenian órden de imponer á ambos partes, y á la cual se habia adherido el gobierno griego; el baja renovó la manifestacion que habia hecho anteriormente, pero añadió: «Que no pudiendo las instrucciones de la Puerta haber previsto la circunstancia estraordinaria que se presentaba, consentia en escribir á Constantinopla y á Alejandría, y á tener á su escuadra en la inaccion hasta la llegada de nuevas órdenes del sultan y de su padre, á pesar del disgusto que le causaba suspender las hostilidades en el momento en que la rendicion de la mayor parte de las plazas de los rebeldes, la dispersion de sus fuerzas y las direcciones de sus jefes aseguraban la completa estincion de la rebelion.»

Esta promesa equivalia á un armisticio de una duracion probable de veinte dias, cuyo término resolvieron esperar el almirante inglés en la vecina isla de Zante, posesion inglesa, y Mr. de Rigny en la isla de Milo, dejando delante de Navarino, encargadas de observar los movimientos de la escuadra otomana, á una fragata de cada nacion, el *Dartmouth* y la *Armida;* apenas el almirante inglés habia anclado en su nueva estacion cuando el *Dartmouth* le trasmitió un aviso anunciándole la salida de siete fragatas, de nueve corbetas y dos bricks egipcios; sir Eduardo Codrington sale inmediatamente en su persecucion con un navío, una fragata y dos bricks, y á pesar de esta desproporcion de fuerzas, amenazó al comandante otomano con echarle á pique si persistia en continuar su camino. Los turcos volvieron á Navarino, pero fué para salir segunda vez al mar, ser detenidos de nuevo por los ingleses y volverse al puerto; informado de estas dos salidas el almirante de Rigny se reune el 12 de octubre con la escuadra inglesa delante de Navarino, y el 13 intima á todos los franceses que se hallasen en la escuadra ó en el ejército de Ibrahim, que abandonen inmediatamente las filas egipcias, á cuya órden obedecieron todos retirándose a bordo de un bergantin austriaco. El dia 18 la escuadra rusa mandada por el almirante Fleiden se unió por fin con la francesa é inglesa, y los tres almirantes se reunieron á bordo del *Asia*, navío almirante inglés, para tratar de los medios de conseguir el principal objeto de su mision, una suspension de armas efectiva entre los griegos y los turcos. Los primeros habian aceptado y observaban el armisticio; los segundos habian prometido guardarla, y no solo acababan de violarlo por dos veces distintas, sino que se sabia que Ibrahim, inmediatamente despues de la entrevista del 25 de setiembre, habia penetrado en el interior de la Morea, llevándolo todo á sangre y fuego, asesinando á los niños y á las mujeres, incendiando las habitaciones, arrancando las viñas, los árboles, los arbustos, en una palabra, dejando tras sí la muerte y la devastacion. ¿Cómo obligar á este general á detener su marcha? Las instrucciones dadas á los tres almirantes concebidas en términos vagos y generales, no podian guiarles, pues cada corte se habia limitado «á fiarse en su prudencia y habilidad para la ejecucion del tratado de 6 de julio.» Bloquear los puertos ocupados por los turcos se convertia en una amenaza sin resultado desde el momento en que dueños del interior del pais, Ibrahim y los demás bajáes pudieran proveer estos mismos puertos por la via de tierra; continuar cruzando en la entrada del puerto de Navarino era sin duda alguna paralizar la accion de la escuadra turco-egipcia, pero no la de las tropas que quedaban libres de

continuar en otra de destruccion. Quedaba un último partido, y era hacer entrar las tres escuadras en el interior del puerto, y una vez tomada esta posicion exigir de Ibrahim el formal cumplimiento del armisticio propuesto. «Los almirantes reconocieron unánimemente que con la sola é imponente presencia de las escuadras, podia este medio producir, sin hostilidad y sin efusion de sangre, una determinacion conforme al espíritu del tratado de 6 de julio y á los intereses de la misma Puerta (1).»

El mando superior de las escuadras, en virtud de las instrucciones de la tres cortes, correspondia al almirante mas antiguo y por lo mismo tocaba á sir Eduardo Codrington, el cual empleó el dia 19 en ordenar los necesarios preparativos; en el medio dia del 20, siendo el viento favorable se hicieron los señales de preparacion y cada uno ocupó el puesto que le estaba designado: al frente el navío almirante inglés el Asia, seguido del Albion, del Génova, y de la fragata Darmoulth; venian luego la fragata Sirena llevando el pabellon del almirante de Riony, el Escipion, el Tridente, el Boeslaw y la fragata Armida, formando el ala las goletas el Alajon y la Daphire; el almirante ruso de Heiden formaba la retaguardia con tres navíos y cuatro fragatas.

El puerto de Navarino tiene la forma de herradura; su entrada dominada desde el interior por el islote de Sphacteria, de que ya hemos hablado, se hallaba defendida por las baterías establecidas en ella y en los dos lados del estrecho; además los fuertes del viejo y del nuevo Navarino batian la rada en todas direcciones. La escuadra turco-egipcia se componia de tres navíos de línea, de un navío rebajado, de diez y seis fragatas, de veinte y siete grandes corbetas y de veinte y siete briks; cuyas fuerzas ancladas en tres líneas y siguiendo la figura del puerto presentaban una especie de semicírculo, cuyos dos estremos estaban guardados por tres brulotes.

A las dos de la tarde el navío el Asia entraba en el puerto, pasaba por delante de las baterías y seguido por los demás buques ingleses, anclaba frente del navío almirante turco; á las dos y veinte minutos la Sirena con una atrevida virada, cuya precision fue muy aplaudida, se colocó en el vacío que dejaban entre sí la fragata egipcia que llevaba el pabellon almirante y otras dos fragatas de la misma nacion; el Tridente se colocó á babor, el Escipion presentó su costado á dos fragatas egipcias y á tres brulotes anclados en un flanco izquierdo; el Breslaw tomó posicion entre el navío almirante ruso y muchas fragatas turcas de gran porte, y finalmente la armada se aguantó en facha pronta á trasladarse donde se necesitara su ausilio.

Las escuadras habian entrado en el puerto sin ser inquietadas por las baterías; su repentina aparicion no fué acogida por ningun rumor ni movimiento, así en el muelle como en el interior de la rada; por espacio de media hora las líneas turcas permanecieron silenciosas y sus soldados inmóviles, pudiendo los almirantes maniobrar tan libremente como si hubieran anclado en un puerto y en medio de buques amigos: nada parecia pues indicar ni la aparicion de un conflicto, cuando un acto aislado de violencia brutal y de grosero fanatismo cambió repentinamente los destinos de esta jornada.

La fragata Darmouth fué la encargada de intimar á los brulotes turcos que salian de su posicion en los dos estremos de la línea, y se retirasen en un punto mas lejano de los buques aliados; al atravesar una de sus lanchas en el buque incendiario mas cercano, para comunicarle esta órden, una bala disparada por los turcos, hiere al aspirante que mandaba la embarcacion; los marineros que la tripulaban contestan á este tiro disparando sus fusiles; el brulote responde; llega el Dardmouth y se traba un vivo tiroteo entre los marinos de ambas partes. Al ruido de la fusilería dispiértanse los ecos de la bahía; conmuévense los turcos, y la mayor agitacion sucede á su anterior inercia. Queriendo el almirante Codrington impedir el conflicto, envia una embarcacion al comandante del navío almirante turco para que hiciera cesar el fuego, mas el piloto que la gobierna cae muerto de un balazo; la Sirena entonces á toca penoles, con la fragata egipcia la Esnina, se apresura á gritar á este buque con la bocina, que no hará fuego si no lo rompe ella primero, á la cual contesta la Esnina con un cañonazo cuya bala entró por la popa de la Sirena; indignado el almirante francés mandó inmediatamente disparar su andanada de estribor, cuya formidable esplosion admira al mismo tiempo que arrastra á las tripulaciones de los buques vecinos; los artilleros se precipitan hácia sus piezas, el fuego se estiende de buque en buque, y despues de pocos minutos en todos los puntos del puerto resonaban espantosas descargas.

La rapidez con que se habia trabado esta lucha repentina é inesperada la hacia mucho mas terrible; los buques colocados uno al lado de otro y casi confundidos, tiraban en todas direcciones y con todos sus cañones; en breve la cuadruple línea que formaban los buques es envuelta por espesas nubes de humo, que atraviesan á cada segundo los rápidos relámpagos producidos por los fogonazos de las piezas de artillería; su corta y viva luz es el único guia de los artilleros de ambas partes; mas la instruccion y la esperiencia de los europeos *triunfaban* de esta oscuridad; sus golpes no eran menos certeros; cada una de sus andanadas destrozaba las obras vivas de los buques enemigos, barria sus puentes ó rompia sus palos y jarcias; por el contrario llevados los turcos por una especie de loco furor, se batian ciegamente y sin desamparar sus cañones; cuidando únicamente de multiplicar sus golpes, descargaban sus piezas al azar sin apuntarles y tirando siempre demasiado alto ó demasiado bajo. A estar menos exaltados ó si hubieran sido mas hábiles, habrian destruido las escuadras combinadas con la artillería de sus buques tres veces mas numerosa que la de los aliados, y con las baterías del viejo y del nuevo Navarino; es cierto que los aliados añadian á lo certero de sus tiros un valor indomable; la fragata francesa la Armida sostuvo largo tiempo y sin cesar el fuego de cinco fragatas egipcias, mientras que no lejos de ella el navío Escipion enredado en su bauprés con un brulote inflamado apagó cuatro veces el fuego que se habia declarado en su bordo, sin cesar por un momento de combatir y de disparar á la vez contra la triple línea de los enemigos y contra los fuertes y murallas de Navarino.

Ciento cincuenta buques de guerra haciendo fuego con todos sus cañones; miles de moribundos y de heridos enrojeciendo las aguas con su sangre, é hiriendo el aire con sus gemidos y sus gritos, palos, velas, jarcias rotas y despedazadas, cayendo con estruendo, y para completar el horror del cuadro, cuarenta buques presos de las *llamas* esplotando uno tras otro, formando en los aires inmensos círculos de fuego, que dejaban caer, en medio de una claridad deslumbradora, destrozos de vergas de palo y de cañones, tal fué el espectáculo que presentó la bahía de Navarino durante tres horas y media. A las cinco de la tarde quedaba destruida la primera línea de los turcos; á las siete su formidable escuadra quedaba reducida á veinte buques de menor porte, completamente abandonados. La bala disparada contra la lancha del Dardmouth costaba al sultan seis mil hombres muertos, tres navíos de línea, diez y seis fragatas, veinte y seis corbetas, doce briks y cinco brulotes; ninguno de estos buques cayó en poder de los aliados; los que las balas de los buques cristianos no hicieron saltar ó zozobrar fueron echados á pique ó incendiados por sus propias tripulaciones. La escuadra aliada no perdió ni una sola lancha y no tuvo mas pérdida que ciento cuarenta muertos y trescientos heridos. Postrada la Grecia por la miseria y la discordia, iba á sucumbir bajo el doble pesó de los soldados de Ibrahim y del sultan; mas esta batalla la salvó; cierto es que su salvacion podia causar la ruina de la Turquía; debilitado este imperio por una lucha de siete años, sin ejército organizado, casi sin soldados, y totalmente destruida su marina, se hallaba imposibilitado de defender la mayor parte de sus costas y puertos de los ataques de los buques rusos, y el mar Negro se convertia en un lago de la Rusia. En presencia de estos resultados fáciles de prever, y que los sucesos debian confirmar muy pronto (1), la victoria de 20 de octubre se cambiaba para la Inglaterra en un accidente fatal que su gobierno no dejó de deplorar abiertamente; no solo el almirante Codrington perdió el mando de la escuadra del Mediterráneo, medida que llevó consigo la dimision del duque de Clarence, lord gran almirante, sino que los ministros en 29 de enero de 1828 al abrir, en nombre del rey, las sesiones del parlamento, hablaron en estos términos del encuentro de Navarino: «Una coalicion inesperada ha tenido lugar entre las escuadras de las potencias contratantes (del tratado de 6 de julio) y la de la Puerta Otomana; á pesar de las pruebas de valor que en esta ocasion se han dado, S. M. se

(1) Relacion publicada en el *Monitor* de 9 de noviembre de 1827.—Con este motivo se ha hablado mucho de algunas palabras que el duque de Clarence, entonces lord gran almirante y despues rey bajo el nombre de Guillermo IV, añadió á la comunicacion ministerial conteniendo las instrucciones del almirante inglés, la cual habia sido enviada segun la costumbre al lord gran almirante para ser trasmitida á sir Eduardo Codrington. Amigo particular de este último y philhelleno decidido, el duque de Clarence escribió al pié de aquel documento algunas palabras para cumplimentar al almirante y para recomendarle «á sus pobres griegos» *have at them* (dales de firme, cae sobre ellos), añadia hablando de los turcos; se ha dicho que esta recomendacion habia ejercido una grande influencia en la resolucion adoptada, mas creemos este rumor sino sin fundamento muy exagerado al menos. La exortacion del duque Clarence pudo hacer que el almirante consintiera mas facilmente en el partido propuesto, pero es evidente que no podia ejercer la menor influencia en la decision de MM. de Rigny y de Heiden, siendo así que la resolucion fué unanime y fundada en los motivos dados por el *Monitor* que no hace mas que reproducir el parte de Mr. de Rigny.

(1) Vease el cap. siguiente (espedicion de Morea.)

Digitized by Google

siente profundamente afligido por el combate trabado contra las fuerzas navales de un antiguo aliado, pero conserva grandes esperanzas de que este siniestro acontecimiento, (*untoward event*, no será seguido de otras hostilidades.»

Hemos visto en otro lugar que las primeras noticias de la victoria de Navarino habian por decirlo así pasado desapercibidas en Francia entre la agitacion causada por la última lucha electoral; mas al calmarse este movimiento la atencion pública se fijó de nuevo en la Grecia, y todas las clases de la poblacion aplaudieron tanto mas la jornada del 20 de octubre, cuanto el ministerio Villele se habia mostrado por largo tiempo hostil á la causa de la insurreccion en el discurso de la corona. ¿Cuál seria el lenguaje del nuevo gabinete sobre esta victoria? Se conformarian sus miembros al sentimiento nacional? ó bien, á ejemplo de los ministros ingleses deplorarian la derrota de los turcos? La impaciencia para oir las declamaciones de Mr. de Martignac y de sus colegas sobre este hecho de política estranjera era tan grande, como la que tenia todo el público para conocer su modo de pensar sobre las cuestiones de política interior que agitaban el pais hacia tres años; el interes de las comunicaciones esperadas aumentaba en vista de la actitud del partido religioso, el cual, lejos de aceptar su derrota, parecia por el contrario prepararse para la resistencia, multiplicando sus escitaciones á todos sus afiliados. Diez dias antes de la apertura de las cámaras, en 25 de enero, una circular profusamente repartida invitaba á todos los fieles á hacer una novena bajo la invocacion de San Ignacio, para la conservacion de los jesuitas.» Seis dias despues, un prelado, á quien su intervencion en los debates de la ley sobre la conversion de la renta habia dado cierta popularidad, el arzobispo de Paris, publicaba con motivo de abrirse la legislatura, una pastoral, en la cual entre las prácticas religiosas destinadas á atraer la bendicion del cielo sobre los trabajos de la nueva asamblea, recomendaba las oraciones usadas en la devocion al sagrado corazon de María y al sagrado corazon de Jesus. Finalmente en la reunion preparatoria en la que debia sortearse la gran diputacion encargada de recibir á Cárlos X á su llegada al salon donde debia verificarse la ceremonia de la apertura, todos los diputados recibieron un tomo titulado: «Defensa de la órden de los jesuitas.» La solemnidad se verificó el dia siguiente 5 de febrero con el ceremonial acostumbrado; en el discurso pronunciado por el rey se notaban los siguientes párrafos:

«El tratado que he firmado con el rey de Inglaterra y el emperador de Rusia ha sentado las bases de la pacificacion de la Grecia, y me es dable esperar que los esfuerzos de sus aliados y los mios triunfarán, sin el ausilio de la fuerza, de la resistencia de la Puerta otomana.

»El imprevisto combate de Navarino ha sido á la vez una ocasion de gloria para nuestras armas y la prueba mas evidente de la union de los tres pabellones.

»A pesar de las estrechas relaciones que deben existir entre la religion y la educacion de los hombres, la instruccion pública y los asuntos eclesiásticos me han parecido exigir una direccion separada y he dispuesto su division.

»Queriendo afirmar mas y mas en mis estados la constitucion otorgada por mi hermano, y que he jurado mantener, cuidar de que se trabaje con prudencia y madurez en poner nuestra legislacion en armonía con aquella.

»Han sido señaladas á mi solicitud algunas altas cuestiones de administracion pública: y convencido de que la verdadera fuerza de los tronos está despues de la divina proteccion, en la observancia de las leyes, he ordenado que se profundicen estas cuestiones y que su discusion haga brillar la verdad, primera necesidad, así de los príncipes como de los pueblos.»

Sabíanse ya por los periódicos las espresiones empleadas por los ministros ingleses al hablar de la batalla de Navarino, así es que cuando Cárlos X empezó á tratar de nuestra política esterior, reinó en la sala un profundo silencio, á medida que adelantaba en su lectura se hacia notar en todos los bancos un movimiento de satisfaccion, y en las últimas palabras del párrafo estalló el entusiasmo con prolongados gritos de «¡viva el rey!» La promesa de separar en adelante la instruccion pública de los asuntos religiosos fué igualmente recibida con estrema aprobacion y se renovaron con gran fuerza los gritos de «¡viva el rey!» cuando se oyó al monarca obligarse á permanecer fiel á la constitucion y á poner nuestra legislacion en armonía con el espíritu del pacto constitucional. En este discurso, el ministerio repudiaba el sistema de sus predecesores, y si los actos correspondian á las reclamaciones, el advenimiento de Mr. de Martignac y de sus colegas inauguraba una nueva política.

El dia 15 de febrero la cámara de los pares contestó al discurso de la corona con otro que no era mas que un largo elogio de las palabras reales; decíase que los miembros liberales de esta asamblea, imitando el ejemplo dado en 1819 por los pares ultrarealistas, con motivo de los muchos nombramientos hechos por Mr. Decazes, tratarian de poner en cuestion la constitucionalidad de la considerable promocion firmada por Mr. de Villele, mas no fué así; los nuevos pares fueron admitidos sin oposicion, y á pesar de la opinion comun, su introduccion no modificó el espíritu de la cámara hereditaria tan profundamente como se creia; parte de los nuevos miembros no se creian de ningun modo obligados á sostener el sistema político del ministerio que les habia nombrado, y otros, acostumbrados á votar invariablemente por el ministerio, dieron sus votos al nuevo gabinete, así es que se mantuvo el equilibrio entre los partidos que dividian antes á la asamblea. Sin embargo, si la defensa de los principios constitucionales contra una administracion y una cámara devotas y retrógradas habia dado, durante los seis últimos años, el primer lugar en la oposicion pública á la cámara hereditaria, el advenimiento de una asamblea electiva liberal trocaba los papeles y atraia las esperanzas y el interés del pais sobre las discusiones de la cámara de diputados.

Los primeros debates de esta cámara se consagraron al exámen de las actas de las elecciones de sus miembros; gran número de protestas dirigidas contra el nombramiento de muchos partidarios del antiguo ministerio y en las cuales los reclamantes denunciaron fraudes y violencias que podian producir su nulidad, fueron objeto de acaloradas discusiones; introduccion de falsos electores así en las listas como en el interior de los colegios; haber borrado á electores que llenaban todas las condiciones exigidas; negociaciones de justicia, inejecucion de fallos pronunciados por los tribunales reales, tales eran los cargos hechos generalmente. En el departamento de la Mosa las listas en vez de publicarse en 25 de setiembre, no se fijaron hasta el viernes 28; muchos electores estaban eliminados de ellas por falta de suficientes justificaciones, siendo así que otros se hallaban inscritos sin haber presentado ninguna; espirando el plazo para las reclamaciones el 30 á media noche, muchos electores se apresuran, durante todo el dia 29, á regularizar ó á completar sus documentos, y el 30 por la mañana se presentan á la prefectura para entregarlos, mas encuentran las puertas cerradas; interrogan entonces á la mujer del conserge: «¿El prefecto?—Está ausente.—¿El secretario general?—Está en la vendimia.—¿Pero los empleados....?—Hoy es domingo y no vendrán.»

En algunos colegios se habia obligado á los electores á votar entre dos gendarmes; en otros los presidentes habian violado el secreto de los votos; por todas partes los jefes judiciales, militares y administrativos habian prodigado en numerosas circulares la intimidacion y la amenaza á sus subordinados, á los notarios, á los procuradores, á los tasadores de oficio y á los ugieres, haciéndoles responsables no solo de sus votos sino tambien de los de sus parientes. La lectura de estos documentos recibida con gritos de indignacion por los diputados de la izquierda, escitaba por el contrario vivas muestras de aprobacion en los bancos de la derecha, en los cuales Mr. de Labourdonnaie y sus amigos, que habian recobrado su antiguo lugar, defendian con calor los actos mas violentos de los funcionarios acusados. Uno de estos, el vizconde de Curzay, prefecto de Ille-et-Vilaine enviado á la cámara por el gran colegio de Vienne, no se limitó á rechazar con los términos mas enérgicos los cargos dirigidos contra los funcionarios sus colegas, y añadió: «Sí, no hay duda, las elecciones no han sido libres, pues en la mayor parte de la Francia han sido hechas por la influencia de un comité director establecido en Paris.» (Violenta interrupcion en la izquierda, viva aprobacion en la derecha.)

Mr. de La Pommeraie, levantándose: «¡El comité director de las elecciones se hallaba en Montrouge!» (Esclamaciones en la derecha.)

Mr. de Curzay: «La única queja es que no me han dado el resultado que el comité director esperaba (nueva interrupcion en la izquierda.) No es á los prefectos á quienes se acusa, pues la mayor parte de ellos no han hecho mas que su deber, sino á la administracion del rey. (Muchas voces: ¡Al órden!)

Voces en la izquierda: «¿Creeis acaso hallaros aun en la cámara de 1824?»

Otras voces del mismo lado: «Es otro de los trescientos de Mr. de Villele; ¡este discurso es un anacronismo!»

Voces en la derecha: «¡Continuad! ¡Continuad!»

Efectivamente, Mr. de Curzay continua acusando al comité director de todos los desórdenes denunciados en las elecciones impugnadas; en vano cada vez que pronuncia la palabra *comité* es interrumpido con los gritos de ¡Montrouge! ¡Montrouge! Mr. de Curzay persiste en sostener que los consejos consultivos establecidos por la oposicion en cada

departamento son los autores de todo el mal, confundiendo á los electores sobre sus derechos en vez de ilustrarles, y termina calificando de calumniadores á los peticionarios «bastante atrevidos para acusar ante la Francia entera á hombres honrados dignos de la confianza del pais, mientras posean la de su rey.»

Como se hizo observar muy justamente, este discurso llevaba el sello de las pasiones de 1821; su autor, afectando confundir la administracion con la monarquía, acusaba en cierto modo á los miembros del antiguo partido monárquico que, bajo el título de realistas constitucionales, pretendian por el contrario separar la monarquía de la administracion, y que despues de haber combatido en la última cámara al ministerio Villèle, parecian decididos á continuar votando contra las doctrinas y los actos del gabinete, con los diputados liberales. Uno de estos realistas Mr. Agustin de Leyval tomó la palabra despues de Mr. de Curzay para justificar el cambio que así á él como á sus amigos les habia movido á unirse en ciertas votaciones a la oposicion liberal, sin renunciar en nada á su antigua adhesion al rey y á la monarquía.

«Si hubo en Francia dos pueblos en uno, dijo, se han dado ya la señal de paz. Se nos habla de desórdenes, de revolucion; nadie siente como yo tan profundo horror á la anarquía y al despotismo, pues me han arrebatado mis padres y mi fortuna, rodeando mi infancia de amargura y de miseria; y si bien conservo de ello impresiones indelebles, no han ofuscado mi razon ni mis sentidos; las fantasmas, por terribles que sean, no son para mí mas que fantasmas.» (Aplausos prolongados en la izquierda; el lado derecho permanece mudo.)

«¿Dónde está la revolucion? La carta ha ahogado al monstruo y solo podrá revivir queriendo destruir aquella. (En la izquierda. ¡Sí! ¡Sí!) Si hay tiempos en que los pueblos parecen tener una necesidad de la anarquía, hay otros en que no desean mas que la razon; estos últimos han llegado para la Francia; tantas vicisitudes en los acontecimientos, tantas buenas y malas fortunas, tantas alegrías ahogadas al nacer, tantos triunfos seguidos de tan prontas derrotas han disipado los vapores de la embriaguez política. La natural amenidad de nuestras costumbres, nuestros hábitos benévolos y atentos, han herido á hombres cansados de odiarse; mas confiados y fáciles en sus relaciones, sus opiniones se han suavizado y confundido por grados: ¿Qué mas os diré? El realismo se ha hecho liberal, y el liberalismo se ha convertido en monárquico. (Nuevos y prolongados aplausos en la izquierda; profundo silencio en la derecha.)

«Esta consideracion entre la doctrina liberal y el principio realista que fué el objeto de los esfuerzos y el carácter peculiar del nuevo ministerio, era sincero por ambas partes. La víspera 13, el conde Cayetano de La Rochefoucauld-Liancourt contestando á un miembro de la derecha que negaba á la cámara ciertas atribuciones en el exámen de los poderes de sus miembros habia dicho: «Se niega la soberanía de la cámara. (En la derecha; ¡Sí! ¡Sí!) Cuando uno no es soberano, es súbdito; ¿ahora bien, decidme de quién lo sois? (En la derecha: ¡Del rey! ¡del rey!—Prolongada agitacion.)

Mr. Cayetano de La Rochefoucauld: «Señores, permitid que esplique mi idea. Se dice que la soberanía reside en el rey (en la derecha: ¡Sí! ¡Sí!!) No lo niego; pero veamos de qué modo, veamos en que consiste la soberanía del monarca. Esta es la cuestion.» (Tumulto en la izquierda; gritos de: ¡No! ¡No!! No se trata de esto!! ¡Basta! ¡Basta!)

La derecha insiste con fuerza para que el orador continúe su discurso, á lo cual se oponen los diputados de la izquierda. MM. Etienne, Casimiro Perier y de Chauvelin corren á la tribuna y despues de muchos esfuerzos contrariados por los continuos gritos de la derecha de: ¡Hablad! ¡hablad! obtienen de Mr. de La Rochefoucauld, en nombre de todos los partidos constitucionales, el sacrificio de las peligrosas consideraciones que iba á desenvolver.

Estos debates escitaban en el mas alto grado la atencion pública; el mismo Mr. de Villèle las seguia atentamente desde el fondo de la tribuna particular del duque de Borbon; abiertas el dia 8 de setiembre se prolongaron durante quince dias, y dieron por resultado la nulidad de cinco nombramientos del departamento de los Vosges, la de una eleccion particular y la administracion de los diputados.

La actitud de los nuevos ministros, incierta al principio de esta larga discusion, se habia hecho pogresivamente mas firme; Mr. de Martignac, á quien su talento oratorio daba el primer puesto en el gabinete, habia querido si no escusar, atenuar al menos las ilegalidades de los funcionarios dependientes de su administracion; pero advertido por los murmullos de la izquierda y por el reprobador silencio del centro derecho, comprendió la necesidad de separarse mas profundamente de lo que la habia hecho hasta entonces de las doctrinas profesadas por la antigua administracion; así es que el dia 12 de febrero dijo: «Jamás ejerceremos en provecho nuestro el derecho de eleccion; siendo como somos los enemigos jurados del fraude, del engaño y de la ilegalidad, los combatiremos sea cual sea el aspecto con que se nos presente. La lucha debe ser franca, abierta, legal, y la accion del gobierno no debe ser nunca fraudulenta, ni tiránica, ni inquisitorial.» Esta declaracion, recibida con grandes aplausos por la izquierda y renovada por MM. de Roy y Portalis, colocaba en una alta situacion á los dos miembros del antiguo gabinete, MM. de Chabrol y de Frayssinous que formaban parte de la nueva administracion; solidarios de todos los actos del minsterio Villèle y obligados en cada sesion á inclinar la frente bajo los cargos y acusaciones dirigidas contra los hombres cuyos trabajos habian dividido, sentian estos ataques tanto mas vivamente en cuanto no podian rechazarlos sin esponerse á suscitar contra ellos la mayoría de la nueva asamblea y á ver su conducta desaprobada por sus nuevos colegas. Esta posicion muy difícil ya cuando se trataba sencillamente del exámen de actas, era evidente que seria intolerable cuando la presentacion del proyecto de contestacion al discurso de la corona concluyese la *discusion* sobre la política general y sobre todos los actos del *gabinete anterior*, ambos ministros no se sintieron con fuerzas para sufrir esta *segunda* prueba, y disfrazando la necesidad de su retirada con el deseo de no añadir con su presencia mas dificultades á las que tendrian que vencer, sus nuevos colegas en tan peligroso debate, ofrecieron su dimision.

En aquel entonces la cámara procedia á la eleccion de los cinco candidatos entre los cuales debia el rey elegir al presidente de la asamblea. Esta cuestion daba á la composicion de la cámara un interes escepcional, pues habiendo sido muy diversos los votos en el exámen de las actas, sabríase en fin en que parte se hallaba la mayoría. La fortuita é instantanea alianza contraida en la época de las elecciones entre todos los adversarios de Mr. de Villèle se habia disuelto, Mr. de Labourdonnaie y sus amigos habian vuelto, como hemos dicho, al lado derecho; confundidos con los diputados congreganistas, formaban con estos un mismo y único partido: Mr. Agier y los diputados sentados cerca de el no mostraban ya la decision de los primeros dias; y el recuerdo de sus antiguas luchas con los liberales y el temor de verse arrastrados por estos mas allá de sus compromisos con la monarquía, no solo les habia inspirado alguna incertidumbre, sino que la mayorparte de ellos habian unido en muchas votaciones sus bolas con las del lado derecho. Despues del discurso de Mr. de Leyval se pudo creer que se habia restablecido la union con la izquierda, pero era tan profunda la huella dejada en el antiguo partido realista por aquellas discusiones de diez años que solo hizo cesar el intolerante despotismo del partido religioso, que pasada la primera impresion la desconfianza habia vuelto á entrar en todos los pechos. ¿Estos veinte y cinco ó treinta miembros accedentes votarán con la derecha ó con la izquierda? El primer escrutinio para el nombramiento de los cinco candidatos que debian ser presentados al rey dejó la cuestion indecisa; el número de votantes era de trescientos sesenta y cuatro y la mayoría absoluta de ciento ochenta y tres; los votos se repartieron del modo siguiente: Mr. de Labourdonnaie ciento setenta y ocho; Mr. Gauthier (de la Gironda) ciento setenta y cuatro; Mr. Royer-Collard ciento sesenta y ocho; Mr. Ravez ciento sesenta y dos, y Mr. Casimiro Perier ciento cincuenta y seis.

Estos números demostraban la fuerza exacta de cada partido; la derecha propiamente dicha, es decir, los partidarios del antiguo gabinete, unidos á los amigos de Mr. de Labourdonnaie se hallaban representados por los ciento sesenta y dos votos obtenidos por Mr. Ravez. MM. Royer-Collard y Casimiro Perier habian recibido de todos los miembros de la izquierda, el primero ciento sesenta y ocho votos y el segundo ciento cincuenta y seis, por término medio ciento sesenta y dos, número igual al de los votos dados á Mr. Ravez. Restaban los veinte y cinco ó treinta votos de la reunion Agier, la cual tenian su candidatura particular que se componia, además de tres de sus miembros, de Mr. de Labourdonnaie, el acérrimo adversario de Mr. de Villèle que habia tomado de la candidatura de la derecha y de Mr. de Gauthier comerciante de Burdeos y realista hecho liberal, votado por la izquierda, proviniendo de aquí el considerable número de votos obtenidos por ambos diputados. Los tres candidatos pertenecientes esclusivamente á la reunion, entre los cuales figuraban MM. Delalot é Hyde de Neuville, habian tenido un número de votos insignificante.

No habiendo obtenido mayoría absoluta ninguno de los candidatos, se hizo necesario un segundo escrutinio; aquella tarde y una parte de la noche se pasaron en conferencias sin resultado entre el lado izquierdo y la pequeña fraccion que tenia en sus manos la mayoría. El partido clerical cometió la falta de envanecerse demasiado pronto de los votos obtenidos por MM. de Labourdonnaie y Ravez; su nombramiento, decian

todos sus miembros, es infalible y probará que la mayoría está aun en el lado derecho; al cabo de dos horas se anunciaba que estos dos hombres políticos unidos con Mr. de Villèle iban á formar inmediatamente un nuevo gabinete, y un periódico de la tarde, órgano reconocido del antiguo presidente del consejo, no se contentaba, al hacerse elocuente con satirizar por su derrota á los amigos de Mr. Agier ni con ridiculizar á la oposicion, sino que injuriaba abiertamente á uno de ellos, á Mr. Delalot. Estas injurias, estos gritos de alegría en que se dejaba traslucir cierto acento de amenaza, decidieron á los miembros de aquella reunion, la vacilacion cesó, y el dia siguiente 23 por la mañana convinieron con la reunion de la calle Grange-Rataliere en una candidatura, en la cual se hallaban inscritos dos de ellos junto con los tres diputados votados por la izquierda; á la una se abrió la sesion y pocos instantes despues empezó el escrutinio; á las cuatro se anunció que la clasificacion de los votos había terminado, lo cual hizo prestar suma atencion así á los miembros de la cámara como á las personas que llenaban las tribunas; el resultado fué el siguiente: Mr. Delalot doscientos doce votos y Mr. Hyde de Neüville doscientos seis; Mr. Royer-Collard ciento ochenta y nueve; Mr. Gauthier ciento ochenta y siete; Mr. Casimiro Perier ciento ochenta. Reuniendo todos estos diputados la mayoría absoluta de los votantes, eran todos candidatos definitivos. Estos nombramientos no eran esperados por los partidarios de la última administracion, así es que les causaron profundo estupor; entonces dirigieron todos sus esfuerzos á castigar á los amigos de Mr. Agier, obteniendo del rey que la presidencia no fuese á lo menos conferida á ninguno de los candidatos pertenecientes á aquella reunion, y en efecto Mr. Royer Collard, aunque el tercero de la lista, fué elegido por Carlos X. Esta preferencia era contraria á todos los precedentes, pues ordinariamente la eleccion de la corona recaía en el candidato que reunia mayor número de votos; los ministros dieron á esta escepcion un pretesto plausible en apariencia, pues decian que Mr. Royer-Collard, elegido en siete colegios, era el presidente designado por la opinion pública.

Este nombramiento y la union que lo produjo consagraba el triunfo de los adversarios del antiguo gabinete: desde aquel momento se hallaba formada la mayoría y mas afianzada la existencia del ministerio; las dimisiones de MM. de Chabrol y de Frayssinous fueron aceptadas, y como era imposible elegir sus sucesores en los bancos de la izquierda, pues Carlos X y cuantos le rodeaban, lo mismo que la generalidad del partido monárquico, estaban convencidos de que la palabra liberal era sinónimo de revolucionario, y de que un hombre político que perteneciese á cierta opinion no habia sido ni podia ser jamás realista, cuyo título no podia negarse á los amigos de Mr. Agier, los nuevos ministros fueron nombrados del seno de esta reunion y de entre los miembros del episcopado menos ligados con los jesuitas; Mr. Hyde de Neuville se encargó de la marina en vez de Mr. de Chabrol, y el abate Feutries, obispo de Beauvais, recomendado por la dulzura de sus costumbres y sus tolerantes ideas, reemplazó á Mr. de Frayssinous como á ministro de negocios eclesiásticos: el dia 3 de marzo fueron firmados estos nombramientos, y dos dias despues, el 5, la cámara de diputados discutia en sesion secreta su contestacion al discurso de la corona.

Los debates se prolongaron durante cuatro dias y versaron principalmente sobre diferentes párrafos cuyos términos se quiso que dieran satisfaccion á la opinion pública. Condenando la administracion del imperio caido; MM. de Villèle, Corbiere y Peyronnet habian tenido por cómplices á la mitad de los miembros de la asamblea, así es que fueron enérgicamente defendidos. «Algunas partes de la administracion pública han escitado vivos resentimientos,» decia el proyecto de contestacion; Mr. Humbert de Lesmaisons, apoyado por Mr. Syries de Mayrinhac, propuso sustituir á las dos últimas palabras las de grave descontento por ser menos severas; Benjamin Constant se opuso á esta enmienda y logró que fuese rechazada. Los amigos de Mr. de Villèle fueron mas felices en la siguiente frase: «La verdad por largo tiempo cautiva llegará por fin al pié del trono.»—«El rey ama y busca la verdad, objetó Mr. de Portalis; pero ¿no temeis al usar este lenguaje, no ofenderle, pero sí afligirle?» Esta consideracion triunfó de todos los razonamientos, y la supresion del párrafo fué decidida por unanimidad: no tuvo igual suerte el último párrafo que resumia por decirlo así todo el proyecto cuya redaccion pertenecia á Mr. Delalot. «Señor, decia, invocais la ley como el mas firme apoyo de vuestro trono; llamais la verdad desde el fondo de los corazones, y vuestras palabras hacen que la Francia se recoja en una profunda ternura. Sus deseos no exigen de los depositarios de vuestro poder mas que la verdad de vuestros beneficios, sus quejas solo acusan el sistema deplorable que les hizo frecuentemente ilusorios.»

Un celoso congreganista, devoto mundano entre los cortesanos y cortesano de talento entre los devotos, que encargado del departamento de bellas artes habia adquirido la mas estraña celebridad queriendo moralizar oficialmente los poemas, la música, los bailes y hasta los vestidos de las bailarines de la ópera, Mr. Sosthenes de La Rochefoucauld, pidió la supresion de las palabras «sistema deplorable (1).» Mr. de Montbel apoyó esta supresion de un discurso en el cual haciendo intervenir y hablar á Mr. de Villèle, colocaba en boca de este exministro una defensa que terminaba con estas palabras de Escipion: «¡Vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses!» El marqués de Laboersiere, que segun decia, no veia deplorable sino el discurso entero, MM. Syriès de Mayrinhac, de Montignac y de Labourdonnaie solicitaron igualmente la supresion pedida, la cual combatida enérgicamente por MM. Agier, Casimiro Perier y de Chauvelin, fué finalmente sujetada á votacion pública La cámara se divide en partes iguales, dos veces declara el presidente dudosa la votacion, hasta que por fin se recorre al escrutinio; el número de votantes era de trescientos sesenta: ciento setenta y siete votos se pronuncian por la supresion y ciento ochenta y siete la reprueban, así es que el epíteto de deplorable que debia ser la calificacion del largo ministerio Villèle es mantenida por una mayoría de catorce votos. La votacion sobre la totalidad del proyecto tuvo el resultado que sigue á toda las luchas políticas: decidida la victoria, cierto número de la oposicion se pasaron á los vencedores, y la contestacion al discurso de la corona adoptada por ciento noventa bolas blancas contra ciento sesenta y cuatro bolas negras, obtuvo una mayoría de treinta y cuatro votos.

A pesar de la costumbre generalmente seguida, el rey no hizo anunciar que recibiria aquella tarde á la diputacion de la asamblea, cuyo silencio dió márgen á un sinnúmero de suposiciones; los amigos de la pasada administracion decian, que Carlos X se negaria á recibir la contestacion á su discurso; y hasta se aseguró que los ministros habian presentado su dimision reemplazándoles MM. de Blacas, de Vitrolles, Villèle, de Labourdonnaie y Pardessus, y que el rey acababa de firmar la disolucion de la asamblea. Estos rumores, nacidos y acreditados por el temor que se abrigaba de que volviera al poder el expresidente del consejo, omnipotente aun, segun se decia, en el ánimo del monarca carecian de todo fundamento como lo acreditó, el que el dia siguiente 9 pues Carlos X habia querido tomarse tiempo para preparar su respuesta, Mr. Royer Collard, admitido en las Tullerías con los miembros de la mesa y una numerosa diputacion de la cámara, leyó el discurso en contestacion al leido por el rey en la apertura de las cámaras; Carlos X contestó: Sí, señores al manifestaros mi voluntad de robustecer nuestras instituciones, y al llamaros para cooperar conmigo á la felicidad de la Francia, he puesto mi confianza, tanto en la conformidad de vuestro sentimiento, como en el ausilio de vuestras luces.

»Mis palabras se dirigieron á la cámara entera, y hubiera tenido la mayor satisfaccion en que su respuesta hubiese podido ser unánime

»Estoy cierto de que tendreis presente que sois los guardas naturales de la majestad del trono, que es la primera y mas noble de vuestras garantías. Vuestros trabajos serán para la Francia una prueba de vuestro profundo respeto al soberano que nos concedió la carta, y de vuestra justa confianza en aquel á quien llamais hijo de Enrique IV y de San Luis.»

La irritacion reprimida que se traslucia en esta contestacion, y la preocupacion que descubria en el ánimo del rey acerca de una «majestad del trono» que presentaba como la primera de las garantías constitucionales, causaron en cierta parte del público un sentimiento de sorpresa mezclada de inquietud, el cual, sin embargo vino á disipar pronto el espectáculo nuevo entonces de las públicas reuniones electorales.

Ya hemos dicho que en las últimas elecciones resultaron muchos nombramientos múltiples; y así los asientos que quedaron vacantes ó desocupados á consecuencia de las anulaciones, ó de las dimisiones que se dieron en el exámen de los poderes, llegaron á cuarenta y cinco. Solamente París debia ya elegir seis nuevos diputados. Las operaciones para llenar las vacantes fueron señaladas para el 21 de abril; y solicitaban la preferencia de los electores una multitud de candidatos presentando derechos ó títulos políticos casi equivalentes. ¿Pero cómo lograr la necesaria union para lograr el triunfo? ¿A quien habia de preferirse? Hasta entonces, los periódicos eran los mismos que habian indicado y discutido las candidaturas, inspirados por las comisiones

(1) Hemos dicho ya de qué clase era la influencia que en los últimos años del reinado de Luis XVIII, daban á Mr. Sosthenes de la Rochefoucauld sus relaciones con la favorita. A falta de un *departamento ministerial* que no se podia pensar en confiarle, habia solicitado la administracion de bellas artes permitiéndose cambiar el título de *Direccion* en el de *departamento*.

compuestas de un corto número de personas influyentes. Paris dió el ejemplo de las reuniones preparatorias numerosas, en donde los candidatos, despues de haber empeñado su palabra «de que no admitirian ningun empleo ó gracia de parte del gobierno, en caso de salir elegidos, sometian por sí mismos sus títulos á la reunion ó los hacian presentar y apoyar por sus amigos; en donde contestaban á las interpelaciones que se les dirigian acerca de su vida pasada, de sus opiniones en las materias políticas y económicas que estaban á la órden del dia; y en donde finalmente pasaban por la prueba de un escrutinio cuyo resultado por mayoría de votos designaba el nombre del candidato que debian presentar los electores. Estas reuniones, verificadas primero en lugares públicos, tenian su mesa y su presidencia, su tribuna y sus discusiones, de las cuales daban cuenta al público los periódicos. Las vicisitudes de la política son tales que en una de estas reuniones, compuesta de mil á mil doscientos electores, vióse al conde Lavalette, sentenciado á muerte en 1815, y evadido de la Concergería la víspera del dia señalado para su ejecucion, subir á la tribuna para recomendar á los electores la persona del abogado que en dicha época le defendió. Estas reuniones, accidentales y del todo momentáneas, puesto que cesaban desde que quedaba acordada la eleccion, fueron motivo de vehementes quejas de parte de los periódicos congregantes: la publicidad que se daba á las sesiones, y el órden de las deliberaciones evocaron un lejano recuerdo de aquellas antiguas sociedades del pueblo, cuyo influjo y ardor revolucionario no se habian olvidado todavía; así los papeles clericales despidieron un grito de espanto: «La revolucion prosigue su marcha, decian: ya tenemos abierto el club de los jacobinos, y se prepara un nuevo año 93. Los ministros, siendo demasiado débiles con respecto á la corte y al rey, para despreciar el terror inspirado á la opinion realista con tales declamaciones, y obligados al mismo tiempo á respetar la reclamaciones de la opinion constitucional en favor del derecho de libre discusion, hicieron insertar en el Monitor una nota, anunciando: «Que no ponian obstáculo á las reuniones formadas en las casas particulares, ó en sitios privados, pues no ejerciendo influjo en el esterior, no presentaban ningun inconveniente serio; pero que en adelante no autorizaban ni tolerarian las juntas reunidas en parajes públicos, donde un número inmenso de ciudadanos podia someter á una deliberacion imprevisora y apasionada los asuntos mas graves de la política así interior como estranjera.» Los liberales se resignaron á ello, y aunque la discusion sobre las candidaturas perdió la solemnidad de un debate parlamentario, no fué ni menos libre ni menos completa: así el 21 de abril, los dos partidos en que estaba dividida la cámara se encontraron de frente en veinte y ocho departamentos: la oposicion constitucional venció en los seis colegios de Paris y en la mayor parte de los de provincia, y vinieron á reforzar á la izquierda treinta y cinco diputados. Fiel el ministerio á sus declaraciones, en todas partes observó la mas absoluta neutralidad.

A propio tiempo que la fuerza de la opinion pública enviaba así un notable refuerzo á la nueva mayoría, Carlos X, á quien su desconfianza y sus precauciones arrastraban en una direccion contraria, protestaba en cuanto podia contra la conducta de sus ministros. El duque de Riviere, ayo del duque de Burdeos, murió el 22 de abril, el mismo dia de las elecciones, y el nombramiento de su sucesor, acto peculiar de la corona y exento de la refrendacion ministerial, se efectuó el 26. Dos resentimientos dominaban á la sazon en los hombres de la opinion que acababa de salir triunfante; á saber: el odio á la congregacion y al gabinete que desde el año 1822 habia mantenido á la Francia sujeta al yugo de esta sociedad. Así pues, la persona á quien el rey confió la educacion política del jóven heredero del trono, era el baron de Damas, notorio congregante, y uno de los miembros de este ministerio á quien la cámara acababa de tratar de deplorable. Esta eleccion causó sorpresa y consternacion. «Semejante nombramiento es indicio de un sistema decidido, y debe asustar á la opinion,» esclamaban los periódicos en su mayor parte. Los órganos de los realistas disidentes, como mas tímidos, no osaron protestar de otro modo que espresando «su profundo dolor.»

El dia 28 la cámara de diputados empezó la discusion de uno de los proyectos de ley destinados por el ministerio á dar á las reclamaciones y á las quejas de la opinion constitucional las reparaciones que esta esperaba.

CAPITULO XXV.

Continuacion de la legislatura de 1828. Proyecto de ley para la revision anual de las listas electorales y del jurado: discusion, adopcion.—Secreto de las cartas: gabinete negro.—Proposicion para acusar al ministerio Villele: tómase en consideracion: nombramiento de una comision de informacion.—Dictámen de la comision encargada de examinar la cuestion relativa á los jesuitas.—Los ministros presentan su dimision.—Ordenanzas de 16 de junio: irritacion del partido clerical: protestas de los obispos: mision de Mr. Lasagni en Roma: respuesta del papa: las ordenanzas se ponen en ejecucion. Dictámen de la comision sobre la acusacion del ministerio Villele: sus conclusiones: aplazamiento.—Discusion del presupuesto. Instruccion pública: reclamaciones del partido clerical contra la universidad y en favor de la libertad de enseñanza. Ciérranse las cámaras.—Guerra entre los turcos y los rusos: protocolo firmado en Londres el 29 de julio: preparativos militares.—Espedicion de Morea: embarque de las tropas: tentativa del gabinete de Londres para hacer abortar la espedicion: convenio con Mehemet-Alí: desembarco de las tropas.—Ibrahim en el campamento francés: rendicion de Modon, Koron, Navarino y Patras: toma del castillo de Morea: libertad de la Grecia.—Viaje de Carlos X á Alsacia: ovaciones.—Reorganizacion del consejo de estado.—Viaje de la duquesa de Berri á Bretaña y á la Vendée.—Los jesuitas y los borbones.

El 25 de marzo Mr. de Martignac presentó á la cámara de diputados un proyecto de ley sobre la revision anual de las listas electorales y del jurado, cuyo proyecto estaba destinado á completar las disposiciones legislativas votadas sobre el mismo asunto el 12 de mayo anterior; pero cuya insuficiencia y la falta de exactitud y de claridad acababan de poner de manifiesto por las violencias y fraudes que se observaron en las últimas elecciones. Los medios que proponian los ministros para asegurar en adelante los derechos de los electores, y la espontaneidad de las operaciones electorales, eran como sigue:

El dia 1.° de junio de cada año, los maires de las comunas de cada canton, asistidos de todos los preceptores de la circunscripcion cantonal, se reunian en las capitales y arreglaban la lista de los electores del canton. Enviadas al subprefecto, luego al prefecto, estos las revisaban desde el 1.° de julio, segun los informes que les habian llegado, y teniendo un registro de sus decisiones y de sus motivos, cuyas listas así rectificadas se fijaban el 15 de agosto en cada comuna y se depositaban en la secretaría de cada mairía, subprefectura y prefectura.

El mismo dia de esta publicacion, hallábase abierto en la secretaría de las prefecturas un registro destinado á anotar toda reclamacion, con su fecha, ya la hiciese un interesado, ya una tercera persona: el derecho de procurar la inscripcion de un elector provisto de los títulos necesarios, así como el de hacer borrar al que careciese de ello, correspondia á cualquiera que se hallase inscrito en la lista. Estas demandas sometíanse al consejo de prefectura, el cual proveia á los cinco dias, y se esponian al público lo mismo que las listas sus decisiones en un estado con rectificaciones. El dia 12 de octubre quedaba definitivamente cerrada la lista electoral.

El recurso contra las determinaciones del consejo de prefectura producia suspension; y era llevado, en cuanto á la regularidad de los alistamientos y á la naturaleza y asiento de las contribuciones, ante el consejo de estado; y en lo respectivo á las cuestiones del estado civil ó político, á la de domicilio, derecho de propiedad ó posesion, ante el tribunal real. Las decisiones de estos dos cuerpos eran sin gastos, sin intervencion de abogado ni procurador, y se tomaban sumariamente y con suspension de otro cualquier asunto.

Desde el decreto de convocacion de un colegio hasta su reunion debia intermediar el plazo de un mes. Ningun empleado público podia ser inscrito en la lista electoral del departamento donde ejercia sus funciones hasta seis meses despues de haber declarado por sí la intencion de domiciliarse en el mismo. Finalmente, los cobradores de contribuciones estaban obligados á facilitar á los electores que lo pidiesen, todos los certificados negativos, ó estractos de los asientos relativos á los contribuyentes de su demarcacion.

La franqueza y claridad de estas disposiciones hicieron acepto á la opinion liberal este proyecto de ley, como prenda de la sinceridad con que los ministros deseaban abandonar la senda de sus antecesores, para entrar por fin en otra verdaderamente constitucional; y así todos los órganos de la antigua oposicion alabaron unánimes tanto su espíritu como su texto; y solo criticaron ciertas particularidades secundarias, que desaparecieron al votarse los artículos.

Así fué al abrirse la discusion el dia 28 de abril, ofreció el espectáculo enteramente nuevo de un proyecto de ley del gobierno defendido con calor por los diputados liberales, de los ataques que le dirigian los miembros mas obstinados del antiguo partido ministerial. Estos censuraban el proyecto, diciendo que despojaba á la administracion en beneficio de los intereses revolucionarios. En la permanencia de las li-

las, veian la organizacion de un cuerpo político democrático, cuyo poder fuera peligroso para la monarquía. El derecho concedido á cada elector de promover la inscripcion ó la esclusion de toda persona omitida ó inscrita sin justicia, les parecia una intervencion popular peligrosa para la tranquilidad pública; un medio para que la malevolencia se permitiese escandalosas averiguaciones acerca de la fortuna y de los negocios de las familias. Como hija de las circunstancias, decian, esta ley era facciosa: «Siendo concedida á un partido al cual se teme, parece en efecto obra del mismo, añadió Mr. Duplessis de Grenedan; con ella se concede cuanto puede concederse, y despues que uno lo ha leido, en vano busca si queda algo á la administracion para defenderse. El partido dominante, al exigir esta ley, no ha tenido mas objeto que quitar al gobierno todo influjo en las elecciones, y conservar todo el suyo.» Pero estas acusaciones y quejas fueron inútiles, puesto que en el curso de la discusion, las garantías inscritas en la ley, en vez de debilitarse quedaron mas firmes. Así, la permanencia de las listas, que en el proyecto de ley solamente se indicaba ó sobrentendia, se puso en forma de órden espresa en estos términos: «Las listas serán permanentes; igualmente se adoptarán otras varias enmiendas, inspiradas por las fraudulentas interpretaciones dadas por los prefectos á algunas cláusulas de la ley cuando se hicieron las elecciones antecedentes, y se redactó de una manera precisa y clara toda espresion ó disposicion que pudiese presentarse equívoca, en el proyecto del ministerio. Una de las mas importantes, y de las mas disputadas, fué relativa á una cuestion jurisdiccional.

Segun los términos del proyecto toda reclamacion para que se inscribiese ó fuese borrado un elector despues de la primera publicacion de la lista era jurada, como se ha visto, en primer recurso, por el consejo de prefectura; en apelacion, por el consejo de estado ó por el tribunal real, segun que el punto disputado pertenecia á la cantidad de contribucion, ó al domicilio del elector y á la propiedad de los bienes imponibles. Los miembros de la antigua oposicion liberal desechaban de un modo absoluto, la apelacion al consejo de estado, cuerpo cuyos miembros eran amovibles y del todo dependientes del gobierno. «Los consejos de prefectura compuestos de empleados de la administracion, y revocables á voluntad, ninguna garantía de independencia ofrecen, decian; y esto supuesto; ¿es justo, es lógico dar á los electores perjudicados por sus decisiones, por único recurso otros agentes tan independientes y revocables como aquellos? Los diputados de la derecha, apoyados por los ministros, objetaban: «que los consejos de prefectura formaban una jurisdiccion administrativa, cuyas decisiones no podian pasar mas que á otra jurisdiccion de igual naturaleza. Por otra parte, la apelacion al consejo de estado, solo se prescribia para las cuestiones sobre impuestos, en cuyas materias solo este cuerpo es competente; y que en tales casos acudir á otro tribunal era confundir las jurisdicciones.»

No dejaban de tener fuerza estas razones, como tampoco eran infundados los recelos de los liberales: agriábase la discusion, y el número de oradores que se sucedian en la tribuna, muy lejos de ilustrar la cuestion, la hacian todavía mas oscura; cuando Mr. de Martignac, que primero se declaró por la conservacion de ciertas apelaciones al consejo de estado, propuso que las reclamaciones electorales se decidiesen, no ya por el consejo de prefectura, sino por el prefecto en consejo de prefectura, y someter al tribunal real del distrito, la apelacion de todas las decisiones tomadas por dicho empleado sobre materias electorales. En efecto, con este sistema ya no se trataba del juicio de un tribunal administrativo, sino de la decision de un funcionario; y así esta proposicion, que probaba la sinceridad del ministerio, desvaneció inmediatamente las reclamaciones de la izquierda, escepto, no obstante, los escrúpulos de Mr. Mauguin y de Mr. Dupin, mayor, miembros de la misma, cuya insistencia en embarazar el debate con una inútil cuestion de conflictos, afortunadamente vino á estrellarse en el afan de sus colegas para pasar á la votacion del cambio propuesto.

A medida que la discusion llegaba á su término, la derecha multiplicaba las enmiendas. Dos diputados de la misma, Mr. Boscal, Mr. de Reals y Mr. de Pina, pidieron la interdiccion absoluta de las reuniones preparatorias, de las comisiones electorales, y el castigo de los promovedores, directores ó miembros de estas reuniones y comisiones. «La Francia monárquica y religiosa, decian, se ha conmovido al ver sus alarmantes tendencias, y acusa la debilidad de las leyes.» Sostuvo esta proposicion Mr. de Montuéjouls, y le fueron contrarios el general Mathieu-Dumas y Mr. Eusebio de Salverte, quienes reproduciendo una espresion de Mr. Etienne, llamaron «hipocresía del miedo» á los temores manifestados con respecto á las comisiones electorales: por último fué desechada; y al dia siguiente, 12 de mayo, despues de quince dias de discusion, púsose á votacion la totalidad de la ley. El número de votantes fué el de trescientos sesenta y dos: y de ellos resultaron doscientas cincuenta y siete bolas blancas y ciento cinco negras, por consiguiente hubo una mayoría de ciento cincuenta y dos votos en favor de la ley. Tambien hubo una considerable mayoría en la cámara de pares. No obstante esta ley fué en ella combatida con un calor sin ejemplo en esta asamblea por algunos pares de reciente creacion; entre otros, por los señores Forbin des Issarts, Castelbejac, Kergolay, Trenilty y Kergarion, quienes se oponian, lo mismo que sus amigos en la otra cámara, á la permanencia de las listas, á la intervencion de terceras personas, y á la jurisdiccion esclusiva de los tribunales reales; pero á pesar de la violencia de estos ataques, ó mejor, por efecto de la misma, se adoptó la ley el 21 de junio, despues de ocho dias de discusion, por ciento cincuenta y nueve votos en favor y ochenta en contra; resultando por consiguiente una mayoría de trece votos; cuyo número, por una estraña coincidencia, era precisamente igual al de los pares promovidos por Mr. de Villèle.

Durante la discusion de la ley electoral ocupó la cámara electiva un incidente, que no podemos pasar en silencio. Regularmente se dedicaban los primeros instantes de cada sesion á la lectura de algunas peticiones: el dia 3 de mayo Mr. de Haussez dió cuenta de una demanda, en la cual el firmante solicitaba una averiguacion acerca de muchas infidelidades cometidas en la administracion de correos, y sobre la violacion del secreto de la correspondencia. Esta reclamacion condujo naturalmente el debate á tratar de la existencia de una oficina secreta, á la cual el público daba el nombre de gabinete negro, y donde se efectuaba la violacion de las cartas oficialmente y en beneficio del gobierno. Esta institucion inmoral, sin utilidad efectiva, hacia muchos años que escitaba las quejas mas vivas, y los diputados liberales continuamente pedian su supresion. Los ministros, apesar de la pública notoriedad de la existencia de dichas oficinas, no salian de un sistema de vagas negativas y de protestas sobre su respeto al secreto de la correspondencia, y legaban á sus sucesores, como una especie de secreto de estado, el empleo de ese vergonzoso establecimiento. Así pues, situado el gabinete negro en la parte mas baja y casi subterránea de uno de los edificios de la casa de correos, tenia sus entradas y salidas secretas por las cuales se podia penetrar en él sin ser visto. Los empleados en estas viles operaciones eran treinta y dos; y la especial habilidad necesaria para su desempeño constituia el privilegio de algunas familias: los hijos sucedian á los padres, y sus sueldos, que eran cuantiosos, ascendian cada mes á la suma de treinta mil francos, sacada de los fondos generales de la policía. Bajo Luis XIV, ó á lo menos en los últimos tiempos de su reinado, los trabajos de este gabinete tenian principalmente por objeto ayudar al descubrimiento y averiguaciones dirigidas contra los protestantes: en el reinado de Luis XV daba materia á las relaciones destinadas á poner al rey cada mañana en el secreto de las intrigas amorosas en la ciudad y de la corte: en tiempo de Luis XVI servia únicamente á satisfacer la curiosidad de algunos ministros. Durante el imperio se trasformó en terrible instrumento de la policía; bajo Luis XVIII recobró su carácter revelador de asuntos licenciosos; y finalmente en el reinado de Carlos X bajó á las proporciones de un simple espionaje congreganista. Los debates suscitados por la peticion leida el 3 de mayo en la cámara dieron á conocer que los nuevos ministros dieron finalmente satisfaccion á la moral pública; que el 31 de enero anterior, y antes de un mes desde la caida de Mr. de Villele, tuvo lugar la supresion de dicho gabinete negro con consentimiento del rey, y por órden del nuevo ministerio de hacienda Mr. Roy, habiéndose sacado de noche los muebles de esa oficina y los útiles necesarios para el trabajo de los empleados. Un acto semejante, que hacia mucho honor á la nueva administracion, ha sido sostenido por todos los gobiernos sucesivos, y ninguno de ellos, á lo menos hasta el dia, ha querido cargar con la vergüenza de restablecerlo.

Entre las reparaciones que la nueva mayoría esperaba, figuraba la supresion de las trabas con que encadenaron á la imprenta las leyes de 31 de marzo de 1821 y 17 de marzo de 1822. Luego despues de examinados los poderes de Mr. Benjamin Constant, haciéndose el interprete de sus amigos políticos, pidió desde el 10 de marzo la abolicion de la censura facultativa. Esta proposicion fué antes tomada en consideracion por una considerable mayoría: pero se suspendió su discusion á peticion de los ministros, quienes anunciaron la próxima presentacion de un proyecto cuyas disposiciones dejarian satisfechos los deseos de la cámara. Este proyecto fué presentado el dia 14 de abril; y de él citaremos solamente el primer artículo y el último. «Todo francés de mayor edad, y que goce de los derechos civiles, puede publicar, sin permiso previo, un diario ó escrito periódido, conformándose á las dispo-

siciones de la presente ley.» Así decia el artículo 1.º; y el 18 y último estaba concebido en estos términos: «La ley de 17 de marzo de 1822 relativa á la policía de los periódicos, queda abrogada. «Con la primera de estas disposiciones restablecíase la libertad de las publicaciones; y con la segunda suprimíase la censura facultativa y los procesos de tendencia. Sin embargo, la fianza que debia depositarse antes de toda publicacion, quedaba señalada en diez mil francos de rentas para los periódicos diarios; á la mitad si el escrito periódico era semanal; y á la cuarta parte si salia mas de una vez al mes. Solamente se exceptuaban de esta fianza los periódicos que solo se publicaban una vez al mes ó en un período mas largo, y los escritos periódicos destinados esclusivamente á los avisos, anuncios particulares á judiciales, la llegada de buques, precios corrientes, etc. Es verdad que esta exencion podia concederse á solicitud motivada de una de las cuatro clases del Instituto, á todo periódico dedicado esclusivamente á la literatura, ciencias y artes, que se publicase mas de una vez al mes; pero el gobierno podia retirarle el permiso. Finalmente el juzgar los delitos de imprenta quedaba á cargo de los tribunales ordinarios.

Las disposiciones principales de la nueva ley como formadas sobre las enmiendas, que en la cámara de pares se introdujeron en el proyecto de ley de justicia y de amor, de Mr. de Peyronnet, hallaron desde luego la mas favorable acogida así entre la mayoría de la asamblea, como en el público. En el primer momento no vieron mas que la supresion de la censura, de los procesos de tendencia y del permiso anticipado. Pero con una lectura mas atenta descubrieron en la mayor parte de los artículos ciertas precauciones y exigencias que disminuian notablemente las ventajas concedidas. El gobierno, por medio de varias prescripciones secundarias y de la aplicacion de estas mismas, recobraba el beneficio de los principios en ellos inscritos. Así, se castigaba con enormes multas la menor contravencion, y en ciertos casos, por una declaracion inexacta, por ejemplo, la multa podia subir al importe total del depósito, el cual quedaba confiscado. Por otra parte los periódicos literarios quedaban sujetos á la misma fianza que los diarios políticos, y como estos, debian depositar doscientos mil francos si se publicaban mas de una vez á la semana. Finalmente, en ciertos casos los tribunales tenian el derecho justamente de declarar en estado de incapacidad absoluta al gerente de un periódico y de suspender la publicacion de este durante tres meses. A los elogios de los primeros dias sucedieron amargas censuras, y aun estaban en su mayor calor las quejas, cuando el 29 de mayo la discusion parlamentaria vino á absorver la atencion así de los escritores, como de sus lectores.

El proyecto de ley fué atacado por los dos lados de la cámara, aunque por distintos motivos. La izquierda quejábase de sus exigencias y de su vigor; y la derecha, de sus concesiones y debilidad. «Es esta una ley de decepcion, de asechanza, llena de cosas material y moralmente imposibles, y de contradicciones: y los ministros nos la han traido sin profundizarla,» decia Mr. Keratry, diputado liberal, quien al defender al periodismo de la acusacion que se le hacia de que sembraba la inquietud y el desórden en los entendimientos, hacia observar que sin los periódicos, los ministros actuales no propondrian ciertamente leyes en su nombre, ni menos la mayoría de la cámara se sentaria en aquellos bancos; y que el ministerio anterior, así como la última asamblea, continuarian haciendo frente á la opinion pública.—Cuando se nos presentó este proyecto, añadió Mr. Benjamin Constant, ví que contenia ó que parecia contener algunas mejoras importantes. A mas de esto deseaba rodear de una confianza anticipada al naciente ministerio; pues su misma debilidad y hasta la incertidumbre de sus primeros pasos, las tímidas miradas que paseaba por una cámara desconocida para él, y su deseo de hallar mediante un sistema cualquiera, una mayoría fuerte y protectora; todo esto me hizo impresion y me interesó. Por último, algunas frases del preámbulo me dejan encantado. Pero muy pronto el atento exámen del proyecto me ha demostrado los vicios de la proposicion ministerial, y la desapruebo con tanta mayor resolucion, en cuanto están impregnados del espíritu sutil y astuto de una famosa sociedad de la que la Francia suplica al ministerio que la desembarace y se desembarace él mismo.»

«No hay duda, decia por otro lado un miembro de la derecha, Mr. de Conny, la libertad de imprenta es una necesidad de la época, y el hombre de estado que se propusiese prohibir los periódicos, seria indigno de este nombre; pero no puedo ver sin espanto que se imprima la obligacion de obtener permiso previo destruyendo así un derecho inherente á la autoridad real. Con tanto ensanche será muy fácil publicar á bajísimo precio periódicos llenos de máximas detestables y difundirlos entre las clases inferiores de la sociedad.—Suprímese el restablecimiento facultativo de la censura, añadia Mr. de Montbel, otro miembro de la derecha; pero ¿acaso no pueden sobrevenir circunstancias graves en que sea necesario oponer esta censura á la licencia de los periódicos? Y en estos casos, ¿no fuera mejor que se hallase establecida, en virtud de una ley existente, y no por medio de un poder dictatorial sacado del artículo 14 de la carta? En vano ha tratado el ministerio de asegurar así al gobierno como á la sociedad las garantías que les son debidas; porque su proyecto no da la proteccion suficiente, ni seguridad á los intereses de la monarquía.»

Estos ataques contradictorios se reprodujeron y desenvolvieron durante seis dias por los oradores de cada partido; y el dia 4 de junio, empezó la discusion de los artículos. El artículo 1.º por el cual quedaba suprimido el permiso previo aunque fué nuevamente combatido por Mr. de Montbel, y por algunos otros amigos suyos, fue adoptado por una considerable mayoría. El segundo señalaba la suma de la fianza; este, combatido por la izquierda, como que restablecia el monopolio de la imprenta en provecho de los ricos, suscitó los debates mas largos y acalorados. En efecto, la obligacion de hacer un depósito de doscientos mil francos, hacia que el publicar un periódico fuese privilegio de la fortuna. Necesitábase disminuir tan exorbitante suma, decian los diputados liberales, quienes á mas pedian que las publicaciones *literarias* no se sometiesen á la misma fianza que las políticas; para estos objetos se presentaron muchas enmiendas, las cuales fueron sucesivamente desechadas despues de varias luchas en que se notaba un lenguaje algo violento. La izquierda acusaba á los ministros de que eran solo unos constitucionales vergonzantes; que oian sin osar responder las mas enfáticas apologías del antiguo ministerio, hasta cuando eran estas una amarga censura de sus adictos y una reprension formal por las intenciones que se les suponian.» Finalmente, la cámara despues de dos dias de una discusion la mas animada, adoptó por un mayoría de diez votos una enmienda de Mr. de Chastellier que reducia á seis mil francos de renta la fianza de los periódicos diarios ó que se publicasen mas de dos veces á la semana. En seguida se votaron las reducciones proporcionales en favor de los periódicos publicados en periodos mas largos, y varias otras enmiendas que modificaban algunos pormenores de la ley en el sentido de las mejoras solicitadas por la izquierda. Despues, el dia 18, la asamblea tuvo que declararse acerca de la jurisdiccion á que deberian someterse las causas de difamacion á particulares. Mr. Devaux (du Cher) y Mr. de Corcelles, pidieron con este motivo la aplicacion del jurado á todos los delitos de imprenta. Esta medida ningun principio nuevo introducia en la legislacion; pues las leyes de 1819 lo habian ya consagrado; y así podia creerse que esta enmienda seria defendida con teson; pero algunas palabras pronunciadas por Mr. de Portalis sobre la necesidad de no introducir en una ley especial disposiciones generales que cambiarian todo el sistema de jurisdicciones existentes, bastaron para suspender la discusion. Ciertas consideraciones que el ministro no pudo hacer en la tribuna decidieron á la mayoría: se hizo temer á muchos diputados de la izquierda que la ley seria desechada en la cámara de pares si se adoptase la enmienda. Estos miembros no quisieron sacrificar á una disposicion cuya adopcion era dudosa, y que por otra parte podia ser objeto de una proposicion particular ulterior, los beneficios ciertos é importantes que les concedian ya los artículos adoptados; desecharon pues la enmienda, y al dia siguiente, 19, se adoptó la totalidad del proyecto en escrutinio secreto por una mayoría de ciento cincuenta votos, habiendo votado en favor doscientos sesenta y seis y en contra ciento diez y seis.

Esta ley, llevada á la cámara de los pares el 25 de junio, encontró viva oposicion, y acaso mayor que en la cámara electiva; no en los bancos de la antigua mayoría constitucional, cuyos miembros, al contrario, defendieron todas las disposiciones de la ley, sino entre los congregantes que figuraban en la asamblea por efecto de la última promocion de pares. Los que manifestaron mayor violencia fueron los señores de Rougé, de Castelbajac, de Kergorlay y de Marcellus. Mr. de Rougé ni se limitó á pedir la supresion del artículo 1.º, sino que exigia que se mantuviese la ley draconiana de 1822. Por otra parte Mr. de Castelbajac decia con motivo de la fianza: «Seas monárquico ó republicano, ateo ó religioso, sabio ó inepto, poco importa! Como fueres rico, eres libre de hablar en el foro. Únicamente se obligará á cerrar la boca al que no tenga mas que talentos, amor al bien y honor.» Esta oposicion fué inútil, pues la discusion, que empezó el 9 de julio, se cerró el 14, y el proyecto quedó adoptado sin enmienda por ciento treinta y nueve votos contra setenta y uno.

El 14 de junio, cinco dias antes de votar esta ley la cámara de diputados, presentóse en ella una proposicion de acusacion al anterior ministerio, la cual se hallaba anunciada hacia tiempo, y cuya presentacion habia ido aplazando la izquierda con el doble objeto de probar la since-

ridad de sus sentimientos conciliadores á los nuevos ministros y de darles tiempo para preparar las medidas destinadas á dar á la opinion constitucional las satisfacciones que tenia el derecho de exigir. Ya hemos visto cuáles eran las disposiciones de Mr. Benjamin Constant, y de sus amigos con respecto á Mr. de Martignac y á sus colegas al principio de la legislatura. La ley sobre las listas electorales fué discutida y votada por la izquierda bajo el imperio, no de la confianza, sino de las esperanzas que cifraba en el nuevo gabinete, la ley sobre la imprenta, bajo la impresion del desengaño y del descontento. Trascurrieron en efecto los meses, y la nueva administracion, incierta y vacilante, dejaba á la congregacion dueña de todas las entradas del poder, así de los empleos menos importantes como de los puestos públicos de mayor influencia; en una palabra, la congregacion continuaba siendo tan poderosa como en tiempo del ministerio Villèle; la situacion era idéntica, y solo habian variado los ministros. Mas aun: el partido clerical, abatido primero por el triunfo electoral de los constitucionales, se repuso y enardeció por grados al ver la incertidumbre y continua vacilacion de Mr. de Martignac y de sus colegas, y se vió pasar de la defensa al ataque á consecuencia de un dictámen de que pronto hablaremos, en que la comision, que el 22 de enero anterior quedó encargada de examinar los asuntos relativos á los jesuitas, se declaró por la legalidad de su existencia en el reino. Sus periódicos recobran la osadía, y en el acaloramiento de sus invectivas dirigidas á la nueva mayoría, hasta calificaban de degradantes las discusiones de la asamblea. A los ministros al parecer les daba mas cuidado la irritacion de estos que las quejas de los liberales. Así, habiendo Mr. Corcelles atacado á los jesuitas mientras se discutia la ley de imprenta, Mr. Feutrier, ministro de negocios eclesiásticos, se apresuró á ocupar la tribuna para tomar con calor la defensa de estos sacerdotes, presentándoles como unos útiles auxiliares del episcopado. «Píntase á los jesuitas con los colores mas injustos y falsos, añadió; pero como particulares, son dignos de la estimacion pública, y me complazco en tributar homenaje á sus virtudes, á su probidad y á su desinterés.» Estos elogios, dirigidos á un instituto religioso, cuyo influjo en el gobierno constituia el principal cargo que hacia la opinion publica al anterior ministerio, y cuya existencia acababa de ser declarada legal, contra todas las leyes, por una comision nombrada por los nuevos ministros, señalaron el termino de los miramientos que hasta entonces les habia guardado la opinion liberal. El 11 de junio, pues, doce dias despues de la sesion en que el ministro de negocios eclesiásticos hizo la apología de la Compañía de Jesus, Mr. Labbey de Pompieres, diputado de la izquierda, puso sobre la mesa de la presidencia la proposicion siguiente:

«Acuso á los anteriores ministros de traidores al rey, á quien aislaron del pueblo; acúsoles de traidores al pueblo á quien privaron de la confianza del rey.

»Les acuso de traicion por haber atentado á la constitucion del estado y á los derechos particulares de los ciudadanos.

»Les acuso de de concusion por haber percebido impuestos no votados, y disipado los bienes del estado.»

Comunicada esta proposicion hizo que Mr. Labbey de Pompieres subiese á la tribuna el 14 de junio. Avisados de ello los curiosos por medio de los diarios, afluyeron en gran número así al esterior como dentro de la cámara; las tribunas estaban llenas; y no faltó en su lugar ningun diputado. El presidente tomó la palabra inmediatamente despues del proceso verbal, en estos términos: «Señores, la proposicion que forma el objeto de esta sesion puede ser el primer acto de unos procedimientos graves y solemnes, recomiendo pues á la cámara la mas imperturbable calma. Mr. Labbey de Pompieres tiene la palabra.» El sordo rumor que hasta entonces reinó en la asamblea cesó de repente; y en medio de un silencio profundo, el autor de la proposicion fue enumerando todos los actos del ministerio Villèle y desenvolvió los motivos de su acusacion. Terminada esta esposicion, Mr. Labbey leyó su proposicion. El testo leido presentaba en la redaccion del primer párrafo una diferencia mas bien en los conceptos que en las palabras, comparado con la proposicion puesta sobre la mesa tres dias antes: en esta los exministros eran acusados de haber aislado al rey del pueblo y de haber privado al pueblo de la confianza del rey.» El nuevo testo era menos absoluto, menos afirmativo, pues acusaba á Mr. de Villèle y á sus colegas de haber intentado aislar, de haber intentado privar. Este cambio al principio no hizo impresion en los amigos de la pasada administracion; á lo menos el lado izquierdo en masa contestó: «¡Sí! ¡sí!» á esta pregunta que hizo el presidente, á saber: «¿Se apoya la proposicion?» Mr. de Montbel subió precipitadamente á decir que así él como sus amigos, lejos de temer para los pasados ministros la prueba de una acusacion, se hallaban al contrario impacientes por hacer justicia mediante una informacion solemne á las vagas declamaciones con que por tanto tiempo se estravió la opinion pública. En consecuencia pedia que fuese tomada en consideracion inmediata. La derecha en masa la apoyó gritando: «¡Esto es! ¡á la votacion! ¡á la votacion!» La izquierda se unió á los amigos de Mr. Montbel; é iba á votarse si seria tomada en consideracion, cuando se levantó Mr. de Martignac, y pidió que se leyese la proposicion puesta sobre la mesa. El presidente la leyó, y luego, interpelando acerca de la variante que hemos señalado, declaró que la fórmula primitivamente puesta sobre la mesa era la única de que debia tratar la cámara. «En este caso, dijo el ministro del interior, pido la palabra.—Señores, añadió Mr. de Martignac desde la tribuna, no vengo á interponerme entre la pasada administracion y su acusador; pero la proposicion dice que los anteriores ministros han aislado al rey del pueblo, y privado á este de la confianza del rey: ved ahí dos asertos afirmativos, dos hechos indicados como positivos: contra estos dos hechos pues vengo á protestar con todas mis fuerzas y á desmentirlos á la faz de Francia y de la Europa. No, el rey no está aislado.....» (Fuertes esclamaciones en la izquierda.)

Mr. Labbey de Pompieres, adelantando hácia la tribuna: «He querido decir que los ministros trataron de aislar al rey.»

Muchas voces á la derecha: «¡Pero no es esto lo que habeis dicho!»

Mr. de Martignac, á Mr. Labbey de Pompieres: «¡Entonces retirad la proposicion!»

La izquierda entera, con fuerza: «¡No! ¡no!»

Mr. Labbey de Pompieres: «¡Ciertamente que no la retiraré!»

El tumulto que reinó en la sala por largo rato impidió á Mr. de Martignac continuar en el uso de la palabra: hasta que restablecida la calma por los esfuerzos del presidente, continuó el ministro del interior en estos términos:

«No, señores, no; el rey no se ha aislado de su pueblo, ni el pueblo de su rey. No, ese funesto y lamentable divorcio de lo que debe permanecer unido para felicidad y gloria de la Francia, nunca se ha consumado, ni siquiera se ha intentado. (Nuevas esclamaciones en la izquierda.) Pongo por testigos los gritos y aclamaciones de entusiasmo que resuenan en torno de la sagrada persona de S. M., añade el ministro dando grande animacion á sus palabras y gestos; pongo por testigos á estos sentimientos que infunde en todos los corazones la presencia de Carlos X, del padre del pueblo.»

Al oir estas últimas palabras una parte de los miembros de la derecha se levantan y gritan tambien: «¡Viva el rey!» cuyo grito es repetido en todos los lados de la cámara con calor; como que nadie quisiese dejar á otro el privilegio de estas aclamaciones. Esta estraña lucha produjo un largo tumulto, cuyo término estuvo aguardando Mr. Royer-Collard para pedir á la cámara que votase separadamente cada uno de los cuatro cargos de que constaba la acusacion formulada por Mr. Labbey de Pompieres. Empeñóse un debate confuso sobre esta proposicion. Luego el presidente dijo que consintiendo el autor de la demanda de acusacion en variar los términos de ella, podia la cámara retirarse inmediatamente á sus despachos para recibir la comunicacion de la proposicion modificada y pasar en seguida á discutirla en sesion pública. Esta observacion, apoyada vivamente por Mr. de Labourdonnaie, fue acogida en todos los bancos con los gritos de: «¡Retirarse! ¡retirarse!» Toda la derecha se levantó para salir, cuyo ejemplo siguió la izquierda; pero los adictos al ministerio, en lugar de abandonar el salon, se agruparon al pié de la tribuna y en los corredores, de modo que se suspendió el movimiento que los arrastraba fuera del recinto de la cámara. Y estos miembros, que al principio se mostraron tan ardientes en caso que se votase la proposicion de acusacion, se consultan y ponen de acuerdo sobre los medios de desviarla. Mr. de Montbel, iluminado repentinamente por la diestra desviacion que acababa de intentar el ministro del interior, volvió á subir á la tribuna y pide que á vista de la inconveniencia de los terminos, la cámara declare que no ha lugar á deliberar.» Esta proposicion, apoyada por toda la derecha y por Mr. de Martignac, escitó un terrible tumulto. La izquierda en masa replica y protesta. Todos los diputados dejan sus asientos; todos hablan á la vez, gesticulan y se agitan. En vano Mr. Royer-Collard repite varias veces que Mr. Labbey de Pompieres retira su primera proposicion, sustituyéndole una nueva demanda sobre la cual la asamblea puede pronunciar inmediatamente; la derecha insiste en hacerse el sordo, no ve mas que su testo y quiere una votacion que le permita desecharla: «¡Pero esta acusacion no existe! ¡ha sido retirada!» gritan sus adversarios: ¡Ya vemos el lazo! ¿Quereis comprometer el fondo por medio de la firma?» Por último, despues de dos horas de agitacion y de desórden, el presidente pudo hacer que se votase si se retiraria inmediatamente la

asamblea á sus despachos: por último se votó á pesar de las vehementes protestas de la derecha; parte de la asamblea se retiró; y parte se quedó y despues de un cuarto de hora de interrupcion, continuó la sesion concediéndose la palabra á Mr. Labbey de Pompieres, quien renovó su proposicion en estos términos:

«Pido que la cámara acuse á los miembros del pasado ministerio de los crímenes de concusion y de traicion.»

Esta nueva proposicion fué tomada en consideracion por una gran mayoría, y el dia siguiente la cámara confió el exámen de la misma á una comision especial compuesta de ocho miembros, cuyos trabajos debian prolongarse hasta al fin del mes siguiente.

Mr. de Martignac y sus colegas al aceptar la sucesion de Mr. de Villèle, se obligaron á impedir todo procedimiento contra el anterior ministerio, bajo la condicion no obstante, de poder ellos detener las invasiones del interés religioso en los asuntos políticos. Ya hemos visto los esfuerzos que hizo el ministro de lo interior para mantener el empeño contrario con sus predecesores. Por otra parte, la creacion de un ministerio de instruccion pública, distinto del de negocios eclesiásticos, fué el primer paso para separar la Iglesia del estado. Pero habia un hecho que dominaba á toda cuestion religiosa, y era la existencia de los jesuitas como corporacion legalmente constituida, dirigiendo bajo este título todo el movimiento congregacional, y admitida al desempeño de las funciones de la enseñanza. Ya hemos dicho las quejas que escitó el nombramiento de los que componian la comision establecida el 22 de enero anterior para examinar las medidas que sobre este punto podian ser necesarias para el cumplimiento de las leyes del reino. Realizáronse en efecto los temores de la oposicion; despues de cuatro meses de deliberaciones, esta comision, presidida por el arzobispo de Paris, siendo secretario Mr. Meunier, reconoció que los jesuitas tenian en Francia las ocho escuelas secundarias eclesiásticas de Burdeos, Aix, Saint-Acheul, Santa Ana de Auray, Billom, Dolé, Forcalquier y Montmorillon; «pero considerando que la direccion de las escuelas eclesiásticas correspondia esclusivamente á los obispos; que los sacerdotes encargados de la administracion de los ocho establecimientos arriba indicados fueron elegidos por los obispos de las diócesis á que pertenecian; que si estos sacerdotes seguian para su régimen interior la regla de San Ignacio, la libertad civil y religiosa proclamada por la carta no permitia escudriñar el foro interno de cada uno para averiguar los motivos de las reglas y prácticas á las cuales se somete, mientras estas prácticas y reglas no aparecen al esterior por algun acto contrario al órden ó á las leyes,» la comision concluyó por una mayoría de votos contra cuatro, en estos términos:

«La mayoría, refiriéndose á las declaraciones hechas por los obispos, cree que la discusion de las escuelas secundarias eclesiásticas dada por los arzobispos de Burdeos y de Aix, por los obispos de Amiens, de Vannes, de Clermont, de Saint-Claude, de Digne y de Poitiers, á sacerdotes, revocables á su voluntad, sujetos enteramente á su autoridad y jurisdiccion espiritual, y hasta á su administracion temporal, aunque estos sacerdotes para su régimen interior sigan la regla de San Ignacio, no es contraria á las leyes del reino (1).»

Esta conclusion levantó un verdadero clamoreo en todas las clases de la opinion constitucional. Así, decian, un solo voto de mayoría ha bastado para hacer que fuesen declarados nulos por una comision de nueve miembros, una decision de la cámara de pares y un decreto dado por cuarenta consejeros del tribunal real de Paris! para hacer proclamar conforme con las leyes del reino el restablecimiento de una órden religiosa, cuya existencia hasta fué negada durante mucho tiempo por el pasado ministerio, el cual nunca se atrevió á reconocer su legalidad! No fué menor la emocion que causó en la cámara de diputados, ni menos viva la irritacion: «El deplorable sistema que condenasteis no cargó con el anterior ministerio, esclamó Mr. Petou, comerciante de Elbeuf: nada ha cambiado: los actos del gobierno continúan hallándose en oposicion con las necesidades del pais. La Francia aguardaba con ansia el cumplimiento de las leyes tocante á una sociedad que da aliento á la intolerancia religiosa y siembra la perturbacion en el reino. La comision encargada por los ministros de examinar el asunto, no ha temido tomar una determinacion funesta. Una mayoría de un solo voto pretende imponernos una sociedad perseguida por las leyes, y esta sociedad son los jesuitas, á quienes la Francia rechaza con horror como la causa de sus males presentes y venideros.» Un rumor siniestro acaba de poner en noticia á la Francia asombrada, que la mayoría de esta comision ha tenido la audacia de declarar legales á los establecimientos de jesuitas, en presencia de una cámara como la nuestra. Esto añadió Viennet, otro miembro de la izquierda, en medio de los bravos de la mitad de la asamblea. El rey, en el discurso de la corona, apeló á nuestra franqueza; pues bien; nuestro deber es declararle que los dos males mayores de su reino son los jesuitas y la congregacion.»

Al instituir Mr. de Martignac y sus colegas de comision escuelas eclesiásticas, esperaban alejar el peligro con que les amenazaba este terrible asunto de los jesuitas; pero la comision con su dictámen venia á aumentar sus apuros en vez de disminuirlos. En efecto, desde aquel instante diariamente venian peticiones á la cámara para que exigiese la espulsion de los discípulos de San Ignacio; y en cada sesion se oian las mas vehementes quejas sobre la persistencia de los ministros en seguir las huellas de sus antecesores, y en entregar, lo mismo que estos, la enseñanza á los sacerdotes de la Compañía de Jesus. Segun el informe de Mr. Portalis, el año antecedente proclamó la cámara de pares, la ilegalidad de la existencia de los jesuitas: este *ministro no habia mudado de opinion, y de la misma participaban sus colegas*; pero cada vez que sometian este asunto á Carlos X, este les oponia los argumentos de la mayoría de la comision; lo mismo que esta, invocaba los derechos de la Iglesia, la libertad de conciencia, y la carta, y defendia estas conclusiones con tanta tenacidad, cuanto mas sincera y franca era su devocion. Sin embargo Mr. de Martignac y sus colegas creyeron haber disminuido esta resistencia cuando se presentó la proposicion de acusacion al pasado ministerio; pues dieron á entender al rey que acaso la mayoría seria menos pertinaz en perseguir á sus antecesores en el ministerio, si se satisfaciese á su resentimiento contra la Compañía, y segun decian tenian motivo para esperar que el sacrificio de los jesuitas, como sacerdotes encargados de la enseñanza, servirian de rescate á Mr. de Villèle. El rey por algunos instantes parecia dispuesto á ceder, pero pronto recobraron toda su fuerza los escrúpulos religiosos, y en esta disposicion se hallaba cuando se abrió el debate sobre la proposicion de Mr. de Pompieres. Inquietos los ministros al ver la inutilidad de sus esfuerzos para hacer abortar la proposicion, y al ver la actitud resuelta de la asamblea, decidiéronse á colocar al rey, entre su retirada del ministerio ó la prohibicion á los miembros de la Compañía de ejercer ninguna funcion relativa á la enseñanza. Esta alternativa sorprendió al rey de improviso, y así el 16 de junio, dos dias despues de discutirse la proposicion de acusacion, consintió por fin en firmar las siguientes ordenanzas:

«*Primera ordenanza*: Artículo 1.° Desde el primero de octubre próximo quedarán sujetos al régimen de la universidad los establecimientos conocidos con el nombre de escuelas secundarias eclesiásticas, dirigidos por personas pertenecientes á una congregacion religiosa no autorizada y actualmente existentes en Aix, Billom, Burdeos, Dôle, Forcalquier, Montmorillon, Saint-Acheul, y Santa Ana de Auray.

» Artículo 2.° Desde la misma época nadie podrá encargarse, sea de la direccion, sea de la enseñanza en alguna de las casas de educacion dependientes de la universidad, ó en alguna de las escuelas secundarias eclesiásticas, sin haber antes asegurado por escrito que no pertenece á ninguna congregacion religiosa legalmente establecida en Francia.

»*Segunda ordenanza*.—Artículo 1.° El número de escuelas secundarias eclesiásticas será limitado en cada diócesis, conforme al estado que en el término de tres meses deberá haberse presentado á nuestra aprobacion y se insertará en el boletin de las leyes. El número de alumnos en estas escuelas no podrá esceder de veinte mil.

« Artículo 3.° y 4.° No podrá recibirse ningun alumno esterno. Los alumnos despues de dos años de haberse recibido en el establecimiento deberán llevar el traje eclesiástico, desde la edad de catorce años

» Artículo 6.° Los directores ó superiores de estas escuelas, serán nombrados por los arzobispos y obispos, y aprobados por los ministros. Los arzobispos y obispos, antes del 1.° del próximo octubre, dirigirán al ministro de negocios eclesiásticos, para obtener la aprobacion, los nombres de los directores ó superiores actualmente en ejercicio.

» Artículo 7.° y 8.° Créanse en las escuelas secundarias eclesiásticas ocho mil semidotaciones de ciento cincuenta francos cada una. Las escuelas de esta clase en que no se ejecuten las disposiciones prescritas en esta ordenanza y en la anterior, volverán á estar sujetas al régimen de la universidad.

El primero de estos actos, firmado tambien por Mr. Portalis, consagraba virtualmente la ilegalidad de la existencia de los jesuitas en Francia; pero sin atreverse aun á pronunciar el nombre de estos religiosos, y sin proscribirlos ni espulsarlos del reino. Así los jesuitas podrian per-

(1) La mayoría que votó la adopcion del informe de 28 de mayo se componia de los arzobispos de Paris y de Alby, y de los señores de Noailles, de Labourdonnaie, y de Courville. Los señores Lainé Seguier, Mounier y Dupin, formaban la minoría. El arzobispo de Alby reemplazó á Mr. Feutrier, cuando nombraron á este para el ministerio de negocios eclesiásticos

manecer en él como sacerdotes, y con este título desempeñar todas las funciones eclesiásticas; perdiendo únicamente la facultad de dirigir establecimientos de instruccion y de enseñanza. La segunda ordenanza, firmada por Mr. Feutrier, se circunscribia á poner límites al número de alumnos de los seminarios menores conforme á las presuntas necesidades del sacerdocio; á obligarles á llevar traje eclesiástico despues de dos años de estudio y á someter á la real aprobacion, los nombramientos de los directores de dichas escuelas. Véase cuáles eran las disposiciones de las célebres ordenanzas de 16 de junio: nada contenian de mas ni de menos de lo referido. Mas aun: la prohibicion de ejercer el magisterio impuesta á los jesuitas redundaba en provecho de la multitud de jóvenes pobres deseosos de entrar en el clero. Hasta entonces se habian sostenido las escuelas destinadas á darles la primera instruccion con el producto de donativos y de cuestaciones; pero en adelante estos establecimientos iban á disfrutar de una dotacion de un millon doscientos mil francos anuales. Sin embargo, levantóse un clamor inmenso de indignacion y de cólera en todas las clases del partido clerical. La dotacion de un millon doscientos mil francos era, segun los órganos de este partido, un don humillante, un insulto: el restablecimiento del régimen universitario en las ocho casas dirigidas por los jesuitas, un despojo y una confiscacion; la sancion real impuesta á ciertos nombramientos hechos por los obispos, y la obligacion de declarar por escrito que prescribia el artículo segundo de la primera ordenanza, se llamaban actos de violencia y de persecucion que renovaban con respecto á la Iglesia los tiempos de Neron y de Diocleciano. «Hipócritas que siempre teneis en la boca el nombre de la carta, esclamaban, decidnos: ¿Cómo conciliais todas esas formalidades y prohibiciones, con el artículo de esta misma carta que dice: Todos los franceses son igualmente admisibles á todos los empleos así civiles como militares? Mr. Laurentie, escritor que volvió al periodismo despues de la caida de los Sres. Franchet y Delavau, añadia en la Cotidiana: «Aplaudid, raza de impíos y de sacrílegos! escritores facciosos, aplaudid! Ahí teneis un sacerdote (Mr. Feutrier) que os entrega el santuario; ahí un magistrado (Mr. Portalis) que os entrega el poder. Deseabais que se encadenase al episcopado; todavía se hace mas: se inmola! Lo que nunca la revolucion hubiera pensado en arrancar de Bonaparte, hoy lo obligan á hacer á un monarca legítimo dos ministros: ambos rivalizan en celo para esterminar el sacerdocio en su raiz y acabar así la obra de la revolucion.» Lo demás del artículo correspondia á este principio: el obispo de Beauvais, persona de carácter suave y tímido era tratado en él de un mal ministro, tan cobarde como hipócrita, de nuevo Juliano, que hacia traicion á sus hermanos, á su fe y á su rey, y que en adelante la Iglesia le consideraria como uno de sus mas crueles perseguidores. Estas furibundas declamaciones fueron la señal de la resistencia del Episcopado; y aun los obispos no se contentaron con protestar, sino que se presentaron en plena rebelion: algunos de ellos, convocados en Paris por Mr. de Quélen, convinieron en una declaracion en gran parte redactada por dicho prelado, la cual el cardenal de Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, despues de haberla firmado en nombre de sus colegas, la trasmitió á Mr. Feutrier, para que la pusiese ante los ojos del rey. Era una difusa disertacion sobre los respectivos derechos de la autoridad temporal, ó la «segunda majestad,» y la autoridad espiritual «de la que los obispos deben dar cuenta á Dios, pues solo Dios les habia confiado el ejercicio de la misma.» Esta declaracion en que los firmantes invocaban sin reparo la libertad civil y religiosa autorizada por la carta, resumíase en el siguiente párrafo:

«Han examinado en el secreto del santuario, en presencia del soberano juez, con la prudencia y simplicidad que les recomendó su dueño y maestro, así lo que debian al César como lo que debian á Dios. Y su conciencia les ha respondido que primero debian obedecer á Dios que á los hombres, siempre que esta obediencia que deben primero á Dios no pueda conciliarse con la que les piden los hombres: ellos no resisten, ni profieren tumultuosamente palabras atrevidas; no muestran una voluntad imperiosa; y solo se contentan con decir respetuosamente, como los apóstoles: *Non possumus.*»

A esta negativa colectiva á la obediencia pronto se unirán varias declaraciones individuales: el obispo de Marsella, contestando á una invitacion del ministro de negocios eclesiásticos, decia: «La fuerza puede oponer un invencible obstáculo al ejercicio de nuestros derechos; pero es impotente para quitárnoslos. Me permitireis pues que en adelante solo concurra con mis deseos á un sistema que es contrario á los derechos de mi cargo.» El obispo de Chartres, en una circular dirigida al clero, llamaba á la administracion de Mr. de Martignac y de sus colegas: «una administracion impía.» Algunos vicarios generales y aun simples abates en sus folletos ó en sus artículos de periódicos, no se contentaban con injuriar á los señores Portalis y Feutrier, á ejemplo de Mr. Laurentie, y presentarlo, lo mismo que este escritor, á la indignacion y al desprecio del mundo católico: anunciaban que inevitablemente se cerrarian los templos y volverian pronto los cadalsos: luego con el objeto de propagar la piadosa agitacion, todos los diarios clericales abrieron listas de suscricion destinadas á difundir á centenares de miles de ejemplares por todas las parroquias del reino la declaracion colectiva del episcopado. ¿Cómo era posible apaciguar estos clamores? ¿Qué medio habia para poner un término á esta resistencia? Un periódico ministerial dió á entender que el gobierno podia privar á los obispos de sus dotaciones: pero esta amenaza, en lugar de calmar la agitacion, solo sirvió para aumentarla. En medio de tal apuro, el ministerio determinó acudir al papa. Acababa de ser nombrado para la embajada de Roma Mr. de Chateaubriand; y aunque no se desconfiaba de su buena voluntad; pero encargarle que tratase este asunto por la via diplomática con la corte mas formalista y meticulosa de Europa, era arriesgarse á malgastar el tiempo en inútiles cambios de notas, y á complicar la dificultad eternizando su solucion. Mr. Portalis, antes de entrar en el ministerio, tenia asiento en el tribunal de casacion, del cual era tambien miembro el romano Mr. Lasagni, antiguo auditor de Rota (1). Este habia entrado en la magistratura francesa cuando Roma era simple capital de un departamento del imperio, y que siendo condiscípulo del abate Bernetti, entonces cardenal secretario de estado, no dejó de mantener las relaciones mas amistosas con este ministro. A este magistrado, pues, confió el ministerio el encargo de procurar la sumision de los obispos. Mr. Lasagni partió á Roma; y en el afecto particular de su antiguo condiscípulo encontró tal apoyo en su mision confidencial, que el 25 de setiembre, cuando los diarios religiosos se burlaban de la absoluta impotencia del gobierno para vencer la resistencia de los obispos, el cardenal de Latil dirigió á todos estos prelados la siguiente comunicacion:

«Monseñor, habiéndose dignado el rey hacerme comunicar las respuestas de Roma, relativas á las ordenanzas del 16 de junio, y habiéndome invitado á ponerlas en vuestro conocimiento, tengo el honor de informaros de que su santidad, persuadido de la adhesion sin límites de los obispos de Francia á S. M., así como de su amor á la tranquilidad del reino y á todos los demás intereses verdaderos de nuestra santa religion, ha hecho responder: que los obispos deben fiarse en la prudencia del rey para la ejecucion de las ordenanzas, y marchar de acuerdo con el trono.»

En dichas ordenanzas no se trataba de ninguna cuestion de dogma, solo arreglaban un asunto de administracion interior, y de disciplina política; y aunque no por esto se vió menos obligado nuestro gobierno á recurrir á un soberano estranjero para obligar á los obispos á someterse á ellos; siempre resultó que esta intervencion fué poderosa para obtener el fin; y á una intimacion del pontífice cesó de repente toda resistencia. Solo un prelado persistió y fué el cardenal de Clermont-Tonnerre, quien invitado como los demás á que remitiese al ministro de negocios eclesiásticos las indicaciones exigidas por las ordenanzas, notificó su negativa á Mr. Feutrier, prelado plebeyo, en una carta altanera, en la que la obstinacion del sacerdote se unia á un orgullo de raza sumamente impropia de la humildad prescrita á los siervos de Jesucristo. La ruidosa publicidad que el cardenal mismo dió á su carta, escrita con un laconismo insultante, ofendió á Carlos X, quien mandó que se prohibiese al cardenal la entrada en las Tullerías. Finalmente este se resignó al silencio y permitió que sus subalternos enviasen directamente al ministro las indicaciones que este pedia. Desde entonces cesó completamente la lucha, y las ordenanzas se cumplieron. En la sesion del 21 de junio Mr. de Conny, vivamente apoyado por sus amigos de la derecha, habia anunciado que la clausura de los establecimientos dirigidos por la Compañía de Jesus tendria consecuencias terribles. Pero esta amenaza quedó vana: en parte alguna se notó la menor conmocion: la debilidad del gobierno con respecto á esta Compañía, y el apoyo que hallaba en el ministerio, constituian su única fuerza. Todos aquellos miembros de la misma dedicados á la enseñaza que se negaron á presentar por escrito las declaraciones que exigian las ordenanzas, abandonaron sus casas de educacion, vendieron á pública subasta los muebles, adornos y hasta la herramienta, y fuéronse á fundar en Suiza, Cerdeña y Bélgica, otros establecimientos, á donde creyeron que irian la mayor parte de sus alumnos. Pero el de la Compañía al parecer iba decayendo, ya no era la dispensadora de los empleos y de las fortunas; y así solamente un corto número de fervorosos católicos continuaron bus-

(1) La *Rota* es un tribunal de Roma, compuesto de doce doctores eclesiásticos elejidos de las cuatro naciones Italia, Francia, España y Alemania: y sus miembros son llamados *auditores*.

cando en el estranjero para que educasen á sus hijos á esos desterrados voluntarios.

La publicacion de las ordenanzas de 16 de junio no fué bastante para suspender los trabajos de la comision especial encargada de examinar la proposicion de Mr. Labbey de Pompieres: sus nueve miembros pertenecian en igual número á los tres principales matices en que se dividia la asamblea: izquierda, derecha y centro. Esta diferencia de opiniones y de miras en los individuos de la comision no fue la sola dificultad que entorpecio sus tareas ya desde sus primeras reuniones. Ninguna disposicion orgánica, ninguna ley regia sobre la materia; y la responsabilidad ministerial era únicamente un principio escrito en la carta. Pero este principio, por lo mismo que existia y lo consagraba el pacto fundamental, no podia quedar siendo una letra muerta. A falta de toda legislacion especial, ¿qué derechos podian pertenecer a la comision? Pasó mucho tiempo antes que esta pudiese ponerse de acuerdo sobre este punto. Finalmente, por una mayoría de cinco votos quedó decidido que la comision, á falta de otras reglas, se dirigiria por los principios del derecho comun. Convenidos en este primer punto, tratábase de averiguar los diferentes actos en que se fundaba la acusacion. Esta informacion hacia necesaria que se oyesen numerosos testigos, y el exámen de muchísimos documentos, tales como circulares, instrucciones ministeriales, relaciones hechas á S. M., decretos y otros actos administrativos, etc. Pidiéronse estos documentos á los ministros, quienes, decididos á no conceder ninguna especie de comunicacion, encargaron á Mr. de Portalis que respondiese en nombre de todos los miembros del consejo: «que siendo públicos depositarios de documentos que interesaban al servicio del rey y á la administracion del estado, no creian poder comunicarlos, y en consecuencia se negaban á enviar los que se pedian.» Hasta los simples cortesanos oponian igual resistencia: así el conde de Levis, preguntado sobre ciertas circunstancias de la disolucion de la guardia nacional en 1827, respondió: «que no debia dar cuenta mas que al rey y á los principes de los hechos de que pudo haber sido testigo.»

Obligada la comision por estas negativas á buscar las bases de su conviccion en la notoriedad pública, en los documentos leidos en la tribuna, en los debates suscitados ante los tribunales de justicia y en las noticias generales ó particulares recogidas en los periódicos, solo pudo reunir unas luces muy débiles e imperfectas sobre una de las acusaciones dirigidas al ministerio caido. Al cabo de seis semanas de discusion y de investigaciones, que tenian por objeto el licenciamiento de la guardia nacional de Paris; hecho cuyos testigos residian todos en la capital, y al que se referia la contestacion del conde de Levis, la comision confió á uno de sus miembros, cual era Mr. Girod (del Ain) el encargo de dar á conocer á la cámara el estado imperfecto de esta instruccion. Leyóse en la tribuna en la sesion del 21 de julio la esposicion que contenia el siguiente resúmen:

«La mayoría de la comision ha reconocido:

1.° Que los religiosos no fueron vueltos á llamar á Francia en secreto por el último ministerio;

2.° Que la proteccion de la tolerancia concedida á los jesuitas por el último ministerio era contraria á las leyes;

3.° Que el restablecimiento de la censura en 1824 y en 1827 no fué exigida por las circunstancias graves determinadas por la ley;

4.° Que no hubo disfavor de parte del último ministerio con respecto á los protestantes;

5.° Que hubo destituciones arbitrarias y reprensibles de parte del último ministerio;

6.° Que hubo disipacion de los caudales públicos, con motivo de la guerra de España;

7.° Que sobre la cuestion relativa á saber si esta disipacion de la fortuna pública era imputable al último ministerio; y si el sistema político que siguió era contrario á los intereses de la Francia, carecia de datos suficientes;

8.° Que el consejo de crear setenta y seis pares en 1827 era contrario á los intereses de la corona y del pais;

9.° Que la conducta del gabinete en lo respectivo á las turbaciones de 19 y 20 de noviembre de 1827 fué reprensible.

10. Que varios habitantes de la Martinica fueron detenidos arbitrariamente é ilegalmente deportados al Senegal;

11. Que el envio á la escribania del tribunal de casacion de los documentos pertenecientes á aquellos habitantes de la misma que se habian proveido, se retardó arbitrariamente muchos meses (1);

11. Que la prision del coronel Coron en Battenheim fué precedida, acompañada y seguida de actos reprensibles;

13. Que de parte de la última administracion hubo concesion de ciertos derechos y de ciertos goces pertenecientes al estado en provecho de los cartujos de Grenoble, de los trapenses de Meilleraie, y que antes se habia ya hecho otras concesiones á los cartujos de Grenoble.»

Estos diferentes hechos presentados de esta suerte, ¿autorizaban acaso para una acusacion? De la esposicion de Mr. Girod (del Ain) resultaba que la mayoría de la comision no halló suficiente motivo para una acusacion de traicion ni en el licenciamiento de la guardia nacional de Paris, ni en las destituciones arbitrarias, ni en las elecciones de 1824, ni en los hechos relativos á los condenados de la Martinica, ni en las concesiones hechas á los cartujos y trapenses. Con respecto á los demás cargos el modo de verlos fué tan distinto en los individuos de la comision, que no pudo formarse mayoría ni para acusarlos, ni para absolverlos; unos se declararon por la afirmativa; otros por la negativa; estos porque se tomasen nuevos informes, etc. Estando así el asunto conviniéronse en determinar primero esta cuestion:

«¿Propondremos á la cámara que hay lugar para la acusacion?»

Tres miembros dijeron *no*, dos *no* con reserva de *represion*; y los cuatro restantes *si* con reserva de proceder.

La acusacion inmediata era desechada por cinco votos. Esta votacion no escluia el que se tomase una informacion mas amplia: esto supuesto, la minoria pidió que se votase otra pregunta:

«¿Se propondrá á la cámara que ha lugar al procedimiento?»

Cuatro miembros dijeron *si*; uno *si*, pero sin represion: tres, *no*: y el último, *no*, porque siendo la cámara la parte querellante, no puede proceder.

Habiéndose declarado cinco votos en favor de una mas amplia informacion, Mr. Girod (del Ain) terminó su esposicion proponiendo á la cámara en nombre de la comision el siguiente dictámen:

«Declarar que habia lugar á informacion sobre acusantes de traicion propuesta contra los miembros del último gabinete.»

Mr. de Montbel subió luego á la tribuna para que se examinase el dictamen de la comision despues de haberse votado la ley que se estaba discutiendo (el presupuesto de gastos). Los miembros de la izquierda propusieron al contrario reservar el debate para despues de votados ambos presupuestos; esto es cuando la cámara, llegado el término de la legislatura, no se hallaria ciertamente con el número suficiente de diputados para deliberar. Por una considerable mayoría fué adoptada la especie de aplazamiento indefinido propuesto por los adversarios del último gabinete. Esta votacion dejaba igualmente satisfechos á los dos lados de la cámara. La impaciencia que algunos miembros de la derecha manifestaban porque se pasase á una discusion inmediata, estaba muy léjos de ser formal; y así estos diputados, como los ministros veian sin disgusto alejarse el peligro de una acusacion, cuyos apoyos se debilitarian por el simple efecto del tiempo. La izquierda por su parte hallaba en este aplazamiento un medio de tener á los pasados ministros en una especie de sospecha legal que imposibilitaria su vuelta al poder. En efecto los diputados debian terminar sus tareas sin que volviese á tratarse de la proposicion de la acusacion.

Los presupuestos de entradas y de gastos cuyo exámen ocupó lo último de la legislatura, ofrecieron una discusion mas animada y estensa que en los años anteriores. No habia ya una mayoría intolerante, compacta y sorda á toda observacion que rudamente impusiese silencio á los oradores que pedian la reforma de los abusos administrativos y la diminucion de gastos; de suerte que la mayor parte de los discursos versaban sobre la demanda de economías, sobre cuyo asunto muchos diputados presentaban con cierta especie de emulacion las proposiciones mas absolutas. Si por ejemplo Mr. Etienne designaba justamente como el principal cáncer de la nacion esa empleomania, fuente perenne de corrupcion, que en todas las clases haria fermentar la envidia, la delacion con todas las pasiones bajas y mezquinas, y perverti la moral pública arruinando al tesoro;» si añadia: «que este abuso habia llegado á tal punto, que todo hombre incapaz de seguir la mas intima carrera por falta de mérito personal, miraba como un refugio los destinos públicos, y que asi todos los hombres incapaces eran una doble carga para los contribuyentes que los sufrian y los pagaban;» Mr. Dupin, ese incansable calculista, producia inmediatamente, so pretesto de estadística, legiones de números, que contaba, combinaba y comprobaba; y proponia resueltamente la supresion de un millon de empleados que volverian

(1) Las piezas de provision en casacion contra una sentencia del tribunal real de la Martinica, derogada despues por el tribunal supremo, piezas que segun los términos del código de instruccion criminal deben enviarse á la escribania en el término de veinte y cuatro horas, quedaron detenidas por espacio de veinte y un mes en las oficinas de Mr. Peyronnet, quien así alargó por espacio de cerca de dos años la detencion de los acusados.

á dedicarse á trabajos útiles al pais, desahogando al tesoro de una multitud de sueldos y de gastos accesorios, los cuales se ahorrarian.» A estas propuestas de reformas en el personal de la administracion, se unia la discusion de asuntos puramente políticos. De estas citaremos solamente una reclamacion hecha por primera vez por los diputados de la derecha con motivo de las ordenanzas del 16 de junio. Esta reclamacion introducia un principio, cuya aplicacion debia commover varias veces la opinion y las asambleas públicas mucho tiempo despues de la caida de la restauracion.

En tanto que el partido religioso fué dueño de la universidad, ninguna queja produjo contra las leyes restrictivas de la libertad de enseñanza: y muy lejos de desechar esta legislacion ó á lo menos de tratar de disminuir la fuerza de sus prescripciones, las aplicó rigorosamente en beneficio de su propio poder y del progreso de sus doctrinas. En efecto, la persecucion y prohibicion de las escuelas seglares de enseñanza mutua, en beneficio de las que dirigian los hermanos de la caridad cristiana; la instruccion primaria abandonada en todo el reino á la direcci n de los obispos por decreto de 8 de abril de 1824; la instruccion secundaria, y la enseñanza superior entregada en gran parte á los sacerdotes de la congregacion, ó á sus afiliados; la proteccion dispensada á los establecimientos de educacion que tenian los jesuitas, y la proyectada introduccion de estos sacerdotes en los establecimientos del estado; la clausura de institutos de particulares, y las destituciones de profesores en los colegios de todas las clases y facultades: tales fueron los actos con que se señaló el predominio de este partido en la universidad. Pero este predominio parecia llegar á su término: un maestro superior laico reemplazó al obispo en estas funciones; y la instruccion iba á recibir distintas tendencias y á verse animada por diferente espíritu: y finalmente los jesuitas no podian enseñar. Iluminados repentinamente por esta mudanza los diputados de la derecha, se constituyeron desde luego en adversarios ardientes y resueltos del monopolio universitario; y al tratarse de los gastos especiales afectos á la instru cion pública, oyóseles proclamar su nueva doctrina de la libertad de enseñanza, y reclamar sobre estos para todo francés el beneficio del derecho comun. «La universidad, con su monopolio, constituye una especie de estado dentro del estado; y apoyándose en esta institucion apresiva es como se dieron esas ordenanzas de 16 de julio que, lo mismo que el monopolio universitario, quebrantan osadamente la carta, los derechos del padre de familias, la libertad de conciencia y la libertad de cultos.» Esto decian los Sres. de Conny, de Cacqueray y Leclerc de Beaulieu, y añadian: «En efecto, ¿por que principio se pretende impedir á la Iglesia católica que arregle ella misma su enseñanza, y privar á cada francés de la facultad de hacer educar á sus hijos por los institutores que mas merezcan su confianza? Los ministros han tomado sus precauciones para que nuestros hijos no sean educados por los jesuitas; pero, ¿qué garantías tenemos de que no lo sean por francmasones ó por iluminados?»—«Estas ordenanzas, en que por pudor no se han atrevido á pronunciar el nombre jesuitas, son injustas, culpables é inhumanas, esclamaba M. Duplessis de Grenedan; violan la carta estableciendo capacidades arbitrarias para el desempeño de empleos públicos; atacan la libertad de cultos no permitiendo á los ciudadanos pertenecer á una sociedad religiosa sin incurrir en la esclusion; hacen bárbara y antojadiza á la autoridad, que hoy destierra á los mismos que ayer toleró, sin que haya ocurrido cosa que lo motive; llevan la desolacion en el seno de las familias católicas, las cuales sacrifican á los clamores de un partido, y las privan de esa educacion religiosa que es la única conveniente á la monarquía; puesto que la Iglesia es la única depositaria de la verdad que es la base de la educacion y el fundamento de la vida. Lo que se llamó vandalismo revolucionario, no puede compararse con esto; pues al fin consintió en la destruccion de estatuas, cuadros y otras obras artísticas, pero lo que ahora se destruye son unos establecimientos admirables, semillero de virtudes, de talentos y de ciencia, prendas de paz y prosperidad pública. Pero se necesitaba proteger á la universidad y mantener el principio falso de que la direccion de la enseñanza corresponde al estado.»

Mr. de Vatismenil contestó á estas quejas haciendo ver que las ordenanzas de 16 de junio, así como la legislacion universitaria, en nada atacaban la libertad de conciencia, ni las garantías generales otorgadas por la carta á todos los ciudadanos: «La enseñanza es esencialmente del resorte de la ley civil, y debe estar sujeta á la vigilancia de la autoridad civil. Los miembros del clero que se limitan á ejercer el sacerdocio, solo pueden ser juzgados por las leyes de la Iglesia; pero desde el instante en que dejan sus funciones eclesiásticas para dedicarse á la pública enseñanza, quedan sujetos á las condiciones impuestas á esta misma: y en tal caso, no es ya el sacerdote quien sufre estas condiciones, sino el institutor, el preceptor. Dícese que la carta ninguna trab a impone á los ciudadanos para la obtencion de todos los destinos, y que es violarla poner reglas al ejercicio de tal ó cual derecho! Pero el magistrado, el escribano, el médico, el abogado, el procurador se hallan obligados á llenar ciertas condiciones de aptitud y de capacidad que no están prevenidas en la carta ni deben estarlo. Estas mismas escepciones son las que existen para la pública enseñanza.» «Esta nueva doctrina acerca de la ilimitada libertad de enseñanza solo lleva un objeto, añadió Mr. Hyde de Neuville, ministro de marina, se invoca ahora como recurso estremo y únicamente por conservar la enseñanza de los jesuitas.»

En efecto, las protestas de la derecha sobre la intervencion del estado en la direccion de la instruccion pública solo tenian por objeto conservar los establecimientos de la Compañía de Jesus, y sustituir al monopolio de la universidad el monopolio del clero; á cuyo resultado conducia indefectiblemente la ilimitada libertad de enseñanza. Las contestaciones publicas ó hechas á domicilio, las ofrendas recibidas en ciertos lugares de romería ó de devocion, las donaciones y legados testamentarios, son recursos que facilitan al clero los medios de sostener sin ausilio del estado, los mas costosos establecimientos; y hasta la diferente condicion en que se encuentran los directores y profesores de los colegios seglares, de la que tienen los pensionados religiosos, contribuye al mismo fin, pues estos se hallan entregados al celibato, sin familia, seguros de su porvenir y de vivir siempre del altar; al paso que los primeros viven casados y cargados de hijos, y se hallan además obligados á procurarse recursos para su vejez; lo cual proporciona á los pensionados religiosos una economía bastante considerable para permitirles ofrecer á los padres de los alumnos una comodidad de precio que es imposible á los establecimientos de seglares. Ya hemos dicho la indiferencia con que el partido clerical miró la dotacion de un millon doscientos mil francos concedida á los seminarios menores; y en efecto esta dotacion era para el de ninguna importancia; porque de un estadó presentado á la cámara de diputados el 7 de mayo, resultaba que los legados hechos á la Iglesia por actos auténticos, subian solamente en el año 1827 á ocho millones quinientos ochenta y siete mil seiscientos ochenta y ocho francos. No hay competencia posible con una corporacion hácia la cual afluyen incesantemente tan cuantiosos donativos, pues supera así toda concurrencia, destruyendo y absorviendo todo establecimiento rival. Las reclamaciones de la derecha sobre las leyes restrictivas de la libertad de enseñanza, renovadas sin cesar á pesar de su mal resultado, resonaron hasta las últimas sesiones de la legislatura, la cual se cerró oficialmente el 18 de agosto despues de siete meses de haberse abierto.

A mas de los asuntos legislativos de que hemos hablado, ocupáronse las dos cámaras durante esta legislatura en la demanda de un empréstito de cuatro millones de rentas, cuya proposicion y empleo necesitan algunas esplicaciones.

El tratado de Londres de 6 de julio de 1827 tenia por objeto poner un término á la lucha entre los turcos y los griegos, primero ofreciendo una mediacion pacífica entre las partes beligerantes, y en caso necesario por la fuerza de las armas; pero la inesperada batalla de Navarino cambió la mediacion pacífica en una intervencion armada. Esta refriega naval, al destruir la flota turco-egipcia, dejaba á los griegos á merced de los regimientos de Ibrahim y de las tropas turcas. ¿Cómo obligar á estas fuerzas á evacuar el territorio que las tres potencias aliadas acababan de tomar bajo su proteccion? Una de las disposiciones del artículo adicional y secreto del tratado «autorizaba á los representantes de las tres cortes á determinar los medios que ulteriormente pudiesen ser necesarios.» Antes de decidirse á recurrir otra vez á la fuerza esperaron dichos representantes el éxito de las negociaciones entabladas con la Puerta á fin de obtener de la misma que aceptase las bases de pacificacion establecidas en el tratado. Pero los embajadores de las tres cortes en Constantinopla, aunque apoyados por el internuncio austríaco y por los enviados de Prusia y de los Paises Bajos, no pudieron vencer la resolucion de Mahmoud de no admitir intervencion alguna de parte de las potencias cristianas, y era tal la obstinacion de este soberano, que ni aun cedió ante la invasion de su territorio por las tropas rusas.

Fué un justo sentimiento de inquietud acerca de la política y de las secretas miras de la Rusia lo que hizo que el gobierno ingles llamase un «siniestro acontecimiento» á la batalla de Navarino. Este gobierno creyó poder evitar todo rompimiento entre los turcos y los rusos, primeramente conduciendo á estos á que firmasen el protocolo de 4 de abril de 1826, y en seguida el tratado de 6 de julio de 1827, y finalmente haciendo que estos se determinasen á dar al gabinete de San Petersburgo en los convenios de Akermann las satisfacciones que este exigia. Pero la Rusia

no tardó en añadir nuevos cargos á la Puerta; á nuevas reclamaciones sucedieron nuevas amenazas, y á estas una declaracion de guerra; y seis meses despues del desastre que acababa de dejar sin la menor fuerza naval á la Turquía, precisamente cuando se hallaba en medio de los obstáculos y apuros de una reforma interior todavía en sus principios, hallábase esta potencia debilitada á mas por una lucha contra la Grecia insurreccionada, y por la destruccion de los jenízaros; entonces fué que el almirante Heyden tomó posicion á la entrada de los Dardanelos. Otra escuadra salida de Sebastopol cerraba la salida del Bósforo, y otros buques bloqueaban todos los puertos del mar Negro. Luego el dia 7 de mayo de 1828 los cien mil rusos acampados hacia seis años en Besarabia pasaron finalmente el Pruth y se pusieron en marcha hácia Constantinopla. Los griegos, como correligionarios que eran con los invasores, y luchando tambien con un mismo contrario, podian reclamar del czar, para ir contra el enemigo comun, socorros que, siendo concedidos, facilitarian á la Rusia el ocupar una fuerte posicion en el centro mismo del Mediterráneo. Así la Francia como la Inglaterra tenian el mismo interés en evitar este peligro, por lo que resolvieron apresurar la libertad de la Grecia. La disposicion del artículo adicional y secreto que hemos citado autorizaba á los representantes de las tres cortes en Londres á determinar las medidas necesarias. Admitido el principio de una espedicion militar, presentóse la cuestion acerca de las tropas á las cuales se confiaria el cuidado de arrojar de allí á Ibrahim y á sus regimientos. La corte de Londres ofreció sus tropas; pero la Rusia se unió á la Francia para desechar esta proposicion: pues dueña la Inglaterra de las islas Jónicas, cuyas posesiones se hallan á corta distancia de las costas del Peloponeso, podia aprovecharse de esta vecindad para ocupar indefinidamente el territorio de la Grecia; ó á lo menos para contraer allí relaciones y adquirir una preponderancia política perjudicial á la influencia de las otras dos cortes aliadas. Realmente era la Francia la única potencia cuya intervencion ofrecia un carácter absolutamente desinteresado. Su representante, que era el príncipe Julio de Polignac, apoyado vivamente por Lieven, embajador de Rusia, alcanzó pues para nuestro gobierno la mision de asegurar la completa ejecucion del tratado de 6 de julio de 1827; y por un protocolo, firmado en Londres el 19 de julio de 1828, dos meses despues de la entrada de los rusos en el territorio turco, se convino en que se encargaria á una espedicion militar francesa el hacer cesar las hostilidades en la Morea, y obtener que las tropas-turco egipcias evacuasen enteramente esta comarca.

Desde el dia 14 de abril anterior, tres semanas antes de ponerse en movimiento el ejército ruso, la inminencia de esta invasion decidió al ministerio á solicitar de las cámaras la autorizacion necesaria para suscribir en el gran libro de la deuda pública cuatro millones de rentas al cinco por ciento, cuyo producto «se emplearia en poner bajo un pié conveniente nuestras fuerzas de tierra y de mar.»—«No es ciertamente cuando varias potencias se hallan sobre las armas á consecuencia de las complicaciones ocurridas en la política esterior por los asuntos de Turquía, cuando podemos descansar en una imprudente tranquilidad.» Esto decia el ministro de hacienda, y añadió: «El honor de la Francia exige que se halle pronta á desempeñar los deberes que le imponen los intereses de su política y de su seguridad.» Este empréstito de ochenta millones, votado por la cámara de diputados el 21 de mayo, y por la de pares el 13 de junio, se destinó al fin que anunció el ministro: reorganizóse la artillería y se aumentó considerablemente su material; fueron llamados á activo servicio, á mas del contingente de 1828, todos los soldados jóvenes disponibles de 1827; de modo que el efectivo del ejército se hizo subir de doscientos treinta y siete mil setecientos setenta hombres, á doscientos ochenta y tres mil ochocientos diez y ocho; volvieron á emplearse todos los oficiales inferiores que habian quedado disponibles: los trabajos de la marina tomaron una actividad desconocida hacia veinte años; así el personal como el material naval recibieron un aumento de consideracion; en una palabra, Mr. de Caux en el departamento de la guerra, y Mr. Hyde de Neuville en el de marina desplegaron una energía tan activa é inteligente, que en menos de dos meses uno y otro se hallaron dispuestos á hacer frente á todas las necesidades exigidas por una espedicion militar. El 19 de julio Mr. de Polignac firmó en Londres el protocolo, por el cual se confiaba á la Francia el encargo de completar la libertad de la Grecia; y quince dias despues de la conclusion de este acto las tropas destinadas á ejecutarlo estaban ya reunidas y prontas á embarcarse. Divididas estas en tres brigadas, al mando de los mariscales de campo Tiburcio, Sebastiani, Higonnet y Sihneyder, componíanse de los regimientos 8.°, 16.°, 27.°, 29.°, 35.°, 42.°, 46.°, 56.° y 58.° de línea; del tercer regimiento de cazadores de á caballo; de dos compañías del 2.° regimiento de ingenieros; de cuatro compañías de los regimientos 3.° y 8.° de artillería de á pié, con sus piezas de sitio y de campaña, y dos baterías de montaña. Su fuerza total presentaba un efectivo de catorce mil sesenta y dos hombres, inclusos los estados mayores y los empleados en negocios administrativos.

La eleccion del general en jefe de la espedicion produjo vivas discusiones entre Carlos X y sus consejeros. Mr. de Caux proponia al general Maison, quien encargado de la defensa de la Bélgica en 1814, fué el primero que recibió á Luis XVIII cuando desembarcó en Calais. Poco despues fué nombrado para el mando de la division militar de Paris, y permaneció fiel á los Borbones; y cuando el 20 de marzo volvió este general á ocupar su posicion despues del regreso de Gante, no vaciló, conforme hemos visto, en dar á las pasiones realistas de la época las seguridades de una adhesion que llegó hasta la persecucion. Habiendo sido destituido al cabo de algunos meses, pronto volvió á ser uno de los miembros mas activos de aquella parte de la cámara de pares, que, despues de haber defendido todas las leyes constitucionales presentadas desde 1819 hasta 1820, combatió luego con calor la larga administracion de Mr. Villèle. Esta conducta política no era *la única* falta que tenia el general Maison á los ojos del rey y de los *que le rodeaban* de cerca, sino que además, habiendo formado parte *de la comision* nombrada para la instruccion de la causa de la conspiracion de 19 de agosto de 1820, participó de las quejas que manifestaron de esta comision los ultrarealistas. Los partidos jamás se detienen en sus imputaciones á sus contrarios políticos: así acusaron al general Maison, no de debilidad, ni aun de indulgencia, sino de complicidad. Así pues dominado Carlos X por estas prevenciones, respondió á la indicacion del ministro de la guerra proponiendo por su parte al conde de Bourmont y al duque de Ragusa, nombres malhadados; pero que en el concepto del rey y de la corte tenian el mérito de ser nombres realistas. En vano Mr. de Caux hizo la observacion de que se necesitaba poner al frente de la espedicion un general que fuese popular, conocido en el ejército, y querido del soldado, circunstancias todas que reunió el general Maison, pues Carlos X repetia al ministro esta pregunta: «¿No teneis algun otro nombre que proponerme?» Pero por fin, vencido por la insistencia del ministro cedió; y despues de haber tomado esta determinacion se mostró tan benévolo con dicho general, como antes habia manifestado repugnancia en aceptarlo.

El 12 de agosto halláronse embarcadas todas las tropas, pero detenidas en la rada de Tolon por vientos contrarios, hasta el 17 no pudo la espedicion hacerse á la vela para la costa del Peloponeso. El 29, á las tres de la madrugada, llegó delante de Navarino, y fué detenida por los almirantes ingleses, que apoyándose en un convenio, el cual debemos esplicar, querian oponerse á su desembarco.

Unicamente el temor de ver ocupada la Morea por las tropas rusas fué lo que obligó á la Inglaterra á firmar el protocolo de 19 *de julio*; pero inquieta y celosa de esta espedicion que en los asuntos de Oriente podia darnos una influencia perjudicial á la suya, se resignó en apariencia, esperando hacerla abortar inutilizando todo envio de *tropas*. Y en efecto, de antemano se dieron órdenes al almirante *Codrington*, reemplazado en el mando de su estacion por el almirante sir Pulteney Malcolm, para que se dirigiese inmediatamente á Egipto á fin de negociar directamente con Mahomed-Alí la completa evacuacion de la Grecia. Habiendo llegado el almirante inglés delante de Alejandría el 31 de julio doce dias despues de firmado el último protocolo, con dos navios de línea, una fragata, dos corbetas, y navios briks y goletas, encargó á uno de sus oficiales que significase al virey que tenia que entenderse con él acerca del llamamiento de Ibrahim y de sus tropas, so pena, de lo contrario, de ver bloqueado inmediatamente el puerto de Alejandría y toda la costa de Egipto.

El bajá se hallaba en el Cairo; acudió á Alejandría, y el 6 de agosto se concluyó entre él y el almirante inglés un convenio, en que se estipulaba: «que las tropas egipcias evacuarian la Morea, y que el bajá enviaria lo mas pronto posible á Navarino todos los buques necesarios para el trasporte de tropas.» Este convenio llenaba el fin propuesto en el protocolo de 19 de julio; y desde entonces toda espedicion era superflua. Pero nuestro gobierno, advertido de la mision dada al almirante Codrington, supo desconcertar con su actividad los cálculos del gabinete británico, al que otra vez engañaron los acontecimientos. Los preparativos de la Francia se terminaron mucho mas pronto de lo que en Londres se creia, y el convenio de Alejandría solo pudo notificarse á nuestros ministros, despues que nuestras tropas se habian hecho ya á la mar. Es verdad que los jefes de la escuadra inglesa trataron de oponerse al comandante de nuestras tropas á su llegada delante de Navarino, pero el general respondió que aquel acto no tenia un carácter ofi-

Digitized by Google

TOMA DE CORON

Prise de Coron

Digitized by Google

cial bastante para suspender la ejecucion de sus instrucciones, y pasó adelante; de manera que á la tarde del mismo dia 29 nuestras tropas desembarcaron en una playa cómoda y segura en el golfo de Koron.

Mientras tanto, el convenio de Alejandría, comunicado algunos dias despues á Ibrahim, y confirmado por cartas de su padre, habia dado ya márgen á varias conferencias entre este general y los almirantes cristianos, y en ellas el jefe egipcio, con el objeto de ir ganando tiempo y de prolongar su permanencia en una tierra que habia conquistado, presentaba ciertas pretensiones y dificultades, las cuales debian ceder ante la presencia de nuestros regimientos. La playa donde acababa de desembarcar el cuerpo espedicionario, aunque fértil y cubierta de lozana vejetacion, hallábase no obstante inculta. Al principio nuestras tropas no tuvieron mas abrigo que las tiendas sacadas de la escuadra; pero la industria de nuestros soldados pronto supo convertir á aquella llanura, antes solitaria, en una ciudad militar alegre y animada. Formaron varias líneas de elegantes barracas, construidas á lo largo de tres riachuelos que descendian del Taygete y sombreadas por olivos, mirtos, limoneros y laureles; los pabellones de armas que relucian en el centro de cada línea; los sones de la música militar; la multitud de naturales mezclados con nuestros soldados, á quienes vendian muy caro uvas, melones, higos, un poco de pan moreno y algunos carneros; todo formaba un bullicio y un movimiento en medio de aquella verdura esmaltada de hermosas flores, que antes se asemejaba á un campo de recreo que á un campamento militar. La novedad de semejante espectáculo y la belleza del clima mantuvieron durante los primeros dias la moral y la salud de la tropa; pero pronto sucedieron abundantes lluvias que agujerearon las tiendas, hincharon los rios, haciéndolos salir de madre y desrrolláronse en la tropa fiebres intermitentes autumnales, las que son endémicas en aquel pais. El ejército no podia permanecer mas tiempo tan mal abrigado y en un suelo tan húmedo; por lo que el general Maison, hallándose impaciente por establecerse en las plazas que aun ocupaban los egipcios, puso á Ibrahim en la alternativa ó de ejecutar sin dilacion el convenio de 6 de agosto, ó de verse atacado. Prefirió lo primero el general egipcio, y el 9 de setiembre empezó el embarque de sus tropas.

Despues de haber convenido en el arreglo de los pormenores de la evacuacion, se establecieron entre los jefes de ambos ejércitos las mas amistosas relaciones. El hijo de Mahomed-Alí visitó varias veces el campo francés; y habiendo manifestado en una de ellas que deseaba ver maniobrar las tropas, el general Maison dispuso desde luego una gran revista. Dirigióse Ibrahim por mar á este espectáculo militar. Inundaban la playa á que se dirigia una numerosa muchedumbre de griegos armados, atraidos por el deseo de presenciar aquel espectáculo. Con todo, el general egipcio no vaciló en desembarcar en ello, y saltó á tierra sin otro séquito que un dragoman, abriéndose paso resueltamente por entre aquella multitud en que no contaba mas que enemigos, y atravesó las compactas filas á pie, con la frente impávida hasta que llegó donde estaba el general Maison, el cual le hizo dar un caballo. Empezó la revista: y la rapidez y precision de los movimientos de nuestra infantería al parecer causaron mucha impresion en Ibrahim, por lo que cumplimentó con calor á cada uno de los coroneles en particular. Esta satisfaccion se cambió en admiracion cuando maniobró en su presencia el tercer regimiento de cazadores de á caballo; y no contento con felicitar al coronel, le pidió un modelo del uniforme y armamento de sus ginetes, cuyo modelo se le envió luego despues. Habiendo sido convidado Ibrahim al cabo de pocos dias á comer en casa del general Maison, quiso compensar el regalo del coronel del tercer regimiento ofreciéndole su sable; y ya se lo desceñia para entregárselo, pero de repente reflexionó, lo pasó al rededor del cuerpo del comandante de la espedicion diciéndole: Llevadlo un instante, mi general, y así tendrá á mis ojos mucho mayor precio. Durante la comida las miradas de todos los convidados no se separaban de aquel jefe musulman, á quien los diarios europeos hacia dos años que daban una fama de ferocidad sanguinaria y estúpida, que al parecer justificaban los hechos mas recientes de su dominacion en la Morea. Ya en las conferencias abiertas para la evacuacion de esta península, pudo observarse que Ibrahim tenia un conocimiento de los asuntos de Europa y una sutileza que ni siquiera se le sospechaba. En esta ocasion dejó sorprendidos á los convidados con su alegría y sus oportunas observaciones. A lo último de la comida bebió á la salud de todos los franceses; pero no á la union de todas las potencias; luego haciendo recaer la conversacion sobre el objeto de nuestra espedicion, preguntó: «por que causa la Francia, despues de haber ido á España para hacer esclavos en 1823, iba entonces á Grecia á hacer hombres libres.» Mahomed-Alí, con el fin de conciliar la llamada de su hijo y de las tropas con la fidelidad que debia al jefe del islamismo, habia mandado á Ibrahim, que no entregase á los franceses ninguna de las plazas que ocupaba, y que dejase en ellas mil doscientos árabes á las órdenes de los comandantes turcos, á quienes debia abandonar la guarnicion de los fuertes; y estos, ausiliados por un número casi igual de osmanlis, debian quedar únicos dueños de defenderlas ó de entregarlos. El embarque de los regimientos que se llevó Ibrahim terminó el 4 de octubre, y este siguió el último convoy. Luego despues de su partida, el general Maison intimó la rendicion á los comandantes turcos. La Puerta no se halla en guerra ni con los franceses, ni con los ingleses, contestaron unánimemente los oficiales del sultan; por consiguiente no cometeremos ningun acto de hostilidad; pero no abriremos nuestras puertas.» Y así fué que ninguno las abrió. Por efecto del estraño compromiso en que se hallaban entre la imposibilidad de defenderse y la fidelidad que debian al sultan, todos al acercarse nuestras tropas se encerraban dentro de sus murallas, dejando que estas rompiesen ó arrancasen las puertas, ó que escalasen las murallas, ó que penetrasen por antiguas brechas que habian quedado abiertas de modo que resistian sin combatir; y luego rendian las armas desde que se hallaba invadida la plaza. Si esceptuamos algunas piedras arrojadas desde lo alto de los muros de Koron á los soldados ingenieros, que ni siquiera se dignaron hacer caso de este insulto, no hubo acto alguno hostil al tomar posesion nuestros regimientos de las plazas de Navarino, Modon, Koron y Patrás. Solo la sumision del castillo de la Morea hizo necesario emplear la fuerza. Este fuerte, lo mismo que Patrás, se hallaba confiado al mando del bajá turco Hadji-Abdallah, quien habia estipulado su entrega al general Schneider. Patrás cumplió el convenio: pero los agás, que mandaban la guarnicion del castillo, se declararon en rebelion contra Abdallah, y manifestaron que antes que entregar el fuerte preferian quedar sepultados bajo de sus ruinas. Rechazado el general Schneider en todas sus tentativas de conciliacion, empezó el 19 de octubre las operaciones del sitio: el 30 rompieron el fuego contra la plaza, á las seis de la mañana, seis baterías compuestas de cuarenta piezas; veinte y dos batieron en brecha las murallas, y diez y ocho dirigieron sus tiros á las obras de fortificacion. A las diez, estaba ya abierta la brecha, desmontadas las piezas de los sitiados, y estinguido el fuego. La guarnicion pidió capitular; pero el general Maison hizo contestar á los agás, que la violacion del primer tratado no le permitia otorgar otro, y que si dentro de media hora no habian abierto las puertas y comparecido sin armas á su presencia, serian todos pasados á cuchillo. Los turcos se sometieron. Este ataque, que nos costó veinte y cinco muertos ó heridos, completó la entrega de la Morea. Las fuerzas que acabábamos de espulsar inclusas las guarniciones que capitularon, eran de veinte y seis mil hombres (1).

La Grecia se hallaba pues libre, y así nuestras tropas no tardaron en regresar á Francia. La dignidad de mariscal conferida al general Maison y un ascenso proporcional concedido á un gran número de oficiales de todas graduaciones; fueron las recompensas dadas al cuerpo espedicionario por esta breve campaña, que ningun lustre añadió ciertamente á nuestras armas, pero que valió á la Francia una gloria mas bella y mas pura, cual fué el honor de asegurar la independencia de una nacion generosa. Estaba espiada con esto la espedicion de 1823 á España. Bajo la direccion del nuevo gabinete entraba el gobierno en una nueva via; otro espíritu influia en su política, y Carlos X debia recoger muy pronto el fruto de esta mudanza.

Habia dos campos para la instruccion de las tropas: uno en Saint-Omer para la infantería, y otro en Luneville para la caballería. La revista que hizo el año antecedente Carlos X á San Omer le hizo nacer el deseo de asistir este año á las maniobras de los regimientos que se hallaban reunidos en Luneville. El 31 de agosto al mismo tiempo que el ejército espedicionario de Grecia desembocaba en el golfo de Rohen, salia el rey de Saint-Cloud, acompañado del Delfin, de Mr. de Martignac, y de cierto número de oficiales de su casa. La acogida que halló desde los primeros pasos presentó un carácter de alegría y de entusiasmo que nunca se habia visto en ninguna de las revistas reales efectuadas en

(1) Una de las estipulaciones contenidas en todos los actos relativos al convenio de evacuacion, era que los musulmanes no podian llevar ningun esclavo cristiano de uno ni de otro sexo. Este artículo escitó las mas vivas quejas á la salida de cada convoy; y no procedian como pudiera creerse de los oficiales turcos ó árabes, á quienes sabiendo el odio á que les esponia entre sus compatriotas su morada, aunque involuntaria, en un harem musulman, suplicaban con lágrimas en los ojos á nuestros oficiales que se les concediera la facultad siempre negada, de librarse por medio de su embarque al desprecio y á las violencias que les esperaban en sus familias.

varios puntos del reino. Desde Meaux al último límite de la Lorena, la poblacion rural que acudió de muchas leguas formó por decirlo así un muro que se estendia á toda la carrera que debia recorrer el rey, á quien saludaban con entusiastas y alegres aclamaciones. A cada paso se levantaron arcos triunfales, y varios grupos de niñas engalanadas le presentaban en cada estacion flores, dulces y frutas: solemnizábase su permanencia en las ciudades con juegos, bailes é iluminaciones: las calles de su tránsito se hallaban enarenadas y cubiertas de flores, y las casas adornadas con festones y guirnaldas; por último, en las ventanas flotaban un sinnúmero de banderas blancas. Así atravesó S. M. bajo un dosel de verdura las poblaciones de Epernay, Chalons y Verdun. En Metz, donde se detuvo el dia 5 de setiembre, las tropas de ingenieros y de artilleria le ofrecieron el espectáculo de un simulacro de sitio. A su entrada en Alsacia y en Saverne, las demostraciones tomaron de las costumbres locales unas proporciones nuevas y un carácter muy particular. Todas las poblaciones del distrito enviaron numerosas diputaciones compuestas de los habitantes mas acomodados y de doncellas. Los primeros, en número de quinientos, iban todos á caballo, con el mismo traje, y adornado con largas cintas el brazo izquierdo. Las doncellas iban en carros, con el traje particular de su pueblo, y en la mano llevaban banderas blancas ó guirnaldas. Seguian otros carros en que iban varias músicas. Toda esta multitud agrupada al rededor de un arco triunfal, erigido en una eminencia desde la cual la vista se espaciaba en la perspectiva de la ciudad, y en su vasto estanque, recibió á Carlos X con las mas vivas aclamaciones y en medio de continuos gritos de ¡viva el rey! le acompañó hasta la casa que estaba dispuesta para hospedarle. Por la tarde, á una señal que salió de la prefectura, iluminaron de improviso la llanura de Saverne con innumerables fuegos, y coronaron las crestas de los montes que la circundan. El dia siguiente 7, salió el rey para Estrasburgo; y al llegar al punto mas elevado del camino desde el cual se descubre la ciudad, el curso de Rhin, luego mas allá del rio, y formando el límite del horizonte los montes de la selva Negra, fué recibido por mil doscientos ginetes, divididos en tantas escuadras cuantas eran las municipalidades que representaban, teniendo cada una en su centro una bandera blanca flor delicada, y á su frente los miembros de la respectiva municipalidad con sus bandas. Seguian trescientos carros llenos de verdura y de flores, cubiertos de ramajes, y tirados por cuatro ó seis caballos, en los cuales se mantenian de pie numerosos grupos de doncellas de Alsacia, con vestidos que brillaban por la viveza de sus colores. Estos trajes eran diferentes en cada carro, pero iguales en las doncellas que ocupaban cada uno de ellos: llevaban por tocado las unas lazos de cintas coloradas; las otras cintas negras; otras sombreros de paja, y otras en fin escofietas de tela de oro. Los músicos que ocupaban los otros carros acogieron al rey á su llegada haciendo resonar los aires con los sones de sus instrumentos tocando las canciones realistas de la época. Todas estas diputaciones estaban dispuestas en dos líneas. A medida que Carlos X se acercaba, los caballeros agitaban al aire sus anchos sombreros gritando ¡viva el rey! y las doncellas de Alsacia, agrupadas á orillas de las especies de emparrados de verdura y de flores, saludaban al monarca inclinándose y dirigiéndole las mas graciosas sonrisas. En el primer recinto de Estrasburgo fué S. M. recibido por el cuerpo municipal bajo de un arco de triunfo, y el maire á ejemplo de lo que habian hecho las autoridades de Verdun y de Metz, le presentó las llaves de la ciudad. «Acepto estas llaves con mucha satisfaccion, dijo el rey, y os las devolveré con confianza.» Acompañado luego á la catedral, las calles de su tránsito se hallaban inundadas por una muchedumbre enajenada de júbilo; las casas estaban cubiertas de colgaduras y de banderas blancas con flores de lis, y las ventanas llenas de mujeres que agitaban al aire sus pañuelos blancos con demostraciones de la mayor alegría. Oyó Carlos X el Tedeum, y regresó por fin al palacio donde fuéron inmediatamente á saludarle el rey de Wurtemberg, el príncipe de Lowenstein, enviado del rey de Baviera, el gran duque de Baden y sus hermanos los margraves. Por la noche estaba toda la ciudad iluminada, la cima del campanario parecíase á una pirámide de fuego, y varias músicas colocadas en unas lanchas completamente iluminadas situadas en la parte del rio Ill, que se halla al pie del palacio, hicieron oir sus armoniosos ecos hasta muy entrada la noche.

Sucediéronse sin interrupcion por espacio de tres dias los besamanos, bailes, funciones militares y visitas á los hospitales y demás establecimientos públicos. Entre estos no podia pasar desapercibido el arsenal en el cual habia encerradas mil seiscientas piezas de artillería con sus cureñas, y una cantidad inmensa de armas de fuego y blancas bastantes para armar á cien mil hombres. Acompañaban á Carlos X en su visita el rey de Wurtemberg y el gran duque de Baden; y despues que hubieron recorrido los patios y las inmensas cuadras donde se guardaban sus riquezas, se volvió á los que le acompañaban, y les dijo sonriendo: «Ya veis que nada tengo oculto; ahí teneis lo que puedo enseñar con la misma confianza á mis amigos y á mis enemigos.»

El 10 salió el rey para Colmar y Mulhouse; durante el camino de Estrasburgo á la primera de estas ciudades volvió á hallar en la poblacion el mismo afan y entusiasmo que en las anteriores jornadas: en todas partes le aguardaban á su paso numerosos ginetes con lanzas adornadas de banderolas blancas, y tambien los habitantes de las aldeas situadas en la montaña reunidos al rededor de una bandera en que se leia el nombre de la respectiva aldea, y llevando al frente los miembros municipales con las bandas é insignias de su representacion, y á la llegada de S. M. á Colmar le recibieron igualmente largas hileras de labriegos á caballo vistiendo el traje propio del pais; y varios carros entoldados con ramos de encina y llenos de doncellas. De Colmar á Mulhouse fué su viaje una continua ovacion; los habitantes de todas las poblaciones circunvecinas en trage dominguero; innumerables grupos de niñas coronadas de flores; ricas banderas que llevaban escrito el nombre de cada poblacion formaban una línea que se *estendia á todo lo* largo del camino, y de trecho en trecho, á medida que *el monarca ade*lantaba, soltábanse palomas con cintas en el cuello para que fuesen á llevar la noticia al pueblo de Mulhouse de los pasos que el rey adelantaba hácia dicho pueblo. A una legua de él fué recibido por una guardia de honor muy numerosa con uniformes cuya riqueza igualaba á su elegancia; á su llegada fué acogido por los principales habitantes en una tienda magnífica formada con los paños mas preciosos que pudieron proporcionar las fábricas de esta industriosa ciudad, é hizo su entrada en una hermosísima calesa tirada por ocho caballos, la cual presentó al rey el cuerpo municipal. Luneville, en donde pasó luego tres dias ocupado en revistas y festejos militares; en donde el general de Bostell fué á cumplimentarle en nombre del rey de Prusia; Nancy, donde permaneció los dias 15 y 16; Toul, de donde salió el 19, hiciéronle la misma acogida; finalmente el dia 19 entró S. M. en Saint-Cloud.

El afan y las demostraciones de que fué objeto el rey á cada paso de parte de las poblaciones, no dependia tan solo de ese movimiento de curiosidad que impele á las poblaciones rurales hácia el camino que sigue todo soberano cuando lo conduce en medio de ellos la casualidad de un viaje ó el deseo de adquirir popularidad. En esta especie de visitas las aclamaciones de los campesinos espresan deseos y esperanzas mas bien que un sentimiento satisfecho, y el calor de su recepcion es un llamamiento á la beneficencia y al interés del hombre á quien consideran como el árbitro de su bienestar ó de su miseria, antes que un homenaje tributado á su dignidad. Por mucho que las poblaciones por las que pasó Carlos X deseasen llamar su atencion hácia ellas, y atraerse sus favores, no hubiera bastado sin embargo este sentimiento para comunicar á los festejos que acabamos de bosquejar rápidamente el carácter entusiasta que en realidad presentaron; así debemos buscar en el concurso de la clase media la causa principal de la energía y unanimidad particulares de estas demostraciones.» Dicha clase media, profundamente apegada á las conquistas políticas y morales de *la revolucion*, en el este de Francia formaban parte de la misma muchos luteranos, y hasta judíos; y sus miembros mas enérgicos, que en 1821 y 1822 entraron en las filas de los carbonarios, tomaron una parte activa en las conjuraciones de esta época; por consiguiente en los festejos con qué saludó á Carlos X, menos se dirigian á su persona que al soberano desengañado que acababa de sacudir el yugo de la congregacion y de romper con el partido ultramonárquico y religioso, cerrando los establecimientos de los jesuitas; imponiendo á la enseñanza una direccion enteramente laica; volviendo á la prensa sus garantía y sus derechos, á las elecciones su independencia y su franqueza, y dando á nuestras tropas la mision de asegurar la libertad de la Grecia. El impulso era general; el rey habia atraido á sí hasta á los diputados liberales elegidos en estas comarcas. Benjamin Constant, Mr. Kœchlin, Mr. Casimiro Perier, entre otros, se hicieron presentar al rey, quien condecoró á este último. Satisfecho el rey al ver ese afan dejaba traslucir con cuantos le rodeaban el gozo de que estaba poseido; y sus palabras eran graciosas y benévolas hasta con aquellos que se habian hecho mas célebres por su oposicion. Cierto dia en que las aclamaciones de la multitud se oian á su alrededor con una intensidad siempre creciente, volvióse á Mr. de Martignac, y le dijo con voz conmovida y con los ojos casi humedecidos: «¡Ah! Mr. Martignac, qué nacion! y cuánto no debemos hacer por ella! El ministro del interior podia justamente atribuirse gran parte en el merecimiento de estas aclamaciones, y persuadido de que Carlos X se lo tomaba en cuenta, desde aquel dia creyó que se hallaba en camino de obtener el favor del rey. Los liberales por

su parte miraban á este si no como completamente ganado para la causa constitucional, á lo menos como dispuesto á unirse á ella y á recibir á sus representantes. Finalmente, dominado por las preocupaciones de cuna y de posicion, Carlos X, en el recibimiento de las poblaciones del este, mas que un impulso espontáneo de amor á su persona, y como la esplosion de un sentimiento dormido en el fondo de los corazones, y que para manifestarse no aguardaba mas que su presencia. Este viaje le dejó convencido de que la Francia era mas realista y de que la monarquía legítima era mas popular de lo que al parecer suponian sus mismos consejeros. Todos se alucinaban: la conciliacion que esperaban Mr. de Martignac y sus colegas debia estrellarse ante unas pasiones mas fuertes que los mismos intereses de los dos principios que entraron en lucha en 1814 y que estos ministros creian poder conceder.

Los miembros del consejo retardaron hasta el regreso del rey los cambios que reclamaron sin cesar durante la última legislacion los diputados de la izquierda con respecto á los altos funcionarios públicos. Esperaban que las alegrías de este viaje serian favorables á su sistema político y á su administracion; y al mismo tiempo unas pruebas que harian que Carlos X se mostrase mas fácil para los sacrificios que deseaban pedirle. Dos medidas principalmente se esperaban; 1.° la reorganizacion del consejo de estado, cuerpo político cuya composicion se hallaba aun al cabo de diez meses de la caida del ministerio Mr. Peyronnet, tal como este la dispuso; y 2.° una completa variacion en el personal de las prefecturas. Este doble trabajo, que hacia tiempo se habia anunciado á los miembros mas impacientes de la cámara, hallábase dispuesto desde el mes de setiembre para recibir la firma del rey. Pero á las primeras palabras que pronunciaron los ministros, Carlos X esclamó: «No desconcertemos la administracion, fuera destituciones en masa; de otro modo, mi corona se vendrá al suelo.» Mr. de Martignac y sus colegas le hicieron observar que la existencia de un completo acuerdo político entre el gobierno y sus empleados era uno de los principios mas esenciales del gobierno representativo. «¿Quereis, pues, replicó, que destruya á mis amigos? No obstante, no puedo ni quiero abandonar á mi partido.»—«Solamente deseamos destituir á los consejeros de estado ó á los prefectos que son contrarios declarados de la política que sostiene la mayoría de la cámara, dijeron los ministros; y si negamos esta satisfaccion á la asamblea, nos obligará á abandonar nuestros puestos.» Por lo regular cuando alguno de los miembros del gabinete proponia al rey la proposicion de alguna vacante, Carlos le presentaba inmediatamente un papelito, en el cual estaba escrito un nombre, y le decia: «Esta es la persona que debe nombrarse.» Abora quiso examinar con detencion la lista de los miembros del consejo de estado y de los prefectos cuya destitucion pedian los ministros; y quiso que los nombres de los que debian sucederles fuesen discutidos con el mayor detenimiento; y así estas operaciones encerradas entre el rey y los ministros de justicia y de lo interior, se continuaron con lentitud, nombre por nombre, de manera que duraron todo el mes de octubre. El rey defendia obstinadamente á todos los adictos al último gabinete y desechaba con cierto calor á las personas llamadas á reemplazarlos. Los miembros pertenecientes á la fraccion de la antigua mayoría señalada con el nombre de defeccion realista, eran los que principalmente le irritaban, acusábales en términos muy amargos por su abandono y su codicia: «Estos señores, decia, son por cierto sobradamente exigentes: ¡es posible! no le basta á Cambon la primera presidencia del tribunal real, que todavía necesita un destino de consejero de estado?» Por fin el 12 de noviembre, despues de seis semanas de debates, en que los Sres. Portalis y Martignac solo obtuvieron del rey insignificantes concesiones, publicó el Monitor los decretos que desde mucho tiempo estaban anunciados.

Por el primero se reorganizaba el consejo de estado; pero esta reconstitucion, mas aparente que real, llevaba impreso en todos sus pormenores el sello de la falsa posicion en que se hallaban los ministros entre la resistencia de la corona y las exigencias de los escritores y de los diputados que pedian la recompensa de su adhesion ó de sus servicios. Estos pretendientes eran numerosos e importunos. Por lo tanto, colocados los ministros entre la imposibilidad de producir vacantes en el consejo de estado y la necesidad de introducir en él nuevos titulares, apelaron al recurso de aumentar el número de sus miembros, y variaron sus títulos, creando diferentes especies de funciones y formando en cuanto á los sueldos tres categorías: de lo que se originó tal confusion y tales complicaciones, que quitaban á esta medida todo el carácter de reforma séria que le atribuian sus autores (1). Este consejo, que propiamente hablando ni era un cuerpo político, ni judicial ó administrativo; aunque sus atribuciones mal definidas fuesen administrativas, judiciales y políticas, conservaba á pesar de la reforma todas sus imperfecciones: y hasta su personal apenas resultó modificado. Si por una parte entraban en él los Sres. Agier, Villemain, Bertin de Vaux, Cambon, Alejandro Laborde y Salvandy, en servicio ordinario, con unos sueldos de quince mil y de veinte mil francos; por otra permanecian en servicio estraordinario, aunque sin sueldo los Sres. Franchet, Delavau, Dudon, de Frenilly, y de Forbin des Issarts, personas de las mas comprometidas por la última administracion; pues el rey con respecto á estos solo cedió en lo relativo á las funciones activas. El decreto concerniente á la reforma del personal de las prefecturas distaba mucho igualmente de satisfacer las esperanzas de la antigua oposicion: limitábase á decretar el retiro de cinco prefectos y á destituir los correspondientes á unos diez y ocho ó veinte departamentos. La timidez de estas medidas fue insuficiente para desarmar al partido clerical; y todos sus órganos se desahogaron en fuertes clamores: «El gabinete, decian, acababa de sacrificar la monarquía en provecho de la revolucion, y por medio del cansancio de una augusta voluntad le arrancaron el consentimiento para unas destituciones y unas elecciones que conducian la Francia á un abismo.» Los diarios liberales tambien se quejaban amargamente de la debilidad del ministerio, quien mantenia en el consejo de estado y á la cabeza de los departamentos á todos los agentes mas conocidos por su osadía, en el sistema de fraude, de corrupcion y de tiranía, seguida durante tanto tiempo por la última administracion: «debilidad tanto menos disimulable, añadian, en cuanto aumenta el atrevimiento de una faccion, cuyos jefes habian caido pero sin ser derribados.» La reforma que acababan de plantear los ministros, fué un esfuerzo incompleto y abortado que no tuvo mas resultas que descontentar á todos los partidos.

«¿Quereis pues que despida á mis amigos, y que abandone á mi partido?» habia dicho el rey á sus ministros.—Cuando Luis XVIII por el decreto de 5 de setiembre de 1816 se separó de los ultrarealistas, los hombres de esta opinion, colocando sus esperanzas en el conde de Artois, y tomando por bandera á este príncipe hicieron de él un jefe y formaron «su partido.» Las costumbres y relaciones que á la sazon contrajeron habianse conservado; y así como su hermano decia, hablando de la administracion de M. Decazes: «mi política personal,» Carlos X, hablando del sistema seguido por Mr. Villele, decia: «mi sistema político.» Los colegios electorales pudieron imponerle, es verdad, otro sistema y otros ministros; pero sufria este cambio sin someter á él su espíritu ó sin aceptarlo. No habia tenido la anterior administracion en la cámara un partidario mas acérrimo, ni un defensor mas infatigable que Mr. Montbel, quien aprovechaba con afan todas las ocasiones de manifestar su pesar por la caida del anterior ministerio, y de oponer sus actos con elogio á las medidas de los nuevos ministros. Cierto dia de besamanos en las Tullerías, vióle Carlos X, y se fue á él diciendo, sobre un reciente discurso que Mr. de Montbel habia pronunciado en favor del anterior gabinete: «He leido vuestro discurso con mucho gusto; está muy bien: habeis defendido vuestra causa con celo, nobleza y talento: estoy admirado.» Esta oposicion entre los sentimientos particulares del monarca, y el apoyo que no obstante recibian de él los nuevos ministros, no era la única contradiccion que ofrecian la situacion política y los actos oficiales de aquella época.

La duquesa de Berri habia recorrido el oeste y el mediodía del reino, al mismo tiempo que Carlos X visitaba los del este: siendo estos viajes en cierto modo simultáneos. Las demostraciones á que dieron lugar tenian en ambos ilustres viajeros una fisonomía y una significacion enteramente distintas. En el este, pais poblado, activo y dispuesto a toda especie de progresos, animado por el nuevo espíritu, Carlos X fue recibido debajo de arcos de ramaje, por pacíficas cabalgatas, y por niñas coronadas de flores, y se vió principalmente obligado á visitar museos, esposiciones artísticas é industriales, fábricas manufactureras, vastas herrerías productos de la riqueza que solo pueden prosperar bajo un gobierno pacífico y en medio de la tranquilidad pública. En el

(1) El decreto de 12 de noviembre dividia los miembros del consejo del modo siguiente:

CONSEJEROS DE ESTADO: *en servicio ordinario*, empleados en los trabajos interiores y ordinarios de las comisiones, 14. *idem*, que tomaban parte únicamente en las deliberaciones generales del consejo, hallandose reunidas todas las comisiones, 10: *en servicio estraordinario*, con autorizacion de participar de los trabajos del consejo, 23. *á título puramente honorífico*, 77: y *honorarios*, 20: total 144.

MAESTRES DE REQUESTAS: *en servicio ordinario*, 30: *en servicio estraordinario*, con autorizacion de asistir á los trabajos de las comisiones 8. *idem, á título puramente honorífico*, 58, *honorarios* 19: total, 105.

Total general de los consejeros de Estado y maestros de requestas de todas categorías, 249.

oeste, pais de la antigua fe monárquica y religiosa, pais estacionario donde reciben culto las costumbres de nuestros abuelos, la duquesa de Berri, recibida y escoltada por un pueblo sobre las armas, solo encontró, al contrario, imagenes y recuerdos de guerra, y en todas partes oyó la glorificacion de las antiguas luchas civiles. Esta princesa visitó todos los campos de batalla de Bretaña y de la Vendee : y los antiguos insurrectos, reunidos por parroquias y por divisiones, pues su antigua organizacion se habia conservado, la esperaban en cada estacion, alineados bajo las mismas banderas y mandados casi por los mismos jefes que lo conducian en los tiempos de Catalineau, Stoffet, d'Elbee, Lescure, Bouchamp, Charette y Jorge Cadoudal. La madre del duque de Burdeos, en el campo solamente de las Matas (1) halló reunidos quince mil habitantes del pais formados en batalla. Otra division de cuatro mil hombres à los que se distribuyeron víveres, cual si se hubiese hallado en tiempo de guerra, formaba la línea à la entrada de la duquesa de Bourbon-Vendée. Las comunidades religiosas de cada lugar, los trapenses, conventos de monjas y seminarios, cuyos alumnos à una seña del director gritaban «¡ viva el rey !» aun cuando todos recibieron igualmente las visitas de la duquesa, ciertamente ningun miembro de la real familia sin la mayor ingratitud no hubiera podido recorrer los departamentos del oeste y dejar en el olvido la fidelidad y los sacrificios del pueblo de estas comarcas en favor de la monarquía : y las revistas, saludos, palabras benévolas y algunos regalos son por cierto lo menos que pueden hacer los principes para pagar la sangre por su causa derramada. Así los gobiernos, como los partidos tienen en mucho el mostrarse agradecidos a los servicios que se les han hecho. Por consiguiente los adversarios de la insurreccion de la Vendee hubieranse abstenido de protestar acerca de esa especie de revista de los ejercitos católicos y reales, si pocas semanas antes de este viaje y con motivo de las medidas que estaban anunciadas contra los jesuitas, los diarios de la congregacion no hubiesen amenazado à la Francia y à la cámara de diputados con un despertamiento de estos ejercitos. La Gaceta de Francia publicaba cartas del oeste, en las que se leia :

«Los vendeanos en medio de su sencillez se preguntan si está compuesta la cámara únicamente de enemigos de Dios y del rey. Los soldados de Charette y de La Rochejacquelein dicen à sus hijos: «Muchachos, es necesario no cansarse de la fidelidad ; haced lo mismo que nosotros hemos hecho, y el buen Dios estará con nosotros ; porque Dios ama à los que defienden à los reyes. El vendeano no quiere que se toque à la corona ni à la mitra. Cuando los revolucionarios levantaron su mano contra el altar y el trono, entonces la Vendee apareció sobre las armas. Que se nos dije las instituciones que tenemos ; pues nos enseñan à amar à Dios y al rey y sacrificar la vida en defensa de estos sagrados objetos.»

Esta alianza del altar y del trono, de la mitra y de la corona, union impolítica y funesta, no solamente la proclamaban los diarios de la congregacion y sus corresponsales ; sino que hasta los mismos jesuitas establecian entre la existencia de su órden en Francia y el sostenimiento de los Borbones una solidaridad que debia perseguir à Carlos X hasta el último dia de su reinado. Ciertos documentos producidos ante el tribunal civil de Colmar en un proceso de nulidad de un testamento descubrieron públicamente las doctrinas de la compañía de Jesus tocante à dicha solidaridad. Tratábase de un legado universal hecho à beneficio de los jesuitas, con ausilio de una persona intermedia. El testador Mr. Enrique Beck quiso primeramente dejar sus bienes al seminario de su diócesis. «Los seminarios son aptos para poseer, escribia al P. Grivel, provincial de la compañía, mientras que vuestra órden no tiene todavía una existencia legal.» — «Nuestra Compañía es mas útil que un seminario à la religion y à la iglesia, respondió el P. Grivel; à ella pues debe darse con preferencia. Tocante à la cuestion de existencia legal, la existencia de nuestra órden tiene la misma solidez que la de los Borbones en el trono ; si estos se mantienen en el, seremos restablecidos, y no dejaremos de existir en Francia sino cuando una nueva conspiracion contra la religion venga à derribar à los Borbones.»

Estas confesiones hubieran exasperado los ánimos en los años precedentes ; pero la caida del ministerio Villele, los actos de sus sucesores, las satisfacciones que segun anunciaban debian dar aun à los contrarios del partido clerical, disminuian en gran manera la gravedad del lenguaje del P. provincial. En efecto la atencion pública se desviaba de la Compañía de Jesus para dirigirse enteramente à las mejoras y reformas que los nuevos ministros trataban de introducir en todos los ramos del gobierno. Ya hemos hablado de la notable actividad que desplegaban Mr. Caux y Mr. Hyde de Neuville en los departamentos de guerra y de marina, y sus colegas no se mostraban menos solícitos è inteligentes en el desempeño de sus deberes y en poner remedio à las necesidades de su administracion. Entre otras leyes estaba anunciada una nueva organizacion de los consejos municipales y departamentales, como que debia inaugurar las tareas de la próxima legislatura, cuyo principio por un decreto de 7 de diciembre estaba señalado para el 27 de enero de 1829.

(1) En este campo fué muerto Mr. Luis de La-Rochejaquelein el 3 de junio de 1815.

CAPITULO XXVI.

SUMARIO. — *Negociaciones entre el ministerio y los diputados liberales, arreglos convenidos — El rey y su consejo. — Mr. de Polignac : sus antecedentes : su carácter. Carlos X lo hace venir á Paris. — Apuros de los ministros : niéganse á admitir á Mr. de Polignac en el ministerio. Continúan las negociaciones con los diputados liberales — Apertura de las cámaras. Discurso de la corona. Contestacion al discurso de la corona en la cámara de pares. Profesion de fé de Mr. de Polignac. Contestacion al discurso del trono en la cámara de diputados. — Presentacion de los dos proyectos de ley sobre la organizacion de los consejos municipales y sobre la de los consejos de distrito y departamentales. — Nueva proposicion de acusacion al ministerio Villele. Es desechada. Dictámenes relativos á las leyes de organizacion de las municipalidades etc. : cuestion de prioridad — Discusion sobre el proyecto de ley de organizacion departamental. Ambos proyectos son retirados. Rompimiento entre el ministerio y la izquierda. — Mr. de Portalis es nombrado ministro de negocios estranjeros y Mr. de Bourdeau ministro de justicia. Relaciones privadas entre el rey, los ministros y los diputados que formaban la mesa de la cámara. — Discusion del presupuesto ; incidente relativo al comedor del ministerio de justicia. Ultimos debates. Clausura de las cámaras. — Caida del ministerio Martignac. — Advenimiento del ministerio Polignac. Conmocion en Paris y en los departamentos. Viaje de Mr. de Lafayette á Auvernia y al Delfinado. Ovaciones que recibe en Grenoble, Vizille y Lyon. Viaje del delfin á Cherburgo — Sociedad bretona para no satisfacer los impuestos. Procedimientos de los tribunales. — Actitud del ministerio. Dimision de Mr. de Labourdonnaye : reemplázale Mr. de Montbel. — Procesos intentados al Correo Francés y al Diario de los Debates : absolucion. — Muerte de Mr. de Labourdonnaie.*

1829. — Empezó el año 1829 bajo los mas favorables auspicios : sucedia en los ánimos la calma à la agitacion ; las clases medias, ávidas de reposo, acogian con confianza la perspectiva de una situacion libre de las inquietudes que hacia tres años turbaban la seguridad de sus intereses morales ó el desarrollo de sus intereses materiales : hasta los mismos miembros de la oposicion, en general tendian à acercarse à la monarquía legítima. Semejante disposicion se hallaba con especialidad en cierto número de liberales influyentes, en su mayor parte antiguos imperialistas, quienes cansados de doce años de una lucha infructuosa, é impacientes por entrar al fin à participar de los beneficios del poder político, reprendian amargamente al gobierno de los Borbones por su espíritu esclusivo y por la desconfianza que cerraba el acceso al poder à los hombres que no seguian el partido ultramonárquico. No obstante parte de los miembros de la izquierda permanecieron ajenos de semejantes cálculos, y teniendo en cuenta al ministerio las garantías concedidas durante la anterior legislatura, la franqueza é imparcialidad en las elecciones y la libertad de la imprenta, solo pedian, para continuar prestando su apoyo al ministerio, que se mostrase fiel à sus promesas y à sus declaraciones. Los primeros en verdad creían imposible que el gobierno variase sinceramente de senda y diese la suficiente satisfaccion à la opinion liberal si no entraban en los consejos de la corona algunos de los representantes de esta opinion. Su insistencia sobre este punto, en las reuniones privadas de los principales liberales hizo que se les diese el nombre de impacientes. Esta introduccion de varios miembros de la izquierda en los altos empleos administrativos, no tenia sin embargo nada que no estuviese muy conforme con las leyes del gobierno parlamentario, y hasta los mismos ministros comprendian tanto mejor la conveniencia y la necesidad de esto, cuanto que si en la legislatura anterior y al principio de su administracion hubiesen podido estar acantonados por decirlo así, en medio de la pequeña reunion de Agier les hubiera sido difícil entrar en la próxima legislatura y atravesarla, à menos de estender la esfera de su influjo en la cámara, de robustecer en ella su posicion, en una palabra, de procurarse una mayoría constante y segura. Con este designio el gabinete entabló ciertas negociaciones, de las que Mr. Casimiro Perier, à quien Carlos X habia

condecorado en su viaje á Alsacia, y el general Sebastiani se hiciesen intermediarios. Los ministros mostrábanse dispuestos á ceder dos carteras á la izquierda, segun decian estos dos diputados á sus colegas. Mr. de la Ferronnays á quien el mal estado de su salud, á pesar de una reciente licencia de tres meses, ponia en la imposibilidad de soportar mas tiempo los cuidados del gobierno, pedia diariamente que se le permitiese dejar sus funciones: consentirian en su dimision, y su cartera pasaria á manos de Mr. Hyde de Neuville, á quien en la marina reemplazaria el general Sebastiani. Durante algunos dias se dispuso de otro modo de la cartera de negocios estranjeros; este departamento tocaba á Mr. de Martignac, quien en tal caso cedia á Mr. Casimiro Perier el ministerio del interior. Pero este arreglo no fue duradero. Mr. Casimiro Perier, vencido por la resistencia de Mr. de Martignac, debió contentarse con el ministerio de comercio ó de aduanas. Los cultos no católicos fueron para Mr. Benjamin Constant protestante, una direccion general a la cual se concedian muy estensas atribuciones, y que no perteneceria ya al ministerio de negocios eclesiásticos sino al del interior. Por último Mr. Duvergier de Hauvranne y Mr. Humbolt Conte recibirian ya la direccion de correos, ya la de contribuciones ó de hacienda.

Otras garantías obtenia la opinion constitucional. Dueña de la mayoría en la cámara de diputados, hallaria en la cámara de pares una preponderancia incontestable, mediante el nombramiento de cierto número de nuevos pares, hombres políticos, influyentes y activos que reunirian al rededor de sí los restos del antiguo senado, los generales y administradores de la república y del imperio; en una palabra, todos los adversarios del antiguo órden político. Estos nuevos pares serian en número de doce, lo menos, elegidos de entre los diputados de la izquierda que reuniesen las condiciones necesarias de fortuna y de celebridad. Dichas elecciones suscitaron algunos debates: el nombre de los señores Lameth, que fueron de los primeros que se pronunciaron, fueron desechados ásperamente por Carlos X, á quien dominaba aun la memoria que desempeñaron estos dos hermanos en la asamblea constituyente, y su viva oposicion al partido de la corte y de la emigracion. Propusieron tambien á Mr. Ternaux; pero sin insistir en ello, pues empezaba á menguar su fortuna; pero por otra parte Mr. Lafitte fue puesto sin oposicion á la cabeza de esta lista en que figuraron á mas los generales condes Gerard, de Thiard, Grenier y le Mowrois, el duque de Bassano, Mr. Benjamin Delessert, el baron Luis y el marqués de Grammont, hermano político del general Lafayette.

Habiéndose sondeado el ánimo de este último declaró que queria permanecer del todo estraño á esta negociacion; aunque subordinando sus propios sentimientos á las esperanzas de sus amigos, añadió que á pesar de su poca confianza en esta tentativa de union, dejaba á sus colegas la libertad de obrar del modo que les pareciese mejor en el interés de la causa comun, comprometiéndose á no hacer cosa alguna capaz de dificultar el éxito. Mr. Dupont del Eure permanecia aun en su departamento, y se confiaba en obtener para él ya una presidencia de sala en el tribunal de casacion, ya la liquidacion de la pension de retiro á la que le daban derecho sus grandes servicios. El conocimiento que se tenia de su carácter, ninguna duda permitia en todo caso acerca de su actitud; segun la cual imitaria á Mr. de Lafayette y daria pruebas de igual abnegacion. La única oposicion que se temia para este arreglo era la de un corto número de miembros de la estrema izquierda, tales como los señores Voyer, d'Argenson, de Corcelles, Audry de Puyraveau, de Beausejour y el general Tarayre, quienes empezaban á emitir ciertas teorías sobre la organizacion social del pais, cuya novedad causaba á sus colegas mas admiracion que inquietud. Este era el estado á que el general Sebastiani y Mr. Casimiro Perier habian llevado la negociacion, cuando el 2 de febrero, en las Tullerías, Mr. de la Ferronnays tuvo un desvanecimiento de consecuencias bastante serias para que pudiese seguir ya mas ocupando el ministerio. Este suceso que al parecer debia apresurar la terminacion de los arreglos entablados con los impacientes de la izquierda, iba al contrario á suspender este trabajo, conduciendo á la escena política un nuevo actor, cuyo nombre hacia muchos años que era pronunciado como una amenaza hecha al sostenimiento del régimen constitucional (1).

Ya hemos dicho que los ministros no gozaban de la confianza del rey quien aunque tuviese un carácter débil, con alma sin voluntad propia y un entendimiento falto de las suficientes luces para resolver las numerosas cuestiones políticas y administrativas cuya decision forma la principal tarea de los hombres de estado, no por esto dejaba de creer que tenia un influjo directo y personal en su gobierno. El conocimiento de su insuficiencia unido al deseo de la representacion, y á imperiosos hábitos de distraccion contraidos durante el curso de una larga existencia ociosa, hacia indispensable a este príncipe un ministro que en el consejo fuese por decirlo así la conciencia y el pensamiento del rey. Este hombre necesario fué Mr. de Villele hasta el último dia de su administracion; en esto consistia su principal fuerza, y ninguno de sus sucesores le reemplazó. No obstante la mayor parte procedian de este partido ultramonárquico y religioso, que se personificó durante tanto tiempo en el rey; pero se habian vuelto mas tolerantes y menos esclusivos de lo que este habia permanecido fiel á todas sus preocupaciones y pasiones; y á sus ojos eran unos ambiciosos que habian sacrificado sus opiniones á los intereses de una vana popularidad. Principalmente le irritaban los actos y el lenguaje de Mr. Vatismenil: «Le esta muy bien, decia, hacer el liberal despues de las violencias de sus requisitorias!» Estas quejas no obstante no salian de la esfera de su intimidad; y en medio de su consejo se mostraba afable y cortés con todos los miembros del gabinete, de manera que estos solo notaban su desacuerdo con el monarca por la continua resistencia que oponia á los actos que se sometian á su aprobacion. Entre todos era escuchado mas favorablemente Mr. Portalis, que tenia para Carlos X la recomendacion de unas costumbres graves, de la práctica de los deberes religiosos, de unos modales sumisos y atentos, y de un lenguaje sumamente sencillo. Sin embargo no llegaba esta inclinacion al punto de confianza; por lo que la debilidad de este gabinete en concepto del rey dependia de la falta de un ministro que poseyese su favor, y que fuese el intermediario ó el lazo que uniese el rey á su consejo. Advirtieron á Mr. de Martignac de la necesidad de este apoyo, diciéndole Mr. Pasquier cuando se formó el ministerio: «Si quereis aseguraros del ánimo del rey tomad con vos una persona que posea su confianza.» Pero Mr. de Martignac temia todo influjo capaz de dominar el que él esperaba para sí mismo, por lo que se negó á ello, y en enero de 1829 aun no creia que fuese necesario. Mientras tanto Carlos X no aguardó á tanto para romper la especie de aislamiento en que se le habia colocado con respecto á sus consejeros oficiales, y para introducir entre ellos un hombre cuyas convicciones y miras correspondiesen á las suyas; este pensó el rey hallarlo en nuestro principal agente político en el esterior; esto es, en el príncipe Julio de Polignac.

El príncipe Julio, hijo de la duquesa de Polignac, célebre favorita de María Antonieta, llevaba un nombre, cuya impopularidad poco comun se remontaba al siglo pasado, y no dejó de ejercer cierta influencia en la triste suerte de la calumniada esposa de Luis XVI. Habiendo emigrado Mr. de Polignac con su madre en los primeros dias de la revolucion, entró algunos años despues al servicio de la Rusia; dejó este servicio en 1800 para ir á Inglaterra á unirse al conde de Artois, á quien habia visto nacer y criar en Versalles; fué colocado inmediatamente al lado de la persona de este príncipe y habiendo sido arrastrado por Pichegrú á la conspiracion de Jorge Cadoudal fué encarcelado durante diez años; luego en 1814, fué colocado otra vez junto á la persona del hermano de Luis XVIII en calidad de edecan. A Mr. de Polignac se le ha juzgado casi siempre de un modo demasiado absoluto (1). Los hombres políticos cuyos actos se examinan atentamente y sin prevencion, nunca se presentan tan imperfectos ni tan perfectos como les suponen las pasiones contemporáneas. Una estraña mezcla de buenas cualidades y de defectos contrarios, las mas particulares opiniones así en el carácter como en el entendimiento, he aquí lo que domina la mayor parte de ellos. Por lo regular la inexactitud de estos supuestos retratos históricos encierran arbitrariamente en una unidad ideal así las virtudes como los vicios de las personas á que se atribuye alguna celebridad. Solo algunas personas privilegiadas se ven libres de esa ley general de contradicciones y de contrastes. Pero Mr. de Polignac distaba mucho de estar dotado de una de estas organizaciones escepcionales. Su carácter fué á la vez lijero y tenaz, su inteligencia escasa y fácil á entregarse á ilusiones, reunia un corazon sumamente enérgico á un entendimiento débil: sien-

---

(1) En los primeros dias de diciembre antecedente escribia Mr. de la Ferronnays con motivo de las negociaciones entabladas por sus colegas con la oposicion: «Ignoro donde vamos: debíamos enarbolar nuestra bandera en el centro izquierdo; ahora la arrastramos por todos los rincones de la asamblea.»

(1) No es exacto lo que dicen la mayor parte de los escritores de que el príncipe de Polignac fué sentenciado á muerte en 1804 en la causa de Jorge Cadoudal y luego insultado por Napoleon. Los dos hermanos Armando y Julio de Polignac figuraron en dicho proceso, pero el mayor Armando, duque de Polignac fué el único que fué condenado á la pena capital, y se le indultó. En cuanto á Julio, que era el mas jóven y á quien el papa concedió el título de príncipe despues de la Restauracion, solo fué castigado á dos años de carcel, y léjos de recibir el menor perdon, permaneció arbitrariamente detenido en su encierro por espacio de ocho años despues de haber cumplido el tiempo de su condena, y solo debió su libertad á la caida del gobierno imperial. Véase la causa de Jorge Cadoudal tomo I. cap. II

do benévolo y asequible en sus relaciones particulares, generoso y fiel á su palabra y á sus amigos, agradecido á los buenos servicios y obteniendo en sí mismo una confianza tanto mas ciega en cuanto estaba apoyada en convicciones fijas y ardientes que llevaban hasta el fanatismo así su fe política como su fé religiosa; como realista desafió el cadalso por sus opiniones; y como católico hubiera subido á la hoguera por defender su creencia. No puede decirse que le faltasen conocimientos; pero si poseia bastantes nociones de historia general de Europa y sobre la política y los grandes intereses de los estados, si sabia diferentes lenguas, y si su entendimiento y su memoria estaban empapados en la lectura de los Santos Evangelios, de los padres de la Iglesia y de las vidas de todos los santos, ignoraba los hechos mas notorios de la historia nacional; su instruccion era justamente propia de un cortesano y de un hombre del claustro (1).

Por otra parte, si Mr. de Polignac, al abrirse la legislatura de 1815, al principio de su carrera política, protestó, por decirlo así, contra la carta consintiendo en prestarle un juramento simplemente condicional, su repugnancia en las nuevas instituciones disminuyó gradualmente al ver los resultados del régimen constitucional en la grandeza y prosperidad de la Inglaterra. Como representante de Francia cerca de la corte de Londres desde el año 1823, no pudo librarse de los efectos del trato diario con los hombres de estado de dicho reino; y además las muchas transacciones políticas que negoció y concluyó durante seis años le daban una práctica en los negocios públicos que hacia injusto atribuir á su nombre la incapacidad que muchos le atribuian. Esta fama de ineptitud fue difundida por Mr. de Villele y propagada por sus adictos á fin de neutralizar la influencia que podia dar á Mr. de Polignac su intimidad especial con el rey, la cual le traia á la memoria la de su madre con María Antonieta y suscitábale las mismas rivalidades, los mismos odios de corte é iguales calumnias (2). Con el fin de alejar este peligro, Mr de Villele durante el tiempo de su administracion habia procurado imbuir en Carlos X el concepto mas desfavorable con respecto á la inteligencia y capacidad política de nuestro embajador en Londres; lo que logró tanto mas fácilmente, cuanto que en los años anteriores cuando Mr. de Polignag trataba de emitir su opinion delante del rey sobre los asuntos que ocupaban á la corte ó al público, Carlos X le decia á menudo deteniendole con un gesto familiar y sonriendo: «¡Cómo, Julio! ¿tambien tú te metes en política? ¡Tú nada entiendes de ella!» Pero despues que por la caida del ministerio Villele vino á recaer la cartera de negocios estranjeros en poder de Mr. de la Ferronnays, Mr. de Polignac tuvo al lado del rey un amigo, quien lejos de perjudicarle, tomó el empeño de alabar sus servicios y de dar á conocer su mérito: «Es para mí una satisfaccion y sobre todo un deber dar á conocer al rey el celo y la habilidad con que le servís, escribiale Mr. de La Ferronnays el 27 de junio de 1828: para mí fuera muy estraño que esto os causase sorpresa; pues no faltaria en favor vuestro, amigo mio, á la regla que me he impuesto de ser justo con todos aquellos que se hallan momentáneamente bajo mis órdenes. Lo digo con franqueza, al presentaros como uno de nuestros mejores representantes en el estranjero, no hago mas que pagar un tributo á la justicia y á la verdad; y tengo el mayor gusto en ver participar de mi opinion con respecto á vos por todos mis colegas (1).»

Mr. de La Ferronnays tenia cierta semejanza de carácter con el duque de Richelieu; y como este último se distinguia por una rectitud y una generosidad poco comunes; y no admitia que nadie pudiese, aun en materias políticas, disfrazar sus pensamientos, ni manifestar otras opiniones que las que realmente se profesan. Así pues los elogios hechos sobre Mr. de Polignac por una persona tan sincera, hallaron en Carlos X una acogida tanto mas fácil, en cuanto lisonjeaban la inclinacion de su corazon (2). Era pues en Londres donde los embajadores de las grandes potencias decidian en conferencia las grandes dificultades que suscitaban los asuntos de Oriente, los cuales eran para la Europa en general un peligro y para nuestras relaciones esteriores un grande embarazo. El negociador pues que habia discutido y firmado allí en nombre de la Francia todas las transacciones relativas á esta cuestion siempre amenazadora, se hacia desde este punto en el concepto de Carlos X el sucesor natural y necesario de Mr. de la Ferronnays, á quien se concedió una nueva licencia de tres meses y cuya cartera acababa de confiarse interinamente á Mr. de Portalis. Apenas este último habia tomado posesion de sus nuevas funciones, que el rey le mandó llamar y le dijo que hiciese venir inmediatamente a Paris á Mr. de Polignac para que tuviese una entrevista con Mr. de Montemart, nuestro embajador en Rusia cuya llegada se estaba aguardando, y para que ambos conferenciasen acerca de la lucha que estaba entonces empeñada entre los rusos y los turcos. Mr. de Polignac habia pocos dias que saliera de Paris donde vino no hacia mucho tiempo con licencia. Sorprendido el ministro al oir esa órden tan repentina, trató de hacer algunas tímidas observaciones. «¡Es posible! Mr. de Portalis, dijo el rey, que no pueda llamar aquí á uno de mis embajadores sin encontrar oposicion? Escribid.» Partió el pliego; y Mr. de Polignac, á quien sus amigos tenian al corriente hasta de los menores incidentes de la situacion ministerial, dejó Londres con toda premura, despues de haber notificado por medio de algunas líneas su partida al duque de Wellington, y dando á entender á las personas de la embajada que iba á recoger la cartera de Mr. de La Ferronnays. A su llegada á Paris, dirigióse al punto á la aldea de Auteuil, residencia de verano de Mr. Portalis, quien respondió con embarazo á sus preguntas diciendole que hallándose limitado á darle parte de la voluntad del rey era á las Tullerías donde debia ir para saber el motivo real de la órden á que acababa de obedecer. Pocos momentos despues supo Mr. de Polignac, del mismo Carlos X, que este veria con gusto que tomase en el ministerio el lugar de Mr. de La Ferronnays.

Desde luego, pues, Mr. Portalis habia guardado una reserva acerca del contenido del pliego enviado á Mr. de Polignac que ya no permitia prolongar la llegada de este último. Mientras que él y sus colegas en medio de su sorpresa se preguntaban sobre el objeto y los resultados posibles de este improviso regreso, los periódicos de Londres llegaban á Paris y anunciaban la súbita salida de nuestro embajador, añadiendo «que se llevaba el aprecio de todos los partidos, y que cualquiera que fuese el puesto que se le confiase lo desempeñaria con honor, fidelidad y talento.» El puesto que aludian los papeles ingleses harto lo designaba la nueva licencia dada al ministro de negocios estranjeros para que pudiese caber la menor duda acerca del objeto real de la llamada de Mr. de Polignac. Todos los matices de la oposicion despidieron unánimes un verdadero grito de alarma: «¡Mr. de Polignac ministro! esclamaban los periódicos: y ¿no es el mismo hombre con que el mismo Mr. de Villele ponia espanto á la Francia cuando vió su poder vacilante? Esta insensata tentativa fuera para nosotros mas que una simple amenaza para nuestras libertades políticas, pues Mr. de Polignac es algo mas y algo peor que Mr. de Villele.» Y recordando entonces la indecision de este hombre po-

(1) En 1845 publicó Mr. de Polignac unos *Estudios históricos, políticos y morales*, que mas de una vez tendremos ocasion de citar, y son una curiosa prueba de las disposiciones de particular devocion que contrajo en la soledad y el silencio de su prolongado encierro. «En el Temple y en Vincennes fué donde viviendo en la desgracia y en la soledad, sin apoyo y sin porvenir, en medio de las mas penosas y sensibles privaciones, se acostumbró á buscar un consuelo en otra parte fuera de este mundo» esto dijo Mr. de Martignac en la defensa que hizo del príncipe de Polignac en 1830 delante del tribunal de los pares. Dominado por la fé mas absoluta y ciega en cada página de sus *estudios históricos* ve en efecto la intervencion de la Divinidad en todos los humanos acontecimientos: si los sucesos que refiere son dolorosos ó temibles, es siempre el Altísimo quien castiga, si son favorables ó gloriosos, debese tambien al Altísimo que anima ó recompensa á los hombres. Sus juicios políticos se apoyan comunmente en citas sacadas del Antiguo Testamento ó de los Profetas. En muchos pasajes considera á Napoleon como el instrumento de la cólera divina dirigido contra los reyes de Europa, cuya aprobacion estimuló los crímenes de la Francia, el espíritu filosófico, y la impiedad lo que provocó la justa indignacion del cielo.» Si habla de los hombres eminentes de la *constituyente* de 1789 ó de la *legislativa* de 1792, que para él son una misma asamblea á la que da indiferentemente uno ú otro de estos nombres, hace observar que «el infierno tiene tambien su genio.» Apasionado admirador de los jesuitas, lleno de fe en todos los milagros, su credulidad igualmente ilimitada tratándose de admitir todas las exageraciones que lisonjean sus pasiones ó sus preocupaciones, así no duda afirmar que la conviccion derribó en un año mas cabezas que víctimas podia hacer la muerte en Francia en el espacio de veinte y cinco años, y que Robespierre declaró que de los veinte y cuatro millones de habitantes que contenia el territorio de la república, estaba resuelto hacer perecer á nueve.

(2) Entre otras cosas decian que Mr. de Polignac era hijo del rey, pero esta especie no tenia el menor fundamento.

(1) Este ministro decia de Mr. de Polignac, en su intimidad «vale mas de lo que se supone; pero menos de lo que él cree.»

(2) La siguiente carta escrita cuatro dias despues del protocolo de Londres que confiaba «á una fuerza militar francesa el cargo de hacer cesar las hostilidades en la Morea,» podrá dar una idea del cambio sobrevenido en el ánimo del rey, con respecto á los servicios de Mr. de Polignac.

»*Saint-Cloud*, 21 de julio de 1828. Mi querido Julio: he tenido el gusto de espresaros por mí mismo mi satisfaccion por la manera como habeis tratado el asunto tan importante que confié á vuestro cuidado.

»Complázcome en el éxito obtenido y en la confianza que como soberano me manifiestan el rey de Inglaterra y su gobierno; pero como particular me complazco tanto por lo menos en que sea un antiguo amigo quien ha tratado y concluido de un modo tan ventajoso semejante negociacion.

»Contad por toda la vida, mi querido Julio con una antigua y constante amistad.»

»CARLOS.»

lítico en prestar juramento á la carta, así como sus notorias relaciones con el partido clerical; no se contentaban con presentarlo como el mas encarnizado enemigo de las instituciones constitucionales, como el campeon del absolutismo y el jefe de la congregacion; sino que para ellos era además un agente del estranjero y el instrumento del duque de Wellington. No obstante algunos de los ministros no repugnaban admitir por último á Mr. de Polignac, como el apoyo que faltaba al gabinete con la persona del rey. «El conde de Roy y Mr. de Martignac hubieran entonces deseado que entrase en el ministerio con ellos,» dijo él mismo (1). Pero los demás ministros; y en especial Mr. Hyde de Neuville, oponian á esta combinacion una resistencia, que apoyándose en el supuesto de que se sublevaria la opinion pública, acabó por arrastrar á todos los miembros del gabinete sin escepcion á negar la entrada en el consejo al nuevo colega que Carlos X deseaba darles. Bien es verdad que el rey no hizo la propuesta directamente y con franqueza, limitándose á simples insinuaciones, que sus consejeros afectaban no comprender ó que desviaban pidiendo la sucesion de Mr. de La Ferronnays, ya para Mr. Pasquier, ya para Mr. Montemart, y una vez para Mr. de Chateaubriand. Pero ninguno de estos hombres era acogido favorablemente por el rey, quien tenia en la mente otro candidato, que los ministros por su parte permitian en no querer aceptarlo. Repugnábale á Mr. de Polignac tomar otra vez el camino de Londres y aparecer de nuevo como embajador, despues de haber partido con la conviccion de obtener una cartera ministerial. Viendose desechado como sucesor de Mr. de La Ferronnays, trató de entrar en el consejo como ministro de la casa real, título que se habia suprimido desde el retiro del duque de Doudeauville, y fuéle sustituido el de intendente general, dándolo á Mr. de La Boullerie. Hablóse á los ministros sobre restablecer dicho departamento: Mr. de Martignac y sus colegas al punto confian á Mr. de La Ferronnays este ministerio, sin funciones efectivas: «Un ministro de mi casa es inútil, respondió Carlos X: La Boullerie basta.»

Mientras que la corona y sus consejeros sostenian esta lucha con respecto á Mr. de Polignac, este último, fuerte con el apoyo del rey, trataba de constituir en la cámara de diputados un partido bastante poderoso para formar la base y el apoyo de una combinacion ministerial arreglada bajo su influencia. Los afectos á la administracion anterior solo acusaban de su derrota á la escision sobrevenida en medio del antiguo partido monárquico. «La division de los realistas es lo único que ha dado la mayoría á los liberales,» decian en la corte y en todas las reuniones de la congregacion. Borrar esta division, reunir bajo una misma bandera los amigos de Mr. de Labourdonnaie y los de Mr. de Villele fué la tarea y el afan que tomó sobre sí Mr. de Polignac. Ausiliado en sus esfuerzos por Mr. Ravel que sufria impaciente la pérdida de la presidencia, y por Mr. Montbel, compatricio y amigo particular de Mr. Villele, logró tanto mas fácilmente aproximar los miembros de la estrema derecha y los de la derecha congregacionista, cuanto que unos y otros durante la precedente legislatura se hallaron confundidos en una oposicion comun á las medidas propuestas por el ministerio. Pero los votos de los diputados de estos dos matices, aunque semejantes, no se hallaban dirigidos por mutua inteligencia, puesto que ambas fracciones de la asamblea obedecian aisladamente á un mismo impulso de resistencia al ministerio; pero esta vez se concertaron en un objeto fijo, preciso y determinado cual era el de derribar al ministerio.

Si los diputados de la derecha se mancomunaban con la mira de producir la caida del gabinete y de hallar en este suceso una ocasion de recobrar el poder; por su parte la opinion constitucional se mostraba dispuesta á dar á Mr. de Martignac y á sus colegas un apoyo, que al fin se veria recompensado con el advenimiento de algunos de sus principales miembros á varios funcionarios políticos del gobierno. Las negociaciones de que hemos hablado quedaron suspensas durante quince dias por causa de la llegada de Mr. de Polignac y las discusiones que esta habia suscitado en el gabinete; pero luego volvieron á seguir su curso. Convino el ministerio en dejar vacante el ministerio de negocios estranjeros, cuya interinidad conservaba Mr. Portalis, y en confiar la administracion activa del ministerio de justicia á Mr. Bordeau, miembro del centro izquierdo, destituido por el ministerio Villele, y que á este fin recibió el título de subsecretario de estado. Era esto un paso hácia la union de personas: la alianza fundada en la cuestion de principios debia efectuarse por medio de la presentacion de un proyecto de ley orgánica de los consejos municipales y departamentales, redactado sobre las bases mas liberales, el cual presentarian los ministros en los primeros dias de la legislatura. Cumplieron la promesa: abriéronse las cámaras el 27 de enero con todo el ceremonial acostumbrado, y el discurso del trono contenia los pasajes siguientes:

«Numerosos trabajos ocuparán la legislatura que acaba de abrirse; y especialmente llamará vuestra solicitud un proyecto grave e importante. Hace mucho tiempo que es de todos conocida la necesidad de una organizacion municipal y departamental, cuyo conjunto se halle en armonía con nuestras instituciones, organizacion á la cual se refieren cuestiones las mas arduas y trascendentales. Por su medio debe asegurarse á los municipios y á los departamentos una parte justa en el manejo de sus intereses; al paso que debe igualmente conservar al poder protector y moderador que pertenece al gobierno la plenitud de accion y de fuerza de que necesita el órden público. He hecho preparar sobre esto un proyecto de ley, el cual os será presentado; sobre este proyecto llamo toda vuestra reflexion y luces, y confio su discusion a vuestra fidelidad y amor al bien público.

»Cada dia me es mas manifiesto el amor de mis pueblos y hace para mí mas sagrada la obligacion que he contraido de dedicar mi vida á su felicidad: noble tarea que me ayudareis á llevar á cabo, señores, y que de dia en dia debe ser mas fácil.»

Confirmando en apariencia estas últimas palabras las promesas del párrafo precedente y las esperanzas sérias y sinceras que en su ignorancia de las recientes luchas entre Carlos X y su consejo la opinion liberal suponia entonces en las intenciones del monarca; produjeron en la sala aplausos cuya fuerza se hizo notar principalmente en los bancos de los diputados y pares conocidos por su adhesion á los principios constitucionales. Por la primera vez desde el origen de estas solemnidades todos los periódicos pertenecientes á la antigua oposicion liberal alabaron á porfía el espíritu y los términos de este discurso, el cual en su totalidad abrazaba la sucinta esposicion de nuestra situacion política así esterior como interior. Pero en desquite, los diarios del partido clerical, afectando no ver en esta arenga las palabras del rey, sino las ideas del ministerio, censuraron agriamente sus puntos principales y en la presentacion de los proyectos de ley anunciados deploraban nuevas y funestas concesiones hechas al espíritu revolucionario.

La cámara de pares fue la primera que votó el discurso de contestacion al de la corona, cuya discusion fué señalada por este incidente: Mr. de Polignac tomó la palabra diciendo: «Ciertos papeles públicos á quienes el hombre privado no se dignaria contestar, porque no pueden alcanzarle; pero cuyos ataques debe rechazar el hombre público, hace algunos dias que han levantado contra mí las mas groseras calumnias; sin provocacion de mi parte, sin verdad, sin verosimilitud, sin un solo hecho que les sirva de motivo ó siquiera de pretesto, se han atrevido á presentarme ante la Francia entera como manteniendo en mi pecho una aversion secreta á nuestras instituciones representativas, que parece han adquirido la sancion del tiempo y una fuerza de autoridad imprescriptible desde que la real mano que nos las dió descansa helada en el sepulcro. Si los redactores, cualesquiera que sean de estas calumniosas imputaciones pudiesen penetrar en el interior de mi domicilio, en él hallarian la mejor de todas las refutaciones y de todas las respuestas; viéranme rodeado de los frutos de mis continuos, y espero sean mis inútiles estudios, todos los cuales tienen por objeto y por fin la defensa, si necesaria fuese, la consolidacion de nuestras actuales instituciones, el deseo y la necesidad de hacer que las hereden nuestros hijos y de imponerles para su dicha la dulce obligacion de bendecir á sus padres.» Lo restante de este discurso correspondia á este principio. No tenia la carta partidario mas convencido y adicto que el orador; sus elogios hasta participaban de cierto carácter fervoroso sacado de las habituales preocupaciones de su espíritu. «En cuanto á mí, decia, el pacto solemne en que descansan nuestras libertades monárquicas, se me presenta como ese signo celeste, precursor de la calma y de la serenidad: veo en el un puerto seguro para nuevas tempestades, un terreno neutral igualmente inaccesible á quejas inútiles que á recuerdos peligrosos.» Esta brillante profesion de fé, hecha, principalmente en vista del porvenir, no pudo destruir las prevenciones escitadas contra él por la memoria de su vida pasada. El 15 de febrero volvió á partir para Londres, dejando en pos de sí el partido clerical y la pequeña fraccion ultramonárquica dirigida por Mr. de Labourdonnaie perfectamente unidos y reconciliados.

Al mismo tiempo hallábase constituida la cámara de diputados: el nombramiento de los candidatos para la presidencia puso de manifiesto, lo mismo que el año anterior, el acuerdo de la izquierda y de los dos centros para una lista comun. Eran los votantes doscientos sesenta y siete: Mr. Royer-Collard obtuvo ciento setenta y cinco votos; Mr. Casimiro Perier ciento cincuenta y cinco; Mr. de Berbis, ciento cuarenta y seis; el general Sebastiani, ciento cuarenta y cinco; Mr. Delalot, ciento

(1) *Estudios históricos y políticos, etc.* del príncipe de Polignac pág. 218.

treinta y dos; Mr. de Labourdonnaie y Mr. Ravez, presentados por las dos fracciones de la derecha, no pudieron reunir mas que noventa votos. Siendo estos noventa votos insuficientes para derrotar violentamente al ministerio, pero perfectamente disciplinados y guiados con habilidad, debian bastar, como veremos, para detener su marcha y desorganizarle. Carlos X designó por segunda vez á Mr. Royer-Collard para la presidencia, y el 2 de febrero la cámara nombró la comision que debia redactar la contestacion al discurso del trono. Elegidos casi todos sus miembros entre los diputados liberales, presentaron el resultado de sus trabajos á la asamblea el dia 6. Este discurso de contestacion, redactado por Mr. Etienne, siendo una simple parafrasis del de la corona, solo fue atacado por la oposicion realista, y la violencia de este partido fué el único interés de la discusion. Reprendiendo entre otros, Mr. Conny la presentacion del proyecto de ley municipal y departamental, dijo: «¿Esa se quiere creer en una calma engañosa: se cree robustecer á la monarquía lisonjeando á la revolucion, la cual se vuelve amenazadora desde el instante en que deja de temblar? ¿Acaso el resultado á que aspiran los motores de la revolucion no será en Francia como en Inglaterra un cambio de dinastía? ¿No fué en tiempo de Carlos I cuando los comunes usurparon al rey y á los pares esa autoridad que llevó tras de sí la revolucion de 1688? ¿Y no hablaban tambien de continuo aquellos causantes de revolucion, sobre una liga de papistas, de jesuitas y de obispos?» Mr. Montbel, despues de haber protestado sobre las ordenanzas de 16 de junio, que calificó de actos sorprendidos a la religion del monarca y atentatorios á los mas preciosos derechos de los ciudadanos, se declaró con calor contra la espedicion á la Morea, empresa incómoda, dijo, no exigida por la razon pública, ni conveniente á nuestra diplomacia ni á los intereses de la Francia, lamentable concesion hecha al espíritu de partido, á un entusiasmo facticio, y que no podia dejar de perjudicar á nuestra influencia en levante.» A pesar de estos lamentos, la cámara adoptó sucesivamente por una respetable mayoría, todos los párrafos de la contestacion al discurso de la corona, la que el presidente leyó en su totalidad antes de proceder á una votacion definitiva. Durante esta lectura los diputados de la derecha permanecieron inmóviles en sus asientos, y una vez terminada, muchos de ellos se levantaron y salieron de la sala; los demás siguieron su ejemplo, y aun no habia terminado el llamamiento nominal, que los bancos de la derecha se hallaron del todo desocupados. Esta retirada redujo el número de votantes á doscientos veinte y uno; de los cuales doscientos trece aprobaron la contestacion que recibió Carlos X al dia siguiente en las Tullerías.

«No me cabe duda, respondió el rey á la diputacion que se le presentó, que esta legislatura tendrá resultados favorables para mi pueblo, y por consiguiente para mí; porque, señores, quien dice lo uno dice lo otro.»

Al otro dia, 9 de febrero, Mr. de Martignac puso sobre la mesa de la cámara los dos proyectos de ley anunciados en el discurso de la corona, el primero sobre la organizacion de las municipalidades, y el segundo sobre la de los consejos de distrito y de departamento.

La organizacion municipal y departamental entonces existente era la misma que en tiempo del imperio, y tal como la dispuso la ley de 28 floreal, año VIII; pues la restauracion no habia hecho variacion alguna. Los administrados, en ningun caso intervenian en la composicion de sus consejos municipales, de distrito, y de departamento; los nombramientos pertenecian esclusivamente al gobierno, quien absorvia todos los poderes y todos los derechos, y para examinar sus actos y sus cuentas en cada localidad no tenia mas que los jueces que el mismo gobierno se nombraba. En otros términos: el rey nombraba los ministros, quienes nombraban los prefectos: luego por la presentacion de estos, nombraban los consejeros de distrito y de departamento. A su vez los prefectos á propuesta de los maires que ellos mismos elegian, nombraban los consejeros municipales. Era la autocracia ministerial ejercida en su accion mas primaria y mas enérgica en la administracion de los intereses materiales y morales de cada departamento y de cada principio.

Los dos proyectos de ley ponian finalmente un término á esta organizacion, triste legado del despotismo imperial que ni aun el antiguo régimen conocia. En todas partes el principio de eleccion reemplazaba á la accion de la autoridad. La eleccion de los individuos de los diferentes consejos, no pertenecia ya al gobierno y á sus agentes, é iba á ser el privilegio, en cuanto á los consejos municipales, de una junta de notables, compuesta de los mayores contribuyentes de la poblacion, de ciertos empleados, de ciudadanos graduados ó profesores de artes liberales; para los consejos de distrito los mayores contribuyentes de cada canton, y para los consejos departamentales los mayores contribuyentes de cada distrito. Estos notables y mayores contribuyentes eran ciertamente poco numerosos; de modo que en los lugares de quinientos habitantes ó de menos, los notables no podian pasar de treinta, no inclusos los empleados, los graduados (doctores y licenciados en alguna facultad, escribanos, procuradores, militares y retirados, domiciliados en el lugar,) este numero se aumentaba de dos electores por cada cien habitantes de mas de los quinientos espresados: esto es lo que se proponia para los consejos municipales. En cuanto á los mayores contribuyentes de canton, encargados de elegir los consejeros de distrito y á los mayores contribuyentes de distrito, llamados á nombrar los consejeros de departamento, su número para los primeros se fijaba en un elector por cada cien habitantes y para los segundos en un elector por cada mil. Al adoptar una base electoral tan circunscrita esperaba el ministerio que se libraria de que le acusasen de entregar estas diferentes corporaciones á la invasion de la democracia. Pero la derecha de la camara no le tomó en cuenta para nada semejante timidez; pues sus miembros en su oposicion absoluta y resuelta a las proposiciones del ministerio, proclamó con razon, que la importancia de estos proyectos de ley residia mucho menos en el número de los electores y en las condiciones del electorado, que en el mismo principio de eleccion. Este principio sustituido al metodo de nombramiento establecido debia en efecto acarrear una verdadera revolucion administrativa. El cambio sobrevenido á consecuencia de las elecciones de 1827 se habia limitado al personal del ministerio; ¡y siendo la administracion liberal en sus esferas superiores, quedaba congregacionista en los pueblos, pues el partido clerical se habia atrincherado en los consejos municipales y departamentales, desde donde imprimia así á los negocios como á las autoridades de la mas ínfima poblacion una direccion contraria á la que seguia el mismo gobierno. Por lo mismo, por corto que fuese el número de los electores, las nuevas leyes debian tener por inevitable resultado espulsar de sus últimas posiciones á los adictos á la congregacion. El ministerio, pues, acababa de cumplir las promesas hechas á la mayoría de la cámara, la cual por su parte dió inmediatamente á los ministros una prenda de su resolucion de sostenerlos hasta á pesar de las exigencias de un corto número de los mismos.

Ya es sabido el resultado que tuvo la proposicion de acusacion al ministerio Villele presentada en la anterior legislatura, admitida en principio, pero aplazada indefinidamente en cuanto á la instruccion de los hechos, era en concepto de la cámara, no tanto una arma de que creyese hacer uso, como una amenaza dirigida á cualquiera tentativa que pudiesen hacer los antiguos ministros para volver al poder. El actor de la proposicion, Mr. Labbey de Pompieres, habia anunciado en la sesion de apertura, la institucion de reproducirla y de solicitar su adopcion. Acaso su obstinacion hubiera cedido á las representaciones de los miembros mas influyentes de la izquierda, á no haber sido las instigaciones de algunos amigos suyos, espiritus absolutos, y profundamente convencidos de que los Borbones, adheridos insensiblemente á sus preocupaciones de monarquía omnipotente, nunca aceptarian francamente los hombres ni las cosas de la revolucion; y esto supuesto, en toda esperanza ó tentativa de transaccion con el gobierno solo veian el hecho de una confianza ciega á los manejos de algunos ambiciosos. «Esta proposicion, les decian, no tiene ya causa ni objeto, la cámara la desechará; y no solamente es por otra parte un acto inútil, sino que podeis ofender al rey, embarazar la marcha del ministerio, sembrar la division en nuestras filas, y comprometer el exito de dos leyes que adoptadas serán para la Francia una verdadera conquista política.—Nada deben importarnos estos resultados, decian los amigos de Mr. Labbey, la opinion pública reclama una satisfaccion, y nuestro deber es dársela.» Luego aludiendo á los arreglos concertados entre el ministerio y los miembros principales de la oposicion añadian: «No debe transigirse con la moral y con las cuestiones de principios; pues son primero que todas las tácticas y personas.»—El 19 de febrero, diez dias despues de presentadas las dos leyes de organizacion municipal y departamental, Mr. Eusebio Salverte subió á la tribuna para esponer la proposicion siguiente:

«La cámara determina que desde luego pasará á la discusion del dictámen que le fué presentado el 21 de julio de 1828 sobre la proposicion de acusar á los miembros del anterior ministerio de los crímenes de concusion y de traicion.»

Ocupó Mr. Salverte la tribuna por espacio de tres horas: su discurso estaba escrito: la monotonía de su lectura, y la prolijidad de sus razonamientos que solo reproducian los cargos que la prensa y la tribuna habian presentado y repetido mil veces, pronto cansaron á la cámara: los diputados se pusieron en conversacion en todos los bancos, dejando de prestar oidos al orador, quien continuó leyendo por mas de una

hora sin que nadie le escuchase. Acabó por fin la lectura y volvió á tomar su asiento. El presidente preguntó: ¿Se apoya la proposicion?

Muchas voces, en todos los puntos de la sala: «No! no!»

Algunas voces, de la izquierda: «Sí!»

Mr. de Martignac se levanta y pide que se haga la pregunta Mr. de Chauvelin declara que no se opone á que se pregunte á la cámara si se admite la proposicion, pero con la condicion de que la determinacion no pueda considerarse como un bill de indemnidad. El presidente consultó á la cámara sobre la proposicion del ministro del interior: la derecha y los dos centros se levantan para adoptarla; unos cincuenta miembros de la estrema izquierda se levantan en contra, y los restantes de la izquierda se abstienen de votar. La cámara se niega á deliberar sobre la proposicion de Mr. Salverte, cuando de repente ocupa la tribuna Mr. Labbey de Pompieres, y dice: Señores, tengo el honor de hacer á la cámara la proposicion siguiente:

«La cámara de diputados acusa á los miembros del anterior ministerio de los crímenes de concusion y de traicion.»

«Despues de lo que acaba de suceder, añadió el orador con voz conmovida, fuérame imposible estenderme sobre mi proposicion; temiera renovar el aflictivo espectáculo que la cámara acaba de ofrecer á la Francia (murmullos á la derecha). Sí, señores, lo repito, muy aflictivo; y no seré solo quien lo juzgue así: no me estenderé pues sobre mi proposicion; pero no la retiro; me limito á aplazarla.» (Risas en la derecha.)

El presidente hizo la observacion de que el derecho de aplazar correspondia solo á la cámara, y que el autor de una proposicion no podia hacer mas que ó retirarla ó persistir en ella. Mr. Montbel pidió la palabra y declaró que «no tomaria la defensa de los ministros atacados, porque ya estaban juzgados.»—«Sí, le gritaron desde la izquierda, pero no castigados!» Varios diputados hablaron despues de él acerca el estado de la cuestion; la mayor parte de diputados de la izquierda permanecian distraidos ó silenciosos; y esta actitud, evidente desaprobacion de ese debate inútil é inoportuno, no dejó duda sobre el resultado de la votacion. Mr. Labbey tomó otra vez la palabra y dijo:

«Señores, estoy tan profunda y dolorosamente afectado por lo que está sucediendo en la cámara, que me es imposible continuar hablando. Retiro pues, si se quiere, la proposicion, pero para reproducirla á la primera ocasion.

El Presidente: «¿Queda retirada la proposicion?»

El general Sebastiani, y otros miembros de la izquierda «Sí, sí!»

Mr. Labbey de Pompieres: «La retiro.»

Mientras que la cámara daba al ministerio esta nueva prueba de su disposicion á una sincera conciliacion, las comisiones encargadas de examinar los dos proyectos de ley sobre organizacion municipal y departamental, discutian con Mr. de Martignac en sus reuniones las principales disposiciones de la organizacion propuesta. El ministro y los individuos de las comisiones no estaban por cierto acordes: estos trataban de dar á los derechos y libertades consentidas por la corona, una estension que desechaba su representante con firmeza, ya como harto favorable á los intereses populares, ya como sobrado incómoda para el libre ejercicio de la prerogativa real; y por decirlo así, Mr. de Martignac no admitia ninguna enmienda. Estas discusiones, que presagiaban otros debates mas graves, alargaron los trabajos de ambas comisiones hasta el 19 de marzo; en cuyo dia los comisionados encargados de dar los dictámenes de las comisiones, despues de una discusion muy viva sobre quién debia hablar primero, habiendo decidido que fuese el que representaba á la comision encargada de la ley municipal, comunicaron á la cámara el resultado de sus tareas respectivas.

Las principales enmiendas presentadas para la ley municipal fueron las siguientes:

El proyecto del gobierno dividia los principios en rurales y urbanos. Todo pueblo de tres mil ó mas habitantes, ó que con una poblacion menor tuviese un obispado, subprefectura ó tribunal de primera instancia era municipalidad urbana. Teniendo menos de tres mil habitantes, era la municipalidad rural (1). La comision proponia que se incluyese en la clase de municipalidades urbanas, cualquiera que fuese el número de sus habitantes todas las plazas de guerra y cabezas de partido de prefectura como de subprefectura. En segundo lugar el proyecto ministerial daba el nombre de notables á los habitantes que debian elegir el consejo municipal de cada distrito, ya fuese como á mayores contribuyentes, ya por razon de sus destinos ó de su capacidad. La palabra notable pudo admitirse antiguamente bajo el régimen de clases y de privilegios, decia la comision; pero ¿qué significa ahora bajo el imperio de una constitucion que proclama á todos los franceses iguales en derecho é igualmente admisibles á todos los empleos? El nombre de elector no lleva consigo superioridad alguna relativa; así es que proponemos sustituir á la palabra notable. (Violentos murmullos en la derecha; interrupcion. En la izquierda: ¡Silencio! ¡Silencio!) Por otra parte la comision no se limitaba á aumentar el número de electores en las poblaciones rurales y urbanas; por una disposicion especial y precisa, conferia además el derecho de eleccion comunal á todos los ciudadanos de veinte y un años de edad que pagasen trescientos francos de contribucion directa; es decir á todos los electores concurrentes al nombramiento de diputados: y al mismo tiempo que con esta inclusion entre los electores de los contribuyentes con trescientos francos la comision hacia intervenir el elemento político en todas las elecciones locales, escluia de ellas á una de las categorías de funcionarios continuados en la lista de mayores contribuyentes; entre aquellas el gobierno ponia en primer lugar á los arzobispos, obispos, párrocos, ecónomos, á los presidentes de las juntas luteranas y á los ministros protestantes. Ningun ministro de culto admitia la comision, motivando esta esclusion, no tanto en razones nacidas de las pasiones del momento, como en consideraciones cuya precision y fuerza demostradas por los hechos de aquella época, han sido nueva y patentemente sancionadas por los acontecimientos de nuestros dias.» Rehusamos admitir en las elecciones municipales á los ministros de diversos cultos, decia la comision, porque perderian su consideracion personal en estas reuniones enteramente mundanas. (Violentos y prolongados murmullos en la derecha. En la izquierda: Silencio!) Porque, una de dos; ó no tendrian influencia, lo que no se desea probablemente cuando se los llama, ó bien esta influencia seria tanta que llegaria á ser temible para la libertad de las elecciones; desde luego no podrian servir á unos sin perjudicar á otros é infaliblemente se espondrian á odios y recriminaciones; su interés bien entendido debe mantenerles separados; de fijo que si un ministro de un culto cualquiera está continuado en la lista de mayores contribuyentes, como ciudadano y como propietario tendrá un derecho incontestable que será libre y que la ley no le disputa; pero lo que no hemos querido admitir es que los ministros de los cultos fuesen llamados únicamente en virtud de un carácter sagrado, es decir precisamente por la misma razon que debe obligarles á abstenerse primero para cumplir los preceptos de sus propias leyes que generalmente les impiden mezclarse en los asuntos del siglo: y luego por la razon de estado que en interés así del sacerdocio como de la paz pública exige ahora mas que nunca la separacion de lo civil y de lo espiritual. (Bravos prolongados en la izquierda. Inmovilidad en el banco de los ministros.)

Despues de la lectura del dictámen sobre la ley municipal (1), el presidente llamó á la tribuna al encargado de dar cuenta del dictámen de la comision nombrada para el exámen de la ley departamental. Esta comision habia introducido muchas modificaciones notables en el proyecto del gobierno, y dos de estas enmiendas sobre todo debian ejercer una decisiva influencia en la suerte de la ley; la primera, reproduciendo una de las disposiciones continuadas en el proyecto de ley municipal llamaba igualmente á la eleccion de los consejos de departamento á todos los que pagasen trescientos francos de contribucion directa teniendo veinte y cinco años de edad; el segundo establecia que las elecciones tendrian lugar directamente por las asambleas cantonales, y suprimia los consejos de distritos: «mecanismo administrativo inútil, decia la comision, tan falto de atribuciones en este punto, que muchas veces sus miembros se reunian difícilmente en número suficiente para deliberar.»

Concluida esta lectura, se presentó otra cuestion; ¿qué órden debia seguir la cámara para discutir los dos proyectos de ley? El proyecto de organizacion municipal habia sido presentado primero; el dictámen so-

(1) De un estado comunicado á la comision resultaba lo siguiente acerca de la reparticion de la poblacion por municipalidades. estas eran en numero de 38.503, divididas de este modo:

37.121 municipalidades contaban 1.500 habitantes y menos de este número, su poblacion total ascendia á.	24,205 589 almas.
1.039, contaban de 1.500 á 5 000 habitantes; total de poblacion.	2,627.404
343 encerraban mas de 5.000 habitantes y su poblacion total era de.	5,018 545
Total. . . .	31,851 543

Lo que daba en cada municipalidad, por término medio una poblacion de 820 habitantes.

(1) Este dictámen contenia la siguiente noticia: «Un concejo municipal al cual se habia dirijido *el acta adicional* durante los cien dias, contestó: »hemos recibido con satisfaccion el acta adicional, y del mismo modo recibiremos las demás constituciones que en lo sucesivo tengais por conveniente dirigirnos.»

bre el mismo precedió igualmente al de la ley sobre organizacion departamental, así pues el órden metódico parecia exigir que su discusion tuviese la prioridad sobre el segundo proyecto; mas en esta cuestion de forma se ocultaba otro interés que el de la lógica, envolvíase en ella una razon de partido. El personal de los prefectos y la composicion de los consejos generales, los mismos que en tiempo de la administracion congreganista escitaban hacia mucho tiempo vivas y enérgicas quejas; y la adopcion de la ley departamental debia inevitablemente producir en esta parte de la administracion los cambios tantas veces pedidos y esperados en vano. Por otra parte las modificaciones introducidas en la ley establecian indudables y fundamentales disidencias entre el ministerio y la izquierda, al paso que la ley municipal ponia á entrambas partes á menos distancia y era mas fácil que se pusieran de acuerdo sobre ella, lo cual hacia temer que discutiéndose esta la primera y al ser adoptada retirarse el gobierno la segunda. Así pues cuando el presidente anunció que iba á consultar á la cámara acerca del órden de la deliberacion de ambas leyes, Mr. de Salverte se levantó y dijo:

«Pido la prioridad en nombre de la ley departamental.»

Mr. Agier combate esta proposicion haciendo observar que conviene proceder segun el órden mas natural, es decir de lo simple á lo compuesto, y que los intereses de la corta familia municipal deben ser atendidos primero que los de la gobernacion departamental. «¿Acaso los maires nos conducirán ni harán cambiar la institucion de los prefectos? esclamó Mr. Mauguin apoyando la oposicion de Mr. de Salverte; Mr. de Martignac y Mr. Hyde de Neuville insisten en vano para que sean los proyectos discutidos segun el órden de su presentacion; la derecha pide a grandes gritos que se dé por terminado el incidente, y el presidente anuncia que va á sujetarlo á votacion. Inmediatamente reinó en la sala un profundo silencio y se procedió á la votacion; levántase la izquierda para la adopcion de la demanda de Mr. de Salverte, y la derecha que habia permanecido silenciosa durante los debates, se pronuncia en el mismo sentido. Con gran sorpresa de los espectadores, todos sus miembros se ponen en pié al mismo tiempo que los diputados liberales; entonces el presidente manda hacer la votacion de un modo contrario; los dos centros fueron los únicos que se levantaron, así es que quedó adoptada la prioridad en favor de la ley departamental; uniéndose á la izquierda los amigos de MM de Villele y de Labourdonnaie habian puesto al ministerio en minoría.

Este casual é inesperado acuerdo no era el resultado de un pensamiento comun; la antigua mayoría congreganista, y entre ellos cierto número de prefectos y otros funcionarios dependientes de los ministros, no habian estado contra ellos sino para precipitar su caida; los diputados liberales únicamente querian obtener lo mas pronto posible la discusion de una ley cuya adopcion renovaria inmediatamente la administracion departamental, confiándola á hombres del nuevo espíritu cuya accion fortificaria su propia influencia con el gobierno. Esta diferencia en el objeto que se habian propuesto cada uno de los dos lados de la cámara se manifestó en los discursos de todos sus oradores. En 30 de marzo se abrió la discusion general; unánimes los miembros de la derecha en rechazar el principio de la eleccion, desechaban el proyecto ministerial de la manera mas absoluta y no admitian comparacion alguna: por el contrario los diputados de la izquierda aceptaban el proyecto en sus términos generales y en su espíritu, pero querian la supresion de los consejos de distrito y la estension del derecho electoral á todos los ciudadanos que pagasen trescientos francos de contribucion directa; estas dos enmiendas formaban el punto principal de la discusion entre el ministerio y la izquierda; eran por decirlo así, el núcleo del debate.

«Fiando á la eleccion el nombramiento de los consejeros de departamento el proyecto de ley reconoce la soberanía del pueblo y se convierte en una proposicion revolucionaria, decian los miembros de la derecha: en vano es que los ministros quieran encadenar al monstruo que desata la anarquía; una vez hayan organizado en Francia cuarenta mil reuniones electorales, los ciudadanos discutirán en ellas sus derechos, las ambiciones nacerán de nuevo, y los partidos con sus fracciones penetrarán en estas asambleas que trasformadas en breve en cuerpos deliberativos, se convertirán en otros focos de turbulencias y de discordias. Prontos estamos á votar para los consejos de departamento atribuciones mas latas, pero jamás consentiremos en abandonar á la eleccion el nombramiento de sus miembros. La constitucion violada, sacrificada la prerogativa real, la soberanía popular arrojada en el seno de la nacion sin ninguna ventaja para esta, espantosas conmociones en fin legadas al porvenir, tales serian los afanes del proyecto de ley.»

«—Hipócritas terrores, lamentos ficticios, odiosas calumnias, contestaban los diputados de la izquierda. Manifiestanse estas falsas alarmas, para crearlas reales; quiérese tomar venganza de la union de todos los hombres adictos á las instituciones constitucionales profetizando turbulencias y desórdenes; los ingratos amigos de la monarquía le pagan con inquietudes los beneficios que no cesa de prodigarles.» En seguida, tratando de justificar la admision de todos los electores políticos en las elecciones de los consejos de departamento, añadian: «Las cuotas de contribucion territorial se elevaban en 1826 al número de diez millones doscientos noventa y seis mil setecientos ochenta y cinco (1); de este inmenso número de propietarios, el proyecto ministerial llama á las elecciones departamentales solo á los treinta y ocho mil mayores contribuyentes y únicamente reconocen en quince mil la capacidad de ser elegibles. Es verdad que el proyecto de la comision hace tomar parte en las elecciones á ciento cincuenta y siete mil seiscientos noventa contribuyentes, entre los cuales se hallan comprendidos todos los electores que pagan trescientos francos; pero solo admite en cuarenta mil de estos el derecho de elegibilidad; de modo que elevándose á ochenta mil (setenta y nueve mil ciento treinta y cuatro) el número de electores que nombran los diputados, son escluidos por la misma comision la mitad de estos últimos del derecho de ser elegidos miembros de los *consejos* de departamento. Esto es lo que se llama desbordamiento de *la democracia*. ¡Singular contradiccion! los contribuyentes de *trescientos francos* asustan al ministerio, cuando se trata de consejos cuyo peso es tan débil en la balanza política, y él mismo no los teme al ser cuestion de un cuerpo como el nuestro que ejerce tan alta influencia en los destinos del estado!»

El ministerio apoyaba su resistencia á las enmiendas de la comision, no tanto en la estension dada al derecho electoral como en la supresion de los consejos de distrito, consejos de los cuales decia la oposicion: «No votan ni impuestos ni gastos, ni presentan cuentas; de modo que en último resultado se ocupan de muy poca cosa y de nada sirven.»—«No podemos dar nuestro asentimiento á su supresion, replicaban los ministros, primeramente porque no admitimos que puedan derogarse las leyes por via de simples enmiendas con gran menoscabo de la prerogativa real, y en segundo lugar porque la supresion de estos consejos pronunciada sin que le reemplace otra institucion, introduciria el desórden en la administracion, hallándose en oposicion con la legislacion vigente, pues estos consejos, añadian, existen como elemento en muchas leyes especialmente en lo de 10 de marzo de 1818 sobre el reclutamiento del ejército.»

Los ministros estaban en la verdad de los hechos al decir que la supresion de los consejos de distrito, además de entrañar una cuestion de prerogativa constitucional, interesaba á la ejecucion de muchas disposiciones legislativas, y que no podian ser suprimidos sin sustituirles otros consejos á los cuales se confieran sus atribuciones.

En efecto, poco tiempo despues una revolucion daba el poder á los hombres que reclamaban esta supresion con mas empeño, estos á la vez presentaron á las cámaras una ley de organizacion departamental; pero lejos de destruir los consejos de distrito los conservaba, y aun en el dia despues de tres revoluciones, aquellos consejos, mantenidos por todos los gobiernos que han sucedido al de Carlos X, continúan subsistiendo.

Por una singularidad de la posicion del gabinete, su proyecto de ley combatido por unos como una concesion exorbitante, y por otros como una insuficiente satisfaccion, no era defendido mas que por los mismos ministros: veinte oradores le habian sucedido en la tribuna, y ¡cosa estraña! solo un diputado, Mr. Donaciano Sesmaisons, se habia atrevido á sostener el sistema ministerial; es verdad que Mr. de Martignac bastaba para ello; si la administracion anterior no habia tenido defensor mas docto y elegante, su talento como orador, que crecia á medida que luchaba, se habia elevado con su posicion; raras veces ha sabido un ministro desplegar un arte tan perfecto, una habilidad tan sostenida como lo hizo Mr. de Martignac en la discusion de la ley departamental; contestando á todas las objeciones y á todos los cargos sin chocar con ninguna opinion, haciendo frente á todos sus adversarios sin ofender á ninguno, la prodigiosa facilidad de su palabra y las gracias de su talento encantaban á todos los partidos de la asamblea, aunque sin resultado para la causa que defendia. Las convicciones estaban formadas, y lejos de modificarse con la discusion, se hacian por el contrario mas ardientes y tenaces á medida que aquella adelantaba; fuerte la derecha por su organizacion y por el apoyo del rey, estaba firmemente decidida á precipitar la caida del gabinete, convencida de sucederlo y pronta ya á dividir sus despojos: «Rehusamos absolutamente la ley,» decian sus miembros, y por su parte los ministros advertidos por

(1) Los propietarios que pagaban una cuota de 20 fs. y menos eran en número de 8,025 987, los que pagaban 1.000 fs. y mas ascendian a 13,517.

el monarca de su resolucion de no pasar mas allá de las concesiones inscritas en el proyecto presentado en su nombre, habian determinado no ceder en lo mas mínimo á las exigencias de la izquierda, esperando así robustecer la influencia que creian tener en el ánimo de Carlos X: «O se admite el proyecto tal como está, ó lo retiramos,» habian dicho diferentes veces. Finalmente los miembros mas influyentes del lado izquierdo, dominados por los recuerdos del viaje de Alsacia, seducidos por las benévolas palabras que el rey dirigió á los liberales de aquella comarca, por la alegría que manifestó á la vista de las demostraciones populares y por sus continuas declaraciones en favor de la constitucion, estos miembros, decimos, atribuian á aquel príncipe una inclinacion hácia las doctrinas liberales, mas sincera de lo que se suponia, y calificaban la resistencia de los ministros de táctica egoista, no pudiendola creer la espresion del pensamiento real: en sus ilusiones acusaban á Mr. de Martignac y á sus colegas de querer colocarle entre el rey y la cámara, no como un lazo destinado á unir ambos poderes sino como un obstáculo que les impedia acercarse, como una barrera que la oposicion no dejaria de destruir en caso necesario: «Queremos la ley tal cual la hemos enmendado consientan ó no los ministros,» decia á su vez aquella parte de la asamblea.

Tal era la disposicion de los ánimos cuando el dia 7 de abril, despues de un debate de ocho dias, declaró la cámara cerrada la discusion general, decidiendo pasar á la votacion de los artículos. El capítulo primero del proyecto ministerial organizaba los consejos de distrito, el segundo las asambleas cantonales, las cuales eran mantenidas por la comision; el encargado de dar cuenta del dictámen de la misma, el general Sebastiani pidió que el primer capítulo no fuese puesto en deliberacion hasta haber sido adoptado el segundo; el presidente consulta á la cámara sobre esta proposicion, mas habiendo resultado dudosas dos votaciones públicas se procedió al escrutinio en el cual fué desestimada la demanda de la comision por una mayoría de veinte y ocho votos. El ministerio vió en esta victoria el indicio de otra mas completa para la sesion del dia siguiente 8, la cual debia decidir en efecto la cuestion que tan profundamente dividia á la izquierda y al gabinete. La comision habia reemplazado los diferentes artículos que componian el primer capítulo del proyecto ministerial con la disposicion siguiente: «Quedan suprimidos los consejos de distrito:» el presidente anuncia que iba á sujetar esta enmienda á votacion, y advertidos por los ugieres muchos diputados dispersos por la sala de conferencias por los otros puntos del palacio, entran en el salon precipitadamente y ocupan sus puestos; el mayor silencio reina en toda la cámara y los ministros interrogan con ansiedad la actitud de la asamblea.

Cuando Mr. Royer-Collard dijo: «Sujeto la enmienda á votacion,» toda la izquierda se levanta permaneciendo sentados los dos centros y el lado derecho; el presidente dispuso que se hiciera la votacion del modo contrario; los dos centros se levantan á su vez, y si bien se esperaba que la derecha les imitaria, sus miembros, la mayor parte con los brazos cansados, permanecen inmóviles.

El presidente: «La prueba es dudosa y voy á repetirla.»

Una voz de la izquierda: «¡Dudosa, eh!

Mr. de Cambon, señalando la derecha: «Haced pues que voten estos señores.»

Mr. Ricart (del Gard): «Todo diputado debe tomar parte en la deliberacion.»

Los secretarios se colocan en la tribuna para apreciar mejor la votacion; el presidente repite la prueba que da igual resultado; el lado derecho guarda la misma inmovilidad.

El presidente: «Se adopta la enmienda de la comision.»

Veinte dias antes de la cuestion de prioridad de los dos proyectos, la derecha dió levantándose la victoria á la izquierda sobre los ministros; esta vez permaneciendo sentados los amigos de Mr. de Villele y de Labourdonnaie habian decidido de nuevo la derrota del ministerio.

La adopcion de la enmienda fué pronunciada en medio del mas profundo silencio; los centros parecian consternados; la derecha estaba radiante, y muchos de sus miembros no tardaron en soltar ruidosas carcajadas; el lado izquierdo no mostraba menos alegría, mientras que en el banco ministerial reinaba una especie de estupor. Mr. de Martignac con los ojos fijos en su cartera parecia entregado á profundas meditaciones, cuando de repente cambia algunas palabras con Mr. Portalis, despues de lo cual se levantan ambos, atraviesan el semicírculo y salen del salon: este incidente agita vivamente á la asamblea, muchos diputados abandonan precipitadamente sus puestos y se cruzan las siguientes esclamaciones en diferentes partes de la sala: «¿Dónde van? ¿qué significa esta salida? ¿es una protesta ó una retirada?» Muchas voces del centro dirigen á la izquierda estas palabras: «Os habeis equivocado, habeis calculado mal.» La cámara entera se levanta y sus miembros divididos en muchos y pequeños grupos hablan y gesticulan con la mayor vivacidad; gran número de diputados rodea el banco de los ministros, donde han permanecido MM. Hyde de Neuville, de Caux, de Vatismenil, Roy, Feutrier y Saint-Cricq, á los cuales se confunde á preguntas: de repente parte de estos curiosos se separan, se dispersan y participan á los grupos que MM. de Martignac y Portalis «han ido á las Tullerías para tomar las órdenes del rey.» La agitacion aumenta, la sesion está suspendida de hecho, y el presidente constantemente rodeado de miembros que sin cesar le interrogan, renuncia por algun tiempo á obtener silencio; finalmente pasada media hora Mr. Royer Collard agita vivamente la campanilla y dice:

«Señores, á sus puestos; la sesion no está levantada y voy poner á votacion el artículo 2.° del proyecto enmendado por la comision.»

Voces en la derecha: «La deliberacion no es posible, pues se halla ausente el ministro del interior encargado de sostener la ley.»

Voces en el centro: «¡Hasta mañana!»

Voces en la izquierda; «¡No! ¡no! ahora mismo.»

Mr. de Corcelles: «¡Sí, sí, votemos toda la ley en esta sesion!»

La deliberacion continúa; se habian votado ya muchos artículos, y Mr. Daunou desenvolvia en la tribuna una enmienda que habia propuesto, cuando se abrió de par en par la puerta de la izquierda entrando por ella MM. de Martignac y Portalis.

Voces confusas: «¡Los ministros! ¡Silencio!»

Al salir de la sala de sesiones MM. Portalis y de Martignac se habian dirigido en efecto á las Tullerías; llegados delante del rey, le anuncian la derrota que acaban de sufrir y su designio de retirar ambos proyectos de ley. «Ya os lo decia yo, señores, contestó Carlos X estrechando fuertemente la mano á sus dos ministros; no hay medio de tratar con esta gente, tiempo es ya de detenernos y os doy gracias por vuestra resolucion.» Despues de ocupar su banco Mr. de Martignac abre su cartera, saca de ella un papel, y al terminar su discurso Mr. Daunou sube precipitadamente á la tribuna y lee el siguiente decreto:

«Carlos, por la gracia de Dios etc.

»Se retiran los dos proyectos de ley que hemos hecho presentar á la cámara de diputados, sobre la organizacion municipal y departamental.»

Mr. de Martignac no añade ni una sola palabra: baja de la tribuna con el rostro pálido y con sus facciones alteradas, y sale inmediatamente de la sala; el presidente levanta la sesion.

La alianza de la izquierda y el ministerio ya no existia; la antigua oposicion liberal perdia todas las probabilidades de subir al poder, el ministerio no tenia ya mayoría, el lado derecho reportaba todas las ventajas de la jornada.

En el primer momento el público no comprendió estos resultados, fuera de la cámara la opinion mostró menos inquietud que sorpresa ó irritacion: golpe de estado para unos, golpe de teatro para otros, la retirada de las dos leyes fué objeto de amargos cargos entre la oposicion y el ministerio, ó el asunto de burlas dirigidas contra la comision y el general Sebastiani, el cual impaciente por forzar al frente de la mayoría las puertas del consejo que veia abiertas delante de él, inspirado y escitado por algunos de aquellos ambiciosos de cortos alcances cuya vista se fija siempre en los sucesos del momento, entre otros por Mr. Guizot á quien irritaba el olvido á que habia sido relegado cuando la reorganizacion del consejo de estado, el general, decimos, habia puesto una insistencia y un calor poco comun, en convencer á la izquierda de que no debia ceder ni un paso (1). Los amigos del gabinete acusaban su ciega tenacidad, mientras que los partidarios de la antigua administracion, recordando un dicho del emperador sobre las operaciones de aquel oficial general en España, hacian observar, riéndose, que se habia dejado sorprender (2). Por su parte los liberales echaban

(1) Miembro del consejo de Estado en tiempo del segundo ministerio Richelieu y reemplazado bajo el ministerio Villele, M. Guizot no fué incluido en la reorganizacion hecha en 12 noviembre de 18-8, y hasta el 1.° de Mayo del siguiente año (1829) no fué restablecido entre los consejeros cediendo el ministro á sus repetidas instancias, sin embargo fué únicamente en clase de servicio extraordinario, es decir, sin sueldo. Aunque no era todavía diputado, tuvo la principal parte en la redaccion del dictámen sobre la ley departamental.»

(2) Sebastiani me hace caer de sorpresa en sorpresa, habia dicho Napoleon con motivo de los partes de este general sobre pretendidas victorias trasformadas siempre en derrotas por sus resultados. Sobre esta palabra versa principalmente una carta escrita con este motivo por el Emperador al mayor General del ejército de España.

en cara á Mr. de Martignac y á sus colegas haber sacrificado á exigencias de corte y á los cálculos de una engañosa ambicion, dos leyes esperadas por la Francia, y cuya necesidad habian sido los primeros en proclamar. Ambas partes podian reclamar su tanto de culpa; la izquierda exigente, imperiosa como todos los partidos por mucho tiempo oprimidos, habia sin duda alguna obrado desacertadamente, pues á ser sus miembros mas pacientes ó menos absolutos podian prolongar la existencia del gabinete, y la duracion de su influencia en la marcha general del gobierno; sin embargo las quejas de aquella parte de la cámara contra el ministerio, no dejaban de ser muy fundadas; dominado por los hábitos de su carrera política, Mr. de Martignac tenia para con la corte una debilidad que le obligaba á tener siempre fijas sus miradas en las Tullerías mas que en el palacio Borbon, y á hacer menos caso de un cargo de la oposicion que de un favor del príncipe; pocas horas despues de la retirada de ambas leyes se felicitaba entre sus amigos privados, «de la confianza que inspiraba al rey y de la fuerza que le daria cerca del monarca y de sus íntimos cortesanos el acto que acababa de llevar á cabo.»

Mr. de Martignac se engañaba, pues ni tenia la confianza del rey que le echaba en cara su abandono de la doctrina realista y su reciente «liberalismo,» ni la del partido religioso que le acriminaba su gusto por las artes, las gracias de su talento, la elegancia y libertad de sus costumbres, viendo en él á un hombre ligero sin principios, sin convicciones, en una palabra, lo que se llama en lenguaje devoto «un libertino.» La influencia que podia tener cerca de Carlos X se apoyaba únicamente en la mayoría de la cámara; ahora bien, no solo acababa de perder esta fuerza cesando por decirlo así el gabinete que presidia, de tener su razon de ser, sino que en aquellos mismos momentos Carlos X habia ya decidido la formacion de un ministerio cuyos miembros fuesen los «hombres del rey;» mientras Mr. de Villele apoyado en una cámara adicta á la religion y á la monarquía habia estado al frente de la administracion, el rey se habia contentado con reinar, pero cuando segun la conviccion de este príncipe, diez y seis meses de abnegacion, de continuas concesiones á ministros débiles y á una cámara engañada solo habian dado por resultado comprometer los derechos del soberano y colocar á la monarquía en la pendiente de una nueva revolucion, Carlos X creia llegado el momento de intervenir de un modo mas activo y mas personal de lo que lo habia hecho hasta entonces, en la suprema direccion política del estado, en una palabra, de gobernar; un último recuerdo al poder dictatorial, una simple disolucion de la cámara eran estremos que no se presentaban aun á su imaginacion: un ministerio compuesto de realistas enérgicos podia hallar en la asamblea actual una suficiente mayoría, así á lo menos lo hacian esperar al rey los cálculos formados por Mr. Ravez, á quien su dilatada presidencia debió dar un perfecto conocimiento de la composicion de la cámara y de la fuerza real de cada partido. Sin embargo no podia cambiarse de sistema y de personas en medio de una legislatura, y por otra parte era preciso obtener el presupuesto; una vez votada la ley de hacienda, los recursos del gobierno quedaban asegurados hasta el 1.° de enero de 1831, y la corona tenia su accion enteramente libre durante diez y ocho meses.

La cuestion del presupuesto ocupaba igualmente á los ministros pero en otro sentido; desde el mes de enero, el departamento de negocios estranjeros y el de justicia estaban administrados solo interinamente; ¿podia el gabinete continuar mutilado de este modo? No se resentirian de esta ausencia de titulares que no podian ya justificar los compromisos contraidos con la izquierda, la discusion y votacion de los gastos de ambos ministerios? La segunda licencia de tres meses dada á Mr. de La Ferronnays iba á espirar, y la salud de este ministro no se mejoraba, así es que sus colegas convinieron en darle un sucesor; reprodujéronse entonces los nombres pronunciados cuando el último viaje de Mr. de Polignac; Mr. Hyde de Neuville apoyaba con calor á Mr. de Chateaubriand, Mr. Pasquier era el candidato de MM. Martignac y Portalis, Mr. Roy insistia en favor de Mr. de Mortemart, de modo es que era imposible á los ministros el ponerse de acuerdo; entonces dejaron el nombramiento á eleccion del rey añadiendo en la lista de candidatura el nombre de Mr. de Laval-Montmorency, embajador de Francia en Viena pero sin significacion y sin antecedentes políticos. Este último nombre fué elegido por Carlos X publicándose el nombramiento en el Monitor del 21 de abril; sin embargo advertido por sus amigos de la situacion equívoca é incierta del gabinete, asustado de las críticas que su nombramiento habia escitado en los periódicos que preconizaban á Mr. de Chateaubriand, Mr. de Laval se negó á aceptar. Esta negativa infundió nuevo valor á los amigos de Mr. de Chateaubriand, distinguiéndose sobre todo por su empeño en lograr su nombramiento los miembros de la reunion Agier; debatióse por fin esta cuestion en un consejo presidido por el rey; Mr. Portalis era el que mas se oponia al nombramiento indicado y la discusion se prolongaba inútilmente cuando Carlos X, que tampoco deseaba este nombramiento, esclamó: «¿Por qué Mr. Portalis no se queda con la cartera de negocios estranjeros? Estoy contento de sus servicios y deseo que los continúe definitivamente.» Sin embargo no era esta cartera la que ambicionaba en aquel momento el sucesor interino de Mr. de La Ferronnays: la primera presidencia del tribunal de casacion, vacante hacia algunos dias por la muerte de Mr. Henrion de Pansey, posicion tranquila, eminente, la mas elevada de la magistratura, y que probablemente se le habria confiado á no ser ministro, convenia mas á la seguridad de su fortuna; así lo dió á entender y consintióse en asegurársela. Mr. Portalis no vaciló ya; su aceptacion del ministerio de negocios estranjeros hacia necesario el nombramiento de un ministro de justicia, para el cual fué presentada al rey una lista de tres miembros: comprendiendo dos esministros, MM. Mole y Simeon y el nombrado recientemente subsecretario de estado M. Bourdeau. Carlos X eligió á este último; los decretos en que se hacian estos nombramientos fueron firmados el dia 14 de mayo al mismo tiempo que el que confiaba de antemano á Mr. Portalis la sucesion de Mr. de Pansey.

El cuidado que ponia Carlos X en separar del gabinete á todos los hombres que podian darle la fuerza de una alta política, de la esperiencia de las asambleas y de la práctica del gobierno, inquietó á alguno de sus ministros: «El rey quiere evidentemente debilitarnos; no somos mas para él que un gabinete de transicion, una administracion interina, decian despues de la eleccion de Mr. de Bourdeau. En cuanto Mr. de Martignac conservaba todas sus elecciones; es cierto que en las relaciones directas del rey con los miembros de sus consejos habrian estos descubierto difícilmente, á no haberles los hechos advertido, señales de un formal desacuerdo entre ellos y la corona, á causa de la benevolencia que les mostraba Carlos X despues de la retirada de las dos leyes, hubierase dicho que satisfecho por la resolucion que habia formado de reemplazarles, feliz por la ocasion que le habian proporcionado con su rompimiento con la izquierda, contento de sí mismo, mas libre desde que habia tomado un partido, se esforzaba el rey redoblando con ellos su afabilidad y benevolencia en endulzarles la amargura de su caida. Complimentaba á Mr. de Martignac por el encanto y facilidad de su palabra, pero sin conceder á su talento de tribuna otro mérito que un talento puramente artístico; si algun par ó algun diputado le visitaba al salir de alguna sesion en que hubiese hablado el ministro del interior, les decia: «Y bien, no habeis oido á la Pasta (1)?» El sentimiento de bienestar que sucedia en Carlos X á muchos meses de descontento y de irritacion se hacia sentir hasta en sus relaciones oficiales con los individuos de la cámara de diputados; era costumbre que los proyectos de ley adoptados por la asamblea le fueran llevados por el presidente y los secretarios de la cámara, y estas comunicaciones que ordinariamente tenian lugar por la tarde despues de la comida del príncipe fueron motivo mas de una vez de conversaciones en que Carlos X despojándose del papel oficial de rey, se mostraba franco, comunicativo afable y de buen humor (2).

---

(1) Célebre cantatriz italiana de la época cuya admirable voz atraia á todo Paris.

(2) En una de estas recepciones medió la siguiente conversacion de la cual se habló mucho en aquella época para que pueda pasarse en silencio, sin contar que tiene tambien su interés histórico: «Señor presidente, dijo Cárlos X á Mr. Royer-Collad. ¿Que suma creeis necesaria á un diputado para vivir decentemente en Paris?—Veinte francos diarios Señor.—Es singular, replicó el rey, hay algunos á quienes doy mil francos al mes y me piden hoy el doble para continuar permaneciendo en la capital.»

La comision se componia además de M. Royer-Collard de MM. de Lascours, de Chateauneuf, de Beaulieu, de Baumont, los cuales el dia siguiente refirieron esta conversacion á muchos de sus colegas, los periódicos reprodujeron inmediatamente su relacion, que fué desmentida es cierto, por una nota oficial sin firma contra la cual ninguno de los miembros que la habian oido no se atrevió á reclamar.

Pocos dias despues, un deber semejante condujo de nuevo delante del rey á los mismos diputados: los periodicos habian anunciado que el general de Lafayette se hallaba indispuesto: Teneis noticias de Mr. de Lafayette? dijo Carlos X á Mr Royer-Collard. como está?-Mucho mejor, señor.-Yo me alegro; es un hombre á quien quiero mucho y que ha prestado á nuestra familia servicios que jamás olvidaré. Nos hemos hallado diferentes veces pero siempre marchando por camino opuesto; hemos nacido en el mismo año, juntos aprendimos á montar á caballo en el picadero de Versalles, y era de mi seccion á la Asamblea de los notables. Tengo mucho interés por él.

Los ministros de la asamblea se hallaban en la mas profunda admiracion: al volver á la cámara refirieron igualmente estas palabras, pero no fueron esta vez publicadas en los periódicos. Como estas conversaciones tenian lugar por la tarde despues de la comida del rey, fueron motivos para que se pusiera en duda su sobriedad; mas esta imputacion no tenia el me-

Las leyes de hacienda sometidas à la càmara de diputados durante la otra mitad de la legislatura, fueron en número de tres: reglamento definitivo del proyecto de 1827, peticion de créditos suplementarios, basta 1828, y establecimiento del presupuesto de 1830. La discusion de estas importantes leyes ofrecia un estraño espectáculo; este era el terreno en donde todos los años encontraban el gobierno y la oposicion para discutir todas las cuestiones de nuestra política interior y esterior, para atacar ó defender la marcha general de los principales actos de la administracion, y para disminuir ó contener sus gastos; la sesion del 8 de abril habia destruido esta situacion; la oposicion lo mismo estaba à la derecha que en la izquierda, y la accion del ministerio, privada de apoyo, no se dejaba sentir en ninguna parte. En otros términos, existia un ministerio con mayoria para sostenerlo, y una mayoria sin ministerio para dirigirla; de aqui dimanaban en la discusion y en las votaciones, confusion y contradicciones que tenian por resultado dar el triunfo tan pronto a los liberales, como á los amigos de MM. de Villele y de Labourdonnaie, hoy á los partidarios de la mas severa economia y el dia siguiente à los defensores de todas las prodigalidades; á veces sin embargo aquella mayoria tan unida y tan compacta en la legislatura anterior, y que ahora se dividia y fraccionaba al azar de cada votacion, se reunia otra vez de repente bajo el imperio del sentimiento político que la habia formado, viéndosela siempre que se trataba de herir al antiguo ministerio. Citaremos un ejemplo:

Tratábase de los créditos suplementarios de 1828; el gobierno pedia la sancion de un gasto consagrado parte à la construccion de un comedor en el palacio del ministerio de justicia, y parte à la renovacion del ajuar del mismo palacio; sobre este asunto se hacia cargo à Mr. de Peyronnet de haber dispuesto sin autorizacion del ajuar antiguo, especialmente de una tapiceria de los Gobelinos, representando el juicio de Salomon, que segun se decia, habia sido subastada al precio de mil francos siendo así que valia veinte y cinco mil; en cuanto à los gastos del comedor formaban un escedente ordenado por el ex-ministro de justicia, fuera del crédito primitivamente concedido. Este escedente fué el principal objeto del debate: discutiendo por principios, el gasto era irregular y constituia no una exaccion sino un abuso que teniendo ciertas proporciones podria degenerar en dilapidacion, é introducir los mas graves desórdenes en la fortuna del estado. Es preciso detener à los ministros en este camino y sentar una regla de formal responsabilidad, decia la comision, la cual con este objeto proponia conceder el crédito pedido, salva empero liquidacion y pudiendo el ministro de hacienda ejercer contra el ministro que dispuso el gasto, la accion de indemnizacion que le correspondiere. » Esta redaccion no pareció à la izquierda bastante esplícita ó imperativa, así es que uno de sus miembros, Mr. Dupin mayor, propuso esta por via de enmienda: «El ministro de hacienda queda encargado de ejercer ante los tribunales una accion de indemnidad contra el ex-ministro. En vano Mr. Hyde de Neuville auxiliando à los amigos de Mr. de Peyronnet, hizo observar que si bien existia una incontestable irregularidad, al menos los fondos no habian sido invertidos por aquel ministro en su provecho personal, puesto que estaban representados por trabajos de los cuales reportaba el estado un beneficio; la càmara despues de un debate de muchos dias, adoptó por una mayoria de ciento ochenta y seis votos contra ciento cuarenta y cuatro, la enmienda que ordenaba la formacion de causa contra el ex-guardasellos.

La discusion del presupuesto de 1830 abierta el dia 30 de mayo ocupó los dos meses de la legislatura; pródigos de declaraciones liberales dirigidas à la izquierda, los miembros acababan casi siempre por hacer lo que querian los miembros de la derecha, los cuales rechazando toda redaccion votaban con el ardor y union de un partido seguro de su próximo triunfo; la confianza de que no era esto mas que una bravata del vencimiento, se manifestaba en toda ocasion; Mr. Viennet decia en la tribuna: «Los defensores de la antigua monarquia sienten demasiado su debilidad para no estar convencidos de su derrota.» MM. de Laboullaye, de Formont y muchos otros diputados del lado derecho, le interrumpieron con estrepitosas carcajadas y con estas esclamaciones: «¡Su derrota! ¿con que cree en su derrota?» A pesar de los esfuerzos de esta parte de la asamblea se introdujeron notables economias en diferentes servicios, y además del principio de responsabilidad pecuniaria sentada con motivo de la cuestion Peyronnet, la càmara consagró otros dos puntos que no carecian de importancia, hizo estensiva la especialidad del voto legislativo à las diferentes secciones de los capítulos que componian el presupuesto de cada ministerio y decidió que cualquier tratado que llevase consigo un subsidio ó un gasto cualquiera, era necesariamente de su incumbencia. Sin embargo una viva inquietud dominaba en todos los debates, todos los partidos presentian una próxima y terrible crisis: para unos se formaba una tempestad revolucionaria en el seno de las masas populares, para otros el peligro estaba sobre la càmara en las regiones de la corte desde donde estallaria con un golpe de estado: si al principiar la legislatura al discutirse la contestacion al derecho de la corona, Mr. de Conny, por ejemplo, manifestó que los deseos, el objeto de la oposicion era un cambio de dinastía, una segunda revolucion de 1688, el 11 de julio cuando la legislatura terminaba, el general Lamarque decia à su vez: «Mil rumores siniestros circulan en la capital é infunden la alarma en nuestros departamentos, donde los agentes, los activos instrumentos de la última administracion se mantenian aun firmes y amenazadores. En presencia de los que oprimian, se teme una nueva opresion, y se cree en la posibilidad de estas violaciones de la constitucion, de estos golpes de estado (rumores diversos). Con qué nos amenazan algunos ministros caidos que invocan el caos para subir otra vez al poder? Doscientos años han pasado desde que en la otra parte de la Mancha se hablaba tambien de violar la gran carta, de disolver las càmaras, de imponer las contribuciones por reales decretos, intentóse ejecutarlo y no ignorais cuáles fueron sus resultados. (Violentos murmullos en la derecha. Silencio en la izquierda.) Restos escapados de tantos naufragios, no queremos hacer el nuevo esperimento tan funesto; demasiado nos ha enseñado que tambien los pueblos tienen sus golpes de estado. (Violenta interrupcion en la derecha.)

Voces numerosas en el mismo lado: «¡Al órden! predicais la revolucion! ¡al órden!»

El general Lamarque, con mas fuerza: «Digo que tambien los pueblos tienen sus golpes de estado (nuevos gritos de: ¡al órden!), los cuales conmoviendo la fuerza hasta en sus entrañas, no dejan mas que sangrientas ruinas!» (Violenta agitacion.)

Golpe de estado, revolucion de 1688, cambio de dinastía, tales eran las palabras que abrieron y cerraron esta legislatura, que tantos trabajos debian ocupar, tan estéril en realidad, y que fué oficialmente cerrada en 31 de julio despues de una duracion de seis meses.

La víspera los periódicos anunciaron el regreso de Mr. de Polignac à París, «donde le llamaban, decian, el cuidado de su salud y la necesidad de respirar el aire de un pais natal.» Este mal hallado pretesto no pudo engañar à nadie; Mr. de Polignac habia obedecido à una órden directa de Carlos X, quien, habiendo recobrado su libertad de accion con la votacion del presupuesto de 1830 y con la separacion de la càmara se hallaba impaciente por librarse de una vez de los impotentes ministros que le habian impuesto las elecciones de 1827. La administracion Martignac presentaba sin duda alguna una notable reunion de capacidades especiales y de oradores de talento; la adhesion de sus miembros à la monarquía era sincera y todos trataban con ahinco de conciliar y confundir los intereses de la casa de Borbon con el interés nacional, pero un partido en las càmaras, sin crédito en la corte, sin apoyo en la opinion pública, este gabinete, desde su rompimiento con la izquierda, habia perdido hasta tal punto la fuerza y el prestigio que los funcionarios, de todas clases, prefectos, prelados, magistrados, oficiales generales, presentian su próxima caida, y cuando obedecian à su impulso é instrucciones, lo hacian solo à medias y muy debilmente. Llamados raras veces à las Tullerías, veian sus demandas y proposiciones constantemente rechazadas por el rey, el cual les objetaba siempre «que no contaban con mayoría.» Sin embargo teniendo el poder, algunos de ellos se resignaban difícilmente à abandonarlo y no desesperaban de conservarlo; con este objeto habian buscado recientemente cerca de la derecha un apoyo que este lado de la càmara les habia negado: el término de la legislatura, haciendo menos urgentes nuevas negociaciones, les daba al menos la esperanza de ver su existencia prolongada hasta la próxima reunion legislativa, cuando cinco dias despues de la separacion de la asamblea y ocho de la llegada de Mr. de Polignac à París, este embajador hizo proponer à Mr. Roy entrar en una combinacion que solo esperaba su aceptacion para hallarse completamente formada. «¿Se queda conmigo Mr. de Martignac?» preguntó el ministro de hacienda, y habiendole contestado que no, dijo: «En este caso rehuso.» El dia siguiente, 7 de agosto, Mr. Roy y Mr. Portalis fueron llamados à Saint-Cloud, y ambos oyeron de boca de Carlos X el advenimiento de un nuevo ministerio: «Vuestras intenciones eran buenas, pero no habeis podido realizar el bien; las concesiones à que me habeis arrastrado, no han podido contentar à los par-

---

nor fundamento. Carlos X era muy sobrio, apenas bebia vino; pero por una particularidad de su constitucion, el trabajo de la digestion que en la mayor parte de los hombres y en los ancianos sobre todo, se manifiesta con síntomas de pesadez y de somnolencia, producia por el contrario en aquel príncipe una especie de escitacion que en la ignorancia de sus hábitos algunos podian tomar por el resultado de la intemperancia.

idos, y no contabais ya con mayoría,» les dijo el rey rogándoles que anunciaran á sus colegas que le entregaran sus carteras. El consejo se reunió el dia siguiente 8, y como la noticia era inesperada causó á algunos ministros el efecto de un rayo; otros se negaron por algunos instantes á darle crédito, mas obligados á rendirse á la evidencia, partieron todos para Saint-Cloud para poner sus carteras en manos de Carlos X, el cual las recibió repitiendo las observaciones que dirigió la víspera á MM. Roy y Portalis; luego animándose por grados al recuerdo de las enormes concesiones decia, que habia consentido, hizo cargos á Mr. de Martignac, habló con amargura á Mr de Vatismenil, y con cólera á Mr. Feutrier. Sin embargo calmada su primera irritacion se esforzó el rey en aplicar un bálsamo á las heridas que acababa de causar, anunciando á sus consejeros destituidos que les serian conferidos los favores de costumbre para los ministros dimisionarios; en efecto MM. Portalis, Hyde de Neuville y de Caux, fueron nombrados ministros de estado, recibiendo además los dos últimos una pension de mil doscientos francos que se concedió igualmente a MM. de Martignac, de Vatimesnil y de Saint-Cricq. Mr. de Caux fué condecorado con la gran cruz de San Luis, Mr. de Martignac con la de la Legion de Honor, y Mr. Roy, á quien su inmensa fortuna hacia superior á una gracia pecuniaria, fué hecho Cordon Azul; Mr. Portalis á quien se habia conferido hacia tres meses la primera presidencia del tribunal de casacion, nada mas tenia que recibir; á Mr. Bourdeau se le dió la primera presidencia del tribunal real de Limoges (1) siendo Mr. Feutrier el único ministro que no recibia indemnizacion alguna; es cierto que su crímen era imperdonable; este prelado habia preparado y ejecutado las medidas dirigidas contra la sociedad de Jesus.

Aquel mismo dia por la noche Mr. de Martignac nombró los nuevos ministros delante de Mr. Royer-Collard, el cual se mostró en un principio incrédulo; mas obligado por fin á renunciar á sus dudas, dijo: «Semejante ministerio no se comprende; es un efecto sin causa Carlos X es el mismo conde de Artois de 1789!»

El gabinete cuya composicion arrancaba estas palabras á Mr. Royer-Collard, habia sido formado el 8 de agosto, y oficialmente anunciado el 9 en el Monitor; componíase de las personas siguientes:

Negocios estranjeros, el príncipe Julio de Polignac,
Guerra, el conde de Bourmont;
Interior, el conde de Labourdonnaie;
Justicia, Mr. Courvoisier;
Hacienda, el conde de Chabrol;
Marina, el vicealmirante de Rigny;
Asuntos eclesiásticos é instruccion pública, el baron de Montbel.

Jamás la aparicion de un nuevo ministerio escitó tan profunda emocion, tan general inquietud, ni tan viva irritacion; si los mas implacables enemigos de la casa de Borbon se hubiesen impuesto el cuidado de precipitar su caida rodeándola de ministros impopulares no habrian podido escoger nombres mas detestados, los cuales, inseparables de los recuerdos mas tristes y desastrosos de los cuarenta últimos años, reasumian todos los borrones y vergüenzas del pasado, la emigracion y sus conspiraciones, Waterloo y su traicion; la reaccion de 1815 y sus furores. El Diario de los Debates, órgano de los realistas del centro derecho y defensor de la administracion de Mr de Martignac, era el periódico mas moderado de la opinion constitucional; en su número del 10 de agosto despues de haber hecho conocer los nombres de los nuevos ministros, publicaba las siguientes reflexiones:

«Así pues, ved roto otra vez el lazo de confianza y de amor que unia al pueblo con el monarca! Ved otra vez á la corte con sus antiguos rencores, á la emigracion con sus preocupaciones, al sacerdocio con su jurado odio á la libertad, arrojándose entre la Francia y su rey: lo que ha conquistado con cuarenta años de trabajos y desdichas, se le quita; lo rechaza con todo el poder de su voluntad, con toda la firmeza de sus convicciones, se le impone violentamente.

»Lo que hacia sobre todo la gloria de este reinado, lo que habia reunido al rededor del trono los corazones de todos los franceses, era la moderacion en el ejercicio del poder; la moderacion! En el dia es ya imposible; aun cuando los actuales gobernantes quisieran ser moderados, no lo podrian; los odios que despiertan sus nombres en todos los ánimos son demasiado profundos para no ser devueltos. Temidos de la Francia les serán en breve temibles, y aun cuando en los primeros dias balbuceen las palabras de constitucion y libertad, su torpeza en pronunciar estos nombres les hará traicion y se verá en ello el lenguaje del miedo y de la hipocresía.

»¿Qué es loque van á hacer? ¿buscarán un apoyo en la fuerza de las bayonetas? Estas son en el dia inteligentes y conocen y respetan la ley. ¿Desgararán la carta que hace todo el poder del sucesor de Luis XVIII? ¡Quèlo piensen bien! la carta tiene ahora una autoridad contra la cual se estrellarian todos los esfuerzos del despotismo. El pueblo paga mil millones á la ley y no pagaria dos por los derechos de un ministro. Con los impuestos ilegales naceria un Hampden para destruirlos. ¡Hampden! ¿por qué debemos recordar este nombre de violencias y desórdenes (1)? ¡Desgraciada la Francia! ¡desgraciado rey!»

La fatal reunion de nombres, objeto de estas elocuentes quejas no era obra esclusiva de Mr. de Polignac, como algunos han creido; cuando la llegada de aquel embajador á Paris el gabinete estaba ya casi formado, la eleccion de Mr. de Labourdonnaie, bien visto por el rey por la violencia de su lenguaje, pertenecia á Carlos X y el de Mr de Bourmont al delfin, á quien se dejaba la decision en todos los asuntos de guerra Este príncipe habia tenido que decidirse entre tres candidatos: el general de Ambrugeac, uno de los militares que en la cámara de los pares discutia con mas talento las cuestiones de organizacion militar; el general de ingenieros, Dode de La Brunerie y Mr. de Bourmont; el delfin rechazó al primero, á pesar de la exaltacion de su realismo, por estar demasiado ligado en ciertas cuestiones con la parte liberal de la cámara de los pares, y al segundo por pertenecer á un arma especial. El nombramiento de Mr Bourmont no dejó de suscitar algunas objeciones, pues se temia verle atacado violentamente por su defeccion de 15 de junio: «Fácil será conjurar la tormenta, contestó Carlos X, declarando en los periódicos ministeriales que se pasó al otro partido por órden del rey.» Como habia dicho Mr. Royer-Collard el tiempo no habia pasado para Carlos X, el cual era ni mas ni menos lo mismo que en 1789; la intervencion de Mr de Polignac en la composicion del ministerio se habia particularizado por dos hechos, á saber: habia insistido en el mantenimiento de MM. de Martignac y Roy, y habia propuesto tambien á Mr. de Rigny: Mr. de Labourdonnaie, cuya única fuerza era la tribuna y que pretendia ocupar el lugar de primer orador del gabinete, consentia en que se conservara á Mr. Roy; pero viendo en Mr. de Martignac mas un rival que un colega, declaró, como habia hecho Mr. de Corbiere, al tratarse de Mr. de Chateaubriand, que si aquel ministro entraba por una puerta, saldria el por la otra; como se ha visto hízose á Mr. Roy la proposicion de conservar su cartera y ya se sabe cuál fue su respuesta; vacante por su negativa el ministerio de hacienda fué confiado á Mr. Chabrol, destinado en un principio para el ministerio de marina. Para este departamento propuso Mr. de Polignac á Mr de Rigny, almirante, que acababa de salir de Paris; pero previendo la caida del último gabinete habia dejado para nuestro representante en Londres, jefe probable de la nueva administracion, una carta en que le decia: «que en caso de que el rey le llamase á su consejo deseaba manifestarle que tendria la mas viva satisfaccion en servir al monarca junto con él (2)» Mr. de Rigny fué nombrado, mas su eleccion no tuvo consecuencia alguna, pues sobrino del baron *Luis* cuya herencia esperaba, é instado por su tio para que no aceptara, conmovido por otra parte por la manifestacion de la opinion pública, Mr de Rigny á pesar de las vivas instancias del rey, empeñado en contar entre sus nuevos consejeros á uno de los vencedores de Navarino, rehusó la cartera que habia primeramente solicitado, y que quince dias despues, el 23 de agosto, fué confiada al baron de Haussez, prefecto de la Gironda.

Hemos dicho que el nuevo ministerio se creia cierto de tener una mayoría, en la cual se reunirian y confundirian los miembros del lado derecho, los diputados siempre en gran número, á quienes la falta de fortuna, la necesidad de posiciones lucrativas para sí ó para su familia hacen los dependientes habituales del poder, y luego los antiguos realistas que se habian separado sucesivamente del gobierno bajo la larga administracion de Mr. de Villele. Mr. Ravez despues de multiplicados cálculos lo habia asegurado así á Carlos X: «La izquierda no tiene la mayoría, decia; los centros no han podido darle á Mr. de Martignac.

(1) Este nombramiento quedó sin efecto, el magistrado cuya plaza deseaba Mr. Bourdeau y que con objeto de hacer una vacante habia nombrado para el tribunal de casacion, rehusó este ascenso y se quedó en su posicion.

(1) Hampden, primer hermano de Cromwell, entró en la cámara de los comunes en 1625, once años mas tarde en 1636, fue el primero á oponerse al impuesto llamado *contribucion de mar*, exigido por Carlos I. Llamado por este hecho ante el tribunal del banco del rey, fué condenado, y poco tiempo despues tomaba las armas contra la monarquía, manifestando un valor y una habilidad poco comunes; en 1643 fué muerto en el condado de Oxford peleando contra el príncipe Roberto. Hampden era republicano: su partido le consideraba como un hombre notable por su valor y virtud y los realistas como un hombre dotado de un elevado carácter

(2) Estudios *históricos políticos* y *morale* (de Mr. de Polignac.

luego se hallará apoyándose en la derecha.» Mr. de Labourdonnaie lo afirmaba tambien y en vista de esta union de todos los matices realistas se hizo el nombramiento de Mr. de Chabrol y de Mr. de Courvoisier ex-miembro del partido ministerial en tiempo de Mr. Decazes, nombramiento que podia considerarse como una especie de promesa, como una prenda dada á los miembros actuales de los dos centros.

Hemos visto de qué modo la habia recibido el órgano de los realistas disidentes.

«No mas concesiones! Vuelve á trabarse el combate entre la monarquía y la revolucion!» esclamaron á su vez los periódicos ultramonárquicos y religiosos, dedicados á la defensa del nuevo gabinete; este grito de guerra, provocacion insensata de sectarios mas fanáticos aun que los ministros, halló á la poblacion pronta á aceptarla.

La conmocion producida por el advenimiento de Mr. de Polignac, de Bourmont y de Labourdonnaie se estendió rápidamente por todo el reino, sin que en ninguna parte le hiciera la distancia perder nada de su fuerza. Poco antes de cerrarse la legislatura Mr. Lafayette marchó á visitar la Auvernia, su pais natal (1); su paso por Clermont-Issoire, y por Brionde fué señalado únicamente con algunas reuniones de familia ó de amigos sobre los cuales los periódicos habian permanecido silenciosos, en Puy, ciudad sometida antiguamente á la dominacion señorial de los antepasados de Mr. de Polignac, le fué ofrecido un banquete, en el cual apenas acababa de ocupar su puesto, cuando se propaló por el salon la noticia del cambio ministerial; de repente la reunion toma un carácter político, las imaginaciones se animan, estallan mil protestas contra los nuevos ministros y se brinda por la constitucion y por la cámara de diputados, esperanza de la Francia. El dia siguiente se puso el general en marcha para Vizille, donde le esperaba una de sus nietas: casada en aquel lugar, célebre por la asamblea de estados que en 1788 fué la primera en dar la señal de la resistencia á la monarquía. Su paso es saludado en todas partes con las mas ruidosas demostraciones en favor de las instituciones que se creen amenazadas, con gritos de viva Lafayette! é iluminaciones hechas á pesar de las autoridades; llegado el 16 de agosto á una legua de Grenoble encontró una diputacion de cincuenta jóvenes á caballo que forman su escolta en medio de una inmensa multitud de espectadores, hasta la entrada de aquella plaza fuerte; allí le dirigió un discurso un ex-maire de la ciudad puesto al frente de los principales habitantes y le presentó una corona de encina con hojas plateadas, producto de una suscricion á cincuenta centésimos, como una muestra del reconocimiento del pueblo y emblema al mismo tiempo de la fuerza con que á su ejemplo sabian los grenobleses sostener sus derechos, y la constitucion.» Por la noche la ciudad apareció brillantemente iluminada, y el general fué obsequiado con una serenata, á la cual se mezclaban los gritos de «¡viva Lafayette! viva la constitucion!» En Vizille, á donde se dirigió en seguida, fué cumplimentado por el maire entonces en funciones y conducido á la casa de su nieta en medio de los vivas de todo el pueblo y de las salvas hechas por dos pequeñas piezas de artillería. En Voiron, en La Tour du Pin, en Bourgoin y en Vienne la recepcion ofreció igual solemnidad y entusiasmo; por todas partes salian cabalgatas á su encuentro, por todas partes se apiñaba la muchedumbre á su paso y en muchos puntos se levantaron arcos de triunfo en el camino que debia seguir. Sin embargo en Lyon tomaron estas manifestaciones, ardientes protestas contra el ministerio, una proporcion tal que demuestran evidentemente el sentimiento de la opinion pública: quinientos ginetes, ochocientos ó novecientos jóvenes á pié y una larga hilera de carruajes entre los cuales se hallaba una carroza tirada por cuatro caballos y destinada á Mr. de Lafayette, le esperaban en la frontera del departamento, y le acompañaron hasta el arrabal de la Guilloticre, donde le fueron dirigidos varios discursos, en los cuales se calificaban las circunstancias de críticas y se recordaba el ardor con que los lyoneses habian defendido siempre la causa de la libertad: «Daria el nombre de críticos á los momentos que atravesamos, contestó el general, si no hubiese reconocido en todos los puntos que he atravesado y si no viera en esta poderosa ciudad la firmeza tranquila y desdeñosa de un gran pueblo que conoce sus derechos, que siente su fuerza y que permanecerá fiel á sus deberes.» La multitud era inmensa, y cuando Mr. de Lafayette entró Lyon, precedian ó seguian su coche cincuenta ó sesenta mil personas; en el palacio destinado para su habitacion le esperaban muchas diputaciones venidas para cumplimentarle, de Saint-Etienne, Tarare, Macon, Chalons sur-Saone y de otras ciudades; los músicos del Gran Teatro, reunidos en el patio, le dieron una serenata rodeando su palacio una apretada muchedumbre que con sus aclamaciones le obligó á mostrarse en su balcon repetidas veces.

Recepciones, visitas á los establecimientos públicos y un paseo por el Saona que atrajo á ambas orillas á gran parte de la poblacion lyonesa, ocuparon el dia siguiente 6 de setiembre; el acontecimiento del 7 fué un banquete ofrecido en nombre de la ciudad á Mr. de Lafayette por quinientos de sus mas notables habitantes, al cual asistieron los diputados enviados por las ciudades vecinas; en el salon se veia un busto del general coronado de laureles. Mr. de Lafayette tomó la palabra al fin de la comida, despues de un brindis en honor suyo, y dijo: «Señores: tengo una satisfaccion al mismo tiempo que me envanezco de que mi tránsito por esta grande y patriótica ciudad, le haya dado una nueva ocasion de manifestar su constante odio por la opresion, su amor por la verdadera libertad y su resolucion de resistir á todas las tentativas de la incorregible contrarevolucion. (Unánimes aplausos interrumpen al orador durante algunos minutos.) ¡No mas concesiones! han dicho recientemente los periódicos oficiales de este partido, ¡No mas concesiones! esclama tambien y con mayor razon el pueblo francés que conoce sus derechos y sabrá defenderlos.» El dia 8 Mr. de Lafayette salia de Lyon escoltado por una guardia de honor hasta dos leguas de la ciudad.

Al mismo tiempo que el viaje de un simple diputado era ocasion de las mas hostiles manifestaciones contra la idea que habia presidido á la formacion del gabinete del 8 de julio; mientras que en su irritacion los pueblos tributaban honores casi regios al hombre político que era entonces para ellos la personificacion de los principios de 1789, y que acogian con entusiastas aclamaciones sus escitaciones á la resistencia, el hijo de Carlos X recorria parte de la Normandía y visitaba las obras del puerto de Cherburgo; este príncipe encontró en los cuerpos oficiales los solícitos respetos que jamás faltan á los poderosos, pero el silencio acompañaba todos sus pasos; por todas partes la multitud se hallaba muda ó ausente. Las autoridades municipales de Cherburgo trataron de causar ilusion al delfin sobre el sentimiento público por medio de un baile que debia serle ofrecido por la clase media de la ciudad, para ello se abrió una lista de suscripcion, pero en vano se esperó á los suscritores, pues la mayor parte de las señoras manifestaron que no concurririan á él. En aquel mismo momento, la distribucion de premios hecha en Paris, á consecuencia del concurso general de los colegios reales, presentaba un ejemplo quizás mas palpable aun de la emocion é inquietud que se habia introducido en el seno de todas las familias de la clase media; sabido es la ruidosa y espansiva alegría que anima ordinariamente á los muchos adolescentes convidados á esta solemnidad, mas esta vez los aplausos prodigados siempre á los jefes de la universidad no se dejaron oir; un silencio glacial acogió su entrada lo mismo que la lectura del acostumbrado discurso, durante la primera parte de la ceremonia reinó en el salon una especie de tristeza, y la alegría no se dejó ver hasta que se proclamaron los nombres de los jóvenes laureados.

Vehementes quejas sobre la ceguedad de la corona, enérgicas protestas contra la audacia de sus consejeros oficiales ó secretos, la dimision de Mr. de Chateaubriand de la embajada de Roma, y algunas dimisiones de consejeros de estado (1), las ovaciones hechas á Mr. de Lafayette, la irritada actitud del pueblo, una especie de vacío obrado al rededor del gobierno, tales eran los principales hechos de oposicion manifestados contra los derechos de 8 de agosto, cuando el 12 de setiembre los periódicos publicaron un documento cuyas estipulaciones organizaban el mas enérgico sistema de resistencia legal que pueda oponer una nacion á las tentativas inconstitucionales de sus gobernantes decia así:

«Nosotros, los abajo firmados, habitantes del uno y del otro sexo en los cinco departamentos de la antigua provincia de Bretaña.

»Considerando que un puñado de perturbadores políticos intento

(1) Mr. de Lafayette nació en 6 de Setiembre de 1757 en Chavagnac cerca de Brioude (Alto-Saire.)

(1) MM. Bertin de Vaux, Alejandro de Labordé, Agier, Vellenciau, Fraidofond de Belisse, Hely d Ossel y Salvandy nombrados por Mr. de Martignac, eran del numero de los consejeros de estado que dieron su dimision. Acerca de esto se lee en los *Estudios históricos y políticos* de Mr. de Polignac: «Mr. Salvandy vino á verme dos veces despues de retirado del consejo de Estado, no siendo difícil descubrir en él que, arrastrado por los consejos de sus amigos políticos, habia obrado contra su voluntad y que era esclavo mas que partidario del principio, cuya bandera seguia. Si la ambicion no le hubiese hecho perder la paciencia hubiera sido mas tarde un util auxiliar de la monarquía; conformó mas y mas esta opinion, el leer una nota escrita por él que me entregó en su última entrevista, mas temiendo haberse adelantado demasiado apeló á mi honor para obtener la devolucion de su manuscrito, y se lo entregué, pues que me importaba en el momento del combate, retener á pesar suyo en nuestras filas, á un amigo débil ó irresoluto?»

realizar el atrevido proyecto de destruir las bases de las garantías constitucionales consagradas por la carta.

»Considerando que si la Bretaña ha podido hallar en estas garantías la compensacion de los que le aseguraba su contrato de union á la Francia, es de su deber y de su interés conservar el resto de sus libertades y franquicias;

»Considerando que la resistencia armada seria un doloroso estremo; que seria inmotivada cuando están abiertas las vias á la resistencia legal, y que el medio mas seguro de hacer anteponer el recurso a la autoridad judicial es asegurar á los oprimidos una fraternal solidaridad;

»Declaramos por el honor y el derecho;

»1.° Suscribir individualmente por la cantidad de diez francos y subsidiariamente por la decima parte del importe de las contribuciones que se les señalen en las listas electorales, los firmantes inscritos en las indicadas listas.

»2.° Esta suscricion formará un fondo comun de la Bretaña, destinado á indemnizar á los suscritores de los gastos que quizás sufran, á consecuencia de su negativa á satisfacer contribuciones públicas ilegalmente impuestas, ya sea sin el concurso libre, regular y constitucional del rey y de ambas cámaras constituidas, sin conformidad a la constitucion y leyes actuales, ya sea con el concurso de cámaras formadas con un sistema electoral que no haya sido votado dentro de las mismas formas constitucionales.

»3.° Viniendo el caso de que se proponga un cambio constitucional en el sistema electoral, ó el establecimiento legal de los impuestos, se reunirán en Ponteoy dos mandatarios de cada distrito, y al hallarse reunidos en número de veinte, podrán nombrar de entre los suscritores, tres procuradores generales y un subprocurador en cada uno de los cinco departamentos;

»4.° El cargo de los procuradores generales es recoger las suscriciones, satisfacer las indemnizaciones en conformidad al artículo 2.°, entablar requeridos por cualquier suscritor inquietado por una contribucion ilegal, todas las demandas legales contra los exactores, y finalmente presentar demanda civil y acusacion contra los autores ausiliares y cómplices de repartimiento y percepcion de la contribucion ilegal.»

Esta organizacion para negar las contribuciones, arma nueva en Francia en las luchas de los gobernados contra los gobernantes preocupó vivamente los ánimos; la sociedad que acababa de introducirla, tenia por título «asociacion bretona,» é inmediatamente se establecieron asociaciones parisiense, lorena, borgoñona y normanda, proponiéndose igual objeto, adoptando las mismas bases y obteniendo en poco tiempo la adhesion de los principales diputados de la opinion y de un considerable número de ciudadanos pertenecientes á todas las clases, aun al ejército. Durante algunas semanas la prensa ministerial agotó todas sus burlas y sátiras contra esta manifestacion plagiada, decian sus escritores, de la federacion de los cien dias; sin embargo el gobierno, á quien no pasaron sus resultados desapercibidos, concibió alguna inquietud, y para detener el movimiento ordenó la formacion de causa, no á los asociados, sino á los periódicos que publicasen las actas de union y escitasen á los ciudadanos á adherirse á ellas: la diversidad de las faltas dadas en estas causas, indica el desórden y dudas que el advenimiento del nuevo ministerio habia hecho nacer en la misma magistratura, y tambien la fuerza que en aquella época habian adquirido el nuevo derecho político y la legalidad constitucional.

Las diligencias debian instruirse en tres casos: ataque formal contra la autoridad del rey, provocacion á la desobediencia á las leyes, escitacion al odio y desprecio del gobierno; todos los tribunales separaron los dos primeros, «atendido, decian, que la provocacion de rehusar el pago del impuesto, de que se acusaba á los periódicos encausados, se hallaba subordinada á circunstancias que no existian, y que en caso de sobrevenir, motivarian su legalidad.» En cuanto al tercer cargo, todos convinieron en que suponer á los ministros el pensamiento y voluntad de violar la constitucion ó las leyes, era ultrajarles, pero disentian en la gravedad del insulto; esto hacia que los tribunales de primera instancia de Metz y de Paris condenasen á un mes de prision y á una multa de ciento cincuenta á quinientos francos á los periódicos que les tocaba juzgar, mientras que el tribunal de Rouen absolvia al editor del periódico, si bien reconocia culpable el artículo acriminado. El resultado de la apelacion de estos diferentes fallos, ofreció nuevas contradiciones; el tribunal de Metz revocó la sentencia proferida por el tribunal de la misma ciudad, absolviendo el periódico que este habia condenado; el tribunal de Rouen, revocando la sentencia de absolucion pronunciada en primera instancia, condenó por el contrario al periódico primeramente absuelto; el tribunal real de paris fué el único que confirmó las sentencias apeladas por ante el mismo. De las contradictorias decisiones resultaban tres principios: asociarse con objeto de resistir á un impuesto establecido en contra de las leyes existentes y de la constitucion, era un hecho lícito; negarse á pagar semejante impuesto, era un acto legal; suponer á los ministros capaces de atentar contra la constitucion y las leyes era un ultraje punible.

Mientras la magistratura reprobaba y condenaba de antemano cualquier tentativa contra la legislacion política existente, el ministerio confiando en el porvenir, mostraba un aplomo y una seguridad que formaba singular contraste con las pasiones que se agitaban á su alrededor; en medio de la general agitacion sus miembros permanecian en una especie de inmovilidad, y si algunos de ellos salian á veces de su letargo, era para dar nuevas pruebas de su completa falta de tacto político que les habia hecho aceptar en el mismo gabinete, la reunion de los tres nombres mas impopulares de la monarquía; así es que mientras en sus circulares á los funcionarios de todas clases recomendaban el respeto á las leyes, la tolerancia para las personas, la suavidad y reserva en todos sus actos; mientras ellos mismos se abstenian de destituciones, resistian á las dimisiones que les eran presentadas, y adoptaban por divisa la palabra moderacion, confiaban la prefectura de policía á Mr. Mangin, el ardiente procurador general de Poitiers, cuya violencia y rigores cuando el proceso de Berton estaban grabados aun en todas las memorias; ponian en activo servicio al general Clouet, desertor de Waterloo como Mr. de Bourmont, empleaban de nuevo á Mr. de Lourdoueix, el ciego instrumento de todas las medidas de Mr. Corbiere y lo mismo hacian con los diferentes funcionarios sacrificados á los clamores de la opinion por los gabinetes anteriores, entre otros con Mr. Locard, aquel prefecto del Cantal, á cuyo celo se debió la prision del mariscal Ney. Mr. de Polignac, el miembro mas influyente, el alma del ministerio, se engañaba sobre la naturaleza y fuerza de las resistencias que se le oponian; en sus elecciones la irritacion contra él y sus colegas era mas ficticia que real; la agitacion solo existia en la superficie y el gabinete tenia que combatir no una oposicion formidable comprendiendo todas las fuerzas vivas de la nacion, sino á un pequeño número de revolucionarios á quienes la monarquía reduciria facilmente á la impotencia con su enérgica actitud. Su larga permanencia en Inglaterra, ya como emigrado, ya como embajador, no habia tenido por único resultado el familiarizarle con la libertad de la prensa y hacerle muy indiferente á los ataques de los periódicos, sino que en aquel pais habia tomado gusto por las grandes industrias, por las vastas empresas mercantiles, prendándose de la independencia dejada á los intereses de cada localidad. Una monarquía fuerte, una administracion mas simplificada, una prosperidad material desarrollada por una amplia proteccion, dar mayor estension á las relaciones marítimas, y mas libertad á la accion de los consejos municipales y de departamento, tales eran para Mr. de Polignac las satisfacciones de que hacian imperiosa necesidad todas las clases del pueblo francés y que debia distraerlas de las luchas políticas; puso inmediatamente manos á la obra con el ardor de una imaginacion que nada es capaz de distraer del objeto que la domina, siendo el primer objeto de sus reformas la organizacion interior de su departamento; el cual sometió á un órden mas regular haciendo en él importantes reducciones. Al mismo tiempo que mandaba terminar la redaccion de un código consular, trabajo importante empezado hacia muchos años, abria negociaciones comerciales con la Prusia, con la Suecia y con los Estados Unidos; buscaba para nuestros productos nuevas salidas en Asia, y pedia á nuestros principales agentes políticos en el esterior detalladas memorias sobre las instituciones municipales de los paises en que habitaba. Por su parte Mr. de Bourmont preparaba un decreto que elevaba en una proporcion bastante notable el cuadro de los retiros para el ejército; Mr. de Chabrol se ocupaba en formar el presupuesto de 1831 cuyos gastos debian ser reducidos de mas de mil millones; finalmente el ministro de instruccion pública tomaba medidas para estender á todos los pueblos del reino el beneficio de la instruccion primaria: un solo ministro, el del interior, permanecia estraño á este silencioso é impercibido movimiento de trabajo y de negocios; sus oficinas descansaban.

Colocado desde 1815 en el primer lugar entre los miembros del lado derecho, Mr. de Labourdonnaie ocupó la tribuna con bastante éxito y aprobacion; orador esencialmente agresivo, á veces vehemente y con frecuencia irritado, las cuestiones de hacienda, de guerra, de marina, de administracion interior y de política estranjera proporcionaban indiferentemente materias á sus discursos; su voz se hallaba siempre

(1) De la Bretaña salió en efecto la señal de la *Federacion* organizada despues del regreso de la isla de Elba. Véase cap. I (*Federaciones provinciales y parisienses*).

pronta. Con harta frecuencia se juzga á los hombres políticos no por lo que hacen ó han hecho, sino por lo que dicen; al nombrar ministro al orador cuyas palabras enérgicas é impetuosas abogaban hacia quince años en pro de una monarquía fuerte, Carlos X participando del error comun, esperaba hallar en Mr. de Labourdonnaie el brazo que debia domar la revolucion, la cabeza cuyas concepciones consolidarian el trono y la monarquía sobre bases bastante sólidas para desafiar todos los esfuerzos de los partidos. El rey tomaba la apariencia por la realidad: el jefe del lado derecho carecia de fuerza, solo era violento; la facultad de hablar fácilmente, el arte de discurrir sobre todo, habian absorvido y anulado en él la facultad de obrar y á su vez debia ofrecer el ejemplo de un poder de tribuna incontestable unido á la mas absoluta impotencia en la ciencia del gobierno y en el manejo de los asuntos públicos; antes de la composicion definitiva del gabinete, Mr. de Labourdonnaie se habia opuesto á que se conservara en él á Mr. de Martignac, y una vez formado aquél se opuso igualmente al nombramiento de un presidente del consejo; si un instinto de celosa rivalidad habia dictado su resistencia al mantenimiento del exministro del interior, un motivo de vanidad le hacia rechazar el establecimiento de la presidencia; su orgullo se irritaba á la sola idea de ver á uno de sus colegas revestido de un título y de una especie de supremacía, que por otra parte el sentimiento de su insuficiencia no le permitia aceptar para sí mismo. «Representéle con fuerza (cuando la formacion del ministerio) la necesidad de restablecer la presidencia del cuerpo, ha dicho Mr. de Polignac, le invité y hasta le rogué que ocupara aquel puesto; pero se negó á ello declarando además que no formaria parte del nuevo gabinete si debia dársele un presidente. En este estado quedaron las cosas (1).» La necesidad de una direccion no tardó en dejarse sentir, sino por el trabajo interior de algunos departamentos ministeriales, cuyos titulares consentian en sufrir el impulso personal de Mr. de Polignac, al menos por las deliberaciones en que los ministros reunidos debian preparar ó resolver, antes de someterlos al rey, las cuestiones de interés general. En estos consejos privados Mr. de Labourdonnaie hacia gala constantemente de un intratable espíritu de oposicion; criticando todos los pareceres sin omitir ninguno; diestro en observar los inconvenientes de todo sin proponer nada en su lugar, su humor acre, terco, introducia en las discusiones tal desórden y confusion, que sus colegas se veian casi siempre obligados á separarse sin haber resuelto cosa alguna; ordinariamente era Mr. de Courvousier el que se cargaba con el peso de las salidas del ministro del interior; adversarios en la cámara desde 1815 á 1820 en una época en que Mr. de Courvoisier sostenia el sistema político de Mr. Decazes, contra Mr. de Labourdonnaie y los amigos del conde de Artois, los dos antagonistas se encontraron en los consejos del hermano de Luis XVIII sin haberles conducido á ellos el mismo camino; al paso que Mr. de Courvoisier se habia unido á los jesuitas y á sus doctrinas, Mr. de Labourdonnaie no solo habia rehusado admitir en el ministerio á ningun eclesiástico, fuese cual fuese, sino que habia exigido que la instruccion pública se confiase á una persona lega. El recuerdo de sus antiguas querellas y las disensiones que continuaban dividiéndoles, sobre todo con respecto á cuestiones religiosas, eran motivo para que el ministro del interior dirigiese á su colega, el de justicia, alusiones y chanzas injuriosas que solamente podia moderar la autoridad de un presidente encargado de dirigir sus deliberaciones interiores.» La incompatibilidad de humor y de carácter entre Mr. de Labourdonnaie y Mr. de Courvoisier, ha dicho Mr. de Polignac, fué inopinadamente causa de la solucion de la cuestion de presidencia; al hablarme este último seriamente de ella le manifesté cuanto habia mediado sobre este asunto entre el ministro del interior y yo, y logré que no sometiera la cuestion al rey; poco tiempo despues los demás ministros me hablaron de lo mismo, y el de marina (Mr. de Haussez) me entregó sobre el particular una memoria muy bien redactada. A todos dí igual respuesta que á Mr. de Courvoisier. Las formas bruscas y violentas de Mr. de Labourdonnaie cansaban á sus colegas, y por otra parte habiendo creido hallar en él la energía que reclamaba la gravedad de las circunstancias, su continua irresolucion, que le hacia fluctuar entre una ilimitada confianza y una escesiva reserva, nos convenció de que un atrevido jefe de vanguardia no siempre es apto para defender una plaza sitiada. En este estado nos hallábamos cuando Mr. de Courvoisier sin prevenirme sometió á todos los ministros reunidos para el despacho de varios negocios, la proposicion de rogar al rey que restableciera la presidencia del consejo; admitida esta proposicion, se levantó Mr. de Labourdonnaie, y sin querer prestar oidos á nuestras observaciones, se dirigió inmediatamente á presentar su dimision al rey (2).» Feliz por librarse de una carga superior á sus fuerzas, ocultando su impotencia detrás de una cuestion de amor propio, el ministro del interior se negó obstinadamente á mudar de resolucion; un decreto del 18 de noviembre confió su cartera á Mr. de Montbel á quien sucedió en el ministerio de instruccion pública Mr. de Guernon-Ranville, procurador general en Lyon; aquel mismo dia Mr. de Polignac tomaba la presidencia, mientras que Mr. de Labourdonnaie, cuya fortuna era considerable, aceptaba una pension de doce mil francos y se resignaba á sepultar su derrota entre el silencio de la cámara de los pares, desapareciendo repentinamente de la escena política despues de tres años y medio de ministerio, sin haber dejado otras huellas de su paso en el gobierno que dos actos; un reglamento sobre el matadero de Paris, hecho por su predecesor, y una circular sobre los teatros de figuras de movimiento (1).

(1) *Estudios Históricos y políticos* de Mr. de Polignac.—(2) Idem.

En su ignorancia de las verdaderas causas de esta modificacion ministerial, el público consideró la retirada del antiguo adversario de Mr. de Villele y el nombramiento de Mr. de Polignac para la presidencia del consejo como una especie de toma de posesion del gobierno por la congregacion, como el primer paso de una política de corte y de sacristía decidida á no tener en cuenta ninguna de las exigencias del sistema parlamentario; la inquietud y la irritacion se hicieron mas vivas, y dos fallos dados por el tribunal real de Paris manifestaron inmediatamente la resistencia que la misma magistratura estaba resuelta á oponer á las pasiones religiosas y ultramonárquicas, de que la oposicion de todos los matices acusaba á los nuevos consejeros de la corona.

El Correo Francés al dar cuenta de una reciente esposicion de cuadros y hablando con este motivo de las obras de los grandes maestros, habia dicho: «El inmortal cuadro de la Cena, la Trasfiguracion y la Comunion de san Jerónimo serian siempre obras maestras aun en el tiempo en que las creencias cristianas estuviesen completamente abolidas, si la duracion de las frágiles materias de que se componen pudiese prolongarse hasta entonces.»

El ministerio público habia visto en esta frase la negacion de la perpetuidad del cristianismo, y por consiguiente un delito de injuria hacia la religion del estado y los demás cultos cristianos legalmente reconocidos; acusado ante el tribunal de policía correccional, el director del periódico fué condenado á tres meses de prision y á una multa de seiscientos francos; de esta sentencia apeló para ante el tribunal real, el cual en 17 de diciembre le absolvió de todo cargo, «atendido que si la opinion omitida establecia una falta de creencia, hecho desgraciado á los ojos de las personas que tienen fé, sin embargo el autor al prever un acontecimiento imposible no se habia servido de espresiones, ni permitido reflexiones ni injuriosas alusiones que constituyan el delito de ofensa ó injuria á la religion, castigado por las leyes.» Siete dias despues, el 24 de diciembre, los mismos magistrados pronunciaban una segunda absolucion, que no consagraba esta vez una libertad de apreciacion sobre materias religiosas, ofensiva para las doctrinas notoriamente ultramontanas del ministerio, sino que reconocia á la prensa en materia política una libertad de direccion que podia llegar hasta la censura directa de la persona de los ministros.

El artículo publicado por el Diario de los Debates, anunciando el nombramiento del nuevo ministerio, habia sido denunciado; condenado en primera instancia en 26 del pasado agosto á seis meses de prision y á quinientos francos de multa, mínimum de la pena, su director Mr. Bertin, mayor, apeló de la sentencia ante el tribunal real, al mismo tiempo que el ministerio público no hallando el castigo proporcionado á la ofensa, solicitaba por su parte por medio de una apelacion *á minima* una pena mucho mas severa. Esta causa en medio de la universal agitacion de los ánimos, era un verdadero acontecimiento político; para el público no era el Diario de los Debates el que se hallaba encausado, sino el ministerio entero; Mr. de Polignac, de Labourdonnaie y de Bourmont, eran mas que los querellantes, los acusados, y de la sentencia futura dependia su impunidad ó su condenacion. Desde muy de mañana un numeroso gentío ocupaba las avenidas de la sala de audiencia; en las puertas se habian formado compactos grupos, y mucho tiempo antes de su abertura, gran número de personas provistas de

(1) Esta circular contenia el siguiente párrafo: «Es preciso que los objetos espuestos á curiosidad pública no ofrezcan nada contrario al respeto debido á la religion y las buenas costumbres, á la magestad real y á la moral pública, nada pueda recordar á Buonaparte y dar un falso giro á la opinion. Así pues las autoridades dispondran que sean informadas previamente de las esplicaciones y cantos de que vayan acompañados los espectáculos foraneos, tales como figuras de movimiento, sombras chinescas etc. á fin de exigir la supresion de lo que pudiera ser peligroso para el órden, las costumbres y el gobierno del rey.

billetes é introducidas en el interior por entradas escusadas, habian invadido así el lugar destinado al público como los bancos de los testigos, abogados y acusados; muchos pares, diputados y señoras, ocupaban sitios reservados. Mr. Bertin tomó él mismo la palabra; este publicista habia combatido y sufrido largo tiempo por la causa de la monarquía, siendo del número de los desterrados voluntarios que en 20 de marzo acompañaron á Luis XVIII á Bélgica, donde fundó el Monitor de Gante: «Ignoro, dijo, á los que creyéndose sin duda mas adictos que yo al nieto de Enrique IV prestan un gran servicio á la corona llevando ante un tribunal de justicia á un hombre cuyos cabellos han encanecido en el servicio de la misma corona; no sé si es conveniente que los realistas que se han visto encarcelados por la causa de la monarquía sufran de nuevo la prision por órden de la misma; pero en fin si mi defensor no ha logrado, por ser una cosa imposible, haceros participar de su conviccion y de la mia, me atrevo á esperar, señores, que ninguno de vosotros, ninguno de los que me escuchan, podrá creer que, llegado al término próximo de una penosa carrera, haya querido á sabiendas ofender, ultrajar, insultar al que fué siempre el objeto de mi respeto, de mi amor, y casi estoy por decir de mi culto.» El tribunal se retiró inmediatamente á la sala de deliberaciones, y despues de permanecer en ella tres horas constituyóse de nuevo en sesion, pronunciando el presidente un fallo diciendo: que si bien las espresiones del artículo denunciado no eran convenientes ni propias de la moderacion con que deben ser discutidos los actos del gobierno, no constituian sin embargo el doble delito de ofensa á la persona del rey ni de ataque contra la dignidad real; en su consecuencia se revocaba el fallo pronunciado contra Mr. Bertin, el cual quedaba absuelto de los cargos dirigidos contra él. Inmediatamente estallan repetidos gritos de ¡Viva el rey! y prolongados bravos y aplausos, que propagándose por los corredores vecinos, anuncian en breve en las afueras del palacio la noticia de esta absolucion.

Para establecer la culpabilidad del Diario de los Debates el órgano del ministerio público habia insistido sobre todo en la inmovilidad del nuevo ministerio: «No ha realizado aun acto alguno, decia; esperad que obre para acusarlo, para desencadenaros contra él. Hablais de golpes de estado; ¿dónde están?» En efecto no se habia verificado aun ningun golpe de estado, lejos de esto; los ministros no proyectaban en aquel entonces medida alguna inconstitucional, y se defendian con indignacion de la imputacion de estarlas preparando; sin embargo al mismo tiempo que declaraban en el Monitor, que á menos de carecer de sentido comun no hubieran podido ni concebir la idea de destruir la constitucion, sustituyendo el regimen de decretos al de leyes, «los periódicos, sus confidentes y sus órganos, presentaban cada mañana á sus lectores cuestiones por el estilo de esta:» Hay gentes que hablan de la mayoría de las cámaras, lo cual no deja de sorprendernos. Decidnos: ¿es ó no importante acabar con la revolucion? Decís que sí; bien está: pero si por casualidad la mayoría de la cámara no pensase de esta manera, seria preciso renunciar á la salvacion? Es claro que no; cuando se concibe un plan que se cree necesario, es preciso seguirle hasta el fin, así es como se salvan las sociedades.» Otras veces esclamaban: «Se ha trabado la partida; preciso es que se sepa lo que juegan ambas partes; por la nuestra la monarquía; por la otra la usurpacion; no se trata ya de discusiones constitucionales, de teorías parlamentarias sino del rey, de su persona y de su derecho; trátase en fin de la vida de la sociedad. Tócanos dar el último golpe, y con él terminaremos la última partida jugada contra la revolucion, la apuesta en la monarquía; vale mas perecer con honor dentro de seis meses, que morir miserablemente dentro de dos años.» No eran solamente los periódicos ministeriales los que con tanta audacia desmentian las protestas del gabinete, confirmando con sus palabras los proyectos de golpes de estado, cuya existencia se presentaba á todos los ánimos como una necesidad fatal, inexorable de la posicion tomada por la monarquía; Mr. de Labourdonnaie que, con tal de salvar su vanidad, tenia la verdad en muy poco, no vaciló en dar á las públicas sospechas la autoridad de una aparente revelacion de los secretos del consejo; interrogado sobre la causa de su salida del ministerio, habia contestado con estas palabras que al principiar el año de 1830 corrian de un estremo á otro de la Francia: «Tratábase de jugar mi cabeza, y he querido dejar el juego.»

CAPITULO XXVII.

Sumario.—Recepciones del 1.° del año en las Tullerías. Convocacion de las cámaras. Polémica de los periódicos. Plan y proyecto de Mr. de Polignac para la legislacion.—Apertura de las cámaras. Discusion del rey; incidente. Primeras operaciones de la cámara de diputados.—Contestacion de la cámara de los pares al discurso de la corona. Juego del rey.—Proyecto de contestacion al discurso del trono por la cámara de diputados: su discusion; su adopcion por doscientos veinte y un votos.—Consejo de ministros del 17 de marzo; resoluciones adoptadas. El rey recibe la contestacion á su discurso; su respuesta. Prorogacion de las cámaras.—Sociedad Ayúdate, que Dios te ayudará; su origen, su composicion, sus influencias. Banquete de la Vendimia de Borgoña.—Parte confidencial de Mr. de Polignac á Carlos X.—Destituciones. Pastorales de los obispos. Traslacion de las reliquias de San Vicente de Paul.—Cuestion de Argel; su origen; proporciones que tomó; insulto al cónsul de Francia; bloqueo; ataque contra el buque parlamentario. La Provenze. Plan de Mr. de Polignac para obtener satisfaccion; discusiones en el consejo; resuélvese una espedicion.—Eleccion del comandante de la escuadra y del general en jefe del ejército.—Reunion de las tropas y de la escuadra en Tolon; su composicion y su fuerza.—Disposicion de las cortes estranjeras. Protesta de la corte de Londres.—Revista de la escuadra por el delfin: marcha del cuerpo espedicionario.—Disolucion de la cámara de diputados. Retirada de MM. de Chabrol, y de Courvoisier. Nombramiento de MM. de Chantelauze, de Peyronnet y Capelle, como ministros de justicia, del interior y de obras públicas.—Preparativos electorales. Proclama del rey. Pastorales de los obispos.—Elecciones de sesenta y seis departamentos.—Espedicion de Argel. Mision de Tahir-Bajá. Tormenta. Desembarco del ejército en la península de Sidi-Ferruch. Batalla de Staoueli. Toma del castillo del emperador. Rendicion de Argel.—Te Deum en Nuestra Señora. Discurso del arzobispo de Paris al rey.—Elecciones de veinte departamentos. Resultado general.

1830.—Segun costumbre, el rey y los miembros de su familia recibieron el dia 1.° de enero las felicitaciones de todos los cuerpos constituidos; los cumplimientos dirigidos con este motivo á las personas reales solo eran notables por los esfuerzos de cada orador para variar las fórmulas aduladoras de estos discursos siempre parecidos; mas la reciente actitud tomada por la corona respecto del país, y los fallos pronunciados por el tribunal real hacia seis dias, daban este año un desusado interés á las palabras que debian mediar entre el monarca y la magistratura. Todo el mundo parecia esperar algun suceso estraordinario. las Tullerías presentaban un aspecto mas silencioso y severo que de costumbre, y cuando el tribunal de casacion, el de cuentas y el consejo de instruccion pública hubieron cumplimentado sucesivamente á Carlos X, adelantóse el tribunal real, y su primer presidente Seguier, dijo: «Señor, nuestros años empiezan con lo que es mas satisfactorio á todos los franceses, viendo al rey. Despues de los constantes votos por vuestra conservacion, deseamos que nuestro corazon le hable al vuestro la felicidad de decirlo á V. M. y el honor de acercarnos á ella, termina cada año los asiduos trabajos y los penosos deberes de los fieles servidores de vuestra justicia.»—«Magistrados del tribunal real, contestó Carlos X, no olvideis jamás los importantes deberes que os toca llenar, y con la verdadera felicidad de mis súbditos, probad que deseais haceros dignos de las muestras de confianza que habeis recibido de vuestro rey.» La dureza de estas palabras, alusion evidente á las absoluciones recientemente pronunciadas por aquellos magistrados, les causó una emocion que no se habia calmado todavía cuando se presentaron á la duquesa de Angulema; adelantáronse para inclinarse delante de ella, pero á su vista la mirada de esta princesa tomó una espresion irritada y les despidió con un movimiento de su abanico y con esta sola palabra: Pasad! «El tribunal real al salir de las Tullerías, decian muchos periódicos, se dirigió á ver al duque de Orleans, el cual hizo á aquella distinguida diputacion una cordial acogida y le presentó sus numerosos hijos.»

Estos sucesos eran aun objeto de todas las conversaciones, cuando el dia 6 publicó el Monitor un decreto convocando las cámaras para el 2 de marzo: este acto, prueba irrecusable de que los ministros estaban resueltos á no salir de las vias legales, lejos de calmar los ánimos, proporcionó nuevo alimento á las amenazas é injurias cambiadas entre los periódicos ministeriales y los de la oposicion. «La revolucion y la monarquía van á hallarse en presencia una de otra; es preciso que una de las dos quede ahogada en la lucha, esclamaban los defensores del gabinete. Los revolucionarios amenazan á la corona con negar su aprobacion al presupuesto; les desafiamos para que lo hagan! La Francia no puede dejar de vivir; no deben hacer mas que tratar de paralizar los servicios públicos, de impedir la administracion por medio de economías introducidas en los diferentes capítulos, y ya verán lo que sucede. La negativa del presupuesto seria un acto de rebelion contra la autoridad soberana; en semejante caso, lo único que necesitaria el rey serian bayonetas, y á buen seguro que no le faltarian!

«—La crisis actual es sin duda alguna la mas decisiva por que haya pasado la casa de Borbon, decian á su vez los periódicos de la oposicion. La cuestion dinástica se encuentra sentada por la cuarta vez desde que las bayonetas estranjeras nos impusieron aquella familia. Mr. de Polignac ha llamado la tempestad; el momento en que este ministro se encontrará frente á frente con el pais, es esperado con ansia, pues nada hay mas humillante para un gran pueblo que hacer cada dia prever ó frustrar las locuras de un poder amenazador y despreciado á la vez.»

«—Sí, Mr. de Polignac se presentará delante de la cámara, replicaban los escritores consagrados á la defensa de aquel ministro; una mayoría hostil no le espanta, pues ¿quién compondrá esta mayoría? Los hombres enviados por los electores de á cien escudos, es decir por una opinion en la que domina un espíritu de independencia, de orgullo y de innovacion propio de intrigantes escritorzuelos, de los que mendigan la popularidad y de la clase de las medias fortunas (1). Solo deberia querer para triunfar de ella; muestre únicamente una media voluntad y de repente charlatanes, sediciosos, sofistas, revolucionarios, desaparecerán todos. Se nos habla de 1688 y de Jacobo II, ¿dónde hallará la revolucion su Guillermo III?»

«—Las amenazas de nuestros adversarios no son mas que ridículas bravatas, contestaban los periódicos liberales. Ignoran acaso que solamente están por ellos cuatro hidalguillos incorregibles, otros tantos terroristas convertidos, advenedizos, sin honor; tartufos sin fé, traidores sin patria; intrigantes de toda especie, unos cuantos hambrientos de empleos y sin sueldos, parásitos del presupuesto, escoria de todos los partidos que han impuesto sucesivamente á la Francia la desastrosa dominacion?»

Estos insultos é injurias cambiados cada mañana entre los órganos de ambos partidos adquirieron en breve un grado tal de violencia, que cualquiera hubiera creido á la Francia en vísperas de una guerra civil; tan estrema situacion asustaba á la parte tímida de la oposicion realista; los hombres que la representaban deseaban ardientemente un cambio de gabinete, y como en política los ánimos están siempre dispuestos á trasformar el acontecimiento que desean en un hecho próximo á realizarse, circulaban continuamente entre el público listas de nuevos ministros en los cuales MM. Roy, de Mortemart y de Martignac eran sucesivamente los jefes de la administracion. En medio de estos rumores de una próxima caida, y de los universales clamores que contra él se elevaban, Mr. de Polignac permanecia impasible confiando en los cálculos de Mr. Ravez, en los dichos de Mr. de Labourdonnaie y en las negociaciones de MM. de Chabrol y de Courvoisier, cerca de algunos miembros influyentes de los centros izquierdo y derecho, se creia tanto mas seguro de obtener la mayoría, en cuanto muchos de aquellos oficiosos alertas é intrigantes que rodean siempre al poder, se envanecian en su presencia de numerosas conquistas hechas en todas las clases de la asamblea; manifestándole uno de sus amigos alguna inquietud sobre las disposiciones de la camara, le contestó con la mas imperturbable seguridad: «Perded cuidado, todos me seguirán; tendré una mayoría considerable.»

Es cierto sí, que el plan del primer ministro para vadear la legislatura no carecia de cierta habilidad; el gabinete solo debia proponer medidas de interés material ó de una utilidad incontestable, asi es que al mismo tiempo que cuantiosas economías imitadas de los hechos ya por Mr. de Polignac en su departamento y que escedian de las reducciones indicadas por la última comision del presupuesto, permitirian presentar una notable disminucion en las cargas del estado, se preparaban cuidadosamente diferentes proyectos de ley destinados á restringir en provecho de las autoridades municipales y departamentales la exajerada centralizacion de los negocios administrativos, á poner á disposicion del gobierno sin aumento de la deuda pública los fondos necesarios para la construccion de nuevos caminos y de nuevos canales para la conservacion de las vias navegables existentes y de muchas plazas fuertes, para la mejora de nuestros puertos y para el aumento y provision de nuestros arsenales marítimos. El principal objeto de estos últimos proyectos era imprimir un fuerte impulso á las obras de utilidad pública, ofrecer una salida á los capitales inactivos ó mal empleados, y desviar hácia las grandes empresas la actividad de los ánimos. Satisfechos los intereses materiales, faltaba hacer otro tanto con las necesidades morales, y engañado por la popularidad que iba unida á las luchas de la república y del imperio contra la Europa, y por el sentimiento de dolor y vergüenza que escitaba en todas las clases el recuerdo de los dos invasores, Mr. de Polignac creia á las masas ávidas ante todo de una rehabilitacion militar mas formal que la campaña de 1823; esta necesidad esperaba satisfacerla por medio de una espedicion de que hablaremos en breve, ante la cual habia vacilado por mucho tiempo y que al mismo tiempo quedaria á los instintos guerreros del pais la satisfaccion de victorias aseguradas, y dotaria á la Francia de una inmensa y útil conquista. En tiempos ordinarios, colocados en una situacion tranquila en que los ánimos, desprendidos de toda pasion de partido, no hubiesen subordinado todos los intereses y todas las cuestiones á la cuestion política; quizás hubiera permitido este plan á Mr. de Polignac atravesar la legislatura; sin embargo este ministro y sus colegas debian ellos mismos ponerse en la imposibilidad de presentar á la cámara ni uno solo de los proyectos de ley que con tanto trabajo habian elaborado; una provocacion inesperada y sin causa, una amenaza insensata de la corona á la representacion nacional, debia colocar á ambos poderes desde la sesion de apertura en estado de antagonismo tal que, como decian los periódicos ministeriales, uno de ellos «debia fatalmente aniquilar al otro.»

La legislatura se abrió el dia indicado, 2 de marzo, en el salon de guardias del Louvre; la impaciencia dominante para conocer en fin los proyectos de un ministerio objeto de tantos temores y de tantos odios; el misterio con que habia rodeado hasta entonces sus pretensiones; el decidido y abierto apoyo que le prestaba el rey; la lucha que dejaban presentir las violencias de los periódicos, todo contribuia para dar á esta solemnidad, la última del reinado de Carlos X, el interés de un acontecimiento decisivo. Un sinnúmero de curiosos, deseosos de ser los primeros en saber el contenido del discurso real, habian invadido desde muy de mañana todas las avenidas esteriores del palacio; á las diez estaban llenas todas las tribunas reservadas en el interior del salon, y á las doce y media los ugieres de la cámara del rey anunciaron á la cámara de los pares y luego á la de diputados, cuyos miembros, mas numerosos que de costumbre, se sientan en los bancos dispuestos para ellos: en todo el recinto no quedó ni un sitio desocupado. A la una, una salva de veinte y un cañonazos anuncia que el rey salia de sus habitaciones, y pocos instantes despues, Carlos X, llevando un rico uniforme de oficial general, entraba acompañado por su hijo el delfin y por el duque de Orleans, revestidos ambos con el uniforme de pares y ostentando el gran cordon de la órden del Espíritu Santo. La asamblea se mantenia en pié y descubierta; llegado á su trono, el rey cubierto y en pié dijo: «Señores pares, sentaos,» á lo cual añadió el canciller: «Señores diputados, el rey os permite sentaros;» entonces Carlos X se descubre, saluda á la asamblea, se cubre de nuevo, se sienta en su trono, y da principio á la lectura de su discurso. Despues de haber anunciado sucesivamente el fin de las hostilidades entre la Rusia y la Puerta y la eleccion de un rey para la Grecia, continúa en estos términos:

«En medio de los graves acontecimientos que han ocupado la Europa, he debido suspender los efectos de mi justo resentimiento contra una potencia berberisca, pero no me es dable dejar por mas tiempo sin castigo el insulto hecho á mi pabellon; la grande reparacion que pretendo obtener satisfará, á no dudarlo, el honor de la Francia, al mismo tiempo que con el ausilio del Todopoderoso, redundará en provecho de la cristiandad.»

Este párrafo que anunciaba el envío de una espedicion armada al África, habia escitado viva sensacion en cualquier otra circunstancia; mas en la presente fué escuchado con el mas profundo silencio; el anuncio de ingresos superiores á las previsiones del último presupuesto, el de un plan financiero que por medio de operaciones de reembolso ó de cambio permitiria subvenir, sin nuevos sacrificios y en muy pocos años, á los gastos exigidos por la defensa del reino, y la prosperidad de su agricultura y de su comercio, dejaron igualmente á la cámara silenciosa. Finalmente el rey habló de la cuestion que todos esperaban: manifestó sus deseos «de ver á la Francia, feliz y respetada, aumentar todas las riquezas de su suelo y de su industria, y gozar en paz de las instituciones cuyo beneficio tenia la firme voluntad de consolidar;» luego elevando la voz dijo:

«La constitucion ha colocado las libertades públicas bajo la salvaguardia de los derechos de mi corona, estos derechos son sagrados, y mi deber para con mi pueblo es trasmitirlos intactos á mis sucesores.

»Pares de Francia, diputados de los departamentos, añade el rey con un acento mas solemne aun y mas resuelto; no dudo de vuestra cooperacion por realizar el bien que trato de llevar á cabo; rechazareis con desprecio las pérfidas insinuaciones que propaga la malevolencia;

(1) Un periódico de la oposicion referia el hecho siguiente con motivo del desprecio que los periódicos ministeriales manifestaban á los electores de á cien escudos y á la clase de las medias fortunas: «habiendo oido decir un cortesano que habian sido retenidos mas de dos mil billetes á 25 pesos para el baile que iba darse en la ópera á beneficio de los pobres, esclamó: Dos mil billetes! Dios mio que barahunda! No es de suponer que habia muchos notarios?»

pero si culpables intrigas suscitaban á un gobierno obstáculos que no puedo prever aquí (el rey suspende su lectura y añade luego apoyando el acento en cada palabra), que no quiero prever, hallaria la fuerza para allanarlos en mi resolucion de mantener la paz pública, en la justa confianza de los franceses, y en el amor que han manifestado siempre hácia su rey.»

Algunos gritos de ¡viva el rey! salidos de un numeroso grupo formado por los diputados de la derecha, acogieron este último párrafo, que Carlos X habia hecho añadir al proyecto preparado por sus ministros, cuya redaccion pertenecia por entero á Mr. de Courvoiser; sin embargo estas aclamaciones no podian ocultar á los espectadores los opuestos sentimientos que reinaban en las demás partes del salon; en algunos bancos dominaba la sorpresa, en otros la tristeza y en otros en fin una especie de consternacion; el mismo Carlos X parecia hallarse visiblemente agitado, é inmediatamente despues de haber arrojado á las dos cámaras las amenazadoras palabras que inauguraban entre ellas y el una lucha cuyo resultado debia ser la perdida de su corona, quiso aliviar su frente por algunos momentos del peso de su sombrero; levantólo en efecto; pero ya fuese casualidad, ya efecto de su turbacion y emocion casi febril, su mano insegura dejó escapar el sombrero; el duque de Orleans, colocado en la izquierda del trono, se precipita al momento para cogerlo, y doblando la rodilla lo devuelve al rey, el cual regresa a las Tullerías despues de las acostumbradas prestaciones de juramentos, en medio del estrépito de una nueva salva de veinte y un cañonazos (1).

Aquella misma noche, las últimas palabras de Carlos X ocupaban á todo Paris y eran objeto de todas las conversaciones; el dia siguiente la prensa constitucional hacia observar unánimemente el estraño contacto ofrecido por el lenguaje actual del soberano, comparado con las moderadas y liberales declaraciones hechas por el mismo al abrir la legislatura anterior. ¿Que ha sobrevenido en Francia desde hace catorce meses? exclamaban todos los periódicos de aquella opinion. ¿Se ha mostrado la anarquia en algun punto del reino? ¿Se han descubierto conspiraciones contra el órden público?» ¿Que motivo ha inducido pues á la corona á envolver en una hipótesis quimérica una de aquellas raras amenazas que penetran en las imaginaciones alarmadas, fermentan y se desarrollan en ellas y parecen como el anuncio de una terrible catástrofe? »El principal órgano del gabinete contestó á estas observaciones con este lacónico comentario: «Quien dice rey, dice señor. Recordaremos que Jorge III dió públicamente las gracias á los soldados que habian hecho fuego contra el populacho que queria librar de su cárcel á Wilkes, á aquel miembro faccioso de la cámara de los comunes.»

Al despedir al último gabinete, ocho dias despues de haberse cerrado la legislatura, para llamar á sus consejos á Mr. de Polignac, de Bourdemont, de Labourdonnaie, la corona habia dirigido una primera provocacion á la mayoria de la cámara electiva. Carlos X acababa de hacer oir á esta mayoria una nueva amenaza, ¿cuál seria la actitud de la asamblea, en vista de este doble reto? La contestacion no se hizo esperar. Todas las esperanzas que Mr. de Polignac habia podido fundar en los cálculos y promesas de MM. Ravez y de Labourdonnaie se hallaron burlados desde las primeras operaciones de la cámara. El dia 3 de marzo en la organizacion de las sesiones la oposicion consiguió todos los nombramientos de presidentes y de secretarios; el dia 4 se abrió el escrutinio para la designacion de los cinco candidatos para la presidencia: MM. Royer-Collard, Casimiro Perier, Delalot, Sebastiani y Agier presentados por la izquierda reunida con los dos centros, obtenian doscientos veinte y cinco, ciento noventa, ciento ochenta y ocho, ciento ochenta y cuatro y ciento setenta y cinco votos, mientras que Mr. de Chantelauze y de Lascours, presentados por el ministerio solo reunian ciento diez y seis; la eleccion de los vicepresidentes y secretarios verificada en los dias 5 y 6 dió iguales resultados, y el 8 nombró el rey por tercera vez á Mr. Royer Collard para la presidencia; al anunciar este nombramiento á la cámara el decano, Mr. Tabbey de Pompieres, añadió que el nuevo presidente acababa de salir de la sala y que hasta el dia siguiente no tomaria posesion de su destino; este retardo, contrario al uso, y que causó una gran sorpresa en todos los bancos de la asamblea, era causado por ciertas frases del discurso que Mr. de Pompieres trataba de pronunciar al instalar á su suscesor, á quien segun costumbre, la habia comunicado. Parodiando uno de los párrafos del discurso de la corona el decano decia por ejemplo: «que la cámara de diputados sabria trasmitir intactos sus derechos á sus suscritores; »en la frase siguiente manifestaba la esperanza de que la asamblea, sabria en caso necesario renovar el juramento del Juego de Pelota.» En vano Mr. Royer-Collard habia solicitado del tenaz anciano el sacrificio de estas atrevidas palabras; aquella noche se pasó en negociaciones y habiendo MM. de Lafayette, Dupont (del Eure) y Benjamin Constant obtenido por fin la supresion de los párrafos que acabamos de citar, Mr. Royer-Collard fué instalado el dia siguiente 9 por el decano, el cual se limitó á espresar su satisfaccion por ver ocupar el sillon presidencial al ciudadano.... (esclamaciones y risas en la derecha; prolongada interrupcion. Voces confusas: ¡El ciudadano! ah! ah! el ciudadano! decid el gran ciudadano!) cuya ciencia profunda y sobre todo su adhesion á la carta constitucional habian motivado la eleccion de sus colegas y merecido la confianza del monarca.»

Luego despues de esta instalacion, la cámara se retiró á sus secciones para nombrar los comisionados encargados de estender el proyecto de contestacion al discurso del trono. En esta ocasion la antigua oposicion de la izquierda no desmintió el notable espíritu de conducta que desde la caida del ministerio Villele la dirigia en su alianza con los *treinta ó* cuarenta realistas disidentes agrupados al rededor de Mr. Agier, alianza que hacia su fuerza, supuesto que aseguraba la mayoria, en el interes de esta union sus miembros mas influyentes no titubeaban ante ningun sacrificio de amor propio; así es que en todos los nombramientos hechos por la asamblea á pesar de su reducido número, los amigos de Mr. Agier obtenian una parte casi igual á la de los miembros de la izquierda; en las conferencias privadas de los diputados de ambos matices tenidas fuera de la cámara, la izquierda les dejaba los puestos honoríficos y constantemente eran presidentes y secretarios. Esta hábil táctica muestra de un verdadero espíritu político, y que era pagada con una fidelidad á toda prueba, volvió á ponerse en uso en la composicion de la comision para retardar la contestacion al discurso de la corona: MM. de Preissec, Gauthier (de la Gironda), de Sade, y de Pelletier d'Aulnay se encontraron en ella con Mr. Dupont, (de l'Eure), Etienne, Sebastani, Kiraitry y Dupin. Carlos X recibió la contestacion de la cámara de los pares el mismo dia en que habian tenido lugar estos nombramientos.

A pesar de la numerosa promocion hecha por Mr. de Villèle, ya dijimos que el espíritu de la cámara no se habia alterado; su mayoria permanecia firmemente unida al régimen constitucional; enemigos de todo sacudimiento, hostiles á toda evidencia, ofendidos y alarmados al mismo tiempo por el último párrafo del discurso de la corona, la mayor parte de los pares deseaban conciliar en su respuesta las formas de la mas respetuosa adhesion, con una reprobacion formal de cualquier tentativa inconstitucional; para alcanzar este objeto la comision se habia limitado á parafrasear todos los párrafos del discurso de la corona, escepto el último; el proyecto de contestacion se espresaba así respecto de este párrafo:

«La primera necesidad del corazon de V. M. es ver á la Francia gozar en paz de sus instituciones: así será, señor. En efecto ¿que pueden hacer algunas malévolas insinuaciones contra la espresa declaracion de vuestra voluntad de mantener y consolidar estas instituciones? Su fundamento es la monarquía, y los derechos de vuestra corona no son menos caros á vuestro pueblo que sus libertades: colocadas bajo vuestra salvaguardia, robustecen los lazos que unen á los franceses á vuestro trono y á vuestra dinastía, y se las hace necesarias. Así como el rey no quiere el despotismo, tampoco quiere el pueblo la monarquia.»

Preciso era que fuese muy viva la inquietud en la cámara hereditaria para que su comision se hubiese atrevido á contestar á la amenazadora frase pronunciada desde el trono, con una protesta tan solemne de amor á la constitucion, para que tuviese valor de repetir á Carlos X al concluir: «que los derechos de su corona eran inseparables de las libertades nacionales.» En efecto, esta era la primera vez que abandonaban los pares la reserva misma y estudiada que caracterizaba todas sus comunicaciones con el soberano; y era tal el sentimiento de los mismos ministros sobre la debilidad de su situacion y la de sus partidarios en el seno de aquel cuerpo privilegiado, que satisfechos por librarse de una condenacion mas directa aun, convinieron en dejar votar la contestacion sin intervenir en los debates ni ellos ni sus amigos: un solo miembro, Mr. de Chateaubriand, tomó la palabra sobre el conjunto del proyecto, y dijo que para él el discurso de la corona, lejos de disipar los peligros y tinieblas de que la composicion del ministerio habia cubierto á la Francia, era por el contrario la confirmacion de todos los rumores de golpes de estado que circulaban entre el público.» En el dia es imposible una revolucion de abajo arriba, dijo, pero sí puede verificarse de arriba á bajo, promovida por una administracion estraviada

(1) La mayor parte de los escritores han colocado equivocadamente antes del discurso real y en el momento en que Carlos X ocupaba el trono, el incidente del sombrero caido y devuelto. Vease la rectificacion del constitucional del 6 de marzo.

en sus sistemas, ignorante de su pais y de su siglo.» Proclamando en seguida la libertad, como la primera aliada de la legitimidad, como la primera prenda de la existencia aristocrática de la cámara de los pares, hizo observar que la mayor garantía de los privilegios de esta estaba en los de la cámara electiva, y que era preciso ser ciego ó insensato para suponer que en el estado actual de nuestras costumbres, podia mantenerse una cámara hereditaria sola en medio de la nacion reemplazando á la representacion nacional, y luego llevado por una de aquellas vanidosas ilusiones de que padecen los poetas, los oradores ó escritores cuyo espíritu está exaltado por las inmoderadas adulaciones de sus amigos y por los aplausos del público, esclamó: «La supresion de la libertad de la prensa y de la libertad de la palabra seria el primer acto forzoso de una usurpacion monárquica ó republicana; existe una fuerza que me atrevo á envanecerme de poseer: colóquese ante mí una usurpacion cualquiera y permítaseme escribir; antes de un año habré reconquistado á mi rey ó elevado mi cadalso!»

Todos los ministros se hallaban presentes en esta sesion, pero ninguno de ellos pidió la palabra, y la contestacion al discurso de la corona fué aprobada incontinenti por unanimidad de votos, escepto el de Mr. de Chateaubriand, quien depuso una cédula blanca.

El dia siguiente de esta votacion, los comisarios nombrados por la cámara de diputados empezaron sus deliberaciones; como desde su formacion no habia tomado medida alguna propia para merecer una reprobacion formal de la cámara, esperaba el gabinete que esta, antes de condenarle, esperaria las proposiciones que debia someterle: sin embargo á falta de actos que comprometiesen la responsabilidad colectiva del ministerio, muchos hechos recientes bastaban para mantener á la asamblea en la desconfianza y la irritacion; por ejemplo Mr. Syries de Marinhac que por las muchas pruebas que habia dado de una educacion muy descuidada, habia sido largo tiempo la burla del público, acababa de ser nombrado director de letras y artes; por otra parte el ministerio no se habia contentado con asegurar por todos los medios de que dispone el poder, el nombramiento en el colegio electoral de Nantes de Mr. Dudon, aquel sosten tan desacreditado del sistema reprobado por la cámara en su contestacion al discurso de la corona en 1828, sino que habia rayado de los cuadros de la guardia real á un coronel, par de Francia, Mr. Donaciano de Sesmaisons, culpable de no haber votado al nuevo electo. Estos actos no eran suficientes para motivar una contestacion hostil, y los amigos de Mr. Polignac creian que la comision no pasaria probablemente mas allá de la protesta de la cámara de los pares; para mantenerla en estos límites se hicieron á algunos de sus miembros diferentes proposiciones en las cuales el mismo Carlos X no temia mezclarse. El dia 14 hubo juego del rey (1); la reunion era numerosa y en ella se veian á muchos pares, diputados, altos funcionarios, generales y á todos los dignatarios de la corte: antes de abrir el juego Carlos X recorrió todos los salones, dirigiendo palabras afables y lisonjeras á todas las personas que hallaba á su paso, sobre todo á los diputados de la oposicion; observóse que se detuvo mucho tiempo entre otros con MM. Etienne Gauthier, (de la Gironda) y Dupin, miembros los tres de la comision que debia redactar la constitucion: la presencia de estos diputados en las Tullerías, y la marcada benevolencia de que eran objeto, hicieron creer á los cortesanos que el proyecto de contestacion seria menos hostil á los ministros de lo que podia temerse. El dia siguiente, 15 de marzo, debia desengañarles.

La contestacion al discurso de la corona debia discutirse en union secreta; raras veces habia sido la cámara tan numerosa, pues se contaban en ella mas de cuatrocientos miembros; todos los ministros escepto Mr. de Courvoisier, entonces enfermo, se hallaban en un banco: á la una y media empezó el presidente la lectura del proyecto de la comision siendo escuchados con el mas profundo silencio los diferentes párrafos relativos á nuestra política esterior, á la espedicion contra Argel, á la situacion del tesoro y á los proyectos financieros del gobierno; finalmente llegó el párrafo destinado á contestar á las palabras del rey sobre la cooperacion que esperaba de las dos cámaras y sobre las pérfidas insinuaciones de la malevolencia y las culpables intrigas que sabria frustrar; en esto se encerraba todo el interés de la contestacion y el verdadero punto del debate; esta parte del proyecto estaba concebida en estos terminos:

«En medio de los unánimes sentimientos de respeto y de afeccion con que vuestro pueblo os rodea, se manifiesta en los ánimos una viva inquietud, que turba la seguridad de que la Francia habia empezado á gozar, por las fuentes de su prosperidad, y si se propagara, podria ser funesta á su reposo. Nuestra conciencia, nuestro honor, la fidelidad que os hemos jurado y que siempre os guardaremos, nos imponen el deber de manifestaros sus causas.

«Señor, la constitucion que debemos á vuestro augusto predecesor y cuyos beneficios tiene V. M. la firme resolucion de consolidar, consagra como un derecho la intervencion del pais á la deliberacion de los intereses públicos. Si bien esta intervencion debe ser y es en efecto indirecta, prudentemente mesurada y circunscrita á límites exactamente trazados, y que jamás sufriremos que se intente atravesarlos, es positiva en sus resultados, pues hace que la analogía permanente de las miras políticas de vuestro gobierno con los deseos de vuestro pueblo, sea la condicion indispensable de la marcha regular de los negocios públicos. Señor, nuestra lealtad, nuestra adhesion nos obligan á deciros que esta analogía no existe.

»Una injusta desconfianza por los sentimientos y la razon de la Francia es en el dia la idea fundamental de la administracion; la cual causa suma afliccion é inquietud á vuestro pueblo, porque además de ser injurioso para el, es una amenaza para sus libertades.

»La alta prudencia de vuestra majestad decidirá entre los que desconocen una nacion tan tranquila y tan fiel; y nosotros, que animados de una conviccion profunda, venimos á deponer en vuestro seno el dolor de todo un pueblo, celoso de la estimacion y de la confianza de su rey. Sus reales prerogativas han colocado en sus manos los medios de asegurar entre los poderes del estado la armonía constitucional, primera y necesaria condicion de la fuerza del trono y de la grandeza de la Francia.»

Durante la lectura de estos párrafos que colocaron á la corona en la alternativa de cambiar de ministerio ó de disolver la cámara, reinó constantemente un sordo rumor en los bancos de la derecha; terminada la comunicacion estalló una agitacion tumultuosa; los ministros parecian admirados mientras que los miembros del lado derecho se abandonaban á la mas viva irritacion, la izquierda manifestaba toda su satisfaccion. El presidente hizo en un principio inútiles esfuerzos para restablecer la calma hasta que finalmente habiendo pedido muchas veces una segunda lectura del proyecto, leyólo de nuevo Mr. Royer-Collard y empezó la discusion.

MM. de Conny, Agier y Felix Faure fueron los primeros en ocupar la tribuna; sus discursos, simple reproduccion de los argumentos desenvueltos en los periódicos del ministerio ó de la oposicion desde la sesion de apertura, fueron escuchados con una atencion muy incompleta; la cámara estuvo mas atenta y silenciosa cuando el nuevo ministro del interior Mr. de Montbel, pidió la palabra y trató de justificar las espresiones, insinuaciones pérfidas y culpables intrigas vivamente reprochadas á los consejeros oficiales de la corona. «Diarias tentativas para estraviar la opinion pública, valiéndose de las mas odiosas imputaciones; esfuerzos para arrastrar á un pueblo fiel, á una asociacion culpable, nueva ley de sospechosos, que no solo está dirigida contra los ministros, puesto que la suposicion de un decreto ilegal calumnia una mano augusta (1), tales son, dijo, los obstáculos que una ostensible malevolencia prepara al gobierno del rey.» Luego tratando de la cuestion de falta de armonía, añadió: «Si bien ocultándolo bajo un respetuoso lenguaje, se exige del rey la revocacion de sus ministros, ¿que seria de la independencia del poder ejecutivo, que de la autoridad real, si el rey renunciaba de este modo á su libertad en la eleccion de sus agentes, y recibia los ministros que le impusiera la mayoría de las cámaras. En caso de desacuerdo entre estas ¿á cuál deberia obedecer? ¿Absorveria una sola cámara las dos otras ramas del poder legislativo, apoderándose por medio de sus ministros del poder ejecutivo, de la iniciativa de las leyes y del ejército? ¿Es este el espíritu de nuestras instituciones? Señores, el rey no quiere ni puede hacer la concesion que hoy se le pide, porque sus derechos son sagrados y debe trasmitirles intactos á sus sucesores, porque ha jurado mantener nuestras instituciones, y jamás ha faltado á su palabra.»

«—Manifestar la desconfianza que reina en el pais, y espresar el deseo de que se haga desaparecer, no es atacar la prerogativa real, contestó inmediatamente Benjamin Constant. No decimos al rey que sus ministros deban retirarse, pero sí que debe reinar el acuerdo entre todos los poderes y que importa restablecerlo, el soberano tiene en sus manos un recurso constitucional del cual puede usar, tal es la disolucion. Si la cámara se ve obligada por tristes antecedentes á no tener

(1) Luis XVIII y Carlos X, lo dos ambos, no daban fiestas propiamente dichas pero las suplian con grandes recepciones llamados *juegos del rey*. Estas reuniones se distinguen de las recepciones ordinarias por muchas tablas de juego, en las cuales Luis XVIII no se sentaba jamas, pero en las que Carlos X ocupaba siempre un puesto, estaban colocadas en el alto salon de recepcion, que habitualmente era el gran gabinete del rey.

(1) La asociacion para negar el impuesto.

confianza en los ministros actuales, la prudencia real escogerá entre los ministros y sus diputados. Lo repito, no atacamos la prerogativa real, le pedimos únicamente que restablezca la armonía entre los poderes, ya cambiando de consejeros, ya apelando a la nacion con nuevas elecciones.»

Esta doctrina está en un todo conforme á la ley y práctica del gobierno representativo sana y sinceramente comprendido; á pesar de esto no dejó de tomar parte Mr. de Guernon-Ranville la palabra para combatirla, para calificarla de tiránica, y para echar en cara á los redactores de la contestacion del discurso real el querer imponer al rey la eleccion de sus ministros u obligarle á despedir á los que hubiese nombrado. Como habia dicho muy bien Benjamin Constant, este argumento quedaba desvanecido delante del derecho de disolucion que daba á la corona la facultad de desembarazarse de la asamblea cuyas exigencias tendiesen á violentar su voluntad; es cierto que el cuerpo electoral podia reelegir una cámara no menos hostil que la anterior á los ministros rechazados por esta: pero en este caso ya no era la asamblea disuelta, sino la misma Francia legal, la cual consultada por la corona, le declaraba que un ministerio no podia contar con la aprobacion del poder electivo. ¿Se obstinaria el monarca despues de este fallo en guardar sus consejeros? Esta insistencia entraba en la lógica de las teorías emitidas por MM. de Montbel y de Guermont-Ranville; y era evidente que al autorizar á estos ministros para dar á su prerogativa el derecho absoluto que se esforzaba en atribuirle, Carlos X la colocaba sobre cualquier otro derecho, su voluntad se convertia en soberana, y fuese cual fuese su eleccion las dos cámaras debian someterse á ella y aceptarla. ¿Estaba el rey decidido á llevar hasta el estremo la aplicacion de esta pretension de poder independiente y sin trabas? Así podian hacerlo suponer las últimas palabras pronunciadas por el ministro de instruccion pública. «Llamados, dijo, á dirigir el turno de los negocios por la voluntad del rey, solo las órdenes del rey podrán hacernosla abandonar. Nos presentamos en medio de vosotros con la constitucion en la mano, y fieles á las reales inspiraciones del padre de la patria, marcharemos inviolablemente por las vias constitucionales, sin que los ultrajes ni las amenazas puedan desviarnos de la línea que el honor y el deber nos trazan. Si por debilidad ó error fuesemos bastante desgraciados para aconsejar al rey medidas que pudieran comprometer la independencia de su corona ó las libertades nacionales, la reprobacion de nuestros conciudadanos y la severidad de las cámaras no tardarian en hacer justicia de tan culpables estravíos: todos nosotros aceptamos sin reserva esta responsabilidad.»

Aunque envueltas en una manifiesta profesion de fé constitucional que los acontecimientos debian desmentir en breve, estas palabras dejaban apercibir demasiado claramente la posibilidad de una lucha con la monarquía para que la parte mas tímida de la mayoría no concibiese vivas inquietudes por semejante perspectiva; los dos centros parecian vacilantes y agitados, y si bien llamados á una votacion inmediata, quizás hubiesen consentido en atenuar la energía del lenguaje de la comision; habiéndose precipitado á la tribuna muchos oradores, para contestar á Mr. de Guernon-Ranville, la impresion causada por las palabras de este ministro se desvaneció poco á poco bajo la influencia de los discursos que la asamblea tuvo que escuchar; la mayoría se rehizo entonces y recibió con risas y murmullos la declaracion de un miembro de la derecha, Mr. de Chantelauze, el cual recordando con amargura el famoso decreto del 5 de setiembre de 1816 y sus resultados, no veia salvacion para la monarquía sino en un nuevo 5 de setiembre, pero en un 5 de setiembre monárquico. No tardó en pedirse que se declarase cerrada la discusion general, y así lo decidió la cámara despues de un discurso de Mr. Lepelletier de Aulnay; en seguida adaptó muchos párrafos de la contestacion y aplazó la discusion para el dia siguiente.

La sesion del 15 se abrió á la una de la tarde con un dictámen sobre la eleccion de Mr. Dudon; como hemos visto, su nombramiento habia ido acompañado de la destitucion de un coronel, par de Francia, el conde de Donaciano de Sesmaisons, cuya violencia era objeto de una severa reprobacion por parte de la seccion encargada de examinar la validez de las operaciones. Mr. de Polignac se encontraba en el banco de los ministros, y habiéndosele pedido esplicaciones en su calidad de presidente del consejo, se levanta y se dirige hácia la tribuna: «Señores, dijo, con voz débil y conmovida; se quiere que sea causa de nulidad de la eleccion, la destitucion que ha sufrido uno de los miembros del colegio electoral, (muchas voces: ¡Mas alto! ¡Mas alto!) Solamente haré observar que hay en este cargo un anacronismo; la destitucion de que se trata no tuvo lugar hasta muchos dias despues de la eleccion.» (Viva interrupcion; hilaridad general.)

El general Sebastiani: «Vaya una concesion! pues no parece sino que habia de ser destituido antes!»

Las carcajadas aumentan, y desconcertado Mr. de Polignac balbucea y trata de pronunciar algunas palabras; finalmente despues de un visible esfuerzo sobre sí mismo añade: «Se ha hablado de esta destitucion como una causa de nulidad de la eleccion, y á esto es á lo que contesto: (Nueva interrupcion.) En cuanto á la misma destitucion esperaré otro momento para hablar de ella.»

Muchas voces: «Ahora es ocasion! hablad! hablad!»

Mr. de Polignac: «Mas tarde daré esplicaciones.»

En la izquierda: «Ahora es cuando deberian darse.»

El presidente del consejo no contesta: baja de la tribuna y se dirige otra vez á su puesto en medio de la hilaridad de la izquierda y del disgusto causado en los bancos de la derecha por su impotencia oratoria. sin embargo la cámara declara válida la eleccion, y á las dos y media, continúa en sesion secreta la discusion del proyecto de contestacion al discurso de la corona; adóptanse muchos párrafos sin opinion, mas no tardaron los debates en animarse con motivo de un párrafo en que la comision presentaba «la seguridad en el porvenir, como el mas sólido fundamento del crédito y primera necesidad de la industria.» Muchos miembros de la derecha desaprueban estas espresiones por significar un estado de agitacion y de malestar que solo existe en los periódicos»: «El comercio prospera, los capitales abundan, dijo entre otros Mr. de Saint-Marie; representar el pais agitado es engañar al rey.»

El marqués de Cordoue: «Cuando el advenimiento del anterior gabinete (Martignac) dijo en esta tribuna que era preciso que el rey supiera que aquel cambio, recibido como un nuevo beneficio del trono y saludado con el grito nacional de: viva el rey! viva la constitucion! era considerado por la Francia reconocida como una tercera restauracion, pues bien, hoy añadiré con igual franqueza, para que llegue toda la verdad á oidos del rey, que á juzgar por el estupor y temores que se han manifestado cuando la repentina é imprevista aparicion del ministerio actual, se hubiera creido que se trataba para la Francia de una tercera invasion.»

Mr. de Laboulaye: «Se habla de la irritacion esperimentada por la Francia por el advenimiento del ministerio actual; ¿pero dónde se ha manifestado esta irritacion? únicamente en los periódicos (risas); y se luego se propagó, solo se debe á la obstinacion con que los mismos periódicos han hablado de ella; basta decir á un hombre por diez dias consecutivos: ¡Dios mio, qué cambiado estais! para que acabe por creerse enfermo, (las risas aumentan.) Pues bien, repitiéndose por espacio de diez dias á un honrado mercader, á un suscritor de un gabinete de lectura, á un.... (Interrupcion; gritos de: ¡Basta! ¡basta!) cuando se le dice: ¡Dios mio, qué desgraciado sois! acaba por convencerse de ello, Sin embargo la Francia no se deja engañar; (en la izquierda: No! no!) la Francia es muy clara en todo esto.... (Sí! sí!); y si este ministerio que ahora rechazais os presentase buenas leyes, muy constitucionales, y las rechazaseis por espíritu de oposicion, la Francia sabria echároslo en cara! Antes del actual ministerio existia otro compuesto de hombres de bien, al cual aplaudisteis en un principio; mas despues ¿no habeis perseguido á estos mismos hombres con vuestras acusaciones? ¿Qué es lo que les puso en la imposibilidad de gobernar, sino vuestra oposicion á todas sus medidas y vuestras exigencias? ¿Quién sino vosotros, fue el que les derribó?

Mr. Dupin, mayor: «Sí, os pregunto en nombre de los actuales ministros lo que contestaremos si solo nos presentan buenas leyes, y lo que dirá el pueblo francés en caso de que las desechásemos. La Francia dirá lo mismo que nosotros: *Timeo Danaos et dona ferentes*; sí, aun cuando los ministros se acercasen á nosotros con las manos llenas de presentes, siempre serian para nosotros *Danaos*. Se nos acusa ademas de haber derribado el último gabinete; no seré yo quien me convierta en su apologista, pero preguntaré si cuando nos propuso las dos leyes sobre la prensa y sobre las elecciones, dejamos de adoptarlas, si contrariamos su marcha en la legislatura de 1828 que separó de la de 1829. Todo el mundo sabe que no, y tampoco le faltó la mayoría en las leyes que acabo de citar, leyes que causan la desesperacion de los hombres que las rechazaban en aquella época, los cuales las rechazan aun en el dia, y que no cesan de repetir: ¡No mas concesiones! puesto que queriendo, segun dicen, la constitucion, no admiten nada de lo que puede hacerla vivir.»

MM. Dudon y de La Boessiere quieren contestar, pero la cámara cierra los debates, adopta muchos párrafos, y llega por fin á los referentes á la falta de armonía que hemos reproducido por entero y que lee otra vez el presidente, vistas las reclamaciones de la asamblea; terminada su lectura, Mr. Royer-Collard anuncia que un miembro del centro derecho, Mr. de Lorgeril, propone añadir á esta parte del proyecto, la siguiente enmienda:

«Sin embargo, nuestro honor, nuestra conciencia, la fidelidad que os hemos jurado y que os conservaremos siempre, nos imponen el deber de decir á vuestra majestad que en medio de los unánimes sentimientos de respeto y afeccion de que vuestro pueblo os rodea, se han manifestado vivas inquietudes á consecuencia de las modificiciones introducidas desde la última legislatura; á la alta prudencia de V. M. toca apreciarlas y aplicarlas el remedio que crea conveniente. Las prerogativas de la corona colocan en sus manos augustas los medios de asegurar la armonía constitucional, tan necesaria á la fuerza del trono como á la felicidad de la Francia.»

Esta enmienda era obra de Mr. de Martignac; espectador silencioso y afligido de la lucha que se trataba entre ambos poderes, aquel ex-ministro intentó un último esfuerzo para realizarlos, dando satisfaccion á la desconfianza de la asamblea sin herir muy vivamente la susceptibilidad real; mas las pasiones estaban demasiado escitadas para que ni el uno ni el otro lado de la cámara pudiese admitir este compromiso: los amigos del gabinete sabian su origen, y viendo en su adopcion la posible vuelta de un ministerio de concesiones, lo rechazaban como mas peligroso que el mismo proyecto; por otra parte la oposicion constitucional estaba igualmente resuelta á no ceder: Nuestras palabras, dijo Mr. Guizot (1), la franqueza de las mismas, esta es, señores, la única advertencia que el poder puede recibir de nosotros, la sola voz á la que sea dable elevarla hasta el y desvanecer sus ilusiones. Guardémonos de debilitar su fuerza, de enervar nuestras espresiones. Bastante cuesta á la verdad llegar hasta el gabinete de los reyes; así pues, no le enviemos allí pálida y débil. Repruebo toda clase de enmienda.»

En aquel momento se elevan muchos gritos de: «¡La votacion!» El presidente consulta á la asamblea sobre la proposicion de Mr. de Lorgeril, y únicamente se levantan para su adopcion veinte y ocho ó treinta miembros del centro derecho; el resto de la cámara en masa la rechaza: Mr. Sosthenes de La Rochefoucauld presenta en seguida una redaccion mas débil aun, mas su enmienda ni siquiera es apoyada; finalmente á las seis y media, Mr. Royer-Collard anuncia que va á abrir el escrutinio sobre la totalidad del proyecto; era ya de noche y la luz de algunas lámparas diseminadas por los pupitres luchaba únicamente con la oscuridad que reinaba en el salon. «No vemos! Vuestras contestacion es una obra de tinieblas!» grita Mr. de Puymaurin. Todos los diputados ocupaban sus puestos, y empieza la votacion nominal, lentamente y con un órden admirable; cada miembro se levanta á su vez, depone su bola y vuelve á su banco; tan larga operacion no impacienta á ninguno de los asistentes; hasta los ministros habian permanecido en la sala y seguian la votacion con visible interés; dominados por una incurable ilusion, no desesperan aun del triunfo. A las siete y media, el presidente declara terminada la votacion nominal, dando el escrutinio el resultado siguiente:

Votantes, cuatrocientos dos: bolas blancas, por la adopcion doscientas veinte y una; bolas negras, en contra, ciento ochenta y una; la contestacion al discurso de la corona fué adoptada por una mayoría de cuarenta votos. Los ciento ochenta y un diputados que se habian pronunciado contra la falta absoluta de armonía no pertenecian todos al partido del ministerio, pues formaban parte de esta minoría los treinta votos dados en pro de la enmienda Lorgeril; descontándolos, pues, del número de opositores á la contestacion, se ve que los diputados decididos á apoyar á Mr. de Polignac y á sus colegas quedaban reducidos á ciento cincuenta y uno.

El éxito de una batalla decisiva de la suerte de un imperio, no habria escitado entre el público tan viva ansiedad como el resultado de esta deliberacion; así es que la noticia se propaló con una rapidez prodigiosa: para la opinion constitucional, la votacion de la cámara era la sentencia de muerte del ministerio; para el partido ultramonárquico y religioso era el último atentado contra la prerogativa real, una declaracion de guerra contra la monarquía: «La contestacion al discurso del trono pone en relieve las ideas y la audacia del partido liberal, decia aquella misma noche el principal órgano del gabinete; ya verá este partido si el trono se humilla delante de él.»—«Doscientos veinte y un hombres, que han prestado juramento de fidelidad al rey han sancionado el primer manifiesto de la revolucion de 1830, añadia al dia siguiente, con singular y profética prevision, el diario La Cotidiana. Una pandilla compuesta de los antiguos restos de nuestras asambleas populares, de los tristes derechos de los jenízaros de Bonaparte y aumentada con unos treinta renegados de la monarquía que han tomado á remolque la galera de la revolucion, ha querido ofrecernos el espectáculo de un atentado hecho á la monarquía por la soberanía popular; los directores de este partido no tienen á su disposicion mas que la bola que dejaron caer ayer en la urna, y tendrán que responder á un rey que no ha sido despojado todavía de su autoridad, y que rodeado de un ejército adicto, apoyado en un senado fiel, defendido por el amor de todo su pueblo, pedirá cuenta con severo rostro, de su voluntad desconocida, de su prerogativa atacada y de la constitucion violada.» Estas amenazas dieron origen á los mas alarmantes rumores sobre las resoluciones de Carlos X, pero mientras en la Bolsa y demás sitios públicos se afirmaba que no recibiria la contestacion á su discurso de apertura, decidia aquel príncipe lo contrario en consejo de ministros.

(1) Mr. Guizot fué nombrado en 14 del mes de enero anterior por el colegio de Lisieux (Calvados) por recomendacion escrita de Mr. de Lafayette, Dupont (de l'Eure), Sebastiani, de Broglie y Marchais, este último en clase de secretario y en nombre de la sociedad «Ayúdate, y el cielo te ayudará.»

El rey presidia estos consejos dos veces á la semana, el domingo y el miércoles; la sesion empezaba á la una de la tarde y se prolongaba ordinariamente hasta las cuatro: el 17 de marzo era dia de consejo, así es que Mr. de Polignac y sus colegas se presentaron en las Tullerías á la hora habitual. Era costumbre en estas reuniones que la iniciativa quedase abandonada á los ministros, á quienes dejaba el rey entera libertad en la esposicion de sus opiniones, si algunas veces intervenia era únicamente cuando sus consejeros se dividian, para tratar de ponerles de acuerdo: Sin embargo esta vez fué Carlos X el primero que tomó la palabra; el dia anterior en el círculo de su intimidad habia dicho: «Las formas respetuosas de la contestacion no pueden ocultar á mis ojos la idea que la ha dictado; ya no es una cuestion de ministerio sino de monarquía (1).» Las palabras que dirigió á sus ministros no fueron menos absolutas y les declaró: «Que jamás consentiria en su retirada, ni en someterse á las pretensiones de la cámara, pretensiones que no tendian á otra cosa que á confundir todos los poderes y á reducir á la corona al último grado de humillacion.» Mr. de Montbel propuso inmediatamente la disolucion de la asamblea; esta opinion apoyada por Mr. de Bourmont, de Haussez y de Polignac, fué fuertemente combatida por MM. de Chabrol, de Courvoisier y de Guernon-Ranville; este último hizo observar que si tomaba abiertamente el partido del ministerio contra la cámara disolviéndola repentinamente, en lugar de atravesar la legislatura, el rey dejaria su posicion soberana é independiente para entrar el mismo en el palenque, haciendo á los colegios electorales árbitros supremos en esta nueva lucha. Por otra parte los partidarios del último ministerio, y los miembros de la defeccion realista, decia, no conspiran contra la corona; así es que será fácil obtener si no el apoyo á lo menos la neutralidad de estas dos fracciones de la asamblea, conseguido esto podrá esperarse el fin de la legislatura y elegir entonces el momento favorable para resolver la crisis. De este modo la prerogativa real quedaria ilesa; la corona evitaria apurar su accion constitucional desde el primer paso, y llamar á los electores en un momento en que desencadenadas las pasiones é irritados los ánimos, no permitia apreciar el resultado de esta medida.

Estas consideraciones, apoyadas por el ministro de justicia y por el de marina, no fueron bastantes para modificar la opinion de MM. de Polignac, de Haussez y de Bourmont: Carlos X, cuyo parecer arrastró al del delfin, se inclinó á este partido, y la disolucion de la cámara quedó resuelta; sin embargo como importaba dar á los agentes de la administracion el tiempo necesario para disponer de todos los medios de influencia en cada distrito electoral, para esta última batalla, en una palabra, para preparar las elecciones, se convino en limitarse por entonces a prorogar la cámara hasta el 3 de setiembre siguiente.

Agitóse luego la cuestion relativa á la presentacion del discurso contestando al de la corona; ¿debia el rey escuchar su lectura? Recordóse que Luis XVIII habia prohibido que se leyera en su presencia el de la cámara de 1821. ¿Habia de mostrar menos resolucion su sucesor? Uno de los ministros hizo observar que si el rey manifestaba que no temia oir la declaracion de guerra de sus adversarios y se les ponia frente á frente, demostraria mas fuerza y mas firmeza; esta opinion reunió todos los votos, y en la misma sesion se discutió y redactó la contestacion del príncipe. El dia siguiente 18 al medio dia, Carlos X, rodeado de todos los ministros y de los oficiales de su servidumbre, recibia en las Tullerías á los miembros de la sesion de la cámara, así como á la comision encargada de acompañarles; algunos miembros de la derecha designados por la suerte para formar parte de ella, se negaron á hacerlo, pero en cambio algunos diputados del centro llevados por la autoridad fueron voluntariamente á engrosar las filas del cortejo.

(1) Un periódico inglés decia pocos dias despues que el rey, aludiendo á la suerte de su hermano Luis XVI, habia añadido. «Lucharé, pues prefiero montar á caballo que en una carreta.»

Pintábase en todos los rostros la inquietud y el embarazo; Mr. Royer-Collard se adelantó hácia el trono y leyó la contestacion; su voz grave y fuerte al principio debilitábase por grados y se alteró visiblemente al llegar á la declaracion de falta de armonía. Durante esta lectura la actitud de Carlos X fue admirable por su dignidad; su calma no se desmintió hasta que con voz conmovida contestó:

«Caballeros, he escuchado la contestacion que me presentais, tenia el derecho de contar con la cooperacion de las dos cámaras para llevar á cabo todo el bien que meditaba; mi corazon se aflige al ver que los diputados de los departamentos declaran que por su parte esta cooperacion no existe.

»Señores, en mi discurso de apertura de la legislatura, anuncié mis resoluciones; estas son inmutables, pues el interés de mi pueblo me impide separarme de ellas.

»Mis ministros os harán conocer mis intenciones.»

»Por fin ha sido pronunciada la palabra real; la monarquía ha vencido; la revolucion deja de existir; realistas, felicitemonos! El rey no rendirá su espada,» decia el dia siguiente el principal órgano del ministerio, en el momento en que Mr. de Polignac y sus colegas se preparaban para dar á conocer á las dos cámaras las intenciones de Carlos X; esperábase esto como un acontecimiento, así es que á las once de la mañana una considerable multitud de curiosos rodeaba la cámara de diputados, escalaba una reja del palacio, y atropellando á los funcionarios, invadia todas las tribunas de la asamblea. A la una de la tarde Mr. Royer-Collard ocupó su sillon; á la una y media entró en la sala Mr. de Montbel y entregó al presidente un decreto del rey que, conforme á lo resuelto el dia anterior, prorogaba la legislatura de 1830 para el 3 del próximo setiembre.

«La ley dispone que la prorogada cámara se separe al instante,» dijo Mr. Royer Collard, y apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando los diputados de la derecha se levantan en masa, agitan sus sombreros y profieren con estraordinaria fuerza el grito de: ¡Viva el rey!: en la izquierda se dejan oir algunos gritos de: ¡Viva la carta!— ¡Viva la constitucion! esclama un espectador de las tribunas inclinándose hácia el salon.—¡Abajo los facciosos! ¡abajo las tribunas! contestan muchos miembros del lado derecho, é invocan la autoridad del presidente para hacer evacuar inmediatamente la tribuna de donde salió la esclamacion; Mr. Royer-Collard hace observar que su autoridad ha terminado con la sesion, y los diputados salen de la sala en medio de la mas viva agitacion.

Este acontecimiento, decisivo rompimiento entre la corona y el poder electivo, fué recibido por los realistas como un acto de vigor que libraba por fin de tutela á la monarquía, y por los liberales como el principio de una crisis cuyo resultado no dejaba de inquietarles: el terreno electoral debia ser en breve teatro de un próximo encuentro; ambas partes se prepararon para arrostrarlo, y mientras que los ministros tomaban en silencio las medidas que creian mas convenientes para asegurar su triunfo en esta lucha, la oposicion rehacia sus fuerzas en reuniones organizadas por una sociedad pública y política de que debemos hablar.

Sabido es que en 1827, cuando Mr. de Villele se decidió á disolver la primera asamblea septenal, recurrió aquel ministro á la sensura para ocultar á la vista del público sus preparativos electorales; la necesidad de ilustrar la opinion, de propalar las observaciones y noticias cuya publicacion estaba prohibida, dió orígen á una asociacion de pares, diputados, escritores y otros ciudadanos notables, que con el nombre de sociedad «Ayúdate y el cielo te ayudará,» emprendió la publicacion y distribucion no solo de hojas sueltas ó cartas litografiadas destinadas a dar publicidad á los resortes de la censura, es decir, á los artículos y hechos suprimidos por esta, sino tambien de folletos y escritos redactados por los escritores políticos de la oposicion, entre otros por Benjamin Constant y Mr. de Chateaubriand (1): formada en su origen de hombres cuya mayor parte eran adversarios de la administracion congreganista mas que de la restauracion, la sociedad no tardó en aceptar el ausilio y colaboracion de jóvenes llenos de ardor, antiguos carbonarios en su mayor parte, que llevaron á ella doctrinas mas firmes, ideas menos vagas y un objeto mas determinado; robustecida así su accion adquirió mas energía y se estendió con suma rapidez (2); en breve todas las ciudades importantes de provincias, todas las capitales de departamento y de distrito tuvieron su comision de distribucion oficiosa, su correspondencia directa con el comité de Paris. El decreto que disolvió la cámara elegida en 1824 puso fin á la censura; pero lejos de desaparecer con ella adquirió por el contrario la sociedad nueva actividad y vida por la convocacion de otra asamblea; su objeto cambió entonces; sus comités de publicacion compuestos casi todos de abogados, procuradores ó notarios, se trasformaron en comisiones consultivas encargadas de dirigir los nuevos nombramientos, de examinar las listas electorales, de procurar las inducciones ó esclusiones indicadas á su celo, de ilustrar á los electores sobre sus derechos, en una palabra de centralizar en cada distrito los esfuerzos de la oposicion. La intervencion de la sociedad contribuyó eficazmente al resultado de las elecciones de aquella época; caido Mr. de Villele estalló una division: los principales fundadores de la sociedad y sus miembros mas tímidos, viendo en el advenimiento del ministerio Martignac la realizacion de sus deseos, propusieron disolver la asociacion: hemos conseguido nuestro objeto, decian, y la opinion pública ha obtenido la satisfaccion que deseaba — Si el poder suaviza sus formas y se vale de instrumentos menos *gastados*, les contestaban, no ha cambiado el espíritu que le *domina*; por otra parte el mal no está en el ministerio sino en la corte, y hasta á ella debemos llegar. La discusion fué viva; una mayoría compuesta casi en su totalidad de ministros admitidos recientemente decidió la confirmacion, y los fundadores disidentes se retiraron: el repentino advenimiento del ministerio de 8 de agosto halló pues á la sociedad mas homogénea en su composicion y mas decidida en sus actos; la organizacion para negar el impuesto se convirtió al momento en su enseña, enseña tanto mas seguida en cuanto las filas de la asociacion se habian abierto sucesivamente á todos los miembros de la sociedad secreta de los carbonarios, á los bonapartistas lo mismo que á los antiguos revolucionarios; los cuales viendo en esta organizacion un nuevo instrumento de lucha contra los Borbones se habian apresurado á tomar parte en ella junto con los liberales constitucionales, llevando á los comunes esfuerzos toda la energía de ardientes convicciones ó de resentimientos implacables. Sin embargo es inexacto que se conspirase en ella como algunos han pretendido; la existencia de la sociedad nada tenia de oculto, sus actos nada de secreto, por el contrario obraba públicamente y á la luz del dia: resistir á la arbitrariedad ministerial por todos los medios legales, dirigir la prensa é influir en las elecciones de modo que se conservara la mayoría parlamentaria, tal habia sido siempre y era el principal objeto de su accion, pero por la misma razon de que era la oposicion organizada, de que todos los periódicos independientes recibian sus comunicaciones, de que obraba en Paris sobre los diputados por medio de sus electores, y en las provincias sobre los electores por medio de corresponsales influyentes y activos, presentes hasta en los pueblos mas insignificantes, viendolo y recorriéndolo todo, removiendo hasta las capas mas inertes del terreno electoral, y sometidos á un impulso comun, la sociedad poseia un poder que ejerció una accion decisiva sobre los principales actos de la oposicion de aquella época, poder que desde el dia siguiente de la prorogacion de las cámaras resolvió utilizar su comitó director, para agitar y sostener la opinion pública, y preparar los ánimos á unas elecciones fáciles de prever. El comite decidió que los electores de cada departamento acogerian con banquetes y fiestas á los diputados que hubieren votado la contestacion al discurso de la corona Paris dió la señal de estas manifestaciones (1).

El dia 1.º de abril setecientos electores y otros ciudadanos notables ofrecian á los diputados del Sena y á los demás diputados de la oposicion domiciliados ó que se hallaban todavía en Paris, un banquete que se verificó en la fonda de la Vendimia de Borgoña: un jardin cubierto cuyos árboles formaban colunas adornadas de guirnaldas de flores y de

(1) Estas publicaciones eran de muy diversa naturaleza: al lado de los escritos de los dos eminentes publicistas que acabamos de nombrar se veian folletos mas ligeros firmados por un jóven par de Francia; Mr. de Montalivet, y otras burlescas tales como las cartas de Gisafa por Mr. Salvandy.

(2) La reunion en que fué decidida la formacion de la sociedad se tuvo en la casa de Mr. C. Paray presidida Mr. Guizot y Mr. de Montalivet se hallaba entre los asistentes, el título que adoptó la asociacion fué propuesto por Mr. Vitet. El primer comité director lo componian MM. Guizot Damiron, Descloizeaux, Desloges Dubois del Loira Inferior, T. Duchâtel, Duvergier Hauranne, Joubert, Lerminier, Marchais, C. Paravey, C. de Remusat, C. Renouard, Santelet y Vitet. Los que introdujeron progresivamente en la sociedad el elemento enérgico fueron MM. Desloges Joubert, Marchais, y Santelet.

(1) El comité que se hallaba entonces en ejercicio y que existia aun cuando las jornadas de julio, se componia de MM. Guizot, Odilon-Barrot, J. Bastide, J. Bernard, Berville, Boinvilliers, Cadet-Gassicourt, Godofredo Cervaignac, Chevallon de Corcelles hijo, de Crusy, E. de Salverte F. Tarchereand, C. Thomas. Mr. Guizot era uno de los fundadores que permanecieron en la sociedad cuando la dimision de 1828 a cuya circunstancia se debia su reciente eleccion.

verdura, habia sido trasformado en sala de festin; doscientas veinte y una coronas recordaban la mayoría por que habia sido adoptada la contestacion al discurso de Carlos X; encima del sillon del presidente se leia esta divisa: «Homenaje á nuestros diputados,» y debajo de esta, un gran cuadro contenia el testo de la constitucion; una numerosa orquesta saludaba con himnos la entrada de cada diputado, se habia convenido en no hacer mas que este brindis: «A la armonía de los tres poderes, el rey constitucional, la cámara de los pares, y la cámara de diputados;» y cuando el presidente Mr. Rousseau, exmaire de París, hubo pronunciado estas palabras que fueron recibidas con estrepitosos aplausos, Mr. Odilon-Barrot, vicepresidente del banquete, dijo dirigiéndose á los diputados presentes: «Habeis condenado justamente la deplorable administracion bajo la cual ha gemido la Francia por espacio de siete años, y cuando ha recibido el poder un ministerio que hiere y ultraja nuestros sentimientos de honor y de nacionalidad, vanagloriándose de ellos; un ministerio cuya religion política es que no vivamos, no respiremos, ni gocemos de la libertad sino por concesion; un ministerio cuyo primer grito ha sido: no mas concesiones! habeis contestado todos á la voz de alarma dada por la Francia, y habeis negado una cooperacion que habria sido una complicidad. Señores, se acerca el solemne momento en que el cuerpo electoral deberá sin duda decidir no entre personas, sino entre sistemas, que la naturaleza de las cosas habia antes que nosotros declarado incompatibles; en esta lucha entre una civilizacion progresiva y una civilizacion retrógrada, entre la igualdad y el privilegio, entre el imperio de las leyes y el del capricho ó de la fuerza bruta, la victoria no puede ser dudosa; la tribuna y la prensa han hecho su deber; tócanos ahora á nosotros cumplir con el nuestro.» Los gritos de: «¡lo juramos!» salen de todos los labios, y repetidas salvas de aplausos acogen el fin de esta alocucion á la cual un diputado del Sena, el general Mathieu Dumas, contestó en nombre de sus colegas con un discurso que terminaba del modo siguiente: «La Francia, señores, cuenta con vuestro valor, y nosotros confundidos en vuestras filas sabremos, imitando vuestro ejemplo, rivalizar en celo y perseverancia para la salvacion de nuestra famosa patria. ¡Proteja Dios la libertad de la Francia! La estension de la sala no habia permitido á los dos oradores hacerse oir de todos los convidados, así es que á ruego de los mas apartados MM. Odilon-Barrot y Mathieu-Dumas repitieron sus discursos, despues de lo cual la reunion se separó con el mayor órden. El dia siguiente los periódicos ministeriales calificaban este suceso de orgía de bodegon, y á los convidados de conspiradores avinados, cuyos esfuerzos solo lograrian escitar la compasion y las risas del público; á pesar de estas injurias fiestas análogas acogieron en la mayor parte de los departamentos el regreso de los diputados de la oposicion; la gratitud de los electores no se limitó á estas ovaciones sino, que dispuso acuñar una medalla en honor de los doscientos veinte y uno, y sus nombres, señalados por todos los periódicos de la oposicion como el de los salvadores de la patria, no cesaron de ir rodeados de la alabanza pública hasta que una nueva revolucion hizo olvidar sus servicios, llevando el incienso de la muchedumbre á los piés de otros libertadores.

En el mismo momento en que estas observaciones inflamaban los ánimos, y sembraban por todas partes la cólera entre Mr. de Polignac y los proyectos de golpe de estado que le atribuian sus propios periódicos, este ministro entregaba á Carlos X una memoria confidencial, curiosa muestra de las estrañas contradicciones que se observan entre las ideas y los actos de algunos hombres públicos, cuya inteligencia clara y lúcida en muchos puntos, permanece completamente oscura en los hechos mas evidentes; esto es lo único que puede hacer comprender la absoluta confianza y la prodigiosa seguridad con que el hermano de Luis XVIII y sus ministros, debian en breve precipitarse en una lucha á muerte contra el poder parlamentario. Esta memoria redactada pocos dias despues de la prorogacion de la cámara y fechada en 14 de abril, principiaba así:

«Siempre ocupado el rey del bien de sus pueblos, y conmovido por la agitacion que parece perpetuarse en los ánimos en medio de las circunstancias mas prósperas ha pedido á su consejo un cuadro de la situacion política de sus estados, con la indicacion de la causas de este mal el único que sus esfuerzos no han logrado todavía apartar de la Francia. El presidente del consejo ha obedecido las órdenes de S. M.

»La agitacion observada por el rey es por desgracia demasiado real en algunos ánimos, y distintas circunstancias la hacen mas evidente y sensible en las clases de la sociedad que atraen con mas frecuencia la atencion de S. M. Esta agitacion existe entre los hombres que por su rango, sus empleos ó sus habituales ocupaciones, se ocupan de los negocios públicos, y ha producido en algunos un grado tal de exasperacion que seria efectivamente alarmante si hubiese penetrado en las masas de la poblacion; pero la Providencia ha querido que estas estuviesen completamente desengañadas, y la sociedad ofrece actualmente el espectáculo á la vez singular y satisfactorio, de una pequeña fraccion que agota todos sus medios de accion y de seduccion sobre una multitud inmensa, sin que logre atraer su atencion ni un solo instante. Los hombres que hablan y escriben con tanto calor sobre los asuntos públicos, se escuchan y observan entre sí para apoyarse ó combatirse; pero el pueblo, al cual se dirigen, no les oye, y permanece unido á aquella imposibilidad que escluye los aplausos lo mismo que los murmullos.

»En París, en los campos lo mismo que en las ciudades, las masas se ocupan únicamente de sus intereses materiales, y como todos los intereses hallan completas garantías en las instituciones concedidas por la corona, se goza en paz de las mismas, siendo la base de las especulaciones presentes y de los proyectos para el porvenir. La destruccion del órden de cosas establecido por la restauracion, y consolidado por el gobierno real, conmoveria todo lo existente; así lo comprenden todos, cada uno está persuadido de que los demás lo sienten como él, y á despecho de las declamaciones de los periódicos nadie considera posible el cumplimiento de sus siniestras predicciones.

»La prensa diaria es casi la única que alimenta la agitacion de los ánimos, dándola un carácter mucho mas imponente en apariencia del que realmente puede tener; ocultando los estrechos límites en que está circunscrito el movimiento, hace concebir á algunos ilusiones sobre la nulidad de las causas de esta inquietud.»

Mr. de Polignac pregunta cuáles pueden ser en efecto estas causas de inquietud, y si deben buscarse en el temor de la destruccion de las instituciones constitucionales, instituciones dadas por la monarquía y que esta ha jurado mantener; á este temor opone la escrupulosa fidelidad con la cual son ejecutadas las leyes así en su letra como en su espíritu; muestra las libertades públicas respetadas y aseguradas las propiedades de toda especie, y luego haciendo un paralelo entre el despotismo de la convencion, el del imperio, sus prisiones de estado y sus confiscaciones con las garantías que bajo el gobierno de Carlos X protegen á todos los ciudadanos en los actos de su vida pública y privada, añade:

«A estos hechos los periódicos inspirados por la malevolencia oponen solo suposiciones puramente gratuitas y para debilitar al gobierno atribuyen á los ministros intenciones culpables que estos rechazan con indignacion; además para imputarles con algun asomo de razon el proyecto de destruir muchas instituciones seria preciso que tuviesen alguna esperanza de salir bien de ello, y nadie sabe mejor que los jefes de la administracion las profundas raices que han arrojado estas instituciones en el corazon de todos los franceses; la inmensa mayoría de la nacion los considera no como un pacto humillante hecho entre la corona y la revolucion, sino como la espresion de una necesidad sentida de una parte por el soberano y de la otra por sus pueblos.

»Los franceses necesitan actividad y nuestras leyes les ofrecen una carrera en la cual pueden desplegarla sin peligro, y aun con provecho para la causa pública, por otra parte los franceses esperimentan una viva afeccion por la igualdad ante la ley al mismo tiempo que sienten una verdadera sed de distinciones; nuestras constituciones concilian hábilmente este doble sentimiento y le dan una completa satisfaccion. Los hombres mas influyentes por su clase ó su fortuna aprecian en su justo valor la participacion que su calidad de pares ó de diputados les da en la autoridad legislativa, y los propietarios de un órden inferior encuentran en el ejercicio de las menores preregativas una satisfaccion tanto mas viva, en cuanto no les está prohibido aspirar á una elevada posicion. La seguridad garantida á los intereses privados, la proteccion dada á todas las industrias llenan los deseos del pueblo; en una palabra solo en nuestras actuales instituciones está el bien, solo de ellas se espera lo mejor.»

Despues de estos consideraciones cuya necesidad es imposible poner en duda, puesto que escritas para Carlos X únicamente, debian permanecer secretas, Mr. de Polignac examina la situacion interior y esterior del reino y de por todas partes «no ve causas de inquietud, pero sí de seguridad; instituciones firmemente establecidas y al abrigo de todo ataque; la hacienda y el comercio en un estado floreciente (1), la agricultura y la industria en la vía de la prosperidad; ejércitos adictos; las relaciones estrangeras tan satisfactorias como puede desear una

(1) El 18 de mayo siguiente el *Monitor* publicaba una esposicion al rey de Mr Chabrol, una especie de cuenta de la administracion financiera de la restauracion, la cual daba los siguientes resultados:

El presupuesto de 1828 á consecuencia de haberse anulado diferentes créditos, solo presentaba un descubierto de 3 millones.

nacion contenta de su grandeza, exenta de proyectos de invasion, pero celosa de su independencia y de su gloria.» Enumerando en seguida las mejoras y medidas que ha preparado para el aumento de la riqueza pública y alimentar la actividad de los ánimos, medidas de que ya hemos hablado y que eran objeto de muchos proyectos de ley, preparados antes de abrirse la legislatura, Mr. de Polignac añade:

«Los planes concebidos por su majestad para consolidar la felicidad de sus pueblos han sido contrariados por una oposicion que no debia ser prevista puesto que nada la justificaba; imposibilitado de realizar estas mejoras por la ausencia de las cámaras, el ministerio no puede hacer mas que perseverar en las vias legales de que no se ha separado ni un momento, y dejar á la razon pública el cuidado de pronunciar entre una conducta irreprochable é imputaciones puramente gratuitas.»

Dificilmente podian espresarse sentimientos mas constitucionales; pero al mismo tiempo que Mr. de Polignac rechazaba en nombre de sus colegas y en el suyo, como una calumnia indigna, la acusacion de querer atentar contra las nuevas instituciones, él mismo, imaginacion falsa, caracter inconsecuente, justificaba esta acusacion admitiendo la posibilidad de un golpe de estado, y, cosa estraña! veia su escusa y casi su inocencia, en la afeccion de los franceses por la constitucion: decia: «Esta afeccion está tan fuerte y sólidamente establecida, que si un cúmulo de circunstancias aun imprevistas y de acontecimientos que la prudencia humana no pudiese conjurar, hiciesen necesario un desvio de nuestras instituciones, por insignificante que aquel pareciese, solo podria ser momentáneo, y no seria favorablemente acogido á no presentarse con evidencia á la conciencia pública que aseguraba de un modo inmutable para el porvenir, las bases en que descansa el actual sistema de nuestro gobierno; y nadie se someteria á su suspension pasajera, sino con la esperanza de asegurar su goce á las generaciones venideras.»

Una superficie turbada por un movimiento ficticio y cubriendo un fondo enteramente tranquilo; un corto número de hombres políticos agitándose en el vacío; algunos escritores consumiéndose en estériles esfuerzos para inquietar á un pueblo que no prestaba la menor atencion á sus provocaciones; una nacion completamente desengañada de lo pasado, satisfecha de lo presente, confiada en el porvenir, tal era el estado de la Francia á los ojos de Mr. de Polignac, en el momento en que su presencia y la de Mr. de Bourmont en el ministerio, la actitud del rey delante de las cámaras, los insultos, las provocaciones, los incesantes llamamientos de los periódicos realistas á la fuerza y á los golpes de estado, reavivaban todos los temores y odios acumulados en los ánimos y en los corazones en el espacio de quince años, y propagaban por todos los puntos del reino la mas formidable agitacion que hubiese suscitado contra él, el gobierno de los Borbones, agitacion que los actos políticos del gabinete y las devotas manifestaciones de sus partidarios no eran muy propias para calmar.

Pocos dias antes de la entrega de este documento confidencial, á Carlos X (1), diferentes decretos del 28 de marzo y del 2 de abril pronunciaron la destitucion de un administrador general y de muchos prefectos cuya adhesion á la monarquía podia dificilmente ponerse en duda; todos tenian os antecedentes mas realistas que imaginarse puede; uno de ellos Mr de Lezerdiero habia combatido en las filas del ejército vendeano durante los cien dias. Mr. de Ricce, otro de los destituidos, habia seguido á Luis XVIII á Gante, pero sí, podia achacárseles el crímen de habr sido nombrados por el ministerio Martignac; un tercero, Mr. Feutrier, tenia en contra de sí la culpa de ser hermano del último ministro de negocios eclesiásticos, de aquel tímido obispo de Bauvais á quien el partido religioso no podia perdonar el haber prohibido la enseñanza á los padres de la Compañía de Jesus. Los misioneros habian vuelto á empreder sus turbulentos viajes, sus predicaciones nómadas y los miembros del alto clero volvian á dejar oir sus amenazas y sus injurias: los obispos publicaban pastorales en las que acusaban, ya á los colegios electorales «de haber vomitado en la cámara de diputados á una turba de facciosos;» ya á la misma cámara de diputados «de querer en su impudencia y audacia, dictar leyes al soberano, aniquilar sus principales prerogativas, y derribar á los hombres de su eleccion,» finalmente la congregacion volvia á ser omnipotente y sus directores acababan de organizar para la traslacion de algunas reliquias depositadas en Nuestra Señora, una ceremonia que debia recordar al admirado pueblo parisiense, la pompa de las procesiones hechas para el jubileo de 1826: el cortejo debia atravesar parte de la ciudad; las calles por donde debia pasar estaban adornadas con colgaduras y enarenadas; las fachadas de los edificios públicos y de las casas particulares se veian cubiertas por cuidado de la policía de guirnaldas, de flores y de follaje; dos altares magnificamente decorados, construidos el uno en la plaza del Instituto, frente el puente de las Artes, y el otro delante de la abadía Aux-Bois servian de estaciones. Las reliquias, objeto de esta piadosa solemnidad, cuya autenticidad ponian en duda los periódicos liberales, se hallaban encerradas en una alta y larga caja de plata maciza que pesaba doscientos cincuenta kilógramos, comprada con el ausilio de suscriciones abiertas entre los fieles, y llevada por la corporacion de los faquines del mercado, divididos en pelotones que debian relevarse sucesivamente. Salida á las once de la mañana de la iglesia metropolitana con direccion á la casa de los Lazaristas de la calle de Sevres en donde debian quedarse las reliquias la procesion no llegó al convento hasta las seis de la tarde; durante siete horas los parisienses pudieron ver desarrollarse por los muelles del centro y por las principales calles del arrabal de San German una inmensa y lenta coluna compuesta de cuatro mil servidores de la Iglesia; presbíteros, seminaristas, hermanos y alumnos de las escuelas cristianas, miembros de las cofradías ó de las órdenes religiosas y hermanas de la caridad, entonando cánticos y alineados en dos filas, en medio de las cuales se veian de cuando en cuando grupos de eclesiásticos ó de hermanos llevando las cruces de cada parroquia, y las banderas de cada corporacion. Detras de la urna marchaban todos los párrocos de la capital, los miembros del real capítulo de San Dionisio, quince obispos y arzobispos al frente de los cuales iba el arzobispo de Paris, y á quienes seguia una multitud de personajes, oficiales, pares, diputados, cortesanos, funcionarios de todas clases, cubiertos de cruces y de bordados cuya voz se mezclaba devotamente á las voces de los prelados. Fuertes destacamentos de caballería y de infantería pertenecientes á la guardia real, á la gendarmería y á la tropa de línea, formaban la escolta, y de distancia en distancia iban lentamente bandas de música militar cuyos aires profanos alternaban con los cánticos del clero: llegadas las reliquias á su destino, permanecieron espuestas durante muchos dias á la veneracion de los fieles, y Carlos X y todos los miembros de su familia las visitaron, é hicieron públicamente sus devociones.

El 19 de abril, seis dias despues de esta ceremonia de una edad pasada, y que trasportaba á los espectadores al reino de España en los tiempos en que era mayor el fervor católico, Mr. de Bourmont salió de Paris dirigiéndose á Tolon para tomar el mando del ejercito encargado de vengar el insulto «cuya ruidosa y próxima separacion» habia anunciado el rey en su discurso á las cámaras.

Tratábase de una espedicion contra Argel, nuestras quejas contra esta potencia berberisca remontaban á 1814 en cuya época algunos súbditos argelinos eran acreedores del gobierno francés. Cierto dia intimó el dey á nuestro cónsul la órden de zanjar estos créditos sin pérdida de momento, á lo cual contestó naturalmente el cónsul, que no podia hacerlo sin autorizacion de su gobierno; en vista de esto fué espulsado inmediatamente. Los acontecimientos de aquella época hicieron olvidar esta ofensa, y habiendo querido el gobierno real en 1816 reanudar las interrumpidas relaciones, nombró un nuevo cónsul, el cual no pudo entrar en funciones hasta haber entregado al dey cien mil francos a título de don gratuito: decidióse la Francia á este sacrificio por recobrar en la provincia de Bona cierta estension de costa adquirida de

---

El de 1829, cuyas cuéntas acababan de cerrarse presentaban un escedente de 1.165,304 francos.

El de 1830, cuyo ejercicio comprendia ya cuatro meses, hacia prever un escedente de ingresos de 6.947.000 francos.

Finalmente terminaba la esposicion un bosquejo del presupuesto de 1831, los ingresos previstos se elevaban á 986.201,158 francos y los gastos á 983 185,597 francos, escedente prescrito de ingresos, 3.015,561 francos.

Debemos añadir que un empréstito al 4 p. 100 adjudicado recientemente por el mismo ministro habia sido suscrito á mas del par.

(1) Esta memoria encontrada en el gabinete de Carlos X en las Tullerías cuando las jornadas de julio de 1830 fué presentada mas tarde en la escribanía del tribunal de los pares como uno de los documentos de la causa intentada á Mr. de Polignac y de sus cólegas Este ministro no pasó, ó por mejor decir, no quiso sacar partido de ella para su defensa temiendo sin duda que se contestára á las protestas de respeto y de afeccion que hacia en favor de la carta, con el párrafo en que preveia como una medida que seria favorablemente recibida «un desvio de nuestras instituciones.» En el interrogatorio que sufrió delante del tribunal, Mr. de Peyronnet invocó con calor este documento como una prueba de las intenciones constitucionales que animaban á los dignatarios de los decretos. Mr. de Gueroon-Ranville y Mr. Hennequin dijeron tambien algunas palabras sobre él. Este estenso documento se encuentra reproducido por entero entre los documentos justificativos de una obra en dos tomos titulada, *Historia de Francia durante el último año de la Restauracion* por Mr. Boullée, antiguo magistrado, obra concienzuda, rica de hechos y de investigaciones la mas completa quizás que se haya publicado sobre el año 1830 y á lo cual debemos nosotros muchas preciosas noticias.

los árabes cuatro siglos antes, en 1450 mediante cierto censo, cuya posesion nos habia sido confirmada en 1518 y en 1692 por los sultanes Selim I y Achmet. Estas posesiones designadas con el nombre de concesiones de África daban considerables beneficios á nuestros comerciantes á quienes proporcionaban la doble ventaja de comerciar con el interior del pais y de esplotar, por derecho esclusivo, los bancos de coral que se estienden en aquella parte del litoral africano; en 1817 consintió el dey en restituirnoslos con la condicion empero de que se aumentara hasta sesenta mil francos el tributo anual de diez y siete mil francos, pagado hasta entonces por el privilegio de la pesca del coral; accedió la Francia en este aumento y lo sufria hacia dos años cuando en 1819 el nuevo dey Husseyn (1) declaró que debiamos optar entre la inmediata cesacion de nuestro privilegio ó un cánon de doscientos mil francos: sometióse nuestro gobierno á esta nueva exigencia, mas no sacó nada con ello, pues Husseyn en un manifiesto publicado en 1826, concedió á todas las naciones el derecho de pesca que era esclusivo privilegio nuestro, y cuyo precio continuaba recibiendo.

A estos motivos de queja se unian las incesantes violaciones de los tratados celebrados con la Puerta ó con el mismo gobierno de Argel: tales como violentos allanamientos de la habitacion de nuestros agentes consulares; derechos exigidos á nuestros negociantes que no estaban marcados en los aranceles, ó que si lo estaban era en cantidad mucho menor; visitas de nuestros buques en alta mar, buques franceses atacados y saqueados por súbditos de la regencia; ademas en 1825 la restauracion habia concedido su proteccion al pabellon romano; el dey reconoció este protectorado, se comprometió oficialmente á respetarlo, y diez y ocho meses despues de esta promesa, permitia que fuesen apresados dos buques romanos, pronunciaba su confiscacion, autorizaba su venta y dividia con los apresores el precio de los buques y de su cargamento. Ahora bien, mientras la Francia gestionaba cerca de él para obtener la debida satisfaccion de estas ofensas y pedia para su cónsul las oportunas reparaciones, el dey dirigia á nuestro gobierno algunas reclamaciones cuyo orígen debemos manifestar.

Algunas entregas de granos hechas en tiempo del consulado y del imperio por dos comerciantes argelinos, los señores Bacri y Busnach, les constituian acreedores del tesoro francés por un capital que no se habia fijado aun al sobrevenir los acontecimientos de 1814, y cuya reclamacion causó como hemos dicho la espulsion de nuestro cónsul; al restablecerse las relaciones, insistió el dey para la liquidacion de este crédito, que hacia ascender á catorce millones; un apoderado representaba en Paris á Busnach y á Bacri, el gobierno nombró tambien sus comisionados y una transaccion celebrada en 28 de octubre de 1819 aprobada en seguida por el rey y por el dey Husseyn, fijó definitivamente el crédito á siete millones que debian pagarse por duodécimas partes, á contar desde el 1.º de marzo de 1820. Sin embargo uno de los artículos de este contrato reservaba los derechos de los franceses, acreedores de Bacri, y de Busnach y estipulaba que se depositaria una suma igual al importe de las reclamaciones hechas contra estos, hasta que los tribunales hubiesen decidido sobre el mérito de estas demandas. Las reclamaciones ascendieron á la suma de dos millones quinientos mil francos, los que fueron depositados en la caja de consignaciones: el representante de los dos comerciantes argelinos recibió los cuatro millones quinientos mil francos restantes. Husseyn, acreedor personal de Bacri por suministros de lanas, reclamó primero sobre este pago del cual no participaba, y luego sobre el depósito de los dos millones quinientos mil francos; en seguida quejábase de la lentitud de nuestros tribunales en sentenciar sobre las oposiciones que se declaraban contra esta última suma, pretendió que el gobierno debia intervenir para apresurar la decision de los jueces: pronto pidió que se le trasmitiese el capital depositado reservándose examinar los derechos de los que á ello se oponian, y despues exigió la totalidad de los siete millones. Tan exorbitantes pretensiones dimanaban principalmente de las malas relaciones existentes entre el dey y nuestro cónsul general, Mr. Deval, á quien Husseyn imputaba, no sin algun fundamento, en primer lugar la reduccion del capital, y los retardos esperimentados por la liquidacion del crédito; y luego el ausilio dado, segun decia, á Busnach y á Bacri, entonces refugiados en Liorna, para que, bajo el nombre de supuestos acreedores, se apoderasen de los fondos que habian quedado en la caja de consignaciones; en una palabra, inculpaba á nuestro cónsul obrar de suerte que el, Husseyn, fuese el único que no pudiese aprovecharse de una transaccion que él habia exigido, ni tocar la menor parte de una suma de que el era el principal, sino el único acreedor. Todas sus demandas fueron desechadas. En la conviccion del dey estas negativas eran el resultado de intrigas é informes falsos del agente que la Francia, por un sentimiento de falsa dignidad, se empeñó injustamente en mantener cerca de su persona y de imponérselo contra su deseo: por consiguiente creyó que podia dirigir sus quejas directamente á Carlos X y apelar á la justicia de este soberano, lo cual efectuó en una carta á la cual nuestro gobierno respondió, y la respuesta no habia llegado todavía á Argel cuando llegaron las fiestas de Beiram (1). El dia antes, segun costumbre, Mr. Deval se presentó en el palacio del dey. Despues de los cumplidos de estilo, el cónsul renovó sus reclamaciones con motivo de haberse cogido y puesto en venta dos buques romanos, de que ya hemos hablado. «¡Cómo! le dijo el dey: todavía vienes á molestarme por un asunto que no pertenece á la Francia, cuando tu rey no se digna contestar á una carta que le he escrito sobre un asunto que me concierne!» Mr. Deval replicó al instante con algunas palabras, cuya sustancia es como sigue: «Un rey de Francia no contesta á un hombre como tú.» El dey no veia una sola vez á nuestro cónsul que no sintiese la mas viva irritacion; y ora fuese que la respuesta de este último adquiriese por el imperfecto conocimiento que tenia el dey de nuestro idioma un carácter mas injurioso del que tenia en realidad; ora fuese efecto de una rabia por mucho tiempo reprimida, Husseyn, al oir tales palabras no pudo ya contenerse; levantóse de su divan; dió un paso hácia Mr. Deval y le dió un golpe con el abanico de plumas de pavo real que tenia en la mano.

Por semejante ultraje pidió la Francia una satisfaccion que el dey se negó á dar. Mr. Deval recibió la órden de hacer cerrar toda relacion oficial con Husseyn, y salió de Argel el 11 de junio de 1827. Pocos dias despues de su salida, el bey de Constantina se precipitó á nuestras concesiones, pasó nuestros establecimientos á sangre y fuego, arruinó hasta sus cimientos el fuerte de La Calle; y Husseyn publicó contra la Francia una declaracion de guerra, á la que nuestro gobierno respondió bloqueando rigorosamente el puerto de Argel. Esta medida sin embargo no tuvo resultado, pues nuestros buques no podian estrechar el puerto bastante de cerca para impedir la entrada ó salida de los pequeños buques que componian la marina militar ó mercante de esa plaza. Por último, despues de tres años de un cerco imperfecto menos perjudicial á los argelinos que á la misma Francia, á la cual costaba cerca de veinte millones, algunos buques perdidos en aquel mar desabrigado, y un sinnúmero de marinos, el ministerio Martignac vióse reducido á la alternativa de humillar á la Francia ante un jefe de piratas ó de recurrir á hostilidades mas decididas y eficaces. Reuniéronse tropas en el mediodía, pero antes de meter el pais en el riesgo y sacrificios de un descenso en África, el ministerio quiso probar el último esfuerzo para lograr una conciliacion, y encargó al capitan del buque Labretonniere en el mes de julio de 1829 fuése á proponer al dey un acomodo, cuyas moderadas condiciones eran ventajosas para ambos gobiernos. Este oficial iba en el buque *La Provence*. Llegado delante de Argel bajo el pabellon parlamentario fué admitido delante del dey el 31 de julio y puso en su conocimiento las satisfacciones que exigia la Francia. El jefe de la regencia envió su respuesta el 2 de agosto. En esta segunda audiencia que tuvo lugar delante del divan, Mr. de Labretonniere renovó á Husseyn la proposicion de acomodo de que estaba encargado, declarándole que en el caso de una negativa el rey de Francia estaba resuelto á hacer respetar con la fuerza de las armas su derecho y la dignidad de su corona: «Tambien tengo yo pólvora y cañones, contestó el dey, es imposible que nos entendamos; y así puedes retirarte: el salvoconducto que ha protegido tu llegada, protegerá tambien tu salida.» Al dia siguiente á la una de la tarde aparejó *La Provence*: hacia muy poco viento, y el buque apenas se movia, deslizándose lentamente por delante de las formidables baterías que por el lado de alta mar defendian la entrada del puerto de Argel. En aquel instante parte una señal de la Casbah, residencia del dey; las baterías hicieron fuego, y varias balas alcanzaron á *La Provence* en el casco y en la arboladura. La tripulacion pide á gritos que se conteste á los tiros haciendo tambien fuego. Mr. de Labretonniere se resistió á todas las instancias y prohibió que se disparase ni una sola pieza; pues no quiere así aumentar la actividad y fuerza del fuego de los argelinos: á mas de que un vivo cañoneo de parte del buque podia abatir el poco viento que lo impelia á alejarse de las baterías. El resultado justificó sus cálculos y recompensó su serenidad; y despues de haber sufrido la Provence por espacio de mas de

(1) Husseyn sucedió en 1815 al dey Ali Khodja.

(1) En una obra publicada en 1835 por Mr. Shaler, cónsul de los Estados Unidos en Argel, se lee: «La política seguida por la Francia en Argel desde 1815 presentaba tal carácter de debilidad, y era conducida de un modo tan escandaloso, que no podia inspirar interés alguno y mucho menos inspirar confianza.»

media hora el fuego de las baterias argelinas se halló acribillada de balazos libre al fin del alcance del enemigo.

La noticia de esta escandalosa violacion del derecho de gentes llegó á Paris pocos dias despues de la subida del ministerio Polignac. Este nuevo ultraje llenó de indignacion á los periódicos de todas opiniones: los de la oposicion intimaban nuevamente al gabinete que tomase la mas completa venganza y para ellos la inmovilidad y el silencio del gobierno fué pronto ocasion para las mas vehementes acusaciones: segun decian, Mr. de Polignac y sus colegas indiferentes por el honor de la Francia solo le acarreaban debilidad y vergüenza. Mas de una vez se habia suscitado entre los ministros la cuestion de Argel; pero detenidos por los obstáculos que veian levantarse de todos lados, en el interior, deliberaban sin tomar una resolucion definitiva. Unicamente Mr. de Bourmont proponia cortar de una vez la dificultad con una espedicion armada. Mr. de Polignac para llegar al mismo resultado, habia imaginado un plan particular. En su concepto estaba en vísperas de disolverse, la reparticion de este imperio podia de un instante á otro hacer necesario el empleo de todas nuestras fuerzas, y queria castigar á Husseyn sin disminuirlas. «Era necesario estar preparado para este acontecimiento, ha dicho; contaba muy poco con el apoyo de las cámaras; necesitaba pues crear en el esterior una mayoría apasionada, una influencia que al llegar la ocasion pudiese resultar en ventaja de la Francia. Puso los ojos en Mehemet-Alí. Segun mi plan á la voz del monarca francés saldria un ejército egipcio de las riberas del Nilo, siguiendo el camino que se le trazase, y vengaria á la Europa de los ultrajes de los berberiscos. Mehemet aumentaria su poderío, y la Francia se reservaria algunos puntos militares en la costa de Africa, y el virey de Egipto, reconocido por el mismo hecho lugarteniente del rey de Francia, en el tiempo oportuno hubiera llevado la influencia francesa, á pesar de la Inglaterra hasta el centro del Asia. Abriéronse secretas negociaciones en Alejandría (1); las cuales tuvieron el éxito mas completo. Mehemet-Alí terminó pronto sus preparativos; pero el gobierno inglés olió esta espedicion; despertó la vigilancia de la Puerta, la cual poniendo por delante su derecho de soberanía sobre los pueblos berberiscos dió órden al virey de Egipto de abandonar sus planes de agresion. No atreviéndose Mehemet á romper aun con el sultan, vióse obligado á someterse. Entonces me fué preciso mudar de plan (2).» Aunque el sultan no hubiese intervenido es dudoso que el plan de sustituir á Mehemet-Alí lugarteniente del rey en Africa se hubiese completamente llevado á efecto. Esta estraña concepcion era propia de Mr. de Polignac: obró por sí solo, y cuando hizo conocer á sus colegas la negociacion, estos al instante la desaprobaron; «como poco conveniente á la dignidad de la Francia (3).»

Habiendo abortado este plan tratóse de nuevo de los medios de tomar satisfaccion del jefe de la regencia argelina. Mr. de Bourmont renovó su proposicion defendiéndola con todo el calor que podia darle la esperanza de hallar en ella una ocasion de recobrar en el ánimo del ejército el concepto que le hizo perder la desercion de 15 de junio de 1815. Pero asustados sus colegas por los obstáculos que señalaban en esta empresa todos los oficiales así del ejército como de marina á quienes se consultó, manifestaban todos la misma indecision. Finalmente Mr. d'Haussez cedió y los demás ministros uno á uno hicieron lo mismo; y solo quedaron Mr. de Polignac y el delfin que se oponian. El duque de Raguna encargado por Mr. de Bourmont de vencer la resistencia, al fin lo consiguió; y el 7 de febrero (1830) fué resuelta la espedicion en un consejo presidido por Carlos X. Al punto se trasmitieron á todas las guarniciones del centro y del mediodía y á todos los puertos las órdenes necesarias para la reunion de las tropas y para los preparativos marítimos necesarios. La marina era la que debia hacer un papel mas considerable y mas difícil: Brest, Cherburgo, Rochefort y Tolon en poco tiempo suministraron bastantes buques de guerra para formar una de las flotas mas numerosas que hubiese presentado nunca la Francia. Además cuatrocientos buques de trasporte repartidos en España, Italia y Cerdeña, debian recibir á bordo las tropas, municiones y víveres que no hallasen lugar en los buques de la marina de guerra. Estaba pues asegurado el embarco del ejército espedicionario, así como el del material y de los abastecimientos: pero era necesario embestir la costa y desembarcar: y aquí es donde se hallaba el verdadero peligro y el nudo de la dificultad. Para examinar este punto, tuviéronse varios consejos en casa del ministro de marina. Los generales á quienes consultó este ministro declararon unánimes «que la costa era de difícil acceso, y el desembarco casi imposible.» Los capitanes de navío, Mr. Gay de Taradel y Mr. Dupetit-Thouars eran los únicos que sostenian que esta doble operacion no ofreceria una dificultad seria. Su opinion se discutió en otra reunion á la que asistió el contraalmirante Roussin. Este oficial general aun no se habia declarado, y se habian dado esperanzas á Mr. d'Haussez de que se pondria de parte de los dos capitanes; pero se declaró por el dictámen de sus colegas los almirantes. Lo siento por el almirante Roussin, dijo Mr. d'Haussez al salir de la reunion; puesto que tenia entre manos el despacho por el cual se le nombraba vicealmirante y se le encomendaba el mando de la escuadra,» y añadió el ministro que la resolucion del rey era tan formal y decidida, que en el caso de que todos los almirantes declinasen la responsabilidad del mando, lo confiaria, si necesario fuese, á un oficial del grado mas inferior aunque fuese á un simple alferez. Brest tenia entonces por prefecto marítimo á un oficial á quien Mr. de Bourmont habia siempre recomendado alabando justamente su esperiencia y *resolucion*. Este funcionario cuyo mérito, de simple marinero le hizo *ascender hasta* el grado de oficial general, era el vicealmirante Duperré. Este veía igualmente grandes obstáculos y un verdadero peligro en esta espedicion; pero no se hizo caso alguno de su indecision; y por demanda formal del ministro, Carlos X le confió el mando de la flota.

El nombramiento del que debia desempeñar el mando en jefe de la espedicion ofrecia tambien no pocas dificultades. Los pretendientes eran numerosos; pero de todos ellos el mas solícito era Marmont, el cual queria igualmente recobrar la opinion del ejército uniendo su nombre á una gloriosa conquista. Nadie habia estudiado con mas afan que él todos los trabajos y documentos publicados bajo la regencia argelina. Su opinion, como se ha visto, habia arrastrado la del delfin y la de Mr. de Polignac, y en apoyo de su pretension invocaba la esperiencia que para una guerra en Africa le daba el haber formado parte en la espedicion de Egipto de 1799. Estos títulos eran en efecto muy atendibles. Pero por desgracia tenia el mariscal por concurrente al mismo ministro de la guerra, quien para poner á cubierto su responsabilidad moral, estendió de acuerdo con el delfin, una lista en que figuraban tres mariscales entre nueve candidatos y la presentó á Carlos X. Los tres mariscales eran Marmont, Gouvion, Saint-Cyr y Molitor; los demas eran seis tenientes generales, y entre ellos los condes de Bourdesoulle y Guilleminot. El ministro no osó poner su nombre, pero á peticion suya el delfin consintió en proponerlo directamente al rey, y le prometió que haria todos sus esfuerzos para que se le confiase aquella empresa cuya ejecucion habia defendido con tanto empeño con la esperanza de dirigirla. Solo detuvo al príncipe la dificultad de conciliar este mando con el título de ministro de la guerra. «El servicio del rey no puede menos que ganar con la reunion de ambos títulos, respondió el ministro: pues los preparativos estarán mejor dirigidos, habrá mas rapidez en los movimientos y mas acuerdo en las operaciones.» *Carlos X* manifestó alguna indecision; pero la insistencia de su hijo con ayuda del influjo de Mr. de Polignac, á quien halagaba la perspectiva de ser ministro de la guerra interino, vencieron al fin la indecision del rey y Bourmont fué nombrado.

Determinada esta empresa en otras circunstancias, y dirigida por otro ministerio hubiera obtenido el público aplauso; pero los ánimos estaban preocupados en otras cosas, y apartaban la vista de cuanto no se referia á la lucha empeñada entre la corona y la cámara de diputados; delante de esta lucha la cuestion de Argel perdia todo su interes e importancia; y la eleccion de Bourmont como general en jefe acabó de desacreditar la espedicion. Los periódicos que un mes antes pedian con mas calor una completa satisfaccion del ataque dirigido contra la Provence; ya en el envio de un ejército francés al Africa solo vieron una diversion destinada á desviar la atencion de un pueblo eminentemente accesible al prestigio de la gloria; para que no se fijase en los premeditados ataques á las instituciones, haciendo al mismo tiempo que el ejército se mostrase indiferente á las libertades é intereses de la ciudad. Luego recordando el descalabro que sufrió Carlos V delante de Argel en 1541; el mal éxito de los varios ataques dirigidos entre dicha plaza por Luis XIV, por la España, y hasta por la Inglaterra, solo se prometian obstáculos y desgracias de la nueva espedicion. «El viento noroeste hace imposible todo desembarco, decian; y es así que este viento en verano domina constantemente, debia resultar enteramente inaccesible aquella costa. A mas de que, ¡cuánto tiempo no se necesitaba para trasbordar desde los buques de trasporte á las lanchas de desembarco, los hombres, caballos, municiones, el material de arti-

(1) Por mediacion de Mr. Douretti cónsul general en Egipto y del marqués de Livron, general al servicio de Mohammed Alí.

(2) *Estudios históricos y políticos.* «Los detalles relativos á esta primera combinacion impresos en las obras desde 1830 son erróneos.» (Nota de Mr. de Polignac.)

(3) *Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.*

lleria y los toneles de vino y barriles de carne, etc. ! A lo menos eran necesarios veinte dias; ¿ y qué sucederia si durante estas operaciones sobreviniese el viento noroeste? A mas de esto la costa estaba falta de agua, y será preciso abrir pozos. Pero Mr. de Bourmont se cree un Bonaparte; él vencerá el viento, el mar, el calor, la sed, las enfermedades y al soldado númida ! »

Mientras que la oposicion estaba haciendo tan siniestras predicciones, los buques de guerra se concentraban en el puerto de Tolon. Las tropas presentaban un efectivo de treinta y siete mil seiscientos treinta y nueve hombres y de tres mil ochocientos cincuenta y tres caballos, repartidos en tres divisiones de nueve mil á diez mil hombres cada una, mandadas por los tenientes generales Bertherene, Loverdo y d'Escars. La division de Bertherene contaba tres brigadas bajo las órdenes de los mariscales de campo Poret de Morvan, Achard y Clouet, y formadas por el 3.°, 14.°, 20.°, 28.° y 37.° regimientos de línea y el 2.° y 3.° lijero. La division de Loverdo compuesta igualmente de tres brigadas mandadas por los mariscales de campo Dionisio de Damermont, Munk d' Uzer y Colomb d' Arcine, comprendia el 6.°, 15.°, 21.°, 29.°, 48.°, y 49.° de línea. La division de Escars, compuesta de dos brigadas al mando de los mariscales de campo de Berthier y Hurel, comprendian el 17.° y 34.° de línea y el 5.° y 9.° lijeros. El estado mayor general tenia por jefe al teniente general Desprez y por segundo al mariscal de campo Tholose. Los ingenieros y la artillería que contaba ciento ochenta y tres piezas de tiro ó de campaña estaban bajo las órdenes de los mariscales de campo, Valazé y Lahitte. Finalmente la armada compuesta de once navíos de línea, veinte y tres fragatas, siete corbetas de guerra, veinte y seis briks, veinte y seis corbetas de carga, gabarras ó bombardas, y de siete buques de vapor entre todos unos ciento tres buques de guerra, tripulados por veinte y siete mil marineros hallábase dividida en tres escuadras; escuadra de batalla, escuadra de desembarco, y escuadra de reserva.

Una armada tan formidable escitó, no el temor, pero sí el recelo de algunas potencias marítimas vecinas. La isla de Cerdeña solo está separada por una travesía de pocas horas de la provincia de Bona; la España habia poseido á Oran; los gabinetes de Turin y de Madrid, con el fin de obtener algun establecimiento en estas partes de la costa argelina mas cercanas á sus puertos, hubieran deseado concurrir á la espedicion pero se contestó á las proposiciones de sus representantes: «Que la Francia deseaba obrar con sus solas fuerzas, y quedar libre de todos sus movimientos.» Fernando VII pareció sumamente resentido de esta negativa; pero no se atrevió á insistir. La Inglaterra no se mostró tan sufrida: inquieta por el considerable aumento de nuestra marina veia con inquietud y zelos que llevásemos al África fuerzas bastante considerables para crearnos allí una vasta y rica colonia cuya posicion poco distante de Marsella y de Tolon, aumentaba considerablemente nuestras fuerzas en el Mediterráneo. Lord Stuart de Rothsay, su embajador en Paris, fué el encargado de pedirnos esplicaciones. «Nuestra espedicion, decian, despertaba en todo el mediodía de Europa recelos y temores que al parecer justificaba la fuerza de nuestros preparativos, demasiado considerables sin duda tratándose solo de castigar ó de obtener una simple satisfaccion.» Mr. de Polignac respondió en nombre de Carlos X: «Que el gobierno francés no llevaba mira alguna de ambicion particular, que su pabellon habia sido insultado, y que sabria vengarlo como convenia al honor de la nacion; en el caso de que á consecuencia de la lucha fuese derribado el gobierno de la regencia, el rey se entenderia voluntariamente con sus aliados acerca de los medios de sustituir á aquel gobierno bárbaro un nuevo estado de cosas mas adecuado á los progresos de la civilizacion y á los verdaderos intereses de la cristiandad; pero que sobre este punto, no tocaba ningun compromiso contrario á su dignidad y á los intereses de la Francia. En estos mismos términos se redactaron notas que fueron dirigidas á todas las cortes, y hasta á las ciudades anseáticas. El ministerio inglés repitió varias veces las mismas instancias pidiendo una declaracion mas precisa y un empeño mas positivo: su embajador, entre otras diligencias, comunicó un dia á Mr. de Polignac una nota, que tenia órden de leerle, concebida en los términos mas fuertes, y era que el desembarco de nuestras tropas en la costa de Argel, posesion dependiente de los estados de un aliado, esto es el sultan, presentábase como un hecho capaz de determinar un *casus belli*. Terminada la lectura, el embajador pidió qué respuesta debia dar á su gobierno. «Decidle, contestó Mr. de Polignac, que me habeis presentado esta nota, y que yo no la he leido (1).» Obligado el gabinete de Londres á renunciar el interés de vencer la resolucion de nuestro gobierno, hizo para evitar el embarque de nuestras tropas, una tentativa cerca de Mahmoud semejante á la que dos años antes hizo cerca de Mehemet-Alí para frustrar nuestra espedicion á la Morea, cuya tentativa arrastró al sultan á un paso cuyo particular resultado espondremos mas tarde.

Habiendo salido Mr. de Bourmont de Paris con direccion á Tolon el 19 de abril, como hemos dicho, pronto le siguieron el ministro de marina y el delfin. Este último tenia el título de gran almirante, iba á inspeccionar la flota, y á llevar á los marinos que la tripulaban así como á las tropas espedicionarias el estímulo de su presencia que en concepto de los príncipes es su privilegio ordinario. Habiendo llegado á Tolon el 3 de mayo, asistió al dia siguiente al ejercicio del desembarco tal como debia efectuarse en la costa de Africa. En unos barcos planos y balsas de nueva construccion se cargaron la artillería y tropas de diferentes armas, con sus bagajes y sus caballos. Mandóse el desembarco y las tropas lo ejecutaron con estraordinaria facilidad: hallábanse reunidos los cien buques de guerra, el ejército espedicionario cubria la ribera de la rada. Exaltada aquella muchedumbre por la grandiosidad de aquel espectáculo y con la idea de un exito que inevitablemente debia ejercer el mas poderoso influjo en todos los departamentos del mediodia, acogió al delfin con el mas vivo entusiasmo, y mientras duró aquella especie de ensayo no cesaron las aclamaciones unidas á los sonidos de las músicas militares y á las salvas de artillería. Salió de Tolon el delfin el 5 de mayo. El 11 empezó el embarco, el cual estaba ya terminado el 16, y el 25, detenido el ejército algunos dias por la necesidad de hacer aguada y por los vientos contrarios, pudo al fin salir de la rada y hacerse á la vela para Argel.

El hijo de Carlos X regresó á Paris el 15 de mayo, y su vuelta era esperada por el ministerio para la firma y publicacion del decreto que cambiaba la prorogacion de la cámara en su disolucion y convocaba el cuerpo electoral para nuevas elecciones. Hacia tres semanas que se habia resuelto definitivamente esta medida, aunque no fué sin debate. Mr. Chabrol de Courvoisier y de Guernon Ranville, reproduciendo las objeciones que habian presentado en el consejo de 17 de marzo, añadian que algunos realistas de oposicion desconcertados por la actitud resuelta de la corona, se hallaban decididos á abandonar la izquierda; y que añadiendo á estos diputados arrepentidos unos cuarenta miembros de la derecha que nunca asistian á las sesiones, y de quienes se exigia mayor asistencia, podia el ministerio contar con una respetable mayoría aumentada por el éxito probable de las reelecciones que se verifican inevitablemente en el curso de la legislatura. Para hacer mas segura y considerable esta mayoría, Mr. Chabrol y Mr. de Courvoisier pedian que fuesen admitidos en el consejo uno ó dos miembros de la oposicion centro izquierdo (1). Esta demanda fué desechada sin discusion, y tampoco tuvieron ningun resultado las demás consideraciones y la mayoría del consejo se mantuvo en la resolucion de disolver la cámara de diputados. Las impresiones que el delfin llevaba de su viaje no eran tampoco muy á propósito para modificar esta determinacion; pues el príncipe volvia aturdido por las aclamaciones con que fué recibido: así, el dia siguiente á su entrada en las Tullerías (16 de mayo) firmaba el rey en el consejo la órden que declaraba disuelta la cámara de diputados; convocaba los colegios electorales de distrito para el 23 de junio; los de departamentos para el 3 de julio, y fijaba la reunion de las dos cámaras para el 3 del siguiente agosto (2).

Dos cuestiones se presentaron en las reuniones en que los ministros trataron de esta medida; á saber: ¿qué plan político adoptaria el ministerio en el caso de que la nueva asamblea le fuese favorable? ¿Qué haria, si al contrario resultaba una mayoría tan opuesta como la anterior? Resolvióse que dado el primer caso presentarian á la nueva cámara dos proyectos de ley que hiciesen profundas modificaciones en el sistema electoral y la ley sobre la libertad de imprenta. Supuesta la segunda hipótesis, la mayoría del consejo no admitia que fuese útil discutirla, pues la eleccion de una cámara liberal era una suposicion inadmisible. No obstante habiendo insistido un miembro de la minoría, Mr. de Polignac se contentó con responder: «que el rey tomaria sus medidas.» Algun tiempo despues, en el consejo que siguió á la firma del decreto de disolucion, planteóse de nuevo la misma cuestion. Los señores de Polignac, d'Haussez y de Montbel, declararon resueltamente que si los

(1) *Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.*

(1) Estudios históricos de Mr. de Polignac.

(2) Las cámaras estaban convocadas en Paris. Sobre este punto se lee en los «Estudios históricos» de Mr. de Polignac que propuso á Carlos X convocar las cámaras en Orleans algunos obstáculos, y acaso tambien la próxima llegada del rey de Nápoles á Paris impidieron que no se llevase á cabo esta proposicion.

electores se obstinaban en enviar una cámara hostil, la corona no debia vacilar en hacer uso de la autoridad dictatorial que «para la seguridad del estado» le conferia la carta en su artículo 14. Mr. de Chabrol y Mr. de Guernon Ranville no admitian que fuese necesario apelar á ese estremo derecho mas que en el caso de que se hubiesen agotado todos los medios legales de resistencia. Mr. de Courvoisier se mostró mas absoluto: el artículo 14, decia, en ningun caso puede autorizar la violacion de la legislacion electoral existente (1). Era imposible que el consejo permaneciese así dividido; lo cual Mr. de Polignac lo hizo entender claramente á Mr. de Courvoisier que, arrastrando á Mr. Chabrol le decidió á acompañarle el dia siguiente á las Tullerías para presentar su dimision, que el rey aceptó desde luego. Carlos X manifestó con las espresiones mas afectuosas á Mr. Chabrol el sentimiento que le causaba separarse de él; «pero ya lo entiendo, le dijo, las cosas van sobrado aprisa para vuestro carácter.» Hablando en seguida sobre las próximas elecciones, y valiéndose de una espresion que le era familiar en su íntimo trato añadió el rey: «Podria muy bien escoger á los electores si hacen mala eleccion; puesto que estoy resuelto, si se vuelven sediciosos, á no subir allí, como mi hermano,» y señaló con la mano la plaza donde se levantó el cadalso de Luis XVI, y que se divisaba desde las ventanas de su gabinete. Ambos ministros dimisionarios recibieron el título de ministros de estado con una pension de veinte mil francos; y á mas Mr. de Courvoisier se llevó la promesa de la primera presidencia del tribunal de cuentas, cuya vacante, atendida la avanzada edad de su titular Mr. Barbé-Marbois, al parecer estaba cerca.

Esta retirada de los ministros de justicia y de hacienda, la habia ya previsto Mr. de Polignac desde los primeros debates suscitados acerca de la conducta que debian guardar los ministros con la nueva asamblea; y desde entonces, de acuerdo con el rey, habia procurado buscarles sucesores. Estas negociaciones en que intervenian personalmente el rey y el delfin hallaron algunas dificultades en las incertidumbres de Mr. de Chantelauze, primer presidente del tribunal real de Grenoble, miembro de la cámara de diputados, quien en la discusion de la contestacion al discurso de la corona proclamó que la monarquía no podia esperar su salvacion mas que de un 5 de setiembre monárquico. Ya cuando se formó por primera vez el ministerio, este magistrado se negó á hacer parte del mismo: y no menos repugnancia manifestaba todavía; de modo que solo cedió á las instancias repetidas y directas del delfin, y despues de haber conseguido que Mr de Peyronnet, de quien así el rey como el delfin sentian cierto desvío, entraria con él en el ministerio y ocuparia la cartera del interior (2). No tuvo que vencerse la misma resistencia de parte del antiguo guardasellos del ministerio Villele; pues no solamente Mr. de Peyronnet aceptó sin vacilar la sucesion de los señores de Labourdonnaie, de Martignac y de Corbiere, sino que consintió en abandonar el trabajo de las próximas elecciones á Mr. Capelle, prefecto de Versalles, especie de agente de negocios de Carlos X, y que tenia fama de suma habilidad en la direccion y manejo de las operaciones electorales, y para quien se establecia un nuevo departamento, cual era el de obras públicas. La idea de recurrir segun las circunstancias á las facultades dictatoriales de que hablaba el artículo catorce acababa de producir la retirada de dos ministros. Carlos X y el presidente del consejo antes de publicar oficialmente las nuevas elecciones, quisieron conocer las disposiciones de Mr. de Chantelauze, de Mr. Capelle y de Mr. de Peyronnet en la suposicion de que se hiciese indispensable este recurso, y así les presentaron la cuestion. Los tres respondieron que los decretos dados en virtud de dicho artículo «para la seguridad del estado,» les parecian del todo constitucionales; y Mr. Peyronnet añadió que hacia tiempo que estaba profundamente convencido de que el empleo de las medidas estraordinarias autorizadas por el artículo 14, era para el gobierno el único medio de librarse de su ruina (1).

El 19 de mayo, tres dias despues del decreto de disolucion fueron publicadas en el Monitor estas disposiciones acordadas y resueltas entre el rey, su hijo y Mr. de Polignac, sin saberlo el gabinete: Mr. de Chantelauze fué nombrado ministro de justicia en reemplazo de Mr. Courvoisier: Mr. de Montbel, ministro del interior, se encargaba del ministerio de hacienda en lugar de Mr. Chabrol; Mr. de Peyronnet reemplazó en el interior á Mr. Montbel; y Mr. Capelle recibió el título de ministro de obras públicas.

Esta segunda modificacion del ministerio de 8 de agosto fué recibida por el partido religioso como una prenda de la decision y de la fuerza que la corona habia resuelto oponer á las facciones; y por la opinion constitucional como una significativa vuelta al plan á que debia su advenimiento el ministerio Polignac y del cual pudo parecer una desviacion la retirada de Mr. de Labourdonnaie. Los notorios claros de los tres ministros con la congregacion y la posicion de Mr. de Polignac en esta sociedad hacian otra vez á esta, dueña de la administracion. Este predominio del elemento congregacionista en la composicion del gabinete no era sin embargo lo que mas impresion hacia en el público; para quien la significacion de este cambio se encerraba enteramente en el nombramiento de Mr. de Peyronnet. «Somos hombres nuevos, no conocen nuestras intenciones, repetian siempre los consejeros de Carlos X, aguardad á nuestros actos para juzgarnos.» Este sistema de defensa era ya imposible en vista del nuevo ministro del interior, que era acaso el ministro mas impopular del gabinete reprobado por la cámara disuelta, y cuyo nombre, sinónimo de poder del clero, contrarevolucion, violencia, despertaba los mas irritantes recuerdos de los diez últimos años, y estaba unido á los sucesos de Colmar y á las ejecuciones de 1822, á las leyes sobre mayorazgos y sobre el sacrilegio, á la ley de tendencia sobre los periódicos, y á las disposiciones de la célebre ley de justicia y de amor, que tendian á suprimir en Francia, no solo la libertad de la prensa sino hasta su uso. Ignorábase la especie de omnipotencia que se habia conferido al nuevo ministro de obras públicas Mr. Capelle en cuanto á la preparacion de las elecciones. Estas operaciones hechas en las oficinas del ministerio de lo interior, bajo el nombre de Mr. Peyronnet, hicieron que recayese en este último toda la responsabilidad de las medidas que luego despues se tomaron para asegurar el éxito de las elecciones: la correspondencia adquirió una actividad poco acostumbrada; y no contento Mr. Capelle con escitar y estimular á los prefectos, no se mostraba menos vivo con los demás ministros sus colegas á quienes diariamente señalaba los empleados tímidos que era preciso animar, los tibios á quienes debia amonestarse, los dudosos á quienes era necesario mudar de residencia y aquellos cuyas presuntas opiniones exigian una destitucion que fuese una amenaza y una leccion para todas las clases de empleados.

A estos esfuerzos oponíalos no menores la opinion constitucional la correspondencia de la comision directora de la sociedad «Ayúdate y Dios te ayudará» con las comisiones de los departamentos no era menos viva que la correspondencia ministerial: publicáronse en todos los periódicos y se esparcieron por todas partes listas de candidatos; las comisiones consultivas gratuitas establecidas en cada capital de distrito electoral para ilustrar, y dirigir á los electores liberales, hacer valer sus derechos y procurar la espulsion de las listas de los electores ministeriales inscritos indebidamente en cierto modo fueron permanentes. Una multitud de jóvenes agrupados al rededor de las mismas se hallaban en continuo movimiento visitando á los electores, estimulando su celo, solicitando sus votos y disponiendo por anticipado de los medios de trasladar ó mantener en el lugar donde debian hacerse los nombramientos, á los electores del campo, á los viejos y á los enfermos. No podia haber disension acerca de los candidatos, pues la mayor parte se hallaban señalados en la votacion á la contestacion al discurso de la corona: reelegir á los doscientos veinte y uno era el santo y seña enviado á las comisiones; y ninguno de estos nombres, cualquiera que fuese la opinion política del diputado á quien pertenecia, debia entrar en discusion; y a los colegios de que salieron no les era permitida otra candidatura. Semejante acuerdo é inteligencia robustecida por la escitacion de los ánimos podia dejar duda acerca del resultado de las operaciones: los electores llamados á votar eran los mismos que habian nombrado la mayoría de la cámara disuelta: la pasion que les animo en 1827 contra la administracion de Mr. Villele, no se habia debilitado seguramente con la subida de Mr. de Polignac y Mr. de Bourmont al ministerio, y con la vuelta de Mr. de Peyronnet; antes bien exacerba-

(1) Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.

(2) «Estudios históricos y políticos de Mr. de Polignac; cartas de Mr de Chantelauze y de Carlos X á Mr de Polignac del 9 a 14 de mayo. En la de Carlos X de 14 de mayo se lee: «Querido Julio, ahí te envio la larga carta de Mr de Chantelauze: la de mi hijo lo decia todo, escepto la esencia del asunto; y es que teme perder un destino agradable é inamovible por otro que por desgracia no es sino sobrado movible. Sobre todo en nada varió mi plan; y si todavía te conviene lo haremos instar (a Mr. Chantelauze) por Peyronnet.

Cuatro dias despues de escrita esta carta, el 18, Mr. de Chantelauze escribia á su hermano á Montbrison: «Mucho tiempo hemos guardado silencio uno á otro, yo seré el primero que lo rompa; porque no quiero que sepas por el Monitor y el público el acontecimiento mas importante, y segun creo el mas desgraciado de mi vida: hablo de mi nombramiento para guardasellos. Hace dos meses que opongo una decidida resistencia á entrar en el ministerio: hoy ni aun se me deja el libre albedrío; pues las órdenes que he recibido no me permiten otra cosa que obedecer. Resígnome pues al papel de víctima. Cuida de las elecciones, pues fuera para mi ahora vergonzoso el que tuviesen un mal resultado.

(1) Boullée: «Historia del último año de la restauracion.»

da su irritacion con las injuriosas amenazas y discusiones de los dos últimos meses, se hallaba mas activa y mejor disciplinada. No obstante los periódicos ministeriales publicaron la nota siguiente:

«Los prefectos han remitido al ministerio del interior el resultado de sus trabajos preparatorios para las elecciones. El exámen de estos informes presenta la seguridad de una mayoría realista. Solo será de cuarenta votos si solo se cuentan los electores bien conocidos por sus opiniones; pero podrá ser mas numerosa si los hombres tímidos é indecisos tienen valor para sustraerse al dominio de la comision directora. Así pues el poder puede contar con seguridad en una mayoría de cuarenta votos.»

No obstante esta certidumbre de una mayoría de cuarenta votos no era tan absoluta que Carlos X no creyese necesario intervenir directamente con los electores. Ya se han podido ver en la esposicion de Mr. de Polignac las ilusiones de este ministro en cuanto á la situacion política y moral del reino; el rey no se limitaba á pensar como el presidente del consejo, «que la Francia cansada de agitaciones, desengañada de lo pasado se habia refugiado á la aficion de los intereses materiales;» sino que habia adquirido en su viaje á Alsacia el convencimiento de que la monarquía gozaba de grande popularidad; y que él personalmente ejercia en los ánimos un poderío que haria que su voz fuese encumbrada en los colegios electorales, quienes se mostraban dóciles á sus amonestaciones. Confirmado en su dictámen por las adulaciones de las corporaciones públicas, y por el lenguaje de los periódicos ministeriales, dejóse arrastrar á un paso que le acercaba mas al abismo en que debia precipitarse. El 13 de junio, diez dias antes de abrirse los colegios electorales de distrito, dirigió á la nacion la siguiente proclama:

«¡Franceses!»

«La última cámara de diputados desconoció mis intenciones. Tenia derecho de contar con su ausilio para llevar á cabo el bien que meditaba, pero me lo negó! Esto afligió mi corazon como padre que soy de mi pueblo, y decreté la disolucion de dicha cámara.

»¡Franceses! vuestra prosperidad hace toda mi gloria: vuestra felicidad es la mia. En el instante en que van á abrirse los colegios electorales en todos los puntos del reino, oid la voz de vuestro rey.

»Mantener la carta constitucional y las instituciones emanadas de la misma, será siempre el objeto de todos mis esfuerzos.

»Pero para alcanzarlo, es preciso que yo ejerza libremente y haga de modo que sean respetados los derechos sagrados que forman el patrimonio de mi corona.

»En ellos estriba la seguridad del público reposo, así como vuestras libertades. Alteraríase la esencia del gobierno si por medio de culpables ataques se debilitasen mis prerogativas; y si lo consintiese, haria traicion á mis juramentos.

»Al abrigo de este gobierno la Francia se ha hecho floreciente y libre: debele sus franquicias, su credito y su industria. Nada tiene que envidiar la Francia á los demás estados, y solo puede aspirar á asegurar las ventajas de que goza.

»Tranquilizaos pues en lo respectivo á vuestros derechos; pues los confundo con los mios y los defenderé con la misma solicitud.

»No os dejeis estraviar por el lenguaje insidioso de los enemigos de vuestro reposo. Desechad indignas sospechas y falsos temores que destruirian la confianza pública y pudieran promover graves desórdenes. Los designios de los que tales rumores propagan se estrellarán cualesquiera que sean contra mi inmutable resolucion. Así como no quedarán comprometidas vuestras libertades, tampoco lo serán vuestra seguridad ni vuestros intereses, pues velo por la conservacion de todo cuanto os pertenece.

»Electores, acudid presurosos á los colegios! que una reprensible negligencia no os haga faltar á ellos; id animados de un mismo sentimiento, y unidos á una misma bandera!

»Un rey es quien os lo pide: un padre el que os llama.

»Cumplid con vuestros deberes, y yo sabré cumplir con los mios.

»Carlos.»

Esta proclama redactada por uno de los individuos del consejo, revista por Mr. de Peyronnet y firmada por Mr. de Polignac, colocaba al Rey fuera de todas las condiciones del gobierno constitucional; pues desdeñándose Carlos X de poner sus resoluciones y sus derechos al abrigo de la responsabilidad de sus ministros, bajaba él mismo al palenque electoral, presentándose al descubierto y luchando en persona, de suerte que en el caso de una derrota, se condenaba indefectiblemente á la alternativa ó de humillar su cetro ante una urna electoral, ó de romper las leyes constitutivas del sistema vigente de elecciones. Tal era la ceguedad del gabinete y de sus amigos, que los periódicos realistas señalaron unánimes este paso imprudente como un acto decisivo en favor de Mr. de Polignac y de sus colegas: «Vé ahí un lenguaje que ilustrará al pueblo, escribian al dia siguiente; porque hágase lo que se quiera, el pueblo de Francia quiere la monarquía porque es francesa, el pueblo permanecerá realista.»

A los aplausos de la prensa ministerial uníase la aprobacion del clero, quien aplaudió tambien la intervencion de la monarquía y le dió su impopular apoyo. Muchos prelados dirigieron á los fieles de sus diócesis, pastorales con motivo de la proclama del rey, reprendiendo la última cámara de diputados por «haber negado su ausilio á las mejoras que debian serles propuestas en nombre del soberano,» y acusando á dichos diputados de «haberse atrevido á disputar al rey el mas sagrado de sus derechos, cual es la libre eleccion de sus ministros.»—«Estos hombres en una contestacion hipócrita y pérfida con una mano halagaban al augusto jefe del estado, y con la otra trataban de arrancarle el cetro y la corona; hé ahí lo que pone el colmo á nuestra indignacion,» decia el arzobispo de Alby, quien concluia instando á sus fieles ausiliares para que empleasen todo su influjo á fin de obtener unas buenas elecciones.» El obispo de Chalons al enviar á sus curas la proclama del rey, les pedia con no menos instancia, que asegurasen el éxito de aquel paso del monarca: «Ya sabeis, añadia, que faccion es la que le disputa su autoridad, y con qué insolencia una faccion que tan al descubierto conspira y hace traicion, se atreve á tratar á los ministros!» Confundiendo los intereses de la religion con las pretensiones de la corona, todos estos escritos presentaban á la Iglesia honrada ó envilecida segun saliere triunfante ó vencida la monarquía. El pensamiento oculto en esas piadosas declamaciones, lo declararon manifiestamente algunos prefectos: «Queremos, segun los términos de la constitucion, que la religion sea, no esclusiva sino dominante, y que sirva de fundamento á la instruccion pública,» decia uno de ellos á los electores que reunió en junta preparativa. A mas estos funcionarios hacian intervenir en sus circulares, lo mismo que en sus conversaciones, la inmutable voluntad del rey de «conservar sus derechos,» mostrándose así dóciles á las instrucciones dadas por el mismo rey á los presidentes de los colegios electorales, que iban á verle antes de dirigirse á sus puestos. Como todos los hombres que no tienen voluntad, que dominados por un pensamiento fijo, hacen alardes de fuerza para disimular su debilidad, así el monarca en sus audiencias insistia particularmente en la inflexibilidad de sus resoluciones: «Repetid bien á los electores, decia, que no cederé.»

«La agitacion que el rey ha notado es demasiado real, decia Mr. de Polignac en su relacion confidencial; varias circunstancias la hacen mas marcada y sensible en los lugares que con mas frecuencia atraen la atencion de su majestad.» El presidente del consejo en este pasaje aludia principalmente á Paris, Ruen, Orleans y á las capitales de los departamentos mas inmediatos cuyos electores en su inmensa mayoría pertenecian á la opinion liberal. Todas las averiguaciones estaban acordes en presentar las elecciones de estas poblaciones como que debian ofrecer idéntico resultado. Con la mira de evitar que el ejemplo de estos colegios no arrastrase á los que debian votar el 3 de julio, y al mismo tiempo para proporcionarse la ocasion de intervenir en sus elecciones mediante los nombramientos ministeriales que el gabinete esperaba de las demás circunscripciones, decidió este retardar la reunion de dichos colegios. El 18 de julio, cinco dias antes de abrirse los colegios de distrito, por un decreto motivado por el sinnúmero de consultas pendientes en los tribunales reales de Paris, Roma, Orleans, Angers, Metz, Pau y Nimes, se prorogaron hasta el 12 y 19 de julio siguiente las elecciones de los veinte comprendidos en la jurisdiccion de estos tribunales, y que de ciento ocho diputados, contaban setenta y seis; esto es, casi ocho décimas partes de entre los votantes del discurso de contestacion. Pero esta precaucion fué en vano; pues la oposicion ganó en las elecciones del 23 de junio por una mayoría inmensa: sobre ciento ocho diputados que debian elegirse, solo tuvo el gobierno de su parte cincuenta y cinco nombramientos. Esperaban los ministros que se restableceria el equilibrio el 3 de julio en las elecciones de los grandes colegios; pero derrotados en muchas capitales cuyas elecciones hasta entonces habian recaido en diputados ultrarealistas, solo obtuvieron la ventaja de algunos nombramientos. Era esto una derrota, pues la oposicion conservaba el considerable beneficio alcanzado en las elecciones de distrito. La corriente de la opinion que arrastraba al cuerpo electoral era tan evidente y marcada, que Mr. d'Haussez, el que arregló los preparativos marítimos de la espedicion al Africa, y cuya posicion ministerial constituia toda su impopularidad, fué desechado en cinco

colegios. A pesar del calor de que estaban poseidos los electores, en todas partes se hicieron las elecciones, si no con calma, á lo menos con el órden mas completo; y tan solo en algunos colegios del mediodia, entre ellos los de Figueac y Montauban fueron teatro de lamentables violencias hechas á elegidos de la oposicion. Cuando tuvo efecto el nombramiento del conde de Preissac, que era uno de los doscientos veinte y uno, se difundió la noticia por la última de estas dos ciudades; y la porcion mas ignorante y mas pobre de la poblacion, exaltada por el doble fanatismo religioso y político, invadió la sala de las elecciones profiriendo gritos de muera contra el nuevo elegido, que solo con su precipitada fuga pudo librarse de la furia de aquella turba.

La oposicion acababa de obtener un éxito muy superior á sus esperanzas; pues no solamente todos los votantes de la contestacion que eran candidatos en los colegios de esta primera serie de sesenta y seis departamentos salieron reelegidos, sino que basta fueron reemplazados por candidatos liberales los ciento ochenta y uno que formaron la minoría en aquella célebre votacion. Y sin embargo, Cárlos X habia hablado! Sus revoluciones dijo serian inmutables. ¿Podia pues variarlas sin deshonor, cuando el cuerpo electoral mostrándose sordo á su vez como por un insolente desafío, le vuelve á enviar una cámara mas hostil aun que la que acababa de ser disuelta, «porque le habia ofendido,» y cuando los mismos correos que le llevaban la noticia de estos nombramientos enemigos, le noticiaban al mismo tiempo el anuncio de que sus generales y su ejército acababan de conseguir en África á los gritos de ¡viva el rey! una victoria que añadia á su corona el floron de una vasta y gloriosa conquista?

La flota que conducia el ejército espedicionario salió de Tolon, como hemos dicho, el 25 de mayo; y apenas estuvo veinte leguas mar adentro que encontró dos fragatas que dirigian su rumbo á las costas de Francia, á saber: la Duquesa de Berri, su capitan Kerdrain, perteneciente á la estacion de Argel, y el Neesind-Jeffeth, fragata turca en que iba Tahir-Bajá, gran almirante del imperio Otomano. Esta última embarcacion navegaba escoltada, ó por mejor decir, custodiada por la fragata francesa. Ya hemos dicho las gestiones que hizo el gabinete de Londres cerca de nuestro gobierno con motivo de los preparativos de la espedicion; hemos dicho tambien que descontentos los ministros ingleses de las respuestas de Mr. Polignac, fuéron á gestionar con el gobierno de Constantinopla para que en virtud de su derecho de soberanía, el sultan obligase al jefe de la regencia argelina á hacer inútiles todos nuestros armamentos dando á la Francia cuantas satisfacciones tenia derecho de exigirle. Dócil la Puerta á estas insinuaciones envió en efecto al África á Tahir Bajá con la mision de provocar en nombre de su señor la destitucion, y si necesario fuese la muerte de Husseyn-Dey, y de quitar todo pretesto para las hostilidades mediante las reparaciones convenientes. Pero esta negociacion no alcanzó mejores resultados que el convenio hecho dos años antes entre el almirante Codrington y Mehemet-Alí para hacer abortar nuestra espedicion á la Morea. Noticioso Mr. de Polignac de la mision de Tahir-Bajá, hizo trasmitir á la escuadra de bloqueo la órden de cerrar el paso á este almirante, de detener su embarcacion y conducirla á alguno de nuestros puertos. Como acabamos de ver esta órden se cumplió; y Tahir despues de una corta entrevista con Mr. de Bourmont, que le dijo que el rey de Francia tomaba á su cargo castigar á Husseyn, tomó el rumbo hácia Tolon bajo la guarda de Mr. de Kerdrain. Fué detenido en el puerto de esa ciudad cuarenta dias hasta que se supo que la espedicion acababa de lograr su objeto

Mientras tanto siguió la flota su camino, y el dia 29 al anochecer divisó la costa de Argel. El dia siguiente 30 ya solo se hallaba á cinco ó seis leguas al norte del cabo Caximo; y las tripulaciones se disponian ya para el desembarco, cuando la armada se vió de repente impelida y dispersada por un viento de levante tan violento que el almirante Duperré, creyendo imposible aproximarse á la costa, y aun mantenerse bajo el meridiano de Argel, tomó la resolucion de ganar otra vez el altamar y buscar un abrigo y un punto de reunion bajo el viento de las islas Baleares en la bahía de Palma. Necesitáronse ocho dias para reunirse los buques de las tres escuadras y las de trasporte, hasta que finalmente el 10 de junio unida y reorganizada la flota entera, y habiendo cesado los vientos contrarios, se puso á la vela el almirante y el dia 13 al amanecer nuestras embarcaciones volvieron á presentarse á la vista de Argel. El almirante Duperré era plebeyo: sus servicios que ascendian á las guerras marítimas de la república fué lo único á que debió sus ascensos. Habiendo permanecido fiel á su origen, pasaba en la corte por liberal; esto es, por hombre enemigo de la monarquía. Su poco afan por admitir el mando de la flota aumentó la desconfianza, y sin que previamente se temiese mala voluntad de su parte, recelóse que acaso, dominado por la opinion política que se le imponia, exagerase las dificultades del desembarco, y que faltándole la adhesion que animaba á Mr. de Bourmont, á la gloria de la monarquía, solo invocaba su título y su autoridad para oponer al celo del jefe de la armada una indecision y una resistencia funestas para el buen éxito de la espedicion. A fin de vencer toda oposicion y evitar cualquier conflicto, mediante una órden secreta deliberada en consejo de ministros, y de la cual Mr. de Bourmont solo debia hacer uso en caso de absoluta necesidad, se conferia á este general el mando supremo de las fuerzas de tierra y de mar. Pero el almirante Duperré se mostró digno de la confianza que se habia depositado en su esperiencia y en su resolucion. Acercóse á Argel, desfiló delante de sus fuertes y baterías, y sin perder de vista la costa, se dirigió hácia Side-Ferruch, península que está situada á cinco leguas al oeste de la ciudad, entre dos profundas bahías á propósito para echar áncoras la flota. La punta de esta lengua de tierra ocúpala una torre de atalaya y de defensa llamada Torre Chica, á la cual estaba pegada una pequeña mezquita que encerraba el sepulcro de un marabout venerado y cuyo nombre tomó aquella península (1). El almirante creia hallar defendida aquella posicion con baterías, y bajo este supuesto habíanse dispuesto los preparativos de ataque. Pero los argelinos se habian contentado con establecer detrás de la península y en las alturas paralelas á la costa cuatro baterías armadas cada una con tres ó cuatro cañones, algunos obuses y un mortero. Un derviche encargado de la guardia de la mezquita y que huyó á la vista de nuestras velas, algunos ginetes árabes envueltos en sus albornoces, galopando por la playa y examinando con curiosidad nuestros buques; estos fueron los únicos enemigos que divisaron nuestros soldados en aquella lengua de tierra, escogida para el desembarco y para el establecimiento provisional de nuestras tropas. Como el dia estaba muy adelantado se aplazó el desembarco para el siguiente.

El 14, á las tres de la madrugada adelantaron silenciosas hácia la playa numerosas embarcaciones, protegidas por los vapores el Sphinx, el Nageur y el Rapide, y llevando á remolque los barcos planos cargados de tropas. Apenas llegaron, desembarcaron sucesivamente mientras la música tocaba una marcha guerrera y á los gritos de ¡viva el rey! las tres brigadas de la primera division (Berthezene). Algunos marineros, seguidos de una compañía de zapadores, se arrojaron al punto en la torre, y enarbolaron la bandera blanca. A las cinco hallábanse ya alineados en batalla en la península los seis regimientos que componian la division, y una batería de campaña montada por la artillería contestaba ya á los fuegos de los reductos establecidos en las alturas vecinas y á la fusilería de una multitud de árabes emboscados en las numerosas revueltas del terreno y en las espesas malezas que se estendian á lo largo en la base de los primeros collados. Pocos instantes despues, saltaba en tierra Mr. de Bourmont y la segunda division (Loverdo), y mandó á la primera brigada del general Berthezene que envolviese los reductos enemigos, los cuales fueron pronto atacados y ganados; mientras que las otras dos brigadas de la division apoyadas por la artillería de los buques de vapor situados á cada lado de la península atacaban á la bayoneta y dispersaban á los mil doscientos ó mil quinientos árabes cuyo fuego inquietaba desde la mañana así á las tropas que desembarcaban como á las que habian ya desembarcado. Durante este noble ataque la tercera division bajaba á tierra, y los ingenieros dirigidos por el general Valazé trazaban una línea de trincheras destinadas á cerrar la península por la parte del campo y á convertirla en una posicion bastante fuerte para ser el depósito general del ejército. Tales fueron el órden, la inteligencia y la rapidez que se desplegó en la difícil operacion del desembarco, que á las doce las ocho brigadas de infantería y de artillería de campaña del cuerpo espedicionario hallábanse desembarcadas y las tropas de todas armas se acampaban en la península debajo de tiendas y barracas de ramaje alineadas á cordel, y cuyos diferentes compartimientos con varias tiendas y figones, á las pocas horas parecian otras tantas poblaciones llenas de vida y movimiento. El general en jefe instaló su cuartel general en la mezquita de Side-Ferruch.

El terreno que nuestro ejército tenia á la vista presentaba el aspecto de unos terraplenes que se elevaban unos encima de otros como por capas paralelas; los mas cercanos estaban cubiertos de matorrales, cactus, aloes, laureles y granados, y en los planos superiores presentábase una vejetacion mas vigorosa, la cual al parecer se aumentaba á medida que se alejaba del mar. En los dias 15 y 16 no hubo mas que el

(1) «Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministerio.»

(2) Las mujeres de Argel que estaban deseosas de tener hijos ocurrian en romería á la mezquita Sidi Ferruch donde permanecian algunos dias en las celdas aisladas bajo la proteccion de los imanes encargados de la custodia del sepulcro.

Batalla di Staueli

[illegible]

Digitized by Google

DÉBARQUEMENT DE L'ARMÉE FRANÇAISE EN AFRIQUE.

Digitized by Google

fuego de los tiradores empeñados en toda la línea de nuestros puestos avanzados. De todas partes se presentaban árabes, pero se mantenian distantes y fuera del alcance de nuestras balas. El 17 el enemigo se mostró mas atrevido. Acercóse mas é hizo un fuego mas vivo y mortífero. El 18 súpose que reconcentraba sus fuerzas en el llano de Staueli, á una legua y media distante de nuestra primera línea, y que se proponia atacarnos el dia siguiente 19. Cansados nuestros soldados de las escaramuzas en que los árabes montados en caballos veloces, al abrigo de las revueltas del terreno y de los matorrales, y armados de largos fusiles de mucha precision y alcance tenian sobre los nuestros una señalada ventaja, estaban impacientes por salir de sus atrincheramientos y combatir. Mr. de Bourmont no quiso aguardar á los argelinos entre la península; y así á la tarde del dia 18, llevó la primera division al mando del general Besthencze á cosa de una legua del llano de Staueli, en una línea que por un lado se apoyaba en un bosque, y por el otro en la orilla del mar; la segunda division bajo el mando de Loverdo se sitió y distribuyó de suerte que pudiese prestar ausilio á la primera; la tercera que formaba la reserva quedó para la defensa de la península. Todos los batallones de la primera division pasaron la noche formados en cuadro; y los puestos avanzados cubiertos por algunas obras de tierra y por un cercado de caballos frisones y de haces de lanas reunidos de tres en tres por medio de un anillo de hierro.

El llano en que acampaba el ejército de Husseyn estaba defendido por dos reductos, armados con veinte y cuatro piezas de artillería y colocados en dos collados fronterizos á nuestras avanzadas; estaba además separado de nuestra línea por un terreno lleno de desigualdades, cubierto de espesos matorrales, de estrechos desfiladeros y barrancos y cruzado por arroyuelos profundamente encajonados. Las fuerzas enemigas allí reunidas, compuestas de caballería en su mayor parte, subian a unos cuarenta y cinco ó cincuenta mil hombres, suministrados por la ciudad de Argel, y por los beys de Titeri, de Constantina y de Oran. Tenia el mando en jefe Ibrahim, agá de los genízaros de Argel, y yerno del dey. Engañado por la inaccion en que permaneció nuestro ejército por espacio de tres dias, en el interior de la península, atribuia dicho general á indecision y miedo aquel reposo que tenia por causa el retardo y la inevitable lentitud en el desembarque de la caballería, artillería de sitio, y carros de trasporte. Pero al saber que nuestros soldados en vez de esperarle en sus atrincheramientos salian de ellos, no dudó ya Ibrahym de que iba á aplastar bajo los piés de sus caballos á aquella tropa de infantería á la cual no apoyaba ni un destacamento de caballería. El 19 al amanecer sus tropas descendieron de sus posiciones divididas en dos columnas: la primera, bajo las órdenes directas de Ibrahym constaba de tres mil gendarmes, cinco mil rouloughis, seis mil moros de la milicia de Argel, seis mil kabilas, y de los contingentes del bey de Titeri, se precipitó gritando desaforadamente hácia la primera de nuestras brigadas. La segunda columna enemiga mandada por el bey de Constantina, en que entraron los contingentes de esta provincia, los de la de Oran, y á mas seis mil kabilas y mil genízaros dirigiòse por una profunda garganta á la derecha de nuestra línea para rodear y envolver á la tercera brigada de la division de Berthezene, lo mismo que á la division de Loverdo. Los caballos frisones y los haces de lanzas que cubren el frente de las dos primeras brigadas de la division fueron insuficientes para detener la caballería turca, pues algunos soldados de infantería que iban mezclados con dicha caballería, derribaron y arrancaron estos obstáculos, á pesar del granizo de balas tiradas á quema ropa que caia sobre ellos. La mayor parte de ellos murieron pero quedaba abierto el paso; por el cual penetraron los genízaros, y fueron á plantar las banderas en medio de nuestro campo. Entonces se trabó la lucha cuerpo á cuerpo, al sable y la bayoneta; y la tierra quedó cubierta de cadáveres. En aquel instante llegó el general Bourmont al campo de batalla, y viendo nuestra primera línea rota en diferentes puntos; en lugar de dejar permanecer nuestros batallones á la defensiva, dió la órden de que se replegasen en coluna cerrada y avanzasen. La division de Loverdo, encargada principalmente de efectuar este movimiento, llenó con sus batallones los espacios vacíos de la primera línea, al propio tiempo que tres regimientos de la tercera division salieron del campo de Sidi-Ferruch para apoyar á las dos primeras y en caso necesario servirles de reserva. Pusiéronse en movimiento nuestros batallones: las dos primeras brigadas de la division del general Berthezene rechazaron á los genízaros de la milicia de Argel, que se replegaron tiroteando; la tercera brigada y la division de Loverdo se dirigieron á los contingentes de Constantina y de Oran, los alcanzaron, y derribáronlos en el barranco en que se habian metido.

La marcha de estas colunas que avanzaban con calma firmes y compactas, al través de una confusa multitud, que luchaba al acaso sin direccion ni órden, hostilizada por los obuses y la metralla que arrojan sobre ella con una rapidez maravillosa varias baterías de nueva invencion que preceden á las divisiones, las llevaron muy pronto hasta el pié de la plataforma ó llano que formaba el campamento del ejército argelino. Nuestros soldados se arrojan á los dos reductos construidos delante del campo árabe y sobre sus baterías, las cuales caen en su poder.

Hasta entonces la retirada de los árabes y turcos fué solo un combate continuo y encarnizado; pero al ver que nuestra infantería es dueña de los reductos y artillería, y ocupa su campo, se turban, se desaniman, y se rompen y dispersan en todas direcciones, abandonando el campo, las tiendas, municiones, abastecimientos, siendo vivamente perseguidos por nuestros soldados por espacio de una legua. Aquella noche las divisiones de los generales Berthezene y Loverdo descansaron debajo de las tiendas que la mañana ocupaba el enemigo, alimentábanse con sus víveres; y los cortesanos del estado mayor poniendo esta batalla mas alto que las inmortales jornadas de las Pirámides y Heliópolis proclamaron por terminada la campaña, asegurando que el ejército no tenia mas que hacer sino presentarse delante de Argel para ver caer á sus piés las puertas de esta ciudad. Pero el general Bourmont acababa de dar pruebas de su genio militar; y lejos de ceder á las instigaciones de los que le rodeaban, anunció su resolucion de permanecer provisionalmente en aquel llano. En efecto; aun no habia desembarcado la caballería, y el convoy cargado de municiones, del material y de la artillería de sitio contrariado por los vientos aun no se divisaba; por lo que el general en jefe decidido á esperar estas fuerzas dispuso el ejército del modo siguiente: Las dos primeras divisiones permanecieron acampadas en el campo de batalla que acababan de conquistar; la tercera, menos un batallon, se escalonó entre Staueli y la península, cuyas trincheras se perfeccionaron, y convertida en depósito central de víveres, municiones y medios de trasporte, se confió á la guarda del batallon de que acabamos de hablar, y de mil quinientos marinos sacados de las tripulaciones de los navíos de guerra, y por medio de reductos y demás medios se estableció una comunicacion espedita entre Sidi-Ferruch y la posicion ocupada por el grueso del ejército.

Los dias 20, 21, 22 y 23 no hubo mas que tiroteos en que sufrieron mucho nuestras avanzadas por favorecer al enemigo la naturaleza del suelo, sus hábitos guerreros y la precision y alcance de sus tiros. Pero el 24, vueltos del susto los argelinos, dirigiéronse en número de unos veinte mil hácia los puestos avanzados del campo de Staueli. La division del general es apoyada por una parte de la division del general Loverdo, con el mismo órden, igual seguridad y rapidez y con el mismo éxito que en la jornada del 19. El enemigo en parte alguna se sostuvo, y fué batido y perseguido por espacio de dos leguas por nuestros regimientos precedidos por la primera vez de un escuadron de cazadores de á caballo desembarcado el dia anterior. Solo un oficial, Amadeo de Bourmont, uno de los cuatro hijos que el general en jefe habia llevado consigo, fué herido mortalmente en este nuevo encuentro que llevó la vanguardia de nuestras colunas hasta Sidikalef, en el valle de Dackeh-Dereh donde se establecieron. Esta nueva posicion estaba dominada por alturas donde los argelinos habian colocado dos baterías, por lo que las tropas encargadas de guardarla quedaban espuestas á repentinos ataques y á sorpresas que duraron desde el 25 hasta el 28 con pérdidas bastante notables de nuestra parte. La tercera division del general Escars, que acababa de reemplazar á la vanguardia, division de Berthezene, siempre hostilizada desde el dia de su desembarco, tuvo en cuatro dias unos novecientos hombres fuera de combate (1). Finalmente habiendo llegado el convoy que llevaba la artillería de sitio y los caballos de tiro, y desembarcado gran parte de este material el dia 27, el general Bourmont, á la mañana del 28, mandó las dos divisiones de Berthezene y de Escars á la cumbre mas alta del estenso grupo de montañas en cuya falda tiene su asiento la ciudad de Argel, mientras que la division de Loverdo avanzando por una subida menos elevada se dirigia hácia un fuerte situado superiormente á la ciudad, y conocido con el nombre de Castillo del Emperador. Pocas horas despues de haberse puesto en marcha, el general en jefe llegando á la plataforma superior vió estenderse á sus piés pudiendo abrazar con la vista todo el ámbito fuerte hácia el cual se dirigia el general Loverdo, y además Argel, Casbab, su ciudadela, la costa y todas sus baterías. Al anochecer la division de Loverdo, despues de haber tenido que vencer innumerables obstáculos resultantes de la naturaleza quebrada del terreno, así como de

(1) Entre otros cuerpos citaré á un batallon del 4. ligero, que sorprendido por los árabes en el instante en que los soldados estaban limpiando sus armas, fué en gran parte pasado á cuchillo.

su intrincada y densa vejetacion que lo cubria, y del fuego de innumerables tiradores situándose tambien á cuatrocientos ó quinientos metros encima del castillo del Emperador.

Este fuerte, aunque situado en un collado dominado por las alturas en que acababan de tomar posicion nuestras tropas, dominaba como hemos dicho la ciudad de Argel y su ciudadela que era la residencia del dey Construido dicho fuerte en el siglo XVI despues de la partida de Carlos V (1541), y segun decian en el mismo sitio en que levantó su tienda, y llamado por los árabes, á causa de esta circunstancia, Sultaneh-Kalassó (castillo del sultan ó del emperador), formábalo un recinto irregular, especie de cuadrilongo, cuyas murallas sin fosos, pero de cuarenta piés de altura y diez de anchura, estaban flanqueadas por varios torreones cuadrados que servian de baluartes. En el centro de este recinto, elevabase una torre circular mas alta y fuerte que los torreones cuadrados, y formaba un reducto rodeado de almacenes con casamatas. Las murallas, lo mismo que las plataformas de las torres cuadradas, y del grande torreon céntrico, estaban defendidas por ciento veinte cañones de gran calibre y de morteros. Guarnecian además el fuerte los mas diestros artilleros del rey y mil quinientos jenízaros; los cuales habian jurado sepultarse bajo sus ruinas.

El dia siguiente 30 se hizo el reconocimiento del collado y se estableció el cerco, y hasta el general Valazé habia ya abierto la trinchera, cuya operacion se continuó con toda actividad en un espacio de mas de mil metros, á pesar del fuego de la plaza y de las salidas de la guarnicion, en términos que se halló muy adelantada por la tarde del 2 de julio, para poder dar principio á la construccion de tres baterías de sitio destinadas para contener veinte y seis piezas de grueso calibre. A la noche siguiente quedaron concluidas y montadas dichas baterías, y el dia 4 al romper el dia á una señal hecha con un cohete volador las veinte y seis piezas rompieron un fuego terrible contra el fuerte. Contestábanlo los turcos con admirable firmeza. En vano caen como lluvia nuestras balas de á diez y seis y de á veinte y cuatro sobre las murallas y sobre los terraplenes de las baterías, destruyen las troneras, derriban las piezas de artillería, dan muerte á los artilleros, rompen las almenas, y arruinan lienzos de muralla; en vano cae un granizo de bombas en el recinto interior aplastando y derribando á los soldados allí amontonados; pues los que sobreviven reemplazan en las murallas á los que sucumben y continúan el fuego sin descanso. Este no cesó hasta las nueve de la mañana, en cuya hora hallábanse derribados todos los cañones de las torres y de las murallas, rotas las cureñas, muertos ó heridos los artilleros, hundidas las casamatas, y los terraplenes y el foso del reducto se hallaban literalmente cubiertos de montones de cadáveres. Los escasos restos de la guarnicion acababan de refugiarse en la torre central con la determinacion de morir en ella

Al recibir Husseyn la noticia de estos sucesos toma una resolucion desesperada; no quiere que la mina del fuerte sea tan solo funesta para sus heroicos defensores, sino que pretende que si debe caer sea aplastando á nuestras tropas bajo sus escombros. Mándase evacuar el fuerte, y en el momento en que nuestras tropas ven cesar toda resistencia, y se disponen á escalar las brechas abiertas por todas partes, estalla una espantosa detonacion, la grande torre central conmuévese sobre sus cimientos, levántase, se abre y deja salir una densa coluna de humo y de fuego que elevándose por los aires á la altura de quinientos piés, se ensancha, se estiende y cubre como un negro velo gran parte del horizonte, y pronto deja caer piezas de artillería, bombas, balas, vigas, piedras enormes, cadáveres que cubren el suelo á larga distancia. Cuando por la lenta dispersion ó la caida de todas las materias pulverizadas por la esplosion, se hubo disipado la nube de polvo y de humo que envolvia al fuerte, no se presentaban á los ojos mas que ruinas: la parte superior de la torre central habia desaparecido, hallábanse por el suelo las murallas de las dos casas principales del recinto y el resto estaba medio derruido. Nuestros soldados conducidos por el general Hurel precipitáronse hácia esos escombros humeantes que hallaron del todo abandonados. Estableciéronse allí, poniéndose en estado de defensa, y construyeron baterías destinadas á batir la ciudadela donde residia Husseyn.

En concepto de este último era el castillo bastante fuerte para detener á nuestro ejército hasta la estacion de las lluvias, y para ponerlo entonces en estado de dar cuenta con facilidad de unas tropas desmoralizadas por fatiga y las privaciones, abatidas por el clima y diezmadas por la fiebre y la disenteria; así fué que la caida tan rápida y repentina de esta fortaleza produjo en el un profundo desaliento. Por otra parte reinaba en la ciudad la mas espantosa confusion; abandonóse todo proyecto de resistencia, y empezaban á manifestarse señales de revuelta. Por último nuestras baterías situadas á doscientas toesas de la plaza, mostrábanse dispuestas á aplastarles. A las dos de la tarde, el secretario privado del dey presentóse á las avanzadas pidiendo audiencia. Habiendo sido recibido en las mismas ruinas del fuerte por Mr. Bourmont que se hallaba rodeado de todo su estado mayor, ofreció en nombre de su amo pagar la retirada de nuestras tropas dando todas las satisfacciones á que hasta entonces se habia negado: renunciaria á todos sus créditos contra la Francia, volveria á nuestro comercio todos sus privilegios: en caso de necesidad los aumentaria y pagaria los gastos de la guerra Estas proposiciones no fueron admitidas; y el general exigia que el dey, sus tropas y la ciudad se rindiesen á discrecion. Algunos instantes despues presentóse tambien el cónsul de Inglaterra ofreciendo su mediacion la cual Mr. de Bourmont se negó á aceptar. «Era aquel, decia, un asunto que deseaba arreglar él mismo con el dey. Al embajador ingles sucedieron otros dos parlamentarios; un turco y un moro llamado Banderba, quien habiendo vivido mucho tiempo en Marsella hablaba perfectamente nuestra lengua. Este último hizo observar al general en jefe que en las palabras á discrecion veian los turcos el sacrificio de sus personas y de sus familias, y la pérdida de todos sus bienes, y que antes de someterse á tales condiciones se sepultarian bajo las ruinas de la ciudad. Mr. de Bourmont aflojó algun tanto el rigor de sus pretensiones, y se limitó á pedir la entrega de Argel y de todos sus fuertes: el dey tendrá la vida y podria retirarse con su familia, su casa, y sus riquezas particulares donde gustase; la misma libertad concedia á los soldados de la milicia turca: los habitantes conservarian todos el libre ejercicio de su religion; las leyes, las costumbres y las propiedades serian respetadas y cada cual hallaria proteccion en su comercio ó industria. Aquella misma noche el dey aceptó y firmó estas capitulaciones (1).

El dia siguiente á la toma del castillo del Emperador (5 de julio, por la mañana, veinte y un dias despues del desembarco de nuestro ejército en el suelo africano, el cuerpo espedicionario entraba en Argel, y añadia á nuestro territorio vastas posesiones, cuya conquista gloriosa para nuestras armas, y fuente de riquezas en lo venidero, ya desde las primeras horas suministró á nuestra hacienda recursos superiores á los gastos que habia ocasionado. Estos, así los de marina como los del departamento de la guerra, ascendieron á cuarenta y ocho millones quinientos mil francos (2). Un tesoro aumentado por los deys en el espacio de algunos siglos, y que fué escrupulosamente inventariado, hizo entrar inmediatamente en las cajas del estado cuarenta y ocho millones seiscientos ochenta y cuatro mil quinientos veinte y siete francos noventa y cuatro centimos, no incluso un valor aproximativo de once millones de francos representados por lanas y géneros de toda especie hallados en los almacenes de la regencia, y por mil quinientas cuarenta y dos bocas de fuego de las que seiscientas setenta y siete eran de bronce y que formaban el armamento de Argel y de todos los fuertes dependientes de dicha plaza.

El 9 de julio un parte telegráfico de Tolon trasmitió á Paris la noticia de este brillante hecho de armas. Fijóse en la bolsa, mientras que el cañon de los Inválidos la anunciaba al pueblo, publicóse en los teatros: y aquella misma noche se celebró con iluminaciones generales. Esta noticia produjo en las clases oficiales un entusiasmo que contrastaba con el sentimiento de vaga inquietud que podia notarse en las demás clases, y que disimulaban bastante mal los elogios de los periódicos de

(1) Mr. de Bourmont antes de salir de Tolon, hizo imprimir una proclama en lengua árabe, para esparcirla por todos los pueblos de la regencia á fin de obligar á la poblacion indígena á permanecer pacífica y espectadora de nuestra lucha con el dey de Argel. Dicha proclama, dirigida «á los koulouglis, á los hijos de turcos y á los árabes habitantes del territorio de Argel,» contenia los pasajes siguientes:

«Nosotros los franceses que somos amigos vuestros, partimos para Argel y vamos á arrojar de allí á los turcos vuestros enemigos y tiranos. No deseamos tomar la ciudad y hacernos señores de ella. Si os unís á nosotros vosotros reinareis en ella como antiguamente: os lo aseguramos. Respetaremos vuestras riquezas, vuestros bienes y vuestra religion santa, porque S. M. el rey, bienhechor de nuestra querida patria, respeta todas las religiones.»

Carlos X, despues de haber leido este documento, escribió á Mr. de Polignac.

«Sabado 8 de julio. Querido Julio; seguramente habrás leido la proclama dirigida á los árabes. Mucho desearia que fuese apócrifa, pero no me atrevo á esperarlo, y la encuentro muy mala, así por los compromisos sobre la suerte futura de Argel, como por el título de santa que se da á la religion de Mahoma En su totalidad se parece mucho á la proclama de Bonaparte al desembarcar en Egipto. Respondedme alguna palabra sobre esto.

«Me aflijo vivamente la suerte de nuestros pobres náufragos, de los con motivo de haberse estrellado dos briks nuestros en la costa de Argel es terrible. Pero debemos resignarnos á la voluntad de Dios, y adelantar con firmeza en el cumplimiento de todos nuestros deberes»

(2) Relacion oficial de 11 de setiembre de 1830.

Prise du fort de l'Empereur

4 Juillet 18

Digitized by Google

la oposicion dados á las tropas del cuerpo espedicionario. En el concepto de los liberales, la gloria que acababa de alcanzar el ejército bajo las órdenes de Mr. de Bourmont, debia tener una reaccion fatal para nuestra situacion interior, animando á Carlos X á las violentas medidas que estaban amenazando al pais desde el advenimiento del ministerio Polignac, y esta idea preocupaba todos los ánimos. El lenguaje y los actos de aquellas personas que debian creerse iniciadas en los planes de la corte no era tampoco muy á propósito para calmar tales temores. El 9 pues se supo la toma de Argel: el 10 el arzobispo de París publicó un edicto anunciando «que el dia siguiente 11, fiesta del Sagrado Corazon de Jesus, se cantaria en la iglesia metropolitana un Tedeum al cual asistiria el rey.»—«Tres semanas, añadia, han sido suficientes para humillar y reducir á la debilidad de un niño á ese musulman antes tan soberbio! ¡Así sean tratados en todas partes y siempre los enemigos de nuestro señor y rey; y así queden confundidos todos cuantos se atrevan á levantarse contra él!» Al dia siguiente al recibir este prelado al monarca á las puertas del templo de Nuestra Señora, dijo: «¡Qué asunto tan digno de nuestro agradecimiento y admiracion es el que conduce hoy á V. M. al templo de Dios y al pié de los altares de María! La mano del Todopoderoso está con vos, señor; que vuestra grande alma se muestre siempre mas y mas firme: vuestra confianza en el ausilio divino y en la proteccion de María, madre de Dios, no será vana. ¡Ojalá que pronto reciba V. M. una nueva recompensa, y pueda venir a dar gracias al Señor por otras maravillas no menos grandes y brillantes.»

El arzobispo de París nada sabia de las deliberaciones del consejo de ministros; y hablaba como cortesano que conoce y trata de lisonjear los gustos y deseos de su amo; pero su lenguaje estaba tan perfectamente acorde con los rumores difundidos acerca de las violencias proyectadas por el gobierno, que sus oscuras y devotas exhortaciones al rey parecieron alusiones directas á medidas cuya noticia se le hubiese confiado; y la impresion que causó este lenguaje fué tanto mas fuerte, en cuanto aquel mismo dia un diario ministerial insertaba las siguientes líneas:

«La ley que ha reelegido á los doscientos veinte y uno será cambiada, antes de tres meses, por una ley, y en caso necesario por un decreto; lo será por la cámara, ó por el rey.»

Estas amenazas no dejaban libertad á los ánimos para fijar su atencion en los asuntos de Argel; pues el interés de esta guerra desvanecíase ante la lucha electoral, la cual á la sazon estaba empeñada en París y en diez y nueve departamentos. El dia siguiente (12) reuniéndose los colegios electorales de la serie cuyas elecciones se retardaron el 18 de junio, los electores se dirigieron á ellos en masa. París debia nombrar ocho diputados, y salieron de la urna casi por unanimidad de votos los nombres de los ocho candidatos de la oposicion, los cuales entre ocho mil ochocientos cuarenta y cinco votantes reunieron siete mil trescientos catorce sufragios. Las elecciones de los departamentos, aunque menos significativas, no dejaron sin embargo de ser tan desfavorables al ministerio como los de la serie precedente. El resultado general de las elecciones de ambas series fué el siguiente: diputados que habian de elegirse: cuatrocientos veinte y ocho; de la oposicion, doscientos setenta; ministeriales, ciento cuarenta y cinco; los trece restantes habian votado por la enmienda de Lorgeril, y los reclamaban todos los partidos. Pero estas elecciones carecian de objeto porque la nueva cámara no debia reunirse bajo el reinado de Carlos X: hacia diez dias que su consejo estaba discutiendo una serie de medidas que debian abrir el abismo en que iba á precipitarse este príncipe y toda su dinastía.

CAPÍTULO XXVIII.

Sumario.—*Consejos celebrados en Saint-Cloud con asistencia del rey el domingo 4 y el miércoles 7 de julio; adopcion de medidas ilegales: discurso de Carlos X.—Reunion en casa de Mr. de Broglie.—El Nacional, Mr. Laffitte, Benjamin Constant, los generales Gerard y Sebastiani; el general de Lafayette; el duque de Orleans.—Situacion política de la Europa.—Carlos X y Mr. de Polignac.—Fuerza del ejército. Campamentos de Saint-Omer y de Luneville; incidente belga. Guarnicion de Paris. Paso dado por los jefes realistas del oeste.—Secreto guardado por Carlos X y sus ministros. Consejo celebrado el sábado 24 de julio.—Domingo 25. Saint-Cloud antes del oficio divino y durante el mismo. El gabinete del rey Mr. de Vitrolles y Mr. de Semonville. Consejo de ministros; firma de las ordenanzas. Comida en Saint-Leu; el duque de Borbon, y el duque de Orleans.—Lunes 26, los periodistas y los diputados. Reunion en las oficinas del Nacional. Protesta de los escritores. Agitacion en la Bolsa y en el Palais-Royal. Confianza de los ministros. El rey. Marmont en Saint-Cloud y en el Instituto. Reunion de electores en las oficinas del Nacional. Reunion de diputados en casa de Mr. Laborde. Mr. Polignac y Carlos X en la noche de este dia. Martes 27, Marmont recibe sus órdenes de servicio: su instalacion en el Carroussel. La clase media, la restauracion y la clase trabajadora. Los operarios impresores. Talleres abandonados ó cerrados. Recogida del Nacional y del Tiempo; Mr. Baude. Decretos de prision espedidos contra cuarenta y cuatro periodistas. Reuniones en el Palais-Royal. Cargas de caballería. Primera escaramuza.—Reunion de diputados en casa de Mr. Casimiro Perier. Primeras barricadas. Nuevas cargas de movimiento de las tropas. La tropa de línea; incidente. Reunion en casa de Mr. Cadet-Gassicourt. Incendio del cuerpo de guardia de la Bolsa. Junta de ministros en casa de Mr. de Polignac.—Miércoles 28. Aspecto de Paris por la mañana. Destruccion de las armas reales. Aparicion de la bandera tricolor.—Carta de Marmont á Carlos X. Primer plan del mariscal. Paris en estado de sitio. Movimiento de las tropas en cuatro colunas.—Reunion de diputados en casa de Mr. Andry de Puyraveau; protesta.—Marcha de la primera coluna de Marmont á las casas consistoriales; de la segunda, al mercado de los Inocentes; del coronel de Plaineselves á la puerta de San Dionisio; de la tercera coluna, á la plaza de la Bastilla; y de la cuarta á los baluartes de la Magdalena y de Capuchinas.—Carácter de la lucha, hechos particulares.—Segunda carta de Marmont á Carlos X. El mariscal y Mr. Arago.—Orden de prision contra seis diputados.—Entrevista de Laffitte, el general Gerard, Mauguin, el general Lobau y Casimiro Perier con Marmont; su regreso á casa de Mr. Berard; segunda reunion de diputados.—Proposiciones conciliatorias presentadas en Saint-Cloud por Mr. Vitrolles; su conversacion con Carlos X; su vuelta á Paris.—Situacion de las tropas: esfuerzos de Marmont para desembarazar al general Quinsonnas; retirada efectuada por el general, por el coronel de Plaineselves y por el general Saint-Chamans.—Nuevas reuniones de diputados en casa de Mr. Andry de Puyraveau á las diez de la noche.—Saint-Cloud. El rey y el coronel Komierowski.—Falta de víveres. Los soldados y el pueblo. Los heridos de ambas partes.—Abandono de las casas consistoriales. Concentracion de tropas en el Louvre y en las Tullerías.*

1830.—Las elecciones hechas desde el 23 de junio por los colegios de distrito ninguna duda dejaron á Carlos X y á sus ministros acerca del resultado general de las operaciones electorales: era evidente que la oposicion volveria mas fuerte y decidida. Este acontecimiento no halló al ministerio desprevenido; sus miembros, conforme hemos visto en el capítulo antecedente, habian convenido en los consejos celebrados el 17 y 18 de mayo, de recurrir en caso de una derrota al poder dictatorial que el príncipe y sus ministros persistian en ver contenido en el artículo 14 de la carta (1). Sabido es que los ministros se reunian bajo la presidencia del rey los domingos y miércoles de cada semana. En el consejo celebrado el domingo 4 de julio fué cuando Mr. de Polignac y sus colegas discutieron delante de Carlos X y del delfin la situacion en que les colocaba la vuelta indudable de la asamblea que les habia ya negado su concurso. El presidente del consejo y otros tres ministros propusieron retirarse; su dimision, decia, podria dar márgen á alguna nueva combinacion ministerial útil á los intereses de la monarquía. «Jamás consentiré en vuestra retirada, respondió Carlos X; y no tendria los resultados que creeis. Cualquiera que fuese el color de la mayoría de que pudiese sacar mis nuevos ministros, mi posicion fuera esta: ó bien vuestros sucesores querrian sostener los derechos de mi corona, y en tal caso perdieran todo influjo en la mayoría; ó permanecerian fieles á sus principios, y entonces debilitarian, dado que no las sacrificasen, las prerogativas de mi poder real. Debo pues negarme, como en efecto me niego, á aceptar vuestra dimision.» Mandó el rey á los ministros que examinasen de nuevo si el artículo 14 daba á la corona la facultad de tomar por sí sola las medidas que le pareciesen necesarias para la seguridad (2) del pais.

La cuestion de principios estaba ya resuelta en las reuniones anteriores; Mr. de Polignac y sus colegas, en las conferencias que tuvieron entre sí desde el dia siguiente, no trataron ya mas que de los medios de su aplicacion. Emitiéronse las opiniones mas vacías; un ministro propuso convocar, bajo el nombre de gran consejo de la Francia y bajo

(1) Los términos del artículo 14 que invocaban los ministros eran estos: «El rey es el jefe supremo del estado. Hace los reglamentos y ordenanzas necesarias para la ejecucion de las leyes y para la seguridad del estado.»

(2) «Estudios históricos y políticos de Mr. de Polignac.»

la presidencia del delfin, una asamblea de pares, de diputados y de miembros de los consejos generales, quienes serian consultados sobre los medios de salir de la crisis en que estaba empeñada la monarquía. Otro fue de dictamen que debia reemplazarse la cámara de diputados por una asamblea de notables, compuesta de los propietarios mayores contribuyentes en número igual al de los diputados de la cámara disuelta (1). Tratóse ademas de anular cierto número de elecciones, abrir la legislatura y continuarla con los diputados que se conservasen. Pero todos estos dictámenes fueron desechados sucesivamente como ineficaces ó impracticables, y acordaron un conjunto de medidas, que consistian en sustituir al régimen electoral existente, y á la última ley sobre la imprenta una nueva legislacion que daba al gobierno todo influjo en las elecciones de diputados y todo poder sobre la publicacion de los periódicos. Estas medidas hallaron dos opositores: Mr. de Peyronnet las admitia como principios, pero negaba la oportunidad de su aplicacion; Mr. de Guernon Ranville, mas absoluto, no las creia necesarias. Así pues cuando en el siguiente consejo del miércoles 7 presentaron los ministros á Carlos X el resultado de sus deliberaciones, el ministro de instruccion pública se apresuró á combatir las resoluciones de sus colegas. Decia que solamente un ataque directo y violento de la mayoría á los derechos de la corona era el único caso en que pudiese justificarse el recurrir á medidas estralegales. Segun él pues era prudente esperar la reunion de la asamblea, hacer un segundo ensayo, y apelar solo al artículo 14 cuando fuese evidente á la conciencia pública que el gobierno era del todo imposible sin hacer una profunda modificacion en la ley electoral. Por otra parte la cámara considerada en la mayoría de sus miembros era realista, añadia este ministro, y nada demostraba que gran parte de los doscientos veinte y un ilustrados por la firmeza del rey, alarmados por los progresos del espíritu de anarquía no volviesen con disposiciones mas favorables al gobierno. Sin duda no podia esperarse lo mismo de la estrema izquierda, única parte de la asamblea que era francamente revolucionaria; pero aun suponiendo que este lado de la cámara arrastrase á cierto número de diputados realistas, lograse rebajar el presupuesto y suprimir los fondos necesarios para ciertos servicios, podia la corona suplir á esta supresion, mediante el empleo de los bonos reales. A lo menos la prerogativa real quedaria salvada, y el gobierno tendria delante de sí un año para ilustrar y desengañar los ánimos: solo una negacion absoluta á aprobar los presupuestos, dijo al terminar, podria justificar el recurso al artículo 14; porque rompiendo todos los resortes de la administracion y suspendiendo, por decirlo así, el movimiento y la vida del gobierno, fuera esta negativa un acto de rebeldía, que en concepto del pais entero daria al trono, no solo el derecho, sino la obligacion de buscar en sus prerogativas los medios de salvar á la nacion. Pero esta denegacion únicamente podia espresarla la cámara reunida en legislatura; por consiguiente era necesario aguardar hasta entonces.

Mr. de Guernon Ranville al salir de la reunion particular en que el dia anterior convinieron sus colegas en el principio de las medidas que acababa de combatir, insistió vivamente con Mr. de Peyronnet para que se mantuviese en su opinion y la sostuviese delante del rey. Esperaba pues que el ministro de lo interior apoyaria las consideraciones que acabamos de relatar. Pero la opinion de Carlos X parecia ya fijada; hallábase presente, lo mismo que su hijo; Mr. de Peyronnet no abrió la boca; y quien habló fué el delfin: «El partido que proponeis es el mas legal, y acaso el mas seguro, dijo á Mr. de Guernon Ranville; y me sentiria muy inclinado á darle la preferencia, pero puesto que la mayoría ha adoptado otro, véome obligado á ponerme de su parte.» Para los otros ministros, la discusion no pasó de algunas observaciones secundarias: por lo demás, todos admitian la legalidad y la necesidad de las resoluciones acordadas. Despues que cada cual hubo dicho algunas palabras, el rey espuso que toda vez que su consejo estaba acorde en cuanto el derecho que le concedia el artículo 14, de buscar en su sola autoridad los medios de proveer á la salvacion de la monarquía, no faltaba mas que examinar la cuestion de oportunidad. Mr. de Polignac aseguró que habia llegado el momento; que muchísimos avisos aseguraban la existencia de sociedades secretas en medio de París, y de proyectos positivos contra el gobierno. «El espíritu revolucionario, añadió Carlos X, nunca ha abandonado á una parte de la poblacion; y en la cámara está representado por los hombres de la izquierda. Aparentan dirigirse solo contra vosotros, pero su verdadero blanco es la monarquía. Dicenme: Despedid á vuestros ministros y nos entenderemos. Pero no os despidiré: 1.º porque os profeso estimacion y afecto; y luego porque si cediese á semejante exigencia me tratarian como trataron á

(1) «Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.»

mi desgraciado hermano, cuyo primer retroceso fué la señal de su ruina. No quiero retroceder como él, porque en este punto tengo sobrada esperiencia (1).» En apoyo de su opinion, refirió el rey que un inglés de distincion perteneciente al partido radical le habia descubierto pocos dias antes los planes de la oposicion, tales como decia haberlos sabido este estranjero del general Sebastiani. «El rey, dijo dicho general, es personalmente amado; pero la dinastía de los Borbones no conviene á la Francia; haremos los mayores esfuerzos por desembarazarnos de ella; y si salimos con nuestro intento, aseguraremos á esta familia una existencia honrosa en el estranjero, por ejemplo en Roma (2). Esta anécdota al parecer hizo profunda impresion en los ministros, lo que no se escapó á la penetracion del rey. Entonces les dijo: Que aprobaba las medidas cuyo principio habian adoptado, y que les instaba que tratasen desde luego de los medios de aplicarlas (3). Mr. de Peyronnet, cuya oposicion, limitada á las cuestiones de oportunidad, acababa de desvanecerse ante la actitud y el lenguaje de Carlos X, se encargó de redactar el decreto sobre la ley electoral; Mr. de Chantelauze tomó sobre sí el decreto sobre la prensa, así como el preámbulo que debia justificar esa doble violacion del pacto constitucional; en seguida el consejo se separó.

Los rumores de sociedades secretas y de proyectos agresivos referidos por Mr. de Polignac procedian sin duda de alguno de estos obligados descubrimientos que los agentes de la policía, menos atentos á la verdad de los hechos que á su verosimilitud, llevan á la credulidad del poder que les paga. Por consiguiente, estos rumores carecian de todo fundamento. La única organizacion política existente era la sociedad «Ayúdate que Dios te ayudará;» y es sabido que no conspiraba. No hay duda que algunos de sus miembros podian desear la caida de los Borbones; pero no se atrevian á esperarla; pues este acontecimiento era basta para los hombres mas osados un secreto envuelto en un porvenir todavía muy lejano. En cuanto á las reuniones celebradas fuera de esta sociedad, una sola se efectuó por este tiempo en casa de un personaje á quien no animaba ciertamente el espíritu revolucionario; tal era el duque de Broglie, uno de los jefes del partido constitucional en la cámara de pares. Esta tuvo lugar á primeros de julio, cuando el resultado de las elecciones de la primera serie no dejó ya duda acerca de la composicion de la futura asamblea. ¿Qué partido adoptaria la oposicion en el caso en que la corona, irritada por semejante resultado, recurriese á medidas inconstitucionales? Esta fué la cuestion suscitada en el salon de Mr. de Broglie, donde se hallaban, entre otros, Mr. Molé, Sebastiani, Guizot y Odilon Barrot. Resolvieron negarse individualmente á pagar el impuesto; inducir á la cámara á desechar el presupuesto; en una palabra, conviniéronse en resistir por todos los medios legales. «Pero si esta resistencia fuese insuficiente y se recurriese á la fuerza, ¿que debiera hacerse? preguntó uno de los asistentes. Esta pregunta escitó algunos murmullos, y la reunion se separó sin querer discutirla.

En general los enemigos de la revolucion de julio han citado como la prueba de una maquinacion, cuya esplosion trataron de prevenir acudiendo al artículo 14, la creacion y polémica de un periódico fundado por la parte mas activa de la opinion liberal. Este periódico titulado el *Nacional*, no debia de modo alguno su aparicion al duque de Orleans, á Mr. de Talleyrand ó á Mr. Laffitte, como se ha querido suponer; sino que se estableció mediante los sacrificios hechos por un sinnúmero de liberales ardientes, comerciantes, médicos, abogados y escritores, que descontentos de la timidez y pesadez de los periódicos mas antiguos de la opinion constitucional, deseaban un órgano mas vivo y mas ajeno de la estrechez de miras de una redaccion siempre meticulosa (4). Dirigíalo un publicista jóven, conocido ya por sus trabajos históricos, ingenio ágil, dotado de atrevida elocuencia, escritor despejado y fecundo, tal era Mr. Thiers, á quien ausiliaban otros escritores de talento, como Mr. Carrel (5) y Mignet. El Nacional, pues, llamó pronto la atencion pública por la viveza y raro mérito de su redaccion. Frecuentes paralelos entre la restauracion de los Borbones y la de los Estuardos: entre la situacion de Francia bajo el gobierno de Carlos X, y de Inglaterra bajo Carlos II y Jacobo II; incesantes alusiones á una crisis fa-

(1) «Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.»
(2) Roulléo, «Historia del último año de la restauracion.»
(3) Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.
(4) El duque de Orleans y Mr. de Talleyrand permanecieron enteramente estraños á la fundacion del Nacional; Mr. Laffitte solo tomó parte por el valor de media accion. El primer número de este periódico salió á luz el 3 de enero de 1830.
(5) Mr. Carrel era el oficial cuyo nombre hemos citado con motivo de la conjuracion de Befort y de la espedicion á España.

tal, llamada á producir entre nosotros la revolucion de 1688; la diaria glorificacion de los resultados de la revolucion de 1789: tales eran los asuntos ordinarios de sus artículos: «Os engañais completamente, declanles los diarios ultrarealistas; la Francia no es revolucionaria.»—«Tampoco lo somos nosotros: un cambio de dinastía no es una revolucion; y la Inglaterra en 1688 era tan poco revolucionaria, que colocó en el trono al pariente mas cercano de Jacobo II,» respondia el Nacional, cuyo principal redactor manifestaba así su opinion particular, monárquica, pero antidinástica. Hijos estos artículos del impulso de discusiones muy recientes, y de las provocaciones de la prensa ministerial, tuvieron por verdadero resultado el inducir los ánimos á considerar la sustitucion de una rama de la real familia por otra como un remedio apetecible para sacar á la Francia de la crisis por la que estaba pasando. Entre otros, Mr. Laffitte en su tertulia hacia con frecuencia asunto de su conversacion, de las ventajas que produciria este cambio dinástico. Pero este personaje político hacia ya algunos años que tenia esta opinion. Buscado y lisonjeado por el duque de Orleans, quien no contento con admitirle en sus salones, le hacia además algunas visitas, Mr. Laffitte, seducido y encantado al ver tales consideraciones, gustaba de hablar con mucha frecuencia de la instruccion poco comun y del liberalismo del primer príncipe de la sangre, y estos elogios hallaban un eco completamente en Mr. Benjamin Constant y en los generales Gerard y Sebastiani, admitidos como él en la familiaridad del Palais-Royal. Pero si estos diputados sentian que la Francia constitucional no tuviese por rey, en lugar de Carlos X, al príncipe que les admitia en una especie de intimidad, menos espresaban una esperanza que un simple deseo, que hasta el último instante ninguno de ellos, como veremos, debia creer realizable. Por otra parte la idea de este cambio de dinastía desechábala un personaje cuyo influjo en el significado activo de la palabra era mucho mas poderoso que el de los cuatro diputados cuyos nombres acabamos de citar: tal era Mr. de Lafayette. Este general, siendo todavía la personificacion de la mas viva hostilidad al gobierno de la restauracion, era aun el único personaje político que pudiese reunir al rededor de sí y de su nombre en una circunstancia y en un tiempo determinado, toda la parte jóven y vigorosa de la clase media, á cuyas aficiones ó irritacion sirvió de guia en las conjuraciones de 1821 y 1822. Así pues, á pesar de una alianza de familia con el duque de Orleans, el Guillermo II señalado por la situacion (1), y su aprecio á las virtudes domésticas de este príncipe, conservaba Mr. de Lafayette las mismas opiniones que trató de hacer prevalecer en el comité director de la carbonería: para él la caida de los Borbones no podia ni debia tener otro resultado que la proclamacion de la soberanía nacional y la convocacion de una asamblea constituyente que arreglase los destinos del pais decidiendo soberanamente sobre la forma de gobierno y de su ley política.

El duque de Orleans era tambien el mismo que se habia mostrado en 1814 y 1815, lisonjero de la corte y adulador de la oposicion; atento al lado de Carlos X y abriendo sus salones á los diputados liberales, moderados, á los escritores, artistas y poetas de nombradía que por su independencia se granjeaban la mala voluntad del poder, censurando la marcha de este, sin salir jamás de la mayor reserva con el rey; oyendo con complacencia las confidencias y los presagios mas contrarios á la duracion del gobierno, sin dar á sus interlocutores otros estímulos que esta seguridad repetida de continuo; á saber: «Que suceda lo que suceda, no emigraré; pues no quiero abandonar ya mas la Francia;» evitando en sus conversaciones mas familiares y en apariencia las mas íntimas, salir de los límites de la mas prudente consideracion tratándose de los príncipes sus parientes; al paso que tocante á los mismos toleraba en la servidumbre de su casa, en sus edecanes y en sus servidores particulares, un lenguaje tan atrevido y unas opiniones tan libres, que se permitian toda especie de chanza. No puede decirse sin embargo que engañase á la corte en beneficio de miras ambiciosas cuya próxima realizacion se preparase secretamente á su alrededor, y con su tácito consentimiento. Como padre de una numerosa familia, y posesor de una de las mayores fortunas territoriales de Europa, tenia el duque de Orleans demasiados riesgos que correr en un trastorno político para que pudiese considerar sin temor hasta su simple posibilidad. Aunque hijo de regicida era Borbon: la caida de Luis XVI del trono le habia condenado ya una vez á la ruina y á un destierro de veinte y dos años; y la caida de Carlos X podia arrastrarle por segunda vez al naufragio de su raza. Por otra parte solo el duque de Bordeos, niño todavía, le separaba del trono y la posibilidad de verlo ocupado ya que no por él mismo, á lo menos por alguno de sus hijos, era una perspectiva sobrado halagüeña para obligarle á alejar de su ánimo hasta la idea de aventurar su existencia opulenta y tranquila y la suerte de todos los suyos en el azar incierto y engañoso de las revoluciones. El cuidado que ponia en contemporizar y en conciliarse todos los partidos, dimanaba tanto de su carácter particular falto de franqueza y de miras elevadas, como de la idea de reservarse una posicion distinta de la de sus parientes en el caso eventual de una catástrofe que confusamencia preveia, la cual podia presentar aun temiéndolo, puesto que la veian venir hasta las potencias estranjeras desde el advenimiento del ministerio Polignac, y aun trataban de apartarla de Carlos X.

Los embajadores de las diferentes cortes, que se hallaban en Paris, no dejaban ignorar á sus gobiernos así la irritacion del rey y los designios de sus ministros, como el estado de la opinion pública. Semejante situacion causaba inquietud á la Europa; en todas partes fermentaban gérmenes de resentimientos y de revueltas; la Polonia llevaba con impaciencia el yugo de la Rusia; en los estados venecianos, en Lombardía, en Hungría y hasta en Bohemia manifestábanse síntomas amenazadoras de descontento contra el dominio de Austria; la Bélgica empezaba á tener con el rey de los Paises Bajos una lucha que debia terminar en una separacion; las provincias del Rhin producian las quejas mas vivas contra el gobierno de Rusia; y la Italia central se disponia á una sublevacion. En semejante estado de cosas, una chispa revolucionaria salida de Paris podia incendiar el continente. Mr. de Montemar, embajador nuestro en Rusia, escribia á Mr. de Polignac: «La opinion del embajador es que el salirse de la carta es esponerse á una catástrofe.» Y en una conversacion particular tenida con nuestro embajador el emperador, añadió: «Si el rey quiere probar un golpe de estado, él sufrirá la responsabilidad, Carlos X debe tener presente que los aliados en el tratado de Paris salieron fiadores tanto de la carta como de la legitimidad de los Borbones.» Mr. de Metternich por su parte decia tambien á Mr. de Rayneval, nuestro embajador en Viena: «Vuestras dos grandes llagas son la ley electoral y la libertad de imprenta; pero no creo que deban atacarse brutalmente. Solo podeis llegar á conseguir el objeto por medio de las cámaras; la Europa no puede apoyar otra cosa; pues un golpe de estado fuera la ruina de la dinastía.» La Europa hubiera aplaudido la supresion del gobierno constitucional en Francia, si esto hubiese sido asequible; pero Carlos X era tan conocido de los demás soberanos como de sus ministros; y lo mismo el czar que Mr. de Metternich, al insistir en que respetase la carta, cedian á la desconfianza que les inspiraba la capacidad y el carácter de este príncipe mucho mas que á un sentimiento favorable hácia la carta en sí misma. La violacion de este pacto solo en un punto les afectaba; á saber, temian que no saldria bien. Estas recomendaciones sin embargo no alucinaban á Carlos X, quien no las creia sinceras. El mal estado de la salud acababa de obligar á Mr. de Montemar á regresar á Francia; y puso en manos del rey una carta en que la condesa de Nesselrode le renovaba la formal desaprobacion de Nicolás á toda tentativa que se dirigiese á violar la carta. «¡La carta! ¡la carta! esclamó Carlos X con mal humor. Contestad á madama de Nesselrode que no pienso en salirme de ella y que le soy mas adicto que los que tanto la nombran!»

Como todos los hombres que siguen un pensamiento fijo, á quienes domina y arrastra una pasion y que tienen necesidad de justificarse ante su propia conciencia, Carlos X se habia formado una doctrina por cuyo medio podia afirmar sin mentir á sus convicciones que permanecia fiel á la carta al mismo tiempo que pensaba en el modo de violar algunas de sus disposiciones. «El artículo 14, decia, no solo me da derecho, sino que me impone el deber de espedir las órdenes necesarias para la seguridad del estado: las medidas que voy á tomar tienen por objeto y tendrán por resultado la salvacion de la monarquía; luego al adoptarlas, no solo no me salgo de la carta, sino que muy al contrario, pertenezco fiel á su letra y á su espíritu, y ejecuto una de sus disposiciones.» Carlos X afectó á sus amigos, que supo conservar hasta en el trono; bienhechor y liberal hasta la prodigalidad, fácil y bondadoso hasta la debilidad, como particular era franco y generoso, incapaz de cometer, no diremos una crueldad, sino hasta la menor injusticia. Como rey, profesaba acerca de la estension de sus prerogativas y sobre los privilegios de su dignidad varias opiniones que hasta cierto punto oscurecian en él así el sentido moral como el político. En su concepto la carta era una concesion, una gracia de la corona, que solo obligaba al rey en cuanto este beneficio no se volvia contra él mismo, y se abusase despojándole de los derechos que él se habia reservado. Cualquiera tentativa de esta especie considerábala como un acto de ingratitud que hacia nulo el don y dejaba libre al trono, el cual volvia á entrar en la ple-

(1) La condesa de Tolosa, madre del duque de Penthièvre, abuelo materno del duque de Orleans, pertenecia á la familia de Noailles, lo mismo que madama de Lafayette.

nitud de su primitiva autoridad. Por consiguiente la monarquía tal como Carlos X la entendia, era tal como la ejercieron sus antepasados, y como el mismo la habia visto ejercer en Versalles. A sus ojos la debilidad de Luis XVI era el único origen de sus desgracias, y la revolucion no hubiera estallado, decia sin cesar, si su hermano hubiese opuesto una resistencia varonil à toda demanda de reforma; solo sus condescendencias le habian llevado al cadalso. Carlos X, á pesar de sus años, habia conservado la gracia y frivolidad, así como los modales nobles y elegantes que le hicieron el ídolo de la reducida corte de Coblenza (1). Habiendo continuado siendo el perfecto modelo del emigrado de dicha época, nada habia olvidado, ni aprendido, y cifraba una especie de vanidad, y casi orgullo, en hacer observar que en medio de los numerosos cambios verificados así en los hombres como en las cosas en el espacio de cuarenta años, él à lo menos habia permanecido fiel à su principio, y en 1830 se hallaba en el trono con las mismas opiniones que en 1780 (2). Semejantes convicciones no son fáciles de dominar; así fué que Mr. de Polignac estaba muy distante de ejercer en el ánimo de Carlos X la influencia que se suponia. No fue él, como se ha visto, sino el rey y delfin quienes firmaron el ministerio de 8 de agosto. En cuanto à su favor particular con el monarca, acaso dependia menos de una intimidad de treinta años, que de cierta conformidad de miras y de sentimientos que hacia que el rey y su ministro estuviesen de acuerdo en todas las cuestiones así políticas como religiosas, lo cual jamás habia hallado Carlos X ni aun en Mr. de Villele, y esto le libraba de las observaciones y objeciones que siempre ofenden al poderío, cualesquiera que sea la forma de su mision y respeto con que se resista la resistencia. Mr de Polignac tenia sobrada altivez y orgullo para consentir en tener una servil condescendencia; pero este hombre político seguia sus personales convicciones y sus propios deseos al ausihar al rey en esa desviacion de nuestras instituciones que tres años antes presentó como un caso estremo y fuera de toda humana prevision. (Informe secreto de 14 de abril.)

La indiferencia de la generalidad del pueblo por las cuestiones políticas y la completa influencia de la tribuna y de la imprenta para dispensar su atencion, ó para separarlo de los intereses materiales, era, como se ha visto, el pensamiento dominante en este informe. Semejante conviccion tuvo notable influencia en la adopcion de las medidas que Mr. de Chantelauze y Mr. de Peyronnet se encargaron de convertir en decretos. Resumíanse estas medidas en una profunda modificacion del sistema electoral, y en la supresion de la libertad de los periódicos. El pueblo, decian los ministros, no tiene el menor interés en ninguna de estas dos cuestiones pues no sabe leer, ó no lee, ni ejerce ningun derecho político. Esto supesto, ¿qué le importa que se cambie el sistema electoral y que se suprima la libertad de los periódicos? Al dirigir el golpe à la imprenta y al cuerpo electoral no se toca à él, solo se hiere à la clase media, clase envidiosa de la nobleza, y à la que impacienta toda superioridad social; el pueblo por su parte tambien la envidia y detesta y así verá con gusto que la despojen de los privilegios de que se vale para perturbar su reposo y para satisfacer miserables intereses de ambicion y vanidad. Las demostraciones populares dirigidas contra los diputados constitucionales elegidos en los colegios de Figeac y de Montalvan, eran al parecer una prueba de estas disposiciones hostiles de las masas populares à los hombres de la clase media. En vano Mr. de Guernon-Ranville hacia notar que «la clase media se hallaba por mil puntos en contacto con el pueblo,» pues sus colegas no admitian que las medidas que discutian pudiesen hallar la menor oposicion en otra parte que en las filas de la clase media, de estos hombres avaros, soberbios y disputadores, de donde se sacaban los ochenta mil contribuyentes que componian el cuerpo electoral. Nadie suponia pues que hubiese una resistencia seria; y en todo caso, el gobierno tenia fuerzas para vencerla; à lo menos Mr. de Polignac, encargado de ello, como ministro interino que era de la guerra, lo aseguró así sin vacilar.

El efectivo del ejercito, à la sazon bajo pié de paz, debia presentar un total de doscientos cuarenta mil hombres; pero la necesidad de economías vivamente reclamadas por las cámaras á causa de lo subido del presupuesto de la guerra hacia que cada año la administracion espidiese en todos los cuerpos licencias ilimitadas, que disminuyendo de un quinto el efectivo de los regimientos de línea, y de un sexto el de los regimientos de la guardia real, disminuia de cincuenta mil hombres el efectivo reglamentario. Entonces pues, el mes de julio de 1830, quedaba una fuerza de ciento noventa mil hombres; reducida á mas à ciento cincuenta mil, à causa de los treinta y cuatro mil que se hallaban en el suelo africano formando el ejército espedicionario. Las tropas que quedaban pues en realidad á disposicion del gobierno para guarnecer nuestras plazas y fronteras, y mantener la tranquilidad pública en todos los puntos del territorio francés eran unos ciento cincuenta y seis mil hombres; estos además debian hacer frente à los sucesos que la política à todo trance que habia adoptado el rey podia producir en las principales ciudades del reino. A mas de esto, debian quitarse de dicho número diez mil hombres que se habian dirigido à las cercanías de Tolon à formar un cuerpo de reserva para el ejército de África; al mismo tiempo que otros catorce mil, poco mas ó menos, se hallaban reunidos en los dos campos militares de Saint-Omer y de Luneville. En vano Mr. de Polignac cuando tuvo la primera idea de dar un golpe de estado hubiera querido disolver estos campos llamando á sus soldados de antemano para que reforzasen la guarnicion de Paris, puesto que un incidente político acaba de inmovilizar momentáneamente estas fuerzas en sus acantonamientos. «A la sazon, dice Mr. de Polignac, supe por un parte de Bruselas la próxima entrada de treinta mil prusianos en el reino de los Paises Bajos. La Bélgica estaba descontenta de su gobierno; pues siendo católica, los tratados de 1814 la habian puesto bajo el dominio de un príncipe protestante, quien por medio de imprudentes medidas habia irritado los sentimientos religiosos de sus nuevos súbditos. Asustado al ver el espíritu de insurreccion que se manifestaba en Bélgica, y por otra parte poco seguro acerca de las disposiciones de sus tropas, negociaba secretamente la intervencion del rey de Prusia (1). La presencia, pues, de un cuerpo de tropas prusianas en la frontera de Francia podia por sí sola provocar el movimiento revolucionario que tratábamos de reprimir. Era necesario pues prevenir este suceso. Con permiso del rey, mandé al punto al embajador francés residente en Bruselas que manifestase al gobierno de los Paises Bajos cuánto sentíamos y nos desagradaba dicho plan de intervencion de la Prusia; y le autoricé para declarar que si entraba en territorio belga un solo soldado prusiano, inmediatamente se levantarian los dos campos de Saint-Omer y de Luneville para dirigirse à Bruselas à marchas dobles. Estas representaciones produjeron su efecto: y la intervencion no se verificó; pero hasta haber adquirido sobre esto una completa certidumbre me vi precisado à dejar en Saint-Omer y en Luneville las tropas que acampaban en estos lugares (2). Sobre todo las fuerzas que guarnecian la capital y las que se hallaban estacionadas en sus inmediaciones y en lo restante de la division militar, me parecian entonces suficientes para contener y reprimir cualquiera tentativa de insurreccion que llegase à estallar. Tal era entonces mi opinion, y ciertamente la creí fundada, puesto que debí contar con la fidelidad de todas las tropas sin escepcion (3).»

Las fuerzas que componian la guarnicion de París, comprendidas en las inmediaciones ó repartidas en lo restante de la primera division, eran como sigue:

París. Guardia real: tres regimientos de infantería, 1.° y 3.° (guardia francesa), 7.° (guardia suiza); dos regimientos de caballería, coraceros y lanceros; dos baterías de seis piezas cada una.

Tropa de línea: cuatro regimientos de infantería, 5.°, 50.° y 53.° de línea, 15.° ligero.

Fusileros sedentarios: once compañías de cien hombres cada compañía.

Gendarmería: de caballería 560 hombres: de infantería 900.

Alrededores de París. Vincennes, seis baterías de artillería de la guardia de seis piezas cada batería, un batallon de infantería del 6.° de la guardia: San Dionisio, dos batallones de infantería del 6.°: Courbevoie, un batallon de infantería del 4.° de la guardia: Versalles, tres ba-

(1) Carlos X estaba dotado de una complexion robusta. Habiendo nacido en Versalles el 9 de octubre de 1757, tenia en 1830 setenta y tres años. En la semana que precedió à la publicacion de las ordenanzas, un dia estuvo cazando á pié por espacio de cinco ó seis horas sin sentir el menor cansancio. A su vuelta á Saint-Cloud, cierta señora à quien estaba hablando de esta caza le cumplimentó sobre su robustez, añadiendo que pocos jóvenes hubieran podido hacer lo mismo sin hallarse muy fatigados. «Lo creo,» respondió el rey sonriendo. Luego dirigiéndose su pensamiento à la lucha en que iba à empeñarse, añadió: «Aun tengo fuerzas para descargar un buen sablazo à los pícaros.»

(2) En la deposicion de Mr. Arago ante el tribunal de los pares cuando se trató de la causa de los ministros leíase: «El mariscal (Marmont) me dijo que un dia despues del juego del rey Cárlos X habló à las personas que le rodeaban, sobre los sucesos de su reinado. Entonces aun no habia tenido efecto la espedicion en Argel. Estos acontecimientos, à su parecer, deberian ocupar poco lugar en la historia. Citó, sin embargo, dos circunstancias de su vida que podian llamar la atencion de la posteridad: la una era la resistencia que opuso en 1789 à las exigencias del estado llano; y la otra la formacion del ministerio de 8 de agosto.»

(1) En efecto al cabo de algunas semanas, el 25 y 26 de agosto, insurreccionose la Bélgica, arrojó à los holandeses y proclamó su independencia.

(2) «Los papeles relativos à este incidente deben hallarse en los archivo de los negocios estranjeros.» (Nota de Mr. de Polignac.)

(3) «Estudios históricos y políticos de Mr. de Polignac.»

tallones de infantería del 2.º de la guardia, y doce escuadrones de caballería de la guardia.

Departamentos inclusos en la primera division militar: Melun seis escuadrones de caballería de la guardia, Fontainebleau, otros seis escuadrones de la misma caballería; Chartres, un regimiento de cazadores de á caballo de la línea; Orleans, un regimiento de infantería (suiza) de la guardia.

En resúmen quitando las bajas acostumbradas de enfermos, trabajadores de talleres, etc., las fuerzas que formaban la guarnicion de París, no incluso el cuerpo de zapadores, destinadas á un servicio especial, ascendian á once mil quinientos cincuenta hombres presentes sobre las armas y de doce piezas de artillería. Las tropas acuarteladas en los alrededores, y que podian acudir en pocas horas á la capital, cuya mayor parte en efecto entró en lucha, era de cuatro mil doscientos hombres y treinta y seis bocas de fuego. Las demás guarniciones de la division presentaban un efectivo de tres mil trescientos hombres entre caballería é infantería.

Diez y nueve mil hombres entre infantería y caballería, y cuarenta y ocho bocas de fuego, tales eran las fuerzas que existian en el espacio de la primera division militar; no inclusa la casa militar del rey, guardias de corps á caballo (mil hombres), y de á pié (trescientos hombres) y el regimiento de gendarmería distinguida, ó de caza, repartida en las varias residencias reales. Sobre este total de diez y nueve mil hombres, los once mil quinientos cincuenta de la guarnicion de París, y los dos mil quinientos llegados de los alrededores, es decir catorce mil hombres debian ser los únicos que se hallasen comprometidos en la lucha de un modo mas ó menos activo (1). Como hemos visto, Mr. de Polignac consideraba estas fuerzas como suficientes para detener ó reprimir cualquiera tentativa de insurreccion. No era de ningun modo la fácil represion de los motines de 19 y 20 de noviembre de 1827 lo que le daba esta conviccion, como se ha dicho; sino que la sacaba de la memoria de la insurreccion del trece vendimiario, año III, que fué la última sublevacion seria de que fué teatro la capital.

Atacada la convencion por una guardia nacional compuesta de mas de treinta mil hombres muy animados, bien armados, disciplinados hacia tiempo y conducidos por algunos generales, solo tenia para su defensa cinco mil hombres de tropa de línea. No obstante, la insurreccion fué vencida. Es cierto que mandaba las tropas de la convencion el general Bonaparte; pero la falta de un jefe semejante se hallaba ampliamente compensada en el caso presente en primer lugar por la falta de armas y de disciplina en el pueblo, por la incoherencia de los esfuerzos que pudiese hacer, y luego por el número y superioridad de las tropas destinadas á sofocar el movimiento, soldados distinguidos en la mayor parte por su disciplina, instruccion, vigor y denuedo, cuyas circunstancias hacian que fuesen de los mejores soldados de Europa. Pero en la lucha de Bonaparte con la guardia nacional hubo una circunstancia á la que Mr. de Polignac no presta la debida atencion. Además de los cinco mil hombres de que disponia la convencion, aceptó la ayuda que le ofrecieron mil quinientos ó mil seiscientos republicanos ardientes, perseguidos ó privados de sus empleos por la reaccion termidoriana, y el ausilio de jacobinos ó terroristas, á quienes dicha asamblea hizo distribuir armas y que se batieron con el mayor encarnizamiento. Estos auxiliares civiles conocidos con el nombre de patriotas de 89, fueron los que arrastrando y arrebatando la tropa de línea con su ejemplo decidieron el éxito de la jornada (2). Este socorro debia faltar á la monarquía; y el licenciamiento de la guardia nacional privaba á Carlos X hasta de la intervencion pacífica y de la asistencia moral de la parte de esta guardia cuyos intereses de opiniones la harian enemiga de todo cambio político. Por algunos instantes Mr. de Polignac creyó que podria dar otro apoyo á la causa de su señor. La probabilidad de un golpe de estado era tan manifiesto en la posicion que tomaba la corona, que los realistas del oeste mostraron inquietud por el resultado, y convinieron en caso de lucha en ponerse á la disposicion del rey. El conde de la Rochejacquelein fué el encarcado de ofrecer sus servicios a Mr. de Polignac. Los jefes vendeanos y bretones se comprometian á organizar inmediatamente la poblacion fiel de sus comarcas y á tenerla dispuesta á sostener el golpe de estado, si el gobierno consentia en lo siguiente: 1.º en reemplazar al general Despinois, comandante de la division militar de Nantes, por un general que se nombraba; 2.º En hacer ocupar inmediatamente á Saumur falto entonces de guarnicion, y en cuyo castillo habia un considerable depósito de armas, por un regimiento encargado de impedir que dichas armas cayesen en manos de los habitantes que segun decian estaban animados de los sentimientos mas hostiles á la monarquía. Consentia Mr. de Polignac en enviar á Saumur el regimiento que se solicitaba, pero el delfin, encargado del personal del ejército, se resistió á reemplazar al general Despinois, á quien en efecto recomendaba el realismo mas acrisolado. «Hubiera deseado que Mr. de la Rochejacquelein hubiese pasado adelante, ha dicho Mr. de Polignac; pero no pudiendo, con gran sentimiento de mi alma, descubrirle las medidas que acababa de determinar la corona, se pasó el tiempo en gestiones inútiles, y se me escapó de las manos el apoyo que esperaba encontrar (1).» A mas Mr. de Polignac habia formado el proyecto de llamar á los alrededores de París á todas las tropas comprendidas en el espacio de la primera division militar, y de tenerlas allí reunidas ya algunos dias antes de la publicacion de las ordenanzas formando un pequeño campamento: pero se temió que semejante movimiento de tropas no diese algun indicio de los proyectos que se meditaban, añade; y la proposicion no se adoptó (2).

Este absoluto secreto al que el ministerio sacrificaba todo preparativo militar aparente, era en efecto, en opinion de los ministros, lo que constituia esencialmente el éxito de la empresa. Ponian en efecto toda su confianza en lo imprevisto de la medida, y en la importancia en que se hallaba la oposicion de organizar de repente una resistencia seria, en la falta de toda imprenta libre, y ante las medidas de que se echaria mano para sofocar en su orígen la menor tentativa de rebelion. Así el rey, como sus ministros habian empeñado su palabra de honor en guardar secreto, y todos lo guardaron escrupulosamente. El 22 de julio, un general que acababa de ser elegido diputado fue á Saint-Cloud á presentar sus respetos al rey y al delfin. Habiendo sido recibido por el rey, quién le felicitó por su nombramiento, le dijo: «Me permitirá V. M. que le manifieste los deseos de mi departamento? —Cierto que sí, respondió el rey.—Señor todos los antiguos emigrados... Muchas veces son los peores.—No digo lo contrario; pero en fin los antiguos emigrados, los realistas constitucionales, los bonapartistas, en una palabra, todo el mundo, señor, dicen que V. M. no salga de los límites trazados en la carta.—Estad sin cuidado que no pienso en tal cosa.» El general tuvo este mismo lenguaje al delfin: «Habeis visto al rey? preguntó precipitadamente el príncipe.—Sí, señor.—¿Y que os ha dicho?—Señor, que no se trataba de extralimitarse de la carta.—Pues bien, ya que el rey os ha hablado así, tened confianza. No menos afirmativos eran los ministros en sus respuestas á las continuas preguntas que se les hacian. Pero á pesar de todas estas seguridades, no dejaba de ser el golpe de estado objeto de la preocupacion del público, quien lo consideraba como un suceso inminente, y esperado, que agitaba todas las imaginaciones y era la materia de toda conversacion. El lenguaje provocador é insolente de los periódicos religiosos, y las confidencias de algunos hombres de este partido sobre las intenciones positivas del rey y de sus ministros, la actitud cuidadosa de ciertos personajes pertenecientes al gobierno ó á la corte; mil sordos rumores, cierta inquietud y mal estar, presagio de tempestades, confirmaban á las clases medias en la indestructible conviccion de que amenazaba una próxima violacion de la Carta; y turbaba la confianza que las clases oficiales afectaban hallar en las seguridades de los ministros y en ciertas medidas destinadas á desvanecer las sospechas. Las cámaras debian reunirse el 3 de agosto: el gabinete no se contentaba con hacer insertar en sus periódicos notas sobre esta solemnidad y acerca de los primeros trabajos que tendria que desempeñar la asamblea; adelantaba de algunos dias

(1) Algunos escritores, al mismo tiempo que admiten el número de 11.000 á 12.000 hombres para la guarnicion de Paris, y de 4.200 hombres en cuanto á las tropas acuarteladas en los alrededores, solo hacen subir á 5.000 ó 6.000 hombres los soldados que se empeñaron en reprimir la insurreccion. Su cálculo descansa en dos puntos: en primer lugar no toman en cuenta los batallones que suministraron las guarniciones de los alrededores de Paris, y que sin haberse empeñado tanto como las de esta capital, sin embargo tomaron alguna parte en la lucha. En segundo lugar, quitan de los 11.000 ó 12.000 hombres de la guarnicion de esta capital cuatro regimientos de línea fundándose en la defeccion de estos. Pero en cuanto á dos de dichos regimientos esta defeccion no tuvo lugar abiertamente hasta el tercer dia, á saber el jueves á las 11 de la mañana: hasta entonces estos cuatro batallones obedecieron las órdenes de Marmont; y como se verá, cooperaron á la resistencia, ya como tropas de posicion, ya como tropas de combate, y todos tuvieron sus muertos y heridos. Su participacion en la refriega, no por ser menos seria y activa que la de la guardia, dejó de ser menos positiva. Creemos pues no apartarnos de la verdad insistiendo en evaluar en 14.000 hombres las fuerzas llamadas a concurrir en diferentes grados á la defensa de la causa real. Mucha parte, es cierto, se abstuvo de toda lucha en las calles: pero las compañías y batallones encargados de defender las posiciones que les encargó el gobierno, deben contarse tambien entre la fuerza presente y activa.

(2) «Memorias de Napoleon,» tom. III.

(1) «Estudios historicos y politicos» de M. de Polignac.

(2) Idem.

el envío de cartas cerradas dirigidas á los pares y diputados en particular para que asistiesen á la apertura de las cámaras. Muchas de estas cartas, distribuidas el sábado 24 de julio, fueron enviadas á los que estaban destinadas, en el instante mismo en que los ministros en una reunion particular fijaban los términos de los decretos, cuyo principio fué acordado quince dias antes en el consejo del dia 7.

Las conferencias habian sido muy frecuentes, ya en presencia del monarca y del delfin, ya mas á menudo aun entre los solos ministros. Sobre todo la nueva legislacion electoral ocupó al consejo, pues no podian convenirse en las principales disposiciones. ¿Se conservaria el doble voto? ¿La eleccion seria directa ó por grados? La prosperidad, el comercio y la industria, ¿tendrian una representacion particular? ¿Qué participacion se concederia á cada uno de estos grandes intereses? Las secciones del consejo empleábanse en discusiones sobre estos puntos, pero no ofrecian ningun resultado. Sin embargo, el tiempo urgia. Pusiéronse finalmente de acuerdo, y en la reunion del sábado ya solo debia revisarse la redaccion definitiva de las ordenanzas y de la esposicion destinada á justificar su necesidad. Aprobada esta redaccion, uno de los ministros, dirigiéndose á Mr. de Polignac le preguntó si se habian tomado precauciones militares. El presidente del consejo contestó con cierta especie de indiferencia que en pocas horas podia concentrar en Paris una fuerza de diez y ocho mil hombres, y en apoyo de su asercion presentó una nota cuyas aserciones parecieron contestables á algunos de sus colegas, quienes sin embargo no insistieron mas. Habiase ya señalado el jefe que debia mandar esta fuerza. El duque de Ragusa, gobernador titular de la primera division militar, ó de Paris (1), era á mas mayor general de la guardia real, hallábase entonces de servicio, y por consiguiente, tenia el mando superior de toda esta guardia (2). Pero aun cuando no le hubiese pertenecido de derecho la direccion superior de las tropas, se le hubieran dado por la confianza que inspiraba. El general Bourmont en el instante de partir para Argel, discutiendo con Mr. de Polignac las eventualidades que pudieran sobrevenir durante su ausencia; le dijo por dos veces: «Si os encontrais en algun apuro, y teneis que hacer obrar á la tropa, tomad á Marmont: está comprometido, y se batirá bien.» Convinose en que las cartas de servicio de este mariscal, serian firmadas por el rey al mismo tiempo que las ordenanzas; luego, por un estraño escrúpulo, resolvieron que someterian las ordenanzas á la aprobacion de las futuras cámaras al abrirse la legislatura, y separóse el consejo para reunirse en Saint-Cloud delante del rey á la mañana del dia siguiente 25.

Domingo 25 de julio.—En el palacio de Saint-Cloud, que era la residencia de verano de Carlos X, recibianse cada domingo cierto número de visitas llevadas del deseo de mostrarse al rey y de hacerle la corte. Aquel dia la afluencia de estos visitadores no fué mayor de lo acostumbrado. Pero entre los personajes políticos llevados allí tanto por la costumbre nacida de sus deberes con el rey, como por el sentimiento de vaga inquietud que hacia un mes tenian alarmados á los hombres empleados y políticos, hallábase el baron de Vitrolles que desempeñó un papel muy influyente en los primeros dias de la restouracion. Dos dias antes en una larga audiencia, en que dió gracias al rey por haber sido promovido á la cámara de pares, hallóle Mr. de Vitrolles completamente reservado sobre los medios que deberia emplear para vencer las dificultades de la situacion. Despues de haberse estendido largamente sobre estos apuros, le refirió el rey circunstanciadamente una conversacion que algunos meses antes tuvo con Mr. Humann, miembro de la oposicion, y diputado del Bajo Rhin. Su recibimiento afable y bondadoso pareció que interesaba á dicho diputado, quien le dijo: «Al recibimiento que el rey se ha dignado hacerme debo corresponder declarándole que no creo que pueda conservar su gobierno conservando un sistema electoral tan democrático, como es el actual; y con la libertad de imprenta tal como está establecida.—Y quien me dijo esto fué Humann! Humann! repitió el rey.» Esta afectacion en poner bajo la autoridad de un miembro de la izquierda el peligro ó la actitud de la cámara electiva y la legislacion sobre la prensa ponian á su gobierno, pareció á Mr. de Vitrolles indicio de preocupaciones que concordaban con los rumores que circulaban, quiso llevar varias veces la conversacion sobre la naturaleza y el mérito de las medidas reclamadas por las circunstancias, desenvolviendo él mismo un plan de resistencia apoyado en la organizacion de las fuerzas realistas del oeste y del mediodia; pero siempre Carlos X se desviaba de este asunto ó permanecia silencioso. Mr. de Vitrolles, bajo la impresion de estas dudas y de la inquietud en que le puso esta conversacion con el rey llegó á Saint-Cloud, y halló en el gabinete del rey, que servia de sala del consejo, á Mr. de Polignac y á sus colegas con otras diez ó doce personas. Las fisonomías de los ministros y la del rey que no tardó á comparecer para ir al oficio divino dejaban traslucirse cierta preocupacion. Carlos X solo se detuvo pocos instantes; pues dieron las doce, y se dirigió hácia la capilla acompañado de Mr. de Polignac, de Montbel y de las personas de su servidumbre. La mayor parte de los ministros permanecieron en la sala del consejo, y tambien Mr. de Vitrolles, quien dirigió sucesivamente la palabra á Mr. de Chantelauze, Capelle y Guernon Ranville; pero limitándose con los dos primeros á espresiones vagas acerca de lo grave de las circunstancias, de la discrecion y precauciones que exigia el remedio que se tratase de emplear, pero fué mas esplícito con el ministro de instruccion pública, á quien dijo: «No os pido vuestro secreto, pero debo advertiros que se está jugando la suerte de la monarquía. Acaso os engañeis en cuanto á la diferencia de los tiempos; pues ciertas medidas que os serán fáciles al principio del ministerio, y hasta seis meses atrás, ya no fuera posible ahora, en el estado de efervescencia en que se halla la opinion, e inevitablemente tendrian los resultados mas funestos y trascendentales (1).»

Seis meses antes, Mr. de Vitrolles habia manifestado á Mr. de Montbelt un conjunto de medidas políticas, destinadas, segun decia, á detener la monarquía en la rápida pendiente revolucionaria á que se veia arrastrada. Dominado por la idea de «dicha diferencia de los tiempos» que acababa de invocar como que contrariaba los proyectos que tenia, en medio del actual estado de los ánimos, y queriendo precaver á Mr. de Montbel de su anterior modo de apreciar las circunstancias, á lo menos en lo que ahora le parecia que tenia de sobrado absoluto é aventurado, dirigióse á la galería. Los anchos intercolumnios de esta le ponian en comunicacion con la capilla y la tribuna del rey, y enfrente de ellos habia agrupadas unas ciento cincuenta ó doscientas personas, con la intencion aparente de oir el oficio divino; pero permaneciendo de pié, hablando casi en alta voz, y atendiendo á todo menos al oficio que se terminó en el instante en que llegó Mr. de Vitrolles y se unió á Mr de Montbel (2). Ambos se dirigieron á la sala del consejo precediendo al rey, quien detenia su marcha dirigiendo espresiones y demostraciones de benevolencia á las diferentes personas alineadas á su paso. «No tengo intencion de penetrar los secretos del consejo, dijo Mr. de Vitrolles al ministro de hacienda, pero debo preservaros de las ilusiones que siempre rodean á los hombres que ejercen una grande autoridad. La situacion es hoy muy distinta de lo que pudimos creer hace algunos meses. La opinion está sobre aviso; y un acto vigoroso, aun siendo legal, hallaria preparada la resistencia. Vuestros adversarios no solamente se han organizado y contado sus fuerzas, sino que hasta vuestros adictos no tienen la misma confianza en vuestra fuerza y habilidad; y correis el riesgo de encontraros sin apoyo.» Mr. de Montbel le escuchaba, y solo respondia con palabras generales é insignificantes. Ambos llegaron al gran gabinete. Viendo entonces Mr. de Vitrolles á Mr. de Peyronnet, separóse de Mr. Montbel por ir á hablar al antiguo colega de Mr. de Villele, y señalando á la mesa á que iban los ministros á tomar asiento: «Allí, dijo, vais ahora mismo á decidir la suerte de la monarquía; varias veces se me ha llamado al consejo del rey sin haberlo yo solicitado; pero hoy lo pediria.—Pero, respondióle el ministro, vos mejor que otro cualquiera, sabeis que las discusiones del consejo privado no han servido de nada.» Entonces entró el rey, y al punto todos los presentes se alinearon formando semicírculo, como de costumbre; y Carlos X segun solia hacerlo siempre dirigia á cada uno al paso algunas palabras. Su fisonomía era mas seria que antes, su rostro se hallaba mas encendido, y sus palabras eran mas breves y cortadas. En el espacio de diez minutos salieron todos los estraños, y quedó solo el rey con sus ministros

Entre los personajes políticos que acababan de salir del real gabinete

(1) Cada division militar tenia un gobernador, y un comandante; el gobernador no podia ejercer las funciones de su título, sino cuando le autorizaban á ello cartas de servicio firmadas por el rey, pues regularmente desempeñaba sus funciones el comandante.

(2) La guardia real era mandada, «por cuartel» por cuatro mariscales de Francia con el título de «mayores generales.» Estos mariscales en 1830 eran los duques de Bellune (Victor), de Tarento (Macdonald), de Reggio (Oudinot), y de Ragusa (Marmont.) Los regimientos de la guardia no podian salir de sus cuarteles para un servicio estraordinario sino por órden directamente mandada del mayor general de servicio.

(1) Boullée, «Historia de Francia durante el último año de la restauracion.»

(2) El interior de la corte de Carlos X distaba muchísimo de tener el aspecto austero y casi monástico que le han atribuido algunos escritores. No solo esto, sino que así Saint-Cloud como las Tullerías eran los sitios entre todos los del reino, donde menos se percibia el influjo del partido clerical; á lo menos en cuanto á las apariencias esternas; ningun prelado, ningun sacerdote disfrutaba de notable favor; el confesor del rey era un ministro oscuro llamado Jocquart, el cual carecia de todo influjo, y que hasta el último dia permaneció profundamente ignorado.

hallábase el marqués de Semonville, gran referendario de la cámara de pares, hombre de carácter flexible, suelto, pero un cortesano de todos los gobiernos desde 1789, que se libró de todos los naufragios, y que tuvo el arte de hallar en cada nueva tempestad nuevos medios de acrecentar su fortuna. En la tarde del dia anterior habia ido á visitar á Mr. de Vitrolles esperando conseguir algun conocimiento de los proyectos ministeriales; pero este último nada pudo confiarle, y ambos se entregaron entonces á cuantas suposiciones pudieron inspirarles, mas que sus esperanzas, sus secretos temores y recelos; y combinando los hechos y calculando las probabilidades, se separaron despues de haber convenido en que el ministerio no se saldria de la carta; que las cámaras se reunirian el martes 3 de agosto, que en ellas fuera donde se empeñaria la lucha; que si bien era posible que el ministerio sucumbiese, en todo evento, la oposicion compuesta como se hallaba, en su gran mayoría, de hombres adictos á la monarquía, nunca llevaria su resistencia hasta el estremo de negarse á pagar los impuestos, última razon de las asambleas populares. «Pues bien! dijo Mr. de Vitrolles al gran referendario al salir ambos del gabinete del rey; ayer nos engañábamos estraordinariamente.—¿Cómo es esto? dijo Mr. de Semonville; yo no lo creo asi. —¿Es posible? ¿No veis en la preocupacion que se manifiesta en todas las fisonomías, en el embarazo con que los ministros hablan entre sí y el que muestran mayor aun en hablar á los demás; no veis que van á tener allí serias deliberaciones, en las cuales desgraciadamente tengo muy poca confianza? — Pero tienen además un asunto muy serio sobre que deliberar en el discurso de la corona. ¿Creeis por ventura que es muy fácil arreglar un tal discurso en las circunstancias en que nos encontramos? — Otra cosa es lo que van á hacer! — Este discurso es muy difícil, repetia Mr. de Semonville, cuya fama de penetracion, sutileza y perspicacia era general entre todos los hombres del gobierno (1).»

Mr. Mangin, prefecto de policía, era tambien del número de los empleados públicos que fueron aquel dia á Saint-Cloud. Algunos de los ministros á quienes Mr. de Vitrolles acababa de hablar del estado de fermentacion de los ánimos y de la resistencia que encontraria toda medida vigorosa aun siendo legal, hicieron llamar á este magistrado, y sin intruirle acerca de las resoluciones que iban á tomar, le preguntaron si en efecto era verdad que la opinion pública presentaba una agitacion alarmante. Mr. Mangin declaró que por cuanto pudiese hacerse Paris no se moveria, y que respondia de ello con su cabeza (2). Inmediatamente se abrió el consejo: leyéronse de nuevo las varias órdenes determinadas en las precedentes reuniones, testualmente en presencia del rey, lo mismo que la esposicion de motivos destinada á justificarlas á los ojos del público. Terminada dicha lectura, Mr. de Polignac reprodujo las mismas seguridades que ya habia dado á propósito de las providencias tomadas para asegurar la ejecucion de los actos sujetos á la aprobacion del consejo; hallábase en disposicion, segun decia, de reprimir inmediatamente toda tentativa de resistencia. En seguida el rey recogió los dictámenes. El delfin, que fué el primero á quien se consultó, respondió con un simple movimiento de cabeza afirmativo. Tambien los ministros preguntados sucesivamente segun la importancia de sus respectivos departamentos aprobaron la redaccion definitiva de estos documentos, sin que ninguno de ellos hiciese la mas pequeña observacion. Varias veces se interrumpió el rey al llenar esta formalidad, para asegurar que las resoluciones cuya sancion pedia no escedian de los límites que la carta señala á su poder, y que estaba firmemente resuelto á observar literalmente el pacto constitucional desde el momento en que se calmase el estado de efervescencia de los ánimos. Despues que Carlos X hubo recogido todos los votos, dispúsose á poner su firma; sin embargo, un momento antes de poner su nombre al pié de los papeles que tenia delante, apoyó la frente en ambas manos, y permaneció un rato como sumergido en profunda meditacion: luego volviendo á levantar con lentitud la cabeza cana, y cogiendo otra vez la pluma dijo: «Cuanto mas lo reflexiono mas me convenzo de que es imposible obrar de otro modo (3),» y firmó. Luego firmaron los ministros, y uno tras otro antes de poner su firma, se levantaron y se inclinaron profundamente delante de S. M. Esta muda y absoluta adhesion á su voluntad, al parecer conmovió fuertemente á Carlos X, quien dijo, despues que fué consumado el sacrificio: «Señores, estas providencias son muy graves; pero podeis contar conmigo, del mismo modo que cuento con vosotros. En adelante estamos unidos para la vida y para la muerte (1). —Por un decreto especial, dice Mr. de Polignac, se ponia al mariscal duque de Ragusa en activo servicio como gobernador de la primera division militar, cuyo título llevaba ya. Carlos X, conociendo el precio que daba el mariscal á semejantes pruebas de confianza, se reservó el placer de anunciárselo él mismo (2).»

Poco tiempo despues, cuando los ministros salian de Saint-Cloud para volver á Paris, el duque de Orleans salia de Neuilly para ir al palacio de Saint-Leu á una comida á que le invitó el duque de Borbon. Los demás convidados eran muy numerosos y entre ellos notábase Mr. Stuart, el embajador de Inglaterra, el conde Lœvenhelm, ministro de Suecia, el embajador de Cerdeña, con otros miembros del cuerpo diplomático y Mr. de Vitrolles. Antes de sentarse á la mesa dieron algunas vueltas por los jardines. El duque de Orleans, acudiendo al lado de Mr. de Vitrolles, le tomó del brazo y le hizo varias preguntas sobre los hechos á que podia tener conocimiento: «¿Habeis estado en Saint-Cloud esta mañana? le preguntó con cierta ansiedad, ¿qué visteis? ¿qué pensais de ello?» Mr. de Vitrolles hízole una pintura del aspecto que presentaba el gabinete del rey, y no le ocultó los temores relativos á una determinacion capaz de producir un cambio considerable. «Pero ¿qué querrán hacer? respondió el duque con cierta emocion; no pueden prescindir de las cámaras ni salirse de la carta!» Luego insistiendo sobre los pormenores que acababa de referirle su interlocutor, repetia sus preguntas, y multiplicaba sus conjeturas. Despues de la comida hubo funcion teatral: representáronse dos piezas, la una seria y la otra cómica. Los actores eran personas de la alta sociedad siendo una de ellas el conde de Lœvenhelm, y otra cierta inglesa llamada Sofía Dawes que llevaba el sello de la mas deplorable celebridad. En el intermedio de ambas piezas el duque de Orleans se acercó de nuevo á Mr. de Vitrolles, y empezó de nuevo sus preguntas repitiendo de continuo: «Pero ¿qué pueden pretender? ¿qué quieren? ¡Ah! ¡Dios mio! ¿qué será lo que nos reservan?» Parecia mas agitado que antes. Empezó luego la segunda pieza mientras que en aquella hora adelantada de la noche en el palacio de Saint-Leu, el último de los Condés, anciano inofensivo destinado á un fin trágico y cuya causa se hallaba en los acontecimientos que se preparaban, se entregaba descuidado á la alegría promovida por chistosas escenas; mientras que por otro lado el príncipe su huésped á quien estos mismos acontecimientos iban á dar un trono, inquieto acerca del porvenir, apenas podia dominar su agitacion. En Paris Mr. de Chantelauze, ministro de justicia envió á buscar á Mr. Sauvo, redactor principal del Monitor; le entregó los decretos firmados aquel mismo dia, mandándole que los insertase al siguiente. Mr. Sauvo recorrió los papeles, y no pudo dominar su emocion. «¿Y qué? le dijo Mr. de Montbel, que se hallaba presente. —¡Dios salve al rey y á la Francia! respondió Mr. Sauvo.—Asi lo esperamos, respondieron á una voz los dos ministros.—Señores, dijo Mr. Sauvo, disponiéndose á marcharse; tengo cincuenta y siete años, he visto todas las jornadas de la revolucion, y me retiro con un profundo terror (3).

Lunes 26.—Las ordenanzas.— El Monitor salió algo mas tarde de lo acostumbrado. Su seccion oficial traia una esposicion al rey y cinco reales órdenes. La esposicion, redactada por Mr. de Chantelauze en nombre de todos los ministros, los cuales pusieron en ella su firma, hablaba

(1) Pertenecia Mr. de Semonville á la clase de aquellos hombres que como Mr. de Talleyrand son sus propios panegristas y que poseen el arte de hacer que la multitud repita los elogios que de sí mismos hacen de continuo. Ocupado siempre en su fama, tenia empeño en dar á entender á los demás que él no ignoraba cosa alguna de cuanto se hacia ó se proyectaba, y que no habia otro hombre político mejor informado que él. «¿Sabeis que desde ayer se ha formado una intriga? díjole cierto dia un amigo.— Una intriga! respondió Mr. de Semonville, que nada absolutamente sabia de lo que se trataba: ¿No estais mas adelantado? pues sabed que se han formado, no una, sino tres!»

(2) Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.

(3) Boulleé. Historia del último año de la restauracion.

(1) Boletin inédito de las sesiones del consejo de ministros.

(2) Estudios históricos y políticos de Mr. de Polignac. En una nota relativa á esta sesion del consejo, el 25 de julio en Saint Cloud este antiguo ministro se espresa así: «Fuera nunca acabar si tratasemos de refutar todas las relaciones tragi-cómicas que en los periódicos, y hasta en algunos escritores graves se han publicado acerca de la sesion en que fueron firmadas las ordenanzas. No citaré mas que la obra mas conocida de todas. Lo que se lee en el tomo 1.º sobre esta sesion es completamente falso. El autor termina poniendo en boca de uno de los ministros Mr. de Haussez con motivo de un supuesto retrato del conde de Strafford ciertas palabras injuriosas y crueles que todo frances se hubiera avergonzado de dirigirlas á Cárlos X. Halléme sentado junto al rey durante toda la sesion, no le dejé un instante y salí el último de la sala del consejo: y así, declaro que no oí una siquiera de las espresiones que con tal seguridad refiere.

(3) Al cabo de un mes, el 27 de agosto, hallaron al duque de Borbon atado mas bien que colgado por medio de dos corbatas de seda al hierro de una ventana bastante baja; tenia las piernas dobladas y sus rodillas casi tocaban al suelo. Aquel mismo dia debia partir para reunirse á Carlos X en su destierro. Estaban ya dispuestos los caballos de posta y se habia reunido para el viaje la cantidad de 1.100,000 francos en oro. Dejaba un testamento hecho el año antecedente, el cual contenia un legado de 12 á 15 millones en favor de Sofía Dawes (baronesa de Feucheres).

del estado de nuestra política interior. Dirigida esclusivamente contra la prensa manifestaba todos sus inconvenientes y abusos, y la presentaba como el orígen de todos nuestros males, como un fuerte disolvente al cual ninguna fuerza, institucion ó gobierno podia resistir, como una escuela de escándalo, de inmoralidad y de mentira, que empezaba á alterar profundamente las costumbres y el carácter de la nacion; y como un objeto de espanto para los hombres honrados pacíficos y amantes del órden.

»Estos temores, decia el ministro, son demasiado reales para no ser atendidos. Por otra parte la carta no ha concedido la libertad de los diarios y escritos periódicos. El derecho de publicar cada cual sus opiniones personales, no implica ciertamente el derecho de publicar por empresa las ajenas. Lo primero es el uso de una facultad que la ley pudo dejar libre ó someter á varias restricciones; lo segundo es una especulacion industrial, que lo mismo que las demás supone la vigilancia de la autoridad pública. Pero lo que no es menos estraño que verdadero, es que en Francia no hay publicidad, tomando esta palabra en su exacta y rigorosa acepcion. En el actual estado de la imprenta, los hechos, cuando no son completamente falsos solo llegan al conocimiento de muchos miles de lectores, trincados, desfigurados ó mutilados del modo mas odioso. Oculta la verdad una densa nube que levantan los periódicos, y en cierto modo intercepta la luz entre el gobierno y el pueblo.» En cuanto á la cuestion electoral solo trataban de ella los ministros como por incidencia, contentándose con decir:

»Es preciso desengañarse, nos hemos separado de las condiciones regulares del gobierno representativo; y los principios sobre que se estableció no han podido quedar intactos. Una democracia turbulenta que se ha introducido en nuestras leyes, trata de reemplazar á la autoridad legítima. Dispone de la mayoría de los electores por medio de los periódicos y de numerosos reclutamientos. La misma ha paralizado en cuanto ha estado en su mano el ejercicio regular de la prerogativa mas esencial de la corona, la de disolver la cámara electiva. Por esto la constitucion está desquiciada, y solo V. M. conserva la fuerza de volverla á asentar sobre sus verdaderas bases. Ningun gobierno pudiera existir en el mundo, añadian al concluir, si careciese del derecho de proveer á su seguridad; este derecho es anterior á las leyes puesto que dimana de la misma esencia de las cosas. Una necesidad imperiosa no permite retardar ya mas su ejercicio, y ha llegado el momento de recurrir á ciertas providencias que se desprenden del espíritu de la carta, aunque se encuentran fuera del órden legal, cuyos medios se hallan infructuosamente agotados: dichas providencias forman el objeto de las siguientes ordenanzas:

Primera: »Queda suspendida la libertad de la prensa periódica. Ningun diario, ó escrito periódico ó semiperiódico, establecido ó por establecer, sin distincion de las materias que en ellos se tratan, no podia publicarse ni en París, ni en los departamentos, sino en virtud de una autorizacion que obtendrán del gobierno por separado así los autores, como el impresor.

»Dicha autorizacion deberá renovarse cada tres meses; y podrá ser revocada.

»Ningun escrito que baje de veinte pliegos de impresion (1) podrá publicarse sin la autorizacion del ministro del interior, en París, y de los prefectos en los departamentos. Todo escrito que esceda de veinte pliegos, pero que no constituya un solo cuerpo de obra queda igualmente sujeto á la necesidad de obtener dicha autorizacion.

»Las memorias sobre causas, y las memorias de sociedades científicas ó literarias quedan sujetas á la autorizacion anticipada si en todo ó parte trataren de materias políticas.

»Los diarios ó escritos públicos que contravinieren á las anteriores disposiciones serán inmediatamente recogidos, y selladas ó inutilizadas las prensas y caractéres que hayan servido para su impresion.»

Firmaban esta real órden todos los ministros.

Segundo decreto. (Firmado solamente por Mr. de Peyronnet.)

»Queda disuelta la cámara de diputados de los departamentos.»

Tercero (2). »Conforme á los artículos 15, 36 y 40 de la carta constitucional, la cámara de diputados se compondrá solamente de diputados de departamento.

»El censo electoral y el censo de elegibilidad se compondrán esclusivamente de las sumas por las que el elector y el elegido estén inscritos personalmente en calidad de propietarios, ó de usufructuarios en el registro del impuesto personal ó mobiliario.

»Cada departamento tendrá el número de diputados que le atribuye la carta; y estos diputados serán elegidos y la cámara renovada en la forma por el tiempo que determina el artículo 37.

»Los colegios electorales se dividirán en colegios de distrito y colegios de departamento. Los primeros se compondrán de todos los electores políticamente domiciliados en la circunscripcion; y los segundos de la cuarta parte de los electores mayores contribuyentes del departamento

»Cada colegio de distrito elegirá un número de candidatos igual al número de diputados de departamento; y se dividirá en tantas secciones cuantos sean los candidatos que deba nombrar. Dichas secciones podrán reunirse en diferentes lugares atendiendo en todo lo posible á las conveniencias de localidad y de vecindario: cada una procedará separadamente á la eleccion de un candidato: sus presidentes los nombraran los prefectos.

»El colegio de departamento elegirá los diputados, cuya mitad deberá elegirse en la lista general de candidatos propuestos por los colegios de distrito.

»La lista de los electores la determinará el prefecto en consejo de prefectura; se fijará al público cinco dias antes de la reunion de los colegios. Las reclamaciones sobre el derecho de votar, á que no haya hecho justicia los prefectos, serán resueltas en la cámara de diputados al mismo tiempo que examine y declare la validez de las operaciones electorales.

»Los electores votarán por cédula de la lista y escribirán su voto ó le harán escribir por uno de los escrutadores en la mesa.

»Conforme al artículo 46 de la carta constitucional, no podrá en la cámara presentarse ninguna enmienda á una ley que no haya sido propuesta ó consentida por el gobierno, y si no ha sido remitida en los despachos.»

(Firmaban este decreto todos los ministros.)

Cuarto decreto. (Firmado tan solo por Mr. de Peyronnet.)

»La reunion de los colegios electorales se hará en los dias siguientes: los de distrito el 6 del próximo setiembre; y los de departamento el 13 (1).

La cámara de pares y la de diputados de los departamentos quedan convocadas para el 28 del mismo mes.»

Quinto decreto. (Firmado únicamente por Mr. de Chantelauze: Los Sres. Franchet, Delavau, Dudon de Vaublanc, Forbin des Issarts, de Frenilly, de Castelbajac, Syries de Mayunhac, Cornet d'Incourt, de Conny, de Curzay, y otros varios antiguos diputados vuelven á entrar en las funciones activas del consejo de estado.

Destruida la libertad de la imprenta, y puesta la publicacion de los periódicos á la disposicion del gobierno, suprimidos todos los libros opúsculos etc. de menos de veinte pliegos de impresion; disminuida casi de la mitad la cámara de diputados, escluidos de las listas electorales los que contribuian por patentes, donde solo figuraban los representantes de la propiedad territorial, privados del voto directo las tres cuartas partes de los electores, siendo la eleccion privilegio de un corto número de propietarios, los mayores contribuyentes de cada departamento, quitado á ambas cámaras el derecho de iniciativa en cuanto á las enmiendas, quedaba sumamente alterada la esencia de la representacion nacional. Este era en efecto en resúmen el resultado de las ordenanzas publicadas por el Monitor. A mas determinaban otro cambio el cual daba la razon á la oposicion con el mismo rey y contra su partido.» Finalmente, Carlos X y sus ministros reconocian la falta cometida por Mr. de Chateaubriand y Mr. de Villele estableciendo la septenalidad Esta ley en que el partido ultramonárquico y religioso creyó hallar su salvacion, y que haria su pérdida, desaparecia al fin: quedaba suprimida la renovacion íntegra y por una reparacion tardía se restablecia la renovacion parcial. Pero todos estos pormenores debian pasar por alto á la generalidad de los lectores del diario oficial; pues ninguno de ellos tuvo la calma necesaria para analizar las ordenanzas. Un solo hecho dominaba en sus disposiciones: el guante estaba echado: la corona violaba la carta; el golpe de estado desde tanto tiempo anunciado

(1) De menos de 320 de tamaño en 8.°

(2) Precedia á este decreto el preámbulo siguiente:

»Habiendo resuelto prevenir la repeticion de los manejos que han ejercido una perniciosa influencia en las últimas operaciones de los colegios electorales;

»Deseando en consecuencia reformar »segun los principios de la carta constitucional,» el sistema electoral, cuyos inconvenientes ha demostrado la esperiencia;

Hemos reconocido la necesidad de usar del derecho que nos pertenece de proveer á la seguridad del estado mediante actos dimanados de nos así como á la represion de todo designio atentatorio á la dignidad de la corona. A estas causas, etc.»

(1) Fué por una errata que el *Monitor* puso el 18.

acababa de darse al fin, y quedaba destruido el régimen constitucional.

Apenas se repartió el Monitor mas que entre los ministros, algunos altos funcionarios, á los miembros de ambas cámaras y á los periódicos: por consiguiente los diputados y periodistas fueron desde luego informados. Verse y comunicarse mútuamente sus impresiones fué la primera necesidad de aquellos que casualmente pusieron la vista en el diario oficial, el que generalmente se hallaba muy descuidado. La situacion del tono particular en que se habia colocado el Nacional en la imprenta política, sus enérgicos escritos, la decision que esto hacia suponer en sus redactores, y la situacion de sus oficinas en la esquina de la plaza de los Italianos, todas estas circunstancias concurrian para hacer de este periódico el centro donde no tardaron en acudir la mayor parte de los escritores de los demás diarios. Algunos, sin embargo se dirigieron á casa de Mr. Dupin el mayor, abogado del Constitucional, en compañía de Mr. Barthé, Mr. Merilhou y Odilon-Barrot; y consultaron á dicho diputado acerca de los medios de resistir el golpe de estado. «He tenido á bien abrir mi gabinete puramente de derecho, dijo con cierta aspereza; pero lo hubiera cerrado ciertamente á saber que se trataba de una consulta política.—No necesitamos consultar á nadie para saber que las leyes no se abrogan con decretos, replicó al instante Mr. Pillet, gerente del Diario de Paris; pero al dirigirnos al abogado hemos querido dirigirnos á la persona del diputado.—Ya no soy diputado, dijo Mr. Dupin despidiendo á los periodistas. Al mismo tiempo algunos colegas de ese hombre de la ley, elegidos tambien recientemente como el, trataron de reunirse y ponerse de acuerdo. Mr. Bernard, uno de ellos, nombrado por el departamento de Seine-et-Oise, se presentó en casa de Mr. Lafayette; pero este hacia algunos dias que habia salido para su hacienda de Breteuil, en el departamento del Eure, y acababan de enviarle un correo con la noticia de las ordenanzas: Mr. Bernard pues se dirigió á casa de Mr Casimiro Perier, donde se hallaban ya los diputados Bertin des Vaux, Sebastiani, de Bondy y Augusto de Saint-Aignan á quienes habia conducido allí el mismo sentimiento de inquietud. Todos parecian pasmados. «¿Qué hemos de hacer? preguntábanse unos á otros, sin que ninguno se atreviese a dar su parecer. Mr. Bernard pronunció la palabra protesta. «No tenemos derecho de protesta, puesto que aun no ha llegado el tiempo fijado para la reunion de la cámara de que hacemos parte y que acaba de ser disuelta,» respondieron casi todos. Entró entonces Mr. Alejandro Laborde, tambien diputado, é insistió en que se tomase una resolucion definitiva cualquiera que fuese. Repitióse la objecion de que hasta el 3 de agosto no podia legalmente constituirse la cámara. «No podemos pues hacer nada, añadió uno de los presentes; y si creeis que es necesaria una demostracion, los que deben tomar la iniciativa son los elegidos en la capital los representantes de Paris.» Mr. de Laborde era el único diputado de Paris que se hallaba presente, y respondió que consentia en provocar una manifestacion, y que al instante iba á ver de reunir en su casa á sus colegas de la capital. Separáronse sin darse ninguna cita determinada Mr. Laborde salió acompañado por Mr. Berard.

El camino que siguieron estos dos diputados los llevó á las inmediaciones de los despachos del Nacional. Entraron allí para adquirir noticias, y encontraron la sala principal de la redaccion llena de escritores que discutian tumultuosamente y con el mayor calor sobre los medios de resistir. Hallábanse allí representados todos los periodicos de la oposicion, escepto el Diario de los Debates y el Constitucional; aunque este tenia allí algunos redactores que obraban en nombre propio. Aquellos dos diputados fueron acogidos con afan, y hasta se defirió la presidencia de la reunion á Mr. de Laborde. Todos estaban de acuerdo sobre la necesidad de hacer una viva protesta. ¿Pero debia ser esta colectiva? Presentaba aquella junta, como todas, su parte ardiente, y su parte tímida: «Es menester dejar libre á cada cual hasta en la resistencia, decian los tímidos, cada cual tiene su opinion particular, y cada periódico su matiz propio. Si la protesta es una sola en nombre de tan diversas publicaciones, el gobierno hará publicar que es obra del comité director, lo cual sin duda disminuirá su efecto.»—«El protestar por separado tambien presenta otro peligro, respondian otros: unos irán mas allá que otros, desde luego nos hallaremos divididos, y el gobierno podrá escoger para descargar su saña á aquellos cuyo influjo le sea mas temible. Además, los periódicos á quienes se habia perdonado podrán enfriarse, al paso que si todos los órganos de la prensa independiente van unidos en una sola protesta, obligarán al gobierno á atacarles juntos. Como la prensa no se dividirá en sus actos, tampoco el público se dividirá en sus opiniones. Por último, solo la unidad puede asegurar el éxito de resistencia.» Las palabras de Mr. Thiers eran las mas claras y mas fuertes, quien añadió: «Los artículos, por numerosos que sean, no son mas que artículos, cuando vienen de orígen distinto y es distinto su tono, y no constituyen un acto; al paso que una sola protesta hecha en nombre de todos y firmada por todos, constituye un acto positivo de resistencia, y una verdadera insurreccion legal.» La mayoría se decidió por una protesta colectiva, cuya redaccion se encargó á una comision compuesta de Mr. Thiers, redactor principal del Nacional, Mr. Lamaire redactor del Constitucional, y Chatelein, redactor principal del Correo Francés, y estos dos últimos individuos de esta comision, encargaron su redaccion á Mr. Thiers. Mientras que este se ocupaba en la redaccion de dicha protesta, en la sesion permanente, los despachos del Nacional se llenaron de una multitud de personas que iban á traer noticias acerca de la situacion de Paris. El pueblo no se mueve, decian muchos con cierta espresion de desaliento, sin pensar que las noticias no habian podido llegar aun á conocimiento de las clases trabajadoras, y en que las masas siempre lentas en hacerse cargo de las cosas políticas, son tambien difíciles de mover y pesadas en sus primeros movimientos. Al contrario otros decian que en el Palais-Royal pasaje central, en donde habia un sinnúmero de cafés y de gabinetes de lectura, que atraian por momentos una multitud de curiosos, algunos jóvenes subiendose encima de unas sillas, leian en voz alta el Monitor á varios corrillos de curiosos, los cuales se renovaban de continuo é iban á propagar por todas partes la noticia del golpe de estado. Dichos corrillos, decíase, manifestaban una profunda admiracion mas bien que una viva emocion, y se limitaban á soltar algunas chanzas y en hacer burla de los ministros signatarios de las ordenanzas, cuyos nombres el lector se veia obligado á repetir muchas veces. Mientras que estas noticias hacian el gasto en las conversaciones de la multitud reunida en la administracion del Nacional, Mr. Thiers acababa de redactar su proyecto de protesta, el cual estaba concebido en los términos siguientes:

«Hace seis meses que se ha repetido con frecuencia que se violarian las leyes, y que se daria un golpe de estado; pero el buen sentido del público se negaba á creerlo. El ministerio rechazaba esta suposicion como una calumnia. A pesar de esto el Monitor ha publicado al fin estos memorables decretos que son una completa violacion de las leyes. Interrumpido pues el órden legal ha empezado el de la fuerza.

»En la situacion en que nos hallamos deja de ser un deber la obediencia. Los ciudadanos llamados primero á obedecer son los escritores de los periódicos; y así deben ser los primeros en dar el ejemplo de la resistencia á la autoridad que se ha desprendido del carácter de la ley. Las razones en que se fundan son de tal naturaleza que basta simplemente anunciarlas.

»La carta, en el artículo 8, dice que los franceses en materia de imprenta están obligados á conformarse á las leyes, y no dice á los decretos. El artículo 35 de la carta dice que la organizacion de los colegios electorales se arreglará por las leyes, y no dice por los decretos.

»La misma corona habia reconocido hasta ahora estos artículos: y cuantas veces por circunstancias supuestas graves, le han parecido exigir una modificacion, ya en el régimen de la imprenta, ya en el régimen electoral, siempre ha recurrido á las cámaras, nunca se arregló con respecto á los artículos 8 y 35 ni una autoridad constituyente ni una autoridad dictatorial que en parte alguna existen

»Los tribunales que tienen el derecho de interpretacion han reconocido solemnemente estos principios; y sus decisiones establecen que en materia de imprenta y de organizacion electoral, solo pueden determinar las leyes; es decir, el rey y las cámaras.

»Hoy pues el gobierno ha violado la legalidad, estamos dispensados de obedecer, y trataremos de publicar nuestros diarios sin solicitar la autorizacion que se nos impone.

»Esto es nuestro deber como ciudadanos, y lo cumpliremos.

»No podemos trazar á la cámara disuelta ilegalmente sus deberes, pero podemos suplicarle en nombre de la Francia, que se apoye en su derecho evidente, y que resista cuanto pueda á la violacion de las leyes Este derecho es tan incontestable como el que á nosotros nos asiste. El artículo 50 de la carta dice que el rey puede disolver la cámara de diputados; pero para esto es necesario que se haya reunido y constituido en asamblea legislativa; antes de la reunion y constitucion de la cámara no hay mas que elecciones hechas. En ningun artículo de la carta se espresa que pueda el rey anular las elecciones; sin embargo los decretos publicados hoy las anulan, luego estos son ilegales puesto que hacen lo que la carta no autoriza. Así pues los diputados elegidos y convocados para el dia 3 de agosto, son bien y debidamente elegidos y convocados. El decreto es el mismo hoy que ayer; y esto la Francia les suplica que no lo echen en olvido. Cuanto esté en su mano hacer para que su derecho prevalezca, tienen obligacion de hacerlo.

»El gobierno ha perdido hoy el carácter de legalidad que manda la obediencia. En cuanto nos concierne le resistimos; la Francia juzgará hasta que punto deberá estenderse su propia resistencia.»

Leido este proyecto empeñose una discusion bastante viva. Unos hallaban sus términos sobrado absolutos; al paso que otros los hubieran deseado mas fuertes. No obstante, como era difícil unir en un documento de esta especie mayor firmeza en el fondo á mayor moderacion en la forma, adoptóse tal como se habia redactado sin hacer la mas pequeña variacion. Suscitóse luego la cuestion sobre si debia firmarse la protesta individualmente, ó si debia llevar una firma colectiva. Levantáronse algunos para reprobar la firma individual, diciendo: «Los nombres de los periodistas son desconocidos para la mayor parte del público, quien no conoce mas que los títulos de los diarios y los nombres de sus gerentes: por lo que las firmas de los redactores tendrán muy poca autoridad; y la protesta tendria mayor fuerza si apareciese como la espresion de las opiniones y de los intereses, no de los escritores, sino de los periódicos mismos.»—«Pudiera ser muy bien que á algunos periódicos en cuyo nombre hacemos la protesta les faltase el valor de publicarla, replicaron, entre otros Mr. Thiers, Mr. de Remusat, Carrel y Mignet, este inconveniente desaparece firmándola los principales redactores de cada periódico; en cuyo caso basta que un solo diario la imprima para que produzca todo su efecto. Ademas, en un acto de tanta gravedad no deben ser solo los gerentes los que queden comprometidos; es menester que todos los escritores en cierto modo resistan con su persona y con su firma. Dícese que sus nombres son poco ó nada conocidos; pero no es esto lo que importa; estos nombres serán otras tantas cabezas ofrecidas al gobierno; y por este solo hecho adquirirá la protesta un carácter mucho mas grave y trascendental del que hubiera tenido en otras condiciones con los nombres mas ilustres.» Estas consideraciones arrastraron á la mayoría y se decidió que se firmaria la protesta; y hubo cuarenta y cuatro escritores no menos decididos y firmes en sus convicciones que los siete ministros que la víspera en Saint-Cloud colocaron sus nombres despues del de Carlos X, y no vacilaron en abandonar sus personas y entregar sus vidas poniendo con denuedo su firma para la defensa de las leyes, que los primeros deseaban destruir. Firmada que estuvo la protesta, que fue el primer acto influyente, ó el punto de partida de la resistencia activa; Mr. Berard y Mr. de Laborde salieron para ver de reunir en casa de este último el mayor número posible de diputados; y los escritores que estaban reunidos en los despachos del Nacional dispersáronse en parte por ir á difundir por los principales barrios de Paris la fuerza y la irritacion de que estaban animados (1).

El jardin del Palais-Royal continuaba siendo invadido por grupos de hombres curiosos y afanosos por adquirir noticias. Pero principalmente era en la Bolsa, donde acudia la multitud; de modo que mucho antes de que se abriesen las puertas, habia numerosos grupos situados en las avenidas de aquel sitio é impacientes por conocer el efecto que producirian en los fondos públicos las ordenanzas. Dos dias antes, el cinco y el tres por ciento cerraron, el uno á ciento cinco francos cincuenta céntimos; y el otro á setenta y nueve francos diez céntimos. Apenas la campana, colocada en el interior del salon, hubo anunciado que se daba principio á las operaciones, presentáronse los vendedores en tanto número, que á pesar de las compras efectuadas por los agentes de la tesorería, el cinco y el tres, abierto el primero á ciento tres francos, y el segundo á setenta y seis francos cincuenta centimos, bajaron á ciento y un francos cincuenta centimos y á setenta y cinco francos quince céntimos, siendo esto en el último curso antes de cerrarse la bolsa una baja de cuatro francos. Todas las casas se veian trastornadas, y se oia á los manufacturereros que amenazaban con cerrar sus fabricas y despedir á los trabajadores. Durante las operaciones bursátiles, el gentío se habia aumentado de un modo estraordinario; y luego que terminaron, la mayor parte de los curiosos se encaminaron al Palais-Royal, cuyo lugar era entonces el teatro de una especie de conflicto entre el pueblo y varios destacamentos de gendarmes, y hacian esfuerzos por disipar los grupos amontonados en la galería de cristales delante de la tienda de cierto marqués de Chalannes, hombre exaltado á quien el espíritu de oposicion convirtió en librero, y vendia los escritos mas hostiles á la corte y á los ministros. Dicha galería quedó desocupada, pero los grupos se encerraron en el jardin, de donde pudo tambien arrojarlos la gendarmería. Estos grupos, no obstante su animacion, solo oponian una resistencia pasiva. Algunos gritaban: ¡Viva la carta! ¡abajo Polignac! Al fin se dispersaron; pero una parte que formaba un grupo muy numeroso se dirigió hácia la plaza de Vendome y el palacio del ministerio de negocios estranjeros.

Durante este tiempo los ministros estaban ocupados con la mayor calma en despachar los negocios corrientes de sus departamentos. Mr. de Polignac estaba ocupándose enteramente en el despacho del ministerio de la guerra. El ministro del interior respondia al prefecto del Sena, quien despues de haber leido el Monitor acudia á pedirle instrucciones, que no tenia órden alguna que comunicarle (1). El prefecto de policía no estaba menos tranquilo; el vizconde de Foulcault, coronel de gendarmes de Paris, instruido igualmente por el Monitor, fue á hallar apresuradamente á dicho magistrado: «Ved allí unas medidas que van á darnos mucho que trabajar,» dijo á Mr. Mangin. Estoy convidado á comer en el arrabal de San Honorato, pero no saldré de casa.—¿Y por qué no ireis? le respondió el prefecto, os bastaria decir dónde pudiera encontrárseos en caso necesario.—Mañana, añadió el coronel, debo pasar una revista circunstanciada en los cuarteles: acaso haria bien en aplazarla.—Ningun motivo veo para hacer ningun cambio en las órdenes dadas sobre este punto, replicó Mr. Mangin.

Igual seguridad habia en Saint-Cloud. Carlos X habia ido á cazar en Rambouillet; pero ora fuese por deseo de evitar que se le hablase de los decretos, ó necesidad de distraerse, dicho príncipe en lugar de salir como de costumbre, á las nueve salió de Saint-Cloud; á las siete Marmont se alojó momentáneamente en este palacio, como mayor general de servicio; á las once de la mañana ignoraba aun el golpe de estado, y solo recibió la primera noticia de este suceso de boca del coronel Kamierowski, su primer edecan, quien fue informado de la publicacion de los decretos por un oficial de la guardia en Paris, y fué inmediatamente á participarlo al mariscal. Este inmediatamente envió á pedir el Monitor al duque de Duras, primer gentilhombre de servicio; quien le contestó que el único ejemplar que habia llegado á Saint-Cloud se hallaba en el gabinete del rey; por consiguiente que no puede enviárselo. Impaciente el mariscal Marmont, partió inmediatamente á Paris donde al fin pudo leer el diario oficial. Dos veces en 1823 y en 1828 habia solicitado el mariscal Marmont dos mandos militares de importancia á saber, el de la espedicion de España y el de la Morea sin que pudiese alcanzarlos; ya hemos dicho su esperanza con respecto al mando del ejercito de África, así como su intervencion con Mr. de Polignac y el delfin para vencer su resistencia á esta última espedicion. Habia logrado decidirles á ella; con todo aquel mando en que confiaba fue dado á un oficial general, de grado inferior al suyo; y que aun se hallaba en las filas mas oscuras del ejercito, cuando él era ya mariscal del imperio. ¿Habríase pues querido reservarlo para que defendiese los decretos? Y todas las negativas de que tenia que quejarse, ¿debian tener por resultado aumentar la impopularidad unida á su nombre condenándole á hacer el papel principal en la represion de los motines que dichas medidas pudiesen escitar? Tales eran los pensamientos que abrumaban el ánimo de Marmont, cuando se dirigió hácia el Instituto para asistir á la sesion pública semanal de la academia de ciencias, de la cual era miembro; en cuya sesion Mr. Arago, amigo suyo desde muchos años, debia leer el elogio de Fresnel. «¡Pues bien! dijo acercándose á Mr. Arago; ¿ya lo sabeis? Los insensatos han llevado las cosas al estremo. En cuanto á vos, no debeis sentirlo como ciudadano, y como buen francés; pero yo, en mi calidad de militar cuánto no deberé lamentarme, puesto que me veo obligado á hacerme matar por unos actos que aborrezco y por hombres que hace tiempo al parecer ponen un cuidado especial en agobiarme de disgustos!»

Mientras que el mariscal Marmont, duque de Ragusa, por un secreto presentimiento del papel que podia obligarle á desempeñar el asunto de las ordenanzas entregábase á sus quejas en una de las salas del Instituto; cierto número de electores, reunidos en la administracion del Nacional, que aquella mañana se habia convertido en punto de reunion de todos los oponentes y el foco principal de la resistencia, discutian allí presididos por Mr. Treilhard primero; y despues por Mr. Merilhou, los medios de oponer á dichas ordenanzas la mas decidida resistencia

(1) Los firmantes de la protesta fueron MM. Thiers, Carrel, Mignet, Chambolle, Peysse, Alberto, Stapfert, Dubochet, Rolle, redactores, y Gauja, regente ó administrador del *Nacional*.—Evaristo Dumoulin, Cauchois-Lemaire, de Annee, redactores del Constitucional.—Chatelain, Alejo de Jussieu, Avenel, y J. F. Dupont, abogado, Guyet, Moussiette, redactores, y Valentin de la Pelouse, administrador del Correo francés.—Ch. de Remusat, B. Dejean, y de Guizard, y P. Leroux, administrador del Globo.—J. J. Baude, Busoni, Barbaroux, Haussmann, Dussard, Senty, A. Billiard, y Chalas, redactores, y J. Coste, administrador del Tiempo.—F. Larreguy, redactor y Bert, administrador del Comercio.—Leon Pillet, administrador del diario de Paris.—Augusto, Fabre, y Ader, redactores de la Tribuna de los Departamentos.—Sarrans, jóven administrador, del Correo de los electores.—Bohain y Roqueplan, redactores del Fígaro.—y Vaillant, administrador del Sillo.

(1) Deposicion de Mr. de Chabrol ante la Camara de Pares.

Principalmente se debatieron dos proposiciones: la negativa de los impuestos, y la reorganizacion de la guardia nacional. Hacia mucho tiempo que estaban hablando sin poder entenderse, cuando un antiguo diputado antiguo miembro de la renta suprema de los carbonarios, y consejero del tribunal real de Paris, á saber, el baron de Schonen, tomó impetuosamente la palabra, y con la mayor exaltacion esclamó: «¡No se trata ya de discutir, sino de obrar! Es menester convertir en hechos los principios que hemos proclamado, debemos oponer la violencia á la violencia, y rechazar la fuerza con la fuerza!» Estas palabras conmovieron y arrastraron á los de aquella reunion; quienes muy alegres por hallar tanta resolucion en un diputado, aplaudieron los electores á Mr. Schonen con trasporte y todos declaran en alta voz que se negarán á pagar los impuestos, y deciden que unas comisiones instituidas en los doce distritos de Paris se pondrán inmediatamente en disposicion de organizar dicha negativa. Tratóse luego del arreglo de la guardia nacional; pero algunos electores hacen la observacion que el decreto por el cual fué disuelta fué legal. Esta objecion irritó los ánimos acalorados; quienes arrebatados esclamaron que el golpe de estado habia destruido toda legalidad, y declararon que era necesario ponerse en abierta rebelion. «No desearia yo otra cosa, dijo Mr. Thiers; pero uno no se insurrecciona con nada. ¿Con qué apoyo contais? El pueblo no se mueve, ¿qué opondreis á los cañones y á las tropas disciplinadas? Despues de largos debates, decidió la reunion que una diputacion llevando al frente á Mr. de Merilhon iria á ponerse de acuerdo con los diputados que Mr. Schonen dijo haberse juntado en casa de Mr. de Laborde.

Ya hemos dicho que este último y Mr. Bernard solo dejaron los despachos del Nacional hácia el mediodia, con el intento de convocar una reunion de diputados. Muchísimos de estos recibieron aviso de que á las ocho se encontrarian en casa de Mr. Laborde; sin embargo, solo catorce comparecieron á la cita, y fueron los siguientes; Bavoux, Berard, Bernard (de Rennes) «Chardel, Daunou, de Laborde, Santiago Lefebvre, Marchal, Mauguin, Persil, Casimiro Perier, Vassal de Schonen y Villemain. Primeramente se limitó la conversacion á generalidades, ó á vagos modos de apreciar los acontecimientos que se preparaban: por último, Mr. Berard renovó la proposicion de hacer una protesta. Pero su demanda fué combatida por intempestiva y prematura; «además somos demasiado numerosos, añadieron, para adoptar una resolucion de tamaña importancia.» Mr. Berard hizo la observacion de que únicamente se trataba de tomar una iniciativa que correspondia naturalmente á los diputados presentes en la reunion; pues solo ellos no vacilaban en mostrarse prontos á cumplir con todos los deberes que podian imponerles las circunstancias. «Esto es acusar injustamente á nuestros colegas ausentes, respondió Mr. Casimiro Perier; pues si no se hallan aquí es porque no habian podido venir.—A muchos conozco que pudieran haber venido,» replicó Mr. Berard insistiendo en que se hiciese una protesta, cuya redaccion se confiase á una comision compuesta de tres individuos. Apoyada esta demanda por Mr. de Schonen y Mr. Bernard (de Rennes), y combatida por Casimiro Perier, y Villemain quedó desechada definitivamente; y se convino que á falta de otra resolucion volverian á reunirse al dia siguiente. ¿Pero dónde seria la reunion? Mr. de Laborde propuso la casa de Mr. Laffitte. Mr. Berard dijo que era dificil disponer de ella en ausencia de su dueño; «pero, añadió volviéndose á Mr. Perier, aquí tenemos un colega cuya posicion política no es menos elevada que la de Mr. Laffitte, y que sin duda no se negará á recibirnos.» A pesar del visible embarazo y repugnancia que causó esta repentina propuesta, no se atrevió á negar su salon. Determinaron pues que se reunirian en él al dia siguiente á las tres de la tarde. Mientras los miembros de esta reunion, que fué el gérmen y el núcleo de la resistencia de los diputados, se separaban, Mr. Merilhou se presentó al frente de la diputacion de electores salida de los despachos del Nacional: respondióseles que se habian hallado en corto número para tomar ninguna resolucion; y se aplazaba todo para el dia siguiente.»

«El pueblo no se mueve,» dijo Mr. Thiers á estos electores; y en efecto, las reuniones en la oficina del Nacional, la protesta allí firmada, la lectura del Monitor en el jardin del Palais-Royal, los grupos que allí se formaron y la emocion de la bolsa, tales hubieran sido las señales de agitacion aquel dia, si los grupos salidos del Palais-Royal gritando «¡viva la carta! ¡abajo Polignac!» no se hubiesen dirigido al palacio del ministerio de negocios estranjeros en el instante mismo en que regresaba el presidente del consejo. Entonces apedrearon el coche del ministro y las ventanas de las oficinas; rompiéronse algunos reverberos inmediatos, pero pronto disipó los grupos una carga que les dió la guardia de gendarmeria que se hallaba en el palacio del ministerio. Este incidente no turbó la calma de Mr. de Polignac; quien informado de la baja de los fondos públicos por el comisario de policía en la bolsa, le respondió. «No es nada, la bolsa volverá á subir; y si tuviese capitales disponibles no vacilaria en comprar papel.»

La pasion de algunos realistas y el servilismo del público oficial eran verdaderamente capaces de mantener al primer ministro y á sus colegas en la mas completa ilusion; pues no solamente recibió Mr. de Polignac aquel dia numerosas felicitaciones orales y por escrito «por la actitud enérgica que al fin acababa de tomar la monarquía,» sino que el ministro de instruccion pública, cuyos salones estaban abiertos todos los lunes, los vió invadidos por una desusada multitud de pretendientes y de cortesanos, muchos de ellos conocidos como notorios liberales, quienes fueron á abrumarle de cumplimientos y lisonjas que la voluble fortuna debia cambiar tres dias despues en invectivas contra él mismo, y en imprecaciones contra el soberano de quien era ministro (1).

En Saint-Cloud todo estuvo tranquilo durante aquel dia y el rey no volvió hasta muy tarde de Rambouillet. La caza fué mala, pues el ciervo, perseguido mucho tiempo, se libró de todo alcance por las multiplicadas revueltas del bosque, de modo que acabaron por perder completamente la pista. En vano el montero, al perseguir la caza, procuraba llamar la atencion del rey sobre las ramas rotas que indicaban el paso del venado; pues Carlos X, regularmente muy atento á estas minuciosidades, apenas le escuchaba; hasta los que le acompañaban, quienes ignorando el golpe de estado se admiraban viendo semejante preocupacion, procuraban en vano distraerle. De vuelta á Saint-Cloud á las once de la noche, halló á Marmont, que hacia tiempo estaba esperando sus órdenes para la noche del dia siguiente: «¿Hay alguna novedad?» preguntó inmediatamente el mariscal? —Señor, mucha inquietud y agitacion en Paris y una considerable baja en los fondos públicos.—De cuánto han bajado? dijo luego el delfin.—Monseñor, de cuatro ó cinco por ciento.—Ya volverán á subir,» replicó el príncipe. Carlos X dió sus órdenes, y cumplida esta formalidad, cada cual se retiró.

Martes 27. «Por causas que me son desconocidas, ha dicho Mr. de Polignac, sobre las cartas de servicio de Marmont firmadas en el consejo del 25, el rey no le habló de ello hasta el 27 por la mañana (2).» Probablemente que distraido Carlos X por la cacería de Rambouillet, no pensó en entregarlas al mariscal Marmont, quien por su parte tampoco esperaba recibirlas. Acostumbraba pasar en la quinta de un amigo el viernes de cada semana; y así por la mañana del veinte y siete disponíase para ir á ella, y tenia ya preparado el coche, cuando un criado del rey fué á avisarle de que Carlos X deseaba hablarle al salir del oficio. Esperó Marmont á que se terminase y luego fué á ver al monarca. «Parece que en Paris hay motines: id, y tomad el mando de las tropas: si á la noche queda restablecida la calma, volved á Saint-Cloud. Al llegar pasareis á casa de Polignac.» Obedeció el duque de Ragusa, y habiendo llegado al medio dia al palacio del ministerio de negocios estranjeros, recibió de manos del presidente del consejo la órden que le encargaba el mando superior de las tropas de la primera division militar.» A la una el mariscal Marmont se instalaba en el estado mayor de la guardia, en la plaza del Carroussel, donde ninguna disposicion se habia tomado para recibirle, ni se habia preparado ó prevenido cosa alguna: ni siquiera se habia dispuesto que las tropas no saliesen de sus cuarteles; de manera que antes de hacer que se pusiesen sobre las armas, fué necesario esperar su vuelta por la llamada de las cuatro de la tarde. Como veremos, hasta las seis no se hallaron en estado de obrar los primeros destacamentos; de manera que hasta aquella hora tan adelantada la gendarmería y los piquetes de los diferentes cuerpos de guardia fueron las únicas fuerzas que empleó la autoridad para sofocar un tumulto que empezaba á manifestarse en todos los barrios adquiriendo tales proporciones que estuvo distante de prever el gobierno. En efecto, no eran ya únicamente los periodistas, los escritores perjudicados en sus intereses ó en sus derechos, y los doblemente agraviados por la privacion del voto directo y por la supresion de las patentes como elemento del censo electoral, los que se preparaban á resistir en las primeras horas del martes; sino toda la clase media, y tras ella y á su ejemplo las clases trabajadoras.

La restauracion tuvo sus dias de popularidad entre la clase media, y fué al dia siguiente de la vuelta del conde de Artois y de Luis XVIII;

(1) Véase los términos en que se espresó Mr. de Courvoisier en su deposicion ante el tribunal de los Pares, sobre los partidarios del golpe de estado: algunos hombres honrados, pero ciegos, y un número mayor de miserables intrigantes, tendian á esta medida, y solo en ella veian el medio de salvacion.

(2) «Estudios históricos y políticos» de Mr. de Polignac.

que al pasar por delante del ministerio de negocios estranjeros para ir á casa de Mr. Perier acababa de ver matar un gendarme de un pistoletazo, al ir á embestir á sablazos á un grupo de paisanos pacíficos. Esta noticia aumenta la emocion: dejaron de deliberar acerca de la proposicion de Mr. Berard, quien acercándose á Mr. de Villemain le dijo que la junta todavía no habia tomado ninguna determinacion, y que seguramente se retiraria sin haber hecho nada. «Ciertamente no esperaba, dijo este último dirigiendo sus miradas en derredor y viendo las caras abatidas de sus colegas, no esperaba encontrar tantos cobardes reunidos(1).» Mr. Berard insistió en que se decidiese de una vez si se protestaria ó no, y pidió que se nombrase una comision de redaccion. La mayoría resolvió que al dia siguiente volverian a reunirse en casa Mr. Eudry de Puyraveau; y que allí los individuos que quisiesen de antemano preparar un proyecto de protesta, podrian someterlo á la aprobacion de sus colegas. Promovióse tambien otra cuestion: como se ha visto Mr. de Merilhon se habia presentado el dia antes en casa de Mr. Laborde en nombre de un sinnúmero de electores que deseaban ponerse en relaciones con los diputados; y aplazada la respuesta para la reunion que se celebraba en aquel instante, acudia con Mr. Boulay (de la Meusthe) á ofrecer de nuevo la adhesion de sus comitentes y á pedir una direccion. ¿Debian recibir á estos delegados? Parte de los miembros de la junta se negaba á ello; porque segun decian, la autoridad podia ver en ello una mancomunacion y un concierto culpables. La mayoría, sin embargo, despues de una discusion bastante acalorada consintió en admitirlos, pero aquellos enviados no oyeron otra respuesta que vanas palabras: «Los diputados, decíanles, tienen una posicion muy dilatada y difícil; nada pueden aun hacer ni resolver, lo único que podemos asegurar es que nos mantendremos á la altura de nuestros deberes.» La actitud de la mayor parte de los que formaban la junta, no era ciertamente tal que pudiese inspirar gran confianza en el cumplimiento de esta promesa; y principalmente era muy visible la turbacion de Mr. Casimiro Perier. Empeñado en vastas empresas comerciales y de hacienda que precisamente debian quedar comprimidas por una conmocion cualquiera, y colocado así entre los deberes de su posicion política y sus intereses particulares, miraba con espanto la posibilidad de una revolucion. Siendo de un temperamento nervioso é irritable, el miedo que le infundian las temibles probabilidades del porvenir comunicaban á su agitacion una violencia convulsiva (2). Terminóse la junta y sus miembros se retiraron de dos en dos tomando distintas direcciones. Mr. Berard iba á salir tambien; y acercándose á Mr. Perier le dijo en voz baja: «Si ayer no hubieseis desechado mi proposicion de hacer una protesta, hoy no hubiéramos celebrado una reunion tan insignificante. —¡Señor mio! esclama al punto Mr. Casimiro Perier con voz de trueno ¿creeis hacerme responsable de los terribles acontecimientos que al parecer se preparan? Esto fuera espantoso y no puedo sufrirlo.» La palidez de su cara era estremada. Sorprendido Mr. Berard contesta con alguna viveza; pero se pusieron otros por medio y Mr. Berard se retiró, Mr. Perier iba á quedar solo; pero entró Mr. de Schonen. Este diputado refirió que venia de la calle de San Honorato donde se estaba preparando una lucha; que acababa de ver las barricadas, y que personalmente habia estimulado este principio de resistencia. «Saliéndoos de la legalidad nos perdeis, respondióle Mr. Perier; nos haceis perder una posicion escelente!»

Durante aquella junta en que algunos de los miembros mas resueltos de la cámara ni aun se atrevieron á sentar las bases de una protesta, habíanse en efecto reunido otra vez considerables masas de curiosos en las calles vecinas del Palais-Royal. Dispersados los grupos por una descarga de la guardia del palacio, no tardaron en volver otra vez á agruparse, habiendo atraido un gran gentío á aquel sitio la noticia de que la tropa acababa de hacer fuego á los ciudadanos resultando varios muertos ó heridos, y como siempre sucede con el pueblo de Paris, acudieron al lugar de la desgracia todos los descontentos que mandaban la doble línea de los baluartes, y la de la calle de San Honorato. El tránsito fué pronto del todo imposible en medio de aquel gentío inmenso: tres carros cargados de piedras y ladrillos destinados para las casas que se estaban construyendo cerca del Palais-Royal trataron de penetrar en la calle de San Honorato desde la de Rohan; pero se vieron obligados á detenerse en frente de la de Richelieu. Su inmovilidad inspira á algunos jóvenes la idea de colocarlos al través de la calle y hacer con ellos una barricada, convirtiendo la carga en proyectiles, los cuales arrojaron á los gen-

(1) «Memorias históricas sobre la revolucion, por Mr. Berard.

(2) «Mr. Casimiro Perier tenia valor y firmeza en sus ideas, pero lo preocupaba demasiado su salud y tenia sobrado apego á su fortuna; «Qué quereis hacer de un hombre que continuamente está examinando su lengua en el espejo? decia Mr. Decazes («Memorias de Chateaubriand.»)

darmes alineados en la plaza. A pocos pasos de allí, y en frente de la calle de l'Echelle otro grupo imitó el ejemplo; y apoderándose de un ómnibus y de un carro de aguador construyó otra barricada. El comandante de los gendarmes quiso obrar, pero sus caballos detenidos en la primera barricada fueron rechazados por una lluvia de piedras y de ladrillos. Dicho comandante da noticia de su posicion al mariscal; y este dió órden á un piquete de lanceros y á quince hombres de infantería de que tomasen las barricadas por la parte opuesta; y efectuada esta operacion, la multitud despues de haber apedreado á la tropa se dispersó. Levantaron otra vez los carros y se los llevaron sin que ninguna de las dos patrullas tuviese que hacer uso de las armas de fuego.

Eran entonces las cinco: las tropas empezaban á salir de sus cuarteles; y Marmont les hizo tomar las siguientes posiciones: El 7.° de la guardia (suiza) en la plaza de Luis XV: el 1.° de la guardia en el baluarte de Capuchinas, delante del ministerio de negocios estranjeros, con cincuenta lanceros y dos piezas de artillería; el 8.° de la guardia con ciento cincuenta lanceros, la gendarmería y cuatro piezas, en las plazas de Carroussel y del Palais-Royal: el 5.° de línea en la plaza de Vendome; el 53.° en los baluartes Poissonniere y San Dionisio; el 50.° con el 1.° de coraceros de la guardia, en la plaza de la Bastilla; y el 15.° lijero, en el Puente Nuevo. A las seis, todos estos cuerpos habian tomado sus posiciones repectivas; y tenian órden de comunicarse recíprocamente por medio de numerosas patrullas, y de recorrer además en destacamentos de medio batallon las calles obstruidas por la multitud ó fortificadas con barricadas. Estos destacamentos debian ir resueltos á paso de carga, barriendo todo cuanto hallasen al paso, sin hacer fuego mas que en el caso de que se les hiciese á ellos, y á las ventanas desde las cuales les arrojasen piedras (1). Ejecutóse este movimiento á eso de las siete. La tropa halló poca resistencia en los barrios distantes de las Tullerías y del Palais-Royal, donde no existia aun ninguna barricada, y la gente ni aun trataba de luchar, limitándose á protestar gritando: ¡Viva la carta! ó ¡viva la tropa de línea! cuando la tropa que pasaba permanecia á esta arma. Pero la irritacion de los grupos reunidos al rededor del Palais-Royal, y al rededor mismo del cuartel general de Marmont ofreció otro carácter muy distinto en estos puntos estaban las calles y plazas materialmente inundadas por oleadas de curiosos, en que los sujetos de la clase media se hallaban en tanto número como los de la clase trabajadora. Las cargas de la gendarmería, los golpes dados por esta tropa que era objeto de un odio particular, y los que tratarse de darle mantuvieron viva la irritacion á la cual iban á ofrecer nuevo pábulo el multiplicado movimiento de los destacamentos y patrullas. Habianse sustituido las barricadas destruidas con otras nuevas; y fueron tomadas sin que las defendiesen de otro modo que á pedradas contra la tropa. Esta al principio mostró mucha paciencia; su actitud era inquieta y admirada, y era evidente que solo obedecia al sentimiento del deber, evitando hacer fuego: sus primeras descargas fueron hechas al aire; y solo muy tarde fueron sus tiros mortíferos; de modo que en la calle Traversiene cayeron cuatro hombres del pueblo derribados por los tiros de la tropa, y un estudiante inglés fué muerto por un destacamento de tropa de línea en una de las ventanas del Palais-Royal en la esquina de la calle de las Pirámides (2). Pero en vano se sucedian las patrullas de media en media hora, pues todas se veian en la necesidad de hacer siempre nuevos esfuerzos, pues apenas habian pasado que el gentío que les habia abierto paso se cerraba de nuevo mas compacto que antes. La marcha de uno de estos destacamentos se señaló por un incidente en la calle de San Honorato, que demostró la simpatía que la causa del pueblo hallaba en las tropas de línea, la cual sospechaba ya la multitud animándola con sus aplausos. Estas simpatías tenian su origen

(1) Orden escrita por el marqués de Choiseul ayudante mayor general.

(2) En la «Historia del último año de la restauracion, por Mr. de Boullee» se lee: «No hay relacion de la revolucion de julio que no refiera haber sido muerto un ingles con las armas en la mano, despues de haber hecho fuego á la tropa siendo el suyo el «primer tiro» de la insurreccion Mr. Lauretelle en su «historia de la revolucion» llega á hacer á este estranjero, á quien da el nombre de Fox, descendiente del célebre orador ingles partidario exaltado de la revolucion. Segun se dijo dos amigos suyos y armados tambien como él, murieron á su lado Pero el hecho tal como pasó y despojado de todos los adornos poéticos fué tal como sigue Un estudiante inglés jóven, llamado Foks y no Fox hallandose en la calle de Saint Honorato en el instante en que parecia inminente un choque entre la tropa y el paisanaje, fué á pedir asilo al dueño de la posada real á quien conocia personalmente, salió y tuvo la imprudencia de salir á la ventana: hostigada la tropa por el pueblo empezó á disparar algunos tiros y en una de las primeras descargas murió el desgraciado víctima de su curiosidad: sus supuestos cómplices eran dos mozos de la posada que fueron heridos levemente y que sobrevivieron. Tales son los hechos consignados en una nota escrita en inglés por Mr. Lawson dueño entonces de la posada real, la cual ha tenido la bondad de comunicarnos.

en la inferioridad en que se hallaba esta tropa que podemos llamar el pueblo del ejército francés con respecto á los regimientos de la guardia, tanto en lo respectivo al sueldo, como á los ascensos, hermosura del uniforme y buena calidad de las fornituras. Ya hemos dicho que el 5.° de línea ocupaba la plaza de Vendome: dos compañías del mismo que se dirigieron à la plaza del Palais-Royal para mantener libres las comunicaciones, á su regreso hallaron el camino obstruido: avanzan con trabajo, las rodean, las instan, y pronto se ven obligadas à detenerse. El oficial da órden de continuar adelante; los grupos se niegan á abrirles paso: el comandante amenaza; pero nadie obedece: da la órden de hacer fuego. Los soldados preparan las armas y apuntan; pero en vez de dar la voz de ¡fuego! el oficial inferior colocado al frente esclama ¡arma al brazo! Los soldados levantan de nuevo los fusiles; la multitud apluade y grita: «¡Viva la tropa de línea!» Acércanse á la tropa y piden á los soldados que les cedan sus armas. «¡Cuidado! dijo el oficial á los mas atrevidos, los soldados no se dejan desarmar; y si tratais de probarlo haremos fuego: seremos neutrales ó enemigos: escoged!» Interpusiéronse algunas personas y lograron que se respetase á aquel destacamento, el cual sigue su camino hácia el punto de su posicion.

En efecto faltaban armas; y hasta las nueve de la noche no se vieron algunos en corto número que iban entre los grupos llevando pistolas y algunas escopetas de caza de que apenas se atrevian á hacer uso: preparábase la insurreccion, pero necesitaba una escitacion y un fuerte ausilio. Tal era á lo menos la idea que dominaba en una numerosa reunion determinada pocas horas antes en casa de Mr. Cadet Gassicourt, calle de San Honorato á corta distancia del Palais Royal á la que comparecieron los electores reunidos sucesivamento en la administracion del Nacional el dia antes y durante el que trascurria, así como un número considerable de hombres acalorados, resueltos á llevar la lucha hasta el estremo. La discusion fué muy tempestuosa, pues los ánimos se hallaban exaltados. El tumulto de la calle y el eco de los tiros, comunicaban á los miembros de aquella junta una agitacion y un desórden que Mr. Mauricio Duval y Mr. Chevalier, de la Biblioteca histórica, llamados sucesivamente à la presidencia,solo á medias podian dominar la reunion. Algunos de los que asistieron eran desconocidos de los amigos políticos del amo de la casa: «Tenemos entre nosotros agentes de policía, traidores!» esclamaron de todas partes. Respondieron que la introduccion de estos falsos hermanos era un inconveniente inevitable; pero que en el estado en que se hallaban los asuntos no debia esto ser obstáculo para obrar. Con todo se resolvió que en el caso en que el gobierno hiciese comparecer delante de los tribunales á algunos miembros de la reunion, todos los demás solicitarian que se les oyese y sostendrian con denuedo que solo se habian reunido para protestar. Tomada esta precaucion, resolvióse: Que las doce comisiones cuya formacion se habia decidido la víspera en los despachos del Nacional se constituyesen inmediatamente; que quedarian en reunion permanente; que centralizarian y dirigirian el movimiento de resistencia de su distrito; y que si la insurreccion adquiriese un carácter mas marcado, la impulsarian abiertamente, reunirian armas y municiones; y procurarian que saliese con uniforme la guardia nacional licenciada en 1827. Los individuos de estas comisiones nombradas entonces mismo, salieron inmediatamente con direccion á sus barrios. La mayor parte pertenecian á la sociedad secreta de los carbonarios, quienes entre los medios de lucha que discutieron en sus juntas era uno la destruccion de los reverberos; y viendo que algunos jóvenes guiados por el solo instinto de su defensa empezaban á echar mano espontáneamente de esta medida, trataron de generalizarla.

Estaba ya muy entrada la noche y la multitud empezaba á dispersarse, los grupos iban siendo mas raros á medida que se alejaban de la calle de San Honorato y del Palais-Royal; ya habian cesado los gritos y el ruido en todas partes escepto en la plaza del palacio de la Bolsa al rededor de un cuerpo de guardia que estaba ardiendo y que arrojaba ráfagas de llamas iluminando con sus rojizos reflejos las columas del palacio y de las casas inmediatas. Este cuerpo de guardia construido con tablas hacia pocas horas que estaba ocupado por una partida bastante crecida de gendarmes. Algunos hombres llevando á cuestas el cuerpo de un anciano que habian pisoteado los caballos en una carga de caballería, pasearon aquel cadáver por todo el cuartel, seguidos de numerosa turba que gritaba: ¡venganza,á las armas! Despues de haber resistido á un comisario de policía, que hacia esfuerzos para hacerles abandonar la carga, acabaron por querer dejarlo en el cuerpo de guardia. Los gendarmes,al oproximarse la multitud se encerraron; pero alarmados por el ruido de los proyectiles que hacian temblar las paredes de aquel débil asilo y por las amenazas de incendio que profería la multitud, no tardaron en escaparse. En efecto acababan de pegarle fuego. Los bomberos que acudieron á apagarlo, fueron rechazados; algunos destacamentos de la guardia y de tropa de línea que se presentaron tambien, fueron recibidos á pedradas, y tuvieron que retirarse sin haber hecho uso de sus armas. Activado el fuego por las materias que arrojaba la multitud, pronto adquirió la mayor intensidad, y su siniestra claridad podia verse desde todos los puntos del boulevard en el mismo instante en que los colegas de Mr. de Polignac salian del ministerio de negocios estranjeros convencidos de que la oposicion al golpe de estado habia agotado todas sus fuerzas con la resistencia de los grupos que habian ya desaparecido, y de que su poder acababa de vencer el tumulto.

Aquel dia los ministros apenas interrumpieron sus acostumbrados trabajos. Lo mismo que el dia anterior, Mr. de Peyronnet no habia tenido relaciones con el prefecto de policía; Mr. de Polignac habia ido á Saint-Cloud como acostumbraba hacerlo; y lo único que determinaron fué que á las cuatro de la tarde se reunirian en casa del presidente del consejo. Cuando Mr. de Polignac regresó á su casa para no faltar á dicha cita cayó sobre un coche una lluvia de piedras. Pero este accidente no hubiera dejado ninguna huella en su ánimo, los multiplicados informes que le comunicó la policía durante aquella tarde, no hubiesen presentado la situacion bajo un aspecto mucho mas temible de lo que habian creido este ministro y sus colegas. De estos avisos sucesivos resultaba que las ordenanzas hallaban la mas viva oposicion en todas las clases del pueblo, que algunos miles de trabajadores despedidos de sus talleres debian encontrarse sin trabajo el dia siguiente; que acababan de ser violentadas y saqueadas las tiendas de los armeros; por último que en muchos puntos de la capital empezaban á desempedrar las calles y á romper los reverberos. Los ministros impresionados por estas nuevas agitaron la cuestion de poner á Paris en estado de sitio. Esta medida que concentraba todos los poderes en manos del jefe militar, y desembarazaba á los consejeros de la corona como á sus subordinados, de toda responsabilidad en los acontecimientos, quedó acordada definitivamente á las diez de la noche. Pero en el instante en que el consejo acababa de decidirla, un parte del duque de Ragusa anunció que los grupos se habian disipado, que se hallaba restablecida la tranquilidad, y que libres las tropas de sus contrarios en todos los puntos, regresaban á sus cuarteles. En vista de ello, el consejo se convino en suspender dicha medida y de esperar al dia siguiente, con lo que se separaron los ministros (1).

Las fuerzas de la guarnicion acababan de desplegarse casi todas; y aunque es cierto que el pueblo se retiró; pero fué sin mostrar el desaliento y temor que habia manifestado en las asonadas anteriores; y si bien las calles parecian abandonadas y desiertas, la profunda oscuridad resultante de haber destruido los faroles favorecia un formidable trabajo de resistencia: en muchos puntos se construian silenciosamente barricadas; y en otros se trataba de procurarse armas y se fabricaban cartuchos. Así que, Carlos X estaba menos distante de la verdad de lo que creia cuando por la noche, despues de un dia trascurrido en la mayor calma decia al general Bourdesoulle, que se presentó en lugar de Marmont para recibir órdenes: «Ah! ah! venis en lugar del mariscal! Le envié á Paris. Le habia dado permiso para volver á dormir en Saint-Cloud, pero ha hecho muy bien en quedarse allí.»

Miércoles 28.—Eran apenas las cinco de la mañana, cuando empezaban ya á reunirse hombres y jóvenes de todas las clases en las plazas y calles principales. Estos grupos quedaron sorprendidos no viendo en parte alguna ningun soldado, los cuerpos de guardia, estaban desiertos, pues Marmont advertido de que el dia antes algunos de dichos puestos los mas débiles, habian sido asaltados por la multitud y que se habian dejado desarmar, hizo evacuar durante la noche todos los cuerpos de guardia que no se hallaban protegidos por la inmediacion de algun cuartel ó de alguna posicion ocupada por una fuerza de tropa suficiente. Esta medida dictada por la prudencia se volvió en contra de la causa del rey; pues libres sus adversarios en sus movimientos en casi todos los puntos de la capital pudieron hacer sin incomodidad ni obstáculo todos los preparativos de una resistencia á todo trance. Ahora en los grupos habia muchos hombres armados; unos con fusiles viejos, otros con escopetas, espadas, sables ó pistolas; otros en fin con picas, palos herrados, azadones y otros aperos é instrumentos de hierro. Estos últimos, continuando el trabajo empezado durante la noche, desempedraron las calles y construyeron barricadas, en unas partes con carros volcados, tablas y maderas de construccion; en otras con toneles llenos de tierra, arena y piedras; en otras, y eran las mas, con las baldosas de las calles amontonadas y sobrepuestas hasta la altura de cua-

(1) Interrogatorio de los ministros ante el tribunal de Paris.

tro ó cinco piés. Los hombres que tenian pistolas y sables, emprendieron otra tarea: esto es, entraron en las casas de los guardias nacionales licenciados, pero no desarmados en 1827 para pedirles los fusiles que habian quedado en su poder; luego se dirigieron á las de los armeros y vendedores de pólvora y de plomo; y así se apoderan sin oposicion de sus armas y municiones. Por primera vez desde hacia tres años se vieron los guardias nacionales con uniforme. Todavía eran en corto número: algunos tomaron una parte activa en los preparativos de resistencia; otros turbados viendo aquellas disposiciones, alarmados por la idea de sus consecuencias y sintiendo que la monarquía con el licenciamiento de las legiones, les hubiese quitado los medios, sinó de intervenir en favor de la misma, á lo menos de oponer su masa armada á los escesos posibles de la lucha que se anunciaba, circulaban tímidamente en torno de los grupos mas animados, ó asistian tristes y silenciosos á la construccion de barricadas. Pronto vino á aumentar su sorpresa y sus temores una particularidad notable: Es sabido que los fabricantes y negociantes que abastecen á la corte adornaban sus muestras y sus tiendas con las armas reales: uno de estos cuadros adornado con el mayor lujo promovió, primero las chanzas y luego los insultos de algunos muchachos que rompieron algunos de sus mas ricos adornos, al instante corrió la voz de que se estaban destruyendo las armas de la real familia y los emblemas de la monarquía: los negociantes privilegiados se hallan sobrecogidos por el miedo: y quitan ó borran sus muestras, cuyo ejemplo siguen los escribanos y alguaciles, y hacen quitar las insignias reales; en términos que á pocas horas desaparecieron sin resistencia ni oposicion los escudos de armas, inscripciones y hasta la palabra real escrita en los edificios y establecimientos públicos; en una palabra todo cuanto representa el reinado de los Borbones. Por otra parte los gritos de ¡viva la carta! abajo el ministerio! que se despidieron la víspera, continuaban todavía, pero ahora se les añadian los de ¡viva la libertad! fuera los Borbones! Estos gritos y la destruccion de los emblemas reales significan las cosas que no quiere la multitud insurreccionada; ¿pero qué es lo que desea, ó lo que pide en lugar de ellas? Ni aun lo saben los mas atrevidos y resueltos, ni tampoco les da cuidado todavía. Entonces, como siempre sucede en toda revolucion incipiente, los insurrectos no obedecen mas que á una idea, y es combatir: no llevan mas que un objeto, vencer al poder. La cuestion acerca del gobierno que habia de venir ocupaba tan poco su entendimiento, que durante aquella mañana no se notó señal alguna de acuerdo: algunos hombres oscuros, cuyos nombres no ha recogido ningun escritor, invocando memorias y esperanzas que habian permanecido vivas en medio de las masas, iban á dar á la insurreccion el símbolo que le faltaba.

La plaza de las casas consistoriales era el acostumbrado punto de reunion para el pueblo: hacia algunas horas que los grupos allí reunidos desde por la mañana dejaban flotar la bandera blanca en la fachada de este edificio, cuando algunos irritados á la vista de dicha bandera, proponen su derribo. Otros piden que se le sustituya otro emblema; consúltase, y al instante lo mandan hacer en una tienda de la misma plaza. Tratóse de enarbolarlo; y como las casas consistoriales estaban cerradas, hundieron las puertas, y mientras que unos cuantos insurrectos quitaban la bandera blanca y le sustituian el nuevo estandarte cubierto de una ancha gasa, otros suben al campanario y empiezan á tocar á rebato. Pero este resultado no satisface á la multitud; pues la bandera se ve solo desde la plaza, y la campana solo es oida en las calles vecinas, por consiguiente se hace inmediatamente otra bandera, y sus partidarios se dirigen á la iglesia de Nuestra Señora, invaden las torres y enarbolan en ellas aquel nuevo emblema que flota á merced del viento desplegando todas sus dimensiones. Inmediatamente tocó á rebato la campana mayor. Esta formidable señal de alarma llama la atencion de los habitantes de todos los barrios céntricos de Paris (1). Todas las miradas se fijan en las torres de la iglesia metropolitana: la bandera que ondea en ellas no es la blanca; preguntanse, dudan; y pronto sale un grito de alegría de millones de pechos; los soldados veteranos se descubren la cabeza y se inclinan, y las mujeres tienen los ojos humedecidos; porque el estandarte que ondeaba en las torres de Nuestra Señora, que podia verse de todos los puntos altos y descubiertos de Paris, como tambien desde las alturas de Saint-Cloud, era la bandera que guió á la Francia por espacio de veinte y cinco años, la gloriosa bandera de la revolucion, el símbolo de la nueva Francia abatido por los estranjeros en los dias de nuestras desgracias; en fin la bandera tricolor!

La aparicion de este emblema, y el eco siniestro de la campana, llamando al pueblo á la sublevacion, se efectuaba á corta distancia del palacio de Justicia y de las dos prefecturas, y á la vista, por decirlo así, de los magistrados encargados de la policía administrativa, judicial y política, sin que uno siquiera de sus agentes se presentase en parte alguna. El dia antes Mr. Chabrol se quejó de la insuficiencia de la fuerza encargada de la guardia de las casas consistoriales, la cual constaba de doce hombres, que se reforzaron con cuatro individuos mas. Alarmado además por aquellas reuniones de gente que se aglomeraron desde por la mañana á las siete, fué á ver á Mr. de Peyronnet y le manifestó el temor de que se instalase una municipalidad provisional, á ejemplo de lo que sucedió en tiempo de la conjuracion de Mallet. Pareció que el ministro no daba grande importancia á la agitacion del pueblo: «Al fin acabará por apaciguarse» decia, y aquel mismo dia se dirigia al palacio de Saint-Cloud para asistir al acostumbrado consejo de ministros. Volvió Mr. Chabrol a la casa de la ciudad, y aun flotaba en ella la bandera blanca, pero eran mucho mas numerosos los grupos y se hallaban mas enardecidos. Hizo retirar la guardia, y mandó que se cerrasen las puertas; en seguida fuése á la biblioteca, donde permaneció hasta que terminó la lucha. Al mismo tiempo, Mr. Mangin, que tres dias antes en Saint-Cloud «respondió con su cabeza de que el pueblo de Paris no se moveria,» redactaba dos proclamas á los habitantes en una de ellas, que fué hallada algunas horas despues en su despacho por algunos insurrectos, avisaba al pueblo: «que se guardase de una muchedumbre de bandidos y ladrones cuya presencia en la capital habian demostrado los motines anteriores.» Estos medios eran incapaces de turbar la marcha del movimiento insurreccional, el cual en todos los puntos era dirigido por un mismo espíritu y la misma inteligencia, haciéndose todos los preparativos con el mayor acuerdo y rapidez, aunque en ninguna parte pudo sorprenderse la huella de la direccion ó de objeto determinado; de manera que la sublevacion se habia ya hecho dueña de la mayor parte de Paris y que la mayor parte de la tropa apenas salian de sus cuarteles.

El dia antes habia dispuesto Marmont un parte para el rey que contenia las mismas seguridades que obligaron á los ministros a suspender hasta el dia siguiente la medida de poner á la capital en estado de sitio. Por lo adelantado de la hora no pudo enviarse á Saint-Cloud este parte el cual no llegó hasta la mañana del miércoles, pero el mariscal añadió una posdata, diciendo: «que segun los informes que le llegaban, empezaba á manifestarse una grande agitacion.» Mr. de Polignac, informado de esta fermentacion por las noticias que le daba la policía, habia salido de mañana para Saint-Cloud, llevando consigo la órden relativa al estado de sitio. Mientras que este ministro, sin haber tenido tiempo para avisar á ninguno de sus colegas (1), presentaba el decreto á la firma de Carlos X, el duque de Ragusa enviaba á las tropas acuarteladas en San Dionisio, Ruel y Versalles, la órden de venir inmediatamente á Paris y tomaba sus primeras disposiciones, oyendo los informes de los oficiales que habia enviado á todos los puntos. Estos se hacian mas y mas alarmantes por minutos; y segun decian, no solamente se ponia bajo un pié formidable, y al parecer debia ser ausiliada por todas las clases de la poblacion, con piedras y baldosas que subian arriba de las casas, sino por los grupos armados que estaban ya reunidos en las plazas y en las calles principales, y no vacilaban en ser los primeros en el ataque. Por lo mismo un piquete de infantería de la guardia real, que formaba la vanguardia de un batallon que se dirigia á las casas consistoriales para hacer despejar aquel punto, hubiera sido completamente desarmado ó destruido por los grupos, reunidos en la plaza, si al ruido de los tiros no hubiese corrido el batallon y desembarazado dicho piquete, aunque dejando allí mismo varios muertos ó heridos. Marmont escribió al rey su primera carta, la cual estraviaron los dos gendarmes encargados de llevarla; reprodujo su contenido en otra carta que envió á Saint-Cloud por un oficial de ordenanza, y estaba concebido en estos términos:

Miercoles á las nueve de la mañana

Ayer tuve el honor de participar á V. M. la dispersion de los grupos que turbaron la tranquilidad de Paris. Esta mañana vuelven á formarse mas numerosos y amenazadores: no es ya una asonada, sino una revolucion. Es pues urgente que V. M. tome las medidas de pacificacion. El honor del trono puede todavía salvarse; mañana acaso sea tarde. Tomo para el dia de hoy las mismas medidas que tome ayer: las tropas estarán prontas al medio dia: pero aguardo con ansia las órdenes de V. M. (2).

(1) La campana mayor de Ntra. Señora pesa 26,000 libras, ó 13,000 kilógramos.

(1) Interrogatorio de los ministros ante el tribunal de los pares.

(2) Informe del conde de Bastard en el tribunal de los pares. Proceso de los ministros.

El deseo y la esperanza de una pacificacion, espresados por Marmont en este notable escrito, le hicieron adoptar un plan puramente defensivo; por lo que resolvió concentrar la mayor parte de sus fuerzas en el Louvre, en las Tullerías y en los Campos Elíseos, y con el resto guardar el Palais-Royal, las casas consistoriales, el palacio de Justicia, el Panteon, la Escuela militar, y en estas posiciones aguardar el resultado de las negociaciones que se abririan. Con este designio fueron en efecto tomadas algunas disposiciones; pero como á las once de la noche, en vez de la respuesta conciliadora que se solicitaba, recibió del rey una órden formal de reprimir el movimiento con las armas. Habiendo sido llamado en casa del príncipe de Polignac, este ministro le entregó el decreto firmado por S. M., y decia que: «considerando que una sedicion interior turbó el órden y la tranquilidad de Paris durante el dia 27, ponia esta capital en estado de sitio.» Este acto cambiaba la posicion del duque de Ragusa, quien ya no debia pedir órdenes; puesto que se hallaba concentrada en sus manos toda la autoridad militar en la capital; así Carlos X y sus consejeros se desembarazaban cargando sobre él la responsabilidad de asegurar el triunfo de la voluntad real; así la sumision de los habitantes y el restablecimiento de la tranquilidad eran su esclusivo deber. ¿Podia esperar estos resultados de una actitud simplemente defensiva? No lo creyó así. Cada nuevo informe que recibia le traia una mala noticia: ya en un barrio acababan de desarmar á los zapadores bomberos; ya en otro á los fusileros sedentarios; en otra parte habian invadido un cuartel pocos momentos despues de haber salido el regimiento que lo ocupaba. La imprenta real hallábase en poder del pueblo desde el dia anterior; los depósitos de víveres y de pólvora se hallaban tambien amenazados; y en todas partes se multiplicaban y aproximaban las barricadas. Con tales condiciones, esperar el ataque de los paisanos en lugar de tomar la ofensiva, era dar lugar á que la revuelta desplegase todas sus fuerzas, que cubriese á Paris de barricadas y acabar por encerrar á los soldados en sus posiciones. Quiso pues detener la insurreccion marchando inmediatamente contra ella, y obligar á los insurrectos á despejar las plazas, los baluartes, las calles principales, y en una palabra todos los puntos céntricos donde desembocan las principales vias de comunicacion, y cuya posesion asegura la de la ciudad. Segun estos cálculos pudieron tomar las armas unos quince mil ó veinte mil descontentos, quienes se presentaron delante de la tropa. Era esta muy inferior en número; pero esta desventaja hallábase ampliamente compensada por la fuerza que daba la organizacion y disciplina á unos valientes que combatian en los puntos mas desplegados de Paris. La línea de operaciones adoptada por el mariscal formaba un arco descrito por los baluartes, desde la Magdalena hasta la plaza de la Bastilla, cuyo arco tenia por cuerda la calle de San Honorato hasta el mercado de los Inocentes, los muelles de la orilla derecha de la plaza del Chatelet hasta las casas consistoriales y la calle de San Antonio. Las dos calles de Richelieu y de San Dionisio cortaban perpendicularmente este arco de su base á su cúspide. Cuatro colunas recibieron la órden de recorrer estas diferentes líneas, de ocupar sus intersecciones, arrojar y domar á los insurrectos dividiendo su accion y aislando sus fuerzas.

La primera coluna á las órdenes del general Talon, y compuesta de un batallon del 3.° de la guardia, de ciento cincuenta lanceros, dos piezas de artillería y del 15.° lijero colocado entonces en el Puente Nuevo, recibió órden de situarse en la plaza de las casas consistoriales.

La segunda coluna, mandada por el general Quinsonnas que constaba de dos batallones del 3.° de la guardia, de dos piezas, y de treinta gendarmes, debia hacer despejar las calles de San Honorato y de San Dionisio, ocupar el mercado de los Inocentes, y en esta posicion comunicar con la línea de los baluartes por la calle de San Dionisio, y con la línea de los muelles por la plaza de Chatelet.

La tercera coluna bajo las órdenes del general Saint Chamans, formada por dos batallones del 1.° de la guardia, dos escuadrones de lanceros y dos piezas de artillería, estaba encargada de recorrer la calle de Richelieu y los baluartes, de unirse en su marcha con el 50.° de línea situado en las puertas de san Dionisio y San Martin, de seguir luego hasta la Bastilla y de tomar posicion en este punto: debia observar el arrabal de San Antonio y mantenerse en comunicacion con la brigada conducida á la plaza de las casas consistoriales por el general Talon.

Finalmente, la cuarta columna compuesta de un batallon de la guardia, dos escuadrones de caballería y dos piezas de artillería, debia dirigirse de los Campos Elíseos á la Magdalena, seguir el baluarte hasta la calle de Richelieu, y luego volver al punto de partida.

Además, apostóse un batallon de la guardia del 7.° (suizo) en el Palais-Royal; el 5.° y el 53.° de línea se reunieron en la plaza de Vendome bajo las órdenes del general Vall, los cuales debian mantener libres las comunicaciones entre esta plaza y la de las Victorias. La caballería llamada de Versalles, la infantería que vino de Ruel y de san Dionisio reunidos en los Campos Elíseos, debian quedarse allí de reserva.

A los jefes de estas diferentes columnas se dieron las órdenes siguientes: disipar todo grupo embistiéndolos decididamente; tomar y destruir las barricadas: emplear primero la caballería, luego la infantería; segun la fuerza de la resistencia, no hacer fuego hasta haber empezado los insurrectos con una descarga: «y por descarga repitió Marmont varias veces, entiendo lo menos cincuenta tiros.»

Estas cuatro columnas, como anunció á Carlos X el mariscal, pusiéronse en movimiento al medio dia, á la hora misma en que los diputados que se hallaban reunidos por su parte la noche anterior en casa de Casimiro Perier, se dirigieron, conforme estaba convenido, en casa de Mr. Andray de Puyraveau, donde acudieron en número de veinte y ocho ó treinta. Por la primera vez se presentaron á estas reuniones el general Lafayette y Mr. Laffitte, que llegaron á Paris el primero la noche antes y el segundo aquella misma noche. Así en la puerta como en el patio se estacionaron muchos jóvenes armados llamados por Mr. Endry de Puyraveau, menos para protejer la reunion que con el objeto de escitar y sostener la energía de sus miembros. Pasóse algun tiempo antes que se reuniesen todos los diputados que se esperaban. Empeñábase en este instante el tiroteo en los baluartes mas inmediatos entre los insurrectos y el regimiento de línea á que debia unirse el general Saint-Chamans, tiroteo poco nutrido y poco mortífero; pues por ambas partes se respetaban, pero bastante para dar una prueba de la próxima resistencia. Mr. Mangin fué el primero que tomó la palabra. «Lo que vamos á dirigir es una revolucion, dijo; propongo pues que se forme un gobierno provisional, y pido que se establezca inmediatamente.—Un gobierno provisional! esclamaron asustados el general Sebastiani, Casimiro Perier y Carlos Dupui: ¿lo habeis pensado bien? ¡Esto fuera salirse de la legalidad! y esto no debemos hacerlo!—¿No fuera mejor que procurásemos ver al duque de Ragusa, y le indujésemos á evitar la efusion de sangre consintiendo en una tregua que permitiese á los diputados y á los cuerpos destituidos llevar á los pies del trono las quejas del pueblo? dijo Mr. Casimiro Perier.—No me opongo al envío de una diputacion respondió Lafayette; pero con la condicion de que se limitará á mandar á Marmont en nombre de la ley y bajo su responsabilidad personal, que haga cesar el fuego.» Acógese la propuesta de Mr. Perier, y la junta encarga á su presidente Mr. Laffite que nombre los individuos que deben formar la diputacion: el presidente nombró á Mr. Casimiro Perier, autor de la proposicion, á los generales Gerard y Lobau y á Mr. Mangin; el mismo Laffitte formará tambien parte de la misma, y llevará la palabra. Pregúntase á dónde irá la comision á llevar la respuesta. Mr. Gerard ofreció para ello su casa y quedó resuelto que se hallarian en ella á las cuatro. Convenido este punto, Mr. Guizot, que acababa de llegar, recordó que el dia antes en casa de Mr. Perier se habia invitado á los diputados á que redactasen un proyecto de protesta que se sometiese á la actual reunion; y pidió que se leyese un proyecto que él habia preparado, cuya protesta estaba concebida en estos términos:

«Los abajo firmados, regularmente elegidos diputados por los colegios de distrito y de departamento abajo nombrados en virtud del real decreto de.....y conforme á la carta constitucional y á la ley de elecciones de.....hallándose actualmente en Paris.

Se consideran como absolutamente obligados por su deber hácia el rey y hácia la Francia de protestar contra las medidas que los consejeros de la corona, engañando las intenciones del monarca, no ha mucho han hecho prevalecer para la destruccion del sistema legal de las elecciones y de la libertad de la prensa.

Dichas medidas, en concepto de los abajo firmados son directamente opuestas á la carta constitucional, á los derechos constitucionales de la cámara de pares, al derecho público de los franceses, á las atribuciones y sentencias de los tribunales; y propias para sumergir el estado en una confusion que compromete así la paz presente, como la seguridad venidera.

»En consecuencia, los abajo firmados inviolablemente fieles á su juramento, al rey y á la carta constitucional, protestan de comun acuerdo, no solo sobre las dichas medidas, sino sobre todos los actos que puedan emanar de las mismas.

»Y atendiendo, por una parte, á que no habiendo constituido la cámara de diputados, tampoco ha podido ser legalmente disuelta; y por otra, que la tentativa de formar otra cámara de diputados, conforme á un sistema nuevo y arbitrario se halla en contradiccion formal con la carta constitucional y con los derechos adquiridos de los electores, los

abajo firmados declaran que siempre se consideran como legalmente elegidos diputados por los colegios de distrito y de departamento cuyos sufragios han obtenido, y como que no pueden ser reemplazados sino en virtud de nuevas elecciones hechas segun los principios y formas establecidas por las leyes.

»Y si los abajo firmados no ejercen efectivamente los derechos ni desempeñan todos los deberes que les impuso su eleccion legal, es por impedírselo una fuerza material contra la cual no dejarán de protestar.»

Siendo la obra de Mr. Guizot una debil imitacion de la protesta de los periodistas, además era inferior su redaccion à la de Mr. Thiers en cuanto à la firmeza del fondo y la claridad de la forma: suponia las ordenanzas contrarias à las intenciones del rey; presentaba à este como engañado por sus ministros; y le dirigia protestas de fidelidad, cuya espresion escitó algunos murmullos bastante vivos: pero las disposiciones de la mayoría de la reunion eran tan indecisas y tímidas, que hasta os individuos à quienes irritó mas la debilidad de aquel lenguaje temiendo que aun resultase mas débil si se ponia à discusion se apresuraron à pedir que se votase su adopcion. Además los escritores no temieron hacer una designacion individual; pero los miembros de esta reunion no tuvieron tanto valor para seguir su ejemplo. «Luego que se hubo leido la protesta, ha dicho uno de los que asistieron à ella, pedí que se firmase; pero de todos lados esclamaron que era inútil y que bastaba con poner: Siguen las firmas. Insistí con la mayor fuerza haciendo presente que algunos de nosotros acababan de designar como despreciables una multitud de proclamas y de pasquines anónimos que cubrian las paredes de París: y así que la misma odiosa calificacion mereceria nuestra protesta sin las firmas. Pero mis esfuerzos no produjeron efecto, y trataron los de la junta de separarse (1).

Una circunstancia hubo que puede esplicar la repugnancia invencible de los individuos que componian la mayoría de esta reunion à dar su firma y su afan por retirarse. La columna encargada de posesionarse de la plaza de la Bastilla acababa de llegar à la puerta de San Martin, donde halló una resistencia que la obligó à hacer fuego de fusilería y descargas de artillería, cuyas detonaciones se oian distintamente desde la casa de Mr. Audry de Puyraveau. En efecto la marcha de las columnas que se hallaban en movimiento, era un continuo combate.

La primera columna à las doce y media llegó al Puente Nuevo y se unió allí al 15.° lijero. Quedóse en este punto un batallon de dicho regimiento, y el resto, unido à la columna atravesó la primera mitad del Puente Nuevo en seguida de la guardia, y habiendo llegado al mercado de las flores, por el muelle del Reloj, se colocó en posicion; el general Talon hace avanzar dos compañías de esta tropa hácia el puente de Change; y da al jefe de batallon que la manda la órden de hacer fuego à los numerosos grupos estacionados en la orilla opuesta del rio, en la plaza del Chatelet; este jefe declara que sus soldados no haran uso de sus armas si no son ofendidos por ellos, y renovando el general su órden, recibe la misma respuesta; la guardia se preparaba en tanto para cruzar por segunda vez el brazo principal del Sena, llegar à la plaza de la Greve, ocupada à la sazon por cinco ó seis mil individuos dispersos por los muelles cercanos, colocados en las ventanas de la casa consistorial y demás edificios, que empezaban à dirigir sobre ella un fuego que la distancia hacia aun poco mortífero. Formáronse dos destacamentos; el mas numeroso para avanzar con la caballería y la artillería por el puente de Nuestra Señora y el muelle de Pelletier, y el segundo para cruzar el Sena un poco mas arriba por un puente colgante colocado en frente mismo de la plaza. En el momento en que titubeaba el primer destacamento, desembocó por el puente de Nuestra Señora desde la calle de los Arcis una crecida columna de insurgentes, precedida de tambores y llevando al frente antiguos militares y estudiantes. Un jefe superior se adelantó hácia ella é intimó à los que la dirigian que retrocediesen, pero la única respuesta à su mandato fué una descarga que mató à un ayudante. Los lanceros que estaban à la cabeza de la tropa se separan repentinamente gritando. ¡Adelante la artillería! rompen el fuego dos cañones colocados en medio del puente, cae un gran número de insurgentes, la guardia se pone en movimiento, y à pesar de un vivísimo fuego graneado lanzado por los dos lados del muelle y de la calle de los Arcis, pasa el puente, y toma posicion en los muelles de Greves y Pelletier. El segundo destacamento intenta pasar tambien el puente colgante, pero cada vez que se presenta, es rechazado por las descargas que salen de la plaza y de las ventanas de la casa consistorial. Viendo el general Talon el mal éxito de estas tentativas manda avanzar à la compañía que forma la cabeza de la columna en el muelle de Pelletier. Tres veces llegan los soldados al frente de la casa consistorial y otras tantas son rechazados; el mismo general se pone al frente de su tropa, un vigoroso esfuerzo le hace llegar à la plaza, donde se resiste; algunos metrallazos acaban de arrojar à los insurgentes que se retiran à las calles inmediatas, los que estan colocados en las ventanas de la casa consistorial, se retiran por las de la parte posterior, y el destacamento situado en los muelles de la orilla izquierda cruza por fin el puente colgante.

Se establecen inmediatamente partidas en todas las bocas calles, los soldados reemplazan à los insurgentes en todas las aberturas abandonadas de la casa consistorial, pero en vano el general Talon se esfuerza à pasar mas allá del recinto de la plaza; álzanse en todas direcciones barricadas que defiende contra los ataques de la tropa un fuego continuo, incansable, que sale de todas las esquinas inmediatas, de las ventanas y hasta de los tejados. No tarda además en inquietar à la guardia una nueva línea de tiradores; numerosos insurgentes que acuden de todos los barrios de la orilla izquierda y se colocan al otro lado del Sena, defendidos por el parapeto del muelle, no dejan un momento de descanso à los soldados del general Talon; y aun algunos grupos de combatientes, animados por la mayor intrepidez, se precipitan à intervalos contra la tropa, ya por las calles ó los muelles, ya por el puente colgante. En una de estas tentativas sobre un paso tan descubierto cayó un jóven con una bandera en la mano, que esponiéndose por todas partes à las balas, volvió à levantarse pronunciando la palabra Arcole como una invocacion al acto heroico que deseaba renovar; los cartuchos empezaban no obstante à escasear en la tropa, que hacia un gran rato suspendia el fuego, pero la llegada de un batallon suizo volvió à dar à la lucha nuevo impulso. Al ver à esta tropa estranjera, el pueblo cuyas filas no cesaban de aumentarse, desemboca por todas las calles; los suizos la rechazan, la persiguen y se apoderan de muchas barricadas que pronto se ven obligados à abandonar. Inundan las calles los cadáveres, y la pérdida de los suizos es especialmente muy considerable. Abrumada la tropa de cansancio, se limita à mantenerse firme en la plaza y à defenderse contra la masa de insurgentes que la tienen aprisionada.

No se hallaba en mejor posicion en el mercado de los Inocentes la segunda columna, que encargada de ocupar este mercado y de llegar desde allí hasta la línea de los boulevards y de los muelles, habia avanzado por la calle de San Honorato sin encontrar mas obstáculos que algunas barricadas, cuyos defensores se retiraron sucesivamente ante ella sin detenerse hasta el mercado. Dióse principio en este sitio à una resistencia que burló en un principio todos los esfuerzos del general Quinsonnas; no solamente los insurgentes no titubeaban en presentarse resueltamente ante la tropa, sino que desde todas las ventanas lanzaban tiros, pesados muebles y utensilios caseros y hasta piedras y maderos. El nutrido fuego de la columna cesa no obstante abriéndose paso hasta el interior del mercado, del cual se apodera por dos partes, instalándose para tomar nuevo aliento. Esta posicion era bastante regular, y su defensa pareció tan fácil al general Quinsonnas que destacó hácia la puerta de San Dionisio un batallon para desembarazar la calle de este nombre y alejar à los numerosos insurgentes cuyo fuego no cesaba de inquietar su posicion. Este batallon estaba mandado por un oficial superior que habia hecho todas las campañas del imperio, por el coronel de Pleineselves, y llevaba dos piezas de artillería que tuvieron que abandonarse por lo difícil que era el paso al través de las barricadas y por su inutilidad en una calle estrecha, en muchos puntos tortuosa, y donde el tiro solo podia tener un reducido alcance. El batallon continuó

(1) «Memorias históricas» de Berard. En estas memorias se lee, tratandose de esta reunion, lo siguiente: «Allí fué donde pudo apreciarse mejor las opiniones de los diputados que mayor influencia tuvieron en la revolucion de julio. Los hombres mas pronunciados, aquellos cuya opinion jamás se desmintió, fueron Audry de Puyraveau Boveux, Berard de Rennes, Chardel, Daunou, Duchaffault, Gallot, Labbey de Pompieres, Lafayette, Laffitte, Merchat y Manquin. Estos individuos hubieran sacrificado su vida y estaban dispuestos à todo por salvar al pais. Laborde y de Schonen mostraban un ardor à lo menos igual; pero no debemos colocarlos en la misma linea porque no perseveraron en ello mucho tiempo. No parecieron menos animados Bertin de Veaux, Gerard, Guizot, Louis, Mechin, Persil, Augusto Saint-Aignan y Villemain, pero no habian pasado algunos dias que todo su patriotismo se habia, por decirlo así, evaporado. Los demas diputados presentes en nuestras reuniones podian dividirse tambien en dos clases: en la primera pondremos los tímidos, los insignificantes, aquellos que espantados por lo que estaba pasando ni tenian el valor de asociarse à ello francamente ni tampoco el de oponerse; que se asustaban à toda medida fuerte y que trataban de sustraerse à ellas, ni atreverse siquiera à separarse de nosotros. En la segunda clase incluiré solo dos diputados porque solo ellos espresaron francamente su opinion, y son Mr. Casimiro Perier, y el general Sebastiani. Ignoro cual era en el fondo su pensamiento, pero lo que sé perfectamente es que todos sus esfuerzos se dirigieron à poner trabas al movimiento revolucionario, el cual hubieran detenido si hubiese dependido de su voluntad.»

su marcha, mas á medida que avanzaba, parecia que se multiplicaban los obstáculos; á cada paso tenian que cruzar una barricada y sufrir un fuego mortífero, y las balas salian de todos lados, de frente, por el flanco, de las calles, de las ventanas y de los tejados. Al llegar cerca de la iglesia de San Leu, es mortalmente herido el coronel y muerto su caballo, y haciéndose llevar en unas parihuelas, continuaba mandando el batallon, hasta que secundado por la invencible y serena energía de su tropa, llega por fin á la puerta de San Dionisio, donde se detiene y toma posicion, para curar sus heridas. «Amigos mios, dijo á sus soldados abrumados por el cansancio, el calor y el hambre, morimos de necesidad y de sed; lo que acabamos de ver nos deja pocas esperanzas de vencer, pero cumplamos hasta el fin con nuestro deber.»

El 50 de línea debia ocupar esta posicion; Mr. de Pleineselves creia haberlo encontrado allí, pero una órden de Marmont acababa de enviar este regimiento á reforzar la brigada situada en la casa consistorial. Hacia además mucho rato que habia pasado la columna del general Saint-Chamans, la cual, despues de haber pasado la calle de Richelieu rechazando los considerables grupos de curiosos que se alejaban ó se refugiaban en las calles laterales sin cometer la menor hostilidad, habia avanzado en seguida hasta el boulevard que habia seguido sin sufrir un solo tiro hasta la puerta de San Dionisio. Pero unos muchachos colocados en la plataforma de este arco de triunfo hieren gravemente al oficial que mandaba el peloton de lanceros que forman la vanguardia; los grupos eran numerosos en las esquinas de las calles inmediatas; el general Saint-Chamans se contenta con hacerlos dispersar con arma blanca y prosigue su camino; al llegar á la puerta de San Martin, se ve detenido por una fuerte barricada cuyos defensores descargan sus armas sobre el frente de su columna; una descarga de peloton y dos metrallazos bastan para dispersarlos y para la columna. Pero no cesan los disparos desde este momento, aunque en ningun punto detienen la tropa; desplegados en batalla los soldados en esta ancha calle, se contentan con responder á las descargas que reciben, sin suspender por decirlo así su marcha; avanzan tranquilos, firmes, con un movimiento siempre igual y el arma al brazo y con una regularidad digna de admirarse en una parada. Si las balas de los insurgentes dejan vacíos en una fila, esta se cierra y queda lleno el vacío sin que los compañeros de los soldados caidos apresuren el paso, y sin que se note la menor ondulacion en la movible línea de afilados aceros formada por sus derechas bayonetas; la actitud de tan robusta y magnífica tropa no indica abatimiento ni cólera, y solo se pinta en sus varoniles rostros una espresion de profunda tristeza. Obligados á recibir y á dar la muerte para sostener medidas que desconocen y que no hubieran podido comprender y por pasiones de que no participan, obedecen sin temor y sin entusiasmo á la pesada ley de la esclavitud, cuya observacion toma en una tropa sobre las armas los nombres de honor militar y de sentimiento del deber.

Cuando la columna llegó á la plaza de la Bastilla, se hallaba esta inundada por una multitud de hombres, mujeres y de niños, y adelantándose á su tropa el general Saint-Chamans, les intimó que se fuésen á sus casas. «¿Qué hemos de hacer en casa? respondieron algunas mujeres; estamos sin trabajo y sin pan.» El general distribuye todo el dinero que llevaba consigo, se oyen algunos gritos de: ¡viva el rey! pero son inmediatamente confundidos con un grito formidable de ¡viva la carta! ¡abajo los ministros! que sale de todos los grupos cercanos. El general manda que se retire la multitud, la cual desapareciendo por todas las calles deja al descubierto muchas barricadas construidas en la entrada de la calle de San Antonio y de la plaza de Biragua. Una descarga disparada casi al mismo tiempo desde las ventanas de esta plaza hiere á muchos soldados y á un oficial superior, y es la señal de numerosos tiros dirigidos contra la tropa, desde las esquinas de todas las calles cercanas, y á los cuales contesta la guardia con fuego de dos filas. Fórmanse al mismo tiempo dos destacamentos, recibiendo el uno la órden de reconocer la casa consistorial por la calle de San Antonio, y el segundo de dirigirse hácia la barrera del trono por la calle del Arrabal. Este último destacamento, compuesto de infantería, se pone en marcha y llega penosamente á la barrera despues de haber destruido cinco barricadas que encuentra recompuestas y que se ve obligado á derrocar por segunda vez al retroceder por el mismo sitio; el otro destacamento, compuesto de caballería, lanceros, coraceros y gendarmes, no pudo llevar á cabo su empresa; la calle de San Antonio, menos ancha que la del Arrabal, estaba defendida por barricadas mas numerosas, y el destacamento no titubeó en cruzarla; pero las tejas, los muebles, vigas, ladrillos y botellas rotas que llovian desde todas las ventanas y tejados, que herian ó mataban á los hombres y embarazaban ó estropeaban á los caballos, no tardaron en contener á esta caballería, y la obligaron á retroceder dejando en la calle un gran número de muertos ó heridos. Y no tan solo veia el general Saint-Chamans cerrada su comunicacion con las casas consistoriales, sino que ninguna fuerza podria ya desembarazarle la línea de los boulevards que acababa de cruzar. Daban sombra á esta via muchas filas de árboles seculares, mas á medida que su columna avanzaba, caian detrás de ella estos árboles enormes cortados con el hacha ó con la sierra, formando en toda la estension del boulevard, comprendida entre el arrabal de San Antonio y el barrio de los Italianos, muchos centenares de barricadas armadas en todas direcciones, con largas y fuertes ramas que las hacian insuperables hasta para la infantería (1).

La cuarta coluna, encargada de operar entre los Campos Elíseos y la calle de Richelieu, cumplió su mision sin encontrar serios obstáculos, y únicamente dos incidentes hicieron notable su marcha. Al pasar la compañía de la vanguardia por delante de la iglesia de la Magdalena, que acababa de construirse, recibió una descarga de tiros de fusil y de pistola, lanzada por un grupo bastante numeroso de obreros que se retiraron inmediatamente en la iglesia despues de haber disparado; fueron perseguidos hasta los andamios interiores donde se habian refugiado, y se les amenazó con el incendio si no se rendian; se entregaron, fueron encerrados en la iglesia, y despues de dos horas, puestos en libertad por un destacamento de insurgentes. Al regresar la coluna, habiendo sabido su jefe el general Saint-Hilaire que un crecido número de guardias nacionales con uniformes y armas, ocupaban la alcaldía del primer distrito, envió á este sitio algunos soldados con órden de hacerla evacuar. «Nosotros estamos aquí tan solo para mantener el órden y proteger las propiedades, esclamaron los nacionales negándose á retirarse.—No venimos con otro objeto,» respondió el jefe del destacamento burlándose de los guardias nacionales, y les arrojó á la fuerza de su puesto, desconociendo que los propietarios y mercaderes armados que rechazaba, lo mismo que los soldados que iba á dejar allí inactivos, eran una doble fuerza perdida para la causa que defendia.

Ninguna direccion superior combinaba esta lucha por parte de la poblacion; la sublevacion era espontánea, por decirlo así, donde aparecia la tropa; un admirable instinto de defensa inspiraba á los mercaderes de cada calle el mismo sistema de combate, en todas partes se les veia emplear una táctica parecida, y los esfuerzos tal vez individuales y aislados presentaban tal conjunto que difícilmente pudiera haberles dado la combinacion mejor concebida. No faltaban las armas, aunque eran en corto número; se sabe que los antiguos guardias nacionales conservaban sus fusiles, pero tal vez no hubieran bastado estas armas á las necesidades de la lucha si no se hubiesen agregado las armas de caza, los fusiles arrebatados la noche anterior en los diferentes cuerpos de guardia, y los adquiridos por el desarme de los bomberos y veteranos y por la invasion de muchos cuarteles. Se agotaron muy pronto las municiones, pólvora y plomo, sacados de las tiendas y almacenes y los que poseian los particulares; en ciertos puntos se sustituyeron las balas de plomo con las bolas de mármol que sirven para los juegos de los niños, con llaves, con botones y hasta con caractéres de imprenta. Pero pronto cesó la escasez; la lucha solo se habia trabado vivamente en los principales puntos hácia las doce y media del dia, y á las tres el polvorin del arrabal de Saint-Marceau, cerca de la Salitrería, proveyó con abundancia. Este establecimiento, custodiado por un débil destacamento de diez y seis á veinte hombres, habia caido desde la mañana en poder del pueblo del barrio; trasportáronse al momento numerosos barriles á diferentes puntos de la orilla izquierda, entre otros el patio de los Gobelinos, á la plaza de Maubert, á la del Odeon y al pasaje de Dauphine donde se establecieron talleres públicos para la fabricacion de cartuchos. Las mujeres sentadas en el dintel de las puertas molian sobre piedras la pólvora de cañon para convertirla para uso del fusil; no lejos de ellas se hacian balas con el plomo que habian podido reunir una multitud de personas; enormes cantidades de papel caian de las ventanas inmediatas, y cuando estaban cons-

(1) Una circunstancia particular ayudó poderosamente á generalizar esta ventaja y á imprimirle una gran rapidéz. Muchísimos propietarios del boulevard se quejaban de que estos árboles quitaban la vista á sus tiendas y daban humedad á sus habitaciones, con el grosor de sus troncos y ramas, y la estension y espesura del ramajo; los insurgentes no trataban de cortar mas que un corto número, pero los propietarios se aprovecharon de la ocasion para desembarazarse de todos los que perjudicaban á sus casas. De modo que entre los individuos que se entregaban á esta destruccion inútil, formaban la mayor parte y mas encarnizada los porteros y conserjes.

truidos los cartuchos, no se limitaban á darlos al primero que llegaba, sino que invadian los talleres mujeres de todas edades que iban á distribuirlos por los muelles cercanos de las casas consistoriales.

No se habia trabado aun la lucha en la orilla izquierda del Sena; el 15.° de lijeros, que permanecia estacionado en el Puente Nuevo y en el mercado de las flores, era el único regimiento que guardaba su posicion en este lado de Paris; pero sus soldados estaban con el arma á discrecion, y conservaban una especie de neutralidad que no habia interrumpido el pueblo, porque no causaban ningun obstáculo á sus movimientos. Los barrios de la orilla izquierda no fueron teatro de ninguna lucha en este dia, proporcionaron numerosos auxiliares á los combatientes de la orilla derecha, y fueron para estos el arsenal de sus municiones. Ninguna arma descansaba un momento; si el poseedor de un fusil dejaba de usarlo, ya por cansancio, ya por torpeza; treinta manos se presentaban al punto para pedirlo. Un discípulo de la escuela politécnica llamado Mr. Charras heredó en el muelle, en frente de las casas consistoriales, el fusil de un obrero muerto de un balazo en el pecho, y no teniendo cartuchos, le dijo un muchacho de quince años que veia su embarazo y llevaba un paquete: «Yo os daré, pero con condicion de que me prestareis el fusil para tirar tambien.» Mr. Charras aceptó su oferta y recobró el arma. Esta condicion de restitucion inmediata no era siempre obligatoria, de este modo muchas veces se dejaban las armas en poder de aquellos á quienes se habian prestado, y hubo personas, cuyo esterior indicaba la miseria, que devolvieron fielmente el fusil que tenian en depósito muchos dias y semanas despues de estos sucesos.

Los escritores, los jóvenes, los antiguos carbonarios mezclábanse en la revolucion sin omitir ningun medio para animar y sostener la energía moral de los combatientes; se habia hecho circular desde la mañana en todos los grupos el rumor de que Carlos X habia huido y que iba á formarse un nuevo gobierno; y para dar una apariencia de realidad á esta noticia, aparecieron al medio dia numerosos carteles impresos en letras voluminosas pegados á las paredes, anunciando que eran miembros del nuevo poder MM. Lafayette, el general Gerard y el duque Choiseul. Tratábase al mismo tiempo de ganar la tropa y los jefes, haciendo circular ó tirando de paso pequeños impresos en los cuales se leia: «que la patria tenia un baston de mariscal á disposicion del primer coronel que hiciera causa comun con el pueblo.» Pero el hecho que contribuia mas poderosamente á conservar el entusiasmo de los combatientes era la unanimidad de resistencia, la poblacion en masa tomaba parte en la lucha, ya de una manera activa, ya pasivamente; el combatiente, hombre del pueblo, tenia en su favor todos los habitantes; las puertas de todas las casas se abrian para recibirle y protegerle, y los soldados por el contrario solo encontraban por do quiera enemigos, de frente, por detrás, por los lados, por encima y aun por debajo, porque se disparaba por los respiraderos de las bodegas. Todo, hasta la intensidad de un calor escepcional era para la tropa una notable desventaja, aprisionados los soldados con un traje de grueso paño que estrechaban aun mas las correas de su uniforme, cargados con un pesado saco y de un alto y pesado morrion, esperimentaban el doble tormento de una fatiga sin descanso y de una sed abrasadora que no podian apagar, en tanto que sus adversarios iban vestidos de blusas ó trajes anchos y lijeros, muchos de ellos con los brazos desnudos, descansando cuando querian y hallando refrescos en todas partes (1). Todo era, pues, desaliento para unos y ánimo y esperanza para los otros. Los insurgentes, aplaudidos por las mujeres desde las ventanas, saludados por los bravos de los simples curiosos y no viendo en torno suyo mas que rostros amigos, conservaban en medio de la lucha toda la seguridad y alegria del carácter nacional; los juegos de palabras se mezclaban á los gritos de combate, ruidosas carcajadas al rumor de las descargas, y se vió un grupo de jóvenes que marchaban contra la tropa precedidos de un violin.

Cuando estalla una revolucion, los hechos que la deciden no son nunca mas que la causa ocasional; tiene sus raices y la razon de su existencia en hechos anteriores, y no se trata de castigar el presente sino el pasado. Los condenados, los proscritos y los perseguidos de todas épocas, los antiguos militares del imperio, oficiales ó soldados muy numerosos aun entonces, y cuya carrera habia cortado la restauracion ó sus agentes: en una palabra, todos los que habian sufrido desde 1814 y 1815 en sus sentimientos, en su fortuna ó en su persona, yá por el restablecimiento de la monarquía, ya por las medidas impolíticas de sus ministros y funcionarios, iban á lanzarse desesperadamente en esta lucha, que era la cita suprema de todos los descontentos y de todas las iras acumuladas contra los Borbones durante quince años. Notábase entre los mas activos é intrépidos el coronel Barbier-Dufay, tan cruelmente tratado en 1822. Un antiguo carbonario entra en un taller donde están desocupados algunos obreros: «¡Cómo! esclama; ¿aquí estais mientras pelean vuestros hermanos?—¿Por qué nos hemos de batir? responde con calma un obrero anciano.—Para derrocar, para arrojar á los Borbones.—¡Tantas veces nos han prometido su caida!—Pero hoy es cosa seria, ¿no ois los fusiles y el cañon?—¡Ah! ¿con que es cosa seria» repite el obrero, cuyas facciones se animaban por momentos. No tarda en levantarse, y esclama accionando con vehemencia: «Soy un soldado de Waterloo! Sus tribunales me condenaron á galeras por haber gritado ¡viva el emperador! mucho tiempo hace que espero. Por fin llegó el dia de arreglar nuestras cuentas.» Dice, sale arrastrando á sus compañeros, y poco tiempo despues muere en la plaza de la Greve.

¿Cuál era la posicion de Marmont á las dos y media? El general Talon estaba sin cartuchos y obligado á sostenerse en la Greve; el general Saint-Chamans estacionado en la plaza de la Bastilla sin poder comunicarse con las casas consistoriales ni volver á tomar la línea de los boulevards; el batallon del coronel de Pleinesolves igualmente falto de toda comunicacion, en la puerta de San Dionisio, y el general Quinsonnes aprisionado por decirlo así, por la insurreccion en el mercado de los Inocentes. Pero el mariscal que solo sabia una parte de los hechos dictaba en aquella hora á su ayudante de campo Mr. de Guise la siguiente carta para Carlos X.

«He puesto en movimiento mis columnas á la hora indicada; el general Talon está en la plaza de la Greve, y me comunico libremente con él por medio de un batallon que ocupa la entrada del Puente Nuevo. El general Saint-Chamans marcha por los boulevards para colocarse en la plaza de la Bastilla; el general de Wall, que salió de la plaza de Vendome, ocupa con sus tropas la de las Victorias, pero no obstante, todo el espacio que media entre él y yo está lleno de grupos de insurgentes y solo podemos comunicarnos por la plaza de Vendome.

»El general Quinsonnes ha llegado al mercado de los Inocentes, pero despues de haber cruzado y destruido muchas barricadas, y rechazado en la calle de San Dionisio cuanto se oponia á su marcha, nuevos grupos se han aglomerado detrás de el, y solo puedo tener noticias suyas por medio de oficiales disfrazados.

»Al marchar las tropas, los grupos se han dispersado, á su llegada, pero casi en todas las calles se disparan fusiles por las ventanas de todas las casas, las tropas han respondido al fuego, y su marcha ha sido un continuo combate.

»Las tropas no están en el caso de verse obligadas á dejar sus posiciones, pero no debo ocultaros que la situacion es cada vez mas grave.»

Acababa de escribir Marmont estas palabras, cuando uno de sus ayudantes de campo anunció é introdujo a Mr. Arago. Este sabio ilustre habia recibido por la mañana una carta de una amiga del duque de Ragusa, en la cual se le suplicaba que fuera á ver al general y tratara de valerse del imperio que ejercia en su ánimo para que tomara el mariscal una resolucion util al interés de su honor y á la salvacion del pais. Mr. Arago se hizo acompañar de su hijo mayor, que era aun muy joven, y se dirigió á las Tullerías. «Cuando entré en el primer salon, dijo posteriormente, vi muchos empleados de negocios estranjeros y redactores de periódicos (1). Un gran número de oficiales ocupaban el ap-

(1) El termómetro, durante las jornadas de julio, marcó un calor casi constante de 28 grados de Reaumur á 35 del centigrado. La temperatura media de Rio Janeiro solo es de 23° en la escala centigrada y de 24.° en el Senegal.

(1) Entre otros los redactores de la Cotidiana. Aquella misma mañana publicaba este diario las siguientes líneas: «El partido revolucionario quisiera llevar las cosas á un estremo: cosa estraña! los hombres de dinero, banqueros y fabricantes, cuya política debiera encerrarse en su caja, no temen mezclarse en las pasiones populares y buscar un apoyo en el descontento que ellos han escitado. Por eso cierran hoy sus talleres, arrojando sobre las calles de Paris una multitud de obreros, cuyo estado es incompatible con los tumultos. Estos amigos del pueblo querrian empobrecerle, y su esperanza se funda en que su propia injusticia escitará contra el rey á estos desgraciados privados de trabajo, es una maquinacion infernal. Pero lo que llama verdaderamente la atencion es la hostilidad pública y manifiesta de estos hombres de dinero. Que reflexionen despacio; ellos son los que comienzan el ataque. No tienen lo necesario para llevarlo á su último estremo, pues es preciso tener siempre una multitud dispuesta á perecer bajo los caballos de los gendarmes. Los [illegible], las revueltas y los motines no matan una monarquía que tiene un buen gobierno, ministros resueltos y un ejército fiel. Suspendan, pues, los banqueros sus negocios en odio del rey, cierren sus talleres los fabricantes, pero que reflexionen y mediten despacio todos esos hombres audaces. Nosotros les dirigimos estos consejos con entero desinterés, porque nadie mas que nosotros está mas intimamente persuadido de que la fuerza será siempre la justicia.»

sento del mariscal; la mayor parte de estos estaban muy exaltados y segun mi parecer con muy poca razon.» Nadie ignoraba los principios políticos de Mr. Arago, pasaba con justicia por un amigo de la libertad, ó en otros términos, por un liberal; al verle entrar, la mayor parte de los oficiales, militares de corte ó de favor, se enojaron vivamente y se oyeron tales amenazas, que acercándose á Mr. Arago el coronel de Komierowski, primer ayudante de campo de Marmont, le dijo: «Si alguno levanta la mano contra vos, yo se la haré bajar con mi espada.» Era el oficial que acababa de introducirlo al aposento del duque de Ragusa. «Me separé á un lado con el mariscal, añade Mr. Arago, y le dije que solo le quedaba un partido que tomar; irse en el acto á Saint-Cloud y declarar al rey que no podia conservar el mando si no retiraba las ordenanzas y disolvia al ministerio. El general se hallaba en un estado de inquietud difícil de esplicar; no se habian modificado sus ideas sobre las ordenanzas; creia estos actos el miércoles tan criminales como el lunes, pero le contenian sentimientos casi indefinibles, y no juzgaba prudente desistir del combate. Creo que esperimentaba tambien algun pesar, ó tal vez vergüenza, al ver que un pueblo cogido desprevenido vencia en casi todos los barrios de Paris á las mejores tropas de Europa. Yo iba á convencerle ya para que tomase una resolucion, cuando un incidente hizo revivir con toda su fuerza el punto de honor militar.» Este incidente era la repentina llegada del ayudante de campo del general Quinsonnes, que habiendo entrado en el Carroussel á través de mil peligros y bajo un disfraz, iba á anunciar que su general no podia ya sostenerse en el mercado de los Inocentes, si no se le enviaban refuerzos. «¿No teneis cañones? respodió Marmont con febril impaciencia.—¡Cañones, señor! ¿y de qué sirven contra los ladrillos y los muebles que caen sobre la cabeza de los soldados desde todas la ventanas?» Marmont se paseaba con precipitacion, y su agitacion era estrema. «¡Refuerzos! decia al ayudante de campo; no puedo enviarlos; que salga del apuro como pueda.» El ayudante de campo se retiró. «Yo traté de manifestar al mariscal, añade Mr. Arago, que el pueblo se hallaba en un estado de legítima defensa y que no se le podia acusar de rebelion, porque combatia en defensa de las instituciones que se le habia jurado solemnemente respetar y conservar al pié de los altares. Decia estas palabras cuando anunciaron la llegada de los diputados. Yo me retiré á un aposento inmediato (1).»

Los comisionados designados en casa de Mr. Audry de Puyraveau fueron primeramente á ver á Mr. Laffitte para ponerse de acuerdo sobre los medios de llegar con seguridad hasta la persona del mariscal. No todos confiaban en los resultados de este paso. Al entrar en la plaza del Carrousel Mr. Casimiro Perier dijo á Mr. Laffitte. «Temo que vamos á ponernos en la boca del lobo.» Mr. Perier no temia por sí, pero sus recelos eran mas fundados de lo que podia suponer respecto á los otros tres miembros de la diputacion.

Los ministros, como habia dicho por la mañana Mr. de Peyronnet á Mr. de Chabrol, habian tenido intencion de ir á Saint-Cloud para el consejo ordinario del miércoles, pero sabedores á las once del desarrollo que adquiria la insurreccion, pensaron que debian permanecer en las Tullerías al lado del duque de Ragusa (2) Mr. de Polignac ha sostenido ante el tribunal de los pares que ni el ni sus colegas deliberaban, que aunque habia ministros, no asistia ministerio, y que todo el poder estaba en manos del duque de Ragusa. Este aserto es inexacto; Mr. de Polignac y sus colegas no estaban en las Tullerías con el único objeto de pedir ó recibir noticias, ocupacion demasiado frívola en semejantes momentos; tomaban ciertas resoluciones cuya ejecucion y responsabilidad dejaban al duque de Ragusa, y los consejeros de la corona constituian la autoridad superior política, el gobierno. Dos de estas resoluciones tuvieron por objeto la formacion de un consejo de guerra, cuyos miembros nombrados en el acto debian permanecer en las Tullerías, para condenar á los insurgentes sorprendidos con las armas en la mano, y el arresto de los hombres políticos señalados como jefes probables de la revolucion. Mr. de Polignac envió una lista de doce nombres, reducida despues á siete, al duque de Ragusa que escribió la órden siguiente:

«El mariscal de Francia, duque de Ragusa, comandante general de todas las tropas de Paris, manda prender á Mr. Laffitte, al general Gerard, á Mr. Manguin, al general Lafayette, y MM. Audry de Puyraveau, Eusebio de Salvestre y Marchais (3).»

Marmont dió esta órden al coronel de gendarmería de Foucault que

(1) Relacion de Mr. Arago ante el tribunal de los pares.
(2) Protesta dirigida por Mr. de Montbel al tribunal de los pares.
(3) Mr. Marchais era el miembro mas activo de la sociedad: «Ayúdate que Dios te ayudará,» dirigia y firmaba toda la correspondencia de la sociedad con el título de secretario.

se encargó de su ejecucion, copió de un guia de comercio el número y calle de las casas de las siete personas y se dirigió al ministerio de justicia acompañado de un ayudante mayor y de un trompeta para hacer estender en las oficinas de esta administracion tantas copias como personas debia prender. Apenas habia salido de las Tullerías cuando anunciaron á Marmont que acababan de llegar al Carrousel MM. Laffitte, el general Gerard, Mauguin, el conde de Lobau y Casimiro Perier pidiéndole una conferencia. La lealtad del mariscal se exalta al pensar que los tres primeros de estos diputados iban á ser víctimas de su confianza en su honor, y llama á su primer ayudante de campo, diciendo: «Corred en busca del coronel Foucault! retirad la órden que le he dado hace un momento! Enviad uno, dos, tres oficiales... id vos mismo si es preciso!» Parte un ayudante de campo y trae consigo al coronel de gendarmería, el cual entrega la órden á Marmont que la hace pedazos. Entran entonces los cinco diputados (1). «Se hallaba solo; dice Mr. Laffitte; yo le pinté en términos enérgicos el estado espantoso de la capital y los peligros que resultarian para el pais y para el mismo trono. El duque de Ragusa me escuchó con espresion de benevolencia y con un sentimiento no menos equívoco de lo que él consideraba como deber de obedecer á las órdenes que habia recibido. Suscitóse entre nosotros una discusion sobre este objeto; el duque de Ragusa me dijo que sus órdenes estaban positivas y que el honor le obligaba á ejecutarlas; creia que el único medio de conciliacion y de detener la efusion de sangre, era conseguir en primer lugar de la poblacion de Paris la obediencia á las órdenes de la autoridad; yo le dije que habiéndose violado todos los derechos del pais, no debia esperarse esta obediencia, y que nosotros solo podíamos ejercer alguna influencia sobre las masas anunciando por primera condicion el cambio del ministerio y la supresion de los decretos ú ordenanzas. El duque de Ragusa manifestó los sentimientos mas honrosos al hablarnos de lo difícil que era su posicion y de lo que él miraba como una fatalidad de su vida, y nos dijo que participaba de nuestros sentimientos, pero que estaba encadenado por el deber. Yo le pregunté si habria un medio cierto y pronto de hacer saber al rey el estado de las cosas y nuestro paso; respondió que se encargaria de hacerlo con gusto y que deseaba de corazon su buen éxito, pero no disimuló la escasa esperanza que abrigaba (2).»

Durante esta conversacion, y cuando se quejaba con mas amargura de los tristes deberes que le imponia su honor de soldado, Marmont se dirigió al generel Gerard y al conde de Lobau preguntándoles si en su puesto no obrarian como él. Estos dos generales guardaron silencio, pero cuando el mariscal respondió á la última pregunta del jefe de la diputacion, que no creia esperar nada de la comunicacion que haria al rey de este paso, Mr. Laffitte replicó: «En ese caso estoy decidido á lanzarme en cuerpo y alma en el movimiento.» Entró entonces un oficial y habló en voz baja con Marmont. «¿Tendriais repugnancia en ver á Mr Polignac?» preguntó el mariscal á los diputados.—«Nosotros respondimos que nó» añade Mr. Laffitte. El duque de Ragusa se levantó para pasar á un aposento inmediato, y trascurridos algunos minutos volvió á decirnos que habia dado parte de nuestras proposiciones al príncipe de Polignac, á quien habia referido fielmente nuestra conversacion, y que Mr. de Polignac le habia contestado ser inútil toda entrevista con el; en vista de esto nos retiramos (3).»

Mientras mediaban estas palabras entre los diputados y Marmont, Mr. Arago se habia quedado en una sala vecina. «Trabé conversacion con Mr. Delarue, ayudante de campo del mariscal, dice él mismo, rogándole anunciar al duque de Ragusa que le veria el dia siguiente si era posible, es decir, si las tropas no se hubiesen pasado todas á la causa del pueblo. Estas palabras hicieron viva impresion en Mr. Delarue, el cual me dijo no haberse recibido ninguna noticia que lo hiciera sospechar; contestéle que recorriendo diferentes cuarteles, habia visto á la tropa fraternizando con el pueblo: «Esta noticia es muy importante, añadió, es preciso comunicarlo á Mr. de Polignac!» Queriendo reservarme el derecho, al volver entre la muchedumbre, de afirmar que ignoraba que estuviesen los ministros en las Tullerías, y que les habia hablado, me negué á ver á Mr. de Polignac, mas como Mr. Delarue queria comunicársela sin pérdida de momento, me pidió permiso para

(1) Relacion de los coroneles de Komierowski y de Foucault.
(2) Relacion de Mr. Laffitte.
(3) Deposicion de Mr. Laffitte.—La declaracion de Mr. de Polignac ante la cámara de los pares fue esta: «No conociamos exactamente toda la gravedad de las circunstancias ni sabiamos qué partido tomar, esperando que todo se calmaria.» Pocos momentos antes un ferviente realista, Mr Fernando de Berthier habia dado parte á Mr. Polignac de que habia recorrido los principales cuarteles de Parîs y de que todo iba bien para la causa real.

salir; pocos instantes despues le vi venir con el rostro descompuesto y esclamando al hallarse á mi lado: «Estamos perdidos! nuestro primer ministro ni siquiera comprende el francés: Cuando le he dicho que la tropa fraternizaba con el pueblo, me ha contestado! Y bien, es preciso hacer fuego tambien sobre la tropa! (1).»

Durante este tiempo Marmont, cumpliendo la promesa que hizo á los diputados, terminaba su carta á Carlos X con las siguientes líneas:

«Al ir á cerrar mi carta se han presentado en mi casa MM. Casimiro Perier, Laffitte, Manguin, el general Gerard y el general Lobau, diciéndome que venian á pedirme que cesara el fuego; contestéles que les hacia igual súplica, pero ponen por condicion para hacer los medios para ello la promesa de la derogacion de los decretos; á esto les dije que no teniendo ningun poder político no podia contraer ningun compromiso, y despues de una larga conversacion se han limitado á pedirme que diera cuenta de su paso á V. M. Creo que es urgente que V. M. aproveche sin dilacion las proposiciones que se le hacen (2).»

El mariscal entregó esta carta al coronel Komierowski un primer ayudante de campo, diciendole: «Apresuraos y no perdais ni un minuto; ved al rey y añadidle de viva voz á los hechos que contiene mi carta, todos los detalles que sabeis y que pueden dar á S. M. un exacto conocimiento de la situacion; además insistireis para que se os dé una contestacion categórica.» Cuando llegaron los diputados cerca de Marmont, un oficial del delfin que se hallaba hacia algun tiempo en el aposento en que se hallaban reunidos Mr. de Polignac y sus colegas, partió inmediatamente para Saint-Cloud de modo que al salir del Carrousel el ayudante de campo del duque de Ragusa, montaba á caballo un correo de Mr. de Polignac, y llegó antes que aquel oficial á la residencia del rey.

Mientras tanto los diputados que se habian hallado en casa de Mr. Audry de Puyraveau, se reunian segun habian convenido, en la habitacion de Mr. Berard, y á las cuatro llegaron los cinco comisionados para dar cuenta de su entrevista con el duque de Ragusa; apenas terminada su relacion se presentó Mr. Coste, editor responsable del tiempo al cual se habia entregado la protesta de la misma, y declarando que no la mandaria tirar ni fijar á no ser con las correspondientes firmas; renovóse entonces la discusion de la mañana; la mayor parte de los diputados presentes persistian en no querer que sus nombres figurasen al pie de dicho documento, lo cual fué causa de que se irritase Mr. Berard; y dijese que dos de sus colegas y él estaban prontos á firmar en nombre de todos; propúsose en vista de esto un término medio como era el imprimir al pié de la protesta y en vez de las firmas, lista de los nombres, haciéndolos preceder de las palabras: hallándose presentes. Este medio que permitia en caso necesario negar toda participacion material en esta declaracion colectiva, pareció aun demasiado arriesgado á algunos miembros que no consentian en una designacion nominal sino bajo la condicion de ver participar del peligro y de la responsabilidad á todos aquellos de sus colegas, presentes en Paris ó en los alrededores, cuya adhesion era dable esperar. «¡Esto es! esclamó vivamente Mr. Laffitte: si somos vencidos nadie habrá firmado, si salimos vencedores todos habrán dado su firma ó adhesion!» Los diputados presentes eran en número de cuarenta y uno, hízose una lista de sesenta y tres nombres, entre los cuales se hallaba el de Mr. Dupin mayor, que borró Mr. Manguin, haciendo observar que mantenerlo era esponerse de parte de Mr. Dupin á alguna enojosa reclamacion (3); decidida esta cuestion se convino en reunirse por tercera vez á las diez de la noche; Mr. Berard se prestó de nuevo á recibir á sus colegas, mas se objetó que la reunion de personas que se habia verificado en su casa habia debido hacerla sospechosa; así es que para esta tercera cita se señaló la de Mr. Audri y d'Puyraveau, donde se habian reunido ya por la mañana. Durante esta reunion se habian presentado varios combatientes pidiendo una direccion y jefes, mas solo habian reunido contestaciones evasivas. «Cuando Sebastiani, Gerard y Lobau se retiraron, ha dicho Mr. Berard, fueron tratados muy duramente por los jóvenes que se hallaban en mi patio, los cuales les echaban en cara su falta de valor y de patriotismo. En efecto, es preciso reconocer que la hora de los sacrificios no habia sonado aun para muchos de nuestros colegas y que para algunos aquella hora fué muy tardía; en la conducta de Perier sobre todo habia misterios que solo el tiempo podrá revelar y que ni la falta de valor esplica suficientemente (4).—La causa de la resistencia opuesta para algunos diputados á los esfuerzos intentados por los que querian arrastrarles al movimiento era no solo una profunda duda sobre el éxito de la insurreccion sino que además de no ver todavía aquellos diputados la caida de Carlos X como un acontecimiento posible en el mismo momento en que los ministros en las Tullerías decidian la prision del general Gerard, el rey recibia en Saint-Cloud proposiciones de reconciliacion inspiradas por Casimiro Perier, y en las cuales se pronunciaba el nombre del general Gerard.

En la noche del dia anterior, un médico que mantenia estrechas relaciones con aquel general, el doctor Thibaut habia rogado á Mr. de Vitrolles que diera cerca de Carlos X algun paso conciliador. Esta tentativa, dijo, es solicitada por el general Gerard y por varios de sus amigos políticos, que desconfiando de los ministros, recorrian á la influencia que Mr. de Vitrolles habia podido conservar en el ánimo del rey, para obtener directamente de este último la órden de suspender el combate y que consintiese en prestar oidos á las quejas del pueblo. «El general Gerard añadió el doctor Thibaut, no tomará parte alguna en una insurreccion popular, pero no vacilaria, movido por el interés del órden publico, en aceptar el mando de las tropas que se negaron á defender los decretos.» Mr, de Vitrolles, prometió hacer lo que se le pedia, y el dia siguiente, miércoles á la una de la tarde, se dirigió á Saint-Cloud; en aquel momento, estaba el rey en conferencia con el intendente de su lista civil, y esta conversacion sobre negocios de poca importancia se prolongó mucho tiempo, hasta que por fin á las dos y media Mr. de Laboisillerie salió del gabinete de Carlos X y pudo entrar en él Mr. de Vitrolles. El rey manifestaba haber formado una resolucion invariable; al pedirle que impidiera la efusion de sangre, contestaba: «Estoy en mi derecho; los decretos no son legales, pero en virtud del artículo 14 son constitucionales y tengo en mis armas la misma confianza que en mi derecho» Luego repitiendo sin duda las noticias traidas por el oficial del delfin, que se habia separado de Mr. de Polignac cuando Marmont acababa de entregar á Mr. de Foucault la órden de arrestar á seis miembros de la cámara, y en el momento en que llegaban al Carrousel tres de dichos miembros, Carlos X añadia: «Por otra parte, á estas horas estarán ya presos los jefes del movimiento, y acaba de nombrarse un consejo de guerra que residirá en las Tullerías y que hará justicia sumaria de los insurrectos cogidos con las armas en la mano.» En aquel entonces se dejaron oir distintamente lejanas descargas de artillería, cuyas detonaciones daban nuevo valor á la persistencia de Mr. de Vitrolles.» Pero la rebelion no está vencida todavía, decia, y el rey no permitirá insistir en las ventajas que le redundarian á todo evento no cerrando la puerta á las comunicaciones y negociaciones con los hombres que puedan ser considerados como jefes del movimiento. Ceder algunas veces ante las circunstancias, para poder dominar mas fácilmente luego, es una política que el mismo Richelieu ha recomendado.—Semejante conducta no corresponderia á mi dignidad, contestaba el rey; no quiero ni debo tratar con rebeldes; que depongan las armas; bastante conocen mi bondad para súbditos estar seguros de un generoso perdon.» El arresto de los jefes de la insurreccion y la formacion de un consejo de guerra en las Tullerías eran hechos nuevos para Mr. de Vitrolles, y además la confianza que mostraba el rey era tan ilimitada y parecia tan seguro del resultado de la lucha, que llegado con la impresion de un grave é inminente peligro, Mr. de Vitrolles se sintió en breve mas tranquilo y su insistencia acerca de las negociaciones propuestas se hizo menos viva; al separarse del rey, díjole este: «Solo quiero haceros una pregunta: ¿creeis que seria mas conveniente que me hallase actualmente en Paris?—Habria celebrado esta resolucion contestó Mr de Vitrolles, antes de tener noticia del establecimiento del consejo de guerra en las Tullerías, mas no opino porque el rey vaya ahora á la capital, cuando un consejo de esta naturaleza pronuncia fallos necesariamente seguidos de ejecuciones; el rey se llama Carlos X y temeria una comparacion muy fácil entre su nombre y el de su predecesor Carlos IX.—Teneis razon,» respondió el rey.

Mr. de Vitrolles volvió á Paris á las seis de la tarde y pudo convencerse de las ilusiones en que se mantenia su soberano; vió el Louvre y las Tullerías materialmente rodeados de una linea de fuego de fusilería; por todas partes se combatia, y la insurreccion lejos de calmarse, parecia por el contrario haber adquirido nuevas fuerzas; calles y cuarteles enteros que habia dejado en poder de las tropas los hallaba ahora ocupados por la insurreccion; así es que escribió inmediatamente á Mr. de Polignac: «Acabo de dejar á nuestro soberano que se halla en un error sobre el estado actual de las cosas. Esta situacion no puede prolongarse sin gran peligro, así es que si no estais seguro de terminar la lucha dentro de veinte y cuatro horas, no desperdicieis las negociaciones que me han sido propuestas y de que estoy pronto á enteraros.» Algunos someros detalles sobre las proposiciones de Mr. Thibaut termina-

(1) Deposicion de Mr. Arago.
(2) Comunicacion del conde de Bastard á la cámara de los pares.
(3) Recuerdos históricos de S. Berard.
(4) Lieta.

ban esta carta, que no pudo llegar á manos del ministro sino con el auxilio de una escolta y despues de dos tentativas infructosas, y que quedó sin respuesta. El doctor Thibaut habia esperado con gran impaciencia el regreso de Mr. de Vitrolles, el cual le dijo: «He hablado al rey muy decidido, muy firme; no quiere tratar con súbditos armados; vuelvan á su deber y confien en su clemencia;» aquella noche despues de participar á sus comitentes esta contestacion, el doctor fué á encontrar de nuevo á Mr. de Vitrolles y le rogó que fuéra otra vez á ver á Carlos X, el cual, mejor informado sobre el estado de las cosas se mostraria seguramente mas dispuesto á una reconciliacion. «Decidle, añadió el doctor, que se tendrán todos los necesarios miramientos y consideraciones á la dignidad real, y que si es preciso los grandes cuerpos de la administracion y de la magistratura, el consejo general del Sena, el tribunal de casacion y el tribunal real en hábitos rojos, irán á Saint-Cloud, de modo que la corona no parecerá sufrir á una necesidad, sino ceder á súplicas y ruegos.» Luego dijo: «Mi opinion personal es que las cosas están mas adelantadas de lo que mis amigos creen, y de lo que vos mismo podeis suponer; tanto que no considero imposible que se pronuncie mañana la deposicion del rey.» Mr. de Vitrolles consintió de nuevo en lo que de él se esperaba, despues de haber visto otra vez al doctor y conocido las palabras que sus amigos políticos deseaban que trasladase al rey.

En aquellos momentos Paris se hallaba sobre las armas: cada cuartel cubierto de barricadas permanecia estraño por decirlo así al cuartel vecino; de aquí se originaban los mas falsos rumores y las versiones mas contradictorias; mientras que en un punto se consideraba la derrota como cierta, en otro se creia el triunfo seguro; el sentimiento del miedo y el de la esperanza escitados por la conmocion física y moral que producian en todas las organizaciones el estruendo de la fusilería y de la artillería y el continuo sonido de las campanas de todas las iglesias tocando á rebato, llevaban hasta el último estremo el desaliento ó la exaltacion. Lo cierto era que á las seis de la tarde, cuando Mr. de Vitrolles volvia de Saint-Cloud, la insurreccion llevaba lo mejor en todos los puntos, y una sola de las columnas salidas al medio dia de las Tullerías, se mantenia aun en la posicion que le habia señalado Marmont.

A las dos de la tarde, llevado por su fabril impaciencia el duque de Ragusa habia dicho al ayudante de campo del general Quinsonnas que le pedia refuerzos: «No puedo dároslos! decid á vuestro general que se componga como pueda!» Sin embargo pocos momentos despues el mariscal hacia trasmitir al batallon del 15.° lijero estacionado en el Puente Nuevo la órden de marchar al mercado de los Inocentes. Esta tropa guardaba su posicion sin ser inquietada por los sublevados ocultos en las barricadas levantadas frente de ella, en las calles de la Moneda y de los Prouvaires, cuyas calles desempedradas en gran parte, conducian á la posicion del general Quinsonnas; cuando el coronel del 15.° seguido de la mitad de su batallon se presenta delante de la primera barricada, intima á sus defensores que le permitan el paso; estos se niegan, interpelan á los soldados, les escitan á ponerse de su parte, y algunos se atreven á salir de la barricada para acercarse á los carabineros colocados al frente de la columna, á quienes tratan de llevarse consigo. El coronel recurre á las reflexiones, á las órdenes, á las amenazas, pero todo en vano; entonces anuncia que va á mandar hacer fuego, y al oirlo los insurrectos entran detrás de la barricada y esperan; los soldados preparan sus armas y apuntan, pero en lugar de pronunciar la voz de fuego! el coronel ordena poner el arma al brazo y marchar; la tropa adelanta; todos los miramientos de su jefe han sido inútiles; al hallarse á pocos pasos de los sublevados estos hacen fuego; los soldados contestan, se apoderan de la barricada y prosiguen su camino. Por todas partes son recibidos con descargas cerradas; las barricadas que dejan á su espalda, son otra vez levantadas, y en breve cae muerto el caballo del coronel y es herido el comandante; con todo la tropa llega al mercado de los Prouvaires, mas en este punto es tan nutrido y mortífero el fuego de fusilería que en pocos minutos quedan fuera de combate nueve hombres de la compañía de cerabineros; el coronel hace detener su tropa, pues persistir en llevarla mas lejos es quererla sacrificar sin provecho alguno, pues evidentemente es demasiado débil para librar á los soldados encerrados en el mercado de los Inocentes; aquel oficial superior conduce á su tropa detras de la última barricada que ha derribado: el fuego cesa instantáneamente y los soldados del 15.° vuelven á la posicion que abandonaron sin que sean inquietados en retirada ni con un fusilazo.

Al mismo tiempo que Marmont enviaba el 15.° lijero la órden de marchar al socorro del general Quinsonnas, dirigia al Puente Nuevo al coronel de Maillardoz con un batallon suizo de la guardia y dos piezas de artillería; informado del mal éxito de la tentativa que acabamos de referir, el mariscal encargó al oficial de estado mayor Puibusque que mandara al coronel de Maillardoz que dejara sus dos piezas al coronel del 15.° y que marchára á su vez al mercado de los Inocentes. Despues de hacer esta comunicacion en alta voz, Mr. de Puibusque se inclinó hácia Mr. de Maillardoz y añadió en voz baja: «El mariscal me ha encargado deciros que llegueis allí cueste lo que cueste, y que tendreis que vencer algunas dificultades.» Los suizos se ponen en marcha, entran en la calle de la Moneda, atraviesan la de los Prouvaires, pasan por delante el mercado de este nombre y llegan á la puerta de San Eustaquio. su marcha es un continuo combate; recibidos con un vivo fuego de fusilería, con piedras y muebles que caen de todas las ventanas, contestan con descargas que se suceden sin interrupcion; sin embargo aquellas balas, aquellos proyectiles de toda especie que les vienen de frente y por los flancos, de los tejados, de las ventanas, de las puertas, lanzados por enemigos invisibles, les admiran y les turban; llegada á la punta de San Eustaquio la columna no debia hacer mas que volver á la derecha para llegar á la posicion del general Quinsonnas, mas en vez de tomar esa direccion, avanza de frente y siempre combatiendo, entra en la calle de Montorgueil, y hasta hallarse en la calle Mandar no conoce Mr. de Maillardoz que en vez de acercarse al mercado de los Inocentes se aleja cada vez mas de dicho punto; detienese entonces y se decide á entrar en la calle Mandar que defienden en cada uno de sus estremos, dos barricadas confiadas á la guardia de una persona intimamente conocida suya; trábase una lucha entre los dos jefes en la entrada de la calle, y los suizos viéndose envueltos por todas partes, se precipitan sobre la primera barricada, la derriban, pasan igualmente por la segunda, apesar de una vigorosa resistencia, atraviesan la calle de Montmartre, bajan hácia la punta de san Eustaquio á la cual llegan por segunda vez y entran por fin en el mercado de los Inocentes, teniendo fuera de combate la quinta parte de su fuerza. Cuando salieron del Puente Nuevo eran quinientos y habian sido muertos ó heridos noventa y siete oficiales y soldados; frente la barricada de la calle Mandar vecina á la de la calle de Montargueil habian caido un teniente, un sargento y ocho ó diez granaderos; en la esquina de la calle de Montmartre habia quedado un capitan atravesado de siete balazos. Este socorro salvaba al general Quinsonnas; pues sus soldados habian agotado sus cartuchos; los suizos dividen con ellos los que les quedan y despues de algunos momentos de reposo, se ponen al frente de la columna y emprenden la marcha para volver á los muelles. «Debo advertiros que la cosa no es fácil,» dijo el general al coronel Maillardoz; en efecto, apenas el batallon mandado por este hubo dado algunos pasos por la calle de San Dionisio, cuando es acogido con espantosas descargas; los suizos se mantienen impávidos; avanzan intrépidamente hácia muchas barricadas que destruyen para abrir paso á la caballería y á la artillería, y despues de nuevas y notables pérdidas desembocan en la plaza del Chatelet de la cual sale el general Quinsonnas para tomar posicion en el muelle de la Escuela, á pocos pasos del Louvre.

La pequeña coluna que este general habia destacado hácia la puerta de San Dionisio, bajo el mando del coronel de Pleineselves, acababa tambien de ser salvada por su moribundo jefe; este oficial se vió en la imposibilidad de retroceder; la linea de los boulevards le estaba igualmente cerrada por las inespugnables barricadas que formaban en cada estremo los árboles derribados á través de aquella grande via, así es que dió órden de subir por la calle del Arrabal de San Dionisio, atravesó la carrera de este nombre, entró en la línea que forman los boulevards esteriores que ciñen al norte de Paris la muralla de arbitrios municipales, y volviendo por el arrabal de Roule, se detuvo en los Campos Elíseos.

Un movimiento semejante permitió al general Saint-Chamans volver á las Tullerías con la coluna colocada á sus órdenes; sus dos tentativas en la calle de San Antonio y en la del Arrabal, lejos de hacer cesar la resistencia de sus habitantes, la habian por el contrario exaltado; el número de combatientes se habia hecho diez veces mayor, así es que forzado á renunciar á establecer comunicaciones con el general Talon, imposibilitado de retroceder, amenazado con hallarse en breve sin municiones en una posicion enteramente descubierta que rodean innumerables tiradores, lo que obliga á sus soldados á hacer un fuego continuo, aquel general baja hácia el Sena, siguiendo la orilla del canal de la Bastilla, atraviesa el rio por el puente de Austerlitz, rodea el jardin de plantas y los cuarteles situados al sur de Paris, llega al boulevard de los Inválidos y al puente de Luis XV y despues de una marcha lenta y penosa, entra por fin en las Tullerías con sus batallones estenuados de hambre y de fatiga.

La casa de la villa era el único punto del interior de Paris en que se

mantenia una de las divisiones salidas al medio dia del Carrousel, cuando á las diez de la noche, Mr. Audry de Puyraveau vió llegar á algunos de los diputados que habian convenido en reunirse en su casa. «Éramos en escaso número y nuestra pequeña reunion tenia cierto aspecto sombrío; por la mañana en aquel mismo lugar y en mi casa luego, éramos de treinta á cuarenta, entonces apenas pasábamos de diez, y habia algunos que á lo que parecia trataban de desaparecer de una escena que segun todos los indicios podia ser en breve sangrienta para los que hubiesen figurado en ella(1).» En efecto, habiendo declarado MM. de Lafayette, Laffitte, Audry de Puyraveau, de Laborde y Mauguin que era preciso secundar los esfuerzos del pueblo, asociarse á sus peligros, y adoptar su bandera, se levantó inmediatamente el general Sebastiani, esclamando que en cuanto á el no podia tomar parte alguna en semejantes discusiones, y que para él la única bandera nacional era la bandera blanca; luego dirigiéndose á Mr. Mechin, que parecia anonadado le dijo bruscamente: «¿Venis?» y salieron ambos. Otra vez se separaron los diputados sin decidir nada, pero convinieron en reunirse de nuevo el dia siguiente á las seis de la mañana, en casa de Mr. de Laffitte.

Si la generalidad de los hombres á quienes el heroismo del pueblo parisiense iba á dar el poder y la fortuna, estaban temblando y aterrorizados, en cambio Carlos X, cuyo trono bamboleaba, manifestaba la misma confianza. Saint-Cloud habia conservado su fisonomía acostumbrada; el ceremonial y la etiqueta no se habian modificado en nada; aquella noche á la hora habitual se sentó el rey en su mesa de whist frente del duque de Duras, primer gentil hombre de servicio; y si bien se oyó que se quejaba repetidas veces, era de las distracciones de su compañero, á quien los acontecimientos ocupaban mas de lo que se atrevia á manifestar. «No estais en vuestro juego,» le dijo el rey repetidas veces; el monarca no creia tener motivo para estar inquieto; sus ilusiones sobre el estado de Paris eran mantenidas por Mr. de Polignac, á quien engañaba á su vez la pasion de los ardientes realistas, que habrian creido hacerse cómplices de una infamia ó cometer una traicion, admitiendo que la guardia podia ser la mas debil; para ellos la marcha de sus batallones, de un estremo de Paris á otro, probaba que destruian todos los obstáculos, y que allí donde se presentaban, la insurreccion retrocedia. Las noticias dadas de viva voz por el coronel Komierowski y las últimas palabras de la carta de Marmont no habian podido confundir la confianza de Carlos X; segun raciocinaba el rey, ni cinco diputados liberales habrian solicitado del mariscal una suspension de armas, ni otras personas del mismo partido habrian rogado á Mr. de Vitrolles que le hiciese directamente la misma demanda, si hubiesen creido con bastantes fuerzas á la rebelion. Prueba irrecusable de desaliento y de miedo, estos dos hechos justificaban evidentemente las palabras de Mr. de Polignac contra los temores de Marmont, el cual juzgaba mal su posicion y exageraba sus dificultades. La recepcion hecha á su primer ayudante de campo se resintió de esta conviccion; este oficial superior la refiere en estos términos: «Introducido en el gabinete del rey, le entregué la carta del mariscal, y le dí cuenta verbalmente del estado de las cosas, diciéndole que exigia una pronta resolucion. Manifésteles que no era solo el populacho de Paris, sino el pueblo entero, el que se habia sublevado, como habia podido juzgarlo por mí mismo al pasar por Passy, donde se dispararon algunos tiros contra mí, no por el populacho, sino por personas de clase mas elevada. El rey contestó que leeria la carta, y me retiré para esperar sus órdenes; mas viendo que tardaban mucho, pedí al duque de Duras que entrase en el gabinete del rey para saber cuáles eran, á lo que me respondió que la etiqueta se lo impedia. Llamado por fin al cuarto del rey, no me entregó carta alguna, y solo me encargó de viva voz decir al mariscal que se defendiera con vigor, que reuniera sus fuerzas en el Carrousel y en la plaza de Luis XV y que obrara con grandes masas; esto último me lo repitió dos veces. La duquesa de Berry y el delfin se hallaban en el gabinete del rey, pero no dijeron nada (1).»

Diferentes veces, y cuando el coronel se entretenia en algunos detalles para demostrar que la insurreccion era formal, Carlos X le habia interrumpido diciéndole: «Acabad:» pocos instantes despues de su marcha se presenta al rey, á pesar del primer gentil hombre de servicio, un realista decidido, el general Vincent, y le dice que ha recorrido todo Paris y que la causa real corre los mayores peligros si los decretos no son inmediatamente derogados; la respuesta que recibió fué esta: «Querido, sois un buen general, pero no comprendeis nada de estas cosas.» —En este momento Mr. de Polignac, reunido con sus colegas, tomaba en las Tullerías, como ministro de la guerra interino, diferentes medidas pedidas por Marmont; hacia espedir á todas las compañías de guardias de corps el aviso de estar prontas á reunirse en Saint-Cloud y á los alumnos de la escuela de Sain-Cyr la órden de marchar hácia aquella residencia con sus piezas de artillería; los regimientos de la guardia que guarnecian Beauvais, Orleans Rouen y Caen, eran llamados á Paris y se declaraban disueltos los dos campos de Luneville y de Saint-Omer, disponiéndose que las tropas se dirigieran sobre la capital á marchas forzadas. Al mismo tiempo que Marmont instaba para la espedicion de estas diferentes órdenes, simples medidas de precaucion segun creian los ministros, aquel mariscal se esforzaba en procurar víveres á los batallones llegados sucesivamente á las Tullerías y á la plaza de Luis XV y en asegurar á sus heridos los primeros cuidados; la tropa no habia comido desde aquella mañana, y como se hallaba sin comunicacion posible con sus cuarteles, como no podia esperarse recurso alguno de la provision de víveres, por estar este establecimiento en poder de los parisienses desde el medio dia, el mariscal envió á pedir pan á los Inválidos y á todos los panaderos establecidos en el radio de las posiciones ocupadas aun por la tropa; sin embargo, reunióse una cantidad muy insuficiente; solo dos ó tres batallones recibieron un cuarto de racion, los demás debieron esperar el dia siguiente y contentarse de una distribucion de vino hecho con las provisiones del castillo. Durante la marcha de las columnas y con objeto de sostener su energía moral, se habia esparcido la voz de que una vez llegados á las Tullerías no carecerian de nada, añadiéndose que les esperaban allí Carlos X y su hijo; al hallar el palacio desierto: «El rey y el delfin renuncian pues á defenderse? ¿nos abandonan?» se decian con inquietud los soldados á quienes irritaba esta esperanza frustrada y que no admitian que los príncipes, por los cuales arriesgaban su vida, se mantuviesen encerrados é invisibles en un palacio de recreo á dos leguas del teatro del combate.

Las columnas habian podido llevar consigo parte de sus heridos: Marmont hizo establecer para ellos hospitales internos, uno en las dependencias de sus oficinas de estado mayor y otro en las galerías abiertas en los patios de las Tullerías que miran al jardin. En cuanto á los heridos que habian quedado en poder del pueblo hallaban en sus adversarios los mas delicados servicios y atenciones; llevados á las casas particulares, cuyos bajos y patios se convertian en hospitales para los combatientes parisienses, recibian iguales socorros que estos: delante del sufrimiento desaparecia toda distincion de partido, el sentimiento de piadosa fraternidad que por todas partes reinaba se estendia hasta á los mismos suizos, y las mismas manos que habian causado las heridas se esforzaban en aliviarlas. Un obrero que acababa de batirse y que se preparaba para volver á empezar, se acerca al cirujano que curaba á uno de sus camaradas y le dijo: «No os ocupeis de él, pues puede esperar todavía; pensad mas bien en este desgraciado que va á morir si no se le cura pronto;» y le mostró un suizo cuya sangre se escapaba á torrentes (1). Algunos de estos soldados estranjeros habian sido recogidos en una casa vecina del Puente Nuevo, cuando el batallon del coronel de Maillardoz estuvo en la calle de la Moneda, para marchar al socorro del general Quisonnas, y á su regreso el coronel quiso tomar sus heridos; mas negaronse estos á seguirle, diciéndole: «En ninguna parte estaremos tan bien cuidados.» En los hospitales civiles, á los cuales, así los ciudadanos como los soldados eran llevados en carros, por conductores improvisados que atravesaban los puntos de la tropa lo mismo que los de los rebeldes, sin otra salvaguardia que un pase, firmado con nombres desconocidos, los heridos de ambas partes se hallaban igualmente reunidos en las mismas salas. ¡Estraña lucha en que la voz de la humanidad era escuchada aun en lo mas ardiente del combate! Algunos artilleros, situados en la plaza de la Casa de la Villa, reciben órden de derruir una ancha chimenea, que servia de abrigo á dos insurrectos que dirigian sobre la tropa un fuego continuo; apuntan un cañon hácia el punto indicado, mas antes de disparar hacen señal á los dos parisienses para que dejen su puesto y no hacen fuego hasta que aquellos han desaparecido. El jefe de uno de los batallones de la coluna de Saint-Chamans recibe un balazo, casi á quema ropa, yendo á la cabeza de su tropa, disparado por un mercader oculto detrás de un arbol del boulevard: herido lijeramente echa en cara á aquel hombre su torpeza, y le conduce con la mayor sangre fria hasta una tienda que permanecia entreabierta: otro oficial de la guardia, el capitan Kanmann, es herido en la cabeza por un golpe de una barra de hierro, descargada por un obrero que se lanza sobre él, y se coloca entre sus soldados y el agresor, levantando con su espada los fusiles que apuntan contra este último. Tan cierto es que la justicia de la causa popular paralizaba el valor y contenia á mas de un brazo, siendo comprendida hasta en las últimas filas

(1) Deposicion del coronel Komierowski delante de la cámara de los pares.

(1) Crónica de julio de 1830 por Mr. Luis Rozet.

de la tropa! Mr. de Bayeux, abogado general, recibe al medio dia comunicacion del decreto que declara á París en estado de sitio, lo cual le obliga á dirigirse al palacio de Justicia donde encuentra solo á los gendarmes y soldados de línea, mandados allí para el servicio del tribunal de asises; el sargento que mandaba á los gendarmes, se le acerca y le dice: «¿No es cierto, señor abogado general, que es muy duro matar á los demás y hacerse matar á sí mismo por una causa semejante? porque en fin, nos arrebatan nuestros derechos.—Es posible, replicó al momento un soldado de línea; mas es imposible ver hacer fuego contra nuestros camaradas sin defenderles.—Tus camaradas! esclamó el sargento de línea que mandaba el peloton; mas para defenderles ¿contra quien haces fuego, desgraciado? ¡Contra tus hermanos! (1).» Sin duda que la mayor parte de los soldados no eran movidos por estas consideraciones, mas sentian repugnancia por una lucha que no comprendian, y tiraban contra el pueblo solo por la costumbre de aquella obediencia que no es mas que la esclavitud del deber. Un granadero, cuyos servicios remontaban al tiempo del imperio, es herido por una bala en medio del pecho, cerca del palacio Real: «Dios mio, esclama al caer, me han muerto! y sin embargo era un buen francés!»

Las instrucciones traidas por el coronel de Komierowski no permitian dejar al general Talon en la casa de la villa, así que un oficial disfrazado le llevó la órden de abandonar aquella posicion; en aquel momento se hacia de noche. Hemos dicho que á las dos de la tarde habrian faltado las municiones á esta coluna sin la llegada de un batallon suizo; agotadas otra vez, la resistencia iba á ser imposible, cuando el 50.° de línea, situado primeramente en los boulevards de San Dionisio y de San Martin, se reunió con el general Talon; este regimiento manifestaba gran repugnancia á hacer uso de sus armas; aunque distribuyó sus cartuchos á la division de aquel general, con todo, al recibirse la órden de retirada, no quedaba casi ninguna, así es que colocada la tropa en aquella posicion, estando los muelles y todas las calles adyacentes atestadas de combatientes, su retirada podia ser muy fatal. El general Talon resolvió esperar, mas los soldados cesan su fuego, y se establece una especie de suspension de armas, impuesta á las dos partes por el hambre y la fatiga; la tropa deja salir libremente de las casas vecinas de la plaza á un gran número de individuos que no habian cesado de disparar contra ella; algunos habitantes del cuartel que habian salido de sus casas para combatir mejor, pueden igualmente volver á sus familias, ábrense algunas tiendas y los soldados entran en ellas, mezclados con los insurrectos, para comprar vino, su primer alimento desde el medio dia. Mientras tanto las horas pasan; las tinieblas se hacen mas espesas, seguia el silencio poco á poco, las calles van quedando desiertas y en breve no se oye mas que un confuso rumor, compuesto de mil rumores, especie de inmenso murmullo, eco sordo, lejano, de los preparativos que se rehacen en todos los cuarteles para el dia siguiente, dominado por la ayuda é infatigable voz del rebato doblando á muertos por la monarquía. Finalmente á media noche se forma la coluna, reúnense las pocas municiones que quedan en las cartucheras y distribúyense á la vanguardia; colócanse los heridos en las espaldas de los soldados mas robustos y se da la señal de marcha. Destrúyese la barricada que cierra el muelle Pelletier, á fin de abrir paso á la caballería y á la artillería; el ruido causado por este trabajo provoca algunos disparos por parte de los insurrectos que se hallaban en los muelles de la orilla izquierda; el general Talon prohibe contestar á ellos y la coluna continúa marchando por el puente de Nuestra Señora, el mercado de las Flores, el muelle del Reloj y el Puente Nuevo, donde se reune con los batallones del 15.° lijero, á los cuales halla con el arma descansada y en las mismas posiciones en que los dejó por la mañana; á esta vista irrítanse algunos oficiales de la guardia y profieren palabras injuriosas contra la tropa de línea; la coluna adelanta y á la una llega á las avanzadas del mariscal Marmont.

El pueblo habia abandonado la casa de la villa al apoderarse la tropa de la plaza de este nombre, y tomó de nuevo posesion de aquel edificio inmediatamente despues de la marcha del general Talon (1). El regreso de la coluna confiada á este general, á la cual acompañaban el 15.° lijero y el 50.° de línea, completaba el movimiento de la concentracion ordenado por Carlos X; todas las tropas se hallaban reunidas á disposicion del duque de Ragusa; así lo anunció este á Mr. de Polignac manifestándole al mismo tiempo las disposiciones preparadas para el dia siguiente: «El mariscal, dijo aquel ministro, me encargó escribir al rey, y yo lo hice sin pérdida de momento, manifestándole que la posicion que ocupaba era inespugnable y que podria mantenerse en ella durante tres semanas (2).»

(1) Crónica de julio de 1830 por Mr. L. Rozet.

(1) La casa de la villa no fué tomada en la acepcion militar de la palabra, pues pertenecia al que poseia la plaza: esta posicion fué si disputada, y en ella y en sus alrededores tuvieron lugar los combates que solo hemos podido indicar.

(2) Recuerdos históricos y políticos de Mr. de Polignac.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

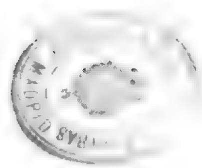
DEL TOMO TERCERO.

HISTORIA DE LA SEGUNDA RESTAURACION

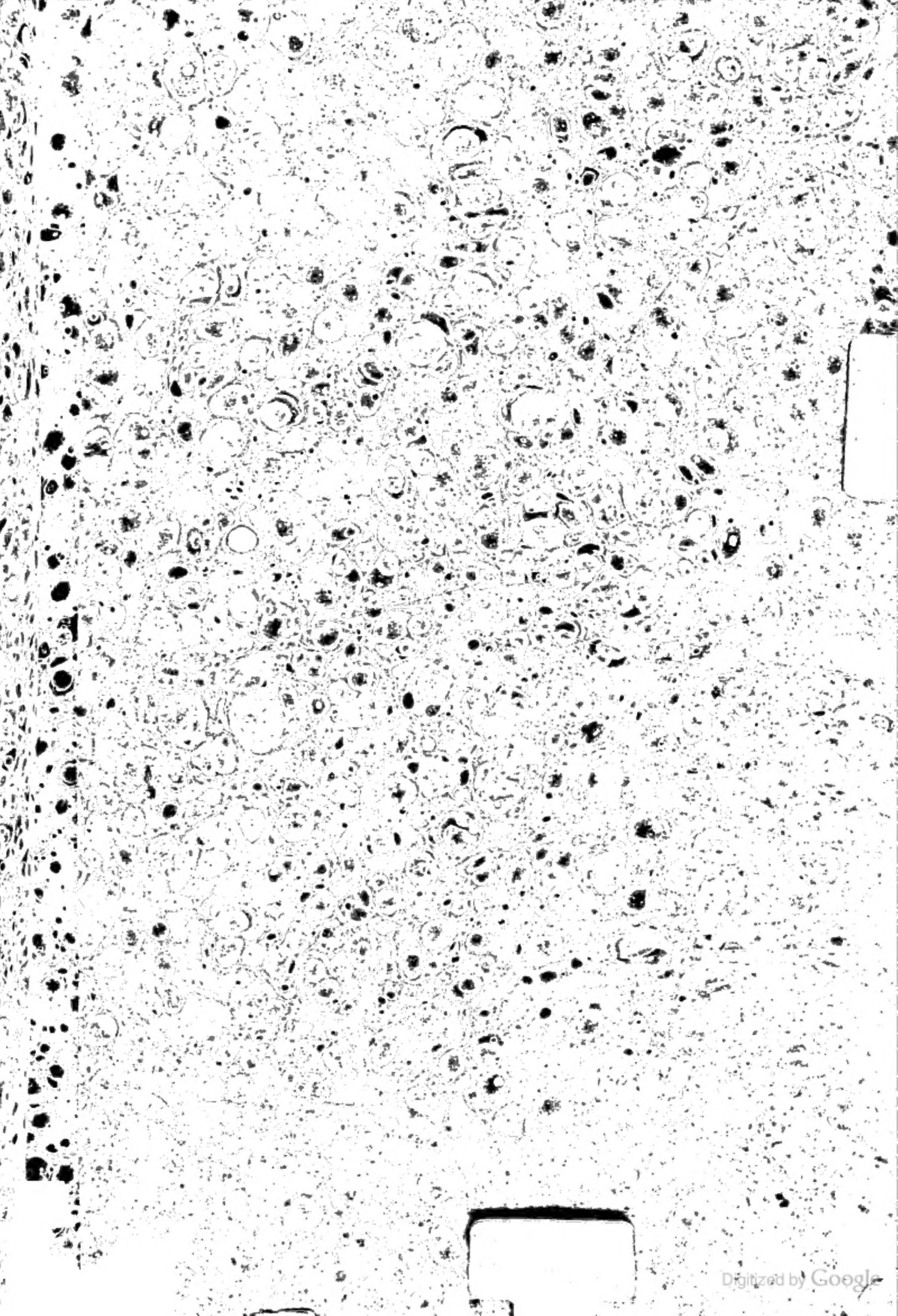
POR AQUILES DE VAULABELLE.

(*) Inadvertidamente se repitió esta numeracion.

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.



Digitized by Google



Digitized by Google